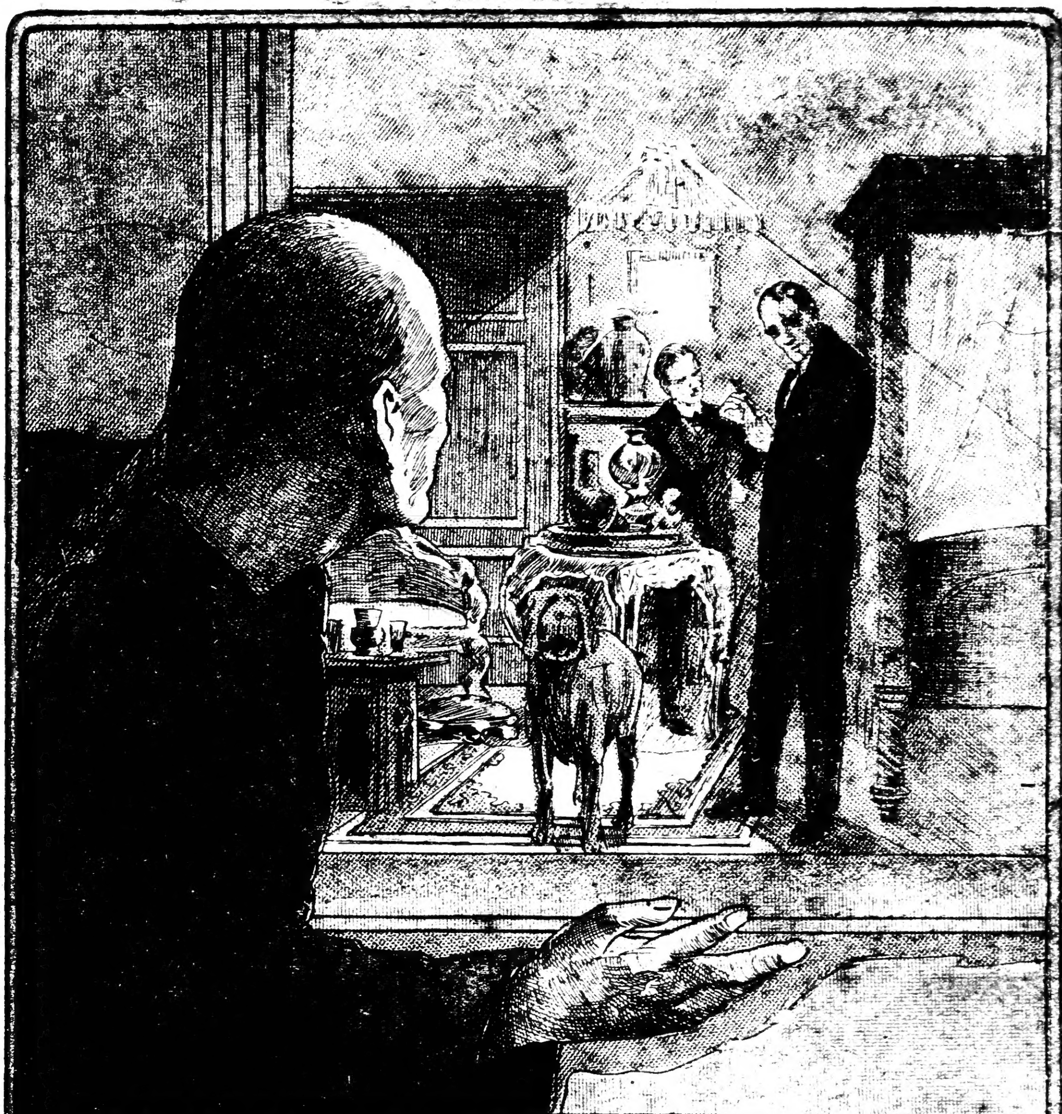
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

AGOSTO
de 1921

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION MENSUAL No. 1



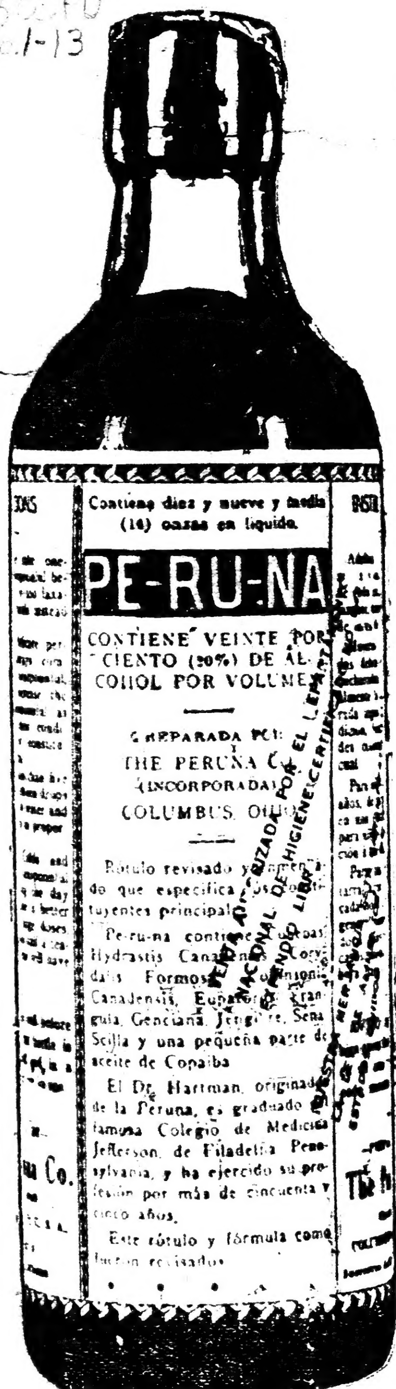
EN ESTE NUMERO:

EL CASO DE LA MASCOTA CHINA

Novela completa del gran investigador

SEXTON BLAKE

PE-RU-NA



para TOS, RESFRIOS, CATARROS AGUDOS, G. IPPE.

Para ADULTOS y para NIÑOS

INSTRUCCIONES

Los adultos deberán tomar de media a una cucharada antes de cada comida; si fuera muy laxante, tómese después, en vez de antes de las comidas.

Las mujeres y personas delicadas deben empezar con una cucharadita y aumentar gradualmente la dosis según lo permita la condición, fuerzas o peculiaridades constitucionales de cada cual.

Para los niños menores de cinco años, de cinco a quince gotas en una cucharadita de agua y para niños mayores en proporción a su edad.

Para tos, resfriados, y catarros agudos, una cucharadita cada hora durante el día hace generalmente mejor efecto que dosis mayores, y en muchos casos media cucharadita cada hora hará el mejor efecto

PREPARADO POR:

THE PERUNA Co.

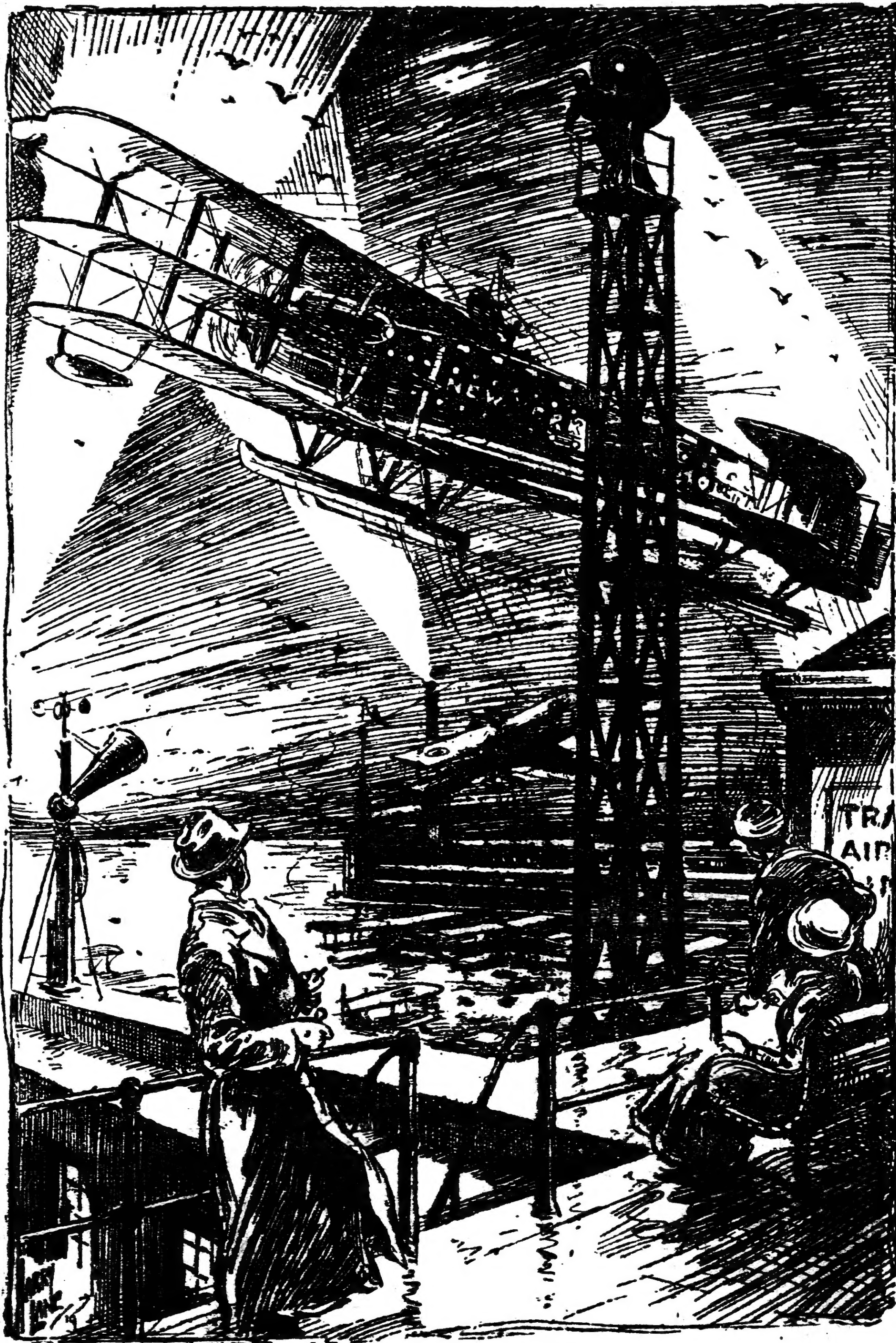
COLOMBUS, OHIO, ESTADOS UNIDOS

Pídase en las boticas. Si el farmacéutico no tuviera en existencia, rogamos que se nos escriba y enviaremos un frasco por correo.

IMPORTADORES:

DONNELL & PALMER - Moreno 550-572, Buenos Aires


Sumario



De las torres del mareodromo surgían los haces de luz que formaban el camino luminoso, indicador del rumbo que debían seguir las naves aéreas.

EL PIRATA AEREO

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR

GUY THORNE

Traducida especialmente para "PUCKY"

I

HACE algunos días uno de los principales diarios londinenses publicó el siguiente suelto:

"El gobierno nos ha asegurado que tanto para el presente como para el futuro, ha desaparecido todo peligro de piratería aérea y que los recientes acontecimientos que asombraron e inquietaron a los habitantes del país y de los Estados Unidos de América no ocurrirán más. Por nuestra parte aceptamos esta seguridad que se nos da y no creemos que otra vez se la vaya a sorprender dormido al Comisionado de la Policía Aérea del Gobierno Británico.

"Al decir esto, no es nuestra intención insinuar que Sir John Custace hubiera podido prever y evitar las tragedias consternadoras en pleno Atlántico. La prensa y el público reconocen que a sus esfuerzos personales se debe que nuestros trasatlánticos no sigan cayendo. Y al decir esto tenemos que hacer un pedido y dar una idea.

"La entera verdad sobre este asunto es conocida sólo por un hombre. Se trata, según tenemos entendido, de una historia que deja pálida la imaginación del novelista más audaz y aquellas partes que se han hecho públicas indican que existe en el fondo una historia de gran interés. Han desaparecido los tiempos de la censura y desaparecer las causas que la motivaron, damos la idea pues, de que se haga conocer del público la historia detallada de la primer hazaña de la piratería aérea que se haya cometido jamás en el aire y que esperamos será la última. Rogamos por lo tanto al hombre público que goza de más popularidad, a Sir John Cústace, que acceda a nuestro pedido relatándole, pues él es el único hombre que conoce todos los detalles."

Mientras termino mi desayuno, leo a Carlos Thumbwood, mi pequeño valet, lo que antecede.

—Aquí no dicen toda la verdad Carlos, Tu sabes del asunto tanto como yo.

—No tanto Sir John—asegura Carlos cepillando mi saco.—Por más que lo haya acompañado en la aventura.

Thumbwood era jockey cuando lo tomé a mi servicio.

—¡Va a publicar eso, Sir John?

—Depende de varias circunstancias y de una persona en particular. Tengo que pensarlo.

Así lo hice mientras me dirigía a mi oficina de Whitehall, el Scotland Yard del aire. Discutí luego el asunto con cierta dama y así fué como me decidí a escribir esta narración.

II

DURANTE la gran guerra no efectué ningún vuelo, porque era muy joven, pues contaba 15 años cuando se firmó la paz, pero la aviación me fascinaba. Mi padre, primer baronet, me dejó una fortuna regular. Murió cuando yo tenía diez y ocho años y entonces; en lugar de entrar en Oxford ingresé de cadete, en una escuela de aviación. No necesito explicar aquí detalladamente cómo, una vez recibido, me incorporé al cuerpo de aviación civil hasta llegar a piloto comandante del Servicio Aereo Trasatlántico. Para abreviar diré que a los 28 años era ayudante y a los 30 Comisionado en Jefe de la Policía Aerea Británica. Tenía que responder de mis acciones al gobierno solamente y dentro de estos límites mi poder era absoluto.

Para ser exacto, diré que fué la mañana del 25 de Junio cuando empezó a moverse el engranaje. La noche anterior me había despertado Thumbwood en medio de un sueño reparador, a eso de la una. Se había recibido un inalámbrico cifrado, de Whitehall. Estaba dirigido a mi personalmente y procedía del controlador de la línea aérea "Black Star" de Plymouth. Mi gente de servicio aquella noche en Whitehall me lo envió, considerándolo de importancia.

En cuanto estuve enteramente despierto, cesé de maldecir a Thumbwood para leer el mensaje. Decía sólo que un asunto de seria importancia requería mi presencia en Plymouth y preguntábame si podía ir en seguida.

Escribí al jefe inspector de servicio para que enviara un inalámbrico a Plymouth solicitando más detalles. Luego me entregué de nuevo al reposo. De todos modos yo tenía que ir al día siguiente a Plymouth pero

por asuntos particulares míos. Sir Joshua Johnson, controlador de la línea "Black Star" no sabía esto por supuesto, y su mensaje de media noche era sólo una coincidencia.

Podía haber ido en una hora, usando mi veloz yate de policía, pero ya había dispuesto ir en ferrocarril. Que sir Joshua esperara mi llegada para después del almuerzo.

¡Qué bien recuerdo la mañana aquella de mi partida de la ciudad! La plataforma de la estación de Paddington se hallaba repleta de gente elegante. Permanecía yo junto a la puerta de mi coche reservado del rápido de la Riviera, el soberbio tren de techo curvado, que llega hasta Plymouth sin parar en ninguna estación. Thumbwood había llenado el coche de flores: grandes ramos de lilas blancas y rosas de Abril. Por mi parte me hallaba tan excitado como el joven que emprende su primer vuelo. Esa noche iba a ser la más feliz o la mas desgraciada de mi vida. ¿Me arriesgaría al fin? ¿Pero por qué no llegaba Constanza? La señorita Constanza Shepherd, actriz adorada por Londres entero y para mí la reina de las rosas, había prometido acompañarme hasta Plymouth, donde tomaría el buque aereo que debía conducirla a Nueva York a las 8.30 de la noche. ¿Accede sabiendo lo que yo quiero decirle o es solo una prueba de amistad la que me da? me preguntaba un tanto nervioso. Yo sabía que le era simpático. ¿Por qué no llegaba? Faltaban tan sólo ocho minutos para salir el tren. Mientras mis ojos, que se esforzaban por aparecer tranquilos e indiferentes y escudriñaban la plataforma, en todos sentidos, distinguí muchas caras conocidas; de celebridades teatrales de dos o tres bellezas londinenses, la de un joven buen mozo de nariz aguileña, tal vez el empresario teatral más conocido de Londres. Los fótografos de la prensa se hallaban ocupados en preparar sus máquinas.

Había olvidado lo tremendamente célebre que era la pequeña y deliciosa Constanza y debí adivinar que le afrecerían una demostración de despedida antes de marchar a Estados Unidos.

De cualquier modo, me sentía incómodo, como lo estaba asimismo un hombre de cara afilada que miraba hostil al gentío. ¿Será amigo de ella? pensaba yo.

Llegó por fin, muy tarde, por supuesto, y tras una breve sonrisa especial para mí, tuvo que someterse a las manifestaciones públicas de rigor, mientras que yo yo... lo confieso, me metí en el coche. Ví el juego de los obturadores fotográficos, las muchachas que se abrazaban y el montón de mirones intentando abrirse paso hacia el círculo privilegiado. Un poco después apareció Constanza en el corredor del vagon y asomándose por la ventanilla continuó saludando con la mano mientras el tren se ponía en movimiento.

—Querida Constanza, ¿están ahí también los individuos de la familia real?—dije mientras ella entraba sonriente en el compartimento.

—¡Oh! son tan buenos todos que hay que corresponder.

—Creí que no llegaba usted nunca.

—Es la impresión que doy siempre, pero en realidad pongo mucho cuidado. Mi mucama estaba aquí con el equipaje hacía media hora. ¡Qué flores deliciosas me ha traído, Juan!

Recostóse en su asiento mientras el coche tomaba velocidad. Mis ojos se extasiaron ante la contemplación del cuadro más admirable del mundo entero. Constanza llevaba puesto un sencillo saco de viaje y pollera de piqué blanco, formando las lilas blancas un marco delicioso a aquella figura encantadora.

No había llegado aún el momento de decirle lo que tanto ansiaba y además me hallaba muy nervioso.

Como lo sospeché, a penas había tomado una taza de té, así es que saqué a relucir una canasta con sandwiches. A los pocos minutos estabamos como en casa.

Con el cigarrillo en la boca, me hallaba ensimismado en mis pensamientos, cuando alguien que pasó por el corredor nos lanzó una rápida mirada. Pasó ante nuestros ojos la rápida visión de un rostro trigueño y de una mirada airada.

Se trataba del hombre de cara afilada que me llamó la atención en la estación de Paddington.

—¡Ese canalla!—dijo Constanza de improviso.

Me volví a mirarla y la advertí pálida y con el entrecejo fruncido.

—¿Lo conoce?

—Sí, y lo odio.

—¿Quién es?

—Supongo que habrá oido nombrar a Henry Helphron, el que ocupó un puesto elevado en la misma profesión de usted.

Conocía en verdad el nombre de ese piloto que desplegó tan extraordinario valor y habilidad durante la guerra. Había adquirido gran reputación a la edad de veinte años y sus hazañas maravillosas formaban parte importante en la historia de la aviación. Hacía años que no efectuaba un vuelo, ocupando el tiempo en frecuentar los centros de libertinaje del West End o en su posesión de Devon o Cornwall. Era uno "que ha sido" y ahora era, con una reputación siniestra, un vago de treinta y seis años.

—Ya sé; se le llamaba el "Halcón Helphron". Ahora no sirve para nada. ¿Lo conoce personalmente?

—Hace un mes me hizo el honor de pedirme que me casara con él y desde entonces se me atraviesa siempre en el camino. No me habla, pero va al teatro y me fulmina con la mirada. Por todas partes lo encuentro, me da miedo y le odio.

Aquí se me presentaba la oportunidad ansiada y la aproveché en seguida. Ella estaría protegida contra todos los Helphrons del mundo y los demás de su calaña que acostumbran rondar la puerta de los camarines. El aviador de éxito está acostumbrado a tomar decisiones rápidas y si titubea se pierde, así que hablé.

No concierne a esta narración lo que dije a la joven mientras el rápido se deslizaba veloz; supongo que no habré sido más ori-

ginal que cualquier otro hombre, pero el resultado fué muy satisfactorio y al pasar por el puente de Exeter, éramos definitivamente novios.

Recuerdo que saqué del bolsillo del chaleco el anillo de zafiros y brillantes precisamente al pasar por la estación de Exeter como un rayo.

—¡Oh!—exclamó Constanza al advertir el brillo admirable de las piedras y agregó: —¡Pícaro! ¡No se lo perdonaré nunca!— Como no dijo la causa de aquel reproche, pedí explicaciones.

—¿Estaba usted tan seguro de mi respuesta que compró el anillo con anticipación?

—No es bueno dejarlo todo a la casualidad—dije, y le puse el anillo.

El resto del viaje lo pasamos en una charla llena de felicidad hallando el uno en el otro una cantidad de modalidades deliciosas.

Debía trabajar Constanza como un mes en Nueva York y quince días en Boston. Pronto pasaría ese tiempo, además ahora se puede hacer el viaje desde Plymouth en 20 horas y yo podría ir a visitarla una o dos veces.

Pasadas esas seis semanas, nos casaríamos.

Así quedó arreglado y cuando abandonamos el tren en la estación de Plymouth, no se veía una sola nube ni en el cielo ni en nuestros corazones.

Hallé que Thumbwood había aprovechado bien el tiempo, tan bien como su amo. El hombre ayudaba a buscar el equipaje a una muchacha muy bonita, que resultó ser la mucama de Constanza. Los dejamos en esa tarea dirigiéndonos al Royal Hotel.

Constanza partiría del Mareodromo a las 8.30 en el buque aereo "Atlantis", que era el más veloz de la Mala Real para la travesía del Atlántico. Tenía capacidad para 350 pasajeros y 150 toneladas de carga. Su tripulación ascendía a 40 hombres e iba dirigido por el capitan Swainson, uno de los pilotos más diestros. Era un hombre a quien yo conocía personalmente y estimaba mucho.

Constanza necesitaba reposo.

—Necesito estar sola para pensar en nuestro asunto,—dijo subiendo inmediatamente a su cuarto del hotel.

Quedamos convenidos en que iría a buscarla a las cinco.

Mientras tomaba un sandwich, me dió, por pensar cuál podría ser la razón por la cual Sir Joshua me envió su inalámbrico a media noche a una hora en que todos los señores ancianos y obesos como él, se hallan entregados al reposo. Había ordenado a mi gente en Whitehall que solicitaran datos pero no tenía intención de ocuparme del asunto hasta no haber arreglado mis asuntos particulares con Constanza.

Por lo tanto, aquella mañana, antes de emprender el viaje, había enviado un mensaje a Whitehall anunciando que salía para Plymouth y que allí me enteraría del asunto.

El ayudante Murr Lockhart comprendería perfectamente y era capaz de desempeñarse con eficacia en caso necesario.

El bar del hotel se hallaba repleto, como de costumbre, por infinidad de oficiales de marina. No encontré ningún conocido entre ellos hasta que por fin, se abrió la puerta de improviso apareciendo por ella un hombrecillo de acero, sudoroso, vestido con el uniforme negro y plata de mi cuerpo. Er.. Lashmar, Superintendente de Pilotos, jefe de la patrulla del Océano, estacionada en Plymouth. Gozaba de muy buen concepto siendo digno de la mayor confianza.

Se dirigió al mostrador pidiendo un vaso grande de ginger beer helada y entonces, aproximándome a él, le puse la mano en el hombro. Rápido como el rayo, se volvió y al ver de quién se trataba la expresión de ansiedad en su rostro se trocó en satisfacción.

—¡Gracias a Dios que ha venido, señor!—dijo saludando.—Toda la mañana hemos estado haciendo señales a Whitehall y por toda respuesta nos decían que usted estaba en camino. He hecho una docena de viajes a la oficina de la "Black Star Line".

—Llegué en el tren, señor Lashmar,—dije comprendiendo en un instante que se trataba de algo importante y que había estado haciendo falta. A Sir Joshua Johnson no lo tenía en cuenta, pero cuando mi gente hacía señales, era otra cosa.

—Creímos que vendría en su yate y hemos mandado mensajes en la esperanza de que le llegaran en camino.

—No pude venir en el yate porque tenía un asunto importante que resolver. De cualquier manera aquí me tiene ya. ¿De qué se trata?

—¿No ha oido nada, señor? — preguntó asombrado.

De nuevo maldije mi suerte, pero no quise venderme.

—Vamos a ver a Sir Joshua Johnson en seguida, fué todo lo que dije.

—Eso será mejor señor y luego se le enterará de todos los detalles. Aquí tengo los apuntes. Creo haber tomado todas las medidas necesarias, pero claro está que aguardábamos a usted, para proceder en regla. Como podrá figurarse, Sir Joshua está fuera de sí.

—No es de extrañar,—dije para ganar tiempo, pues no entendía nada de aquello, y tenía que andar con tiento para que no lo notaran.

Un minuto después nos hallábamos en Hoe, rumbo a las magníficas oficinas de la línea de aeronaves.

III

Al entrar a ver a Sir Joshua, pasé por entre infinidad de gente que se hallaba aguardando en la sala de espera y en la secretaría.

Advertí una excitación inusitada en aquellos hombres, que cuchicheaban a mi paso:

—Ese es Sir John Custace.

—¡Es el Comisionado de la Policía Aérea!

—Habrán llegado noticias...

Eso decían.

Se hallaba Sir Joshua sentado en un magnífico despacho, cuya ventana mira a Drake's Island, a la que hace fondo el monte Edgecombe.

Sir Joshua era un hombre setentón, alto y corpulento, de rostro sanguíneo surcado en las mejillas por pequeñas venas azules, de ca-

bello blanco y patillas cerradas. Había sido uno de los primeros pioneers del comercio aereo, obteniendo luego como recompensa la dirección de la mejor flota del mundo y muchos millones de pesos en su haber. Era un hombre recto y habil, siendo sus únicos defectos un poquito de pomposidad y el creer que el Comisionado de P. A. de la Gran Bretaña era algo así como un servidor sin sueldo, de la "Black Star Line".

Aquella tarde, sin embargo, olvidó Sir Joshua su pomposidad, mientras estrechaba la mano de su visitante.

—¡Gracias al cielo está aquí ya, Sir John! ¡Estoy verdaderamente preocupado! Supongo que estará de acuerdo conmigo en que el asunto es gravísimo.

A lo que repuse diplomáticamente:

—Acabo de ver a Lashmar y deseo ahora oir de sus labios de usted, la versión del caso.

—Tome asiento,—dijo indicándome un sillón. Ofreciéndome un cigarro, comenzó a leer en voz temblorosa un papel que sacó de un cajón de la mesa:

—El "Albatross" salió de Nueva York ayer por la mañana a eso de las 7 a. m., hora americana, esperándosele por consiguiente en Plymouth a las 6.30 de Greenwich. Además de la correspondencia, llevaba la nave 200 pasajeros y asimismo, aunque sólo conocido por unos pocos oficiales, un paquete de brillantes del Brasil, muy finos, procedentes de Tifany de Nueva York para Aaron y Harris, joyeros de Hatton Garden de Londres. Las piedras se hallaban depositadas en la caja de seguridad, bajo la custodia del tesorero.

"Varios buques, de los que se tiene la lista completa, avistaron al "Albatross" durante el día, cambiando señales, mientras que éste fué avisando por inalámbrico el sitio donde se hallaba, valiéndose de los pontones-faros a su paso. Estos, como se sabe, están separados entre sí por cien millas de distancia y se extienden desde Fastnet hasta Long Island, ligándose por cable a nuestro departamento telegráfico privado. Las esferas señalan grado por grado, la posición exacta de cada una de nuestras naves aereas, cuyos datos se van archivando en una cinta bajo cada esfera, siendo examinadas éstas cada una o dos horas."

Yo sabía todo esto y lo que deseaba era que Sir John entrara de una vez de lleno en el asunto. Sin duda debió advertir esto en la expresión de mi fisonomía, pues exclamó en son de disculpa:

—Pensé que sería bueno ir preparando un artículo breve para la prensa, pues aunque todavía no se haya enterado de nada, no podremos reservarlo mucho tiempo y lo que leo ahora, es el borrador de ese artículo. Deseo que usted especialmente me de su opinión, por si hay que corregir algo.

Incliné la cabeza y Sir Joshua continuó:

—"Ayer a las diez de la noche, el empleado recorrió las cintas indicadoras de la posición de cada nave y al llegar a la del "Albatross", se encontró con que no había enviado aviso por espacio de dos horas, siendo el último dato, que había hecho señales al faro A 70, anunciando que todo iba bien. Es raro que ocurra semejante cosa, pues nuestra organización es perfecta, así que nuestro empleado, alarmado, dió aviso del hecho a su superior.

"Se envió entonces un llamado general a todas nuestras naves aéreas y a los pocos minutos llegaron las respuestas anunciando que ninguna de ellas había avistado al "Albatross". Una señal al pontón-faro A. 71, por donde debía haber pasado el "Albatros" después, dió por resultado un despacho anunciando que el "Albatros" no había hecho señales a dicho faro.

"El personal nocturno se alarmó seriamente entonces, pues a las once de la noche se habían concluido de recoger todos estos datos, y sabiendo uno de los jefes que yo asistía a la representación del Royal Realm, con Lady Johnson y mis hijas, despacharon para allí a un mensajero que me encontró al terminar la función. No llevaba en la oficina ni cinco minutos cuando empezaron a llegar las noticias más sensacionales y extraordinarias, provenientes de nuestra estación receptora.

"El capitán Pring, uno de nuestros pilotos más hábiles, comandante del "Albatross" envió él mismo un mensaje que decía: " A la caída de la tarde se encontró el "Albatross" volando a unos diez mil pies de altura, divisándose el pontón-faro A.70 a unas veinte millas al frente. No había otros buques aéreos a la vista cuando el vigía anunció una nave que se aproximaba a gran velocidad en dirección Este.

"El "Albatross" volaba a razón de noventa nudos, y al aproximarse la nave extraña, se vió que era más pequeña y que marchaba a una velocidad increible. Pring asegura que hacía 16 a 18 millas por minuto, pero probablemente hay un error. El buque, que no llevaba luces, no hizo señales al pasar como un relámpago a media milla del "Albatros" describiendo espirales con suma facilidad.

"Luego, sin aviso previo, comenzó a hacer disparos sobre nuestra nave, y el primer tiro hizo volar la antena del inalámbrico".

¡Estas si que eran noticias sensacionales! Tuve que hacer esfuerzos inauditos para no romper en preguntas. Jamás había sucedido nada parecido desde que se estableció la Liga de las Naciones. Aquello podía significar una nueva guerra.

Sir Joshua se había interrumpido para beber un vaso de agua. Comprendía tan bien como yo, la inmensa gravedad de la noticia y su voz continuó temblorosa al reanudar la lectura.

"El "Albatross" se hallaba indefenso, puesto que el acuerdo internacional concede ir armados sólo a los buques aéreos, militares, navales y policiales. La huida era imposible y la pérdida de la antena impedía pedir socorro. El buque anónimo dirigió una ametralladora hacia el timón haciéndolo volar. Pring se vió obligado a dar órdenes y la nave aérea empezó a planear en descenso, seguida por la otra. Fuese a ubicar el enemigo a menos de doscientas yardas del "Albatross", una vez que ambos reposaron sobre las aguas.

Luego hizo señales por el alfabeto Morse, con una bocina Klaxon, anunciando que abordarían al "Albatross" y que si el capitán y la tripulación ofrecían la menor resistencia, harían volar la nave. Por una ventanilla de proa se vió descender entonces un bote plegadizo, tripulado por cuatro hombres armados de pistolas automáticas de gran calibre. Llevaban caperuzas de pilotos y máscaras con ojos de mica, así es que era imposible identificarlos. Pring no podía hacer nada. Debía tener en cuenta el riesgo que corrían los pasajeros se resistía. Los recién llegados se apoderaron de las joyas de las mujeres y limpiaron la caja de hierro: diez minutos después se hallaban de regreso en su nave. Levantóse ésta partiendo en la oscuridad a doscientas millas por hora, dejando al "Albatros" indefenso en el agua.

"Afortunadamente los focos de la nave funcionaban bien e hizo señales hasta que la vió un vapor de carga, el "San Isgo", que hacía la travesía de Baltimore a Cadiz. Este ha recogido los pasajeros, pero como hace sólo quince nudos, he despachado una de nuestras naves para que los recoja. Los pasajeros deben llegar por lo tanto, mañana por la mañana".

"El "San Iago" está provisto de una instalación radiotelegráfica así es que ha podido comunicarse no sólo con nosotros, sino con el yate aéreo "Mayflower", al que avistó a una altura de cuatro mil pies a eso del amanecer. Pertenece este yate al millonario de Filadelfía señor Van Adams, que se encuentra en viaje hacia Inglaterra acompañado de unos cuantos amigos. Al recibir la señal, bajó junto al "San Iago", recogiendo de allí al comandante Pring y al segundo oficial. Deben llegar éstos, esta tarde a la hora del té. Entonces conoceremos más detalles de este deplorable asunto sin precedentes.

—¿Y el "Albatross", sir Joshua?

—Se dejó en él a un reducido grupo de hombres y, al anochecer, enviamos un buque con operarios, así es que probablemente esta noche estará en condiciones de emprender el vuelo de regreso.

Por fin conocía yo todos los datos concretos y aún antes de concluir sir Joshua su relato, mi imaginación trabajaba con ahinco. Esto, probalemente, causaría gran alboroto. Dentro de 24 horas, Inglaterra y América estallarían de indignación, y todos los aviadores, desde los capitanes de la Mal Real "Londres Brindisi-Bombay", a la "Trans-Atlantic Line" y hasta la más modesta nave deportiva, nos llenarían de reproches.

—Muchas gracias, sir Joshua, — dije. — La narración es breve y clara. No puede ponérsele pero.

—¿Cree usted sir John?...

—Por mi parte, no alteraría una sola palabra.

Así evité una situación que me hubiera resultado un tanto incómoda. Me levanté:

—Debo retirarme, sir Joshua, pues tengo mucho que hacer. Ya se han dado algunos pasos al respecto y esta tarde le podré decir lo que hemos adelantado. Veré al capitán Pring en cuanto llegue el "Mayflower", pues nuestro plan de campaña se desarrollará según las noticias que nos traiga.

Me esperaba Lashmar en la antesala y tomándole de un brazo, salimos a la calle.

—Acabo de conocer los detalles completos, Lashmar y me han dejado mal impresionado. ¿Hemos adelantado algo?

—Esta mañana a las dos y treinta, envié dos de nuestras naves a hacer un recorrido extenso. Se hallan aún en la tarea, avisando cada hora, pero hasta el momento no han hallado nada. Por ningún lado aparece la nave desconocida. Yo mismo he salido a recorrer las costas de Irlanda y las Scylas, más por fórmula que por otra razón. He telegrafiado el asunto a Estados Unidos.

—Muy bien: ¿Y qué han respondido de aquel país?

—Las naves de policía de allí vigilan desde Cape Breton hasta las Bermudas, pero parece que aún no se ha descubierto nada.

—¡Es claro! ¡Es como si quisiéramos hallar una aguja en una bolsa de paja, teniendo en cuenta lo enorme del área. Pero, según me parece, serán ellos los que tengan que darse por vencidos, no nosotros.

—¿Lo cree así, señor?

—Por supuesto. Se trata de un acto temerario de piratería, preparado con gran habilidad, contando los piratas con una nave extraordinaria que sale de lo común. No existe en Inglaterra fábrica alguna en que se puede construír semejante aparato. Esto es asunto norteamericano.

Hablando así habíamos cruzado el Hoe, en dirección a la ciudadela y llegábamos ahora a un edificio de piedra, que servía de cuartel de la P. A. Se halla ubicado éste al borde de la barranca. Al entrar, el centinela de policía nos presentó armas.

—Haga señales a Southampton—ordené—y procúrese un par de naves veloces, prontas para la acción y con servicio de bombas y municiones, completo. No se puede hacer nada hasta no tener los datos del capitan Pring, ¿Se le ocurre a usted algo, Lashmar?

Este movió la cabeza negativamente. Era vivo como un perro fox-terrier y ya se había desempeñado en este asunto con prontitud y criterio. En ese momento llegó un ordenanza a la terraza y me entregó un papel. Leí en alta voz:

—"El yate aéreo "Mayflower" acaba de pasar por Saint Mary a noventa nudos".

Lashmar sacó la cuenta rápidamente.

—Veinticinco millas al oeste-sud-oeste de Land's End. — agregó — y otras setenta... Estará aquí antes de una hora, señor.

—Entonces sálgale al encuentro, Lashmar y escóltelo hasta aquí. Nadie tiene que hablar con el capitán Pring antes que yo, ni aún Sir Joshua o cualquier otro de la "Black Star". Dé ordenes terminantes al respecto, pero tenga cuidado de tratar al señor Von Adams con mucha cortesía, pues es un hombre que puede comprar la buena voluntad del mundo entero con dinero contante y sonante. Hágale creer que al escollar su yate, es objeto de una distinción del gobierno

Lashmar no gustaba palabras inútiles. Comprendió précisamente y calló rápidamente.

Allá abajo se extendía el Mareodromo más grande de la Gran Bretaña; un muelle dentro de otro, rodeado de gruesos muros de piedra. En tiempo borrascoso, cuando el Sound se pone tan turbulento, el Mareodromo se halla en calma absoluta, como si se tratara del lago de un parque.

En medio se hallaba el espléndido "Atlantis" en el cual Constanza debía hacer el viaje.

Sonó una campana, se oyó un murmullo confuso desde un túnel, a mis pies, por donde descendió veloz hacia el mar, el coche que llevaba a Lashmar. Oí el crugido del semáforo detrás de mí, en el techo de la estación. Al otro extremo del mareodromo se hallaba nuestra nave de patrulla, número 1, con sus franjas rojas y blancas, sus cañones de popa y proa, las hélices mellizas brillando a la luz del sol.

El semáforo fué avistado a los cinco segundos. Mirando con unos anteojos ví que la máquina se hallaba funcionando ya cuande Lashmar saltó a una lancha y cruzó el agua dejando una estela blanca bordeada de espuma. Se halló a bordo en menos tiempo del que empleo en escribirlo.

Oí el jadear de las máquinas. El patrullero número 1 se deslizó sobre el agua, hasta rozar a penas la superficie, levantándose poco a poco.

Contando con que mis hombres me secundarían admirablemente, disponía de tres cuartos de hora y el Royal Hotel se hallaba a menos de cuatro minutos de distancia.

Recordando que en mi carácter de Comisionado en Jefe, en un caso de crisis tenía dominio absoluto sobre todos los puertos de Inglaterra, pensé que sería bueno cerrar el Mareodrome, preparándonos para la llegada del "Mayflower". De esa manera estaría seguro de que nadie vería al capitán Pring antes que yo y si había necesidad de detener la nave de la "Royal Mail" media hora, nadie podría quejarse, en vista de las circunstancias especiales.

Del Royal Hotel hablé por teléfono dando orden de que nadie saliera o entrara en el Mareodromo de Plymouth sin mi permiso. Luego pasé a los jardines de invierno y hallé a Constanza sentada junto a una mesita, oyendo la orquesta de señoritas.

—Tengo cuarenta minutos a mi disposición, querida,—dijo poniendo el reloj en la mesa.

Inmediatamente olvidé todo lo concerniente al "Albatross", al capitán Pring y la misteriosa aeronave pirata del Atlántico. Sabiendo lo que ahora sé, me sorprendo de haber tomado con tanta calma un asunto, que jamás se me hubiera imaginado que tuviese algo que ver con mi vida privada.

¡Si en ese momento me hubiera sido dado explorar el porvenir!

IV

El comandante piloto Pring, aunque de origen inglés había pasado la mayor parte de su vida en Norte América. Cuando me entrevisté con él, Van Adams el multimillonario y Rickaby, el segundo oficial del "Albatross", el rostro del piloto estaba pálido de fastidio y de disgusto.

—Ahora señores,—dije una vez sentados, —le haré algunas preguntas al comandante Pring. Conozco por Sir Joshua los datos en conjunto, pero necesito todos los detalles. No los voy a detener mucho tiempo, pero supongo que se darán ustedes cuenta de que me era necesario interrogarlo antes de que lo viera cualquier otro.

—¡Por supuesto!—exclamó Van Adams, hombre grueso, de ojo escudriñador y mandíbula firme.

—Este es un asunto extraordinario,—capitán Pring,—continué—pero gracias a Dios no se ha perdido ni el buque ni las vidas de los pasajeros. Yo se todo el cariño que siente usted por el "Albatross".

—Para mí es padre, madre, hermana, ¡todo!—dijo Pring enrojeciendo de ira. Escojo de sus palabras las que no hieran los oidos delicados, pues las que omito, resultarían domasiado expresivas. — ¡Esto pasa por primera vez en la historia de la navegación aérea y ha sido a mi tan luego a quien le sucede! ¡Piratería a sangre fría, en pleno espacio! ¡Cuándo me encuentre con ese perro leproso de capitán pirata, no le voy a dejar ni piel ni carne que cubra ese pedazo de roca que tiene por corazón!

Le dejé desahogarse, pues es peligroso tratar de contener a un hombre como Pring.

—El capitán tiene razón en estar furioso, —dije.

—¡Por supuesto!—asintió Van Adams.

Luego entramos a discutir de lleno el asunto.

—La extraña aeronave, capitan Pring, se les aproximó del lado oeste, ¿no es eso?

—Así es sir John. ¿Sirve eso de indicio?

—En esa dirección podría llegar de Europa, pero tal vez fuera una treta y lo probable es que anduviera por allí, aguardando.

—Es muy curioso que ninguna de las naves aereas norteamericanas y canadienses que durante treinta horas pasaron continuamente por ese radio, la hayan descubierto en ningún sitio. La policía aerea de E. U. ha hecho averiguaciones en todas las naves trasatlánticas que se han registrado así como también en las costaneras. Ni una sola ha avistado aquel extraño buque y desde Cape Race a Charleston, el aire se halla plagado de aeroplanos y aeronaves, como manga de langostas. ¿No es así señor Van Adams?

—Por supuesto, capitán Pring.

—Bueno, dejaremos eso por el momento. Tengo entendido que la nave en cuestión tenía algunos rasgos curiosos ¿Cuáles eran? — pregunté.

—En primer lugar, es la mas veloz de cuantas he conocido. Un piloto de mi experiencia no se equivoca fácilmente. Tiene cuatro hélices y puede hacer doscientas cuarenta millas por hora, sin viento favorable: ¡conste!

—¡Casi tres veces más que la velocidad de un huracán!—exclamé.

—Jamás ha existido un aeronave tan veloz y no lleva una tripulación mayor de doce a quince hombres, según mi opinión, ocupando el resto del espacio la maquinaria y el petróleo. Medirá más o menos el doble que una de sus naves patrulleras.

—Esto simplifica mucho nuestro campo de acción,—dije—pues no se puede construír un aparato de esas condiciones sin que se deje rastro.

—Así me parece,—apoyó el capitán Pring. —He aquí otro punto curioso Sir John, pero Dios sabe que digo la verdad y el señor Rickaby le dirá si no es cierto—y miró al segundo oficial, que era un muchachón de cara bronceada y simpática.

—Todo lo que dice el capitan es perfectamente exacto, Sir John,—aseguró éste.

—No lo dudo. Sé muy bien que usted no se puede equivocar, Pring y no le ofenderé suponiendo que es capaz de inventar una novela. Adelante: ¿de que se trata?

—El hombre que la guia, o el que la construyó ha resuelto el problema de la máquina silenciosa. La nave podría pasar en noche oscura a doscientas yardas de usted, sin dar ni el menor indicio de su presencia.

Desde ese momento ví la cuestión en sus verdaderas proporciones, comprendiendo que el aire ya no ofrecía seguridad. Un tigre cebado en libertad no era más peligroso. Los otros tres hombres comprendieron que me daba cuenta de la gravedad del caso.

—Dígame algo sobre los bandidos que subieron al "Albatross" para robar en él.

—Iban enmascarados así es que no fué posible reconocerlos y estaban armados hasta los dientes. Los hubiéramos volteado bien pronto, así mismo, a costa de una o dos vidas, pero nos amenazaba la nave pirata. ¿No procedí bien Sir John?

La voz del comandante temblaba y en su rostro se notaba la ansiedad que le dominaba.

—En su lugar yo hubiera hecho otro tanto. Pring, pues ante todo era su obligación pensar en la seguridad de las mujeres y los niños puestos bajo su custodia. No dudo de que la compañía tendrá eso en cuenta, así como también el gobierno y del mismo modo el público cuando llegue a enterarse. Ahora, algo mas sobre esos hombres: ¿eran norteamericanos o extranjeros?

—No hablaron sino lo necesario para dar órdenes, pero sin embargo dijeron lo suficiente para convencerme de que son ingleses y lo que es más, de buena clase social. Se trata de hombres educados que debieron ocupar buena posición.

Habló entonces el segundo oficial:

—El capitan Pring está en lo cierto, señor,—dijo con modestia. — Juraría que varios de ellos han sido universitarios.

—Usted lo fué también en Harrow, así es que puede juzgar. — repuse.

En realidad el detalle era digno de que se le analizara con calma.

—Y luego, al cabo de unas horas, — continuó Pring, — el "San Iago" nos recogió por fin. Después de esto avistamos las luces del yate aéreo del señor Van Adams, que en respuesta a nuestra señal, bajó y nos recogió a mí y a Rickaby.

—Por supuesto,— dijo el lacónico millonario.

—Esta noche tenemos que conversar largo, capitán Pring, — dije. — Ahora debo ir a ver a sir Joshua. Por lo pronto les pido a los tres que me den su palabra de honor que no darán a nadie detalle alguno sobre la apariencia y velocidad de la nave, así como de que sus máquinas eran silenciosas o que sospechen ustedes que los piratas sean ingleses. Eso es muy importante y debo insistir en hacer de ello una orden, valido del poder que me confiere el Secretario de Estado. Como la orden no puede rezar con usted, sir Van Adams, ya que ha sido usted tan bondadoso prestándonos su ayuda, no dudo de que me dará también su palabra: comprenderá la importancia...

Van Adams iba a usar su frase de uso corriente; ya la veía llegar, cuando variando de idea, dijo en cambio:

—Con mucho gusto.

Los dos pilotos prometieron también guardar reserva.

Salimos juntos de las oficinas y al cruzar la terraza, Pring señaló hacia abajo, al Mareódromo, donde se hallaba el yate del millonario, espléndido aparato pintado de amarillo y negro.

—El "Atlantis" sale hoy, — dijo significativamente.

—Lo va a escoltar una patrulla armada hasta que encuentre una de las naves patrulleras americanas. Supongo que no cree usted que haya peligro.

—No, sir John, —repuso, — no creo que sea tan grande el peligro ahora pues se comprende que el pirata se dará cuenta que se hallan empeñadas en encontrarle las naves aéreas de ambos hemisferios. Si se le ocurriera ensayar durante estos días alguna nueva hazaña, tendría tanta probabilidad de salvarse como las que tiene un hombre gordo de no ser comido por los salvajes, en las islas Fidji.

—Eso es lo que pienso.

—Debe estar tranquilo respecto al "Atlantis". Además, como dice usted, irá escoltado.

—Por supuesto, — dije involuntariamente.

Ambos echamos a reir.

—Le espero en el Royal Hotel a las diez y media,—dije.—Pasaré la noche allí.

Jamás olvidaré aquella cena con Constanza. Uno de sus grandes encantos era su genio alegre. No se trataba de frivolidad. Su carácter era el resultado de una conciencia que se hallaba en paz con todo el mundo. Mi novia sabía que existe una parte sombría en la vida pero el mal se deslizaba junto a ella sin tocarla. Fué tal vez su sencillez, el valor

alegre, confiado, que llevaba como una bandera a través de la vida, lo que la ayudó a obtener su gran éxito. El público británico admiraba el trabajo de otras artistas, pero a Constanza Shepherd la tenía junto al corazón.

Como siempre, se mostró alegre y oportuna durante la comida. Hice esfuerzos para mostrarme lo mismo, pero me era casi imposible; estaba preocupado y no podía ocultarlo.

—Querido Juan, — dijo de improviso.— ¿Qué le sucede? ¡Está triste y hace esfuerzos para no demostrarlo!

—¿Cómo puedo sentirme feliz, querida, si se va usted dentro de una hora?

Ella movió la cabeza.

—No es eso; no me puede engañar. A mí tampoco me hace gracia la separación, pero se trata de una breve ausencia de sólo seis semanas.

—Bueno, para decirle la verdad, he recibido noticias que se relacionan con mi cargo, que me han emocionado. Se trata de un problema de organización que debo resolver en seguida. Perdone usted, querida.

—Si no fuera usted lo que es, no le hubiera dado el sí. A su edad nadie logró llegar a una posición como la que usted ocupa y yo se que ha luchado mucho. Me gusta que se preocupe de su trabajo.

Concluimos la comida, sin embargo, de mejor talante, dirigiéndonos luego al Mareódromo.

El equipaje más pesado de Constanza, había marchado hacia una semana por vapor. Las dos balijas que llevó consigo desde Londres, se hallaban ya a bordo del "Atlantis" y la mucama María y Thumbwood llevaban dos balijas de mano.

Era una tarde admirable. El sol al ponerse había dejado en el cielo resplandores rojizos y dorados. La música de una banda que tocaba en el muelle llegaba dulcemente hasta la estación de la P. A.

Jóvenes y niñas en trajes primaverales caminaban por el paseo y la luna, en forma de hoz, empezaba a mostrarse sobre Devonport y el Hamoaze.

Bajamos en el coche eléctrico y llegamos al "Atlantis" que se hallaba con sus tres cubiertas deslumbrantes de luces. Un mayordomo condujo a Constanza y la mucama a su camarote, mientras iba yo en busca de mi antiguo camarada, el capitán Swainson.

Lo encontré solo en la cabina, con una taza de café fuerte a su lado y mordiendo un cigarro apagado. Comprendí en seguida que ya le habían llegado los rumores alarmantes.

—¡El hombre que necesitaba!—exclamó alzando de su silla al verme entrar y estrechándome calurosamente la mano. — Supe que usted estaba aquí y tenía intención de no partir sin verlo. ¿Qué sucede? Sir Joshua está fuera de sí, las oficinas revueltas y Seth Pring ¡maldito sea! no dice una palabra.

Comprendí que no conocía más versión del asunto, que la que había llegado a oídos de Sir Joshua. El buen hombre se hallaba indignado, pero relativamente tranquilo y dispuesto a mirar el asunto bajo la faz más favorable.

Me pareció que de nada serviría relatarle la cuestión detalladamente. Bastaba con que le diera los pormenores al comandante Lashmar, que dirigía la escolta.

—Lo voy a hacer acompañar hasta la mitad del camino,—dije.—Lashmar irá en la nave patrullera No. 1. Va ésta bien armada y ya sabe que ese hombre es el mejor tirador en servicio, habiendo adquirido gran experiencia en la guerra.

—¡Qué necesidad de escolta!—dijo el capitán.—No se en qué estaba pensando el viejo Pring para dejarse despojar de ese modo! Pero claro está que se hará lo que usted diga, Sir John.

—Yo tampoco creo que haya mayor necesidad de escolta. Swainson, pero como el asunto va a hacer ruido, es mejor, por las apariencias. Ahora le voy a confiar un secreto: estoy comprometido para casarme y la joven se halla a bordo de su nave y volará con ustedes a Nueva York esta noche. Deseo que usted la cuide por mí.

—Preséntemela en seguida Sir John. Ya sabe que para mí será un verdadero placer procurar que lo pase lo mejor posible.

Salimos en busca de Constanza y la hallamos en el salón de concierto escuchando la música dulce y quejumbrosa de antiguas canciones inglesas. Cuando llegamos tocaban "The Last Rose of Summer". No soy emotivo, pero cuando escucho hoy esa música... gracias a Dios que no es amenudo... salgo de la habitación.

V

A LAS nueve menos cuarto me hallaba en el Hoe viendo los preparativos del "Atlantis" para emprender su vuelo hacia Norte América. Las luces de navegación que se hallaban encendidas en su totalidad así como las que se escapaban por los innumerables ojos de buey, formaban un collar de amatistas bajo las inmensas alas grisáceas.

Luego, desda las torres del Mareodromo, se proyectó al espacio la "ruta luminosa", avenida de luz blanca e igual, que debía servir para guiar el trasatlántico a su salida.

Desde el techo de la estación de la P. A., la bocina de aire comprimido se dejó oir tres veces. Así lo había dispuesto yo; era mi adiós a Constanza.

El viejo Swainson respondió con su Klaxon y luego, el trasatlántico comenzó a deslizarse por el agua. El "Atlantis" describió espirales ascendentes hasta diez mil pies de altura y un momento después no era más que un punto en el cielo.

En el momento que lo perdí de vista, el buque patrullero se levantó a seguirlo. (es-

apareciendo a poco, entre las sombras de la noche.

Eran las diez cuando me hallé libre, y me dirigí al Royal Hotel, cansado de cuerpo y de alma.

Me esperaba mi valet Thumbwood en el hall. Me acompañó al cuarto donde me tenía preparado un baño tibio. Cinco minutos de baño, luego unas friegas enérgicas, una muda de ropa interior, mi traje de casa, una taza de jugo de carne con una cucharada de whisky y un cuarto de hora después me sentí otro hombre.

Bajé a encontrarme con el comandante Pring y al llegar al salón me di cuenta de que la noticia andaba ya de boca e boca.

Compré uno de los diarios de la tarde donde se comentaba el hecho y constaté que partiendo de poca base, el asunto había sido ampliado al paladar del cronista. No se conocía la verdad, pero de cualquier modo la noticia era sensacional.

Pring y yo cenamos juntos y tuvimos una larga charla confidencial. Quedé informado de cantidad de nuevos detalles que no es del momento mencionar.

El digno capitan se fué a las doce y yo me retiré a la cama.

Thumbwood dormía en un cuarto que comunicaba con el mio. Al lado de su cama se hallaba instalado un teléfono arreglado de manera que estuviera toda la noche en comunicación directa con la estación de la Policía Aérea.

Thumbwood tenía orden de recibir cualquier aviso y trasmitírmelo en caso de que fuera muy importante.

De improviso me desperté. La luz estaba encendida. Eran las 2.30 a. m. Thumbwood se hallaba junto a mi lecho.

—Sir John,—dijo con ronca voz,—ha llegado un despacho.

Una mirada a la cara del muchacho fué suficiente.

—¿Malas noticias?

—¡Terribles Sir John!

—Adelante!

—Dice así: El "Atlantis" atacado a doscientas millas al oeste de Cork. El capitan Swainson y cuatro hombres más, muertos. El patrullero número 1 desarbolado. El comandante Lashmar y la mayoría de la tripulación, muertos..." El despacho ha sido enviado por dos sobrevivientes que lograron componer el inalámbrico.

Dos veces intenté hablar pero tenía la garganta seca. Thumbwood comprendió, sin embargo lo que quería preguntarle.

—La señorita Sir John y la mucama...

—¿Muertas también?

—No Sir John. Fueron tomadas de entre todos los pasajeros y las llevaron a la nave pirata que desapareció con ellas.

* * *

El segundo episodio de esta obra, que consta de cuatro, se publicará en el próximo número.



Cliente: —Necesito un par de guantes para mi esposa.
Vendedora: —Sí, señor. ¿De qué color?
Cliente: —De cualquiera. Lo mismo da.
Vendedora: —¿De qué número?
Cliente: —Poco importa. Estoy seguro que de cualquier modo ella va a venir a cambiarlos... (De "The Passing Show").

La sabiduría de los grandes hombres

Unos cuantos pensamientos

El azar hace los hermanos y la virtud, los amigos.—Dorat.

* * *

La sabiduría sirve de freno a la juventud, de consuelo a los viejos, de riqueza a los pobres y de ornato a los ricos.—Diógenes.

* * *

Todas las pasiones son buenas cuando uno es dueño de ellas, y todas son malas cuando nos esclavizan.—Rousseau.

* * *

Para apreciar bien la vida es preciso estar tranquilo; nuestra alma, como el mar, no puede reflejar sus orillas cuando está agitada.—Nablelek.

* * *

Cuando uno tiene motivos de queja de un amigo, debe separarse de él gradualmente y desatar más bien que romper los lazos de la amistad.—Caton.

* * *

No hay hombre que no sea visitado por la fortuna una vez en la vida pero si la fortuna no le encuentra dispuesto a recibirla, no hace más que entrar por la puerta y salir por la ventana.—Rayib Bajá.

* * *

Pocos estómagos son capaces de digerir una gran fortuna; un mal alimento no engendra tanta corrupción en los cuerpos como los honores en almas bajas y despreciables.—Felipe II.

* * *

La virtud no teme la luz, antes desea siempre venir a ella, porque es hija de ella y criada para resplandecer y ser vista.—Fr. Luis de León.

* * *

La imaginación desempeña en la complexión humana el papel de Mercurio; ella preside a todo, y por ella es el hombre muy bueno o muy malo.—Heine.

* * *

La belleza de un objeto, sea el que fuere, así en artes como en literatura, consiste en la hermosura de su conjunto, en la conformidad de las partes con el todo y del todo con su destino.—Heratry.

El hambre mira a la puerta del hombre laborioso, y no se atreve a entrar.—Tolstoi.

* * *

Es tan difícil ser justo, que la prudencia aconseja ser indulgente.—Caton.

* * *

La Humanidad, contrariando las leyes de la óptica, tiende a agrandar lo que está lejos. —Herschell.

* * *

Por una ley constante, jamás puede el malvado gozar en este mundo de una felicidad pura.—Juvenal.

* * *

Los verdaderos amigos aguardan a que se los llame en la prosperidad; en la adversidad, ellos mismos se presentan.—Ciceron.

* * *

El origen de todos nuestros bienes reside en nosotros mismos: nuestras necesidades son nuestros placeres, y éstos son dependientes de nuestros sentidos.—Milton.

* * *

Si la finura no inspira siempre la bondad, la equidad, la complacencia y la gratitud, da al menos su apariencia, y hace aparecer al hombre al exterior como debiera ser interiormente.—Maeterlinck.

* * *

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.—Miguel de Cervantes Saavedra.

* * *

¡Honrad a las mujeres! Ellas siembran de rosas el camino de nuestra vida, forman los lazos afortunados del amor y, bajo el púdico velo de sus gracias, riegan con mano sagrada la flor inmortal de los nobles sentimientos.—Schiller.

* * *

Nada exige tanta economía como nuestra generosidad. Debiéramos distribuír nuestros posibles como el agricultor su abono; que si lo derrama sobre una superficie de terreno demasiado extensa, no produce cosecha, y si la superficie es demasiado limitada, todo se convierte en hierbas y espinas.—Lacon.



EL MISTERIO DE LA RUE MONTAIGNE

por C. y J. Annie O. Tibbits

Este es el relato de un famoso caso criminal que, en su tiempo, causó sensación, tanto en París como en Londres.

I

LA historia de este crimen empezó como cualquier novelita: con un par de novios en una sala del West End, barrio distinguido de Londres; una joven bonita y encantadora, con sus piececitos en los primeros peldaños de la vida y un noble arruinado cuya pobreza constituye un obstáculo infranqueable ante los padres de la niña, aun cuando el vizconde es hermoso como un dios y a ella la envidian, como no fué envidiada mujer alguna en esa temporada social del año 1884.

El vizconde era el centro de atracción en cualquier parte que estuviera, a pesar de su pobreza reconocida y de su mísera posesión en una obscura región de Francia. Había algo irresistible en él, un magnetismo en sus ojos extraordinarios que fascinaba y con especialidad a una niña más que a todas: una hija de un millonario norteamericano, a quien él había seguido desde Francia.

Para el vizconde era aquel un casamiento ventajoso, precisamente lo que necesitaba para salvar su estado de la ruina, siendo extraño, por otra parte, que los padres norteamericanos de la niña, no lo vieran con buenos ojos. Lo cierto es que la niña era la hija única y que el padre había concebido una antipatía violenta e inexplicable hacia aquel francés.

Le había prohibido entrar en su casa: pero, ¿de qué servía esto cuando encontraban al individuo en todos lados?; en la ópera, en los bailes y comidas, en las recepciones, donde se destacaban entre todos, los ojos de aquel hombre, ojos extraños y cambiantes, fascinadores, que tan pronto tenían tinte vio-

leta obscuro como celeste claro, centelleantes, sonrientes, que se suavizaban y atraían a voluntad. Aquellos ojos eran extraordinarios en verdad. Aparecía en ellos no sólo el sol ardiente de Francia meridional, sino también el hielo azulado del norte. Un hombre extraño aquel, que tenía a la mayoría de las mujeres de la sociedad en adoración a sus pies y a quien odiaban la mayoría de los hombres.

En ese momento, los ojos de Maisie le miraban con ansiedad mientras atravesaba la multitud en dirección a donde ella se encontraba. La muchacha, siempre se daba cuenta exacta del momento preciso en que él entraba al salón, lo hubiera presentido aún siendo ciega. Un momento más y estaría a su lado, mirando esos ojos con todo el corazón en los de ella.

Miles de cosas podían ocultarse tras esos ojos; cosas buenas, malas, indiferentes, un romance, un misterio...

¡Cuánto tardaba en llegar hasta ella! Había tanta gente y en un rincón especialmente se veía un grupo de muchachas dispuestas a cortarle el paso. Los ojos del hombre sonreían burlones, contestando a un pedido en aquel momento.

—¿Una clarovidente? ¿Usted no ha de suponer que yo creo en eso?

—¡Oh, debe creer! ¡Le aseguro que esa mujer vé cosas maravillosas y le puede predecir el porvenir!

El vizconde miró en redor vió a una dama en traje asiático, que desde donde se hallaba sentada, le lanzó una mirada de desafío.

—Me gustaría, indudablemente, saber mi porvenir; pero esa señora no me lo puede decir, pues no se puede predecir nada a ciencia cierta.

—Sin embargo, ¿por qué no prueba?—insistió una de las muchachas.

Sin saber cómo, se encontró cerca de la asiática, que le clavó los ojos.

La mujer era una aventurera, no le cabía duda. ¡Es tan fácil sugestionar a las damas! Las cosas que no salen ciertas no las toman en cuenta mientras que las pocas que resultan coincidencias aisladas, las recuerdan siempre, las repiten y las exageran.

—Si me empeñase...—dijo encogiéndose de hombros.—Es un absurdo; pero aquí tiene mi mano. ¿Qué vé en ella?

Se advertía el desprecio de su voz; frialdad de hielo en los ojos; la señora aceptó el reto. ¿Había puesto en duda su poder? ¿Se reía de ella? ¿La despreciaba? ¡Pues bien, ya vería! Estudió la mano que se le tendía y luego se recostó como para tomar aliento, impresionada.

—¡No! ¡No quiero leer su mano!—exclamó por fin.

El vizconde echó para atrás la cabeza riendo de buena gana y sus ojos adquirieron todo el brillo del sol, cuando se volvió hacia la dueña de casa:

—¡Ahí está! ¿No vé cómo no puede predecir el porvenir?

La clarovidente le miró indignada. Un cambio completo se había operado en ella, que momentos antes se mostraba tan serena al predecir el porvenir de algunas niñas. Habló en voz ronca, baja y temblorosa:

—Sí, quiero; puedo predecirlo,—dijo.—Envuelve su porvenir una sombra... ¿Quiere que continúe?

El vizconde se encogió de hombros riendo, aun más despreciativo que antes.

—Cuando duda de ese modo es porque hay una razón poderosa,—dijo.

—¿Cuál?

—¡Que usted no puede predecir mi porvenir, como ya lo he dicho!

La clarovidente se levantó, excitada por la burla y mirándole largamente, le dijo:

—Pues verá: le aguarda a usted un porvenir terrible y una muerte violenta.

Se produjo un cambio brusco entre los que, un momento antes, presenciaban sonrientes la escena, estremeciéndose de horror.

—¡Qué tontería!—dijo el vizconde.

—Ya lo verá. Envuelve su destino un manto como una densa sombra de horror. Usted morirá en el cadalso.

—¡Oh!

En la voz de la dueña de casa se advertía ahora una expresión de disgusto.

La clarovidente se estaba extralimitando. Aquello era un insulto para su invitado, y no le parecía el momento oportuno para tal venganza femenina, por más que el vizconde hubiera provocado su enojo. Porque no podía tratarse más que de una venganza. No había otra explicación posible. La dueña de casa se volvió hacia el vizconde, llena de disculpas; pero éste, alzando los hombros, rió despreocupado.

—¡Oh! Le aseguro que no tiene importancia. ¡Esas cosas no resultan verdad nunca!—dijo alegremente.

Pero en sus ojos se advertía esa mirada extraña, acerada, que recordaba al hielo azulado bajo un cielo áspero y helado.

—¡Qué cosa terrible decir eso a una persona!

—¡Ah! Estaba enojada y lo hizo para vengarse.

—¿Pero y si le ha echado una maldición? ¡A veces se dan casos tan extraños!

¡Qué tontería! Pero aun había allí mucha gente que creía en esas cosas y lo curioso del asunto fué que después de eso, la mala suerte empezó a molestar al vizconde. Para empezar, la joven norteamericana fué llevada por sus padres a su tierra y él no pudo impedirlo. Lo único que consiguió fué entrevistarse con ella antes de partir.

—Confía en mí; nada podrá separarnos. Ya encontraremos algún medio y mientras tanto nos escribiremos, nos escribiremos siempre hasta que papá y mamá cedan, pues estoy segura que no han de permitir que mi corazón se destroce.

El padre, inflexible, puso el mar por medio entre su hija y el hombre que ella amaba, dejándolo a él en su pobreza, poniendo sus dólares y su niña para siempre, según creyó, fuera del alcance de las garras de aquel hombre.

Y la desgracia siguió haciendo presa del vizconde. Demasiado pobre para nadar en la corriente social, flotó un poco de tiempo más, para desaparecer luego.

Nuevas caras surgieron en el horizonte. Llegó una nueva "season", brilló un momento, se apagó luego.

La gente llegaba y se iba, bailaba, se casaba, vivía, moría. Pero lo cierto es que al vizconde se le recordaba siempre. Lo recordaba y lo extrañaba más que nadie, una joven que vivía del otro lado del Atlántico, una joven que escribía y no cesaba de escribir, llorando amargas lágrimas, rechazando todo consuelo y palideciendo y adelgazando a medida que pasaban los años, hasta que por fin cedió la resistencia del padre.

—¡No tendré más remedio que consentir!—dijo.—Escríbele y dile que venga.

II

Las calles de París eran un hielo en ese mes de Marzo de 1887. El viento cortante penetraba hasta los huesos haciendo temblar a los mendigos, obligando a las grandes señoras a acurrucarse en sus abrigos de pieles y a los aventureros necesitados, a mirar con más codicia aún las abiertas puertas de los hoteles, donde con un poco de audacia podrían recoger algo útil: una balija con ropa, por ejemplo.

París brillante, alegre, espléndido se mofaba de un hombre a quien no le hubiera venido mal la mencionada balija de ropa; un hombre que sólo poseía una pechera, un cuello y unos puños postizos, bajo un saco que había visto mejores tiempos. Los coches que llegaban y partían de los restaurants lo llenaban de deseos. De un lado y de otro, codeándose con las gentes ricas, se veían hombres como éste: bien vestidos exteriormente y miserables por dentro.

A tal situación había llegado el vizconde en aquella noche de Marzo del año 1887. Su maravillosa figura no parecía tan soberbia mientras recorría las calles de París, con ojos hambrientos pero alerta. Ya no se decía vizconde y se hacía llamar únicamente Pranzini a secas. Y la gente se burlaba de él al verle. Sin embargo, ninguna burla era tan cruel para él como la de una carta que guardaba en su saco, antes tan elegante.

"Ven pronto, tan pronto como pueda traerte un vapor rápido. Te espero en Nueva York. ¡Al fin papá ha dado su consentimiento! ¡Yo creía ya que sería imposible! Podemos casarnos pronto... en seguida, queridísimo mío. ¡Ven pronto!"

Aquella era una situación enloquecedora para un hombre; ver la riqueza casi al alcance de sus manos, deslumbradora ante sus ojos; suyas con sólo cruzar el Atlántico para tomarla.

Los padres de Maisie eran ricos; tan ricos, que al pensarlo se le crispaban las manos al vizconde.

Una vez casado con ella entraría en posesión de miles de dólares y ahora sólo tenía unas cuantas monedas de cobre, que no le alcanzaban ni para pagar el pasaje hasta Marsella, cuanto más a Nueva York.

¡Qué mala partida le jugaba el destino! Pero el premio era demasiado tentador para darse por vencido. Había que hacer algo. En la misma esquina de la calle Montaigne lo encontró Mme. de Montille, esbelta y graciosa, luciendo su cabello de oro a la luz de los picos de gas: su obsesión, el oro, que lo atormentaba, que aguardaba a que él fuera a tomar posesión. ¡Si contara con medios para cruzar el océano!

Y Mme. de Montille iba cubierta de alhajas: prendedores, alfileres, collares deslumbrantes. Los aros pendían de sus orejas, las pulseras aprisionaban sus brazos. Al detenerse a saludarlo, miró la hora en un reloj cuajado de brillantes que pendía de una cadena de oro.

El hombre cambió de expresión en el acto. Sus ojos adquirieron aquella mirada profunda y fascinadora; puso en sus maneras lo que antes le sirvió para abrirse camino en la vida. Aunque no lo practicaba seguido, no había olvidado, sin embargo, este arte. Mme. Montille le tenía aún algún afecto; tal vez sintió la misma seducción ante el encanto extraño que manaba de aquellos ojos.

Le tendió la mano que él estrechó entre las suyas sin dejar de mirarla.

La noche era clemente para la señora, cuyo rostro comenzaba a marchitarse; la semiobscuridad disimulaba las primeras señales de que la juventud se iba; en el suave dorado de su cabello no se apercibía una sola cana. Al mirarlo suspiró y como antes, el encanto extraño de sus ojos ejerció el mismo poder sobre ella. En otros tiempos habían sido novios. A los ojos de la señora asomó la antigua ternura.

—Iba a verla, — suspiró él. — Necesitaba verla.

"Sólo tienes unos pocos "sous" que te atan como cadenas de hierro y te impiden ir a reclamar la fortuna" — parecía decirle la voz del destino en medio del aire, el destino que se mofaba de él... Y las perlas que lucían tentadoras sobre el cuello de madame de Montille, atraían a Pranzini.

III

Pocas mañanas después, la cocinera de madame de Montille llegó como siempre muy temprano y llamó a la puerta del departamento, suavemente, para no despertar a madame. Nadie respondió. La mucama de madame se había dormido profundamente con toda seguridad y ni siquiera la hijita de la mucama, que vivía con ella en el departamento, se despertó al primero, ni al segundo, ni al tercer llamado.

La cocinera se alarmó. A la luz difusa de la escalera, sintió la sensación de algo oculto, terrible.

Desde que ni la criatura, ni la señora ni la mucama oían el ruido estridente de la campanilla, debían estar sordas porque aque-

llo era capaz de despertar hasta a los muertos.

Al menos, hizo su efecto en los habitantes del piso más alto y se oyeron puertas que se abrían y voces de protesta.

La cocinera, muy alarmada, salió temblando y tropezando hacia la calle donde llamó a un agente de policía, exponiéndole sus temores.

—¡Tres personas en ese piso y nadie oye! ¡Debe haber sucedido algo!

El agente subió corriendo y también se puso a llamar y a golpear con energía.

—¡Voy a llamar a un oficial porque aquí pasa algo extraño! — dijo.

Y así era en efecto. El oficial pidió las llaves del edificio, ninguna de las cuales abrió la cerradura. Llamó a un cerrajero para que la forzara y luego penetraron todos: el comisario, el oficial, el agente, el portero, su esposa: un conjunto de caras curiosas, pálidas, que palidecieron más aún, cuando el comisario volvió rápidamente ordenándoles que salieran.

—¡Nadie puede entrar! ¡Aquí ha sucedido algo terrible! ¡Fuera todos los que no son de la policía!

Se veía allí dentro, ¡horror de los horrores! una escena espantosa. Tres cadáveres en medio de toda aquella riqueza. Muebles dorados, espesas alfombras, ricos encajes, almohadones de seda y en medio de esto, la confusión más espantosa, la muerte violenta, manchas de sangre por todos lados, detalles horrorosos de la obra de un asesino inhumano y los tres cadáveres: el de madame de Montille en su dormitorio y en el siguiente el de la mucama y el de la hija; nadie había escapado.

El oficial miró a todos lados secándose el rostro.

Se trataba de un caso digno del señor Goron, jefe de seguridad de París.

No tardó en llegar éste; era un hombre alegre, bonachón, lo que menos parecía era pesquisa y sin embargo se trataba de un hombre de extraordinario genio policial, sutil y concienzudo, perseguidor infatigable de la huella más trivial, el detalle más insignificante. Aún en esos días, antes de alcanzar la fama que debía coronarle después, el nombre de Gorón bastaba para esparcir el terror. La sombra de su figura helaba de miedo el corazón de los criminales.

El señor Goron miró en rededor. Había manchas de sangre en todas partes, marcas de pies y manos por donde había pasado y vuelto a pasar el asesino. Huellas de los dedos en los muebles y en la caja de hierro. Los cajones habían sido vaciados en el suelo, las cajas, las bolsas y las carteras estaban vacías.

No cabía duda: el móvil del crimen había sido el robo, aunque el cadáver de madame conservaba todas las joyas que tenía puestas la noche pasada.

Inclinándose, el señor Goron miró el cuerpo. No era esta la madame de Montille de la noche anterior, esta era una mujer más vieja, se le notaba la edad en el cabello dorado a parches, en el cutis cubierto de una capa de crema: la mujer, bella en un tiempo, mostraba en la muerte todo lo que había estado oculto en la vida.

El señor Goron empezó a examinar los cuartos y encontró que el asesino había dejado huellas inconfundibles de su presencia. Junto al cuerpo de madame de Montille aparecía un puño postizo, otro junto a la criada.

—Una huella de estearina a través de la alfombra, indicaba que el criminal había hecho uso de una bujía para buscar los efectos robados y siguiendo esta huella, Goron halló tirado detrás de una cortina, un cinturón de cuero amarillo con un nombre escrito en tinta china: Gastón Geissler.

En un cajón del tocador encontró una carta escrita pocos días antes, y firmada Gastón, en la que se veía que dicho señor y madame de Montille habían sido íntimos amigos.

Sería fácil entonces resolver el problema, puesto que el asesino había tenido la amabilidad de dejar tales indicios comprometedores tras sí; pero el señor Goron permanecía husmeando con incredulidad sobre una palangana manchada de sangre, en la cual el asesino había tenido la precaución de lavarse las manos antes de salir.

Comprendió Gorón que tenía que habérselas con un criminal calculador y hábil, pues se daba cuenta de que el asunto no podía ser obra de un hombre descuidado que dejara una carta de su puño y letra en el cajón del tocador y el cinturón con su nombre.

Pero ante todo, ¿quién era este Gastón Geissler que parecía tan en evidencia y que había escrito una carta íntima pocos días antes?

El primer paso que se propuso dar el señor Gorón, fué descubrir esto precisamente, y procedió a hacerlo sin dilación, examinando los registros policiales que se llevan en todos los hoteles de París. No siempre se puede fiar de la "Police des Garnis", pues es fácil dar un nombre falso. En este caso, un registro de esos lo llevó al señor Goron tras un tal Henri Geissler que se había alojado en un pequeño hotel de la Gare du Nord y había desaparecido la misma noche del crimen.

Juzgó el señor Goron que valía la pena seguir esta pista. Hizo inmediatamente una visita al hotel y halló que el tal Geissler había olvidado algunos efectos en su fuga precipitada: una balija imitación cuero que hacía adivinar en su dueño a la persona de la clase media que quiere guardar las apariencias, un paquete vacío de cigarrillos, dos camisas marcadas "G. G." y algunos cuellos con el nombre del fabricante: Nadge, 27 Morgenstrasse, Berlín.

G. G. era evidentemente el Gastón Geissler que necesitaba Gorón e inmediatamente empezó a hacer averiguaciones a fin de descubrir detalles sobre su físico e historia.

Puso en los diarios avisos a este respecto, junto con una lista de las joyas desapareci-

fas del departamento de Mme. de Montille, entre ellas un reloj en forma de corazón, cuajado de brillantes y una gruesa cadena de oro.

Esto dió por resultado que a los cuatro días recibiera un comunicado de Marsella, procedente de la policía de aquella localidad.

Apresuróse Goron a ir allí con el fin de entrevistarse con un hombre que había sido arrestado, acusado de estar en posesión de las joyas desaparecidas, contándose entre ellas el reloj en forma de corazón, que había cometido la imprudencia de mostrar a unos amigos. Goron se halló frente a un hombre de esbelta figura, cabello ondulado y ojos de lánguido mirar; ojos extraños y magnéticos, que tan pronto parecían color violeta oscuro, como azulados, cual los hielos del norte. Se hacía pasar por médico sueco y aguardaba, según dijo, un vapor que lo condujera a Norte América.

A la espera de la salida de tal vapor, vivía en una fiebre de intranquilidad; tal vez oyera aún en el viento las risas burlonas del destino, tal vez perdiera la cabeza; lo cierto es que cometió el error de mostrar algunas joyas.

En su afán de movimiento paseaba por las calles de la localidad, visitaba los cafés, buscaba relaciones y por último compró una localidad en el Grand Theatre, donde representaban "El Barbero de Sevilla". Ya concluída la función, iba a levantarse, cuando una mano que se posó sobre su hombro le hizo volver la cabeza. Halló un rostro frente al suyo, una vez resonó en sus oídos y se puso intensamente pálido. El teatro empezó a girar ante sus ojos, las luces se unieron y loco de angustia comprendió el hombre que ya tenía sobre él la mano de Goron.

Salió tambaleando y quién sabe qué visiones lo habrán asaltado aquella noche, que pensamientos le habrán embargado, qué voces le habrán hablado!! Tal vez se dejó oir la voz burlona del destino, el grito del viento riendo junto a la puerta de la celda, lo cierto es que esa noche intentó poner fin a su existencia. Sin embargo, al día siguiente, cuando Mr. Gorón trató de hacerle confesar su crimen, tuvo el cinismo de asegurar:

—No sé nada de ese asunto; no tengo nada que ver con eso.

IV

Decididamente, el señor Gorón se hallaba lejos del final, pues una cosa es hallar a un hombre en posesión de los efectos robados y otra probar su culpabilidad en el asesinato, o aún en el robo mismo.

La identidad del médico sueco quedó aclarada en seguida, descubriéndose que se trataba en realidad de un hombre apellidado Franzini, hijo de humilde cuna y que había llevado una vida de aventurero, comenzando en un restaurant de Nápoles como mozo.

Era aquel un hombre inteligente, poco escrupuloso y que teniendo gran facilidad para los idiomas, consiguió a llegar a ser intérprete de las fuerzas británicas, cuando lord Wolseley intentó salvar a Gordon en Kharetoun. Después de eso, Pranzini había llevado una vida multiforme; jamás monótona, una vida de excitación y de aventuras, tan pronto en la prosperidad como en la estrechez absoluta, debido a su mala suerte en las mesas de juego.

Se trataba de un tipo de aventurero bastante común en el continente: un ave de rapiña cosmopolita, conocedor de todos los hoteles, balnearios alemanes, playas distinguidas, casinos, etc. Hoy conocido con un nombre, mañana con otro.

El hombre se obstinaba en negar su culpabilidad y la policía de Marsella se inclinaba a creer que fuese Geissler el asesino y Pranzini solo el recibidor de lo robado.

Gorón nada decía, pero comprendinedo que era de suma importancia hallar el paradero del tal Gastón Geissler, emprendió la pesquisa con el cuidado, la vigilancia, la energía y la paciencia de un Job.

En Francia, como en otros países, no falta gente comedida que proporcione detalles a la policía, valiosos a veces, pero generalmente erróneos y que conducen a desperdiciar el tiempo y el dinero y en este caso no hubo excepción a la regla.

El señor Gorón marchó a Bruselas en busca de información que resultó inservible, luego a Colonia a la fábrica de los cigarrillos, pero si allí no le pudieron dar razón del desaparecido, halló sin embargo que Geissler había estado en dos hoteles de la localidad dejando olvidada, en uno de ellos, una balija de ropa.

Entre ésta se halló asimismo un retrato pero, ¡nueva decepción! Otra pista falsa, el Geissler dueño de la ropa era otro, no el que se buscaba.

De ahí siguió Gorón a Berlín. A entrevistarse con Nadge, el fabricante de los cuellos hallados en el hotel de París. Tal vez él pudiera dar algún dato sobre el hombre que se buscaba, pero siendo la casa de Nadge, un comercio importante, fué imposible identificarlo entre miles de personas que desfilaban al día por los salones de la gran tienda. En cuanto a las camisas no eran de esa casa, dijo el comerciante con gesto despreciativo; debían ser fabricadas en las provincias y le aconsejó visitar Breslau, Leipzig o Dresden

El señor Gorón comenzó por Breslau y allí fué a dar a una tienda que ostentaba en una vidriera una balija imitación cuero, exactamente igual a la que hallara en la habitación del hotel en París. Entró a averiguar y se le dijo que todos los días se vendían cientos de aquellas balijas, nuevo fracaso. Por fin, sus pesquisas lo llevaron a descubrir que las camisas habían sido vendidas a una tal madame Guttentag, cuyo domicilio se ignoraba, pero que residía en Breslau. Acudió a la guía, para comprobar que aquel apellido era muy común en el lugar, existiendo una lista de treinta y seis, nada menos.

Cualquier otro hombre se hubiera declarado vencido, no así Gorón, que con la pacien-

cia que le caracterizaba, decidió ir visitando uno por uno, todos los sitios donde residiera alguno de ese apellido.

Afortunadamente para él, bien pronto dió con el rastro, descubriendo que el dueño de la balija, las camisas y los cuellos hallados en París, era cierto joven aturdido, que habiendo hecho una fechoría en aquella ciudad, fué arrestado por las autoridades una noche antes del asesinato de la Rue Montaigne.

No es de extrañar que Gorón se pusiera fuera de sí. ¡El hombre había estado buscando tanto; había estado en manos de su propia policía! ¡Gastar tanto tiempo y tanta energía inútilmente!

Y aun debía hallar al hombre cuyo cinturón apareciera en las habitaciones de Mme. de Montille.

Empezó de nuevo y, por fin, vió coronados sus esfuerzos.

El gerente del hotel de Nápoles, donde Pranzini había estado colocado, se llamaba Gastón Geissler. Nuevas pesquisas comprobaron que el tal Gastón Geissler, de Nápoles, no tenía nada que ver en el asunto y en su desesperación, Gorón fué a entrevistarse con él. Durante la conversación, Geissler le hizo saber que Pranzini había sido descubierto en dos ocasiones apropiándose de lo ajeno; primero, muy joven, en una oficina de correos y luego, en el mismo hotel de Nápoles.

—No lo entregué a la policía,—dijo Geissler—pero lo despedí en el acto.

El señor Gorón empezó a ver claro.

—Ahora sí,—dijo después de reflexionar, —me parece que comprendo. Fué Pranzini mismo el que escribió el nombre de usted en el cinturón, así como también la carta que se halló en el tocador y su idea de la venganza.

De vuelta a París, fué acompañado del señor Guillot, uno de los jueces más famosos de Francia, a visitar la bohardilla de la Rue des Martyrs, con el fin de revisar dos balijas de cuero que Pranzini guardaba allí, en su miserable viviendo. Iban en busca de alguna clave que pudiera indicarles la culpabilidad de aquel hombre y la hallaron en unas cartas que separaron de las demás: unas cartas de amor escritas por una joven norteamericana.

Antes de esto, Pranzini no había cometido ningún crimen de importancia y aun cuando recorriera el mundo bajo las fases más diversas hasta aparecer bajo el aspecto de un vizconde francés, mimado por la sociedad elegante, ¿qué fué lo que le condujo a cometer ese crimen tan horrible?

La solución se hallaba en las cartas de la joven de Nueva York, ídolo de sus padres y heredera de una gran fortuna.

En ella vió Pranzini la seguridad y la salvación. Una vez casado con ella, los azares de la vida no lo atormentarían y aunque los padres de Maisie descubrieran que era un impostor, un aventurero de humilde cuna y no el vizconde que pretendía, no les quedaría más remedio que resignarse.

Gorón veía claro: Pranzini había cometido el asesinato para proveerse de fondos que le permitieran llegar a Nueva York y trató de borrar las huellas practicando al mismo tiempo una venganza, al dejar rastros que debían comprometer al hombre que generosamente no lo acusó cuando cometió el robo en su casa.

Fracasó, como fracasan irremediablemente tales asuntos y compareció ante el tribunal con los ojos fríos, penetrantes y terribles, con aquel tinte azulado de los hielos del norte y pocas semanas después el filo de la guillotina los hizo cerrar para siempre en la ciega impotencia de la muerte.

Y esta historia del crimen que comenzó en un salón elegante del West End de Londres, volvió a comentarse allí mismo.

Las gentes que no fueron testigos no la creen, pero existen aún algunos que recuerdan a la clarovidente y su predicción.



La noche de San Bartolomé

por Rafael Sabatini

Pocas noches de la historia han sido objeto de mayores y más apasionados comentarios que la noche de San Bartolomé. En este interesante artículo el autor pinta cómo se llevó a cabo la horrenda matanza de los hugonotes.

EXISTEN detalles sobre la noche de San Bartolomé que seguirán discutiendo los historiadores mientras haya quien escriba sobre este punto. Las opiniones se hallan divididas en dos bandos. Uno asegura que la matanza resultó de la combustión de elementos inflamables puestos en contacto, avivándose repentinamente la lumbre del odio político, que había estado latente mucho tiempo y rechaza la idea de que la religión haya influido en el asunto. Otro bando insiste en que la cuestión fué premeditada, que tuvo su origen en un convenio realizado siete años antes entre Catalina de Médicis y el siniestro duque de Alba, que Enrique de Navarra, jefe nominal del partido protestante, fué llevado a París, casándolo con Margarita de Valois, con el único objeto de lograr, por este medio, atraer a la capital al mayor número de nobles protestantes, que asistirían, sin duda alguna, a la boda, y de esa manera caerían en la trampa que debía conducirlos a su propia destrucción.

Dentro de los límites de esta narración es imposible entrar a considerar los argumen-

tos de los dos bandos, ni se intentará hacerlo, pero se citarán algunos contra la teoría que atribuye premeditación en el asunto. Primero, la imposibilidad de tener secreto durante siete años, un asunto conocido por tantos; segundo, que ni Carlos IX ni su señora madre, Catalina, eran católicos hipócritas ni siquiera religiosos sinceros; tercero, que no hubo acción concertada, en lo que al reino en general se refiere, para llevar a cabo la matanza. Además, el fracaso del atentado de asesinato de Coligny, dos días antes, hubiera echado por tierra el plan entero, de haber existido, poniendo en guardia a los hugonotes. Se debe tener en cuenta, que por cuestiones religiosas estuvo Francia dividida durante años en dos partidos importantes, habiendo la guerra civil entre católicos y hugonotes asolado el país. Al partido protestante lo guiaba el admirable marino Gaspar de Chatillon, almirante de Coligny, hombre que organizaba ejércitos, creaba impuestos en beneficio de los protestantes y trataba a Carlos IX de príncipe a príncipe. A la cabeza del partido católico, el otro "imperium in imperio" estaba el duque de Guisa. El tercer partido y el más débil, que servía para contrarrestar, sin mucho éxito sin embargo, los efectos de los otros dos, era el partido del rey.

* * *

La charla alegre de las damas y galanes que llenaban la larga galería del Louvre, fué bajando de tono hasta morir, mientras todos abrían paso al rey, que había aparecido de improviso apoyado afectuosamente en el brazo del almirante Coligny. El duque de Anjou, joven, esbelto y fino, vestido de violeta con bordados de oro, dejó de mirarse sus bellas manos para cuchichear al oído de la hermosa señora de Nemours y ambos clavaron luego la vista en el almirante.

Llegaban pausadamente por la galería el rey y el gran jefe hugonote, ofreciendo ambos un contraste notable. Coligny hubiera sido más alto de no tener la costumbre de ir un tanto cargado de hombros, sin embargo a pesar de ello había energía y vigor en su porte, así como se apercibía en su rostro arrugado, una dignidad severa rayana en orgullo. Una bala le había atravesado la mejilla y roto tres dientes en la batalla de Moncontour, dejándole una cicatriz lívida que iba a perderse entre su blanca barba. La frente era alta y despejada y los ojos de una agudeza acerada bajo las cejas pobladas. Iba vestido de negro, con sencillez calvinística que contrastaba con el traje de raso amarillo azufre del rey, así como contrastaba la gravedad de su fisonomía con la inócua de su real compañero.

Carlos IX, joven enclenque a los veinticuatro años, tenía el rostro pálido, terroso, ojos grandes verdes, que nunca miraban de frente y nariz gruesa y larga. El labio inferior, saliente, en aquella boca grande y delgada, le daba expresión de idiota, que se acentuaba por la costumbre que tenía de llevar la cabeza echada hacía adelante. Como es de figurarse, la índole de tal individuo correspondía a su físico, siendo pesada y vulgar. El rey se distinguía entre los hombres de abolengo por su conversación obscena y la inventiva morfológica en cuestión blasfemias.

Al llegar al extremo de la galería, se inclinó Coligny a besar la real mano, despidiéndose. Con la otra libre, dió el rey golpecitos cariñosos en el hombro del almirante mientras le decía:

—Cuénteme entre sus amigos, en cuerpo y alma, corazón y cabeza, así como yo lo cuento entre los míos. ¡Adiós, padre mío!

Habiendo salido Coligny, el rey retrocedió lo andado, con la cabeza hundida entre los hombros, sin mirar ni para un lado ni para otro. Una vez que hubo salido, el duque de Anjou se despidió de la señora de Nemours y fué tras él, mientras los cortesanos reanudaban la charla interrumpida.

Al acercarse el de Anjou, el rey se hallaba paseando de arriba abajo en su gabinete, en el que se advertían, en extraño consorcio, objetos de caza, de estudio y de religión. De una pared pendía un gran cuadro de la virgen y a cada lado un arcabuz; más allá, en un rincón, un cuerno de caza. Una pequeña pila de agua bendita cerca de la puerta, servía de receptáculo para las campanillas de los halcones y las correas. Cerca de la ventana había una mesa de escribir, maravillosamente tallada, cubierta de librotes y papeles; un tratado sobre la caza yacía junto a un Libro de Horas; un rosario y un látigo sobre un volumen abierto de poesías de Ronsard.

Al entrar el hermano, miró Carlos por encima del hombro, haciéndose más pronunciada la expresión de desagrado en el rostro, al ver de quien se trataba y con un gruñido dió un puntapié al perro que yacía a sus pies. El animal salió gimiendo y el duque se detuvo confuso.

—¿Y bien? ¿Y bien? ¿No me van a dejar solo ni un instante? ¿Qué pasa ahora? —exclamó con ojos chispeantes, oprimiendo la empuñadura del puñal que llevaba al cinto. —¡Tripas de Dios! ¿Qué quieres?

El joven duque retrocedió con precipitación.

—Nada. Será otra vez ya que molesto ahora, — dijo inclinándose y desapareciendo seguido de una risa desagradable.

Anjou sabía lo poco que lo quería su hermano y confesó que en ese momento le tuvo miedo. Fué en busca de su madre.

—Eso es obra de ese pestilente almirante hugonote, — dijo al final de un largo discurso. — Siempre se pone así después de haber hablado con Coligny.

Catalina de Médicis se quedó pensativa.

—Carlos, — dijo por fin con su voz monótona y sin inflexiones, — es un veleta que se vuelve al primer viento que sopla. Debía conocerlo ya, — y bostezó de una manera que el que no le hubiera conocido esa costumbre, creyera que no le interesaba mayormente aquello.

Se hallaban madre e hijo en una habita-

sión íntima, llena de cortinas, a la que la reina llamaba su oratorio. Ella, recostada en un sillón de brocato rosa y Anjou cerca de la ventana, de espaldas a la luz, de manera que la cara quedaba en la oscuridad, fijando los ojos en sus bellas manos.

—La influencia que el almirante ejerce sobre él aumenta cada vez más, — prosiguió, — y así se va debilitando la nuestra.

—¿Acaso no lo sé? — repuso la voz monótona.

—Pues entonces es necesario poner fin a esto, antes de que el almirante nos anule. Carlos empieza a ponerse de su parte contra nosotros y pronto se convertirá en instrumento del partido hugonote contra nosotros. Si lo hubiera visto apoyado en el brazo de ese viejo parpaillot, llamándole: "¡Padre mío!" y asegurándole su amistad en alma y en cuerpo, en cabeza y corazón. Y cuando le fuí a ver después me recibió gruñendo y llevó la mano a la daga como si estuviera dispuesto a hundírmela en el cuello. — Y de nuevo repitió con más fiereza que antes: ¡Es hora de poner fin a esto!

—Ya lo sé, — dijo la voz sin modulaciones y si es posible, menos expresiva aun que de ordinario. Y le pondremos fin. Ese viejo ya debió ir a la horca por haber guiado la mano que mató a Francois de Guise. Día a día se va convirtiendo en un peligro cada vez mayor para Carlos, para nosotros y para Francia. Nos está embrollando con España por medio del ejército hugonote que está formando para ir a librar en Flandes las batallas del calvinismo. ¡Buena cosa, por Dios! ¡Francia católica luchando contra la católica España por causa de Flandes hugonote! Es tiempo de que esto concluya y Coligny es la cabeza de esta fiera rebelde; si cortamos la cabeza, perecerá la fiera. Consultaremos con el duque de Guisa. Decididamente, debemos librarnos del almirante.

Eso ocurrió el lunes 18 de Agosto de 1572 y tal fué el propósito de aquella mujer gruesa y al parecer indiferente, que a los dos días se habían llevado a cabo todos los preparativos y Maurevert, el asesino, buscado por la señora de Nemours, que tenía un odio mortal al almirante, se hallaba en su puesto en la casa de Vilaine y la mañana del viernes, cuando pasó el almirante de regreso del Louvre acompañado de otras personas, dirigiéndose a su domicilio de la rue Betisy, estalló un repentino tiroteo desde el primer piso y una bala de arcabuz le destrozó dos dedos de la mano derecha al almirante y fué a incrustársele en el brazo izquierdo.

Con la mano lastimada, señaló la ventana desde donde se había hecho el disparo, ordenando a sus acompañantes que forzaran la puerta de la casa y tomaran al asesino.

Pero mientras se hallaban ocupados en esto, Maurevert fugaba por los fondos, donde tenía su caballo. Fué perseguido, pero no lograron prenderle.

Inmediatamente supo el rey la noticia, hallándose empeñado en un partido de tenis con el duque de Guisa y Teligny, yerno del almirante.

El caballero que Coligny había enviado con el emnsaje, se expresó así: "En la obra de éste asesino, el almirante desea que vea su majestad el valor que da el señor de Guisa al acuerdo que hubo entre el almirante y este señor después del tratado de paz de Saint Germain".

El duque de Guisa se irguió sin decir palabra. El rey, lívido de rabia, lo miró iracundo, luego, para desahogar su enojo, rompió la raqueta contra la pared.

—¡Sang Dieu! — exclamó. — ¿No me dejarán tranquilo jamás?

Y arrojando al suelo la raqueta destrozada, se alejó con el mensajero, por el que supo que el tiro había sido disparado de la casa de Vilaine, en otro tiempo tutor del duque de Guisa, y que el caballo en que había huído el asesino, lo había estado sujetando de la brida mientras se perpetraba el hecho, un lacayo con librea de la casa de Guisa.

Mientras tanto el duque y Teligny habían marchado cada cual por su lado: Guisa a encerrarse en su hotel con algunos amigos, y Teligny a reunirse de nuevo con su majestad.

A las dos de la tarde, en respuesta a un llamado urgente del almirante, el rey fué a visitarlo, acompañado por la reina madre, por sus hermanos Anjou y Alencon y varios oficiales y cortesanos.

La comitiva real no vió nada de la excitación que había prevalecido en la ciudad desde los acontecimientos de la mañana, pues ésta se reprimía a su paso. El rey marchaba hosco, silencioso, habiendo rehusado discutir el asunto con persona alguna y negando audiencia hasta a su propia madre. Catalina y Anjou estaban disgustados por el fracaso.

Hallaron al almirante aguardándoles tranquilo. El famoso Ambroise Paré le había amputado los dos dedos destrozados y curado la herida del brazo, pero circulaba el rumor de que la bala estaba envenenada y ni el almirante ni su gente parecían haber rechazado tal posibilidad.

Seguido de la madre y los hermanos, Carlos atravesó la espaciosa antecámara, repleta de hugonotes severos y penetró en la habitación donde yacía Coligny sobre un sofá.

El almirante intentó levantarse, pero el rey se apresuró a impedírselo.

—¡Descanse, padre mío! — exclamó en tono cariñoso. — ¡Corazón de Dios! ¿Qué le han hecho? Dígame que su vida no corre peligro o por la santa misa yo...

—A Dios debo la existencia — repuso el almirante con gravedad — y cuando El la reclame, se la entregaré. Nada más.

—¿Cómo nada más? La herida la recibió usted, padre mío, pero yo he recibido la afrenta. ¡Le juro por la sangre y por la muerte que tomaré una venganza, como para que no se olvide jamás!

Y estalló en tal cantidad de improperios y blasfemias, que el almirante, devoto sincero y temeroso de Dios, tembló al oirlo.

—Cálmese, sire, — rogó por fin posando la mano sana sobre el brazo del rey. — Cálmese y escuche, porque no es para hablar

de mí mismo, de estas heridas o del mal que me han hecho, que le rogué viniera a verme. Este atentado demuestra el trabajo que se lleva a cabo de una manera oculta, para privar a su majestad de la autoridad y el poder pero... — se detuvo mirando a las otras personas reales que se hallaban tras del soberano, — lo que debo decir, si su majestad se digna escucharme, es sólo a su oído.

El rey se volvió con los movimientos bruscos que le eran característicos, y encarándose con su madre y hermanos exclamó:

—¡Fuera! ¿Oyen? Déjenme hablar con mi padre el almirante.

Los jóvenes duques se retiraron en seguida, siempre temerosos de provocar los arrebatos terribles que seguían a la menor oposición que se le hiciera al rey, pero Catalina no era tan fácil de manejar.

—¿Le parece a su majestad que Coligny se halle en condiciones de tratar cualquier asunto? Considere su majestad el estado del almirante — dijo.

—Le agradezco su consideración, señora, — dijo el almirante con sonrisa irónica, — pero estoy bastante fuerte, gracias a Dios, y a pesar de la gravedad de mi estado, me reprocharía eternamente haber descuidado mis deberes hacia su majestad en un momento oportuno.

—¿Oye? — dijo el rey secamente. — ¡Váyase entonces! ¡Váyase!

Y la reina tuvo que retirarse con sus hijos a la antecámara donde se quedaron los tres recostados a la ventana mirando hacia el patio bañado de sol.

Según dijo Anjou después, tuvieron que pasar algunos momentos molestos frente a los rostros severos de oficiales y de gente del partido del almirante, que los miraban casi con hostilidad, que guardaban un silencio interrumpido de vez en cuando por cuchicheos significativos y que se paseaban ante el grupo de personas reales sin desplegar toda la deferencia y el respeto debidos.

Aislados en ese conjunto hostil, Catalina y sus hijos, empezaron a sentirse cada vez más incómodos, tanto que, como lo confesó después la reina, jamás se halló en lugar alguno donde la espera se le hiciera más interminable y donde la partida le produjera más alivio.

Fué este temor lo que la llevó por fin a poner término a la conferencia secreta que tenía lugar en la habitación próxima. Con la actitud más tranquila del mundo y conteniendo un bostezo, se adelantó con decisión hacia la puerta, seguida de sus hijos, dió unos golpecitos y entró sin esperar respuesta. El rey, que permanecía de pie junto al almirante, al oir la puerta que se abría, se volvió rápidamente y sus ojos lanzaron llamaradas de ira al ver a la reina, pero fué ella la primera en hablar:

—Hijo mío — dijo. — Estoy preocupada por el almirante. Si continúa su majestad permitiendo que se ocupe de sus asuntos, puede provocar una fiebre alta. No es acción de buen amigo prolongar así una entrevista en un caso como éste.

Coligny se acarició la barba en silencio, mientras el rey estallaba adelantándose a ella:

—¡Par la mort de Dieu! ¿Cómo se le ha despertado a usted, señora, tanto interés repentino por el almirante?

—No es tan repentino, hijo mío. Nadie conoce más que yo a ciencia cierta lo que vale en realidad el almirante para Francia.

Anjou sonrió ante esta frase equívoca.

—¡Mon Dieu! ¿Soy yo el rey o no lo soy?

—No es de reyes abusar de la fortaleza de un pobre herido. Ven Carlos, otro día, cuando el almirante se haya repuesto completamente, podrás continuar la conversación. Ven ahora.

—Tal vez mi madre tenga razón. Deje descansar el asunto, padre mío. Hablaremos sobre eso cuando usted esté bien.

Y acercándose al sofá, extendió la mano que tomó en la suya Coligny, mientras sus ojos se fijaban ansiosos en el rostro débil del rey.

—Le agradezco, sire, que haya venido a mi llamado. Si salgo con vida, otro día le hablaré más extensamente de eso. En este mundo no tengo más intereses que los suyos, sire.

Y besó la mano real en señal de despedida.

Recién en el Louvre, se atrevió la reina a interrumpir la abstracción hosca del rey, para enterarse, como quería a toda costa, de qué había tratado con el almirante.

Acompañada de Anjou, fué a buscar al rey en su gabinete y lo halló sentado junto al escritorio, con la cabeza hundida entre las manos. Al oir pasos, incorporóse y lanzó una mirada penetrante a la pareja.

Catalina se sentó con toda calma, mientras Anjou permanecía de pie, apoyado en el respaldo de la silla.

—Hijo mío, — dijo la reina sin rodeos. — Vengo a saber lo que ha pasado entre tí y Coligny.

—¿Lo que ha pasado? ¿Y eso qué le interesa a usted?

—Todo lo tuyo me interesa. Soy tu madre.

—¡Y yo soy el rey! — repuso el joven golpeando la mesa. — ¡Soy el rey!

—Por la gracia de Dios y la ayuda del señor de Coligny, — rió ella sin perder la calma.

—¿Qué quieres decir? — dijo mirándola con la boca entreabierta y el rostro encendido.

Sin dejar de mirarle a los ojos, la reina volvió a reir.

—Por eso he venido a verte. Ya que no puedes gobernar tú solo, ya que necesitas ayuda, por lo menos puedo aconsejarte que tu ayudante no sea un rebelde, uno que te ayuda ahora y te guía, para dominarte luego a su antojo.

—¡Dominarme! — gritó el rey levantándose indignado, aunque sus ojos no pudiendo

sostener la mirada de aquella mujer enérgica vagaran por la habitación. — ¡Dominarme a mí!

—Sí; dominarte hasta que la poca autoridad que te resta ya se termine del todo; hasta que no seas más que un muñeco en manos del partido hugonote: un rey de paja.

—¡Por el cielo, señora, que si no fuera usted mi madre!

—Es porque soy tu madre por lo que intento salvarte.

El joven empezó a pasearse de un lado a otro, lanzando juramentos, hasta que un tanto calmado, fué a detenerse frente a ella.

—Ya que quiere usted enterarse de lo que hablamos con el almirante, le diré todo: Coligny me dijo que un rey tiene influencia sobre su pueblo cuando tiene la entereza de imponérsele, ya sea para bien o para mal. Que esta influencia que poseía yo por entero, va disminuyendo rápidamente gracias a los manejos suyos, señora, y de Anjou; que este poder que ustedes poco a poco me roban, lo utilizarán luego en contra mía y de mi reino y me recomendó por lo tanto, estar en guardia y tomar medidas. Veo que tiene razón. El almirante, con la generosidad que le es característica me dió este consejo, porque lo consideraba su deber, como uno de mis súbditos más fieles, a punto de morir...

—¡Qué hipócrita! ¡A punto de morir! ¡Dos dedos rotos y una herida superficial en el brazo y te hace creer que está en "artículo mortis"!

La manera enérgica y decidida con que la reina pronunció estas palabras hizo el efecto en el ánimo débil del rey.

—¿Y si se equivoca, señora?... ¿Y si usted miente?

—¡Preguntarme eso a mí... a tu madre!... ¡Es un insulto! ¡Vamos Anjou!

Y con esto marchó astutamente, dejando tras sí la duda.

Pero una vez en su oratorio, sola con Anjou, la abandonó la calma que le era habitual y por fin se vió enrojecida. Sus ojos somnolientos despertaron lanzando llamaradas mientras levantando la voz, prorrumpía en improperios contra Coligny y los hugonotes.

Por el momento no había nada que hacer. El golpe había fallado sobreviviendo Coligny al atentado y hasta existía el peligro de que fuera a causar daño a los mismos que lo prepararon.

Pero a la mañana siguiente el asunto asumió un cariz totalmente opuesto.

El gran jefe católico, el poderoso duque de Guisa de quien se sospechaba fuese instigador del atentado, y que no había salido desde entonces de sus habitaciones, fué a ver a la reina llevándole noticias de lo que sucedía en la ciudad. Bandas de hugonotes armados, cabalgaban por las calles gritando: "¡Muerte a los asesinos del almirante! ¡Abajo los guisistas!" Y aun cuando un regimiento guardaba el orden, el duque temía que se produjeran disturbios en la ciudad, la que, con motivo de la boda real, se hallaba llena de hugonotes. Circulaban asimismo rumores de que los hugonotes se estaban armando.

Llamando a su adorado Anjou, fué la reina a ver a su hijo inmediatamente.

—El rey Gaspar I — dijo al rey no bien estuvo en su presencia, — toma ya sus medidas. Los hugonotes se arman y han marchado oficiales a las provincias para reclutar tropas. El almirante Gaspar Coligny, o más bien como te dije antes, el rey Gaspar I, ha ordenado se consigan diez mil caballos en Alemania y diez mil mercenarios en Suiza.

El rey la miró atontado. Semejante rumor había llegado ya a sus oídos.

—Ahora sabrás cuáles son tus amigos leales. ¿Cómo vas a resistir esas fuerzas en el estado que te hallas? Los católicos, exhaustos y fatigados por una guerra civil en que poco apoyo les prestara su rey, van a armarse para oponer la resistencia que sus fuerzas les permitan, sin contar contigo para nada y de esa manera tendrás dentro de tu estado dos grandes partidos en armas y a ninguno de los cuales puedes llamar tuyo. Si no te mueves rápidamente, si no eliges ahora entre los amigos o los enemigos, te encontrarás solo, aislado, en grave peligro, sin autoridad ni poder.

El rey se dejó caer en una silla tomándose la cabeza entre las manos y cuando por fin levantó los ojos hacia su madre, se advirtió en ellos el temor provocado por el cuadro que ella le pintara.

—¿Y cómo se puede evitar el peligro? — dijo por fin.

—Con un simple golpe de espada. Cortando la cabeza de esta hidra de la rebelión y de la herejía.

El rey se echó hacia atrás, horrorizado, sus manos crispadas sobre los brazos del sillón, hasta aparecer los nudillos tan blancos como botones de mármol.

—¿Matar al almirante? — dijo trabajosamente.

—Al almirante y a todos los cabecillas hugonotes — dijo Catalina.

—¿Par la mort de Dieu! — estalló el rey fuera de sí. — De esa manera serviría yo de instrumento a sus odios personales, señora... ¡De esa manera usted!...

Fríamente interrumpió ella aquel apóstrofe vehemente:

—No se trata de mí y para que veas que es así, te aconsejo que no hagas nada guiándote sólo por lo que yo te diga. Reune tu consejo; llama a Tavannes, a Biragues, a Retz y demás. Consúltales, pues son tus amigos; están ahora en el Louvre.

—¡Bien! — exclamó el rey, y salió a dar órdenes.

Llegaron uno por uno el mariscal de Tavannes, el duque de Retz, el duque de Nevers el canciller Biragues y por último, el duque de Guisa, sobre el cual lanzó el rey una mirada iracunda.

Carlos permanecía hosco y desagradado sentado junto al escritorio. Catalina ocupa-

ba una silla mas allá y Anjou estaba cerca de ella en un banquito. Los demás aguardaban en respetuoso silencio. La mirada real fué recorriendo todos los rostros hasta detenerse en el de la reina, a la que se dirigió secamente:

—¡Cuénteles todo—dijo secamente.

Y ella procedió inmediatamente a hacerles conocer lo que había hablado con su hijo. Luego, reinó por unos instantes en la habitación un silencio absoluto.

—¿Han oído ustedes?—dijo por fin el rey con impaciencia.—¿Qué me aconsejan?

Nevers fué el primero en responder:

—No hay más cariño que el que aconseja Su Majestad la Reina. El peligro es grave y si se quiere evitarlo hay que obrar rápidamente y con decisión.

Tavannes y el canciller estaban de acuerdo.

Repasando un rosario que halló a mano, sobre la mesa, el rey fué oyendo a cada uno por turno, luego, ignorando a propósito la presencia de Guisa, se dirigió al duque de Retz, que se mantenía apartado.

—¿Y usted mariscal, que me aconseja?

Retz se irguió como preparándose a hacer frente a las fuerzas contrarias. Estaba un poco pálido, pero tranquilo.

—Si existe algun hombre a quien debiera odiar, ese hombre es Gaspar Coligny que me ha difamado así como a mi familia, pero no voy a vengarme de mi enemigo a expensas de mi rey y de mi amo—dijo con firmeza.—No puedo aconsejar un medio tan desastroso para Su Majestad y para el reino entero. Si procediéramos como nos aconsejan, no se puede dudar de que nos tacharían de desleales y de pérfidos, con justa razón si se tiene en cuenta el tratado que se ha firmado.

Reinó un silencio absoluto después de esa bomba de oposición que llegaba de donde menos se esperaba, pues Catalina y Anjou habían contado con el odio del duque, para asegurarse su apoyo.

Los mejillas pálidas del rey se colorearon, su mirada adquirió cierto brillo, como el que vislumbra tras la desesperación, un rayo de esperanza.

—Es cierto—dijo,—señores y usted señora, han oído la verdad. ¿Les agrada?

—El señor de Retz se deja guiar por un exceso de pundonor,—dijo Anjou rápidamente. —Como existe de por medio una enemistad personal con el almirante, juzga que no sería honrado expresarse de otra manera que como lo ha hecho y como lo asegura, no quiere valerse de su rey y señor para tomar venganza de un enemigo personal. Respetemos etl punto de mira del señor de Retz, aunque lo creamos errado.

—¿No podría decir el señor de Retz que otro medio nos aconseja?—exclamó Tavannes

—Ya lo encontraremos—gritó el rey interrumpiendo y levantándose excitado.—Tenemos que hallar otro medio, ¿oyen? Yo no les permitiré que atenten contra la vida de mi amigo el almirante. ¡No lo permitiré!

Siguió un momento de confusión en que todos hablaron a la vez, hasta que el rey, golpeando la mesa, les hizo recordar que su gabinete no era una plazuela.

—Insisto en que no hay otro medio,—protestó Catalina.—No puede haber dos reyes en Francia, ni tampoco dos partidos. Por tu misma seguridad personal, por la misma seguridad del reino, te doy estos consejos, para que en Francia exista un solo partido: el tuyo y tu mismo a la cabeza de él.

—¿Dice que dos reyes en Francia? ¿Cuáles son?

—Tú y Gaspar I, el rey Coligny, el rey de los hugonotes.

—Ese es un súbdito muy fiel y muy leal,—protestó el rey aunque con menos firmeza.

—Un súbdito que organiza ejércitos por su cuenta, que decreta impuestos por su cuenta, que fortifica ciudades hugonotes—dijo Biragues.—Ese es una clase de súbdito muy peligrosa, sire.

—Un súbdito que conduce a Su Majestad a luchar con Flandes protestante, contra España la católica—agregó Tavannes.

—¿Me conduce?—rugió el rey—esas son palabras un poco aventuradas.

—Así sería si no existieran pruebas. Recuerdo, sire, las propias palabras de Coligny antes de que usted le permitiera hacer los preparativos para la guerra. "Dénos permiso para hacer la guerra en Flandes o nos veremos obligados a hacérsela a Su Majestad."

El rey pestañeó tornándose lívido. Esa frase de Coligny era, de todas las cosas, la quee más pronto hubiera querido olvidar.

—Sire—continuó de Tavannes—en el caso de haber sido yo el rey, tales palabras hubieran costado la vida del que me las dirigiera. Sin embargo, las cosas se han ido agravando desde entonces. Los hugonotes se arman, cabalgan arrogantemente por las calles incitando a la rebelión y el peligro es inminente.

—Veo el peligro sí. Lo admito, pero Coligny...—dijo Carlos.

—¿Quién va a quedar, el rey Gaspar o el rey Carlos?—dijo con aspereza Catalina.

El rosario se rompió en manos del rey que se levantó intensamente pálido.

—¡Así sea!—exclamó. — Si es necesario matar al almirante, que lo maten! Que lo maten!—gritó con furia más bien dirigida a los que le forzaban a adoptar este medio que a Coligny.—¡Que lo maten, pero que también maten a todos los hugonotes de Francia para que no quede uno solo que pueda reprochármelo! ¡Ni uno! ¿oyen? ¡Tomen sus medidas y que el asunto se lleve a cabo en seguida!

Y al decir esto salió tambaleando de la habitación.

El consejo, que no quería otra cosa, se puso a trabajar allí mismo en el gabinete del rey. Guisa, que hasta ese momento no había sido más que un espectador silencioso, asumió la parte más activa, proponiéndose ver por sí mismo que el almirante no escapara con vida. Se dedicó el resto del día y parte de la noche a hacer el plan, asegurándose la cooperación de los oficiales de los guardias franceses, de tres mil suizos, de los jefes de

los principales barrios, etc. Para las diez de la noche quedaron arreglados todos los preparativos y se había convenido que la llamada a maitines en Saint Germain l'Auxerrois sería la señal para la matanza.

Un noble del gabinete del almirante, al dirigirse a su casa esa noche, pasó junto a varios hombres que llevaban al hombro atados de picos, sin sospechar para que servirían esas herramientas. Se encontró asimismo con varias compañías de soldados que tampoco despertaron su suspicacia y por fin se detuvo a observar el proceder extraño de un hombre haciendo cruces con una tiza en varias puertas. Hallando más adelante a otro hombre con un lío de armas, el caballero hugonote, intrigado por fin, le preguntó qué llevaba y dónde iba.

—Esto es para el "divertissement" del Louvre, esta noche—repuso.

Pero en el Louvre esa noche precisamente, habiendo concluído la reina madre y los jefes católicos sus trabajos, se entregaban a un breve reposo.

Entre las dos y las tres de la mañana, Catalina y Anjou reaparecieron ante el rey y a quien hallaron en su gabinete aguardando con el rostro demudado y los ojos afiebrados. Había pasado parte de la noche jugando al billar, contándose La Rochefoucauld a quien quería mucho, entre sus contrincantes, y lo había dejado con la sonrisa en los labios, sin pensar que fuera por la última vez.

Los tres se dirigieron a la ventana que abrieron mirando temerosos hacia afuera. Al ver que la hora se aproximaba, la misma Catalina no lograba dominar sus nervios, temblando como una chiquilla. El aire estaba fresco y agradable, movido por la brisa de la madrugada, cuyos primeros resplandores aparecían en el cielo. De improviso, sonó un tiro, lo que afectó hondamente a las personas reales y el rey, exclamó castañeándole los dientes:

—¡Por la Sangre! ¡Esto no puede ser! ¡No será!

Miró a su madre y a su hermano, mudos de terror. Carlos juraba, fuera de sí, que quería anular las órdenes y como Catalina y Anjou no hicieran signo alguno, para impedírselo, llamó a un oficial ordenándole fuera inmediatamente a buscar al duque de Guisa. El mensajero le halló por fin en el patio de la casa del almirante, junto al cadáver, que los asesinos habían arrojado desde la entana del dormitorio. Con una sonrisa, Guisa movió con el pie la cabeza de Coligny, respondiendo al mensajero que llegaba tarde y aún no acababa de hablar, cuando la gran campana de St. Germain l'Auxerrois comenzó a llamar a maitines.

Las tres personas reales acurrucadas contra la ventana la oyeron al mismo tiempo y escucharon asimismo, la respuesta inmediata de los tiros de arcabuces y pistolas, gritos, aullidos próximos y luego, creciendo gradualmente desde un murmullo, el quejido estridente de la multitud. Otras campanas hicieron coro, hasta que de todos los campanarios de París partieron voces de auxilio, llenando de alarma a la población entera. El centelleo rojizo de centenares de antorchas coloreó el cielo y el aire se saturó de humo y de resina.

El rey, aferrado al marco de la ventana, lanzaba blasfemias terribles por entre sus dientes que castañeteaban. El clamor se levantaba cercano. Hallándose el barrio del Louvre poblado de hugonotes, entraron a la carga los excitados soldados y los ciudadanos católicos. Pronto presentó el muelle, allí, bajo la ventana de palacio, el espectáculo más terrible de todo París.

Hombres, mujeres y niños a medio vestir huían de los asesinos para ser detenidos a los pocos pasos por las cadenas que se habían colocado de trecho en trecho a través de la calle. Algunos buscaban el río, esperando hallar un medio de escapar, pero con previsión satánica, los botes, generalmente allí atracados, habían sido conducidos al otro lado. Así fueron acorralados algunos cientos de hugonotes a la vista del rey. Las puertas caían ante los golpes, las mujeres y los niños perecían junto a las paredes de palacio, de todas partes eran arrojados los cuerpos y según las palabras de D'Aubigné: "corría la sangre a torrentes hacia el río".

El rey contempló unos instantes la escena, lanzando gritos y juramentos; volvióse para reprochar a la madre y al hermano haberlo instigado a ese horror, pero halló que se habían ido; detrás de él se acurrucaba un paje, mirándolo con terror.

De improviso rió el rey, rió fuera de sí, con carcajadas de loco mientras sus ojos se posaban en los arcabuces colgados de la pared a cada costado del cuadro de Nuestra Señora de la Misericordia. Bajó uno de ellos y tomando al paje del cuello lo arrimó hasta la ventana.

—Aquí, cárgalo—ordenó entre carcajadas horribles.

Luego, apuntando hacia abajo gritó:

—¡Parpaillots! ¡Parpaillots! ¡M u e r a n! ¡Mueran!

E hizo una descarga sobre un grupo de hugonotes que huían.

* * *

Cinco días después, el rey, que había culpado a los guisistas como autores de la matanza, se dirigió a Montfaucon a ver el cuerpo decapitado del almirante, que pendía de la horca sujeto por cadenas. Un cortesano de dudoso esprit, exclamó:

—Me parece que el almirante está poniéndose desagradable.

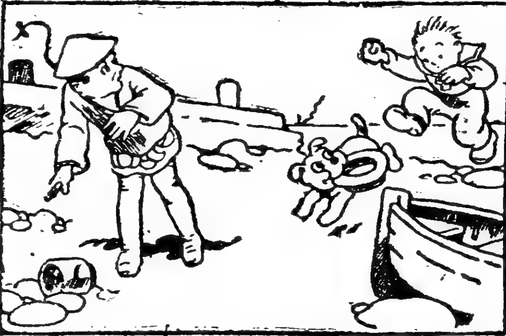
El rey lo miró con desprecio.

—El cadáver de un enemigo siempre huele bien,—repuso.

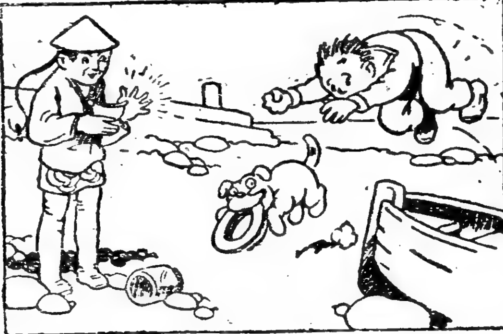
PUCKY
LA LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION MENSUAL
OFICINAS:
Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires
TELÉFONOS:
Unión Telefónica 134 (Avenida)
Cooperativa 3352 (Central)

PARA LOS NIÑOS

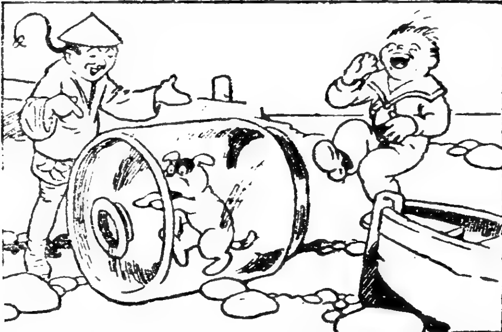
LA LAMPARA MARAVILLOSA



El chinito Ta-ta-chin estaba un día en la playa cuando oyó gritos a sus espaldas. Cuquito, el perro, corría llevando en los dientes el sombrero de Pedrito. "¡Por favor! ¡Deténgalo!", gritó Pedrito. "¡Muy bien!", dijo Ta-ta-chin viendo un frasco de vidrio en el suelo.



Sacó entonces del bolsillo su lámpara maravillosa y la restregó dos o tres veces. "¿Por qué no avanza a detener el perro?", le preguntó Pedrito. "Deje para otro momento la limpieza de la lámpara".



Pero precisamente en aquel mismo instante el frasco de vidrio creció hasta hacerse del tamaño de un barril y antes de que Cuquito pudiera evitarlo, estuvo dentro de él. "¿Qué tal muchacho?", preguntó Ta-ta-chin. "Ahora puedes tomar tu sombrero". Entonces Pedrito se rió contentísimo y agradecido.

EL ELEFANTITO ALEGRE



La mamá del gatito Rayado le ha dado para comprar una botella de limonada gaseosa. Pero cuando el líquido estuvo servido en el vaso, se presentó el mono Pancho. "Te voy a enseñar cómo se toma la limonada", dijo, quitándole el vaso de la mano.



Pero Narigón, el elefantito gracioso y bromista, vió lo que pasaba y puso una esponja en el vaso. "¡Hola!—exclamó Pancho.—¿Qué ha pasado con la limonada?" Sacó la esponja y la arrojó hacia atrás, en manos de Narigón.



"¡Pero no hay nada en el vaso!"—exclamaba Pancho poco después, retirándose muy disgustado. Toda la limonada había sido sorbida por la esponja. "Ahora, Rayado,—dijo el elefantito,—vas a tomar tu limonada como corresponde". Y estrujó la esponja como se ve en el dibujo. ¡Qué idea sublime! ¿Eh?

EL CASO DE LA MASCOTA CHINA

Un relato de profundo, impenetrable misterio

En el que figuran:

SEXTON BLAKE	**El gran detective británico.**
TINKER	**Su joven ayudante.**
PEDRO	**El famoso perro policía.**
BILL BURCHELL	**Ladrón profesional.**
WOLFF	**Comerciante en antigüedades.**
HARKER	**Detective de Scotland Yard.**
RUSSELL	**Detective de Scotland Yard.**
CHARLES HASLUCK	**Abogado.**

y además

LEON KESTREL	**El famoso ladrón y criminal.**

CAPITULO I

En el cual Sexton Blake es visitado por un extraño cliente.—

EL día había sido uno de esos del fin del otoño o comienzos del invierno, tales como sólo se conocen en Londres, día de lluvia, frío y niebla, de cieno que lo ensuciaba todo y de humedad que se metía por todas partes.

Una desconsolada multitud de hombres de negocios, bajo una interminable serie de paraguas, dirigíase, chapaleando barro, a su casa, hundiendo los casi inútiles chanclos de caucho en la capa de limo líquido que cubría aceras y calles

Pero Sexton Blake, mientras se hallaba echado en su butaca, con los pies abrigados por buenas zapatillas, cerca del fuego, no se percataba de las penurias que el mal tiempo hacía pasar a la población de Londres. Había corrido las cortinas de las ventanas y encendido la pipa, olvidándose del mundo, entregado a sus pensamientos.

De pronto se inclinó hacia delante y después de vaciar la ceniza de la pipa golpeándola en los hierros de la chimenea, tomó de nuevo el tarro del tabaco, volvió a cargar la pipa y sacando una caja de fósforos de uno de los profundos bolsillos de su viejo robe-de-chambre, encendió un fósforo y con él la pipa.

La momentánea luz del fósforo en medio de la semioscuridad del cuarto pareció despertar de su somnolencia a Tinker, que estaba echado en el suelo, en la piel de oso que había delante de la chimenea, con la cabeza apoyada en el cuerpo de Pedro, el gigantesco sabueso, el famoso perro policía a cuyo extraordinario olfato se debían tantas hazañas.

Blake se volvió a echar hacia atrás en su butaca, disponiéndose a fumar tranquilamente, cuando volvió a adelantar el cuerpo y escuchó con atención, Tinker se conmovió también y abandonando su cómoda postura, medio se sentó en el suelo.

Hasta ellos llegaba el eco de una acalorada discusión entre dos mujeres. Sexton Blake miró a Tinker un instante.



—Parece que la señora Bardell se encuentra en apuros, Tinker,—dijo — Vaya a ver que le pasa.

Tinker se levantó de un salto y se dirigió a la puerta. En cuanto la abrió para salir se oyeron con más claridad las femeninas voces. Poco después Tinker se hallaba de regreso riendo.

—¿Qué pasa?—preguntó Blake.

—Hay en la puerta una mujer,—dijo Tinker, — que amenaza hacer una porción de cosas con la señora Bardell si ésta no la deja pasar.

—¿Para qué quiere pasar?

—¡Para verle a usted! — dijo Tinker.

—¿Le dijo cuál es el motivo que la trae?

—No, señor. Dijo que necesitaba hablarle de "un asunto".

—Bien, — dijo Blake después de una breve pausa, — hágala pasar y dígale a la señora Bardell que no tenga miedo de sus amenazas.

Volvió a salir Tinker y casi en seguida estuvo de regreso, acompañado por la visitante que, al hallarse en la puerta de la

habitación perdió toda su serenidad y no se atrevía a entrar.

—Pase usted adelante, señora, — díjole Blake. — ¡Pero si usted está empapada por la lluvia!

—Poco importa la lluvia, señor y poco me importa mojarme, — dijo ella.

—Deme un momento su abrigo, — dijo Blake acercándose a ella. — Aquí se secará en pocos minutos. ¿Así que usted deseaba verme?...

La mujer contestó moviendo la cabeza y le entregó el abrigo, toda asombrada. Era una mujer corpulenta, pobremente vestida e indudablemente, de la clase más modesta. Sus facciones eran abultadas y toscas, pero sus ojos brillaban con viveza.

—Así que usted deseaba verme por "un asunto", — dijo el detective cuando la hubo hecho sentar y se sentó él también.

—Sí, señor, — dijo ella, — pero no es cosa mía. Se refiere a mi marido.

—Comprendo, — dijo Blake. — ¿Qué le ha pasado a su marido?

—Está "fuera", como se dice, — contestó la mujer, — es decir, está preso. El pobre Bill no mató jamás ni a una mosca y ahora le acusan de asesinato y...

—¡Un momento! — interrumpióla Blake. — Hay que comenzar por el principio para entender bien las cosas. Quizás sería bueno que antes de explicarme lo pasado, usted respondiera a algunas preguntas.

—Bueno, señor, — dijo la visitante.

—En primer lugar, — dijo Blake volviendo a encender la pipa que se le había apagado, — yo no conozco su nombre.

—Burchell, — dijo ella. — Vivimos en dos piezas que tenemos alquiladas en Islington, en los fondos de...

—Bien, — dijo Blake. — Una cosa por vez. Su marido se llama William Burchell y, según presumo, no ha sido nunca de los que respetan la propiedad ajena. Le han sorprendido en circunstancias sospechosas y está esperando sentencia, acusado de homicidio. ¿Es así?

Ella le miró con sorpresa.

—¿Entonces usted ha leído lo que los diarios han publicado sobre el caso, señor? — dijo.

—Creo que no, — manifestó Sexton Blake riendo. — Me he limitado a poner en claro los hechos basándome en lo que usted me había dicho.

Hubo un momento de pausa durante el cual la visitante miró a Blake con la boca abierta.

—Usted dijo, al referirse a su marido, que estaba "fuera", — prosiguió Blake — y esa es una expresión que usan únicamente los profesionales. ¿Tengo derecho a suponer que el señor Burchell no tiene la costumbre de ganarse la vida mediante trabajo honrado?

La señora Burchell se puso pálida, pero, decidida a defender a su marido, no se dejó emocionar.

—Bill es honrado a su modo, — dijo ella. — Por lo menos es tan honrado como cualquier otro de su gremio. ¡No fué nunca capaz de lastimar ni a una mosca.

—Así que solamente robaba, — dijo Blake, — y era un ladrón honrado. Comprendo el significado de lo que usted dice, señora Burchell. ¿Hace muchos años que se dedica a esa profesión?

—Hace algunos años, señor, — dijo la mujer. — Antes era yesero, pero se hizo amigo de una pandilla de malos compañeros que constituían una gavilla... Desde entonces se olvidó del yeso y no trabajó más en su oficio.

—¿Sigue "trabajando" con los de la gavilla? — preguntó Blake.

La señora Burchell movió negativa y vigorosamente la cabeza.

—¡No! — dijo. — No le gustaba el trabajo. Se separó de ellos y volvió a su oficio de antes. Pero se le había metido tanto en el cuerpo el otro trabajo que de vez en cuando hacía algún "trabajito" por su cuenta... Pero cosa de poca importancia..

—¿Y fué en uno de esos "trabajitos" en el que lo pescaron?

—Sí, señor, — dijo la señora Burchell. — Pero los de policía han transformado el "trabajito" en algo enorme. El caso se produjo en la calle de la Media Luna, en casa de un comerciante de antigüedades llamado Wolff.

—¡Wolff! — repitió Blake frunciendo el ceño. Después se volvió hacia Tinker. — Deme el "Daily News" de ayer, — dijo.

Tinker se levantó, cruzó la habitación y volvió junto al detective con un diario.

Blake desplegó el ejemplar, buscando determinado sitio.

—¿Es este el caso, señora? — preguntó indicando una información. Y luego: — "Robo y violencia en una casa de la calle de la Media Luna".

—Ese mismo, señor, — dijo la mujer.

Blake, que había visto la información pasándola casi por alto como cosa de poca importancia, leyó en voz alta toda la crónica que decía así:

"Hoy, a las once a. m. William Burchell, domiciliado en Smith Court, Islington compareció ante el tribunal, acusado de haber dado muerte a Isaac Wolff comerciante en antigüedades y curiosidades, con casa establecida en la calle de la Media Luna.

"El fiscal Barlow, al reconstruir el crimen, lo hizo de modo que no dejó la menor duda sobre cuál había de ser la decisión del jurado.

"Burchell había, con intención de robar, penetrado en la casa de negocio, por los fondos y había logrado abrir y desvalijar la caja de hierro, cuando el señor Wolff, que se había despertado, seguramente al ruido hecho por el ladrón, se presentó, armado de un revólver.

"Se produjo una pelea durante la cual el anticuario fué fatalmente herido en el corazón; pero había conseguido dar la voz de alarma y Burchell fué detenido por

" la policía en el momento en que intentaba huir de la casa.

" Durante toda la audiencia, Burchell no hizo más que protestar violentamente manifestando ser inocente del homicidio, aun cuando admitiendo que había entrado a robar; pero los hechos conocidos demuestran con toda claridad cómo se produjo el hecho y no dejan duda sobre la responsabilidad del detenido.

"En consecuencia, el presidente del jurado, después de una breve conversación con sus colegas, hizo saber que el veredicto era de culpabilidad, así que el acusado será juzgado como homicida por el tribunal superior.

" El abogado William Hook será el fiscal acusador ante el tribunal superior y la defensa del acusado será confiada al abogado Charles Hasluck".

Blake leyó la crónica con toda atención y después miró a la señora Burchell.

—Veo que su esposo comparecerá ante el tribunal superior acusado de haber dado muerte al anticuario. ¿Por qué cree usted que él no puede haber olvidado, por una vez, sus buenos propósitos, y haber matado a Wolff?

—Porque siempre juró que no mataría jamás a nadie,—dijo la mujer con convicción. —Además, Bill no llevaba cuchillo nunca. ¡Le juro que no llevaba jamás ni cuchillo ni arma ninguna!

La mujer no mentía.

—¿Ha visto usted a su marido después de que lo prendieron?—preguntó Blake.

—Sí,—dijo ella.—Le ví una vez. Jamás le he visto tan abatido. El, que siempre se reía y que tomaba todo en broma, estaba serio, pensando en que le van a condenar a muerte: "¡Qué suerte perra, Bess!", me dijo. "No voy a lograr que se pongan en claro las cosas. ¡Todo me acusa!" Se tapó la cara con las manos y sollozó. Crea, señor Blake, que Bill no fué nunca malo... antes de irme me dijo: "En todo esto he sido una pobre víctima".

—¿Sí? ¿Por qué dijo eso?

—No lo sé.

—Pero,—dijo Blake. — ¿Por qué se le ocurrió a usted venir a verme?

—Fué Bill quien me dió la idea,—dijo la mujer.—Yo no lo hubiera pensado nunca. Había leído muchas cosas sobre sus hazañas, señor, y le consideraba demasiado alto para ocuparse de mi pobre Bill. Pero la vez que le ví, me dijo desesperado: "No hay más que un hombre en el mundo que pueda sacarme de esta situación: es Blake, el detective particular. Es el hombre más hábil de Inglaterra"... Así me dijo Bill, "...y es capaz de meterse en el bolsillo a todo Scotland Yard".

—Sí, sí,—dijo, impaciente, Blake, —pero ¿le dijo que viniera a verme o no?

—No, no lo dijo, señor Blake. Dijo que usted podía probar su inocencia y yo le dije: "Voy a ver a Blake". Entonces él se rió y me dijo que preparara cien libras para pagar los honorarios y agregó: "Si puedes verlo, Bess, y se hace cargo del caso y prueba mi inocencia como con seguridad la ha de probar, dile que yo le pagaré su dinero, hasta el último penique, aun cuando tenga que trabajar diez años para juntarlo o que pasar diez años preso por haber robado". Así me habló, señor Blake.

El detective se echó hacia atrás en su butaca, riendo.

—No soy tan exigente en cuestión de honorarios, señora Burchell,—dijo, — Si el caso me interesa, el dinero es lo de menos. Los casos más interesantes de mi carrera han sido los que no he cobrado. ¿Cree usted que no tendré dificultad en ver a su marido?

El rostro de la señora Burchell cambió de expresión, pintándose en él la mayor alegría.

—¿Va usted a ayudarle, señor?—preguntó con repentina esperanza.

—Si puedo sentirme convencido de su inocencia, me ocuparé de él,—dijo Blake.—No he tenido conocimiento nunca de una desviación de la justicia sin que haya procurado hacer todo lo posible por poner las cosas en su verdadero lugar. ¿Dónde está su marido, señora Burchell?

—En la prisión de Holloway,—dijo la mujer.—No creo que vuelvan a permitir que yo le vea, pero a un señor tan conocido como usted...

—Sí,—dijo Blake levantándose,—quizás pueda obtener una entrevista. Sea como sea, lo intentaré, señora Burchell. Pero con una condición.

—¿Cuál señor?

—Que si yo consigo probar la inocencia de su marido, Burchell será desde ese momento un hombre honrado. No creo que los yeseros ganen grandes salarios, pero es ese un oficio más decente y mejor, por donde se le mire, que el de ladrón.

—Señor Blake,—dijo ella con energía. —Eso se lo prometo yo. Si usted libra a Bill de la sentencia de muerte, no volverá a robar. Se lo juro, señor.

Blake tomó el abrigo y se lo puso a la señora Burchell en los hombros.

—Entonces yo veré qué es lo que puede hacerse,—dijo, encaminándose hacia la puerta.

La mujer le siguió, pero se detuvo antes de salir y volvió la cara roja y alegre hacia el detective. Los ojos le brillaban de contento.

—¡Dios le bendiga, señor!—dijo.—¡Dios le bendiga!

Se volvió, casi sin saber qué hacer y secándose los ojos con la punta del delantal salió tropezando, al hall, fué hasta la escalera y descendió.

Blake la miró marcharse y volvió luego a su salita. Apagó la lámpara, y atizó el fuego de la chimenea.

Durante unos minutos paseó de un lado a otro, fumando pensativo. Después tomó de la repisa de la chimenea un tarro de tabaco. Tinker había esperado oportunidad para hablar.

—¿Va usted a ocuparse de ese caso, señor?—preguntó.

—No lo sé, Tinker,—dijo Blake.—Aun no

lo he decidido. Y usted, ¿qué piensa de él?
—Que aún no conocemos suficientes datos al respecto,—dijo Tinker.
—Es verdad,—dijo Blake.—¿Quién estará a cargo de la investigación? Pida comunicación telefónica con la oficina de Harker.
Tinker fué hasta donde estaba el aparato telefónico, tomó el tubo y se lo llevó al oído.
—Con Scotland Yard.—dijo.

CAPITULO II

Sexton Blake se entera de algunos detalles interesantes.—

PASARON varios minutos antes de que Tinker volviera a hablar ante el aparato telefónico. Después miró a Blake, indicándole con un movimiento de cabeza, que se acercara. El detective cruzó la habitación y fué a tomar el auricular.
—¡Hola Harker! ¿Es usted? En ese suceso de la calle de la Media Luna... ¿es usted el que investiga?
—¿Se refiere usted a la muerte de Wolff? —preguntó Harker.
—A ese mismo caso.
—Hasta ahora no me he ocupado de ese suceso, — dijo Harker. — Russell fué el que lo tuvo en el primer momento. A mí me han encargado hace poco de que le ayude. ¿Por qué lo pregunta, Blake?
—Estaba pensando en si el caso podría resultar interesante... ¿Lo ha estudiado usted?
—Aun no he estado en el teatro del crimen, — dijo Harker. — Pero Russell me ha enterado de todos los detalles. Se trata de un caso de lo más sencillo y rectilíneo.
—¡Bien! — dijo Blake. — Así que Russell cree que es sencillamente un caso de robo con violencia que ha resultado fatal...
—Así es. El preso es un tipo que tiene larga foja de servicios.
—Así me han dicho, — manifestó Blake, —pero es un ladrón al que nunca se le ha acusado de violencia contra nadie.
—No: es la primera vez que mata,— dijo Harker. — A ese respecto su foja de servicios está en blanco.
—¿Y cree usted, o mejor dicho, cree Russell, — preguntó Blake, — que no cabe duda sobre la culpabilidad del preso?
—¡Ninguna! — afirmó Harker. — Las pruebas son concluyentes. Pero... ¿espera usted acaso que se presenten nuevas complicaciones?
—No, — dijo Blake. — Por el momento no espero nada. No sé nada o al menos sé muy poco sobre lo sucedido. Pero el caso es que he pensado que tal vez pudiera presentarse alguna nueva circunstancia. Muchas gracias por todo, Harker. Perdone que le haya molestado.
Blake colgó el auricular del teléfono y fué a tomar, de sobre la mesa, un tomo voluminoso, la "Guía de los Teléfonos" de Londres. Recorrió rápidamente sus páginas mientras Tinker le observaba con curiosidad.
—¿Qué dice Harker sobre el caso, señor? — preguntó. — ¿Hay algo nuevo?
—Harker dice que el caso no tiene nada de particular y que no se ha producido ninguna novedad, — contestó Blake sin quitar los ojos del libro. — Pero él no se hará cargo de la investigación hasta hoy. El que la tuvo antes fué el detective inspector Russell y...
Tinker silbó.
—Y conociendo las condiciones especiales de Russell, es de suponer que haya, en el caso, muchos detalles que hayan pasado inadvertidos para él.
Hubo un momento de pausa, durante el cual Blake siguió estudiando la "Guía de los Teléfonos" y Tinker paseó lentamente de un lado a otro.
De pronto Blake puso su índice en un número y miró a Tinker.
—Pida comunicación con el 051 Holborn, —dijo. — Es la oficina del abogado Charles Hasluck. Quizá se encuentre todavía en su estudio. Esa gente de ley trabaja a veces hasta después de hora.
Tinker se acercó al aparato telefónico y Blake tomó del estante de los libros el "Who's Who" (¿"Quién es quién?", libro que da los nombres, profesión, domicilio, etcétera, de las personas de cierta figuración) y se puso a hojearlo. Poco después, Tinker colgó nuevamente el auricular.
—No contesta, señor, — dijo. — Debe haberse retirado ya.
Blake inclinó la cabeza, indicando haberse enterado y siguió leyendo el párrafo que ofrecía la biografía sintética del conocido abogado.
—Su domicilio particular está en Oakland, Redhill, — dijo, — y también es posible que se halle en su club. Pida comunicación con el Savage Club, Tinker.
El joven se acercó de nuevo al teléfono y pocos instantes después hablaba con el Club.
—¿Da la casualidad de que el señor Charles Hasluck esté en este momento ahí? ¿Sí? ¿Quiere decirle que tenga la bondad de acercarse un momento al aparato? Le habla Sexton Blake, de Baker Street.
El detective tomó nuevamente el auricular y un instante después una voz aguda resonó en el aparato.
—¡Hola!
—¿Habla el señor Hasluck? — preguntó el detective.
—Sí. ¿Quién me habla?
—Blake... Sexton Blake.
—¡Ah! ¡Sí! ¡Buenas tardes, señor Blake!
—Buenas tardes. Siento tener que hablarle de cosas de trabajo fuera de las horas de trabajo. Pero necesito saber si usted va a encargarse realmente de la defensa de un tal Burchell.
Hubo un momento de pausa, durante el cual el abogado famoso pareció indeciso. Cuando habló lo hizo en el tono de quien pide disculpa.
—Preferiría no hablar de eso por teléfo-



Parece que la señora Bardell se encuentra en apuros, Tinker, — dijo Sexton Blake.—Vaya a ver que le pasa.

no, señor Blake, — dijo. — Pero... yo me he de quedar en el club una hora o quizá más. Si usted pudiera tomarse la molestia de darse una vuelta...

—Estaré ahí dentro de un cuarto de hora, —dijo Blake.

—Perfectamente.

Blake colgó el auricular y volviéndose hacia Tinker, díjole:

—Necesito un automóvil, en seguida. ¡Ah! ¡Tinker! — agregó cuando el joven ya se disponía a salir.

—Señor.

—Dígale a la señora Burchell que comeré más tarde que de costumbre... Pero no. Con seguridad me quedaré a comer en el club. No volveré tarde, sin embargo.

—Bien, señor, — dijo Tinker.

Y salió de la habitación y luego de la casa, en busca del pedido vehículo.

La noche no había mejorado y cuando Tinker llegó con el automóvil, Blake estaba esperando en la puerta, con su grueso sobretodo y su abrigada gorra de lana.

—Al Savage Club, en Adelphi, — dijo al chauffeur.

Partió el automóvil rodando por entre el cieno y la nieve a medio derretir que hacían intransitables las calles de la capital aquella noche. Pocos minutos después se paraba ante el portal, severo pero artístico, del edificio del club.

Un hombrecito de rostro astuto, de cabello gris y con apariencia, todo él, de ave de rapiña, adelantóse con paso rápido y nervioso a recibir a Blake cuando éste entró. Era Charles Haaluck, el famoso abogado.

—Señor Blake,—dijo tendiendo la mano,—es un abuso de mi parte hacerle salir de su casa con un tiempo como el que hace. Pero no era posible describir ciertos detalles por teléfono. Usted me comprenderá, señor Blake y se dará cuenta de...

—Sí, señor,—dijo Blake sonriendo. —En realidad estaba yo por decirle que vendría a verle. A mí tampoco me gusta tratar de asuntos serios por teléfono.

—¡Claro está!—dijo el abogado mientras Blake daba el sobretodo y la gorra al criado.—Pasa con ello algo parecido a lo que sucede con el telégrafo sin hilos. Carece de un elemento primordial: el secreto. Y éste, en nuestra profesión, es un elemento vital, señor Blake. Pero... ¿ha comido usted ya?

—Aun no,—contestó el detective.

—Entonces comeremos juntos. Haré reservar una mesa en sitio discreto y tranquilo, separado del bullicio.

Después de transcurridos unos pocos minutos, los dos se hallaban frente a frente, sentados a una mesita situada separada de las demás, en un rincón discreto, y les servían una exquisita comida. Durante un rato comieron y hablaron de generalidades. De pronto dijo Blak

—Supongo que usted se hará cargo de la defensa de ese hombre, señor Hasluck.

El abogado inclinó la cabeza, asintiendo.

—Temo, sin embargo, que la defensa resulte inútil—manifestó.—Parece que la culpabilidad del hombre está más que demostrada, dicho sea aquí, entre nosotros, de hombre a hombre, señor Blake.

—A pesar de todo, señor Hasluck,—replicó Sexton Blake,—no creo que esté tan claramente demostrada como dicen, la culpabilidad de Burchell.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Quiero decir que, en mi opinión, hay posibilidad de que la defensa de ese acusado resulte de improviso algo extraordinario y realmente notable.

—¿Ha estudiado usted el caso detenidamente, señor Blake?—preguntó, impresionado, Hasluck, bajando la voz.

—No,—dijo Blake,—pero es un caso que me interesa. Estuvo a visitarme la esposa de Burchell y me dijo que estaba dispuesta a jurar que su marido es inocente del homicidio de que se le acusa.

—¿De veras? ¿Y qué es lo que le hace a usted creer que la culpabilidad del hombre no está demostrada, señor Blake?—preguntó el abogado.

—Algo indefinido,—dijo.—Algo a lo que podemos llamar intuición. Me propongo enterarme lo mejor que pueda de todos los detalles lo más pronto posible, si se me permite. Deseaba verle a usted, señor Hasluck para pedirle permiso para ver al preso y oír de sus labios el relato de lo sucedido.

—Ya comprendo,—dijo el abogado,—usted desea emprender la investigación del hecho.

—Eso es,—dijo Blake.—Supongo que usted no se ha entrevistado aun con el hombre.

—Aun no,—dijo Hasluck. — Hace pocas horas que me encargaron de su defensa.

—Entonces, quizá podríamos ir juntos a ver al preso. No deseo entrometerme en sus relaciones con sus clientes, pero sin embargo...

—¡Nada de eso, señor Blake! Tengo derecho a tomar las disposiciones que me parezcan convenientes en favor de mi cliente y hacer investigar el caso, y a ser posible, demostrar su inocencia. Está en mis facultades la de ocupar a usted en averiguaciones relacionadas con la defensa de mi cliente celebrando con usted una transacción puramente comercial, señor Blake.

—En este caso será una transacción pura y sencillamente, — dijo Blake. — Si el asunto, una vez interrogado el preso, no resulta interesante, lo abandonaré. Si, en cambio, parece tan interesante como lo espero, me contentaré con el interés del mismo en calidad de honorarios.

—Muy bien, señor Blake.—Si usted actúa en favor del acusado y hace algunos descubrimientos importantes yo adaptaré a ellos mi defensa. En cuanto a ver a Burchell, yo no pensaba verle en esta semana; pero si usted quiere, podremos combinarnos, para ir juntos mañana mismo, a la prisión de Holloway.

—Mucho le agradecería que así fuese. En caso de que usted no pueda ir, concédame permiso para que yo le visite,—dijo Blake.—El tiempo es un factor que suele ser de gran importancia en casos así.

Henry Hasluck tomó unos sorbos de vino con la lentitud de un epicúreo. Después, dejó el vaso y tendió la mano al detective por encima de la mesa.

—Muy bien, señor Blake,—dijo.—Mañana, aquí o en mi estudio, como usted lo prefiera.

—En Lincoln's Inn, en su estudio, me será más cómodo,—dijo Blake.

—Pues en mi estudio, en Lincoln's Inn, a las once.

—¡A las once!—dijo Blake estrechando la mano del abogado y levantándose después, de la mesa.

CAPITULO III

Una entrevista con Burchell.—

LA débil luz que pasaba por la alta y enrejada ventana parecía acrecentar, en vez de suavizar, la lobreguez de la celda y el abatimiento del hombre que paseaba lentamente de un lado a otro.

En verdad, si alguna vez se había visto pintado el mayor abatimiento en una rostro y en una actitud, era en aquella ocasión y en la cara y en el andar de aquel hombre que pisaba las losas del suelo de la celda, lenta y tristemente.

Porque William Burchell, yesero de oficio y a veces amigo de apoderarse de la propiedad ajena, se hallaba tan anonadado como puede hallarse un hombre en este mundo.

Su suerte se hallaba en el nivel más inferior que pueda concebirse; sus esperanzas de llegar a poseer riquezas y comodidades, habíanse disipado por completo y le envolvían las sombras de la más tenebrosa desesperación.

Porque en otras ocasiones William Burchell se había visto encarcelado pero siempre había sido con la convicción de que no le condenarían sino a pocos años, que él se encargaría de abreviar observando una conducta ejemplar. Pero ahora, la perspectiva que ante él se presentaba era la del patíbulo, era el destino del homicida...

Así pues, cabizbajo, con los ojos hundidos y ojerosos por la falta de sueño, el hombre paseaba de un lado a otro, deteniéndose a veces para mirar hacia el rayo de sol que penetraba por la ventana y volviendo a caminar con paso lento, casi arrastrando los pies.

Era la suya una extraña figura, con su ropa demasiado holgada y su cabello largo que le caía sobre la frente. Su cabeza era la típica del criminal, de frente estrecha, de cráneo "cuadrado", de nariz achatada como la de muchos boxeadores.

Aun cuando William Burchell era en realidad, un ladrón de menor cuantía, su aspecto no le favorecía absolutamente nada y, al verle, cualquiera le hubiese creído un sanguinario criminal.

Siguió paseando de un extremo a otro de la celda, con la mirada fija en el suelo, hasta que se detuvo y miró en redor alarmado al oir pasos en el corredor y luego el ruido de la llave en la cerradura de la puerta.

Miró sin interés al guardián que entró en la celda.

—Burchell, — dijo el guardián, — aquí está el señor Hasluck, su... su defensor.

El preso miró al guardián con asombro. No estaba seguro de haber comprendido bien. Pero antes de que pudiera hablar, el guardián había vuelto a la puerta y Henry Hasluck y Sexton Blake habían entrado en la celda.

El guardián después de entrar un par de sillas, salió al pasillo cerrando la puerta y dejándolos solos. El abogado se dirigió a Burchell.

—Es usted William Burchell, según creo, — dijo, y el hombre inclinó la cabeza afirmativamente, mirando con curiosidad a Blake que, detrás del abogado, le miraba.

—Usted está esperando ser juzgado por el homicidio de Henry Wolff, de la calle de la Media Luna número 13, cometido en la noche del 12 del mes pasado.

—¡Es mentira! — exclamó el hombre. — ¡Es una mentira infernal y yo!...

—Calma, Burchell, — interrumpióle el abogado. — Dentro de un instante le oiremos con toda atención. Es necesario, para que yo pueda defenderle como corresponde, que usted me cuente todo lo que sucedió sin omitir ni el menor detalle.

Se sentó en una de las sillas que había traído el guardián, Blake tomó la otra y se sentó también.

Burchell volvió a mirarle con atención. Después miró al abogado.

—¿Quién es este otro señor? — preguntó.

—Es un empleado a mis órdenes, que probablemente me ayudará a estudiar su defensa, Burchell, — contestó Hasluck.

Burchell miró de nuevo a Blake y frunció el ceño.

—¿Usted quiere que yo le diga la verdad, señor? — preguntó dirigiéndose a Hasluck.

—Toda la verdad, sin omitir absolutamente nada.

—Pues entonces no estaría de más que nos midiéramos los dos con la misma medida.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que no estaría mal que usted también dijera la verdad, señor, — dijo el preso.

—No le comprendo, — replicó Hasluck, frunciendo el ceño a su vez.

—Ese que está ahí no es empleado, ni de usted ni de nadie, — dijo Burchell levantando la voz. — Ese es Sexton Blake, señor, — agregó.

El abogado se sintió sorprendido en el primer momento. Casi no supo qué decir. Después de una pausa, sonrió.

—Ha adivinado usted, Burchell, — dijo.

Estas palabras parecieron causar un efecto mágico en aquel hombre. La actitud de intenso abatimiento desapareció por completo. Burchell se acercó en seguida a Blake.

—¡Doy gracias a Dios porque usted ha venido, señor! — dijo. — Es usted la única persona que puede hacer algo por mí. ¿Fué mi mujer a verle, señor?

Blake inclinó la cabeza asintiendo al mismo tiempo que se percataba del cambio que había experimentado la actitud de aquel hombre.

—Su esposa estuvo a verme,—dijo,—y me pidió que me encargara de su asunto; pero aun no he decidido si me encargaré o no. Ella parecía estar muy convencida de su inocencia pero otros parecen estar tan convencidos de su culpabilidad...

—Sí, señor Blake,—agregó el hombre,— todos están convencidos de que soy culpable. No hay uno solo de toda la jauría que me persigue, que no quiera verme con la soga al cuello. Pero aunque sea verdad que fuí en busca de lo que había en la caja de hierro, soy enteramente inocente del homicidio, ¡se lo juro, señor Blake! Yo...

—Bien,—dijo Blake interrumpiéndole,— pero el señor Hasluck y yo quisiéramos conocer lo pasado desde el principio, Burchell. Después haremos todo lo posible en su favor. Creo que el señor Hasluck tiene que hacerle primero algunas preguntas.

Burchell se volvió hacia el abogado.

—Pregunte lo que quiera, señor,—dijo,— no tengo miedo.

—En primer lugar, Burchell,—dijo,—¿debo creer que usted, con toda honradez y sinceridad, niega saber algo sobre el delito de homicidio de que se le acusa? ¿Afirma usted solemnemente que no mató a Henry Wolff?

—¡Lo juro, señor! — dijo Burchell con energía.—¡Juro que yo no le maté!

—¿Pero admite que entró en su negocio con el propósito de robar lo que había en la caja de hierro?

—Sí,—dijo el hombre.—Alguien me metió en ese asunto y...

—No se trata ahora de eso. Usted admite que se le acuse de tentativa de robo y niega toda participación en el homicidio, ¿no es así?

—Así es, señor,—dijo William Burchell.

—¡Bien! Ahora podemos proseguir. En primer lugar, ¿cómo se le ocurrió entrar en casa del anticuario? Ha dicho usted que "alguien le metió en ese asunto".

—Así fué señor, así precisamente.

—¿Qué quiere decir usted con eso?

—Que llegó a mi conocimiento que en la caja de hierro había una gran cantidad de brillantes y varias alhajas de gran valor y entonces...

—¿Por intermedio de quién llegó esa información a su conocimiento?

—Me lo dijo un tipo al que llaman Shanghai Jim. El me dijo todo lo relacionado con la casa y lo que podía hacerse en ella, manifestándome que no hacía él mismo el negocio, porque estaba comprometido en otro muchísimo más importante. No sólo me dió los datos, sino que hasta me dijo cuál era

el día y la hora mejor para dar el golpe sin riesgo.

—¡Qué persona tan generosa! — comentó Sexton Blake.—¿Es usted muy amigo suyo?

—No, señor; amigo sí, pero no mucho,—dijo Burchell.

—Entonces, ¿por qué le dió la información a usted, precisamente?

A Burchell no se le había ocurrido pensar en este detalle. Durante un momento, permaneció pensativo.

—Bueno,—dijo. — Yo le conocía bastante. Quiero decir que él y yo fuimos...

—Fueron ustedes miembros de la misma gavilla, ¿eh?—dijo Blake. Burchell le miró sobresaltado.

—Sí,—dijo.—Pero yo me había separado de ellos hace algún tiempo.

—¡Ah!—exclamó Blake siguiendo el interrogatorio por propia iniciativa. — Sin embargo, él seguía profesándole suficiente amistad para proporcionarle una ocasión de sacar buen provecho. ¿Consiguió usted abrir la caja de hierro?

—Sí, señor,—contestó Burchell.

—¿Y encontró en ella los brillantes y las alhajas de que le habían hablado?

—No; no estaban allí. Creo que no lo estuvieron nunca o Wolff los había cambiado de sitio.

—¿No sabe usted de dónde sacó Shanghai Jim la información que le facilitó?

—No, señor.

—Dijo usted que Shanghai Jim le dió datos. ¿Qué datos fueron esos?

—Me dijo que el mejor sitio para entrar en la casa era la parte de los fondos y hasta trazó un plano del edificio. Parecía estar muy enterado de cuanto hacía el viejo, así como de los movimientos del policeman del barrio. Jim estaba muy bien preparado y con seguridad hubiera dado el golpe si no le hubiese salido un asunto de mayor importancia.

El abogado preguntó entonces a Burchell, después de consultar unas anotaciones que tenía en su libreta.

—Así que usted penetró, la noche del doce del pasado mes, en la tienda de Henry Wolff. ¿Cómo procedió para entrar?

—Corté el vidrio de la banderola de la puerta del fondo,—dijo Burchell. — No fué nada difícil.

—¿A qué hora fué eso?

—Muy cerca de las doce y media.

—¿A qué hora debía pasar el policeman por delante de la casa?

—A eso de la una.

—¿Pudo usted entrar en la casa sin tropiezo?

—Sí. No tenía más que forzar una puerta vulgar y entré en el negocio.

—¿Hizo usted ruido?—le preguntó Blake.

Burchell movió negativamene la cabeza con gesto de indignación.

—Soy perro demasiado viejo para no saber hacer las cosas sin ruido,—dijo.

—Ha dicho usted que consiguió abrir la caja,—dijo Hasluck.—¿Cómo procedió?

—¡Muy fácilmente! — dijo Burchell sonriendo.—No he visto nunca cosa más sencilla. Fué cuestión de un momento.

—¿Qué dice?

—Que abrí la caja en seguida, porque era de las que se abren mediante una combinación de letras, y yo sabía la combinación.

—¿Quién se la había comunicado?

—Shanghai Jim.

—Y él ¿cómo la sabía?

—¡Quién sabe! — dijo Burchell, al que sin duda le importaba muy poco ese detalle. —Jim sabe una porción de cosas de las que nadie tiene ni sospecha.

Hubo una breve pausa durante la cual el señor Hasluck estudió las anotaciones de su libreta y Blake escribió algunas palabras en la suya. Un instante después, el abogado levantó la cabeza.

—¿Qué encontró en la caja de hierro, Burchell?

—¡Ni la sombra de un brillante!—dijo el preso.

—Pero halló algo.

—Sí; como unas cinco libras en dinero y unos pocos objetos de vajilla de plata antigua.

—¿Fué cuando usted estaba sacando eso de la caja cuando se presentó Henry Wolff?

—Sí, — dijo Burchell. — Si lo desea, voy a contarle punto por punto lo que sucedió.

—Ya le escuchamos,—dijo Sexton Blake.

—Debía ser como la una menos cuarto, —comenzó Burchell, — y yo había abierto la caja y estaba maldiciendo mi suerte al mirar lo que había encontrado y al pensar en lo que no había hallado. Me había metido el dinero en el bolsillo y estaba atando las piezas de vajilla de plata en mi pañuelo, cuando... ¡Ah! Me había olvidado de decirles que a todo esto la casa estaba enteramente a oscuras y que yo empleaba una linterna eléctrica de bolsillo. El policeman podía pasar en cualquier momento.

—Sí, — dijo Blake. — Usted estaba atando las piezas de vajilla de plata en su pañuelo cuando...

—Cuando, de repente, — prosiguió Burchell, — de repente oí ruido de pasos cerca de la puerta y la habitación se inundó de luz. Me quedé encandilado, enceguecido por tanta luz después de tanta oscuridad.

"Pero cuando pude ver, ví al viejo Wolff de pie en el hueco de la puerta con la cara blanca como una sábana. Yo me sentía sorprendido y algo asustado, pero no vi jamás un hombre con más miedo del que tenía Wolff en aquel instante. Parecía que los ojos querían saltársele de la cara y le temblaban las manos. Hubiera podido tumbarle de un empujón, pero en la mano derecha tenía un revólver Colt amartillado, con el que me apuntaba. Crea que sentí frío en la espina dorsal cuando ví que acercaba el dedo al disparador. Fué maravilloso que no hiciera fuego de puro miedo. ¡Ojalá lo hubiera hecho!

—¿Entonces usted avanzó hacia él? — dijo el abogado al ver que Burchell callaba.

El preso le miró con sorpresa y con desprecio a la vez.

—¿Qué yo avancé? ¡No! ¡Ni que hubiese sido tonto! — exclamó. — Dejé la vajilla en el suelo y levanté las manos temiendo que el hombre disparara un tiro y me matara. Levanté las manos y grité: "¡No tire, señor!", lo más fuerte que pude. Y agregué: "Ya me tiene vencido. Me entrego".

—¿Y qué dijo él entonces? — preguntó el abogado.

—No dijo nada. Suspiró algo tranquilizado y caminó hacia atrás por la tienda y sin dejar de apuntarme. Parecía que el miedo no le dejaba hablar. En mitad de la habitación se detuvo y siempre con el Colt en una mano, metió la otra en un bolsillo y sacó un silbato de policeman. "¡Vamos, me he ganado otra temporada entre rejas!", me dije yo porque se llevó el silbato a la boca y lanzó un largo y fuerte silbido. Entonces fué cuando aconteció lo extraño De improviso, antes de que hubiese terminado, el silbato se le cayó de la mano y después dejó caer el revólver.

"Durante un momento me quedé asombrado, mirándole... Le ví que se tambaleaba, procurando no perder el equilibrio. Después lanzó un gemido y se desplomó, quedando tendido en el suelo, inmóvil.

El abogado hizo una leve mueca de incredulidad, Blake miraba, impasible, a Burchell, el que, después de una pausa, prosiguió:

—Por un momento me quedé como hecho piedra. No lograba darme cuenta de lo que había pasado. Avancé y me incliné a mirarle. Tenía el viejo, los ojos abiertos y una expresión de terror en la cara, tal como yo no la había visto jamás. Me parece que grité al ver que los ojos estaban fijos y vidriosos. ¡El viejo Wolff estaba muerto!

Burchell calló y miró, primero a Blake y luego al abogado Hasluck, que seguía sonriendo con incredulidad.

—Quizá fuera un ataque al corazón, — dijo Hasluck con ironía.

—Eso fué lo que pensé primero, — dijo Burchell. — Le tomé de la muñeca para ver si tenía pulso, pero ya no latía su corazón. Había caído boca abajo, medio encogido, pero con la cabeza de costado y fuí a volverlo boca arriba para ponerla el oído al pecho, cuando de pronto me levanté, retirándome aturdido, con un torbellino en la cabeza. En el piso, debajo del cuerpo, había un pequeño charco de sangre.

Hubo otro momento de pausa. Burchell sentíase emocionado al recordar aquella escena.

—Durante un minuto, — prosiguió luego, — me quedé parado sin saber qué partido tomar. Recordé entonces que Wolff había tocado el silbato y comprendí la situación en que me hallaba. Allí estaba yo, viejo ladrón, ante la caja abierta y parte del producto del robo en el bolsillo. Allí estaba el viejo, en el suelo, a mis pies, ¡muerto! Apagué la luz y no atreviéndome a usar mi linterna, salí por la trastienda, a tientas. Pasé por el hueco de la claraboya y salí sin dificultad. Pero no me sirvió de nada. Acababa de saltar cuando un policeman se presentó y me prendió. Llamó a un compañero a toques de pito y un rato después me encontraba encerrado en la oficina policial del distrito.

El preso calló y, sin hacer caso de su abogado defensor se dirigió a Blake.

—Esa es la verdad ¡se lo juro, señor Blake! — dijo. — ¡Esa es la verdad! ¡Y me acusan de haber dado muerte a Wolff!

—¡Pero no es posible que el hombre fuera acuchillado sin manos que lo hicieran! — exclamó Hasluck. — Si usted afirma que es inocente, dé alguna explicación...

—No acierto con ninguna. Se trata de algo que parece sobrenatural y diabólico.

—Dejemos de lado lo sobrenatural, Burchell, — dijo entonces Blake, sonriendo. — Creo que es necesario aceptar la lógica observación del señor Hasluck. El hombre no pudo ser herido de muerte sin que una mano empuñara el arma homicida. ¿Es muy grande la habitación donde está la tienda?

—No; es chica, — dijo Burchell.

—¿Hay en ella algún sitio donde pudiera esconderse alguien?

—Ya pensé en eso, — dijo el preso, — pero no había más que la caja y los mostradores que pudieran ocultar a alguien y no hay que pensar en ellos.

—¿Por qué?

—Porque yo estaba de espaldas a la caja cuando él se presentó y de donde yo estaba podía ver detrás de ambos mostradores.

—¿Y nada más? — preguntó Blake. — ¿Lo ha dicho usted todo, sin omitir nada?

—¡Le juro que sí! — exclamó el hombre con energía.

—Entonces creo que ya hemos hecho cuanto podíamos hacer aquí, — dijo Blake levantándose. — No sé si el señor Hasluck tiene que preguntarle algo más.

El abogado consultó sus anotaciones y movió la cabeza lentamente.

—Por el momento, no tengo nada más que preguntarle, — dijo. Miró fijamente al preso y agregó: — Haremos cuanto nos sea posible en su favor, Burchell.

El hombre balbuceó algunas palabras de agradecimiento dirigidas al abogado mientras éste se encaminaba hacia la puerta, seguido del detective. Burchell avanzó y, muy nervioso, tomó del brazo a Blake.

—¿Se va usted a ocupar de mi asunto, señor Blake? — dijo en tono suplicante. — Le he dicho la pura verdad. No me abandone.

Blake se volvió y miró al hombre de un modo que pareció tranquilizar en seguida a Burchell.

—Le prometo que me ocuparé de su caso, Burchell, — dijo, — y le prometo también que haré hasta el último esfuerzo.

—¡Dios le bendiga, señor!

El detective y el abogado salieron al largo y frío corredor. La puerta de la celda se cerró

de nuevo con llave y cerrojos, quedando en su celda el prisionero.

Los dos hombres salieron de la prisión y tomaron el automóvil sin cambiar una palabra. Blake iba muy pensativo.

Al cabo de unos instantes, el abogado le miró.

—¿Qué tal, señor Blake ¿Qué piensa usted de él?—preguntó.

El detective se encogió de hombros.

—Precisamente eso era lo que yo iba a preguntarle ahora mismo,—dijo.

El señor Hasluck sacó del bolsillo una cajita de carey, la abrió, tomó de ella una narigada de rapé.

—Creo,—dijo lentamente,—claro está que en completa reserva, que mi cliente es un tipo interesantísimo.

—¿En qué sentido?—preguntó Blake.

—Es uno de los más perfectos embusteros que he visto en mi vida,—dijo.

El detective se sonrió de modo inescrutable. Nadie hubiera podido interpretar el significado de aquella sonrisa.

—Pero,—agregó el abogado,—mi misión es defenderle y debemos hacer todo lo posible. De paso, señor Blake, le diré que precisamente estaba pensando que no me expliqué con la necesaria claridad sobre nuestras relaciones en lo referente a este caso.

—¿Por qué, señor Hasluck?

—Me parece que yo le propuse que usted trabajara junto conmigo en la defensa, pero claro está que entretelones. Usted seguiría sus investigaciones en mi favor. En realidad eso no es posible.

—Dirá usted que no está permitido por la ley,—dijo Blake corrigiéndole. — Y usted lo sabía.

El abogado frunció el ceño. No había supuesto que los conocimientos legales de Blake llegaron hasta esos detalles. Ignoraba, naturalmente, que el detective sabía de leyes y procedimientos más que muchos abogados.

—Pero si usted,—prosiguió Hasluck,—como persona particular interesada, ayudado o protegido por la policía y por el defensor, logra hacer algun descubrimiento de importancia para el preso, puede comunicármelo. Entonces si me parece que la nueva prueba es vital, podré presentarle como testigo y fundar mi defensa en su declaración.

—Eso es, señor Hasluck,—dijo Blake. — Pero yo, en cambio, creo que puedo trabajar en su favor trabajando junto con la policía en favor del acusador fiscal.

—¿Qué dice usted, señor Blake?

—De esta manera, si yo tropiezo con algún hecho que favorezca a Burchell se lo comunicaré a la policía la que a su vez lo tomará en cuenta y modificará la acusación de acuerdo con él hecho descubierto. A fin de cuentas, la policía quiere,—o debe querer,—ser justa en el asunto, y la necesidad vital en él es probar la inocencia de Burchell a pesar de que la defensa sea buena o mala y la acusación mala o buena.

El abogado se encogió de hombros, como si el caso no le importara.

—Muy bien, señor Blake; como usted quiera, naturalmente,—dijo.

En el trayecto de regreso a Lincoln's Inn, la conversación entre los dos fué intermitente.

Aun cuando convencido íntimamente de que Burchell era un gran pillo, Hasluck creía que si el detective realizaba algunos descubrimientos, éstos sólo podían debilitar la acusación, y salir triunfante en un proceso en que la acusación sea débil no es envidiable galardón para ningún abogado defensor. Pero si hubiera logrado inducir al detective a trabajar secretamente en su favor, si hubiese podido llamar a Blake como testigo y hacer estallar una bomba sobre los de Scotland Yard, dejando confundido al fiscal, la reputación del abogado Hasluck hubiera adquirido un nuevo brillo. En este caso se hubiese adjudicado la gloria correspondiente a la astucia del detective.

Pero no iba a presentársele ocasión semejante con Sexton Blake. El detective se había negado a comparecer como un simple testigo de descargo. Un hombre de la habilidad y la astucia de Hasluck está acostumbrado a doblegar a las gentes ya sea por la persuación, la astucia o la amenaza. Pero una sola mirada rápida al rostro de Blake le convenció que con un hombre como aquel la persuación, la astucia y la amenaza eran completamente inútiles.

CAPITULO IV

Una visita a la calle de la Media Luna. — El misterio se hace más intenso.—

PARA un hombre de la reputación de Sexton Blake el elemento financiero no era, por cierto, el más importante de su carrera.

La cuestión de honorarios no le preocupaba si un caso era suficientemente interesante en sí mismo. Así se explica cómo, en la mañana siguiente a la de su visita a la prisión de Holloway, el detective declinó cortesmente la oferta de un cheque muy importante que le hacía un millonario proveedor del ejército durante la guerra, que quería que buscase el paradero de su hijo único y heredero universal, para dirigirse, es cambio, acompañado por Tinker, a la tienda de antigüedades del desdichado Henry Wolff, anticuario, situada en la calle de la Media Luna.

Reunido en torno del teatro del crimen se hallaba el acostumbrado grupo de mirones curiosos, que no podían acercarse porque se lo impedía un cordón de policemen y sin embargo se pasaban allí las horas observando fijamente la vieja casucha, al parecer con la esperanza de que alguien perpetrara allí mismo otro homicido, nada más que por satisfacer su curiosidad.

Blake y Tinker se abrieron camino por entre la gente allí reunida y el detective mostró su carnet al oficial, que le saludó respetuosamente. Pero Blake no entró en seguida en la casa. Cruzó a la acera de enfrente

y de allí la observó durante un rato, curiosamente.

Era una casa pequeña, vieja y sucia, con los muros llenos de moho, bien elegida por un anticuario para su tienda. La casa era, en sí misma, una curiosidad y una antigüedad. De techo bajo, con las ventanas oscurecidas por persianas negras, que con el tiempo se habían puesto verdes, persianas que parecían arqueadas especialmente para dejar que un poco de aire entrara en la casa, que no tenía más ventilación que la que podía darle la enrejada banderola de arriba de la puerta.

Durante unos minutos, Blake se quedó parado estudiando la casa, pero nada halló en su aspecto que despertara el menor interés.

A un lado de la tienda había una callejuela estrecha que llegaba hasta la otra calle y, incidentalmente daba acceso a la trastienda del almacén de antigüedades. Blake y Tinker se dirigieron a esa callejuela metiéndose en ella.

Al fondo del almacén había un patiecito cerrado por una tapia con puerta a la callejuela. La puerta no estaba cerrada y Sexton Blake y Tinker entraron.

Al momento se percató el detective de cómo había entrado Burchell en la casa. El vidrio de la banderola de la puerta del fondo de la casa había sido sacado casi por completo, cortado con toda limpieza, empleando un papel untado de miel de caña y un diamante de vidriero. Blake estaba todavía mirando la banderola cuando la puerta del fondo de la casa se abrió y Harker, el empleado de Scotland Yard que había actuado con Blake en el caso del cataléptico, apareció.

—¡Hola, Blake! — dijo. — No sabía que usted estuviese interesado en este asunto.

Blake se encogió de hombros.

—Me gustaría recorrer la casa, si es posible,—dijo.

—¡Naturalmente! — exclamó Harker, aun cuando la visita no le era muy agradable.— Supongo que ya habrá hablado usted con el jefe.

—Sí.

—¿Y el acusador fiscal? — preguntó Harker. — Usted sabe que el preso está esperando que lo juzguen, y...

—Sí, Harker, — dijo Blake.—Tengo permiso de Sir William Lascelles, a quien hablé por teléfono esta mañana. Pero dígame: ¿cuándo fué cometido el crimen? ¿Fué el doce?

—Eso es, el doce, — dijo el detective inspector de Scotland Yard.



—¿Tengo derecho a suponer que su esposo el señor William Burchell no tiene la costumbre de ganarse la vida mediante trabajo honrado?—preguntó Sexton Blake.

—Pues entonces los primeros trámites han ido rápidamente, ¿no le parece?

—Sí. Todo quedó hecho de un día para otro. Como las cosas estaban tan claras se arregló el asunto sin perder tiempo.

—Ya comprendo, — dijo Blake. — Supongo que el sitio del crimen estará tal cual lo encontraron ustedes,—agregó.

—¡Idéntico! — dijo Harker. — No hemos tocado a nada más que al viejo Wolff, como era lógico y ese está donde corresponde.

Blake y Tinker siguieron a Harker, que entró por la trastienda en el almacén, que era tal como su aspecto exterior lo hacía presumir.

Era un negocio pequeño, bajo de techo, poco limpio, en el que reinaba una atmósfera sofocante y húmeda, sin duda a causa del tiempo que llevaba sin ventilar.

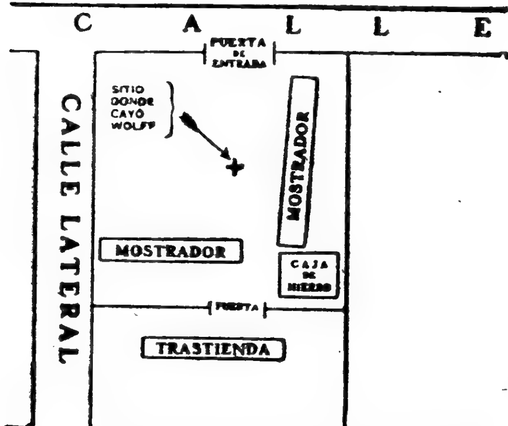
La luz era poca; penetraba por las hendijas de las persianas y por los huecos para ventilación. Harker encendió la luz eléctrica.

—Esto se halla tal cual lo encontramos, —dijo. — No se ha hecho nada más que quitar el cadáver.

Blake se detuvo unos instantes en la puerta, mirando hacia el interior. El aspecto era vulgar, carecía de la originalidad artística que suelen tener las tiendas de algunos anticuarios.

Un mostrador, dividido en dos trozos seguía la línea de dos de las paredes; un mostrador cubierto de objetos de porcelana antigua, de fabricación china y de una mescolanza de objetos viejos de todas clases. De las paredes colgaban tapices viejos, sucios y mohosos, así como armas de diversas clases, todas ellas antiguas.

Esparcidas por la tienda había varias mesas cubiertas de pequeños objetos, — "bibelots", "mascotas", amuletos, — de fabricación asiática. Lo que llamó la atención de Blake fué la abundancia de objetos de toda clase, chinos y japoneses. Henry Wolff se había especializado, sin duda, en el comercio de curiosidades y antigüedades de Oriente. Para darse cuenta de la disposición de los principales muebles que había en el negocio, Sexton Blake trazó un plano, pequeño croquis que se reproduce a continuación.



Cuando hubo trazado el croquis, Blake fué a situarse en el rincón, frente a la caja, en el sitio donde Burchell le había dicho que había estado.

Desde aquel sitio se percató en seguida de que el hombre había dicho la verdad, al menos sobre un punto. Desde donde estaba podía ver, no sólo toda la extensión de la tienda, sino también la parte de atrás de los dos mostradores, así que había que excluir la posibilidad de la presencia de una tercera persona, pues no habría tenido donde esconderse.

Además, como dijo Burchell, no había en el resto del almacén, ningún sitio donde pudiese ocultarse nadie. Este punto, pues, quedaba demostrado.

El detective se volvió hacia la caja de hierro y la examinó detenidamente. Tenía una cerradura moderna de las llamadas "de combinación" demasiado complicada para un negocio tan poco importante, según pensó Blake. La cerradura no presentaba señales de haber sido forzada. Si la había abierto Burchell había sido, efectivamente, porque conocía las letras de la combinación, detalle que recordó al detective la intervención de Shanghai Jim en el asunto.

Dentro de la caja había gran número de objetos curiosos que, según pudo apreciarlo Blake, eran de gran valor, aun cuando no habían llamado la atención de Burchell y con ellos, las piezas de vieja vajilla de plata atadas aún en un pañuelo. Hasta aquel momento, la narración del preso quedaba comprobada con toda exactitud.

Blake volvió la cabeza, dirigiéndose a Harker.

—Usted no se ocupó del asunto en el primer momento, ¿eh?—dijo.

—¡No!—contestó Harker.—Estuvo encargado de ella mi colega Russell.

—Supongo que Russell le daría a usted todos los detalles.

—¡Sí!

—¿Quiere usted explicármelos rápida y concisamente?

—Con mucho gusto, — repuso Harker.— Creo que lo va a hallar usted todo clarísimo. Las declaraciones prestadas ante el magistrado dijeron lo siguiente: Esta casa de negocio se halla dentro de la zona que vigila un policeman llamado Taylor, joven inteligente y activo. Dijo Taylor que estaba cerca del almacén de antigüedades a eso de la una menos cuarto, la noche del doce...

—¡A la una menos cuarto!—repitió Blake, tomando nota en su libreta.

—Sí. De pronto oyó un largo toque de silbato policial. Fué un solo toque, largo y fuerte y al policeman le pareció que procedía del interior de esta casa, porque al pasar había visto luz en su interior.

"Se acercó corriendo y trató de abrir la puerta del frente, pero estaba cerrada. Mientras tanto, la luz se apagó de pronto y el policeman corrió lo más ligero que pudo metiéndose en la callejuela lateral para entrar en la casa, saltando la tapia del patio. Estaba por forzar la puerta de la trastienda,

cuando se dió cuenta de que el vidrio de la banderola había sido cortado, y vió que por el hueco salía alguien del interior de la casa. Taylor se ocultó en las sombras, a un lado de la puerta y en cuanto Burchell puso pies en el suelo, le prendió.

"Burchell no hizo ni la menor resistencia y Taylor tocó el silbato pidiendo auxilio. A los pocos minutos llegaron dos policemen y Burchell fué llevado a la oficina policial del distrito.

"En el interin, — prosiguió Harker,—la gente que vive en el piso de encima del almacén se había despertado, como era lógico y...

—¿Entonces Wolff no vivía en el piso de encima de su negocio?—preguntó Blake.

—¡No! Ocupaba una pieza del segundo piso, a los fondos, una pieza que casi es una buhardilla. Los que viven en el piso de encima del negocio son inquilinos de Wolff. Son gente vulgar: un lechero, su esposa y dos hijos.

—Muy bien,—dijo Blake. — Siga usted, Harker.

—Esos vecinos se habían asustado al oir ruido,—prosiguió Harker,—según dijo Taylor. Ellos fueron los que abrieron la puerta de la trastienda para que Taylor y otro policeman entraran en el almacén.

"Hallaron la caja de hierro abierta y las piezas de vajilla de plata atadas en el pañuelo de Burchell y en el suelo, detrás del mostrador. En mitad de la tienda estaba Wolff, tendido, ¡muerto!

—¿Le explicó Russel en qué postura se hallaba el cadáver? — preguntó Blake con interés.

—Sí.

—¿Podría usted indicarme cuál era esa postura, con toda exactitud?

Harker se dirigió al centro de la habitación.

—Estaba echado ahí,—dijo,—como si hubiese caído de bruces, medio sobre el lado izquierdo. La cabeza quedaba hacia allá,—e indicó la caja de hierro,—y a su derecha, en el suelo, a corta distancia, estaba su revólver, cargado por completo. Del otro lado y casi a igual distancia, se hallaba el silbato policial con que había llamado.

—¿Cómo si se le hubiese soltado de la mano al caer?—preguntó Blake.

—Eso es,—dijo Harker.

Hubo un instante de silencio durante el cual el detective miró pensativo a Harker.

—¿Se notaban en alguna parte señales de pelea? — preguntó después.

—No, — dijo Harker. — No pudo haber pelea porque no hay ni el menor rastro que permita suponer que la hubo.

—Eso es curioso ¿eh? — comentó Blake.

—Lo es, — admitió Harker, — pero no creo, sin embargo, que sea difícil de reconstruir el crimen. Según piensa Russell, y yo participo de su opinión, Burchell tenía el arma oculta y cuando asestó el golpe. Lo hizo tan rápidamente que Wolff no tuvo tiempo de hacer fuego.

—Un revólver debía ser salvaguarda contra todo peligro, — dijo Blake.

—Sin duda, — manifestó Harker, — pero todo depende de la persona que empuña el arma. Me siento inclinado, en este caso, a creer que Wolff se hallaba tan asustado que no tenía fuerzas para oprimir el disparador.

—¿Por qué cree usted eso, Harker?

—Porque, según dice Rusell, el cadáver tenía pintada en el rostro la más intensa expresión de terror. Los ojos parecían querer salirse de las órbitas. Al ver a Burchell el viejo debió llevase un susto horrendo.

Blake inclinó la cabeza asintiendo, pero no hizo comentario ninguno. Fue al centro de la habitación y se fijó en el sitio donde Wolff había caído y en el cual había una mancha de sangre. Se inclinó a mirar detenidamente. Después volvió a dirigirse a Harker.

—Desearía que mis preguntas no le causaran molestia, Harker, — dijo. — Mis investigaciones probablemente vendrán a corroborar las deducciones que ustedes han hecho, en todos sus detalles, pero el caso tiene sus probabilidades.

—Estoy dispuesto a enterarle de todo cuanto sé, señor Blake, — dijo Harker. — Para mí es suficiente saber que a usted le interesa el caso.

—¡Gracias Harker! Ahora voy a suponer que no he oído absolutamente nada, sobre el caso, más que lo que usted me ha dicho. ¿Cómo murió el hombre?

—De una puñalada que le atravesó el corazón, — dijo Harker.

—¿Qué fué lo que le hirió?

—Una daga, un arma delicadamente trabajada y con aspecto de cosa antigua.

—¡Ya comprendo! — dijo Blake. — ¿Por dónde penetró la daga? Quiero decir, ¿en qué parte del cuerpo recibió Wolff la herida?

—Precisamente debajo del brazo izquierdo — explicó Harker. — Burchell debe ser hombre de mucha fuerza. El arma no tiene guardas y estaba casi enteramente hundida en el cuerpo. En el primer momento no se la encontró. Hubo que buscar unos minutos...

—La muerte debió producirse instantáneamente, — dij Blake, y Harker contestó afirmativamente.

—Creo que así fué, — dijo. — El cuerpo f descubierto a los pocos minutos después de que Taylor oyó el toque de silbato y ya no latía el pulso cuando llegaron a él.

Se produjo otra paus de parte de Blake. Mientras Tinker iba de un lado a otro de la tienda, el detective miraba como si tuviera la vista fija en algo muy lejano.

—Me hubiera gustad seguir la investigación desde el primer momento, — dijo después. — ¿Tiene usted en su poder la daga?

—Sí, — dijo Harker.

—¿En la oficina de Scotland Yard?

—No; aquí. He trabajado a ver si figuraba en los libros de Wolff y también he buscado su pareja. Ya sabe usted que estas

armas antiguas se hacían casi siempre por pares.

—Bien, — dijo Blake. — ¿Podría ver el arma?

Harker sacó del bolsillo un estuche de navaja de afeitar y de él tomó una daga de forma muy particular, que entregó a Blake.

La daga tenía el mango brillante, pero la hoja estaba manchada de sangre.

Blake tomó rápidamente el arma y la examinó con grandísima atención.

Era verdaderamente algo muy raro. Blake no había visto jamás nada parecido. Era casi redonda y de unas siete pulgadas (como dieciocho centímetros) de largo. Pero parecía más larga debido a su extrema delgadez, pues aun en el mango no era más gruesa que un lápiz y su extremo afilado tenía una punta tan fina como la de una aguja.

No tenía guardas ni mango propiamente dicho, pero unas tres pulgadas del extremo más grueso estaban finamente grabadas y tenían una indicación como si terminase allí el mango y comenzara la hoja.

—¿Sabe usted que se trata de un arma de los más extraordinario que he visto, Harker? — dijo Blake.

—¿No es cierto? — manifestó Harker.

—¡Qué raro es que Burchell llevara en su poder un arma semejante!

—No creo que la tuviera en su poder, — dijo Harker.

—Entonces, ¿cómo fué que la usó?

—Me figuro que esa daga formaba parte de la colección de Wolff. Probablemente estaba en la caja de hierro y cuando Burchell oyó pasos, se apoderó de ella apercibiéndose para hacer frente a quien se presentara.

—Así que usted supone, Harker, que esto formaba parte de las mercaderías que Wolff tenía en venta, — dijo Blake.

—Esa es mi teoría, — dijo Harker.

—¿Ha llegado usted a poderla comprobar?

—Aun no. He buscado su pareja pero no la he hallado.

—¿Tenía Wolff un inventario de los objetos que hay en la casa?

—¡Sí! Un inventario muy detallado, — dijo Harker indicando un libro grande que estaba, abierto, en el mostrador.

—¿Y la daga no figura en el inventario?

—No. No he podido hallar ninguna anotación a su respecto.

—¿Están en el inventario, en ese libro, todos los demás objetos que hay en la casa?

—Casi todos: sólo faltan unos abanicos de papel y unos floreritos de vidrio, de precio insignificante.

—¡Pues sí, Harker, se trata de una daga muy extraña!—dijo Blake.—Es una curiosidad, sin duda, pero no es un objeto antiguo.

—¿No?

—No,—insistió Blake, una de cuyas aficiones era precisamente el estudio de los objetos antiguos, artísticos y curiosos.—Esta daga es de fabricación moderna y su valor intrínseco es insignificante.

—Por eso no la pondría Wolff en el inventario,—comentó Harker.

—Sí,—dijo Blake sonriendo,—pero en este caso falla la lógica, Harker. Si el objeto es de tan poco valor que no es digno de figurar en el inventario ¿por qué lo tenía guardado en la caja de hierro?

Harker le miró intrigado. Lo mismo se le acababa de ocurrir en el instante en que Blake comenzó a hablar.

—Quizás Burchell no tomara la daga de la caja de hierro sino de un cajon del mostrador,—dijo Harker al que no le gustaba tener que abandonar su teoría.

—Sí; tiene razón,—dijo lentamente Blake,—quizá fuera así.

Había tenido la daga en la palma de la mano y la había observado despacio. Fué inclinando la mano hasta que dejó caer la daga al suelo. Hizo una mueca cuando vió que no obedecía a la ley de gravedad en la forma que era de esperar. A pesar de ser tan delgado, el mango,—si así se le puede llamar,—era mucho más grueso que la punta, afilada como una aguja.

Lo natural, tratándose de una daga, era que cayera con el mango delante. Sin embargo la daga que Blake tenía en la mano cayó a manera de flecha, de punta, y se clavó en el suelo donde quedó temblando como si temiera que hubiera sido adivinado su secreto.

Blake miró a Harker que había fruncido el ceño repentinamente y que, agachándose, arrancó la daga del suelo.

Sacó del bolsillo un cortaplumas común y con el mango de éste golpeó la daga con fuerza. Sonó como suena el acero sólido. Golpeó luego de nuevo, esta vez en el puño y dió la nota correspondiente al metal hueco. Blake miró fijamente al de Scotland Yard.

—¡Esto resulta interesante, Harker!—dijo.—¿No se había fijado usted en esta peculiaridad?

—Ni yo ni ninguno de los otros que vieron el arma,—dijo.—Eso parece estar construído como un dardo. El caso es que...

Harker calló.

—¿Qué iba a decir?

El de Scotland Yard no contestó. Avanzando un paso, tomó la daga de la mano de Blake y después de apuntar, la arrojó al otro extremo de la habitación. Dió de plano y cayó al suelo.

Blake sonrió y fué a levantar la daga del suelo.

—Probablemente usted no se ha ocupado nunca de averiguar cómo se arrojan los cuchillos para clavarlos, Harker,—dijo retrocediendo.

Fué hasta el extremo de la habitación y una vez que se hubo situado a su gusto, levantó el brazo, con la daga en la mano y por encima de su cabeza. De pronto bajó el codo y la daga voló a través de la habitación con mortífera exactitud de flecha y fué a clavarse hundiéndose más de una pulgada, en la madera de la puerta.

Le costó dar varios tirones el sacarla de donde se había clavado.

—Es un arma traidora, Harker,—dijo. El de Scotland Yard estaba muy impresionado.

Blake agregó:—¿Qué iba usted a decir cuando yo le tomé el arma?

—Iba a decir que tal vez fuera posible que la daga hubiera sido arrojada,—dijo Harker lentamente.

—¿Por Burchell?

—Sí. En este caso la daga no tenía por qué figurar en el inventario de Wolff. Debió traerla Burchell. En manos de una persona hábil tiene que resultar un arma mortífera.

—¡Sin duda!—asintió Blake.

—¡Tan mortífera como un revólver!—agregó el inspector.

—Sin la desventaja de la detonación,—agregó Sexton Blake.

—Exactamente.

Harker tomó la daga y la examinó con renovado interés. Luego la puso en el estuche de navaja de afeitar y se la guardó en el bolsillo.

Durante unos momentos, Blake miró en redor con interés, examinando el almacén de antigüedades en todos sus detalles.

—Creo que por el momento he visto todo cuanto tenía que ver aquí,—dijo después.—Supongo que me permitirá visitar lo demás de la casa, Harker.

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí!—dijo el de Scotland Yard.

—Y entrevistarme con el lechero y su esposa, si lo creo necesario ¿eh?

Y al decir así, indicó con el dedo el piso alto.

—Teniendo usted, como tiene, permiso del acusador fiscal, no veo inconveniente, — dijo Harker.

—Muchísimas gracias — agregó Sexton Blake.

CAPITULO V

Hasta el mismo Sexton Blake se siente desorientado.—

ANTE la encendida chimenea, en sus habitaciones de Baker Street, Blake estaba echado hacia atrás en su butaca, fumando tranquilamente y enviando al techo anillos de humo. Frente a él, mirando al fuego, estaba sentado Tinker, silencioso.

El crimen de la calle de la Media Luna habíase transformado repentinamente de un caso vulgar en un suceso misterioso, en una madeja enredada, y la tarea de llegar a desenredarla entusiasmaba a Blake.

Las investigaciones que había hecho después de examinar la daga, junto con Harker, en el almacén de antigüedades no le habían enterado de mucho y, sin embargo, le habían dado mucho que pensar.

Habíase hallado con que el lechero y su esposa eran personas serias, trabajadoras, a las que aturdía y ponía nerviosas la idea de que los diarios hablaran de ellas.

Los nervios de la mujer hallábanse seriamente afectados a consecuencia de lo sucedido y el lechero parecía temer que hubiera probabilidad de que supusieran que tenía algo que ver con el crimen. A pesar de la turbación que les dominaba, los dos pudieron dar algunos datos interesantes.

Blake se enteró por ellos de que Wolff era un tipo que no se trataba con nadie. Leía mucho y era, — según lo dijo el lechero,— uno de los más acreditados peritos de Londres en cuestión de curiosidades y antigüedades. Era muy amable y pacífico y tenía muy buen carácter, pero tenía temporadas en que se le notaba nervioso.

—Algunos días estaba tan nervioso como una señorita, — dijo el lechero. — Todo le daba miedo, hasta la oscuridad. Pero esos momentos de nerviosidad no le duraban mucho, aun cuando el último había sido bastante largo.

Blake hizo varias preguntas a las que le contestaron con toda claridad.

Wolff había sufrido una de esas crisis de nervios inmediatamente antes del crimen y aun no se le había pasado del todo cuando halló la muerte. El hombre era de temperamento taciturno y hablaba muy poco. Tenía la costumbre de darse inyecciones de cocaína de vez en cuando.

Después de haberse dado una inyección se ponía anormalmente alegre, decidor y comunicativo y era en momentos así cuando el lechero y su esposa se habían enterado de lo que sabían a su respecto.

Su vida había sido la de un aventurero; había vivido en diferentes épocas en Sud Africa, Australia y Estados Unidos.

De la ciudad de Los Angeles, cruzando el Pacífico, había ido al Japón y de Tokio se había trasladado a Shanghai, donde vivió muchos años.

Había estado a punto de morir asesinado durante la insurreción de los "boxers" y una vez terminada esta había vuelto a Inglaterra, viviendo enteramente recluido durante un año o poco más, hasta que se estableció con su modesto y pequeño almacén de antigüedades en la calle de la Media Luna.

De todo esto se enteró Blake interrogando a los que vivían sobre la tienda de Wolff.

La descripción que hicieron de lo sucedido la noche del crimen coincidió casi exactamente con el relato de Harker y el de Burchell.

La razón por la cual Wolff había preferido vivir en el segundo piso y al fondo, en lugar de habitar el cuarto que estaba sobre su negocio, no la conocía el lechero.

Después de haber entrevistdo al lechero, Blake y Tinker visitaron el dormitorio de la víctima del crimen y lo examinaron detenidamente. Pero no hallaron nada que les permitiera llegar a conclusión ninguna; no había nada que abriera camino a una nueva investigación.

El cuarto era tal como correspondía al hombre cuya descripción había hecho el lechero. Era la habitación de un recluso, de un lector, de un anticuario. Extraños objetos de rara apariencia colgaban de las paredes, en el suelo había muchos libros y viejas estampas.

Junto al lecho, en una mesita con incrustaciones de marfil y madreperla se veía un aparato telefónico sueco. La ventana agregaba otro detalle extraño a la habitación, pues aun cuando limpia por el lado de den-

tro, estaba cubierta de suciedad por el lado exterior. Además de los pasadores de costumbre, la ventana estaba asegurada por varios gruesos tornillos, precaución innecesaria al parecer, pues ante ella no quedaba más que un alero muy estrecho y no era posible llegar hasta ella más que subiendo desde el patio del fondo de la casa.

Había en la habitación tal conglomerado de cosas que su examen resultaba confuso para Sexton Blake, así que el detective se limitó a tomar nota de varios detalles que le parecieron interesantes.

Después, él y Tinker volvieron a Baker Street para estudiar y comparar los datos y detalles que habían podido reunir.

Pero una vez estudiados todos los detalles conocidos, Sexton Blake llegó a la conclusión de que no conducían a ninguna hipótesis definida. Así que, echado en su butaca, fumaba silenciosamente. De pronto se quitó la pipa de los labios y miró fijamente a Tinker.

—Tiene usted cara de sentirse molesto, Tinker,—dijo.

—Y es verdad, señor,—dijo Tinker sin levantar la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque me siento decepcionado.

—¿Por qué, motivo, Tinker?

—Por el caso de Burchell, señor.

El detective cambió de postura, inclinándose hacia delante.

—¿Y por qué se siente decepcionado, Tinker, si se puede saber?

Tinker se movió nervioso en su silla.

—No es fácil explicarlo, señor, — dijo.— En cuanto conocí los detalles del caso me dije: "Amigo Tinker, si tienes algo de seso puedes calcular que este asunto tendrá que resultar una de dos cosas. O será muy vulgar o será muy extraordinario".

—De esa misma opinión fuí yo desde el primer momento, Tinker,—dijo Blake sonriendo.—¿Pero a qué viene ahora su decepción? ¿Se siente convencido ya, de que el asunto va a resultar vulgar?

—Así lo estoy temiendo, señor.

—¿Cree usted entonces que Burchell es culpable?

—Sí,—dijo Tinker después de una pausa. —O al menos no veo quién puede haber dado muerte a Wolff si no le mató él. Además, todos los hechos están en contra suya.

—Los hechos le acusan, sin duda, — dijo Blake.—Pero supongamos por un instante que usted desempeña el cargo de fiscal acusador. ¿En qué puntos principales se basaría para acusar?

—En primer lugar, señor, — dijo Tinker después de una breve pausa,—Burchell fué sorprendido con las manos en la masa, en el momento en que huía de la casa donde había ido a robar. Le prendieron sólo unos pocos minutos después de que el policeman Taylor oyera el toque de silbato dado por Wolff.

"Se comprende, en consecuencia, que el anticuario fué asesinado en ese intervalo y Burchell admite que estuvo presente cuando Wolff cayó muerto.

"Ahora bien, si Burchell es el culpable, ¿por qué mató a Wolff? Esto se comprende. Wolff estaba llamando a la policía, mejor dicho, ya la había llamado mediante su toque de silbato, y la daga fué utilizada para hacerle callar pronto y permitir que Burchell saliera de la casa sin tropiezo. Usted comprende, señor, que Burchell ignoraba que el policeman Taylor estuviese precisamente delante del almaén de antigüedades.

—El sabía que el policeman debía pasar, de recorrida, de un momento a otro,—dijo Blake.

—Sí, pero no sabía que estuviese precisamente junto a la puerta del almacén,—insistió Tinker. Y agregó:—Eso constituye la primera parte de la prueba de culpabilidad. Ahora bien, si Burchell no cometió el crimen, ¿quién pudo cometerlo? No había nadie más en la habitación. No había sitio donde pudiera esconderse nadie, el mismo Burchell lo ha dicho. Wolff no puede haber muerto sin que una mano manejara la daga y si Burchell era la única persona que estaba con él en el almacén, ¿quién pudo matarlo?

—Pero se olvida usted de una hipótesis,—dijo Sexton Blake.

—Ya lo sé, — replicó Tinker nervioso.—A eso iba. Usted se refiere a la probabilidad de que la daga fuese arrojada.

—Eso es.

—Pues eso no nos lleva a ninguna parte. Si la daga fué arrojada, tuvo que arrojarla el mismo Burchell.

—¿Por qué?

—Porque para arrojar una daga se necesitan manos. Y la daga no pudo ser arrojada a través de una pared de ladrillo. No hay sitio en el almacén desde el cual haya podido ser arrojada.

—Eso no lo sé, Tinker, — dijo Blake con una sonrisa algo irónica. — Hay una abertura para la ventilación en la parte alta de la puerta.

Tinker se percató del tono irónico y se sonrió.

—Sí, — dijo. — Además está también el ojo de la cerradura.

—Peró, en serio, Tinker...

—Muy seriamente, — prosiguió Tinker, — un hombre no puede alcanzar a lo alto de una puerta, como un mono y arrojar algo por el hueco de la ventilación, con mortífera exactitud y precisión. Además, — agregó con orgullo de triunfador, — el policeman Taylor hubiera visto a cualquiera que se hubiera puesto en semejante sitio para arrojar la daga.

Blake fumaba plácidamente.

—¿Piensa usted, Tinker, — dijo en tono de broma, — que esos hechos llevan a una inevitable conclusión?

—Así pienso.

—Y esa conclusión, ¿sera la de que Burchell ha mentido hábilmente?

—Sí, señor.

Pero Blake movió negativamente la cabeza,

—Pues si el hombre es culpable, ha mentido con bastante torpeza por cierto.

—¿Qué dice usted, señor?

—Burchell se ha tomado el trabajo de afirmar ante mí y su abogado defensor que no podía haber nadie más en el almacén de antigüedades cuando cayó Wolff. Dijo que él estaba de pie, de espaldas a la caja de hierro y desde aquel sitio podía ver todo el almacén y detrás de los mostradores. Ahora bien, si su deseo era probar su propia inocencia lo que le hubiera convenido hubiese sido decir que había muchos sitios donde esconderse y con seguridad había alguien escondido allí.

—Eso es verdad,—declaró Tinker. — Fué una torpeza sin duda.

—Además su descripción está de acuerdo con todas las demás así que el hombre al hablar así, decía la verdad. Dijo que Wolff dió un toque de silbato largo y fuerte y después se desplomó. El policeman Taylor dijo que había oído un toque de silbato largo y fuerte y que después reinó el silencio.

"La descripción que hizo Burchell de cómo se produjo el suceso es inverosímil e increíble. El mismo confiesa que no entiende cómo pasó lo que pasó. El anticuario cayó ante sus propios ojos, herido de muerte por una mano invisible... Dígame ahora, Tinker; si Burchell hubiera querido favorecerse, ¿no hubiera pretendido inventar un relato más digno de fe?

—No lo sé, — dijo Tinker, aferrándose a su idea. — Una mentira con apariencias de torpeza y credulidad ingenua, suele tener mejor éxito que una mentira hábil e ingeniosamente combinada.

—Eso es verdad, — manifestó Blake. — No hay peor mentira que la verdad a medio decir. Pero dígame usted cuál es su opinión sobre esto: ¿La daga pertenecía a las colecciones de Wolff o la llevaba Burchell consigo?

—En mi opinión, Burchell la llevaba, — dijo Tinker sin vacilación. — Si no, no hubiese sabido arrojarla.

—Y sin embargo, — dijo Blake, — es difícil que nadie lleve un arma semejante, tan finamente puntiaguda, sin estuche ni vaina de ninguna clase. La punta de la daga es fina como la de una aguja. Y no obstante no se ha encontrado en poder de Burchell ni estuche ni vaina, ni siquiera un cinto dentro del cual hubiera podido guardarla.

La veracidad y exactitud de esta apreciación no escapó a Tinker, pero no quiso ceder todavía.

—¡Bien! Entonces será exacta la primera teoría de Harker! Burchell se apoderó de la daga para defenderse e hirió a Wolff antes de que éste le hiciera un disparo de revólver.

Blake se quedó un momento quieto, suspendiendo sus paseos por el cuarto.

—Sin embargo, — insistió después, — Burchell es un ladrón que jamás ha herido a nadie, en todas sus anteriores hazañas.

—Eso no quiere decir que no sea capaz de herir y matar, llegado el caso, — replicó Tinker en seguida.

—No;—dijo Blake,—pero siempre se reflejan en el hecho los métodos y la personalidad del autor, como factores vitales en el crimen. Por otra parte, no debe olvidar lo siguiente: Usted dice que el motivo del crimen fué sencillamente quitar el obstáculo constituído por Wolff mientras Burchell escapaba. Eso, por sí solo, es un motivo poco consistente, aun cuando lo bastante para que lo considere aceptable cualquier fiscal. Pero no está de acuerdo, ni poco ni mucho, con lo que el hombre hizo después.

—¿Qué dice usted, señor?

—Cuando se escapaba por la banderola que tenía el vidrio roto y el policeman le prendió, no hizo resistencia ninguna. ¿Es lógico que el hombre que acaba de matar a Wolff para evitar que le tome la policía, y sabedor de que le caerá encima la acusación de homicidio y sus consecuencias, se someta sin resistirse, como un cordero, a un solo policeman? ¿No sería lógico que se hubiera resistido?

Era este un punto que no se le había ocurrido a Tinker y en el que la policía no se había fijado, a menos que lo hubiese desdeñado. Pero este detalle, aun cuando debilitaba el conjunto de la prueba reunida contra el preso, no abría nuevos caminos a la investigación.

Pero Tinker no tuvo ocasión de decir nada sobre ese punto porque Blake siguió hablando en seguida.

—Ese es un punto, Tinker,—dijo,—que recomendaría a la defensa. Pero aun hay otro mucho más importante y es este: ¿cómo se enteró Wolff de que alguien se había metido en su almacén de antigüedades?

"No fué por casualidad, en busca de cualquier cosa pues en tal caso no hubiera llevado revólver. No pudo alarmarle el ruido en su dormitorio, primero porque Buchell no hizo ruido y en caso de haberlo hecho hubiera tenido que ser muy fuerte para despertar al que dormía en la pieza del fondo, en los altos. No había ninguna clase de aparatos de alarma instalados. ¿Cómo sucedió entonces que Wolff entrara en su almacén de antigüedades, revólver en mano, precisamente en el instante en que Burchell estaba poniendo en el pañuelo, para llevárselas, las piezas de vieja vajilla de plata que acababa de sacar de la caja de hierro?

Blake volvió a sentarse en la butaca y, echado hacia atrás, a fumar tranquilamente. Recordó todo cuanto Burchell le había dicho en la cárcel de Holloway. Había sido metido en el asunto por un hombre llamado Shanghai Jim, el cual pertenecía a una gavilla a la que Burchell había pertenecido también.

Wolff había pasado muchos años de su vida en la ciudad de Shanghai. ¿Existía alguna relación entre esos dos hombres debido a esa circunstancia? ¿Había alguien empleado a Burchell como el mono al gato para sacar las castañas del fuego en provecho propio?

Cuanto más lo pensaba, más rara le parecía a Blake la presencia de Wolff en el almacen de antigüedades en el momento en que Burchell envolvía el producto de su robo.

De pronto, el detective recordó el aparato telefónico que había en la mesita, en el dormitorio.

¿Se habría valido alguien de ese teléfono para dar aviso a Wolff?

Era esta una vaga hipótesis sin base ninguna.

Blake permaneció largo rato mirando fijamente el fuego de la chimenea, fumando plácidamente y pensando en la hipótesis del aparato telefónico.

Repentinamente su rostro cambió de expresión y levantándose, el detective empezó a pasear nerviosamente de un lado a otro del cuarto.

—Tinker,—dijo después,—creo que he dado con la sombra de un indicio. Si sólo resulta una sombra, este caso será el más vulgar y tonto del mundo. Pero si por suerte, se materializa, me parece que hemos tropezado con...

Calló, parándose y Tinker le miró con ansiedad.

—¿Hemos tropezado con qué, señor?—preguntó, intensamente interesado.

—Con uno de los más notables y diabólicamente combinados crímenes que haya tenido que solucionar hasta el presente.

CAPITULO VI

Siguiendo el rastro de una comunicación telefónica.—

SEXTON BLAKE se levantó temprano la mañana siguiente y aun cuando sus maneras aparentaban calma y tranquilidad, Tinker, que había aprendido a leer en el rostro de su patrón, maestro y amigo, comprendió que se encontraba nervioso y excitado, en cuanto le vió a la hora de tomar el desayuno.

Y si el detective no se hallaba realmente excitado, se encontraba nervioso y con grandes deseos de continuar la investigación del caso de Wolff. De todos los datos y detalles recogidos, el detective había considerado que uno podía conducir tal vez al éxito. Sentíase convencido de que si ese indicio fracasaba tendría que abandonar el caso por completo o al menos retardar tanto el éxito que tal vez no fuera posible evitar que la justicia cometiera un lamentable y fatal error.

Terminó de tomar el desayuno, se levantó y procedió a terminar su toilette. Pero de pronto se quitó el saco y volvió a colgar el sombrero en la percha, tomando su viejo rojo "robe-de-chambre".

—¡Cómo! ¿No va usted a salir, señor?—preguntóle Tinker.

—Ahora mismo no, Tinker, — dijo Blake. — Lo más importante de mi investigación puede ser realizado desde esta butaca. ¿Quiere ver en la "Guía de los Teléfonos" el número del aparato de Wolff?

—Pero no es posible que ahora haya nadie en la casa, — opinó Tinker. — Los empleados de Scotland Yard...

—No he dicho que pida comunicación,— manifestó tranquilamente Blake. — Lo que quiero saber es qué número tiene.

Tinker tomó el libro y lo hojeó rápidamente. Detúvose en una página pasando el dedo por la sucesión de suscritores llamados Wolff.

—¡Aquí está! — dijo de pronto.—"Wolff, Henry. — Calle de la Media Luna. — 0447, Shoreditch".

—¡Cero, doble cuatro, siete! — repitió Blake expresando el número de acuerdo con la costumbre londinense. — Ahora, Tinker, pida comunicación con la oficina de Shoreditch.

Así lo hizo Tinker, indicando a Blake poco después, que se acercara al aparato. El detective tomó el auricular.

—¿Hablo con la oficina de Shoreditch?

—Sí, señor. ¿Quién es usted?— La respuesta llegó con ese aire de aristocrática dignidad, típica de la telefonista londinense.

—Soy Sexton Blake, el detective y le hablo por encargo de Scotland Yard. Desearía hablar un momento con quien esté al frente de esa oficina.

La telefonista gruñó algunas palabras que no se le entendieron, hubo un momento de pausa y luego se oyó otra voz de tono aun más aristocrático que la primera.

—¡Hola! — dijo Blake. — ¿Hablo con la jefe? Muy buenos días. Supongo que el número cero doble cuatro siete está en su sección.

—Sí, señor, — contestó la voz con un tono que indicaba todo lo que despreciaba la ignorancia de Sexton Blake.

—Y presumo que ustedes toman nota de los pedidos de comunicación nocturnos.

—Sí.

—Bien. Necesito saber si al número que he mencionado le llamaron durante la noche del doce de este...

—Me parece que va a ser imposible informarle, — contestó la jefe secamente.

—¿Por qué no?

—Nos ocuparía algún tiempo y precisamente tenemos mucho que hacer esta mañana.

Blake hizo una mueca. La respuesta era digna de la cortesía que muestran de costumbre las telefonistas.

—¿Dice usted que no puede informarme? —preguntó Blake.

—Me parece que no.

—Entonces tenga la bondad de ponerme en comunicación con la oficina del superintendente de los teléfonos de Londres.

Blake dijo estas palabras con energía tal que la actitud de la empleada varió por completo.

—Si usted necesita con suma urgencia el dato pedido, señor...—dijo.

—¡Con muchísima urgencia! — dijo Blake.—Necesito esa información dentro de unos pocos minutos. Además desearía hablar con la señorita que tenía a su cargo ese número la noche indicada.

—Sí, señor. ¿Qué número dijo?

—Cero doble cuatro siete. El nombre del abonado es Wolff, Henry Wolff. ¿Llamará usted cuando lo haya averiguado?

—Sí, señor. ¿Qué número es el de su aparato?

Blake se lo dijo y colgó el auricular, vol-



"¡Doy gracias a Dios por que usted ha venido, señor! — dijo Burchell.— Es usted la única persona que puede hacer algo por mí. ¿Fué mi mujer a verle?"

viéndose a mirar a Tinker, sonriendo. Aun estaban comentando los dos el mal funcionamiento de todo lo que dependía del gobierno, cuando volvió a sonar el timbre del aparato telefónico.

—¿Hablo con el señor Blake?

—Con él mismo.

—¡Ah! Hemos revisado todas las anotaciones y...

—¿Y qué?

—El número que usted mencionó fué llamado de noche, el doce.

—¿De veras?—El detective dijo esas dos palabras en tono tan alto, que Tinker le miró sobresaltado. Vió después que Blake se había puesto pálido.

—¿Puede usted decirme a qué hora de la noche del doce le llamaron?—preguntó rápidamente.

—Eso no. La hora de las comunicaciones se anota unas veces si y otras no, porque no es obligatorio anotarla. Pero dió la casualidad de que hubiera un llamado de incendio la misma noche, y de ese sí tomamos la hora. La telefonista a cargo de esa sección, la señorita Batsom, recuerda el llamado perfectamente, porque el de incendio se produjo en seguida. Fué, según dice, a las once y media.

Una vez más, Blake se puso pálido e hizo una mueca, apretando los labios. Pasaron unos pocos segundos y volvió a hablar.

—Ustedes tienen anotado, sin duda, quién fué el cliente que pidió comunicación con Wolff.

—Sí, señor.

—¿Fué de algún aparato de una oficina para el público?

El detective se mordió los labios al hacer esta pregunta y durante unos segundos se hubiera dicho que el corazón había cesado de latirle, con tanta ansiedad esperaba la respuesta.

—No, no fué de ninguna oficina,—contestó la telefonista, y Blake suspiró aliviado.—La comunicación fué pedida por otro abonado de la sección de Shoreditch, el abonado número cero ocho seis uno.

—¿Cómo se llama ese abonado? ¿Puede usted decírmelo?—preguntó Blake.

—Es la casa de William Lemnos y Cía., importadores de cocos, calle de la Media Luna número cuarenta y siete.

Un destello de luz brilló en los ojos del detective y, volviéndose, dirigió una mirada significativa a Tinker, el cual, como oía tan solo una faz de la conversación, se hallaba

en un estado deplorable de excitación y curiosidad.

—¿Podría hablar unos minutos con la señorita?.... ¿Cómo dijo?

—¿Con la señorita Batson? Aquí está, precisamente.

La voz de una joven más bien tímida, llegó por la línea telefónica y Blake hizo a la señorita Batson varias preguntas.

La joven se acordaba muy poco de lo pasado la noche del doce. Fué una noche tranquila como la mayor parte de ellas, con la excepción del llamado de incendio. Este aviso de incendio era el que le permitía recordar la hora a que hablaron con Henry Wolff.

No; ella no había oído la conversación. No tenía idea de sobre qué habían hablado. La comunicación duró poco, de esto estaba segura. Duró, lo más, un minuto. ¿A Wolff le hablaban con frecuencia por la noche? No, le parecía que no. Era un abonado al que casi no le hablaban nunca y él usaba muy poco el aparato. En cuanto a llamados fuera de hora, no recordaba que tuviera ninguno, más que el de la noche del doce.

Esta fué toda la información que pudo dar la joven sobre el punto. La telefonista suspiró y su voz se hizo aun más tímida cuando Blake le preguntó si tenía idea de que aquel llamado nocturno podía estar relacionado con el homicidio cometido en la calle de la Media Luna, de que hablaban los diarios.

No. Ella no tenía idea de tal cosa. Ni siquiera sabía que la casa del crimen estaba en su lista. No conocía a los abonados a quienes atendía más que por sus números.

Blake le dió las gracias por su valiosa información y colgó el tubo.

Cuando se volvió hacia Tinker, Blake expresaba, en lugar de ansiedad y angustia, una completa alegría.

—Tinker,—dijo. — ¡Por fin hemos dado con un indicio de verdad!

Se quitó el "robe-de-chambre" y, nuevamente, se puso el saco y el sombrero.

—¿Está pronto Tinker?—preguntó.

—Sí, señor.

—Entonces vamos a la calle de la Media Luna a ver qué es lo que podemos hallar en casa de los señores William Lemnos y Cía., importadores de cocos, instalados en el número 47 de esa calle.

CAPITULO VII

La casa de enfrente. — Tras de la pista.—

EL público comenzaba ya a olvidar el homicidio de la calle de la Media Luna y la muerte de Henry Wolff y no se veía ya más que a dos o tres desocupados mirando curiosamente la casa del crimen cuando un automóvil de alquiler penetró en aquella calle.

Blake descendió ágilmente, pagó al chauffeur y se alejó seguido de Tinker.

—Vamos a ver, — murmuró mirando a un lado de la calle. — ¿Cuál es?... ¡Ah! ¡Ahí está el número cuarenta!

Frunció el ceño mientras fué contando las casas y vió que el número que buscaba pertenecía a un depósito situado casi exactamente enfrente del almacén de antigüedades.

En el frente, la casa de negocio del número 47 tenía un ancho postigo que se hallaba levantado a manera de toldo dejando ver una cantidad de cajones y bolsas con cocos, nueces del Brasil y otras variedades de indigestibles y estaba presidido por un hombre que tenía el aspecto típico del vendedor dicharachero y desenvuelto, con el sombrero echado a un lado, el delantal medio recogido y el lápiz en la orepa.

Blake y Tinker se acercaron a él que les miró interrogativamente porque no tenían el aspecto de la generalidad de los clientes.

—¿Es usted Lemnos? — preguntó el detective.

—¡Somos William Lemnos y Cía., señor! — dijo el hombre rápidamente.

—Pues... ¿me permitiría usted hacer por un momento, uso de su aparato telefónico?

El hombre miró a Blake fijamente.

—Muy cerca de aquí hay una oficina con aparato por el que puede hablar todo el que quiera pagar la cuota correspondiente, — dijo.

Blake se encogió de hombros y sacó su tarjeta, mostrándosela al comerciante. En seguida, el hombre se puso algo pálido y miró hacia los cerrados postigos de la casa del almacén de antigüedades.

—¡Aquí no sabemos nada sobre lo de allá, señor! — dijo. — Quiero decir que...

—Es posible que ustedes no sepan nada. — dijo Blake en tono que tranquilizó al hombre. — Yo tampoco sé gran cosa, pero si me permite examinar un momento su aparato telefónico...

—¡Pueden ustedes registrar la casa del techo al sótano! — exclamó el vendedor como si deseara vindicarse.

—No creo que sea necesario, — dijo Blake sonriendo mientras entraba en el negocio tras del hombre que pasó por entre pilas de bolsas de cocos, hasta llegar a un oscuro y sucio rincón donde estaba un aparato telefónico de pared.

—Ese es nuestro teléfono,—dijo el hombre, — y no lo usamos casi nunca. La verdad es que ya había pensado en decirle al patrón que lo quitara.

—¡Hum! — profirió Blake mirando detenidamente el aparato. — Supongo que lo usarán ustedes poco, de noche.

—¿De noche? ¡Nunca! — exclamó el hombre. — Cerramos el negocio a mediodía. Después de esa hora no se hacen ventas por mayor...

—¡Es cierto! — dijo Blake. — Y supongo que su patrón... ¿es el señor Lemnos?

—Sí, señor.

—Supongo que no vendrá nunca a su negocio después de las diez de la noche.

—¡No señor! ¡Qué ha de venir! No viene más que dos veces por semana y siempre antes de almorzar. En toda la casa no que-

da nadie por la noche. ¡Todos los pisos altos están desalquilados!

—¿Sí?

—Sí, señor. Hace años que se trata de alquilarlos, sin conseguirlo. La casa está muy vieja y destartalada. No seguimos en ella más que por...

El hombre calló al ver que Blake se acercaba a examinar el aparato telefónico. Después se volvió hacia el comerciante.

—¿Se puede subir a los otros pisos desde aquí?

—¿A los pisos de arriba? No hay más que subir por esa escalera.

E indicó una escalera muy sucia, que ascendía a las regiones superiores.

Blake frunció el ceño y mirando a Tinker, se dirigió hacia la escalera. En aquel momento entró en el negocio un cliente y el comerciante acudió a atenderle. El detective y Tinker subieron por la escalera hasta el próximo piso y se hallaron en un cuarto débilmente alumbrado en el que había acumulado todo el polvo reunido durante varios años de abandono completo.

Una profusión de telarañas colgaba de cada rincón y sobre una mesa escritorio había una capa de polvo de un dedo de grueso. Iluminaba aquel cuadro la poca luz que dejaban pasar los vidrios de las ventanas que casi resultaban opacos, tan sucios estaban.

El detective se aproximó a las ventanas. Al hacerlo una exclamación brotó de sus labios, exclamación que hizo que Tinker se acercara a él.

—¿Qué pasa, señor? — preguntó. — ¿Ha encontrado algo?

Blake no contestó, pero se quedó mirando fijamente el borde de la ventana. Estirando el cuello observó también el cierre de las hojas de la misma.

—Alguien ha andado por acá hace poco, Tinker,—dijo.—¡Mire!

E indicó el borde. A Tinker le saltó el corazón en el pecho.

—Hay impresiones dijitales, maestro,—dijo.

—Me parece que sí, — dijo Blake. — Y mire: el cierre ha sido corrido hacia atrás. Alguien abrió la ventana hace muy poco tiempo.

La deducción era lógica pues se veía en el polvo la huella de las manos. Blake levantó como unas seis pulgadas la hoja inferior de la ventana (que como casi todas las de Inglaterra era de las llamadas "de guillotina") e, inclinándose, miró hacia la estrecha calle. Desde aquella ventana se veía, de frente, la habitación ocupada por el lechero. Del interior del almacen de antigüedades no se veía más que lo poco que podía distinguirse por el hueco de ventilación que quedaba sobre la puerta de entrada.

Blake observó aquello durante unos instantes. De pronto se volvió hacia Tinker y le dijo con nerviosidad:

—Vaya al almacen de antigüedades, entrando por la trastienda y una vez en el salón del negocio, encienda la luz eléctrica.

—Bien, señor

—Después colóquese en el mismo sitio en que Wolff se hallaba de pie cuando se desplomó herido, mirando hacia la caja de hierro y levantando el brazo como si apuntara a alguien con un revólver. ¿Me comprende?

—Pero, señor, ¿usted cree que?...

—Aun no creo nada, hijo mio,—dijo rápidamente el detective.—¡Vaya pronto!

Tinker descendió al piso bajo, pasó junto al comerciante que en aquel momento le vendía una bolsa de nueces del Brasil a un cliente que tenía todo el aspecto de un viejo judío, cruzó la calle sin fijarse mucho ni poco en el cliente del comerciante, que le miró con curiosidad, y pocos minutos después se hallaba en el almacen de antigüedades, con la luz encendida. Blake miraba desde la ventana.

El detective, desde donde estaba acurrucado distinguió, al encenderse la luz, gran parte de la tienda del anticuario.

Lanzó una exclamación de decepción, sin embargo, porque no pudo distinguir la figura de Tinker. Pero de pronto, después de esperar unos segundos, Tinker apareció y se paró, volviendo el lado izquierdo al hueco de ventilación y levantando el otro brazo, segun lo ordenado.

Blake se mordió el labio y se estremeció nerviosamente. El indicio sorprendido se desarrollaba del modo más completo. Sintióse convencido de que se hallaba ante un caso que no merecía el calificativo de "muy vulgar" que le había dado la policía.

Hallábase ante un crimen astuto, diabólicamente combinado. Porque desde donde estaba, el detective veía claramente a Tinker. Con un revólver o con un rifle le hubiera podido atravesar el corazón.

Un cuchillo o una daga arrojados mediante algun aparato a propósito, hubiéranle herido tal como fué herido Wolff.

Pero ¿cómo había sido herido Wolff debajo del brazo? Blake lo pensó un instante y recordó que, en el momento de ser herido, el anticuario estaba tocando el silbato policial así que también tenía levantado el otro brazo.

El detective, convencido de que el asesino había arrojado la daga con algun aparato especial, pensó que, sin embargo, quedaban sin explicar algunos puntos.

En primer lugar ¿cómo podía estar seguro el homicida de que Wolff iba a entrar en su almacen aquella noche?

Además ¿cómo sabía que el desdichado anticuario iba a colocarse en la línea de fuego?

Por otra parte ¿por qué le habían matado en presencia de otra persona: Burchell?

El primer punto podía ser rápidamente contestado. El matador sabía que Wolff entraría en su almacen porque él mismo le había avisado por teléfono aconsejándole que fuese armado de revólver. La llamada telefónica desde el aparato del importador de cocos era de una astucia muy hábil.

En el segundo caso, sabía que lo lógico era que Wolff avanzara hacia el centro de la habitación situándose en sitio donde sería fácil tirarle.

Y en tercer lugar, el asesino había querido que Burchell estuviera presente para que la culpa cayera sobre él, tanto más cuanto que

sería descubierto en el acto de cometer un robo.

Blake silbó muy fuerte. Este silbido fué señal para que Tinker abandonara su actitud de estatua y volviera a su lado..

En aquel mismo momento oyó el detective que alguien se acercaba. Era el comerciante que le miró con asombro.

—¿Usted dijo que se llamaba Sexton Blake, señor?—preguntó.

—Sí.

—Pues entonces alguien le llama por teléfono.

—¿Por su aparato?

—Sí, señor. Es un señor que dice tiene que hablarle con urgencia.

Blake frunció el ceño, intrigado. No podía ser Tinker que le llamara desde la casa de enfrente, pues acababa de verle en el almacen de antigüedades.

Descendió rápidamente haciendo crugir los peldaños de la vieja escalera y acercándose al aparato, tomó el auricular.

—¡Hola! — dijo.—¿Quién habla?

—¿Es usted el señor Blake? — preguntó una voz bien timbrada y de perfecta pronunciación. Pero Blake no reconoció aquella voz.

—Sí, soy Blake, — contestó el detective.

—¡Ah! Buenos días, señor Blake. Le he llamado para discutir un pequeño asunto. Creo que usted investiga el caso del homicidio de la calle de la Media Luna.

—No hablo de esas cosas por teléfono, — dijo Blake. — ¿Con quién hablo?

—Nos conocemos de antes, — dijo la voz, — pero quizá se haya usted olvidado de mí. Me llamo Kestrel, León Kestrel. ¡Ah! Se sobresalta usted ¿eh?

Efectivamente, Blake se había sobresaltado de tal modo que el comerciante le miró alarmado.

—¡Buenos días, Kestrel! — dijo Blake dominando rápidamente su emoción. — Le agradeceré que me diga rápidamente lo que tenga que decir. Estoy muy ocupado.

—Muy bien. Usted disculpe, señor Blake. Pero yo le decía que creía que usted investigaba eso del homicidio de la calle de la Media Luna.

—Usted lo sabe, con seguridad.

—Si, es decir, lo sospechaba. Es un caso curioso ¿eh? ¡Muy misterioso!

—He visto casos más intrincados que ese, — dijo Blake.

—¡Ah! Entonces usted sigue ya alguna pista... ¿Está cerca del éxito?

—Puede ser, — contestó el detective.

—Pues siendo así, tengo que ofrecerle un consejo, gratis, señor Blake.

—¿Y qué consejo es?...

—Que abandone inmediatamente su investigación. Le pido, por su propio bien, que abandone el caso.

—Ya veo, — dijo Blake con toda calma, y repuesto de su emoción por completo.— Si no es otro el objeto de su comunicación, puede cortar. Me niego en absoluto a seguir su consejo.

—¿De veras?

—¡En absoluto! Si es usted el responsable de ese crimen haré todo lo posible por prenderle y hacerle meter en la cárcel.

—Entonces, señor Blake, — dijo Kestrel, — el domingo próximo saldrá en los diarios la noticia de su fallecimiento. Usted me hizo fracasar una vez. Soy hombre que no tiene ni moral ni escrúpulos. Juré, y yo juro pocas veces, Blake, que si volvía a interponerse en mi camino me vengaría definitivamente. ¿Sigue negándose?

—Ya se lo he dicho, Kestrel, — dijo. — No necesito repetírselo.

—¡Muy bien!

Estas palabras fueron pronunciadas con marcada intención. Blake hizo una mueca y se mordió el labio.

Colgó en seguida el tubo y en cuanto Kestrel cortó la comunicación mediante un toque de campanilla, Blake descolgó de nuevo el auricular y movió rápidamente la horquilla.

—¿Qué hay? — preguntó la señorita de la oficina, con impaciencia.

—Necesito saber inmediatamente de dónde me hablaban hace un instante, — dijo Blake.

—De una oficina para el público situada en la calle de la Media Luna número 91, — contestó la señorita.

—Gracias.

En menos de medio minuto estuvo Blake en la oficina del número 91. No había nadie en la casilla del aparato telefónico, pero Blake abrió la puerta de un tirón. Sobre la alcancía de echar el dinero de las comunicaciones, doblada y medio metida en la ranura, se veía un papel: una hoja arrancada de una libreta. Blake tomó el papel, los desplegó y lanzó una exclamación.

"Querido B... — leyó, — ¿por qué incurre usted siempre en hacer lo que haría el último aprendiz de detective?"

Nada más. Fastidiado, Blake salió a la calle y miró a uno y otro lado.

Lo único que pudo ver fué un automóvil de alquiler que se alejaba rápidamente perdiéndose entre la niebla que iba invadiendo la atmósfera.

CAPITULO VIII

Sexton Blake se entera de nuevos e interesantes detalles.—

HOLA! ¿Hablo con el señor Hasluck?

—Sí, señor.

—Le habla Sexton Blake. Si usted no tiene inconveniente desearía volver a conversar unos instantes con su defendido, con William Burchell.

—¿El del caso de Wolff? ¡Muy bien, señor Blake!

—Se han presentado dos o tres detalles, — dijo Blake con afectada indiferencia, — que Burchell puede, tal vez, aclarar.

—¡Naturalmente! El se los explicará, con toda seguridad, a su entera satisfacción, — dijo el abogado con ironía, pues tenía la convicción de que Burchell, en todo lo que ha-

bía manifestado antes, no había dicho una sola palabra de verdad.

Pero Blake obtuvo la autorización que deseaba y pocos minutos después él y Tinker iban, en un automóvil, a la prisión de Holloway.

Blake, preocupado, no habló durante la primera mitad del trayecto. Tinker respetó su silencio durante un rato, pero después, dominado por la curiosidad, se atrevió a hablar.

—¿Así que nos encontramos ante una nueva hazaña de Kestrel? — dijo

—Sí, — contestó Blake. — Ya empezamos a ver luz. Ya puedo reconstruir el crimen en toda su astuta habilidad, aun cuando estoy enteramente a oscuras en lo que se refiere al motivo del mismo.

—¿Cómo lo reconstruye usted, señor? — guntó Tinker.

—En primer lugar, Kestrel tenía alguna razón para querer suprimir de este mundo a Wolff. Además tenía algún resentimiento con Burchell... Burchell estuvo en Estados Unidos, dice que perteneció a una gavilla y ésta pudo ser la de Kestrel.

"Como quería quitar de su camino a esos dos hombres, adoptó, según su costumbre, un plan complicado y diabólico, pero que podía realizar lo que él deseaba sin que se sospechase ni de él ni de su gavilla.

"El sistema fué sencillo en realidad, — agregó Blake. — Kestrel posee algún aparato que le permite arrojar desde lejos y con exactitud, una daga-flecha como la que mató a Wolff. Dispuesto a usar ese aparato, examinó el almacén de antigüedades de Wolff y halló lo que deseaba. El proyectil podía entrar en el almacén por el hueco de encima de la puerta y podía ser disparado desde la ventana de la casa desalquilada de la acera de enfrente.

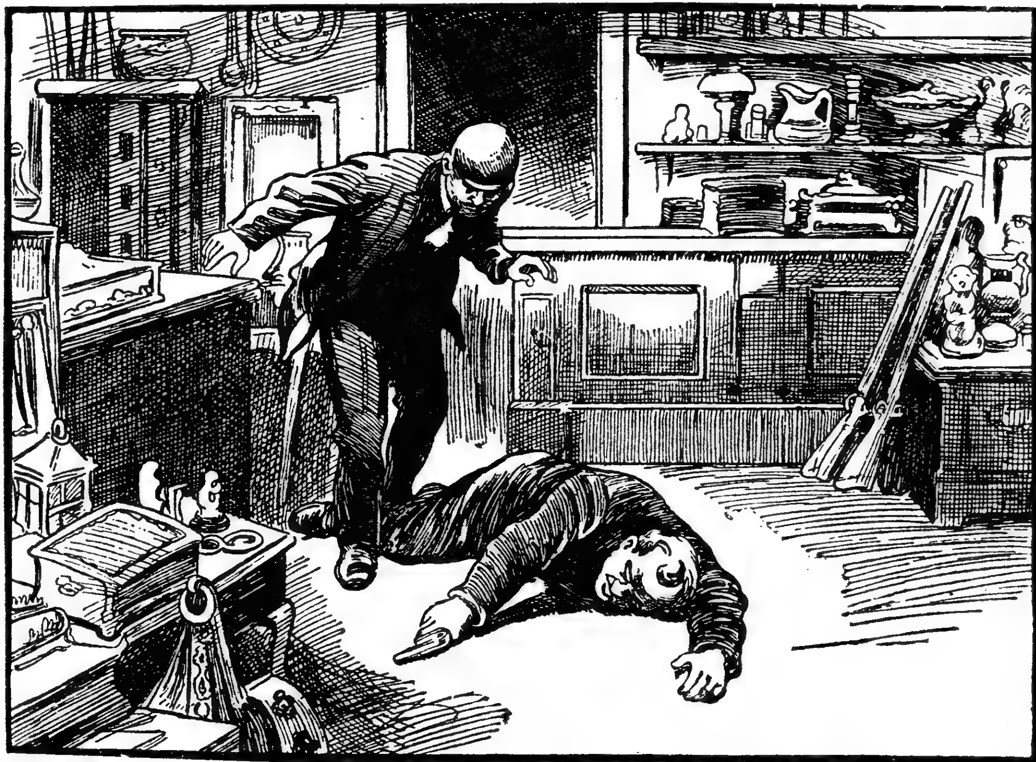
"En el negocio de Lemnos y Cía. había teléfono y este aparato vino a dar mayor seguridad a la realización del hecho.

—Fué una suerte para él poder preparar las cosas con tanta facilidad, — observó Tinker.

—¡Yo lo creo! — exclamó Blake. — Pero también es cierto que supo aprovechar con habilidad suma de las circunstancias.

"Mediante una investigación hábil, — siguió explicando Blake, — logró enterarse de las letras de la combinación de la caja de hierro de Wolff. Entonces, sirviéndose de Shanghai Jim como intermediario, indujo a Burchell, el cual, con seguridad ni supone que Kestrel anda metido en todo eso, indujo a Burchell, digo, a entrar en la casa.

"Se le dijo cuál era el mejor modo de entrar, el mejor día y la mejor hora para el robo, a fin de saber con exactitud a qué hora iba Burchell a meterse en el almacén de antigüedades.



"El viejo tenía los ojos abiertos y una expresión de terror en la cara, tal como yo no la había visto jamás," — dijo Burchell.

"A su tiempo, Kestrel se situó en la ventana de la casa de enfrente, con su arma preparada, apuntando al interior de al puerta. Allí esperó probablemente, hasta que vió la luz de la linterna eléctrica de Burchell. Bajó entonces al piso donde está el teléfono de Lemnos y Cía. y habló con Wolff, advirtiéndole que en aquel momento alguien estaba robando en su almacén. Volvió a ocupar su puesto junto a la ventana y esperó que se produjera la dramática entrada del anticuario.

"Como Burchell dice, Wolff encendió la luz eléctrica y apuntándole con el revólver, retrocedió, yendo hacia el centro de la habitación. Entonces tocó el silbato policial. En ese mismo momento, Kestrel soltó la daga y lo restante ya lo conocemos.

Blake había reconstruído el crimen punto por punto y Tinker se había quedado atónito. Todo parecía fantástico pero, conocidos los datos que él conocía, resultaba de una inquebrantable lógica, no tenía ni la menor discrepancia.

De unos pocos hechos y datos—que para cualquier detective hubieran sido un laberinto sin salida.—Blake había deducido consecuencias que le habían permitido reconstruír los detalles de un crimen que rivalizaba, como asunto misterioso con "El asesinato de la calle Morgue", de Edgar Poe.

Durante el resto del trayecto, Blake calló, echado hacia atrás en su asiento del automóvil, hasta que por fin el vehículo menguó la rapidez de su marcha y se detuvo ante la mole gris e imponente de la prisión.

Pocos minutos después estaban Blake y Tinker en la celda del preso.

Burchell se adelantó a saludarle, contento al ver que a Blake no le acompañaba nada más que Tinker y no su abogado defensor.

—¿Qué tal señor? ¿Ha tenido suerte? ¿Ha sabido algo, señor?—preguntó con nerviosidad.

El detective se encogió de hombros con indiferencia y procedió a interrogarle formulando sus preguntas de modo que, aun cuando Burchell no se percatara de ello, el detective iba preguntando exactamente lo mismo que en su primera entrevista.

Este era un método empleado por Blake para comprobar si determinada persona había dicho o no la verdad; pues si su primer relato había sido invención pura, lo más fácil era que se contradijera en el segundo interrogatorio.

Pero Burchell dijo exactamente lo mismo que la primera vez.

Cuando hubo terminado, Blake calló y se puso a pasear de un extremo a otro de la celda, mientras Burchell le miraba con extrañeza.

De pronto, Blake se detuvo y le miró fijamente.

—Dígame, Burchell,—preguntó con toda naturalidad.—Necesito que usted me cuente, con todos los detalles cuáles fueron sus relaciones con Leon Kestrel.

—¿Con Kestrel, señor?—preguntó Burchell, alarmado y balbuceando.

—Sí, Kestrel,—dijo Blake sin inmutarse.—Usted fué uno de los de su gavilla.

—¿Cómo lo ha sabido, señor?—logró decir Burchell, con esfuerzo.

Blake se encogió de hombros.

—Eso importa poco ahora, Burchell, —dijo.—Además cuando me hice cargo del caso por bien de usted, esperaba que me dijese toda la verdad. En lugar de eso, usted me ha ocultado una parte importantísima. Por esta sola razón no sé si abandonaré...

—¡No abandone la investigación, señor porque si la abandona usted, me ahorcan!—imploró el preso casi de rodillas.—Lo que no dije, no lo dije porque creí que no tenía nada que ver... y carecía de importancia. Se trata de algo que querría olvidar para siempre. Pero se lo voy a decir todo, señor... ¡todo!

—¿Usted perteneció al a gavilla de Kestrel en Estados Unidos?—preguntó Blake.

—Sí, señor Pero... pero no pude seguir en ella. Me separé y me vine a Inglaterra.

—¿Por qué se separó?

—Porque él quería hacer que yo matara y yo no he nacido para eso, señor. Me amenazó con la muerte si abandonaba la gavilla, pero yo me expuse a eso, y me separé y huí a Nueva Orleans. De allí me fuí a Sud Africa y de allí a Liverpool. Pero le juro, señor, que no hay sangre en mis manos y que soy tan inocente de ese homicidio como...

—Así que Kestrel le amenazó con matarle,—interrumpiéndole el detective.

—Sí, señor.

—¿Trató alguna vez de cumplir su amenaza?

—¡No!—contestó Burchell sonriendo un instante.—¡No le dí oportunidad! Me escapé y me vine a Inglaterra sin que nadie lo supiera, señor.

Blake miró fijamente al preso.

—¿Quién es ese hombre a quien usted llama Shanghai Jim?—preguntó. — ¿Es de la gavilla de Kestrel?

—¡No, señor! — exclamó Burchell.—No es posible que lo sea. Yo le conocí en Liverpool donde tenía un taller de lavado y planchado y realizamos juntos algunos "trabajitos" cuando se presentó la ocasión. Que yo sepa, no oyó jamás ni hablar de Kestrel.

—¿Le había usted visto antes del tiempo en que le vió recientemente? — dijo Blake,—¿antes del tiempo en que le dió los datos para el caso de la calle de la Media Luna?

—No, señor,—dijo en seguida Burchell.—Era la primera vez, desde cuando lo traté en Liverpool. Pero, ¿por qué cree usted que Shanghai Jim pudo ser, en una época, de la gavilla de Kestrel?

Blake se encogió de hombros.

—Por nada,—dijo. — Se trataba puramente de un punto que quería poner en claro.—Miró la hora en su reloj.—Tenemos que volver a Londres, Tinker, — dijo.—Adiós, Burchell. Creo que tiene usted razón para tener esperanzas.

Salieron de la celda, no sin que Blake notara la expresión de alegría y de esperanza

que se pintó en el rostro de Burchell al oír sus últimas palabras.

El detective no dijo nada. Se limitó a dar al chauffeur las órdenes necesarias.

Ya estaban cerca de Baker Street cuando hizo un comentario sobre su reciente entrevista.

—Creo que estaba usted equivocado, Tinker,—dijo. — Burchell es, realmente, un honrado ladrón.

—Sí, señor,—dijo Tinker humildemente. —Estoy empezando a creerlo yo también. Pero...

—¿Pero qué, hijo mío?

—¿Cree usted, maestro, que dice la verdad en lo relacionado con ese Shanghai Jim? ¿Cree usted que Shanghai Jim no tiene nada que ver con Kestrel?

—Lo creo,—dijo Blake. — Eso me desorienta un poco, lo confieso. Pero es posible que Shanghai Jim se haya relacionado después con la gavilla de Kestrel. Ya ha visto, Tinker, que Burchell ni sueña que Kestrel pueda hallarse en Inglaterra y con seguridad ni sospecha que Kestrel pueda tener que ver algo en el caso de Wolff.

—Entonces, ¿usted cree que en este caso,—dijo Tinkel,—el pillo de Kestrel ha tratado de cumplir la amenaza que dirigió a Burchell?

—Así lo creo,—manifestó Blake, — o al menos hacer que el verdugo ejecutara su amenaza, transformando, por medios diabólicos, a Burchell en culpable de un homicidio perpretado por el mismo Kestrel. Ya sabemos cuál ha sido el motivo de la acción de Kestrel contra Burchell, Tinker; ahora falta saber la razón de ser del homicidio.

—¿Usted se refiere a por qué razones quiso Kestrel que Wolff dejara de existir?

—Sí,—dijo Blake, abriendo la portezuela del automóvil, que se detenía ya.—Eso es lo que tenemos que descubrir, Tinker; y creo que hallaremos la solución que buscamos, en el dormitorio de Wolff si...

Saltó del vehículo y un instante después estaba ocupado en pagar el viaje al chauffeur.

—¿Si que... señor? — preguntóle Tinker con gran interés mientras subían la escalera

—Si sabemos buscar con toda atención y toda paciencia,—contestó Sexton Blake.

CAPITULO IX

El motivo del crimen.—La mascota china.—

ERA ya casi de noche cuando Blake y Tinker bajaron a la calle en compañía de Pedro, que tiraba con fuerza de la correa a que iba sujeto, porque llevaba un tiempo de holganza, cosa que no era muy de su agrado por cierto.

Blake no pensaba que su fiel sabueso pudiera serle mayormente útil en sus investigaciones, — aun cuando después dió gracias fervientes a la Providencia por haberle llevado consigo, — pero más de una vez Pedro había sido quien le había salvado la vida, y Blake recordaba la amenaza que Kestrel le había dirigido poco antes.

Al caer la noche una niebla amarillenta comenzó a invadir todo el barrio del East End. Al llegar el automóvil a la calle de la Media Luna, Blake pagó rápidamente al chauffeur y se dirigió, con sus compañeros, a la casa del crimen.

El sitio estaba en aquel momento más solitario aun que de costumbre, porque el lechero y su mujer habían trasladado sus pocos muebles a barrio más de su gusto.

No se oyó absolutamente ningún ruido cuando penetraron en la sucia callejuela y subieron por la vieja escalera, más que el crujido de los apolillados peldaños y la jadeante respiración de Pedro.

Encontraron el dormitorio de Henry Wolff en el más extraordinario desórden y la mayor confusión, tal como Blake lo esperaba, pues Harker le había dicho que los hombres de Scotland Yard habían revisado por completo la habitación sin encontrar nada relacionado con el caso.

Durante una hora Blake y Tinker buscaron sin cesar, examinando todos los papeles que hallaron y arrojándolos, a medida que los descartaban, a un rincón de la pieza. Pero no tuvieron mejor éxito que los de Scotland Yard. Blake suspiró y fué a sentarse, para descansar, en una vieja silla.

Sacó la pipa, la encendió y se puso a fumar, mirando en redor cuanto había en la habitación. Su mirada fué de objeto en objeto, sometiendo cada cosa que veía a una crítica observación antes de pasar al objeto siguiente.

Había muchas curiosidades en todas partes, colgadas o tiradas. El cuarto era un museo de cosas raras, pero la más rara de todas era la cama.

Era un lecho macizo, viejo, de cuatro columnas, de los que tienen dosel, y las colgaduras eran de seda japonesa antigua, bordadas en un estilo raro hasta para el mismo Japón. Pero lo que causaba más impresión eran los cuatro macizos pilares.

Eran de la madera olorosa que tanto gusta a los asiáticos. La cabeza de cada pilar era de ébano tallado y presentaba con toda exactitud, el aspecto de una calavera. Los dientes de cada calavera eran de marfil incrustado y el efecto que causaba resultaba tan impresionante que más de una persona no hubiera podido conciliar el sueño en semejante lecho.

Blake miró durante un rato las columnas de la cama. hasta que, de improviso, con el ceño fruncido, se levantó de la silla y se acercó al lecho. Sacó la navaja del bolsillo y golpeó suave y secamente en lo alto de uno de los cráneos.

—¡Hola! — exclamó.

Tinker se volvió rápidamente secándose el sudor que le cubría la frente.

—¿Qué es eso, maestro?

—¡Oiga usted esto, Tinker!

Volvió a golpear de nuevo en la coronilla del cráneo y sonó a hueco. Sin embargo, el objeto tenía todo el aspecto de ser de sólido ébano.

Blake se guardó la navaja en el bolsillo, y tomando el cráneo de ébano y marfil con las dos manos, trató de desprenderlo como destornillando.

Tinker lanzó una exclamación cuando vió que el cráneo obedecía al esfuerzo de Blake y se iba destornillando lentamente.

El efecto que causó aquello fué extraño porque parecía que el cuello se iba alargando más y más. Pero, de pronto, el cráneo cayó en manos del detective que lo dejó en la cama y miró en el hueco que había quedado.

Tenía unas seis pulgadas de profundidad y ofrecía suficiente hueco para esconder algo. Pero no había nada dentro.

Blake tomó de la cama el cráneo de ébano y miró dentro de él. Esta vez encontró algo: dos papeles muy doblados. Los sacó y los desplegó con nerviosidad.

—Hemos encontrado algo, Tinker, — dijo. Y el joven se acercó a mirar.

Los papeles eran hojas de un block vulgar de papel de cartas delgado y no tenían ni membrete ni letras de agua. Pero con una letra de forma fantástica, en tinta roja, se veían dos o tres líneas escritas.

Una de las hojas decía:

"Usted traerá la pipa esta noche a las
" 11.30 p. m. a la esquina de la calle de St.
" Helier y esperará. Si no se le encuentra
" allí a esa hora, dé su vida por terminada".

La carta no tenía firma pero en vez de ésta se veía, impresa con un sello y con tinta amarilla, la figura de un alfanje o cosa así, el arma que usan los verdugos chinos para decapitar a los condenados.

Blake estudió cuidadosamente la carta durante un rato. Después dirigió su atención a la otra.

Era, sin duda, una segunda carta, posterior a la otra, escrita en la misma clase de papel y con un laconismo trágico:

"Esta le anuncia a usted su fin".

Durante un momento, Blake examinó las dos cartas... Se comprendía, después de verlas, que Wolff había sido víctima de quien le dirigiera esas cartas. Le había dado muerte mediante una combinación tan criminal como diabólica.

Sin embargo no lograba comprender qué relación podía tener todo aquello con Kestrel. Se comprendía que Kestrel estaba metido en el asunto porque únicamente el norteamericano podía haber ideado semejante combinación.

Kestrel no había tenido jamás complicidad con gente de Asia y sin embargo el caso presente trascendía a cosa de chinos.

En primer lugar, Wolff había vivido muchos años en China y había abandonado Shanghai repentinamente. En segundo término su actuación en el Celeste Imperio veíase reflejada tanto en su almacén de antigüedades como en su cuarto porque había por todas partes objetos procedentes de Oriente.

En tercer lugar, Blake sabía algo sobre cierto chino, lavandero y planchador que decía llamarse Shanghai Jim y estaba mezclado en el asunto; y en cuarto término mediaba la circunstancia, — tal vez importantísima, — de la presencia de aquellas cartas que, al parecer, explicaban el motivo del crimen.

Sin embargo, Blake seguía preguntándose: ¿qué papel ha desempeñado Kestrel en todo esto? Como por el momento no lograba hallar respuesta a tal pregunta, el detective resolvió esperar a que alguna nueva circunstancia le orientara en ese sentido.

"Usted traerá la pipa"—decía la primera carta.—esta noche a las 11.30 p. m. a la esquina de la calle de St. Helier y esperará."

Esa carta explicaba por qué Wolff se hallaba nervioso... Estaba asustado por la amenaza.

Pero ¿de qué pipa se trataba? No podía ser una pipa vulgar. Blake pensó en cosas de Oriente y en seguida se le ocurrió que pudiera tratarse de algo de opio...

Hay distintas clases de pipas de las que sirven para fumar el venenoso jugo de la amapola y Blake sabía bien que algunas de esas pipas tienen un doble valor, intrínseco y sentimental. Tal vez se tratara de alguna de esas a las que se considera como "mascotas" portadoras de la buena suerte.

Dobló cuidadosamente las dos cartas y se las guardó en la cartera.

—Tenemos que dar con el paradero de esa pipa, Tinker,—dijo.

—¿No estará dentro del otro cráneo? —dijo en seguida el joven.

Blake inclinó la cabeza en señal de asentimiento y se volvió hacia Pedro que comenzaba a dar señales de intranquilidad.

—¡Quieto! — ordenó.—¡Muy quieto!

Se dirigió a la otra columna de la cama, y tomó con ambas manos el cráneo de ébano, que parecía mirarles sonriendo.

—¡Una pipa de fumar opio es bastante grande, Tinker!—dijo.—Y no sé si... ¡Quieto, Pedro!... No sé si es posible que haya aquí dentro sitio suficiente para guardarla... Sin embargo...

Hizo girar varias veces el cráneo que se desprendió tal como el otro se había desprendido. Una vez más, el cuello se alargó ridículamente.

Un momento después el cráneo estaba desprendido del pilar y Blake murmuraba algunas palabras mientras lo ponía rápidamente en la cama.

—Tenía razón, querido Tinker,—dijo.—La pipa está aquí.

En el hueco de la columna aquella el receptáculo era más grande que en la otra porque Blake sacó de aquel escondrijo una pipa de largo tubo, curiosamente trabajado, con incrustaciones y tallados de marfil y madreperla.

Pero lo que llamó la atención de Blake y de Tinker fué el hornillo que, a la luz de la lámpara, brilló con destellos como el lejano verde del mar a la luz del sol.

Durante un momento, el detective contempló aquello. Después se acercó a la luz para verlo mejor

—¡Dios mío, Tinker!—murmuró—¡El hornillo de la pipa está hecho de una sola esmeralda, de las más puras que he visto en mi vida!

Miró a Tinker y vió que el joven se había puesto pálido de emoción.

—¡Ahora lo comprendo, muchacho!—dijo con nerviosidad.—El motivo se ve claro. Esta piedra es valiosísima... Se puede decir que no tiene precio. Es...

Un gruñido rápido de Pedro hizo que Blake y Tinker miraran al perro. El sabueso estaba echado como un tigre, dispuesto a saltar; con las orejas hacia atrás y los ojos, brillantes, miraba a la ventana.

Instintivamente, Blake y Tinker miraron hacia donde el perro y una exclamación brotó de los labios de Tinker.

Porque junto al vidrio de la ventana, mirando hacia el interior del dormitorio, se veía una cara. Aun cuando no era posible verla con claridad, se pudo distinguir los pómulos salientes y los ojos oblícuos. Al retirarse, en seguida, se vió la cabeza afeitada y la negra trenza... Aquel rostro sonreía de un modo que hizo estremecer a Tinker.

¡Era el rostro de un chino!

CAPITULO X

El ataque.—

UN momento permaneció Blake inmóvil, con la original pipa en la mano, con la mirada fija en la amarilla aparición de la ventana.

Tinker tampoco se movió. Se quedó parado como aterido de frío, al ver aquel rostro que ni humano le parecía. Pedro estaba como atemorizado también porque cesó de gruñir y mostrando los dientes, siguió mirando a la ventana.

Pero esto duró sólo un instante. La cara desapareció casi en seguida como disolviéndose en la oscuridad.

Un grito brotó de los labios de Blake, que se aproximó, rápidamente a la ventana y trató de levantar la hoja inferior.

Pero la ventana no podía abrirse. Con el tiempo se había asegurado de tal modo que toda la fuerza del detective no logró moverla.

—¡Pronto, Tinker! — gritó.

Tinker estuvo de un salto junto a él y apoyó las manos en el marco, junto a las del detective.

Con rápido y decidido esfuerzo, tiraron los dos a la vez. La ventana crugió, gruñó, se astilló y se movió hacia arriba.

Blake hizo un movimiento como para asomarse a mirar, pero Tinker se lo impidió tirándole de un brazo.

—¡No se asome, maestro! — gritóle. — Apaguemos primero la luz. Así verá mejor y...

Blake comprendió lo sensato de la observación. Mirar por la ventana de una habitación iluminada, de noche, era ofrecer excelente blanco para que Kestrel cumpliera su amenaza.

Pero en un instante, Tinker apagó la luz. Blake se asomó entonces por la ventana.

Todo estaba en silencio y quietud. No pudo ver nada. La niebla se había hecho más densa y casi no se llegaba a distinguir el patio de abajo. Miró hacia el caño de desagüe que descendía al patio, verticalmente, a pocos pies de la ventana. Pero no se veía a nadie colgando de él. El caso no podía ser más sobrenatural.

Blake no perdió tiempo en formular hipótesis. Se dirigió al lecho y tomó la valiosa pipa.

—¡Pronto, Tinker! — gritó. — ¡Escaleras abajo!

Tomó la correa que sujetaba a Pedro por el collar y cruzaron la desordenada habitación, camino de la escalera. Cuando llegaron al rellano, el perro gruñó significativamente y tiró tan fuerte, que casi hizo que Blake perdiera el equilibrio.

—¡Déjelo suelto, señor!—dijo Tinker.—¡El los va a encontrar!

Era lo más sensato. Blake soltó la correa.

—¡Busca, Pedro! — gritó y el perro no necesitó mayor indicación.

Con un ladrido profundo como un rugido, saltó escaleras abajo. Blake y Tinker le siguieron. De pronto, al volver el último recodo de la estrecha escalera oyeron un gruñido feroz, seguido de un golpe sordo y de un gemido que terminó en un suspiro casi humano.

Blake sintió un escalofrío, sacó la pistola automática del bolsillo, y corrió hacia la puerta. Se detuvo lanzando un grito, pues precisamente delante de la puerta estaba tendido el fiel sabueso, inmóvil, junto a un charco de sangre.

Se inclinó Blake un momento a observar al perro y al proceder así, un extraño fulgor brilló en sus ojos. Avanzó cautelosamente entre la niebla, con el revólver apercibido y mirando con atención.

Pero todo estaba silencioso e inmóvil.

—Esto no es natural, maestro,—dijo la dolorida voz de Tinker detrás del detective. —¡Esto no es natural! ¡Aquí no hay nadie! ¡Nadie! —Miró al perro y ahogó un sollozo.

—¡No diga tonterías, Tinker! ¡Por favor!—exclamó Blake.—¡Por aquí!... ¡Ligero!...

Cruzó el pequeño patio dirigiéndose a la puerta que había en la tapia que lo separaba de la callejuela lateral.

Se detuvo en la puerta, mirando primero a uno y otro lado. De un lado de la callejuela reinaba completa oscuridad. Del otro se veía un farol del alumbrado público cuya luz parecía amarillenta y mortecina en medio de la niebla.

—¿Trajo usted el revólver, Tinker? — preguntó Blake en voz baja.

—No, maestro; pero tengo el cuchillo.

—Dispóngase a usarlo. — Indicó el farol de la calle. — Vaya cautelosamente hacia allá. Yo iré al otro lado.

Tinker sacó el cuchillo y acercándose a la pared, avanzó

Blake se dirigió silenciosamente en el otro sentido, maldiciendo a la niebla a medida que avanzaba.

Detúvose de pronto y mirando en redor, esperó. Pero ni se veía a nadie ni se oía nada.

De improviso una sombra pareció surgir de la oscuridad y Blake sujetó con fuerza su revólver. Avanzó, y al hacerlo, oyó tras sí una risa burlona. Saltó hacia un lado con agilidad de tigre, pero tarde. Un golpe le dió en la parte de atrás de la cabeza con tal fuerza, que el detective creyó que le habían partido el cráneo. Le pareció que una llamarada le pasaba por delante de los ojos. Después fué como si una nube comenzara a envolverle.

Pero Blake sabía, a pesar de lo terrible del golpe, que si se desmayaba en aquel momento, el desmayo significaría su muerte. Hizo un esfuerzo y logró no caer. Pero en el mismo instante sintió que dos manos férreas le ceñían el cuello.

Durante un momento no se resistió, preparándose para un decisivo esfuerzo. La presión de las manos en el cuello cedió un poco. Desde lejos llegó a sus oídos la misma risa burlona de antes.

De pronto, con toda su fuerza, echó atrás el brazo y aplicó un golpe de boxeo en el cuerpo de su asaltante. El hombre gimió de dolor y casi le soltó el cuello. Pero en seguida reaccionó y con un rugido de furor apretó de nuevo. La lucha era a muerte.

Mediante un gran esfuerzo, el detective consiguió librar una mano, buscó a tientas el rostro de su enemigo y le aplicó la palma de la mano sobre la boca de modo que el borde de la misma mano le oprimía el labio superior tapándole las ventanas de la nariz.

En esta forma y poniendo en ello toda su fuerza, oprimió hacia arriba y hacia atrás.

El dolor debió ser intenso porque el hombre, en quien Blake había reconocido al chino, peleó como desesperado.

Mordió la mano de Blake con furia pero el detective siguió empujando más y más haciendo que el hombre echara la cabeza cada vez más atrás, hasta que tuviera por fuerza, que soltarle el cuello.

Unicamente los que están familiarizados con el arte del jiu-jitsu saben la horrible tortura que puede causar una mano que presiona así, el labio superior y la base de la nariz.

El chino, casi lloraba de rabia y de dolor, pero cuanto más soltaba el cuello, más apretábale Blake.

Gradualmente Blake logró respirar llenándose los pulmones y así reunió fuerzas para su última tentativa. De pronto libró el cuello de las manos del chino y saltó hacia atrás, jadeante.

Permaneció así unos momentos, mirando al otro. Entonces vió Blake que el hombre hacía ademán de atacar y saltó aplicando al mismo tiempo, con el puño izquierdo, un terrible golpe al chino, en el estómago.

Se quedó tambaleándose después de aplicar ese golpe, como el boxeador que ha aplicado el "knock-out" después de una serie de golpes recíprocos y fuertes. Se percató de que el hombre gemía de dolor.

Una vez más la densa nube pareció envolverle lentamente y esta vez no pudo resistir. Fué perdiendo poco a poco las fuerzas y cayó de rodillas. Manoteó, buscando apoyo, en el aire y luchó, semi consciente, por levantarse. Pero lentamente, la nube fué adormeciendo sus sentidos, Blake cayó, desplomándose como el que está vencido por la fatiga y quedó tendido en el suelo, sin sentido.

CAPITULO XI

La persecución.—

NO pudo decir jamás, Sexton Blake, el tiempo que permaneció allí, privado de conocimiento. Pudo ser lo mismo media hora que dos horas.

Mientras recobraba lentamente los sentidos le pareció que un peso le oprimía el pecho; sintió como si le frotaran las manos con una toalla caliente. Durante unos minutos aun permaneció inmóvil, procurando coordinar poco a poco sus recuerdos.

Adelantó las manos y tocó algo cálido y conocido. Experimentó un extremecimiento de alegría y de satisfacción.

—¡Si es Pedro! ¡Viejo amigo mío! — murmuró.

El perro se acercó a lamerle la cara, muy contento. Blake se incorporó, apoyándose en un codo y miró en redor.

Estaba tendido todavía en el piso de concreto de la callejuela y la oscuridad era intensa. Pero la niebla había aclarado un poco; el farol del otro extremo de la callejuela se veía con más claridad.

De un bolsillo interior sacó Blake un frasquito de sales volátiles y lo olió varias veces; esto le reanimó un poco. Logró ponerse de pie, apoyándose en la pared.

Sus sentidos se despejaban rápidamente. A pesar del terrible golpe que había recibido comenzó a sentirse cada vez mejor. Tenía el cabello amontonado en un cuajaron de sangre ya seca. La hemorragia había cesado y comprendió el detective que la herida recibida debía ser superficial. Pero ¿y Pedro?

Se inclinó hacia el animal palmeándole afectuosamente.

—¿Qué es eso, Pedro? — murmuró. — ¡Creí que te habían dado pasaporte! Veamos qué herida tienes.

El perro tenía en la cabeza una herida similar a la que tenía el detective, pero felizmente no era de importancia. El perro había sido desmayado de igual manera que Blake, probablemente por la misma mano y con la misma arma.

—Pobre Pedro, pobre...

Calló de improviso porque, a pesar de la oscuridad, vió que el perro tenía entre los dientes algo que parecía un trozo de género. Lo quitó rápidamente de la boca del perro y se lo guardó en el bolsillo.

Había cesado el aturdimiento y consideró que nó había tiempo que perder, porque se



Blake miró rápidamente a Harker que había fruncido el ceño de pronto y, agachándose, arrancó la daga del suelo.

hacía necesario saber qué había sido de Tinker.

Se encaminó por la callejuela, avanzando como un ebrio. Pedro le siguió de cerca, con el hocico junto al suelo.

—¿Dónde está Tinker, Pedro? — preguntóle Blake varias veces. — Busca a Tinker, Pedro. ¡Búscale !

Blake miraba también al suelo temiendo tropezar en cualquier momento con su joven ayudante, tendido sin conocimiento. Pero aun cuando miró por todas partes no le vió. En el extremo de la callejuela se detuvo a la pálida luz del farol del alumbrado, mirando en redor, hacia la niebla que le envolvía. Por ninguna parte se distinguía señal ninguna de Tinker.

Volvió a sacar del bolsillo el frasquito de sales y a olerlo repetidas veces. El dolor que aun sentía en la cabeza pareció disiparse algo, pero aun le era imposible pensar normalmente.

Y, sin embargo, era en aquel momento cuando sentía necesidad de discurrir con toda claridad.

Sacó Blake del bolsillo el trozo de género y lo examinó a la amarillenta luz del farol. Era un pedazo desgarrado de tela de algodón de la que se usa en China para hacer la ropa de hombres y mujeres. El olor que tenía era típicamente chino.

El detective volvió a mirar al perro y la sombra de una sonrisa se vió en su rostro.

—¡Nos han dejado un rastro, siquiera, amigo Pedro!—dijo.—Veremos si esto sirve de algo.

Regresó a la casa del anticuario y tomó su sobretodo levantando el cuello para que no se le viese el cabello manchado de sangre.

Aun tenía confuso el cerebro cuando cerró la puerta de la casa. Volvió a la callejuela y, de pronto, se desabotonó el saco y se registró rápidamente los bolsillos.

—¿Y la pipa? — murmuró. — Me había olvidado la pipa. Ya no está aquí.

Detuvóse, preocupado y sacando la caja de fósforos, encendió uno y a su luz examinó el suelo de la callejuela, seguido de Pedro.

Pensó Blake que la pipa podía habérsele caído del bolsillo durante su pelea con el chino. No hubiese tenido nada de extraño.

Pero cuando encendió fósforo tras fósforo y examinó todo el escenardio de la pelea, esa posibilidad se hizo tan remota que acabó por desvanecerse por completo. Por último, Blake se irguió y se guardó la caja de fósforos.

—¡Se la han llevado, Pedro! — murmuró. — Se la han llevado y a Tinker también. No hay ya duda posible. ¡Pero aun no han terminado con nosotros!

Se abotonó el saco y tomando la correa que sujetaba al perro, puso el trozo de tela junto al hocico del sabueso.

—¿Hueles? — dijo. — Supongo que sí porque tiene un aroma bastante fuerte. Ahora, Pedro, búscale al que lleva esta ropa. ¡Búscale!

El cerebro canino de Pedro se hallaba dotado de condiciones casi humanas, muy superiores a las de cualquier perro. Se percató tan bien como Blake, de que Tinker se había perdido y de que su hallazgo dependía, en gran parte, de aquel trozo de tela que él había conservado entre sus poderosos colmillos.

Así que no necesitó que se le repitiera la orden para ponerse en movimiento, con el hocico junto al suelo olfateando impaciente y avanzando tan de prisa, que Blake no podía casi seguirle.

Entre la niebla, los escasos transeuntes volvían la cabeza para mirarles, pero no se detenían y Blake llegó a felicitarse de que la niebla le permitiera pasar casi inadvertido.

El detective estaba convencido de que, en algún punto, los raptores de Tinker habían tomado algún vehículo y por lo tanto, Pedro no tardaría en detenerse, perdida la pista.

Pero Pedro seguía avanzando cada vez más animado, como si se sintiera cada vez más seguro de su camino y Blake se sintió esperanzado cuando notó que penetraba en una región del East End, donde había muchas casas aisladas. Durante algún tiempo, el perro siguió por una ancha avenida y, de pronto, sin vacilación, volvió una esquina, donde había uno de esos espacios sin edificación que en aquel barrio reciben el pomposo título de "parques".

Cerca del final de la calle transversal por donde se dirigió el perro, había una fila de casas de construcción antigua y un estremecimiento sacudió el cuerpo del detective cuando vió que Pedro cruzaba la calzada y se encaminaba directamente hacia las casas.

De pronto, ante la tercera de aquellas casas, se detuvo, olfateando el portoncito. Blake tuvo que hacer esfuerzos para que el perro se estuviese quieto mientras él examinaba el aspecto exterior de la casa.

Era un edificio vulgar, de tres pisos, con cocina en el subsuelo, una de esas residencias de las que hay muchísimas en aquella parte de Londres y que lo mismo podía estar habitada por una familia decente que por gente de la peor calaña.

El terreno del fondo de la casa daba seguramente al ya mencionado "parque", de modo que la casa gozaba de una posición casi rural, aun dentro de la ciudad.

Todo esto lo observó Blake a la primera mirada. Pero no había nada en la casa que pudiera inspirar sospechas, pues se hallaba tan cerrada y tan a oscuras, como las demás de la fila.

Sin embargo, Pedro no le había llevado hasta allí sin razón ninguna. El perro no había vacilado ni una sola vez mientras siguió la pista y en aquel momento. se mostraba impaciente por trasponer el portoncito.

Blake hizo que Pedro se retirara, guareciéndose en un sitio sombrío.

—¡Quieto, Pedro! — dijo en voz baja, y miró de nuevo hacia la casa, porque una luz había aparecido en una de las ventanas altas.

La cortina de esa ventana estaba corrida, pero pudo distinguir la sombra indefinida de alguien que se movía de una lado a otro de la habitación. Entonces, mientras observaba, la figura se fué a colocar entre la luz y la cortina y, por un instante, se pudo ver su silueta con toda claridad.

Un momento después desapareció y la habitación quedó sumida en la oscuridad.

Pero el detective había visto lo suficiente para que se aceleraran los latidos de su corazón, pues aquella sombra había sido la de un chino, con su correspondiente trenza.

CAPITULO XII

Frente a frente.—

POR aquí, Pedro! ¡Ya volveremos en su busca!". Así habló Sexton Blake al perro consiguiendo, no sin trabajo, que Pedro se separara del cerco de la casa a la que había guiado a su patrón, cuya actitud no se explicaba.

Pedro no lograba comprender por qué se había de alejar de aquella casa después de haberla hallado. Además el perro sentíase seguro, — así lo parecía al menos, — de que Tinker se hallaba cautivo dentro de aquella casa.

Pero la protesta de Pedro fué breve. Acostumbrado a obedecer, siguió a Blake que se encaminó por la avenida, procurando no salir de la sombra de las casas.

Era ya tarde y todas las casas de comercio estaban cerradas. No sabía dónde hallar un teléfono por el cual hablar con Scotland Yard, pues lo que ahora había que hacer correspondía a la policía tanto como a él mismo.

Pero la fortuna le favoreció, pues al llegar a la primera esquina se encontró a un policeman en jira de inspección. Se detuvo en seguida mirando con sorpresa a Pedro y a Blake, que se acercó a él y le hizo saber quién era.

El policeman le saludó con suma cortesía, y le oyó su breve relato.

—¿A qué casa se refiere, señor? — preguntó en voz baja.

—A la tercera del lado de allá, — dijo Blake indicándola con la mano.

—¡Ah! ¡Ya sospechaba yo de esa casa! ¡Allí vive un chino y otros tipos más! — dijo.

—Eso es, — manifestó rápidamente Sexton Blake. — Pero no tenemos tiempo que perder. Hable por teléfono con Scotland Yard y pregunte por Harker o por Russell. Dígales que vengan inmediatamente, en automóvil, de preferencia el señor Harker.

El policeman se alejó con rápido paso y Blake, cruzando la calzada se estableció de centinela junto al portón de una casa des-



"Pueden ustedes registrar toda la casa, si gustan", dijo el importador de cocos a Sexton Blake y Tinker.

alquilada porque desde aquel sitio podía observar el frente de la tercera casa de la fila sin temor de que le viera nadie.

No tuvo que esperar mucho tiempo. La constante actividad había enseñado a la policía de aquel intranquilo distrito la importancia que tiene la rapidez, así que no había transcurrido un cuarto de hora cuando el policeman estuvo de regreso acompañado por tres de policía, vestidos de uniforme, y cuatro agentes de particular. Blake salió de su puesto y avanzó a su encuentro y el inspector que venía en el grupo le estrechó la mano efusivamente.

—¿Qué pasa, señor Blake? — preguntó.

—Se trata del crimen de la calle de la Media Luna, — dijo Blake. — Creo que he logrado dar con la madriguera de la gavilla culpable.

—¡Ah! ¡El caso de Wolff! — exclamó el inspector intrigado. — Pero yo suponía que...

—Usted pensaba que todo estaba comprobado y que no cabía duda sobre quién era el autor.

—Sí.

—Pues bien, no hay nada de eso. Pero ya hablaremos después de los detalles. He seguido a varios de la gavilla hasta la tercera casa de aquella fila. Uno de ellos es un chino.

—Es verdad ahí vive un chino.

—También es posible que el jefe de la gavilla esté dentro de la casa, aun cuando no espero que tengamos tanta suerte. Si está y lo pescamos, el golpe será de suma importancia.

—Comprendo. ¿Quiére usted que entremos ahora en la casa? — dijo el inspector.

—No; no se trata de eso precisamente. Necesito que usted establezca un cordón de vigilancia en torno de la casa, de modo que no pueda escaparse nadie. El que va a entrar soy yo.

—Pero si se trata de criminales, señor Blake, — protestó el inspector, — ¿no le parece que mejor sería?...

—Llevo mi pistola automática, — dijo Blake. — Además conviene pescarles sin provocar alarma, si es posible. Tenga usted en cuenta que tienen prisionero, en rehenes, a mi ayudante.

—¿Le tienen ahí dentro, señor Blake?

—Tengo poderosas razones para creer que sí. ¿Están prontos sus hombres?

—Enteramente prontos.

El inspector, que según pudo apreciarlo Blake, era un buen elemento policial, se dirigió hacia donde estaba su gente.

—Vamos a rodear la casa con un cordón de vigilancia, — dijo, — cuidando de que no salga nadie de ella. El señor Blake les dará las instrucciones del caso.

Los hombres se encaminaron hacia la casa. Durante unos momentos no se les vió pues guarecidos en la sombra, oyeron las órdenes que Sexton Blake les dió en voz baja.

Uno por uno fueron a ocupar sus sitios en torno de la casa, colocándose de modo que vigilaban el edificio y cada uno podía ver al que quedaba á su derecha y al de su izquierda. A los pocos minutos la casa estaba cercada por el cordón de vigilancia.

El inspector y dos oyentes vestidos de particular, se situaron en la parte del frente, acompañados por Pedro.

Blake sacó del bolsillo su pistola automática y se dispuso a entrar. Miró la hora en su reloj de esfera luminosa.

—En este momento, inspector,—dijo.—son los doce y quince. Si entro, pueden concederme media hora. Si al cabo de media hora no he salido...

Calló. El inspector inclinó la cabeza afirmativamente.

—Si usted no ha salido entraremos nosotros y aun cuando sea a la fuerza, señor Blake,—dijo.—Pero ¿no le parece que sería mejor?...

Calló de repente porque Blake, tomándole de un brazo, le hizo retroceder hacia la sombra.

En aquel momento se vió aparecer una luz en el hall de la casa. Dos hombres aparecieron también.

Uno de ellos tenía en la mano una palmatoria con una bujía cuya luz se veía muy débil entre la niebla. Aquel hombre era el chino. Hablaba con animación con un hombre que parecía anciano y que caminaba cojeando un poco.

—Esos son nuestros hombres,—dijo Blake en voz baja.

Se acurrucó el detective, junto con los de policía, en la parte de la sombra, retirándose más de la casa por que el chino había puesto la palmatoria en una mesita, en el hall y dejando la puerta abierta, se disponía a acompañar al anciano hasta el portoncito.

—¡Pronto!—dijo Blake a los de policía en voz muy baja.—Cuando yo dé la señal ¡a ellos! ¡Prenderlos haciendo el menor ruido posible! ¡Quieto, Pedro!

El perro estaba admirablemente enseñado y comprendió. Se acurrucó imitando a los demás, sin hacer el menor ruido, pero alerta.

El chino y el otro avanzaron por el camino que iba de la puerta al portoncito, pasando tan cerca de Blake que éste hubiera podido detenerles con sólo estirar el brazo. El detective esperó que pasaran.

—¡A ellos!—dijo rápidamente.

Un gruñido grave surgió de la garganta de Pedro, y con un ahogado grito de terror, el hombre fué arrojado al suelo como si hubiera sido un niño. Simultáneamente, el inspector se precipitó sobre el otro hombre sujetándole los brazos y tapándole la boca con un pañuelo.

Blake se inclinó hacia el chino.

—¡Fuera, Pedro!—ordenó en voz baja por que el perro se disponía a completar su venganza.—¡Fuera, he dicho!

El sabueso, con un gemido de disgusto soltó el cuello del chino y un instante después, Blake lo sujetaba.

En menos de dos minutos desde el momento en que comenzó el ataque, los dos hombres estaban asegurados con esposas y amordazados. Y su captura se había realizado con tal rapidez y tal silencio que hasta el policeman de guardia pocas yardas más allá de la entrada no se percató de que nada hubiera sucedido.

Los ojos del detective brillaban de contento. Los dos hombres estaban presos y la puerta de la casa se hallaba abierta, esperando que él quisiera entrar.

Miró rápidamente el reloj.

—Puede usted concederme media hora ahora que ya tenemos a esos dos,—dijo en voz baja el inspector:—Si oye usted un tiro, entre en seguida.

—En seguida, señor Blake—dijo el inspector.

El detective, con la pistola automática escondida en el bolsillo se dirigió por el camino y un instante después entraba en el hall.

No había allí más luz que la de la bujía dejada por el chino, pero en el fondo del pasadizo se veía, una luz rojiza entre la estrecha abertura de un par de pesadas cortinas que ocultaban, sin duda, la puerta de una habitación.

Sexton Blake dejó la bujía en el hall y avanzando con precaución suma, se encaminó hacia donde estaba la cortina. A mitad de camino se estremeció visiblemente y sacó el arma del bolsillo pues le pareció que una persona pasó por delante de él rápidamente y fué a entrar en una habitación de las últimas del pasadizo.

Esperó, nerviosamente, con la pistola preparada para hacer fuego, pero no vió ni oyó nada.

Sonrió amargamente.

—¿Qué es eso? ¿Veo visiones? ¡Como tengo el sistema nervioso!—díjose mientras avanzaba de nuevo hacia el fondo del pasadizo.

Pocos pasos mas y llegó a la cortina. Muy cautelosamente la descorrió lo bastante para mirar al interior del cuarto. Pero no era posible ver el interior. Lo único que vió fué una segunda cortina suspendida a yarda y media de distancia de la primera, una cortina de riquísimo terciopelo negro que iba de un lado a otro de la habitación, pendiente de un grueso barrote negro. Quedaba, pues, entre una y otra cortina un pasillo transversal. Detrás de la segunda cortina estaba la luz roja que había llamado la atención del detective.

La división central de la segunda cortina no coincidía con la de la primera, así que Blake no podía mirar en seguida al interior de la habitación. Con infinita precaución y absoluto silencio, pisanlo con cautela la gruesa alfombra, se movió dos o tres pasos y levantó la cortina muy suavemente y muy poco.

Hizo en seguida un gesto extraño porque el cuarto que vió fué de lo más raro que se puede imaginar.

Del centro del techo colgaba una araña que parecía un brasero antiguo y despedía una luz rojiza que daba a todos los objetos el aspecto más extraordinario.

Una alfombra negra y mullida cubría el piso y sobre ella, frente a la chimenea, estaba extendida una piel de leopardo.

Un sofá bajo, de color indefinible, ocupaba un rincón del cuarto. Cerca de la chimenea estaba una mesita japonesa, laqueada, en la que había una botella de whisky y un sifón de soda. En una caja de madera tallada había cigarros de hoja.

Era aquella la habitación de un hombre acostumbrado a todos los refinamientos del lujo.

Pero el detective no perdió mucho tiempo en estudiar lo que había en la habitación. Su mirada se detuvo en la figura de un hombre, sentado en una butaca, con los pies, calzados con zapatillas, cerca del fuego.

El hombre estaba casi de espaldas al punto de la cortina, desde el cual miraba Blake y el detective pudo ver su perfil en el momento en que, echando atrás la cabeza, envió al techo bocanadas de humo.

Era su rostro pálido y delgado, de ojos hundidos y labios muy delgados. Estaba vestido de etiqueta y fumaba muy tranquilo, al parecer ignorante de todo cuanto pasaba en el mundo.

Blake se estremeció al mirar a aquel hombre. Su mano oprimió fuertemente la pistola automática, decidido a todo. Porque sabía que el hombre que se hallaba ante él era Leon Kestrel, criminal y homicida, el hombre de menos escrúpulos y de más diabólica astucia de los dos hemisferios.

Por puro placer de hacerlo así, apuntó lentamente con su arma, sabedor de que tenía en la mano la vida del más peligroso criminal del mundo. ¡Cuántas veces, después, deseó no haber esperado aquellos instantes!

Así permaneció unos minutos, mirando al hombre como fascinado. Vió a Kestrel inclinarse hacia el fuego y arrojar en él la ceniza del cigarro. En aquel momento, Blake se volvió rápidamente al oir, tras de sí, un pequeño ruido.

Apretó los dientes al ver que la puerta se cerraba obedeciendo a un impulso invisible. ¿Había caído en una trampa?

Dirigióse rápidamente a la puerta y trató de abrirla, sin conseguirlo.

Volvióse, con la automática amartillada, cuando oyó hablar.

—¡Quédese usted ahí mismo donde está, señor Blake, si desea continuar con vida!—dijo una voz procedente del interior de la habitación. Era una voz de agradable timbre y de pronunciación perfecta. Blake obedeció, demasiado asombrado para poder tomar determinación ninguna.

—Le estoy apuntando con mi revólver,—dijo la voz de Kestrel.—¡Usted arrojará el suyo a este lado de la cortina!

Blake vaciló un momento. Se hallaba en una situación sin defensa posible, encerrado en el cuarto y con Kestrel que le apuntaba con el revólver. Si ofrecía resistencia, el desenlace sería fatal para él.

Pero el Inspector y su cordón de vigilancia rodeaban la casa. Acudirían en su auxilio dentro de poco y la mejor política era hacer tiempo. Pero ¿cómo había sabido Kestrel que él estaba detrás de la cortina? ¿Cómo?...

—Estoy esperando, señor, Blake... ¡El revólver!—La voz resonó perentoria y enérgica y Blake considerando que en su situación era preferible someterse, arrojó el arma que casi no hizo ruido al dar en la gruesa alfombra.

—¡Gracias, señor Blake! ¡Ahora puede usted entrar!

El hombre aquel se expresó como un amigo que invita a otro a pasar a su salón. El detective pasó al otro lado de la cortina y se le notó un gesto de fastidio cuando vió que Kestrel estaba de pie, delante de la chimenea, con ambas manos delante, tomada una de la otra.

Una sonrisa arqueó sus labios.

—¿Le molesta a usted, Blake, el verme sin revólver?—preguntó. — ¡No era necesario! Estaba entre los dos la cortina que no le permitía verme.

Blake estaba de pie ante el hombre y ni el mismo Kestrel podía adivinar las ideas que pasaban por su mente.

—Tome usted asiento, señor Blake.

El norteamericano acercó una silla para que se sentara el detective, con la amabilidad mayor del mundo.

—¿Pensó usted sorprenderme, señor Blake? — preguntó Kestrel cuando el detective estuvo sentado. — La verdad es que casi me sorprende. ¡Y le felicito! Usted ha capturado a dos de mis hombres. Shanghai Jim me importa poco perderle porque ha demostrado ser un tonto. Pero el otro...

Hubo una breve pausa.

—Le felicito por su éxito, Blake, — siguió diciendo Kestrel, — pero no me siento inclinado a admirar sus métodos de trabajo. ¡Eso de emplear un perro para seguir una pista!... ¡Bah! ¡Pero tuvo usted éxito a pesar de que las probabilidades eran una contra mil!

—¡Pero dí con la única ! — dijo Blake.

—Efectivamente.

Hubo otro momento de silencio.

—Usted, probablemente, se ha preguntado cómo llegué a enterarme de su presencia aquí, — dijo después. — Es muy fácil de explicar. Toqué el timbre llamando a mi criado y como el criado no venía fuí a ver qué le pasaba. Ví la puerta abierta y le ví entrar a usted. La cosa es sencilla, ¿no?

"Además, — prosiguió, — no soy tan tonto que no haya tomado mis precauciones para un caso como éste. A pesar de toda su gente, porq. usted tiene la casa rodeada, seguramente, tengo por donde escap.r. Hubiera podido deja.le a usted atónito, Blake, burlándole por completo. Pero he preferido verle y por eso le dejé entrar en esta habitación, cerrando en seguida la puerta oprimiendo este botón.

E indicó uno, que parecía un vulgar botón de timbre eléctrico, el mismo que Blake le había visto oprimir poco antes de que se cerrara la puerta.

Kestrel se hallaba, o aparentaba hallarse,

con ganas de conversar. Se levantó y del cajón de la mesita laqueada sacó la pipa de fumar opio con hornillo de esmeralda.

Se la entregó a Blake para que la examinara.

—Es un objeto muy interesante, señor Blake, — dijo. — Y de gran valor. Pero a usted le gustará, sin duda, conocer su historia.

Blake no pudo menos que maravillarse de la sangre fría de aquel hombre. Contestó afirmativamente.

—Es una historia que puede contarse en pocas palabras, — dijo Kestrel. — Ese Shanghai Jim, agregado hace poco a mi personal, fué, según yo lo descubrí, miembro de una de esas terribles sociedades secretas de China, señor Blake, — y al decir así se sonrió irónicamente.

—Ahora bien; esta pipa, — y la tomó en su mano, — es mirada como de grandísimo supersticioso valor por nuestros amigos los amarillos de Mongolia y hace algunos años un desdichado caballero llamado Henry Wolff cometió la indiscreción de escaparse, llevándosela.

"Desde entonces la mencionada sociedad secreta, que lamentaba enormemente la pérdida de su mascota, removió cielo y tierra tratando de recobrarla y, por medios que ellos conocen, lograron dar con el paradero de Henry Wolff. Hecho esto dieron orden a Wung-Li — el llamado Shanghai Jim de sobrenombre — de que recobrara la robada mascota. Ese Wung-Li, que es un miembro de su secreta sociedad, fidelísimo a la misma y temeroso del poder de ídolos y mascotas, resolvió cumplir la misión. Pero cometió el error, señor Blake, de enterarme del caso y yo, a mi vez, cometí la indiscreción de codiciar la propiedad del prójimo.

"Una esmeralda como ésta, — y golpeó el hornillo de la pipa, — me pareció demasiado buena para ir a parar a poder de una sociedad de infieles, aun cuando, como es natural, no confié a Shangai Jim mi manera de pensar al respecto. Preparamos nuestros planes de acuerdo, planes que usted ha adivinado ya, a estas alturas.

"En primer lugar yo tenía que saldar una pequeña cuenta con un hombre llamado Burchell y en segundo término otra cuenta con Wolff, así que nuestra combinación tendía a matar los dos pájaros de un tiro.

Blake hizo una mueca de disgusto. El hombre aquel hablaba de un doble homicidio como de la cosa más natural del mundo.

Hubo una pausa durante la cual Kestrel pareció vacilar, indeciso, un momento. Después se levantó y sacó de detrás de una cortina algo que parecía una ametralladora Maxim, pero mucho más pequeño y delicado, puesto en un trípode desarmable.

—He pensado que a usted le gustaría ver esto, Blake, — dijo con amabilidad. — Es invención mía. Funciona mediante aire comprimido, casi como un tubo lanzatorpedos.

Armó rápidamente el trípode y fué a tomar una naranja de un plato con fruta que había en la parte superior de un escritorio de cortina.

—Si usted quiere darse cuenta de su exactitud, señor Blake, — dijo, — sostenga un momento, en alto, esta naranja.

Miró fijamente a Blake cuando se expresó así y el detective sintió un escalofrío. Pero dominó a su sistema nervioso y con aire de indiferencia tendió la mano para tomar la naranja.

—¿Dónde quiere usted que me coloque?— preguntó.

—Al extremo de la habitación, si no le es molestia,—dijo cortésmente Kestrel.

Blake tomó la naranja y fué al otro extremo del cuarto donde la sostuvo en la mano, con el brazo extendido. Kestrel preparó su aparato y apuntó ciudadosamente. Hecho esto apretó unos tornillos, asegurando el aparato en aquella posición.

—¿Está usted pronto, señor Blake?—preguntó.

—¡Sí! ! — dijo Blake sin pestañear, aun cuando estaba pálido.

Kestrel se inclinó rápidamente y tocó un botón. Algo brilló en el aire y Blake sintió que la naranja saltaba de su mano. Se volvió en seguida y la vió clavada en la pared atravesada por una daga idéntica a la que se había hallado clavada en el corazon de Henry Wolff, el anticuario.

León Kestrel sonrió.

—Este es el aparato, señor Blake,—dijo.— Tiene la ventaja de ser de precisión, exactísimo, fácil de transportar y sobre todo, silencioso.

Mientras hablaba fué destornillando varias de las piezas pequeñas de la máquina y se las guardó en el bolsillo. En pocos momentos había dejado inútil el aparato, suprimiéndole sus partes vitales. Después desarmó el trípode y lo puso en un rincon del cuarto. Miró entonces al detective, encogiéndose de hombros.

—Sus amigos de Scotland Yard,—dijo, — pueden examinar como quieran eso que queda; no se enterarán de nada.—Se sentó en la butaca e indicó al detective que se sentara también. Después le acercó la caja de cigarros de hoja.—¿Usted fuma, señor Blake? —dijo.

El detective sonrió.

—Muchas gracias,—dijo,—pero soy algo caprichoso en cuestión de cigarros. Pruebe usted uno de los míos.

Sacó su petaca y la ofreció a Kestrel.

El norteamericano, sonriendo, tomó uno.

—Admirable precaución, señor Blake,—dijo, tomando de la mesa un aparatito para cortar la punta de los cigarros.—¡Precaución admirable y necesaria! ¿Me permite?

Blake tendió su cigarro y Kestrel le cortó la punta, cortando en seguida la punta del suyo con el mismo aparato. Encendió un fósforo.

—¿Ha pensado usted, señor Blake,—dijo en voz baja,—que hace pocos minutos hubiera podido, si se me hubiese antojado, atravesarle el corazon con la daga?

—Ya me había dado cuenta de eso,— dijo Blake.

—Pero usted me considera el mayor criminal que se encuentra en libertad en el mundo, ¿no es así?

—¡Así es!—dijo Blake sin un instante de vacilación.

—Y el menos escrupuloso, sin duda ¿eh?

—El menos escrupuloso ¡ya lo creo!—dijo el detective.

—Y, sin embargo, confió su vida a mis manos.

—Sí.

—¿Por qué, señor Blake?—preguntó Kestrel.—¿Fué acaso porque usted cree que existe un proverbial honor entre los ladrones?

Blake se encogió de hombros y se pasó la mano por los ojos. La atmósfera de la habitación le parecía sofocante. Fumó con rapidez dos o tres veces y envió el humo al techo.

—En todas las clases sociales rige algun código del honor,—manifestó.

—Comprendo,—dijo Kestral.—Aprecio en cuanto vale su...

Calló y una extraña sonrisa se pintó en su rostro. Se notaba en la expresión de la cara del detective que Blake luchaba en vano contra el sueño que le iba dominando de modo irresistible.

—No se mueva. Tranquilidad, señor Blake.—dijo Kestrel cínicamente al ver que el detective cerraba los ojos. Una pesadez insostenible le invadía. Sintió deseos de dormir plácidamente, olvidando todo cuanto le rodeaba y quedó sumido en la más completa inconsciencia.

Había sido narcotizado,—Blake se daba perfecta cuenta de esto,—pero no sabía cómo. Quiso reunir todas sus energías para luchar contra el sueño, pero el narcótico era demasiado poderoso.

Gradualmente fué perdiendo la noción de cuanto le rodeaba y por último se quedó echado hacia atrás en la butaca, sin sentido.

CAPITULO XIII

¡Burlado!—

La voz de Tinker, temblorosa de emoción, se oyó en aquel momento. El joven ayudante del famoso detective estaba pálido y alarmado.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Maestro! — exclamó.

A Blake le pareció que estaba en una oscura celda a la que no entraba ni el menor rayo de luz. Estaba tendido, inerte, sin poderse mover. Le parecía que la voz de Tinker llegaba hasta él desde muy lejos.

—¡Señor! ¡Señor!

Lentamente la oscuridad pareció hacerse menos intensa y la voz se fué acercando. Alguien desataba las ligaduras que le tenían sujeto. Como en mitad de un sueño, Blake se percató de que Tinker se inclinaba hacia él y de que le miraba con intensa ansiedad su cara juvenil.

Sintió que las manos del joven le tomaban de los hombros, sacudiéndole.

—¡Señor! ¡Vamos, despierte, señor!

Miró sonriendo, al muchacho y sus labios se movieron, pero no logró hablar.

Lentamente los efectos de la droga se fueron disipando y cuando pudo recordar lo pasado se incorporó rápidamente y miró en redor.

—¡Dios mío, Tinker! ¡Kestrel nos ha burlado! ¿Pero dónde?...

Calló, mirando al joven, recordando de pronto que no le había visto desde que se separaron en la callejuela a que daba la puerta del patio de la casa del anticuario.

—Me encontraron rápidamente, — dijo Tinker dándose cuenta de lo que pensaba Blake. — ¡Mire! — Le enseñó las muñecas en las que las ligaduras habían dejado unas señales rojas. — Me desmayaron de un golpe, en la callejuela, y no volví a ver luz hasta que me encontré aquí y entonces estos dos señores me desataron.

El detective miró a los dos agentes vestidos de particular y el ver sus rostros, conocidos, aun cuando con expresión de asombro contribuyó a tranquilizarle. Se percató entonces de que no tenía puestos ni el sobretodo ni el sombrero ni la "écharpe" que llevaba al cuello cuando entró en la casa.

Una sospecha de la verdad pasó por su mente, pero antes de que pudiese hablar, el inspector entró en la habitación, seguido de dos policemen. Estaba pálido, decepcionado y enfadado.

—¡Ah! ¿Ya ha despertado usted, señor Blake?—dijo, acercándose al detective.

—Más me valdría seguir durmiendo,— dijo Blake con amargura.

—¿Por qué, señor Blake?

—El hombre que me ha burlado se me ha escapado de las manos cuando yo lo suponía imposible. Hubiera apostado la vida a que...

—Señor Blake, la personificación era exacta, perfecta, hubiera engañado a cualquiera, — dijo el inspector al notar la amargura del detective y como queriendo disculparse a si mismo. — Mis dos agentes resultaron engañados también. Claro está que en la oscuridad no podíamos verle la cara. Pero el modo de caminar, la actitud, la voz, señor Blake, todo era igual a usted.

El detective sonrió, aun cuando amargamente. Nadie sabía lo amargo que era para él la copa del desengaño, que tenía que beber hasta las heces.

—Ya comprendo, — dijo. — Tomó mi sobretodo, mi "écharpe" y mi sombrero y pasó tranquilamente por entre ustedes.

—Sí, — dijo el inspector. — Usted salió, es decir nosotros creímos que era usted y me dijo a mí y a mis dos agentes, que entráramos en la casa por la puerta, que seguía abierta, mientras usted iba a entrar por los fondos. No sospechamos ni un sólo momento y penetramos cautelosamente hasta esta habitación, en la que... — Calló un momento, haciendo un gesto de fastidio.

—En la que me encontraron sin sobretodo, sin "echarpe", sin sombrero... y narcotizado, — dijo Blake.

—Nos quedamos atónitos — dijo el inspector. — Pasaron unos momentos sin que

nos diéramos cuenta de lo que pasaba. Cuando lo comprendí salimos corriendo, de la casa, pero él ya había desaparecido, naturalmente. No he visto jamás un hombre de mayor sangre fría. La imitación era perfecta, señor Blake.

—No les culpo a ustedes, — dijo Blake. — Ese hombre es el más hábil del mundo en el arte de la caracterización. Lo que ha hecho esta noche es para él, un juego de niños.

—¿Pero cómo?... — empezó a decir el inspector. — ¿Cómo fué qué?... — Hizo una nueva pausa pero Blake comprendió qué quería decir.

—¿Cómo le dejé yo salir? — dijo. — ¿Cómo le dí sobretodo, sombrero y "echarpe" y le permití ausentarse?

—Sí, señor. Mejor dicho, ¿cómo logró narcotizarle? — preguntó el inspector.

—¡Quién sabe! — exclamó Blake. — A menos que...

Volvióse rápidamente y tomó de la mesa el cortador de puntas de cigarro, examinándolo cuidadosamente.

—¡Ah! ¡Aquí está el secreto! ¿Ve? Es un aparato digno de ese hombre.

Hizo que el inspector se acercase y los otros se aproximaron también para mirar, mientras él oprimía con el dedo pulgar la palanquita que movía la cuchilla cortadora. Al apretar la palanca descendía la cuchilla que perforaba el extremo del cigarro, dejando en él un hueco. Pero por dentro de la cuchilla, que era circular como un trozo de caño de acero con el borde afilado, descendía una aguja de jeringa hipodérmica que introducía el narcótico en el cigarro impregnándolo de una droga capaz de adormecer por completo, al más fuerte, durante media hora.

Blake olió el aparato.

—La droga no tiene olor ninguno, — dijo, y probablemente tampoco tiene sabor. Ese hombre maneja todas las ciencias con habilidad consumada. No recuerdo haber notado nada de particular en el sabor del cigarro que era uno de los de mi petaca.

—¿Pero él no cortó su cigarro con el mismo aparato?—preguntó el inspector.

—Sí,—dijo Blake, — pero la jeringa ya estaba vacía. Pero dígame: ¿ustedes tienen a los presos?

El inspector se puso muy rojo.

—Al chino sí,—dijo.

—Y el otro, ¿dónde está?

—El se lo llevó. Como suponíamos que era usted quien daba las órdenes y usted ordenó a un policeman que se hiciera cargo del chino, mientras usted vigilaba al otro...

—Ya veo, — dijo lentamente Blake,—y luego los dos desaparecieron.

El inspector inclinó la cabeza afirmativamente. Tenía el rostro rojo de enojo y mortificación.

—Lo que no entiendo, señor Blake,—dijo, es por qué diablos no se llevó también al chino.

—Eso les hubiera hecho sospechar a ustedes, — dijo Blake. — Además creo que Kestrel estaba bastante disgustado con Shanghai Jim porque se había dejado seguir la pista por un perro. ¿Está bien custodiado el chino?

—Dos de mis hombres le vigilan,—dijo el inspector.

—¿Y a mi ayudante,—e indicó a Tinker con un movimiento de cabeza, — dónde le encontraron?

—En el sótano, atado de pies y manos y amordazado,—dijo uno de los agentes.—Le hallamos casi por casualidad y...

El agente calló y Blake se volvió al oir pasos en el hall. Un momento después un hombre alto, ancho de espaldas, pasó por entre las cortinas.

—¡Hola, Harker, — dijo Blake adelantándose hacia él,—no se ha hecho esperar!

—Sí,—dijo el de Scotland Yard mirando asombrado, a Blake. — He venido directamente en el automóvil. ¿Qué pasa, señor Blake?

—Un pequeño suceso relacionado con el caso de Wolff,—dijo el detective. Harker le miró asombrado, creía que ese asunto había concluído ya.

—¿El caso de Wolff?—repitió con incredulidad.

—Sí,—dijo Blake tomándole del brazo y haciéndole pasar al otro lado de la habitación.—Tengo algo que contarte.

CONCLUSION

CUANDO se comete un crimen de los que la prensa llama "misteriosos", el público se interesa mucho por él, cada ciudadano, al leer las crónicas en los diarios, realiza la investigación a su modo y critica duramente los procedimientos de la policía, convencido de que él lo hubiera hecho mejor.

El crimen del almacén de antigüedades de que fué víctima Henry Wolff el anticuario, no constituyó una excepción. Consiguió conmover a la opinión que, por casualidad, fué, esta vez partidaria de lo que decía la policía y de las pruebas que presentó el fiscal acusador.

William Burchell era culpable del homicidio, — esto no lo dudaba nadie, — y todos los aficionados a sensaciones fuertes, se preparaban a asistir a la audiencia en que el acusado había de ser condenado a la última pena.

Pero el público británico iba a llevarse la sorpresa mayor del mundo. En vez de un sensacional proceso por homicido, el caso resultó algo inexplicable y decepcionante. Después de una breve sesión, William Burchell fué hallado inocente del crimen que se le imputaba y condenado por robo con fractura. Después de haber jurado que volvería o su trabajo honrado, se le condenó a un mes de trabajos forzados.

Pero lo que fastidió al público en general y a los cronistas de los diarios fué que, aun

cuando olfateaban un misterio de primer orden, no pudieron conocer a su respecto ni el menor de los detalles. Todos supieron que un chino había sido acusado del crimen, del que pensaba sacar provecho, pero nada más.

Pero no fué sólo el público quien resultó decepcionado en esta ocasión.

Los detectives Russell y Harker, de Scotland Yard, después que se les pasó el asombro del primer momento se dieron cuenta de que se habían visto ante un caso de lo más intrincado y misterioso y no habían sabido comprenderlo a tal punto que llegaron a manifestar que carecía de toda importancia. Su decepción fué muy amarga.

No menos amarga fué la de Henry Hasluck el abogado defensor de Burchell. La acusación fiscal contra la cual iba a ejercer su habilidad, se desmoronó sin dejarle cómo cosechar laureles de ninguna clase. Sin embargo, si hubiese podido conseguir que Sexton Blake compareciera como testigo de descargo y hubiera presentado al tribunal lo que había logrado averiguar, asestando así a la acusación fiscal un golpe de muerte, el renombre de Hasluck se hubiese acrecentado hasta lo inimaginable y el caso de la calle de la Media Luna hubiera sido el escalón para su ascenso en la carrera de abogado.

Pero, sin embargo, a nadie mortificó tanto la decepión como a Sexton Blake.

Para él, el caso había sido, desde varios puntos de vista, un verdadero triunfo. Había dado con la solución de uno de los misterios más intrincados de toda la historia del crimen. Punto por punto había ido hallando las vueltas y revueltas del diabólico plan, desenredando la enredada madeja, hasta encontrarse a punto de capturar al más hábil de todos los criminales de su época, a Leon Kestrel, de Cincinatti, Estados Unidos de la América del Norte.

La depresión que experimentó después de los referidos sucesos, decepción que le tuvo recluído en su casa, pensativo y silencioso, casi una semana, agravóse cuando recibió una tarjeta postal ilustrada, en la que se veía Old Bailey, el Palacio de Justicia de Londres. En la tarjeta estaban escritas las siguientes palabras:

"Hay mucha distancia entre la copa y los labios".

Pero esta ironía tuvo una consecuencia distinta de la que se proponía su autor. En lugar de acentuar la decepción de Blake le hizo adoptar una enérgica determinación.

Y si las maravillosas condiciones deductivas de Blake le hubiesen permitido leer en el porvenir, hubiera dado gracias a la Providencia por el error que cometió al permitir que Kestrel cortara la punta de su cigarro durante los dramáticos instantes de permanencia en la habitación de las dos cortinas.

Porque si el archi-criminal norteamericano hubiera sido entregado entonces a la sesegura custodia de las autoridades británicas, no hubiese figurado en la carrera del detective Sexton Blake una de las hazañas más dramáticas y estremecedoras de toda su vida.

FIN de "EL CASO de la MASCOTA CHINA"

CONSEJOS PARA EL HOGAR



Recetas e indicaciones curiosas y de verdadera utilidad práctica.



Agua para enjuagar.—

Es un buen sistema el de agregar una cucharadita de bórax en polvo al agua con que se enjuaga por última vez la ropa, pues la blanqueará de modo notable. El bórax debe ser pulverizado antes de echarlo en el agua, porque si no tarda mucho en disolverse.



Flores cortadas.—

Pongan una narigada de salitre en el agua de cada florero de los que tiene flores; esto las hará mejorar de aspecto y durar mucho más tiempo frescas que si estuvieran en agua sola. Conviene también cortar con unas tijeras la mitad de un centímetro del cabo de cada flor, cada día, cuando se cambia el agua y se pone el salitre.



El cuidado de la ropa blanca.—

No guarden durante mucho tiempo la ropa blanca que está almidonada, porque puede agrietarse y hasta abrirse. La ropa blanca que se ha de guardar y está almidonada, debe enjuagarse con agua pura hasta que no le quede almidón, secarla y envolverla en papel de embalaje, pues así no perderá su blancura. Cuando se necesite se almidona y plancha de nuevo.



Para cazar moscas.—

El siguiente sistema será considerado satisfactorio cuando se trata de eliminar a las molestas moscas. Se derrite resina a la que se añade suficiente aceite de oliva, aceite de lamparilla o grasa de cerdo para que, cuando esté fría, tenga la consistencia de la miel. Se extiende esa mezcla en caliente, en hojas de papel de escribir, que se colocan en los sitios convenientes. Pronto se llenarán de moscas, resultando más eficaces que los papeles mata-moscas que se venden por ahí. También sirven para cazar cucarachas y otros insectos.



Cuando se prepara almidón.—

Es bueno, cuando se prepara almidón, agregar un terrón de azúcar y un trozo de manteca fresca del tamaño de una avellana. Esto impedirá que la plancha se pegue y dará extraordinario brillo al planchado.

Limpieza de metales.—

Para fabricar un líquido que limpie bien los metales, se toma una taza de aguarrás, otra de bencina y otra de kerosen y un puñado de tiza en polvo. Primero se pulveriza bien la tiza y se mete en una botella de cuello ancho, echando luego, sobre ella, los líquidos. Se sacude bien para que se mezcle la tiza y se vuelve a agitar cada vez que se use. Se emplea en la misma forma que cualquiera de los limpiadores de metales que cuestan tan caros.



Cuando se frien salchichas.—

Para freir salchichas o chorizos, sin que se quemen o se rompan, póngalos en una sartén con un poco de agua hirviendo y déjenlos a fuego lento durante quince minutos. De ese modo se cuece bien la carne y queda muy digerible. Después se frien en un poco de grasa de cerdo, dorándolos convenientemente.



Manzanas ácidas.—

Las manzanas poco maduras y ácidas, maduran poniéndolas entre paja. Hay que cuidar que la paja esté bien seca y cuando las manzanas estén ya maduras, conviene ponerlas,—sin sacarlas de la paja,—en un sitio frío, para que no sigan madurando y se pongan "como algodón", según se dice.



Cuando se lava ropa de color.—

La ropa de color destiñe en el lavado, casi siempre, porque no se procede con suficiente cuidado. No conviene usar, cuando se lava ropa de color, más que agua fría o tibia, nunca agua caliente. Debe emplearse jabón bueno, disolviéndolo previamente en el agua tibia en que se ha de lavar. Después de limpia la prenda, se enjuaga en agua fría y se pone a secar a la sombra.



Cuchillos de acero.—

Se pueden guardar los cuchillos de acero sin temor de que se herrumben, si antes se les sumerge en una fuerte solución de soda (una parte de agua para cuatro de soda), se les seca bien, se envuelven en una franela y se guardan en un sitio donde no haya peligro de que les alcance la humedad.

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

SETIEMBRE
de 1921

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION MENSUAL No. 2.



BUFFALO BILL

protagonista de la novela de aventuras que se publica COMPLETA en este número y se titula:

LA PROMESA DE BUFFALO BILL


Sumario



Desaparecieron un instante detras ce un grupo de árboles y en seguida Cody vió a tres pieles rojas huír a caballo, ligercs omo el viento.



LA PROMESA DE BUFFALO BILL

Magnífica y emocionante narración de una aventura en las montañas del Far West, en la que se ve admirablemente pintado el carácter de Buffalo Bill, el famoso aventurero norteamericano.

Esta novela ha sido traducida por primera vez, especialmente para "PUCKY"

CAPITULO I.

El buscador de oro—Búffalo Bill, hace una promesa—Li-Chang pronto al rescate.

A la caída de una calurosa tarde de verano, marchaba un jinete por el camino que por la ladera de las montañas, y cruzando la pradera, conducía a la pequeña aldea de Deawood.

Tanto el jinete como la cabalgadura denotaban haber realizado una larga caminata, pues estaban cubiertos por una capa de polvo rojizo, y los flancos y la boca del animal se hallaban cubiertos de espuma.

El jinete parecía unido a la montura y como había soltado las riendas, que colgaban del cuello del bruto, guiaba a éste con pequeños apretones de las rodillas y de vez en cuando, un ligero balanceo de su cuerpo.

Su rostro, a juzgar por lo que de él se veía bajo las anchas alas del sombrero, hubiera podido suponerse de una dureza de piedra si junto á sus labios y a sus ojos, no se distinguiesen unas arrugas indicadoras de un buen carácter y de un hombre que reía con mucha frecuencia.

Aquel jinete era Bill Cody, un nombre que por sí solo tranquilizaba, en aquellas regiones donde los hombres tenían la vida siempre expuesta, y donde la mención de los pieles rojas hacía palidecer, a las esposas e hijas de los atrevidos aventureros blancos que las habitaban.

El hecho de que aquel hombre caminase a caballo, sólo, por el poco frecuentado camino, demostraba la clase de individuo que era. Domador de caballos, cazador de búfalos, buscador de placeres y minero cuando llegaba el turno, Búffalo Bill era el héroe de cien historias interesantes y los emplumados guerreros de las Siete Naciones, dirigidos por el más despiadado de todos los de las tribus, un temible sioux, lo conocían y lo temían como a un adversario muy digno de ser tenido en cuenta.

Se dirigía hacia Deadwood y había partido de la pequeña ciudad minera de Black Gap la tarde anterior.

Mientras seguía el camino, los expertos ojos de Búffalo Bill habían notado la existencia de varias señales, que para otro, menos avisado, hubieran pasado desapercibidas.

Señales de pisadas de caballos desprovistos de herradura, acá y allá una pluma teñida de rojo y clavada en un hormiguero o cualquier promontorio de tierra, y por el suelo, sobre el pasto, trozos de cuerda que había sido usada como cabestro.

Las senales de los cascos de los caballos marcaban todas la misma dirección y databan de algunas horas. Búffalo Bill, no necesitaba detener la marcha de su montura para cerciorarse de que aquello demostraba que iba siguiendo las huellas de un grupo de aventureros, posiblemente alguna partida de salvajes que realizaba una de sus expediciones de merodeo.

Su mirada no descansaba, sin embargo, ni un momento. El menor movimiento en la vasta pradera, o cualquier rumor que trajese el viento, eran motivo para que sus ojos investigasen tratando de descubrir la causa que los originaba.

En las cartucheras de la montura había dos revólvers, — dos mortíferos y seguros Colt, prontos para ser usados por su dueño, un hombre que había demostrado ser uno de los mejores tiradores del mundo entero.

—No acierto a explicarme hacia donde van, — murmuró Búffalo Bill, mientras continuaba su camino. — No es probable que traten de efectuar un ataque contra Deadwood porque no son número suficiente para ello. Pero efectúan una excursión de guerra. Las plumas teñidas, así lo denotan. Debe ser una partida de jóvenes deseosos de hechos guerreros y esas excursiones son siempre una señal de la peor especie para los viejos...

Deadwood era una ciudad que tendría al-

rededor de dos mil almas y contaba con un recinto defendido por una fuerte empalizada, lo que hacía difícil un ataque, a no ser por parte de una considerable fuerza.

—Seguramente se trata de jóvenes que han salido para conquistar algunas cabelleras, — prosiguió Cody. — Avisaré a los muchachos de la población.

El camino formaba una pendiente hacia un curso de agua y la cabalgadura penetró con paso firme en la corriente y continuó su marcha por el lecho, poco profundo. Se encontraba a mitad de camino cuando de repente resonó en los aires un agudo grito.

Un grito, claro, vibrante, como sólo la garganta de un piel roja puede darlo.

Instantáneamente Búffalo Bill clavó los talones a su montura y el animal avanzó de un salto hacia la orilla opuesta, por cuya ladera trepó con la agilidad de un gato. Cuando Cody llegaba a la parte alta sus ojos notaron inmediatamente el reflejo de un arma entre los matorrales cercanos.

Como un rayo el hábil combatidor de indios se agachó y un afilado tomahawk cruzó amenazador sobre su cabeza. Un instante después Cody había sacado su revólver y galopaba en dirección del punto de donde había partido la agresión.

Oyó un nuevo grito y tres siluetas aparecieron por el lado opuesto de un matorral corriendo, como conejos perseguidos, a través del terreno libre. Desaparecieron un instante detrás de un grupo de árboles y en seguida Cody vió a tres pieles rojas huir a caballo, ligeros como el viento.

Búffalo Bill hizo un disparo de revólver y vió que la bala levantaba una nube de polvo junto a uno de los jinetes. En previsión de una probable respuesta permaneció erguido sobre la montura para responder al ataque, pero sin duda los guerreros no llevaban el propósito de combatir, pues Bill los vió desaparecer en una de las ondulaciones de la pradera.

—¡Hum! Lamento que no se hayan esperado. Hubieran tenido ocasión de conocerme... ¿Eh?... ¿Qué es esto?

Había detenido su cabalgadura delante del matorral y llegó hasta sus oídos una especie de lamento apagado. Búffalo Bill hizo avanzar al animal por entre el matorral y la razón de la presencia y fuga de los pieles rojas quedó revelada. Sobre el césped ensangrentado, había un cuerpo humano cubierto de ligaduras.

De un salto se desmontó Búffalo Bill, arrodillándose junto al hombre atado. Con dos tajos de su afilado cuchillo cortó las cuerdas arrolladas en torno a las muñecas, brazos y piernas y luego quitó la mordaza que cubría casi todo el rostro del desconocido, al que incorporó.

—¿Está mejor ahora, amigo? — preguntó el cazador de búfalos. — Tome un trago de esto.

Llevó su cantimplora a los secos labios del hombre, que bebió con ansia un buen trago del líquido que contenía.

—¡Gracias !¡Gracias !— murmuró dejando caer la cabeza en el brazo que Cody le había pasado en torno al cuello.

Hubo un momento de silencio, pasado el cual el desconocido comenzó a hablar.

—Ha llegado usted muy a tiempo. Esos bárbaros estaban peleándose por mi cabellera. Iban a darme muerte a sangre fría y yo había perdido ya toda esperanza de salvación.

Tomó a Búffalo Bill por el brazo y añadió con un acento de gran satisfacción:

—Si me parece todo un milagro. Apenas puedo creer que estoy en salvo. He estado en sus manos durante dos terribles días. Me habían atado las manos y pasaron un lazo en torno a mi cuello, y así me hicieron caminar millas y millas.

El rudo semblante de Cody adquirió una expresión de gravedad, indicio de la amargura que le causaba el relato de aquella crueldad.

—¿Dónde se apoderaron de usted?—preguntó.

—Allá. Al otro lado de las montañas,— respondió el hombre. — Yo he sido un buscador de yacimientos de oro hasta que lo encontré, hace un mes. Entonces dejé a mi esposa, que me acompañaba y volví a Black Gap. Pero esos brutos me andaban vigilando y no tuve ocasión de defenderme.

—¿Ha dejado usted a su esposa? — preguntó Bill Cody. — ¿Está usted seguro de qué ella está en salvo?

Una expresión de angustia cubrió el pálido rostro del hombre.

—Esa es la idea que más me ha torturado, — murmuró. — Cuando esos infames se apoderaron de mí, noté que ocho o nueve de ellos se apartaban de nosotros y me pareció que trataban de descubrir el rastro que yo había dejado desde que salí de mi campamento.

Haciendo un esfuerzo se sentó sin ayuda de Cody para continuar su relato.

—Dejé a mi esposa en un lugar seguro, —añadió. — Y tuve buen cuidado en borrar todo indicio que pudiera señalar el camino para llegar hasta ella, porque sé bien lo que son esos indios. Además, tengo otra razón para no descubrir mi escondite.

Después de dirigir una mirada investigadora al rostro de su salvador, añadió en tono de misterio:

—Tengo un yacimiento, compañero. Allá entre las montañas he encontrado el metal... Mire esto...

Con temblorosa mano abrió sus ropas y sacó del pecho un pequeño saquito de piel, cuyo contenido vació en la palma de la mano. Era oro.

—Mi suerte parece haber cambiado, — prosiguió. — Mi esposa y yo hemos estado buscando y buscando durante años enteros. Esta era mi última tentativa y si no hallaba el oro estaba resuelto a marcharme a otro lado... Pero lo encontré. Esto lo demuestra. Y ahora estoy expuesto a que me arrebaten toda mi fortuna.

—¿Está esperándolo su esposa en el lugar donde se encuentra el yacimiento? — preguntó Cody.

—Sí, está allí. Pero es un lugar seguro. Tan lejos que esos diablos no podrán dar con él. Yo he hecho cuanto me ha sido posible por despistarlos. Hay un curso de agua por estos sitios y yo lo he seguido durante más de una milla, porque ningún piel roja puede seguir un rastro por el agua. Pero estoy destrozado, compañero, no puedo ponerme en pie y temo lo que pueda sobrevenirme.

Sus temblorosos dedos se aferraron a una de las mangas de Búffalo Bill.

—¡Ayúdeme!—suplicó.

Cody respondió sonriendo:

—No necesita usted pedirme semejante cosa, — exclamó con reposada entonación. — Bill Cody jamás ha visto sufrir a un hombre sin tenderle la mano.

—¡Bill Cody! ¿Usted es Bill Cody?

—Ese es mi nombre.

—He oído hablar mucho de usted y me cercioro de que he caído en buenas manos. Su nombre es bendecido por los hombres blancos de estas regiones. Ya no tengo porque temer nada.

La sola mención de tan conocido nombre había causado un prodigioso efecto al extenuado buscador de oro. Búffalo Bill esperó un momento y luego se puso en pie.

—Voy a mandarle a usted a Deadw d,— dijo. — Pero tiene usted que marchar solo.

Ayudó al hombre a ponerse derecho y luego señalándole el camino, dijo:

—La ciudad dista solamente diez millas y puede llegar a ella en una hora, si es que le quedan fuerzas para mantenerse sobre la montura.

—Pero, ¿qué va a ser de usted entonces? preguntó el hombre.

—Voy a tratar de encontrar el rastro que me conduzca hasta donde se encuentra su esposa, — dijo. — ¿No conoce usted la suerte que espera a toda mujer blanca que cae en manos de esos diablos rojos?

El buscador de oro sollozó, cubriéndose la cara con las manos.

—Sí, lo sé, — balbuceó. — Y no quiero ni pensar en ello.

—Entonces obedézcame. — dijo Búffalo Bill tranquilamente. — Va usted a ir a Deadwood y preguntará allí por Li-Chang, un chino que tiene allí una tienda de lavado y planchado de ropa. Li-Chang es amigo mío, mi compañero amarillo, y a él le cuenta usted lo mismo que me ha referido a mí. Le dice que yo lo estoy esperando en algún sitio por la montaña y él me buscará.

El hombre repitió las instrucciones, palabra por palabra y entonces Cody le hizo algunas preguntas acerca del lugar donde se encontraba el campamento que había abandonado.

—Conozco el sitio, — dijo Búffalo Bill. —Es al otro lado del Pino Solitario, donde el camino se bifurca y cruza el barranco.

—Sí. Sí. ¡Ese es el lugar! — exclamó alegremente el hombre. — Sigue la huella hacia la izquierda y llega hasta el barranco, entonces toma el camino que conduce al peñasco hacia la derecha. Mi campamento está situado en una hendidura cerca de la cima del peñasco.

Habían ido caminando hasta el lugar donde Búffalo Bill había dejado su cabalgadura y allí, ayudado por su salvador, el buscador de oro logró instalarse sobre la silla.

El animal, extrañado, alzó la cabeza y Cody, acariciándole el hocico, le dijo:

—Te voy a dejar sola durante un tiempo, vieja amiga. A ver cómo te portas, ¿me comprendes?

Parecía que el animal entendía, en efecto, lo que la decían, porque volvió la cabeza y sus humedecidos ojos miraron con fijeza a su amo.

—No quiero llevarme su montura — protestó el hombre. — Un caballo supone la vida o la muerte de un hombre en estas llanuras.

Búffalo Bill, movió negativamente la cabeza.

—Catalina sabrá encontrarme — dijo con reposada voz. — Tan pronto como llegue usted a Deawdood y encuentre a Li-Chang, suelta las riendas y la deja en libertad. Ella volverá hasta aquí y no creo haya hombre capaz de detenerla.

Buscó en el armazón de la silla y sacó uno de los revólvers que guardó en la cintura.

—Dejo otro para usted, amigo — dijo. — ¡Catalina, a ver si vuelves a buscarme cuando hayas cumplido tu misión! ¡Que no tardes!

Dió a la yegua una palmada en el anca y Catalina, después de dar un resoplido emprendió la marcha por el camino. El buscador de oro, volvió repetidas veces la cabeza hacia el lugar donde dejaba a su protector. Búffalo Bill, había ya desaparecido y el hombre procuraba descubrirlo con la mirada.

—¡Qué Dios lo bendiga!—murmuró.—Ha llenado de esperanza mi corazón y creo que el único hombre capaz de salvar a mi María es él.

Tom Drake —tal era su nombre — hizo un gesto de resolución y acomodándose bien en la montura emprendió silenciosamente la marcha hacia Deadwood. No pretendió guiar al animal que manifestaba hallarse muy cansado. A pesar de todos sus esfuerzos por impedirlo estaba a punto de caerse de la silla cuando la yegua marchaba ya por las calles de la vieja ciudad y se detenía en una ancha plaza frente al edificio de un hotel.

Un hombre de elevada estatura se hallaba sentado en el corredor externo del edificio y se puso en pié al ver aparecer al animal y al jinete.

—Diga, amigo,—exclamó.—¿Qué le ocurre? Va a caerse... Venga aquí.

Tom Drake, haciendo un esfuerzo, levantó la cabeza y dijo:

—Busco a Li-Chang.

El otro señaló una casa de humilde apariencia y dijo:

—Esa es su cueva. Dentro de ella lo va a encontrar.

El exhausto buscador de oro, dirigió la yegua hacia el punto indicado y se detuvo

frente a la puerta. Pero al pretender apearse, las fuerzas le faltaron y cayó al suelo.

Se oyó un grito lanzado en el interior de la casa y una pequeña figura llegó a tiempo de sostener entre sus, al parecer débiles brazos, el pesado cuerpo del jinete.

—¡Catalina! ¡Vuelve!... ¡Vuelve a buscar a Búffalo Bill!

A punto de desmayarse, como estaba, el minero recordó lo prometido, y pronunció estas palabras. En los ojos de almendra del chino se notó una mirada de alegría.

—Muy bien — exclamó con su original manera de hablar. — No hay apuro. Yo mandaré a Bill, en seguida a Catalina.

Drake fué conducido al interior de la tienda y colocado sobre un montón de artículos, luego llenó un recipiente con agua fresca y se aproximó a Catalina que introdujo en su hocico y bebió todo el contenido.

Li-Chang, acarició unos instantes el cuello del inteligente animal y luego palmoteándole el anca exclamó:

—Anda, Catalina. Vuelve a buscar a tu amo y dile que el caballero llegó sano y salvo y Li-Chang lo cuida... ¡Anda!

Algunos hombres de la ciudad que habían presenciado la llegada de Drake habían formado corro en torno al chino, y cuando Catalina obedeciendo las órdenes recibidas intentaba marchar, se dispusieron a cerrarla, en tono de broma, el paso.

—¡Uf! ¡Por allá!

—¡Alto, Catalina!

—¡A ver quién la agarra!...

Li-Chang, con las manos metidas en los enormes bolsillos de su casaca, miraba desde la puerta la divertida escena del ataque y la forma de defenderse del animal que corría de un lado a otro de la plaza dando pares de coces y mordiscos.

Al fin logró abrirse paso y Li-Chang vió al hombre alto que salía del hotel y se dirigía hacia la yegua. El hombre logró agarrarla por las crines, pero Catalina volvió rápidamente la cabeza y de un mordisco rompió la manga de la camisa de su atacante, quien lanzando un gemido de dolor, pues los dientes del animal se le habían clavado en la carne, soltó su presa y se apartó a un lado, tambaleando.

Catalina al verse libre partió al galope en dirección a las praderas.

—¡Maldita bestia!... ¡Yo te voy a hacer parar!...

Li-Chang, había oído las exclamaciones del hombre enfurecido, desde su puerta. Sus pies, calzados con sandalias apenas tocaban el suelo, cuando atravesó la plaza para llegar justamente en el momento en que el hombre, ya recuperado el equilibrio, sacaba el revólver.

Los separaba una distancia de seis pies, cuando el otro apuntó e hizo fuego, pero la bala no siguió la dirección deseada pues el chino desvió el brazo y el revólver saltó lejos

—¿Tú?... ¿Tú, perro amarillo? ¡Me la vas a pagar!

Cegado por el deseo de venganza volvió su atención hacia el chino al que agarró por un brazo mientras levantaba el puño cerrado para darle un golpe que amenazaba ser un verdadero mazazo. Pero el brazo no cayó, pues el mongol agarró con su mano la muñeca del otro y obligándole a lanzar un grito de dolor lo despidió a unos doce pies de distancia.

El rostro del chino estaba animado por una sonrisa y no se notaba señal de esfuerzo alguno.

—Lo siento mucho — exclamó. — Pero Catalina tiene que ir a buscar a mi amigo Búffalo Bill y no quiero que nadie lo impida... ¿Sabe?

El hombre alto, se puso en pié y los que habían visto toda la escena notaron que pretendía sacar un arma del bolsillo.

Instantáneamente se notó un movimiento general y cinco o seis revólvers apuntaron al rostro del desconocido.

—Creo que le conviene más dejar tranquilas las manos, extranjero. — exclamó tranquilamente una voz. — El chino tiene toda la razón de su parte. Usted no puede hacer fuego sobre el animal porque haya demostrado más habilidad que usted.

Un murmullo de aprobación acogió estas palabras.

—Es que no puedo permitir que un chino sucio me ponga la mano encima — dijo el otro.

—También eso es discutible, compañero. Li-Chang es un ciudadano legal de esta ciudad y yo, como jerife, debo velar por él — dijo lacónicamente el hombre que había terciado en la cuestión.—Mi nombre es Steve Hayes, el jerife Hayes, de Deadwood, y mi misión es mantener el orden entre los ciudadanos... siempre que pueda, por las buenas... ¿Quién es usted para venir aquí a pretender molestar a un hombre pacífico?

El hombre alto, que llevaba una camisa roja, contempló su manga destrozada, miró en torno suyo, y encogiéndose de hombros exclamó:

—No tengo por qué darle cuenta de mis asuntos, señor jerife... Y si tiene interés en saber quién soy búsqueme fuera de aquí.

Se abrió paso a través del círculo y se encaminó hacia el hotel entre un coro de carcajadas.

—Me parece que no siente muchas simpatías hacia tí, chino — dijo el jerife a Li-Chang. — Tendré que estar muy alerta mientras ande rondando por aquí.

El rostro de Li-Chang, no sufrió la menor alteración.

—Es un homble muy malo — dijo con su vocecita chillona. — Li-chang no gusta pelear... pero se defiende.

Y sin decir más corrió hacia su tienda donde encontró a Tom Drake sentado sobre una pila de frazadas. El buscador de oro, había observado todo lo ocurrido sin moverse de aquel sitio.

—Ese canalla quería dar muerte a la yegua. — dijo. — Hubiera deseado que Búffalo Bill presenciase lo que ha hecho usted.

Los ojos en forma de almendra del chino, se agitaron durante unos momentos. Luego exclamó:

—Es muy poco lo que he podido hacer por Catalina, en comparación con lo que ha hecho por mí, Búffalo Bill.

Tom Drake asintió con un movimiento de cabeza y dijo:

—Por todos ha hecho algo ese hombre. También yo le debo un gran favor.

Y con voz lenta, Tom Drake hizo un completo relato de lo ocurrido. Li-Chang, con la imperturbable sonrisa fija en el rostro, escuchó a Tom Drake y cuando éste dejó de hablar, se puso en pié.

—¿Quiere decirse, que Búffalo Bill me está esperando en las montañas? — preguntó con su vocecita chillona. — En seguida me voy a poner en marcha.

El buscador de oro exclamó alarmado:

—No debe olvidar que los indios andan por ahí. No sé a punto fijo, pero deben estar buscando mi rastro y si los encuentra usted no va a pasarlo bien.

Li-Chang se encogió de hombros.

—Los indios son muy malos hombres — dijo. — Pero Búffalo Bill necesita a Li-Chang, y Li-Chang debe ir a buscarlo.

Se dirigió hacia la puerta de su pequeño comercio y miró hacia el exterior. Observó el corredor del hotel y pudo notar que el hombre de la camisa roja se hallaba oculto tras una de las columnas mirando en dirección a su casa.

—Ven un momento, amigo — dijo el chino, dirigiéndose a su visitante.

Tom Drake se puso en pié y avanzó hasta la puerta. Li-Chang indicó la figura del hombre del hotel. — Li-Chang, no quiere ser visto por aquel hombre — dijo — Así me evito cualquier disgusto. Usted va a quedarse aquí hasta que yo vuelva.

El buscador de oro se fijó en el hombre que le indicaban y un ligero temblor agitó sus labios.

—Por mi nombre. Me parece que reconozco a ese tipo. — murmuró — Sí. Estaba en Black Gap hace quince días, cuando yo y mi esposa partimos a buscar oro en las montañas. Es uno de los hombres blancos malos, Li-Chang, y muchos afirman que es un renegado; por lo menos el nombre con que se le conoce en Black Gap es el de Renegado Joe.

—¿Conque renegado? — dijo Li-Chang — Es muy extraño. No sé a que habrá venido aquí, pero el hecho es que llegó poco tiempo antes que usted.

Tom Drake se volvió para mirar a su compañero.

—¿Es cierto eso? — exclamó — Posiblemente no sea ajeno a lo que me ha ocurrido a mí.

Li-Chang sacudió la cabeza.

—Ya lo averiguaremos eso, amigo. Pero entre tanto es preferible que se quede aquí tranquilamente y a salvo.

—Joe es un bribón — añadió con furia Drake. — Su reputación en Black Gap es detestable. Ninguno sabe de dónde ha llegado y al parecer no tiene amigos. No me sorprendería de que el rumor que afirma que está en combinación con esos diablos de pieles rojas, se confirmase.

Li-Chang se retiró de la puerta porque había notado que el hombre de la camisa roja no apartaba la mirada de la tienda.

—No me gusta su modo de mirar — dijo el chino — pero no creo que sospeche de mí. Mientras está usted aquí puede considerarse seguro. En todo caso voy a cerrar la puerta.

Cerró y echó la llave; luego pasó al interior hasta una pequeña cocina y Tom Drake vió al chino abrir una especie de armario. Le hizo una seña de despedida con la mano y desapareció por la pequeña abertura y aquella fué la última vez que Tom Drake vió a Li-Chang hasta pasado algún tiempo.

Nadie vió tampoco en Deadwood a Li-Chang hasta que se encontró en las afueras de la ciudad y continuó su marcha durante más de una milla por un sendero oculto que iba a desembocar en el camino principal. Entonces, con la cabeza agachada y las manos metidas en la bocamanga de su túnica, Li-Chang emprendió animosamente la caminata con unos pasitos menudos que aumentaban lo grotesco de su figura.

Esto duró un tiempo, luego fué acelerando el paso hasta emprender una especie de trotecito capaz de no ser resistido, por persona o bestia, durante mucho tiempo.

Pero Li-Chang había recibido un llamado de un hombre al que estimaba y no sin razón Búffalo Bill había calificado al flemático oriental, como su Compañero Amarillo.

CAPITULO II

En la ladera de las montañas — Capturado — Un momento de peligro — Li-Chang se reune con Búffalo Bill.

EN un oscuro barranco bordeado por altos álamos, al pie de una montaña se encontraban reunidos algunos caballos cerca del camino abierto entre as rocas. Unas cincuenta yardas más allá y sentados en círculo se hallaban los valientes sioux.

Semejaban demonios pintados. Su mirada era impresionante, llevaban los penachos de pluma de guerra y las terribles marcas pintadas en su rostro denotaban que estaban sedientos de sangre.

Llevaban pantalones cortos de piel y de su cintura colgaban el corto y fuerte cuchillo de caza y el tomahawk. Algunos llevaban cruzado a la espalda un rifle.

El solo hecho de llevar armas de fuego constituía un delito contra las leyes del Estado en que se encontraban y los significaba como delincuentes.

Todos eran del tipo de los jóvenes guerreros, y sus rostros denotaban sus fieros instintos, mientras oían en círculo, el discurso pronunciado por uno de ellos. Parecía éste ser el jefe de la banda; señalaba hacia

un desfiladero y gesticulaba mientras pronunciaba las palabras.

—Rostro pálido, dejó su mujer lejos de aquí — decía — Y si logramos descubrir su rastro pronto daremos con ella. No podemos volver a nuestras chozas sin conseguir una sola cabellera, porque se burlarían de nosotros.

Un murmullo de asentimiento acogió estas palabras. Era patente que aquella banda de bribones no gustaba de andar por las montañas, porque los sioux como sus hermanos de las Siete Naciones preferían ir a caballo y en las alturas no siempre los pobres animales podían llevar a sus amos.

—¿Podemos conseguir allí la cabellera de una mujer blanca? — exclamó uno de los hombres con un gesto de codicia. — Déjanos entonces que vayamos al campamento de los mineros y llevemos un ataque, Zorro Gris.

Zorro Gris, el jefe de la banda, lanzó una terrible mirada al que había hablado.

—¡Silencio, loco!—rugió. ¿De qué nos serviría atacar un campamento donde hay varios hombres provistos de armas y que siempre están alerta? Además, ya has visto de qué nos ha servido atacar a un hombre solo cerca de una ciudad. ¿Sabes quién era el que marchaba detrás de nosotros? Era el cazador de búfalos; el hombre cuyas balas llevan siempre encerrada una muerte.

—Ya lo conocemos. Su nombre es mortal para nosotros,—murmuró uno de la banda.

Todos los del círculo asintieron con un movimiento de cabeza y se dejó oir un murmullo de confirmación. Entonces otro de los valientes se puso en pie y preguntó:

—¿Pero dónde está nuestro amigo el rostro pálido? El nos ha prometido decir dónde podemos encontrar al hombre blanco y a su mujer en las montañas. ¿Por qué no está aquí para servirnos de guía?

Zorro Gris se encogió de hombros.

—El rostro pálido trabaja entre los suyos y ellos no saben que vive con nosotros en las chozas No es conveniente para él que lo vean a nuestro lado, pero ya nos buscará cuando pueda hacerlo sin peligro.

Las sombras de la noche iban ocultando rápidamente la cima de las montañas y hasta los indios llegó en aquel momento el rumor de unos pasos en el camino. Era solamente un ruido muy leve; pero en un instante todos estuvieron de pie, y Zorro Gris, el jefe de la banda, corrió hacia una parte de la maleza, donde uno de los suyos estaba de centinela vigilando el camino.

Cuando se unió a él, el otro extendió su obscuro brazo para indicar a Zorro Gris un hombre que avanzaba. Una pequeña silueta que se movía con un trotecito extraño.

El de la emplumada cabeza sonrió con ferocidad y luego de murmurar algunas palabras, retrocedió hasta el sitio donde había dejado a sus otros compañeros.

Pronunció algunas frases rápidas y en un abrir y cerrar de ojos la banda de salvajes se puso en movimiento.

Cada matorral y cada accidente del terreno fueron utilizados como escondite y todo parecía demostrar un instante después que aquel lugar estaba desierto, aun cuando no se podía dar un paso sin caer en una emboscada.

El centinela de avanzada se deslizó como una serpiente y luego de adelantar un buen trecho, quedó inmóvil sin que su cuerpo bronceado se distinguiese apenas sobre el suelo.

Pasó algún tiempo y empezó a oirse cada vez con más claridad el ruido de los pasos del que se aproximaba.

Los ojos del salvaje lanzaron amenazadores destellos y su mano sacó de su cintura el tomahawk.

El hombre que se aproximaba era Li-Chang, que con la cabeza baja y las manos ocultas en la manga del lado contrario, avanzaba con su paso gimnástico.

El brazo desnudo del salvaje se levantó armado con el tomahawk y la mortífera arma se agitó un instante en el aire.

Pero aquel rostro amarillo, aquellos ojos en forma de almendra, aquella coleta negra y el curioso traje del oriental, detuvieron la acción del salvaje.

No era aquel rostro, pálido como los que había visto antes. El hombre aquel pertenecía a una raza que no se encontraba antes en las montañas y el ignorante salvaje se quedó inmóvil contemplando al chino, con ojos de asombro.

Cuando Li-Chang había pasado de largo, el salvaje volvió de su admiración y marchando tras él, lanzó el peculiar grito.

Al oirlo, Li-Chang se detuvo instantáneamente y volviéndose hacia el sitio donde había oído la voz, levantó las manos sobre su cabeza.

El piel roja se detuvo también y por dos veces el tomahawk giró sobre la cabeza del oriental. Si Li-Chang hubiera pestañeado siquiera, la hoja de acero hubiera dado cuenta de él.

Pero no se movió y el brazo del piel roja permaneció en alto como si algún poder desconocido lo contuviese

Un coro de gritos semejantes al primero partió de todas partes y momentos después, Li-Chang se vió en el centro de un círculo de amenazadores guerreros. Todos tenían en alto sus cuchillos y tomahawks.

Era, sin duda, su propósito atemorizar a su víctima, pero el impasible oriental permaneció mudo con las manos levantadas en alto.

Al fin Zorro Gris se destacó del círculo y avanzó para comenzar su interrogatorio.

—¿Qué andas haciendo por aquí, rostro pálido?—preguntó bruscamente.

Li-Chang miró aquella impresionante figura y una sonrisa desplegó sus labios.

—Yo no soy rostro pálido,—respondió.— Mi semblante es amarillo.

Zorro Gris lo contempló detenidamente. Aquellas elevadas mejillas, la barba lampiña, los labios, y en general, todo el rostro, tenía mucho de semejante al suyo. Tan sólo había diferencia en el color de la piel.

El chino llevaba un pequeño casquete ne-

gro y con un movimiento brusco, Zorro Gris se lo quitó, dejando al descubierto su cabeza afeitada y la negra coleta.

Un murmullo brotó de los labios de los salvajes, que empezaron a hablar entre sí.

Li-Chang los contemplaba impasible. Estaba muy al corriente del idioma nativo, pero no formaba parte de su plan que aquellos salvajes supiesen que él comprendía lo que estaban diciendo.

Li-Chang hacía poco que había llegado a Deadwood y estaba seguro de que ningún semejante suyo había estado en aquella parte del país. Había caído ciegamente en la trampa; pero su fatalismo y su calma orientales podían salvarle del error cometido antes.

—Estás mintiendo, — dijo Zorro Gris.— Eres un rostro pálido y los hombres rojos son tus enemigos.

Levantó su tomahawk y lo agitó nuevamente ante la cara del chino.

Li-Chang sacudió la cabeza.

—Yo soy rostro amarillo,—repitió. — Yo no soy amigo de los rostros pálidos, ni ellos son amigos míos. Yo vengo de un lejano país, al otro lado de las montañas y de los grandes lagos. ¿Tienen los rostros pálidos los ojos como yo? ¿Su semblante es como el mío?... Yo vivo como los pieles rojas.

Colocó la mano sobre su cabeza y luego la pasó por su imberbe cara; después, señalando a Zorro Gris, añadió.

—Los dos somos iguales.

Zorro Gris se quitó su bonete de guerra dejando ver su cabeza afeitada con la pequeña línea de cabellos, marca de la tribu de los sioux. Entonces se repitió el murmullo entre los del círculo y la calma se reflejó en los ojos de forma de almendra.

Era una gran farsa la que había representado Li-Chang; pero la había representado bien. Había despertado el interés entre aquellos brutos y comprendía que, por el momento, estaba en salvo.

Zorro Gris se apartó algo y a una señal suya uno de los salvajes obligó a Li-Chang a colocar sus manos a la espalda y le ató los brazos con un trozo de cuerda.

No estaban seguros respecto a aquel hombre, no querían dejarlo marchar y por eso cuando se dispusieron a partir dejando dos o tres hombres de guardia en los montes y la banda de indios salió del barranco, Li-Chang fué llevado con ellos bajo la vigilancia de dos salvajes, que marchaban a sus costados.

Caminaron siguiendo el camino, ocultos por los árboles y así llegaron hasta uno de los extremos del barranco; cruzaron una explanada y de repente, en una bifurcación del camino, Li-Chang oyó al jefe de la banda exclamar en su lengua nativa, después de haberse detenido y haber observado el suelo.

—¡Huellas de hombres blancos!... Mirad.

Los salvajes corrieron hacia el sitio que les indicaban y Li-Chang vió, como ellos, claramente marcadas las huellas en el fango. Eran señales de unas excelentes botas de montar y al lado de cada tacó se notaba el pequeño rastro dejado por las espuelas.

Li-Chang observó bien las señales y la esperanza se reflejó en sus ojos, porque las reconoció en seguida. Las había visto muchas veces antes. Eran pisadas de su amigo, el gran cazador de pieles rojas: Búffalo Bil.

Cody había ido por allí en busca de algo y las huellas dejadas denotaban que su paso databa apenas de dos o tres horas antes.

La luna, que iluminaba el camino, dejaba distinguir las huellas con bastante claridad y pocos momentos después la banda de salvajes, formando un semicírculo, seguía el rastro.

Así atravesaron un paraje cubierto de hierba, todo el camino bordeado de álamos y unos altos peñascos. De pronto, volvieron a hacer alto, y con ellos Li-Chang, que marchaba entre sus dos guardianes.

Habían encontrado otro rastro; éste de más tiempo, que salía del camino. Estas huellas había sido hechas por unos gruesos zapatos provistos de gruesos clavos.

Li-Chang recordó que Tom Drake llevaba zapatos y una simple mirada le demostró que aquellas pisadas eran del buscador de oro.

—Búfalo Bil, está siguiendo el rastro,— pensó el chino.—Por lo visto no va desacertado y no nos lleva mucha distancia.

Observó al grupo de indios que iban de un lado para otro siguiendo las huellas y hablando entre sí. Comprendió el grado de irritación en que se hallaban y pensó lo conveniente que sería poder adelantarse para encontrar a su amigo y ponerlo al tanto de lo que ocurría.

La marcha prosiguió luego y nuevamente hicieron otro alto. Las pisadas desaparecían bruscamente en el borde de una corriente de agua. Era evidente que los hombres que las habían dejado marcadas se habían detenido allí, uno para penetrar en el río y otro había quedado en la orilla.

Ningún piel roja puede seguir un rastro en el agua y Li-Chang, que se había quedado detenido, vió que los salvajes pretendían descubrir al otro lado el nuevo rastro. Pero la luna había avanzado ya hacia el oeste y la sombra de los peñascos se extendía hacia el río, cubriendo la orilla de sombra.

Los dos pieles rojas que vigilaban a Li-Chang se habían sentado cerca de la orilla y el oriental los contempló durante un momento. El rumor de las voces de los salvajes se fué alejando del otro lado, hasta que terminó por extinguirse en absoluto, y el murmullo del agua al correr, era lo único que turbaba aquel tranquilo lugar.

Uno de los dos bravos se puso en pie, y dijo algo a su compañero; luego echó a andar, procurando dar alcance al resto de la banda.

El segundo salvaje se aproximó al lugar donde estaba Li-Chang y el chino, sin hacer movimiento alguno, alcanzó a ver que la mano del piel roja se deslizaba hacia la cintura y empuñaba el fuerte cuchillo.

El fin que perseguía con aquella maniobra no escapó a Li-Chang. Estaban solos y su guardián lo iba a asesinar. La banda se encontraba ya lejos y no había testigo alguno.

—¿No le gusta quedarse aquí vigilándome, eh? — murmuró tranquilamente Li-Chang. — ¿Quiere reunirse con ésos otros diablos y seguir la caravana?

No movió manos ni piernas; pero sus largos brazos entraron en tensión y con un movimiento de las muñecas logró hacer saltar sus ligaduras. Luego contempló al hombre que se encontraba de espaldas a él, lanzando alrededor una mirada investigadora, como el gato contempla al ratón desprevenido.

—Supongo que para justificarse les dirá que he pretendido huir y que me ha tenido que dar muerte,—murmuró de nuevo el flemático chino.—Bien. Me parece que se va a encontrar con algo que no espera en absoluto.

Transcurrieron tres o cuatro minutos y luego, de pronto, desde uno de los peñascos, llegó hasta sus oídos con toda claridad un ruido que semejaba el canto de un pájaro. Algo así como si un ave que pasase volando por aquel sitio lanzase un grito de aviso.

Era la señal que daba el otro piel roja a su compañero para indicarle que los alrededores estaban libres y que podía efectuar sin temor ninguno su obra.

Li-Chang oyó el llamado y tomó rápidamente su resolución. Se encontraba a dos yardas de distancia del piel roja que se había sentado, y vió que volvía a hacer el movimiento para sacar el cuchillo.

Entonces, como impulsado por un poderoso resorte, Li-Chang dió un salto y su mano izquierda oprimió con fuerza la muñeca del salvaje, mientras la mano derecha apretaba su bronceada garganta.

Haciendo un esfuerzo, el piel roja pretendió sacar el cuchillo de la vaina, pero los dedos de Li-Chang continuaban oprimiendo como tenazas su garganta, y comenzó una lucha desesperada. Los dos hombres cayeron al suelo y allí continuaron combatiendo en silencio.

Los dedos de Li-Chang continuaban clavándose en la garganta de su adversario como una garra de acero, mientras que pulgada a pulgada el indio iba sacando el cuchillo, que al fin brilló desenvainado sobre su cabeza.

Entonces, pasando sus largos brazos en torno del cuerpo de su enemigo, apretó para completar su obra.

El piel roja hizo un último y desesperado esfuerzo y el cuchillo llegó hasta poca distancia de la cabeza del chino; pero con un movimiento del cuerpo, Li-Chang evadió el golpe; luego, aferando el brazo del salvaje, volvió el cuchillo y con un gesto rápido, hundió el arma en el pecho de su adversario.

Una serie de sacudidas y contorsiones señaló el final de la lucha. Entonces, con su calma habitual, el chino comenzó a limpiarse la ropa que llevaba y a arreglarse las sandalias.

—Eras un mal hombre,—dijo volviendo la cabeza hacia el cuerpo inmóvil.—Tú querías dar muerte a Li-Chang y Li-Chang no estaba conforme con ello, porque ha prometido encontrar a Búffalo Bill y no podía cumplir su promesa si estaba muerto.

Se dirigió hacia el camino y su rostro denotaba más calma que nunca.

—Tengo que encontrar a Búffalo Bill,—repetía, — y sería un mal asunto que volviese a tropezar con los diablos rojos. Pienso que podía haberle sacado sus vestidos al hombre malo.

Volvió sobre sus pasos y en un instante lo despojó de los efectos que le cubrían. También tomó el gorro de plumas, el fuerte cuchillo y el tomahawk y durante un momento el chino quedó fijó contemplando la cara de su víctima.

—¿Me debo apoderar de la cabellera de este hombre?—murmuró. — Parece que es costumbre del país... pero no me gusta mucho seguirla.

Tomó con una mano la línea de negros cabellos que tenía en la parte superior de la cabeza del piel roja.

—Al chino no le gusta esto,—exclamó Li-Chang,—y creo que a ningún piel roja, aunque esté muerto, le gustará perder la cabellera que tiene como cola de chancho.

Sin prestar más atención al cadáver, volvió al camino. Llevaba el traje hecho un envoltorio debajo del brazo y se había calzado los mocasines del sioux muerto.

—Ahora no podrán los otros seguir mi rastro,—murmuró.

Se introdujo en el agua; pero a los pocos pasos de la orilla, se detuvo. Supuso que el otro piel roja que había marchado delante, estaría aguardando a su compañero y el chino procuraba evadir toda lucha, cuando no la consideraba necesaria. Como todos los orientales, sólo afrontaba un conflicto de esa naturaleza, cuando era preciso para llevar a efecto sus propósitos.

No se había engañado, pues al dar vuelta a un gran peñasco vió la alta silueta del otro salvaje cerca del camino. El rostro del indio estaba vuelto en dirección suya; pero el chino se arrojó a tierra y luego de esperar durante algunos minutos, se cercioró de que no había sido visto.

—Es necesario que si me buscas, no me encuentres, amigo,—exclamó Li-Chang.

Miró hacia la elevación del lado contrario y vió que era muy alta para escalarla. Entonces se volvió a meter en el agua. El río corría a lo largo de la elevación y Li-Chang moviéndose como un gato, avanzó paso a paso, protegido por las sombras.

Era una tarea muy difícil, pues el piel roja, de pie en el centro del camino, estaba en guardia y no se le había de escapar ningún ruido.

Pero un chino puede moverse en forma silenciosa y por eso, paso a paso, yarda por yarda, Li-Chang cruzó por delante del indio y cuando encontró un lugar a propósito

salió a la orilla al amparo de unas plantas.

Entonces se detuvo y se sentó entre unas piedras, y desde allí observó las inmediaciones. Estaba bien colocado y oculto en la sombra. La luna daba de pleno en los peñascos y la penetrante mirada de Li-Chang, alcanzó a distinguir la banda de salvajes que se movían de un lado a otro en la opuesta orilla.

Estaban tendidos en una larga fila y por sus cautelosos movimientos el chino juzgó que buscaban el rastro perdido de los hombres a quienes perseguían.

—Ojalá permanezcáis de ese lado—exclamó Li-Chang—Porque si no encontráis nuevamente el rastro volveríais hacia aquí.

Continuó tranquilamente sentado presenciando la escena durante un largo rato. De pronto, de la parte del valle, se oyó el conocido grito de alerta, que fué repetido y repetido, de piedra en piedra, y de matorral en matorral.

Casi instantáneamente fueron apareciendo siluetas de pieles rojas que se reunieron en el camino cerca del curso de agua.

Al principio Li Chang, no acertó a explicarse la causa de aquella alarma, pero pronto la verdad se le presentó.

—Me parece que el otro indio ha vuelto hacia atrás y ha encontrado a su amigo; ha visto que está bien muerto y ha llamado a los demás.

La suposición era cierta, porque toda la banda retrocedió y en seguida llegó hasta él, el coro de las exclamaciones y amenazas.

Los guerreros lanzaban sus lamentos sobre el cuerpo de su compañero muerto. En aquel oscuro y solitario lugar aquellas exclamaciones semejaban rugidos de temibles fieras, y Li Chang se convenció de que la venganza de la banda iba dirigida contra él.

Si llegaban a descubrirlo podía tener la certeza de que no regresaría a su pueblo y que el cuero de su cabeza pasaría en trozos a poder de cada uno de los salvajes.

—Pienso—murmuró— que si encuentro a Búffalo Bill será una gran suerte para mí. Yo soy un hombre pacífico y esta clase de aventuras no me agradan. Me encuentro mucho mejor trabajando en mi tienda, lavando y planchando ropa.

Nuevamente volvió a oir el ruido de las amenazadoras voces y vió el resplandor de una antorcha.

Los indios habían tomado una resolución, y una tras otra, las antorchas fueron lanzando su luz, y esas luces comenzaron a ponerse en movimiento.

Li-Chang, vió que se habían repartido en dos grupos y que unos registraban la orilla derecha mientras los otros hacían lo mismo en la izquierda. Suponían que el chino había escapado por el río y avanzaban lentamente registrándolo todo.

—Creo que es mejor que procure escapar —pensó Li Chang.

De acuerdo con esta resolución se puso en movimiento adoptando todo género de precauciones y siguió un estrecho sendero que iba siempre en sentido ascendente. Después de un rato de caminar se encontró con que se hallaba al borde de un precipicio.

Li Chang se veía obligado a utilizar todos sus sentidos para seguir el camino emprendido y al final llegó a un punto donde la elevación terminaba sobre su cabeza.

Entonces con gran terror llegó a encontrarse frente a una elevada y blanca muralla de piedra. Extendió las manos y vió que no había nada donde poderse agarrar para tentar la salvación y se convenció de que había caído en una trampa.

Quiso retroceder, pero a poco distinguió el resplandor de una antorcha que se aproximaba en aquella dirección. Uno de los pieles rojas había hallado el rastro y lo seguía, mientras más arriba se veía otra y otra antorcha.

—Me parece que estoy en una mala situación—pensó Li-Chang. — En lugar de ser yo el que busque a Búffalo Bill es él el que debe buscarme a mí, o de lo contrario todo ha terminado.

Volvió a avanzar hasta llegar a la pared de roca. Notó que se hallaba en un verdadero agujero, pero no por eso demostró temor de ninguna especie. Su mano aferró resueltamente el tomahawk y se colocó de espaldas contra la peña por donde el indio no había de tardar en aparecer.

—Me parece que te vas a encontrar con una desagradable sorpresa, amigo—murmuró el oriental.—Esperaré a que asomen y entonces quedarás sorprendido.

Esperó en silencio durante algunos momentos y de pronto oyó un rumor en la parte de arriba. Contuvo el aliento y esperó. Nuevamente volvió a oirse el rumor, seguido de la caída de una cuerda que rozó sus hombros.

Li-Chang alargó la mano y tropezó con la fuerte cuerda de un lazo, que empezó a moverse en torno a él. Dió un tirón suave y el lazo permaneció rígido.

—Ya comprendo lo que me quieren decir— murmuró el chino. De todos modos prefiero correr el riesgo.

Y aferrándose al lazo con sus poderosas manos comenzó a ascender hacia la cima del peñasco. Los hombres de Oriente están acostumbrados a subir en esa forma penosa a las palmeras y Li-Chang apoyando los pies en la roca para mantener el cuerpo separado continuó subiendo, paso a paso, y mano tras mano.

Se hallaba ya a una considerable altura y al llegar al borde del precipicio distinguió una oscura silueta que lo observaba. Un brazo se extendió y lo tomó por un hombro y con su ayuda el chino llegó sano y salvo a la parte alta.

Cuando se vió en tierra firme, Li-Chang lanzó una mirada hacia abajo y alcanzó a ver que el piel roja llegaba al punto de donde él había comenzado la ascensión.

Enmudecido por la emoción, el chino permaneció mirando. Luego levantó la vista y vió que el hombre que lo había salvado estaba sentado junto a él y lo contemplaba con una expresión de simpatía.

Había llegado el auxilio en el momento preciso y el piel roja al no ver lo que buscaba levantó la antorcha y miró hacia arriba.

Pero el lazo había desaparecido y no había señal alguna de cuanto había pasado.

Durante algunos momentos el piel roja observó a su alrededor y luego se retiró por donde había venido.

Con un movimiento instintivo el chino llevó la mano a la cintura, pero un brazo lo contuvo fuertemente.

—Déjalo marchar, compañero amarillo —exclamó una voz que le era bien conocida. Y el chino contempló con satisfacción el enérgico semblante de Búffalo Bill.

CAPITULO III

Búffalo Bill explica la situación y da a Li-Chang una misión. — Una peligrosa ascensión. — Joe muestra su juego.

COMO supo usted que yo era Li-Chang, Búffalo Bill?

Cody y su amarillo compañero se encontraban cerca del borde del precipicio y el gran cazador de búfalos hacia las sombras del lado opuesto.

—Yo te había visto, compañero amarillo—respondió Búffalo Bill con reposada entonación.—Estaba en el comienzo del barranco cuando te pusiste en marcha y caminaba al encuentro de esa banda de canallas. Esperaba que se desarrollaran los acontecimientos y sabía que andabas en mi busca por que había vuelto Catalina.

—¡Catalina! ¿Dónde está?

Búffalo Bill se sonrió.

—La he dejado en un lugar seguro, en el barranco—dijo.—No la podía traer hasta aquí. Pero sabe que voy a volver por ella y me está esperando.

Miró al chino y sonrió nuevamente.

—No esperaba que esos canallas volviesen tan pronto como lo han hecho—prosiguió.—Pero como caiste en sus manos tuve que alterar mis planes y por eso han encontrado mi rastro tan fácilmente.

Li Chang, lo miró con fijeza.

—Ya me admiraba a mí que Búffalo Bill hiciese eso—exclamó.—Cody no es de una clase de hombres que deje de ese modo las huellas tras de sí.

El cazador de búfalos se echó a reir.

—Tenía que hacerlo, Li—explicó.—Era necesario que te ayudase y eso no era posible mientras todos anduviesen de este lado. Esperaba que creyesen tener más suerte por otra parte y por eso dejé el rastro para que lo siguieran. Pero no esperaba verte tan pronto por aquí. Estaba esperando tu llegada desde las alturas. Ya me contarás lo que te ha ocurrido para encontrarte en ese trance. Comprendí que ocurría algo anormal porque ví el movimiento de las antorchas, y oí los gritos de muerte. Supuse que eras la causa de todo, pero no me explico por qué. ¿Qué ha ocurrido?

Li Chang contó entonces la historia a Búffalo Bill.

—Para ser un hombre de paz, no te has portado del todo mal, Li Chang—dijo Cody. Siempre he pensado lo que eras, y mantengo mi opinión.

—No me gusta pelear. Pero el indio era un hombre malo y me hubiera dado muerte si yo no lo mato a él... Y eso no me gustaba.

Luego agregó mirando a su compañero.

—¿Pero, para que me necesita?—preguntó.—Yo recibí su mensaje por el señor Drake y he venido corriendo.

—Necesito que me ayudes porque tengo que realizar una misión y no puedo hacerla solo. Hay una mujer en todo esto, Li Chang, y tengo la certeza de que esos pieles rojas harán cuanto puedan por encontrarla. No podía contar con nadie en Deadwood a no ser contigo y tenía la seguridad que vendrías al recibir mi aviso.

—Siempre que no se trate de pelear—dijo Li Chang. Estoy pronto a todo.

El hombre blanco sonrió nuevamente.

—Está bien, Li.—exclamó.—Ya conozco cual es tu modo de pensar a ese respecto. No eres partidario de combatir pero si llega el caso ineludible... sabes cumplir como bueno, eh?

Y después de una pausa señaló hacia lo lejos entre la oscuridad.

—Creo que he localizado el sitio donde Tom Drake ha dejado a su mujer — añadió. Falta saber donde está situada la mina. El Pino Solitario se encuentra en las cercanías.

Hubo un nuevo silencio.

—Yo miro muy a fondo las cosas, Li—añadió Búffalo Bill.—Y me parece muy extraño que esos bandidos se hayan resuelto a atacar a un triste buscador de oro. En mi opinión hay algo de mayor importancia en todo esto. Algo que los induce a realizar su obra. Tom Drake es un pobre hombre y lo más que podían haberle podido arrebatar hubiera sido un saquito con algo del precioso metal y un par de revólvers viejos.

Miró a su camarada para cerciorarse de que seguía el curso de sus ideas y luego continuó:

—Por eso creo que hay algo de mayor importancia y por eso es por lo que he mandado por tí. Necesito que encuentres a la esposa de Tom Drake y la defiendas contra los planes de esos indios. Si yo hubiese tenido tiempo hubiera ido hasta Black Gap para dar la alarma entre los muchachos, pero no puedo hacerlo hasta que sepa qué la mujer está en salvo. Vas en su busca, la encuentras y la cuidas, que yo haré el resto.

Una hora más tarde Búffalo Bill y Li Chang marchaban a través del valle y tomando precauciones se dirigían hacia la opuesta serie de montañas. Búffalo Bill, señaló después de un tiempo de caminar un grande y solitario árbol que, como un centinela avanzado, se destacaba en las alturas, levantando sus ramas hacia el cielo.

—Ese es el Pino Solitario—dijo Búffalo Bill.—Y si trazamos una línea imaginaria desde él a lo ancho del valle hallaremos el camino a seguir; después es forzoso torcer ha-

cia la izquierda y por allí ha de encontrarse el campamento de Tom Drake. En esos lugares debe haber un lugar seguro para ocultarse. Lo más probable es que sea una cueva en algún peñasco. Allí es donde Drake ha dejado a su esposa.

Li-Chang se había despojado ya de los efectos que había quitado al salvaje y se colocó nuevamente su ropa. Se detuvo, y después de mirar fijamente a su camarada exclamó con resolución.

—Yo no quiero dejarle solo, Búffalo Bill. Usted va a volver hacia donde se encuentran esos hombres malos y si lo agarran le van a dar muerte.

El perseguidor de indios sonrió..

—No soy tan loco como todo eso, Li-Chang—dijo.—Voy a volver hacia aquel lado, pero para buscar a Catalina, y tomaré para ello mis precauciones. Son muchos indios para combatir contigo y yo debo cuidarme para prestarte ayuda.

Antes de que se separaren tuvo que insistir repetidas veces para que Li Chang aceptase uno de sus revólvers Colt y un puñado de municiones.

Puedes tener necesidad de esa arma, Li-Chang—dijo Búffalo Bill,—porque si te vuelven a encontrar tienes que tenerlos a raya durante todo el tiempo que puedas. Y no hay que olvidar que si te vencen se llevarán la mujer blanca.

Había una singular entonación en la forma en que Búffalo Bill pronunció estas palabras y el chino se dió cuenta de ello, pues sus ojos relampaguearon y dijo con firmeza: No se la llevarán mientras Li-Chang esté con vida.

Se separaron y Búffalo Bill contempló emocionado aquella figura que se alejaba con paso firme hasta perderse entre las sombras.

—Creo que puedo tener confianza en ese hombre, murmuró. Es un chino, pero vale más que muchos hombres blancos. Me ha hecho una promesa y por cumplirla luchará como un gato rabioso. Puedo confiar en que si lo encuentran y hay lucha entretendrá a esas fieras la mayor parte del día... y eso es cuanto necesito.

Echó a andar entonces y volvió a cruzar el valle, ascendió por el lado contrario y llegó hasta el peñasco de donde había arrojado el lazo para salvar a Li-Chang.

Quedaban aun un par de horas de oscuridad y Búffalo Bill se quedó allí durante un momento mientras sus ojos buscaban un camino por donde descender. La luna había desaparecido pero las estrellas resplandecían lo suficiente para distinguir, aunque sin mayores detalles, el terreno.

Las aguas del río, se divisaban a trechos entre los arbustos, pero por más que miró detenidamente, Cody no alcanzó a notar la menor señal de indios.

Entonces supuso que estarían ocultos esperando, probablemente, a que llegase el día. Dominados, como lo estaban, por el deseo de venganza, los terribles sioux. sólo habían de pensar en la forma de apoderarse nuevamente del matador de su hermano.

Li-Chang había dado muerte a uno de la tribu y eso era lo suficiente para que todos lo buscasen con gran empeño.

—Debemos encontrarle donde quiera que se encuentre oculto. — Se habían jurado todos ellos.

Búffalo Bill, por su parte, necesitaba saber el sitio donde se hallaban los pieles rojas y para ello recurrió a uno de sus métodos. Buscó y tomó una piedra redonda de regular tamaño, luego desenrrolló el lazo que llevaba en torno a la cintura, con una de las puntas fabricó una especie de honda, colocó la piedra y después de revolotearla tres o cuatro veces sobre su cabeza, la lanzó al espacio.

Esperó un momento y casi con el ruido sordo que hizo al caer el proyectil oyó un grito de alerta por la parte de la derecha, grito que fué repetido en la izquierda, en el fondo del barranco y sobre su cabeza.

—¡Ah! Os habéis hecho traición vosotros mismos — exclamó. — Ya sé que estáis alerta y dóndo os encontráis. La vigilancia es continua y estrecha.

Nadie podía acusar a Bill Cody de ser cobarde, pero, como la generalidad de los hombres valientes, no gustaba exponerse cuando no era necesario.

Era de vital interés para él y para los suyos que llegara hasta donde se encontraba su yegua y que fuese al galope hasta Black Gap para llamar a un grupo de valientes que lo secundasen en su obra.

Cody permaneció quieto pensando lo que iba a hacer.

—No quiero arriesgarme a tener un mal encuentro — exclamó. — Ha de haber un medio de que yo consiga llegar hasta donde está Catalina.

Anduvo de un lado a otro, hizo tentativas, recorrió senderos, y al cabo de una hora se encontró ante otro precipicio donde comenzaba el camino por el que Li-Chang y los indios habían seguido sus huellas.

Vió que al pié de esa altura, y a una distancia de sesenta a setenta pies el terreno formaba una especie de grandes escalones que llegaban hasta los niveles inferiores de la montaña.

Si lograba bajar por allí, comprendió que eludía toda probabilidad de ser capturado por los emplumados guerreros y llegaría hasta el escondito en que se hallaba su cabalgadura.

Se tendió en el suelo y alargó la cabeza fuera del borde del peñasco. Tomó una piedra, la dejó caer y esperó. No oyó grito alguno, y por el tiempo que transcurrió hasta oir el choque del proyectil contra el suelo, calculó la distancia.

—Debe haber una profundidad de sesenta a setenta pies, — dijo. — Pero puedo arriesgarme.

Buscó hasta encontrar un pico saliente y sólido y sujetó fuertemente una punta del lazo. Dió tres o cuatro tirones fuertes para cerciorarse de la resistencia que oponía y

luego se fué deslizando hasta quedar colgando del lazo en el vacío.

Era una ruda y peligrosa tarea la que se había señalado. Cuando se encontraba a unos diez pies más abajo de la piedra, el lazo, sin duda a causa de los movimientos del cuerpo, pareció escurrirse, pero afortunadamente se apretó de nuevo y quedó firme.

Eso se repitió cuando se encontraba aun más abajo, pero tampoco fué más que una falsa alarma y Cody sin perder su serenidad continuó el peligroso descenso.

Pero le esperaba un nuevo peligro. Había calculado mal la altura y la cuerda del lazo había terminado ya, cuando aun le faltaban veinte o treinta pies para llegar a terreno firme.

El cazador de búfalos, notaba que después de aquella noche de tantos acontecimientos y del descenso aquel, sus brazos y sus piernas comenzaban a moverse con menos agilidad y por eso no confió en dar el arriesgado salto por temor a que tuviese malas consecuencias.

Entonces empezó a buscar con la mirada primero y luego con los pies, una hendidura, una saliente, algún punto de apoyo, en fin, que le permitiese algún descanso para recuperar fuerzas.

Lo encontró en forma de una especie de grieta que se hallaba a uno de los lados, pero apoyando los pies en la pared de roca e imprimiendo un suave balanceo al lazo, consiguió llegar hasta ella y soltando una mano pudo, no sin gran riesgo, colocarse como en un nicho.

Descansó durante algunos minutos y pensó en la forma de llegar abajo. Para ello necesitaba poder utilizar el lazo, además de que resultaba peligroso dejarlo colgando del peñasco, pues al hacerse de día los indios lo verían y señalaría el camino para que lo encontrasen.

Después de afirmarse lo mejor que pudo, comenzó a dar tirones del lazo y al cabo de una docena de tentativas su plan tuvo éxito, pues la fuerte cuerda vino a arrollarse sobre sus hombros y cabeza.

Resuelto ya en parte el problema le quedaba aún el final. Pero la suerte sigue siempre de cerca a los espíritus indomables y después de buscar, de hacer nuevas tentativas, encontró la forma de llegar hasta la parte baja.

Como se acercaba el día y ya los primeros resplandores de la aurora se distinguían en el horizonte, se apresuró a buscar un lugar donde ocultarse y corrió hasta un grupo de árboles que se encontraba a poca distancia.

Arrolló el lazo a su cintura, descansó un poco y observó el terreno. Como a un cuarto de milla de distancia distinguió una columna de humo que ascendía desde una explanada situada más abajo.

Junto a una hoguera estaban sentados cinco o seis salvajes adornados con plumas. Eran los hombres que Zorro Gris había dejado atrás para guardar los caballos y mientras Búffalo los observaba, vió que se acercaba otro piel roja que llegaba por el camino que conducía hasta el arroyo.

El hombre era evidentemente un centinela o algo por el estilo, pues Búffalo Bill lo vió hablar con los del grupo sentado en torno al fuego, y que los otros se ponían de pié y corrían hacia el camino, para desaparecer detrás del lugar donde Li Chang había atacado al centinela.

El rumor de las pisadas de un caballo llegó claramente hasta los oidos del cazador de búfalos. En las montañas cualquier rumor se percibe a mucha distancia y Búffalo Bill, se arrastró hasta un lugar desde el cual presenció la llegada de un hombre a caballo.

Después de contemplar durante un momento salió de sus labios una frase de asombro. Aquel ginete era un hombre blanco vestido con una camisa roja y un sombrero de anchas alas.

—¿Qué andará buscando éste por estos lugares, solo y tan de mañana?—se preguntó Búffalo Bill.—Va caminando hacia el peligro... y por desgracia no puedo advertírselo.

El ginete iba acercándose poco a poco hacia el sitio donde estaban en acecho los pieles rojas y Búffalo Bill no se manifestaba dispuesto a que ante sus ojos diesen muerte a un hombre de su raza.

—Voy a avisarle por medio de un disparo y juntos sufriremos las consecuencias.

Cuando se disponía a dar el aviso, Búffalo Bill, vió que el ginete levantaba una mano y lanzaba al aire el grito de los salvajes. Un grito tan poderoso y característico como el de un legítimo piel roja.

Era el llamado de la tribu de los Sioux, e instantáneamente los salvajes ocultos entre el matorral se pusieron en pié y no sin gran asombro, el cazador de búfalos, vió que corrían hacia el camino y cambiaban saludos con el desconocido.

¡—¡Un renegado!—dijo despreciativamente Cody.—Un cobarde...!

En aquellos lugares no había un crimen semejante al que cometía un hombre blanco que estaba en inteligencia con los salvajes enemigos de su raza. Hasta los seres más bajos de cualquier nacionalidad eran considerados superiores cuando se les comparaba con un tipo de esa clase.

—Parecen conocerse, pues le han dispensado una amistosa acogida.

La voz de Búffalo era grave y denotaba un profundo odio cuando pronunció esas palabras.

El hombre de la camisa roja había detenido su montura y uno de los salvajes, después de que el otro echó pié a tierra la condujo hasta el sitio donde se encontraban los demás caballos.

El cazador de búfalos fijó sus ojos en el hombre y lo estudió detenidamente. Era alto, de fuerte complexión y caminaba por aquellos lugares con una sorprendente soltura de movimientos.

—Como si estuviera en su casa,—dijo el cazador de búfalos, haciendo un gesto de asco. Ya tendremos ocasión de encontrarnos nuevamente. Eres nuevo por estas regiones

y no creo que nadie sepa la clase de pájaros que tenemos en tí.

Pronto comprendió que el nuevo incidente podía tener consecuencias para el futuro, y no se arrepintió de haberse pasado un largo lapso de tiempo arrastrándose por el césped como una serpiente, después de haber visto a un hombre blanco fraternizando con los pieles rojas.

Transcurrió cerca de media hora antes de que el hombre de la camisa roja dejara de comer y beber lo que los otros le habían servido. Luego se puso en pié y seguido por uno de los salvajes echó a andar por el camino en dirección al otro lado del río.

Búffalo Bill, vió las dos figuras caminar tranquilamente conversando sin demostrar temor alguno.

Cuando el piel roja y su compañero blanco pasaron cerca del lugar donde estaba oculto Búffalo Bill éste pudo oir claramente lo que hablaban. Primero era un suave murmullo, pero luego fueron frases enteras.

Hablaban en la lengua nativa, pero eso no suponía inconveniente alguno para Cody, pues no habla dialecto de las llanuras que no conociese.

—Rostro Pálido. ¿Quieres hablar con Zorro Gris?—decía el piel roja.—Muy bien. El ha seguido el rastro que le has indicado y encontró al hombre. Pero ahora está en salvo, así como la mujer.

—Habéis sido unos locos en dejar escapar al hombre—respondió el renegado.—Yo esperaba ver su cabellera en poder de Zorro Gris, cuando me entero de que se ha salvado. El ha encontrado el oro en las montañas y ya sabéis lo que eso significa.

Habían caminado hasta unas treinta yardas de distancia y entonces se detuvieron y Búffalo pudo oir nuevamente lo que hablaban.

—Ese es su camino—dijo el piel roja señalando hacia adelante.—Nosotros no sabíamos que el hombre amarillo era peligroso y ahora como también está en libertad solo se está seguro al lado de Zorro Gris.

—¡Cómo!—exclamó Búffalo Bill.— ¿Este lo conoce?

—Ese hombre amarillo debe morir—dijo el de la camisa roja. Ha venido de Deadwood y ha sido en su casa donde el hombre que se les ha escapado a ustedes ha encontrado refugio.

El indio se encogió de hombros.

—Entonces ve en busca de Zorro Gris,—prosiguió— y cuéntale todo eso. El hombre amarillo anda por aquí y un tomahawk es todo lo que se necesita para dar cuenta de él.

—Yo he prometido a tu jefe ayudarlo en todo lo que pueda y lo cumplo—prosiguió el renegado. Allí hay oro y la tribu necesita ametralladoras y fusiles. Si Zorro Gris y ustedes me ayudan nos apoderaremos de ese oro y serán los más ricos de la tribu. Ya lo he dicho.

Se apartaron y él continuó marchando por el camino, solo, mientras el piel roja volvía sobre sus pasos hacia el lugar donde se hallaban los caballos.

Durante un largo rato Búffalo Bill permaneció indeciso respecto a la conducta que debía seguir. Comprendía que la llegada del hombre blanco podía alterar el desenlace del drama que se estaba desarrollando.

Zorro Gris y sus compañeros se apresurarían a buscar el oro que les prometía el hombre blanco, cuyas indicaciones seguirían. Li-Chang se encontraba pues en mayor peligro que nunca.

—Yo iría hasta Black Gap, pero no sé cuando podré estar de vuelta—pensó Búffalo Bill. Y por otro lado tengo que avisar a los muchachos lo que ocurre... Ah! Ya tengo una idea.

En efecto. Rápidamente adoptó un plan y de acuerdo con él, se deslizó otra vez por entre los árboles, atravesó el camino y el barranco y luego de llegar a una pequeña pradera, avanzó, costeó una elevación y detrás de ella, entre unos espesos matorrales buscó una abertura por la que penetró hasta un espacio donde se encontraba Catalina pastando tranquilamente.

Abrazó su cuello y acarició su hocico mientras la hablaba como si fuese una persona.

—Si amiga mia. Te has portado bien. Pero no puedo todavía darte el premio que mereces. No puedo ir contigo, pero es necesario que vayas sola hasta Black Gap.

Búffalo Bill tomó la montura y la colocó sobre el lomo del animal, al que después puso el freno y la cabezada. Cuando Cody tenía que dejar solo en alguna parte al animal jamás lo ataba, pues era suficiente que le encargase que lo esperara para que la yegua no se moviese del sitio hasta que él volvía.

El cazador de búfalos tomó una hoja de papel de un pequeño libro de apuntes y escribió estas líneas:

"Para Sin Tonkins, el minero de Black Gap:

Querido Sin: Una partida de pieles rojas anda por estas montañas en el camino que conduce al Pino Solitario. Están procurando apoderarse de la mujer de Tom Drake y yo hago todo lo que puedo por evitarlo.

Cuando reciba este mensaje póngase en marcha y que vengan con usted todos los muchachos que puedan hacerlo. Catalina les indicará el camino.

Su viejo camarada. Búffalo Bill."

Colocó la carta en la cartuchera vacía de la montura y luego tomando las riendas las ató a la silla y condujo a la yegua hasta el camino que iba al pié de las montañas.

—Creo que el animal comprenderá lo que deseo—pensó.—Si llega a Blak Gap, es todo cuanto necesito, pues al verse en el pueblo se dirigirá hacia la caballeriza de Sin donde sabe que siempre la cuidan. Si la digo que vaya a casa me comprenderá. Probemos.

Habían caminado un buen trecho y Cody se detuvo colocando a la yegua en la dirección que deseaba que tomase, y entonces, golpeándola en el anca exclamó:

—A casa, Catalina!

Había algo de humano en la mirada que el animal dirigió a su amo. Búffalo se sonrió y señalando el camino repitió:

—A casa! No puedo ir contigo. A casa!

Y para hacer más comprensibles sus pala-

bras empezó a caminar en la dirección deseada, con Catalina al lado.

El animal comprendió pues, emprendió el trote y se fué alejando en buen camino.

Búffalo Bill, se detuvo y la miró. Ya llevaba andado un buen trecho cuando el animal se detuvo y volvió la cabeza.

—A casa, Catalina! A casa!—repitió Cody acompañando la frase con un ademán.

La yegua, volvió la cabeza y ya segura de lo que deseaba su amo emprendió la marcha a galope tendido.

Búffalo permaneció quieto hasta que el ruido de los cascos de la yegua dejó de oírse, y después el intrépido cazador de indios, regresó hacia los lugares que había dejado.

CAPITULO IV

Encuentro de la señora Drake — El valor de Li-Chang — El indio muerto.

—¡Miss Drake! ¡Miss Drake!...

Li-Chang había llegado hasta la cima donde se levantaba el Pino Solitario y encontró allí un montón de piedras en una de las cuales Tom Drake había escrito algunas palabras indicando la dirección a seguir para llegar al barranco.

El chino pudo convencerse de que el lugar indicado era el lecho de un antiguo lago situado entre las montañas y que por alguna causa desconocida se había secado o el agua seguía otra dirección.

El piso, que se hallaba seco, estaba cubierto de una arena fina y amarillenta, como la que suele encontrarse en el lecho de los ríos que llevan oro.

Se había hecho completamente de día y Li-Chang caminaba admirado de no descubrir rastro alguno del campamento del buscador de oro.

Búffalo Bill, le había dicho que Drake había dejado a su esposa en un lugar seguro y los ojos de Li-Chang dirigían hacia todos lados procurando descubrir algún detalle que le permitiese orientarse para encontrar el bien disimulado escondite.

Pero después de un cuarto de hora de infructuosas investigaciones, pensó ya como un recurso desesperado levantar la voz llamando a la esposa de Drake.

Sabía que los indios se encontraban a un par de millas de distancia al otro lado del valle y tenía la seguridad de que no descubrirían su rastro. Habían perdido algún tiempo realizando investigaciones en el lugar de la aventura de la noche anterior y no se dirigirían hacia la parte alta de la montaña hasta después de efectuada esa tarea.

Pero Li-Chang, comprendía que era una cuestión de vital interés descubrir el sitio donde se encontraba la mujer de Drake, para realizar la tarea que le había encomendado Búffalo Bill y defenderla de los posibles ataques de los salvajes, interesados en encontrarla.

Ascendió algo más hasta llegar al pie de un peñasco y nuevamente empezó a llamar. Su voz fué resonando de hueco en hueco, siguiendo la dirección de los barrancos que convergían en la hondonada.

De repente un pequeño trozo de piedra cayó cerca de él y el chino miró en la dirección que suponía había seguido el proyectil, y vió que en la parte media del peñasco, como a unos treinta pies de altura desde el barranco, asomaba por una abertura una cabeza de mujer, con cabellos castaños y que unos grandes ojos azules lo observaban con curiosidad.

El chino comprendía que su aspecto exterior no predisponía mucho en favor suyo, y por eso no se extrañó de que aquellos ojos reflejasen el terror al verlo. Entonces levantó una mano en un gesto tranquilizador mientras decía:

—Soy amigo. Su esposo está en Deadwood y me ha enviado aquí. Los indios andan buscándola y yo vengo a protegerla.

La mujer lo contempló durante un largo rato y luego exclamó:

—Si mi esposo lo ha enviado hasta aquí, usted debe ser amigo. Espere un momento.

La cabeza de la mujer desapareció por algunos instantes y luego Li-Chang notó que de la abertura caía una escala de cuerda. El chino corrió hasta la parte baja y esperó junto al sitio por donde debía ascender.

—Ya está. Puede usted subir, — dijo la mujer.

Li-Chang ascendió con la agilidad de un gato y llegó hasta la abertura. Entonces se encontró en una especie de explanada en la que estaba la entrada de una cueva. Todo tenía una disposición tal, que ni desde la parte inferior ni desde la más alta se alcanzaba a distinguir la existencia del escondite.

—Esto está muy bien preparado, señora, —dijo el chino. — Realmente puede uno considerarse a salvo aquí, pero esos indios son capaces de descubrir cualquier rastro.

Se detuvo y su primer cuidado fué retirar la escala, que ocultó en el interior de la cueva.

Luego viendo que la señora Drake tenía encendida lumbre, — una hoguera alimentada con troncos de árbol, — exclamó señalándola:

—No debe encender fuego, señora Drake. Los indios pueden orientarse por el humo y venir hacia aquí.

La mujer lo miró.

—¡Los indios! — repitió. — Pero yo creí que no había indios en las montañas negras.

Li-Chang asintió con un movimiento de cabeza.

—No siempre los hay, — dijo. — Pero vinieron ayer y me están siguiendo desde anoche. Unicamente he logrado salvarme de ellos gracias a la ayuda de un excelente hombre. Ese hombre bueno salvó ayer a su esposo de usted.

La afligida mujer juntó sus manos con un gesto de alarma.

—¡Mi esposo ha estado en peligro!—exclamó.

Li-Chang asintió.

—Ahora ya está en salvo,—dijo. — Pero los indios lo tuvieron en su poder.

María Drake, a punto de desfallecer, tomó asiento en una piedra que había a la entrada de la cueva.

Estaba vestida con una de esas faldas cortas que usan las mujeres de los mineros y calzaba unas altas y fuertes botas.

—Cuénteme todo lo que ha ocurrido, — exclamó, demostrando en su rostro moreno una gran angustia mezclada de curiosidad.

Li-Chang la hizo un breve relato de cuanto había sucedido y de la forma en que Búffalo Bill había salvado a Drake del poder de los feroces indios.

El semblante de la mujer adquirió una expresión de terror y se tornó pálido.

—¿Y los indios van a venir en mi busca? —preguntó.

Li-Chang se encogió de hombros y con la mayor naturalidad respondió:

—Sí. Alguien les ha dicho que por aquí había una mujer blanca y se preparan para venir a buscarla.

Luego, colocando su amarilla mano sobre el hombro de su angustiada compañera, añadió:

—Pero no hay que alarmarse por ello. Li-Chang está aquí cuidándola y Búffalo Bill ha de venir pronto. Todo lo que hay que hacer es esperar aquí hasta que venga Búffalo. Los indios no nos van a encontrar... y si llegan a descubrirnos, pelearemos, pero no nos dejaremos agarrar.

Muchas mujeres hubieran quedado aterrorizadas al oir las palabras del chino, pero María Drake era la esposa de un buscador de oro y había compartido con él, durante mucho tiempo, su azarosa vida.

Cuando pasó el efecto de los primeros momentos de natural alarma, se puso en pie y en su rostro se manifestaba su tranquila resolución.

—Está bien, pelearemos, Li-Chang, — exclamó sonriendo. — Mi esposo me ha dejado un rifle y desde hace mucho tiempo aprendí la manera de usarlo.

Fué hasta el interior de la cueva y regresó con un puñado de galletas y un trozo de asado frío.

—Supongo que usted no habrá almorzado nada, — dijo haciendo dos partes de los alimentos y entregando al chino una de ellas.— Iba a hacer un poco de café, pero como usted ha dicho muy bien, el humo puede llamar la atención de esos brutos rojos, y por ello nos limitaremos a beber agua.

Trajo un recipiente lleno de clara y fresca agua de la montaña y la singular pareja consumió con apetito los alimentos.

Li-Chang se había colocado dando la espalda al peñasco y frente a la parte por donde iba el camino que hasta allí conducía desde el Pino Solitario.

Había justamente terminado de comer, cuando María Drake vió que sus ojos en forma de almendra brillaban de un modo singular.

—¿Qué ocurre, Li-Chang?—preguntó.

El rostro del chino se contrajo repentinamente.

—Están avanzando por el camino, — dijo. —Me parece que vienen en nuestra busca.

Se levantó de su asiento y arrastrándose como un reptil se adelantó hasta el borde de la pequeña plataforma. Al notar que algo se movía junto a él, volvió la cabeza y notó que la mujer había imitado sus gestos y estaba a su lado.

—¿Dónde stán? — preguntó en voz baja.

Li-Chang observó un instante y luego respondió alargando uno de los dedos de su amarilla mano:

—Justamente detrás de aquellos matorrales. Espere un minuto... Ahora... ¿Los ve?

María Drake dirigió hacia el lugar indicado sus miradas y pudo ver al grupo de los emplumados guerreros y su rostro todo pintarrajeado.

Instintivamente retiró la cabeza aterrorizada.

—¡Nos han visto!—murmuró.

Li-Chang extendió una mano y la tomó de un brazo.

—¡Quieta! — dijo. — ¡No se mueva! Si notan algo extraño estamos perdidos. No es probable que miren hacia aquí, pero cualquier movimiento puede llamarles la atención.

Era una advertencia sabia y María se convenció en seguida de que su alarma era infundada. Entonces observó que, silenciosa y tranquilamente, Li-Chang osbervaba todos los movimientos del adversario. Evidentemente uno de los hombres había visto parte de la cabeza de la mujer y por espacio de más de cinco minutos estuvo mirando fijamente en aquella dirección.

Se reunieron a ese indio otro y otro salvaje y los tres permanecieron con la cabeza vuelta hacia ellos.

Pero como no se movieron ni María ni Li-Chang, los indios volvieron a desaparecer tras el matorral.

—No estoy muy seguro, — murmuró el chino. — Han estado largo rato observando, pero sin duda creen que se han equivocado.

Entonces y no antes, si bien adoptando todo género de precauciones, María y Li-Chang retrocedieron hasta la entrada de la roca, donde se sentó la mujer.

—Desde donde están no pueden vernos,— exclamó. — Pero si suben a lo alto y miran hacia aquí en determinada dirección podrán distinguir parte de la entrada.

—Justamente estaba pensando en ello,— dijo Li-Chang, cuya vista se dirigió hacia una elevación que se distinguía enfrente. — Casi sería preferible para usted que se metiese dentro de la cueva y no se dejase ver.

Aquel promontorio se encontraba a unos quince y diez y seis pies de distancia a la derecha del peñasco donde estaba el escondite y lo cubría una serie de arbustos de corto y grueso tronco.

—Vaya adentro de la cueva, señora Drake, y yo voy a mirar lo que hacen ellos, — dijo Li-Chang.

Transcurrieron cinco o seis minutos y de la parte inferior del barranco se oyó un grito lanzado por un indio. Mary Drake se puso en pie, pero el chino la tranquilizó con un gesto.

—No se asuste, — murmuró. — Los indios

van acercándose, pero es mejor permanecer tranquilos hasta que lleguen.

El rostro de la mujer se había cubierto de una mortal palidez, pero manifestó a Li-Chang que estaba resuelta a todo.

—Yo haré cuanto usted me indique, —manifestó. — Pero usted debe manifestarme cuando se acercan. Si hay que pelear, pelearemos juntos.

Los ojos de Li-Chang relampaguearon.

—Es usted una mujer valiente, — dijo.— —Y no lo olvidaré. Si es necesario yo la llamaré para que pelee.

La mujer desapareció en el interior de la cueva y entonces Li-Chang arrastrándose hasta el borde, se ocultó entre la maleza y comenzó a ejercer una activa vigilancia.

Un chino puede permanecer en la misma posición durante muchas horas y en cuanto se hubo instalado, Li-Chang quedó sin mover pie ni mano por más de treinta minutos.

Nadie que hubiera estado observando aquel lugar hubiera sido capaz de sospechar que estaba allí escondida alma viviente alguna, y a ello contribuía en gran parte el color de la ropa y el amarillo de la piel del chino.

Li-Chang observó de pronto que uno de los salvajes iba ascendiendo lenta y trabajosamente hacia la altura opuesta a la que ocupaban él y María Drake.

Cuando llegó a lo alto, el hombre se volvió para dar, al parecer, instrucciones a otros que lo habían seguido.

Pasados veinte minutos el piel roja había observado ya detenidamente los alrededores y Li-Chang comprendió que tanto él como los otros salvajes que lo habían seguido habían descubierto la entrada de la cueva.

Li-Chang no se movió, pero estaba ya preparado a iniciar, sino el ataque, un movimiento defensivo.

De repente, atravesó el aire una especie de silbido y una flecha fué a dar en el peñasco a pocas pulgadas de distancia del sitio que servía de escondite al chino.

Solamente un hombre con los nervios de acero hubiera sido capaz de hacer lo que hizo Li-Chang, quien permaneció rígido y quieto como si no le amenazara peligro alguno.

Entonces comprendió que el primer salvaje había dado la voz de alarma a los otros y que aquella flecha era el fruto de un movimiento de exploración.

—¡No estáis seguros y queréis hacer que yo me descubra, ¿eh? — murmuró el chino. — Bueno, pues, vais a tener que emplear otro sistema.

Otra flecha, fué a rebotar contra el peñasco y a esa siguieron otra y otras, hasta el número de nueve o diez. Una de las últimas fué a clavarse en el suelo, rozando la cabeza del chino.

Era una situación muy seria y el valor de Li-Chang pudo ponerse una vez más de manifiesto, permaneciendo, a pesar de aquella lluvia de flechas, como si fuese de piedra.

Se oyó otro grito y los indios dejaron de disparar flechas

—¿Os habéis cansado de perder el tiempo, eh? — exclamó el chino. — Pero no habéis conseguido que me moviera.

Apenas habían salido de su boca estas palabras, cuando cruzaron el aire otras flechas, pero esta vez iban dirigidas hacia la entrada de la cueva.

Los indios obedecían las instrucciones que les daba un hombre colocado en lo más alto de la opuesta elevación y Li-Chang podía oir claramente las voces de mando. Volvió la cabeza en la dirección seguida por las flechas y vió que tres o cuatro de ellas habían caído a la entrada.

Pero pronto otras, mejor dirigidas, desaparecieron hacia el interior y el chino oyó un pequeño grito.

En un abrir y cerrar de ojos, Li-Chang saltó hacia la entrada de la cueva, para llegar en el momento en que María Drake salía con los brazos en alto. Una de las flechas le había producido una desgarradura a la altura de la muñeca.

Li-Chang la tomó de un brazo, con tanta fuerza que la hizo caer de rodillas y la arrastró hacia el interior.

—¡Silencio! señora Drake, — murmuró el chino poniéndose un dedo sobre los labios.— ¡Ni el menor grito!

—Pero... Pero si están tirándonos flechas...

Y como si fuera una corroboración a lo que decía, otras fueron a chocar contra la entrada y las paredes del interior de la cueva.

—No saben que estamos aquí.—dijo el chino.—Andan buscándonos y esperan cualquier indicio para orientarse.

Entonces de la parte baja llegó hasta ellos un grito de guerra, lanzado por uno de los salvajes.

—¡Ah!—murmuró el chino.—Parece que nos han descubierto. Ahora saben dónde estamos...

—Y todo por culpa mía,—murmuró la señora Drake,—me oyeron gritar... Pero fué una cosa tan inesperada... Estaba asustada... ¡Oh! Por qué habré gritado.

El chino la vió tan afligida, que procuró tranquilizarla con una sonrisa.

—No se desespere, señora Drake,—dijo —Es mejor permanecer serenos cuando ocurren cosas como estas.

Se oyó otro grito de atención y Li-Chang, acordándose del revólver que le había dado Búffalo Bill, lo sacó y agitándolo sobre su cabeza, exclamó:

—Sí, tengo un revólver... Voy a contarle un cuento a ese bruto.

María Drake exclamó como asaltada por una idea.

—El winchester de mi esposo está dentro de la cueva. Si lo quiere lo encontrará en el fondo a la izquierda.

El chino desapareció corriendo hacia el interior y volvió con el rifle. No salió porque suponía que eran estrechamente observados y esperaba un momento propicio para hacer fuego con probabilidades de éxito.

Se oyeron dos detonaciones y las balas fueron a chocar contra el peñasco.

Li-Chang sonrió.

—No creo que nos hagáis mucho daño así,—murmuró.. — Mientras estemos aquí estamos seguros.

Tenía razón, porque los indios desorientados momentáneamente, no podían alcanzarlos desde la parte baja.

Li-Chang miró el winchester y después de avanzar lentamente hasta un lugar donde estaba protegido, levantó el arma y la apoyó en el hombro.

María Drake observó la extraña figura. La vió apuntar, apretar el gatillo y... ¡crack!

Un winchester no hace mucho ruido, pero sus efectos son terribles. La bala cruzó el espacio y casi instantáneamente se oyó en el lado opuesto un grito. Li-Chang bajó el arma y observó.

—¡Perfectamente!—dijo.

En el lado opuesto se había visto unos brazos que se agitaban en el aire, un cuerpo que caía hacia atrás y poco después el rumor del mismo al golpear contra las salientes y al aplastarse en el lecho del barranco.

—Ese ya no molesta, señora Drake,—dijo Li-Chang haciendo un gesto.

Pero la caída del otro fué seguida de un coro de voces, de juramentos y de amenazas.

Li-Chang les había causado la segunda víctima y era necesario tomar una doble venganza

Una lluvia de flechas, de balas y de piedras, fué la primera señal de la creciente ira de los siouxs por su segundo desastre. Flechas y balas fueron a chocar contra las paredes de la cueva y cayeron a los pies de María Drake y Li-Chang.

Pero éste lanzó una carcajada de burla cuando se extinguió el ruido de la descarga.

—No nos van a hacer mucho daño de esta manera,—dijo,—y solamente conseguirán gastar proyectiles.

Pero, sin duda, los indios fueron del mismo parecer, porque iniciaron otra forma de ataque.

Li-Chang oyó nuevamente la voz de mando y una docena de flechas se elevaron sobre sus cabezas para caer momentos después en sentido vertical.

Como habían salido los dos de la cueva, el chino comprendió en seguida el nuevo peligro que les amenazaba y tomando del brazo a la mujer, exclamó

—¡Pronto! ¡Adentro!

Aquel movimiento les salvó la vida, probablemente, pues casi en seguida las flecha cayeron silbando y se clavaron en el sitio que ellos acababan de dejar. La altura que habían alcanzado las había dado fuerza suficiente para herirlos de gravedad, si no matarlos.

La lluvia de flechas se repitió en la misma forma, pero Li-Chang y su compañera estaban momentáneamente a salvo por el techo de la cueva.

El chino lanzó otra burlona carcajada, que fué contestada con un grito de rabia por los otros.

—Las cosas se van desarrollando muy bien,—exclamó tranquilamente el chino,—y es de esperar que de un momento a otro venga Búffalo Bill en nuestra ayuda.

Pero aun cuando pronunciaba estas palabras para tranquiliizar a María Drake, interiormente él no estaba muy seguro de lo que afirmaba.

Los otros demostraban que se hallaban resueltos a apoderarse de él y a tomar su venganza, y no se le ocultaba lo tenaces y encarnizados que eran los siouxs en casos semejantes.

Un nuevo peligro vino a aumentar su difícil situación.

Una antorcha encendida fué lanzada con un acierto tal, que cayó entre unos matorrales y unos pinos que había en la pequeña explanada y momentos después aquello ardía, despidiendo un humo denso y acre. Siguieron a la primera antorcha otras dos más y pronto el chino y la mujer se encontraron en medio de un círculo de humo que hacía el aire irrespirable.

El humo empezaba a dirigirse hacia la cueva y la valiente mujercita sintió un momento de desfallecimiento y juntando las manos, exclamó cayendo al suelo.

—Van a asfixiarnos... ¡Es horrible! Nuestro fin se acerca.

Li-Chang se sentó a su lado.

El viento cambió de dirección y pronto la entrada de la cueva se vió llena de humo. Aquello, Li-Chang lo comprendió en seguida. Tenía el doble peligro de amenazarles con la asfixia y ocultarles los movimientos de los adversarios.

El ruido de una bala al chocar contra la pared de la entrada de la cueva, seguido inmediatamente de otros semejantes, le demostró a Li-Chang que los indios habían hallado un lugar propicio para hacer más efectivos sus ataques.

El chino y la mujer permanecían quieto esperando que cambiase su terrible situación.

—No se asuste,—dijo Li-Chang. — Tendríam que gastar muchas balas para alcanzarnos y no disponen de tantas.

—¡Tengo miedo—dijo la mujer con temblorosa voz.—Creo que no vamos a vernos libres nunca de estos terribles indios. Son tan fuertes como crueles y despiadados.

Hubo un momento de silencio y el chino comenzó a oir un ruido que lo alarmó.

La cortina de humo dejó libre un instante parte de la explanada y Li-Chang comprendió que el peligro era cada vez más inminente.

Desde la parte alta del peñasco uno de los salvajes se disponía a descolgarse por una cuerda, para llegar hasta la cueva.

Li-Chang buscó su revólver y una exclamación de desaliento brotó de sus labios al descubrir que no tenía el arma. ¡La he dejado afuera, en el suelo, cuando había usado el winchester!

Por un momento, el chino se sintió a punto de perder toda esperanza, pero reaccionando rápidamente, buscó el cuchillo que había quitado al primer piel roja muerto por él, y dijo poniéndose en pie.

—Espéreme aquí, señora, Voy a salir un minuto.

—¿A dónde va?... ¡No me abandone!... suplicó la señora Drake.

El humo volvió a dejar ver la figura del salvaje que se descolgaba por la cuerda.

—No voy lejos. Tengo algo que hacer en seguida... Espere.

Corrió hasta la puerta de la cueva y se detuvo allí un momento procurando orientarse a través del humo. Como no lo consiguiese, se colocó la mano sobre los ojos y la boca, y se lanzó resueltamente hacia adelante.

Entretanto, el salvaje que continuaba su descenso y que no conociendo el terreno no avanzaba hasta encontrar donde hacer pie firme, vió a Li-Chang y lanzó un grito para avisar a sus compañeros.

El descenso lo realizaba sujetándose con las dos manos; pero al ver al chino, soltó una y procuró tomar su tomahawk de la cintura.

Pero antes de que pudiese hacer uso de él, ya Li-Chang se había dado cuenta de la situación, y corriendo hacia el semidesnudo salvaje, se dispuso a atacarle.

El piel roja dió un salto para colocarse en buenas condiciones de lucha, pero al llegar al suelo, el cuchillo de Li se hundió en su rojo pecho y lanzando un grito de muerte, cayó a tierra.

Rápidamente el chino se acercó a la cuerda y dando un tirón, la hizo caer; luego empujó el cuerpo del indio hasta el borde de la explanada, y lo lanzó al fondo del barranco.

El grito aquel llegó hasta los oídos de la mujer de Drake, que oculta en el fondo de la gruta, esperaba ansiosamente la vuelta del chino.

Mientras Li-Chang efectuaba todas aquellas maniobras, los salvajes le dispararon varios tiros y el chino sintió de pronto un agudo dolor en el hombro. Al levantar la cabeza, notando que los disparos eran hechos en otra dirección que antes, vió a un grupo de salvajes en el lado opuesto y entre ellos, destacándose claramente, la figura de un hombre blanco que llevaba una camisa roja.

El hombre tenía algo en la mano y a cada movimiento suyo los otros hacían una nueva descarga. Pero ya todo era inútil, pues Li, terminados sus propósitos, había vuelto a penetrar en la cueva, donde halló a la mujer del buscador de oro arrinconada y muerta de miedo, creyéndose sola.

—¿Qué ha ocurrido? — alcanzó a murmurar tranquilizándose algo al ver al chino.

Li-Chang procuró hacerla recobrar nuevos ánimos, pero ella al ver que el brazo izquierdo del chino colgaba a lo largo de su cuerpo y sus ropas estaban manchadas de sangre a la altura del hombro le interrumpió diciendo:

—¡Pero usted está herido?... ¡Tiene sangre en el hombro!

Li-Chang asintió con un movimiento de cabeza.

—Un rasguño — dijo. — Ahora lo vendaremos y arreglaremos eso, ¿eh?

Se sentó en el suelo y la mujer le quitó la ropa y poco después le había vendado la herida. Li-Chang quedó entonces apoyado contra la pared de la cueva. Su rostro estaba enormemente pálido.

Con mano temblorosa procuró María Drake arreglar en una posición más cómoda el cuerpo del chino, pues como se encontraba en una postura algo violenta, no transcurrió mucho tiempo sin que el vendaje se tiñese de sangre. Al ver aquello la esposa de Drake se sintió dominada por un gran terror.

Su valeroso defensor debía estar gravemente herido y como no disponía de medios para hacerle una buena curación no podía adivinar qué fin tendría la aventura.

Li-Chang hacía cuanto podía por demostrar a María Drake, que su estado no era de mucha gravedad, a pesar de ello cayó en una especie de sopor que duró algunos minutos pero dominado por su idea en cuanto su cerebro comenzó a razonar exclamó el chino sonriendo:

—No se alarme... Estoy bien... Dentro de unos minutos podré ponerme en pie..

Su voz era débil y sus ojos reflejaban temor, no porque en realidad le asustase la idea de morir sino porque temía las consecuencias que podía tener.

—Voy a quedarme así quieto algunos minutos — prosiguió Li-Chang. — De esa manera recobraré antes las fuerzas y me pondré mejor.

Pero aquellas palabras no estaban de acuerdo con su verdadero estado, pues cerró los ojos y después de mover los labios para decir algo, que no se oyó, su cabeza cayó hacia atrás sobre el hombro de la señora Drake que se había arrodillado junto a él pasando su brazo por su espalda.

—¡Ha muerto!... ¡Ha muerto! — murmuró la pobre mujer. — ¿Qué va a ser de mí ahora? ¿Qué voy a hacer?

Mientras permanecía muda por el terror, llegó hasta sus oídos el ruido de una detonación y una bala fué a chocar contra la entrada de la cueva. Un momento después se oía un agudo grito y la caída pesada de un cuerpo.

Dejando cuidadosamente a Li-Chang tendido en el suelo, María Drake, se aventuró algunos pasos hacia la cortina de humo. Como a mitad de camino, vió la cabeza adornada con plumas y el rojo y desnudo torso de un salvaje. Los brazos del piel roja estaban abiertos y el cuerpo yacía a la entrada de la cueva.

Lanzando un grito, la mujer retrocedió para apoderarse del winchester. Luego avanzó nuevamente y apoyó el arma en su hombro, fijando la mirada en el cuerpo del salvaje creyendo que se levantaba para atacarla. Pero no tardó en convencerse de que sus temores no tenían razón de ser, porque el semidesnudo salvaje estaba muerto.

Más tranquila notó que en torno a los hombros tenía arrollada una cuerda, y que en el centro de la frente se distinguía un pequeño agujero cuyos bordes estaban ennegrecidos. —¿Qué podía haber sucedido?

CAPITULO V

Búffalo Bill interviene en la jugada — Los muchachos de Black Gap llegan en el momento oportuno.

Cuando Catalina siguió la dirección de Black Gap, Búffalo Bill volvió sobre sus pasos. Tomó el lado occidental del barranco y caminando por un angosto y quebrado camino llegó hasta la parte alta.

Así se encontró en el lugar desde donde había rescatado a Li-Chang, la noche anterior y allí se detuvo, para observar los alrededores y descubrir el paradero de la banda de pieles rojas.

Después de diez minutos de observación comprendió que habían partido en busca de la mujer blanca. Entonces inició su marcha por atajos y desfiladeros para llegar lo antes posible a la región del Pino Solitario.

La tarea era ardua y el cazador de búfalos, que tenía un gran interés en no ser visto, necesitó emplear mucho tiempo antes de alcanzar el punto a donde se dirigía, pero al fin distinguió a lo lejos el Pino Solitario y comprendió que había hecho camino de más y tuvo que volver hacia atrás.

Llegó hasta la meseta situada en la altura y vió, al lado opuesto, la silueta del Pino Solitario. Parte de la hondonada del antiguo lago era visible y Búffalo Bill distinguió la emplumada cabeza de un salvaje que cruzaba un espacio abierto y se ocultaba tras unas matas.

De repente el ruido de una detonación de carabina llegó hasta sus oídos y Búffalo Bill distinguió claramente el primer grito de alarma lanzado por los pieles rojas y que también había oído Li-Chang.

Localizó el punto de dónde partía y comprendió que los salvajes estaban atacando la parte alta donde el buscador de oro había dejado a su esposa. Búffalo Bill, realizó entonces una jira de reconocimiento del terreno, y vió que había una elevación de aquel lado donde se encontraba el escondite, pero que para llegar a lla era necesario realizar la ascensión agarrándose de mata en mata.

Había sitios donde podía uno descansar como en una meseta, pero de allí era necesario iniciar la ascensión en la misma forma.

Pudo oir nuevamente la detonación de los disparos y comprendió que una obra de destrucción se estaba realizando por allí.

Búffalo Bill buscó el lugar desde donde podía observar lo que ocurría para acechar el momento oportuno de intervenir y oyó un ruido singular que le demostró que alguien trabajaba para llegar a la meseta donde estaba el escondite. Se ocultó y esperó con los nervios en tensión.

El ruido se hizo más perceptible y momentos después la cabeza emplumada de uno de los salvajes pasaba el nivel de la meseta, y en seguida un indio, llevando una carabina cruzada a la espalda, en bandolera, realizaba los movimientos necesarios para hacer pie en la pequeña explanada.

Búffalo Bill esperó para observar los movimientos y vió que el salvaje ataba una cuerda a uno de los árboles. Sin comprender al principio a qué obedecía aquella maniobra el cazador de búfalos se arrastró y antes de que el salvaje pudiese terminar a conciencia su tarea unos dedos se clavaban como tenazas en su garganta. Una terrible y silenciosa lucha comenzó, y los dos rodaron por el suelo ocultos por el matorral situado al lado opuesto del incendiado.

El cazador de búfalos triunfó al fin y el cuerpo del indio fué empujado para caer chocando de roca en roca, de saliente en saliente al fondo del barranco.

Tomando la carabina y el cinturón con municiones que el indio había dejado en el suelo para tener más libertad de movimiento, Búffalo Bill reconoció el nuevo lugar en que se encontraba y vió que una densa columna de humo ocultaba el otro extremo. Entonces ante el temor de empeorar su situación, se alejó hacia el lado contrario y se ocultó esperando los acontecimientos.

Vió claramente desde su escondite el grupo de indios encabezados por el hombre de la camisa roja, señalando hacia el sitio donde surgía el humo. Distinguió también unos movimientos que le demostraron cuál era la misión que había traído el primer salvaje llegado a la meseta.

El otro extremo de la cuerda que había atado al árbol era sujeto en igual forma en la elevación del otro lado y así quedaba establecido un paso sobre el barranco. Mientras él había observado en la otra dirección y se había ocultado, uno de los indios, al amparo de la cortina de humo había pasado y se dirigía hacia la entrada de la cueva donde Li-Chang y la mujer habían hallado su último refugio.

El viento dejó ver a Búffalo Bill cuál era la situación y sin comprender del todo el peligro que aquello suponía, notó que el salvaje se disponía a penetrar en la cueva. Se echó el arma a la cara, disparó y un grito acogió desde la elevación opuesta la caída del compañero.

Otro salvaje se dispuso rápidamente a recorrer el mismo camino y Búffalo Bill que lo vió, observó el arma que conservaba en la mano, notó que estaba en condiciones para ser usada, la apoyó en el hombro y apuntó tranquilamente.

Largos años de lucha contra los indios le habían hecho adquirir una gran maestría en el empleo de las armas y no sin razón era considerado como un excelente tirador.

Había que recorrer trescientas yardas por aquella cuerda para pasar de un lado a otro y como Cody difícilmente erraba un tiro, esperó el momento que consideró más propicio y... ¡crack!

La mortífera bala cruzó el espacio y el indio abrió los brazos, se detuvo un instante sujeto por las piernas, pero cayó en seguida.

Al oir la detonación, los otros que estaban en lo alto, se ocultaron, pues como no

podían precisar con exactitud el punto de dónde partían los certeros disparos, no querían exponerse inútilmente.

—Creo que procuráis poneros a salvo ¿eh? — murmuró Búffalo Bill. — Pero por si acaso voy a evitar un nuevo peligro.

Una cuerda de trescientas yardas no constituye, seguramente, un buen blanco para un tirador aunque éste sea hábil, pero Búffalo Bill, sin apresurarse apuntó y un segundo después la cuerda rota caía a los lados.

—Me parece que ya habéis de tener bastante! — murmuró sonriendo Cody. — Consideraréis seguramente, muy peligroso aventurarse por esos sitios.

Permaneció quieto con la mirada fija en la altura opuesta desde la cual había de llegar, en caso de producirse, el ataque.

Unos minutos después, vió la afeitada cabeza de un salvaje asomar con precaución por la parte alta. La luz del sol que la iluminaba hacía de ella un excelente blanco y Búffalo Bill, desde el lugar que había elegido como escondite apuntó con su arma.

El indio se arrastró hasta el sitio donde se hallaba el extremo de la cuerda. Búffalo Bill, lo veía claramente, apuntó y ¡crack! El indio permaneció quieto un momento, luego se puso de pié, abrió los brazos y cayó rodando.

La habilidad del adversario, aterrorizó sin duda a los del resto de la partida, pues los gritos de alarma repercutieron de uno en otro barranco y a continuación se oyó un rumor de voces.

Búffalo Bill se aventuró sospechando lo que ocurría y cambiando de sitio vió que los salvajes rodeaban al hombre de la camisa roja y que en seguida ocultándose en los accidentes del terreno se apartaban de allí.

Búffalo Bill pudo ver claramente la figura del renegado Joe al alcance de sus balas y pensó en seguida en aprovechar aquella ocasión que tan propicia se le presentaba. Levantó el arma, pero al ir a apretar el gatillo se contuvo.

—¡No! — dijo. — Eres un vil canalla. Pero yo no puedo dar muerte así a un hombre blanco.

A más de cien yardas, hacia la izquierda del lugar donde se encontraba Joe, iba marchando uno de los fugitivos. El adorno de su cabeza, con más cantidad de plumas que los de los demás, demostraba que era el jefe de la banda.

Se trataba, en efecto, de Zorro Gris y la alta silueta se destacó un momento con nitidez.

Rápidamente, Búffalo Bill apuntó, hizo jugar el gatillo del arma y el jefe salvaje cayó con el corazón partido por una bala. La pendiente del terreno lo hizo rodar hasta detenerse a los pies del renegado Joe, que lanzó una mirada llena de odio hacia el lugar donde se elevaban las columnas de humo y desde el que partían aquellos certeros disparos.

Luego se alejó procurando defenderse con cuanto consideraba propicio, como un animal lo hace para huir de sus perseguidores.

La repentina huída del hombre blanco fué la señal de desbandada para los pocos que todavía quedaban junto a él, y uno tras otros fueron bajando hacia el barranco para ponerse al abrigo, abandonando así una partida en la que habían muerto algunos de ellos.

El cazador de búfalos se dispuso a saber qué resolución tomaban los salvajes, pues era más seguro tenerlos a la vista, que dedicarse a buscar a Li-Chang y a la mujer.

Cargó el arma y por dos veces la disparó en dirección al Pino Solitario, para completar su obra de atemorizamiento.

—Me parece que ahora ya quedaréis tranquilos,—murmuró.

Buscó un punto por donde bajar al barranco y observó a ver si estaban aún allí los salvajes.

Como no notase señal alguna de peligro, se resolvió a llamar.

—¡Li-Chang! ¡Li-Chang!—gritó.

No recibió respuesta alguna y el cazador de búfalos continuó su camino. De pronto oyó un ruido y a la vuelta de un recodo, por donde habían huído los salvajes, se encontró al renegado Joe, quien había oído el llamado y se había quedado atrás.

Entonces comprendió que su partida de valientes había sido derrotada y puesta en fuga por un hombre sólo y el canalla, conocedor ya del peligro, se disponía a hacerle frente.

Búffalo Bill no llevaba más arma que el rifle que se había colocado a la espalda.

Dando un salto para para tomarlo por sorpresa, Joe se volvió hacia Búffalo Bill, llevando en su mano derecha un fuerte cuchillo.

—¿Quién es usted? ¿Qué anda haciendo por estos sitios?—preguntó en forma agresiva Joe.

Búffalo Bill al ver acercarse al otro había tomado el rifle por el caño, dispuesto a utilizarlo en caso de necesidad, como una maza.

—Creo que no tengo por qué darle a usted explicación alguna, — respondió. — He descubierto su juego y no tiene nada de limpio. O usted no es un hombre blanco o no debía dirigir una banda de pieles rojas.

—Este es un asunto que solo me interesa a mí,—dijo Joe.—Nada tengo que explicarle. Por el contrario, puedo exigir la razón de haber venido hasta aquí a esparcir la alarma hasta mi campamento .

Una mirada de ira brilló en los ojos del cazador de búfalos.

—Esto no le pertenece ni nunca le ha permanecido. El hombre que es dueño de este campamento está en Deadwood y me ha enviado a mí aquí.

—¿A usted?

Joe se quedó mirándolo fijamente. Los sioux habían pronunciado el nombre del hombre a quien Tom Drake debía su salvación, y como el renegado jamás había visto a Búffalo Bill su sorpresa fué grande.

—¿Es usted entonces Búffalo Bill?—dijo.

—Ese es mi nombre.

—Entonces usted es el hombre a quien

yo busco desde hace tiempo y ahora nos vamos a entender los dos... ¡guarda!

Y pronunciando estas palabras, saltó hacia Cody, quien dando un paso hacia atrás levantó sobre su cabeza el rifle. Joe adivinando la intención se inclinó hacia un lado y el arma fué a dar contra una piedra que había detrás. Entonces, ágil como un gato el hombre de la camisa roja levantó su cuchillo.

Pero antes de que el arma cayese, Cody tomó con una de sus manos el brazo que la sujetaba y un grito de dolor brotó de los labios del otro.

Hizo un esfuerzo para desprenderse procurando utilizar la mano que le quedaba libre, pero sólo consiguió empeorar su situación, ya que sus dos muñecas quedaron sujetas como con unas tenazas de hierro.

Luego ocurrió algo que dejó anonadado a Joe, pues con un brusco movimiento Cody colocó uno de sus hombros bajo el cuello de Joe y el cuerpo de éste fué enviado por la espalda de su adversario hasta caer a una considerable distancia sufriendo el rudo choque con las piedras.

Un juramento brotó de los labios del renegado, que se llevó las manos a la cabeza. Búffalo Bill recogió el cuchillo que había caído al suelo y cuando el otro se puso de pié, Cody se hallaba frente a él con el arma en la mano.

—¿Qué ha hecho de Li-Chang y de la señora Drake? — preguntó secamente Búffalo Bill.

El hombre no se movió ni pronunció una palabra. Había en los ojos que lo miraban una expresión tal que el terror lo invadió.

Búffalo Bill, avanzó un paso.

—Nunca he dado muerte a un hombre blanco — dijo — pero si usted ha causado el menor daño a la señora Drake o al chino puede considerarse hombre muerto.... ¿Dónde están? ¿No me oye?

Joe extendió su mano y señaló el peñasco.

—Allí arriba — dijo. — En una cueva y creo que los dos están en salvo.

En aquellos momentos aparecieron en lo alto dos personas que avanzaron directamente hacia el borde de la meseta y se detuvieron allí, y Búffalo Bill pudo ver al chino apoyado en la señora Drake.

—¿Eres tú, Li-Chang? — preguntó Búffalo Bill.

—Sí. Estoy bien. — respondió el chino con débil voz.

Joe se puso en pié

—Ya ve usted que los dos se encuentran bien — dijo con ronca entonación. — Supongo que me creerá ahora y no tomará esto como excusa para dar muerte a un hombre indefenso.

Búffalo Bill dirigió una mirada al canalla.

—Si usted estuviese en mi lugar — le dijo — no vacilaría en hacerlo, perro. Pero yo no soy de su calaña.

Señaló a lo lejos y añadió, con tono de mando.

—¡Váyase! Pero los dos nos volveremos a encontrar en otra ocasión y entonces discutiremos. Yo no acostumbro a dar muerte a ningún hombre indefenso, pero le advierto que andan por ahí algunos de los muchachos y que no le irá muy bien si llega a caer en sus manos. Como lo encuentren no les va a faltar, seguramente, un trozo de cuerda y la rama de un árbol para colgarlo.

—Ya cuidaré yo de evitarlo — dijo Joe — Y nosotros, yo le prometo que nos volveremos a encontrar y procuraré estar en mejores condiciones en esa ocasión.

Después de dichas estas palabras echó a correr y pronto desapareció entre unos matorrales.

Entre tanto Búffalo Bill había vuelto hacia atrás para llegar al sitio donde se encontraba la escala de cuerda que habían arrojado desde la cueva y por la que iban descendiendo la esposa de Drake y el chino, éste muy lentamente a causa de la herida del hombro.

De repente empezaron a escucharse gritos que como una seña se iban repitiendo de un lado a otro. Li-Chang, hizo un movimiento de alarma y miró como interrogando a Búffalo Bill:

—¿No serán los pieles rojas que vuelven, Búffalo Bill?—dijo lanzando un suspiro.

La esposa de Drake, había palidecido al oir los gritos.

El cazador de búfalos sacudió la cabeza.

—No creo que tengan ganas de volver — dijo.—Esos gritos que tanto les alarman son de los muchachos que han venido desde Black Gap... No creo equivocarme. Pero más vale que subamos a lo alto para convencernos.

Entonces se dirigieron hacia el montón de piedras donde Drake había escrito algunas frases para indicar su derecho a aquellos sitios y Búffalo Bill, sacando un lapiz, escribió su nombre debajo del otro.—"Bill Cody", luego alargó el lapiz a Li-Chang.

—Tenga. Lí—Ponga ahí su famoso jeroglífico. Ese canalla de Joe no podrá decir que este campamento le pertenece; pero nosotros tenemos derecho a decir que lo hemos defendido y a escribir aquí nuestros nombres en prueba de ello, y como testigos.

Li-Chang, tomó el lapiz y dibujó el jeroglífico que los habitantes de Deadwood, veían pintado en la muestra de su casa de lavado y planchado. Búffalo Bill, sonreía satisfecho.

—Ya está hecho todo—dijo a la señora Drake.—Desde ahora usted o su esposo pueden hacer valer sus derechos sobre esta mina. Ahora vamos a dar un vistazo hacia el barranco para ver lo que ocurre por allí.

Siguieron el camino y apenas habían andado algún trecho, cuando sintieron nuevamente los gritos que tanta alarma habían causado al chino y a la mujer.

—¿Es usted, Bill Cody? — gritó una voz.

Búffalo Bill hizo una señal como respuesta y se adelantó.

—Sí. Yo soy Sin — añadió. — ¿Dónde están los otros muchachos?

Sin, el minero chasqueó la lengua

—Andan persiguiendo a los otros que hu-

yen como conejos. Creo que van a tener trabajo por las montañas durante todo el día. No hay en el mundo perros tan cazadores, como mis muchachos. Persiguen a los sioux, como si fuesen liebres. En cuanto recibimos el mensaje que nos envió con la yegua nos pusimos en marcha.

Habían llegado al lugar donde estaban la esposa de Drake y Li-Chang y Sim, tendiendo el brazo y señalando a los otros, exclamó:

—Ya veo que usted ha hecho también su trabajo.

Búffalo Bill sonrió.

—Todos; parece ser que no hemos perdido el tiempo... Creo que esta vez recolectará algunas cabelleras más... Por mi parte le regalaré algunas para ese museo que tiene usted, según tengo entendido.

Sin sacó un pequeño y afilado cuchillo que llevaba en la cintura.

—El trato es ese, — dijo. — Si hay algo que yo prefiera, es la cabellera de un sioux. No creo que con ello haga nada de más. Usted ya sabe que en una ocasión me dejaron en esta forma.

Y con gran horror de la señora Drake se quitó su sombrero de anchas alas y dejó al descubierto la cabeza donde se veía la espantosa cicatriz dejada al arrancarle una tira de cuero cabelludo.

Búffalo Bill sonrió y mirando a la mujer y al chino, añadió como una explicación.

—Sin era un jovencito cuando una banda de canallas de esa especie atacó la ciudad y a él, entre otros. Lo dejaron creyendo que estaba muerto, pero se equivocaron, pues tenía la suficiente vida para curarse y tomar venganza del hecho.

Una llamarada iluminó los pardos ojos de la señora Drake y sus labios se desplegaron en una sonrisa.

—No lo censuro,—dijo.

Li-Chang y Búffalo Bill cambiaron una mirada de inteligencia.

. . . .

A la caída de la tarde, llegaba a la ciudad de Deadwood un grupo de alegres y risueños hombres. Eran los que habían salido en la mañana de Black Gap, y en el centro de ellos cabalgaban Búffalo Bill y María Drake.

Detrás de la pequeña procesión marchaban un par de caballos, conduciendo unas angarillas, en las que iba tendido Li-Chang.

Los ojos del chino estaban abiertos y en su tranquilo semblante se dibujaba una sonrisa de satisfacción; sonrisa que se convirtió en un gesto de alegría cuando de la puerta del hotel, Tom Drake corrió hacia los recién llegados para abrazar a su esposa.

El buscador de oro soltó a su mujer para tender la mano hacia Búffalo Bill.

—¿Cómo agradecerle cuanto ha hecho, camarada?— dijo, después de que su esposa la hubo referido cuanto había pasado y cómo Búffalo Bill había llegado, para salvarla, en el momento preciso.

Pero Búffalo Bill no admitió las felicitaciones y señalando al chino, exclamó.

—¡No tiene que agradecerme nada a mí! Si hay alguien que merezca que se le den las gracias, es mi camarada amarillo.

Luego, con un brillo singular en los ojos, continuó:

—No he terminado aún mi tarea. Hay por ahí un Renegado Joe, al que hay que echar la mano encima y castigar; y hasta que no lo haya hecho, no admito que se me agradezca nada.

Cómo Búffalo Bill ajustó finalmente las cuentas al renegado Joe, será tal vez objeto de otro interesante relato.

FIN de "La Promesa de Buffalo Bill"



La Noche de la Brujería

por RAFAEL SABATINI

En esta narración de grandísimo interés, el autor se ocupa de hechos acontecidos en Francia durante el reinado de Luis XIV, cuando la superstición y las prácticas de la magia negra aún tenían numerosos prosélitos en Francia.

ESPLENDIDAMENTE, insolentemente hermosa, con un brillante rizo de su bronceado cabello destacándose sobre su cuello de marfil, la marquesa de Montespan se hallaba sentada, — a alguna distancia de la lujosa y movediza concurrencia que reía y charlaba, — en el hueco de una ventana. Con la barba en la palma de la mano, miraba hacia el parque de Versalles, que empezaba a mostrar los primeros verdores de la naciente primavera. Había un infierno en su corazón y se notaba en sus ojos el estado de su ánimo cuando a veces, miraba hacia la antecámara real, hacia la reluciente figura del rey, que se inclinaba, — altanero y orgulloso hasta en la adoración, — ante la hermosa señorita de Ludres.

Los celos, la rabia y temor reuníanse para dominar su espíritu. Durante siete años había sido más que reina de Francia y su dominio sobre Luis XIV había sido absoluto y único; todos habíanle rendido sumiso homenaje, desde los más altos miembros de la nobleza hasta el último de los plebeyos.

Pero ahora su dominio se tambaleaba debido a la irreductible inconstancia del rey.

Sentada en el hueco de aquella ventana observaba furtivamente las sumisas manifestaciones de adoración de su majestad ante su nueva elegida.

Era un personaje casi ridículo, ese Luis XIV que los libros de historia, repitienao las frases de los aduladores de su época pintan de modo tan distinto. Reducida la cortesanía a su debido valor y ateniéndose sólo a los hechos realmente comprobados, de su vida, se llega al descubrimiento de que el título más alto que podía merecer ese "Rey Sol" (Le Roi Soleil) era el de rey de opereta.

Hombre sin corazón, voluptuoso y de mediana inteligencia, había logrado envolverse en lo que Saint Simón llamó "una terrible majestad". Obsesionado por la idea de la majestad, casi de la divinidad de la realeza, asombraba al mundo mediante ceremoniales de etiqueta que eran casi sacramentales. De ellos rodeaba hasta los actos más sencillos de la vida diaria. Así, cuando se levant..ba por la mañana tenían que atenderle los príncipes de sangre real y los primeros caballeros de Francia: uno para presentarle las medias, otro para ofrecerle, rodilla en tierra, las reales ligas, un tercero para cumplir con el rito de entregarle la peluca, y así hasta que quedaba completa la "toilette" de su rolliza persona. Sólo faltaba el incienso; tal vez algún noble turiferario hubiera podido envolverle en nubes de humo cada vez que se ponía una prenda. Pero quizás no pensó en ello.

Poseía en alto grado la facultad de imponerse a los hombres, y aún más, el arte de dominar a las mujeres. Estas desempeñaban importante papel en su corte y aquellas hacia las cuales volvía la mirada de sus negros ojos, resultaban, en sus manos, maleables como la cera, bajo los rayos solares del Rey Sol. La excepción era madame de Montespan, que había dado con el secreto de trocar los papeles así que, en manos de ella, era el rey quien resultaba blando como cera para modelar.

Francisca Atenías de Tonnay-Charente, había llegado a la corte en 1660, como doncella de honor de la reina. De un gracejo y una distinción equiparables a su soberbia belleza, era también exageradamente piadosa, comulgaba todos los días y constituía un modelo de virtudes entre todas las doncellas de honor. Esto siguió así hasta que la tentó el demonio. Cuando esto sucedió no se conformó con comer una manzana, sino que devoró todo el huerto. El orgullo y la ambición fueron las causas de su caída. Compartía los celos que todas sentían por Luisa de la Valliere y ambicionaba los honores y el esplendor que rodeaba a esta desdichada favorita.

Ni aun su casamiento con el marqués de Montespan, a los tres años de haber llegado a la corte, logró influir en sus ambiciones. Y cuando el Rey Sol se fijó en sus opulentos encantos, cuando, por fin, vió cerca de ella el objeto de su ambición, su esposo estuvo a punto de echarlo todo a perder con su poco acomodaticia conducta. El presuntuoso marqués tuvo la desfachatez de disputarle su mujer al mismo Júpiter; fué tan ciego que no supo apreciar el honor de que el Rey Sol pretendía hacerle objeto.

Al expresarme así, me hago eco de lo que entonces declase en la corte de Francia.

Cuando el marqués de Montespan comenzó a dar que hablar por haberse expresado furiosamente contra la excesiva amistad que el rey mostraba por su esposa, su conducta asombró tanto a la señorita de Montpensier, la parienta del rey, que le llamó: "hombre extravagante y extraordinario". En su cara le dijo que debía estar loco para proceder de semejante modo y que su manera de pensar era tan estrafalaria que nadie podría ser de su opinión. El marqués provocó desagradables escenas con el rey, mediante conversaciones en las que hizo alusión a la Biblia y se refirió al rey David. Estas alusiones fueron consideradas del peor gusto. Se atrevió a decir que el Rey Sol debía esperar el castigo de Dios. Si escapó a las consecuencias de una "lettre de cachet" (carta con el sello real), ordenando su encierro en uno de los calabozos de la Bastilla, fué solamente porque el rey temió que con ello corrieran más aún las escandalosas injurias proferidas contra la dignidad real.

La marquesa se mostraba furiosa en privado y burlona en público. Cuando la señorita de Montpensier le indicó que, en bien de la seguridad de su esposo debía evitar que siguiera haciendo lo que hacía, ella se expresó con amargura.

—Mi esposo y mi loro, — dijo la marquesa, — divierten a la corte a costa mía.

Por último, viendo que ni criticando al rey ni pegándole a su mujer, conseguía hacer su voluntad, el señor de Montespan se resignó a su manera. Se vistió de luto, como si hubiera enviudado, vistió a sus sirvientes de luto y se presentó en la corte, en un carruaje enlutado, a despedirse ceremoniosamente, de sus amigos. Esto irritó profundamente al Rey Sol y estuvo muy cerca de ponerle en ridículo.

Desde entonces, Montespan abandonó su esposa al rey. Se retiró, primero a sus tierras, en provincias y luego de Francia, porque tuvo noticias de que el rey había dicho que iba a arreglar cuentas con él. Mientras tanto, la señora de Montespan se instalaba como "maitresse en titre", y en Enero de 1669 dió a luz al duque de Maine, el primero de los siete hijos que había de darle a su rey. El parlamento se encargaría de legitimarlos y el país de darles títulos, dignidades y proveer de rentas reales a ellos y a sus descendientes, para siempre. ¿Les extraña a ustedes que estallara una revolución un siglo después y que el pueblo, cansado al fin del parasitario anacronismo de tal realeza, se levantara arrasándolo todo a fin de quitarse de encima el intolerable fardo que le agobiaba?

El esplendor de la señora de Montespan durante aquellos días fué algo tal como no se había visto jamás en la corte de Francia. En su posesión de Clagny, cerca de Versalles, había un magnífico castillo. Luis había comenzado a construir una casa de campo que a ella no le gustó nada.

—Eso,—díjole al rey,—puede ser suficiente para una bailarina de la ópera, pero no para mí.

El monarca enamorado no tuvo más recurso que ordenar su demolición y llamar al famoso arquitecto Monsard para que levantara allí una morada ultra real.

En Versalles, mientras la olvidada reina tenía que conformarse con diez habitaciones en el segundo piso, Madame de Montespan estaba instalada en doble cantidad de habitaciones en el primer piso; y mientras un solo paje bastaba para llevar la cola del vestido de la reina en la corte, nada menos que la esposa de un mariscal de Francia debía desempeñar el mismo cargo a las órdenes de la favorita y llevar la cola del vestido de la señora de Montespan. Gozaba de privilegios de que pocas reinas habían gozado. Una numerosa guardia constituía su escolta personal y cuando viajaba lo hacía en su coche, tirado por seis caballos, seguido de una numerosísima escolta de distinguidos oficiales y los funcionarios del Estado, de las poblaciones por donde pasaba, acudían a rendirle honores oficiales.

Su desmedido orgullo la hizo transformarse en tirana de todos, aun del mismo rey.

"Tempestuosa y triunfante", descríbela Madame de Sevigné en aquellos días en que el rey resultaba su completo, sumiso y casi tímido esclavo.

Pero la constancia no es virtud propia de Júpiter. Comenzó a mostrarse intranquilo y por último, abandonando todo recato se entregó a la inconstancia más escandalosa y flagrante. Es de dudar que la historia de los amores reales, a pesar de toda su fecundidad, pueda ofrecer nada semejante. En pocos meses de tiempo, la señora de Soubise, la señorita de Rochefort-Theobon, la señora de Louvigny, la señorita de Ludres, y otras de menor importancia, pasaron en rápida sucesión por la hoguera de la pasión del Rey Sol y por último la corte se asombró al ver a la viuda de Scarron,—que había sido designada gobernanta de los hijos de la señora de Montespan,—subir de rango y de cargo de tal manera, que no fué posible dudar ya de cuál era su verdadera posición en la corte.

La señora de Montespan, olvidada ahora por Luis, era objeto de los comentarios sarcásticos de los cortesanos que al mirarla pasar, sonreían, llenándola de ira el corazón. Por su parte, ella se burlaba abiertamente de la falta de buen gusto del rey. Sus comentarios zaherían a las damas que la habían suplantado, pero no obstante, sentíase desgarrado el corazón por los celos, comprendiendo que estaba a punto de sufrir el mismo destino que, por culpa de ella, había sufrido la señorita Luisa de la Valliere.

Este temor era el que la dominaba en aquel momento en que se hallaba sentada en el hueco de una alta ventana, reducida casi al papel de simple espectador, ella, que tenía por costumbre representar el primer papel de aquella comedia. Mientras miraba, sus ojos tropezaron con la esbelta y distinguida figura del caballero De Vanens, que vestido de negro de pies a cabeza, se destacaba del grupo de trajes de colores fuertes. Su rostro era pálido y expresivo; sus ojos, muy negros, miraban fijamente con penetrante mirada. Todo su aspecto era agradable y simpático y daba qué pensar...

Porque el caballero De Vanens, el joven provenzal, era conocido entre los demás nobles de la corte, por su afición a la magia. Se hablaba en voz baja de dos o tres momentos tenebrosos de su vida pasada. Por su parte, él no negaba que se dedicaba al estudio de la alquimia, a las investigaciones encaminadas a descubrir la "piedra filisofal" que había de producir la transmutación de los metales y especialmente del plomo en oro. Pero si se le hablaba de prácticas demoníacas, negaba tener nada que ver con ellas, aun cuando nadie le creía.

A este peligroso personaje fué al que acudió Madame de Montespan aconsejada por la desesperación que la dominaba.

Sus miradas se cruzaron en el momento en que él pasaba rápidamente y con una sonrisa perezosa y un movimiento de su gran abanico de blancas plumas, ellas le indicó su deseo de que se aproximara.

—Decidme, De Vanens,—manifestó ella,—¿es verdad que vuestros experimentos en busca de la "piedra filosofal" han tenido tan excelente resultado como dicen? Afirman que habéis logrado transformar el cobre en plata.

Sus penetrantes ojos la observaron, entornados picarescamente y una sonrisa arqueó sus delgados labios.

—Lo que dicen es verdad,—dijo.—He logrado fundir un lingote que la casa de moneda me ha comprado como si fuese de verdadera plata.

El interés de Madame de Montespan pareció acrecentarse.

—¡La casa de moneda! ¡Es decir, la oficina que contrasta los metales puros!—exclamó asombrada.—¡Pero entonces, amigo mío... —Y temblaba, excitada.— ...habéis realizado un verdadero milagro.

—Eso mismo, — admitió él. — Pero aun falta otro milagro, que ha de llegar: la transmutación de un metal básico en oro.

—¿Creéis posible realizarlo?

—En cuanto haya logrado perfeccionar el modo de solidificar el mercurio, todo lo demás me será fácil. Y creo que pronto lograré mi propósito.

Se expresaba con plena confianza en sí mismo como quien está convencido por completo de la veracidad de lo que dice. La marquesa se quedó pensativa. Después de una breve pausa, suspiró.

—Sóis poseedor de muy profundos secretos, caballero De Vanens; ¿no conocéis ninguno que ablande los corazones endurecidos y les obligue a responder al afecto que se les profesa?

Miró De Vanens a aquella mujer de la que Saint Simon dijo que era "hermosa como la luz del sol" y sonrió nuevamente.

—Buscad en el espejo de vuestro tocador a alquimia necesaria para eso,—dijo.

Una mueca de furor disfiguró durante un instante el rostro de aquella mujer. Bajó la voz, al decir, después de mirar a uno y otro lado, furtivamente:

—Ya he buscado donde vos decís y ha sido en vano. ¿No podeis auxiliarme en este caso, vos, que tantos sabeis?

—¡Qué! ¿Deseais un filtro de amor?—preguntó él en voz baja.—¿Hablais en serio?

—¿Os burlais de mí al hacerme esa pregunta? ¿No comprenden todos los que ven lo que me pasa, que es eso lo que necesito?

Vanens se puso muy serio.

—Eso pertenece a una parte de la alquimia de la que yo no me ocupo,—dijo lentamente.—Pero estoy en buena relación con quien cultiva esa rama desconocida para mí.

Ella le tomó de un brazo, nerviosamente.

—Os advierto que estoy dispuesta a pagarlo muy bien.

—Eso es necesario siempre en tales casos. Se trata de cosas muy caras.—Miró en redor para persuadirse de que nadie les observaba y se inclinó mas todavía.—Hay una hechicera llamada la Voisin, en la rue de la Tannerie, muy conocida como adivina por muchas damas de la corte. Si yo le aviso, os preparará lo que necesitais.

La Montespan se puso muy pálida. La religiosidad de que siempre había hecho gala, —religiosidad a la que había permanecido fiel a pesar de las irregularidades de su vida,—la incitaba a retroceder ahora ante lo que antes deseaba. La hechicería era cosa del demonio. Así lo dijo. Pero Vanens se rió.

—Lo que interesa en esos casos es la eficacia.—dijo,—y no se piensa en nada más.

En aquel momento la vibrante y alegre risa de la señora de Ludres resonó en el salón, llegando hasta sus celosos oidos. El orgullo y la ambición se irguieron furiosos y atropellaron todo sentimiento religioso. Era necesario que Vanens la llevara a casa de la bruja pues, fuera la que fuera, ella necesitaba el auxilio que podía ofrecerla.

Así pues, una oscura noche, poco después, Luis de Vanens ayudaba a bajar de un coche a una enmascarada dama, en la esquina de la rue de la Tannerie y la acompañaba hasta la puerta de la casa de la Voisin.

Abrió la puerta para que entraran, una joven de unos veinte años, Margarita Monvoisin,—la hija de la bruja,—que les acompañó al piso alto, a una habitación lujosamente amueblada, con las paredes adornadas con hermosos tapices de dibujos rojos sobre fondo negro, representando animales monstruosos. Separáronse unas negras cortinas y por entre ellas apareció una mujer baja y gruesa, de aspecto agradable, de ojos muy grandes y negros como el azabache. Vestía una fantástica túnica de terciopelo rojo adornada con valiosas pieles y con águilas bicéfalas bordadas en oro, que debía valer una fortuna. Los zapatos eran también de terciopelo rojo, bordados con el mismo adorno en oro.

—¡Ah! ¡Vanens!—dijo en tono familiar.

El se inclinó cortésmente.

—He venido acompañando,—dijo, — a una dama que necesita de vuestra habilidad.

Y con un movimiento de la mano indicó a la mujer que, envuelta en su abrigo y en su chal, y enmascarada además, habíase quedado en un rincón.

La Voisin miró un momento a la enmascarada.

—Los rostros de terciopelo poco me dicen, señora marquesa,—dijo con calma.—El rey no mirará al rostro que os empeñais en ocultar a mi vista.

Madame de Montespan lanzó una exclamación de sorpresa y de enojo. Se quitó el antifaz.

—¿Me conocisteis?

—¿Podeis dudarlo cuando os he dicho lo que ocultais en vuestro corazón?

La señora de Montespan era tan crédula como puede serlo una mujer exageradamente religiosa.

—Siendo así y ya que sabéis que es lo que busco, decidme: ¿podreis conseguirlo?—preguntó febril de emoción.—¡Os pagaré bien!

La Voisin se sonrió enigmáticamente.

—Empedernido tiene que ser el caso al que no logre vencer mi medicina,—dijo.—Permitidme antes estudiar qué es lo que conviene hacer. Dentro de pocos días os avisaré. Pero ¿tendreis suficiente valor para someteros a cuanto se os indique?

—¡Para todo cuanto pueda proporcionarme lo que tanto deseo! — respondió la marquesa.

—Dentro de pocos días, pues, tendreis noticias mías, — dijo la bruja.

Y con esto se despidió de su visitante.

Dejando tras sí un bolsillo de malla de seda lleno de monedas de oro, como Vanens le había indicado, la marquesa se retiró con su acompañante. Y allí, con esa presentación a la Voisin, terminó, según los datos que se tienen, la intervención de Vanens el caballero provenzal y alquimista, en el asunto.

En su residencia de Clangy esperó la señora de Montespan, durante tres días, febril de impaciencia, la llegada de la bruja. Pero cuando por fin se presentó la Voisin, la propuesta que la hizo fué tal que la marquesa retrocedió horrorizada y tal vez indignada.

El acto de magia que proponía la Voisin exigía la actuación de un coadjutor, el abate Guibourg, que se encargaría de la celebración de la misa negra. La señora de Montespan había oido hablar algo de la celebración de esos terribles ritos de Satanás, suficiente para que mirara con asco y disgusto a la mujer de rostro pálido y de grandes ojos negros que la insultaba al proponerle semejante cosa. Dió rienda suelta a su furor durante unos momentos y llegó hasta a pegar a la Voisin, que la miraba con rostro impávido e inexpresivo, con una indiferencia rayana en desprecio. Pero aquella calma impenetrable, casi sobrenatural, consiguió abatir en poco rato todo el furor de la marquesa. Entonces la urgencia de lo que necesitaba presentóse de nuevo ante su mente y pidió que le dijera la Voisin, con más claridad, qué era lo que

esperaba de ella. Lo que la bruja le dijo fué algo más extraordinario que cuanto había podido imaginar.

Pero la Voisin argumentó:

—¿Puede algo que tenga algún valor, ser obtenido sin sacrificio? ¿Se puede ganar algo, en esta vida, sin pagarlo de algún modo?

—¡Pero el precio, en este caso, es monstruoso! — protestó madame de Montespan.

—Medidlo por las ventajas mundanas que pueden ganarse. No son pequeñas, señora. Gozar de riquezas sin límite, de poder sin límite y de honores sin límite, ser más que la reina... ¿Os parece merecedor de algún sacrificio?

Para la marquesa de Montespan debía valer cualquier sacrificio en este mundo o en el otro puesto que por fin logró dominar su disgusto y accedió a prestarse a lo que primero le parecía un horror. Tres misas, le dijeron, iban a ser necesarias, para asegurar el éxito y se resolvió celebrarlas en la capilla del castillo de Villebousin, donde Guibourg había desempeñado el cargo de limosnero, y a la cual pidía entrar cuando se le diera la gana. El castillo estaba deshabitado.

Era el castillo una tenebrosa fortaleza medioeval, ennegrecida por los años y situada, —rodeada de ancho foso, — en un lugar solitario, a dos millas al sud de París. Allí, en una oscura noche de Marzo, fué la marquesa de Montespan acompañada por su camarera confidencial, la señorita Desoeillets. El coche en que fueron lo dejaron, esperándolas, en el camino de Orleans y desde allí, escoltadas sólo por un criado, se encaminaron por un sendero semidestruído y lleno de fango hacia el imponente castillo, cuya mole se dibujaba indefinida en la oscuridad del cielo. El viento gemía en las almenadas torres; una fila de álamos, plantados como negros y fantásticos guardianes de aquel horrible lugar, se inclinaban ante su creciente furia. De las aguas del foso, crecidas a consecuencia de las recientes lluvias, se oía un gorgoroteo que crispaba los nervios. La señorita Desoeillets sentíase asustada ante la oscuridad, la desolada soledad y lo espantoso del lugar; pero no se atrevía a quejarse, mientras avanzaba tropezando, molestada por el viento, temerosa de disgustar a su patrona. Pasaron por un puente levadizo, debajo del cual ondulaban las aguas aceitosas del foso y penetraron en un patio donde se olía a humedad. Una puerta claveteada estaba abierta y por su hueco se veía la luz amarillenta de un farol que fué oscurecida por la silueta femenina cuando se oyeron los pasos de la marquesa y de sus acompañantes en el patio.

Era la Voisin que estaba de pie en el hueco, esperando a su cliente. En el hall, de piso de piedra, que se extendía tras ella, la luz del farol reveló la presencia de su hija, Margarita Monvoisin y de un tipo bajo y deforme de rostro astuto, vestido de negro, con una peluca roja, un mago llamado Lesage, uno de los coadjutores de la Voisin, pillastre bastante hábil que explotaba a las brujas de París en beneficio propio.

Dejando a Leroy, — el criado que había acompañado a la marquesa,—en el piso bajo, en compañía de Lesage, la Voisin tomó una palmatoria con una bujía que encendió, y guió a la señora de Montespan por una ancha escalera de piedra, fría y ventilada, hasta la antesala de la capilla, situada en el piso de arriba. La señorita Desoeillets siguió a su patrona, muy asustada y Margarita Monvoisin subió detrás de todas.

Entraron en aquella antesala habitación muy espaciosa pero sin más muebles que una mesa de roble en el centro, varios tapices descoloridos y mohosos, en las paredes, y un sillón de madera arqueada y asiento de esterilla, situado junto a la pared. Una lámpara de alabastro puesta en la mesa proyectaba una isla de luz en la oscuridad, y dentro del círculo de sus débiles rayos estaba un anciano grueso, de unos setenta años que vestía hábitos sacerdotales de extraño modelo. Tenía puesta la blanca alba sobre una grasienta casulla adornada con negras piñas de pino; la estola y el manípulo eran de raso negro con piñas de pino bordadas con hilo amarillo.

Su rostro hinchado y rojo era de una disgustante fealdad, las mejillas tenían como una red de venas azules, los ojos eran horriblemente bizcos, los labios desaparecían hacia dentro de una boca sin dientes y un fleco de cabello blanco caía en achatados mechones del cráneo casi enteramente calvo. Aquel era el abate Guibourg, sacristan de Saint Denis, sacerdote ordenado que se había consagrado a sí mismo al servicio del demonio.

Recibió a la marquesa con una cortesía a la que ella correspondió estremeciéndose a su pesar. Estaba pálida, con los ojos dilatados y extraordinariamente brillantes. El terror comenzaba a apoderarse de ella pero, sin embargo, tuvo valor para entrar, cuando se lo indicaron en la capilla, que estaba pobremente alumbrada por un par de bujías puestas junto a una palangana, en una mesa. La luz del altar no estaba encendida. La acompañante se hubiera retirado si no hubiese temido separarse de su patrona. Pasó con ella, tras de Guibourg y seguida por la Voisin que cerró la puerta dejando a su hija en la antecámara.

En "L'Affaire des Poisons", el drama del aplaudido autor francés Victoriano Sardou el escritor tomó para tema de su drama los hechos históricos que estoy relatando. En el primer acto presenta a un grupo como el que nosotros acabamos de ver, cuando entra en el salón donde se ha de celebrar una misa negra. La decencia que debe tener toda obra teatral le obligó a evitar que el público fuera testigo de la ceremonia y aun cuando la descripción escrita no es nunca tan vivaz como la reproducción escénica, y podría yo gozar de mayor licencia a ese respecto, confieso que el decoro y la cultura del público que me ha de leer me inclina a no hacer uso de ella y a desistir también de describir la ceremonia que se desarrolló en la capilla. Si ustedes quieren trasponer la puerta de esa capilla lo harán en otra compañía que no sea la mía. Por el momento deben contentarse con que-

larse en la antecámara con Margarita Monvoisin.

Aun cuando no tomó parte jamás en ninguna de las brujerías practicadas por su madre, Margarita estaba al corriente de todo y sabía mas que adivinaba, qué horrendos ritos se celebraban tras de la cerrada puerta de la capilla. Nada más que el pensar en ellos la llenaba de asco y de disgusto mientras se encontraba sentada en el borde del sillón. Débilmente a través de la cerrada puerta se oía la voz acompasada del sacrílego oficiante a la que se unía el gemido lánguido y lastimero del viento en la chimenea.

A medida que pasaban los momentos acrecentábase el horror de Margarita a tal punto que el asco parecía estar próximo a ahogarla. Era como si un hálito infeccioso procedente de los encantamientos de Guibourg se filtrara por las hendijas de la puerta y envenenara el aire que ella respiraba.

En una ocasión, dominando el sonsonete de la voz del abate se oyó un grito debil horrendo, escasamente humano, ahogado en seguida por el gemido de una ráfaga de viento que sacudió las ventanas altas del castillo como si todas las legiones del infierno hubieran volado en torno de las torres. Se oyó un tableteo extraño en la campana de la enorme chimenea vacía de la antecámara y entre aquel ruido creyó oir, Margarita una carcajada satánica, horripilante indescriptileb, llena de una alegría que daba miedo.

Un escalofrío sacudió todo su cuerpo y sintió tánto miedo que se encogió, helada de espanto y temblando de pavura, en el sitio donde se había refugiado.

. . . .

Había transcurrido como media hora cuando la marquesa de Montespan salió de la capilla. Tenía su rostro una palidez de espectro, le temblaban las piernas en el momento de trasponer el umbral y tenía los ojos dilatados por el terror. A pesar de todo eso consiguió avanzar erguida y altiva y hablar enérgicamente a la señorita Desoeillets que se tambaleaba, siguiéndola.

Se retiró de aquel sitio horrendo llevando consigo unos polvos compuestos de diabólicos ingredientes,—el codiciado filtro de amor,—que debía hacer tomar al rey para asegurarse la renovación del afecto hacia ella que iba desvaneciéndose.

La marquesa consiguió que un protegido suyo, un pinche de la cocina de palacio, al que pagó bien, se arreglara de modo que aquellos polvos fueran agregados un día a la real sopa de su majestad. El inmediato y lógico resultado fué que el rey se pusiera violentamente indispuesto y la ansiedad de madame Montespan fué terrible. en consecuencia. Al curar de su indisposición sin embargo, pareció que el endemoniado sacramento,—que para ese entonces había sido repetido tres veces,—había surtido su efecto.

Las consecuencias, en verdad, parecieron justificar toda la fe de la señora de Montespan en la brujería y compensarle todo el terror y toda la angustia a que se había visto sometida. La señora de Ludres fué mirada con suma frialdad, casi con indiferencia, por el convaleciente rey. Pronto quedó descartada definitivamente y la viuda de Scarron se vió desdeñada por el antes rendido monarca. Y el Rey Sol volvió la mirada hacia la bellísima marquesa, de la que volvió a ser el mismo sumiso esclavo de antes.

Así, pues, la señora de Montespan se vió una vez más "tormentosamente triunfante" y dominó, aun más que antes, sobre la voluntad del Rey Sol. Madame de Sevigné, la famosa autora de las no menos famosas "cartas", hablando de esta fase de las relaciones del rey con la Montespan, dice que la reconciliación fué tan completa, que a ambos parecían haberles sido devuelta la fogosidad de los años juveniles. Así continuaron durante dos años enteros. Jamás, en su época anterior, había dominado de modo semejante la marquesa de Montespan; jamás había sido más absoluto su poder. Ni la menor nube enturbiaba la serenidad de su dominio.

Pero resultó ser, finalmente, nada más que las postreras llamaradas de un fuego que se extinguía y que apagó por completo en 1679 la señorita de Fontanges. Doncella de honor de la reina, era casi una niña, pues no tenía más que diez y ocho años; era rubia, de cabello muy claro, con mejillas rojas y ojos muy grandes e infantiles. Y fué por esta muñeca por la que se vió descartada la belleza exhuberante de la marquesa de Montespan.

Los honores llovieron a raudales sobre la nueva favorita. Luis la hizo duquesa designándole una renta de 20.000 libras. Si esto disgustó profundamente al pueblo, más todavía disgustó a madame de Montespan. Enceguecida por su furor riñó en público con la flamante duquesa y provocó más de una desagradable escena con el rey, expresándose en tales ocasiones con perturbadora franqueza, al hablar de la onduela del rey y decir lo que de ella pensaba.

—Os deshonráis a vos mismo, — díjole entre otras cosas.—¡Hacéis traición a vuestro buen gusto amando a esa muñeca blanca y rosada, una pequeña tonta que no tiene más talento, ni imaginación ni modales, que pudiera tener si estuviese pintada en una tela! — Después, acrecentándose su encono le gritó a la cara: —¡Parece imposible que vos, todo un rey, aceptéis las sobras de los rústicos amantes de esa damisela!

Al decir esto el rey se puso rojo de ira y avanzó hacia ella.

—¡Esa es una infame mentira! — gritó. Señora: sóis insoportable!—Estaba enojadísimo y le enojó aún más al ver que ella, muy serena, burlándose del furor de quien podía hacer que inclinaran ante él la cabeza los más orgullosos personajes de Francia.—¡Tenéis el orgullo de Satanás! Vuestra ambición es insaciable; vuestro espíritu dominador es enteramente insufrible. ¡Tenéis la

lengua más mentirosa y venenosa del mundo!

La respuesta brutal de la marquesa asestó al rey un golpe terrible.

—¡Con todas mis imperfecciones, — replicó en tono burlón,—al menos no tengo el defecto de oler tan mal como vos oléis!

Fué ésta una contestación que extinguió toda posibilidad de nuevo arreglo. Aquella frase era fatal para la dignidad, para la "terrible majestad" de Luis XIV. Le despojaba de toda su divinidad y le presentaba como intensamente y hasta desagradablemente humano. Ya no podía haber esperanza de perdón.

Luis XIV se puso pálido. Un silencio glacial envolvió a los que habían tenido la desgracia de haber oído aquella frase que de tal modo había manoseado al rey. Después, sin agregar ni una sola palabra, procurando en vano recobrar la dignidad que la marquesa había pisoteado de semejante modo, dió media vuelta y haciendo resonar contra el parquet del piso sus tacos rojos, se alejó.

Cuando madame de Montespan se dió exacta cuenta de lo que había hecho, no le quedó más que rabia y su descendiente inmediato: el deseo de venganza. La duquesa de Fontanges no debía gozar de su victoria, y Luis no escaparía al castigo que merecía su desvío. La Voisin le proporcionaría el modo de satisfacer su deseo. Y fué una vez más, a la casa de la rue de la Tannerie.

En esta ocasión, lo que deseaba madame de Montespan era algo en lo que la bruja era especialmente hábil. Si se veía usted molestado por un rival, si su esposo insistía en sobrevivir a su afecto hacia él, si aquellos a quienes esperaba heredar se agarraban tenazmente a la vida, las brujas, mediante sus sortilegios y el uso de polvos, — en los cuales era el arsénico el componente más "mágico", — podían, generalmente, solucionar las cosas a su gusto. En realidad tan extendida y tan general había llegado a hacerse la práctica del envenenamiento, que las autoridades, despertadas a la realidad por las sensacionales revelaciones de la marquesa de Brinvilliers, habían establecido aquel año, 1679, el tribunal conocido por el nombre de la "Cámara Ardiente", para investigar al respecto y castigar a los culpables.

La Voisin prometió ayudarla. Solicitó la cooperación de otra bruja, de horrenda reputación, llamada La Filastre, de su coadjutor Lesage y de dos expertos envenenadores, Romaní y Bertrand, que combinaron un ingenioso plan para dar muerte a la duquesa de Fontanges. Irían a visitarla. Romaní fingiéndose vendedor de telas y Bertrand como su sirviente, para ofrecerle su mercancía, entre la que figuraban varios pares de hermosísimos guantes de Grenoble que eran entonces los más bellos gunates del mundo y los favoritos de todas las damas elegantes. Estos guantes estaban preparados por ellos de conveniente modo, siguiendo ciertas recetas mágicas, gracias a las cuales la duquesa, después de tenerlos puestos debía morir de una lenta enfermedad que no podrían hacer que nadie sospechara que se trataba de un envenenamiento.

Al rey se le iba a tratar mediante un memorial en el que pondrían los mismos polvos mágicos, y recibiría la muerte al leer lo que parecería una petición desprovista de toda malicia. La Voisin en persona debía ir a Saint Germain a presentarle su petición, el lunes 13 de Marzo, uno de los días en que, de acuerdo con la antigua costumbre, el rey atendía personalmente a todo el que quería verle y pedirle algo.

Así lo combinaron aquellos pillastres. Pero el destino estaba ya, silenciosamente, rondando en torno de la Voisin.

Sucedió que una oscura y vulgar mujer del pueblo bajo había bebido un vaso de vino de más tres meses antes, y fué la que libró al rey de la muerte. Si al lector le interesa estudiar cuánta es la distancia que separa a veces la causa del efecto, éste es un caso digno de su atención. Tres meses antes un sastre llamado Vigoureux, cuya esposa practicaba secretamente la brujería, invitó a comer a varios amigos y amigas, entre los que se hallaba una íntima amiga de su mujer, llamada María Bosse. Esta María Bosse fué la que bebió un vaso de más y el vino ahogando toda prudencia, la indujo a jactarse de lo mucho que ganaba ejerciendo de adivina y teniendo como clientes a las damas y caballeros de la nobleza y también de algo más.

—¡Tres envenenamientos más, — exclamó riendo como loca de contento, — y me retiraré de los negocios con una fortunita regular!

Un empleado de justicia que asistía a la fiesta aguzó el oído, recordó lo que se contaba por la ciudad y dió parte de lo sucedido a la policía. La policía puso una trampa en la que cayó María Bosse. Más adelante, sometida a la tortura en la "Cámara Ardiente", traicionó a la Vigoureux. Esta traicionó a otras y estas otras a otras más.

La detención de María Bosse fué como el primer golpe dado a una fila de bolos, pero nadie podía figurarse que el último de la fila de esos bolos estuviese en las reales habitaciones.

Un día antes de aquel en que debía presentarse en Saint Germain. La Voisin, traicionada a su vez, recibió una inesperada sorpresa de la policía que, naturalmente, no tenía ni la menor noticia del regicidio que su acción iba a impedir, y fué conducida a la prisión del Chatelet. Sometida a la tortura, reveló muchas cosas; pero el miedo al terrible castigo reservado a los regicidas evitó que, hasta el día de su muerte en el patíbulo,—en febrero de 1680,—dijera una sola palabra de sus tratos con la marquesa de Montespan.

Pero hubo otros a quienes ella denunció, durante la tortura y a los que detuvieron poco después de haberla prendido a ella que no tenían tanta firmeza de carácter. Entre éstos se hallaba la Filastre y el mago Lesage. Cuando se vió que estos dos corroboraban las increíbles manifestaciones de la Voisin, el tribunal de la "Cámara Ardiente" se asustó. El juez La Reynie que lo presi-

día, fué a informar al rey de lo que se había descubierto. El rey, horrorizado ante el descubrimiento de las sacrílegas prácticas a que se había entregado la madre de sus hijos, suspendió las sesiones de la "Cámara Ardiente" y ordenó que no siguiera el proceso contra Lesage y la Filastre y no se iniciara causa contra Romaní, Bertrand, el abate Guiborg y los demás envenenadores y magos que habían sido detenidos y que estaban relacionados con el sacrílego tráfico de madame de Montespan.

Pero no fué por el deseo de no castigar a la marquesa de Montespan, por lo que el rey procedió de esa manera; lo hizo para que no sufriera su real dignidad. Temía más que a todo en el mundo, al escándalo y al ridículo que debía alcanzarle en cuanto esos sucesos fueran hechos públicos. Porque temía tanto el comentario popular no pudo infligir castigo alguno a la señora de Montespan.

Esto se lo comunicó a ella en una entrevista que combinó su ministro Louvois, un poco de tiempo después de suspendidas las sesiones de la "Cámara Ardiente".

A esa entrevista, aquella orgullosa dominadora mujer acudió temblando de miedo, llorando de angustia y humillada por primera vez en su vida. La actitud del rey fué fría y dura. Fueron duras y frías las palabras con que la d[illegible] que estaba al tanto de toda la extensión de su infamia, palabras que revelaron el asco y el disgusto que tal conocimiento le causaba. Si en el primer momento ella se sintió atemorizada, aplastada bajo la acusación, no pudo, sin embargo, escuchar pacientemente los reproches hasta el final. Ante el desprecio del rey, su enojo vibró de nuevo y desapareció su humildad.

—¿Y qué?—exclamó ella, con los ojos brillantes, secas ya las lágrimas.—¿Es mía toda la culpa? Si todo eso es verdad no es menos cierto que me ví arrastrada hacia ello por mi amor hacia vos, por la desesperación que me causaba vuestro desvelo infidelidad. A vos,—agregó con energía,—lo sacrifiqué todo: mi honor, un esposo noble que me amaba, todo lo que una mujer aprecia... ¿Qué me disteis en cambio? Vuestro cruel desvío que me hizo objeto de la mofa de toda la escoria de la corte. ¿Podéis imaginaros hasta qué punto pudo enloquecerme esa conducta y a todo lo que me llevó luego mi locura? ¡Os sacrifiqué todo lo poco de amor propio que me habíais dejado! Y ahora me parece que lo he perdido todo, menos la vida. ¡Quitádmela también, si os place! ¡Dios sabe cuán poco valor tiene para mí! Pero recordad que al herirme vais a herir a la madre de vuestros hijos, los hijos legítimos de Francia. ¡Recordad esto!!

Y él lo recordó. En verdad, jamás corrió el peligro de olvidarlo. Ella podía haber agregado que al herirla a ella, sufriría más profunda todavía su real dignidad, que era la religión de Luis XIV. Así, para evitar todos los comentarios escandalosos, madame de Montespan siguió en la corte, aun cuando no ya en los cuartos de primer piso; y recien diez años después partió la marquesa para ingresar en la comunidad de San José.

Pero aun en su desgracia esa mujer secretamente convicta, entre otras abominaciones, de haber planeado el envenenamiento del rey y de su rival, gozaba de una pensión anual de 1.200.000 libras; además nadie se atrevió a proceder contra los cómplices de su delito, — ni aun contra el infame Guibourg, los envenenadores Romaní y Bertrand y la Filastre,—ni contra varias docenas de cómplices de esos, que según se sabía vivían de la brujería y de los envenenamientos y que podían estar relacionados con lo que hizo la marquesa de Montespan aquella horrible noche de brujería en el castillo de Villebousín.

El candente estallido de la revolución era necesario para barrer todo eso de Francia.



Un misterio sin importancia

por TRISTAN BERNARD

ROSELEUR, abogado, 30 . 35 años.
GERBIER, de la misma edad.
LAURA, 20 a 25 años.
JUANITA, mucama.
GENOUVIER, de cualquier edad.
La escena representa un gabinete de abogado muy bien amueblado. La acción en París.

Roseleur entra con Gerbier, al que hace pasar delante de él.

Roseleur.—¡Sí! ¡Sí, viejo, puedes creerlo. Mi vida, esta vida que tu pareces envidiar, es muy aburrida y monótona.

Gerbier.—Monótona, pero gloriosa.

Roseleur.—Gloriosa tal vez, pero monótona.

Gerbier.—Tu eres uno de los abogados más notables del foro.

Roseleur.—¿Te parece?

Gerbier.—Tienes encantadoras relaciones femeninas...

Roseleur.—¡Sí!... Pero descansa un poco. Quítate el sobretodo.

Gerbier.—No. Tengo prisa. Venía a decirte únicamente dos palabras sobre un asunto urgente, relacionado con nuestra sociedad de socorros mútuos.

Roseleur.—¡Bueno! ¿No quieres quitarte el sobretodo? Pero como yo no voy a salir y voy a continuar con mi serie monótona, monótona de entrevistas de todos los días..., yo me quito el sobretodo. **(Toca el timbre).**

Gerbier.—¿Estuviste en el congreso de hoy?

Roseleur.—No tuve más remedio. ¡Qué concurrencia numerosa! **(La mucama ha entrado).** Todavía estoy sofocado. **(Saca el pañuelo del bolsillo del sobretodo y se seca la frente con él).** ¿Qué es esto? **(Nota que el pañuelo tiene un nudo).** ¡Hola! Hice un nudo en el pañuelo por lo visto. ¿Por qué hice este nudo en el pañuelo?

Gerbier.—Por algo insignificante, tal vez.

Roseleur.—¿Te parece? **(A la sirvienta).** Llévese el sobretodo. Oiga, esta mañana ¿no me ha visto usted hacer un nudo en el pañuelo?

La mucama.—No señor.

Roseleur.—¿Ha salido Silvano?

La mucama.—No, señor. Está limpiando los vidrios del comedor.

Roseleur.—Pregúntele si me vió hacer un nudo en el pañuelo.

Gerbier.—¿Te preocupa eso?

Roseleur.—¡No! ¡Qué me h. de preocupar! Se trata seguramente de cosa sin importancia. Si fuera importante la recordaría. Mi memoria es excelente... ¿De qué hablábamos?

Gerbier.—Decías que tu vida es monótona.

Roseleur.—... Este nudo del pañuelo... Debí hacerlo teniendo puesto el sobretodo. Sí. Siempre llevo dos pañuelos, uno en el bolsillo del pantalon y otro en el bolsillo del sobretodo. Cuando necesito sonarme y estoy en la calle, no tengo que desabotonar el sobretodo para sacar el pañuelo del bolsillo del pantalon. Hice el nudo, pues, en un momento en que tenía el sobretodo puesto... así que estaba en la calle... o tal vez a punto de salir... Pero todo eso no tiene ninguna importancia.

Gerbier.—¿No sería para recordar algun detalle sobre alguno de tus asuntos?

Roseleur.—No, las anotaciones de esa clase las hago por escrito en una libretita que llevo en un bolsillo del chaleco. Pero repito que no tiene importancia **(Se sienta en una butaca).** ¡Pero habla! ¿Qué tenías que decirme?

Gerbier.—Deseaba hablarte sobre nuestro asilo para ancianos. Tenemos en vista un terreno que pertenece a la municipalidad. Sería necesario obtener del Concejo Deliberante...

Roseleur.—... No se trata de una invitación a almorzar. Las invitaciones las anoto en otra libretita... Decías que el Concejo Deliberante...

Gerbier.—El Concejo ha nombrado ya a una persona para que informe...

Roseleur.—**(Distraído).** ¿Para que informe?

Gerbier.—Y el nombrado es precisamente el concejal de tu barrio.

Roseleur.—¡Excelente coincidencia! ¿Eh?

Gerbier.—Conviene que vayas a verle sin demora.

Roseleur.—¡Eso es! ¡Eso es! **(Pensativo).** Ya he comprado toda la ropa de invierno... tres pares de calzado... no necesito ropa blanca...

Gerbier.—¿Cigarros tal vez?

Roseleur.—No, viejo, no trates de encontrar por que me confundes. Además no quiero pensar en eso. No me hables del nudo. Tengo otras cosas en que pensar. ¡Adelante! ¡Trabajemos! Decías que el informante es el concejal de mi barrio ¿eh? ¿Sabes tu a qué hora se le puede ver? **(Impaciente.)** Debías enterarte de todos esos detalles antes de venir a verme. ¡Ahora ni sabes a qué hora recibe el concejal!

Gerbier.—¡Sí, hombre sí! ¡Lo sé! Todas las mañanas de nueve a once.

Roseleur.—**(Pensativo)** Todas las mañanas de nueve a once... Esta mañana salí a las nueve y media, tomé un automóvil... En el automóvil fuí solo... por lo tanto no se me ocurrió eso conversando con nadie. Debió ser durante una solitaria meditación... **(Rápidamente.)** ¡Pronto! ¡Vamos! A ver ese plano que has traído. ¿No es el plano de nuestro asilo para viejos?

Gerbier.—**(Desplegando el plano).** Es muy hermoso. Esto es el patio de entrada, el paseo techado...

Roseleur. — **(Inclinado hacia el plano).** ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Gerbier.—El espacioso comedor...

Roseleur.—**(Que sigue inclinado hacia el plano).** No estuve solo todo ese tiempo. Bajé del automóvil para entrar en un almacén de antigüedades... Hablé con el comerciante. ¿Qué le dije?... No; recuerdo perfectamente todo lo que le dije. No fué en aquel momento. **(Con autoridad).** ¡Vamos! ¿Nos ocupamos o no de nuestro asunto?

Gerbier.—El asunto es muy urgente. Mientras no con gamos ese terreno para construír el asilo será necesario buscar un alojamiento provisorio para los pobres viejos que están en la calle.

Roseleur.—**(Como soñando).** Al salir de casa del anticuario conversé con él en la acera... No, no... En aquel momento no le dije nada. Oye... Mañana iré a ver al concejal. Si hay dificultades jurídicas para la cesión del terreno o para el ajolamiento provisorio, conozco a un personaje que lo allanará todo. **(Llaman a la puerta).** ¿Quién es?

La mucama.—**(Entrando).** Venía a decirle, señor, que pregunté a Silvano, com me ordenó el señor y Silvano dice que no vió esta mañana que el señor hiciera ningún nudo en el pañuelo.

Roseleur.—**(Furioso).** ¿Para eso viene a molestarme?

La mucama.—Como el señor me ordenó.

Roseleur.—¡Bueno! ¡Hay tiempo para todo! **(Vase la mucama)** Me ha hecho perder el hilo de lo que quería decirte... ¡Qué fastidio! Te hablaba de un anticuario... **(Dando con el pie en el suelo.)** ¡No! ¡No!

Gerbier.—De un personaje influyente...

Roseleur.—¿Influyente?

Gerbier.—De uno que allanaría todas las dificultades.

Roseleur.—¡Eso es! **(Pensativo).** No se trata de nada de lo de la casa del anticuario **(Llaman a la puerta).** ¡Adelante!

La mucama.— Está la señora Le Radier, señor.,,

Roseleur.—¡Bueno! ¡Un momento!

Gerbier.—Te dejo... solo...

Roseleur.—¡Qué tonto eres! ¿A qué viene ese aire con que dices. "Te dejo solo"? ¿Te vas?...

Gerbier.—Si te parece, me quedaré.

Roseleur.—No. Déjame. No te preocupes de nuestro asunto. No pienso más que en el. **(Entra la mucama).**

La mucama.—He hecho entrar a esa señora en el saloncito. **(Vase Gerbier).**

Roseleur.—**(A la mucama),** Dígame ¿qué fué lo que le dijo Silvano hace poco?

La mucama.—¿Sobre qué?

Roseleur.—Sobre... mi pañuelo.

La mucama.—Creía que el señor no quería que le hablara de eso.

Roseleur.—Cada cosa a su tiempo. Así que Silvano no notó nada ¿eh?

La mucama.—No, señor.

Roseleur.—Ese Silvano no ve nunca nada. Tal vez no estuvo delante en el momento en que yo... Haga pasar a esa señora y después que no entre nadie hasta que yo llame. **(Vase la mucama).**

Roseleur.—**(Solo en su escritorio).** "¿Tiene usted todavía el cofrecito de plata que vi el otro día?" pregunté al anticuario. "No, señor, le he mandado componer el cierre, que no andaba bien, pero lo tendré de nuevo la semana que viene" Y después no hablamos más, ni él ni yo. **(Hace un momento que ha entrado Laura, sin que él lo note. Ella le mira en silencio.)**

Laura.—¿Siempre ocupado? Pero así terminarás por enfermarte.

Roseleur.—¡Sí! Tengo un expediente que me preocupa muchísimo. ¡Pero que se vayan al infierno los asuntos serios! **(La mira con ternura y se dispone a acercarse a ella.)** ¡Adorada Laura! **(Ella le detiene con un ademan).**

Laura.—Podrían entrar... **(Sonriendo).** ¿Para qué he venido hoy?

Roseleur.—¡Para verme!

Laura.—¡Sí!... Pero hay una razón especial que por lo visto has olvidado.

Roseleur.—¿Qué he olvidado? Dílo... dílo.

Laura.—Hoy hace seis meses que...

Roseleur.—¡Ah! ¡Sí!

Laura.—¿Lo tomas con esa indiferencia?

Roseleur.—**(Bruscamente tierno y amoroso).** ¡Mi querida Laura! ¡Miadorada!

Laura.—Ni se te ocurrió recordarlo esta mañana al hablarme por teléfono.

Roseleur.—**(Sobresaltado).** ¡Por teléfon-!

Laura.—¿Qué es eso?

Roseleur.—¿Te hablé por teléfono esta mañana?



Laura.—¡Claro qu sí! ¿Qué te pasa?

Roseleur.—¿De dónde te hablé? No fué de aquí. Entré en la secretaría del Palacio de Justicia y pedí permiso para hablar... ¿Con quien me encontré en la secretaría? ¿Qué me dijeron?

Laura.—¿A qué viene esa pesquisa?

Roseleur.—Se trata de un asunto grave que investigo en estos momentos.

Laura.—No te ocupes de asuntos graves estando yo aquí.

Roseleur. — **(Con entusiasmo).** ¡Sí! ¡Estás aquí! ¡Mi adorada Laura! ¡No van a entrar! **(La abraza)** ¡Te amo! Además ese asunto no tiene ninguna importancia.

Laura.—Entonces no pienses en él y piensa en mí. **(Se abrazan tiernamente. Ella apoya la cabeza en el hombro de él. El le acaricia suavemente el cabello. Su mirada es vaga).** ¿Me amas? **(Roseleur parece despertar de un sueño.)**.

Roseleur.—¡Sí! **(Ha dicho este si bruscamente y besa a Laura con rudeza.)**

Laura.—¡Qué fuerte me has besado!

Roseleur.—Disculpa, fué sin querer.

Laura.—¡Cómo! ¿Sin querer?

Roseleur.—¡No! ¡Queriendo! ¡Mi querida Laura! **(Vuelve a abrazarla. Al cabo de un instante se distrae de nuevo. De repente dice:)** ¿Encontraré cartas en la portería al volver para almorzar?

Laura.—¿Por qué me preguntas eso?

Roseleur.—Por nada. Pero yo necesito poner esto en claro. Perdona, adorada Laura, la mujer a quien adoro, perdona. **(Se dirige a la puerta)** ¡Juanita! **(Se vuelve hacia Laura y le envía un beso rápidamente. A la mucama que entra.)** Dígame, ¿traía yo algunas cartas cuando regresé para almorzar?

La mucama.—No lo recuerdo, señor.

Roseleur.—¡Usted no recuerda nunca nada!

La mucama.—Yo no quería molestar al señor pero aprovecho la ocasión de haberme llamado el señor, para decirle que ahí está un individuo. Quiere decirle algo muy importante al señor.

Roseleur.—¿Un individuo?

La mucama. — Podría ecir "un señor". Tiene sombrero de copa y guantes limpios.

Laura.—Voy a retirarme. **(Al ver un gesto negativo de Roseleur).** Sí, sí, me están esperando en casa de mamá.

Roseleur. — **(A la mucama).** Haga pasar a ese señor. **(A Laura, besándole la mano).** ¡Te adoro, Laura!

Laura. — **(A media voz).** Te encuentro preocupado, distraído.

Roseleur. — ¡No! ¿Preocudo? ¡De ningún modo! **(Entra la sirvienta. — A Laura muy ceremoniosamente).** Haga usted el favor de presentar mis respetos a su señora mamá. **(Se va Laura).**

La mucama.—Aquí está el señor **(Se retira a un lado para que entre Genouvier y vase).**

Genouvier.—Doctor, no tengo el honor de que usted me conozca... Le admiro hace tiempo, pero no he venido a decirle esto únicamente. He querido verle a solas con el propósito de entregarle en propias manos, una carta, bastante íntima, dirigida a usted.

Roseleur.—¿Una carta?

Genouvier.—Estaba abierta y por eso me enteré de ella. Me pareció de carácter confidencial. No he querido que cayera en manos de una tercera persona. Entonces pensé que no era indiscreto y que era, por el contrario, un deber de discreción, venir **a traérsela a usted.**

Roseleur.—(Tomando la carta.) Efectivamente, esta carta es para mí, pero no comprendo cómo ha llegado a su poder.

Genouvier.—No crea que la he robado, puede usted creer que la encontré.

Roseleur.—¿La encontró usted?

Genouvier.—Sí, en su bolsillo.

Roseleur.—¿En mi bolsillo?

Genouvier.—En el bolsillo de su sobretodo, que aquí está. **(Se quita el sobretodo.)** Encontrará usted, además, un pañuelo con sus iniciales... Este sobretodo me fué entregado hace poco, en el guardarropa del Congreso de Jurisprudencia. Había muchos sobretodos, pocos números y las dos viejas de ochenta años encargadas del guardarropa cometieron algunos errores.

Roseleur.—Entonces, señor, yo tengo su sobretodo en mi poder. ¡Ah! ¡Me quita usted de encima un peso enorme!

Genouvier.—Señor, no sé qué valor dar a sus palabras.

Roseleur.—¿Es suyo este pañuelo, señor? **(Lo pone sobre la mesa, lo más lejos posible.)** Este pañuelo tiene un nudo... **(A la mucama que entra.)** ¿Quiere tener la bondad de darle al señor el sobretodo que se llevó usted hace un momento?

La mucama.—Bien señor. Aun no lo he guardado. **(Bajo a Roseleur.)** ¿El señor va a regalar su sobretodo? ¡Si está nuevo!

Roseleur.—No se ocupe de eso. **(A Genouvier que tiene el pañuelo en la mano.)** ¿Qué dice usted?

Genouvier.—Este es, efectivamente, mi pañuelo... El nudo está hecho en la punta de las iniciales. Recuerdo haber hecho este nudo esta mañana.... pero no logro recordar por qué.

Roseleur.—¡Busque entonces! ¡Busque! ¡No se queje! Ya tiene un misterio en su existencia mientras mi vida vuelve a su anterior monotonía. **(A la sirvienta.)** Acompañe al señor. **(Genouvier se retira. Roseleur lo llama de nuevo).** ¡Señor! ¡Señor!

Genouvier.—¿Qué pasa, señor?

Roseleur.—Le doy a usted las gracias por su atención. **(A la sirvienta).** Cuando haya acompañado al señor, guarde usted el sobretodo.

La mucama.—(Examinando el sobretodo). No está tan nuevo como el otro.

Roseleur.—No. Pero éste es mío.

TELON

LOS QUE NO COMEN

NO falta quien tenga el loco empeño de vivir sin comer o comiendo casi nada. Que el infeliz que no tiene otro remedio se pase cuarenta y ocho horas sin comer, bastante desgracia es, pero que el que dispone de medios para comer no coma, es un disparate.

El poeta inglés Lord Byron vivió un año sin comer más que una pequeñísima cantidad de arroz y no bebía sino agua acidulada con unas gotas de vinagre, y aun en esa época pasaba con frecuencia un par de días seguidos sin probar bocado. Otro año lo pasó no haciendo sino una sola comida que consistía en una rebanada de pan y un platito de verdura.

Durante todo el tiempo que tardó en escribir "Don Juan" no metió en su cuerpo otra cosa que agua y ginebra, y calmaba los calambres de su estómago mascando un poco de tabaco.

Hace muy poco se celebró en los Estados Unidos un banquete de verdaderos nababs que poseían en total un capital de más de 100 millones de dólares, del cual se levantaron llenos y satisfechos habiendo gastado por cabeza dos centaños oro. Un puñado de camarones fué el plato fuerte en este festín de Baltasar de doce centavos.

Se dice que el literato Roger Crab cada día iba disminuyendo o suprimiendo algo en su comida. Después de suprimir la carne, abolió las verduras, no comiendo sino purés y sopas, llegando, por fin, a tomar por todo alimento unas cuantas hojas de acederas. Su manutención diaria no llegó a costarle sino 15 céntimos de franco.

LA CARNE DE FOCA

LA Junta de Subsistencias de Noruega explota ahora la carne de los mamíferos marinos para sustituir la de vaca, carnero y cerdo, cada día más escasas.

Gracias a los esfuerzos de la Junta, en todos los mercados de Noruega se vende ya carne de foca y de ballena. En el año 1916, los cazadores enviaron 4.000 focas a los mercados noruegos, en donde se venden a 40 céntimos de franco kilo.

La Junta de Subsistencias tiene empleados algunos conferenciantes y cocineros que explican las condiciones de alimentación de estas carnes.

En Drammen, una de las principales ciudades del sur de Noruega, se dió hace poco una conferencia fococulinaria de propaganda á la que acudieron más de 500 amas de casa, cocineras, propietarios de hoteles y restaurantes, a los que se les hizo probar los platos de carne de foca y ballena preparados durante la conferencia, de la que salieron encantados relamiéndose de gusto.

He aquí unos consejos que recomendamos a nuestros lectores para el día en que aparezca en nuestros mercados esa carne.

Ante todo, y para quitar a la carne de foca el gusto a aceite, se tiene durante dos días en agua y vinagre.

Para hacer albóndigas se pican 200 gramos de carne de foca y otros tantos de carne de vaca.

Las croquetas de foca son excelentes preparándolas con 200 gramos de esta carne, otros 200 de puré de guisantes secos, 100 de tocino, un huevo, un decilitro de leche y una cucharadita de fécula de patata.

Las novelas intensas de la vida real



Una vida de terror

Un crimen que causó grandísima sensación en Londres y sus alrededores en su época, narrado en forma de novela por:

C. J. y Annie O. Tibbits

Traducción hecha especialmente para "PUCKY"

I

EL destino fué rodeando a Harriet Richardson como las malezas cuya presencia no se sospecha hasta que se las halla lozanas y demasiado arraigadas para poder ser arrancadas de raíz. Su madre se dió cuenta de lo que pasaba cuando ya era tarde y sus tardíos esfuerzos en el sentido de evitar el desastre que veía cercano, estuvieron muy cerca del melodrama, como suele suceder en casos tales. En vano acudió a todos los medios posibles el amor que la señora Butterfield tenía por su hija. Todas sus angustias, sus suspiros, sus amarguras se estrellaron contra la frialdad de la ley. Además ya era tarde. El destino fué mucho más fuerte que la señora Butterfield. Desde el primer momento en que Harriet vió a Louis Staunton en casa de su prima, en Walmorth el mal quedó hecho. Por más que Harriet se hubiera mostrado alocada como una chicuela, la oposición de la madre le dió una astucia y una habilidad inesperadas. La señora Butterfield,—que quizás, al casarse en segundas nupcias había dejado de vigilar como antes a Harriet, — se decidió a intervenir enérgicamente cuando el mal estaba ya hecho. Louis Staunton el audaz, activo y paupérrimo dependiente de un rematador, había hecho presa de Harriet de tal modo, que no había fuerza que se la hiciera soltar. En vano la señora Butterfield suplicó, acarició, imploró, advirtió y amenazó. La natural obstinación de Harriet se hizo doblemente formidable e inconquistable bajo la nueva influencia que venía en su ayuda. Y la señora Butterfield, finalmente desesperada, obligada a ir hasta los mayores extre-

mos para tratar de evitar la tragedia que se acercaba, invocó la ayuda de la ley e hizo que su débil, hermosa y desorientada hija fuera a comparecer ante la mirada fría e irónica de la ley.

¡Cuánto fué el orgullo que tuvo que humillar! ¡Cuántas las debilidades que tuvo que descubrir! ¡Cuántos los hechos dolorosos que se vió obligada a mencionar al sufrir uno y otro interrogatorio en el tribunal! El librar aquella batalla que veía va perdida, pero que la obligaba a luchar día tras día, fué desgastando sus energías. Y Harriet salió triunfadora, pero como con una amargura, con un cáncer en el corazón; y la dolorida madre la vió precipitarse en los brazos del hombre a quien ella odiaba y temía con un temor del que volvió a tener experiencia más tarde, envuelto esta vez en mayor y más intenso dolor.

Louis Staunton conquistó a su novia a pesar de todos los obstáculos, — legales y humanos, que la señora Butterfield pudo concentrar contra él. En vano su hija era demasiado débil mentalmente para poder manejar por sí misma sus intereses y sus afectos. La ley concedió a Harriet pleno derecho a disponer de su propio destino y de su dinero. Y Harriet fué hacia Louis con los brazos abiertos, loca de alegría, confiada y contenta al arrojar en poder del peupérrimo dependiente de rematador, toda la importante fortuna que sus manos y su corazón podían darle. "Cazador de dotes", "aventurero" y calificativos peores aun, habíale aplicado la señora Butterfield, pero esto importaba poco ya. El limitaba todo el horizonte de Harriet. El era la piedra angular de su vida; y sumergida en su nuevo mundo que le parecía de felicidad inagotable, ella dejó que su amante madre fuera separada de su lado.

Ella y Louis se casaron una luminosa mañana de junio, mientras Camberwell estaba inundado de luz y el oro del sol parecía anunciar felicidades sin que nada hiciera presumir la existencia de la tragedia, latente ya en el fondo. La localidad aquella parecíale a Harriet llena de mágicos atractivos. Su nueva casa era, para ella, como un pintoresco y tranquilo remanso después de las tormentas por las que acababa de pasar. Más tarde si alguna vez volvió la imaginación hacia el pasado, aquel tiempo, el que siguió inmediatamente a su casamiento con Louis Staunton, debió parecerle uno de los más felices de su vida, algo así como un agradable interludio entre una época de amarga lucha y un tenebroso y trágico período de horror y de desesperación.

¿Cuándo sintió miedo de su esposo? Harriet no hubiera podido decirlo. Quizás fué un sentimiento muy parecido al de los celos, en un principio.

—Debes cultivar la amistad de Alice Rhodes,—díjola él un día, poco después del radiante y mágico día en que se habían casado.—Alice te puede ser muy útil.

—¡Alice! ¡Si no me gusta! ¿Por qué he de tener amistad con ella? ¡Yo no quiero tener más amigos ni más afectos en el mundo, que tú!

—Sin embargo, es conveniente que Alice sea tu mejor amiga,—insistió él.—Ella podrá ayudarte muchísimo y en muy diversos sentidos.

—¡No hagas que Alice Rhodes venga a esta casa, Louis!

—¡Qué tontería! ¡Claro que vendrá! ¿No comprendes que ahora viene a ser casi tu cuñada? Patrick la aprecia y la elogia mucho y no porque sea hermana de su esposa, sino porque lo merece. Pocas veces quiere un marido que los parientes de su esposa frecuenten su casa y menos que vivan en ella, pero con Alice el caso es enteramente distinto.

Quizás sintiera entonces Harriet el primer contraste de la primera y suave ola de la terrible marea de tragedia que había de envolverla. El hermano de su esposo, Patrick, y su mujer, vecinos suyos, que vivían a corta distancia de ellos, en la misma calle, se encontraban suficientemente cerca para resultarle molestos algunas veces, suficientemente cerca para marchitar las primeras flores de la lastimosa novela de su vida. Harriet quería que el mundo fuera solo para ella y Louis. Hasta la sirvientita que tenían, llamada Clara Brown, parecía que se propusiera deslizarse como un obstáculo entre Harriet y el encanto con que sus ilusiones vestían a la vida en tales momentos; con un extraño y receloso temor de que algo oculto y siniestro la acechaba, Harriet vió entrar, por primera vez, a Alice Rhodes en su casa... Alice, robusta y vistosa como una flor tropical, con su aire de cariñosa amistad que, aun entonces, no logró desvanecer ni siquiera parcialmente las latentes sospechas de Harriet.

Pero el afecto que Louis la demostraba siempre, la adoración que Harriet tenía por él, hicieron que todo pasara entonces sin tropiezo. Alice Rhodes, la hermana de la esposa de su hermano llegó, aparentemente, a ser la mejor y más íntima amiga de Harriet. El triángulo—tan famoso en las novelas, en los dramas y en la vida real,—estaba completo... La vieja y repetida situación que innumerables veces había terminado en tragedia, iba a terminar también, esta vez, en tragedia.

El verano del año 1875 transcurrió y llegó el otoño y, con el otoño húmedo y frío, la vida adquirió, a los ojos de Harriet un tinte de tristeza. Físicamente decaída, con el ánimo entristecido, aislada y hasta cierto punto extrañamente sola en aquella casita de Camberwell, en la que le molestaban las personas que consideraba intrusos, Harriet pasó hasta la primavera. Su madre, la señora Butterfield, después de intentar una o dos veces verla, no se ocupó más de ella. La manifestación de Harriet de que era "moderadamente feliz" no la había satisfecho más que muy relativamente. Pero Louis se ocupó de que Harriet resultar enteramente inaccesible. A la señora Butterfield

se le prohibió la entrada en la casa. La misma Harriet le pidió que no la fuera a ver y esto fué causa de un grave distanciamiento entre madre e hija. Mucho habían cambiado las cosas entre el día en que Harriet se había separado de su madre para siempre y el día primaveral en que, junto con las primeras violetas que aparecieron en las calles de Camberwell, llegó hasta Harriet una nueva vida.

El vagido del recién nacido no consiguió que llegara al alma de Louis Staunton ni una vibración de remordimiento, ni un impulso de ternura o de lástima hacia la mujer con quien se había casado, la mujer que, como claramente se veía, era en aquel momento el obstáculo que se interponía entre él y Alice Rhodes. Mucho antes de haber conocido a Harriet,—mucho antes de aquel luminoso día de junio en que se casaron, Alice había sido su novia. Su casamiento era inevitable. Se hubiera dicho que estaba dispuesto por el destino. A los dos les parecía que era más lógico que se casaran que que vivieran lejos el uno de la otra. Y tal vez ¿quién puede saberlo?, siguiendo su impulso natural sin que él se dejase desviar por la ambición de casarse por dinero, Alice y Louis hubieran constituído un matrimonio como otro cualquiera, que hubiera vivido honradamente como viven centenares y miles de matrimonios. ¿Quién lo sabe?

El día en que Harriet recobró la salud y la fuerza, fué el día de su condena. Su dinero era despilfarrado a manos llenas por su esposo, cuyo poder sobre ella era cada vez más intenso, llegando en ocasiones, al terror. Harriet le seguía adorando, seguía esclavizada a su amor y sentía celos... Celos que la hacían timorata y nerviosa.

Por más que Alice Rhodes se mostrara siempre muy amiga suya, Harriet desconfiaba amargamente de ella, molestándole mucho su constante presencia en la casa, pero especialmente en la época en que nació su hijo, cuando ella estaba enferma, sola, sin nadie que la atendiera y escuchaba ávidamente lo que hablaban en el piso bajo de la casa, lo que conversaban Louis y Alice, Patrick y su esposa y la sirvienta de diez y seis años, Clara Brown, cuya cara picaresca era la única que la miraba con simpatía algunos momentos, para volver en seguida a su despectiva indiferencia.

Fueron aquellos unos días largos, aburridos, crueles, de una calurosa primavera... Dió gracias a la Providencia cuando por fin pudo levantarse, ocuparse, aun cuando débil todavía, de las cosas de su propia casa, alegre de tener a su hijito que la llenaba de esperanzas porque creía que el niño serviría de lazo de unión para estrechar vínculos con Louis. Ignoraba que estas nuevas ilusiones se desvanecerían como la niebla bajo los rayos del sol.

Como si las circunstancias se propusieran ir contra de las ideas de Harriet, Patrick y su esposa decidieron, por aquella época, ausentarse de Camberwell y alquilar un chalet en pleno campo, donde Patrick pudiera tal vez pintar algunos cuadros que lograra vender. Un artista tiene pocas probabilidades de vivir en Londres, y Patrick no había sido, hasta entonces, ningun éxito

Quizás en Cudham, condado de Kent, en medio de los bosques de robles y hayas, entre caminos con altos setos naturales de diversas enredaderas y arbustos, podría hallar paisajes que llamaran la atención de los aficionados y pudieran venderse a un precio remunerativo.

Esta idea le parecía excelente a Patrick y fué del agrado de Harriet que aspiraba a estar sola con Louis y su hijo, más que nunca. Decidieron llevarse a Clara Brown, la sirvienta, y Harriet lo consintió, tal vez con agrado. Si resolvían llevarse también a Alice Rhodes, con ellos, quizás las noches de Harriet no se verían amargadas por los sueños horribles y fantásticos que la atormentaban. Quizá el demonio de la sospecha y del miedo que la perseguía constantemente, dejaría de torturarla si Alice se ausentaba junto con sus parientes.

Pero Alice no se fué a Cudham con Patrick en su esposa. En cambio fueron Harriet y su hijo.

II

El calor que hizo en Londres aquel verano fué terrible. La casa situada en Gypsy Hill, en Norwood a la que se mudó Louis Staunton con su esposa y su hijo no les prestó alivio contra la ola de calor que lo secaba todo con un hálito de horno.

Harriet se debilitaba en aquel ambiente caluroso; el niño se ponía pálido, cada vez más pálido y decaído.

Los celos que cada vez la mortificaban más hizo que Harriet volviera a dar muestras de su temperamento ingobernable; tenía estallidos de furor y crísis de llanto histérico: manifestaciones de las cuales la señora Butterfield se había quejado ante los tribunales y que en esa nueva ocasión presentaron a Louis la deseada oportunidad. La fortuna de Harriet ya estaba casi toda en sus manos. Lo restante lo había reservado ella por si se veía obligada a separarse de él y lo reservaba con una tenacidad que el no le perdonaba de ningun modo. Los celos habían realizado su obra; ya no estaba ella sometida como una esclava: había pronunciado palabras de rebeldía que fueron la base de los pretextos de Louis Staunton.

—¡No puedo sufrir esto por más tiempo!—dijo él.—Lo mejor será que vayas a pasar unos días al campo. Prepárate para ir a Cudham. Voy a hablar con Patrick: ellos te hospedarán. Además Tomasito necesita un cambio de aire. Ese niño no goza de buena salud.

—Está en la época de la dentición y en esta época todos los niños lloran mucho,—dijo Harriet.—Yo no quiero ir a Cudham.

—Prepárate en seguida para el viaje. Yo iré a verte los sábados y volveré el domingo. Ofreceré a Patrick una libra por sema-

na por tu hospedaje y la aceptará de muy buena gana. No necesitarás estar mucho tiempo. Con dos semanas o tres, será suficiente. Aquel aire puro y fresco te reanimará y volverás enteramente cambiada, pronta para una nueva luna de miel...

Lo que no era en realidad más que una sarcástica mentira, redujo a Harriet a la más tierna sumisión y se mostró dispuesta a ir donde él sé lo mandara. Estaba decidida a ir al extremo del mundo si él lo deseaba.

—Iré, pero sólo, porque tu lo deseas y por complacerte,—dijo ella.—Que no sea por mucho tiempo y... ¿vendrás a verme frecuentemente?

—¡Sí! Muy frecuentemente,—dijo él,— y antes de lo que tú lo imaginas.

Muy feliz, hizo ella todos los preparativos y el mes de Agosto la vió en Cudham, instalada en el pequeño chalet, a la orilla de una plantación, en medio de los bosques que se extendían hasta Sevenoaks y Little Greys, hasta Caterham y Croydon.

Era aquel un sitio ideal para un artista, pero muy distinto de Camberwell y de Norwood. Harriet creyó en el primer momento que no iba a poder respirar allí. Los bosques parecían estar tan cercanos, el fuerte olor a musgo era tan fuerte, aun en aquellos días de calor, que parecían sofocarla. La soledad sentíase allí como algo tangible, como un espíritu viviente. Ni a una docena llegaban las personas que pasaban por el camino de frente a la casa cada día y de los que pasaban, casi ninguno miraba hacia el solitario chalet que se hundía como atemorizado entre los árboles que le separaban del camino.

Pasó el mes de Agosto con sus días luminosos y sus hermosas puestas de sol. Los bosques comenzaron a presentar, al anochecer sus tonalidades violetas y Harriet, sentada contemplando como caía la noche, parecía esperar la llegada de una sombra más tenebrosa que todas las demás, para que la envolviese para siempre.

Ya había llegado, pensaba, el momento de regresar. Estaba cansada de hallarse sin Louis, cansada de los largos días con la esposa de Patrick, mal humorada, grosera y según parecía, curiosamente alejada de ella. El espíritu que vagaba por los bosques parecía haberse metido, maléfico, en el pequeño chalet.

"¿Vas a venir el domingo?" escribió desesperada, a Louis. "El sábado hará un mes que estoy aquí y me parece que ya es tiempo de que regrese a casa."

Horribles temores sobre lo que podía estar sucediendo en su casa, la acometieron. Los bosques parecían estar llenos de maléficas ideas, hasta las hojas secas, movidas por el viento parecían susurrar sus sospechas y por último la dominó la impaciencia.

—Voy a ir a casa la semana próxima,—dijo.—Quizá Louis venga a verme el domingo.

Sentía que no podía sufrir la soledad como la soportaban Patrick y su esposa. Para ellos la vida era distinta, naturalmente. Patrick iba a Londres de vez en cuando con dos o tres cuadros debajo del brazo, para venderlos y su esposa se pasaba horas y horas conversando con Clara Brown, que parecía haberse aclimatado allí definitivamente y haber trabado con la esposa de Patrick una amistad estrecha, como jamás quiso tenerla con Harriet. Siempre estaban juntas, cocinando o limpiando, y dejaban a Harriet sola con su hijito, aislada en medio de los bosques mientras Septiembre, siguiendo al caluroso Agosto, trajo sus humedades y el primer escalofrío del venidero otoño.

—Voy a ir a casa,—dijo Harriet; y se volvió para tomar el sombrero y su ropa de salir con la que había hecho el viaje desde Londres. No estaban en el cuarto que ella ocupaba con su hijito. Creyó haberlos puesto allí, en el armario que ocupaba uno de los rincones, pero, por lo visto, se había equivocado. Al día siguiente lo encontraría todo en el piso bajo y lo revisaría a ver si estaba en condiciones de usarlo.

Harriet era muy cuidadosa de su vestir y de su persona. Tenía muy buen gusto para sus toilettes. Hasta que llegó a aquel sitio alejado de todo el trajín del mundo, había sido siempre una mujer bien vestida y peinada, una esposa digna aun de su marido como Louis Staunton, doce años menor que ella. Cuidábase escrupulosamente las uñas y el cabello y la desaparición de su ropa le hubiera molestado aun más si se hubiese hallado en otro estado de ánimo menos decaído. Pero la ausencia de Louis y unos dos o tres días de humedad la habían desprimido; parecía no tener ánimo para nada y medio nerviosa ante el mal genio de la señora de Patrick y del disgusto con que la miraba, resolvió quedarse en su cuarto del piso alto, un cuarto que iba a transformarse en su prisión.

Por la ventana podía ver entre los árboles grisáceos el camino recto por el cual pasaba tan poca gente. En una ocasión vió pasar un coche con una institutriz y un grupo bullicioso de chicos; otra vez una partida de caza que había cruzado el bosque haciendo resonar las doradas trompas; pero durante horas y horas toda la extensión del camino se veía vacía, desierta, entregada a un silencio que parecía envolver pesadamente, descendiendo como espesa niebla, sobre todo el paisaje, anunciando la entrada del otoño.

Aquel ambiente produjo en Harriet un efecto maligno, como si la embotase y dominara mientras esperaba a Louis. La extraña desaparición de la ropa acentuó su malestar. De vez en cuando un ímpetu de celos le apuñaleaba el corazón... Después se quedaba como entontecida, esperando... esperando como si todo cuanto la rodeaba esperara también algo que debía venir necesariamente.

De pronto, un día, el miedo latente se transformó en activo terror. No sólo no podía hallar su ropa de salir; tampoco pudo encontrar su calzado. La señora Patrick, a quien interrogó, le respondió con brusquedad.

—Usted debe hacer lo que le han mandado. — dijo. — Usted se quedará aquí. Louis lo ha mandado así. A usted se le dará su ropa cuando él lo mande.

—¿Pero qué significa eso? — preguntó Harriet. — ¿Por qué no me quieren dar mi ropa?

—No haga preguntas. Suba a su cuarto y quédese allí.

—No puedo. Quiero volver a mi casa.

—Quiéralo entonces, — replicó la mujer de Patrick. — Aun cuando quiera, no va a poder.

Era verdad. No pudo encontrar ni ropa ni calzado y, aun cuando hubiera encontrado esos elementos, algo sucedió que cayó sobre ella como un golpe de maza del que jamás, en verdad, se restableció la infeliz.

El otoño se acercaba con paso de gigante. Los bosques presentaban el aspecto salvaje de unas selvas tropicales, llenos de malezas por todas partes. El aire estaba saturado de olor a hojas muertas. Las mañanas frías, se presentaban siempre con una niebla blanca que se desvanecía a poco de salir el sol, descubriendo lentamente la blanquecina vía que Harriet miraba desde su ventana con la insistente fidelidad de un perro guardian.

De improviso creyó despertar de un momento en que se había quedado semiadormecida, por haber oído el timbre de una voz que le era muy conocido. Se estremeció. Louis había acudido a su llamado y estaba allí, abajo, en el jardín, conversando. Harriet oía su voz. Con el corazón latiéndole violentamente volvió los ojos hacia la puerta esperando, con ansiedad, el momento de verle entrar por ella.

¿Cuánto tiempo estuvo escuchando? No podría decirlo. Unos pocos minutos tal vez. La voz calló y se oyó hablar a otra persona, y entonces el corazón de Harriet detuvo casi sus latidos y el terror volvió, odioso y repelente, a mirarla cara a cara.

Permaneció inmóvil en aquel cuartito mientras el chico gemía en el lecho y abajo resonaba alegremente una risa... la risa de Alice Rhodes.

Pocos minutos después se oyó ruido de pasos en el camino del jardín. Harriet se precipitó hacia la ventana y con ojos dilatados miró hacia el bosque, hacia el jardín y vió las figuras de un hombre y de una mujer, —de Louis, su marido y de Alice Rhodes,— que desaparecían por el camino que conducía a Little Greys.

Un leñador que pasó poco después, levantó por casualidad la cabeza y viendo aquella cara pálida y desfigurada mirando, pegada al vidrio de la ventana, supuso que era alguna aparición del otro mundo y que la casa estaba embrujada... y se alejó corriendo, persuadido de que por allí andaban aparecidos.

El ruido que hizo al abrirse la puerta del cuarto, fué causa de que Harriet volviese rápidamente la cabeza. El nombre de Louis salió de sus labios, pero el corazón le latió desordenado y no pudo decir nada al ver a la mujer de Patrick que la miraba desde el otro lado de la habitación y se reía.

—No se agite, — dijo con sorna. — Puede sentarse. El se ha ido ya.

—¿Con... con Alice? — preguntó Harriet.

—Bueno, ya que usted lo dice, ¿a qué negarlo? Sí, se fué con Alice.

Harriet prorumpió en llanto histéricamente, lo que contribuyó a oscurecer más y más a su pobre imaginación. Aquella misma mañana tuvo por primera vez la indiscutible confirmación de todos sus temores.

Supo que Louis, su esposo, y Alice Rhodes estaban instalados en una quinta en Little Greys, aldea situada a veinte minutos de Cudham. Supo que ella, Harriet se quedaría con la señora Patrick por expresa voluntad de Louis, todo el tiempo que él quisiera. Y sin ropa ni calzado que ponerse ¿qué iba a hacer?

Se encogió ante el alud que le caía encima y el miedo penetró en su existencia como un cáncer carcomiendo y carcomiendo, acrecentando cada vez más su fuerza destructiva a medida que pasaban uno tras otro los días del otoño.

El miedo fué entonces su sensación más vital; miedo de los Staunton, de la casa, de los bosques, hasta de Clara Brown, que la servía, tornándose con la señora Patrick, en la habitación en que se hallaba confinada. Y mientras, los días pasaron y Louis no dió señales de vida, fué hundiéndose en una apatía que pareció paralizar su mente y su cuerpo. A veces se pasaba todo el día, acostada, gimiendo su dolor, levantándose apenas para tomar el escaso alimento que le daban, sin darse cuenta de nada que no fuera el intenso dolor que la carcomía, que era más fuerte cada día que pasaba, que le arrebataba la fuerza del cuerpo y de la mente.

El otoño pasó y llegó el invierno con su oscuridad helada e implacable. Echada en la cama oía a veces la voz de Louis en el piso bajo. Alguna vez subió a verla. Alice Rhodes subió también. Abría la puerta y asomaba su bello rostro.

Todos llegaron a ser, uno tras otro, como fantasmas de un sueño, para ella. Una o dos veces trató de luchar contra la apatía que le dominaba. Una o dos veces, Louis pareció deseoso de contribuir a hacerla reaccionar. Dos veces la llevó a Londres, al estudio de un abogado donde todo lo vió como entre nieblas y dónde, obligada par el miedo que dominaba toda su existencia, firmó papeles y documentos de cuyo contenido no se enteró. Alguna vez, también, sus terrores se acentuaron y Harriet salió de su apatía lo suficiente para realizar una convulsiva intentona de huida. Una vez fué hasta un claro del bosque que quedaba cerca del chalet y de allí la volvió a su cuarto, groseramente, la mujer de Patrick, metiéndola de nuevo en su prisión. Fuera de estas breves crisis estaba transformada en un ser inerte que obedecía pasiva y mecánicamente a todo cuanto le mandaban.

Era raro, en esa época, que Patrick o su esposa, salieran del chalet, pero por una u otra razón, — quizás porque era Navidad y a Clara Brown había venido a visitarla una amiga de la aldea de Cudham, — lo cierto es que el matrimonio había salido y como si su ausencia hubiera acrecentado algo el valor de Harriet, ésta cruzó la habitación y llegó hasta la puerta.

Por primera vez, en un plazo de varios semanas, la encontró sin llave. Salió por ella a la casa oscura, arrastrando los pies descalzos escaleras abajo.

La puerta de la cocina estaba entornada y la señora Weatherby, la amiga de Clara, que cómodamente sentada en una butaca junto al fuego, sentíase con ganas de hablar, calló de improviso.

—¿Q.é es eso?—dijo en voz baja, muy alarmada.

Clara escuchó un momento. Las suaves pisadas se acercaban poco a poco y la señora Weatherby se puso muy pálida y tiritó sintiendo un frío que no era el de la noche.

—En la aldea aseguran que esta casa está embrujada, — agregó en voz muy baja. — Yo no lo creó, naturalmente, aun cuando la gente dice que ha visto cosas extrañas... ¡Oh! ¿Qué es eso?

Clara se había puesto de pie con la mirada fija en la puerta. Después corrió hacia la misma puerta. La señora Weatherby, aterrorizada por los rumores que corrían por la aldea, oyó la voz de Clara en el pasillo y acudió hacia dondo se oía la voz, tranquilizada.

—¡Vuelva a su cuarto, señora, vuelva en seguida!—decía Clara.

Cuando regresó, el miedo de la señora Weatherby había sido sustituido por una intensa curiosidad.

—¿Quién es esa señora?—preguntó.

—¡Oh! ·No vale la pena ocuparse de ella! —contestó Clara. — Es una señora que está viviendo ahora en la casa. No se preocupe, porque no es un fantasma.

—Pero es que por la aldea corren los más extraños rumores. Ahora los podré desmentir yo. Se trata de una huésped, sin duda, ¿eh?

—Eso es. Usted lo ha dicho. Es una señora que está aquí de huésped, — dijo Clara Brown.

—Pues esto es curioso también, — dijo la señora Weatherby, — pues no hace mucho anduvo por la aldea una señora preguntando si no estaba una mujer alojada en alguna casa... Era una señora de muy buen aspecto, distinguida y bien vestida. Preguntó a todos, pero nadie le pudo dar razón. Si yo hubiera sabido...

—No se meta en estas cosas. Aquí hay una señora que está de huésped en la pieza de arriba y nada más. No anda muy bien de la cabeza, según dicen. Yo no se nada más.

—Pero es una lástima que nadie pudiera decirle nada a la señora que seguramente andaba buscándola a ella. Estaba deseperada por encontrarla.

Clara miró fijamente y cara a cara, a la señora Weatherby.

—Dígame con todos los detalles que recuerde cómo era la señora que estuvo en la aldea,—dijo Clara.

La descripción que hizo la señora Weatherby de la señora que buscaba a una muje a quien no lograba encontrar era exactamente la de la made de Harriet.

Al siguiente día el cuarto de la infelii Harriet estaba nuevamente cerrado con llave y la próxima vez que quiso escapar se halló con el obstáculo insalvable de la gruesa puerta. Cada vez se hundió más y más en su entontecimiento, temblando de terror cada vez que oía la voz de alguno de los que habían destruído su vida. El cuarto, con el tiempo, fué quedando desamueblado y sucio. Ella que en una época había sido la mujer más cuidadosa de sí misma, y que tenía tan agradable aspecto, se puso muy pálida y muy delgada. El rostro, desencajado, casi no daba señales de vida. Un colchón estaba tirado en un rincón del cuarto y allí se echaba, sin más cobijas que una frazada vieja. Junto a ella, en el suelo, envuelto en un chal, el niño gemía su adios a la vida. Olvidades por casi todos los de la casa, ambos seres pasaban días y días, embobados, muertos para todo esfuerzo con los ojos mirando hacia la oscuridad, muertos, antes de que los hubiera tragado la tumba.

Pasó el invierno sin que lograra matarla. Louis Staunton viviendo públicamente en Little Greys con Alice Rhodes esperaba en vano ponerla en el sitio de la que debía morir. La primavera al llegar llena de vida pareció conmover algo las moribundas fibras de Harriet. Sus fatigados ojos, sin más luz que la del miedo, abriéronse un tanto cuando la primavera vivificó los campos en los árboles del bosque resonaron trinos de alegría y de vida.

Louis y Patrick y las dos mujeres estaban en la sórdida habitación mirando hacia su ocupante, tendida en el suelo.

—Esto se termina,—dijo Louis al cabo de un rato.—¡Uff! ¡Ya falta muy poco!

III

HABIA sido aquel un invierno de nerviosa ansiedad y de indescriptible temor para la señora Butterfied. Estaban en su derecho, Louis Staunton y Harriet al prohibirle que fuese a la casa de Camberwell y la señora Butterfield pensó no volver a verlos. Pero a medida que pasó el tiempo fueron dominándola sentimientos más suaves, acudieron a su memoria tiernos recuerdos y consideró que ya había pasado demasiado tiempo sin ver a su hija.

Harriet había sido siempre una joven que había necesitado atenciones especiales. Su debilidad había exigido siempre muca paciencia, sus exagerados estallidos de furor, sus desequilibrios histéricos, habían exigido de su madre la mayor atención y tal vez por eso habían atraído mayor parte del cariño de la madre. Y entonces, pasados largos años, la señora Butterfield sentía deseos de volver a ver a Harrit aun cuando sólo fuera para recordar cosas de otros tiempos, recuerdos que acabaron por arrastrar a su corazón, haciéndola volver de nuevo a Camberwell y llamar a la casa del camino del parque de Longhborough, donde vivía su hija... y donde se encontró con una persona enteramente desconocida que le preguntó qué deseaba.

"¡Se ha ido!" repetía después, el hallarse de nuevo en la calle, dirigiéndose a lo que había sido en otro tiempo la casa de Patrick Staunton, que se hallaba muy cerca.

También se habían ido. Aquella casa estaba ocupada, también, por desconocidos. Arrastrando casi los pies, con el corazón angustiado, la señora Butterfield hizo averiguaciones en la vecindad, pero todo fué en vano.

Se pasó la mayor parte de aquel otoño y todo el invierno en su infructuosa investigación, hallando de vez en cuando algun detalle que le daba esperanzas de encontrar a su pobre hija, pero fracasando al final, u otra vez. En una ocasión fué hasta Cudham, llevada por la información de que los Staunton vivían por allí, en un sitio retirado, entre los bosques pero se encontró con que allí vivía únicamente Patrick Staunton y su esposa, los que le dijeron que hacía mucho tiempo que no sabían absolutamente nada ni de Louis Staunton ni de su esposa.

Cuando hubo pasado el invierno, sus temores se acrecentaron. Sentíase convencida de que algo tenía que haberle pasado a Harriet. Sentíase convencida de que la tenían alejada de ella a viva fuerza. Louis se había arreglado de modo que tenía en su mano el manejo de casi toda la fortuna de su mujer desde el día de su casamiento, así que no había ninguna razón de interés que pudiera poner en contacto a la hija con la madre. Nada la unía a ambas, nada más que el amor maternal que la decidía a proseguir su investigación a pesar de todos los fracasos y a pesar de las engañosas pistas que había seguido.

Hallábase ya tan decepcionada por último, que su inesperado encuentro con Alice Rhodes—más bella y vistosa que nunca,—luciéndose en la estación de Waterloo, no le infundió tampoco esperanzas. La señora Butterfield desconfiaba de Alice y los rumores que habían llegado hasta ella sobre la inclinación a Louis mostraba hacia Alice, fueron causa de que la madre de Harriet no se decidiera a dirigirle la palabra. Pero al fijarse en un prendedor que Alice llevaba puesto, parecidísimo a uno que había tenido Harriet, sintió una emoción grandísima y, tendiendo el brazo detuvo a Alice y le dió la mano, deteniéndola.

Alice la miró frente a frente con aire de desafío, una sonrisa burlona arqueó sus labios, un destello de sus ojos expresó su poca amistad hacia la señora Butterfield, y ésta no se atrevió a manifestar de palabra lo que sentía en aquel momento. Miró fijamente el prendedor que Alice tenía puesto, mientras ésta le dijo que no sabía nada absolutamente, de Louis Staunton o de su mujer, fuera de que estaban o habían estado en Brighton una temporada. Declaró por último Alice que no sabía dónde se encontraban en aquel momento.

Sin dejar de mirar el prendedor, la señora Butterfield, a la que Alice no dejaba de mirar sonriente, sintió que se evaporaba toda la energía de su primitivo propósito. Después de todo era posible que no fuera aquel el prendedor de Harriet, sino otro, parecido. ¿Cómo iba a atreverse a decir nada si no estaba segura?

Pasó el momento y se alejó más atemorizada que antes y con el corazón más desesperanzado todavía. Le parecía que no había sabido aprovechar una ocasión que se le había presentado providencialmente.

Pero de improviso llegó hasta ella un urgente mensaje de su otro yerno,—llamado señor Casablanca,—que le anunciaba que ya estaba esperando con suma impaciencia, pues deseaba verla en seguida. Entonces, al hablar con él, aquel día del mes de abril, se dió cuenta la señora Butterfield de que, en realidad, muchas veces muestra su misteriosa actividad la mano de la Providencia.

—Se trata de algo muy extraño,—dijo el señor Casablanca.—Se trata de algo tan curioso que, en mi opinión, usted podría muy bien investigar en seguida a su respecto. He venido aquí directamente de la oficina de correos de Penge, donde se ha producido algo muy curioso en verdad. Cuando entré en la oficina se hallaba en ella un hombre, muy bien vestido y de aspecto muy agradable, haciendo averiguaciones respecto a la inscripción de un certificado de defunción. El hombre vivía en una casa de huespedes del camino de Forbes. Según dijo, acababa de llegar a esa localidad y no sabía en la oficina de qué condado debía inscribir la defunción de su esposa, pues, según parece, una parte del camino de Forbes se halla en el condado de Surrey y otra en el condado de Kent. Su esposa...

Hizo una pausa. El instinto acudió de improviso en ayuda de la señor Butterfield, haciéndole adivinar la verdad.

—¿Cómo se llamaba?—dijo ella.

—El hombre dijo llamarse Louis Staunton y que su esposa se llamaba Harriet...

—¡Oh!—exclamó la señora Butterfield.

—Se expresaba con alegre volubilidad, repitiendo varias veces las señas de la casa y los nombres. Había llegado a la casa de huéspedes del camino de Forbes el día anterior y su esposa había fallecido esta mañana...

La señora Butterfield le hizo callar, tomándole de un brazo.

—¡Esta mañana!... ¡Harriet! — murmuró la desdichada madre. — Es de todo punto necesario que vayamos inmediatamente.

Una o dos horas después se hallaba ella de pie, en la casa del camino de Forbes, donde yacía la exánime Harriet. El destino había traicionado, por fin a Louis Staunton. Allí estaba él con Patrick y su esposa, — los tres, convencidos de que la venganza del destino los alcanzaría, — defendiéndose desesperadamente... Allí estaban ante la muerta muda e inmóvil, tan cambiada que casi era imposible reconocerla, y sin embargo gritando en verdad con voz que ahogaba todo cuanto Louis pudiera decir en su propia defensa.

—Su fisonomía ha cambiado mucho, sin duda,—dijo Louis con toda calma.

—¡Cambiado!...—exclamó al señora Butterfield.

Se secó las lágrimas que inundábanle el rostro y miró a su infeliz hija, mirando lue-

go a los tres, que pálidos y temblorosos, bajaron la vista. Por último, su boca volvió a repetir, como si sintetizara con ella la situación, esta sola palabra:

—¡Cambiada!

—El médico que la ha atendido y ha extendido el correspondiente certificado, ha manifestado que el fallecimiento ha tenido por causa una afección cerebral complicada con un ataque de apoplegía, — dijo entonces Louis.

Pero se veía en el rostro inmóvil y trágico de la muerta una expresión que hacía de tal afirmación una burla cruel. Y en las furtivas caras de los vivos que estaban junto a ella no se leía pesar ni angustia, sino el terror a algo que iba a resonar más enérgicamente que sus mentiras, algo que la señora Butterfield veía con toda claridad... Era el latigazo con que el destino les había cruzado el rostro, dejando impreso en él, como acardenalado estigma, la palabra: "¡Asesinos!"

¿Por qué? Quizás ellos se hicieron a sí mismos esa pregunta cuando se hallaban presos, poco después. ¿Por qué habían sacado a la pobre mujer de los bosques, que eran ya su tumba, del cuarto que era su celda, en Cudham? ¿Por qué a lo último, cuando la muerte estaba por apoderarse de ella, la habían sacado de allí, aturdida, enmudecida, y la habían llevado a Penge, donde la justicia les echó mano? ¿Por qué? ¿Y por qué cuando todo estaba cumpliéndose a medida de su deseo, de acuerdo con los planes trazados por ellos, había ido Louis a traicionarse dando rienda suelta a la lengua ante un hombre enteramente desconocido para él, un hombre puesto allí por la casualidad, como un personaje en una novela o en un drama donde, según se dice, sólo pueden suceder esas cosas?

Era aquello tan raro y extraño como lo más extraño y más raro de una novela o de un drama. Aquel encuentro casual que había tenido con el señor Casablanca en la oficina de correos, precisamente en el instante en que Louis pronunciaba las fatales palabras, superaba cómo caso extraño y casual a todo lo inventado por la fantasía de los novelistas. Un solo momento después, hubiera sido tarde. El médico había firmado el certificado de defunción. Louis necesitaba saber únicamente en la oficina de qué condado debía proceder a la inscripción del fallecimiento y Harriet hubiese desaparecido sin que el crimen hubiera sido castigado.

Muy rápidamente, desde ese instante, fué conociéndose detalle tras detalle de la trágica infamia. Dos días antes, — el 13 de Abril, — Louis y la mujer de Patrick Staunton habían llegado a Penge en busca de alojamiento. Iban a traer a una señora inválida, según decían, a la que deseaban hacer atender por un médico mejor que el que atendía a los enfermos en la aldea de Cudham, de donde procedían. Cuando llegó ella su aspecto no podía ser más horrible y espantoso. La trajeron de noche para que la oscuridad la ocultara a los ojos de los curiosos y nadie pudiera notar las huellas que había dejado su obra siniestra en el rostro de la desdichada.

Se hallaba moribunda. El médico declaró que ya no había esperanza ninguna. ¡Una enfermedad cerebral y apoplegía! Las palabras estaban escritas con toda claridad en el certificado médico. La gavilla estaba en seguridad y Harriet sería enterrada sin que nadie sospechara ni lo más mínimo a no mediar la visita de Louis a la oficina de correos y la casual presencia de un hombre que para él era un perfecto desconocido.

La señora Butterfield no calló nada de lo que sospechaba y el médico se apresuró a retirar su certificado. Se ordenó la realización de la autopsia, quedando demostrado que la esposa de Louis Staunton había perecido de falta de alimento.

A continuación, la policía comenzó a investigar dentro y fuera de Cudham. Se supo entonces que el niño que había desaparecido, había muerto pocos días antes en un hospital de Londres, al que había sido llevado por un hombre y una mujer, los que declararon que el niño era hijo de un labrador llamado Stormont. Se comprobó que el hombre y la mujer que habían llevado al niño habían sido Patrick Staunton y su esposa. Al siguiente día un hombre que dijo llamarse Harris y manifestó ser el patrón del padre del niño, visitó el hospital y dió instrucciones para que lo enterraran, abonando los gastos e impuestos correspondientes, a un empresario de pompas fúnebres. Ese Harris, según se comprobó luego, había sido Louis Staunton.

Y luego, como si la muerta se hallara todavía indefensa y a su merced, lo poco que quedaba de su fortuna se destinó a los gastos de la defensa de Louis y de sus cómplices, que aun pretendían librarse del castigo a que su crimen les hac[ía] merecedores.

Este asunto fué el primer caso [c]riminal que le tocó sentenciar al juez Hawkins, recientemente ascendido. Eran ya las diez de la noche cuando terminaron las decla[racio]nes y los alegatos. La luz del gas resultaba tan mortecina, que hubo que encender varios candelabros con numerosas bujías, a fin de aclarar un poco el ambiente del salón. Un mar de rostros cansados y ansiosos llenaba todos los ámbitos del vasto local, y antes ellos, las caras desencajadas de los dos temblorosos hombres y las tres semi-desmayadas mujeres contemplaron cómo desfilaron los miembros del jurado, cuando pasaron a su sala para deliberar.

Regresaron pasada hora y media. Eran ya, pues, las once y media. Fuera, las calles estaban en silencio aun cuando una numerosa mu[ch]edumbre, como un mar humano, esperaba la noticia del veredicto. Dentro, la voz del ujier, preguntando al jurado cuál era su veredicto, interrumpió el silencio que reinaba en la sala, como el repicar repentino de una gruesa campana, y en respuesta, el presidente del jurado dejó oir su autorizada voz.

Cuatro veces fué preguntado y cuatro veces contestó:

—¿Louis Staunton?

—¡Culpable!

—¿Patrick Staunton?

—¡Culpable!

—¿Elizabeth Staunton?

—¡Culpable!

—¿Alice Rhodes?

—¡Culpable!

Pero aun cuando fueron declarados culpables y condenados a muerte no murieron en el cadalso. Se produjo una candente discusión científica entre los médicos pues unos decían que Harriet Staunton había muerto de inanición y otros de una enfermedad cerebral.

Cuatrocientos médicos firmaron una memoria cuyas conclusiones pretendían demostrar que la muerte había sido producida por una dolencia cerebral; pero, al fin y al cabo la causa de la muerte de Harriet, en verdad poco podía importar ante la acción de la justicia.

Los canallas que la habían tenido en sus manos habían sido los voluntarios causantes de su muerte. Ellos la habían alimentado con escasez, la habían maltratado, le habían negado la necesaria atención médica cu... aun era tiempo de salvarla; habían puesto en acción cuanta habilidosa picardía se les ocurrió a fin de evitar que se descubriera su infame confabulación. Si la dolencia cerebral llegó en su ayuda esto no hace menos repelente y odiosa su obra culpable. Pero la protesta de los médicos salvó a los Staunton del cadalso. Las sentencias de muerte fueron conmutadas por sentencias de presidio por toda la vida.

Alice Rhodes logró librarse. Era joven, fué fácilmente influenciada, tal vez, por el hombre que también la tenía dominada, y no había pruebas que demostraran ...e estaba verdaderamente al tanto de lo que pasaba. En consecuencia, se creyó que ella suponía que Harriet era tan débil, mentalmente, que era necesario tenerla bajo continua vigilancia, que había sido engañada respecto a la verdad de lo que pasaba, así que pocos días después de ser juzgada y sentenciada, fué puesta en libertad.

EL VALLE de los RUBIES

TODOS los grandes rubíes proceden de un valle de Birmania. Mogok se llama, y a él puede llegar el viajero desde Thabeythkyin, aldea que dista una jornada de Mandalay, en las orillas del Irrawadi. El camino cruza selvas durante sesenta millas, elevándose al fin entre la vegetación más parca de las gargan as, ya avanzada en las cadenas montañosas que separan a Birmania de China.

La pequeña ciuda de Mogok se levanta entre las exploraciones de rubíes. Las excavasiones avanzan poco a poco hacia la ciudad. Ya las casas de media calle ... ı sido destruídas, y dentro de un año o dos caerá el campo de polo que allí tienen los ingleses en las fauces insaciables de las minas que avanzan sin descanso. Trabájase en ellas de día y noche.

El "byon", o tierra provista de rubíes, se extiende por casi todo el valle de Mogok y donde quiera que se halle ... rica arcilla de color de oro viejo, encuéntranse rubíes. Pero el extranjero podría huronear semanas enteras entre las explotaciones sin ver jamás el ansiado fulgor rojo.

La gente del oficio se transmite la broma tradicional de anunciar al visitante que puede guardarse todos los rubíes que encuentre, ofrecimiento de que hasta hoy nadie ha podido aprovecharse; y, sin embargo, allí están los rubíes, y luego que los troles de hierro tirado de los desprendimientos y su carga tenaz ha sido lavada, removida, limpiada y repartida, no ofrece ya dudas el rico fulgor de los rubíes que salpican los montones de cascajo.

EL CONSUMO de SANGRE

EL valor nutritivo de la sangre animal debe ser muy alto, puesto que la sangre es la portadora de los materiales de construcción para cada uno de los tejidos del cuerpo y sin embargo hay muchas personas a quienes les repugna o la consideran como una substancia sin ningún valor alimenticio. Esto se debe en parte a su asociación con la matanza y la muerte, y en parte también a la influencia de la ley mosaica que prohibe su uso como alimento, pero en las ingeniosas investigaciones que para el hallazgo de nuevas fuentes de alimentación hicieron en Alemania, no han descuidado las posibilidades del fluido vital. El "Berliner Kunische Wochenchrift" ha publicado un artículo detallando procedimientos para conservar la sangre de los animales sacrificados, con destino al consumo doméstico.

Para la conservación de la sangre en su forma original son preservativos adecuados, los ácidos bórico y salicílico y especialmente el formol. Antes de usarla se forma un coágulo calentando la sangre después de diluirla en ocho veces su volumen, para que queden muy pequeñas cantidades de las substancias antisépticas.

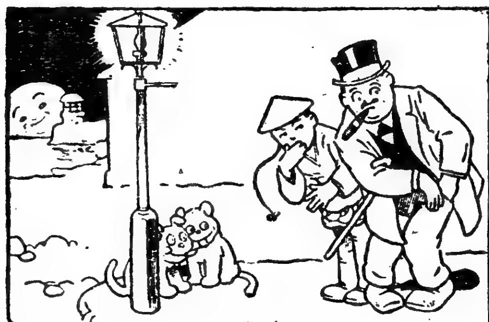
Para uso limitado y directo de la sangre puede conservarse también echándola azúcar.

Pero si se trata de una aplicación más general hay que suprimir la forma líquida, pulverizándola por evaporación después de la coagulación.

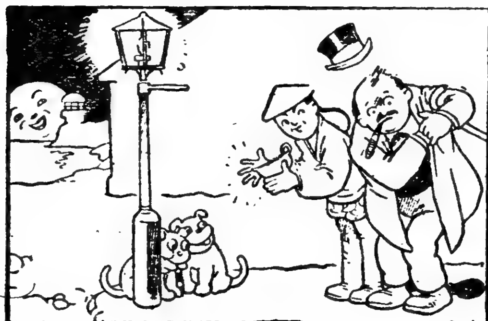
La masa total coagulada con los mencionados antisépticos da productos de duración variables y para el consumo es preciso quitar dichas substancias mediante la cocción.

PARA LOS NIÑOS

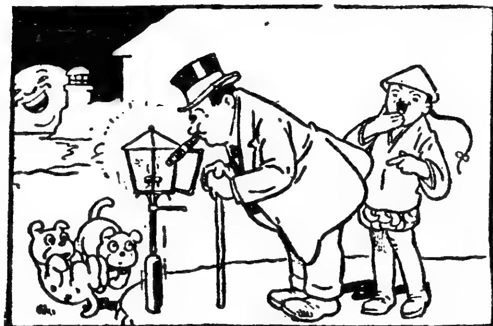
La Lámpara Maravillosa



1—Cuando iba a su casa la otra noche, Ta-ta-chin vió a un señor que se encontraba en apuros. El señor tenía un excelente cigarro "Flor de Banana" pero no tenía fósforos para encenderlo. "¿No tienes un fósforo?"—preguntó. "No, señor,"—dijo Ta-ta-chin.

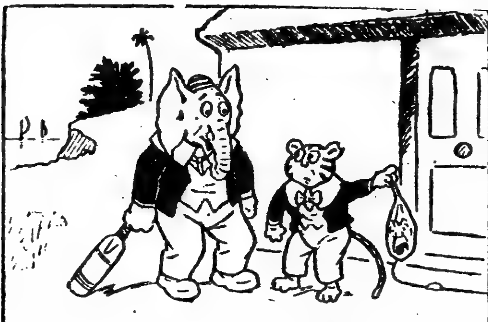


2—"¡Qué lástima!"—agregó el señor—"Y es raro que me pase esto porque generalmente llevo dos cajas. ¡No voy a poder fumar!" "Déjelo usted a mi cargo"—dijo Ta-ta-chin,—"Yo voy a hacer que tenga usted fuego para el cigarro". Y frotó con mucha fuerza su lámpara maravillosa.

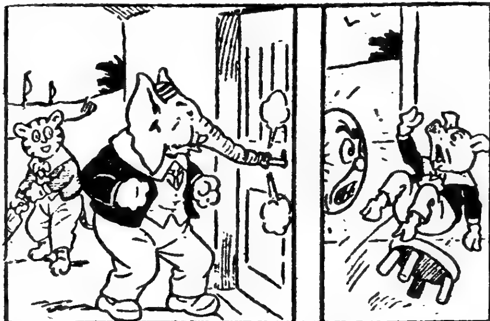


3—Entonces, con gran sorpresa de parte de Selika y Nelusko, el matrimonio perruno, la columna del farol se fué encogiendo poco a poco hasta que el pico de gas quedó a la altura del cigarro y el señor tuvo fuego. "¡Muchas gracias!"—dijo, y se fué.

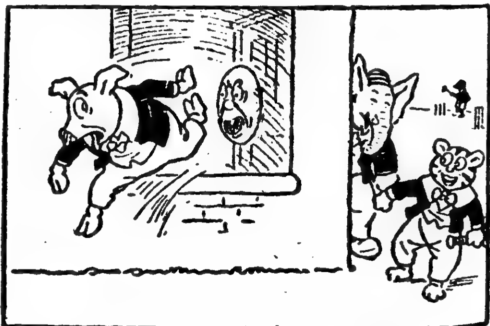
El elefantito alegre



1—"¡Hola, Rayado!—dijo el elefantito alegre,—"¿Vienes a jugar al cricket?" "Sí, voy",—dijo el gato rayado,—"Pero el Chanchito no quiere salir a jugar. ¡Dice que está muy cansado!" "¡Ahora voy a ver qué es eso del cansancio!"—dijo el elfantito alegre.



2—"Prestame tu globo de juguete, Rayado" Y el elefantito tomó el globo, lo metió por el ojo de la cerradura de la puerta del chanchito y después sopló con su poderosa trompa. "¡Dios mío! ¿Qué es eso?"—exclamó el chanchito al ver aquella horrenda faz.



3—Y el chanchito saltó por una ventana gritando: "¡Socorro!" "¡Bravo! ¡Ya salió!"—exclamaron el elefante y el gato.—"Ahora sí que vendrá a jugar con nosotros". Y efectivamente fué y se divirtió mucho jugando con sus dos buenos amigos.



El hombre que vió en una sola jornada a la Fortuna, al Amor y a la Muerte

Cuento relativamente fantástico

PRUDENCIO Bañoles era un muchachete porque sólo contaba veinte años, pero ya era un hombre porque no tenía padre ni madre y la vida zurraba en él directamente, sin que una mano cariñosa le desviara los golpes ni le endulzase luego las heridas.

Solo, joven, poseedor de una regular fortuna y con salud envidiable, se cansó pronto de la existencia monótona que llevaba en el viejo caserón de sus antepasados y decidió correr tierras y ver mundo, con el propósito de tornar después, cuando estuviera ahito de correrías, a vivir en santa paz en aquel mismo caserón.

Y pensado y hecho, casi a la par. De la vecina ciudad le mandaron un 10-12 HP. muy coquetón y un mecánico que decían seguro e inteligente. Puso en la maleta el equipo de ropa que juzgó necesario, atiborró la cartera de billetes y el coche de bidones de motorina, y, despidiéndose brevemente de sus fieles servidores, dió orden de caminar.

—¿Hacia dónde, señorito?

—Hacia donde quieras...

—Pero ¿qué rumbo llevamos?

—Lo mismo me da. Todos son buenos...

—¿Hemos de volver hoy a la casa?

—Ni hoy ni mañana. Volveremos cuando me canse...; y mientras, cuanto más lejos, mejor me parecerá. Quiero ver mundo...

El mecánico no insistió más, encontrando agradabilísimo el haber topado con un señor que no tenía prisa para volver y, por consecuencia, que debía tener dinero para seguir. Y como los automovilistas, cuando no van a ninguna parte, van siempre escapados, lanzó el coche a toda máquina, en la cuarta, y acelerando el paso de la motorina al carburador.

Bien empotrado en la cómoda banqueta, que casi llegaba a los hombros en su mullido respaldo, y confiándose prestamente en la hábil dirección de su mecánico, Prudencio, pasado el primer instante de inquietud, dejóse ir con el encanto de la velocidad.

—¿A cuántos iremos?...

El mecánico señaló con el pie al cronometrador:

—A cuarenta.

—¿Hace más el coche?

—En una recta y embalando, sesenta.

—Pues cuando llegue la recta, embala.

El mecánico sonrió, pero sin responder palabra. Había calado al novato, que es el único que no tiene miedo. Los demás, todos, absolutamente todos, no llevando ellos mismos el volante, tienen miedo y piden que se modere algo la marcha. Ya pegarían un trompazo y ya cambiaría de parecer el señorito. Con tal de que no se descalabraran mucho, todo iba bien...

Así continuaron durante tres horas. Aunque Prudencio había salido a ver mundo, no veía más que la carretera, única cosa para la que miraba observando las curvas y espiando los baches y las piedras, que a esto se reduce el paisaje que contemplan los que llevan esas velocidades, siempre con la grata ilusión de darse un encontronazo en las curvas, de romper una ballesta en los baches y de dar una voltereta o de salirse del camino, tropezando contra las piedras...

Cuando iba más ensimismado en el análisis de la carretera, un estampido formidable le hizo volver rápidamente la cabeza, buscando la causa, y un frenazo brusco, con los dos pedales a un tiempo, le obligó a brincar de atrás hacia adelante y de nuevo hacia atrás, mientras el coche, después de sacudirse en un coletazo, rectificado con habilidad por el mecánico, quedaba inmóvil en la carretera.

—¿Qué pasa? — preguntó, inquieto, Prudencio.

—Nada. Que ha reventado una cubierta... y que, gracias a Dios, no nos hemos reventado nosotros.

—¿Hay peligro en eso?...

—A cincuenta y tantos kilómetros que lle-

vamos, todo es peligro. Bueno, de ésta ya escapamos...

—¿Y ahora?...

—Ahora, a cambiar. Diez minutos...

—¿Quieres que ayude?

—No hace falta. Siéntese o pasée...

Y en tanto que el mecánico se revestía su traje de faena, con toda calma, Prudencio, por primera vez desde que saliera de su casa, miró en torno suyo para contemplar el sitio en que la casualidad le detenía. Era una montaña, dividida en dos partes por la línea de la carretera. En lo alto, un grupo de pinos formaba como espléndida cimera a la grandiosidad de la mole; pero, aparte de este breve regalo de la vista, el resto desconsolaba por lo pedregoso y lo abrupto.

Como nada le atraía por lo pintoresco ni por lo variado, dejó pronto de mirar hacia arriba y miró hacia el suelo, llamándole la atención unas piedras pequeñas que brillaban a intervalos, según la mirada percibía sus diferentes facetas. Por capricho, y a falta de ocupación mejor, fué siguiendo el sendero intermitente que las mismas piedrecitas le marcaban, y de vez en cuando recogía alguna de las que más curiosas le parecían, la examinaba y volvía a tirarla, diciendo:

—Puede que haya una mina por aquí...

Pero oyó la voz del mecánico que le llamaba para avisarle de que el desperfecto se había arreglado ya, y, cediendo más a gusto al afán de continuar la vertiginosa marcha que a la atracción práctica de averiguar si el supuesto mineral abundaba o no, encogióse de hombros, dió media vuelta y montó nuevamente en el coche, ordenado que fueran muy de prisa.

Y de prisa, acariciados por el vértigo de las grandes velocidades, siguieron otra vez el rumbo de los que no llevan rumbo, que son la inmensa mayoría de los que caminan por las carreteras de la vida.

Tres horas, cuatro horas duró la carrera, atravesando pueblos y aldeas, indiferentes a cuanto no fuese la carrera misma y al deseo de avanzar más y más rápido. Y por su voluntad hubiera seguido Prudencio sin detenerse hasta que le faltara tierra bajo las ruedas del automóvil, si el mecánico, fatigado de la inútil tensión de nervios que le imponían, no le indicara la conveniencia de reposar un poco, alimentar de motorina y de aceite las sedientas fauces del motor y de atender también a su propio sostenimiento. Cedió Prudencio a la sensata observación, y buscando la sombra de una casa próxima, detuviéronse en ella.

—Puede que aquí nos preparen algo de comer...—dijo el mecánico.

—Puede...—contestó lacónicamente Prudencio.

—Y entrándose resuelto bajo el emparrado que servía de pórtico, hizo repiquetear el aldabón de la puerta.

De lo alto se oyó el leve rumor de una ventana al abrirse y una voz juvenil y armoniosa que preguntaba:

—¿Les pasa algo?

Miró Prudencio entre las hojas espesas de la vid, procurando ver a quien hablaba, y, no lográndolo fácilmente, se encaramó a un banco de piedra que había adosado a la pared y, apoyándose a medias entre el respaldo y un brazo de la parra, separó unos pámpanos y por el hueco pudo contemplar a sus anchas la más encantadora visión de mujer que ojos humanos vislumbraron jamás. Apoyada en el alféizar de la ventana, inclinado el gentilísimo busto hacia adelante, veíase a una jovencita, morena, de ojos negros, boca menuda, hoyuelos en las mejillas, bucles en el pelo y dientes finos tras los labios encarnados, como si acabaran de mordisquear granadas...

Y reían los labios y reían los ojos en afectuosa acogida al caminante...

Y como Prudencio no replicara, absorto en la contemplación, volvió a preguntar la jovencita:

—¿Les pasa alguna cosa?

—Nada, señorita... Quisiéramos saber si podrían prepararnos algo con que amortiguar el hambre y la sed de la jornada...

—Posada no es, caballero...

—Entonces...—murmuró Prudencio, desconcertado.

—Pero, si lo piden a mi madre, creo que no faltará con qué satisfacerles su deseo.

—¿Y la madre se parece a la hija?...—inquirió Prudencia atrevidamente.

—De ser, al revés será... que es más natural que los hijos se parezcan a los padres que no éstos a aquéllos.

Y cerróse la ventana, terminando el breve diálogo. Creyó Prudencio haber ofendido a la incógnita beldad y renegaba ya de sí mismo, cuando sintió abrirse la puerta, viendo aparecer en ella a la joven, sólo que ahora mostraba, erguido y arrogante, todo el soberano cuerpo. Y, como antes, le reían los labios y le reían los ojos en señal de benévola acogida...

A su lado, otra mujer, más gruesa, más hecha y con leves hilos de plata en las sienes, pero enormemente parecida. Su madre, sin duda alguna.

A Prudencio le agradó también la hermosura de la madre, que respiraba salud y bondad. Cuando la joven no fuera joven, sería, como su madre, un espejo atrayente y encantador. A un tiempo eran gratos el presente y el porvenir... y Prudencio las miraba, embelesado... sin cuidarse, o, mejor dicho, sin acordarse de que se había subido a la parra.

La madre, sonriendo al verlo encaramado, le dijo suavemente, con su dulce voz, que repetía el eco de otra voz antes oída:

—¿Por qué no baja... caballero? Ahí no estará cómodo...

¡Evidentemente, no lo estaba!... Y para romper de un golpe la situación poco airosa en que se colocara irreflexiblemente, dejóse caer, en lugar de bajar, con la menguada fortuna de enredársele un pie en las ramas y caer sentado sobre el duro suelo. Al porrazo, la madre y la hija acudieron inquietas de que se hubiera hecho daño; pero Prudencio, que ni se lastimara en la caída, al observar

la angustia de aquellas buenas mujeres, no pudo contener la risa, y de sí mismo y de su cómica aventura rióse a boca llena.

La madre y la hija, mirándole reir de tan buena gana, se tranquilizaron inmediatamente y, contagiadas, riéronse también. Y como los tres reían por una misma causa, sin conocerse, sin saberse los nombres siquiera, los tres comprendieron que ya eran buenos amigos...

Una vez levantado del suelo, Prudencio se consideró en la obligación de presentarse.

—¡Perdónenme, señoras!... Me llamo Prudencio Bañoles, soy de Ponferrada, en tierras de León, no tengo padres ni hermanos y voy por el mundo viendo mundo...

La señora puso tonos de gravedad en su voz para responderle:

—Yo soy la viuda de don Dámaso Alvar, ésta es Blanca, mi única hija, y las dos vivimos entre nuestros colonos, que nos pagan bien y creo que no nos quieren mal...

—Serán ustedes buenas...

—Lo procuramos. Y ahora, que ya sabemos quiénes somos y sabemos también lo que usted desea, vamos, con su permiso, a preparar algo. Siéntese aquí, a no ser que prefiera entrar en la casa.

—Aquí estoy bien!

—Como guste.

—Y moléstese poco, señora, que con cualquier cosa quedaremos satisfechos.

Sin más hablar, ambas entráronse por la casa, volviendo a poco Blanca con una mesita, en donde dispuso manteles y servicio.

Prudencio, que la admirara quieta, se extasiaba en las idas y venidas, contemplando la grácil desenvoltura de aquel cuerpo que a la par reunía majestad y gentileza.

—No arregle más, que de sobra está, y escúcheme un poco, que hambre tengo también de hablarla y de que me conteste.

—¿Viene de galán el caminante?

—No vengo de galán; pero dígame.. ¿por qué he de venir de ciego ni de huraño?

—Lo uno, no lo permita Dios, y lo otro, bien hace usted en no proponerme tal fealdad...

—¿Entonces, escucha?

—Bueno, escucharé...

—¿Y responderá?

—Seguramente habrá de merecerlo en lo que usted diga...

Y al callarse para atender, le seguían riendo los labios y le reían los ojos...

Y por misteriosa ley de simpática afinidad, algo reía también en el corazón de Prudencio, el mozo que iba por el mundo sin ver mundo y estaba viendo mundos y cielos en la sonrisa de una mujer...

—Dispense la curiosidad: ¿cómo es que viven tan solas?

—Ya se lo dijimos. Porque el padre murió.

—No es ese el sendero de mi pregunta.

—Pues no le comprendí...

—Parecía natural que uno — ¡y miles!— pero uno por elegido, las acompañara ya.

—Madre no piensa en volver a casarse.

—No hablo de la madre.

—¿Pues de quién?

—De usted.

—¡Jesús! Yo soy muy niña...

—¿Cuántos?

—Una miseria de años. Diez y ocho...

—Si no encuentran más inconveniente...

—Y que no valdrá la pena.

—¡Vale, vale! — afirmó rotundamente Prudencio.

—Entonces, será que no miraron siquiera.

—¿Qué no miraron? ¿Y puede haber quien pase y no se quede maravillado?

—¿Cómo usted?...

—Como yo.

Y aunque la respondieron firmemente y con acentos de absoluta verdad, Blanca dió a reir a carcajadas dè la mentira. Pero reía con los labios, no con los ojos, que buscaban, inquisidores, la verdad que pudiera existir en el fondo del alma de aquel mozo, por si Dios quería hacerla reflejar por sus miradas...

—Mire, señor don Prudencio — y ella misma sonrióse del tratamiento ceremonioso, — hablándole en serio, le diré que moza sol, pero no tanto que alguna vez no me llegaran a los oídos palabras semejantes.

—¡No lo jure, que ya lo creo!

—Pues creyéndome en esè poco, créame en un poco más. Por cortesía le escuché al empezar y como ofensa lo tomaré si persiste: que mi madre ni yo queremos que me digan lo que no sea uy verdadero y con la honrada intención de ser muy firme.

—Lo mío lo es.

—No se lo niego; por más que temprano le despertó, pero vuélvaselo a pensar una vez y muchas veces antes de repetirlo, que cuando de nuevo me diga será petición y cuando yo le conteste será compromiso eterno para mí y para usted...

Callaron. Y, en silencio, tornóse ella al trajín de arreglar la mesa y él dióse a las cavilaciones, peleando en su ánimo con gigantesca furia los sentimientos que nacían y los egoísmos que trataban de matarlos...

Y en silencio salieron y entraron repetidamente la madre y la hija, sirviendo al huésped los manjares. Y él, probándolos apenas, callaba porque era muy mozo y no sabía encontrar aún las palabras que disfrazan los pensamientos.

Recogieron los manteles así que terminó la colación, pedida con hambre y aceptada a desgano. Y terminó también la descomunal batalla que en el espíritu de Prudencio se libraba, venciendo los malos demonios...

¡Era pronto para encadenarse!

Dió las gracias con fría ceremonia, aunque buscó las frases y cumplidos; despidióse luego con estudiados ofrecimientos y, saltando en el coche, no como el que marcha, sino como el que huye, le mandó al mecánico que apretara bien el acelerador.

—¡¡De prisa, de prisa!!...

Y pronto envolvió al coche y a su dueño una nube de polvo.

La madre y la hija cerraron la puerta de su casa. La madre volvió a sus quehaceres y la hija emprendió también los suyos, un poco más blanca y un poco más pálida, has-

ta que la agitación del trabajo le devolvió sus colores de granada...

En tanto, el "auto" volaba por la carretera, que descendía suavemente en interminables rectas, favoreciendo la velocidad, y el motor, bien embalado, llevaba la aguja a marcar los sesenta kilómetros a la hora.

En las curvas moderaba algo la marcha el mecánico, a pesar de que Prudencio le repetía incesantemente: ¡De prisa, de prisa!... Y con tanta frecuencia menudeaba aquel mandato de correr y de acelerar, que el mecánico mismo se picó de amor propio, y ya ni en las vueltas aminoraba la vertiginosa carrera, limitándose a ceñirlas cuanto le era posible para encontrar luego franca la salida, evitando el enorme peligro de seguir por la tangente y estrellarse.

Escasamente llevarían dos horas de aquel desatinado caminar, cuando surgió de improviso el obstáculo y la catástrofe. Prudencio, espantado, gritó desesperadamente: ¡¡Cuidado, cuidado!! El mecánico, lívido, pisó a un tiempo los dos pedales para frenar y desembragar a la vez, y con la mano derecha echó brutalmente el otro freno, amarrando al coche, que, contra la brusca reacción que lo inmovilizaba en mitad de su marcha velocísima, se encabritó, como un caballo espoleado cruelmente, alzando en el aire las ruedas traseras y yendo sobre las delanteras únicamente y en dirección oblicua a precipitarse, furibundo, sobre la barrera del paso a nivel, destrozándola y destrozándose a la par. Por suerte, el eje de hierro resistió y empotrándose mutuamente la barrera en unos puntos del "auto" y el "auto" entre los barrotes de la barrera, quedaron ambos enlazados y prisioneros uno de otro. Prudencio, con el choque, salió despedido a diez metros, y el mecánico, nerviosamente agarrado al volante, quedóse rígido en el asiento, mirando con los ojos espantados y desmesuradamente abiertos al tren que pasaba majestuoso con su largo penacho de humo y su pesado convoy...

Prudencio, despavorido, corrió hacia el mecánico.

—¿Estás herido?

—¡No! ¿Y usted?...

—Tampoco

—¡Nacimos hoy, señorito! ¡Si el coche se queda un metro más allá, no la contamos!...

Acudieron la guardesa y un grupo de trabajadores de la vía para prestarles socorro y tratar de reparar el daño.

—¿Hay para rato, verdad? — preguntó Prudencio.

—Hasta que venga otro coche a recogernos...—contestó ya tranquilamente, el mecánico.

—Y pueden dar gracias a la virgen...— añadió, conmovida, la guardabarrera.

—Gracias le doy... — murmuró Prudencio. Y para calmar un poco los nervios brincadores que le sacudían como punzantes espinas por todo su cuerpo, alejóse paseando hasta perder de vista el "auto".

Breve fué la caminata solitaria, que en un ribazo y reposando sobre las piedras, hallóse con tres mujeres. Aunque Prudencio pretendió esquivar su compañía, ellas alzáronse ante su paso.

—¿A dónde vas tan cabizbajo, galán?... —le demandó una de ellas.

—¿Qué os importa? — replicóles, malhumorado. — Si queréis limosna, os la dejaré.

—Guárdala, guárdala, que nadie te la pidió.

—Pues conversación no quiero, que no me gusta hablar con quien no conozco.

—Eso no es cierto, galán. — Volvió a decirle la primera mujer. — Bien hablaste con la guardesa.

—Y bien hablaste con Blanca... — le dijo la segunda mujer, interviniendo.

—¿Cómo lo sabes?...

—Porque venimos contigo.

—¿Siguiéndome?

—No, contigo, a tu lado, desde que saliste de tu casa.

—Pues yo no os he visto...

—No has querido vernos. Yo soy la Fortuna, y hablé contigo al oído cuando te enseñaba el camino de la mina para enriquecerte...

—Yo soy el Amor, y hablé contigo bajo la parra de aquella casa en donde vive Blanca...

—Yo soy la Muerte —dijo la tercera mujer, — y hablé contigo ahora mismo, cuando el "auto" se despedazaba...

Prudencio sintió el horror, como antes sintiera la ilusión amorosa y el afán de riqueza, y a las tres mujeres fué contestando:

—Muerte, celebro no haber acudido a tu voz. Amor, yo volveré por aquel camino a buscar aquella misma casa. Fortuna, yo volveré por aquel monte a seguir el rastro de aquellas mismas piedras. .

Y las tres mujeres le respondieron:

—No vuelvas—le dijo la Fortuna,—que tú las desdeñaste y ya es otro el hombre el dueño de las riquezas.

—No vuelvas—le dijo el Amor,—que los ojos que tú no quisiste mirar, hoy se miran ya en otros ojos complacidos y amantes.

Y la Muerte le dijo:

—Yo no soy rencorosa y no te guardo odio porque no hayan venido conmigo esta vez; otra vez vendrás, galán...

Prudencio quiso replicar aún; pero ya las mujeres desaparecieron de invisible modo. Y, temeroso de la soledad, volvióse al grupo de su mecánico y de los trabajadores, llevando en el corazón la pena de la fortuna que no aprovechó, del amor que no quiso recoger y la promesa de la muerte que le aguardaba...

¿Cuántos que de viejos se lamentan de la suerte contraria no habrán tenido en su vida una fortuna que descuidaron y un amor que no recogieron?

Manuel Linares Rivas.

* * *

En todas las conmociones populares hay dos clases de hombres; unos que las promueven y otros que las aprovechan.—Napoleón I.

EL PIRATA AEREO

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR

GUY THORNE

Traducida especialmente para "PUCKY"

Extraña y desconcertadora narración misteriosa de piratería en el "alto aire", escrita por el autor de muchas novelas sensacionales y de gran éxito en todo el mundo. El resumen que se publica a continuación permitirá a los que no hayan leído el primer episodio, darse perfecta cuenta de todo lo pasado.

DA comienzo la narración quince años después de terminada la guerra mundial. Existe ya en todas partes el tráfico aéreo, normalmente establecido. Hay líneas regulares entre las principales naciones del mundo. Sir John Custace, baronet, joven de treinta años, desempeña el cargo de jefe superior de la Policía Aérea Británica.

Repentinamente es llamado desde Plymouth, donde está el puerto de los trasatlánticos aéreos, a causa de un asunto urgente. Realiza el viaje por tren acompañado de Constanza Shepherd, hermosa y joven actriz, de la que está enamorado y que debe partir aquella noche para Nueva York, en la nave aérea "Atlantis", para cumplir un contrato teatral.

Durante el trayecto, Sir John declara su amor a Constanza y es aceptado. Al llegar al marcódromo, el jefe se entera de terribles acontecimientos. El trasatlántico "Albatross" ha sido atacado en mitad del Atlántico y saqueado por los tripulantes de un misterioso buque aéreo pirata, que vuela con increible rapidez.

Dos continentes están aterrados con la noticia; varios buques armados parten para recorrer todo el Atlántico. A las nueve de la noche el "Atlantis" debe salir, con Constanza Shepherd a bordo, para Norte América, escoltado por dos yates aéreos de la policía.

Sir John ve partir a la nave y regresa al hotel. A las dos de la madrugada le despierta su ayuda de cámara para notificarle que se ha recibido un radiograma notificando que el "Atlantis" ha sido atacado. El capitán y algunos de los de la tripulación han muerto; los pasajeros han sido desposeídos de cuanto objeto de valor tenían y Constanza ha sido raptada y llevada a la nave pirata.

SEGUNDA PARTE

I.

TRATEN ustedes de hacerse una idea, aún cuando sólo sea relativa, de la oficina particular del jefe de la Policía Aérea Británica, en Whitehall.

Una mullida alfombra turca de rojo ladrillo y azul, cubre el "parquet" del piso. Las paredes están casi cubiertas de retratos de famosos aviadores del pasado, de los inventores, los creadores, los precursores del gran servicio comercial de buques aéreos que ahora cubre los cielos y ha conseguido reducir las dimensiones del planeta, — en lo que a transportes se refiere, — a un quinto de su dimensión anterior. En la oficina veíanse tres grandes mesas escritorio con carpetas de marroquín granate. Las sillas eran mullidas y lujosas. Una fila de altas y anchas ventanas permitía ver el interminable y constante ir y venir de la ancha calle, donde los nervios de todo el Imperio se reúnen en un sólo ganglio central.

De pie ante una de las ventanas se halla un joven de treinta años, rubio, vestido de saco azul marino. Usa el grueso bigote recortado y en el rostro se le nota ansiedad y preocupación a la vez que falta de descanso.

Así me hallaba yo en Londres dos días después de aquel en que mi sirviente Thumbwood me comunicó la terrible noticia en el hotel de Plymouth.

El general Sir Hércules Nichelson, comandante en jefe del real cuerpo de aviación, conversaba con el jefe de policía aérea.

—¿Entonces todo está satisfactoriamente arreglado, Sir John? — dijo. — Nosotros ayudaremos a sus patrulleros con tres buques de guerra que están en Plymouth y tres de las islas Escilias para patrullar las naves aéreas. Se trata, naturalmente, de cruceros aéreos mejor armados que sus buques policiales. Entre ustedes y nosotros creo que podremos dar fin a esa fiera en pocos días.

—Yo también lo creo así, sinceramente,— dije,—y no sé como se arreglarán para cometer nuevos delitos. La red se estrechará en seguida. Estados Unidos que tiene a su cargo una gran extensión de costa, toma extraordinarias precauciones.

—Va a ser imposible que se escapen esos diabólicos canallas,—agregó el general.—Pero dígame con franqueza ¿estamos completamente de acuerdo?

—Completamente Sir Hercules.

—Cada uno de los oficiales, jefes de estación, tendrá el mando absoluto de su zona y estará bajo las órdenes de usted.

—Así se ha dispuesto por indicación suya, Sir Hércules y como la propuesta vino de usted, procuraré cumplir lo mejor posible. Mis hombres recorren sin cesar los caminos aéreos. Puede creer que la organización es completa.

—Lo sé. En cuanto a mis subordinados se sentirán orgullosos al servir bajo las órdenes de oficiales tan valientes y experimentados como los de la Policía Aérea.

—Es usted demasiado bondadoso conmigo, Sir Hércules.

—De ningun modo. Digo la verdad y nada mas. Pero, como anciano, quiero permitirme darle un consejo, si a usted no le molesta. No desespere, Sir John. Toda persona sensata reconoce que ni usted ni nadie hubiera podido evitar que pasara lo que ha ocurrido, y menos haberlo previsto. Es bueno tener despierto el sentido de la propia responsabilidad, como usted, pero no hay que llevar las cosas al extremo. Sé la obra que está usted realizando. No procure precipitar demasiado los acontecimientos. Si llegara a enfermarse, el resultado final sería un desastre.

El bondadoso anciano de blancos cabellos, me miró cariñosamente, luego me estrechó la mano y salió de la habitación.

Casi en seguida el joven Bickenhall, mi secretario particular, entró en la oficina.

—Aquí están los artículos de los diarios de la mañana, Sir—dijo, y colocó en mi escritorio varios recortes de los diarios del día. Todos hablaban extensamente de los sucesos que habían conmovido al mundo entero.

Los recorrí de un vistazo. Estaba muy impaciente por saber qué pensaba la opinión pública. Para dar cuenta de cuál era la idea que el mundo se había formado sobre el desarrollo de lo sucedido desde la mañana en que yo había partido para Plymouth, hasta el momento, no puedo hacer nada mejor que transcribir algunos párrafos sueltos de la prensa diaria.

Lo siguiente pertenecía a uno de los más importantes diarios de Londres, cuyas opiniones eran tenidas muy en cuenta por la gente seria:

"Ya hemos publicado un relato completo del primer ataque de que fué víctima el trasatlántico aéreo "Albatross", mandado por el capitán Pring, cuya conducta en esa ocasión no se desvió en absoluto de las mejores tradiciones de la aviación británica.

"Muchas personas se habrán imaginado que después de tan cobarde acción el desconocido pirata, satisfecho con sus infames laureles se retiraría a gozar del considerable botín conquistado. Pero no ha sido así. Con audacia sin ejemplo en los anales del crimen, esa fiera, cometió a la noche siguiente un nuevo acto que superó en ferocidad al anterior.

"Es posible reconstruír gran parte de lo ocurrido basándose en los numerosos relatos que llegan hasta nosotros. Además se ha publicado un relato oficial dado a la prensa por las autoridades de la Policía Aerea de Whitehall.

"Según parece, hace dos noches el trasatlántico aéreo "Atlantis", salió del mareodromo de Plymouth, a eso de las nueve de la noche. El capitán, comandante piloto Swainson, era uno de los más ventajosamente conocidos oficiales del servicio trasatlántico aereo. No creía que pudiera haber ni el menor peligro.

"Sir John Custace, comisionado de la Policía Aerea del gobierno británico, se encontraba en Plymouth, a donde había llegado procedente de Londres al tener conocimiento del primer acto de pirateria.

"Sir John insistió en que el "Atlantis" fuese escoltado durante la mitad de su viaje a Norte América por el patrullero armado número 1 mandado por el superintendente piloto-comandante Lashmar condecorado con la Orden del Servicio Distinguido y oficial muy bien conceptuado.

"A mitad de camino se encargaría de custodiar al trasatlántico una escolta semejante, enviada por el servicio aéreo de Estados Unidos.

"Fuerza es reconocer que Sir John Custace no pudo lógicamente adoptar precauciones más completas.

"El "Atlantis", conducía la valija postal y llevaba el pasaje completo. Figuraban entre los viajeros varias distinguidas personalidades, entre ellas el señor Bootfeller, del Senado de Estados Unidos; el señor Greenwell, el conocido editor de libros: el duque de Perth, y Waltry Priest, estrella masculina del cinematógrafo, esto entre los hombres del pasaje.

"En la lista femenina se destacaba la señorita Constanza Shepherd, joven actriz tan conocida de nuestro público, que no es del caso hacer su merecido elogio.

"A eso de las dos de la mañana comenzaron a llegar a Plymouth por intermedio de las estaciones radiográficas, terribles noticias. Podemos hacer un resumen en la forma siguiente:

"Cuando, a una distancia no mayor de doscientas cincuenta millas al oeste de Irlanda, el navío patrullero volaba a menos de tres millas detrás del "Atlantis", fué atacado, en forma repentina, por un aeroplano desconocido. La luna se había ocultado, reinaba oscuridad y el ataque se efectuó con asombrosa rapidez. El patrullero No. 1 se vió envuelto en una lluvia de granadas. El capitán Lashmar, murió en seguida y con él perecieron todos los de la tripulación, menos tres hombres, uno de los cuales está gravemente herido y se desespera de salvarlo. Los otros dos recibieron heridas de poca importancia.

"El buque patrullero descendió al mar, donde quedó flotando como un pájaro herido.

"Entretanto, el navío desconocido inició la persecución del "Atlantis" y comenzó, como en el caso del "Albatross", por destruir

a tiros las antenas del telégrafo sin hilos. Las hélices fueron destrozadas luego y el gran trasatlántico se vió obligado a planear sobre las aguas.

"Seis hombres enmascarados y con armas lo abordaron. Comenzó entonces el sistemático saqueo de la nave. El capitán Swainson no pudo resistir. Sacó su revólver y dió muerte, de un balazo a uno de los piratas

"Luego, haciendo un llamado a la tripulación, inició una resuelta acción ofensiva. La lucha fué desigual. El capitán Swainson era el único que disponía de armas, mientras que los piratas poseían todos pistolas automáticas.

"Cinco hombres del "Atlantis" fueron muertos casi instantáneamente y el resto sometido, mientras el sistemático saqueo continuaba. Luego... a unos horrores siguieron otros horrores.

"Terminada la obra infernal, los canallas buscaron entre los pasajeros a la señorita Constance Shepherd y a su mucama. Las dos jóvenes fueron obligados, bajo la amenaza de las armas, a embarcarse en el bote que las había de llevar al buque pirata.

"Apenas estuvieron todos a bordo, la nave pirata, ésta se elevó y pronto se perdió de vista.

"Entretanto dos héroes se hallaban en acción. En el buque patrullero dos aviadores, Paget y Fowles, estaban heridos, pero no inutilizados. Los dos sabían algo de telégrafo sin hilos y con suma habilidad consiguieron al cabo de varias horas improvisar un aparato transmisor, con el que enviaron un breve despacho, relatando el desastre y pidiendo ayuda.

"Cuando los buques de auxilio llegaron al amanecer, encontraron que el buque patrullero No. 1 se hallaba junto al "Atlantis" y que el Dr. Weatherall, médico de a bordo, había pasado al patrullero No. 1 y atendía a los dos heridos.

"En Plymouth se encuentran muchos representantes de los diarios, pero hasta ahora pocos de los pasajeros del "Atlantis" han podido y ninguno ha sido autorizado por las autoridades a hacer declaraciones personales para su publicación. Suponemos que esa prohibición será levantada esta tarde.

"Este es el completo relato de cuanto ha ocurrido. Ahora podemos estudiar la situación..."

No fatigaré la atención del lector transcribiendo los que pensaban los periodistas. Había centenares de columnas de proposiciones, conjeturas, censuras, consejos, alarmas y demás.

En general no atacaban a mi departamento y me felicitaba por ello. Poco me importaba por mí mismo. Pero no me hubiera gustado ninguna reflexión que censurara al personal a mis órdenes, oficiales y subalternos, pues constituía un cuerpo capaz y leal, tal como no se encontraría mejor en ninguna parte del mundo.

II

EL ministro de gobierno me había citado para las doce del día. Me recibió con suma amabilidad. La conferencia fué muy amistosa y duró hora y media.

Lo que tratamos lo manifestaré más adelante. No sería oportuno explicarlo ahora.

Al final de la entrevista manifesté al ministro que tenía que hacerle un pedido.

—Hable usted sin el menor recelo. — me respondió, — y permítame que le repita una vez más que el Gobierno tiene la más completa confianza en usted, Sir John. Le ruego que no considere esto como un vano elogio de cortesía.

Experimenté algo así como un repentino impulso y exclamé:

—Lo creo sincero, señor ministro. Y deseo manifestarle que el desempeño de mi misión en defensa de la tranquilidad pública no se verá turbado ni disminuido por el malestar o por la pena que pueda causarme un asunto de carácter privado. Puedo afirmar que no será así. Debo informarle con toda franqueza y en forma confidencial, que estoy comprometido para casarme con la señorita Constanza Shepherd.

Hubo unos instantes de silencio. Oí claramente que el ministro respiraba fuerte, como suspirando compadecido y murmuraba entre dientes: "¡Pobre joven!" Despues hizo lo que un caballero debía hacer en tales circunstancias. Me tendió la mano que yo estreché cordial y calurosamente.

Cuando logré hablar, agregué:

—El pedido que deseo hacerle, es este, señor: quiero desaparecer por completo durante un mes.

—¿Desaparecer, Sir John?

—Eso es. Ostensiblemente, pediré cuatro semanas de licencia. Pero las pediré confidencialmente, pues esto debe permanecer secreto. Si se publicara la noticia, el público lo interpretaría mal y llegaría tal vez a creer que intento desertar de mi puesto, precisamente en el momento en que se presenta una dificultad o un peligro.

—¿A qué obedece, en realidad, ese pedido?

—Obedece a que deseo realizar la investigación de este asunto, personalmente. Creo que las conjeturas y las teorías de la prensa, del público y hasta las de los funcionarios de Scotland Yard, a quienes he consultado, son erróneas. Las noticias que me han comunicado de Norte América no me han hecho cambiar de opinión. Este es un asunto de vida o de muerte para mí. Debo al Gobierno que me ha ascendido en forma tan rápida hasta la elevada posición que ocupo, la solución de este misterio. Debo al Gobierno y al público la prisión de los canallas que han cometido esos delitos y su comparecencia ante la justicia. Y si Dios me ayuda lo haré así. Mi honor y el de mi repartición están en juego. Estos dos puntos se anteponen a todo. Además, tengo las razones particulares que le he mencionado a us-

ted. Considero, por último, que no podré llegar al éxito deseado si no investigo personalmente en la forma que he dicho.

—Tiene usted, sin duda, los motivos más poderosos que puede tener un hombre... Pero ¿no es posible que sea usted más explícito?

—Pienso dejar al señor Muir Lockhart al frente del Departamento. Es capaz de desempeñar el cargo con acierto. Se halla al corriente de todos los asuntos. Además, yo me arreglaré de manera que pueda estar en comunicación conmigo casi siempre.

El ministro de Gobierno permaneció callado cabizbajo, redoblando con las yemas de los dedos en el brazo del sillón. Había sido un famoso abogado y había alcanzado renombre por su elegancia en el vestir. Tenía las uñas rosadas y lustrosas y al ver brillar en ellas la luz del sol se hubiera dicho que salían de manos de la manicura.

Levantó la cabeza.

—Perfectamente, — dijo. — Proceda usted como quiera. Usted sabe, mejor que todos nosotros, lo que conviene hacer. Le deseo de todo corazón que tenga pleno exito en sus gestiones.

Así fué como yo me ví mezclado en una serie de peligrosas aventuras, en las profundidades tenebrosas del mundo del crimen y en la más sobrehumana lucha de astucias y habilidades que pueda producirse en nuestra época moderna.

Se hicieron en Whitehall los preparativos correspondientes. Muir Lockhart era activo y despejado y lo entendía todo en seguida.

A las tres de la tarde salí a la asoleada calle libre ya por completo de toda preocupación oficial por el término de un mes. Respiré con satisfacción al pasar por delante de la alineada escolta, real y me encaminé hacia la verde perspectiva de Pall Mall.

—El primer acto ha terminado—pensé.— El telón se levanta porque comienza el verdadero drama. En algun sitio de este mundo está un hombre cuyo hallazgo, prisión y muerte debo a la sociedad y a mi mismo.

Y yo soy de los que jamás dejan una deuda sin pagar.

Poco les he dicho sobre mi estado de ánimo durante los últimos días. No voy a hablar mucho de eso ahora tampoco. Por mis venas circulaba, en vez de sangre, un furor contenido y frío. Aún cuando sentía el corazón destrozado, me notaba tranquilo. Cuando me encontraba a solas razonaba sin exasperarme y procuraba adquirir pleno dominio sobre mí mismo.

De exprofeso evitaba pensar mucho en Constanza y en su destino.

Si me hubiese dejado llevar por mis primeros impulsos, seguramente lo hubiera echado todo a perder. Pero por suerte mi mente permaneció serena. Las cualidades que tanto me habían servido durante mi carrera de aviador y que luego me habían llevado hasta el alto puesto que ocupaba, a tan temprana edad, sentíanse puestas nuevamente a prueba y obedecían dócilmente cada una para su propósito.

Estaba solo y avanzaba rodeado de tinieblas, pero consciente de mi poder, pues me sentía cargado de energías hasta rebosar, como una batería cargada de fluido eléctrico.

Cuando pasé tranquilamente por delante de Saint James, camino de mi domicilio, sentíame enteramente tranquilo. No creo que en aquel momento hubiera en todo Londres un hombre de aspecto más sereno y de facultades más peligrosas que yo.

Sabía, por propia intuición, que iba a triunfar en la lucha. No tenía aun más que una rudimentaria noción de lo que iba a hacer, pero sabía que iba a triunfar. No interpreten mal mis manifestaciones. No acariciaba yo esperanza ninguna de volver a ver con vida a mi amada. Creía que toda la alegría de la vida habíase extinguido para mí. Pero, quedaba la justicia, — la venganza, mejor dicho, — y estaba convencido de que era yo quien había de realizarla. Así lo pensaba yo en el momento en que pasaba entre la mansión de Marlborough y el palacio de St. James.

Mi costosa, pero encantadora morada, situada en la calle de la Media Luna, se hallaba en el segundo piso de un elegante edificio. Constaba de sala, comedor, dormitorios, cuartos de vestir y baño. Mi ayuda de cámara Thumbwood dormía en el último piso de la casa. Se hallaba en el pequeño hall cuando llegué y abrí la puerta con la llave que siempre llevaba.

—Ya he arreglado todo lo necesario, Carlos, — dije a Thumbwood, mientras le entregaba el bastón y el sombrero. — Iniciaremos las operaciones en seguida.

Yo no tenía secretos para mi fiel amigo y servidor.

—Me satisface mucho saberlo, Sir John. Anduve por la ciudad esta mañana y he notado que se habla mucho del asunto.

Me siguió hasta la sala y me trajo cigarros.

—Como usted comprenderá, — añadió en tono confidencial, — el ayuda de cámara de un caballero, especialmente si es socio de algún club que esté cerca de Jermyn Street y más especialmente aun, si ha vivido algún tiempo entre gente aficionada a las carreras de caballos, oye lo que dicen todos mejor y más pronto que cualquier otro ser humano. Esta mañana conversé con los porteros y mayordomos de los de los mejores clubs, Sir John. Después tuve un rato de charla con Meggit, el bookmaker que recibe todas las pequeñas jugadas de la gente de St. James y después fuí al teatro Parthenon, me acerqué a la puerta del escenario y convidé al portero, que a la tercera copa, hablaba hasta por los codos. El y yo somos grandes amigos desde la época en que, por encargo de usted, yo llevaba ramos de flores y cartitas a la señorita Shepherd, cuando era la "estrella" de aquel teatro.

—¡Vamos! ¡Veo que no has perdido el tiempo!

—No, Sir John. Me he enterado de una porción de cositas que ahora parecen insignificancias, pero tal vez nos sirvan de algo más adelante. Hay un detalle que usted debe

conocer en seguida. La gente de los círculos teatrales dice que la señorita Shepherd fué con usted en el tren hasta Plymouth. Lo dirán los diarios de esta tarde, si no lo han dicho los de la mañana. En torno del teatro rondaba esta mañana lo menos media docena de reporters.

Rechiné los dientes enojado, pero sólo un instante. Aquello era inevitable No quedaba expedito más que un camino.

Me acerqué al aparato telfónico, que estaba en la mesa escritorio y pedí comunicación con el "Evening Wire".

—Soy Sir John Custace, — dije al jefe de noticias. — Me he informado de que en Londres circula una versión relacionada con la señorita Constanza Shephërd y conmigo. Como no deseo que se hagan comentarios erróneos, le autorizo para anunciar en la próxima edición que esa señorita y yo estamos comprometidos para casarnos. Ahora envio a mi sirviente con una carta confirmando por escrito esta manifestación.

Era la única forma, — aun cuando no me gustaba nada, — de cortar de raíz los maliciosos comentarios que pudieran hacer los amigos de chismes y cuentos.

Escribí una cartita dirigida al jefe de informaciones del diario y dije a Thumbwood, al entregársela:

—Toma un automóvil de alquiler y lleva esto a toda prisa.

En el mismo momento en que le daba la carta sonó el timbre de la puerta de calle. Mi pequeño sirviente, — Thumbwood, como se recordará, había sido jockey, — corrió a abrir y pronto distinguí el rumor de dos voces cuyo sonido me era familiar.

—¿Quién es? — pregunté cuando Charles regresó. — ¡No quiero recibir a nadie, y!...

—No me ha hecho caso, señor. Es el señor norteamericano que pescó al capitán Pring, después del ataque del "Albatross". Dice que necesita verle a usted.

—¿El señor Van Adams?

—El mismo, señor John.

—Bueno... ¡qué pase!

Un momento después estrechaba la mano de aquel hombre de mandíbula reveladora de un carácter enérgico y de ojos que semejaban dos animados trozos de acero. Thumbwood salió en seguida con la carta y yo le oí golpear la puerta al cerrarla.

Estaba bien ajeno en aquel momento de que otra persona que no fuese cualquiera procedente de Whitehall, hubiese logrado entrevistarse conmigo. No tenía el menor interés en conferenciar con el millonario, pero cuando le ví dentro ya de mi habitación se desvaneció toda la solidez de mi propósito. El hombre se había propuesto verme y había conseguido su objeto. Le miré convencido de que ni un grupo de centinelas con bayoneta calada hubiera logrado hacerle desistir de sus propósitos.

Se sentó pausadamente en la silla que le indiqué, tomó un cigarro, eligiéndolo antes y lo encendió sin demostrar impaciencia alguna. Yo permanecí en silencio, esperando que me manifestase el motivo de su inesperada visita. Cuando comenzó a hablar su voz agria tenía una una entonación tan suave que nadie hubiese dicho que aquel hombre era norteamericano.

—Todos los éxitos que he tenido en mi vida, — dijo sin preliminares de ninguna especie, — los atribuyo a mi facultad para juzgar a los hombres. Comencé de muchacho, poseedor en alto grado de esa facultad y desde entonces la he ejercitado y desarrollado sin cesar.

Chupó, pensativo, el cigarro, lanzando luego grandes bocanadas de humo. Había hablado con calma y decisión, no como si estuviese refiriéndose a sí mismo, sino como quien menciona algo a lo que se ha de referir más adelante.

Por mi parte, callé. Sentía como si estuviera jugando una partida muy seria a un juego de muy estricta reglamentación.

Una sola frase que hubiera pronunciado pudiera haberla juzgado mi visitante como una réplica contraria a sus afirmaciones categóricas.

—Y, aun cuando al hombre vulgar no le gusta oir una afirmación así, le diré que tengo de usted el mejor concepto, Sir John. Usted no es un hombre vulgar. Por eso estoy yo aquí. Voy a explicarme en dos palabras. Deseo ayudarle a usted. "Puedo" ayudarle. Es usted quien debe contestar si quiere aceptar mi ayuda.

Ante una proposición como aquella no había más que una contestación posible. El hombre que se encontraba sentado en el sillón, frente a mí, era uno de los más poderosos de la tierra. Además, su reputación se hallaba a gran altura. No era un pirata financiero. El mundo entero tenía confianza en él.

—Sólo tengo una respuesta que dar a su ofrecimiento, señor Van Adams... ¡Muchísimas gracias!

El hizo un gesto de asentimiento, como manifestándose satisfecho.

—¡Por supuesto! — añadió dándose vuelta a medias en el asiento. — ¡Claro está que no pretendo que me entere usted de secretos oficiales de ninguna clase!

Yo eché a reir. El gobierno podía haber confiado tranquilamente a aquel hombre, a una sola indicación suya, cuanto sabía.

—No existe ese peligro, — díjele, — por la sencilla razón de que usted sabe exactamente lo mismo que sabemos nosotros y yo comuniqué esta mañana al ministro de Gobierno. Lo único que hay de nuevo son las medidas de precaución, que como es lógico hemos tomado nosotros y Estados Unidos. Lo único "nuevo" que puedo manifestar a usted, — añadí, — y eso dentro del mayor secreto, es que he arreglado las cosas de forma que mis funciones oficiales queden a cargo de mi secretario durante un mes. Desde esta tarde estaré en completa libertad de hacer lo que quiera, de ir donde yo quiera. De esto no se enterará nadie más que mi sirviente de confianza. Tenía intención de dedicar esta noche a trazar mi plan de campaña.

—Muy bien, Sir John. Eso era precisamente lo que yo deseaba oir de sus labios.

Voy a decirle por qué. Los motivos no son muy complicados. Uno es que, como jefe de los banqueros de todo el muno, estoy, naturalmente, en el deber de prevenir todo pánico financiero. Luego yo soy algo de sportman, a mi manera. Me gusta la caza, sea de lo que sea. Esta persecución me interesa mucho. Y, por último, cuando yo tenía veinticinco años, una gavilla de bandidos de lo peor, raptó, en San Francisco, a mi hijita Perla,—la que es ahora duquesa de Shropshire,—y la secuestró pidiendo un elevado rescate. De eso no puede usted tener recuerdo, pues yo tenía entonces treinta y cinco años y ahora tengo setenta, pero el caso hiza bastante ruido en aquella época... Por eso comprendo perfectamente cuánto sufre usted y qué piensa usted ahora.

Y mientras esperaba mi respuesta sus ojos no lucían como antes, ni su mandíbula parecía amenazadora. ¡Así que él sabía también lo que se sentía en un caso así! Murmuré cualquier vulgaridad en respuesta.

—¡Por supuesto! — dijo en seguida — y agregó después:—He pensado varios modos de serle útil. He llegado a varias conclusiones. Supongo que no necesitará dinero, aun cuando si se necesita una suma, sea la que sea...

—Tengo al gobierno como garantía,—respondí.—Además yo, por mi parte, no soy pobre del todo. Muchas gracias.

—¡Ya me lo figuré! En Inglaterra yo "personalmente" no puedo hacer nada que otros no estén en condiciones de realizar. En Norte América tengo toda clase de influencias...

Lo miré frente a frente.

—No voy a ocuparme de Norte América ni lo más mínimo,—dije.

—¡Por supuesto! Ya sé lo que usted quiere decir y soy enteramente de su opinión. Ahora vamos a ver qué puedo hacer en favor de usted.

Se puso de pie y vino hacia mí. Cuando habló lo hizo en voz baja, en tono confidencial.

—Voy a confiarle a usted uno o dos secretos a mi respecto,—dijo.—En primer lugar un hombre tan rico como yo no llega a serlo sin hacerse poderosos y pocos escrupulosos enemigos. También los procedimientos norteamericanos son crueles. Posiblemente le sorprenderá a usted oirme decir que han atentado contra mi vida doce o quince veces, pero no se trata de eso. ¡Y algunos de los planes fueron biabólicamente ingeniosos! Sin embargo, aquí estoy, sano y salvo. ¿Por qué? Voy a decírselo ahora.

"Desde los comienzos de mi venturosa carrera comprendía qué era lo que podía suceder, y a qué estaba expuesto. Ví cómo asesinaban a otros y decidí que a mí no había de sucederme lo mismo. ¿Cómo evitarlo? Estudié cuidadosamente el punto y llegué a una conclusión. Debía encontrar y luego atraer su fidelidad a mi persona, a alguien de extraordinaria inteligencia, astucia, habilidad y valor personal. Mis ambiciones eran muchas. Quería alguien, que dedicara toda su vida a mi servicio, algo así como un espíritu familiar, nada menos. Me costó tres anos de tarea el hallar a semejante espíritu familiar, el encontrar la exacta combinación de cualidades que yo deseaba. Pero un multimillonario es el mago de nuestros tiempos y hoy dispongo de un genio tan hábil y tan infalible como el de las "Mil y una noches". Le pago un sueldo de estrella de cinematógrafo y puedo decir en verdad, que no hay otro como él en el mundo. ¿Le parece a usted cansadora mi charla, sir John?

Yo me encontraba realmente asombrado, pero no dudaba de la verdad de lo que me decía.

—Todo cuanto estoy oyendo me asombra y me interesa profundamente, — respondí. —Merece usted mis felicitaciones.

—Soy el único que dispone de un ser semejante. Bien. Usted tal vez no se haya dado cuenta de por qué he dicho todo eso. Lo he dicho porque le prestaré a usted ese hombre, poniendo sus servicios enteramente a su disposición, durante un mes.

Durante unos instantes permanecí en silencio. Creía palabra por palabra cuanto Van Adams había dicho y no vacilaba. Solamente me asombraba el ofrecimiento que equivalía al de facilitar una escala de cuerda a un hombre que está encarcelado, o una luz y un zapapico a un minero perdido en el fondo de la mina.

—Es la más generosa oferta que jamás he escuchado, señor Van Adams... No sé cómo expresarle mi agradecimiento... ¿Puedo usted realmente hacer eso en mi favor?

—Sí, puedo. Y como una onza de pruebas vale más que una tonelada de argumentos, permítame presentarle en seguida al señor Danjuro.

Volvióse al expresarse así, y yo con él. Lancé un grito de asombro que en vano quise reprimir.

De pie, a una yarda o aun menos, ví a un pequeño caballero japonés, que no tendría más de cinco pies de estatura. Usaba lentes con armazón de oro, y vestía un traje de saco azul marino y botines de cuero claro. No había en él nada de extraño a excepción del poco común desarrollo del cráneo. La frente era abultada y había un gran espacio entre los ángulos de sus negros ojos y las orejas.

—¡Cielo santo! ¿Cómo se ha metido usted aquí? — exclamé.

Van Adams lanzó una carcajada.

—El se lo podrá decir, yo no lo sé,—contestó. — Le dije que estuviese aquí para darle a usted una demostración práctica. Ahora bien, el señor Danjuro sabe todo lo que yo sé. Puede usted confiar en el por completo. Sabe lo que debe hacer y sabe bien dónde encontrarme cuando yo lo necesite. Ahora voy a dejarlos solos... Y ¡buenas tardes!.

Y desapareció antes de que yo volviera de mi asombro y pudiese darle las gracias.

III

QUIERE usted tener la bondad de sentarse?—exclamé, no del todo tranquilo, aun.

El japonesito saludó cortésmente y obedeció mi indicación.

Yo no sabía qué decir; mi mente era un torbellino. No encontraba ideas. Estuve a punto de lanzar una carcajada y llamar al señor Van Adams para que cesara aquella broma, pero me dominaba una extraña sensación que me quitaba las energías.

¡Con que aquel insignificante personaje, aquel pequeño asiático era el "espíritu familiar" del millonario!

Era un ser extraño. Un ser único, efectivamente.

Me arrepentí de haber accedido a mezclar a aquel extranjero en mis asuntos. Pero luego reflexionando, pensé en que muy bien podía dejarlo de lado en cualquier momento.

Sí. Me sentía descontento como jamás lo había estado en mi vida, y mi descontento duró aproximadamente unos sesenta segundos.

Sin la menor cortedad, sin preámbulos de ninguna especie, el señor Danjuro entró directamente a tratar la cuestión. Su voz era reposada y clara. No tenía acento extranjero de ninguna especie, aún cuando el inglés que hablaba era un inglés de academia. Se expresaba impersonalmente como un gramófono.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, Sir John, en que no es en Estados Unidos de Norte América, sino aquí, en Inglaterra, donde hay que resolver el misterio que envuelve este asunto.

—Pero si yo no he dicho...—comencé.

El se sonrió, seguro de su afirmación.

—Desde el momento en que tengo el alto honor de estar asociado a usted le agradeceré que tenga la bondad de permitirme que le sugiera un plan de campaña.

—Pensaba ocuparme esta noche de eso precisamente,—respondí.

—Es mi privilegio el acudir en su ayuda. He estado en contacto con muchos y muy terribles criminales durante los últimos treinta años, pero ahora todos ellos se han encontrado con uno que los supera. Será para mí gran satisfacción el poder darle caza... ¿Tengo su honorable permiso para fumar?

Con una mano sacó un pequeño cuadrado de papel de arroz y con la otra tomó un poco de tabaco del bolsillo y apoyando el papel sobre la pierna lió un cigarrillo, con la habilidad y la destreza de un prestidigitador.

No había levantado para nada la voz, pero un singular destello de sus ojos oblicuos demostraba la escondida pero terrible energía de su raza.

Continuó hablando:

—De mis conversaciones con el honorable capitán Pring y con los pasajeros del "Albatross" deduzco que tenemos que buscar a un hombre que es: (1) un aviador de primera clase; (2) un inventor, genio de la mecánica o persona capaz de dirigir los trabajos de quien sea eso; (3) una persona de fortuna o en condiciones de procurarse mucho dinero.

Seguía atentamente su razonamiento y no dejaba de reconocer que sus deducciones eran perfectamente lógicas.

—Ahora vamos a ver quién puede ser el hombre. Yo lo supongo una persona educada y que ha disfrutado de una buena posición. Puede ser actualmente un desesperado para quien los placeres materiales son el mayor bien.

—Rickaby, me dijo que los hombres que fueron a bordo del "Albatross", hablaban como personas de gran ilustración,—dije.

—Sí. Nuestro campo de investigaciones se achica pues debe hallarse entre ese elemento. Y no creo estar equivocado al afirmar que todo aviador en este país ha de hacer un examen y obtener una licencia antes de practicar su profesión.

—Así es. Todos los aviadores, profesionales o aficionados deben poseer una autorización de la Policía Aerea. Esas autorizaciones están anotadas en un registro. He hecho revisar todas esas inscripciones, en Whitehall hasta diez años atrás. Pero eso no me ha dado resultado. No he visto nombre alguno que pueda ser el de nuestro personaje.

—Ha sido una buena idea, Sir John. A mi también se me había ocurrido. Pero en mi opinión sería conveniente buscar más atrás todavía. Ahora pasemos a las peculiares cualidades de ese buque aéreo pirata. Vamos a fijarnos primeramente en una: el silencio de sus máquinas. Tengo entendido que los fabricantes de motores estudian la forma de resolver ese problema desde hace varios años.

—Sí, pero con muy pocos resultados prácticos, por cierto. El problema no ha sido resuelto aún.

—Nada más que por nuestros desconocidos personajes. Yo, por mi parte he examinado el registro de patentes que se encuentra en el Departamento que usted dirige. Pasé ayer tres horas allí, sin encontrar nada. El significado de esa cuestión es clara. Cualquier inventor vulgar que hubiera descubierto una cosa de tanta importancia buscaría en seguida la forma de protegerla. Lógico es afirmar que nadie ha inventado un silenciador semejante. Hubiera sido una cosa imposible para el que tal invento hubiera hecho, el tenerlo enteramente en secreto.

—Así que el campo de observación se reduce aun más.

—Eso es, Sir John. Tenemos, pues, un hombre del carácter indicado, que indudablemente ha construido máquinas silenciosas y ha conservado en secreto su descubrimiento. ¿En qué punto se encuentra? ¿En el continente? Yo creo que no. Hubiera sido vigilado más estrechamente que aquí. Norte América es también más cuidadosa en esos casos. Pensemos, pues, en Inglaterra. Partiendo de esta base podemos deducir que por ciertas razones, ese hombre y sus aliados,—pues no hay duda alguna que los tiene,—trató de construir su nave pirata lo más cer-

ca posible del lugar que iba a utilizar como base de sus operaciones. Esa base, — como usted también pensará, — debe encontrarse en algún lugar inmediato a la costa.

—Forzosamente, señor Danjuro. Pero eso me parece casi imposible. Todo el contorno de Inglaterra se halla constantemente vigilado por los guardacostas. La isla, prácticamente para eso, no resulta mayor que un pañuelo de bolsillo. Lo mismo ocurre con Escocia, Irlanda y las islas del Norte. Por espacio de dos días ha estado una flotilla de aeroplanos recorriendo todas esas regiones y sacando fotografías. Ningún galpón, grande o chico hubiera podido pasar inadvertido. Además, todos los puestos de policía de las poblaciones situadas cerca de las costas han sido consultadas por Scotland Yard. Nada, absolutamente nada de anormal se ha visto.

Yo hablaba con verdadera pasión, porque el convencimiento de nuestra impotencia me desesperaba.

El japonés lió otro cigarrillo. En el momento en que lo estaba encendiendo se abrió la puerta y apareció Thumbwood.

—Entregué su carta, Sir John, y el director del diario me dijo que le daba las gracias y le felicitaba.

—Carlos, — dije. — Este señor es el señor Danjuro y se halla dispuesto a ayudarnos. El señor Danjuro es... — vacilé un momento porque verdaderamente no sabía cómo calificarlo, — es uno de los más famosos detectives del mundo.

Thumbwood se llevó la mano a la frente y saludó militarmente. Luego su rostro manifestó asombro.

—Vi a este señor, esta mañana, — dijo. —Estaba usted hablando con el viejo Jesson, el encargado del guardarropa del teatro Parthenon, en "El Dragón Azul", el establecimiento de bebidas que está a la vuelta, cerca de la entrada al escenario.

—Y usted hablaba con el portero del escenario. ¡Curiosa coincidencia! — dijo el señor Danjuro, con agradable sonrisa.

A una mirada mía, Thumbwood salió de la habitación.

—He pasado parte de la mañana en el teatro Parthenon, Sir John. Su sirviente, al parecer, ha hecho lo mismo. ¿Es un muchacho listo? Por lo menos a mi me lo ha parecido. Bien. Ahora que hemos aclarado una serie de puntos y de obstrucciones preliminares, llegamos a un momento que considero de gran importancia. Usted está comprometido para casarse, — hablo de asuntos íntimos, puramente en sentido de consulta, — con la señorita Constanza Shepherd, una joven de gran belleza y celebridad.

Lo miré asombrado y con cierto resentimiento. ¡Hablaba de Constanza como si fuese una persona cualquiera!

—Así es,—respondí secamente.

—Esa joven ha sido raptada por el desconocido aviador. De todos los pasajeros sólo ella y su mucama fueron arrebatadas por el pirata. Ahora bien, ese hecho, cuya significación, es considerable, puede servirnos de clave. ¿Ha sido raptada esa joven con el propósito de exigir un rescate? Esta idea ha sido indicada por los diarios... Yo respondo a ella, rotundamente: ¡No! En primer lugar, hubiera sido un juego muy peligroso y la tentativa hubiera hecho que todo se descubriese. Segundo, había a bordo otras personas que hubieran sido más favorable presa. El duque de Perth, por ejemplo; o el artista cinematográfico que cobra sesenta mil libras esterlinas por año. Tampoco el probable que entre las alarmas y nerviosidades de un ataque y robo como el realizado en el "Atlantis", el jefe pirata se fijase en una cara bonita. Todo pues indica que el pirata sabía que ella estaba a bordo y tenía el propósito de raptarla. Además, según el relato de los pasajeros, la anduvieron buscando. Es necesario, por lo tanto, relacionar ese punto con algún otro del pasado. A eso obedeció esta mañana mi visita al teatro Parthenon y mi conversación con el encargado del guardarropa.

Me asombraba aquel hombrecito. Estaba en todo. Yo le oía hablar y me parecía que daba vueltas en el sillón en que yo estaba sentado, como si estuviese mareado.

Pasó un tiempo y Thumbwowd entró en la habitación sin que yo hubiese encontrado palabras para contestar al señor Danjuro.

De repente me asaltó una idea. Era algo que se presentaba en forma inesperada y con una fuerza avasalladora. Algo que hasta aquel momento había tenido olvidado por completo.

—Hay un hombre,—exclamé,—un canalla que ha estado molestando a la señorita Shepherd durante mucho tiempo. Quería casarse con ella. Me lo dijo Constanza. Y fué, en su tiempo, uno de los más famosos aviadores militares de la guerra mundial.

—Hace tiempo, en la Gran Guerra,—dijo Danjuro reposadamente, — el mayor Helphron, poseedor de la Cruz Victoria... Ya estaba yo al tanto de todo eso.

—Fué un aviador notabilísimo! — exclamó Thumwood.—¡Siempre salía triunfante! Ya ve que yo tengo también mi parte de información, Sir,—exclamó.

Yo les miré tembloroso. Sus palabras tuvieron la virtud de volverme a la realidad, como si hubiese recibido una ducha de agua fría.

Pero era imposible. Se trataba de una simple coincidencia. Porque mientras el primer buque,—el "Albatross"—había sido atacado, Helphron estaba en Londres. Había viajado en el mismo tren que Constanza y yo.

—¿Puedo saber exactamente lo que usted conoce del asunto, sir John?

Referí a Danjuro con toda precisión lo que había ocurrido en la estación de Paddington y lo que Constanza me había manifestado.

Me oyó en silencio, y con toda atención. Cuando hube terminado noté que tenía en sus manos un pequeño libro de notas que había sacado del bolsillo, y cuyas hojas volvía lentamente.

—De manera—comenzó—que para considerar este problema hemos ido eliminando improbabilidades o imposibilidades de una manera asombrosa. Esto nos ha dejado un pequeño residuo, un hecho improbado, pero suficiente para que trabajemos partiendo de él.

Surge con toda claridad una cosa. Es la naturaleza y la personalidad de nuestro incógnito pirata. No creo aventurarme al decir que "debe" ser como nosotros nos lo imaginamos. Aparece de cuerpo entero una persona en escena, es ese mayor Helphron. Vamos a ver lo que resulta comparando su persona con la que nos hemos ideado. El señor Thumbwood ha recogído, al parecer, alguna información. Yo también. Vamos a reunír los resultados.

—Vamos a ver Carlos,—le dije.—¿Has hecho buena labor?

—Así lo creo sir John. Yo he descubierto que ese caballero es un mala cabeza a juzgar por las personas con quienes se junta. Hace algún tiempo acostumbraba a molestar continuamente a la señorita Shepherd. Le he encontrado en la puerta del escenario y le he visto esperando a la señorita Shpherd, cuando, terminada la función, salía a tomar el automóvil. Siempre le entregaba ramos de flores y cartas al portero del escenario. La señorita Shepherd no aceptaba nunca nada. Siempre lo rechazaba todo. Llegó al extremo de que ella se quejó y una noche, el mayor Helphron fué despedido, según pude oirlo. A veces se presentaba medio ebrio y una se presentó ebrio del todo. Y el señor Meggit, el bookmaker, que toma apuestas para las carreras, lo conoce bien.

Me encogí de hombros. Aquellas palabras eran las que yo esperaba. El hombre era uno de los tantos de que estaba infestada una parte de Londres. Había docenas como él. Los hechos parecían demostrar que no era sensato relacionarlo con el asunto del Atlántico.

—¿Ve usted? — exclamé seguro de que el japonés sería de mi opinión.

Luego dí las gracias a Carlos y éste salió de la habitación.

—Eso es lo que aparece superficialmente,—respondió Danjuro. — Yo por mi parte he conversado con un hombre que estaba en frecuente relación con la señorita Shepherd. Por él he sabido lo mismo que ha manifestado su sirvienta. Pero yo he profundizado más. Es este un caso de genuina y obsesionante pasión de parte de ese hombre. Nada más. Está en una edad muy peligrosa para ello. Los cuarenta y cinco años.

—Pero en resumen no hemos averiguado nada de verdadera importancia.

Estaba anonadado. Comprendía que yo debía hacer algo. ¿Qué era lo que había hecho? Si hubiera pasado la noche solo, meditando, seguramente no hubiera visto la situación con más claridad.

Luego cuando contemplé a aquel hombrecito, medio perdido en aquel enorme sillón, me dió ira. Era el suyo un cerebro frío, una perfecta máquina de calcular. No podía esperarse humanidad, simpatía alguna de persona semejante... No obstante yo necesitaba ayuda. ¿Acaso no había perdido lo único que podía hacerme agradable la vida? ¿Qué sería de Constanza?

El hombre aquel, leía en mi frente cuanto yo pensa'.

—Yo me explico sus vacilaciones, pero créame, Sir John,—dijo,—debo seguir fríamente mi idea. Hace una hora que estamos hablando y creo que será un consuelo para usted el que yo le diga que debemos forzosamente salir de Londres esta noche.

—Tengo excitado el sistema nervioso... Discúlpeme,—respondí.—Yo quisiera poderle demostrar lo que supone para mí su aparición en este caso.

—En mi tarea como agente y como guardián de mi patrón, el señor Van Adams, me es necesario estar siempre en contacto con cierta clase de gentes que puedo describir como la aristocracia, el cerebro de los crímenes internacionales. Eso me sirve de mucho. Después de mi visita de esta mañana al Parthenon, fuí a ver a un viejo conocido, el honorable James Brookfield.

—¿El hijo de Lord Slindon? El que fué condenado a cinco años...

—Sí. Por otra parte, todo el mundo conoce su nombre. Tuve una larga conversación con él. El señor Brookfield es muy listo y estudia genios y caracteres. Es completamente incapaz de concebir la existencia de un hombre o una mujer de recta moral e instintos normales; pero en cambio es infalible en el juicio de un tipo criminal. El señor Brookfield me debe algunos servicios; además yo acompañé mi pedido de informes con un billete de cincuenta libras.

—¿Y supo?...

—Que el mayor Helphron, es todo eso que acabamos de oir y además una persona más siniestra y temible que lo que nadie sospecha. Es un hombre de marcado poder intelectual. Es muy aficionado a la vida de placeres de París y Londres, pero sus apariciones en ambas ciudades son irregulares y rápidas. Su vida real, — Brookfield está seguro de esto, — la hace fuera de las regiones muy pobladas. "Es una vida que tiene una finalidad determinada".

Casi inesperadamente el señor Danjuro había empezado a revelarse.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con un tono distinto de voz. La habitual monotonía había desaparecido. Las frases vibraban en la habitación y yo comprendí la causa del cambio.

Era el poder de su personalidad y desde aquel momento me sentí más en contacto con aquella extraordinaria máquina de pensar que el Destino me había enviado.

Traté de estimular el desapasionado y científico modo de operar del señor Danjuro.

—Es curioso, — exclamé, — que una persona inteligente y educada pase parte de su vida en los clubs de baja estofa, en las casas de juego y en los centros de orgía de Londres. Esa conducta no es nueva, pero es extraña.

—Usted ha puesto instantáneamente el dedo en lo que parece una mancha en el dibujo que he trazado de ese hombre. Pero convengamos en que todo eso obedece a una causa.

—¿Sí? — pregunté.

El sabía o sospechaba algo más. Consultó su libreta y luego continuó:

—Hace dos años un tal señor Herbert

Gascoigne, fué expulsado del Christ Church College, de Oxford.

—"Se le pidió que se retirara", se dice, pero siga adelante.

—El caso era grave. El joven había establecido una especie de club de juego y había arruinado a varios camaradas. Se descubrió que empleaba una ruleta preparada. Llegó a Londres y se unió a una banda de gente al margen de la ley. El mayor Helphron lo conoció y pronto se hicieron muy amigos. El más joven estaba materialmente bajo la influencia del de más edad. Finalmente Gascoigne dejó de asistir a los antros que frecuentaba y desapareció.

Yo empezaba a ver claro.

—En varias ocasiones, mi astuto amigo, el señor Brookfield, ha sido testigo de fenómenos semejantes. Algunos jóvenes de clases elevadas que estaban socialmente arruinados trababan amistad con él mayor. Andaban un tiempo juntos y finalmente desaparecían.

—No puede tratarse de casos de filantropía. señor Danjuro.

—No; y por el contrario son consecuencia de singulares especulaciones. ¿Puede usted imaginarse a un Napoleón del crimen, que pacientemente medite y planee un tremendo golpe, y que para ello vaya reclutando los elementos que necesita entre los jóvenes desesperados y arruinados de nuestra alta sociedad? El plan por sí solo revela un genio.

Ellos hablan su lenguaje. Se comprenden fácilmente. Existe una serie de lazos que los unen... No puedo concebir una combinación más sólida y formidable que esta. La última virtud que les queda a esos infelices y desesperados jóvenes, es la fidelidad que tienen a su jefe. La sociedad los ha rechazado y ellos han de hacer la guerra a l sociedad. Dada tal actitud mental, un jefe como el mayor Helphron y un plan tan audaz, la cuestión se nos presenta tan clara como la de luz del día. Sin embargo, si ese hombre no hubiera sentido una desenfrenada pasión por la señorita Shepherd, creo que nunca hubiéramos tenido ni la menor probabilidad de dar con su rastro.

No sin cierta dificultad pude seguir el curso admirable de todo aquello. Parecía que nos encontrábamos infinitamente más cerca de la verdad. que lo estábamos una hora antes. Entonces fué cuando surgió, clara, en mi mente, una idea.

—¿No es una cosa sumamente favorable que nosotros, y sólo nosotros, estemos en situación de relacionar a Helphron con los actos de piratería?... El ha de considerarse perfectamente seguro.

—No creo, ni por un momento,—replicó enfáticamente Danjuro,—que alma alguna, a excepción de nosotros tenga la menor sospecha. El hombre ha de haber tomado todas las precauciones para no dejar huellas. Las investigaciones que yo he realizado tampoco han de haber despertado sospechas. El mismo señor Brookfield, pensó que yo requería la información para otro asunto. Si, sir John. fuerza es reconocer que tenemos una inmensa tarea llena de dificultades y peligros ante nosotros. Usted lo ha de comprender también así. Mi sincera opinión es que iríamos más seguros a meternos en un nido de serpientes venenosas que a donde vamos a ir. Pero,—y calló para mirar su reloj—son las cinco. La cacería empieza en este momento. Perfectamente. Nosotros, y no el adversario nos hemos anotado el primer punto.

Repentinamente se levantó de su asiento con un movimiento sinuoso. Estaba transformado. Una singular expresión animaba su rostro. Su aspecto era imponente. Los ojos lanzaban singulares destellos. Su cuadrada mandíbula se agitaba con un ligero temblor nervioso. Los labios se contraía con un gesto espantoso. Todo su pequeño cuerpo parecía formado por acerados músculos, dando en general la impresión del atleta que marcha al ring para disputar un importante match.

¿Han visto ustedes algunas de esas antiguas estampas japonesas, en colores representando al legendario Samurai o el horrendo Akudogi, gritando denuestos?... Danjuro parecía encarnar esa figura de venganza y de odios.

Al verlo así, pensé que en efecto, el multimillonario Van Adams podía darse por satisfecho con aquel genio protector.

IV

CONSIDERO casi inútil la pregunta pero bueno es hacerla, Sir John. ¿Quiere usted, por el momento, ponerse por completo en mis manos?

—Me siento perfectamente contento al hacerlo así.

—Entonces permítame que llame.

Tocó el timbre.

—He dejado una balija negra en el hall—dijo cortésmente Danjuro, cuando se presentó al llamado, Thumbwood.—¿Quiere tener la amabilidad de traerla?

Cuando llegó el sirviente con lo pedido Danjuro la colocó sobre la mesa y la abrió.

—Usted es muy conocido, S irJohn,—exclamó.—El mayor Helphron y sus amigos lo han visto frecuentemente, con seguridad, por lo menos habrían visto retratos suyos. Han aparecido muchos en los diarios durante los últimos tiempos. Es de imperiosa necesidad que cambie de aspecto en seguida. Pensando en ello he traído todo lo necesario.

Quedé anonadado. La idea no me agradaba. Casi con temor murmuré:

—¿Es absolutamente necesario?

—Absolutamente. Pero no será una gran molestia para usted. ¿Quiere ir hasta su dormitorio y afeitarse el bigote? El hombre que saldrá esta noche de Londres no debe parecerse, ni remotamente, al jefe de la policía aerea.

Me alejé en silencio, e hice lo que me mandaba. Cuando la operación estuvo terminada comprendí yo mismo la transformación sufrida. ¡Nunca hubiera pensado que tenía una boca tan horrible!

Volví al escritorio. El señor Danjuro no hizo, al verme, el menor comentario, pero me

sacó el cuello y la corbata con toda suavidad y me colocó sobre los hombros una toalla.

Luego, con una esponja me cubrió la cara con una pintura que sacó de un frasco. Cuando hubo terminado empapó con un líquido mis cabellos y luego hizo lo mismo con las cejas y pestañas.

—¿Puedo preguntar lo que está usted haciendo?—exclamé al cabo de un rato.

—Estoy volviendo negros sus cabellos, Sir John. Pueden, en cualquier momento volver a su color anterior. El aspecto es absolutamente natural. Las drogas que uso son desconocidas. Me las facilita un amigo, del Honcho Dori, de Yokohama, así como la pintura que ha cambiado su piel de blanca en morena. Voy a operar en sus manos sólo un minuto.

Calculo que transcurrieron tres cuartos de hora en esos manejos antes de levantarme de la silla en que estaba y de que él se alejase algunos pasos para observarme.

—Hágase la raya en medio, en lugar de peinarse con ella a un costado. Use un cuello bajo en cambio del alto; póngase lentes, con cristales naturales si es que no los necesita y con eso le aseguro que nadie lo reconocerá. De hecho, sir John, después de tales transformaciones habrá dejado de existir.

Había un espejo sobre la chimenea. Me acerqué a él y me miré. Era una cosa maravillosa. Estaba verdaderamente desconocido. Pelo negro, piel morena, y lentes, habían cambiado en absoluto mi aspecto.

—¿Sabe usted manejar un automóvil?—preguntó el japonés.

Me admiré de la inesperada pregunta.

—Sí. Y tengo un buen automóvil de mi propiedad en un garage cercano.

—Será preferible que no lo use. Podemos tomar uno de los del señor Van Adams. No habrá inconveniente en ello.

—Yo le he manifestado hace un momento que accedía gustoso a ponerme por completo en sus manos.... pero no creo que pueda yo disponer lo mismo de lo que pertenece al señor Van Adams.

—Es una orden de él, precisamente,—respondió Danjuro con toda calma.

Entonces pensé que aquel hombre era también un verdadero amigo.

—Vamos a salir de Londres hoy a media noche,— continuó,— y estaremos caminando hasta que sea de día. Yo también soy chauffeur y podremos relevarnos uno al otro.

—Thunbwood sabe manejar, también. Supongo que podrá venir con nosotros.

—Puede sernos muy útil, efectivamente... Ahora, sir John, si quiere usted tomarse algún descanso, puede hacerlo. Yo, por mi parte, tengo que conversar un rato con su sirviente. Es necesario que nos hagamos buenos camaradas.

Desorientado, en parte, por todo cuanto había ocurrido, pensé que en efecto un par de horas de sueño serían una gran cosa para volverme la tranquilidad y decidí aceptar el ofrecimiento.

—Opino,—dije—que es un buen consejo el que me ha dado y voy a tomarme esas dos horas que me ofrece para descansar.

—Perfectamente. Yo, entretanto, voy a terminar otros preparativos. Ya hablaremos luego... Ahora no me queda más que darle las gracias por la confianza que ha puesto en mí.

Mientras hablábamos estas palabras, habíamos salido de la habitación y cruzado el hall.

—Que duerma usted bien, — dijo cortesmente abriendo la puerta de mi dormitorio.—Luego, más tarde, iremos a ver al mayor Helphron.

—¡Cómo!—exclamé.

—¡Sí! Está en Londres. Yo no lo he visto jamás... pero estoy seguro de ello.

—En Londres,—repetí.

Una interminable serie de hechos e ideas se agolpó a mi mente.

—Esa es la causa de que salgamos nosotros de aquí esta misma noche.

Luego cerró la puerta y me dejó solo.

No volví a verle hasta dos horas después. Estaba yo acostumbrado a mandar, había pasado mi vida dando órdenes, pero entonces me fuí a la cama con la docilidad de un corderito, sin atreverme a preguntar nada.

Es más, hice exactamente lo que el señor Danjuro me había ordenado. Dormí con un sueño profundo.

V.

POCO después de las ocho, el señor Danjuro y yo tomábamos asiento ante una de las mesas del restaurant de las Mil Columnas.

Muchas personas conocen la elegancia de ese establecimiento favorito de los epicúreos, con Nicolás su gordo y arrogante propietario y el señor Dulac, su famoso chef.

Nos sentamos en una galería del lado sur, ocupando uno de los extremos, junto a la pared.

Las luces eléctricas colocadas sobre nuestra cabeza habían sido apagadas y la mesa estaba alumbrada por pequeñas bombillas cubiertas con pantallas de seda roja.

Nos encontrábamos así en una semioscuridad que nos hacía invisibles para casi todo el resto de los concurrentes, la mayoría de los cuales estaban instalados en la galería principal y en las que formaban con ella ángulos rectos.

Nosotros, por el contrario, podíamos observarlo todo, desde el hall hasta los detalles de la galería, pues estábamos colocados más alto. No obstante había en el centro de nuestra mesa un gran ramo de flores, que en parte limitaba la visual.

Yo llevaba un cuello bajo y un traje de franela azul marino. Danjuro también había cambiado de ropa y su aspecto estaba transformado. Llevaba un traje de franela, sombrero de paja y un cuello amplio, como los que yo solía usar cuando estaba en mi viejo colegio de Christ Church, en Oxford.

Pero lo que más me llamaba la atención era que lo notaba como rejuvenecido en quince años lo menos.

Me había prometido una explicación cuando nos hallásemos en las Mil Columnas y mientras empezábamos a comer algunos fiambres comenzó a cumplir su palabra.

—Usted es ahora, — dijo, — el señor Johns, un tutor de Oxford, Sir John. Yo soy un joven noble, japonés. Mi propio nombre puede servir si es necesario. Vamos a recorrer el país con este disfraz. Es apropiado para nuestro propósito y no ha de ser difícil para usted, viajar en compañía de un noble asiático.

La cosa me parecía tan sumamente fácil, que me sorprendía por esa misma razón.

—Sin embargo, — exclamé. — ¿No puede indicarme dónde vamos? Yo tengo mis ideas...

—Vamos hacia el oeste, — respondió gravemente.—A Cornwall.

El corazón me dió un vuelco. Eso era precisamente lo que yo pensaba.

—¿A casa de Helphron?

—Sí. Allí estaremos en el centro del foco. En esas soledades del oeste, a pesar de la recientemente inaugurada línea de los turistas, existen enormes extensiones pantanosas y costas solitarias donde uno puede caminar un día entero sin hallar alma viviente alguna. Existe una gran extensión desierta entre la pequeña ciudad de St. Ives y el extremo de la costa, que está completamente inexplorada. Solamente está indicado en algunos mapas. Es uno de los más remotos lugares de esa región, donde el mayor Helphron tiene su residencia. Puedo asegurarle, Sir John, — prosiguió con cierto apasionamiento, — que en esas perdidas y olvidadas soledades, es donde está nuestro secreto. Es en esos grises y solitarios pantanos donde los últimos Druidas practican sus misteriosos ritos y que están cubiertos por los siniestros recuerdos del pasado, en donde está la explicación de los terrores que hoy emocionan ahora al mundo entero. Allí y solamente allí, podremos descubrir el secreto del aire y— si conservamos la vida y las energías, — a la señorita Constance Shepherd.

Un obsequioso camarero se presentó trayendo un consommé, frío. Iba seguido por el gran Nicolás, en persona, que llevaba con soltura su levita. Nicolás nunca vestía el frac.

Hablaron los tres en voz baja y yo deduje que realizaban una misteriosa confabulación. Por cierto que no dejó de sorprenderme el poco usual honor que le hacían a mi compañero.

—Yo hago aquí lo que quiero, — manifestó luego el japonés.— Claro está que es a causa del señor Van Adams. Manejo el establecimiento a mi antojo, como podrá ver.

Sonrió con una de sus misteriosas sonrisas y luego continuó:

—Sírvase no moverse. ¡El honorable mayor Helphron, acaba de entrar en la galería!

Aunque no me hubiera prevenido no habría podido hacer movimiento alguno pues sus palabras me dejaron como de piedra.

—Tengo la seguridad, — continuó, — de que por un día o dos el mayor Helphron permanecerá en Londres. Sabiendo lo que nosotros sabemos,—o por lo menos sopechamos,—eso nos da relativa tranquilidad. Acostumbra a venir aquí. Tiene su sitio habitual en este restaurant, como tiene su palco en el teatro Parthenon. Y por razones que ni usted ni yo ignoramos, también tiene su sitio especial en la sociedad. Confieso que tengo deseos de contemplar a mis anchas a ese hombre.

—Usted ha elegido este sitio oscuro — dije rápidamente. — ¿Nadie nos puede ver aquí?

—Claramente, no. Y Helphron, tampoco sabría quiénes somos aunque nos viese. Como es seguro que irá después que nosotros a Cornwall, es preferible que no nos vea y así evitamos riesgos. Además, yo he hecho una combinación que me prestó un gran servicio otra vez en Chicago.

Tomó el ramo de flores que había en el centro de la mesa y apartó las hojas de la base. Quedó entonces al descubierto un tubo pintado de verde y dentro de él un espejo del tamaño de una tarjeta de visita.

—¿Qué quiere decir esto?—murmuré.

—Una adaptación del periscopio, — respondió, sacando un magnífico lente de su bolsillo y ajustándolo de acuerdo con el espejo.

El lente estaba enfocado en dirección a la mesa de Helphron, cuya imagen se reflejó en el espejo.

—¡Ah! — exclamó. — ¡Ese es el honorable señor!

Su rostro adquirió la singular expresión que ya me había sorprendido en otras ocasiones.

—¡Shi-ban! ¡Go-san hei! — murmuró.— Hay dos. ¡Supongo que el más joven es Herberto Gascoigne, de quien ya hemos oído hablar!

El gesto continuó y el éxtasis contemplativo se prolongó durante dos o tres minutos.

Al fin Danjuro levantó la cabeza. Su rostro tenía su expresión habitual.

—¿Quiere usted ocupar mi sitio?—dijo cortesmente, alargándome el espejo.—Dentro de pocos minutos va a dar comienzo un pequeño drama. ¿Le interesa a usted presenciarlo?

Le miré asombrado y cambiamos de sitio.

—Tenemos que encontrarnos mañana en Cornwall, antes que nuestros amigos,—susurró,—pero a fin de evitar que puedan molestarnos durante nuestros trabajos pelimінares, he combinado un pequeño plan que va a obligar al mayor Helphron a detenerse en Londres durante un día o dos... Va usted a verlo.

Temblando de curiosidad e impaciencia, dirigí la mirada al espejo.

El periscopio estaba perfectamente enfocado y el agregado del lente hacía la visión completamente clara.

Dos hombres, vestidos de frac, se encontraban sentados ante una mesa. Sus manos estaban casi juntas y hablaban animadamente.

Uno era alto, un muchachote de unos vein-

tidós años, de fuerte complexión y semblante que denotaba cansancio. Aun cuando se le notaba joven, su aspecto era de hombre gastado y por su sonrisa y gestos parecía de más edad.

Pero me detuve poco tiempo en observarlo, para fijarme bien en la coloreada y viviente miniatura de Helphron "El halcón".

El rostro de aquel hombre estaba más profundamente fatigado. Sobre las cejas, la magnífica cúpula de su blanca frente establecía una división con sus cabellos de un color rubio oscuro. Era aquella la frente de un pensador.

La cara estaba sembrada de numerosas arrugas. La nariz grande y acaballada, semejaba al pico de un ave de rapiña.

La boca era grande, bien delineada de labios finos y su mentón demostraba un carácter resuelto.

Cuando hablaba, sus ojos de mirada fría y enérgica se clavaban en su interlocutor.

El aspecto general de aquel hombre era de la ferocidad llevada a un grado extremo.

—¡Mire! — murmuó Danjuro.

En el espejo se reprodujo otra nueva figura. La de un hombre de aspecto brutal. que llevaba un enorme brillante en la pechera de la camisa.

Al pasar junto a la mesa del mayor Helphron, los faldones de su frac tropezaron con un vaso lleno de vino y lo hicieron caer al suelo.

El que estaba sentado, dijo algunas palabras, justamente cuando aparecían Nicolás y el camarero.

El del brutal aspecto se volvió y dirigiéndose a Helphron, dijo también algo, mientras sonreía en forma poco agradable.

Instantáneamente Helphron se puso en pie y dió un puñetazo en la cara del otro.

La lucha que siguió, terminó rápidamente. El individuo recibió el golpe tranquilamente. Luego con una serenidad que demostró la verdad del asunto, manifestó a Helphron que se encontraba a sus órdenes, dónde y cuándo quisiese, mientras una nube de concurrentes, policías y camareros separaba a los combatientes, dando tiempo a que llegase un oficial de policía.

Durante todo el tumulto, Danjuro había estado sonriendo y fumando un cigarrillo.

—Ese es el señor Wag Ashton, el pugilista—dijo.—El honorable Nicolás y el camarero han oido y visto que Helphron lo insultó primero. Creo que el mayor no va a poder ponerse frente al señor Ashton hasta dentro de uno o de dos días.

Lo miré sorprendido.

—¿Pero ha sido usted el que lo ha arreglado todo?—pregunté.

El me interrumpió y sin contestar a mi pregunta exclamó:

—Vamos a terminar en paz nuestra comida... Van a traernos unas "truchas a la molinera"...

Una hora después, yo en el volante de una limousine de 60 H. P., en unión de los señores Danjuro y Thumbwood, marchaba rapidamente por el declive de Piccadilly.

¡Iba a Penzance!

La tercera y penúltima parte de esta dramática historia aparecerá en el próximo número de "Pucky", que se pondrá en venta el 7 de octubre de 1921.

CONSEJOS PARA EL HOGAR



Recetas e indicaciones curiosas y de verdadera, utilidad práctica.



Sales para oler.—

Con sal amoniaco en terroncitos se llena un frasquito de boca ancha y tapón de vidrio. Se echa luego agua de colonia o de lavanda y se tendrá unas excelentes sales para oler en caso de mareos, de resfríos, etc.

* * *

Flores artificiales.—

Cuando las flores artificiales están aplastadas y tiene aspecto de marchitas, se les puede hacer recobrar su aspecto de cuando nuevas sosteniéndolas sobre el vapor de una cacerola en que hierva agua, durante unos minutos y, cuando se han ablandado se les devuelve la forma que deben tener. Al secarse quedan como nuev

* * *

Util en la cocina.—

Mezclen partes iguales de aceite de linaza crudo y agua de cal, embotellénlas y tengan la botella en la cocina, de modo que, cuando alguien se quema las manos, — lo que ocurre con harta frecuencia, — se pueda aplicar ese linimento en seguida. Alivia y cura las quemaduras.

* * *

Espinas en los dedos.—

Cuando se hace uso de una aguja para sacar de junto a la uña o de otro sitio, de los dedos, una espina o astilla, es conveniente esterilizar la punta de la aguja. Esto puede hacerse pasando varias veces la punta de la aguja por la llama de una bujía.

* * *

Para remendar mármol.—

Un buen medio de componer el mármol roto es preparar cemento portland con agua, formando una pasta espesa. Se limpia bien los bordes de la rotura, se pone un poco de cemento en cada lado, se juntan, apretándolos fuertemente y se tiene así hasta que está bien seco el cemento.

* * *

Leche fresca.—

Si se quiere evitar que la leche se corte o se ponga agria, se debe agregar a cada litro una narigada de bicarbonato de soda o de sal en polvo y revolver bien.

Crema de Chantilly.—

Cuando se bate crema de leche para hacer crema de Chantilly es bueno agregarle tres o cuatro, — pero no más, — gotas de zumo de limón y la crema crecerá mucho y adquirirá la deseada consistencia en mucho menos tiempo.

* * *

Seda cruda.—

La tela de seda cruda llamada "shantung" no debe lavarse como la de algodón. Debe disolverse el jabón en agua caliente y usar la espuma en lugar de jabón. Después de lavada la tela se enjuaga en agua tibia. No se deja secar del todo; cuando aun está algo húmeda se plancha. De este modo conservará su aspecto sedoso y su color.

* * *

Manchas de fruta.—

Las manchas de jugo de fruta que puedan caer en manteles, etc., se quitan fácilmente humedeciéndolas lo antes posible con glicerina pura. Después de una hora de estar mojada con la glicerina, se lava la mancha con agua de jabón, caliente y desaparecerá. A veces es necesario repetir la aplicación de glicerina.

* * *

Manchas en el terciopelo.—

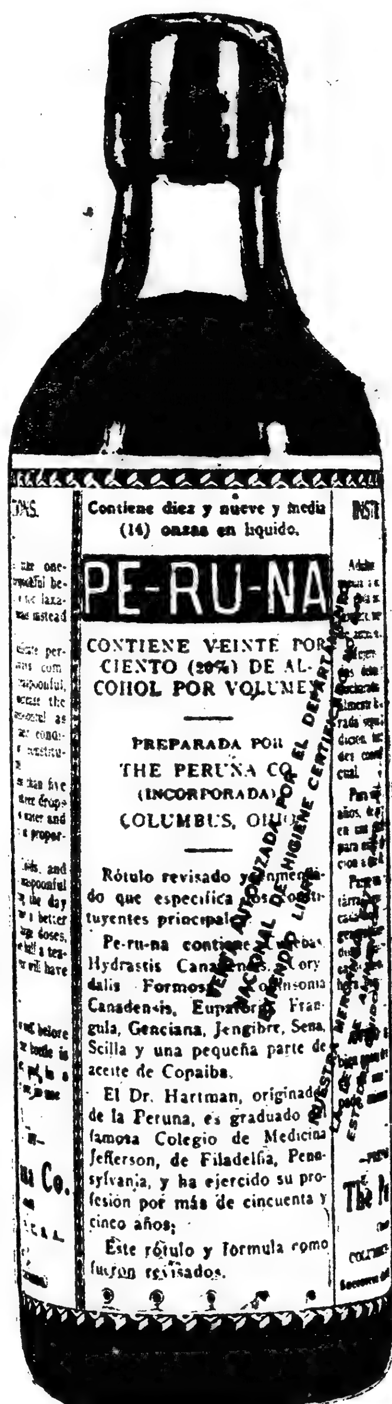
Las manchas de grasa o cosa parecida o las causadas por el uso, en el terciopelo, pueden sacarse con abundante esencia de trementina, frotando con un trozo de franela. Puede hacer falta no una sino varias aplicaciones y en este caso hay que usar, cada vez, un nuevo trozo de franela limpia. Si el terciopelo queda aplastado se le pone con el revés hacia abajo sobre el vapor de una cacerola con agua, puesta al fuego y se le golpea suavemente, en la dirección necesaria para levantar el pelo de la tela, con un cepillo limpio y suave. Después se cuelga frente al fuego, con el revés hacia él, a secar.

* * *

Plantas de interior.—

Si se agrega unas gotas de amoníaco al agua con que se riegan las plantas en macetas que se tienen en el interior de las casas o en los balcones, se notará que crecen más pronto y se desarrollan y florecen mucho antes.

PE - RU - NA



para TOS, RESFRIOS, CATARROS AGUDOS, GRIPPE.

Para ADULTOS y para NIÑOS

INSTRUCCIONES

Los adultos deberán tomar de media á una cucharada antes de cada comida: si fuera muy laxante, tómese despues, en vez de antes de las comidas.

Las mujeres y personas delicadas deben empezar con una cucharadita y aumentar gradualmente la dosis según lo permita la condición, fuerzas o peculiaridades constitucionales de cada cual.

Para los niños menores de cinco años, de cinco a quince gotas en una cucharadita de agua y para niños mayores en proporción a su edad.

Para tos, resfriados, y catarros agudos, una cucharadita cada hora durante el dia hace generalmente mejor efecto que dosis mayores, y en muchos casos media cucharadita cada hora hará el mejor efecto

PREPARADO POR:

THE PERUNA Co.

COLOMBUS, OHIO, ESTADOS UNIDOS

Pídase en las boticas. Si el farmacéutico no tuviera en existencia, rogamos que se nos escriba y enviaremos un frasco por correo.

IMPORTADORES:

DONNELL & PALMER - Moreno 550 - 572, Buenos Aires

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

OCTUBRE
de 1921

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION MENSUAL No. 3.



EN ESTE NUMERO

EL ASOMBROSO CASO DEL VIOLINISTA CIEGO

Novísima narración policial completa de

SEXTON BLAKE contra LEON KESTREL




Sumario



"Por que,—dijo la señora Bardell, el ama de llaves de Sexton Blake,— de todos los más estúpidos y contranaturales pasatiempos, el boxeo es el más estúpido y el más contranatural de todos."



"¡Pronto!—gritó el guarda costas a Blake indicando el chalet incendiado.— ¡Nirewski se ha vuelto loco! ¡Todos están ahí dentro! ¡Van a morir achicharrados!

EL ASOMBROSO CASO del VIOLINISTA CIEGO

Nueva y completa narración de una aventura de extraordinario misterio en la que figuran SEXTON BLAKE, detective, TINKER, su joven ayudante y LEON KESTREL el criminal más hábil en caracterizaciones.

PROLOGO

¡MUY bien, Tinker! Me ha dado un golpe de primera! — exclamó Sexton Blake, que estaba de pie con el brazo y el pie derecho avanzando y en la posición necesaria para poder saltar hacia atrás o hacia adelante cuando llegara el momento, y miraba con emoción a Tinker, situado ante él en correctísima guardia.

Los guantes de tres onzas que tenía puestos el joven se movían rítmicamente mientras cambiaba de distancia constantemente, con la mirada fija en los ojos de su patrón y maestro.

—¿Le hice daño, señor? — preguntó jadeante porque el golpe que había dado en el órgano nasal del famoso detective había sido descargado con toda energía.

Blake hizo una mueca y una sonrisa apareció en seguida en sus delgados labios.

—Es usted de los que se aprovechan de las ocasiones que se le presentan, — dijo parando un golpe con el puño izquierdo. — Porque da la casualidad de que tengo nariz se ha propuesto usted que deje de tener ese utensilio.

—¡Es tan tentador el dar un buen golpe en una buena nariz, señor! — exclamó Tinker retrocediendo, tambaleándose a consecuencia de un "upper-cut" que no había logrado atajar a tiempo.

—Así parece, — dijo Blake secamente. — De todos modos ya me ha dado hoy dos veces en la nariz y si sigue así voy a llorar como la pobre Raquel abandonada. Y usted sabe, además, que no puedo pagarle en la misma moneda.

Tinker sonrió y danzó, atajándose golpes en torno de la salita de consultas.

—¿Y por qué no puede pagarme en la misma moneda, señor? — preguntó con la sonrisa en los labios.

—Porque usted no tiene una nariz que valga lo molestia de darle un buen golpe,— dijo Blake. — Su nariz es un fragmento pequeño e impertinente, con tendencia a mirar hacia arriba... No hay guante de boxeo en el mundo que se la pueda dañar seriamente. Sin embargo usted invita a que se le pegue en ella.

Tinker sonrió y abandonando su actitud de defensa se restregó el apéndice nasal con aire de desafío.

—Por ahora funciona bien, y creo que es todo cuanto puede exigírsele, — dijo. — Las personas que tienen narices grandes andan por el mundo pidiendo que alguien les pegue un buen golpe en ellas.

Blake sonrió y durante algunos minutos abandonaron de mutuo acuerdo sus ejercicios de boxeo.

La mañana primaveral era encantadora y tanto el detective como Tinker, sintiéndose excepcionalmente enérgicos y ansiosos de ejercicio, se habían puesto los guantes y habían renovado relaciones con el noble arte.

Era un arte por la cual el detective sentía grandísimo respeto, pues conocía bien sus ventajas científicas y su grandísima utilidad. Blake era todavía socio del National Sporting Club y no perdía ni uno solo de los partidos de importancia que se celebraban en Londres, pero su aptitud para el boxeo la había adquirido principalmente en el Belsize Club, donde había tenido por maestro al famoso Drescoll, una de las mayores notabilidades de su época.

Fué Jimmy Drescoll quien le enseñó el famoso golpe de la izquierda, que tantas veces le había salvado la vida al detective.

Tinker conocía también ese "izquierdo" por haberlo sentido alguna vez y poco a poco se había ejercitado para poder hacer uso de él en determinada ocasión.

Durante el tiempo de descanso, Blake se quitó los guantes y se sonó las narices, limpiándose de los ojos la humedad que a ellos habían hecho acudir los golpes de Tinker.

Después se volvió a poner en guardia y se dispuso a seguir ejercitándose y a procurar anotarse algunos golpes más.

Blake hizo una finta con la derecha y Tinker avanzó y no consiguiendo asestar un golpe de derecha aplicó a su patrón un leve golpe en la mandíbula del lado izquierdo.

Durante unos momentos se movieron esperando cada uno el momento de atacar y Tinker vió, con esperanza y satisfacción, que Blake, deseoso de protegerse la cara, dejaba el cuerpo peligrosamente descubierto.

Nada se notaba en la impavidez del rostro de Sexton Blake, que pudiera hacer creer a Tinker que dejaba descubierto el cuerpo, no por descuido, sino por astucia.

Pero así lo era y el detective dominaba lo suficiente la psicología del boxeo para leer las intenciones de Tinker en su sonrosado rostro infantil. Observando atentamente los ojos del muchacho, se enteró de todo cuanto pensaba y se proponía, como si lo tuviese escrito en la frente.

Así Blake quedó advertido un momento antes de que Tinker le atacara con un terrible golpe de derecha, dirigido con fuerza y precisión al plexo solar. Esto fué advertencia para que Blake se defendiera fuertemente con la izquierda.

Sucedió, sin embargo, que cuando el guante de Tinker estaba a una pulgada o cosa así, de la no protegida cintura de Blake, una rápida idea acudió a la mente de éste y dió a Tinker un golpe que le hizo retroceder y dar de espaldas contra la puerta que, en aquel momento era abierta por alguien, y provocando incidentalmente, un agudo grito de mujer, procedente del lado de fuera.

Tinker, aun cuando todavía aturdido por el golpe, consiguió recobrar el equilibrio y agarrando la manija, abrió la puerta y dió paso a la voluminosa figura de la señora Bardell, un poco asustada, algo asombrada y bastante ofendida.

Su gorrita había recibido un golpe y estaba situada sobre la cabeza en ángulo agudo y la anciana, dirigiendo una rápida mirada a Sexton Blake, se enderezó la cofia con aire de grandísima dignidad. Después se volvió y miró con intenso enojo, al joven Tinker.

—¡Hum! — dijo. — ¡Bonita diversión la de andar con todos esos utensilios de boxeo y golpear a una viuda respetable! ¡No sé cómo!...

Calló de pronto y se notó en su rostro una expresión de inquietud y ansiedad al notar que Tinker se tambaleaba un poco y se acercaba a una silla para apoyarse en ella.

—¡Pero, Dios mío, si este muchacho está a punto de desmayarse!—exclamó.

Avanzó presurosa, ayudó a Tinker a sentarse en la silla, limpiándole el sudor del rostro con su propio pañuelo.

—¡Pobre muchacho! ¡Siéntese un poco! ¡Descanse la cabeza en el respaldo de la silla!—exclamó.

Pero a todo esto, Blake se había quitado los guantes y se había acercado a Tinker, solícitamente.

—¿Le hice daño, muchacho? — preguntó. —¡Fué un golpe demasiado fuerte! ¿Eh?

Tinker se sacudió, como lo hubiera hecho Pedro,—el perro,—al salir de una laguna, y rechazando gentilmente las atenciones de la señora Bardell, se levantó y comenzó a quitarse los guantes.

—¡Ya estoy bien, señor! — dijo. — El golpe fué recio, pero los he recibido peores. Además, si usted no hubiera avanzado su izquierda, yo hubiese podido darle con mi derecha... ¿Otro "round"?

—Por ahora vamos a dejarlo,—manifestó Blake sonriendo ante la tenacidad del joven; y la señora Bardell hizo notar su aprobación moviendo la cabeza de tal modo, que las cintas de su cofia se estremecieron.

—¡Me parece muy bien! — dijo.—Perdone si me tomo el atrevimiento de exteriorizar aquí una opinión tan atrevida, señor Blake, pero yo creo que deben dejar el boxeo por ahora.

—¿Por qué, señora Bardell? — preguntó Blake sonriendo.

—¡Porque — dijo la anciana con toda convicción,—de todos los más estúpidos, y contranaturales pasatiempos, el boxeo es el más estúpido y el más contranatural de todos!

—Pero eso es porque los hombres somos los seres más estúpidos y contranaturales que andan por el mundo, señora Bardell,—manifestó Blake, irónico.

—¿Si lo son? ¡Vaya si lo son!—dijo la anciana con vehemencia.—Tal vez yo no debiera hablar así, porque estuve casada con uno de ellos, que no era tan estúpido como otros que yo conozco... Pero el pobre Bardell, que en Gloria esté, era precisamente lo mismo. Siempre estaba estudiando el modo cómo esos horribles japoneses se rompen los huesos unos a otros y queriendo ejercitarse conmigo. El decía que aquello se llama "chui-chuistipl" o algo parecido, pe-

ro puedo permitirme el atrevimiento de asegurar que no hubo nunca un marido que...

—¡No estaba enterado de que su esposo hubiera sido nunca un exponente de la afición al jiu jitsu entre nosotros!—dijo Blake con afectada seriedad.

—Yo no sé si fué exponente o no,—dijo la anciana.—El era agente de policía, policeman de oficio. Pero tuvo que aprender eso que usted ha dicho y después de haberlo ejercitado en alguno en la oficina, cuando venía a casa quería seguir estudiando teniéndome como adversaria. "No te voy a lastimar, Emilia", me decía. Pero a lo mejor me retorcía un dedo y me hacía gritar de dolor. ¡Oh! ¡Cómo son los hombres!

A Blake le gustaba oir charlar a su vieja ama de llaves, pues tenía extrañas y locuaces opiniones sobre todo lo que existe en el mundo.

—Pero usted no puede negar, señora Bardell,—protestó,—que el arte de la propia defensa es a la vez útil y sociable.

—Supongo que debe serlo... Supongo que lo es,—asintió la anciana, pensativa.—Pero si a eso es a lo que los hombres llaman ser sociable, yo prefiero a quien no lo sea. En cuanto se han dicho: "¿Cómo le va?", ya están boxeando y ya empiezan a demostrar la opinión que uno tiene del otro a fuerza de golpes. Entonces cuando los dos tienen la cabeza dolorida y las narices tan hinchadas que parecen más grandes que los puños, se sientan muy tranquilos y dicen que han pasado un rato muy agradable. Pero no me corresponde decir nada a mí, señor Blake, porque soy una vieja que sabe de qué debe ocuparse y que no piensa en aplastarle la nariz a nadie. A lo que vine, señor Blake, fué a decirle que alguien había hablado por teléfono hace rato, cuando usted estaba en el baño.

—¿Por teléfono? — preguntó Blake rápidamente.

—Sí, señor; pero no era nada urgente, pues si lo hubiera sido le hubiese avisado en seguida, antes de salir a la compra. Era un señor llamado Lionel Merriman.

—¡Merriman!—dijo Blake pensativo, frunciendo el ceño. — ¡Lionel Merriman! ¡Ah! ¡El hombre de los negocios teatrales!

—¡Sí! — dijo la anciana. — Habló del teatro Congomponlin... Congonponlintango, del número: cero cinco cero uno, Centro.

—¿Indicó que me dijera usted algo? — preguntó Blake.

—Sí. Quiere que usted le hable por teléfono un poco antes de la hora de comer.

—Muy bien,—dijo Blake.

La anciana saludó con una cortesana reverencia y se retiró.

—Pida comunicación con el Cosmopolita, Tinker,—dijo después Blake. — Cero cinco cero uno, Centro, dijo la señora Bardell.

Tinker se acercó al aparato telefónico y unos minutos después Blake tomó el auricular del aparato. Reconoció en seguida la voz cálida y expresiva del famoso empresario teatral.

—¡Hola! ¿Hablo con Sexton Blake? Usted toca el violín, ¿no es verdad?

—Un poco,—dijo Blake,—sólo para diversión mía y nada más.

—Ya me lo figuraba. Esta noche, a las siete, comenzará en este teatro un concierto de caridad, y he pensado...

—¡Dios mío! ¿Qué ha pensado usted? ¡Yo no toco jamás en público!—exclamó Blake.—Yo...

Merriman se rió.

—¡No se apure! ¡Un poco de calma!—dijo.—No voy a pedirle que toque. Lo que quiero es que venga y asista al concierto. He hallado un violinista, un extraordinario maestro, un anciano ruso, polaco, llamado Nirewsky. ¿Ha oído usted hablar de él?

—Creo que sí,—dijo Blake pensativo.

—Es un tipo curioso. Es enteramente ciego,—dijo el del teatro.—Viaja por el mundo con su hijo. Pero es un notabilísimo ejecutante y posee un violín legítimo Stradivarius que lo menos vale dos mil libras esterlinas. Me gustaría saber qué opina usted de él y de su ejecución. Quizás sea un negocio contratarle para que dé una serie de conciertos.

Blake meditó un instante. Había prometido ir al Club aquella noche; pero podía faltar a la cita.

—¡Muy bien!—dijo.—Iré. ¿Quién más figura en el programa?

—¡Todos son estrellas!—dijo el del teatro.—Figura también mi gran estrella norteamericana.

—¿La famosa Charmian Connellan?

—La misma. ¡Va a quedarse usted hechizado!

—No lo temo,—dijo Blake riendo.—A medida que pasa el tiempo va siendo más difícil hechizarme.

—¡Ya lo veremos!—replicó Merriman.—¡Le espero a las siete!

Dicho esto se despidieron ambos interlocutores y ambos cortaron a un tiempo la comunicación.

Numerosa era la concurrencia que se había congregado en el Cosmopolita de Londres aquella tarde habiendo abonado todos el alto precio puesto a las localidades porque el producto de la fiesta se destinaba a los fondos de la Cruz Roja. Además el programa era excelente y se componía de una nutrida constelación de "estrellas" de las de primera magnitud del firmamento teatral.

No había ni uno solo, de los hombres o las mujeres que figuraban en el programa cuyo nombre no fuese conocidísimo y celebradísimo.

Por esta razón Blake y Tinker pasaron un rato muy agradable. En compañía de Lionel Merriman se situaron en un conveniente lugar entretelones, aturdidos por una profu-

sión de interesantes presentaciones y por el incesante charlar de los artistas.

Durante varios minutos Blake se sintió apresado en las redes de la comunicativa simpatía de Charmian Connellan, la hermosa actriz irlandesa_norteamericana que, después de haberse retirado del teatro en Nueva York, hacía tiempo, había reaparecido en una compañía de opereta, en Londres, cautivando a tdo el público londinense con su arte y su belleza. Merriman había estado acertado al denominarla "hechicera".

Su hermosura, su alegre vivacidad y sus frases ocurrentes y espirituales encantaron durante un momento a Sexton Blake. Sin embargo no se sintió tan hechizado que no lograra darse cuenta de que había algo de tristeza en el fondo de sus renegridos ojos, un rastro de tragedia que en vano trataba de ocultar bajo la loca alegría de su risa y el chispear de sus frases ingeniosas.

No le sorprendió, pues, mas tarde, que Merriman le hablara de un matrimonio desdichado, de un casamiento desgraciado con un financista yanqui, alcoholista y fumador de opio cuya estúpida crueldad habíala vuelto a las tenebrosas amarguras de la vida de los tristes primeros años de su juventud, amarguras que había creído desaparecidas para siempre.

Fué algo así como observar el kaleidoscopio de la vida, el mirar el ir y venir de la muchedumbre teatral,—vida, felicidad y alegría, con algo de intensa tragedia...

Nirenski.—acompaño a su padre al palco es-

Nirewski—acompañó a su padre al palco es-
cénico entre la silenciosa espectativa del auditorio.

Era una figura que llamaba la atención, la del anciano violinista ciego, con su cabello blanco y abundante, su rostro delgado, sus ojos sin luz. La profusión de cabello blanco de su cabellera estaba descuidada y su ropa era extraordinariamente pobre y vieja en comparación con la elegante y nueva que vestía el hijo que le acompañaba.

Sus manos delgadas y largas, sujetando la una el mástil del violín y sosteniendo la otra el arco con delicadeza suma, parecían temblar. Se hubiera dicho que era aquel un callejero músico mendicante que iba de calle en calle solicitando la limosna de unas monedas de cobre.

Pero tal ilusión se desvaneció en cuanto el arco tocó las cuerdas. Su mano derecha era la de un maestro, y Blake escuchó asombrado, como todos los demás del público, mientras ejecutó un delicioso fragmento de música de Chopin con exquisito sentimiento.

Cuando la última nota se desvaneció en un delicadísimo "minuendo", una verdadera tempestad de aplausos resonó en el teatro y el viejo, mirando hacia el mar de excitados rostros, con sus ojos sin vista, inclinó un poco la cabeza y se estremeció visiblemente emocionado.

El joven Nirewski se adelantó y en correctísimo inglés agradeció el aplauso.

Manifestó además que su padre era muy débil, pero que, a pesar de eso, trataría, como especial favor, de ejecutar otra breve composición más.

El público volvió a aplaudir y una vez más comenzó la deliciosa melodía. Era esta vez la hermosa composición titulada "Salut d'Amour", del maestro Elgar. Llenáronse de lágrimas los ojos de muchos de los oyentes, pues cada compás traía consigo una nueva y dominadora emoción. El anciano parecía expresar con su ejecución, toda la amargura de la vejez, toda la tragedia de una aflicción grandísima que ocultaba bajo un negro manto de duelo toda la alegría de la vida.

Entonces aconteció algo que estremeció a todo el auditorio, que dejó a todos silenciosos, mirando atónitos, hablándose en voz muy baja.

Porque con dramática rapidez, en medio de uno de los últimos compases, la música cesó y el anciano dejó caer el arco, llevándose la mano a la garganta, como si quisiera arrancarse el cuello de la ropa.

Alguien gritó en el fondo del teatro en el momento en que el anciano violinista perdía el equilibrio y se desplomaba boca abajo, en el escenario, sin soltar el violín.

Casi inmediatamente el joven Nirewski salió corriendo de entre bastidores; el director de orquesta subió desde su asiento, pasando por encima de la batería, al proscenio.

Los dos juntos se inclinaron hacia el caído y, levantándole le llevaron entre telones. Durante unos momentos el público esperó temeroso.

Después, el hijo reapareció en el escenario y el público suspiró aliviado al ver, al acercarse a la batería, que lo hacía sonriendo. Dijo con voz clara y alta:

—Señoras y señores: Siento que hayan pasado ustedes un momento de temor. Mi padre padece de... epilepsia y, temo que a causa de la emoción, de vuestros aplausos y vuestra grandísima benevolencia, haya sufrido una impresión superior a la resistencia de su sistema nervioso. No se encuentra en peligro, pero tengo el sentimiento de manifestar que el médico que le asiste teme que ya no le sea posible volver a presentarse en público. Estoy profundamente emocionado y debo agradecer a todos ustedes, a cada uno personalmente, toda la bondadosa condescendencia con que han premiado el arte de mi padre.

Se inclinó ante el público y desapareció entre telones.

El concierto continuó, pues faltaba todavía la mitad del programa. Pero el interés del público, sin que se supiera en realidad por qué, había disminuído mucho. No podían los espectadores olvidar la escena del desmayo y la caída del viejo violinista ciego.

El mismo Merriman estaba desconcertado. Cuando Blake le vió entre bastidores se hallaba muy emocionado. Había presenciado el desmayo del viejo violinista ciego y con su caída el derrumbe de un plan de negocios teatrales que prometían ser una verdadera mina de oro.

En cuanto a Sexton Blake, no se quedó hasta el final. El y Tinker salieron, tomaron un automóvil de alquiler y regresaron en seguida a Baker Street. Y en el camino les persiguió con insistencia el cuadro del viejo violinista ciego tocando su "Stradivarius". El violín parecía seguir sonando en los oídos del detective. Con los ojos de la imaginación veía constantemente la dramática escena ante la cual el numerosísimo público que llenaba el teatro calló, de tal modo que se hubiera oído el ruido que hiciera un alfiler al caer al suelo.

FIN DEL PROLOGO

CAPITULO I

Harker busca consejo.—

CERCA de una quincena había transcurrido desde el día en que Blake y Tinker regresaron juntos a su casa después de haber asistido al concierto a beneficio de la Cruz Roja, celebrado en el hermoso teatro Cosmopolita, de Londres.

Los diarios habían publicado largas crónicas sobre el desmayo de Michael Nirewski. Habían enviado toda clase de repórters a averiguar todo cuanto se pudiera sobre el violinista polaco, su pasado, su presente y hasta su futuro. Habían conseguido no descubrir absolutamente nada, así que el asunto fué perdiendo su interés y nadie recordaba nada de él a los pocos días.

La quincena había sido de casi completa inactividad para Sexton Blake, en lo que se refiere a algún caso notable y determinado, pero había aprovechado el tiempo reuniendo y catalogando nuevos datos de crímenes para agregarlos a su notable y único archivo de antecedentes criminales de todo el mundo.

Había terminado su trabajo y lo estaba revisando, cuando la señora Bardell, el ama de llaves, se presentó y anunció con nerviosidad:

—Está el señor Harker, el inspector de policía, señor Blake...

Era Harker, el de Scotland Yard y el detective pudo ver por la expresión de su rostro franco e ingenuo que sucedía algo grave.

Blake le indicó una silla y le sirvió un vaso de whisky con soda.

—¡Supongo que tiene usted algo interesante que contarme, amigo Harker! Quizás nos traiga algo qué hacer. Precisamente estamos aburridos de no hacer nada, ¿no es cierto, Tinker?

El muchacho inclinó afirmativamente la cabeza y Harker sonrió, encogiéndose de hombros.

—No sé si les traigo un asunto para que se ocupen de él,—dijo.—Hay un caso curioso. Pero no he venido a verle oficialmente, amigo Blake. Le diré la verdad, como siempre. Russell y yo estamos realizando la indagación de un caso. Russell y el jefe creen que se trata de un asunto vulgar y simple, pero yo no. Por eso he venido a conversar con usted un momento sobre ese caso.

Blake llenó su pipa y pasó a Harker la bolsa de tabaco.

—¿Así que usted ha regresado de Sussex esta mañana?—dijo Blake.—Tome un poco de mi tabaco. Le noto a usted cansado y me felicito de que haya venido directamente de la estación a verme.

Harker tomó la bolsa de tabaco y miró al detective con ojos dilatados por el asombro.

—¿Cómo diablos sabe usted que he estado en Sussex?—preguntó. — ¿Cómo sabe que regresé esta mañana? ¿Y cómo sabe usted que no tengo tabaco y que vine directamente de la estación a su casa?

—¡Lo adiviné!—dijo Blake sonriendo. — Fueron cosas dichas por casuaildad, a ciegas.

—¡Pero si ha acertado usted en todas!—dijo Harker riendo.—¿Cómo pudo ocurrírsele todo eso?

Blake bajó la cabeza.

—Ese barro arcilloso que tiene usted en el calzado,—dijo,—lo hay en abundancia en South Downs, pero también abunda en Sussex. Si usted no hubiera regresado esta misma mañana, ya se lo hubiera limpiado.

—¡Tiene razón!—dijo el de Scotland Yard sonriendo.—Ya supona que ese era el dato que le había permitido hacer esas manifestaciones. Estuve en Hawley, pequeña aldea situada entre Brighton y Newhaven. ¿Pero cómo, en nombre de San Julian, supo usted que yo no tenía tabaco y que vine de la estación a esta casa, a toda prisa?

—Eso lo deduje de los hechos—dijo Blake sonriente.—En primer lugar sé que llega a la estación Victoria a las nueve y quince un tren procedente de Sussex, y usted llegó a esta casa a las nueve y treinta así que tuvo que venir en automóvil y directamente. Noté también que chupaba usted la pipa vacía, cuando entró. Le sobró tiempo para llenarla y encenderla en el automóvil. Si no lo hizo fué por que no tenía tabaco. Que tenía usted prisa en verme lo deduje del hecho de que no tenía tabaco. Si no hubiese tenido tanta prisa se hubiera detenido a comprarlo.

Harker inclinó la cabeza en señal de asentimiento y aun cuando sonreía, se le notaba en la mirada una expresión de asombro. Lo fastidioso de las deducciones de Sexton Blake era que, una vez explicadas, parecían no tener absolutamente nada de particular.

—¡Tiene usted razón!—dijo.—En la oficina no saben que estoy en Londres, así que debo apurarme. Pero hablemos del caso. ¿Ha oido usted hablar de una joven, de una actriz, que se llama Charmian Connellan?

Blake se estremeció levemente y miró a Harker con súbito interés.

—Sí,—dijo.—Precisamente me la presentaron hace pocos días. Es una mujer encantadora.

—Es verdad,—admitió Harker prosaica-

mente,—es hermosísima. ¿Sabe usted algo a su respecto?

—Sé que es norteamericana, hija de irlandeses,—dijo Blake.—Se casó, fué desgraciada en el matrimonio, según creo y...

—¡Ah!—exclamó Harker.—¿Está usted seguro de eso?

—No,—dijo Blake.—Pero eso es lo que se dice. El es un financista yanqui de quien aseguran que bebe mucho y fuma opio.

—¡Ah!—repitió Harker.

—Merriman, el empresario del Cosmopolita me dijo que la afición del marido al opio y a otras drogas era lo que había hecho que ella volviera al teatro, circunstancia que ha sido causa de que el marido se entregue desenfrenadamente al veronal y a la cocaína. Pero espere un momento. Vamos a ver quién es ella.

Blake se dirigió a un estante con libros y tomó el anuario de los artistas ingleses y norteamericanos. Volvió rápidamente las páginas.

—¡Aquí la tenemos, Harker!—dijo. —"Charmian Connellan, nacida en Febrero 1886. Se hizo famosa a los diez y ocho años en el Metropole Theatre, de Nueva York. Se casó en Julio de 190[illegible] con Pettifer Roos, el "rey de los terrenos a plazos", de Estados Unidos..." Ya ve, Harker,—agregó Blake.—Es este matrimonio de los que anuncian desgracia desde el primer momento. Pero ¿a qué viene esta averiguación?

Harker acercó a su pipa un fósforo encendido y se echó hacia atrás en la silla mirando hacia la ventana donde un grupo de gorriones saltaban alegres bajo el sol primaveral.

—La señora de Roos y su esposo viven en una casa llamada Hawley Croft, en Hawley, —dijo,—un sitio encantador, rodeado de parque y de jardín y desde el cual se distingue la extensión del Canal de la Mancha.

—¿Que es lo que pasa, entonces?—preguntó Blake rápidamente.—¿Ha estado usted allí?

—Sí,—dijo Harker.—¡El señor Roos, se ha suicidado!

—¡Suicidado!—exclamó Blake sentándose y mirando cara a cara al inspector.

—Sí. Al menos tal es el veredicto del jurado. Parece que tomó una dosis excesiva de veronal y después abrió un caño por el que sale gas, tras de cerrar todas las ventanas. El resultado, naturalmente, fué la muerte por sofocación.

—Y usted, ¿cree que se trata de un suicidio? — preguntó Blake a Harker.

—El suicidio es verosímil — dijo Harker.—El hombre, según he averiguado, era dipsómano y en los últimos tiempos se había enviciado en todas las drogas. El y su esposa llevaban una vida de lo más degradado. Según he podido averiguar por los sirvientes, él parecía estar convencido de que estaba condenado a morir. A veces gritaba amenazador, que iba a matar a su mujer, según me dijo la mucama de la señora de Roos. Casi todos los días gritaba desesperado que se iba a quitar la vida.

—¿De veras?

—Sí.

—¡Entonces cumplió su palabra!

—En parte sí,—dijo Harker.—Pero hay dos o tres detalles que no concuerdan. Los de la policía de Brighton no estaban enteramente satisfechos sobre esos puntos y por eso me pidieron que fuera.

—Sí,— dijo Blake pensativo. — Algo hay que no concuerda. ¿Por qué había de tomarse la molestia de asfixiarse si unos gramos de veronal de más podían haberle causado la muerte?

—Yo pensé eso,—dijo Harker. — ¡Y la señora de Roos! Algo hay en su actitud que no me gusta nada.

Blake miró pensativo a Harker.

Aun recordaba con toda claridad el hermoso rostro y la tenebrosa tragedia semiescondida en los ojos oscuros y encantadores de Charmian Connellan.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—preguntó.

—Parece estar asustada... mortalmente aterrorizada,—dijo Harker.

—¿Tiene eso algo de particular? Tal vez se halla con el sistema nervioso momentáneamente desequilibrado.

—Sí, ya sé,—dijo el inspector encogiéndose de hombros,—pero tanto Russell como el jefe creen que en todo eso no hay nada de particular. Dicen que es puramente un vulgar caso de suicidio y nada más.

—¿Y usted piensa de distinta manera, Harker?

—Yo no me siento satisfecho,—dijo Harker.—La joven parece estar aterrorizada, muy asustada. Claro está que no es muy agradable decirlo, pero...

Blake inclinó la cabeza en señal de asentimiento y frunció el ceño.

—¡Claro! — murmuró. — ¡Todo es posible! Mas de una mujer llena de virtud y de bondad, se ha visto arrastrada a esos extremos por un hombre como ese.

—¡Era tan fácil en este caso! — dijo Harker.—Y el resultado sinificaba la libertad completa para ella! ¡Una nueva vida!

—Sí, — asintió Blake con desgano. — ¿Ha logrado usted hallar alguna prueba?

—Ni la más pequeña, hasta ahora. Me preguntaba que si usted quisiera venir... Si quisiera dar un vistazo personalmente...

Blake miró pensativo, por la ventana, con el entrecejo arrugado, muy preocupado, sin duda.

—¡Es una mujer encantadora;—dijo en voz baja y sin dirigirse a nadie.—Su vida debe haber sido un infierno. Me parece que no voy a poder ir, Harker. Usted comprende: me la presentaron hace poco. Va a enterarse de quién soy. Creerá que voy precisamente a tratar de encontrarla culpable.

—Puede usted ir disfrazado convenientemente,—dijo Harker, — y pasar el menor tiempo posible en la casa. ¡Yo se lo agradecería tanto!

Durante varios minutos, Blake reflexionó. Por fin volvió a mirar a Harker.

—Supongo que usted tendrá un uniforme de empleado de Scotland Yard que pueda prestarme.

—¡Una docena si quiere! — exclamó en seguida Harker.

—Eso y una buena barba va a ser todo lo necesario para el disfraz.

—Es verdad,—dijo el inspector.—Ella no podrá reconocerle de ningún modo.

—¡Vamos entonces!—dijo Sexton Blake. —¡Iré y echaré un vistazo a la redonda!

Pero se expresó sin el entusiasmo que era habitual en él. Aun no había logrado dominar todos los escrúpulos que sentía....

CAPITULO II

Charmian Connellan de Hawley Croft.—

PARECIA absurdo, imposible, que una posesión tan hermosa como Hawley Croft estuviera vinculada con una tragedia tan horrible, con el derrumbe final de una vida.

La casa se levantaba en un terreno alto, rodeada de altos fresnos cuyas copas se balanceaban lentamente mecidas por la brisa suave y fresca que procedía de la gris extensión del canal de la Mancha. En el jardín, las agrupaciones de flores de brillantes colores destacábanse sobre el bien cuidado césped aterciopelado y los enarenados caminos.

Parecía un sacrilegio que el dolor y la desesperación se hubieran deslizado subrepticiamente y se hubieran acercado hasta manchar la plácida belleza de aquella hermosa y poética residencia. Sin embargo, pocos minutos más tarde, cuando Blake seguía a Harker por un caminito cubierto de arcos con rosas, vió algo más hondo que un dolor o una pena pintado en el rostro de la mujer que se aproximaba lentamente a su encuentro.

Era Charmian Connellan, tan hermosa como siempre. Pero parecía, — así lo pensó Blake,—haber envejecido tres años desde la última vez que él le había visto, hacía una quincena.

La semi oculta tristeza que él había notado en sus hermosísimos ojos negros, habíase intensificado. Además brillaban en sus ojos unos destellos, indicadores del miedo que la dominaba.

Se detuvo bajo uno de los arcos del camino, mirando a Harker y a los otros, con los ojos muy abiertos, como dilatados por indescriptible terror. Tenía las mejillas blancas como los pétalos de las rosas que el viento deshojaba sobre su sedoso cabello. Le temblaba la mano cada vez que, con abrumadora frecuencia, la llevaba al cuello de encaje de la blusa que tenía puesta.

—Este es mi amigo, el inspector Dixon, de Scotland Yard, señora de Roos, — dijo Harker presentando a Sexton Blake,—y un joven ayudante,—designando con una inclinación de cabeza, a Tinker.—Sentimos mucho tener que molestarla, pero se ha decidido llevar adelante la investigación hasta completarla.

La actriz miró rápidamente de Harker a Blake y el detective comprendió que ella no había penetrado el disfraz,—pues iba vestido de uniforme y con barba postiza,—que había adoptado para el caso.

—Nó acierto qué detalle es el que aun le queda por investigar, señor Harker,—dijo Charmian Connellan tratando de que no se le notara la emoción que sentía.—¿No es suficiente lo... lo que ha pasado,—agregó,—que aun necesitan molestarme con todas estas investigaciones?

—Crea usted que lo siento mucho, señora,—dijo Harker con toda la mayor cortesía.—Pero aun quedan uno o dos puntos que yo quisiera...

—¿Qué puntos pueden ser esos, señor Harker?—dijo la actriz golpeando con el taco de su delicado zapatito en las piedritas del camino.—El jurado reunido por el "coroner" ha dictado ya su veredicto. ¿Qué más hace falta? ¿No basta con eso? ¿No he sufrido ya bastantes humillaciones?

—Es muy posible que el asunto tenga otra definición que no sea la de suicidio, señora de Roos, — manifestó Harker. — No es que hayamos encontrado ninguna prueba nueva al respecto, pero no es posible negar que existe posibilidad de que se presente.

La actriz miró al inspector. El destello de temor se vió más intenso en sus negros ojos, claro e inconfundible. Blake comprendió en aquel momento por qué Harker no se había dado por satisfecho con lo declarado. Algo había, en la actitud de la mujer, que provocaba ulteriores y desgraciadamente terribles sospechas.

Pero ella consiguió dominar su sistema nervioso y avanzar un paso hacia los tres visitantes.

—Señor Harker,—dijo con lentitud. — Si usted supone... o se figura, semejantes cosas... yo me volveré loca. Mi marido murió por su propia mano. Yo lo sé. Lo he estado esperando durante meses .. durante años tal vez. No pasaba un solo día sin que anunciara que era ese su propósito. Todos los sirvientes, que llevan muchos años en casa, pueden atestiguarlo.

Volvióse y con un ademán, indicó la casa. Su gesto fué nervioso y dramático, digno de una verdadera gran actriz.

—Pueden ustedes visitar toda la casa si así lo desean,—dijo ella con voz más aguda que de costumbre. — Interroguen a quienes deseen interrogar. Examinen cuanto deseen examinar. Pero después, tenga la bondad de retirarse, señor Harker. Yo... Yo... — Avanzó de repente unos pasos y tomó al inspector por un brazo.—Perdone usted mi brusquedad,—dijo.—Sentiría haberle ofendido. Estoy tan nerviosa que... Me encuentro cambiada... No soy la misma de siempre

Se volvió luego y se alejó casi corriendo, por el caminito que conducía a la casa. Harker volvió la cabeza hacia Blake.

—¿Qué me dice usted de esta mujer? —le preguntó.

El detective no contestó en seguida. Se quedó parado, contemplando cómo se alejaba la mujer que corría por entre los macizos de flores, camino de la hermosa casa. Después se volvió hacia Harker.

—¡Pobre joven! — murmuró.—Creo que tiene usted razón. En este caso hay algo más que un suicidio pura y sencillamente.

—¿Cree usted que ella tuvo participación material en lo sucedido?—preguntó, en voz baja, el inspector Harker.

—¡No!, — dijo Blake. — No puedo creer semejante cosa. Pero entremos en la casa.

Avanzaron y cuando estuvieron cerca de la casa la puerta del frente se abrió y una mucama, bonita, de cabello oscuro, apareció en la puerta, a esperarles

—Esa es Marie, la mucama francesa de la señora de Roos,—dijo Harker en voz baja.—Resulta un testigo de suma utilidad.

Algo del temor de su patrona se veía reflejado en el rostro morocho y vivaz de la sirvienta, pero ésta sonrió cuando ellos se acercaron, mostrando su hermosa dentadura.

—La señora me ha ordenado que les acompañe adonde quieran ir, señor Harker, —dijo.

El inspector sonrió y se llevó la mano al sombrero con una amabilidad que hubiera conquistado la confianza de una mucama menos susceptible que Marie.

—¡Gracias, Marie! — dijo. — Sentimos molestarla, pero es necesario. El señor es mi compañero el inspector señor Dixon.

Blake saludó a Marie en francés lo que dejó encantada a la mucama, pues hacía mucho tiempo que no oía su idioma sino de tarde en tarde.

Durante unos momentos, Blake habló de Francia y habiéndose enterado de que Marie había nacido en Nantes, la encantó describiendo la vieja e histórica ciudad francesa y haciendo mención a varias de sus calles que recordaron a la mucama agradables momentos de su niñez.

Lenta y habilidosamente, encaminó la conversación hacia lo interesante para él y al cabo de pocos minutos había averiguado mucho más de cuanto pudiera conseguir con una hora de interrogatorio directo.

Hawley Croft era una casa antigua que el señor Roos había modernizado cuando la compró hacía un año. Estaba dotada de instalación eléctrica, pero el anterior ocupante se había contentado con el gas, así que la instalación de gas seguía siempre en la casa. El medidor del gas estaba en el sótano.

Los aparatos del gas habían sido quitados y las cañerías tapadas con tapones de madera, sujetos con masilla a propósito. Así habían procedido en el dormitorio del señor Roos.

—Pero con seguridad,—dijo Sexton Blake,—el gas ha sido interrumpido en su línea maestra, es decir, que cerraron el medidor así que se podrá sacar cualquiera de los tapones de madera sin el menor peligro.

—Sí, señor,—dijo Marie,—el medidor del gas estaba siempre cerrado. No podía producirse accidente ninguno.

—Ya comprendo. Para tener gas en cualquiera de las habitaciones de la casa era necesario que antes pasara alguien por el sótano y abriera el medidor, ¿no es así?—dijo Blake.

—Así es,—manifestó la sirvienta.

Después conversaron un rato sobre Nueva York, que Marie conocía mejor que Londres, y durante esa charla Sexton Blake cosechó nuevos datos que arrojaron nueva luz sobre la vida doméstica de Charmian Connellan.

En los primeros tiempos el marido parecía idolatrarla y gastaba el dinero con abundancia maravillosa. Pero esto fué sólo una fase pasajera de la vida de aquel hombre... vida que se reducía a dejar que el capital ganase intereses en los bancos y a gozar del dinero como mejor lo entendía, en favor de su felicidad.

El señor Roos era bebedor de ajenjo y cuando estaba borracho maltrataba vilmente a su esposa. Dos veces abandonó ella el hogar, pero sus promesas y la intervención de algunas amistades, consiguieron que la esposa volviera a su casa. Al cabo de un poco de tiempo el marido volvió a sus anteriores excesos y la esposa volvió a sufrir las más atroces penalidades.

De Estados Unidos pasaron a Inglaterra y el marido se condujo mejor durante algún tiempo, hasta que encontró en el club con un canadiense degenerado, viejo amigo suyo, el cual le indujo a hacer uso del veronal y de la cocaína. Desde esa época, es decir desde hacía varios meses, hasta el momento de su muerte, Marie había visto siempre, a su patrón, bajo la influencia de las drogas. En sus momentos de semi consciencia se ponía furioso y amenazaba con hacer todo género de atrocidades.

Marie le había oído gritar que iba a asesinar a su esposa, y Charmian Connellan se había reído desafiándole a que lo hiciera, pues con ello realizaría un acto de bondad, porque pondría fin a sus sufrimientos. Pero lo que gritaba con mayor frecuencia era que se iba a suicidar,—terminando así con el infierno que era, para él, su vida,—hundiéndose para siempre en los abismos de lo desconocido.

Todas las noches, al acostarse, tomaba una dosis del veronal y sorbía varias narigadas de concaína para dormir artificialmente. Así procedió la noche del suicidio, cerrando la puerta de su cuarto con llave, por el lado de dentro. Entonces, habiendo previamente abierto el medidor del gas, debió sacar el tapón de madera que cerraba el ca-

ño situado junto a la chimenea, cerca de la ventana, y acostarse, decidido a hundirse en el olvido mientras el gas salía abundante por un caño de media pulgada de diámetro.

Fué la misma Marie quien por la mañana temprano, al siguiente día, notó intenso olor a gas. Fué a despertar a su patrona, y llamaron al jardinero, el cual acudió y forzó la puerta del dormitorio y abrió las ventanas, mientras Marie corría al sótano a cerrar el medidor del gas.

Pero cuando pudieron entrar en el dormitorio, fué para encontrar el cuerpo de Pettifer Roos tendido en el lecho, con la palidez de la muerte en el rostro. El gas había cumplido su misión.

Estos fueron los datos que Blake obtuvo de la mucama francesa, pero se los comunicó ella tan envueltos en manifestaciones de otra clase, en chismes y cuentos, que la sirvienta debía estar convencida de que no le había enterado de nada de lo sucedido.

Les hizo pasar, Marie, al hall de la casa, cerrando la puerta tras ellos. Entonces se volvió hacia el inspector Harker.

—Ahora voy a retirarme,—dijo.—¿Conoce usted bien la casa, señor Harker?

—Muy bien, gracias,—dijo Harker, y la joven se volvió, retirándose sonriente.

Cuando se hubo marchado, Blake se volvió hacia Harker y le hizo una extraña pregunta.

—¿Cuándo ustedes revisaron el cuarto de Roos, encontraron algo parecido a una llave inglesa o unas pinzas?

—¡No!—contestó Harker sorprendido.

—¿Le revisaron los bolsillos de la ropa?

—Sí. Creíamos que podía tener en ellos algún documento... alguna carta. Los suicidas suelen dejar algo escrito.

—¿Y no encontraron ustedes nada?

—No.

—¿Ni un par de pinzas o tenazas?

—No, — dijo Harker. — ¿Por qué había de tener pinzas o tenazas?

Blake se encogió de hombros y sonrió.

—Porque con ello hubiera abreviado mucho las cosas, — dijo. — Pero vamos a visitar el dormitorio.

Subieron al otro piso y después de cruzar el rellano entraron en la habitación que había sido teatro de la tragedia.

No era muy grande y fuera de las cosas de costumbre, había una cama para una persona, de madera de roble, en la cual había muerto el millonario. No tenía nada de trágico aquella mañana de sol, el aspecto de aquel dormitorio, con sus grandes ventanas sobresalientes, rodeadas de hiedra.

—¿Ve? Aquí está el caño del gas, — dijo Harker indicando un trozo de caño que sobresalía de la pared, a la derecha de la chimenea. — Es un caño bastante ancho. Basta el gas que puede salir por ahí en una hora, para asfixiar al que esté en la habitación.

Blake se acercó al caño, percatándose de que la parte interior del extremo presentaba la ranura en espiral necesaria para poner un tapon a tornillo.

—¿Este fué el caño que estaba tapando con un tapón de madera?—preguntó Blake.

—Sí, — dijo Harker. — Un tapón de madera igual a éste. ¡Fíjese usted aquí!

Indicó el caño que estaba del otro lado de la chimenea que debió estar alumbrada por un brazo de varias luces de gas a cada lado. Blake se acercó y tomó el tapón de madera con los dedos, procurando sacarlo.

Pero aun cuando Blake tenía mucha fuerza en sus dedos largos y delgados, — había aprendido a hacer uso de los dedos como los dentistas japoneses, — no pudo mover el tapón. Se volvió hacia Harker.

—Si yo no puedo sacar este tapón, estoy seguro de que Roos no lo hubiera podido sacar, — dijo. — Debió hacer uso de algo como unas pinzas o unas tenazas. Es raro que no encontraran ustedes la herramienta porque, naturalmente, debió echarse en la cama en seguida de haber sacado el tapón.

Harker miró rápidamente a Blake, con mayor interés que antes.

—No había pensado en eso, — dijo. — No me explico cómo pudo sacar el tapón. Con seguridad no había en la habitación nada que pudiera haber servido para eso.

—¿Encontraron ustedes el tapón? — preguntó Blake.

—No, — contestó en seguida Harker. — Eso es raro... Es decir, me parece...

Miró al detective como percatándose, por primera vez, de la importancia de aquel detalle.

Tinker se daba cuenta también de cómo el hallazgo del tapón o de las pinzas podía hacer variar por completo el aspecto de todo el asunto.

—Tal vez esté en el hogar de la chimenea, señor, — dijo. — Un objeto así puede pasar inadvertido.

Se inclinó mientras hablaba y procedió a realizar un detenido examen del hogar de la chimenea. Blake tomó también su vidrio de aumento y comenzó el examen sistemático de la habitación, auxiliado por Harker.

Pero aun cuando emplearon más de una hora en su tarea, no obtuvieron resultado práctico alguno. No se encontró ni rastro del perdido tapón de madera y no había nada en la habitación con lo cual hubiera podido ser destornillado. Lo único que se encontró fué algo que el detective consideró oportuno guardar: una pequeña cantidad de barro seco, rojizo blanquecino que Blake puso en un sobre y se metió en el bolsillo.

Sonrió mirando a Harker cuando se levantó del suelo y estiró piernas y brazos.

—¡Hasta ahora no hemos hallado mucho que sea muy ilustrativo! — dijo. — Hemos aprendido todo lo que aquí podíamos aprender, me parece. Creo que ahora debemos hacer una visita al sótano.

Salieron del dormitorio y mientras descendían hacia el sótano, Sexton Blake se dió cuenta del hecho de que Charmian Connellan les estaba atisbando desde la balaustra-

da del rellano superior. Miró hacia arriba y vió un instante el brillar de aquellos negros ojos en los que se notaba una expresión parecida a la de una paloma acosada.

Y, — extraño es tener que decirlo, — el detective experimentó por su parte, un estremecimiento de desengaño, de dolor casi.

"¡En este caso hay algo más que un simple suicidio!" — pensó.

Pasaron por delante de la cocina de la casa y por fin llegaron al sótano, descendiendo por una escalera de peldaños de piedra.

El sótano era de construcción antigua, más bien pequeño para una casa tan grande y poco alumbrado por el hueco por donde se arrojaba el carbón. Contenía únicamente un poco de carbón de piedra y Blake pudo continuar su investigación sin inconveniente.

—¿Ha traído la antorcha eléctrica, Tinker?—preguntó a su joven ayudante.

Tinker sacó la antorcha y la encendió. A la luz de la antorcha se vió el viejo medidor del gas que estaba semi cubierto de polvo, en un estante, detrás de la puerta. La palanca que abría y cerraba el paso del gas a la casa, estaba colocada en su sitio a un lado del medidor.

—Déme la antorcha, muchacho, — dijo Blake.

Tinker le dió la antorcha y haciendo uso de ella, Sexton Blake se inclinó hacia el medidor del gas, examinándolo pulgada por pulgada.

Durante un cuarto de hora, Tinker y Harker permanecieron de pie en la penumbra del sótano observando a Blake, que no se dejaba ver el rostro, como si quisiera ocultar lo que pasaba por su mente.

Pero a pesar de la meticulosidad de su investigación el detective no encontró nada que le produjera la emoción de un descubrimiento importante. No halló más que dos diferentes manchas de polvo fino, de carbón, como si le hubiera tocado alguien que antes hubiese manipulado el carbón de piedra.

Blake volvióse hacia Harker.

—Fué Marie, la mucama, la que cerró el medidor del gas después de hallar al muerto, ¿no es así?—preguntó.

—Así lo dijo ella,—manifestó Harker.

—Una señorita tan delicada, no es fácil que tuviera las manos muy sucias cuando cerró el medidor, supongo ¿eh?—dijo Blake.

—¡No!—dijo Harker sonriendo.—La mucama Marie es atendida por la misma manicura de su señora, dos veces por semana.

—Eso mismo me figuraba yo,—dijo Blake.—Vamos a examinar el hueco por donde se arroja el carbón.

Harker y Tinker le acompañaron. El detective subió por el montón de carbón alumbrando con la antorcha eléctrica hasta que llegó al nivel del suelo.

Casi inmediatamente una exclamación brotó de sus labios, Harker y Tinker avanzaron muy interesados.

Blake indicó el hueco.

—Alguien ha descendido al sótano por aquí,—dijo.—¡Miren! ¡No puede haber la menor duda!

Se notaba con toda claridad que los lados de la canaleta de madera por donde se arrojaba el carbón habían sido frotados, hasta dejarlos casi limpios de polvo, por alguna que se había deslizado por la canaleta.

—¡Bien!—exclamó Harker.—Tiene usted mucha razón, Blake. ¡Pero tiene que haber sido una persona muy delgada la que haya pasado por ahí!

—No lo sé,—dijo Blake inclinándose hacia el carbón.—El cuerpo humano puede a veces, comprimirse de tal modo que pasa por sitio por donde nadie creería que puede pasar. Así sucede que...

Calló de repente y tomó algo que estaba en el carbón, a sus pies.

Era una pequeña herramienta de combinación,—una maravilla de ingenio,—cuyo empleo conocía Blake perfectamente. Era una herramienta indispensable para los criminales a la moderna, la verdadera arma de los ladrones ilustrados.

Los ojos de Blake brillaron cuando entregó la herramienta a Harker. El inspector silbó asombrado.

—¡Diablos!—murmuró. — ¡Esto sí que es un hallazgo, Blake! Esto sí que constituye algo nuevo, también. Nos encontramos ante un verdadero ladrón de oficio.

—Sí,—dijo Blake.—Nos hallamos ante algo mucho más importante de cuanto podíamos imaginarnos ¿no es verdad, Harker?

Tomó de nuevo la herramienta que contenía entre otras cosas una llave inglesa pequeña, y la examinó detenidamente. La llave inglesa estaba asegurada a un ancho como de media pulgada y parecía haber sido usada hacía poco.

Blake miró a Tinker y le dió la herramienta.

—Muchacho,—dijo,—suba al dormitorio del señor Roos y fíjese si la abertura de esta llave coincide con el ancho del tapon de madera que tiene el otro caño del gas, el que está del otro lado de la chimenea.

Tinker desapareció escaleras arriba.

Blake se inclinó nuevamente hacia el montón de carbón y una vez más halló algo que le hizo lanzar una exclamación. Cuando se irguió tenía en la mano un pequeño botón color khaki.

Era redondo, arrugado, de los que se fabrican de una composición que imita el cuero, de la misma clase de los que usan los militares en sus blusas o túnicas.

—¡Dios mio!—exclamó Harker inclinándose hacia Blake para ver su hallazgo.—¡Estamos de suerte, amigo Blake! ¡Eso es de suma importancia!

—Así lo creo,—dijo Blake entre dientes. —¡Es vitalmente importante!

—Se le ha saltado de la túnica en el momento en que descendía, estrujado, por la canaleta de echar el carbón!—dijo Harker. —¡Mire!— agregó indicando un pedacito de tela sujeto aun a la anilla del botón.—

Parte del género se ha desgarrado también.

—Es verdad,—dijo Blake.

Después de unos instantes dió el botón a Harker para que lo examinara más de cerca.

—¿Qué deduce usted en consecuencia?—preguntó.

Harker no tardó mucho en orientar su pensamiento.

—Que debemos buscar el paradero de alguien que viste de khaki. Estos botones los usan en general, los militares. Es un botón del ejército. ¡Dios mio, Blake, ya sé!

Miró al detective con agitación que en vano hubiera pretendido disimular.

—Hay otro hombre metido en el asunto. Probablemente ella tiene un adorador... un oficial. Esto explicaría el motivo y la causa de su actitud. La mujer tiene miedo, está aterrorizada porque teme que su adorador sea descubierto.

Blake sonrió.

—¡Muy ingeniosa la idea, Harker!—dijo. —Y muy verosimil. Pero Charmian Connellan no es el tipo de mujer que puede estar enamorada de un soldado.

—¿Cómo sabe usted que se trata de un soldado y no de un oficial?

—Porque es un boton de uniforme de soldado, no de uniforme de oficial. Además, yo no creo que el hombre estuviera vestido de uniforme.

—¿No lo cree usted?—exclamó Harker.

—¡No!

—Pero me parece,—dijo el inspector indicando el trozo de tela desgarrada y adherida al botón,—que esto es prueba suficiente...

—He examinado esa tela con mi vidrio de aumento y he visto que no es khaki,—dijo Sexton Blake.

—¿Que no es khaki?

—¡No!—dijo Blake convencido.—El tejido es enteramente distinto. Es un casimir de color parecido, pero nada más. Esta es la clase de boton estuvo de moda hace algun tiempo. Tengo un traje de tela de Norfolk, hecho hace dos años que tiene botones como ese. El hombre a quien tenemos que buscar viste un traje de casimir de las clases llamadas Harris o Donegal.

Harker sentíase abatido por no haber acertado. La teoría del soldado que se le había ocurrido tan pronto era tan tentadora... Volvióse y vio a Tinker de pie tras ellos; pues en su animación no le habían oído volver.

—¿Qué tal muchacho?— preguntó Sexton Blake.

—Viene justa, señor—dijo Tinker.— Puedo decir que una vez puesta la llave no había mas que empujar un poco a un lado para sacar el tapón de madera.

Blake inclinó la cabeza, pensativo.

—Hemos hallado varios datos importantes, Harker,—dijo.—Me alegro de que me invitara usted a venir a esta casa.

Apagó la antorcha y permaneció algunos minutos mirando hacia un oscuro rincón del sótano. Después cambió de actitud y miró al inspector.

—Cuando hubieron sacado el tapón de madera, — dijo lentamente, — un asesino que conocía las costumbres de Roos pudo meterse en el sótano, abrir la llave del medidor y soltar el gas mortífero en la habitación del millonario.

—El homicidio no pudo ser realizado de modo más fácil, — dijo Harker.

—Precisamente. Un crimen parecido fué cometido en Estados Unidos el año 1892. La policía se encontró perpleja durante mucho tiempo.

—Pero... ¿cómo pudo el asesino entrar en el dormitorio del señor Roos? —preguntó el inspector Harker.

—Hay docenas de modos de entrar. — dijo Blake. — El hombre pudo escurrirse un momento y sacar el tapón.. cuestión de un minuto de trabajo. Todo quedó dispuesto una vez hecho esto. La falta del tapón no tiene importancia, así que no es de extrañar que no se fijaran en ello.

—No, — dijo Harker. — Y esa parte del plan pudo ser realizada hasta una semana antes de la noche escogida para el crimen.

—Sí, — asintió Blake, — aun cuando me siento inclinado a creer que lo sacaron el mismo día.

—¿Por qué lo cree usted así?

—Porque dejó caer en el sótano la herramienta que usara antes para sacar el tapón del caño del gas en el dormitorio. Lo lógico es que no quisiera correr el riesgo de que alguien notara la falta del tapón. Pero vamos al piso alto. Necesito hablar con Marie.

Subieron al otro piso y después de un rato encontraron a la mucama que estaba trabajando en el cuarto de costura.

Marie sonrió al ver a Blake y le miró sorprendida, cuando el detective le preguntó si tenía algún amigo en las inmediaciones.

—No tengo ni un solo amigo en Inglaterra, —dijo ella volviendo a sonreir, y agregó:—Aun no tengo ninguno.

—¿Ni uno solo siquiera?—insistió Blake.

—¡Ni uno! — dijo ella. — Mi novio está en Nueva York. Estoy comprometida con él.

—¿Sabe usted si alguna de las sirvientas tiene amigos en la localidad? ¿Asisten a las reuniones sociales de la aldea?

Marie movió lentamente la cabeza.

—Creo que no. señor Dixon. — dijo ella. —No nos tratamos con nadie. Excepto el jardinero Williams, que corteja a una mucama. Williams va a veces a la taberna de la aldea... Va con lamentable frecuencia.

—¿No ha venido nadie de fuera a esta casa durante la última semana, Marie? ¿No ha venido ningún operario a arreglar las lámparas eléctricas o a sacudir las alfombras?

La joven pensó cuidadosamente y después movió negativamente la cabeze.

—No, señor Dixon, no ha estado nadie —dijo. — Absolutamente nadie. Estoy segura.

Era conveniente aclarar bien ese punto y Blake, después de darle las gracias se retiró saliendo esta vez de la casa al jardín.

Se dirigió hacia la parte sud del edificio,

mirando hacia la ventana sobresaliente y más que rodeada, cubierta de hiedra. Toda la pared que daba al sud estaba cubierta de hiedra que se extendía desde un tronco muy fuerte. Harker pareció adivinar el pensamiento de Blake, porque dijo:

—Por ahí se puede entrar perfectamente en la habitación. Esa hiedra sostiene con facilidad el peso de un hombre.

—Con toda facilidad,—dijo Blake.

Fué hasta el pie de la enredadera y se inclinó, mirando el suelo detenidamente. Un momento después sacaba una regla métrica del bolsillo y medía algo con rapidez.

—¡La huella de una pisada!,— exclamó Harker con grandísima emoción.

—Aquí se ve la impresión bien clara de una pisada,—dijo Blake.

Se irguió y examinó la hiedra y las ramas que se extendían en una y otra dirección, bien agarradas a la pared.

—Alguien ha subido por aquí, — dijo Sexton Blake al cabo de un rato.

—¿La parece? — preguntó Harker, mientras Tinker se ponía rojo de excitación.

—Estoy enteramente seguro, — dijo Sexton Blake.

Y dicho esto, el detective se agarró a la hiedra y comenzó a subir lentamente.

Subió ligero y sin ruido. La hiedra sostenía su peso sin dificultad ninguna. Cuando llegó al alfeizar de la ventana del dormitorio del millonario Roos, se quedó descansando unos minutos. Volvió a bajar por donde había subido.

—Si era necesario demostrarlo, — dijo Blake una vez en tierra y adelantándose a la pregunta que iba a hacerle Harker, — creo que demostrado queda. Un hombre que tenía puesto calzado suave, medida 8, ha subido por esa enredadera, y se ha metido por la ventana. Tenía que tener puesta esa clase de calzado porque de otro modo las huellas hubieran sido distintas. ¿Ve usted que distintas son las huellas que he dejado yo? ¡Este es un dato de importancia! ¡Mire!

Abrió la mano y mostró un trozo de barro, pequeño y casi seco, algo que hubiera pasado inadvertido noventa y nueve veces de cada cien.

—Lo encontré en el borde de la ventana, — explicó Blake.

Harker y Tinker examinaron el trozo de barro, percatándose de toda la importancia que podía tener en determinado momento.

Aquel barro era rojizo, blancuzco, medio tiza, medio tierra ferruginosa.

Y era precisamente similar a la pequeña cantidad de polvo que Blake había hallado dentro, en la alfombra del dormitorio.

CAPITULO III

Una pista viviente.—

LOS descubrimientos que Blake había hecho en Hawley Croft eran tales que con razón despertaron en el detective profundo interés.

En el primer momento Sexton Blake había ido de mala gana porque no le era agradable averiguar los detalles de la vida de una mujer, que debían, en su opinión, permanecer en el secreto.

Esa mala gana se había acentuado cuando llegó a Hawley y notó el miedo y la ansiedad que dominaban a la bella actriz cuya culpabilidad parecía claramente escrita en la expresión de su rostro.

Vió lo que había temido ver: razones más que suficientes para que Harker apoyara en ellas sus sospechas y sintió que, si continuaba investigando el caso, rodearía a aquella mujer de una red tal de circunstancias que, si era culpable, no tardaría en quedar demostrada su culpabilidad.

Blake se había propuesto abandonar el caso y volver a Londres, dejando que Harker hiciera lo que mejor le pareciera, pero las huellas y datos que encontró sucesivamente empezaron a hacerle ver la muerte de Pettifer Roos bajo un aspecto enteramente distinto del primitivo.

El detalle del tapón de madera del caño de gas indicó desde ese momento que una misteriosa tercera persona había tenido intervención en el hecho. El hallazgo de la herramienta de ladrón y del botón khaki llevaban a idéntica conclusión. La condición de la enredadera de hiedra del muro del lado del sud del edificio y el trozo del barro hallado en el borde de la ventana, demostraban que efectivamente, había actuado esa tercera persona.

Tenía que ser un hombre conocedor de los usos y costumbres y las idas y venidas de los habitantes de la casa. Había entrado en el dormitorio del millonario por la ventana, después de haber subido por la enredadera, y había sacado el tapón de madera del caño de gas con la combinada herramienta propia para los ladrones.

Aquella noche, después que Roos se hubo retirado a su dormitorio, cerrando la puerta por dentro como de costumbre, y tomó su dosis de veronal y sus narigadas de cocaína, el asesino, que había entrado en el sótano por el agujero y la canaleta de echar el carbón, se acercó al medidor del gas y abrió la comunicación. No fué cosa difícil para un hombre ágil y activo. Pero la canaleta de madera era suficientemente angosta y al deslizarse por ella el hombre perdió su llave inglesa y se enganchó un botón del saco, que se le desprendió. El hombre, en sí mismo, era de mediana corpulencia, activo, probablemente fuerte y llevaba un saco de casimir marrón con botones khaki.

Tal era el cuadro del crimen que se trazaba Sexton Blake, siguiendo, punto por punto, los datos y rastros obtenidos. La reconstrucción era bastante completa para que Blake tuviera esperanzas de obtener buen resultado.

Pero había, en todo ello, dos puntos, importantes, que necesitaban explicación.

¿Cuál era el motivo del crimen?

¿A qué obedecía el temor que experimentaba la señora de Roos? ¿Por qué se ad-

hería tan tenazmente al veredicto de suicidio?

La teoría de Harker de que existiera un adorador de la hermosa actriz lo explicaba todo. Existiendo ese adorador se justificaba el motivo del crimen y se explicaba el temor de la señora de Roos.

Sin embargo, Blake no podía resolverse a admitir la idea de que Charmian Connellan, cuyo rostro respiraba dulzura y bondad y en cuyos ojos se leía la rectitud de su alma, pudiera tener ni la menor intervención en un hecho criminal. No consideraba posible, Sexton Blake, que aquella mujer pudiera ser cómplice en la preparación del crimen; es decir, como lo dice el lenguaje legal, "accesorio antes del hecho". En cambio, una vez cometido el crimen y enterada de que su adorador o amante era el autor, podía haber decidido favorecerle u ocultarle, resultando, en consecuencia, "accesorio después del hecho", según los términos legales.

Pero esto no podía pasar de una hipótesis cruel porque en realidad, no existía antecedente ninguno que permitiera suponer que tuviera intervención en la vida de Charmian Connellan otro hombre que no fuera el desdichado náufrago de la vida que había hallado su fin y al que ella había llamado "esposo".

Lionel Merriman, que conocía todos los chismes y cuentos de la vida teatral, de un extremo a otro, no sabía que la actriz tuviera ninguna amistad ni relación de esa clase, aun cuando todos estaban al tanto de las desdichas de su vida doméstica.

En vista de esto, Sexton Blake decidió seguir estudiando el caso hasta agotar todos los medios de investigación antes de formular una teoría.

Harker, por su parte, era un entusiasta que se negaba a inclinarse ante consideraciones de carácter sentimental. Estaba todavía enamorado de la idea que se le había ocurrido cuando estaba en el sótano. Se expresaba como si estuviera convencido de que, en el fondo de todo, había una intriga de amor, de que había un hombre, enamorado de la actriz y complicado en el asunto.

—Voy a tratar de que Marie hable al respecto,—dijo a Blake y a Tinker,—y si es posible procuraré revisar las cartas particulares de su patrona. Estoy seguro de que voy a encontrar algo.

Así era como procedía el detective inspector Harker, pero su procedimiento no merecía la aprobación de Sexton Blake. Harker se expresaba con toda tranquilidad y claro está que su plan de conducta no tenía nada de particular tratándose de un oficial de D. I. C. (Departamento de Investigaciones en lo Criminal).

—Muy bien,—dijo Blake.—Por mi parte me limito a desearle buena suerte. Yo voy a ocuparme de seguir la pista de alguno de los rastros que hemos encontrado.

Sacó del bolsillo las dos muestras de barro rojizo y blanco, y se las mostró a Harker, puestas en la palma de la mano.

—Es curioso hallar de esto en estos sitios, ¿eh?—dijo.

—Sí, — manifestó Harker observando las muestras de cerca.—El barro de estos alrededores es blanco, es decir, gris-blanco. Por aquí no hay tierra roja.

—Eso es, — dijo el detective. — Se trata de un barro procedente de un sitio donde hay tiza. Pero hay en él residuos de arenisca. Esto puede constituir un dato de importancia.

—Es posible que cerca de aquí haya una veta de arenisca en el terreno de tiza, señor, —dijo Tinker, procurando ser útil.

Blake movió negativamente la cabeza.

—No es verosímil, — dijo. — Pero puede existir un depósito de arenisca. En la parte del sud de la costa hay algunos. Me gustaría, — agregó pensativo, — poder revisar geológicamente el terreno que nos rodea.

—En la biblioteca de Brighton está el mapa geológico de la zona, — dijo Harker.— Vaya en un momento, en el automóvil.

Se trataba de una idea que podía no materializarse. El viaje, — las probabilidades eran cinco contra una,—podía resultar puro gasto de tiempo. Pero de todos modos existía la probabilidad de que resultara algo útil, así que pocos minutos después Blake y Tinker corrían en el automóvil por el camino de lo alto de la costa que conducía a la importante ciudad balnearia.

Cerca de veinte minutos tardaron en llegar a Brighton y un poco después Blake y Tinker estaban estudiando un voluminoso libro de la Biblioteca Pública.

El detective desdobló rápidamente el enorme mapa geológico que tenía el volumen indicando con el lapiz un sitio que se hallaba a unos cientos de yardas de donde estaba Hawley Croft.

Casi en el mismo momento un grito brotó de los labios de Tinker y el joven indicó un pequeño círculo, pintado de rojo, cerca del borde de la costa. En el círculo se leía la inscripción siguiente: "depósito poco profundo de piedra arenisca".

Los ojos de Blake chispearon.

—¡Este es el sitio, muchacho!—murmuró.—No hay más piedra arenisca en varias millas a la redonda. Vamos a ir ahora mismo a visitar ese sitio.

Examinó el mapa, señalando cuidadosamente la posición exacta de la cuenca en relación con Hawley Croft. No debía ser difícil hallarla pues quedaba en un espacio abierto, cercano de la orilla de la costa alta. Probablemente debía constituír una lagunita en medio del campo.

Pocos minutos después salían de la biblioteca y marchaban en el automóvil, alejándose de Brighton por el camino de Newhaven, a tal velocidad que estuvieron de regreso en el garage antes de veinte minutos

Ya había pasado la hora del almuerzo y Blake y Tinker, sintiéndose con apetito, entra-

ron en la hostería de la localidad y satisfacieron la sed y el apetito con algo de queso blando, pan blanco y cerveza fresca.

Aun cuando Blake estaba impaciente entretúvose un rato conversando con el dueño sobre todo género de temas, dirigiéndole pregunta tras pregunta con toda volubilidad.

Los negocios no andaban bien, ni siquiera regular, dijo el dueño del hotel. Las nuevas leyes de impuestos eran pesadas para el comerciante. Los pasajeros no podían refrescar como antes y el hotel tenía que vivir con lo que le producían sus viejos clientes locales.

Los habitantes de Hawley Croft—así lo dijo el huésped,—eran gente que no se trataba con nadie, casi. Pero Williams el jardinero iba al hotel todas las noches a jugar. Esto era porque estaba cortejando a su novia. Y el señor extranjero de la otra casa que se veía más allá, también iba a jugar todas las noches, temprano.

Así habló el hostelero yendo y viniendo, hasta que Blake y Tinker hubieron terminado y después los dos se retiraron cruzando el campo hacia la alta orilla, al sitio donde, según el mapa, estaba el hueco que contenía piedra arenisca.

No les costó trabajo ninguno hallarlo. Constituía por sí sólo todo un campo, que formaba como una olla rodeada de tierra blanquecina y la senda por donde ellos iban cruzaba por enmedio del campo.

En el centro se veía una pequeña laguna a la que se acercaban a beber los animales pues se veía que las orillas presentaban múltiples huellas de pezuñas en su barro de color rojizo.

Bordeando la costa de la laguna como lo hacía, el sendero había sufrido a causa del pisoteo de los animales y una parte de él estaba, a pesar de lo seco del tiempo, humeda y pegajosa. En consecuencia, cualquiera que pasara por aquel sendero tendría—a menos que no tuviera la precaución de salir del sendero al llegar a ese sitio,—que salir con el calzado sucio y con pedazos de barro pegados a las suelas y a los tacos.

Los ojos de Blake brillaban de excitación cuando el detective pasó junto a la laguna y miró a Tinker.

—Me alegro de que nos tomáramos el trabajo de ir a la biblioteca, muchacho,—dijo. —Esto deja bien establecido un punto importante.

—Demuestra que el hombre que subió por la hiedra y entró en el dormitorio del señor Roos, pasó antes por este sendero,—dijo Tinker.

—Precisamente. El barro con que dejó marcado su paso, no podía proceder más que de aquí—manifestó Blake.

—Pero... ¿qué anduvo haciendo por este sendero?—preguntó Tinker.—¿De dónde venía, qué tuvo que pasar por aquí? ¿De qué sitio?...

—Aun no lo sabemos,—dijo Blake.—Sigamos por el sendero un poco más.

Siguió andando por el sendero que continuaba en cuenta descendente y salieron del campo pasando por un portillo.

Blake se detuvo en el portillo y miró hacia adelante, pero todo lo que pudo distinguir, fué a un hombre que removía la tierra perezosamente en un cercano campo, y la extensión de la superficie del canal de la Mancha que se prolongaba hasta el horizonte.

—Parece que no hay ninguna casa por estos parajes,—dijo Blake; pero siguió por el sendero hasta un punto desde el cual se distinguía todo el campo que se extendía más allá.

De pronto Tinker le tomó del brazo e indicó una curva que describía el camino a poca distancia de donde ellos estaban.

—¡Mire, señor!—exclamó.—¡Allí se ve humo!

—Sí,—dijo Blake entornando los ojos.—Es humo de una chimenea. Allí hay un pequeño chalet escondido en una hondonada. No me explico quién...

Calló, mirando con renovada atención y después tomando a Tinker del brazo, le sacó rápidamente del sendero y le hizo agazaparse a la sombra de varias piedras grandes, restos de una vieja muralla.

—Alguno acaba de salir del chalet,—dijo Blake en voz baja.—Viene hacia acá. Quédese oculto y espere.

Tinker se acurrucó, mirando por los huecos de entre las piedras esperando. No tuvieron que esperar mucho: A los pocos minutos un hombre más bien alto, de cabello negro, de bigote bien cuidado, se aproximó por el sendero, con paso ágil, y, a pesar de que llevaba puesto un traje viejo de pantalón corto, de raído casimir color marrón, se le notaba, por la manera de andar, que era persona de buena educación y de aire distinguido.

Algo había en su cabello negro bien peinado, en sus negras y arqueadas cejas, y en el rostro redondo y curtido por el aire, que le daba un aspecto que parecía extranjero o que, por lo menos, no era el del inglés veraneante.

El hombre pasó rápidamente, cantando entre dientes mientras caminaba y Blake, acurrucado tras de las piedras, le miró fijamente con el ceño fruncido.

Estaba convencido de que conocía aquel rostro. ¿Dónde lo había visto antes? Buscó mentalmente en toda la galería de retratos que tenía en la memoria, pero no vió en ella aquel rostro. Las facciones le eran conocidas, indudablemente, pero no lograba recordar dónde las había visto antes.

Volvióse hacia Tinker en el momento en que el hombre trasponía el portillo y entraba en el campo.

—Tinker,—dijo.—Yo he visto a ese hombre en alguna parte... ¿Recuerda usted su rostro?

Tinker no contestó en seguida. Reflexionó durante unos momentos. Se quitó la gorra y se rascó la coronilla.

—Me... parece que no recuerdo, señor,—dijo.

—¿No lo recuerda?—preguntó Blake rápidamente.

—¡No!—dijo Tinker como pidiendo disculpa.—Le estaba mirando el saco. Era de casimir marrón, con botones khaki, imitando cuero.

El detective inclinó la cabeza en señal de asentimiento. El traje del hombre no había pasado inadvertido para él. Había sido en eso, realmente, en lo que se había fijado primero.

—Creo que estamos en buen camino, muchacho,—murmuró, atribuyendo a la fortuna, como de costumbre, lo que era pura y sencillamente resultado de su genio investigador. Pero vamos a charlar un poco con el labrador. Puede ser que él nos diga algo interesante.

Salieron de detrás de la vieja muralla y cruzando campo, pasaron por el portón que daba acceso al campo donde el labrador estaba removiendo la tierra. El hombre dejó de trabajar al ver que se acercaban, apoyándose en su azada y mirando con aire interrogativo. Se llevó la mano al ala del sombrero, en respuesta al saludo que le dirigió Blake.

—¿Se trabaja, eh?—dijo Blake indicando un montón de patatas que el labrador había desenterrado.

—Sí, señor.

—Se ve que el trabajo le hace sudar.

—Sí, señor.

—¿Qué tal es este trabajo de sacar patatas de la tierra? ¿Lo pagan bien?

—Sí, señor.

—¿Cuánto le pagan por día? ¿Bastante?

—Sí, señor.

—¡Le pregunto que cuánto le pagan por día!—repitió Blake mientras Tinker se sonaba las narices ruidosamente.

—¡Oh! ¡A veces tres chelines... a veces cuatro... a veces cuatro!

—Ya veo,—dijo el detective calculando rápidamente.—Viene a resultar como tres peniques por hora.

—Más o menos,—dijo el labrador.—Casi cuatro peniques a veces.

—Tres peniques por hora, tal vez cuatro, ¿eh?—dijo Blake.—Entonces, ¿le gustaría a usted ganar un chelín por minuto?

—¿Un qué?—dijo el hombre soltando la azada.

—¡Un chelín por minuto! ¿Quiere ganarlo?

—Sí, señor.

—Entonces, conteste a unas preguntas que voy a dirigirle. ¿Quién vive en aquel chalet?

Blake indicó el pequeño chalet y el labrador tomó la azada y se rascó el poco cabello que rascar tenía en la cabeza.

—¿Quién vive allí? — repitió lentamente.

—Allí vive un viejo con un joven.

—¿Quiénes son? ¿Los conoce usted?

—No, — dijo el labrador. — Pero no son ingleses. Eso sí lo sé. No hablan el mismo idioma que usted y yo.

—¡Ah! — exclamó Blake. — Y si no son ingleses, ¿de qué nacionalidad son?

El labrador se rascó nuevamente el cráneo.

—Son algo así como "prusos" o "racos" o rusos colacos... ¡Ah! Ya recuerdo... rusos-polacos.

—Ya comprendo, — dijo Blake sacando una moneda y dándosela al labrador. — ¿Cuánto tiempo hace que viven esos en ese chalet?

—Una quincena. Nada más que quince días.

—¿Y qué hacen? — preguntó Blake.

—¡Nada! — contestó el labrador. — ¡Nada o casi nada! Al joven le gusta ir al bar de la hostería, por la noche. Bebe bastante, dicen, y grita cuando se enoja. También juega con el guardacosta y con Williams, el jardinero de la casa grande.

—¿Y el viejo?

—No sale nunca. Dicen que es ciego. Se está sentado en la sala de la casa, tocando la guitarra. Le he oído varias veces.

—¿La guitarra? — dijo Blake con incredulidad.

—Sí, — dijo el labrador. — Una cosa así, que se toca con un palito que tiene unos hilos blancos.—¡Suena fuerte!

—¡Ah! ¡Eso es un violín, amigo mío! — dijo Blake. — ¡Es un violín!

—Bueno, será violín, — dijo el labrador como pidiendo disculpa. — Para mí todos esos instrumentos con clavijas y cuerdas, son guitarras. Yo no sé más, señor, y perdone.

Tinker se sonrió pero el detective se había puesto pensativo de improviso.

—¡Rusos polacos! — murmuró. — ¡El anciano es ciego y toca el violín! Pero...

Calló de pronto y se volvió nerviosamente hacia Tinker.

—¡Ya se quienes son! — exclamó. — ¡Ya recuerdo la cara! ¡El hombre del traje de casimir marrón es el joven Nirewski!

—¿El joven Nirewski? — replicó Tinker, recordando a medias.

—¡Sí! — dijo Blake reprimiendo con esfuerzo su nerviosidad. — ¡Está viviendo en ese chalet con su padre, con el viejo violinista ciego que se desmayó aquella noche, en el concierto que dió Merriman, el empresario del Cosmopolita!

CAPITULO IV

Averiguaciones discretas.—

QUE significaba todo aquello? ¿Tenían que ver algo con la muerte de Pettifer Roos el joven Nirewski y su anciano y viejo padre, el notabilísimo violinista?

¿Existía algún vínculo entre ellos y Charmian Connellan, la hermosa actriz?

Era curioso el hecho de que hubieran figurado en el programa del Cosmopolita la misma noche que la señora de Roos. Sin em-

bargo, no habían hablado con ella, de ésto estaba seguro Blake. No le fueron presentados. Al parecer eran completamente extraños.

Además, nadie de la aldea había unido jamás los nombres de esos dos al de la señora de Roos. Y la aldea era tan pequeña que la menor idea de relación entre ellos hubiera sido objeto de comentarios.

Para Blake, aquello resultaba un perfecto y completo misterio. La única teoría que se presentaba posible era la de que el joven Nirewski estuviera enamorado de Charmian Connellan y se hubiera mudado a tan cercano chalet para poder verse con ella clandestinamente.

Las ideas cruzaban por la mente del detective con vertiginosa rapidez, mientras avanzaba por el sendero en compañía de Tinker. El chalet había sido edificado en un hueco que parecía haber sido cortado, como por una gigantesca azada, en la parte alta de la costa. Por la chimenea seguía saliendo humo y Blake distinguió con los ojos de la imaginación, al viejo y ciego violinista, encogido junto a la chimenea.

Se encaminó cautelosamente hacia el portón, pasó por él y acurrucándose entre los arbustos que crecían en profusión en el pequeño jardín, se acercó a la ventana y miró hacia dentro.

El cuarto que distinguió estaba sencillamente amueblado, del modo poco confortable en que suelen estarlo algunas casas de campo. En el hogar de la chimenea ardía abundante fuego y una silla de alto respaldo estaba cerca de él. Un diario desplegado se veía en la esquina de la mesa, sin carpeta que se hallaba en medio del cuarto y sobre el diario había una caja de rapé del anciano y una lupa.

Pero allí no se veía al anciano Nirewski.

—Debe estar en el piso alto, seguramente,—dijo Blake a Tinker en voz baja.—Veamos la puerta.

Avanzó, volvió la manija y empujó, pero no se abrió.

—¡Cerrada!— dijo en voz baja volviéndose hacia Tinker. — Vámonos, no vayan a vernos.

Volvióse a Tinker, le siguió, pasando por entre los arbustos, hasta un portoncito por el que salieron al sendero.

Blake se había fijado ya en que el sendero propiamente dicho, terminaba ante el portón del chalet, pero más allá se le veía continuar, cuesta bajo, hacia el borde de la costa.

Por este sendero siguió Blake e indicó a Tinker que le acompañara.

—Creo que vamos a completar nuestra investigación, — dijo. — Conviene averiguar si hay algún sitio por donde escapar del chalet por este lado.

Siguieron por el sendero hasta la orilla y allí parecía terminar bruscamente entre pesadas rocas, a veces mal situadas y en peligroso equilibrio encima del hueco. Pero un momento después volvieron a encontrar el sendero que, describiendo una curva y descendiendo, seguía cincuenta pies más abajo donde la hierba crecía verde, con apariencia de musgo en una hondonada.

—Parece que no queda ningún camino por donde salir por este lado, muchacho,—dijo.—Sin embargo, nos conviene cerciorarnos. Camine lentamente y con precaución.

Se adelantó para guiar a Tinker, por el sendero que ondulaba en espiral, hasta que llegaron al sitio inferior cubierto de hierba. Era un lugar encantador al que no llegaba la candente luz del sol y desde el cual se distinguía el hermoso panorama del mar. Tinker se sentó en el suelo, suspirando contento.

—¡Qué hermoso, es esto, señor! — exclamó.—¡Es perfecto en todo sentido!

Durante unos momentos permaneció allí, echado en la hierba. Después se deslizó hacia delante y miró por el borde del precipicio, contemplando las rocas de la costa baja contra las cuales rompían las olas del mar.

—¡Mil demonios, señor! ¡Qué caída, de aquí a allá! ¡La pared es enteramente vertical y las rocas a propósito para un golpe! Pero más afuera, ¡qué baño encantador podría darme! ¡Sería una delicia saltar de aquí al mar!

—¿Va a intentarlo?—preguntó Blake sonriendo.

—Hoy no.—dijo Tinker.—Pero no es un salto imposible. Debe haber más de veinte pies de profundidad en el mar... ¿Qué altura habrá desde aquí?

Volvióse y miró hacia arriba con el propósito de calcular la altura y al instante lanzó un ronco grito de alarma.

Como un hombre que se hubiera vuelto loco de repente, corrió hacia Blake y le obligó a retirarse varios pasos hacia atrás, hacia un montón de helechos. Le atropelló con tal fuerza que Tinker cayó materialmente sobre él.

—¿Qué es eso? ¿A qué viene esa locura? —exclamó el detective.—¿Qué?...

Calló en el momento en que se oyó un fuerte ruido sobre ellos dos. Blake comprendió entonces.

Se quedó inmóvil con los labios apretados y los ojos fijos en un enorme peñasco que descendía, rodando, desde la costa alta.

Dando vueltas y saltos, el peñasco creo como un pequeño alud de tierra y piedras, en su rápido descenso. Parecía, a cada instante, que iba a aplastar a los dos hombres acurrucados en el hueco del sendero y a espachurrarlos como una pesada rueda de molino puede triturar un grano de trigo.

Aquello duró tan sólo uno o dos segundos, pero a Blake le pareció un siglo el tiempo que estuvo allí, acurrucado, mirando hacia arriba.

Por fin pasó con ruido de trueno, acompañado por una ráfaga de viento que levantó una polvareda que les dió en el rostro ro-



Como un hombre que se hubiera vuelto loco de repente, corrio hacia Blake y le obligó a retroceder varios pasos hacia un monton de helechos. Le atropelló con tal fuerza que Tinker cayó materialmente sobre él.

zándoles al pasar como si hubiera sido el roce de las alas del ángel de la muerte.

Por fin el pesado peñasco golpeó en la roca sobresaliente, pareció rebotar hacia el espacio y no oyeron nada hasta que cayó en el mar con potente ruido y, con un retumbar sordo, dió en el fondo.

La terrible experiencia se presentó con tal rapidez que durante unos momentos, Blake se quedó dominado por la emoción. Permaneció inmóvil, apretados los puños, mirando hacia arriba como si esperara la repetición de la catástrofe.

Pero no se presentó y el detective pudo, por fin, levantarse y mirar hacia el sitio, del que no le separaban ni dos pies de distancia, donde había golpeado el peñasco. Una triste sonrisa arqueó sus labios cuando vió que más de la mitad del saliente de sólda roca había desaparecido de un solo golpe; y era precisamente el sitio donde un momento antes estaban él y Tinker. Unas pocas pulgadas,... unos pocos segundos de tiempo, le habían salvado de la muerte.

Se trataba de un suceso sobre el cual no era agradable hablar. Tinker se levantó un poco inseguro y se secó el frío sudor que le cubría la frente. Miró a su jefe con ojos dilatados por el miedo y señaló hacia arriba.

—¡Le ví que se movía, señor!—dijo con jadeante voz.—¡Si no le hubiera visto moverse, no hubiéramos podido retirarnos a tiempo jamás!

Blake inclinó la cabeza con admirable serenidad. Había algo más, en los ojos de su joven ayudante, que la común expresión de terror, consecuencia de su experiencia.

—¿Vió usted algo más, Tinker?—preguntó Sexton Blake.

El joven inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí; ví algo más,—dijo en voz baja.—¡Cuando el peñasco se inclinó hacia fuera ví que le empujaba la mano y el brazo de un hombre!

. . . .

Reunidos en el saloncito reservado del despacho de bebidas de la hostería "El amigo de los Viajeros" se hallaban los que constituían la clientela habitual.

Todos eran aldeanos o personas empleadas en la localidad y no concurrían a la hostería como concurre la gente de las ciudades a los bars. Iban como quien va a su club a beber sobriamente y a conversar a su gusto.

El hostelero no tenía grandes atractivos que ofrecerles. Había en un rincón un juego de argollas y otro un juego de flechas y también una tabla en la que algunos jugaban al viejo juego: "tira un penique".

Williams, el jardinero de Hawley Croft estaba allí. También estaba el viejo labrador cuyo cetro era una azada y cuyo reino era el plantío de patatas. Nadie jugaba aquella noche ni a las anillas ni a las flechas porque tenían para entretener la conversación el suicidio acontecido en Hawley y el tema es resultaba inagotable.

En aquella asamblea se metieron Blake y Tinker. Blake había ido a Brighton para qui-



tarse la barba y el uniforme sin provocar inconvenientes comentarios.

La presencia de un desconocido fué notada en seguida. Conocía Blake la innata reserva del trabajador inglés que le hace enmudecer en cuanto se ve ante alguien que no ocupa, en la sociedad, su misma situación. Pero recordó el conocido refran "donde quiera que fueres haz lo que vieres".

Pidió que le sirvieran cerveza en un jarro de barro y llenó su pipa con tabaco del más barato, que compró en el mostrador. Después se puso a discutir con Tinker sobre patatas y se acaloró discutiendo sobre cuestiones de agricultura en general.

Así fué como, llegado el momento conveniente, se metió en la discusión general sobre el suicidio y presentó teorías suficientemente disparatadas para que la concurrencia las encontrara muy aceptables.

Lo que hizo en toda ocasión que se presentó fué contradecir cuanto decía Williams que era, sin duda, el único hombre que sabía de qué hablaba.

Encontrar a un hombre que está enterado de algo y contradecirle es el mejor sistema para obtener de él toda la información que se desee.

Blake hubiera impreso esa afirmación en rojo en todos los libros de filosofía.

Así que, si se enteró, por Williams, de una porción de cosas, de los demás, recogió también, valiosa información.

Se enteró de que Nirewski era muy conocido en el hotel por que iba con frecuencia a jugar a las anillas y a las flechas. Con telero,—una noche, a eso de las once. Yo nía estrecha amistad. Se había hecho amigo del uno en el despacho de bebidas y una vez había llevado al otro,—al jardinero Williams —a cazar conejos, una tarde, prestándole una escopeta.

El dueño del hotel se burló del jardinero recordar ese detalle, porque Williams había errado todas las veces que había tirado mientras que a Nirewski no le había fallado un solo tiro. Además, decían, el extranjero quería que lo presentara a Marie, la mucama de la señora. El hotelero sabía lo que decía, y al afirmarlo guiñó un ojo. No había nacido ayer y no era ciego como el viejo que estaba en el chalet.

Y en el saloncito resonaron las carcajadas.

La conversación era vulgar y corriente del punto de vista local. Pero resultaba de vital importancia para Blake al que no se le escapó un solo detalle. Poco a poco iba envolviendo en una red de lógica a Nirewski a quien esperaba envolver definitivamente muy pronto.

Aun cuando el polaco no se entendiera secretamente con Charmian Connellan, aun cuando ella no tuviera ni noticia de su existencia, le hubiera sido fácil obtener, por conducto de Williams, cuya amistad había cultivado tanto, todos los datos que hubiera querido sobre lo que pasaba en casa de Roos.

—A mí, en general, no me gustan los extranjeros,—dijo el dueño del hotel.—Todos son traidores. Pero él no. No hay nada que decir a su respecto.

El cosechador de patatas respiró y puso el jarro en la mesa golpeándolo fuertemente.

—¡Puede ser! ¡Puede ser!—dijo.—Pero si me preguntaran algo a mí, diría que es una lástima que no pase menos tiempo bebiendo y jugando.

—¡No hay ningun mal en jugar a las flechas!—dijo Williams.

—Ni en beber, si se bebe con moderación, —dijo el dueño del hotel.

—No,—dijo el labrador,—no hay mal ninguno en eso. ¿Pero qué me dicen del pobre viejo al que deja solo todas las noches? ¿Cuántos años tiene su padre? ¿Por qué no lo trae nunca aquí a tomar una copita?

—¿Para qué? Un ciego no puede jugar a las anillas ni a las flechas,—dijo Williams.

Muchos se rieron pero no el labrador. Tomó el jarro, miró dentro de él y golpeó la mesa nuevamente.

—¡Ríanse!—dijo después.—¡Ríanse cuanto quieran! Por mi parte estoy seguro de que el viejo podría jugar a las flechas perfectamente, mejor que muchos de ustedes,—agregó mirando a Williams,—pero el joven no lo trae nunca. No lo saca nunca de paseo. Nunca los he visto juntos más que la mañana en que llegaron con sus balijas. Lo deja solo todas las noches... Solo, tocando la guitarra.

Este era un nuevo punto de vista para los concurrentes. Nunca se habían detenido a considerar al joven Nirewski como culpable de abandonar al padre. Permanecieron en silencio.

—Lo deja tocando la guitarra. Lo sé porque lo he oído: y usted también lo ha oído, Williams.

—¡Sólo una vez! — dijo el jardinero.— Cuando fuí al chalet estaba tocando. Pero a él no le ví. El señor Nirewski salió y después salimos los dos juntos. Además,—agregó con intención de hacer reir a expensas del viejo labrador,—el viejo no toca la guitarra, toca el violín.

Hubo algunas risas de las que el anciano labrador no hizo caso.

—Poco me importa cómo se llama lo que toca,—dijo, empecinado,—lo unico que sé es que yo le he oído tocar. Y no es conveniente, ni prudente, ni bondadoso, dejarle solo, en el chalet, durante la noche, todas las noches, siendo tan viejo y tan ciego como es.

—No me parece que sea tan ciego como dicen, viejo, — manifestó el hostelero tranquilamente.—Es capaz de pasearse por los alrededores y volver al chalet sin ayuda ajena.

El viejo labrador levantó la cabeza y le miró fijamente. El hostelero se dió cuenta de que todos tenían la mirada fija en él.

—¿Qué dice usted?—preguntó el anciano labrador.

—Digo que le he visto regresando a su casa, procedente de la aldea,—dijo el hostelero,—una noche, a eso de las once. Y estaba levantado porque había ido a poner unas trampas para cazar conejos y le vi pasar por el sendero que conduce a su chalet a través de esos campos de allá. Parecía caminar con toda tranquilidad, golpeando el suelo con la punta del bastón y no parecía tan débil de piernas como cuando llegó. En mi opinión, el aire puro del campo está fortaleciendo mucho al anciano.

Los aldeanos reunidos en el bar se miraron con aire de inteligencia, pues el caso interesaba a los amigos de los chismes y de las habladurías locales.

El forastero que estaba en un extremo, junto con su joven compañero, se mostró muy especialmente interesado.

—¡Es maravilloso el sentido extra que se desarrolla en los ciegos!—dijo.

Lo curioso del relato del hostelero era el hecho de que hubiera visto al anciano tan tarde, de noche. Pero la gente que tiene vista se olvida que para el ciego lo mismo da la luz que la oscuridad. Poco le importaba al pobre violinista que fueran las once de la noche o las once de la mañana, y no tenía nada de extraño que escogiera la noche para dar un paseo. Sin embargo, el efecto que causaba, era doloroso.

—¿La noche era de luna, por casualidad? —preguntó.

—No, no era noche de luna,—dijo el hostelero.—Fué... déjeme recordar .. ¡Ah! ¡Ya sé! Fué la noche antes de que naciera el hijo de la yegua, es decir, hace hoy una quincena.

El forastero inclinó la cabeza asintiendo y levantó su jarro de barro sin que nadie notara la mirada que dirigió al joven que estaba a su lado.

Hubo un momento de silencio mientras el hostelero llenó varios jarros de cerveza y los sirvió a los que los habían pedido.

La conversación versó luego sobre otros temas y ya comenzaba a decaer, cuando la puerta del salón se abrió de repente y un hombre de rostro moreno, vestido de marinero, con botas de cuero como las que usan los guardacostas, entró en la hostería.

Todos le miraron, pues era muy conocido y gozaba de mucha popularidad. Saludó al hostelero con una inclinación de cabeza

—¡Lo mismo de siempre!

Después se volvió hacia los clientes allí reunidos.

—¿Qué sucede?—preguntó.—¿Se han enterado ustedes de algo?

—¿Sobre qué?—preguntaron en coro y el hostelero se quedó inmóvil con la mano en la bomba de la cerveza.

—Sobre los Nirewski.

—No; no sabemos nada. ¿Por qué?

—Acabo de ver al joven con un policeman de Brighton y parecía hallarse emocionadísimo. ¡Dicen por ahí que el viejo ciego se ha suicidado!

CAPITULO V

El misterio de los Nirewski.—

Un alfiler que hubiera caído en el piso del salón de la hostería "El Amigos de los Viajeros", se hubiese oído con toda claridad, tal fué el silencio que reinó después que el guardacosta hubo pronunciado sus dramáticas palabras.

El hostelero seguía inmóvil, con la mano en la bomba de la cerveza, con gesto de incredulidad en su rostro redondo y colorado. Los demás miraban al guardacostas creyendo tan sólo a medias lo que había dicho. El viejo reloj que estaba en un rincón, ajeno a todo cuanto sucedía, continuaba su monótono tic-tac.

No había rostro que expresara mayor asombro ni ojos que miraran con mayor interés, que los de Sexton Blake. Le había sorprendido la frase en el momento de llevar el jarro a la boca. Después de un instante, lo descendió lentamente, poniéndolo en la mesa y esperó que alguien hiciera uso de la palabra.

—¡Se ha suicidado!—exclamó, por fin, el hostelero. Fué como si hubiera roto, con su palabra, un encantamiento que los tuviese mudos a todos, pues todos comenzaron a charlar a un mismo tiempo.

—¡Eso mismo dicen!—insistió el guardacosta.—¡Eso es lo que yo he oído!

—¿Dónde vamos a parar? ¡Esto es horrible!—exclamó el hostelero.—¡Dos en dos semanas!

—Es verdad, dos,—dijo el anciano labrador.—¡Primero el señor de Hawley Croft y ahora este otro!

—¿Por qué se suicidó, Bill? —preguntó uno de los concurrentes.

El guardacosta se encogió de hombros.

—No me lo pregunten porque yo no lo sé,—dijo.—Ni siquiera sé si es verdad lo del suicidio aun cuando lo está diciendo todo el mundo. Pero acabo de ver al joven Nirewski, como he dicho, y parecía muy asustado. Con él estaba uno de la policía de Brighton y los dos se dirigían, a toda prisa, al chalet. Yo calculo que lo que dicen debe ser verdad.

Eso era todo lo que sabía el guardacosta y por más que le dirigieron muchas preguntas no pudieron conseguir que dijera nada más.

Los concurrentes, en vista de eso, se pusieron a discutir y a hacer conjeturas entre ellos, y Blake, después de hacer una seña a Tinker, aprovechó la oportunidad para que salieran los dos sin que nadie lo notara.

El detective tenía el ceño fruncido y se hallaba bastante asombrado, pues aquel era un hecho nuevo y totalmente inesperado, que venía a complicar la cadena de los sucesos.

Hasta aquel momento podía haber ido enlazando sucesivos eslabones, y conectando una cadena de datos orientados, todos ellos,

en el mismo sentido. Pero ante el nuevo suceso se diría que toda la cadena quedaba desbaratada y los eslabones formaran un informe montón.

Tinker no se había sentido menos conturbado que Sexton Blake ante la noticia traída por el guardacosta. Mientras caminaba lentamente, junto al detective, luchaba por poner, mentalmente, en orden los hechos que se confundían revueltos, en su imaginación.

Blake continuó avanzando sin hablar, durante un rato.

—Este es un asunto muy extraño, muchacho,—dijo por último.

—¡Muy extraño!—asintió Tinker.

—¿Qué piensa usted a su respecto?—preguntó Blake.

—Pensaba mucho respecto a ese caso,—dijo Tinker,—pero eso fué antes, mejor dicho hasta hace un momento. La última noticia de que nos hemos enterado me ha dejado enteramente aturdido y completamente desorientado.

—Así es, efectivamente, — dijo Blake.— Aun cuando todavía no estamos seguros de que haya habido suicidio.

—Yo me inclino a cree que sí,—manifestó Tinker. — De todos modos, desde nuestro punto de vista, es muy raro que Nirewski llamara a la policía con ese motivo.. Además, ¿por qué había de estar tan asustado?

—Eso es un enigma,—dijo.—Pero lo que nos corresponde es seguir estudiando el caso lentamente y ver a qué resultado llegamos. En primer lugar, Pettifer Roos, según se supone, se suicidó asfixiándose con gas. Los motivos que tenía para suicidarse eran poderosos, si se tiene en cuenta la naturaleza del hombre y sus amenazas constantes. El suicidio de un hombre así no tiene nada de particular. Pero en la prueba de la realidad del suicidio se presentan algunas discrepancias.

"En primer lugar ¿para qué se tomó la molestia de asfixiarse? Con unas pastillas más de veronal, la muerte se hubiera producido lo mismo y sin dolor ninguno. En segundo término, suponiendo que se asfixió él mismo, el sacar el tapón de madera del caño de gas debió ser la última parte de sus preparativos para matarse. Ahora bien, el hombre no tenía pinzas ni nada parecido con qué sacar el tapón y el tapón no se halló tampoco en el dormitorio.

"Estos hechos nos llevan a la teoría de que no se suicidó, lo que significa, lógicamente, que alguien se encargó de asfixiarlo.

"Así pasamos de dato en dato. Encontramos un poco de barro rojizo en el dormitorio y otro pedazo en el borde de la ventana. La hiedra mostraba, también, señales de haber servido para escalar la pared y entrar en el dormitorio.

"En el sótano hallamos pruebas de que un hombre se había deslizado por la canaleta de echar el carbón y había movido la palanca abriendo el contador del gas. Durante eso había dejado caer una herramienta de combinación que sirvió, tenemos razones para afirmarlo, para sacar el tapón que obstruía el caño del gas. Se dejó también un botón imitando cuero, como los que se usan en los uniformes militares y en los sacos de casimir marrón. El trozo de tela unido al botón no era de khaki, así que no era de un uniforme militar.

"Nos vemos, por lo tanto, conducidos a esta conclusión: Un hombre de mediana corpulencia que vestía un traje de casimir marrón, entró en el dormitorio de Roos por la ventana, utilizando la hiedra, y sacó el tapón de madera del caño del gas; después más tarde, descendió al sótano y moviendo la palanca del medidor, dió paso al gas. En consecuencia, debemos buscar a un hombre de ese aspecto que esté por alguna razón, enterado de las idas y venidas de la gente que habita en Hawley Croft.

"Como los trozos de barro rojizo proceden de un depósito de arenisca y como tuvimos la suerte de encontrar un depósito de esa clase, en un campo, relativamente cercano del cual se halla un chalet, que está ocupado desde hace poco tiempo por los Nirewski, padre e hijo, los que se presentaron en el concierto del Cosmopolita, en el que tomó parte Charmian Connellan hace como una quincena, ¿podemos suponer que se trata de una simple coincidencia o debemos considerarles envueltos en el asunto?

"Pero hay un punto de vitalísima importancia. Es el de que el joven Nirewski lleva un traje de casimir marrón. Las averiguaciones que hemos hecho nos han demostrado que ese joven se ocupa mucho de enterarse de los chismes y cuentos locales. Cultiva la amistad de Williams, el jardinero por el cual se entera de todo lo que quiere saber sobre lo que hacen los que viven en Hawley Croft.

"En consecuencia, nos sobran razones para creer que hemos encontrado en él al hombre a quien buscábamos.

—Sí, señor,—dijo entonces Tinker.—¿Qué me dice de lo del peñasco que cayó cuando estábamos en el sendero de junto al mar?

—A eso iba a referirme,—dijo Blake.— ¿Está usted seguro de haber visto la mano y el brazo de un hombre?

—Tan seguro como de que le estoy viendo a usted en este momento,—dijo el joven ayudante.

—Entonces eso prueba muchas cosas más. Prueba que nos hallamos en la verdadera pista. Nos siguieron en nuestro paseo por la costa y fué el joven Nirewski o el anciano...

—El anciano no pudo ser... ¡si es que es ciego!—dijo Tinker.

—Tal vez no fuera el anciano,—dijo Sexton Blake.—Pero si fué el joven, debió vernos cuando estábamos acurrucados detrás de la vieja muralla de piedra.

—¡Y debió seguirnos, señor!

—Sí. Eso es lo único posible. Pero sigamos adelante: Dejando a un lado el hecho de que Charmian Connellan pueda haber ignorado o no los preparativos y desee

o no ocultar al autor una vez cometido el crimen...

—Yo no creo que la actriz esté al tanto de nada,—interrumpió Tinker..

—¿Por qué no?

—Porque si así fuera, Nirewski se hubiese podido enterar de todo sin necesidad de recurrir al jardinero.

—¡Muy bien muchacho!—exclamó Blake. —Es ese un punto que trataré de hacer entender a Harker cuando le veamos. Pero, en cambio tenemos más que una razón para creer que no nos equivocamos al afirmar que el matador de Pettifer Roos ha sido el joven Nirewski.

—Pero no olvide lo que nos dijo el hostelero,—indicó Tinker.

Blake sonrió.

—No lo olvido, no. Es la más importante de todas las pruebas que tenemos. Cierta noche, a las once, el hostelero vió al viejo violinista que iba de la aldea hacia el chalet, caminando ligero, golpeando el suelo con la punta del bastón.

—¡Cosa muy extraña, tratándose de un anciano decrépito y ciego! — dijo irónicamente, Tinker.

—Cosa, por lo menos, muy particular.—dijo Blake.—Aquella noche era la anterior al nacimiento del hijo de la yegua de propiedad del hostelero o sea hace hoy una quincena. Por lo tanto, la noche en que vió al viejo Nirewski fué la noche del 25 que fué la noche del crimen. Además, Marie, la mucama, nos dijo que el señor Roos se acostó, como de costumbre, aquella noche, poco después de las diez. A eso de las diez y media ya estaba en la cama y dominado por la influencia de las drogas. A las once menos cuarto probablemente el gas comenzó a salir por el caño. ¡A las once veía el hostelero al violinista ciego que regresaba rápidamente a su chalet de la costa!

Tinker silbó, se quitó el sombrero, y echando hacia atrás la cabeza, trató de estimular la claridad de su cerebro irritándose el cuero cabelludo rascándose la coronilla con el dedo índice.

—Entonces... ¿Entonces fué el viejo el que cometió el crimen, señor?—preguntó.

Blake se encogió de hombros y sonrió haciendo una mueca de duda.

—Eso sólo lo sabe quien lo sabe,—dijo, —y no nos lo dirá. Es ese el primer punto inexplicable de todo el caso. ¡Y ahora el mayor de los dos Nirewski se ha suicidado y el joven ha ido en busca de la policía!... ¡Esto es inexplicable! ¡Enteramente inexplicable!

El detective encendió la pipa y fumó nerviosamente. Después, como si se diera cuenta de improviso de que iban camino de Newhaven, se volvió.

—Estoy impaciente de un modo infernal, estos días, Tinker, — dijo,—y esto está mal, muy mal, en un detective. ¡Quisiera poder devorar y digerir en un día lo que constituye suficiente material para toda una semana de masticación!

Tinker le miró sonriendo.

—No hemos hecho poco para un solo día de trabajo, señor,—dijo. — Me parece que hemos averiguado algo.

—No digo que no. El resultado, en conjunto, ha sido satisfactorio. Me parece que ahora vamos a volver a la hostería "El Amigo de los Viajeros", a pedir habitación donde pasar la noche. Mañana por la mañana, temprano, iremos a Brighton y veremos allí a los de la policía.

CAPITULO VI

El Stradivarius roto.—

EL naciente sol estaba aun cerca del horizonte y comenzaba a iluminar las aguas del canal de la Mancha, cuando Blake y Tinker, sentados en el automóvil corrían por el camino de la costa, respirando a pulmón pleno el vivificante aire de la mañana.

Brighton se hallaba todavía envuelto en la tranquilidad del sueño y casi no se cruzaron con ningún vehículo ni con ningún peaton mientras pasaron por las calles y llegaron a la oficina de policía.

A Blake le conocían en Brighton casi tanto como en Londres así que pocos minutos después de haber llegado, él y Tinker penetraban en la habitación del inspector-jefe.

—Se ha producido en Hawley un caso en el cual estoy interesado,—dijo Blake al inspector después de hablar de algunas generalidades.—Se trata del suicidio de Pettifer Roos. Harker me manifestó que ustedes no estaban satisfechos del todo con el veredicto.

—No, no quedamos satisfechos,—dijo el inspector,—y Harker estaba de acuerdo con nuestra opinión. Había, según creo, una o dos discrepancias. ¿Quién le ha interesado a usted en el caso, señor Blake?

—Harker. Me pidió que viniera y realizara una rápida investigación extraoficial. He sabido que uno de sus hombres estuvo allí anoche.

—Sí, pero con motivo de un asunto muy distinto. Es algo curioso. Se produjo otro caso de suicidio en jurisdicción de la aldea de Hawley. ¡Ni que se hubiese declarado allí una epidemia!

—¿Otro suicidio? ¿Que me dice usted?—preguntó Sexton Blake fingiendo ignorar todo lo relativo a la última novedad.

—Sí. Dos judíos polacos viven allí, en un chalet cercano de la casita del guardacosta. Creo que se llaman Nirewski de apellido. El viejo es un violinista muy conocido. ¿Les conoce usted?

—Sí; creo que sí.

—Pues bien, el más joven de los dos, el hijo, naturalmente, se presentó aquí ayer de tarde en el más lamentable estado de excitación. Su padre, dijo, había desaparecido, y él temía que se hubiera suicidado, que se hubiera arrojado de la alta costa al mar. El pobre joven temblaba que daba lástima verle.

—¿Y era verdad que el anciano se había suicidado?—preguntó Blake.

—Hay razones para creer que sí. Dejó una carta que lo hace suponer. Su hijo trajo la carta para que nosotros la viéramos.

—¿Tiene usted aquí la carta?

—Sí.

—¿Podría verla?

—Si usted lo desea...—dijo el inspector. Miró a Blake fijamente.—¿Qué es eso? ¿Cree usted que pueda haber relación entre ese caso y el de Roos?

—Es posible,—dijo Blake.—Veamos la carta.

El inspector sacó de un cajón de su escritorio un sobre y de éste una hoja de papel doblada. Estaba cubierta por un lado, por unas líneas de una escritura temblorosa trazada en líneas poco horizontales y que a veces pasaban unas sobre otras.

—Se conoce que fué escrita por un ciego, —dijo el inspector impresionado.—Es un documento trágico.

Blake tomó el papel dándose cuenta en seguida de que algunas letras estaban trazadas de modo particular, indicando que era un extranjero el que la había escrito. Con Tinker observando por encima del hombro, Blake leyó:

"Querido hijo.—Te escribo en inglés por
" que será mejor para que lo entiendan los
" hombres de ley. He roto mi violín,—mi
" adorado Stradivarius,—he perdido mi úni-
" co amigo y ya no puedo soportar esta vida.
" No te importe que diga lo que digo. No es
" porque no quiera a mi hijo, pero mi violín
" estaba por encima de todo. El era el único
" que me hacía olvidar de que estaba ciego.
" ahora que se ha roto, ya no puedo seguir
" viviendo. Si lo hiciera, mi ceguera acabaría
" por volverme loco. Por eso voy a marchar-
" me a donde será inutil ir a buscarme.
" ¡Adiós, hijo mío! Tu viejo padre que
" dejará de ser para tí un pesado fardo:—
" Michael Nirewski".

Tal era el extraño y trágico mensaje trazado en aquel papel; tenía un tono de ingenua realidad, de pena y de desesperación, que resultaba emocionante.

Blake miró al inspector.

—¿Es cierto que el anciano rompió el violín?—preguntó.

—Sí,—dijo el inspector.—Caminaba a tientas por la habitación cuando, accidentalmente hizo caer la prensa de copiar sobre el violín, que quedó hecho astillas. Eso fué lo que nos dijo Nirewski. Dijo que el viejo se puso inconsolable. Lloró como un niño, según nos dijo anoche su hijo. El violín era muy valioso por que parece que era de una fábrica especial...

—Sí,—dijo Blake.—Era un Stradivarius. Probablemente valía más de dos mil libras.

—¡Dos mil libras! ¿Puede valer dos mil libras un violín?

—¡Sí! Debió ser un golpe terrible para el viejo si se rompió de modo que no es posible componerlo. ¿Pero qué sucedió después del accidente?

—Primero, como he dicho, el anciano tuvo una crisis de desesperación. Pero después de un rato se tranquilizó, según nos dijo anoche su hijo, y un poco después el joven Nirewski dejó solo al anciano y se fué a la aldea a comprar tabaco. Cuando regresó halló la carta y el anciano había desaparecido.

—¿Y entonces Nirewski vino aquí directamente?—preguntó Blake.

—Sí. Primero recorrió el sendero de la costa pero no vió nada. Entonces vino en bicicleta. Parecía hallarse desesperado.

—¡Ah!—dijo Blake.—Entonces usted mandó a uno de sus hombres con él... ¿eh?—preguntó.

—Sí. Le esperaba de regreso anoche mismo, con su informe. Pero por lo visto se ha quedado en el chalet y recibiré un mensaje suyo esta mañana.

El detective inclinó la cabeza en señal de asentimiento y se acercó a la ventana, mirando pensativo. Después giró sobre sus talones y miró de frente al inspector.

—Jenkins,—dijo.—Tengo mis buenas razones para creer que usted y Harker están en lo cierto; me refiero a lo que ustedes piensan sobre el suicidio de Pettifer Roos.

—¿Usted piensa que no fué suicidio?

—No; fué un asesinato, Jenkins.

—¡Un asesinato!—exclamó el inspector cuyo rostro demostró en seguida todo el interés que le inspiraba el caso.

—Sí; y lo que es más grave, tengo vehementes sospechas de que los dos casos están ligados íntimamente.

—¿El caso de Roos y el de los Nirewski?—dijo el inspector.

—Sí. Por eso deseo ir al chalet donde vivían esos dos y revisarlo personalmente. Pero no quiero ir con el aspecto que tengo ahora.

—¿Cree usted que pueden reconocerle?—le preguntó Jenkins.

—Sí. Con cualquier disfraz de los corrientes, creo que desconfiarían de mí. Lo que iba a proponerle era que me prestara usted su apariencia y su personalidad por una hora o poco más.

—¡Qué dice usted!

—Digo,—explicó Blake,—que Nirewski le conoce a usted. Si puedo disfrazarme de modo que sea usted y presentarme en el chalet vestido de uniforme y acompañado por un sargento, el hombre no me reconocerá.

El inspector sonrió y se miró a un espejo.

—Creo que puede intentarse,—dijo.— Tenemos casi el mismo cuerpo y las facciones no son tan diferentes. Aquí tengo pelucas bigotes y todo lo necesario para caracterizarse.

Así quedó combinado. Media hora después salía de la oficina policial en compañía de Tinker y de un sargento, una excelente imitación del inspector Jenkins, una imitación capaz de confundir hasta a sus propios subordinados

El plan era excelente en realidad, pero tenía sus desventajas desde el punto de vista de Tinker. Cuando el automóvil llegara a Hawley, Tinker tendría que descender pues su presencia, sobre todo después del accidente de la costa, podría escitar las sospechas de Nirewski y ponerle en guardia.

Sin embargo no había más recurso que proceder así, y cuando el automóvil llegó a la aldea de Hawley, el joven saltó al camino y se dirigió a Hawley Croft a ver a Harker y preguntarle si había hallado algo nuevo, durante el tiempo transcurrido.

Blake y el sargento no fueron en el automóvil más allá de la hostería "El Amigo de los Viajeros". Dejaron allí el coche y cruzando el patio pavimentado de cantos rodados salieron a un camino por el cual fueron hasta el sendero que conducía hacia la orilla de la costa alta.

Un cuarto de hora después de salir de la hostería abrían el portoncito del jardín del chalet y cuando así procedían, un policeman salió de la casa y se llevó la mano a la gorra, saludando respetuosamente a Sexton Blake.

—Pensaba ir ahora mismo a la aldea para hablarle por teléfono, señor Jenkins,— dijo. —No esperaba que se tomara la molestia de venir.

Blake miró al sargento que le acompañaba y éste no pudo reprimir una sonrisa pues el hecho de que el policeman hubiera sido engañado por el disfraz era el mejor elogio que podía hacerse de la exactitud del mismo.

—¿Está aquí el señor Nirewski, Bates?—preguntó el sargento.

—No,—dijo el policeman.—Ha salido a recorrer la costa por si logra hallar algun rastro del viejo. Me parece que ya no es posible dudar de que el anciano se ha arrojado al mar, pero él está empeñado en hallarle.

El sargento indicó al policeman que se aproximara a él y después le habló en voz baja.

—Este señor no es el inspector Jenkins,—dijo con voz casi no se le oyó e indicando rápidamente al detective con el dedo pulgar.—Es el señor Sexton Blake, que viene representando al inspector por especiales razones. Necesita revisar detenidamente el chalet.

Una expresión de intenso asombro se notó en el semblante del policeman. Se volvió y miró al detective como si se tratara de un fantasma.

—¡Dios mio!—murmuró.—¡No me lo hubiera figurado jamás! ¡Claro! ¡Ahora comprendo! ¡Pero no!...

—¿Cree usted que ese señor Nirewski creerá que soy Jenkins?—preguntó Blake sonriendo y hablando con el tono de voz grueso y un poco entrecortado, característico del inspector de Brighton.

—¡Sí! ¡Sí!—dijo el policeman con toda convicción.—¡No sospechará jamás! ¡Ni un solo momento!

—Pues a él es al único que necesito engañar,—agregó Blake.—Es necesario que usted me trate de "señor Jenkins" lo más frecuentemente que pueda y que me obedezca tal y como si yo fuera realmente su jefe. Evite que el hombre pueda enterarse del cambio.

El policeman manifestó que así lo haría. No tenía idea de lo que Blake se proponía. No comprendía por qué razón querían engañar al joven Nirewski. Pero comprendió que aquel no era momento de andar pidiendo explicaciones, así que se contentó con no preguntar y obedecer.

—¿Dice usted que Nirewski anda por la costa?—preguntó.

—Sí, señor.

—¿Buscando el cuerpo de su padre?

—Sí: hace una hora que recorre la costa con ese propósito.

—Entonces vaya en su busca,—dijo Blake. —Entreténgale todo el mayor tiempo que usted pueda. Deseo que esté ausente el tiempo necesario para que yo pueda revisar bien todo esto. Usted, sargento,—añadió volviéndose hacia el otro,—póngase de centinela cerca de la ventana y avíseme si alguien se acerca. Es importantísimo evitar que ese hombre sospeche que le revisamos la casa.

El sargento asintió con un movimiento de cabeza y se acercaron juntos a la casa mientras el policeman se dirigía por el sendero que conducía a la alta orilla, siguiendo el mismo camino que Blake y Tinker habían seguido el día anterior con tan dramáticos e inolvidables resultados.

El chalet era una construcción híbrida y rara, levantada en la pequeña hondonada como si hubiera caído allí por pura casualidad

Se conocía que en un tiempo debió ser una pobre casilla destinada a dar albergue al pastor de alguno de los rebaños de ovejas que engordaban en los prados de aquella zona. Pero en alguna ocasión, durante los doce pasados años debía haber sido reedificado y reformado hasta transformarlo en una pequeña pero agradable residencia.

Excepción hecha de la cocina que sobresalía a los fondos, el piso bajo se componía de dos habitaciones amuebladas ambas en forma sencilla y rural, aun cuando había en ellas algunos muebles que se destacaban del conjunto anti-artístico de los restantes.

Después de revisar rápidamente todo el chalet, Blake comenzó su trabajo mirando aquí y allá, tomando nota de todo detalle que pudiera tener alguna importancia.

Había un par de calzado debajo del diván tapizado de cerda y el detective echó de ver dos puntos de importancia. Era del número ocho—el número de la huella encontrada al pie de la ventana del dormitorio en Hawley, junto a la hiedra—y tenían aun rastros del barro rojizo del cual había encontrado Blake los dos trozos que resultaron rastros tan importantes. Eran borceguíes de cuero marrón y presentaban señales de desgaste por mucho caminar, así que,—supuso Blake con acierto,—debían pertenecer al joven Nirewski.

En el piso alto, en uno de los dormitorios, Blake encontró otro par de calzado,—también del número ocho,—pero éstos eran del-

gados, de poco peso, de los que se cierran con un broche. Pertenecían evidentemente al anciano. El y su hijo usaban calzado del mismo número.

Detrás de la puerta del dormitorio colgaba algo que debía ser de propiedad del anciano: un saco de entre casa de terciopelo negro. Blake revisó los bolsillos y no encontró nada más que un trozo de resina y varias cuerdas de violín.

Esto era, en verdad, lo único de relativa importancia que Blake encontró en los dormitorios y en seguida procedió a la sistemática revisión de las piezas del piso bajo.

En el rincón de la pieza que se comunicaba con la cocina había una mesita de cuatro ruedas—una de las cuales faltaba,—con una vieja y pesada prensa de copiar. El sargento que estaba de pie junto a la ventana vió que Blake tocaba la prensa, probando su estabilidad.

—Eso debió ser lo que se cayó sobre el violín, señor,—dijo.—Cualquier empujón puede hacerla caer.

—Sí,—dijo Blake.—El dijo que fué una prensa la que el viejo hizo caer ¿no es así?

—Así es, señor,—agregó el sargento.—El violín quedó hecho astillas. ¿Lo ha examinado ya, señor?

El indicó con la mano los pedazos del Stradivarius que estaban cuidadosamente reunidos en un vecino estante.

Blake los examinó rápidamente.

—No,—dijo.—Los estudiaré dentro de un minuto. Primero deseo ver si hay algo de importancia en la habitación. El violín puedo examinarlo sin despertar las sospechas de Nirewski cuando vuelva, pero delante de él no puedo andar mirando debajo de los muebles. Con razón se preguntaría qué ando buscando.

El sargento calló y Blake siguió activamente su tarea.

Avanzó, mirando debajo de la mesita de la prensa y en el hogar de la chimenea. No tenía idea de hallar nada determinado a menos que fuera el tapón de madera sacado del tubo del gas en el dormitorio de Hawley Croft. Pero había mil cosas que podía encontrar y podían proyectar luz sobre el misterio.

Se inclinó y levantó el viejo y deshilachado felpudo que estaba a la entrada, frente a la puerta. Una exclamación brotó de sus labios cuando se enteró de que había allí una línea, formando cuadro, como si se hubiera hecho una improvisada trampa en el piso de madera.

El sargento observó con curiosidad cuando Blake sacó su navaja y levantó el cuadrado de tablas revelando la presencia de una abertura de un par de pies por cada lado.

En la cavidad que había abajo, Blake distinguió una caja cuadrada, una hermosa caja de palo de rosa, con adornos tallados y lustrada a la perfección como pudiera estarlo un piano de los más lujosos y caros.

La caja estaba sobre un lecho de paja, semi tapada, y hacía contraste con la tierra y los escombros sucios que la rodeaban.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

La exclamación fué del sargento que miraba atónito cómo Sexton Blake se inclinaba y sacaba la caja del hueco.

—¿Está libre el campo? ¿No se acerca nadie?—preguntó Blake.

El sargento miró por la ventana y luego fué a la puerta a mirar, regresando un momento después.

—Enteramente libre, señor,—dijo.— ¿Qué es eso?

Blake no lo sabía aún. A decir verdad, no tenía ni la menor idea.

Puso la caja en la mesa donde su pulida superficie brilló a la luz del sol. En un momento, Blake deslizó los dos ganchitos que aseguraban la tapa y la abrió dejando visible un plato liso, cubierto de verde paño de billar.

—¿Qué es?—preguntó el sargento con interés, abandonando su puesto de observación de la ventana por un momento.—¿Es alguna máquina infernal?

Blake sonrió aun cuando sus ideas estaban hechas una lamentable confusión.

—Mucha gente da ese nombre a estos aparatos y a veces tienen razón,—dijo.—Parece ser un gramófono.

—¿Un gramófono?—exclamó el sargento, decepcionado.

—Sí. Así parece,—dijo Blake.—Pero algo muy fino y perfecto.

Levantó cuidadosamente el plato y deslizando otros dos ganchitos, abrió una tapa interior dejando visible el mecanismo del aparato, de construcción admirablemente perfecta.

Blake no era ingeniero pero conocía perfectamente toda clase de máquinas así que pudo darse cuenta de que aquella máquina no funcionaba como las demás máquinas parlantes. Ni el más perfecto de los gramófonos que puede comprarse en el mundo se podía parecer a aquél. Cada parte de su mecanismo estaba ajustada con maravillosa precisión.

No tenía el vulgar movimiento de relojería. En lugar de cuerda de acero tenía un pequeño cilindro de aire comprimido.

—Es un gramófono, sin duda, — dijo Blake al cabo de unos minutos, — pero es absolutamente único. ¡Es realmente maravilloso!

Cerró la tapa interior y volvió a colocar el plato con sumo cuidado, pues la perfección del aparato exigía cuidadoso trato.

En la parte inferior de la caja había un cajoncito y Blake lo abrió sacando de él la membrana reproductora,—o por lo menos lo que parecía serlo,—pues también era distinta de todas las conocidas. Era de tamaño mayor y más pesada, y Blake pudo ver que tenía varias combinaciones para filtrar y purificar los sonidos reproducidos por los discos.

Blake colocó la membrana y entonces, del mismo cajoncito sacó otro pequeño aparato, una maravilla de construcción.

—¡Hola!—exclamó mientras el sargento miraba fascinado.—¡Un reproductor! Entonces este señor prepara sus propios discos. ¿Dónde los guardará?

Guardó el reproductor en el cajoncito y volvió a mirar en el hueco del suelo.

Después de buscar unos instantes su actividad se vió recompensada.

—¡Ah! ¡Aquí están!—exclamó.

De en medio de un montón de fina paja sacó tres o cuatro bolsas como almohadoncitos de terciopelo dentro de cada una de las cuales había un disco chato de pasta de cera.

—Con seguridad vale la pena oirlos,—dijo.—Tal vez...

Se detuvo, leyendo los nombres de las piezas, escritos en unas pequeñas etiquetas pegadas en el centro del disco. Uno era un potpourri de obras de Beethoven; otro, uno de los nocturnos de Chopin. Había un impromtu. de Schubert y el cuarto era el "Salut d'Amour" de Elgar.

Dos de las obras habían sido ejecutadas por el viejo Nirewski en el concierto de caridad del Cosmopolita.

Durante unos minutos Blake miró los discos, miró sin ver, pues sus pensamientos estaban muy lejos. El sargento de la policía de Brighton le miraba con extrañeza.

Para él los gramófonos eran gramófonos. y nada más. Tenía uno en su casa, que le había costado una libre esterlina, con seis discos. No les gustaba gran cosa.

No se explicaba para qué podía necesitar ese señor Nirewski un gramófono. A no ser que lo hubiera robado. Tal vez por eso le interesaba a Sexton Blake.

En cuanto al detective estaba tan perplejo como el sargento.

Se hallaba ante un nuevo aspecto del caso que venía a confundirle más y más. Otro eslabon al que Blake no le encontraba, por el momento, colocación

Era posible que aquel instrumento no representara nada de importancia. Podía tratarse sencillamente de un aparato para inscribir la admirable música que ejecutaba el anciano y ciego violinista, al que se creía suicida.

Y si era así ¿por qué estaba tan cuidadosamente oculto?

El problema era demasiado complicado para ser resuelto inmediatamente. Blake tomó el disco de la hermosa composición de Elgar lo puso en el plato forrado de paño verde, ajustando la aguja de la membrana en la ranura espiral.

Una vez más miró al sargento.

—¿No viene nadie?—preguntó.— ¿Puedo tocar?

El sargento miró por la ventana y contestó que no se veía a nadie y Blake movió la palanquita que ponía el aparato en movimiento

En seguida el disco comenzó a girar suavemente y sin el menor ruido y un instante después las melodiosas notas de un violín comenzaron a sonar.

Blake escuchaba encantado. Nunca había oído, producida por un gramófono. una música tan suave y perfecta. El mecanismo de reproducción era la perfección misma. No podía imaginarse nada más perfecto.

Blake no tenía más que cerrar los ojos para volverse a ver en el Cosmopolita la noche del concierto, escuchando maravillado al magistral violinista. El mejor músico no hubiera hallado diferencia ninguna entre la verdadera ejecución personal y la reproducción realizada por aquel aparato perfecto e indudablemente único en el mundo.

Pero aun cuando el detective era apasionado por el violín y aun cuando se hubiese quedado sentado horas y horas escuchando aquel maravilloso instrumento, se dió cuenta de que tenía entre manos algo de mayor importancia. Después de oír unos pocos compases, se inclinó hacia la caja y tocó la palanquita de modo que el disco dejó de girar y por último cesó la música tan silenciosamente como había empezado.

—¡Eso sí que es un instrumento — dijo el sargento, pues aun cuando no era entendido en música había quedado encantado.—¡Qué hermosura!

—¡Es realmente hermoso! — dijo Blake. —¡Pero guárdemoslo pronto!

Sacó el disco, lo puso en su bolsa de terciopelo y lo volvió con los demás al sitio donde estaba escondido. Hizo lo mismo con el gramófono que por cierto no tenía la incómoda y molesta corneta de los modelos antiguos. Volvió a cerrar la trampa del piso y luego puso sobre la tapa el felpudo.

—Supongo que eso debía ser una fiel reproducción de cómo tocaba el anciano,—dijo el sargento cuando Blake se puso nuevamente de pie.

—Sin duda.—dijo Sexton Blake.

—Era un ejecutante maravilloso, — agregó el sargento lleno de sincera admiración. —No oí jamás un violín que sonara así. ¡Y que instrumento! ¿Cuánto dijo usted que costaba? ¿Dos mil libras?

—Sí. — dijo el detective acercándose a observar los restos del violín. — Era un Stradivarius, un violín construído por un italiano así llamado, hace cerca de doscientos años.

—¿Cómo? — exclamó el sargento.—¿Eso es de hace dos siglos?

—O más viejo, si es legítimo Stradivarius, —manifestó Blake. — Sólo quedan unos pocos en todo el mundo. Es un maravilloso instrumento. Hace como una quincena que oí a Nirewski tocar en él.

El hecho de que un violín pudiera valer dos mil libras esterlinas le parecía increible al sargento, que miró con atención al detective mientras éste observaba los fragmentos del instrumento.

En cuanto los vió se dió cuenta de por qué había producido la tragedia tanta impresión en el viejo violinista. Los violines de Stradivarius que se rompen son compuestos y recompuestos, procurando hacerles durar el mayor tiempo posible, pero bastaba una mi-

rada para demostrar que aquel violín ya no tenía compostura.

La pesada prensa de copiar había, parecía, caído sobre el mismo frente del violín, pues éste se hallaba roto por la mitad y había quedado hecho una docena de trozos.

Blake era muy aficionado al violín. Estaba convencido de que el violín era el instrumento musical más perfecto del mundo y pretendía saber a su respecto más que muchos que lo habían estudiado especialmente.

Tomó los diversos trozos del violín y los examinó cuidadosamente, escudriñándolos con su vidrio de aum^nto con todo el celo de un aficionado a la música y de un anticuario.

El de policía, que le observaba, notó que, de pronto, Blake se sintió muy interesado. Había tomado los trozos y, juntándolos todos, los sopesó en la mano. Después se volvió hacia el sargento.

—¿Ha visto por ahí alguna balanza? — preguntó.

—¿Balanza? — dijo el oficial sorprendido, pues la pregunta le resultaba tan rara como incongruente.—¿Algo para pesar?

—Sí,—dijo Blake sonriendo.

—Creo que he visto una en la cocina,— dijo el sargento.

Blake, tomando rápidamente los trozos del violín roto, pasó a la otra habitación. Por suerte había una balanza de platillo y cuadrante. En un estante había dos planchas de las de planchar ropa, cada una de las cuales decía "1 libra". Puso una de ellas en el platillo de la balanza para probar si andaba bien y la aguja del cuadrante marcó una libra.

Entonces Blake sacó la plancha y puso en el platillo los trozos del violín roto. Una exclamación brotó de sus labios cuando vió cómo iba moviéndose la aguja y al colocar el último trozo del violín roto, llegó a un punto en el que se detuvo.

—¡Por vida de!... — murmuró — ¡Este violín no fué nunca Stradivarius ni cosa parecida! Pesa más de diez y siete onzas y uno los méritos de los verdaderos Stradivarius es el de no pesar nunca más de quince onzas. ¡Algunos sólo pesan trece!

Tomó de la balanza el trozo más grande del violín y lo examinó de cerca.

El sargento, al oír la exclamación de Blake se asomó a la puerta de la cocina.

—¿Qué es lo que pasa, señor? — preguntó. — ¿Ha encontrado usted algo?

—Sí, — dijo Balke con toda convicción, levantando la vista. — He comprobado que este violín no es un Stradivarius ni cosa por el estilo. Es una imitación y nada más.

El sargento le miró sorprendido, con el ceño fruncido. Pero en su conciencia no veía dónde podía haber razón para que el detective estuviera tan excitado. ¿El violín era una imitación? Bueno... ¿Y qué? ¿Qué podía probar eso?

Pero el sargento no estaba al tanto de los elementos de confusión y de misterio que conocía el criminalogista de Baker Street.

Si los hubiera conocido se hubiera preguntado en aquel momento lo mismo que se estaba preguntando Sexton Blake.

Nirewski debía haber sabido que aquel violín no era un Stradivarius. Un violinista tan hábil como él no podía confundir una imitación con un violín auténtico, por buena que fuera la imitación.

Pero era porque había roto su irreemplazable Stradivarius por lo que se suponía que se había suicidado.

El que estaba allí, en la balanza, hecho pedazos, podía ser reemplazado gastando unas pocas libras. ¡Y Nirewski lo sabía!

¿Qué significaba todo aquello?

¿Qué era lo que se ocultaba tras aquello?

CAPITULO VII

Un extraño descubrimiento.—

EL sargento de la policía de Brighton era un empleado inteligente, de buena foja de servicios y de excelente fama en la policía y era disculpable que no lograra darse perfecta cuenta del significado de la situación.

Conocía al criminalogista de Baker Street y se sentía admirado y atónito ante los notables procedimientos del detective en la esfera de la investigación en lo criminal.

El sargento había intervenido en el caso del suicidio de Pettifer Roos en Hawley Croft y estaba al tanto de la incongruencia del asunto que había decidido al inspector Jenkins a llamar a Harker, de Scotland Yard. Sabía también todo lo que se había averiguado hasta el momento sobre la desaparición del anciano Nirewski, el viejo violinista ciego.

De algún modo misterioso que él no podía adivinar, Sexton Blake había conectado los dos asuntos, aun cuando el sargento no tenía la menor idea de donde podía existir la conexión entre ambos casos.

No es extraño, por lo tanto, que mirara a Blake con perplejidad cuando el detective, con los ojos brillantes y los labios sonrientes, le dió los fragmentos del viejo violín que era, según lo había manifestado un momento antes, una buena imitación de su Stradivarius.

—Suponiendo que sea una imitación, ¿qué importaría? — preguntábase el sargento.— ¿En qué puede, la calidad de un violín, influir en el resultado de un crimen?

Después de algunos minutos de reflexión, sin embargo, el sargento comenzó a ver algo menos turbio.

Claro está que era debido a lo que había sucedido con el violín que el viejo había desaparecido, se había arrojado, según decía su hijo, de la alta costa al mar.

"Ahora que he roto mi violín, — mi amado Stradivarius, — no puedo sufrir más esta vida. No puedo soportar mi ceguera".

Esto era lo que el anciano venía a decir en la carta que estaba en poder de la policía. Pero — y este era el punto que el sargento comenzaba a ver claro, — si el violín era un violín cualquiera que podía ser reemplazado

gastando unas pocas libras, no había razón para el suicidio.

¿Era todo una farsa? ¿Era el suicidio una comedia? ¿Cuál era el objeto de esa farsa? A estas preguntas llegó el sargento al cabo de algunos minutos de reflexionar. Blake estaba estudiando los mismos puntos. Se sentía en la situación de un hombre que ha terminado casi, de hallar la solución de un juego de reconstrucción de una lámina hecha pedazos,—de uno de esos "jig-saw puzzles" tan populares en Inglaterra, — pues notaba que se hallaba muy cerca de la solución, pero aun no había dado con ella.

Durante los pocos minutos que permaneció en el cuartito del frente del chalet mirando los fragmentos del roto violín, sus pensamientos se movían con maravillosa rapidez.

Todas las circunstancias indicaban. en primer lugar, que el más joven de los Nirewski era el autor del crimen de Hawley Croft.

Sin embargo, era al viejo al que habían visto yendo de la aldea al chalet, la noche del crimen.

"No es tan ciego como la gente lo imagina", había opinado el hostelero de "El Amigo de los Viajeros". Y a Blake se le ocurrió una pregunta: "¿Era ciego de verdad?"

A continuación, el hecho de que el violín no era un Stradivarius indicaba que el suicidio era una farsa. ¿Por qué? ¿Qué objeto tenía, además, aquel gramófono tan perfeccionado y tan bien escondido?

Sexton Blake hubiera dado cualquier cosa por poder haber estado una hora o cosa así, sentado en la butaca de la sala de consultas, con la pipa bien encendida, y entregado a sus reflexiones. Comprendía Blake que, en Nirewski, tenía un enemigo realmente formidable, que sabía que era observado como lo demostraba el incidente del peñasco acaecido a la orilla del mar.

El detective consideraba que, desde aquel momento, no debía dejar que perdieran de vista un sólo instante a Nirewski.

Pero ya no había casi nada de recoger en el chalet, así que Blake se volvió hacia el sargento, que miraba por la ventana.

—Creo que voy a volver a la aldea, sargento, — dijo. — Deseo ver a Harker particularmente.

Se dirigió hacia la puerta, deseoso de salir inmediatamente porque si lograba retirarse antes de que volviera el joven Nirewski evitaba toda posibilidad de que le reconociera o sospechara de él.

Al llegar a la puerta, se volvió.

—Oiga, sargento, — dijo en voz baja. — Me parece que debo decirle que sospecho de que ese Nirewski es el autor del asesinato de Pettifer Roos.

—¿Asesinato? — exclamó el sargento.— ¿Nirewski?

—Sí. No tengo ahora tiempo para entrar en detalles. Por otra parte mi sospecha se basa en una hipótesis relativamente débil. Pero necesito que usted vigile al hombre lo mejor posible, sin que desconfíe. ¿Me comprende?

—Así lo haré, señor Blake. Como es lógico, enteraré también a Bates.

—Eso es. Pretenda lamentar mucho lo sucedido. Registre aquí todo lo que pueda y esté muy alerta.

El sargento inclinó la cabeza en señal de asentimiento y Blake salió del chalet pasando por el portoncito y siguiendo por el camino que conducía a la aldea.

Cuando llegó a las afueras de la pequeña aldea, vió a Harker y a Tinker que salían por el portón de Hawley Croft y se apresuraron a ir a su encuentro. Tinker debía haber enterado al de Scotland Yard de todo lo que había sucedido, pues se le notaba en el redondo rostro que estaba excitado y lleno de curiosidad. Se aproximaba con el rápido paso del que está impaciente.

Blake les saludó sonriendo y por mutuo consentimiento, los tres se dirigieron por un camino lateral, oculto entre árboles.

—Le felicito Blake, — dijo con toda sinceridad. — Es usted un verdadero genio para encontrar datos de importancia. ¡Quién hubiera supuesto que de dos pedacitos de barro iba usted a sacar tales consecuencias!

—Atribuya eso a la suerte y no a mi poca habilidad, — dijo Blake sonriendo. — Realmente creo que hemos hallado al hombre aun cuando no se aun cómo vamos a arreglarnos para prenderle.

—Yo le prendería ahora mismo, — dijo Harker. — Esa gente suele ser escurridiza como anguilas, así que lo mejor es ponerla entre rejas lo más pronto posible. ¿Por qué no prenderle ahora?

—Porque hasta ahora no tengo pruebas para acusarle, — dijo Blake. — Pero le he encargado al sargento que no deje de vigilar. Y usted ¿ha descubierto algo?

—He trabajado con todo empeño tratando de averiguar algo, — dijo Harker. — Tenía que proceder sin despertar sospechas. Pero después de algún tiempo conseguí trabar amistad con Marie y creo poder asegurar, al menos en lo que a correspondencia se refiere, que la señora Roos no tenía ningún adorador.

—Perdonada estaría si lo tuviera, — dijo Blake. — Pero yo siempre pensé que no había tal cosa. No es mujer de esa clase.

—La única misiva que se aproxima a carta de amor que pude encontrar entre su correspondencia, está escrita en el año 1905. Es una carta de un hombre que no es el esposo.

—¡Mil novecientos cinco! — exclamó Blake. — Ese fué el año del casamiento de Charmian Connellan con Pettifer Roos. ¿De quién es la carta?

—Aquí traigo una copia de ella, — dijo Harker. — No tiene apellido, sólo un nombre, como firma.

Sacó una hoja de papel y se la dió a Blake. Estaba fechada el 15 de Abril de 1905 y dirigida al Metropole Theatre de Nueva York. Decía así:

"Mi queridísima Charmian: No fué usted anoche al restaurant de Ciro, como me lo había prometido. La esperé hasta las

" doce, pero en vano. ¿Por qué es tan cruel?
" No me decepcione esta noche. Si lo hace,
" creeré que prefiere usted al infernal mi-
" llonario, que persiste en arrebatarla a mi
" afecto. Cuando yo la espere esta noche
" quedará entendido que toda mi vida, mi
" carrera, cuanto soy y cuanto valgo, serán
" de usted en cuanto se presente. Charmian,
" usted no debe, no puede atreverse a decep-
" cionarme. Siempre su rendido adorador.—
" León."

—Puede ser que se tratara tan sólo de un festejante cualquiera,—dijo Harker cuando Blake llegó al final de la carta,—que estaba locamente enamorado, según se ve. ¿Eh? ¿Qué pasa?

Miró rápidamente a Blake, cuyo rostro había cambiado de color.

El detective no contestó. Se llevó la mano al bolsillo y sacó una libreta de apuntes que hojeó rápidamente. En esa libreta tenía anotadas una cantidad de fechas de interés.

—Abril de 1905,—murmuró mientras hojeaba la libreta,—Theatre Metropole, New York... ¡Dios mío!—Miró con excitación a Harker y a Tinker.—Creo... Mejor dicho, estoy seguro...

—¿Qué dice usted, señor? — preguntó Tinker.

—Esta carta,—dijo Blake rápidamente,—fué escrita por Leon Kestrel. Según los datos que tengo aquí, el teatro Metropole de Nueva York fué el último sitio donde trabajó Kestrel como artista dramático. Y la fecha de la última función que dió fué Mayo 1o. de 1905, es decir, quince días después de aquel en que escribió esta carta.

Harker y Tinker estaban parados como si hubieran echado raíces, mirando a Blake. Los dos habían visto la carta pero ninguno de ellos había pensado en relacionar su firma con el nombre del gran archicriminal, el maestro en caracterizaciones.

Blake, por su parte, paseó de un lado a otro del caminito con la carta en la mano y los ojos fijos en el suelo.

Durante varios minutos reinó el más completo silencio. De pronto, Blake miró a los otros y tanto Harker como Tinker notaron un extraño brillo en sus ojos azules.

—¿Sabe usted, Harker,—dijo lentamente,—que tengo la idea de que el matador de Pettifer Roos es nada menos que nuestro viejo amigo Kestrel? Y ¡espere un momento!—pues Harker se disponía a hablar.—Tengo una idea aun más interesante que esa, y es la siguiente: Leon Kestrel y Nirewski, el hombre a quien vigilamos, son una misma persona.

CAPITULO VIII

Leon Kestrel, el archicriminal.—

¡LEON KESTREL!

¿Era aquel un misterio más, tejido por las diestras manos del archicriminal, del genio del mal, de Estados Unidos? ¿Era aquel Nirewski, el judío polaco una nueva encarnación del maestro en caracterizaciones? ¿Era otro fingido personaje que había inventado con criminal propósito?

¿Había la casualidad, una vez más, puesto a Blake en el camino del norteamericano, viéndose una vez más uno frente al otro, en singular desafío de habilidades, genio contra genio?

¿Era posible que Leon Kestrel, el actor norteamericano cuyo arte consumado le había conquistado tanta fama,—y que había desaparecido como un meteoro,—hubiera sido en un tiempo adorador de la encantadora Charmian Connellan?

¿Era aquel hábil e insidioso asesinato de Pettifer Roos el pináculo de una venganza sostenida y combinada por una mente que no podía ni olvidar ni perdonar una ofensa?

No había grandes pruebas en favor de eso, pero sí había suficientes datos en los cuales fundar esa hipótesis.

Pero el instinto, la intuición que constituían el verdadero secreto del genio del detective contestaba insistentemente que sí.

Además había en el caso elementos que inidicaban que estaban en juego los procedimientos propios de Kestrel. Lo mismo que en otros casos en que había intervenido Sexton Blake todo parecía ilógico, disparatado, inseguro, presentándose con una incoherencia que desorientaba.

La mente de Blake estaba en actividad mientras paseaba de una lado a otro del camino. Diversas ideas cruzaban por aquélla mente. El detective se sentía emocionado como siempre que sabía que se encontraba en lucha con el habilísimo criminal norteamericano.

Una idea se presentó de pronto, más luminosa que las otras, en la mente de Blake, que llevó la mano al bolsillo y sacó la carta que había escrito el viejo Nirewski anunciando su suicidio y que el hijo había llevado a la policía de Brighton.

El detective estudió cuidadosamente la carta y su caligrafía. Estaba escrita con la letra temblona propia de un anciano. Blake entregó la carta a Tinker, que era tan hábil como su patrón en esas cosas.

—¿Qué piensa usted de esto?—dijo.—¿Cree usted que se trate de una falsificación?

Tinker estudió el documento durante unos momentos mientras Blake sacaba del bolsillo la cartera y de ésta un pedazo de papel sucio que tenía algo escrito con lápiz.

—Sí; me parece falsificación,—dijo Tinker al cabo de unos minutos.—Las líneas son onduladas, pero demasiado onduladas y onduladas con demasiada regularidad, para que sean resultado de la inseguridad de la mano de un viejo. Además, puedo decirle otra cosa, señor.

—¿Qué es ello, muchacho?

—Juraría que esta carta ha sido escrita con la mano izquierda.

—¿Con la mano izquierda? ¿Por qué?—

preguntó Sexton Blake en seguida mirando por encima del hombro de Tinker.

—Porque,—dijo Tinker, indicando con el dedo,—se ve en el modo en que están cruzadas las t. Las ha cruzado de derecha a izquierda. Eso no lo hace nadie que esté escribiendo con la mano derecha.

—¡Es verdad! ¡Me parece que tiene razón, Tinker! — dijo Blake. — Pero mire aquí esto: ¿recuerda usted esta cartita?

Desdobló el papel que había sacado de la cartera y Tinker leyó las siguientes palabras escritas con lápiz.

" No es oro todo lo que reluce. Los ha-
" rapos y la escoba no hacen al barrende-
" ro. Presente mis condolencias a Obbsfel-
" der. Es un tonto más grande de lo que
" yo pensé.—Kestrel".

Era la carta que Kestrel había dejado en la escoba del barrendero cuando el caso del comerciante holandés. Una sola mirada fué suficiente para Tinker.

—¡Pero señor! — exclamó el joven ayudante.—¡Si la letra es casi idéntica!

—Sí,—dijo Blake con ojos chispeantes,—es algo escrito a la ligera, pero permite ver que la formación de las letras es igual. Fíjese en esta s, por ejemplo.—Miró a Harker cara a cara.—Esta era la prueba que faltaba,—dijo.—Nirewski es Kestrel, es decir, el joven Nirewski. En cuanto al viejo no se suicidó como no se suicidó Pettifer Roos. Pero en vista de todo esto, Harker, creo que debo visitar nuevamente el chalet. Me gustaría tener un momento de conversación con Nirewski joven.

Se decidió que Tinker, — que lo sintió mucho por cierto,—y Harker, se quedaran en la hostería "El Amigo de los Viajeros" y esperaran instrucciones, mientras Blake iba nuevamente al chalet de la costa.

El sargento de la policía de Brihgton se sorprendió mucho al verle y alzó atónito las cejas al abrir el portón para que entrara Blake.

—Ha vuelto ya él,—díjole lo más bajo que pudo hablar, sin peligro de no ser oído.

El detective recibió la noticia con un leve movimiento de las cejas. Después dijo en voz alta, imitando la voz gruesa del inspector Jenkins.

—¿Qué tal, sargento? ¿Hay alguna novedad? ¿Ha encontrado usted al desaparecido?

—No, señor, — dijo el sargento acompañándole hacia la casa.—Pero ya no dudamos de que se cayó de la costa alta, al mar. Bates y el señor Nirewski han encontrado el sitio donde cayó. Encontraron el bastón del anciano en... ¡Ah! Aquí está el señor Nirewski. Señor: está aquí el inspector Jenkins.

Blake se detuvo un momento en la puerta y vió al joven Nirewski sentado en una butaca, con la cara tapada con las manos, en actitud de la más completa desesperación.

La misma desesperación estaba pintada en su rostro cuando, al oir las palabras del sargento, levantó la cabeza, pues en sus ojos se leía la más intensa de las tristezas.

Miró al detective con ansiosa expresión, como el enfermo mira al médico que se acerca a su lecho.

Se puso de pie lentamente y el sargento dijo a manera de presentación:

—El inspector Jenkins ha manifestado que recorrerá la costa y buscará él también, señor Nirewski,—dijo.

El hombre inclinó la cabeza en señal de asentimiento y miró a Blake con aire de gratitud.

—¡Cuánta bondad, señor Jenkins! — dijo expresándose con el inconfundible acento ruso con que se había expresado cuando se dirigió al público en el teatro Cosmopolita. —Le agradezco mucho su bondad, señor Jenkins, pero temo que ya sea tarde. Ya no queda nada qué hacer.

—Quién sabe, señor,—dijo Blake procurando tranquilizarle.—No debe perder toda esperanza, señor Nirewski. Aun queda una probabilidad. Es posible que su anciano padre...

Pero el hombre movió lentamente la cabeza y sonrió mostrando unos dientes muy blancos. Su sonrisa fué infinitamente patética.

—Me parece que no, señor Jenkins. ¿Ve usted? El policeman y yo encontramos esto, —y mostró un bastón de ébano con puño de márfil.—Lo hallamos entre los matorrales, a diez pasos más abajo del borde del precipicio. Allí, en aquel sitio fué donde se cayó. ¿No le parece así, policeman?

Miró a Bates el que asintió con un moviimento de cabeza.

Blake expresó su dolor ante la pérdida del anciano.

—¿No lograron hallar ningún rastro del anciano, más abajo? — preguntó despues de una pausa.

—No, señor Jenkins,—dijo el polaco.— ¡La distancia, hasta el mar, era tanta!

—Sí; creo conocer el sitio, — dijo Blake mirándole fijamente.—¿No es un lugar donde hay varios peñascos que están medio inseguros y amenazan caerse?

Miró fijamente al hombre, pero Nirewski ni pestañeó.

—Ese es el sitio,—dijo.—Ese mismo.

—Los peñascos están muy inseguros y a veces sucede que alguno se desprende y cae al mar. ¿No es así?—preguntó Blake.

Pero el hombre no se inmutó por esa manifestación del detective.

—Sin duda,—dijo.—Deben caerse con relativa frecuencia. Son un verdadero peligro esos peñascos tan inseguros.

Blake se maravillaba, íntimamente, del asombroso dominio de sí mismo que demostraba el hombre. Se daba cuenta entonces de por qué en Estados Unidos habían sometido a Kestrel al "grado tercero", como dicen, fracasando de la manera más completa.

El detective recorrió el chalet mirándolo todo como si lo inspeccionara por primera

vez, hablando de vez en cuando con el sargento y con Nirewski.

De un clavo, detrás de la puerta de la cocina, pendía el saco marrón cuyos bolsillos registró rápidamente. Un estremecimiento sacudió su cuerpo cuando halló en un bolsillo lateral un trozo de madera, en forma de tapón, que presentaba señales de haber estado metido en un caño con rosca interior. La parte superior del tapón estaba estropeada como si hubiera sido necesario hacer mucha fuerza para sacarlo de donde estaba.

Era aquello el último eslabón que faltaba en la cadena de pruebas materiales. Era el tapón del caño de gas del dormitorio de Pettifer Roos.

Aun cuando tan pequeño en sí mismo, era un hallazgo importante y Blake se emocionó con toda razón. Pero cuando volvió a mirar a Nirewski, no le notó ni siquiera ligeramente emocionado.

—Su señor padre no parece haber dejado nada más como rastro de su propósito, señor Nirewski,—dijo cuando hubo terminado su visita a la casa.

—Absolutamente nada, señor Jenkins,—contestó el hijo.—Temo que, en verdad, haya procedido de acuerdo con su carta.

—Así parece,—dijo Blake.—Voy a la aldea a averiguar algunos detalles y a dar orden de que busquen nuevamente en toda la parte baja de la orilla por si fuese posible todavía hallar...

—En eso puedo ayudarle a usted Pearse, el guardacosta,—dijo Nirewski en voz baja, como si no se atreviese a levantar más la voz.—Pearse le ayudará de buena gana.

—Estoy seguro de que sí,—dijo Blake.—Voy a...

Detúvose y volviéndose, miró a Nirewski que le llamaba.

—¡Me había olvidado, señor Jenkins!,—decía.—¿Va usted a la aldea?

—Sí.

—Entonces hágame usted el favor de dejar un mensaje mío en la hostería "El Amigo de los Viajeros". Es para el hostelero. El hombre se ha olvidado de mandarme varias cosas que le pedí.

Blake inclinó la cabeza en señal de asentimiento y Nirewski tomó un lápiz y un papel, y escribió una breve carta mientras Blake aprovechó la ocasión para observar de nuevo algunos detalles de la habitación.

En pocos minutos terminó Nirewski su carta, la metió en un sobre que dirigió al jovial hostelero de "El Amigo de los Viajeros". Blake se guardó la carta en el bolsillo y después de despedirse de Nirewski y de saludar al policeman y al sargento, se dirigió una vez más a la puerta del chalet.

El sargento le acompañó hasta el portoncito.

—¿Quiere usted que nos quedemos aquí, señor?—preguntó en voz alta aun cuando con la mirada le indicaba cuál era el verdadero sentido de la pregunta.

—Sí,—dijo Blake,—por el momento sí. Tal vez necesite de usted y de Bates, y quizás del señor Nirewski, para revisar de nuevo la orilla. Pero no tardaré en regresar.

El sargento llevó la mano a la gorra, saludando, y Blake se alejó por el ondulante y escarpado sendero que conducía a la aldea.

El detective estaba demasiado preocupado con sus pensamientos para recordar la carta que le había dado Nirewski. Probablemente era algún pedido de licor o de provisiones que le había dado para acentuar la realidad de su fingida personalidad.

En el bolsillo llevaba Blake lo que era la prueba más vital de todas: el tapón de madera sacado del tubo de gas del dormitorio de Pettifer Roos, en Hawley Croft. El tapón estaba probablemente en el bolsillo del saco de casimir marrón desde la noche del crimen. El botón que se había caído al descender al sótano, había sido sustituido por otro nuevo.

Esas eran las dos últimas pruebas, las que completaban la cadena de datos. Lo único que faltaba ya era apoderarse del hombre.

Blake no dudaba de que Nirewski fuera Kestrel. La caracterización era perfecta, intachable. Todos los que han tenido relación con el arte de disfrazarse y transformarse conocen cuánta es la dificultad de disfrazarse de modo que el disfraz no se note a la luz del día. Sin embargo los penetrantes y habituados ojos de Sexton Blake, aun cuando buscaron un rastro de disfraz, no hallaron ni el más mínimo. Fuera de que su figura se erguía de modo de aparentar mayor altura, aquel hombre era enteramente diferente del que había tenido el atrevimiento inaudito de ir a visitar a Blake en su consultorio de Baker Street pocos meses antes. Sin embargo era el mismo; Blake lo hubiera jurado cien veces.

Quizás la prueba más importante que tenía Blake era la admirable caracterización de aquel hombre y su asombrosa manera de fingir. El dolor, la ansiedad, la amargura que había demostrado eran enteramente naturales, eran vivientes. No había en ellas nada de teatral, eran expresiones tales como sólo puede presentarlas la realidad o la suma habilidad del que ha nacido actor. Y cuando Blake se refirió a los peñascos de la orilla, el dominio de sí mismo demostrado por el hombre, había sido completo.

Su actitud y sus respuestas fueron tales que Blake llegó a preguntarse si no se hallaba siguiendo una pista falsa.

—¡Es un grandísimo farsante!—decíase el detective mientras avanzaba camino de la aldea después de volver la curva y entrar en la carretera que llevaba directamente a la aldea.—Es el pillo más perfecto y hábil que he visto en mi vida, ¡y he visto bastantes!

"Pero,—agregó Blake sonriendo,—creo que esta vez se le hará caer mediante recursos parecidos a los suyos. ¡El inspector Jenkins, de Brighton!—dijo, riendo.—¡Cómo se asombraría usted amigo Kestrel, si supiera quién es en realidad el inspector con quien ha hablado!

Siguió caminando despacio sin dejar de pensar en el caso, examinando todos sus de-



Nirewski movió lentamente la cabeza y sonrió con tristeza, dejando ver unos dientes muy blancos. Su sonrisa fué de infinita tristeza.

talles hasta los más recientes descubrimientos. Pero aún cuando estaba convencido de que podría echarle mano al hombre, no lograba completar la hipótesis a su satisfacción. Faltaba algo.

¿Cuál había sido el motivo del crimen?

La respuesta, en opinión de Blake, no podía ser más que una. Según la carta que Harker había encontrado y la asociación de fechas, parecía claro que el gran pillastre había sido en una época pretendiente a la mano de la hermosa actriz. Esto no era un imposible.

Charmian Connellan conquistaba fama en Norte América como actriz de opereta al mismo tiempo que Kestrel, como actor, demostraba condiciones que no le reconocieron hasta que hubo desaparecido misteriosamente.

Un hombre del temperamento de Kestrel tenía que sentirse atraído por una gran belleza y Charmian Connellan era sorprentemente bella. Además pertenecían ambos a una profesión en la cual son frecuentes los casamientos.

Suponiendo que la actriz hubiera rechazado a Kestrel como parecía probable a juzgar por lo que decía la carta, él tuvo que sentir un odio intenso contra el millonario que la cortejaba tal como sólo pueden despertarlo los celos.

Kestrel no era tipo que pudiera sufrir un odio así en la inactividad. Era muy capaz de planear y preparar una terrible venganza. La muerte de Pettifer Roos podía haber sido la consumación de esa venganza.

Ese era, pues, un posible, un probable motivo.

Pero ¿a qué tan maravillosa y complicada combinación? ¿A qué la adopción del papel de Nirewski? ¿A qué la presentación en el concierto del Cosmopolita?

Todo eso era típicamente digno de Kestrel por lo intrincado, oscuro y desconexo.

Blake se acercaba ya a la aldea y aún se encontraba al margen del misterio. Necesitaba pensar y pensar detenida e intensamente. Se metió en un prado donde crecía alta hierba y se echó en el suelo, con las manos en la nuca y los ojos fijos en la bóveda azul del cielo.

Suponiendo que el propósito único de Kestrel había sido dar muerte al marido de Charmian Connellan, ¿por qué se había tomado la molestia de aparecer en público con el violinista en el teatro Cosmopolita?

Probablemente,—creía Blake y casi estaba convencido de que era así,—había sido con

el propósito de verse ante la actriz para asegurarse o enterarse de algunos detalles relacionados con las costumbres de la misma actriz y esenciales para sus planes.

Pero... ¿quién era el anciano que se presentó como Nirewski padre, y que tocaba el violín de modo tan maravilloso? ¿Quién era ese asombroso protegido y cómplice de Kestrel?

Blake no lograba adivinarlo. Sabía que Kestrel tocaba el violín por que se lo había dicho tiempo atrás el chino Shanghai Jim, que le enteró de tantas cosas relacionadas con Kestrel. Lo más probable era que lo tocara bien.

¿Pero quién era aquel viejo a quien el archipillo había tomado a su servicio para realizar su plan y que tocaba con tanta maestría un instrumento tan difícil? El detective no llegaba ni a suponerlo.

¿Y el ataque de epilepsia? De que había sido fingido Sexton Blake no tenía la menor duda. Pero ¿cuál era su motivo? ¿Qué relación podía tener con el objeto final de toda la infame intriga, es decir con el millonario norteamericano negociante en tierras a plazos? Esto era otro misterio para Sexton Blake.

Abandonó el problema por el momento y dejó que su pensamiento vagara a su gusto por entre las intrincadas vueltas y revueltas de la madeja. Todo parecía clarísimo, todo menos lo relacionado con el viejo.

Si la epilepsia había sido fingida, como lo suponía o mejor dicho lo creía Blake, igualmente fingida debía haber sido la ceguera. Probablemente era fingida a juzgar por lo que había dicho el locuaz hostelero de "El Amigo de los Viajeros" que había visto al anciano regresando a su chalet, de noche, procedente de la aldea de Hawley.

Había un doble misterio en eso también, pues aun cuando todos los datos hallados indicaban que había sido el joven Nirewski el autor del crimen, ese detalle del viejo volviendo a su casa la noche en que se cometió el delito los contradecía y echaba el fardo de las sospechas sobre el anciano. Y su sospecha se hacía aun más vehemente al tener el convencimiento ya que no la prueba material, de que la ceguera era fingida.

—Además,—murmuró Blake,— en manos de Kestrel la cuestión edad no tiene importancia ninguna. Puede haber sido fingida también la vejez.

Pero entonces se presentaba de nuevo, —como nuevo factor de misterio,—el supuesto suicidio del violinista ciego.

El suicidio era puramente una comedia, una verdadera farsa, de esto no había duda. No había acaecido suicidio ninguno ni en la orilla del mar ni en Hawley Croft.

Pero esa circunstancia daba lugar a dos preguntas extrañas.

¿Qué había sido del anciano violinista ciego?

¿Cuál era el objeto de su falso suicidio? ¿Cuál era el motivo que había tenido Kestrel para tal cosa?

Por más que pensaba, Blake no lograba hallar adecuada respuesta para esas preguntas. No lograba penetrar hasta los entretelones de la mente de Kestrel. Le parecía que el hombre había realizado actos inconexos, incoherentes, disparatados, que no tenían nada que ver con el fin principal del bandido, que sólo servían para desorientar y confundir... y que tal vez tenían el sólo propósito de confundir y desorientar.

Por ejemplo ¿qué objeto tenía el excelente gramófono que Blake había encontrado? ¿Por que se había tomado el joven Nirewski el trabajo de ocultarlo de tal modo?...

El detective hizo una pausa en el momento en que se hacía esa pregunta. Se incorporó, sentándose en el suelo y después, apoyándose en un codo, miró con el ceño fruncido a la superficie verde del fondo...

De pronto se levantó de un salto y su cara, sus ojos, todas sus facciones demostraban la excitación que le dominaba.

—¡Yo lo sé!—dijo en voz baja.—¡Ya lo sé! ¡Es otro caso como el de Gaspard! ¡Es otro caso como el de Gaspard!

Con paso rápido se dirigió hacia la aldea y su excitación era tal que sentía ganas de correr y gritar. La clave habíasele presentado de pronto, la clave de todo el conturbador misterio.

No había llegado aun a las afueras de Hawley cuando distinguió la figura de Tinker que acudía corriendo hacia él.

—¡Hola, muchacho!—gritó. — ¿Dónde está Harker?

—¡Está aquí, señor!

Tinker se volvió a medias y señaló con el dedo pulgar a su espalda. En ese momento el de Scotland Yard se presentó volviendo la curva del camino.

—Le vimos que venía desde la ventana de "El Amigo de los Viajeros",—dijo Harker,—y supusimos que desearía hablar con nosotros. ¿Hay noticias? ¿Es Kestrel?—agregó con mucho interés.

—Sí,—dijo Blake.—Estoy enteramente seguro de que es él.

—¡Ah!

El rostro de Harker fué un estudio de vibrante impaciencia. Tinker sentía que el corazón le saltaba en el pecho de emoción al notar en los ojos de su patrón y maestro un brillo que pocas veces tenían.

Estaban a punto de tener otro encuentro cuerpo a cuerpo con el habilísimo criminal, el más genial y peligroso de todos los pillos del mundo.

—El joven Nirewski es Kestrel entonces ¿eh?—preguntó Harker bajando la voz.

—Sí; eso es.

—Entonces ¿quién es el viejo? ¿Un cómplice?

—No,—dijo Blake,—creo que no. Mejor dicho, estoy seguro de que no.

Harker miró a Blake con verdadero asombro y lo mismo le miró Tinker

—¿No es un cómplice? — exclamó Harker.—¡Cómo! ¿Es un hombre que no está al tanto de nada?

—Está al tanto de todo, por el contrario,—dijo, en respuesta el detective.

—¡Entonces es legalmente su cómplice!—exclamó Harker.—¡Por lo menos es un "accesorio después del hecho", según dicen los abogados! ¿Lo ha encontrado usted?

—Sí,—dijo Blake.

—¿Está ahora en el chalet?

—Sí.

—¿Con el joven?—preguntó Harker cada vez más impaciente.

—No,—dijo Blake.

—Pero seguramente usted no ha dejado que pierdan de vista a... me refiero a Kestrel, ¿eh?

—¡No! Está en el chalet.

—¿Están allí los dos?—dijo Harker algo molestado por lo enigmático que para él resultaban las respuestas de Blake.

—Están allí los dos,—dijo Sexton Blake,—por una sencilla, pero importantísima razón, Harker.

El de Scotland Yard le miró con los ojos muy abiertos, enteramente asombrado.

—¿Qué razón es esa, si se puede saber? —preguntó.

—¡La razón es que, — dijo Blake lentamente,—los dos son una y la misma persona! Cuando vimos a los Nirewski en el teatro Cosmopolita eran, naturalmente, dos. También eran un par cuando vinieron al chalet la primera vez. Pero después uno de ellos se fué secretamente, y dejó a Kestrel, que se encargó de representar los dos papeles. El es el violinista ciego y el hijo del violinista, en una sola pieza. El anciano no se suicidó, porque no existió jamás un anciano, ni violinista, ni ciego, que pudiera suicidarse. Este es el secreto, esta es la clave de todo el asunto. Es un caso parecido, en su plan, al Misterio del Doctor Gaspard, que tuvimos ocasión de conocer el año noventa y siete. El procedimiento es muy semejante.

CAPITULO IX

Lo que dijo Charmian Connellan. — Una sorpresa.—

DURANTE algunos minutos tanto Tinker como el oficial de la D. I. C. (División de Investigaciones en lo Criminal) de Scotland Yard, miraron a Sexton Blake con asombro y con incredulidad.

Durante algunos momentos no les fué posible darse perfecta cuenta de lo que el detective había dicho.

Después de esos instantes, Tinker miró a su jefe con los ojos entornados.

—Pero señor, — protestó. — Con seguridad ellos...

—¿Recuerda usted la conversación que oímos en el salón de la hostería, muchacho? —dijo Blake. — El hijo no salía nunca con su padre el ciego; no le sacaba nunca a pasear. ¡No les veían jamás juntos!

—Pero eran dos hombres los que vinieron a vivir al chalet, — indicó Tinker.

—Sin duda. No lo niego. Entonces tenía un cómplice. Pero eso fué una artimaña para convencer a la gente de la aldea de la existencia de dos personas. Probablemente el cómplice se retiró con todo secreto aquella misma noche.

—¿Entonces fué Kestrel el que tocó el violín en el teatro Cosmopolita? — preguntó Tinker después de una pausa.

—Sí, — dijo Blake. — Es un notable violinista. Y fué Kestrel quien fingió el ataque epiléptico. El cómplice desempeñaba entonces el papel de Nirewski hijo, que Kestrel desempeña actualmente.

Tinker no se sentía convencido aún. Consideró las cosas durante unos instantes. De pronto miró al detective levantando la cabeza y con aire de desafío.

—¡Tiene que haber dos, señor, tiene que haber dos! — exclamó. — ¿No recuerda lo que dijo Williams, el jardinero, en el salón de la hostería? Cuando fué al chalet a buscar a Nirewski, salieron dejando en la casa al anciano que estaba tocando el violín. Williams le oyó y el viejo labrador, el que estaba cosechando papas, también le oyó.

Blake se sonrió.

—Ese fué un punto que me tuvo confundido y a oscuras mucho rato, muchacho, — dijo. — Pero fué también lo que luego me dió la clave de todo. ¿Qué me dice usted del gramófono de que le hablé, del maravilloso instrumento que encontré escondido debajo del piso?

Tinker miró a Blake y de pronto, como si una luz hubiera iluminado su imaginación, cambió de improviso la expresión de su rostro. El detective, dándose cuenta de que Tinker entendía al fin, decidió proceder con mayor actividad.

—¡Vamos! — dijo. — ¡Ya hemos encontrado a nuestro hombre! ¿Tienen ustedes revólvers?

Harker contestó que sí con una inclinación de cabeza. Tinker sacó del bolsillo su automática y examinó el cierre y la carga.

—¡Bien! Creo que lo mejor que se puede hacer es que vayan ustedes dos al chalet ahora mismo. Tengánlo seguro si pueden y si hace falta, préndanlo y átenlo. No creo que sospeche nada todavía, pero conviene proceder con energía. Primero domínenlo apuntándole con los revólvers y luego pónganle las esposas. Yo iré allí dentro de un momento.

—¿Por qué no viene con nosotros, señor? — preguntó Tinker algo asombrado.

—No; todavía no. Antes voy a ir a la casa a hablar un momento con la señora de Roos. Quiero conversar un instante con ella antes de presentarme ante Kestrel. Yo les haría esperar, para que fuéramos juntos, pero creo que no conviene esperar ni un solo minuto. He dejado allí al sargento y al agente Bates con él y temo que por ignorancia, lo estropeen todo. Es capaz de sonsacarles la ver-

dad en pocos minutos de hábil conversación. Además, ellos no tienen idea de la clase de hombre a quien están vigilando.

—¡Muy bien! — dijo Harker. — Nosotros vamos y lo prendemos. — Le brillaban los ojos al decir eso, haciendo sonar en el bolsillo un par de esposas. — ¡Dios mío! ¡Si lo prendemos, lo que se va a hablar de esto en Scotland Yard! ¿Está usted pronto, joven?

—Sí, señor Harker.

—Entonces, sígame. Yo iré delante. Usted vendrá después, ¿eh?—dijo a Blake a manera de despedida.

—Sí; dentro de un cuarto de hora. Y, ahora que recuerdo, Tinker. Aquí tengo una carta para el hostelero de "El Amigo de los Viajeros". No creo que sea de mucha importancia, pero puede dejársela al pasar.

Tinker tomó la carta y Blake se dirigió rápidamente hacia Hawley Croft. Vestía todavía el uniforme del inspector de Brighton, pero a la sombra de unos árboles se quitó la peluca gris y los demás postizos que constituían su disfraz facial.

Marie, la mucama francesa, abrió la puerta respondiendo al llamado del detective y no le reconoció como el colega de Harker que la había interrogado el día anterior. El le dió una tarjeta con las señas de Baker Street.

—¿Podría ver a la señora de Roos?—preguntó. Marie dijo que sí y desapareció.

Poco después regresó. Se le notaba bastante asombrada.

—¿Quiere tener la bondad de pasar adelante, señor Blake? — dijo ella.

Le condujo a un pequeño y encantador "boudoir", cuya ancha ventana daba a un jardín de rosales en flor. Cuando él entró, Charmian Connelan se levantó de una butaca y adelantó, vacilante, a su encuentro.

El detective no había visto jamás una mujer más hermosa. Sus mejillas eran blancas como el alabastro, haciendo contraste con su cabello renegrido y en sus ojos oscuros de irlandesa, brillaba un extraño fulgor.

Se hallaba muy excitada; pero con habilidad de consumada actriz lograba disimular su emoción así que avanzó hacia Blake con sonrisa de bienvenida y la mano extendida.

—Señor Blake, — dijo, — no suponía que iba a tener el placer de volverle a ver tan pronto.

—Ni yo tampoco, señorita Connellan, — dijo Blake, — suponía que volvería a ver tan pronto a tan encantdora artista. Pero siento que la razón de esta entrevista no sea la que hubiera yo deseado.

—¿Cómo es eso, señor Blake? — preguntó ella con voz entrecortada por la emoción.

—He venido a verla en mi carácter profesional, señorita Connellan.

Una vez más vió Blake en sus ojos la expresión de terror que tanto le había llamado la atención. Para Harker, — al que no le interesaban las cosas sentimentales, — aquel terror indicaba culpabilidad, pero Blake creía que era más complicada y más íntima la razón de ese miedo y que no se debía al temor de que se le descubriera complicidad en el asesinato de su marido.

Blake se sentó, acercando su silla al diván donde ella se había dejado caer, emocionada.

—Señorita Connellan, — dijo el detective, —usted se halla en grave tortura y yo deseo que me mire no como a un investigador, sinó como a un amigo. Como usted lo habrá sospechado ya, he venido con motivo del supuesto suicidio de su esposo.

Un grito semi sofocado brotó de los labios de la actriz al oír lo dicho por Blake.

El detective se apresuró a tranquilizarla lo mejor posible.

—Deseo que usted conteste a lo que voy a preguntarle, señorita Connellan, si usted lo desea. Quisiera que usted me considerara como un abogado que oye sus confidencias y respeta sus secretos.

En el tono de Blake había algo que tranquilizó de inmediato a la atribulada mujer. Le miró con infinita gratitud.

—Sí, señor Blake, — dijo con voz que casi no se le oyó.

—Deseo que trate de recordar la época en que estaba usted en los comienzos de su brillante carrera artística y actuaba en el teatro Metropole de Nueva York. La pregunta que quiero hacerle es la siguiente: ¿No era usted amiga de un actor, un actor notable por cierto, llamado León Kestrel?

Un grito brotó de labios de la joven. Miró a Blake como si él hubiese leído en lo profundo de su corazón y se hubiera enterado del secreto mejor guardado... Se humedeció los labios, inclinó la cabeza diciendo que sí, pero no pudo hablar.

—¿Era usted amiga de León Kestrel, señorita Connellan? ¿Era él su... ¿cómo diría?... ¿era él su novio? ¿Se amaban ustedes?

—¡No! ¡No, señor Blake! ¡Eso jamás!— exclamó ella. — ¡Nunca le amé! Era sólo un... un pretendiente.

—¿Pero él la amaba? — preguntó Blake. Ella contestó en seguida que sí, moviendo la cabeza.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Estaba locamente enamorado de mí! Era terriblemente celoso. Abandonó el teatro... porque yo me casé con el señor Roos.

—Eso era precisamente lo que yo me figuraba, señorita Connellan. Era un hombre muy celoso, capaz de considerar que el que la miraba a usted le injuriaba y capaz de procurar vengarse cuando se le presentara ocasión... ¿No es así?

La joven contestó afirmativamente. Blake prosiguió:

—Usted se maravillará de que yo esté al tanto de todo esto, señorita Connellan, Pero soy, por profesión investigador. Mi labor es estudiar el crimen bajo todos sus aspectos y conocer a los criminales hasta lo más recóndito. Si conozco a León Kestrel y estoy al tanto de su vida, es porque en la actualidad es uno de los más astutos y menos escrupulosos criminales que hay en el mundo. ¿Estaba usted enterada de esto?

—No, — dijo ella. — No sabía eso, señor

Blake. Sabía que había estado preso en Estados Unidos, pero no sabía... ¡Dios mío!... —Se tapó la cara con las manos y se notó que sollozaba acongojada.

Después levantó la cabeza, se secó las lágrimas y miró con más serenidad al detective.

—¡No pretenderé ocultar nada sobre lo sucedido, señor Blake! — exclamó. — ¡Veo ahora que usted sabe... usted sabe que León mató a mi esposo! ¡Lo sabe usted tan bien como yo y lo que es más, veo que usted sabe que yo estoy al tanto de todo! Usted sospecha que yo fuí cómplice.. Usted cree que...

—¡Nada de eso, señorita Connellan! — la interrumpió Blake con energía. — Lo único que sospecho es que usted pueda ser lo que legalmente se llama "un accesorio después del hecho", es decir una persona que conoce al autor del hecho después de realizado éste y no lo denuncia.

La mujer se había levantado y paseaba nerviosamente de un lado a otro. Se detuvo un instante frente a Blake, que se puso de pie, y apoyó una mano en el brazo del detective.

—¡Eso es y nada más, señor Blake! — exclamó. — ¡Ante Dios le juro que es así! Yo no supe nada hasta después de consumado el crimen. Yo no hubiera.. Usted sabe que yo no hubiera admitido tener ni la menor intervención en un acto semejante. Dios sabe que mi vida era un verdadero infierno, que no tenía ni un momento de tranquilidad... pero yo no hubiera podido nunca... ¡No! no hubiera podido...

Calló, pues se dió cuenta que estaba hablando en forma incoherente a causa de su agitación. Después de una pausa, más tranquila ya, miró con interés a Sexton Blake.

—Voy a mostrarle, señor Blake...—dijo. —Usted verá.

Cruzó rápidamente la habitación y abriendo una balija pequeña que estaba en una silla, sacó de ella una carta. La desplegó nerviosmente.

—¡Vea!—dijo, y su voz siempre tan suave pareció áspera y ronca.—¡Vea! Esta carta es suya. La recibí... la recibí la mañana en que mi esposo fué hallado sin vida.

Blake tomó la carta percatándose en seguida de que estaba escrita en la misma clase de papel en que estaba trazada la "despedida" del anciano Nirewski. La caligrafía también, aun cuando no parecía la misma, era parecida. La carta no tenía encabezamiento ninguno. Sólo tenía la fecha. El texto era el siguiente:

" Charmian: — Después de esperar algu-
" nos años, le he cobrado la cuenta al vil
" que la aturdió con su dinero y condenó
" a una vida de amargura a aquel cuya fe-
" licidad tuvo usted en un tiempo, en el
" hueco de su blanca mano de hechicera.
" El me hizo pagar. Desde entonces le
" ha hecho pagar a usted, lo que era justo,
" **dentro del concepto actual** de la justicia.
" Ahora ha pagado él, lo que ha sido justi-
" cia recta sin dobleces y sin hipocresía.
" Por lo que a usted se refiere, como
" sus hechizos han cesado de hechizarme, la
" perdono. Pero la perdono con una sola
" condición, la de que sus labios han de
" estar sellados en lo que a esta carta se
" refiere. Si usted hace la menor tentativa
" de que recaiga sobre mí la acusación de
" lo que las autoridades imbéciles llama-
" ran un crimen, entonces cosechará usted
" las consecuencias. La muerte de Pettifer
" Roos, según yo lo he arreglado, será de-
" clarada suicidio por el jurado de tontos
" que reunirá el coroner. Si usted les hace
" cambiar de opinión, entonces tendré que
" ocuparme un poco de usted.—L. K."

Mientras Blake leía la carta no podía menos que sentirse fascinado por la manera de escribir de su autor. Aquel hombre sabía poner algo de su personalidad en cuanto escribía. La carta dejaba comprender toda la fe que el hombre tenía en sus propias fuerzas.

"La muerte de Pettifer Roos,—decía escribiendo, sin duda una hora o cosa así después de cometido el crimen,—será declarada suicidio por el jurado de tontos que reunirá el coroner".

Y si no hubiera sido Harker un poco menos tonto que los del jurado, Carmian Connellan hubiera sufrido sola el pesado fardo de su horrible secreto.

Blake volvió a leer la carta cuidadosamente. Después miró el bello rostro de la atribulada actriz.

—Por esto, entonces,—dijo en voz baja,— es por lo que tenía usted miedo. Esto es una amenaza... una velada amenaza de muerte.

La joven se estremeció involuntariamente.

—Sí,—dijo en voz muy baja.—En un hombre peligroso. Es capaz de transformar mi vida en un martirio. Aun ahora, si llega a saber...

—No llegará a saberlo, señorita Connellan,—dijo Blake.—He tejido en torno suyo una red de la que, espero, no logrará escapar.

—¿Le han prendido ustedes?—Y un fulgor de esperanza brilló en los ojos de la joven.

—Creo que sí. Será detenido a media milla de aquí. ¿Recuerda usted el concierto de caridad en que usted cantó, cuando nos vimos por primera vez?

—Sí.

—¿Recuerda usted el viejo violinista ciego Nirewski, que tocó tan maravillosamente?

—Sí.

—¡Pues era Leon Kestrel!

Una exclamación de asombro salió de los labios de la joven. Pero había otras cosas que reclamaban la atención de Blake. No podía, por lo tanto, perder el tiempo en explicaciones.

Tendió la mano.

—No puedo quedarme ni un momento,

señorita Connellan,—dijo —Perdone usted. En otra ocasión, lo espero, conversaremos al respecto.

Antes de que ella hubiera vuelto de su asombro, el detective se había retirado. Saludó a Marie al pasar y salió al camino. Iba contento, consciente del triunfo obtenido, del buen éxito de su investigación, pues lo que había hablado con Charmian Connellan le había demostrado que su hipótesis era exacta en todos sus puntos. El corazón le latía más veloz que de costumbre cuando volvió la esquina para tomar el camino de la orilla del mar. Lo decisivo estaba aún por hacer.

Se hallaba en la situación de aquel que espera dar, dentro de pocos minutos, uno de los golpes decisivos de su vida.

Saltó el portillo y volvióse rápidamente al oir pasos detrás de sí.

Era el hostelero de "El Amigo de los Viajeros" que llegaba jadeante y rojo de tanto correr.

—Oiga usted,—dijo con entrecortada voz, —¿conoce usted a un señor Blake, por casualidad? Supongo que su nombre no es...

—Sí, yo soy Blake,—dijo rápidamente el detective mirando el sobre que el hombre tenía en la mano.

—Entonces esta carta es para usted,—dijo el hostelero.—No me explico qué significa, sin embargo. El jovencito... su amigo, señor me la trajo hace como media hora. El sobre está dirigido a mí. Pero cuando la abrí ví que no contenía más que este otro sobre cerrado dirigido al señor Blake es decir, como usted lo ha dicho, a usted.

Blake se estremeció y tendió la mano para tomar la carta. ¿Qué significaba aquello? ¿La carta que Nirewski le había dado para entregar al hostelero contenía otro sobre dirigido a él?

Rasgó el sobre rápidamente y desplegó la carta.

—¡Dios mío! —, exclamó al leer, poniéndose súbitamente pálido.

La carta decía así:

" Mi querido Blake: No le supongo tan
" tonto que haya llegado a figurarse que su
" imitación de nuestro común amigo el ins-
" pector Jenkins podía engañar a un hom-
" bre como yo. ¡Dios mío, eso sería como
" querer engañar a un prestidigitador con el
" jueguito de las tres cartas!

" Usted ha realizado una habilísima in-
" vestigación, notable como todas las suyas,
" pero ya ha adelantado bastante.

" Basta, pues, si no quiere que usted y
" los que le ayudan hayan dejado de vivir
" antes de una hora.—Kestrel".

El detective se mordió el labio inferior y estrujó la carta en la mano. ¡Así que, después de todo había sido burlado! Kestrel debía estar esperando a Harker y Tinker... La amenaza de la carta... El último párrafo no podía ser más siniestro...

El pacífico hostelero de "El Amigo de los Viajeros" se extrañó al ver que aquel hombre sacaba del bolsillo una pistola automática y la examinaba con cuidado.

Y su asombro aumentó y casi llegó a transformarse en miedo, cuando el señor Blake, con el arma en la mano y hablando entre dientes, se alejó corriendo por el sendero que conducía a la costa.

CAPITULO X

El golpe.—

ERA curioso ver, en aquella tarde de primavera a un hombre que corría rápidamente por los verdes prados de Hawley con una pistola amartillada en una mano, cuando nada parecía amenazar a nadie en los contornos.

Pero el detective sabía lo que probablemente estaba sucediendo en el pequeño chalet de la hondonada, así que corría con los labios apretados, con gesto de furor y de pena.

Si se le hubiera ocurrido abrir aquella carta dirigida al hostelero de "El Amigo de los Viajeros" hubiese recibido el aviso a tiempo. Hubiera sabido con quién tenía que luchar y hubiese enviado a Harker y a Tinker, en caso de no ir con ellos, con instrucciones para que procedieron de otro modo.

Kestrel, esperándoles, podía haberles preparado una emboscada y entonces...

"...Hayan dejado de existir antes de una hora".

Blake corría rápidamente, con atención, para no caer en una emboscada. Un grito se escapó de sus labios cuando, después de volver una curva del camino, vió a los lejos, como si saliera de la hondonada donde estaba el chalet, una densa columna de humo que se elevaba retorciéndose en la atmósfera tranquila.

¿Qué significaba aquello?

No tardó en saberlo. Pocos minutos después al saltar un cerco, vió el chalet envuelto en llamas, en largas lenguas de fuego que hacían crujir la madera de la pequeña construcción.

Un intenso temor se apoderó de Blake mientras corría. ¿Estaban Tinker, Harker y los otros dos dentro del chalet? ¿Había sido capaz aquel endemoniado criminal, de encerrarlos y después incendiar la casa?

A pesar del calor del día y de lo que corría, Blake sentía que un sudor frío le cubría la frente. Mientras avanzaba, vió que un hombre salió de cerca del chalet incendiado y corrió, moviendo los brazos, a su encuentro.

Blake le reconoció inmediatamente. Era Pearse, el guardacosta, con su barba corta y roja, y su sombrero de paja. Mientras corría al encuentro de Sexton Blake, el hombre parecía desesperado.

—¡Pronto! — gritó con voz ronca en cuanto estuvo cerca de Blake.—¡Se ha cometido un crimen! ¡Un crimen!—Y gritó las últimas palabras, lo más alto que pudo.

—¡Nirewski se ha vuelto loco! ¡Allí dentro hay gente!—E indicó el incendiado chalet. —¡Son cinco!—Y señaló con los dedos—¡Se van a achicharrar!

Volvióse mientras hablaba y corrió hacia la aldea.

—¡Venga usted acá! — le gritó Blake—. ¿Dónde va usted?

—¡Agua! ¡Agua! ¡Es necesario traer algo para echar agua y apagar el fuego!—gritó el hombre que, fuera de sí, loco de terror, seguía corriendo hacia la aldea.

Blake, cuyos nervios vibraban en plena tensión, corrió hacia el portoncito del chalet.

Casi inmediatamente un tiro resonó en alguna parte y la gorra de Blake saltó de su cabeza con un agujero que la atravesaba. El detective se detuvo y se volvió, pero no vió a nadie más que al guardacosta que se alejaba corriendo como loco.

Blake se encogió y corrió hacia el chalet, dirigiéndose a los fondos. Al mirar aquello se sintió con esperanzas de poder hacer algo útil. La parte delanter.. del chalet ardía a llamaradas, pero a la parte del fondo no había llegado el fuego.

Sin un segundo de vacilación, Blake tomó uno de los postes del cerco y lo arrancó de un tirón sobrehumano. Levantándolo en alto golpeó con él la ventana y la hizo trizas. Miró hacia dentro. La casa estaba llena de humo, pero entre el humo vió una figura humana tirada en el suelo, encogida.

En un momento, Blake pasó por la ventana, avanzó por entre el humo y logró llegar hasta el bulto que había visto. Lo levantó del piso. Por lo que pesaba, comprendió que era Tinker. Tanteando notó que estaba atado con fuertes sogas.

Con él en brazos se acercó a la ventana y alzándolo, lo arrojó sobre las plantas del jardín.

En aquel momento, una parte de la pared del frente se desplomó y el viento, entrando por el hueco, arrastró el humo, limpiando así el aire. Esto dió nuevo energía a Blake.

En breves instantes vió a un lado las figuras del sargento y de Bates, el policeman, mientras Harker y otro hombre estaban en un rincón.

Trabajando con un ahinco realmente heroico, Blake fué tomando uno a uno a aquellos hombres y los fué arrojando al jardín, atados como estaban.

Sentía que la cabeza le daba vueltas cuando arrojó al último pero logró recobrar el aplomo mediante un esfuerzo y saltar por la ventana. Entonces tomó a los salvados y los alejó de la casa arrastrándoles a sitio seguro donde les dejó tendidos en la hierba.

Procedió así casi a ciegas pues tenía los ojos tan irritados por el humo que le lloraban y le dolían. Pero se sentó en la hierba y logró secarse los ojos con el pañuelo mientras tosía y despedía el humo que le había entrado en los pulmones.

Durante cerca de diez minutos estuvo allí, temiendo que Kestrel reapareciera en cualquier momento y aprovechara su postración para cumplir su amenaza.

Pero no se presentó. Blake pudo abrir los ojos y ponerse de pie. Los hombres que había salvado de aquel infierno,—que era en aquel momento una hoguera que ardía en toda su plenitud,—estaban semi desmayados, unos junto a los otros, tendidos en la hierba, donde él los había puesto.

Todos estaban atados de pies y manos y hubieran perecido a no hacer acudido Blake a tiempo.

Sacó el detective la navaja y cortó las sogas que sujetaban a Tinker.

—¡Ese cobarde guardacosta! — murmuró recordando como Pearse había escapado como una niña asustada.—¡El podía haber hecho esto lo mismo que yo!...

Calló, inclinándose y miró al hombre que estaba tendido a sus pies. Lo miró como si hubiera sido algo sobrenatural. Tomó el pañuelo y se limpió los ojos, inclinándose de nuevo hacia el hombre y examinándole de cerca.

Al proceder así un grito brotó de labios del detective y la navaja con que iba a cortar las sogas, se le cayó de la mano.

Porque el hombre que estaba allí, medio desmayado y medio desvestido, tendido en la hierba, era Pearse, el guardacosta. La cara rojiza y la barba bermeja, estaban sucias de hollín. La única ropa que tenía puesta era la camisa, los calzoncillos y las medias.

La triste verdad se presentó ante la imaginación de Blake en cuanto vió a aquel hombre.

El guardacosta desesperado, loco de terror a quien había visto pocos minutos antes, no era Pearse... ¡era Kestrel!

¡Y se había marchado!

CAPITULO XI

Conclusión.—

ES curioso el hecho de que nadie, en este mundo prosaico y práctico, se haya dado cuenta de las inmensas probabilidades de aplicación puede tener, en la vida diaria el arte del actor.

En las representaciones de los grandes artistas vemos lo que nos imaginamos que es la más alta manifestación del arte. Sin embargo, el arte dramático, confinado a los estrechos límites de un pequeño escenario y de un reducido teatro es poco más o menos lo que puede ser un teatro de títeres ante la realidad.

Sus esfuerzos comparados con los de un hombre como Leon Kestrel resultan algo como la vieja linterna mágica comparada con el moderno cinematógrafo.

En general lo que se califica como grandes estrellas son insignificancias en su arte. Representan un papel determinado de acuerdo con la dirección del teatro. Caracterizan a personas imaginarias que sólo existen en la obra del dramaturgo.

Su arte no es el que realiza retratos de personas vivientes,—el arte que estudia la voz, los ademanes, todo lo típico de una persona,—igual que un pintor de retratos reproduce la fisonomía y el gesto de su modelo.

Este hecho fué estudiado por Sexton Blake infinidad de veces mientra se daba cuenta una vez más de que el éxito le había sido arrebatado en el momento decisivo. Una vez más, Leon Kestrel se le había escapado de entre los dedos. Pero no había sido mediante la fuerza escurridiza de una anguila. Había sido gracias a su habilidad y a su audacia.

Tal había sido su audacia y habilidad que Blake, a pesar de lo mucho que sentía el fracaso, no podía menos que admirar el genio interpretativo de aquel hombre.

La vanidad de Kestrel era suprema, su confianza en sí mismo, inconmovible. Por eso se permitía hacer frente a riesgos que, mirados friamente estaban destinados al fracaso. Por eso sus argucias, aun cuando temerarias, tenían buen éxito y su efecto moral resultaba aplastante.

En esta ocasión, una vez más la consumada habilidad de actor de aquel hombre había sido su salvación. Blake no sospechó ni remotamente que el hombre que se acercaba corriendo locamente hacia él, pudiera ser otro que Pearse, el guardacosta. Aún cuando la gorra del detective fué atravesada por una bala, se le ocurrió que pudiera haber hecho el disparo el que corría hacia la aldea.

Sin embargo la caracterización de Kestrel imitando al guardacosta debía ser muy imperfecta.

Suponiendo que podía presentarse la ocasión de utilizarlas, se había provisto de una peluca y de una barba rojas, tal comó eran el cabello y la barba de Pearse. Se había procurado también el uniforme de marinero, que era muy típico y fundamental para el disfraz.

Pero Blake comprendía que semejante disfraz no le hubiera engañado jamás si no hubiese sido acompañado por una interpretación dramática muy perfecta. Kestrel se había hecho amigo del guardacosta y había estudiado todas las peculiaridades de aquel hombre. La voz gruesa, áspera, el acento irlandés, la constante costumbre que tenía Pearse de echarse el sombrero hacia atrás y la cojera, casi imperceptible, del pie izquierdo.

No había olvidado ninguno de esos puntos que caracterizaban al hombre con quien Blake se había encontrado. Y, además de todo eso, el semi terror y la excitación del hombre, habían sido admirablemente imitados.

El detective conocía practicamente lo difícil que es hacer que sea admitida sin recelo una caracterización de esas a la luz del día. Y sabía también que el parecido de Kestrel a Pearse no podía haber sido sino muy relativo. Eran, es cierto, de parecido cuerpo pero el guardacosta tenía peculiaridades físicas que ni un genio como Kestrel podía adoptar e imitar exactamente sin largo estudio y larga preparación.

No. Kestrel era como el prestidigitador, como el ilusionista, que realiza sus pruebas ante el público. Esas pruebas son hábiles, engañadoras, asombrosas a veces. Pero no es tanto la prueba en sí como la charla del prestidigitador, lo que realiza la maravilla. El prestidigitador practica el arte de distraer al auditorio para no dejarle ver las imperfecciones de lo que hace.

Del mismo modo, Kestrel no le dejó a Blake tiempo para pensar. Mediante su acción logró cegar hasta los ojos de lince del detective y consiguió que no notara las imperfecciones de su imitación.

Sin embargo, aun cuando el hombre se había escapado una vez más, Blake sentía un gran alivio. En el momento oportuno había logrado salvar a Tinker, a Harker y a los otros, de la muerte más horrenda y contaba este suceso como la deuda más tenebrosa que tenía que cobrarle al criminal norteamericano.

El sistema que había empleado para encerrarlos en el chalet no había sido difícil de poner en ejecución.

Sospechando que habían de llegar Blake o sus ayudantes, se había emboscado, esperándoles con el revólver prevenido. Así pues, cuando Tinker y Harker se aproximaban lentamente al chalet se hallaron de improviso ante él que les apuntaba con su revólver.

Sin dejar de apuntarles, les había hecho entrar en el chalet donde el sargento de Brighton y Bates el policeman esperaban sin desconfianza. Sacó entonces un segundo revólver y teniendo dominados a los cuatro, sacó un rollo de soga de un armario y ordenó a Bates que atara a los otros separadamente y fuerte, sin perder un instante. Si no lo hacía le atravesaría el corazón con una bala.

El policeman obedeció. Después Kestrel ató a Bates y lo puso junto con los demás.

El norteamericano salió entonces y volvió poco después en compañía de Pearse, el guardacosta que entró en el chalet sin darse cuenta de lo que allí le esperaba.

Una vez dentro, Pearse se encontró con que "el señor Nirewski" cambió de pronto de modales. Se vió ante un revólver que le apuntaba y tuvo que obedecer a la orden de quitarse la ropa.

Tinker y los demás vieron cómo Pearse obedecía de mala gana y como Kestrel le ató igual que había atado a Bates.

El norteamericano desapareció entonces y ellos no volvieron a verle aún cuando oyeron que se movía en la contigua habitación como si acarreara brazadas de astillas y de ramas de arbustos, secas.

Entonces vieron un humo denso y oyeron los chasquidos de la madera que se quemaba. A esto siguió un infierno del que ni Tinker ni ninguno de los otros debía salir con vida... un espacio de tiempo en que, medio sofocados, perdieron el conocimiento y luego el despertar al aire libre, como quien sale de una horrible pesadilla.

. . . .

Del resto de este notable caso que Sexton Blake anotó en sus apuntes como "El caso del violinista ciego" poco queda que decir.

Con todas las pruebas del misterio debidamente ordenadas, quedó demostrado con claridad todo lo ocurrido, como pasa con todos los casos misteriosos que investigaba Sexton Blake.

Al mismo tiempo se vió que el plan del crimen era un monumento de astucia y de habilidad, digno de Leon Kestrel, el criminal que nunca hacía lo que era lógico y así confundía a los investigadores.

Como sus otros crímenes, éste había sido planeado en todos sus detalles y el éxito de Blake era tanto más maravilloso si se tenía en cuenta que el archi-pillo había previsto de antemano todos los posibles accidentes.

Durante años había pensado el modo de vengarse de Pettifer Roos y por fin había encontrado la ocasión deseada.

Su presentación como el violinista ciego Nirewski en el teatro Cosmopolita, y su ataque de epilepsia constituían la primera parte del programa. Yendo a tocar aquella noche, al concierto, pudo enterarse de algunos datos sobre Charmian Conneilan que deseaba conocer. Y, sobre todo, logró figurar en las crónicas de los diarios, lo que le dió carácter ante la sociedad.

Así, cuando alquiló el chalet de Hawley no fué recibido con la desconfianza con que puede ser recibido un desconocido. Era "el pobre viejo violinista ciego", el que había sufrido un ataque cuando tocó en el concierto de la Cruz Roja, del teatro Cosmopolita.

El doble papel que desempeñó viviendo en el chalet, le fué muy útil y era también una salvaguarda.

❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

En la hondonada de la costa, no lejos de la aldea de Hawley se ve un montón de restos carbonizados que casi fué la tumba de cinco hombres. Y desde la altura, mirando hacia la aldea, se ve una casa de ladrillos rojos, envuelta en rosales trepadores: es Hawley Croft.

Nada hay en el aspecto de los negros restos del chalet ni en la distante casa, que pueda indicar la relación que existió un día entre ambos.

Nadie recuerda ya la tragedia que fué causa de días tenebrosos para una joven cuya belleza no ha olvidado Sexton Blake.

Pero la oscura nube que Leon Kestrel tendió por venganza sobre la hermosa Charmian Connellan se disipó y la actriz conoció los días felices a que tenía derecho.

Se vió libre en el mundo, libre como los pajarillos y cuya voz parecía haber recibido como regalo de la naturaleza, libre de entrar en el país donde reina el verdadero amor, con un esposo amante y unos hijos que hacen su felicidad, el país donde reina la alegría, el país al cual no entran las mujeres que se dejan arrastrar por la ambición del dinero.

Fin de "El asombroso Caso del Violinista Ciego".

PARA LOS NINOS

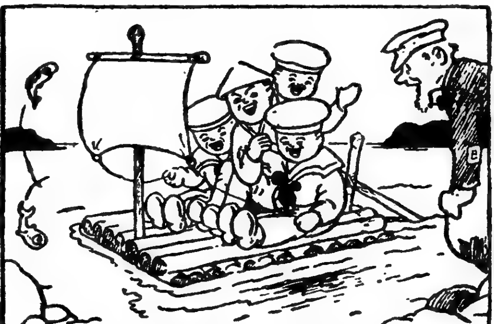
La Lámpara Maravillosa



1.—El chinito Ta-ta-chin había ofrecido a los tres chicos de Pepiniti, llevarles a pasear en bote. Alquiló uno, pero cuando fueron a verlo lo encontraron lleno de agujeros. "En este bote no podemos ir, muchachos", dijo el chinito. Y los chicos se pusieron a llorar.

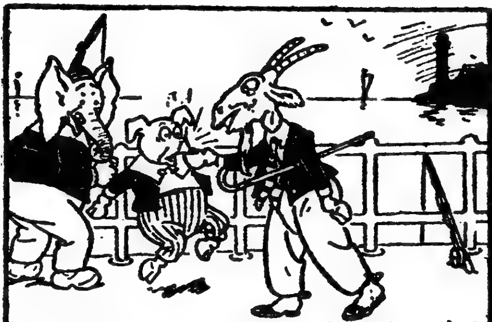


2.—"Hacerme el favor de no llorar de ese modo!" dijo Ta-ta-chin. Sacó del bolsillo una caja de fósforos de madera, puso unos cuantos en un sentido y otros en otro y los ató con un hilo. Hecho eso dijo: "¡Fíjense!" y frotó con fuerza su lámpara maravillosa.

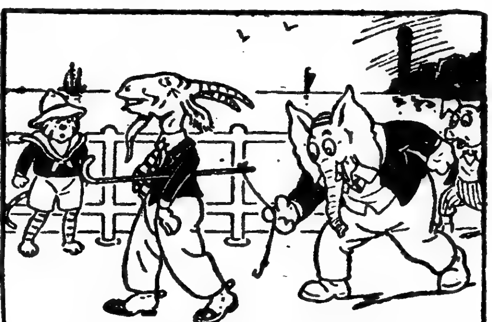


3.—Al influjo del efluvio de la lámpara, los palitos fueron aumentando de tamaño en todas direcciones. "¡A bordo!" ordenó el chinito. Y se embarcaron los cuatro. Dieron un paseo delicioso y hasta el mismo capitán Tiddler quedó enteramente asombrado al ver la hermosa balsa.

El elefantito alegre



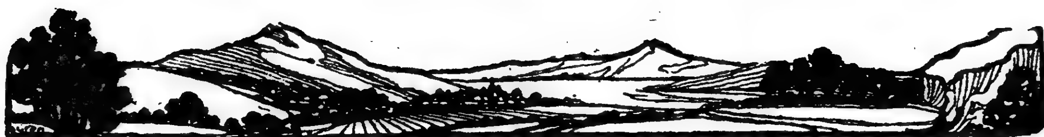
1.—Mientras el Elefantito y el Chanchito estaban pescando en el muelle, pasó don Chivato, el presuntuoso. "¡Salga de mi camino!" ordenó al Chanchito, y para acentuar su orden le dió un revés en el hocico al pobre Chanchito que lanzó un grito de dolor.



2.—"Voy a enseñarle a ser grosero a ese don Chivato insolente", dijo el Elefantito ofendido por lo que le había hecho a su amiguito. Cortó el extremo de la línea de pescar y lo ató al bastón de don Chivato. Después enganchó el anzuelo a la cinta del botín...



3.—Y cuando don Chivato dió el primer paso, la línea de pescar tiró del bastón e hizo que el puño del mismo, fuera a dar un golpe fuerte en el hocico de don Chivato. "¡Já! ¡já! ¡já!", se rió el Elefantito y claro está que el Chanchito se rió también.



DE LA ANTIGUA VIDA INDIGENA

Como fueron celebradas en la Pampa, las exequias del poderoso cacique Painé, rey de los Ranqueles.

Poco, por no decir nada, conocida, es la vida que llevaban los indios que habitaban, en la época del descubrimiento de América, y subsistieron varios siglos después, en lo que hoy es el teritorio de la República Argentina. Se ha oído mencionar a "la indiada" como algo de leyenda y muy remoto, pero es tan poco lo que a su respecto se ha escrito y publicado y tan reducida la difusión que eso ha tenido, que puede decirse que aun está por difundirse el conocimiento de las razas autóctonas, sus usos y sus costumbres. La descripción que "Pucky" ofrece a continuación, pues, tiene el grandísimo mérito de constituir una nota puramente nacional y fundamentalmente ilustrativa. Por ella puede juzgarse el temple de una de las razas de indios más numerosa y más aguerrida y juzgarse cuántas tuvieron que ser las dificultades con que tropezaron las armas nacionales cuando, en la memorable conquista del desierto, dirigida por el general Julio A. Roca, quedó abierta a la civilización esa pampa, emporio actualmente de riqueza agrícola y ganadera y dominio entonces de una indiada de cuyo temple y de cuyas salvajes costumbres no se ha escrito aun cuanto debe escribirse para ilustración de los argentinos y gloria de aquellos que la redujeron a la obediencia y a la civilización.

LA expedición al desierto dirigida por Bartolomé Mitre, en 1857, produjo muy inesperados frutos. Si volvieron los que lograron no morir de sed, y si el desaliento de los expedicionarios fué motivo para que no se exigieran muy serias responsabilidades a los que abandonaron, en plena Pampa, cajones de cartuchos de cañón, cuñetes de pólvora, y toda clase de pertrechos y fornituras militares, armando así a los indios de elementos de resistencia para perpetuar la barbarie de los campos, llegó un momento en que aquel abandono de bélicos materiales debía ser causa de la más bulliciosa alegría de esos habitantes de nuestras campañas.

Es ello digno de recuerdo, que no todos los días se pueda dar noticias de hechos tan extraños, y conviene relacionar la muerte del sanguinario Calvelú, cacique ranqueleiche, con el principio de su entronizamiento como señor de su grey. La juventud argentina, que busca famosas y sensacionales aventuras en las narraciones del Far West o en los relatos de la India, se encontrará con la sorpresa de que en esta misma tierra que tanto trigo produce hoy, no hace ni cincuenta años, se desarrollaban las más trágicas escenas.

Calvelú, que muy poco entendía de pólvora y cartuchos, murió de la explosión de los pertrechos abandonados en 1857 por la expedición Mitre. Su muerte marcó el comienzo de una relativa paz en muy extensa zona.

De lo que sería el territorio expuesto a las depredaciones de aquel caudillo indígena, puede dar idea la manera cómo inauguró su poder sobre la tribu numerosa y aguerrida, regida por el heredero del célebre Painé.

Vistiendo sus más ricas prendas, entre indias y puebleras, tendido en su lecho fúnebre de cueros y pilchas, calzando grandes espuelas de plata, y con la montura bien envuelta al lado, se veía, en medio de la toldería, el cadáver de Painé, mientras en torno de aquel inanimado cuerpo reinaba el desenfrenó más horrible.

La noche entera transcurrió en furiosa embriaguez de toda la indiada.

De cuando en cuando, el atronador estrépito adquiría caracteres más alarmantes. Levantábanse todos del suelo donde yacían, rodeando las hogueras, y provistos de ardientes tizones, recorrían el campo, dando desaforados gritos. Resonaban sordos ruidos como de algo fuertemente sacudido, y volvía a la luz del campamento toda aquella borraha muchedumbre, jadeante y rendida de lo que, según decían, era una batalla contra las brujas, que se habían ensañado con el jefe de la tribu. Todos creían que sólo el maléfico influjo de las malditas brujas había podido dar en tierra con un hombre tan firme como el heroico Painé.

El hijo primogénito del difunto, el valeroso Calvelú, apenas participaba de los desenfrenos de sus amigos.

Aquellos garrotazos dados en la oscuridad no parecían satisfacer al heredero del cacique. Algo más subtancioso que un apaleamiento inocente a las matas o al suelo de la pampa era lo que los manes de su padre exigían para asegurar la tranquilidad del sueño del que nadie ha despertado.

Si las brujas habían sido la causa de la muerte de Painé, las brujas pagarían bien caro su crimen.

Amaneció. El sol pampeano fué a alumbrar algunos centenares de cuerpos tendidos

en el pasto. La embriaguez había vencido aun a los más valientes, y hombres y mujeres yacían en espantosa promiscuidad, rendidos de fatiga y trastornados por las inacabables libaciones.

Calvelú era el único que no estaba ni borracho, ni dormido. A puntapies fué despertando a su gente. Era el rey, el heredero de Painé y empezaba a mandar en la tolderia.

Ordenó que se reunieran todas las mujeres de los toldos, y mandó montar a caballo a todos los mocetones de lanza.

Media hora más tarde, todas las chinas de la tribu formaban un apretado grupo, rodeadas por jinetes armados de lanzones y boleadoras.

Calvelú, con voz emocionada, pero recia y dura, manifestó su voluntad: "Todo el que en aquella reunión de mujeres tuviera dos, y dejara de matar una, la perdería, sin derecho a reclamación de ningún género".

Ni la menor protesta levantó esta bárbara orden. Era la costumbre, y justo era que pagaran las brujas el daño causado al más bravo de los guerreros.

Estupefactas las mujeres, no comprendieron al principio la gravedad del caso. Mirábanse unas a otras; miraban a sus padres, maridos o hermanos, y sonreían estúpidamente. Después, todas a una parecieron darse cuenta de lo comprometido de su situación. Se arremolinaron como majada en rodeo, empujándose para meterse en el centro del montón. Querían huir, desaparecer, anularse... Una infinidad de infelices, tan alegres un minuto antes, desgarraban ahora sus vestiduras, buscando el modo de perder su personalidad para que no se fijara en ellas el cacique, al designar las condenadas al sacrificio.

Todas lloraban, clamaban todas, pero nadie las escuchaba. Del anónimo conjunto salieron gritos conmovedores. "¿Para qué nos tiene aquí, si nosotras no somos brujas?" "Yo no debo entrar en la matanza. Estoy criando. Mi hijo morirá si le falta la madre, como muere un ternero si carnean la vaca que le da la teta". "Mis hijos son pequeñitos, — exclamaba, — y van a quedar chicolú (huérfanos)". "¡Pobres mis hijos. Ni me mira el padre, ni es capaz siquiera de defenderme!"

La muralla de jinetes parecía de mármol. Ni una cara se extremecía ante escena como aquella. Las lanzas amenazaban a las que trataban de romper el cerco. Cuando Calvelú ordenó que se pusiera en marcha la comitiva, todos a una se movieron lentamente hacia los algarrobos, bajo los cuales se había excavado ya la sepultura para el jefe.

La loma donde Painé ha de dormir para siempre, está a unas seis cuadras del campamento indio. En cada estación de las que, en el trayecto, se haga, deben morir ocho infelices mujeres. Así debía quedar señalado con cadáveres y sangre el rastro del último viaje que por la tierra de sus antepasados hiciera el valeroso rey de los ranqueles.

No se ha perdonado a mujer alguna en la numerosa tribu. Hasta las cuatro recientes viudas del caudillo forman en la triste comitiva. Una de ellas, la madre del Calvelú, vieja y poco menos que decrépita, camina como las demás, sin saber cuál será su destino. De las otras tres mujeres del muerto, dos eran hijas del cacique Calbuiu; la otra era una cautiva cordobesa.

La comitiva llegó al sitio elegido para teatro de la ejecución primera. Las chinas se arremolinaron, forcejearon entre sí para disimularse en el tropel. En aquel instante, uno de los que formaban la armada e impasible escolta, se dirigió a Calvelú, para pedir gracia por dos de las víctimas.

Es el poderoso Calbuiu (Halcón Azul) padre de dos de las viudas de Painé. La inalterable impasibilidad del semblante de los indios no bastaba para borrar los signos de la indiscutible amargura que atosigaba al desgraciado padre.

Calvelú cedió en parte, pero en parte resistióse como un bravo. Todo el respeto que Calbuiu le inspiraba no bastó sino para concederle una de sus hijas. La otra debía morir, por las muy sesudas razones que el nuevo jefe indio había hallado en el fondo de su conciencia.

Calbuiu entró en el centro del femenino rebaño, y tomó del brazo a su hija más joven. Lo abrazó ésta con trasportes de loca alegría, mientras se colgaba de su cuello la mayor. El viejo cacique no pudo contener las lágrimas, pero apartó a la condenada al suplicio.

—¿Padre,—exclamó ella,—no soy tu hija también? ¿Cómo me dejas? ¿No saber que tengo un puncin chiquito, nieto tuyo, con quien tantas veces juegas?

El padre, como no podía hablar, dominado por la más profunda emoción, hizo ademanes por los que pareció querer indicar que le era imposible salvarla.

Luego, saludó con la mano a su hija, y volvió a ocupar su sitio en el círculo de guerreros.

Calvelú eligió las ocho primeras víctimas.

Entre los ciento veinte que formaban el rebaño humano se produjo una terrible lucha. Cada una de las designadas se agarró a dos de las que no debían morir. Fueron ocho racimos de palpitante carro que se estremecía de terror y de esperanza. La tarea de sacar de entre las otras a las condenadas al suplicio, exigió brutalidades inauditas.

El griterío fué ensordecedor. Relinchaban los potros y rasgaba los aires el ladrido de centenares de perros.

Sólo los mocetones permanecían impasibles, esclavos de la tradición y la costumbre de ciega obediencia al jefe de la tolderia o de la tribu.

En medio de las súplicas más conmovedoras, entre sollozos y chillidos de angustia y de terror, entre insultos y vociferaciones, co-

menzó la matanza. Chocaron las pesadas boleadoras contra los cráneos, pero la dura osamenta de las mujeres indígenas y lo recio de su poblada cabellera amortiguaba los golpes y fueron contadas las que rodaron por el suelo. Los facones degollaron a unas y apuñalearon a otras, y las que lograron huir, en enloquecida y desesperada carrera, cayeron bien pronto, pasadas por las agudas lanzas de los guerreros.

La terrible comitiva se puso en marcha nuevamente, En la segunda estación debían morir otras ocho brujas, o no brujas, más. La voluntad de Calvelú era la ley única. Su criterio el único diagnóstico. El sabía quién debía morir, y su fallo era inapelable.

La marcha fué pesada, lenta. El cadáver parecía presidir aquella carnicería. Las desdichadas víctimas no eran ya sino montón de sudorosa carne, cubierta de andrajos, desgreñada, horrible.

Tres veces se detuvo el cortejo, y veinticuatro infelices quedaron tendidas en lo raso de la Pampa.

Se llegó, por fin al pié de los algarrobos, donde se había excavado la tumba del poderoso cacique. Allí se detuvieron todos. El cadáver recibió la ovación postrera.

Pero ya el silencio de la comitiva se veía interrumpido, por alguno que otro comprimido sollozo. Más de un marido lloraba la pérdida de su china; más de un hijo lamentaba la muerte de la que le dió la vida. Pero nadie protestaba ni pedía que se suspendiese la brutal ceremonia.

Calvelú indicó ocho mujeres más, y aquellas ocho supuestas brujas sufrieron la misma pena impuesta a sus anteriores compañeras de infortunio.

En la sepultura regada por la sangre de las ocho desgraciadas se dejó descansar el cuerpo rígido y frío de Painé, no sin colocar al lado del difunto sus mejores adornos y sus joyas. La valiosa montura, cuidadosamente envuelta en cueros bien cosidos, ostentaba los estribos de plata, colgantes de muy resobadas y ensebadas correas. Facón, lanzas y boleadoras dormían junto al cadáver. Si algun día despierta, no le faltará nada para dar nuevos malones por las pampas de la región de los espíritus invisibles.

Se hubiera dicho que había terminado ya lo cruento de la fúnebre ceremonia, pero Calvelú creía que todavía faltaba el más importante requisito. Su cariño filial no podía olvidar que su padre iba a carecer en el otro mundo de lo que constituye el mayor encanto de la vida.

Lanzando una ardiente mirada a la otra hija de Calbuiu, hermosa como un sol indio, ordenó que le lleven el niño que la desventurada y joven viuda había dado a luz pocos meses antes.

—Da de mamar por ultima vez a tu niñito,—exclamó el rey de los ranqueles, dirigiéndose a la más hermosa de las mujeres de su padre.

—¿Pero el hecho de estar criando el hijo del cacique,—gimió antes que dijo la aterrada joven,—no basta para librarme del suplicio?

—Es preciso que mueras,—contestó Calvelú.—Y no mueres por bruja. Si lo fueras no te enviaría yo a acompañar a mi padre en su misma fosa. Bien sabes que su primera y principal mujer debe ir a descansar con él en su último lecho.

Lanzó un grito de horror la china, y llorando contestó:

—Yo no soy la primera ni la principal mujer del muerto. Tu madre es la que lo tiene que acompañar en ese sueño tan largo, como lo acompañó en su vejez, y no yo, que soy nueva para él.

—Mi madre,—respondió el cacique,—no era ya la esposa de mi padre. Por vieja la dejó él y fuiste tú la preferida de sus labios. Si con ella, por voluntad del finado, hubieran vivido siempre juntos, ella y no tu, dormiría con el gran Painé en esa fosa.

El niño, a todo esto, mamaba alegremente acariciando en su mano oscura y regordeta el seno de la madre, y sonreía de satisfacción mirándola, para reanudar sus cabezadas contra aquel pecho de bronce que se agitaba dolorido por estremecimientos de congoja. La china, con sus gruesas trenzas de pelo sueltas sobre las espaldas, y el rostro desencajado por el espectro de la muerte, ni caso hacía de las caricias de su hijo; su corazón no era ya el de una madre sino el de una víctima en la agonía.

Quitáronle la criatura de los brazos, agarraron a la desgraciada y de un solo bolazo en la parte superior del cráneo hicieron rodar por tierra a la viuda más hermosa del poderoso Painé. Tendiéronla luego en la abierta sepultura, al costado izquierdo de su marido, y después de cerrar con gruesos palos la boca de la fosa, echaron sobre ella pasto seco, paja brava y yuyos. Después cubriéronlo todo con tierra, hasta formar como un montículo.

Sobre aquel túmulo sangriento ahorcaron cinco de los mejores caballos de guerra del difunto, y degollaron luego varias docenas de las ovejas más gordas.

La tétrica comitiva emprendió luego su camino de regreso a los toldos, recorriendo de nuevo el sendero jaloneado por los cuatro montones de sacrificadas mujeres, cuyas anchas heridas lamían ansiosamente los perros sin dueño de la Pampa.

Así fué como empezó su reinado el feroz Calvelú, el hijo del gran caudillo Painé, el último rey de los ranqueles, el mismo que, con veintitrés indios más, murió víctima del efecto producido por la explosión de los cartuchos de cañon y los cuñetes de pólvora que dejó abandonados la expedición dirigida por Bartolomé Mitre, el año 1857, en lo que entonces era el desierto de la Pampa y es hoy una de las zonas de más porvenir de la República.



¿QUIÉN?

por MAURICE LEVEL

ERA poco más de media noche cuando el señor Foret se detuvo ante la puerta de su departamento. Puso la balija en el suelo, sacó las llaves, hizo girar una de ellas en la cerradura, levantó el pestillo, pero la puerta, sujeta por la cadena de seguridad, no se abrió. Llamó; las lámparas de la escalera, que se habían encendido, se apagaron. Volvió a llamar. Por fin se oyó en el silencio un ruido de pasos y una voz preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, Julia.

La sirvienta desenganchó la cadena y el señor Foret entró de bastante mal humor.

—¿Estaba durmiendo? ¡Hace diez minutos que estoy llamando!

—Y ha sido una suerte que lo haya oído al señor, porque ya me había acostado...

—¡Hubiera podido esperar levantada!

—Cuando el señor y la señora están fuera no hay razón para que espere sin acostarme. La cocinera también se retiró a su cuarto a las nueve.

—Desde el momento que se la había avisado, debió esperar...

—Ignoraba que el señor regresaba esta noche.

—¿Cómo que no lo sabía? Nosotros hicimos un telegrama.

—Yo no he recibido nada... Puede preguntarle el señor a María.

—Basta que usted lo diga; pero es extraño...

—¿Desea tomar algo el señor? Hay caldo, carne fría...

—No. No quiero tomar nada.

Después de colgar en la percha el sombrero y el abrigo de su patrón, la sirvienta agregó:

—¿Y la señora, sigue bien?

—Muy bien. Llegará mañana o pasado... Puede retirarse a descansar, Julia, no necesito nada.

El señor Foret se retiró a su dormitorio y no se despertó hasta bastante tarde, el día siguiente. Por los postigos abiertos el cielo le pareció triste y gris, de ese gris pesado de los días de nieve. Cuando entró Julia con los diarios, preguntó:

—¿Hacía mejor tiempo allá, señor?

—No, por cierto... ¿Llegó ya el telegrama?

—No, señor.

A eso de las once, después de escribir algunas cartas, salió el señor Foret. Julia, en la puerta, esperaba sus órdenes.

—¿Si vendré a almorzar?... No... Si ocurre algo, si preguntan por mí estaré en el Círculo hasta las tres. Puede decir que me hablen por teléfono: Wagram 32-06... De todos modos yo le hablaré a usted por teléfono...

* * *

EN el Círculo, esperando la hora de almorzar, se puso a hacer un solitario. Un amigo se aproximó a mirar por encima del hombro.

—¿De vuelta ya? ¡A usted deben gustarle los sports de invierno, lo que a mí las matemáticas! ¡Usted regresa de la montaña cuando otros van hacia allá!

—A fe mía — respondió el señor Foret, sin dejar de alinear las cartas, — que me habían elogiado tanto las delicias del ski, el bobsleigh y el patín, que quise darme cuenta de que era eso, pero en lugar de nieve sólo he visto, en cuatro días de permanencia, mucha niebla, nubes y barro. Me harté pronto.

—¿Dónde estuvo usted?

—En Luchon.

—Pues allí hace frío desde el principio de la estación... Hace poco leí en los diarios la noticia de que ya había nevado... Pero, a todo esto no le he preguntado por su esposa... ¿Sigue bien de salud?

—Muy bien, — respondió el señor Foret volviendo una carta, después agregó:

—¡Qué difícil es este endiablado solitario!

—Sí. Y esta vez no ha comenzado bien. Los ases no salen... ¿La señora Foret regresó con usted, por supuesto ¿eh?

—No... Si pudiese colocar este diez de "trefle".

—Allí tiene un hueco... ¡Pero fíjese! Ahí está el as de "carreau"... Y aquí ¿pero en que está pensando?... Ese as de "pique"...

—Me fastidia este solitario, — dijo el señor Foret, mezclando las cartas de un manotón.—Vamos a almorzar.

En la mesa, comió poco y con aire de preocupación. Luego, después del café, jugó una partida de naipes, fumó un cigarro, ojeó las revistas ilustradas, se arrellanó en un sillón y quedó como amodorrado. El tiempo había empeorado y una tormenta de nieve azotaba París; el cielo se oscureció tanto que fué preciso encender las luces. En todas partes se manifestaba un ambiente de contrariedad. Foret abrió los ojos, se desesperezó y dijo:

—Debo volver a casa.

Alguien le replicó:

—No salga usted ahora. Los tranvías no funcionan. No hay coches. Vamos a jugar un bridge, esperando que pase el mal tiempo.

—Excelente idea. Pero si me permite, antes voy a hablar por teléfono.

—Como usted guste. Le esperamos en el otro salón.

El señor Foret se metió en la garita del aparato telefónico y pidió comunicación con su casa.

—¡Hola! ¿Es usted, Julia?

—Sí, señor.

—Quizá no vaya a comer. Si hay correspondencia déjela en la mesa de mi escritorio. No me espere más que hasta las siete y media... ¿No ocurre nada de nuevo? ¿No ha ido nadie? ¿Tampoco han hablado por teléfono?

—No, señor. Ha llegado un telegrama, nada más.

—¿Un telegrama?... Bueno. Déjelo con la correspondencia o si no... ¿quién sabe qué puede ser? Acaso algo de urgencia... Ábralo y léalo. ¿Lo ha abierto?... ¡Hola!... Julia... Estoy esperando...

Y Julia, con una voz emocionada, tan temblorosa que apenas se la oía, leyó lo siguiente:

"El cuerpo de la señora Foret ha sido encontrado en el fondo de un barranco. Venga inmediatamente".

El señor Foret soltó el tubo y abriendo la puerta de la garita, salió al salón inmediato gritando:

—¡Mi mujer, ha muerto! ¡Mi mujer, ha muerto!

En la calle, sin sobretodo, sin sombrero, corrió atropellando a los transeuntes. Llegó a su domicilio, de un tirón subió sin detenerse los cinco pisos y se dejó caer, jadeante en un sillón.

La sirvienta quedó frente a él balbuceando.

—¡Pobre señora! ¡Pobre señora!

El la miraba con los ojos fijos y haciendo gestos desordenados. La pobre mujer estaba aturdida.

—El telegrama... Deme el telegrama...

Lo leyó, lo volvió a leer con un movimiento maquinal de los labios, como si no pudiendo creer todavía, quisiera oír de nuevo cada palabra. Después se levantó; con el busto rígido y las piernas temblorosas, entró en su despacho, se sentó ante la mesa con la mirada fija en el retrato de su esposa, una fotografía, obra de un aficionado, tomada hacía dos o tres años antes y que ya amarilleaba en su marco.

Permaneció allí mientras la oscuridad iba en aumento. Los menores ruidos le hacían estremecerse, como si de pronto todo en aquella casa se hubiera hecho extraño para él.

La sirvienta penetró en puntas de pie.

—Un telegrama...

Se volvió, casi asustado.

—¿Un telegrama? ¿Un telegrama?... ¡Pronto! ¡Démelo!

Durante un momento contempló la hoja de papel azul, dándola vueltas entre sus dedos, sin abrirla. La sirvienta, llorosa, juntaba las manos. El mismo pensamiento les tenía angustiados; un pensamiento lleno de esperanza que no se atrevían a formular. Por fin él abrió el despacho y murmuró:

—¡Ay, mi pobre Julia! Es el telegrama que usted no había recibido... Todo ha terminado... Vaya a comer... No se ocupe de mí... Pero, no. Un momento... Estoy loco. ¿Quiere darme la guía de ferrocarriles?... Debe estar... No lo sé... Vea allí... Sí. Eso es. Muchas gracias... Gracias...

Hablaba con una voz sin timbre, con frases cortas, con esa exagerada cortesía que se tiene durante las terribles cóleras, o en los inmensos dolores. Hojeó la guía y vió que había a las 9 y 40 un tren que llegaba a Luchon cerca de las diez de la mañana del siguiente día, y dijo.

—Voy a partir esta noche... Prepare la balija.

Otra vez solo, volvió a mirar la fotografía, con una especie de angustia, porque si los retratos precisan y fijan la expresión de un segundo feliz, mientras los seres están vivos, de pronto cuando éstos no lo están ya, adquieren la enigmática impasibilidad de los muertos. Llegó al fin la hora, se fué a la estación y el tren partió. Se pasó toda la noche de pie en el corredor del vagón, fumando cigarrillo tras cigarrillo, con la frente apoyada en el vidrio de la ventanilla y la mirada perdida en el fondo negro del paisaje, que huía velozmente. Llegó la luz; oyó gritar: "¡Luchon! ¡Luchon!" y helado por aquella larga noche sin descanso y aterido por el frío punzante de la mañana, bajó del tren y se hizo llevar al hotel.

TAN pronto como lo vió entrar, el gerente se le acercó.

—¡Ah! Señor. ¡Qué espantosa desgracia!

El murmuró:

—¿Dónde está ella?

—Aquí, en el departamento de ustedes.

—Quiero verla...

Lenta, pesadamente, sin fijarse en los grupos de pasajeros que se apartaban a su paso, subió la escalera, deteniéndose casi en cada escalón, para dirigir preguntas al gerente que lo acompañaba.

—¿Cómo pudo suceder eso? ¿Cuándo?

—No lo sabemos, señor... Nadie lo sabe... Es cosa que no se comprende... Ayer, un muchacho que bajaba del lago de Oo, por la senda encontró el cuerpo en el fondo del barranco. Serían las ocho o las nueve de la mañana. Fué corriendo a la gendarmería. Ha sido una suerte que ese muchacho pasase por allí, ya que pocas horas más tarde, con la nieve que ha caído, todo hubiera quedado cubierto, quien sabe por cuanto tiempo... Llevaron el cuerpo a la alcaldía. La pobre señora no llevaba encima ningún papel para identificarla. Se averiguó en los hoteles. Como no habíamos visto a la señora después de marcharse usted, temimos una desgracia. Fuí a la alcaldía y como reconocí el cuerpo, pedí permiso para traerlo aquí... Me pareció lo más conveniente...

Habían llegado frente a la habitación; el gerente empujó la puerta y a la entrada de la pieza, donde dos bujías pinchaban la oscuridad con su débil luz, el señor Foret cayó de rodillas. Luego avanzó y se sentó a la cabecera de la muerta.

Al otro día, cuando bajó, encontró a un agente de policía, quien le entregó una carta del juez de instrucción, citándolo a concurrir a su despacho. Fué en seguida.

Esperó cerca de una hora en una gran habitación, demasiado caldeada, en la que ante una mesa, un muchacho arreglaba legajos. El juez llegó, por fin, y pidió disculpa por haber llegado tarde. Había tenido, precisamente, que ir al hotel para llenar algunas formalidades. Se sentó después e indicó una silla al señor Foret.

—Hubiera deseado no turbarlo en estos momentos de dolor, pero el juzgado necesita algunos datos que sólo usted puede proporcionar. Es cosa de un momento...

El señor Foret inclinó la cabeza.

—Estoy a su disposición,—dijo.

El juez se volvió hacia su secretario.

—¿Tiene usted todo preparado, Lorenzo? Bien, señor, ¿tiene usted la amabilidad de decirme el nombre de soltera de la señora Foret?

—Margarita Lambert.

—¿Qué edad tenía?

—Veinticuatro años.

—¿Cuánto hace que se habían casado ustedes?

—Cinco años.

—¿No tienen ustedes hijos?

—No, señor.

—¿Habían venido a Luchon para estar una larga temporada?

—No, de pasada. Nos habían hablado de los sports de invierno y quisimos ver qué eran... Al cabo de tres días, como nos aburríamos, decidimos regresar.

—¿Por qué se fué usted solo? ¿Se encontraba enferma la señora Foret?

—Un poco fatigada.

—¿No podía usted esperar a que se restableciese?

—No. Negocios urgentes exigían mi presencia en París y la indisposición de mi esposa no presentaba gravedad. Por eso partí algunas horas antes que ella, pues habíamos convenido que tomaría ella el tren del día siguiente, o del otro.

—¿No existía entre ustedes algún desacuerdo? ¿No hubo discusión?

—¡Ni la más mínima! Pero permítame que le diga, señor juez, que no alcanzo a comprender...

—¡Oh! Señor, los más graves acontecimientos dependen a veces de los motivos más fútiles... Evidentemente el camino del lago de Oo, es muy estrecho y empinado... Ignoro si se han producido ya, otros accidentes semejantes a este, pero no cabe duda de que pueden producirse, aún cuando durante la buena estación pasa por allí mucha gente a lomo de mula y sin que haya desgracias. Sea lo que fuere, el caminante puede dar un paso en falso; por poco que la tierra ceda, que se desprenda una piedra bajo sus pies, se produce la caída terrible en ese punto donde el precipicio es muy profundo: esto es, naturalmente, una hipótesis. Pero he aquí otra: el paciente se halla triste; bajo la impresión de una pena, de una violenta contrariedad... se inclina hacia el abismo que lo atrae... lo obsesiona y al fin, salta...

El señor Foret, palideció.

—Pronuncie la palabra: ¡un suicidio! No hay que pensar en semejante cosa, señor juez. ¡Es inverosímil, imposible! ¿Por qué había de suicidarse mi mujer?... Eramos un matrimonio muy unido; teníamos las mismas opiniones, los mismos gustos... Sin ser considerable, nuestra fortuna nos permitía vivir decentemente... En fin, nada podía llevarla a cometer semejante locura.

El juez reflexionó un instante.

—Evidentemente, lo que usted me manifiesta es desconcertador... por que me he fijado con esa hipótesis después de haber estudiado y desechado otras soluciones. Primeramente creí posible—era cosa tan lógica—en un accidente, y, ya iba a dar por terminada la investigación cuando el guía que me acompañó al lugar del hecho, me hizo notar que el suelo, en el sitio donde se produjo la caída, no presentaba el menor indicio de desmoronamiento, y que no se comenzaba a notar el surco dejado en la nieve por el cuerpo, sino a bastante distancia del borde de la montaña, a tres o cuatro metros más abajo del sendero, como si ese cuerpo, arrojado con fuerza no hubiese golpeado en seguida en el suelo. Como usted comprende eso no podía haberse producido de manera accidental. El barranco no está cortado a pico como una pared y todas las personas que saben, lo que son montañas, dicen que un accidente así deja siempre "su firma". Tuve, pues que

descartar esa primera versión y eso me ha llevado a preguntarme si no ha sido un caso de suicidio. Si hubo suicidio, todo queda explicado. Por eso le preguntaba a usted, hace un instante, si no habían tenido ustedes desacuerdos o divergencias que hubieran podido orientar mis investigaciones.... Pero si tengo que renunciar tanto a esta solución, como a la primera, tendré que tomar en cuenta una tercera hipótesis, la del crimen, ¿comprende usted? ¿llevaba la señora Foret muchas alhajas? ¿Llevaba dinero? No se ha encontrado nada. ¿Deseaba usted decirme algo?

FORET había hecho un gesto como si quisiera hablar.

—Sí, señor juez, sí. No he dicho toda la verdad. Creía poder reservar para mi solo ciertos detalles de mi vida íntima, pero me doy cuenta de que usted debe conocerlos. Naturalmente no se trata de hechos definidos; pero tal como son, los considero útiles para permitirle ver con mayor claridad. Del conjunto de indicios, de síntomas que le expondré sucintamente surgirá, así lo creo, ante usted, la misma y triste certidumbre que, desde el primer momento, ha surgido ante mí.

"Los comienzos de nuestra vida matrimonial, fueron, en efecto, felices. Después mi mujer se enfermó; la llevé al Mediodía, y, desde ese momento, su caracter, su genio, sufrieron una modificación radical. Su alegría fué sustituida por una tristeza de la que nada lograba distraerla, por una extrema nerviosidad, una constante preocupación, que no vacilo en calificar de enfermiza, respecto a su salud. Su padre había muerto, joven aún, de una enfermedad del pecho, probablemente de tuberculosis y ella hablaba de eso constantemente, con verdadera ansiedad, diciendo que si ella supiera que estaba enferma del mismo mal, preferiría terminar inmediatamente, sin esperar más. La llevé al consultorio de varios médicos. Hice celebrar consultas; todo lo que dijeron los médicos fué tranquilizador. Al volver a casa, mi mujer parecía un poco más alegre, más confiada, pero al cabo de algunos días, volvía a la idea anterior, a decir la frase que era como un verdadero estribillo: "No quiero morir como papá... Sé muy bien lo que debo hacer." Hubo un momento en que esa idea se hizo tan obsesionante que la pobre resolvió hacer testamento. Intenté tomarlo a broma, quise decir todo lo que se puede decir en tales casos, pero ella me contestó que todas mis objeciones eran inútiles que "no se sabe nunca lo que le puede suceder a una persona" y por no contrariarla, dejé que hiciese lo que quisiera.

"Redactó, pues, su testamento cuidando de los menores detalles en una forma de la que nadie la hubiera creído capáz. Esto ocurría pocos días antes de nuestra partida y precisamente con el propósito de alejarla de esos tristes pensamientos, la hice que emprendiera viaje. Todo esto, señor juez, se lo comunico, dominado por la emoción más violenta, para abreviar sus averiguaciones y evitar que algun pobre diablo desprovisto de documentación personal, y sin domicilio, sea molestado por la justicia, aunque sea sólo por un momento. Le hago saber, señor juez, lo que ha sido el dolor de toda mi vida. Nunca me arrepentiré bastante de mi precipitada marcha, de ese abandono de algunas horas, que la pobrecita aprovechó para poner en ejecución su espantoso proyecto. Pero mi mayor pena sería que la familia llegara a conocer la verdad. Vive la madre y tiene una hermana: figúrese usted la sombra lamentable la que la palabra "suicidio" proyectaría sobre esa familia desesperada, la reprobación de que se rodearía a la memoria de la pobre...

Dos veces bajó el juez la cabeza.

—Tiene usted razón; es necesario que la palabra "suicidio" no sea pronunciada y cuente conmigo para hacer que no lo sea. Pero tengo que hacerle una pregunta más. Hace un instante usted me ha hablado de un testamento... ¿A quién legaba su fortuna la señora Foret?

—A su única hermana. Como no tenemos hijos, lo lógico era que su fortuna particular volviese a su familia.

—Enteramente lógico.

—Ese testamento está depositado en el bufete del escribano Poncet, en París.

Foret se levantó. El juez siguió hablando indicándole al mismo tiempo que volviese a sentarse.

—Le pregunto eso porque se ha encontrado, entre los papeles de la señora Foret, en una pequeña valija, que es ésta, un testamento cuya fecha es muy reciente,—es del 8 de Diciembre y estamos a 15,—que resulta bastante distinto de aquel al cual acaba usted de hacer alusión. Por si usted lo ignora, voy a leérselo, es muy breve. Dice así:

"Lego toda mi fortuna a mi marido".

El señor Foret dió un respingo en la silla.

—¡Es imposible!... ¡Semejante cambio en las voluntades de mi mujer!...

—Léalo usted mismo, si quiere.

EL señor Foret, tomó el papel con temblorosa mano.

—Este asunto, tan sencillo en sí mismo—continuó el juez,—está, por otra parte, lleno de contradicciones. Al quitar la nieve se han encontrado en la tierra huellas de pisadas. Esas huellas, unas de calzado de hombre y otras de calzado de mujer, llegan tan sólo al sitio donde se produjo la caída, lo que es bastante extraño. Y cosa más extraña aún, el calzado de la señora Foret, se adapta exactamente a las segundas... Pero lo que es, en absoluto desconcertante, es, que en el camino descendente—la dirección de las puntas de los pies lo indica,—no se encuentra más que la señal de los pasos del hombre.

¿Quién es, pues, ese viajero desconocido que hizo precisamente el mismo paseo que su pobre mujer, que se paró en el mismo punto en que ella se detuvo, y que regresó por el mismo camino? Pero, si era difícil buscar a la dueña del zapatito de la Cenicienta más difícil es en este caso, encontrar el dueño de unas botas de montaña. Tanto más, cuanto las botas a las que me refiero son de forma norteamericana y le bastaría al paseante desconocido reemplazar las que llevaba entonces por un par de calzado de forma francesa,.. ¿ve? precisamente como el que tiene usted puesto, para desorientar todas las investigaciones... Pero usted ha leído ya el testamento, ¿qué piensa usted de él?

—Pienso,—respondió gravemente el señor Foret—que ésta es, sin duda ninguna, letra de mi pobre mujer, lo que no impedirá que me niegue a admitirlo como válido...

—Sin embargo, si tal ha sido la voluntad de la difunta...

—De acuerdo, señor juez. Pero ¿puedo yo, dentro de un criterio equitativo aceptar ese testamento? Le pregunto eso como quien pide un consejo. Mi mujer estaba en su sano juicio, sin duda y sé que, juzgado dentro de lo que el derecho dispone el documento es inatacable, pero se podría objetar que fué redactado bajo el imperio de una obsesionante angustia...

El juez daba rápidos golpes en su escritorio con la punta de un corta-papel de metal y marfil.

—Quién sabe si se daría el caso de que algunos seres malignos o indiscretos,—dijo,—llegaran hasta preguntarse si es usted completamente ajeno a eso que denomina usted "una obsesionante angustia", ¿no es cierto?—dijo el juez.

El señor Foret palideció de nuevo.

—¡Oh, señor juez! ¿De qué me cree usted capaz?

—¿He dicho acaso que esa opinión fuese la mía?—preguntó imperturbable, el juez.

—Nada más que el hecho de admitir la verosimilitud de semejante hipótesis es para mí una injuria mortal, señor.—exclamó Foret.—¡Injuria que lo horrible de las circunstancias hace aun más odiosa, si es posible! ¿Captarme yo la confianza de una persona enferma? ¿Imponer a un espíritu debilitado por el sufrimiento, mi voluntad, descontar la muerte de mi mujer, empujarla fríamente hacia el suicidio? "Dadme dos líneas escritas por un hombre,—ha dicho alguien,—y yo me encargo de llevarlo al patíbulo." Dos líneas le parecen a usted supérfluas. Una sola le basta para acusarme de la más abominable de las maniobras. ¡De una maniobra criminal!... ¡Oh! ¡No proteste! Leo la palabra, en sus ojos... ¿Por qué no dice usted de una vez que yo soy el matador de mi mujer... que yo la he asesinado?

—Porque,—respondió muy suavemente el magistrado sacando de un sobre dos pequeños cartoncitos amarillos y poniéndolos en alto, sujetos entre el pulgar y el índice,—usted mismo se ha encargado de decirlo al tomar los boletos, el 8 de Diciembre en la estación de París. ¿Lo recuerda bien? El 8 de diciembre cuando partió con su desventurada esposa, tomó dos boletos diferentes: Uno,—del que tengo aquí la segunda mitad,—de "ida y vuelta": el de usted; el otro, que me ha sido enviado de la estación de Luchon, simplemente de "ida": el de ella. Previsor en la premeditación, ha sido usted económico en el crimen. ¿A qué pagar doble viaje de la que no había de regresar? Pero, como usted va a comprenderlo, hay economías que cuestan caras.

El señor Foret se irguió, abrió la boca, intentó hablar, pero no articuló sonido alguno, y lívido, con la mirada extraviada y las piernas vacilantes, tendió las manos para que le pusieran las esposas.

EL PIRATA AEREO

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR

GUY THORNE

Traducida especialmente para "PUCKY"

Extraña y desconcertadora narración misteriosa de piratería en el "alto aire", escrita por el autor de muchas novelas sensacionales y de gran éxito en todo el mundo. El resumen que se publica a continuación permitirá a los que no hayan leído los primeros episodios, darse perfecta cuenta de todo lo pasado.

ANTECEDENTES

DA comienzo la narración quince años después de terminada la guerra mundial. Existe ya en todas partes el tráfico aéreo, normalmente establecido. Hay líneas regulares entre las principales naciones del mundo. Sir John Custace, baronet, joven de treinta años, desempeña el cargo de jefe superior de la Policía Aérea Británica.

Repentinamente es llamado desde Plymouth, donde está el puerto de los transatlánticos aéreos, a causa de un asunto urgente. Realiza el viaje por tren acompañado de Constanza Shepherd, hermosa y joven actriz, de la que está enamorado y que debe partir aquella noche para Nueva York, en la nave aérea "Atlantis", para cumplir un contrato teatral.

Durante el trayecto, Sir John declara su amor a Constanza y es aceptado. Al llegar al mareódromo, el jefe se entera de terribles acontecimientos. El trasatlántico "Albatross" ha sido atacado en mitad del Atlánico y saqueado por los tripulantes de un misterioso buque aéreo pirata, que vuela con increible rapidez.

Dos continentes están aterrados con la noticia; varios buques armados parten para recorrer todo el Atlántico. A las nueve de la noche el "Atlantis" debe salir, con Constanza Shepherd a bordo, para Norte América, escoltado por dos cañoneros éreos de la policía.

Sir John ve partir a la nave y regresa al hotel. A las dos de la madrugada le despierta su ayuda de cámara para comunicarle que se ha recibido un radiograma notificando que el "Atlantis" ha sido atacado. El capitán y algunos de los de la tripulación han muerto; los pasajeros han sido desposeídos de cuanto objeto de valor tenían y Constanza ha sido raptada y llevada a la nave pirata.

El mundo entero se hallaba sorprendido e indignado ante ese segundo atentado del incógnito pirata que había raptado a la señorita Constanza Shepherd en mitad del Atlántico, cuando Sir John Custace pide y obtiene de su jefe, el ministro de Gobierno, un mes de licencia.

Van Adams, el famoso multimillonario norteamericano, cede a Sir John, su "espíritu familiar", Danjuro, un japonés pequeño de estatura pero de extraordinaria imaginación y recursos para combatir a los criminales.

Danjuro ha sido educado desde joven para ser el detective y salvaguarda del multimillonario.

El japonés celebra una conferencia con Sir John y por una serie de brillantes deducciones, llegan a sospechar del mayor Helphron, un hombre original que durante la guerra fué aviador de mucho renombre, pero cuya vida, desde entonces tiene algo de oscuro y secreto.

Helphron es detenido una noche en Londres como resultado de una hábil combinación inventada por Danjuro, y la misma noche Sir John, disfrazado y el japonés, salen de Londres en un automóvil, en dirección a la costa de Cornwall, a Penzance.

Con ellos va Thumbwood, el sirviente de confianza de Sir John.

La Tercera Parte de esta Novela en Cuatro Partes, comienza a continuación. Lo que antecede permitirá al lector darse cuenta perfecta de lo publicado antes y seguir las líneas del desarrollo del argumento de esta producción, la mejor que ha escrito el afamado autor de tantas notables novelas.

TERCERA PARTE

I.

LA mañana siguiente de nuestra llegada a Penzance, me asomé a la ventana de mi dormitorio.

Varias veces había volado sobre Cornwall, pero hasta entonces nunca había puesto el pie en su territorio.

Siempre había sido Plymouth mi punto de descenso.

Nos hallábamos ya en nuestro campo de batalla. No había tiempo que perder en reflexiones. En el puesto en que me hallaba, tenía una deuda con la sociedad, y para conmigo tenía la obligación de realizar una venganza personal y amarga.

Y ambas deudas iban a ser irremisiblemente pagadas.

Danjuro llamó y entró en mi dormitorio. El día anterior, media hora después de nuestra llegada a Penzance, había desaparecido diciéndome que no lo esperara porque no sabía a qué hora podría estar de regreso. En vista de ello, y como me encontraba muy cansado, me había metido en la cama y no volvía a verle hasta ahora.

—He estado muy ocupado, Sir John,— me dijo. — Fingiéndome ingeniero de minas, en un sitio y agente de una firma naviera del extranjero en otra, he realizado varias investigaciones necesarias. Alquilé un automóvil, pues no convenía que conocieran el nuestro, y he recorrido gran parte de la región.

—¿Con qué objeto?

—Con dos objetos distintos. Uno, el de descubrir cualquier establecimiento mecánico de propiedad particular en el que se puedan construir en secreto cierta clase de motores. Ya recordará usted que los dos llegamos a la conclusión de que el pirata aéreo no podía haber conseguido máquinas silenciosas de ninguna otra parte. El otro, — agregó, —era hallar un depósito de petróleo...

—¿Petróleo? No había pensado en ello. ¡Ya comprendo!

—Precisamente, Sir John, una nave aérea tal como la que buscamos, necesita constante abastecimiento de combustible, pues consume enormes cantidades. Cuando sepamos quién es un particular que recibe petróleo, frecuentemente y en gran cantidad, habremos dado otro paso más hacia adelante.

—¿Y qué ha descubierto?—pregunté.

—Nada decisivo. Pero hay ciertos indicios, muy leves, pero que me animan a continuar. Iremos juntos esta tarde. ¿Entretanto que ha preparado usted, como plan para hoy?

—He estudiado el mapa de la región y he hecho algunas averiguaciones. Después del desayuno iré a la zona de los pantanos, hasta la solitaria y pequeña aldea de Zerran. Hay como ocho millas de distancia y según creo sólo una y media del castillo de Tregeraint, que es donde vive el mayor Helphron. Existe en los peñascos una antigua y espaciosa hostería donde creo que podremos encontrar habitación.

—Y donde me dará usted sus lecciones de lectura, — agregó Danjuro mirando picarescamente con sus oblícuos ojos. — He traído los textos griegos de "La República", de Platón, y de algo más, en la balija. Es bueno dedicar atención a los menores detalles. Debemos entonces encontrarnos a la hora de comer esta tarde y espero que sus noticias serán de gran importancia... Con su permiso llevaré conmigo al honorable Thumbwood. Puede serme de gran utilidad.

Después del desayuno, con algunos sandwichs y una cantimplora en el bolsillo, me puse en marcha por la calle principal hacia el lado del oeste y siguiendo luego por un ondulado sendero, me dirigí hacia la región de los pantanos.

El aire estaba saturado del perfume de innumerables flores. Altas palmeras, se destacaban en los jardines de las antiguas casas de granito, una flora subtropical brotaba por todas partes y me costaba trabajo creer que me encontraba en Inglaterra.

Si se observa el mapa de Cornwall, se ve que la extremidad de la región forma una especie de península. Penzance está al sur y se halla frente a la parte meridional del canal. Mientras avanzaba, volvía la espalda al canal, pues iba hacia el norte, hacia el punto que constituía el objeto de mi viaje, la vasta y poco conocida parte interior llena de pantanos y situada entre las montañas y la costa salvaje que queda entre el canal y el Atlántico.

Mientras avanzaba, el calor, la exhuberancia de la naturaleza que notaba en torno mío me parecía tan poco real como un sueño. Aquello no podía, sin embargo, dar tranquilidad a mi alma. En lo más profundo de mi ser, aun cuando dominada por mi voluntad, yacía una interminable angustia.

Por fin las casas fueron menos. En lugar de jardines se veían espaciosos y ondulados prados cereados por muros de piedra. A lo lejos al nivel de la línea del horizonte, se veía la extensión de la zona de los pantanos.

Llegué por fin a lo alto y respiré a plenos pulmones el aire más puro y vivificante que haya respirado jamás. El camino se extendía ante mí, varias millas, como una blanca cinta tendida sobre matorrales de amarilla retama. Me hallaba en una amplia meseta de tonos dorados, marrón y púrpura. A la izquierda grandes colinas coronadas por torres de granito se recortaban sobre el fondo del cielo y a la derecha se encontraban las abruptas cimas del monte Zerrán, a tres millas de distancia, en línea recta. A sus pies, en la costa alta, situada a trescientos pies del océano, distinguí la pequeña aldea que buscaba.

Observé el mapa un momento, saqué mi brújula de bolsillo y me interné en el matorral. Ya tenía hecha una idea casi completa del terreno,—gracias al instinto que adquirimos los aviadores,—pero me dí cuenta de que un conocimiento más exacto sería de incalculable importancia para lo que yo me proponía hacer.

No tropecé con alma viviente alguna durante la primera parte de mi paseo por la zona de los pantanos. Las alondras cantaban en lo alto del cielo azul; una pareja de las extrañas chovas de Cornwall con sus rojos copetes salieron volando de lo alto de una roca cubierta de líquenes y grande como una casa. Pero mientras llegué a Zerrán y aunque miré hacia las estrechas fajas de campos de pastoreo y sembrados de tri-

go que se encontraban al pie de los peñascos, no vi señal de habitación humana.

Más abajo distinguí la torre de una iglesia y una pequeña fila de casas grises. Más allá estaba la línea que formaba la costa con la serie de peñascos que servían de rompe olas y el Atlántico — "Madre de Océanos", más allá aún. ¡Ya no había tierra entre Nueva York y yo! Supongo que a pesar de todo el soberbio esplendor del sol y de todos los colores de los soberbios espacios del mar y del cielo, no me detuve a contemplar un sólo instante aquella escena sin igual en la tierra. Pero mientras enfocaba mis gemelos y recorría con la mirada la costa, me animaba la idea de que allí, en algún punto de aquellos, estaba la clave del misterio que yo había de resolver.

Eran un lugar propicio para grandes escenas aquellas vastas soledades. Todo podía suceder en aquellas montañas, refugio de los Druidas. Un artero y astuto canalla, un hombre de gran intelectualidad, con alma de Satán, podía haber encontrado allí un teatro digno de sus hazañas.

A una milla de la aldea y, precisamente al pie de donde yo estaba, vi que los arrecifes se doblaban hacia dentro entre dos cabos. Aquello debía ser la ensenada de Zerrán que indicaba el mapa, y en el mismo borde del precipicio había un largo edificio gris que tenía que ser el de la hostería que tenía por emblema: "Al Escudo de los Mineros".

Comencé a descender, saltando de roca en roca, donde las serpientes se calentaban al rayo del sol. Después de un centenar de yardas llegué a un desfiladero por donde corría un arroyo que iba a dar al mar. Allí encontré una senda que descendía ondulando hasta las ruinas de una abandonada mina de estaño. Ví, cuando pasé por delante de ella, parte de la casa de la maquinaria y la enorme armazón del molinete de los pozos. Las bombas y los ascensores, cubiertos de musgo y plantas, ofrecían un singular y triste aspecto, en aquel estrecho desfiladero, donde el sol apenas penetraba.

Pasé de largo y llegué al camino carretero que va de St. Ives al extremo de la costa, llamado Land's End, y cruzándolo encontré un callejón lateral que me condujo directamente a la hostería, que había visto desde las alturas.

Era un gran edificio, cubierto de hiedra y que indudablemente había tenido un gran movimiento comercial ochenta años atrás, cuando las innmerables minas de estaño de aquella región estaban en explotación. Ahora parecía olvidado por todos y dormía bajo la caricia del sol. "Una base ideal para nuestras operaciones", pensé mientras penetraba por una puerta abierta, a una gran habitación baja, con piso de piedra y techo de grandes vigas de roble.

Allí hacía fresco y la sala estaba tan oscura, sobre todo después de haber estado a la fuerte luz del sol, que durante un momento no pude ver nada, pero sí oír unos estentóreos ronquidos. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, vi que allí había un hombre dormido. Estaba sentado en un banco colocado a lo largo de la pared, con la cabeza apoyada en los brazos, que descansaban en una mesa. A su lado había una botella de whisky medio vacía.

Suponiendo que fuese el dueño de casa, le toqué en un hombro. Fué seguido esto de un movimiento como el del salto del muelle de una trampa. Instantáneamente el hombre estiró los brazos y se puso de pie. Durante un segundo, el sueño lo venció, pero desapareció en seguida como el aliento que empaña un espejo y... si alguna vez he visto reflejado el terror en el rostro de un hombre, fué entonces.

Vestía una camiseta azul y un saco de alpaca, manchado de aceite y sucio. Sus manos eran las de un mecánico, con uñas mugrientas. Pero fué su rostro lo que más me llamó la atención. Tenía un aspecto de astucia y picardía — una curiosa mezcla de refinamiento y maldad. — Parecía un hombre de refinada educación a quien las circunstancias de la vida mal orientada, o alguna tentación especial, habían hundido y desorientado lamentablemente.

Observé todo esto, mientras estaba ante mí, con la boca abierta, la mandíbula caída y los ojos inyectados en sangre. Su rostro se había cubierto de una palidez mortal, y pensase lo que pensase, creo que no hubiera querido pensar lo que pensaba aquel hombre ni aun cuando me hubiesen dado un millón.

—Lo necesito, — dije. Esto fué lo primero que se me ocurrió decir.

El pronunció inarticulados sonidos.

—Es usted el patrón de esto, ¿no?

Suspiró largamente y su rigidez cedió. Tomó la botella de whisky, echó parte del líquido en un vaso y después de beberlo de un sorbo, habló.

—¡Qué modo de asustarme, Dios mío!— dijo. — Me encontraba tan lejos de aquí, soñando, que usted me asustó de un modo...

Fué a mí a quien, entonces, le tocó sorprenderse, aun cuando lo disimulé. Aquel hombre se expresaba como persona de buena educación. Su voz, su acento, eran los de un hombre cultísimo. No era lo que, juzgando por su aspecto, yo me había figurado.

—Siento mucho lo que ha pasado, — dije. —Le ruego que me disculpe. Pero, como es natural que sucediera, yo, al verle aquí...

—Sin duda creyó... — respondió él y una cortés pero desagradable sonrisa movió sus labios. — En realidad, Trewhella, el patrón, ha ido hasta la aldea por pocos instantes. Me pidió que le cuidase la casa... Debe volver pronto.

Agradeciéndole cortesmente su explicación, me senté, mientras mi imaginación trabajaba rápidamente. Me ofreció un poco de whisky y aun cuando no era lo último que yo esperaba, acepté, después de fingir que iba a rehusarlo. El me estaba observando de soslayo mientras bebía.

—¿Puede usted decirme, — pregunté con franqueza, — si podré encontrar habitaciones para alquilar aquí o en la aldea de Zerrán.

En seguida se puso sobre aviso.

—¿Necesita usted habitaciones para quedarse a vivir en ellas un tiempo? — preguntó.

—Sí. Soy maestro privado, de Oxford y tengo a mi cargo un joven extranjero con quien viajo. Necesito un lugar tranquilo donde estar tres o cuatro semanas y éste me parece ideal para mis propósitos.

Su rostro adquirió una expresión de tranquilidad.

—Debí figurármelo.—dijo.—Trewhella suele alquilar, a veces, habitaciones...

—¿Vive usted aquí?—preguntó con cortés indiferencia.

—He vivido aquí durante un año—respondió.—Soy ingeniero de minas... esta ropa se lo demostrará... Formo parte de un pequeño sindicato privado, de un grupo de amigos que hemos reiniciado los trabajos en una mina de estaño, abandonada, en un tiempo y situada no lejos de aquí... ¡Ah! Ahí está el patrón... Trewhella, este caballero desea hablar con usted.—Después, dirigiéndose nuevamente a mí añadió:—Adios, señor. No dudo de que si usted viene por acá. yo y mis amigos tendremos ocasión de vernos con frecuencia. Somos hombres que hemos estado en institutos y universidades también, y solemos reunirnos aquí, por la tarde, después de la labor del día.

Saludó con la mano y salió.

El señor Trewhella, era un anciano nativo de Cornwall, de atrayentes modales, con la nativa astucia de la raza, pero sin artificio. Tenía tres dormitorios y un amplio salón para alquilar. Su esposa que había ido a pasear a St. Ives, era,—él así lo afirmaba—una buena cocinera. Thumbwood, podía atendernos a nosotros y vivir con ellos. Además había una caballeriza, desocupada donde podíamos guardar el automóvil.

—¿Y cuánto es lo que me piensa pagar, señor?—preguntó Trewhella.

—Eso lo dejo a su criterio. Debo manifestarle que el joven a quien estoy preparando para que dé sus exámenes en Oxford es muy rico. Se trata de un joven japonés, y si usted nos proporciona unas habitaciones cómodas y confortables...

Aquellas palabras tuvieron el resultado que yo esperaba. El dueño se tornó más expansivo y se explayó respecto a los origenes de su extraña vivienda. Supe así que aquel fantástico lugar, era una vieja guarida de contrabandistas y naufragadores. La parte posterior del país, daba a una pequeña esplanada situada sobre los peñascos cuya orilla no estaba a mayor distancia de unas doscientas yardas. Allí el arroyo que pasaba junto a la posada descendía en una serie de pequeñas cataratas, hasta una pequeña caleta de profundas y verdes aguas, encerrada entre dos precipicios coronados por altas puntas y pináculos de roca. Había una pequeña media luna de amarillas arenas al borde de las aguas y la escena era de una salvaje grandeza, sin igual ni aún en las más extrañas que conocí durante mis viajes.

Cuando estuve en lo alto y miré hacia abajo, ví algo que me pareció extraño para aquel lugar. Una línea de rieles de acero con durmientes de madera, de trecho en trecho, descendía en un vertiginoso ángulo desde un punto más elevado, a unas diez yardas de distancia hasta el césped, frente a una pequeña cabaña de chapas acanaladas.

—¿Para qué es esta línea férrea?—pregunté.—Seguro que usted no sube por ella los botes,—había dos en la costa.—Va hasta lo más alto de la costa... Debe haber unos doscientos cincuenta piés de elevación.

—Cerca de trescientos, señor. No. Esos rieles son utilizados para subir las máquinas y útiles de la Mina Tregeranit, situada cerca de Zerran. Vienen por mar en un pequeño vapor. Así es más conveniente. Hay un motor a petroleo que sube los vagones. Yo les alquilo el terreno que está todo minado por abajo y ellos deben pagarme diez libras esterlinas por año.

Volvimos a la casa y Trewella ofreció cerveza y un pastel de los típicos de Cornwall como almuerzo.

—Ese señor que estaba antes cuidando la casa, me dijo que era ingeniero de minas,—dije yo.

La enorme cara del patrón, cuyas arrugas formaban un enrejado, manifestó asombro, luego el hombre lanzó una sonora carcajada.

—¡El señor Vargus! — exclamó.—¡El señor Vargus! El cree que es ingeniero de minas pero sabe tanto de eso como pueda saber mi cerdo. Es un buen señor, que sabe algo de maquinaria... De acuerdo... Pero de minas... ¡y de minas de estaño!

Trewhella no encontró palabras para expresar su desprecio por los conocimientos mineros de mi amigo, el del diabólico rostro.

—Mire,—continuó el patrón mientras comíamos el pastel.—Yo soy un viejo capataz de minas, nacido y criado en ello... Cuando supe que un señor había venido al castillo de Tregeraint y a la vieja mina y se había propuesto trabajar en ella, me eché a reir. Conozco pulgada por pulgada el terreno de Tregeraint que hace cincuenta años era una valiosa propiedad. Hoy en día, estos aficionados no van ni a oler el estaño.

—¿Quiénes son, señor Trewhella?

—Eso es lo mucha gente se preguntó cuando vinieron de a dos y de a tres... Son señores, como usted mismo. Nunca se había visto hasta entonces, una cosa semejante por estos lugares... Hay un señor Helphron, que es de Cornwall y debía estar mejor enterado de esto; ese señor Vargus a quien usted ha visto; el señor Gascoigne, un loco, un verdadero diablo, y cerca de una docena más. Todos viven juntos en la gran casa de la costa alta y trabajan ellos mismos en la mina. No admiten allí a nadie. Ellos cocinan y se arreglan solos, como si estuviesen en un campo minero de California.

—¿No hay mujeres, sirvientas o de otro carácter?

—Ni rastro de un delantal. Mi esposa dice que viven como los monjes que vió cuando viajaba con una señora por Italia. "No querida mía,—la respondí yo.—Nunca he oído decir que los monjes se pasen la mayor parte de la tarde en la aldea con una botella de whisky escocés para cada hombre".

—¿Es un buen lote de bebedores, entonces?

—Sorprendentes para el licor. Bueno; yo debo confesarle que eso me conviene. Ahora que estoy acostumbrado a ellos y a su alegre carácter me gustaría que se pasaran aquí toda la vida. Hablando desde el estricto punto de vista del negocio, ¿eh?. Pronto se darán cuenta de que han perdido su dinero y se irán. No hay razón para que sigan adelante pero les anima una íntima esperanza, creen en el éxito y siguen. Pero yo sé algo.

Se le notaba manifiestamente satisfecho de que yo mostrase interés por lo que estaba hablando. Yo hubiera deseado saber que hubiera dicho, de saber quién era yo y por qué estaba allí. Bajo mi aspecto exterior de calma,—como cuadraba a un sabio profesor —mi excitación era enorme. La charla de aquel hombre, no tenía en verdad precio. Momento por momento sus frases y lo que yo observaba, eran una completa confirmación de nuestras sospechas. Y tan pronto como comprobé esto, me convencía de cuanto tenía de infernal el plan de aquel infame. A no ser por la clave que Danjuro y yo poseíamos únicamente, nadie en el mundo podía establecer una relación entre Helphron y Tregeraint, con los acontecimientos que habían alterado la tranquilidad de los dos Continentes.

No entraba en mi plan hacer preguntas más directas que me hubieran servido de ayuda. Era preferible dejar que siguiese aquel torrente de palabras y encauzarlo con alguna frase de comentario de vez en cuando.

Aventuré premeditadamente una frase.

—¡El dinero huye pronto de las manos de los tontos!—dije.

—¡Puede decirlo, señor! Han gastado ahí el dinero como agua. Luz eléctrica, completa y moderna maquinaria y han rodeado todo de un misterio tal, que no parece sino que la vieja mina lo fuese de diamantes.

—Malo es el viento que sopla sin beneficiar a nadie, señor Trewhella,—dije, levantándome de la mesa.—Pero lo que usted dice sobre una docena de "caballeros" que se beben cerca de una botella de whisky cada uno, casi me sorprende. No soy enemigo de lo que constituye una diversión honesta, pero...

Mi tono fué el que correspondía a mi carácter de austero profesor.

El patrón movió afirmativa y vigorosamente la cabeza.

—¡Así es, señor!—asintió. — No me ha parecido semejante conducta muy digna de gente bien educada. Ellos podrían ser caballeros, no lo niego. Tienen todo el aspecto de serlo, pero ¿quiere usted que le diga lo que yo pienso en realidad? ¿Quiere que se lo diga?

—¿Qué piensa usted?

—Pienso que todos ellos son unos despedidos, por decirlo así. No me extrañaría saber que sus familias no quieren volverlos a ver y que no tienen otros sitios a donde ir. El señor Helphron sabe qué es lo que tiene entre manos, él si lo sabe y yo sé que lo sabe. Juzgo por la actitud reticente de los otros, especialmente del más joven. No parece que lo que hacen les interesara a todos por igual. El señor Helphron los tiene dominados. Por mi parte supongo que este trabajo tonto en una mina de estaño donde ya no hay estaño, lo que hace es evitar que esos tipos anden por el mundo dando trabajo y haciendo diabluras quién sabe de qué clase.

Yo pensé que el hostelero, sin estar al tanto de la verdad, se había acercado mucho a ella.

II

CUANDO emprendí el regreso escogí otro camino. El patrón me lo indicó. Era un camino que contorneaba la costa durante una milla, en dirección de Saint Ives. Después, por un sendero que cruzaba la zona pantanosa podía llegar a la pequeña estación de Saint Erth. Allí podría tomar un tren que me llevaría a Penzance. La razón que dí para proceder de ese modo fué mi deseo de conocer nuevos lugares durante mi paseo, pero, en realidad otro era mi propósito para la adopción de ese plan. Quería pasar cerca y dar un vistazo a la mina de Tregeraint y al Castillo.

—No podrá ver gran cosa ni aproximarse mucho,—dijo Trewhella.

—¿Por qué?—pregunté.

—Ya le dije que el señor Helphron.—el hombre de cara de halcón había, por lo visto, abandonado su título militar en Cornwall,—ha rodeado de misterio su pobrísima mina. Ha ido más allá. Las instalaciones de la mina y la casa están rodeadas por dos cercos de alambre de púas y el castillo por una alta pared. "Los infractores.—dice un aviso,—serán perseguidos con todo el rigor de la ley".

—No tenga cuidado, señor Trewhella, que yo no tengo intención de desobedecer la orden.

Mi interlocutor se echó a reir.

—¡Ah! Un caballero como usted no ha de tener mucho interés en esa mina. Quizás sea mejor. El señor Helphron ha traído dos perros que andan sueltos toda la noche. Son tan terribles como feos. El señor Vargas, me ha dicho que son mastines del Tibet, los más grandes que hay en el mundo. Su aspecto es como el de un Terranova, pero tienen las orejas más largas y son mucho más grandes.

Caminé alejándome de "El Escud de los Mineros". Por más que no dejaba de reconocer que nos hallábamos aún en el borde de los descubrimientos, ya había tomado mi resolución. Una profunda oscuridad me rodeaba, pero yo estaba convencido, sin la menor sombra de duda, de que el mayor Helphron y nadie más, era el hombre a quien el mundo entero estaba dando caza.

Y cuando pensé en él y la tripulación de hombres temerarios que hacían su voluntad, el hermoso paisaje pareció entenebrecerse y el aire tan suave y acariciador pareció contaminado.

El camino que recorrí era el que utilizaban los guarda costas, y me convencí de ello por las piedras blanqueadas que servían para guiarse por la noche. Sólo distaba unas dos o tres yardas de la orilla de los temibles precipicios, en cuyo fondo, situado a unos doscientos cincuenta pies, corría el agua.

A mi izquierda estaba el Océano y a la derecha se levantaba la gran sierra de Zerrán, cuyos altos picachos cortaban el cielo. De ese lado producía la impresión de que se estaba caminando en el fondo de una taza.

Después, a una distancia de cerca de media milla el camino torcía hacia el interior. En una extensión de varios cientos de yardas, la orilla se hallaba cercada por un semicírculo de alambres de púa que formaban una defensa. Un cartel anunciaba al transeunte que debido a antiguos trabajos mineros, aquel lugar ofrecía cierto peligro. Su aspecto lo indicaba así, en efecto. Los costados eran irregulares. Observando me dí cuenta de que el peñasco formaba una curiosa punta que avanzaba en una gran extensión. Consistía en una pared de piedra, en cuya parte alta tenía un camino estrechísimo, casi cortado a pico, que nuevamente hacía una curva y corría en sentido paralelo al del peñasco en que yo me encontraba. Se formaba allí una hendidura por la que salían los gritos de miles de gaviotas. Había una pequeña desembocadura hacia el mar y se destacaba otro pico que formaba una caleta semejante a la que había en la parte de la hostería.

Me aproximé a la orilla, donde comenzaba el acero de alambre de púas, y echándome, con un brazo rodeando el primer poste, me asomé y miré hacia abajo.

Lo que ví infundía realmente terror. Era tal la profundidad que no se podía distinguir el fondo. No obstante, del lado opuesto se veía con claridad una gran pared de roca negra, donde anidaban las aves, fuera del alcance del más arriesgado escalador de montañas. Hacia la derecha, la caleta parecía tener proporciones regulares, pero estaba lejos de ser un lugar tranquilo como el que había al pie de la posada. Hasta en los días más tranquilos las aguas del Océano habían de golpear allí con fuerza colosal, formando remolinos y montes de espuma contra las rocas de irregular forma que se encontraban a flor de agua. La más pequeña embarcación no hubiera podido penetrar en la caleta de Tregeraint sin que se destrozara y perecieran sus ocupantes.

Sin darme perfecta cuenta del por qué, aquel sitio me producía la más desagradable de las impresiones y con un pequeño extremecimiento retrocedí hacia el cerco que rodeaba la parte peligrosa del peñasco. Cuando pasé al otro lado, el camino doblaba formando ángulo recto en dirección de tierra adentro.

Me dí vuelta y ví como a una milla de distancia la residencia de Helphron.

Se encontraba situada en el declive del lado este del monte de Zerrán. Era un edificio antiguo, de severo aspecto, con paredes de granito, largo, bajo y de vastas proporciones. Unos cuantos árboles enanos se destacaban en los grandes jardines, y todo estaba rodeado por una alta pared. Utilizando mis anteojos prismáticos pude darme cuenta de que la pared estaba coronada por unos garfios de hierro. Yo me encontraba mucho más abajo de Tregeraint, sobre el declive de la colina y tenía una vista despejada de sitio. Más arriba y lejos de la casa estaba el guinche y las maquinarias de la mina, varios montones de escombros y restos de las otras construcciones.

A pesar de que la finca se hallaba rodeada de alambre de púas, podía uno aproximar lo suficiente para verlo bien todo, y cuando pasé de largo y subí hasta la meseta que se hallaba al otro lado del pantano, me dí cuenta de que el conjunto podía distinguirse tan claro como en un mapa.

Una cosa resaltaba como segura. Allí no existía cosa alguna que se asemejara a un galpón. Ningún edificio había que por su tamaño pudiese contener un biplano de cuatro o cinco asientos, ni mucho menos un acorazado aéreo.

No me sentía defraudado, sin embargo, porque esperaba encontrarme con algo parecido. El buque pirata, como se recordará, era —como todas las naves aéreas destinadas a efectuar grandes travesías, — una mezcla entre lo que se conocía en los tiempos anteriores como hidroplano y un buque volador. En realidad algunos de nuestros propios aeroplanos de tamaño semejante estaban provistos de flotadores que podían ser levantados y de ruedas para ser utilizadas al maniobrar en tierra.

Aquello debía ocurrir con el buque pirata. Pero no se podía pensar ni por un momento que un hombre de la inteligencia de Helphron pudiera encerrar su extraordinario buque en un punto donde a una simple investigación pudiera descubrirlo mi policía. Los guarda costas y la policía terrestre de toda Inglaterra habían informado del emplazamiento de todo hangar o aeródromo existente en el Reino Unido. Si Helphron era el hombre, y yo estaba convencido de ello, no cabía duda de que nos hallábamos en el comienzo del duelo.

Seguí subiendo dejando atrás los alambrados y la mina. No me atreví a utilizar mis prismáticos porque al pasar ví a la distancia

una o dos figuras de hombre vagando por las inmediaciones de la casa, cerca del sitio donde estaba la grúa. Pero cuando finalmente estuve entre los matorrales, en la parte más alta, me detuve y contemplé durante largo rato las construcciones y dibujé cuidadosamente en mi libro de notas un mapa que había de serme acaso más tarde de suma utilidad.

Esperé durante media hora en la pequeña estación de St. Erth y luego tomé el tren que me condujo a Penzance, a donde llegué a la hora del té. Cuando me presenté en el salón, después de haberme lavado y cepillado bien, ví a Danjuro que estaba sentado en un rincón. Tenía un montón de diarios cerca de él y ví que eran los diarios llegados de Londres.

Me alargó uno y yo me senté. Ví en seguida que había marcado con lápiz un suelto de la sección policial.

El mayor Helphron había sido llevado a la comisaría de Vine Street, acusado de haber agredido al señor Wag Ashton en el restaurant de las Mil Columnas, según las declaraciones del señor Nicholas y del jefe de los camareros, testigos presenciales.

Un médico que había reconocido al señor Ashton, declaró que éste se hallaba tan mal que no podría presentarse a declarar hasta el siguiente día. En cuanto al mayor Helphron prometió comparecer ante el juez al siguiente día, siéndole admitida la fianza que ofreció.

—Esto nos proporciona un plazo de cerca de dos días. — dijo Danjuro. — Cuando se presente Ashton no apresurará el caso y dirá que hubo provocación. Helphron será condenado a pagar una multa. Veo por los diarios que el honorable Ashton le vapuleó firme, dándole algo a cuenta de lo mucho que merece... ¡Y ahora, Sir John, vengan sus noticias!

III

NO hizo comentario alguno ni me interrumpió hasta que hube terminado completamente mi relato, y su rostro no dejó traslucir tampoco sus impresiones.

—Mis investigaciones, — dijo luego, — pueden ser referidas en pocas palabras. El pequeño buque que trae las provisiones hasta la caleta que está detrás de la posada es propiedad particular de Helphron y tiene unas máquinas y una rapidez superior a cuanto la gente supone. Permanece amarrado en el pequeño puerto de Hayle, que se encuentra en la línea principal entre Plymouth y Penzance, en la bahía de St. Ives. En ciertas ocasiones, llegan consignadas separadamente, desde diversos puntos del país grandes cantidades de petróleo. El "Gaviota" es cargado completamente y hace entonces el corto viaje hasta la ensenada de Zerrán.

—¡Ese es el eslabón que faltaba! — exclamé. — ¡No cabe ya duda alguna!

—Hay otro hecho mucho más interesante aún. Hayle era antes un punto de mucha más importancia que la que tiene ahora. Existían allí grandes fundiciones y establecimientos de metalurgia. Todo ha sido abandonado y el cieno se ha amontonado en el puerto al extremo de que sólo buques de pequeño calado pueden entrar fácilmente hoy en día. Hace tres años, Helphron alquiló una porción de terreno e instaló maquinaria. Trabajaban allí unos veinte hombres, pero los verdaderos trabajos no se realizaban en todas partes, sino en un punto cerrado donde no se admitía más que a él y a sus amigos. Era en Zerrán donde vivían y diariamente subían allí en automóvil. En la comarca se sabía que se estaba instalando una nueva maquinaria para Tregeraint. Se efectuaron varios embarques desde Hayle a la ensenada de Zerrán.

—¿Pero el navío, el buque pirata? ¿Dónde está?

—¿Quién lo sabe? Vamos avanzando paso a paso en la oscuridad. Infinidad de teorías han cruzado por mi imaginación... Las he desechado. Espero llegar al fin del más siniestro problema que se me ha presentado, con la imaginación serena. Nada podremos hacer hasta que nos hallemos en el terreno. Nuestros trabajos preliminares han terminado. Ahora comienza la verdadera labor.

—Es un problema bastante siniestro, — exclamé con amargura. — Pero eso no me conturba de ningún modo. Le confieso, Danjuro que hubo un momento, mientras observaba detenidamente aquella solitaria casa, donde esa diabólica pandilla tiene su residencia, en que mi corazón latió violentamente y mi angustia fué muy grande. "Ella" debe encontrarse allí en estos momentos, sin tener quien la defienda y en poder de...

No pude proseguir. Me cubrí el rostro con las manos y a duras penas pude no romper en llanto.

Entonces sentí que una mano se apoyaba en mi hombro.

—Tampoco se ha apartado esa idea de mi mente. No hay que desmayar. El momento de entrar en acción ha llegado... Vamos a ir a la posada de Zerrán esta noche... Dentro de una hora.

—¿Esta noche?

—¡Sí! No debemos perder ni un momento. Helphron está en Londres. Hemos alejado un gran peligro de nuestro camino. Jamás se nos presentará mejor oportunidad que ahora. Tratándose de adversarios como los nuestros debemos proceder rápidamente y en seguro, cuando ellos se consideren más a salvo. Antes de la nueva aurora habremos penetrado los secretos de Tregeraint.

Yo me había acostumbrado ya a considerar a Danjuro como el director de nuestra empresa. Su resolución me produjo el efecto que puede causarle a un hombre que perece de sed en un desierto, un vaso de agua fresca y pura. Volví a ser dueño de mi mismo.

—No hay, en efecto, razón alguna para que no vayamos a la hostería de Zerrán esta noche en lugar de hacerlo mañana por la

mañana. Trewhella no sospechará nada,—exclamé.

—Pediré el automóvil para dentro de una hora. Entretanto tengo aun una o dos cosas que hacer. Arregle usted la cuenta del hotel, Sir John, y avise a esa gente que nos vamos.

Era una noche serena y de un calor sofocante. Nuestro automóvil marchaba por el camino de la zona de los pantanos y los focos lanzaban ante nosotros sus rayos potentes que entre las nubes de polvo que levantaban las ruedas, parecían dos anchas cintas de oro. Danjuro, sentado a mi lado, iba silencioso y pensativo. Su maciza cabeza descansaba en una de sus manos. Como a mitad de camino murmuró:

—Esta sería una noche ideal para la realización de otra piratería en el Atlántico.

No respondía porque yo también iba pensativo. ¡Así que había llegado la noche decisiva! Ibamos a cruzar los aceros, a disparar el primer tiro con el adversario, dentro de pocas horas... ¿Qué nos reservaba el porvenir?

No experimentaba temor alguno. Tenía la firme resolución de realizar un acto de justicia. Me sentía más feliz que durante los días anteriores, porque no hay nada que predisponga más que la proximidad de entrar en acción. Mientras avanzaba así en la noche, a la luz dorada de los focos del automóvil que volaba por aquel camino situado entre los pantanos, entoné una muda plegaria, ante el trono de la Justicia y de la Legalidad. Y como si la respuesta hubiera sido enviada inmediatamente, acudieron a mi imaginación estas palabras del Salmo 91: "Yo te he de libertar del lazo del cazador".

Después volví a sumirme en mis pensamientos.

Cuando nos aproximamos silenciosamente a la hostería, oímos un gran ruido de canciones, procedente del salón principal. Una mujer de elevada estatura apareció en una de las puertas y yo le expliqué que habíamos resuelto presentarnos antes de lo que habíamos pensado en un principio. La mujer era comunicativa y alegre y no demostró asombro ninguno por nuestra llegada. Los dormitorios y las demás habitaciones estaban preparadas y cuando Thumbwood llevó el automóvil a la caballeriza y subió los equipajes, apareció el señor Trewhela, que se presentó procedente del bar y convinimos en que preparase algo que comer para las diez y media.

Entretanto las canciones continuaban en aumento mezcladas con el vibrar de las cuerdas de un banjo.

—Sus clientes están contentos esta noche, —dijo Danjuro..

—Son los señores de la mina, señor,— respondió el posadero. — Esta es una de sus noches. ¿Quieren acompañarlos durante media hora?

—No; es la primera noche que estamos aquí... Pero cantan muy bien. Como extranjero siento gran interés por las cosas de este país... ¿Puedo atisbar un poco?

Se había dirigido, mientras hablaba, a la puerta de comunicación y levantando una punta de la roja cortina que cubría los vidrios miró hacia el otro lado. Yo le imité.

La extensa habitación estaba llena de gente y de humo de tabaco. Con una sola excepción, — la del señor Vargus, — todos eran hombres muy jóvenes, según calculé; de una edad que variaba entre los veintitrés y los treinta años. Muchos llevaban trajes sucios y viejos, pero de calidad y corte que hacían el elogio del sastre que los había hecho. A simple vista se les hubiera podido tomar por un grupo de oficiales de marina, pero eso de primera intención únicamente. Mis miradas fueron indagadoras, de semblante en semblante y en todos noté la misma ausencia de nobleza y de dignidad. Algunos eran astutos, otros tenían un gesto de brutalidad, en pleno desacuerdo con su juventud y en la mirada de todos se notaba un reflejo de desafío y de insolencia. Era repugnante. Sentía uno la expresión de estar viendo algo que debía estar oculto. Entre aquella nube de humo el espectáculo resultaba repelente.

Casi sentí impulsos de escupir en el suelo con indominable gesto de asco. Me volvía y noté que el hostelero me estaba observando.

—¿No le dije que vería usted un buen lote de diablos? — dijo. — ¡Me parece que no le he engañado, señor!

Entonces Danjuro me tocó el brazo y volví a mirar hacia el salón nuevamente. Un hombre con la cabeza descubierta había penetrado en la habitación, procedente del exterior. Se sentó en una silla de la que, al parecer, se había levantado para salir, pues vestía uniforme de marino y la gorra estaba en el asiento.

Era un hombre corpulento, de cara alegre, que debía haber bebido ya bastante pero que, a pesar de tanta bebida, era el que tenía cara de estar más sereno de cuantos había allí.

—¿Quién es ese? — pregunté a Trewhella, al ver que el señor Vargus llenaba generosamente de ron el vaso del recién llegado.

—Ese es Billy Pengelly, nuestro guarda costas. Aquí le trata muy bien toda esa gente y a Billy no le disgusta, pues es aficionado a la bebida como pocos. Pero es tan fuerte como un toro y en seguida se le pasa el sueño si es que el alcohol le hace dormir, y al despertar está como nuevo. Además en estos sitios apartados, — prosiguió, — no es fácil que venga nadie a ver si Billy está o no en su guardia, a sus horas.

En aquel momento un muchachote alto empezó a tocar el banjo, del que arrancó algunos sonidos.

—¡Atención, señores! — gritó con clara voz de tenor.—¡A formar el coro!

Y sin mayores preliminares empezó a entonar nada menos que la canción del pirata de "La Isla del Tesoro", que decía así:

¡Quince hombres en la caja del muerto!
¡Jo! ¡Jo!
¡Y además la botella del ron!

La hostería retumbaba con aquel sonoro canto. Yo me sentía como fascinado por una especie de terror. Todo aquello, — sabiendo lo que yo no ignoraba, — resultaba tan espantoso y terrible, que más que otra cosa me daba a conocer la clase de individuos con quienes tenía que medirme.

Danjuro no había comprendido del todo y yo tuve que explicárselo en francés. Entonces él hizo un gesto de asentimiento mientras me dirigía una de sus singulares miradas. La voz cantó:

¡Bebamos y el diablo hará lo demás!
¡Jo! ¡Jo!
¡Y además la botella del ron!

Se hubiera dicho que la habitación era pequeña para contener aquella batahola y que los cristales de las ventanas se iban a hacer añicos. En el momento de más ruido se oyó algo como el jadear de una máquina.

Danjuro prestó un instante de atención y me susurró:

—Motocicleta.

El ruido persistía e iba en aumento. El que se aproximaba lo hacía con el máximum de velocidad y dejando libre el escape. Siguió una sucesión de estampidos y después la puerta del salón de la hostería se abrió de golpe.

Un hombre de elevada estatura, con gafas de automovilista y traje de mecánico, penetró en el recinto. Al ver al recién llegado cesó el canto de los piratas con dramática rapidez y los cantantes se pusieron de pie. El que había llegado se quitó la gorra y las gafas.

Era el mayor Helphron.

Todos los presentes lo rodearon y él dirigió a cada uno una palabra afectuosa. En cada caso, el hombre a quien había hablado saludaba y salía de la hostería. Por último Helphron tomó a Vargus del brazo y los dos salieron también.

Helphron tenía un extenso cardenal en torno del ojo derecho y estaba muy pálido. Su semblante reflejaba voluntad y firmeza y su boca se contraía con una sonrisa maliciosa repelente y abominable.

IV

DOS minutos después, en mi dormitorio, me decía Danjuro, con intención: "Los lobos van de cacería esta noche". Una vez más vi que su rostro adquiría el aspecto de un demonio del viejo Japón.

—Helphron no comparecerá mañana ante el tribunal de policía. Lo ha arreglado de algún modo; el asunto era tan trivial en sí mismo. Ha venido en motocicleta desde Londres y ha corrido desenfrenado, durante todo el día.

—¿Cree usted que el buque pirata va a hacer alguna de las suyas esta noche? — pregunté yo con mal disimulada emoción.

—Creo que estoy seguro de que sí. ¿A que si no a eso ha venido Helphron de Londres con tanta urgencia? ¿Observó usted la actitud de sus confederados? Comprenda usted que, a pesar de todas sus astutas precauciones el pirata es suficientemente hábil para darse cuenta de que su carrera ha de ser corta. No puede confiar en permanecer en el misterio mucho tiempo más. Los propósitos son de enriquecerse rápidamente. Según mis cálculos ha de haber robado joyas y dinero por valor de unas doscientas mil libras esterlinas. Con unos cuantos golpes más, por el estilo quedará en condiciones de licenciar a su tripulación y desaparecer para siempre. La rapidez es la sustancia de su plan.

—Pero nosotros debemos hacer algo. Hay que evitar que parta... Detenerlo.

—Nuestra oportunidad de intervenir ha mejorado, Sir John. Lo primero que debe usted hacer es concentrar una flota de patrulleros en estas inmediaciones.

—El automóvil está pronto. Puedo dirigir despachos cifrados a Plymouth y a Londres. Dentro de una hora tanto en la zona fronteriza de la costa como el mar pueden estar cubiertos por un enjambre de aeroplanos. Saint Ives no queda más que a seis millas de aquí,—dije.

—Redacte los despachos en seguida. Llamaré a Thumbwood para que los lleve junto con una carta oficial de usted para el jefe de la oficina de correos de Saint Ives.

Abrí mi cartera y redacté los despachos. Aquella noche habría en los aires una invasión tal de aeroplanos, como jamás se había presenciado en el oeste de Cornwall.

Thumbwood se presentó. Le dí las instrucciones necesarias y poco después oí que el Rolls-Royce partía a toda velocidad.

—Ahora nos toca a nosotros representar nuestro papel, — dije a Danjuro.

—Si nuestra conjetura es acertada. — respondió, — los piratas han de salir para su expedición dentro de poco. ¿Cómo van a dónde está su buque aéreo y dónde está el buque?, lo ignoramos. Sin embargo, podemos calcular con seguridad que la casa quedará a cargo de uno, o a lo más de dos hombres. Los demás harán falta a bordo. Esto es, naturalmente, un simple cálculo. La ocasión de proceder se le presenta a usted con toda claridad. Debe ir usted en seguida a Tregeraint y enterarse de si la pobre joven se encuentra sana allí y en tal caso sacarla y ponerla a salvo. Quizás esta noche el buque pirata realice su última hazaña. Nuestra presencia aquí y nuestra identidad, no son siquiera sospechadas. Una concentración de aeroplanos hostiles en estas inmediaciones, es lo último que puede esperar Helphron esta noche.

—¿Y usted, amigo mío? — pregunté.

—Yo desearía acompañarlo, pues su vida va a estar en peligro, pero en mi opinión, mi actividad debe orientarse de diferente modo. En el supuesto de que pudiera escapar, alguien "debe" resolver el misterio del buque pirata. Tengo una idea hecha y deseo ponerla a prueba. En la bahía hay embarca-

ciones y como la luna comienza a aparecer, hay que comenzar la obra. No obstante, le acompañaré, Sir John, si acaso usted lo dispone así.

Con un negativo movimiento de cabeza, rechacé el ofrecimiento.

—No, iré solo,—dije.—Es lo que me corresponde hacer.

Entonces Danjuro hizo algo muy extraño. Me tomó la mano e inclinándose, la besó.

—Usted esta también, un samurai,—exclamó.

Un minuto después había traído de su dormitorio una pesada balija de la que sacó una variada cantidad de objetos.

—Aquí tiene usted una pistola automática y una docena de almacenes cargados, de repuesto,—dijo. — ¿Sabe usted manejarla bien? Lo suponía. Con estas pinzas podrá cortar los alambres de púas. Estas dos llaves con guardas adaptables, se hace girar el tornillo del centro y el del extremo le servirán para abrir cualquier cerradura común. He aquí también una poderosa palanca, de acero templado con doble cuña en un extremo, manejada por un hombre de su fuerza abrirá puertas y ventanas.

En aquellas circunstancias mi ánimo no estaba para bromas, pero no pude dejar de exclamar:

—¡El instrumental de un completo ladrón a la moderna!

Danjuro me dirigió una mirada fría como el hielo.

—Hablo enteramente en serio, sir John. Usted sabe la experiencia que poseo y declaro que jamás he tenido que afrontar un peligro de la magnitud del que va a correr usted.

—Yo no quería decir nada molesto,—manifesté.—Y esto, ¿qué es?

Me refería a un pequeño tubo de cuero que tenía un lente en una de las extremidades.

—Esto es una poderosa antorcha eléctrica. Pero es algo más que eso. Puede usted volverla instantáneamente, y si oprime este botón plateado, el fondo de metal, saltará movido por un resorte y arrojará una onza de pimiento de Cayena a un radio de varias yardas. Detendrá en su avance al más valiente y obrará de modo instantáneo. Es un pequeño invento mío, que me ha sido utilísimo en muchas ocasiones.

"Estas esposas,—continuó,—son de papel comprimido y pesan una insignificancia. Son japonesas y tienen la resistencia del acero. Podrán serle útiles. Además yo nunca hago una expedición de esta clase sin llevar un pequeño frasco con cloroformo y una almohadilla de algodón. Guárdese todo esto en forma que no le moleste y su peso pasará inadvertido para usted.

Así lo hice y confirmé sus palabras. Luego me asaltó una idea.

—Armado y preparado de este modo,—dije,—tengo la seguridad de poder entrar. Pero andan sueltos por la noche dos mastines del Tibet. Podría eliminarlos a tiros, pero las detonaciones...

—Ya se ha pensado en eso, sir John.—¿Ve usted este rifle? Parece uno de esos de caño corto de los que se emplean para derribar cuervos, sólo que este tiene la recámara más grande. Contiene diez balas cónicas, huecas, que se abren al dar en el blanco. Lo esencial consiste en que el arma no produce ruido alguno. El uso de la pólvora queda descartado. El poder propulsor consiste en un gas compuesto de ácido carbónico y el único sonido que produce es el semejante al cierre de un muelle fuerte. Con este arma, usted podrá hacer frente a los perros y matarlos fácilmente.

"No se olvide de llevar su cantimplora de caza, con cognac y agua. Y en lo relativo a su alimentación en forma concentrada, por si tiene que ocultarse durante un tiempo, aun cuando yo y Thumbwood iremos en su busca si llega la madrugada y no ha aparecido, estas tabletas de chocolate concentrado, son inapreciables.

Todo esto se realizó en forma rápida y con tal precisión, como si se hubiera tratado de una transacción comercial.

Mientras conversábamos había llegado hasta nosotros desde el piso bajo, el ruido que hacía el hostelero al cerrar su establecimiento y momentos después nos llamaron para cenar.

—No se quede levantado por nosotros, señor Trewhella, — dije yo. — Necesita usted descansar. Nosotros estamos acostumbrados a acostarnos muy tarde. Mi amigo y yo damos, a veces, un paseo de cinco minutos antes de acostarnos. ¿Eso no le molestará, verdad?

—De ningún modo, señor. Cada cual hace aquí su gusto. Aquí no es como en la ciudad. La llave de la puerta está colgada en un clavo a uno de los lados. Y si acaso quieren salir más tarde, Billy Pengelly duerme en el establo vacío.—El señor Trewhella se retiró.

—Ese guardacostas puede serme de mucha utilidad,—dijo Danjuro.—Y ahora, sir John, no quiero darle prisa; pero opino que debe usted marchar en seguida. No creo que la gavilla haya salido aún de Tregeraint. Pero hay centenares de sitios donde esconderse en la zona pantanosa y puede usted observar hacia donde van antes de intentar nada. Yo seguiré la pista pocos minutos después de usted.

—¿Y Carlos? Debe estar de regreso dentro de poco.

—Irá conmigo. Lo necesitaré. De fijo que él desearía marchar con usted, sir John, pero creo será preferible que vaya usted solo. No partiré hasta que vuelva, pues creo que nada imprevisto le habrá obligado a detenerse.

Fué hasta la ventana y levantó una de las cortinillas.

—La luna está en cuarto menguante,—dijo.—Estará en todo su poder a eso de la

media noche, cuando acaso se libre en el espacio una batalla tal que maravillará al mundo entero cuando la conozca.

Guardé los objetos en los bolsillos y los arreglé para la excursión, encontrándome muy cómodo y libre de movimientos.

—¡Bien! ¡Buenas noches!—dije.

Y sin añadir una palabra más, salí tranquilamente de la casa.

Cuando había caminado como un centenar de yardas, me volví para mirar hacia la hostería, plateada por la luz de la luna. El aire estaba perfumado con el aroma de las flores que crecían en los cercanos jardines. El Atlántico se agitaba más allá, abajo, con un murmullo como el de los sueños de hadas y los picos de Zerrán, lanzaban al pasar el aire por sus hendiduras, notas que se asemejaban a los melancólicos sonidos del oboe.

La noche no podía ser más encantadora, señores.

V

La luna, que se hallaba en su último cuarto, arrojaba su debil espectral claridad sobre el terreno, cuando yo llegué tranquilamente hasta las primeras defensas de alambre de púas, que cercaba las tierras de Tregeraint. Me acosté entre unos matorrales, seguro de que así no me verían y esperé.

Había pasado una hora desde que la banda dejó la posada. ¿Dónde se encontraban? ¿Habrían partido para su desconocido destino? Misterio. Por más que presté atención no llegó hasta mí rumor de ninguna especie. Desde el sitio en que me encontraba, ni en los alrededores de la mina, ni en la casa se notaba luz, ni movimiento alguno. Tregeraint parecía desierto como si nadie lo hubiera habitado durante siglos, y los vociferadores de la posada, al parecer, se habían desvanecido en el aire. Tampoco alcancé a ver ni rastro de los grandes perros del Tibet.

Permanecí sin moverme durante un cuarto de hora, según observé por mi reloj de esfera luminosa. Como nada ocurrió, dí principio a mis operaciones. El alambrado era fuerte e intrincado, pero después de diez minutos de trabajo, con las poderosas pinzas que me proporcionó Danjuro, conseguí cortar los de la primera y segunda defensa, sin sufrir ni un arañazo. Me detuve luego en una vasta extensión cubierta por una hierba poco crecida, a la que la luz de la luna daba un tono grisáceo. La tapia que rodeaba al castillo se encontraba a más de cien yardas de distancia en lo alto de un talud. Con mi rifle de gas al brazo avancé por el espacio libre, como un fantasma. Mi calzado tenía suelas de caucho que apagaban por completo el ruido de mis pisadas.

La altura de la tapia sería de unos diez a doce pies, y en la parte superior sobresalían puntiagudos pinchos de hierro, lo que, además de su elevación, hacía imposible que fuese escalada. Pero calculando que debía existir en alguna parte una entrada, y pensando utilizar la palanca de que disponía, comencé a efectuar, con toda cautela, un reconocimiento. Como a mitad de camino, ví una pequeña puerta de madera. Era de dimensiones muy reducidas, no tendría más de seis pies de altura y en el centro tenía un ventanillo, como de un pie cuadrado, defendido por una gruesa reja. Calculé que aquella entrada era la de servicio y para el jardinero y que la principal había de encontrarse, probablemente, al lado opuesto, frente a la mina. Pero aquella entrada era preferible para mis propósito y sacando la palanca me dispuse a atacar el obstáculo.

Mi intención era abrir del lado en que suponía se encontraba la cerradura, cosa que no me costaría gran trabajo, pues soy un hombre que tiene mucha fuerza; pero de pronto me asaltó una idea. Los barrotes de la reja estaban enmohecidos por el tiempo y como no encontré señales de cerradura, supuse que la puerta estaba asegurada con cerrojos. Apoyé en uno de los hierros la palanca y sin necesidad de emplear toda mi fuerza, ni hacer más ruido que el que poduce un fósforo al encenderse, pronto los tres barrotes habían sido arrancados y se encontraban sobre el césped.

Tengo los brazos largos. Introduje por la abertura el derecho y tras un breve tanteo mis dedos tropezaron con un cerrojo que corrió fácilmente. Estaba bien aceitado, así como las bisagras de la puerta, lo que demostraba que su uso era frecuente.

Entré por aquella abertura, como un gato, e instantáneamente la cerré tras de mí. Me encontré entonces en un amplio y descuidado jardín en el que las hierbas y las flores crecían libremente, formando un matorral, oculto entre el cual pude observar con detenimiento la oscura fachada del edificio. Todo tenía un aspecto de soledad y abandono, como si allí no existiese alma viviente alguna y durante varios minutos contemplé aquello con atención. Hasta aquel momento la tarea había sido ridículamente fácil, pero cuando salí de mi escondite para avanzar hacia la casa, todos mis nervios estaban alerta. No tenía miedo,—pienso que puedo afirmarlo con exactitud, — pero mi ánimo no estaba tranquilo. Aquella vieja casa, con su atmósfera de robo y asesinato, con sus singulares y temibles habitantes, los desconocidos peligros hacia los que avanzaba y, en fin, la idea de que Constanza pudiera estar allí, todo predisponía de una manera especial mi espíritu.

Miré en redor y vi que todo marchaba a pedir de boca. Esto alejó mis vacilaciones y me tornó terrible.

No pensé en ello entonces, pero ahora me doy cuenta de la temeridad que cometí al acercarme paso a paso a aquella casa.

Todas las ventanas del piso bajo del edificio estaban cerradas. No se veía ni un rayo de luz en ninguna de ellas. Seguí por un sen-

dero y llegué al frente de la casa donde había un camino enarenado en el que crecía hierba y unos portones grandes de hierro. Esta parte de la casa estaba despejada y sin adornos, salvo un pórtico con columnas y gradería de varios peldaños. Una espesa capa de hiedra lo cubría todo desde el suelo hasta la altura de las ventanas del primer piso y después de haber reconocido la puerta de entrada, que como suponía, estaba cerrada, la hiedra me sugirió la forma de entrar. Si podía trepar hasta el techo del pórtico, podría entrar por la ventana central, que como podía ver, no estaba cerrada.

La hiedra era vieja y las ramas fuertes y abundantes. Un muchacho hubiera podido subir con toda facilidad hasta la parte superior del pórtico, así como un muchacho podía haber levantado con la hoja de su cortaplumas el picaporte de la ventana, y saltar al interior. Lo que podía hacer un muchacho, podía hacerlo yo.

Me encontré en un dormitorio que no tenía más luz que la de la luna. Noté que había cortinas y las corrí antes de examinar el lugar a la luz de mi antorcha eléctrica. Era un dormitorio vulgar, muy desaseado, amueblado con un juego de madera pintada. Había un baño, de los que tienen forma de plato, lleno de agua y un par de clavas. En las paredes había fotografías de teams de football y en el cajón abierto de un tocador, un montón de billetes de banco y de monedas de oro.

El aspecto era el del dormitorio de un estudiante de Oxford, pero me produjo mal efecto. Sentí como si me viera de pronto en contacto con algo abominable. Cuando abrí la puerta, pulgada por pulgada, aseguré la potente arma que llevaba en el bolsillo. El corazón pareció detener sus latidos cuando salí a un oscuro corredor. Luego respiré y sus latidos se aceleraron.

Poco después me hallaba en el rellano de una ancha escalera de suaves peldaños. Abajo se veía un amplio hall escasamente alumbrado y hasta mis oidos llegó el sonido de un piano tocado en forma magistral.

Mis piernas flaquearon y tuve que agarrarme para no caer al suelo. ¡Constanza! ¿Quién podía tocar el piano en aquella casa, no siendo ella? No puedo olvidar los momentos mezcla de angustia y de alegría que pasé. Pero pronto pasó aquello y recobré la serenidad. La persona que tocaba no podía ser mi adorada.

Me deslicé escalera abajo. Decididamente los lobos habían abandonado su guarida, sin que yo pudiese adivinar cuándo ni de qué modo. La casa estaba deshabitada, a excepción de una o dos personas, lo más. Todas las puertas que daban al corredor estaban abiertas como si las habitaciones hubieran sido abandonadas de prisa. El edificio se notaba vacío de sus acostumbrados ocupantes.

Una luz suave se escapaba por una puerta abierta a la derecha del hall. Miré por ella y ví una habitación grande, medio en tinieblas. Las paredes tenían revestimiento de madera había en ellas algunos cuadros; cubría el piso una gruesa alfombra. Dos enormes mesas de roble con su complemento de sillas y butacas, ocupaban la parte central y casi no se necesitaba la presencia de una ventana cuadrada, en la pared y que comunicaba con la cocina, para enterarme de que aquello era el comedor de Helphron y de sus bucaneros.

Al otro lado y frente a la puerta de entrada había una grande arcada, medio cubierta por una cortina. Daba a otra habitación inmediata y de allí era de donde salía una luz fuerte y se oía el sonido de la música.

Puse el rifle de gas en el suelo, junto a la pared, saqué la pistola automática y quitándola del seguro, me acerqué a la cortina, de puntillas. Había allí un hueco o alcoba donde había habido unos estantes. Reinaba la oscuridad y era un buen escondrijo, llegado el caso. Descorrí la cortina un espacio mayor de una pulgada. Cuando hice eso el pianista comenzó a tocar la encantadora "Balada", (op. 3), de Chopin.

Era el hombre a quien yo había conocido con el nombre de Vargus, el hombre de la voz educada y del rostro mitad diabólico, mitad refinado. Se hallaba sentado ante un magnífico piano, balanceándose un poco en su asiento.

¿Conocen ustedes la maravillosa composición de Chopin? La mayor parte de las personas la han oído por lo menos una o dos veces en su vida tocada por algún maestro. Yo he oído cómo la ejecutan los más grandes pianistas del mundo, pero ninguno la toca como aquel hombre.

Producía la sensación de algo que no era terrenal. Era como si el ejecutante, bajo la influencia de un desconocido poder, tratase de reconquistar algo, irremisiblemente perdido. Cuando llegó a ese extraño pasaje que con frecuencia ha sido comparado al suave trotar de un caballo, la tensión que producía en las íntimas fibras del corazón era dolorosa. Un artista, Aubrey Beardsley, hizo una maravillosa descripción de este pasaje: "Se diría que el espectro de un caballo blanco pasa por un tenebroso bosque de pinos conduciendo a una pálida dama, vestida de terciopelo negro". El cuadro se presentó a mis ojos en aquel momento, pero se esfumó en seguida.

Como ustedes saben, la pieza termina con una furiosa agrupación de sonidos. Había terminado justamente y el ejecutante había quedado inmóvil, como un muñeco de cera, cuando en mi línea de visión apareció otra figura. Era un gigante, de cabellos rojos y sombrío semblante.

—Ya que ha terminado usted por fin ese infernal barullo,— gruñó. — Será preferible que nos pongamos a la tarea. Pronto empezarán a llegar señales. Por mi parte, tengo que dar el alimento a los canarios.

Reconocí inmediatamente a aquel hombre. No era posible equivocarse. Era Miguel Feddon el famoso jugador internacional de rugby, y seis años antes, ídolo del público. Se decía

que era el mejor back que se había visto en Inglaterra. En pleno éxito de su carrera se había visto envuelto en un escandaloso asunto criminal, fué condenado a cinco años de trabajos forzados y escapó. Yo le había olvidado pero las últimas palabras, trajeron a mi memoria toda la carrera de Feddon.

—Todo está pronto en una bandeja, en la cocina y la sopa se halla en el horno eléctrico. Ha de estar ya caliente,—respondió Vargus, con su voz suave y acariciadora.

—Voy en su busca y ojalá este maldito asunto se hubiera terminado ya. Yo dije desde el primer momento, que desde que el jefe trajo a esas dos mujeres, los riesgos iban a aumentar más que nunca... y me temo que las cosas tomen un mal giro, Vargus. No se olvide de mis palabras.

Vargus tomó una botella que estaba en una mesa, cerca del piano. Era de cognac. Sirvió dos vasos hasta la mitad, luego los llenó con soda de un sifon.

—Esto es la verdadera felicidad,—dijo.—Si todo marcha bien esta noche, con un par más de expediciones habremos terminado y dispondremos cada uno de cien mil libras. Nos diseminaremos por el mundo. Todos tenemos nuestras ambiciones. La del jefe es esa muchacha Shepherd. Dentro de unos quince días habrá desaparecido con ella... Cada uno a lo suyo.

Feddon apuró el contenido de su vaso de un solo trago.

—Ella le hace bailar en un pié,—dijo luego.—No he visto jamás semejante furia. Temo cuando tengo que acercarme a ella y deseo que no me llegue el turno de quedarme en la casa. Ya la hubiera yo arreglado si fuera cosa mía. No hubiera soportado ni las cosas que hace ni las que dice, como las soporta el jefe... Está loco por la muchacha.

—¿Y qué habías de hacer, mi corpulento amigo?—preguntó Vargus, con su abominable sonrisa.

Feddon llevó la mano a su cintura y se tocó el cinto de cuero.

—¿Qué haría? Tomaría esto y la golpearía hasta ponerla verde y azul.

Vargus se puso en pié.

—Bueno. Ve a buscar la comida,—dijo.—Yo bajaré en seguida. Si me necesitas estoy en la cabina del telégrafo sin hilos.

Feddon echó a andar y yo tuve a penas el tiempo necesario para esconderme en la habitación que había visto antes, cuando él levantó la cortina y avanzó pausadamente por el comedor en dirección al hall, por donde desapareció.

Vargus se dirigió hacia un espejo que estaba junto al piano. Yo lo observaba detenidamente. Hizo algo, que no pude ver y el espejo se abrió como si fuese una puerta.

Se oyó el chasquido de una llave eléctrica y ví que daba un paso hacia adentro, tiró de un cordón y desapareció dejando la puerta abierta. Aquello era la puerta de acceso a un ascensor secreto.

No habría descendido aún unos doce pies cuando ya estaba yo en la habitación que acababa de dejar.

Era de grandes dimensiones y cuadrada, amueblada con bastante lujo y muy iluminada con grandes globos de luz eléctrica.

Había un cómodo sillón colocado frente a la arcada, cuya cortina me había servido a mí hasta poco antes, de escondrijo. Me arrellané en aquel asiento que conservaba aún el calor de su anterior ocupante. Aquello me divertía y sonreí satisfecho.

Se oyó nuevamente el clic de una llave eléctrica y el ascensor apareció inmediatamente. Yo le apuntaba con la pistola, pero por fortuna el ascensor estaba desocupado. Esperaba al hombre que había ido a buscar el "alimento para los canarios".

Yo también lo esperé. Había cerca de mi mano una caja de cigarrillos, abierta. Tomé uno y lo encendí tranquilamente.

Poco después oí rumor de pasos que se aproximaban por el lado del comedor. La cortina se levantó y Feddon apareció con una bandeja en las manos.

Se detuvo al verme. La luz daba de lleno en sus rojos cabellos. Su boca se abrió, pero no salió sonido ninguno. Sus ojos me miraban llenos de asombro. Su aspecto era de una imbecibilidad tal, que no pude por menos que echarme a reir.

Pero aquello pasó rápidamente con una ligereza propia del excelente back que era. En un segundo reaccionó y la pesada bandeja cruzó la habitación en dirección a mi cabeza y detrás saltó él, rápido como una serpiente acosada.

Yo estaba preparado. El no. Mi primera bala le dió en un hombro y lo contuvo un instante. Luego, con un juramento y un grito de dolor, volvió a la carga. Disparé el arma, por segunda vez, y le dí en el corazón, cuando estaba a tres pasos de distancia.

El señor Feddon no volvería a "dar el alimento a los canarios".

La última y más interesante parte de esta novela se publicará en el próximo número de Pucky.

Es más fácil dar el ser a un hijo que hacerle virtuoso.—Teognides.

CONSEJOS PARA EL HOGAR

RECETAS E INDICACIONES CURIOSAS Y DE VERDADERA UTILIDAD PRACTICA

Tapones de frascos de esencias.—

Los tapones de los frascos de esencias, como todos los de vidrio, pueden quedarse sujetos de tal modo que sea muy difícil sacarlos. Conviene para eso echar unas pocas gotas de alcohol en torno del tapón, dejándolo así unos minutos, al cabo de los cuales se podrá sacar el tapón sin dificultad.

⁂

Verdura marchita.—

En vez de tirar como inútil la verdura que se ha marchitado, se quitan las hojas que estén ya irremisiblemente perdidas y se sumerge lo demás en un tacho con agua fresca, en la que se haya disuelto el zumo de uno o dos limones. Después de estar un par de horas en esa agua, la verdura que estaba marchita presentará el mismo aspecto que si se acabara de cortar.

* * *

Puertas sucias.—

Cuando las puertas presentan señales de suciedad de las manos que las han abierto y cerrado, lo mejor es frotar esas señales con un trapo embebido en kerosen. Después se lava el trozo de la puerta que estaba sucio, con agua tibia y jabón.

* * *

Incrustaciones en las pavas.—

Si una pava se ha cubierto interiormente de una capa de sal procedente del agua hervida en ella, y que forma gruesas incrustaciones, lo mejor que puede hacerse es echar en la pava una cucharada de sal amoníaco en terrones, llenarla de agua y ponerla a hervir. La capa de sales se disolverá en algunos minutos. Después se enjuagará la pava repetidas veces en agua fría.

⁂

Para suprimir huevos.—

Una cucharada de gelatina granulada, agregada a la masa de un biscochuelo, sustituye perfectamente a tres huevos y es éste un detalle que las dueñas de casa deberían tener en cuenta cuando los huevos valen hasta quince centavos cada uno. Se remoja la gelatina en un poco de agua fría, durante unos minutos y cuando está bien hinchada, se le agrega suficiente agua hirviendo hasta completar una taza. Se bate con un batidor de huevos y se añade a la masa.

Para añadir el tul.—

Cuando se hace algún trabajo en tul es muy conveniente conocer el modo de juntar los pedazos, que se explica a continuación. En la confección de las blusas, mangas, volados para enaguas, etc., es de suma importancia tomar en cuenta este consejo: pues, siempre habrá una esquina o una tira que agregar para sacar la forma. El único modo de añadir conocido era el de colocar las piezas a añadir simplemente 1 1|2 centímetro sobre la otra, pero esto tiene el inconveniente de deshilacharse a los pocos lavados y por consiguiente tomar muy feo aspecto. Se ha demostrado que lo mejor es coser las orillas por el revés como otra costura cualquiera, tnienedo la precaución de cuidar que las mallas se correspondan y de dar puntadas finas pero bien aseguradas; luego se abren, se aplastan bien y lo que sobra, se fija con puntadas prolijas por el revés. Haciendo las costuras de este mo[do] quedarán perfectamente sólidas por más [que] se laven y serán casi invisibles.

* * *

Golpes en los muebles.—

Cuando un golpe ha dejado una señal en un mueble, lo primero que debe hacerse es mojar el sitio golpeado, durante largo rato, con un trapo y agua bien caliente. Después se dobla un trozo de papel de embalaje de modo que queden seis u ocho hojas, una sobre otra, se empapa en agua hirviendo y se pone sobre la señal. Se aplica luego una plancha caliente sobre el papel hasta que se haya evaporado el agua por completo. Si la señal no ha desaparecido aún, se repite el proceso hasta que la superficie vuelva a quedar lisa, como antes del golpe.

* * *

Para lavar tarros de leche.—

Los tarros y las jarras que han contenido leche deben ser enjuagadas con abundante agua fría antes de lavarlos con jabón y agua caliente. El agua caliente suele endurecer la nata pegada a la superficie de modo que luego resulte difícil sacarla.

⁂

Adornos de yeso.—

Para limpiar los objetos de yeso,—adornos, estatuas, etc., — se les da una mano gruesa de almidón bien espeso. Se deja secar bien y la capa de almidón se desprende, descascarándose y llevándose toda la suciedad que tenía la superficie del yeso.

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

NOVIEMBRE
de 1921

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION MENSUAL No. 4.



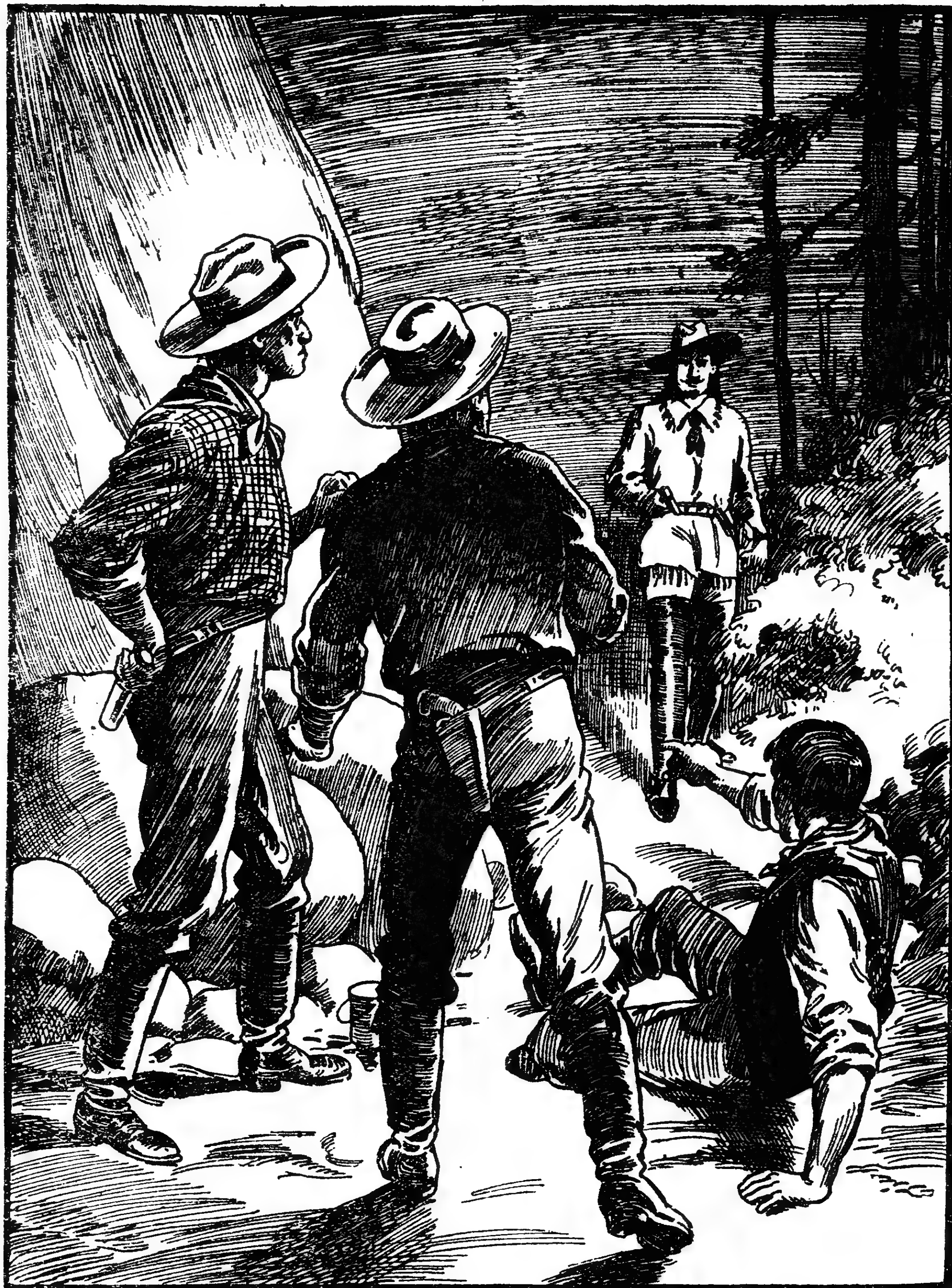
COMPLETA EN ESTE NÚMERO

LOS LADRONES DE TRENES

NUEVA NARRACION DE BUFFALO BILL


Sumario


Sumario



Cody pudo ver que había tres personas junto a la hoguera y apuntó con el revólver. Uno de ellos lo vió y se dió cuenta de que no era su camarada Josh. Pero Cody avanzaba ya hacia ellos. "¡Atención, muchachos!" gritó uno. Por lo visto había un cuarto hombre cuya presencia Cody no había notado. Pero no vaciló por eso. Búffalo Bill no vacilaba jamás.



LOS LADRONES DE TRENES

Fascinadora y extensa historia de asalto de trenes en el Far West, en la que actúa Búffalo Bill, el famoso cowboy.

(Traducción de "PUCKY")

CAPITULO I.

Búfalo Bill efectúa investigaciones

¡QUE cieguen mis ojos si no logro vencer a esa banda de ladrones!

La frase fué pronunciada por Búffalo Bill, quien marchaba a caballo por el camino que, de Hogsback Ranges, iba a Happy Valley. Se detuvo un momento, dirigió una mirada hacia el poniente y luego reanudó la marcha para lanzar a poco una exclamación de sorpresa.

Y la sorpresa era agradable, porque frente a él, mirándole con una alegre sonrisa de bienvenida, estaba una muchacha tan linda como la más bonita que pueda encontrarse en Estados Unidos.

Estaba parada ante una puerta rústica encuadraba por jazmines y rosas. Detrás, entre un grupo de pinos había una casa, parte vivienda, parte hall, que el recién llegado reconoció en seguida como la escuela de la aldea.

—¡La pequeña Sally Summerson! — exclamó riendo.

—De Cinnabar Crossing,—fué la pronta respuesta, que terminó la frase comenzada por él. — ¿Y usted, coronel? ¿Qué puede traerle a usted por Happy Valley?... ¡Hacía ya mucho tiempo que no nos veíamos!...

—Más de cinco años, según creo, — confirmó Búffalo Bill, sonriendo complacido.— Cinco años desde que la ví en el molino de su padre en la encrucijada. Pero no ha cambiado mucho desde entonces, a excepción del peinado, pues antes llevaba trenzas y de su falda, que era un poco más corta... ¿Pero, puedo saber qué hace por aquí?

—Sí. Soy maestra de escuela. Estoy aquí desde hace dos meses. Esta es mi casa y mi escuela, como puede ver, — prosiguió Sally, señalando el edificio de pintado techo, paredes claras y semicubierto de plantas trepadoras.

—¿Entonces vino aquí directamente de Maryville cuando terminó sus estudios?— preguntó el coronel. — Recuerdo que su padre no se mostraba muy satisfecho de que fuese usted maestra... Pero me parece que ahora son felices... ¿No es así?

El viejo Summerson, padre de Sally, era uno de los más antiguos y mejores amigos que Búffalo Bill tenía y que había combatido con él tiempos atrás. El coronel había conocido a la alegre joven cuando era pequeñita.

"Tío Bill" acostumbraba a llamarle ella cuando se sentaba sobre sus rodillas. Ahora, a un centenar de millas de su antiguo domicilio, lo volvía a ver en forma inesperada y reía contenta.

—Está bien, mi vieja amiguita... Qué alegría tan grande volverla a ver, — exclamó paternalmente Cody.

—No es menor la que experimento yo, coronel.

—No. Llámeme "tío" como me llamaba antes,—insinuó él.

—Bueno. Le llamaré otra vez "tío Bill" si es usted tan bueno que se baja del caballo y accede a tomar una taza de te, — respondió ella. — Sea bueno y diga que sí... Estoy hambrienta por saber algunas noticias de aquellos lugares y supongo que usted habrá estado por allí hace poco tiempo. Usted que va siempre de un lado para otro debe tener muchas cosas que contar.

—Ah. Sí... Seguramente, — exclamó el coronel riendo a carcajadas, mientras echaba pie a tierra.

Una buena taza de te, era ciertamente lo más indicado para después de una larga marcha a caballo, y Sally había ya preparado todo lo necesario.

—Bueno. Ya está complacida, — exclamó el coronel entrando en una pequeña habitación, tan limpia y atrayente como su dueña. —¿Es aquí donde vive?... Sola... ¡Diablo, todos los jóvenes de esta comarca deben andar bebiéndose los vientos. ¿No es así, Sally?

—¡Oh! No hay temor, porque yo poseo la forma de tenerlos a raya, — fué la pronta respuesta.

—¿Sí? ¿Cuál es?

—No. No es "cuál", es "quién", — manifestó la muchacha.

—¡Ah! ¿Con que "quién"? — repitió Búffalo Bill.

—Sí. Quién... El... Mi Jim.

—¿Su Jim? Muy bien. Muy bien... Espero tan sólo que será digno de usted.—añadió cariñosamente.

—Claro que es digno de mí, — respondió la joven.—Y quiero casarme con él.

—¿Con que se van a casar? ¿Ya está convenido eso?—preguntó riendo Cody.

—Sí. Ya está acordado. ¿Qué pensaba usted? Estamos comprometidos. Mi Jim está empleado en la estación del ferrocarril. Está a cargo de ese trozo de la vía, desde Happy Valley hasta Black Gap.

Búffalo Bill hizo un gesto de sobresalto.

—¡Diantre! ¿Si será uno?...—murmuró.

—Bueno. Hablando exactamente, no es el encargado, — corrigió en seguida Sally.—El verdadero encargado es el viejo Brackley, pero está enfermo y Jim tiene que desempeñar su puesto.

—¡Ah! ¡Ya!—exclamó el coronel acariciándose la barba. — ¿Y cómo tiene la pretensión de casarse con una muchacha educada y linda como usted?

El puesto de encargado de una estación de tan poca importancia como la de Happy Valley no debía estar muy bien remunerado, y además el tal Jim tampoco era eso, por lo visto, sino un encargado de los equipajes.

Búffalo Bil desconfiaba de que el viejo Summerson estuviese en antecedentes. Tenía la seguridad de que soñaba con algo mejor para su linda hija.

Sally pareció leer en la frente de Cody sus pensamientos y procuró convencerle de que sus ideas no eran acertadas. Lo único que había era que Jim carecía de dinero. Pero en cambio era muy bueno y muy honrado, esto sobre todo.

Búffalo Bill quedó impresionado por la insistencia con que Sally defendía la honradez de su prometido... Honradez que nadie había demostrado poner en duda.

Jim tenía, al parecer, en la aldea, fama de ser un incorregible haragán. Era todo lo que se podía decir de él. Pero desde que Sally se había hecho cargo de la escuela, el joven había sufrido un cambio radical.

—¿Hace sólo dos meses que está usted aquí y ya piensan en casarse? — aventuró Búffalo Bill. — ¿Y cuándo es la boda?

—Tan pronto como él encuentre un empleo seguro,—respondió Sally.

—¿Pero usted no seguirá al frente de la escuela?

—No. No puedo. El no quiere... Pero vamos a ser muy felices. — terminó la joven plenamente convencida de ello.

Búffalo Bill no lo dudaba. Pero tenía un gran temor de que la hija de su viejo amigo fuese a caer en las garras de un vago que estuviese representando una comedia.

—¿Y dónde está su Jim?—preguntó.

—Está en la estación. Puede ir hasta allí y lo conocerá. Se encuentra situada a mitad del camino hacia la aldea. Dígale que es un antiguo amigo de mi padre. Tendrá una gran alegría en conocerle... Pero todavía no me ha dicho usted lo que le trae por estos sitios, —añadió Sally de pronto recordando sus primeras frases.

Búffalo Bill volvió a verse asaltado por las ideas que por un momento se habían desvanecido. Miró sonriendo a la joven y exclamó:

—¡Oh! No me trae objeto alguno. Hace buen tiempo y lo he aprovechado para realizar una jira.

—¡No lo creo! Es que no me lo quiere decir, — añadió Sally. — Algo hay dentro de esa cabeza, coronel, y por eso ha venido... ¿Qué es ello?

—Bueno. Es verdad. Hay una razón, pero como comprenderá debo mantenerla en secreto...

—¿Aun para mí? — preguntó Sally con una encantadora sonrisa. — No lo creo. Eso por el contrario, despierta mi curiosidad... Usted anda persiguiendo o buscando a alguien, ¿no es así?

—No a alguien, sino a algunos, — dijo el escucha.

Sally hizo un gesto.

—¿No puedo saber quiénes son?—dijo.

—No, porque no la interesa mezclarse en este asunto... Pero si tiene algo más que decirme yo se lo manifestaré a su papá, a quien pienso ver muy pronto... Así le llevo las últimas noticias.

Esto era una manifiesta evasiva pero la curiosidad femenina se había despertado ya y dispuesta la joven a averiguar lo que ocurría, resolvió no responder a las preguntas que hiciera Cody.

Búffalo Bill lo comprendió así en seguida y decidió confiarla, en parte, sus proyectos en la seguridad de hallar en ella una valiosa aliada.



CAPITULO II

En el buen camino

SE trata de un asunto del ferrocarril en el que me han dado intervención. —manifestó Cody.

—¡Del ferrocarril! — repitió Sally mientras en sus ojos se manifestaba un principio de alarma, al pensar en su prometido Jim. — ¿Qué clase de asunto es ese?

—¡Bah! No tiene casi importancia,—añadió Búffalo Bill. — Es un tren que ha de pasar por aquí esta noche... — hizo una pausa y miró fijamente a la joven.

—Bien... Sí... Esta noche pasará por aquí un tren... Mejor dicho, dos trenes,—insistió la muchacha.

—Pero... es que no puedo ser más explí-

cito... Hay un secreto... ¿Puedo confiárselo con seguridad? — preguntó Búffalo Bill.

—¿Qué si puede usted confiármelo? Seguramente, — dijo Sally. — Es más, ya que ha empezado a hablar debe decírmelo todo. Jim está a cargo de esta sección y debe saberlo todo.

—Es que no tiene usted que manifestarle ni una palabra de lo que yo la confíe,—dijo el explorador.

—¿Por qué no? — protestó la joven. — Claro está que no lo haré si usted no quiere. Peor yo debo saberlo. ¿Qué pasa respecto a ese tren?

—Que conduce una cantidad de dinero... Esto no es extraño, pues todos o casi todos lo llevan. Pero hay indicios de que las cosas no van a pasar ahora como de costumbre.

—¿Qué va a ocurrir algo, aquí en Happy Valley? — preguntó Sally, manifestando por su entonación que su alarma iba en aumento.

—No aquí, precisamente. Pero si puede ser en las cercanías, — fué la respuesta evasiva. — Y como se teme un posible golpe, se ha resuelto tomar precauciones.

—¡Precauciones! ¿Pero cómo es que Jim no me ha dicho nada de eso? Como jefe de la sección seguramente es la primera persona que ha debido conocerlo, si había razón para temer por aquí un peligro. Y debe existir cuando usted ha venido por aquí... Pero por lo que hemos hablado nosotros puedo jurarle a usted que él no sabe ni una palabra.

—¿No?... Bien... Es posible, — murmuró Búffalo Bill.

—¡Posible! — repitió Sally. — Es seguro. Lo que no debía haber ocurrido es que lo ignore en absoluto... ¿Por qué no le han dicho nada y en cambio le mandan a usted?

El coronel estaba empezando a sentir el haber hablado.

—Mi querida Sally, — comenzó a decir con tono cariñoso. — Creo que no tomará en serio lo que está pensando. Los delincuentes siempre están alerta para dar sus golpes donde hay dinero... Sin tener la seguridad de nada, acaso por meras suposiciones, se ha creído en la posibilidad de un atentado y para intervenir o evitarlo, en caso necesario, me han llamado a mí... No es la primera vez que ocurre esto... En otras partes de la vía hay otros que tienen la misma misión que yo. Vigilar a todos los sospechosos, seguir sus movimientos y desbaratar sus planes... ¿No encuentra usted esto razonable? —interrogó.

Pero Sally pensaba tan sólo en su prometido.

—No. Estoy en desacuerdo, — respondió. —Ellos deben tener toda confianza en los hombres a quienes emplean y no enviar a otras personas para que los vigilen... Usted ha venido aquí para vigilar a mi Jim... Estoy segura.

Búffalo Bill lanzó una sonora carcajada, que a pesar de los esfuerzos que hizo para evitarlo, se comprendió que era falsa. Sally había adivinado la verdad. El se encontraba por aquellos lugares para observar lo que hubiese de sospechoso... y a Jim.

El rápido que iba a Chicago conducía tres millones de dólares en oro y en títulos. Ahora bien, como las velocidades varían según la naturaleza del terreno por donde pasa la línea, siempre había que temer, en unos puntos más que en otros, que una banda de delincuentes aprovechase un sitio donde la marcha del convoy era, relativamente lenta, y efectuase un asalto.

Esta clase de delitos se producía periódicamente y en aquella ocasión la compañía tenía sospechas de que se diese un nuevo golpe. Pero en un trayecto de más de dos mil millas de línea, con innumerables curvas, puentes y túneles, era muy difícil señalar el sitio donde se produciría el temido asalto, y las probabilidades de evitarlo con una cuidadosa vigilancia resultaban muy relativas.

Se enviaba en el vagón donde iba el dinero una guardia y a lo largo de la línea se había pasado la consigna de vigilar bien todas las curvas y puentes. Luego la compañía, temerosa de que algunos de los empleados de las estaciones apartadas pudiesen estar de acuerdo con los delincuentes, había encomendado a muchos agentes de las condiciones de Búffalo Bill, para que ejerciesen una estrecha vigilancia en las distintas secciones de la línea, dándoles carta blanca para pedir refuerzos o tomar las medidas que considerasen convenientes cuando notasen algo de sospechoso.

Búffalo Bill había aceptado la misión, con mayor motivo, cuanto no tenía ocupación alguna y ya había hecho una recorrida por el sector a su cargo, reconociendo y tomando nota de todo punto que pudiera ser considerado propicio para el asalto, en las veinte millas de línea en que tenía que cumplir su difícil y penosa labor.

Resultado de esas investigaciones, para su visita a las hermosas regiones de Happy Valley.

Como pintoresco reconocía que era uno de los más hermosos sitios que jamás había visto, pero en cambio comprendía que era tan propicio para favorecer aquella clase de delitos, como difícil para efectuar con éxito una investigación.

En cuanto había recibido el telegrama cifrado dándole las instrucciones, se había puesto en acción y encontrándose a pocas millas de distancia, había montado a caballo y efectuado su trabajo hasta que fué objeto de la cordial acogida, mencionada en el comienzo de este relato.

Precisamente se manifestaba satisfecho de no ser conocido por aquellos parajes, lo que facilitaba su tarea, cuando a una vuelta del camino se había encontrado con Sally Summerson, quien lo miraba desde la puerta de su casa.

Era, pues, necesario ponerla en antecedentes de lo que ocurría para asegurarse su silencio y su ayuda. Pero desde que se la había metido en la cabeza la idea de que Bill Cody estaba allí para vigilar a su prometido las cosas tomaban un giro que pudiera resul-

tar peligroso. No había, pues otra cosa que hacer que ser más explícito para ganarse su confianza.

Y eso hizo, pidiéndola que lo ayudase.

¿Habían llegado en aquellos días algunas personas extrañas a Happy Valley? ¿Podía darle informes acerca de alguien a quien conceptuase sospechoso?

Sally, al verse interrogada así, creyó comprender las intenciones de su viejo amigo y orgullosa por tomar una actuación directa en la pesquisa, arqueó sus hermosas cejas y adoptó un aire de importancia.

El joven Leth Taylor, hijo del guardaalmacén de la estación, se encontraba en el pueblo aprovechando la época de vacaciones, pero percisamente había partido el día antes. Ella lo consideraba bueno e incapaz de una cosa así.

Lo mismo ocurría con Wilburg Turnside, el sobrino del molinero. También había marchado hacía dos días.

Búffalo Bill manifestó algún interés por éste. Lo había conocido tiempo atrás, cuando sólo tenía ocho años y era travieso y de malos instintos, pero tampoco creía que hubiese llegado a convertirse en un temible salteador de trenes.

—¿No hay alguno más? — preguntó.— ¿No ha venido ningún desconocido por aquí, hoy... o ayer?

—No. Por aquí no,—respondió Sally.—Pero en Happy Valley sí, se encuentran, según me han dicho esta mañana, algunos desconocidos que han llegado allí a caballo.

—¿No sabe ni quiénes son, ni de dónde han venido?—preguntó Cody.

—No. Y según creo a todos les ocurre lo mismo. Pero se marcharon, después de permanecer algunas horas allíí según creo en esta dirección, — y señaló hacia el este. — Yo no los he visto, — añadió Sally. — Pueden haber ido hacia la montaña para llegar a Fanshawe, que es la próxima ciudad del otro lado.

—Está bien. No creo que haya mucho que dudar a ese respecto... ¿No recuerda de algo más que pueda ser de interés?—preguntó Búffalo Bill.

Pero Sally, al parecer, había agotado la fuente de sus informaciones y el coronel resolvió reanudar su trabajo, no sin hacerse prometer nuevamente que Sally no diría ni una palabra del secreto, ni aun a su prometido.

—Voy a llegarme hasta la estación para conversar un rato con él, — dijo. — Pero no tiene que temer nada por su parte, ya que si ocurre algo en esta sección, la responsabilidad será sólo mía... El está a salvo.

Dijo esto para tranquilizarla y con un "¡Buenas noches y mucha suerte!", montó a caballo y partió.

Más no fué directamente a la estación, ni llegó a la ciudad, sino que se dirigió hacia la vía al punto donde atravesaba el río.

Según la opinión de Búffalo Bill, si se realizaba algún atentado por parte de una banda de malhechores, contra el tren, el punto más indicado era aquél.

Para llegar al puente que cruzaba el río, la vía hacía dos violentas curvas, una a la entrada y otra a la salida. Esto obligaba a que la marcha se redujese y el tren no podía avanzar a más de ocho millas por hora, o a menos aun. Las indicaciones para los maquinistas señalaban ocho.

Esto hacía que el conductor se encontrase en situación desventajosa, pues si para evitar cualquier atentado aumentaba la velocidad, el convoy podía salirse de los rieles y caer al río.

Por eso iba hacia allí Búffalo Bill, para reconocer el sitio y refrescar su memoria respecto a los accidentes del terreno.

Ató su caballo a un árbol y continuó su marcha a pie hacia lo alto de la montaña.

Empezaba a hacerse de noche a pesar de lo cual Búffalo Bill se movía tomando toda clase de precauciones. El golpe podía realizarse evitando el peligro de subir al tren en marcha. Podía también provocarse un descarrilamiento cortando los rieles o el puente y precipitando al convoy al lecho del río, para, después, aprovechando la confusión apoderarse del dinero. Una gran parte de éste era fácilmente negociable y por lo tanto realizado el hecho no podría hallarse su rastro con facilidad.

Mientras marchaba hacia su objetivo, entre los árboles observaba una gran extensión de terreno que se ofrecía a su vista, pues cerca se hallaba la pendiente que llegaba hasta Happy Valley, y en ella se encontraba la estación a una media milla de distancia y la curva de entrada al puente era visible.

Mientras iba reflexionando acerca de la fuerza y habilidad necesarias para que un pesado convoy pasase de un lado al otro sin percances, llamó su atención una figura cubierta de harapos que llegó a la vía, examinó los alrededores y luego desapareció del lado opuesto.



CAPITULO III

La agudeza de Jim

EL coronel se detuvo. Observó nuevamente con detención, pero no logró ver nada. A pesar de estar sus oídos acostumbrados a percibir los sonidos a cierta distancia, no llegó hasta ellos rumor alguno extraño. Tampoco oyó rumor de pisadas humanas, ni el chocar de los cascos de algún caballo, contra las piedras del camino.

—El pordiosero, no se ha ido; lo juraría. Debe hallarse oculto vigilando, — murmuró Búffalo Bill.—Pero ¿dónde están los otros? ¿Qué debo hacer para dar con su escondrijo sin que me vean?

Cody era hombre de rápidas resoluciones. Habiendo localizado el lugar donde suponía

estaba vigilando el bandido, hizo un rodeo de cerca de una milla y lo observó por el lado opuesto.

Pudo efectuar la maniobra sin ser visto y cuando llegó al lugar que calculaba, notó que el otro no se hallaba allí. No había perdido de vista el punto señalado, pero no vió cuando desapareció. El hecho era ese. Se había desvanecido como un fantasma.

Descendió hasta el puente, pero sus investigaciones tampoco le dieron resultado. No obstante, ocurrió algo extraño en el lecho del río .De repente se oyó un grito singular, algo así como un aullido largo, pero al parecer había sido lanzado más abajo del sitio donde se hallaba.

Era necesario revisar bien todo el puente y ver si se encontraba algo que pudiera relacionarse con aquello. Mientras caminaba, por segunda y aun por tercera vez, volvió a escucharse el grito, lanzado entre las rocas, más abajo.

El puente era un armazón todo de madera y a través de los durmientes sobre los que estaban colocados los rieles, se veía bien el lecho del río.

Mirando por allí, entre las sombras de la noche, el escucha alcanzó a distinguir a un grupo de hombres que se deslizaban por entre las vigas que sostenían la armazón.

—¡Ah canallas!... ¡Ahí está la banda! —murmuró.—Poniendo una carga de dinamita entre los maderos, se puede destruir una parte del puente... ¿Es eso lo que están haciendo?

Sin embargo, como esperase vigilando, comprendió que había llegado a aquella conclusión demasiado rápidamente, pues los hombres no se detuvieron y cruzaron de una parte a otra, desapareciendo luego entre las sombras de la noche.

Durante más de diez minutos Búffalo Bill continuó escuchando, inmóvil, luego pensó lo qué le convenía hacer, de acuerdo con los acontecimientos. Resolvió encaminarse hacia la estación y entrevistarse allí con Jim, el prometido de Sally.

Emprendió la marcha hacia la estación, siguiendo el mismo camino que había llevado para llegar hasta allí, y nuevamente, por cuarta vez, se dejó oir el extraño grito, siempre entre lo alto del puente y el lecho del río. Pero no ocurrió nada anormal. Todo estaba tan silencioso como una tumba, al extremo de que Búffalo Bill llegó a pensar que había sido víctima de una alucinación.

A pesar de todo, lo que había visto era cosa que necesitaba, para ser aclarada, una prolija investigación. El temido asalto rápido de media noche estaba descartado, después de los manejos de que había sido testigo.

—Voy a buscar mi caballo y marcharé hasta la estación tan ligero como pueda.

Apresuró el paso deseoso de aprovechar el tiempo de que aun disponía. Pero le esperaba una nueva y desagradable sorpresa. Su caballo había desaparecido.

—¿Quién puede habérselo llevado?—rugió furiosamente.—Seguramente no puede haber sido ese canalla que me ha hecho ir detrás de él... Y yo no he visto a nadie más...

Pasado el primer momento, el escucha pensó que acaso no lo hubiera robado nadie. El animal no estaba bien atado y tal vez, cansado de esperar, hubiese echado a andar. Posiblemente, atacado por algún animal de los que abundaban por aquellos bosques, el caballo había huido.

A tientas reconoció el terreno alrededor de la base del árbol, pero las pisadas no denotaban señal alguna de lucha.

Estaba en esa tarea cuando un ruido llamó su atención, hacia otro lado. Era un tren que se aproximaba. Como el rápido que debía seguirle se detenía en Happy Valley y luego marchaba hasta Dulverton, situada a veinte millas de distancia, para esperar allí su combinación con el primer tren de la mañana.

El rápido no debía pasar hasta una hora y media después.

El tren local avanzaba por entre las rocas cortadas a pico y cuando iba a entrar en el puente, hizo sonar una campana.

Búffalo Bill tenía intención de encontrarse en el andén de la estación cuando ese tren llegase, ver qué pasajeros bajaban de él y observar bien los que calculase que eran sospechosos.

Pero la estación estaba a más de un cuarto de milla y tenía que recorrer a pie esa distancia.

—¡Estoy de malas! — murmuró. — No he hecho esta noche nada a derechas. Procuremos hacer las cosas mejor.

Avanzó, a lo largo de la vía, aprovechando la luz que daba el farol colocado delante de la locomotora, hasta que el maquinista, haciendo sonar insistentemente el silbato, le advirtió que debía dejar libre el camino.

Búffalo Bill obedeció la orden y el tren pasó aproximándose a la estación, coronado por un penacho de humo y de chispas.

Cuatro hombres saltaron de uno de los coches y el escucha pudo fácilmente contar las cuatro siluetas cuando pasaron por la parte que alumbraba el farol que llevaba Jim, el novio de Sally.

Pero lo que fué después de esos cuatro hombres, fué cosa que Búffalo Bill no pudo averiguar. Al parecer habían pasado al lado opuesto de la estación, pero cuando el coronel llegó allí, no se distinguía el menor rastro de ellos.

En toda la extensión de la plataforma no se veía a nadie, pero en la pequeña casilla que servía de almacén, oficina del jefe y boletería, brillaba una luz.

—Me parece que esa ha de ser la oficina de Jim. El debe saber quiénes son los que han llegado en el tren. Entraré y me daré a conocer, como me dijo Sally.

Empujó la puerta, que sólo estaba con picaporte y penetró en el santuario de Jim,

quien estaba escribiendo en uno de los libros que estaban sobre la mesa.

Haciendo un movimiento de sorpresa, al verse interrumpido, se puso en pie y miró a su inesperado visitante.

—¡Diablo! — murmuró en voz baja, Búffalo Bill. — ¿Y este es el hombre que ha elegido Sally para esposo?... Pobre muchacha, no puede seguramente decir que tiene muy buen gusto.

El otro seguía contemplando a Cody, en silencio, y viendo que no explicaba el objeto de su repentina aparición, se decidió a preguntar.

—¿Quién es usted, y qué desea aquí, a estas horas de la noche?

—Mi nombre es Cody... el coronel Cody, — respondió reposadamente el interpelado. — No puedo decir con exactitud que soy un empleado oficial de la empresa, pero la Compañía me llama siempre que tiene necesiad de mis servicios.

—¿Y ahora tiene necesidad de ellos?— preguntó Jim.

—Sí. Y según creo los necesita esta misma noche, — terminó Búffalo Bill.

—¡Ah! — exclamó el otro, que sin añadir ni una sola palabra permaneció contemplando al escucha durante un largo minuto.

—Sin embargo, — agregó Cody. — Usted sabe... o por lo menos debe saber...

—¿Saber qué? — preguntó Jim.

—Que se sospecha que esta noche se debe realizar un atentado contra el rápido, —dijo Búffalo, quien apenas había lanzado estas palabras se arrepintió de haberlo hecho.

Era muy posible que esa compañía no hubiera considerado conveniente para sus planes poner al corriente de todo a sus empleados, limitándose a notificarlo a los agentes especiales.

Pero si no sabía nada de ello, Jim, como superintendente en ejercicio de aquella sección, debió, al conocer la noticia, saltar alarmado de su asiento.

El prometido de Sally no hizo, por el contrario, nada de eso. Permaneció tranquilamente sentado y mirando más fijamente al otro. Esa actitud motivó una nueva pregunta de Búffalo Bill.

—¿Ha oído usted hablar de esto?

—No. En absoluto, — respondió Jim. — Todo eso no es más que un atajo de mentiras. ¿Quién ha sido capaz de decir semejante cosa? Quisiera conocerlo...

—La misma empresa, — respondió simplemente Cody.

—¿Y usted dice que es el coronel Cody... ¿Búffalo Bill? Ha oído hablar de usted... ¿Pero qué diablos tiene usted que hacer por aquí? — exclamó Jim poco amistosamente.

Por toda respuesta, el coronel tomó una tarjeta de la cartera que llevaba en el bolsillo y la presentó al otro. Jim, la leyó y después de un momento de silencio, dijo:

—Entonces, quiere decir que es usted una especie de agente de vigilancia... ¿Verdad? A causa de ello usted tiene conocimiento de que se va a dar un golpe, en algún punto de la línea y pretende que éste es el lugar más indicado para ello, y que aquí se encuentra la gente más capaz de realizar la tarea... ¿No es así?

Jim, el prometido de Sally, hablaba en una forma grosera... tan grosera como el calzado que usaba. El escucha se torturaba buscando la razón por qué una muchacha amable y suave como Sally, se hubiera enamorado de un hombre semejante.

La idea le producía verdadero terror.

Pero aun cuando se tratase del prometido de Sally, Cody no podía pasar en silencio las insolencias de Jim.

—Mire usted, joven insolente. Está usted equivocado de medio a medio, si cree que voy a permitirle seguir usando ese lenguaje, — exclamó Búffalo Bill, con una entonación tal, que el otro retrocedió un paso y se apoyó en la mesa.

—Para tratar conmigo, — prosiguió, — ha de hacerlo en buena forma. Le he dicho a usted quién era y lo qué me traía aquí. Voy a hacerle a usted algunas preguntas en forma cortés y espero me conteste del mismo modo... Empiezo, pues. ¿Cuántas personas hay en las estación, quiénes son y a qué han venido?

El otro meditó un instante antes de contestar.

—¡Demonio! — exclamó de repente lanzando una carcajada. — ¡Tiene gracia la pregunta!... De dónde saca usted eso de "cuántas personas", porque yo no he visto ninguna.

—¡Ninguna! ¿Quiere usted decirme que no ha bajado nadie del tren que llegó hace un rato?

Jim pareció titubear algunos instantes. Pero luego se mantuvo firme en su anterior manifestación.

—¡Nadie! — dijo. — ¿Está usted sordo? Ya le he dicho que no hay nadie.

El rostro de Búffalo Bill adquirió una singular expresión. Que el prometido de Sally estaba mintiendo era cosa que lo había comprobado con sus ojos, porque él mismo había contado no menos de cuatro personas y la luz que había en el andén le permitió ver que Jim estaba con ellos, y que por lo tanto, tenía también, que haberlos visto.

Pero el escucha se transformó rápidamente.

—Está bien, — dijo, como si aceptase las explicaciones del otro. — Eso era una de las cosas que quería saber. Otra es conocer quiénes pueden ser unos tipos que he visto caminando hace un rato por el barranco que cruza el puente.

La cara de Jim manifestó una gran sorpresa antes de que Cody hubiese terminado de hacer la otra pregunta, y casi en seguida adquirió una expresión de furor. Pero siguiendo el ejemplo de su interlocutor, procuró disimular sus sentimientos.

—¡Tiene gracia! — dijo. — Usted ha estado soñando, sin duda... ¿Dice que ha visto personas caminar esta noche por debajo

del puente?... ¿Pero acaso ignora usted que lo que hay en el fondo del barranco es un río y no un camino?... Usted ha estado soñando... Ha visto visiones.



CAPITULO IV

Los cuatro misteriosos

QUE podía motivar la actitud de aquel hombre con respecto a Cody? En su estado normal, un hombre joven, en vísperas de casarse, esperando para hacerlo que se confirmase bien su situación en la Compañía, y obtener un ascenso, hubiera saltado como impelido por un resorte al anunciársele que había temores de que se cometiese un delito en la parte de la línea de que era responsable.

En seguida, también, se hubiese prestado a dar su ayuda para evitar el asalto.

Pero él no hizo nada de eso y sus mentiras y su actitud parecían, más bien, sindicarlo como cómplice de los delincuentes.

—¡Es imposible! — murmuró Cody, pensando únicamente en Sally, y recordando las palabras de ésta respecto al deseo de casarse tan pronto como la situación se estabilizase, alejó su sospecha.

Pero entonces, ¿cómo hallar una explicación satisfactoria de lo que ocurría?

—El ha visto, tan claramente como yo, que del tren han bajado cuatro personas,— pensó.—¿Por qué tiene interés en ocultármelo? ¿Es verdaderamente inocente?... ¿Lo han comprado?... ¿Se encuentra imposibilitado por alguna amenaza, de proceder en otra forma? Quizás sea ésta la razón de todo... No puedo acostumbrarme a la idea de que la pobre Sally vaya a poner su vida y su felicidad en manos de un desalmado... Preferiría verla muerta.

Después de una pausa, Cody, siguiendo el curso de sus pensamientos, resolvió aparentar que creía cuanto el otro le había referido; esto es, que no había llegado nadie en el tren, y que tampoco había persona alguna cruzado por debajo del puente aquella noche.

Habiendo tranquilizado a Jim, con las palabras que pronunció luego, pensó, siguiendo su plan, alejarse, prevenir a los habitantes de las cercanías y en unión de algunos de ellos caer sobre la banda cuando atacasen al tren, sorprendiéndolos así, como vulgarmente se dice, "con las manos en la masa".

Pero una nueva actitud del prometido de Sally alteró su proyecto.

—¡Pero está usted loco! — dijo Jim de pronto. — ¿Piensa que soy tan fácil de engañar?...

—Prefiero verlo en ese terreno, — respondió Cody. — Al que no lo van a engañar tan fácilmente es a mí. ¿Quiere acaso negarme lo que he visto con mis propios ojos? Del tren han bajado cuatro personas. Y usted mismo los ha alumbrado con su farol. Con esto mismo que está sobre la mesa.

El otro, al ver a Búffalo Bill en aquella actitud, se había puesto nuevamente de pie; pero no manifestaba intención de atacarlo.

—¡Alto! — dijo el coronel sacando su revólver y colocándolo a la altura de la cara de su interlocutor, para que viese que estaba en guardia. — Le he conocido el juego... Siéntese. Y ahora dígame quiénes son esos cuatro hombres.

Luego, recalcando las palabras y lanzándolas con fuerza, añadió:

—Creo que ya no hay razón para fingir... No voy a creerle y, además, después de haber hablado con la pequeña y admirable joven con quien se piensa casar, con Sally Summerson, a quien he conocido cuando era pequeña, es preferible que hablemos claro.

Aquella frases produjeron, al parecer, el efecto deseado y Jim volvió a sentarse.

—Sí, — continuó Cody, sin darle tiempo para desplegar los labios.—He conocido a la pequeña Sally desde que nació y a su padre desde veinte años antes de que ella naciera. Uno de los camaradas más nobles que pueden existir. Un hombre digno de aprecio y que vive pensando tan sólo en ver como coronamiento digno de su existencia, casada a su hija Sally con un hombre honrado como él. Y usted es que ella ha elegido, según me ha dicho, — continuó.— Como a un viejo amigo me ha pedido que lo ayude y dispuesto a ello he venido... Con que hablemos claro, que es preferible.

Jim, que lo había estado mirando mientras hablaba, al principio con asombro y sonriendo satisfecho, después, adoptó una expresión menos feroz que la que reflejaba antes su cara.

—Vamos, — continuó Cody, paternalmente. — Tengo gran interés en saber quiénes son esos cuatro hombres... ¿No los conoce?

No sin sorpresa vió que Jim lanzaba una sonora carcajada y luego respondía.

—¿Conocerlos? No. No los conozco... Pero si sé quiénes son.

—¡Ah! ¿Lo sabe? ¿Y puede decírmelo?

—Sí puedo.

—Eso ya es mucho... ¿Quiénes son?

—Detectives de la agencia Pinkerton, — fué la inmediata respuesta.

—¡Cómo! — exclamó Cody. — ¿Y son empleados por la Compañía para el mismo asunto?

Aquello, después de todo, era muy posible. Jim asintió con un movimiento de cabeza.

—Veo que vamos marchando por el buen camino... Pero, ¿por qué no me dijo eso antes?

—¿Y cómo iba a decirlo sin saber quién

era usted? — añadió Jim, que continuó luego razonando en forma lógica. — Usted me dijo que era el coronel Cody, pero cuando, precisamente, vengo a saber que anda merodeando por aquí una banda de malhechores, no creo que era lo natural que me entregase atado de pies y manos al primero que me hiciese una declaración semejante. Pero ahora que usted me ha hablado de la pequeña Sally, no tengo ya por qué dudar... y creo lo más conveniente que le haga conocer a esos muchachos de Pinkerton.

Se había levantado y se encontraba cerca de la puerta.

—Lo creo muy oportuno, — asintió el coronel, confiando que si entre aquellos cuatro hombres estaba alguno de los jefes de esa agencia, lo reconocería inmediatamente. — Que vengan... Llámelos.

Eso era justamente lo que Jim se proponía hacer y a su llamado respondió un ruido de pasos en el otro lado del tabique que dividía aquella habitación en dos partes.

—¡Muchachos! — dijo Jim. — Aquí hay un camarada que parece ser otro de los nuestros. Manifiesta llamarse Cody...

—Coronel Cody, — agregó el escucha poniéndose de pie cuando los cuatro hombres se colocaron frente a él.

Pero si esperaba reconocer entre ellos a alguno, sufrió una equivocación. El cuarteto estaba formado por tipos fornidos, que muy bien podían pertenecer al cuerpo de Pinkerton, la agencia de detectives más famosa de Estados Unidos.

Eran, evidentemente, personas desconfiadas, que no habían de aceptar por que sí la manifestación de Jim, respecto al coronel Cody.

Después de mirarlo con cierto aire socarrón, exclamó uno de ellos.

—¡Hum! Con que Cody, ¿eh?... ¿Usted pretende ser el viejo Búffalo Bill? Me extraña, porque yo conozco personalmente al coronel Cody, y me costaría gran trabajo afirmar que es usted.

—Ni yo tampoco lo aseguraría, — dijo otro.

—¡Cómo! — exclamó el escucha sorprendido. — Ustedes pretenden no conocerme... En ese caso aquí esta mi carta credencial. Esto lo confirmará...

—¿Confirmar, qué? ¡No confirmará nada! — declaró sin rodeos el que había hablado primero, mientras miraba el documento que llevaba la firma del presidente del directorio de la compañía del ferrocarril, designando al coronel Cody su especial y privado agente, con plenitud de poderes para obrar como considerase conveniente en cualquier circunstancia.

—¡Es curioso! — exclamó el escucha. — ¿Están ustedes locos? Me dicen que son de la agencia Pinkerton, y no quieren reconocer la mayor autoridad que existe ahora en esta línea.

—No. No queremos, — fué la descarada respuesta. — Eso hubiera sido posible en cualquier otra circunstancia; pero esta noche no, porque como usted sabe muy bien, anda rondando por aquí una banda sospechosa, y todos los trozos de papel del mundo entero no me van a probar que usted no sea uno de los tipos que forman parte de ella.

—¿Te atreves a insultarme, perro? — rugió el escucha sin poderse contener.

—No hay por que tomar las cosas en esa forma, — contestó el otro. — Usted ha dicho lo que pensaba y yo hago lo mismo. No creemos que sea usted el coronel Cody, y por el contrario, suponemos que no se encuentra aquí para nada bueno... Podemos estar equivocados. Deseamos que sea usted quien dice, pero no queremos arriesgarnos.

—Eso quiere decir que...

—Que vamos a conservarlo aquí, en nuestro poder ya que lo tenemos.

—Ustedes no harán semejante cosa—exclamó iracundo, Cody.

—Si lo haremos, y aquí hay cuatro revólvers para apoyar lo que decimos.—Y con un movimiento rápido los cuatro sacaron las armas.

—¿Y ahora?—exclamó en tono de desafío el que hacía las veces de jefe.

—¿Me permite hacer dos cosas para resolver la cuestión en favor mio?—propuso Cody con firmeza al ver a todos los otros en contra suya.

—¿Qué dos cosas son?

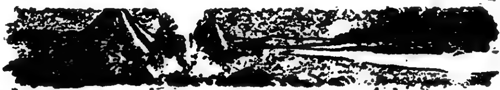
—Enviar por la señorita Sally Summerson, la prometida de este joven, que vive en la escuela de la aldea, para que me identifique.

—¿Y la otra?

—Dejarme telefonear a San Francisco, a las oficinas de este ferrocarril, para que puedan hablar en favor mío y convencerlos a ustedes de que están equivocados.

—La contestación a esas dos proposiciones es negativa. ¡Un no, rotundo!—fué la inmediata e insolente respuesta.

—Ahora—prosiguió.—Vamos a retenerle aquí, y usted no telefoneará a nadie, porque si intentara hacerlo uno de nosotros le abriría varios respiraderos en la piel... Se lo aseguro... ¿Nos obligará usted a ello?



CAPITULO V

Las circunstancias contra él

NO había más que una definitiva conclusión, que se presentó rápidamente a la imaginación de Cody. La de que había caído en una trampa.

Aquellos hombres, no eran de los de Pinkerton, aún cuando Jim con toda buena fé, los hubiese aceptado como tales.

Como habían sospechado bien las autoridades ferroviarias, era una tarea muy árdua la

que había que realizar. Aquellos tipos eran los de la banda, o por lo menos una parte de ella. El escucha pensó que aquellos hombres eran los que él había visto deslizarse a lo largo del lecho del río, por debajo del armazón del puente.

Pensaba también que el tiempo volaba mientras se entretenía con aquella charla. El rápido con su carga de tres millones de dólares pasaba solamente poco más de una hora después del tren local.

Cerca de cuarenta minutos habían transcurrido ya, y el resultado de todo era que Buffalo Bill estaba prisionero, incapacitado para dar aviso alguno o pedir ayuda.

—No será por mucho tiempo—pensó el escucha, mirando serenamente los cuatro revólvers que apuntaban en dirección suya.—No será mucho el tiempo que me retendreis aquí contra mi voluntad.

La llamarada de desafío que brilló en sus ojos, fué notada por sus captores, pero un milésimo de segundo ya tarde.

Había una ventana en la habitación y delante de ella la pesada mesa de madera sobre la que estaba una lámpara. Aquel era el camino por donde Buffalo Bill había resuelto realizar una tentativa para recuperar su libertad.

Si conseguía sus propósitos encendería una gran hoguera que llamase la atención de los habitantes de Happy Valley, y les indicase que ocurría allí algo anormal.

La mesa y la lámpara se encontraban justamente detrás del escucha.

Como un relámpago saltó sobre la primera y derribó la segunda con el pié. En seguida sin vacilación ninguna se lanzó contra los vidrios que cayeron hechos trizas al mismo tiempo que él. Luego se alejó corriendo por la plataforma para salvar la vida.

La banda había hecho fuego contra él. No se oyó más que una detonación, pero el escucha sintió que la bala lo había herido en una pierna.

Obrando como locos, en su furia al ver que se les escapaba, los cuatro hombres se amontonaron en la ventana, pretendiendo seguirlo, y al hacerlo pisotearon el petróleo inflamado y sofocaron el posible incendio.

Todo aquello proporcionó al escucha dos valiosos minutos. Los necesitaba, porque la herida que la bala le había hecho en la pierna le dolía como si tuviese en ella plomo derretido.

El escucha había notado que en uno de los desvíos situados cerca de la plataforma había una vagoneta de cuatro ruedas. De poder utilizarla y considerando la pendiente que había desde allí hasta el puente, podía adelantarse algunos cientos de yardas y dificultar la persecución.

La vagoneta estaba donde él la había visto y subir a ella y llevarla hasta la línea principal fué tarea en la que no empleó casi nada de tiempo.

Era lo que él esperaba y en seguida se puso en movimiento pedaleando vigorosamente mientras los supuestos detectives llegaban al andén.

—¡Atención! ¡Por allí va! Oigo el ruido—exclamó uno de ellos. Y con una linterna iluminó en la dirección en que se alejaba el coronel Cody. En seguida lanzaron el grito de guerra.

—¡Hagan fuego contra él! ¡Túmbenle de un balazo!—rugió uno de ellos. Pero inmediatamente lo contuvo, lanzando un juramento, el que hacía las veces de jefe.

—¡No hagan tal cosa, locos! — añadió.— ¡Abajo las armas! ¿Quieren que haciéndolo así, tengamos en seguida a todos los habitantes de estos lugares dándonos caza? ¿Por ventura han perdido ustedes la razón?

—¿Pero cómo vamos a detenerlo? ¿En qué forma?—exclamó rápidamente uno de ellos.

—Yo voy a facilitarles los medios. Síganme,—manifestó Jim, el prometido de Sally obrando como un traidor o como un loco. Buffalo Bill, no hubiera podido determinarlo a ciencia cierta.

La banda corrió tras él, que se dirigió hacia un cobertizo.

Allí, de haberlo sabido el escucha, se encontraba en salvación segura.

En efecto estaba guardado allí un automóvil apto para viajar por líneas férreas y destinado al uso del superintendente de la compañía, cuando éste hacía alguna jira de inspección por aquella sección.

Por desgracia para Cody, Jim, no ignoraba ni la existencia de ese automóvil ni su manejo y como un perito, en cuanto los otros estuvieron instalados sobre el vehículo, puso éste en marcha como si fuese una locomotora.

Y como tal tenía la velocidad. Cody que se alejaba en su vagoneta de un caballo de fuerza tenía, por el momento, en su favor la pendiente, pero comprendió que no tardarían en alcanzarle.

Afortunadamente el declive iba en aumento y la velocidad fué mayor. El viento silbaba en sus oídos. Pero aquello podía compararse muy bien a una lucha entre un caballo de carrera y uno de tiro.

Los otros no habían lanzado, nuevamente, su grito de guerra. Aquello bastaba por sí solo para demostrar que no eran detectives, sino delincuentes. De haber pertenecido a los hombres de Pinkerton y con la honesta convicción de que el coronel Cody, era un farsante lo hubieran perseguido y disparado contra él sin temor alguno.

Cody conocía muy bien aquella clase de elementos.

La caza se realizaba en silencio. El asunto era saber cuándo lograrían echarle mano y cuál sería el fin de todo aquello.

—Me parece que va a producirse un choque formidable—pensó Cody, acordándose de pronto de una curva muy pronunciada que había en el camino por el que iban a una velocidad de treinta millas por hora.

Las dos vagonetas tenían freno, pero el

empleo de él suponía, para el escucha, captura segura.

—Por otra parte si no recurro a eso, me veo, cayendo de cabeza al fondo del barranco, con esta media tonelada sobre la cabeza.

La perspectiva no tenía nada de agradable pero había que hacer frente a ella. El único consuelo era que sus perseguidores, corrían el mismo riesgo que él y que acaso fuesen ellos los que volcaran primero. La salvación estaba allí.

Cody confió en ello. Su desvencijada vagoneta corría a toda velocidad sin necesidad alguna de apresurarla, pero a pesar de ello le iban alcanzando.

Cuando llegaban a la curva sus perseguidores estaban a pocas yardas de distancia.

Búffalo Bill, confiaba en que no dispararían sus armas, pero en cambio sí las maldiciones pudiesen matar, rato hacía que él estaría muerto. Posiblemente la táctica sería atemorizarlo para lograr que se rindiese, empleando para ello las más terribles amenazas.

Pero si confiaban en ello, sus cálculos eran equivocados.

Cody tenía listo su revólver Colt, para utilizarlo en caso necesario. Podía haberlos ido eliminando fácilmente, pero comprendía que si él abría el fuego, los otros abandonarían toda prudencia y responderían en la misma forma.

Y cuatro balas contra una, a una distancia de media docena de yardas, suponían una lucha muy desigual aún tratándose de un tirador de sus condiciones.

Así fué que resolvió asegurarse del mejor modo posible en la vagoneta, mientras ésta se columpiaba. En el momento en que penetró en la curva, sus ruedas parecieron levantarse, y Cody se arrojó al fondo del vehículo para que el peso de su cuerpo no le hiciera perder el equilibrio. Entre tanto los otros ya le habían alcanzado.

Al encontrarse se produjo un formidable golpe y uno de los bandidos que iba ya preparado, saltó a la vagoneta de Cody, quien tendido sobre el piso no pudo impedir que su adversario lo sujetase apoyándole un pié en el cuello.

Entonces ocurrió lo que Búffalo Bill temía. Debido a los movimientos de la lucha y a lo acentuado de la curva, las ruedas de la vagoneta se levantaron y se acentuó el peligro de la catástrofe.

Cualquiera que haya experimentado lo que es una caída desde un side-car, al efectuar una curva demasiado cerrada, comprenderá la sensación que sufrió el coronel Cody. En aquellos momentos las dos vagonetas marchaban a una velocidad de cuarenta millas por hora.

La catástrofe se hacía inminente, por lo menos para el menos pesado de los coches. Cody sentía que las rodillas de su adversario se hundían en sus costillas, pero no se resolvía a soltar la manivela del freno, para defenderse.

Sin embargo aún cuando hubiera tenido garfios de acero por dedos no hubiera podido salvarse, pues el fin llegó en forma rápida e inevitable.

El coche se levantaba cada vez más por el lado de las ruedas correspondientes a la parte exterior y por último se inclinó hacia fuera por completo, cayendo por el terraplén, dando vueltas hasta llegar a la parte baja.

El fin que tuvo la otra vagoneta no pudo saberlo. Había sentido pedir auxilio a gritos a uno de los ocupantes, quien decía a sus compañeros que frenasen.

—¡Diablo! ¡Esto se vuelca! ¡La cuestión se pone pelliaguda!—gritaba desesperado.—El coche se vuelca... Noto que se vá...

Aquellas palabras y el vuelco de la vagoneta en que él iba, eran las últimas cosas que recordaba Cody. Experimentó la sensación de un peso enorme que lo aplastaba y luego perdió el conocimiento.



CAPITULO VI

Atado al armazón del puente

SIN embargo, el rey de los escuchas que tenía nueve vidas más que el más duro de los gatos, no estaba muerto.

Fué dándose cuenta de lo ocurrido al fin, pero cuanto tiempo había pasado después de su fracaso era cosa de la que no tenía la más remota noción.

No pudo recordar lo que le había pasado ni cómo se encontraba en aquel estado.

—¡Maldición! ¿Qué es lo que me ha ocurrido? ¿Dónde estoy? ¿Tengo rotos brazos y piernas o que es lo que me impide moverlos?

Estaba profundamente oscuro y aun cuando estaba tan sujeto que parecía que había sido enterrado vivo, sobre su cabeza brillaban las estrellas y el aire embalsamado por el aroma de los pinos refrescaba sus ardorosas sienes.

Lo último que recordaba era cuando había rodado por el terraplen, hacia una muerte segura, al parecer. Podía crer que había resucitado, y en realidad casi era eso lo que le había ocurrido.

Sentía un gran dolor en todo el cuerpo y se notaba sujeto como una rata en una trampa, sin poder mover más que las piernas y aún cuando tenía tados los tobillos, los pies estaban libres.

Lo que más le desconcertaba era que notaba la carencia de un punto firme en que apoyarse. Todo el peso de su cuerpo estaba sos-

tenido por las axilas de las que estaba sujeto como en una prensa.

Fué entonces cuando empezó a darse cuenta de lo que le ocurría y de dónde estaba.

Se encontraba atado al armazón del puente. Aquellos salvajes condenados lo fueron a buscar al punto en que había caído y desmayado, como estaba, lo habían conducido hasta allí y lo habían atado con cruel ensañamiento.

Para lograr mejor su propósito habían hecho descender su cuerpo, por el espacio que quedaba entre dos durmientes de la vía, y atándolo en forma tal que sólo los hombros y la cabeza sobresalían del nivel del piso, entre los dos rieles.

—Pero, ¿por qué?... ¿Cómo?... ¿Quién? —balbuceaba.

De pronto toda la horrible verdad de su situación acudió a su mente.

—¡Cielos!... ¡Ah canallas!... ¡Perros asesinos!—exclamó rechinando, enfurecido, los dientes—¡El tren! Por eso me han colocado así... Para que me decapite el miriñaque de la máquina, como si fuera la cuchilla de un carnicero. Ahora lo comprendo todo.

No cabía duda, en efecto, que aquella era la diabólica intención.

Habían levantado el cuerpo, lo habían atado y amarrado mientras permanecía inconsciente, y lo habían llevado hasta el puente, donde lo habían asegurado en la forma mencionada. En esa situación el miriñaque de la máquina se encargaría de rematar la espantosa obra.

—¡Cielos! ¿Cuánto tiempo hará que me encuentro aquí atado en esta forma como una rés destinada al matadero? El tren no ha de tardar en llegar... Me parece que ya lo oigo avanzar... Sí. Ese es el silbido de la locomotora.

El cálido sudor que había bañado las sienes del escucha, en otras ocasiones en que había sostenido desesperadas luchas, brotó entonces frío como el hielo. Se había encontrado en trances muy serios pero aquel en que se hallaba era el más desesperado, bajo todos conceptos, que se le había presentado.

A juzgar por los ecos del silbido lanzado momentos antes por la locomotora, el tren no tardaría en llegar. Tres minutos más y se encontraría a la entrada del puente.

¡Tres minutos tan solo y no se podía confiar en auxilio ninguno. Estaba como un pájaro envuelto en una red. No podía ni aun gritar.

Le habían colocado a través de la boca, entre los dientes, un trozo de madera. Un pañuelo pasado bajo la mandíbula y anudado en lo alto de la cabeza, afirmaba la singular mordaza, que le producía gran tortura.

A pesar de sus esfuerzos solo lanzaba roncos sonidos, que sin embargo fueron oidos por alguien que no se hallaba a gran distancia. No serían probablemente sus perseguidores pues éstos habían tenido buen cuidado de ponerse a distancia.

Seguramente se hallaban emboscados entre los árboles del bosque situado más allá del puente, para asaltar a los coches cuando el tren aminorase la marcha al entrar en la curva. Nadie, a excepción de los que estaban en el complot, se salvaría de la muerte si pretendía dificultar la maniobra.

Búffalo Bill procuró en todas las formas que se hallaban a su alcance, aflojar sus ligaduras por lo menos lo suficiente para cambiar en parte su posición y poder colocar la cabeza fuera del peligro.

Pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Los canallas conocían muy bien su trabajo. En los rieles se notaba ya la trepidación producida por las ruedas de los coches del tren rápido; otro agudo y prolongado silbido, anunció que el convoy penetraba en la pequeña curva que conducía al puente.

El escucha calculó que un minuto después habría terminado para siempre su carrera.

Entonces, justamente cuando toda esperanza había desaparecido, le pareció ver entre la oscuridad una silueta que apareció repentinamente por el extremo del puente en dirección opuesta a aquella en que se aproximaba el tren.

Buffalo Bill intentó lanzar nuevos gritos de auxilio.

Al principio la silueta se detuvo. Luego echó a correr gritando:

—¿Qué ocurre? ¿Quién está ahí?

Aquella voz causó gran sorpresa a Cody, pues se trataba de una muchacha y esta era, nada menos que la prometida de Jim, la pequeña Sally Summerson, en persona.

Había llegado en el momento preciso, aunque sólo fuera para ver morir al viejo compañero y amigo de su padre. Nadie, a excepción de ella, con sus delicadas manos, podía salvar a Cody. ¡Hubiera sido preferible que se llegase en aquel momento!—pensó Búffalo Bill.

No obstante, Sally, no pensaba lo mismo, evidentemente. Habiendo sospechado, por una milagrosa intuición, que se encontraba alguien en peligro en el puente al sentir aproximarse el tren se sintió intranquila. Por esto llegó y continuó su camino saltando los espacios existentes entre uno y otro durmiente de la vía con la seguridad de una escaladora de montañas.

El hecho era que el menor traspié podía precipitarla al fondo de rocas que formaba el lecho del río, situado a un par de cientos de pies, pero ese temor no la contuvo.

—¡Hable! ¿Quién es usted?... ¿Dónde está? — preguntó nuevamente en voz clara, pero baja, suponiendo que se trataba de algún asunto en el que había que obrar con prudencia.

La joven era digna hija del hombre que había luchado al lado del coronel en los pasados días de prueba. Al fin alcanzó a distinguir la pálida cara del escucha, al nivel del piso del puente, entre los dos rieles. Pero ya el resplandor del farol delantero de la quina empezaba a distinguirse entre los ár-

boles. De nuevo resonó, multiplicado por el eco, el silbido de la locomotora.

Pero Sally estaba ya arrodillada junto a Cody. Le miró a la cara, pero no distinguió las facciones que hubiera deseado ver.

Durante unos segundos lo contempló con justificado terror. El escucha vió que ella se incorporaba. En realidad si continuaba allí algunos instantes más, su muerte era segura.

Pero Sally no era cobarde. Había reconocido al escucha. Comprendió su situación. Se inclinó nuevamente hacia él, le sacó la mordaza que lo torturaba y comenzó a inspeccionar las cuerdas que imposibilitaban todo movimiento a Cody. No perdió el tiempo en preguntas inútiles.

Cuando la máquina pasó la curva y enfrentó el puente, la luz del farol delantero iluminó por completo las dos figuras. Un prolongado silbido y un frenético toque de campana, de la locomotora, demostraron que el maquinista los había visto.

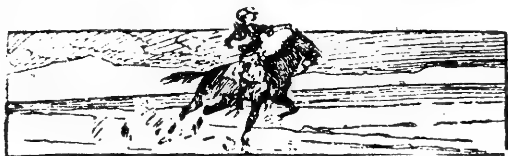
Pero era ya demasiado tarde para detener a tiempo la marcha del convoy, Sally y Búffalo Bill estaban sentenciados. Más la sentencia no se cumplió. Sally llevaba un cuchillo y lo utilizó.

Comprendiendo inmediatamente que sus dedos no eran suficientes fuertes para deshacer los nudos, cortó una de las cuerdas.

Sucedió que esa cuerda era una de las principales y a los esfuerzos del escucha, cedió y él pudo deslizarse por entre los durmientes.

Ella le había salvado la vida pero a costa de la suya propia.

El tren se encontraba ya encima. El escucha pudo ver que el miriñaque de la máquina tomaba a la joven y la despedía por uno de los lados hacia el fondo del barranco.



CAPITULO VII.

Sosteniéndola en el vacío

SALLY, sin embargo, fué lo suficiente ligera para impedirlo. El puente no no tenía barandilla a ninguno de los costados. Con un ligero salto la joven llegó a la orilla desprovista de protección. Cody la vió caer de rodillas y desaparecer por el borde, en el vacío.

—¡Dios mío! —exclamó. — ¡Desapareció! ¡Se ha caído!

En lo que a él se refería había ido escurriéndose por entre las aflojadas ligaduras, hasta bajar la cabeza lo suficiente para que el miriñaque de la locomotora pasase sin tocarle.

Los cálculos resultaron exactos, pero pasó los más terribles momentos de su vida, mientras la máquina, primero, y sucesivamente los vagones, fueron cruzando por encima de él, temiendo a cada instante que una cadena o un hierro le diesen un golpe que lo enviase a la eternidad.

Aquella angustiosa y terrorífica situación tuvo su fin. El tren pasó por completo y dejó de ver las chispas que los frenos arrancaban a las ruedas al tratar de aminorar la marcha del rápido.

Búffalo Bill no pudo advertir a los ocupantes del tren el peligro. Sus mandíbulas doloridas no podían moverse para dejar escapar sonido alguno. Vió que el tren se acercaba lentamente a la curva que había después del puente; vió que sus adversarios salían tranquilamente del lugar donde se habían emboscado y que saltaban al estribo de los vagones; vió detrás de las ventanillas iluminadas, su silueta apuntando con los revólvers a la cabeza de los guardas.

Tan enfurecido se hallaba el escucha por el éxito alcanzado por los bandidos, que durante algunos momentos se olvidó de la valerosa muchacha que había dado su vida por él.

Pero fué sólo por algunos instantes. Cody había logrado librar un brazo de las ligaduras que lo sujetaban. Con ese brazo se afirmó en uno de los durmientes y después de algunos esfuerzos se libertó por entero.

Levantarse hasta el puente, fué luego cuestión de un momento. Pero el escucha había hecho más de lo que podía hacer. Sus brazos, entumecidos, tenían menos fuerza que los de un niño y aquel esfuerzo lo hizo caer de espaldas semidesmayado.

Pero la idea de la suerte corrida por la pequeña Sally Summerson y la de que los bandidos pudieran volver hacia atrás, le dió nuevos ánimos. En su pecho se libraba otra lucha y se arrastró tembloroso por entre los rieles. En seguida empezó a llamar a Sally.

El sonido de su propia voz lo asustó, tan extraño y áspero era. Luego le asaltó el temor de que la banda de ladrones pudiera haberlo oído, y teniendo interés en silenciar su boca, volviesen para rematar la obra.

—¡Sally! ¡Sally! ¿Dónde está? — preguntó en voz baja, arrastrándose hacia el sitio por donde había visto desaparecer a la joven y mirando hacia el fondo del barranco.

Pero con gran alegría oyó el sonido de una voz que contestaba a la suya. Luego distinguió un pálido reflejo de dos manos que se aferraban a los maderos. Se inclinó y alcanzó a distinguir el rostro de su salvadora que se levantaba hacia él.

—¡Sally!

Todas las fuerzas desaparecidas volvieron a él al ver a la joven. Cody alargó los brazos y tomó con sus manos las muñecas de la prometida de Jim.

—¡Valor! Yo voy a levantarla, — la dijo para darla ánimos. Y como si ella hubiera esperado aquel momento para conceder algún descanso a sus nervios en tensión, cedió, falta de fuerzas en forma tan rápida que estuvo a punto, al aumentar el peso de su cuerpo, de hacer que Cody la soltase. Pero el escucha se mantuvo firme.

—¡Sally! — llamó. Pero no obtuvo respuesta.

Para levantarla sin ayuda por parte de ella, necesitaba realizar un esfuerzo que Cody no podía efectuar, después de los trances porque había pasado, y de la sangre que había perdido por la herida de la pierna que, por lo demás, parecía de importancia.

De repente su corazón dió un vuelco. El tren se ponía nuevamente en marcha. Sin duda la banda había dado por terminada su obra.

—Lo primero que harán ahora será venir hasta aquí para cerciorarse de que estoy muerto y no puede delatarlos.

Cody mientras decía estas palabras miró con angustia, que las luces rojas que llevaba el último vagón del convoy, se iban alejando.

Oyó a los bandidos comentar satisfechos el resultado obtenido. Entonces pensó en que era preciso realizar un esfuerzo y levantar a Sally. Si los bandidos los encontraban allí, los dos podían considerarse muertos.

—¡Vamos, Sally, muchacha!... ¡Ayúdeme, si puede! — exclamó Búffalo Bill, mirando el pálido rostro que continuaba vuelto hacia él. Pero aquellos ojos permanecían cerrados y tampoco obtuvo respuesta alguna.

Cody se notaba ya sin fuerzas. Un ruido que oyó aumentó sus angustias y temores. La banda de canallas arrastraba un cuerpo pesado hasta colocarlo sobre los rieles. Instantáneamente le escucha pensó en la vagoneta automóvil con que le habían perseguido y dado alcance. La iban a utilizar para huir en ella.

—¿Pero en qué dirección? — Casi no era necesario preguntarlo. No era lógico que marchasen en la misma dirección que llevaba el tren que acababan de asaltar.

Forzosamente retrocederían por el puente y en ese caso su suerte y la de Sally estaba resuelta.

Con aquel cuerpo tan pesado colgando de sus brazos, Cody se sentía desfallecer y un agudo dolor fijo en los hombros, aumentaba su tortura.

Los acontecimientos empezaron a producirse como había calculado. Era la misma vagoneta a que habían colocado en los rieles. Posiblemente debido a su enorme peso no había volcado como había ocurrido con la que llevaba él. O si había volcado no había sufrido desperfecto ninguno.

Durante u. par de minutos, Cody oyó ruido de hierros que chocaban, luego uno de los de la banda lanzó una carcajada y gritó:

—¡Todos arriba!

Un minuto después se ponían en marcha en dirección al puente.

—¡Dios mío! Y me encuentro aquí sin ayuda, imposibilitado hasta para levantar un dedo, — murmuró Cody con furiosa desesperación. — Van a vernos y al menor empujón los dos iremos rodando hasta el fondo del río pedregoso. ¡Diablo! ¡Me han visto!.. No... ¡Aun no!...

La vagoneta se había detenido un poco más allá. Los bandidos se encontraban seguramente convencidos de que habían dejado a su víctima, mucho más cerca del extremo del puente, que lo que estaba en realidad. Buscaban afanosamente a unas veinte yardas de distancia del verdadero sitio.

—¡Demonio! — oyó exclamar a uno de los de la banda. — Ese viejo miriñaque, no ha dejado ni un botón de los pantalones para muestra. Lo ha partido en dos pedazos y ha caído al fondo del barranco.

—Más vale así, — respondió otro. — Yo juraría que es, exactamente, este el sitio donde le dejamos. Recuerdo que había unos tornillos enmohecidos amontonados junto a uno de los rieles.

No se le ocurría que podía haber otros montones de tornillos en otros puntos. Precisamente Cody notaba que algunos de esos tornillos se le estaban clavando en las piernas, causándole un agudo dolor.

Sin embargo, no se quejaba. Se sentía con las fuerzas casi agotadas... pero había una probabilidad de salvar la vida y era necesario sobreponerse al dolor y estar alerta para aprovecharla.

Algunos de los de la banda empezaron a demostrar su impaciencia.

—No nos ocuparemos más de él,—dijo rudamente uno de ellos. — No vamos a perder el tiempo con ese espantajo de los cabellos largos. Si ha muerto, bien muerto está y si no, cuando volvamos a encontrarlo haremos las cosas mejor... Eso es lo que yo opino.

Los otros asintieron. Subieron a la vagoneta, que pusieron en marcha en seguida, y pasaron rápidamente por el sitio en que se encontraba tendido Cody entre los durmientes, confiado en salvar la vida.

Al parecer, ninguno lo vió, y ya empezaba a sentir renacer las esperanzas.

Pero, desgraciadamente, uno que tenía la vista más penetrante que la de los otros, alcanzó a distinguir su silueta, y Cody oyó que daban orden de detener la marcha.

Luegos el hombre habló algo; pero los otros tenían interés en alejarse de aquel sitio lo más pronto posible para salvarse, pues uno dijo.

—Si hay un cuerpo muerto a uno de los lados, debe ser el suyo, que la máquina lo ha despedido. Para qué vamos a volver atrás... Dejémoslo...

Y con gran satisfacción de Cody "lo dejaron", y la vagoneta volvió a ponerse en movimiento, salió del puente, penetró en la curva del lado opuesto y se alejó rápidamente, como si la fuesen persiguiendo toda una legión de demonios.

El escucha cerró los ojos y murmuró una plegaria en acción de gracias, por haber salido con bien del horrible trance. Luego, reuniendo las fuerzas que le quedaban, dió un tirón de la joven, que continuaba desmayada, y consiguió levantar sus hombros hasta el nivel del puente. En seguida, con un rápido movimiento la tomó por debajo de los brazos y tiró de ella hasta levantarla por completo y depositarla en el suelo.

—¡Sally! ¡Sally! Abra los ojos. Ya se han ido. No hay nada que temer.

Habían transcurrido cinco espantosos minutos.

Al fin la joven lanzó un gemido, abrió los ojos y de repente exclamó.

—¡Jim! ¡Mí amado Jim! ¿Dónde está?



CAPITULO VIII

Nuevas contrariedades para Cody

¡Su Jim! — murmuró Cody amargamente, pasándole el brazo por la espalda, pues cualquier movimiento en falso en el espacio que quedaba entre los durmientes, suponía la muerte.

—¿Quién es usted? — preguntó ella contemplando con una mirada sin expresión. Pero en seguida acudieron las ideas exactas a su imaginación, pues sin esperar una respuesta, añadió. — ¡Ah! Sí. Ya recuerdo. Usted es el coronel Cody.

—¡Que le debe la vida, Sally! — añadió conmovido el escucha.

—Sí... el tren... Lo habían atado a usted al puente... Yo al principio creí que era mi Jim... Me figuro que esos cobardes habrán hecho con él algo por el estilo... Yo oí un tiro y corrí hasta la estación para ver lo que ocurría... Pero él no estaba allí... ¿Le ha visto usted? ¡Oh! Dígamelo en seguida,—suplicó.

Cody no sabía qué hacer. Claro estaba que lo había visto y que sabía mucho acerca de su prometido. La pobre joven había dado todo su cariño a un canalla, al más infame que se había cruzado en el camino de Cody... Por lo menos esa era la opinión que se había formado respecto a él.

¿Pero cómo podía decirle semejante cosa? ¿Cómo iba a asestarle ese golpe mortal, después de haberle salvado la vida? Ella nunca le creería y si confiaba en sus palabras, el efecto que le causarían acaso le produjesen la muerte.

—¿Lo ha visto usted, le pregunto? — insistió Sally, quien ya se sentía más fuerte y se hallaba dispuesta a correr en su busca y salvarlo si estaba en peligro.

—Sí. — contestó Búffalo Bill. — Lo he visto.

—¿Dónde? ¿Está libre? — preguntó la joven.

—Completamente en salvo. Lo vamos a encontrar sano. No hay nada que temer. Ha ido por allí, — agregó Cody señalando la dirección en que se habían alejado los de la vagoneta. — Ha ido en persecución de los de la banda, — añadió para convencerla.

La mentira hizo su efecto. Sally rompió en un mar de lágrimas.

La tensión nerviosa a que la había sostenido durante aquella lucha entre la vida y la muerte, hizo crisis en un benéfico llanto.

—¡Llore! ¡Llore! — dijo el escucha paternalmente. — Desahóguese, pobre niña... Pero debemos abandonar el puente tan pronto como nos sea posible. Ya nos hallamos libres de esa canalla. Pero es preciso que no nos volvamos a encontrar con ellos nuevamente... Vámonos de aquí... para buscar a Jim...

Esas últimas palabras tuvieron un mágico efecto. Sally se puso rápidamente de pie. El paso por el puente, con aquellos espacios abiertos, era peligroso aun a la luz del día. Cómo lograron efectuarlo con felicidad, a pesar de las sombras que los envolvían, es cosa que Cody no pudo explicarse. No obstante, lo realizaron.

Y nunca más a tiempo, pues un instante después de que sudorosos y fatigados pisaban tierra firme, se oyó el silbido de una locomotora que avanzaba en dirección de Happy Valley.

Se oyó el ruido de la máquina al acercarse. En la estación la tranquilidad fué alterada, pero sólo por un momento, pues la máquina siguió adelante y el foco que llevaba delante lanzaba sus destellos por entre los árboles que había en el bosque de la curva.

Era una máquina piloto, como Cody supuso en seguida. El tren rápido había llegado a la próxima estación y allí los guardas denunciaron el robo. La máquina piloto fué preparada y subieron a ella varios hombres armados que se habían instalado a los lados de la caldera. Así los vió Cody cuando la máquina pasó cerca de él cmo una furia.

—¡Eh! ¡Alto! ¡Dónde van! Deténganse, —gritó el escucha. Pero al parecer le hicieron el mismo caso que si se estuviese dirigiendo a los durmientes de la vía.

Sin embargo, alguien le había visto. Los frenos de la máquina fueron apretados a juzgar por las chispas que salieron de las ruedas.

Antes de que la máquina se hubiera detenido por completo, media docena de hombres saltaron al suelo y avanzaron apuntando con sus armas a Cody.

—¡Manos arriba! — le dijeron, y el jefe de los recién llegados le apuntó con el revólver a la cabeza.—¿Quién es usted, y qué está usted haciendo en estos sitios a semejante hora de la noche?

Cody reconoció la voz. Era Corney Callanghan, sheriff de Greenhills, que limitaba con Happy Valley. Corney era otro de los agentes especiales de la Compañía y la sección de que era responsable estaba inmediata a la de Cody.

El personal del tren saqueado refirió su dolorosa historia y el corpulento irlandés, se había puesto inmediatamente en persecución de los asaltadores, y más que nala le guiaba la idea de derrotar a Cody, contra quien sentía una gran envidia y rencor.

—¡Eh! Canalla. ¿Quieres que te llene el cuerpo de agujeros antes de que pronuncies una palabra? — continuó Corney moviendo con gestos de amenaza su revólver.

No era de extrañar que no hubiese reconocido a Búffalo Bill, pues la oscuridad que reinaba era muy densa.

Pero Cody contestó tranquilamente.

—Déjeme una oportunidad de hablar, y entonces me explicaré. Entretanto, — agregó con cierta ironía, — aparten el caño de los revólvers de la cara de esta señorita, o de lo contrario me veré en la necesidad de enseñarles educación.

—¡Ja! ¡ja! — exclamó Corney riendo ruidosamente. — Usted va a enseñarnos educación... ¡Usted!... ¿Y quién es para hablar de ese modo?

—Soy el coronel Cody.

—¡Cómo! — balbuceó su rival.

—Agente especial de este ferrocarril, como es usted, — continuó el escucha, — y dedicado al mismo asunto... Estamos empeñados en el mismo juego...

—¡Juego! Esa es la palabra... Eso es lo que ha hecho usted esta noche, — exclamó el irlandés. — Mientras el tren rápido ha sido saqueado del otro lado del puente, usted se encontraba entretenido con esta muchacha, ¿no es eso?... Usted lo habrá oído todo... Supongo...

¡Paff!

Sin poder contener su ira al ver que el otro mentía de aquella manera e insultaba a Sally, Cody le había dado un tremendo puñetazo en la mandíbula. El hombretón cayó de espaldas y soltó el revólver que tenía en la mano.

Cody, que había sido desarmado por los asaltantes del tren, se apresuró a apoderarse del arma. Fué un movimiento oportuno, pues seguramente hubiera sido muerto por el sheriff de Greenhills cuando recobró los sentidos y se puso en pie.

Cody, entretanto, había suplicado a Sally que aprovechara la oportunidad para volver a su casa. Pero la joven se negó rotundamente.

—¡Canalla! Voy a deshacerte a golpes.

El gigante atacó al escucha, resoplando como un elefante herido. Un segundo después los dos hombres se hubieron trenzado, dando un deplorable ejemplo, a no ser por la intervención de los que estaban a sus órdenes.

Afortunadamente, éstos reconocieron quién era el culpable y sujetaron al gigante, al que comenzaron a hacer reflexiones, recordándole la urgencia de la misión que todos tenían que cumplir.

—Pero, por todos los diablos, yo le prometo que nos hemos de ver respecto a ese golpe que me ha dado en la cara. Darse a sí mismo el nombre de agente y dejar que desvalijen el tren en sus propias narices... ¿Dónde están sus hombres?... ¿Dónde está ese canalla que hace aquí en Happy Valley las veces de superintendente. ¿Dónde está ese Jim?,—creo que se llama así. — Ese traidor... Posiblemente uno de los de la banda, pues según nos han informado, él también subió a los vagones... El debe haber planeado el golpe... Y usted estaba aquí y lo ha dejado escapar.

Podía haber dicho a Cody todo cuanto quisiera, pues el escucha estaba pensando únicamente en la pobre Sally.

La verdad completa acerca de lo que era su prometido, la había conocido así, de golpe, y debía haberla producido el efecto de un golpe de maza.

—¡Basta! — interrumpió ella. — ¿Qué es lo que está usted diciendo? ¿Mi Jim, un traidor? Usted miente, cobarde. Usted miente. Se lo digo yo.

El enorme irlandés estaba sorprendido; pero, afortunadamente, la enérgica negativa de la joven lo avergonzó.

—No pretendo disgustarla, señorita. Me refiero al canalla que está llenando las funciones del superintendente de la sección, que está enfermo,—respondió.

—Ya sé, — prosiguió Sally. — Es Jim, mi prometido... De ese es de quien está usted hablando. De ese que asegura que estaba mezclado con la banda de salteadores...

—Pero si lo han conocido... Hay dos personas que viajaban en el tren y que lo han visto cuando subió a uno de los vagones — persistió Corney. — Lo han visto ayudar a los bandidos y huir con ellos.

—Y yo repito que es mentira... Que mienten como unos canallas, — protestó Sally, palideciendo ante la acusación de que hacían objeto al hombre a quien adoraba.— ¿Dónde están esos hombres? Que yo los oiga. Coronel Cody, usted los desmentirá. Les hará comerse sus palabras, a esos cobardes.

Pero antes de que insistiese en sus demandas, miró el rostro de Cody. Uno de los hombres había traído una linterna de la máquina, y la joven vió claramente la expresión del escucha.

—¡Dios mío! — exclamó Sally alarmada.— ¿Qué le ocurre? ¿Por qué mira de ese modo?...

—¿Como miro yo muchacha?

—Como si usted creyese también lo que dicen.—Como si creyese las mentiras que cuentan de Jim estos locos... Usted comprenderá que yo lo conozco bien y que no puedo imaginarme...

Se interrumpió para estallar en sollozos.

—¡Vamos! ¡Vamos!—exclamó el escucha. —La cosa no es tan grave como parece... Jim, puede, muy bien haber estado allí... Acaso le hayan obligado, con amenazas de muerte a que los ayude.

—¿El? Ahora quiere usted suponerlo cobarde, después de calificarlo de ladrón. ¡Oh! Me avergüenzo de usted. Yo pensaba que era usted un buen amigo de mi padre y mío, y resulta que se pone del lado de estos cobardes contra mí.

—¡Pero señorita!... —protestó el irlandés

—¡Sally! ¡Sally! Abra los ojos. Ya se han ido. No hay nada que temer.

Habían transcurrido cinco espantosos minutos.

Al fin la joven lanzó un gemido, abrió los ojos y de repente exclamó.

—¡Jim! ¡Mi amado Jim! ¿Dónde está?



CAPITULO VIII

Nuevas contrariedades para Cody

¡SU Jim! — murmuró Cody amargamente, pasándole el brazo por la espalda, pues cualquier movimiento en falso en el espacio que quedaba entre los durmientes, suponía la muerte.

—¿Quién es usted? — preguntó ella contemplando con una mirada sin expresión. Pero en seguida acudieron las ideas exactas a su imaginación, pues sin esperar una respuesta, añadió. — ¡Ah! Sí. Ya recuerdo. Usted es el coronel Cody.

—¡Que le debe la vida, Sally! — añadió conmovido el escucha.

—Sí... el tren... Lo habían atado a usted al puente... Yo al principio creí que era mi Jim... Me figuro que esos cobardes habrán hecho con él algo por el estilo... Yo oí un tiro y corrí hasta la estación para ver lo que ocurría... Pero él no estaba allí... ¿Le ha visto usted? ¡Oh! Dígamelo en seguida,—suplicó.

Cody no sabía qué hacer. Claro estaba que lo había visto y que sabía mucho acerca de su prometido. La pobre joven había dado todo su cariño a un canalla, al más infame que se había cruzado en el camino de Cody... Por lo menos esa era la opinión que se había formado respecto a él.

¿Pero cómo podía decirle semejante cosa? ¿Cómo iba a asestarle ese golpe mortal, después de haberle salvado la vida? Ella nunca le creería y si confiaba en sus palabras, el efecto que le causarían acaso le produjesen la muerte.

—¿Lo ha visto usted, le pregunto? — insistió Sally, quien ya se sentía más fuerte y se hallaba dispuesta a correr en su busca y salvarlo si estaba en peligro.

—Sí, — contestó Búffalo Bill. — Lo he visto.

—¿Dónde? ¿Está libre? — preguntó la joven.

—Completamente en salvo. Lo vamos a encontrar sano. No hay nada que temer. Ha ido por allí, — agregó Cody señalando la dirección en que se habían alejado los de la vagoneta. — Ha ido en persecución de los de la banda, — añadió para convencerla.

La mentira hizo su efecto. Sally rompió en un mar de lágrimas.

La tensión nerviosa a que la había sostenido durante aquella lucha entre la vida y la muerte, hizo crisis en un benéfico llanto.

—¡Llore! ¡Llore! — dijo el escucha paternalmente. — Desahóguese, pobre niña... Pero debemos abandonar el puente tan pronto como nos sea posible. Ya nos hallamos libres de esa canalla. Pero es preciso que no nos volvamos a encontrar con ellos nuevamente... Vámonos de aquí... para buscar a Jim...

Esas últimas palabras tuvieron un mágico efecto. Sally se puso rápidamente de pie. El paso por el puente, con aquellos espacios abiertos, era peligroso aun a la luz del día. Cómo lograron efectuarlo con felicidad, a pesar de las sombras que los envolvían, es cosa que Cody no pudo explicarse. No obstante, lo realizaron.

Y nunca más a tiempo, pues un instante después de que sudorosos y fatigados pisaban tierra firme, se oyó el silbido de una locomotora que avanzaba en dirección de Happy Valley.

Se oyó el ruido de la máquina al acercarse. En la estación la tranquilidad fué alterada, pero sólo por un momento, pues la máquina siguió adelante y el foco que llevaba delante lanzaba sus destellos por entre los árboles que había en el bosque de la curva.

Era una máquina piloto, como Cody supuso en seguida. El tren rápido había llegado a la próxima estación y allí los guardas denunciaron el robo. La máquina piloto fué preparada y subieron a ella varios hombres armados que se habían instalado a los lados de la caldera. Así los vió Cody cuando la máquina pasó cerca de él cmo una furia.

—¡Eh! ¡Alto! ¡Dónde van! Deténganse, —gritó el escucha. Pero al parecer le hicieron el mismo caso que si se estuviese dirigiendo a los durmientes de la vía.

Sin embargo, alguien le había visto. Los frenos de la máquina fueron apretados, a juzgar por las chispas que salieron de las ruedas.

Antes de que la máquina se hubiera detenido por completo, media docena de hombres saltaron al suelo y avanzaron apuntando con sus armas a Cody.

—¡Manos arriba! — le dijeron, y el jefe de los recién llegados le apuntó con el revólver a la cabeza.—¿Quién es usted, y qué está usted haciendo en estos sitios a semejante hora de la noche?

Cody reconoció la voz. Era Corney Callanghan, sheriff de Greenhills, que limitaba con Happy Valley. Corney era otro de los agentes especiales de la Compañía y la sección de que era responsable estaba inmediata a la de Cody.

El personal del tren saqueado refirió su dolorosa historia y el corpulento irlandés, se había puesto inmediatamente en persecución de los asaltadores, y más que nala le guiaba la idea de derrotar a Cody, contra quien sentía una gran envidia y rencor.

—¡Eh! Canalla. ¿Quieres que te llene el cuerpo de agujeros antes de que pronuncies una palabra? — continuó Corney moviendo con gestos de amenaza su revólver.

No era de extrañar que no hubiese reconocido a Búfalo Bill, pues la oscuridad que reinaba era muy densa.

Pero Cody contestó tranquilamente.

—Déjeme una oportunidad de hablar, y entonces me explicaré. Entretanto, — agregó con cierta ironía, — aparten el caño de los revólvers de la cara de esta señorita, o de lo contrario me veré en la necesidad de enseñarles educación.

—¡Ja! ¡ja! — exclamó Corney riendo ruidosamente. — Usted va a enseñarnos educación... ¡Usted!... ¿Y quién es para hablar de ese modo?

—Soy el coronel Cody.

—¡Cómo! — balbuceó su rival.

—Agente especial de este ferrocarril, como es usted, — continuó el escucha, — y dedicado al mismo asunto... Estamos empeñados en el mismo juego...

—¡Juego! Esa es la palabra... Eso es lo que ha hecho usted esta noche, — exclamó el irlandés. — Mientras el tren rápido ha sido saqueado del otro lado del puente, usted se encontraba entretenido con esta muchacha, ¿no es eso?... Usted lo habrá oído todo... Supongo...

¡Paff!

Sin poder contener su ira al ver que el otro mentía de aquella manera e insultaba a Sally, Cody le había dado un tremendo puñetazo en la mandíbula. El hombretón cayó de espaldas y soltó el revólver que tenía en la mano.

Cody, que había sido desarmado por los asaltantes del tren, se apresuró a apoderarse del arma. Fué un movimiento oportuno, pues seguramente hubiera sido muerto por el sheriff de Greenhills cuando recobró los sentidos y se puso en pie.

Cody, entretanto, había suplicado a Sally que aprovechara la oportunidad para volver a su casa. Pero la joven se negó rotundamente.

—¡Canalla! Voy a deshacerte a golpes.

El gigante atacó al escucha, resoplando como un elefante herido. Un segundo después los dos hombres se hubieron trenzado, dando un deplorable ejemplo, a no ser por la intervención de los que estaban a sus órdenes.

Afortunadamente, éstos reconocieron quién era el culpable y sujetaron al gigante, al que comenzaron a hacer reflexiones, recordándole la urgencia de la misión que todos tenían que cumplir.

—Pero, por todos los diablos, yo le prometo que nos hemos de ver respecto a ese golpe que me ha dado en la cara. Darse a sí mismo el nombre de agente y dejar que desvalijen el tren en sus propias narices... ¿Dónde están sus hombres?... ¿Dónde está ese canalla que hace aquí en Happy Valley las veces de superintendente. ¿Dónde está ese Jim?,—creo que se llama así. — Ese traidor... Posiblemente uno de los de la banda, pues según nos han informado, él también subió a los vagones... El debe haber planeado el golpe... Y usted estaba aquí y lo ha dejado escapar.

Podía haber dicho a Cody todo cuanto quisiera, pues el escucha estaba pensando únicamente en la pobre Sally.

La verdad completa acerca de lo que era su prometido, la había conocido así, de golpe, y debía haberla producido el efecto de un golpe de maza.

—¡Basta! — interrumpió ella. — ¿Qué es lo que está usted diciendo? ¿Mi Jim, un traidor? Usted miente, cobarde. Usted miente. Se lo digo yo.

El enorme irlandés estaba sorprendido; pero, afortunadamente, la enérgica negativa de la joven lo avergonzó.

—No pretendo disgustarla, señorita. Me refiero al canalla que está llenando las funciones del superintendente de la sección, que está enfermo,—respondió.

—Ya sé, — prosiguió Sally. — Es Jim, mi prometido... De ese es de quien está usted hablando. De ese que asegura que estaba mezclado con la banda de salteadores...

—Pero si lo han conocido... Hay dos personas que viajaban en el tren y que lo han visto cuando subió a uno de los vagones — persistió Corney. — Lo han visto ayudar a los bandidos y huir con ellos.

—Y yo repito que es mentira... Que mienten como unos canallas, — protestó Sally, palideciendo ante la acusación de que hacían objeto al hombre a quien adoraba.— ¿Dónde están esos hombres? Que yo los oiga. Coronel Cody, usted los desmentirá. Les hará comerse sus palabras, a esos cobardes.

Pero antes de que insistiese en sus demandas, miró el rostro de Cody. Uno de los hombres había traído una linterna de la máquina, y la joven vió claramente la expresión del escucha.

—¡Dios mío! — exclamó Sally alarmada.— ¿Qué le ocurre? ¿Por qué mira de ese modo?...

—¿Como miro yo muchacha?

—Como si usted creyese también lo que dicen.—Como si creyese las mentiras que cuentan de Jim estos locos... Usted comprenderá que yo lo conozco bien y que no puedo imaginarme...

Se interrumpió para estallar en sollozos.

—¡Vamos! ¡Vamos!—exclamó el escucha. —La cosa no es tan grave como parece... Jim, puede, muy bien haber estado allí... Acaso le hayan obligado, con amenazas de muerte a que los ayude.

—¿El? Ahora quiere usted suponerlo cobarde, después de calificarlo de ladron. ¡Oh! Me avergüenzo de usted. Yo pensaba que era usted un buen amigo de mi padre y mío, y resulta que se pone del lado de estos cobardes contra mí.

—¡Pero señorita!... —protestó el irlandés

molesto por aquellos continuados insultos.—Usted afirma que su prometido no tiene nada que ver con esos canallas... Perfectamente. En ese caso, ¿dónde está? ¿Por qué no se encuentra con nosotros para justificarse?

La joven no supo qué contestar a aquellas palabras.

Había oido una detonación por el lado de la estación y había corrido hacia allí para ver lo que pasaba. Pero lo encoutró todo desierto.

—¿Pero usted la habrá oido también?—añadió, dirigiéndose a Cody.

—Ya lo creo—fué la respuesta. — Y he hecho algo más que oirla, la he sentido de cerca.

—¿S? ¿Y cómo ha sido eso?—preguntó su rival.

—Por qué el disparo fué hecho contra mí. Yo me encontraba en la estación entonces.

—¿Y el tal Jim? ¿Estaba allí? ¿Lo ha visto usted?

—Sí,—respondió Cody.—Pero no perdamos el tiempo en estas cosas.—El escucha deseaba evitar a Sally todo disgusto y consideraba que si decía lo que había ocurrido, la joven pasaría un mal rato.—Esta conversación no nos conducirá a nada positivo y lo primero que debemos hacer es tratar de perseguir y de dar alcance lo antes posible a esos bandidos.

—¿Y cómo vamos a hacerlo si nadie puede decirnos por dónde se han ido!—rugió Corney.

—Es que yo puedo decirlo—respondió el escucha.—Yo he visto por completo el asalto.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Con qué lo ha visto todo? Me sorprende mucho—añadió el irlandés con tono burlón.—¿Y dónde estaba usted?—agregó con insolencia.

—En ese puente. Haba sido atado entre los rieles por la banda, esperando que llegase el expreso y me hiciese pedazos... La señorita Summerson, aquí presente, fué la que me salvó... Allí era donde yo estaba...

El corpulento irlandés iba a lanzar una carcajada, pero a una mirada de Cody, guardó silencio.

—Yo presencié el asalto—prosiguió tranquilamente el escucha—y cuando el tren se puso nuevamente en marcha, ví que la banda pasaba en esta dirección en una vagoneta automóvil. Y eso es todo. Por allí se ha marchado y estarán cada vez más lejos mientras estemos perdiendo aquí el tiempo en una charla inútil, en lugar de ir tras ellos. Vamos a perseguirlos en esa máquina que trae uste. Si marchamos a toda velocidad los alcanzaremos. Tal vez haya que sostener una escaramuza...

—De acuerdo—asintió su rival, sonriendo socarronamente.

Entretanto Cody, se había vuelto hacia Sally, para convencerla de que dejase la suerte de su prometido en sus manos, y que regresase a su casa.

Pero la joven no se hallaba dispuesta a ello. Cody, insistió y ella consintió, al fin.

Entonces Cody, se dirigió hacia el sitio donde se encontraba la máquina, pronta ya para ponerse en marcha.

—Ahora—dijo Cody, disponiéndose a subir al estribo.—Todo está pronto y podemos ponernos en marcha.—Pero notó que su rival le cortaba el paso.

—¿Pero que es lo que se ha creío? ¿Quién es usted para dar órdenes en la locomotora que yo he traido?

—¡Me extraña esa conducta! ¿Por qué se opone?—preguntó molesto Cody.

—¡Por esto!—respondió Corney, al mismo tiempo que le daba a Búffalo Bill, un puñetazo en la cara.



CAPITULO IX

Todos contra el prometido de Sally

HA de saber que yo estaba furioso con usted por el golpe que me había dado, y aúun lo estoy,—exclamó el irlandés al darle el puñetazo a Cody.—Si usted quiere ganarse honradamente el dinero que le paga el ferrocarril, puede tomar otra máquina y trabajar. Ahora salga de ese estribo. ¡Salga o le uro que vuelvo a golpearlo!

Y el furioso irlandés dominado nuevamente por la ira volvió a golpear en el rostro a Búffalo que se hallaba indefenso. Este segundo golpe, tuvo mejor resultado, pues el escucha, que lo recibió entre los ojos soltó el pasamanos y cayó hacia atrás sobre la vía.

Simultáneamente y a una orden del irlandés, el maquinista abrió la válvula y la locomotora partió rápidamente; Corney -Callaghan rió satisfecho de su victoria.

Antes de que Cody recobrase los sentidos y de que pudiese incorporarse, la máquina piloto estaba en la curva y a gran distancia de Cody que tenía todo el aspecto de un loco.

Había sido una mala jugada y el irlandés había vengado con creces del mal rato que le había hecho pasar Cody. Pero pronto tendría él a su vez, su desquite.

Cody tenía que pensar la forma en que había de perseguir y dar caza a los ladrones del tren. No podía pensar en utilizar otra máquina piloto, pues seguramente el ferrocarril no tendría otra locomotora disponible.

—Sí. Tengo que pensar seriamente la forma de salir de este mal trance—reflexiono.—Todo lo que me ha ocurrido es culpa mía. He tomado en broma un asunto que era muy serio y desde el principio estoy cometiendo errores.

Se había olvidado por completo de Sally. Pero ella había permanecido esperando y había presenciado llena de amargura el cobarde atentado.

—Usted no ha cometido error ninguno—exclamó la joven.—Usted llegó a tiempo para evitar lo ocurrido. Pero...

—¡Oh! Mi querida Sally—interrumpió riendo Cody.—¿Piensa que estoy hablando en serio? ¿Cree que me han vencido, porque ese perro grandote se ha burlado de mí? ¡No, eso nunca! Vamos a ser nosotros los primeros que hemos de hallar las huellas de la banda, o dejaré de ser quien soy.

Cody se había aventurado a hablar así, porque no tenía intención de dejar una mala impresión en el ánimo de Sally, después de la espléndida participación que había tomado en los sucesos de aquella noche.

La debía la vida y la única forma en que podía pagarla lo que había hecho era demostrar que su prometido no había tenido participación en el robo, y, si podía, salvarlo de las consecuencias que su conducta pudiera acarrearle.

—Juraría que estaría pensando en esto cuando decía a Sally que esperaba reunir algún dinero para casarse con ella,—pensaba ody cuando, en unión de la joven, marchaba hacia la estación de Hoppy Valley.—Afirmaría que se ha metido en este asunto sin conocer hasta dónde iban a llegar... ¡Qué idiota!...

Pero esa opinión acerca de Jim se vió modificada en seguida. El individuo no podía haberse mezclado en el asunto únicamente por amor hacia Sally.

Reconstruyendo mentalmente el retrato del joven a quien había visto, Cody, se convenció que aquella teoría era muy arriesgada. Si existía alguna persona que llevase impresos en cada uno de sus rasgos las huellas de sus instintos criminales, esa persona era el Jim a quien había encontrado aquella noche en la estación.

Aquel hombre era un bribón y un embustero y no podía entrar en los cálculos de Cody, cómo aquella muchacha buena y dulce, que se encontraba a su lado podía estar tan enamorada de él.

Como una docena de faroles avanzaban en dirección al pequeño edificio donde se hallaba instalada la estación. Aquello demostraba que la noticia del asalto del tren había llegado ya hasta el poblado y que alguno de los habitantes de Happy Valley, marchaban hacia el lugar de los hechos para adquirir algunas informaciones.

—Creo más conveniente, Sally, que siga mis consejos y se marche a su casa—exclamó el escucha, suponiendo que los nervios de la joven ya excitados por los acontecimientos anteriores no estarían en condiciones de soportar nuevas escenas.

—¿Irme a mi casa sabiendo que todos esos que se acercan estarán también convencidos de que mi Jim es uno de los de la banda?—exclamó Sally.—No. Eso jamás. Yo me quedaré aquí para hacerles frente ya que Jim no puede hacerlo. Yo les demostraré que cuanto dicen en contra suya es falso.

—Sí, usted puede decirles todo lo que quiera, pero ¿con qué les prueba que están en un error?—manifestó Cody.

—¡Pero no parece sino que usted lo creyese también!... Sí. Usted opina lo mismo, —protestó la joven. — Usted no dice claramente lo que los demás, pero opina lo mismo que todos. Hable con franqueza. ¿Opina usted que mi Jim era uno de los de la banda? Confiéselo.

—En efecto, — confesó Cody al verse acosado de aquella manera y considerando que después de todo, era preferible que Sally supiese la verdad a esa altura de los acontecimientos. — En efecto, — repitió el escucha. — Yo lo he visto en la estación esta noche; he hablado con él, y mientras tanto los de la banda se hallaban ocultos en la habitación inmediata y él no lo ignoraba.

—¿Qué Jim sabía todo eso? — murmuró horrorizada Sally.

—Seguramente. El cielo es testigo de que yo quisiera poder pensar en forma distinta, pero los hechos son esos y fuerza es hacer frente a las cosas tal y como son. He hablado con su Jim y eso es en verdad lo que puedo decir.

Intentó tomar una de las manos de la joven para demostrarla que a pesar de todo cuanto había dicho, él continuaba siendo un buen amigo suyo.

Pero ella se esquivó y pretendió retroceder para mantenerse oculta entre las sombras.

Pero sin duda no estaba de suerte, pues al pretender separarse, un grupo de hombres que había llegado hasta el sitio en que se hallaban ellos, avanzó y los cercaron.

—¿Quiénes son ustedes? — preguntó uno encendiendo un fósforo y acercándolo a la cara de Cody. — Usted es un desconocido por estos sitios... — Pero al ver a Sally se dirigió a ella y el escucha fué olvidado en seguida.

La pobre muchacha no tardó en convencerse de que la historia de la complicidad de su prometido era ya conocida por todos. Y al ser descubierta los del grupo acogieron su presencia con un murmullo.

—¡Pero si es la señorita Sally, la maestra de escuela!—exclamó uno.

—¡La prometida de ese ladrón de Jim!

—El canalla a quien andamos buscando esta noche.

—Eso es, — confirmó el que había hablado primero. — ¿Qué anda haciendo usted por aquí, señorita? — preguntó bruscamente.—¿Y ese precioso personaje de Jim, su prometido, dónde anda? Lo andamos buscando...

—¿Buscando? ¿Y para qué? — preguntó resueltamente la joven.

—¡Oh! No creo necesario decirlo, — añadió el hombre. — No pretenderá usted hacernos creer que no sabe que forma parte de esa banda que ha robado esta noche el tren expreso.

—Yo no lo sé, — exclamó Sally. — He oído que lo decían y a todos les he dicho lo mismo que le digo a usted en su propia cara, Jake Gordon, que todo eso es falso.

—¡Oh! ¡No mienta usted! — fué la respuesta.

—El mentiroso es usted, — exclamó Sally. — Esa es la verdad y el hombre que

habla mal y lo condena a espaldas suyas es un cobarde... ¿Me entiende usted?

—Sí. La comprendo bien, pero todo cuanto me dice no significa nada para mi,—fué la insolente contestación. — Pienso tan sólo que ese Jim la ha engañado a usted, como nos ha engañado a todos nosotros... Porque si no es culpable...

—¿Qué, qué? — exclamó ella aprovechando la pausa que hizo el otro. — ¿Tiene algo más que decir? Acaso va también a pretender, por el mismo motivo, que yo formo parte de la banda... ¿Será capaz de creerlo?

El otro la miró un rato en silencio, luego se encogió de hombros y agregó con toda grosería.

—Ultimamente, tampoco la conocemos a usted desde hace tanto tiempo como para suponer lo contrario.

Aquello era ya demasiado para una muchacha como Sally, quien se abalanzó hacia él como una tigre.

Pero Cody se interpuso, tomó a Sally por un brazo y la apartó. No iba a permitir que insultasen de aquella manera a la hija de su viejo amigo. Estaba allí para defenderla, tanto si los hechos demostraban que su prometido era inocente, según ella se obstinaba en afirmar, como si resultaba culpable.

Era de lamentar que ninguno de los que se encontraban en la estación y que habían ido llegando durante la anterior escena, hasta formar un número considerable, lo reconociesen.

Se dirigió hacia el que encabezaba el grupo, al llamado Jake Gordon y le dijo enérgicamente.

—¡Eh! ¡Poco a poco! Me va a explicar...

—¿Explicar qué? ¿De dónde sale usted? ¿Quién es y por qué se mezcla en esta cuestión? Eso es lo que debe contestar usted primero. — dijo el otro.

—Yo soy el coronel Cody, — respondió el escucha. — agente especial de este ferrocarril y enviado aquí en persecución de esa banda a que alude usted.

—¡Oh! Ha llegado un poco tarde, — dijo el otro con sorna.

—Sin embargo. Si hubiera llegado antes hubiera podido reunir a varios como usted y acaso hubieran podido ayudarme. Por más que opino que a pesar de ello hubiera tenido que atacar a la banda solo...

—¡Atacarlos!... ¿Usted?... ¿Sin la ayuda de los otros?... ¿Dónde?

—En las oficinas de la estación, justamente después de llegar el tren local.

—¿Pero usted ha visto a los bandidos, entonces?

—Sí. Y al prometido de la señorita Summerson, también. Estaba en su oficina.

—Eso es lo que decimos todos, — añadió Jake Gordon triunfalmente. — Que él estaba con ellos.

—No. No estaba con ellos, — negó Cody. — Ellos le dijeron que eran detectives enviados por la agencia Pinkerton, para detener a los ladrones. El los creyó y ese es el principio y el fin de esa complicidad en el asalto... Puede creerme.

Una mano se apoyó en su brazo mientras estaba hablando. Se volvió y vió a Sally que le dirigía una mirada de profundo agradecimiento.

Pero al parecer Jake Gordon no se había convencido tan fácilmente, pues lanzó una carcajada, que Cody cortó en forma repentina.

Dió un salto y tomó al asombrado Jake por el cuello como un perro de presa pueda agarrar a una rata.

—¡Oiga! — exclamó con el rostro blanco de ira. — ¿No ha oído que mi nombre es el de coronel Cody? ¿Eh? ¿No ha oído que ese Jim, de quien usted está hablando en esa forma, es inocente?

Su atónita víctima no hacía más que girar los ojos.

—Bien, — añadió el escucha soltándolo con un furioso envión. — Cuando yo me tomo la molestia de hacer una declaración semejante a un imbécil como usted, no hay más que hablar. Usted debe meterse esa idea en el cerebro tan pronto como pueda. Yo no voy a perder más mi tiempo en darle explicaciones. Usted no debe intentar volver a reirse en la forma en que lo ha hecho, porque pudiera yo equivocarme y suponer que no cree lo que yo le digo... Y cuando creo eso las cosas se ponen muy feas... ¿sabe?

En efecto, el rostro de Cody adquirió una expresión que bastaba para asustar a alguien más valeroso que el pobre diablo a quien hablaba.

—¿Me comprenden? — esta vez se dirigió al resto de los presentes, quienes se dieron vuelta confundidos.—¡Ahora, largo de aquí! —ordenó Cody con una entonación que parecía el disparo de un arma de fuego.

Y las buenas gentes de Happy Valley, dominadas por aquel singular y para ellos desconocido personaje, se alejaron en seguida.



CAPITULO X

Una huella reciente

NO pronunciaron ni una palabra. Lanzando furtivamente miradas de desconfianza, los grupos se fueron diseminando y perdiéndose entre las sombras. Cody y Sally quedaron solos.

—Y ahora, mi pequeña muchacha,—dijo Cody cuando ella se apoyó en su pecho con gesto de agradecimiento.—Debemos marcharnos a su casa para que descanse. Eso es lo que yo opino.

—No. A casa no,—persistió ella, — No quiero volver a casa hasta que sepa algo de Jim. ¿Pero quiere decirme lo que opina realmente?—dijo Sally mirándolo con fijeza.—Primero me dijo usted que creía que Jim era culpable. Y ahora les dice usted a esos que es inocente. ¿Por qué ese cambio?... Hable.

—Pienso que podremos probar su inocencia, pero eso no es cosa que puede hacerse comprender a elementos de esa especie. Ahora procuraremos saber lo que hay de verdad en todo.

—¡Oh! Usted no está convencido entonces —exclamó Sally, rompiendo nuevamente en un amargo llanto.—Pero yo procuraré ayudarle. No volveré a casa hasta que lo encuentre. La banda se lo habrá llevado a alguna parte... Acaso lo hayan muerto.

Cody tenía la convicción de saber lo que había pasado.

Jim, estaba en salvo donde estuviese la banda. Debía ya estar en su persecución desde hacía rato, en lugar de haber perdido el tiempo en aquella forma y dejar a su rival Corney Callaghan, que se le adelantase.

El depósito de la estación estaba un poco más apartado. Resolvió hablar por teléfono desde allí y averiguar si llegaban nuevos refuerzos, trayendo un tren u otros medios de locomoción con ellos.

La herida de la pierna volvía a molestarle y temía que no pudiese caminar. Sin hacerse una cura no podría ni andar, ni montar a caballo.

Cuando llegaba a la oficina, oyó que sonaba insistentemente la campanilla del teléfono.

—¡Hola! ¡Hola!—respondió. Era el teléfono de la compañía y el llamado debía proceder de alguna estación inmediata probablemente con intención de averiguar nuevos informes.

—¡Hola! ¿Piensa usted que estoy sordo, muerto o algo así, para llamar de ese modo?—exclamó.

—¿Es usted Jim?—fué la respuesta.—¿Ya está de vuelta al depósito? ¿Y las luces que decía que había visto, que eran?

Cody pensó un momento.

—Ah. Sí. Sin duda era algo de lo que yo me figuraba, — respondió en forma vaga.— ¿Ha oido usted algo respecto a lo ocurrido?

—¿Que el tren ha sido asaltado? Por supuesto. Despojado por completo. Y los bandidos han escapado a pesar de haberlos descubierto usted. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo los ha dejado?

Aquello se hacía interesante. Quién era el otro que hablaba esa cosa que Cody no sabía, pero evidentemente se trataba de un camarada de una estación cercana quien estaba hablando con Jim en momentos en que se preparaba el ataque.

Cody resolvió seguir fingiendo algunos momentos más.

—¡Oh! Me engañaron. Yo creo que las luces que ví, eran una estratagema para hacerme salir de aquí—respondió.—¿Qué noticias tiene usted? Ha oído algo respecto a lo que ha sido de ellos? Se alejaron cruzando el puente en una vagoneta y poco después Corney Callaghan pasó por aquí en una máquina piloto persiguiéndolos... ¿Los alcanzó?

—¿Alcanzarlos?—respondió el otro riendo. — Los bandidos abandonaron la vagoneta, en el cruce de Glancy, donde tenían los caballos, según parece. Allí bajaron el botín y siguieron en dirección al sud... hacia Sevilla City o Minerva, según creo. Entonces Corney abandonó la persecución considerando muy penoso seguirlos a caballo.

—Pero volvamos al asunto de las luces, —continuó el que hablaba. ¿Cuando usted fué hasta el puente, no vió nada?

—Nada. Solamente oí unos ruidos en el fondo del barranco. Pero cuando llegué allí, no había ya nadie.

—Bien. Pero eso ocurrió antes de que pasase el tren local, — insistió el otro con un dejo de sospecha. — ¿Qué hizo usted después?

Cody consideró que la conversación se iba volviendo peligrosa. Había obtenido una valiosa información y explicar ahora que no se trataba de Jim con quien hablaban, era tan sólo complicar el asunto.

Por otra parte, Sally estaba a su lado impaciente por conocer todo lo que había conversado, por eso decidió cortar en seco, colgando el tubo.

—¿Quién era y qué decía el que hablaba? — preguntó la joven.

—Era alguien que estaba hablando, según supongo, con Jim. Parece ser que su prometido se había enterado en aquellos momentos de que se estaba preparando el asalto. Salió, sin duda, en dirección al puente donde había visto luces que se movían. Telefoneó lo que ocurría a una estación cercana y volvió a salir para continuar sus investigaciones.

—¡Entonces, es inocente! — exclamó Sally. — Eso lo demuestra.

—En efecto, eso parece estar en su favor, — admitió Cody. — Si no hubiera sido inocente y las luces eran de los de la banda, no se hubiera movido para conocer con exactitud de qué se trataba.

—Entonces usted cree que salió a ver lo qué eran las luces y en ese momento...

Sally no terminó la frase. Era aquello lo que estaba pensando Cody. Recordaba lo que había visto cuando iba por el camino; el hombre que estaba parado al otro lado del puente y que desapareció por el sendero que conducía al río.

Recordó, también, que había oído ruido de voces y había visto unos hombres que se movían entre la armazón del puente, y también que cuando retrocedió, su caballo había desaparecido.

Pensó que el caballo no había roto sus ligaduras, si no que había sido robado

Entonces pensó que el prometido de Sally debía haber inspeccionado al mismo tiempo que él aquellos sitios.

¿Era él, el que había visto Cody cruzar las vías delante de él? ¿Y luego era el mismo a quien había visto caminar por el fondo del barranco?

Si era él, el mensaje telefónico era sólo una coartada que había preparado para que más tarde pudiese servirle en su favor.

En caso contrario, Jim había seguido la

Sally protestó, diciendo que no tenía ganas de comer. Pero Cody no se dejó engañar. Estaba a punto de insistir en que regresasen a la escuela en busca de algún alimento, cuando sus oídos distinguieron un ruido en dirección del barranco.

Era el chocar de las herraduras de un caballo, contra las rocas del suelo.

Haciendo señas a la joven para que se ocultara un momento sacó el revólver y esperó escondido detrás de una peña.

No era aquel un camino que pudiera ser elegido por persona alguna para ir por él a caballo. Pero precisamente por eso podía haber sido preferido por alguno de los asaltantes para regresar al lugar de su fechoría.

El ruido de las herraduras fué haciéndose cada vez más perceptible, hasta sentirse cerca.

Entonces, Cody salió de su escondite y se dispuso a interceptar el camino al que avanzaba.

—¡Manos arriba!—le oyó exclamar Sally. Pero en seguida oyó un relincho y el ruido de una carcajada.

Inmediatamente la joven salió del sitio donde se había ocultado y se acercó a Cody, que estaba sujetando por las riendas a un caballo sin ginete, que hacía esfuerzos por continuar su marcha.

—¡Es mi caballo!—dijo Cody tranquilamente, procurando pacificar al animal que estaba excitado.—Es el que me fué robado anoche. Debe haberse escapado y volvía en mi busca.

Una idea repentina acudió a su mente. Metió la mano en las pistoleras y con un grito de triunfo sacó un paquete de sandwiches, cuya existencia no habían notado, seguramente, los bandidos.

—¡Aquí tenemos nuestro almuerzo!—exclamó. — Ya continuaremos la marcha cuando hayamos desayunado. ¿No le parece Sally?

Cerca de allí tenían agua pura y cristalina de un manantial y con ella disponían de todo lo necesario. Cuando terminaron de comer, Cody montó a caballo y tendió su mano a la joven.

—Vamos. Suba a la grupa. — exclamó.— El caballo nos llevará a los dos.

Sally estaba acostumbrada a cabalgar de aquella manera. Saltó ligera como una pluma y se sentó detrás del escucha.

Aún cuando el sol de la mañana comenzaba a dorar los picos de las montañas, sobre su cabeza, el fondo del barranco estaba semicubierto por la niebla y el aire se notaba húmedo. Pero ellos no notaban nada de eso. Dejaron en libertad a la cabalgadura para que volviese por el camino que había seguido al venir.

Entre tanto los ojos de Cody, lo observaban todo tratando de descubrir cualquier rastro reciente. Las señales de pisadas eran frecuentes, pero en dos ocasiones se detuvieron bruscamente para observar otras señales más importantes.

La primera vez fué una moneda de níquel que estaba en un sitio cubierto de blanca arena. Sin duda Jim la había dejado caer allí como un indicio para que pudiesen seguir el rastro.

La segunda cosa que llamó la atención de Cody, fueron esas señales dejadas por las cantoneras metálicas de los cajones al golpear en las rocas. Un poco más adelante se notaba la huella dejada por un cajón al caer bruscamente al suelo, sin duda después de tropezar con una peña.

Junto al hueco producido por el cajón había un trozo de manta, caído de algún paquete y que en la oscuridad no había visto y quedó allí abandonado. Eso le dió una idea a Cody.

Apeándose, en silencio, partió el trozo de manta en cuatro partes y envolvió con ellas las patas del caballo.

Se estaban acercando al lugar donde se ocultaba la banda y toda precaución era poca para tomarlos por sorpresa y no ser descubiertos.

Luego volvió a montar y continuaron la marcha pero solo durante media milla. Entonces, Cody hizo seña para echar pié a tierra y revólver en mano, avanzó a pie.

Dijo a Sally que lo siguiese y la preguntó si no había visto nada anormal. Ella hizo con la cabeza un gesto negativo.

Cody había visto algo. Era una columna de humo, producido por una hoguera lo que indicaba que había allí un campamento. Pero se hallaba como a media milla de distancia.

La cuestión era saber donde estaba la cueva que andaban buscando. Sally no tenía el menor indicio, ni tampoco podían ver nada porque se hallaban rodeados de rocas.

Pero si el escucha no podía utilizar la vista tenía los oídos alerta. Por dos veces se detuvo y tomó a la joven de un brazo para que lo imitase.

Aún cuando ella no alcanzaba a oir nada, era indiscutible que Búffalo Bill, había oído algo, porque en cada una de las ocasiones había cambiado de rumbo, torciendo más hacia la izquierda.

Entonces Sally, oyó algo también. Era el ruido que producía el agua que hervía en un caldero. También la columna de humo era más visible. La banda de salteadores, confiada en lo oculto del sitio y en la niebla preparaba su almuerzo.

—¡Josh!—exclamó una voz a un par de cientos de yardas de donde estaban ellos — Demostraría ser un buen muchacho si trajese algo que echar en este fuego, que amenaza apagarse antes de que esté hecha la comida. Me parece haber visto por ahí arriba algunos troncos y malezas...

La única respuesta fué una carcajada, pero seguida de un ruido como de alguien que se ponía bruscamente de pié.

—¿Dónde dice que puedo encontrar leña? Yo no he visto más que piedras por estos sitios,—respondió otra voz.

Cody oprimió nuevamente el brazo de Sally. Con una nueva presión la indicó que no se moviese del lugar en que estaba y que lo dejase adelantarse.

Ella estaba dispuesta a reanudar sus movimientos, pero había algo en la mirada del es-

cucha que no admitía argumento alguno. Se sentó entre las peñas y con el arma preparada sobre sus rodillas, aguardó mientras Cody avanzaba silenciosamente como una sombra.

La joven comprendió cuál era el plan. Aquel llamado Josh había sido enviado a buscar combustible para la hoguera y probablemente iría en aquella dirección. Cody saltaría sobre él y lo derribaría sin ruido. De esa manera sería simpre uno menos con quien luchar cuando atacasen a la banda.

Sally estaba en lo cierto. Cody había guardado el revólver y había tomado una piedra redonda del tamaño de un huevo, que anudó en una de las puntas del pañuelo que se quitó del cuello.

Armado con aquella especie de cachiporra, avanzó siguiendo la huella de su víctima.

Pero no la atacó en seguida. Mientras el otro caminaba alejándose del punto donde estaban los otros, Cody lo siguió. El individuo anduvo juntando ramas y cuando Cody calculó que se disponía a regresar avanzó hasta distinguirlo claramente entre la niebla.

El otro llevando una brazada de ramas se dispuso a volver. Cody no esperó más.

Sally, que observaba en silencio, oyó solamente un ruido, semejante al golpe de una maza chocando con un cuerpo de relativa dureza. Transcurrieron aún cinco minutos antes de que Cody descubriese el sitio en que estaba ella. La sonrisa que se notaba en su rostro demostraba el éxito alcanzado por el plan.

Entonces la indicó que había llegado el momento propicio para realizar el ataque. Ella lo siguió. Cody llevó el índice a los labios, para recomendarla silencio.

Cincuenta yardas más adelante encontraron el cuerpo de Josh. Acababa de recobrar los sentidos. Debido al golpe y a la ira que lo dominaba, estaba próximo a sufrir un ataque a la cabeza. Si las miradas pudiesen matar, Cody y Sally hubieran caído muertos instantáneamente.

Pero, por el contrario, la vista de Josh en aquel momento infundió nuevos ánimos a la joven.

En aquel momento, Cody la indicó que le dejase dirigirse solo, hacia la izquierda, y preparando el revólver para utilizarlo en caso necesario, avanzó.

Siguió solo. El campamento, según había calculado, no estaba a más distancia que unas cien yardas. Oyó que el otro apuraba a Josh, pues el fuego estaba a punto de apagarse.

—¡Bueno! — respondió procurando imitar la voz del otro. — Que espere un poco el fuego que ahora voy con mucha leña.

Sin esperar más, el escucha avanzó hacia el campamento.

Como suponía, los otros no sospechaban nada. Tranquilos y confiados descansaban, mientras se cocía la comida.

Cody pudo ver que había tres personas sentadas cerca de la hoguera. El escucha fué descubierto entonces. Uno de los tres tipos que estaban sentados lo vió y notó que no era su camarada Josh.

Pero Cody estaba ya cerca.

—¡Dios del cielo! ¿Qué es esto? ¡Ojo, muchachos! — Todos se pusieron en pie. Había un cuarto hombre que Cody no vió, pero no vaciló un instante.

—¡Alto! ¡Manos arriba! — gritó al mismo tiempo que hacía un disparo para demostrarles que los mataría si era necesario.

No fué un tiro perdido, porque dió en el revólver que el primer hombre se disponía a sacar de la funda, obligándolo a soltarlo como si hubiera agarrado un hierro candente.

El otro tipo intentó rebelarse; pero al oir el tiro, levantó las manos a la altura de la cabeza. El semblante diabólico de este hombre demostraba que en cuanto tuviese una ocasión, Cody debía temer por su vida.

Había un tercer hombre que preocupaba al escucha. Por la palabra, "muchachos" que había empleado, lo mismo podía haberse dirigido a cuatro que a cinco.

Pero a todos apuntaba con su revólver. Entonces llamó a Sally.

—¡Por aquí! Ya los tengo. Venga y quíteles las armas, que le entregarán como buenos muchachos.

De esa manera la guiaba hacia el sitio en que se hallaban, pues aun cuando los rayos del sol dorasen la copa de los pinos, todavía no había desaparecido por completo la niebla.

La voz de Sally respondiendo a su llamado, le demostró que había oído. Y Cody sintió el ruido de sus pasos al correr en su ayuda. La sorpresa era completa. Los bandidos no se habían movido.

—Perfectamente, muchacha, — exclamó Cody al sentir que se acercaba. — Acérquese a ellos y tome sus armas. Ellos no van a...

¡Crach!

El escucha sintió un golpe como si le hubiese caído en la cabeza una enorme piedra. Vió una serie de luces y estrellitas. Después del golpe,—porque un golpe había sido—cayó de rodillas en el momento en que oyó una detonación.

En seguida, con un grito de triunfo, los hombres a quienes contenía con su revólver, se abalanzaron hacia él.



CAPITULO XII

El juego cambia

DE la misma manera que Cody los había atrapado, le habían atrapado a él. Había cuatro personas como él pensó en un principio y ese cuarto personaje se corrió hasta colocarse detrás de él, protegido por la niebla, y darle el golpe.

Todo eso cruzó por la imaginación de Co-

dy, así como por la de Sally, quien no pudo evitarlo. Pero corrió resueltamente y un minuto después lanzaba resueltamente el grito.

—¡Manos arriba!

El juego volvía a darse vuelta nuevamente. La niebla que hasta poco antes lo había envuelto todo, se desvaneció, y dejó ver completa y claramente la escena.

A unos treinta pies del lugar donde estaba la hoguera, se levantaba un enorme peñasco en cuya base había una estrecha abertura, que únicamente podía ser la entrada de una cueva.

De pie a una decena de pasos de su víctima, se encontraban los tres hombres que Cody había visto primeramente junto al fuego. Habían levantado las manos a la altura de su cabeza y en su rostro se reflejaba la ira.

En el suelo estaba Cody, quien comenzaba a recobrar los sentidos. Tras él estaba caído el cuarto hombre, al que no había visto nadie aún; el canalla que se había escurrido a favor de la niebla, para darle el golpe por la espalda.

Frente a ellos se encontraba Sally, blanca como el mármol, pero firme como una roca. La mano con que sostenía el arma no temblaba, ni su mirada reflejaba el temor.

—Ahora, coronel, — exclamó con una voz reposada y con una entonación enérgica, que parecía impropia en una muchacha. — Tómese todo el tiempo que necesite. Yo me encargo de tener a raya a esos caballeros, hasta que sea necesario. No se apresure.

El escucha iba restableciéndose de la impresión recibida por el inesperado ataque. El golpe no lo había recibido de lleno en la cabeza, sino que el objeto utilizado había resbalado hasta el hombro. Pero debido al agotamiento de fuerzas causado por los sucesos anteriores, Cody se desvaneció y cayó al suelo.

Por segunda vez en las últimas veinticuatro horas, Sally le había salvado la vida.

—¡Pero es usted un encanto, muchacha!— dijo Búffalo Bill alegremente. — Un minuto más en esa forma, y en seguida nos las entenderemos con éstos.

Recuperó su revólver y no necesitó más tiempo que el empleado en un abrir y cerrar de ojos, para apoderarse de las armas y municiones de sus prisioneros.

Luego los hizo ponerse en fila.

—Ahora, Sally, — exclamó, — deje a estos canallas a mi cargo y vaya usted a ver si encuentra a su Jim. La deseo muy buena suerte.

Sin pronunciar ni una palabra, la joven corrió hacia la entrada de la cueva, gritando.

—¡Jim!... ¡Jim! ¿Dónde está?

Su prometido no debía encontrase, seguramente, muy lejos, porque en seguida se oyeron gritos y frases que reflejaban alegría.

—¡Oh! ¡Jim! ¡No le ha pasado nada! ¡Sano y salvo!

Los dos enamorados aparecieron casi en seguida. Al verlos, Cody, lanzó una carcajada. El individuo a quien había tomado por Jim, en la estación, se parecía tanto a éste, como un negro pueda parecerse a un rubio.

El joven a quien tenía ahora frente a él, era el prototipo de los arrogantes muchachos del oeste. Inmediatamente se dió cuenta de la situación y tomando unas cuerdas se dispuso a atar al primero de sus enemigos, ayudado por Sally.

Cuando los brazos del tercero de los hombres estuvieron sujetos, Cody se dejó caer en el suelo. Jim se le acercó para agradecerle cuanto había hecho por él. Sally estaba detrás de él, derramando lágrimas de alegría al ver en libertad a su prometido, y lamentando que Cody estuviera en tan deplorable estado.

—Todo ha resultado bien, Sally. No tiene por qué mortificarse respecto a mi. Yo soy duro como un caballo viejo, — añadió sonriendo el escucha. — Es necesario algo más que una herida en la piel para tumbar a un ser como yo. ¿Qué hay respecto a la comida y a la seguridad de esos canallas? ¿No anda ninguno más por ahí?

—Ninguno, — respondió Jim. — No suponían que pudiesen venir a descubrirlos aquí. Pensaban que seguirían la otra pista que señalaron.

—Eso es lo que hará Corney Callaghan, —dijo contento Cody al ver que el juego se manifestaba abiertamente en su favor. En realidad todo había sido más bien cuestión de suerte. Cody tenía que agradecerle todo a Sally.

La joven que había preparado agua, le lavó y le vendó la cabeza. Era una herida cortante de muy feo aspecto, pero tan pronto como el aire dejó de estar en contacto con ella, Cody comenzó a sentirse mejor.

Entre tanto Jim había estado reconociendo al bandido que atacó a traición a Cody y al que Sally tumbó al dispararle un tiro con su pistola. Había recibido la bala en un hombro. Al ser atendido por el joven, recobró los sentidos y se quejó.

En cuanto a los otros tres canallas estaban temblando y rechinando los dientes con rabia, pues de sobra comprendían la suerte que les esperaba.

Cody tenía una lista de los bonos, billetes y monedas que conducía el tren. Examinó el escondite y comprendió que los informes que le daba Jim eran ciertos, pues al parecer se encontraba allí hasta el último centavo.

—Y ahora, muchacho, — dijo Cody, cuando se encontraron nuevamente sentados en torno a la hoguera, prontos a repartirse la comida que los bandidos estaban cocinando para ellos. — Cuéntenos sus aventuras. Alguien le llamó por teléfono y dijo que usted había visto luces por debajo del puente y que había ido a dar caza a los que las llevaban...

—Eso es, — continuó Jim. — Y para que supiesen que no me había ocurrido nada a mí llamé a la próxima estación diciendo a dónde iba. Yo ví una luz en la parte baja del puente. Esto fué una media hora antes de que circulase un aviso general diciendo

que iban a asaltar el tren aquella noche y que tuviésemos cuidado. Entonces salí.

—¿Y ellos lo estaban esperando?

—Sin duda. Debían llevar algún tiempo ocultos entre la maleza y vigilándome. Me golpearon en la nuca con un saco de arena y antes de que yo pudiera darme cuenta de lo que ocurría, me encontré amordazado y atado. Estaba entonces cerca de la vía, pero me llevaron luego a la parte baja del barranco y el dolor que sentía me hizo perder nuevamente los sentidos. Fué el ruido que hacía el tren rápido al pasar el puente lo que me hizo volver en mí.

"Pude ver entonces, — añadió Jim, — que estaba echado en el suelo, en la parte inferior del barranco, a un cuarto de milla de distancia del puente y que sólo un tipo me vigilaba, pero aun cuando hubiera sido un muchacho, no hubiera podido hacer nada, porque un fardo de algodón no está más sujeto que lo que yo me encontraba. Cerca de mí había una cabalgadura.

—Mi caballo, que los pillos me habían robado, — dijo Cody. — ¿Era para conducirlo a usted o el botín?

—Las dos cosas. Era cosa de oir sus juramentos al ver que el animal no podía con todo y que estaba a punto de caer. Deliberaron para ver si me llevaban con ellos o si me daban otro golpe en la cabeza y me arrojaban a un pozo, pero afortunadamente no encontraron ninguno suficientemente profundo. Entonces cortaron las cuerdas que me sujetaban las piernas y me hicieron caminar.

—¿Y conocían ellos la existencia de esta cueva?

—Mejor que usted su vida. Se saben de memoria todos estos sitios. Esta antigua cueva era un lugar seguro para ocultar su botín, pero el encontrarme yo con ellos lo ha echado todo a perder. Diga, ¿por casualidad no encontró usted un mensaje que escribí en una piedra cuando nos pusimos en marcha? Yo no confiaba en que lo encontrase nadie... Pero por si acaso...

Como respuesta, Cody sacó la piedra.

—¡Diablo! — exclamó rieido Jim. — Es admirable. Tiene usted una vista de lince... También tenía un trozo de lápiz, lo saqué del bolsillo y se me cayó.

Cody sacó también el lápiz y Jim lo tomó encantado.

—Pero no he sido yo... Yo no he hecho nada de particular. Nada tiene usted que agradecerme por la obra realizada esta noche.

—¿No? — exclamó sorprendido Jim.— Entonces, ¿quién ha sido?...

Cody señaló a Sally, que se puso encendida como una rosa.

—Esa señorita. A ella es a quien tenemos que agradecérselo los dos y la compañía del ferrocarril también. Si no hubiera sido por Sally, no hubiéramos llegado al fin la partida y yo nunca hubiera podido llegar hasta aquí para encontrar el botín.

—Pero no era en lo robado en lo que yo pensaba, — protestó Sally. — Podían haber saqueado todos los bancos sin que a mi me importase nada.

—¿Entonces era por mí? — preguntó sonriendo Jim, al mismo tiempo que estrechaba a su prometida entre sus brazos.

—Seguramente, — exclamó Sally. — Y uniéndome al coronel, no lo dejé dar solo ni un paso hasta que lo hemos encontrado.

—¡Y a no ser por eso no hubiera podido salvarme la vida dos veces esta noche! — agregó el escucha.

De pronto se puso en pie de un salto. Era evidente que hasta sus oídos adiestrados había llegado algún rumor. Luego continuó en su actitud de observación.

—¿Qué le ocurre? — preguntó Jim, pues ni él ni Sally habían oído nada, sino el ruido que hacía el agua al hervir en el caldero.

Pero Cody llevó un dedo a sus labios para recomendarles silencio. Poco a poco, los ruidos se fueron haciendo más perceptibles.

—Hombres a caballo, — anunció Cody tranquilamente. — Este debe ser Callaghan, que al notar que seguía una falsa pista ha vuelto hacia atrás. Camina como si estuviera en un paseo.

Verdaderamente los que se acercaban no parecía que adoptaban precaución ninguna, pues sus caballos trotaban libremente.

—¡Cómo! ¡Pero si son esos locos de Happy Valley! — exclamó Cody en cuanto se dejó ver un grupo de jinetes. — Y me parece que Jake Gordon, su amigo de usted, Sally, es el que marcha a la cabeza.

En efecto, él era el que se acercaba y no llegaba con un propósito conciliador según Cody pudo comprender, aunque ya tarde.

Cada uno de los jinetes llevaba un revólver en la mano cuando se aproximó al grupo reunido junto al fuego. El que hacía de jefe se dirigió a Cody y exclamó:

—¡Manos arriba!

—¿Pero qué significa esta locura?—protestó Cody, poniéndose en pie.— Han perdido ustedes la razón. ¿Habla usted conmigo?

—Sí, con usted hablo, señor Coronel, como se titula usted mismo,—respondió Jake, apuntando con su revólver a la cara de Cody.—Y a ese otro también... Asegúrenlo,—ordenó señalando a Jim.—Y hagan lo mismo con esta que debe ser tan malo como el resto de la banda. Lo juraría.

—¿Tan malo como qué?—exclamó Cody sin acabar de convencerse de lo que veía.— ¿Pero qué es lo que pretende hacer? ¿No vé usted esos cajones? Contienen todo el tesoro robado anoche en el asalto al expreso... Y yo estoy cuidándolo.

—¡Usted!... ¿Usted lo cuida, eh?—gruñó Jake Gordon.—Es el tesoro... ¡Oh! Pero ya conocemos todo cuanto a usted se refiere... Usted logró burlarnos anoche y cree que ahora vá a ser lo mismo... ¿eh? Le hemos venido siguiendo. Ya sabemos que todo eso de que es usted un agente de la empresa no es más que una serie de mentiras. Es usted uno de los de la banda que saqueó el tren... No logrará usted engañar a los mozos de Happy Valley.

CONSEJOS PARA EL HOGAR

RECETAS E INDICACIONES CURIOSAS Y DE VERDADERA UTILIDAD PRACTICA

Para saber pintar.—

Los que deseen entretenerse y economizar dinero, pueden pintar y esmaltar muchos enseres domésticos como lavatorios, pies para plantas, repisas de vestíbulo, mesitas y muebles de hall, jardín y corredor, ya sean de mimbre o de esterilla, cosas que necesitan a menudo una renovación general de la pintura. Al pintar superficies algo grandes resulta que los primeros ensayos no son del todo satisfactorios, pero esto consiste especialmente en no haber preparado de antemano la superficie; ésta debe alisarse primero cuidadosamente con papel de lija fino, y si tiene pinturas viejas lavarla previamente con soda fuerte o con potasa. Es absolutamente necesaria esta medida si se quiere obtener un trabajo lindo. Se usará la mejor calidad de pintura y de barniz, si no se perderá tiempo inútilmente. Primero se dará una mano liviana pero igual; cuando ésta esté bien seca se dará otra mano c e' barniz

* * *

Cuidando el aluminio.—

Las ollas, cacerolas y demás, es decir, la batería de cocina de aluminio, adquiere día a día mayor aceptación, especialmente desde que su precio ha disminuido haciéndola hasta más barata que los útiles enlozados. Una de las principales ventajas del aluminio está en la sencillez de su conservación. Aunque el metal es blanco no es necesario fregarlo como el estaño; basta un poco de ladrillo inglés en polvo o cualquier jabón arenoso. No se debe nunca usar soda, pues con el tiempo el aluminio se pondría negro. Un buen jabón común será lo mejor para quitar la grasa. Los utensilios de aluminio deben secarse en seguida, pues el agua depositada en gotas sobre ellos los mancha. Las cacerolas son livianas y se calient n muy ligero, esto hace que el contenido hierva muy pronto, necesitando menos combustible, lo que representan una verdadera economía. Se recomiendan los cubiertos de este metal para los niños, por lo livianos.

* * *

Desinfectando con la plancha.—

Un amigo de estudiarlo todo dice que la plancha de planchar ropa es un buen elemento de desinfección. Es bien sabido que en las casas particulares es muy difícil desinfectar la ropa en debida forma, por falta de los medios necesarios. Hace poco tiempo el señor en cuestión demostró que una temperatura de 140o. centígrados era más que suficiente para destruir el contagio de las enfermedades infecciosas que comunmente se trasmiten por la ropa. Por lo tanto una plancha caliente, cuya temperatura mínima según asegura él, alcanza a 200 grados, es eficaz para abolirlo. Cuando se regresa a casa después de visitar algún enfermo dudoso y se ha permanecido en su habitación un rato, no estará de más hacer uso de este medio tan fácil como económico. Para las ropas delgadas basta un planchado por el derecho, mientras que para las telas gruesas será necesario pasarla primero por el derecho y luego por el revés para calentar así la tela. Las telas muy gruesas se deben hacer desinfectar fuera de casa. Las planchas se usarán lo más calientes posible.

* * *

Cuando quema el sol.—

Todas aquellas personas que tienen el cutis delicado deben usar, al llegar la primavera, algún medio para preservarse del sol. El agua de limón es uno de los medios más adecuados, preserva del tostado y de las pecas. Se usará dos veces diarias, al levantarse y al acostarse. Para una palangana regular se empleará medio limón cortado en rebanadas delgadas, que se deja en el agua una hora. El limón no debe pelarse. Cuando el cutis ya está quemado, se frotarán las manchas con jugo puro, que se deja obrar un cuarto de hora antes de lavarse. El agua de limón no sólo quita las manchas sino que también suaviza el cutis, dándole frescura. Es para el cutis grasiento para que debe usarse especialmente; para el cutis seco y quebradizo será bueno emplear una buena crema de almendras. Se ha hecho común el baño de limón, por la frescura que da al cutis. El baño se prepara del mismo modo que las abluciones mencionadas. Unos 8 o 10 limones bastan para una bañadera regular.

* * *

Importancia del papel de seda.—

Es importante la misión que desempeña el papel de seda en el guardarropa y en la economía doméstica, pues es, puede decirse, indispensable. Si se quiere que las batas, blusas y tapados, conserven su hechura sin desmerecer nada, en los hombros, se introducen pelotones de papel de seda fino en la parte superior de las mangas y así no se les formarán ni arrugas ni dobleces feos. Lo mismo se debe hacer cuando se coloca la ropa en los baúles para viaje.



LAS MIL Y UNA NOCHES DE LA HISTORIA

La Noche de la Inquisición

Por RAFAEL SABATINI

En este relato, el notable autor de los dos interesantísimos artículos publicados anteriormente en "Pucky", sobre temas históricos, se ocupa, con la autoridad que es su mayor mérito, de una época especialmente interesantísima.

COMO un nubarrón de tormenta se cernía el miedo y el recelo sobre la ciudad de Sevilla en los primeros días del año 1481. Había ido acrecentándose desde el previo mes de Octubre, cuando el cardenal de España y Fray Tomás de Torquemada, procediendo unidos y en representación de los soberanos, — Fernando e Isabel — habían ordenado que un Tribunal de la Fe se instalara en Sevilla para ocuparse de la apostasía de los cristianos nuevos, o sea de los judíos bautizados, que constituían una parte muy numerosa de la población.

Entre las disposiciones dictadas especialmente para los hijos de Israel, estaban la de que debían llevar, para distinguirse, un pequeño círculo de tela roja en uno de los hombros de sus gabardinas y tabardos, la de que debían residir dentro del recinto amurallado de sus juderías o "ghettos", fuera de los cuales no debían hallarse durante la noche, y la de que no podían ejercer las profesiones de médicos, cirujanos, boticarios u hosteleros. Para emanciparse de esas intolerables condiciones de servidumbre e ignominia, muchos judíos habían aceptado el bautismo y abrazado la doctrina cristiana. Pero ni aun aquellos cristianos nuevos que obraron con sinceridad al hacer su nueva profesión de fe, podían vivir en paz, pues la amarga hostilidad que existía entre ambas razas podía verse adormecida a veces, pero jamás extinguida por su conversión.

A esto obedecía la alarma que les produjo el ver la imponente procesión de inquisidores de hábito blanco y manto y cogulla negros, con sus familiares y sus frailes descalzos, que invadió la ciudad de Sevilla un día, a fines de Diciembre, y se dirigió al convento de San Pablo para establecer en él el tribunal del Santo Oficio. Temerosos de ser objeto de las indagaciones del tribunal implacable, muchos judíos conversos habían huido de Sevilla y buscado refugio en las cercanas posesiones del duque de Medina Sidonia, del marqués de Cadiz y del conde de Arcos.

Este exodo fué causa de que el recientemente instalado tribunal de la fe, publicara, el 2 de Enero un edicto según el cual, habiéndose enterado de que muchas personas se habían ausentado de Sevilla temiendo ser perseguidas por heréticas, ordenaba a los nobles del reino de Castilla que, en el plazo de quince días hicieran regresar a su anterior domicilio a todos los que hubieran buscado refugio en sus tierras o jurisdicciones; que detuvieran a todos los que en tal situación se hallaran, confiscándoles sus bienes que quedarían a disposición de la inquisición; que no dieran asilo a ningún fugitivo so pena de excomunión mayor y de otros castigos que la ley aplicaba a aquellos que ocultaran o favorecieran a los herejes.

La injusticia de este decreto que disponía la prisión de hombres y mujeres porque se habían ausentado de Sevilla antes de que les estuviera prohibido marcharse de la ciudad, ponía en evidencia la severidad con que los inquisidores pensaban proceder. El decreto completó la consternación de los nuevos cristianos que habían quedado en la ciudad. Eran tan numerosos éstos que tan sólo en el distrito de Sevilla pasaban de cien mil. Muchos de ellos ocupaban, gracias a su habilidad manual y a su actividad e inteligencia situaciones de grandísima importancia.

✣ ✣ ✣

El decreto logró inquietar hasta al arrogante, hermoso y joven don Rodrigo de Cardona quien, en su vida de diversiones y de holganza, de vanidades y vicios, no se había preocupado jamás de nada cuanto pasaba en el mundo. No le inquietó el decreto porque fuera cristiano nuevo. Era cristiano viejo, cuyo rancio linaje alcanzaba a la época de

los visigodos; era de la más pura y limpia sangre castellana, sin una sola gota del oscuro fluido que, según se decía, corría por las venas de los hebreos.

Pero se daba el caso de que estaba enamorado de la hija del adinerado Diego de Susán, una joven cuya belleza era tan extraordinaria que en todo el distrito se la conocía por el nombre de "la hermosa doncella" y él sabía que tal relación, — lícita o ilícitamente alimentada, — tenía que merecer la desaprobación de los miembros del tribunal.

Hasta aquel momento había tenido en secreto sus relaciones porque la desaprobación de Diego de Susán no era menos enérgica que la de los padres de don Rodrigo. Había sufrido numerosos desagrados por esa razón así que no se atrevía a jactarse de ser el adorador preferido de la hermosa y opulenta Isabel de Susán. El decreto del Santo Oficio venía a agravar aun más la situación y a imponer a la pareja, con mayor energía, la obligación de ocultar en secreto sus amores.

Nunca entrevistóse un adorador con su adorada con mayor angustia que la que dominaba en el corazón de don Rodrigo cuando, envuelto en su negro tabardo se dirigía aquella noche de Enero a la calle del Ataúd.

Ni aun cuando después de haber penetrado por la puerta del jardín y de haber escalado un balcón, se encontró en presencia de la hermosa Isabel, pudo, el encanto de verla, hacerle olvidar sus tristes presentimientos. El padre de Isabel hallábase ausente, y así se lo había comunicado ella en el billete en que le citaba; había ido a Palacios a ocuparse de un asunto comercial y no regresaría hasta el siguiente día. Los sirvientes estaban todos acostados ya, de modo que don Rodrigo pudo quitarse la capa y el sombrero y sentarse tranquilamente en el moruno y mullido diván mientras ella le escanciaba en un vaso sarraceno de oro cincelado, el exquisito vino de Málaga.

La habitación en que ella le recibía era una de las dedicadas exclusivamente a ella, un cuarto bajo de techo, espacioso, amueblado con lujo y buen gusto. Las paredes estaban cubiertas de hermosos tapices, en el piso se extendían valiosas alfombras de Asia; una mesa morisca, de fina marquetería; un velón alto, de tres picos, hecho de cobre batido y en el que ardía aceite oloroso, iluminaba y perfumaba a la vez la habitación.

Don Rodrigo bebía el vino a breves sorbos, mientras sus negros ojos no cesaban de mirar, encantados a la joven que iba y venía con gracia voluptuosa y felina. El vino, el pesado perfume del velón y la belleza de aquella mujer, se unían de tal modo para dominar sus sentidos, que don Rodrigo se olvidó, por el momento, de su linaje, de su pura sangre castellana, de su limpia ascendencia cristiana... Se olvidó por completo de que ella descendía de la raza maldita de los crucificadores. No pensó sino en que ella era la mujer más hermosa de Sevilla, la hija del hombre más rico de la ciudad, y en aquel momento de debilidad decidió que fuera un hecho lo que hasta entonces no había sido más que un fingimiento. Sentíase resuelto a cumplir la promesa que había hecho mintiendo con toda deslealtad. Estaba decidido a casarse con ella. Era un sacrificio que su belleza y su fortuna merecían. Cediendo a estas ideas, don Rodrigo preguntó de repente:

—¿Cuándo vais a casaros conmigo, doña Isabel?

La joven estaba de pie ante él, con los ojos fijos en el rostro delgado y hermoso del hidalgo, con sus manos en las de él y sonriendo de contento. La pregunta no pareció emocionarla mucho. Como jamás había dudado de la sinceridad de aquel hombre, le pareció muy lógico que preguntara cuándo había de suceder lo que ella creía que tenía que suceder.

—Es a mi señor padre a quien debeis dirigir esa pregunta,—contestó ella.

—Se lo preguntaré mañana... en cuanto se halle de regreso.

Y con amorosa suavidad la hizo sentar a su lado, en el morisco divan.

* * *

Pero el padre estaba mucho más cerca de cuanto podían suponer los dos. En aquel mismo momento el golpe sordo que hizo al cerrarse la puerta principal de la casa llegó hasta ellos. La joven se levantó rápidamente, separándose de don Rodrigo pálida y alarmada. Permaneció un instante inmovil, escuchando. Después corrió hacia la puerta de la habitación, la abrió y escuchó.

Escaleras arriba se aproximaba un rumor de pisadas. Era su padre quien entraba en la casa; su padre, seguido de otro hombre.

Con creciente temor, Isabel se volvió hacia Rodrigo y dijo en voz baja:

—¿Si se les ocurriera entrar aquí?...

El castellano estaba de pie junto al divan del que se había levantado; tenía el rostro pálido, de una palidez más intensa que su habitual palidez aristocrática. En sus ojos se reflejaba el temor que se leía en los ojos de la joven. Los judíos mostrábanse generalmente tan celosos guardianes de su honor como cualquier cristiano. Don Rodrigo se veía ya vertiendo su sangre noble en las alfombras de la casa del judío pues no tenía más armas que el puñal toledano que llevaba al cinto y Diego de Susán no venía solo.

Pero en aquel mismo momento se sintió empujado e involuntariamente metido en una alcoba, oculta por colgaduras y situada a un extremo de la habitación, un hueco poco mayor que el interior de un armario y destinado a guardar ropa blanca. Isabel le había llevado así a esconderse, con una oportunidad que en otro momento le hubiera causado admiración. Después, la joven tomó la capa, y el sombrero y los llevó al escondrijo. Despabiló el velón y fué a ocultarse con él, en aquella alcoba, tras del tapiz.

Casi en seguida se oyó ruido de pasos en la contigua habitación y la voz de don Diego.

—Aquí no estaremos en peligro de que nos oiga quien no debía oirnos,—decía don Diego. — Este es el retrete de mi hija. Si me dais licencia volveré al portal a franquear el paso a los demás amigos.

Esos otros amigos llegaron durante la siguiente media hora hasta que hubo, reunidos en la habitación, como unos veinte. El murmullo de las voces había ido en aumento pero se le oía tan confuso que la oculta pareja no le fué posible distinguir suficientes palabras para enterarse de la razón de aquella asamblea.

* * *

Cuando, casi repentinamente callaron todos, en el silencio que reinó en seguida, se oyó la clara voz de Diego de Susan que se dirigía a los allí reunidos.

—Amigos mios,—dijo.—Os he congregado en este sitio para que concertemos qué medidas nos corresponde adoptar en nuestra propia defensa y la de todos los cristianos nuevos de Sevilla ante el nuevo peligro que nos amenaza. El edicto publicado por los inquisidores pone en evidencia todo lo que tenemos que temer. Leyendo ese edicto habreis notado que el tribunal del Santo Oficio se propone ser muy severo y que es posible que aun los más inocentes se vean, en cualquier momento, a merced de sus terminantes decretos. En consecuencia, deber nuestro es considerar cómo hemos de defender nuestras personas y nuestras haciendas contra las poco escrupulosas actividades de ese implacable tribunal. Sois vosotros los principales cristianos nuevos, ciudadanos de Sevilla, todos sois ricos; no sólo poseeis bienes sino que gozais también de la estimación y de la simpatía del pueblo que confía en vosotros, que os respeta y que llegado el momento o seguiría. Si nada puede lograrse por otros medios, recurriremos a las armas. Si todos nosotros nos mostramos resueltos y unidos, amigos míos, lograremos dominar a la influencia de los inquisidores.

Dentro de la alcoba, don Rodrigo se estremeció al oir esas palabras que eran el anuncio de una verdadera sedición, no sólo contra los soberanos sino contra la iglesia.

Las palabras de Susan fueron recibidas con un murmullo de aprobación. Después casi todos hablaron, cada uno a su vez, manifestando estar de acuerdo con lo propuesto y ofreciendo cada uno cuanto podía dar para llevar a cabo el plan. Se pronunció el nombre de algunos de modo que don Rodrigo se enteró de su presencia. Allí estaba el adinerado Samuel Sauli, casi tan rico como el mismo Susan; estaba Torralba, gobernador de Triana; Juan Abolafio, el contratista de las reales aduanas y su hermano Fernando, el licenciado y estaban otros, todos ellos hombres de representación y muchos de ellos altos dignatarios de la corona. Se resolvió por último que cada uno organizara un grupo de hombres de confianza y diera una cantidad de dinero para armas y otros gastos. Resuelto esto, la asamblea se disolvió y los amigos de don Diego se retiraron. Susán salió con ellos. Tenía que trabajar en favor de la causa común, y aprovecharía aquella noche ya que todos le creían ausente en Palacios.

* * *

Por último, cuando todos se habían retirado ya y la quietud y el silencio reinaban nuevamente en la casa, Isabel y su adorador salieron de su escondite y a la luz del velon que los hombres habían dejado encendido, se miraron, pálidos y aterrados. Tan emocionado estaba don Rodrigo, por lo que había oido y por el miedo que había tenido de que le descubrieran, que le castañeteaban los dientes.

—¡El cielo nos proteja!—dijo con voz entrecortada por la emoción.—¿Qué asamblea judaizante ha sido esa?

—¿Judaizante?—repitió ella. Era esa la palabra con que se calificaba la apostasía, la vuelta de los cristianos nuevos al judaismo, lo que constituía un delito que se castigaba con la pena de muerte.—¡No ha habido nada de judaizante en esa asamblea! ¿Estais loco don Rodrigo? Con seguridad no habeis oido ni una sola palabra en contra de la fe.

—¿Decís que no he oído ni una sola palabra en contra de la fe? He oido suficientes palabras de traición para...

—Tampoco se ha hablado nada de traición, don Rodrigo. Habeis oido a unos hombres honrados y rectos tratar de cómo han de hacer frente a las medidas de opresión, injusticia y maldad que se presentan bajo el mentido disfraz de la religión.

El la miró un instante en silencio y después sonrió irónicamente.

—Lógico es que trateis de disculparle y de hallar correcta su actitud,—dijo,—También vos sois de sangre judia. Pero esos hombres conspiran en contra del Santo Oficio. ¿No es eso judaizar cuando quienes lo hacen son judios?

—No son judios. Ninguno de todos los que aquí estaban, es judio. ¿No habéis visto a Perez, que pertenece a una hermandad? Todos ellos son cristianos y...

—¡Cristianos recien bautizados!—exclamó él en son de burla.—De los que se hacen bautizar porque les conviene, porque les permite obtener grandes ventajas. Judios nacieron, hijos de judíos y judíos siguen siendo aun baja la capa del cristianismo, para ser judios hasta la muerte!—Se expresaba vibrante de indignación; un celo sagrado acicateaba sus arraigados sentimientos.—¡Dios me perdone el haber entrado en esta casa! Estoy por creer que fué su divina voluntad la que me trajo para que pudiera enterarme de cómo se conspiraba. Permitid que me retire inmediatamente.

Con apasionado ademán de horror, se dirigió hacia la puerta. Ella, con un ademan, le detuvo.

—¿Dónde vais?—le preguntó.

El la miró cara a cara y vió que la joven estaba dominada por el miedo. No vió nada

del odio en que su amor se había convertido al oir los insultos que él había dirigido a ella a su raza y a su casa.

—¿Dónde voy?—repitió él, procurando desasirse de ella y salir. — ¡Voy a donde me manda mi deber de cristiano leal!

Fué suficiente para ella. Antes de que él pudiera evitarlo le arrancó el puñal toledano del cinto y, armada con él, se interpuso entre don Rodrigo y la puerta.

—¡Un momento, don Rodrigo! No intenteis avanzar porque os juro que os daré muerte con este puñal. Tenemos que hablar antes de que os retireis de esta casa.

Asombrado, dominado, calmado a medias estaba de pie ante ella, atenuado su celo religioso ante la vista del puñal que la mujer tenía en la mano. Rápidamente, la joven se iba enterando de qué clase de hombre era aquel a quien su orgulloso corazón había elegido creyéndole un perfecto hidalgo. Y al darse cuenta de cómo era aquel hombre iba despreciándole más y más. Pero, por el momento en lo único que pensaba Isabel era en las consecuencias que podía tener la temeridad, la imprudencia por ella cometida al hacerle entrar en su habitación. La presencia de don Rodrigo podía tener por consecuencia un peligro de muerte para el padre de Isabel y ésta estaba decidida a salvar a su padre.

—¡No habeis pensado tal vez que al hacer la delación que pensais hacer poneis en peligro la vida de un padre!—dijo ella tranquilamente.—Al entrar en esta casa ofendisteis a mi padre. No podeis negarlo. Le ofendimos los dos, vos y yo, pues vos no debíais haber entrado no estando autorizado por él, ni yo debía haberos consentido la entrada. ¿Sereis, pues, capaz, de utilizar algo que habeis oido mientras estabáis escondido como un ladrón, temeroso de las consecuencias de la mala acción que habías cometido, para causarle a mi padre un daño aún mayor?

—¿Debo proceder en contra de lo que me dicta mi conciencia? — preguntó él, bajando la cabeza.

—Creo que sí.

—¿Debo poner en peligro la salvación de mi alma inmortal? — preguntóle, emocionado. — ¡Oh! ¡Isabel, comprended que estáis hablando en vano!

—Pero tengo algo más que palabras para vos, — dijo, tomando la cadena de oro que tenía al cuello y avanzando la mano izquierda con una cruz pequeña, de oro y brillantes, en ella. Quitándose la cadena, acercó la cruz a don Rodrigo. — ¡Tomad esto! —le ordenó. — ¡Tomadlo os digo! Ahora, con ese sagrado símbolo en la mano, jurad que no divulgaréis ni una sola palabra de cuanto habéis oído aquí esta noche. Si no juráis, resignaos a morir. Por que, o juráis lo que he dicho o llamo a los criados, y digo que sois un intruso que ha penetrado contra mi voluntad en mis habitaciones, con maléficos propósitos. — Al hablar así retrocedió y abrió la puerta de par en par. Después, mirándole desde el hueco de la puerta, volvió a dirigirle la palabra en voz muy baja. — ¡Jurad pronto! ¡Decidíos inmediatamente o llamo a los criados! ¿Queréis morir sin confesión, cargado de todos vuestros pecados, destruyendo para toda la eternidad toda esperanza de salvar vuestra alma inmortal o queréis prestar el juramento que os exijo?

El comenzó a hablar, pretendiendo argumentar. Pero ella le cortó la palabra.

—¡Por última vez! — exclamó. — ¡Decidíos!

Escogió lo que un cobarde podía escoger y violentó así a su antes tan exigente conciencia. Con la cruz en la mano repitió el juramento palabra por palabra, tal como ella se lo fué dictando; el juramento que debía condenar para siempre a su alma de cristiano. Cuando hubo jurado ella le devolvió el puñal y le dejó marchar; por fin, convencida de que le había obligado al secreto por medio de lazos espirituales que él no se atrevería a romper jamás.

* * *

Y aun al día siguiente, cuando su padre y todos los que habían asistido a la asamblea celebrada en casa de Susan, fueron arrestados por orden del Santo Oficio, Isabel siguió creyendo en la rectitud de don Rodrigo. Sin embargo, comenzó a dudar a tal extremo, que quiso saber si dudando, estaba en lo cierto. Pidió su coche y se hizo conducir al convento de San Pablo, donde solicitó ver a Fray Alonso de Ojeda, el prior de los dominicos de Sevilla.

La hicieron pasar a una habitación cuadrada, fría, casi oscura, donde no había más muebles que dos sillas y un reclinatorio y por todo adorno un enorme crucifijo pendiente junto a la blanqueada pared.

Poco después llegaron dos frailes dominicos. Uno de ellos era de mediana estatura, de facciones inexpresivas, de cuerpo abultado: era Ojeda, el prior; el otro, alto, delgado, un poco cargado de espaldas, pálido, de ojos luminosos y rostro expresivo, el confesor de la reina, el Gran Inquisidor de Castilla. Se acercó a Isabel, dejando en segundo término a Ojeda y permaneció un momento mirándola con infinita ternura y compasión.

—¿Sois la hija de Diego de Susan, que ha abandonado la buena senda? — preguntó con cariñosa voz. — ¡Que Dios os conceda la fortaleza necesaria, hija mía, para soportar los sufrimientos que os esperan en este mundo! ¿Qué buscáis en nuestras pobres manos?

—¡Padre! — dijo con entrecortada voz.— ¡Vengo a implorar vuestra misericordia!

—No es necesario implorar, hija mía. ¿No debo ofrecer mi misericordia a quien la merece? ¿No debo acaso procurar que el pecador se salve? ¿Qué sería de todos nosotros, pecadores, si no pudiéramos contar con la divina misericordia?

—Vengo a pedir por mi padre.

—Así lo suponía. — Una sombra oscu-

reció el hermoso rostro y los ojos expresaron la mayor bondad imaginable.—Si vuestro padre es inocente de aquello de que se le ha acusado, el benigno tribunal del Santo Oficio pondrá en evidencia su inocencia, regocijándose por ello; si es culpable, si se ha extraviado, y todos podemos extraviarnos cuando no nos fortalece la divina gracia, se le proporcionará el modo de expiar su culpa y de asegurar la salvación de su alma.

Isabel se estremeció al oir estas palabras.

—Mi padre es inocente de todo pecado contra la fe, — dijo ella.

—¿Estáis segura? — pronunció la voz de Ojeda. — Pensadlo bien. Reflexionad que vuestro deber como cristiana está por encima de vuestro debe como hija.

Casi había preguntado bruscamente el nombre del acusador de su padre para así llegar más pronto al objeto de su visita. Pero por el momento dominó tal impulso dándose cuenta de que una pregunta directa le cerraría todo camino de información. Resolvió proceder con la mayor cautela.

—Estoy segura, — exclamó Isabel, — de que es cristiano más ferviente y piadoso, aun cuando sea cristiano nuevo, que su acusador.

Ojeda avanzó.

—Eso no puedo creerlo, — dijo. — La delación fué hecha obedeciendo a un impulso del deber, tan puro que el delator no vaciló en confesar el pecado que él mismo había cometido y mediante el cual descubrió la traición de don Diego y de sus compañeros.

Isabel hubiera gritado angustiada al oir tal respuesta a lo que ella no había preguntado. Sin embargo, se dominó.

—¿Confesó entonces?—exclamó al parecer aterrada. El fraile contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza.—¿Confesó don Rodrigo? — insistió con incredulidad.

De pronto el fraile se dió cuenta de que descubría lo que debía callar.

—¿Don Rodrigo? — repitió. — ¿Quién ha nombrado a don Rodrigo?

Pero ya era tarde. Su muda respuesta había traicionado la verdad y había confirmado los peores temores de Isabel. La joven se tambaleó. Le pareció que todo giraba en redor suyo; sintió como si fuera a desmayarse. Pero la indignación que sentía al convencerse de la infamia del que la había jurado amor, le dió fuerzas nuevas. Si por su debilidad y su confianza había de sufrir su amado padre, por su astucia y su habilidad sería vengado aún cuando ella hubiese de sufrir más que todos.

—¿Así que él confesó su propio pecado? —dijo ella lentamente. — ¿Cómo ha sido posible que él se atreviera a confesarse judaizante?

—¡Judaizante! — exclamó el fraile horrorizado.—¡Judaizante don Rodrigo! ¡Qué blasfemia!

—Pero ¿no habéis dicho que confesó?

—Confesó, sí, pero no eso.

—¡Ah! ¡Ya comprendo! — dijo la joven con ironía. — Limitó su confesión a lo que la prudencia le aconsejaba. No habló de sus prácticas judaizantes. No dijo, por ejemplo, que esta delación era un acto de venganza contra mí, porque me negué a casarme con él, porque había descubierto su condición y temía las consecuencias que para mi alma pudiera tener una unión semejante...

Ojeda le miró con el mayor asombro.

Torquemada volvió a hablar entonces.

—¡Habéis dicho que don Rodrigo de Cardona es judaizante! ¡Pero eso es increíble!

—Sin embargo, puedo ofreceros pruebas que os convencerán.

—Si podeis ofrecerlas, presentadlas. Al hacerlo cumpliréis vuestro deber. De no proceder así os harías encubridora de una herejía y os harías merecedora de la última pena.

* * *

Media hora después, cuando salió del convento de San Pablo para su casa, con un infierno en el corazón, sin más propósito en este mundo que el de vengar a su padre, pasó por el Alcázar y viendo en el jardín a don Rodrigo, envió a un paje que pasó junto a su coche, a que le llamara. A don Rodrigo le llamó la atención ese llamado después de todo lo sucedido y sobre todo teniendo en cuenta la situación en que se hallaba el padre de la joven. Sin embargo, urgido por la curiosidad se acercó al coche.

El modo cómo ella le recibió y le hizo subir al coche, acrecentó su sorpresa.

—Estoy aflijidísima, don Rodrigo, como podéis imaginarlo, — dijo ella con tristeza. — ¿Os habéis enterado de lo que le ha sucedido a mi padre?

El la miró fijamente. Lo único que le llamó la atención fué ver su belleza acrecentada por el dolor. Se comprendía que ella no sospechaba que él la había traicionado; no sabía que a un juramento arrancado por la violencia puede faltarse sin pecar.

—Me enteré hace una hora, — mintió don Rodrigo, vacilante. — Lo siento profundamente, por vos.

—Bien podéis tenerme lástima, — dijo ella. — También es digno de lástima mi pobre padre y lo son sus amigos. Se comprende que entre aquellos en quienes confió había un traidor, un espía, que fué inmediatamente a denunciarle. Si yo tuviese la lista de todos los presentes, me sería muy fácil decir quién fué el traidor. Bastaría saber cuál, de todos los presentes, no ha sido reducido a prisión. — Sus bellos ojos se fijaron, implorantes, en don Rodrigo. — ¿Qué será de mí ahora, en el mundo? — le preguntó.—Mi padre era mi único amigo.

La velada súplica de protección causó su efecto en seguida. Por otra parte él vió que se le presentaba una oportunidad y que le convenía aprovecharla aun cuando tuviera que correr algún riesgo.

—¿Vuestro único amigo? — preguntó él con voz ronca.—¿No teniais o tenéis ninguno más? ¿No veis aquí a un vuestro amigo, Isabel?

—Otro amigo tenía, — dijo ella suspirando, — pero después de lo que sucedió la pasada noche cuando... Vos sabéis a qué me refiero y lo que estoy pensando. Me hallaba desesperada entonces, loca de terror al pensar en el destino de mi padre, así que no pude apreciar su pecado en toda su odiosidad, ni ver cuánta era vuestra rectitud cuando queríais informar, al tribunal del Santo Oficio, de lo sucedido. Me complace que no haya sido vuestra delación la que ha causado la detención de mi padre. Esta idea es, en estos momentos, mi único consuelo.

El coche, rodando lentamente, había llegado hasta la casa de Isabel. Don Rodrigo descendió y la ofreció la mano para ayudarla a bajar, solicitando al mismo tiempo que le permitiera acompañarla al interior de la casa. Pero ella no accedió.

—No; ahora no, — dijo. — Aun cuando os estoy muy agradecida, don Rodrigo, ahora no. Dentro de poco, si aun queréis venir a decirme alguna palabra de consuelo, podréis entrar. Yo os enviaré un billete cuando crea que puedo recibiros en mi casa. Eso, siempre que vos me hayáis perdonado el...

—No digáis a ese respecto ni una sola palabra más, hermosa Isabel, — dijo Rodrigo en tono de súplica.—Soy yo quien debe solicitar vuestro perdón.

—Sois muy noble y muy generoso, don Rodrigo, — dijo ella. — ¡Qué Dios os favorezca!

Y dicho esto, la joven se alejó, metiéndose en su casa.



Ella le había encontrado, — ¡ay, si ella lo hubiera sabido! — en el momento en que, decaído y miserable, calculaba todo lo que había perdido. Al delatar a don Diego de Susán había procedido a impulsos de su furor y quizá por algo de religioso deber. Al hacer cuentas sobre el reslutado obtenido, maldecíase a sí mismo y preguntábase si tan extricta observancia de los deberes religiosos era propia de un hombre que tenía que ocuparse de hacerse una situación en la sociedad. Don Rodrigo se hallaba realmente bajo el influjo de una completa reacción. Pero, al convencerse de que Isabel no sospechaba que él había sido el delator, vió que sus esperanzas renacían. Era necesario que ella no lo supiera nunca. El Santo Oficio guardaba inviolable secreto sobre las docenas de delaciones que recibía, — pues procediendo de otro modo hubiera desalentado a los delatores, — y no había careos entre acusador y acusado, como en los tribunales seculares. Don Rodrigo se alejó de la calle del Ataúd más contento del mundo y de su gente que lo que lo había estado desde la mañana.

Al siguiente día fué, abiertamente, a visitarla, pero no le recibió. La criada le manifestó que la señorita se encontraba indispuesta. Esto lo enfadó, hizo flaquear sus esperanzas y en consecuencia acrecentó la intensidad de su capricho. Pero el otro día recibió de ella una carta en la que procuraba disculparse en los términos siguientes:

"Rodrigo: Hay un punto sobre el cual es necesario que nos pongamos de acuerdo lo más pronto posible. Si mi pobre padre es convicto de herejía y es condenado, la consecuencia será que todos sus bienes sean confiscados y yo, como hija de un hereje convicto, no heredaré nada. Por mi misma, poco me importa; pero he pensado en vos, don Rodrigo, desde que, a pesar de lo sucedido, queréis aun que yo sea vuestra esposa, como lo declarastéis el pasado lunes y he pensado en que, de casarme con vos, desearía hacerlo siendo poseedora de una buena dote. La herencia, que sería confiscada por el Santo Oficio antes de que pasara a manos de la hija de un hereje, no sería confiscada si recayera sobre la esposa de un miembro de la nobleza castellana. No necesito deciros más. Considerad bien el punto, según os lo dicte vuestra conciencia de cristiano y de caballero y como lo disponga vuestro corazón. Os recibiré con agrado mañana, si deseáis honrar esta casa con vuestra presencia.—Isabel".

Ella le aconsejaba que considerara bien el punto. Pero el asunto exigía bien poco estudio. Diego de Susán sería, sin duda, condenado. Su fortuna era estimada en más de diez milones de maravedíes. Don Rodrigo podía asegurarse la posesión de esa fortuna casándose inmediatamente con la hermosa Isabel, antes de que su padre fuera sentenciado.

Envió a la joven un billete con unas pocas líneas en las que renovaba sus promesas de eterno amor y su resolución de casarse con ella. Al siguiente día fué a visitarla, de acuerdo con la carta recibida, para tomar la resolución definitiva.

Ella le recibió en la mejor habitación de la casa, un salón amueblado con tanta riqueza artística que no había otro igual en toda Sevilla. Isabel se había acicalado, para la entrevista, con todas las sencillas pero elegantes galas que podían realzar su natural belleza. Su vestido de talle alto y ajustado, era de tela con entretejidos de oro, con el cuello y los puños adornados con piel de ardilla de Siberia. Sobre su blanco descote colgaba un medallón de límpidos brillantes y entre las pesadas trenzas de su cabello bronceado ondulaba una larga sarta de valiosas y relucientes perlas.

Nunca la había encontrado don Rodrigo tan atrayente y codiciable; nunca habíase sentido tan seguro y tan dichoso al pensar que sería su dueño. La sangre pareció hervirle en las venas y, loco de amor, don Rodrigo abrazó a Isabel bruscamente, besándola apasionado.

—¡Encantadora Isabel! ¡Mi reina! ¡Mi esposa! — dijo entusiasmado y agregó impaciente: — ¿Y el sacerdote? ¿Dónde está el sacerdote que ha de bendecir nuestra unión?

Los ojos de Isabel, profundos, insondables, se alzaron para que su mirada se cruzara con la de don Rodrigo. Lánguidamente ella se apoyó en su pecho y sus labios sonrieron de un modo que le enloqueció.

—¿Me amáis don Rodrigo? ¿Me amáis... a pesar de todo?

—¡Sí os amo! — pronunció estas palabras casi sin aliento. — ¡Os amo más que a mi misma vida! ¡Más que a la salvación de mi alma!

Isabel suspiró como si la alegría la aturdiera y se acercó aún más a su pecho.

—¡Cuánto me complace saber que vuestro amor hacia mí es realmente firme. Tal vez esté por ponerle a prueba...

El la estrechaba en sus brazos.

—¿Ponerle a prueba? ¿De qué modo, amor mío?

—¡Deseo que nuestro matrimonio sea un nudo que no pueda ser desatado más que por la muerte!

—¡Yo también deseo que así sea! — dijo él para quien iban a ser todas las ventajas.

—Por lo tanto, como después de todo, aun cuando yo profese el cristianismo, corre por mis venas sangre judía, quisiera celebrar un matrimonio que satisfaga a mi padre cuando salga en libertad, como creo que saldrá, pues, en verdad no ha sido acusado de ningún delito contra la fe.

Calló un momento y comprendió que sus palabras habían enfriado repentinamente el fogoso entusiasmo del otro.

—¿Qué queréis decir con eso? — preguntó él, con ahogada voz.

—Quiero decir... ¿no os vais a enfadar conmigo?, que desearía que nos casara no tan sólo un sacerdote cristiano y a la usanza cristiana, sino también, y esto primero, un rabino y de acuerdo con los ritos hebreos.

Al expresarse así ella, sintió que los brazos que la ceñían dejaban de estrecharla amorosos y, al sentirlo así fué ella la que, con más fuerza, sujetó en sus brazos al hidalgo.

—¡Rodrigo! ¡Rodrigo! ¡Si me amáis de verdad, si realmente deseáis que sea vuestra esposa, no podéis negaros a esta condición, puesto que os juro que en cuanto sea vuestra esposa, no volveréis a oirme decir nada que pueda recordaros mi origen judío!

El rostro del hombre habíase puesto muy pálido; se mordía los labios indeciso; de sus sienes brotaban gruesas gotas de sudor.

—¡Dios Topoderoso! — murmuró.—¿Qué es lo que me habéis pedido? ¡Eso no es posible! ¡No es posible! Eso sería una profanación, una violación de todas las leyes religiosas!

Isabel se separó de su lado con ademán de enojo.

—¿Así lo consideráis? ¿Me juráis amor y en el mismo instante en que me propongo sacrificaros todo cuanto tengo y valgo, no queréis hacer en mi favor ese pequeño sacrificio y hasta insultáis a la fe que es la de mis antepasados, si no es precisamente la mía? Os he juzgado erronéamente, de no haber sido así, no os hubiera pedido que vinieráis hoy a verme. Creo que lo mejor que podéis hacer es marcharos en seguida de esta casa.

Temblando, anonadado, presa de contradictorias emociones, procuró defenderse, discutir la actitud de la joven. Habló mucho, torrencialmente, pero en vano. Ella permanecía tan fría e inconmovible como antes se había mostrado cariñosa y entusiasta.

Lo que ella proponía era, en opinión del hidalgo, una profanación y una violación de todas las leyes de la iglesia. Sin embargo, después de saber soñado que llegaba a verse dueño de diez millones de maravedíes y de la mujer más hermosa de Sevilla, no le era fácil conformarse con quedarse sin ambas cosas. Había bastante avaricia en su naturaleza y bastante necesidad en su situación para convencerle de que la realización de tal sueño bien valía el sometimiento a los abominables ritos matrimoniales hebreos. Pero quedaba el temor donde los escrúpulos cristianos habían desaparecido a medias.

—¿No comprendéis, — exclamó, — que si eso se supiera, el Santo Oficio lo consideraría prueba terminante de apostasia y me enviaría a la hoguera?

—Si esa fuera vuestra única objeción, pronto quedaría solucionada, — dijo ella fríamente. — ¿Quién podría informar a nadie en contra vuestra? El rabino que espera en el piso de arriba, por interés de su propia vida, no se atreverá a traicionarnos. ¿Quién más puede saberlo, si no estará presente nadie más?

—¿Estáis segura de ello?

Ya estaba conquistado. Pero ella jugó con él aun más, obligándole a que fuera él quien, a su vez, tuviera que convencerla y a pesar de su resistencia anterior, suplicarla insistentemente pidiendo la realización de la ceremonia judía que primero le había inspirado tanta repugnancia.

Al fin ella cedió y le condujo a la habitación al retrete o "boudoir" donde se había celebrado la reunión de los amigos de don Diego de Susán, más tarde delatada por don Rodrigo.

* * *

—¿Dónde está el rabino?—preguntó él impaciente mirando en redor y viendo la habitación vacía.

—Voy a llamarle en cuanto esté convencida de que quereis, efectivamente, que venga.

—¿No estáis convencida aun, después de haberoslo suplicado tanto? ¿Aun podéis dudar de mí, Isabel?

—No,—dijo ella. Se separó a un lado, indicándole que avanzara.—Sin embargo yo no quisiera que pudiera decirse algún día que habéis sido forzado a esto.—Tales palabras parecían extrañas en ese momento pero él no se fijó en ello. Casi no sabía lo que le pasaba; se hallaba aturdido y confuso.—Deseo que declareis que por vuestro libre deseo y vuestra firme voluntad este matrimonio ha de ser solemnizado de acuerdo con los ritos hebreos y segun la ley de Moisés.

Y el, vibrante de impaciencia, enfadado,

deseoso de terminar de una vez, contestó a toda prisa:

—¡Sí! ¡Es verdad! Declaro que mi deseo es que seamos unidos de ese modo, a la usanza judía y de acuerdo con la ley de Moisés y ahora... ¿dónde está el rabino?

Oyó un ruido, vió que unas colgaduras se movían, las mismas colgaduras que tapaban el hueco de la alcoba donde él estuvo oculto.

—¡Ah! ¡Está ahí, probablemente!—exclamó.

Retrocedió de pronto como empujado por un golpe violento, levantando las manos con ademán convulso. Las colgaduras habíanse descorrido y de la alcoba había avanzado, no el rabino que él esperaba sino un hombre alto, delgado, algo cargado de espaldas, vestido con el hábito blanco y la cogulla negra de la orden de Santo Domingo, con el rostro oculto en las sombras de la negra capucha. Tras él avanzaron dos hermanos de la orden, dos armados familiares del Santo Oficio con cruces blancas en sus negros justillos.

Aterrorizado ante semejante aparición, evocada, al parecer, por las palabras condenables que había pronunciado, don Rodrigo se detuvo atónito sin siquiera tratar de comprender cómo podía haberse producido aquello.

El fraile se echó atrás la capucha al avanzar y pudo verse entonces el rostro expresivo, bondadoso, infinitamente atento de Fray Tomás de Torquemada. E infinitamente bondadosa, resonó la voz suave de aquel hombre santamente sincero.

—Hijo mío, habíanme dicho que eras judaizante, habíanmelo asegurado... Sin embargo, antes de decidirme a creer tan increíble afirmación, tratándose de uno de tu linaje, exigí la prueba evidente de mis sentidos. ¡Oh! ¡Pobre hijo mío! ¿Qué malos consejos te han vencido para que así te hayas desviado tanto del buen camino?

En aquel momento el terror de don Rodrigo cambióse en furor y en rabia, estallando en un torbellino de palabras. Tendido el brazo hacía donde se hallaba Isabel la acusó con todo el desenfreno de su apasionamiento.

—Fué esta mujer la que me hechizó haciendo con sus engañadoras seducciones, que yo cayera en esto. ¡Todo cuanto hizo fué para preparar la trampa en que quería atraparme!

—Así fué, en verdad. Ella tenía consentimiento mío para proceder así, poniendo a prueba la fe que según me habían dicho, le faltaba. Si tu corazón hubiese estado libre de toda inclinación herética, no hubieras caído nunca en la trampa; si tu fe hubiera sido fuerte, hijo mío, no hubiese flaqueado ni un solo momento, no hubiera podido ser seducido de modo que te arrancaran a la lealtad que todos debemos a nuestro Redentor.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Escuchadme! ¡Por Dios os lo suplico, padre mío!

—¡Serás escuchado, hijo mío! El Santo Oficio no condena a nadie sin haberle oído. Pero... ¿qué esperanzas puedes fundar en tus protestas de ahora? Me habían asegurado que tu vida era desordenada y vana, y yo lamentaba que así lo fuera, temblando por tu salvación, cuando supe de qué modo abrías al pecado las puertas de tu corazon. Pero recordando que los años y el raciciocinio logran redimir al penitente de los pecados de su juventud, esperé, rogando a Dios por tí. Sin embargo jamás supuse que podías ser judaizante, que podías pensar en unirte en matrimonio mediante los vínculos del judaismo. ¡Oh!—La melancólica voz fué interrumpida por un sollozo y Torquemada se cubrió el rostro con las manos, largas, blancas, casi transparentes.—Pide ahora a Dios, hijo mío, que te de su divina gracia,—agregó,—que no te niegue fuerzas para resistir la prueba a que te verás sometido por tu pecado. Ofrécele los sufrimientos temporales que aún pueden ser la expiación de tu error, de modo que tu corazón se halle contrito de verdad y penitente y te hagas digno de la misericordia divina, que es infinita. No me olvidaré de tí en mis oraciones, hijo mío. Esto es todo cuanto puedo hacer. Podéis llevarle de aquí.

* * *

El día 6 de febrero, Sevilla presenció el primer Auto de Fe, en el que fueron víctimas Diego de Susan, sus compañeros conspiradores y don Rodrigo de Cardona. El acto no tuvo la tenebrosa pompa que más tarde había de singularizar a esas funciones. Pero los elementos esenciales no faltaron.

En una procesión encabezada por un dominico que llevaba la cruz verde de la Inquisición, envuelta en un velo de crespón, iban, tras él, de dos en dos, los miembros de la comunidad de San Pedro Mártir, los familiares del Santo Oficio, los condenados, cada uno con un cirio en la mano, descalzos y vestidos de amarillo. Rodeados de alabarderos, los condenados fueron hasta la Catedral, donde se ofició la misa pronunciando el sermón el padre Ojeda. Después, los condenados fueron, cruzando la ciudad, hasta los campos de La Tablada, donde estaban preparadas las hogueras.

De este modo, el perjuro delator pereció al mismo tiempo que aquellos a quienes había denunciado. De este modo, Isabel Susan se vengó de la falsía del que había sido causante de la ruina de su padre.

En cuanto a ella, cuando todo hubo terminado, buscó refugio en un convento. Pero se retiró de él antes de profesar. El pasado no la dejaba en paz la conciencia y volvió al mundo a buscar en los excesos el olvido que el claustro le negaba y que únicamente la muerte podía darle.

En su testamento dispuso que su cráneo fuera colocado sobre la puerta de la casa de la calle del Ataúd, como póstuma expiación de sus pecados. Y allí estuvo, durante años y años, el cráneo descarnado de la, en una época, más hermosa cabeza de Sevilla. Aun estaba allí cuando las legiones de Bonaparte barrieron lo último que quedaba del, muchos años antes, materialmente desaparecido Santo Oficio de la Inquisición.



LA DOCTORA EN BELLEZA

Por C. J. y Annie O. Tibbits

Esta verídica narración de las actividades de una mujer sin escrúpulos que explotaba el afán de las mujeres por ser extraordinariamente bellas, constituye, no sólo una interesantísima lectura, sino un ejemplo y una advertencia, pues nunca faltan, en las grandes capitales émulos de aquella Madame Rachel y tampoco escasean las mujeres capaces de dejarse arruinar por conseguir la conquista del cetro de la belleza entre sus contemporáneos.

I.

HABIA llegado de la India cansada, —un poco "passée", — y ajada. Se diría que la vida pasaba junto a ella adelantándose a su paso, dejándola atrás en calidad de belleza pasada de moda. Su rostro, hermosísimo en otro tiempo, comenzaba a mostrar ese gesto de ansiedad y de inquietud que se advierte en las mujeres que empiezan a notar en sí mismas la obra del tiempo y la proximidad de la vejez.

Tales eran los sentimientos de la señora de Borrodaile mientras se hallaba sentada en su tertulia de Covent Garden, el teatro de la Opera de Londres, y miraba en redor al brillante cuadro que presentaba la lujosa sala.

Su aspecto era muy alegre, aun más alegre y brillante que de costumbre. El esplendor de París, donde la corte de las Tullerías estaba en plena magnificencia, cruzaba el canal y se reflejaba en Londres. Y aquella noche ese reflejo parecía haber llegado a su mayor grado porque el emperador de los franceses, Napoleón III, de visita en Londres por unos breves días, ocupaba, huésped real, el palco real del lujoso teatro.

El teatro estaba enteramente lleno de una concurrencia alegre y brillante, pero la señora de Borrodaile miraba en redor con tristeza. Una vaga depresión de espíritu velaba, con leve niebla, el esplendor de aquella escena. Por todas partes había caras que ella no conocía, muchachas que habían crecido durante su ausencia; algunas eran niñas de

pecho cuando ella partió para la India, años atrás, o mujeres que sólo la recordaban como una figura nebulosa y lejana.

Pero aun éstas a quienes había conocido en otro tiempo, resultaban extrañas para ella y sus modalidades distintas no le parecían, sin embargo, tan extrañas como las caras, bien conocidas de antes, que volvía a ver en redor suyo. Un raro encantamiento parecía haber envuelto a sus antiguas amigas durante su ausencia. Algo había cambiado. Si se hubiese detenido a pensar hubiérase dicho que tras una larga ausencia siempre se encuentra, al volver, que las cosas han cambiado; pero la diferencia que notaba aquella noche, la alegría que la rodeaba, la casi sobrenatural brillantez y belleza de algunas de sus contemporáneas, la convenció de que ella debía haber perdido de modo indefinible lo que las demás habían conservado, que ella resultaba la única, la aislada, la viuda cuya belleza habíase desvanecido ya.

Miró en redor con desesperación. En aquellos días en que Londres se hallaba alegre y procuraba seguir las huellas de la bulliciosa sociedad parisién, era la belleza la que empuñaba el cetro del éxito social. Nunca había llegado a tal altura el poder de la belleza. Nunca había sido tan poderosa ni había sido tenida tan en cuenta. La emperatriz Eugenia, que entonces se hallaba en todo el esplendor de su incomparable belleza, figuraba en medio de un grupo que entusiasmaba y fascinaba. La señora de Borroidale, mirando con los gemelos en torno de ella, se fijaba en los rostros, uno por uno, en las caras que había conocido en otros tiempos, con creciente desagrado. ¿Cómo podían conseguir aquello? Casi todas tenían un aspecto juvenil y fresco que hacía contraste con el de la pobre muñeca envejecida que resultaba aquella mujer que tenía la piel martirizada por el sol y los ojos fatigados. ¿Cómo era posible que todas aquellas mujeres, — de su misma edad, — hubieran podido retener la vitalidad, la facultad de atraer y de fascinar, que ella había perdido? ¡Parecía que todas ellas estuvieran contentísimas y se sintieran triunfadoras! En medio de aquel espléndido conjunto sólo ella parecía aislada, perdida...

Pero, ¡alto! Sus gemelos, recorriendo la sala del teatro se detuvieron en la figura de una mujer que ocupaba uno de los palcos más caros, una figura que, por alguna misteriosa razón, parecía tan aislada como ella misma. Era una mujer obesa, de edad indefinida, con el rostro arrugado y una expresión que, en el primer momento parecía maternal y bondadosa. Mirando más de cerca se echaba de ver que su boca era de labios gruesos y burdos, que sus ojos eran pequeños, penetrantes, movedizos y astutos. Vestía de seda negra, sin más adornos que algunos finísimos encajes en el cuello y en los puños y varios magníficos brillantes, que por sí solos atraían la atención y hacían que la gente se fijara en ella.

Sin embargo, parecía hallarse aislada dentro de aquella concurrencia, peculiarmente aislada, sola y evitada por todos. Nadie acudía a visitar su palco, nadie la saludaba ni la miraba sonriendo como a persona conocida. Observando de cerca se hubiera notado que la gente procuraba no mirar hacia aquel palco y que las mujeres, especialmente, hacían grandísimos esfuerzos para evitar que sus miradas fueran hacia aquel palco por el cual se había pagado cuatrocientas guineas (más de dos mil pesos oro) y hacia la mujer vestida de seda negra y sentada, enteramente sola, en él.

Una sonrisa sardónica encurvaba sus labios mientras con sus gemelos, forrados de madreperla, recorría toda la sala. Los brillantes relucían en sus manos pequeñas, rollizas y mal conformadas. Sus ojos pequeños casi cerrados hasta parecer pinchazos de alfiler, acentuaban la vulgaridad de su rostro y de su figura dentro del cuadro que la rodeaba. Allí no era tenida en cuenta nada más que la belleza. Aquella mujer con su rostro arrugado, aun cuando bien conservado, parecía no tomar parte en la alegría que la rodeaba. Era como un abejorro en un jardín de mariposas. Sin embargo, su sombra, intangible pero real, se cernía sobre muchísimas de aquellas bellezas. Ella las tenía en el hueco de la mano, pues era "Madame Rachel", la "Doctora en Belleza", de Bond Street. Sólo unos pocos días antes por lo menos, una de aquellas bellezas, al parecer, en aquel momento libres de toda preocupación en este mundo, había estado arrodillada a sus pies, implorando, gimiendo, arrasada en lágrimas. Muchas de las que, en el teatro, se negaban hoy a mirarla y a conocerla, estarían mañana, a sus pies, suplicando llorosas. Muchas de las que, en sus localidades, aparentaban estar muy tranquilas y serenas y muy seguras de sí mismas, temblarían ante ella dentro de poco.

Porque ella tenía en su poder a esas hermosas damas cuyo orgullo y poderío parecían tan inconmovibles. La señora de Borroidale no tenía, en verdad, nada que envidiarles.

" La belleza es poder. Jamás ofreció la
" sociedad premios más grandes a la mujer
" de belleza encantadora. La sociedad se
" arrodilla a los pies de la hermosura".

El aspecto de la sala del teatro de la Opera parecía, aquella noche, tangible demostración de la verdad de lo que antecede y era el texto de un aviso que aparecía entonces en todos los más importantes diarios de Londres. La belleza era lo único que debía tener en cuenta la mujer en la carrera por el poder y la felicidad que se llama vida. Era el secreto del triunfo. Era poder; era felicidad; conquistaba mundos; hacía que emperadores y reyes cayeran rendidos a los pies de las mujeres.

Y Madame Rachel, sentada, sola, en su palco que había costado cuatrocientas guineas, pensaba sin duda, en las palabras de su aviso, pues ella las había escrito. Miraba en redor, consciente de su poderío, y jamás, seguramente, mujer alguna había sido tan poderosa, en calidad de productora de belle-

za, como ella. Sus negocios eran importantísimos y sus honorarios prodigiosos. Sólo vendía lo que, según ella declaraba, era extraordinariamente prodigioso para asegurar la belleza, — jabones, enjuagues, lociones, restauradores del cabello, — dotados todos ellos de una secreta e infalible eficacia. Podía indicar una a una todas las principales bellezas del día, y declarar enfáticamente que de no haber intervenido ella, nadie las hubiese distinguido entre un grupo de mujeres medianamente hermosas. Ellas, por su parte, no confesarían jamás haber sido sus clientes, pero así era, sin embargo. Y el dinero pasaba a raudales de sus manos a las de la "doctora en belleza", pues aquellas clientes le debían su hermosura y su fortuna a ella, a "Madame Rachel", de Bond Street. ¡Aquella belleza que dominaba en la sociedad en aquellos momentos, era ella quien la concedía o no!

Y allí estaba sentada, en su palco, mirándolas, con la ambición de un lobo en el gesto de su boca, con la sonrisa de la Esfinge en sus ojos penetrantes.

II

DOS veces pasó la señora de Borrodaile por delante de la casa antes de decidirse a detenerse y mirar hacia ella detenidamente.

Unos pocos frascos sobre una artísticamente arrugada tela de moirée de seda color violeta, parecía distinguir su escaparate de los demás de la lujosa calle londinense. Hasta la misma casa del perfumista Atkinson, con sus perfumes sin rival parecía quedarse atrás, comparada con la extraordinaria casa de Madame Rachel. Allí nada tenía marcado su precio. Los pocos frascos que había entre los pliegues del moirée violeta parecían desafiar la curiosidad del vulgo y tenían un aire de distinción inusitado aun en Bond Street. Para quien los mirara con la sabiduría de la experiencia debían tener un aire de insolencia realmente asombroso.

"Agua del Jordán, especialmente extraída, para Madame Rachel, del sagrado río y conducida por rápidas caravanas de camellos".

"Famosa loción de Madame Rachel para el cutis, especialmente preparada con rocío de las Sagradas Montañas de Asia".

"Restaurador magnético del cabello, compuesto de raros y preciosos bálsamos de Arabia, según la receta de un famoso médico del Oriente".

"Crema circasiana de belleza, preparación secreta que conocieron las hermosas mujeres de la Historia, incluso Cleopatra, Aspasia, Diana de Poitiers y Ninon de l'Enclos, la celebrada belleza, gloria de la hermosura francesa durante el reinado de Luis XIV, que vivió de 1615 a 1706 y fué bellísima hasta cumplir los noventa años: Una de las maravillas del mundo".

La señora de Borroidale miró los fascinadores frascos y el pensar en algunos granitos y en algunas molestas pecas que tenía en el rostro, así como el recuerdo de la escena que había presenciado en el teatro de la Opera influyeron en ella de tal modo que, por fin, la hicieron caer en la tentación.

Madame Rachel pareció ser aún más maternal de lo que le había parecido cuando la vió en el palco del Covent Garden, en el momento en que la señora de Borrodaile pasó de la esplendidamente iluminada Bond Street, a la semi oscuridad del fresco y bienoliente establecimiento. Vestida, como siempre, sobriamente y de negro, Madame Rachel salió de su habitación interior y miró al rostro ajado y de la visitante.

—Usted debe haber sido muy hermosa en un tiempo, — dijo con brusquedad. — ¡Qué lástima! ¿Cómo ha podido abandonarse hasta ponerse como está?

La señora de Borrodaile vaciló un momento.

—No es posible evitar que pasen los años, y con los años, se envejece.

—No estoy tan segura como usted de que así sea, — dijo Madame Rachel. — Si hace unos veinte años yo hubiera sabido lo que ahora sé, podría haberme salvado a mí misma; pero la sabiduría llegó tarde para mí. ¿Cuántos años cree usted que tengo?

Sus astutos, pequeños ojos grises, penetrantes y movedizos la miraron de pies a cabeza y la señora de Borrodaile consideró maternal y bondadosa aquella mirada, sin darse cuenta, por su mal, que todo cuanto parecía bondad era fingido en aquella mujer. La señora de Borrodaile, según pudo juzgarlo entonces Madame Rachel, era una figura elegantísima que vestía con refinado gusto. Miró a la dueña de casa y pensó que era imposible decir cuántos años tenía. En realidad, podía servir de reclame a sus lociones, cremas y polvos. Lo que pensaba la señora de Borrodaile se leyó escrito en su rostro.

—¡Pues tengo ochenta y cinco años!—dijo Madame Rachel rápidamente y con toda seriedad.

La señora de Borrodaile se quedó asombrada.

—Conozco el secreto de la juventud eterna, — prosiguió madame con toda calma.— Lo conocí demasiado tarde para mí, cuando ya no podía aprovecharlo; pero puedo devolverle a usted su belleza, puedo hacerla a usted mucho más bella de cuanto fué cuando era muy joven.

La señora de Borrodaile no se decidía.

Tenía una pequeña fortuna de su propiedad, además de su pensión como viuda de un alto oficial del ejército. Podía permitirse gastar unas libras en los preparados de Madame Rachel. Precisamente, los granitos de la cara la habían molestado, y preocupado un poco. Así lo manifestó.

—¡Eso se cura fácilmente! — dijo madame. — Pruebe esta loción y esta crema, y si no se ha curado dentro de una semana, vuelva a verme.

La señora de Borrodaile se gastó tres o cuatro libras en el establecimiento, adulada por el interés que, hacia ella, demostró

Madame Rochel, impresionada contra su voluntad, por el deseo que aquella mujer manifestaba de embellecerla para siempre si se ponía por completo en sus manos. El deseo que tiene toda mujer entrada en años de volver a ser tan atrayente como lo fué cuando joven, se iba apoderando de ella mientras se dirigía de regreso a su domicilio.

En la quincena que siguió, la erupción del rostro se puso cada día peor y el miedo de que aquello pudiera hacerse crónico la hizo volver a toda prisa al establecimiento que era como un imán para muchas mujeres a las que atraía tal como la miel atrae a las moscas, de modo enérgico, pública o secretamente, furtiva y ansiosamente.

La doctora en belleza, — a la que no querían ni reconocer en público, — era, en privado, adulada y mimada por las mujeres que acudían ansiosas pidiéndole que les conservara la belleza y el poder que de ella emanaba.

Y la señora de Borrodaile acudió como las demás. Los coches esperaban frente al establecimiento de Bond Street, a veces, horas y horas. Madame Rachel parecía tratar con toda altanería a sus clientes, así que la señora de Borrodaile sentíase más que nunca halagada cuando ella dejaba de atender a otras clientes que esperaban y la recibía inmediatamente en su salita reservada, situada en la trastienda.

El fracaso de la loción no fué considerado de importancia ni mucho menos

—¡Lo maravilloso es que su rostro no esté aún peor de lo que está! — manifestó Madame Rachel — Acudió usted a mí en el momento oportuno. El mal se hubiera hecho crónico si usted no hubiese procedido así y hubiera sido una lástima, porque usted debe haber sido una de las mujeres más encantadoras de Inglaterra hace unos años. Lo que me sorprende es que no se casara usted con un hombre realmente distinguido; pero no hay razón para que no lo haga todavía. Usted puede llegar a ser más hermosa aún de cuanto lo fué, si es que lo desea.

Esto era tentador para la señora de Borrodaile. La ambición se apoderó de ella. El orgullo, la envidia de las mujeres que poseían la belleza que ella había perdido, la empujaron a ello.

Fué una y otra vez al establecimiento de Bond Street y en pocas semanas ya había gastado allí más de ciento setenta libras. La erupción le había desaparecido del rostro, pero Madame Rachel le advirtió que reaparecería en forma mucho más virulenta, si dejaba de atenderse, y la señora de Borrodaile, sintiéndose cada vez más joven y llena de fe y de esperanza en su belleza, volvía a ella un día y otro día.

Todas las señoras de la alta sociedad debían su belleza a Madame Rachel, según parecía, aun cuando ésta se reía sarcásticamente cuando alguien le decía que ellas la negaba y mostraba una larga lista de mujeres de la aristocracia que eran sus clientes secretas.

—¡Mi tratamiento ha hecho su efecto al fin! — declaró ella. — ¿Le gustaría a usted ser la esposa de un noble, de un hombre que con el tiempo será uno de los más ricos de Inglaterra?

La señora de Borrodaile se quedó atónita, mirándola fijamente. Madame siguió explicándose. Era toda una novela, como las que aparecen en los libros, increíble para todos excepto para quien, como ella, estaba acostumbrada a ser testigo de esos románticos sucesos. La señora de Borrodaile podía sorprenderse, pero un caballero de la nobleza habíase enamorado de ella.

—La ha visto a usted y ha manifestado a una cliente mía que está enamorado. ¿Quiere usted que averigüe si se trata de algo realmente serio?

La señora de Borrodaile, persuadida como estaba de que la época de los amores había pasado para ella, sintió, sin embargo, que la juventud volvía con la impetuosidad de un torrente. De pronto le pareció que el desierto se cubría de lozanos rosales en flor. Por su vista pasó una visión de amor, de belleza y de poderío. El rostro astuto de Madame Rachel, con su fingido gesto de maternal bondad, pareció darle ánimo.

—¿Es acaso imposible? — preguntó la cliente.

—De ningún modo, — respondió Madame Rachel. — Estoy plenamente convencida de que se trata de algo muy serio.

—Pero... ¿quién es él? — preguntó con entrecortada voz, la señora de Borrodaile.

Madame Rachel se encogió de hombros.

—Eso no puedo decírselo a usted todavía, —dijo;—pero si usted quiere volver a casarse, yo combinaré las cosas de modo que puedan tener ustedes una entrevista.

Aquella oferta era más tentadora de cuanto era humanamente posible,—o al menos de cuanto podía su cliente, — resistir. La señora de Borrodaile no pudo desdeñar semejante oportunidad. ¡Un noble enamorado de ella! ¡Después de tantos años de soledad y cuando se hallaba ante la perspectiva de muchos años más, semejantes a esos, presentársele así una ocasión que tanto significaba para ella!

Ardiendo de impaciencia, visitó diariamente el establecimiento de Bond Street y sus compras fueron más frecuentes y de mayor precio. Pero parecía que cuanto más dinero dejaba en poder de Madame Rachel, menos era lo que ésta se ocupaba de averiguar algo sobre el enamorado aristócrata. Las excusas de madame se prolongaron durante varias semanas. Su cliente se hallaba fuera o estaba ocupada; el noble caballero se encontraba indispuesto o fuera de Londres, en sus tierras... Y la señora de Borrodaile habiéndose gastado como ochocientas libras en el establecimiento, decidió no gastar más. Todo había sido una fantasía, una ocurrencia loca y nada más. Se sentía más bella que nunca. Había llegado el momento de terminar sus relaciones con Mada-

me Rachel. Así, pues, decidió no volver más que aquella última vez.

—¡Por fin he podido averiguar algo que le interesa! El caso es realmente serio, él mismo me lo ha dicho. Su nombre es Lord Ranelagh y vendrá a esta casa esta misma tarde.

Esto dejó a la señora de Borrodaile sin aliento. Su cuento de hadas iba haciéndose verdad. Lo imposible, lo inesperado, había acontecido. La novela que ella había considerado muerta renacía nuevamente.

—No debe usted perder la oportunidad,— dijo madame. — Tiene usted esta tarde toda la frescura de una muchacha y es necesario que siga así.

Madame Rachel salió de la salita y la señora de Borrodaile esperó. El ruido del tráfico de Bond Street continuaba; el rodar de carruajes, el trotar de caballos y el rumor de voces de la gente que pasaba. Sentíase como en un sueño. ¡Enamorado de ella! ¡Un noble, rico y distinguido! ¡Lo que significaba eso!

Había esperado unos diez minutos quizás, cuando la puerta se abrió y madame, apareciendo, le indicó que saliera al saloncito de ventas. Allí vió ella a un caballero alto, de cabello negro, elegantemente vestido.

Como en sueños, oyó la voz de Madame Rachel, que decía:

—Señora de Borrodaile, — y después, como un eco, el nombre de él. — Señora de Borrodaile... Lord Ranelagh.

III

PARA cualquiera, — excepto, tal vez para una mujer que sentía muy lejano el primer rubor de su juventud, — aquello hubiera parecido extraño y sospechoso. Pero en torno de ella brillaba el resplandor novelesco del suceso. Dominada por lo que Madame Rachel la había dicho, aquel desconocido venía a ser para ella lo que el encantado príncipe de sus sueños de niña. Sin embargo, Lord Ranelagh no la dirigió más que unas breves frases de cortesía vulgar antes de retirarse del establecimiento. Madame Rachel explicó la razón de su brevedad. Otro día la vería con tiempo para explayarse como era su deseo.

Ella creyó todo cuanto dijo el hombre con quien se entrevistó y que hacía el papel de ser su adorador. Le creyó cuanto contó sobre los disgustos que tenía con sus parientes que se mostraban contrarios a que él se casara, por lo cual era peligroso para ella que le escribiera a su casa solariega de Mount Sreet. Pero ella podía escribirle, — dijo él, —debía escribirle todos los días que no se vieran y por el momento debía conformarse con que se vieran allí, en casa de Madame Rachel, donde podía, también dirigir o dejar sus cartas.

La señora de Borrodaile, entusiasmada y contentísima, estaba dispuesta a todo. Nada le parecía impropio ni extraordinario. Bajo las pastas y lociones de Madame Rachel, su rostro brillaba de satisfacción.

—Entonces diríjame las cartas aquí, al nombre de William Edwards, capitán de voluntarios, — dijo él. — Nos conviene tenerlo todo en el mayor secreto posible hasta después de que nos hayamos casado.

La señora de Borrodaile accedió a todo, hasta a lo que propuso Madame Rachel y a lo cual ella se había negado varias veces. Pero al fin fué la misma señora de Borrodaile la que propuso lo que antes no había querido.

—¿Qué sera de mí si, después de todo, lo pierdo un día? — dijo ella. — No debo correr ese peligro. ¿Qué fué lo que usted me dijo sobre algo de esmalte?

—El esmalte es, únicamente, un medio permanente de preservar la piel, — dijo Madame Rachel con toda calma. — Es un procedimiento muy caro y como ya le he dicho, no sé lo que puede tardar. No será mucho tiempo, sin embargo. Supongo que, para usted, podré hacerlo por mil guineas. Pero después de sometida a ese procedimiento estará usted irresistible.

Mil guineas era una suma respetable para la señora de Borrodaile que ya se había gastado ochocientas libras en aquel establecimiento, comprando "Agua de Jordán", "Rocío de Asia" y numerosas lociones, aguas extrañas y bálsamos llevados por veloces camellos a los puertos de Oriente especialmente para ser enviados por vapor a Madame Rachel. Todo eso costaba muy caro; ¡ero ¿qué importaba si daba resultado tan maravilloso? ¿Qué podían importar mil guineas si el esmaltado la permitía conservar el amor y casarse con un hombre tan rico y distinguido como Lord Ranelagh? No vendría a ser más que una excelente colocación de capitales.

La señora de Borrodaile accedió a ser "bella para siempre", entregó las mil guineas a Madame Rachel, y comenzó el tratamiento.

Día tras día visitó el establecimiento para ser sometida a baños y otras aplicaciones, y allí, dominada y hechizada, bajo una influencia que parecía inmovilizar todas sus facultades intelectuales, escribió a Lord Ranelagh, cartas que parecieron luego la esencia de la locura.

—¿Qué debo decirle? ¿Qué es lo que debo escribirle?—preguntaba.

Y Madame Rachel no tardaba en decírselo. Gradualmente, fácilmente, fué engañándola, haciéndola su víctima. La señora de Borrodaile locamente excitada, quizás,—¿quién lo sabe?—bajo la influencia de alguna maléfica droga, era su víctima, docil como un niño. Una y otra carta escribió en el establecimiento aquel al dictado de madame, dejándolas allí, dirigidas al "capitan Edwards" y recibiendo en respuesta cartas escritas en papel con el membrete de la casa solariega de los Ranelagh, en Mount Street, llenas de protestas de la más candente pasión. A veces el le mandaba algun regalito, que ella guardaba

como si fueran tesoros. En una ocasión el envío una cajita de perfume y un lapiz de metal.

"Pertnecieron éstos a mi santa madre,—escribía él.—Murió ella con ellos en la mano y ruego a usted, luz de mi corazón, que los acepte como tributo de mi amor."

Fácil era que Madame Rachel continuara sin tropiezos esta novela que debía tener un desenlace trágico. Lord Ranelagh visitaba con poca frecuencia el establecimiento. Sus parientes, según parecía, se lo impedían y, aun cuando pudiera parecer extraño, él no quería que supieran absolutamente nada sobre su proyectado matrimonio. Así que las cartas eran escritas y dejadas en el establecimiento día tras día, semana tras semana, y Madame Rachel, haciéndose más comunicativa y confidencial, dijo a la señora de Borrodoile cosas que ni aun el mismo Lord Ranelagh habíale confiado a su futura: le dijo que no era por completo dueño del dinero que, con el tiempo, debía ser suyo y a veces se veía en dificultades pecuniarias. Por ejemplo, Madame Rachel sabía que necesitaba mil cuatrocientas libras para algunos gastos, que debía sufragar, de su cuerpo de voluntarios. ¿Por qué no le demostraba ella su amor vendiendo algunos títulos de los que tenía y dándole la sorpresa de enviarle ese dinero?

Ciega y loca, la señora de Borrodaile accedió a ello de buen grado. Vendió algo de lo que poseía y encantada dió a su futuro esposo aquella "sorpresa". Después de esto fué fácil para Madame Rachel hacer que otras sumas de dinero pasaran de manos de la señora de Borrodaile a las de su adorador. Por fin, cuando se acercó el momento del casamiento, dijo ella que eran necesarios algunos brillantes para que la señora de Borrodaile luciera como correspondía al rango que había de ocupar en la sociedad.

Mil seiscientas libras pasaron de sus manos a las de Madame Rachel y las alhajas fueron encargadas a un joyero del West End. La operación debió llegar a oidos del prometido porque protestó ante semejante apresuramiento y logró que retirara la orden.

"Los brillantes de Ranelagh son famosos. —dijo él,—y mi esposa ha de lucirlos el día de la boda. Por lo tanto, esos son supérfluos, Devuélvanlos".

Fueron, por lo tanto, devueltos al joyero al cual hubo que abonar cien libras para que se decidiera a recibirlos.

El dinero iba saliendo cada vez más rápidamente de los bolsillos de la señora de Borrodaile. Fué necesario un ajuar y se le convenció que encargara ropa por valor de ciento setenta libras, ropa que debía ser entregada en el establecimiento de Bond Street donde esperaría el día del casamiento.

Pero una extraña fatalidad parecía posponer continuamente ese enlace. Por más impaciente y más inquieto que estuviera su futuro, fué necesario suspender una y otra vez la ceremonia. Una maligna suerte, un cruel destino impedía una y otra vez su enlace. La señora de Borrodaile, despojada ya de su valiosa fortuna y reducida a su pensión de viuda de militar, tuvo que dejar las lujosas habitaciones de la plaza de Hanover donde vivía y alojarse en lugar más económico.

Su vivienda fué descendiendo de categoría a medida que pasaban las semanas. Se vió obligada a ir de casa en casa, descendiendo rápidamente la escala a medida que disminuían sus recursos, buscando cada vez un alojamiento más pequeño y más barato, hasta que fué a vivir a una modestísima casa de huéspedes.

Había descendido ya al último escalón. La amenazaba ya la más abyecta miseria, pero su valor y su fe no la abandonaban ni un solo momento.

Regresaba un día de una de sus diarias y fútiles visitas al establecimiento de Bond Street, luchando contra la amargura que intentaba dominarla cuando subía la sucia y estrecha escalera de madera de su modestísimo alojamiento, cuando se presentó el fin. La habitación donde entonces vivía era terrible para ella y en aquella ocasión no logró serenarse y alejar de su lado la tristeza que la oprimía, porque había adelantado tanto dinero para auxiliar a su adorador en sus apuros, que ya no le quedaba bastante para seguir pagando su tratamiento de belleza. Ella y Madame Rachel habían hecho cuentas juntas y habían visto que no le quedaban ni siquiera cien libras y Madame no podía sugerir qué era lo que había de hacerse. Se trataba de un caso difícil y la señora de Borrodaile regresó a su alojamiento, llorando. Subió temblando de miedo y tratando en vano de luchar contra la desesperación. Pero volvió a decirse de nuevo que no tendría más que esperar un poco más y todo se arreglaría. Su prometido haría, por fin un esfuerzo y poco tardaría en hallarse enteramente libre y en situación de poder casarse con ella.

Cuando amaneció el siguiente día, hallábase más tranquila y confiada. Se miró al espejo y sonrió. A pesar de todas sus penas su aspecto era juvenil y alegre. Su belleza volvía a ella y si Lord Ranelagh podía casarse pronto, la tranquilidad y la felicidad harían lo demás. Quizás aquel mismo día, al llegar a Bond Street encontraría una carta con buenas noticias. La hora más oscura de la noche es siempre la que precide a la aurora.

Detúvose de pronto, mientras se vestía, para escuchar más fuerte pisadas que resonaban en la escalera. ¿Quién podía venir a verla? ¿Sería posible que se tratara de algún mensaje urgente del mismo Lord Ranelagh?

Al oír que llamaban a la puerta del cuarto se apresuró a abrir y en cuanto abrió, miró con asombro y temor al hombre que penetró en la habitación sin quitarse el sombrero y con un papel en la mano.

—¡Vengo a detenerla a usted por deuda! —dijo el hombre bruscamente.

—¿Deuda? — exclamó la señora de Borrodaile. — ¡Pero si yo nó le debo nada a

nadie! ¿Quién dice que le debo?

—Madame Rachel, de Bond Street, — contestó el hombre.—Afirma que usted le debe dos mil doscientas libras.

Asombrada, aterrorizada, la señora de Borrodaile miró fijamente al hombre. Después, como si algo de la verdad hubiera brillado ante su mente, se tambaleó y hubiérase desplomado si el hombre no la hubiese sostenido bruscamente, tomándola de un brazo.

—¡Eh! ¡Vamos! ¡Nada de histerismos! ¿Eh? Venga usted sin protestar, que es lo que le conviene.

Y fué, asombrada y protestando, siendo una de las víctimas que, hasta hace pocos años, cuando se dictó la ley prohibiendo en todo el Reino Unido la prisión, no ya por deuda sino por "sospecha de deuda", podían ser enviadas a la cárcel sin advertencia ni sumario previo y sólo por acusación de una persona.

Pocos días después Madame Rachel comparecía ante el tribunal acusada de haber obtenido dinero por medio de falsas afirmaciones.

IV

EL salón de la Corte de Justicia estaba repleto de público. Todas las famosas bellezas del día estaban allí. Otras, de extraño y pálido semblante, hallábanse también all. También estaban espiritualmente algunas que habían desaparecido del mundo de los vivos: la desdichada y hermosa irlandesa que se había arrojado al Canal de la Mancha; una, en un tiempo famosa actriz de Londres, que desapareció tan misteriosamente como su dinero; y otras, infelices suicidas. Allí estaban los espectros de esas, pero los espectros no tiene voces que puedan oirse así que Madame Rachel no les temía.

Su obesa figura, vestida de negro, parecía dominar en la sala del tribunal como había dominado en la sala de Covent Garden durante la temporada de Opera, desde su palco de cuatrocientas guineas. Pero una sala de tribunal es sitio distinto y el aspecto de Madame resultaba diferente, al fin y al cabo.

En vano fué que presentara las cartas apasionadas de la señora de Borrodaile; en vano buscó a Digby Seymour, uno de los abogados más famosos de la época, para que la defendiera.

Comparecieron diversos testigos, entre ellos sus sirvientes y éstos declararon bajo juramento que el "Agua del Jordán" de la señora, "conducida desde el río sagrado por rápidos camellos", era agua común sacada de la bomba que había en el patio del fondo de la casa donde vivía Madame, en Maddox Street. El "rocío de las sagradas montañas de Asia", era exactamente lo mismo y sus numerosos y extravagantes remedios fueron despojados de todo su misterio.

Las famosas bellezas del gran mundo que se hallaban presentes en la sala del tribunal oyeron con desaliento que las lociones para el cutis y los restauradores para el cabello que habían pagado a razón de diez y doce guineas el frasco, no valían absolutamente nada.

Lord Ranelagh se presentó en el banco de los testigos y la miró a través de la concurrida sala.

¡Era enteramente extraño a todo lo sucedido! ¡No sabía absolutamente nada de la señora de Borrodaile! ¡No había estado jamás en el establecimiento de Bond Street a ver a aquella señora! ¡No había escrito ninguna de las cartas de amor que la habían fascinado y enloquecido! El hombre a quien ella había visto era un impostor que había representado el papel de rendido amante, un hombre de paja de Madame Rachel había encontrado quién sabe dónde.

. . . .

Madame Rachel miró con insolencia y cara a cara a Lord Ranelagh. No era él el prometido de la señora de Borrodaile, el que iba a su establecimiento, declaró. El hombre,—dijo entonces Madame,—a quien la señora de Borrodaile había escrito las cartas era,—como bien lo sabía la señora de Borrodaile, afirmó,—un adorador falto de fortuna y llamado "William", a quien ella había prestado algunas sumas de dinero. Madame Rachel presentó las cartas de la señora de Borrodaile que, según dijo, "William" había dejado en su establecimiento. Pero todo fué inútil. Se comprendió que cuanto decía era mentira.

Fué sentenciada a cinco años de trabajos forzados.

La señora de Borrodaile oyó la sentencia y la vió desaparecer del banco de los acusados, lanzando un profundo suspiro. ¡Su sueño de felicidad se había desvanecido!

. . . .

Madame Rachel no fué castigada como lo merecía. Era ella una de las más peligrosas chantagistas que ha conocido Londres.

Diez años más tarde reapareció de nuevo en Londres. Esta vez puso su modesto establecimiento en Portland Street, donde continuó su trabajo.

Primero daba a su víctima algún líquido perjudicial que le producía una erupción y después, aprovechándose de la alarma de su cliente, le hacía comprar frascos y más frascos de lociones y aguas carísimas. Por último la inducía a escribir cartas que no se iba a atrever a dejar mostrar en público, y así acababa por tenerla a su merced, amenazándola con ponerla en evidencia si se atrevía a quejarse de algo.

La última de sus víctimas fué una señora a la que, de ese modo, había defraudado la suma de doscientas libras. El juez barón Huddlestone, al sentenciar a Madame Rachel la segunda vez, expresó su sentimiento al ver que la ley no le autorizaba a condenarla a más de cinco años de trabajos forzados.

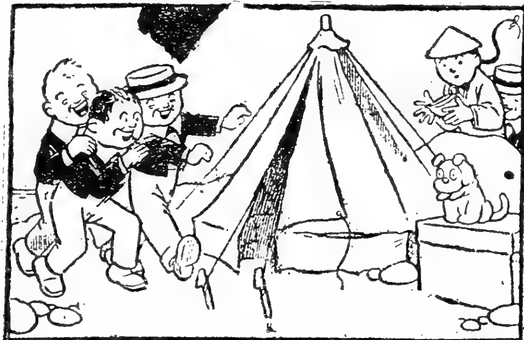
Madame Rachel murió en el presidio. Había sido una de las criminales más malignas e implacables que se han conocido en Inglaterra.

PARA LOS NINOS

La Lámpara Maravillosa



1. — El papá de Tomasito posee un lindo campo junto a un lago. Un día en que Tomasito y Ta-ta-chin pasaban por allí, vieron que unos chicos que habían hecho campamento y que se permitieron el atrevimiento de decirles que se fueran si no querían que les pegasen.

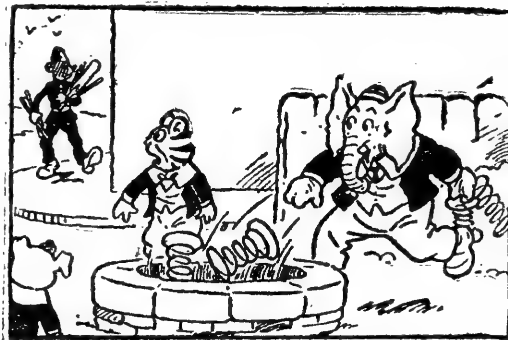


2. — Como habían establecido una tienda, afirmaron que iban a pasar la noche allí, aun cuando no les dieran permiso. "Yos les voy a arreglar",—dijo Ta-ta-chin. Y frotó la lámpara.



3. — Inmediatamente la tienda de campaña y la canasta de provisiones quedaron muy reducidas de tamaño. "¿Dónde dormiremos?", dijeron los chicos malos. "Yo volveré la tienda a su tamaño si prometen irse", dijo el chinito. Y así fué.

El elefantito alegre



1. — El oso vigilante les había quitado, al elefantito y a sus amigos los adminículos para jugar al cricket "Ahora va a arrojarlos aquí",—dijo el elefantito.—"Pero yo lo voy a fastidiar". Y arrojó dentro del pozo varios resortes que habían pertenecido a un soberbio colchón elástico.



2. — "¡Pueden despedirse de ellos!", díjoles el vigilante oso, que era muy malo. Y empezó a arrojar dentro del pozo todos los aparatos que les servían a los otros para jugar al cricket.



3. — Pero el oso no había contado con los resortes. En cuanto los aparatos dieron en ellos saltaron por los aires y tanto el elefantito como sus amigos, los recogieron, con grandísima alegría y con el correspondiente enojo del vigilante oso.



FANNY

Por Anatole France

I

LAS puertas de la prisión se cerraron detrás de la ex condesa Fanny de Avenay, que había sido aprehendida por "razones de seguridad pública", como se hacía constar en el libro de entradas respectivo, pero en realidad, por haber dado asilo a los emigrados. Y héla aquí, dentro del antiguo edificio, que, en otro tiempo, era el asilo de las solitarias de Port Royal, en que disfrutaban en la comunidad del aislamiento, y del que se pudo hacer una prisión sin cambio alguno.

Sentada en un banco, mientras el escribano asienta los datos de su estado civil, Fanny reflexiona: "¿Para qué tanta formalidad? ¿Qué querrán hacer de mí?"

El carcelero es de aspecto más gruñón de lo que en realidad es, y su hija, criatura preciosa, luce con la mayor gracia, la blanca cofia, con la indispensable escarapela tricolor y las cintas de colores, nacionales. Concluído el interrogatorio, Fanny es conducida a un patio espacioso en cuyo centro hay una frondosa acacia. Allí tiene que esperar pacientemente hasta que le preparen cama y mesa, en un cuarto en que hay cinco o seis prisioneros, porque la prisión está enteramente llena, no obstante el poderoso contingente que diariamente da a la guillotina, pues constantemente se cubre ese déficit.

En el patio, Fanny observa a una joven que se ocupa en grabar un monograma en la corteza del árbol, y reconoce a Antonieta de Auriac, amiga de infancia.

—¡Pero tú aquí, Antonieta!

—¡Y tú Fanny!... Haz que coloquen tu cama junto a la mía, pues vamos a tener bastantes cosas que contarnos.

—¡Ya lo creo!... ¿Y el señor de Auriac?

—Te confesaré que había olvidado un poco a mi marido... Fué una injusticia, porque siempre había sido conmigo un compañero perfecto... Supongo que en estos momentos debe estar también preso en alguna parte...

—¿Pero qué estabas grabando en el tronco?

—¡Indiscreta!... ¿Qué hora es?... Si son ya las cinco, el amigo cuyo nombre uno al mío sobre esta corteza, no pertenece a este mundo, porque al mediodía ha sido llevado al Tribunal Revolucionario. Se llamaba Gesrin y pertenecía a los voluntarios en el ejército del Norte. Le conocí en esta cárcel y hemos pasado juntos horas muy dulces al pie de esta acacia... Era un joven de positivo mérito... Pero es indispensable que me ocupe de tu instalación, querida mía.

Y tomando cariñosamente a Fanny por la cintura, la condujo a la pieza donde estaba el lecho, y consiguió, no sin trabajo, que el llavero no separara a las dos amigas. Ambas convinieron en lavar juntas desde la mañana siguiente el piso de la habitación.

La colación de la tarde, miserablemente servida por un cocinero, patriota exaltado, se tomaba en común. Cada prisionero, llevaba su plato y su cubierto de madera, pues estaba estrictamente prohibido tenerlo de metal, y recibía su ración de tocino con coles. En esa mesa, que no podía ser más grosera, Fanny vió varias mujeres, cuya alegría le sorprendió. Del mismo modo que la señora de Auriac, todas ellas estaban peinadas, con mucho esmero y llevaban trajes nuevos y elegantes. En vísperas de morir en el patíbulo, conservaban el deseo de agradar. Su conversación era tan espiritual y galante como sus personas, y Fanny se enteró, en breve, de las intriguillas amorosas que se incuban y desarrollan tras el cerrojo en esos patios sombríos, en donde la muerte despertaba y aguijoneaba el amor. Presa de una turbación indecible, sintió entonces un vehemente deseo de estrechar una mano entre las suyas.

Recordó a aquel que la amaba tan ardientemente y a quien no había correspondido, y un pesar, tan cruel como un remordimiento, despedazó su corazón. Ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas. A la indecisa claridad de la humeante lámpara que alumbraba la mesa, observaba con emoción a sus compañeras, cuyos ojos brillaban febrilmente, y pensaba:

—Todas las que aquí estamos, vamos a morir juntas... ¿Por qué razón estoy yo tan triste, mi alma tan turbada, y para es-

tas mujeres, la vida y la muerte les son de igual modo indiferentes?

Y durante la noche, lloró, lloró, echada en su jergón.

II

Transcurrieron veinte días largos y monótonos. El sombrío y espacioso patio donde los amantes van a buscar el silencio, la quietud y el misterio, está desierto esa tarde. Fanny, que se sofocaba en el aire húmedo de los corredores, va a sentarse en el montículo de césped que circunda la añosa acacia, cuyo espeso ramaje casi cubre el patio. Está cubierta de blancas florecitas, y la brisa que mueve el follaje se esparce embalsamada. Fanny ve un cartel clavado cuidadosamente en el tronco, debajo del monograma que grabó Antonieta. Están escritos los versos del poeta Vigée, prisionero como ella:

"Aquí más de un corazón libre del crimen y de la sospecha, dócil víctima; cuando piensa en el amor, gracias a las ramas de un árbol protector, olvidaba su pena... Fué él el confidente de sus tiernos temores... más de una vez fué bañado con lágrimas...

"Vosotros, a quiénes tiempos menos dolorosos traigan a este recinto, resguardad y proteged este árbol generoso... El consolaba las penas y disipaba los temores. Bajo su follaje, uno era feliz."

Después de leer varias veces esos versos, Fanny se quedó profundamente pensativa. Recordó toda su vida dulce y tranquila, su matrimonio sin amor, su espíritu apasionado por la música, y la poesía, absorbido en la amistad, grave, sin perturbaciones... Después... el amor de un caballero que nada había obtenido, y que ahora comprendía tan bien, en el silencio de la prisión... Y al pensar que muy pronto iba a morir, sintió un desconsuelo infinito. Un sudor de agonía bañó sus sienes, y en su angustia alzó sus miradas al cielo, lleno de estrellas y murmuró con acento de súplica:

—¡Dios mío, devuélveme la esperanza!

En este momento un paso ligero se acercó a ella. Era la hija del carcelero. Rosita, que iba a hablarle en secreto.

—Ciudadana,—le dijo la muchacha,—mañana por la tarde un caballero que te ama te esperará en un carruaje, en la Avenida del Observatorio. Toma este bulto que contiene ropas parecidas a las mías; te las pondrás, en tu cuarto, a la hora de la cena. Eres de mi misma estatura y rubia como yo. En la oscuridad, fácilmente pueden confundirnos. Además uno de los guardias es mi novio, y ha convenido en entrar en el complot; subirá a tu cuarto y te llevará el canasto en que voy a buscar las provisiones. Bajarás con él por la escalera que conduce a la portería; de ese lado, la puerta no está cerrada ni hay ninguno de guardia, pero hay que evitar a todo trance que mi madre te vea. Mi novio se pondrá de espaldas contra el vidrio de la portería, y te hablará como si fuera yo, y después te dirá: "Hasta otro día, ciudadana, otra vez no seas tan mala." Entonces tu te irás tranquilamente a la calle, y al mismo tiempo yo saldré por la puerta y tomaremos el coche que va a llevarnos.

Fanny bebía literalmente estas palabras, y con ellas, los efluvios de la naturaleza y de la primavera. Aspiraba la libertad con todos sus pulmones y sentía su pecho lleno de vida.

Anticipadamente, palpaba, saboreaba su salvación, mezclándose a todo ello un pensamiento de amor... se puso las dos manos sobre el agitado corazón, porque no podía contener tanta felicidad... Pero poco a poco, llegó la reflexión; reflexión poderosa en ella, y que dominó el sentimiento. Fijó en la hija del llavero una intensa mirada y la dijo:

—Pero, querida niña, ¿por qué te sacrificas así por mí, a quien ni siquiera conoces?

—Es respondió la niña, — olvidándose de tutearla, — que vuestro amigo, cuando estéis libre, me dará mucho dinero y entonces me casaré con mi novio Florentino. Así, pues, como véis, es por mí, por quien trabajo, pero me da mucho más gusto salvaros a vos, que a cualquiera otra.

—¿Te lo agradezco muchísimo, hija mía.. ¿Pero a qué se debe eso?

—A que sois muy bonita, y además, vuestro amigo sufre mucho lejos de vos. Entonces, quedamos definitivamente arregladas... ¿no es así?

Fanny extendió la mano para tomar el bulto que contenía las ropas que le ofrecía Rosa. Pero inmediatamente, retiró el brazo y le dijo:

—¿Sabes que, si nos descubrieran, sería la muerte para tí?

—¡La muerte!—exclamó la muchacha.—Me dáis miedo, ciudadana. ¡No lo sabía!

Pero después, ya un poco repuesta, dijo con tranquilidad:

—Vuestro amigo sabrá esconderme perfectamente, llegado el caso.

—¡Pobre niña... ¡No hay asilo seguro en París! Te agradezco mucho tu sacrificio, pero no puedo aceptarlo.

Rosa se quedó estupefacta.

—¡Pero os guillotinarán, ciudadana, y yo no me casaré con Florentino!

—Tranquilízate, hija mía. Puedo prestarte el servicio, sin que te comprometas y no aceptando lo que me propones.

—Pero señora, eso sería robar el dinero... ¡Eso nunca!

Rosita rogó, lloró, imploró y suplicó, arrodillándose por último, pero Fanny la rechazó con suave ademán y volvió la cabeza.

Un rayo de luna iluminaba su hermoso y sereno rostro...

La noche era suave, templada, risueña y soplaba una ligera brisa. El árbol de los prisioneros, agitando su follaje lleno de perfumes, esparció pálidas florecillas sobre la cabeza de esa víctima voluntaria...



Consejos de los Avicultores Norteamericanos

Como aumentar el producto del gallinero

También ha de proporcionar "Pucky" a sus lectores,—de los que hay muchos que residen fuera de la capital y en el campo,—consejos útiles para sacar mejor partido de las cosas domésticas. A continuación se publica un artículo informativo sobre cómo debe proceder quien tiene gallinero, para aumentar en forma remunerativa la producción de huevos. Se trata de observaciones hechas por eminentes avicultores estadounidenses y que, con seguridad, han de constituir la base de procedimientos prácticos para nuestros avicultores,—y avicultoras,—verdaderamente progresistas.

SE celebra todos los años en Nueva York no una sino varias exposiciones de aves de corral y en ellas profesores de Universidades y colegios, naturalistas, avicultores y expertos del ministerio de Agricultura dan conferencias interesantes y consejos a los que se dedican a esta explotación.

En una de esas conferencias, el profesor Quisemberry ha dicho que la gallina bien alimentada que en su primer año produce una gruesa de huevos, es considerada como mala, pues que el mínimum ha de ser de 150 huevos en el primer año, y luego en relativa progresión hasta llegar a 300 anuales.

Uno de los alimentos más usados en la cría de gallinas en Estados Unidos es la raspadura de huesos, pero es preciso tener en cuenta que este es tan sólo un simple auxiliar o complemento que ha de administrarse como última ración en la tarde de cada día, y nunca a todo pasto.

El alimento ordinario de todo el día es un amasijo de cereales, que se venden allí bajo distintas marcas de fábrica. Estos son los alimentos que aumentan admirablemente la producción de huevos.

En los criaderos que tiene el profesor Quisemberry hay gallinas que rinden anualmente un producto líquido que varía entre seis y diez dólares cada una; gallinas que ponen 180 y hasta 306 huevos cada año, y es evidente que en cualquier corral puede conseguirse lo mismo si se siguen las reglas de alimentación y de cuidado que dicho profesor observa en sus gallineros.

En las estaciones experimentales establecidas por el ministerio de Agricultura de Estados Unidos se siguen diversas reglas con respecto a la alimentación de las aves de corral, reglas por las cuales se determinan la especie y cantidad de los alimentos, así como la forma y ocasión en que ellos deben suministrarse.

El maíz, el trigo, la avena y la cebada son los principales granos de alimentación y de ellos el maíz y el trigo se llevan la preferencia.

Pudiera decirse que ambos son igualmente valiosos para el efecto, pero de no usarse en combinación, sino uno sólo de ellos, ha de preferirse el trigo, porque el maíz usado como solo alimento, tiende a producir mucha gordura.

El centeno merece muy poca recomendación, tan poca como el trigo enmohecido.

Una mezcla de maíz, trigo, avena y cebada machacados, es alimento muy recomendable.

De esos mismos granos bien pulverizados se hace un amasijo que, administrado en combinación con el alimento anterior, da resultados magníficos.

Excelentes resultados ofrece también el amasijo hecho con la harina de esos mismos granos y menudos desperdicios de carne.

Para la producción de huevos ha de suministrarse una alimentación que contenga precisamente los elementos necesarios para producir un cierto grado de alimentación (proteína, nitrógeno, grasa).

La mezcla de granos machacados debe suministrarse dos veces al día. En la mañana se dará una ración de media hora, esto es, la cantidad que la gallina pueda comerse en el término de treinta minutos, y no más; pero en la tarde se le dará todo lo que la gallina necesite para quedar satisfecha.

El amasijo puede usarse seco o humedecido, pero nunca empapado, y no se suministrará sino una sola vez al día, al mediodía, y en cantidad media entre quince y treinta minutos.

El amasijo que se hace con los desperdicios de cocina y de legumbres cocidas y restos de carne, queda muy suculento si se le humedece con leche.

Si las gallinas empiezan a mostrar marcada tendencia a engordar demasiado, debe procurarse que hagan ejercicio y luchen por

su comida, para lo cual se les pone el alimento en vasijas hondas, de difícil acceso para ellas. Al mismo tiempo se disminuye la cantidad de carne en los amasijos y se les suministra menores raciones de granos.

En los gallineros chicos hay que suministrar a las gallinas alimentación de verduras, pues que ellas no pueden procurársela por sí mismas como las que se crían en un gran campo donde abunda el pasto y los arbustos.

Lo mejor, tratándose de pequeños gallienros, es dividir el corral en dos partes, en una de los cuales se crían las gallinas mientras en la otra se cría la vegetación, y pasar las gallinas alternativamente de una parte a la otra, en determinados períodos del año.

Las mejores verduras son los tronquitos de la alfalfa, de la avena, las hojas de trébol, remolacha picada y repollos. Y el mayor complemento de la alimentación de un gallinero es en Estados Unidos la concha de la ostra. El patio de las gallinas debe estar siempre regado de conchas de ostras molidas, pudiendo usarse aquí la conchilla. Una gallina consume cada año dos libras de conchas de ostra y una de arena término medio.

Debe tenerse muy presente que una buena producción de huevos depende muy especialmente de la alimentación, en calidad, cantidad y forma que se suministre a las gallinas, y así lo reconocen todos los profesores y el Departamento de Agricultura de Estados Unidos.

Se entiende, sin embargo, que el criador escoge las especies más recomendadas, de acuerdo con sus propósitos y comodidades.

Las gallinas pueden ser más o menos cruzadas, pero el gallo de cada familia ha de ser de pura raza. Las castas más conocidas como ponedoras, son las del Mediterráneo, en que figuran las especies de Liorna, la de Menorca, la de Ancona, la Española y la Azul-Andaluza.

Las razas norteamericanas no tienen rival para las crías establecidas en granjas con el fin de cosechar huevos a la vez que de producir grandes y delicados pollos para el consumo. Entre las norteamericanas tienen fama las de Plymouth Rock, Wyandotte, Rhode Island roja, la raza Java, la Dominica y la de Langsham.

Lo que significa un gramo de radium

El obsequio a madame Curie

CUANDO estuvo en París la señorita Melloney, la directora de la revista de modas norteamericana "The Delineator", hizo sus visitas femeninas. Al visitar a madame Curie quedó impresionada de la pobreza de su laboratorio.

—La colaboradora de Pedro Curie no tiene — exclamó — más que un gramo de radium, y en Estados Unidos tenemos ¡ocho gramos!

Volvió la señorita Melloney a Estados Unidos e hizo una suscripción feminista para regalar uno de esos ocho gramos a madame Curie. En seguida 120.000 norteamericanas suscribieron los 150.000 dólares necesarios. Muchas francesas han ido a Estados Unidos sólo con el propósito de volver con algunas alhajas. También salieron de París para Nueva York madame Curie y sus dos hijas Eva e Irene: pero iban a buscar el gramo de radium: esa joya de la ciencia.

Un gramo de radium no se puede transportar de cualquier modo. El radium pesa más que el plomo; un gramo de la preciosa sal no se distingue a dos metros. El gramo de madame Curie está aprisionado en bromo. El bromuro de radium fué distribuido en doce tubos de cristal. Los doce tubos, grandes como dedos, se hallan dentro de un cofre forrado de platino y plomo. Y el cofre, en fin, viajó encerrado en una cámara especial del buque.

Madame Curie; es decir, el Instituto del Radium, de París, tiene ya doble capital radioactivo. La unidad de radioactividad es el milicurie. Cada gramo de radium produce al día 20 ampollas de emanación, cada ampolla contiene 40 milicuries y cada milicurie vale diez francos; de modo que cada gramo de radium produce diariamente 8.000 francos.

Los dos gramos de Madame Curie producirán diariamente 16.000. A éstos hay que añadir el medio gramo regalado por el barón Enrique de Rothschild al Instituto Pasteur. En suma, la riqueza radioactiva de Francia se cifra en 20.000 francos diarios.

Pero, madame Curie no va a nacionalizar el radium. Una de las condiciones de la ciencia es su imposibilidad de ser reaccionaria, es su sempiterno progresismo.

Ese gramo de radium es el nuncio de la energía residente en todos los átomos del universo.

Mientras que los poderosos de Europa se disputan, ávidos, el carbón del Ruhr o de la Silesia, se siente orgullo de pensar, con las teorías de Einstein, que la energía encerrada en una hoy despreciable cantidad de carbón, podría mover trenes.

El árabe, cuando, orientado por su piedra-imán, atravesaba el desierto, y cuando en los reposos del caravanserrallo se entretenía viendo cómo después de frotado su ámbar atraía los pedacitos de hoja, no llegó, por muy poeta que fuese, por mucho que soñara, a imaginar esos dos para él naturales fenómenos — magnetismo y electricidad les llamamos ahora — productores de una fuerza capaz de iluminar ciudades, de conducir caravanas.

EL PIRATA AEREO

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR

GUY THORNE

Traducida especialmente para "PUCKY"

Extraña y desconcertadora narración misteriosa de piratería en el "alto aire", escrita por el autor de muchas novelas sensacionales y de gran éxito en todo el mundo. El resumen que se publica a continuación permitirá a los que no hayan leído los primeros episodios, darse perfecta cuenta de todo lo pasado.

ANTECEDENTES

COMIENZA esta narración quince años después de terminada la guerra mundial, cuando ya existe en todas partes el tráfico aéreo, normalmente establecido y hay líneas regulares entre las principales naciones del mundo. Sir John Custace, baronet, joven de treinta años, desempeña el cargo de jefe superior de la Policía Aérea Británica.

Le llaman de Plymouth, donde está el puerto de los transatlánticos aéreos, por un asunto urgente. Realiza el viaje por tren, acompañado de Constanza Shepherd, hermosa y joven actriz, de la que está enamorado y que debe partir aquella noche para Nueva York, en la nave aérea "Atlantis", para cumplir un contrato teatral.

Durante el trayecto, Sir John declara su amor a Constanza y es aceptado. Al llegar al mareódromo, el jefe se entera de que el transatlántico "Albatross" ha sido atacado en mitad del Atlántico y saqueado por los tripulantes de un misterioso buque aéreo pirata, que vuela con increíble rapidez.

Dos continentes se sienten aterrados con la noticia; varios buques armados parten para recorrer el Atlántico. A las nueve de la noche el "Atlantis" parte, con Constanza Shepherd a bordo, para Norte América, escoltado por dos cañoneros aéreos, de la policía.

Sir John ve partir a la nave y regresa al hotel. A las dos de la madrugada le despierta su ayuda de cámara para comunicarle que se ha recibido un radiograma notificando que el "Atlantis" ha sido atacado y tanto el capitán como varios de los de la tripulación, han muerto; los pasajeros han sido desposeídos de cuanto objeto de valor tenían y Constanza ha sido raptada y llevada a la nave pirata.

El mundo entero se hallaba sorprendido e indignado ante ese segundo atentado del incógnito pirata que ha raptado a Constanza Shepherd en mitad del Atlántico, cuando Sir John Custace pide y obtiene de su jefe un mes de licencia.

Van Adams, un famoso multimillonario norteamericano, cede a Sir John, su "espíritu familiar", Danjuro, un japonés pequeño de estatura y de extraordinaria imaginación y recursos para combatir a los criminales, pues ha sido educado desde joven para ser detective y salvaguarda del multimillonario.

El japonés celebra una conferencia con Sir John y por una serie de brillantes deducciones, llegan a sospechar que el pirata aéreo sea el mayor Helphron, que durante la guerra fué aviador de mucho renombre, pero cuya vida, desde entonces, tiene mucho de turbio y secreto.

Helphron es detenido una noche en Londres, como resultado de una hábil combinación ideada por Danjuro, y la misma noche Sir John, disfrazado y el japonés, salen de Londres en automóvil, en dirección a la costa de Cornwall, a Penzance.

Con ellos va Thumbwood, el sirviente de confianza de Sir John Custace.

Sir John y sus acompañantes se instalan en una solitaria hostería situada entre los peñascos y que es el punto de cita de una banda de hombres que, ostensiblemente, son mineros ocupados en explotar una vieja y abandonada mina de estaño, bajo la dirección de Helphron.

Viven en el castillo de Tregeraint, antigua y triste residencia, cuya situación aislada hace de ella un lugar ideal para establecer el cuartel general de los piratas aéreos.

Armado de un revólver, Sir John penetra en la casa y encuentra a uno de los de la banda, a Miguel Feddon, un ex jugador internacional de rugby, quien ha descendido hasta vivir en el mundo del delito. Feddon arroja una bandeja servida a la cabeza del intruso y Sir John mata de un tiro a su asaltante.

La Ultima Parte de esta Novela en Cuatro Partes, se publica comenzando en la página que va a continuación. Lo que antecede permitirá al lector darse cuenta perfecta de lo publicado antes y seguir las líneas del desarrollo del argumento de esta producción, la mejor que ha escrito el autor de tantas notables novelas.

PARTE CUARTA

I

Me quedé parado, inmóvil, contemplando el cuerpo de Miguel Feddon. Estaba aturdido. El hombre a quien acababa de dar muerte no me inspiraba interés ninguno. Le había salvado del patíbulo. Eso era todo. Pero a pesar de que me había convencido de que mis sospechas y la de Danjuro eran exactas, el convencimiento de que así era se había producido en una forma tan repentina que mi mente se sentía como oscurecida. Constanza estaba allí y no había sufrido daño alguno.

Había penetrado yo, en verdad, hasta el corazón mismo de la madriguera de lobos del aire, y contaba con pruebas suficientes como para hacerlos colgar a todos. Durante un minuto no pude darme cuenta de nada, tal era la alegría y la satisfacción que sentía.

La botella de cognac del señor Vargus, el hombre de diabólico semblante, el primero a quien había visto en la hostería, se encontraba todavía en la mesita. Pasé por encima del cadáver—el cinturón de cuero indicado como un instrumento de corrección para Constanza, se veía claramente,—y me serví una buena dosis. Casi en seguida noté más despejada la mente.

Escuché con gran atención. Los dos disparos de mi pistola automática no habían causado alarma ninguna. La siniestra casa seguía tan silenciosa como antes. Parecía cierto que Feddon y Vargus eran los únicos que habían quedado en ella para cuidarla.

A mi derecha, el alto espejo se movía sobre sus goznes y detrás, el ascensor se veía iluminado por un pequeño foco que había en el techo. Yo ignoraba dónde conducía. Quizás a algún sótano en el que la pobre Constanza y su mucama estaban prisioneras. Pero para aquello me parecía supérfluo un ascensor. De todas maneras, Vargus—la persona con quien tenía que arreglar cuentas—estaba allá abajo y era casi seguro que lo podría vencer. Además—y esto estaba a mi favor—esperaba a Feddon y el ruido del ascensor no le alarmaría en el primer momento, en caso de que se encontrase cerca.

Examiné el ascensor. Se movía eléctricamente y era de un tipo completamente conocido para mí, dotado de freno magnético automático. Su recorrido era tan sólo desde detrás del espejo hasta un solo punto, sin detenerse en el camino. Tirando de una soga se le ponía en movimiento y debía detenerse automáticamente al terminar su recorrido.

Nada conseguía con esperar. Una vez más había que hundirse en lo desconocido. ¡Constanza estaba esperándome! Me pregunté cómo le iría a Danjuro, imaginándome que acaso él no pasaría tan emocionantes momentos como yo. ¡Cuál no sería su asombro si al regresar a la hostería unas pocas horas después, me encontraba allí con Constanza y al filarmónico señor Vargus, bien sujeto con las esposas japonesas de "papier maché".

El señor Trewella, el dueño de la hostería me había mostrado un cerdo de gran tamaño, al cual llamaba Gladys, y del que se sentía orgulloso. Cerca se encontraba un chiquero sólidamente construído que, pensé, sería un excelente lugar para encerrar al intérprete de la música de Chopin.

Eso era lo que pensaba en aquellos momentos. Me dominaba una intensa y extraña alegría. Todo había salido hasta entonces bien y con facilidad. Entré en el ascensor tatareando una canción. Era la vieja canción entonada por los piratas dos horas antes, en la hostería.

¡Quince hombres en la caja del muerto!
¡Jo! ¡Jo!

A uno de los lados del ascensor había un espejo,—todo el aparato completo debía haber sido comprado en algún remate,—y me ví reflejado en él. Inmediatamente dejé de cantar. ¿A quién pertenecía aquel sombrío y terrible semblante surcado por profundas arrugas y con ojos fulgurantes de odio? ¿A mí? Ya me he referido con anterioridad al semblante de Danjuro cuando abandonaba por un instante su apacible máscara asiática para manifestarse un terrible perro de presa. En aquellos momentos nuestra semejanza era completa.

El ascensor descendió lentamente. A cada momento esperaba yo que se detuviese, pero los segundos se sucedían y el aparato continuaba su marcha. Descendíamos y descendíamos. ¿Se podía concebir un sótano a semejante profundidad? ¿Llegaría así hasta el centro de la tierra? Me pareció que transcurría un siglo sin que el movimiento se hiciese más lento, y empezaba yo a darme cuenta de la verdad, cuando divisé ante mí una galería abovedada, y el aparato se detuvo.

Aquello no era un sótano. ¡Me encontraba en las profundidades de la mina Tregeraint, que se extendía debajo de la casa. Como necesitaba seguir empleando toda clase de precauciones, no me entregué a mayores reflexiones al respecto. Pero creo que mi mente subconsciente había penetrado ya el misterio.

Avancé por una galería de mina. Las paredes habían sido talladas en la roca y de trecho en trecho la bóveda se hallaba apuntalada con gruesas vigas de madera. Tenía una anchura suficiente para que dos hombres pudiesen pasar de frente por el túnel, que tendría ocho pies de altura. Cada quince yardas, más o menos, se encontraba un foco eléctrico y el piso estaba endurecido por el constante paso de mucha gente. El aire era cálido y maloliente.

Avancé por aquel pasaje sin hacer el menor ruido, con el arma en la mano, pronto para hacer fuego al primero que viese; pero, durante lo que me pareció un interminable tiempo, no ví nada, ni encontré a nadie,

más que las húmedas paredes salpicadas de piritas amarillas y del verde de cobre.

Por fin llegué ante una tosca puerta de madera, que se abrió fácilmente y que me cedió paso a otro corredor mucho más angosto y alto que el anterior, dando la impresión de ser una hendidura hecha en la roca por obra de la Naturaleza, y no por la mano del hombre. Las paredes chorreaban agua. Hasta entonces había caminado a un mismo nivel, pero allí comenzaba un declive muy pronunciado y el camino no era ya recto, sino lleno de fantásticas tortuosidades. El aire se hacía cada vez más frío y un rumor sordo, velado como el de muy lejanos redobles de tambores, se distinguía cada vez con mayor claridad.

Las lámparas eléctricas que en este punto colgaban de un cable alquitranado, eran menos frecuentes que al principio, así que el lugar estaba lleno de sombras. El ruido no podía responder más que a una causa: el movimiento de las aguas del Atlántico. Sin duda me iba acercando al mar por una de las galerías horadadas para la ventilación de la vieja mina, construída muchos años antes de ser inventados los ventiladores eléctricos. El estrecho camino terminaba ante una puerta. Estaba cerrada. Pero sin llave ni cerrojo. Empujé y la abrí lentamente. Me encontré así en un vasto y lúgubre espacio. Y digo lúgubre porque, aun cuando no estaba completamente a oscuras; había en él algunas espaciadas luces que esparcían unos destellos turbios y amarillentos.

Avancé un paso o dos por un suelo de tierra o arena y me pude dar cuenta de que me hallaba en una vasta caverna. Parecía tan grande como la nave de una catedral, y en lugar del órgano se oían los ecos plañideros de las olas del mar. El sonido llegaba del lado derecho y era arrastrado por una brisa saturada de sales marinas. Escudriñando a través de las tinieblas, me pareció ver una luz que esparcía un brillo espectral a una considerable distancia.

Había perdido ya la facultad de asombrarme, pero no la de pensar con claridad. Con la rapidez del rayo comprendí que había penetrado hasta el corazón del secreto de Helphron antes de que mis ideas se ordenaran en consecuencia. Y entonces, casi al mismo tiempo en que me daba cuenta de todo aquello y de lo qué significaba, oí un grito.

Alguien me había visto.

El grito procedió del lado opuesto de la nave de iglesia. Simultáneamente en la parte media de uno de los lados, a unos treinta pies de altura del nivel del suelo, apareció repentinamente un resplandor. Ví una ancha cornisa con barandilla, en la pared, y un tramo de escalera que llegaba hasta ella.

Una silueta pequeña y oscura se apoyaba en la barandilla y de allí había partido el grito. No necesité que aquel hombre me diese explicación alguna para comprender que aquello era una estación de telegrafía sin hilos. Distinguí los aparatos con toda claridad.

—¡Acaban de hacer una señal!—gritó. Me dí entonces cuenta de que aquel hombre me había confundido con el otro a quien yo había dado muerte arriba.—¡Ya están de regreso! ¡El cielo está lleno de aviones y de patrulleros armados! Han tenido que escapar, pero el jefe confía en que logrará despistarlos. Tengo que dar luz a las señales que les sirven de guía para entrar.

Pronuncié algo respondiendo, y procuré imitar el sonido de la voz de Feddon, que era de bajo profundo.

—¡La señal es C. Q. D.!—gritó la voz alarmada; y el señor Vargus descendió por la escalera como un mono.

¡C. Q. D.! La señal de "grandísimo peligro". ¡Ya lo creo que debían estar en peligro grandísimo!

El sitio donde yo me encontraba hallábase en la más profunda oscuridad, así que no era posible que él me viera la cara. Yo tenía aproximadamente la misma estatura y cuerpo que el muerto y Vargus avanzó por la caverna sin sospechar ni lo más mínimo. Dobló hacia su izquierda—mi derecha—hacia donde yo había divisado la claridad, y lo seguí, más despacio, como a una distancia de diez yardas. Lo hice por natural instinto y mi único pensamiento era hacerle callar y encontrar a Constanza y huir con ella de aquel horrible lugar. No podía saber que estaba cometiendo una fatal equivocación.

Continuaba en mi afan de descubrir por entero el enigma. El enorme subterráneo torcía algo hacia la derecha. Se ensanchaba cada vez más hasta que alcancé a distinguir la entrada tan ancha como la del mas grande de los galpones de todos los aerodromos, bañada por la luz de la luna.

En frente, como a unas sesenta yardas de distancia, había una pared vertical de roca negra; entre ésta y la entrada de la cueva había una enorme zanja, que llegaba hasta el mar. No había allí nadie. En lo alto en la cumbre de la costa, en la cima de los peñascos se hallaba el trecho cercado, que tenía los letreros que decían "peligro". Como recordarán, yo me había echado boca abajo en aquella orilla y había mirado hacia abajo. Entonces distinguí la misma zanja que ahora contemplaba desde más cerca. La roca avanzaba tanto sobre la entrada que no era posible distinguir ésta cuando se miraba desde la parte alta.

Además la caleta misma penetraba desde el mar siguiendo paralelamente a la dirección de los peñascos. **Desde el mar y desde tierra, la abertura de la cueva quedaba completamente oculta.**

Vargus se hallaba frente a un conmutador. Hizo bajar una manivela de vulcanita, que arrancó unas chispas verdes y ví, en seguida, encenderse las luces que había arriba, abajo, y en los costados de la entrada, y que iluminaron ésta profusamente.

Imagínense una cueva de conejos abierta en el talud de un terraplen de una línea férrea con la entrada cercada por un círculo luminoso, y tendrán una exacta miniatura de lo que había llegado a ser aquella cueva secreta. Figúrense un murciélago, cuyo nido se hallase en aquel agujero y que volara hacia él, guiado por las luces.

Vargus movió otra llave, más pequeña. Yo le miraba con toda tranquilidad. Estaba tan convencido, como si me lo hubiera ido explicando, de que iba encendiendo luces que servían de guía en los dos promontorios que protegían la entrada de la caleta exterior. No sentía la menor sensación de peligro. Sólo experimentaba una gran alegría por el completo descubrimiento que había realizado.

—Pueden hallarse aquí de un momento a otro, Feddon. No me está gustando en forma ninguna todo esto. Ya le advertí al jefe que era una locura no esperar algún tiempo más. Pero ya lo conoce. El gobierno se ha enterado de algo, y los mares de Cornwall están plagados de enemigos. Ese señor Custace es tan vivo como dicen que es y...

Se adelantó hacia mí mientras pronunciaba las anteriores palabras, pero al verme, se detuvo en seco, sin terminar la frase.

El momento propicio para mí había llegado.

—¿Cómo está usted, señor Vargus?—exclamé.—Usted ha pronunciado mi nombre y le estoy agradecido por el elogio que de mí ha hecho. Se me ocurrió venir a charlar un rato y lamento que el mayor Helphron haya salido.

Por segunda vez ví a aquel hombre dominado por un miedo mortal. Se puso amarillo. Tambaleando retrocedió hasta cerca del borde del abismo. Un paso más y hubiera rodado hasta el fondo de él.

—¡Usted!... ¡Usted!... ¡Usted!—exclamó.

—El profesor de Oxford. En efecto, señor Vargus. Soy muy amante de la música y usted me ha tratado en una forma regia esta noche. Pero he de advertirle que ha tocado a Chopin por última vez en este mundo.

Levanté el arma que llevaba en la mano y le apunté al corazón. Su rostro color cera se estremeció pero recobró en seguida la tranquilidad.

—¡Apresúrese! ¡Por favor!—dijo y a sus pálidos labios asomó una débil sonrisa. Hacía frente a la muerte con toda indiferencia. Darle muerte de un tiro y hacerle caer al abismo hubiera sido una merced. Pero yo esperaba otros servicios del señor Vargus.

Mi mano armada con el revólver tenía la firmeza de una roca. Con la mano izquierda saqué las esposas que me había dado Danjaro y avancé hacia Vargus.

—Todavía no,—le dije cuando estuve a su lado.

El se dió cuenta en seguida de lo que yo deseaba. Una mirada de inteligencia brilló en sus ojos e intentó retroceder, pero yo se lo impedí con un movimiento rápido. Enganché mi pie en el suyo y cayó hacia atrás, quedándole la cabeza y los hombros colgando sobre el abismo. Antes de que pudiera moverse lo había sujetado por las piernas y le coloqué las esposas en las muñecas.

Le hice ponerse en pié, levantándolo por el cuello del saco, y medio andando, medio cargado, lo llevé hacia el interior de la caverna.

—Ahora,—le dije,—llévame al sitio donde está encerrada la señorita Shepherd y aun cuando no prometo nada, pudiera ser que tuviese más indulgencia con usted que con los demás.

Volvió la cabeza intentando mirarme de frente.

—¿Si lo hago así, me promete darme muerte?—me preguntó con una humildad de perro castigado.—¡Por piedad, máteme o deme por lo menos una oportunidad para que me mate yo!

—El verdugo se encargará de hacerlo,—respondí brutalmente.—¡Ahora, en marcha!

Un gemido de desesperación fué su respuesta.

—¡Ah! Usted no sabe quién fuí en un tiempo!—exclamó. En esa exclamación hubo una mezcla tal de horror, de remordimiento y de desesperación, una angustia tan profunda, que cualquiera se hubiese conmovido.

—Le he oido tocar la tercera balada,—respondí.

—¡Máteme!... ¡Haga el favor de darme la muerte ahora mismo!—insistió.—¡Que no termine en la horca!

—Lléveme pronto a donde está la señorita Shepherd... Luego, acaso... Yo no puedo darle muerte, pero...

Mis palabras parecieron prestarle nuevas esperanzas. Sus rodillas temblaban como las de un enfermo de paralisis, pero hizo un esfuerzo y pudo continuar la marcha.

II.

VARGUS callaba. Nuestras pisadas no hacían ruido ninguno en el suelo de arena de la cueva. En aquel momento fué cuando oí algo parecido al ronronear de un gato.

Maquinalmente me detuve a escuchar. No procedía aquel ruido de un gato, era algo semejante al zumbido de muchos moscardones, era...

En la pared de la derecha de la caverna, —recuérdese que yo estaba de espaldas a la entrada de ésta y al mar, — se vió un súbito resplandor de luz blanca.

Lo demás aconteció en cinco segundos.

La luz brotó de la pared y un instante después el lugar estaba brillantemente iluminado. Experimenté como una visión pasajera de galerías de madera, un taller, una fragua, todo un almacén de provisiones, y me volví lanzando un grito de terror. El

zumbido había ido en aumento. Un círculo de luces blancas, colocadas en el centro de una gigantesca sombra, avanzaba hacia mí con increíble rapidez.

Una racha de viento me empujó, como si cerca de mí hubiera estallado una bomba lanzada por un cañón de seis pulgadas, y el ruido subió de tono hasta parecerse al producido por todo un ejército, cuando el buque aéreo pirata penetró en la caverna que era su guarida.

Tuve la millonésima parte de un segundo para darme cuenta de la situación cuando recibí un golpe en la cabeza. El viento pareció penetrar en mi cuerpo para arrancarme las entrañas y perdí el conocimiento.

. . . .

Una vez cuando niño, veraneando en Gales, me arrojé en un charco profundo y, engañado por la diafanidad del agua, me di de cabeza contra una piedra sumergida y quedé atontado durante varios segundos. No me había acompañado nadie, pero por suerte volví en mí a tiempo y salí a la superficie cuando sentía ya gran opresión en los pulmones.

Aquel experimento se repetía ahora acompañado de curiosos recuerdos. Me pareció que ascendía violentamente hacia la luz, después de salir de la oscuridad del fondo de un pozo. A cada momento aumentaba la claridad, al par que la velociad era mayor. Los oídos me zumbaban.

Abrí los ojos. El brillo de la luz me hacía daño. Resultaba doloroso...

Alguien habló.

—Sí, es él mismo, — dijo. — Se ha afeitado el bigote y se ha teñido el pelo y la piel. En realidad es rubio. Mírenle el cuello y el pecho. No cabe duda, es Sir John Custace.

Permanecí echado, escuchando. Aun cuando oía todo lo que hablaban y distinguía que movían en todas direcciones una antorcha eléctrica, no daba importancia ni me interesaba aquella conversación que se refería a mí.

Oí, luego, otra voz.

—Vargus ha dicho este hombre confesó que era Sir John, pero Vargus se ha desmamayado nuevamente.

Varias manos comenzaron a registrarme y a palparme el cuerpo. Vaciaron mis bolsillos y oí varias exclamaciones de sorpresa.

De repente se oyó un prolongado silbido en tono bajo.

—No tiene roto ningún hueso. Ya abre los ojos. Deme la cantimplora, Gascoigne.

Alguien me echó en la boca unas gotas de cognac. — distinguí que era cognac.— Estiré piernas y brazos y gemí. Entonces, oí un grito y una puerta, que no pude distinguir, se abrió con estrépito.

—¡Feddon, ha sido muerto! — exclamó una voz con un tono de alta excitación. — ¡Pobre Feddon! Le han pegado un balazo en el corazón!

Creo que fué en ese preciso instante cuando recobré el dominio de mis sentidos y me cercioré de que no estaba seriamente herido. El cuerpo estaba dolorido, pero el instinto me decía que no tenía nada grave.

Quedé inmóvil y cerré los ojos, esta vez voluntariamente. Lo recordé todo. Recordé todos los incidentes desde el instante en que había cortado los alambres de púa hasta aquel en que milagrosamente había salvado la vida al ser golpeado por la aeronave pirata, cuando ésta regresaba a su cueva.

Mi primera idea después, fué de amarga decepción. Habían podido, después de todo, hacer su voluntad. Recuerdo que rechiné los dientes furioso. El buque aéreo había logrado huir de la vigilancia de los buques patrulleros y de los aeroplanos que poblaban los mares y los aires, en su busca. Un segundo más tarde no pude contener un lamento que brotó del fondo de mi pecho. ¡Ya no podría rescatar a Constanza!...

En torno mío se oía un murmullo de voces y por lo que pude oír, todos los que hablaban estaban dominados por la consternación y el temor. Eso me alentaba. Mi situación parecía bastante desesperada, pero yo no perdía por eso todas las ilusiones. Me habían quitado las armas que llevaba, pero yo contaba con otros recursos. La astucia lucharía contra la astucia. Pero, ¿era favorable mi situación?

Me encontraba en un lugar escasamente alumbrado y me rodeaban sombrías siluetas. ¿Cuánto tiempo permanecí así? No puedo decirlo. Creo que no fué mucho. De todos modos, hacía poco que había recuperado la plena posesión de todas mis facultades, cuando se abrió una puerta y se oyó una voz que hablaba con tono de mando.

Era una voz que yo no había oído nunca, pero que reconocí en seguida.

—He examinado detenidamente la casa, —dijo con claridad, — y no he encontrado a nadie. Lo mismo ocurre en la parte de fuera y en torno del cerco. Solté a los perros, pero no han descubierto nada.

—¿Cómo vino éste, — y sentí un puntapie brutal en un costado, — a meterse aquí, jefe?—preguntó una voz.

—Cortó el alambrado y consiguió abrir la puertecita que hay en la tapia del lado este. Luego subió al techo del pórtico de la entrada y penetró por el cuarto de Feddon. Los perros siguieron las huellas... Pero eso carece ahora de importancia. Lo principal es que se encuentra aquí.

—¿Y sabemos qué deducir de todo esto?

Oí esto y agucé el oído. Mi amigo Vargus había recobrado el conocimiento. Había tal suavidad en su voz, que temblé.

—Vargus tiene razón. Es casi seguro que hemos perdido la partida en lo que a este lugar se refiere. No hay duda que nos han seguido la pista. Dentro de algunos minutos me ocuparé de indagar con exactitud qué es lo que saben. Entre tanto parece que disponemos de algún tiempo para prepararnos y debemos poner en práctica el plan de emergencia que hemos ensayado en debida forma con tanta frecuencia. Gascoigne, Jones

Pointz deben llenar los estanques de petróleo hasta su capacidad máxima, abastecer los depósitos, revisar el buque y volverle proa afuera, tal como debe partir. Cuando hayan terminado vayan a mi habitación a informarme.

Los indicados se retiraron.

—Phillips y Menver,—continuó el que hablaba, — salgan ustedes a la zona de los pantanos y avisen si se aproxima algún hombre o algún grupo de hombres. Vayan armados de sendos fusiles y sirvan de ojeadores. Al menor signo de avance hagan fuego sin vacilar y después retrocedan hacia la casa.

—¿Llevamos los perros, jefe? Pueden sernos útiles.

—No; quizás tenga yo necesidad de ellos. El resto de ustedes pueden defender la casa hasta el último momento. Luego bajarán en el ascensor. Tardarán algún tiempo en descubrir el camino, mientras tanto un solo hombre puede defender los corredores durante todo el tiempo necesario. Podremos estar a cincuenta millas de la costa antes de que alguien haya podido llegar hasta aquí. Todo nuestro tesoro está ya a bordo. Vargus, usted se quedará aquí y me ayudará en lo que tengo que hacer.

Varios hombres más, abandonaron la habitación.

En voz baja, a pesar de lo cual yo lo oí todo, Helphron, siguió hablando con su teniente.

—Tenga usted en cuenta que yo, en realidad no espero un ataque de fuerzas poderosas, pero que debemos estar prevenidos. A juzgar por lo que sé, es posible que haya una centena de hombres en la zona de los pantanos. Ellos saben dónde estamos, pues de no ser así ese caballero que está en el suelo no se hubiera metido aquí, ni todos esos buques aéreos estarían recorriendo estos parajes. Por lo tanto, debemos partir para nuestro campamento de reserva, situado en las Hébridas. Una vez fuera de aquí nadie podrá tocarnos, pues nos elevaremos inmediatamente a diez y seis mil pies de altura. El barómetro anuncia que el día amanecerá nublado, así que tenemos un millón de probabilidades contra una, de que no nos vean.

Yo me encontraba escasamente a tres yardas de distancia. No me había dado cuenta hasta aquel momento de que tenía atados los pies y, — débil como me hallaba, — todo esfuerzo físico me era imposible. Helphron había hablado de sus planes sin ocuparse ni lo más mínimo de mí. Ignoro si sabía o no, que yo había recobrado el conocimiento, pero de todos modos eso parecía tenerlo sin cuidado. Lo que podía deducirse de ello era una sola cosa. Que antes de que el buque pirata abandonara por última vez su refugio, John Custace habría dejado de existir materialmente.

—Ahora ocupémonos de Sir John, — continuó Helphron, cambiando de tono. — Vargus, cometió usted una grave tontería y sólo por suerte, llegando tan a tiempo, evitamos las consecuencias que hubieran sido muy graves. ¿Se siente usted con fuerzas para arrastrar a Sir John hasta mi habitación? Si cree que puede hacerlo, yo iré delante y encenderé las luces.

—Tengo las suficientes fuerzas para eso,— dijo Vargus lanzando una carcajada irónica. —Me tomó por los pies y me arrastró por el piso desigual, como si fuera un madero. Poniendo en tensión los músculos del cuello, logré que no me destrozase la cabeza. Después una tela cualquiera me cubrió el rostro envolviéndome también la cabeza. Sentí que me llevaban una o dos yardas más adelante y me sentaban en una silla de respaldo recto, a la que me ataron con fuertes cuerdas.

—Cuando le necesite le llamaré, Vargus, —dijo Helphron. — Vaya usted a ayudar a los otros a preparar el buque. No se olvide de que es necesario llevar el mayor número posible de municiones. Habrá que preparar raciones abundantes para veinticuatro horas. Los alimentos, si se acaban, podremos renovarlos fácilmente. Con las bombas la cosa es distinta y habrá que sacrificar lo demás para llevar bastantes.

Oí que se cerró una puerta. Sentí el crujido de una silla al sentarse Helphron en ella. Siguió un largo silencio, durante el cual, y a través del lienzo que me envolvía, tuve la sensación de que aquel hombre me estaba observando.

III.

COMENZÓ el duelo a muerte. Estaba yo como un hombre desarmado ante otro que esgrimiera una espada. Dominé los nervios y fortalecí mi voluntad.

—Está usted en una desagradable situación, Sir John Custace.

El tono de su voz no manifestaba emoción ninguna, a excepción de un poco de cansancio.

—Pienso que nuestra situación es idéntica, señor Helphron, — fué mi respuesta, y al hablar acentué de exprofeso la palabra "señor".

Para mi había dejado ya de poseer título militar alguno.

—Es posible. En realidad confieso que usted ha desorganizado seriamente mis planes... Pero en esta partida yo tengo todavía los triunfos en la mano. Y usted, dada su inteligencia debe comprender que le queda poco tiempo de vida.

—No lo dudo, pero no considero tan valiosas las cartas que tiene usted.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Le responderé con mucho gusto. No avalúo mi vida ni en dos peniques en comparación con mis deberes para con la sociedad... Usted tiene que defender su vida y lo que posee y le queda poco tiempo por delante. Por si es una satisfacción para usted el saberlo, le diré que se encuentra en medio de una red de la que no le salvarán ni juntos todos los diablos de segundo orden que protejen a los ladrones.

Al decir eso mentí valerosamente. Mucho dependía, en mi opinión, de que yo consiguiera hacer que el bandido se enfureciese, y por otra parte era un deleite insultarle. Su respiración jadeante me indicó que mis palabras habían levantado roncha.

—Emplea usted un lenguaje peligroso, Sir John. Acaso tendrá que lamentarlo si continúa así.

—Pues mire usted, — proseguí, — del mismo modo hablaría a un sirviente insolente y atrevido. Es bueno que usted tenga presente que no me va a asustar. Se por experiencia que los canallas de su especie no pueden llegar a comprender lo que piensa un caballero, ni interpretar sus sentimientos íntimos. Pero el tiempo vuela y ahora,—agregué en tono sentencioso, — el tiempo es de más valor para usted que todo cuanto robó de los bolsillos de los pasajeros del "Atlantis".

Se levantó y avanzó hacia mí y creí que había llegado el momento. Pero se limitó a quitarme el lienzo que me cubría la cabeza y volvió a su asiento.

Miré con curiosidad en torno mío. La habitación formaba, sin duda, parte del sistema de cavernas que se había ido produciendo durante la explotación de la mina. Estaba cubierta de madera todo alrededor. Esa madera se hallaba pintada de blanco y una araña con luces eléctricas colgaba del techo.

El piso estaba alfombrado y los muebles consistían en algunas sillas, dos sillones y una mesa escritorio. También había una caja de hierro, grande. En uno de los rincones había otra puerta, además de la de entrada, oculta, en parte, por una cortina verde, que colgaba de una varilla de bronce.

Helphron se hallaba sentado frente a esta puerta. Aquel tipo arrogante, de cara de halcón, demostraba cansancio. Me observaba con concentrada malignidad. Sonrió y puso al descubierto sus dientes grandes y blancos.

—Verdaderamente, yo casi no le reconocí, —dijo.

—Pues yo lo hubiera reconocido a usted en cualquier parte, a pesar de los cardenales que tiene en la cara... Así que el señor Ashton no le hizo saltar los dientes, por lo que veo.

Su rostro adquirió un gesto sombrío. Hizo con la cabeza un doble movimiento de asentimiento.

—Así lo creo, — murmuró como para sí.

—Yo presencié el incidente desde el principio... Y fué de lo más divertido, señor Helphron. Me encontraba sentado en la galería principal de las Mil Columnas, detrás de un centro de mesa que tenía un gran ramo de flores. Yo y mi compañero, habíamos preparado un periscopio dentro del ramo y presenciamos toda la escena como si estuviéramos al lado. ¡Pero me pareció que usted ha peleado con más bríos en otros casos!

Aquel hombre se levantó de su asiento con un movimiento de ira y avanzó dos pasos con los puños cerrados y los brazos extendidos.

Contemplé su rostro rojo y convulsionado por la ira.

—¡Sólo faltaba esto! — dije tranquilamente. — Estoy atado. En estas condiciones puede usted pegarme impunemente si le gusta.

Sí; se encontraba resuelto a torturarme, y yo me hacía pocas ilusiones al respecto. Me había llegado el turno. El "había sido" un caballero en otro tiempo y también un valiente militar. Porque sabía esto era por lo que yo lo había estado hostilizando.

No descargó el golpe con que me amenazó. Se puso a pasear de un lado a otro de la habitación, dominando su furia con un esfuerzo sobrehumano. Tal vez un resto de pudor lo ayudó, o acaso, fué un golpe de astucia. el hecho es que se sentó nuevamente y aun cuando un temblor nervioso agitaba su cuerpo, su voz era tranquila.

—Así que usted cree que soy un cobarde, —dijo.—Yo en cambio le hago la justicia de no creer que usted lo sea.

Mi imaginación trabajaba con una clarovidencia que no he vuelto a poseer desde entonces. La llave de la psicología de aquel hombre estaba en mi mano, al fin.

Todos los criminales son vanidosos. En los grandes delincuentes esa vanidad asume colosales proporciones, hasta convertirse en una verdadera locura. Los criminalogistas llaman a eso megalomanía. Es el egoísmo alentado y conducido hasta un punto monstruoso, en que todas las consideraciones morales son dejadas a un lado y el sujeto se considera a sí mismo superior a todas las leyes y glorias, en su grandeza.

—¡Supongo que sus trabajos de investigador le habrán enterado de que se me concedió la Cruz de la Victoria por quince acciones de guerra!—dijo.

No cabía duda: estaba demente. Un hombre de su cuna y en pleno dominio de su sensatez, jamás hubiese recordado semejante detalle para hacer constar su valentía.

—Es una distinción que está por encima de todas las demás, señor Helphron. Y usted va a tener otra dentro de muy poco. Una distinción que hará que su nombre no sea nunca olvidado. Usted pasará a la historia, como el único poseedor de la Cruz de la Victoria que haya sido degradado por criminal. Esa "distinción" le será otorgada la víspera del día en que sea ahorcado en Pentonville y la noticia saldrá también en la "Gaceta" como salió la otra.

Se puso enteramente lívido. No sé si de furor o de miedo. Pero yo continué. Algo había interiormente en mí que me dictaba las palabras.

—Usted ha vivido una existencia artificial, ¿comprende?, rodeado de sus jóvenes amigos y del artístico señor Vargus. Usted sin duda piensa que pertenece a una gloriosa orden. Hace usted la guerra a la sociedad, se siente Ajax, desafiando al trueno, rey del aire y otras muchos cosas más. ¡Estoy seguro de que miles de veces se ha comparado usted a Napóleón! Algo así le pasó al kaiser y cayó. Es usted un caso de mega-

lomanía. Pero usted no es nada de lo que se cree ser. Es un ladrón cobarde, que roba y asesina para llenar sus bolsillos. Me hizo usted una pregunta y ya está usted contestado.

Había oído atentamente palabra por palabra. Sus ojos se tornaron vidriosos. Su aspecto general era el de un espíritu diabólico que oye la verdad de lo que es. Todo rastro de energía había desaparecido de su rostro como se borra de un pizarrón lo que está escrito con tiza.

Se levantó de pronto y salió de la habitación por la puerta que cubría a medias, la cortina. Permaneció fuera durante diez minutos. Cuando regresó no era el de antes, venía con un agregado, había bebido para dominar su desfallecimiento. Su mirada era otra y su aspecto manifestaba vitalidad. Comprendí que ya no iba a poder herirlo con mis palabras. Llevaba una impenetrable armadura. Se sentó y encendió un cigarrillo. Sonrió con un diabólico buen humor. ¡Había llegado su turno!

—Bueno. Al fin nos hemos conocido,—comenzó a decir con soltura y en un tono de amistosa conversación. — Usted se ha manifestado excesivamente listo para darme caza, y sus poderes para insultar parecen ser excepcionales. Admito nuevamente que ha logrado usted echarme de aquí. Pero de eso a poner fin a mis actividades... hay mucha distancia. Su gente no podrá apoderarse de mí una vez que haya salido de este escondrijo y no podrán entrar aquí hasta que yo me haya ido. Tal es la situación, hallándonos frente a frente el comisionado de la Policía Aérea y el Pirata. Usted ha dicho lo que pensaba, y yo digo lo que pienso.

—¡Pues entonces ya no hay más qué decir!—manifestó.

—Discúlpeme. De hombre a hombre, tenemos mucho que hablar. Compré un diario de la tarde al siguiente día de ser atacado por su matón alquilado...

Al fin la conversación se iba haciendo interesante.

—¿Con dinero robado? — pregunté impertinentemente.

Pero él no pareció prestar atención a ello. No podría, ni aun asegurar que me oyó.

—El diario publicaba una noticia que yo había conocido ya por otro conducto. La de su compromiso matrimonial, Sir John Custace...

Durante cerca de un minuto nos miramos mutuamente en silencio.

—...Con la señorita Constanza Shepherd...—prosiguió.

Yo no dije nada.

—... la cual, en este momento no se encuentra ni a veinte yardas de distancia de usted, y quien marchará esta noche, por vía aérea, conmigo adonde toda su policía no nos encontrará jamás.

—¡A la fuerza!

—Sí; hasta ahora admito que he tenido que emplear la ley del fuerte. Soy un hombre que cree que debe apoderarse de lo que desea poseer. Pero su llegada, el hecho de que sea usted mi huésped durante un corto plazo, ha dado a mis asuntos un giro enteramente nuevo.

Yo comprendía que había una profunda y siniestra intención en lo que decía, pero ni un indicio de la abominable verdad llegó hasta mí. Lo comprendió él así por la expresión de mi rostro y lanzó una ruidosa carcajada.

—¡Oh! Esto va a ser enormemente reconfortador, — exclamó. — Será una escena digna de verse.

Mi corazón pareció helarse, cuando lo vi alegrarse de aquel modo.

Cuando terminó de reir, continuó.

—La señorita Shepherd no sabe todavía que tengo el honor de tenerle a usted de visita. Voy a informarla. Luego, si ella lo desea, como no tengo la menor duda de que será así, ustedes podrán verse. "Al fin de la jornada los enamorados se encuentran"... Como en las novelas.

Iba a añadir algo, cuando se oyeron unos golpes en la puerta.

El señor Vargus entró.

—Todo está a bordo,—dijo, mirándome nerviosamente, como si se admirara de lo que hubiera podido pasar durante su ausencia.—Todo está pronto y cada uno dispuesto a cumplir su misión. Los otros han subido a la casa.

—No hay novedad, pues de haberla hubieran telefoneado. No tenemos prisa por una hora, lo menos.

Helphron tomó al otro del brazo y lo llevó hasta uno de los rincones de la habitación. Allí hablaron en voz baja durante cerca de diez minutos. No me fué posible alcanzar a oir ni una sola palabra.

Luego Vargus asintió con aire de triunfo y abandonó la habitación.

—Lo he pensado mejor, — dijo Helphron. —No voy a avisar a la señorita Shepherd. Dejaré que experimente la agradable sorpresa.

Y desapareció nuevamente por la puerta de la cortina verde.

IV

AL relatar lo que sigue a continuación, lo haré en la forma más lisa y llana que pueda salir de mi pluma, en forma exenta de todo adorno, tal y como en mi estado de ánimo puedo escribir. Leerán ustedes lo que Constanza y yo sufrimos, pero no me pregunten nada que pueda referirse a la angustia de mi alma. Es algo imposible de describir,—para hacerlo debidamente se necesitaría la pluma de Dante o de Milton,—y yo no podría conseguirlo aún cuando lo desease. Es algo terrible vivir nuevamente una hora tan espantosa, aun cuando sólo sea con la imaginación. Para recordarla nuevamente, tendría que torturar mi alma. Ustedes cono-

cerán, no obstante, los hechos, con algún pequeño comentario al respecto. Creo que eso ha de ser todo lo que necesitan.

Helphron permaneció ausente durante largo rato. En su ausencia Vargus apareció y me contempló. No puedo describir el aspecto de su rostro.

Cuando el hombre de cara de halcón regresó, arrastró la silla en que yo me hallaba sentado hasta uno de los extremos de la habitación y luego colocó delante la mesa escritorio, como formando una barrera. Se notaba que todos aquellos manejos obedecían a un plan premeditado. Sus labios se desplegaban con una leve irónica sonrisa, que no dejaba ver sus dientes.

Colocó una silla junto a la pared en el lado opuesto y volvió a salir por la puerta de la cortina verde. Un momento después regresó seguido de Constanza.

La habitación había quedado en una semi-oscuridad. Yo no podía hablar, pues mi garganta parecía negarse a emitir sonido alguno, pero pude ver claramente a mi prometida.

Estaba como yo jamás la había visto, mortalmente pálida, con un gran círculo negro en torno de los ojos y la satisfacción de vivir, que continuamente reflejaba su rostro, había desaparecido. Sus mejillas carecían de color y sus hermosos cabellos habían perdido el brillo. Pero se comprendía que físicamente su salud no había sufrido en forma alarmante.

Cuando habló comprendí que se mantenía firme, y me expliqué la razón. Su indomable espíritu no la había abandonado. Sus energías se habían condensado en su alma y la hacían indomable. Su voz estaba tan llena de desprecio que sonó en mis oídos como el chasquido de un látigo. Era verdaderamente asombroso que aquel hombre hubiera podido sufrirla ni un sólo momento.

Sus ojos lanzaban destellos rojizos, como los de un perro furioso.

—¿Qué nueva idea satánica es esta? — preguntó la joven, al fijarse en mí.—Supongo que no pretenderá darme una nueva prueba de lo que es y de lo que pretende?

—Mire a ese caballero... Fíjese bien en él.

—¡Algún otro de sus desventurados prisioneros! ¡Agrega usted la tortura a sus crímenes, y pretende hacerme testigo de ello!

Se volvió con un gesto de disgusto y de asco y dió un paso en dirección a la puerta. Pero antes de avanzar más, — ¡los cielos la bendigan! — añadió:

—Ha caído usted en manos de un terrible canalla, señor; pero...

No pude contenerme y grité.

—¡Constanza; querida Constanza! ¿No me conoces ya?

No debí proceder tan de ligero. Me arrepentí en seguida, pues le causaron mis palabras un efecto tan terrible, que cayó en una silla, desmayada.

Yo me hallaba muy cerca de desfallecer y no tardé en experimentar una sensación extraña. Me parecía caer desde una gran altura y poco a poco irme hundiendo en un abismo sin fondo.

Cuando volví en mí, Wilson, la mucama atendía a su señora. Se oía el ruido de un líquido al caer, pero no puede ver nada, porque Helphron se hallaba de pie frente a mí, contemplándome.

—Helphron, — le dije con ronca entonación. — Esto no puede seguir. ¡Por los cielos que termine de una vez! ¡Sáquela de aquí antes de que recobre los sentidos, y luego haga de mí lo que quiera!

Luchaba por encontrar el modo de conmoverlo.

El me respondió lentamente sin emoción alguna.

—Ya es tarde, — dijo lentamente. — Los dos lo han merecido y han de sufrirlo hasta el fin.

La maldad no se reflejaba ya en su rostro. Hablaba con sombría entonación.

—No hay otra solución posible.

Echó a andar y no se detuvo hasta llegar a la pared del lado opuesto, mirando a Constanza, que comenzaba a recobrar los sentidos. Cuando abrió los ojos, Helphron hizo un movimiento con el brazo. La mucama desapareció como un fantasma. Pude comprender que ella, espíritu apocado y tímido, se hallaba presa del más intenso terror.

Comencé a hablar resueltamente para que Constanza comprendiera la situación. Aquella sería acaso la última probabilidad de prevenirla. No sin sorpresa, — aun cuando pronto comprendí la razón de semejante conducta, vi que Helphron no me interrumpía.

—Sí, soy yo; Constanza. Estoy disfrazado y por eso no me conociste en el primer momento, amada mia. Todo se arreglará pronto. Ten valor un poco más de tiempo.

Comprendí por sus miradas que me comprendía y cuánto era su amor hacia mí.

—¡Juan! ¡Al fin has venido! Me desesperaba aguardándote! Pero estás atado y preso, — y el tono de su voz cambió.—Estás también en poder de este hombre.

—Por el momento, tal vez, sí. Pero eso no significa nada. Está perdido y su hora ha llegado. El lo sabe. He cometido un error y me ha capturado; pero fuera mis fuerzas se están reuniendo y convergen hacia este sitio. Para él, el mundo entero no es mayor que esta pequeña habitación.

Helphron no hizo movimiento de ninguna especie. Desde su altura nos contemplaba con la inmovilidad de una estatua de piedra. Llegué hasta dudar de si nos veía o se enteraba de lo que hablábamos.

—Dímelo en seguida. ¿Se ha atrevido a ponerte las manos encima?

Una amarga sonrisa me respondió.

—Me ha raptado y me ha traído aquí como una prisionera. Pero me ha proporcionado todo lo necesario para vivir, por intermedio de sus secuaces. Sabe muy bien que si hubiera intentado ponerme una mano en-

cima, me hubiera dado muerte por mi propia voluntad. Ningún poder en la tierra, ni todas las precauciones que tomase lo hubiera evitado, y eso tampoco lo ignora... Gracias al cielo, su hora ha llegado.

—Díme rápidamente todo lo que ha ocurrido... Mucho es lo que depende de ello.

¿Cómo podía yo explicarla que él iba a darme muerte, que podía hacerlo; pero que mientras no ocurriera eso, siempre había esperanzas de que llegase algún auxilio?

—Ha osado, — dijo ella, y nunca pudo suponer que una voz femenina adquiriese tal dureza.—Ha osado ofrecerme lo que él denomina "amor". La palabra es abominable en semejantes labios. Se ha enfurecido, ha amenazado y me ha implorado, que me casase con él, que huyese en su compañía.

Se estremeció horriblemente y cayó hacia atrás, sobre la silla, falta de fuerzas. Yo forzaba mi cerebro buscando una frase. Pero, ¿qué podía decir? Ella se daría la muerte antes que ceder ni una pulgada. Estaba seguro de ello. Pero yo no podía prolongar su tortura. Lo más probable era que lograse escapar en su maravilloso buque aéreo y se perdiese su pista por un tiempo... Pero también podía ocurrir que los aeroplanos patrulleros se reunieran en número tal, que el buque pirata no pudiese huir. En este caso habría un combate en los aires. El pirata sería destrozado por los cañones de nuestros cruceros... Pero ¿y si Constanza se encontraba a bordo?

¿Qué podía yo decir?

Helphron estaba de pie, apoyado, de espaldas, en la pared. Con movimientos pausados encendió un cigarrillo, pero su mano temblaba como si estuviese perlático. Habló, dirigiéndose a Constanza.

—Usted me ha demostrado ahora que ama a Sir John Custace, — dijo. — Eso mismo lo oí también de sus labios hace dos días. Pero "amor" significa varias cosas. Y puede usted haber dicho eso, pero caer rendida en mis brazos, al fin. Sir John Custace está aquí y en mi poder... ¿Qué será de él y de usted?

Constanza lo miró durante un momento sin pronunciar ni una palabra. En su mirada no se reflejaba el miedo.

—Voy a decírselo, — exclamó después de una breve pausa. — Ese hombre es mío y yo soy su esposa desde este momento, hasta la muerte... y por toda la eternidad. Usted no es capaz de comprender esto. Pero si las palabras tienen un significado, las mías son bien expresivas y claras, por cierto.

Helphron arrojó de pronto su cigarrillo e lanzó lo que pudiera tomarse por un grito de desesperación. El gesto y la entonación de sus palabras eran espantosos.

—Bien, — dijo. — Esta es otra, y la última ilusión, perdida. Mi vida ha sido una una serie de ilusiones perdidas. Yo la amo a usted, y la amo con toda la fuerza y poder de una naturaleza que, sea lo que fuere, es más fuerte que la de la mayoría de los hombres de este débil mundo. Yo la hubiera proporcionado un cariño tan rico, tan grande y maravilloso que hubiera olvidado su pasión por ese hombre. La mía hubiera vencido a esa por completo. Y me hubiera correspondido. Usted piensa lo contrario, pero yo sé más que usted. El choque de una y otra pasión hubiera creado la llama y la llama, el amor... Ahora veo, en cambio, que es ya tarde...

El tono de su voz no se había elevado, no había nada particularmente elocuente en las palabras que pronunciaba. Perc a mí me sonaban como una campana, una campana que tañese mientra las puertas de hierro del infierno se iban abriendo lentamente.

—Sí, muy tarde, — exclamó rápidamente Constanza. — Y eso lo ve usted ahora. Nunca hubiera sucedido lo que ha dicho. Ahora bien; ¿quiere dejarme marchar?.. ¡En seguida!... ¡Desate a Sir John; esas sogas deben estar hiriéndole!

Por primera y última vez aquellas palabras me arrancaron dos lágrimas que rodaron por mis mejillas.

Supuse que por un corto espacio de tiempo, en la mente de Helphron dominó un resto de nobleza, un rayo de luz en aquella tenebrosa alma. Aquel hombre no siempre había de estar dominado por el demonio.

Pero pronto noté, sin posibilidad de error, el eclipse final de toda bondad. Una cosa era visible: que aquel era el último y espantoso acto del terrible drama de su vida.

Miró fijamente a Constanza.

—Sir John, puede partir, — dijo.—Pese a toda la deuda de mala voluntad que le debo, podrá partir sano y salvo... Pero, adorada mía, eso depende enteramente de usted.

Ella no comprendió.

—¡Oh! Entonces déjele marchar en seguida.

—Ese hombre, — continuó él, — vivirá o morirá de una muerte peculiarmente desagradable. O saldrá en libertad, o dentro de media hora no será más que un montón de harapos, según lo que usted resuelva, Constanza.

Por la lenta dilatación de sus ojos pensé que ella había comprendido el verdadero sentido de sus palabras.

—El caso es éste, — continuó. — Si yo no puedo obtener un amor verdadero, por lo menos, ya que el Destino me ha facilitado el poder para ello, pediré y obtendré lo segundo, la semejanza de él. En el momento en que usted me haga la promesa solemne de que se casará conmigo, Sir John se encontrará libre en el camino de la zona del pantano.

V

DIRIGI a Constanza un rápida mirada de advertencia. ¿Era posible que aquel hombre creyera que existía en el mundo otro ser tan bajo y tan infame como él mismo? Todo dependía de esto, en realidad.

—Usted no puede hacer semejante cosa, Constanza, — exclamé con temblorosa voz, procurando sugerirla alguna esperanza. Luego la hice una señal de prudencia.

Helphron experimentó un casi imperceptible sobresalto y una lánguida sonrisa asomó a sus labios.

El pez mordía el anzuelo.

—¡Eso sería un espantoso martirio!—dije. — ¿Qué supone mi vida... ni aun para la nación...—pensé que esta era una frase hábil,—en cambio de semejante sacrificio?

Bendije al cielo por la rapidez de comprensión de Constanza. Notó mi estado de ánimo y entró de lleno en su papel con una suprema naturalidad.

Lanzó un lamento de dolor y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Yo no puedo dejarte morir! — exclamó. — ¿Acaso no te amo? ¿No es tu vida para mí de un supremo valor?

Hablé con una entonación de ansiaa penas velada.

—Pero ¿y tu propia felicidad?

Constanza hizo un gesto apasionado de reaunciamiento. Luego continuó, dirigiéndose a nuestro torturador.

—¡Señor! — le dijo. — ¿No tiene usted piedad... compasión?

—No tengo nada más que un deseo que me subyuga.

—Entonces, déjenos solos... Déjeme sola con Sir John, durante algunos minutos.

Le hizo una seña. El inclinó la cabeza, y se acercó lentamente.

—¡Váyase! — díjole ella en voz baja.— No podré persuadirle nunca estando usted presente. Déjenos solos y yo haré cuanto me sea posible hacer.

Aquel hombre terrible era como de cera en sus manos. Aquel confidencial cuchicheo pareció transformarle.

—Sí. Voy a salir, — dijo. — Pero voy a oirlo todo. No creo que su amigo se deje persuadir. Usted podía estar contenta después de todo, porque iba a casarse con un "hombre".

Se encontraba ya a mitad de camino de la puerta, cuando se sintió asaltado por una sospecha.

—¿Cómo puedo tener la seguridad de que no se trata de alguna jugarreta? — exclamó. —Desatarlo, por ejemplo, o algo por el estilo, por más que de aquí no tiene probabilidad alguna de escapar...

—Yo le doy a usted mi palabra de honor, — respondió Constanza. — ¿O prefiere atarme a mí también? Ateme a esa silla, así no podré moverme.

Helphron movió la cabeza con impaciencia. Luego salió y quedamos los dos solos.

Yo comencé a hablar en seguida. No había tiempo que perder.

—¡Mi amada!... ¡Amor de mi corazón! Ha sido una suerte que hayamos podido arrebatarle estos cortos instantes para despedirnos.

En su rostro se reflejaba el cariño y el valor cuando me sonrió.

—¿No hay alguna salida posible, Juan?

—Ninguna. Esto ha terminado. Hemos alejado a ese loco por unos minutos. Cuando regrese y vea lo que hemos resuelto, el final llegará rápidamente. Ahora, oye...

En algunas frases, la referí exactamente como se habían producido los hechos y mi certeza de que la carrera de Helphron había terminado. No pretendí ocultarla que en caso de ser atacado el buque pirata su desgracia era segura.

—¿Y qué me importa? Yo me mataré si llega a tocarme. Ya tengo mi resolución hecha. Oh, amado mío. Siento en estos instantes más cariño por tí, que nunca.

¡Como me reanimaban aquellas palabras! Ni por un instante había supuesto que yo la permitiese sacrificarse de ese modo. No habíamos hablado siquiera de ello.

—Ten confianza, Juan,—dijo ella,— esto no durará mucho. Estaremos juntos nuevamente dentro de algunas horas, para no separarnos nunca más.

Solemne y tranquilamente nos despedimos. Ninguno de los dos estaba triste. Una gran exaltación de paz nos consolaba, pero el momento era muy sagrado para describirlo aquí.

Dirigí una mirada hacia su serena y radiante faz, pensando para mí, que acaso fuese aquella la última vez que la veía, y luego llamé a Helphron con firme voz.

Desde el momento en que entró en la habitación y vió nuestro rostro, comprendió la verdad.

Estaba tranquilo, pero sus ojos brillaban nuevamente con la luz rojiza que a veces se nota en los de los perros. Casi inspiraba lástima porque parecía hallarse en la situación del que espera una gota de agua fresca para humedecer sus labios resecos, y lo atormentar poniéndole una brasa.

Yo rogaba tan solo una cosa. Que Constanza no me viese morir. Y mi plegaria obtuvo respuesta porque él se aproximó a la cortina verde y la levantó para hacer salir a Constanza.

Llamó a Vargus quien apareció por el lado opuesto. Los movimientos de los dos hombres se realizaron como si se tratase de un asunto comercial. Yo tenía la convicción de que todo aquello era lo que acostumbraba a hacer en las cárceles antes de ejercer sus funciones el verdugo.

Una vez más el lienzo me fué colocado sobre la cabeza, la silla fué levantada y me llevaron afuera. Así permanecí largo rato y debía hallarme a una regular distancia de la habitación de mi agonía, cuando, finalmente, colocaron la silla en el suelo.

Oía claramente las olas golpeando en las rocas y sentí la caricia del aire fresco.

Me encontraba en la cueva central una vez más, y al parecer cerca de la entrada. ¿Para

qué? ¿Irían a arrojarme contra las rocas que se hallaban en el fondo?

Sentí la presión de unos fuertes dedos en el cuello,—era Vargus el pianista,—y me estremecí al contacto. Me quitaron el lienzo que tenía sobre la cabeza. Era lo que yo deseaba.

Me encontraba en la cueva que se asemejaba a la nave central de una iglesia, pero ahora se hallaban encendidas docenas de luces, incluyendo un gran foco que colgaba del techo de roca, y todas las sombras había desaparecido.

A corta distancia, sostenido por ruedas con llantas de caucho, que se encontraban bajo los flotadores, estaba el buque pirata. Llegaba casi hasta el techo y sus grandes alas rozaban casi los costados. Encantador en sus líneas era un admirable aparato de fuerza.

Aun cuando aquel supremo momento no era el más propicio, hubiera subido a él para examinarlo en todas sus partes.

¡La verdadera pasión de los hombres no les abandona ni aún frente a la muerte!

Dieron vuelta a mi silla hasta colocarme frente a la entrada de la cueva, que se encontraba veinte yardas más allá. La luna había desaparecido. La corta noche de verano se terminaba y los primeros destellos de una aurora, como jamás la había visto, se hallaban cercanos.

Helphron se sentó en un taburete a pocas yardas de distancia del sitio en que yo me hallaba. Daba la espalda a la entrada de la caverna.

Habló algunas palabras con Vargus y luego avanzó hasta colocarse a mi lado.

—¿Qué es lo que estamos esperando?—pregunté.

—Estamos esperando debido a que usteh tuvo la desgracia de oir a mi amigo Vargus tocar el piano, exteriorizando el estado de su alma.

—Crea usted que sigo estando a oscuras,—dije.

—No tengo razón alguna para oponerme a que sea satisfecha una curiosidad, que es legítima, en estas circunstanrias. Yo iba a colocarle un revólver en el oído, y luego de darle muerte en esa forma, a arrojarlo a la caleta... Pero el señor Vargus tiene ocurrencias fantásticas y he tenido que abandonar esa idea. Me ha pedido un favor, y como lo considero un buen camarada, no he podido rehusárselo. Pero, me parece que vuelve.. Ahora tendrá usted la explicación completa.

A mis espaldas oí el ruido de unos pasos, acompañado de un curioso rumor, mezcla de gruñidos y de fuerte respiración. Helphron lanzó una corta carcajada, y Vergus se acercó a mi silla.

Entonces me enteré de qué se trataba.

Sujetos por gruesas correas, Vargus traía dos monstruosos perros. Eran como los de Terranova, pero su boca se asemejaba, por la forma de las mandíbulas a la de los perros de presa.

—¡Mis mastines del Tibet!—exclamó Helphron.—¡Un perro, muerto por perros!

Vargus acercó a los animales hasta una distancia de dos yardas del sitio en que yo me encontraba. Sus dientes eran afilados, y se notaba en sus ojos una mirada de rojos destellos, pero ni un sonido brotó de su garganta.

Los dos hombres me contemplaban fijamente, más ninguno dejaba traslucir la satisfacción que seguramente experimentaban. Era fácil comprender la proximidad de una amarga muerte. Eso fué todo. El miedo era algo que yo no podía experimentar. Ser muerto por perros era una muerte como otra cualquiera, después de todo. Comprendí entonces por qué los mártires de la religión cristiana, o de cualquier otra causa en que tienen fe, afrontan la muerte con serenidad.

Helphron, lanzó una maldición.

—Terminemos de una vez,—dijo.—Lleve los perros hasta el fondo de la cueva. Cuando yo silbe los suelta usted. Entonces si que se asustará al fin, cuando se los vea encima, Sir John,—añadió lanzando una loca carcajada. Vargus desapareció.

Yo miré hacia el exterior de la cueva.

La claridad aumentaba por momentos. Creo que entonces mi deseo era ver una nueva aurora de estio. Pero Helphron se llevaba el silbato a la boca y en aquel instante mis ideas empezaron a oscurecerse. Me pareció que la entrada de la cueva reducía sus proporciones a las de una ventana vulgar.

¡Una ventana! Con curiosidad seguía yo los movimientos de una enorme araña que descendía lentamente, con amenazador balanceo. Pensaba, que aún era niño y que me habían sentado junto a una ventana de mi habitación, para que me distrajese...

El silbato sonó estridente.

Mi mente volvió a su lucidez y me dispuse a morir sin lanzar un solo grito. La entrada de la cueva recobró sus proporciones y la araña...

Sujeta por un brazo y una pierna, a la mitad de una cuerda, había una pequeña silueta, semejante a una garrapata.

Con la misma rapidez con que los perros corrieron hacia mí, la figura levantó el brazo derecho.

Sonaron varias detonaciones, una tras otra. Un grito de dolor. Ruidos que repercutieron en la caverna. Helphron se puso de pie a tiempo para ver algo que saltaba sobre él como una pelota.

Comprendí al instante lo que ocurría. Tuve como la rápida visión de un terrible rostro, mientras Danjuro, atacaba al hombre de cara de halcon y se producía una terrible lucha. Dos figuras caían al suelo.

No puedo explicar la rapidez con que pasó todo aquello. Antes de que mi cerebro pudiese registrar la impresión de lo que veían mis ojos, una persona saltaba hacia mí aullando como un demonio.

Danjuro se había puesto de pie,—él solo—y las cuerdas que me sujetaban quedaron rotas, mis entumecidos brazos libres, y una voz tranquila exclamó:

—Triunfé, honorable Helphron.

Me reí sin fuerzas.

—Ha llegado usted a tiempo, Danjuro. ¿Le ha dado usted muerte?

Iba a responderme cuando se oyó un nuevo barullo.

Carlos Thumbwood apareció. Tenía al señor Vargus sujeto por el cuello y le iba dando puntapiés con un acompañamiento de frases, tan floridas, que no me determino a reproducirlas aquí.

—¡Yo te voy a dar teléfono!—exclamaba Carlos.—¡Toma, canalla!—y le le daba un furioso golpe. ¡Sinvergüenza! ¡Pillo!—Otro golpe.—Estaba telefoneando a sus compañeras, Sir John. Pero, gracias al cielo, he llegado a tiempo, Sir John! Toma, para que no te olvides!

Y levantando a Vargus algunas pulgadas del nivel de suelo, al darle un feroz puntapié, lo abandonó para venir a palparme el cuerpo con temblorosas manos, mientras de sus ojos corrían en abundancia las lágrimas.

Pero yo había prestado atención a sus palabras. ¡El teléfono! Pocos minutos más y tendríamos encima a toda la banda, prontos a luchar desesperadamente para salvar la vida.

—¡Pronto!—exclamé. ¡Síganme! Vamos a poner en salvo a la señorita Shepherd! ¡No hay un minuto que perder!

Ignoraba cómo poner en práctica mi propósito, y las primeras yardas que caminé, las hice tambaleando, pero, pronto me repuse y me dirigí hacia el fondo de la cueva, pasé junto al buque pirata y llegué a la puerta.

Ví hacia la derecha otra salida y me dirigí hacia ella. Era la misma por donde había entrado la primera vez, la que daba acceso a las galerías que llevaban hasta el ascensor.

—Vigila por aquí,—dije a Thumbwood.—Esto conduce a la casa. Yo estaré de vuelta dentro de un par de minutos. Si se acerca alguien mátalo de un tiro.

Comprendió mi idea y se detuvo en seguida. Ví que amontonaba algunas cajas para formar con ellas una barricada, y entonces salí por la puerta del otro lado que conducía al santuario privado de Helphron.

Encontramos a Constanza arrodillada en una lujosa habitación. Su mucama Wilson, estaba temblando en uno de los rincones. Cuando nos vió aparecer lanzó un grito de terror.

Constanza se desmayó.

Dirigí a la mucama Wilson algunas frases tranquilizadoras y, mientras ella prestaba sus cuidados a Constanza, hice a Danjuro un breve relato de todo lo que me había ocurrido. Algunas breves frases bastaron para que me comprendiese.

Su historia también sencilla como él me la refirió, era maravillosa.

Había tomado una de las embarcaciones de Trewhella y había navegado a lo largo de la costa hasta hallarse a la altura de Tregerain. La idea de una caverna, natural, o grandada durante las fingidas operaciones de la mina, no se apartaba de su imaginación.

Cuando llegó a la abertura del lado del mar, por la caleta, ya no tuvo duda alguna. Ninguna embarcación podía permanecer entre aquel contínuo vaivén de las olas, pero lo que no era posible para ningún hombre, constituía obstáculo para Danjuro.

Veinte minutos después, lo que era hasta entonces un secreto, había dejado de serlo. Inmediatamente volvió a la hostería, despertó al guardacostas que dormía junto a la casilla del cerdo y los dos se pusieron en acción.

Se proveyeron de cuerdas y barretas y después de prepararlo todo, el japonés y Thumbwood, descendieron para llegar tan a tiempo a la cueva.

El guardacostas estaba entretanto telefoneando desde el puesto de vigilancia a todos los destacamentos de la costa. Al ser de día un grupo de fuerzas se dirigiría, por tierra, a la Casa de Tregeraint.

—Hasta entonces — dije — debemos resistir aquí, esperando que nos liberten. Existe gran cantidad de rifles en un depósito. Hay también alimentos en las habitaciones donde está Constanza. Creo que no tropezaramos con muchas dificultades...

Una voz suave me interrumpió. Me volví rápidamente y abrí la boca con un gesto de admiración.

—Si usted me lo permite, Sir John, puedo sugerirle un plan muy sencillo.

¿Creerán ustedes que era Vargus? Magullado, ensangrentado, sucio, pero desbordándose en una obsequiosa ayuda.

Yo no supe qué contestarle.

—Este es el hombre que imaginó lo de los perros,—dije a Danjuro.

El señor Vargus inmediatamente dirigió su atención al japonés.

—Me he apresurado a telefonear nuevamente a mis colegas, señor,—dijo.—No vendrán a atacar la casa. Están tranquilamente diseminados por el pantano. Lo que yo quería sugerirles es esto: Sir John, como todo el mundo sabe, es uno de los más hábiles pilotos de Inglaterra. Yo conozco bien la maquinaria de la nave aerea que se encuentra aquí y soy también un experto operador de telégrafo sin hilos. ¿Por qué, señores, no podemos instalarnos a bordo y marchar volando hasta Plymouth? No tardaremos ni media hora, y, entretanto podríamos enviar señales en todas direcciones para asegurarnos contra un ataque, por equivocación. Yo les prometo una encantadora mañana.

Miré a Danjuro.

¡Tenía razón!... Yo entreví el mayordomo de Plymouth, en un plácido amanecer, los grandes trasatlánticos aereos flotando en las aguas y—¿por qué no confesarlo?—mi triun-

fo superior al que había conseguido hasta entonces hombre alguno.

—Pero usted va a ser ahorcado—dije a Vargus recordando su terror al verdugo.

Él sonrió tristemente y sacudió la cabeza.

Y no murió. Se decidió a ser "testigo del rey", como dice la ley inglesa y evitar investigaciones informando a la justicia de todo cuanto sabía. En vista de esto obtuvo la conmutación de pena, y salvó la vida. Tengo entendido que ahora toca el órgano en la capilla de la cárcel de Dartmoor con sin igual maestría.

Partimos de aquella odiosa caverna mientras salía el sol, dejando todos los horrores en ella, como si lo ocurrido fuese un espantoso sueño, y volamos como un halcón rumbo a Plymouth.

Mientras yo iba manejando el volante, Constanza permanecía a mi lado.

Tres horas después de nuestra llegada, cuando todo el mundo estaba agitado por la noticia, Danjuro me estrechó friamente la mano.

El señor Van Adams había partido de Londres. Asuntos financieros exigían su presencia en Estados Unidos y el yate aereo "Mayflower" esperaba para zarpar.

El japonés no demostraba emoción de ninguna especie. Constanza le hubiera besado, de habérselo permitido el japonés, y yo, no encontaba palabras para expresarle mi agradecimiento y admiración.

—No es el "Dia de las Damas" del Club de Danjuro,—manifestó su propietario, mientras el pequeño japonés huía de mi prometida y abandonaba la habitación del Hotel Royal, donde nos encontrábamos.

—Eso no es un hombre... ¡es un pescado!—exclamé medio riendo, medio llorando.

—¡Por supuesto!—respondió Van Adams.

FIN DE "EL PIRATA AEREO"

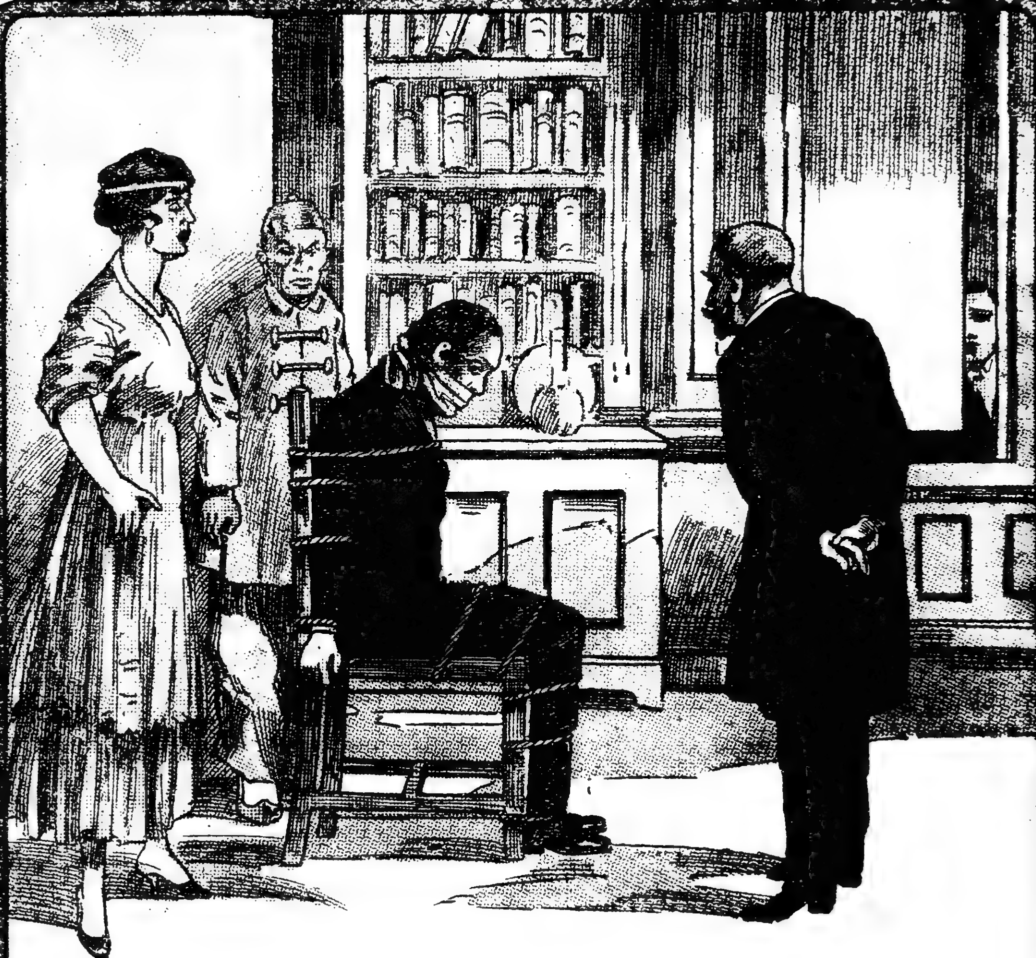
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

DICIEMBRE
de 1921

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION MENSUAL No. 5.



EN ESTE NUMERO:

EL CASO DEL ACTOR CINEMATOGRÁFICO

Nueva novela policial del gran detective

SEXTON BLAKE


Sumario



"¡Socorro!" gritó Wang y su grito terminó ahogado por la presión de la mano de Tinker en su cuello. El hombre de una sola oreja saltó del carro... ("El Caso del Actor Cinematográfico").



EL CASO DEL ACTOR CINEMATOGRAFICO

o

Los Empresarios Rivales

Narración dramática y vibrante, traducida especialmente para "Pucky" y en la que intervienen el gran investigador Sexton Blake y su joven ayudante el simpático Tinker.

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

La última palabra.—Un mensaje del coronel Ainsworth.—Comisión delicada.—La noticia mala para el coronel.

EL detective-inspector Martín, de Scotland Yard paseaba, impacientemente, de un lado a otro de la salita de la oficina de policía de Stoke Benton, con el ceño fruncido y una expresión de fastidio y de enojo en su rostro rojo, adornado por tupida barba recortada.

El sargento de la policía local, hombre de buen aspecto y de penetrante mirada, cuya inteligencia y actividad debíanle haberle hecho ascender hacía tiempo, sacándolo de aquella pequeña y somnolienta ciudad, miraba al hombre del personal superior con algo de nerviosidad. Durante la mañana se había dado cuenta de todo lo mal humorado que podía resultar el inspector Martín y temía que el próximo estallido de furor tendiente a desahogar la furia del detective de Londres le fuera dirigido.

—¡No logro comprenderlo! — exclamó Martín sacando del bolsillo su voluminoso reloj de plata y mirando su inofensiva esfera. — No es hombre que falte a una cita. Dijo que nos veríamos aquí a la una y son casi las dos. Si no viene pronto...

La puerta se abrió y un hombre seriamente vestido, delgado y de rostro pálido, entró en la habitación con una balija en la mano.

—¡Hum! — profirió Martín. — ¡Al fin ha llegado! Ya me figuraba que se había olvidado de mí.

Sexton Blake, el famoso criminalogista de Baker Street, Londres, saludó, inclinando la cabeza mientras ponía la balija en la mesa.

—Si le he de decir la verdad, amigo mío, —dijo tranquilamente, — no me acordé de usted ni lo más mínimo hasta hace un cuarto de hora, cuando me dirigí a esta oficina.

Aquello era demasiado. Martín se puso rojo y jadeante de indignación.

—¿Qué diablos quiere usted decir?—gritó. — Usted debía estar bien al tanto de que soy un hombre que tiene mucho que hacer y que no me gusta que me hagan esperar. Además, en un caso como éste...

—Da la casualidad de que nada nos apura, — dijo Sexton Blake terminando la frase y empujando el tabaco que ardía en su pipa con un dedo al parecer, a prueba de fuego. —Podremos, con toda comodidad, tomar el próximo tren para Londres.

—¿Y qué me dice usted de Abraham Wells? — preguntó Martín con sorpresa.— Si fué él quien envenenó a su esposa...

—No fué él quien la envenenó, — objetó Sexton Blake disponiéndose a abrir la balija. — Ella fué envenenada, pero no por su esposo, ni por ninguna otra persona, intencionalmente al menos.

Martín acentuó la expresión de enojo y preocupación de su entrecejo y se rascó la coronilla vigorosamente, levantando un lado de su sombrero de fieltro, que se inclinó ridículamente sobre el ojo derecho.

—No le entiendo, — gruñó dubitativamente. — Todas las circunstancias le acusaban. La esposa se negaba a darle el dinero que el pedía constantemente y, sin embargo, había hecho un testamento a su favor, de modo que, con su muerte, el marido vendría a encontrarse poseedor de bienes que dan una renta anual de más de mil libras esterlinas.

—Ahora será poseedor de esos bienes,—

dijo el detective de Baker Street, — y si es verdad lo que he oído decir sobre sus costumbres, se beberá el capital hasta que muera, dentro de pocos años, destruído por el alcohol. El hombre es un burdo y un holgazán, pero no homicida. Las declaraciones de los peritos demuestran que envenenó a un perro con el veneno que compró hace varias semanas.

—Pero tal vez no lo gastó todo en envenenar al animal,—argumentó Martín.

—Puede ser. Pero sea como sea, la señora de Wells murió de envenenamiento por ptomainas, causado por haber ingerido carne en conserva que no estaba fresca.

Martín silbó.

—¿Está usted seguro de que sea así, señor Blake?—preguntó.

En contestación, el detective particular volvió la llave que había metido en la cerradura de la balija y levantó la tapa. Lo primero que sacó fué una mutilada lata de carne en conserva y una hoja de papel cuidadosamente doblada y metida en un sobre azul.

—Esta lata la encontré ayer en el cajón de la basura, en el jardín de la casa habitada por Wells y su esposa, — dijo. — Si se fija usted en las tapas de los extremos, verá que están redondeadas hacia fuera. Cuando la carne no ha sido preparada cuidadosamente y empieza a podrirse, produce gases que empujan los extremos de la lata. Al ver esta lata me dí cuenta, por primera vez, de la verdadera causa de la muerte de la señora. Dirigí un telegrama a Sir Francis Glassing, el eminente toxicólogo y en cuanto llegó y examinó lo que tenía que examinar, dejó demostrada la inocencia de Abraham Wells.

—¿Estuvo aquí Sir Francis Glassing?—preguntó Martín.

—Sí, y realizó varios estudios y análisis. El médico de la localidad se equivocó cuando afirmó cuál era, en su opinión, la causa de la muerte. Aquí está el detallado informe de Sir Francis. No va a ser necesario pedir la orden de prisión contra Abraham Wells, en consecuencia.

—Pero entonces ya no hay nada más qué hacer a ese respecto. Puede darse el asunto por terminado,—gruñó el inspector Martín.—Lo que me choca es que me haya dejado usted a un lado, enteramente, durante todas las averiguaciones definitivas del caso.

Sexton Blake se encogió de hombros.

—Sin embargo,—dijo, bajando la voz lo suficiente para que el sargento no pudiera oirle.—"el asunto fué muy hábilmente solucionado por el detective inspector Martin, de Scotland Yard, el conocido detective cuyo nombre conocen bien nuestros lectores, etc., etc." Así hablarán los diarios de esta misma noche y usted debe declararse satisfecho.

El inspector Martín se dió cuenta de que su amigo el investigador de Baker Street había procurado que fuera para él el crédito de haber solucionado aquel misterio y sonrió plácidamente, pasado, como por encanto, su mal humor.

—Muy bien,—dijo.—Claro está que nada tengo que decir desde que el asunto ha quedado solucionado. ¿Dónde va usted ahora? Hay un tren rápido para Londres, a las tres y cincuenta y nueve.

—Por lo pronto, voy a regresar al hotel,—contestó Blake.—¿Viene usted conmigo?

—No; tengo que arreglar antes algunas cosas aquí. Ya iré a tiempo para que tomemos juntos el tren,—dijo Martín.

Sexton Blake inclinó, afirmativamente, la cabeza.

—Conviene que se haga usted cargo de esta lata y del informe de Sir Francis,—dijo.—Smithers, el veterinario del Camino de los Robles, en la localidad, declarará que el perro de Wells murió envenenado. Exhumamos el cuerpo del pobre perro esta mañana y él lo examinó. Bien: hasta dentro de poco.

Sexton Blake salió de la oficina de policía y se encaminó por la calle principal de Stoke Benton. Sacudió la pipa a fin de limpiarla de cenizas, se la guardó en el bolsillo y encendió un cigarrillo. Dirigióse con rápido paso hacia el Hotel del Ferrocarril donde él y Martín habían tomado alojamiento la noche anterior.

Al verse en el hotel recordó Sexton Blake que aun no había almorzado. Pero acababa de sentarse ante una de las mesas cuando se acercó a él una de las camareras con un sobre en la mano.

—Usted es el señor Sexton Blake ¿no es verdad, señor?—dijo.

—Sí,—contestó el detective.—¿Una carta para mí?—preguntó con extrañeza tomando el sobre que le entregó la camarera.

—Sí, señor. La envió el coronel Ainsworth, señor,—explicó la joven,—el curioso viejo que vive en "Las Veletas". Su criado la trajo y pidió que se le entregara usted en cuanto llegara, porque era urgente.

Sexton Blake miró el sobre de uno y otro lado, sin disponerse a abrirlo. Sus ojos grises fijáronse en el rostro de la joven.

—"El curioso viejo",—dijo sonriendo. —¿Por qué le llama usted así?

—Porque... pues, señor...—la camarera calló un momento como si no supiera qué decir.—Tal vez porque el coronel Ainsworth es así,—dijo por último.

—¡Pero yo no conozco ese nombre!—dijo el detective.—Sin embargo parece haberse enterado muy pronto de mi presencia aquí y me envía una carta... ¿Puede usted decirme algo sobre ese coronel Ainsworth?

—Lo único que puedo decirle es que la gente habla mucho de él, en la localidad, y que no tienen fin las cosas que se cuentan a su respecto,—contestó la camarera.— A veces se pasa largo tiempo, meses y meses, en su yate de vapor, pero cuando está en su casa no recibe a nadie de estas inmediaciones y se pasa la vida enteramente solo, especialmente

desde que el señor Arturo, su hijo, se fué de la casa, separándose de él. Estuvo largo tiempo en la India y dicen que de allí trajo todo género de bestias feroces de los matorrales y que, por la noche, andan sueltas por el parque, en torno de la casa. Si eso es verdad o no, señor, no lo sé. Lo que sé es que nadie de todos los que por aquí viven, se atrevería a entrar en el parque de Las Veletas durante la noche.

—¿Entónces su hijo se separó de él?—dijo Sexton Blake mientras examinaba la caligrafía del sobre.

—Sí, señor. Un joven de muy hermoso aspecto. A veces venía al hotel, por la noche a jugar un rato al billar. Riñó con el padre, según dicen, y se fué a Londres sin decir nada a nadie. ¿Le traigo el almuerzo, señor? ¿Qué desea?

—Sopa de tomate, para empezar,— dijo Blake.—Después, cuando vuelva usted, le diré lo restante.

La camarera sonrió y se retiró. El detective rasgó el sobre.

La carta estaba trazada por la misma temblorosa mano que había escrito la dirección del sobre y decía así·

"El coronel Ainsworth tendría una satisfacción si el señor Sexton Blake quisiera hacerle una visita antes de regresar a Londres. El coronel Ainsworth tiene un caso que desearía poner en manos del señor Blake."

Mientras almorzaba, el detective pensó en la seca epístola de distintas maneras.

Su primera intención fué escribir una respuesta igualmente lacónica, diciendo que no podía atender el pedido del viejo militar. A Blake no le gustaba ni que se pudiera suponer que andaba solicitando trabajo y no le gustaba la redacción de la carta que tenía todo el aspecto de una orden a uno de quien se sabe que trabaja por dinero.

Sin embargo tenía algo de fascinador la vaga historia que había narrado la camarera sobre el viejo guerrero y sus costumbres excéntricas. ¿Sería verdad que extrañas bestias feroces,—reliquias de los días pasados en la India,—paseaban por el parque de su casa durante la noche? Si era así, el hombre debía ser un extraordinario personaje. Lo que se salía de lo general siempre había interesado a Sexton Blake. Cuando se sirvió el queso ya había decidido ir a ver qué deseaba de él el coronel Ainsworth. La curiosidad había podido más que el orgullo.

Para ir a ver al coronel Ainsworth tendría que perder el tren que salía para Londres a las cuatro menos un minuto; pero pasaba otro tren a eso de las cinco y el inspector Martin no tendría inconveniente en esperarle de modo que no le faltara sú compañía durante el largo, por lo lento, viaje de regreso a Londres.

Blake escribió unas líneas dirigidas a su colega de Scotland Yard y se las entregó a la camarera. Después le preguntó por dónde se iba a Las Veletas, tomó cuidadosamente nota de las indicaciones que ella le dió y salió del hotel.

Pronto estuvo fuera de la población y cruzando los pintorescos campos de Surrey.

Por fin llegó a un parque que parecía un tupido bosque rodeado de una verja excepcionalmente alta, cuyo borde superior estaba protegido por un hilo de alambre de puas. Por entre los árboles se veía a la distancia, los lúgubres y grisáceos techos en punta de un edificio que debía ser muy viejo.

Cuando Blake se detuvo vió que un campesino venía por el camino y esperando a que el hombre llegara a su lado, le saludó y le preguntó, acercándose a él:

—¿Es esta la casa del coronel Ainsworth?

El labriego le miró de pies a cabeza con curiosidad, antes de hablar y por fin, dijo lentamente:

—¡Ay, señor! ¿Usted espera poder ver al coronel?

Blake contestó afirmativamente inclinando la cabeza.

—Pues entonces estoy pensando que usted se va a llevar un desengaño, señor,—dijo el otro.—Es un hombre que no recibe a nadie que venga a visitarle y crea que no le van a dejar pasar del portón.

—¡Es que yo voy a verle porque él me ha mandado llamar!—dijo Sexton Blake.—¿Dónde quedan los portones?

El labriego se quedó aturdido de puro asombrado. Se comprendía que todo lo que había dicho la camarera del hotel sobre la falta de visitantes en Las Veletas era verdad, al parecer.

—Los portones los encontrará el señor, del otro lado,—dijo el campesino.—En cuanto vuelva la primera esquina.

Blake le dió las gracias y siguió camino adelante hasta que pudo volver y hallar los portones donde le había dicho el campesino. Allí, después de haber tirado de la manija a que estaba unida la cadena que hacía sonar la campana en la pequeña portería que se veía por entre los herrumbrados barrotes, experimentó una sorpresa.

Un gigantesco hindú salió de la portería en cuanto la puerta se abrió y miró hacia el portón con cara feroz. Tras él salió un mastín tan gigantesco, en proporción, como el hombre y el animal se adelantó en seguida ladrando amenazador, al visitante.

El hindú era uno de los hombres más altos que el detective había hallado fuera de un circo. Debía tener siete pies de estatura y era ancho de pecho y de espaldas. Resultaba una figura extraña y llamativa, pues aun cuando vestía como visten generalmente los guarda bosques, tenía puesto un turbante y usaba bigote y larga barba.

—¿Qué desea usted?—preguntó de mala gana.

Sexton Blake tenía en su poder, en el bolsillo, la carta del coronel. Cuidando de no poner la mano al alcance de los blancos y ame-

nazadores dientes del mastín, arrojó la carta por entre los hierros.

—Su patron me ha pedido que viniera,—dijo.—Sujete a su perro y déjeme pasar.

El hindú tomó la carta, recorriéndola luego con una rápida mirada.

—¡Quieto Satán!—ordenó al mastín.—¡A mis pies!

El perro obedeció instantáneamente y después de restregar la cabeza en las piernas del gigantesco personaje, se metió en la casita de la portería tras del hindú que volvió a meterse en ella. Permaneció ausente unos pocos minutos y reapareció después pero sin el perro. Descorrió el cerrojo del portón y lo abrió.

—Ruégole que tenga la bondad de pasar, sahib, — dijo inclinándose con sumisa cortesía.

Cruzó Sexton Blake el parque siguiendo a su extraño guía y por fin llegaron a una casa que debía tener lo menos dos siglos, la misma que él había vislumbrado por entre los árboles.

Vista de cerca la casa parecía aun mas antigua y mas ruinosa de lo que Sexton Blake había supuesto en el primer momento. Una de las alas estaba cayéndose a trozos. Los vidrios de las ventanas, rotos, habían sido sustituidos por tablas viejas y se comprendía que aquel lado del antiguo edificio estaba casi, si no enteramente, fuera de servicio.

Cruzaron el espacio de césped de delante de la casa y el hindú subió los escalones de la gradería de entrada y, volviéndose para indicar a Sexton Blake que le siguiera, se detuvo ante la puerta principal.

En respuesta a un llamado del oscuro portero que oprimió el botón de un timbre eléctrico, se abrió la puerta y apareció un anciano decrépito vestido como visten los mayordomos. Parecía estar esperando al detective pues en cuanto Blake dijo su nombre se retiró a un lado, pidiéndole que tuviera la amabilidad de entrar.

El hindú se quedó en la gradería de entrada seguramente con el propósito de esperar a que saliera el detective para acompañarle de nuevo a través del parque hasta el portón, cuando hubiera terminado su entrevista con el dueño de casa.

—El señor va a recibirle en la sala, señor, —dijo el mayordomo con toda deferencia.—Tenga la bondad el señor de pasar por acá.

Le indicó que cruzara el sombrío hall e hizo pasar al detective a una habitación cuya puerta quedaba al fondo del hall.

La habitación era tal como el detective se la había figurado antes de entrar. Baja de techo, con el revestimento de madera de roble de las paredes carcomido por los insectos y descolorido, y con la enorme chimenea tan propia y característica de todas aquellas viejas casas de campo.

El mayordomo adelantó una butaca de mimbre para el visitante y murmurando en voz baja una frase pidiendo a Sexton Blake que esperara al coronel Ainsworth, que no tardaría más que un minuto en llegar, retiróse.

Poco tardó efectivamente, en presentarse el viejo militar. La puerta interior se abrió lentamente. Blake se puso de pie y se vió ante un viejecito bajo de estatura envuelto en un "robe-de-chambre" rojo descolorido.

No cabía duda de que era verdad que aquel hombre había pasado muchos años de su vida en países tropicales. Tenía el rostro curtido y del color bronceado que deja como marca indeleble el candente sol de la India en todo el que está expuesto a él durante algunos años. La blancura inmaculada de su cabello y de su bigote hacía resaltar aun más el color curtido de la piel.

Aun tenía su actitud mucho de militar, por más que tenía la espalda inclinada como todo el que ha leído y estudiado mucho. Era tan delgado que los pómulos parecían estar próximos a pinchar y abrirse paso por entre la apergaminada piel, y el amplio batón caía en pliegues largos en torno de su cuerpo escuálido.

—Tenga usted la bondad de sentarse, señor Blake,—dijo con voz áspera y cascada que acrecentó la nerviosa curiosidad del detective.—Me es muy agradable que haya usted querido tener la amabilidad de venir.

Sexton Blake miró el reloj que estaba en la repisa de la enorme chimenea.

—Tengo los momentos contados, coronel, así que sólo puedo dedicarle diez minutos,—dijo,—pues he de tomar el tren que pasa poco después de las cinco. Si usted quiere tener la bondad de darme los detalles del caso de que desea que me ocupe yo le contestaré en seguida si me interesa lo suficiente para que me decida a ocuparme de él.

El coronel se tironeó el bigote y pareció asombrarse ante la actitud de su visitante. Se percató inmediatamente, sin embargo, que, al revés de casi todos los "investigadores particulares" que tanto abundaban y abundan, Sexton Blake no estaba ansioso por encontrar trabajo.

—Según lo que he oido decir sobre sus facultades de investigador, señor Blake,—dijo, —el encargo tiene que ser de muy fácil ejecución para usted. Supe que estaba usted en esta pequeña ciudad y me tomé la libertad de escribirle y solicitarle una entrevista. El caso es este: mi hijo está conduciéndose como un verdadero loco, como un tonto...

—No hay joven que no se conduzca así durante una temporada,—replicó Blake secamente.—Pero ¿en qué sentido se orienta su locura... o su tontería?

Los ojos del coronel brillaron de enojo.

—¡En dirección de una mujer, señor, de una aventurera de lo peor que existe!—dijo con energía. — Yo le escribí a ella tratando de comprarla, pero ella no hizo caso de mi carta. Después fuí personalmente a verla y fuí recibido con desvergüenza y grosería.

—¿Y bien? — preguntó Blake alzando las cejas interrogativo. — ¿Cómo cree que yo puedo serle útil?—dijo.

El coronel se sentó y adelantó la silla.

—Viéndola, — dijo, — y ofreciéndola dinero para que deje en paz a mi hijo. El asunto puede ser muy fácil de solucionar, señor. Donde yo fracasé su personalidad puede impresionarla. Además es muy posible que usted la conozca de antes y que sepa algo sobre su vida que convenza a mi hijo de que el pasado de esa mujer está manchado.

Sexton Blake se levantó, con actitud de indignación.

—Mi querido señor, — dijo, — esa misión podría desempeñarla un procurador, pero no un detective. Siento que usted se haya equivocado tanto a mi respecto y me haya hecho perder el tiempo.

El coronel se mordió el labio.

—¿No quiere usted encargarse del caso? —preguntó.

—Lo siento mucho, señor, pero no, —respondió Sexton Blake. — Es cosa que se halla enteramente fuera de lo que constituye mi profesión y no me interesa. Adios, coronel.

—¡Espere! ¡No se vaya! — dijo el coronel levantándose y acercándose a tomar del brazo al detective. — ¡Venga hacia aquí! —agregó.

Llevó a Blake hacia una de las puertas de cristales, descorrió una cortina e indicó el jardín de invierno que por aquella puerta se veía.

—¡Mire!—dijo con sencillez.

La mirada de Sexton Blake siguió la dirección indicada por la mano del viejo militar y se detuvo en la delgada silueta de una joven, sentada en un sillón de mimbre, entre macetas con plantas tropicales, al otro extremo de la galería de cristales.

No debía tener aquella joven más de diez y nueve o veinte años y aun cuando vestía con sencillez, Sexton Blake se dió cuenta de que era una de las jóvenes más delicadamente bellas que había visto en su vida.

Su cabello era de un tono entre marrón y oro y tan abundante que el arte de su mucama, — suponiendo que la tuviera, — no había sido suficiente para dominarlo y esclavizarlo dentro de los límites de un peinado vulgar; su cutis era tan blanco y tenía una tonalidad tan suave como la de las rosas; y sentada allí, ajena a la presencia de los que la miraban, su perfil era exquisito, perfecto.

Sin embargo, a pesar de su juventud, a pesar de su encanto y de su belleza, había algo terriblemente triste en su aspecto. Estaba sentada, mirando fijamente ante ella, con las manos en un libro que estaba en su regazo.

Blake pudo casi imaginarse que una lágrima brillaba en sus largas pestañas... que sus rojos labios temblaban...

El coronel corrió la cortina y se volvió hacia la sala.

—Es mi pupila, señor Blake, — dijo.— Antes de que Arturo se fuera, eran casi novios. Si le he llamado a usted, ha sido por ella.

Sexton Blake volvió a poner el sombrero en la mesa y volvió a sentarse.

—Voy a encargarme del caso, — dijo sencillamente. — Tenga usted la bondad de darme todos los datos.

Un suspiro de alivio salió de los labios del viejo militar y sentándose, comenzó a dar al detective los detalles necesarios.

—No quiero ocultarle el hecho de que la relación de mi hijo con esa mujer de Londres me disgusta tanto como puede disgustar a mi pupila, señor Blake, — dijo.— Descendemos de una familia antigua y honrada y una alianza tal como la que mi hijo se propone realizar, resulta, a mis ojos, poco menos que un sacrilegio.

"Arturo fué siempre un poco díscolo y desde joven tuvo la manía de dedicarse al teatro. Era un espléndido actor de afición. Cuando, hace tres años le ofrecieron contrata para tomar parte en una película cinematográfica y se propuso aceptarla, reñimos violentamente. Desde enonces sus visitas a esta casa han sido pocas y distanciadas.

"Adela Walters, mi pupila, es hija de un compañero de armas, — un íntimo, fraternal amigo mío, — que murió en un combate cuando la insurrección de los montañeses en la India. La madre murió al darla a luz. John Walters me pidió, en su lecho de muerte, que cuidara de su hija y la tomara bajo mi protección.

"He cumplido, — o creo haber cumplido, —mi deber hacia ella. La eduqué junto con mi único hijo. Juntos jugaron cuando niños y siempre los consideré como hermano y hermana. Arturo, también, veía a Adela bajo ese aspecto; pero cuando ella estuvo cerca de la edad en que la nña se transforma en mujer, comprendí perfectamente que ella tenía por Arturo una inclinación más tierna y más intensa.

"Durante largo tiempo Arturo pareció no comprender la verdad, aun cuando me imagino que cuando se fué de casa contra mi deseo y desobedeciéndome, y Adela le suplicó que abandonara sus locos proyectos, experimentó una grandísima impresión.

"Pero su amor a la escena era todo para él. Ni siquiera el cariño de Adela pudo decidirle a rechazar la oportunidad de dedicarse a actor. Se fué, contratado por el señor Hudson, de la "Britsh Photo Plays Company" y con él se halla todavía, habiendo conquistado, según me han dicho, una envidiable reputación.

Sexton Blake inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Dijo usted que su nombre es Arturo, —dijo. — ¡Pero entonces, debe ser Arturo Ainsworth, el gran Arturo Ainsworth! Se ha conquistado grandísima popularidad en el mundo cinematográfico, coronel, puedo asegurárselo. Pero no es posible que usted se oponga seriamente a que siga esa profesión.

El coronel se encogió de hombros.

—Mis ideas serán tal vez anticuadas, señor Blake, — dijo. — Pero no estoy de acuerdo, de ningún modo, con la vida que hace. Supongo que le fascina, pues aun cuando la guerra ha disminuído mucho mis

rentas estoy dispuesto todavía a fijarle una pensión con tal de que entre en el ejército; y esto es lo que no ha querido aceptar causándome grandísimo dolor e intensa decepción. En un momento como éste, tan crítico para la historia de nuestro país, todo hombre joven hace falta en el ejército. No puede haber excusa para que ningún británico en edad de prestar servicio militar pierda el tiempo impresionando películas para el público amigo de las emociones. Pero permítame que le hable de esa mujer, que es de lo que deseo hablarle en primer lugar.

—¿Se trata de alguna actriz? — preguntó Sexton Blake.

—¡No! — contestó el coronel. — Cómo vive y de dónde procede su dinero son misterios. Vive en un lujoso departamento cerca de Kensington Gardens y su nombre es Esmee Ormby, es decir el nombre que usa ahora,—agregó con malicia.

—¿Su hijo piensa realmente casarse con ella?—inquirió el detective.

—Sí — contestó el coronel. — Primero me enteré de sus relaciones por un amigo que vive en Londres y fuí a la ciudad a ver a mi hijo. Arturo me manifetsó que era verdad todo lo que me habían comunicado y tozudamente me dijo que dijera yo lo que dijera él haría su voluntad. Me dijo que amaba a Esmee Ormby y que aun cuando las ideas que ella tenía de la vida en general fueran algo... avanzadas y a pesar de que ella tuviera más años que él, se casaría con ella y no con ninguna otra mujer.

—¿Está usted seguro de que ese matrimonio sería inconveniente? — preguntó Blake.

El coronel golpeó con el puño cerrado en la palma de su huesuda mano izquierda.

—¡Ese matrimonio es un disparate! ¡Una calamidad! — dijo con vehemencia.—¿Qué puede decirse que no sea eso cuando se trata de una mujer que frecuenta los clubs nocturnos, que reúne a mucha gente en su departamento, donde se juega noche a noche hasta el amanecer, y que está relacionada con todo lo más libertino y degradado de la capital?

—¿La señorita Walters está al tanto de que su hijo, coronel, se halla enamorado de la señorita Ormby? — preguntó el detective.

—Se la conoce como "la señora de Ormby", pues pasa por ser viuda. Sí, Adela está al corriente de todo, desgraciadamente. Oyó todo lo que me dijo el amigo de Londres que vino a ponerme en guardia y nos oyó discutir el punto. Desde entonces ha estado seriamente enferma y lo médicos temen que siga declinando si no se hace algo que logre sacarla del estado de indiferencia, casi de letargia en que se encuentra y que es consecuencia de una extraña depresión nerviosa. Señor Blake, ¿tratará usted de arreglar ese asunto? — preguntó el coronel con ansiedad.

—Se lo he prometido ya, — contestó.— Deme usted ahora las señas exactas del domicilio de esa mujer y dígame qué suma está usted dispuesto a dar para romper esas relaciones. Se tratará, en suma, de comprar a la mujer, como usted lo ha dicho.

El coronel se dirigió a su mesa escritorio y levantó la cortina. Tomó una tira de papel a la que estaba unido, por un alfiler, un cheque.

—Aquí está mi cheque por mil libras esterlinas, — dijo, — y la dirección de Esmée Ormby. Estoy seguro de que lo único que está buscando es la fortuna de mi hijo. Puede usted decirle a esa mujer, señor Blake, que poco debe esperar de mí actualmente, aun cuando insista en casarse con Arturo.

—¿Se propone usted desheredarlo?—preguntó el detective.

—No; eso es imposible, pues nuestra fortuna procede de herencia y pasa de un primogénito a otro con derecho al usufructo, pero no a la venta ni a la enagenación de ningún modo. Antes de que empezara la guerra yo era, relativamente, rico, pero ahora y aun después que la guerra termine, mi situación es muy distinta. Muchos negocios en los que había colocado dinero y que sería demasiado largo detallar, han sufrido mucho desde el día fatal en que comenzaron las hostilidades.

Sexton Blake guardó en su cartera el cheque y las señas, se levantó y tendió la mano al coronel.

—Adiós, coronel Ainsworth, — dijo. — Le comunicaré el resultado de mi visita a esa señora Esmée Ormby, lo más pronto posible.

El coronel acompañó al detective hasta la puerta, donde el gigantesco hindú esperaba todavía para guiarle hasta el portón.

El viejo militar miró durante un momento cómo se alejaban las figuras de su servidor y de su visitante, hasta que desaparecieron tras de una curva del camino. Entonces, suspirando, entró en la casa y cerró la puerta.

—¡Quiera Dios que Sexton Blake salga victorioso — murmuró. — Adela es como una hija para mí, sobre todo ahora que Arturo me ha abandonado, y temo que la hiera traidoramente la muerte si esa mujer infame logra hechizar al muchacho.

En la mesa del hall vió un ejemplar de un diario de la mañana y dándose cuenta de que aun no se había enterado de las noticias del día, lo tomó y volvió con él a la sala.

Sentándose en la butaca de mimbres y encendiendo un cigarro de hoja, leyó el diario, tranquilamente, durante unos diez minutos. Entonces, de pronto, en el momento en que acababa de volver una hoja, brotó de sus labios una exclamación y se quedó mirando la página del diario como si no se decidiera a creer lo que sus ojos veían en las líneas de gruesos caracteres de un encabezamiento a varias columnas que decía así:

SUICIDIO DE JESSE WELFARE

El conocido banquero se mata en su oficina
Alarma intensa en la Bolsa de Comercio
Confesión de una gran estafa

—¡Dios mío! — exclamó. — ¿Significaba esto que hay algo que deplorar en el asunto de las acciones de empresas brasileñas en las que yo coloqué tanto dinero? Yo...

Febrilmente leyó la crónica del suceso cuyo encabezamiento le había llamado la atención y bajo el tono curtido de su rostro se vió que se ponía pálido: los labios le temblaban de emoción.

" Poco antes de las siete de anoche, — " decía el diario, — Marta Duckers, mujer " que hacía la limpieza, entró en la casa, " situada en Threadneedle Street No. 13 x " y halló al entrar en el escritorio particu- " lar de su patrón, al gran financista ten- " dido en el suelo, junto a la mesa. La puer- " ta estaba cerrada con llave, pero la mu- " jer pudo entrar, porque llevaba la llave " general que abre todas las puertas de la " casa, para entrar en ellas y hacer la lim- " pieza.

" Un médico a quien se llamó urgente- " mente, manifestó que el señor Jesse Wel- " fare estaba muerto. Una herida de ba- " la,—que seguramente se la había infe- " rido él mismo, pues aun tenía el revólver " firmemente agarrado con la mano dere- " cha,—le atravesaba el pecho. Un sobre " cerrado que se halló en la mesa contenía " la confesión de que la reciente venta de " acciones de la nueva compañía: Sindicato " de Explotación de Caucho el Salvador, ha- " bía sido pura y sencillamente una estafa.

"Segun parece, el señor Jesse Welfare ha- " bía adquirido hace tiempo unas extensas " tierras con bosques, en el Brasil; tierras y " bosques donde no hay nada que se parezca " a caucho, y los traspasó, como si se trata- " ra de regiones en plena y abundante pro- " ducción, a la empresa que organizó.

" No se ha podido averiguar todavía to- " dos los detalles sobre el asunto, porque " la policía se muestra muy reticente al res- " pecto. Pero la caída de esa empresa afec- " tará a miles de hombres y mujeres de " todas las clases sociales, temiéndose que " se produzcan hoy escenas deplorables en " la Bolsa de Comercio y..."

El coronel lanzó un gemido y se quedó casi como desmayado, en su sillón, con el diario estrujado, en la mano.

—¡El dinero que expuse para tratar de desquitarme de mis otras pérdidas se ha ido!... ¡Lo he perdido todo!—exclamó con ronca voz. — ¡Estoy arruinado! ¡Arruinado! ¡Pero no! Aun tengo tiempo para avisar a Sexton Blake, decirle lo que pasa y retirar el cheque de mil libras. Pero...

Alzó la cabeza y apretó los labios, decidido.

—¡No! — dijo con firmeza. — ¡Que los sucesos sigan su curso natural! Si el dinero ese logra arrebatar a Arturo de las redes de esa mujer, tal vez se logre salvar la vida de Adela. ¡Más vale la peor pobreza que el dolor de verla marchitarse y morir! ¡Pobre Adela!

CAPITULO II

Los empresarios rivales. — La noticia de la gran estafa. — Un cambio de opinión.— La mujer de Kensington Gardens.

EL hombre atado al tablón forcejeaba desesperado una y otra vez, gritando pidiendo socorro. Pero su voz era ahogada por el continuo y fuerte zumbar de la sierra circular, cuyos dientes iban mordiendo el tablón.

Con cuerdas atadas a las muñecas y a los tobillos, el hombre estaba sujeto boca arriba en la tabla que la máquina iba acercando lentamente hacia la hoja de la sierra. La cabeza, de negro y ensortijado cabello se hallaba a menos de tres pies de la hoja de metal, dentada.

—¡Socorro! ¡Socorro! — gritó desesperado. — ¡Oh! ¡Santo Cielo! ¿No hay nadie que pueda salvarme?

Ya no era más que de dos pies la distancia que separaba la cabeza de la dentada hoja acerada, pues el tablón seguía avanzando llevado por los rodillos de la máquino y el hombre se iba aproximando.

Ya no faltaba más que un pie. El zumbido de la sierra parecía haber adquirido un tono amenazador y el aire que movía agitaba los mechones de pelo del hombre.

De pronto se oyeron recios golpes dados en la puerta del aserradero y se vió que un hacha golpeaba los tableros de la puerta, haciéndolos astillas. Pasaron dos segundos, durante los cuales los trozos de madera de la puerta volaron en todas direcciones, dejando abierto un hueco, por el que se vió aparecer un brazo.

—¡Socorro! ¡Socorro! — volvió a gritar el hombre que estaba atado al tablón.

Los nerviosos dedos de la mano que había pasado por el hueco de la puerta lograron hallar la llave que estaba puesta en la cerradura, del lado de dentro. La volvió en un instante. La puerta se abrió de golpe, quedando a un lado, medio salida de sus goznes y una mujer despavorida, de extraviados ojos y despeinado cabello,—pero que era muy bella y simpática,—entró.

Un agudo grito brotó de sus labios cuando se dió cuenta de lo horrible de la escena que se desarrollaba ante sus ojos y se percató de que el hombre era mecánicamente acercado a la sierra que debía herirle de muerte, dentro de pocos instantes, si no se acudía en su socorro. Arrojando a un lado el hacha que le había servido para forzarse la entrada, corrió hacia la máquina de aserrar y sacó al hombre de su peligrosa situación, tirando el tablón que saltó de la máquina al suelo, y cayendo pesadamente con él.

La mujer había llegado precisamente en el instante preciso, pues ya se hallaba la cabeza del hombre a pocas pulgadas del borde terriblemente dentado de la sierra circular y

el aserrín levantado por los dientes de la sierra comenzaba a salpicarle el pálido rostro.

La mujer se arrodilló junto al hombre y con temblorosa mano comenzó a desatar sus ligaduras. Cuando él, finalmente, tuvo libres los pies, la mujer le ayudó a levantarse.

Con sus ojos en los de ella, el hombre permaneció un momento estrechando ambas manos de la joven.

—¡Oh! ¡Grace! ¡Usted! ¡Me ha salvado la vida! — dijo. — Pero ¿cómo pudo llegar hasta aquí? ¿Quién le informó? No lo entiendo.

La mujer sacó del bolsillo una arrugada esquela.

—Recibí esta carta de advertencia, firmada por Meyers, — dijo.—Con seguridad ese hombre ha sido tan canalla que, vendido a sus enemigos, no ha vacilado en ser cómplice de los que querían,—y la joven se estremeció,—dar muerte al que fué su patrón y protector.

—Sepárese un poco a la derecha, que así no deja ver la sierra, señorita Williamson, —dijo el hombre haciéndola retroceder.— Al público le gustará ver cómo la sierra corta el otro tablón. Hará más efecto. ¡Adorada mía! ¡Grace de mi alma!

Y él la tomó en sus brazos con efusiva emoción.

—Mírelo como si lo quisiera de veras, Hetty,—gritó el director de escena desde lejos.—¡Eso es! ¡Muy bien! ¡Jim! Puede parar la cámara.

El fotógrafo, o "camera man" (el hombre de la cámara) como se le llama en los talleres cinematográficos, dejó de mover la manija y tapó el objetivo. El señor Hudson, propietario y director de la "British Photo Plays Company" se restregó las manos satisfecho.

—¡Esta vez sí que ha salido bien!—dijo contento. — ¡Brr! Parecía de verdad. Le felicito, Ainsworth. Y a usted también, señorita Williamson. ¡Muller! ¡Muller! ¿Dónde se mete ese endemoniado muchacho?

Un jovencito de cara jovial y nariz respingada, con una galerita clara echada hacia la nuca, acudió corriendo y suspirando.

Era el hombre para todo servicio de la compañía y había estado trabajando mucho y activamente todo aquel día. A su debido tiempo había tenido que ir a buscar whisky para el que hacía el papel de traidor del drama, cigarrillos para el señor Ainsworth, varias cajas de bombones de chocolate para las actrices y había tenido que desempeñar tres distintos papelitos en la película "El peligro de un héroe": vigilante, lacayo de librea y campesino; había ayudado a poner las decoraciones, había entregado la ropa del guardarropa, sin contar que había tenido que pellizcarle una oreja a un chico curioso que se asomó a una de las ventanas del taller y estuvo a punto de aparecer, sin hacer falta ninguna, en la película.

—¡Muller! ¡Ocúpese de esas luces!—ordenó el señor Hudson. — Ya hemos terminado la película y no volveremos a necesitarlas por ahora. No hay que despilfarrar nada en esta película, muchacho. Creo que cuando hagamos cuentas va a resultar que perdemos dinero en ella.

Muller suspiró de nuevo y fué a apagar las luces y recoger las lámparas. Hudson se volvió hacia Arturo Ainsworth, su actor "estrella", que estaba a su lado encendiendo un cigarrillo.

El actor sonreía. Estaba bien al tanto de que, según Hudson, el producir películas era el peor negocio del mundo, pero estaba convencido de que el balance de su patrón no era ningún desastre. Por eso sonreía.

—Bien, con el trabajo de hoy queda terminado su contrato, Ainsworth,—dijo Hudson con pena.—Con seguridad no va usted a dejarse convencer por las ofertas de esos yankis y a firmar nuevo contrato, ¿eh?

Había tomado a Ainsworth del brazo y le guiaba hacia su oficina. Le hizo entrar y le indicó una butaca, cerrando la puerta de un golpe.

—¿Una taza de te?—preguntó Hudson.

Arturo Ainsworth movió negativamente la cabeza. Bajo los colores de su caracterización estaba casi tan pálido como el blanquete que se había puesto.

—Unas gotas de cognac y un poco de soda será mejor,—contestó. — Esa escena del aserradero me puso muy nervioso la primera vez que la impresionamos y me ha puesto aún más nervioso la segunda vez. Me alegro de que ya no haya que volver a pensar en ella.

—¡Sí! Fué una desgracia el haber tenido que repetir todo el cuarto rollo,—dijo Charles Hudson mirando a su actor "estrella" a través del humo del cigarro que había encendido.—¿Sabe que me siento apesadumbrado y triste cada vez que pienso que voy a perderlo, Ainsworth? — añadió mirando el expresivo y hermoso semblante del joven.

Ainsworth fumaba lentamente. Sonrió con aire enigmático, pero no dijo ni una sola palabra.

Durante uno o dos segundos, Hudson siguió mirándole pensativo. Después, como distraído e indudablemente preocupado, procedió a servirle al joven actor lo que había pedido.

Charles Hudson era un activo y hábil hombre de negocios. Había dicho la verdad cuando había manifestado que le entristecía la idea de perder a su "estrella". Así era, porque Arturo Ainsworth había resultado uno de los más provechosos descubrimientos que jamás hiciera un empresario cinematográfico.

Cuando Hudson estuvo con su compañía en Stoke Benton, a fin de impresionar algunas escenas en un bosque de la localidad, había visto actuar a Arturo Ainsworth casi por casualidad.

En calidad de aficionado el joven había tomado parte en una breve comedia represen-

tada en el salón parroquial. Como no tenía nada que hacer esa noche, y como había oído a los de Stoke Benton elogiar las condiciones de intérprete de un joven de la localidad, Hudson tomó una entrada para el concierto,—que se realizaba con fines de caridad,—y había podido darse cuenta de que los habitantes de aquella pequeña ciudad no habían estado desacertados en su opinión.

Antes de que la comedia llevara cinco minutos de representación, Charles Hudson se había dado cuenta de que Arturo Ainsworth era artista de nacimiento y de que poseía todo el aspecto, la desenvoltura, la figura y la distinción que puede necesitarse para llegar a ser una "estrella" de cinematógrafo.

Cuando habló al vecino de la localidad de que deseaba tener una entrevista con Arturo y que su intención era ofrecerle un puesto en su compañía, el de Stoke Benton se le rió en la cara diciéndole que Arturo Ainsworth gozaba de una renta suficiente para no verse en la necesidad de trabajar para vivir.

Hudson, sin embargo, se había encaprichado en ello y no era hombre capaz de desistir cuando se proponía una cosa, así que envió su tarjeta a Arturo Ainsworth solicitando de él unos minutos de conversación.

Grandísima satisfacción experimentó Hudson cuando, al mencinonar lo del posible contrato Arturo Ainsworth se manifestó dispuesto a dedicarse a actuar profesionalmente e impresionar películas. Pero nunca pudo imaginarse Charles Hudson que su flamante actor se conquistara en tan poco tiempo la grandísima fama que se conquistó.

Primero desempeñó un papel pequeño, casi insignificante y dándose cuenta de las condiciones del nuevo intérprete, el director le confió, en la siguiente película, un papel de segunda fila. Esta película era de caracter histórico y Ainsworth interpretó con tanto acierto su papel que en la siguiente película le encargó del primer papel y pudo decirse desde entonces, que el porvenir del joven quedaba asegurado.

Cuando se exhibió la segunda película en que intervino Ainsworth, su actuación fué tal que resultó más sobresaliente que la del primer actor y Hudson recibió centenares de cartas pidiéndole que confiara primeros pepeles a aquel notable joven actor.

La tercera película, es decir la primera en que Ainsworth actuó como "estrella" fué un éxito tal que Hudson pudo considerar realizada su fortuna.

Las mujeres estaban entusiasmadas con Arturo Ainsworth. Imaginaban que aquel hombre debía poseer todas las virtudes imaginables; se extasiaban mirando su cabellera ondulante, su rostro hermoso, sus ojos expresivos, su actitud gallarda.

Desde la más humilde muchacha obrera de las fábricas hasta la más encopetada dama o señorita de la alta sociedad, todas las representantes del bello sexo le adoraban y le llamaban "mi heroe". Todas las mañanas del año recibía montones y montones de cartas,—muchas de ellas perfumadas,—y llenas de adulación extremada.

Los hombres podían haberse mostrado celosos con motivo de esta adoración que le profesaban todas las mujeres pero dominó en ellos la discreción y declararon que les parecía el artista más perfecto que habían visto.

En consecuencia no hubo salón ni teatro donde se exhibieran películas que considerara su programa completo si no figuraba en el una película, al menos, de las interpretadas por Arturo Ainsworth.

Otro detalle había contribuido a acrecentar la notoriedad de Arturo. Charles Hudson, buscando constantemente pretextos para "réclame" había averiguado secreta y reservadamente que el joven actor era hijo de una antigua y distinguida familia de la aristocracia británica.

Cuando Arturo vió el diario en que se publicó, un artículo informando de eso a sus lectores, se sintió sumamente fastidiado. Sabía cómo había de tomar su padre semejante publicidad en cuanto fuera comentada en Stoke Benton. Comprendía que para el anciano militar resultaría algo así como la más amarga de las humillaciones.

Arturo acusó cara a cara a Hudson de haber sido él el autor de semejante propaganda y de haberse metido en lo que no le importaba, en su afan de hacer ruido en torno del nombre de su primer actor. Pero el hombre empresario negó rotundamente haber intervenido ni lo más mínimo en la confección y publicación de aquel artículo. Juró que no había hablado con nadie del diario que había hecho la publicación, de nada de aquello y juró con toda tranquilidad porque ya había hablado con el director y había quedado convenido que guardaría el secreto sobre el origen del artículo en cuestión.

Precisamente era la grandísima fama conquistada por su primer actor lo que tenía triste a Hudson. Arturo había recibido ofertas muy convenientes de parte de dos compañías cinematográficas norteamericanas. De la más completa insignificancia, la "British Photo Plays Company" había pasado a ser una empresa importante y floreciente gracias a la popularidad de Arturo Ainsworth y Hudson temía, con razón, que la pérdida de su primer actor perjudicara a sus intereses.

Sin embargo no estaba en condiciones de pagar una suma semejante a la que ofrecían las empresas yankis y, como era filósofo, había decidido tomar las cosas con toda calma.

—Me parece que no veo posibilidad de firmar un nuevo contrato con usted, Hudson —dijo de pronto, Arturo saliendo de su ensimismamiento.

—¡Es una lástima!—murmuró Hudson rascándose la barba, pensativo.—Ha subido usted mucho últimamente y si trabajáramos juntos podríamos hacer una fortuna, tanto usted como yo. Supongo que si le ofrezco una .m-

portante participación en las ganancias de la empresa, usted tal vez...

Arturo le hizo callar con un ademan.

—No me tentaría,—dijo.—En realidad, no pienso trabajar durante algun tiempo.

—¿Qué?—exclamó Charles Hudson asombradísimo.—¡No es posible que sea verdad eso!

—No pienso impresionar películas durante algun tiempo,—repitió Arturo.—¿Me ha comprendido? Creo que me he explicado con toda claridad.

—¡Sí, sí, con toda claridad!—tartamudeó Hudson. —Pero... ¿qué se propone usted hacer? ¿A qué obedece esa decisión? ¡Vamos, amigo mio, usted habla en broma!

Arturo movió negativamente la cabeza.

—Le aseguro que nunca he hablado con mayor seriedad,—dijo.—Lea usted esto.

Sacó del bolsillo un satinado sobre azul claro, que olía a violetas. Hudson sacó de aquel sobre una esquela y leyó su contenido, frunciendo el ceño.

Lo que leyó fué lo siguiente:

"¿No encuentra eco en su pecho el llamado " del deber? ¿Valen la fama y el dinero, pa" ra usted, mas que el país donde nació? ¡Sea " usted hombre! ¡Vista el uniforme color " khaki y vaya a ayudar a los valientes mu" chachos que combaten en el frente de ba' talla!"

La carta no tenía firma pero, por el papel y la caligrafía, comprendíase que procedía de una mujer.

—¡Qué atrevimiento!—exclamó Hudson. —¡No es posible, Ainsworth, que se deje usted impresionar por una cosa así! Claro que eso lo ha escrito una mujer... Pero, amigo mio, a usted nadie le ha llamado todavía... Piense usted en todo lo que va a perder y...

—He estudiado cuidadosamente la situación,—replicó Arturo.—Soy joven, fuerte, soltero y no tengo responsabilidades. Con algunos meses de ejercicio puedo llegar a ser un excelente soldado. Todos los hombres hacen falta en la guerra y mientras tanto yo estoy aquí, interpretando escenas dramáticas y realizando fingidas hazañas heroicas para satisfacción y diversión de las mujeres románticas... ¡Soy un cobarde de la peor clase! Mañana mismo me habré hecho anotar.

—¿Y los norteamericanos y sus dólares?—murmuró Charles Hudson impaciente, repiqueteando en el borde del escritorio con los dedos cargados de sortijas.

—¡Qué se los lleve el demonio!—replicó el joven actor.—La autora de ese anónimo sea quien sea, ha hecho que me avergüence de mi mismo, que me desprecie por mi falta de amor hacia mi viejo país.

Hudson se levantó y tomando las manos del actor las estrechó calurosamente. Sentía emocionado su patriotismo y se convencía de que el joven estaba en lo cierto.

—¡Buena suerte! ¡Muy buena suerte, Ainsworth!—dijo entusiasmado.—¿Quiere usted comer conmigo esta noche? Será nuestra comida de despedida. Tal vez pasen meses sin que nos volvamos a ver.

—¡Con el mayor placer, Hudson!—contestó Arturo.—Pero estoy citado con los dos yanquis en Oxford Street a las ocho. ¿Dónde nos vemos y a qué hora le conviene?

—¡En el Restaurant Mónaco a las nueve! —dijo el empresario.—¿Se retira usted ahora? ¡Muy bien! ¡Hasta luego entonces!

* * * * * * * * * * * * *

Hay un pequeño y tranquilo restaurant situado entre una espléndida cigarrería y una tienda de paraguas y sombrillas, en Oxford Street, que es un lugar ideal para las citas de negocios pues tiene en el piso alto media docena de departamentos reservados, atendidos por otros tantos mozos habilísimos que no hablan nunca más de lo absolutamente necesario y saben callar sobre lo que oyen hablar a los clientes.

Era en uno de esos departamentos donde Arturo Ainsworth se hallaba sentado a eso de las ocho menos cuarto del día en que había tomado la determinación de entrar en el ejército. Había escrito a los dos norteamericanos que fueran a verle allí. Era un defecto propio en él el no tomarse, para nada, mas molestia que la indispensable, así que habiendo decidido no aceptar la oferta ni del uno ni del otro, decidió ahorrar tiempo invitando a los dos rivales para despacharlos al mismo tiempo.

Arturo Ainsworth era muy sereno y moderado; de no ser así su rápida fama le hubiera mareado. Los empresarios de Nueva York deseaban, tanto el uno como el otro, asegurarse su concurso para sus compañías y, como las cartas de los dos estaban fechadas en Londres casi parecía que los que las firmaban hubieran hecho el viaje especialmente para disputárselo, considerando que la adquisición del concurso de Ainsworth sería, para el que lo obtuviese, la realización de la fortuna.

Muchos jóvenes hubieran olvidado las obligaciones que tenían para con su patria en tiempo de guerra ante los salarios que las empresas norteamericanas ofrecían pagar. Pero Arturo era, en realidad, el heroe abnegado y desinteresado que representaba ser en las películas que desempeñaba.

La carta de la mujer desconocida,—quizás algún miembro de ese sexo que sabía algo a su respecto y no le admiraba,—le había, metafóricamente hablando, abierto los ojos.

Antes de recibir aquella carta había edificado castillos en el aire y había pensado en un porvenir grandioso. Se había imaginado que llegaba a lo más alto del éxito de su profesión, rodeado de dinero y ofreciendo lujos, diversiones y placeres a la mujer de Kensington Gardens que tan aficionada era a ellos.

Había creido que la felicidad perfecta consistía en casarse con Esmee Ormby, la mujer a quien su padre llamaba "aventurera". Ha-

bía pensado en que podrían ir de un lado a otro en un soberbio automóvil, frecuentar todo cuanto sitio de placer hay en la querida, ahumada y vieja ciudad llamada Londres, con un chalet río arriba, cuando llegara el verano, en suma, sin dejar que un solo instante de sus vidas no fuera de placer y de satisfacción.

Ahora, en cambio, se había convencido de que él,—Arturo Ainsworth,—era uno de esos hombres a los que tanto había oido criticar y que segun se daba cuenta ahora, eran tan despreciables; de esos hombres que sin razón ninguna esquivaban el cumplimiento de un sagrado deber de patriotismo. Pensó que sería mirado con desprecio, sintióse avergonzado y no vaciló más.

Esmée esperaría a la terminación de la guerra como otras mujeres esperaban a sus esposos y a sus novios. Sentía Arturo no haber ahorrado parte del espléndido sueldo que había cobrado; pero, después de todo,—pensó sonriendo,—se había divertido y esto no podía quitárselo nadie.

Un poco más de un chelín por día,—por eso era por lo que abandonaba cien libras por semana, — un poco más de un chelín era lo que cobraría como soldado por arriesgar la vida a cada instante... ¡Pero qué gloria poder llamarse soldado de la patria!

Claro está que sentía separarse de Esmée, la mujer a quien creía amar; que era triste alejarse de la débil joven de Stoke Benton a la que siempre había querido como a una hermana.

Nublóse el rostro de Arturo Ainsworth cuando pensó en Adela Walters, la pupila de su padre y tal vez para tratar de olvidarla sacó del bolsillo un retrato de la otra mujer y estudió durante largo rato aquel rostro imperioso, aquella boca de labios bien definidos que indicaban resolución y energía, aquellas facciones rudas y a la vez tan hermosas.

El reloj que había en la repisa de la chimenea del saloncito, dió las ocho y casi había sonado la última campanada cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! — dijo Arturo.

El mozo abrió la puerta e hizo pasar a un hombre alto y delgado, vestido con un traje de corte y gusto enteramente norteamericanos.

—¡Ah! — exclamó el recién llegado con su inconfundible acento nasal. — No necesito preguntarle si es usted el señor Arturo Ainsworth, porque he visto su cara miles de veces en la pantalla. Por mi parte, soy Grant, Skeets Grant de la compañía "Feature Films" de Estados Unidos.

—Mucho gusto en conocer a usted, señor Grant,—dijo Arturo dándole la mano.—¿Quiere usted tomar asiento y probar una copa de este vino? Se lo recomiendo.

Skeets Grant guiñó un ojo haciendo, a la vez, una mueca que arrugó su rostro amarillento y todo afeitado.

—Gracias lo mismo, — dijo; — pero, créame, no bebo jamás ni una gota cuando estoy tratando de negocios. — Se sentó en la silla y se echó hacia atrás el sombrero de fieltro, dejando al descubierto en la frente una raya marcada por el borde del sombrero. — Si le parece trataremos inmediatamente del asunto.

Pero Arturo, sonriendo, movió negativamente la cabeza.

—Mucho lo siento, señor Grant, — dijo pausada y tranquilamente;—pero para usar una frase norteamericana: "no hay nada que hacer". Dentro de unos meses, de un año tal vez, la guerra habrá terminado y entonces tendré un verdadero placer en tomar en cuenta la oferta que usted me ha hecho, pero hasta entonces... ¡Eh! ¡Dios mío! ¿Qué pasa?

Se levantó rápidamente y corrió hacia la puerta por la cual el mozo, protestando, fué arrojado casi, por un individuo corpulento, que vestía sobretodo de esclavina de los llamados Ulters y tenía sombrero chambergo de alas anchas.

El enérgico desconocido dió un último empujón al mozo, enviándolo de espaldas a la pared y ahogando sus frases de protesta en un mal italiano. Después, el irritado visitante se lanzó sobre Skeets Grant, que se había vuelto rápidamente en su silla.

Levantó el paraguas y lo dejó caer con todas sus fuerzas sobre el sombrero del infortunado empresario, hundiéndoselo hasta más abajo de los ojos.

—¡Canalla! ¡Hipócrita, pillastre! — gritó de modo salvaje. — ¿Con qué ésas tenemos? — Levantó de nuevo el paraguas y lo dejó caer, pero no dió en el sombrero, y le pegó al empresario en una oreja.—¡Grandísimo pillo! ¡Voy a enseñarle a querer burlar a Jameson P. Jameson! ¡Ya verá como no le sale la cuenta! ¿Eh?

Un rugido de furor brotó de labios de Skeets Grant, quien arrancándose el sombrero que le tapaba los ojos, se lanzó sobre su enemigo como un desencadenado tifón.

Tuvo suerte. Jameson P. Jameson no la tuvo. Grant consiguió agarrarle de las orejas y comenzó las hostilidades empujándole, haciéndole retroceder, hacia la pared y golpeándole la cabeza con el muro. Entonces los acontecimientos se precipitaron con la rapidez del relámpago y durante un momento, tanto Arturo Ainsworth como el indignado mozo, no supieron qué hacer, tan sorprendidos estaban.

Jameson consiguió soltarse la cabeza y se agarró a la nariz del adversario, retorciéndosela y tirando de ella. Entonces, cuando retrocedía llevándose la mano al ojo izquierdo en el que había hecho blanco el puño de Grant, Arturo avanzó y se interpuso entre los dos.

Jameson, según lo sabía Arturo, era el otro empresario a quien había dado cita. De nuevo tuvo ocasión para considerarse persona de gran importancia, desde que los empresarios se peleaban furiosamente sólo por él.

—¡Señores!... ¡Señores!... — protestó Arturo tratando de no reirse. — ¡Calma después de la tempestad! ¡Calma!

—¡Calma! — gritó Grant furibundo. — ¿Calma después de lo que me ha hecho? Déjeme que lo mate.

Pero Arturo estaba entre los dos.

—Insisto seriamente en que se busque un modo de arreglo más pacífico, — dijo sonriendo. — El señor Jameson ha procedido, sin duda, creyéndose agraviado de algún modo.

—¡Ya lo creo!—gritó Jameson P. Jameson. — Ese hipócrita reptil ha pensado que me podía burlar como me ha burlado más de una vez en Estados Unidos. ¡Sí! Ese tipo se ha reído de mí más de una vez, pero no por medios leales. Créame usted, joven, no haga trato ninguno con ese vulgar traidor asqueroso.

Grant hizo un desesperado esfuerzo procurando aplastar de un golpe de boxeo la nariz de Jameson, pero Arturo se lo impidió.

—¡Cállese, farsante! — gritó furioso. — Todo el mundo sabe cuál de los dos es el hombre honrado. No me contrataría para trabajar con usted ni aun cuando estuviera muriéndome de hambre en mitad de la calle. Tendría miedo de que la policía me prendiera en cualquier momento por andar en malas compañías.

—¡Cállese, yarda y media de miseria! — replicó Jameson. — Si pudiera hacer lo que conviene al mundo, le aplastaría con el taco como se aplasta a una víbora. Figúrese, señor Ainsworth que ese canalla, cara de rata... ¿sabe lo qué hizo? Al salir del hotel, pasó por delante de la puerta de mi cuarto, me encerró con llave y arrojó la llave al pozo del ascensor. Si por casualidad no hubiera caído en la cabeza de un obrero que estaba allí arreglando algo, yo no hubiese podido venir a verle, señor.

—Yo pensaba que eran ustedes amigos desde que no podían estar separados,—dijo Arturo. — Los juzgué así al ver que se alojaban en el mismo hotel.

—Yo le seguí hasta allí para no perderle de vista, — explicó Jameson. — Estoy escamado porque he sido, varias veces, víctima de sus picardías. Cuando los dos andábamos procurando la adquisición de la señorita Florence Harmer para nuestras compañías, usted conocerá a esa joven, porque ahora es muy famosa, él logró conseguirla con trampa.

—¡Cállese usted, gusano insignificante!—díjole Grant mirándole de modo salvaje.— Yo le gané la partida en buena ley.

—¡Diga usted que no, señor Ainsworth! Ese canalla no ganó lealmente, — protestó el otro en seguida. — Contrató a una vieja sorda para que me acusara de que le había robado la cartera y me hiciera detener por la policía en pleno Broadway. ¡Ríase, ríase, hiena del monte!—agregó mirando al otro cara a cara.—¡Ya me vengaré de usted! ¡Y va a ser muy pronto!

—Me han dicho que los Zeppelines van a bombardear esta noche,—replicó Grant.— ¡Ojalá le caiga a usted una bomba en la cabeza. Aun cuando sería una lástima, porque quedaría sucio el suelo.

—¡Ojalá le caigan a usted encima, no una, sino todas las bombas!—gritó el otro.

—¡Mozo! ¡Vaya a llamar a un policeman! —ordenó Skeets Grant.

—¿Para qué? — preguntó Jameson P. Jameson, mirando asombrado.

—¡Para que lo lleve preso a usted, por haberme atacado! — contestó Grant.—Espero que le condenarán lo menos a tres meses de cárcel sin opción a pagar la multa.

—¡No haga eso, mozo! — intervino Arturo Ainsworth enérgicamente. — Oíganme ustedes dos, señores. Van ustedes a tranquilizarse y a sentarse. De no ser así me negaré a hablar una sola palabra con ninguno de los dos. Está bien, mozo. Puede retirarse.

Arturo no pudo menos que reír a carcajadas cuando se fijó cómo se miraban, el uno al otro, los dos empresarios rivales, que constituían, en realidad un cuadro muy cómico.

—Si es así como se trata de negocios en Estados Unidos, creo que no lograré acostumbrarme nunca a tal sistema, — dijo el actor. — Ahora, señor Grant, por una vez siquiera, siéntese tranquilo y tome una copa de vino. Y usted también, señor Jameson.

—¡Muy bien! — dijo Grant. — Siéntese, Jameson, haga lo que le piden, no sea grosero. Ya arreglaremos cuentas nosotros dos, más tarde.

—El que tiene que arreglarle a usted las cuentas soy yo, — dijo Jameson, — porque usted no ha arreglado ni pagado ninguna cuenta en toda su vida.

—¡Basta, por favor! — protestó Arturo sirviendo el champagne. — Ahora, señores, oigan ustedes esto: Se han peleado inútilmente. Nada hubiera perdido usted, señor Jameson, si se hubiese quedado encerrado en su cuarto del hotel.

Los dos se miraron con extrañeza y luego miraron al joven con asombro.

—¿Por qué? — preguntó Jameson P. Jameson, pasado el primer momento de sorpresa.

—Porque no puedo cerrar trato con ninguno de los dos,—explicó el joven. —Tengo que acudir a otro sitio con mucha mayor urgencia.

—No es posible que en ninguna parte le hagan una oferta mejor de la que yo estoy autorizado a hacerle, — dijo, rápidamente, Grant.

—No; pero tengo que cumplir con un deber, — replicó lentamente Arturo. — En momentos en que mi país pelea en una guerra que amenaza su existencia, mi sitio está en el ejército. Voy a alistarme mañana.

—¡Qué imbécil! — exclamó Jameson antes de darse cuenta de lo que decía.

—¿Imbécil? — y los ojos de Arturo Ainsworth brillaron con enojo. — Fíjese usted en lo que dice, señor Jameson, — dijo con energía. — ¿Es un imbécil el hombre que cumple con lo que considera su deber?

—Perdone usted, no quise ofenderle,—dijo el norteamericano, — pero no es posible que usted desdeñe los buenos miles de dólares que puede cobrar por semana por la mísera paga del soldado. Yo puedo ofrecerle contrato por seis meses a razón de dos mil dólares por semana.

—Yo le ofrezco algo mejor, señor Ainsworth, — dijo Grant. — Mi empresa le pagará tres mil.

—¡La mía también! — gritó Jameson.—¿Qué me dice, Ainsworth? ¿Cerramos trato?

—¡No! — dijo enérgicamente Arturo.—Antes cumpliré con mi deber.

—Oiga usted, joven, — intervino Grant. —¿qué me dice de cuatro mil dólares por semana? Mi empresa está empeñada en que usted es un actor de primera y quiere pagarle bien sus servicios, lo que significa, por otra parte, que será usted objeto del máximum de reclame en todo el mundo civilizado.

—Tendré mucho gusto en prestarles mis servicios... después de la guerra, si vuelvo, —dijo el actor muy tranquilo. — Hasta entonces...

—¡Pero hombre! Es posible que no vuelva usted. O que si vuelve, sea con una pierna o un brazo de menos, — dijo Grant.

—O lo que es peor, ¡ciego! — agregó Jameson. — Piense, Ainsworth... Piense lo horrible que tiene que ser el vivir rodeado de constante oscuridad. No es posible que hable usted en serio al rechazar mis ofrecimientos. ¿De qué le serviría a usted ser un excelente actor, si le faltara un brazo? Oiga, señor, voy a decirle lo más que mi empresa puede pagarle. Está decidida a contratarle a usted si es posible contratarle. Le pagaremos cinco mil dólares por semana.

—Yo dejo detrás su ofrecimiento y llego hasta seis mil, — dijo Grant. — Supongo que usted subirá un poco más, señor Jameson.

—No cierre trato con él, señor Ainsworth, —suplicó Jameson. — He llegado a la cifra más alta a que podía llegar por el momento, pero telegrafiaré en seguida a la compañía y hoy mismo o mañana temprano...

—Será lo mismo, — le interrumpió Arturo. — Aun cuando obtuviese autorización para darme diez mil dólares o más todavía yo entraré en el ejército británico, a cobrar chelín y medio por día.

—Entonces, lo único que queda por decir es que tiene usted un tornillo algo flojo,—dijo Grant con disgusto. — ¿Por qué no se va de aquí mientras es eso posible? Dentro de poco va á ser aprobada la conscripción y no podrá salir usted del país. Además el servicio militar será declarado obligatorio y si usted se queda...

—Me quedaré para ir a formar en las filas del ejército, — dijo Arturo. — Ya les he manifestado que mi propósito es presentarme mañana mismo en una de las tantas oficinas de reclutamiento.

—¡Comprendo! Usted supone que el servicio militar va a ser declarado obligatorio y va a ser declarado sin duda, pero a usted, una vez en Estados Unidos, no le tocará nada, — dijo Jameson. — Aun cuando Estados Unidos entre en la guerra usted no tendrá nada que temer estando allá. Créame, allí va a estar mucho mejor que en una trinchera con el agua al pecho, esperando el momento de que caiga una bomba y lo haga trizas.

Durante un momento, el joven Ainsworth se sintió inclinado a acceder. ¡La diferencia era tan tentadora!...

La oferta de Grant era principesca, grandiosa magnificente. ¿Era él, en realidad, un imbécil al rechazar tales ofertas para ir a cumplir con su deber de patriota?

De un lado fortuna, felicidad, poderío y amor; del otro todos los horrores de la guerra, peligros, penurias, mala alimentación... ¿Por qué lado se decidiría?

Skeets Grant notó que vacilaba y saltó, como movido por un resorte, a tratar de conseguir su propósito.

—¿Acepta usted? — dijo con entusiasmo. — El vapor de la línea Cunard sale mañana de Liverpool para Nueva York y...

Arturo Ainsworth echó hacia atrás la cabeza. En sus ojos se notó el acerado brillo de una terminante resolución.

—¡No! — dijo. — Guárdese usted sus ofertas, sus tentaciones y sus dólares, señor Grant. Voy a vestir el uniforme khaki y a ser hombre. No voy a ocultarme en un país neutral para eludir responsabilidades. En verdad me extraña que quiera usted desviarme de lo que es justo y es noble.

—¡Bueno! Reconozco que las cuestiones inglesas no me interesan mucho, — dijo Grant. — Yo necesito de sus servicios y esto es todo lo que me importa. Nada tengo que ver con la guerra y no me gusta nada la guerra.

—¡Piénselo! — dijo entonces Jameson, levantándose. — Recuerde que ese señor no es el único en el mundo ¿eh? Voy a telegrafiar a mi compañía pidiéndole la suma más alta que puede pagar. Espero que la oferta sea verdaderamente principesca, joven.

—Muy buenas noches, señores, — dijo Arturo Ainsworth levantándose. — Mi resolución es irrevocable.

—¡Muchacho idiota! — murmuró entre dientes Jameson al salir de la habitación tras de su odiado rival.

No lo dijo tan bajo que Arturo no lo oyera.

—¡Muchacho idiota!, — repitió mientras terminaba de beber su copa de champagne seco. — Quizás lo sea a sus ojos, pero estoy cansado de ser de los que no van. Es duro tener que rechazar unas ofertas semejantes y separarme de Esmée por un tiempo, pero no es posible adoptar otro temperamento. Debo ser honrado con mi mismo.

Muy pensativo salió del pequeño restaurant y caminó lentamente por Oxford Street. ¿Qué diría Esmée cuando le comunicara su propósito de alistarse? Cómo los hombres que se habían peleado a golpes por obtener sus servicios, la mujer de quien estaba enamorado era de origen norteamericano y ja-

más había expresado, ante él opinión ninguna ni en favor ni en contra de la guerra mundial. Quizás la disgustara tener que esperarle. Sin embargo, le había dicho tantas y tantas veces que le amaba que...

—¿Diario, señor? Ultima edición.

Arturo maquinalmente, arrojó una moneda de cobre en la mano del hombre que se había acercado a él, tomando el ejemplar de un diario de la noche y mirando indolente los títulos de la primera página a la luz de la vidriera de una cigarrería.

Arturo se estremeció. ¡El Sindicato de Explotación de Caucho El Salvador! Había oído hablar de esa empresa en alguna parte pero en aquel momento no recordaba donde y...

¡Ah! ¡Ya recordaba! De él hablaba la última y fria carta de su padre en la cual el coronel informaba a su hijo de las grandes pérdidas que le había ocasionado la guerra y de que había colocado el capital que tenía disponible en acciones del Sindicato de Explotación de Caucho. El Salvador, lanzado a la Bolsa de Comercio por el afamado y prestigioso banquero Jesse Welfare.

¡Y Jesse Welfare se había suicidado! El Sindicato El Salvador resultaba una soberana estafa. El diario decía que no era posible dudar de que los bosques, que se decía de árboles gomeros y que el sindicato había adquirido por una suma fabulosa, no producían goma ninguna y habían sido adquiridos un año antes, por Jesse Welfare, en el Brasil, donde se hallaban situados, por un ridículamente reducido puñado de libras.

¡Dios Todopoderoso! ¡Pero eso significaba la ruina completa del coronel Ainsworth, o muy poco menos!

Sin darse cuenta de lo que le rodeaba y de que estaba obstruyendo el tráfico, Arturo Ainsworth se quedó parado junto al escaparate de la cigarreria hasta que terminó de leer lo que decía el diario sobre los detalles del enorme fraude.

Se enteró de cómo Jesse Welfare, el financista de cuya responsabilidad e integridad nadie se hubiera atrevido a dudar, habíase desviado del camino recto y honrado debido, según se creía, a enormes pérdidas y decepciones sufridas a consecuencia de la guerra. Leyó la descripción de las escenas de pánico que se habían producido en la Bolsa de Comercio aquel día, de cómo los accionistas habían sitiado las oficinas del muerto y de los lamentables escenas de dolor que allí se habían desarrollado.

— Pobre padre mio!—murmuró cuando por último dobló el diario y lo metió en el bolsillo —¿Cómo va a poder arreglarse si había puesto todo lo que tenía en esa empresa que resulta una estafa? Las tierras que tiene no le dan una renta suficiente para pagar los gastos de Las Veletas y vivir él y la buena de Adela. ¡Que golpe mas doloroso para el pobre anciano! ¡Pobre padre!

Notó que algunos transeuntes le miraban con curiosidad y se percató de que era tal su nerviosidad que había hablado en voz alta.

Deseaba con toda el alma poder hacer algo en favor de su padre. El coronel había sido inflexible y enérgico con él, era cierto, pero hasta el momento en que riñeron, había sido siempre cariñoso y justo. Si de algun modo pudiera decidirle a admitir alguna suma de dinero, podría contribuir a amenguar los apuros del anciano y de Adela.

No podía dejar que vivieran como unos pordioseros aristocráticos. Sin embargo ¿qué podía hacer? Estando en el ejército no podría ayudarles. A ellos nó les correspondía pensión ni socorro ninguno por el hecho de que él se alistara.

¡Como le hubiera gustado haber ahorrado algo mientras trabajó en la compañía de Hudson! Ganaba más de cien libras por semana y si únicamente hubiese ahorrado la quinta parte de ese sueldo, tendría en su poder una suma suficiente para aliviar la situación del coronel y de su simpática pupila, suma que hubiera podido hacer que el anciano admitiera en calidad de préstamo.

De pronto Arturo Ainsworth se detuvo de nuevo haciendo que un anciano que iba de prisa se diera de narices con su espalda y perdiera los anteojos.

Pero Arturo no hizo caso de lo que dijo el anciano sobre "estos jovenes que andan molestando por aquí en vez de estar en las trincheras", por que estaba tan preocupado que siguió andando ajeno a cuanto le rodeaba.

—¿Por que no había de ganar más dinero como actor cinematográfico? Aun estaba a tiempo. En ese caso podría ayudar a su padre y a Adela. En Norte América ganaría seis mil dólares cada semana de su existencia. "¿Tiene usted alguna razón o solamente una excusa para no alistarse?" decían unos carteles de propaganda que había leído. Ahora tenía una razón. ¡Una verdadera razón! ¡Sí! No había duda posible. Dos personas dependían más o menos directamente de sus esfuerzos y no podría hacer nada por ellas si vestía el uniforme del soldado.

Arturo Ainsworth decidió qué era lo que le correspondía hacer, más rápidamente aun que cuando resolvió entrar en el ejército. Firmaría un contrato por seis meses, iría a Estados Unidos, ahorraría todo lo más posible y convencería a su padre de que debía admitir ese linero como un préstamo para colocarlo a interés. Regresaría a Inglaterra cuando el contrato hubiera expirado y si la guerra continuaba, entonces se alistaría.

El joven sonreía satisfecho mientras se dirigía a un conocido bar.

Quería beber, celebrando su nueva decisión. Quizá, después de todo el Sindicato para la Explotación de Caucho El Salvador, al resultar un fraude, le había favorecido. Ahora tenía una verdadera razón, no ya una discutible excusa, para no alistarse.

Lo que bebió le coloreó las mejillas, tan pálidas momentos antes. Una vez mas miraba hacia la vida a través de unos lentes con cristales color de rosa. La ruina de su anciano

padre resultaba por lo tanto una bendición para el hijo.

Se casaría con Esmée y partiría con ella para Nueva York. Iría en seguida al restaurant Mónaco a disculparse ante Hudson por que no dispondría de tiempo para comer con él. Después iría al departamento donde vivía Esmée Ormby, le daría la buena noticia de su contrato para Estados Unidos y le pediría que fuera su esposa en seguida, arreglando todos los papeles mediante una licencia especial

El estado de ánimo del joven actor inematográfio no podía ser mejor. Un rato antes, al onoer la espantosa estafa que asi sumía a su padre en la miseria, tuvo un instante de depresión; sintióse anonadado ante la atástrofe. Pero por suerte el arte a que se había dediado on tanta vocación venía oportunamente a salvarle.

Tarareando la música de una canción popular, llamó al mozo y cuando éste se acercó le pidió una hoja de papel y un sobre. Entonces, con su pluma de fuente escribió una carta dirigida a Skeets Grant, al hotel donde se alojaba, decidiendo cerrar trato con él sin esperar a que Jameson P. Jameson recibiera contestación de Norte América sobre el monto de la oferta que podía hacerle. Era urgente tomar una determinación pues los hombres en edad de prestar servicio militar podían ser llamados a las filas de un momento a otro.

La carta que dirigió a Skeets Grant decía así:

" Estimado señor Grant: Ha sucedido al-
" go que me ha decidido alterar mi modo
" de pensar sobre lo de alistarme, como di-
" je. Usted dijo que su oferta seguía en pie.
" En consecuencia, le dirijo estas líneas co-
" municándole que aceptaría un contrato
" por seis meses, a razón de seis mil dóla-
" res por semana. Tendré el honor de visi-
" tarle mañana a las diez de la mañana pa-
" ra que nos pongamos de acuerdo sobre
" los detalles del contrato. Su afectísimo y
" S. S.—Arturo Ainsworth".

—¡Ahora, a una oficina de mensajeros!—murmuró pegando el sobre. — Después al restaurant Monaco a ver a Hudson y luego a visitar a Esmée.

Cuando salió del bar estuvo a punto de tropezar con un grupo de soldados que se reían y charlaban alegres, empujándose uno a otro, mientras cruzaban por la calle. Arturo se dió cuenta de lo alegres y contentos que ibán.

—¡Es una lástima que lo sucedido me impida alistarme! — díjose mientras se alejaba.

Sin embargo, una voz acusadora le susurró al oído:

—¿Por qué no eres leal contigo mismo? Bien sabes que en lo íntimo de tu corazón te alegras; te alegras de que se haya presentado lo que tú llamas una razón para no cumplir con tu país. ¡Eres un cobarde! ¡Un cobarde! ¡Un cobarde!

CAPITULO III

El departamento en Kensington. — La noticia de la muerte de un espía sin nombre. — La verdad. — Arturo Ainswirth desilusionado.

SEXTON BLAKE no era aficionado a dejar para después lo que podía hacer inmediatamente, así que tan pronto como regresó de Stoke Berton se dispuso a visitar a la mujer que según le había dicho el coronel Ainsworth, tenía bajo su poder a su hijo.

Aun cuando ya eran las nueve de la noche el detective llegó a Kensington, no vaciló en buscar el departamento donde vivía Esmée Ormby.

Encontró la casa donde habitaba la señora de Ormby sin mayor dificultad. Tocó el timbre y poco después se halló ante una mucama de aspecto extranjero.

—Deseaba ver a su patrona, — dijo el detective entregando su tarjeta. — ¿Está en casa?

—Pero no, monsieur, — dijo la mucama.

—¿La espera usted de regreso pronto?—preguntó Blake. — Si es así, la esperaré.

—La señora volverá dentro de un momento, monsieur, — contestó la mucama; — pero....—añadió como dudando, — no le gusta que haya nadie de fuera en sus habitaciones cuando ella no está en casa.

—Tiene razón, — dijo Sexton Blake. — Pero oy amigo del señor Ainsworth y creo que conmigo no rezará esa disposición, — manifestó el detective.

—¡Ah! ¿Es usted amigo de monsieur Ainsworth? — dijo la mucama creyendo que se refería a Arturo. — ¿Trae usted algún mensaje de su parte?

—Sí, — dijo Blake con un acento extraño. — Pero tengo que entregárselo personalmente a la señora. ¿Puedo pasar?

La joven vaciló un segundo, pero después se retiró a un lado y el detective entró.

Le hizo pasar a una pequeña pero bien arreglada salita, y durante un momento fingió arreglar algunos objetos. Se comprendía que su propósito era vigilar al visitante.

Una sola mirada a la habitación fué suficiente para que Blake se diera cuenta del carácter de la señora de Ormby. En una mesa, en un rincón, había una pequeña ruleta, en otra un juego de baraja y una caja con dados y cubiletes.

La repisa de la chimenea estaba cubierta de cajas de bombones de chocolate y había en ella una cigarrera, un aparato de madera lustrada con varios frascos de cristal con bebidas alcohólicas, una botella de vino medio vacía, varios frascos de perfume, una polvera con su cisne, un cigarrillo a medio fumar y un boleto de una apuesta a las carreras de caballos.

Sexton Blake había tomado una revista y fingía leer con toda la mayor atención. Había escogido una narración que por su título le pareció humorística, y de vez en cuan-

do se sonreía, aun cuando no leyera ni una sola palabra. La estratagema no tardó en producir el efecto buscado. La mucama, pensando que estaba sumido en la lectura y considerándole persona enteramente inofensiva, le dejó solo mientras fué a preparar el vestido que su patrona tenía propósito de ponerse aquella noche.

En cuanto hubo desaparecido, Sexton Blake se levantó y sus ojos pasearon rápidamente por toda la habitación.

Tenía idea de que había tenido ocasión de ver a aquella señora de Ormby, bajo otro nombre en otra época. ¡Habían sido tantas las aventuras de aquella clase que había conocido durante su carrera!

Trató de levantar la tapa de la mesa escritorio, pero la encontró cerrada con llave. Durante un momento vaciló en abrirla con una de sus ganzúas, temeroso de que la mucama volviera de pronto. Después, escuchando con toda atención por si se oía ruido de pasos en el hall, fué probando llave tras llave, hasta encontrar la que abría aquella cerradura.

No había en el escritorio ningún documento que pudiera interpretarse en perjuicio de la señora de Ormby. Había varias cartas dirigidas a ella, pero todas da amigos pocos íntimos.

Debajo de ellas, sin embargo. Blake encontró algo que le pareció interesante. Era un vulgar marco para retrato, bastante ordinario, pero en lugar de retrato tenía debaj del vidrio, un recorte de diario con la noticia de la ejecución de un espía.

El hombre había sido ejecutado en la Torre de Londres y de acuerdo con la reciente orden del ministerio de Gobierno, no figuraba su nombre en el informe oficial. Sexton Blake, sin embargo, estaba bien al tanto de ar quién se refería el fúnebre informe y frunció el ceño, pues el espía que había sido ejecutado en una mañana angustiosa de frío y de niebla, era nada menos que el hombre que en cuatro ocasiones había estado a punto de matar al detective, era Ezra Q. Maitland.

Desde el comienzo de la guerra, hasta el mismo día de su captura, el habilísimo criminal norteamericano había trabajado junto con los enemigos de Inglaterra y una y otra vez, sus diabólicas maquinaciones habían sido frustradas por Sextón Blake.

Se habían cruzado sus aceros por primera vez cuando Maitland pretendió dar aviso de la partida de un vapor que llevaba a bordo un millón de libras esterlinas, a dos buques de guerra enemigos; después había continuado la batalla de astucias entre los dos hasta llegar a un caso que, en las anotaciones de Sexton Blake, llevaba el título de "El caso de los falsificadores".

Ese había sido el último problema que Maitland había de presentar a Sexton Blake.

Tanto Blake como Tinker, su joven ayudante se habían visto muy cerca de la muerte, en manos de Maitland, pero con la ayuda de Martín, el inspector de Scotland Yard, el detective había logrado cantar victoria y colocar las esposas en las muñecas de Maitland, aun cuando por desgracia, tanto la esposa del criminal, llamada Kathleen, y conocida por la policía de Londres por el apodo de "Broadway Kate" y su cómplice, habían conseguido huir en un automóvil y no había sido posible volverlos a ver.

El proceso del criminal, que se celebró secretamente, demostró desde el primer momento su culpabilidad. La evidencia de su culpa era tal que el proceso resultó una fórmula, sencillamente. Fué sentenciado a muerte y ejecutado en la Torre de Londres, terminando su vida como todos los espías hombres que fueron apresados y convictos durante la guerra.

Sexton Blake estaba mirando el informe que aquella mujer que era conocida como la señora de Ormby tenía guardado por algun motivo, con una curiosa expresión en el rostro. Volvió todo a su sitio y cerró de nuevo el escritorio. Se acercó a la chimenea y abrió una pequeña cigarrera, inspeccionando los perfumados cigarrillos que tenía dentro.

—¡Ah! — exclamó el detective después de silbar suavemente. — ¿Será posible? — murmuró. — Si es así... ¡qué valor el de esa mujer! ¡Atreverse a vivir en pleno Londres!

Se oyó sonar imperiosamente el timbre de la puerta de entrada, y Blake dejó la cigarrera donde la había hallado.

Oyó a la mucama cruzar el hall y esperó con ansiedad oir la voz de la señora de Ormby, suponiendo que era ella la que había llamado.

Oyó que la mucama dijo algo referente a su presencia y luego una rápida exclamación de la persona recién llegada. Era una voz de mujer, y su tono, por alguna razón, hizo que Sexton Blake apretara los labios.

Oyó a la mujer que había entrado y a la mucama pasar por delante de la puerta de la habitación donde él estaba sentado, fingiendo leer. A sus oidos llegaron voces procedentes de la contigua habitación unos instantes después, pero hablaban bajo y lo único que pudo distinguir fueron dos palabras: "señor Ainsworth."

Parecía que la dueña de casa—la mujer que acababa de entrar lo era sin duda,—preguntara a la mucama por el mensaje de que Blake se había manifestado portador y que la mucama debía haberle contestado que se trataba de un amigo del señor Ainsworth.

Poco después de cesar la conversación se abrió la puerta de la sala y levantando la vista y dejando a un lado la revista que leía, el detective se halló ante una mujer esbelta de abundante cabellera, rubia como el oro.

Sexton Blake sonrió amargamente cuando se fijó en los anteojos de vidrios azul oscuro que tapaban los ojos de la señora de Ormby.

Blake se levantó y se inclinó, saludando cortésmente. Con imperioso ademan de su blanca mano, la mujer le indicó que volviera a sentarse.

—¿Deseaba usted verme?—preguntó ella sentándose en una silla con la estudiada actitud de una actriz.—¿Viene usted de parte de Arturo?

—¿De Arturo?—repitió Blake alzando las cejas.—¿Por qué?... No.—dijo tranquilamente.

—Pero mi mucama me ha dicho que usted le habló del señor Ainsworth,—dijo la señora de Ormby con desconfianza.—¿Quiere usted tener la bondad de explicarse?

—Con mucho gusto, señora,—dijo el detective.—Mencioné al señor Ainsworth pero refiriéndome al señor Ainsworth, padre. Tal vez hubiera debido designarlo diciendo coronel Ainsworth.

Tras los oscuros cristales de sus lentes, los ojos de la mujer se entornaron. Se llenaron de odio al que se unía no poco temor y una vez, sólo durante un segundo, dirigiéronse hacia una horrible y aguda daga asiática que estaba colgada en la pared como un objeto de ornamentación.

—¿Debo suponer que es usted el gran detective señor Blake?—dijo ella con indiferencia, como si no tuviera otra cosa que decir.

—Así me han calificado algunas veces,—dijo Sexton Bleke encogiéndose de hombros. —Si el capturar criminales puede hacer que merezca uno el título de "grande" me creo con algun derecho a ese calificativo. Pero tal vez ha sido que la suerte me ha favorecido en algunos casos. Bastantes criminales han podido darse cuenta de ello practicamente y a su costo. Por ejemplo Ezra Q. Maitland.

La mujer se estremeció, visiblemente impresionada pero recobró en seguida su compostura.

—¡Ah! Usted se refiere al que intentó apoderarse del dinero que se mandaba a la comisión de socorros a los belgas ¿eh?—dijo con afectada indiferencia.—Parece, segun me han dicho que usted le persiguió tenazmente y consiguió prenderle y enviarle a comparecer ante los jueces que le condenaron a muerte.

—Le condenaron a lo que merecía por lo que había hecho,—dijo Blake.—A cada uno según sus obras.

—Un día puede ser que le abandone a usted su buena suerte, señor Blake.,—dijo la mujer con siniestra intención.—Pero estamos conversando de su fascinadora obra policial y tengo que hacer. ¿A qué debo el honor de esta visita?

—Vengo en representación del coronel Ainsworth—contestó Sexton Blake.—Él quiere que usted rompa su compromiso matrimonial con su hijo. Me ha dado un cheque por mil libras pensando que usted lo aceptará en pago de la perdida que ha de experimentar al despedir para siempre al joven Ainsworth.

La mujer ahogó un grito y se puso rápidamente de pie, indignadísima.

—¡Así que ha venido usted a tratar de comprarme!—gritó apasionadamente. — ¿Cómo ha podido atreverse, señor? ¿Cree usted que es dinero lo que yo busco?

—Tal vez sea un nombre honrado y las tierras que su víctima heredará algun día,—dijo Sexton Blake, y a no haber estado seguro de cierto detalle no se hubiera expresado de tal modo dirigiéndose a una mujer.—¡Qué reuniones podría usted celebrar en la casa de campo de la familia Ainsworth! ¡Cómo podría atraer a los jóvenes incautos con más dinero que prudencia! ¡Qué fortuna podría usted sacarle a esas personas de poco seso, por medio del juego con cartas marcadas, dados cargados y ruletas con trampa.

—¡Si no se retira usted inmediatamente de aquí, pediré socorro y le haré arrojar a la calle, insolente!—gritó la mujer, vibrante de furor.—¡Yo amo a Arturo por él mismo! ¡No es dinero lo que quiero!

—Eso no es cierto,—replicó Sexton Blake enérgicamente.—Sé que usted en realidad, amaba a su esposo. No ha muerto sino hace unas pocas semanas y usted no ha cesado de llorar su pérdida. He venido aquí provisto de un cheque de mil libras, del coronel Ainsworth y...

—¡Me niego a admitirlo!—gritó la señora de Ormby.—Yo...

—Usted no tendrá nueva ocasión de rechazarlo, señora.—dijo secamente Sexton Blake. —Lo siento por usted y por esta razón, cerrando los ojos ante lo que sería mi estricto deber, voy a darle a usted cuarenta libras con la condición de que se vaya inmediatamente del país. Le doy veinticuatro horas para partir de estas costas.

—¿Está usted loco?—gritó la señora Ormby con bien fingido asombro.—No tengo razón ninguna para ausentarme de aquí. ¿Por qué habría de irme, quiere decírmelo usted?

Sexton Blake se encogió de hombros impaciente.

—Porque si usted no libra a Inglaterra de su presencia, daré orden a Scotland Yard de que la detenga a usted, Broadway Kate,—dijo con energía.—No es posible olvidar que usted ayudó a su esposo en todas las infamias que tantas vidas costaron a mi país.

La mujer lanzó un grito como un sollozo y se quitó los anteojos de vidrios oscuros. Ya no era posible confusión ninguna, aun cuando su rostro estaba algo cambiado mediante hábiles toques y el cabello rubio alteraba su aspecto. Pero era Broadway Kate o sea Kathleen Maitland, la viuda del terrible criminal fusilado en la Torre de Londres.

Permaneció un momento respirando jadeante, vibrando de furor con su delgado cuerpo balanceándose de un lado a otro. Estaba hermosa en su ferocidad desencadenada.

—¡Maldito!—gritó echando hacia atrás la cabeza de modo que la mirada de sus ojos de fuego se clavara en los ojos del detective.— ¡Es usted tan astuto como canalla! ¡Así qué se ha cruzado usted de nuevo en mi camino!

—Eso parece,—dijo Sexton Bleke con toda calma.

—¿Y suponiendo que yo amara a ese hombre de quien usted quiere separarme?—preguntó Broadway Kate.—¿Me daría usted oca-

sión de casarme y llevar otro género de vida?

—¡No!—replicó Sexton Blake sin vacilar. —Sé que semejante afirmación de parte de usted es mentira. Usted lo está hechizando con determinados fines. Usted necesita la protección de su nombre y nada más. Una vez casada con él, él resultaría instrumento de usted y le ayudaría a robar y engañar y arruinar en el juego a sus propios amigos. Usted se imagina además, que cuando su padre muera heredará una fortuna. En esto está usted mal informada. Desde que empezó la guerra el coronel Ainsworth ha perdido mucho dinero y no le dejará a su hijo más que la casa y las tierras de Stoke Benton, en Surrey, que dan muy poca renta.

—¡Eso lo dice usted! — manifestó Broadway Kate alzando los delgados hombros.

—Puede usted creer o no, como guste, — replicó el detective. — Eso no cambiará la verdad de las cosas.

Kate se mordió el labio hasta hacerse sangre. Permaneció en silencio un momento y dijo después, con amargura:

—¿Entonces, persiste usted en que me vaya del país?

—No puedo olvidar que usted ha actuado largo tiempo como enemiga de este mismo país, — contestó Sexton Blake con seriedad. — Puede usted escoger entre irse con cuarenta libras o ser arrestada como criminal y espía.

—En varias ocasiones impedí que mi difunto esposo le matara, Sexton Blake,—dijo Kathleen Maitland con voz ronca. — ¡Ojalá no me lo hubiese permitido el cielo! El le hubiera dado muerte.

—¿Hubiera mejorado algo, con mi muerte, la condición del mundo? — preguntó Blake.

—¡Hipócrita! ¡Entrometido! — gritó ella nuevamente furibunda. — ¡Y aun se atreve a hablar de espías! ¿Qué es usted si no un espía que se mete donde nadie le llama? ¡Mucho cuidado Sexton Blake! — gritó, tomando la daga que colgaba de la pared.

—¡No sea usted loca! — dijo tranquilamente Sexton Blake sin dejar de observarla. —¿Quiere usted que la ahorquen?

—¡Ya encontraré el modo de evitarlo! — dijo entre dientes Broadway Kate. — Después de todo, he vivido esperando este momento. ¡Lo único que me interesa es mi venganza! ¡Ahora voy a realizarla! ¡Voy a matarle!

El detective se encogió de hombros y esperó sin moverse, mientras ella, con sinuoso movimiento, se dirigió hacia él, empuñando el filoso puñal en su mano blanca y pequeña.

Blake tenía muchos medios de escapar, pero ninguno le gustaba. Tenía una mano en el bolsillo del saco y acariciaba con ella el revólver; pero no tenía intención de hacer uso de él. Si hubise querido hubiese hecho fuego y atravesado la mano que empuñaba la daga.

Ella se acercó más y luego, como una tigre, saltó hacia él, dirigiéndole con todas sus fuerzas una puñalada al corazón.

El vió como descendía la brillante hoja y de pronto agarró la muñeca de la mano que empuñaba el arma. Fueron de un lado a otro de la habitación, tratando él de asegurar la otra mano, pegándole ella en el rostro con el puño cerrado.

La presión de la mano de Sexton Blake fué acrecentándose hasta que Kathleen Maitland estuvo á punto de gritar de dolor. Pero apretó los dientes y no soltó el cuchillo, esperando todavía librarse de la sujeción del hombre a quien había querido dar muerte.

Pero la lucha iba a ser de muy breve duración. La puerta se abrió y un hombre que entró en la habitación lanzó un grito de furor.

Era Arturo Ainsworth que, no viendo en el primer momento la amenazante daga, dirigió a Sexton Blake un formidable golpe, creyendo que estaba maltratando a la mujer quien él pensaba hacer su esposa.

Su cerrado puño dió en un lado de la cabeza de Blake y ante este golpe inesperado, el detective retrocedió tambaleándose.

Broadway Kate fué arrastrada por él hacia el suelo y en cuanto vió al hombre con quien se había propuesto casarse, la daga se le cayó de la mano.

—¡Arturo! — exclamó con angustia.

Ainsworth avanzó hacia Sexton Blake con los puños apercibidos y los ojos brillantes de furor.

El detective había recobrado su serenidad y soltando la mano de Broadway Kate, se quedó firme, esperando el ataque del atlético joven actor.

No había tiempo para explicaciones. Ainsworth estaba furioso y se proponía castigar severamente al hombre a quien creía un criminal que había asaltado a su prometida. Pero no había contado con la huéspeda.

Dirigió un golpe, con la izquierda, a la mandíbula del detective, pero el golpe no llegó a tocar a Blake. Arturo sintió que le sujetaba el puño y cuando quiso pegar con la derecha, le pasó lo mismo.

Luchó desesperado por soltarse, pero todo fué inútil. Antes de que pudiese darse perfecta cuenta de lo que pasaba, se vió obligado a sentarse en una silla y tuvo que quedarse allí por más esfuerzos que hizo por levantarse.

No había modo de aflojar aquellas manos que de modo tan firme le sujetaban las muñecas. Aquellas mismas manos habían sujetado a más de un criminal, reduciéndolo a la impotencia y se trataba de hombres que sabían que si no lograban escapar a aquellas manos, no escapaban a la horca. Eran como bandas de acero y Ainsworth respiraba jadeante, asombrado. El hombre que le dominaba era tan delgado y pálido que parecía imposible que pudiera tener semejante fuerza muscular.

Broadway Kate se hallaba de pie, apoyada

a la pared, respirando jadeante, con una mano en el pecho, como oprimiéndose el corazón. Se mordía los labios rabiosa, al darse cuenta de que todos los planes que había basado en su casamiento con Arturo, se desvanecían, desmoronándose como un castillo de naipes.

—¡No haga usted tonterías, señor Ainsworth! — dijo Sexton Blake tranquilamente, sin el menor tono de enojo en la voz, pero de tal modo, que le impresionó como un golpe recio y rápido. — Esa mujer no vale la pena de que usted pelee por ella, se lo aseguro.

—¡Suélteme! — gritó Arturo con apasionamiento. — ¡Suélteme las manos y le enseñaré lo que puede hacer con quien, como usted, viene a insultar en su casa a la mujer a quien amo!

Sexton Blake le soltó las manos de pronto y retrocedió encogiéndose de hombros.

—Usted no podrá suponer que yo iba a dejarme asesinar sin resistirme, — dijo el detective indicando la daga que estaba en el suelo.

—¿Asesinar? — dijo Arturo mirando atónito el arma. — ¡No lo entiendo! — exclamó. — ¿Qué significa esto, Esmée?

—¿Por qué no la designa con su verdadero nombre? Se llama Kathleen... Kathleen Maitland, — dijo Sexton Blake antes de que la otra pudiera contestar.

—¡Kathleen... Kathleen Maitland! — repitió Arturo aturdido. — Pero no es... No pretende usted decir que es...

—Es una mujer a la que busca la policía, —dijo Blake. — En la policía de casi todos los países civilizados se la conoce por el apodo de Broadway Kate y era la esposa de Ezra Q. Maitland, el hombre cuyo nombre será siempre recordado en los anales del crimen.

El joven actor cinematográfico miró al detective y luego a la mujer a quien había amado bajo el disfraz de Esmée Ormby, como si no se atreviese a creer lo que oía.

—¡Hable, Esmée! — dijo por fin. — Desmienta esa acusación. ¡Oh! ¡No puedo, no quiero creerlo!

—¡Pues entonces tenga usted la prueba! —dijo Sexton Blake impaciente.

Y lo que sucedió hizo que brotara un grito de los temblorosos labios de Arturo Ainsworth.

Sexton Blake había adelantado un paso rápidamente y antes de que la mujer adivinase su intención, él le había arrancado su hermosa cabellera rubia.

Se quedó Blake con la peluca en la mano, dejando al descubierto una cabeza con el pelo cortado al rape. Cuando ayudaba a su marido en sus nefastas empresas, a veces le convenía vestir de hombre y además, llevando el cabello cortado, podía representar a capricho, diversas mujeres a la vez.

Arturo Ainsworth se llevó las manos a la cabeza. Estaba confundido, anonadado. En cuanto a Kate, si sus labios callaban, sus ojos expresaban claramente sus pensamientos.

Se hallaba de pie, con la cabeza echada hacia atrás con aire de desafío, con las manos apretadas hasta hundirse las uñas en las palmas.

—¡Dios mío!—murmuró el actor con ronca voz, al mirar horrorizado, el rostro pálido de Kathleen Maitland desfigurado por una mueca de furor.—¿Quién es usted?—gritó luego volviéndose hacia el detective.—¿Ha venido usted a prender a esta mujer?

—No,— contestó el investigador.—No pertenezco a la policía. Mi nombre es Sexton Blake.

—¿El famoso detective de Baker Street?

—Vivo en Baker Street. Es fácil que usted recuerde haber visto citado mi nombre en las crónicas de la investigación de algunos crímenes. Por ejemplo, en la de la tentativa de robo de los fondos de la comisión de auxilios a los belgas o en el de la estafa al banco de Fisher y en el más reciente que esos otros, de la falsificación de billetes de Banco.

—¡Sí, sí!—dijo Arturo.—¡Entonces usted me ha engañado desde el primer momento!—dijo, mirando a Kate.—¡Qué imbécil! ¡Qué imbécil y qué ciego he sido! Vámonos de aquí, señor Blake. No puedo permanecer ni un momento más.

Se dirigió hacia la puerta, cabizbajo. Sexton Blake puso la peluca en la mesa, se inclinó y tomó la daga del suelo.

—Es un juguete demasiado peligroso para que esté en poder de una dama,—dijo finamente.—Será mejor que lo tenga yo.—Sacó dos billetes de su cartera y los puso también en la mesa. — Dispone usted de veinticuatro horas para salir de Inglaterra,—agregó significativamente.

—Ahora es usted quien domina; es usted el que tiene el látigo en la mano, señor Sexton Blake,—dijo Broadway Kate con odio reconcentrado.—Me iré.

—Mejor será para usted,—replicó fríamente el detective.—Le conviene comenzar en seguida sus preparativos.

Broadway Kate se rió irónicamente y tomó su cigarrera.

—Voy a seguir su consejo,—dijo.—Pero escuche: no es esta la última vez que nos vemos. Ya volveré, astuto señor Blake. ¡Volveré para vengarme como lo he prometido!

Blake sujetó la puerta para que Ainsworth saliera de la habitación.

—Arturo,—dijo Broadway Kate con bien fingida emoción.—Arturo, no me dirigirá usted ni una palabra de perdón antes de retirarse. Yo le juro que...

Pero sin volver la cabeza, el joven actor salió. La puerta se cerró tras él y el detective, y Kate oyó sus pasos en el hall y un momento después el ruido que hizo la puerta del departamento al cerrarse.

Estrujó entre los dedos el cigarrillo que estaba a punto de encender y con indomable furor, lo arrojó a la chimenea. Permaneció un

momento mirando por la ventana, estremeciéndose de pasión todo su cuerpo.

—¡Sí! ¡Ahora me iré, Sexton Blake!—dijo entre dientes.—Pero cumpliré mi palabra. ¡Volveré! ¡Volveré para vengar a Ezra!

CAPITULO IV

En Las Veletas. — La felicidad vuelve hacia Adela. — Una propuesta que es rechazada.

ARTURO AINSWORTH, con aspecto de hallarse cansado y triste, se encontraba de pie en el hall de la vieja casa de Stoke Benton, ante el viejo mayordomo que le había abierto la puerta.

—No es necesario que me anuncie usted, Bayle. ¿Está mi padre solo?—preguntó.

Era cerca del anochecer del día siguiente a aquel en cuya noche los acontecimientos relacionados con la existencia del joven actor cinematográfico se habían desarrollado de modo tan rápido, tan inesperado y a la vez tan decisivo y terminante.

Había ido al hotel donde se alojaba Skeets Grant y había firmado contrato para trabajar durante seis meses bajo las órdenes de la "United States Feature Films Limited". Después había estado en Baker Street a hablar con Sexton Blake, del que se había separado la noche anterior antes de preguntarle, como era su deseo, por qué estaba en casa de Esmée Ormby,—o mejor dicho Broadway Kate,—y cómo se había enterado de la verdadera identidad de la mujer.

Tínker, el joven ayudante de Sexton Blake, le había informado de que su patrón no se encontraba en casa. En consecuencia, el joven actor tuvo que retirarse de casa del detective sin haber satisfecho su curiosidad.

No podía suponer que Sexton Blake no había querido recibirle para evitarse una larga y molesta discusión. El detective estaba persuadido de que el joven actor cinematográfico ya había recibido una impresión bastante fuerte al enterarse de la condición de la mujer a quien había creído amar y no era prudente acrecentar su emoción con nuevas y graves revelaciones.

Al regresar a sus habitaciones, Arturo se había encontrado con que le estaba esperando Jameson P. Jameson, con un lote de encantadoras promesas para el caso de que desistiera de entrar en el ejército. Con sumo disgusto para Jameson, le informó que ya había firmado contrato con la "United States Feature Films, Limited" pues se habían presentado circunstancias que le habían hecho cambiar de opinión en lo de alistarse.

Y, después de esto,—cuando ya se pudo quitar de encima al decepcionado pero insistente empresario,—Arturo había decidido ir a Stoke Benton a ver cómo se hallaba su anciano padre después del recio golpe que le había causado seguramente la noticia de su ruina. noticia que había sido la causa de su cambio de opinión respecto a su entrada en el ejército.

—El patrón está con un señor de Londres que ha venido a visitarle,—dijo el anciano mayordomo en respuesta a la pregunta de Arturo.—La señorita Adela está en la biblioteca. Quizás quiera usted conversar un rato con ella, mientras espera que el patrón se desocupe.

¡Adela! ¿Por qué le hacía estremecer este nombre? Arturo se preguntó esto admirado, Sí; le haría bien volverla a ver después de tantos meses. Y dijo en voz alta:

—¿Con que un visitante, Bayle? Pocas veces recibe mi padre visitas o se mezcla con sus prójimos como no esté de gira en su yate. ¡Sí! Voy a conversar un rato con la señorita Adela. Muy bien. No se moleste, Bayle. Creo que conozco el camino.

Dejó en el hall al sonriente viejo mayordomo y se dirigió a la biblioteca. Arturo sonreía también pensando en las excentricidades de su padre. Había visto al guardabosque hindú en los escalones de la gradería de entrada, al entrar y se dió cuenta de que había acompañado al visitante al llegar, fuera quien fuera y le esperaba para acompañarle hasta el portón cuando hubiera terminado la visita.

Casi sin hacer ruido ninguno, entró el joven en la biblioteca. Empujando suavemente la puerta, vió que la extensa habitación sólo estaba alumbrada por la luz que esparcía el abundante fuego que ardía en la espaciosa chimenea de anticuado modelo.

Durante un momento, la joven que estaba sentada de cara al fuego, no se percató de su presencia, mientras él estaba de pie cerca de la puerta, admirando su perfecto perfil recortado nítidamente sobre el fondo rojo de ondulantes llamaradas.

Sin saber cómo, sintió Arturo que el corazón le latía agitado y que un sentimiento de ternura le dominaba. Recordó el día en que había abandonado su casa para comenzar su carrera de actor cinematográfico y se acordó de cómo aquella débil muchacha le había abrazado suplicándole que no se fuera.

Fué entonces cuando sus ojos vieron lo que aun no habían visto. Comprendió entonces que Adela sentía por él algo más que el fraternal afecto que les había unido desde niños. Comprendió que ese afecto había sido reemplazado por un amor maravilloso y tierno, y esto le había casi alarmado en aquellos momentos.

¡Cuán esbelta y agraciada la encontraba! ¡Cuán fresca y grácil! ¡La otra mujer también era bella; pero su porte era dominador y orgulloso!

Aquella mujer había saboreado todos los atractivos de la vida: fumaba, bebía, jugaba; conocía todos los placeres mundanos. Necesitaba dinero,—mucho dinero, — para arrojarlo a la redonda en placeres de toda clase, en los lujos de una vida fastuosa. Si su existencia no era un torbellino de diversiones, le parecía aburrida y considerábase desdichada.

¡Qué contraste, comparada con Adela, la pupila de su padre el coronel! Arturo no había tenido noticia de su enfermedad, ni sabía que todos los días suspiraba por él. La recordaba tan feliz y alegre como siempre la había visto, modelo de cómo debe ser una joven toda inocencia y bondad.

Adela habíase mostrado tan entusiasta aficionada a los sports y al arte, como él mismo. Montaba a caballo admirablemente, era una notable aficionada a la música, tenía una voz como la del proverbial ruiseñor y era, en todo sentido, una encantadora y adorable compañera.

Recordó Arturo cómo atendía ella a los pobres enfermos de las tierras de su tutor y lo cariñosa que era con los niños... y de nuevo se presentó el contraste ante su mente.

Había visto a la mujer a quien había conocido con el nombre de Esmée Ormby, recogerse la falda, ciñéndosela, al pasar junto a un chico, en la calle, temerosa de que el pequeño fuera a tocarla y ensuciarla, y recordaba con qué brusquedad había rechazado, en una ocasión, a una mujer hambrienta a la que halló echada en los escalones de la gradería de entrada del lujoso edificio donde estaba el departamento que ocupaba.

Había sido un loco, realmente un loco al amar a Esmée Ormby, aun antes de saber que era una criminal. ¡Amarla! ¡No! ¡No la había amado nunca! ¡Había sido hechizado por ella y nada más! Y ahora...

—¡Arturo!

La joven que estaba junto al fuego había levantado la cabeza y había mirado hacia donde él estaba, de pie en la puerta de entrada. Habíase levantado de un salto, lanzando un grito de alegría sobre cuyo significado no podía haber error de interpretación y avanzó a su encuentro mientras él entraba en la biblioteca.

—¡Querida Adela! — dijo él tiernamente estrechándole ambas manos. — ¡Hace lo menos seis meses que no nos vemos! ¡Pero,— y la acercó a la ventana para mirarle el rostro a la suave luz del crepúsculo,—qué pálida estás! ¡Tus mejillas han perdido el color de las rosas!

Adela bajó la vista y volvió a medias la cabeza.

—He estado enferma, Arturo, — dijo con voz repentinamente ronca. — Esta casa resultaba tan sola y tan triste después... después de tu partida... Mi tutor, de vez en cuando, iba a pasar una temporada en el yate y yo me quedaba días y días enteramente sola. Resultaba, durante días y días, una verdadera prisionera.

—¿Prisionera? — Y levantó las cejas interrogativo. Le sostenía todavía las manos, máquinalmente. — ¿Por qué?—preguntó.

—Por culpa de Ranjh Singh, — dijo ella estremeciéndose al referirse al sirviente hindú de su tutor.

—¿Se ha permitido molestarte de algún modo, Adela?—preguntó el actor cinematográfico.

—¡No! — contestó ella. — Pero nunca me ha sido agradable. Es tan serio, tan silencioso y... además, me da miedo cuando mi tutor no está en casa. Luego, por la noche, suelta a Satán, el perro, y saca al parque al chitá, ese leopardo que mi tutor trajo de la India, desatándolo de su cadena. Es algo horrible, Arturo, estar aquí sola... una muchacha.

Arturo la miró con intenso afecto, con la inconfundible simpatía que es, esencialmente, la primera sensación de contacto entre dos almas.

—¡Pobre Adela! — dijo él. — ¡Cómo me gustaría poderme quedar para hacerte compañía! Si yo estuviera aquí olvidarías muy pronto toda esa nerviosidad.

—¿Entonces no vas a quedarte aquí mucho tiempo? — preguntó ella mirándole con temor.

—No, — respondió él con tristeza. — Voy a Estados Unidos a cumplir un contrato y cuando regrese, cumpliré un deber que me reclama... si es que aun continúa la guerra.

—¿Piensas alistarte?

—Dentro de seis meses, sí,—contestó él. —Mi contrato es por ese tiempo. He venido a despedirme de mi padre y de tí.

Vió Arturo que a Adela le temblaban los labios y ella sintió que la mano que estrechaba la suya apretaba algo más.

—¿Te importa algo que yo me vaya, Adela? — preguntó él, bajando la voz. — Ahora que hemos vuelto a vernos creo que me gustaría mucho quedarme.

Ella inclinó la cabeza, afirmativamente.

La noticia de que él iba a estar ausente del país durante seis meses y de que, cuando volviera iba a sentar plaza y hacer frente a los horrores de la guerra, pareció herirla en mitad del corazón. Era deber suyo servir a su país y sin embargo...

Trató de hablar, pero no le fué posible. Un sollozo brotó de los labios de la joven y en vano intentó no llorar.

—Adela... ¿es posible que eso signifique tanto para tí? — dijo Arturo tomándola en sus brazos y acercándola a su pecho.

Ella levantó sus ojos llenos de lágrimas hacia los de Arturo y él leyó en su insondable profundidad cuán grande era el afecto que ella sentía por él. En aquel rápido instante cayó de sus ojos la venda que le había tenido ciego y no le había dejado ver el camino de su felicidad. Comprendió que era a Adela a quien amaba; que la otra mujer no había sido más que como una mariposa cuyos superficiales atractivos le habían tenido sometido a un falso y engañador hechizo.

El la estrechó en sus brazos y sintió los latidos del corazon de la joven sobre los del suyo.

—Te amo, Adela,—dijo suavemente, en voz muy baja.—Te amo, Adela.

Durante un momento permanecieron en silencio sin encontrar palabras con que expresar la alegría de su amor. De pronto se oyó una tosecita discreta y cuando los dos se separaron, vieron a Bayle, el ma-

yordomo, con una canasta de carbon en la mano, mirándoles boquiabierto desde la puerta.

—Tengo que vestirme para la hora de comer, Arturo,—dijo Adela toda confundida, a pesar de que le miraba sonriendo muy feliz.

—Bayle,—dijo Arturo en voz baja mientras ella se alejaba corriendo de la habitación.—¡Es usted el más inoportuno, inepto y entrometido de todos los viejos que conozco!

El anciano se quedó atónito. Por más que trataba de recordar, el hijo de su patrón no le había hablado jamás con semejante brusquedad. Miró atónito al joven mientras se alejaba hacia el hall.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—fué todo lo que acertó a decir.—¿Quién iba a poder adivinar lo que había entre los dos?

Tan aturdido estaba Arturo con el hallazgo de su nueva felicidad que se olvidó momentáneamente de la presencia de un visitante en la casa y se dirigió rápidamente a la sala.

Estaba por entrar en ella cuando lanzó una exclamación de sorpresa pues se vió cara a cara con la persona a quien menos podía suponer, en conversación con el coronel Ainsworth.

De pie, con un hermosamente tallado bastón, de origen chino, que sin duda había estado examinando y admirando, en la mano, se encontraba Sexton Blake.

—Lo adquirí durante una breve permanencia en Hong-Kong—decía en aquel momento el coronel.—Creo que es hueco, pero no he logrado nunca hallar el modo de abrirlo.—Volvióse y vió a su hijo.—¡Arturo!—exclamó.

—Le ruego que me perdoné, padre, —dijo el joven.—Me olvidé de que estaba usted con visita. ¡Qué inesperado encuentro, señor Blake!

El detective puso el bastón en un rincón y avanzó con la mano extendida.

—¿De veras eh? — dijo, con enigmática sonrisa en los labios.

La mirada de Arturo Ainsworth fué de la cara del detective a un cheque que el coronel tenía en la mano.

—Creo que puedo adivinar con exactitud la razón de su presencia aquí,—dijo el actor cinematográfico.—No necesitó usted hacer uso del dinero para comprarla, ¿no es cierto, padre?—agregó con intención.

El rostro del coronel expresaba severidad y enojo cuando el anciano miró a su hijo.

—Lo que usted supone es exacto,—dijo el coronel, tratando de usted a su hijo como es costumbre en Inglaterra.— El señor Blake fué a ver a esa... a esa mujer, en representación mía. Usted sabe ahora que lo que yo afirmaba era exacto, que estuvo usted cerca de arruinar su vida toda, realizando una horrible alianza. ¡Creo que lo sucedido será una buena lección para usted!

—Lo ha sido,—dijo Arturo con aplomo y serenidad.—Yo estaba ciego.... peor aun que ciego.

—¿Y ahora? — preguntó el coronel alzando las pobladas cejas.—¿A qué obedece que me haya honrado usted con su visita?

Arturo se encogió de hombros.

—He venido a despedirme,— contestó.—He firmado un contrato para actuar en Estados Unidos. Voy a partir inmediatamente.

—¡Dios mio!—exclamó, disgustado el viejo militar.—¿Cómo ha podido usted hacer semejante cosa? ¿Cómo puede su corazón permitirle que no cumpla su deber como inglés y como hijo de militar? ¡Arturo, su actitud me ocasiona un nuevo deesngaño! ¡Me hiere en lo más profundo del alma el ver que un hijo mio se excusa de servir a su país, de pelear como un hombre!

Arturo Ainsworth se puso rojo hasta las orejas.

—¡No es usted justo conmigo, padre!—dijo con reprimido enojo. — ¡No soy cobarde! Me hubiera alistado hoy mismo pues ayer terminó mi contrato con el señor Hudson, a no haber sucedido lo que ha sucedido.

—¡No entiendo!—exclamó el coronel moviendo la cabeza.—¡No comprendo que obstáculo ninguno pueda interponerse en el camino de un joven inglés que quiere cumplir con su deber en momentos tan críticos como los presentes!

—Se lo explicaré cuando estemos solos, —dijo Arturo mirando a Sexton Blake.—Mi razón tiene que ver algo con lo del... caucho.

El coronel se estremeció y frunció el ceño.

—Puede usted hablar con entera libertad, —dijo fríamente.—El señor Blake está al tanto de mi desdichada perdida en el asunto del sindicato gomero El Salvador, si es a eso a lo que usted se refiere.

Arturo vaciló un momento pero en seguida se decidió.

—La empresa de Estados Unidos va a pagarme seis mil dólares por semana,— dijo.—En el primer momento rechacé tan tentadora oferta por que iba a alistarme ayer mismo. Ahora he decidido dejar mi entrada en el ejército para cuando haya terminado mi contrato. ¡No puedo conformarme con la idea de que Adela y usted puedan vivir en la pobreza!

El coronel avanzó un paso con los puños cerrados y durante un momento pudo creerse que le iba a pegar a su hijo.

—¿Cómo se atreve usted, señor?—gritó.—¿Cómo tiene usted la audacia de pensar?...

—¿Que usted va a aceptar todo lo más que pueda yo enviarle durante mi permanencia en Nueva York? ¡Sí!—replicó Arturo inflexible. — Si usted lo desea, padre, considérelo como un préstamo, pero admítalo por el bien de Adela y colóquelo en algun negocio serio de modo que...

—¡Calle! ¡Basta! — tronó furioso el coronel Ainsworth estremeciéndose de cólera.—¡Preferiría morirme de hambre antes de admitir un solo penique de lo que constituye el

precio pagado por la cobardía de mi hijo! ¡Yo...

—¡Por Adela, padre!—repitió Arturo.— Ella...

—¡Ni aun por Adela! — gritó el anciano.

—¡Su ofrecimiento, señor, es un insulto! ¡Fuera! ¡Váyase de mi casa! ¡Hasta que no haya usted servido a su país como es su deber, no le reconoceré como hijo mio! ¡Fuera! ¡Váyase antes de que me olvide de quien soy y le azote como lo merece!

—¡Pero padre, he firmado el contrato y no puedo negarme a cumplir aquello a que me he comprometido!

—¡Comprometido! — exclamó irónicamente el coronel.—Un hombre de su edad no tiene actualmente más que un compromiso. No tengo paciencia para discutir estas cosas. ¡Váyase! Le repito mi orden. Vuelva vestido con el uniforme del soldado y le recibiré con los brazos abiertos. Hasta entonces no quiero volver a verle. ¡Usted no es hijo mio!

Arturo Ainsworth abrió la boca como si fuera a hablar pero no pronunció las palabras que había pensado decir. Había pensado enterar a su padre de sus intenciones respecto a Adela, pero decidió no hacerlo en vista de la violenta actitud del anciano militar.

Se dirigió hacia la puerta decidido a abandonar la casa inmediatamente y escribir a Adela, explicándoselo todo, en cuanto llegara a Londres.

—Adios, padre,—dijo con serenidad. —Le ruego que reflexione sobre lo que me ha dicho.

Pero el coronel le volvió la espalda y, con un suspiro, Arturo Ainsworth salió de la habitación.

No podía ni soñar en aquel instante en qué dramáticas condiciones iba a volver a ver a su padre la próxima vez.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

En Nueva York.—Una desaparición extraña.—Fenlock Fawn enteramente confundido.—La presencia de Sexton Blake.

EL ruido del Broadway, la "gran vía blanca", de Nueva York...

Unicamente los que lo han oido pueden decir lo que significa. Los toques de bocina de automóviles particulares y de alquiler, el repicar de las campanas de los tranvías, el incesante zumbar de voces humanas, el pisar de miles y miles de transeuntes en movimiento, todo eso mezclado con mil y mil sonidos más, propios de la gran avenida vibrante de vida activísima.

Son las once de la mañana, de una luminosa y fresca mañana, para aquella época del año. Durante la noche y hasta poco después de amanecer, ha llovido copiosamente y las aceras están empapadas, pero limpias y blancas.

Por la calle se ve un interminable pasar de vehículos, divididos por las vías de los tranvías; por las aceras va un torbellino continuo de humanidad en movimiento. En la calle Cuarenta y Dos el espectáculo es interesante. Desde ese ventajoso punto de vista se puede ver a verdaderas multitudes que llegan del este y del oeste y se derraman en el maravilloso Broadway, donde se mezclan con la gente que viene del norte y del sud.

Banqueros, negociantes, corredores de bolsa, millonarios de la Quinta Avenida, mendigos, vendedores ambulantes, de todo hay allí; o, en otras palabras, hombres ricos y hombres pobres; personas honradas y ladrones.

La continua corriente sigue pasando sin cesar, siempre igual, entonándose a veces con alguna nota de color: un grupo de vendedoras, dependientas o dactilógrafas. En Nueva York, lo afirman todos cuantos han estado allí, es proverbial la elegancia con que visten las mujeres empleadas.

¡Hola! Allí viene un grupo de vendedores de diarios. Gritan a voz en cuello algo muy importante que ha dado ocasión para que los diarios den ediciones especiales.

—¡Desaparición extraña! — grita la turba de vendedores. — ¡Extraña desaparición de un famoso actor cinematográfico! Un actor estrella que ha desaparecido misteriosamente de su hotel! ¡Edición especial! ¡Todos los detalles!

Nueva York se había puesto como loca en cuanto la noticia fué conocida por toda la población de la capital.

¡Arturo Ainsworth, el famoso actor inglés había desaparecido misteriosamente! Mientras estaba ocupado en la preparación de una nueva película de la United States Feature Film Limited, habíase evaporado de improviso. Era como si la tierra se hubiese abierto a sus pies y se lo hubiera tragado.

En la Oficina Central de Policía, el comisionado Willard estaba sentado mascando nerviosamente la punta de su cigarro habano con expresión de fastidio y disgusto en su rostro ancho y todo afeitado.

Frente a él se encontraba el director de la United States Feature Film Limited, Skeets Grant, el de la cara angulosa y enérgica, decididamente enojado y fastidiado.

—Eso obedece a la propaganda que hacen los diarios ingleses, — dijo Willard. — ¿No ha leído los artículos?

—¡Claro que los he leído! — dijo Grant. —Pero esa teoría no vale absolutamente nada, señor Willard y haría usted muy bien en abandonarla por completo. Ya le he dicho que estoy convencido de que todo es cosa de ese canalla de Jameson de la Republic Film Company, que lo ha raptado y secuestrado. ¿No le estaba buscando? ¿No se puso verde de envidia cuando supo que yo había contratado a Ainsworth? ¡Esta es la verdadera pista, Willard! ¡Estoy seguro!

—Piense usted que es muy serio lo que dice, señor Grant, — dijo el comisionado

de policía moviendo la cabeza pensativo.— Si usted dijera en público lo que me acaba de decir en privado, Jameson podría reunir testigos y hacerle condenar seriamente por difamación. ¡Hola!—dijo, al entrar el portero.—¿Qué desea?

—El señor Fawn ha venido, señor.

—Bien. Hágale pasar inmediatamente,— ordenó Willard. — Fawn es uno de mis mejores hombres,—dijo a Grant.—Espero que él logre poner algo en claro.

El director de la United States Feature Film Limited inclinó la cabeza, pero con poco entusiasmo, convencido de que no hallarían nada mientras no buscaran por donde él decía.

Skeets Grant sentíase muy afectado por el hecho de que había tenido conocimiento la tarde del día anterior, porque significaba, para su compañía no sólo una enorme pérdida, sino una desorganización lamentable, aun cuando pudiera remediarse a corto plazo. Si no se hallaba remedio la empresa sufriría uno de los más crueles reveses de su existencia.

Durante los últimos dos meses, Skeets Grant había trabajado en la preparación de una película original y sensacional, en la que figuraba su nueva estrella, el notable primer actor Arturo Ainsworth y la película aquella ofrecía resultar uno de los negocios más productivos de la empresa que la preparaba.

De acuerdo con las cláusulas de su contrato, Arturo Ainsworth había salido de Inglaterra por el primer vapor que partió después del día en que tuvo la memorable entrevista con su padre en la vieja casa de Stoke Benton. En cuanto llegó a Estados Unidos fué a Seaview, una pequeña población marítima situada cerca de Nueva York y donde la Feature Film tenía establecido su taller, para empezar los trabajos de la nueva película.

Habían combinado de modo que, dentro del tiempo del contrato pudiera impresionar dos películas de gran extensión. Skeets Grant había calculado que tres meses era tiempo suficiente para hacer la parte fotográfica de esas películas, aun cuando después se necesitase otro tanto para revisarlas, ordenarlas, ponerles títulos y dejar pronta la nueva producción para exhibirla en público.

Los trabajos de la primera película habían sido realizados sin perder ni un minuto del tiempo marcado y todo hacía esperar que la nueva producción resultara de las que hacen época en los anales cinematográficos. Pero, después de lo sucedido, todas las esperanzas de Skeets Grant se desmoronaban. Un día esperaron en vano la llegada de Arturo Ainsworth a los talleres de la empresa, donde había que fotografiar varias e importantes escenas en las que tomaban parte él y la primera actriz. Arturo Ainsworth no se presentó. Grant extrañado, pues Arturo Ainsworth no había faltado jamás a ninguna de las citaciones de su director artístico, fué rápidamente al hotel donde se alojaba. Allí le informaron que había salido muy temprano, por la mañana y que, desde entonces, no habían tenido ni la menor noticia de él.

Y cuando habían transcurrido ya más de veinticuatro horas y Arturo no había sido hallado por ninguna parte, Grant comenzó a sospechar de que se tratara de la consecuencia de algún manejo tenebroso de su odiado rival Jameson P. Jameson, el otro empresario que tan furiosamente había peleado por conquistar los servicios del notable primer actor inglés, y había fracasado.

La puerta de la oficina se abrió y entró un hombre de buen aspecto, de rostro despejado, enteramente afeitado. Era Fenlock Fawn, uno de los más hábiles elementos investigadores de la policía de Nueva York y, por casualidad, un buen amigo de Sexton Blake, el detective inglés.

Saludó al director cinematográfico con una inclinación de cabeza y después, con esa desenvoltura tan común en Estados Unidos, avanzó y se paró junto a la mesa de Willard, inclinándose y apoyando un codo en el borde.

—Las cosas no andan tan bien como sería de desear, jefe, — dijo Fenlock Fawn con pena. — Estoy seguro de haber recorrido todas las casas donde se fuma opio, en el barrio chino, o mejor dicho, las han recorrido mis hombres, sin encontrar absolutamente nada. Pero estuve en el hotel Seaview, donde se hallaba alojado Ainsworth, como usted me indicó y he encontrado un rastro.

—¿Revisó usted mismo la habitación del hotel?—preguntó Willard.

—¡Sí, señor! — contestó Fenlock Fawn. —Los que estuvieron antes no echaron de ver el único rastro que podía ser encontrado allí. Era esto. Lo encontré en el hogar de la apagada chimenea, entre las cenizas. Fué buena la idea de usted de dar orden de que no tocaran nada hasta que yo fuera. Si hubieran limpiado el cuarto, con toda seguridad no hubiéramos encontrado esto.

Con el mayor cuidado sacó del bolsillo un sobre del cual tomó un pedazo de papel chamuscado y lo puso en la mesa, delante de su superior. Su aspecto era éste:



Skeets Grant se levantó rápidamente de su silla y fué a mirar el papel por encima del comisionado de policía.

—¡Poco es lo que puede verse aquí!— dijo desanimado, al verlo. — Yo no puedo sacar nada en claro.

—Sin embargo es bastante lo que puede deducirse de ello, — dijo Fenlock Fawn.— La caligrafía es de mujer y la carta o esquela a que pertenece este trozo, fué, cuando entera, una comunicación solicitando una entrevista y dando una cita.

—¿Sí? ¿Y dónde era la cita?

—En el domicilio de la mujer, — dijo Fenlock Fawn encogiéndose de hombros.

—¡Bueno! ¿Y dónde está la casa?—preguntó Grant.—Ahí no lo dice, ¿eh?

—No, — manifestó Fenlock Fawn, — pero supongo que lograré averiguarlo. Ahora bien, señor Grant, ¿sabe usted si Arturo Ainsworth tenía relación o amistad con alguna mujer capaz de traicionarle por dinero?

—No se que conociera a ninguna mujer, —dijo el director cinematográfico moviendo negativamente la cabeza. — ¿Sabe que parece que nos encontráramos al pie de una pared inaccesible, al fondo de un callejón y que mientras tanto, cada hora que pasa mi empresa pierde algunos miles de dólares?

—Tenga usted un poco de paciencia,— díjole Fawn. — Con permiso, que según creo me dará mi jefe, voy a solicitar ayuda extraña. No creo ser tonto en cuestión de investigaciones, pero está ahora en Nueva York un hombre que es indudablemente habilísimo y...

—¿Sexton Blake? — dijo el comisionado Willard.

—¿Quién si no él? — preguntó Fenlock Fawn. — Crea usted que en cuestión de investigaciones no me inclino más que ante él, en el mundo.

—Pero yo creía que Sexton Blake regresaba a Inglaterra hoy mismo, — dijo Willard.

—Así lo tenía decidido, jefe, — dijo el detective norteamericano, — pero suspendió el viaje. Le telegrafié pidiéndole que viniera a verme aquí a esta hora. Si no me equivoco oigo sus pasos en el corredor en este mismo momento.

Fenlock Fawn fué hasta la puerta de la oficina y la abrió.

CAPITULO II

Sexton Blake se entera de lo sucedido.— Sus teorías y sus deducciones. — La misión confiada a Tinker.

ERA realmente Sexton Blake el que entró en la oficina del jefe.

Acompañado de su joven ayudante Tinker, el gran detective londinense entró en la oficina y saludó inclinándose cortésmente. Fenlock Fawn le presentó en seguida a Grant. El comisionado Willard conocía al detective hacía ya bastante tiempo.

Ayudado por sus fieles aliados Tinker y Pedro (el notable perro policía), Sexton Blake se había ocupado en Nueva York de un caso importantísimo que le había tenido muy atareado durante la última semana, en compañía de Fawn. Cuando se había separado del detective norteamericano aquella misma mañana le había dicho que esperaba ponerle en posesión de algunos detalles concluyentes que permitirían a las autoridades norteamericanas realizar varias importantes capturas dentro de pocas horas. Después de eso Blake se proponía regresar a Londres lo más pronto posible pues ya había permanecido en Estados Unidos más tiempo del que había pensado quedarse.

Los ojos de los tres yankis: Fawn, Willard y Grant se fijaron en el rostro del inglés mientras éste se sentaba y encendía un cigarro.

—Recibí su telegrama, Fawn,—dijo al arrojar el fósforo apagado al hogar de la chimenea.—El asunto está causando sensación. Creo que voy a posponer mi viaje a Londres por unos días. Da la casualidad de que conozco personalmente al desaparecido y me siento interesado...

Miró fijamente a Grant.

—¿Tiene usted alguna teoría sobre cómo ha podido realizarse esa desaparición, señor Grant?—le preguntó.

—¡Claro que sí!—contestó el director cinematográfico.—¡Ha sido obra de Jameson P. Jameson! ¡Canalla! Como yo fuí el que logró contratar a Ainsworth, ahora me lo quita en el momento en que más puede perjudicarme!

—¿Jameson? ¿Quién es ese señor? — preguntó Sexton Blake.

—El director de la compañía Republic, que tiene sus oficinas, como la nuestra, en el Broadway— contestó Grant. — Poco antes de que Ainsworth saliera de Inglaterra los dos procuramos contratarle. Jameson se puso tan furibundo como un oso con dolor de muelas cuando se enteró de que yo me había asegurado el contrato de Ainsworth para actuar en mi compañía. ¡Ya esperaba yo que me jugara sucio ese canalla! ¡Pero no pude pensar jamás que se atreviese a tanto!

Sexton Blake frunció el ceño, pensativo.

—¡Así que usted supone que es él quien lo ha raptado y lo tiene secuestrado! ¿No?— preguntó.

—¡Sí, señor, lo supongo! ¡Lo creo! ¡Estoy seguro de que ha sido así,—gritó Grant.—¡Y voy a demostrarlo! ¡Voy a hacer que Jameson P. Jameson y su maldita empresa se hundan para siempre! ¡Voy a hacerles pagar dólares y más dólares!...

—Me parece que es un poco peligroso acusar del modo que usted lo hace, a Jameson P. Jameson, señor Grant,—intervino Fenlock Fawn.—El señor jefe aquí presente, cree ..

—Creo que alguien de Inglaterra lo ha secuestrado,—dijo Willard.— No puedo quitarme esa idea de la cabeza, señor Blake.

—¿Por qué piensa usted así?—preguntó Blake mirando a Willard con los ojos entornados, segun su costumbre.

—Porque he leído lo que dicen los diarios ingleses,—respondió el comisionado.— Léalos usted y notará que se expresan con amargo sarcasmo y en forma que bien po-

dría haber decidido a un grupo de fanáticos a tomar intervención en el sentido de obligar a Ainsworth a sentar plaza y cumplir su obligación en la guerra.

Sexton Blake tomó el diario inglés que le dió Willard. Recorrió unos párrafos señalados con lapiz azul, que se expresaban en la siguiente forma:

" Seis mil dólares por semana es la suma " que la United States Feature Film Com- " pany Limited se jacta de pagar a Arturo " Ainsworth, el actor británico que duran- " te algunos meses ha dado tanto que ha- " blar por su actuación en diversas pelícu- " las. Claro está que semejante suma debe " ser admitida con mucha reserva, pues es " costumbre invariable de todas las empre- " sas norteamericanas el aumentar los sa- " larios en las noticias que publican. Esta- " dos Unidos fué siempre el país del bluff " y esas afirmaciones, como la pantomima " de la misión Ford en favor de la paz, no " son más que publicidad.

" Si la suma debe ser admitda con todo " género de reservas, pero no cabe duda que " Arturo Ainsworth cobra buen sueldo por " cada semana de su labor.

"Probablemente la magnitud de su remu- " neración, recibida en cambio de hacer " vida de magnate en un pintoresco pueblo " marítimo cercano de la capital y de vez " en cuando mostrar su cara bonita ante la " máquina fotográfica, es lo que hace que " no vuelva al país donde nació y no esté " haciendo instrucción militar o junto a los " valientes jóvenes que están en las trin- " cheras. Sin embargo, no debe tener la con- " ciencia tranquila por que su padre, el co- " ronel Ainsworth, militar retirado, se dis- " tinguió muchas veces por su valentía du- " rante sus largos años de servicio en la " India, y debe correr por las venas del hijo " sangre de soldado valiente, así como, de " vez en cuando, debe palpitar en su pecho " el amor a la patria.

" Tal vez cuando la guerra haya termina- " do el joven Ainsworth se decida a dejar " de hacer gestos ante la máquina fotográ- " fica para satisfacer las fantasías de las " mujeres románticas del mundo y vuelva a " Inglaterra como un hombre, a vestir el " uniforme khaki".

—¡Hum! Un artículo así es capaz de haber inspirado a cualquier exaltado patriota, o a un grupo de patriotas, la idea de secuestrarlo y llevarle a Inglaterra, — dijo Sexton Blake. — Por otra parte puede haberle abierto los ojos y haberle decidido a partir de Norteamérica para ir a su país a sentar plaza.

—Me parece que no ha hecho eso,—dijo Fenlock Fawn.—¿Y de esto que me dice usted, señor Blake?

Entregó a su amigo el trozo de papel chamuscado que contenía fragmentos del mensaje de una mujer.

—¡Hola! — exclamó con no disimulada emoción. — ¡Ha sido secuestrado, Fawn! Cuando una mujer como la que ha escrito esta carta está metida en algo, es necesario suponer que se ha efectuado alguna acción delictuosa. ¿No ha reconocido usted esta caligrafía?

Fawn, preocupado, se rascó la barba, pensativo y ensimismado.

—No; no la he reconocido. Podría asegurar que no creo haberla visto nunca, antes de ahora,—dijo Fawn.

—¡Así se explica que no se haya sentido nervioso y excitado inmediatamente! — dijo rápidamente Blake.—Esta carta, amigo mío, fué escrita por una mujer criminal a la que yo conocí por primera vez por conducto de usted, Fawn: ¡a Broadway Kate!

Fenlock Fawn saltó de la silla en que estaba sentado, como impulsado por un resorte.

—¿Está usted seguro? — preguntó rápidamente.

—Enteramente seguro, — contestó Blake. — No es posible equivocarse al ver la forma de las "e", de las "l" y, sobre todo la "r". ¿Dónde encontró usted esto?

—En la habitación de Arturo Ainsworth, en el hotel donde se aloja en Seaview.

—¡Bien! Es un rastro excelente. En un tiempo, Ainsworth estuvo loco por esa mujer. No fué hace mucho. Precisamente poco antes de salir de Inglaterra.

—¡Ah! ¿Entonces Broadway Kate se hallaba en Londres?—dijo Willard.

—Precisamente, — dijo Blake, quitando la ceniza a su cigarro. — Bajo nombre supuesto tenía arrendado un lujoso departamento en Kensington Gardens y estaba atrayendo a Ainsworth hacia sus garras. Yo le deshice la combinación y le dí veinticuatro horas para salir del país.

—¿Por qué demonios no la arrestó usted? —preguntó Fawn. — Es una mujer peligrosa... Mortalmente peligrosa.

—Así me resultó, — dijo con amarga sonrisa el detective de Londres. — Pero yo no he combatido jamás contra mujeres, si he podido evitarlo. Le proporcioné ocasión de vivir decentemente. Parece que no aprovechó la oportunidad. Esta carta lo demuestra.

—Es citando a Ainsworth, seguramente.

—Eso mismo "en recuerdo del amor que una vez me profesó". Así debía decir la carta. Lo restante también se interpreta pronto: "le espero a eso de las diez (de la mañana) en mi casa fren..."

—Tiene usted razón, Blake, — dijo Fawn. —Ahora lo veo todo con toda claridad.

—"En mi casa fren...", dice, — agregó Blake. — Tal vez él sabía donde estaba la casa y no necesitaba más señas. ¿Dónde puede estar la casa que está "fren"? ¿Hay en Seaview alguna casa que esté frente al mar? —preguntó Blake.

—En un sitio que llaman La Colina hay dos casas que miran al mar,—dijo Fawn.

—¿A qué distancia están del hotel donde se alojaba el joven Ainsworth?

—A unos veinte minutos, quizás algo más,—contestó Fawn.

—Entonces esto viene a estar de acuerdo con otro detalle. Ainsworth salió de su hotel a las nueve y media, con tiempo suficiente para estar en la casa de La Colina a las diez. ¡Tínker!

—¡Señor! — contestó el muchacho muy avispado, decidido siempre a hacer lo que le mandara su patrón y maestro.

—Vaya usted a Seaview inmediatamente,— díjole Blake. — Averigüe quién vive en las dos casas que hay en La Colina y si una ha sido alquilada hace poco a una mujer o a un joven. Usted conoce la habilidad de Kate para disfrazarse de hombre. Si hay inquilino reciente, averigüe todo lo posible a su respecto. Si no han salido de la casa, no les deje salir esta noche.

—Confíe en mí, señor. No les dejaré escapar a menos que la mala suerte me lo impida.

—Esté pronto para comunicar lo averiguado cuando lleguemos nosotros, — prosiguió Blake. — Fawn y yo vamos a ir a Seaview tan pronto como hayamos terminado con el asunto de la Quinta Avenida.

—Sí, iremos con la orden de prisión contra Kate, — dijo Fawn. — Lleva demasiado tiempo en libertad y dando trabajo Ya es hora de que nos deje descansar.

CAPITULO III

En Seaview. — Wang. — Tínker sorprendido. — Broadway Kate se muestra compasiva.

YA era de noche cuando Tínker llegó al pueblecito llamado Seaview. Debido a la temporada del año que era la localidad estaba pobremente alumbrada y fué muy confusa la impresión que le hizo la desierta rambla y la extensa y ancha playa de fina arena que se extendía, en curva, hacia lo lejos.

Fué directamente a la oficina de policía de la localidad para entregar al jefe una tarjeta que le había dado Fenlock Fawn para él. Si no hubiese estado plenamente iniciado en las costumbres liberales de los empleados de policía norteamericanos, le hubiera sorprendido el encontrar al señor Burns,—tal era el apellido del jefe,—en horas de labor, en mangas de camisa, con el sillón echado hacia atrás, los pies en la mesa y un largo y aromático cigarro de hoja humeando en sus labios. Nada de eso le causó asombro, pues conocía las características de aquella gente.

El jefe se mostró muy cortés. El nombre del hábil detective de Nueva York hizo que el señor Burns se prestara decir todo cuanto sabía y a contestar a todas las preguntas que le hiciera Tínker. En pocos instantes el joven ayudante del gran investigador estuvo al tanto de todo lo que Sexton Blake le había dicho que averiguara.

—Bien, el caso es que yo,—dijo, — soy amigo de la gente que vive en una de las dos casas. De los que viven en la otra no puedo decirle gran cosa porque no llevan allí más de una semana. Alquilaron la casa amueblada, segun creo.

—Esos deben ser los que yo busco,—dijo Tínker sin vacilación.—¿Quiénes son y qué aspecto tienen?

—Hay en la casa un sirviente chino, una mucama y una señora, mi joven amigo, — díjole Burns.— El chino es uno de los ejemplares más feos de su raza que se pueda encontrar; la mucama tiene aspecto de tonta, por lo menos si se juzga por las apariencias y la señora... ¡La señora es algo muy vistoso, risueño y simpático! ¡De primer orden, joven, de primer orden! Ha dicho que es la señora de Wellstreathers y que es viuda. La casa que ocupa es la que está primero si asciende usted La Colina por el lado que da a la población.

Tínker se sentía cada vez más entusiasmado y se le notaba en el rostro.

—Ese chino,—preguntó, — ¿está usted seguro de que es un hombre?

—¡Seguro!

—¿Ha oido usted pronunciar su nombre, el del chino, alguna vez?

—Eso no; pero dígame: ¿tras de qué anda Fawn? ¿Qué puede decir contra ellos? Parecen gente muy pacífica y tranquila.

—Las instrucciones que me han dado se limitan a tener bajo constante observación a la gente de esa casa,—dijo Tínker sonriendo.—El señor Fawn y mi patrón, el señor Sexton Blake...

—¿El detective de Londres? ¿El gran Sexton Blake?— exclamó Burns con grandísimo interés.

—Sí, — manifestó Tínker. — Mi patrón es una notabilidad, según dicen. En este caso parece que tiene entre manos un asunto misterioso y muy grave. Pero tengo que irme a vigilar la casa.

—No vaya tan de prisa, joven,— dijo Burns.—Si la gente que hay en la casa es mala gente, sería mejor que se hiciera usted acompañar por uno de mis hombres. Además siempre ven cuatro ojos más que dos y si hay peligro...

—No, gracias,—contestó Tínker. — Debo obedecer a las órdenes recibidas y según éstas debo ir enteramente solo. Si va mas de uno se corre el riesgo de alarmar a los pájaros en lugar de cazarlos.

—¡Muy bien! — exclamó el señor Burns algo molestado por el rechazo de su ofrecimiento.—Haga usted lo que mejor le parezca, pero créame, allí debe haber trabajo de sobra para ocupar a dos hombres.

Y dicho esto volvió a poner los pies en el borde de la mesa y se echó cómodamente hacia atrás en su butaca.

Tínker se despidió de él y salió de la oficina policial a hacer las averiguaciones necesarias por cuenta propia.

Cruzó las calles de la pequeña población y poco tardó en hallarse cerca del sitio denominado La Colina, que se distinguía con toda claridad desde la esplanada. Pudo ver

un poco después las lues que brillaban en las habitaciones de una de las dos casas situadas en la altura

Tínker apresuró la marcha porque le latía el pulso acelerado al pensar en lo que esperaba encontrar. La mujer que decía ser la viuda de Wellstreathers, debía ser realmente, la conocida Broadway Kate.

El chino debía ser su viejo criado y cómplice de ella y de su difunto esposo, el conocido Wang, en cuyas manos Sexton Blake y Tínker habían estado varias veces a punto de encontrar la muerte, en otros tiempos. En realidad, nada se había sabido del infame y astuto chino cuando se investigó el último problema que Ezra Q. Maitland había presentado a Sexton Blake para que el detective lo solucionara. Pero era posible que Kathleen Maitland estuviese al tanto de su paradero y, cuando abandonó el departamento de la casa de Kensington Gardens, le hubiera llamado para que la hiciese compañía y la ayudara en la ejecución de futuras combinaciones criminales.

Tínker llegó a lo más alto de La Colina y miró largo rato hacia el ondulante blanco camino que conducía a la casa donde brillaban las luces. La otra casa, situada un poco más allá, se encontraba en la más completa oscuridad, lo que hacía suponer que sus ocupantes se hallaban ausentes.

Sin embargo no podía dudar Tínker de que la residencia iluminada era la ocupada por la señora de Wellstreathers, de acuerdo con la clara explicación que le había hecho Burns.

Cuando estuvo más cerca avanzó por donde la sombra era más intensa y por último entró en el espacioso jardín que había delante de la casa. Entonces, durante un rato, permaneció echado, observando una ventana en cuya cortina se veía la sombra de una mujer y, de vez en cuando, la de un hombre

Si aquella sombra femenina era o no la de Broadway Kate no podía determinarlo Tínker todavía, pero, al cabo de unos cinco minutos, apareció en la cortina la silueta de una tercera persona. Al verla el joven detective sintió un estremecimiento de nerviosidad y de excitación.

La sombra aquella era la de un chino de larga coleta, y vestido con una de esas blusas que parecen bolsas y que tanto gustan a los de su raza. El movimiento ondulante y suave de aquella silueta era también, inconfundible. A Tínker le pareció que el perfil del grandísimo canalla de Wang se presentó un momento en la cortina.

Instintivamente se estremeció cuando el recuerdo de como el cómplice del difunto Ezra Q. Maitland había atentado contra la vida de Sexton Blake, en Roma, se presentó en seguida a su mente.

Abandonó el sitio donde se había acurrucado y se acercó sigilosamente hacia la ventana. Se proponía enterarse de lo que estaba aconteciendo en aquella habitación, si era posible, a través de la hendija que había a un lado de la cortina. Con una sola mirada podría cerciorarse de si la mujer conocida por el nombre de la viuda de Wellstreathers y tenía un sirviente chino, era Broadway Kate o no.

Cautelosamente, Tínker miró por la hendija del lado de la cortina y casi lanzó un grito de triunfo.

Sentado, atado de pies y manos a una silla y amordazado, se hallaba un joven que era, sin duda, Arturo Ainsworth. Más de una vez el joven detective había visto al actor "estrella" en los cinematógrafos de Londres, como intérprete de alguna película y aun cuando la mordaza le tapaba en aquel momento la mitad del rostro, se veía mas que lo suficiente para reconocerle.

Era una curiosa escena la que se desarrollaba allí en aquel momento.

Un hombre anciano, a juzgar por su cabello blanco y sus agachados hombros, estaba frente al atado actor, de espaldas a la ventana y a Tínker. A su lado estaba una mujer alta delgada, de cutis moreno y cabello renegrido. Sus rojos labios sonreían cínicamente mientras fumaba un cigarrillo y escuchaba la conversación que sostenían el prisionero y el otro.

No tenía el aspecto de aquella mujer nada que pudiera hacerla reconocer en seguida como Broadway Kate, sin embargo una mirada al chino que estaba a un lado, convenció a Tínker de que la mujer a quien estaba viendo era la viuda de Ezra Q. Maitland. El asiático que se restregaba las huesosas manos y sonreía maléficamente, era sin duda, el mismísimo Wang. Su rostro estaba libre de todo disfraz y no había confusión posible al ver su expresión maligna y la mirada de sue ojos crueles.

Estremeciéndose de nerviosidad Tínker observó y esperó con interés lo que iba a suceder allí.

La actitud del prisionero era de desafío, enteramente resuelta. Sus ojos brillaban de furor y sus puños bien atados a la silla, por medio de fuertes cuerdas, estaban amenazadoramente cerrados.

—¿Es esa su última contestación?—preguntó el hombre que parecía ser quien le interrogaba, con voz enérgica, pero cascada.

El prisionero movió la cabeza afirmativamente y entonces el viejo, con gesto de impaciencia, se volvió e hizo una indicación al chino.

Instantáneamente el asiático avanzó, con un largo y filoso puñal en la mano. Tínker había llevado la mano al bolsillo y había sacado su pistola automática, resuelto a hacer fuego contra el chino en el momento en que le viera con intenciones de herir al prisionero.

Pero en seguida echó de ver que se había alarmado inútilmente. Wang había desnudado el cuchillo nada más que para cortar las sogas que sujetaban a Arturo Ainsworth a la silla. El chino cortó la soga que le sujetaba una mano y en seguida la mujer se acercó a su lado mostrando un par de relucientes esposas de acero.

Ainsworth trató de pegarle al chino en el rostro pero no anduvo suficientemente rápido pues Wang le sujetó la mano y le puso una esposa y antes de cortar la cuerda que sujetaba la otra mano, le aseguró en ella la otra esposa.

Hecho esto cortó rápidamente las demás cuerdas y, mediante una hábil zancadilla, hizo que el actor cayera al suelo. Mientras Wang y el anciano levantaban al secuestrado artista, Tínker vió, por primera vez su voluminoso arcón que estaba abierto, en el suelo. Hizo una mueca como si fuera a silbar cuando vió que Wang y el hombre que le ayudaba, metían al actor en el arcón y cerraban la tapa de éste.

Un momento después Tínker se alejaba rápidamente de la ventana, ocultándose junto a un macizo de arbustos, pues había llegado a sus oídos el ruido del rodar de un vehículo. Aquel vehículo debía, por lo cercano que se oyó el ruido, haber entrado en el jardín del frente.

Miró entre la oscuridad tratando de ver algo pues, indudablemente un carro de alguna clase, pero pesado, sin duda, se acercaba a la casa por el serpenteante camino de entrada.

Cada vez estuvo más cerca; de pronto un montón de nubes se movió de delante de la luna y Tínker vió que era un carro cubierto. Dobló la esquina de la casa y el joven se deslizó por la hierba hasta colocarse en sitio desde el cual le fuera posible ver lo que iba a suceder.

A la suave luz de la luna vió que el carrero descendía de su asiento y al verle le dominó un sentimiento de repulsión, sentimiento cuya causa no supo explicarse en aquel instante.

Realmente, la cara de aquel hombre no tenía nada de agradable. Estaba mortalmente pálida de una tonalidad plomiza, tenía una curiosa expresión maligna; era de frente angosta, de cejas anchas y pobladas... Pero tenía algo más, algo que contribuía a afearle de modo disgustante... ¡Dios mio! ¡Le faltaba por completo la oreja derecha!

Tínker miró durante uno o dos segundos, sosteniendo la respiración, sorprendido. La oreja izquierda de aquel hombre sobresalía de manera excesivamente visible, de su cabeza esférica como una antigua bala de cañón, pero sólo había una horrible cicatriz en el lado derecho, donde había estado la oreja. Aun cuando llevaba el cabello, rubio claro. de color rojizo, excesivamente largo de aquel lado, no lograba ocultar ni a medias aquel defecto.

El hombre desapareció por un momento y Tínker le oyó llamar, tocando la campanilla eléctrica, a la puerta del frente de la casa. Transcurrió un rato de silencio bastante largo después de eso y luego llegó a oídos del detective que observaba el ruido de unos pasos lentos y acompasados.

Por donde la luna alumbraba vió Tínker que llegaban unos hombres que habían salido de la casa y el joven ayudante de Sexton Blake vió al carrero y al hombre anciano cuyo rostro aun no había logrado distinguir. Jadeantes y sudorosos sostenían el peso del arcón dentro del cual, según Tínker lo había visto, habían metido a Arturo Ainsworth. El arcon estaba entonces bien asegurado por varias vueltas de recia cuerda y probablemente cerrado con llave.

Tan entregado estaba Tínker a la observación de esa dramática escena que no se percató de que alguien abría una puerta del otro lado de la casa. Si así hubiera sido hubiera terminado el caso de la desaparición del artista cinematográfico antes de que hubiese transcurrido media hora, sin hacer otra cosa que alejarse corriendo a dar aviso a la policía.

Pero no tenía que ser así.

Fué el chino Wang, el que salió por la puerta lateral de la casa. Llevaba en sus manos una lona, seguramente para tapar el arcon que en aquel momento ponían en el carro, haciendo grandísimos esfuerzos, los dos hombres.

El chino fué directamente a tropezar con Tínker, pues, en la oscuridad no le vió, tendido en el suelo como estaba, y semi oculto entre matas de arbustos. Lanzó un grito y cayó de bruces, enviando a rodar ante sí el bulto de la enrollada lona. El primer grito de dolor fué seguido por otro de sorpresa y de alarma del joven detective que procuró ponerse de pie.

Pero el cuerpo de Wang al caer, le impidió levantarse. Con la agilidad de un mono y con asombrosa sangre fría, el chino logró tender los brazos y agarrar a Tinker.

Los dos rodaron de un lado a otro por el césped. Wang no cesaba de gritar pidiendo socorro. Tinker logró agarrarle de su apergaminado cuello y le hundió los dedos con todas sus fuerzas pues había reconocido a su adversario y no se sentía dispuesto a ser misericordioso con aquel asiático autor de tantas muertes.

—¡Socorro! ¡Socorro!— gritó Wang ahogándose bajo la presión de los dedos de Tínker y terminando su grito con un ahogado gemido.

Pero le habían oído. El hombre de una sola oreja saltó del carro y se acercó a Tínker por detrás, sacando del bolsillo una pesada cachiporra.

Se dió cuenta, en un solo instante, de lo que pasaba y dirigió un fuerte golpe a la sien de Tínker. El resultado fué el que era de esperar. Una oscuridad completa rodeó al joven detective que se desplomó, inerte, en el césped, perdiendo toda noción de cuanto le rodeaba.

Wang dirigió varios golpes al desmayado joven, profiriendo una larga serie de insultos en su idioma, pero cesó de pronto, lanzando un grito de asombro, cuando volvió a Tínker boca arriba y la luz de la luna le dió en el rostro.

—¡Tinker! — exclamó Wang con asombro y odio. — El ayudante del señor Blake.

—¿Qué es eso? — preguntó rápidam...

una voz. — ¿Ha dicho usted que es.... que es Tínker?

Volviéndose rápidamente, Wang vió a su patrona de pie ante él.

Aquella "señora Wellstreathers" era indudablemente Broadway Kate y el tono aceitunado de la piel así como el cabello negro no eran más que detallles de un hábil disfraz adoptado por la criminal mujer.

—¡Mire! — gritó Wang tembloroso de emoción.—¡Yo no me equivoco fácilmente!

Broadway Kate miró un momento al muchacho y después le aplicó una mano al pecho para sentir los latidos del corazón. La mujer respiró jadeante y miró atemorizada al chino.

—¡Esto no puede significar más que una cosa, Wang! — dijo con voz ronca. — De algún modo misterioso ese demonio de Sexton Blake se ha enterado de todo y nos sigue nuevamente la pista. ¿Cómo es posible que se halle en Estados Unidos?

—¡Yo voy a matarlo! — dijo Wang sacando de la manga su formidable cuchillo. —¡Los muertos no hablan!

El arma brilló siniestra a la luz de la luna, pero antes de que el brazo del chino pudiera descender para dar muerte a Tínker, con un rápido movimiento Kate había tomado la muñeca del chino en su mano pequeña pero fuerte.

—¡No! ¡Eso no! — gritó Kate. — ¡Eso no! Es un muchacho y tiene muchos años que vivir. Si hubiera sido su patrón no me hubiese opuesto. Atelo bien de pies y manos y amordácelo. Póngalo después en una de las habitaciones del piso alto. Nosotros debemos ir al yate inmediatamente. Es necesario escapar sin perder un sólo minuto. Probablemente Sexton Blake se halla ya en camino hacia esta casa.

CAPITULO IV

La astucia de Tínker.—Rescatado.—El bastón chino.—La identidad del hombre de una sola oreja.

CUANDO Tínker recobró los sentidos y fué recuperando poco a poco la memoria, se dió cuenta de que estaba en una de las habitaciones del piso alto de la casa de Broadway Kate, en La Colina de Seaview.

Se hallaba tan brutalmente atado y amordazado que no dudó un solo momento de que era Wang quien se había encargado de sujetarlo. Por más esfuerzos que hizo por aflojar sus ligaduras, no consiguió nada.

El joven detective no podía calcular cuánto tiempo había estado sin conocimiento, aun cuando, como aun se veía la luna en el trozo de cielo que distinguía por la ventana, debía ser todavía de noche.

Tínker estaba tendido en el suelo, respirando jadeante. Había forcejeado durante un rato, procurando quitarse las cuerdas que le oprimían dolorosamente las muñecas y los tobillos, causándole insoportable molestia. Se hallaba con las fuerzas casi agotadas y se hubiera quedado largo tiempo descansando a no haber llegado a sus oídos un ruido que le era familiar.

Le hizo sobresaltarse pues lo había oído con demasiada frecuencia para confundirlo con nada parecido. Era el ladrido de un sabueso y significaba que, de acuerdo con su promesa, su patrón había acudido a Seaview tras él, en compañía de Pedro, su fiel perro.

El perro ladró otra vez casi inmediatamente, pero esta vez el ladrido fué rápido y breve, mientras que en la primera ocasión había sido largo como un lamento. La razón era fácil de acertar. Significaba aquello que Sexton Blake debía estar cerca, en el jardín tal vez, y había apretado las fauces del perro para hacerle callar, temeroso de que alarmara a la gente de la casa.

¿Que podía hacer él para que su patrón se enterase de que estaba prisionero allí? El joven se lo preguntaba sin hallar conveniente respuesta. Raro era que Pedro ladrara y esta conducta extraña del perro tal vez hiciera que Blake sospechara que Tínker se encontraba allí. Sin embargo, tal vez necesitara alguna prueba más definida para atreverse a meterse en la casa forzando la puerta.

El ver que había una mesa delante de la ventana y que en la mesa había un florero de adorno, alto y pesado, inspiró al joven la idea que estaba buscando.

Estaba convencido de que le habían dejado solo en la casa porque desde que había recobrado los sentidos no había oído ningún ruido y todo había estado más silencioso que una tumba.

Decidió intentar la realización de un plan que acaba de ocurrírsele y, laboriosamente, comenzó a darse vuelta por el suelo acercándose a la mesa que estaba delante de la ventana. Fué una empresa horriblemente lenta y temía Tínker que Sexton Blake se alejara de la casa antes de que pudiera realizar su plan, pero por fin tocó con el cuerpo una pata de la mesa y comenzó a levantarse hasta sentarse en el suelo, apoyándose en la mano.

Cuando estuvo sentado en el suelo, junto al mueble, se inclinó de modo que dió un golpe fuerte al borde de la mesa. Lo que él deseaba se realizó. Con suma satisfacción vió que se inclinó la tapa de la mesa y envió el alto y pesado florero a dar contra los vidrios de la ventana por los que se abrió paso, yendo a dar al jardín que quedaba debajo.

Tínker oyó una rápida exclamación procedente del jardín y gritó todo cuanto le permitió la mordaza que tenía puesta.

—Esto ha de lograr que mi patrón se ponga a buscarme, — pensó. — ¡Sí, ya me busca! ¡No ha perdido mucho tiempo, por cierto!

Oyó recios golpes dados en la puerta de entrada de la casa y a alguien que ordenaba que abrieran, en nombre de la ley. Pero en la casa todo seguía silencioso.

Transcurrió un par de minutos y después oyó ruido de pasos que subían las escaleras y se dió cuenta de que su patrón había en-



A la luz de la luna vió a los dos hombres que habían salido de la casa. Sudaban jadeantes bajo el peso del arcón en que habían metido a Arturo Ainsworth.

contrado la necesaria ganzúa en su manojo y había abierto la puerta, entrando, sin más vacilar, en la casa.

La puerta de la habitación en que estaba Tínker se abrió rápidamente después que alguien hubo movido la llave que estaba en la cerradura del lado de fuera y Sexton Blake, Fenlock Fawn y Skeets Grant, entraron.

Este empuñaba un revólver y apuntaba sin saber a dónde y fué gracioso ver cómo Fenlock Fawn retrocedió de un salto al ver que le apuntaba a la cara.

—¡Quieto con ese juguete! — avisó inquieto. — Mejor sería que se lo guardara en el bolsillo. Aquí no hay peligro, a juzgar por el aspecto de las cosas. Si hay alguien en el piso bajo, mis hombres le prenderán.

Sexton Blake se había arrodillado junto a su joven ayudante y había sacado la navaja.

Con rápida mano quitó a Tínker sus ligaduras y con un suspiro de satisfacción, el joven se arrancó la mordaza de entre los dientes.

—¡Uff! ¡Gracias, señor! — exclamó respirando con ansiedad. — ¡Ese aparato me estaba sofocando! ¡Me alegro de que haya llegado!

Pedro subió a saltos la escalera y penetró en la habitación, dirigiéndose a Tínker, al que saludó con todas las demostraciones de alegría que puede exteriorizar un perro.

—¡Buen amigo! — exclamó el joven acariciando la noble cabeza del animal. — ¡Fué tu voz la que oí primero! Si no la hubiera oído no me hubiese enterado nunca de que el patrón estaba en el jardín.

—En el primer momento no logré comprender la razón de su intranquilidad.— dijo Sexton Blake. — El jefe de la policía local nos había dicho a donde se había dirigido usted y vine con dos más, a efectuar un reconocimiento. — Miró al muchacho con seriedad. — No quiero que vuelva a correr riesgos graves, Tínker, — dijo. — ¿Cómo fué que lograron apresarle?

El joven, algo avergonzado de lo que él consideraba su fracaso, explicó a Sexton Blake todo lo sucedido desde que llegó a la casa y vió las sombras en la cortina, hasta que cayó sin sentido después de su pelea con Wang, el chino.

—¿Dice usted que vió realmente a Arturo Ainsworth sentado, atado a una silla, en una de las habitaciones del piso bajo? — preguntó muy nervioso Skeets Grant cuando el joven hubo terminado su relato.

—¡Claro! — replicó Tínker. — ¿No lo he dicho así?

—¿Está usted enteramente seguro de que era él?—insistió el empresario.

—¡Sí! Le reconocí inmediatamente. Estoy seguro de que era Arturo Ainsworth. Además, de no ser él, ¿quién iba a ser?

—¿Y el hombre que parecía que le estuviera amenazando, el anciano, como usted lo ha designado, Tínker, qué aspecto tenía?— preguntó Sexton Blake. — ¿Cómo era su actitud? Descríbalo lo mejor que pueda.

—Me parece que no estoy en condiciones de satisfacer su deseo a ese respecto, señor, —le contestó su ayudante. — Dió la casualidad de que estuviera siempre de espaldas

a mí, es decir a la ventana. No le pude ver el rostro ni un sólo momento. Lo único que puedo decir es que vestía de oscuro, de negro probablemente, que tenía el cabello gris y era un poco cargado de espaldas. Era de reducida estatura y muy delgado.

Sexton Blake entornó los ojos, señal de que pensaba profunda y rápidamente.

—Mejor será que bajemos a la habitación donde usted vió al joven Ainsworth atado a la silla y donde le metieron en el arcón,—dijo después de una pausa. — Quizás encontremos allí algún rastro que nos permita orientarnos. ¿No oyó usted decir nada respecto al sitio a donde había de ir el carro con el arcón... con Arturo Ainsworth dentro?

—No, señor.

—¡Hum! Guíenos al cuarto del piso bajo. Estoy impaciente por revisar esa habitación, —dijo Sexton Blake con enigmático gesto.

Tinker guió a su patrón, y a los otros, a la habitación donde habíase desarrollado la escena de que había sido testigo poco tiempo antes, aquella misma noche.

Vista de dentro ofrecía el mismo aspecto que había descrito el joven después de verla por la ventana. La silla a la cual Arturo Ainsworth había estado sujeto se hallaba todavía en el centro del cuarto, con los pedazos de soga a sus pies y en el respaldo. Un trozo largo de soga gruesa estaba en el suelo también; debía ser el sobrante de la cuerda con que habían atado el arcón una vez metido dentro el prisionero.

Sexton Blake examinó todo cuanto había en aquel cuarto, cosa por cosa, dedicando especial atención a la mesa-escritorio, cuyo contenido estaba en el mayor desórden. Pero todo documento acusador que pudiera haber habido en aquella mesa, había sido sacado a toda prisa por Broadway Kate y su cómplice, el chino Wang, antes de partir.

Sexton Blake encendió un cigarro de hoja, echó al aire algunas bocanadas de humo y frunció el ceño como apesadumbrado. Pero en el mismo momento en que iba a volverse hacia la puerta, lanzó un agudo grito y corrió hacia el otro lado de la habitación, tomando un bastón que estaba apoyado en aquel rincón del cuarto.

—¿Qué pasa, Blake? — preguntó Fawn intrigado.—¿Lo reconoce usted?

—No, — dijo Sexton Blake después de una breve pausa.—No lo reconozco.

Pero Sexton Blake sabía que no decía la verdad, pues con todo asombro, se había dado cuenta de que él había tenido en sus manos aquel mismo bastón, curiosamente tallado, en Inglaterra, hacía muy poco tiempo.

Pocas veces acudía Blake al recurso de escudarse tras de una mentira, pero necesitaba tiempo para pensar. La teoría que la presencia de aquel bastón hacía posible era tan asombrosa como inesperada. El bastón pertenecía al coronel Ainsworth y era de manufactura china. Era el mismo bastón que había admirado en Las Veletas, la casa del viejo coronel, en Stoke Benton. ¿Qué significaba aquello? Parecía que el viejo militar estuviera en Estados Unidos. Pero en tal caso, ¿qué hacía en compañía de Broadway Kate y de su villano cómplice el chino?

¿Significaba eso que él había sido raptado a la vez que su hijo? ¡No! No era eso. La primera teoría era la exacta, en opinión de Blake. ¿Quién podía ser el anciano que según Tinker amenazaba al joven actor cinematográfico si no su padre? La descripción: cabello gris, delgado, bajo, cargado de espaldas, coincidía con él exactamente. ¿Pero por qué había ayudado a raptar a su hijo y a evitar que cumpliera su contrato con Skeets Grant?

Sexton Blake comprendió que Fenlock Fawn le miraba con desconfianza.

—¡Un hermoso trabajo de talla! — dijo poniendo el bastón junto a la mesa.—¿Pertenecerá al viejo de cabello gris? ¿De veras no logró verle ni siquiera de perfil un segundo, Tinker?

—No, señor, — contestó el ayudante.—Pero, — agregó expresándose con apresuramiento, — hay algo que debía haberle dicho antes, señor. No se cómo omití ese detalle. Probablemente como me hallaba tan nervioso en el primer momento en que me vi libre de la horrenda mordaza...

—¡Bien! — dijo el detective impaciente. —¿De qué se trata?

—El hombre que manejaba el carro que vino a esta casa, señor, — contestó Tinker, —no tiene más que una sola oreja. ¡Le falta lo oreja derecha!

—¿Una sola oreja? — Y estas palabras sonaron como un pistoletazo en boca de Fenlock Fawn. — ¿Tenía el rostro muy pálido, era robusto y tenía el cabello rubio rojizo? —preguntó rápidamente. — Donde debía estar la oreja, ¿tiene una horrible cicatriz? ¿Eh?

—¡Eso mismo, señor Fawn! — contestó el muchacho, convencidísimo.

—¿Le conoce usted, Fawn? — preguntó entonces Sexton Balke.

—¡Sí! — dijo Fawn con los ojos chispeantes de contento. — Es Isaac Raney, al que llaman de sobrenombre Rojo Ike, un ladrón de quien se sospechó, en una época, que fuera cómplice de Ezra Q. Maitland cuando éste nos daba trabajo por acá.

—¿Podría usted encontrarle? — preguntó Sexton Blake.

—Creo que sí, — contestó Fenlock Fawn. —La palidez mortal de su rostro se debe a que el hombre fuma opio. Es un esclavo de la droga. Debe tener el dinero que le haya dado Broadway Kate por su ayuda en este asunto, así que con seguridad irá a fumar una pipa, como siempre que está en fondos. Si está aun en Estados Unidos le encontraremos en el barrio chino, buscando más o menos tiempo. Voy a avisar a la Oficina Central en cuanto volvamos a la oficina de esta localidad y pediré que envien a uno de los mejores detectives en busca de Broadway Kate y de Wang y a otros en busca de Rojo Ike, al barrio chino.

—¡Muy bien! — aprobó Blake. — Espero

que no tardaremos en volver a hallar la pista.

Se dirigió a la puerta y Tinker notó que había tomado el bastón tallado y lo llevaba debajo del brazo.

. . . .

Sexton Blake estaba fumando sin cesar, en la salita reservada de las habitaciones que ocupaba en el hotel donde se alojaba.

Tenía un aspecto de cansancio que pocas veces se le notaba y a juzgar por como estaba la alfombra y tenía el saco, cubiertos de ceniza, se comprendía que debía llevar mucho tiempo fumando y pensando, quizá toda la noche.

En realidad, los sucesos no se habían desarrollado a gusto del investigador. Habían transcurrido dos días desde aquel en que Tinker había visto que metían a Arturo Ainsworth en el arcón y fué luego capturado, y aun cuando tanto Blake como Fawn, y un gran número de detectives, habían trabajado con todo ahinco, no se había logrado dar ni con el más leve rastro que indicara el paradero del actor cinematográfico y de sus secuestradores. Los empleados de policía que habían recorrido el barrio chino en busca de Rojo Ike, el hombre de una sola oreja, no habían logrado hallar al que manejaba el carro en que se llevaron a Arturo Ainsworth metido en el arcón.

Blake fué sacado de su "reverie" por el rápido sonar de la campanilla del aparato telefónico. Tomó el auricular con poquísimo entusiasmo, pero se notó un destello de satisfacción en sus ojos en cuanto oyó lo que le comunicaban.

—Ya tenemos preso a Rojo Ike, — le informó la voz de Fawn en cuanto el detective norteamericano estuvo en comunicación con su amigo. — Lo encontraron en un fumadero de opio de Mellor Street y lo van a traer a la Oficina Central. ¿Le gustaría a usted venir inmediatamente?

—¡Claro que sí, Fawn! — contestó el detective inglés. — ¿El grado tercero? — preguntó luego con intención.

—¡Sin duda! ¡Es un caso en que se impone! — contestó Fawn. — ¡El jefe se encargará de someter a ese Ike al trato que merece, puede estar usted seguro!

CAPITULO V

El grado tercero.—La conclusión de Sexton Blake.—De regreso a Inglaterra.

ISACC RANEY, conocido por el apodo de Rojo Ike, estaba sentado, con aire sombrío, frente al comisionado Willard, en la oficina particular de éste en la casa central de policía de Nueva York.

El pillastre que había ayudado a la desaparición de Arturo Ainsworth tenía un aspecto peor aun que cuando Tinker le vió bajar del carro que manejaba, en el jardín de la casa ocupada por Broadway Kate en La Colina de Seaview.

Estaba tembloroso y más pálido que de costumbre, en parte debido a la impresión que le había producido su inesperada detención, en parte debido a las horas que había pasado dedicado a la droga maligna y destructora de que era esclavo.

De vez en cuando dirigía una mirada furtiva a los dos hombres que se hallaban de pie detrás del comisionado Willard, Sexton Blake y Fenlock Fawn, pero cada vez que el jefe, que le estaba interrogando, alzaba la voz, volvía a fijar su mirada en los escudriñadores ojos de Willard.

—¡Fíjese bien en lo que le pregunto, Raney! — decía el jefe. — Deseo que me diga la verdad y nada más que la verdad. ¿Insiste usted en afirmar que no sabía qué era lo que contenía el arcón que cargó en el carro?

—¡Le juro que no lo sabía, jefe! — protestó Raney con vehemencia. — Una señora estuvo a verme aquella tarde y me dijo que quería mandar a la estación un cajón pesado. Era una señora muy hermosa, señor y tenía una cartera llena de dinero. Me dijo que había alquilado un carro, pero que el que lo manejaba siempre se había puesto algo enfermo y entonces...

—¡Basta! — gritó Willard levantándose rápidamente y acercándose al preso con los puños cerrados. — ¡Canalla! ¿No le dije que no quería oirle más que la verdad? ¡Vamos, pues! Basta de mentiras o me parece que lo va a pasar mal. ¿Dónde llevó usted el arcón?

—Créame, jefe, que le digo la verdad. Lo llevé a la estación y allí lo dejé y...

El pesado puño del comisionado Willard cayó sobre el rostro de Isaac Raney con tal fuerza, que el hombre cayó al suelo junto con la silla en que estaba sentado. El cuerpo del hombre dió en el suelo con tanta violencia que tembló toda la habitación.

—¡Levántese pronto! — ordenó Willard dándole puntapies en los costados. — ¡Levántese o le vuelvo a pegar! ¡Voy a enseñarle a venirme con mentiras! ¡Vamos, levántese!

Tomó a Raney de un hombro y sacudiéndole, le hizo levantarse hasta que estuvo de rodillas. Fawn presenciaba la escena impasible. Sexton Blake fruncía el ceño, desaprobándola. No era la primera vez que veía aplicar el "grado tercero", pero tal despliegue de brutalidad le causaba siempre una sensación de indignación y de desprecio.

—Le voy a decir todo lo que quiera saber, jefe. Sí, señor, se lo voy a decir, — balbuceó Isaac Raney. — Pero no vuelva a...

—¡Hable de una vez! — gritó Willard levantándolo y empujándole hacia su silla.— ¡Y ahora la verdad y sólo la verdad! ¿Eh?

—Me encontré con Kate, en Seaview por pura casualidad, jefe, — dijo el pillo sentado en la silla y encogido como si temiera la llegada de nuevos golpes. — Ella me dijo que tenía que encargarme de un trabajo y me ofreció cien dólares si me decidía a hacerlo. Me dijo Kate que se trataba de un hombre a quien había que sacar del país sin que lo supiera nadie.

—¡Ah! — dijo Willard. — Eso parece menos inexacto.

—Yo no sabía que se trataba de Arturo Ainsworth entonces, — prosiguió Isaac Raney. — No tenía dinero y acepté el encargo.

—¿Dónde llevó usted el cajón con el hombre?

—A la costa, a algunos minutos de Seaview, a un paraje solitario. Yo ayudé al chino...

—¿A Wang?

—Eso es: el chino que siempre ayudó a los esposos Maitland. Le ayudé a embarcar el cajón en una lancha automóvil... También se embarcó el viejo... Ese sí que no se quién era. La lancha se alejó en dirección de un yate que estaba anclado bastante lejos.

—¿Cómo se llamaba el yate?

—No lo se, jefe.

—¿Está enteramente seguro de que no lo sabe? — preguntó Willard cerrando el puño y mirando pensativo al hombre.

—No lo se, jefe. ¡Por misericordia, no vuelva a pegarme! — imploró Isaac Raney.

—¿Quiere hacerle alguna pregunta al preso Fawn?—preguntó Willard.

Fenlock Fawn miró interrogativamente a Sexton Blake.

—¿Qué aspecto tenía el viejo, Raney?—preguntó el detective inglés.

—Era un tipo de cabello gris, de unos sesenta años, segun me pareció,—dijo el preso.—Tenía el rostro tostado por el sol y arrugado, y el bigote blanco.

—¿Era muy alto?—preguntó Blake.

—No era alto ni poco ni mucho,—contestó Raney.—Era un hombre chico, pero con un mal genio como para un cuerpo de doble tamaño.

—¿Le reconoce usted, Blake? — preguntó Fenlock Fawn. Había estado observando el rostro de Sexton Blake y le había parecido notar una rápida expresión de triunfo.

—¿Yo? ¡No!—contestó Sexton Blake después de una brevísima pausa. Por segunda vez, durante esta investigación había considerado conveniente ocultar la verdad.—Pero creo que el yate debe hallarse a estas horas camino de Inglaterra.

—¿Qué me dice de ese anciano que parece ser uno de los factores principales del secuestro?—preguntó Willard. — ¿Cree usted que pueda ser un aliado de Jameson el director de la empresa cinematográfica rival de la de Skeets Grant y que también quería contratar a Ainsworth?

Blake movió negativamente la cabeza.

—No,—contestó en seguida. — Creo que la teoría que usted expuso en el primer momento está muy cercana de la solución del misterio. Alguien, exageradamente patriótico, ha raptado a Arturo Ainsworth y le ha llevado a Inglaterra para que entre en el ejército. Así es como creo yo que se han producido los hechos.

—¡Hum! Pues siendo así, creo que no es mucho lo que podemos hacer nosotros a ese respecto, — dijo Willard.

—Voy a tomar el primer vapor que salga para Liverpool, — anunció al detective británico, preparándose para despedirse.— Creo que es del otro lado del Atlántico donde es posible volver hallar el hilo de esta enredada madeja.

—¿Nos enviará usted noticias en cuanto sepa algo definitivo, señor Blake?—preguntó el comisionado.

—¡Naturalmente!—contestó Sexton Blake.

Pero se notaba una enigmática expresión en su rostro, en el momento en que volvió la cabeza para salir de la oficina.

* * * * * * * * * * * * * * * * * * *

En la cubierta de paseo del espléndido vapor "Mauritania", verdadero palacio flotante, se hallaba Sexton Blake con sus dos fieles aliados: su ayudante Tinker y Pedro, el perro policía.

El detective miraba hacia la inmensidad del mar mientras redoblaba con las puntas de los dedos, las unas en las otras del modo característico como acostumbraba hacerlo cuando estaba entregado a sus pensamientos. Tenía un cigarro en la boca pero, olvidado de él, lo había dejado apagar.

Que Jameson P. Jameson, el empresario que había sido rival de Skeets Grant cuando se trataba de conseguir el contrato del popular actor cinematográfico había tenido algo que ver con el rapto de Arturo Ainsworth era cosa que Sexton Blake no creía posible, aun cuando había pensado que pudiera ser así, en los primeros momentos de verse ante el enigma.

El bastón encontrado en la casa de Seaview había pertenecido al coronel Ainsworth y la filiación del hombre que parecía haber sido el promotor del secuestro, dada por Tinker primero y por Isaac Raney después, coincidía de modo asombroso con la del militar retirado. El actor cinematográfico había sido llevado a un yate. El coronel Ainsworth era dueño de un buque de esa clase y disponía de él a pesar de todo lo que había perdido a consecuencia de la estafa del banquero Jesse Welfare, porque no era de su propiedad: lo había fletado por un determinado tiempo, pagando adelantado.

Sexton Blake recordó que el viejo militar conocía a Broadway Kate porque la había visto cuando intentaba evitar que Arturo Ainsworth se casara con ella. Recordó también lo enérgicas y arraigadas que eran las ideas del coronel en lo relacionado con las obligaciones del patrotismo y todos sus razonamientos no le conducían más que a una sola conclusión.

Los artículos publicados por los diarios ingleses criticando y ridiculizando a Arturo Ainsworth porque estaba trabajando en hacer películas en lugar de sentar plaza, debían haber influido de tal modo en la mente del veterano que éste había ido a Estados Unidos con el propósito de convencer a su hijo y hacerle regresar a su país. Una vez en Nueva York habíase encontrado por ca-

sualidad con Broadway Kate disfrazada de modo parecido a cuando pasaba por Esmée Ormby y por lo tanto la había reconocido. Era sensato suponer que fué entonces cuando el anciano se decidió a raptar a su hijo a fin de obligarle a sentar plaza, accediendo a pagarle a la aventurera una determinada suma si accedía a ayudarle.

Sexton Blake no sabía de qué modo proceder cuando llegara a Inglaterra.

Sin duda, a todo esto, Arturo Ainsworth había sentado plaza de acuerdo con el deseo de su padre o se encontraba todavía prisionero en casa del viejo militar en Stoke Benton.

No podía haber sido muy difícil llevarle a la vieja casa sin que nadie se enterara y Las Veletas podía constituir, en verdad, una prisión ideal por lo segura.

Pero ¿qué podía hacer? se preguntaba Sexton Blake. Después de todo, el joven Ainsworth no haría más que cumplir con su deber si cambiaba su traje civil por el uniforme khaki. El detective sentíase inclinado a dejar que los acontecimientos continuaran desarrollándose, a abandonar el caso, dejando a Arturo Ainsworth entregado a su suerte. Sin embargo...

¡No! ¡Eso era imposible! ¡Era de todo punto necesario arreglar cuentas con Broadway Kate!

Era de suponer que estuviera nuevamente en Inglaterra pues con seguridad había acompañado al coronel en su yate, en su viaje de regreso.

Sexton Blake se daba cuenta de que iba a ser imposible prenderla envolviendo al viejo coronel en una acción legal que entablaría la empresa cinematográfica de Skeets Grant y que significaría, para él, la más completa ruina. Además, por despecho, Broadway Kate enteraría de lo pasado en Seaview a la policía británica. Pero, costara lo que costara, tenía que encontrar a la infame aventurera y al pillo de su cómplice el chino y hacerles partir de Inglaterra.

Sexton Blake comprendía que tenía obligación de hacer eso en bien de la seguridad y de la tranquilidad de sus conciudadanos.

CAPITULO VI

Otra vez en Stoke Benton. — La misión nocturna de Sexton Blake— Una sorpresa dramática.

La pintoresca pequeña ciudad de Stoke Benton estaba entregada al sueño. Eran las once de la noche y únicamente el leve gemir del viento entre el follaje de los altos árboles que flanqueaban la calle principal, interrumpía la tranquilidad y el silencio nocturno.

Las puertas del Hotel del Ferrocarril estaban cerradas hacía largo rato. El último labrador se había retirado a su casa después de beber su pinta de cerveza, y el hombre y el joven que eran los únicos pasajeros alojados en el hotel, habían comido y se habían retirado a sus habitaciones.

Sin embargo aun no estaban dormidos. Lejos de eso. Tinker,—que era el joven mencionado,—estaba en la habitación de su patrón y maestro y aun cuando era tarde, tanto él como Sexton Blake, se disponían a salir.

Por más que parezca extraño, los dos estaban vestidos de negro, se habían levantado el cuello del saco, sujetándolo con alfileres de modo que no se viera nada ni del cuello ni de la pechera. Sexton Blake se había guardado en el bolsillo un curioso aparato, parecido a una pistola pero dotado de una pera de goma en lugar de culata. Después tomó de una balija que estaba en el suelo, abierta, una resistente escala de cuerda, ató un extremo a los pies de la cama y arrojó el otro por la ventana. Volvióse hacia Tinker.

—¡Pronto!—dijo.

El joven parecía estar al tanto de lo que se esperaba de él. Subió al borde de la ventana y cautelosamente y sin ruido, descendió hasta tierra.

Esperó a la sombra de algunos arbustos hasta que su patrón estuvo a su lado y dijo en voz baja:

—¡Pedro!

De una casilla que estaba cerca de la puerta de la caballeriza salió, moviendo alegremente el rabo y haciendo otras manifestaciones de alegría un perro grande, que se acercó a ellos.

—¡Quieto, Pedro!—ordenó Sexton Blake y se inclinó para quitarle la cadena

—¡Ven conmigo!—ordenó.

Blake indicó el camino, llegó a una tapia, subió, ayudó a subir a su ayudante no sin que antes Tinker tomara al perro y se lo alcanzara al detective que lo puso del otro lado.

Cuando los tres hubieron traspuesto la tapia, siguieron por el caminito de los fondos del hotel...

* * * * * * * * * * * *

Una oscura silueta estaba de pie ante el portón de Las Veletas, la casa del coronel Ainsworth contruída hacía dos siglos. No se movieron más que los brazos del hombre y de pronto se oyó un ruido metálico.

Lenta y cautelosamente el hombre empujó, abriéndolo, el portón y después de guardarse un manojo de llaves en el bolsillo del pantalón, se volvió, silbó suavemente y dos siluetas más,—un joven y un perro,— aparecieron en la oscuridad.

—¡Quieto!—dijo muy bajo, la voz de Sexton Blake.—Venga. Cuanto antes...

Prorrumpió en una exclamación de fastidio. Cuando pasaban por el portón, que el detective había abierto con una ganzúa. Tinker había tropezado con el borde de un cantero de flores y se había caído al suelo de bruces.

Un instante después estaba nuevamente de pié, pero el mal ya no tenía remedio. Cuando Sexton Blake le tomó de la mano y lo ocultó tras un macizo de arbustos, se abrió lentamente la puerta de la casita del portero.

y la gigantesca figura del hindú, sirviente del coronel Ainsworth se recortó en silueta sobre el cuadro de luz de la puerta.

Sexton Blake sentíase contrariado. Había adoptado una actitud temeraria a fin de adelantar las investigaciones y terminar de una vez con el asunto, entrando en la posesión del coronel sin que éste lo supiera, y no descubre ser visto.

Aquella mañana, al llegar a Stoke Benton, se había presentado ante el porton de Las Veletas pero se le había negado terminantemente la entrada. Esto había convencido al detective de que su razonamiento era exacto y de que, por lo tanto, el autor del secuestro de Arturo Ainsworth, el joven y popular actor cinematográfico, había sido su propio padre, el coronel Ainsworth, que había ido a Estados Unidos en su yate especialmente para eso.

Blake había tomado alojamiento en el Hotel del Ferrocarril y durante el día había preparado su plan para la noche. No era hombre que dejara para más tarde lo que podía hacer inmediatamente. Como necesitaba entrar en Las Veletas para solucionar el caso de la desaparición del joven actor cinematográfico, si el dueño de casa le cerraba la puerta, él se abriría paso y entraría contra la voluntad del coronel Ainsworth. Y esto era lo que hacía en aquel momento.

El gigantesco hindú estuvo como medio minuto mirando hacia la oscuridad del parque.

Blake tenía la mano apoyada todavía en el brazo de Tínker y Pedro estaba enteramente inmóvil al lado de su joven ayudante. El perro estaba bien amaestrado y comprendía que si Tínker acortaba el largo de la soga con que lo sujetaba era señal de que debía estar a la espectativa y en silencio.

El hindú de pronto se volvió de espaldas y entró de nuevo en la portería. Durante uno o dos minutos pudo creerse que se había convencido de que no había oido nada y no volvería a salir. Pero no era éste el caso.

Se oyó la voz gutural del hombre un instante después y el ruido de una cadena sacudida. El mastin Satan apareció en la puerta de la casita y se quedó parado un momento olfateando con desconfianza.

—¡Busca, Satan! — ordenó Rangj Singh al acompañar al perro hasta la puerta.

Al oir esas palabras el animal corrió por el camino de entrada yendo en línea recta hacia el sitio donde estaban Sexton Blake y sus compañeros.

En un instante Sexton Blake sacó del bolsillo el aparato que parecía una pistola y que había traído del hotel. Ya no era posible ocultar por más tiempo su presencia allí.

El perro se metió por entre dos grupos de arbustos y saltó directamente al cuello del detective. A pesar de que la oscuridad era casi completa, Blake pudo ver, aun cuando confusamente, las fauces cubiertas de espuma y los ojos relucientes de furor. Pedro gruñó enojado y tiró con tal fuerza que Tínker estuvo a punto de soltarlo. El joven consiguió, sin embargo, hacer que el sabueso retrocediera. Estaba perfectamente al tanto de cómo iba a defenderse su patrón en aquella emergencia.

En cuanto el mastin dió el salto para atacarle y mientras se hallaba en el aire, Sexton Blake oprimió la pera de goma que reemplazaba, en el aparato que llevaba, lo que hubiera sido la empuñadura o culata de la pistola.

El resultado fué extraño. Un haz de vaporoso fluido surgió del caño de la pistola y le dió al feroz mastín en la boca y el hocico. Al instante el perro pareció encogerse, como si perdiese todas sus fuerzas y cayó en tierra, se estremeció una o dos veces y se quedó inmóvil.

—¡Pronto, Tínker! — dijo Sexton Blake en voz baja.

Salió del sitio donde se habían guarecido, saltó por encima del cuerpo del perro y atacó al hindú tomando al hombre por los brazos y haciéndole una zancadilla antes de que pudiera salir de la sorpresa que le causó el ver que los intrusos se encontraban tan cerca.

—¡Guárdalo, Pedro!

—La orden dióla Tínker y en seguida, comprendiendo lo que se esperaba de él, el sabueso saltó hacia adelante y se apoyó con ambas patas delanteras en el pecho del hindú cuando éste quiso levantarse, y le amenazó el cuello con sus filosos dientes.

El hindú se hallaba en aquel instante demasiado asombrado y aterrorizado para moverse, y Blake aprovechó la oportunidad que le ofreció la inacción del hombre.

En un abrir y cerrar de ojos tuvo puestas unas esposas en sus morenas muñecas y pocos minutos después estaba amordazado, con los tobillos y las rodillas bien atadas con una soga que el detective halló en la casita de la portería.

Después lo tomaron entre los dos y lo metieron en la misma casita.

—Ahora... ¡a la casa! — dijo Sexton Blake, satisfecho. — ¡Eh! ¿Qué demonios es eso?

Se quedaron inmóviles, mirándose el uno al otro, intrigados. De una habitación interior había llegado hasta ellos un extraño rugido. Fué Blake el primero que se dió cuenta de lo que significaba aquello.

—Es uno de los animales favoritos del coronel,—dijo Blake.—¡Mire!

Tínker miró hacia el interior de aquella habitación y lo primero que vió fueron los dos ojos luminosos, amarillos, feroces de un chitá o leopardo de la India, que estaba atado a una cadena unida a una argolla sujeta a la pared por un perno empotrado en ella.

—¿Qué me dice, señor? — exclamó Tínker. — Ha sido una suerte que este animalucho no haya andado suelto por el parque, como dicen que lo sueltan algunas noches.

—Precisamente, — dijo Blake con sequedad. — Ha sido una suerte para nosotros y para él, sin duda. ¡Vamos, muchacho, no hay tiempo que perder!

Salieron de la portería cerrando la puerta tras ellos y se dirigieron a la vieja casa, seguidos de Pedro.

Al hallarse cerca de la casa, Tínker apoyó, de pronto, la mano en el brazo de Blake y indicó la luz que se veía por las puertas de una habitación del piso bajo, que daba a la galería que dominaba el jardín.

—¡Allí hay alguien que todavía no se ha acostado, señor!—dijo en voz baja.

Sexton Blake se disponía a avanzar cautelosamente para mirar hacia el interior de la habitación, cuando una de las puertas se abrió y apareció por ella la encorvada figura del coronel Ainsworth.

Tenía en la mano un farol encendido y se dirigió apresuradamente a la parte del edificio que estaba casi en ruinas.

—Cuide de que el perro no se mueva ni haga ruido, Tínker, — advirtió Sexton Blake. — Debemos seguirle. Parece que el coronel va a hacer una visita a su prisionero,— agregó con intención.

—¡Señor! — exclamó de pronto Tínker cuando habían andado unos pasos hacia el viejo militar. — ¡Mire! ¡Alguien le sigue! ¡Por vida de!... ¡Si son Broadway Kate y Wang!

Una sola mirada convenció a Blake de que su ayudante tenía razón. Broadway Kate estaba hábilmente disfrazada, como de costumbre; pero Wang, igual que en Estados Unidos, no tenía puesto nada que desfigurara sus facciones.

Comprendieron en seguida los dos que atisbaban, acurrucados tras del tronco de un árbol, que la mujer y su cómplice querían seguir los pasos del coronel sin que éste se enterara de lo que ellos hacían.

El anciano militar desapareció volviendo una esquina y Kate y Wang apresuraron el paso, de modo que cuando el coronel Ainsworth abrió una puerta medio destruída por obra del tiempo y entró en la desierta ala del viejo caserón, los dos estaban a pocos pasos de él deslizándose sin ruido protegidos por la sombra que proyectaba la pared.

No podían ni soñar, Kate y Wang, que ellos, a su vez, eran objeto de vigilancia en aquel momento.

Ordenando a Pedro que se estuviera quieto donde estaba, Blake y Tínker siguieron tras de la mujer y del chino a fin de enterarse de lo que iba a acontecer.

Tan pronto como desaparecieron, Blake tomó del brazo a su ayudante y le guió suavemente hacia la puerta cuyos herrumbados goznes chirriaban al ser movida la hoja por el viento.

Cuando entraron en la casa se vieron en un pasillo curvo, en el fondo del cual brillaba una luz. Avanzaron todo lo que pudieron, siguiendo la curva y se detuvieron junto a la pared, mirando a Kate y el chino que se habían parado ante una puerta situada a la derecha y escuchaban, silenciosos, con mucha atención.

—Le digo a usted, padre, que debo volver a Nueva York a cumplir el contrato que tiene mi firma al pie, — decía la voz de Arturo Ainsworth, procedente de la habitación a que daba acceso aquella puerta. — Firmé ese contrato pensando en la felicidad de usted y de Adela. El dinero que estoy ganando...

—¡Y yo afirmo que no tocaré ni un penique de lo que usted gane, señor mío! — replicó el coronel a gritos. — ¡Hasta que usted no haya demostrado ser hombre y no se haya decidido a cumplir su deber de patriota, permanecerá aquí, prisionero, a pan y agua!

Sexton Blake comenzó a avanzar por la curva de la pared. Veía que Broadway Kate tenía un objeto negro en la mano, pero no lograba distinguir de qué se trataba. De pronto Wang levantó la mano y se vió en ella una luz blanca y fuerte, luz de magnesio. Broadway Kate adelantó ambas manos y se oyó un rápido "¡clic!". El detective se dió cuenta entonces de que la viuda de Ezra Q. Maitland y su cómplice, había sacado una vista fotográfica al magnesio, de la escena que se desarrollaba en aquel cuarto.

Los detectives oyeron que el coronel lanzaba una exclamación de enojo y vió que Kate y Wang entraban en el cuarto. Sexton Blake sacó del bolsillo del pantalón la pistola automática y avanzó por el pasillo, indicándole a Tínker que le siguiera.

Fué un extraño cuadro el que presenciaron cuando se detuvieron en la puerta de la habitación donde habían entrado el coronel y la pareja de criminales.

La luz sibilante de un pico de gas sin mechero, permitió ver a Arturo Ainsworth sentado en una silla a la que estaba atado y a su padre a su lado. El anciano se había vuelto y miraba hacia la norteamericana y su cómplice con gesto de altanero desprecio.

—¡Ah! ¡Me han seguido ustedes aquí! ¿Por qué? — preguntábales. — Ya les he manifestado que su presencia en esta casa me molesta y que deben retirarse lo antes posible.

—Supongo que tendremos el gusto de retirarnos mañana por la mañana, coronel,— contestó Broadway Kate, encendiendo con toda insolencia uno de sus pequeños y perfumados cigarrillos. — Pero nos hemos de llevar dos mil libras de su dinero para consolarnos de la pérdida del placer de su compañía.

El coronel la miró un instante y después frunció el ceño, enojado.

—¡Pueden ustedes creer que no sucederá eso ni nada parecido! — gritó el coronel. —Ya les he pagado a los dos, y pagado bien, el servicio que me prestaron, y...

—Y nosotros queremos más, — le interrumpió Kate cínicamente. Miró pensativa la máquina fotográfica que tenía en la mano. —La luz de la cinta de magnesio no fué muy buena, — dijo, — pero estoy segura de que se verán con toda claridad los rostros de usted y de su hijo, coronel.

—¿Y qué? ¡Explíquese usted! — exclamó el coronel. — ¿Por qué ha tomado usted esa fotografía?

—¡Oh! Nada más que para divertir...

momento al señor Skeets Grant, el director de la "United States Feature Films Limited", si es usted tan loco que rechaza mi pedido, —contestó Kate irónicamente. — No sé qué será lo que Skeets Grant tendrá que decir cuando se entere de que su exaltado patriotismo y los artículos burlones publicados por los diarios ingleses sobre la falta de valor personal de su hijo, le decidieron a usted a preparar y ejecutar el rapto y secuestro de su hijo y su encierro a pan y agua hasta que acceda a su orden de alistarse. Va a resultar un caso muy curioso. Se sabrá como le atraje a mi casa por medio de una carta sentimental enteramente ridícula en la que le suplicaba que acudiera a socorrerme.. Se sabrá cómo se le narcotizó allí, se le hizo prisionero y se le llevó a su yate metido en un viejo arcón... Se sabrá cómo fué entrado, de contrabando, en Inglaterra y cómo fué traído a esta casa en un automóvil que usted alquiló.

—¡Pero Dios mío! — exclamó el coronel. —¡Esto es un "chantage"! ¡Usted me amenaza con traicionarme! ¡Sí, con hacerme la más baja de las traiciones!

—¡Exactamente! — convino Kate. — ¡No! ¡Atrás coronel! Mi ayudante le está apuntando con su revólver. ¡Figúrese la suma importantísima que Skeets Grant le sacara en concepto de daños y perjuicios! ¡Usted tendrá que pagarla y se quedará definitvamente arruinado, en la última miseria! ¿Y el escándalo social que se arma? Crea que lo que le conviene es pagar, sonriendo, agradecido.

—¡Pero yo no dispongo de una suma como la que usted indica!— exclamó el coronel Ainsworth anonadado.

—¡Oh! Tiene usted una cantidad de objetos de arte antiguos y de curiosidades de la India y de China, que valen bastante más, mi querido señor,—replicó la mujer.

—¡Infame víbora! — exclamó el anciano.—¡Ojalá no la hubiera encontrado a usted nunca en Nueva York!

—¿Para qué hablar del pasado, coronel? —dijo sarcásticamente la viuda de Ezra Q Maitland.—Nada puede alterar las condiciones de la situación presente. ¡Le tengo a usted en mi poder, amigo mío!

—¡No lo creo así, Broadway Kate! — dijo una voz tranquila en la puerta de la habitación. — ¡Tire al suelo ese revólver! ¿Me ha oído?

Un grito de asombro salió de labios de la mujer cuando ésta se volvió y se vió frente a Sexton Blake y Tinker. El detective apuntaba a Wang cuya expresión era la de la mayor tristeza.

—¡Tire el revólver! — ordenó nuevamente Sexton Blake.—¡A la una... a las dos... a las tres! ¡Ah! ¡Obedeció a tiempo! Un segundo más y le hubiera atravesado la muñeca con una bala.

Respirando jadeante como una bestia acosada, Wang retrocedió hacia la pared. Tinker, a una señal de su jefe, sacó del bolsillo unas esposas y avanzó hacia él. Era ya inútil toda resistencia. Tuvo que dejar que Tinker la asegurara las muñecas mientras Broadway Kate se había quedado como anonadada al ver a Sexton Blake. Le miraba fijamente como si no se atreviera a creer lo que veían sus ojos.

El coronel fué quien rompió el silencio en que habían quedado sumidos los actores de tan dramática escena.

—¿Cómo es que está usted aquí, señor Blake? — dijo.— ¿Cómo ha podido usted entrar hasta aquí sin que lo notara mi guardian?

—Su guardian lo notó, coronel,— dijo Sexton Blake, sonriendo. — En este momento se halla, atado de pies y manos, en la casita de la portería. En cuanto a su mastin, lo siento mucho, pero va a permanecer dormido unas cuantas horas.

—¡Pero eso ha sido un ultraje! — exclamó el viejo militar.—Eso no lo hace un caballero... Yo...

—Lo que no debe hacer un caballero respetable es realizar un secuestro y menos aun dar asilo en su casa a criminales notoriamente conocidos,—replicó seriamente el detective. —¡Ha procedido usted de manera insensata, coronel!

—Mi propósito fué solamente indicar a mi hijo cuál era su deber, — dijo el anciano, bajando la cabeza.—Ahora comprendo que, después de todo, mi plan ha fracasado.

—Padre, le doy a usted mi palabra de honor que volveré para alistarme en cuanto haya terminado mi contrato en Estados Unidos, — dijo Arturo resueltamente. — Créame usted, no soy un cobarde.

—No podrá usted regresar a Estados Unidos como no demuestre que es físicamente inútil para el servicio militar,—dijo, entonces Sexton Blake. — Los diarios de esta noche anuncian que se ha promulgado una ley según la cual ningún hombre que esté en edad de prestar servicio militar podrá salir del país si no ha sido previamente declarado inútil.

Una extraña sonrisa arqueó los labios del anciano Ainsworth.

—Lo celebro,—dijo sencillamente.

Arturo levantó la cabeza y se rió de manera extraña.

—Yo también,—dijo. — Mientras era posible volver a Estados Unidos y la falta de cumplimiento de mi contrato, no solo constituía una fea acción de mi parte sino que podía acarrearle un lamentable proceso por daños y perjuicios, mi propósito era volver y cumplir con mi compromiso. Pero estando las cosas como están, me alistaré mañana mismo, por la mañana.

—Gracias, señora de Maitland,—dijo en aquel momento Sexton Blake sacando del bolsillo sus esposas de repuesto.

—Gracias, ¿de qué?—preguntó Broadway Kate riendo suavemente. — Si usted me prende se hará público todo lo sucedido. Pregúntele al coronel si quiere que se publique la verdad de lo pasado.

—No tengo intención de entregarla a usted

a la policía,—contestó el detective con amargura. — Pero hasta que pueda acompañarla y dejarla en seguridad a bordo de un vapor que salga para el extranjero, usted y su sirviente y cómplice serán mis prisioneros. Esta noche, con el permiso del coronel, ustedes se quedarán aquí. Mañana les acompañaré a Liverpool.

Con ademan de desprecio, Kate tendió las manos y Sexton Blake le puso las esposas.

—Me ha vencido usted en el preciso momento en que iba a triunfar, una vez más, Sexton Blake, — dijo ella en voz áspera.

—Así ha sido,—replicó el detective.— Lo único que lamento es que el respeto que me inspira el coronel Ainsworth me impida obtener una victoria más decisiva. Pero recuerde esto, señora de Maitland: si usted me traiciona y cuenta, sea a quien sea, lo pasado en Estados Unidos, no descansaré hasta encontrarla de nuevo y hacerla comparecer ante la justicia a responder de todos sus crímenes. Convendría desatar al joven Ainsworth. Tínker,—agregó, indicando a Arturo con un ademan.

⁂

Un vapor de pasajeros parte de los diques de Liverpool e inclinada, apoyada en la borda está una mujer de cabello gris. Tras ella está un chino y aun cuando viste a la europea y tiene un pequeño bigote que constituye un disfraz excelente, una persona habil reconocería en él a Wang, el fiel cómplice de Kathleen Maitland.

El cabello gris y algunas arrugas del rostro de aquella mujer desfiguraban por completo las facciones de la conocida mujer criminal, pues los dos parten de Liverpool para Nueva York porque así lo desea Sexton Blake.

En los ojos de la mujer se notan destellos de odio cuando mira al famoso criminalogista y a Tínker, que se hallan de pie en el muelle.

—¡Esa mujer volverá, señor! —dice Tínker convencido de que será así. — Estoy seguro de que no ha terminado de darle trabajo, créalo.

Sexton Blake inclina la cabeza, asintiendo y vuelve a mirar a la mujer que ha jurado que le quitará la vida.

—Creo que está usted en lo cierto, Tínker, —dice. — Yo también tengo el presentimiento de que volveremos a vernos.

⁂

Una vez más, la escena se desarrolla a bordo de un vapor que navega con rumbo a Nueva York, aun cuando en esta ocasión le ilumina la pálida luz de la luna y el vapor se encuentra en mitad del extenso océano Atlántico.

Un hombre y una joven están de pie, mirando las fosforescentes olas. Arturo Ainsworth, herido en un combate y ahora inapto para continuar en el ejército, regresa a Estados Unidos a terminar de cumplir su contrato con la empresa cinematográfica que dirige Skeets Grant, pues sus heridas no le han desfigurado ni imposibiltado para eso.

Se propone callar la parte que tuvo su padre en su secuestro y Skeets Grant no piensa meterse en averiguaciones cuando ha recobrado a un actor tan popular que puede dar tan importantes utilidades a su empresa.

Arturo desliza el brazo, ciñendo el esbelto talle de la joven que está a su lado y ella se vuelve para mirarle sonriente, con los ojos relucientes de amor y de felicidad.

—¡Mi querida Adela! — dice él tiernamente mientras se inclina para besarla en la frente. — ¡Mi esposa adorada! ¡No creo que ningún hombre en el mundo pueda ser tan feliz como yo, en este momento!

FIN

de El caso del Actor Cinematográfico

PARA LOS NIÑOS

La Lámpara Maravillosa



1. — Ta-ta-chín y su amigo Tomasito estaban jugando en la playa con un hipopótamo de juguete, cuando se presentó el vigilante Trompicón y les dijo que los iba a llevar presos por que en aquel sitio estaba prohibido jugar por que era terreno reservado.

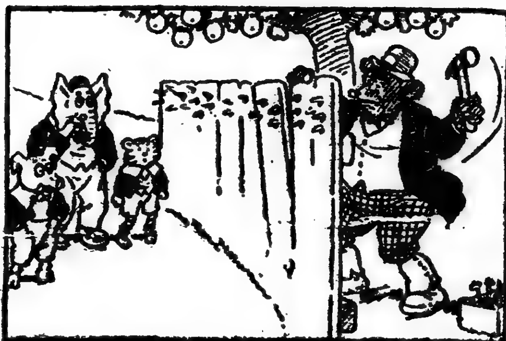


2. — El chinito frotó la lámpara y el hipopótamo adquirió dimensiones colosales. El vigilante se asustó mucho. "¡Me va a comer!" gritó. "No lo va a comer; — dijo Ta-ta-chín, — si usted nos promete no llevarnos presos." "¡Prometido!" exclamó el vigilante.



3. — Entonces Ta-ta-chín volvió a frotar la lámpara y el juguete volvió a su tamaño, asombrando de nuevo al vigilante que se retiró de allí dejando a los muchachos en paz y murmurando entre dientes: "¡Qué cosa rara! ¡Cómo creció y se achicó el hipopótamo! ¡Oh!"

El elefantito alegre



1. — Había un solitario manzano en un terreno sin cerco que no tenía propietario, pero un día ese pícaro de agricultor Oso Negro, puso un cerco con pinchos como si aquella tierra fuera suya. "Ahora si que no podrán comerse las manzanas esos chicos", díjose.



2. — "¡Sí! ¡Sí! ¡Qué jugada infame!"—gruñó el Chanchito, que estaba con Rayado, el tigrecito. "Nosotros vamos a comer buena fruta, no se apuren, muchachos déjenlo por mi cuenta", dijo el elefantito Alegre. "Aquí hay una tabla que está suelta. Voy a sacarla y..."



3. — ...a pasear los pinchos que tiene en un extremo, por las ramas del arbol. Y así, el elefantito Alegre se apoderó de unas manzanas lindísimas. "¡No se vayan!" — gritó el Oso Negro. "Ya vendremos otro día", — contestó el elefantito. Y dijo por lo bajo: "Cuando usted no está."

El famoso caso de la Mala de Lyon



JUSTICIA CIEGA

por C. J. y Annie O. Tibbits

De todos los casos en que la justicia, empecinada en un error, ha condenado a un inocente mientras el culpable seguía en libertad, ninguno tan intensamente emocionante como el de la Mala de Lyon, que ha dado tema para un notable drama y una renombrada novela y que es, a continuación, explicado en forma breve pero completa.

I.

PARECE, a veces, que la fatalidad penetra en un ser humano como la enfermedad entra en el cuerpo, — subrepticiamente, en silencio, como llevada por el aire, — en el momento de respirar sin recelo el ambiente infectado. De igual modo puede uno respirar un germen maléfico que se queda adormecido en el cuerpo hasta que un desequilibrio cualquiera lo vivifica y expande con él la infección que ha permanecido latente largo tiempo.

El germen del desastre entró en la vida de Joseph Lesurques el día en que decidió ir a visitar a casi la única persona a quien conocía en París. Se asió a él,—ese germen de fatalidad, — cuando se acordó de Guesno, el "correo" de Douai y decidió ir a verle; le envolvió como una fatídica sombra en la mañana de Abril de 1796, cuando llegó a París, alegre y contento, decidido a probar fortuna.

Hombre de buena posición y esposo feliz, deseaba, sin embargo, progresar y abrirse camino en la sociedad. Deseaba verse con su esposa y sus tres hijitos en una ciudad que no fuera la triste villa provincial de Douai donde vivían entonces, y con la intención de emprender algún negocio en cuyo buen resultado tenía grandísima fe, había acudido a París, donde no conocía casi a nadie y donde se hallaba bastante desorientado cuando se le ocurrió ir a visitar a su amigo Guesno.

Guesno era un personaje de regular importancia en Douai, pues no sólo era "correo", sino que, en pequeño, se ocupaba de negocios de préstamos y de dinero en gene-

ral. En un tiempo, Lesurques le había pedido prestados unos dos mil francos y, decidido a cancelar su deuda, Lesurques, con el dinero necesario en el bolsillo, se puso en busca de su amigo y acreedor.

Pasaba esto en Abril de 1796, un Abril ventoso y frío, como si el invierno no se decidiera a retirarse. Lesurques, con el cuello del sobretodo levantado y ambas manos metidas en los bolsillos, partió una mañana en busca de su amigo.

—¡Usted! — exclamó Guesno al verle.— Tengo un verdadero placer en verle. ¿Qué tal anda por Douai? ¿Dinero? Precisamente viene en buena ocasión, porque estoy algo corto de fondos. Supongo que podrá usted venir a almorzar conmigo. Cerca de aquí hay un restaurant donde cocinan muy bien. Mientras comemos, hablaremos de Douai. ¡Hace tanto tiempo que no hablo con nadie de allí! ¿Cuento con usted?

Lesurques accedió de buen grado, dejándose llevar de la mano por el destino, y un poco después los dos salían a la calle, conversando sin hacer caso del mal tiempo, pues Lesurques tenía muchas cosas que contar a Guesno sobre Douai, que era su ciudad na-

Llegaron al restaurant y Guesno ordenó el almuerzo. Escuchando las noticias que le daba su amigo sobre sus parientes y conocidos de Douai, Guesno no levantó la cabeza hasta el momento en que dos nuevos clientes entraron en el restaurant y se sentaron junto a una mesa cercana a aquella que habían escogido los dos amigos. Cuando Guesno miró a los recién llegados, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

—¡Si es Courier! — exclamó. — ¡Es un viejo amigo mío! ¿Tiene usted inconveniente en que le invite a sentarse con nosotros?

Al expresarse así se levantó y unos minutos después los otros dos habían sido presentados a Lesurques y se sentaban a la misma mesa, almorzando los cuatro juntos.

Lesurques, como no tenía nada que hacer y sólo aspiraba a tener con quien conversar y quien le hiciera compañía, no se dió cuenta de la presencia de la sombra que iba envolviendo su existencia. Los cuatro se hicieron grandes amigos y después de almorzar salieron del restaurant para ir, a indicación de Courier, a un establecimiento del Palais Royal, famoso por la calidad del café que servía.

Una hora después salieron del Palais Royal, y se despidieron y Lesurques se quedó solo, bajo el viento que movía las aguas del Sena hasta cubrirlas de blanca espuma, mientras, en el cielo, las nubes se amontonaban amenazando con inundar a París con su lluvia copiosa.

Contento, satisfecho por haber pagado a Guesno su deuda, libre de toda preocupación, se dirigió hacia la casa donde se había alojado.

Pero si bien era cierto que había pasado un rato muy agradable, también lo era que, en su existencia, había penetrado, subrepticiamente, el germen fatal que había de estallar violento cuando menos se lo esperara.

II

CUATRO días más tarde aquel amargo mes de Abril presentábase bajo su peor aspecto. Una lluvia continua, implacable, golpeaba las calles de París. Había llovido toda la noche y las ráfagas de viento habían gemido sin cesar.

Anocheció sin que cesara la lluvia ni amainara el viento y nadie pudo envidiar al solitario pasajero que subió a ocupar su sitio junto al correo en la diligencia postal que partía de París para Lyon.

—Bien podía haber arreglado algo mejor en cuestión de tiempo, — dijo mientras se arrebujó en su capote,—no puede darse nada peor.

El correo se encogió de hombros. No le interesaba gran cosa, por el momento, el individuo que, por urgencia o excentricidad, iba aquella noche de París a Lyon ocupando en la mala postal, el único asiento reservado para pasajeros. Le preocupaba más el valor del cargamento que llevaba pues, además de llevar muchas más cartas que de costumbre y de los pliegos y despachos oficiales, llevaba unas setenta mil libras francesas en plata y billetes de banco. La mala de Lyon llevaba en realidad un cargamento de dinero que, metido en un baul, iba atado a la zaga del vehículo. El postillon, que iba montado en uno de los caballos, iba armado, así como el correo que ocupaba el asiento al lado del pasajero. Este individuo, a pesar de su propósito de mostrarse alegre, era un hombre de aspecto triste, de unos treinta años de edad, que había dicho llamarse Laborde y que, hallándose con que el correo no mostraba muchas ganas de hablar, volvió a quedarse en silencio mientras la mala avanzaba con el campo abierto de los alrededores de París y por fin toma el solitario camino que conducía a Lyon.

Eran las ocho y media cuando llegaron a Lieursaint, una de las postas. La noche seguía tenebrosa, nublada, con instantes breves en que alumbraba la luna. El viento soplaba con fuerza sacudiendo ruidosamente las copas de los árboles. En el camino, los charcos parecían más oscuros que la tierra y los caballos, cansados, avanzaban con esfuerzo. En Lieursaint tomaron caballos de refresco. El cambio de los caballos se efectuó rápidamente. El correo y el postillon examinaron sus armas: el postillon llevaba pistola y sable y el correo una pistola de dos caños. Montó el postillon en su caballo; el correo, con Laborde a su lado, ocupó su sitio y la mala se puso de nuevo en marcha, tardando muy poco en desaparecer envuelta en las sombras. Los que a la puerta de la casa de posta, se quedaron mirando como partía el vehículo, oyeron alejarse el rumor del rodar de las ruedas y por fin se metieron de nuevo en la casa y se sentaron ante la chimenea celebrando no tener que andar por los caminos del bosque durante una noche tan desapacible y conduciendo tan cuantioso cargamento.

No era aquel un viaje para personas nerviosas. A medida que avanzaban, la oscuridad del bosque les rodeaba por todas partes. El correo y el postillon habían hecho aquel viaje muchas veces y estaban avezados a él, pero las sombras cada vez más intensas, del bosque de Leuart el extraño silbar del viento, los chubascos que, de vez en cuando les salpicaban el rostro, eran todas circunstancias capaces de impresionar al más insensible, al que fuera como Laborde, el pasajero, que parecía inaccesible a toda emoción. En la oscuridad que los rodeaba parecía que les miraran unos ojos fantasmagóricos. El correo y el postillon, recordando la importancia de los valores que llevaban, procuraban apresurar el paso para llegar a Lyon lo antes posible.

Al pie de una cuesta, precisamente delante de Melun, la mala se detuvo un poco para dejar descansar a los caballos. Laborde, el pasajero, se estiró en su asiento. El postillon arregló un poco su silla, mientras el correo miraba en redor observando todo cuanto le rodeaba.

Como si el viento condujera algún mensaje oculto para Laborde, éste se inclinó hacia fuera, mirando con ceño fruncido a las impenetrables sombras. El bosque espeso se extendía en todas direcciones. El respirar jadeante de los caballos se mezclaba al gemir del viento. El postillon miró en redor y, en el mismo instante, el desastre estuvo sobre ellos. Cuatro negras siluetas surgieron de la oscuridad. El correo llevó la mano a su pistola de arzon, pero fué tarde. Algo le había penetrado en el costado y le había hecho retorcerse, quedando sin vida en su propio asiento. El postillon, alzándose, parado en los estribos distinguió a los cuatro asaltantes y, en seguida, cayó boca abajo en el cenagoso camino.

. . . .

Una hora después, en Melun, la próxima posta, la gente de la hostería esperaba en vano con los caballos prontos y la comida servida. La mala de Lyon no se presentaba. De la oscuridad del camino no llegaba ruido ninguno que hiciera presumir que se acercaba. Por fin, el hostelero volvió los caballos a la cuadra y se quedó levantado, esperando, levantándose de vez en cuando, de junto al fuego, para ir hasta la puerta a mirar hacia el camino.

—Me parece que algo tiene que haber sucedido,—dijo por fin.—Tal vez algun accidente. Hay que mandar a alguien para que vea...

Se organizó rápidamente una partida de hombres a caballo, armados de fusiles, carabinas y pistolas. Temiendo que se tratara de algo más grave que un accidente de viaje, partieron por el camino por donde debían llegar la mala de Lyon, esperando en vano encontrar algo hasta que llegaron a una cuesta, en medio del bosque, situada a regular distancia de la población. Allí distinguieron el vehículo a un lado del camino en medio de la mayor quietud y del mayor silencio.

Los de la partida se acercaron cautelosamente. No se movía nada más que uno de los caballos del vehículo. Los demás habían desaparecido. El postillon estaba donde había caído, muerto, en mitad del camino y, en su asiento, el correo estaba encogido, con los ojos muy abiertos, vidriosos, mirando hacia el camino. En el suelo, tras del vehículo, el baul grande estaba destrozado; su contenido se había esparcido, las cartas, llevadas por el viento, habíanse desparramado: el dinero no estaba ya. Las setenta mil libras francesas, habían desaparecido en las profundidades tenebrosas de la selva.

Anonadados ante el desastre, los que componían el pequeño grupo se quedaron muy juntos los unos a los otros, mirando asustados. Después, uno de ellos fué enviado a París con la noticia y pocas horas después llegaba la policía, a todo galope, a la escena del crimen. La noticia fué enviada en todas direcciones, se puso vigilancia en todas partes y se recogió todo dato que pudiera tener relación con lo sucedido.

Era necesario prender a cuatro hombres que habían alquilado caballos en París y habían partido para Lyon aquel día temprano. Vestían largos sobretodos oscuros y ceñían sables de caballería. Los cuatro habían llegado a la aldea de Mongeron, donde comieron, entre las doce y la una. Después habían cabalgado lentamente hasta Lieursaint donde se habían detenido nuevamente, permaneciendo en una hostería a la que llegaron cerca de las tres y donde estuvieron, entretenidos en jugar al billar y beber vino, hasta las siete y media, hora en que volvieron a montar a caballo y partieron, camino de Melun. Esto fué una hora o cosa así, antes de la llegada de la mala de Lyon.

Al día siguiente, muy temprano, dos hombres llamados Bernard y Courier, volvieron los caballos al establo donde los habían alquilado. Los cuatro caballos estaban cubiertos de espuma y muy cansados, lo que indicaba que se les había hecho correr mucho y de prisa.

Bernard fué encontrado inmediatamente en París. A Courier lo hallaron en Chateau-Thierry y fué detenido mientras se hallaba con otros dos hombres, uno de los cuales era Guesno, de Douai.

Asustado ante la horrible situación en que se veía, Guesno protestó desesperadamente insistiendo en que era inocente, pero de nada le sirvió. La policía lo redujo a prisión junto con su compañero,—llamado Bruer,—y los llevó a comparecer ante Daubenton, el juez de paz.

En general, aun para un hombre inocente, el comparecer ante un juez es cosa que emociona y asusta. Guesno se sintió horrorizado, aturdido y la actitud violenta del juez Daubenton, no contribuyó, por cierto a tranquilizarle. El juez miró a Guesno de tal modo que se hubiera dicho que estaba leyendo la culpabilidad en la frente del detenido. Le hizo pregunta tras pregunta, con toda rapidez, sin

darle tiempo para reflexionar, acusándole con toda violencia. Guesno tartamudeó, vaciló, se equivocó pero al fin satisfizo hasta al escéptico Daubenton de que era realmente inocente de toda complicación en el asunto y de que los testigos que presentaba en su descargo eran dignos de toda confianza.

Le pusieron en libertad y ya se retiraba cuando Daubenton le volvió a llamar y le dijo que no dejara de presentarse al siguiente día, en su despacho para recoger los papeles y objetos que la policía le había quitado.

Salió del despacho del juez temblando de pies a cabeza y casi sin atreverse a creer que estaba realmente en libertad, por más que se veía de nuevo en las calles de París.

—¡Qué horrible trance! — exclamó. Sentíase como si hubiera envejecido veinte años en una sola noche. Le parecía que, en la calle, todos le miraban con curiosidad y desconfianza. Pensaba que todos los que le conocían le señalarían por la calle, al verle, diciendo que era el hombre a quien habían creído asesino y había estado preso. ¡Algunos, hasta dudarían de su inocencia! Le parecía oír que la gente le miraba diciendo: "¡Ahí va ese pillo! ¡Logró salvar la vida, pero de fijo que era culpable! ¡La policía se deja comprar a veces! ¡Si le detuvieron por algo fué! ¡Y si le soltaron, quién sabe por qué influencias, lo hicieron!"

Un escalofrío sacudió todo su cuerpo. El tiempo era húmedo, pero caluroso y el sol iluminaba la superficie del Sena. El ambiente era luminoso y no incitaba a pensar en nada triste. Pero Guesno sentíase desesperado, pensaba sin cesar en el juez Daubenton que tan de mala gana había reconocido su inocencia y el que suponía decidido a cambiar de oponión el siguiente día. No se volvería a sentir seguro en París, y la mañana siguiente, cuando se acercaba la hora de volver al despacho del juez, se sintió dominado por un terror extraño e intensísimo.

—¡Es increíble que semejante cosa me haya sucedido a mí! — murmuraba mientras iba hacia el juzgado. De pronto se detuvo y vió ante sí a su amigo Lesurques.

—¡Usted! — exclamó.— ¿Qué tal, amigo mío? ¿Se ha enterado usted ya?

—¿Enterado? ¿De qué?

—De lo que me ha pasado. Una confusión lamentable. Me prendieron como supuesto autor de un crimen. ¡Prenderme a mí como homicida! ¡A mí, Guesno de Douai!

—¿Arrestado como homicida? — repitió Lesurques.—Pero... ¿cómo? ¿Por qué? ¡No lo entiendo! ,

—No me extrañará si veo que usted trata de no rozarse mucho conmigo,— dijo Guesno.—Lo que ha pasado, amigo mío, ha sido lo siguiente: he sido arrestado y traído aquí, acusado de haber dado muerte al correo de la mala de Lyon y de haberme apoderado del dinero que llevaba el vehículo. Se han atrevido a acusarme de semejantes delitos, a mí, a Guesno, de Douai, cuyo renombre de honradez creía tan inconmovible. El juez no tuvo más remedio que ponerme en libertad, por falta de pruebas, pero asimismo, me ha ordenado que vuelva hoy, a recoger los papeles que me quitaron al prenderme. ¡Y voy a tener que volverme a ver ante ese hombre terrible! ¡Amigo Lesurques, me da miedo ese hombre!

Lesurques se rió. Era joven, valeroso y no sabía qué era, en realidad, eso de tener miedo.

—Lo que pasa es que está usted muy nervioso, amigo Guesno,—díjole Lesurques con toda calma.—Trate de dominar esa emoción. Usted no puede tener nada que temer.

—¡Ah! Usted no se da cuenta de lo que es estar preso y comparecer ante un juez que está convencido de que usted es culpable y le trata como a tal, que comenta irónicamente cuando usted le dice y parece estar agazapado esperando que usted se equivoque en lo más mínimo para considerar comprobado alguno de sus disparatados cargos. ¡Y tengo que volver a comparecer ante ese hombre!

—¡Vamos! — exclamó Lesurques. — ¿Por qué ha de temer usted nada? ¿Quiere que yo le acompañe? A mí no me asusta ese señor juez.

Guesno suspiró con satisfacción.

—¡Oh! ¡Si usted quisiera acompañarme me haría un grandísimo favor! — exclamó con alegría.—Le agradeceré mucho que me acompañe.

—Pues vamos entonces, — agregó Lesurques sin dejar de reir. — No nos va a comer a ninguno de los dos.

Era joven, sentíase lleno de valor y de entusiasmo y Guesno admitió el apoyo moral que le ofrecía, con verdadera gratitud. Los dos se encaminaron hacia el despacho del juez con una tranquilidad que no pudo ser conmovida ni aun por la sombra tétrica que parecía reinar en el edificio y que se sentía amenazadora en cuanto se trasponía el ancho portal. . . . .

Pero el juez no había llegado aun cuando ellos entraron en el edificio, así que un oficial les hizo pasar a una antecámara donde, según les dijo, podrían esperar. Todos estaban ocupados con el asunto de la mala de Lyon. Los mensajeros iban y venían, abríanse y cerrábanse las puertas, dando paso a nuevos testigos que acudían. El juez estaba en otro sitio, haciendo averiguaciones sobre el mismo asunto. No se hablaba de otra cosa en todo París. Innumerables complicaciones habíanse producido a causa de la pérdida del dinero. Algunos pobres resultaban más pobres debido a la pérdida; otros quedaban en la miseria y acudían a quejarse; a otros les había trastornado el curso de sus negocios. Además la pérdida de importantes cartas y de documentos de sumo interés hacía que los perjudicados acudieran furiosos ante el juez, exigiéndole o poco menos, que encontrara lo extraviado y se lo entregara.

Daubenton, el juez de paz tardó bastante en presentarse. Lesurques y Guesno esperaron, primero con calma y después, cada vez más impacientes. Así pasó la mañana. Los oficiales entraban y salían. En la antesala donde

habían esperado solos durante largo rato, hicieron entrar, luego, a dos mujeres que también tenían que esperar la llegada del juez.

Eran dos mujeres campesinas y entraron con gran timidez, se sentaron en el borde de unas sillas, como si temieran abusar ocupando todo el asiento y parecían estar avergonzadas, como si tuviesen algo de que acusarse.

Después de mirarlas una o dos veces, Lesurques y Guesno las olvidaron y siguieron conversando. Ni se volvieron a fijar en el'as ni notaron la agitación y el miedo que, de improviso, se apoderó de las dos campesinas. Ellas, también, conversaron en voz baja. Después entraron otras personas, gente de las aldeas de Montgeron y Lieursaint. Una ola de agitación parecía conmover a los que estaban en la antesala, sin que, por cierto, lo notaran los dos hombres, ni aun cuando las dos campesinas se levantaron precipitadamente y salieron, corriendo, de la habitación.

El ruido que hizo la puerta al cerrarse, hizo que Lesurques levantara la cabeza y mirara en redor.

—Es ese asunto de la mala de Lyon,—dijo Guesno, sacudido por un escalofrío.—Toda esa gente está aquí por ese motivo... El juez va a interrogarles. ¡Pobres! ¡No saben los apuros en que va a ponerles, con sus terribles pregnutas, el juez Daubenton!

III.

En aquel mismo momento el juez entraba en el edificio y se dirigía inmediatamente a su despacho. Le acompañaban sus oficiales, sus secretarios y sus escribientes, además de los de la policía con grandes paquetes de documentos, legajos y otros papeles relacionados con la investigación que realizaba, sobre el robo del correo de Lyon. Todos estaban muy ocupados y Daubenton sentíase muy nervioso. Los cuatro culpables se habían,—estaba convencido de ello,—puesto fuera del alcance de sus elementos. Demoras irritantes, informes inexactos, datos que resultaban tonterías; todo eso había contribuido a exasperar al uez.

Con verdadero enojo levantó la vista de unos papeles que estaba leyendo y vió ante sí a uno de sus secretarios que le decía algo tan absurdo que le parecía tan tonto como ridículo.



"Sí, señor juez. Le juro. Los dos hombres están ahora ahí... dos del grupo de cuatro que usted está buscando... En esa habitación."

—¡Oh! ¡Eso es imposible! — exclamó.— ¡Es una verdadera tontería! ¡Esas mujeres deben estar enteramente locas!

—Juran que es así, señor juez; juran que el hombre que parecía ser el jefe de los cuatro y otro de los cuatro, están ahí, en la antesala. Juran que los han reconocido y dicen que están dispuestas a afirmarlo bajo solemne juramento.

El juez se echó hacia atrás en su butaca.

—¿Afirman ellas que dos de los asesinos están realmente aquí?—preguntó.

—Sí, señor juez.

—¡Pero es absurdo! Sin embargo, debo interrogar a esas mujeres. Hágalas pasar, una por vez.

Aun cuando parecía imposible que alguno de los cuatro hombres complicados en el asunto se atreviera acercarse tanto a su despacho, al sitio donde se estaba levantando el sumario de lo sucedido, Daubenton no era hombre capaz de desdeñar ni el menor dato que pudiera presentársele. Además, aquellas dos mujeres eran de aldeas por donde los criminales habían, sin duda ninguna, pasado y donde se detenía el correo cada vez que hacía su viaje, así que nada se perdería interrogándolas en seguida.

Se echó hacia atrás, golpeando con las yemas de los dedos en el borde de la mesa mientras el secretario hacía pasar a una de las mujeres. El juez se irguió y fijó la mirada en la temblorosa mujer.

—¿Qué significa eso?—preguntó Daubenton.—Me parece que no estamos en momentos como para hacer declaraciones caprichosas, sin fijarse en la gravedad de lo que se dice...

—¡Señor juez, le aseguro que sé lo que digo! — exclamó la mujer.—Yo ví al hombre cara a cara y juro que es el mismo. Estuvo con los otros en nuestra hostería. Yo le serví lo que pidió. Tenía puesto un sobretodo largo y oscuro, como los otros, y parecía ser el jefe de todos. Sí, señor, yo sé. Comieron en nuestra hostería.

—¿Y usted afirma que dos de aquellos están ahí, en la antesala?— preguntó Daubenton.

—Sí, señor juez.

—¡Qué absurdo! ¡No es posible que se atrevan! ¡Es inverosímil!

La mujer tembló de pies a cabeza y cuando el juez le dijo que se retirara lo hizo temblando como había temblado Guesno. La mujer salió seguida del secretario que la hizo volver a la antesala y llamó a su compañera.

El resultado de este interrogatorio fué exactamente el mismo del anterior.

—Sí, señor juez. Lo juro, señor juez. Los dos hombres están ahí ahora, dos de los del grupo que andan buscando... Están en ese cuarto...

El juez Daubenton estaba acostumbrado a oír declaraciones sin fundamento, afirmaciones falsas, respuestas estúpidas o astutas, cuando no mentiras de testigos que querían pasar por hábiles, pero no podía desoir aquellas afirmaciones. Frunció el ceño y miró a la temblorosa mujer durante unos instantes. Después se inclinó hacia adelante y dijo en tono más amistoso:

—Hágame usted el favor de pasar a la contigua oficina. Desde allí podrá usted ver lo que pase aquí y podrá identificar al hombre si efectivamente es el que usted se figura. Fíjese bien, tenga en cuenta la gravedad de su declaración. Ahora, tenga la bondad de pasar por esa puerta.

Abrió una puerta que daba acceso a un cuartito y le indicó un agujero que había en la hoja de la puerta, por el cual podía ver con toda claridad a quien estuviera de pie ante el juez. Después hizo entrar de nuevo a la otra mujer y la hizo pasar al escondite. En seguida dió orden al secretario de que hiciese entrar a Guesno.

Guesno estaba bastante nervioso, pero halló a Daubenton mucho más atento y bondadoso que el día anterior. Hasta le pareció amistoso. Sonrió contento y le entregó los documentos que tenía que devolverle, haciendo manifestaciones humorísticas.

—Ha tenido usted mala suerte ¿no es verdad, señor Guesno? — dijo. — Pero poco importa lo pasado. Supongo que ahora regresará usted a Douai ¿eh?

—Lo más pronto que pueda, señor,—contestó Guesno.

—Muy bien. Adios, entonces, señor Guesno,—dijo el juez.

El desdichado Guesno se retiró y las mujeres salieron de su escondite, en cuanto el juez abrió la puerta, gesticulando nerviosas.

—¡Sí, sí, señor juez; es el mismo! ¡Ese es el asesino! ¡Es el ladron!

—¿Insisten ustedes en asegurar que era uno de los del grupo?—preguntó Daubenton con toda seriedad y convencido solamente a medias.

—¡Lo juramos! — dijeron las dos mujeres.

Daubenton las envió de nuevo al escondrijo y ordenó al secretario que hiciera pasar a Lesurques.

—Hágalo traer a mi despacho,— dijo.

El secretario se retiró, volviendo a la antesala donde esperaba Lesurques. Guesno no había vuelto a la antesala: le habían hecho pasar a otra habitación y Lesurques miró con sorpresa al secretario cuando éste le dirigió la palabra.

—El señor juez desea hablarle. Tenga la bondad de pasar por acá.

Asombrado, Lesurques obedeció, pasando, no sin nerviosidad, al despacho del juez. Se detuvo allí y Daubenton le miró fijamente. Lesurques se inclinó con cortesía.

—¿Deseaba hablarme, señor juez?—dijo.

—Sí,—dijo Daubenton.—¿Quiere usted tener la bondad de decirme su nombre?

—Joseph Lesurques.

—¿Estaba usted con el señor Guesno, hace un momento?

—Sí, señor.

—¿Es amigo suyo?

—Hasta cierto punto, sí. Somos de la misma ciudad de Douai.

—Ya comprendo. Muchas gracias. Eso era todo lo que deseaba preguntarle.

Por el agujero de la puerta del cuartito las dos mujeres habían mirado y la fatalidad habíase arrojado sobre Lesurques tan rápidamente como el gavilán se arroja sobre un indefenso pajarito.

Lesurques salió del despacho del juez preguntándose a qué podía haber obedecido aquel llamado y miró luego en redor, en busca de Guesno.

En vez de ver a Guesno vió a dos gendarmes que, en la puerta, le cortaban el paso.

—Está usted detenido, señor,—dijo uno de los gendarmes.

Lesurques le miró atónito

—¿Detenido? ¿Yo? ¿Por qué? No lo entiendo.

Uno de los dos gendarmes le tomó de un brazo.

—Está usted acusado de asesinato y robo, —dijo.—Es usted uno de los complicados en el robo de la mala de Lyon y en el homicidio del correo y del postillon.

IV

¡IMPOSIBLE! ¡Enteramente imposible! A medida que la red de la fatalidad iba tejiéndose y estrechándose en torno de Joseph Lesurques, le parecía a él, más y más, que no sólo él sino todo el mundo estaban locos. Su esposa y sus hijos, que había dejado en Douai, le parecieron de pronto como extraños espectros de una vida enteramente pasada para él. Le parecía imposible que fuera él el mismo Joseph Lesurques, el respetado ciudadano, el hombre trabajador y honrado cuya esposa y cuyo hogar habían constituído para él la mayor de las felicidades. Se hallaba acusado junto con Courier, un ladrón de oficio, asesino y salteador de caminos.

Testigo tras testigo se fueron presentando y todos le reconocieron. Uno tras otro juraron que le habían visto en Montgeron, en Lieursaint, y en el camino de Melun. Testigo tras testigo, gente irreprochable, honradísima, declararon que él era el criminal. Juraron reconocerle, describieron todos los detalles de cuanto él había hecho, sus ademanes, sus palabras, hasta que todo cuanto la rodeaba le pareció que giraba en torno de él como un torbellino de confusión y de horror. Un caballerizo de Montgeron, un aldeano de Lieursaint, el hostelero y su mujer... todos le reconocieron.

—Yo serví de comer a los cuatro,—declaró una de las mujeres,—y él, ese hombre,—e indicó a Lesurques,—quiso pagar la comida, y me dió unos billetes. Entonces pagó otro con monedas de plata. Ese es el hombre, señor juez.

Horrorizado y anonadado, cada vez más aterrorizado a medida que se desarrollaba el proceso contra él, Lesurques peleó como pudo para defenderse, para probar que él no era el hombre que los testigos creían, pero los honestos y rectos ciudadanos declararon que lo era. De Douai llegaron testigos que lo reconocieron. Ochenta fueron en total las personas que comparecieron y declararon que Lesurques era un hombre honrado y que le conocían como tal hacía muchos años. Quince,—todos ellos personas respetables,—se presentaron a jurar que Lesurques estaba en París el día en que se cometió el robo y los dos homicidios de los que se le acusaba.

Uno de los testigos,—un comerciante,—en su deseo de servirle, presentó un libro de contabilidad en el que figuraban asientos demostrando que Lesurques estaba en su casa de negocio en un momento que excluía toda posibilidad de que hubiese tomado parte en el crimen.

El libro del comerciante fué examinado y algo en él, excitó las sospechas del juez. Una grave duda preocupó al tribunal. El fiscal acusador procedió a realizar varios careos: el comerciante se mostró indeciso, incurrió en contradicciones y por fin dijo que era verdad que había hecho aquellos asientos después de la detención de Lesurques pero que, sin embargo, juraba que Lesurques había estado en su casa de negocio el día y a la hora que él había dicho. Luchó desesperado por hacerse creer, pero ya no le fué posible. La palabra "premeditación" corrió de boca en boca en el tribunal. Iniciada la sospecha el veneno siguió haciendo su efecto y todos los testigos que Lesurques había presentado en su favor se vieron envueltos en idéntica sospecha. El jurado dudó de todos y el serio semblante del juez se



"Queda usted arrestado, señor Lesurques."

puso más serio todavía. La duda del juez se contagió a todo el jurado y todos se pusieron en contra de Lesurques, oscureciendo su vida honesta como una densa niebla puede oscurecer a la luz del sol.

Guesno tuvo la suerte de poder presentar testigos que demostraron que se hallaba en

otra parte en el momento del robo, pero el testimonio contra Lesurques era terminante. No sólo había estado en compañía de Courier en París, en diferentes restaurants, cuatro días antes del crimen sino que testigos oculares de cuya palabra no podía dudarse, le reconocieron como jefe del grupo de cuatro que habían salido de París vestidos con largos sobretodos y armados con sables, que se detuvieron en Montgeron, primero y luego en Lieursaint y desaparecieron después.

No había, para Lesurques, modo de escapar. Aun sus mejores amigos, le fallaron, y los que más deseaban favorecerle sólo consiguieron empeorar su situación, aun cuando, a medida que el proceso avanzaba, Daubenton, el juez se sentía más y más inquieto. Algo referente a Lesurques le preocupaba. Algo de su actitud parecía decir que aquella manera de ser no podía ser la de un culpable, y algo, en el extraño desarrollo de los sucesos; algo de lo que decían los testigos que se habían presentado a declarar en su favor, afirmando que se trataba de un hombre honrado, le llenaba de dudas que en vano procuraba desechar. La justicia comete errores algunas veces. Lo que ha parecido indiscutible culpabilidad en un momento ha resultado más tarde la más completa inocencia. ¿Y si Lesurques era, en verdad, inocente?

¿Y si era víctima de alguna extraña circunstancia que aun no había tenido explicación?

Pero los hechos aglomerados contra él parecían demasiado terminantes y el jurado no participaba de las dudas del juez. Encontraron que Courier y Lesurques eran culpables y el tribunal los condenó a muerte.

Al oir la terrible sentencia, Lesurques se volvió, lanzando un grito que conmovió a todos los presentes.

—¡Soy inocente!—gritó. — ¡Soy inocente! ¡Ah, ciudadanos si el homicidio en un camino es atroz no lo es menos el crimen que, bajo la apariencia legal se comete ejecutando a un inocente!

El tribunal se estremeció al oir tales palabras. Alguien se había puesto de pie; una mujer pálida, con los ojos dilatados por una expresión de intenso horror; una mujer que levantaba los brazos en señal de protesta.

—¡Es verdad! ¡Es inocente!— gritó lo más fuerte que pudo. — ¡El culpable es un hombre llamado Duboscq! ¡Este hombre, Lesurques, tiene un parecido fatal con el otro pero es Duboscq, el culpable!

Ella fué la primera que habló y en seguida, como si sus palabras le hubieran conmovido, Courier, que estaba junto a Lesurques, se decidió, con esfuerzo, a hablar, también.

—Reconozco mi culpabilidad,—dijo con calma, — pero Lesurques es inocente. Cuatro son los hombres comprometidos en este crimen. Sus nombres son Vidal, Rossi, Durochat y Duboscq. Esa mujer, la señorita Brebon, dice la verdad. Es el fatal parecido de Lesurques con Duboscq lo que ha desorientado a los testigos. ¡Lesurques es inocente!

Estas palabras impresionaron mucho al tribunal, pero ya era tarde. Lesurques había sido condenado a muerte y el tribunal, lo único que podía hacer era presentar los nuevos datos ante las autoridades de París. Así se hizo pero fué en vano. La justicia decidió negarse a declarar que se había equivocado. En Francia, como en Inglaterra, existe una arraigada tendencia a no admitir la posibilidad del error porque esto debilitaría la dignidad de la justicia, y con el pretexto de defender la santidad de la justicia, los que la representaban procuran establecer un procedimiento que sólo sirve para ocultar las faltas debidas a la incapacidad o a la negligencia de ellos mismos.

Todos los esfuerzos de Lesurques fracasaron. Había sido condenado "legalmente" y la justicia se negaba a admitir que podía haberse equivocado. Estaba, pues, perdido. Nada pudo salvarle. Pasaron los días y ni súplicas ni ruegos, ni aun el convencimiento, cada vez mayor de Daubenton, el juez, que creía que se trataba de un inocente, pudieron hacer nada en su favor. La esposa, dolorida, que se hallaba en Douai entregada a la más angustiosa aflicción, los hijos, cuya vida se vería manchada para siempre y para siempre ensombrecida por las tinieblas de la tragedia... nadie pudo evitar la ejecución. Lesurques fué a la guillotina vestido de blanco para protestar, hasta lo último, que era inocente y antes de morir hizo su declaración final ante la muchedumbre reunida para presenciar su ejecución.

Courier, también, haciendo un último esfuerzo por salvarle se dirigió al pueblo:

—¡Yo soy culpable! — gritó. — ¡Pero este hombre es inocente!

En los diarios del día siguiente apareció un aviso que era el último grito de desesperación de un inocente condenado. Decía así:

"Hombre, en cuyo sitio voy a morir, puedes
" estar satisfecho con mi muerte. Si alguna
" vez compareces ante la justicia, piensa en
" mis tres hijos, destinados a soportar el ver-
" gonzoso estigma del crimen que tu come-
" tiste... piensa en la desesperación de su
" desdichada madre. No acrecientes, callando,
" la ruina que has causado como consecuen-
" cia del fatal parecido que tengo contigo."

Este grito de un desgarrado corazón no tuvo eco en el pecho del hombre que tanto se parecía al injustamente condenado. Duboscq siguió siendo, como desde el primer momento, enteramente invisible, como una sombra que nadie podía prender. El juez Daubenton sentíase cada vez más afligido y preocupado. Estaba convencido de que había cumplido con su deber, pero sus dudas sobre la culpabilidad de Lesurques, que habían ido acentuándose a medida que adelantaba el proceso, llegaron a ser una tortura que le persiguió años y años. Durante años esperó que estuviera a su alcance el prender a los verdaderos culpables: Vidal, Rossi, Durochat y Duboscq. Si se hallaba prueba de su culpabilidad sería po-

sible, por lo menos, dejar limpio de toda vergüenza el nombre de Lesurques y a sus hijos libres del horrendo estigma que pesaba sobre ellos. Todos los bienes de Lesurques habían sido confiscados por el Estado, y su esposa y sus hijos reducidos casi a la miseria. Los esfuerzos realizados por Daubenton durante dos años, de nada sirvieron.

Pero por fin tuvo noticias de que un hombre,—Durochat,—se hallaba en manos de la policía por otro delito y en seguida Daubenton se ocupó de buscar pruebas de su complicidad en el crimen de la mala de Lyon. Se comprobó entonces que Durochat había sido el pasajero, Laborde, el que ocupó el asiento junto al asesinado correo, y el preso confesó su culpabilidad, contando además, toda la historia del crimen. Sus datos estuvieron de acuerdo con lo que Courier había dicho. El preso explicó como él, Durochat, había dado una puñalada al correo cuando el vehículo amenguó el paso, en la cuesta del camino del bosque, y como en el mismo momento, los otros se habían lanzado contra el coche.

—He oído decir,—agregó,—que un tal Lesurques fué guillotinado por ese asunto, pero ese no tenía nada que ver con el caso. Ese Lesurques ni tuvo que ver en el robo ni recibió nada del producto.

Durochat proporcionó a Daubenton una descripción de Dubosq que resultaba exactamente igual a Lesurques. Sólo había una diferencia: que Lesurques tenía el cabello rubio claro y Dubosq lo tenía renegrido.

—¡Pero Dubosq era un tipo muy hábil!—terminó diciendo Durochat. — Se había puesto una peluca rubia para desfigurarse.

Ahí estaba, por fin, la explicación de todo lo sucedido y Daubenton esperó que resultara suficiente para permitirle prender al pillastre. Pasaron, sin embargo, cinco años, antes de que lo consiguiera. Entonces, por fin, la justicia pudo juzgar a Dubosq. Fué detenido acusado de otro delito y Daubenton, aprovechando la oportunidad, ordenó que le pusieran una peluca rubia.

Cuando vió la peluca, Dubosq peleó furiosamente para evitar que se la pusieran. Peleó con los gendarmes que estaban a su lado en el tribunal, pero los gendarmes pudieron más que él. Le pusieron la peluca y entonces, los que habían visto a Lesurques creyeron que estaba viendo al espectro del infortunado a quien habían enviado a la guillotina. Varios de los testigos que habían declarado contra Lesurques miraron horrorizados a Dubosq. Algunas de las mujeres mortificadas por el remordimiento de lo que habían causado con su declaración, se desmayaron y Dubosq las miró riendo con toda desvergüenza.

—¡Mujeres imbéciles! ¡Cráneos vacíos! —gritó.—¡Ustedes creen que se equivocaron entonces! ¡Ahora, es cuando se equivocan! ¡Vayan ustedes a hacerse llenar el cráneo con algo que no sea estopa!

Insistió en que no había tenido nada que ver con el robo pero las pruebas contra él resultaron abrumadoras. Fué condenado y ejecutado. La inocencia de Lesurques quedó plenamene demostrada.

Pero la justicia no quiso ceder todavía y pasaron treinta años antes de que se devolviera a sus legítimos dueños parte de su confiscada fortuna.

En el año 1842, su viuda, al morir, pidió a sus hijos y que no dejaron nunca de pedir justicia, hasta que el hombre a quien ella había amado fuera públicamente reconocido como inocente; y por fin, actualmente, Lesurques, la infortunada víctima, ha sido vindicada.

En el cementerio del Pere Lachaise, en París, existe un monumento de mármol que tiene el nombre de Joseph Lesurques, "víctima de un lamentable error judicial."

* * *

En el año 1877 el famoso actor inglés Irving representó un drama basado en este terrible caso,—drama que se había representado en París, antes, varios centenares de veces,—y en él interpretaba el doble papel de Lesurques y Dubosq. Los que vieron entonces ese drama no olvidarán nunca el teatro, repleto de público que materialmente contenía la respiración cuando el actor se presentaba más veces como bandido, en cuyas manos estaba la indeleble mancha de sangre del crimen y otras como el hombre inocente, valeroso y digno, acusado injustamente del crimen.

Una noche, cuando el drama estaba en su época de mayor éxito, cayó el telón después del último acto y el público se retiraba del teatro emocionado por la tragedia y entusiasmado por el genio del intérprete, cuando Irving recibió aviso de que había unos extranjeros que deseaban verle y darle las gracias. Los recibió como acostumbraba a hacerlo con todos los que se presentaban a visitarle, y uno de ellos, una joven se acercó rápidamente a él con los brazos tendidos.

—¡Muchas gracias, señor! ¡Muchas gracias!—exclamó.

Era una nieta del hombre inocente cuya tragedia había representado tan a lo vivo ante el público inglés, vinculando así el camarín de un teatro de Londres con la oscura y ventosa noche de Abril, muchos años atrás cuando pasó, por el centro de Francia, entre el viento y la oscuridad, el coche correo, siguiendo el camino solitario del bosque donde le esperaba la fatídica mano del destino.

PUCKY
LA LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION MENSUAL
OFICINAS:
Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires
TELÉFONOS:
Unión Telefónica 134 (Avenida)
Cooperativa 3352 (Central)



Reparación

por L. Poole

La historia de un hombre que siempre pagó íntegras sus deudas

I.

KENDLE TERRACE, en Willingden casi no merece descripción, porque es una corta avenida con casas iguales a miles de otros "chalets semiaislados", pues de este modo los designan los agentes de aquileres. La avenida en sí misma es tan parecida a otras muchas avenidas de veinte diferentes ciudades que, el describirla con exactitud tiene el peligro de que centenares de personas crean ver descripto su propio domicilio. Coquetos chalets con grandes ventanas sobresalientes, con techos de teja roja y con un jardincito al frente, cerrado por una verja semirústica. Y casi en todos los portones una placa de cobre batido indicando que el chalet se llama "La Madreselva", "La Hiedra", o cualquier otro nombre escogido por la fantasía de su primer ocupante.

Por la avenida llamada Kendle Terrace, una tarde de fines de otoño pasó un hombre que, sin duda ninguna era nuevo en tal sitio. Miró una tras otras las placas con nombres pero parecía no atreverse a preguntar a algún transeunte su dirección. En verdad se diría que procuraba evitarlos, pues caminaba por la calzada y con los ojos fijos en el suelo.

Al fin se dirigió hacia "La Hiedra" y se detuvo indeciso un instante. Después se abrochó su saco azul, abrió el portoncito y avanzó por el estrecho camino que conducía a la entrada del edificio, con el aire de quien ha tomado una tremenda decisión y está resuelto a realizarla.

A su llamado respondió una sirvientita de cofia y delantal. Durante un momento el hombre pareció vacilar.

—Sentiría molestar... Pero, ¿no vive aquí la señora de Wrainford?—preguntó.

—Sí, señor, — respondió la sirvienta.— ¿A quién debo anunciar?...

—¡Oh! No es necesario el nombre. Dígale que deseo hablarla un momento. ¿Quiere hacer ese favor?

Nuevamente el hombre manifestó una nerviosa vacilación. Pero no necesitó agregar nuevas explicaciones, porque alguien que había seguido a la muchacha hasta el hall, encendió la luz.

Entonces se vió claramente al hombre, que tenía la cara afeitada y era de aspecto agradable, aun cuando se notaba en sus labios un gesto de amargura. Parecía tener unos treinta años. Por su ropa y su actitud se echaba de ver que había recibido buena educación.

La mujer que había encendido la luz del hall, permaneció parada un momento hasta que sus ojos se costumbraron a la claridad. Entonces, sin preocuparse de la sirvienta, se adelantó como loca y cayó en brazos del hombre.

—¡Geoff! ¡Geoff! — exclamó. — ¡Oh! ¡Amado mío! ¡Qué felicidad es verte de nuevo entre nosotros!

Tomó su sombrero y lo colgó en el perchero, luego tomándolo del brazo lo condujo, sin que él hiciese resisténcia alguna, hasta una salita donde ardía un buen fuego y donde se encontraban dos niños que lo miraron con sorpresa. Un muchacho de seis años y una niña no mucho mayor de tres, corrieron hacia él llorando, riendo y sollozando de alegría.

—¡Papá! ¡Papá! — gritaron, repitiendo insistentemente el nombre que la madre les había enseñado.—¡Bienvenido a casa, papá!

Y cuando Isabel Wrainford corrió las cortinas y encendió las luces, él tomó en brazos a los niños y los besó apasionada, fieramente, tan bruscamente que la niña lanzó un grito de dolor. Pero en seguida volvió a sonreir contenta, cuando éél la puso en el suelo y ella tomó en sus manos la del hombre. La ruda mano de Wrainford tembló cuando sintió el contacto de las de la niñita.

—Cuéntanos algo, papá, de lo que has visto durante tu viaje alrededor del mundo,— exclamó el muchacho, ansioso de escuchar emocionantes aventuras.

—¿Mi viaje alrededor del mundo? — preguntó extrañado Wrainford, mientras miraba a su esposa solicitando una explicación.

—Yo les he hablado algo sobre el sorprendente viaje que habías emprendido alrededor del mundo, — respondió ella sonriendo y mirando fijamente a su esposo. — Pero vamos, el te está ya preparado y debes tener apetito.

Aquello fué extraño para Geoffrey Wrainford, que a veces se olvidaba de los alimentos para mirar en silencio a su hijo y a la niña, a quien veía por primera vez aquella tarde, porque cuando la niña hacía su entrada en este mundo Geoffrey Wrainford acababa de entrar a cumplir una condena en una de las prisiones reales.

Hacía cerca de cuatro años y desde entonces Wrainford había cumplido una condena de cinco años, disminuida por la buena conducta observada. Culpable o inocente, había pagado por entero la pena exigida por la ley y regresaba a la libertad y a sufrir la pena que la sociedad exigía de él.

Poco fué lo que habló hasta que los pequeños se despidieron deseando buenas noches a su, nuevamente encontrado, padre. Cuando su esposa volvió a la habitación, después de dejar acostados a los chicos, lo encontró en la postura que tanto conocía,— de espaldas al fuego y con las manos cruzadas a la espalda, a la altura de la cintura. Su mirada se fijó en ella en cuanto apareció en la puerta y la mujer notó una nueva expresión en sus ojos; algo profundo, austero y un reflejo de asombro que jamás había notado antes.

—Bien, Geoff, — dijo ella, avanzando hasta él y apoyando las manos en los hombros, mientras afrontaba serena su mirada, con ese valor que ante la auversidad sólo una mujer manifiesta en ese grado. — ¿Estás contento al verte de nuevo en casa?

Procuró él adquirir el dominio de sí mismo y durante algunos momentos luchó por rechazar el torrente de ideas violentas que se aglomeraban en su mente.

—Sí, lo estoy, — exclamó al fin. Luego volviendo a un viejo asunto, una cosa que consideraban como una diversión en los días en que podían tomar a risa los más serios asuntos, preguntó: — ¿Me sigues queriendo, Isabel?

—¿Que si te quiero? — preguntó ella rodeando con sus brazos el cuello. — Más que nunca.

Cuando, por fin, se sentaron, algo de la amargura de antes había desaparecido de los labios de Wrainford, y un débil centelleo de alegría se notaba en su mirada.

—Pero háblame de ti,—dijo. — ¿Cómo has podido vivir? Esta instalación tiene un aspecto de atrayente decencia. ¿Cómo has hecho para proporcionarte el dinero necesario? Deseo saberlo todo. Tus cartas reflejaban tu cariño, pero no me decían nada respecto a las interioridades del hogar.

Se rió por primera vez al notar que había repetido otra de las preguntas de los días felices.

—En realidad no tengo mucho que decir al respecto — respondió Isabel tranquilamente. — Al principio traté de no pensar en nada, de olvidarlo todo, pensando en la próxima llegada de Freda... Cuando, nació la niña, llegó una carta dentro de la cual había veinte libras esterlinas. La carta era de Wilson tu apoderado, quien me dijo que el dinero lo enviaba un amigo tuyo que, sabiendo que eras inocente, deseaba hacerte ese préstamo, sin compromiso de pronta devolución. Desde entonces el envío del dinero se ha repetido todos los meses.

—¿Y tu has hecho uso de él? — preguntó rápidamente Geoffrey.

—Sí. ¿Por qué no?—respondió Isabel intranquila.—El señor Wilson vino en persona a verme cuando yo le escribí preguntando y me dijo que podía admitir el dinero.

—¡Dinero de Lipscott! — exclamó Wrain-

ford en seguida. — ¡No me equivoco! Me alegro que lo hayas gastado, querida. ¿Entonces te mudaste a esta casa?

—Sí: dejamos Hampstead y vinimos aquí, a causa... a causa de los chicos — dijo Isabel.—Pero, ¿por qué piensas que sea Lipscott el que manda el dinero, Geoff?

—¿Por qué?—Wrainford respiraba penosamente y el esfuerzo que hacía para dominarse era más visible que antes.—Pues porque Lipscott fué el que falsificó los documentos. No puedo decir cómo lo sé, pero lo sé. Fueron sus declaraciones las que me hicieron condenar.

Un tinte rojo coloreó sus mejillas e Isabel pudo oir que su respiración era corta y fatigosa y notó en su mandíbula un ligero temblor.

Lipscott había sido el socio principal de la firma Lipscott y Wrainford, corredores de Bolsa y había sido a causa de ciertas acciones que se hallaban en poder de la firma por lo que se había producido la caída de Wrainford. Había falsificado la transferencia de varios documentos y se había apropiado del dinero obtenido con su venta, en beneficio propio. Durante el proceso se demostró que había intentado ocultar su delito, y su socio, Lipscott que era el testigo principal, de cargo, demostró que Wrainford era el único culpable.

No se atrevió Isabel a hacer una nueva pregunta y más bien trató de cambiar de conversación. Lo consiguió hasta cierto punto. Habían hablado de aquello incidentalmente y comenzaron a hablar del porvenir.

—Durante todo el tiempo que he estado allí,—dijo Geoffrey Wrainford haciendo un gesto con la mano para indicar el sitio que había abandonado aquella mañana,—la idea de que tu y los pequeño me estaban esperando, me daba alientos y me hacía pensar en mejorar mi conducta... Por amor a los chicos y a tí haré camino. Y con Lipscott arreglaré cuentas... ¡Las pagará todas mil veces! Yo le arrancaré la verdad y luego... ¡Así que mantuvo a mi esposa y a mis hijos con su caridad! ¡Vive Dios!...

Se había puesto de pie y sus ojos lanzaban llamaradas. Esto era lo único que había temido Isabel. Ni por un instante había dudado de su inocencia, pero tenía miedo de que al verse nuevamente en libertad, la única idea que le dominase fuese la de tomar venganza. Y ella que tanto había sufrido, a lo único que aspiraba era a su amor; deseaba olvidarlo todo y ser feliz.

—¡No, Geoff! — imploró. — Los niños no deben saber nada nunca. La gente pronto olvida... Ahora las cosas irán bien y... y... viviremos el uno para el otro...

La mirada de la mujer se fijó en él y él se inclinó para besarla.

—No soy digno de eso, Isabel—murmuró, olvidando durante un instante su enojo. — Precisamente por tu amor es por lo que quiero arreglar cuentas con Lipscott... Pero no tienes que inquietarte, querida. No hay nada que temer. Yo he pensado en eso cientos de veces... Ese es asunto mío y nunca debí haberte hablado de él... ¡Pero esta noche, es la más memorable noche de todas mis noches! ¡Olvidemos todo lo que pueda ser desagradable, pensemos tan sólo en amarnos mucho y en ser felices!

Después de estas palabras el nombre de Lipscott no volvió a ser mencionado para nada, no solo aquella noche sino en las demás que siguiera, pues, contentos y satisfechos, no pensaron más que en hacer planes para el porvenir.

Wrainford salió todas las mañanas durante la primera semana y no regresó hasta la tarde. Buscaba trabajo y sus esfuerzos no fueron tan infructuosos como lo había temido. En varios puntos necesitaban empleados y la sexta noche cuando regresó dijo que había encontrado definitivamente trabajo en calidad de dependiente. El salario no era muy alto, pero por el momento podrían pasar y ya buscaría algo mejor para el futuro.

Isabel, sin que pudiera decir con exactitud por qué sintió durante ese tiempo una especie de intranquilidad y sus temores tuvieron en parte, confirmación cuando su esposo anunció una noche a eso de las ocho y media que tenía intención de salir un momento.

—No me esperes levantada, mujercita mía le dijo.—Tengo que verme con una persona que quizás pueda ayudarme... Puedo volver un poco tarde... ¡Pero no temas que no me va a pasar nada!

Ella se puso de pie rápidamente y le tomó del brazo. La mano que tenía en el bolsillo permaneció quieta y ella pretendió adivinar lo que empuñaba.

—¡Geoff! ¡Geoff!... ¿No vas a ver a... a Lipscott?

Durante un momento la ira se reflejó en la mirada de él, luego se borró con la misma rapidez con que había aparecido y él se echó a reir.

—Creo que sospechas de mis cosas terribles—exclamó. — No te preocupes, querida... Pronto estaré de vuelta y te contaré todo lo que me ha ocurrido... ¡Adios!

La besó y antes de que ella pudiese hablarle, la rechazó suavemente y volviéndose con rapidez, salió de la habitación.

Ella oyó el ruido de la puerta al cerrarse cuando él salió, pero no se movió del sitio donde se había quedado. Durante diez minutos permaneció quieta, donde él la dejó. Toda fuerza de acción se había anulado en ella y tan solo una fuerza irresistible la decía instintivamente que lo que tanto temía iba a suceder.

Por fin, se movió y fué a echarse en el sofá. Todo ruido la hacía estremecer pero no levantaba la cabeza, oculta en los almohadones. Varias veces logró dominar su nerviosidad y rezar, pero de pronto parecía olvidarlo todo y quedaba sumida en una inconsciencia tal que no la permitía sentir más que una impresión: la de un terror muy grande y aplastante.

II.

GEOFFREY WRAINFORD había pasado cerca de cuatro años preparándose para aquella noche. Desde que había salido de la prisión había empleado una semana más en averiguar cómo podía efectuar mejor el plan que se había trazado.

Conocía la residencia de Lipscott perfectamente y había reanudado conocimiento con los detalles de su exterior durante aquella semana. Conocía las costumbres de Lipscott y estaba razonablemente seguro de que aquella noche era la más propicia para poner en práctica su proyecto.

No había el menor rastro de miedo en su ánimo, ni temía que nada hubiese sido calculado en forma errónea. ¿Acaso no había repasado una y otra vez todos los detalles del plan, estudiándole de todo punto de vista infinidad de veces?

Para llegar a casa de Lipscott empleó tres cuartos de hora. Avanzó cautelosamente de uno a otro macizo de arbustos hasta que llegó al mismo edificio y se detuvo junto a una estrecha galería exterior. Trepar por una de las columnas no era tarea muy difícil para un hombre sano y fuerte, y Wrainford se subió y se quedó agazapado en la galería.

Una puerta daba acceso a la única habitación que comunicaba con la galería. Durante un momento, Wrainford maniobró para poder mirar hacia el interior de la habitación y cerciorarse de si su presa estaba allí y sola.

Consiguió satisfacer sus deseos y convencido de que estaba todo como lo deseaba, se puso en pie y golpeó ligeramente en los cristales.

La respuesta llegó mucho antes de lo que él había esperado y no tuvo tiempo para ocultarse en la oscuridad como había pensado, antes de que la cortina se levantara y la luz brillase ante él. Un instante después la puerta se abrió y Lipscott en persona se encontró frente a Wrainford.

—¡Ah! ¡Pase adelante Wrainford! Le he esperado toda esta semana. ¡Le ví venir esta noche!

No sin cierta sorpresa al oír aquellas palabras, Wrainford penetró en la habitación, sin dejar de observar cuidadosamente a Lipscott. Su antiguo socio, se había puesto más grueso: era recio y robusto; pero causó a Warinford la impresión de que no estaba en su centro. Se hallaba muy nervioso y muy poco seguro de sí mismo. Intentó cerrar la puerta, pero le temblaba tanto la mano que no lo consiguió y al fin la dejó sin cerrar.

—La dejaré así, — murmuró volviéndose hacia Wrainford. — Usted... Usted probablemente se retirará por ese mismo camino... ¿No?

—¡Probablemente! — respondió Wrainford mirándolo fijamente. — ¿Se imagina usted a que he venido?

—¡Sí! ¡Sí! — respondió Lipscott. — Le he esperado todas las noches desde... desde que usted volvió. Era una especie de instinto. Pero siéntese. Wrainford... ¿No quiere?... ¿Desea beber algo?... ¿Cognac o whisky? Antes de que hablemos de negocios... ¿No ha venido usted a hablar de negocios?...

—Sí.

Wrainford tomó asiento al otro lado de la mesa y observó a Lipscott, mientras se preparaba la bebida. La bebió de un sorbo y luego miró nuevamente a Wrainford.

—Bien. Me alegro mucho de volverle a ver. — Se comprendía que el hombre hablaba para darse ánimos a sí mismo y sus manos se movían temblorosas como si buscasen algo que no podían encontrar. — Espero que no habrá sido tan malo el tiempo que pasó allí. ¿Verdad?

—Ha sido un purgatorio, — respondió Wrainford resueltamente, pero sin enojo.

—Sí. Ya temía que me dijera usted lo que me ha dicho... Yo he pensado mucho en usted, Wrainford. Ese tiempo ha sido también muy terrible para mí.

Wrainford miró a su interlocutor, algo sorprendido por la forma en que le hablaba. El Lipscott que él había conocido años antes, no se parecía al débil y cobarde que tenía ahora ante sí. En realidad, Wrainford lo había admirado por el valor y la serenidad que mostraba ante las más graves emergencias. Pero aquella noche se presentaba como vencido. Wrainford había pensado que intentaría decir alguna mentira, pero no había esperado semejante actitud de sumisión y tal intención de inspirar lástima.

—¿Así que usted también ha sufrido?— preguntó tranquilo Wrainford. — ¿Y ha sido por lástima hacia mí o porque le acusaba la conciencia?

—Por ambas causas, — respondió apresuradamente Lipscott. — Yo... Yo... Mire, Wrainford... ¿Desea usted conocer por completo la verdad? Usted cree que yo falsifiqué las transferencias y lo arreglé todo para que la culpa recayese en usted. ¿No es eso? Usted ha venido esta noche a exigir rendición de cuentas.

La sorpresa dominó de nuevo a Wrainford, quien asintió resueltamente.

—¡Eso es! — respondió. — Yo sé que usted falsificó los papeles y sobornó a los peritos calígrafos para que jurasen que las firmas estaban hechas por mí y destruyó toda prueba para que yo no pudiera demostrar mi inocencia... Con que ahora... ¡Venga toda la verdad!

Había sacado rápidamente el revólver del bolsillo y con él apuntó a la cabeza de Lipscott.

—¡Aun no, Wrainford, por favor! — suplicó Lipscott y su voz pareció más tranquila. El arma, en lugar de aterrorizarlo, había tonificado sus nervios. — Tiene usted razón, —añadió. — Yo fuí el que falsificó las transferencias...

—¡Usted! ¡Canalla!

Wrainford saltó hacia adelante y por un instante pudo creerse que estaba resuelto a saldar la cuenta inmediatamente. Luego bajó de nuevo el revólver y de pie ante Lipscott:

—¡Siga! Cuéntelo todo,—ordenó.

—Sí. Pensaba contárselo. Le esperaba para referirle todo.—Lipscott estaba hablando completamente tranquilo ahora. — Yo no soborné a los peritos calígrafos, pero ellos juzgaro que las firmas de los documentos eran de usted basándose en cartas suyas que yo había falsificado. Ahora se explicará por qué se engañaron.

Ni un músculo del semblante de Wrainford se movió, aun cuando por primera vez le revelaban todo el secreto del misterio. Sencillamente se limitó a hacer un gesto de asentimiento y a decir secamente:

—¡Siga!

—Yo nunca me imaginé que las falsificaciones llegarían a ser descubiertas, —prosiguió Lipscott, mirando cara a cara a Wrainford. — Pero como era el socio principal fuí el primero en ver que se acercaba el peligro y pude fácilmente arreglarlo todo para que la culpa recayese por completo en usted. Luego fuí al tribunal y ya recordará usted mi conducta. Al parecer, yo estaba de su parte pero en realidad presté tales declaclaraciones qeu según ellas resultaba que usted era el autor de todo.

Hizo una pausa para recobrar nuevos ánimos, bebiendo otro vaso de whisky.

—¿No se le ocurre preguntarse por qué procedí de ese modo, Wrainford?... Mi hijo. ¿Usted ha conocido a Víctor?... Víctor había ingresado en el ejército y se vió envuelto en una dificultad pecuniaria... Necesitó dinero; más del que yo podía proporcionarle. Yo quería mucho al muchacho, y, honestamente le hablo, Wrainford, en aquella época, como usted le reconocerá, en justicia, no había ni la menor probabilidad de que la falsificación se descubriese antes de que yo hubiera tenido tiempo de reponer los documentos. Pero cuando la amenaza de la cárcel y de la deshonra se presentaron inminentes, tuve que salir del trance de cualquier manera para no deshonrar al muchacho... Si el caso se llega a conocer, el infeliz hubiese tenido que retirarse del ejército. ¡Hubiera perdido su carrera!

—La mía, sin embargo, quedó destrozada, —respondió Wrainford tranquilamente.

Lipscott juntó sus manos en acción de súplica.

—No pensé en usted. Nada me preocupaba más que hallar la forma de salir del apuro... Y lo hice. Pensé que luego podría reparar el mal que le hacía en cualquier forma.

—Rebajando a mi esposa, haciéndola objeto de su limosna... — exclamó Wrainford.

—¡Y por otros medios! — añadió Lipscott sin hacer caso, de la sarcástica frase de su socio. — Pero desde la noche en que le llevaron a usted... ¡Oh! ¡Cielos!

Se tapó la cara con las manos y así permaneció un momento; luego aspiró largamente y volvió a mirar de frente a Wrainford. Sus labios se desplegaban con una amarga sonrisa.

—No quiera conocer cuánto fué mi tormento, Wrainford, — dijo. — Llegó la guerra y Víctor cayó de los primeros. Fué muerto cuando empezaba... Después le estuve esperando Wrainford, con el propósito de dejar reparado el daño. Todo quedará bien arreglado. Yo había trabajado fuerte antes de la guerra. Quisiera usted viera los libros. Hicimos grandes negocios, Wrainford, y todo salió muy bien. Deseo que vea cuáles fueron las ganancias de 1913 y 1914... ¿Acaso es su voluntad dejarlo para más tarde? De todos modos ya le he dicho toda la verdad... He deseado hablarle cara a cara, ya que fuimos buenos camaradas hasta que llegó el desdichado asunto... ¿No es así?

—Eramos "muy buenos camaradas", — dijo Wrainford, — por eso mismo me dolió más.

Lipscott hizo un gesto de asentimiento.

—¡Por supuesto! Ya lo sabía. ¿No tiene usted nada que preguntarme ahora?

—¡No!

Wrainford movió la cabeza y se sentó, mirando al otro lado de la mesa.

Lipscott, cerró los ojos y volvió la cabeza hacia la chimenea.

En alguna parte, allí cerca, al alcance de la mano, un reloj marcaba los segundos. Lipscott, contó sesenta antes de abrir los ojos.

—¿Usted ha traído un revólver, Wrainford? —preguntó. — ¿Qué pensaba hacer con él?

—Matarle, si acaso era necesario,—respondió Wrainford.

—Bien. ¿No va usted a utilizarlo?

—¡No!—dijo Wrainford poniéndose de pie.—Me voy.

Lipscott, le miró. Después, al ver que su ex socio se dirigía hacia la puerta, corrió hacia él.

—¡Buenas noches, Wrainford!— murmuró y al mismo tiempo le tendió la mano.

Wrainford la tomó y la estrechó, como hubiera hecho muchos años antes.

—¡Buenas noches, Lipscott,— dijo. — Me voy a casa, a pensar. No puedo coordinar ahora todas mis ideas.

Y después de haber salido por la puerta, descendió de la galería por el pilar.

Lipscott permaneció durante un tiempo mirando la sombra de su ex socio hasta que desapareció por completo; luego volvió a entrar y cerró cuidadosamente la puerta que daba a la galería.

Después de eso tiró del cordón de la campanilla y ordenó al único sirviente que se había quedado sin acostarse por orden especial de Lipscott, que le sirviera un vaso mediado de leche.

III.

CUANDO Wrainford llegó a su casa era cerca de la media noche. Penetró tranquilamente y después de cerrar la puerta pasó al comedor.

—¡Hola, Isabel! ¿Qué estás haciendo levantada a esta hora?

Atravesó la habitación hasta llegar al sofá donde ella estaba sentada y la miró cariñosamente. Isabel tenía los ojos enrojecidos y en

la cara se notaba el miedo que había pasado mientras él había estado ausente.

—¿Qué le pasa a mi mujercita? — dijo Wrainford sentándose a su lado y acercándola a su pecho.—¿Has tenido miedo?

Ella se apartó y le miró fijamente.

—¿Has visto a Lipscott?

La pregunta llegó lenta pero claramente.

—Le he visto,—respondió Wrainford sonriendo, y abrazándola nuevamente.—No tienes ya nada que temer, querida. La entrevista me ha hecho bien. Fué un trance muy extraño Isabel, que me ha servido de enseñanza.

Y le contó todo lo sucedido, la historia completa hasta el detalle final del apreton de manos.

—No me imaginé nunca que pudiera llegar a olvidar. Había soñado con la venganza que iba a tomar.... Y cuando lo ví, me olvidé de todo y creo que me dió lástima. Sin embargo, es necesario hacer algo, por los muchachos, por reivindicar mi nombre, pero aun no sé como lo conseguiré. ¡Pobre viejo Lipscott! ¡Está agotado, vencido...! Y nosotros, en cambio estamos en el comienzo de la vida, querida....

Se rió. Isabel dejó caer la cabeza sobre su hombro y le habló suavemente. Estaba ahora demasiado contenta para hablarle, de todo el temor que había pasado durante las terribles horas de poco antes. No necesitaba decirle nada. Todo había pasado, ya lo tenía nuevamente a su lado y esto bastaba.

A la mañana siguiente un espíritu nuevo reinó entre ellos mientras tomaban el desayuno. Geoffrey Wrainford se sentía alegre y contento y bromeó con su hijo y le dijo mil cosas graciosas a su hijita. El diario que Isabel había colocado cuidadosamente junto a su plato fué echado a un lado. Las noticias del mundo exterior no le interesaba en aquel momento.

Isabel lo tomó y mientras su esposo y sus hijos jugaban, miró por encima las columnas, leyendo los títulos y tomando el sentido de los párrafos, sin intentar enterarse de la importancia de cada uno de ellos.

De pronto brotó un grito de sus labios, sobresaltando a Geoffrey y a los chicos en medio de sus juegos. Los tres quedaron inmóviles y mirándola.

Su rostro se había puesto mortamente pálido y una flojedad invadió sus miembros, al extremo de que los brazos cayeron sin fuerza a lo largo del cuerpo. El diario que se había deslizado de sus manos, cayó al suelo y sus ojos muy abiertos tenían una mirada de terror, al dirigirse a través de la mesa a su esposo.

—¡Geoff! ¡Oh! ¡Geoff!

Las palabras surgieron como gemidos, movía los labios como el muñeco de un ventrílocuo, automáticamente, mientras los ojos permanecían quietos y muy abiertos.

—¡Pero querida Isabel!

Se puso de pie y suponiendo que alguna mala noticia del diario motivaba todo aquello, lo tomó del suelo, con un rápido gesto.

Isabel extendió una mano y señaló un corto párrafo que estaba al pie de una columna..

"Muerte de un conocido Agente de Bolsa

"Anoche muy tarde, el señor Carlos Lipscott, conocido en los círculos financieros de Londres, fué encontrado muerto en la biblioteca de su domicilio, en Cranston, cerca de Earsford. Una bala le había herido, en la cabeza."

Los tipos de imprenta se confundían borroso, y era imposible leer las dos últimas líneas del párrafo. La noticia había sido hecha a último momento y aquellas eran las consecuencias.

Wrainford se fijó detenidamente y trató de leer las últimas palabras que formaban las letras a medio imprimir. Una enorme cantidad de ideas acudió a su mente pero no pudo deducir de todo ello más que una cosa fija: que Lipscott había muerto.

Suponiendo... ¡Pero era eso imposible! ¡Nadie podía establecer una relación entre él y la muerte de Lipscott!

Se volvió hacia su esposa y notó que el terror la dominaba. Esperaba ahora que él hablase y que sus palabras disipasen la duda que la atormentaba.

—¡Es extraordinario! — exclamó Wrainford, comprendiendo lo inseguro de su situación y con voz que tenía un timbre que no parecía el natural. — ¡Suicidio!.. ¡Así debe ser!... ¡Estaba completamente bien cuando yo lo dejé!

Las últimas frases fueron casi un desafío, e Isabel lo comprendió así. La primera emoción había pasado. Se puso de pié, convencida de que debía ocultar sus propios temores y hacer frente a cualquier cosa que ocurriese, con el mismo valor con que había hecho antes frente a lo pasado. Geoff. necesitaba contar, nuevamente con su ayuda.

Wrainford no salió aquella mañana y su esposa no se cuidó de nada para no apartarse de su lado. Ninguno de los dos volvió a hablar de la tragedia de Lipscott. Esperaban. Sabían que todas las preguntas que pudiesen hacer habían de tener una respuesta sin que ellos las formulasen.

Fué poco después de mediodía, cuando los acontecimientos empezaron a producirse. Una larga e insistente llamada a la puerta de la calle llegó como una sacudida brutal y como un alivio por los dos. Isabel fué en persona a abrir la puerta.

Había en la parte de fuera dos hombres, uno de ellos era, al parecer, un próspero hombre de negocios, pero el otro, indiscutiblemente era un oficial de policía. Todos los detalles lo delataban.

—¿Vive aquí al señor Geoffrey Wrainford? —preguntó el hombre de negocios.—¿Podría hablar un instante con él?

—Tengan la bondad de pasar adelante.

Isabel pronunció con esfuerzo estas palabras y les guió al comedor, donde Geoffrey

estaba sentado. Sus labios se plegaban con rigidéz y sus manos sostenían una novela abierta.

—Estos señores desean verte, Geoff,—anunció Isabel.

Wrainford se puso de pié y los miró a los dos.

—¡Buenos días!... ¡Ah! ¡Señor Cowell!

—En efecto, nosotros ya nos conocemos... señor Wrainford,—dijo uno de ellos.—El señor es el inspector Dalton.

Isabel cerró la puerta y quedó en el corredor. No se sentía bien. Durante algun tiempo alcanzó a distinguir un rumor de voces, en la habitación.

Dentro de la habitación los tres hombres habían tomado asiento. El inspector Dalton se disculpó, pero en seguida declaró que deseaba hacer algunas preguntas.

—¿Ha visto usted al señor Lipscott, últimamente? — preguntó por fin, comenzando su interrogatorio de verdad.

—Sí,—respondió Wrainford.—Le ví anoche entre las nueve y treinta y las diez y treinta.

Wrainford sabía que no tenía obligación de contestar a esas preguntas, pero ¿por qué había de ocultar nada?

El señor Cowell, el abogado y escribano, miró al inspector y movió la cabeza. Sin esperar más preguntas, Wrainford contó cuanto había ocurrido en la entrevista, todo lo que habían hablado durante la visita y el apretón de manos final.

—Pienso que esto es todo, señor Wrainford,—dijo Dalton.—Vamos a realizar cuantas investigaciones podamos. La sesión indagatoria judicial es mañana. Pero...

En la parte exterior, Isabel Wrainford había esperado hasta que recuperó sus fuerzas. Haciendo un esfuerzo se tranquilizó y volviendo el picaporte y abriendo la puerta, miró hacia el interior de la habitación.

—La sesión indagatoria judicial es mañana... Pero...

El inspector se detuvo repentinamente al ver a Isabel.

—¡Ah! Señora de Wrainford... ¿Puede disculparme por unos minutos?—dijo el escribano Cowell, que se había puesto de pie y la miraba.—El inspector Dalton sabe ya cuanto deseaba conocer. Pero yo creo necesario manifestar por qué hemos venido. Creo que ha de interesarle a usted tanto como a su esposo... Lo supongo así.

Isabel se sentó.

—Estaba intranquila— explicó débilmente. —Se emocionó tanto mi esposo cuando supo la muerte del señor Lipscott...

—¡Lo creo! ¡Lo creo!—asintió el abogado. —Yo también estoy nervioso y agitado. Recibí esta mañana una carta de él, explicándome con claridad lo que iba a hacer anoche. También me daba instrucciones sobre ciertos documentos. Después de retirarse usted, a eso de las diez y media, llamó otra vez al sirviente y fué éste la última persona que lo vió con vida. Después de servirle un vaso con leche salió de la habitación. Tres minutos después oyó la detonación de un revólver y cuando volvió a la habitación... era ya tarde.

Hizo una nueva pausa y el inspector aprovechó para decir a Wrainford:

—Tengo interés en hacerle observar el hecho de que Lipscott llamó a un testigo para que lo viese con vida después de retirarse usted.

—¡Sí!... ¡Sí!...—interumpió el abogado.—Además Lipscott, en su testamento, a excepción de algunos pequeños legados, a favor de los sirvientes y otras personas, lega toda su fortuna a usted. Yo soy uno de los albaceas y el señor Richards, es el otro. Creo que usted lo conoce. Trataré de que esto no le produzca molestia alguna y que todo quede arreglado en la mejor forma posible... Pero si considera que puedo serle útil en algo puede mandarme, señor Wrainford... ¿Me ha comprendido bien?

—¡Sí!—Wrainford se levantó y permaneció frente a él.—¡Pobre viejo Lipscott!—dijo tristemente.

El inspector se puso, también, de pie.

—Es un caso curioso—dijo lentamente. —Se comprende que su idea principal ha sido la de que se le moleste a usted lo menos posible. Ya había sufrido usted bastante. He venido tan solo a poner las cosas en claro. Lamento haberle molestado. No será necesario la presencia de usted en la investigación. ¡Buenos días, señor! ¡Buenos días, señora!

El inspector salió y el señor Cowell, tendió la mano diciendo:

—¡Buenos días, señor Wrainford! No tiene usted que molestarse para nada. Ya le escribiré a usted más tarde. Lipscott me pedía en su carta que no lo molestara con los detalles del asunto. Se ha esforzado por hacer todas las cosas en la forma más correcta.

—Yo le estreché la mano, anoche,—murmuró Wrainford lentamente.

—Me alegro mucho de que haya sido así.

El abogado saludó y tosió, se inclinó ante la señora de Wrainford y salió para reunirse con el inspector que le estaba esperando en la puerta de la calle.

Wrainford les miró alejarse y luego regresó al comedor. Isabel que lo esperaba le tendió las dos manos que él tomó entre las suyas y durante un gran rato los dos permanecieron así, mirándose, en silencio, sin encontrar palabras que pudieran expresar lo que sentían.

—¡Pobre viejo Lipscott!—exclamó al fin en voz baja y con sincera entonación de pena, Isabel.

Su esposo asintió e intentó hablarla cariñosamente, aparentando indiferencia, pero no le fué posible.

—Sí. No era un mal hombre,—dijo. — Y siempre pagó íntegras sus deudas,— agregó. —¡Hola! ¡Aquí vienen los chicos.. Me parece que vamos a pasar hoy con ellos, un día de gran fiesta.



Una Voz del Pasado

por Catalina Robbins

Es éste un relato de un país de Dios, de la tierra del aire puro y el campo libre; sana y saludable región donde se puede recuperar la salud, del cuerpo y también la del alma.

DETENIENDO su caballo delante del manantial que burbujeando y lanzando frescas gotas, surgía al pie de la colina, John Brandon se descubrió para refrescarse la frente en la pura brisa que soplaba sobre los campos. Sus ojos miraron complacidos la línea de fértiles surcos que se extendían, llenos de verdura, hasta el pie de las colinas, de oscuro y solemne aspecto, vistas a la luz del sol que se ponía. Eran aquellas montañas como un invencible ejército que contuviese el avance del pecado, de los conflictos, de la febril intranquilidad de las regiones mundanas, hacia aquel país de Dios, del verdadero silencio, del sol saludable y de los vientos que daban la vida.

El había maldecido al Destino cuando se convenció de que tenía que obedecer las órdenes del médico y marchar al Canadá por una temporada de seis meses, y ahora reconocía, humildemente agradecido, que aquellos meses habían sido condescendientes con él, pues en aquellas vastas soledades había hallado la salud del cuerpo y la del espíritu. Comprendió que aun cuando estaba ya a punto de regresar a Londres, no reanudaría su antigua vida de fútiles placeres y disipación, sino que emprendería una nueva existencia, propia de un hombre trabajador. Echóse hacia atrás en la montura y levantando la cabeza hacia el puro ópalo que se extendía sobre él, dejó sus pensamientos volar hacia el futuro, cuando una voz aguda lo trajo hacia la realidad.

—¡Dígame! ¿Su caballo ha terminado de beber? Retírese entonces y déjeme acercar.

Volvióse repentinamente y su incrédula mirada se posó en Elsie; y aun cuando de-

trás de ella estaban las frescas y verdes plantaciones y el violeta misterioso de un paisaje entre dos luces, en lugar de las mesas llenas de gente y del vivo resplandor de los focos eléctricos; aun cuando ella llevaba un grande sombrero de hombre, una pollera de tela khaki y polainas, en lugar de una brillante tiara y de un elegante vestido de seda; y aun cuando ella aparecía fuerte, llena de pecas y tostada por los rayos del sol, en lugar de presentarse, blanca y delicada, era Elsie, la Elsie de su ya sepulto pasado.

Cuando ella se volvió para mirarlo, se notó en sus ojos una mirada de sorpresa y lanzó un grito de sobresalto..

—¡Estoy viendo visiones o usted es Rexie Brandon!

El se sonrió al oír su antiguo nombre de aventuras, de los días de Oxford y de su expansiva juventud y sacudió la cabeza.

—Soy tan Rex, como usted es Elsie. ¿Quiere decirme con quién estoy hablando?

Ella estaba inclinada en la silla mientras el caballo bebía, pero al oír la pregunta se irguió.

—Con la señora de Joshua Higgins, de Whitehorn Farm. Ya le presentaré a mi esposo.

El se quitó el sombrero e hizo una humilde cortesía.

—Espero tener ese placer. Creo que estaba dispuesto que yo pasara esta noche en su casa. ¿Merecerá eso la aprobación de usted?

—¡Qué ajena estaba yo a suponer que era a usted a quien esperábamos!—Luego su mirada se fijó en su fuerte y varonil presencia. —¿Para qué está aquí con camisa de franela y pesadas botas, cuando tiene a Piccadilly escrito en toda su persona? ¿Qué anda haciendo por estos parajes?

—He venido en busca de salud... ¿Y usted?

Elsie frunció la boca.

—¡Oh! Nos dedicamos a la agricultura.—Luego le dirigió una singular mirada y continuó:—Pero comencemos por el principio. Josh había ido a Nueva York por primera vez en su vida a una especie de congreso de ganaderos y tuvo la desgracia de cruzarse conmigo durante una de mis jiras. Fué en mil novecientos y ocho, cuando nos casamos.

Rex permaneció en silencio durante un momento, luego exclamó:

—Me alegro mucho de que haya encontrado un verdadero hombre, Elsie,—dijo gentilmente, pero reflejando en la entonación de su voz, un dejo de pena.—El Canadá conoce el secreto de crearlos; hasta ha logrado hacer uno de mí.

—Pero usted acostumbraba a pensar que era el jefe de la banda, en los días en que era tan amigo mío.

—Ya lo sé pero he aprendido a ver las cosas de diferente manera. Pensaba que era bueno con usted porque la arranqué del pesado trabajo que le estaba matando y la hice entrar en el coro de un teatro; pero veo ahora que la desorienté entonces y eso me entristece.

—¡Oh! Usted era un príncipe admirable!—exclamó ella, con su hermosa carita vuelta hacia el poniente, de manera que él no pudo ver si hablaba con seriedad o irónicamente.

Se habían apartado del manantial y trotaban por el camino bordeado de césped hacia la casa, situada al pie de una colina, que se distinguía como único signo de humana vivienda en todo el vasto círculo que abarcaban las cercanas sombras. Como la tarde caía rápidamente apareció una luz en una de las ventanas, cual si una pequeña estrella surgiese en el mundo violeta de solemne silencio e infinito espacio.

Le parecía increiblemente extraño e irreal a Brandon, que Elsie cabalgase al lado suyo en la tranquila oscuridad, la pequeña, la frívola Elsie, la de cabellos rizados, la de los turbulentos grupos de gente alegre, de las calles iluminadas y de los ruidosos music-halls.

Le admiraba ver todo lo que había hecho por ella aquel país de Dios.

Como si fuese en respuesta a esos pensamientos, ella comenzó a hablar.

—Figúrese, Rexie; ahora tengo casa, y un caballo, y un perro, y varias gallinas... y un marido. Nunca pensé que pudiera invitarle a usted a mi casa y crea que la que tengo no me da vergüenza. Josh, no puede hacer por mí más de lo que hace. ¿Ve usted aquel pórtico que está a un costado? Lo hizo para mis flores y ha puesto puertas con cristales en la habitación que se comunica con él. Opina que soy muy buena cuando me contento con permanecer aquí, a su lado, después de haber pasado parte de la vida en un ambiente de alegría.

—¿No conoce el mundo tal como lo conocemos nosotros? — preguntó Brandon aspirando con fruición el perfumado aire y contemplando la tranquila belleza de la tarde.

Grandes y blancas estrellas iban destacándose en el cielo, aún cuando en el oeste el espacio se tiñese todavía de púrpura, carmesí y oro.

Elsie charló hasta que llegaron a la puerta de la casa, encomiando las virtudes de Joshua, la extensión y valor de los recursos de la granja, las grandes mejoras que pensaban hacer, la fácil y libre existencia que llevaban y sólo cuando estuvieron dentro de una de las habitaciones, ante un gran fuego de troncos de leña, le dijo que su esposo había recibido momentos antes de la llegada de Brandon, un mensaje telefónico llamándolo a Marlin.

—¡Pero luego lo conocerá usted!—añadió rápidamente.—Ha ido a caballo y estará de vuelta antes de las doce de la noche, así es que siéntese y esperaremos su regreso. Debe usted conocerlo en seguida, Rexie. ¿No pensó jamás que yo pudiera tener un esposo, alguien que me amara siempre?

Se había sentado en el brazo de uno de los sillones y se daba golpes en la falda con el latiguillo, con un gesto de jactancia. Estaba de espaldas al fuego y en su delicada faz se observaba una íntima satisfacción.

—¿Y usted le ama? ¿Es usted feliz, Elsie?

Dejó caer el látigo y se inclinó para levantarlo.

—Sí. Le amo. Puede usted apostar su último penique a que es así. Me he convencido de que ésta es una existencia más real, en plena naturaleza, escuchando el canto de los pájaros, que la que lleva todo el mundo allá en Londres.

—Deseo también levantar mis ojos hasta la altura de las montañas—murmuró él como para sí. Luego tendiendo las manos hacia ella exclamó:—Todo esto le ha de haber enseñado a usted muchas cosas, pequeña Elsie.

Ella le miró sorprendida como interrogándolo. Después salió de la habitación para preparar la comida. Poco después regresó vestida con un traje de seda azul adornado con puntillas blancas en torno al descote cortado en forma de V. Traía una bandeja de plata, con servicio de porcelana de China, con el que preparó una pequeña mesa delante del fuego.

Mientras ella freía huevos, le hizo que tostará él el pan. Además hubo gallina en fiambre, duraznos en almíbar y leche. Brandon declaró que era la mejor cena que jamás había probado, tanto porque tenía hambre después de haber cabalgado veinte millas al aire fresco, como porque Elsie, a quien había conocido hacía mucho tiempo como un frágil juguete, se había convertido en una mujer encantadora que le hacía los honores de su feliz hogar.

Y cuando terminaron de comer, pusieron a un lado el servicio de mesa y el tapete de crochet y las revistas volvieron a ocupar su sitio. Entonces él se sentó a un lado de la chimenea a fumar, y ella se instaló al lado opuesto y se puso a trabajar en su labor. El se quedó mirando tiernamente aquella figurita vestida con su traje azul, trabajadora, sin dar descanso a sus manos, libres de sortijas, a excepción del liso aro de compromiso, y con tranquilo semblante al que daba un tinte rojizo la luz del fuego.

Le parecía una admirable obra del Destino o de la Providencia, — y en el presente caso se inclinaba más bien a creer que fuese la segunda, — que aquel pequeño pájaro de las calles, en otro tiempo encerrado en una elegante jaula, se hubiera trasladado a la región de los grandes espacios, y de las montañas para formar su nido en el corazón de un hombre honrado. Pensó en la primera vez que la había visto, miserable, escasamente alimentada, trabajando en un teatro de tercera categoría, con una mirada de súplica infantil en sus sombreados ojos y una triste sonrisa en su pálida y pequeña boca, y comparaba esta mujer vestida de azul, inclinada sobre su bordado, con la Elsie que conoció en su juventud.

Le había divertido durante un año o más, satisfaciendo sus voraces y caprichosos deseos, luego, cínicamente se había encogido de hombros al abandonarlo ella por otro más enamorado, aunque menos opulento, admirador. La había visto por última vez un año o dos después, en el bullicio de un café, realizando una febril e histérica tentativa por aparecer alegre y en próspera situación.

Sí; él había pensado que ella carecía de alma, que era un juguete sin más sentimientos que el de su belleza, y otro hombre halló, por el contrario, en ella una mujer de alma, hambrienta de felicidad y cariño, y en efecto ahora era, esposa, compañera y sería buena madre. Era aquel el milagro del amor y del espléndido y puro país en que se hallaban.

Elsie dejó la costura sobre su falda, miró pensativa hacia el fuego y unos repentinos recuerdos llenaron su corazón. ¡Qué dulces, sagradas visiones alcanzaba a distinguir entre las llamas!

—Rexie, — exclamó de pronto, — ¿sigue reuniéndose la misma gente que antes en el Regent?

El la dirigió una rápida mirada.

—Lo supongo... pero no podría asegurarlo... Hace seis meses que salí de allí.

—¡Y yo seis años!—Su mirada buscó de nuevo las llamas, luego se volvió hacia él lanzando una corta carcajada. — No me gusta pensar en aquellos días, eran tan tontos, tan insípidos.... Solamente vestirse, comer, beber y reirse: oír el continuo golpear de puertas de automóvil, deslizarse por las calles entre los destellos de las fuertes y blancas luces, vagando o caminando casi sin poder respirar, a escape, volando; luego amontonándose, empujándose y atropellándose para bailar... ¡Y a todo eso le llamaban divertirse!

—Porque no conocíamos nada mejor,— respondió él.

—Sí. En efecto, — asintió ella rápidamente. — Entonces yo no había visto aparecer el grande y rojo disco del sol en lo alto de las montañas todas las mañanas, ni había oído millares de pájaros que cantaban dándole la bienvenida. No podía recorrer a caballo veinte millas, a traves de los campos, tan ricos y vistosos como una pieza de muselina de seda verde, sin encontrar un alma viviente. Este es el país de Dios, como usted dice, pero hay mucha gente que parece no quererle.

—Pero usted sí... usted y Josh.

—¡Oh! ¡Sí! Nosotros estamos encantados con él, especialmente con el ganado! Nosotros... Nosotros queremos más a las vacas que a la gente. Usted se lo explicará, ¡son tan agradecidas! El año próximo adquiriremos más terreno... El ganado sube ahora de precio...

La voz de Elsie se fué apagando y volvió a tener otro instante de ensueño mirando al fuego.

—¿Va usted a volver allá algún día? — le preguntó ella, de pronto.

—Estoy en viaje de regreso.

La labor se le escurrió de la falda y ella se estremeció.

—¿Vuelve usted ahora a Londres?

—Sí. Vine únicamente a pasar el invierno. Tengo que estar levantado antes de que salga el sol a fin de llegar a Marlín con tiempo para tomar el tren de nueve y cuarenta.

—Y antes de una semana estará nuevamente vestido con su traje de frac y vagará por Regent Street... Hace seis años que no me visto yo como entonces... ¿No son divertidas esas cosas? Vestidos de frac los hombres, parecen cuervos de cola larga... Prefiero una camisa de franela y unos pantalones de brín. Ahora, un verdadero hombre...

Pero la mirada de Elsie volvió a ser vaga. Parecía que se había olvidado de lo que estaba hablando. Durante varios minutos permaneció en silencio, luego salió de la habitación.

Brandon puso a un lado la pipa, se levantó, arregló los troncos quemados de la chimenea y volvió a sentarse.

Estaba pensando si sería posible que ella se hubiera retirado a dormir, cuando volvió tan repentina y silenciosamente, que cuando se detuvo en el hueco de la puerta, creyó él, por un momento, que se hallaba viviendo seis años atrás. Luego, cuando ella avanzó tímidamente hacia la chimenea, vió Rex que el traje de seda rosada que tenía puesto estaba descolorido y que su hechura era anticuada, que la puntilla colocada sobre los hombros estaba amarillenta y arrugada, que el peinado que Elsie se había hecho estaba de moda seis años antes, que sus ojos habían sido enormemente oscurecidos y que en cambio las mejillas tenían exceso de colorete.

El se puso en pie cuando ella entró.

—La falda de khaki y las polainas le sientan mejor,—exclamó él.

—Este vestido es lo único que conservo de mi antigua vida, lo traje conmigo y lo guardé como recuerdo.

Luego ruborizándose y mirándolo con temor de ser severamente juzgada, añadió:

—Rexie... Comprendo que es una locura todo esto... pero vamos a suponer que estamos en el Regent... por divertirnos... No porque yo haya pensado nunca en eso... pero al verle nuevamente los viejos recuerdos vuelven a mí. Que vuelva nuevamente a aspirar el alegre aroma de Londres, tan dulce como el de los pinos y el trébol... Ese aroma que usted conoce... — Y mientras hablaba iba preparando nuevamente la mesita. Del aparador sacó una botella larga y negra, y dos copas.

—Este es un excelente y antiguo licor de moras de zarza, mucho mejor que cualquiera de sus bebidas. Está hecho por mí misma, pero esta noche vamos a hacernos la ilusión de que hace barbujas y espuma.

Acercó la mesa a él, y se sentó al lado opuesto. Sus mejillas se notaban encendidas bajo el carmín y bajo el cuidadosamente rizado cabello, sus ojos brillaban como si lanzasen chispas.

—¡Por el pasado! — dijo levantando la copa y llevándosela a los labios. — ¿Recuerda la noche en que emborrachamos a Jackie Mc Lean con champagne, y le hicimos cantar "Showers of Blessing"? Eso es, entorne los ojos y frunza el ceño. Eso es lo que acostumbraba usted a hacer. Usted era un príncipe, Rexie, pero tiraba demasiado de la rienda. Siempre estaba deseando hacer algo de mí... pero no pudo hacer nada.

Parecía querer animarlo haciéndole apurar las copas llenas de licor; de pronto se levantó y fué hacia él. Se arrodilló junto a su silla y levantando la cara, exclamó:

—Lléveme con usted, Rexie.

El hizo un gesto de descontento. Retiró su silla y se levantó tan ligero que ella perdió el equilibrio y cayó al suelo. El se inclinó hacia ella.

—¿Quiere usted verdaderamente volver? —preguntó.

Ella ocultó la cara entre las manos.

—Yo soy una pequeña cosa sin alma, como usted acostumbraba a decir... y... y estoy hambrienta...

Un amargo sollozo oprimió su garganta.

Durante un momento él la miró silenciosamente, luego se inclinó, la tomó por las manos y la levantó.

—No le parecería aquello lo mismo, querida, después de haber visto esto.

—Para mí será siempre bastante bueno,— respondió. — Yo quiero oír nuevamente el extraño ruido de los automóviles... ¿Quiere llevarme, Rex? Tengo miedo de volver sola...

Reteniendo entre las suyas sus manos, la preguntó cariñosamente:

—¿Y qué voy a hacer yo con usted Elsie? Yo vuelvo para llevar una vida diferente de la de antes.

—¿Y qué? ¿No soy ya linda?... Veintiocho años no es una edad como para que no pueda trabajar todavía en el teatro.

Brandon soltó sus manos. Seis años y no había aprendido nada... nada... Luego dijo:

—Usted está más linda que nunca; el país ha hecho mucho por usted.

En aquel momento se oyó entre el silencio de la noche el galopar de un caballo que avanzaba por el camino.

Elsie se volvió hacia Brandon algo asustada.

—Es Josh y yo tengo la cara pintada. Tengo que quitarme la pintura en seguida.—Metió el pañuelo en la jarra del agua y se lo alargó a él.—El entenderá, lo del traje, pero no lo de la pintura.

Brandon tomó su cara por la barbilla entre el pulgar y el índice y rápidamente borró todo rastro de pintura.

—Ahora ya está usted limpia para su esposo,—dijo, y se apartó al mismo tiempo que la puerta se abría

Un hombre pequeño y delgado con la piel tostada por los rayos del sol, al extremo de parecer un indio, se dirigió hacia él mirándolo con sus azules ojos.

—¿Cómo está señor Brandon? Temía que se hubiese usted retirado a descansar antes de que yo volviese.

Estrechó la mano de Brandon y luego se volvió hacia Elsie.

—¿Te has vestido con tus atavíos de la ciudad para recibirlo? Muy bien hecho, así verá que conocemos algo de cortesía aún cuando

nos encontremos a mil millas de las regiones civilizadas.

—Tienen ustedes aquí una hermosa posesión,—exclamó sonriendo Brandon.— Me he podido convencer de ello mientras la recorría a caballo esta tarde.

Higgins estaba cargando su pipa y se detuvo.

—¡Bah! Usted no ha visto nada! Quédese aquí con nosotros unos cuantos días, la recorreremos a caballo y tendré la satisfacción de hacerle conocer la más hermosa región que puede encontrarse en la tierra.

—¡Gracias! Me quedaría con mucho gusto, pero tengo que continuar mi viaje de regreso.

—Lo siento. No recibimos con frecuencia visitas y cuando viene alguien es una pena verlo partir.

Algunos instantes después, Higgins lo condujo hasta su dormitorio. El había dicho a Elsie, "Buenas noches" y "Adios" y con alguna pena y dolor la dejó, sentada, pálida, contemplando el fuego de la chimenea.

. . . .

Al amanecer del siguiente día se levantó sin hacer ruido a fin de no molestar los dueños de casa, comprendiendo que la noche anterior habían permanecido levantados mucho más tiempo que de costumbre.

Mientras cabalgaba entre una niebla de ópalo y plata hacia el ligeramente, sonrosado este, su espíritu no estaba tan completamente de acuerdo con la exquisita belleza de la aurora, como lo había estado con la del crepúsculo del día anterior. El semblante de Elsie pensativa, le perseguía y reprochaba.

Inútilmente argumentaba en su pensamiento que Elsie pertenecía a otro, que su vida le pertenecía a él y que nada de su pasado debía acudir ahora para desfigurar el futuro; el pensamiento persistía en recordarle que la había dejado "hambrienta" como ella le había dicho. ¡Pobre Elsie!

Conociéndola como la conocía, ¿cómo podía haber esperado que el admirable país hubiera abierto sus ojos y su corazón sirviéndola de lección? Equivalía a esperar encontrar un rastro de reverencia en el ratón que hubiera anidado en el sagrado claustro de una monumental catedral.

Después de llegar a lo alto de la colina y antes de penetrar en la espesura del bosque se encontró a Elsie quien montada en su yegua castaña, esperando junto al manantial.

—He pensado que no puedo ya quedarme aquí,—exclamó ella con un ligero temblor en la voz,—por eso debe usted llevarme a Londres.

El detuvo su caballo y la miró. Había pensado que bastaba arrepentirse y empezar de nuevo; pero los hombres también merecen castigo. Comprendía que estaba condenado a llevarse a Elsie con él, a la vida que él la había enseñado a amar.

—No me mire de ese modo tan solemne,—dijo Elsie.—No seré para usted una piedra de molino colgando de su cuello. Tengo amigos en Londres. Volveré al teatro. Estoy bien y fuerte todavía. Puedo mantenerme firme. Lo único que pido es que me lleve... Usted me lo debe porque yo hubiera permanecido tranquila, si no hubiese usted venido aquí a traerme un hálito de otra vida.

—Supongo que tiene usted razón, que yo debo hacer eso por usted... ¡Vamos!

Ahora que Elsie había obtenido con todos sus argumentos su aquiescencia, se echó hacia atrás en la silla.

—¿Está usted ahora decidido a llevarme? —exclamó.

—Sí; y debemos apresurarnos si queremos tomar el tren de la mañana...

Los ojos de Elsie se agitaron pero no hizo movimiento alguno para poner en marcha su montura.

—¡Me lleva usted de regreso a Londres!—insistió.

De pronto la niebla de ópalo y plata empezó a desaparecer cuando los rayos de luz que brotaban del disco que surgía sobre el borde del mundo, la atravesaron. Entonces débil pero perceptible llegó una voz que partía de la vivienda.

—¡Elsie! ¿Dónde estás? Te espero...

Al oir la voz, el rostro de Elsie se iluminó, luego se tornó pálida y levantando las manos exclamó:

—¡Ah! Me espera... y quiero dejarlo solo.. Brandon la interrumpió.

—¿Y qué importa? Usted no le ama...

Ella volvió hacia él la cara pálida, y dijo enérgicamente:

—¡Pero él sí, me ama! Y ha sido tan bueno... Ya ve. Estaba tan ocupada pensando en encontrar argumentos para convencerle, a usted, que ni se me ocurrió pensar en lo que hacía con él.

El corazón de Brandon latió lleno de ansias y temores. ¡Elsie, pensando en otro! ¡Elsie dominada por un sentimiento del deber!

Ella permaneció quieta un momento y miró hacia el este, de donde venía radiante la luz del sol, luego su mirada se volvió hacia la solitaria vivienda medio envuelta aún por la niebla.

—Usted se me subió a la cabeza anoche, Rexie, pero todo ha sido un sueño. No vuelva más por acá. ¡Adiós!

Tocó al animal con el látigo y partió al galope, descendiendo la ladera de la colina.

El sol al elevarse en un cielo del más puro azul, esparcía su luz por los campos y los prados, salpicándolos de deslumbrantes piedras preciosas, mientras una brisa, perfumada con el aroma de las flores silvestres, llegaba, rodando por las montañas abajo. Brandon se quitó el sombrero y levantó los ojos, y exclamó:

—Bendito seas, país de Dios, donde las almas... despiertan... ¡hasta la de la pequeña Elsie!

CONSEJOS PARA EL HOGAR

RECETAS E INDICACIONES CURIOSAS Y DE VERDADERA UTILIDAD PRACTICA

Si el almidón se pega.—

Sucede a veces, cuando se plancha ropa de almidón, que las planchas se pegan; para evitarlo se empapa un trapito de algodón en aguardiente de quemar y agua y se repasan con él las piezas almidonadas antes de plancharlas. Hablando de planchas recordemos que las manchas que se producen en tales casos se sacan con sal. Se pasa la plancha caliente con estearina, que en seguida se derrite y luego se frota con la sal fina. Con un trapo se frotan las manchas, obteniendo una plancha perfectamente lisa, pudiendo proseguir el planchado. La ropa fina es mejor almidonarla la noche antes y envolverla bien para que quede húmeda por igual. Para dar brillo se pasa un trapo mojado por la ropa planchada y seca, y se repasa con la plancha de dar lustre bien caliente. Hay que hacerlo legro para que quede bien.

* * *

La ropa blanca de sport.—

Si se quiere conservar en buen estado la ropa de lana blanca de sport, no debe guardarse nunca sucia, porque se pone gris y es atacada fácilmente por la polilla. Conviene echar un poco de amoníaco en la última agua de enjuagar, que estará a la misma temperatura que toda el agua de enjuagar, y no encogerá la lana. Debe secarse bien al sol antes de envolverla para guardar y revisar si el cuello y puños no quedan húmedos. Cada pieza se empaqueta por separado en papel de embalaje, del que usan los fabricantes de fideos. Este papel la resguarda de la polilla y evitará que se ponga amarillenta. Los paquetes se atán juntos y se envuelven en una sábana o paño de hilo blanco. De este modo, cuando se quiera usar sólo habrá que desempaquetarla.

* * *

Lustrando calzado.—

Es muy conveniente el uso del rollo de felpa para lustrar el calzado. El calzado de cuero fino de color o de charol se arruina mucho si se lustra con cepillo; los trapos son incómodos y con ellos se tarda mucho en sacar brillo. Lo mejor es tomar unos restos de buenos géneros blancos y se forma un rollo bien apretado de 12 centímetros de espesor, que se forra con un pedazo de felpa o de terciopelo, de color oscuro si es para el calzado negro, y de claro si es para de color. Se le cose un pedazo de cinta o trencilla que se fija en cada extremo y que debe ser lo suficientemente floja para poder meter la mano y así se podrá repasar el calzado, especialmente cuando se está en viaje.

* * *

Polvo para leudar.—

Se puede preparar el llamado "baking powder" o polvo para leudar con cien gramos de bicarbonato de soda; setenta y cinco de ácido tartárico; cincuenta de harina de arroz; quince de sal y veinticinco de azúcar en polvo. Se mezcla todo bien, echándole en la tabla de amasar y pasándole el palote. Después se pone en un frasco y se puede conservar por tiempo indefinido si se tiene el recipiente bien tapado.

* * *

Defendiendo la cinta del sombrero.—

Las cintas que tienen alrededor de la copa los sombreros de hombre, se ponen a menudo grasientas por el sudor y por la grasa de la cabeza y porque la tira de cuero que tienen por dentro no es suficiente para resguardarlas. Para impedir que por estar causas se pongan pronto feas, se cortará una tira de papel de filtrar blanco, un poco más angosta que la cinta de seda, esta tira se coloca dentro de la tira de cuero y se cambia de vez en cuando. El cuero que se pone también manchado, se limpia con bencina.

* * *

Cosas que conviene recordar.—

Con sal y vinagre se quitan las manchas de las tazas de te viejas y descoloridas.

* * *

Remójese siempre un cepillo de dientes nuevo durante la noche anterior a la mañana en que se ha de usar.

* * *

Clara de huevo batida aplicada a una quemadura, impide el contacto del aire y evita la inflamación.

* * *

Cuando los botines nuevos hacen daño porque aprietan, aplíquese un trapo empapado en agua muy caliente al sitio donde incomoda, teniendo el calzado puesto. El calor ablanda el cuero que toma la forma del pie y no molesta más.

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

ENERO
de 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION MENSUAL No. 6.



EL TOTEM PERDIDO

o LOS EMIGRANTES DEFRAUDADOS

NOTABILISIMA NUEVA NOVELA DEL FAMOSO

BUFFALO BILL



Semillas y Plantas

"Al Buen Jardinero"

Antigua Casa Gustavo Hamonet

(FUNDADA EN 1866)

Av. de MAYO 652 — Buenos Aires

Gran surtido de semillas de Hortalizas y Flores de las mejores casas de Europa y Norte América. Mezcla especial de gramíneas para césped.

Semillas forrajeras: Alfalfa, ray grass, tréboles, remolacha, yerba del Sudán, etc. Todas las semillas están probadas antes de ponerse en venta.

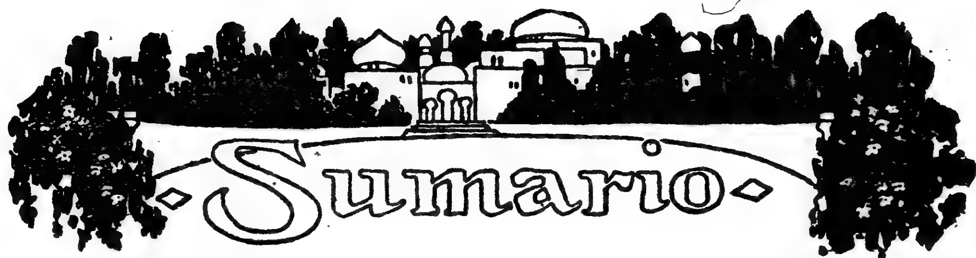
Bulbos de flores: Begonia, canna, ciclamen, nardo, peonía, etc., etc. Gran colección de dahlias a flor de cactus y a flor de crisantemos, collerette, etc. Colección de más de 20 clases, de gladiolos de flores grandes y colores muy variados. Plantitas de crisantemos de flores enormes, colección de más de 40 clases. Plantas de acacia, casuarinas, ciprés, eucaliptus, pinos, etc., para montes y abrigos. Ligustro y maclura para cercos.

Plantas de adorno de todas clases y tamaños para salones, vestíbulos, patios, jardines y parques.

Herramientas de jardinería, pulverizadores, cepillos de alambre, rastrillos, tijeras, cuchillos, etc., etc.

Especialidad en papas importadas y de Mar del Plata, para semilla.

Pedir catálogo de semillas y lista de lo que puede sembrarse en este mes.


Sumario



Dick se precipitó hacia el grupo de sus adversarios y dando golpes de boxeo a diestra y siniestra, derribó a varios de los asombrados pieles rojas.



Interesante narracion de aventuras y combates de Búffalo Bill en el Far West.

CAPITULO I

Una canalla de Texas.—

ME parece que en cuanto al precio, puede ser más bajo. Una buena casa, bien construída, cómoda, no una de esas míseras viviendas de troncos de árbol, granja, establo, mil acres sembradas y una rica y fértil pradera donde pacen mil cabezas de ganado,—exclamó el agente vendedor de terrenos, echando hacia atrás la silla hasta apoyarla en la pared de madera de su oficina.

Dick Forsdyke y Harry Lane se miraron. El ranch parecía ser exactamente lo que necesitaban, pero temían que el precio no estuviese al alcance del modesto capital que poseían.

Dick Forsdyke, quien en virtud de que hacía seis meses que había cumplido la mayor edad, era el que llevaba la palabra, iba a manifestar sus temores, cuando se vió interrumpido por la aparición de un hombre corpulento y descuidadamente vestido, cuyos raídos pantalones terminaban dentro de unas burdas botas.

—Aquí está uno que puede informarles a ustedes acerca del Ranch de Tilly, — exclamó el agente señalando al recién llegado.

—Supongo que no tendrá usted la intención de vender esa hermosa propiedad, Josh Bilton, —dijo el visitante.

Bilton, manifestó que, precisamente, era esa su intención.

—¿Y si estaba decidido a venderlo, por que no me lo ofreció a mí primero? — gruñó el otro.

—Sea razonable, Abe. Usted sabe de sobra que no dispondrá de dinero hasta que haya vendido su ranch y aun así no podrá comprar una propiedad como la que deseo vender, — exclamó Bilton con entonación de amistoso reproche.

—El ranch de Tilly es el mejor de todo el sudoeste de Texas, y usted sabe eso demasiado, — añadió Abe saliendo, manifiestamente descontento, de la habitación.

Josh Bilton miró pensativo al que se alejaba.

—Sin embargo, tengo que venderlo al primero que me lo compre, — murmuró como para sí, mientras que disimuladamente sus ojos observaban todo cambio de expresión del rostro de los dos ingleses.

—¿Cuánto cuesta la posesión? — preguntó Dick Forsdyke rápidamente, como si sus deseos de adquirir esa propiedad se hubiesen acrecentado después de lo que había oído.

—Diez mil dólares, — fué la respuesta.

—Debíamos haber comprendido que no estaba al alcance de nuestros medios, Dick,— dijo Harry con pena.

—¿De cuánto pueden disponer? — preguntó el agente.

—De poco más de la mitad de lo que usted ha dicho, — respondió Dick.

—Bien. Podemos arreglarnos, — dijo el otro. — Los cinco mil dólares restantes pueden quedar como hipoteca al seis por ciento, — agregó con acariciadora entonación.

Durante algunos minutos, los ingleses conversaron en voz baja, bien ajenos a que el agente los observaba como una araña pueda observar los movimientos de unas desprevenidas moscas.

Media hora después, Dick Forsdyke y Harry Lane salían de la oficina del único agente para la venta de tierras de la floreciente

pequeña ciudad de Black Rock, Texas, con lo que consideraban que eran los títulos del Ranch de Tilly, en el bolsillo y dejando tras sí su capital, constituído por un mazo de billetes del Banco de Inglaterra, por valor de mil libras esterlinas, en manos del vendedor de terrenos.

En cuanto estuvieron los dos en el camino que pasaba frente a la casa, con el corazón alegre, pues consideraban que habían dado el primer paso hacia la fortuna que allí habían ido a buscar, abandonando Inglaterra, el hombre corpulento penetró en la oficina de Josh Bilton.

—¿Qué ha pasado? — preguntó.

—Que tenemos algo para remojar el gaznate, — respondió el agente haciendo una guiñada a su amigo, mientras se dirigían hacia uno de los despachos de bebidas de Black Rock.

Aun cuando había en el pueblo un centenar de casas de negocio, únicamente siete de ellas tenían despachos de bebidas y eran casas de juego.

Por su parte, los dos jóvenes ingleses caminaban hacia el oeste, de cara hacia donde se ponía el sol, en dirección a la hostería donde habían dejado los caballos y el equipaje.

Hacía un mes que se habían conocido a bordo del buque que los conducía, resueltos a conquistarse una fortuna, a las famosas regiones del oeste.

Cada uno era el hijo más joven de su respectiva numerosa familia, y cada uno había recibido algunos cientos de libras esterlinas y la paterna bendición, al partir a recorrer el mundo en busca de fortuna.

Después de una semana de frecuente trato habían llegado a ser buenos amigos y cuando el buque llegó al puerto de Baltimore, habían unido sus capitales y estaban resueltos a hacer frente, juntos, a los acontecimientos, en busca de la fortuna.

Aquella tarde acamparon en una pequeña caleta situada en las inmediaciones de un bosque y en cuanto amaneció montaron nuevamente a caballo, pues tenían que hacer una larga jornada, si querían llegar al Ranch de Tilly, antes de la noche.

Aun cuando siempre eran confiados los pensamientos de la mañana sugirieron alguna duda en su ánimo y tanto Harry como Dick, guardaron un no acostumbrado silencio mientras caminaban por la ondulada pradera, entre magníficos ranchs, granjas llenas de ovejas y bien cultivados campos, rodeados por defensas contra las serpientes.

Cuando hicieron alto a la sombra de una elevación, al pie de la cual corría un riacho, que durante la estación de las lluvias debía ser impetuoso torrente, pero que entonces no era más que un angosto arroyo que unía entre sí hondas lagunas en las que se veía gran cantidad de peces. Dick Forsdyke sacó el documento, adornado con el reluciente sello del Estado de Texas, que le hacía propietario del Ranch de Tilly.

—Supongo que será legal, — murmuró mientras observaba detenidamente las palabras, con la descripción de su compra y que había sido garrapateadas más que escritas por los pocos legibles caracteres de la escritura del agente.

—¡Claro está! ¿Acaso no se ofreció a acompañarnos a casa del alcalde de Black Rock y hacer que garantizase la operación? —exclamó Harry Lane.

—Pero muy bien pudiera ser que conociérase de antemano que el alcalde y sheriff a la vez, estaba ausente haciendo una investigación sobre el robo de unos caballos,—objetó Dick.

Pero tranquilizado ante la vista del impresionante documento, lo dobló cuidadosamente y después de guardarlo en el bolsillo, prestó atención a unas lonjas de tocino que se freían en la sartén que estaba sobre el fuego que habían encendido.

CAPITULO II

¡Estafados!—

El sol iba desapareciendo, como una bola de fuego, a lo largo de la larga y recta línea que formaban las praderas en el horizonte, cuando Dick Forsdyke y Harry Lane, se detuvieron en una pequeña altura del terreno, para contemplar el más hermoso paisaje que la mente del hombre puede imaginar.

Muy cerca de ellos, se hallaba una grande y cómoda casa situada en lo alto de una colina cubierta de árboles y al pie de la cual corría un río de mediano caudal.

En la parte del frente, la casa tenía una ancha galería, medio oculta por gran cantidad de plantas trepadoras con flores de diversos colores que formaban un conjunto extraño y de agradable aspecto; a uno de los costados se extendía un amplio y bien cuidado jardín.

En el valle situado al pie de la colina donde se encontraba la casa, había un cierto número de bien construídos establos, galpones, caballerizas y corrales para ganado, donde, separados por alambrados, se hallaban animales que aun a la distancia, comprendieron los ingleses que eran de buena raza.

Hasta donde alcanzaba la vista se veía, en la pradera, gran cantidad de ganado, cuyo número manifestaba a las claras que el dueño de todo aquello debía ser un hombre de gran fortuna, un verdadero potentado.

—¡Qué espléndido sitio! — exclamó Harry Lane

Pero Dick Forsdyke, movió, desconfiado la cabeza.

—¡Temo que sea demasiado espléndido, Harry! — respondió. — ¡Ningún hombre de buen sentido puede vender así un verdadero paraíso como este!

—Pero lo ha vendido señor, pesimista,—

añadió riendo. Harry. — Y nosotros somos los afortunados propietarios.

—Espero y deseo que no esté equivocado amigo mío, pero...—dijo Dick haciendo una mueca, al mismo tiempo que clavaba las espuelas en los hijares de su caballo y los dos jóvenes partían rápidamente por el camino que habían seguido durante las últimas dos horas, hasta detenerse en una puerta del cerco de alambre.

Inclinándose en su montura, Dick abrió la puerta y después de volverla a cerrar cuidadosamente cuando hubo pasado su camarada los dos continuaron a caballo por un camino muy cuidado hasta que, al pié del monte, se dividía en dos, uno que conducía hasta unos edificios ante los cuales se veían amontonados algunos cowboys y el otro que seguía hasta el monte por una avenida bordeada por plantaciones de algodoneros y nogales.

Así llegaron hasta un impenetrable cerco de puntiagudos postes con una puertecita pintada de verde.

Apeándose, los ingleses ataron sus caballos a un poste y continuaron a pié, por un bien cuidado sendero de cascajo sacado del lecho del río, que iba hacia a la casa.

Cuando estuvieron cerca, oyeron una voz musical que gritaba:

—¡Papa! ¡Visitantes!

Un momento después, la más hermosa muchacha que Dick Forsdyke, había visto en su vida, surgió de detrás de una cortina de floridas orquídeas y avanzó hasta el comienzo de la gradería de madera que daba acceso a la galería de la casa.

Tendría, escasamente, diez y ocho años de edad; era perfectamente proporcionada de cutis hermoso, de abundante cabello negro y animados ojos azul oscuro, que completaban un conjunto tan encantador que hizo que Dick se olvidara hasta de que existía y se quedara atontado, mirándola con ojos tan abiertos como su boca, hasta que vuelto a la realidad se apresuró a demostrar que era una persona culta y de buenos modales.

La encantadora muchacha no demostró disgusto, por aquella evidente prueba de admiración sino que, por el contrario, mostrando los blancos y pequeños dientes, al sonreir exclamó:

—¡Sean bienvenidos señores! Es muy grato tener visitantes en este lugar tan solitario. Se le notaba un agradable acento irlandés en su manera de hablar. Ese acento le pareció a Dick el más dulce que había sido.

—¿Está el señor Tilly? — preguntó Dick, al mismo tiempo que comenzaba a subir los peldaños de la gradería.

La muchacha, lo miró sorprendida, luego lanzando una alegre carcajada, se volvió hacia una ventana que estaba abierta y gritó:

—Papá. Aquí está un señor que quiere ver al viejo Tilly.

—Lamento mucho no poder satisfacer el deseo de ese señor, — exclamó un campechano irlandés, de gigantesca estatura, y de unos cincuenta años, que salió de la casa en aquel momento.—¡Pero si ese señor fué muerto y despojado de su cabellera, por los pieles rojas, en este mismo lugar... algún tiempo antes de que yo viniese a vivir aquí... y llevo ya habitando estos sitios unos veinte años!...

—¿Pero este no es el Ranch de Tilly?—insistió Dick, mirando descorazonado a su compañero.

—Así le denominan los mapas del gobierno: pero es la concesión "O'H" actualmente porque yo me llamo O'Hara,—respondió el irlandés.

Los ingleses miraron asombrados a su interlocutor.

—¿Quiere decirse entonces, que no está en venta? — preguntó al fin Dick.

Sin pronunciar ni una palabra Patrick O'Hara, echó a andar por la galería haciéndoles seña de que lo siguiesen.

—La madre de mi hija, yace enterrada, allá y quiera Dios que yo pueda vivir aquí hasta que me entierren a su lado,—dijo reverentemente, indicando un espacio cerrado por un cerco, a unas cincuenta yardas de la casa.

Durante algunos minutos los jóvenes ingleses miraron el sagrado sitio, en silencio.

De repente Dick, exclamó encogiéndose de hombros y girando sobre talones:

—¡Vámonos, Harry! — dijo. — ¡Nos han estafado!

La mano de Pat O'Hara, cayó pesadamente sobre el hombro del inglés.

—Eso no, muchacho. No se abandona la casa de Pat O'Hara de ese modo. Un momento... ¡Aileen!—gritó. — Hay que atender a estos señores.

La joven inclinó la cabeza, sonriente, y desapareció en el interior de la casa.

Aunque no sin una oposición por su parte Dick y Harry se vieron obligados a aceptar la comida que se les preparaba y los dos cómodos sillones que les brindó con un gesto el dueño de la casa.

—Ahora, cuéntenme lo que les ha ocurrido — exclamó amistosamente.

Sin mayor intimación, Dick relató como a su llegada a Black Rock, habían sido embaucados por Josh Bilton, para que empleasen el dinero que poseían dándoles en cambio un documento de compra de una propiedad, que, por lo visto el propietario no había pensado vender.

Cuando Dick Forsdyke terminó su relato, el irlandés tuvo un acceso de ira y gritó de tal modo que Aileen salió a la galería para averiguar lo que ocurría, a su padre para enojarse así.

—¿Qué ocurre? — preguntó.

Pero cuando se enteró de la razón de su furor, sus hermosos ojos también resplandecieron de ira y exclamó:

—Aquí hace falta untar a alguien con alquitrán y, revolcarlo en un montón de plumas y si los muchachos se enteran, lo van a hacer,—declaró mirando hacia las viviendas de los cowboys,

—Gracias, señorita O'Hara, pero Harry Lane y yo, no pensamos dejar mucho, de ese canalla para que lo bañen en alquitrán y lo emplumen, si lo encontramos,—exclamó Dick.

Patrick O'Hara, movió la cabeza.

—Ese canalla, no ha de estar seguramente esperando a que ustedes vuelvan a Black Rock. Seguramente que a estas horas ha cruzado la mitad del estado,—declaró el ganadero.

Así resultó, pues habiendo aceptado la hospitalidad de O'Hara para pasar allí la noche, partieron para Black Rock, en las primeras horas de la mañana siguiente y encontraron cerrada la oficina del agente de tierras. El hombre que les había estafado las mil libras esterlinas había desaparecido sin que nadie supiera en qué dirección.

No parecía gozar de grandes simpatías entre aquella gente, y los habitantes de Black Rock estuvieron conformes en afirmar que Josh Bilton, había dado un golpe habil que redundaba, mas bien en favor que en contra de su crédito comercial.

Disgustados por el resultado de su inútil viaje, Dick y Harry, regresaron a la concesión "O'H" donde O'Hara les había prometido trabajo como cowboys, mientras tomaban una determinación.

Pero al regresar al ranch, encontraron que el compasivo irlandés, tenía proposiciones más ventajosas que hacerles.

—Vamos a ver muchachos lo que opinan de lo que voy a decir,—comenzó diciendo, mientras se encontraban cenando, la noche de su regreso. — Mirando las cosas de cierto modo, ustedes han comprado una participación en esta hacienda... Así es... No me interrumpan,—agregó al ver que ellos hacían gestos de negación.—No deseo dar participación a nadie; pero el año pasado compré una buena sección de terreno fértil a orillas del río Tulver y se la puedo ceder para que me la paguen como crean conveniente. Se encuentra justamente en el límite de la región de los indios, pero los pieles rojas están tranquilos ahora y allí se encuentran los mandans, que siempre han sido amigos de los blancos sus vecinos.

—Eso es un exceso de bondad por parte suya, señor O'Hara. Pero temo que no tengamos el capital necesario para edificar una casa y adquirir lo necesario para establecernos...—objetó Dick, agradecido.

—No me interrumpa. Déjeme hablar.—exclamó el ganadero. — Ustedes pueden trabajar por mi cuenta, con un sueldo de cincuenta dólares por mes, y cobrar su salario en ganado y efectos, de esa manera al cabo de un año dispondrán de lo más indispensable para comenzar su empresa. En cuanto a materiales para construir una casita, no han de faltar troncos por esos sitios y así podrán hacer una casa donde refugiarse los dos... Eso es todo lo que tengo que manifestarles y si estaban enamorados en el Viejo Mundo y han dejado allí su prometida... la traen más adelante.

Dick sonrió y miró a Aileen.

—No puedo responder por Harry, pero yo estoy encantado con la propuesta. En cuanto a lo de estar enamorado, yo no lo estoy... O no lo estaba. — Las últimas palabras fueron dichas entre dientes y no las oyeron todos.

Pero Aileen O'Hara debió oirlas, pues sus mejillas se colorearon.

—En ese caso, venga esa mano y sellemos el pacto.

Y O'Hara tendió la mano con un gesto de honrada franqueza sus manos a los dos jóvenes.

CAPITULO III

Un grito pidiendo socorro.—

PRONTO se convencieron Dick Forsdyke y Harry Lane de que la pérdida de su capital no había tenido para ellos tan deplorables consecuencias, puesto que ignorando por completo, como ignoraban los trabajos a que se iban a dedicar, el haberlos iniciado sin práctica ninguna les hubiera llevado a un desastre.

La vida al aire libre, fortificó sus cuerpos y adiestró sus nervios, y al lado de los cowboys, sus compañeros de tareas en la posesión de O'H, aprendieron mucho.

Al terminar el año se habían adiestrado en el manejo de las armas, tanto del revólver como del rifle. A caballo se podían medir con el más hábil de los jinetes y para la dirección de sus futuros negocios poseían un gran caudal de conocimientos.

Pat O'Hara se había mostrado generoso en el pago de los salarios. El nuevo plantel se había formado, como hasta entonces no habíase visto en un nuevo establecimiento en Texas. Al terminar el primer año, los jóvenes ingleses contaban en su haber con unas doscientas cabezas de ganado, la mayor parte novillos de poco más de un año.

Dick Forsdyke se manifestaba resuelto a continuar formando parte del ranch de O'H. Aun cuando no había habido declaración amorosa alguna entre la hija del rico hacendado y él. Dick tenía la esperanza de que cuando, como criador de ganado, con un establecimiento independiente, pidiese a O'Hara la mano de su hija, tendría el asentimiento de ésta y que la joven lo esperaría.

No tenía duda acerca de cuál sería la contestación del irlandés, porque frecuentemente, mientras hablaba con Aileen, habían sorprendido los dos jóvenes las cariñosas miradas del viejo, como si presintiera lo que podía pasar en lo futuro.

En el caso de Forsdyke, el amor que sentía por la joven era verdadero y cada vez más intenso.

Al fin llegó el día en que los ingleses decidieron dar comienzo independientemente a las operaciones.

Pero primero resolvieron efectuar una visita al lugar donde se levantaría el nuevo ranch, construir el camino para llegar hasta aquel fértil y rico terreno, en el que además del abundante pasto había agua para el ganado.

Acompañados por un corpulento negro, un esclavo a quien había salvado Dick Forsdyke durante uno de sus viajes a Black Rock, en ocasión de que estaba a punto de ser lynchado y que había cobrado gran cariño a los dos jóvenes, a quienes demostraba la fidelidad de un perro, Dick y Harry, se pusieron en marcha para efectuar la larga jornada.

Aileen y su padre los acompañaron durante las primeras veinte primeras millas.

—¡Buena suerte! — gritó el alegre irlandés cuando se separaron. — ¡Cuidado con los pieles rojas! No es que crea que les van a dar mucho qué hacer, pero uno nunca puede sober lo qué pasará.

—No tenga usted cuidado, señor. Espero que estaremos de regreso dentro de un mes y que traeremos nuestras cabelleras incólumes.—respondió riendo Forsdyke.

—Eso sería lo mejor. No me gustaría verlo con peluca, — exclamó Aileen y después de saludarse nuevamente, padre e hija dieron vuelta a sus caballos y emprendieron el camino de regreso.

Aun cuando Dick y Harry estaban bien montados, la marcha se graduó de acuerdo con el paso del caballo que montaba el negro y que lo había elegido más que por ágil, por fuerte.

El africano respondía al nombre de Nabucodonosor, que Dick abrevió en seguida pronunciando sólo las tres primeras letras.

A despecho de los muchos años de vida miserable que había pasado como esclavo, no había perdido su buen humor, ni había olvidado las viejas canciones, que iba cantando mientras avanzaban milla tras milla, hacia el interior del escasamente conocido desierto del lejano Oeste.

Quince días después llegaron al río Tulver y pocas horas después se encontraban en la sección que había sido marcada con mojones de piedra cuando O'Hra hizo la compra.

Dick Forsdyke y Harry Lane estaban encantados con la ubicación de su propiedad, que estaba atravesada por el río, a cuyos lados crecía abundante pasto y a cuyas orillas se llegaba por una suave pendiente, lo que facilitaba el acceso del ganado para llegar hasta el agua en la época de la seca.

Dejando a Nab, que encendiese una hoguera, desatara el equipaje y preparase la comida, Harry tomó su rifle y partió en busca de algún ciervo, mientras Dick anunciaba su intención de apoderarse de algunos peces para que Nab los friese. Los dos partieron en opuesta dirección.

El hecho era que Dick Forsdyke deseaba hallarse a solas, para pensar, soñando despierto, en el florido ranch, con Aileen O'Hara como dueña, que esperaba ver en aquel sitio algunos años después.

Absorto en su pensamiento, no prestó mucha atención en lo que le rodeaba, pero de repente se detuvo al oir un grito de auxilio, seguido por un imponente rugido.

Durante algunos instantes permaneció inmóvil, con el oído alerta, para escuchar la repetición de los sonidos lejanos, luego dejando sus aparatos de pesca partió en dirección al sitio de donde, según suponía, había partido el pedido de auxilio.

A excepción del cuchillo de caza que llevaba en la cintura, Dick carecía de toda otra arma, pero conocedor de que un ser humano se hallaba en peligro de muerte, no vaciló y marchó apresuradamente hasta que llegó a un pequeño bosque de robles, muy sombrío.

Empuñando el cuchillo, avanzó apartando las ramas de los árboles.

Hasta sus oídos llegaba claramente un ruido semejante al ronroneo de un gato que está contento.

Los gritos pidiendo auxilio habían cesado, acaso para siempre.

Instintivamente experimentó el deseo de tomar precauciones y avanzó cautelosamente por entre los árboles.

No tardó en presentarse ante su vista una espantosa escena.

En el centro de un espacio, que indudablemente cruzaba cuando fué atacado, se veía a un hombre de elevada estatura, vestido de viaje, y sobre el cuerpo, inclinado, clavando los afilados dientes en el cuello de su víctima, estaba el jaguar de mayor tamaño que Dick había visto en su vida.

Pero ni por un solo momento vaciló el joven.

Corría peligro de muerte al intentar arrebatar a la fiera su presa, pero por otra parte, su inmediata intervención podía acaso salvar una vida, y Dick Forsdyke, no era hombre que vacilase cuando la existencia de un ser humano, aun cuando le fuere desconocido, podía depender de él.

Su intento era aprovechar el que la fiera estaba cebada con su presa, para saltar sobre ella y clavarle el cuchillo en el corazón, y puso en ejecución su plan con tanta ligereza como hubiera empleado el jaguar para iniciar el ataque.

¡Vana esperanza!

Con un rugido de rabia, cuyos ecos se fueron repitiendo hasta pasar los límites del bosque, la fiera hizo frente a su enemigo.

Tomando al jaguar por la garganta con su mano izquierda, Dick Forsdyke, golpeó con el cuchillo que llevaba en la derecha, el pecho de la fiera.

Con un simple movimiento de su zarpa, las afiladas uñas rasgaron como si fuese de papel, el chaleco de cuero que llevaba el joven, y alejó el brazo al mismo tiempo que el arma.

Pero el joven apretó más aun la mano con que le sujetaba la garganta y volvió al ataque, clavando una vez más en el ancho pecho de la fiera la afilada hija del cuchillo.

Mas un grito de desesperación brotó de sus labios, al ver que después de chocar con un hueso, el arma se partía en dos.

Desarmado, Dick comprendió que los sucesos tomaban un giro muy desvavorable para él.

Pero aun cuando la esperanza se desvaneciese, el corazón no flaqueaba.

Rápidamente su mano derecha se unió a la izquierda en la garganta del jaguar, y sin ceder ante los desesperados zarpazos del animal, continuó apretando, confiado en que en eso estaba su salvación.

Los combatientes iban de un lado para otro, hasta que al fin resbaló, el joven, y cayó al suelo con la bestia sobre él.

Dick apretaba con las dos manos la garganta del jaguar.

Pero no ignoraba que en aquella forma ningún hombre hubiera podido vencer al más feroz animal del oeste.

Sangrando por las heridas recibidas, Dick dirigió en torno suyo una mirada que pensó sería acaso la última.

En aquel momento se oyó una detonación, alcanzó a ver entre los árboles un fogonazo y una bien dirigida bala penetró por la frente del jaguar, que cayó hacia atrás en el suelo, agitado por los estertores de la muerte.

Aun cuando la sangre que brotaba de una herida que había recibido en la cabeza, en uno de los zarpazos de la fiera, le caía por la cara y le nublaba la vista, Dick alcanzó a distinguir la silueta de un hombre alto, vestido con una blusa de piel, y que calzaba botas de caza, que tomaba al enorme animal por la cola y lo apartaba varias yardas.

Poniéndose de pie, Dick Forsdyke tendió la mano al recién llegado.

—¡Me ha salvado usted la vida, señor! — dijo sencillamente.

—En efecto ha sido una suerte que yo anduviese por aquí cerca, — exclamó el cazador. — Pero si usted pretende cazar jaguares armado solamente con un cuchillo, no le servirá de mucho el haberle salvado la vida en esta ocasión. ¿Por qué ha hecho eso, muchacho?

Dick explicó que había oído el grito pidiendo auxilio y que había corrido para salvar al atacado.

—Eso es muy noble... Es un gesto verdaderamente británico, — declaró el desconocido lleno de admiración. — Una sonrisa desplegó sus labios y continuó: — Aun cuando esa es también mi opinión, yo no hubiera expuesto mi vida luchando con un jaguar, por la suerte de un hombre muerto...

—¿Está muerto? — dijo Dick contemplando la inmóvil forma humana.

—Si no lo está, es el primer hombre que he visto con vida después que un jaguar le ha clavado los colmillos en la yugular,—añadió el cazador. — Voy a ver si lleva algo encima que nos permita identificarlo, luego marcharemos hasta el río para lavarle a usted las heridas. ¿Está usted solo por aquí?

—No. Mi compañero y yo, hemos venido para instalarnos en una sección de tierra que hemos comprado en Patric O'Hara. Tenemos con nosotros a un negro, que se quedó haciendo la comida y si quiere unirse a nosotros... — terminó Dick.

El otro lo miró alarmado.

—Cuanto más pronto se apague ese fuego, tantas más probabilidades tendrán de salvar la piel del cráneo, — declaró resueltamente.

Dick Forsdyke lo miró alarmado.

—¿Andan indios por aquí? — preguntó.

El cazador asintió, y luego arrodillándose junto al cadáver registró los bolsillos de la ropa que llevaba puesta. La investigación no reveló nada que pudiera identificar al desgraciado viajero, pero en una mano tenía un trozo de piel curtida en el que había escritas algunas indicaciones.

—Acaso conozcamos algo respecto a él cuando tengamos tiempo de leer esto, — comentó el cazador, poniéndose en pie y guardando el trozo de piel en un bolsillo.—Ahora vamos a unirnos con sus compañeros tan pronto como nos sea posible. Tres rifles valen más que dos cuando están los pieles rojas en el camino.

CAPITULO IV

El ojeador indio.—

GRANDE fué el disgusto de Harry Lane, y el desconsuelo de Nab cuando aquel hombre alto, vestido como un cazador, llegó a su campamento y comenzó a pisotear los troncos de leña que ardían en la hoguera, hasta apagar ésta por completo, borrando todo vestigio.

—¡Mil truenos! — exclamó Harry dispuesto a atacar al que así procedía, pero en cuanto vió a su compañero, cambió de expresión y acercándose a él, exclamó.

—¡Dios santo! Dick... ¿Qué ha ocurrido?

—Nada, — exclamó el joven, riendo;— que he tenido unas palabras con un jaguar... Pero me encontraría en un estado mucho peor que el que me encuentro, a no haber sido por este señor, que me ha salvado la vida.

Harry tendió la mano al desconocido.

—Me retracto de mi actitud anterior, — exclamó sonriendo. — Usted puede pisotearme a mí, como ha hecho con el fuego, si tal es su deseo.

El cazador estrechó fuertemente la mano que se le ofrecía.

—Creo conveniente comenzar por hacer mi presentación. Me llamo Cody, conocido también por Búffalo Bill, — dijo reposadamente.

Dick y Harry miraron con interés al que hablaba.

—¡Cómo! ¿El famoso explorador? — exclamó el primero.

—En efecto. He realizado algunas misiones que me han dado inmerecida fama, — exclamó Cody, modestamente. — Pero vamos hasta la orilla del río, — añadió. — y allí lavaremos las heridas que le ha causado la fiera. Entretanto, estos señores ensillarán los caballos y lo dispondán todo para ponernos en marcha.

La orden había sido dada con el tono de

firmeza del que está acostumbrado a mandar y a que le obedezcan.

—¿Por qué? — preguntó Harry.

—Porque los cuervos y comanches están en pie de guerra y la cabellera de un hombre está siempre mejor en su cabeza que en el cinturón de un guerrero indio, — respondió Búffalo Bill, indicando a Dick que lo siguiese hasta el río.

Aun cuando las heridas que había recibido Dick no eran profundas, Búffalo Bill las lavó y colocó sobre ellas un bálsamo que sacó de la mochila, pues de ese modo no le molestarían al joven durante el viaje y no habría riesgo de una infección.

Cuando regresaron al campamento, Búffalo Bill no ocultó su satisfacción al encontrar los caballos ensillados y todo pronto para emprender la marcha.

Debían dirigirse hacia el este con la mayor rapidez posible, considerando que uno de ellos iba a pie.

Al acercarse la noche llegaron a un punto donde podían mantenerse y organizar en forma, relativamente fácil, una defensa, en caso necesario.

Se trataba de una elevación cubierta de árboles, que se levantaba hasta una altura de unos cuarenta pies sobre el nivel de la pradera y que constituía un excelente refugio en caso de ataque.

Después de manear los caballos tomaron algunos alimentos fríos y luego de charlar un rato, se envolvieron en sus mantas, prontos para dormir.

A media noche, Búffalo notó que los rayos de luz de una clara luna, al penetrar entre las hojas de los árboles, le daban en la cara. Pero no había sido eso lo que le había hecho despertar.

Como desde muy joven había pasado la mayor parte de su vida en presencia de constante peligro, instintivamente había ido adiestrando sus sentidos para presentir el peligro.

Aun cuando dormía, sus sentidos estaban alerta y sus nervios prontos para entrar en acción. Se dejó escurrir y su cabeza cayó, de la mochila que le servía de almohada, hasta el suelo.

Durante cerca de un minuto permaneció atento y así pudo adivinar la causa del ruido que lo había alarmado. Lo producía un jinete que llevaba su caballo al trote, como acostumbran a hacerlo los indios cuando efectúan un largo viaje.

Arrodillándose, tomó suavemente a Dick Forsdyke por el brazo y cuando, medio sorprendido, éste lanzó un grito de alarma y se sentó, el ojeador se llevó un dedo a los labios indicándole que guardase silencio y lo condujo hasta una de las orillas de la elevación.

Asombrado, Dick miró hacia la pradera iluminada por la luna.

No se veía a alma viviente alguna. De repente, Búffalo Bill tocó el brazo de Dick y señaló un solitario jinete que salía del bosque y se adelantaba hacia la elevación.

—¿Viene hacia aquí? — preguntó Dick en voz baja.

—No, muchacho, — respondió. — Se encamina hacia las montañas, que es donde quiero que vayamos.

Dick Forsdyke no habló más. Sus ojos no apartaban su mirada de la fantástica silueta que cruzaba la llanura.

Al principio Dick pensó que el desconocido iba vestido de paño, tan bien cortado era su traje de cuero. La cabeza del caballo y la suya propia, estaban adornadas con penachos de plumas de águila. Llevaba a la espalda una funda hecha con piel de pantera y de esa funda sobresalían las puntas de un arco; en una tira de piel que cruzaba su pecho se veían unas dos docenas de flechas. En la mano llevaba una larga lanza adornada con plumas de águila.

Aquel era el primer guerrero piel roja que veía Dick Forsdyke, y cuando vió que el solitario jinete se aproximaba al punto donde se encontraba él, su pulso latió con violencia, presintiendo una aventura que hacía más interesante el peligro que podría tener.

—Comanche,—declaró Búffalo Bill, cuando el indio se perdió de vista. — La pradera estará llena de esas alimañas en cuanto amanezca.

—¿Y no podemos marcharnos? — sugirió Dick.

—No. Con esta luna tan clara. Pero dispondremos luego de dos horas de completa oscuridad antes de que amanezca, y entonces marcharemos hacia las montañas, — respondió el explorador. — Vuelva a costarse y duerma un poco más; esos arañazos del jaguar no le han dado, por cierto, una fuerza adicional... lo apostaría.

CAPITULO V

La salvación de Toro Grande.—

LE parecía a Dick Forsdyke que acababa de cerrar los ojos, cuando le despertó un amistoso golpe que le dió Búffalo Bill con la culata del rifle, pero como la luna se encontraba ya cerca del horizonte, era prueba de que había dormido por lo menos tres horas.

—¿Es tiempo de marchar? — prguntó poniéndose en pie.

Por toda respuesta, Búffalo Bill señaló a través de la enramada que se encontraba junto a ellos.

—Temo que sea ya un poco tarde,—añadió completando el movimiento. — ¿Usted tiene buena puntería? — preguntó luego secamente.

—De Harry y de mí, respondo; pero no estoy seguro respecto a Nab, — exclamó Dick mientras su mirada se dirigía hacia unas siluetas que rápidamente se acercaban a la elevación, a través de la pradera.

—Bueno. Vamos a tener que demostrar nuestra puntería muy pronto, o estoy equivocado, — replicó Búffalo Bill.

—¿Quiere usted decir que nos van a atacar?—preguntó Dick, aproximándose a Harry Lane y dándole una fuerte sacudida.

—Los pieles rojas no atacarían el lugar donde tres blancos y un negro se han refugiado, — continuó Búffalo Bill. — Deben haber visto algún ojeador que se encamina hacia este lado y han tomado su resolución.

Despertado de su profundo sueño, Harry Lane se levantó, pero tan pronto como estuvo de pie, vió las amenazadoras figuras y después de tomar su rifle, miró a sus compañeros para demostrarles que estaba pronto para entrar en acción.

No se había quedado atrás Nabucodonosor en sus preparativos para la lucha, y Búffalo Bill no ocultó una sonrisa de satisfacción cuando vió que el negro había empuñado su viejo, pero útil rifle, en forma que manifestaba que tenía costumbre de usarlo.

Obedeciendo a las órdenes de Búffalo Bill, los tres hombres se alinearon al borde de la elevación, ocultándose cuidadosamente entre los arbustos, porque aun cuando estuviesen dispuestos a combatir contra los pieles ropas, sólo intentaban hacerlo en caso de ser necesario defenderse.

Cuando los indios se aproximaron, vieron que uno de ellos marchaba como a unas cincuenta yardas más adelante que los demás, y que su caballo debía estar rendido por la fatiga o gravemente herido.

Al principio los hombres blancos creyeron que el indio se había adelantado al grupo voluntariamente, pero a poco se vió, evidentemente, que luchaba por salvar la vida.

Dick Forsdyke miró interrogativamente a Búffalo Bill.

—No podemos dejar que le den muerte ante nuestros ojos. — exclamó.

Búffalo Bill se encogió de hombros y dijo.

—¡Bah! Un indio muerto es uno menos y... — pero con gran asombro de Dick, se detuvo de pronto, se puso de pie y miró por entre las ramas en dirección al fugitivo.

—Pero si es Toro Grande, el hijo de Castor Negro, jefe de los mandans, — exclamó con una emoción que contrastaba con su anterior indiferencia. — Preparen los rifles, muchachos, — añadió. — Castor Negro me salvó la vida en una ocasión y voy a pagar esa deuda, salvando la de su hijo.

Mientras hablaba, brotó de los labios de sus compañeros un grito de contrariedad, porque el caballo del fugitivo había caído al suelo, arrastrando en su caída al jinete que fué a rodar.

Tan pronto como dió en tierra en forma tan rápida que parecía que no hubiese llegado a tocarla, Toro Grande se puso en pié y colocando una flecha en el arco derribó al más cercano de sus perseguidores.

Luego, como deseoso de no gastar sus energías en una lucha innoble colgó su tomahawk de la cintura y tomando la lanza se dispuso a morir matando como correspondía al hijo de un jefe.

Formando bocina con ambas manos, Búffalo Bill gritó en lengua india:

—Hacia la elevación, Toro Grande!... ¡Es Búffalo Blanco quien llama!

El joven jefe se irguió y como los comanches se aproximaban cada vez más, echó a correr desesperadamente en dirección al lugar de donde había partido la voz.

El dedo índice de la mano derecha de Dick se posó en el gatillo del rifle mientras el joven interrogaba con la mirada a Cody.

El explorador hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Aún no,—dijo. — La luz de la luna es engañosa y cada disparo debe dar cuenta de un piel roja.

Su mirada permanecía fija en el fugitivo, quien a pesar de que sus perseguidores iban a caballo, conseguía sacarles ventaja.

Búffalo Bill, se tendió en el suelo y apoyando el rifle en el hombro se dispuso a hacer fuego.

—Que cada uno apunte tranquilamente a un hombre, pero no hagan fuego hasta que yo avise—ordenó sin cambiar de dirección la vista.

—¡Ahora! — exclamó algunos segundos después, cuando uno de los comanches había levantado la lanza sobre su cabeza para arrojársela al que huía.

A un tiempo entraron en acción los cuatro rifles y el mandan pudo verse momentáneamente libre. Dos de sus adversarios cayeron del caballo.

Desanimados por ese mortífero golpe que no esperaban, pues no suponían encontrar resistencia alguna, a excepción de la que podía ofrecer aquel hombre a pie y sin ayuda, los comanches frenaron sus monturas.

Luego, aprovechando su amontonamiento, los cuatro, siempre a una orden de Búffalo Bill, descargaron sus revólvers cuyas balas causaron una alarma en las filas indias, en vista de lo cual volvieron grupas y se les pudo ver, montados en sus caballos de guerra, alejarse por la pradera.

Las filas estaban lejos para ofrecer excelente blanco para el fuego de los revólvers y solamente un piel roja fué alcanzado, pero el rápido fuego aceleró su ruida, tanto más, cuanto el jefe de los comanches creyó que en la elevación había gran cantidad de blancos.

Ruidoso y claro resonó en los aires el grito de guerra de los mandans, cuando Toro Grande agitó sobre la cabeza, en acción de desafío, su tomahawk. Luego, afirmándose su traje de cuero en torno del cuerpo, partió con firme y rápido paso hacia la elevación.

Avanzando del borde de la altura, Búffalo Bill tomó al joven jefe por una mano.

—Toro Grande ha dado a conocer a los perros comanches que un valiente mandan ha visitado su campamento,—exclamó señalando las dos cabelleras que colgaban del cinturón del guerrero.

—Búffalo Blanco sabe que su hermano rojo es, aunque joven, digno sucesor de su padre Castor Negro—respondió el mandan mo-

destamente.—Pero pronto habrá mas cabeleras colgando de mi cinturón si los comanches y los cuervos dirigen sus hachas de combate contra los hombres blancos y sus amigos los mandans.

—Muy bien hablado — respondió Búffalo Bill. —Pero, ¿cómo es que Toro Grande se encuentra tan lejos de su tribu y solo?

—He venido hasta la región de los caras pálidas con un mensaje de Castor Negro para su hermano, Búffalo Blanco. Pero Corazón Grande no lo había visto y me dijo que fuese al encuentro de dos guerreros caras pálidas y de un hombre negro, que los cuervos y comanches habían de hallar en el curso de su expedición guerrera — explicó el joven jefe.

—¿Y cuál es el mensaje que Castor Negro envía a su hermano Búffalo Blanco? — preguntó Cody.

Antes de recibir respuesta, envió a Nab a que vigilase si los comanches volvían al ataque, y sentándose en el suelo, indicó a Toro Grande que se instalase del lado opuesto y a Dick y Harry que ocupasen los dos sitios de los costados, de manera que los cuatro estuvieran mirándose.

Sin pronunciar una palabra el mandan obedeció. Sacando una pipa de su bolsillo la encendió; después de dar una chupada preliminar la alargó a sus compañeros.

—Mi hermano tiene palabras para explicarse y Búffalo Bill oidos para escuchar — dijo Cody.

Durante algunos minutos el mandan permaneció fumando, después, poniéndose de pie, comenzó a hablar

—Hace cuatro lunas, mientras los hombres jóvenes de la tribu estaban cazando, los hombres viejos dormitando a la puerta de sus chozas y las mujeres trabajando en el campo, un grupo de guerreros se aproximó a la aldea. Estaban vestidos como los siux, con los cuales los mandans son desde hace mucho tiempo como hermanos. Los festejaron como corresponde a los guerreros de una tribu amiga. Pero durante la noche desaparecieron llevándose el "totem" de los mandans, la maravillosa "Lanza de Fuego" que siempre nos ha dado la victoria sobre nuestros enemigos. Entonces comprendimos que eran unos cobardes coyotes, disfrazados de leones de las montañas, pero no siux, quienes no hubieran abusado así de las leyes de la hospitalidad y que ninguna de las tribus que vagan por las praderas y las montañas podía robar a otra tribu su "totem", no siendo los comanches. Además los siux habitan en las praderas del lado de la Estrella Polar y los ladrones se dirigieron hacia las montañas.

—Fué una treta digna de los comanches—declaró Búffalo Bill con desprecio.

Toro Grande asintió con un gesto y luego continuó:

—Sin embargo, los cobardes squaws, con los cuales ningun hombre rojo quiere tener relaciones de parentesco, han negado el hecho, y aun cuando publica y secretamente, nuestros ojeadores han visitado las aldeas comanches, sus ojos no se han alegrado ante la vista de la "Lanza de Fuego".

"Cuatro soles han salido de de que Castor Negro me llamó a su wigwam y me envió en busca de Búffalo Blanco, diciendo: "Búffalo estaba detenido y se veía en la oscuridad que se produce cuando nublan la luz del sol las sombras de la muerte, y Castor acudió a ayudarle. Ahora Castor Negro, necesita de la ayuda de su hermano blanco y acude a él. ¿Llamará en vano?"

—Búffalo Blanco jamás ha vuelto la espalda ni a su amigo ni a su enemigo. Cuando la luna se ponga. Toro Grande lo conducirá hasta el wigwam de su padre, — prometió Cody.

—¿Qué dicen ustedes muchachos?—agregó. —¿Quieren venir a ver lo que es una lucha con los indios al lado de Guillermo Cody?

—Estoy alegre y dispuesto como un pájaro,—exclamó en seguida Harry Lane.

Pero Dick Foredyke vaciló.

—¿Qué peligro pueden correr Pat O'Hara y Aileen? — preguntó con interés.

—Nada puede temer el Gran Corazón, porque los Largas Espadas, están acampados en torno a su wigwam, — interrumpió el mandan.

—Muy bien hablado, — exclamó Búffalo Bill. — Temo que los canallas rojos,—dicho sea sin ofender a los mandans, que tienen corazones blancos en cuerpos rojos, se atrevan a aproximarse para atacarnos antes de que lleguen las fuerzas de caballería; pero bueno es saber que andan los soldados por las inmediaciones del río Brazos.

—Siendo así cuenten conmigo. Siempre me gustaron las historias del Lejano Oeste cuando era un muchacho, pero nunca pensé verme mezclado en una de ellas, — declaró Dick. — ¿Qué opina Nab? — añadió dirigiéndose al negro.

—Yo iré donde vaya mi amo Dick,—respondió inmediatamente y muy serio Nabucodonosor.

CAPITULO VI

El ataque.—

TAN pronto como la luna hubo desaparecido en el horizonte, cubriéndose la pradera con un manto de oscuridad, la pequeña partida, guiada por el mandan, comenzó su peligrosa marcha hacia las lejanas montañas.

Caminaban a buen paso y Búffalo Bill marcaba a pie al costado de Toro Grande, hasta que empezó a cansarse. Entonces, sin decir una palabra, el mandan saltó al suelo mientras su blanco camarada tomándose de la crin del cablalo, montaba y seguía a caballo hasta que llegaba el momento de volver a cambiar de posición.

Era una espantosa marcha, porque nadie podía decir cuándo el grito de guerra a muerte de los comanches podía sonar en la noche y se encontrarían combatiendo contra imposibles adversarios.

De vez en cuando, Dick y Harry echaban mano de sus rifles, alarmados por un conejo que surgía de entre las patas de los caballos, o de un asustado coyote que salía de entre las sombras.

Tan sólo una vez hicieron alto y fué cuando el caballo del negro metió una pata en el agujero de la cueva de un tejón, rodando por el suelo y enviando a Nab por los aires, causando un ruido lo suficiente para que los oídos de un piel roja lo percibiesen a varias millas de distancia.

Comenzaba a clarear cuando llegaron a una ladera cubierta de árboles que señalaba el comienzo de la montaña.

Allí, a una seña de Toro Grande, procedieron con más precaución, porque a cada paso en el estrecho sendero que seguían podían hallarse de manos a boca con alguno de los ojeadores comanches.

Terminaba la ladera en una muralla de rocas, agujereada por un sombrío desfiladero. Allí se detuvieron y miraron hacia atrás.

La pradera que acababan de atravesar brillaba como la superficie del mar cuando los rayos del sol naciente iluminaban las gotas de rocía que había en el pasto. Allá a la distancia se destacaba el montículo en que se habían refugiado y que emergía como una isla de esmeralda en un mar de plata.

—¡Hurrah! ¡Hemos dado la despedida a los pieles rojas! ¡No se distingue en todo lo que abarca la vista ni un alma viviente,—exclamó contento Harry.

Búffalo Bil sonreía sombrío.

—Cuando lleve usted algún tiempo más de lucha con los indios, sabrá que nunca es más peligroso un comanche que cuando no se le ve,—exclamó.

—Búffalo Blanco habla muy bien. No me gusta la ausencia de nuestros adversarios, exclamó Toro Grande. — Dejemos a los caras pálidas donde están mientras Búffalo Blanco cuenta los dedos de su mano diez veces y luego que nos sigan, — agregó bajando del caballo y perdiéndose entre las sombras del barranco, con paso cauteloso.

Búffalo hizo lo que el indio había ordenado, pero introdujo una modificación.

—¡Noventa y nueve!... ¡Cien! — exclamó al fin. — Tú, negro, el del nombre largo, lleva los caballos. Que Harry cuente cien y luego me siga; que Forsdyke vaya detrás, y estén todos muy alerta para advertir cuando cualquier gusano rojo asome por algún lado.

En seguida se adelantó por el desfiladero.

Transcurrieron unos minutos, que les parecieron interminables, pero Harry terminó de contar y con el rifle apoyado en la montura, pronto para echárselo a la cara, inició la marcha por el sitio por donde Toro Grande y Búffalo Bill habían desaparecido.

Nabucodonosor siguió, conduciendo el caballo del indio y mirando intranquilo a derecha e izquierda, mientras que Forsdyke, con la cabeza inclinada sobre el hombro, escuchando sin cesar, cerraba la marcha.

Era un escarpado camino el que recorrían, obstruído por enormes peñascos, colocados por alguna convulsión de la naturaleza que había originado su desprendimiento de las alturas montañosas, que elevándose a ambos lados, impedían que llegase hasta allí la luz del sol.

En unos trechos, el camino se ensanchaba hasta un centenar de yardas, mientras que en otros se hacía tan estrecho que a penas podían pasar dos hombres a caballo. Esto, agregado a sus recodos, hacía de él un lugar en el que un puñado de hombres valerosos hubieran podido hacer frente a todo un ejército.

Un lugar más apropiado para una emboscada no era posible imaginarlo y fué, no sin gran alegría, recibida la aparición de un claro por el que se veía un trozo de cielo azul, lo que indicaba que el final del peligroso paso estaba a la vista.

Habían cabalgado cuesta arriba durante todo el trayecto, así que les admiró hallarse a la entrada de un valle situado entre dos montañas y en el cual algunos búfalos pacían tranquilamente.

—¡Bah! Los comanches debían pedir a las squaws de los mandans que les dieron lecciones del arte de la guerra. Jamás hubiera creído que cruzáramos ese paso salvando nuestras cabelleras, — declaró Toro Grande sin ocultar su desprecio. — ¡Adelante, hombres blancos, que allí están los wigwams de Castor Negro, — agregó señalando la llanura que se extendía ante ellos.

—¿Pero cómo sabe que esa pradera no está plagada de ocultos comanches? La hierba tiene bastante altura para ocultar a todo un ejército,—preguntó Dick mientras marchaba al costado del guerreo mandan.

Por toda respuesta, Toro Grande señaló ainmales que pastaban.

—El bisonte conoce cuando el hombre está cerca. Si los comanches estuviesen por estos sitios, ellos hubieran desaparecido. Ya verá usted lo que hacen en cuanto nos vean, —añadió el joven jefe.

Pero los búfalos continuaban tranquilos, moviéndose en forma de media luna hacia el lugar por donde iban a pasar los otros.

Toro Grande se volvió hacia Cody, que caminaba a su lado y los dos hombres cambiaron una mirada.

No habían hablado una palabra, pero aun cuando habían caminado tranquilamente y no habían avanzado una milla desde el paso, el mandan saltó de su caballo y el explorador montó en él, como lo habían hecho varias veces durante el trayecto.

Búffalo Bill se quedó atrás hasta reunirse con Dick Forsdyke.

—¿Ha hecho usted fuego algua vez, yendo a caballo, compañero?—le preguntó.

—Algunas veces. ¿Por qué? — preguntó Dick, admirado por la pregunta.

—Porque no vendría mal un poco de carne de búfalo, — le respondió el coronel Cody. — Apunte bien y dispare sobre aquel animal que está a su derecha. No me extrañaría que se llevara usted la mayor sorpresa de su vida.

Dick Forsdyke miró asombrado a su inter-



El jefe de la tribu de los mandan se quitó su manto de cuero de búffalo y tapó con él el fuego. Después lo destapó, volvió a taparlo luego, y así envió a la altura sucesivas nubes de humo, que constituían un mensaje.

locutor y notó que mientras hablaba, había desenfundado el revólver.

Rápido como el rayo, Dick se echó el rifle a la cara. Apuntó rápidamente al animal que se movía con lentitud y apretó el gatillo.

Búffalo Bill, había prometido a Dick una gran sorpresa y Dick la tuvo en verdad.

La bala dió en el blanco. Pero en lugar de la caída del búfalo, cayó sólo el cuero dejando al descubierto la alta y fuerte silueta de un guerrero comanche, cuyo grito de guerra cruzó los aires, mientras que llevándose las manos al pecho caía al suelo.

En seguida se oyó la voz de los otros tres rifles, y dos "búfalos" más cayeron al suelo, mientras que en vez de huir en tropel, los otros búfalos parecían haberse evaporado o haberse hundido entre la alta hierba.

—¡Dios Santo! ¡Todos esos búfalos eran indios! — exclamó Dick mientras cargaba de nuevo el rifle.

—Sí. Y yo soy una squaw y no un guerrero cuando dejé que me engañaran de ese modo esos coyotes de comanches,—exclamó amargamente Toro Grande.

—Todo eso no importa nada, jefe. Por suerte yo estaba aquí, — exclamó Búffalo Bill mientras abría un frasco de pólvora y avanzando un trecho de veinte yardas hacia la derecha, iba dejando tras él un reguero de la sustancia inflamable.

Se detuvo después y sacando el revólver de seis tiros lo descargó.

Una lengua de fuego surgió del reguero de pólvora y pronto el pasto comenzó a arder. Alimentado por una suave brisa, pronto el incendio se convirtió en una enorme hoguera cuyas llamas avanzaban con increíble rapidez, obligando a los indios comanches a salir de su escondite y a huir ante el devorador elemento.

Pero como los disfrazados comanches iban avanzando hacia sus adversarios en forma de media luna, sólo la mitad de ellos había sido amenazada por el fuego.

Los otros no se movieron y como estaban ocultos por la alta hierba no se podía saber donde estaban.

CAPITULO VII

Un interesante combate.—

TODAS las miradas estaban fijas en Búffalo Bill.

Durante algunos minutos, permaneció en silencio. Después llamó al indio a un lado y conversaron los dos animadamente por espacio de algún tiempo, pero según pudo observar Dick Forsdyke, sin apartar la vista de donde se hallaban ocultos los adversarios comanches.

Al fin se dirigieron a sus compañeros y

Búffalo Bill, les dió algunas breves, concisas órdenes, que motivaron una mirada de angustia de parte de los dos blancos, hacia el lugar donde estaba la distante aldea de los mandans.

Luego hicieron dar vuelta a sus caballos y permanecieron con sus rifles preparados como si esperasen un ataque de más allá de la línea de fuego que iba barriendo la pradera, dejando trás sí un espacio abierto y cubierto de cenizas que se enfriaban rápidamente.

Aquellos pocos minutos que permanecieron de espaldas al adversario, fueron los más terribles que Dick y Harry habían pasado en su vida.

En el centro del pequeño grupo, Búffalo Bill colocó el caballo que llevaba la impedimenta, y él permaneció con la vista fija en la tapa de un reloj de plata que muy pulida reflejaba como un espejo la parte de la pradera que se hallaba trás ellos.

Con la mano apoyada en la cuerda que ataba la carga, del viejo caballo estaba el negro Nab, pronto para dar el salto en el momento en que le avisasen, aparentando reconocer el estado de las ataduras y fumando tranquilamente su vieja pipa.

Dick que miraba fijamente la cara de Cody, notó que sus labios se desplegaban con una sonrisa y conoció que el momento de entrar en acción se aproximaba.

Si hubiese estado mirando lo que se reflejaba en la caja del reloj no hubiera visto nada más que una línea de altas hierbas que se inclinaba ante la fuerza del viento que a todo esto, había llevado ya el fuego a una considerable distancia.

Pero los acostumbrados ojos de Búffalo Bill habían notado exactamente lo que esperaba ver. Un manojo de hierba que se levantaba sobre el nivel de la línea que se inclinaba bajo el viento. Comprendió que aquel inocente manojo de hierba ocultaba la cabeza de un indio comanche, que sin duda se había dado cuenta ya de que toda la atención de los blancos estaba concentrada en el fuego que ellos mismos habían encendido.

Un momento después, la cabeza desapareció, para volver a reaparecer algunas yardas más cerca.

Entonces la hierba dejó de moverse como olas agitadas por la brisa, para apartarse formando surcos como si unos cuerpos avanzasen arrastrándose con precaución por entre ella.

Búffalo Bill, permaneció sin hacer seña alguna. Esperó a que los enemigos se hubieren aproximado como a unas cincuenta yardas del punto donde la pequeña partida se encontraba detenida, y de pronto se volvió hacia el mandan, gritando:

—Ahora, Toro Grande, suelte usted el muelle de la trampa.

Rápidamente el indio volvió su caballo y durante algunos segundos observó hacia donde los comanches estaban acurrucados entre la hierba.

—¡Corramos hermanos, corramos! Los comanches están sobre nosotros—exclamó Toro Grande, mirando en redor y clavando los talones en los hijares de su montura para partir como si estuviese dominado por el miedo.

Lanzando gritos de alarma, los otros le siguieron, mientras que con irónicas carcajadas y gritos de triunfo los comanches salían de sus escondites y lanzaban una lluvia de flechas contra los jinetes fugitivos, para partir después en su persecución.

Durante algunos cientos de yardas un guerrero indio puede correr al par que un caballo y los comanches iban descontando rapidamente la ventaja que les llevaba la vieja montura en que iba Búffalo, quien de pronto tiró de las riendas y dió vuelta al animal. Los otros lo imitaron e inmediatamente, con penetrantes gritos del negro y los gritos de combate de los guerreros mandans, además de las exclamaciones de los caras pálidas, los que parecían fugitivos atacaron a sus perseguidores.

Demasiado tarde se dieron cuenta los comanches de que la fuga de los blancos había sido una estratagema para hacerlos salir de sus escondites y correr hacia el espacio talado por el fuego.

Aún cuando por el número los hombres que habían considerado como presa segura tenían que combatir a razón de cinco contra uno, los indios temían tanto las proezas y la habilidad de los hombres blancos que a serles posible hubieran pedido ayuda para presentar combate.

Pero no podían elegir y como los cuatro rifles amenazaban abrir claros en sus filas, lanzaron su grito de guerra y avanzaron hacia sus adversarios.

Pero como los ingleses y sus camaradas estaban junto a ellos y los comanches habían tenido un momento de vacilación los milagrosos pequeños cañones que podían hacer fuego una y otra vez sin ser cargados—en aquel tiempo los hombres rojos no conocían casi los revólvers—cuando volvieron a recobrar su valor Búffalo Bill y los suyos habían raleado sus filas y cabalgaban todo lo más ligero que podían en dirección de la distante aldea mandan.

Búffalo Bill, detuvo de pronto su caballo y preguntó:

—¿Ninguno ha sido herido?

Dick y Harry movieron negativamente la cabeza.

—O somos los más afortunados de la tierra o los comanches los combatientes de peor puntería — dijo el primero riendo.

Nab no respondió y Cody lanzó un grito de desaliento y saltó al suelo dirigiéndose hacia el negro que se balanceaba de un lado a otro, tirando de una flecha cuya punta tenía clavada en el hombro.

Cuando Búffalo Bill se acercó a él, Nab soltó la cuerda a que se agarraba y hubiera caído al suelo si el otro no lo hubiese sujetado con fuerte brazo.

Los gritos de los comanches demostraron á

la partida que los adversarios volvían al ataque.

—Démelo a mí, Bill. Mi caballo puede llevar doble carga, — exclamó Dick aproximándose al lugar donde estaba Cody con el negro.

Sin decir palabra Búffalo Bill obedeció, y saltando nuevamente á caballo, los cuatro reanudaron la carrera.

No había un momento que perder. Los comanches se encontraban ya a un centenar de yardas.

Pero aún cuando uno de los caballos llevaba doble carga y el otro era viejo y pesado, pudieron lanzar una carcajada de burla a sus enemigos que se hallaban sin defensa en el espacio abierto.

Los jinetes aumentaban por momentos la distancia que los separaba de los comanches, pero éstos a pesar de ello, no cesaban su persecución

—Mucho cuidado, Toro Grande. Nadie conoce mejor que un comanche, cuando ha sido derrotado y esos gusanos no continúan detrás de nosotros por broma, — exclamó Búffalo Bill.

Parco en palabras, como todos los de su raza, el mandan asintió con un gesto.

Un minuto después, el misterio de la persecución de los comanches estaba aclarado. Gritando como verdaderos demonios, un grupo de comanches a caballo surgía de detrás de uno de esos extraños terraplenes formados por montones de construcciones de piedra de una antigua raza olvidada, que abundan en las praderas norteamericanas, y agitando sus largas lanzas por encima de la cabeza, se dispusieron a interceptar el paso a los fugitivos.

La aparición de sus hermanos fué acogida con gritos de triunfo de los indios que estaban a pie.

Era de suponer que entre los bien montados indios que les interceptaban el paso y los que sedientos de venganza los seguían, la suerte de los hombres blancos y de sus amigos estaba resuelta.

A decir verdad, los tres amigos se hallaban en una situación tan comprometida como jamás había experimentado Búffalo Bill.

Eran aquellos los tiempos en que los fusiles de cargar por la boca iban lentamente cediendo el lugar a los de cargar por la culata y de los que todos disponían menos el negro Nab. Pero todos eran inferiores a las magníficas armas que se poseen ahora, salidas de las fábricas que hacen los revólvers de seis tiros.

La pistola de que disponía Harry Lane, estaba sin balas, Búffalo Bill tenía sólo dos tiros, Dick uno y no había tiempo para cargar los almacenes de las armas nuevamente.

—¡Qué hace! — gritó Búffalo Bill, al ver que Harry disparaba su rifle contra los lejanos jinetes. — No tenemos municiones para gastarlas en inseguros blancos, y esos infames están fuera de nuestro alcance.

Mientras hablaba, miraba preocupado hacia el sitio donde los indios formados emprendían la carrera en ángulo recto a unas mil yardas de distancia. La causa de su extrañeza era que había visto a uno de los jinetes abrir los brazos y caer del caballo.

Los cortos rifles que se usaban entonces tenían sólo un alcance de quinientas yardas y a causa de ello le pareció al asombrado explorador que era un milagro lo que había ocurrido, porque el tirador había hecho blanco a una distancia excesivamente mas larga.

En verdad habíase efectuado uno de esos afortunados accidentes que ocurren tan sólo una vez en la vida, porque el rifle de Harry se levantó casualmente en el momento de partir el proyectil y eso le dió la necesaria elevación para que alcanzara hasta mil yardas.

Y el disparo fué doblemente afortunado, porque llevó el terror al corazón de los indios, quienes conteniendo sus caballos quedaron inmóviles y asombrados ante el poder de las armas de que disponían sus adversarios.

Obligando a su viejo caballo a seguir una marcha que acaso no había alcanzado desde que era potrillo, Búffalo Bill partió a la cabeza de sus compañeros, torciendo gradualmente hacia la izquierda, para dirigirse luego en línea recta hacia los sorprendidos indios.

—¿Vuelvo a hacer otro disparo? — preguntó Harry, quien no teniendo idea de lo que había ocurrido creía posible repetir la hazaña.

—¡No! ¡De ningún modo! — exclamó rápidamente Búffalo. — Esos milagros no se repiten.

Luego miró hacia los comanches, que daban señales de querer avanzar nuevamente hacia el montículo de donde habían salido. Pero no hizo señal alguna hasta que recorrieron la mitad de la distancia entre éste y los adversarios. Entonces partió resueltamente hacia la izquierda.

—Diríjanse a la altura, — gritó. — Allí podremos resistirnos hasta que llegue un auxilio.

Aunque todos, menos Toro Grande, se admirasen de que pudiera llegar auxilio alguno, siguieron a su jefe y ganaron así una considerable distancia antes de que los indios montados se diesen cuenta del por qué de la maniobra.

Entonces, con gritos de desmedida furia, partieron en persecución de los fugitivos.

Pero Búffalo Bill los había sorprendido con su movimiento y pronto se vió con claridad que los blancos y su compañero de la tribu de los mandan, ganaban aquella carrera por salvar la vida.

Y, efectivamente, en aquella carrera se jugaban la existencia.

Tomados en campo abierto pronto hubieran dado fin de ellos. Pero desde la elevación podían efectuar una lucha en la que los comanches, que eran tan prudentes como astutos, podían ser mantenidos a raya.

Al llegar a la altura, Búffalo Bill saltó de su caballo.

—Haga usted humo, Toro Grande, — dijo. —Lleve al negro a lo alto; luego utilice su

rifle, Dick. Pronto, Harry, usted y yo vamos a rechazar a los pieles rojas.

Las órdenes brotaron rápidas de los labios de Cody.

Después, en la seguridad de que sus disposiciones serían cumplidas, se volvió tranquilamente y levantando su rifle hasta el hombro apuntó al segundo indio y apretó el gatillo, justamente cuando Harry daba cuenta del primero.

—Repitamos la jugada, — dijo Búffalo Bill, moviendo el cerrojo de su rifle para colocar en posición otro cartucho.

Nuevamente dejaron oír su voz los rifles y otros dos indios cayeron de sus caballos, haciendo que los restantes se detuvieran a unas cincuenta yardas de la altura.

—Van cayendo, muchachos. Otro caballo sin jinete y los otros dispuestos a correr,— exclamó el ojeador.

Y sus frases fueron proféticas, porque descorazonados por la pérdida del cuarto hombre, al mismo tiempo que uno de los caballos había rodado por el suelo a efecto del mismo disparo que desmontó a su jinete, los comanches galoparon para ponerse a prudente distancia.

CAPITULO VIII

Lucha desesperada.—

VOLVIENDO la cabeza de los caballos en dirección de las montañas, hacia las que marchaban cuando fueron atacados por los comanches, Búffalo Bill los ató con una cuerda que iba de uno a otro y luego dándoles unos golpes los hizo partir al galope y después, seguido de Harry Lane, trepó hasta la parte alta del montículo.

Allí vió que Dick estaba inclinado sobre el negro, que no había recobrado el conocimiento, mientras un poco más apartado, Toro Grande encendía una hoguera con algunas ramas de los arbustos que crecían en aquella altura.

Era un sitio ideal para mantenerse a la defensiva. Los verticales costados del montículo no podían ser escalados sino con gran dificultad. En la parte alta, que sólo tenía unos cincuenta pies de circunferencia, la pequeña tropa podía fácilmente concentrarse en un solo punto, y los arbustos que cubrían la pequeña meseta formaban hasta cierto modo una defensa contra las primitivas armas de sus adversarios.

Pero la inquietud del explorador fué en aumento cuando al mirar hacia la pradera notó que otro grupo de indios que traían a los caballos de los hombres apeados a tiros, venían galopando del lado del norte. Calculó que con los recién llegados, los comanches llegarían a un total de cincuenta hombres, número que podía fácilmente atacar el refugio de sus adversarios por todos los lados a la vez. Sabía por experiencia que los comanches no atacarían de frente, si podían conseguir su propósito por medio de la astucia y la aparición de los jinetes conduciendo los caballos que habían huido sin sus caballeros, podía indicar que deseaban hacer creer que habían resuelto abandonar el ataque.

—¿Cómo sigue el negro? — pregnutó Búffalo Bill dirigiéndose a Forsdyke.

Dick movió la cabeza.

—No soy médico, pero me parece que está mejor, — respondió. — Creo que mejoraría mucho más si pudiera extraerle esta flecha.

Búffalo Bill se arrodilló junto al herido. Sacó su filosa navaja y mediante unos cortes en la piel, consiguió sacar la punta de la flecha del hombre del herido.

Lavó la herida con agua de una cantimplora y le puso encima una capa del mismo ungüento con que había curado a Dick. Búffalo Bill, dejó a Dick el cuidado de vendar al negro y se levantó.

Una mirada hacia el sitio donde estaban los adversarios le demostró que se habían detenido en grupo, a eso de media milla de distancia. Algo separados del grupo principal estaba media docena de jefes, sentados en círculo, celebrando un consejo de guerra. En el momento en que Búffalo Bill miraba y se daba cuenta de la situación, los jefes se levantaban y señalaron hacia la elevación.

Mirando hacia el sitio donde se hallaba Toro Grande, vió que el guerrero había agregado a la hoguera algunas ramas verdes que enviaban una columna de humo gris oscuro hacia la altura.

Quitóse el mandan su manto de piel de búffalo y lo extendió delante de la hoguera, luego agitándolo con un movimiento de ondulación fué enviando el humo hacia el cielo en alternadas y pequeñas nubes que la brisa llevó hacia el lado del Este.

Estaba haciendo señales de humo de las que durante muchos siglos los pieles rojas habían hecho uso para entenderse a la distancia, mucho antes de que los europeos descubriesen toda clase de comunicaciones telegráficas.

Las miradas de Búffalo Bill, iban de las señales de humo al grupo de los comanches.

—Esto del humo ha interrumpido sus conciliábulos — exclamó — y los ha enfurecido, realmente.

—¡Bah! Los comanches son squaws. No quieren hacer frente a los rifles de los hermano blancos, ni al tomahawk de un mandan,—exclamó Toro Grande con desprecio mientras, después de enviar su mensaje, pisoteaba los restos de la hoguera.

—No opino así, Toro Grande. Son prudentes y no les gusta luchar abiertamente cuando pueden alcanzar de otro modo el fin que se proponen. Pero cobardes, no lo son. Además no se les ha de presentar con frecuencia una ocasión que presente la perspectiva de apoderarse de tres cabelleras de blancos ,— exclamó Búffalo Bill.

Pocos minutos después se justificaba la opinión que de los comanches había expresado Búffalo Bill.

Montando a caballo, los jefes galoparon hacia donde sus hombres los esperaban.

—Siempre el mismo sistema, — comentó Cody, cuando vió que los guerreros indios formaban una línea y luego, girando hacia la derecha, galoparon dejando un espacio menos de cinco yardas entre cada uno de los jinetes. Así continuaron procurando formar un círculo que rodeara el montéculo.

Búffalo Bill y sus compañeros formaron un triángulo y esperaron tranquilamente a que los comanches presentasen buen blanco.

—Despacio y con serenidad muchachos. No apretar el gatillo hasta no tener seguro al hombre... ¡Ahí están! — gritó por fín.

Los tres rifles dispararon a un tiempo. Pero hombres que se mueven no son blanco fácil de tocar y gritos de burla y desafío brotaron de los labios de los atacantes cuando vieron que la primera descarga no había producido los resultados que temían.

Pero sus gritos se tornaron en rugidos de ira cuando uno de ellos, cuyo largo penacho de plumas denotaba que era un jefe importante, soltó la lanza y cayó del caballo.

Dos comanches más pagaron cara su audacia. Entonces los defensores, no tuvieron a quien tirar pues solo veían los de los caballos. Los guerreros indios, como si se hubiesen puesto de acuerdo, se dejaron caer hacia un lado de su caballo, en el que se sostenían con un pie y una mano.

Cuanto más rápidamete galopaban los caballos, tanto más subían de tono los gritos de guerra de los indios y el círculo se estrechaba en torno del montículo.

De pronto Dick, vió una cabeza cubierta de plumas que sobresalía de entre un grupo de caballos y vió un arco pronto a lanzar una flecha hacia él.

Rápido como una centella, apuntó e hizo fuego.

La bien dirigida bala tocó al guerrero en el centro de la frente. Sin lanzar ni un grito cayó al suelo y la flecha partió veloz hacia el cielo.

Había sido aquel un excelente disparo que arrancó un grito de admiración al indio mandan, quien esperaba impaciente que le llegase la hora de tomar participación en la lucha.

No tuvo mucho que esperar. Pronto estuvieron los atacantes a tiro de flecha y llegó la hora de Toro Grande.

Sin cuidarse de la cantidad de flechas que los comanches lanzaban contra él, se acercó a uno de los bordes y disparó, no contra los hombres, sino contra los caballos, por que si una bala tocaba a un caballo lo mataba y su jinete quedaba ileso, pero una flecha dejaba en pié al animal, lo enloquecía, lo hacía inanejable y partía ciegamente a la carrera llevando a la fuerza a su jinete fuera del grupo y de esa manera ofrecía un buen blanco a los rifles de los blancos.

Pero aquello sólo sirvió para apresurar el fin. De pronto uno de los empulmados jefes lanzó el grito de ataque de los comanches y enderezando la cabeza de su caballo hacia el monte cargó resueltamento.

Atronando los aires con sus gritos de ira y venganza, furiosos como verdaderos demonios, los comanches atacaron por varios sitios y sus adversarios causaron enormes destrozos en sus filas, primeramente con los rifles y luego con los revólvers.

Aún cuando sufrieron tales pérdidas, los comanches no cedieron, confiados en su número, cegados por la ira y por el deseo de apoderarse de las cabelleras de los blancos.

Durante un minuto, los ingleses, el explorador y el indio, combatieron, utilizando unos su rifle como maza y el otro el tamahawk, pero gradualmente fueron retrocediendo hacia el centro de la altura, donde se afianzaron desesperadamente.

Un británico desesperado es un adversario muy peligroso y los comanches se convencieron de ello a su costa.

En un momento de apuro en que su rifle había sido arrancado de sus manos por un comanche, Dick Forsdyke derribó sin sentido a su atacante, de un puñetazo. Luego, enfurecido por el dolor que le causó una flecha que le hirió en el cuello, saltó entre el grupo de sus adversarios y golpeando a diestra y siniestra a los aturdidos pieles rojas, los fué derribando como fantoches.

Aun cuando aficionados a la lucha, los pieles rojas no tenían la menor idea de lo que era el boxeo y durante un tiempo, Dick quedó dueño del campo.

Pero fué por un solo momento.

De pronto sintió como si un gran peso le hubiese caído desde la parte de atrás sobre la cabeza. Sintió que se aflojaban todos los nervios y músculos del cuerpo y lanzando un sordo gemido, cayó desmayado.

Con un grito de triunfo, el jefe que había echado por tierra a Dick Forsdyke, lo tomó por los cabellos olvidándose de todo, en su afán de asegurarse una cabellera de hombre blanco.

Pero Harry Lane había visto caer a su compañero y tomando por el cañón, el rifle, golpeó con tal fuerza al piel roja, en el cuello, que lo envió rodando fuera de la altura con la espina dorsal rota.

Cubriendo el cuerpo de su amigo, Harry Lane se dispuso a defenderlo hasta el fin.

Con nuevos gritos de venganza los comanches volvieron al ataque. Toro Grande, Búffalo Bill y Harry, aún cuando no confiaban en salir victoriosos, se resistieron tratando de enviar el mayor número de adversarios a la feliz región donde sus brazos permanecerían paralizados por la muerte.

De repente Toro Grande lanzó un penetrante y alegre grito.

De vez en cuando el grito de guerra de los mandan había brotado de sus labios durante la lucha y aún cuando las fuerzas comenzaban a bandonarle, Harry se sentía más animado por la confianza que dejaba traslucir la voz de su amigo indio.

Le pareció a Harry que el grito de los mandans sonaba detrás de él en alguna parte, pero hasta que vió que un terrible comanche abandonaba la actitud de pantera pronta a dar el salto que tenía frente a él, y con el terror reflejado en su semblante, corría hacia el borde del montículo y saltaba de allí al suelo a riesgo de desnucarse, no comprendió que, por causas, para él aún desconocidas la lucha se había dado vuelta a su favor.

Pocos segundos después comprendió que la voz que había oido antes, no era el eco de la de Toro Grande sino la de un importante grupo de mandans que sin ser vistos por los comanches, causaban con sus lanzas a los desprevenidos adversarios, una sangrienta derrota.

Por espacio de algunos minutos resonaron en los aires los gritos de guerra de los mandans, mezclados con el penetrante chillo del de los comanches; luego los últimos atacantes decidieron la lucha en su favor y los que triunfaban al principio, emprendieron la fuga, perseguidos por sus vencedores. Pero Harry Lane vió poco del final de la lucha.

Su corazón estaba angustiado.

No temía por él, sino por su valiente compañero por el que sentía un cariño de hermano y que boca abajo yacía en el suelo, sin sentido y al que creía muerto.

Arrodillándose a su lado lo volvió y miró intranquilo su semblante cubierto de gran palidez.

Poco después brotaba de sus labios un suspiro de alivio al ver que Dick abría los ojos y que poco a poco su boca se plegaba en una débil sonrisa.

—Todo va bien, Dick. Los mandans han acudido en nuestro auxilio y estamos salvados.

Estas palabras de aliento las pronunció aproximando su boca al oído desu camarada.

CAPITULO IX

Un mensaje del muerto.—

CUANDO Dick Forsdyke recuperó los sentidos se encontró en una espaciosa choza, cuyas paredes estaban cubiertas con pinturas toscamente ejecutadas, y que demostraban las proezas de su propietario en la caza y en la pesca.

De una viga que soportaba el abovedado techo, estaban colgados, un penacho con su guirnalda, adornado artísticamente con plumas de águila, un rico calumet, tomahawk y prendas de vestir ricamente tejidas, en cuya fabricación eran considerados famosos los mandans.

Por la puerta desprovista de cortina pudo distinguir un tendedero de cabelleras donde colgaban trofeos de guerra, algunos de los cuales estaban todavía rojos con la sangre de las víctimas, y más allá una cantidad de chozas de techo en forma de cúpula, frente a las cuales tomaban el sol los guerreros indios.

Durante algunos minutos permaneció como adormecido observando la tranquila escena, hasta que repentiamente una duda lo asaltó, llevando el desconsuelo a su corazón.

¿Se encontraría prisionero en una aldea comanche?

La idea le hizo ponerse rápidamente de pie.

Antes de conservar la vida para ser el principal personaje en una celebración a sangre fría de un triunfo comanche, prefería morir combatiendo.

Tomando el tomahawk que adornaba el poste central de la choza, se volvió justamente cuando una sombra que se agrandaba en el suelo, frente a la entrada, le demostró que alguien se acercaba.

Con un suspiro de angustia al notar cómo le pesaba el arma no obstante ser fácilmente manejable, se volvió hacia el recién llegado.

Casi en seguida soltó el arma, que cayó a su lado al ver, con asombro a Búffalo Bill y a Harry Lane.

Con un grito de alegría, éste último se adelantó para estrechar la mano de su camarada.

—¡Loado sea Dios, mi viejo Dick! ¡Si me dieran mil libras esterlinas, no me causarían tanta satisfacción como la que me causa el verle de nuevo firme y de pie! — exclamó. —¿Pero qué diablos está haciendo con esa tomahawk? — agregó mirando inquieto a su socio, pues temía que la fiebre lo hubiese hecho delirar.

—¿No nos han hechó prisioneros? — preguntó Dick.

—Me hace usted reir, — respondió Búffalo Bill tomando la otra mano de Dick y estrechándola cariñosamente. — Los mandans llegaron a tiempo y sólo dejaron el número suficiente de adversarios para llevar a los suyos la noticia de su derrota.

Dick cayó pesadamente en el lecho de pieles de donde momentos antes se había levantado. Ahora que no necesitaba energías para una nueva lucha se daba cuenta de que había perdido todas sus fuerzas.

—¿Dónde estamos? — preguntó débilmente.

—En el wigwam de Castor Negro, y usted es una especie de héroe entre los mandans, y por eso le han dado como vivienda la de un jefe, considerando que es digna mansión para el invencible "Mano de Hierro", como llaman a usted los indios, — respondió Cody.

Dick Forsdyke miró con extrañeza a su interlocutor.

—No comprendo, — exclamó.

—Pues es muy sencillo. Los pieles rojas no son gente que conozca los secretos del boxeo y Toro Grande les ha referido cómo atacó usted a los comanches a puño limpio y cómo los iba tumbando uno tras otro, desmayados; esto, naturalmente, les causó grandísima sorpresa y aun cuando lo que ha hecho usted es cosa común en su país, los

dios le llaman "Mano de Hierro" y "Mano de Hierro" será su nombre, mientras exista un indio de la tribu de los mandans en estas regiones... ¡Ya ve si ha tenido suerte al conquistar así una reputación de héroe!

Dick se echó a reir y se esforzó por demostrar que no tenía nada de extraordinario cuanto había hecho.

—El servirse bien de los puños para combatir, es una cosa corriente entre los ingleses, pero ha sido una suerte que no me diesen el golpe con el tomahawk antes de que derribara a unos cuantos, — dijo.

—De todos modos, usted puede repetir la hazaña que le ha dado nombre entre los mandans, siempre que pueda... No le ocurrirá lo mismo a Harry, — añadió riendo Búffalo Bill, sentándose al lado de Dick y cargando de tabaco la pipa.

—¿Y cómo llaman a Harry? — preguntó Dick.

—"Muerte voladora", porque ha derribado a un comanche a una distancia doble de la que se calcula que puede alcanzar un rifle, — respondió Cody sonriendo.

—¡Oh! Eso fué, en verdad, un milagro,— admitió Harry Lane.

—No lo creo así. Si un rifle puede enviar una bala a mil yardas de distancia una vez, puede hacerlo otra. Yo trataré de averiguar lo que hay que hacer para lograrlo, cuando tenga tiempo, — declaró Cody.—Pero vamos a hablar de otro asunto. Yo creo que Dick estará, dentro de poco, fuerte y en disposición de emprender la marcha, porque yo he prometido a Castor Negro que le ayudaremos a intentar la reconquista de la "Lanza de Fuego", tan pronto como estemos en condiciones de hacerlo.

Los dos jóvenes miraron con extrañeza al escucha.

—¿Pero usted sabe dónde se encuentra?— preguntó Dick.

—Hace una hora no lo sabía, pero ahora sí, — respondió Búffalo Bill, sacando del bolsillo el trozo de piel escrito que había tomado de entre las ropas del desventurado hombre a quien Dick había intentado salvar de las garras del jaguar, tan heroica como inútilmente.

—¿Y qué tiene que ver esto con lo otro?— interrogó Dick.

—Prepárense a oirme, —añadió Búffalo Bill, colocándose de modo que la luz fuese a dar sobre lo escrito.

—¡Un instante! ¿Cómo sigue Nab? — interrumpió Dick antes de que el otro empezase a leer.

—Si usted conociese respecto a los negros tanto como yo, no hubiera preguntado nada, — respondió Búffalo Bill. — Los negros tienen más vidas que los gatos, y Nab no es una excepción. Me parece que será capaz de levantarse antes que usted.

—¡Qué suerte! Empiece la lectura,—exclamó Dick, más tranquilo respecto a la suerte corrida por el viejo negro.

Sin esperar más, Búffalo Bill comenzó a leer, lo siguiente:

" Si esto llega a caer en manos de un " hombre blanco, le suplico por todo lo que " más quiera en el mundo, que haga lo posible por rescatar a mi hija, María Dare, " del poder de los comanches, que nos han " tenido prisioneros durante más de dos " meses.

" Somos nosotros los únicos sobrevivientes de treinta hombres, mujeres y niños, " que formaban un convoy de emigrantes " que viajaban de Nueva Méjico al este de " Texas.

" Mientras cruzábamos el río Canadian, " fuímos atacados por los comanches y todos perecieron excepto mi hija y yo. Fuímos conducidos a una aldea comanche, " situada en las Montañas de la Hierba " Azul, de donde me escapé hace tres semanas, con la esperanza de regresar con los " suficientes refuerzos para rescatar a mi " hija.

" Al segundo día fuí alcanzado por los " indios y, aunque malamente herido, logré " escapar. Desde entonces he seguido marchando a pesar de la fiebre y ahora me " encuentro postrado, solo, en un constante " peligro de ser atacado por los indios o " por las fieras.

" Sepa el que intente salvar a esa joven " inocente de una suerte ante la cual la " muerte es un alivio, que el "totem" de la " tribu es una pequeña lanza, al extremo de " la cual hay una gran diamante, que bastará para hacer la felicidad del afortunado que se apodere de él.

" La aldea se encuentra en un cerrado " valle por el que corre un rápido río y está " situado en..."

—Me parece que las fuerzas del pobre hombre le abandonaron y no pudo continuar. Pero yo conozco el valle a que se refiere y será culpa nuestra si la muchacha permanece prisionera durante mucho tiempo más, ¿no es así, amigos? — exclamó Búffalo Bill doblando y guardando la piel con el escrito.

—¿Le ha manifestado usted todo eso a Castor Negro? — preguntó Harry.

—No, aun no. Tengo que pensar en que gozo aquí de gran reputación como "Je Supremo de la Magia y la Medicina", y esa reputación mejorará si les llevo hasta ese sitio mediante artes mágicas, — exclamó riendo Búffalo Bill.

—¿Qué es esa "Lanza de Fuego"? — preguntó Harry Lane.

—No puedo, en realidad, afirmar si se trata realmente de un diamante, aun cuando admito que es algo por el estilo, — replicó el explorador.

—¿Entonces usted la ha visto? — dijo Dick.

—Varias veces, cuando visitaba en otro tiempo, a mi amigo Castor Negro, — respondió Búffalo Bill. — Puede ser que se trate, tan sólo de un cristal, como alguien opina, pero si es así, es el más claro y resplandeciente trozo de cristal que he visto. De todos modos, diamante o no, llevaba en

poder de los mandans varios cientos de años.

"Cuenta la leyenda que fué hallado en una canoa que navegaba sola, poco antes de la gran inundación que cubrió toda la tierra, y el Gran Espíritu dijo a su "Hombre de Medicina", que mientras la conservase en su poder, triunfarían de todos sus enemigos, pero que si la perdían, serían barridos de la superficie de la tierra.

"Ya comprenderán ustedes lo alarmados que están desde que la han perdido. A quédese aquí tranquilo mientras yo voy a celebrar una entrevista con el viejo Castor Negro.

Una hora después regresó Búffalo Bill, en compañía de Toro Grande y anunciaron que partirían a la mañana siguiente, acompañados de un centenar de guerreros escogidos, bajo la dirección del hijo del jefe, para atacar la aldea de los comanches y rescatar el "totem" perdido.

Toro Grande también deseaba invitar a los grandes jefes blancos, "Mano de Hierro" y "Muerte Voladora" a presenciar la danza de las cabelleras, que antes de toda expedición guerrera realizaban las tribus de pieles rojas.

Castor Negro era un alto, corpulento y atlético anciano, el verdadero ideal de lo que debe ser un jefe indio, digno y cortés, y dotado de cierto buen humor, raro en un piel roja, que de todas las razas sin civilización es la más reacia a la risa.

Pronto se comprendió que Búffalo Bill no había exagerado el grado de respeto que tenían por Dick los indios, después de la ducomanches, porque después de haber tomado parte en una solemne fiesta, cuando se dirigieron al espacio libre donde la danza de las cabelleras iba a realizarse, fué instalado en el sitio de honor, a la derecha de Castor Negro, mientras que Harry Lane, que era algo menos estimado por sus huéspedes rojos, se sentó a la izquierda.

Había llegado ya la noche y aun cuando a los no acostumbrados ojos de los británicos, la danza de las cabelleras no fué más que un número de semidesnudos pieles rojas bailando y saltando alrededor de un poste, el monótono y singular canto y el fantástico aspecto que daban a la escena los resplandores de las antorchas de madera de pino, les impresionó favorablemente.

Por eso no estaban aburridos cu
tres horas más tarde, Búffalo Bill se puso de pie y dió la señal de retirarse a descansar.

CAPITULO X

El rescate de María Dare.

APENAS había salido el sol por la cima de las montañas, cuando Búffalo Bill, Dick Forsdyke y Harry Lane, con Toro Grande a su lado, se dirigían a la reconquista de la "Lanza de Fuego".

Detrás de ellos marchaba un centenar de guerreros, elegidos entre los mandans, todos ellos pintados con los signos de la guerra y adornados con plumas de águila.

Muy a disgusto suyo, Nabucodonosor había tenido que quedarse, pues, a despecho de la optimista información del explorador, no se había respuesto lo suficiente para aventurarse a hacer una tan larga y peligrosa excursión.

Al decir verdad, Búffalo Bill había intentado persuadir a Dick Forsdyke para que no los acompañara, porque aun sufría bastante a causa de las heridas.

Pero Dick se había negado en forma resuelta y aun cuando le costaba trabajo mantenerse en la silla de su cabalgadura, insistió en acompañarlos.

La rapidez era condición de suma importancia, pues si los comanches descubrían el objeto de su viaje, podrían reunir a sus bandas de merodeadores y con ellos derrotar a la temeraria expedición.

Aun cuando se encontraba exausto cuando hicieron alto al terminar el primer día, Dick se durmió en seguida y se encontraba mejor, cuando reanudaron la marcha, antes del otro amanecer. La luz del nuevo día los halló cruzando un espeso bosque, y a través de las ramas de los árboles alcanzaban a divisar de vez en cuando los altos picachos de las Montañas de la Hierba Azul.

Búffalo Bill se proponía llegar a los linderos del bosque y esperar allí hasta que las sombras de la noche los ocultaran, para atacar entonces a la aldea comanche.

Pero con gran alegría encontró que el valle que se encontraba rodeado por altas montañas, era ocultado por una densa niebla, que lo hacía aparecer como una extensión de agua en la que se destacaban como islas verdes, las copas de los árboles.

Durante algunos minutos el explorador y Toro Grande celebraron consejo y luego dieron orden de avanzar. A galope corto penetraron en la niebla. Eera necesario apurarse.

En cualquier momento un fuerte viento que soplara do las montañas podía hacer desaparecer el velo que los ocultaba y dejar ver a los comanches el peligro que se acercaba a ellos.

El éxito del ataque podía depender de que no fuese descubierta su presencia hasta que se hallaran cerca de sus enemigos.

Indudablemente, habían sido colocados ojeadores y centinelas en los pasos de la montaña, pero Búffalo Bill confiaba en poder llegar a la aldea antes de que fuese dada la voz de alarma.

Era también cierto que los educados oídos de los pieles rojas podían oir el ruido del chocar de los cascos de los caballos contra el suelo, mucho antes de que se hallasen cerca de la aldea, pero también podían creer que eran sus mismos guerreros, que regresaban victoriosos.

E indudablemente eso fué lo que debió ocurrir, porque atravesaron el valle sin ser notados o por lo menos sin ser hostiliza-

dos, hasta que al fin salieron de entre la niebla a unas cien yardas de distancia de la aldea comanche y se detuvieron en una pradera de césped rodeada de escarpadas alturas, al pie de las cuales corría un ancho y rápido río.

Delante de un wigwam más grande que los demás y que se hallaba en el centro de la aldea, los rayos del sol se reflejaban en un pequeño y brillante punto, a la vista del cual un grito de ira brotó de las filas de los guerreros mandans.

Era la "Lanza de Fuego" y a la vista de su "totem" perdido, el corazón de cada u de los guerreros latió vigorosamente determinándolos a recuperar su "gran me o a perecer.

Al principio, los comanches no se alarmapacio que lo separaba de ellos, Dick se encontró entre sus adversarios.

Ya había vaciado su revólver con mortífero resultado para las apretadas filas de los comanches. Después, quitando a uno de los pieles rojas una pesada maza, erizada de clavos, la agitó con las dos manos sobre su cabeza, y guiando a su bien amaestrado caballo con las rodillas, cargó contra los comanches, que rodeaban el talismán que resplandecía sobre la cabeza de sus raptores.

Briosamente llegó Dick Forsdyke hasta hallarse a cuatro pasos de distancia del codiciado "totem".

No estaban ociosos Harry Lane y Búffalo Bill y procuraban rivalizar en valentía con su compañero que causaba estragos en las filas de sus desesperados adversarios.



Allí estaba un hombre, tendido boca arriba en el suelo y, sobre él, el jaguar más grande que Dick había visto en su vida.

ron ante la repentina aparición de los jinetes, pero cuando el temible grito de guerra de los mandans resonó en los aires, la pacífica escena se tornó en un cuadro de salvaje confusión.

Con horribles chillidos de terror, las mujeres tomaron a sus hijos y los metieron dentro de los wigwams y de las chozas, mientras los hombres requerían sus armas y se reunían en torno de la "Lanza de Fuego", pues sabían que aquel era el único objetivo que había llevado a los mandans tan lejos de su propia aldea.

Dick Forsdyke, Harry Lane y Búffalo Bill encabezaron el ataque. Detrás siguieron Toro Grande y sus temibles guerreros.

Casi antes de que se hubiera dado cuenta de que su caballo había recorrido el es-

A ambos flancos de los tres caras pálidas, los mandans, obedeciendo cada orden de su jefe con la rapidez y exactitud de hábiles soldados, infundían el terror entre los enemigos, tanto con las largas lanzas que manejaban sin descanso a derecha e izquierda, como galopando entre las viviendas y persiguiendo a los comanches que se apartaban de las filas o a los que se mantenían firmes en torno al disputado "totem".

De pronto, un enorme jefe comanche bajó la cabeza ante el golpe de maza de Dick Forsdyke y tendiendo los brazos lo agarró de la cintura y trató de bajarlo del caballo. Dick se inclinó a un lado, pero reaccionó en seguida y agarró a su ata por la garganta. Como si su cuello hubiera sido encerrado en un círculo de hierro el

indio soltó su presa y pretendió sacar su cuchillo para atacar a su adversario. Pero antes de que pudiera agarrar el mango, el joven británico, empleando todas sus fuerzas, lo levantó en alto y lo arrojó a tierra donde lo clavaron las lanzas de los mandans.

La derrota de su jefe desterró todo valor del corazón de los comanches. Sus gritos de guerra se tornaron en alaridos de terror. La mayor parte rompieron filas y corrieron para defender, por grupos, con desesperada resolución, sus viviendas.

Dick Forsdyke, al verse libre de su atacante, se volvió para mirar el sitio donde había visto momentos antes la "Lanza de Fuego", pero sufrió una decepción.

La lanza continuaba fija en el suelo, pero había sido partida a unas cuantas pulgadas de su extremo superior y la parte brillante había desaparecido.

Apenas había hecho ese descubrimiento, cuando vió a un guerrero que llevaba el trozo de madera de la lanza, desaparecer por la puerta de un wigwam, delante del cual había un poste pintado, del que colgaban las armas y el traje de guerra de un jefe, lo que demostraba que el propietario de aquella vivienda había muerto, y estaba expuesto allí.

Saltando de lo alto de su caballo, Dick Forsdyke corrió, cuchillo en mano, hacia la entrada del wigwam, sin hacer caso de un grito de llamada de Búffalo Bill.

Un tomahawk cayó con fuerza rozando su cabeza en forma tal, que le cortó el ala del sombrero y advirtió a Dick del peligro que corría.

En el mismo instante, y precediendo su ataque con un penetrante grito, una negra silueta saltó por los aires y Dick tuvo apenas el tiempo suficiente para eludir un golpe mortal que le tiró un desesperado piel roja.

Inmediatamente Dick atacó a su adversario. Por varios minutos los dos forcejearon tratando de utilizar cada uno en la forma más ventajosa su cuchillo, pero sin que la maestría con que manejaban el arma resolviese la lucha el favor de ninguno. Al fin, el joven británico logró aprovechar un momento propicio y hundir la hoja de su cuchillo en el costado del piel roja, que se desplomó fatalmente herido.

Lanzando el grito de muerte de su tribu, el comanche hizo una débil tentativa por apuñalear a su vencedor, pero el cuchillo se escurrió de su mano y su cuerpo empezó a agitarse entre los estertores de la agonía, sobre el suelo pisoteado durante la lucha.

Jadeante, sin aliento, Dick Forsdyke miró en torno suyo.

Una momentánea sensación de desaliento y terror lo dominó, cuando su mirada se posó sobre el cuerpo del jefe muerto, que se hallaba tendido y rodeado de los objetos que amó en vida, sobre una plataforma baja que estaba en el centro de la choza.

El cadáver era el de un hombre bien constituído, fuerte y aun joven. El tinte de su roja piel demostraba que había sido embalsamado y estaba pronto para ser conducido a las cavernas de las montañas cercanas, donde los comanches depositaban a sus muertos.

Acercándose al indio a quien había dado muerte, Dick, le quitó un bolsillo, adornado con púas de puerco espín, que colgaba de su cinturón y vació el contenido en el suelo.

Pero el diamante de la lanza no estaba allí y aun cuando reconoció todas las prendas que cubrían el cuerpo, aun caliente, sus pesquisas fueron inútiles.

Evidentemente, el comanche había logrado ocultar el "totem" en el corto tiempo de que dispuso entre su entrada en el wigwam y la de Dick que lo perseguía.

¿Pero dónde?

Como era costumbre cuando el cadáver de un jefe estaba allí en exposición, el wigwam había sido despojado de todo mueble y todo objeto de adorno. A excepción de la plataforma de madera y de su carga, nada, aparte de algunas hojas podía haber servido para ocultar el diamante.

Resuelto a encontrar el trozo de la "Lanza de Fuego", Dick no vaciló en mover el cuerpo embalsamado del lugar en que estaba y buscar entre los pliegues del manto de cuero de búfalo con que estaba envuelto. Pero tampoco obtuvo un resultado favorable.

De repente corrió hacia la puerta porque por encima de los juramentos de los combatientes, de los lamentos de los heridos y de los agudos chillidos de las mujeres que temían por la suerte de los suyos, oyó la voz de Harry que decía:

—¡Ayuda! ¡Dick! ¡Sálveme! ¡Sálveme!

Se detuvo un instante junto al poste que había a la entrada del wigwam hasta que un segundo llamado le orientó. Entonces corrió hacia un wigwam que debía ser el del médico de la tribu, a juzgar por los sapos secos, las serpientes, los lagartos y los huesos de animales y de personas que colgaban en las paredes y a los lados de la puerta.

Apoderándose de un tomahawk, que colgaba del poste, Dick llegó hasta la puerta tan extrañamente adornada, en el mismo instante en que Búffalo Bill hacía lo mismo, seguido por un grupo de guerreros mandans.

—¡Resista Harry!... Viejo camarada... ¡Ya voy! — gritó Dick penetrando en el wigwam y atacando a una docena de indios que habían consegiudo empujar al joven británico hasta uno de los rincones.

Cuando oyeron la voz de Dick, los indios se dieron vuelta para hacer frente al nuevo adversario, pero instantáneamente retrocedieron horrorizados al ver que Búffalo y los mandans cargaban contra ellos.

Dejando a sus amigos que ajustasen cuentas con los comanches, Dick atravesó el grupo de combatientes y llegó hasta donde se encontraba su camarada.

—¿Cómo está, Harry? — preguntó ansiosamente.

Pero Lane no respondió. Se había arrodilado junto a una hermosa joven, cuyo cuerpo inanimado había estado defendiendo de los crueles comanches.

Volviéndose hacia Dick, Harry dijo algunas palabras, pero aquel no pudo oirlas entre la espantosa batahola, de gritos de guerra, juramentos y gemidos que lanzaban durante la lucha los mandans y sus enemigos.

Uno por uno, los comanches fueron cayendo vencidos y los mandans dieron comienzo a su espantosa tarea de arrancar cabelleras a los adversarios muertos.

Harry Lane levantó entre sus brazos a la desmayada joven.

—¡Salgamos de aquí, Dick! ¡Por el cielo, alejémonos de este horroroso espectáculo antes de que ella vuelva en sí! — exclamó Harry avanzando hacia la puerta.

Toda tentativa de una reanudación del combate había sido anulada. Acá y allá grupos de valerosos combatientes eran reducidos a la impotencia por sus vencedores, mientras que en la llanura, parte de los mandans peresguían a los guerreros comanches, que habiendo logrado montar a caballo, trataban de escapar a una muerte casi segura.

Pero aun cuando la lucha no hubiera terminado, era evidente que Harry no se preocupaba de ella. Sus ojos estaban fijos en semblante que se apoyaba en su hombro, en una forma que pareció no prestar atención ninguna a Dick, cuando éste le aconsejó que se dirigiera hacia el lado del río, con su preciosa carga.

CAPITULO XI

Peligrosa retirada.—

PERO aun cuando los mandans y sus aliados blancos habían infligido una desastrosa derrota a los comanches su victoria no tendría los apetecidos resultados hasta que recuperaran la "Lanza de Fuego".

—¿Está usted seguro de haber visto entrar al comanche en el wigwam, con ella?—peguntó Búffalo Bill a Dick Forsdyke, cuando, ayudado por Toro Grande había sometido cuanto había allí dentro a un prolijo examen.

—Tan cierto estoy de ello como de que este rifle está en mis manos, — respondió Dick con firmeza.

—En ese caso la hemos de encontrar aun cuando sea necesario reducir a escombros la choza y cavar pulgada por pulgada el terreno en que se encuentra,—dijo Búffalo Bill.

Pero aún cuando el explorador iniciase la realización, al pié de la letra, de cuanto había dicho y el wigwam fuese destruído, no hallaron ni el menor rastro de la piedra desaparecida.

—Me declaro vencido, — admitió al fin Búffalo Bill.—¿Qué podemos hacer ahora, Toro Grande?—agregó volviéndose hacia el jefe mandan.

—Ciervo Saltador, nos dirá donde está escondida la "Lanza de Fuego",—respondió Toro Grande, señalando al jefe muerto.

Búffalo Bill miró astutamente al jefe mandan, mientras en los labios de Dick Forsdyke aparecía momentáneamente una sonrisa de incredulidad.

Pero empezó a comprender lo que el jefe mandan intentaba cuando le oyó ordenar que uno de los bravos guerreros trajese a un prisionero; de ser posible, un jefe.

Envolviéndose en su manto de piel de búfalo, Toro Grande se colocó al lado del cuerpo embalsamado del jefe, y esperó el regreso de su mensajero, con digno silencio.

Dick Forsdyke, hubiera deseado interrogar a su rojo amigo, pero Búffalo Bill lo contuvo con una mirada.

—No lo moleste. Los pieles rojas, no son como nosotros. Toro Grande está resuelto a obtener la "Lanza de Fuego", por las buenas o por las malas,—murmuró.

Dick miró al explorador y su rostro se puso muy pálido.

—Supongo que no pensará torturar a los prisioneros,—dijo en voz baja.

Búffalo Bill, se encogió de hombros.

—¡Bah! Si con ello se consigue lo que se busca... Pero temo que no lleguemos a tiempo... De todos modos no han de burlarnos,...—respondió.

En aquel momento el mensajero regresó, acompañado de dos guerreros mandans que conducían un hermoso ejemplar de guerrero comanche.

Ajustándose aún más el manto, Toro Grande miró a su prisionero, con austero e impasible semblante, por espacio de un minuto largo, luego dijo:

—El guerrero mandan había enterrado el hacha de guerra, pero el comanche es un coyote que roba aquello por lo que no es capaz de luchar.

—El mandan, es un zorro cobarde, que aulla sólo cuando está frente a un adversario desarmado y sin amparo...—respondió audazmente el comanche.

—¿Quién de las Seis Naciones, no siendo un comanche, ha podido robar el "totem" de otra tribu en tiempos de paz? — exclamó Toro Grande.—Afortunadamente los ladrones han pagado su acción, pero la suma total no ha sido cobrada todavía.

—¿Está Zorro Dormido en presencia de un gran jefe que encabeza a los mandans o de una mujer gritona? — preguntó el prisionero desdeñosamente.

Toro Grande no hizo caso del insulto.

—Ciervo Saltador ha sido castigado por el Manitú por el crimen que han cometido sus jóvenes guerreros y la "Lanza de Fuego" debe ser devuelta a sus legítimos dueños!—exclamó como si el otro no hubiese hablado.

—Oiga Zorro Dormido para que comunique luego las palabras de Toro Grande a los que han quedado de su tribu:

"Cuando regresemos a nuestra aldea Ciervo Saltador será llevado por nosotros. Durante siete soles su cuerpo será tratado con el respeto debido al espíritu de un gran jefe. Pero si cuando el séptimo sol desaparezca tras las montañas, la "Lanza de Fuego" no ha sido restituida a aquellos a quienes les fué

robada, el cuerpo de vuestro jefe será decuartizado y entregado a los lobos y a los buitres, para que su espíritu no penetre jamás en la Región Feliz y en cambio permanezca como un eterno reproche del muerto, a los guerreros que han mentido. He hablado".

A una señal de su jefe, los guardianes mandans dejaron a su prisionero, Zorro Dormido lanzó un grito de ira y desafío y girando sobre sus talones partió corriendo como un gamo en dirección del cercano bosque.

—Llamen a mis hombres, Hemos limpiado de enemigos la aldea y eso debe bastarnos. Será mejor que partamos de aquí antes de que se haga de noche,—ordenó Toro Grande.

—¿Qué hacemos con los prisioneros? Son demasiados para llevarnos con nosotros,—exclamó Búffalo Bill, con estudiada indiferencia.

—Están aquí mis hermanos blancos, que hagan ellos lo que quieran,—respondió el jefe mandan.

—Gracias Toro Grande. Entonces que los aten en torno a su "totem" y que se queden ahí,—dijo Búffalo Bill.

—¿Quiere mi hermano salvar unas vidas que son como la de la serpiente?—preguntó Toro Grande.

—¿Y por qué no, cuando se ha sacado ya todo el veneno de sus colmillos? — replicó rápidamente Búffalo Bill.

El jefe mandan no habló más. A decir verdad, aún cuando era un indio, el hecho de dar muerte a un hombre desarmado repugnaba a sus nobles sentimientos y le agradó la decisión de Búffalo Bill, aún cuando sabía que había de producir disgusto entre sus guerreros, cuando la conociesen.

Dejando a Toro Grande que organizase a sus guerreros, Dick Forsdyke y Búffalo Bill se dirigieron hacia el sitio donde se encontraba Harry Lane que había logrado que la joven que había rescatado, recobrase el conocimiento.

—Me extrañará que los comanches quieran cambiar la "Lanza de Fuego" por el cuerpo de su jefe,—aventuró Dick, mientras iban hacia el río.

—Ha sido ese un golpe de habilidad de Toro Grande. Un piel roja hará cuanto esté en su mano por salvar el cuerpo de un jefe suyo del deshonor, y la devolverán, si es que pueden encontrarla, — respondió Búffalo Bill.

—Todo eso puede ocurrir si logramos llevar el cuerpo de Ciervo Saltador a la aldea de Castor Negro. Pero los comanches son un pueblo muy fuerte y seguramente nos van a dar bastante trabajo antes de que podamos llevarnos a casa la momia de su jefe, — agregó Bill.

Entretanto se habían reunido con Harry Lane y con la muchacha, a quien el joven les presentó como la infortunada hija del cazador, María Dare.

Estaba muy pálida pero agradeció su acción a los amigos de su salvador, con una agradable sonrisa, y en respuesta a una pregunta del explorador, les aseguró que estaba lo suficientemente bien para montar a caballo y acompañarlos.

Cuando los mandans se organizaron para emprender el viaje de regreso, ofrecían un impresionante golpe de vista.

Unas doscientas yardas más adelante del cuerpo del jefe indio, marchaba un grupo de mandans en orden de batalla.

Luego, atado a un caballo, con el cuerpo derecho, como si estuviese vivo, seguía Ciervo Saltador, adornado con las plumas y el traje que había usado en vida, encabezando un grupo de mandans de los que habían sido muertos y que, como él, estaban atados a los respectivos caballos en la misma postura que si estuviesen vivos.

Catorce mandans habían caído durante la lucha, pero solamente diez cuerpos eran llevados a la aldea. Los otros cuatro habían sido despojados de su cabellera y de acuerdo con la costumbre india, su cuerpo quedó en el mismo sitio en que había caído.

Detrás de este fúnebre grupo, marchaban cuarenta caballos capturados, que conducían los despojos tomados de la aldea comanche.

los flancos de los muertos y del botín iban los guerreros mandans y una fuerte guardia bajo el mando de Toro Grande, cerraban la columna.

Los tres blancos y Mary Dare cabalgaban entre el cuerpo principal de las fuerzas y la retaguardia.

No ocurrió nada y en la mañana del tercer día, después de dejar la aldea comanche, el corazón de los hombres rojos y el de los blancos latió con la esperanza de que nada había ya que temer y que pronto verían los wigwams de los mandans, y se hallarían sanos y salvos en la aldea.

Aun el mismo Búffalo Bill, abandonó en parte la vigilancia, cuando terminaron de atravesar un estrecho desfiladero donde los adversarios podían fácilmente haberles interceptado el camino, y la marcha había de seguir desde allí por vastas llanueras, interrumpidas por barrancos que corrían paralelos a su línea de marcha, pero que no constituían obstáculos.

La llanura estaba limitada por las montañas que rodeaban el valle donde se encontraba la aldea de los mandans.

Los comanches no podían atacarlos ya, y pronto...

Entonces se produjo el hecho.

Llegó en la forma aplastadora de un mazazo apenas precedido por el grito de guerra de los comanches, cuando unos doscientos pieles rojas, que habían estado ocultos en un barranco, cargaron vigorosamente contra el sitio donde iba el cuerpo de su jefe muerto, entre la doble fila de guardianes.

Pero aunque tomados completamente por sorpresa, Toro Grande no perdió ni un sólo instante la serenidad.

Llamando a los hombres que marchaban al cuidado de los caballos capturados, dió orden de que los hicieran galopar entre los atacantes y su objetivo, en nua ininterrumpida línea, para lo cual la cabeza de cada caballo iba atada a la cola del que lo pre-

cedía, de modo que formaban una barrera viviente, contra la cual cargaron en vano los comanches.

Obedeciendo las órdenes de su jefe, los mandans formaron un grupo en el centro del cual encerraron el cuerpo de Ciervo Saltador, que constituía para ellos el valioso rehén de la "Lanza de Fuego".

Entre tanto Búffalo Bill, Dick Forsdyke y Harry Lane, con María Dare, ésta colocada entre los dos últimos, cargaban contra sus adversarios. Las balas de sus revólvers causaron gran desaliento entre las filas de los atacantes, mientras que a cada momento entraban en la lucha más guerreros mandans.

A pesar de ello, los comanches hubieran triunfado, tan completa había sido la sorpresa. Terriblemente en su favor estaban todas las circunstancias, pero sus filas fueron desorganizadas por la hábil maniobra de Toro Grande y luego por los mortíferos efectos de las armas de sus enemigos blancos, que infundieron terror en sus corazones y pronto se hizo evidente que combatían para salvarse del mal paso en que ellos mismos se habían metido.

Durante un tiempo combatieron con la ferocidad de lobos acorralados. Luego, perdida ya toda esperanza de triunfo, rompieron el círculo de los mandans.

Los valientes de Toro Grande, los valerosos guerreros pieles rojas habían sido reducidos a unos sesenta, parte de los cuales estaban heridos.

Solos o formando grupos de dos o tres, los comanches escapaban por la llanura, mientras los dos veces triunfadores mandans los perseguían encarnizadamente para asegurarse otra cabellera que agregar a los trofeos con que volvían a su hogar.

Por suerte, los caras pálidas habían resultado ilesos, y se hallaban cerca de lo que constituía la vanguardia de su columna, cuando Dick Forsdyke exclamó:

—¡Miren! El caballo de Ciervo Saltador se escapa...

Era verdad.

Una flecha lanzada durante la lucha, por un guerrero comanche, había herido en uno de los costados al caballo que conducía al jefe muerto, y el animal salía corriendo por la pradera, afortunadamente en dirección opuesta a la que habían tomado los comanches.

—¡Diablo! ¡Va en dirección del cañón de la Muerte! — exclamó Búffalo Bill, clavando las espuelas a su caballo y partiendo en su persecución, mientras que Dick Forsdyke haciendo dar vuelta a su caballo, corría a su lado.

Los dos iban bien montados y Dick esperaba que darían alcance al animal desbocado. Desatando su lazo de la montura, lo preparó para lanzarlo en cuanto considerara propicio el momento y estuviese lo bastante cerca.

Pero el animal al oír cerca el ruido de los cascos de los otros caballos, aumentó la velocidad de su carrera. Poco a poco Dick, iba ganando el terreno yarda por yarda y acercándose así a su perseguido, hasta que al fin comenzó a hacer girar el lazo sobre su cabeza, para lanzarlo.

De repente un grito salió de los labios de Búffalo Bill.

—¡Cuidado con el barranco! ¡Enlace el cuerpo de Ciervo Saltador y deje ir al caballo!—exclamó.

Dick Forsdyke no respondió, pero su vista se clavó en el cuerpo atado al desbocado animal y después de hacer describir al lazo un círculo sobre su cabeza, lo arrojó en dirección al cuerpo del indio y se dispuso a resistir la sacudida.

Una exclamación de disgusto brotó de sus labios cuando vió que el lazo, después de rozar la cabeza y el hombro de Ciervo Saltador, caía por uno de los lados del caballo que lo conducía.

Lanzando un relincho de terror, el animal dió un salto hacia adelante.

Dick vió que el animal desaparecía de pronto ante sus ojos como si se lo hubiera tragado la tierra.

Por primera vez, recordó entonces el Cañón de la Muerte y contuvo a su caballo.

El movimiento fué realizado en el momento justo, porque cuando logró que el animal se detuviese, las patas delanteras se hallaban casi en el borde del precipicio.

A unos mil pies más abajo del sitio donde se hallaba corrían vertiginosas como un torrente, las espumosas aguas, entre las cuales se pudo ver, por un momento ,el cuerpo del caballo y su impasible jinete, fuertemente atado a él. Juntos fueron dando vueltas hasta una catarata en la que el río desaparecía bajo un enorme arco abierto en la roca.

Con el corazón palpitante, pues de haber avanzado unas pulgadas más hubiera corrido la misma suerte que el jefe indio, Dick hizo retroceder a su caballo, justamente cuando llegaba Búffalo Bill.

—¡Al verlo avanzar de ese modo, no creí que pudiera evitar el irse al fondo, Dick!— manifestó Búffalo Bill, mientras hacía dar vuelta a su caballo.

Forsdyke asintió.

—Yo también lo creí así por un momento, — admitió. — ¿Dónde va a dar este río? — agregó señalando la dirección del peñasco que interrumpía su curso.

—Los pieles rojas dicen que a una caverna; una especie de puerta reservada del País de los Espíritus... ¿Por qué lo pregunta?

—Porque supongo que se podrá seguir el curso del río para tratar de recuperar el cuerpo jefe indio, — manifestó Dick.

—Fuerza es resignarse a no encontrar nada del cuerpo del hombre, ni aun un casco del caballo, pues no sabemos dónde va el río... Nadie, ni blanco ni rojo, lo sabe... Es verdaderamente una desgracia, pues ese cuerpo constituía para los mandans la única posibilidad de recuperar su "totem" per-

dido, — exclamó Búffalo Bill dirigiéndose hacia el sitio donde los mandans, después de haber puesto en fuga a sus enemigos, los esperaban.

CAPITULO XII

En serios apuros.—

La pérdida del cuerpo del jefe indio fué un tremendo golpe para los mandans, porque ya no podían obligar a sus enemigos a restituir lo que consideraban que constituía la razón de la suerte de su tribu.

No podían tener la esperanza de que se conservase en secreto la suerte que habían corrido los restos de Ciervo Saltador.

Varios comanches habían sido testigos de la fuga del caballo y de que los que habían partido en su persecución volvieron con las manos vacías y, en consecuencia, podían calcular lo que había ocurrido.

Pasaron tres días sin tener noticia ninguna de sus adversarios. A eso de la mitad del cuarto día llegó un explorador con la noticia de que una importante partida de indios cuervos habían acampado como a unas doce millas de la aldea y que, evidentemente, estaban esperando allí a sus aliados los comanches, para atacar juntos la fortaleza de los mandans.

Se celebró en seguida un consejo de guerra y Castor Negro anunció su intención de mandar a su hijo para atacar a los cuervos antes de que se les reuniesen los comanches .

Era aquella una idea de excelente estrategia y Dick y Harry hubieran formado muy gustosos parte de la expedición, pero Búffalo Bill había partido de la aldea antes del amanecer y ellos le habían prometido no moverse del campamento hasta que él regresase.

Toro Grande reunió a todos los jóvenes guerreros. Los caras pálidos, con sus rifles ayudarían a los que se quedaban en la aldea, en caso de un ataque. No era de teme resto. Los centinelas mandans habían recorrido toda la región inmediata sin descubrir señales de los enemigos, salvo los que Toro Grande había puesto anteriormente en fuga.

Como esperaban atacar a sus adversa por sorpresa, los guerreros abandonaron la aldea de la tribu mandan antes de que la noche hubiera pasado, y a que, como es costumbre entre los pueblos primitivos, como los pieles rojas, no pelear después de oscurecer.

La aldea quedó en silencio y los que quedaron en ella se dedicaron al descanso, confiando en los centinelas.

Pero Dick Forsdyke no podía dormir. Sentía como una opresión y en cuanto quedaba vencido por el sueño, soñaba cosas extrañas, viendo a Harry Lane, María Dare y Búffalo Bill, sufriendo una espantosa agonía y torturados por una multitud de demonios rojos que eran unas veces comanches o cuervos, y otras mandans.

Durante algunas horas permaneció dando vueltas en su lecho de aromáticas pieles y plantas, hasta que al fin, se levantó.

Tomó su rifle y salió del wigwam, mirando en redor.

Era una noche serena y estrellada, y a excepción del fuerte respirar de los que dormían, en la parte de fuera de sus wigwams, de alguno que otro ronquido, del ladrido de los perros o del croar de los sapos en las orillas del río, todo estaba tranquilo.

Como no podía conciliar el sueño, trepó a lo alto de su wigwam, y se sentó con el rifle en sus rodillas.

Llevaba así un buen rato y se había quedado medio traspuesto, cuando de repente abrió los ojos dominado por una sensación que no podía explicar.

Pero el hecho fué que experimentó un singular desasosiego y dirigió en torno suyo una mirada de desconfianza, notando entonces, no sin extrañeza, una serie de brillantes chispas que se destacaban entre la oscuridad a pocas yardas de distancia de la empalizada que servía de cerco de defensa a la aldea.

Apuntando a una de esas chispas, Dick oprimió el gatillo de su arma. La detonación fue seguida por el grito de muerte de un comanche. Inmediatamente las chispas se convirtieron en llamas y los atacantes descubriendo las antorchas, que hasta entonces habían tenido ocultas, y avanzaron hacia la empalizada, gritando como demonios.

Poniéndose de pie, Dick Forsdyke disparó una y otra vez contra las filas de los ocultos pieles rojas, logrando contenerlos mientras que los mandans se disponían a defender sus hogares.

Pero la incierta luz dificultaba su acción y pronto la empalizada de troncos fué escalada en varios sitios y una parte de los atacantes arrojaba las antorchas sobre los techos de las chozas de paja que se hallaban más cerca.

—¿Qué ocurre Dick? — preguntó Harry Lane saliendo de su choza, con el rifle en la mano.

—¡Que los comanches nos están atacando! ¡Pronto! Lleve a la señorita Dare a la canoa,—respondió Dick sin volver siquiera la cabeza.

Durante un momento Harry Lane vaciló, sin decidirse a dejar solo a su camarada, pero la idea de que María Dare quedase a merced de sus crueles enemigos, le hizo encaminarse rápidamente hacia el wigwam de Toro Grande, donde se hallaba la joven, que era huésped de Sauce Cimbreante, la esposa del joven jefe.

Gracias al ruido de los disparos del rifle de Dick los mandans no fueron tomados completamente por sorpresa. Corrieron hacia las empalizadas armados con sus largas lanzas, lograron mantener a raya a los asaltantes durante un tiempo. Pero aquello fué de poca duración. Aun cuando los comanches esta-

ban detenidos por las llamas de la empalizada y los mandans luchaban con su tradicional valor, pronto empezaron a verse obligados a retroceder hasta que fueron amontonándose cerca del lugar desde donde Dick, que continuaba haciendo fuego hasta agotar todas las municiones que llevaba.

Una y otra vez había mirado tratando de descubrir donde estaba Harry para saber si había logrado llevar a la joven blanca a la opuesta orilla del río donde esperase segura los acontecimientos.

Pero cuando pasaron varios minutos y Harry Lane no había vuelto aún a su lado, Dick, temió que los pieles rojas le hubiesen cortado la retirada.

Tuvo poco tiempo para pensar en la suerte que podía haber corrido su amigo.

Pronto gastó su último cartucho. Lanzando un ruidoso ¡Hurrah! saltó desde lo alto y tomando su fusil, por el caño, con las dos manos cargó contra los adversarios.

Su admirable valor, tuvo un extraordinario resultado, pues siguiendo el ejemplo del hombre blanco, los mandans lanzaron su grito de desafío y atacaron con tal brio y resolución que los comanches empezaron a ceder, trocándose sus gritos de triunfo en aullidos de terror.

Pero aún cuando luchasen espléndidamente, alentados por el jóven británico, cuyo rifle se movía con terribles resultados, con la regularidad del pistón de una máquina, eran muy inferiores en número.

No tardó pues mucho tiempo en que los comanches, animados por sus jefes, los presionaran y los hiciesen retroceder de nuevo, y durante algunos segundos, Dick Forsdyke quedó solo en el centro de un grupo de adversarios sedientos de su sangre.

Los pieles rojas sufrieron un desencanto. Girando sobre sus talones Dick envió un joven guerrero por tierra con la espina dorsal partida y se unió a sus amigos que estaban disponiéndose a realizar un ataque para rescatarlo.

Entonces, como por mutuo consentimiento, quedó entre los dos grupos de combatientes un espacio que fué conquistado pronto por los comanches quienes obligaron a sus adversarios a replegarse hacia el río.

Allí hicieron alto nuevamente, sosteniendo una lucha desesperada frente a la puerta de tres grandes wigwams donde habían sido reunidas las mujeres y los niños.

Enormes insultos y terribles juramentos, en los que cada mujer y niño de la aldea adivinó la terrible suerte que le esperaba, acompañaron un nuevo ataque de los comanches y Dick comprendió que de no llegar una pronta ayuda el fin de la tragedia estaba cercano.

¿Y de dónde podía llegar el auxilio?

Castor Negro había partido de la aldea



Búffalo Bill avanzó y estrechó la mano del joven jefe mandan: "Toro Grande ha demostrado a los comanches que un guerrero mandan ha visitado su campamento", dijo

con algún secreto propósito poco despujés de que su hijo partiese con su gente para atacar a los indios cuervos, y no era de esperar que Toro Grande estuviese tan pronto de regreso.

Sin embago, eso fué lo que ocurrió, y así se salvaron todos de una muerte cierta.

Instantáneamente, cuando Dick se disponía a realizar una nueva tentativa de defensa, que sería acaso su última lucha, se oyó un coro de espantosos gritos de venganza entre el chocar de los cascos de los caballos y los comanches tuvieron que hacer frente al ataque de Toro Grande y de sus hombres.

Estos habían llegado al lugar del campamento de los indios cuervos, pero lo hallaron desierto y las cenizas de las hogueras frías, por lo cual temiendo que se tratase de una estratagema para alejarlos de su aldea, el joven jefe regresó al galope para ver que sus temores eran ciertos, pues las pocas chozas de paja de la aldea estaban en llamas y sus hermanos luchaban deseesperadamente por salvar la vida.

Enfurecidos ante el espectáculo de su hogar destruído, los mandans se hicieron irresistibles, y pronto los comanches pagaron con la vida su acción.

Comprendiendo que sus servicios no eran ya necesarios, Dick Forsdyke se dirigió hacia el río y lanzó un llamado.

p Pero no obtuvo respuesta alguna. Seguro entonces de que había ocurrido una desgracia a Harry Lane y a su compañera, regresó convencido de que nada podía hacer hasta que fuese de día.

CAPITULO XIII

En el Cañón de la Muerte.—

NO es necesario decir que no fué debido a su voluntad que Harry Lane no regresó a luchar junto a su camarada.

Había encontrado a María Dare mirando fijamente, con una expresión de angustia en su pálido semblante, la salvaje escena que se desarrollaba junto a la empalizada que ya ardía.

Dos de los hijos de Toro Grande estaban agarrados de su vestido, mientras que Sauce Cimbreante, con una criatura en brazos, se había acurrucado presa de un gran terror, junto al poste central del wigwam.

—¡Apresúrese, María! Es necesario que crucemos el río lo antes posible. La llevaré a un escondite y luego regresaré, pues debo hacer uso de mi rifle antes de que termine la tarea de esta noche,—exclamó Harry.

Pero María Dare sacudió negativamente la cabeza.

—No puedo tratar de salvarme, dejando aquí a Sauce Cimbreante y a estos niños para que sean ultimados por los crueles comanches, — dijo con tono tranquilo pero resuelto.

Harry Lane la miró con asombro.

—No esperaba otra cosa de usted, María. Pero no puede ser. No conseguirá, quedándose, más que perder la vida sin provecho para ellos ni para usted, — añadió en tono de convicción.

Más no consiguió que la noble muchacha cambiara de resolución, hasta que al fin se ofreció a llevar a Sauce Cimbreante y a los niños.

María consintió entonces y la pequeña comitiva llegó pronto a la orilla del río. Pero aquí les esperaba un nuevo contratiempo. Sauce Cimbreante estaba a punto de caer desvanecida y en la canoa no cabían todos.

No quedaba, pues, otro recurso que el de hacer dos viajes y aunque el retardo disgustaba a Harry, ninguna otra solución se le ofrecía.

Como Sauce Cimbreante no quiso separarse de sus hijos, María se ofreció a esperar hasta que el joven británico hubo conducido a la mujer india hasta su escondite.

Remando con todas sus fuerzas, Harry adelantó conduciendo en línea sesgada el liviano esquife, que llegó hasta un espeso matorral que había en la orilla opuesta, formando una enramada natural sobre un trozo de roca que medía unos seis pies de largo, por cuatro de ancho y donde podían permanecer ocultas las mujeres y los niños hasta que terminase la lucha.

La distancia de orilla a orilla sólo era de unos centenares de yardas, pero Harry encontraba mayor dificultad en manejar la embarcación vacía debido a la fuerza de la corriente, que lo arrastró más abajo de la aldea, viéndose en la necesidad de remar aguas arriba por un trecho de algunas yardas para llegar al punto donde lo esperaba ansiosamente María Dare.

—¡Salte, María! Apresúrese, pues el pobre Dick creerá que se me han enfriado los ánimos y me he marchado, — exclamó mientras sujetaba la canoa para que se embarcase la muchacha.

—¡Demasiado le conoce para pensar semejante cosa, Harry! — respondió María instalándose en la proa de la embarcación.

Harry Lane hizo un gesto de asentimiento y metiendo los remos en el agua hizo dar vuelta a la embarcación. María, que estaba sentada frente a él, miraba hacia la costa, de la que se iban alejando y lanzando un grito de terror, señaló hacia la aldea, al distinguir un resplandor que levantándose hacia el cielo, iluminaba el espacio en una gran extensión.

Instintivamente Harry dejó de remar y siguiendo con la vista la dirección del brazo de su hermosa compañera, miró fijamente, horrorizado, la espantosa escena que se presentaba ante él.

La aldea parecía ser presa de las llamas, pues el cerco, seco como la yesca, ardía rápidamente y las llamas, como rojas lenguas, surgían de los techos de paja de las chozas.

Los pieles rojas diseminados en grupos, perdidos entre la cortina de humo y fuego, peleaban encarnizadamente.

De repente, como si hubiera intervenido la vara mágica de un hechicero, la escena cambió, quedando sólo el resplandor que te-

ñía de rojo la copa de los árboles cercanos. Hary Lane pareció despertar como de una pesadilla horrorosa, para darse cuenta de que la canoa iba vertiginosamente río abajo arrastrada por la corriente.

Entretenido con la impresionante escena que ofrecía el incendio no se había dado cuenta, hasta que ya era tarde, de que la embarcación iba rápidamente hacia el punto en que la correntada seguía su curso entre las paredes de roca que se estrechaban y que precipitaban el caudal de las aguas hacia el Cañón de la Muerte.

Desesperadamente trató de cambiar de dirección la canoa, pero tuvo que desistir de ello pues la forma en que se balanceaba la débil embarcación le advirtió que si insistía en resistir la fuerte correntada, aunque sólo fuera unos segundos, se daría vuelta y lanzaría a los que la ocupaban en medio del bullicioso torrente.

Si hubiese afrontado el peligro algunos momentos antes hubiera podido dirigir la canoa hacia el punto de partida y allí esconder a la joven en los bosques que costeaban el río, hasta que los comanches se hubieran retirado.

Pero ahora era ya tarde y con una gran desesperación y el corazón oprimido se convenció de que no le quedaba más recurso que el de mantener la proa de la lancha, corriente abajo, en la confianza de poder salvar las rocas cuyos picachos negros se destacaban con nitidez entre la espuma de las agitadas aguas.

A fuerza de mantenerse siempre alerta, Harry Lane pudo evitar una catástrofe y alentó una esperanza. Tal vez pudiera, al fin, evitar los efectos de la rapidez de la corriente y ponerse a salvo... De pronto sintió que la canoa se precipitaba hacia adelante y luego se desviaba hacia la izquierda en forma brusca dirigiéndolos la corriente hacia una curva rápida.

Al ver eso, por vez primera, Harry Lane se desalentó... Ante él se extendía una superficie escalonada de blanca espuma. María Dare también comprendió la desesperada situación en que se encontraban y se volvió hacia Harry Lane, en señal de despedida.

* * * * * * * * * * * * * * * * * * *

Dick Forsdyke esperó ansiosamente la llegada del alba, para iniciar con empeño la busca de Harry Lane y María Dare, pero antes de que llegase el día se encontró nuevamente con sus amigos los mandans, para tratar de salvar la vida.

Al despuntar la aurora sobre la cumbre de las montañas circundantes, un destacamento de mandans que había estado explorando los bosques en busca de comanches fugitivos regresó a todo galope internándose en la semi quemada aldea, con la fatídica información de que los comanches, habían recibido nuevos refuerzos con la incorporación de un importante grupo de guerreros cuervos y que avanzaban con rapidez.

La noticia era cierta. Apenas tuvo su jefe tiempo para reunir a sus diseminados guerreros hartos de lucha, cuando los bosques cobraron animación con los agudos gritos de los comanches y los alaridos, más profundos, pero no menos terribles de los indios cuervos.

Luego se supo que debían hacer atacado juntos la idea de los mandans, pero que los primeros, sabedores de que la defensa de la aldea era débil, se habían adelantado a sus aliados, pagando con creces la traición cometida.

Este proceder, fué causa, de que los comanches, sin saberlo, habían salvado de un seguro exterminio a toda la tribu de los mandans que no hubieran podido resistirse contra un ataque combinado.

Aún así parecía que la victoria de los mandans se trocaría en derrota, pues estos estaban fatigados y agotados con la violencia del combate sostenido, mientras que los cuervos iniciaban la lucha con todos sus bríos.

Pero cada uno de los guerreros sentíase consciente de que peleaba no sólo por conservar su vida, sino por mantener la existenia de la misma tribu, e iniciaron el encuentro en forma que mereció la admiración, a duras penas concedida, de sus adversarios.

Eran irremisiblemente derrotados a causa de su menor número, poco a poco iban retrocediendo hacia el río, cedían, cuando, con gran rapidez sonó como un trueno, una descarga en la retaguardia de los atacantes y de los labios de Dick brotó un "¡hurrah!", cuando vió que los rayos del naciente sol hacían relucir la hoja de los sables que esgrimían los soldados de un destacamento de caballería de Estados Unidos, que había llegado a tiempo para evitar que todos fueran aniquilados.

—¡Los cuchillos largos! ¡Los cuchillos largos nos persiguen! — gritaron despavoridos los indios y en seguida dejaron de atacar a los mandans y se dispersaron.

Agotado por la fatiga, debilitado por la pérdida de sangre, vió Dick Forsdyke, como en nu sueño a Búffalo Bill, que había dirigido el ataque de las fuerzas de caballería.

Llegó a caballo junto a él y apeándose, se acercó apresuradamente, exclamando:

—¡Alabado sea Dios que lo encuentro con vida! ¡No le hubiera perdonado jamás quo se dejase matar!

—A no ser por su intervención eso hubiera ocurrido. No hubiéramos podido resistir ni diez minutos más, — respondió Dick en tono de agradecimiento. — ¿Dóndo consiguió encontrar a la tropa?—añadió.

Búffalo Bill se rió socarronamente.

—Estaban acampados en despoblado, con hogueras encendidas como si se hallasen celebrando un tedéum, en acción de gracias, y completamente satisfechos porque no suponían la existencia de un piel roja, en cien leguas a la redonda. Casi le dió un ataque a su jefe cuando le informé de la existencia de varios centenares de comanches y de

cuervos a la distancia de un galope corto y añadí que si no tomaba medias inmediatas, dos hombres blancos y una muchacha del mismo color, corrían peligro de muerte, pues serían degollados. Traté de regresar antes de que estuviese más avanzada la noche y me encontré atestados los bosques de estos diablos rojos... ¿Dónde están Harry Lane y el viejo Nab? — preguntó el explorador mirando en torno suyo.

—Nab murió peleando como un héroe,— contestó Dick con solemne entonación.—Harry ha partido...

—¡Qué ha partido! — repitió Búffalo Bill. —No querrá insinuar que ya no existe.

Dick sacudió con duda la cabeza y relató al explorador, con frases entrecortadas por la emoción, lo que había ocurrido.

Búffalo Bill adoptó un aire de preocupación y tomando a Dick por un brazo lo condujo hasta el wigwam que le servía de vivienda en la aldea mandan.

—Está usted rendido, muchacho. Acuéstese y duerma, mientras yo trato de seguir la pista de Harry, — dijo en tono imperativo.

Pero Dick Forsdyke sacudió de nuevo la cabeza.

—No podré dormir mientras no sepa algo acerca de la suerte que ha corrido Harry. Eramos muy camaradas y...

Pero, sonriendo, Búffalo Bill le interrumpió y le obligó a acostarse. A pesar de sus protestas pronto se quedó dormido con un sueño profundo, como el de una persona cuyas fuerzas están enteramente agotadas.

Sonriendo con satisfacción, Búffalo Bill abandonó el wigwam y se encaminó a grandes pasos hacia el lugar donde se hallaba Toro Grande, que era ahora el jefe principal de los mandans, pues Castor Negro había muerto heroicamente poco antes de llegar los soldados al lugar de la lucha, y le repitió lo que acababa de contarle Dick.

Al principio, el joven jefe prestó poca atención al relato de su amigo blanco, pues acababa de enterarse que su mujer y sus hijos habían desaparecido y temía que hubiesen caído en manos de los comanches, quienes, indudablemente los matarían como represalias de la derrota que acababan de sufrir.

Sin embargo, cuando se enteró de que Hary Lane se había propuesto llevar a María Dare al otro lado del río, tuvo la esperanza de que Sauce Cimbreante y sus hijos los hubiesen acompañado y esa idea hizo que partiese apresuradamente hacia la orilla.

Se embarcaron en una canoa, Búffalo Bill y Toro Grande y remaron en dirección a la peña, cuando el jefe indio lanzó un grito de alegría al ver los sonrientes semblantes de su mujer y sus hijos que aparecían entre el follaje.

Unos minutos más tarde Toro Grande abrazaba a los suyos. Pero la alegría desapareció pronto de sus ojos y Búffalo Bill se puso serio cuando Sauce Cimbreante relató cómo había visto a Harry Lane y a María Dare, arrastrados hacia el Cañón de la Muerte, por la rápida corriente.

—El corazón de Toro Grande experimenta un gran pesar por la suerte que ha corrido su amigo. Ninguno que ha penetrado en el Cañón de la Muerte ha vuelto jamás,—dijo el joven jefe.

Búffalo Bill tomó la mano del piel roja y la apretó con gratitud.

—Gracias, Toro Grande, — dijo. — Siento verdadera pena. Ha demostrado ser un verdadero hombre en todo momento... Supongo que no habrá forma de llegar hasta ese sitio, ¿verdad?—preguntó con curiosidad.

—¿Acaso mi hermano es un pez que puede nadar a través de la corriente, o un ave que puede volar por encima del río?—preguntó Toro Grande.

Búffalo Bill hizo un movimiento con la cabeza.

—Creo que no, Toro Grande. Pero a pesar de ello, cuando haya llevado a Sauce Cimbreante y a los muchachos hasta la aldea, yo veré hasta dónde puedo llegar con la canoa.

Fué inútil que el joven jefe indio tratase de disuadir a su amigo blanco de que se aventurase en el temible paso. Pero viendo que el escucha estaba resuelto a realizar la tentativa, manifestó su resolución re acompañarlo.

Así ocurrió que cuando media hora después Búffalo Bill daba comienzo a su arriesgada empresa, Toro Grande lo acompañó.

Fué eso preferible, pues en caso contrario era dudoso que regresase Búffalo Bill Asimismo y debido sólo a sus esfuerzos sobrehumanos consiguieron regresar y extenuados por la lucha sostenida con la corriente, se encaminaron a la aldea.

Al sacar la canoa a tierra firme, fueron sorprendidos por gritos de alegría que partían del lado de las chozas, extrañándose aun más al ver que los mandans, vistiendo sus trajes más vistosos, saltaban y brincaban como dominados por un inmenso júbilo.

Toro Grande se presentó entre su tirbu.

—¿Se puede saber si el gran Manitú ha castigado a los mandans con la demencia, para que procedan en esa forma ante los caras pálidas?—perguntó con fiereza el jefe.

Pero tal vez no llegara a oir la respuesta, que dió uno de los guerreros, pues sin dar crédito por completo a lo que veían sus ojos, distinguió ante el wigwam del "Gran Médico" y ocupando su sitio de costumbre a la "Lanza de Fuego".

Búffalo Bill se dirigió hacia una de las grandes viviendas, en cuya puerta estaban de pie Dick Forsdyke, Harry Lane, María Dare y el capitán que mandaba las fuerzas de caballería.

Tomando a Harry de la mano, Búffalo Bill se la estrechó con fuerza tal que el joven británico se estremeció.

—Casi equivale ver agua abundante hallándose en el Desierto Estacado, el volver a verle a usted, muchacho. Creía que esta vez había emprendido el viaje del que no se vuelve. ¿Pero cómo hizo para?... — co-

menzó a decir. Se detuvo, lanzando sus ojos una mirada que indicaba que lo había comprendido todo.

—Dicen por ahí que fué usted el que trajo la "Lanza de Fuego" del Cañón de la Muerte, —dijo.

—¿Cómo demonios pudo usted saber que se encontraba allí? — preguntó Harry.

Búffalo Bill se sonrió.

—En realidad, no lo sabía, — admitió.— Pero últimamente esa "Lanza de Fuego" me había dado mucho que pensar y, conocedor de las artimañas de los comanches, que son maestros en toda clase de astucias, pensé que el difunto Ciervo Saltador podía contener algo más que hierbas aromáticas y antisépticas en el interior de su cuerpo. Ahora le corresponde hacerme saber la forma en que la encontró.

Harry Lane ya había hecho el relato de sus aventuras en el Cañón de la Muerte a Dick Forsdyke y al capitán, pero se prestó gustoso a repetir la narración, que el lector conoce en su mayor parte.

Harry Lane, que en el momento en que lo dejamos, perdió el conocimiento, lo recuperó pronto y se encontró tendido sobre el cuerpo de un caballo, teniendo en sus brazos a María Dare. Los oídos le zumbaban horriblemente.

¿Cómo habían ido a parar a aquel sitio? Esto era para ellos un completo misterio y sólo pudieron suponer que habían sido arrojados fuera del agua como pueda salir una piedra lanzada con fuerza por un caño, yendo a dar al sitio en que se hallaban.

Encontró que el cuerpo de Ciervo Saltador estaba apretado bajo el caballo en que había cabalgado por última vez, y cerca de él, entre un montón de hojarasca y hierbas aromáticas estaba la "Lanza de Fuego".

Guardó precipitadamente en el bolsillo el "totem", el amuleto tan extraordinariamente recuperado, levantó en sus brazos a Marie Dare y la llevó hasta una hendidura que había en la roca, pues el sitio en que estaba no ofrecía mucha seguridad. Con gran alegría notó que la joven recuperaba el conocimiento.

Tan pronto como la joven pudo ponerse de pie y caminar, realizaron un reconocimiento en torno de su rocosa prisión, hasta que consiguieron salir al aire libre y por último, físicamente rendidos, llegaron a la aldea de la tribu mandan.

Como el capitán que mandaba las fuerzas de caballería estaba deseoso de regresar cuanto antes a su campamento, y los ingleses querían que María Dare fuese atendida por un médico, pues parecía iba a enfermarse, y allí, en aquella aldea de indios no podían conseguirlo, resolvieron partir bajo la protección de la tropa.

Una hora más tarde emprendieron el viaje, escoltados durante las primeras millas por una guardia de honor compuesta de guerreros mandans a las órdenes de Toro Grande, su agradecido jefe, y al día siguiente se dirigieron al río Brazos, siendo recibidos por el ganadero irlandés y por Aileen, su hermosa hija. A Dick y a Harry les hicieron una acogida como a personas salidas de una tumba.

Allí, Búffalo Bill se despidió de los jóvenes británicos.

—Hasta pronto, muchachos. Pasará mucho tiempo antes de que encuentre mejores camaradas, que ustedes, — exclamó al darse vuelta en su caballo para dirigir el último saludo de despedida. — Tampoco podré posar mi mirada en dos chicas más hermosas,— agregó cortésmente saludando a Aileen O'Hara y a María Dare, que estaban de pie delante del portón, abrazadas.

—¡Eh! ¡Muchachos! Háganme conocer la fecha que fijan para la celebración de la doble boda, y así podré asistir a la emocionante ceremonia, aunque tuviera para ello que recorrer a pie la distancia que hay de una punta a la otra de Estados Unidos, — continuó, recogiendo las bridas para ponerse en marcha.

—Entonces va a tener que regresar muy pronto, — exclamó Dick riéndose, — pues nos pensamos casar en cuanto hayamos cercado nuestras tierras y edificado nuestras viviendas.

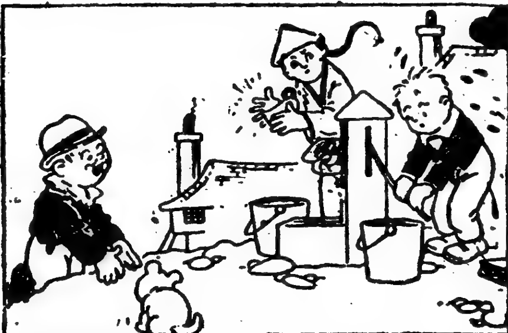
FIN DE "EL TOTEM PERDIDO"

PARA LOS NINOS

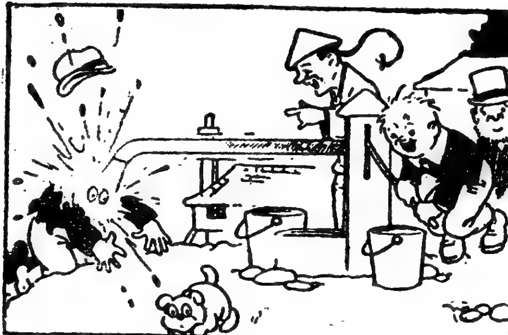
La Lámpara Maravillosa



1.—Estaba Tomasito leyendo un libro de historia, cuando Pirucho, que es un chico de lo peor que anda por el mundo, tomó un balde, lo llenó de agua y, sin recelo ninguno, arrojó el líquido a la cabeza del pobre Tomasito. Ta-ta-chin, que presenció esa escena, se indignó.

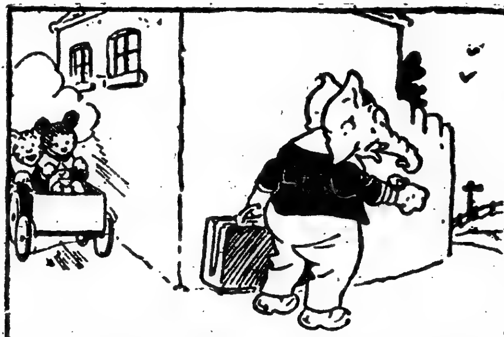


2.—Pirucho se retiró lo más que pudo, procurando ponerse fuera del alcance de la venganza de Tomasito, pero Ta-ta-chin dijo rápidamente a su amigo: "Mueve el brazo de la bomba, Tomasito, y verás". Y al mismo tiempo frotó su maravillosa lámpara.

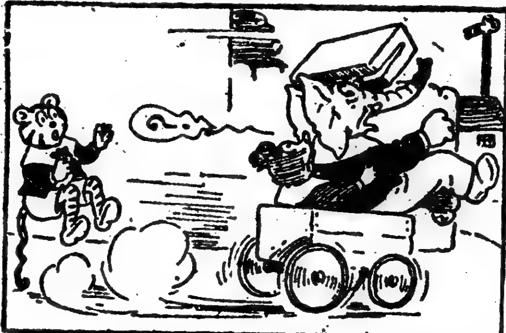


3.—¿Qué sucedió? Que cuando Pirucho se consideraba más seguro, el caño de la bomba se alargó hasta él, por arte mágico, y un chorro de agua, abundante y fresca, fué a bañar a Pirucho en forma tal que lo dejó empapado. El castigo no pudo ser más justo.

El elefantito alegre



1.—"No me queda más que un minuto para la salida del tren, así que voy a tener que ir corriendo a la estación", dijo el elefantito alegre. Por la otra calle venían, en su automóvil, el osito y el gato, que volvieron la esquina sin saber que estaba allí su amigo



2.—El automóvil del osito golpeó con el elefante, dándole en la espalda. Por pura casualidad, el elefantito, sin soltar su valija, cayó sentado en el vehículo y éste rodó con vertiginosa y admirable rapidez, cuesta abajo, camino de la estación del ferrocarril.



3.—Dió el vehículo en el cerco de la estación y fué tan recio el golpe que el cerco saltó hecho pedazos. "¡Muchas gracias, amigos!" — exclamó el elefantito, corriendo hacia el tren que partía en aquel mismo momento. No es necesario decir que el osito se quedó asombrado.



El Pastelero de Madrigal

La más enternecedora narración de la vida de una princesa real que figura en las páginas de la historia.

Por RAFAEL SABATINI

NO figura, en toda la extensión de ese relato de la humana fragilidad que se llama historia, un suceso más triste que el de lo que le pasó a la princesa Ana, la hija natural del espléndido don Juan de Austria, quien, a su vez, era hijo natural del emperador Carlos V, y por lo tanto, medio hermano de Felipe II, rey de España. Por su sangre real, la princesa Ana pertenecía a una clase determinada de la sociedad, pero su origen ilegítimo la negaba todo derecho a las ventajas mundanales correspondientes a su aristocrático rango. En consecuencia, como la sociedad no podía ofrecerle un sitio digno de ella, lo mejor era separarla de esa sociedad antes de que sus atractivos la hubieran arraigado a ella.

A la tierna edad de diez y seis años fué enviada al convento de Benedictinas de Burgos, y en la adolescencia, trasladada al monasterio de Santa María la Real, situado en Madrigal, donde, según se dispuso, debía tomar el velo. Pero, las estrictas condiciones de vida a las que se le sometió, no consiguieron extinguir en ella su espíritu de independencia, ni lograron ocultarla la circunstancia de que era muy hermosa.

A la entrada de aquel convento, donde, por expresa indicación testamentaria de su difunto tío, debía hallar, en vida, su tumba, sobre las verjas de acceso, la princesa pudo leer, con la mente, la terrible inscripción dantesca: "Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate", pues en verdad, una vez traspuesta aquella reja, a la pobre joven no debía quedarle esperanza ninguna de volver a salir. Protestó sin embargo y exigió del obispo que la acompañaba, que dejara constancia de que no entraba voluntariamente en aquel convento.

Pero su voluntad importaba muy poco. El rey Felipe era, después de Dios, el único que mandaba en España.

Considerando que le correspondía, teniendo en cuenta su origen aristocrático, su Católica Majestad la concedió algunos privile-

gios que no tenían las demás que pertenecían a aquella comunidad religiosa. Se le concedió una lista civil, con la que se pagaba dos damas de compañía y dos criados, y se le dió el tratamiento de "excelencia", que siguió usando aun después que, tras un apresurado noviciado de un solo año, tomó el velo.

Se sometía, convencida de que toda protesta hubiera sido vana, pero su resignación era únicamente material. Su espíritu seguía rebelándose íntimamente. La vida del claustro, con su monotonía, pareció dominarla un tanto y se llegó a esperar que fuera por fin, envuelta por el ambiente gris y triste del convento. Pero esto no había acontecido aun, por cierto.

En su soledad, la princesa recordaba la vida de magnificencia que había vivido y cuando la memoria le fallaba acudía entonces en su auxilio, para refrescarla, un compañero que la deleitaba con relatos de grandes aventuras, y de románticas y caballerescas hazañas.

Este compañero, fray Miguel de Souza, era un fraile portugués de la orden de San Agustín, hombre estudioso, cortesano distinguido, que había actuado en la alta sociedad y hablaba de ella con la autoridad de un testigo ocular. Especialmente gustábale hablar del último y romántico rey, de quien había sido íntimo amigo, aquel famoso, activo, valiente y caballeresco Sebastián, el de la rubia cabellera, que a los veinticuatro años había mandado la desastrosa expedición ultramarina contra los infieles y que había caído heroicamente en el campo de Alcázarquivir, unos quince años antes.

Le gustaba describir, porque ella escuchaba encantada, los desfiles de caballeros y soldados que había visto en el puerto de Lisboa cuando la expedición aquella se embarcaba; las filas de caballeros y hombres de armas portugueses, los batallones de mercenarios alemanes e italianos, el joven rey de reluciente armadura, con la cabeza descubierta, como una encarnación de San Miguel Arcángel, avanzando entre lluvias de flores y aclamaciones entusiastas, hacia el bajel en que iba a embarcarse para Africa.

Y ella escuchaba con los ojos entornados y relucientes de entusiasmo, inclinado su esbelto cuerpo, para oír mejor las épicas descripciones del fraile. Cuando llegó el momento de describir el tenebroso día del desastre, los negros ojos de la princesa se llenaron de lágrimas. La narración del fraile a este respecto estaba lejos de ser verídica.

Presentaba la derrota como causada enteramente por la enorme superioridad de las fuerzas infieles e insistió en describir largamente la escena final, explicando, con todos sus detalles, cómo el joven Sebastián, desdeñando los consejos de los que le decían que huyera, pues todo estaba perdido ya, había avanzado solo contra la horda de los sarracenos, para buscar entre ella una caballeresca muerte. Desde entonces no se le había vuelto a ver.

Era esta una narración que la princesa no se cansaba de oír y que la conmovía mucho cada vez que la oía. Dirigía al fraile preguntas y más preguntas sobre aquel Sebastián que había sido su primo, respecto a su vida, a su juventud y a cuanto hizo cuando fué coronado rey de Portugal.

Todo esto se lo contaba fray Miguel de Souza, de modo que se grababa, cada vez de manera más profunda en su virgen imaginación, la adorable imagen del cabelleresco rey. Constantemente presente en los pensamientos de la ardorosa joven, su empenachada y reluciente figura la acompañaba hasta durante las horas destinadas al sueño, de modo tan real y tan vívido, que llegaba a parecerle que aquella figura existía en realidad.

La princesa se enamoró así apasionadamente, de un mito, de la imagen mental de un hombre fallecido quince años atrás. Le lloró con lágrimas de viuda, rezó día y noche por el descanso de su alma; y en su exaltación, llegó a esperar impacientemente que le llegara a ella la muerte lo más pronto posible para poder ir a unirse con él. Resplandesciente de contento ante la idea de que iría hacia él con su pureza virginal, dejó de lamentarse, como lo había hecho en los primeros tiempos, de la doncellez a que la habían condenado.

Un día un pensamiento disparatado la conmovió intensamente.

—¿Se sabe con seguridad que ha muerto? —preguntó. — De todo lo que se dice se desprende que nadie le vió morir y vos me aseguráis que el cuerpo entregado por Muley Ahmed-ben-Mahoma, estaba tan desfigurado que no era posible reconocerlo. ¿No será posible que haya sobrevivido?

El rostro delgado y astuto de fray Miguel se puso pensativo. No rechazó con impaciencia semejante idea, como la princesa lo había temido en el primer momento.

—En Portugal,—respondió lentamente, —se cree firmemente que vive y que algún día volverá, como nuevo Redentor, a librar a su país del yugo de España.

—Entonces... entonces...

Astutamente, fray Miguel sonrió.

—Un pueblo cree siempre que es verdad lo que quiere creer como verdad,—dijo.

—Pero vos... ¿qué pensais?—insistió ella, nerviosamente.

El no contestó en seguida. En su rostro se acentuó la expresión de extrañeza. Se volvió a medias de su lado,—estaban de pie, en la sombra de los oscuros claustros,—y sus ojos, pensativos, miraron hacia el jardín y el cementerio del convento, que se veían por entre las columnas. Fuera, a la luz del sol, entre el zumbar de la invisible pero latente vida, tres monjas jóvenes y vigorosas, con los brazos desnudos hasta el codo y las faldas del hábito recogidas por medio de un cordel, dejando ver los pies calzados con zuecos, trabajaban con pala y azada, cavando sus propias fosas "in memento mori". En la sombra de los claustros, donde podían ver pero no podían oir, estaban las dos monjas de aristocrá-

tico linaje designadas por el rey Felipe para un cargo tan parecido al de damas de honor como podían permitirlo las condiciones claustrales.

Por fin, fray Miguel pareció decidirse.

—Cuando me dirigía a la catedral de Lisboa para predicar la oración fúnebre, por haber sido yo, predicador de don Sebastian, me advirtió una eminente personalidad que tuviera cuidado con lo que dijera sobre don Sebastian pues éste, no sólo vivía sino que asistiría secretamente al "requiem".

Miró a la joven, que tenía ojos dilatados y cuyos labios se estremecían.

—Pero eso fué hace quince años y desde entonces no he tenido noticia ninguna,— agregó.—En el primer momento pensé que aquello era posible pues corría una versión de que podía serlo... ¡Pero después de quince años!—terminó, moviendo tristemente la cabeza.

—¿Qué versión era esa? — preguntó ella, temblando de pies a cabeza.

—La noche siguiente a la batalla, tres jinetes cruzaron las puertas de la ciudad costanera, fortificada, de Arzilla. Cuando la tímida guardia se negó a darles paso, anunciaron que uno de ellos era el rey Sebastian, y así obtuvieron permiso para pasar. Uno de los tres jinetes iba envuelto por completo en su tabardo, embozado de modo que no se le veía el rostro y los otros dos le atendían con la cortesía debida a la realeza.

—Pero... entonces...,—comenzó a decir ella.

—¡Ah! Más tarde,— interrumpióle él, — cuando todo Portugal estaba conmovido a consecuencia de tal versión se negó que el rey Sebastian hubiera figurado entre aquellos jinetes. Se aseguró que había sido únicamente una astucia de unos caballeros que deseaban penetrar en la ciudad.

Ella le interrogó una y otra vez, procurando conseguir que el fraile declarara que todas sus negativas no obedecían más que a su propósito de cumplir la órden de negarlo todo que le había sido dada por el oculto príncipe.

—Sí, es posible, — admitió él, por fin. — La vergüenza de su derrota pudo ejercer tal influencia en el espíritu de don Sebastian que éste prefiriera permanecer oculto y sacrificar un trono del cual se sentía indigno. Medio Portugal lo cree así, y espera, sin que decaigan sus esperanzas.

Cuando fray Miguel se despidió de ella aquel día, llevaba el convencimiento de que no existía en Portugal nadie que deseara más firmentemente que don Sebastian viviera que aquella joven. Nadie, tampoco, le aclamaría con mayor entusiasmo, si don Sebastian llegara a presentarse. Y esto tenía mucha importancia pues la aspiración de Portugal era como la aspiración del esclavo por la libertad.

La madre de don Sebastian era hermana del rey Felipe, en consecuencia el rey Felipe, había reclamado la herencia y había tomado posesión del trono de Portugal. Portugal sufría, sometido a un monarca extranjero y fray Miguel de Souza, patriota exaltado había figurado entre los que habían procurado librar de ese yugo a su país. Cuando don Antonio, en un tiempo prior de Crato y primo natural de Sebastian, hombre valeroso y enérgico, había levantado el estandarte de la rebelión, el fraile había figurado entre sus más activos secuaces. Y fray Miguel, el provincial de su orden, hombre famoso por su experiencia en los asuntos de estado, que había sido el predicador de don Sebastian y el confesor de don Antonio, había ejercido su poderosa influencia en favor del Pretendiente del que era decidido partidario. Después de haber sido derrotado el ejército de don Antonio por el duque de Alba y su flota vencida en las Azores en 1582 por el marqués de Santa Cruz, fray Miguel se encontró muy comprometido por la parte activa que había tomado en la revuelta. Fué detenido y sufrió largo tiempo de prisión en España. Por último, y por que declaró hallarse arrepentido. Felipe II, conocedor de las cualidades y méritos del hombre, deseó adscribirlo a su persona, en agradecimiento. Fué puesto en libertad y nombrado vicario de Santa María la Real, donde había llegado a ser confesor, consejero y confidente de la joven princesa Ana de Austria.

Pero su agradecimiento al rey Felipe no había conseguido hacerle cambiar de naturaleza, ni abatir el fervor de su patriotismo, ni tampoco extinguir su devoción hacia el Pretendiente don Antonio, quien, incansable y ambicioso, seguía conspirando sin cesar, en el extranjero. El sueño de la vida de fray Miguel de Souza era la independencia de Portugal, con un príncipe portugués en el trono. Y, a causa de la creciente convicción de la princesa Ana, cada vez más convencida de que don Sebastián había sobrevivido y debía presentarse algún día a reclamar su trono y su reino, aquellos dos, en aquel tranquilo convento de Madrigal, sentíanse cada día más íntimamente unidos.

Una tarde, en la primavera de 1594, — cuatro años después del día en que el nombre de don Sebastián había sido pronunciado por primera vez por el fraile y la princesa, — fray Miguel pasaba por la calle principal de Madrigal, aldea en la que conocía a todos los habitantes y se vió de pronto cara a cara con un forastero, pero un forastero en cuyo aspecto había algo que removió en la mente del fraile el recuerdo de cosas hacía ya mucho tiempo olvidadas. A pesar de que el hombre vestía como un plebeyo, un traje negro bastante viejo, había algo en su aspecto, en su actitud, en su porte marcial, en el corte de su barba, que desmentía su aparente villanía.

Los dos se detuvieron, mirándose mutuamente. El forastero, — que debía tener, visto a la luz del crepúsculo, de treinta a cincuenta años,—sonrió. El fraile frunció el ce-

ño. Entonces el otro se quitó su sombrero de grandes alas.

—¡Dios te salve, hijo mío! — dijo fray Miguel mirándole fijamente.—Me parece conocerte. ¿Nos hemos visto antes de ahora? — preguntó.

El forastero se rió.

—Aun cuando todos olvidan, vuestra paternidad me recuerda, — dijo.

Fray Miguel contuvo la respiración, asombrado.

—¡Dios me ampare! — exclamó apoyando una mano en el hombro del otro y mirándole cara a cara. — ¿Qué hacéis aquí?

— Soy pastelero.

—¡Pastelero! ¿Vos?

—Es necesario ganarse la vida y mi oficio me parece de los más honrados. Hallábame en Valladolid cuando me enteré de que vuestra paternidad estaba como vicario en el convento de este pueblo y he venido pensando que, en recuerdo de otros tiempos, podría contar con el apoyo de vuestra paternidad.

Se expresaba con descuidada arrogancia, con cierto tono de burla.

—Seguramente, — comenzó a decir el fraile, pero calló en seguida para decir luego: —¿Dónde tienes tu tienda?

—En esta misma calle. ¿Désea vuestra paternidad honrarme con su visita?

Fray Miguel inclinó la cabeza y siguieron caminando juntos.

En los tres días siguientes no se vió a fray Miguel en el convento más que a la hora de la celebración de la misa. Pero en la mañana del cuarto día fué directamente de la sacristía al locutorio y, a pesar de lo temprano de la hora, manifestó su deseo de ver a la princesa.

—Señora, — díjola. — Traigo importantes noticias, noticias que os llenarán de alegría el corazón. — Ella le miró a la cara y vió que los hundidos ojos del fraile relucían de modo extraño y que tenía los pómulos encendidos por un color que nunca le había notado. Fray Miguel terminó diciendo:—Don Sebastian vive y le he visto.

Durante un momento, ella le miró como si no comprendiera. Después se puso muy pálida bajo las blancas tocas monjiles. Respiró jadeante y se hubiera dicho que iba a sufrir un desvanecimiento, pero se apoyó en un reclinatorio y pocos instantes después comenzó a tranquilizarse. Fray Miguel comprendió que había cometido un error al darle tal noticia de modo tan brusco y temió que la princesa fuese a caer desmayada.

—¿Qué decís? ¿Qué es lo que habéis dicho? — gimió ella con los ojos entornados.

El repitió sus palabras de antes, esta vez en tono más mesurado, ejerciendo sobre ella todo su poder magnético para darle ánimos. Por fin, la joven dominó por completo sus nervios.

—¡Habéis afirmado que le habéis visto! ¡Oh! — La princesa volvió a ponerse pálida. — ¿Dónde está?

—Aquí en Madrigal.

—¿En Madrigal? — La joven no salía de su asombro. — Pero... ¿por qué está en Madrigal?

—Se hallaba en Valladolid y allá se enteró de que yo, que fuí en un tiempo su predicador y su consejero, era vicario de Santa María la Real. Vino en busca mía. Ha venido disfrazado, bajo el falso nombre de Gabriel de Espinosa, y está establecido como pastelero mientras pasa el tiempo de penitencia necesario y pueda entonces presentarse una vez más ante su pueblo, que le espera impaciente.

Aquellas noticias eran asombrosas, embriagadoras, para ella. El príncipe soñado que durante cuatro años había sido el constante compañero de todos sus pensamientos, aquel a quien su alma sedienta de amor y de pasión había llegado a amar con locura, resultaba una realidad viviente, un ser humano que sus ojos terrenales podrían ver. El pensar en esto la sumió en tal éxtasis de terror que no se atrevió a pedir a fray Miguel que hiciera que don Sebastián la visitara. Pero hizo muchas preguntas, logrando que el fraile le relatara una historia bastante detallada.

Sebastián, después de su derrota y de su fuga, había hecho voto, ante el Santo Sepulcro, de permanecer lejos de toda real dignidad, de la que no era merecedor, y de hacer penitencia, en castigo del orgullo desmedido que había sido el causante de su caída, viviendo en forma humilde, ganándose el pan con el trabajo de sus manos, como un villano cualquiera, hasta que hubiera purgado su pecado y se hubiese hecho nuevamente merecedor de reasumir el rango que le correspondía por su cuna.

Este relato elevó la figura del héroe mucho más alto de cuanto habíanla exaltado todos los sueños de la princesa, particularmente cuando a la rápida descripción de lo que había pasado, siguió el detalle de las andanzas y los sufrimientos del oculto príncipe. Por último, varias semanas después de haber llegado con tan extraordinaria noticia, en los primeros días de agosto de aquel año de 1594, fray Miguel propuso a la princesa lo que ella deseaba hacía tanto tiempo, sin haberse atrevido a pedirlo.

—He hablado a Su Majestad de vuestra adhesión a su memoria, durante los años en que se le creía muerto y se ha sentido profundamente emocionado. Solicita vuestra licencia para venir a postrarse a vuestros pies.

Ana de Austria sintió que el corazón le saltaba en el pecho. Entre atemorizada y contenta. Dió, con débil voz, su consentimiento.

Al siguiente día el pastelero fué al convento en compañía de fray Miguel y pasó al locutorio donde la princesa le esperaba. Las dos damas de compañía quedaron, discretamente, en segundo término. Con ojos llenos de ansiedad, de entusiasmo y de temor, Ana de Austria miró a aquel hombre de estatura mediana, de actitud noble y desenvuelta, vestido con extrema sencillez. pero

sin la pobreza que fray Miguel le había notado la primera vez que le vió.

Tenía el cabello castaño claro, — color que habían adquirido con el tiempo los dorados rizos del jovenzuelo que quince años antes había partido para Africa, — su barba era rojiza y sus ojos grises. El rostro era hermoso, y salvo el color de los ojos y el alto arco de la nariz, no presentaba ninguna de las facciones peculiares de los miembros de la Casa de Austria a la que, por su madre, pertenecía don Sebastian.

Con el sombrero en la mano, avanzó y se inclinó, hincando una rodilla en tierra, ante la princesa.

—¡Aquí me tenéis, dispuesto a obedecer a las órdenes de vuestra excelencia!—dijo.

Ana de Austria sintió las rodillas inseguras y notó que le temblaban los labios.

—¿Sois Gabriel de Espinosa y habéis venido a Madrigal a estableceros como pastelero? — preguntó ella.

—Para servir a vuestra excelencia.

—Sed, pues, bienvenido, aun cuando estoy segura de que es vuestro oficio otro, muy distinto, por cierto, al de pastelero.

El arrodillado visitante bajó la cabeza y lanzó un hondo suspiro.

—Si en tiempos pasados hubiera desempeñado mejor otros menesteres, no me vería reducido hoy al oficio que ejerzo, — dijo.

Ella le indicó que se levantara y la conversación que siguió, entre ambos, fué muy breve aquella primera vez. El visitante se retiró después de prometerle que vo... con frecuencia a ver a la princesa y de prometer ésta que el convento sería, de allí en adelante, cliente de su pastelería.

Desde aquel día el pastelero asistió diariamente a la misa que oficiaba todas las mañanas fray Miguel en la capilla del convento, — capilla que estaba abierta al público, — y después acompañaba al fraile al locutorio, donde esperaba la princesa. Estas diarias entrevistas, breves en los primeros tiempos, fueron alargándose hasta extenderse hasta la hora del almuerzo y muchas veces fueron reanudadas por la tarde.

Pronto se llegó a discutir los planes de Sebastián para el futuro. Su penitencia habíase extendido más de lo necesario para redimir lo que no era, después de todo, una falta tan grave. Con recelo, el pastelero manifestó que tal vez fuera así, pero tanto él como fray Miguel opinaban que sería mejor esperar a que muriera Felipe II, el cual, teniendo en cuenta su edad y sus enfermedades, no podía vivir muchos años. Aun cuando sólo fuera por deseo de conservar todo cuanto tenía, era fácil que el rey Felipe se opusiera a las reclamaciones de Sebastián.

Mientras tanto, aquellas diarias visitas de Espinosa y las largas horas que pasaba en compañía de Ana de Austria dieron lugar, como era inevitable, a que comenzaran las habladurías escandalosas fuera y dentro del convento. Era ella una monja profesa a la que no le estaba permitido ver a hombre ninguno, mas que a su confesor y a éste, a través de la espesa reja del locutorio y nunca durante tan largo tiempo.

La intimidad entre ambos,—protegida y estimulada por fray Miguel,—había madurado de tal modo en pocas semanas, que Ana tenía razón para mirar a aquel hombre como al que había de salvarla de la tumba en que había sido encerrada en vida. La princesa esperaba que él la sacaría de allí a la libertd en que tanto había soñado, llevándola a ser reina cuando él fuera rey, una vez reconocidos sus derechos.

¿Qué importaba que ella fuese monja y hubiera hecho votos si había profesado contra su voluntad, con sólo un año de noviciado en lugar de cinco que establecían las reglas de la orden? Teniendo en cuenta estos detalles, la princesca consideraba que sus votos eran revocables.

Pero estas eran interioridades que el público no conocía y no tenía por qué tener en cuenta, así que el escándalo fué subiendo de grado, hasta que el Provincial de la Orden de San Agustín envió una carta a la princesa. En esa carta, respetuosa, pero muy enérgica, le informaba que las frecuentes visitas que la hacía un pastelero estaban dando lugar a habladurías y era necesario, en consecuencia, suprimirlas por completo. Semejante carta ofendió a la orgullosa y sensitiva princesa. Envió a su criado Roderos, inmediatamente, en busca de fray Miguel y puso en manos del fraile la enérgica misiva.

Fray Miguel leyó rápidamente el escrito y frunció el ceño, preocupado.

—Esto era lo que yo más temía,—dijo, y suspiró.—No hay más que un remedio, si quiere evitarse lo peor y la ruina de todos los planes. Don Sebastian debe ausentarse.

—¿Ausentarse? — preguntó la princesa aterrada y sin aliento. — ¿Para dónde?

—Ausentarse de Madrigal... a cualquier parte, pero hoy o mañana a más tardar. —Y, como notara un gesto de horror en el rostro de la princesa, agregó:—No hay otro recurso.—Y añadió con enojo:—Ese entrometido provincial debe estar buscando el modo de molestar más, todavía.

Se retiró dejando a la princesa sumida en la mayor desesperación, sintiendo como si la vida la abandonara...

Aquella tarde de fines de Septiembre, mientras la princesa se encontraba, dolorida, en su celda, doña María de Grado la informó de que Espinosa se encontraba en aquel momento en la celda de fray Miguel. Temerosa de que se retirara sin verla y sin tener en cuenta lo impropio de la hora,—ya eran cerca de las ocho y había oscurecido,—Ana de Austria envió a Roderos a que dijera a fray Miguel que hiciera pasar a Espinosa al locutorio.

El fraile obedeció y los amantes,—lo eran ya en verdad,—se vieron frente a frente, angustiados.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó ella.—¿Qué habeis decidido, señor?

—Partiré mañana, al amanecer,—dijo él.

—¡Partireis!... ¿Para dónde? —preguntó Ana de Austria, desesperada.

—¿Dónde?—El se encogió desdeñosamente, de hombros. — Primero a Valladolid y luego... luego... a donde Dios lo diga.

—¿Y cuándo os volveré a ver, señor?

—¡Cuando Dios quiera!

—¡Oh! Estoy aterrada. ¡Si os perdiera para siempre! ¡Si no os volviera a ver más!

Al expresarse así, la joven respiraba jadeante, ahogada por la angustia.

—¡Eso no es posible!—respondió él.—Volveré en busca de vos cuando haya llegado el momento. Volveré para el día de Todos los Santos, quizás para el de Navidad y vendrá conmigo quien me haga perdonar.

—¿Qué falta hace nadie para eso? — protestó ella.—Somos el uno del otro pero vos podeis recorrer el mundo y yo estoy encerrada aquí...

—¡Pronto os libertaré y estaremos juntos para siempre,—dijo él.—¡Mirad!

Se acercó a la mesa. Había en ella un tintero de cuerno, una caja de arenilla, varias plumas de ave y algunas hojas de papel. Tomó una pluma de ave y escribió, con dificultad, porque los principes, en aquellos tiempos eran, casi todos, poco habiles en cuestión de caligrafía, lo siguiente:

" Yo, Don Sebastián, por la gracia de
" Dios, Rey de Portugal, tomo por esposa
" a la serenísima princesa Ana de Austria,
" hija del serenísimo príncipe Don Juan de
" Austria, en virtud de las dispensas que
" me fueron concedidas por los pontífices".

Firmó, — siguiendo la costumbre de todos los reyes de Portugal de todas las épocas,—poniendo: "Yo, el Rey".

—¿Quedáis así satisfecha, señora? — preguntó dándola el papel.

—¿Cómo creeis posible que una hoja de papel satisfaga mis aspiraciones? — preguntó ella con amargura.

—¡Ese es un documento que lleva mi firma y que os prometo rescatar tan pronto como el cielo lo consienta!—dijo él.

Al oír esto ella rompió a llorar y él a protestar hasta que fray Miguel tuvo que indicarle que era hora de retirarse porque se hacía tarde. Olvidando ella su propio pesar y teniendo sólo en cuenta la situación de aquel hombre, se mostró muy solícita e insistió, hasta que él no tuvo más recurso que aceptar, en que admitiera, para sus gastos, todo el dinero que ella poseía y que no llegaría a más de un centenar de ducados. Además le regaló varias de las joyas que tenía, entre ellas un reloj de oro con diamantes y una sortija con un camafeo que representaba el perfil del rey Felipe. Por último le obsequió con un retrato suyo, del tamaño de una carta de baraja y con un rizo de sus cabellos.

Cuando ya eran las diez, el visitante se retiró apresuradamente. Fray Miguel se había arrodillado ante él y le había besado la mano aconsejándole apasionadamente que no desistiera de sus propósitos. Don Sebastián se arrodilló a su vez ante la princesa y la besó la mano, llorando los dos a lágrima viva. Por fin se retiró y del brazo de doña de María de Grado, la anonadada doña Ana regresó a su celda a llorar, a rogar y a esperar.

Durante los días que siguieron paseó ella por el convento, triste y silenciosa, oprimida por un sentimiento de amargura y de desesperación que, por fin, pensó en mitigar, escribiéndole a él. De todas aquellas cartas sólo una se conoce y de ella son las líneas siguientes:

" Mi Rey y mi señor: ¡Ay! ¡Cómo sufri-
" mos del mal de ausencia! Tan abatida es-
" toy por el dolor que si no busco lenitivo
" escribiendo a vuestra majestad, pasando
" así unos momentos en relación con vos,
" creo que me moriría. Lo que siento hoy es
" lo mismo que siento todos los días cuan-
" do recuerdo los felices momentos que tan
" deliciosamente pasamos y que se fueron
" para siempre. Esta privación es para mi
" un castigo tan severo del Cielo, que lo
" llamaría injusto, pues sin causa ninguna
" me encuentro privada de la felicidad que
" me faltó durante tantos años y que com-
" pré luego al precio de tantas lágrimas y
" tantos sufrimientos. ¡Ah! ¡Señor mío!
" ¡Con cuánto placer volvería a sufrir de
" nuevo todo lo que he sufrido si supiera
" que con ello evitaba penas a vuestra Ma-
" jestad. Quiera Dios oír mis humildes ple-
" garias y poner término a tan intolerable
" tormento como el que sufro viéndome pri-
" vada de la presencia de vuestra Majestad.
" Me parece imposible sufrir tanto dolor
" mucho tiempo y creo que voy a morir.
" Os pertenezco, mi señor; ya lo sabéis.
" La fe que os he jurado la sostendré en la
" vida y en la muerte, pues ni la misma
" muerte podría arrancarla de mi alma, y
" esta alma inmortal la llevará en su seno
" por toda la eternidad..."

Así, — y muchas cartas más del mismo estilo, — escribía la sobrina del rey Felipe de España a Gabriel de Espinosa, el pastelero, que se hallaba en su retiro de Valladolid. Qué hacía él durante aquellos días, se ignora. Lo único que sabe es que paseaba libremente por la ciudad, pues el Destino, que en todo se entromete, hizo que se topara un día cara a cara con Gregorio González, un cocinero bajo cuyas órdenes había estado, Gabriel de Espinosa, en calidad de marmitón, al servicio del conde de Nyeba.

Gregorio le hizo detenerse y le miró asombrado, pues aun cuando la ropa de Espinosa no era nueva, su vestimenta no era, por cierto, la de un plebeyo cualquiera.

—¿Al servicio de quién estás ahora? — preguntó el intrigado Gregorio en cuanto hubieron cambiado los saludos de costumbre.

Espinosa dominó la turbación que por un momento le había hecho enmudecer, y estre-

chó la mano de su camarada de otros tiempos.

—¡Las circunstancias han variado, amigo Gregorio! Ya no estoy al servicio de nadie. Puedo decir que soy yo quien debe tener servidores a sus órdenes.

—¡Hola! ¿Cuál es tu situación presente?

Espinosa esquivó rápidamente la respuesta.

—Eso importa poco, — dijo con una dignidad que evitó nuevas preguntas. Se embozó en su capa y se dispuso a seguir andando. — Si en algo puedo servirte, tendré mucho gusto en hacerlo, en recuerdo de nuestra camaradería de otros tiempos,—dijo.

Pero Gregorio no estaba dispuesto a separarse de él. No se separa uno tan fácilmente de un amigo a quien se vuelve a ver, después de muchos años, y parece hallarse en buena situación. Tuvo que acompañar a Gregorio. La esposa de Gregorio le recibiría con alegría, contenta de volverle a ver y de poder oir de sus labios cómo había logrado mejorar de tal modo su situación. Gregorio no admitió negativas de parte de Gabriel y al fin y al cabo. Espinosa, cediendo ante su insistencia, fué con él al sórdido barrio donde Gregorio tenía su domicilio.

En torno de una sucia mesa de pino, en una escuálida habitación, estaban sentados los tres, — Espinosa, Gregorio y la esposa de Gregorio, — pero la satisfacción de la mujer ante la prosperidad de Espinosa, no fué tanta como su esposo lo había previamente supuesto. Quizás notara Espinosa que ella le miraba con envidia, pues con el propósito de chocarle, — lo que constituye el mejor medio de castigar a la envidia,—Gabriel hizo a Gregorio magníficas ofertas de colocación.

—Entra a mi servicio, — le dijo, — y te pagaré cincuenta ducados ahora y luego cuatro ducados por mes.

Gregorio y su mujer se mostraban incrédulos ante sus manifestaciones de opulencia. Para convencerles, sacó un reloj de oro, — prenda valiosísima y muy rara, — con muchos brillantes, una sortija de grandísimo valor y otras alhajas que, entre todas, representaban una fortuna. La pareja miró todo aquello con ojos dilatados por el mayor de los asombros.

—¿Pero no me dijiste, cuando estuvimos juntos en Madrid, que habías estado de pastelero en Ocaña — exclamó Gregorio.

Espinosa sonrió.

—¿Cuántos reyes y príncipes se han visto obligados a ocultarse bajo disfraces diversos? — preguntó misteriosamente. Y notándoles impresionados, resolvió seguir adelante. Nada, al parecer, era sagrado para él, ni aun el retrato de la encantadora y desdichada princesa real que se hallaba recluída en el triste convento de Madrigal. Sacó el retrato del pecho y lo arrojó sobre la mesa, entre las manchas de vino y de aceite que llenaban la superficie de la tabla de pino.

—¡Mira este retrato! ¡Fíjate en esa hermosa dama! ¡Es la más bella de España!—dijo. — Un príncipe no podría encontrar más encantadora novia.

—¡Pero está vestida de monja!—protestó en seguida la mujer. — ¡No es posible, por lo tanto, que pueda pensar en casarse!

—¡Para los reyes no rigen las leyes!—exclamó Gabriel con petulante actitud.

Por fin se retiró, diciendo a Gregorio que pensara en la oferta que le había hecho. Dijo que volvería a recibir la respuesta de su amigo el cocinero, dejando las señas de donde estaba alojado.

Gregorio y su esposa le consideraron demente. La incredulidad de la mujer se transformó pronto en malevolencia a causa rel temor de que todo cuanto él les había dicho pudiera resultar cierto, al fin y al cabo. Esa malevolencia hizo que la mujer se decidiera a ir a informar sobre todo aquello a don Rodrigo de Santillán, entonces alcalde de Valladolid.

Aquella misma noche, muy tarde ya, Espinosa fué despertado de su sueño y se encontró el dormitorio lleno de alguaciles,—empleados de policía a las órdenes del alcalde, — que le prendieron y le llevaron a presencia de don Rodrigo para que informara sobre su persona y sobre cómo se hallaban en su poder varios objetos de valor, especialmente una sortija con un camafeo que tenía grabada la efigie del rey Felipe II.

—Soy Gabriel de Espinsa,—contestó con energía,—establecido como pastelero en Madrigal.

—Entonces... ¿cómo teneis en vuestro poder esas alhajas? — le preguntó el alcalde.

—Me las entregó doña Ana de Austria para que las vendiera por su cuenta. Este es el asunto que me ha traído a Valladolid.

—¿Es éste el retrato de doña Ana de Austria?

—Sí, lo es, señor alcalde.

—¿Y éste rizo de cabello? ¿Es también de doña Ana? ¿Pretende usted que esto le fué entregado también, para venderlo?

—¿Para qué, sino para eso, podía habérmelo entregado?

Don Rodrigo le encerró interinamente en la cárcel y mientras tanto envió a revisar en su casa de Madrigal. Don Rodrigo procedió con suma actividad. Sin embargo, su prisionero encontró modo de avisar a fray Miguel, y éste pudo adelantarse al alcalde. Antes de que Don Rodrigo llegara a la casa, el fraile sacó de la habitación de Espinosa una caja que contenía papeles y documentos y la redujo a cenizas. Por desgracia Espinosa había sido descuidado. Cuatro cartas que no había guardado en la caja, fueron halladas por los alguaciles. Dos de ellas eran de doña Ana de Austria, — a una de ellas pertenecen los

Aquellas cartas sobresaltaron a don Rodrigo de Santillán. Era hombre razonador y peligroso. Ordenó la detención de fray Miguel, y procedió a visitar a la princesa Ana, en el convento. Comenzó la entrevista mostrándole una de las cartas que habían hallado sus alguaciles y preguntándole si la reconocía como suya.

La princesa le miró horrorizada. De pronto, arrancó la carta de manos de don Rodrigo y la rasgó de ariba a abajo. La hubiera destruido si él no le hubiese sujetado las manos para evitarlo, sin tener en cuenta, al proceder con tal brusquedad, que trataba con una princesa de sangre real. Pero el rey Felipe era un monarca inflexible y don Rodrigo sabía que nunca le hubiera perdonado el que hubiese dejado destruir tan valiosa y significativa carta.

Dominada moral y materialmente, la pobre princesa tuvo que entregar los trozos de la rasgada carta y confesar que era ella misma quien la había escrito.

—¿Cuál es el verdadero nombre de la persona que dice ser el pastelero y a quien vos os dirigís en semejantes términos?— preguntó el alcalde.

—¡Es don Sebastián, Rey de Portugal! —respondió con voz clara y enérgica, Ana de Austria.

A esta declaración agregó el relato de su huida de Alcázarquivir y de su subsiguiente vida de penitencia y de recogimiento.

Don Rodrigo se retiró sin saber qué era lo que debía creer, pero convencido de que era necesario que enterara de todo aquello al rey Felipe.

Su Católica Majestad se sintió profundamente impresionado. Envió, sin pérdida de momento a don Juan de Llano, familiar del Santo Oficio, a Madrigal, para que se enterara de todo, y dispuso que la princesa Ana fuera confinada en su celda y las monjas que le servían de damas de honor, fueran reducidas a prisión.

Espinosa, para mayor seguridad, fué enviado de Valladolid a la prisión de Medina del Campo. Fué conducido en una silla de posta, con escolta de arcabuceros.

—¿Por qué lleváis a un pobre pastelero rodeado de tantos honores? — preguntó a sus guardias en son de burla.

En la silla de posta iba sentado junto a él un soldado llamado Cervatos, hombre que hablaba francés y alemán correctamente. Pero cuando Cervatos le dirigió la palabra en portugués el prisionero pareció confundido, y contestó que, aun cuando había estado en Portugal, no podía hablar en el idioma de ese país.

Más adelante, en el transcurso de aquel invierno, se procedió al interrogatorio de los tres principales prisioneros: Espinosa, fray Miguel y la princesa Ana, con una fatigante monotonía en los resultados. El Comisario Apostólico interrogó a la princesa y a fray Miguel; don Rodrigo de Santillán dirigió el interrogatorio de Espinosa. Pero no se logró saber absolutamente nada que pudiera aclarar aquel misterio.

La princesa declaró con una ingenuidad que se fué mezclando con indignación a medida que las preguntas eran repetidas con insistencia. Ana de Austria dijo que el prisionero era don Sebastián, y escribió apasionadas cartas a Espinosa, suplicándole que por su honor, dijera por fin que era el rey, pues ya era hora de que se despojara de su disfraz.

Sin embargo, el preso, a quien no conmovían esas súplicas, insistió en que era Gabriel de Espinosa, de oficio pastelero.

Manifestó no saber nada al respecto cuando le preguntaron quiénes eran sus padres. Dijo que lo ignoraba, pues no los había visto nunca. Esta respuesta estaba de acuerdo con el caso de don Sebastián que había nacido después de la muerte de su padre y había sido separado cuando muy niño, del lado de su madre.

En cuanto a fray Miguel, declaró estar convencido de que don Sebastián había sobrevivido a su expedición africana y hallarse persuadido de que Espinosa podía perfectamente, ser el desaparecido monarca.

Una noche, muy tarde, cuando ya llevaba tres meses recluido en la cárcel, Espinosa fué despertado por una visita inesperada de don Rodrigo, el alcalde. Espinosa se incorporó y se dispuso a vestirse en seguida.

—¡No! — díjole don Rodrigo de Santillán secamente, — eso no es necesario para lo que se va a hacer.

La frase resultaba tenebrosa. El prisionero, sentado en la cama, despeinado, parpadeando ante la luz de las antorchas, interpretó aquello como una amenaza de tortura. Se puso muy pálido.

—¡Es imposible! — protestó. — El rey no puede haber ordenado lo que vos pareceis querer decir. Su Majestad ha de tener en cuenta que soy un hombre de honor. Puede ordenar mi muerte, pero en forma digna, no en la rueda. En cuanto a emplearla para hacerme hablar, inútil será, pues no puedo decir nada más de lo que he dicho.

El rostro serio y enérgico del alcalde, sonrió.

—Debo haceros notar,—dijo, —que incurrís en contradicciones. A veces pretendéis ser de humilde y plebeyo origen y otras veces manifestais que sois persona de honrada y noble calidad. Quien os oyera en este momento creería que el someteros al tormento pudiera constituír un ultraje a vuestra dignidad. ¿Cuál es, pues, la verdad?

Don Rodrigo tomó entonces una antorcha, de mano de uno de sus hombres y la acercó al rostro del prisionero que bajó la cabeza pues sabía qué era lo que el alcalde había notado. A la fuerte luz de la antorcha Don Rodrigo vió que el cabello de Espinosa se había puesto gris cerca de las raíces. Era aquella la última prueba, la que debía terminar con la más baja de las imposturas. Aquel hombre había llevado teñido el cabello y, durante su encarcelamiento no había podido proveerse de tinturas. Don Rodrigo se retiró satisfecho.

Antes de que pasaran muchas semanas el cabello de Espinosa perdió su color y se quedó gris, demostrando que aquel hombre debía tener lo menos sesenta años de edad.

Sin embargo, la tortura a que fué sometido después no logró hacerle decir nada que acla-

rara la situación, que quedó en el misterio. Fué fray Miguel quien, después de mil prevaricaciones y tergiversaciones, dijo toda la verdad,—que él tan solo conocía,—y desenredó la intrincada madeja.

Confesó fray Miguel que, inspirado por el amor a su país, y por su ardiente deseo de librar a Portugal del yugo de España, no había abandonado nunca la idea de poder llevar a Don Antonio, el prior de Crato, al trono de sus antepasados. Había preparado un plan, en un principio inspirado por la ardiente naturaleza de la princesa Ana de Austria y su resistencia a la vida del claustro. Cuando estaba preparando su plan llegó Espinosa a Madrigal. Espinosa había recorrido mundo. Durante la guerra entre España y Portugal había servido en el ejército del rey Felipe y había trabado amistad con fray Miguel cuando el convento donde se hallaba el fraile estuvo a punto de ser invadido por la soldadesca y le había rescatado con peligro de su vida. De ésto nació su amistad. Fray Miguel, además, pudo darse cuenta en tal suceso, de que el hombre era temerario y valeroso. Además tenía la misma estatura de don Sebastian y la corpulencia que hubiera tenido el rey, presentando otros rasgos de superficial parecido con el difunto rey. El color del cabello y de la barba podía corregirse y quizás pudiérase lograr que Espinosa desempeñara el papel del oculto principe en cuyo regreso a Portugal soñaba todo el pueblo portugués.

Ya había, con anterioridad, habido otros impostores a los que les habían faltado las condiciones especiales que tenía Espinosa y cuyos antecedentes había sido posible hallar sin mayor dificultad. Pero el origen de Espinosa estaba envuelto en el misterio.

Además de sus condiciones naturales que le permitirían pasar por el perdido príncipe, Espinosa iba a tener la protección de fray Miguel,—el más autorizado en la materia,—y de la sobrina del rey Felipe, con la que se casaría al ser llevado al trono. Se combinó que los tres irían a París, tan pronto como todo estuviera dispuesto. En París, el Pretendiente se vería rodeado de todos los desterrados amigos de don Antonio que allí estaban, pues el prior de Crato era parte del complot.

Desde Francia, fray Miguel habría hecho propaganda en Portugal por medio de sus agentes, preparando una acción nacional en favor del Pretendiente, que se presentaría portador de las más serias credenciales.

En esa forma esperaba devolver su independencia a Portugal. Una vez hecho todo eso, don Antonio se presentaría en Lisboa, desenmascararía al impostor y asumiría él el mando del reino, ciñéndose la corona que ya había sido arrancada definitivamente de las manos del monarca español.

Tal era el astuto plan que el fraile había fraguado con una firmeza de ideales y un desdén de los detalles pequeños que le permitió decidir el sacrificio de la princesa y del hombre eje de la intriga, en cuanto dejaran de serle necesarios. Era la liberación de un reino, la libertad de un pueblo sometido al yugo extranjero, lo único que le preocupaba. Para conseguirlo caería la hija natural de don Juan de Austria y un soldado de aventura dedicado a pastelero. ¿Qué importaba? Fray Miguel no pensó en esos detalles. Su plan hubiera tenido completo éxito a no haber sido Espinosa de tan bajo origen, pues en otras circunstancias no se le hubiera ocurrido deslumbrar a los esposos González en Valladolid y no hubiera despertado la vengativa envidia del cocinero Gregorio.

Esa vanidad la sostuvo él hasta el final. Fué ejecutado en Octubre de 1595 un año después de haber sido reducido a prisión. Hasta en sus últimos momentos evitó hacer manifestaciones que pudieran dar alguna luz sobre su oscura identidad y su misterioso origen.

—¡Si se supiera quién soy!...—comenzó a decir. Pero en seguida calló.

Fué ahorcado, arrastrado y descuartizado. Sufrió su destino con valor. Fray Miguel fué sometido a igual pena y la sufrió con igual dignidad, después de haber sido despojado de su condición de sacerdote.

En cuanto a la desdichada princesa Ana, aplastada bajo el peso de la vergüenza y de la humillación, había sufrido su castigo en el mes de Julio. El Comisario Apostólico le leyó la sentencia que el rey Felipe había confirmado. Fué transferida a otro convento donde debía sufrir un año de solitaria reclusión en una celda, ayunando a pan y agua todos los viernes. Se la declaró incapaz de merecer honores de ninguna especie y se dispuso que pasado el año de castigo viviría como una monja cualquiera, sin la renta y la servidumbre que tenía y despojada de su tratamiento de Excelencia, así como de todos los honores que la concediera antes el rey Felipe.

Las emocionantes cartas de súplica que dirigió al rey, su tío, aun existen. Pero el rey las recibió con frialdad implacable. Sin embargo su único pecado había sido el de haberse dejado fascinar por una ilusión de amor hacía aquel a quien creía un príncipe en desgracia, en momentos en que su juvenil corazón se hallaba ávido de ilusiones, en el ascético ambiente del claustro a que la había condenado su nacimiento.

Su castigo,—¡pobre joven princesa!—duró cuarenta años, pero lo peor de él no fué lo que dependía de la terrible sentencia del rey Felipe, sino el recuerdo de lo que había sufrido su alma humillada. Habíase sentido elevada a las cumbres de la mayor esperanza y de la mayor felicidad para ser arrojada al abismo de la más negra desesperación, a la que se agregó una indescriptible vergüenza y la tortura de todo su orgullo.

No hay, en verdad, en las páginas de la historia, un caso más triste que el de aquella desdichada princesa.



El Vaso Empeñado

Interesante relato emocionante y sencillo, escrito por el notable autor norteamericano Bruno Lessing.

MUY poco conocidas son, entre nosotros, las producciones literarias norteamericanas, especialmente los cuentos o mejor dicho novelas breves, que escriben algunos autores realmente notables, sobre todo, en la descripción de ambientes tan desconocidos como interesantes para nosotros. La breve narración que ofrece hoy "Pucky" a sus lectores forma parte de aquellas que reflejan la vida del barrio de los judíos de Nueva York donde, en medio de la lucha por el progreso, se agita, intensa, la lucha religiosa.

LA temporada de "paz en la tierra a los hombres de buena voluntad" ha llegado una vez más. ¿Es impropio ofrecer un relato del ghetto en lugar de un sermón? Brillan las estrellas... las estrellas que brillaron sobre Belén. ¿Tienen ustedes paciencia para escuchar una homilía?

Los que recorren el mundo en busca de felicidad se van demasiado lejos. La encontrarían — y saben encontrarla, — en sus corazones. En su corazón fué sembrada cuando comenzaron los tiempos.

¿Qué importancia tiene los elogiados triunfos de la mente? ¿Qué valor tiene el progreso de que nos sentimos tan orgullosos? Buscamos la felicidad ahora como la buscaban los que trabajaban a las orillas del Eufrates cuando Hammurabi era rey. Para ellos no había ante la felicidad más obstáculos que la ambición y la mala fe, el prejuicio y la envidia, el orgullo y el odio. ¿Hemos nosotros, en estos miles de años, salvado esos obstáculos?

Los que buscan felicidad la hallaraán en su corazón. Judío o gentil, deísta o ateo, santo o pecador, todos reciben la antorcha de la luz de la verdad ante cuyos destellos desaparecen todos esos obstáculos como la niebla de la mañana se disipa ante los rayos del sol naciente. Porque está el bien en todos nosotros, en los peores de nosotros, está el bien. ¡Dios sea misericordioso con aquel que, terco, se tapa los oídos cuando el corazón alza la voz!

* * *

Desde la casa de empeños de Abrahams se oía con toda claridad el sonar de las campanas de la iglesia luterana que estaba,— y aun está, — a poca distancia de los confines del ghetto. Esas campanas sonaban con el mismo monótono tañido día tras día y semana tras semana, como si el sacristán encargado de tocarlas estuviera absolutamente desprovisto de espíritu y realizara su tarea mecánicamente, como un autómata. Pero en la época de la Navidad parecía despertar e infundir algo de vigor a su tarea. Porque entonces las campanas elevaban su tono y sonaban con alegría como si se propusieran proclamar el advenimiento de días de contento. Cuando pasaban las fiestas de Navidad volvían, sin embargo, a su anterior monótono tañido, día tras día y semana tras semana, como si no tuvieran nada que decir y tocaran por mera costumbre. Desde la casa de empeños de Abrahams se las oía con toda claridad.

Representando para Abrahams, la fe en nombre de la cual su raza había sido perseguida durante siglos de desdicha, no es de extrañar que nunca oyera el tañido de aquellas campanas sin que una oleada de resentimiento le inundara el corazón. Sin embargo, aun cuando muy devoto, nunca pensaba en ellas en otros momentos ni dejaba que su mente se detuviera a pensar en sus prejuicios a no ser que algún incidente anormal los despertara. Estaba casi siempre demasiado absorto en sus lecturas talmúdicas para pensar en algo que no fuese la diaria rutina de su negocio. Unicamente cuando las campanas tañían se presentaban sus amargos pensamientos.

En su negocio, Abrahams tenía a su hijo Marco para ayudarle. Marco tenía entonces veintidós años y era un típico producto del ghetto, delgado, pálido, impaciente ante la austeridad de la religión de su padre y desprovisto, por su parte, de toda creencia arraigada. Abrahams era hombre de pocas palabras, que no exteriorizaba sus emociones, pero la corriente de su amor por su hijo era profunda y caudalosa. Era un padre indulgente que dejaba al joven en plena libertad y rara vez le preguntaba qué hacía fuera de las horas de trabajo y en qué gastaba el dinero que ganaba tan fácilmente. La vida de Abrahams no había sido feliz y llegado a su ocaso, no tenía a nadie más que a su hijo para consolarle de todo cuanto había pasado y para fundar sus esperanzas en el futuro. Sólo pedía a Marco que observara estrictamente los ritos y ceremonias de su re-

ligión, pues todas las esperanzas de Abrahams en el futuro estaban ligados a la fe judaica que, según creía, estaba destinada a recobrar todo lo suyo algún día. Marco asistía a la Sinagoga con regularidad, ayunaba para "Yom Kippur" y respetaba todas las festividades. Pero a eso se limitaba su devoción. Mientras su padre estaba sentado releyendo las páginas de Mishna y Gemara, o discutiendo puntos de la Torah con los ancianos del Beth Hamidrash, Marco se divertía en los salones de baile o en la calle, de acuerdo con las costumbres de la joven generación del ghetto.

La época de la Navidad había llegado. Abrahams, sentado solo en su casa de empeños, oyó el creciente sonar de las campanas y con un ademán violento cerró el volumen del Talmud que estaba leyendo. ¿No bastaba que su pueblo hubiera sido dispersado por la superficie de la tierra y aun hacía falta que sus atormentadores proclamaran tan jubilosamente su victoria? Comenzó a pasear de un lado a otro de la tienda con impaciente andar, mascullando imprecaciones sobre el falso Mesías.

La puerta se abrió y un niño entró tímidamente. No debía tener más de diez años de edad y parecía tan débil y pálido que cualquiera se hubiese preguntado al verle, por qué no estaba en la cama. Sus ojos grandes y negros como el carbón, parecían brillar como ascuas en su rostro desencajado. Con salud podría ser un niño excepcionalmente bello, pero tenía las facciones desfiguradas, hundidas las mejillas. Abrahams, sin embargo, no se percató de nada de eso. Su mente vagaba por otras regiones y sus ojos no vieron más que el vaso de plata que el niño tenía en su escuálida mano y puso lentamente en el mostrador. Mecánicamente Abrahams lo tomó.

—¿Cuánto quiere?—preguntó.

—Un dólar, — dijo el niño. — Necesito comprar un libro.

Abrahams llenó la fórmula de una boleta, le dió al niño un dólar y, con el vaso en la mano, siguió paseando, nuevamente de un lado a otro. Las campanas de Navidad tocaban. El niño salió tan silenciosamente como había entrado. Las campanas dejaron de tocar y Abrahams, que examinó detenidamente el vaso, por primera vez, no pudo reprimir una sonrisa. El vaso era de metal plateado y no valía más de cincuenta céntavos.

—Esto es lo que sucede cuando no se presta la debida atención a los negocios,— monologueó sonriendo al pensar en su falta de atención. El niño había dicho llamarse Samuel Postnoff.

Durante el año que siguió, Marco se pasó la mayor parte del tiempo fuera de casa y se dedicó más que nunca, a una existencia de placer y diversión. Su padre, dedicado a sus libros y a sus estudios religiosos, no lo notó. Cada vez que Marco pedía una suma de dinero mayor que de costumbre, su padre se la daba sonriendo.

—¿Te diviertes mucho? — solía preguntarle. Y Marco, amable y comunicativo, contaba a su padre, con todos los mayores detalles, cómo vivía divirtiéndose. El contraste entre el padre y el hijo era extraordinario y Abrahams daba las gracias a Jehová porque le permitía dar a su hijo más que cuanto él había recibido. Llegó un tiempo en que Marco habló poco y se le vió excepcionalmente serio. Sus pedidos de dinero fueron más y más frecuentes y las sumas que pedía más y más importantes. Hasta que un día, — en el mes de diciembre, — se acercó, muy pálido a su padre.

—Tengo que decírselo alguna vez, — manifestó, — y más vale que se lo diga ahora. Hace tres meses que me casé.

Al hablar, le temblaron los labios, pero miró a su padre cara a cara, con entereza.

Abrahams bajó el libro y cruzó las manos.

—¿Quién es ella? — preguntó.

Entonces fué cuando Marco se puso muy rojo, vaciló, y con un esfuerzo para el que le hizo falta todo su valor, contestó:

—A usted no le gustará. ¡Es ella una "gay"!

Abrahams se puso pálido como la muerte. Durante un largo rato permaneció sentado, inmóvil, casi sin respirar. Pareció encogerse, empequeñecerse, envejecer mucho en un instante.

—¡Padre! — exclamó Marco acercándose a él y tendiendo los brazos.

Un estremecimiento sacudió el cuerpo de Abrahams. Se levantó de su silla lentamente, como un hombre entumecido por la vejez e indicó la puerta.

—¡Vete!—dijo en voz baja.

Marco dejó caer los brazos.

—¡Padre! — repitió.

Abrahams fué hasta la puerta con paso lento e inseguro, y la abrió.

—¡Fuera de mi casa! — dijo con voz ronca.

Marco se puso el sobretodo y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo como si quisiera hablar, pero la expresión del rostro de su padre le enmudeció y Marco, con súbita resolución apretó los labios, levantó altanero la cabeza y salió.

Durante varios días Abrahams cumplió su tarea diaria como en sueños. Le parecía que una mano helada le estrujaba el corazón y no lograba comprender por qué estaba allí. Su hijo había cometido el imperdonable pecado y él le había desheredado ya. ¿No era ése el castigo que Jehová ordenaba? ¿Por qué, entonces, su vida se había nublado de tal modo tan repentinamente? De pronto había sentido como si su vida no tuviera razón de ser. ¿Tal vez no había sentido contra su hijo todo el necesario resentimiento? Procuró, de todos modos, raciocinar al respecto, pero sus raciocinios no le condujeron a solución ninguna. Sentía un ahogo constante. Por más que pensaba no lograba entenderlo. No tenía a su disposición más recurso que acudir a la sabi-

duría y a las exhortaciones del Talmud, y así lo hizo Abrahams, sumiéndose en el libro todo el día y gran parte de la noche.

Las campanas de Navidad repicaron de nuevo y durante un momento le sacaron del estado de apatía en que había caído. Una ola de furor estuvo a punto de dominarle y gritó en alta voz las maldiciones que acudieron a sus labios contra el credo que le había arrebatado a su hijo. Pero la crisis pasó pronto y volvió de nuevo a su Talmud.

Un niño, delgado, enfermizo, entró en la tienda y dió a Abrahams una boleta y treinta centavos de cobre.

—No he podido juntar el dólar completo, —dijo el niño, — pero vengo a pagar los intereses, así tal vez el año próximo pueda recoger el vaso.

Mecánicamente escribió Abrahams otra boleta y se la dió al niño. El incidente no le causó mayor impresión que la de recordar, de modo indeciso, que ya había visto en otra ocasión la cara de aquel niño.

Los días pasaron y también los meses, más rápidamente que nunca, y cada tarde, Abrahams oyó las campanas de la iglesia luterana. Habían penetrado ya en la rutina de su vida y él sabía, aun sin mirar el reloj, cuándo iban a empezar a sonar. No iba al Bet Hamidrash con tanta frecuencia como antes, porque no tenía a quien dejar a cargo del negocio, y—esta causa era tal vez la verdadera,—sus amigos le daban allí noticias de su hijo. ¿Su hijo? ¿No estaba muerto y olvidado? Abrahams hasta había recitado el "Kaddish", el servicio de los difuntos, por él. ¿Por qué había de oir a los que contaban que un tal Marco Abrahams estaba enfermo y pasaba penurias?

Desdichado el que pretende arrancar de su corazón las raíces que la naturaleza plantó, porque su carga será pesada de llevar. Y del Génesis al Deuteronomio, de Zeraim a Taharot, ni el Torah ni el Talmud ofrecía consuelo.

Lentamente fué dándose cuenta Abrahams de que su corazón llamaba a su hijo, pero tan grande era su orgullo y tan arraigado estaba en él el prejuicio contra los odiados "Goyin", que luchó contra todos los instintos de su naturaleza. Y a medida que su cuerpo se hacía más viejo y más débil, el fuego de su resentimiento parecía hacerse más y más violento dentro de él. Así pasaron tres años y cada año al llegar la Navidad las campanas de la iglesia luterana repicaban cantando su canción de alegría y cada año el niño llegaba a renovar la boleta del vaso empeñado. Parecía que nunca lograra reunir lo bastante para rescatar la prenda, pues siempre traía los intereses en sucias monedas de cobre.

Abrahams se fijo en él por fin. Recordó que una vez, mientras las campanas de Navidad repicaban, el niño había renovado su papeleta de empeño. Era curioso que durante el acceso de cólera que le dominaba mientras tañían las campanas, el incidente hubiera dejado impresión en su memoria. Pero en verdad, era aquel un recuerdo impersonal. Cuando el niño estuvo por cuarta vez fué cuando Abrahams súbitamente impresionado se dió cuenta de que aquel niño era una criatura viviente que se aproximaba rápidamente a su fin. Sus ojos luminosos se habían hundido en las órbitas. Estaba tan delgado que se hubiera creído que se le veían los huesos a través de la piel. Entregó al hombre veinticinco centavos y dijo:

—No he podido reunir más. ¿Puede usted esperar un par de semanas?

Abrahams no recordó haber hecho nueva papeleta. Debió hacerla maquinalmente y maquinalmente decir al niño que no pensara en los cinco centavos. Una extraña parálisis parecía haber embotado sus facultades y no recordó mas que la cara triste del niño y la pena que expresaban sus ojos. En otros tiempos Abrahams había gozado de buena reputación por sus impulsos de generosidad y de bondad y aun cuando su dolor le hizo cambiar de manera de ser nadie le tachó jamás de avaro. Pero en su embotamiento de aquel instante no le fué posible realizar voluntariamente un acto de generosidad. Con el corazón y el alma impresionados por una revelación de lo que puede ser la humana miseria, Abrahams sólo pudo realizar lo que era la habitual tarea de su trabajo. Pero no olvidó jamás, desde entonces, la cara del niño.

Pasó la Navidad y Abrahams volvió a su Talmud y a sus plegarias. Fué una vez al Beth Hamidrash porque necesitaba un libro y allí oyó que decían que Marco tenía un hijo. Tardó bastante tiempo, su mente, en darse cuenta de este nuevo pensamiento, y la cara del niño que había empeñado su vaso de plata acudió a su memoria.

En los días siguientes pensó muchas veces en que ya era abuelo e hizo desesperados esfuerzos por alejar de su mente tal pensamiento. Pero el recuerdo de la cara del niño no se borraba con igual facilidad. Varias veces dejó el libro y paseó de un lado a otro para ahuyentar aquella imagen de su consciencia. Se dió cuenta entonces de que su paso había perdido elasticidad y de que se movía más lentamente y con mayor esfuerzo. Pero no pudo arrancarse de la mente aquella cara. Y así pasó otro año y Abrahams, con una extraña mezcla de esperanza y de temor, esperó el día en que había de volver el muchacho. Algunas veces, cuando un pasaje del Talmud o de la Torah le conmovía más que de costumbre, el pensar en el hijo que no había sabido llevar su parte en la carga de Judá y cuyo hijo seguiría sin duda las costumbres de los "Goyins" llenábale el alma de aflicción. Pero, instantáneamente los ojos grandes y ardientes del niño que había empeñado su vaso se fijaban en el mirándole ya fuera desde las páginas del libro ya desde la oscuridad de los estantes y tanto el

hijo como el nieto eran olvidados en seguida.

Las campanas de la iglesia luterana prorrumpieron en estrepitoso y alegre repique. Había llegado la época de Navidad. Anochecía y en la media luz del crepúsculo la resonancia de las campanas parecía encontrar miles de débiles y misteriosos ecos dentro de las paredes de la casa de compra y venta de Abrahams. Un sentimiento de amargura llenaba su corazón. El panorama de la persecución de su raza a través de veinte siglos se desenvolvía ante sus ojos brillantemente iluminando como por la luz de innumerables relámpagos.

—¡Oye! ¡O Isabel!—exclamó recitando el Shema como si fuera un fetiche que pudiera resguardarle contra amenazante calamidad. —¡El Señor tu Dios, el Señor es uno!

La puerta de la casa de empeños se abrió, y una mujer con la cara cási enteramente tapada por un chal grande entró y puso una papeleta en el mostrador. Abrahams se levantó lentamente y tomó el papel. Tenía el nombre de Samuel Postnoff, y lentamente cayó de la mano de Abrahams como si los dedos se hubieran quedado paralíticos y no pudieran sostenerlo ya. Movió los labios pero no logró hablar. Por fin logró preguntar con voz muy ronca:

—¿Y el niño?

Pasó un momento, — a Abrahams le pareció un tiempo interminable, — y de debajo del chal salió el eco de un sollozo. Después oyó una quebrantada voz:

—Soy su madre. No supimos del vaso empeñado hasta el último día. El me dió la papeleta y me dijo cuán bondadoso fué usted con él cuando le admitió los veinticinco centavos el día que no tenía lo suficiente para pagar los intereses. Necesitó el dinero para comprar un libro de cuentos. El fué siempre enfermizo... No tuvo suerte. Somos pobres pero, claro está, — y la mujer consiguió fingir una sonrisa, — un dólar más o menos poco importa. Deseamos tener el vaso.

Abrahams no había intentado ver el rostro cubierto por la capucha formada por el chal. Se dirigió a un estante, tomó el vaso, quitándolo del papel que lo envolvía. Lo tuvo un momento en la mano, mirándolo, pero sus ojos no podían verlo. Se lo dió a la mujer y se dirigió, tambaleándose, hacia su silla. La mujer abrió el portamonedas.

—¿Cuánto debo pagar? — preguntó.

Abrahams se volvió rápidamente, pareció crecer, sus ojos despidieron destellos de luz, como si un choque eléctrico le hubiera galvanizado se irguió, recto, imponente, en el pequeño espacio de la reducida tienda.

—¡Por Dios! ¡No hable usted de dinero!—exclamó.—¡Por favor! ¡Por favor!

La mujer confundida, tomó el vaso, y como si el extraordinario espíritu que había animado al prestamista hubiese partido al salir la mujer, Abrahams se dejó caer en su silla débil, inerme. Entonces las campanas de Navidad tocaron de nuevo. Su alegre repicar resonaba en el aire frío del anochecer y llenaba la tienda de ecos extraños. ¿Pero de qué nuevo mensaje eran portadores aquellos tañidos? ¿Qué significaba ese nuevo espíritu de alegría, de juventud y de felicidad? Abrahams, con la boca abierta, miraba asombrado a las estanterías de su oscuro negocio. En cada rincón, en cada sombra le parecía ver una cara de niño que le miraba con ojos de asombro. Volvióse para mirar hacia los estantes que quedaban a su espalda y en todas partes veía lo mismo: caras de niños, algunas sonriendo, otras con ojos grandes y hundidos, todas mirándole. Y aun cuando la puerta estaba cerrada parecía que de la calle entraran niños en tropel, niños de todas clases y aspectos debiles y fuertes, feos y hermosos niños y niñas... Y en los ojos de todos brillaba una luz maravillosa.

Las campanas de la iglesia luterana que estaba—y aun está,—a poca distancia de los confines del Ghetto, tocaban el canto de la infancia. ¡La infancia! La dulzura y la esperanza del vivir. Abrahams se levantó lentamente de su silla. Una por una apagó las luces de su casa de compra y venta. En la oscuridad tomó el sombrero y el sobretodo. Las campanas seguían repicando alegres.

—¡Voy, Marco! — dijo el prestamista en voz muy baja. — ¡Voy hacia ti, hijo mío!

Cerró con llave la puerta del negocio y con paso rápido se alejó en la oscuridad de la noche.

Bruno Lessing.

CONSEJOS PARA EL HOGAR

RECETAS E INDICACIONES CURIOSAS Y DE VERDADERA UTILIDAD PRACTICA

Aprovechamiento de sombreros viejos.—

Con los sombreros viejos de fieltro se hacen muy buenas plantillas para zapatos. Estas son muy cómodas y agradables; pues si las suelas se han puesto muy delgadas, impiden que se formen callos debajo de los pies, y también preservan muy bien del frío. Para hacerlas, se remojan los sombreros en agua tibia con jabón y soda, y se frotan hasta que pierdan la forma. Se enjuagan, se dejan secar y se planchan, consiguiendo así un pedazo de fieltro liso y plano. Se cortan formas de cartulina blanda y flexible, se engoman, se ponen sobre el fieltro y se prensan una vez secas se planchan por el lado del fieltro y se recortan. Si se quieren forrar se aplica goma nuevamente por el lado del cartón y se colocan sobre la tela que servirá de forro; se prensan, planchan y se recortan cuandos secas, ribeteándolas, para concluir con puntos de ojal separados o también con una trencilla delgada. De este modo se obtendrán plantillas perfectamente adaptables al pie más sensible.

* * *

Contra la piedra.—

Para quitar la piedra que se forma en las pavas enlozadas, se llena la pava con agua y se pone al fuego; cuando hierve el agua se le echa un pedazo de sal amoníaco de 6 gramos. Después de media hora se tira el agua. Se enjuaga calentando agua en la pava y tirándola varias veces.

* * *

Pisos lustrosos.—

Los pisos de piedra, baldosas o mosaicos de las cocinas y cuarto de baño se conservan lustrosos si cada cuatro semanas se pasan con aceite de lino que se calienta y se aplica bien estirado. Todos los días se pasarán con trapo húmedo y antes de darle el aceite se frotarán bien con agua caliente y jabón.

* * *

Rallando queso.—

Para poder rallar más fácilmente el queso que se ha endurecido demasiado, se calienta un momento sobre la plancha del horno o sobre la parrilla; se debe tener mucho cuidado, pues se tuesta muy pronto o se ablanda demasiado.

* * *

Papas.—

Para que no broten las papas de comer, se guardarán en un sótano oscuro y muy seco. Las ventanas se mantendrán cerradas. No deben vaciarse sobre el suelo sino sobre paja seca o ponerlas en cajones.

* * *

Manchas de frutas.—

Cuando se prepara o pela mucha fruta para preparar dulces o conservas, no se debe usar ni jabón ni agua pura para limpiarse las manos, ni se usará cuchillo de acero para pelar, sino de hoja de cuerno, hueso o de plata. Se lavan luego las manos con un poco de jugo o zumo de la fruta y luego se frotan con limón.

* * *

Remendando.—

A veces se tienen en los vestidos rasgados, que sería imposible remendar sin hacerlos aún más visibles. Hay un modo de remediarlo, quedando completamente invisibles. Debajo del lugar percudido se coloca al hilo, derecho con la tela o el dibujo, una pieza del mismo género y por debajo un pedazo de papel de gutapercha húmedo. Luego se coloca entre dos trapos gruesos y se plancha con cuidado. De este modo quedará el remiendo bien disimulado.

* * *

Restos de bujías.—

Para utilizar los restos de las bujías se juntan en un tarro todos los cabos y los chorros que se quitan de los candeleros. Cuando se tiene suficiente cantidad, se hacen derretir calentándolos a baño maría, se cuela el líquido así obtenido, se agregan 40 gramos de cera blanca, se mezcla bien con la estearina y cuando esta mezcla está tibia se le agregan 50 gramos de bencina y 25 gramos de esencia de trementina. Se sigue revolviendo hasta obtener una crema uniforme, que es excelente para limpiar el calzado de color. Se usa: aplicándola por medio de un cepillo blando o con un trapo, luego se limpia con otro trapo y se lustran con un pedazo de lona o de franela. Obsérvese que al agregar la bencina y la trementina se estará bien lejos del fuego, pues son inflamables ambas.

* * *

Compostura del carey.—

Para componer carey hay que alisar con una lima los dos bordes rotos del objeto de carey, mantenerlos un momento en agua hirviendo hasta ablandar el carey; unirlos lo mejor posible con unas pinzas u otro instrumento adecuado y dejarlo así hasta que se hayan pegado los bordes.

Mr. Morse, del Brasil

Por Guy Thorne

Sensacional narración de amor y de aventuras, en torno de una misteriosa y terrible intriga, por el autor de "El Pirata Aéreo".

Nota de Sir Thomas Kirby, Bart.

" Los detalles de este prólogo de los " asombrosos acontecimientos que tengo el " privilegio de relatar me han sido sumi- " nistrados cuando la obra estaba ya termi- " nada.

" Los he insertado como un cómodo pun- " to de partida de mi historia.—T. K."

BAJO un alegre toldo de franjas rojas y blancas que cubría una gran parte de la terraza del famoso jardín del Palacete Mendoza en Río, se hallaba Gedeón Mendoza Morse, el hombre más rico del Brasil y — según se decía — el poseedor de la tercera fortuna del mundo entero.

Estaba echado en una hamaca de seda, fumando uno de esos pequeños cigarros brasileños que están hechos con aromático tabaco negro y envueltos en una hoja de chala.

Era la hora de la siesta. Desde donde se encontraba el millonario podía distinguir gran parte de los maravillosos jardines que rodeaban el blanco palacio que había hecho construir para él y que no tenía semejante en todo Sud América.

El tronco de los grandes árboles estaba cubierto por lianas que se hallaban llenas de flores de tonos brillantes. Se veían allí grandes extensiones bordeadas con mirto, mimosas cubiertas con la lluvia de oro de sus flores; inmensas palmeras agitaban levemente sus abanicos a impulsos de la suave brisa de la tarde. Entre el césped se hallaban grandes jarrones de mármol blanco, llenos de agua clara, que brotaba de su centro, formando caprichosos juegos.

Se oía un continuo murmullo de insectos y se veían destellos de luz de todos los colores del arco iris de los pequeños pájaros de brillante plumaje que revoloteaban entre las flores. Grandes mariposas de tonos azulados, vermellón y plata, del tamaño de murciélagos, volaban lánguidamente y el aire estaba embalsamado con un fuerte olor a vainilla.

Más allá de los jardines, se hallaba la bahía de Río de Janeiro, la más hermosa de todo el mundo, dominada por la montaña que se conoce con el nombre de Pan de Azúcar y salpicada de verdes islas.

Gedeón Morse, tomó un par de excelentes prismáticos que se hallaban al alcance de su mano, en una mesa y miró hacia el lado del puerto.

Un gran yate pintado de blanco, semejante a un hermoso cisne blanco se destacaba sobre las aguas. Era una embarcación de cinco mil toneladas, con turbinas y movida a petróleo, la más rica y grande de todas las existentes en su clase.

Gedeón Morse, contempló todo tranquilamente.

Era un hombre de sesenta años de edad, con abundante cabellera blanca, que peinaba hacia atrás desde su arrugada frente. Su rostro curtido tenía un tinte oscuro; su nariz, acaballada, parecía el pico de un halcón, y su boca era una simple abertura, como si hubiese sido hecha con un cuchillo. Una fuerte mandíbula completaba la general impresión de una anormal tranquilidad y un afirme decisión. Por lo demás el rostro era una máscara de fijeza.

Bajo unas gruesas cejas negras se destacaban los ojos de una negrura de noche, de mirada clara, pero sin expresión. Nadie que los mirase podría descubrir nunca qué ideas podían reflejar.

En cuanto a lo demás, era un hombre de mediana estatura, rechoncho, fuerte y ágil.

Acerca de su origen, daremos aquí una breve reseña. Su madre fué una dama española, de buena familia, residente en el Brasil; su padre un caballero de Old Virginia, quien se había establecido en el país, después de la guerra entre Norte y Sud. Morse había nacido en el Brasil.

Había heredado una regular fortuna, que supo acrecentar con extraordinaria rapidez y éxito. Cuando el último emperador, don Pedro II, fué depuesto en 1889, Gedeón Morse era ya un hombre rico y un prominente político.

Tuvo una importante participación en el establecimiento de la república, aun cuando en los primeros años de su juventud había sido partidario de la monarquía y aprovechó bien la inmensa prosperidad que siguió al cambio.

No constituían sus bienes valores en documentos. Las fluctuaciones bursátiles no podían ejercer influencia. Poseía inmensas plantaciones de café en Pará y era, prácticamente, el monopolizador del azúcar en las regiones de Marañon; pero sus grandes ingresos

provenían de sus minas de oro, manganeso y diamantes.

Había contraído matrimonio en los comienzos de su carrera con una dama española, y había quedado viudo con una hija que contaba ahora diez y siete años de edad.

La joven llegó en aquel momento de la parte del jardín cubierta con el toldo. Era una muchacha alta, con abundante cabello negro y una voz tan agradable y bien timbrada, como el sonido de una campana de plata en un atardecer tranquilo.

—Papá, — exclamé en inglés. Había sido educada en un colegio de Eastbourne y no se notaba en ella el menor rastro del idioma nativo. — ¿A qué hora exacta debemos partir?

Morse se deslizó de la hamaca y tomó del brazo a la joven.

—Esta noche a las diez, Juanita, — respondió acariciándola una mano. — ¿Estás contenta?

—¡Contenta! No me es posible manifestar cuánto.

—Dejando todo esto — y señaló con la mano lo que les rodeaba y que era, probablemente la más admirable región que podía hallarse en la tierra. — Dejando todo esto — repitió — ¿por las nieblas y la tristeza de Londres?

—No pienso en las nieblas, que dicho sea de paso se citan siempre en forma exagerada. Por otra parte, amo a Río, papá, pero deseo estar en Londres, el corazón del mundo, donde una muchacha disfruta de una libertad como jamás la alcanzará aquí.

—¿Libertad?—repitió él.—¡Ah!...

Y se disponía a proseguir cuando un sirviente del país, vestido con librea blanca adornada con cordones de oro, avanzó hacia ellos con una bandeja en la que había dos tarjetas.

Morse las tomó. Un rápido destello brilló en sus ojos. Pero pasó en seguida dejando su rostro con la habitual impasibilidad.

—Tienes que dejarme, querida, — dijo a Juanita. — He de ver a unos señores... ¿Está ya todo preparado?

—Todo. El equipaje ha ido ya al puerto y sólo quedan un par de valijas que tiene María.

—Perfectamente. Entonces comeremos luego algo y marcharemos a la caída de la tarde.

La joven se retiró. Morse dió algunas órdenes al sirviente y poco después el ruido de un ascensor se dejó oir en una pequeña cúpula que había en uno de los ángulos de la terraza.

Aparecieron dos hombres que avanzaron entre las palmas y flores, hacia el lugar en que se hallaba el millonario.

Uno era un tipo delgado, erguido, de bastante edad, con bigote blanco. Era el marqués de Silva; su compañero, corpulento, de barba negra y de piel oscura, francamente mulato, era el señor Zorrilla.

—Tengan la bondad de tomar asiento,— exclamó Morse con un gesto, pero sin tender la mano a ninguno de los dos. — ¿Puedo preguntarles a qué debo el placer de esta visita?

—Es muy sencillo, señor, — respondió el marqués. — Y usted debía esperarla en un momento o en otro.

El anciano, temblaba algo cuando se sentó junto a la mesa, un bonito mueble de forma redonda y madera de un tono rojo, con incrustaciones de nácar.

—Somos, hasta cierto punto, una especie de embajadores, — dijo el adiposo Carlos Zorrilla.

Se hallaban entonces sentados todos en torno a la mesa. A la sombra de una palmera cuyos grandes abanicos se entrechocaban movidos por la brisa que llegaba de las frías alturas de Pan de Azúcar.

El rostro de Gedeón Morse era tan inescrutable como de costumbre. Parecía que llevase una máscara de piedra, pero el anciano noble, se encontraba molesto y enfermo, mientras que los ojos saltones del bien vestido mulato, que llevaba brillantes en los puños de la camisa y en las manos, miraban con furiosa pasión.

En un momento se había presentado la tragedia en aquel paraíso.

—Sí, somos embajadores, — repitió el marqués con cierta ansiedad.

—Una palabra importante y que suena muy bien, — exclamó Gedeón Morse. — ¿Y puedo permitirme preguntar de quién?

Rápidamente, como un relámpago, Zorrilla colocó a mano sobre la mesa, la abrió y la volvió a cerrar. Cuando hizó el movimiento se notó un pequeño reflejo en el centro de la palma de la mano.

Morse se echó hacia atrás en la silla y sonrió. Luego encendió uno de sus fuertes cigarrillos.

—¿Pero todavía andan ustedes jugando con esas bagatelas, señores?

El marqués enrojeció.

—Mendoza, — dijo. — Ese modo de expresarse es frívolo... Usted debe saber muy bien...

—Yo no se nada... No quiero saber nada...

El marqués dijo dos palabras en voz baja y entonces las cabezas de los tres hombres se unieron y durante dos o tres minutos se oyó un continuado y suave murmullo. Luego Morse retiró su silla haciendo gran ruido.

—¡Basta! — exclamó.—Ustedes son unos locos soñadores. Vienen hasta mí después de todos los años pasados, a preguntarme si quiero tomar parte en una obra de destrucción de la paz y prosperidad de que disfruta nuestro gran país desde hace más de treinta años. Me prometieron la presidencia de la República, cuando ayudé a...

Carlos Zorrilla levantó la mano y los enormes diamantes brasileños de sus sortijas lanzaron grandes destellos.

—Basta, señor, — exclamó con gruesa voz.—¿Esa es su última resolución?

Morse rió desdeñosamente.

—Mientras subsista el Pan de Azúcar—

dijo, — pensaré lo mismo y nada me hará cambiar de opinión.

—Pensará usted lo mismo, Mendoza, — dijo el marqués con mucha gravedad y digna entonación, — pero yo le aseguro a usted que no tendrá mucho tiempo para ello. Tiene usted dos años de plazo, es cierto, pero al terminar esté seguro... ¡Oh! bien seguro... de que su fin llegará y rápidamente...

Morse se levantó.

—Entonces procuraré aprovechar del mejor modo posible esos dos años—exclamó con burlona entonación.

—Hará muy bien, señor, — dijo Zorrilla.— Pero recuerde que en nuestros bosques el viajero puede estar en guardia durante días y semanas, pero que entretanto en lo alto de los árboles, el jaguar lo sigue en silencio esperando...

—Yo he viajado mucho por nuestros bosques durante mi juventud, señor Zorrilla y he muerto varios jaguares.

Los tres hombres se miraron durante un largo rato en silencio. Luego los dos visitantes se inclinaron y se dispusieron a partir. Pero cuando ya se dirigían hacia el ascensor, Zorrilla volvió sobre sus pasos y entregó una tarjeta ordinaria de visita con un nombre impreso.

Morse la tomó y miró lo escrito, permaneciendo silencioso y frío. No hizo movimiento alguno hasta que la campana de la puerta le demostró que había quedado nuevamente dueño de la plaza.

Entonces se dirigió hacia la mesa como un hombre ebrio, se desplomó sobre una silla y miró hacia el horizonte teñido de perla y carmesí.

* * *

Tirando los dados.—

CUANDO murió mi padre y me dejó su gran fortuna, heredé también un periódico de gran fama en Londres, "The Evening Special" y resolví dirigirlo yo.

Tener 26 años, vivir una vida activa, ir a todas partes, verlo todo, conocer a todo el mundo y tener poder sobre todo, constituye un éxito en la vida. No hubiera cambiado yo mi situación en Londres por la del primer ministro.

En la tarde de un día de baile en casa de Lady Brentford, comía solo en mi departamento de Picadilly. No había gran cosa que hacer en el mundo de la política y había estado jugando al golf, en Sandown una gran parte del día. No ví el diario hasta que Preston me trajo en aquel momento la última edición y me dispuse a leerla mientras tomaba café.

Había, y hay, pocas cosas que yo estime tanto como "The Evening Special". Tengo la pretensión de que es el periódico de la noche más legible, sano y de más completa información, de Inglaterra.

Tenía bastante tiempo disponible antes de irme y me senté en el balcón para leer el diario aún cuando los ruidos habituales de Piccadilly en una tarde de principios de verano no llegaban hasta la habitación en que me hallaba.

En una de las últimas páginas, donde se publicaban las noticias y los chismes sociales, ví algo que me interesó. La señorita Easey, quien escribía las noticias de sociedad, era uno de mis mas valiosos elementos. Con su nariz en forma de gancho, sus ojos negros y rendondos, su maravillosa peluca de color café, iba a todas partes por derecho de nacimiento, pues estaba emparentada con la mitad de la aristocracia.

Sus informaciones eran interesantes y exactas. No perdía noticia alguna porque obtenía las informaciones en las propias fuentes y era conocida de todo Londres.

Era acreedora a las mil libras que la pagaba por año y la columna diaria firmada "Vera" era aceptada de hecho en la vida de la sociedad londinense.

Aquel día la vieja señorita se había excedido a sí misma. Al parecer, ya hablaban de él los diarios desde hacía varios días; de la aparición del gran millonario brasileño Gedeón Mendoza Morse que había causado en la sociedad el efecto de una bomba.

Había alquilado un piso entero en el Regal Hotel, y circulaban rumores de que se disponía a comprar uno de los palacios desalquilados de Park Lane, lo que había asombrado a la ciudad.

Decían todos que su fortuna era superior a la que pudieran ambicionar los más ambiciosos; lo cual no dejaba de ser una exageración pues no hay límites para la ambición.

Vera no se extendía mucho acerca de la fortuna del brasileño, sino sobre su única hija. Decía en forma velada y con esa educada reticencia, por la que pagaba yo a la señorita Easey, mil libras por año—sueldo que nadie ganaba en "The Evening Special"—que la señorita Morse era una joven de tan superlativa hermosura que ninguna de las jóvenes debutantes se aproximaba, ni con mucho a ella.

Me informé también de que la primera aparición en público de la joven, se realizaría aquella noche en los salones de la Marquesa de Brentford, en Belgravia Square.

La información daba ciertamente un adicional interés a las perspectivas de la velada y yo hasta desconfié de que la señorita Morse fuera realmente como la pintaban.

Había regresado de Sandown en automóvil y me había sentado a la mesa como iba vestido. Estaba algo cansado y como estaba sentado junto al balcón y las sombras de la noche se cernían sobre Green Park, mientras las luces de Piccadilly se iban encendiendo, caí en una especie de sopor, arrullado por el profundo rumor del tráfico, cuyos ruidos se asemejaban a las notas de un órgano.

Sí. Indudablemente me hubiera quedado dormido, porque empezaba a soñar con una encantadora aventura, cuando desperté sobre-

saltado al notar encendidas todas las luces del comedor, ver a Preston de pié en la puerta y sentir que Pat Moore me sacudía violentamente por un hombro.

—¡Que el diablo te lleve—exclamé levantándome.

Pat Moore tenía una estatura de seis pies y dos pulgadas y era, el de más peso de los que componían la Guardia Irlandesa.

—¿Que te trae por aquí?—agregué.

—He venido a tomar un trago en tu compañía— respondió.—Luego nos iremos juntos al baile.

Yo que me iba despertando, noté que Pat estaba vestido de frac y con aquella indumentaria tenía una arrogante figura. Tenía fama de ver el hombre más buen mozo de Londres siendo tan sencillo y llano como el que más. realmente, bien estuviese vestido de militar, o de civil, era de apuesta figura.

Sin embargo no tenía nada de presuntuoso, siendo tan cariñoso y leal como el que más. Poseía una honradez a toda prueba y un sentido común tan perfecto que sabía hacerse estimar por todos. Su inteligencia, no obstante, no pasaba de ser mediana.

En una época ya lejana, cuando muchachos, habíamos peleado y hasta me había castigado en Eton, y aun parecía perdurar en él un deseo de continuar interviniendo en mis actos.

—Ahora Tom—exclamó sirviéndose el mismo una bebida fuerte.—Ve a ponerte buen mozo y luego ven, que tengo algo que decirte.

Yo salí de la habitación, obedeciéndole, para afeitarme, bañarme y vestirme de frac, lo que hice ayudado por Preston y regresé al comedor como a las diez menos cuarto.

—¿Qué es lo que tienes que decirme, Pat?

Pensó un instante. Creo que él siempre tenía que ir a buscar las palabras en algún armario que tenía en el cerebro.

—¡Tom! — dijo al fin.—¡He visto a la muchacha más bonita del mundo!

—Entonces ponte en salvo Pat, rechaza toda tentación o te atrapará.

Pat, tenía una renta de diez mil libras esterlinas por año y había tenido una suerte negra para todos los proyectos amorosos durante los dos años anteriores.

—¡No seas tan vano, Tom! No sabes lo que estás diciendo... Hablo en serio.

—No puedo saber a quien te refieres.

Se había levantado de la silla para explicarse cuando se abrió la puerta y Preston anunció: ¡Lord Arturo Winstanley!

—¿Hola? ¿Que te trae por aquí? — exclamé.

—He venido a beber una copa contigo y como vendrás esta noche a casa de mamá, iremos juntos. ¿Verdad Tom?... ¡Hola, Pat! ¿Vienes tu también?

—Así pienso—respondió el capitán Morse.

Arturo se dejó caer en una silla. Delgado, afeitado, rizados cabellos negros y ojos de un azul oscuro, su bien delineado y atrayente rostro reflejaba juventud y vitalidad.

—Tom—me dijo.—Esta noche vas a ver la muchacha más bonita del mundo entero.

—¡Ajá!—murmuró Pat. ¿También tu la has visto?

—¿Que si la he visto? Por supuesto. Mamá dá esta noche la fiesta por ella.

Entonces comprendí.

—¡Ah! ¿Se trata de la señorita Morse? —dije.

—De Juanita,—dijo Pat con su peculiar entonación irlandesa.

—Generalmente la llamán Juanita... Suave como una noche tropical—dijo Arturo. —Tu manera de pronunciar no es del todo acertada.

Pat se mordió la punta de su grueso bigote, luego tirando un almohadon exclamó:

—¡Vete al demonio tu y tu manera de hablar!

—Bueno—dije yo a mí vez.—No la he visto. Pero me atengo a la opinión de dos peritos como ustedes. ¿No es hora aún de que marchemos?

Winstanley sacó un reloj de platino, no más grueso que media corona, del bolsillo de su chaleco blanco.

—Sí. Ya podemos ir—dijo.—Podremos tomos tomar así una posición estratégica y llegar sin que nos molesten. Aún cuando no vivo allí, tengo un par de cómodas habitaciones arregladas para mí, y mamá desea ver que...

Se sonrió.

—Bien. Vamos a cuentas,—exclamé.—Ustedes llevan ya mucho adelantado con la hermosa brasileña. Supongo que todos la rodearán, pero Pat y yo tenemos la mitad de probabilidades.

—Por supuesto. Convengo en ello. Opino que adelantaremos mucho más si los tres marchamos de acuerdo. Te digo Tom, que quedarás prendado de ella en cuanto la veas. No ha existido una muchacha semejante desde Cleopatra hasta nuestros días... Ordena a Preston que vaya por un automóvil y vamos a tomar posiciones.

Eran las diez y media cuando llegabamos a la hospitalaria morada de Brentford House, en Belgravia Square.

Había allí una gran cantidad de gente. No recuerdo haber visto nunca tanta concurrencia en la mansión de Lady Brentford, porque aún cuando todos concurrían a sus fiestas, nunca parecían tantos debido a las enormes proporciones de la antigua residencia londinense.

Pat Moore y yo marchamos al lado de Arturo, quien, como hijo de la dueña de casa, conocía el camino mucho mejor que nosotros, y así pronto nos hallamos en lo alto de la gran escalera y junto a la habitación en que Lady Brentford y su hija, Lady Juan Winstanley, se encontraban. Yo alcancé a divisar la calva cabeza del marqués, tan desprovista de pelo como un huevo recien puesto que brillase en un rincón del corral. Era un buen viejo el marqués.

La estimable Lady Brentford saludó a Pat



"Papá— exclamó en inglés— ¿A que hora exacta debemos partir?"

—quien había ido abriéndonos paso en la escalera—con marcadas muestras de amabilidad. Pensé que la digna señora veía en él un probable esposo para la hermana de Arturo.

Después de saludar a su madre y hacerle una pregunta, Arturo se apartó y llegó mi turno.

—¡Mi estimado, Sir Thomas! ¡Cuanto me alegro de verlo! ¿Se encuentra usted como todos los demás jóvenes de Londres esta noche?

—Espero sinceramente que no—le respondí, porque comprendí muy bien lo que quería decirme.

Eramos antiguos amigos y ella no se dejó engañar ni un momento.

—Lo comprendo perfectamente, muchacho pícaro.

—Bien, entonces, Lady Brentford,—agregué bajando la voz. — Dígame, ¿ha llegado ya?

Sus ojos relampaguearon,

—Aun no. Pero la estoy esperando de un momento a otro. Ahora voy a ser buena con usted. Espere aquí a mi lado y así lo presento a usted en seguida.

Creo que la dirigí una mirada que la expresó todo mi agradecimiento, porque confieso que mi curiosidad se había despertado grandemente y además aquello podía constituir una ventaja sobre Pat y Arturo. Yo constituía un poder, — después de todo. — Aun cuando yo no hubiera sido más que Tomás Kirby, cuyo padre había recibido una baronía, aun cuando Lady Breutford no hubiera sido tan amable y aun cuando Arturo y yo no hubiéramos sido condiscípulos en Oxford.

Pero hay que comprender que yo era "The Evening Special" y que aquello significaba mucho, principalmente en una casa como aquella en que se hacía política y figuraba en el mundo social.

Esperé y conversé algunos momentos con Lord Brentford a quien, como adinerado y ex miembro de muchos gabinetes políticos, era forzoso tener en cuenta. Exclamó varias veces "hum", otras "ha", y luego "hum" otra vez, que era en lo que consistía su conversación en todo momento, menos cuando una excepcional comida le hacía exclamar "ho".

Calculo que serían las once de la [illegible] cuando noté un singular revuelo en la gran escalera. No faltó más que la orquesta que había en el salón de baile tocase la Canción Nacional, para que hubiera podido creerse que llegaba un miembro de la familia real.

Por la escalera subía un hombre rechoncho, de mediana altura, cabellos blancos, rostro moreno y de buen aspecto, pero de una inmovilidad tal que parecía tallado en piedra.

A su lado, sencillamente vestida y sin más adorno que un collar de grandes perlas, iba Juanita Morse.

Aun cuando viviese mil años jamás olvidaría la impresión que me produjo al verla por primera vez. Yo había visto a todas las bellezas de Londres, de París y de Roma. Había bailado con muchas de ellas, hablado con la mayoría, pero nunca, hasta entonces, había visto tan luminosa y precisa hermosura.

Es casi imposible para mí describirla, una presunción verdaderamente, cuando plumas más capaces que la mía habíanla dedicado himnos de alabanza. Los poetas de dos continentes habían cantado en largas tiradas de versos, la pequeñez de sus pies. Había oído el tema de innumerables artículos en los periódicos y la heroína de una docena de novelas. Pero yo supongo que debo dar alguna impresión de ella.

Era esbelta y alta, aun cuando no mucho. Su cabello que podía caer hasta sus pies y envolverla como un manto, era de un color negro fuerte. Pero no era burdo y sin vida como el que suelen tener muchas mujeres de la raza latina. Era fino como una hebra de seda, resplandeciente, vital, lleno de electricidad, — con vida propia, — tal me pareció a mí.

Los ojos de su padre tenían el color de azabache, pero los suyos eran de un negro azulado, grandes, relucientes y su mirada era penetrante.

No miraban siempre del mismo modo y a cada instante tenían una nueva expresión.

¿Pero qué puede expresar una descripción? Muy poco. No había un rasgo de su rostro, una línea de sus formas, que no fuesen perfectas, y su sonrisa tenía todos los encantos que pueden imaginarse en el mundo moderno... ¡Así era!

Dos minutos después, yo, Tom Kirby, caminaba en dirección al salón de baile, llevando su pequeña mano apoyada en mi brazo. ¡De qué manera me miraban las mujeres, movían la cabeza, y murmuraban!... ¡Cómo me odiaban los hombres!

Pude distinguir a Pat y Arturo y su cara era como la de dos jockeys a quienes se ha excluído del Derby.

Loados sean los cielos que todas las vulgares danzas modernas habían perecido por su vacuidad ya entonces, y porque jamás habían tenido cabida en Brentford House. La mejor orquesta de la ciudad había comenzado a tocar un delicioso vals y comenzamos a bailar en seguida como si hubiéramos pasado por entre las cortinas al país de los ensueños.

No recuerdo que nos hablásemos [illegible] uno al otro, — seguramente que yo no iba a preguntarla si le gustaba Londres o cualquier tontería por el estilo. — No parecía ser una muchacha que estimase en lo más mínimo el cambio de conversación.

Pero de un modo u otro, conversamos con los ojos. Yo estaba tan seguro de esto como del hecho de que estaba bailando con ella y sin precipitar mi historia puedo decir que mucho tiempo después, en una situación y momento del más serio peligro, ella me lo confesó.

Cuando terminaba la pieza, cuando las flautas y violines lanzaban las notas finales, yo exclamé:

—Señorita Morse. Comprendo que al expresarme así estoy cometiendo una horrible falta. Todo Londres anhela bailar con usted esta noche, y yo he tenido el gran privilegio de haber sido el primero en satisfacer ese deseo... Pero si usted quisiera... Si la fuese posible concederme el honor de bailar conmigo otra pieza luego más tarde.

—¡Por supuesto! ¡Claro está que sí, Sir Thomas! — respondió, y su voz tenía el delicioso sonido de una campana en la apacible serenidad del crepúsculo. — Encuentro que baila usted deliciosamente.

Dimos una vuelta al salón y luego la dejé junto a Lady Brentford, a quien dirigí una mirada que era una elocuente expresión de agradecimiento.

Inmediatamente se vió asaltada por todo un regimiento de negros trajes y no la volví a ver durante algún tiempo.

A mí me gusta enormemente el baile, pero no pensé en buscar una nueva compañera y me dirigí hacia el buffet, para beber un gran vaso de vino del Rhin helado... ¡Si a [illegible]

menos aquello tuviese la virtud de apagar mi sofocación!

Luego me dirigí hacia un solitario rincón de una de las salitas y me senté para abandonarme a difíciles ensueños. No diré nada de la naturaleza de mis ideas; son muy fáciles de adivinar. Pero de vez en cuando concentraba toda mi fuerza de imaginación en vivir nuevamente los deliciosos momentos de la danza.

Me sentía, finalmente irrevocable, apasionadamente enamorado. Creo que es la más loca manifestación para un hombre cuerdo, de un nivel superior en el mundo, como yo. La conocía hacía apenas un cuarto de hora y estaba seguro de que no encontraría jamás otra mujer para mí como ella, y que cuando mi vida se extinguiese, su nombre sería el último que pronunciarían mis labios.

Más avanzada la noche, antes de mi segundo y final baile con su hija, tuve la oportunidad de conversar con el mismo señor Morse.

Diré en seguida, — y no me ruborizaré por lo que ocurrió más tarde y por la íntima relación que travé con él. — Diré en seguida que lo encontré encantador. Había una inmensa voluntad y poder en él, pero no la ejercía imperiosamente sobre uno.

Aquel supermillonario tenía toda la gracia en la conversación, toda la cortesía y agradables modales de un gran caballero español y me conquistó por ello. No tardé en cerciorarme. Si necesitaba de mí en cualquier terreno, — y muchos de los que yo trataba lo hubieran hecho seguramente, — aun cuando yo no se lo hubiera dicho... Pero de cualquier forma, si me necesitaba, me encontraría completamente a su disposición.

Estuvimos mirando a la señorita Morse quien bailaba con el viejo Pat, quien a pesar de su corpulencia era tan ágil como un gato.

—¿Conoce usted al que está bailando con Juanita? — preguntó sencillamente Morse.

—¡Oh¡ ¡Sí! Es el capitán Moore.. Patricio Moore, de la Guardia Irlandesa. Es uno de mis mejores y más íntimos amigos y uno de los más buenos muchachos del mundo.

Entonces Morse dijo una cosa curiosa, de la que yo no pude comprende nada entonces. Exclamó medio dirigiéndose a mí, medio para sí con una singular entonación.

—Es un arrogante muchacho a quien convendría tener del lado de uno para cualquier emergencia.

Claro está que no pensé entonces en manifestarle que el bueno de Patricio aun cuando no era tan tonto como para permanecer en la calle mientras llovía, no era de imaginación despejada en el verdadero sentido de la palabra. Y esto lo pensé porque ni por un momento se me ocurrió que Gedeon Morse pudiese referirse simplemente a las condiciones físicas de Pat.

Moore tenía una expresión digna de verse en su rostro. Era una enorme, una gran masa de felicidad. No se tomaba el menor trabajo en disimular su éxtasis y si algún hombre podía imaginarse que estaba en el paraíso, aquel hombre era Patricio Moore.

Una cosa distinta fué cuando Juanita bailó con Arturo. Su bello y despejado rostro no reposó un instante. Estaba acicateado por el deseo y hablaba incesantemente, provocando sonrisas, en contestación a sus palabras, y miradas de los maravillosos ojos de la joven. Mi corazón estaba sobresaltado. Yo sabía cómo Arturo Winstanley podía hablar bien cuando quería, y como yo, lo supo toda Inglaterra tres años más tarde, cuando ingresó en la Cámara de los Comunes.

—¿Y aquél?

La voz del señor Morse volvió a resonar en mis oídos. Como yo había descuidado mis atenciones para con las demás encantadoras jóvenes a quienes conocía y estaban allí, permanecí a su lado mientras tocaron tres piezas.

—¡Oh! Aquel, — dije. — Es otro amigo mío. Es Lord Arturo Winstanley, hijo de los dueños de la casa. El segundo de los varones. Lord Carlos, el heredero se encuentra con su regimiento en la India.

El señor Morse agradeció mis informaciones y como poco después se acercase a nosotros una gran cantidad de personas, me alejé para dirigirme nuevamente hacia el rincón apartado, donde había dado rienda suelta a mi imaginación.

No me preocupaba lo extraño de mi conducta y de qué manera traicionaba la hospitalidad de Lady Brentford. Siendo, como yo era conocido por un bailarín excelente, muchas deseaban ser mi pareja, pero yo había resuelto no bailar con ninguna hasta que Juanita Morse me hubiera concedido el honor de volver a ser mi compañera.

Este deseo fué al fin satisfecho, y pasó. Después bajé a la planta inferior, tomé el abrigo y el sombrero y salí de la casa, sin que, según supuse, me viese nadie.

El aire de la noche era fresco y suave, por lo que resolví regresar caminando a mi domicilio; de ese modo calmaba mi excitada imaginación. Dí vuelta por el enorme y oscuro túnel que semejaba Victoria Street, que a tales horas se hallaba casi sin gente, por lo que el eco de mis propios pasos se dejaba oir claramente. Lancé una mirada de curiosidad hacia el campanario de la Catedral de Westminster, iluminado por la plateada luz de la luna, y cuando llegué a la altura de la Abadía y del edificio del Parlamento, todo estaba alumbrado por la suave y blanca luz.

Uno sólo alcanza a fijarse en esos detalles cuando está enamorado. En aquellos momentos no me era dado pensar. No podía analizar con mi habitual sangre fría la situación que en forma repentina se me había creado en la vida.

Recuerdo que lo que predominaba era un deseo que jamás había experimentado cuando había ido a la casa de Lady Brentford, pero sin hablar, ni ver a Juanita Morse.

¿Qué impresión me producía? Me parecía una princesa de la Casa Real y comprendía

que sin ella no sería yo realmente feliz en la vida.

Experimentaba una especie de desesperación, cuando dejé Parliament Stret y llegué a Trafalgar Square. Parecía un demente, y sólo ambicionaba encerrarme en mis habitaciones y permanecer solo en ellas a toda costa.

Abrí la puerta de la calle con mi llave Yale y subí las escaleras hasta detenerme ante la segunda puerta del primer piso, que era la del departamento que yo ocupaba. Cuando hube entrado en el hall y me quitaba el abrigo, Preston, al que no había dado orden de que me esperase, apareció por el corredor que conducía desde las habitaciones de la servidumbre a las mías, llevando una bandeja en la mano.

—No; no voy a cenar nada. Gracias, Preston, — exclamé sorprendido al verle.

—Está bien, señor... Muy bien, — respondió. — Pero Lord Arturo y el capitán Moore están aquí, y me han pedido algo que comer...

Mi primera emoción se transformó en una enorme sorpresa, luego me enfurecí y estuve a punto de manifestar mis iras con un juramento. ¿Qué demonios habían ido a hacer aquellos dos hombres a mi casa, a semejantes horas de la noche y justamente cuando yo sentía mayores deseos de permanecer solo?

Vacilé un momento y luego me dirigí hacia el cuarto de fumar.

Pat estaba arrellanado en una cómoda butaca, fumando un cigarro. Arturo paseaba de un lado a otro.

Al parecer no había pronunciado palabra alguna ninguno de los dos. Cuando aparecí me miraron con curiosidad y yo comprendí en seguida que la expresión de su rostro había sufrido un cambio.

Eran mis mejores amigos: durante años habíamos tenido la costumbre de considerar nuestro domicilio y efectos como de propiedad común y ahora al verlos en mi casa, los consideraba como extraños.

—¡Hola! — exclamé con una singular entonación. — No esperaba volveros a ver esta noche... ¿Ocurre algo de extraño?

Preston había dejado sobre una mesa de bandeja con sandwichs y bizcochos, y luego se había retirado en silencio. En seguida, Pat se levantó de su asiento. Alzó la mano y señalándome con el índice, exclamó, mientras su rostro adquiría un tono púrpura.

—Tú... tú has bailado dos veces con ella.

¡Era aquello! Me quedé helado al oirlo.

—Creo que no me equivoco al comprender el sentido de tus palabras... — exclamé — Pero ¿qué mosca te ha picado?

—Pat. ¡No seas loco! — dijo Arturo.

Me miró y aun cuando intentó disimularlo, comprendí que también sentía cierta hostilidad hacia mí.

—¡Loco! Esa es, en efecto, la palabra exacta,—manifesté.—¿Quieres tener la bondad de explicarte, Moore?... Y olvidar que estás en mi casa, si así lo deseas...

El hombretón aquel tembló como una criatura. Luego volvió a sentarse lanzando una especie de gruñido, sacó de entre la manga el pañuelo y secó su rostro.

Yo me senté también y encendí un cigarrillo.

—¿Puedes explicarme tú lo que ocurre, Arturo? — pregunté.

El ocupó una butaca y comenzó a golpear con el pie la alfombra.

—No lo sé, — exclamó de pronto. — Tú eres el único hombre, Kirby, a quien ella ha concedido más de una pieza.

—¿Y qué culpa tengo yo de eso? ¿Supongo que no váis a disputar con la misma joven?... Además... Opino que la condu— que habéis observado no es lo más conveniente para discutir nada, como buenos amigos.

Mis palabras calmaron a Arturo. Su rostro que parecía gris, se tornó pálido, pero pareció tranquilizarse.

Entonces Pat exclamó.

—¡Bah! De todas maneras no ha de ser para tí... Ellos quieren casarla con un duque o un príncipe.

De repente me asaltó una racha de buen humor y echándome hacia atrás en mi asiento, lancé una sonora carcajada.

—Eso no lo considero acertado, — dije. — Pienso que después de haber visto al señor Morse y haber hablado con él, está lejos de tener semejante ambiciones. Estoy seguro de que la señorita Morse se casará con el hombre a quien quiera elegir por esposo, y no con ningún otro, sea de familia noble o un pordiosero. Pienso que hablar en la forma en que has empezado a hacerlos, Pat, está fuera de lugar y es cosa propia de criaturas. Considero una impertinencia hacer resaltar que una joven a quien he visto hoy por primera vez, ha bailado dos veces conmigo... Eso equivale a sugerir que yo tengo hacia ella las miras que sugieres...

Me levanté de mi asiento con la sensación de que mis palabras lo habían dominando.

—Suponiendo que lo que quieres decir sea cierto... Admito que he tenido más suerte que vosotros y es de extrañar, porque, tú, por ejemplo, eres una arrogante figura de hombre.

Habían conseguido exaltarme, me sentía dispuesto a provocarlo y pensaba ya en el insulto que había de originar la explosión. Pensé que iba a lanzarse contra mí y me preparé, cuando un seco—"¡Qué! ¡También estoy yo aquí!" llegó hasta mis oídos, pronunciado por Arturo.

—¡Oh! Ojalá pudieras ponerte a mi nivel... Es una verdadera lástima que seas un segundón...

—¡Cuidado, Kirby! — rugió enfurecido.

Levanté las manos y los miré a los dos de arriba a abajo.

—Esto está bueno, — dije. — Llego aquí, a mi casa, y encuentro a mis dos mejores amigos que me están esperando en esta forma. Hace pocas horas, cualquiera hubiera dicho que una escena como esta no era po-

sible. Deseo hacer resaltar que yo no la he provocado en forma alguna. Que he venido y directamente, ustedes, me han hablado en la peor forma que un caballero puede hablar a otro. De la idea que persigue y del

Hubo un instante de silencio, durante el cuau los tres se contemplaron. Las cartas habían sido puestas sobre la mesa, y cada cual estudiaba la forma de sacar más provecho de su juego.

En aquel momento ocurrió algo gracioso que cambió el giro de las ideas.



La dejé junto a Lady Brentford a quien dirigí una mirada que era una elocuente expresión de agradecimiento.

valor de la amistad, no quiero ni hablar, sería obvio y no deseo referirme a ello. Pero ahora que ustedes están resueltos a alterar la paz, deseo decirles esto. Casarse con esa joven dama, — no creo necesario decir su nombre, — es tan difícil como pretender zambullirse en el río llevando un traje de corcho. Pero yo pretendo hacerlo. Estoy dispuesto a emplear todas mis energías por conseguirlo... Seguramente, fracasaré; pero ya conocen ustedes mi manera de pensar.

—Ya que has hablado de ese modo, — dijo Pat, — me gusta el juego. Soy uno de los que piensan correr la misma carrera y sea como sea, estoy resuelto a tentar fortuna... Eso es lo que digo yo, Tom.

Arturo Winstanley, habló a su vez.

—Yo soy un loco, de grandes ambiciones, — exclamó con reposada voz. — Jamás os he hablado de ello. Pero ahora todas mis ambiciones se han concentrado en una.

Preston había traído un balde de metal blanco lleno de hielo, entre el que se hallaban algunas botellas de soda y vino. El calor o el cambio de temperatura, hizo que el tapón de una de las botellas de champagne saltase haciendo ruido, y por el estrecho cuello del envase surgiese el líquido entre montones de espuma.

—¡Mi reino por un trago! — exclamó Pat. — ¡Oh! ¡Dulce, delicioso y atrayente sonido !— añadió y aproximándose a la mesa se sirvió y comenzó a beber como si fuese un tonel sin fondo.

Arturo y yo quedamos detrás de él y tendió su mano hacia mí, exclamando:

—La verdad es que hemos procedido en una forma bien tonta.

El hombretón se volvió y levantó en alto su copa.

—¡Esta es la más dulce y la más amante de las mujeres de la tierra! — dijo, acen-

tuando su pronunciación irlandesa.—El hombre puede luchar con ella, ganarla y no deberle favores, hacerla la reina de los cielos y de todos los santos, completando así su elección.

Después de aquello, todas las locuras que habíamos hecho aquella noche se borraron como por encanto, y una elevación de nuestro espíritu fué experimentada por todos como inspirada por la joven brasileña de negros cabellos.

Y fué Pat, el viejo y querido Pat el que nos indujo a formar una liga caballeresca, contra la cual nada había que temer.

—Tom, — dijo Arturo, — nosotros somos como hermanos y siempre lo hemos sido así. Procuraremos que no se porduzca un cambio. Tengo algo que proponeros para ello.

—Explícate, Pat,—dijo Arturo.

—Voy a hacerlo. Los tres amamos a la misma mujer, quien nos ha enamorado como ninguna otra. Claro está que los tres no podemos casarnos con ella, pero debo declarar que no considero justo que ninguno abandone la empresa.

—¡Hurrah! — exclamó Arturo. Y yo pude notar que estaba excitado, pues arrojó su vaso lleno de líquido en la chimenea, en cuyo interior se rompió en pedazos.

—Estoy de acuerdo contigo, Pat, — dije. —Es necesario que sea elegido uno de nosotros tres y debemos formar una liga contra todos los demás candidatos de Londres. Ahora la cuestión es...

—He aquí mi plan. Debemos echar a la suerte para saber de entre nosotros quién debe intentar primero la empresa. El que gane debe ser ayudado por los demás en todo cuanto sea posible. Si ella lo acepta, el Destino habrá hablado. En caso que su tentativa fracase, hará la prueba el segundo y el rechazado y el pobre "tercero" lo ayudarán, para hacer lo mismo y triunfe el que tenga más habilidad... ¿Está esto claro?

Se detuvo y nos miró con una sonrisa y una expresión de incertidumbre y ansia en el rostro.

¡Querido viejo Pat! ¡Cómo me alegró ver que la proposición nacía de él, franca, clara, sincera, como siempre se manifestaba!

—De acuerdo, — exclamó solemnemente Arturo. — La liga debe dar comienzo esta noche. ¿Alguno de ustedes conoce una sociedad española semejante?

Los dos agitamos la cabeza negativamente.

—Bien. Yo sí, — continuó. — Formaremos una especie de "Santa Hermandad". Tal es el nombre de una sociedad española de caballería, que existió hace años.

—¡La Santa Hermandad! — repitió como un eco Pat. — Estrechemos nuestras manos. ¿Creo que no será necesario que prestemos juramento?

Las tres manos derechas se unieron instantáneamente, y todos y cada uno experimentó la sensación de que el gesto era sincero.

—¿Y ahora? — dije yo. — Vamos a echar la suerte para saber quien es el primero en intentar la prueba. ¿Cómo vamos a realizarlo?

—De cualquier manera, — dijo Arturo. —¿No tienes unos dados de jugar al poker, Tom?

—Sí. Tengo un par de juegos por ahí.

—Perfectamente. Tomemos un dado cada uno y el primero que saque "Reina" es el ganador.

Busqué y encontré los dados y con ellos un cubilete. Los dados de poker, para los que no los conocen, — diré que tienen en una de las faces una reina, en azul, como la de unos naipes; el rey, en rojo; y el valet, en negro. En los otros lados, el as, el diez y el nueve.

—¿Quién tira primero?—dijo Pat.

—Tú mismo,—exclamó.

Movió el dado, tiró y cayó al lado del nueve sobre la mesa. Señalé a Arturo, quien tomó el cubo de marfil, lo metió en el cubilete y tiró, a su vez, y sacó un as.

Llegó mi turno, y saqué también un as. Arturo y yo miramos a Pat. Nuestro corazón latía apresuradamente.

Transcurrieron cinco minutos y tirábamos y tirábamos el dado sin que saliese ninguna dama. Al fin Arturo exclamó:

—Oidme, muchachos. No podemos permanecer así mucho tiempo dejando que el diablo juegue con nuestros nervios. Vamos a tirar una sola vez y si "su majestad" no quiere salir que se resuelva por el valor de los puntos. El as, primero y en el siguiente orden, rey, reina y paje... Tom, tira tú.

Tomé el cubilete, lo agité durante un largo rato y luego lo coloqué dado vuelta sobre la mesa. Levanté y había ¡una reina!

II.

Una ciudad en las nubes.—

Como unos quince días después de la memorable escena en mi domicilio, cuando la liga había sido formada, me hallaba yo en mi escritorio de la dirección del "The Evening Special".

Había visto otra vez a Juanita durante una gran fiesta campestre y había cambiado con ella hasta una docena de palabras, y eso era cuanto había adelantado. En mi cabeza se sucedían los proyectos. Estaba estudiando toda una campaña de fiestas sociales que había de proporcionarme una oportunidad que esperaba constantemente, pero que aun no se me había presentado sino en forma muy incompleta.

Las excitantes preocupaciones del periodismo, la constante necesidad de pulsar la opinión y aun de dirigirla en uno o en otro sentido me tenían constantemente ocupado.

Había regresado precisamente en aquel momento de un lunch y las primeras ediciones del diario habían aparecido sucesivamente cuando Williams, mi jefe de redacción y la señorita Dewsbury, mi secretaria parti-

cular, se presentaron en la habitación en que yo me hallaba.

—Los asuntos marchan normalmente,—dijo Williams.

—¿Pero el tiraje?

—Mayor que nunca... Pero estoy pensando en nuestra reputación, Sir Thomas.

Comprendí lo que quería decirme. Nosotros jamás habíamos encaminado a "The Evening Special"—a pesar de su éxito siempre creciente—hacia una esfera muy elevada. Habíamos conquistado gran reputación por las grandes noticias, especiales, exclusivamente ruidosas, y desde hacía varias semanas no ocurría nada de particular.

—Está bien, Williams, pero no es posible fabricar ladrillos sin barro, y si todo está tan tranquilo como una balsa de aceite, la culpa no es nuestra.

La señorita Dewsbury, habló. Era una mujer pequeñita, de treinta años de edad, de cabeza grande. Sus abundantes cabellos rubios nacían desde una abultada frente. Llevaba grandes anteojos de carey. Por la forma en que iba vestida parecía que la ropa le había sido tirada desde un piso alto y le había quedado enganchada en el cuerpo, pero por lo demás Julia Dewsbury, era la mejor secretaria particular de Londres, fuerte como el acero, con una extraordinaria capacidad para el trabajo y un inmenso cariño al diario.

Pienso que también lo sentía hacia mí, y se mostraba satisfecha con las quinientas libras esterlinas que la pagaba por año.

—Yo—comenzó la señorita Dewsbury—vivo en Richmond.

Tanto Williams como yo aguzamos el oído. Julia nunca gastaba palabras de más, pero se había resuelto a contar su historia y era mejor que la dejásemos hablar.

—¡Ah!—exclamó Williams.

—Y creo—añadió — que uno de los mayores acontecimientos que pueden presentarse para un diario se va a producir en Richmond. Se trata de algo que ha de ser comentado en todo el mundo, y si yo no estoy muy equivocada, nosotros podemos ser los primeros que nos ocupemos del asunto, Sir Thomas.

Williams, silbó despacio, y yo esperé a que terminase ella para hablar yo.

—Me refiero—continuó la señorita Dewsbury—a la gran estación inalámbrica de Richmond Hill.

Durante un momento me sentí desilusionado. No consideraba de interés ninguno volver a ocuparse del asunto y así lo dije.

—Hace cerca de un año — exclamé— todos los periódicos de Inglaterra se ocuparon de ese asunto. Nosotros, estoy seguro, nos ocupamos también. Ninguno protestó con mayor energía, y fué "The Special" el que motivó que se tratase ese asunto en el Parlamento. Seguramente señorita Dewsbury ese es un asunto muerto. Es una cosa aceptada de hecho y para el público ha perdido ya todo interés.

—No hay nada más imposible — agregó Williams que volver a dar vida a una noticia que no tiene ya valor alguno. Se ha tratado nuevamente en varias ocasiones pero nunca ha constituído un éxito verdadero.

La señorita Dewsbury sonrió con una sonrisa que significaba algo así como: Cuando ustedes, pobres seres, hayan dejado de hablar, prepárense para oir algo interesante.

Al interpretar yo de ese modo la sonrisa, volví a reanimarme. Conocía bien a la señorita Dewsbury.

—Supongo— exclamó— que ustedes considerarán esos hechos como un preliminar de lo que voy a decir.

Se dirigió hacia la mesa escritorio sobre la cual había un cuadro con pequeñas fichas de marfil en cada una de las cuales estaba escrito un nombre: "Subdirector", "Taller de composición", "Biblioteca", etc. y apoyó un dedo sobre el botón eléctrico que marcaba este último sitio. Inmediatamente tomó el teléfono y habló.

—Todos los datos referentes a la gran estación del telégrafo sin hilos de Richmond Hill.

Sonó un timbre y volvió a sentarse al mismo sitio donde estaba antes.

Medio minuto despues—tan excelente era la organización interna de "The Special" llegaba un joven con una carpeta en la que había recortes de diarios y fotografías.

La señorita Dewsbury, la tomó y sacó su contenido.

—Hace un año—dijo—en los círculos que frecuentan los que negocian en terrenos e inmuebles, despertaba gran interés la noticia de los señores Flight, Jones y Hattey, conocidos agentes habían adquirido una extensión de terreno de varios acres en la parte más elevada de Richmond Hill. El nombre del comprador permaneció en el misterio, pero se dijo que la compra había sido ordenada por un poderoso sindicato.

"Por aquella época, hábilmente elegida habían vencido varios arriendos. Otros que permanecían en vigencia aún, fueron transferidos, cobrándose bueeas primas por ello, mientras que algunas propiedades se vendieron a un precio diez veces más alto que su valor real.

"Los edificios comenzaron a ser demolidos inmediatamente y se pagaron enormes indemnizaciones a los que no querían abandonar en seguida el area comprada. Se realizaba todo como si los hechos respondiesen a una urgente necesidad.

"La suma empleada en la operación era enorme, pero todo reclamo fué cuidadosamente satisfecho, y el resultado fué que toda aquella extensión de varias acres quedó pronto libre de construcciones y cerrada por una alta pared que fué construída en un increíblemente corto espacio de tiempo.

—El mas hermoso panorama de Londres perdido para siempre—exclamó Williams.

La señorita Dewsbury, continuó su relato.

—Por supuesto que ustedes dos recordarán la oposición que despertó aquello, la ira que encendió en la sociedad para el cuidado de los antiguos monumentos y lugares de inte-

rés histórico, etc. Los periódicos incluso el nuestro tomaron la cuestión con gran calor. Luego, de pronto, por una singular unanimidad toda la aparición comenzó a decrecer. Bien es cierto que se emplearon enormes sumas en comprar a parte de los opositores, aún cuando jamás pudo probarse semejante cosa. El asunto era muy delicado y las negociaciones habilmente hechas.

"Luego el desconocido comprador empezó a construir tres grandes torres que ahora casi están terminadas. Un ejército de trabajadores se reunió en una nueva ciudad industrial creada entre Brentford y Hounslow. Flotas enteras de buques trayendo montañas de acero y piezas de maquinaria llegaron de América juntamente con un centenar de expertos ingenieros, todos ellos americanos.

"Se afirmó que iba a construirse allí la más poderosa estación de telegrafía sin hilos del mundo entero. Nuevamente resurgió la opoción, preguntas al gobierno, interpelaciones, trabajos en el ministerio de Obras Públicas y mil cosas por el estilo.

"Recuerdo que ocurrió en Francia algo por el estilo cuando se construyó en París la torre Eiffel. Pero en Inglaterra la oposición no encontró el apoyo de la fuerza científica y había además otras fuerzas ocultas que presionaban al gobierno. También eso es cierto aun cuando nada se ha descubierto al respecto todavía.

"Ahora tenemos tres, monstruosas torres cada una de una altura cercana a dos mil pies—dos veces el alto de la torre Eiffel,—que dominan Londres. Todos los días, por lo menos, los que vivimos en Richmond y los alrededores, vemos que esos monstruos van cada vez más hacia arriba. Con frecuencia la mitad de esas torres está tapada por las nubes. El más asombroso trabajo de ingeniería que menciona hasta ahora la historia está a punto de realizarse.

Ahora bien, como aquello me era conocido, lo mismo que a los demás habitantes de Londres, empecé a ver una especie de rompe cabezas en aquella construcción de hierro que parecía tener trazas de llegar al mismo cielo. Pero al mismo tiempo no veía oportunidad alguna periodística en lo que refería la señorita Dewsbury.

—Permítame que haga algunas consideraciones, — prosiguió imperturbablemente, Julia. — Esas torres no son propiedad del gobierno, sino de algún sindicato privado. El secreto ha sido guardado con extraordinario éxito. Todos los poseedores de acciones de la compañía Marconi, los que se dedican a altas operaciones financieras y aun los gobiernos extranjeros, han procurado descubrir lo que se ocultaba, pero todos han fracasado en su intento. Solamente conoce lo que hay, nuestro gobierno y pronto o tarde habrá de saberse. Si nosotros podemos anticiparnos, el interés del público volverá a despertarse nuevamente y nosotros conseguiremos un triunfo de primera magnitud.

Yo lo comprendí inmediatamente y se lo dije a Williams, pero como se veía claro que la señorita Dewsbury no había terminado, permanecimos callados.

—Ahora yo tengo motivos para pensar,— prosiguió la joven, — que no estoy hablando a tontas y a locas, Sir Thomas, y que existe algo en este asunto totalmente inesperado y de naturaleza sensacional. Algún día, sin duda, esas torres serán utilizadas con propósitos científicos, pero hay un profundo misterio que rodea todo ello y es, sumamente, más distinto a todo lo que podemos suponernos. Yo creo que he llegado a penetrarlo.

—¡Espléndido! — exclamé. Pero yo comprendía muy bien que Julia Dewsbury no iba a decir más de lo que estaba segura que podía deducirse de sus palabras. — ¿Cómo se propone usted realizar la tarea?

Como yo la estaba mirando, ella se puso colorada, lo que me sorprendió tanto que casi me caigo de la silla. Jamás se me había ocurrido que la señorita Julia pudiera sonrojarse, — claro está que a pesar de todo era un ser humano, — pero me extrañó y me preguntaba a qué podía obedecer aquello.

—¿Puedo hacer una pequeña explicación personal? — dijo. — Yo vivo en una tranquila calle situada al pie de Richmond Hill, donde ocupo un amplio y confortable departamento, en Balmoral, número 102, Acacia Road. La casa pertenece a una excelente mujer, quien sólo alquila habitaciones a una que otra persona. Usted me paga un importante sueldo, Sir Thomas, y gracias a ello puedo permitirme el lujo de vivir en cierta forma cómoda, — un piso en Kensington o algo por el estilo. — Pero yo tengo otras atenciones que cumplir. Mis dos jóvenes hermanas y mi hermano no tienen más ayuda que la mía y debo atender a su educación. Por eso tengo que vivir en una casa de huéspedes en Richmond y por eso he entrado en relación recientemente con alguien que puede ser de inestimable valor para el diario.

Volvió a enrojecerse y yo oí a Williams balbucear algo y hacer un gesto de asombro, por lo que le hice una seña por debajo de la mesa.

—Una de las habitaciones de Balmoral fué recientemente ocupada por un joven, acaso debiera decir más bien un muchacho, llamado el señor William Rolston. Me pareció que era muy pobre y debía estar solo en el mundo y discutiendo al respecto con la dueña de casa, la señora O'Hagan me informó que tenía sus sospechas de que frecuentemente él debía economizar en lo que a la alimantación se refería.

"En muchas ocasiones había oído el ruido de la máquina de escribir, al otro lado del corredor hasta altas horas de la noche y por la frecuencia con que recibía paquetes por correo, deduje que debía tratarse de un autor o de un periodista sin suerte.

"Todo eso excitó, naturalmente, mi curiosidad. La señora O'Hagan no tiene la menor idea de que yo pertenezco al "Evening Special", piensa que soy dactilógrafa de una casa de comercio de la ciudad. Cuando yo

conocí al señor Rolston, cosa que ocurrió hace ya algún tiempo, en ocasión en que su máquina se había descompuesto, le dije que yo también era taquígrafa y dactilógrafa, corregí el defecto que tenía la máquina y nos hicimos amigos... ¿Les fatiga a ustedes mi relato? — preguntó de repente mirando a Williams y a mí.

—Por el contrario—respondí.—Usted nos hace un grande honor al hacernos conocer una parte de su vida privada, de manera que puede manifestar lo que desee en la seguridad de que con ello hará al diario un gran servicio

Puedo jurar que los ojos de la pequeña mujercita, brillaron detrás de sus lentes de carey, en una forma singular que expresaba confianza y agradecimiento.

—He estado asociada con el periodismo desde hace ocho años—continuó. — Durante ese tiempo he visto desfilar ante mí a infinidad de periodistas. A mi modo, he hecho un estudio de cada uno de ellos y creo que hoy podría adivinar cuál es el tipo de perfecto periodista, lo mismo, casi, que pueda hacer el señor Williams.

—Es una verdadera suerte— exclamó el jefe de redacción—por que yo declaro que a pesar de haber estudiado a la gente, cometo con frecuencia equivocaciones...

—De todos modos, yo me creo en condición de afirmar sinceramente que Guillermo— quiero decir, el señor Rolston, aún cuando so-



Movió el dado tiró y cayó el lado del nueve sobre la mesa.

lo cuenta veintiun años de edad y nunca ha tenido ocasión de demostrarlo en su vida, puede resultar uno de los más habiles periodistas de la época. Puede llegar a la cumbre. Como todos sabemos aun cuando el verdadero mérito se destaca, al fin, circunstancias especiales pueden acelerar o retardar el que se se dé a conocer. Pienso que la oportunidad que necesita el señor Rolston, ha llegado.

—¿Usted cree? — pregunté.

—Creo que ese muchacho hasta ahora desconocido aun cuando no ha hecho más que poner el pie en Fleet Street ha tenido la suficiente viveza para ver una de las más sensacionales informaciones periodísticas de los tiempos modernos. Me refiero a las tres torres de Richmond Hill. Hemos estado hablando del asunto en diferentes ocasiones y ese muchacho me ha hecho manifestaciones en la misma forma que pudiera habérselas hecho a su propia madre o a otra mujer de edad.—Y al decir esto la pobre Julia volvió a enrojecer y pude notar que un ligero temblor agitaba sus labios.

—Antes de ayer me dijo: "señorita Dewsbury, aún cuando me figuro que usted no entenderá absolutamente nada de periodismo, la diré que estoy en la pista del asunto más importante que puede usted imaginarse. He estado trabajando despacio sin decir nada. Estoy en el buen camino". Me insinuó lo que era pero no me dió mayores detalles, aun cuando por lo que me dijo deduje lo suficiente para comprender que no estaba perdiendo el tiempo.

"Entonces exclamó: "¿Pero para qué puede servirme todo ello? Si voy a referir lo que sé a cualquier director de diario, no me creerá, suponiendo que todo es fruto de mi imaginación y a los cinco minutos de conversación me pondrá en la calle. Esa es la desgracia de ser completamente desconocido y no tener recomendación alguna. ¡Ah! Si la suerte quisiera que solamente pudiera ver personalmente al director de alguno de los grandes diarios; un hombre que me oyese pacientemente; un hombre con talento, yo me comprometería a convencerlo en diez minutos, y mi fortuna estaba hecha".

Se detuvo y echándose hacia atrás en la silla me miró interrogativamente.

—¡Cielos!—exclamé. — Dígale que venga en seguida. Tengo la seguridad de que no se ha engañado usted, señorita Julia. Está usted a mi lado desde hace suficiente tiempo para que yo conozca cuán valiosa es su intención. Envíeme en seguida a ese hombre.

La señorita Dewsbury, lanzó una corta y seca carcajada.

—Yo he hecho las cosas como si en realidad tuviera confianza en mi posición aquí— dijo.—Pero estaba resuelta a jugarme el todo por el todo, y he ganado. Esta mañana, antes de salir para la oficina, dejé en manos de la señora O'Hagan una pequeña nota para Guillermo. Tiene la mala costumbre de leer en la cama antes de levantarse. Mi carta le decía que por una feliz coincidencia estaba en condiciones de facilitarle la publicación de un artículo en "The Evening Special" y que se encontrase en el café de la esquina a las tres de la tarde.

Y miró su reloj pulsera.

—Pasan cinco minutos. Voy a enviar a buscarlo.

—¿Dice usted que se llama Rolston, señorita Dewsbury?—preguntó Williams.

—Sí, Rolston. Pero el mensajero no puede equivocarlo. Su estatura es de cinco piés, cuatro pulgadas. Muy delgado, con un rostro de expresión infantil y cabellos de un color rojo oscuro. ¡Ah! Sus orejas salen de los costados de su cabeza formando ángulo recto. Sírvanse no referirse a mí para nada en el asunto.

La señorita Dewsbury preguntó si podía retirarse y pocos minutos después regresaba el mensajero en unión de la figura más curiosa que jamás había yo visto.

El señor Rolston era bajo, delgado y bien proporcionado. Tenía su mirada la viveza de la de un mono, y fustigaba como un látigo. Estaba humildemente vestido con un viejo traje azul marino. Su rostro era de expresión infantil solamente en sus líneas; por lo demás podía serir de modelo para un polichinela, a cualquier pintor. Había algo de malado y de alegre en sus ojos, y su boca tenía movimientos sorprendentes. Sus orejas redondas, como las de un ratón, se destacaban a los lados de la cabeza y completaban su fantástica expresión semejante a un espíritu.

—¡Siéntese, señor Rolston!—exclamé indicándole la silla que se hallaba al lado opuesto de mi mesa de escritorio.

El hombrecito se movió lentamente y se deslizó hasta sentarse en la silla que yo le había indicado. Tuve la impresión de que iba a sacar una nuéz y a partirla con los dientes. Noté que estaba como asustado y horriblemente nervioso, y procuré en cuanto me fué posible que se tranquilizase.

—Tengo entendido — dije — que es usted periodista, señor Rolston.

—Así es, Sir Thomas—respondió con educada voz, en la que se notaba un especial sonido gutural. También observé que conocía mi nombre.

—Tampoco ignoro—sin que pueda precisar por qué—que durante un tiempo ha estado usted deseando entrevistarse con el director de algún gran diario de Londres, para hablar directamente con él y exponerle sus ideas. Bien. Ya lo ha conseguido. Yo soy el director de "The Evening Special". . . ¿Qué tiene usted que manifestarme?

Le alargué mi cigarrera por encima de la mesa, pero él sacudió negativamente la cabeza.

—Deseo hablarle acerca de las tres torres que se acercan al fin de su construcción en Richmond.

—¿Tiene usted alguna información especial?

—Una información muy interesante al respecto, Sir Thomas. Hace unos meses se me

ocurrió una idea. La maduré mientras la confirmaba y probaba mis recursos.

—Si tiene usted algo que manifestarme de la naturaleza de una cosa sensacional, me apresuro a manifestarle que lo aceptaré. Si cuando haya oído lo que va usted a manifestarme, me considero oportuno utilizar su información, yo le doy a usted mi palabra de honor de que cuanto me manifieste permanecerá secreto.

—Eso es todo lo que se puede exigir,—respondió haciendo una mueca. — Bien, señor. Esas torres, pasarán oportunamente a poder del gobierno, como un donativo privado del propietario que las ha construído y que las utilizará hasta el día de su muerte. No se intenta utilizarlas para estación radiotelegráfica, ni para fines científicos de ninguna especie. Además las construcciones de telégrafos sin hilos, están prohibidas expresamente.

Me arrellané en mi sillón. Hasta allí las noticias erán interesantes... si eran ciertas.

—Es un asunto importante, — exclamé,—si puede usted sustanciarlo.

—Creo que usted lo juzgará así cuando haya terminado de hablar, — respondió tranquilamente. — He arriesgado mi vida en más de una ocasión para llegar a conocer los hechos. Mi padre, Sir Thomas, fué misionero en China. Yo llegué a poder hablar el chino lo mismo que el inglés, y me considero como uno de los pocos europeos que lo poseen en forma correcta. Lo estudié hasta que cumplí diez y seis años y vine a Inglatera determinado a hacerme periodista, y no lo he olvidado más. Usted habrá oído, según supongo, que en las torres está trabajando un núcleo de culís chinos y algunos miembros de las sociedades obreras han estado realizando trabajos entre ellos.

—Sí. Recuerdo haber oído hablar de cierta agitación...

—Además de esos culís, hay uno o dos jefes chinos, de elevada clase, quienes deben permanecer allí cuando las torres estén terminadas, — y lo estarán en un corto espacio de tiempo, porque los trabajos se efectúan noche y día. Adelantar, adelantar y adelantar, es la orden y nada en el mundo puede hacerlos detener.

—Me está usted diciendo cosas que me interesan mucho. Sírvase continuar.

—Hablando el chino, como yo lo hablo y estando perfectamente familiarizado con los trajes chinos, no me fué difícil para mí disfrazarme y penetrar en el verdadero centro de los trabajos, por la noche. Allí he oído conversaciones extraordinarias, tendido en el techo de cierta oficina durante varias horas. No existe tal sindicato. La obra ha sido puesta en práctica por un solo individuo, ayudado por los más famosos ingenieros de Estados Unidos.

—¿Con qué objeto? — pregunté.

—El sueño de un genio o la manía de un loco,—respondió Rolston.—El mundo la calificará de uno u otro modo, sin duda. Por mi parte creo que existe un motivo que no he podido averiguar. Esas torres de dos mil pies de altura, se transformarán en sosten de una fantástica ciudad, digna de las Mil y Una Noches. ¡Será única en la historia del mundo!

—¡Una ciudad de recreo en las nubes! —exclamé.

—Con dos pisos suspendidos antes de la cima. Calculo que un triángulo de cuatro acres de extensión soportará varios maravillosos palacios de esa Lhassa de las nubes.

—¿Por qué Lhassa, señor Rolston?

—Porque, — respondió, — será una ciudad prohibida, en la que nadie podrá penetrar.

Me levanté de la silla y comencé a pasear de un lado a otro de la habitación. Contemplar Londres desde la enorme altura de las torres, reducir St. Paul, al tamaño del juguete de un niño... ¡Toda una ciudad en las nubes! Me detuve de pronto, giré sobre los talones y exclamé:

—Pero, señor Rolston, ¿quién es el genio loco, o el superhombre que ha imaginado semejante cosa y la ha puesto en práctica?

—Ese es el mejor secreto de todos,—exclamó.

Después se levantó de la silla, se aproximó a mí y dijo en voz baja:

—Es, Gedeón Mendoza Morse, del Brasil.

III

El hombre de "El Caracol de Oro".—

La revelación de Rolston, aun cuando esperada, me causó el efecto de un golpe en el corazón. Durante algunos segundos me fué imposible pensar.

El joven me contemplaba ansiosamente y yo debía decirle algo. Afortunadamente hallé la forma de salir del paso.

—Déjeme ahora un momento, señor Rolston.—le dije. — Vaya hasta el corredor, entre en una habitación en cuya puerta hay un letrero que dice "Señor Williams". Dígale a ese señor que lo instale en un escritorio, solo. Luego, sírvase escribir lo antes posible un artículo para el diario, explicando todos los acontecimientos tal y como me los ha referido.

—¿Cuál debe ser la extensión, señor?—me preguntó.

—Unas mil palabras. Cuando lo haya terminado, tráigalo.

Un minuto después salió de la habitación y yo me senté a pensar.

En primer lugar, yo no podía dudar de la historia ni por un momento; había algo claramente honesto en el muchacho.

Empecé a coordinar mis ideas.

Partiendo desde el punto de vista de que era verdad que Morse estaba mezclado en aquel extarordinario asunto, ¿cómo iba yo a hablarle de ello, a entrar en materia? Morse, a juzgar por las manifestaciones de Rolston, había gastado una fortuna a fin de

guardar el secreto. El gobierno parecía estar de su lado.

Si yo publicaba en mi diario la noticia, el resultado sería que no volvería a ver a Juanita nunca más. Comprendía que no se trataba de un asunto de verdadero interés público. ¿Qué debía hacer? Cuando me hacía yo esa pregunta, confieso que durante un momento,—por fortuna no fué muy largo,—se me ocurrió que no debía colocarme en situación de ejercer presión alguna sobre el millonario respecto al otro asunto que verdaderamente me interesaba.

Afortunadamente rechacé todas aquellas ideas, sin gran esfuerzo.

Cuando hubiera hablado nuevamente con Rolston podría ver en seguida a Morse y referirle cuanto sabía. Podría presentarle la cuestión, como una persona que no tiene un interés especial y mi conducta acaso me llevase hasta donde yo quería.

Me podía comprometer a no publicar nada si así lo deseaba, pero debía considerar —que aun cuando yo guardase el secreto— otros, no harían acaso lo mismo. Ese era lo mejor que podía hacer. Pensé que aquella era la forma de obtener mayores ventajas.

Llamé por teléfono al Regal Hotel y pregunté por el señor Morse. Tardaron un poco en contestar de la gerencia y luego obtuve comunicación con el teléfonq privado del departamento.

—¿Quién habla?—preguntó una voz.

—Sir Thomas Kirby, de "The Evening Special",—respondí.—¿Quién es usted?

—El secretario del señor Morse, — añadió la misma voz.

—¿Está en casa el señor Morse?

—Puedo comunicarle algunas palabras si se trata de asunto de mucha importancia.

—Es de tanta que de no ser así no hubiera llamado, principalmente cuando he de ver mañana o pasado al señor Morse en alguna reunión social.

—Tenga entonces la bondad de esperar un momento.

Un minuto después oía su reposada y fuerte voz.

—Buenas tardes, Kirby. Mi secretario me informa de que desea usted hablar conmigo.

—Gracias. Tengo deseo de conversar con usted.

—Bien. ¿No puede ser por teléfono?

—No me gusta tratar mis asuntos en esta forma.

—Le ruego que me disculpe, — dijo. — Pero como soy hombre tan ocupado... ¿No puede, por lo menos, darme alguna indicación acerca del punto que desea tratar?

—Sí,—dije.—"¡Torres!"

Oí al otro lado de la línea un ¡ah!, seguido de estas palabras:

—Pienso que le he comprendido, Sir Thomas. ¿Usted desea?...

—Decirle algo que tengo la certeza de que les ha de gustar conocer.

—Bueno, "amigo", venga usted.

—¿A qué hora?

—¿Puede venir esta noche a las once? Yo daré órdenes para que le hagan pasar en seguida. No puedo garantizarle que seré con usted al momento. Pero mi hija estará en casa, y podrá usted tomar una taza de café mientras espera... ¿Le parece bien?

—Encantado, señor Morse,—respondí.

—Hasta luego entonces. — Y así terminó nuestra conversación.

Me senté en un sillón, pedí una taza de té, la bebí, pensando con ilusión en una encantadora entrevista con Juanita aquella noche y me hallaba echado hacia atrás perdido en un encantador ensueño, cuando se abrió la puerta del escritorio y el hombre de los cabellos rojos se acercó a mi lado y me alargó varias hojas de papel, escritas a máquina.

—El artículo, señor,—dijo.

Tomé lo escrito, máquinalmente; posiblemente estaba destinado a no publicarse nunca, pero de todos modos me serviría para demostrar a Morse qué era lo que yo sabía. Comencé a leer.

Al terminar el primer párrafo comprendí que aquello estaba muy bien escrito. Al final del segundo y del tercero, me erguí en mi asiento abandonando mi cómoda postura.

Cuando hube leído el total de las mil palabras, comprendí que había descubierto uno de los mejores cerebros de periodista de la época. Aquel joven podía, no solamente encontrar asuntos, sino escribirlos

Doblé cuidadosamente el original y me lo guardé en el bolsillo del pecho.

—Señor Rolston — dije. — Desde este momento forma usted parte de mi personal de redacción. Su sueldo, para comenzar, será de diez libras esterlinas por semana, y además se le pagarán todos los gastos. ¿Acepta estas condiciones?

¡Pobre Guillermo Rolston! No quisiera molestar al hombre que más tarde fué mi mejor y fiel amigo, y el más estimable compañero en horas de peligro durante la increíble serie de aventuras que corrimos juntos. Pero rompió a llorar, lo que me demostró que se le habían agotado las fuerzas.

Pronto se serenó, tomó una taza de té, y pude preguntarle algo que me interesaba. Lo que me refirió durante la media hora siguiente, no puedo decirlo ahora.

Pienso que desde aquel momento comprendí que mi destino estaba ligado al de las tres torres de Richmond Hill.

—Ahora—le dije cuando terminó su relato—bueno es que sepa que no debe manifestar ni una palabra de todo esto a nadie, sin mi autorización. Mientras usted estaba escribiendo he tomado algunas medidas de cierta naturaleza debido a las cuales conviene que mantenga usted todo en secreto.

—Bien, señor,—dijo Rolston.

—Como puedo tener necesidad de usted en cualquier momento,—agregué,—si me lo permite, lo instalaré en mi domicilio de Piccadilly, donde tendrá usted todo cuanto necesite y donde estará bien atendido. Voy a telefonear a mi mayordomo, Preston y lo mejor que puede usted hacer ir allí en un automóvil. Preston enviará un mensajero a su domicilio

para que le traiga sus ropas y lo demás que necesite.

Rolston, se puso enormemente colorado. Después se encogió de hombros, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una moneda de un penique.

—Esto es todo lo que poseo—dijo con una triste sonrisa.

Le dí una orden para el cajero y le dije que la hiciera efectiva en la Caja, el buen muchacho se encaminó hacia la puerta.

Justamente en aquel momento esta se abrió y apareció Julieta Dewsbury.

Rolston, abrió la boca y sus ojos se dilataron efecto de la sorpresa.

—A propósito, — dije. — Me alegro que haya entrado. Señorita Dewsbury, la presento al señor Rolston, quien forma desde hay, parte del personal de la casa, llévelo al escritorio en que ha de trabajar y póngalo al tanto de las costumbres del diario.

Durante media hora anduve de un lado a otro arreglando ciertos asuntos. Cuando terminé hablé por teléfono con Arturo Winstanley, para decirle que si no tenía compromiso alguno, comeríamos juntos.

Su contestación fué que le causaba una gran alegría y que estaba libre hasta las once, así que comeríamos en compañía.

—He descubierto un delicioso restaurant, —me dijo. — No está todavía de moda, pero no tardará mucho en estarlo. No necesitas vestirte y pasa a recogerme en el Club a las siete y media.

. . . .

Mi comida con Arturo puede ser relatada en pocas palabras, porque sólo tiene relación con mi historia, a causa de un breve incidente.

Me reuní con él en el St. James Club y nos encaminamos juntos hacia Soho.

—Vamos a comer, — me dijo Arturo, — en El Caracol de Oro. Es un nuevo restaurant de Soho y pocas personas lo conocen aún. Pero pronto la gente empezará a acudir en abundancia, pues el cocinero es excelente. Bueno y ahora a lo nuestro... ¿Cómo van los asuntos?

Comprendí lo que quería preguntarme y mientras caminábamos le fuí refiriendo los progresos que realizaba.

—Encontrarme con ella, — exclamé.—Tener facilidad para hablarla durante dos minutos... Es probable que la vea esta noche. En ese caso puedes tener la seguridad de que he de aprovechar la oportunidad. Si no la veo esta noche, no la veré hasta la reunión de septiembre en casa de Sil Walter Stillman... y a propósito, tengo que agradecerte la invitación...

—Es una mansión en la que se puede entrar muy difícilmente, — dijo; — solamente siendo un excelente tirador; pero yo le dije a Sir Walter, que aun cuando durante octubre no tenías tiempo para ocuparte de cacerías y que los faisanes no eran tu especialidad, eras un excelente fusil.

—Pero si yo no soy capaz de matar a una perdiz a diez pasos, salvo por casualidad.

—Ya lo sé, Tom. Pero como tú ganaste a los dados y nosotros debemos ayudarte, he hecho eso para proporcionarte nueva oportunidad.

El restaurant El Caracol de Oro no ofrecía un deslumbrador aspecto. Había una muestra sobre una puerta, un oscuro corredor que atravesar antes de llegar a otra puerta, abrir ésta para encontrarse en un grande y alto local que tenía la forma de una L mayúscula. La parte que podía suponerse el brazo largo era aquella por donde se entraba y la otra formaba con ella un ángulo recto.

La habitación estaba sencillamente decorada en blanco y negro. Las mesas estaban colocadas a los lados y la única diferencia que había entre ellas y la docena de establecimientos similares que había en Londres, era que los asientos colocados a lo largo de la pared no eran de terciopelo rojo, sino de cuero verde.

El establecimiento estaba ocupado por una extraña mezcla de elementos sociales.

Había sido reservada una mesa para nosotros en un sitio del lado opuesto a la puerta de entrada, debido a lo cual podíamos observar lo que ocurría en las dos alas.

Comenzamos nuestra comida por unas pequeñas ostras verdes de Belon, en Bretaña. Creo que no había en aquel momento en Londres otro restaurant que pudiese servirlas; siguió una sopa de crema de espárragos, de un exquisito sabor y luego un ave rellena de hongos, que estaba sabrosísima.

Anatolio, el dueño del restaurant, nos sirvió una copa de delicioso Borgoña, del que puede decirse que es el vino de los dioses.

—Un pequeño intervalo, — dijo Arturo,— en el que está indicado un cigarrillo, y luego comeremos unas rebanadas de jabalí cocido en champagne.

Mientras fumábamos nos entretuvimos en mirar hacia el salón y de pronto se abrió la puerta y penetró un hombre y una joven. Caminaron en dirección a nosotros, y comprendimos que se dirigían resueltamente hacia una mesa que tenían reservada en la parte que correspondía al brazo corto de la L. Entonces me fijé en el hombre.

Vestía un correcto traje de etiqueta aun cuando los demás concurrentes sólo llevaban trajes oscuros y el que más, vestía de jaquet. Pienso que jamás he visto un hombre que tuviera más elegancia y soltura de movimientos. La muchacha que iba a su lado era joven y muy bonita. Llevaba el rostro empolvado y los labios enrojecidos, y no se notaba en ella nada que sobresaliese de lo corriente. Cuando llegaron a la mesa que estaba frente a la nuestra, el hombre manifestó una repentina alegría, sonrió a Arturo y abrió la boca para hablar.

Arturo lo miró sin manifestar impresión alguna. No he visto en mi vida una forma más cruel y explícita de cortar una tentativa. El hombre volvió a sonreir y se sentó dando la espalda hacia nosotros.

—¿Quién es? — pregunté a Arturo.

—Es uno a quien es mejor que no te encuentres en tu camino, Tom, — respondió.— Cualquier día verás que lo han procesado por asesinato y tiene que comparecer ante el tribunal. Es un loco llamado Marco Antonio Midwinter.

—Es hombre de distinguido aspecto.

—Sí; pero aun entre sus semejantes se destaca por su perversidad, Tom. — respondió. — Ese Midwinter, es uno de los que tienen el alma atravesada. Camina llevando una pantera en el alma y su despejada imaginación, su poder y su talento le hacen doblemente peligroso. Podría referirte detalles de su carrera que te helarían la sangre en las venas. Pero veo que viene el camarero con otro plato... Olvidemos este incidente.

Bien; comimos como sibaritas y luego dos dirigimos al Club, donde estuvimos una hora fumando. Después Arturo se marchó a su domicilio de Jermyn Street a vestirse. Yo me fuí al mío.

Al llegar, Preston me dijo que el señor Rolston estaba en la cama profundamente dormido.

Me vestí de jaquet y mientras me encaminaba al Regal Hotel, mi corazón latía lleno de esperanza.

Me dirigí en seguida al piso que habitaba el millonario y conocí que era esperado. El criado que me recibió llamó a una puerta, la abrieron y entramos.

Me encontré en una confortable habitación, en la que había mesas-escritorio, bibliotecas teléfono y una máquina de escribir. Un joven de veintidós o veintitrés años estaba sentado ante una de las mesas.

Al verme se puso en pie.

—¡Oh! Sir Thomas—exclamó. — El señor Morse no ha regresado todavía pero no ha de tardar. La señora Balmaceda y la señorita Morse están en la salita... Si usted desea...

—¡Oh! Será para mí un placer— exclamé interrumpiéndole.

El joven me condujo a través de dos o tres habitaciones y llegamos a otra de vastas proporciones y adornada con muchas flores. En uno de los lados se distinguía una pequeña salita.

—He acompañado hasta aquí a Sir Thomas, señora...—dijo mirando en redor, pero allí no se notaba el menor rastro de señora alguna. Sin embargo cuando oyeron hablar, alguien salió de la pequeña salita y vino hacia nosotros.

Era Juanita y estaba sola. El secretario salió.

—¿Cómo está usted Sir Thomas?—dijo con su encantadora voz.—Papá me ha dicho que iba usted a venir y yo lamento que no haya regresado... Mi pobre tía estaba tan cansada y le dolía tanto la cabeza, que se ha retirado a acostarse.

—Cuanto lo siento, señorita Morse, — exclamé mientras la estrechaba la mano.—Haré cuanto me sea posible por hacerle grata compañía.

La miré fijamente. Tenía deseos de mirar aquellos maravillosos y límpidos ojos y saber si ello leía el deseo que reflejaban los míos, pero retiró la mano con cierta precipitación.

—¡Qué encantadora habitación! Debe dar del lado de Green Park.

—Sí. Eso es, — dijo ella con voz como un susurro.

—Entonces nos podemos sentar allí, señorita Morse.

Nos dirigimos hacia la salita y nos sentamos en un sofá.

Durante medio minuto permanecimos en silencio y luego tomé una de sus manos y la llevé a mis labios.

—Juanita, — exclamé. — Existen fuerzas y corrientes misteriosas en el mundo que son más fuertes que nosotros mismos. Esta es la tercera vez que la veo a usted, pero ningún poder de la tierra puede evitar que la diga...

Cuando yo iba a decir las palabras decisivas, se oyó el ruido de una puerta que se abre violentamente. Me levanté. Desde donde estaba podía ver toda la habitación inmediata. Por la puerta abierta, — debo decir que había varias en aquel salón, — salió un hombre de elevada estatura, correctamente vestido de etiqueta, con una camelia en la solapa y caminando hacia atrás.

Fué retrocediendo lentamente con los brazos medio levantados y las manos abiertas.

Al fin le puede ver la cara. Estaba convulsionada por una ira satánica, como una vieja máscara japonesa. Aquel rostro era el del suave y sonriente tipo, a quien había visto en el restaurant El Caracol de Oro.

Noté que había junto a mí alguien que temblaba. Era Juanita que se aferraba a mí. Entonces rodeé con mi brazo su cintura.

Por la misma puerta surgió otra figura.

—¡Rápido! Marco Antonio Midwinter. Aquella es la puerta por donde debe ir... ¡Pronto! ¡Rápido!

El hombre alto se detuvo un instante.

Se oyó una detonación y un enorme espejo que había en una de las paredes cayó hecho pedazos. Una nueva detonación y el hombre se dió vuelta y literalmente saltó sobre la mullida alfombra, se precipitó hacia la puerta y desapareció.

Gedeón Mendoza Morse avanzó sonriendo y contemplando un pequeño revólver de azulado acero que llevaba en la mano.

Entonces Juanita y yo salimos de la salita, tomados de la mano, y él nos vió

La segunda parte de esta nueva y misteriosa historia aparecerá en el próximo número de "Pucky", que se pondrá en venta el 3 de Febrero de 1922.



EL DESINFECTANTE IDEAL de uso general

PREPARADO POR EL

Instituto Biológico Argentino

No contiene ácido bórico, ni fenoles, ni cresoles, ni sales mercúricas, QUE SON VENENOS CELULARES.

Por consiguiente, el ANTIBACTER es un desinfectante insuperable y de uso general. Es indispensable y no debe faltar EN NINGUN HOGAR.

Debe, pues, usarse para la toilette de las señoras, el ANTIBACTER
Para las enfermedades génito-urinarias, el ANTIBACTER
Para las enfermedades de la, piel el ANTIBACTER
Para las enfermedades de los ojos, el ANTIBACTER
Para las enfermedades de la nariz y del oído, el ANTIBACTER
Para el catarro de los fumadores, el ANTIBACTER
Para las enfermedades de la boca, el ANTIBACTER
Para la medicina y la cirugía en general, el ANTIBACTER
Y para la desinfección de todas las heridas, el ANTIBACTER

USE el ANTIBACTER, Tenga confianza en el ANTIBACTER, y puede tener la seguridad de haber recurrido al gran antiséptico que le evitará toda clase de trastornos.

Su uso, aun continuado, no provoca molestias y pueden emplearlo los niños sin cuidado alguno.

De venta en todas las Buenas Farmacias

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

FEBRERO
de 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION MENSUAL No. 7.



EN ESTE NUMERO: **A las 4.**

Relato de intenso misterio y extraordinario interés en el que figuran el gran detective **Sexton Blake,** su ayudante TINKER y el curioso y nuevo personaje llamado HUMBLE BEGGE.

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 862

PUCKY

FEBRERO de 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION MENSUAL No. 7.



EN ESTE NUMERO:

A las 4.

Relato de intenso misterio y extraordinario interés en el que figuran el gran detective **Sexton Blake,** su ayudante TINKER y el curioso y nuevo personaje llamado HUMBLE BEGGE.


Sumario



Blake abrió la portezuela y un momento después, el hombre ponía en sus brazos a la joven. (Vea "A las 4", página 25).



A LAS 4

Novela policial de profundo misterio y de intensa intriga, en la que actúa el famoso detective

SEXTON BLAKE

y en la que se presenta un nuevo e interesante personaje llamad

HUMBLE BEGGE

(Esta obra ha sido traducida del inglés especialmente para "PUCKY")

CAPITULO PRIMERO

Humble Begge. — Un curioso e interesante personaje. — En casa de Sexton Blake.— La enigmática tarjeta.

ESTABA Tínker de pie junto a la ventana de la sala de consultas de Sexton Blake, en la vieja casa de Baker Street. Desde donde estaba podía distinguir la ancha calle y su intenso tráfico de peatones.

—La verdad es que hay muchos sitios peores que el viejo Londres en verano, señor,—dijo Tínker.

Era una calurosa tarde del mes de Junio y Londres, según lo pensaba Tínker, tenía muy buen aspecto. Blake se acercó a la ventana y apoyó una manc en el hombro de Tínker.

—Sí, — dijo el detective, — Londres es una ciudad antigua pero hermosa. No creo que ni usted ni yo podríamos pasar mucho tiempo lejos de ella, Tínker.

—No nos gustaría nada, por cierto,—replicó Tínker.

Permanecieron un momento contemplando el tráfico, cuando, de pronto, el joven se rió de buena gana.

—¡Dios mío! ¡Vaya un tipo! — exclamó, indicando la esquina de enfrente.

Un hombre pequeño, estrecho de hombros, acaba de detenerse al llegar al borde de la acera. Era un tipo curioso, en verdad, y muchos de los que pasaban y le veían, volvían la cabeza para volver a mirarle.

Vestía una levita de las de faldones con vuelo, unos pantalones claros, estrechos y con rodilleras, zapatos negros con gruesas suelas. Llevaba puesto un sombrero de fieltro negro y debajo de un brazo, tenía un paraguas de modelo muy antiguo. Los pantalones, vueltos como para que no se ensuciesen con el lodo, dejaban ver cuatro o cinco pulgadas de unos calcetines de lana gris.

Ni Blake ni su joven compañero podían distinguir el rostro de aquel hombre, pero su aspecto era por cierto suficientemente llamativo.

—¿Quién será? — preguntó Tínker. — Cualquiera diría que es un cuáquero o algo por el estilo.

—La verdad es que su aspecto es bastante raro,—manifestó Sexton Blake.

En el momento en que el detective pronunciaba estas palabras apareció cerca de donde estaba el curioso individuo, un tipo nervioso, vestido de color azul marino y con sombrero duro. Venía como si procediera de la estación de Baker Street y cuando pasó junto al curioso personaje, se detuvo.

El hombre de sombrero blando se volvió hacia él. Lo que pasó entonces entre los dos, ni Tínker ni Blake pudieron decirlo, pero un instante después el que vestía de azul marino saltó rápidamente hacia la grotesca figura del otro.

—¡Bravo! ¡Bien por el cuáquero! — exclamó Tínker.

Porque con mayor velocidad que la que la vista puede apreciar, el hombre extrañamente vestido se había separado hacia un lado; entonces, cuando su atacante pasó por su costado, el gancho de cayado del puño del pesado paraguas se enganchó en el tobillo del hombre, que cayó de bruces en el pavimento.

—¡Diablos! ¡Cuáquero o no, ese hombre sabe defenderse! — agregó Tínker entusiasmado.

En la refriega, al cuáquero se le había caído el sombrero. Se adelantó, lo tomó del suelo, saltó por sobre el cuerpo del hombre que le había atacado y cruzó la calle. Un suave silbido brotó de los labios de Blake.

—¡Ese hombre se dirige a esta casa!—



Blake abrió la portezuela y un momento después, el hombre ponía en sus brazos a la joven. (Vea "A las 4", página 25).



A LAS 4

Novela policial de profundo misterio y de intensa intriga, en la que actúa el famoso detective

SEXTON BLAKE

y en la que se presenta un nuevo e interesante personaje llamad

HUMBLE BEGGE

(Esta obra ha sido traducida del inglés especialmente para "PUCKY")

CAPITULO PRIMERO

Humble Begge. — Un curioso e interesante personaje. — En casa de Sexton Blake.— La enigmática tarjeta.

ESTABA Tínker de pie junto a la ventana de la sala de consultas de Sexton Blake, en la vieja casa de Baker Street. Desde donde estaba podía distinguir la ancha calle y su intenso tráfico de peatones.

—La verdad es que hay muchos sitios peores que el viejo Londres en verano, señor,—dijo Tínker.

Era una calurosa tarde del mes de Junio y Londres, según lo pensaba Tínker, tenía muy buen aspecto. Blake se acercó a la ventana y apoyó una mano en el hombro de Tínker.

—Sí, — dijo el detective, — Londres es una ciudad antigua pero hermosa. No creo que ni usted ni yo podríamos pasar mucho tiempo lejos de ella, Tínker.

—No nos gustaría nada, por cierto,—replicó Tínker.

Permanecieron un momento contemplando el tráfico, cuando, de pronto, el joven se rió de buena gana.

—¡Dios mío! ¡Vaya un tipo! — exclamó, indicando la esquina de enfrente.

Un hombre pequeño, estrecho de hombros, acaba de detenerse al llegar al borde de la acera. Era un tipo curioso, en verdad, y muchos de los que pasaban y le veían, volvían la cabeza para volver a mirarle.

Vestía una levita de las de faldones con vuelo, unos pantalones claros, estrechos y con rodilleras, zapatos negros con gruesas suelas. Llevaba puesto un sombrero de fieltro negro y debajo de un brazo, tenía un paraguas de modelo muy antiguo. Los pantalones, vueltos como para que no se ensuciesen con el lodo, dejaban ver cuatro o cinco pulgadas de unos calcetines de lana gris.

Ni Blake ni su joven compañero podían distinguir el rostro de aquel hombre, pero su aspecto era por cierto suficientemente llamativo.

—¿Quién será? — preguntó Tínker. — Cualquiera diría que es un cuáquero o algo por el estilo.

—La verdad es que su aspecto es bastante raro,—manifestó Sexton Blake.

En el momento en que el detective pronunciaba estas palabras apareció cerca de donde estaba el curioso individuo, un tipo nervioso, vestido de color azul marino y con sombrero duro. Venía como si procediera de la estación de Baker Street y cuando pasó junto al curioso personaje, se detuvo.

El hombre de sombrero blando se volvió hacia él. Lo que pasó entonces entre los dos, ni Tínker ni Blake pudieron decirlo, pero un instante después el que vestía de azul marino saltó rápidamente hacia la grotesca figura del otro.

—¡Bravo! ¡Bien por el cuáquero! — exclamó Tínker.

Porque con mayor velocidad que la que la vista puede apreciar, el hombre extrañamente vestido se había separado hacia un lado; entonces, cuando su atacante pasó por su costado, el gancho de cayado del puño del pesado paraguas se enganchó en el tobillo del hombre, que cayó de bruces en el pavimento.

—¡Diablos! ¡Cuáquero o no, ese hombre sabe defenderse! — agregó Tínker entusiasmado.

En la refriega, al cuáquero se le había caído el sombrero. Se adelantó, lo tomó del suelo, saltó por sobre el cuerpo del hombre que le había atacado y cruzó la calle. Un suave silbido brotó de los labios de Blake.

—¡Ese hombre se dirige a esta casa!—

dijo. Un momento después sonó violentamente la campanilla, indicando que estaba en lo cierto.

Tinker miró a Blake

—¿Me retiro, señor?—preguntó.

Blake se sonrió.

—No; puede quedarse, — dijo. — Me parece que le ha interesado el personaje.

Se separó de la ventana. Blake se dirigió a su escritorio mientras Tinker fué hasta el sofá y se sentó en él. Acababa de sentarse cuando golpearon a la puerta y apareció el ama de llaves.

—Un señor desea verle, señor — dijo sosteniendo abierta la puerta mientras en el pasillo aparecía el extraño tipo de la vieja levita.

Blake le miró cuando entró. Se fijó en el rostro pálido, la barba afeitada, las orejas grandes y los ojos entornados y de mirada penetrante.

—Espero que... que no molestaré,—tartamudeó el recién llegado con voz suave.

—No, señor, de ningún modo. Pase usted adelante.

El desconocido avanzó, con su paraguas debajo del brazo. Se había quitado el sombrero y Tinker pudo contemplar la extensión de un cráneo enteramente calvo. Había como un fleco de cabello rojizo en torno de las orejas y en las sienes, y la larga silueta con su curioso ropaje le pareció más bien una caricatura de periódico humorístico que una persona de verdad.

—Tal vez de... deba enterar a usted le co... como me llamo, — dijo el extraordinario personaje. — Me lla... llamo Humble Begge.

—¿En qué puedo servirle, señor Begge? —preguntóle Blake. — Tenga usted la bondad de tomar asiento.

El señor Begge se sentó en el borde de la silla con el sombrero en ambas manos. Blake notó que tenía las piernas más largas que el tronco, pues las rodillas formaban un agudo ángulo. El señor Begge parecía tener también la costumbre de volver las puntas de los pies hacia dentro, cuando se sentaba y nuevamente pasó por la imaginación de los que le miraban, la idea de la caricatura de periódico humorístico.

—Vengo de... de Scotland Yard, — dijo el señor Begge. — Di... dije al superintendente de allí lo que tenía que decirle y él me re... recomendó que viniera a verle a us... usted.

Y miró a Blake con entornados ojos.

—¿Quién le dijo que viniera a verme?— preguntó Blake.

—El superintendente Ersdale, — contestó el extrañamente vestido visitante.

Blake inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Ah! ¡Muy bien! — dijo. — Conozco bien a Ersdale. Y... ¿qué puedo hacer por usted?

Humble Begge puso el sombrero en el suelo, después, cuidadosamente, colocó el paraguas a su lado. Desabotonó la levita dejando ver un florido chaleco de brillantes de colores, y metiendo la mano en un bolsillo interior, sacó de él una libreta de apuntes.

—He te... nido que andar con cuidado,— dijo,—porque me han seguido. No me di cuenta de ello has... hasta que llegué a Scotland Yard, y entonces ya era tarde.

—¿Le seguía el hombre vestido de azul marino?

Humble Begge alzó las cejas con extrañeza.

—¡Ah! ¿Vió ustd en... entonces?—dijo.

Blake se sonrió.

—Presenciamos desde la ventana su encuentro en la esquina de esta calle,—dijo,— y debo declarar que usted dominó la situación con suma habilidad.

Un suave gesto de protesta vióse un instante en el rostro de Humble Begge.

—¡No di... diga eso! — replicó. — Soy hombre pa... pacífico y tranquilo. Odio la violencia y toda clase de peleas.

Tinker tuvo que hacer un esfuerzo para no reir a carcajadas y Blake dirigió una mirada de reproche hacia el rincón donde estaba el joven. El ayudante de Blake volvió instantáneamente a su anterior seriedad, ocultando el rostro tras un diario, que fingía leer.

—De todos modos, señor Begge, usted echó al suelo al hombre con suma habilidad,— prosiguió el detective. — Ahora, tal vez, querrá usted decirme por qué procedió de ese modo.

Humble Begge tosió para aclararse la voz.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez del "Hospedaje de los Hermanos de Oriente"?— comenzó.

—No, — dijo Blake.

—¡Ah! Esperaba que usted podía conocerlo. Pues bien, es un pequeño establecimiento que yo dirijo. Está en Islington y su objeto es atender a los extranjeros que se hallan en Londres, especialmente hindúes, chinos y japoneses.

El señor Humble Begger colocó sus largos dedos juntos y miró a Blake por encima de las puntas de los mismos.

—Mi propósito, mi vocación, realmente, era ser misionero, — explicó, — y cómo tal viajé varios años por Asia. Conozco muy bien los idiomas de allá. Sin embargo, hace como unos tres años, murió un tío mío, dejándome una con... considerable su... suma de dinero con la condición de que me estableciera en Inglaterra. Entonces vine y establecí el hospedaje.

Blake se echó hacia atrás, resignado, en su silla. Comprendió que sería inútil interrumpir a aquel hombre. Lo mejor era dejar que lo contara todo a su modo y oirle hasta el final.

El hecho de que el superintendente Ersdale hubiera enviado a aquel desconocido a Blake era suficiente para que el detective comprendiera que la narración de Humble Begge iba a ser digna de ser escuchada.

—Mi casa está siempre casi llena, — prosiguió Begge, — y yo estoy casi siempre allí

para atender y vigilar en todo lo posible.

Metió los dedos en la libreta de apuntes y sacó de ella una tarjeta postal.

—Hace unos seis días, dos ja... japoneses marineros entraron en mi hospedaje y comieron. Yo estaba sentado detrás del mostrador, en mi rinconcito de observación, y ellos no me vieron. Cuando se retiraron, sin embargo, me acerqué a la me... mesa y hallé en ella esta tarjeta.

Dió a Blake la tarjeta postal para que la viera. La dirección era curiosa. No tenía nombre, pero en su lugar se veía un tosco dibujo imitando la esfera de un reloj, con las manecillas señalando las 4. Debajo del dibujo estaban las señas: 17 Brundesdale Mansions, Regent's Park. Del otro lado de la tarjeta, Blake leyó el mensaje:

"Hasta el 26.—Su affmo. Las 9".

En la parte inferior de la tarjeta había un borrón y hacia éste llamó Humble Begge la atención de Blake.

—En la mesa había un paquete de tarjetas postales en blanco, — prosiguió. — Esta fué sin duda la que escribieron primero, pero el que la escribió dejó caer el borrón y entonces usó otra.

—¿Pero qué significa eso? — preguntó Blake.

Begge movió la cabeza

—Eso es más de lo que puedo decir, — contestó. — Pero me pareció curiosa y la recogí, guardándomela en el bol... bolsillo. Había vuelto a mi sitio detrás del mostrador cuando uno de los japoneses regresó. Se metió en el comedor y fué directamente a la mesa. Buscó con todo cuidado y comprendí que lo que buscaba era precisamente esta tarjeta, porque se acercó al mostrador e, inclinándose hacia dentro, me vió.

Humble Begge se ruborizó en aquel momento y miró a Blake con recelo.

—Creo que entonces le dije una mentira, —agregó el extraordinario personaje,—pues me preguntó si yo había vis... visto la tarjeta postal en la mesa y yo le dije que no.

Se comprendía que Humble Begge tenía sus dudas respecto a su conducta, pero Blake sonrió.

—No tengo por qué criticarle, — dijo Blake. — La tarjeta postal es, sin duda, muy interesante.

—Eso fué, precisamente, lo que yo pensé, —dijo el hombre de la extraña indumentaria.

—¿Ha sucedido algo después? — preguntó Blake.

—¡Dios mío! ¡Ya lo creo! — exclamó Begge. — El día siguiente me encontré con que alguien se había metido en mi dormitorio y lo había re... revuelto todo. Los cajones habían sido sacados de los muebles y todo el cuarto se hallaba en el más completo desórden. Después, anoche, cuando re... regresaba a casa, me hicieron esto.

Se levantó una de las mangas de la levita y Blake vió que tenía el brazo vendado.

—¿Quiere eso decir que le atacaron?

—Sí. Un cuchillo. Me lo arrojaron de lejos. Por suerte me hice a un lado a tiempo.

—¿Vió usted a su asaltante?

—¡Oh! ¡No! Pero pude adivinar quién era. Los japoneses son muy hábiles arrojadores de cuchillos, y además, encontré el arma.

Esta vez fué al bolsillo de los faldones de la levita a donde Humble Begge llevó la mano, sacando un feo, corto y afiladísimo cuchillo de doble filo.

Blake lo examinó. No cabía la menor duda sobre su origen. Era de fabricación japonesa.

—Ponen mercurio en un extremo de la hoja, — dijo Begge. — Eso hace que el cuchillo vaya en línea enteramente recta.

Blake se echó hacia atrás y miró nuevamente a aquel hombre. Para un individuo que había andado de un lado a otro, temeroso de perder la vida, durante algunos días, y que declaraba ser hombre de paz, Humble Begge demostraba, en verdad, tener poco miedo.

—Me parece que es usted un carácter digno de estudio, — decidió Blake. — Nunca he visto nada semejante. — Después agregó en voz alta: — ¿Por eso decidió usted poner el asunto en manos de la policía?

El visitante movió negativamente la cabeza.

—No puedo de... decir que fuera eso precisamente, — contestó. — Si los que escribieron esa tarjeta postal están decididos a cometer un crimen sólo por recobrar la po... posesión de la tarjeta, es muy probable que esa postal indique peligro de muerte para la per... persona a quien está dirigida.

—Con seguridad, — dijo Blake. — Supongo que usted no ha averiguado quien vive en el 17 de Brundesdale Mansions.

Begge se inclinó hacia adelante.

—¡No, señor! — dijo. — Ya ve usted, yo soy un hombre pacífico, que odia toda clase de riñas. Por eso fuí a Scotland Yard pri... primero. Me pa... pareció que ellos se encargarían del asunto, quitándome de encima esa preocupación.

Su suave mirada se fijó en el rostro de Sexton Blake con expresión de ansiedad.

—No me importaría ir con usted, señor Blake, esta misma noche, si le parece, — dijo. — Tal vez ese individuo quiera saber cómo llegó a mi poder esta tarjeta postal.

El instinto dijo a Blake que había algún misterio tras aquel, al parecer insignificante y tonto mensaje. El simple hecho de que Begge hubiera sido tan brutalmente atacado en la esquina de Baker Street, en pleno día constituía un detalle siniestro.

—Naturalmente, siempre que usted no ten... tenga otra cosa qué hacer...,—comenzó a decir Begge.

Blake movió negativamente la cabeza.

—No,—dijo.— Estoy enteramente libre esta noche.

Humble se levantó de la silla, estirando sus largas piernas.

—Entonces volveré a eso de las ocho, — dijo.

Levantó del suelo el sombrero y el paraguas y empezó a ponerse un par de bastante

usados guantes blancos, de algodón, retrocediendo hacia la puerta, mientras tanto.

—A las ocho,—dijo Sexton Blake a manera de despedida.

—Sí; a las ocho. Buenas tardes, — dijo Humble Begge.

Tínker bajó el diario que fingía leer y, al parecer, Humble Begge se percató de su presencia por primera vez. El extraño personaje favoreció al joven ayudante con una cumplida cortesía.

—Y buenas tardes a usted también, —dijo Begge.

Tínker contestó al saludo y consiguió reprimir la risa hasta que la puerta se cerró tras Humble Begge. Entonces, tapándose la boca con el pañuelo, el joven se rió a carcajadas presa de un paroxismo de hilaridad, echándose en el diván y alzando los pies.

Blake, por su parte, sonrió. Pasados unos momentos, Tínker pudo hablar, sentarse sin saltar y secarse los ojos.

—¡Señor! ¡Qué tipo! ¡No he visto jamás nada parecido! ¡Al verle se diría que es un artista cómico escapado de un music hall con la ropa de presentarse ante el público!

Blake se inclinó hacia su escritorio, más bien pensativo, recordando lo dicho por su extraño visitante.

—Es un tipo curioso, sin duda, Tínker,—dijo.—Pero aquí, entre nosotros, muchacho, el señor Humble Begge no es tan suave y tan inofensivo como aparenta serlo.

—Pero si dice que es un hombre pacífico, que odia las peleas, señor,—dijo Tínker.

Blake se encogió de hombros.

—Es verdad, — dijo.—Pero ya vió usted cómo manejó el paraguas. Ni usted ni yo hubiéramos podido deshacernos de un adversario en menos tiempo del que él empleó.

El detective se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro de la salita.

—Sea lo que sea,—agregó.—Voy a esperarle aquí esta noche, a las ocho. Estoy convencido de que el señor Humble Begge es de las personas que resultan más agradables y simpáticas cuanto más se las trata.

—¿Podré ir con ustedes, señor? — preguntó Tínker.

—Bien, casi no vale la pena, Tínker,—dijo Blake.—Yo le enteraré de todo lo que haya pasado, a mi regreso.

Y así fué como Humble Begge trabó relación con Sexton Blake y Tínker. La apreciación de Sexton Blake sobre tan curioso personaje iba a resultar exacta, y en la aventura que les esperaba, el "hombre pacífico" iba a desempeñar un papel de bastante importancia y no iba a resultar, ni remotamente un hombre "de paz", ni nada que se le pareciese.

✣ ✣ ✣

CAPITULO II.

Lo que contó Julián Wells. — Una historia vieja. — La sociedad organizada. — Lo que pasó con sus miembros. — Un socio descontento.

HUMBLE BEGGE se presentó en casa de Sexton Blake a las ocho y diez, jadeante y sudoroso.

—Me parece que he llegado un poco tarde, señor Blake,—dijo.

El señor Begge sacó del bolsillo un pañuelo rojo y se secó la frente, cubierta de sudor.

—Poco importa,—dijo el detective que ya estaba vestido para salir.—No siempre es posible ser puntual en Londres.

—Me ha resultado muy difícil venir,— dijo Humble Begge.—Salí de mi casa, de Islington con bastante anticipación, le dí al chauffeur del automóvil de alquiler que tomé las señas de esta casa y el muy estúpido me llevó a Waterloo. No me dí cuenta de nada hasta que miré por la ventanilla y noté que estábamos pasando el puente.

Sus entornados ojos se animaron con extraño fulgor durante un instante.

—Pero me bajé del automóvil y me negué a pagar el viaje porque sospeché que aquello era cosa intencionada.

—¡Cómo! ¿Otra más?

Humble Begge inclinó la cabeza.

—¡Claro que sí! — dijo.—Tomé otro automóvil y ví que el otro me seguía. Pero al fin le burlé. Mientras mi automóvil se hallaba en un entrevero del tráfico en Piccadilly, me escurrí, saltando a un refugio y dejé que el coche siguiera vacío. Yo me metí en otro, que al fin me trajo aquí.

—¿Entonces ha tenido usted que viajar en tres automóviles esta noche?

—¡Así ha sí... sido!—dijo Begge. — Pero no he pagado más que a uno ¿comprende?

Parecía que aquello le complaciera mucho pues miraba a Sexton Blake sonriendo y una vez más el detective pensó que aquel grotesco personaje tenía en sí más de lo que se suponía a primera vista.

Descendieron juntos y cuando Blake llegó a la puerta de calle, Humble Begge apresuró el paso y salió antes que él. Blakke notó que llevaba el paraguas con la punta hacia adelante, lo mismo que un militar podía llevar la espada.

—¿Para qué hace eso? — le preguntó el detective.

Begge giró, volviendo su pálido rostro hacia su compañero.

—Es que, me figuré que era po... posible que anduvieran por aquí otra vez,—explicó.

—¿Y por eso salió usted primero? — le preguntó Sexton Blake.

La actitud de Humble Begge fué aun más humilde que de costumbre.

—Es que pen... pensé que usted podía no hallarse preparado,—contestó.

Y su contestación hizo que Blake se sonriera amargamente.

—Creo que podemos ir a pie, — agregó

Begge. — Regent's Park no queda lejos de aquí y deseo entrar un momento en casa de un fotógrafo que está aquí cerca, si a usted no le es molesto.

Siguió por Baker Street, volviendo, poco después, por una de las calles transversales. A pocos pasos se detuvo ante un pequeño establecimiento fotográfico. El y Blake entraron y Begge saludó al dependiente.

—¿Ha hecho usted las co... copias de la película?

—Sí, señor. Si no tiene inconveniente en esperar un instante, se las entregaré.

Cuando el dependiente se retiró, Begge se volvió hacia Blake y, levantando su paraguas, le indicó el puño, que era voluminoso.

—No le había dicho a usted por... por qué me detuve en la esquina de su calle esta tarde, — dijo, — pero lo hice, realmente con un pro... propósito preconcebido.

—¿Sí? ¿Y qué propósito era ese? — le preguntó el detective.

El señor Begge jugaba con el puño del paraguas y, de pronto, desprendió una parte de él.

—Esto es, en realidad, una máquina fotográfica, — dijo Begge indicando un aparato ingeniosamente construido, — y yo quería tener un retrato de ese japonés. Lo tomé cuando él se volvió hacia mí. Espero que haya salido bien.

Blake volvió a mirar a aquel rostro plácido y tranquilo.

—¿Así que usted sacó la fotografía del hombre precisamente un momento antes de que él le atacara?—preguntó el detective.

—¡Eso mismo! — dijo Begge con su sonrisa tranquila y suave.

Blake volvió la cabeza para ocultar una sonrisa. Un instante después apareció el dependiente con un sobre pequeño. Begge tomó el sobre y sacó de él una película negativa y varias copias.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Muy bien! — dijo, entregando una de las copias a Blake.

El lente de la cámara debía ser poderosísimo porque las facciones del japonés se veían con toda claridad a pesar de que el retrato no era más grande que una pulgada cuadrada.

—Sí, es una excelente fotografía, — dijo el detective, devolviéndole la copia.

Begge pagó al dependiente y los dos hombres salieron juntos de la fotografía, dirigiéndose a Regent's Park.

—¿Por qué tomó usted esa fotografía?— preguntó Blake.

—Pues por que pen... pensé que la persona a quien vamos a ver ahora podría, tal vez, reconocer a mi asaltante,—dijo Begge.

—¡Tiene usted unos nervios de acero y una admirable sangre fría! — dijo Blake con franqueza.—Pocos son los hombres que tienen serenidad suficiente para sacar una fotografía en un instante como aquél.

—¡Pues crea usted que no soy ner... nervioso!—tartamudeó Begge. — Yo soy un hombre pacífico, enteramente pa... pacífico.

Comenzaba a oscurecer. Pasaron por los portones del parque y se dirigieron a una ancha avenida alumbrada por una fila de lámparas de arco voltáico.

Cruzaron el jardín botánico y continuaron por un angosto sendero.

—La casa de departamentos llamada Brundesdale Mansions está ahí delante,— dijo Blake.—Esta tarde me enteré de su situación.

Siguieron por el sendero, que era tortuoso y describía muchas curvas y Blake vió ante ellos un portoncito que daba a la avenida. A la izquierda se veía un macizo de arbustos cargados de flores.

Begge avanzaba con su paso que parecía que arrastrara los pies, hablándole a Blake con voz aguda, casi infantil.

De pronto Blake cuyo oído era tan fino como el de pocas personas, oyó, a la izquierda un rumor de ramas removidas pero no por el viento, pues no soplaba ni la menor brisa. Esto hizo que Blake se pusiera alerta.

Miró hacia los arbustos y entonces, de repente, sin el menor aviso, Blake se encogió y dió un golpe, con el hombro, a Humble Begge, que le envió a dar contra la baja barandilla. Begge no acertó a agarrarse, tropezó y cayó en el húmedo césped.

Al mismo tiempo cruzó el aire zumbando, un pesado proyectil y Blake le oyó golpear contra el tronco de un árbol, precisamente a la altura de donde, a no haber intervenido Blake, se hubiera hallado la cabeza de Begge.

Un momento después salieron de entre los arbustos dos hombres. No había tenido Blake si no el tiempo indispensable para ver que se trataba de hombres bajos y robustos, cuando ya se habían precipitado contra él. El detective dirigió un golpe de boxeo a uno de ellos, y aun cuando el tipo aquel trató de esquivarlo, el puño del detective le dió en un pómulo y el hombre retrocedió, tambaleándose, dos o tres pasos.

El otro asaltante saltó como un mono y agarrando un brazo de Blake lo apretó como en un torniquete.

Los europeos en general pelean con los puños o con los pies; rara vez procuran agarrar al adversario de un brazo. Este sistema de ataque sólo se usa en Oriente y es el favorito, particularmente, de los japoneses.

Pero es sabido que Sexton Blake había tomado lecciones de jiu-jitsu; de no ser así, aquel ataque le hubiera inutilizado.

Cuando su asaltante procuró hacer palanca con el brazo, Blake, dando una rápida vuelta, alzó la mano que tenía libre y apuntando con cuidado, golpeó, con el borde de la mano el cuello de su adversario.

Era aquel un golpe de jiu-jitsu, dirigido debajo de la oreja, y el hombre lanzó un grito gutural cuando lo sintió. Un tirón le fué suficiente a Blake para soltarse el brazo. En seguida atacó valientemente al otro. Se abrazaron un momento y, de improviso, Blake, tomando al otro con ambas manos, lo levantó en alto y lo arrojó de tal modo que cayó cruzado sobre la baja barandilla.

Otro hombre se hubiese partido la espina

dorsal, pero aquel debía ser un ateleta muy bien entrenado. Se encogió al caer y rebotó al dar en la barandilla, cayendo al suelo.

A todo esto Humble Begge había reaccionado, pasada la sorpresa del primer momento y se había puesto de pie.

—¡Cuidado se... señor Blake!

El detective tuvo el tiempo justo para retirarse a un lado cuando el primero de los hombres, que se había deslizado hasta ponerse detrás de él, había saltado. La mano de aquel hombre tocó la ropa de Blake y entonces fué cuando, trasponiendo la barandilla, Humble Begge entró en acción.

Con el paraguas fuertemente empuñado en la mano, Begge avanzó y el pesado regatón del paraguas dió con grandísima fuerza al adversario en la parte baja de la espalda.

Fué una suerte para el japonés que el paraguas fuera de madera y no de acero, pues la estocada fué bien dirigida y sólo el hecho de que el hombre estaba avanzando, le libró de las peores consecuencias.

Al sentir el golpe dió un chillido de dolor y soltó la ropa de Blake.

—¡Hombre malo! — dijo Begge retirando el paraguas y disponiéndose a dar otra estocada terrible.

Pero a todo esto los dos pillastres habían considerado que ya habían recibido bastante. El que había caído sobre la barandilla gritó algo mientras se ponía de pie.

El paraguas de Begge fué separado hacia un lado con toda la fuerza y el hombre al cual amenazaba se volvió y alejóse corriendo por el sendero, seguido de su compinche.

—¡Eh! ¡Alto! ¡No los deje escapar!

A Begge se le había caído el sombrero en el momento que avanzó, pero Blake le tomó del brazo en el instante en que pasó por su lado.

—Déjelos, — replicó el detective tranquilamente. — De nada nos servirá seguirles. Déjelos que se vayan.

Humble Begge se detuvo, jadeante.

—¡Pe... pero es una lástima! — exclamó.—¡No tienen derecho ninguno a atacarnos de ese modo! Debemos llamar a la po... policía.

Blake sonrió, pero no le soltó.

—Déjelos, señor Begge, — dijo. — Han atacado con toda la peor intención y han salido llevándose la peor parte; déjelos.

Su voz tranquila calmó un poco a Begge. Bajó el paraguas y el "hombre pacífico" miró en redor.

—¿Dónde está mi som..., sombrero? — preguntó.

En el suelo se veía un objeto oscuro y Blake lo indicó con la mano. Begge pasó del otro lado de la barandilla, tomó su sombrero y luego Blake le vió ir hasta el árbol y arrancar algo de él.

—Otra daga japonesa,—dijo Begge, acercándose a Blake con el arma en la mano.

—Sí, ya suponía yo que habían empleado uno de esos cuchillos, — dijo el detective. —Los dos eran japoneses.

—¿Está usted seguro?

—Casi seguro, — dijo Blake. — El que me atacó trató de sujetarme el brazo mediante un golpe de jiu-jitsu, procurando hacer una palanca y fracturarme un hueso.

Begge se aseguró el sombrero en la cabeza, encasquetándoselo.

—¿Entonces cree usted que si... sigue tratándose de lo de la tarjeta postal?

—Sin la menor duda.

El curioso personaje calló por el momento. Después, Blake le oyó suspirar.

—Si esto sigue así, — dijo, después, Humble Begge, — me pa... parece que voy a terminar por enojarme con ellos.

Blake no pudo menos que sonreir. Continuaron los dos su camino pasando por el portón y cruzando la avenida para hallarse, en la otra acera, ante un gran edificio, dividido en varias secciones.

Una verja separaba las casas de la avenida y en el centro de esa verja había un arco del que pendía una lámpara. Debajo de la lámpara se leía en grandes letras: "Brundesdale Mansions".

—Ya hemos llegado, — dijo Begge. — Esta es la casa.

Entró, pasando por debajo del arco, seguido de Sexton Blake. Cuando el detective pasó por el arco miró por encima del hombro.

Del otro lado de la calle, junto a la verja del parque, se veía a dos siluetas humanas, bajas y anchas. Cuando el detective movió la cabeza las vió que se volvían, fingiendo estar paseando.

—Esto pone en claro el caso, — díjose. —Realmente nos están esperando y con toda seguridad por lo de la tarjeta postal.

Encontráronse con que el edificio tenía tres entradas y el departamento número 17 pertenecía a la entrada del medio. Entraron en el vasto hall y se encontraron con que el departamento que buscaban se hallaba en el segundo piso.

Había ascensor, pero no encontraron por ninguna parte al que lo atendía, así que Blake y Begge subieron por las escaleras y Humble Begge llamó a la puerta del departamento número 17.

Abrió la puerta una sirvienta bien vestida que miró con desconfianza al curioso y extraño personaje.

—¿Está su pa... patrón en casa? — preguntó Begge.

—No señor; es decir, creo que no: voy a ver.

Abrió la puerta, y Blake y su compañero entraron. Les hicieron pasar a una pequeña habitación, amueblada como biblioteca, y la sirvienta se retiró.

—Está bien instalado este señor, — dijo Begge mirando en redor el bien alhajado cuarto.

De las paredes colgaban algunas curiosidades: un pez-sol disecado, dos espadas japonesas de hoja curva, un escudo de metal y una bolsa de red, de forma muy original.

—¿Para qué podrá servir eso? — preguntó Sexton Blake indicando aquella bolsa de red.



Begge avanzó con el paraguas en la mano, y el pesado regatón dió al adversario de Blake, con grandísima fuerza, en la parte baja de la espalda.

Begge le miró y sonrió.

—Eso es lo que usan los pescadores de perlas, — dijo, — cuando trabajan en aguas poco profundas. Yo les he vis... visto trabajar con esas redes.

Se oyó rumor de pisadas junto a la puerta y los dos volvieron la cabeza. Una joven delgada, de cabello rubio, de grandes ojos oscuros, largas pestañas y encantadora boca, se presentó tímidamente en la habitación. Detúvose en la puerta, mirando con algo de nerviosidad a los dos hombres.

—Mi padre no está en casa en este momento, — dijo, — pero no tardará en llegar. ¿En qué puedo servirles?

Begge pareció sentirse repentinamente atacado por una timidez extraordinaria. Se puso rojo y tartamudeó, y fué Sexton Blake el que, por fin, tuvo que hablar.

—La nuestra es una curiosa misión, señorita...

—Me llamo Marian Wells.

—Señorita Wells, — dijo Blake. — Nuestra misión tal vez parezca tonta, pero al menos, no será larga.

Llevó la mano al bolsillo y sacó la tarjeta postal.

—¿Ha recibido su señor padre algo parecido a esto, durante la pasada semana?

Marian Wells se puso muy pálida en cuanto vió la tarjeta postal.

—Sí. ha recibido, — contestó, — una tar-

jeta postal como esta, hace cinco o seis días. La reconozco porque ví la otra en el escritorio de papá.

—¡Ah! — exclamó Humble Begge que en el mismo momento se levantó de su silla.

—Tal vez debo explicar, — dijo entonces Blake, — que soy detective particular. He venido a hacer averiguaciones sobre esto, porque creo que puede significar peligro para su señor padre, señorita Wells.

La joven juntó las manos nerviosamente.

—Creo que así es, — dijo. — No he podido preguntárselo a papá, pero desde que recibió esa tarjeta ha cambiado por completo, es otro hombre.

Sus oscuros ojos se llenaron de lágrimas durante un momento.

—¿Puede usted decirnos lo qué significa? — agregó con suave y suplicante voz,— Papá parece hallarse tan emocionado... Casi no come y se pasa casi todo el día fuera de casa.

—Me parece que tendremos que esperar a que regrese su señor padre, señorita Wells, —dijo Blake,—pues nosotros sabemos muy poco a ese respecto.

—Papá no me dirá nada, — agregó la joven, — pero yo sé que está muy emocionado. Y eso, eso me da miedo, señor.

La joven miró primero a Blake y luego a Begge.

—Supongo que ustedes... que ustedes son amigos de papá,—dijo.

Begge, que se había vuelto a sentar, se inclinó hacia adelante.

—Puede usted con... confiar a ese respecto, señorita Wells, — dijo, hablando por primera vez. Y a continuación se presentó a sí mismo y presentó a Sexton Blake.

Habíasele ocurrido instántaneamente, una idea. Metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó la pequeña fotografía, que entregó a la joven.

—¿Ha visto usted a alguno que se pa... parezca a esta fotografía? — preguntó Humble Begge.

La joven miró el retrato y sus ojos se dilataron, asombrados. Se levantó, acercóse a la lámpara eléctrica y una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

—¡Qué caso extraño! — dijo. — Ayer mismo, ví a este hombre.

—¿Dónde, señorita Wells? — preguntó Sexton Blake, volviéndose hacia la joven.

La joven se aproximó al detective.

—Es un japonés, — dijo. — Estuvo aquí, ayer de tarde, a ofrecer en venta unos chales muy bonitos. Papá no estaba en casa en aquel momento, pero yo le ví.

—¿Entró en el departamento?

La joven inclinó afirmativamente la cabeza.

—Sí; entró, — dijo.

—¿En qué habitación?

—En esta misma,—contestó Marian Wells.

Blake se levantó y fué hasta la otra puerta. Levantó la cortina y miró hacia fuera. Vió que la puerta daba a los fondos del departamento. Distinguió por ella la tapia de los jardines de ornamento y notó que, del lado de fuera, había un balcón corrido.

—¿Por ese balcón, a dónde se puede ir?— preguntó.

—La primera puerta es la de mi dormitorio, — dijo Marian Wells, — y a continuación está la cocina. Allí hay una escalera que desciende por los fondos. Es la escalera por donde suben los proveedores.

El rostro de Blake expresaba preocupación cuando el detective bajó la cortina y, volviéndose, se separó de la puerta. El y Begge cruzaron miradas significativas.

—¿Estuvo aquí largo rato el japonés?

—¡No! Claro está que no le pude comprar nada. Le dije que volviera otro día.

—¿Enteró usted a su señor padre de tal visita?

Marian volvió a sentarse en su silla y apoyó ambas manos en una rodilla.

—Sí, le dije que había estado el japones.

—¿Cómo recibió él la noticia?

—Se emocionó mucho, muchísimo, — contestó la joven después de una pausa. — Y me dijo que no dejara entrar a nadie en el departamento, nunca más, estando él ausente.

Blake inclinó la cabeza.

—Esc bien en decirle eso, señorita Wells, —dijo el detective, — pero temo que su advertencia llegara tarde y que el mal estuviera ya hecho.

En aquel instante se oyó el ruido que hizo la llave al abrir la puerta del departamento. Marian se levantó, rápidamente, corrió hacia la puerta.

—Ahí está mi padre, — dijo y abriendo la puerta de la biblioteca salió al hall.

Begge se inclinó hacia adelante en cuanto la joven salió.

—Así que el pi... pillo ese ya estuvo aquí ¿eh? — dijo el "hombre pacífico".— ¡Por vida de un demonio! ¡Me parece que hemos lle... gado en el mó... momento propi... picio!

—Así lo creo, — comentó el detective.

Se abrió de nuevo la puerta de la biblioteca y entró por ella Marian, acompañada de un hombre alto y con barba.

—Este es mi padre, — dijo la joven tímidamente, presentando luego a los dos visitantes. — Papá: el señor Sexton Blake y el señor Humble Begge.

Blake miró con atención al recién llegado. El señor Wells era hombre de buen aspecto, pero bajo su barba, veíase que tenía las mejillas pálidas; los ojos estaban hundidos y una arruga profunda le cruzaba la frente de lado a lado.

Se quedó parado en la puerta, mirando, casi con temor, a sus dos visitantes.

Blake se dió cuenta de que tenía la mano derecha metida en el bolsillo de su saco marrón y que el bolsillo abultaba mucho.

—¡Armado! ¿Eh? — pensó el detective.

—¿En qué puedo servirles, señores? — preguntó el padre de Marian con voz recia.

—Tenemos que solicitar de usted algunos datos, señor Wells, — comenzó Blake. — Se

refieren a una tarjeta postal que, según nos ha dicho su hija, recibió usted hace cinco o seis días.

El hombre de la barba hizo una mueca extraña.

—¡Una tarjeta postal!

—Sí, — dijo Blake. — Yo soy detective particular, y el señor Begge, aquí presente, ha estado en Scotland Yard, donde le recomendaron que me viera. Como es lógico, estamos de parte de usted.

—¡Blake! ¡Blake! — exclamó Wells cambiando de expresión. — ¿Es usted Sexton Blake, el detective?

—Sí, señor.

La mano que hasta entonces había estado oculta en el bolsillo, apareció al fin y Julian Wells avanzó, tendiéndola hacia el detective.

—Tengo un verdadero placer en ver a usted, señor Blake, — dijo, mientras se estrechaban la mano, ceremonia que repitió con Humble Begge.

Julian Wells dirigióse entonces a su escritorio y luego se volvió hacia donde estaba su hija.

—Creo que será mejor que nos dejes solos, Marian, — dijo.

—¡Pero papá, yo!...

El hombre que estaba junto al escritorio movió negativamente la cabeza, pero la sonrisa que dirigió a su hija fué tierna y afectuosa.

—Bueno, hija mía, — dijo. — Después te lo diré todo. Pero ahora, es mejor que te retires.

La joven se retiró obediente y cuando la puerta por donde salió volvió a cerrarse, Julian Wells indicó a sus dos visitantes que se acercaran al escritorio.

—¿Cómo encontraron ustedes esa tarjeta postal? — preguntó.

Blake puso la tarjeta que había traído, en el escritorio.

—Esta fué hallada por el señor Begge en un establecimiento de Islington, — dijo el detective. — Es, probablemente, copia de la que usted recibió.

Julian Wells miró con dureza, al inclinar afirmativamente la cabeza.

—Sí, así debe ser, — dijo. — Esta es la que yo recibí.

Sacó del bolsillo un manojo de llaves, abrió uno de los cajones del escritorio y sacó de él la tarjeta, que entregó a Blake.

El detective notó que el sello del correo que inutilizaba la estampilla decía Islington. La dirección era exactamente similar a la que Begge había dado a Blake, y el mensaje era el mismo.

Blake volvióse hacia Begge.

—Me parece que sería mejor que contara usted al señor Wells cómo llegó a su poder esta tarjeta postal, y todo lo que ha acontecido después, — dijo el detective.

Humble Begge tosió para aclararse la voz y relató lo sucedido con toda rapidez y claridad. Julian Wells, echado hacia atrás en su butaca, con los ojos entornados, escuchó con toda atención.

Cuando Begge llegó al punto en que narró cómo había sacado la fotografía, Wells se inclinó hacia adelante, nerviosamente.

—¿Consiguió usted retratar al que le atacaba?—preguntó.

—Sí, se... señor. Aquí tengo la fo... fotografía.

Entregó a Julian Welss el retrato que Marian le había devuelto. Wells se inclinó un momento para mirarlo y después lanzondo una exclamación, se puso de pie.

—¡Dios mío! ¡Si es Yoli Mitsugi! — exclamó. — Le reconocería donde le viera. Este es "las 9".

Con esfuerzo, dominó su emoción y volvió a sentarse, dejándose caer en su butaca.

—¿Así que le reconoce usted? — preguntó Sexton Blake para reanudar la conversación.

El de la barba suspiró.

—Sí; le reconozco, — dijo. — Es mi mayor enemigo.

Volvió entonces hacia Humble Begge.

—Pero mejor sería que termine usted su relato, — dijo.

Begge prosiguió la relación de todo lo pasado, terminando con el incidente acaecido poco antes, en el parque.

—Su hija también reconoció la fotografía, — dijo Blake. — Es del hombre que estuvo ayer en este departamento pretendiendo vender unos chales.

—Lo supe, — dijo Julián Wells apoyando el puño cerrado en el escritorio. — Ese hombre es tan astuto como el mismo Satanás en persona. No sólo ha logrado dar con mi paradero sino que hasta ha logrado meterse en mi casa.

Tenía la frente cubierta de gotas de sudor y en sus ojos se notaba pintado el más intenso terror.

—Me ha concedido de plazo hasta el 26, —dijo Julián Wells pasándose la mano por los temblorosos labios. — Eso significa que que yo no viviré más que hasta esa fecha.

Humble Begge saltó de su silla.

—¡Pero entonces eso significa un homi... homicidio! ¿No es eso?—dijo.

Julián Wells le miró fijamente.

—Yoli Mitsugi no lo llamará así; dirá que es una venganza, — dijo. — una venganza por la que ha esperado durante más de quince años.

—Y una venganza puede ser pospuesta indefinidamente, señor Wells, — dijo Blake con seriedad, — siempre que usted nos autorice a ayudarle.

—Temo que no haya ayuda posible para mí, — dijo el que estaba sentado junto al escritorio.

Blake sonrió, tranquilo y seguro de sí mismo, mirando al atribulado señor Wells.

—Eso es lo que queda por ver, — dijo sin jactancia. — Por lo pronto, si usted se decide a confiar en nosotros, es conveniente que nos ponga al tanto de los antecedentes de este caso.

Se inclinó y con la mano, indicó la esfera de reloj burdamente dibujada en un lado de la tarjeta postal.

—En primer lugar, — prosiguió Blake,— ¿qué significa ésto?

—Cuando le haya dicho eso se lo habré dicho todo, — manifestó Wells. — Eso, como usted ve, es una esfera de reloj con las manecitas indicando las 4. Yo soy "las 4", como Yoli Mitsugi es "las 9" y cada uno de los otros tenía su denominación.

Respiró profundamente, procurando serenarse para seguir hablando.

—¡Los otros! — repitió. — ¡Todos han desaparecido, menos Yoli Mitsugi y yo!

Bajó la cabeza y permaneció en silencio un largo momento. Después, en voz baja, comenzó su relato.

—Hace unos quince años, me encontraba yo en el Japón. Un grupo de europeos, siete en total, entramos en relación con un grupo de japoneses. Era en la época en que el Gran Arrecife resultaba un sitio muy productivo para la pesca de perlas. Nos reunimos los siete europeos con cinco japoneses y los doce decidimos emprender la pesca de perlas. Juntamos nuestro dinero y compramos un buque de vapor.

Wells miró entonces a Sexton Blake.

—Fué a Dan Weldon, — prosiguió, — al que se le ocurrió la idea de denominarnos de acuerdo con las horas del reloj. Trabajamos en la pesca de perlas hasta que estalló la guerra ruso-japonesa y a esa altura, todos estábamos ricos. Cuando estalló la guerra, nuestros cinco compañeros japoneses tuvieron que ir a servir en el ejército. Dos de los europeos se habían ahogado, durante el trabajo, y otros dos habían muerto de fiebre. Con esto solo quedábamos tres de nuestro grupo, un tal MacCormack, Dan Weldon y yo. Teníamos más de treinta mil libras en el banco, en Tokío, importe de las utilidades en el negocio de la pesquería de perlas, y que debíamos repartir.

—Sí; siga usted adelante.

Julian Wells vaciló un momento y después sonrió un instante.

—Temo que no procedimos muy honradamente, — dijo. — La idea fué de Mac. Dijo que con inútil dejar el dinero en el banco y él y Dan dominaron las objeciones que yo hice. Abraviando, diré que sacamos el dinero del banco, cruzamos la Manchuria y especulamos contratando trabajos para el ejército. En menos de seis meses nuestras treinta mil libras esterlinas se habían transformado en trescientas mil y cuando la guerra terminó, nos dividimos esa suma y nos separamos. Dan y yo fuímos a Estados Unidos, mientras MacCormack regresó a Yokohama.

Una sombra pareció oscurecerle por un momento el rostro.

—Cerca de un año después, Dan recibió una carta de MacCormack. Estaba muriéndose en un hospital y su carta tenía por objeto informar a Dan de que había sido apuñaleado por Yoli Mitsugi. Este Yoli Mitsugi es el único de los cinco japoneses que había sobrevivido a la guerra y había logrado hallar a MacCormack, preguntándole qué había sido del dinero. Mac, que era un irlandés bastante brusco, se rió de Mitsugi y le enteró de lo que habíamos hecho. Dos días después MacCormack era [illegible].

Humble Begge se inclinó hacia adelante.

—¿Tenía derecho Yoli Mitsugi, realmente, a su par... parte?

—Tenía derecho a unas tres mil libras,— dijo Wells. — Esto era lo que le correspondía de las treinta mil libras.

—Bien; tenga usted la bondad de proseguir.

—Dan se fué a San Francisco y no supe nada de él hasta hace un año, cuando su sirviente vino a Nueva York, donde yo estaba, y me vió. Dan había muerto de un tiro de revólver, en su propio despacho, y el sirviente me dijo que el autor de la muerte de Dan era Yoli Mitsugi.

Julián Wells permaneció callado y pensativo un momento más.

—Poco antes de morir, Dan recibió una tarjeta postal parecida a la que yo he recibido, con la única diferencia de que las manecillas del reloj marcaban las 6 porque Dan era "las 6" en nuestra nomenclatura.

Golpeó en la tarjeta que tenía ante sí.

—Ahora, señores, — agregó, — como ustedes pueden ver, me ha llegado el turno.

—Pero ¿por qué no ofrecieron entregarle al hombre el importe de su parte? — preguntó Begge.

Julián Wells se sonrió con intensa amargura, mirando al que había hablado.

—Dan le ofreció eso; en realidad le ofreció darle diez veces su importe. Su sirviente me lo dijo. Pero Yoli Mitsugi está riquísimo y no es dinero sino venganza, lo que busca.

La narración no podía ser más triste y sin embargo tenía todo el cariz de ser enteramente exacta. Sexton Blake y Humble Begge, que conocían el ambiente asiático, podían comprender por qué aquel implacable japonés no se daba por satisfecho hasta haber cobrado en sangre la deuda.

—Mi vine a Inglaterra, esperando poder burlar a Yoli Mitsugi, — dijo Julián Wells, —pero esta tarjeta postal y esa fotografía, demuestran que mis esperanzas no tenían fundamento.

Apretó los labios de pronto y llevó la mano al bolsillo, sacando el revólver.

—Pero no voy a rendirme sin pelear, señores, — dijo con lentitud el hombre de la barba.—Si Yoli Mitsugi trata de matarme... ¡Pues bien, el que más pueda, ese vencerá!

Humble Begge se estremeció.

—¿Piensa usted ma... matarlo entonces? —preguntó muy agitado.

—Tan cierto como es cierto que él se propone matarme, — contestó el otro con energía.

Hubo un largo silencio. Después, Sexton Blake formuló una nueva pregunta.

—¿Y su hija? ¿Sabe algo de lo reclacionado con este asunto?—dijo.

—Muy poco, — contestó Julián Wells.

Me casé con la que fué su madre, antes de partir para Asia y las dos permanecieron en Estados Unidos. No dejé de estar en correspondencia con ellas, pero mi esposa falleció antes de que yo regresara de la Manchuria y desde entonces tengo a mi lado a mi hija.

Sus ojos se nublaron un instante y un suspiro que casi fué un sollozo, acudió a sus labios.

—Es ella la única persona a quien amo en este mundo, — dijo Julián Wells con toda energía. — Por ella trabajé con ahinco, tratando de ganar mucho dinero. Por ella me decidí hacer caso a Dan Wedon cuando me incitó a hacer lo que siempre me pareció una mala acción.

Se levantó de su asiento y se irguió. A la luz de la lámpara eléctrica se le vió hercúleo y fuerte.

—De todos modos, — terminó, — sucédame lo que pueda sucederme, mi Marian tendrá una fortuna. Si Yoli Mitsugi consigue su objeto matándome, no podrá en cambio, arrebatarle su herencia a mi querida hija.

Se comprendía que era éste el único pensamiento que atenuaba hasta cierto punto el terror que experimentaba aquel hombre. Humble Begge irguió su grotesca figura. No tenía nada de heroico, con su paraguas debajo del brazo, sus zapatos de gruesas suelas y sus calcetines grises.

—¡Usted no va a ser víctima de ese criminal, señor Wells! — dijo. — ¡Soy un hombre pacífico y odio toda violencia, pero en este caso estoy de su par... parte!

Miró a Sexton Blake y movió la cabeza afirmativamente.

—Además, — terminó, — he conseguido que me ayude el hombre más hábil que existe en todo el mundo. ¡Yo apostaré siempre en favor del señor Blake aun cuando se lance contra él una docena de Yoli Mitsugis!

CAPITULO III

En el Hospedaje de los Hermanos de Oriente. — Láscar Jim. — Un buen disfraz. — El chino Li Wu. — Un mensaje de Blake. — El plan de Humble Begge.

La plaza de Groeben, en Islington, es de reducidas dimensiones y se llega hasta ella por una calle más bien estrecha que ancha, que parte de la avenida de la City. La plaza no tiene mal aspecto y los edificios que la rodean deben haber sido ocupados en una época, por gente de buena situación pecuniaria.

Pero entonces, con las fachadas estropeadas y las ventanas sucias y abandonadas, con las hordas de chicos que jugaban en la acera y en la calle, demostraba hallarse en plena decadencia.

Cuando entraba alguien en la plaza Groeben, lo primero que le llamaba la atención era un letrero de grandes dimensiones colocado en lo más alto del frente de una casa. El letrero tomaba todo el ancho de la fachada y, en letras de oro, sobre fondo negro, se leía en él: "Hospedaje de los Hermanos de Oriente".

A cada extremo del letrero grande había un letrero pequeño. Uno en caracteres japoneses y el otro en signos chinos. Pocos eran los habitantes de la plaza capaces de leer estos dos letreros, pero eran contemplados con sumo placer por los que los buscaban.

Eran éstos diversas clases de hombres: chinos de larga trenza y ojos de almendra, japoneses bajos y gordos; delgados culís de cabello negro, buscaban el camino del Hospedaje como una paloma extraviada puede buscar su palomar.

La puerta del frente estaba siempre abierta y tan pronto como alguien penetraba por ella, encontraba, a la izquierda, la puerta que daba acceso a un comedor espacioso y alto de techo, amueblado de la manera más sencilla, con mesas de pino y sillas de asiento de paja.

Había una enorme chimenea, a uno de los extremos, donde se veía un par de divanes y una mesa en la cual había siempre algunos diarios.

Eran éstos, diarios de Asia, Bombay, Tokío y Singapur, estaban representados allí por los principales órganos de su prensa.

Al otro extremo del salón se veía un ancho mostrador, cubierto de cinc, en el cual un par de aparatos de baño-maría, para tener café caliente, relucían siempre prolijamente lustrados. De la mañana a la noche esos aparatos estaban en condiciones de servir a los huéspedes y un hombre, de cabello cortado al rape, y rostro jovial, atendía, desde aquel mostrador, a los que acudían a solicitar la típica hospitalidad de aquel establecimiento.

La mayor parte de los clientes conocían al viejo Tim y el hecho de que lograra mantener siempre el orden y la tranquilidad, era prueba del ascendiente de que gozaba entre la clientela.

El sótano de la casa había sido transformado en la sección baños, fríos y calientes, con cuartos bien instalados y muy limpios. A la derecha, en el piso bajo, estaba una serie de habitaciones, ocupadas por el propietario. Fuera de eso, todo el edificio estaba radicado por completo a sus extranjeros huéspedes y los tres pisos altos habían sido transformados en tantos dormitorios como fué posible instalar en ellos.

Toda la casa estaba escrupulosamente limpia y hablaba muy alto en elogio de su original propietario.

A eso de las once de la mañana, uno de los ayudantes de Tim, — un negro recio y fuerte,—pasó por el corredor del segundo piso y deteniéndose ante la puerta de uno de los cuartos del extremo del pasadizo, golpeó en ella con los nudillos. Se oyó dentro de la pieza que alguien se movía y una voz somnolienta le contestó.

—¿Qué desea usted?

El negro se rió para sí.

—Ya es hora de que se levante, amigo

mío, — replicó. — Falta poco para las doce. ¿No quiere tomar desayuno?

—¡Muy bien! Voy en seguida al comedor.

El negro volvió por el corredor y esperó. Pocos minutos después se abrió una puerta y una delgada figura, vestida de azul, con camiseta azul sobre sus ágiles espaldas, avanzó por el corredor.

El rostro era de color caoba y el cabello negro estaba aplastado y reluciente sobre la bien conformada cabeza. Brillaron los blancos dientes del negro cuando aquel hom. se detuvo.

—He dormido bastantes horas... ¿eh?

El negro se sonrió.

—¡No! ¡No importa! Esta es la casa de la libertad; pero necesitamos limpiar los dormitorios a alguna hora, ¿no le parece? ¿Cómo se llama usted?

—Soy Láscar Jim, — contestó el joven.

—¿Cuándo llegó?

—A las dos de la mañana — agregó el de la tostada faz. — No nos pagaron, en el puerto, hasta las diez de la noche y tuve que andar mucho.

—De todos modos hizo bien en venir a esta casa, — dijo el negro. — Aquí le trataremos mejor que en esas "casas para marineros", donde explotan a todo el que se presenta y que están en la zona del puerto.

Láscar Jim inclinó la cabeza afirmativamente.

—¡Ya lo creo! — dijo. Y se dirigió escaleras abajo.

Entró en el comedor y halló el salón enteramente vacío. Tim estaba detrás del mostrador, y un hábil observador hubiera notado que había alguien detrás de la pequena mampara de cristales, al extremo izquierdo del mostrador, alguien se movió un poco cuando oyó la voz hacer.

—¿He llegado tarde para el desayuno?

—¡Oh! ¡No! ¡Aquí no se llega nunca tarde para nada, hijo mío! — dijo Tim, desde detrás de los relucientes aparatos de baño-maría. — ¿Qué desea usted? ¿Un par de huevos?

—Eso es.

Se oyó deslizar un taburete y la extraña silueta de Humble Begge se presentó. Tim le indicó, con un movimiento de cabeza, a Láscar Jim.

—Aquí está el patrón, — dijo indicando a Humble Begge con un orgullo que en vano hubiera querido disimular.

El láscar saludó llevando la mano hasta la altura de su enaceitada cabeza.

—¡Buenos días, patrón! — dijo.

—Buenos días, — contestó Humble Begge. — ¿Es usted nuevo cliente en esta casa?

—Sí, patrón.

—¡Muy bien! Siéntese donde mejor le parezca y en seguida le será servido el desayuno.

Tim escogió un par de huevos de un cajón que había debajo del mostrador, llenó un recipiente con agua caliente que sacó del baño-maría, puso el recipiente sobre una hornalla de una cocina de gas y echó los dos huevos en el agua.

El joven láscar se había sentado ya junto a la mesa y, como solía hacerlo con frecuencia, Humble Begge le llevó el cubierto, el plato y demás, poniéndolo todo ante el joven.

Tim seguía los movimientos de su patrón con toda atención. El viejo servidor era, tal vez, el único verdadero admirador que tenía Humble Begge, pero su admiración no podía ser mayor. Le molestaba ver al anciano de ridículo aspecto sirviendo de camarero al joven láscar.

Cuando los huevos estuvieron cocidos, Tim salió de detrás del mostrador y se los llevó, junto con una taza de café, a su nuevo cliente.

En aquel momento sonó una campanilla y Tim se volvió hacia la puerta.

—Debe ser uno de los proveedores, supongo, — dijo. — Sírvase usted mismo, hijo mío. Si desea más pan, hay todo el que quiera en aquella canasta. Sírvase como guste.

Salió del comedor y tan pronto como se hubo retirado, cambió de expresión el rostro de Humble Begge. Se inclinó hacia la mesa.

—Supongo que se tra... trata realmente de Tín... Tinker, ¿No?

El joven láscar sonrió.

—Sí, señor Begge, tiene usted razón, — dijo.

Los tranquilos ojos del "hombre pacífico" expresaron la mayor admiración.

—¡Casi no lo creía! — dijo.— El señor Blake me preparó. Me dijo que usted estaría aquí a eso de las do... doce. Me habló por te... teléfono, esta mañana. Pero el disfraz es per... perfecto.

—No es la primera vez que lo uso,—dijo Tinker, como era la verdad.

—¿Le dijo el señor Blake por qué lo necesitaba yo a us... usted?

—En verdad, no, — dijo Tinker. — Recibió el mensaje de usted anoche y consideró que era bueno que yo viniese inmediatamente.

Begge se había sentado en una punta de la mesa. No era raro que aquel hombre original conversara con alguno de sus huéspedes. En realidad ese era el secreto del éxito y la popularidad del Hospedaje de los Hermanos de Oriente.

—Puede ser que me equivoque, — dijo Humble Begge en voz baja, — pero pien... pienso que Yoli Mitsugi no va a esperar hasta el día veintiseis.

Tinker se había enterado de todo lo relacionado con la curiosa historia. Dos días habían transcurrido desde aquel en que Sexton Blake y Humble Begge visitaron el departamento donde vivía Julián Wells, y, desde entonces, no se había producido ninguna novedad.

—¿Por qué piensa usted así?—preguntó el joven.

Humble Begge se pasó los delgados dedos por un lado de la nariz.

—Estaba yo ayer en mi habitación,—explicó,—y precisamente en el instante en que iba a sa... salir, oí voces en el hall. Me pareció reconocer el timbre de voz de uno de los que hablaban.

El curioso personaje miró fijamente a Tinker.

—Yo había oído aquella voz gritando aterrorizada, en Regent's Park,—agregó.

—¿Está usted seguro de que se trataba del mismo hombre?

—¡Se... segurísimo! — dijo Humble Begge. — Abrí la puerta una pulgada o cosa así, y miré. El hombre estaba con un chi... chino; un chino, que ahora está durmiendo en esta casa; en la pieza número veintiseis.

—¡Hola! ¡Es la habitación que está al lado de la mía! — dijo Tinker.

Begge inclinó afirmativamente la cabeza.

—¡Eso es! — dijo. — Por eso fué por lo que se le pu... puso a usted en el nú... número veintisiete.

—¿Oyó usted lo que hablaban aquellos hombres?

—Muy poco, — dijo Begge. — Todo lo que pu... pude oir fué algo referente a mil yens, si todo salía de modo satisfactorio.

Y volvió a mirar a Tinker.

—Mi opinión es que ofrecían esa su... suma al chino en cambio de hacer algo, y, a juzgar por la apariencia del chino, éste aceptaba muy a gusto.

—¿Cómo se llama?

—No estoy seguro, — contestó Humble Begge, — pero creo que oí que le llamaba Li Wu.

—¿Entonces desea usted que yo vigile a ese chino llamado Li Wu?

—¡Pre... precisamente! Claro que será peligroso, pero eso a usted no le importa eso, usted no es un ma... manojo de nervios como yo.

Tinker bajó la cabeza para que el otro no le viera sonreir. Ya había tenido ocasión de ver cómo procedía aquel "hombre pacífico", llegado el caso.

—No estoy muy enterado a ese respecto, señor Begge, — dijo.

Humble Begge descendió de la mesa.

—¡Pe... pero yo sí! — dijo. — Soy un hombre pacífico y no me gusta verme metido en niguna pelea.

—¿Cómo voy a conocer a ese Li Wu?—preguntó Tinker.

—Con seguridad estará aquí a la hora de la comida, supongo, — agregó Begge, — y si usted viene a eso de la una, yo le indicaré quién es.

—Sería mejor no hacerlo tan abiertamente, — dijo el joven detective, —podrá resultar peligroso.

Por primera vez, desde que le había conocido, Tinker vió una sonrisa en el rostro del señor Humble Begge. Fué sólo una idea de sonrisa más que una sonrisa de verdad.

—Yo to... tomaré mis precauciones,—dijo Begge. — Nadie se dará cuenta de lo que esté sucediendo.

Tinker terminó su desayuno y salió a la calle, regresando una hora después, y cuando entró en el comedor nuevamente, poco antes de la una, lo encontró casi lleno. Todas las mesas estaban casi totalmente ocupadas y se notaba que todos los servidores de la casa habían acudido a servir la comida.

El negro y otros dos hombres iban de una mesa a otra, llevando las varias viandas.

Con asombro vió Tinker que Humble Begge también ejercía de mozo. El curioso personaje no se había quitado su vetusta levita, pero se había puesto encima un amplio delantal que llevaba atado a la cintura. En verdad su aspecto resultaba todavía más cómico que de costumbre.

Tinker hubiera jurado que Humble Begge no volvió la cabeza hacia él cuando el muchacho entró en el salón, pero un momento después Begge pasaba por entre dos filas de mesas con una enorme fuente de arroz cocido que balanceaba en la palma de una de sus delgadas manos.

Tinker avanzaba a dos o tres yardas detrás de Begge. A mitad de camino Begge, repentinamente se apresuró sin necesidad ninguna. Un pie resbaló en algo que había en el suelo. Se tambaleó, procuró recobrar el equilibrio y toda la fuente de arroz caliente fué a caer sobre la cabeza y los hombros de un hombre sentado al extremo de una mesa.

Tinker oyó un chillido de dolor y el hombre se puso de pie, viéndose en aquel momento que se trataba de un ejemplar de pura raza mongólica.

La cabeza, la corta trenza, los hombros y la amplia blusa larga, estaban cubiertos de arroz cocido y caliente, mientras el hombre se quitaba lo que le había caído en el rostro.

Humble Begge parecía mortificadísimo por el remordimiento. Se acercó al hombre de un salto y comenzó a sacudirle con una servilleta con tremenda energía. El chino maldecía a gritos en su lengua nativa.

—¡Lo si... siento mu... muchísimo!—exclamó el dueño de casa.—Ha sido una imperdonable tor... torpeza de mi parte. Pe... pero le pagaré el daño que haya sufrido.

Llamó al viejo Tim que se acercó en seguida.

—Tome la ropa de este hombre y límpiela por mi cuenta, Tim, — dijo.—¿Cómo se llama?

—¿Cómo se llama usted, amigo? — preguntó Tim.

Tinker se hallaba todavía de pie en el pasillo que quedaba entre las filas de mesas y aguzó el oído para oir la respuesta del chino.

—¿Mi nombre? — dijo el chino con su voz aguda.—Mi nombre es Li Wu.

Tinker pasó por delante del grupo y fué a ocupar un asiento vacante.

—¡Por vida!... — pensó.— ¡Vaya un

modo de presentar a la gente! La verdad es que no se me hubiese ocurrido nada parecido en todos los días de mi vida.

Humble Begge, empeñado en quedar bien con el chino, no se dió por satisfecho hasta que Li Wu no se hubo sacado su larga blusa, dándole, en su reemplazo, provisoriamente, uno de los guardapolvos blancos que usaban los camareros.

Begge hizo un rollo con la prenda sucia de arroz y la llevó él mismo, desapareciendo detrás de la mampara de vidrios.

La comida continuó tranquilamente durante un minuto o dos. Entonces, de pronto, el chino, que había vuelto a sentarse, se levantó y, con rapidez, cruzó el salón, yendo hacia el mostrador. Tínker dirigió una mirada al rostro del amarillo y notó que expresaba la mayor desazón.

Begge apareció, saliendo de detrás de la mampara y un momento después la prenda de vestir sucia fué entregada al chino, que la desenrolló, sacando de un bolsillo una vieja cartera. Devolvió la blusa a Begge, que la recibió con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

—¡Qué lástima! — pensó Tínker.—Ojalá Begge hubiera procedido con más rapidez. Debe haber algo muy interesante en esa cartera, de no ser así Li Wu no se hubiese alarmado tanto.

Terminó de comer y salió entonces del comedor yendo, escaleras arriba, a su dormitorio. Pocos momentos después oyó ruido en la habitación contigua. Li Wu había regresado a su cubículo.

El tabique que separaba una pieza de otra no llegaba al cieloraso, que quedaba a once o doce pies del piso. Tínker estaba tendido en su techo, y de pronto oyó un crugido y el rozar de algo pesado contra el tabique.

Rápido como el relámpago, el joven detective entornó los ojos cerrándolos casi, y esperó. Hubo un momento de pausa. Después, poco a poco, pulgada por pulgada, la amarilla faz de Li Wu apareció por encima del borde superior del tabique. Los alargados y oblícuos ojos se fijaron en Tínker que estaba tendido en el lecho, durante un momento. Luego, aparentemente satisfecho, el chino desapareció tan silenciosamente como había aparecido.

—¿Qué diablos puede haber significado eso? — pensó Tínker.

No tuvo que esperar mucho antes de saber él significado de aquello. Se oyó el ruido que hizo un pestillo al abrirlo y con un salto silencioso, Tínker saltó de la cama. La ventana del cuarto estaba cerca del lecho y mirando por ella podía distinguir el patio que quedaba abajo.

La pesada cortina le ocultaba a la mirada de cualquiera que observara de fuera. Tínker vió a un hombre grueso, vestido de azul marino, esperando en el patio.

El hombre miró hacia arriba, se detuvo, e hizo una señal. Tínker oyó que la ventana del vecino dormitorio se abría, sintiéndose una ráfaga de aire fresco. De pronto un objeto blanco cruzó el aire y fué a dar en las manos del que esperaba abajo.

Tínker observó al hombre del traje azul marino. Le vió alejarse rápidamente y al mirarle así le pareció que aquella silueta le era conocida.

Oyó Tínker que se cerraba la ventana del dormitorio contiguo, se dirigió sin ruido al lecho y volvió a acostarse.

—¡Por vida!... ¡Ya sé quién era! —pensó.—Era el mismo que atacó a Humble Begge en la esquina de Baker Street, el hombre a quien llaman Yoli Mitsugi.

El chino del dormitorio de al lado cerró el pestillo de la ventana y después Tínker oyó que el lecho crujía, indicando que su vecino se había acostado.

Tínker comprendió que el chino iba a descansar un rato, y él, a su vez, cerró los ojos. Le despertó el sonar de una campana anunciando que había llegado la hora del té y el té estaba servido.

El joven oyó que se movía el hombre del dormitorio de al lado; y después de esperar a que Li Wu hubiera salido para el comedor, salió a su vez, y descendió.

Li Wu entró en el comedor y pidió que le sirvieran el té. Cuando hubo terminado, el chino se acercó a la chimenea y sentándose en uno de los divanes, tomó un diario y encendió un cigarrillo.

Tínker tuvo entonces tiempo suficiente para estudiar al hombre. El rostro de Li Wu carecía casi por completo de expresión, pero se comprendía que aquel hombre alto, a pesar de ser muy delgado, debía tener mucha fuerza. Sus amarillas manos parecían hechas de acero.

—¡Un tipo difícil de tratar!—pensó el ayudante de Sexton Blake

Había terminado de tomar el té y no sabía en realidad qué hacer cuando un chico harapiento entró en el comedor, con un montón de diarios debajo del brazo.

—¡Vamos, hijo mío! ¡Aquí no pueden entrar vendedores!—gritóle el viejo Tim.

El chico se volvió hacia él y le miró con todo descaro.

—¡stá bien, señor! —dijo.—Me iré inmediatamente. Sólo deseo saber si alguno de estos señores quiere comprarme un diario.

El vendedor de diarios miró en redor, vió Tínker, sentado junto a una mesa y dirigiéndose a él, eligió un diario.

—¡Amigo, cómpreme un diario! — dijo.

El diario que le ofrecía estaba doblado de modo extraño. Tínker estaba por negarse a comprarlo cuando de pronto notó que tenía unas pelabras escritas en el margen, sobre el título del diario:

"Tínker: compre esto."

El ayudante de Blake dió al chicouna moneda de cobre y el muchacho, guiñando un ojo, se volvió y desapareció del comedor. Tínker comenzó a recorrer el diario y en un

blanco que había en uno de los avisos, halló un mensaje escrito con lapiz, que decía así:

"Necesito hablar unas palabras con usted, " pero no debo entrar en el comedor. Li Wu " puede sospechar algo. Pregúntele a Tim si " puede usted bañarse.—H. B."

Tínker pasó cinco minutos más haciendo que leía el diario. Después, doblándolo, se lo guardó en el bolsillo y se levantó de su asiento. Había cinco o seis hombres en el comedor. Tínker se dirigió al mostrador.

—¿Podría tomar un baño?—preguntó. Tim inclinó la cabeza afirmatiamente.

—¡Claro que sí! — contestó.—Vaya por esa escalera que conduce al sótano y allí se encontrará al negro Bob. El le proporcionará todo lo necesario.

Tal vez fuera idea de Tínker, pero a éste se le figuró que los ojos de Li Wu le siguieron, mirándole hasta que salió del comedor. El joven cruzó el hall y halló la escalera por la que descendió al subsuelo.

Los cuartos de baño estaban dispuestos en dos filas, una a cada lado del sótano y cuando Tínker se detuvo en aquella semi oscuridad, alguien salió de uno de los cuartos y le tocó un brazo.

—Muy bien, Tínker. Pa... pase adelante.

Begge le hizo entrar en uno de los cuartos de baño y cerró la puerta con llave.

—Yo estaba en lo cierto,—dijo Begge inmediatamente. — Yoli Mitsugi no va a esperar hasta el día veintiseis. Va a herir de muerte a Julian Wells es... esta misma no... noche.

—¿Cómo lo ha sabido usted? — preguntó Tínker.

Humble Begge miró fijamente al joven.

—Leí un mensaje que estaba en la cartera de bolsillo de Li Wu.

Tínker, asombrado, abrió mucho los ojos.

—¡Por vida!...—exclamó.— ¿Se le ocurrió eso?

—Por eso fuí, precisamente por lo que dí mi re... representación acrobática, — dijo el hombre pacífico.—Acababa de leer la nota y de po... ponerla de nuevo donde estaba, cuando el chino se presentó reclamando su blusa.

—¿Cómo era el mensaje? ¿A quién estaba dirigido?

—El mensaje estaba escrito en chino,—dijo Humble Begge,—pero yo pude leerlo. Decía que Li Wu debía estar esperando en un automóvil de alquiler en el porton de Portland, del Regent's Park, a las diez de la noche. Decía también que la joven Marian Wells estaría sola en la casa.

Tínker respiró con fuerza.

—¿Cree usted, por lo tanto, que se proponen raptar a la joven?—preguntó.

—Eso es pre... precisamente lo que temo,—dijo Humble Begge.

—¡Pero no podemos dejar que hagan semejante cosa! — exclamó Tínker. —¡Puede ser que nada más que el susto cause la muerte de la pobre joven!

—No de... debemos dejar que hagan eso,—dijo Humble Begge.—Soy un hombre pacífico, naturalmente, y no puedo intervenir. Pero si usted vá en busca del señor Blake y le dice que venga en seguida yo creo que tendré algo arreglado para ustedes cuando lleguen.

Tínker se inclinó hacia adelante.

—Yo sé que Li Wu ha entregado su mensaje, — dijo bajando la voz. — Lo dejó caer por la ventana de su cuarto, poco después de comer, y fué Yoli Mitsugi el que lo recibió.

Humble Begge inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Tiene usted razón,—dijo.—Yo tam... también lo ví. Venga y yo le mostraré por dónde.

Le guió, saliendo del cuarto de baño, por el pasillo. Subió unos pocos escalones y descorrió lateralmente, una placa de hierro. Tínker vió que había allí una ventanita con reja, por la que se podía ver toda la extensión del patio.

—Usted esta... estaba en lo cierto,—dijo Begge.—Fué Yoli Mitsugi el que recibió el men... mensaje. Le ví perfectamente.

El hombre se volvió hacia Tínker y le tocó en el hombro.

—Y ahora,—dijo.—Va... vaya y traiga al señor Blake. Tengo un plan, pero no puedo realizarlo personalmente. Hacen falta hombres valientes para realizarlo y yo soy un manojo de nervios.

Tínker se volvió y a toda prisa subió la escalera. Del hall salió a la calle.

—¡Un manojo de nervios! — pensaba el joven mientras cruzaba la plaza.—No me parece tal cosa. Ese señor Begge es un tipo con el cual no me gustaría tener una cuestión grave.

Eran cerca de las ocho cuando Tínker llegó a Baker Street y tuvo que esperar durante un cuarto de hora el regreso de Sexton Blake. En cuanto el joven le enteró de la misión que le había confiado Humble Begge, el detective, sin detenerse más que el tiempo necesario para cambiarse de ropa, vistiéndose como un marinero de buque mercante, salió con su joven ayudante para Islington, el barrio donde se hallaba el Hospedaje de los Hermanos de Oriente.

Eran mas de las nueve cuando entraron en la casa y Tínker guió a Blake hasta su dormitorio, en seguida.

—Mejor será que me espere aquí, señor,—dijo el joven.—Yo iré a buscar al señor Begge.

Habló en voz baja, pero seguramente no tan baja que no le oyeran porque en seguida se oyó golpear dos veces en el tabique divisorio.

—¿Quién está ahí? — preguntó Tínker volviéndose rápidamente.

—Vengan ustedes acá, — dijo la voz de Humble Begge.—¡Soy... soy yo!

Tínker y Blake salieron de aquel cubículo

y entraron en el cuarto número 26. Lo que vieron hizo que se detuvieran atónitos en cuanto traspusieron la entrada.

La lámpara eléctrica estaba encendida, y Begge, sentado en una silla, junto a la ventana, se frotaba una mano que tenía vendada toscamente con una toalla.

En la cama, atado de pies y manos y envuelto en sogas del cuello a los tobillos, estaba la delgada figura de Li Wu. Se veía una negra mordaza en la boca del chino y un pañuelo a pintas, que Tinker reconoció en seguida, lo tenía atado al cuello.

La más intensa furia brillaba en los oblicuos ojos del amarillo, y cuando los dos recién llegados entraron, el chino hizo un violento esfuerzo, retorciéndose como un reptil.

—No tu... tuve más recurso que pro... proceder así, — dijo la voz de Begge. — Yo estaba de centinela del lado de fuera de la puerta y oí que este chino se preparaba para salir.

Los ojos de Li Wu estaban fijos en el rostro de Begge, inmóviles.

—¿Le ha lastimado, señor Begge?—preguntó Blake.

Begge se levantó tambaleándose. Tenía a corbata arrugada y pudieron notar que presentaba unas señales lívidas en el cuello y un cardenal en un ojo.

—Tuvimos una bre... breve pelea, — dijo Begge. — Usted comprenderá, señor Blake, lo que eso me molestó. Yo le dije que no se moviera de aquí, pero no quiso obedecerme.

Tal fué lo único que dijo aquel extraño personaje después de haber tenido una lucha desesperada con el forzudo chino, dentro del estrecho cubículo.

Li Wu había peleado como una rata. ¿Cómo había logrado Humble Begge vencerle y atarle como estaba? Este era un misterio que Blake nunca pudo aclarar.

—Pero no te... tenemos tiempo que perder, — dijo Humble Begge tomando de una percha unas prendas de vestir. — Lo que usted tie... tiene que hacer, es lo siguiente: vestirse con la ropa de Li Wu, ponerse una peluca que tengo y que le quedará bien y ocupar el sitio de Li Wu en el automóvil.

Miró entonces a Tinker.

—Si va usted a la plaza, hallará cerca un garage de automóviles. Dígale al dueño que va de parte del señor Begge y que le entregue el coche que dejó encargado. Supongo que usted sabrá ma... manejar un automóvil.

—¡Ya lo creo! — dijo Tinker.

Begge se apoyó en el tabique.

—Entonces todo va bien, — agregó, — porque usted tiene que hacer el papel de conductor.

Begge miró a Sexton Blake.

—Si yo no fuera un hombre pa... pacífico, — dijo, — iría con ustedes. Pero no me gustan las peleas.

Veinte minutos después un automóvil de alquiler salía de la plaza Groeben y se dirigía, por el camino de Euston, a Regent's Park.

Blake, con su peluca de chino, que le quedaba como hecha a la medida y con el traje de Li Wu, iba sentado en el interior y sonreía.

—¡Hombre pacífico! — decíase. — Pues no le cambiaría por el hombre más guerrero. Es usted un colmo, señor Humble Begge y cuanto más se le trata, más se le estima.

CAPITULO IV

Julián Wells recibe un telegrama. — Encuentro inesperado. — La crueldad de Yoli Mitsugi. — Humble Begge sospecha algo.

“LE ruego me espere en el Hotel “ Malborough, en Tilfield Street, “ a eso de las nueve y media. Necesito hablarle de algo de suma “ importancia.—Sexton Blake”.

Eran cerca de las ocho de la noche cuando Julián Wells recibió ese telegrama. El y su hija estaban terminando de comer.

—¿Qué pasa, papá? — perguntó la joven.

Julián Wells volvió a leer el mensaje, y después se lo entregó a su hija.

—Es del señor Sexton Blake, — dijo él —Creo que debo acudir a la cita que en él me da.

Marian inclinó afirmativamente y con decisión, la cabeza.

—¡Oh! ¡Ya lo creo! — contestó. — Estoy segura de que el señor Blake no le telegrafiaría a usted si no se tratara de algo de mucha importancia, de algo definitivo.

La joven se acercó a su padre y le pasó cariñosamente el brazo por el cuello.

—¡Le veo tan triste y apesadumbrado hace tanto tiempo, papá, — agregó, con algo de emoción en su acento. — ¡Qué felicidad si al fin se disiparan las nubes y volviera a verle alegre y contento como antes!

El hombre inclinó la cabeza y besó a su hija, ahogando un suspiro.

—Temo que esas nubes no se disipen jamás, hija mía, — dijo. Y agregó con voz más enrgica: — Al menos no se disiparán antes de que Yoli Mitsugi y yo hayamos medido nuestras armas, frente a frente.

Se notó una expresión de miedo en los ojos de Marian y su mano se apoyó con fuerza en el hombro del padre.

—¡Oh! ¡Usted no debe acudir a la violencia! — dijo ella. — El es tan astuto, tan maligno... Confíe en sus amigos; en el señor Blake y en ese hombre tan extraño, el señor Begge.

Durante un momento se vió en el rostro de la joven una deliciosa sonrisa.

—¡Es un personaje tan extraordinario!— prosiguió. — ¡Además usted sabe que está decidido a ayudarle, papá!

—Se trata de un tipo que se sale de lo común, sin duda, — replicó Julián Wells le-

rantándose de su silla. —Les agradeceré mucho cualquier ayuda que me presten. Hasta ahora tanto Begge como Blake han demostrado ser buenos amigos.

Marian fué en busca del sobretodo y del sombrero de su padre y luego le acompañó hasta la puerta del departamento. Un leve recelo conmovió a Julián Wells mientras descendía por la escalera y se detuvo un momento con el ceño fruncido.

—¡Es extraño! — díjose. — ¿Por qué me da miedo salir del departamento donde vivo?

Un instante después había desechado todo temor.

—Me parce que voy transformándome en un cobarde, agregó pasándose la mano por la barba. — ¡Y esto no está bien! ¡Jamás he tenido nada de cobarde y no quiero que se pueda decir que ahora empiezo a serlo!

Descendió hasta el hall, salió de la casa y traspuso el portón de hierc. Eran, en aquel momento, las nueve menos diez. Hizo detener un automóvil de alquiler que pasaba y dió al chauffeur la dirección de Tilfied Street.

Cuando el automóvil se puso en movimiento algo se movió entre las sombras, del otro lado de la calle. Un hombre de corta estatura apareció un momento y la luz del farol del alumbrado público le dió en el rostro ancho y maligno. El hombre llevóse a la boca los dedos de la mano y produjo un largo silbido, bajo, pero sin duda pudo ser oído a gran distancia. En cuanto hubo silbado, el hombre se ocultó de nuevo en la oscuridad.

Julián Wells notó que Tilfield Street estaba muy lejos de Regent's Park, donde él vivía. Era una calle que daba al Strand y el Hotel Malborough resultó ser uno de una docena de pequeños hoteles que había en la acera de la izquierda. Entró Wells por la estrecha puerta principal y fué directamente al escritorio del gerente.

—¿No ha llegado aun el señor Blake?— preguntó.

El dependiente que atendía al escritorio movió negativamente la cabeza.

—No, señor, — contestó. — ¿Es usted el señor Wells?

—Sí.

—¡Ah! Hace como media hora recibí un mensaje telefónico, — prosiguió el dependiente. — Era del señor Blake. Me pidió que le dijera a usted que tuviera la bondad de esperarle en el saloncito de fumar. Se ha visto detenido por un asunto ineludible, pero no tardará en llegar.

Julián Wells no sospechó nada absolutamente, ni pasó por su imaginación la idea de que podían haberle engañado. Entró en el saloncito de fumar. Un camarero le sirvió una copa de licor y él, buscando una butaca confortable, miró en redor en busca de los diarios de la noche.

Esperó durante más de una hora y cuando oyó dar las diez se levantó y fué de nuevo al escritorio.

—¿No ha recibido ningún aviso del señor Blake?

—No, señor, — contestó el dependiente.

Julián Wells decidió entonces, ir a Baker Street.

—Dígale al señor Blake, si viene, que he ido a su casa, — dijo al dependiente. — Pídale, de mi parte, que vaya allí a buscarme, tenga la bondad.

De nuevo los presentimientos de antes conmovieron a Julián Wells.



Rápido como el relámpago, Tinker entornó los ojos, cerrándolos casi. Poco a poco la amarilla faz de Li Wu apareció por encima del borde superior del tabique.

Serían las diez y veinte cuando Wells tocó la campanilla en Baker Street y salió, a su llamado, la vieja ama de llaves.

—No, señor, el señor Blake no está en casa, — dijo la anciana. — El y el señor Tinker salieron hace como hora y media.

—¿Dejó algún mensaje para mí? — preguntó Wells.

—No, señor. En realidad, el señor Tinker vino muy apurado, a buscarle, y los dos salieron juntos.

Julián Wells dió las gracias a la anciana, volvió a tomar el automóvil y le dió al

chauffeur las señas de su propio domicilio. Brundesdale Mansions.

Ya eran casi las once y en su departamento no había a esa hora nadie más que su hija.

La sirvienta que tenían se retiraba por la noche porque en el departamento no había habitación que darle para dormitorio.

A medida que se acercaba a su casa, los temores de que algo malo tenía que pasarle le atenacearon más y más el corazón, así que tan pronto como llegó a la casa, pagó al chauffeur y se apresuró a subir.

Julián Wells llevó la mano al bolsillo y se dió cuenta de que se había olvidado la llave, por la cual tocó la campanilla. No le contestó nadie y tocó por segunda vez, oprimiendo durante un momento largo, el botón de marfil.

Oyó cómo la campanilla sonaba dentro de la casa, y por fin, el ruido de una puerta que se abría, llegó hasta él. Esperó un poco más y entonces rechinó el pestillo de la puerta de entrada. La puerta se abrió una pulgada o dos y después se oyeron rápidas pisadas.

Julián se precipitó hacia la puerta y la abrió del todo. Llegó a tiempo para ver que alguien desaparecía por la puerta de su despacho y, rápido como el rayo el hombre cruzó el hall y fué hacia la puerta del despacho. La puerta estaba cerrada del otro lado y resistió a su esfuerzo.

Casi fuera de sí, temiendo por la seguridad de su hija, Julián Wells retrocedió hasta la otra pared y levantando una pierna, dió, con el pie un fuerte golpe contra la cerradura de la puerta.

Ninguna cerradura común hubiera resistido a semejante golpe. La cerradura fué desprendida de la madera y la puerta se abrió hacia dentro del cuarto, con estrépito. Julián Wells entró y se detuvo al oir una voz fuerte que le decía:

—¡Arriba las manos!

La lámpara eléctrica del techo estaba encendida, pero aun cuando Juiián Wells miró en redor, le pareció que la habitación estaba vacía.

—¡Arriba las manos, Julián Wells! ¿No ha oído?

La fuerte voz, que él no reconoció, volvió a llegar a sus oídos.

Las cortinas de la puerta que daba al balcón se movieron un poco y Wells vió el caño de un revólver que le apuntaba. Pulgada tras pulgada, la cortina se descorrió dejando ver, finalmente, la figura de Yoli Mitsugi, de pie ante el hueco.

Seguramente había entrado por el balcón y desde aquel sitio seguro era desde donde apuntaba a Wells.

—¡Cierre usted la puerta! —ordenó Mitsugi. — ¡No! ¡No se vuelva! ¡Eso es! Ahora avance y siéntese en esa silla. ¡Con las manos levantadas! ¡Más arriba de la cabeza!

Wells obedeció, cruzando la habitación y sentándose en la silla que le habían indicado. La cortina se movió aun más y, con el revólver apuntando siempre a su víctima, Yoli Mitsugi entró en el despacho.

Estaba vestido con su traje azul marino, bien planchado y limpio, con esa atención que ponen, en el vestir, muchos japoneses, cuando adoptan la indumentaria europea.

Sonreía. ¡Pero qué sonrisa! Era la de un demonio en figura de hombre, con los dientes amarillentos brillando entre los encogidos labios. Sus ojos, negros e inyectados en sangre, parecían dos puntos de fuego y toda su actitud era la del triunfo más completo.

—¿Dónde está mi hija? ¿Qué ha hecho usted de ella?

Estas palabras brotaron de labios del desesperado padre. Mitsugi, acercándose al escritorio, se sentó en él, balanceando sus cortas piernas.

—Su hija está en seguridad, en mi poder.

—¡En su poder! ¡Dios mío! — exclamó Julián Wells.

Gotas de frío sudor brotaron de la frente del desdichado padre, que se inclinó hacia adelante, pero el revólver le detuvo, amenazador.

—¡Cuidado "Las Cuatro"! — dijo Yoli Mitsugi lentamente. — Recuerde usted que en otros tiempos decían que yo tenía muy buena puntería. La edad no me ha hecho perder el pulso.

El de la barba se echó hacia atrás en su asiento.

—¡Demonio del Infierno! — murmuró. — ¿Qué nueva tortura ha inventado para mí?

Mitsugi volvió a sonreir como un momento antes.

—Eso depende de usted, Julián Wells,— dijo. — Usted es el último de nosotros, el último que queda. McCormack pagó su pena y Dan Waldon también. A las seis de la tarde del veintiseis, hace un año, murió por mi mano.

—Prosiga usted.

—Mañana será veinticinco, — dijo Mitsugi, — es decir que a las cuatro de la mañana de mañana usted tendrá, exactamente, veinticuatro horas que vivir.

—¿Necesita usted esperar? — preguntó valerosamente el de la barba. — Yo no tuve jamás miedo a la muerte.

Los ojos de Yoli Mitsugi echaron chispas.

—No, — replicó. — Ya lo sabía. Matarle a usted es cosa muy fácil, pero no satisface a mi venganza. Usted no le tiene miedo a la muerte, como se lo tenían tanto Mac Cormack como Weldon. Usted es más valiente que cualquiera de los otros.

Los ojos de Julián Wells relucieron y su rostro expresó la mayor indignación.

—Economice los cumplidos, Mitsugi, — manifestó, — y diga lo que quería decir.

—Lo que tenía que decir es lo siguiente, —contestó Yoli Mitsugi inclinándose hacia adelante. — Usted no tiene miedo de morir, — agregó. — Toda su vida y toda su esperanza se han centralizado en su hija. Usted sabe que cuando usted muera la dejará rica y libre de toda necesidad y de todo cuidado. Esto es, precisamente, lo que yo no quiero que suceda y lo que me propongo evitar.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

Mitsugi metió la mano que tenía libre en el bolsillo y sacó una hoja de papel que estudió durante un momento.

—En la actualidad, — dijo, — usted tiene exactamente treinta y nueve mil libras esterlinas. Las dos terceras partes de ese capital están en acciones de varias compañías norteamericanas y el resto lo tiene usted en el banco, en cuenta corriente.

Miró al hombre que estaba sentado ante él, con sonrisa irónica.

—¿Quiere que le lea la lista de las empresas en las que tiene usted invertido su dinero? — agregó.

Julián Wells movió negativamente la cabeza.

—No, — contestó. — admito que sus cifras son exactas.

Mitsugi puso el papel en la mesa y sacó dos o tres más, del bolsillo. Uno era un cheque en blanco, los otros, documentos legales.

—Esto es lo que yo quiero que haga usted, — prosiguió Mitsugi. — En primer lugar usted llenará y firmará este cheque por toda la suma que tiene usted en el banco. Estos otros documentos son transferencias mediante las cuales usted traspasará a mi nombre todas las acciones que tiene usted en diversas empresas.

El hombre que estaba frente a él respiró con fuerza.

—¿Así que lo que usted pretende es que le haga entrega de todo cuanto tengo?

—Exactamente. Veo que usted lo ha comprendido en seguida.

—¡Pero por el Cielo! ¡Usted debe haber enloquecido! ¡No voy a verme reducido a la mendicidad porque usted lo quiera!

La cara del japonés varió de expresión por un momento.

—Eso no lo hago en beneficio mío,—dijo Mitsugi con amargura. — Yo no necesito de su dinero. Lo que deseo es evitar que pase a poder de su hija.

—¿Y si me niego?

—¿Negarse? ¿Sabe usted lo que significaría el que usted se negara?

Hubo un momento de silencio y después agregó Mitsugi:

—Su hija está en mi poder en este instante. Si usted se niega a hacer lo que yo digo, nada podrá salvarla. En este momento, para que usted lo sepa, está en manos de un chino de la más baja condición social. ¡Voy a concederle veinticuatro horas y si usted no ha firmado estos papeles pasado ese tiempo, su hija se casará con un hombre llamado Li Wu!

—¡Dios mío!

Horrorizado, Julian Wells se levantó y avanzó rápidamente un paso. Pero el amenazador revólver se movió con mayor rapidez y le detuvo con su muda amenaza.

—¡Usted!... ¡Usted!... ¡Canalla! — tartamudeó el horrorizado padre. — ¡Usted no será nunca capaz de cometer una acción tan vil!

—¡La venganza es venganza! — replicó Mitsugi con toda calma. — Firme usted estos documentos y su hija volverá en seguida a su casa. No deseo molestarla ni en lo más mínimo si usted, con su actitud, no me obliga a ello.

—Y si no firmo, ¿qué hará usted conmigo? — preguntó Julian Wells.

Los ojos de Yoli Mitsugi le miraron implacables.

—Eso es cuenta que arreglaremos entre usted y yo, Julian Wells, — dijo. — El firmar estos documentos que le despojan de cuanto tiene, no le librará a usted de su merecido. Desde las cuatro de la mañana del día veintiséis, comenzará un duelo entre nosotros dos. Ya he salido vencedor dos veces y estoy enteramente dispuesto para batirme por tercera vez.

—No se crea tan seguro del éxito, — replicó con furor, el hombre de barba. — La tercera es siempre la vez de la mala suerte. Tal vez le toque a usted su turno.

Mitsugi se inclinó.

—Será lo que el destino disponga, entonces, — replicó. — De todos modos soy yo, por ahora, el que domina. Necesito su firma al pie de estos papeles, pues de otro modo el destino de su hija será el que ya le he dicho y nadie podrá evitar que así sea.

Julian Wells miró al japonés y leyó en sus ojos la más inflexible determinación. El hombre parecía ajeno a todo sentimiento de conmiseración. La terrible amenaza que había formulado, refiriéndose a Marian, era demasiado horrible para pensar en que pudiera llegar a la realidad.

Un sollozo conmovió por un instante el pecho de Julian Wells y al oirle suspirar después, Mitsugi cambió de gesto. Con la mayor satisfacción pintada en el rostro, bajó el revólver.

—¿Va usted a firmar?

—¡Por!... ¡Sí! Voy a hacer todo lo que se me pida para librar a mi hija de tan horrenda situación.

Mitsugi se separó del escritorio.

—Usted sabrá dónde hay aquí pluma y tinta, — dijo. — Aquí tiene usted los documentos que debe firmar.

Julian Wells se levantó de la silla y se acercó a la mesa. Al proceder así obligó a Mitsugi a retroceder un poco, de modo que no dejó de estar bajo la vigilante mirada del japonés.

Al moverse como lo había hecho, Mitsugi había venido a quedar de espaldas a la puerta del despacho. Julian Wells se dejó caer en la silla que estaba delante del escritorio y acercó hacia sí los papeles. El primero era el cheque en blanco. La voz de Mitsugi se dejó oir en aquel instante.

—Recuerde, — dijo, — que necesito todo el saldo. Puedo darle las cifras si usted las ha olvidado.

—¿También ha logrado enterarse del saldo de mi cuenta en el banco?

—Sí. Ya le he dicho que tiene usted trein

ta y nueve mil libras en su cuenta en efectivo y en acciones.

Julian Wells mojó la pluma en el tintero y con mano que casi no temblaba, comenzó a escribir.

—En mi nombre no, — dijo rápidamente Yoli Mitsugi. — Extienda el cheque a un nombre cualquiera; ponga John Smith, por ejemplo.

Mientras Julian Wells escribía el nombre, un movimiento a espaldas de Mitsugi, le llamó la atención. Dirigió una mirada hacia el sitio de donde había procedido el ruido y después, rápidamente, bajó la vista, de nuevo, hacia la mesa.

La puerta del despacho se abría lentamente, poco a poco, sin ruido.

Con un esfuerzo grandísimo, consiguió Julian Wells evitar que le temblaran las manos y seguir escribiendo. Puso la cantidad en letras, la repitió en cifras y garabateó la firma.

Cuando volvió el cheque para secarlo en el papel secante de la carpeta, dirigió, rápidamente, otra mirada a la puerta. Ya estaba medio abierta y un rostro delgado y largo, miraba cautelosamente en redor

Unos pocos momentos, que parecieron como eternidades de tiempo, transcurrieron entonces. Julian Wells tomó otro de los papeles, lo puso sobre el secante, y obedeciendo las indicaciones de Mitsugi, que seguía de espaldas a la puerta, comenzó a escribir. Wells no se atrevió a volver a levantar la vista y mirar, pero estaba convencido de que la puerta se hallaba ya enteramente abierta.

Pasaron otros pocos instantes y entonces, de improviso, un hombre delgado traspuso el hueco de la puerta. Una figura grotesca, curiosamente vestida, era la de aquel hombre, con los flotantes faldones de la levita y las piernas largas, metidas en unos pantalones estrechos y con rodilleras.

Sujeto por el puño con mano firme, tenía su eterno y voluminoso paraguas.

Como un soldado de la guardia ataca a su adversario con la espada, así Humble Begge atacó a Yoli Mitsugi, lanzándose contra él con todas sus fuerzas. El férreo regatón golpeó al japonés entre ambos omoplatos, y al mismo tiempo Julian Wells se puso de pie de un salto y, levantando el pesado tintero, lo arrojó a la cabeza de Mitsugi.

Cualquier otro hombre hubiera sido pescado desprevenido, pero el recio japonés estaba acostumbrado a escenas de esa clase. El terrible empuje le había echado contra el escritorio y el revólver le había saltado de la mano.

Pero cuando el pesado tintero cruzó el aire, Mitsugi bajó la cabeza y el proyectil, al caer, fué a dar en los dedos de Humble Begge, haciendo que éste soltara el paraguas y lanzara un grito de dolor.

—¡Sujételo! ¡No le deje ir!—gritó Begge, excitadísimo.

Julian Wells se inclinó hacia adelante y, precisamente en ese instante logró agarrar a Mitsugi por un brazo. Se produjo un terrible forcejear y por último, Julian Wells, fué a dar de espaldas, contra el escritorio, y Mitsugi, con la rapidez y la exactitud de un acróbata, saltó hacia la puerta del balcón y salió de cabeza por ella.

Begge recogió su paraguas y cruzó la habitación, dirigiéndose a la puerta. Pero cuando llegó, Mitsugi corría ya, hacia abajo, por la escalera de servicio.

—¡Infame! — gritó Begge asomándose al balcón y amenazando al fugitivo con el puño cerrado.

Julian Wells había tomado el revólver y un instante después estaba junto a Humble Begge. Wells se inclinaba ya, apoyado en la barandilla del balcón y apuntaba con el revólver, lanzando una imprecación. Levantó el arma y ya iba a hacer fuego contra Mitsugi en el momento en que éste cruzaba el patio.

Pero antes de que sus dedos pudieran oprimir el disparador del arma, Julian Wells sintió que una mano le sujetaba la muñeca y le quitaba el revólver.

—¡No! ¡No! ¡Eso no! — dijo Humble Begge. — ¡No puedo ver estas cosas!

Fué a esta intervención a lo que Yoli Mitsugi debió la vida, pues un instante después desaparecía entre las sombras mientras Julián Wells, jadeante, se volvía para mirar al hombre que le había salvado.

—¡Debía usted haberme dejado hacer fuego!— exclamó.— ¡Ese hombre es un asesino y algo peor. ¡Ha raptado y tiene secuestrada a mi hija y sólo Dios sabe lo que ha sucedido con ella!

Humble Begge miró al rostro de Wells desfigurado por la desesperación, y movió negativamente la cabeza.

—¡No! ¡No, señor Wells!— dijo. — Su hi... hija está en sitio seguro. Ese cri... criminal trató de apoderarse de ella pero creo que no tar... tardará usted en saber que ha fracasado.

—¿Fracasado? Explíquese usted mas claro.

Humble Begge volvió al despacho y Julián Wells le siguió. Cuando éste estuvo nuevamente sentado ante su escritorio, Begge le hizo saber, rápidamente lo que había pasado en el Hospedaje de los Hermanos de Oriente.

—Esperé a que el señor Blake y el señor Tinker, estuvieran en ca... camino,—explicó Begge,—y entonces, después de asegurarme de que Li Wu quedaba seguro, vine a verle a usted.

Movió la cabeza indicando los papeles que había en el escritorio.

—Me parece que llegué pre... precisamente en el momento oportuno,—agregó.

Julian Wells le tendió la mano y el nudoso puño de Humble Begge fué colocado en su abierta palma.

—En el momento oportuno, es verdad, — dijo Julian Wells con voz ronca.—Le estoy muy agradecido. Usted me ha salvado la vida.

—Si comprendí que te... tenía que hacer algo realmente especial,—dijo el "hombre

pacífico".—¡Me alegro mucho de que se me ocurriera venir con el paraguas!

CAPITULO V

El rapto de Marian Wells. — En el automóvil. — El cómplice de Yoli Mitsugi. — En dificultades. — Tinker encerrado.

UN aviso de Tinker advirtió a Sexton Blake que había llegado el momento de estar alerta. Tinker se había inclinado y golpeaba los vidrios con la mano.

Por la abierta ventanilla del coche, Blake vió a un hombre que se acercaba rápidamente, siguiendo la barandilla del parque. Llevaba en brazos un bulto grande.

El hombre salió por el portón y se dirigió en línea recta hacia el coche. Blake se inclinó y volviendo la manija, abrió la portezuela. Oyó la respiración jadeante del hombre Un momento después la joven era puesta en sus brazos y volviéndose hacia Tinker, el hombre habló.

—¿Conoce usted el camino de Southall?—preguntó.

—Sí,—dijo el ayudante de Blake.

—Muy bien. Vaya lo más rápidamente que pueda.

Durante un breve momento, Blake se sintió inclinado a inmovilizar aquel hombre allí mismo y después, echándolo del automóvil, desaparecer con la joven.

Pero el detective no estaba seguro de que no había más cómplices en las inmediaciones así que, sintiéndolo mucho, tuvo que dejar que el desconocido subiera en el automóvil y se sentara frente a él.

Blake había puesto a la desmayada joven en el asiento contiguo al suyo y un molesto olor a éter llegó a su olfato indicándole cómo había hecho aquel hombre para dominar a Marian Wells.

El automóvil corrió con rapidez y el hombre que estaba frente a Blake se inclinó hacia adelante, riendo entre dientes. El vehículo pasaba en aquel instante junto a un farol de los del alumbrado y Blake tuvo oportunidad de ver el rostro de su compañero. Era blanco, pero, sin duda, un tipo de lo peor.

—¡Lo he hecho todo perfectamente! ¿No es verdad, chino?—dijo.

—Sí muy bien,—dijo Sexton Blake, imitando a la perfección el modo de hablar de los chinos.

—Usted es Li Wu ¿no es así?—agregó el desconocido.

Blake respiró contento. Aquella pregunta le indicaba que aquel hombre no había visto nunca al chino.

—Sí; yo soy Li Wu,—contestó el detective.

—Yo me llamo Lew, Lew Tage, —dijo el desconocido.—Tal vez Mitsugi le haya hablado de mí.

El que iba disfrazado de chino movió negativamente la cabeza.

—No; Mitsugi no me dijo el nombre de usted. Pero no importa. Usted es amigo de Mitsugi y yo también.

Tage se rió.

—¡Ya lo creo que soy amigo de Mitsugi!—dijo.—Soy su brazo derecho, por decirlo así. Hace dos años que trabajo para él y siempre me ha pagado bien. No pido más.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó un revólver.

—Me dijo que tuviera esto a mano,—dijo,—por si acaso atacaban al automóvil.

Blake gruñó para sus adentros; aquel detalle erad esagradable, si no algo peor.

—Se va a llevar un susto de muerte, la jovencita, cuando despierte, — prosiguió Lew. —¡Pero qué fácil fué! Estas muchachas no tienen resistencia para nada.

—¿Cómo procedió?

—¿No se lo dijo Mitsugi?

—No; el no me dijo más que una cosa, que tenía que esperar en el automóvil.

—¡Siempre el mismo, Mitsugi! — dijo Lew.—No es amigo de hablar mas que lo indispensable. Pues fué muy fácil apoderarse de la muchacha. Primero quitamos de en medio al hombre, enviándole un telegrama que le hizo acudir a una cita falsa. Hablé por teléfono al Hotel Malborough y arreglé los detalles. Después le hice un telegrama diciéndole que el señor Blake... ¡Qué tontos son estos detectives de Londres!... le estaba esperando en el hotel. Esperé fuera hasta que ví salir al viejo, entonces avisé a Mitsugi. El me esperaba en el patio del fondo de la casa de departamentos.

Los ojos del fingido chino brillaron en la ocuridad, pero Lew Tage, sin notarlo, prosiguió.

—Esperé media hora, entonces lo preparé todo y llamé a la puerta. La joven acudió a mi llamado y yo lo arreglé todo en un instante. No forcejeó mucho. Después no me tropecé con nadie al bajar por la escalera. Por lo visto, Londres es la ciudad ideal del mundo para efectuar un rapto.

Hubo un momento de silencio y después la voz del fingido chino se dejó oir.

—¿Qué hace ahora Mitsugi?—preguntó.

Lew Tage se rió, tapándose la boca con una mano.

—Supongo que habrá subido por la escalera del fondo y, por el balcon, habrá entrado en el despacho de Julian Wells. Allí espera al dueño de casa,—dijo.—Wells volverá a su departamento en cuanto se haya dado cuenta de que le han burlado. Pero ésto ha de necesitar algun tiempo.

Esta información puso a Sexton Blake en apuros. Comprendió que tenía ante sí dos misiones. Debía dominar a aquel tipo, a pesar del revólver, y volver en seguida al departamento, a tiempo para salvar a Julian Wells. Pero mientras pensaba en eso, Lew Tage volvió a hablar.

—Esta noche, Mitsugi va en busca de dinero,— agregó. — ¡Ja, ja! ¡Estupenda com

binación! Estoy seguro de que le saca a Wells hasta el último penique que tenga diciéndole que si no se lo da, no le devuelve a la muchacha.

E indicó la figura de Marian.

La joven respiraba lentamente y, dos o tres veces, se movió. Las ventanillas del coche estaban abiertas y el aire suave que entraba por ellas había contribuido a despejarla.

—¿En busca de dinero? ¿Eh?—preguntó el chino fingido.

—¡Sí! Yo ví los papeles. Va a hacer que Julian Wells suelte hasta el último dólar que tenga. Nosotros tenemos que cuidar de la joven para que no se escape. Pero yo estoy seguro de que Wells va a firmar.

Se inclinó hacia adelante y dió una cariñosa palmadita en la rodilla de Blake.

—Tengo que tenerlo todo dispuesto para usted,—agregó.—y mis órdenes son bien claras. Si Mitsugi no obtiene el dinero, mañana a la tarde se verificará una boda. Li Wu. Usted se casará con esta joven, como de fijo lo sabrá ya.

Lew Tage se inclinó mas adelante, repentinamente.

—¡Claro que lo sabe usted! ¿No lo sabe?—dijo con algo de sospecha en el tono.

El terrible anuncio había dejado atónito a Blake pero logró reponerse pronto de su sorpresa pues ésta se hallaba a punto de hacer desconfiar a Lew.

Una risa extraña brotó de sus labios.

—¡Sí que lo sé! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! Lo sé muy bien. Mitsugi me lo dijo. ¡Jí! ¡ji! ¡ji!

El degenerado yanqui,—pues Lew Tage era estadounidense,—se echó hacia atrás.

—¡Ya me figuraba que no podía haberse olvidado de decirle eso! — dijo. — Pero no se sienta muy seguro Li Wu. Yo creo que Julian Wells va a firmarlo todo y a dar hasta el último centavo para evitar que a su hija la casen con usted. Usted es un tipo poco atrayente y creo que lo cotizarían muy bajo en el mercado del matrimonio.

La risa irónica de aquel hombre hizo estremecer al que le escuchaba.

Pero Lew Tage había dicho bastante para que Blake pudiera orientarse. No cabía duda, pues, de que el secuestro de la joven tenía por objeto un infame chantage.

Mitsugi, esperando a Julian Wells en su departamento, no se proponía matarle aquella noche. Se limitaría a arrancarle hasta el último penique a aquel adinerado hombre.

Blake recordó el rostro amarillo y feo como una careta, de Li Wu y apretó los dientes. ¡Si los planes de Mitsugi se hubieran llevado a cabo como él los había combinado, y se hubiera sido realmente Li Wu el que hubiese estado allí, junto a ella, en el automóvil, con la hermosa joven!...

El viaje hasta Southall fué largo, casi de una hora, a pesar de que Tinker había dado tal velocidad al automóvil que estaba seguro de haber sobrepasado la velocidad legal.

Se encontraron al fin en el puente del ferrocarril y se hallaron en las calles del pequeño suburbio. Tan pronto como llegaron a una encrucijada. Lew se inclinó hacia fuera, abriendo la portezuela.

—Doble en la segunda esquina, a la izquierda, — dijo, — y deténgase ante un cerco de madera.

El conductor hizo lo que le fué indicado y se detuvo ante una tapia de tablas, bastante alta. Había un portón en aquella tapia y detrás vió Tinker un casa de dos pisos.

—Pague usted al chauffeur, chino, — dijo Lew, saltando a tierra. — Yo me ocuparé de la joven.

Blake tuvo que quedarse y dejar que el pillastre tomara en brazos a Marian Wells, dirigiéndose a la casa. Lew había traspuesto el portón cuando Blake se inclinó hacia Tinker, fingiendo pagarle.

—Retroceda con el coche hasta un sitio que le parezca bueno para esperar, Tinker, —dijo Blake. — Después venga porque puedo necesitarle. Métase en el terreno que rodea a la casa, tan cerca del edificio como pueda.

Hizo sonar algunas monedas, Tinker se llevó la mano a la gorra y el automóvil comenzó a retroceder, preparándose para dar la vuelta. Blake se dirigió a la casa, lentamente, caminando a usanza de los chinos.

Se halló en un camino estrecho en el que, por falta de cuidado, crecía el pasto. Lew Tage le precedía con su carga en brazos y los dos llegaron a la casa al mismo tiempo.

—Ya está usted aquí, chino, — dijo. — Tome un momento a su puede ser futura esposa.

Blake tomó a la joven en sus brazos y Lew, sacando una llave del bolsillo, la metió en la cerradura y la volvió. La cerradura funcionó sin ruido, demostración de que había sido enaceitada recientemente; entraron y se hallaron en un hall que olía a humedad.

Lew Tage siguió adelante. Se oyó rascar un fósforo y Blake le vió encender una lámpara que estaba en una mesa. Esta mesa era el único mueble que había en el hall, que tenía el techo adornado con gran cantidad de espesas telarañas.

Lew Tage, tomando la lámpara, cruzó el hall como quien conoce bien el sitio donde está. Subió por la escalera, indicando a Blake que le siguiera.

Una vez en el rellano del piso superior, Blake vió que Tage entraba en una habitación de la derecha y le siguió. Se encontró en una habitación espaciosa en la que había un par de sillas, una pequeña mesa de madera sin pintar y, en un rincón, una cama jaula.

Cinco o seis trozos de arpillera hacían de alfombra. En la chimenea había tres o cuatro pavas y cacerolas, y en la repisa situada encima, un par de platos y tazas.

En un rincón del cuarto había una alacena pequeña. Lew se acercó a ella, la abrió

y sacó una botella oscura. Blake vió que en la alacena había algunas provisiones.

El detective ya había puesto a la joven en el lecho y aun cuando Lew no se dió cuenta de ello, Blake procuró quedarse lo más lejos posible de la luz de la lámpara.

Por suerte para el detective, la habitación era espaciosa y la luz de la lámpara no era muy intensa.

—Ya estamos aquí, chino, — dijo Lew tomando un par de tazas. —¿Un trago? Hemos cumplido nuestra misión admirablemente y merecemos un buen trago.

Era rom lo que había en la botella y Lew se sirvió una generosa dosis, pasando luego la botella y la otra taza a su compañero.

Blake hizo que llenaba la taza y fingió beber, pero Lew Tage bebió de verdad. El terrible alcohol pasó por su gaznate y le hizo toser durante un momento.

—¡Brr! ¡Es fuerte! ¡Ejem! ¡Ahora me siento mejor!

Miró en redor, riendo entre dientes.

—¿No le parece que es esta una cámara nupcial de primer orden? ¿Qué me dice, chino?

—¡No es muy linda, por cierto! — replicó el "chino".

—¿Cómo está la joven?

Lew cruzó el cuarto y se acercó al lecho, sin pensar que su compañero apretaba los puños al verle pasar por su lado. Blake siguió al hombre y cuando Lew se inclinó a mirar a la joven, el detective esperó. Por suerte para él, aquel yanqui pillastre se limitó a mirar a la joven unos instantes.

—Está recobrando los sentidos, — dijo. — pero no creo que sea necesario atarla. De aquí no se puede ir; la ventana tiene reja y los postigos son bastante fuertes.

Sacó el reloj del bolsillo y miró la hora. Faltaba poco para las doce.

—Me parece que vamos a tener que esperar el regreso de Mitsugi, — dijo Lew Tage. —Lo mismo puede peresntarse esta noche que llegar mañana por la mañana.

Volvió hacia la mesa y acercando una silla, sacó del bolsillo un grasiento mazo de cartas.

—¿Tiene dinero, chino?

Blake comprendió que si se sentaba frente a Lew era probable que el yanqui penetrara su disfraz. Era perfecta, la caracterización de Balce, pero a un europeo le es casi imposible alterar el aspecto de sus manos. No había ningún parecido entre dos bien cuidados dedos y los delgados dedos, de largas uñas y yemas espatuladas del chino.

—No, no tengo dinero y no quiero jugar; voy a dormir.

Lew masculló un juramento y después se encogió de hombros.

—Muy bien, chino. En aquel rincón encontrará un par de frazadas.

Blake se alejó y se sentó en las mantas. Lew tomó la botella negra y se sirvió una generosa dosis de rom, que bebió de un trago. Después se puso a barajar las cartas y comenzó a extenderlas en la mesa para hacer un solitario.

Era aquella una curiosa escena. La lámpara, con su débil luz esparcida en la mesa, iluminaba el rostro maligno del teniente de Mitsugi, iluminando a la vez parte de las paredes manchadas de humedad y la cama que estaba en un extremo, con la infortunada joven.

Blake había doblado las rodillas y unido las manos, sosteniéndolas, a la usanza asiática. Con la cabeza echada hacia adelante y apoyada en las rodillas, tenía todo el aspecto de hallarse profundamente dormido.

Lew continuaba bebiendo el licor de la botella. De vez en cuando se llevaba la taza a los labios. Al cabo de un rato se levantó y se quitó el saco, tambaleándose un poco al proceder así.

Una leve sonrisa movió los labios de la inmóvil figura que estaba acurrucada en el rincón. Porque Blake ya había decidido lo que iba a hacer. Hubiera podido fácilmente dominar a Lew y llevarse a la joven. Pero había oído decir que Mitsugi iba a venir y era con él con quien quería verse el detective.

Lew volvió a caer sentado en la silla y prosiguió con su juego de cartas. De pronto pareció cansarse del juego. Reunió todas las cartas y las arrojó al suelo. Después tomó la botella negra, vertió en la taza lo que en ella quedaba y se llevó la taza a los labios.

El temblor de su mano y el modo cómo se balanceó en la silla, indicaron a Balke que el fiero licor había anulado las energías de aquel hombre.

El yanqui llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó un revólver que puso ante él en la mesa. Luego, con los dedos en la culata del arma, se inclinó hacia adelante, apoyando la cabeza en el doblado brazo.

Blake dejó que pasaran cinco o seis minutos y después silenciosamente, se levantó. La respiración fuerte y acompasada de Lew indicaba lo que había sucedido. El bandido yanqui se había quedado dormido.

La luz de la lámpara reverberaba en el niquelado revólver y Blake decidió que lo mejor era empezar por desarmar a aquel pillastre. No hizo el menor ruido al cruzar la habitación y llegó junto al durmiente.

El revólver se hallaba todavía bajo los dedos de Lew, pero los dedos no lo sujetaban y Blake, tomando el arma, empezó a moverla lentamente. Era una operación difícil, que requería serenidad. Pero a Blake no le faltaba y a poco, el revólver estuvo seguro en su mano.

Levantó el cierre, abrió el arma y sacó las balas, guardándoselas en el bolsillo. Volvió a cerrar el arma y en aquel momento oyó un breve ruido. Volvió rápidamente la cabeza hacia donde estaba la cama.

Marian Wells estaba sentada en ella, con el cabello ondulando como una nube en torno de su cabeza. Tenía los ojos dilatados. Vió la mesa, con la siniestra y alta figura

de Blake, vestido de chino y con el revólver en la mano.

En seguida Blake es dió cuenta de lo que podía suceder y levantó la mano como indicando a la joven que no se moviera.

Pero, para la imaginación de Marian, conturbada por el éter, la señal fué de amenaza y lanzó un agudo grito.

Se oyó un juramento y Lew se despertó. Blake vió que el pillo tendía su delgada mano para tomar el revólver y luego, antes de que Blake lo supusiera, Tage se levantó de la silla y se precipitó sobre el detective.

Las largas vestiduras que llevaba Blake le molestaban y antes de que pudiera evitarlo, Lew Tage le había tomado por el cuello con la furia propia de un borracho. Fueron juntos de un lado a otro del cuarto, tropezaron con una de las sillas y cayeron al suelo, rodando varias veces.

Horrorizada, Marian saltó de la cama y trató de sostenerse de pie. Dos veces lo intentó en vano, pero la terecera vez lo consiguió y avanzando, apoyada a la pared, presenció la lucha feroz.

Blake había conseguido librarse de las manos del yanqui y le había sujetado los brazos junto al cuerpo.

En la lucha la admirablemente preparada peluca que tenía puesta Blake, saltó de la cabeza del detective. Tage notó la transformación y un grito brotó de sus labios.

—¿Disfrazado, eh? — exclamó el yanqui —¡Entonces usted no es Li Wu!

Marian comenzó a serenarse. Se hallaba débil y nerviosa, pero logró acercarse más y más a la mesa, hasta que al fin, logró ver el rostro de los que peleaban. Entonces, a pesar de sus vestiduras y de la pintura amarilla que le cubría el rostro, Marian reconoció a Sexton Blake.

La joven era valiente. Comprendió que aquella lucha era a muerte y miró en redor en busca de algo que le pudiera servir para evitarla.

El brillar del metal la hizo fijarse en el revólver que Blake había dejado caer al suelo. Se acercó a donde estaba, lo tomó y cruzó luego la habitación yendo hacia donde estaban los hombres peleando todavía.

Lew Tage resultaba difícil de dominar y aun cuando Blake iba mejorando su situación, el yanqui peleaba todavía enérgicamente. Con un poderoso esfuerzo Lew se separó un instante del detective. Rodó por el suelo y se puso después, de pie, imitándolo Blake.

Se miraron un momento el uno al otro y de pronto Marian se acercó a la mesa y apuntó con el revólver. Le temblaba la mano, pero su mirada era serena y estaba fija en el rostro de Lew Tage.

—¡Quieto !— gritó la joven. — ¡Si avanza usted un solo paso, haré fuego!

Tage miró a la joven. Se puso muy pálido al ver que el revólver le apuntaba.

—¿Ha oído lo que he dicho? — exclamó Marian con mayor energía. — ¡Muévase un sólo paso y haré fuego !

En cuanto estas palabras habían salido de sus labios, se produjo una dramática e inesperada interrupción. El silencio fué interrumpido por una voz clara y aguda. Procedía de fuera de la casa y Blake la reconoció en seguida.

—¡Señor! ¡Señor! ¡En guardia! ¡Cuidado!...

La voz calló de pronto y un ruido sordo llegó a sus oídos.

Pasó un momento y Lew Tage, aprovechando la oportunidad, saltó hacia la mesa. Blake acudió a detenerle, pero llegó un segundo tarde. La mano de Lew tomó la lámpara y la levantó. La llama brilló un momento con más intensidad. Se oyó un ruido de vidrios rotos al estallar el tubo. Entonces Lew arrojó la llameante lámpara a la cabeza de Blake.

El detective se agachó a tiempo y la lámpara, prosiguiendo su trayectoría, fué a estrellarse contra la pared.

—¡Ya está usted arreglado, maldito detective! — gritó una irónica voz.

—¡Pronto, señorita Wells, pronto! — dijo Blake, y oyó la respuesta de la joven.

Corrió hacia donde estaba Marian y la tomó de la mano.

—¡Pronto! ¡No se separe de mi lado!— dijo el detective.

Ella le tomó la mano y los dos cruzaron el cuarto, dirigiéndose Blake hacia la puerta.

Tocó la puerta y, de pronto, un rápido instinto le advirtió y, poniendo una rodilla en tierra, hizo que la joven se arrodillara igualmente a su lado. En esta posición empujó la puerta hasta abrirla y se comprendió en seguida que había hecho bien en tomar tal precaución. Porque en cuanto se abrió la puerta sonaron dos tiros, procedentes del exterior y dos balas cruzaron el hueco de la puerta, yendo a incrustarse en la pared.

—¡Rápido! ¡Arastrémonos hacia adelante! — dijo Blake en voz baja, haciendo que la joven le siguiera.

Marian cruzó la puerta andando a gatas y apenas habían salido cuando se oyó ruido de pasos detrás de ellos. Lew Tage, que sin duda conocía bien la casa, se había acercado a la puerta abierta.

Blake oyó las pisadas y rápido como el rayo, el detective se tendió boca abajo en el suelo. Lew avanzó. Tropezó con el tendido cuerpo del detetcive, y no pudiendo contenerse, el pillo, cayó de bruces cuan largo era.

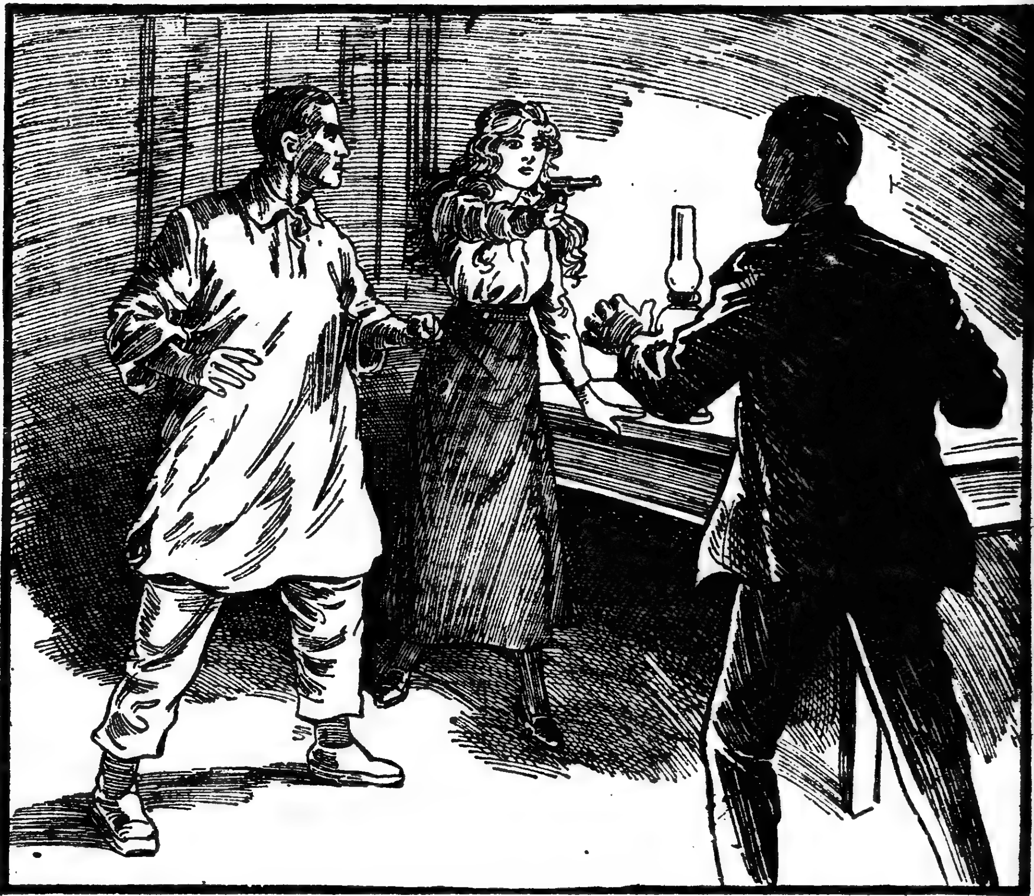
Se oyó otra detonación y el arma, arrebatada de su mano, pasó por entre la barandilla y fué a caer en la escalera.

Lew golpeó contra la barandilla con una fuerza que medio le desmayó, y antes de que pudiera ponerse de pie, Blake le acometía.

Marian se había arrastrado por el rellano y en aquel instante estaba de pie en un rincón. Oía la jadeante respiración de los dos hombres que luchaban, pero comprendía que no podía auxiliar a su amigo.

En aquel momento se oyeron otros ruidos. Se oyó golpear con fuerza en la puerta de la casa y a una voz agria y enojada gritar lo más fuerte que podía.

—¡Abran la puerta! ¡Abran la puerta!



"¿Ha oído lo que he dicho?—manifestó la joven con energía.—¡Muévase un solo paso y haré fuego!"

Era la estridente voz de Yoli Mitsugi, pero Marian no la reconoció. Oía el ruido que hacían los dos que peleaban y de pronto, el astillar de madera y un golpe fuerte, seguido de un grito de dolor. Algo, pesado, había caído del rellano a la escalera.

Una nube de polvo se elevó en la oscuridad y sofocó por un instante a la joven, que seguía inmóvil en el rincón, sin atreverse casi ni a respirar. De pronto se estremeció de contento al oír de nuevo la voz de Blake.

—¿Dónde está usted, señorita Wells?

—¡Aquí! ¡Alabado sea Dios! ¡Está usted en salvo!

Se oyeron rápidas pisadas y Marian sintió que una mano le tocaba el hombro. Tomó ella aquella mano apretándola convulsivamente.

—Tenemos que salir de aquí, — dijo Blake. — ¡Sígame usted!

Comenzó a descender por la escalera y cuando llegaron al pie, tropezó el detective con algo que se movía gimiendo. Volviendo a un lado, Blake tomó a Marian Wells en brazos y se dirigió al hall.

En aquel instante se sintió un fuerte crugido al que siguió una ráfaga de viento, pues al otro extremo del hall, la puerta de entrada había cedido al fin. En el hueco de la puerta, Blake vió a un hombre bajo y recio y detrás de él a dos hombres más.

—¡Lew! ¿Dónde está usted?

Se oyó ruido de pisadas cuando Mitsugi y sus compañeros penetraron en el hall. Blake se separó de la base de la escalera y, sin hacer ruido, se dirigió hacia los fondos de la casa.

Seguía sin separarse de la pared y de pronto, su mano tocó una puerta. Cuando volvió la manija oyó un grito, el que le indicó que habían encontrado a Lew desmayado. Un instante después entró por aquella puerta y la cerró tras sí.

—Todo va bien, señorita Wells. Por el momento estamos en seguridad,—dijo Blake.

Puso a la joven en el suelo, pero con grande asombro notó que no se tenía de pie.

Tantas emociones habían desmayado a la pobre Marian.

No había tiempq oue perder. Blake la volvió a alzar en sus brazos y comenzó a dar la vuelta a la pieza, siguiendo junto a la pared. Poco a poco se fué dando cuenta de que se hallaba en la cocina y pronto dió con una ventana, junto a la cual había una puerta.

Esta puerta estaba cerrada y tuvo que descorrer el pasador. Estaba enmohecido y aun cuando lo movió lo más cuidadosamente que pudo, hizo ruido al descorrerse. El detective abrió la puerta y en el mismo momento oyó un grito a su espalda y la otra puerta se abrió.

Una voz sibilante gritó algo. Blake saltó los dos escalones que daban acceso a la puerta que él acababa de abrir y se halló en un caminito por el que siguió. Oyóse otro grito tras él, algo le golpeó en un hombro, cayendo luego en el camino y Blake sintió el dolor de una herida.

Saltó a un lado, pisando el cesped y corrió hacia la tapia de madera que distinguió delante de él.

Sus perseguidores se hallaban ya en el caminito, tras él y se iban acercando cada vez más. Si hubiera tenido que pensar únicamente en si mismo, Blake hubiese podido escapar fácilmente, pero llevaba en brazos a la joven y esto no le permitía correr.

Pero ya estaba cerca de la tapia y pasando por entre un grupo de arbustos, llegó a la división. Corrió junto a ella una docena de pasos y llegó a un sitio donde faltaban una o dos tablas.

Había hueco suficiente para dejar paso a un hombre y Blake, bajando a la joven, la pasó por el hueco.

Se oyó ruido de rápidos pasos y uno de los hombres llegó a los arbustos precisamente en el instante en que Blake pasaba al otro lado del cerco roto.

Rápidamente el detective se volvió y en el instante en que una cabeza salía por el hueco del cerco, le dirigió un golpe de boxeo. El contacto de sus nudillos con la cabeza fué seguido de un grito de dolor y el que perseguía a Blake cayó sin sentido, obstruyendo el hueco.

Blake se inclinó, volvió a tomar a la joven,—a la que había dejado un momento en el suelo,—y se la echó al hombro. Vió que se hallaba en un ancho camino y que a la derecha del mismo se distinguían las negras aguas del canal. Comenzó a correr sin separarse de la tapia cuando de pronto se presentó una nueva amenaza.

Por encima del cerco, más adelante se vió a un par de hombres. Blake oyó un grito de triunfo. Se comprendía que dos de sus perseguidores habían corrido por el terreno y se habían subido al cerco, pensando que pudieran escapar por allí.

Oyó en seguida, otro grito a su espalda anunciando que otros, de los de la gavilla de Mitsugi, habían seguido a Blake, pasando por el hueco del cerco.

—¡Todo va bien, Mitsugi! ¡Ya los tenemos seguros!

Fué uno de los perseguidores el que así gritó, corriendo tras del detective y la joven.

Pero cuando se hallaba a unas cinco yardas de Blake el detective se volvió y cruzando el camino, se detuvo un momento en la orilla, saltando luego de cabeza a las aguas del canal que corrían más abajo.

Fué un salto de doce pies y cuando el cuerpo dió en el agua se oyó un ruido que resonó durante unos momentos. Mitsugi pasó por el hueco del cerco y corrió hacia donde dos de sus hombres se habían detenido y estaban mirando hacia las oscuras aguas del canal.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó el japonés.

Uno de aquellos dos indicó el canal con la mano.

—Se fueron, Mitsugi,—dijo. — Cuando creíamos tenerlo seguro, saltó al canal.

En aquel sitio, los costados del canal eran de concreto y cien yardas mas adelante había una esclusa.

—¡Vayan hacia la esclusa!—dijo Mitsugi volviéndose hacia uno de los hombres. —No puede escapar. Busquen bien por la orilla. ¡Tiene que estar en alguna parte!

Las dos hombres se alejaron corriendo, y Mitsugi, tomando otra pareja de hombres, recorrió la orilla mirando hacia la superficie del canal.

A unas doscientas yardas de distancia había un puente que cruzaba el canal y en un viejo embarcadero de madera, Mitsugi halló un pequeño bote, en el que se embarcó con sus dos compañeros.

En el bote había un par de remos, así que pudieron dirigirse por el canal, mirando a ambos lados. Mitsugi tenía ojos como los de un gato y no se le escapaba nada; y sin embargo llegó hasta la cerrada esclusa sin descubrir ni rastros del detective y de la joven.

De pie en la popa del bote, Mitsugi metió un remo en el agua hasta que se hundió del todo.

—Aquí debe haber lo menos diez o doce pies de profundidad,—dijo, al sacar el remo.—Quizás, después de todo, no los vayamos a encontrar. Probablemente están en el fondo.

Acercaron el bote a la orilla y subió por los escalones de la escalera. Después dando orden a sus compañeros de que llevaran el bote al sitio de donde lo habían tomado, Mitsugi se dirigió de regreso a la casa, entrando por el hueco del cerco.

Se dirigió al hall donde brillaba una luz. Un hombre corpulento, sentado al pie de la escalera, se hallaba de centinela junto a un joven que, atado de pies y manos, estaba tendido en el piso del hall. Del otro lado del hall se hallaba el cuerpo de un hombre, tendido sin vida.

Era el criminal Lew Tage, que había pagado la última pena.

Cuando apareció Mitsugi, el hombre que

estaba sentado al pie de la escalera, se levantó.

—¿Lograron apoderarse de él?—preguntó.

El japonés sonrió.

—No,—dijo. — ¡Yo no me apoderé de él, pero el canal sí!

Se dirigió a donde estaba tendido Tínker e, inclinándose, miró al joven a la cara. Tínker estaba todavía vestido de chauffeur con la gorra y el capote.

Los ojos de Mitsugi relucían de odio.

—No necesita seguir fingiendo,—dijo el japonés.—Ya sé quién es usted. Es usted Tínker y su patron es Sexton Blake. ¿No es eso?

—Parece que está muy enterado de todo, —dijo Tínker sin perder la serenidad a pesar de la situación en que se hallaba,—así que no necesito decirle nada.

El que estaba de centinela profirió un juramento e hizo un gesto amenazador. Mitsugi le detuvo.

—Está bien, — dijo el japonés al atado joven,—haga lo que le parezca, que yo haré lo que quiera. Pero tengo que avisarle que su patron se ha llevado su merecido. El y la joven se han ahogado en el canal. ¿Me oye? ¡Han muerto los dos!

—Eso es lo que usted dice,—replicó Tínker, —pero puede usted creerme, de mi patron no se libra nadie tan fácilmente.

—¡Cállese la boca! ¿Quiere?—gritó el centinela inclinándose y tomando a Tínker de un hombro.

Mitsugi retrocedió y se sonrió maliciosamente.

—Muy bien, mi joven amigo, — dijo. — Tal vez logremos verle menos altanero dentro de poco.

Se volvió hacia el centinela.

—Llévele de aquí,—dijo.—Abajo. Usted conoce el sitio ¿eh?

Mitsugi se aleó, cruzando el hall. El centinela tomó la luz y dió un puntapie a Tínkerñ en la espalda.

—¡Levántese!—le dijo. Y el joven se puso de pie.

El centinela cortó la soga que sujeaba los tobillos del joven y sacando un revólver del bolsillo se lo acercó a la cabeza.

—Camine hacia delante,—ordenó, — no se olvide de que si hace el menor movimiento con intención de escapar, le meteré una bala en el cráneo.

Siguieron cinco o seis pasos en línea recta, volvieron luego a la derecha y Tínker se halló en un pasillo al extremo del cual se veía una escalera de caracol por la que descendió a una habitación que olia a humedad. Estaba poblada de telarañas y era el sitio más repelente en que podía dejarse a una persona.

El guardian de Tínker ordenó al joven que se sentara en un cajon medio carcomido y acercándose luego a la pared la señaló con el dedo.

—¿Ve usted esto? — le preguntó con sonrisa irónica.

Tínker miró lo que indicaba el dedo y vió que la pared, estaba cubierta de moho verdoso.

—¿Sabe usted lo que significa esto?

—Parece que usted lo sabe,—dijo Tínker.

El hombre alzó algo mas la lámpara.

—Fíjese en esta señal,—dijo. Y Tínker mirando hacia la pared, vió que el moho llegaba a determinada altura, hasta unos cinco o seis pies del suelo.

—Es el agua del canal lo que produce esto,—explicó su guardian. — Ahora se está bien aquí, pero en cuanto abren la esclusa y sube el agua en el canal, el agua se mete aquí y llega a esa altura. Por eso es por lo que esta casa no está nunca habitada. No se puede evitar que el agua entre porque no se sabe por dónde pasa.

Miró al joven que estaba sentado en el cajon.

—Lo que tiene usted que hacer ahora, hijo mio, es rezar sus oraciones y pedir a Dios que no abran la esclusa mientras esté usted aquí.

Y después de tan poco satisfactorias palabras, el hombre salió del cuarto, cerrando la puerta tras sí.

CAPITULO VI

Un escondrijo seguro. — El misterioso pasaje. — En la barca. — El último esfuerzo del detective.

"No tenga usted miedo; se halla usted en completa seguridad".

Sexton Blake, sosteniendo con un brazo a Marian Wells, sintió que la joven se estremecía y luego la joven se tomaba, nerviosamente de su brazo.

—No... no tengo miedo, — dijo ella en voz baja, — mientras usted se halle a mi lado.

Era un sitio curioso aquel donde los dos habían logrado esconderse. Cuando Blake volvió a la superficie del agua, después de su temerario salto hacia el canal, se había acercado a una de las orillas. Fué tanteando el muro con una mano y de pronto tocó una reja de hierro. Se aproximó a ésta y descubrió que la reja servía para ocultar un hueco cuadrado que había en la sólida pared de concreto del canal.

Blake pasó por debajo de la reja e hizo pasar con él a Marian Wells. Se encontró entonces con que el hueco tenía unos seis o siete pies de altura, y que podía estar de pie dentro de él sin que el agua del canal le pasara de las rodillas. Por entre las barras de la verja podía ver la superficie del canal y hasta sus oídos llegaban las voces de Mitsugi y los de su gavilla.

La zambullida había hecho recobrar los sentidos a Marian y Blake, sosteniendo con un brazo a la joven, le había dicho al oído algunas palabras de aliento. En aquel instante oyeron ruido de remos en el agua y vieron la negra silueta del bote en que

iba Mitsugi recorriendo el canal, pasar a corta distancia de la reja.

Mitsugi no podía ni sospechar que aquellos a quienes buscaba estaban tan cerca de él.

—¿Nos están buscando? — preguntó Marian en voz baja.

—Sí, — contestó Blake. — Pero no tema. La fortuna nos ha deparado un escondrijo seguro. No se les ocurrirá jamás que podemos estar aquí.

Transcurrió media hora y el bote regresó por el canal. Blake se percató de que entonces no llevaba más que un solo ocupante, porque, como se ha visto antes, Mitsugi había desembarcado en la esclusa.

—¿Dónde estamos? ¿Qué sitio es éste?— preguntó Marian.

—A eso no puedo contestar, — replicó Blake. — Quizás estemos en la desembocadura de una cloaca, pero no me parece que así sea.

Se separó de la joven y caminó un par de pasos hacia el fondo del hueco. Sintió que pisaba sólida mampostería y extendiendo los brazos a ambos lados, tocó ambas paredes laterales.

—¡No se separe de mí! — dijo Marian temerosa.

—No tema, — replicó Blake. — No me alejaré.

Siguió por el pasadizo unas doce yardas y notó entonces, que si quería avanzar tenía que hacerlo encogido. Lo que más le llamó la atención fué el hecho de que el aire del pasaje fuera fresco y limpio, sin más que un poco de olor a humedad.

El agua sólo le mojaba los pies, lo que indicaba que el túnel ascendía rápidamente. Si hubiera estado solo, Blake hubiese proseguido investigando, pero pensó que su primera obligación era cuidar de la joven que se había quedado esperándole a la entrada.

—Este pasaje debe ascender hasta el terreno que rodea a la casa, donde ha de tener su salida, — pensó. — ¿A qué sitio conducirá?

La voz de Marian, que se aproximaba, le hizo retroceder. La joven le tomó de un brazo en cuanto estuvo junto a él.

—No se separe de mí, señor Blake, — dijo con temor.—Este sitio me da miedo. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Tenemos que salir por donde entramos, señorita Wells,—dijo Blake.—No es difícil. Nos meteremos en el agua y saldremos a la superficie del otro lado de la reja.

—¿En el agua? ¡Oh! ¡No me atrevo!

—Es necesario atreverse, señorita,—dijo Blake. — Si usted confía en mí todo irá bien. Respire hasta llenarse bien los pulmones y deje lo restante por mi cuenta.

Marian respiró con fuerza un instante.

—Muy bien, señor Blake, — dijo. — Confío en usted.

—¿Está usted pronta?

—Sí, — contestó la joven.

El detective tomó a Marian en brazos y se agachó, obligando a zambullir a la joven; después, con rápido movimiento, Blake pasó por debajo de la reja. Cuando se halló del otro lado volvió a la superficie, sosteniendo a la joven, cuyos hombros y cabeza sobresalían del agua.

—Todo ha ido bien, señorita Wells,—dijo con voz tranquilizadora cuando la joven volvía a respirar.

La oscuridad era intensa. Blake comenzó a nadar, siguiendo la lenta corriente del canal, alejándose de la esclusa. Poco después pasó por debajo del arco de un puentecito, un poco más allá del cual se veía una barcaza, de las del tráfico de los canales, amarrada a un lado y cubierta por lonas.

A esa barcaza se dirigió Blake y llegó un momento después, deteniéndose a su lado.

—Estamos en mucho mejor situación, señorita Wells, — dijo el detective. — ¿Podría sostenerse aquí un momento?

La joven movió lánguidamente los brazos y se agarró a la borda de la barca.

—¿Está segura de que puede sostenerse?

—¡Sí, sí! — contestó ella.

Blake se agarró a la barca y subió a la cubierta de la misma.

—¡Pronto, señor Blake! ¡Pronto!—gritó la joven.

Blake se echó boca abajo al borde de la cubierta y tendiendo los brazos, logró sujetar la muñecas de la joven en el mismo momento en que ya se le resbalaban las manos.

Resultó una tarea bastante dificultosa la de subir a la joven a la cubierta, pero Blake la realizó en pocos instantes, logrando ver, por fin, a la empapada figura de Marian Wells en la barcaza.

Blake condujo a la joven a la popa de la embarcación y juntos descendieron a una cámara donde había olor a cuerda alquitranada.

A tientas avanzó Blake y hallando un rollo de cable, sentó en él a su compañera.

Vió que una lámpara colgaba de una de las vigas del techo, pero los fósforos que tenía en el bolsillo estaban empapados y en vano procuró encender uno de ellos.

Se dirigió a la puerta de la cámara y al encontrarse en ella, la mano con que, a tientas, buscaba el camino, tocó unas prendas de ropa que estaban colgadas detrás de la puerta. Revisó los bolsillos de aquella ropa y tuvo la satisfacción de hallar en uno de ellos, una caja de fósforos.

Encendió uno y pudo ver el interior de la cámara. Dió luz a la lámpara. En aquel sitio no había más que algunos rollos de cables y de filástica.

Blake tomó la ropa que estaba colgada detrás de la puerta y la arregló en un rincón de la cámara, tendiendo luego, en aquel lecho improvisado, a la exhausta joven.

Marian Wells estaba helada, así que el detective comenzó a golpearle las manos hasta conseguir que un suspiro brotara de sus labios y que la joven levantara un poco la cabeza.

—Ya está mejor, — dijo Blake. — Aquí podrá descansar.

—¿Dónde estamos?

—En plena seguridad, a bordo de una barcaza, — contestó el detective. — Aquí tiene que esperar usted hasta que yo vuelva, señorita Wells, — agregó. — No tardaré mucho.

Comprendía que era necesario que tanto él como ella tomaran algún alimento cuanto antes, así que después de convencerse de que Marian Wells quedaba cómodamente instalada, Blake subió al puente de la barca y pasó a tierra por un tablón que había para ese objeto.

Vió ante él las siluetas de las construcciones de una fábrica de ladrillos y, siguiendo por el camino de junto al canal, llegó al extremo de los terrenos de la fábrica y se encontró ante un camino. Por él se encaminó y, precisamente, cuando estaba por llegar al final, sintió que se mareaba.

Blake se aproximó a la pared, esperando un momento, pues no tenía recuerdo de haber experimentado jamás semejantes síntomas de debilidad.

Cuando se apoyó en la pared, un fuerte dolor en el hombro le hizo recordar lo que le había sucedido cuando huía por la puerta de la cocina de la casa.

Levantó la mano y la pasó por la abertura de la camisa. Cuando se tocó los bordes de la herida, tuvo que ahogar un grito de dolor. Sin duda había perdido mucha sangre y durante un momento le pareció que le giraba la cabeza.

Pasó, no obstante, la debilidad y, apretando los dientes, Blake siguió avanzando por el camino. Había un farol del alumbrado público en el extremo, y cuando llegó a él, le pareció ver, bajo la luz, a un hombre vestido de uniforme azul. El detective suspiró aliviado.

El de policía acababa de notar la presencia de un hombre que se aproximaba, tambaleándose, por el camino. A dos pasos de él, Blake se inclinó de nuevo y si el policeman no hubiera acudido rápidamente a sostenerle, se hubiera desplomado como un madero.

—¡Eh! ¡No se caiga! ¡Dios mío! ¿Qué le pasa? ¡Si está empapado!

El policeman sostenía a Sexton Blake con un brazo. Blake procuró hablar, pero, aun cuando era muy fuerte, las vicisitudes de aquella noche habían agotado sus energías. El dolor de la herida del hombro se fué haciendo cada vez más intenso y de pronto, el policeman, sintió que al atleta a quien sostenía, se le doblaban las piernas.

—¡Hola! ¿Qué es eso? ¿Se ha desmayado usted?

El policeman era fuerte, alto y también de buen corazón. En un momento levantó en brazos a Blake y salió corriendo camino de la oficina policial.

Por fortuna la oficina no estaba lejos y el policeman llevó su carga a la caldeada sala de guardia donde estaba, sentado, el oficial de turno.

—¡Hola! ¿Qué es eso?

—No lo sé. Lo encontré en el camino de Regers, — dijo el policeman. — Me parece que debió caerse al canal porque está empapado.

Puso a Blake en una de las tarimas y mientras iba a buscar un poco de cognac, el policeman dejó que el oficial examinara al desmayado. El oficial notó en seguida la presencia de la herida del hombro y se fijó en que la camisa estaba manchada de sangre.

Comenzó a quitarle la ropa y cuando volvió el policeman, Blake estaba envuelto en un par de abrigadas frazadas.

—¿Vió usted esto?

El oficial tenía en la mano una medalla y el policeman abrió tamaños ojos. Era una medalla-distintivo de Scotland Yard, que Sexton Blake, por sus muchos y distinguidos servicios, estaba autorizado a llevar.

—Es un detective, ¿eh?

—¡Algo más que eso!—dijo el oficial.—He hallado unas cartas en un bolsillo. Es Sexton Blake, uno de los más famosos detectives particulares del mundo.

El y el policeman atendieron a Blake que no tardó en recobrar los sentidos. A todo esto habían llamado al médico de policía y éste se había presentado. Era un hombre de corta estatura y muy activo. En cuanto el oficial le dijo de qué se trataba, el médico hizo todo lo posible por mejorar la situación de Blake.

—Le voy a llevar a mi casa,—dijo.—porque allí, estará mejor. No; no es molestia ninguna, puede estar seguro.

Insistió en suturar la herida de Blake y no le dejó pronunciar una sola palabra hasta que él hubo terminado su tarea. El oficial había conseguido ropa seca y Blake, todavía débil, se vistió, ayudado por el médico y los de policía.

—Ahora, señor Blake, ¿qué era lo que usted quería decir? — preguntó el médico.

—En una barcaza que está amarrada frente a la fábrica de ladrillos, se encuentra una joven,—dijo el detective. — Está en la cámara. Vayan a buscarla y traiganla aquí. Díganle que yo estoy en sitio seguro y bien.

—Voy a ir en seguida, — dijo el policeman, dirigiéndose a la puerta.

—Yo le acompañaré, — manifestó Blake.

Y se levantó, tambaleándose para seguir al de policía.

—¡No! ¡Eso no! — exclamó el médico apoyando la mano en el hombro de Blake.—Ya ha hecho usted bastante esta noche. Lo que usted necesita es dos o tres horas de sueño. Está usted confiado a mi asistencia e insisto en que así ha de ser.

Sonrió muy afablemente, pero Blake comprendió que estaba decidido a hacerse obedecer.

—Ahora va a venir conmigo, — dijo el médico. — Mi casa está cerca y no necesita usted ocuparse más de la joven. Será debidamente atendida.

—Antes debo asegurarme de su seguridad, — dijo Blake.

—Muy bien, — dijo el médico. Y volviéndose al oficial de policía, agregó:—Avise por teléfono a mi casa en cuanto el constable Jackson regrese con la joven.

Blake y el médico salieron de la oficina policial, el segundo sosteniendo al primero. La casa del médico se hallaba a menos de cien yardas, en el mismo camino. Era un pequeño chalet cubierto de rosales en flor.

Comenzaba a amanecer y Blake se encontró en un dormitorio bien amueblado, donde el médico le ayudó a desvestirse y meterse en la cama.

—Tiene usted una herida importante, señor Blake, — dijo el médico. — Otro hombre cualquiera hubiese caído inmediatamente de recibirla. Debe tener usted la vitalidad de un toro.

Salió de la habitación y volvió poco después, con un vaso que contenía un líquido del color del cognac.

—Le conviene beber esto, — dijo, — pues ayudará a mejorarle.

Blake tomó el vaso y bebió todo su contenido.

El médico procedía con buena intención al administrale aquel sonmnífero al detective; pero, como se verá, su acción iba a tener considerables consecuencias en los acontecimientos del día.

Uno o dos minutos después de haber tomado la medicina, Blake se quedó dormido. El médico se retiró del dormitorio en puntas de pies.

—¡Qué testarudo! — decíase el médico.— ¡Pero he cumplido con mi deber! Lo que necesita es dormir y dormirá nueve o diez horas. Cuando despierte será otro hombre.

Oyó sonar la campanilla del teléfono y bajó al hall donde estaba el aparato telefónico. Tomando el auricular, el médico contestó al llamado.

—¿Es usted, doctor?

Era la voz del oficial.

—Sí; ¿qué dice?

—El constable Jackson acaba de regresar, —agregó el oficial, — y dice que no ha encontrado barca ninguna. La que había se ha ido.

—¿No saben dónde?

—No. Telefonearé a las otras estaciones de policía del canal y cuando sepa algo, le avisaré.

—Muy bien.

El pequeño médico volvió a colgar el tubo y se quedó un momento pensativo.

—¿Habré hecho mal en darle a Blake el narcótico? — díjose. — De todos modos le hacía falta y en realidad, no sé quién era la joven, ni por qué estaba en la barca. Esperaré a que Blake despierte.

❖ ❖ ❖

CAPITULO VII

En el "Hospedaje de los Hermanos de Oriente". — Una concurrencia extraña. — El golpe de mano. — La serenidad de Humble Begge.

CUANDO el "Hospedaje de los Hermanos de Oriente" abrió sus hospitalarias puertas a los extranjeros, los vecinos de las casas de la plaza Groeben se mostraron enteramente contrarios al establecimiento. Durante los primeros seis meses se dirigieron varias veces a la policía, solicitando la supresión de aquel hospedaje pretextando que la presencia de tantos tipos exóticos y extrañamente vestidos, perjudicaba a la reputación del barrio.

Pero Humble Begge había alquilado la casa por algunos años, y la policía, después de vigilar estrictamente el hospedaje durante varios meses y de visitarlo en varias ocasiones, llegó a la conclusión de que se trataba de un establecimiento bien organizado, decente y donde no se producían desórdenes.

El resultado fué que los vecinos toleraron lo que les había parecido una molestia y en muchos casos se interesaron por el elemento extranjero que acudía a aquella casa.

En la tarde del día 25, un observador fortuito hubiera notado que acudían al Hospedaje más clientes que de costumbre. Comenzando a las ocho de la noche, uno tras otro cruzó la plaza y entró en la casa.

Eran todos del mismo tipo, hombres ágiles, pequeños, recios, casi todos vestidos de azul y como los marineros.

El personal del hospedaje no era numeroso. El viejo Tim y el negro Bob, con un par de cingaleses, eran suficientes para atender a las necesidades del establecimiento. Los dos cingaleses desempeñaban la misión de camareros, y por la noche, después de las ocho, casi siempre salían de paseo quedando el negro Bob y Tim para atender a los huéspedes.

Poco antes de anochecer un automóvil de alquiler se detuvo a la entrada de la plaza y Mitsugi descendió de él. Vestía como siempre, de azul, y tenía puesto un sombrero hongo.

Pagó al conductor, cruzó la plaza y entró en el hall. Pero no se dirigió al comedor, se encaminó al otro lado y llegó hasta la escalera que conducía al subsuelo.

Deteniéndose allí, Mitsugi lanzó un breve silbido. Se oyó ruido abajo, y un hombre subió por la escalera. Vió a Mitsugi parado, en la semi oscuridad del hall y se llevó la mano a la cabeza, saludando.

Mitsugi le habló unos instantes en japonés y se notó que las respuestas que obtuvo fueron satisfactorias, porque se separó de la escalera y sonrió, indicando al mismo tiempo algo a su compinche, que volvió rápidamente al subsuelo.

Mitsugi esperó cerca de cinco minutos y después, sacando del bolsillo un silbato de

plata, lo llevó a los labios y lo hizo sonar con fuerza.

En el comedor había cuatro o cinco hombres sentados junto a las mesas. Hacía poco que habían entrado y el viejo Tim les estaba atendiendo.

Cuando sonó el toque de silbato, se miraron los unos a los otros, y uno de ellos llevó la mano al bolsillo.

Tim se acercaba en aquel momento a la mesa con un par de tazas. El viejo miró en redor haciendo un gesto de extrañeza.

—¡Hola! ¿Qué es eso? — dijo en su habitual tono de franca alegría. — Parece que alguien se entretiene en silbar por ahí.

Se rió y se acercó a la mesa, sin suponer, en realidad, lo que aquel silbido significaba.

Cuando Tim puso las tazas en la mesa, pasó por delante de uno de los hombres que estaban sentados en la orilla de la fila. Era éste el hombre que había llevado la mano al bolsillo y cuando Tim se inclinó hacia adelante el hombre sacó la mano, en la que empuñaba una pesada cachiporra.

Levantando el brazo, el pillastre dejó caer su armado puño sobre el cuello de Tim. Fué un golpe terrible el que le dió. Tim, con un ahogado grito, cayó de bruces sobre la mesa.

En un par de sillas, al extremo del salón, dos culís estaban sentados, leyendo los diarios. Al presenciar aquel asalto, uno de ellos se puso de pie de un salto y lanzó un grito de protesta.

Instantáneamente el grupo que estaba junto a la mesa se separó y uno de los hombres, sacando un revólver del bolsillo, corrió al otro lado del comedor, apuntando con el arma a los dos hindúes.

—¡Quédense ustedes quietos! — ordenó el hombre. — ¡Aquí mandamos nosotros ahora y si ustedes aprecian en algo su pellejo, no se metan en lo que no les importa!

Los dos culís retrocedieron hacia la pared, con su oscuro rostro lívido de terror. Vieron cómo los otros tomaban al inerte Tim de donde estaba, lo llevaban tras el mostrador y lo arrojaban brutalmente en un rincón.

A todo esto el hombre que había dado el primer golpe estaba en la puerta, y se deslizó hacia fuera, corriendo hacia la puerta principal del hospedaje. Después salió, cerró la verja que había en la gradería de entrada y se quedó allí de centinela.

En el ancho pasillo que había en el subsuelo, entre los cuartos de baño, se desarrollaba mientras tanto otra escena, parecida a la que había acaecido en el comedor. El hombre que había hablado con Mitsugi, había descendido de nuevo, y en cuanto sonó el toque de silbato, las puertas de dos de los cuartos de baño se abrieron, saliendo por ella dos hombres más que fueron a arrojarse contra el desprevenido negro.

Bob estaba ocupado contando las toallas sucias, cuando le asaltaron.

Los dos hombres se precipitaron contra él y aun cuando el negro consiguió aplicarle a uno de ellos un formidable "uppercut", se echaron sobre él y le hicieron caer sobre el montón de toallas.

Se produjo una lucha terrible, que terminó quedando el negro Bob atado de pies y manos con las mismas toallas. Después le metieron en uno de los cuartos de baño, que cerraron con llave.

El hombre que había hablado con Mitsugi corrió al extremo del pasillo y cuando llegó a la última puerta, la abrió rápidamente. Era una especie de depósito, alumbrado por una lámpara eléctrica que estaba en medio del techo, pero tenía la llave junto a la puerta.

Tendido en un rincón, sobre una pila de ropa blanca, estaba Li Wu. El compinche



En aquel instante oyeron ruido de remos y vieron pasar al bote en que Mitsugi iba recorriendo el canal.

de Mitsugi sacó un cuchillo y cortó las sogas que tenían sujeto al chino.

Li Wu se puso de pie estirando sus entumecidos miembros.

—¡Vamos! — dijo el que le había soltado. —¡El campo está enteramente libre!

Dejando a los otros dos hombres vigilando al negro Bob, el cómplice de Mitsugi y Li Wu corrieron hacia la escalera, por la que subieron rápidamente. Hallaron al japonés esperándoles en el hall y cuando se aproximaron a él, Mitsugi se llevó el índice a los labios ordenando silencio a sus subordinados.

Se hallaba parado junto a la puerta que conducía a las habitaciones particulares ocu-

padas por Humble Begge. Su cómplice le había dicho que el dueño del hospedaje estaba en su cuarto y era a Begge a quien se proponían atacar en aquel momento.

Mitsugi se acercó a la puerta y tomando la manija, la volvió lentamente. Abrió la puerta poco a poco hasta que, por fin, pudo mirar hacia el interior del cuarto. Estaba a oscuras, pero una puerta interior se hallaba medio abierta y por ella salía un haz de luz. Mitsugi indicó a Li Wu que le siguiera y, juntos, entraron en el cuarto.

La luz de la iluminada puerta les permitió avanzar sin tropezar con los muebles. Cuando llegaron a la entreabierta puerta, Mitsugi se arrodilló y avanzando así, miró hacia el interior de la otra pieza.

Era el dormitorio, muy poco amueblado. Una cama, situada contra la pared, en mitad del cuarto, una mesita a cada lado de la cabecera y una mesa en la que había una luz. En una de las mesitas de luz había una palmatoria con una bujía encendida.

Humble Begge, enteramente vestido, estaba echado en la cama. En el primer momento, Mitsugi creyó que el viejo estaba leyendo, pero al oir su acompasada respiración, comprendió que Humble Begge dormía.

Una sonrisa de maligna satisfacción arqueó los labios del japonés, que se puso de pie. El y Li Wu penetraron silenciosamente en el dormitorio. A una indicación de Mitsugi, Li Wu pasó a la izquierda de la cama, quedándose él a la derecha.

El chino movía nerviosamente los dedos y le brillaban los ojos. Quería vengarse del durmiente y consideraba inapreciable la oportunidad que se le presentaba.

Lo Wu fué el primero que se acercó al lecho y esperó, inclinada su delgada silueta hacia el hombre que dormía.

Quizás fué la amenaza de su presencia la que advirtió al durmiente, pues de pronto Humble Begge abrió los ojos, miró un instante y luego intentó incorporarse.

Pero Mitsugi avanzó por un lado y Li Wu por el otro, llevando las manos al cuello de Humble Begge.

El chino había saltado como un tigre y se había arrodillado en el pecho de Begge mientras sus delgados dedos le oprimían el cuello.

Mitsugi se había echado sobre los muslos del hombre y rápidamente había pasado una soga atando los tobillos de Begge y sujetándolos con fuerza. Un par de vueltas a uno de los barrotes de los pies de la cama, aseguraron la inmovilidad de los pies. Entonces Mitsugi acudió en ayuda de Li Wu.

A pesar de verse oprimido como se veía, el "hombre pacífico" peleaba furiosamente. Dos veces dió con el puño en el rostro del chino, marcándole con amoratadas señales. Volviéndose a uno y otro lado, Humble Begge, aun cuando Li Wu peleaba como un gato, no le dejaba adquirir ventaja.

Con un movimiento rápido, Humble Begge logró que las manos del chino dejaran de oprimirle el cuello, y levantándose un poco, envió al chino hacia los pies de la cama.

Tan pronto como se vió libre del chino, Humble Begge llevó la mano hacia debajo de la almohada, pero en el mismo momento, Mitsugi avanzó y tomándole de la muñeca se la retorció brutalmente.

Lanzando un grito, Li Wu volvió a atacar y entre los dos hombres dominaron gradualmente a su jadeante víctima.

Mitsugi sacó otra soga del bolsillo y le ató las manos a la espalda.

Humble Begge hizo un último esfuerzo por levantarse y bajando la cabeza, dió un golpe tal en el rostro de Mitsugi, que el japonés se separó tambaleándose, del lecho, y cayó de espaldas al suelo.

Loco de furor, Mitsugi se levantó y sacando un revólver del bolsillo, lo tomó por el caño y dió un fuerte golpe con la culata en la cabeza de Begge.

—¡Tome usted eso!—gritó con ferocidad.

Fué un golpe terrible que terminó la contienda. Lanzando un gemido, Humble Begge perdió los sentidos y dejó caer la cabeza en la almohada.

Jadeando de cansancio, Mitsugi retrocedió y se volvió luego hacia su compañero.

—Ya está esto arreglado,—dijo: — Podemos dejarle así. Venga usted conmigo, ahora.

Li Wu, moviendo los dedos nerviosamente, miró hacia el hombre que estaba en la cama.

—Déjeme que termine con él,—dijo en voz baja.

Mitsugi se rió.

—No tenemos tiempo para eso,— dijo.— Ahora no. ¡Vámonos!

Le hizo salir al hall donde le esperaban los de su gavilla. Excepción hecha de los dos culís, nadie se había enterado de lo sucedido en aquella casa.

Los cómplices de Mitsugi enteraron rápidamente a su jefe de lo que habían hecho. Mitsugi ordenó que llevaran a Tim a uno de los cuartos de baño del subsuelo, dejándole encerrado como al negro Bob.

El grueso dependiente fué conducido escaleras abajo. Cuando Tim estuvo seguro en el cuarto de baño, los hombres volvieron y Mitsugi entró en el comedor. Indicó a los dos culís que habían sido involuntarios testigos de lo pasado. Los de la gavilla los rodearon y así se dirigieron a la puerta de calle. Una vez fuera, los cómplices se dispersaron en pequeños grupos.

Mitsugi y Wu se alejaron juntos mientras un par de hombres cuidaba de los culís. Se acercó un automóvil de alquiler en el que les hicieron subir y el automóvil se alejó.

Todo había sido realizado con tan extraordinaria habilidad y rapidez que nadie de fuera del establecimiento pudo notar absolutamente nada anormal.

Eran casi las diez y no era fácil que nadie se enterara de lo pasado hasta la mañana. Cualquiera de los huéspedes que llegara al hospedaje iría, probablemente a su dormitorio sin pasar por el comedor y si alguno en-

traba allí por casualidad, no le extrañaría no ver a Tim por que éste solía salir a dar un paseo de una hora o dos, casi todas las noches, a esa hora.

Mitsugi y Li Wu caminaron durante unos diez minutos antes de hacer detener a un automóvil de alquiler que pasaba. Subieron en él y Mitsugi dijo al chauffeur que les llevara a Brundesdale Mansions, en Regent's Park.

El japonés estaba satisfecho de su obra pues consideraba que se había librado del único enemigo que todavía podía intentar hacer que fracasaran sus planes.

Pero si hubiera podido ver lo que en aquel momento pasaba en el dormitorio de Humble Begge, no se hubiese sentido tan satisfecho.

Por que Humble Begge tenía el cráneo muy duro y el efecto del golpe que le aplicó el japonés se disipó a los pocos minutos y el hombre levantó la cabeza, gimiendo, y logró sentarse en la cama.

Su aspecto era deplorable. Tenía la ropa desgarrada y el cabello en desórden. Miró durante un momento en redor, hasta que acudió a su mente el recuerdo de todo lo pasado. Trató de mover las manos, pero las tenía muy bien atadas.

La cuerda que le sujetaba los tobillos estaba atada a un barrote de los pies de la cama y casi no podía mover las piernas.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó Begge lo más fuerte que le fué posible.

No obtuvo respuesta y a poco, se convenció de que estaba perdiendo el tiempo. Sabía que las paredes eran gruesas y que, aun cuando gritara durante toda la noche, nadie le oiría.

Volvió a intentar soltarse pero se convenció de que esto era imposible.

Sentado en la cama, el "hombre pacífico" pensó que Mitsugi había logrado, por fin, inmovilizarle.

—¿Qué po... podré hacer? ¡Estoy completamente impo... imposibilitado! — dijo.—¡Ah! ¡Se me ocurre una idea!

Al expresarse así había vuelto la cabeza y mirado hacia la mesita que estaba a poca distancia de la cama. Detrás de la encendida bujía estaba el aparato telefónico.

Trató de llegar a la orilla de la cama y bajando la cabeza, aproximarse al teléfono. Pero quedaba demasiado lejos.

El dueño del hospedaje forcejeó un momento esperando aflojar la soga que le sujetaba los pies, pero al fin tuvo que desistir. Eso no era posible.

Sólo podía hacer una cosa y ésta exigía bastante temeridad. Acercándose al borde de la cama, Humble Begge se dejó caer fuera de ella, yendo a dar junto a la mesa, que se cayó, cayendo con ella la bujía, el aparato telefónico y lo demás que tenía encima. El teléfono cayó cerca de la cama y Humble Begge, echado a medias en la alfombra notó que tenía la cabeza a pocas pulgadas del aparato.

Se encontraba medio colgado, con los pies atados a la cama, pero volviéndose un poco, con la cabeza en el suelo, pudo llegar al receptor del aparato telefónico.

Sabía que habiéndose caído el auricular de la horquilla estaría sonando el timbre en la oficina, y acercó la boca al receptor.

—¡Hola! ¿Con la oficina? ¿Con la oficina?

Por desgracia el auricular había caído algo lejos y no podía oír la respuesta, pero oyó el zumbido que indica que alguien había.

—Escúcheme, señorita. No puedo oír su respuesta, pero necesito que mande inmediatamente a la policía. Mándela en seguida al Hospedaje de los Hermanos de Oriente, plaza Groeben. ¡Por Dios no se equivoque! ¿Me oye? Mande a la policía. Estoy atado de pies y manos y no puedo colgar el tubo. ¡Pronto, señorita, por favor!

La incómoda postura en que se hallaba comenzó pronto a producir su efecto.

Se hallaba con el rostro en la alfombra y los pies colgados de la cama. Poco a poco la sangre fué afluyendo a la cabeza y aturdiéndole.

El dolor que le causaba ápuella postura era horrible y al fin, lo inevitable se produjo.

Trató una o dos veces de moverse, no lo consiguió y con un gemido, el desdichado Humble Begge perdió el conocimiento.

Unos veinte minutos después, un par de inspectores de policía acudían a toda prisa a la plaza Groeben. En el mismo momento un automóvil de alquiler se detenía ante la entrada del hospedaje y un hombre saltaba de él.

Los inspectores se encaminaron directamente al hospedaje y el recién llegado corrió en la misma dirección. Pasó junto a los de policía en el momento en que éstos llegaban a los escalones de acceso y al llegar a la puerta de entrada, se detuvo y miró en redor.

Uno de los inspectores miró un instante, un grito salió de sus labios y el hombre subió rápidamente los escalones.

—¡Oh! ¡Si es el señor Blake! ¿No me conoce usted, señor? Soy el inspector Gale.

Tendió la mano y notó ue Blake le tendía la izquierda. Recién entonces notaron los inspectores que la manga derecha del saco de Blake estaba vacía.

—¡Hola! ¿Qué le ha sucedido?

—¡Nada! Un pequeño accidente, — dijo el detective. — Tengo una herida en el hombro y llevo el brazo vendado junto al cuerpo. ¿Por qué han venido ustedes?

—Creo que se trata de una broma,—dijo el inspector. — Alguien ha hablado por telefóno a la oficina de Islington diciendo que había aquí un hombre en peligro y venimos a ver de qué se trata.

—No creo que se trate de una broma,— dijo, frunciendo el ceño. — Debe haber sucedido algo grave.

Se acercaron al mostrador y no vieron ni rastro de Tim. Por último, Blake cruzó a las habitaciones particulares y abrió la puerta.

Lo siguieron los dos inspectores y juntos penetraron en el dormitorio.

Blake lanzó un grito de asombro al ver el cuadro que presentaba aquel cuarto.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? — exclamó.

Corrió hacia la cama, seguido del inspector Gale. El oficial de policía se inclinó, levantó al atado Humbre Begge y lo puso en la cama. Blake acercó una luz para mirarle el rostro.

Begge tenía la cara amoratada y respiraba débilmente.

—¡Dios mío! La señorita tenía razón,—dijo el inspector. — Mire: ha estado hablando por teléfono. Debió arrojarse él mismo, de la cama.

—Casi se ha causado la muerte al proceder así, — dijo Blake, cortando las sogas que sujetaban a Begge.

Por fortuna para Humble Begge tanto Blake como los de policía conocían el arte de volver a la vida a los asfixiados. Trabajaron durante media hora y poco a poco la cara de Begge cambió de color. Después de administrarle unas gotas de cognac, el hombre pudo abrir los ojos y mirar en redor.

Blake se acercó a él y, al verle, la oscurecida memoria de Begge pareció aclararse de pronto. Tendió una mano que apoyó en el brazo del detective.

—¡Blake! ¡Gracias, Dios mío! — dijo. — Han llegado ustedes a tiempo.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó entonces Sexton Blake.

Con voz débil, Begge contó todo lo sucedido empezando por la visita que hizo la noche anterior a Julián Wells, cuando le libró del chantage preparado por Mitsugi.

—Pero temo que todo se haya perdido ahora, — agregó Begge. — Esos criminales van a matar a Julián Wells. Le he esperado a usted, Blake, todo el día, y Wells lo mismo. ¿Qué ha sido de la joven Marian?

—Ahora está en sitio seguro, — dijo Blake lentamente. — Pero usted no es el único que ha pasado mal rato. Yo la he buscado desde las cuatro de la tarde y no la encontré hasta hace dos horas.

Begge saltó de la cama. Estaba un poco inseguro y tuvo que apoyarse en el brazo de uno de los inspectores, pero su indomable espíritu se manifestó por fin y a pesar de los consejos de Blake insistió en hacer algo.

—No pue... puedo quedarme aquí, — dijo el "hombre pacífico". — Tenemos que ir a Regent's Park en seguida. Tengo miedo de llegar tarde. ¿Qué hora es?

—Poco más de las once, — dijo uno de los inspectores.

Humble Begge suspiró.

—Entonces disponemos exactamente de cinco horas, — dijo volviéndose hacia el detective. — La venganza de Mitsugi se realizará a las cua... cuatro de la mañana y es ne... necesario evitar que ese canalia mate a Julián Wells.

Recorrieron la casa y encontraron a Tim y al negro Bob sacándolos de su encierro. Tim vibraba de indignación.

—Se me figuró que iba a pasar algo raro, —murmuró Tim. — Se presentaron de pronto varios desconocidos y no pude negarme a atenderlos, dándoles algo de comer. Les dije que la casa estaba llena y no había camas disponibles. ¡Canallas! Poco les importaba. ¡Estoy seguro de reconocerlos si los vuelvo a ver y si los encuentro de nuevo van a saber lo que es bueno!

Begge se había vestido de nuevo y sin detenerse más que para tomar su fiel paraguas, salió con Blake del hospedaje y se metieron en el antomóvol de alquiler en que había llegado el detective.

Llegaron pronto a Regent's Park y cuando estuvieron ante la puerta del departamento número 17, en Brundesdale Mansions, Begge sacó una llave del bolsillo.

—Wells me dió esta lla... llave anoche, —explicó, metiéndola en la cerradura.

El departamento estaba a oscuras, pero Begge se dirigió al despacho y encendió la luz al entrar. En un cenicero, en la mesa, había un cigarro a medio fumar y en el canasto, junto a la mesa, se veía un papel arrugado.

Begge tomó el papel, lo estiró. Estaba escrito con caracteres chinos, y Begge, después de mirarlo un momento, se volvió hacia Blake.

—Lo que yo me esperaba, — dijo. — Es un mensaje de Yoli Mitsugi a Julián Wells. Le dice que usted no ha conseguido salvar a su hija y agrega que, si quiere hacer algo por ella vaya en seguida al puente del ferrocarril, en Southall, donde Mitsugi le estará esperando.

Arrojó el papel al suelo y se retorció las manos.

—¡Todo está perdido! — agregó haciendo un gesto de desesperación. — ¡Julián Wells morirá esta madrugada!

—En eso está usted equivocado, señor Begge,—dijo Sexton Blake.

—Pero... ¿có... cómo vamos a dar con el hombre? ¡Va a ser impo... posible!

Blake se rió.

—Nosotros no podremos dar con su pista, pero hay alguien que, sin duda, podrá, — dijo.

Miró en redor y acercándose a la chimenea, tomó de junto a ella unas zapatillas y se las metió en el bolsillo.

—¿Pa... para qué necesita usted eso?— preguntó Humble Begge.

—Estas zapatillas son de Julian Wells,— dijo Blake,—y constituyen el único dato que exige un excelente amigo mío. ¡Vamos, señor Begge, que tenemos bastante que andar. Primero tenemos que ir a Whitechapel y luego a Southall. Nos ocupará eso la mayor parte de la noche.

Salieron del departamento a toda prisa y como habían despedido al coche, detuvieron a otro automóvil de alquiler que pasó. Blake dió al chauffeur las señas de una casa del East End, y tres cuartos de hora después el coche se detenía ante algo que exteriormente tenía el aspecto de una cochería.

—Espere usted aquí, — dijo Blake. — No ardaré.

Desapareció unos momentos y cuando volió, Begge se dió cuenta de que una silueta aja y oscura le seguía.

—Ven acá, Pedro, — dijo Blake subieno en el coche.

Y el obediente perro subió tras de su amo, ituándose en el asiento, junto a Begge.

—¡Ah! Un pe... perro, ¿eh?

Blake sonrió.

—Sí; y un poco más que un perro. Este s el más hábil buscador de pistas del muno, y si a Julián Wells se le puede enconrar, Pedro lo encontrará.

Blake le había dicho al chauffeur quién ra y el chauffuer se sentía muy contento abiendo que contribuía a ayudar al famoso letective en una de sus investigaciones.

El vehículo dió vuelta y comenzó el viaje hacia Southall.

—Ahora puede usted contarme lo que ha sucedido, — dijo Begge. — Deseo sa... saper todo lo pasado. ¿Qué ha sido de Tinker?

Blake movió tristemente la cabeza.

—Eso no lo sé, — contestó, — pero no me preocupa. Tiene habilidad suficiente para caer siempre de pie y, sin duda, aparecerá en el momento menos pensado.

Blake contó entonces a Begge todo lo que le había sucedido con la joven Marian Wells, en la casa de junto al canal.

—El médico de policía procedió con buena intención, — dijo el detective, — lo confieso. Pero me administró un narcótico que me hizo dormir hasta la tarde. Cuando desperté supe que Marian Wells había desaparecido con la barcaza en que estaba. Tuve que recorrer diez millas del canal en busca de la barcaza. Cuando la encontramos, supimos que el dueño de la embarcación había hallado a la joven y la había desembarcado en una de las esclusas. Hubo que retroceder parte del camino y, como le dije, ya era tarde cuando la hallé. Por fortuna, está en buenas manos, porque la habían enviado a un sanatorio. Tiene un poco de fiebre, pero me dijeron que no estaba grave, así que pensé que lo mejor era dejarla donde estaba.

Begge había oído el relato en silencio y cuando Blake terminó, se inclinó hacia delante y tocó al detective en la rodilla.

—Ya sabía yo que usted lo arre... arreglaría todo bien,—dijo el "hombre pacífico".—Ha tenido usted un tra... trabajo terrible y no creo que haya otro hombre capaz de haber hecho nada semejante.

—Aun no he terminado,—dijo Blake—y me parece que lo que falta es lo más difícil.

Cuando pasaron por Kensington miraron la hora en el reloj de la torre. Era la una y media.

—Tardaremos lo menos media hora en llegar,—dijo Begge. — Ojalá lle... lleguemos a tiempo.

—Tenemos que llegar a tiempo,—dijo Sexton Blake,—y llegaremos.

CAPITULO VIII

En busca de Julián Wells.—Pedro sigue la pista.—En el canal.—Desorientados.—Las 4 de la mañana del día 26.

HUMBLE BEGGE preguntó en voz baja:

—¿Usted cree, realmente que el pe.. perro va a encon... contrar la pi... pista?

Habían llegado al puente del ferrocarril, en Southall, y habían despedido al automóvil. El pasaje estaba enteramente desierto porque Southall es un suburbio habitado por obreros y en las horas de la noche no se ven allí más señales de vida que algún ómnibus que pasa procedente de Convent Garden o camino del mismo punto.

Blake había atado la soga de cuero al ancho collar de Pedro y había sacado las zapatillas del bolsillo, acercándolas al hocico del perro.

—¡Busca, Pedro, busca! — dijo Blake en voz baja.

El perro comenzó en seguida a moverse en círculo, en torno del ancho puente.

Pasaron cinco, diez minutos, y Pedro había ido hacia el arco del puente, dirigiéndose hacia la población. De pronto el animal dió un resoplido y sintió que el perro tiraba con fuerza.

—¡Venga usted!—dijo.

Humble Begge se apresuró a acercarse a Sexton Blake.

—¿Cree usted que ha encontrado la pista?

—¡Sí!

Comenzó entonces lo que fué para Begge algo nuevo e interesante. Al lado de Blake se internó en la población, por un laberinto de tortuosas callejuelas y por último, entró en un ancho espacio de terreno cultivado.

Los sembrados estaban divididos por caminitos. Pedro avanzó con paso seguro siguiendo primero por un camino y luego por otro que conducía a un sitio donde había un montón de tierra recién removida. Cuando Pedro llegó a aquel punto, Blake tiró de la soga.

—Espera un momento, amigo mío, — dijo Blake. Y el perro, obediente al mandato, se detuvo y se echó en el camino.

Blake avanzó junto con Begge. El detective llevó la mano al bolsillo y sacó una pequeña antorcha eléctrica y apareció un círculo de luz.

Arrodillándose, Blake examinó el terreno, alumbrándose con la antorcha.

—Aquí hay huellas de dos hombres,—dijo Blake. — Mire: unas son del mismo tamaño que las zapatillas y las otras son más pequeñas y de calzado de tacos más altos, indudablemente de Mitsugi.

—Creo que tie... tiene usted razón, — dijo Begge. — Es maravilloso, pero creo que es verdad.

Blake se levantó y Pedro siguió avanzando. Hubo que cruzar todo el terreno, pero al fin llegaron al límite y pasando por un hueco que había en el viejo cerco de tablas,

Blake y su compañero se hallaron a la orilla del canal.

El camino de remolque quedaba en la orilla opuesta, pero de aquel lado había [illegible] senda por la que siguió Pedro. Continuaron unas doscientas yardas y el perro se detuvo.

—¿Qué es eso?—preguntó Begge.

—No lo sé, — contestó Blake. — Me parece que ha perdido el rastro.

Pedro se movió de un lado a otro unos instantes y yendo luego hasta la orilla, se detuvo, levantando la cabeza y lanzando un leve gemido.

Blake se acercó al animal y le dió unas cariñosas palmadas.

—Muy bien, Pedro, muy bien. Ya supongo lo que ha sucedido.

Miró al canal y vió un palo firmemente enclavado en el fondo. Tenía una anilla en la parte alta y de ella colgaba un trozo de soga. Oyó que Begge se acercaba a él y se volvió.

—Se fueron en un bote, — dijo el detective. — Eso era lo que me temía. Claro está que el perro no puede seguir el rastro por el agua.

—¿Qué ha... hacemos entonces? — preguntó Begge.

—Seguiremos un poco más por la orilla del canal, — dijo Balke. — Tarde o temprano encontraremos un puente.

Prosiguieron por el sendero de la orilla y al cabo de un rato llegaron a una esclusa.

Del otro lado de la orilla vieron un pequeño chalet, seguramente ocupado por el guardián de la esclusa y a sus oídos llegó el ruido del agua al pasar por las compuertas.

Se veía luz en una de las ventanas de la casita. Blake y sus compañeros siguieron hasta llegar a las compuertas superiores. Cerradas, formaban un estrecho puente.

—Creo que podemos pasar por aquí, — dijo el detective dirigiéndose hacia la esclusa.

Pedro siguió obediente a Blake y Begge avanzó tras ellos. Pocos momentos después se hallaron del otro lado del canal.

Begge acababa de cruzar cuando Blake le dirigió una palabra de advertencia al mismo tiempo que corría a esconderse en la sombra proyectada por una pila de madera. Begge corrió tras él y pronto estuvo junto al detective, que apoyó la mano en el brazo de su compañero.

—Alguien viene por el camino de remolque,—dijo.—No haga ruido.

Se oyó un gruñido y Blake tocó con la mano la cabeza del perro.

—¡Abajo! ¡Abajo, Pedro! — dijo, y el perro calló y se echó.

Oyeron rumor de rápidas pisadas de alguien que venía por el camino y vieron a dos hombres que se dirigían hacia donde ellos estaban. Se inclinaban hacia adelante y durante un momento no lograron comprender la razón de su actitud. Después, tras de los hombres apareció en el canal la proa de una barca, atada a un palo de que tiraban los dos hombres.

Los hombres llegaron a la compuerta por donde había pasado Blake y su compañero; la barca se acercó a la orilla y otro hombre saltó a tierra.

—¡Mitsugi! — dijo Begge en voz baja, en cuanto le vió.

La áspera voz del japonés se oyó durante unos momentos y después Mitsugi pasando por delante de la pila de madera, se dirigió a la casa del encargado de la esclusa.

Le oyeron llamar a la puerta, que poco después se abrió, apareciendo un hombre en mangas de camisa. El y Mitsugi volvieron juntos hacia el canal; el japonés porfiaba y el de la esclusa contestaba lacónicamente.

—Le pagaré a usted bien, — decía Mitsugi.—¡La barca tiene que pasar!

—¿A qué hora quiere pasar? — preguntó el guardian de la esclusa.

La respuesta de Mitsugi se oyó con toda claridad.

—Tenemos que pasar por la esclusa a las cuatro,—dijo.—¡A las cuatro!

Pronunció estas palabras con una intención que no escapó a los que le oían sin ser vistos.

Las compuertas superiores estaban abiertas y la barca pasó por ellas. Las compuertas se cerraron y, cuando la barca estuvo amarrada dentro del espacio intermedio, Blake vió que Mitsugi y los dos otros siguieron al guardian, camino de su casa. Cuando la puerta se cerró tras ellos, el detective encendió la antorcha eléctrica y miró la hora en su reloj.

Eran las cuatro menos cuarto.

Blake tocó a Pedro y el perro se levantó.

—Vamos, — dijo. — Sé que la casa queda del otro lado de las compuertas. Necesito investigar.

El y Begge dejaron el camino y dando mi rodeo llegando a la casa del guardián y siguiendo hasta hallarse en la orilla alta. Blake se detuvo. El hueco del cerco por el cual él había escapado estaba ante ellos y detrás corría el canal.

—¿Por qué que... querrá Mitsugi que la barca pa... pase a esa hora de la noche?—preguntó Begge.—Eso debe ser por algo, Blake. Debe estar relacionado con su propósito de venganza.

El detective estaba parado junto a la orilla, cejijunto y cabizbajo.

—Alguna relación debe existir, — dijo,—pero no logro comprender cuál.

De pronto se volvió y puso la soga de Pedro en la mano de Begge.

—Voy hasta la casa, — dijo.—Espere usted aquí y no pierda de vista la compuerta. Volveré pronto.

Begge aguardó en la orilla del canal mientras Blake pasaba por el hueco del cerco. El detective entró en el terreno y se acercó a la casa, observándola por sus cuatro costados. Después de un momento de vacilación, se acercó a la puerta y llamó.

El ruido del aldabon retumbó una y otra vez, pero nadie contestó al llamado.

—Aquí no hay nadie, — pensó Blake.— ¿Estará Julián Weils prisionero en la barca?

Con esta idea en la imaginación se dirigió de nuevo, pasando por el hueco del cerco, a donde estaba Begge.

—¡Llega usted a tiempo!—le dijo éste.— ¡Mire, ya salen!

Cuatro hombres habían salido del chalet del guardián y Blake y Begge, guarecidos en la sombra proyectada por el cerco, los observaron.

Dos de aquellos hombres saltaron a la barca mientras un tercero, que, según Blake lo reconoció, era Yoli Mitsugi, comenzó a ayudar al guardián. La rueda de hierro que deba movimiento a las compuertas quedaba a



Medio colgado, con los pies atados al barrote de la cama, Humble Begge pudo volverse un poco y acercar la boca al receptor del aparato telefónico.

la izquierda del camino de remolque y fué Mitsugi el que se acercó a ella y comenzó a moverla.

El rugido del agua al pasar por entre las compuertas, empezó a oírse, y el nivel del líquido comenzó a subir en aquella parte del canal. De pronto un nuevo ruido llegó a sus oídos, el de agua que penetraba por algún conducto cercano a donde ellos estaban.

Blake se acercó a la orilla y echándose boca abajo, miró hacia el canal. La succión de agua se oía cada vez con más fuerza. De pronto el detective comprendió de dónde procedía.

Debajo de donde él se hallaba estaba el hueco enrejado donde él y Marian Wells habían encontrado asilo y el agua penetraba por él rápidamente a medida que el nivel subía.

—Ese hueco debe tener una salida en alguna parte. ¿Será posible que?...

—¡Atención, señor Blake!

Begge se había acercado al detective y había dicho eso en voz baja. Blake se levantó. Las compuertas estaban abiertas y arrastrada por la fuerza del agua, se acercaba la barca.

Iba de un lado a otro del canal y los hombres que estaban en ella procuraban, con unos largos palos, mantenerla en medio. Mitsugi llegó corriendo por el camino en línea con la barca.

—¡Pronto, Blake!

El detective corrió hacia el cerco donde Begge se había acurrucado ya, con Pedro a su lado. La barca seguía su marcha ondulante por mas que Mitsugi gritara órdenes a sus hombres desde la orilla.

Tan interesado estaba el japonés en los movimientos de sus hombres que no se fijaba en nada más. Se acercó hasta hallarse frente a donde Blake y Begge estaban junto al cerco.

En aquel instante Humble Begge, que no estaba acostumbrado a tratar a Pedro y que olvidó ordenarle que se estuviera quieto, había dejado de la mano la soga que lo retenía.

De pronto se oyó un gruñido y luego, como una flecha, el enorme perro saltó directamente hacia el japonés.

¿Qué instinto había dicho a Pedro que aquel hombre era enemigo de su patrón? No era posible decirlo. Pero el perro había adivinado la verdad y había decidido intervenir por su cuenta.

Mitsugi oyó los pasos del perro y se volvió, pero Pedro se movía con la rapidez del viento y antes de que el japonés pudiera moverse, el animal le atacaba.

Se oyó un ronco gruñido, un grito y luego Mitsugi, perdiendo el equilibrio, cayó de cabeza en el canal. En el mismo momento se oyó un grito de alarma de los hombres de la barca.

El pesado y mal manejado casco se precipitaba contra la orilla en el mismo momento en que Mitsugi caía.

Begge lanzó un grito y salió de su escondrijo seguido de Sexton Blake.

Pedro había evitado milagrosamente el caer tras Mitsugi, y se hallaba a la orilla cuando llegó Blake. Un tirón del detective puso al perro en seguridad, pero Mitsugi no tuvo tanta suerte.

Mirando hacia el canal, Blake vió al japonés que manoteaba en el agua. Estaba junto a la mampostería de la orilla y el costado de la barca peligrosamente cerca de él.

En vano los hombres con sus palos, procuraron apartar el pesado casco. Ya era tarde. La barca se desvió de nuevo y entonces rasgó el aire un grito de muerte. Humble Begge se tapó la cara con las manos.

La pesada barca había golpeado contra el cuerpo del japonés y le había dejado sin vida aplastándolo contra el muro de concreto del canal.

—¡Horrible! ¡Horrible! — exclamó Humble Begge.

—¡Pronto! — exclamó en aquel momento Blake. — Creo que he comprendido cuál era el plan de ese hombre. ¡Vamos a la casa!

Pasó por el hueco del cerco, seguido de Begge y llevando a Pedro de la soga. Corrieron hacia la casa y se detuvieron ante la puerta del fondo.

—Se me ha ocurrido de pronto, — explicó Blake. —Mientras observaba el agua que entraba por el hueco del canal. Ese hueco debe conducir a algún sitio de la casa. Si esta tiene sótano debe estar inundado ahora. Vamos.

La puerta estaba cerrada pero Blake la abrió de un puntapié.

Con la antorcha encendida, en la mano, cruzaron la cocina y se hallaron en el corredor donde estaba la escalera de caracol.

Blake fué el primero que bajó y de pronto, Begge oyó un grito. Apresurándose, el "hombre pacífico" se halló pronto junto a Blake, en la estrecha escalera, mientras en redor, se veía subir el agua.

—¡Ya lo sabía! — exclamó Blake. — ¡Todo el sótano está inundado!

Descendieron cautelosamente y llegaron hasta tener el agua a la altura de la cintura. Begge había seguido valerosamente al detective y Pedro, en el escalón a que llegaba el agua, esperaba el momento en que su amo le llamara, para seguirle.

Blake, con la antorcha en alto, dirigió la luz en redor, distinguiendo una puerta ante él.

—¿Está alguien ahí dentro?—preguntó.

—¡Socorro! ¡Socorro! — fué la respuesta que obtuvo.

La voz se oyó ahogada, procedente de la cerrada puerta. Blake avanzó hasta ella, pero la cerradura quedaba debajo del nivel del agua.

Blake comprendió que el nivel del agua debía ser más alto dentro de la habitación que en el pasillo, porque el agua salía por la hendija con fuerza.

Begge se lanzó contra la puerta y la gol-

peó con todas sus fuerzas sin conseguir abrirla. Unieron él y Blake sus esfuerzos, golpeando el detective con el hombro sano y por fin, la puerta cedió.

Al abrirse la puerta subió el nivel del agua en el pasillo, llegándoles hasta cerca del pecho.

—¡Mire! ¡Allí! — gritó Begge, emocionado.

En un rincón de la pieza cuya puerta acababan de abrir, vieron a dos personas. Una de ellas era un joven que sostenía a un hombre de barba en sus brazos.

—¡Si es Tínker! — exclamó Begge al oir su voz, el joven miró hacia la puerta.

Se oyó un gruñido y ruido de agua removida .El perro pasó gimiendo, entre los dos hombres y fué a donde estaba el joven detective y su agotado compañero.

—¡Todo va bien, señor! — dijo Tínker con voz débil. — Estoy de pie en un cajón. Llévense al señor Wells que está mal.

Fué el hombro de Begge el que cargó con el inmóvil Julian Wells. Entonces Tínker apoyó una mano en el hombro sano de Blake y saltó del cajón que subió a la superficie, boyando en las sucias aguas.

Blake oía todavía el rumor del agua que entraba por el conducto y comprendía que dentro de poco el líquido llegaría al techo.

—Diríjase a la puerta, Begge, — dijo Blake, — lo más rápidamente posible.

Entonces comenzó una desesperada lucha por salvar la vida. Begge con la pesada carga del hombre desmayado, no podía avanzar sino poco a poco. Blake, con el hombro herido casi no podía moverse y Tínker se hallaba tan débil que no podía moverse sin ayuda.

Por último para empeorar aun más la terrible situación, la antorcha eléctrica se escurrió de la mano de Blake y quedaron a oscuras. Una exclamación de horror brotó de labios de Humble Begge ante esta catástrofe, pues no lograba dar con la puerta.

Mientras procuraba orientarse, oyó ruido de agua removida y tendiendo la mano libre tocó el mojado cuerpo de Pedro.

El perro, naturalmente, iba nadando, pero su superior instinto le dijo dónde estaba la salvación. Begge se agarró al pelo del perro y guiado por Pedro pudo hallar el camino y salir de la habitación por la puerta.

—Por aquí, Blake; por aquí. ¡Ven... venga!

Su voz guió al detective y Blake pasó por la puerta y llegó a la escalera. Begge ya había subido, saliendo del agua, y había puesto a Julian Wells en el hall. Corrió escaleras abajo y ayudó a subir a Tínker.

—¡Todo va bien! — dijo Begge. — De... deje que yo lo sacaré.

Ayudó a subir a Tínker. El detective casi no podía caminar porque tenía las piernas entumecidas. Había pasado por muchas vicisitudes y además, la herida del hombro le dolía mucho.

Fué un grupo de hombres cansados y agotados el que, por fin, se vió reunido en el hall.

Begge les guió y salieron al terreno que rodeaba la casa.

Había cortado las cuerdas que sujetaban las muñecas y los tobillos de Julián Wells y éste, que había recobrado los sentidos, pero se hallaba muy débil, pudo salir de la casa apoyándose en Begge.

Tínker había recobrado algo las fuerzas y el grupo se detuvo un momento en la gradería de entrada.

—¿Es usted, señor? — dijo Tínker volviéndose hacia Blake cuando éste llegó a la puerta.

—¡Sí, muchacho!

El joven se acercó a Blake y le tomó del brazo.

—Yo sabía que usted iba a venir. ¡Lo sabía! — exclamó Tínker. — ¡Pero señor! ¡En qué apuros nos hemos visto! Ya creía que había terminado todo para mí.

Se oyó un movimiento a la izquierda y Julián Wells se aproximó, apoyando una mano en el hombro de Tínker.

—A este joven le debo la vida, — exclamó. — No recuerdo nada de lo pasado desde el momento en que empezó a entrar el agua.

—¡Eso no vale la pena! — dijo el ayudante de Balke. — Comprendí que usted no podía más. Los canallas le habían tratado con una brutalidad criminal. Conseguí levantarle y ponerlo encima del cajón a tiempo. Pero si nos hemos salvado ha sido porque ustedes llegaron en el momento oportuno. Unos minutos más y no contamos el cuento.

Begge se había sentado en el primer escalón, con una mano apoyada en el mojado lomo de Pedro, mientras la abultada cabeza del perro se había apoyado en sus rodillas.

—Es a este caballero a quien ustedes de... deben dar las gracias, — dijo, palmeando la noble cabeza. — Si él no hubiese hallado el camino de la puerta, me pa... parece que todos hubiéramos quedado allá abajo.

—¿De veras hizo eso? — preguntó Blake.

—Sí, — dijo el "hombre pacífico". — Noté que el perro na... nadaba hacia la puerta. me agarré a él y él me sacó del agua guiándome di... directamente a la escalera.

—¡Bravo, Pedro!

—¡Mi fiel Pedro!

Parecía que el perro comprendiera lo que hablaban, porque levantó la cabeza y dió un resoplido. Era lo más parecido a un ladrido que se le oía a Pedro.

Cuando hubieron descansado un momento los cuatro se levantaron y, guiados por Blake, fueron hasta el portón de entrada. Llegaron al camino, volviendo a la izquierda y se hallaron junto al puente que cruzaba el canal.

Encontraron allí a un policeman. Era el constable Jackson, y Blake se acercó a hablarle.

—Algo ha sucedido por allí, señor,—dijo el de policía. — Ha llamado a la oficina el guardián de la esclusa. Dice que alguien se ha ahogado en el canal, pero no han encontrado el cuerpo.

Emepzaba a amanecer y pudieron distinguir el canal. Un bote lo surcaba, dirigiéndose a la compuerta.

Blake y sus compañeros vieron que la barca había sido amarrada a la otra orilla, pero no se veía en ella a sus anteriores ocupantes.

Por indicación del constable Jackson, se dirigieron al camino de remolque.

—Mejor sería ir hacia la compuerta, señores, — dijo el de policía. —Allá podrán secar la ropa.

Siguieron por el camino y llegaron a hallarse frente al bote.

—En ese bote va el guardián, — dijo Jackson.

Con el guardián iban en el bote el oficial de la sección y un inspector de policía. El oficial saludó a Blake.

El bote se acercó a la orilla y el oficial dijo al inspector:

—Es posible que ese señor pueda ayudarnos, inspector. Es el señor Sexton Blake.

El inspector se puso de pie en el bote.

—¿Sabe usted algo respecto a esto, señor Blake? — preguntó. — El guardián dice que se ahogó un hombre.

Blake se inclinó hacia la orilla. Notó que el hueco enrejado estaba a poca distancia. El agua había descendido y se veía de nuevo con toda facilidad.

—Cayó un hombre, inspector, — dijo Blake. — y la barca lo apretó contra el muro. ¿No lo han hallado todavía?

—No, señor Blake.

De pronto se le ocurrió una idea al detective. Recordó que Mitsugi había caído cerca del hueco de la reja y pensó que podía haber sido sorbido por la corriente del misterioso conducto. Se inclinó e indicó la reja.

—¿Por qué no miran ahí dentro? — dijo. —Tal vez esté ahí.

Un par de golpes de remo acercaron el bote al hueco.

—Sí, — dijo el inspector, — es verdad. Ahí dentro está.

Begge se volvió y tocó el brazo de Blake.

—Vámonos, — dijo con voz ronca. — No pue... puedo ver esos cua... cuadros.

Fueron a la casilla del guardián y mientras estaban allí, esperando que se secara la ropa, Julian Wells contó sus aventuras. Había contestado al mensaje que Mitsugi le había enviado creyendo que el japonés tenía en su poder a su hija. Mitsugi se había encontrado con él en el puente del ferrocarril y habían cruzado el campo, atravesando el canal en un bote y entrando en el terreno de la casa por el hueco del cerco.

Julian Wells había insistido en que Mitsugi caminara delante de él, y no había dejado de tener apercibido el revólver. Pero Mitsugi estaba preparado para algo por el estilo, porque en cuanto Wells pasó por el agujero de la valla, dos hombres que habían esperado ocultos se arrojaron sobre él y a pesar de sus desesperados esfuerzos, lo ataron de pies y manos.

Mitsugi había descargado su furia contra Wells, maltratándole brutalmente con un bastón. Después le llevaron a la casa y le encerraron en el sótano.

—¡A las cuatro morirá usted, Julian Wells! — dijo Mitsugi. — Morirá como lo que es usted: ¡como una rata! ¡Se ahogará aquí dentro!

Y cuando comenzó a entrar el agua en el sótano, le pareció a Julián Wells que las palabras de Yoli Mitsugi habían sido verídicas.

—Hay únicamente una cosa que no puedo entender, — dijo Wells. — Primeramente el agua entró con mucho ímpetu. Subió tres pies en otros tantos minutos. Pero de pronto pareció que algo la hubiera detenido. La fuerza del agua se redujo mucho.

—Creo que puedo solucionar el misterio, —dijo Sexton Blake. — Fué el cuerpo sin vida de Yoli Mitsugi, llevado por el ímpetu del agua, lo que tapó el conducto.

Poco después llegaron todos al sanatorio donde se hallaba Marian Wells.

—¡Todo va bien, mi querida Marian! — dijo el padre abrazando a su hija. — Hemos pasado momentos horribles, pero todo ha pasado. ¡Mitsugi ha muerto!

La joven alzó la mirada y sus ojos se fijaron en el detective.

Blake inclinó la cabeza afirmativamente.

—Estamos libres, hija mía,—terminó Julian Wells.—La nube que ha oscurecido mi vida durante años, se ha disipado al fin.

Se pasó la mano por la frente y pareció como si todas las preocupaciones que ensombrecían su semblante, se hubieran borrado de repente.

Marian se separó de los brazos de su padre y se acercó a Blake extendiendo la mano.

—Muchas gracias, señor Blake, — dijo Marian.

El gran detective se sonrió.

—No soy yo el único que merece agradecimiento, si alguien lo merece,—dijo. — En realidad yo no me ocupé del caso de ustedes sino después que otro me hubo llamado la atención hacia él. Si hay alguien a quien ustedes deben dar realmente las gracias, es al señor Humble Begge.

Y con esto el caso llegó a su terminación.

Los de la gavilla de Mitsugi se dispersaron y no se les volvió a ver en Londres. Pero una semana después, Humble Begge, visitando a Sexton Blake le enteró de algo que había sucedido.

—Re... resulta que ahora ten... tengo un enemigo,—dijo el "hombre pacífico" — Uno de mis clientes me ha informado de que Li Wu ha jurado vengarse de mí y temo que sea capaz de cum... cumplir su pa... palabra.

Pero cómo Li Wu cumplió su amenaza tendrá que ser, en todo caso, tema de otra narración.

FIN DE "A LAS 4"



RECUERDOS DE OTROS TIEMPOS

El bombardeo de Buenos Aires en 1811

De los recuerdos, que en sus ratos de solaz confió al papel quien fué testigo ocular de tales sucesos, toma hoy "Pucky" lo que publica a continuación. Además de recordar un momento histórico lleno de interés y de animación, constituye este relato una nota de color, no desprovista de su toque de fino humorismo, que tiene el mérito de ser estrictamente histórica. Trasciende, además, por el estilo en que está escrito, a la criolla cultura de quien lo escribió cuando aun tenía patente en la imaginación, en su vejez, lo que había visto en su juventud.

CUANDO más entusiasmado estaba yo en uno de aquellos encantadores apartes de un muy aristocrático rigodón, la voz de mi señor tío, el bastonero o director del majestuoso baile, me llamó al orden, para recordarme que había llegado el momento de hacer mi correspondiente figura.

Nuestro "vis" era un elegante inglesito, danzarín afamado, quien no soltaba ni a sol ni a sombra a una deliciosa porteña, y como la figura en turno era aquella en la que las dos damas deben cruzar solas el salón, para volver luego y hacer a mitad de su carrera el más correcto y elegante saludo, esperé que llegase el instante de saludar a la bailadora contraria, para volver a mi interrumpido coloquio con la dueña de mis pensamientos y voluntad.

Llegó el instante de salir a hacer mi más ceremoniosa reverencia, y como si el diablo las cargara, la música del ya algo viejo clavicordio, se vió dominada por un lejano estampido, que a nadie dejó en duda de lo que aquello pudiera ser.

Pocos años antes habíamos escuchado los mismos retumbos del trueno que producen los cañones, y no nos cupo a nadie la menor duda de que la escuadra de Montevideo estaba bombardeando la ciudad, como los ingleses nos cañonearon en 1807.

No he de negar que la primera impresión fué de asombro, y casi casi de miedo, que los nervios, nervios son, y cada cual tiene los suyos, y dichoso quien sabe dominarlos.

De casi doblado en dos que me hallaba en el instante de resonar el estampido, pegué un brinco monumental y quedé rígido como un guardacantón de los que protegían las esquinas de nuestras calles contra las pechadas de las carretas.

Mi parejita cambió de color, pero permaneció inmóvil y fué infinitamente más enérgica y valiente que yo mismo.

La del inglés casi se desmayó y el británico, como si aquello de bailar rigodones al son de los más fieros cañonazos fuese la cosa más divertida del mundo, soltó una intempestiva carcajada, que causó la admiración de todos los presentes.

El baile se suspendió, como no podía menos de suceder. Tras el primero siguió otro y otro cañonazo, retumbando todos en lo negro de la noche porteña, y muy pronto se pudo escuchar cómo, a continuación del estampido primero sucedía otro más próximo y más chillón, coreado por ruidos sordos de cosas que se rompían, saltaban y volaban, agitando el aire que, por los balcones abiertos, entraba en la lujosa sala.

Años más tarde oí decir que fué nuestro sereno ánimo lo que nos inspiró la idea de subir a las azoteas a ver aquellos raros y terroríficos fuegos artificiales. Por mi parte puedo declarar que cuando oí decir: "Desde arriba se verá bien este espectáculo", respiré de satisfacción y fuí el primero en trepar las escaleras de la azotea, pues no es necesario ser gran militar para comprender que si cae una bomba sobre la casa donde se halla uno, vale infinitamente más estar en lo alto que metido bajo los techos, cuyos escombros son tan temibles o más que los más mortíferos cascos de granada. Por mi parte, prefiero morir de un metrallazo a verme aplastados los sesos por una de aquellas tejas típicamente españolas de mis buenos tiempos, pues con once de ellas se cubría un metro cuadrado, y tenían un peso de 14 kilos cada una. Como campanas sonaban al golpearlas, pero valiente campanazo recibiría quien viese que tan sonoro como pesado proyectil le caía sobre la cabeza.

El resultado fué que en un santiamén nos

vimos todos en la amplia azotea y que la señora de O'Gorman tuvo que continuar su recepción a la clara luz de la luna, de cuando en cuando oscurecida por los resplandores de los cañonazos, los estallidos de las granadas o los vistosos giros que las prendidas espoletas o mechas como en aquellos épocas llamaban a los aparatos destinados a pegar fuego a la carga de pólvora de las grandes bombas usadas por los cañones y morteros de tan remotas edades como las de aquellos años de 1811.

La sorpresa sólo fué a medias, pues días hacía ya que estábamos todos esperando aquel u otros aun peores acontecimientos, y más de uno de los bailarines de aquella memorable noche, nos habíamos dicho docenas de veces para nuestros elegantes fracs de color de castaña, que la expulsión de los marinos no podía dejar de producir las más terribles consecuencias.

En la enladrillada azotea reinaba la mas loca alegría. Si aquello era, o no, un modo como otro cualquiera de disimular el miedo, dígalo quien haya tenido claridad de pensamiento suficiente para aquilatar tales problemas. Por mi parte diré sólo que nos divertimos de lo lindo, y que las muchachas demostraron ser mucho más viriles que los hombres, con lo cual las porteñas ganaron allí unos lauros que algunos de mis conciudadanos no pudieron conquistar.

Los pocos y ahumados faroles de la ciudad se vieron de pronto oscurecidos por un farolito misterioso que recorría toda la bóveda celeste con velocidad vertiginosa. Los valientes y los cobardes, seguíamos la trayectoría del proyectil, nítidamente perfilada en las alturas, y era de ver cómo desaparecía la roja lamparilla para reaparecer un instante más tarde, y volver a eclipsarse, según que en las continuas revoluciones de las bombas por el aire, nos presentaba la espoleta a la vista o la parte oscura del férreo proyectil.

—Ven ustedes, señores, — dijo un gordo doctor que formaba parte de la excitada y no muy tranquila tertulia. — Ahora tenemos la más propicia ocasión para estudiar la teoría de los eclipses...

El estampido de otro más recio cañonazo eclipsó la facundia del orador, que aparentaba tranquilidad. Y las luces que la llamarada de la encendida espoleta producía, nos permitió dar un vistazo a los tejados de todo Buenos Aires.

La ciudad en pleno estaba en las azoteas de sus respectivas casas. La mayor parte de las familias se encontraban en las horas de la más animada tertulia al empezar el bombardeo, y ni una señora dejó de subir a lo más alto para mejor poder observar los efectos de la agresión. ¿Sería miedo o valor heroico? Que lo juzgue quien para ello tenga facultades y datos en que apoyarse. Yo debo hacer constar que aquel espectáculo tuvo millares de espectadores y que si el capitán Michelena se propuso llamar la atención, logró por completo su propósito.

Los que han visto cómo las bombas describen en los aires las más soberbias parábolas, no ignoran que tan hermosos como emocionantes fuegos de artificio, por muy lejos que vayan a parar en su desenfrenada carrera, parece siempre que caen sobre la persona que los observa, y sabido ésto, no es de admirar el continuo chillido que resonaba sobre los tejados de Buenos Aires aquella noche, en la que millares de mujeres curiosas, pero valientes, medían con sus negros y preciosos ojos los radios de los destructores proyectiles y lanzaban al aire gritos de angustia y de sorpresa, cada vez que los barcos españoles despedían por los espacios alguna de sus giratorias luminarias.

En realidad, si se interrumpieron los bailes, que no era cosa de bailar al son de la artillería enemiga, no por ello se dieron por terminadas las tertulias, las que muy por lo contrario, cobraron mayor interés y animación.

Todo el cambio consistió en substituir el salón por la azotea, pero allí, bajo el cielo de nuestras despejadas noches, y bajo la profusa iluminación con que Michelena nos obsequió, continuaron todos los amoríos con la misma o mayor intensidad que bajo la inquisidora mirada de las mamás de las niñas, algo más exigentes aquellas buenas señoras que las que la moda francesa nos proporcionó algunos años más tarde.

Pero pocos bombardeos habrán presentado en la cadena de los siglos los raros caracteres de aquel de que me ocupo. Todos conocíamos al jefe de la flota enemiga y a cada uno de los oficiales que dirigían los fuegos contra Buenos Aires y era lo más particular que la mayoría de aquellos infelices, bombardeaban la ciudad en la que habitaban sus propias esposas, sus hijos y sus amadas. En nuestra ciudad habían vivido casi todos ellos durante largos años. Aquí formaron sus familias muchos, y aquí dejaron, al expulsárseles el 15 de junio de 1810, todo lo que cada uno de ellos quería más en el mundo, ya que lo perentorio del plazo concedido, de sólo veinticuatro horas, y lo deficiente de los medios de transporte puestos a disposición de toda aquella brillante oficialidad de la marina española, no les permitió sacar de la capital del virreinato ni a sus esposas ni a sus deudos ni parientes.

Pero había aún otras muy serias consideraciones, que aquella noche salieron a relucir entre cañonazo y cañonazo. Muchos, por no decir la mayor parte de los marinos expulsados por orden de la Junta en 1810, simpatizaban con nuestras ideas. Otros, si no simpatizaban abiertamente, parecían dispuestos a dejarse arrastrar por la marcha de los sucesos. Varios, como el mismo Michelena, criollo neto, por ser hijo de Venezuela, no ocultó sus simpatías por la causa americana, mientras no trascendiera abierta rebelión, caso al que no llegamos hasta muchos años más tarde, y de todos modos, y aun suponiendo que todos los oficiales de la marina española fuesen declarados ene-

migos de la Junta, nada tan impolítico como desterrarlos de Buenos Aires, dándoles sólo veinticuatro horas de plazo improrragable para trasladarse a la opuesta orilla. Aquella medida, que al estallido de los cañonazos nos vimos obligados a reconsiderar, era por lo menos la imprevisión personificada. Si los marinos inspiraban algún recelo, con destinarlos al interior hubiéramos quedado listos, sin necesidad de transformarlos en nuestros irreconciliables enemigos, y sin dotar a las fuerzas de Montevideo de la más brillante y experta oficialidad para la dominación de nuestro estuario.

La intimación remitida por Michelena se conoció muy pronto, y todos reconocimos que no hizo sino decir la verdad más terrible al escribir aquello de "Con la mecha en la mano" y lo no menos perentorio del término de las dos horas concedidas para la entrega de la ciudad. La respuesta de la Junta se conocía, asimismo, y no nos quedaba sino divertirnos en la contemplación de los fuegos artificiales que Buenos Aires veía pasar sobre sus tejados y esperar a ver si con la claridad del día se alejaba de nuestras aguas aquella flota, enemiga del público sosiego.

Por de pronto, pudimos notar que docenas de bombas pasaban con su brillantísima mecha prendida, pero sin estallar al caer al suelo o sobre los techos de las casas. Otras muchas granadas estallaban en las alturas, produciendo los más extraños fenómenos de óptica y dándonos soberbias sesiones de nunca vistas luminarias. Al principio no faltó burla y chacota contra la impericia de los marinos y artilleros que así desperdiciaban sus municiones con tan inofensivos alardes, pero muy luego corrió por la azotea donde me hallaba yo, una versión que explicaba aquel misterio. La mayor parte de los tripulantes de los barcos bombardeadores tenían entre las casas que servían de blanco a sus proyectiles, los seres por los que mayor cariño sentían. Por eso procuraban, sencillamente cumplir con las órdenes recibidas, tratando de salvar a una ciudad, donde tantos amores propios podían sufrir con los estragos de un bombardeo diestramente dirigido.

Como si las bombas fueran mensajeros de cumplidos, en lugar de anuncios de muerte, las que caían cerca de nosotros, o sea en el aristocrático barrio de la calle de las Torres, hoy Rivadavia, rebotaban sobre el fango de las calles, no estallaban nunca y apenas si causaron daños. Muchos proyectiles fueron, como balas perdidas, a dar en el barrio de la Piedad, pero en todos los casos empezó el público a sentirse más y más tranquilo al ver cómo, casi nunca, estallaban al chocar en tierra, por haberse empleado la mayor parte de los proyectiles huecos, destinados a recibir carga explosiva, como si fueran macizos o simples balas ordinarias.

—En honor de la humanidad, — dijo no sé quien junto a mí, — debemos confesar que Michelena dispara casi todas sus bombas como proyectiles sólidos, con lo cual disminuyen los estragos de la operación bélica de que somos blanco en este instante.

—Tiran pésimamente, — contestó otro contertuliano. — Muchos cañonazos van tan altos que, necesariamente, han de ir a dar en las quintas del otro lado.

—No olvidemos que cada uno de los sirvientes, que cada oficial que manda una batería, tiene la mitad del corazón en el mismo punto de mira de su pieza.

—¡Pobres! — oí exclamar con triste voz entre las sombras. — Segura estoy de que se nublaron con lágrimas los ojos de mi Pancho.

Brilló una espoleta más en las alturas, y a su rápida claridad ví a mi "vis" del rigodón, a la preciosa morochita a quien ni a sol ni a sombra dejaba un momento el alegre y chacotón inglés, apoyar el codo en la pared que servía de baranda a la azotea, con la sonrosada mejilla descansando sobre la cerrada mano, mientras llevaba en la otra el largo guante a los ojos, para secar una rebelde lágrima.

El solo nombre de Pancho evocó en mí memoria los más dulces recuerdos. Juntos fuímos a la escuela; juntos jugamos, y en la más estrecha unión hicimos mil y mil diabluras de chicos y de mozos. Marino, el; estanciero, yo; no por estar separados a veces por miles de leguas, dejamos de querernos, y cuando llegó a mí noticias de su herida en la batalla de Trafalgar, hubiérame puesto en camino para traerle a nuestros pagos si la invasión de la patria no reclamara imperiosamente el brazo de todos los porteños.

La expulsión de los marinos que formaban parte del glorioso cuerpo general de la armada española, en el que tantos de nuestra propia sangre revistaron siempre con brillo, puso a Pancho en la obligación de ser enemigo de sus amigos y parientes, y allá fué a Montevideo, no por propia y espontánea simpatía con las ideas de Elío, sino por haberlo nosotros arrojado de su casa, sin siquiera preguntarle cuáles eran sus opiniones y creencias.

Apoyado en la baranda, miraba las bombas que cruzaban el espacio, sin que me inspirasen ya el menor miedo. Las esposas, las madres, los hijos de quienes tales proyectiles disparaban, vivían entre nosotros, podían servir de blanco a aquellos proyectiles, y parecíame imposible que pudieran matar balas disparadas por hombres cuyos ojos estaban, sin duda alguna, nublados por ese caudal de indecisión con que ofusca la pena el claro resplandor de las pupilas.

A la luz de las espoletas, brillantes pero inofensivas, que describían órbitas de fuego, nos miramos la linda morocha y yo, tan conmovidos uno como otro, cuando el inglés se acercó, dispuesto a continuar su pesadísima corte a la preciosa niña, que no sabía cómo hacer para sacarse de delante a tan fastidioso moscón.

Debo confesar, para hacerme justicia a mí mismo, que nunca me fué simpático aquel larguirucho y flaco mozo, rubio como una madeja de estopa, y zonzo como un chiquillo, pero sentí nacer de pronto terrible antipatía hacia él, al oirle reir como un idiota, o como un valiente acaso, al escucharse aquel cañonazo, primero que tanto miedo produjo, dígase lo que se diga, y que tan en ridículo logró ponerme ante todo el muy selecto público porteño reunido en las aristocráticos salones de la señora de O'Gorman.

El moscon se apoyó en la barandilla de recia pared de ladrillos, y volvió a sus constantes cumplidos y a sus insípidas palabras. La niña lanzóle una mirada de súplica y metió la cara entre sus dos preciosas manecitas, apoyando ambos codos en las baldosas del antepecho y yo, compadecido de la congoja de la pobre joven que sólo ansiaba un poco de soledad para dar rienda suelta a sus lágrimas, y más aun para vengarme del gringo, puse en prensa mi magín, hasta dar con una idea verdaderamente luminosa.

Como alma que lleva el diablo, bajé de cuatro los escalones; salí a la calle, y en la esquina de la de las Torres compré lo que luego se verá. Subí de tres en tres las escaleras y en menos que se persigna un cura loco, estuve otra vez en el mismo sitio, fumando un largo cigarro de hoja, con los codos sobre la barandilla, con algo encendido en el diestra, y mirando fijo, muy fijamente en dirección al rio, por el mismo rumbo por donde las bombas llegaban con sus brillantes espoletas encendidas, describiendo las más elegantes y caprichosas curvas imaginables.

La morochita no lloraba ya. Había reconcentrada rabia en sus pupilas. Algo, no muy agradable, debía haber dicho el extranjero...

—Artilleros, malos, señorita, artilleros pésimos—gruñó en un chapurreado infame.—No saber cargar bombas. No estallar ninguna... No servir para nada su Pancho... No saber tirar, gallegos... Yo no tener miedo sus cañonazos. Yo reirme de ellos...

Una bomba corrió, rodó, como recta a nosotros. Maldito Michelena y maldito Pancho Seguro que tampoco estaba cargada, y sería como las demás, pero fuego de artificio.

—Caerá aquí en la plaza—dijo el inglés,—No estallar, No servir gallego. Yo no tener miedo...

La bomba vino derechita a nosotros. La brillante luz de la espoleta serpenteó en el vacío. Se acercó, cayó, en el fango, y en aquel instante mismo, bajo las propias narices del británico, quemándole aquel incipiente bigotillo que de puro rubio ni color llegaba a tener, estalló no se qué rojo y chisporroteador, que quemó y olió a pólvora y chamuscó y saltó y lució mientras el inglés daba tan descomunal brinco que cayó de la azotea a la calle, sin que lo trágico del final de la aventura impidiera el estallido de una carcajada general, con la que el público elegante de la azotea celebró lo ineficaz del bombardeo y lo cómico del terror del único a quien las bombas no amedrentaban.

—Gracias por mi Pancho,—díjome la preciosa morocha, apretándome el brazo amigablemente.—Prefiero morir por el cañonazo de un criollo, por más enemigo que sea, que vivir frita con las sonceras de ese pobre diablo.

Entre los que más reian y celebraban aquel ridículo incidente, figuraba un simpático y distinguido compatriota del que dió tan soberano salto. El señor Juan Robertson, era uno de los tertulios de la señora de O'Gorman en aquella accidentada noche, y en el curioso libro escrito por el citado viajero, consta que el único de todos los porteños que dió muestras de incomprensible terror ante las mal dirigidas bombas españolas fué un inglés, que cayó, de puro susto, desde lo alto de la azotea, sobre una entreabierta puerta.

Pero debo hacer constar aquí, para que el amor propio británico quede en el lugar que le corresponde, que ni Robertson ni nadie, sino la morochita y yo estábamos en el secreto.

Cuando algunos años más tarde aquella preciosa niña se trocó en la señora doña Mercedes González de Altamirano, lo mismo ella que su esposo Pancho, mi primo y amigo íntimo, quisieron comprar muchas docenas de cohetes, de los empleados por mí para espantar al moscón que molestaba a la novia de mi pariente.

Pero fué imposible adquirirlos en el mismo boliche donde los había comprado yo. El dueño se había sentado tiempo antes en aquel banquillo célebre de nuestra Plaza Victoria, donde murieron fusilados muchos de los comprometidos en la conspiración de Alzaga.

Mr. Morse, del Brasil

Por Guy Thorne

Sensacional narración de amor y de aventuras, en torno de una misteriosa y terrible intriga, por el autor de "El Pirata Aéreo".

PRESENTACION

La extraña historia de Gedeón Mendoza Morse, es referida, en primera persona, por Sir Thomas Kirby, Bart, propietario de un diario noticioso de Londres, "The Evening Special". En la primera parte de la historia, publicada en el número anterior de "Pucky", Sir Thomas refiere cómo el señor Morse, el brasileño multimillonario, con su hermosa hija Juanita, caen como una bomba, en medio de la alta sociedad londinense. En un baile dado en la mansión de Lady Brentford, Sir Thomas y sus dos mejores amigos, el capitán Pat Moore y Lord Arturo Winstanley, se encuentran con la hermosa Juanita e inmediatamente se enamoran de ella. Una jugada de dados decide el que Sir Thomas sea el primero de los tres que declare su amor a la joven, mientras que sus dos amigos, de acuerdo con lo convenido, han de prestarle su ayuda, hasta que triunfe o fracase. Si ocurre esto último, el segundo intentará la aventura, siempre ayudado por los otros dos, y en caso de fracaso lo hará igual el tercero.

✣ ✣ ✣

En la misma época los diarios se han ocupado de una extraña historia, referente a la construcción de una curiosa obra de hierro y acero; tres altas torres que se levantan sobre todos los edificios, entre Brentford y Hounslow. Se habla de flotas enteras de buques cargados con armazones de acero, al mismo tiempo que de contenares de expertos ingenieros. Circulan rumores de que se trata de construir allí la más poderosa estación de telégrafo sin hilos del mundo entero. Por lo pronto existen tres torres monstruosas, de una altura cercana a dos mil pies, — el doble de la que tiene la torre Eiffel — y que dominan Londres. Día a día todos los que habitan en Richmond o en sus inmediaciones ven que esos monstruos llegan a mayor altura.

Guillermo Rolston, un joven que habita en ese distrito, es presentado a Sir Thomas por la señorita Dewsbury, su secretaria particular, y Rolston se ocupa de la investigación. Su curioso aspecto hace que le sea sumamente fácil disfrazarse, y fingiéndose chino, consigue obtener la confianza de los trabajadores de esa nacionalidad, quienes para mayor probabilidad de que sea guardado el secreto, han sido importados a Inglaterra. Su informe es asombroso.

—¡El sueño de un genio o el delirio de un loco! — dice Rolston a Sir Thomas.— La sociedad dirá si se trata de una o de otra cosa, sin duda. De todos modos es el producto de una colosal imaginación. En lo que a mi opinión personal se refiere, tengo la certeza de que en el fondo de todo hay un profundo y extraño motivo, que por el momento debe permanecer oculto. ¡Entre esas grandes torres, Sir Thomas, se levantará dentro de poco una fantástica ciudad, digna de las Mil y una Noches! Será única en la historia del mundo y actualmente los trabajos están tan adelantados que todo se terminará con extraña rapidez.

"En dos pisos situados en la cima de las torres, suspendidos por un sistema de modernas e intrincadas construcciones de acero, un triángulo que calculo medirá en total cuatro acres, debe soportar una maravillosa serie de palacios de esa Lhassa de los cielos; esa ciudad prohibida en la que nadie puede penetrar. Es una maravillosa concepción solamente posible para la enorme fortuna e imaginación de un superhombre.

—Pero ¿quién, señor Rolston, es el loco, el genio o el superhombre que ha imaginado eso y actualmente, en pleno siglo XX, lo construye en Inglaterra?

—Ese es el mayor secreto de todos,—responde Rolston, mirando temeroso en redor. —Es Gedeón Mendoza Morse, del Brasil.

Sir Thomas toma a Rolston a su cuidado, dándole una habitación en su propio domicilio.

Una noche, el baronet está comiendo con Lord Arturo Winstanley, en un singular restaurant en Soho, llamado "El Caracol de Oro". Allí ve a un hombre de siniestro mirar a quien acompaña una joven. Winstanley entera a Sir Thomas de que ese hombre es un canalla que se llama Marco Antonio Midwinter. Lord Arthur lo describe así:

—Aun entre sus semejantes se destaca por su perversidad. Ese Midwinter es uno de esos hombres que tienen el alma atravesada.

Más tarde, aquella misma noche, Sir Thomas acude a ver a Morse al hotel y con alegría de su parte, se encuentra a solas con Juanita. Sir Thomas describe su encuentro con la joven a quien ama y el dramático

desenlace de la entrevista, con estas palabras:

—Durante medio minuto permanecimos en silencio y luego tomé una de sus manos y la llevé a mis labio "Juanita, — exclamé.— Existen fuerzas y corrientes misteriosas en el mundo que son más fuertes que nosotros mismos. Esta es la tercera vez que la veo a usted y ningún poder de la tierra puede evitar que la diga..." Cuando yo iba a pronunciar las palabras decisivas, se oyó el ruido de una puerta que se abrió violentamente. Me levanté. Desde donde estaba podía ver toda la habitación inmediata. Por la puerta abierta,—debo advertir que había varias en el salón, — salió un hombre caminando hacia atrás.

Iba correctameite vestido de etiqueta, con una camelia en la solapa. Fué retrocediendo con los brazos medio levantados y las manos abiertas.

Pude ver su rostro. Estaba convulsionado por una ira satánica, como una vieja máscara japonesa. Aquel rostro era el del suave y sonriente tipo a quien había visto en el restaurant "El Caracol de Oro".

Noté que había junto a mí alguien que temblaba. Era Juanita que se aferraba a mí. Entonces rodée con mi brazo su cintura.

Por la puerta abierta salió otra figura.

—Rápido, Antonio Midwinter. — Aquella es la puerta por donde debe ir... ¡Pronto! ¡Rápido!...

El hombre alto se detuvo un instante e hizo una mueca de rabia y odio.

Se oyó una detonación y un enorme espejo que había en una de las paredes cayó hecho pedazos. Una nueva detonación y el hombre se dió vuelta y literalmente saltó sobre la mullida alfombra, se precipitó hacia la puerta y desapareció.

Gedeón Mendoza Morse avanzó sonriendo y contemplando un pequeño revólver de azulado acero que llevaba en la mano.

Entonces Juanita y yo salimos de la salita tomados de la mano, y él nos vió.

La segunda parte de esta emocionante historia, dividida en cuatro, comienza aquí. Los lectores podrán apreciar los emocionantes detalles de este nuevo relato del autor de "El Pirata Aéreo".

SEGUNDA PARTE

La voz en el teléfono

GEDEON MORSE conservaba la pequeña pistola automática de azulado acero en la mano y sonreía y canturreaba, cuando al darse vuelta nos vió a Juanita y a mí salir del invernáculo.

Con un gesto rápido su mano ocultó el arma en el bolsillo del jaquet y su rostro adquirió en seguida otra expresión.

—¡Santa María! — exclamó. — ¡Juanita! ¡Sir Thomas Kirby!

—Usted recordará que me había citado aquí esta noche, señor Morse; —tartamudée.

—¡Por supuesto!... ¡Por supuesto!... Entonces...

No habló más, porque lanzando un grito, Juanita cayó al suelo. Tanto yo como el millonario tendimos las manos para sujetarla, pero los dos llegamos tarde.

Morse se arrodilló en seguida a su lado.

—¡El timbre! — exclamó secamente, y corrí al otro lado de la habitación y oprimí largo rato el botón de la campanilla eléctrica.

¡Señor! ¡En qué forma admirable están servidos esos emperadores del dinero! En un segundo, — creo que no tardó más, — la habitación se llenó de gente. Acudieron el joven secretario, dos mucamos, un oscuro extranjero en traje de trabajo y corbata negra, quien supongo era un lacayo y finalmente un gigantesco tipo con la cara tan grande como un jamón y unos brazos que le llegagan hasta las rodillas.

Las dos mucamas se situaron inmediatamente a los lados de la joven y comenzaron a prodigarla cuidados para hacerla volver en sí. Morse se levantó, precisamente en el momento en que se abría otra puerta y aparecía por ella una señora de edad, vestida de negro y con mantilla de encaje sobre los blancos cabellos. Morse la dijo algo en portugués y yo sentí que me tomaban del brazo y Morse me decía:

—No se trata de nada serio. La impresión...— y al decir esto hizo un movimiento con la cabeza.

Nada más. El secretario, el lacayo, el de color oscuro y el de los brazos largos, desaparecieron en un instante. Morse miró el espejo roto y un reflejo de ferocidad brilló en sus ojos.

Juanita comenzaba a volver en sí y al momento fué conducida cariñosamente por las mujeres. Morse las acompañó hablando con la anciana, quien, supuse, debía ser la señora Balmaceda.

Al fin nos quedámos solos y por mi parte me dejé caer en una silla casi exhausto mentalmente, ya que no materialmente, por lo que hbía presenciado. Hasta entonces, — no me atrevo a hablar del futuro, — no había vivido tanto, tan rápidamente en tan corto espacio de tiempo.

—Lamento que su visita haya tenido un principio tan emocionante, — exclamó mi huésped con su voz de tono musical. Sacó una cigarrera de oro y noté que le temblaban las manos.

Yo me reí.

—Confieso, — declaré, — que experimenté un ligero sobresalto. Su secretario me había conducido hasta aquí y estaba hablando con la señorita Morse en el invernáculo cuando... — callé, indeciso.

El me evitó la molestia de proseguir.

—Sí... Comprendo, — dijo. — Creo que tanto a usted como a mí nos conviene beber un sorbo de algo. — Y levantándose fué a tocar el timbre.

Morse sirvió cognac y soda y yo noté dos cosas. Primero que no le temblaban ya las manos, y segundo, que la botella de cognac tenía un sello con la flor de lis de la antigua casa real de Francia.

Sus ojos brillaron cuando notó que yo me había fijado en ese detalle.

—Sí, — dijo, — solamente hay tres docenas de botellas de esta clase en el Regal. Fueron encontradas en uno de los sótanos de las Tullerías. — Y al decir esto tomó un trago saboreando la bebida.

Yo hice lo mismo: las famosas perlas de Cleopatra debieron costar menos dinero.

—Oigame, Sir Thomas, — dijo Morse sentándose a mi lado y acercando la silla.— Usted ha visto esta noche algo de carácter desagradable. Lo ha presenciado por casualidad. Si algo de esto llegara a conocerse en ciertos círculos de Londres, pudiera tener las más graves consecuencias, no solamente para mí, sino para otras personas...

—Mi estimado señor. No he visto nada. No he oído nada... Puede usted abrigar la mayor confianza a ese respecto. — Y tendí francamente mi mano, que él estrechó con con energía.

—Gracias, Sir Thomas, — dijo. — Fué un asunto...—vaciló un segundo y comprendí que mentía. — Fué un asunto molesto, de desvergonzado chantage. — Pero como yo esperaba algo por el estilo estaba ya preparado. Usted ha visto cómo huyó el cobarde.

—Sí, señor Morse. Me figuro que un hombre de su posición debe estar expuesto a hechos semejantes, de vez en cuando.

—¡Ah! Usted lo comprende, — dijo con alegría y comprendí que se sentía más tranquilo. — Usted es un hombre de mundo y lo comprende... Bien. Le quedo muy agradecido por su promesa de silencio. Me siento tanto más disgustado cuanto que Juanita ha presenciado una escena, que en realidad era burlesca, pero que tenía todo el aspecto de trágica.

Permanecimos en silencio durante algunos minutos y de repente Morse pareció darse cuenta de la situación.

—Lo había olvidado, — dijo. — Usted deseaba verme esta noche, Sir Thomas y ha sido usted tan condescendiente que ha esperado el momento de conseguirlo...

Entonces yo a mi vez recordé el asunto que me había llevado hasta allí o que por lo menos me había servido de pretexto para llegar hasta su domicilio. Me dispuse, pues, a satisfacer los deseos de Morse. La cuestión era de suma importancia para mí, pues estando sobre aviso podía utilizarlo en mi favor. Además sabía a ciencia cierta que el millonario estaba falseando la verdad en lo que se refería a Marco Antonio Midwinter, cuyo nombre calló. Traté, pues, de llevar mi juego en forma cuidadosa.

—Sí, — dije, — le había telefoneado a usted.

—Y usted mencionó una palabra que me ha intrigado...

—En efecto. Esa palabra fué "torres".

—Supongo que se habrá usted querido referir a las torres de Cerne en Norfolk,— dijó el señor Morse. — Sir Walter Stileman me ha referido que usted formaría parte del grupo de cazadores que lo visitarán en Septiembre.

Al oír aquello yo me eché a reir francamente. En verdad aquel hombre se había equivocado respecto a mí. El hizo un gesto y se dió cuenta en seguida de su error.

—Dígame con toda franqueza, Sir Thomas, lo que desea.

—Como usted sabe, soy director y propietario de un diario noticioso...

—Del más simpático y mejor informado diario de Londres,—agregó.

Agradecí el elogio con un movimiento de cabeza y saqué del bolsillo la asombrosa relación de Guillermo Rolston.

—Un desconocido periodista que me ha sido presentado hoy, — continué, — me ha traído un artículo noticioso que de ser dado a la publicidad constiuiría un acontecimiento por ser de gran interés para el país, siempre que sea verídico el relato. ¿Quiere tener la bondad de leerlo?

Puse en sus manos la copia escrita a máquina y me dispuse a ir estudiando su rostro mientras leía, pero él era muy listo. Tomó la copia y mientras leía se paseaba de un lado a otro de la habitación. Cuando terminó volvió a su asiento y sus labios sonrieron.

—Efectivamente, — dijo, — esto es interesante, muy interesante. Voy a ser franco con usted, Sir Thomas. Hay, efectivamente, en este escrito gran parte de verdad y me causaría a mí enorme disgusto que se diese ahora a la publicidad. Acaso echara por tierra una operación financiera de considerable magnitud. Personalmente yo perdería un millón de libras esterlinas, lo que acaso no fuese de importancia para mi considerable fortuna. Pero varias otras personas quedarían completamente arruinadas, sin que por ello se obtuviese ventaja alguna para el mundo, a excepción de usted y de su "Evening Special".

—Gracias, — dije. — Eso era justamente lo que deseaba oír. De hecho no se publicará nada, aun cuando yo esté completamente a oscuras acerca de la naturaleza de los hechos.

—Su conducta es generosa, de una generosidad casi excesiva, pues no dejo de comprender, Sir Thomas, que la vida de una diario es poseer noticias exclusivas. Yo podría ofrecer a usted una gruesa suma por no publicar la noticia, pero no lo hago porque sé que usted rechazaría con indignación la oferta. Estudio a los hombres, mi joven amigo, y aunque sea inmodestia, me precio de conocerlos un poco. Por ello le diré que nunca le haría tal ofrecimiento, no digo siendo usted, como es, un hombre rico que no necesita el dinero, sino aun siendo pobre,

pues su carácter le haría rechazar la proposición.

—Estimo mucho su opinión respecto a mí, —le dije. — De todo cuanto le he manifestado, puede tener la seguridad de que ni una sola parte será dada a conocer.

—Gracias. Pero toda generosidad debe tener su premio y no sólo ha de ser usted el sacrificado. Usted recibirá su recompensa, Sir Thomas; pero es necesario que tenga paciencia.

—Estoy completamente a sus órdenes.

—Perfectamente, — dijo, y su tono fué enteramente cordial. — Vamos a establecer un período. Espero que de hoy en adelante yo y mi hija seremos para usted algo distinto de lo que éramos antes, — y al decir esto lanzó una corta carcajada. — Usted nos conoce bien desde que llegamos a Londres, y sabe el éxito que ha alcanzado aquí Juanita. Lo que esperamos es formar un pequeño y escogido círculo de amigos y usted será uno de los que lo formen, si es que a usted le parece bien.

Decididamente, la suerte estaba en mi favor. Aquel ofrecimiento hecho en una forma franca y expontánea, era lo único que, en realidad, yo deseaba.

—Es demasiada bondad de su parte,—respondí.

El hizo un breve gesto de impaciencia.

—Hágame el favor de no hablar de ello,—dijo.—Y ahora respecto a las torres de Richmond Hill, le diré que no puedo hablar con claridad hasta el mes de Septiembre. Deseo decirle a usted, respecto a su periodista... ¿Cómo me dijo usted que se llamaba?

—Rolston.

—¡Ah! ¡Sí! Ha descubierto bastante; pero que no se encuentra realmente dentro de la verdad. Estoy, Kirby, casi al final del asunto, y he gastado mucho para conseguir que todo quede en silencio.

Encendió otro cigarrillo, se echó hacia atrás en la silla y se rió como un muchacho.

—He sobornado, sobornado y sobornado. He llegado, realmente, hasta a presionar al gobierno. He empleado recursos increíbles. En resumen he puesto en práctica cuanto me ha sugerido mi pensamiento. He empleado también parte de mi capital, en tener mi nombre alejado de todo. Y ahora me manifiesta usted que un periodista ignarado ha descubierto una cosa que a mí me convendría tener oculta hasta Septiembre. ¡Qué poco significan los planes de los hombres! Ese periodista debe ser una especie de genio, Kirby. Espero que no abunden las personas como él, en las cercanías de Richmond Hill.

Era ya muy tarde cuando Morse insistió en que tomáramos algún refrigerio.

—Opino, — manifestó, — que uno a otro nos vamos a ser muy útiles. Ahora voy a ver a mi cuñada, la señora Balmaceda y Toro, y a informarme del estado de Juanita.

Salió de la habitación, dejándome más feliz que nunca lo había sido, y ensimismado en dulces ensueños para el futuro.

Pronto la iba a volver a ver. En Septiembre, en casa de Sir Walter Stileman. Tuve la visión de la semana de regatas de Cowes, con Juanita a bordo de mi yate "Luz de Luna".

Creo que me llegué a quedar dormido, pues cuando volví a la realidad, al mirar el gran espejo roto, noté que Morse había regresado y estaba de pie ante mí y me contemplaba sonriendo.

—Juanita está perfectamente, gracias al cielo, — dijo. — Se ha dormido y creo que descansará varias horas y como, al parecer, usted también necesita descansar, sólo me resta desearle buenas noches y darle las gracias por su atención.

Eran cerca de las dos de la mañana. Lo noté cuando, ya más sereno por efecto del aire fresco de la noche, caminaba por Piccadilly en dirección de mi domicilio. Debí haber estado durmiendo durante un buen rato y el bueno de Morse no me había querido molestar.

Cuando llegué a mi saloncito de fumar encontré las cosas en la forma usual. Había encendido un cigarrillo, cuando se abrió la puerta y entró Preston.

—¿Está aún levantado? — exclamé con asombro. — No le había dicho que me esperase, Preston. No tenía necesidad de nada. Ya debía estar acostado hace tiempo...

—En efecto, Sir Thomas, y lo estaba,—respondió mirándome como sorprendido. Entonces observé que llevaba un traje de noche de franela gris y zapatillas.

—¿Pero cuándo se ha levantado usted?

—Cuando llegó el mensaje telefónico, Sir Thomas.

—¿Qué mensaje telefónico?

—El de usted, Sir Thomas.

—¿Mío? ¿De que me está hablando?

—No hace mucho, Sir Thomas—continuó. —No puedo afirmar exactamente la hora... Sería después de la una...

Yo ya estaba alerta, sin que pudiera afirmar por qué.

—¿Está usted seguro de que he sido yo el que ha telefoneado?

—¡Oh, sí!—respondió. — Era su voz, Sir Thomas. Usted me dijo que hablaba de su oficina.

—¿Desde "The Evening Special"? Pero si yo no he estado allí desde esta tarde?... ¿Y cuando he estado yo allí hasta una hora tan avanzada? No queda más que una persona que se retira a las seis de la mañana... No es un diario matutino, como usted bien lo sabe.

Preston parecía más desconcertado que nunca.

—Todo lo que yo puedo decirle es esto, Sir Thomas, que he oido claramente su voz y que usted me dijo que estaba en su escritorio...

—¿Y qué fué exactamente lo que dije?

—Habló usted del joven que vino para quedarse un tiempo, Sir Thomas... Sus instrucciones fueron que se levantase en segui-

ja y que fuese a Fleet Street sin tardanza. También dijo que le estaba esperando a la puerta un automóvil de alquiler y que en cuanto estuviese vestido, bajase, que el chauffeur tenía ya instrucciones para llevarlo.

—¿Y fué?

—Seguramente, Sir Thomas se vistió con una rapidez tan grande como jamás he visto a nadie. Tomó un vaso de leche y un bizcocho y cuando yo bajé con él a la puerta, llegaba el carruaje.

Sin oír más salí corriendo por el pasillo hasta llegar a la habitación que había sido preparada para Rolston. Como había dicho Preston, el muchacho había desaparecido. El lecho estaba desarreglado, pero un portamantas lleno de ropa, un cepillo de la cabeza y otro de los dientes, así como una toalla estaban por el suelo. Claramente se veía que Rolston suponía que iba a cumplir órdenes mías.

Preston me había seguido y se detuvo a la entrada de la puerta. Debo decir ante todo, que Preston estaba a mi servicio hacía seis años y que había sido segundo mayordomo en casa de mis padres, desde hacía no sé cuantos más. Es la más bondadosa y fiel criatura de la tierra y lista como una aguja. Respecto a sus obligaciones no necesitaba advertencia alguna.

—Hay algo muy extraño en todo esto.— dije. — Yo le aseguro que no he estado cerca de un teléfono en toda la noche. Comí con Lord Arturo, en Soho y el resto de la velada he estado en el Regal Hotel, con el señor Gedeón Morse. Ha sido usted burlado, Preston.

—Lo lamento muchísimo, Sir Thomas.

—¿Pero está usted seguro de que era mi voz?

Antes de contestar, frunció el ceño, procurando recordar.

—Seguro, Sir Thomas, — dijo. — Y si usted no me hubiera dicho lo contrario lo hubiese jurado. Claro está que las voces cambian en el teléfono, pero es extraordinario ver en que forma conservan siempre su carácter individual.

—Bien, Preston, — dije. — Ha sido una buena imitación, pero no mi voz.

—Discúlpeme, Sir Thomas, — respondió. —Su voz es de un timbre singular y no es fácil equivocarla cuando se ha oído un par de veces por lo menos.

—Eso contribuye a hacer más misterioso el caso.

—Y la más fácil de imitar, — en mi opinión, — es una voz que tiene algunas particularidades y no una que carece de ellas.

—¿Pero quién puede haber imitado mi voz en la oficina?

—Eso claro está que no puedo decirlo, Sir Thomas. Solamente sé lo que me ha dicho la persona desconocida que me habló. Pero a juzgar por lo ocurrido, a pesar de que dijo que hablaba de la oficina, pudo hablar desde un sitio cualquiera.

Aquello también era cierto y lo comprendí así en seguida.

—No voy a perder más tiempo, — dije.— Iré al diario y veré si puedo descubrir algo para orientarme.

Me ayudó a ponerme un abrigo y cinco minutos después de mi llegada a casa, me encontraba nuevamente en Piccadilly.

A lo lejos empezaba a distinguirse un resplandor grisáceo. La aurora de una mañana de verano estaba cercana. A excepción de algún policía y de los carros que conducían altas pilas de verduras y flores, para el mercado de Covent Garden, la gran arteria estaba desierta.

Pasé ante el Regal Hotel y dediqué un tierno pensamiento a una persona que dormía allí, al encaminarme hacia el este. Había llegado cerca de la plaza cuando apareció un automóvil de alquiler por el lado de Haymarket y le hice seña al conductor. Estaba cansado y con sueño. Sin duda debía haber estado esperando varias horas a la puerta de algún Club, pero ante la perspectiva de ganar una buena propina, logré convencerlo y me dirigí hacia la calle de la Tinta de imprenta, es decir a Fleet Street, donde están tantos diarios.

La actividad allí era completa. Las primeras ediciones de los diarios de la mañana eran lanzadas a la calle en cientos de miles de ejemplares. En las ventanas de los grandes edificios se veía mucha luz y volví por una calle que se dirigía hacia el río para llegar a mis oficinas.

Abrí la puerta de la calle con mi llave especial e inmediatamente tropecé con Johns, el sereno, quien me dirigió la luz de su linterna a la cara y me preguntó a qué iba. Me satisfizo ver que el hombre cumplía con su obligación y pregunté quien estaba en las oficinas.

—Solamente el señor Benson, Sir Thomas. Le toca la semana de vigilancia nocturna.

Subí y sorprendí, por no decir alarmé, considerablemente al joven Benson, quien había colocado la fotografía de una dama en el escritorio sobre el que estaba redactando una epístola amosoa.

Lo sometí a un hábil interrogatorio que me convenció por completo de que no era él el que había telefoneado. Lo tenía por un sincero y concienzudo muchacho, incapaz de una broma. Johns, a quien llamé después, fué igualmente claro. Seguramente no había llegado al diario automóvil ninguno en las tres horas anteriores a mi visita, ni Guillermo Rolston había ido a la oficina.

Volví a Piccadilly, completamente decepcionado y sin el menor indicio de luz para iluminar mi mente.

Santa Hermandad

EN la mañana del catorce de Septiembre, me encontré con el capitán Pat Moore y con Lord Arturo Winstanley, en la estación de Liverpool Street. Los tres nos dirigíamos a Cerne, como invitados del distinguido sportman Sir Walter Stileman. Habían reservado un coche para nosotros, y nuestros sirvientes pusieron

en él los canastos del lunch y las cajas con las escopetas.

Habían pasado, exactamente, tres meses desde mi entrevista con Morse en el Regal Hotel y de la desaparición de Guillermo Rolston.

Lo ocurrido desde entonces puedo manifestarlo por completo en pocas palabras. En primer lugar manifestaré cual era mi situación respecto a Juanita. Tenía de todo, tanto altamente satisfactorio, como poco agradable pues que sufría yo un suplicio constante que tenía mucho del de Tántalo. Morse había cumplido su promesa. Me había convertido en uno de los íntimos de su hija. En Henley, en Cowes, a bordo del magnífico yate del millonario, a bordo del mio, en los espléndidos jardines de la Real Sociedad de Yates, y en otros varios puntos nos encontrábamos con mucha frecuencia. Pero todas esas entrevistas eran en lugares públicos, en los que Juanita estaba siempre rodeada de hombres.

Era la reina de la belleza del año. Sus actos eran relatados en todas las crónicas sociales con una asombrosa riqueza de detalles. Yo acostumbraba a leerlos todos, incluso los que aparecían en mi propio diario, con verdadera ira al ver mi impotencia para adelantar los acontecimientos. Algunos de esos relatos decían la verdad, otros se lanzaban por el reino de las divagaciones. Juanita vivía una existencia conocida por todo el público y una princesa real era seguramente menos abordable que ella. Por supuesto que yo empleé una serie de estratagemas y en más de una ocasión estuve cerca de cumplir mis deseos; pero el tan deseado "tete-a-tete" no llegaba jamás. No obedecía eso únicamente a la larga serie de de admiradores que siempre la rodeaba y de los que yo era uno, sino a un "misterioso poder" que siempre intervenía en el momento preciso para alejarnos. Yo estaba seguro de "esa fuerza". La anciana señora de Balmaceda, quien me acogía con una bondad encantadora y con grandes atenciones y era, simplemente, admirable en lo que se refería a la vigilancia de Juanita.

Respecto a Gedeón Morse, podía hablar con él cuando lo deseaba y nada lo impedía, pero en cuanto intentaba quedarme a solas con su hija, intervenía alguno o acontecía algo que lo evitaba.

En el mes de Agosto supe algo importante. Los Morse iban a Escocia para asistir a las cacerías del duque, como invitados distinguidos y yo me apresuré a tratar de ser incluido entre la lista de los que formarían el selecto grupo de invitados a la excursión de que hablaban todos los periódicos, pero no lo conseguí. Me tuve que conformar con ver que todas las revistas publicaron el retrato de Juanita, en la primera página, vestida con un encantador traje de caza, colocada junto al duque y luciendo una encantadora sonrisa y una escopeta. Tuve no obstante un consuelo cuando al despedirme en una ocasión de Juanita noté al estrechar su mano que ocultaba en ella un pequeño papel. Era una pequeña tira, arrollada y en ella sólo había escrita una palabra "Cerne".

Aquello, sin embargo, decía mucho. Era claro lo que quería significar cuando nos encontráramos en casa de Sir Walter Stilman llegaría al fin mi oportunidad.

Ahora hablaremos del desaparecido periodista y lo referente a su extraordinaria desaparición. Hice cuanta investigación estuvo en mi mano hacer, empleando agentes especiales y sin escatimar el dinero. Pero no pude descubrir nada. El muchacho del cabello rojo y de las salientes orejas se había evaporado. Había aparecido en mi existencia por un momento y luego se había xtinguido como se consume una vela. Había sido, ya no era. Pobre señorita Dewsbury a la que la desaparición causó un deplorable efecto, discutió conmigo el asunto infinidad de veces. Analizamos una teoría tras otra, para terminar por desecharlas todas hasta que al fin no hablamos más del asunto. Recuerdo sus palabras la última vez que discutimos al respecto. Eran proféticas aun cuando entonces no supe darles todo el valor que tenían.

—Todo lo que puedo decir es esto, Sir Thomas, es que voces que me hablan constantemente al oído me dicen que las obras de esas tres torres de Richmond Hill le oscurecen a usted el camino.

¡Pobrecilla! Estaba casi histérica entonces y no hice gran caso de sus palabras. Ningún otro diario se ocupó del asunto de Rolston. Yo cumplí la palabra que había dado a Morse, sin olvidar por ello que me había prometido él a su vez una amplia explicación para el mes de Septiembre.

Como el tren había partido ya de la estación y Arturo y Pat estaban entendidos, pude tener algunos momentos de descanso mental. Pocas horas después el gran asunto de mi existencia quedaría resuelto para siempre. Ya no habría más dudas, más incertidumbres.

Durante los tres meses anteriores Arturo y Pat me habían ayudado mucho. Obraron con tacto y bondad. Arturo, como ya he manifestado, me consiguió invitación para ir a Cerne. Ahora, después de haber viajado juntos un par de horas y cuando los canastos con el lunch estaban abiertos, Pat encendió un cigarrillo y me miró. Su enorme y morena cara tenía un gesto de gravedad y se mordía el bigote con cierto recelo. Arturo y yo lo miramos, nos miramos, y pronto me di cuenta de cuales eran sus pensamientos.

—Vamos a ver, muchachos, — exclamé.— ¿Qué hay respecto a la asociación? ¿Cómo se llama en español?

—Santa Hermandad,—respondió Arturo.

—Bueno; hemos cumplido espléndidamente el juramento y tengo que darle las gracias. He podido notar cuál ha sido su conducta para conmigo durante doce semanas.

—Eso es, doce semanas, — respondió Pat con un gesto. — Nos hemos alejado por completo de tu camino y justo es que sepamos cómo marchan las cosas.

Arturo hizo un gesto de asentimiento corroborando lo manifestado por Pat y yo me dí cuenta de la situación. Desde que los tres habíamos sido siempre como hermanos, for-

zoso era que yo explicase lo que ocurría, de conformidad con lo convenido.

—Sin entrar en mayores detalles,—dije, —voy a explicar a ustedes a qué altura me encuentro. Diré cómo calculo yo mi situación. Puedo, sin embargo, estar equivocado y ver lo que en realidad no existe.

Pensé durante un momento y elegí cuidadosamente mis palabras. Era sumamente difícil decir lo que tenía que manifestarles.

—La situación es ésta, — logre decir al fin. — Tengo motivos para suponer que no le soy indiferente. No hay nada decisivo, pero creo que puedo abrigar algunas esperanzas. Estuve muy cerca de hablarla claramente hace tres meses, pero en aquella circunstancia fuí interrumpido y no se me ha vuelto a presentar otra oportunidad. Creo que la encontraré finalmente en Cerne. De una manera o de otra, creo que dentro de veinticuatro horas podré darles a ustedes más amplias informaciones. Si fracaso, será llegado el momento de que el segundo dé comienzo a sus trabajos, y entonces me uniré al tercero en la tarea de ayudarlo.

—Yo soy el que sigue,—dijo Pat.—No lo digo porque crea que tengo probabilidades de éxito. Pero pienso que has hablado, Tom, como hombre sincero y te lo agradecemos. Arturo y yo haremos cuanto podamos en tu favor mientras quede una probabilidad de éxito... Es más. Si quieres que yo haga el amor a esa especie de dueña de caballo blanco y la quite de tu camino, Arturo puede también consultar al mismo tiempo con Morse acerca de las ventajas que puede reportarle el emplear una parte de su fortuna en la adquisición de un bosque de cocoteros. Por otra parte, Perth, que al parecer es el más serio enemigo, no estará aquí. Es un tirador pésimo, indigno de figurar en una partida de Sir Walter...

—Pero ¿y yo qué voy a hacer? — pregunté lleno de inquietud.

—El cielo me perdone — dijo Arturo.— Le he mentido a Sir Walter como mentiría el secretario de una tenebrosa empresa a una joven Lady con dos mil libras de renta. Se ha admirado de que nunca hubiera oído hablar de tí como tirador, pues él conoce todos los buenos fusiles contemporáneos, y tuve que contarle una historia sentimental acerca de tu lamentado difunto padre, que era puritano y que nunca dejó a su hijo formar parte de esas excursiones cinegéticas, porque te obligaba a quedarte en casa para jugar con él a los naipes, después de almorzar.

Yo sonreí, pero únicamente de los dientes para afuera. Mi padre había estado muy lejos de ser puritano, y temí el inevitable escándalo que tenía que seguir, a mi primera excursión cinegética.

—¡Todo irá bien, Tom! — dijo Arturo.— No tienes más que dislocarte un tobillo, o si lo prefieres yo te daré sin que me vean, un buen puntapié en la espinilla. Sir Walter no tiene más que enviar un telegrama pidiendo un buen tirador. Quedan en Londres una docena de hombres que no vacilarían en suicidarse después, con tal de asistir a esa cacería.

Luego de todo aquello, por convenio general, no hablamos más del objeto de nuestra liga. Todos nos conocíamos bien, y durante el resto del viaje hablamos generalidades.

Era una hermosa tarde de otoño, cuando nos detuvimos en la pequeña estación local y nos trasladamos al automóvil que nos estaba esperando, mientras los sirvientes recogían el equipaje y lo conducían al camión automóvil que había de marchar detrás de nosotros. Por mi parte, me sentía lo más alegre mientras recorríamos las tres millas que separaban la pequeña estación del Castillo de Cerne. El aire estaba agradablemente perfumado, el suelo tenía un tinte color oro y hasta la línea del horizonte se veía rastrojo tras rastrojo. Las grises torres de la iglesia se destacaban por encima de la copa de los árboles que rompían la monotonía de la región. Yo me sumí en un feliz ensueño pensando en Juanita, mientras Arturo y Pat iban hablando de cacerías y señalando las piezas que se levantaban en bandadas a medida que avanzaba el automóvil.

Cuando llegamos al castillo de Cerne no era aún la hora del té y todos habían salido. El mayordomo nos indicó a cada uno nuestra habitación, todas situadas en el ala sud de la bella y antigua mansión, y yo encendí un cigarrillo mientras Preston desataba y abría las valijas.

—¿Han llegado ya todos, Preston? —pregunté.

—No, Sir Thomas, según tengo entendido. El sirviente del capitan Morse, yo, y el mayordomo, estábamos tomando juntos un trago, hace un rato, cuando oí decir que la mayor parte de los invitados llegarán con el último tren, entre la hora del té y la de la comida.

—¿Y el señor Morse?

—Llegará momentos antes de la hora de la comida, Sir Thomas. Siempre viaja en tren especial.

Noté por la expresión del rostro de Preston que consideraba aquello como un "snobismo" como una inútil ostentación, y en el caso de un simple millonario yo hubiera pensado seguramente como él.

Pero Morse era así. Yo, que había estado cerca de Juanita durante tres meses en la capital, en Henley, y en Cowes, había notado que Gedeón Morse iba siempre rodeado una disimulada y singular guardia. Más aún; frecuentemente me había llamado la atención la presencia, junto a él, de un enorme individuo, un pugilista profesional irlandés-americano, como no había visto otro por su aspecto.

El té estaba servido en el gran hall de la mansión. Fuí presentado a Sir Walter, un encantador personaje, de nariz en forma de pico de halcón, recortado bigote, con resto

de cabello gris y una deliciosa sonrisa. Lady Stileman, también me saludó. Su cabello era gris, pero su figura se mantenía tan esbelta y delicada, como la de una muchacha, y muchas jovenes de la región envidiarían su fresca belleza y el encanto de su aterciopelado timbre de voz.

La casualidad me dió por compañera a una joven vivaz cuyo rostro me parecía conocer, pero cuyo nombre no me fué posible saber porque todos la llamaban simplemente "Betty".

—Sé,—me dijo después de beber su tercera taza de té y de comer el cuarto sandiwch, —que usted es de "The Evening Special". ¿No es así?

Admití que así era.

—Bien, — continuó. — Me alegro mucho de que la suerte nos haya reunido. Considerando a la prensa como ya la considero, no me he podido explicar nunca por qué razón "The Special" no se ocupa de mí.

Pensé que sería alguna actriz—aun cuando no tenía aspecto de serlo. De todas maneras, dijo:

—Verdaderamente lo siento mucho, pero yo no soy más que el director y no tengo nada que ver con la crítica de arte dramático. No obstante sírvase decirme lo que desea y en seguida haré una advertencia a mi crítico.

—¿Crítica de arte dramático? — exclamó mirándome con sorpresa.—Sir Thomas usted no sabe seguramente quién soy yo...

Me sentía verdaderamente molesto.

—Su rostro no me es desconocido, —dije.—Tengo la seguridad de que la he visto a usted en otra parte antes de ahora, pero no puedo recordar dónde. Además cuando usted me fué presentada, Lady Stileman no dijo más que su nombre familiar de "Betty".

Ella suspiró. Tendría unos diez y nueve años de edad.

—Bueno. Para ser director de un diario de Londres, está usted bastante atrasado de noticias. Me han presentado así por que soy Betty Boynton.

Entonces acudió como un relámpago a mi mente la explicación de todo.

Era la honorable Betty Boynton, la hija de lord Potersham, la joven aviadora, la más osada de las mujeres aviadoras de Europa entera, lo que había realizado el looping the loop sobre el Mont Blanc y había efectuado toda serie de arriesgadas hazañas.

—¡Claro está que la conozco a usted, señorita Boynton! Sólo que jamás esperaba encontrarla aquí. ¡Qué suerte para un periodista! Usted me va a hacer un detallado relato de todas sus aventuras.

—¿Quiere usted concederme una columna de primera página para una entrevista?

—Por supuesto. Yo mismo la escribiré.

—¿Y me publicará una fotografía grande?

—Del tamaño de media página si así lo desea.

—¡Oh! Es usted muy amable—exclamó con una entonación completamente comercial.—Un momento entonces. Yo misma escribiré la entrevista y se la entregaré antes de que partamos de aquí. Entre tanto le referiré un extraordinario vuelo que realicé ayer.

Estaba dispuesta, al parecer a cumplir su promesa y no había forma de evitarlo. Además como era muy bonita y una celebridad, en su profesión, me dispuse a oirla.

—¿Qué hizo usted ayer? — pregunté. ¿Algún looping the loop, sobre la catedral de San Pablo, o algo por el estilo?

—¡Looping the loop! — respondió. —Eso es actualmente algo muy inocente. ¡No! Salí a realizar mi acostumbrado vuelo matinal antes del desayuno y pudo ver una maravilla, algo que dejaba muy atrás a los relatos de las Mil y Una Noches.

Al oir estas palabras no pude por menos de interesarme.

—¿Usted conoce las grandes torres de telégrafo sin hilos de Richmond Hill?,—dijo.

—¡Por supuesto! Es acaso la construcción más elevada del mundo entero. Más de dos veces la altura de la Torre Eiffel. ¿No es así? Se podrá ver desde aquella altura, todo Londres.

—En un día claro, sí — asintió ella.—El resto del tiempo la parte alta queda oculta entre nubes. Aquello me tenía intrigada. Entonces olé hacia allí para ver qué había. Nuestra residencia de Norman Court se encuentra nada más que a unas quince millas más allá del Támesis. Subí en mi aparato Gnat y me elevé a mil quinientos pies, en seguida. De pronto, me ví entre un grupo de nubes que, afortunadamente, no ocuparían una extensión mayor de un millar de yardas. Quitaban una parte del sol a Londres. Serían como las siete y treinta de la mañana. Cuando salí de entre las nubes, no estaba muy segura de mi dirección; pero cuando volví al aparato hacia un punto despejado distinguí a una distancia no mayor de seis milles adelante, la punta de las torres y seguí esa dirección.

La joven encendió un cigarrillo y noté que su rostro había adquirido otra expresión. Había en sus ojos una mirada singular, como un reflejo de sus recuerdos.

—Cuando estuve cerca, Sir Thomas, distinguí lo que supongo que es el más maravilloso espectáculo que jamás he contemplado. Ustedes, los que sólo caminan por la superficie de la tierra, no podrán ver nunca lo que yo ví. Yo he volado por encima del Mont Blanc y he visto amanecer sobre el Matterhorn y el Monte Rosa, y pensé entonces que aquello era lo más maravilloso que podía contemplar un ser humano. Pero ayer por la mañana se me borró aquella impersión. Sí, en el cielo de Londres y sólo hace unas cuantas horas. Desde la parte de abajo nadie puede, realmente, ver mucho de las torres... ¿Usted no habrá conseguido ver gran cosa, verdad?

—Solamente que en la parte superior hay una serie de intrincadas construcciones que están suspendidas. Suponvo. Hay una serie

de tinglados y cosas en ese espacio artificial o por lo menos eo parece.

—¡Tinglados y cosas! Sir Thomas. A mí me pareció ver una nueva Jerusalen flotando entre las nubes. El sol de la mañana iluminaba un vasto espacio en el que no puede usted imaginarse cómo surgen por todas partes, blancas plazas, torres, cúpulas y tejados dorados que relucen como si realmente fueran de ese precioso metal. Hay allí fantásticos halls con enormes ventanas de estilo oriental, paredes cubiertas de flores que semejan jacintos y amatistas, y barandillas cubiertas, al parecer, de nácar.

"Era una ciudad. Una ciudad en las nubes, un lugar encantado que flota muy arriba, encima del humo y de la niebla de Londres, serena, majestuosamente... Le digo a usted,—y aquí su voz tembló,—que la visión impresionó mi corazón, la garganta se me apretó y sentí un cierto sabor amargo en la boca. Cuando pasé al otro lado del inmenso triángulo, — que ocupará muy bien una extensión de varias acres, — donde la ciudad está construída, distinguí, al otro lado, un gran espacio con algo que parecían ser verdes praderas. Juraría que hay árboles plantados y que una enorme fuente arroja como un torrente de diamantes líquidos.

"Estaba tan emocionada, mi impresión era tanta, que volé en línea recta durante varias millas, hasta que descendiendo a través del grupo de nubes, me encontré que estaba a la derecha de Tower Bridge.

"Pero yo deseaba volver a ver todo aquello; ascendí en espiral y retrocedí.

"Y distinguí a varias millas de distancia sobre la cumbre de las nubes blancas como si estuviesen cubiertas de nieve, las torres y cúpulas, con su encantador aspecto. Ajusté la marcha del motor para ir tan despacio como me fuese posible. Acaso usted sabe que nuestros modernos aeroplanos, con el nuevo ehlicóptero y la hélice central pueden volar a una velocidad no mucho mayor de quince millas por hora, durante una corta distancia. Bueno. Eso es lo que yo hice, y aquel sitio se me volvió a presentar en toda su belleza. Es la maravilla de las maravillas, Sir Thomas. No tengo palabras para describirla. Quise apreciar los detalles con mayor claridad aun y volé sobre las blancas pendientes de uno de los lados a no mayor distancia que la de un tiro de pistola. Entonces, en lo alto de una pequeña torre, se apareció la más extraña figura humána.

"Era un gigante de rostro amarillo, con un largo ropón de mangas perdidas. Levantó las manos a la altura de la cabeza y me amenazó. El ruido del motor me impidió oír sus palabras, pero distinguí claramente que su rostro que tenía una diabólica expresión. Solamente lo ví un momento,—terminó la joven,—pero creo que no lo olvidaré en mi vida.

Yo me había hundido de la silla, mientras ella proseguía su relato. Estaba asombrado. Nuevamente la sensación de que estaba siendo juguete de una irresistible corriente del Destino, se apoderó de mí, con exclusión de toda otra impresión.

—Pero, ¿por qué me mira de ese modo, como cansado y lleno de terror, Sir Thomas? —dijo la señorita Boyton. — Espero que no le habré molestado.

—¡Molestarme! Estaba viajando por los aires con usted, mirando esa ciudad encantada. Pero ¿qué ha hecho usted con lo que ha descubierto? ¿Ha referido a alguien lo que ha visto?

—Solamente a mi padre y a mi hermana, quienes dicen que debió ser una ilusión mía, a causa de la niebla, un espejismo en el aire a gran altura, que ha transformado en una ciudad encantada la silueta de las torres de telegrafía sin hilos. ¡Cómo si yo no estuviera acostumbrado ya a esas cosas! Total, no me ncontraba más que a dos mil pies de altura. Un simple salto.

Yo tenía que ir desarrollando mis ideas al par que ella. Las infomaciones llegaban hasta mí, en forma precipitada. Pero desde el principio, me pareció una cosa sumamente clara. Gedeón Morse me había referido todo lo menos que le fué posible. Después de reflexionar, comprendí que no me había mentido. Había admitido que estaba casi al fin de su colosal empresa. Era algo así como un palacio real en el espacio. La última palabra en cuestión de distracciones.

Sería una cosa u otra, no me interesaba en el fondo; pero sí me molestaba ignorarlo. Entonces pensé que dentro de pocas horas yo tendría mi prometida conversación con Morse y me explicaría todo, como me lo había ofgrecido. Se presentaba una oportunidad para una valiosa información en "The Evening Special".

—¡Oiga, usted, señorita Boynton! — exclamé. — Si usted quiere guardar secreto durante dos días más y luego me permite publicar el relato en mi diario, yo la pagaré a usted doscientas cincuenta libras esterlinas por el relato.

Sus ojos se abrieron enormemente, como los de un chiquillo a quien le prometen una gran caja de bombones de chocolate.

—De acuerdo,—exclamó tendiéndome una mano, que no tenía nada de fea Se la estreché, y quedó cerrado el trato.

Poco después empezaron a llegar otros huéspedes y el gran hall se llenó de gente que reía y comentaba, y de los que yo conocía a muchos. Sin embargo, no estaba en forma alguna dispuesto a mezclarme en las conversaciones ni en los chismes de sociedad, y me retiré a mi habitación, para sentarme ante un confortable fuego y fumar hasta que Preston llegó a avisarme que era hora de vestirme para ir a la mesa.

Sentía unos irresistibles deseos de preguntarle si los Morse habían llegado, pero me contuve y bajé al vasto comedor, semi lleno de gente, y miré en redor.

Lady Stileman estaba sentada junto a una de las chimeneas, hablando con la señorita Boynton, y me dirigí hacia ellas. Al parecer era aquel un excelente año para las aves,

principalmente para las perdices. Habían hecho las nidadas mucho más tarde que de costumbre. Pero las crías eran anormalmente grandes y los pollos bastante fuertes para volar. Afortunadamente, Lady Stileman llevó todo el peso de la conversación. Yo sonreía, miraba con aire de comprenderlo todo a la perfección y decía. "Eso es", de vez en cuando. Mi vista estaba fija en la puerta de entrada al comedor, que daba hacia el hall. Una vez, dos veces se abrió sólo para dar paso a personas desconocidas para mí. La tercera vez, cuando yo estaba y tenía la seguridad de ver a aquello por quien suspiraba, apareció un lacayo vistiendo una librea de color verde oscuro, que era la de la casa. Llevaba una bandeja y en ella un telegrama.

Con algunas palabras de excusa, Lady Stilleman lo abrió. Hizo una seña al lacayo, que se alejó y luego, volviendose a mí y a Betty Boynton, exclamó.

—¡Qué contrariedad! El señor Morse y su admirablemente bella hija, debían llegar ahora, como ustedes saben. Este telegrama me anuncia que negocios de la mayor importancia impiden su venida. Afortunadamente,—terminó la buena señora, — él no iba a cazar, y por eso las escopetas no notarán su ausencia. Walter se pondría furioso si ocurriese algo por el estilo.

Arturo y Pat Moore entraron en aquel instante en el comedor, y Arturo me dijo una hora después, que yo miraba como si hubiese visto un fantasma, y que mi rostro estaba tan blanco como el papel.

Una carta de Juanita

DEBO ahora, siguiendo el desarrollo de mi relato, hacer un breve resumen de lo que puedo llamar "La semana de los rumores", que precedió inmediatamente a mi desaparición y mi hundimiento en lo desconocido.

Pasé una triste y agitada velada en el castillo de Cerne y me retiré temprano a mi habitación. Arturo y Pat se reunieron allí conmigo, una hora después, y hablamos del telegrama de Morse, hasta que al fin se retiró cada uno a su habitación y yo me quedé solo.

No tenía deseos de dormir y no traté, tampoco, de meterme en la cama, aun cuando me puse, por comodidad, un traje de noche. La suspensión del viaje era inexplicable y resolví, a despecho de los planes de mi huésped, hacerme llamar a Londres por un telegrama. Tenía la convicción de que la total felicidad de mi vida estaba en juego.

A la mañana siguiente, como a las nueve, justamente cuando me estaba preparando para ir a tomar el desayuno, me entregaron un largo telegrama. Estaba escrito de acuerdo con nuestra clave, y me ví obligado a leerlo sin ella. Lo firmaba Julia Dewsbury. La síntesis del mensaje era que circulaba por Fleet Street muchos rumores acerca de las grandes torres en Richmond. El mundo de las informaciones estaba muy agitado. ¿Me era posible trasladarme a Londres, sin dilación?

Cómo partí del castillo de Cerne, es cosa que apenas recuerdo, pero lo hice, con gran asombro de mi huésped. Me trasladé a la cercana estación y tomé el tren, que me condujo a Norwich en media hora y contraté al más rápido automóvil de la ciudad, para que se condujese a Londres, a toda velocidad. Justamente después del lunch llegué a las oficinas de "The Evening Special".

Williams y la señorita Dewsbury estaban esperándome.

—El asunto hace gran ruido, — me dijo excitado el secretario de redacción, — y nosotros podremos ser los primeros en explotarlo, considerando que tenemos más definitiva y completa información, que ningún otro diario.

Me senté sin hablar, e hice una seña a la señorita Dewsbury. Su relato fué admirable. Había leído cuanto se había publicado, a fin de facilitarme un completo resumen de los hechos en el menos espacio posible de tiempo.

Habló por teléfono y la señorita Easey "Vera", nuestra cronista social, se presentó.

—He averiguado, Sir Thomas, — dijo, — que el señor Gedeon Morse ha cancelado "todos sus compromisos sociales", tanto por parte de él como de su hija. La señorita Dewsbury me ha manifestado que no era necesario puntualizar los compromisos que eran. Yo debo, sin embargo, decirle que tenían fecha hasta el primero de año y que eran de la mayor importancia.

—¿Cancelados del todo, señorita Easey?

—Definitiva y finalmente cancelados, por medio de cartas a los diversos invitantes y por un aviso enviado a todos los diarios de Londres, que lo publicarán mañana. La noticia llegó a mi casa hoy, procedente de nuestra oficina de información, para que la incluyese en las notas sociales. Ya sabe usted que esa clase de noticias son publicadas como avisos y pagadas a una guinea la línea.

—¿No han dado razón ninguna, señorita Easey?

—Ninguna, al menos en el aviso, que es tan amable como breve. Sin embargo, he logrado ver una de las cartas privadas recibida por unos de mis amigos, por Lord y Lady William Gateho se, de Banks. Está cortésmente redactada y dice que el señor y la señorita Morse se retiran, definitivamente, de la vida social, y está firmada por el secretario.

La inapreciable Julia saludó con una inclinación de cabeza y después de desearme los buenos días, se retiró.

—¡Eso es todo! — dijo Julia. —Ahora vamos a ocuparnos de las torres.

—Sí. Ocupémonos de las torres—repetí — con voz ronca.

—Como mi pobre amigo, el señor Ralston descubrió,—dijo resueltamente,—esas monstruosas moles que se levantan sobre Londres

so están destinadas a telégrafo sin hilos. Actualmente están en Richmond, la mitad de los que practican el periodismo y entre esa gente hay dos reporters nuestros. Se dice que en las inmensas plataformas que hay entre las torres han sido levantados una serie de extraordinarios y lujosos edificios. También se cree que Gedeon Morse se ha enloquecido y se ha retirado a una especie de inabordable y lujoso asilo, entre las nubes.

Llamaron a la puerta y llegó un empleado trayendo una larga tira de papel que acababa de salir de la máquina de informaciones. La tomé y leí que la Agencia Central de Noticias, informaba que la base de las torres estaba rodeada por una pared de treinta pies de altura. Los visitantes que llamaban a la puerta principal eran políticamente atendidos por Moss Mulligan,—conocido tiempo atrás como boxeador profesional,— quien se hallaba al servicio de Gedeon Morse. Los que preguntaron recibieron la respuesta de que no se facilitaba dato alguno para la publicación. Un rumor posterior que circuló en los alrededores, decía que en las torres todo el servicio era realizado por criados chinos, la mayor parte llegados a Liverpool pocos días antes. Confirmaban que las torres eran propiedad de una sola persona, de Morse, el multimillonario brasileño.

Sonó la campanilla del teléfono que estaba en mi mesa y tomé el auricular del aparato.

—¿Es usted Sir Thomas? Está hablando Carlos Danvers.

Era la voz de nuestro joven cronista parlamentario, el sobrino de un importante subsecretario.

—Sí. ¿De dónde me habla usted?

—De la Cámara de los Comunes. El señor Bloxhame, diputado por Budmouth, ha formulado una interpelación esta tarde sobre los sensacionales rumores referentes a las torres de Richmond. El secretario del ministerio de Comercio es el encargado de contestarle. Hay gran interés en el asunto y sería bueno dar una edición especial. La interpelación será como hacia las cuatro.

Despedí a cuantos estaban conmigo y me quedé solo durante un cuarto de hora para meditar. En primer lugar todo lo ocurrido me absolvía de mi promesa a Morse, quien me había engañado, se había burlado de mí. Yo había sido como una criatura entre sus manos. No era aquel momento para pensar en mis asuntos privados. Mi inmediata obligación era hacer un relato tan amplio y completo que ningún diario de la tarde, ni aún los de la mañana siguiente pudieran superarlo. Mi esperanza era vencer a todos mis rivales. Después de todo, no había hasta el presente sino rumores encontrados. La situación podía cambiar en el plazo de dos horas, pero hasta aquel momento yo tenía la seguridad de que conocía del asunto más que nadie en los círculos informativos. Afilé los dientes y resolví clavárselos firmemente en el cuello al viejo Morse.

El excelente Williams con ayuda de los jefes de sección, había preparado un sumario de cuanto decía, se murmuraba y se telegrafiaba de todas las Agencias. Esto fué enviado, compuesto, estereotipado y pronto para entrar en máquina.

En menos de una hora tuvimos en la calle una edición extraordinaria, y durante esa hora estuve en mi escritorio dictando a la señorita Dewsbury y a otros dos taquígrafas. Redacté todo lo relativo a la excursión de la señorita Betty Boynton. Recordaba sus palabras de la noche antes y las trasladé al papel en forma de una entrevista que hubiera satisfecho a la más exigente muchacha ansiosa de publicidad. Incidentalmente envié a un hombre del cuerpo de comisionistas al castillo de Cerne, en un rápido automóvil con un sobre con billetes de banco por valor de doscientas cincuenta libras esterlinas e instrucciones para que se detuviera en Regent Street y comprase la mejor caja de bombones que hubiera en Londres. Recuerdo que la factura me fué enviada algunos días después y aun cuando cueste trabajo creerlo, ascendía a diez y siete libras esterlinas y diez chelines.

A las cuatro de la tarde mientras la cuestión se discutía en la Cámara de los Comunes y todos los demás diarios estaban esperando el resultado para lanzar ediciones especiales, mi "Extra Special" circulaba por todo Londres, con "La primera descripción auténtica de la Ciudad en Las Nubes".

—Es usted, verdaderamente admirable, Sir Thomas,—dijo la señorita Dewsbury, quitándose los anteojos de carey limpiándose los ojos con un pañuelo, no muy blanco. —Pero, ¿dónde está Guillermo Rolston?

—Mi estimada señorita, — respondí.—Por lo que sé del señor Rolston, tengo la seguridad de que está sano y salvo. No solamente eso, sino que tengo la convicción de que dentro de poco volveremos a oir hablar de él.

—¿Cree usted realmente eso, Sir Thomas? —Y sus ojos aunque ocultos a medias por los lentes tuvieron una mirada de verdaderos ojos fascinadores.

—No es que lo crea, es que lo "sé". Señorita Dewsbury, — y por no sé qué razones no pude resistir a la tentación de una confidencia. — Este asunto, todo esto, me atañe particularmente en una forma de la que no puede usted darse idea. Usted dijo que la sombra de las torres oscurece mi camino y al decir eso estaba usted, más de lo que supone, en lo cierto. Bueno, basta. Pienso que hemos dado un buen golpe en Fleet Street esta tarde. Bien. Pero hay algo durante esta momentánea sensación, que no deseo olvidar, mientras no esté debidamente encauzado. Esto, de usted para mí, y no como asunto de oficina... Pero, — y al decir esto coloqué la mano sobre su delgado brazo, — si puedo conseguirlo de algún modo,

usted tendrá pronto de vuelta a su estimado Guillermo Rolston.

Ella se volvió y fué hacia la ventana. Entonces dijo algo que me causó verdadero asombro.

—¡Si al menos pudiera yo hacer algo por usted y su Juanita!

—¡Cómo! — exclamé. — ¿Qué significa?

En aquel momento llegó un ordenanza con un telegrama.

—Dirigido a usted, Sir Thomas, y marcado "personal", — dijo ella.

Lo tomé y lo abrí. Era de Pat Moore. Decía así:

"Extraordinario joven nos siguió en la cacería preguntando por tí. Tendrá 16 años. Misterioso aspecto mefistofélico. Cuestión cincuenta libras obtendrá de tí al entregar carta. Le dí tu dirección y partió para Londres".

No encontré cabeza ni pies al telegrama de Pat y lo coloqué sobre la mesa para descifrarlo más adelante, cuando Williams entró con unas cuartillas de papel.

—Danvers, acaba de telefonear esto, — dijo. — Y ya he enviado la noticia para que la compongan.

Comencé a leer.

—Bloxhame interrogó al secretario de Comercio, quien respondió que era perfectamente cierto que las torres habían sido construídas por orden de Gedeon Morse, y eran de su propiedad. Morse hizo un convenio con el gobierno, comprometiéndose a no utilizar las torres para telégrafo sin hilos o para cualquier otro asunto que no fuera de carácter privado. Parece ser su intención la de vivir en las plataformas de arriba. A su muerte, la total propiedad pasará a poder del gobierno, que la empleará para usos de radiotelegrafía o para establecer la principal estación aérea entre Inglaterra y el Continente. Los aeroplanos cuando desaparezcan algunos de los edificios construídos, podrán partir y aterrizar en gran número sobre las plataformas. Lo gastado en esta construcción desde el principio al fin, asciende, según los cálculos del Departamento de Comercio, a tres millones de libras esterlinas. La impresión de la Cámara, ante este donativo magnífico a la Nación,—quien se calcula lo poseerá dentro de unos veinte años, — ha sido amistosa y satisfactoria. En respuesta a una pregunta del comandante Crossmann, miembro del Parlamento, por Rodwell, el Presidente del Contralor Aéreo, anuncia que han sido dadas órdenes estrictas para que los aeroplanos no vuelen alrededor de las torres ni que en forma alguna molesten al acutal propietario. La Cámara se ha divertido e interesado grandemente con estas novelescas imformaciones.

Williams salió para lanzar a la calle otra edición especial, y volví a quedarme solo. Ahora que el secreto estaba revelado, me convenía de que todo ello era obra de un desequilibrado. Había en el asunto puntos que para mí eran inexplicables. No cabía la menor duda de que Gedeon Morse había decepcionado a la sociedad londinense, que lo había tratado con extrema bondad y en forma que nunca debió olvidar. Aquello no era, seguramente, la acción de un hombre sano. De haber deseado construirse un encantado lugar de placer donde retirarse cuando lo desease, un hombre en su sano juicio hubiera hecho las cosas de otra manera. Seguramente, y esto no era sino una amarga satisfacción para mí, había arruinado todas las probabilidades que tenía su hija de celebrar un buen casamiento, — por lo menos durante un largo plazo. — Comprendí que el secreto le había sido necesario, aun cuando lo había llevado a un grado extremo. ¿Pero por qué me había engañado, fingiéndome tanta amistad? ¿Acaso había dudado de mi palabra?

Yo estaba furioso, pensando en la forma en que me había engañado. También me sentía más alarmado que iracundo, cuando pensaba en Juanita. ¿Formaba ella parte del complot? ¿Accedía a ser alejada de ese modo de cuanto podía constituir para una joven la alegría y la felicidad? ¿Qué había en el fondo de todo aquello?

Lo único que me restaba hacer, era considerar que estaba muy por encima de mis colegas en cuestión de informaciones al respecto, y privadamente esperar los acontecimientos y ver la forma de resolverlo todo en forma definitiva. Durante los días que siguieron, y acaso durante varias semanas, los más agudos pensadores de Inglaterra procuraron resolver aquel intrincado problema, para saber si había en él algo más que el gesto de un extraordinario egoísta, que así había burlado al mundo entero.

De repente me sentí enfermo. Dí algunas instrucciones y abandoné mi oficina, para dirigirme a Piccadilly y meterme en la cama.

Serían como las ocho cuando Preston me despertó. Tomé el baño, me vestí y estaba disponiendo lo qué iba a haser el resto del día, cuando se presentó Preston y me dijo que un muchacho deseaba verme. No había querido en forma alguna dar su nombre, ni decir lo qué deseaba; pero el asunto parecía ser muy serio. Recordé el misterioso telegrama de Pat, que hasta entonces había olvidado por completo, y no sin cierta emoción, ordené que hiciese pasar el singular visitante.

Poco después entraba en la habitación haciendo reverencias, un muchacho de unos diez y seis años, de buena presencia y correctamente vestido de negro.

—¿Quién es usted y qué desea? — le pregunté.

Parecía un poco nervioso y sus ojos brillaban singularmente.

—¿Es usted Sir Thomas Kirby?

—Sí, yo soy. ¿Qué quiere? Pero ante todo, ¿Viene de Norfolk en busca mía?

—Sí, señor. He perdido todo el día, pero afortunadamente lo he encontrado y conste que he procurado hacerlo lo más pronto que me ha sido posible. Un señor que estaba en el castillo de Cerne me dió su dirección.

—¿Y cómo sabía que yo estaba en el castillo de Cerne?

—Porque lo dice el sobre...

—¿Qué sobre?

—El de una carta que tengo que entregar personalmente a usted con orden de no dejarla ver ni entregarla en manos de ninguna otra persona, ni aun de su sirviente.—Tomó aliento y continuó. — La señorita me dijo que usted seguramente no vacilaría en entregarme cincuenta libras esterlinas, si yo hacía exactamente lo que ella me había ordenado y además no decía de ello ni una palabra a nadie.

Lo comprendí todo en seguida. La sangre se me encendió y circuló aceleradamente por mis venas, cuando alargué la mano temblando de impaciencia, mientras el joven realizaba una complicada operación y medio se desvestía para sacar un envoltorio de papel de un color pardo que llevaba oculto entre el forro del saco.

—¿Quién es usted? — le pregunté mientras se estaba desabrochando.

—James Smith, Sir, uno de los mensajeros del Regal Hotel.

Saqué los papeles con que había envuelto la carta, para que no se manchase, el precavido joven. Estaba realmente dirigida a mí con una correcta escritura de carácter italiano, que yo conocía por haberla visto una vez en la palabra "Cerne".

Afortunadamente yo tenía suficiente dinero en casa y no fué necesario que diese al excelente James Smith, un cheque.

Al recibir los billetes, saltó como un muñeco, lleno de alegría.

—Y recuerde que no tiene que decir ni una palabra a nadie.

—¡Oh! Le doy mi palabra de honor,—respondió haciendo un saludo.

—¿Y qué piensa hacer con ese dinero, Smith?—le pregunté.

—¡Oh señor! Espero dentro de muy poco ser yo director de un hotel.

Le dejé ir deseándole que sus deseos se cumpliesen lo antes posible.

Abrí la carta y leí en ella lo siguiente:

" ¡Adiós! Supongo que no nos volveremos " a ver. Me veo obligada a retirarme del " mundo, del amor, de usted.

" No puedo explicarme, pero el temor me " acompaña día y noche. ¡Oh amor mío, si " pudiera salvarme, lo haría, estoy segura " de ello, pero es imposible y por eso, ¡adiós! " Si no tuviese la seguridad de que no vol- " veremos a vernos no hubiera escrito, co- " mo lo he hecho, ni hubiera firmado como " firmo ahora,—su Juanita".

Coloqué la carta cuidadosamente en el bolsillo interior del saco, luego, por primera vez en mi vida, me desmayé.

Preston me encontró pocos minutos después y me atendió hasta que recobré los sentidos. Luego, viendo que no había descansado ni había comido desde hacía muchas horas, me cuidó como un padre, y me dió reconfortante hasta que me sentí bien y volví a ser el hombre que era días antes.

Al siguiente día pude comprobar personalmente que todo iba bien en la oficina y salí a vagar por las calles de Londres. Pienso en el oscuro propósito que guiaba mis pasos y que había ya nacido en mi mente. Deseaba estar solo, lejos de los lugares que visitaba diariamente y lo conseguí con extraordinario éxito. Viajé por los trenes subterráneos y por todas partes oí que la gente se ocupaba con preferencia de Gedeón Morse y que el asunto era conocido como "La Ciudad en las Nubes". Los diarios anunciaban que miles de personas habían acampado en el Parque de Richmond y que pasaban el tiempo mirando hacia arriba sin ver nada a causa del velo de niebla que envolvía la parte superior de las torres. Parecía ser que los propietarios de telescopios y lentes de larga vista estaban haciendo un buen negocio alquilándolos a tres peniques la mirada. Pero la puerta que había en la alta pared que, como la de una prisión, rodeaba las torres no se abría nunca. Empecé a creer que probablemente, nada nuevo, nada seguro, se conocería por el momento. La sensacional información seguiría naturalmente su curso. Se compusieron canciones y se escribieron escenas para las revistas teatrales. El "Punch" publicó una caricatura, pintando "La Ciudad de las Nubes", como un lugar delicioso para ocultarse y descubrirlo todo desde la altura. Otros diarios se llenaron de bellas fingidas historias, de naturaleza romántica respecto a la joven a quien yo amaba; su nombre fué pretexto para miles de bromas de otros tantos seres vulgares. Luego, poco a poco, el entusiasmo se fué enfriando.

Todo esto que para un experimentado periodista hubiera sido suficiente, no me bastó, ya que, probablemente, conocía del asunto más que nadie en Londres, y me resolví firmemente a utilizar todas mis fuerzas hasta conocer todo lo demás.

Me encontré, sin saber cómo, en Kensington. Había un ómnibus automóvil en el camino de Whitechapel, y subí en él.

—¿Sabes Guillermo — preguntó un rapazuelo a un compinche suyo,—por qué vive Juanita en el cielo?

—No. ¿Por qué?

—Porque es un angel.

—Lo único que digo,—manifestó un hombre de mirada triste, que lucía un enorme bigote que apenas conseguía dejar ver su diforme boca,—es esto. Si el señor Morse elige para vivir esa clase de vivienda y tiene suficiente dinero para darse ese gusto, ¿por qué no le dejan tranquilo que haga lo que desea? La libertad individual es una prerrogativa de la vida en Inglaterra y supongo que el señor Morse estará furioso con todo lo que dicen de él, y lo debe conocer ya, por que yo sé de buena fuente que un número

de la edición extraordinaria de "The Evening Special", le fué remitido tan pronto como apareció.

¡Palabras, palabras y palabras! Por todas partes conversaciones necias, sin sentido que oí como quien oye llover.

Sin embargo, rápido y firme se manifestó mi propósito.

Me encontraba en el camino de Whitechapel y como sintiera hambre, penetré en un oscuro y pequeño restaurant, que estaba dividido en cuartos reservados. El mantel de la mesa era un usado hule y la concurrencia era en su mayor parte de modestos empleados. Recuerdo que por nueve peniques me dieron un bife y un sabroso pudding, como jamás lo había comido. Cuando salí, me encontré a mi vecino del ómnibus que tan elocuentemente había hablado de libertades, el que caminaba por un pequeño saco negro, como si no llevara un rumbo determinado. Hice detener un automóvil de alquiler que pasaba por el lado opuesto al London Hospital, y dí orden al chauffeur que se dirigiese, lentamente, hacia el Oeste.

Así lo hizo y cuando llegamos a la avenida de la orilla del Támesis, la puesta de sol alumbraba poéticamente el lugar. Pensando en un agradable paseo desde Blackfriars hasta Westminster, despedí al conductor del vehículo y eché a andar.

Sentía una desazón, un inexplicable desasosiego y me dirigí aceleradamente hacia el Oeste, hacia el lado izquierdo del Parlamento, cuando noté la presencia de tres tipos, parados y firmes como la columna de una farola. Al llegar al obelisco que llaman la Aguja de Cleopatra, sentí necesidad de fumar y me paré para encender otro cigarrillo.

En aquel momento había muy poca gente, aun cuando el tráfico de vehículos era el usual. Encendí el cigarrillo, guardé la cigarrera en el bolsillo posterior del pantalón y me ponía otra vez en marcha, cuando oí que alguien me seguía.

Me volví a medias y ví al hombre del enorme bigote. Entonces me dí realmente cuenta por primera vez, de que era seguido y lo había sido, probablemente, durante todo mi paseo.

Como ya he dicho, no había persona alguna cerca de nosotros y por ello me volví rápidamente hacia el hombre aquel, que tenía cara de conejo y le interrogué.

—¿Usted me está siguiendo? ¿Por qué? Retírese o le obligaré yo a hacerlo.

—¡No podrá! — exclamó. — Este es un país libre. La libertad es mi prerrogativa como es la de usted, Sir Thomas Kirby. ¿He hecho yo algo que pueda molestarle?...

—No, en verdad, — dije. — Y encogiéndome de hombros añadí: — Pero usted me viene siguiendo.

Su actitud cambió inmediatamente.

—Lo sigo desde que salió usted de Piccadilly, Sir Thomas, esperando una ocasión propicia. Soy de profesión un agente privado de investigaciones, aun cuando esta tarea de seguirle a usted no tiene nada que hacer con la oficina que utiliza mis servicios. Tengo un joven amigo en mi casa, quien ha vuelto a ella de una manera misteriosa después de haberlo perdido de vista hace varias semanas. El me ha dicho que irá usted a verlo, si yo lograba hallarlo a usted a solas y hablarlo. Sus instrucciones eran que lo siguiese hasta encontrar una oportunidad, y yo me he convencido de que no lo seguía a usted nadie más que yo. Creo que todo está bien.

Se aproximó y acercando la cabeza a mi cara, al extremo de que sentí el calor de su aliento en la mejilla, añadió:

—Es el señor Guillermo Rolston, Sir Thomas. No soy su confidente, aun cuando admiro mucho sus habilidades y le he predicho un gran porvenir. El está, como yo, en la desgracia, y yo estoy haciendo por él cuanto puedo. Pero ha llegado el día en que no hay trabajo alguno para mí en la oficina.

—Pero... ¿Por qué no me ha hablado esta mañana y me ha estado siguiendo todo el día?

El sacudió la cabeza.

—Porque no debía hacerlo. Las instrucciones del señor Rolston no eran esas y él ha de tener sus razones, aunque yo las ignoro. Yo he rendido culto a su talento y tengo la seguridad de que algún día, cuando triunfe, me pagará este servicio.

—¡Pagarle a usted, imbécil!—Lo hubiera agarrado por el cuello y lo hubiera ahogado.

—El señor Rolston sabe muy bien que puede ordenar el pago de todo el dinero que quiera. Forma parte de mi personal superior.

Los dos íbamos junto camino de Westminster.

—Eso será así, pero él no tiene ni un penique.

—¿Dónde vive usted? — pregunté con impaciencia.

—Cerca del lugar donde usted almorzó, Sir Thomas. Quince, Imperial Mansions, Royal Road, Stepney.

—Es una magnífica dirección, — exclamé mientras levantaba mi bastón para hacerle señas a un automóvil de alquiler que pasaba.

—Es un grupo de casas para trabajadores, —respondió con tristeza. — Está en las cercanías del barrio chino, lo que lo hace aún menos habitable. Pero la casa de un inglés es un castillo donde él está, y tiene la prerrogativa de llamar a las cosas como quiere.

Marchábamos aceleradamente, y media hora después yo subía una interminable escalera hasta llegar a una puerta situada en la parte más elevada de Imperial Mansions, donde mi guía, — que durante el viaje se me había presentado como Herberto Sliddim, —me anunció que era su casa. En una modestísima habitación pobremente amueblada, sentado en un viejo sofá, ví la curiosa figura del hombre a quien había conocido algunos meses antes. Estaba tan mal vestido como un mendigo. Su rostro estaba pálido y demacrado, lo que le daba el aspecto de ser

más viejo que lo que yo había supuesto. Pero sus orejas sobresalían como siempre, y sus ojos no estaban velados.

—¡Hola! — exclamé. —Cuánto me alegra verle a usted, señor Rolston. Aun cuando ha dejado usted de concurrir a la oficina durante un largo tiempo, su sueldo se ha ido acumulando...

Su mano temblaba, cuando estrechó la mía.

—Oh, Sir Thomas, — dijo. — ¿Usted considera realmente que sigo formando parte de su personal?

—Claro está que sí, muchacho

Luego me volví hacia el señor Sliddim, a quien dije:

—Quisiera conversar un momento con el señor Rolston...

—Perfectamente, — respondió. — Me iré al patio y esperaré.

—De ninguna manera, señor Sliddim. ¿Por qué no se va a dar una vuelta por ahí?

Lo conduje al corredor que servía de hall, coloqué en su mano un par de libras esterlinas, y tuve en seguida la satisfacción de ver que mi hombre partía escaleras abajo con la ligereza de un antílope.

—Perfectamente, — dijo Rolston. — Ahora va a beber. Es la debilidad del pobre. De esa manera es feliz.

Me senté, alargué mi cigarrera a Rolston y esperé a que comenzase su relato.

—Me encontraba acostado, en la casa, Sir Thomas, cuando su sirviente llegó y me dijo que fuese en seguida a las oficinas del "Evening Special".

—Sí. Ya sé eso; siga adelante.

—Me vestí tan rápidamente como pude, bajé corriendo las escaleras y salté al interior del vehículo que me esperaba junto a la puerta de la calle. La portezuela se cerró y nos pusimos en marcha. El motor debía estar en movimiento, porque partimos ligeros como el rayo. Había alguien sentado al lado mío, porque una mano me tapó la boca y un brazo me rodeó el cuerpo. Al mismo tiempo me oprimieron fuertemente con el dedo pulgar uno de los nervios de detrás de la oreja. Es un golpe asiático, y lo habían realizado apenas cuando me aplicaron a las narices y la boca un pañuelo empapado en algo que tenía un olor penetrante y que me hizo perder los sentidos.

"Cuando los recobré me dí cuenta de que estaba en una habitación grande, iluminada por una luz fuerte que penetraba por el techo. Había allí una cama, una mesa, una silla y varios otros objetos. Pero yo no tenía la menor idea de dónde pudiera encontrarme. Me dolía la cabeza y tenía el cuerpo todo magullado. Bebí un vaso de agua, me tendí sobre la cama y me dormí. Cuando volví a despertarme, ví que estaba sentado junto a mí, un afable chino, que hablaba bastante bien el inglés.

"—Usted debe, — me dijo, — permanecer aquí durante un tiempo. Es una molesta necesidad, pero así es.

"Oía yo, por todas partes, ruidos que me eran familiares y en un instante me dí cuenta de lo que había ocurrido. Había sido llevado al lugar de los trabajos, a la base de las Tres Torres.

—Todo eso concuerda muy bien con lo que yo sé, Rolston. Ya se lo explicaré a usted dentro de un minuto, pero primeramente deseo conocer toda su historia.

—Perfectamente, Sir Thomas. Durante tres meses he estado prisionero en Richmond. No me han tratado en forma alguna mal. He tenido cuanto deseaba para comer y beber, así como algunos libros, tabaco y un baño... de todo, menos periódicos que me han sido enérgicamente negados. No he estado obligado a permanecer absolutamente en mi prisión. Podía pasear y salir a hacer ejercicio por los dominios cerrados por una elevada pared, como de treinta pies de altura. Pero no podía, en forma alguna, ver lo que ocurría al otro lado. Siempre iba acompañado de un enorme chino con un grueso bastón. Un hombre que sólo hablaba algunas palabras en inglés. Ahora, Sir Thomas, sírvase recordar bien esto: "desde el primero hasta el último, ninguno de mis carceleros sabe que yo hablo o entiendo el chino". Y ninguno sabe, o sospecha que yo he estado antes entre los trabajadores a fin de adquirir las informaciones que luego facilité a usted. Yo he comprendido el valor de todo eso al momento.

—Ha sido una suerte para usted, Rolston. Ahora, sírvase continuar.

—Muy bien, Sir Thomas. Yo mantuve mis oídos y mis ojos bien abiertos y así conocí muchas cosas. Todo estaba siendo preparado con tal febril actividad, que los que de fuera no podían tener idea. Noté que al pie de las torres, en el parque en miniatura que encierra la alta pared, se construían magníficos jardines. Existen enormes invernáculos que deben haber sido hechos cuando las torres tendrían sólo unos cientos de pies de altura, en ellos hay plantas y flores de maravillosa rareza. Durante mis paseos he visto granjas en miniatura, donde se crían aves, de acuerdo con los métodos más modernos; hay una lechería con cuatro o cinco vacas. Esa parte del terreno cercado tiene un aspecto rural.

—¿Habrá usted hecho preguntas?

—Sí. Del mas inocente carácter que era posible. Pero obtuve de mis captores sólo las indispensables y lacónicas respuestas. El chino es el hombre más reservado del mundo. Pero, en cambio, "he oido" lo que hablaban entre ellos y he quedado admirado de la sorprendente y previsora organización que reina allí desde el comienzo de los trabajos. Todo se efectúa con asombrosa precisión y de la forma que le referí a usted en las oficinas del "Special". Es lo que había calculado el señor Morse. Un pequeño mundo privado, que le pertenece, y que vive por completo independiente del que hay al otro lado de las paredes.

—¿Y respecto a las torres?

—Me sería preciso hablar durante horas

enteras para explicarlo. Una cuarta parte del recinto comprendido dentro de la muralla está ocupada por una instalación eléctrica en nada inferior a cualquier otra del mundo. Los grandes ascensores que funcionan en las torres están movidos por la electricidad. Los servicios de cocina, limpieza y luz artificial, todos son eléctricos. El lugar donde yo estaba instalado se encontraba como a un cuarto de milla de la sección de ingeniería y noté que se trabajaba con extraordinaria actividad día y noche. Descubrí que los planos de las armazones de acero procedían de Norte América y que todo un ejército de pintores y decoradores trabajaba sin descanso. Furgones llenos de adornos de estilo Oriental de incalculable valor llegaban de todas partes del mundo, lo mismo que plantas y flores raras. Sir Thomas, parecía como si una legión de buscadores de maravillas estuviese recorriendo el Universo para adquirir y amontonar allí todo. No cesaban de llegar, y perdí la cuenta de los días que viví así en una especie de ensueño, admirablemente tratado, viendo gran número de cosas secretas y a veces,—efecto de ello,—aún deseando que no llegase el momento de volver al mundo real.

—Lo comprendo bien todo, Rolston. Cada palabra suya es del mayor interés para m..

—Voy acercándome a los hechos inmediatos. Luego podrá usted preguntarme todos los detalles que desee. Hace pocos días, todo adquirió un sorprendente impulso. Luego, una noche, se notó mayor movimiento. A la mañana siguiente supe que el señor Morse y su familia habían llegado y que estaban instalados ya en la parte superior de las torres. Después supe que eso había ocurrido el día diez de Septiembre.

—¡El diez!—exclamé.

—Sí, Sir Thomas. El diez. Al siguiente día, ya avanzada la tarde, cuando se estaba ocultando el sol, entraron en mi habitación dos chinos me colocaron un pañuelo sobre los ojos y me sacaron fuera. Fuí colocado en uno de los pequeños ferrocarriles eléctricos —coches abiertos que circulan en todas direcciones dentro del cercado—y me llevaron a la base de las torres.

"No pude saber cuál de las tres torres era, pero me introdujeron en un ascensor y comenzó una lenta e interminable subida. Comprendí que me hallaba en uno de los grandes elevadores de carga, que empleó mucho tiempo en subir la media milla hasta la parte alta. No se trataba de los otros ascensores rápidos que conducen a los pasajeros de un piso a otro y que llegan a su término en un tiempo, relativamente corto.

"Cuando el ascensor se detuvo me quitaron el pañuelo y me encontré en un recinto pintado de blanco, de grandes dimensiones y que al parecer era un depósito. Había allí fardos de género, grandes cajas y barriles, en crecida cantidad.

"Los hombres que me habían conducido hasta allí, eran dos corpulentos chinos trabajadores de Hong Kong. Se abrió una puerta y apareció otro chino, de distinta especie, que me tomó por un brazo.

"Ya ve usted Sir Thomas—explicó.— Para la generalidad de los ingleses todos los chinos son lo mismo, pero mi experiencia de las cosas de Oriente me hace distinguirlos en seguida.

"El recién llegado, era de una clase muy superior, y me condujo fuera del almacén, a través de un puente de acero labrado, hasta una pequeña rotonda. Cuando cruzábamos por allí, tuve una ligera visión de Londres, lejos, muy lejos, allá abajo. El Támesis era como una estrecha cinta plateada. Lo demás unas manchas grises, verdes o de color marrón.

"Penetramos en una pequeña cúpula y un reducido ascensor nos llevó con la rapidez de una bala hasta que nos detuvimos de repente y comprendí que habíamos llegado a la más elevada plataforma.

"Pero no me fué posible ver nada por que en seguida penetramos en un largo corredor iluminado con luz eléctrica y cuyo piso cubría una mullida alfombra. Pudiera haberse creído que nos hallábamos en uno de los más lujosos hoteles de la ciudad.

"Mi guía, que llevaba lentes, un traje de alpaca color azul oscuro y cuyo rostro se animaba con una encantadora sonrisa, se detuvo ante una puerta, llamó y me hizo pasar.

"Me encontré en una confortable habitación de considerable tamaño. Era una biblioteca. Las paredes estaban cubiertas por estanterías de caoba en las que había una asombrosa cantidad de libros. Una alfombra turca cubría el piso y se veían allí tres mesas escritorio. El señor Gedeon Morse, de quien había oído hablar en muchas ocasiones, pero a quien no conocía más que por haberlo visto en una ocasión paseando por Hyde Park, estaba sentado fumando un cigarro.

"Hubiera podido creer que me encontraba en la biblioteca de cualquier palacio construído sobre tierra firme, a excepción de dos cosas. Porque la habitación no tenía ventanas y porque estaba iluminada desde arriba, como si fuese un billar, por medio de grandes globos de cristales. Pero la luz aquella no era como ninguna de las que yo había visto antes. Alumbraba hasta el menor detalle de los objetos que había en la habitación—era una luz que no se asemejaba ni a la de la tierra ni del mar. Eso contribuyó en gran parte a darme la noción del lugar en que me encontraba a dos mil trescientos pies de altura a solas con Gedeon Morse, quien me había arrancado a la sociedad hacía tres meses.

—Me figuro su estado, señor Rolston. ¿Y qué impresión le produjo a usted el señor Morse?

—Durante un momento me sentí cohibido,

Comprendía que me hallaba en presencia de un superhombre. Todo cuanto yo había oído respecto a él, todas las leyendas con que su nombre iba rodeado, el hecho de su estupenda ciudad en las nubes en que yo me hallaba, la forma en que se había apoderado de mí para hacerme su prisionero, todo eso combinado me causaba asombro y temor.

—Me lo explico. Adelante.

—Noté otras dos cosas. Es decir, creo que no me equivoco en mis juicios. Una de ellas fué que el estado mental de ese hombre no era muy satisfactorio. La otra, que si algún ser humano vive y se mueve como si estuviese dominado por un terror mortal, Gedeon Morse es ese.

"Sus palabras sonaron en aquella habitación apartada con una fuerza de profecía. Fué como si una luz brillante hubiese llegado a inundar de resplandores mi alma.

—¿Qué le dijo a usted, Rolston?

—Al hablarme era la suavidad y la dulzura personificadas. Me dijo que lamentaba inmensamente la necesidad que había tenido de tenerme asegurado durante tanto tiempo. "Pero, por supuesto, — añadió—tengo el propósito de recompensárselo. Es usted, señor Rolston, un hombre joven que comienza ahora su carrera. Un pequeño capital puede influir mucho en facilitar esos comienzos y yo puedo facilitárselo. Así pues quedamos de acuerdo en que usted dejará Richmond esta tarde con un pequeño consuelo de quinientas libras." "Mil me convendrían más" —respondí. "Perfectamente. Vaya por las mil." "Por supuesto que sin compromiso, señor Morse." "Haga el favor de explicarse." "Usted me ha secuestrado. Ha cometido con ello una falta a las leyes de Inglaterra, ofensa criminal que debe usted pagar. Acaso usted no piensa que aún cuando construya casas, a una altura tan grande que casi toque a la luna, la justicia británica, lo alcanzará al fin."

"El sacudió la cabeza amargamente.

—"Muchacho,—dijo. — Es usted vivo, es original, me gusta. Pero es fuerza tener el sentido de lo justo y recordar que en esta ocasión no tiene la facultad de elegir. Yo le entregaré el dinero a condición de renunciar usted a toda acción contra mí... De lo contrario...

"—De lo contrario, qué?

"—Que se quedará aquí... Eso es todo. No será tratado mal. Tendrá libros, lo que desee, le daré el cargo de bibliotecario si le parece bien; pero, no volverá a ver el mundo exterior.

"—¿Puedo tomarme algunas horas para resolver?

"—Un mes, si lo considera oportuno,—respondió tocando el timbre.

"El mismo joven y amable chino me condujo fuera de la biblioteca hasta el almacén, a donde llegaba el ascensor grande. Fuí vendado de nuevo y volví a descender.

"Allí me encontré a un hombre a quien había visto dos o tres veces durante los últimos tres días; era un gigante de unos siete pies de altura, con unos brazos como los de un gorila. Un hombre llamado Boss Mulligan — según me enteré por la conversación de mis jóvenes amigos chinos, — quien había llegado para hacerse cargo de la vigilancia de las Torres, una especie de jefe de policía y de seguridad.

"—Joven,—me dijo.—¿Ve aquel pabellón?

"Y señaló a un edificio de reducidas dimensiones, que se levantaba al pie de una de las torres.

"—Bueno. Allí tengo instalada provisionalmente mi oficina. Usted dentro de una hora o dos viene a verme y me dice lo que ha pensado responder a la propuesta del patrón.

"—Lo voy a pensar, — respondí.

"—Sea práctico, ¡loco!

"Empezaba a anochecer. Me hallaba en la parte nueva del parque, y podía caminar por ella sin llevar al chino vigilante pisándome los talones y eché a andar para que se me despejara la cabeza. Estuve paseando durante una hora y pienso que la aproveché lo mejor que me fué posible. Crucé a lo largo, siguiendo la sombra de las torres, ví parterres, lagos artificiales, glorietas, rosedales, etcétera, hasta que no corrí el riesgo de encontrarme con el señor Mulligan.

"Para abreviar, Sir Thomas, diré que llegué a un ángulo de la alta pared circundante, que en aquel punto tiene treinta pies de altura. Habían estado componiendo la parte superior, y los obreros se habían dejado allí una escalera, cucharas y llanas, y un trozo de cuerda con un gancho para subir a lo alto del andamio los baldes. Subí por la escalera, tomé la cuerda, la sujeté, me deslicé del otro lado y un cuarto de hora después me encontraba en la estación de Richmond. No pensé en ir a mi domicilio anterior, porque tenía la seguridad de que mandarían alguien en mi persecución. Pensé en mi viejo amigo Sliddim, me encaminé a Whitechapel gastando mi último penique, y aquí estoy.

—¿Dispuesto a seguir formando parte del personal de mi diario?

—Si a usted le parece, Sir Thomas.

—¿Dispuesto... a todo?

—¡A todo!

—Bien. Entonces vamos a Piccadilly, y si vuelven en su busca, estaremos prevenidos.

La tercera parte de esta misteriosa serie, aparecerá en el número de "Pucky" que se pondrá en venta el viernes 3 de marzo de 1922.

CONSEJOS PARA EL HOGAR

RECETAS E INDICACIONES CURIOSAS Y DE VERDADERA UTILIDAD PRACTICA

COSAS QUE CONVIENE RECORDAR

Con los viejos sombreros de fieltro, debidamente cortados, se hacen excelentes plantillas para las zapatillas de andar por casa.

✣ ✣ ✣

Las ropas de los niños pueden transformarse en no inflamables enjuagándolas en agua de alumbre, disolviendo treinta gramos de alumbre en dos litros de agua.

✣ ✣ ✣

Cuando se machacan almendras es bueno agregar un poco de agua o de agua de azahar o de rosas, para evitar que se pongan aceitosas.

✣ ✣ ✣

Antes de moler el café pónganlo un momento al fuego en una sartén y sáquenlo cuando esté caliente, moliéndolo en seguida. El café saldrá mucho más aromático.

✣ ✣ ✣

La cebolla debe cocerse siempre en agua que tenga sal, pues de otro modo pierde todo su sabor.

✣ ✣ ✣

Cuidado de las medias.—

Para que las ligas del corsé no rompan las medias, lo que sucede a menudo, especialmente si éstas son finas, de hilo o de seda, se harán cerca del borde de la media a distancias convenientes ojales redondos del tamaño de 5 centavos, se hilvanan bien y se bordan; por estos agujeros se pasa el broche de la liga y se cierra por encima. Se puede hacer la fuerza que se quiere y estos ojales resistirán muy bien.

✣ ✣ ✣

Limpieza de bordados.—

Para limpiar bordados de color hay un modo muy sencillo y que casi anula el empleo del limpiado químico, es el siguiente: se cuece en la cantidad de agua necesaria un buen puñado de afrecho. Esta agua debe hervir varias horas, al cabo de las cuales se filtra por un lienzo y se deja enfriar. En este líquido se lavan los bordados, enjuagándolos luego en agua limpia. Se cuelgan al aire a secar, y cuando aun están húmedos, se sacan y se planchan por el revés. No necesitan almidón, pues el agua de afrecho les da suficiente apresto.

Al hacer café es bueno echar una narigada de sal en la cafetera pues la sal mejora mucho el sabor del café.

✣ ✣ ✣

Para quitar las manchas de alquitrán de las telas se debe cubrir la mancha con grasa de cerdo o manteca y dejarla así veinticuatro horas. La grasa disuelve el alquitrán y luego desaparece la mancha al lavarla con agua caliente y jabón.

✣ ✣ ✣

No se debe hacer la cama hasta lo menos dos horas después de haberse levantado de ella.

✣ ✣ ✣

Los cuellos postizos que usan los hombres sirven, cuando viejos, como excelente entretela para los cuellos de blusas de mujer.

✣ ✣ ✣

Si los huevos que se quiere hacer pasados por agua o cocidos, están rajados, se pone en el agua un poco de vinagre o una cucharada de sal. El cocer huevos con agua salada hace que sea más fácil pelarlos cuando fríos.

✣ ✣ ✣

Los tubos de lámparas pueden romprse al lavarlos, y no es necesario meterlos en agua, basta sostenerlos un momento sobre el vaho que sale de una caldera donde hierve agua y después de dejarlos a un lado un rato, repasarlos con un trapo limpio.

✣ ✣ ✣

Ropas de lana.—

Las ropas de lana blanca que se han puesto amarillentas, blusas, sacos, vestidos de cheviot, y de alpaca, quedan como nuevos, sin antes de lavarlos, se remojan durante 24 horas en leche desnatada. Las piezas se sacan luego, se exprimen y se lavan en gua de espuma de jabón suave bastante caliente. Cuando se han enjuagado bien en agua tibia, se exprimen, se extienden sobre trapos gruesos y se envuelven bien, se renuevan los trapos hasta que queden buenos para planchar. Esto se hará con planchas que no estén demasiado calientes y por el revés primero, hasta secarlas, luego por el derecho para concluir. Cuando se hace con cuidado, quedarán las ropas como nuevas.



CAMISAS de buen zephir, colores firmes, confección esmerada, números del 34 al 42, pesos 2.90

CAMISAS muy amplias, pechera y puños dobles de pura seda, blancas y fantasías novedosas . . . . $ 5.—

CUELLOS de seda . . $ 1.—

CALZONCILLOS blancos, prolijamente confeccionados,
cortos . . . . . . $ 2.—
largos . . . . . . $ 2.50

CAMISETAS blancas, fabricación española, muy buena calidad,
manga corta . . . $ 1.50
" larga . . . $ 2.—

PIJAMAS, corte perfecto, con alamares, esmeradamente confeccionados en buenas telas, colores lisos y rayados, pesos 9.80

PAÑUELOS blancos de batista, vainillados, tamaño grande . $ 0.35
" vainillados, 1/2 hilo, muy finos, pesos 0.80

TIRADORES sistema Guyot o Chester . . . . . . $ 1.50

LIGAS sistema Boston $ 0.80

MEDIAS para hombre, negras y color marrón oscuro, buen algodón . . . . $ 0.55
" de hilo mezcla, colores surtidos . . . . $ 1.—
" de seda, reforzadas en hilo de Escocia, diferentes colores y negro $ 2.—

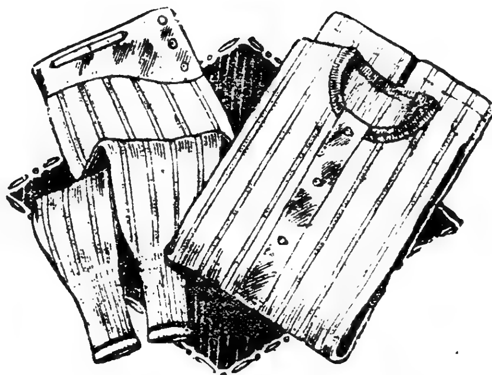
Descuentos especiales a los lectores de "PUCKY"

LOS PEDIDOS DEL INTERIOR
DEBEN VENIR ACOMPAÑADOS
DE SU IMPORTE

Jesús Fernández Campos

516-B^ME^ MITRE-516

Frente al Banco de Bost.



BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

MARZO
de 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION MENSUAL No. 8.



EN ESTE NUMERO:

EL RENEGADO de SKULLCAP

Magnífica e interesantísima narración de aventuras en el salvaje Lejano Oeste, en la que figura el famoso aventurero

BUFFALO BILL

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

MARZO
de 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION MENSUAL No. 8.



EN ESTE NUMERO:

EL RENEGADO de SKULLCAP

Magnífica e interesantísima narración de aventuras en el salvaje Lejano Oeste, en la que figura el famoso aventurero

BUFFALO BILL


Sumario



En el mismo momento brilló una enorme llamarada, seguida de una detonación que hizo saltar al coche. ("El Renegado de Skullcap"). (Pág. 25.)

EL RENEGADO DE SKULLCAP

Intensa narración de una aventura del famoso explorador y perseguidor de indios

BUFFALO BILL

(Esta obra ha sido traducida especialmente para Pucky)

CAPITULO I

El rastro de los jinetes

"¡VAMOS, no puede imaginarse nada más cruel! Otra vez el humo. Todos despedazados y quemados como los demás. ¡Pobres seres!

Búffalo Bil hizo un gesto de desesperación y de ira; levantó la cabeza pulgada por pulgada sobre el matorral en que se había ocultado, hasta que sus ojos quedaron al nivel de las plantas, para contemplar las escenas de desolación y de muerte que lo rodeaban.

Durante un momento su rostro curtido adquirió una dolorosa expresión que no tardó en cambiarse en otra de felina ira y deseo de venganza.

Era aquel el cuarto grupo de viviendas que el indomable ojeador había visitado ese día en su marcha de muchas millas a través de una región infestada de enemigos. Tenía la esperanza de llevar una voz de alarma a los pobladores y conducirlos hasta un lugar seguro.

Pero en todos los casos había llegado muy tarde. Sólo montones de humeantes ruinas y cadáveres era lo que había encontrado. Sangre y desolación en todas partes.

Los pieles rojas andaban libremente por allí. Esa era la razón de tanta desgracia. La tribua de Pata de Lobo, una turbulenta rama de los cherokis, había desencadenado la guerra contra los rostros pálidos, destruyendo cruelmente cuanto hallaban a su paso.

Había sido un repentino levantamiento. Nadie, ni aun Búffalo Bill, acostumbrado a esa clase de hechos, había sospechado nada.

Sólo comprendía ahora que mientras estuviese con vida un miembro de la tribu de Pata de Lobo, mientras conservase dientes para morder y garras para clavar, existiría peligro.

Pero siempre se había notado antes de cualquier levantamiento, un indicio, una señal que había servido como aviso para que los habitantes de las praderas se pusiesen en salvo y abandonasen las solitarias regiones en que habitaban.

En esta ocasión nada había hecho adivinar el peligro. Montones de pobres seres habían sido sorprendidos, literalmente, en su propio lecho, encontrándose ante sus victimarios y siendo alcanzados por los terribles tomahawks, cuando trataron de escapar.

Su suerte, antes de encontrar una muerte libertadora, había sido espatnosa, como le pudo comprobar Búffalo Bill durante su excursión.

—¡Puff! ¡Ach!

El ojeador hizo un gesto de asco, pues un penetrante olor a carne quemada había llegado hasta su nariz, produciéndole nauseas. Rápidamente metió la cabeza entre la hierba fresca, para reponerse.

Pronto comprendió lo que significaba aquello. Las columnas de humo que ascendían demostraban que algo estaba ardiendo entre las ruinas. Era una pira funeraria, en la que los cuerpos de los infelices habitantes de aquel poblado estaban ardiendo.

A pesar de que el menor movimiento en una zona infestada de enemigos, significaba ser descubierto y condenarse a una muerte segura, tuvo que cambiar de lugar, cosa que hizo arrastrándose, hasta colocarse fuera de la dirección que seguía la nauseabunda humareda.

—¡Pobres seres! — murmuró mientras levantaba de nuevo la cabeza para observar en forma cautelosa. — Aquí debía vivir, según lo que me informaron, el viejo Martín. Ha-

bía un hombre, una mujer y un niño. Ahora no queda ninguno. No creo que ya les reporte beneficio alguno el que yo me aproxime para ver mejor. Tendría que atravesar un espacio libre... Pero acaso sea conveniente que lo haga, ya que he llegado hasta aquí.

Era una de las caratecrísticas de Coy el no cejar hasta haber realizado por completo la tarea que él mismo se había impuesto, sin dejar de poner cada punto sobre su "i" y cada tilde en su "t".

Desde las colinas de enfrente, entre cada matorral, podía haber vigías enemigos, que espiasen sus movimientos. Ya había expuesto su vida muchas veces aquel día, por ir en auxilio de aquellos que ignoraban el peligro que les amenazaba. Bien podía tratar de ponerse ahora en salvo, llevando la noticia de que no quedaban vidas que defender.

Pero ese no era el proceder habitual de Búffalo Bill, quien no ponía nunca en práctica términos medios.

Lentamente ,con toda precaución, empezó a acercarse cada vez más, hasta que, repentinamente, se detuvo como una liebre que olfatea el peligro. Pero no había que temer e nesta ocasión.

—¡Diablo! No he hecho mal en salir de mi escondite, — murmuró satisfecho. — Por lo visto no han sido muertos todos... Allí veo a un muchacho que camina entre las ruinas, con una admirable tranquilidad... ¡Ah! ¡Y lleva un fusil el joven valeroso!... Debe ser el hijo de Martín, que se ha salvado por un milagro.

Era cierto. De pronto había aparecido, entre los montones de escombros, un muchacho que vestía una camisa despedazada, unos pantalones andrajosos y que llevaba un trozo de lienzo ensangrentado alrededor de la cabeza. Caminaba reconociendo lo que le rodeaba, sin cuidarse de tomar precaución ninguna.

—Es sorprendente que se haya logrado escapar ese muchacho, — murmuró William. — Y cualquiera que lo viese pensaría que no hay un piel roja en un millón de leguas a la redonda, y no obstante deben haber quedado cuatro o cinco, porque siempre los dejan, cuando hacen una excursión como esta, para saber si son perseguidos... Es necesario que avise a ese pobre corderillo... ¿Pero cómo?

Un grito sería fatal tanto para el muchacho como para William, por eso resolvió llamarle la atención en voz baja.

—¡Chist! ¡Muchacho!—exclamó.

La voz llegó, indudablemente, hasta el joven, pues éste se detuvo y lanzó una mirada circular preparando el arma para hacer fuego en cuanto fuese necesario.

Al ver eso William, volvió a ocultarse entre el matorral. Pero el muchacho tenía muy buena vista y había notado el movimiento de Búffalo Bill, y las hierbas que se movían. No era capaz de vacilar ante el peligro, y continúo su marcha, como un tigre que olfatea una presa.

No tenía más que diez y seis años de edad; su piel era pecosa, su nariz respingada, y sus ojos azules reflejaban su deseo de venganza.

—¿Qué pensará hacer este muchacho?— murmuró William Cody alarmado.—Seguramente que no ha de pensar que es un indio el que le llama, para que le dé un tiro. Pero, al mismo tiempo, por su aspecto, eso es lo que pretende hacer.

William Cody se halló, así, arrinconado y no quiso dejarse ver para no perderse y perder al muchacho al mismo tiempo. Si levantaba la cabeza ofrecería, seguramente, al joven, un buen blanco, y la detonación sería de un resultado mil veces peor que su grito, aun cuando no llegase a meterle una bala en la cabeza.

Entonces Búffalo pensó que lo mejor que podía hacer era arrastrarse hasta el sitio donde se encontraba el joven, lanzarse sobre él, y sujetarlo antes de que pudiera hacer fuego y no soltarlo hasta que se hubiese explicado todo.

Era el mejor plan, pero no resultaba de fácil realización. Una serpiente que pasó cerca del escucha hizo mover las hojas y Búffalo se apartó a un lado, esperando siempre que el muchacho hubiese oído algo y disparase el arma en aquella dirección.

Pero como el joven no había notado, al parecer, nada, se encaminó hacia el lugar de las ruinas, siempre llevando preparada el arma para hacer fuego. Entonces Búffalo dió el salto.

El joven vengador se encontró de pronto con que un brazo lo sujetaba por el cuello, mientras una mano de piel morena agarraba la suya y le impedía que hiciese fuego. Luego le pareció como si un enorme peñasco se desprendiese de la montaña derribándolo de espaldas, mientras que otra mano, tapando su boca y nariz evitaba que pudiese gritar.

—Ahora estese usted quieto, joven Martín... Porque supongo que este es su nombre,—exclamó su captor.—No es esta la manera como acostumbro a hacer mi presentación, pero la conducta que ha adoptado para marchar por una región infetsada de pieles rojas no permite obrar de otro modo.

Pero en seguida fué Búffalo Bill el que estuvo a punto de gritar, pues si bien era cierto que el joven Martín estaba imposibilitado de hablar, en cambio podía utilizar los dientes, y los clavó de tal manera en el brazo del otro, que éste pudo creer que había caído en una trampa de muelle.

—¡Eh! ¡Cuidado muchacho! Parece un tigre... ¿Qué anda buscando al conducirte de este modo? — preguntó Cody, medio amoscado.

—¿Y por qué se ha arrojado usted sobre mí y me ha sujetado de este modo?—fué la pronta respuesta del joven al quedar libre su boca.

—¡Sujetándole! ¡Pero si lo que yo quie-

ro es libertarle y ayudarle en cuanto me sea posible, joven corderillo! — exclamó William. — He venido hasta estos sitios para ver de salvar a ustedes, si me era posible... y lo primero que intenta hacer usted es meterme una bala en la cabeza.

—Bueno, ¿y cómo iba yo a saber quién es usted? — respondió arrogantemente el muchacho, mientras las lágrimas se le agolpaban a los ojos. — Si usted pretendía ayudar a papá, y a nosotros, debió haber venido antes... Antes de que los indios llegasen y nos atacasen... y diesen muerte a papá... y a mamá... y... a...

"Bueno, — añadió después de una pausa el muchacho, pues durante un momento no pudo contener los sollozos, sin dejar de oprimir el brazo de William. — ¿Quién es usted?... Suélteme... No lo necesito... Estoy en persecución de los pieles rojas. Tengo mi fusil y puedo encontrarlos y vengarme sin necesidad de usted... ¡Déjeme!... ¿No me oye?

Búffalo Bill lo soltó.

—Bueno. Escúcheme, muchacho. Mi nombre es Búffalo Bill, y lamento mucho...

Aun cuando iba a continuar hablando, el ojeador se interrumpió al ver el efecto que sus palabras habían producido al joven.

—¡Búffalo Bill! — repitió el muchacho con la misma expresión de asombro, que si el ojeador se hubiera anunciado como Cristóbal Colón. — ¡Búffalo Bill! — añadió. —Búffalo...

—Sí. Ese soy yo. Por lo que veo ya has oído hablar de mí antes, y confío en que no pretenderá ahora emplear sus armas contra mí, — exclamó solemnemente Cody.

Sus deseos hubieran sido echarse a reir al contemplar la cara del muchacho, pero consideró que ni el sitio ni las circunstancias eran para hacerlo así.

—Decía, que realmente lamentaba mucho no haber llegado a tiempo para ayudarlos a ustedes, pero no me ha sido posible... Mas al fin le he encontrado a usted con vida y lo primero que debemos hacer los dos es alejarnos de aquí tan pronto como nos sea posible. Yo he dejado escondido mi caballo entre unas malezas no lejos de aquí, y en una hora de rápida marcha llegaremos a un lugar donde no correremos el riesgo de encontrar a los pieles rojas, y estaremos aún más a salvo si conseguimos reunirnos con algunos soldados de caballería de la Unión, a los que encontraremos en Skullcap Crossing, si usted sabe dónde está eso.

"Bueno, muchacho, — continuó Búffalo Bill admirado de que el muchacho no hablase y sólo le dirigiese miradas de extrañeza. — ¿Vamos a marcharnos, sí o no?... ¿Sus padres?...

—Muertos. Sí, eso es. Muertos y abrasados entre esas ruinas y yo no quiero moverme de aquí y dejarlos. — Y el muchacho rompió a llorar de nuevo, con amargura, repitiendo tesoneramente. — ¡No quiero! ¿Me ha oído? ¡No quiero!

—Pero si sus padres...

—Sí, ya sé... Ya sé... — sollozó el muchacho. — Quiere decir que ya están muertos... ¿Pero quién se cree usted que soy yo?... Piensa acaso que me voy a marchar tan tranquilo dejando a esos canallas, y sin matar a una docena de ellos... No... ¡Yo tengo ahora un fusil!... ¿Qué se cree?

Búffalo Bill pudo solamente callar y rendir un silencioso tributo a las palabras de su gallardo y joven compañero. Sentía en lo más hondo las palabras del muchacho. ¡Pero entretanto, los pieles rojas podían sorprenderlos y agregar dos cabelleras a los despojos que colgaban de sus cinturones. ¡Ya habían perdido mucho tiempo y se vería en la necesidad de arrancar de allí por la fuerza al muchacho, si continuaba resistiéndose.

Entonces Búffalo Bill adoptó otro sistema. Puesto que el solo deseo del muchacho era matar pieles rojas, trataría de sacarlo de allí por ese medio.

—Vamos a ver. Oígame. Si accede a venir conmigo podrá matar más pieles rojas que si se queda aquí, aunque sea un año entero...

—Y ¿papá y mamá?... ¿Piensa que me olvido de ellos y no voy a darles cristiana sepultura?

—Nada de eso. Yo le prometo, muchacho, que volveremos pronto para cumplir ese deseo... Además, — terminó el ojeador, — voy a confesarle una cosa que no le diría a ningún hombre en el mundo. ¡Estoy asustado!...

—¡Asustado! — repitió el joven mirándolo con los ojos muy abiertos. — ¿Usted asustado?... ¿Pero yo pensaba que usted era?...

—Búffalo Bill, — terminó el ojeador. — Y así es... Pero a pesar de ello, no deseo que mi vieja cabellera adorne el cinturón de uno de los de la tribu de Pata de Lobo... y creo que si lo piensa a usted le ocurrirá lo mismo.. Además, — continuó el escucha, — supongo que en estas cercanías habrá alguien que pueda prestarnos ayuda, en caso necesario.

—¿En estas cercanías? — repitió el muchacho apesadumbrado. — No. Todo se escaparon antes de que los pieles rojas llegasen hasta nosotros. Yo oí que los perseguían, mientras estaba tendido en el suelo, a causa de la herida que me hicieron en la cabeza... Detrás de aquella piedra grande.

—¿Los oyó? ¿Pero usted comprende el cherokí?

—Claro está.

—¿Cómo es eso?

—Porque lo he aprendido hablando con un mestizo llamado Pie de Pato, un buscador de pieles, con quien me gustaba ir.

—¿No era uno de la tribu de Pata de Lobo?—preguntó Búffalo Bill.

—No. En absoluto, — respondió el muchacho.

—¿Y dónde está ahora?

—Debe haberse marchado en compañía de

los otros. Jamás lo hubiera creído y tenía razón el curandero cuando me decía: No hay un indio bueno a menos que esté muerto, y un mestizo es aún mucho peor que el más peligroso de los que atacan en montón.

—¿El curandero? ¿Y cuándo le dijo eso? —interrogó el ojeador con interés.—¿Quién es ese?

—Un hombre que acostumbra a venir por estos sitios para vender medicinas, almanaques y remedios. Siempre decía que sabía respecto a Pie de Pato mucho más que lo que conocíamos, papá, mamá y yo. Decía que era un espía de los rojos y que algún día nos había de hacer traición, a pesar de que yo era muy bueno con él. Y así ha sido, —terminó el muchacho lanzando otra mirada que reflejaba el deseo de venganza, en torno suyo. — Después de haber vivido en nuestra compañía durante más de un mes... ¡Portarse de ese modo!

Y levantó su mano en un gesto de amenaza señalando las ruinas de los que hasta hacía poco sido un feliz y próspero hogar.

El arrogante gesto hizo recordar a Búffalo Bill que se encontraban en un lugar peligroso y que alejarse de allí cuanto antes era lo mejor que podían hacer.

—Mire. Es preferible que nos vayamos de aquí, — dijo al joven. — Podemos ir hablando mientras marchamos en busca de mi caballo. Y respecto a lo que le he prometido tengo confianza en mí, que lo que prometo Búffalo Bill siempre lo cumple... Pueden estar seguro de ello.

—¿Por qué habrá dicho eso el viejo curandero?... — exclamó algunos minutos después cuando habían llegado al sitio en que estaba oculto el caballo y los dos habían montado en él.

Nada había ocurrido que les pudiese hacer suponer que habían sido vistos y que eran perseguidos, y el ojeador se encaminó hacia el punto por donde pensaba llegar al lugar en que esperaba reunirse con los soldados.

—¿Y dónde se encuentra ahora el curandero? ¿No lo sabe? — preguntó Búffalo, después de una pausa.

—Debe estar con los Flanningan en Satlick, según supongo. Eso, por lo menos es lo que nos dijo ayer cuando estuvo en casa. Pero tal vez se haya escondido por ahí, — fué la respuesta.

—Saltlick. ¿No queda eso cerca de Skullcap, hacia donde nos dirigimos ahora nosotros?

—¿Cerca? No. Hay que tomar otra dirección más hacia la izquierda.

—¿Pero usted sabe dónde queda Skullcap?

—Seguramente. No he estado nunca allí, — agregó el muchacho. — Pero Pie de Pato lo conoce y yo le oí anoche cuando hablaba con los pieles rojas, mientras yo estaba con la cabeza rota y antes de que me desmayase.

—¡Oh! — exclamó Búffalo. — Con que ellos se han dirigido hacia Skulcap... ¿Y qué irán a hacer allí?

—No lo sé. Creo que se trata de un carruaje en que se han de conducir ciento cincuenta mil dólares en polvo de oro y ellos andan en su busca... Pero a mí me parece que están soñando cuando creen eso...

—No tan soñando como usted supone... —rugió Búffalo Bill en forma salvaje.—Por lo visto los pieles rojas saben algo más de lo que yo suponía... Ese ha de ser, seguramente, el sitio donde se ha de producir su próximo ataque...

—Será así, — respondió el muchacho que iba montado en las ancas del caballo y agarraba a Búffalo por la cintura.

—Bien. Me parece que les vamos a dar una sorpresa si llegan a hacerlo. Porque ellos nunca han de suponer que treinta fuertes y valerosos soldados de los Estados Unidos les van a salir al encuentro y que por ello caminamos nosotros ahora en esa dirección.

Tres Horcas era el nombre del lugar donde se cruzaban dos caminos y donde Búffalo Bill y las tropas se habían dado cita. De allí a la aislada ciudad de Skullcap había tan sólo una docena de millas.

Estaban completamente seguros de hallar aquella plaza en una especie de estado de sitio, cuando llegasen a ella, porque todos los habitantes de aquellos lugares estaban alarmados. Pero la llegada de una fuerza armada, disciplinada y con el hábito de combatir a los pieles rojas, de acuerdo con sus métodos de guerra, contribuiría a que los rebeldes se retirasen, cosa que se daba ya por descontada.

Según había dicho el muchacho, se encontraba allí una diligencia en la que se hallaba polvo de oro por valor de varios miles de dólares, que procedía de la recolección efectuada en el campo minero de Blue Gulch, situado a un día de camino hacia el oeste.

Una de las cosas que tenía que hacer Búffalo Bill era libertar ese vehículo y hacer que siguiese su camino. Los rojos no conseguirían tener tranquilidad hasta que esa presa estuviese fuera de su alcance.

El lugar donde se había de reunir Búffalo Bill con las fuerzas de caballería, estaba a una distancia de media hora del punto de donde había partido, siguiendo a buen paso la cabalgadura. Pero esta distancia se aumentaba yendo por el camino que Búffalo Bill había pensado seguir y que se mantenía del lado del valle a lo largo de la cima de la colina.

El muchacho le indicó otro y su indicación resultó certera, afortunadamente, pues Búffalo llegaba más tarde que la hora que había convenido y los soldados habían recibido orden de no esperarlo y marchar resueltamente a libertar Skullcap, dado caso de que no lo encontrasen allí.

A causa de esto resultó que a mitad de camino se encontraron caminando a la par de las fuerzas destinadas al rescate de la ciudad y de pronto distinguieron, a la distancia, una fila de soldados que marchaban por el lado del valle donde había árboles, mientras ellos iban por el otro. El cruce de los

caminos se encontraba ya sólo a media milla de distancia.

A lo largo de la colina en descenso, pudo ver a la tropa que seguía su marcha adoptando precauciones. Cuando llegaron al terreno llano, los soldados pusieron sus caballos al trote corto,entonces Búffalo Bill los imitó para interceptarles el paso.

De repente algo llamó la atención a su mirada de lince e hizo que tirase de las riendas al caballo, con tanta fueza que le obligó a apoyarse con fuerza en sus patas traseras y casi derribar al muchacho antes de que tuviera tiempo de saltar al suelo.

—¡Eh! ¿Qué hace? — exclamó el muchacho protestando con energía. Pero un rugido y un fruncimiento de cejas de Búffalo Bill, hizo que se callase inmediatamente.

—Las indios, — susurró Búffalo dirigiendo su caballo hacia un matorral, y preparando su rifle en previsión de lo que pudiera ocurrir.

—Ahí, en el lado del valle, — continuó. —Estan en acecho esperando a los soldados... Con que esté usted prevenido y no deje de observarme, por su vida.

No fué poca la suerte que tuvo al ver aquella cabeza afeitada, color de cobre, que se levantó cautelosamente entre la maleza de la colina, como a una media milla de distancia. Precisamente en aquel momento Búffalo estaba pensando en la posibilidad de una emboscada. Pero el ruido que hacía la tropa al marchar había disipado temores y hecho que no creyesen en la posibilidad de tal cosa.

No obstante, era la cabeza pelada de un piel roja la que había visto oculta entre la maleza, y donde había uno de ellos, seguramente, se encontraban muchos más.

—Estarán esperando a que los soldados inicien el ascenso de esta colina... Ya verás, — murmuró medio para sí, medio dirigiéndose al muchacho que estaba acurrucado a su lado. — A ver si puede usted ver algo... Pero tenga cuidado, demonio... Que no le vean... — añadió al ver que el muchacho se levantaba de pronto para ver mejor.

En su cara salpicada de pecas no se notaba ni temor ni sorpresa. El joven se limitó a tomar su rifle con sorprendente tranquilidad y listo como un ciervo para observar todo lo que le rodeaba.

—Ahora veo uno allí... — murmuró de pronto.

—¡Dónde?.... Será otro de la banda... ¡Ah bandido...! Ya te tengo... Bueno. Yo le arreglaré las cuentas... Quédese con el caballo y no se mueva hasta que yo llame... Entonces se acerca con el animal...

Se alejó en dirección de una roca que había observado y desde la que podía disparar un tiro que tendría la doble virtud de advertir a los soldados y al mismo tiempo hacer morder el polvo a uno de los de la tribu de los Pato de lobo. Un centenar de yardas podía influir mucho en los efectos del disparo.

Pero el que Búffalo desapareciese de esta manera para intervenir solo en la acción, no era por completo del agrado de Tomás Martín. Así es que abandonó el caballo detrás de la maleza y marchó en seguimiento de Búffalo Bill, con todo sigilo, en una forma tal que demostraba cuánto había aprovechado de las lecciones de su maestro, el mestizo Pie de Pato.

Notó que Búffalo Bill gateaba por el suelo hasta llegar al borde del precipicio, donde se tendió y apuntó con su rifle.

Tomó durante un segundo la puntería y en seguida se oyó una detonación y se vió el fogonazo, y los ecos repercutieron de colina en colina.

—¿L ha podido alcanzar? — preguntó el joven Martin excitado y acercándose a Búffalo antes de que el humo del disparo hubiese desaparecido por completo. — ¿Dónde está? ¿No podría yo también disparar mi rifle?

—¡Muchacho del diablo, cállese! — exclamó al divisar algo en el valle que hizo que su sangre se helase en las venas a causa del terror que experimentó.

Su aviso había llegado tarde. Las tropas habían caído ya por completo en la emboscadá que les habían tendido y no podían salir, pues había sido preparada con habilidad, tal como jamás hubiera podido soñar. Búffalo, en los muchos años de experiencia de la astucia india.

—¡Cielos! ¡Qué ha sucedido ahora!—oyó que el muchacho balbuceaba a su lado, pues había leído en sus ojos algo terrible.

Un grito de guerra que helaba la sangre, había sonado en el valle, repitiéndose sus ecos y demostraba que el bosque estaba rebosante de terribles salvajes.

No había necesidad de preguntar lo que había ocurrido. Lo que veían lo decía claramente. En forma simultánea una cantidad de altos robles habían caído hacia adelante como fantoches, en el lugar preciso en que debían hallarse los soldados. Envueltos entre las ramas, jinetes y caballos fueron derribados y aplastados.

Los árboles habían sido cortados hasta el punto suficiente para mantenerse derechos, esperando el momento en que fuese necesario derribarlos, lo que habían hecho los pieles rojas cuando los soldados atravesaban el bosque.

Ninguna emboscada pudo tener mejor resultado para los que la habían preparado. La fuerza de los hombres blancos debía haber sido destruida de un solo golpe.

Ya los pieles rojas no tenían por qué temer nada. Los dos blancos que se hallaban en lo alto de la colina, los vieron surgir por todas partes y oyeron sus gritos cuando avanzaron para completar su obra de destrucción.

Sonaron más tiros, y una pequeña nube de humo blanco se elevó de entre los troncos y las ramas caídas. Los canallas estaban haciendo fuego contra el montón a fin de ultimar a los que no hubiesen muerto instantaneamente.

—¡Qué infames! ¡Los han destruído a todos! — murmuró Búffalo Bill aonado por la magnitud del desastre.

Ahora ya no podían contar con refuerzo ninguno para libertar la ciudad, hacia la cual se dirigían.

Pero había aun otro peligro que amenazaba a Búffalo y al muchacho. El tiro que el primero había dispardo debía haber sido notado por los indios y no tardaría la borda de salvajes en seguir su pista, hambrientos de venganza.

—¡Volvamos hacia atrás y vamos en busca del caballo! — exclamó Búffalo dándose inmediatamente cuenta del peligro que corrían.

Así lo hicieron. Pero cuando llegaron al sitio donde habían ocultado la montura, ésta había desaparecido.

—¡Aterrorizan con sus infernales gritos! —murmuró Búffalo, mientras pensaba lo que podían hacer y a dónde acudirían primero, sin darse cuenta de que unos ojos lo observaban llenos de curiosidad.

El muchacho reflexionaba también. Recordaba entonces que su guía le había dicho "que estaba asustado"... ¿Y aquel era el gran Búffalo Bill, mirando "asustado" o en plena conciencia de la situación?

Claro estaba que no conocía bien al viejo Búffalo, como lo llamaba y si el ojeador estaba pensando en alguna cabellera, seguramente, no era en la suya propia.

¡Pensaba en regañar al muchacho por haber desobedecido sus órdenes!

Nada podía decirse a este respecto, pues ocurrió algo que hizo desviar su atención hacia otro lado. Por la parte inferior del camino, en dirección al matorral, se escuchó el ruido que producían los cascos de un caballo al seguir una carrera desenfrenada.

Algún ser había escapado con vida, de aquella escena de destrucción y Búffalo Bill se aprestó para sacar de esa circunstancia el mejor partido posible.

Afortunadamente había tomado su lazo de la silla, cuando dejó el caballo al cuidado del muchacho y se dispuso a utilizarlo.

Empujando al joven Tomás hacia el interior del matorral, esperó haciendo girar el nudo corredizo sobre su cabeza. El ser que se había salvado se dejó ver... Era un caballo del ejército, un hermoso animal de una corpulencia suficiente para conducir a un gigante. Su boca y los flancos estaban cubiertos de espuma. El nudo corredizo pronto estuvo preparado.

—¡Ahora ! — exclamó Búffalo lanzándolo, no al cuello del animal, sino a las patas.

Casi instantáneamente el bruto se detuvo y cayó rodando sobre la tierra blanda de uno de los costados del sendero.

—¡Ahora! — exclamó nuevamente Búffalo dando un salto para sujetar al caballo antes de que se levantase. — ¡Súbase! ¡Agárrese a mí... ¡Déjese que se levante con nosotros encima!...

Se colocó a horcajadas, así como el muchacho, mientras el animal estaba en el suelo. Luego retiró el lazo y el animal quedó libre nuevamente.

Pronto se dió cuenta de ello y no tardó en levantarse, pero levaba sobre sus lomos a los dos jinetes.

Búffalo Bill había tomado las riendas, le clavó las espuelas y momentos después el enorme animal galopaba como si todos los demonios fuesen aguijoneándolo.



CAPITULO II

Una carrera por salvar la vida

ERA tiempo. Por el relativo silencio que había reinado en el bosque, Búffalo estaba inclinado a creer que por un verdadero milagro su presencia no había sido sospechada.

Un penetrante grito sonó de pronto y por él comprendió Búffalo Bill que eran perseguidos. Los feroces demonios rojos habían avanzado en silencio a fin de tomarles desprevenidos.

Justamente, en el momento en que el caballo con los dos jinetes arrancaba al galope, partió de detrás de ellos y de una distancia no mayor de treinta yardas, un tomahawk, que después de rasgar una de las mangas del saco del joven Martín, fué a clavarse con gran fuerza en el tronco de un árbol.

Al mismo tiempo un viejo mosquete, tronaba como un pequeño cañón y enviaba contra ellos su carga, que por fortuna pasó sin rezarlos, aunque a muy poca distancia.

La fuerte montura, dura de boca, como caballo del ejército, avanzaba velozmente a lo largo del camino, sin que sirviesen de nada los esfuerzos de su jinete para dominarla.

Pero aun cuando le hubiese sido posible hacerlo, Búffalo Bill no hubiera sabido, en verdad, a donde dirigirse para buscar con certeza una salvación.

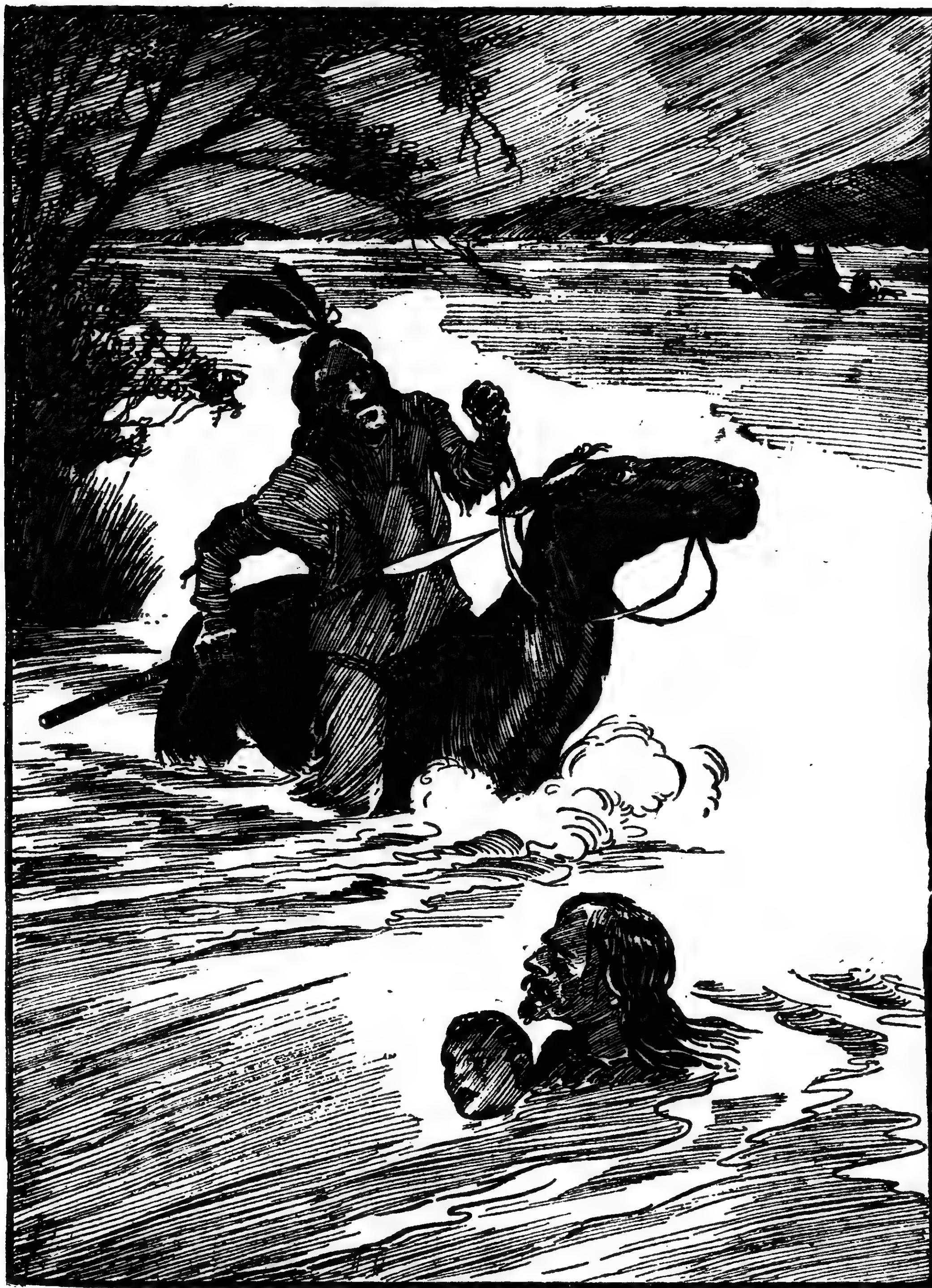
Por el momento, comprendían los dos que estaban a salvo del peligro. Todos sus perseguidores estaban a pie y hacía ya rato que el caballo les había dejado muy atrás.

Al ver esto, el muchacho que se había mantenido sujeto como un mono, agarrado a la cintura del escucha, tomó alientos para lanzas una serie de denuestos.

—¡Nos hemos escapado, lote de sucios bandidos!... — gritó. — Quedaron rezagados, pero vengan de uno a uno y yo les voy a decir algo... ¡Vamos, canallas!

—¡Cállese estése quieto, muchacho loco... Guarde sus energías para la obra que nos queda que hacer... ¡Seguramente las necesitaremos todas!... Pero me alegro saber que es usted un muchacho valiente.

Y Búffalo rió satisfecho al pensar que sangre fría que había demostrado el joven en aquellas circunstancias en que hubiera



Buffalo Bill se dirigió hacia la orilla y en el mismo instante oyó gritar: "¡Entréguese, cara pálida!" a un piel roja. (Pág. 26.)

perdido la serneidad más de algún viejo perseguidor de pieles rojas.

—Ahora procure fijarse bien y mire para saber si esos guerreros nos persiguen... ¡Mala peste con ellos! Pueden perder sus garras y dientes en la lucha, pero no pierden jamás las mañas.

Afortunadamente el animal no tenía la intención de bajar de las alturas y llevarlos hacia el valle. Búffalo deseaba mantenerse en la parte alta de la montaña donde estaban.

Su intención era dirigirse hacia Fuerte Bartlett, hacia donde caminaban los soldados que habían caído en la emboscada. Allí no habría, seguramente, más refuerzos que pudieran ser despachados, lo sabía, pero era necesario que las autoridades supiesen en seguida que sus refuerzos habían sido aniquilados.

También era forzoso que se reuniesen, a toda costa, refuerzos de cualquier parte, pero que marchasen cuanto antes, en auxilio de Skullcap, la pequeña ciudad de la pradera que estaba en estado de sitio. Era mala de defender y el hecho de encontrarse allí la reserva de oro, irritaba a los pieles rojas y hacía que se encontrasen dispuestos a realizar los más descabellados esfuerzos por capturarla. Y si la plaza era tomada, seguramente no quedaría con vida uno solo de los habitantes.

En vista de ello lo primero que pensó Búffalo Bill fué en asegurarles una ayuda. Mientras su asustado caballo se mantuvo en una dirección no muy lejana a la que le convenía. Búffalo se sintió satisfecho. Ya era suficiente, por el momento haber escapado con vida y sin que supfriera nada su cabellera.

—Bueno. Basta ya. ¿Te detenderás de una vez. demonio de cuatro patas? — exclamó Búffalo tirando de las riendas, cuando todo vestigio de persecución había desaparecido y habían continuado la marcha galopando durante un buen rato.

Si la boca del bruto era de hierro, los brazos de Búffalo Bill eran de acero y pronto el animal aminoró la marcha hasta ponerse al trote y luego al paso..

—Ahora, muchacho, vamos a ver lo que debemos hacer. ¿Puede decir si este camino que seguimos es el que nos conviene? ¿Ha visto antes estos sitos?

El muchacho manifestó que no estaba muy seguro. No era propiamente un camino, sino un sendero. Pero debía conducir a alguna parte.

—Bueno. Ahora es conveniente tener los ojos y los oídos alerta, — exclamó Búffalo al ver que el bosque a donde habían llegado se iba haciendo cada vez más espeso y bandas errantes de indios que hubiesen estado saqueando las granjas de aquellos alrededores podían ser encontradas en cualquier momento al olfatear, como los lobos una presa fresca.

—¡No dejo de pensar admirado, como esos canallas de piel color de cobre han podido saber que nuestros soldados andaban por allí y han podido preparar la trampa! — murmuró con amarga entonación, Cody, recordando la dolorosa tragedia de que habían sido testigos forzosos.

—Nosotros mismos no sabíamos lo que íbamos a hacer hasta ayer por la tarde. Eso quiere decir que los perros han estado trabajando toda la noche para cortar los árboles y colocarlos en la forma en que estaban... Esa debe haber sido la malvada obra de alguien que lo ha sabido con tiempo... Y ese es un espía...

—Espía! ¿No será Pie de Pato? — sugirió el muchacho.

—¡Quién sabe! No dejo de pensar en él. ¿No sería eso lo que quería decir el curandero?

El joven no había quedado callado. Conocía muy bien al mestizo y habían cazado y pescado juntos y habían sido verdaderos camaradas. ¡Y ahora resultaba solamente un traidor! ¿No se habían jactado los salvajes de que se encontrase en sus filas durante los sucesos de la noche anterior?

Y respecto a Fuerte Bartlett y a la posibilidad de que ejerciese su espionaje allí, el joven sabía que Pie de Pato concurría con frecuencia para vender pieles. Más aún, sabía positivamente, que el mestizo había ido allí los dos últimos días, aun cuando no tenía pieles que comerciar.

El haber sido tan confiado en su amistad era cosa que molestaba al joven, quien se prometió que el mestizo había de pagar su traición si alguna vez se ponía al alcance de la bala de su fusil.

El viejo caballo del ejército era una maravilla. Estaba ya tranquilizado y marchaba sin que, al parecer, sintiese su doble carga.

Habían llegado a un punto donde era necesario caminar con mayor precaución que durante el recorrido anterior, a causa de la gran cantidad de hoyos que estaban ocultos por la hierba. Pero el muchacho conocía la región e indicó que debían torcer más hacia el norte para avanzar en dirección de Skullcap.

En vista de ella tomaron la dirección del sol poniente, cuyas rayos rojos manchaban de fuego la copa de los pinos.

De repente Búffalo Bill, que estaba siempre alerta, tiró de las riendas al animal y lo hizo detenerse bruscamente.

—Alguien avanza por el bosque en dirección contraria a la que seguimos nosotros. También va montado... ¡Alerta!

—¿Serán indios? — interrogó el muchacho en voz baja.

—Posiblemente. Mucho me temo que volvamos a tener que habérnoslas con esos perros,—rugió Búffalo Bill.

—Y a juzgar por el ruido, se trata de otro grupo que avanza—agregó en seguida cuando un crujido de ramas llegó hasta sus oídos.

Se oyeron también voces y casi en seguida un grito de guerra al que respondió otro, con lo cual quedó demostrado que se trataba de dos grupos que avanzaban para encontrarse en el cruce de los caminos. Eran bandas que habían merodeado y que evidentemente

se reunían después de haber saqueado, quemado y destruido cuanto encontraron a su paso.

—Caminan también de retirada y sin precauciones. Seguramente ellos no temen, en forma alguna encontrarse con los blancos por estos sitios... Si estuviesen vivos esos pobres soldados que han caído, ¡qué lindo golpe hubieran podido darles!

Pero la cuestión era cómo lograrían escapar ellos de aquella trampa en que sin darse cuenta los iban encerrando sus adversarios. El camino hacia Fuerte Bartlett estaba cortado. Eso era evidente. Lo único que les quedaba qué hacer era volver sobre sus pasos y tratar de eludir una persecución y eso tan rápidamente como les fuese posible.

Que iban a ser descubiertos era cosa segura. Todos los esfuerzos imaginables no podían evitar que los salvajes descubriesen sus huellas y que se lanzasen en su persecución como verdaderos demonios.

—Cuanto más pronto nos alejemos de ellos será mejor, — exclamó Búffalo haciendo volver grupas a su caballo.—Agárrese bien, muchacho y prepárese a la más sensacional carrera por salvar el pellejo de que pueda formarse una idea. Si no podemos llegar a Fuerte Bartlett, trataremos de ir a Skullcap. Eso es todo. Y juro que trataré de conseguirlo aun a despecho de todos los de la tribu de Pata de Lobo, que hay en la tierra.

Adelantarse era la gran cuestión. Y emprendieron la retirada a todo galope, aun cuando el ruido de los cascos del animal repercutía en el bosque como el redoble de un tambor.

Por un instante todo quedó en silencio, pero al momento, el penetrante grito de guerra que se oyó les demostró que los indios iniciaban su persecución. Los gritos se sucedían sin interrupción; las ramas crugían y la tierra temblaba.

—¡Agárrese fuerte, muchacho! ¡No desmaye! — gritó Búffalo excitado por la carrera, que para ellos significaba una lucha por la vida.

El hueco hecho por un cazador para colocar una trampa, hizo que el caballo tropezase y estuviese a punto de arrancar a Búffalo de la silla. En cuanto al muchacho, montado en la grupa sin silla ni estribo, el otro creyó que iba a ser arrojado por encima de su cabeza.

Pero el joven se agarró como un mono y permaneció firme, sin soltar siquiera su querido viejo rifle. Tenía el temple de un avezado guerreo. Gritó y desafió a los perseguidores sin pensar que era su espalda la destinada a recibir las balas si los indios hacían fuego contra ellos.

—¿Dónde conduce ese camino desprovisto de árboles que se ve a la izquierda?—preguntó Búffalo Bill cuando llegaron a un determinado sitio.

El joven se lo dijo.

—¿No nos lleva a Skullcap?... Bueno, eso es lo que hay que intentar..., Hay que llegar hasta la ciudad.

Y después de decir esto lanzó con energía el grito de guerra de los pieles rojas.

Aquel grito fué respondido por otro semejante, que en coro lanzaron los perseguidores, que parecían perros rabiosos.

El caballo, medio asustado, permaneció quieto un instante, luego reanudó su loco galope.

Búffalo Bill no había lanzado ese grito sin motivo. Se acercaban al claro del bosque a que se había referido antes, y tenía su plan.

Las huellas señaladas en el camino por el que retrocedían, se veían claramente en el piso entre los troncos de los pinos. Al terminar de cruzar el claro, Búffalo dirigió su caballo hacia un punto donde la hierba del suelo y la maleza estaban muy crecidas y no se notaban tan fácilmente las pisadas.

Luego siguió el contorno del claro hasta considerar el momento oportuno para atravesarlo y volver a emprender otra carrera a vida o muerte.

Tenía la esperanza de que los salvajes cegados por su furia, pasasen de largo siguiendo las huellas marcadas por el caballo al recorrer por primera vez el camino.

Un piel roja no podía ser engañado durante mucho tiempo por una treta semejante, pero en circunstancias como aquella un minuto tenía un valor excepcional.

—Por suerte han caído en la trampa—exclamó riendo Búffalo Bill cuando el ruido de los gritos y de las pisadas se alejaba demostrando que los pieles rojas seguían el primer rastro.

Su corazón latía con violencia y Búffalo antes de lanzarse a la aventura trataba de averiguar bien la dirección a seguir para no meterse en un callejón sin salida.

Afortunadamente el muchacho había cazado por aquellos lugares y los conocía lo suficiente para servir de guía.

—¡Bueno!... ¡Perfectamente!... Por el momento los hemos derrotado—exclamó satisfecho Búffalo a pesar de que empezaba a sorprenderse del prolongado silencio que los rodeaba.

¿Habían dejado los pieles rojas de seguir galopando en la misma dirección? ¿Se habían dado cuenta del ardid y trataban de buscar, en silencio, la buena pista?

De cualquier manera la suerte estaba echada. El muchacho calculaba que hasta Skullcap habría unas diez millas, pero Búffalo Bill pensaba que serían doce. El buen caballo, no parecía estar agotado, y devoraba el camino como si fuera para él una cosa de juego aquella caminata.

—Y sin embargo, no se nota la menor señal de los malditos indios. — repitió Búffalo, cada vez más intranquilo por el prolongado silencio que los rodeaba, sin que ni a la distancia cruzase los aires el grito de guerra de los de la tribu de Pata de Lobo.

Llegó hasta pensar en retroceder e intentar tomar nuevamente el camino del fuerte. Había detenido el caballo y vaciló un momento.

perdido la serneidad más de algún viejo perseguidor de pieles rojas.

—Ahora procure fijarse bien y mire para saber si esos guerreros nos persiguen... ¡Mala peste con ellos! Pueden perder sus garras y dientes en la lucha, pero no pierden jamás las mañas.

Afortunadamente el animal no tenía la intención de bajar de las alturas y llevarlos hacia el valle. Búffalo deseaba mantenerse en la parte alta de la montaña donde estaban.

Su intención era dirigirse hacia Fuerte Bartlett, hacia donde caminaban los soldados que habían caído en la emboscada. Allí no habría, seguramente, más refuerzos que pudieran ser despachados, lo sabía, pero era necesario que las autoridades supiesen en seguida que sus refuerzos habían sido aniquilados.

También era forzoso que se reuniesen, a toda costa, refuerzos de cualquier parte, pero que marchasen cuanto antes, en auxilio de Skullcap, la pequeña ciudad de la pradera que estaba en estado de sitio. Era mala de defender y el hecho de encontrarse allí la reserva de oro, irritaba a los pieles rojas y hacía que se encontrasen dispuestos a realizar los más descabellados esfuerzos por capturarla. Y si la plaza era tomada, seguramente no quedaría con vida uno solo de los habitantes.

En vista de ello lo primero que pensó Búffalo Bill fué en asegurarles una ayuda. Mientras su asustado caballo se mantuvo en una dirección no muy lejana a la que le convenía. Búffalo se sintió satisfecho. Ya era suficiente, por el momento haber escapado con vida y sin que supfriera nada su cabellera.

—Bueno. Basta ya. ¿Te detenderás de una vez, demonio de cuatro patas? — exclamó Búffalo tirando de las riendas, cuando todo vestigio de persecución había desaparecido y habían continuado la marcha galopando durante un buen rato.

Si la boca del bruto era de hierro, los brazos de Búffalo Bill eran de acero y pronto el animal aminoró la marcha hasta ponerse al trote y luego al paso..

—Ahora, muchacho, vamos a ver lo que debemos hacer. ¿Puede decir si este camino que seguimos es el que nos conviene? ¿Ha visto antes estos sitos?

El muchacho manifestó que no estaba muy seguro. No era propiamente un camino, sino un sendero. Pero debía conducir a alguna parte.

—Bueno. Ahora es conveniente tener los ojos y los oídos alerta, — exclamó Búffalo al ver que el bosque a donde habían llegado se iba haciendo cada vez más espeso y bandas errantes de indios que hubiesen estado saqueando las granjas de aquellos alrededores podían ser encontradas en cualquier momento al olfatear, como los lobos una presa fresca.

—¡No dejo de pensar admirado, como esos canallas de piel color de cobre han podido saber que nuestros soldados andaban por allí y han podido preparar la trampa! — murmuró con amarga entonación, Cody, recordando la dolorosa tragedia de que habían sido testigos forzosos.

—Nosotros mismos no sabíamos lo que íbamos a hacer hasta ayer por la tarde. Eso quiere decir que los perros han estado trabajando toda la noche para cortar los árboles y colocarlos en la forma en que estaban... Esa debe haber sido la malvada obra de alguien que lo ha sabido con tiempo... Y ese es un espía...

—Espía! ¿No será Pie de Pato? — sugirió el muchacho.

—¡Quién sabe! No dejo de pensar en él. ¿No sería eso lo que quería decir el curandero?

El joven no había quedado callado. Conocía muy bien al mestizo y habían cazado y pescado juntos y habían sido verdaderos camaradas. ¡Y ahora resultaba solamente un traidor! ¿No se habían jactado los salvajes de que se encontrase en sus filas durante los sucesos de la noche anterior?

Y respecto a Fuerte Bartlett y a la posibilidad de que ejerciese su espionaje allí, el joven sabía que Pie de Pato concurría con frecuencia para vender pieles. Más aún, sabía positivamente, que el mestizo había ido allí los dos últimos días, aun cuando no tenía pieles que comerciar.

El haber sido tan confiado en su amistad era cosa que molestaba al joven, quien se prometió que el mestizo había de pagar su traición si alguna vez se ponía al alcance de la bala de su fusil.

El viejo caballo del ejército era una maravilla. Estaba ya tranquilizado y marchaba sin que, al parecer, sintiese su doble carga.

Habían llegado a un punto donde era necesario caminar con mayor precaución que durante el recorrido anterior, a causa de la gran cantidad de hoyos que estaban ocultos por la hierba. Pero el muchacho conocía la región e indicó que debían torcer más hacia el norte para avanzar en dirección de Skullcap.

En vista de ella tomaron la dirección del sol poniente, cuyas rayos rojos manchaban de fuego la copa de los pinos.

De repente Búffalo Bill, que estaba siempre alerta, tiró de las riendas al animal y lo hizo detenerse bruscamente.

—Alguien avanza por el bosque en dirección contraria a la que seguimos nosotros. También va montado... ¡Alerta!

—¿Serán indios? — interrogó el muchacho en voz baja.

—Posiblemente. Mucho me temo que volvamos a tener que habérnoslas con esos perros,—rugió Búffalo Bill.

—Y a juzgar por el ruido, se trata de otro grupo que avanza—agregó en seguida cuando un crujido de ramas llegó hasta sus oídos.

Se oyeron también voces y casi en seguida un grito de guerra al que respondió otro, con lo cual quedó demostrado que se trataba de dos grupos que avanzaban para encontrarse en el cruce de los caminos. Eran bandas que habían merodeado y que evidentemente

se reunían después de haber saqueado, quemado y destruido cuanto encontraron a su paso.

—Caminan también de retirada y sin precauciones. Seguramente ellos no temen, en forma alguna encontrarse con los blancos por estos sitios... Si estuviesen vivos esos pobres soldados que han caído, ¡qué lindo golpe hubieran podido darles!

Pero la cuestión era cómo lograrían escapar ellos de aquella trampa en que sin darse cuenta los iban encerrando sus adversarios. El camino hacia Fuerte Bartlett estaba cortado. Eso era evidente. Lo único que les quedaba qué hacer era volver sobre sus pasos y tratar de eludir una persecución y eso tan rápidamente como les fuese posible.

Que iban a ser descubiertos era cosa segura. Todos los esfuerzos imaginables no podían evitar que los salvajes descubriesen sus huellas y que se lanzasen en su persecución como verdaderos demonios.

—Cuanto más pronto nos alejemos de ellos será mejor, — exclamó Búffalo haciendo volver grupas a su caballo.—Agárrese bien, muchacho y prepárese a la más sensacional carrera por salvar el pellejo de que pueda formarse una idea. Si no podemos llegar a Fuerte Bartlett, trataremos de ir a Skullcap. Eso es todo. Y juro que trataré de conseguirlo aun a despecho de todos los de la tribu de Pata de Lobo, que hay en la tierra.

Adelantarse era la gran cuestión. Y emprendieron la retirada a todo galope, aun cuando el ruido de los cascos del animal repercutía en el bosque como el redoble de un tambor.

Por un instante todo quedó en silencio, pero al momento, el penetrante grito de guerra que se oyó les demostró que los indios iniciaban su persecución. Los gritos se sucedían sin interrupción; las ramas crugían y la tierra temblaba.

—¡Agárrese fuerte, muchacho! ¡No desmaye! — gritó Búffalo excitado por la carrera, que para ellos significaba una lucha por la vida.

El hueco hecho por un cazador para colocar una trampa, hizo que el caballo tropezase y estuviese a punto de arrancar a Búffalo de la silla. En cuento al muchacho, montado en la grupa sin silla ni estribo, el otro creyó que iba a ser arrojado por encima de su cabeza.

Pero el joven se agarró como un mono y permaneció firme, sin soltar siquiera su querido viejo rifle. Tenía el temple de un avezado guerreo. Gritó y desafió a los perseguidores sin pensar que era su espalda la destinada a recibir las balas si los indios hacían fuego contra ellos.

—¿Dónde conduce ese camino desprovisto de árboles que se ve a la izquierda?—preguntó Búffalo Bill cuando llegaron a un determinado sitio.

El joven se lo dijo.

—¿No nos lleva a Skullcap?... Bueno, eso es lo que hay que intentar.., Hay que llegar hasta la ciudad.—

Y después de decir esto lanzó con energía el grito de guerra de los pieles rojas.

Aquel grito fué respondido por otro semejante, que en coro lanzaron los perseguidores, que parecían perros rabiosos.

El caballo, medio asustado, permaneció quieto un instante, luego reanudó su loco galope.

Búffalo Bill no había lanzado ese grito sin motivo. Se acercaban al claro del bosque a que se había referido antes, y tenía su plan.

Las huellas señaladas en el camino por el que retrocedían, se veían claramente en el piso entre los troncos de los pinos. Al terminar de cuza el claro, Búffalo dirigió su caballo hacia un punto donde la hierba del suelo y la maleza estaban muy crecidas y no se notaban tan fácilmente las pisadas.

Luego siguió el contorno del claro hasta considerar el momento oportuno para atravesarlo y volver a emprender otra carrera a vida o muerte.

Tenía la esperanza de que los salvajes cegados por su furia, pasasen de largo siguiendo las huellas marcadas por el caballo al recorrer por primera vez el camino.

Un piel roja no podía ser engañado durante mucho tiempo por una treta semejante, pero en circunstancias como aquellas un minuto tenía un valor excepcional.

—Por suerte han caído en la trampa—exclamó riendo Búffalo Bill cuando el ruido de los gritos y de las pisadas se alejaba demostrando que los pieles rojas seguían el primer rastro.

Su corazón latía con violencia y Búffalo antes de lanzarse a la aventura trataba de averiguar bien la dirección a seguir para no meterse en un callejón sin salida.

Afortunadamente el muchacho había cazado por aquellos lugares y los conocía lo suficiente para servir de guía.

—¡Bueno!... ¡Perfectamente!— Por el momento los hemos derrotado—exclamó satisfecho Búffalo a pesar de que empezaba a sorprenderse del prolongado silencio que los rodeaba.

¿Habían dejado los pieles rojas de seguir galopando en la misma dirección? ¿Se habían dado cuenta del ardid y trataban de buscar, en silencio, la buena pista?

De cualquier manera la suerte estaba echada. El muchacho calculaba que hasta Skullcap habría unas diez millas, pero Búffalo Bill pensaba que serían doce. El buen caballo, no parecía estar agotado, y devoraba el camino como si fuera para él una cosa de juego aquella caminata.

—Y sin embargo, no se nota la menor señal de los malditos indios. — repitió Búffalo, cada vez más intranquilo por el prolongado silencio que los rodeaba, sin que ni a la distancia cruzase los aires el grito de guerra de los de la tribu de Pata de Lobo.

Llegó hasta pensar en retroceder e intentar tomar nuevamente el camino del fuerte. Había detenido el caballo y vaciló un momento.

Entonces comprendió lo que significaba aquel silencio. Los lobos humanos habían hallado el verdadero rastro y silenciosamente lo habían seguido.

Un pequeño ruido que se oyó hacia la derecha, entre la maleza le hizo mirar en aquella dirección y vió la emplumada cabeza de un guerrero indio que tendido sobre el pescuezo del caballo avanzaba a la vanguardia.

Detrás, y visibles por un momento en la línea del horizonte, una fila de indios apareció para volver a ocultarse de nuevo. Habían efectuado un movimiento envolvente, en forma de media luna.

De nuevo había que efectuar una carrera para salvar el pellejo y evitar la terrible venganza.



CAPITULO III

La defensa de Skullcap

EL muchacho también había visto, pero no dijo nada; y aún el mismo caballo pareció darse cuenta de la situación, pues a penas sintió el roce de la espuela se dispuso a la marcha. Y entonces la última parte de la larga carrera dió comienzo.

—Ahora ya me explico cuál es el juego de esos perros malditos—exclamó Búffalo al ver que a pesar de haberse descubierto ellos los otros no daban señal de su presencia.

—¿Y qué es ello? — preguntó el muchacho con curiosidad.

—Están empujándonos hacia la línea de los indios que tienen sitiada a Skullcap. Así es que no sólo no podemos retroceder sino que estamos también en peligro si avanzamos... Piensan que así no nos será posible escapar.

Y así era. Pero por mas que se esforzaba Búffalo Bill no encontraba la forma de salir de la trampa en que habían caído y en la que se internaban cada vez más.

Pero su alma bien templada no temía a la muerte y siempre estaba dispuesto a combatir hasta lo último. Si el adversario se disponía a jugar la partida final no había de retroceder él.

Si el caballo podía resistir aquel enorme esfuerzo que le exigían, la lucha podía cambiar en su favor.

Pero el pobre animal necesitaba algún descanso. Búffalo Bill, lo comprendió así, al notar que la respiración del noble bruto era fatigosa y denotaba un cansancio enorme capaz de impresionar al más duro corazón.

Además Búffalo no era hombre capaz de hacer correr un animal hasta que cayese reventado.

Pero no tardó mucho en que a lo lejos se distinguiesen los rojos techos y los blancos edificios agrupados en la pradera. ¡Al fin se veía Skullcap! Su aspecto a la distancia y a la luz del sol poniente era el de cualquier apacible y tranquila aldea.

Pero en cambio se hallaba rodeada por un cerco de feroces salvajes, que esperaban tan sólo el momento propicio para destruir cuanto había allí con vida y causar los más terribles estragos que era posible concebir.

Tal era, en efecto, la situación.

Mujeres y niños estaban encerrados allí esperando una muerte horrible. Los hombres trataban de defenderlos y todos esperaban únicamente una ayuda que ya no había de llegar.

Búffalo apretó los dientes con rabia. Mas por el momento, salvarse él y el pequeño Martín, era lo más urgente.

Por todas partes, entre el lugar en que se hallaban y la ciudad debía encontrarse si emboscado el grueso de los elementos indios, el populacho en cuyas garras pretendían hacerles caer los guerreros.

Los salvajes debían hallarse desesperados. De haber estado solo, Búffalo les hubiera hecho frente, pero tenía al muchacho con él y tenía que procurar salvarle la vida aún a costa de la suya.

Preparó el rifle y dió un tirón de las riendas.

Había una cosa en su favor: que la oscuridad iba extendiéndose sobre la pradera, aún cuando las alturas, de que entonces descendían, se hallaban iluminadas por los rayos del sol poniente.

Ya empezaban a encenderse luces en la sitiada ciudad. Eran linternas que repentinamente empezaron a moverse de un lado a otro.

Luego a lo lejos se oyó el estampido de un disparo seguido de otro y otro.

—¡Hola! ¡Las primeras señales de un combate que hemos oído! — exclamó Búffalo. Empezaba justamente a pensar que acaso los canallas que cercan la plaza se hubieran cansado y hubiesen abandonado la empresa.

—Tal vez realicen una última tentativa y luego se retiren,—sugirió el muchacho.

—No, muchacho. Y, desgraciadamente, los tiros se acercan a nosotros, — añadió Búffalo que había notado que los disparos eran contestados por otros, hechos desde un sitio mucho más cerca de ellos.

Y aquello no era una ilusión. Sólo un hecho que intrigaba a Búffalo, quien no se resolvía a detener la marcha, para investigar a qué obedecía.

Sus perseguidores, conociendo que tenían que habérselas con gente resuelta, se habían quedado cuidadosamente a cierta distancia. Pero alentados por la oscuridad que iba en aumento, iban olvidando la prudencia y se acercaban, aun cuando aquello suponía ir a una muerte cierta.

—Ya sé lo que eso significa — exclamó de pronto el muchacho.—Vienen en favor nues-

tro. Han supuesto que llegamos con los refuerzos y vienen a ayudarnos. Por eso es por lo que oímos que el tiroteo se aproxima.

—Me parece que tiene usted razón—agregó Búffalo Bill.—Han realizado una salida para abrirnos el camino... Eh muchacho, ahora vamos a entendérnoslas con esos malos gusanos. No. No dé el grito previniéndolos,—añadió al notar que el muchacho iba a lanzar un triunfal alarido.—No hemos salido aún por completo del bosque, así es que es preferible permanecer callados.

Los valientes hombres de Skullcap, que a la distancia habían visto a dos blancos descender de las montañas en dirección a la ciudad, habían efectuado, indudablemente una salida para entretener a los sitiadores y ayudar a los que venían a que llegasen hasta ellos sanos y salvos.

Nuevamente las detonaciones fueron sonando cada vez más cerca.

—Bueno. Ahora llegó el momento— dijo Búffalo a su joven compañero después de observarlo durante un minuto.—No es necesario que gritemos pero seguramente lo mejor que podemos hacer es preparar los fusiles y meter cuanto ruido podamos, a fin de hacer creer a los indios que tienen a su espalda todo un regimiento... ¿Se oye el ruido de caballos que se acercan, verdad muchacho?

Era una cosa sin importancia para Búffalo Bill entretenerse en aquellas escaramuzas. Pero el muchacho tenía razón, no había que negarlo.

Una sombra apareció repentinamente a su vista entre la maleza, hacia la derecha, a una distancia no mayor de cincuenta yardas y Búffalo la vió en seguida.

El winchester de repetición que llevaba Cody, pronto estuvo listo. Un resplandor, una detonación y simultáneamente un grito de muerte entre los arbustos. Luego volvió a clavar las espuelas y la más desenfrenada parte de la larga carrera, comenzó.

El muchacho considerando aquello como una autorización para disparar su viejo fusil, largó una andanada en dirección de los rojos que los perseguían.

No haría blanco, pero un coro de ensordecedores gritos fué la consecuencia. Se oían en todas direcciones, detrás, delante y a los costados, y sirvieron para indicar a los educados oídos de Búffalo, que lo menos tenían que habérselas con un par de docenas de salvajes, que marchaban en torno de ellos.

La mayor parte habían perdido todo temor y trataban de echarles mano.

Fogonazo, tras fogonazo salía de entre las malezas, en su dirección y más de una bala silbó muy cerca de los oidos de los fugitivos, causando al muchacho una sorpresa que le hizo enmudecer.

Pero fué sólo un instante. Precisamente cuando Búffalo, sorprendido por aquel silencio se volvía para dirigirle una palabra de aliento... ¡Pum! El segundo caño del viejo fusil arrojó su carga.

A juzgar por el coro de aullidos que siguió a la detonación, debía el disparo haber alcanzado a tres o cuatro, asustando a los caballos y originando el desorden en las filas.

Al notar eso, Búffalo Bill, se torció hacia la derecha para sorprender a sus perseguidores, y antes de que los salvajes se moviesen estaba a su lado y había bajado de la montura a dos de ellos.

Pero el resplandor del arma guió a los pieles rojas que cambiaron de táctica y cerraron las dos puntas de la media luna que formaban para perseguirlos.

Fué una maniobra equivocada, pues antes de que la hubiesen terminado Búffalo había vuelto a su antigua posición, y el resultado fué que los enceguecidos pieles rojas comenzaron a tirotearse, en las sombras entre ellos.

Búffalo comprobó que habían caído en la refriega tres indios más.

—Eso hace un total de ocho salvajes con el cuerpo agujereado. Vamos muchacho que no lo hemos hecho mal... Ahora podemos avanzar resueltamente hacia la ciudad,— añadió, sintiendo que volvían a renacer sus esperanzas.

Sin duda la lección había sido provechosa.

Gritos de aliento y disparos del grupo de los hombres de Skullcap, acogieron la proximidad de los dos blancos, mientras que los disparos de los pieles rojas se oían cada vez mas lejos y menos frecuentes.

—¡Cherokís han sido ustedes dominados! ¿No es así, muchacho? — exclamó Búffalo alentándolo para el último esfuerzo. ¿No ha notado una cosa? Que los canallas que estaban delante de nosotros se apartan tan ligeros como pueden. Piensan, por lo visto que tienen encima todas las fuerzas montadas del ejército de los Estados Unidos. ¿Por qué no hace hablar nuevamente a su viejo cañón?

Pero el fusil era un arma antigua de cargar por la boca. El muchacho tomó entonces uno de los revólvers de seis tiros de Búffalo y armó tal estruendo que los salvajes terminaron de alejarse.

Poco después notaban la presencia de jinetes que galopaban a su encuentro.

—¿Quién va? ¿Amigos o enemigos?—gritó una voz ronca, entre las sombras.

—¡Amigos! — respondió Cody alegremente. — Búffalo Bill, del Fuerte Bartlett y el muchacho hijo de Martín.

La última parte de la presentación se perdió entre un murmullo de voces. Nadie, de los Skullcap había visto al famoso combatidor de indios, hasta entonces, pero ni uno solo también, dejaba de conocerlo por el nombre y la fama.

—¡Bravo por Búffalo Bill!—fué la inmediata respuesta. — ¿Y los soldados? ¿Han venido con usted, verdad? ¡Están haciendo mucha falta..!

Era aquel instante el que había temido Búffalo desde el comienzo de la desenfrenada carrera.

—No,—respondió. — No vienen con nos-

otros los muchachos. Iban a venir treinta de ellos y yo debía encontrarlos en las Tres Horcas. Pero los indios les prepararon una emboscada y han perecido todos.

—¡Que han muerto todos!... ¿Eso quiere decir que no va a venir nadie?...—preguntó el que había hablado desde el principio, reflejando en su voz una desesperación de la que, al parecer, participaban todos los que iban con él.

—Ni uno solo,—confirmó Búffalo.—Nosotros hemos seguido caminando sin ellos... Y sería mejor pensar ahora en esos canallas que nos vienen persiguiendo. Somos los únicos que llegamos y cuanto más pronto regresemos todos a la ciudad, será mejor... según opino.

El grupo apresuró la marcha, mientras de ambos lados volvían a hostilizarlos con una serie de disparos.

La noticia del feliz éxito de la emboscada había sido ya comunicada a los sitiadores por el refuerzo de pieles rojas que se les había reunido.

Penetrantes gritos y aullidos de guerra llegaban de todos lados hasta la desanimada guarnición.

Nada quedaba qué hacer sino guardar toda la furia para emplearla en la defensa de la plaza.

Solamente ocho valientes formaban las fuerzas que habían efectuado la salida con la esperanza de facilitar la llegada a los tan esperados como necesarios, refuerzos.

Antes de que regresasen, cayeron otros dos indios, pero aun cuando se vieron los caballos huir sin jinete ninguno vió caer a éstos.

—¿Y ustedes son los únicos que vienen a ayudarnos? — preguntó nuevamente el jefe del grupo, con una amarga sonrisa, cuando al fin estuvieron en salvo, dentro de las defensas de la ciudad.—¿Usted y este muchacho?

—Eso es todo, — respondió Búffalo. — Lo lamento mucho, pero no hay que contar con más hasta que la noticia de la emboscada llegue al Fuerte Bartlett.

Aquellos hombres, — resultaban en total contando los muchachos de quince años y los viejos de setenta,—habían estado defendiendo los límites de la ciudad durante tres días y tres noches consecutivas, contra los recientes ataques de los salvajes en un número muchas veces superior.

Las defensas consistían en una línea de alambres de púa, con algunos puestos para fusileros, y barricadas de coches en las embocaduras de las calles, y la parte alta de las casas desde donde se hacía fuego libremente.

Todos ellos estaban rendidos de cansancio causa de tantas noches de vela y de la incesante pelea. Hasta el hambre comenzaba ya a causar estragos y adueñarse de ellos.

Habían recibido una nota, por medio de un mensajero, procedente del Fuerte Bartlett, anunciando el envío de auxilios y la sensación que experimentaron al saber que esta ayuda estaba más lejos que antes, fué de descorazonamiento.

En otras circunstancias la idea de que tenían entre ellos a Búffalo Bill, el más terrible combatidor de los indios los hubiera llenado de esperanza, pero entonces sentían un cierto encono contra él y hasta casi lo responsabilizaban del percance sufrido. Casi produjeron una explosión sus primeras palabras.

—Vamos, muchachos,—había dicho.—Las cosas no están tan mal como podían estar. Los indios no han entrado todavía. Ustedes los han tenido a raya y continuaremos teniéndolos a distancia hasta que en el Fuerte Bartlett, se conozca la desgracia ocurrida y envíen nuevos refuerzos en nuestra ayuda.

La única respuesta fué una carcajada áspera y burlona, salida de la última fila del grupo de sus oyentes. Aquellos hombres eran los jefes, a quienes Búffalo estaba hablando. Se habían reunido en el local que en las épocas de tranquilidad era el hotel local. Era una construcción edificada con grandes vigas de madera, muy espaciosa, situada en el cruce de las principales calles del pequeño pueblo. A la sazón se hallaba protegida por numerosas bolsas llenas de arena, y provista de troneras, por ser destinada a un refugio en el último extremo.

Búffalo Bill, cambió de color. La risa que acababa de oir estaba tan llena de odio, que no podía pasar inadvertida para él. Su mirada de lince distinguió pronto al que la había lanzado. Sólo una persona de mucho valor podía animarse a despreciar a Búffalo Bill sabiendo con quién tenía que habérselas. Por consiguiente, Búffalo esperaba encontrar el verdadero tipo de cowboy, pronto a mantener su demostración jactanciosa, por medio de su revólver.

En lugar de eso vió, no sin gran sorpresa, una figura que procuraba ocultarse, vestida pobremente, con una mirada traicionera y una sonrisa repulsiva; un hombre tan fuera de lugar entre aquel grupo de hombres francos y rústicos, como pudiera estar cualquiera de estos últimos en uno de los salones aristocráticos de Broadway.

Búffalo Bill clavó en él su mirada, como si fuera un puñal.

—¡Ah! Con que se ha reído de lo que yo decía, forastero... Eso me demuestra que tiene usted algo que manifestar... Bueno, hable de una vez.

No se dió cuenta del gesto de admiración hecho por el muchacho, quien, por debajo de su brazo observaba al que se había reído en aquella forma. Búffalo Bill, notó que le tiraban fuertemente de la manga, pero cuando se dió cuenta de ello, ya el individuo aquel había comenzado a hablar.

—Sólo quería dirigirle dos preguntas—contestó el otro.—Y ellas son: Ya que vió usted cómo esos treinta soldados caían en una emboscada y perecían en ella, ¿cómo es que usted no fué capaz de avisarles?

—Por una razón muy sencilla... —comenzó a decir Búffalo Bill.

Pero el otro le hizo seña de que dejase que continuara hablando.

—¿Y cómo se explica que ya que pudo escapar con vida, no haya ido inmediatamente a Fuerte Bartlett, para darles aviso de lo que pasaba.

Esta pregunta, tan directa, fué recibida con evidentes muestras de satisfacción y seguida por otra carcajada de desprecio antes de que el escucha pudiera contestar.

—Sin duda pensaba que siendo Búffalo Bill valía por treinta soldados de caballería de Estados Unidos... Vamos a ver ahora cómo piensa libertar a Skulleap de la situación en que se halla

Tal fué la nueva exclamación sarcástica que llegó de otro lado, hasta sus oídos.

El grupo se rió en forma poco agradable ante la nueva salida. Y sin darle tiempo a defenderse, los demás chistosos comenzaron a menudear bromas a expensas suyas.

El jefe designado para la defensa, era un espléndido tipo de viejo gigante y se llamaba Pedro Gunn, el verdadero prototipo de los habitantes del Oeste, y un hombre recto en su modo de pensar, de no estar acosado por los otros. Pero la decepción sufrida y la preocupación de las vidas de que era responsable, lo habían amargado y a causa de ello hizo causa común con los demás.

—Sí, — exclamó con amargura. — Eso es un exceso de lirismo... Si salimos con bien la gloria será para él... y si ocurre lo contrario... Nosotros sufriremos las consecuencias...

—Y nosotros también, — exclamó el muchacho avanzando. — Todos estamos en las mismas condiciones. ¿No es cierto?... Oiga usted,—y aquí se dirigió al original interruptor.—Está muy listo para hacer insinuaciones... ¿Qué sabe usted, después de todo, un curandero cualquiera?

—¡Cómo! — exclamó Búffalo Bill sorprendido.

—Sí; éste es el loco de quien le he hablado a usted. El que andaba rondando por nuestro ranch... Ese que ha dicho que Pie de Pato es un espía, — respondió el muchacho.

El curandero habíase sobresaltado cuando oyó hablar al muchacho y más aun cuando luego vió la cara del hijo del viejo Martín.

Lo miró contrariado y en tono de amenaza, según pudo observar Búffalo Bill. Pero dominándose, sin embargo, volvió a reir nuevamente en forma desagradable.

—¡Ah! ¿De modo que está usted ahí?—exclamó socarronamente.—Y sin su compinche Pie de Pato. El se habrá ido con los indios después de haber andado espiando por estos sitios y de habernos infundido el terror. Ya he hablado de él con ustedes,—dijo volviéndose hacia los otros.

—Es cierto, — asintió Pedro Gunn, mirando con desconfianza al muchacho.

—Yo les aseguro a ustedes que ese joven es un compinche de Pie de Pato... Y si yo estuviese en su lugar lo que haría sería vigilarlo cuidadosamente...

—¿Vigilarlo? — exclamó Búffalo Bill, que empezaba a encolerizarse. — ¿Por qué pretende usted vigilar al muchacho?

—Porque es muy posible que esté de acuerdo con él y sólo venga aquí para averiguar lo que estamos haciendo... ¿No es así?

La maliciosa insinuación hizo que Búffalo se dispusiese a la acción, pero Pedro Gunn, el jefe de la plaza, tuvo tiempo de intervenir y preguntó a Búffalo Bill dónde había recogido al muchacho y qué era lo que sabía de él.

Búffalo hizo un relato fiel de los hechos. Reconoció que realmente no sabía nada acerca del muchacho, a excepción de que sus padres se encontraban muertos entre las ruinas de su casa.

Una nueva pregunta le hizo declarar que no había visto los cuerpos y que sólo había confiado en lo que el muchacho le había dicho.

—¿Y usted, empleado del gobierno, ha sido enviado sólo a todas esas partes para prestar ayuda?...

—Eso es todo un cuento ideal, — exclamó el curandero, quien cuidadosamente seguía su plan y en cuanto encontraba una oportunidad se interponía para sugerir la conducta que debían seguir los otros.

Pedro Gunn logró cuidadosamente colocarse entre él y sus víctimas.

—Bueno, muchacho, — dijo. — Lo que es un hecho es que es Búffalo Bill el que nos está hablando... Que ha venido aquí, nos ha contado una linda historia y que se encuentra en una singular compañía... Se lo que es eso y no lo hubiera hecho nunca como él... Se ha convertido en el compañero de un espía y si ustedes me preguntan...

Búffalo Bill había soportado ya más de lo que era prudente. Así es que de un empujón echó a un lado a Pedro Gunn y avanzó en dirección del curandero.

Pero el otro anduvo una sección de segundo más rápido y Búffalo se encontró únicamente con la pared y antes de que pudiera reaccionar, una docena de pares de manos lo habían sujetado, mientras el canalla había considerado más conveniente escapar.

Búffalo Bill se arrepintió de haberse dejado dominar por sus nervios y el muchacho quiso explicarlo todo sinceramente. Pero el daño ya estaba hecho.

La dañina lengua del curandero había envenenado a todos en contra de los dos, y nada de cuanto pudieran manifestar en su defensa sería considerado bueno.

Así oyeron decir a Pedro Gunn que aun cuando no había que creer por completo la historia del curandero, tampoco había por qué desecharla en absoluto y que sería conveniente no perder a la pareja de vista.

Si deseaban tomar parte en la defensa de la ciudad, se hallaban en libertad de hacerlo, pero que al menor indicio de traición serían muertos como perros.

Búffalo Bill podía apenas dar crédito a lo que oía. Jamás, hasta entonces, durante su carrera, había habido seres capaces de pensar respecto a él, las cosas que pensaba aque-

lla gente y mucho menos manifestarlas abiertamente.

Sin embargo, por mutuo acuerdo, resolvieron no hacer nada y consideraron mucho mejor dejar que el tiempo desmintiese tales mentiras.

Los jefes habían partido detrás de Pedro Gunn y quedaron solos para acomodarse del mejor modo que pudiesen.

—Bien, viejo caníbal, ya me llegará a mí el turno... — exclamó el muchacho. — Acusarme a mí de espía... Ya le ajustaré yo las cuentas y veremos quién lo es...

—Bueno. Yo no sé si alguien puede desmentirlo, no siendo usted, muchacho,—fué la respuesta de Búffalo. — Al parecer es su idea fija eso del espionaje de Pie de Pato... Al parecer nadie más había sospechado de él y la sugestión ha sido suya... Pero usted me ha dicho que se fué a Saltlick... ¿No es así?... Lo que me admira es cómo ha podido llegar hasta aquí, si eso era cierto.

—No hay nada que extrañar, — manifestó el muchacho. — Saltlick no se encuentra a tantas millas de distancia y una persona acostumbrada a caminar diariamente, puede muy bien recorrerla, si anda un poco vivo.

—Pero, y contribuir a la defensa de la ciudad y ser considerado... Que me cuelguen si lo entiendo... — prosiguió el muchacho, — dirigiéndose hacia uno de los rincones para colocar en él su viejo fusil, después de limpiarlo y cargarlo. — Los rojos pueden venir de un momento a otro y arrancar la cabellera a cuanto hombre encuentren en la ciudad, aun cuando por lo que a mí respecta, espero que eso, de ocurrir, será lo más tarde posible...

—¡Oh! Venga aquí, muchacho... ¡Habla como un hombre! — exclamó riendo Búffalo Billl. — Los dos vamos a demostrar a estos locos mentirosos que estamos muy lejos de ser lo que ellos han supuesto. Pero de todos modos, creo que hemos terminado de luchar, por hoy. Ahora vamos a buscar una manta con que taparnos, y mañana, más tranquilos, pensaremos y veremos de hallar la manera de hacer volver la partida en nuestro favor. Con que muchacho, comamos algo y luego a dormir.

Aquella noche no se produjo alarma ninguna. La noticia de la destrucción de las fuerzas de auxilio, fué, sin duda, considerada excelente por los indios, a lo menos por aquel día, y celebraron su victoria con whisky y danzas guerreras.

A la mañana siguiente Búffalo Bill se levantó muy temprano. El muchacho lo imitó y se sentía más descansado. La herida de la cabeza no le causaba, al parecer, molestia alguna.

—Voy a procurar averiguar que es lo que han hecho con la vieja diligencia y el polvo de oro, que ha tenido la virtud de atraer a esos indios como la miel atrae a las moscas. Si lográsemos sacarlo de aquí, pronto desaparecerían... Puedo jurarlo...—dijo Búffalo Bill.

No tenía duda de que la presencia del oro, era la causa de aquel levantamiento. En verdad había sido a causa de la intranquilidad reinante entre la tribu de los Pie de Lobo, desde hacía un mes, que se había procedido al cambio de sitio del valioso polvo. La existencia de esa fortuna era el origen de la rebelión, sobre esto no cabía la menor duda.

Los altos empleados del banco de Blue Gulch, habían tomado todas las precauciones para conservar el secreto acerca del envío; pero alguien se había enterado y ese alguien tenía que estar en connivencia con los Pieles rojas.

—Me sorprendería que fuese ese Pie de Pato, — murmuró Búffalo, quien pronto logró encontrar el viejo vehículo dentro del enorme caserón de una granja. El escondite del oro lo hallaría después. Los troncos de caballos se hallaban también a salvo.

El resplandor de sus ojos bajo las pobladas cejas denotaba que algo bullía en su mente.

Una repentina alarma en los puestos de las avanzadas y las descargas de los fusiles, le arrancaron a sus ideas.

La ciudad era nuevamente atacada.

Tomando su excelente winchester, Búffalo Bill, pronto estuvo en la calle, seguido de cerca por el muchacho, quien, a pesar de haberse prometido no hacer un solo disparo en defensa de los "perros que lo habían insultado", pronto se olvidó de todo al considerar cercano el peligro.

—¿Dónde están los rojos?... Vamos... En seguida,—exclamó nerviosamente colocándose al lado de su amigo y procurando distinguir a los adversarios, que no alcanzaba a ver por más que el tiroteo era nutrido y furioso.

—¿Pero está ciego, muchacho?—exclamó Búffalo.—¿No alcanza a distinguir las cabezas color de cobre que se agitan entre las malezas? Ahora están haciendo fuego... ¿No los ve?

El hizo rápidamente un par de disparos antes de que su joven compañero pudiera preparar su fusil.

Uno de los proyectiles hizo seguramente blanco, porque una figura de piel color de cobre se elevó sobre el matorral y abriendo los brazos cayó hacia atrás, entre las exclamaciones de los defensores.

—Bien. Manifestándose de ese modo es fácil hacer blanco. Pero proceden como si no estuviesen temerosos del peligro,—exclamó Búffalo Bill manifestando su entusiasmo por el éxito de su disparo

Sin embargo, aún cuando miraba a un grupo de arbustos donde al parecer se realizaba el ataque central, observaba también los alrededores por si notaba en ellos algún otro movimiento.

—No sé por qué me parece que el peligro no está ahí — murmuró con desconfianza.— Me figuro que esto no tiene otro fin que llamar la atención hacia este lado para cubrir otro ataque...

—¡Ajájá! — exclamó un instante después.—¿Qué decía yo? — añadió alegremen-

te.—Venga acá muchacho y mire bien. ¿No ve ahora nada en la dirección que marca mi dedo?

El muchacho confesó que no notaba nada de particular.

—Pero, fíjese bien el sitio que yo señalo. ¿No distingue señal alguna de indios?... Por allí...

—No veo nada...

—Pero muchacho, parece mentira...—continuó con amargura.

Se interesaba por el joven después de los peligros corridos juntos y su conversación de la noche.

Bueno, para ver lo que él notaba era forzosamente necesario estar habituado a luchar con los indios, porque lo que había señalado al muchacho era un montón de pasto que se elevaba sobre el nivel de la maleza a una altura no mayor de seis pulgadas.

La diferencia era tan pequeña que aún los que conocían bien el terreno, no se extrañaban de aquello, a pesar de estar alumbrado el terreno por la luz del día. Pero el educado instinto de William Cody le hacía observar hasta los menores detalles.

Debido a ello había notado que aquel montón de pasto no estaba quieto sino que en forma lenta se iba acercando cada vez más, hacia dos avanzadas que se hallaban en uno de los ángulos de la defensa.

También había notado Búffalo que aquel pasto que se movía no era solo. Seis más, adelantaban también casi imperceptiblemente para reunirse con el primero. Comprendió inmediatamente el juego. La brisa que le refrescaba las mejillas le demostró que era de aquel lado de donde soplaba el viento. La temperatura era seca y calurosa. Debido a ello se admiraba de que a pesar de ser propicias las condiciones no hubieran tratado aún los sitiadores de incendiar la ciudad.

¡Crack! Su rifle envió al fin, después de una larga deliberación, su mensaje. Y precisamente como había anunciado, el muchacho vió, repentinamente, donde no había distinguido antes a ser humano alguno, a un enorme salvaje, desnudo de cuerpo, que caía al suelo retorciéndose en las angustias de la agonía

Antes de que hubiera tenido tiempo de admirarse de aquel milagro, el arma de Cody hizo fuego otra vez, y vió caer también herido de muerte, a otro salvaje.

Los indios, viendo que habían sido descubiertos y que su juego no podía continuar con probabilidades de éxito, se pusieron de pié y emprendieron la fuga.

Los fardos de pasto que habían servido para ocultar su cuerpo desnudo los llevaban ahora con las manos en alto, sobre la cabeza. Las antorchas encendidas que antes llevaban ocultas, encendieron el pasto seco y las llamas aumentaron a causa del aire que soplaba.

Cincuenta yardas más que hubiesen logrado avanzar, hubieran logrado clavar en buen lugar las antorchas y minutos después la ciudad se hubiera visto envuelta en llamas.

Este sin embargo era el trance que le encantaba a Búffalo Bill. Mientras que los demás se limitaban a abrir la boca asombrados ante este inesperado golpe con que los amenazaba el destino, él hacía funcionar el gatillo de su arma de repetición cinco veces, con tanta rapidez como la mano y la vista lo permitían. Cada vez que movía el dedo y oprimía el gatillo salía una bala, y esto fué una, dos, tres, cuatro y cinco veces, y en cada uno de estos movimientos, caía un salvaje con los brazos abiertos y se revolcaba en el suelo para agitar en los estertores de la muerte la antorcha encendida que sostenía en la mano.

Si bien los defensores de Skullcap habían aplaudido con entusiasmo antes, aquel tiro aislado, ahora gritaban admirados ante la nueva hazaña.

Peter Gunn avanzó agarrándose a todo cuanto le ofrecía un asidero, sin preocuparse de que fuera alcanzado por una bala.

—En todos los años de mi vida, jamás he presenciado nada semejante,—exclamó riéndose satisfecho y tratando de tomar a Búffalo Bill de la mano para estrechársela en forma afectuosa en señal de estima.

Pero Búffalo no se movió. Con la vista fija a lo largo del cañón su arma, esperaba y observaba para notar en seguida el punto donde había de producirse la nueva sorpresa.

Pedro Gunn, quien no obstante su larga experiencia en las cuestiones de las praderas y de haber sostenido durante su azarosa carrera numerosas luchas con los salvajes, miraba atentamente sin alcanzar a distinguir otra cosa que los cuerpos yacentes de los indios caídos.

Búffalo, sin darse por apercibido de la presencia del otro, se volvió de repente para mirar por encima del hombro la parte del pueblo que quedaba a su espalda. Pero no pronunció ni una sola palabra.

—Hola, — exclamó Búffalo Bill, como si recién se apercibiese de que estaba Pedro Gunn allí. — ¿Es usted?

—Sí, — respondió el cowboy. — Y quería decirle que si después de esas pruebas de excelente puntería, aun hay alguien que se atreva a decirme que usted no es el verdadero Búffalo Bill, es como para renegar de sí mismo.

—Tendrá razón. Puede opinar de distinta manera que los demás, — dijo William tranquilamente. — Sin embargo, el hecho de que yo sea un excelente tirador, no demuestra que por eso deje de ser un espía, como afirmaban los suyos anoche. Y ya que se ha formado de mí una opinión más elevada, desde esta mañana, deseo hacerle un par de preguntas acerca de las cosas y personas de este lugar. La escaramuza parece que por ahora ha terminado y podemos alejarnos caminando hasta un sitio donde nos puedan servir algo que tomar.

Dejaron al muchacho en la línea de obser-

vación, deseoso de tener una ocasión de disparar su arma y poderlos seguir luego.

Cuando Búffalo Bill hubo terminado su conversación con el jefe, el rostro de aquel hombre expresaba asombro y rabia. Irguiéndose, después de que Búffalo lo hubo dejado solo, levantó en un gesto de amenaza y furia sus dos brazos al cielo, jurando por todos los diablos que si lo que había oído era cierto, ahogaría entre sus propias manos al canalla y luego él se eliminaría.

Se sentía doblemente contrariado porque Búffalo le había exigido el secreto más absoluto acerca de todo cuanto le había dicho.

—Recién le estaba diciendo a nuestro amigo Pedro, — dijo Búffalo Bill, algunos minutos después al muchacho, — que no estaba del todo equivocado el curandero, cuando manifestó que había espías en este lugar... Y los hay... Los hay..

—¿Cómo? — exclamó el muchacho. — Espías, aquí... Luchando contra nosotros.

—Seguramente. Y diciéndoles a los rojos lo que debían hacer durante la última escaramuza. Todos ocupados con la pelea, no se habían fijado, pero yo sí.

—¿Diciendo? ¿Cómo?

—Por medio del humo. Desde una de las chimeneas del lugar. Y yo he visto el humo de los rojos respondiendo... Perfectamente... Ahora esperemos que mis palabras produzcan su efecto...



CAPITULO IV

Un espía en el campamento.

HUBIERA sido posible derribar al muchacho de un soplo, tan asombrado y falto de fuerzas quedó él al recibir la noticia.

—¿Espías aquí? En lucha contra nosotros, —fué todo lo que pudo decir.—¿Pero cómo? ¿Dónde?

—Calma. Eso tenemos que descubrirlo, muchacho. Y una vez que lo hayamos descubierto hemos de ocultarlo... Yo le he estado diciendo a Pedro Gunn, que nadie, a excepción de nosotros, debe sospechar que hay un traidor que nos ha estado vendiendo a los pieles rojas...

—¡Pero, caramba!—exclamó el muchacho indignado. — ¿En nombre de qué pretenden ustedes hacer eso? Todo el mundo debe saberlo para que reciba el castigo a que se ha hecho acreedor...

—¿Si y en el momento que se lleve a cabo esa resolución qué es lo que va a hacer el espía? No; deje usted eso por mi cuenta.

Iban caminando a lo largo de los edificios que daban a la calle principal de Skullcap. Atreverse a cruzar esa calle a la luz del día era ir derecho a la muerte.

La menor señal de movimiento era lo suficiente para recibir una descarga desde la loma que dominaba el pueblo. Y entre los sitiadores había algunos de buena puntería como lo demostraba la larga lista de víctimas.

Junto a la línea de edificios había más lugares para esconderse y estar más al abrigo. Allí se habían acurrucado las mujeres y los chicos iban de un lado al otro a pesar de las advertencias. Sin embargo Búffalo Bill y el muchacho en aquella corta distancia de cincuenta yardas habían tenido que soportar las balas, que zumbaban sobre su cabeza y que iban dirigidas contra la pared de madera de las casas.

El muchacho se devanaba los sesos por saber dónde se dirigía su amigo. Siguiendo la dirección de su vista vió que observaba las chimeneas de barro, preferentemente a cualquier otra cosa de las que encontraban en su camino.

—¡Oh!—exclamó.—Estoy buscando el hospital, que según dicen han instalado por algún sitio. No lo necesitamos aún, pero nunca se puede saber lo que ha de ocurrir.—Ese fué todo lo que William dijo, pero el muchacho comprendió en seguida que había mucho más de interés en lo que callaba, que en lo que decía.

Pronto olfateó Búffalo un fuerte olor a desinfectante y pocos pasos más lejos distinguió que aquél era el sitio que evidentemente iban buscando. Había allí una gran ventana defendida con bolsas de arena y mirando por ella vió que daba acceso a un improvisado laboratorio, que en aquel momento se hallaba vacío.

El muchacho, que miraba por debajo del brazo de su amigo, hizo un gesto, de sorpresa y exclamó:

—¡Ah! Aquí es donde vive ese canalla de curandero. Esa valija que hay en el rincón es la suya, y esos deben ser los medicamentos con los cuales está envenenando a la gente de por aquí.

Búffalo Bill no contestó y continuó metiendo la cabeza dentro de la habitación. Sabía que el curandero había sido destinado para ayudar al médico de la localidad establecido en aquel sitio, para el cuidado de los heridos.

De repente una voz que se oyó a la distancia, de una de las habitaciones destinadas a salas de enfermos confirmó lo que decía el muchacho. Era el curandero el que estaba hablando. Búffalo Bill se apartó en seguida sin detenerse para oir lo que decía.

Había visto ya lo que le interesaba y tomando al muchacho del brazo se alejó sigilosamente con él.

—Bueno ya lo hemos encontrado, me parece—exclamó en tono tranquilo.

—¿A quién le hemos encontrado?

—A nuestro espía.

—¿Cuándo? ¿Quién es?

—Su compinche el curandero, — respondió Búffalo Bill con una sonrisa maliciosa al ver la mirada de incredulidad que le dirigía el muchacho, quien ya empezaba a molestarse nuevamente.

"El curandero enviaba noticias por medio de señales de humo. Yo creí haber notado esa chimenea y tenía la seguridad de que pronto daría con ella. ¿No se ha fijado en ese montón de trapos carbonizados y cenizas de paja que había en la cocina?

El muchacho, en efecto, no se había fijado.

—Pues yo sí me fijé. De preguntarle a él nos diría que eran vendas usadas y maderas, — dijo Búffalo Bill con gran energía. —Además, hay otra cosa. Una tira de hojalata con un disco cortado en una punta y que también está ennegrecido por el humo... Con eso es con lo que hace las señales.

"Opera del siguiente modo: Enciende un fuego con algo que produzca mucho humo. Lo cubre con el disco de hojalata y de pronto lo retira y deja escapar una cantidad de humo por la chimenea... luego lo vuelve a tapar para volver a repetir la operación con mayor o menor rapidez, según el mensaje que desea trasmitir.

"Por eso tenía la ventana abierta para dejar que el humo saliese cuando la chimenea seguía tapada, — terminó Búffalo, seguro de que esta teoría era correcta, que sus sospechas se habían confirmado y que bastaba con lo que ya sabía para colgar al sospechoso.

—¿Pero no vamos a hacerlo ahorcar? ¿Por qué se va a perdonar a ese canalla? —añadió el joevn enfureciéndose.

Búffalo Bill tuvo que repetir nuevamente al muchacho que guardase silencio, pues de lo contrario todos se enterarían de lo que pasaba.

—Yo no voy a decir, ni a Pedro Gunn, que hemos descubierto a nuestro hombre,— agregó. — Yo tengo un plan y lo voy a exponer a la aprobación de los jefes esta noche. Como el curandero es uno de ellos, si suceden las cosas como yo opino, aprovechará lo que oiga...

—¿Para comunicárselo inmediatamente a los pieles rojas?

—Exactamente, — fué la respuesta. — Eso servirá como una comprobación de mis sospechas y nos demostrará que nuestros planes no deben cambiarse hasta último momento y esto en forma secreta.

El muchacho lo miró desconcertado, al principio y luego hizo un gesto como dando a entender que había comprendido la idea.

—¿Se trata de hacer alguna cosa con ese coche? — aventuró. — ¿Trata usted de sacarlo de aquí, como dijo antes?

Búffalo Bill lo miró rápidamente, como si estuviera arrepentido de haber ido muy adelante en sus confidencias. Pero aquella idea se desvaneció en seguida. Por lo que había visto de los hombres de Skullcap y por lo que conocía del muchacho, cuyos recursos y temple había observado mientras efectuaron aquella carrera a vida o muerte, más prefería tenerlo como compañero en la enorme obra que trataba de realizar, que a ningún otro.

Antes de separarse de Pedro Gunn, jefe de los defensores de Skullcap, Búffalo había preparado para aquella noche una especie de consejo de guerra y en él había de discutirse cierto plan.

De acuerdo con sus instrucciones, nadie sabía, ni sospechaba nada de la existencia del espía. Esto obedecía a la idea de que el traidor, fuera quien fuese, no desconfiase y concurriese a la reunión para tomar todas las notas que deseaba tomar.

El plan de Búffalo Bill era este: Partía del principio de que era, sin duda, el polvo de oro por valor de los 150.000 dólares, lo que hacía que los pieles rojas hubiesen puesto cerco a la ciudad, ya que las escasas riquezas que había en ella, de ordinario, así como la vida de sus pocos habitantes, no justificaban tamaña empresa.

Su proposición consistía en que a toda costa el oro debía salir de la ciudad para librarla de la captura y destrucción de cuanto había en ella.

Para asegurar que el tesoro no fuese a caer en manos del enemigo y tratar de escapar, el viejo carruaje sería despachado vacío, como un cebo, por el camino principal que hubiera tomado, atravesando el río en Coulters Crossing y yendo luego por las montañas de Delaghamy, a Perseverance City.

Esto, como se supondrá, tendría una conclusión definitiva, la de que el conductor sería muerto. Por esa razón, Búffalo Bill solicitaba el puesto de honor, dirigiendo él personalmente, el tronco de caballos.

El tesoro, sería, en realidad, colocado en un pequeño y ligero carruaje arrastrado por dos caballos y aprovechando el movimiento que iniciarían los rojos para perseguir y tratar de capturar el otro coche que partía, en dirección contraria, lanzaría el segundo vehículo a través de las filas de sitiadores por el camino que conducía al Fuerte Bartlett.

El proyecto despertó, al principio, poco interés entre los concurrentes al consejo. Pero Búffalo observaba atentamente y notó que el curandero estaba bien alerta y más bien divertido que asombrado.

La declaración hecha por Búffalo Bill de que él conduciría el primer coche, abrevió las discusiones y después de alguna que otra objeción, todos llegaron a ponerse de acuerdo en que de no sacar el oro de la plaza, los salvajes continuarían el asedio con el terrible resultado de que perecerían todos, mujeres, niños y hombres.

—¿Quiere decirse que estamos de acuerdo? — exclamó Búffalo Bill finalmente. — Señalamos la noche de mañana para efectuar la tentativa. Yo estaré pronto a las nueve y el otro vehículo deberá partir tan pronto como encuentre un momento propicio.

—Pero, ¿quién va a ir con usted para intentar una defensa? — preguntó Pedro Gunn no convencido de que Búffalo no vacilase al ir sólo a una muerte cierta.

—Nadie. No deseo que me acompañe persona alguna, ya que yo tengo dos manos d

que valerme, — fué la respuesta de Búffalo. —Pero podemos colocar en el coche algunos muñecos para dar más aspecto de realidad a la cosa. No pueden molestarme mucho.

Se oyó un rumor de aprobación.

—Ahora hay otra cuestión, — añadió lentamente,—es el saber quién ha de conducir el verdadero coche del tesoro.

El curandero fué el primero en hablar.

—Es cierto. Oiganme, — exclamó. — Yo no puedo guiar un tronco brioso, pero conozco bien el camino que conduce al Fuerte Bartlett y puedo llegar hasta él y regresar con algunos refuerzos que pueden ser necesarios... De todos modos cuenten conmigo.

—¿Sí? ¿Es cierto que usted se atreve?— preguntó Búffalo como desconfiando. — Bien. De todas maneras es una buena oferta, —agregó como aplaudiendo la acción. — Se necesita, no obstante, otra pareja o más que formen una escolta de defensa.

No costó trabajo encontrar los necesarios voluntarios. Era una empresa arriesgada, pero Cody había sabido quedarse con la misión más difícil.

Terminado esto el consejo concluyó. Búffalo Bill marchó, al parecer para reconocer los caballos que había de guir y tratar de construir los muñecos que harían el papel de defensores del supuesto tesoro.

Al partir llevó con él a Pedro Gunn.

—Ahora, óigame, jefe, — dijo al comandante de la ciudad. — Conociendo lo que le he manifestado a usted acerca de la existencia de un espía, le diré que el plan que acaba usted de oír hace un momento no se realizará exactamente en la forma en que lo he manifestado.

—¿No? — preguntó sorprendido Pedro Gunn.

—No. Seguramente que no iba yo a ser tan cándido. Ese es el plan que nuestro espía ha de transmitir por medio de las señales de humo, y el resultado será que los salvajes no atacarán el coche que va vacío. Seguramente sus tiros irán hacia el otro que se dirige al Fuerte Bartlett.

El comandante de la ciudad se rascó primeramente la cabeza. Luego, repentinamente, comprendió la idea.

—¿Quiere decir que el polvo de oro marchará con usted, en el viejo coche-correo?— exclamó haciendo una mueca.

Aquella era, en efecto, la idea de Búffalo. El consideraba encontrar el camino libre y esperaba que gracias al espía, podría pasar, sabedores de que sólo constituía el cebo para alejarlos del buen camino.

El coche para Fuerte Bartlett podía no marchar en seguida y darle así tiempo a él para que tomase una buena ventaja en el camino.

Pedro Gunn se echó a reir en una forma tan ruidosa, que Búffalo Bill casi se arrepintió de haberle hecho la confidencia. Sin embargo era forzoso que eso ocurriese, ya que el otro era el comandante de la plaza y tenía que hacerle entrega del oro.

—Entonces, quiere decirse que usted no necesita escolta, — exclamó Pedro Gunn.— ¿Solamente muñecos?

—¿Y para qué más? Usted no puede distraer hombres de la defensa de la ciudad. Yo tampoco los necesitaré mucho. En cuanto haya atravesado el río...

—¡Loado sea Wáshington!... No ha dicho usted nada... — interrumpió el otro. —¡El río! ¿Pero por qué no ha hablado antes de eso?... Si el río está sumamente crecido desde hace dos días... Ha llovido mucho y al bajar el agua de las montañas el río ha aumentado su caudal y la fuerza de la corriente...

—¡Desde hace dos días!... — murmuró. —Bien. De todos modos no es esa una cosa que pueda detenerme en mis propósitos y creo que lograré vencer ese inconveniente.

Búffalo Bill se hallaba realmente decidido a tentar la prueba. Como empleado del gobierno había sido comisionado especialmente para que adoptase las medidas necesarias para salvaguardar el oro. Además sabía, acaso mejor que el comandante de Skullap, que no podía distraer ni un sólo hombre e la defensa de la ciudad, pues en cuanto los sitiadores se diesen cuenta de que habían sido burlados, seguramente harían un último y sobrehumano esfuerzo por tomar una venganza sobre la población.

Por otra parte, Búffalo Bill quería para sí todos los riesgos de la empresa. Hubiera deseado llevar al muchacho con él, pero luego comprendió que acaso la lucha fuese desesperada y resolvió que se quedase con los defensores de la plaza.

Excusado es decir que el joven estaba furioso con la resolución. Encontró a Cody cuando éste trabajaba ardorosamente construyendo los monigotes con ayuda de prendas viejas rellenas de paja.

—¿Está usted decidido a partir sólo? ¿No quiere llevarme? — preguntó el joven, con lágrimas en los ojos.

—Sí. Lo he pensado bien. Es preferible que se quede aquí, muchacho. Ya hemos dicho al curandero que como no llevo el oro, sólo me acompañarán unos muñecos. Si ahora cambio de idea y le llevo conmigo, acaso llegue a sospechar algo.



CAPITULO V

El plan de Búffalo Bill

AQUEL era un argumento convincente, que se le había ocurrido a Búffalo Bill y que contribuía a hacer que se hallase más resuelto a realizar la empresa.

Para libertarse del muchacho, lo envió al lugar del frente de combate, donde Búffalo Bill había estado antes y desde donde había visto las primeras señales de humo, dicién-

dole que desde allí observarse cualquier señal con luces que se destacase en las sombras tanto fuese del lado del enemigo como de la ciudad.

El muchacho no alcanzó a distinguir nada, pero Búffalo Bill, al amanecer del siguiente día fué testigo de un flagrante delito de señales que procedían de la chimenea del hospital y que hubieran bastado para condenar a muerte al curandero, veinte veces. Pero aquello sólo hizo reir a Búffalo Bill.

Que se estaba operando algún movimiento inusitado en las filas del enemigo, era evidente. Había habido muchas señales de que un ataque se iba a realizar desde las primeras horas de la mañana y en cada ocasión se había dado orden de empuñar las armas. Pero de pronto toda señal de peligro había desaparecido en absoluto.

El día iba pasando lentamente. Todo estaba preparado. Búffalo había examinado cuidadosamente los arneses de los seis caballos que arrastraban la galera. Sus monigotes equipados con sombreros y palos, por rifles, estaban colocados en sus asientos y se tambaleaban a cada movimiento de vehículo.

La cueston de cambiar el oro de lugar sin que nadie se enterase, pronto fué resuelta. Las bolsas de cuero del Banco fueron vaciadas de su contenido y llenadas con munición. El polvo de oro fué luego introducido en latas de kerosene, preparadas por Búffalo Bill.

Por fin la hora de la partida se acercó. Búffalo tenía sus caballos preparados para partir y los animales tenían un excelente aspecto, después de los varios días de descanso que habían tenido. Nada había que temer respecto a la manera que Búffalo Bill manejaría la diligencia, pues era un experto conductor.

Lo que había que preguntar era dónde se hallaban el muchacho y el curandero. Este último se encontraba, según decían, atendiendo a un herido. Respecto al muchacho nadie recordaba haberlo visto hacía más de media hora.

—Diablos con el muchacho éste. Yo que me quería despedir de él. — Y se notaba que al decir esto estaba contrariado. Pero no había nada qué hacer.

El camino hasta el cruce de Coulter era recto y llano y, a menos que los rojos hubieran construído barricadas en él durante el asedio, no ofrecía dificultades. Pero Búffalo Bill, que conocía bien a los pieles rojas, dudaba de ello. Una vez que hubiera vadeado el río, se encontraría en terreno ya conocido.

A las nueve en punto, esto es a la hora convenida, subió al pescante y tomó las pesadas riendas. Su winchester se hallaba a su lado y sus revólvers estaban listos a los costados.

—¡Vamos! ¡En marcha! — gritó; y los que le ayudaban pusieron en marcha a los caballos de la cabeza y en seguida echaron a andar los otros cuatro. El viejo coche arrancó, dió vuelta con limpieza a una esquina, detrás de la cual había sido preparado y desembocó la calle principal. Los cascos de los caballos al chocar con el piso metían gran ruido, pero no así las ruedas, pues Búffalo las había envuelto en trozos de tela.

A despecho de las rígidas órdenes dadas, un ruidoso aplauso saludó al brioso tiro y a su hábil conductor, al despedir a éste para su peligrosa jornada.

—¡Adiós!... Pero hubiera querido despedirme del muchacho, — murmuró el escucha nuevamente, con visible disgusto. — Le he tomado cariño después de las peripecias que hemos pasado juntos... ¡Me extraña que no esté aquí para despedirme!...

No tenía mucho tiempo para pensar en los amigos que abandonaba, pues ya había llegado a los puestos avanzados y cien yardas más adelante se encontraría en las manos de un millar de enemigos.

Que éstos se hallaban alerta era cosa evidente, porque de vez en cuando sonaban disparos que iban dirigidos contra él desde las vecinas alturas, mientras que otras balas cruzaban zumbando cerca de sus oídos, como si fuesen mosquitos.

Ese detalle no escapó a la observación de Búffalo Bill. Era el primer aviso del peligro de muerte que corría.

¿Tendría el esperado éxito su estratagema? ¿Estarían la mayor parte de los rojos, emboscados en el opuesto camino que conducía al Fuerte Bartlett, como había intentado él? ¿Si era así, por qué había procurado el doctor desaparecer a último momento? Debía haberse encontrado allí listo para marchar en el segundo vehículo que debía patir, aunque no simultáneamente.

La noche estaba tan oscura como boca de lobo, pero la luna nueva debía alumbrar durante la más difícil parte de su jornada. Cuando tuviese que cruzar el vado.

Por todas esas circunstancias Búffalo Bill pensaba que la parte principal del camino pasaría sin incidentes. Aquellos tiros aislados debían ser los de las avanzadas y cruzadas éstas, seguramente cesarían. Llegó a creer en su buena suerte.

Los caballos, después de su permanencia en el establo, se encontraban descansados y en inmejorables condiciones para la empresa. Ni uno solo se había dejado de manifestar animoso y obediente a las riendas. Búffalo dirigió a los caballos hacia una cuesta y el viejo coche inició el ascenso con rapidez.

A cada barquinazo, Búffalo sentía crugir la paja de que iban rellenos sus compañeros, los muñecos. Mirando hacia atrás, los contempló y quedó satisfecho del aspecto que ofrecían. Uno solo estaba en un rincón aplastado como si realmente se hallase dormido o estúpidamente borracho.

—¡Hola!... ¿Cómo? ¿Qué es esto?—exclamó para sí, cuando del otro lado de la ciudad se oyeron numerosos y penetrantes

gritos, que le hicieron pensar, al pronto, que el otro coche había partido.

Pero pensaba que únicamente estando locos podían haber alterado las instrucciones que le había dejado a Pedro Gunn, haciendo marchar el coche tan pronto. Aquello equivalía a descubrir la estratagema inmediatamente después de su partida.

Pero nuevamente volvían a escucharse los gritos, aquellos gritos especiales de guerra que lanzaban los pieles rojas y que no tenían, por lo terribles, semejanza con ningún otro en la tierra.

—¡Otra vez! Seguramente ese viejo loco no ha interpretado bien mis instrucciones y los ha lanzado a destiempo para hacernos matar como a cerdos, — agregó Búffalo Bill, mientras tiraba de las riendas para detener a sus yuntas.

Luego, volviendo la cabeza para ver lo qué ocurría en la ciudad que acababa de dejar, vió que los gritos no procedían de aquel lado, sino de los que le perseguían a él.

Con una exclamación de disgusto se acomodó bien en su asiento, tiró de las riendas, hizo chasquear el látigo que sonó junto a las orejas de los dos caballos delanteros.

Con un salto, los seis animales se pusieron en marcha nuevamente, y pronto emprendieron el galope, como si comprendiesen que iban tras ellos muchos lobos humanos.

¿Durante cuánto tiempo podría continuar su marcha en aquella forma y eludir la captura? Media hora todo lo más.

Y entonces, solo, sin un alma que lo ayudase en su defensa, terminaría cercado por sus adversarios. Veía ya la horrible escena, los caballos muertos, a tiros para detener su carrera y él bajado del pescante de un tirón que le diesen de los pies e inmediatamente despedazado.

—¡Oh! ¡Estos malditos muñecos! Si yo hubiera seguido los consejos y hubiera traído hombres conmigo!... Si a lo menos tuviese aquí al muchacho, yo les juro que no iban a encontrar fácil la empresa...—añadió apretando con furia los dientes.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando sintió que le ponían una mano en el hombro.

Convencido de que los salvajes le habían dado alcance y que algunos trepando por la trasera del coche habían llegado hasta el pescante, se dió vuelta empuñando un revólver.

—¿Qué es lo que ven mis ojos? ¡Usted!— exclamó sorprendido.

Era el muchacho. El muñeco que parecía un borracho dormido, no era tal sino el joven Martin, quien había logrado ocultarse en aquella forma antes de ponerse el coche en movimiento.

—¿Pero usted aquí? Quiere decirse entonces que ha estado oculto aquí desde el principio?—dijo Búffalo.

No estaba muy convencido aún de cual era su deseo, si tener al lado al muchacho o que no estuviese allí en aquellas circunstancias en que el peligro era grande.

Pero el muchacho decidió sus miras cuando, haciendo un gesto de triunfo respondió con serenidad:

—¡Claro está que sí!... Y me parece que he adivinado sus deseos... Usted lamentaba no tenerme a su lado... Pues aquí estoy...

—Es cierto que lo he dicho... Pero en aquel momento no pensaba más que en mi pellejo... Mas ya que está aquí, muchacho, bienvenido, ahora nos volverán a ver esos perros rojos. Tome mi rifle y a ver cómo se porta...

No había por el momento nada que hacer. La persecución había comenzado poco antes y los indios estaban aú nlejos. Búffalo calculó que habían estado esperando en el camino que conducía al Fuerte Bartlett hasta que lograron descubrir la treta. Entonces habían partido al galope en dirección al lado opuesto de la ciudad.

—Mientras se acercan y pueden hacer fuego contra nosotros hablemos llegado al sitio donde se vadea el río—calculó Búffalo Bill.

Inútil es decir que no se hallaba muy seguro de que pudiera ocurrir tal cosa. El río, seguramente, estaría más o menos crecido, y sus deseos eran que lo estuviese lo menos posible.

Pero aún en el mejor de los casos, las grandes piedras que marcaban la ruta que había que seguir para el vado, estarían cubiertas por el agua.

La luna no alumbraba lo suficiente para guiarse en la oscuridad y era cuestión de suerte que los caballos siguiesen el buen camino.

No había tiempo que perder en reflexiones, sin embargo. De un momento a otro podían llegar los enemigos.

Afortunadamente, el camino que seguían era alto y bueno. Los seis caballos estaban descansados y eran fuertes y si Búffalo Bill, conseguía alcanzar la orilla opuesta y colocar el río entre él y sus perseguidores podía considerarse casi seguro pues los indios difícilmente le alcanzarían, aun logrando vencer la corriente.

Los cálculos de Búffalo no eran erróneos, pero por desgracia no conocía bien el camino.

El vado se encontraba como a una milla de distancia de ellos, cuando llegó a sus oidos un penetrante grito que le demostró que los perseguidores estaban ya muy cerca. Entonces un fogonazo brilló en la oscuridad y una bala fué a incrustarse en el coche justamente en el lugar que ocupaba el muchacho cuando estaba oculto como un muñeco.

El joven había encontrado la forma de utilizar a estos últimos formando con ellos una barricada para ocultar a Búffalo Bill y a él mismo.

Su respuesta fué rápida y justa. Tenía el winchester de Búffalo y la prontitud con que respondió puso de manifiesto que no era su viejo fusil la única arma que sabía manejar.

El efecto de su reto fué un coro de aullidos que demostraban por parte de los salvajes un

deseo de saciar pronto su venganza. Indiscutiblemente Búffalo Bill tenía razón al afirmar que el "polvo de oro" era la presa que los salvajes andaban buscando.

Una sucesión de disparos de rifle iluminó la oscuridad, pero, por fortuna, los perseguidores habían perdido la verdadera posición de los fugitivos. Fué el muchacho, el primero que hizo un buen blanco.

Búffalo Bill, lo comprendió así cuando oyó el aullido de muerte de uno de los salvajes que había recibido con una bala, el pasaporte para las regiones felices de la caza.

—¡Bravo muchacho!... Espere... No se apresure. Aguarde hasta que se acerquen de nuevo y entonces hace fuego, como ha hecho antes...—y al hablar así se reía.

Los hombres afrontan el peligro de muerte de diversos modos, unos gritan, algunos maldicen,, pero Búffalo era de los que conservan la serenidad hasta último momento y su corazón no flaquea ni aún cuando el peligro es mayor.

Una nueva descarga se dejó oir, pero el muchacho no hizo por responder al rápido tiroteo.

—Dispare, muchacho... Están cerca... ¿Qué hace? — exclamó Búffalo temeroso de que perdiese una buena oportunidad.

No podía ver lo que hacía el muchacho, ni trató de darse vuelta para aclarar el enigma —pero le extrañaba aquel silencio.

—¿Le ha ocurrido algo? ¿Dónde está?— exclamó nerviosamente.

No estaba herido. Había suspendido sus disparos y estaba detrás de su parapeto de muñecos, tratando de sondear la oscuridad.

Detrás de la línea de colinas que marcaban la dirección que seguía el río, empezaba a aparecer el resplandor de la luna.

Trás ellos continuaba profunda oscuridad y apenas si se alcanzaba a distinguir un grupo de siluetas que sin duda correspondían a la vanguardia de los rojos. Se encontrarían a la sazón como a un cuarto de milla de distancia.

Las balas volvieron a silbar en el aire. El muchacho continuaba esperando y alerta.

Búffalo Bill mirando de reojo, notó que había un resplandor detrás de su asiento. Justamente cuando iba a decir algo, notó que pasaba por uno de los lados del coche algo así como una chispa desprendida de un cigarrillo. Instintivamente el muchacho se agachó.

—Oiga — exclamó no sin ansiedad en el tono de su voz.—Creo que convendría acelerar aún más la marcha de los caballos. Eso es dinamita.

—¡Dinamita!... ¿Pero cómo?... ¿De dónde la ha sacado muchacho? — preguntó Búffalo Bill con temor.

En realidad era dinamita, pero no era aquel el momento para andar con explicaciones que podrían darse más adelante. La chispa que había pasado justamente sobre su hombro era la de la mecha y el propósito a que estaba destinada era claro.

De alguna manera, su joven compañero había logrado proveerse de una cantidad de ese explosivo. Pero no había seguridad de que el muchacho conociese bien el manejo. La carga podía haber sido lanzada prematuramente y al hacer explosión podía dañar al coche y no a los adversarios.

Búffalo Bill pensó el enorme peligro que podían correr y afirmando bien las riendas agitó el látigo que resonó en las orejas de los caballos, como un tiro de pistola.

Los tres troncos aceleraron la marcha y obedeciendo a las riendas sacaron el carruaje de la huella marcada en el camino, y partieron a un desenfrenado galope.

Entretanto, en medio de las marcas dejadas por las ruedas se distinguía algo que chisporroteaba.

Acaso los rojos creyeron que se trataba de los restos de un cigarro arrojado por sus perseguidos. Pero el hecho fué que continuaron avanzando hacia ese punto.

Entonces, precisamente en el momento en que llegaban allí una enorme llamarada brilló en la oscuridad y fué inmediatamente seguida por una detonación que hizo estremecerse al coche como si hubiera chocado con algo. Volvió a dominar la oscuridad aumentada por el encandilamiento que el resplandor les había producido en la vida.

La misma sensación que había experimentado Búffalo Bill la sufrieron los caballos, que al parecer, quedaron un momento como enceguecidos. Estaban fuera de la huella, como lo demostraba el desigual rodar del vehículo y el galopar de los animales. Pero con una habil maniobra, Búffalo volvió las cosas a su antigua situación.

El efecto de la explosión había pasado y sus ojos volvían de nuevo a recobrar la fuerza de su penetrante mirada.

Antes iban seguidos por un centenar de sombras que gritaban y los amenazaban con su venganza. Ahora, no se alcanzaba a ver más que a una docena. Pero esas continuaban tesoneramente tras ellos.

Mas atrás claramente visible a la luz de la naciente luna se alcanzaba a divisar a través del camino el lugar donde la explosión había abierto un enorme cráter.

Simultáneamente alcanzaron a distinguir la plateada línea del río.

Ninguno de los dos fugitivos habló palabra alguna. ¿Significaba aquello el fin de la persecución? Búffalo Bill, no lo creía así.

—Los que no han caído muertos o heridos continúan detrás de nosotros. Detrás vendrán más... ¿Los oye?

En efecto, los gritos de los de la tribu de Pata de Lobo, se distinguían cada vez más penetrantes y más amenazadores.

—Ya distingo ahí el vado, muchacho, y si lo pasamos y alcanzamos tierra del otro lado, salvaremos el oro y entonces todo será obra suya y tendrá el premio que merece.

No había más que decir. La situación no era apropósito para andar con cumplimientos.

Búffalo afirmó las riendas y se dispuso a dirigir el vehículo por el buen camino.

—Mire bien, a ver si distingue las piedras que yo vigilaré a esos canallas — exclamó el muchacho dirigiendo la mirada hacia atrás para tratar de ver si los indios continubban en su persecución.

No era posible ver las piedras que marcaban el vado, pero el agua al chocar con ellas, como se hallaban bajo la superficie, formaba remolinos y era, hasta cierto punto, posible seguir la dirección.

El río estaba muy crecido a causa de las lluvias caídas y de las aguas que descendían desde las montañas inmediatas y que no se habían extendido por la llanura. El nivel de las aguas era en el vado cuatro pies más alto que el normal y la corriente en el mismo punto podía calcularse que tenía una rapidez de ocho nudos.

Los caballos, parecieron olfatear aquello.

Aun cuando Búffalo Bill los animaba con gritos y con el látigo, el primer tronco se resistía a penetrar en el agua. Pero el cruel látigo estaba constantemente hostilizándolos y el peso del coche empezaba a ejercer presión sobre el tronco de varas.

En un amontonamiento peligroso caballo y carruaje cruzaron el último montón de piedras de la orilla y poco después los animales se hallaban con el agua casi hasta el lomo y braceando nerviosos, en aquel momento el coche casi se tumbó hacia un lado. Pero Búffalo Bill logró salir a flote con ayuda del látigo y de las riendas.

Pocos habían que pudiesen aventajar a Búffalo Bill en dirigir un vehículo.

Los animales se iban hundiendo cada vez más arrastrando lentamente el coche, y las aguas llegaban ya hasta la altura de las ventanillas.

—No es poca suerte que el oro en polvo no flote, pues de lo contrario ya podíamos darlo por perdido, — exclamó Búffalo dirigiéndose al muchacho, quien estaba fuertemente agarrado. — Sería bueno que amarrara con una cuerda esas latas para el caso de que volcáramos. Ahora que tenemos el tesoro, no es cosa de dejar que se lo trague el río.

Alcanzó al muchacho un rollo de cuerda que tenía en el pescante. El muchacho hizo todo cuanto pudo. Primeramente tanteo hasta dar con las latas donde se hallaba el precioso metal. Fué en ese momento cuando sonó un disparo hecho desde la orilla del río, que acababan de abandonar.

Ese disparo fué seguido de muchos más. El victorioso alarido que dieron demostraba que habían sido vistos por varios de los indios. Como se hallaban contra la luz de la luna que reflejaba en las aguas su silueta, se debía destacar como recortada en terciopelo negro sobre un fondo de plata.

Luego la luna desapareció detrás de una nube. Pero aquello no era lo peor, uno de los caballos del primer tronco estaba herido y pateaba lleno de desesperación y de terror.

A pesar de toda la pericia de Búffalo Bill el pánico iba cundiendo. Los gritos y los disparos de los preseguidores aumentaban. Algunos de los más atrevidos los seguían a nado. Repentinamente, después de un barquinazo, los caballos se desbocaron. El carruaje giró y pareció ir al fondo del río.

Quedó medio tumbado y los ocupantes tuvieron que sujetarse como les fué posible. Los caballos ya habían perdido pie, y el coche cayó de punta y fué arrastrado por las aguas, así como los caballos, que se iban ahogando.

La sola idea que dominaba a Búffalo Bill con el oro entre el agua y con un muchacho que acaso no sabía nadar, fué la de cortar los tiros y seguir río abajo en aquella embarcación improvisada.

Esta espeanza se desvaneció muy pronto, pues el coche no tardó en darse vuelta completamente y lanzó al muchacho y a Búffalo al agua, mientras éste trataba de cortar los tiros.

—Bien, — dijo Búffalo dirigiéndose al muchacho. — No pierda la serenidad, aquí estoy yo para socorrerlo. — Y en dos brazadas llegó hasta junto al joven, cuya cabeza sobresalía de la superficie de las aguas.

El muchacho estaba dominado por el pánico, pero Búffalo Bill no le dió tiempo para moverse. Dándolo vuelta lo llevó a flote hacia la otra orilla del río.

—Si nos habrán visto esas sabandijas de indios color cobre, — exclamó en voz alta.— No es posible que sea así, pues de lo contrario aun nos estarían persiguiendo con sus balas. Después de todo, es mejor que volvamos a la misma orilla. No es posible que lleguemos a la otra teniendo esta corriente en contra.

Pronto tuvo que convencerse de que el río había resuelto esa cuestión. Un remolino lo había alcanzado y lo enviaba entre uno de sus anchos círculos, hacia la misma orilla, a menos de cien yardas del lugar donde se hallaban los salvajes enfurecidos al ver que podía escapárseles la presa.

—Esté usted preparado. Si podemos escondernos tras de esas malezas, es fácil que podamos eludirlos, — dijo como en un susurro al muchacho. — Ayúdese nadando, pero de ninguna manera haga salpicar el agua.

Pero la fuerza de la corriente era excesiva y por más que luchasen, eran arrastrados.

Otro alarido les advirtió que alguno de los guerreros de mejor vista los había descubierto nuevamente. Dirigió su caballo hacia la orilla para hacerlo entrar en el río. Otros lo siguieron. Búffalo no se animaba a soltar al muchacho y tratar de salvarse él solo.

—Entréguese, rostro pálido... Perro,—exclamó el salvaje tomando a Búffalo Bill por sus cabellos grises.

Dificultados sus movimientos por el muchacho, William no tuvo otro remedio que entregarse. Otro indio que se había aproximado lo enlazó por el cuello y así lo arrastraron, medio asfixiado, hasta la orilla.

Otros salvajes cabalgaban en aquella di-

rección para aproximarse. Era evidente que sabían de quién se trataba.

Pantera Gris, — oyó que uno de los guerreros lo llamaba y aquel era el nombre con que conocían al escucha en la tribu de los cherokis.

—¡Diablos! Va a ser una fiesta para ellos haberme capturado. ¿Qué parte tomaré yo en ese festival? Me quemarán en una pira o me matarán lentamente a golpes con sus tomahawk.

El chico Martín, que había tragado una enorme cantidad de agua durante aquellas andanzas, fué más fácilmente presa de ellos. Antes de que ambos pudieran darse cuenta de lo que les ocurría, habían sido capturados y atados. Sus captores resultaron ser miembros de la tribu de Pata de Lobo, horriblemente cubiertos con las insignias de guerra de su tribu.

Amenazaron a Búffalo Bill con sus fusiles y tomahawks, preguntándole qué fin había tenido el coche y el oro.

—Todo el oro ha sido enviado a Fuerte Bartlett. Han estado siguiendo una pista falsa.

Pero los salvajes estaban mejor enterados, seguramente.

—Su camarada, el curandero, parece que los ha informado bien, después del lindo chasco, — dijo al muchacho. — ¿Pero qué habrá sido del oro? ¿Consiguió pasar la cuerda alrededor de las latas, como le dije?

—Sí. Pero no pude pasarla alrededor del coche, porque no podía manejar el rollo de cuerda y además porque al dar el barquinazo, caí al río.

—Y el viejo coche debe haberce hecho pedazos y los restos habrán ido a parar, quién sabe dónde. Nadie podrá dar ahora con el polvo de oro, si no lo busca durante el día.

—¿Pero entretanto, que es lo que va a ser de nosotros? — preguntó el muchacho, sonriendo amargamente.

En realidad no tenía miedo. Búffalo lo creyó así al principio, pero se pudo convencer de lo contrario.

—Me parece que no puedo quejarme, — exclamó el joven. — Ellos dieron muerte a papá y a mamá, pero ese cartucho de dinamita, según he oído a uno de estos perros, que se lo refería a otro, ha causado la muerte de unos treinta salvajes... Me parece que es justo que les llegue ahora el turno nuevamente a ellos.

Cualquiera que fuese la suerte que les esperaba, no tardarían mucho en conocerla.

Calculando que con unos prisioneros como aquellos, todas las precauciones eran pocas, los amordazaron, los ataron fuertemente de pies y manos y los colocaron atravesados sobre dos caballos que arrearon a la cabeza del grupo.

Luego, siguiendo un trote que hacía que las cuerdas se clavasen en el cuerpo de los dos prisioneros, partieron, vigilados por una cantidad de indios, mientras que los restantes quedaban en la orilla del río, registrando las malezas y sondeando en las aguas para ver si descubrían rastro alguno de los sacos con el polvo de oro.

El hecho de que no siguiesen un camino, sino que, campo atraviesa se dirigiesen hacía el campamento de los rebeldes, aumentaba los sufrimientos de los prisioneros. El camino iba siempre cuesta arriba. Al fin se distinguió un vasto campamento situado en un claro que había entre los árboles que cubrían un terreno en declive.

Búffalo Bill calculó que aquel sitio era de donde los pieles rojas dominaban a Skullcap, y lo comprendió así al ver que la vigilancia no era mucha y que la realizaban patrullas.

Cuando se aproximaban y su presencia fué señalada, acudió al camino una gran cantidad de personas para presenciar la llegada de los caras pálidas prisioneros. Búffalo Bill, durante los muchos años de su actuación, jamás había visto una cosa semejante.

Había allí, mujeres, chicos y viejos que constituían la retaguardia de la fuerza de operaciones.

La tribu de los Pata de Lobo, evidentemente contaba con la impunidad en su ataque, pues había llevado hasta allí su campamento para que las mujeres y los viejos estuviesen prontos para avanzar hasta la ciudad en cuanto cayese en su poder.

La identidad de Búffalo Bill, como el famoso Pantera Gris, era ya conocida y las mujeres y los chicos lo contemplaban con interés, lo insultaban y no vacilaban en tirarle piedras por entre las filas de los guerreros que lo custodiaban.

El muchacho, por su extrema juventud, también provocaba sus burlas, y los jóvenes indios estaban deseosos de apoderarse de él.

Al fin los guardas los sacaron de su incómoda posición para colocarlos frente a un wigwam, separado de los demás, arrastrándolos juntos.

Pero aun no habían dejado de sufrir. La inquisición comenzaba entonces su obra.

Una docena de jefes y viejos guerreros, apareció y desfilaron lentamente. Trajeron antorchas que llenaron la choza en que habían entrado ya, de un humo acre y espeso, y que iluminaban fantásticamente el grupo de guerreros pintados con las pinturas de guerra y semicubiertos por plumas y pieles.

Había, sin embargo, cierta dignidad en aquellas ceremonias. Antes de pronunciar ni una palabra, ni de efectuar la menor investigación, uno de aquellos dignatarios sacó una pipa de piedra, de un tamaño no menor al de un coco, la encendió y fué pasando de uno a otro de los del grupo, que agachados, fueron fumando sucesivamente.

Todo aquello era familiar para Búffalo Bill, quien aprovechó los momentos para ir observando a todos sus captores.

El gran jefe Cola de Zorro, a quien sólo conocía de nombre, era un viejo de torcido gesto, difome como una avispa, con ojos de mirada suspicaz y que no estaban un mo-

mento en descanso bajo los pesados párpados, y que parecía hallarse muy enfermo.

Un curandero acompañaba a los guerreros y aun cuando no se sentó junto a ellos, permaneció de pie detrás del grupo, semioculto entre las sombras, como un diabólico espíritu.

Como los demás, llevaba un fantástico traje de pieles y plumas, que le cubría hasta los pies; su cabeza y su rostro desaparecían tras un gorro y careta del mismo material.

Por el momento Búffalo Bill no puso mayor atención en él. Por dos veces había sorprendido al muchacho, moviendo el brazo y la cabeza disimuladamente. Era evidente que deseaba llamar la atención hacia algo, y volviendo la cabeza sus miradas se encontraron.

Entonces notó Búffalo que le llamaba la atención hacia un indio que estaba apartado del grupo, junto a la puerta de entrada de la choza. Las miradas del muchacho iban directas a él y el indio miraba fijamente al muchacho. No cabía duda de que se habían visto antes. Más aún, Cody adivinó por su actitud, que aquel hombre deseaba manifestar amistad.

¿No sería aquél el mestizo buscador de pieles, amigo del muchacho?

Hecha la pregunta, lo mejor que le fué posible, valiéndose de los ojos, Búffalo Bill trató de averiguar si aquel era Pie de Pato.

El joven comprendió en seguida e hizo con la cabeza un vigoroso gesto de afirmación.

Búffalo Bill estaba sorprendido. El amigo cazador le había sido descrito como un mestizo y sin embargo aquel hombre con sus pinturas de guerra, tenía toda la apariencia de un puro piel roja.

—Bueno. Juraría que el hombre se halla dispuesto a hacer por nosotros cuanto le sea posible, — pensó esperanzado.

En aquel momento el curandero fijó la vista en el recién llegado. En seguida adoptó la actitud de un perro que ve a otro perro invadir su casilla.

No dijo nada, pero su mano se posó ceremoniosamente sobre el hombro del jefe Cola de Zorro e hizo que sus inquietos ojos se volviesen hacia Pie de Pato.

Con un dedo, el curandero señaló a los prisioneros y luego señalando bruscamente al otro, pareció pedir su inmediata expulsión.

Todo esto se hizo sin pronunciar ni una palabra. Aquella gente parecía estar muda.

De pronto el jefe miró en torno suyo como disponiéndose a lanzar un discurso.

—¡Diablo! — pensó Búffalo Bill, asaltado por una idea. — Ese hombre debe ser, seguramente, nuestro amigo el curandero. ¿Es o no es?... Hay algo en él que me parece reconocer... ¿Y también actúa como mudo? ¿Será porque teme que lo reconozca por la voz?

Pudiera ser. Todo cabía en lo posible. El tenía la plena evidencia de que el canalla se comunicaba con los enemigos y seguramente había desaparecido cuando hubiera atacado a la escolta que conducía el segundo vehículo para Fuerte Bartlett.

—Este es el causante de todo, de seguro— pensó Búffalo. — Les ha dicho que yo era el que tenía el oro y ha inducido a los rojos a perseguirme. Y está aquí amparado con ese disfraz para oir lo que vamos a decir y no desea que Pie de Pato se mezcle en estos asuntos.

Esto venía a indicar que si el mestizo era un traidor respecto a los blancos, tampoco inspiraba mucha confianza en la tribu.

Las sospechas del curandero parecían prevalecer. Si el mestizo no era arrojado del consejo, como él pretendía, pues manifestó que estaba de más en la reunión.

Pie de Pato se retiró sin nuevas miradas en dirección de los prisioneros.

El jefe Cola de Zorro, exigió que le indicasen el lugar donde estaba el oro y que ellos sabían que Búffalo Bill había llevado consigo al emprender el viaje. Se le dió opción a confesar o a que esperase a que el secreto le fuese arrancado en el poste de las torturas, a lo que Búffalo Bill, expresándose en el idioma cherokí, les contestó que él lo ignoraba, y en cuanto a la tortura dijo que el Gran jefe blanco de Washington, iría a visitar aquel lugar y los eliminaría a todos en cuanto se animasen a tocarle un solo cabello.

—Si no den fe a mis palabras, pueden preguntárselo a ese blanco renegado que está allí y que ha estado haciendo de espía para ustedes en Skullcap—terminó, indicando con la cabeza al curandero.

El efecto que produjo esta denuncia fué mágico. El hombre estaba tan confundido, que tuvo que sujetarse en la pared para no caer al suelo.

Los mismos indios se delataron pues lanzaron gruñidos de sorpresa y alarma. Búffalo Bill supo sacar el mayor provecho de aquella situación y demostrar, hasta su más mínimo detalle, que estaba enterado de todos los movimientos del curandero. Y para provocarlo a una franca respuesta inventó algunas acciones de las más bajas y se las atribuyó a él.

El traidor, incapaz de contenerse, mordió el anzuelo.

—¡Perro mentiroso! — gritó en inglés, atravesando hasta donde se encontraba Búffalo y golpeándole con el pie. — Bien sabe que jamás he hecho eso.

—Bien, de todos modos se ha dado a conocer... Todos sabemos ahora quién es y eso era de lo que no quería asegurar,—fué la imperturbable respuesta de Búffalo, a causa de lo cual su víctima lo volvió a golpear y hubiera seguido haciéndolo a no ser por la intervención de algunos indios.

—¡Cómo! — exclamó el curandero con sorna. — ¿Acaso las amenazas de este hombre les infunden miedo? De este hombre que tienen en su poder y que lo dejan estar ahí y burlarse de ustedes. ¿No ven ustedes que miente cuando dice que no sabe dónde está el oro? Claro está que lo sabe y se está riendo de ustedes como de un grupo de mu-

chachos. Lo tiene escondido para sacarlo cuando venga el Gran Jefe Blanco, como él dice, y ustedes hayan vuelto a sus chozas ¿Y qué será lo que han ganado Vds. ¡Nada! Se han levantado en armas para apoderarse del oro... y este hombre los vence porque ustedes le tienen miedo por lo que dice y no se atreven a hacerlo hablar...

Aquel irónico discurso produjo su efecto. De todas partes les dirigieron miradas llenas de odio y Búffalo comprendió que todos estaban convencidos de que él guardaba en secreto el sitio donde había escondido el tesoro y con amenazas o sin amenazas era necesario arrancárselo.

Dos de los presentes salieron del wigwam a una seña de Cola de Zorro y el coro de penetrantes gritos de júbilo que siguió inmediatamente a su desaparición, les demostró que la multitud que se hallaba fuera, se había enterado de que los caras pálidas iban a ser torturados.

En seguida se oyó el chisporroteo de las astillas con que empezaban a encender la hoguera que ya habían preparado con anticipación.

Búffalo Bill, miró al muchacho pensando si el valor que había demostrado hasta entonces no le abandonaría durante las horribles torturas que, al parecer, iban a sufrir.

Era evidente que el muchacho sentía miedo, pero al notar que el otro lo observaba se serenó algo.

—Esté usted tranquilo, muchacho. Por el momento no nos van a quemar vivos... ¿Es en eso en lo que está pensando?... Es probable que nos concedan un plazo, y antes de llevarnos a la hoguera nos torturarán con hierros candentes. Usted se limitará a quedarse firme y a cerrar los ojos. Yo me encargaré de entretenerlos todo lo más que pueda, y acaso, para entonces haya llegado algun auxilio y el suplicio no le alcance.

El muchacho, a quien no le habían quitado la mordaza como al otro, para someterlo a un interrogatorio, no pudo contestar, pero por los gestos que hacía y por la expresión iracunda de su mirada, era evidente que aquella perspectiva no era de su agrado.

Los jefes que quedaban en la choza, se habían levantado y empezaron a desfilar con imperturbable tranquilidad. Sin embargo, antes de que hubiesen pasado todos, Búffalo Bill sintió que una mano le tomaba de un brazo que tenía aún amarrado a la espalda.

El contacto lo hizo estremecerse a causa de que, a excepción del último indio, que desaparecía, en aquel momento sólo él y el muchacho quedaban en el wigwam. Al volverse pudo ver que aquella mano pertenecía a alguien que se hallaba fuera y maniobraba por entre las pieles que formaban la pared.

—Soy Pie de Pato, — susurró una voz, y entonces Búffalo comprendió que, por lo menos allí había una esperanza de salvación.

Adelantándose a la ayuda que suponía no tardaría en tener, se echó a rodar en dirección a la pared del wigwam, donde aquella mano amiga pudiera realizar su obra.

No sin gran alegría sintió Búffalo que un cuchillo trataba de cortar sus ligaduras. Poco después sus entumecidos brazos quedaban en libertad. En seguida ocurrió lo mismo con las piernas.

Tomó entonces, entre sus brazos, al muchacho, y lo acercó a la pared de la choza, donde, con la ayuda del mestizo, en seguida quedó libre de trabas.

La misma audacia que suponía aquel acto, justificó su éxito. Si el aliado de los prisioneros hubiera vacilado en pensar lo que se proponía hacer, el centinela encargado de vigilarlos hubiese llegado a tiempo.

Pero ya estaban libres y preparados para huir en cuanto los otros se apartasen de la puerta de entrada.

Rebelde o no, Pie de Pato era en todo sentido un hombre arrojado, y de la especie de los que agradaban a Búffalo Bill.

Dió a entender que había vuelto para salvar al muchacho, y sin dar tiempo a éste para desentumecer sus miembros, lo alzó sobre sus hombros, en cuanto hubo pasado con Búffalo por la abertura hecha en la pared, y se internó con él entre unas malezas que estaban a espaldas de la choza. Búffalo los siguió con paso rápido.

A la luz de las antorchas pudieron distinguir a los rezagados de la tribu que corrían a juntarse con los demás, que se hallaban reunidos junto a la hoguera. Todos estaban como encandilados por el resplandor de las llamas que se agitaban ante ellos, lo que, afortunadamente, impidió que distinguiesen aquellas siluetas que se deslizaban sigilosamente por entre los árboles.

Después de recorrer como unas treinta yardas de aquella manera, llegaron a un sitio despejado. El mestizo dirigió en silencio una mirada a Búffalo, quien marchaba detrás, para que se detuviera mientras pasaba un guerrero de la tribu y dos mujeres que charlaban entusiasmadas.

El punto donde había llegado parecía ser el límite del campamento. Era evidente que su guía trataba de ganar la franja de matorrales que había al lado opuesto de la espianada.

Más allá se distinguía una pequeña loma cubierta por algunos árboles y trozos de áridas rocas, que se distinguían, gracias al resplandor de las llamas.

El pequeño alto dió lugar a que el muchacho recobrase los ánimos. Luego se dispusieron a proseguir la fuga, sin preocuparse de las consecuencias que ello pudiera acarrearles.

Como Búffalo Bill suponía bien, a cada momento podría oirse la voz de alarma indicando que su desaparición había sido notada.

En efecto, así ocurrió.

La voz de alerta fué dada en el momento en que los tres tropezaron, sin esperar-

..o, con un centinela piel roja apostado a unas cien yardas del campamento.

Aquel guerrero, que sólo vió la cabeza adornada con plumas del mestizo, quedó al pronto más perplejo que desconfiado. Luego viendo a Búffalo Bill, lanzó un grito anunciando que los prisioneros huían.

Pero Búffalo tuvo tiempo de dirigirle un golpe a la mandíbula, que lo derribó e inutilizó en parte sus propósitos.

Al verlo caer los tres echaron a correr nuevamente, hasta que llegaron a la cima de la loma, donde pudieron notar la existencia de una rápida pendiente.

En efecto, a la distancia, unas pequeñas luces indicaban las cercanías de la sitiada ciudad de Skullcap.

La caza ya había dado comienzo, los disparos atronaban el espacio y las balas cruzaban en todas direcciones, por lo que no les quedó más recurso que continuar la iniciada carrera.

Sin embargo, las líneas de los sitiados de Skullcap se hallaban ante ellos y ni Búffalo Bill ni el muchacho disponían ni aun de un mal cortaplumas para su defensa.

Tampoco parecía Pie de Pato tener recurso alguno para salvarlos. Búffalo ya se había dado cuenta de la indecisión de sus movimientos ante la perspectiva de volver a caer en manos de los indios.

No obstante, aquella indecisión y el ruido de los disparos, originaron la salvación.

Los salvajes reunidos frente a Skullcap, creyendo en un contraataque dirigido por sorpresa contra el campamento y contra su retaguardia, comenzaron a hacer fuego en dirección a cuanta luz veían.

De este modo disparaban contra sus propios elementos, mientras que el otro grupo de salvajes, atribuyendo las balas que iban dirigidas hacia ellos, a fuerzas que venían del lado de Skullcap, mientras perseguían a los fugitivos, respondían al tiroteo.

Fué entre esa doble línea de tiradores, por donde el mestizo y los dos blancos tuvieron que pasar, encomendándose a la Providencia, para que les proporcionase una forma de salvarse. Y así sucedió.

Continuaron emocionados su marcha, dejando un ancho espacio, donde se sucedían los fogonazos, a su izquierda, cuando de pronto ocurrió algo que echó por tierra sus esperanzas de salvar la vida.

Se había empezado a oír de pronto, en una nueva dirección, el galopar de caballos que se aproximaban aceleradamente, en una forma en que no habían de tardar en envolverlos.

—¡Diablo! Ocultémonos en alguna parte. ¡Rápido! — ordenó Búffalo Bill, quien ya presentía que iban a ser arrollados y entreveía la matanza que resultaría del encuentro.

Con un solo movimiento se arrojaron a tierra, a tiempo para ver destacarse a contraluz, unas enormes siluetas que brotaban de la tierra con el manifiesto propósito de atropellarlos.

Entonces Búffalo Bill se dió cuenta de quiénes eran. Se trataba de una partida de socorro enviada a Skullcap y que al ver el combate que, aparentemente se libraba ante ellos, se lanzaban a la pelea.

—¡Claro está! — dijo riéndose Búffalo quien lanzó un grito de explorador, al oír el cual las primeras filas de soldados se detuvieron.

—¡Alto ahí! ¡Atención y síganme! El que habla es Búffalo Bill y este piel roja mi camarada. No lo toquen, — añadió gritando al ver que un soldado, al divisar el traje y el penacho de plumas de Pie de Pato, intentaba darle un terrible sablazo.

—¡Cómo! ¿Búffalo Bill? — exclamó una voz que era tan familiar a éste como la propia.

Y tenía razón. Se trataba de Yuba Jim el explorador a cargo de la próxima sección del territorio indio. Un hermoso ejemplar de hombre en todo sentido.

—¡Voto a mil diablos! ¡Si le creíamos muerto! Exterminado con la partida del Fuerte Bartlett. ¿Cómo ha llegado hasta aquí, demonio? ¿Qué significa esa riña de gatos que se oye frente a nosotros?

—Sencillamente una pelea en la que dentro de poco habrán de mezclarse, muchachos, — respondió riéndose.

—Le intercepté el camino,—añadió,—para decirle que no podía partir sin mí, nada más. Préstenos un caballo o llévennos en ancas y así le conduciré a la parte donde el combate es más recio.

—¿Pero dónde se hallan concentrados estos demonios de Skullcap para pelear,—preguntó Yuba Jim, perplejo.

—No combaten en formación, sino a lo indio. Así es que no hay otra cosa que hacer más que meterse en la refriega y derribar a los que se pueda. Sígame a mí y luego sabrá todo. Pero mientras tanto cuide a ese muchacho y a ese piel roja. No ponerles ni un dedo encima.

Después de esta advertencia y en posesión de un caballo que le habían prestado, se mezcló a los demás y partió a la carga.

Los salvajes, que recien habían descubierto la matanza que habían estado realizando entre ellos, se hallaban en muy malas condiciones para resistir un verdadero ataque de fuerzas. Por consiguiente, se diseminaron para huir y los soldados se internaron entre sus líneas persiguiéndolos hasta el mismo campamento de donde Búffalo Bill y sus compañeros se habían evadido poco antes.

El prisionero de mas valor para Búffalo Bill era el pillo del curandero. Cody tenía intención de suprimirlo, en la alegría de aquella captura, sin embargo, pronto varió de idea a causa de un hallazgo más interesante, pues allí en el campamento indio se descubrió a un hombre blanco herido, próximo a la muerte, y a su mujer, también herida, que lo atendía solícita. Resultaron ser los padres del muchacho a quienes se había considerado hasta entonces, muertos.

Eso hubiera ocurrido seguramente, a no ser por el amigo que había acudido la noche

en que su granja era atacada y pidió enérgicamente que los dos heridos fueran perdonados. Huelga decir que este amigo fué el mestizo Pie de Pato.

Sólo fué con la esperanza de salvar la vida de aquellos que le habían demostrado tanta amistad, que fingió asociarse con los indios al encontrarlos cuando se dirigían a quemar la residencia del viejo Martín. Pudo ofrecer comprobantes de su actitud, afortunadamente, en el juicio que siguió. No había podido impedir que el anciano fuese herido, pues tanto él como su esposa, defendieron su hogar como leones.

Poco después de aquel incidente, el mestizo consiguió llevarlos con él, y hubiera llevado a su mejor amigo; pero al muchacho, no lo pudo encontrar y lo dió como desaparecido.

De modo que el olor a carne que Búffalo Bill había sentido entre las ruinas que todavía humeaban, era, seguramente, el de algunas reses que se hallaban en un establo de la granja.

La gran alegría del muchacho, cuando de nuevo se halló entre los brazos de sus padres fué cosa digna de ser observada como lo fué también la cara del empleado del Banco, cuando, más tarde, conducido por el muchacho y Búffalo Bill, se efectuó un reconocimiento en el río y toda la partida de polvo de oro fué traída a la superficie con la ayuda de la misma cuerda que sujetaba las latas.

Al preguntársele al muchacho qué recompensa deseaba por la parte que había tomado en el salvamento, pidió una buena granja para residir con sus padres, lo que le fué concedido en seguida.

Pie de Pato ya había recibido el perdón y su recompensa, y un poco más adelante el curandero, murió como merecía, pues fué sentenciado a la horca.

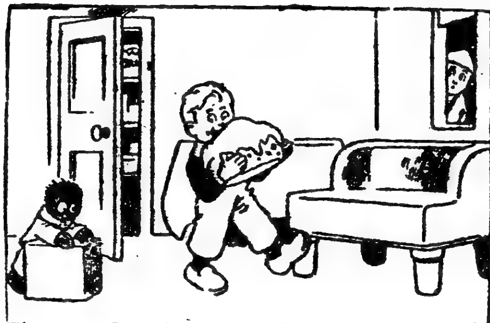
Búffalo Bill también recibió su recompensa por parte de las autoridades del Banco, pero nadie lo supo, pues William Cody guardó el secreto. Entregó todas sus ganacias para que la familia Martín adquiriese cuanto necesitaba para reanudar su vida de labor. Nunca supieron a quien atribuir este rasgo de generosidad, pues Búffalo Bill se hubiera enojado si se hubiera sabido.

Aquella era la forma de proceder del famoso explorador, el coronel William Cody, más conocido por el apodo de Búffalo Bill.

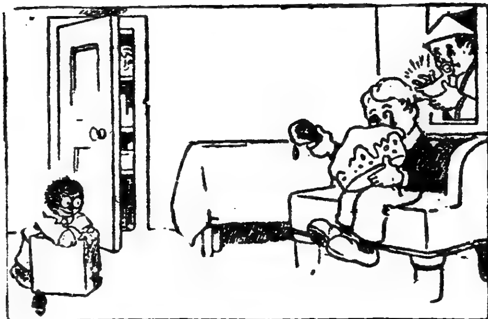
FIN de "EL RENEGADO DE SKULLCAP"

PARA LOS NINOS

La Lámpara Maravillosa



1.—El chino Ta-ta-chin estaba en casa de Tomasito la otra noche cuando notó de pronto que el pícaro muchacho sacaba un pastel de la despensa. "¡Lo qué voy a comer!", díjose Tomasito.



2. — Y Tomasito se sintió tan feliz que convidó al muñeco que estaba en elsuelo. "Lamento que no tengas vida y no puedas comerlo." Entonces Ta-ta-chin frotó la lámpara.



3.—Y el cuello del muñeco se estiró de tal modo en un instante que la cabeza llegó cerca de Tomasito. "¡Ay! ¿Qué es eso?" dijo el muchacho. "¡No volveré a robar pastel nunca jamás!"

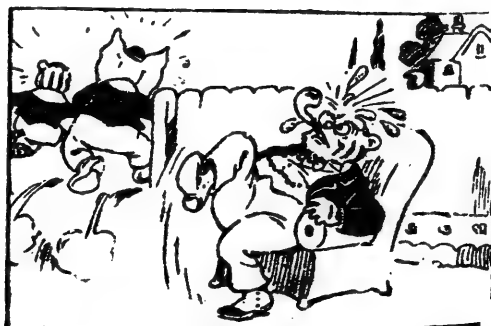
El elefantito alegre



1.—"¡Já! ¡Já!" exclamó el alegre elefante. "¡El viejo gato se ha dormido! Vamos a darle una broma con este hueve fresco que me encontré en el gallinero hace un rato."



2.—Y el elefantito puso el huevo en la pipa del gato viejo. Después miró hacia arriba y gritó: "¡Allá va!" "¿Qué va?", preguntó el gato. "Si quiere verlo, mire hacia arriba."



3.—El gato viejo miró. "¡Uff!", gritó cuando el huevo se le estrelló en un ojo. "¡Qué muchachos malos!", agregó, mientras el gatito y el elefantito se alejaban riendo.



Nada había variado de sitio, pero allí, tendida boca abajo, en el piso de la cocina, estaba la infeliz sirvienta.

EL MISTERIO DE UNA COCINA DE MANCHESTER

por C. J. y Annie O. Tibbits

El destino de una casa, como el de un ser humano, parece a veces estar escrito sobre su faz, marcado sobre sus ladrillos, y estampado en su estructura, estilo y color. Una casa hasta parecerá tener algunas veces lo que el espiritualismo llama un "aura", siendo posible ver el destino que pesa sobre ella; ya sea sobre la trágica, pavorosa y frecuentada casa, "casa del miedo" de las narraciones aterradoras, yo sobre la sucia y sórdida casa destinada a descender por grados al fondo cenagoso de la vida, ya sobre la solitaria casa edificada a mitad de cuadra; y por fin, sobre la cuidada, limpia y adornada casa donde jamás sucede nada fuera de lo ordinario, y donde la vida se desliza en una decorosa y agradable rutina, comenzando por la mañana con el lustrar del ya brillante llamador de la puerta y terminando con el apacible cerrar de las ventanas, al anochecer.

No se encontrarán secretos en casa tal, ni duendes paseándose por los ventilados corredores, o entrando en las habitaciones donde nada está nunca fuera de su sitio. Ningún aparecido podría respirar el aire de una casa a la que, regularmente, se le da una nueva capa de pintura cada tres años; cuya escalinata del frente es lavada todos los días; cuya campanilla y llamador son lustrados con singular atención, y cuyas venta-

nas están veladas por elegantes y económicos visillos, similares a los de las casas vecinas.

Casi con exactitud se conoce la clase de vida que se lleva en una casa así, pequeña, adornada y suburbana, igual a muchas otras; con una estrecha faja de jardín al frente, y con todas las evidencias de una tranquila y respetable vida doméstica.

Jamás sucede nada en esta clase de casas, y nada ocurrió nunca en una de esa clase, que habitaba el señor Greenwood, en la calle Westbourne Grove, en Harpurhey, cerca de Manchester.

Todo estaba allí muy aseado y prolijo, de arriba a abajo, desde el sótano hasta el techo. Y las casas vecinas de cada lado eran tan decorosas como ella misma, como si se esforzaran por encuadrarse dentro de la tranquila respetabilidad del vecindario.

La casa inmediata estaba ocupada por el Sr. Cadman, el Ministro Unitario de la Capilla de Varley Street, y el señor Greenwood, ocupado en su jardín, cambiaba con frecuencia amistosas conversaciones con él, versando acerca del tiempo, del inesperado atraso o del prematuro adelanto de la estación, de los vicios y de las virtudes de las petunias y geranios y de la forma de hacer los almácigos.

El Sr. Greenwood vivía en la casa hacía mucho tiempo. Andaba ahora por los setenta años, y su vida fué semejante al andar de un reloj, que no varía de un día para el otro, hasta que quedó inválida su esposa. Entonces se hizo más monótona aun, y por fin se limitó casi enteramente al cuarto de ella, llegándose a visitar el piso bajo de la casa a intervalos que se hacían cada vez más largos.

Sin embargo, la creciente impotencia de ella no turbaba la calmosa serenidad de vida en aquella respetable casa. Una hábil criada mantenía todo arreglado, prolijo y brillante, y aunque el Sr. Greenwood poseía solamente una pequeña renta, ésta era suficiente para la conservación de la casa y para las necesarias renovaciones que se hacían de tiempo en tiempo.

Y espectros, tragedias y misterios parecían estar muy lejos en aquella fría mañana de Enero de 1880, cuando Sarah Roberts, la hábil, hermosa y pequeña escocesa de diez y nueve años, abrió la puerta al Sr. Cooper, un viejo amigo del Sr. Greenwood, haciéndole pasar.

—¿Está en el jardín el señor? — preguntó éste.

—Sí, señor; — respondió ella. — Si quiere pasar, iré a comunicarle que usted ha llegado.

El Sr. Cooper entró en la pequeña sala de recibo, sonriendo a los ojos de la muchacha. Era ella una pequeña y fascinadora criatura, tan bella como a menudo suelen serlo las muchachas escocesas, con grandes ojos grises, cutis muy terso, y bucles de negro cabello que caían hacia sus pequeñas orejas y rodeaban su rostro feliz. Una pequeña, ligera y graciosa muchacha, con un poco de acento escocés, que aumentaba sus encantos, y con una luz en los ojos que semejaba al brillar del agua que se desliza al sol sobre las piedras de alguna corriente de poca profundidad.

Habíase ganado rápidamente las simpatías, no solamente en el favor de los Greenwood, sino también en el corazón de todos los que la conocían, y en los dos años que llevaba allí, llegó a ser para la inválida señora Greenwood, casi como su propia hija.

Tan paciente y atenta era, y aun más, tan dulce y buena en atender a la inválida, que la señora Greenwood empezó a temer perderla.

—¡Oh! ¡Sarah! ¿Qué haría yo si usted se fuera y se casara? — preguntaba alarmada por las cartas que Sarah recibía con frecuencia. — Algún día de estos vendrán esos jóvenes a sacarla a usted de entre nosotros.

Ruborizándose, Sarah sacudía la cabeza.

—¡No! ¡Oh, no! No hay ninguno de ellos que me interese, ninguno enteramente. Y aun si así fuera, no me uniría a él hasta que le conociera bien a fondo.

Y Sarah demostraba ser tan buena como lo expresaba, e indiferente a la fascinación de los jóvenes que acostumbraban a detenerla en su camino, a escribirle innumerables cartas y proponerle casamiento a cada rato. Dos mozos la habían pedido para hacerla su esposa, y su cuñada, que vivía en Manchester, y a quien ella escribió informándola de esto, creyó que la atontada muchacha perdía una buena ocasión al rechazar a ambos.

Pero después de todo, Sarah sólo tenía diez y nueve años, y era muy temprano para comprometerse, teniendo, además, el don de ser bella. Por eso sonreía, aparentemente, sin preocupaciones aquella mañana de Enero, delante del Sr. Cooper, mientras éste entraba en la casa y se detenía repentinamente a la vista de una carta, que según todas las apariencias, había sido arrojada por debajo de la puerta, y yacía ahora junto a sus pies.

—¡Hola, Sarah! ¡Otra carta de amor para usted! — exclamó él. — ¡Vive Dios! ¿Cuántas propuestas ha tenido este año? ¿Una por día? Tal vez siete, ¿eh?

Sarah se sonrojó un poco y levantó la carta, echándose a reir al hacerlo así.

—Esta vez se ha equivocado usted, señor, — dijo. — Es para el patrón. Si quiere subir hasta el cuarto de la señora Greenwood, iré a avisar al señor.

Marchóse con la carta en la mano, mientras el Sr. Cooper subía las escaleras y se sentaba a charlar junto a la inválida, hasta que apareció el Sr. Greenwood. Al entrar, tenía en la mano, ya abierta, la carta que le había entregado Sarah.

—He aquí una cosa extraña, — dijo. — Hay alguien interesado en mi trozo de terreno. No sabía que nadie que estuviera

dispuesto a pagarme el alquiler que yo pido por él, pero fíjese usted...

Mientras hablaba abrió la carta y leyó en alta voz:

"Enero 7 de 1880.

"Sr. Greenwood.

"Necesito el terreno que está situado cerca de las carboneras y detrás del taller del droguista, en Queen's Road.

"Pagaré, ya sea mensualmente, trimestralmente o por año, y pagaré adelantado. Me encontraré con usted esta noche de cinco a seis, en el Three Tuns, en la esquina de Churnet Street, y le daré todos los detalles. No conozco su dirección, pues de ser así me habría dirigido a usted por correo.

"Suyo, etc.

"W. Wilson. Oldham Road".

—Me maravillo de cómo ha conseguido saber este señor de que yo quería alquilarlo, — observó el señor Greenwood. — Y no pregunta tampoco el alquiler. No sería de admirarse que supiera tampién qué es lo que pido por él.

—Bien, — dijo la señora Greenwood. — No estaría mal que fueras a verle.

El no se decidía si alquilar o vender el terreno en cuestión, persistiendo en pedir una suma que hasta el momento nadie se había mostrado dispuesto a dar. Ahora parecía que este desconocido Wilson lo necesitaba con tanta urgencia como para dar todo lo que el Sr. Greenwood exigiera.

—Bueno, de cualquier modo, ésta es la ocasión,—dijo ella.—Mejor sería que fueras a ver qué condiciones ofrece, y si podemos alquilarlo, el dinero que produzca será siempre un alivio.

Era verdad, pues la enfermedad aumentaba los gastos y con esa renta adicional, muchas cosas podrían añadirse a la confortable casa.

El señor Greenwood se decidió al fin a ir y entrevistarse con el señor Wilson según él proponía. En la carta no se daba ningún número de Oldham Rood, así que no era posible escribirle diciendo que iría. Al parecer el autor de la carta estaba seguro de que no existiría ninguna dificultad.

—Muy bien—dijo Greenwood.—Iré y veré que es lo que tiene que decirme. Me atrevo a decir que algo saldrá de esto.

Así fué cómo, a las cinco de aquella misma tarde, cuando la oscuridad se cernía sobre la ciudad, salió a la calle. Hacía mucho frío; era una triste tarde de Enero, y el camino a los Three Tuns, alrededor de tres cuartos de milla no era muy tentador para un anciano de setenta años de edad. Era ya casi de noche cuando llegó, algo pasadas las cinco, pero ninguno había aun preguntado por él, ni había nadie aguardando, viéndose por esto obligada a entrar y esperar, cosa que nunca había sido de su agrado aunque el salón de la taberna estaba templado y era bastante cómodo.

Sentóse junto a una mesa, esperando a cada minuto oir al desconocido Wilson preguntando por él.

Pero la gente entraba y salía, abriendo y cerrando las puertas, por las cuales penetraban frías y rápidas bocanadas de aire, que parecían correr a lo largo de las paredes en busca de algo, más no aparecía ningún señor Wilson. Ruido de vajilla de estaño y de cubiletes, rumor de conversaciones y de risas, y un extraño vibrar de notas llenaban el aire del bar a la hora en que él aguardaba, hasta que al fin, cansado por la no aparición del señor de la carta, se decidió a no esperar más. Fuese rápidamente hasta el dueño del bar, y dejándole dicho que cualquiera que preguntase por él fuera a su domicilio, marchóse para su casa con la mente muy excitada.

Reinaba intensa oscuridad y hacía mucho frío cuando se acercaba a Westbourne Grove. Casi chocó con algunas viandantes al doblar esquina y entonces vió a varias personas hablando con excitación en voz baja, deteniéndose en grupos o dispersándose rápidamente como en misteriosas idas y venidas.

Esa calle era como una de esas calles que aparecen en fantásticos sueños, y sintiéndose como si volviera de un largo viaje y hubiera llegado a ser algo como un Rip Van Winkle que regresa a un mundo extraño. Encontróse de pronto delante de su casa, mirando atentamente a un grupo de personas que se habían reunido frente a la puerta del jardín. Pero aun entonces estaba demasiado irritado y preocupado por su infructuoso viaje para dar mucha importancia a la pequeña multitud, y no fué hasta que llegó junto a su propiepuerta cuando la presencia de un agente de policía le hizo pensar que algo serio había ocurrido.

—¿Qué sucede? ¿Qué hace usted aquí? — preguntó agitado.

El poco comunicativo policeman, colocándose en medio de la puerta, recibió su pregunta con otra.

—¿Dónde ha estado usted? — interrogó a su vez.

El señor Greenwood sacó del bolsillo la carta que le había hecho salir de su casa para aquel inútil viaje.

—He aquí dónde he estado, — dijo. — Y ahora, por favor, dígame qué es lo que pasa.

El policeman leyó primero la carta.

—Bien—dijo luego. — Ha pasado algo terrible, aquí.

—¿Qué? ¿Qué?

—Un crimen,—fué su brusca respuesta.

Greenwood creyó de pronto que se trataba de su inválida esposa la que estaba en el piso alto.

—¿Mi esposa?—preguntó agitadísimo.

—No, su esposa no; su criada,—fué la respuesta.—¡Una cosa terrible! Es mejor que entre usted y se siente.

* * *

II

FUE en esa pequeña, quieta, respetable y vulgar casita donde el más extraordinario y misterioso destino había entrado. Sobre las sencillas y monótonas vidas había caído un espantoso desastre. En el tranquilo hogar habíase aparecido algo tenebroso inesperado e inexplicable.

Gradualmente, la policía consiguió reunir todos los datos referentes al crimen de aquella trágica tarde, la historia del misterio.

Todo había ocurrido en un escenario tan ilógico como incongruente.

Aquella noche había reinado el silencio más completo en la casa al anochecer. Después que Greenwood salió para acudir a la cita en los Three Tuns, Sarah subió al cuarto de la inválida para arreglar los utensilios del té y prepararle todo cómodamente. La señora Greenwood pensó que la joven escocesa tenía deseos de sentarse un momento, pues se mostraba o muy afanosa en arreglar el cuarto, y después de sentarla en una silla junto a la chimenea, se fué a lavar las tazas y la tetera.

—Volveré tan pronto como haya terminado de lavarlas,—le dijo con su acostumbrada suavidad.—No necesitaré estar mucho tiempo.

Al irse dejó la puerta entreabierta, y la señora Greenwood recostándose en la cómoda silla delante del fuego, se quedó casi dormida. El cuarto era cómodo y alegre, y fuera, la oscura y fría noche era todo quietud, sin un sonido, ni aun el eco de una pisada en el duro pavimento. La calle estaba generalmente solitaria por la noche y aquella noche toda ella parecía estar aun más solitaria que nunca.

Reinaba un silencio de muerte, como si la noche aguardara lo que debía venir.

En la casa, Sarah, ocupada en sus tareas, no hacía ningún ruido que llegara hasta los oídos de la inválida. Todo era un triste, quieto y mortal silencio.

La señora Greenwood estaba con los ojos entornados, cuando repentinamente se oyó un fuerte golpe en la puerta del frente, un sonido alarmante en la completa calma, un agudo y simple golpe que era el heraldo de una tragedia que llegaba de la oscuridad exterior exigiendo imperativamente entrada.

Detectives poseídos del instinto investigador han reconocido desde hace mucho tiempo en los golpes dados en las puertas, ciertas características que frecuentemente han proporcionado valiosas pistas sobre el carácter de la persona que pide que abran.

Para la señora Greenwood, aquel golpe se oyó como un alarmante, simple y fuerte golpe—un golpe que repercutió en sus oídos hasta que éstos fueron ensordecidos por la muerte.

Contuvo la respiración y escuchó atentamente. Oyó a Sarah abrir la puerta de la cocina y caminar a lo largo del corredor hasta la puerta de calle. Oyó cómo la abría y la volvía a cerrar, y entonces se oyeron pasos desde la puerta hasta la cocina; los pasos de Sarah y los de alguien más.

Ni una voz, ni un murmullo; solamente aquellos pasos apresurados sobre el piso de linoleum—los de Sarah, bien conocidos por la inválida, que había aprendido a distinguirlos de cualquier, otros cuando ella estaba en su dormitorio del piso alto de la casa—y los pasos cortos y suaves del otro.

La señora Greenwood, haciendo conjeturas sobre quién podría ser el visitante de Sarah, y tratando de juzgar por el ruido, acabó por admitir que era una parienta de la muchacha que solía venir a verla de vez en cuando. Un momento después habían entrado en la cocina. Cerraron la puerta y el silencio más completo volvió a reinar otra vez, según le parecía a la señora Greenwood, sobre todo el mundo.

Nada turbaba la calma, excepto, en la repisa, un pequeño reloj, que sonaba tristemente y cansador, con un sonido que provocaba el sueño y que era lo único que rompió el intenso silencio por un espacio de cinco minutos marcados por el acompasado movimiento de la pequeña manecilla negra sobre la blanca esfera. Entonces, el silencio fué rasgado por un grito terrible.

La señora Greenwood, saliendo de su sueño con un bostezo, levantóse de la silla, sosteniéndose en los brazos de ésta con las manos crispadas de terror, creyendo por un momento que el grito aquel era producto de su imaginación, parte únicamente de algún sueño confuso.

Pero no. Antes de que tal pensamiento se afirmara en su mente, se oyó otra vez el agudo y salvaje grito, que resonó en toda la casa, que hizo accionar con prontitud a la señora Greenwood, dando repentinamente una fuerza increíble a sus miembros y llevándola tambaleando hasta la puerta, que abrió, llamando con fuerza:

—¡Sarah! ¡Sarah! ¿Qué pasa?

Silencio aterrador le contestó; silencio terible que imperaba en el pequeño y limpio rellano y en la puerta cerrada de la cocina.

Sin saber cómo, la señora Greenwood bajó temblorosa las escaleras, buscando a tientas con su incierto paso, hasta que llegó a la puerta de calle, y abriéndola de par en par, gritó pidiendo socorro en la profunda oscuridad de la noche. Inmediatamente le contestó una voz, y una cara se presentó frente a ella saliendo de las tinieblas.

Era la señora Cadman, su vecina, la esposa del ministro Unitario que vivía en la casa más cercana, y que habiendo oído los penetrantes gritos a través de las paredes, corrió en seguida a socorrerla.

—En la cocina, — exclamó temblando la señora Greenwood. — Algo grave ha pasado allí.

—Sí, he oído gritar y por eso vengo a ver,—dijo la señora Cadman; y atravesó presurosa el corredor, seguida por la débil e inválida señora Greenwood.

Se detuvieron a escuchar en la puerta de la cocina. No se oía ningún ruido dentro, y

llenas de temor, la abrieron lentamente y penetraron en la cocina, donde las rodeó un completo y ceñudo misterio.

A primera vista no se observaba ningún desórden. Las luces estaban todas encendidas, haciendo brillar con intensidad los lustrados utensilios, mientras el fuego de la hornalla esparcía un dulce calor.

Todo estaba en el más completo orden; los útiles del te en su lugar, el aparador lleno de limpios platos y tazas dispuestos en hilera y sin ninguna señal de algo movido, excepto en que allí, el piso, yacía Sarah, con la cara vuelta hacia el suelo, inmóvil. No había nadie más en la cocina. La puerta que conducía al jardín, situado en la parte de atrás de la cocina, estaba cerrada, y el único ruido que se oía era el quejumbroso respirar de la inconsciente muchacha, acompañado por el suave y lento cantar de una pava en el fuego. Fueron pocos minutos los que se emplearon en solicitar la ayuda de los vecinos y en mandar buscar a un médico y a un policeman. Pero aun en esos pocos minutos se hizo demasiado tarde. Cuando llegó el doctor, Sarah había muerto ya en el mismo sitio en que había caído, en el piso de la cocina.

Había sido atacada por alguien que le aplicó golpes terribles con algún pesado instrumento, tal vez una cachiporra.

Cada uno de esos golpes debían haber sido fatales, terribles, golpes casi salvajes y que evidentemente habían tomado a la muchacha de sorpresa. Y el asesino o la asesina no había dejado ningún rastro de su delito, excepto el cuerpo de la muchacha. Nada estaba en desórden en la limpia cocina, y hasta las puertas estaban herméticamente cerradas. Y las luces del cuarto, el brillante y alegre fuego, los muebles lustrados y la resplandeciente porcelana, las fuentes de metal en sus respectivos aparadores, la caldera sobre la hornalla, que producía un alegre zumbido al salir el vapor por el pico, como si se alegrara de esto, admiraban grandemente a todos los que acudían, por el gran contraste que ofrecían el oscuro misterio que ahora llenaba el ambiente aquel.

El asesino y el arma empleada en el crimen habían desaparecido completamente. No había ningún rastro ni señal de que alguien hubiese estado allí.

En vano la policía examinó el jardín y el camino a lo largo de la casa, en busca de alguna huella de pasos. Registraron las campiñas y los solitarios terrenos que quedaban a espaldas de la casa, más allá del jardín. Pero no se encontró ningún signo, ninguna marca ni traza de aquellas suaves y apresuradas pisadas que la señora Greenwood había oído caminar rápidamente por el corredor siguiendo a Sarah a la cocina.

No existía rastro de que se hubiese cometido ningún robo, ni tampoco señal de que nadie hubiese buscado o tratado de revisar por la casa o en los muebles. En un cuarto, junto a la cociná, completamente a mano, había un escritorio, en un cajón del cual se hallaba una considerable suma de dinero. Pero ni un solo penique había sido tocado de allí y no había nada que echar de menos.

Que el asesino era alguien a quien Sarah conocía muy bien, era evidente. Alguien que Sarah conocía tan bien y tan seguramente que había admitido a él o a ella con toda clase de facilidades, llevando al visitante a la cocina y permaneciendo allí sin temor alguno por espacio de cinco minutos, que fué cuando llegó la primera alarma.

Pero la policía no pudo conseguir ninguna pista para identificarle. Ni aun los baúles de la muerta arrojaron luz alguna sobre la cuestión. No se encontró en ellos ni el más vago indicio que pudiera conducir a la verdad.

Se creyó posible que fuera algún adorador celoso o disgustado, pero Sarah había sido una joven de conducta muy estricta y no había tenido jamás entrevistas ilícitas con hombres y mucho menos admitido a ellos en la casa; así es que, con algún propósito determinado, lo hubiera hecho así esa noche, parecía ser absolutamente imposible.

De la misma manera parecía inadmisible que el visitante fuera alguien a quien la muchacha estuviera aguardando, pues de ser así, ella hubiera sin duda alguna informado de este particular a la señora Greenwood antes de dejarla sola en el cuarto de arriba.

La policía volvió a buscar y a rebuscar en los cajones, pero hasta sus muchas cartas de amor habían desaparecido. De la gran cantidad de éstas que había recibido, no había guardado una sola, y el misterio se hacía más profundo y llenaba más de confusión a medida que se proseguían las pesquisas. Era indudable que todo había sido deliberadamente planeado, probándolo así la carta que recibiera el señor Greenwood haciéndole salir de la casa.

Por otra parte, ¿cómo pudo haber llegado a los oídos de algunos de los consuetudinarios festejantes de la hermosa escocesa el asunto del trozo de terreno que él tenía para alquilar? Esto era también misterioso.

Averiguaciones que se hicieron de casa en casa por todo Oldham Road demostraron que ninguna persona que se llamara Wilson vivía en esa calle.

Y aunque la carta manuscrita era aparentemente de un hombre, nadie pudo identificarla. Se hicieron cinco mil copias litografiadas de la misma, que se distribuyeron y se fijaron en los lugares públicos y en empalizadas, de un extremo a otro de Manchester, pero sin ningún resultado.

Nadie se presentó a comunicar de quien era esa escritura. La gran ciudad, excitada como rara vez lo había estado antes de la tragedia de la pequeña casa guardaba profundamente en su seno el terrible secreto. Los magistrados ofrecieron una recompensa de cien libras esterlinas al que presentara un indicio de cualquier especie, que arrojara un poco de luz sobre el misterio.

El ministro del interior ofreció una suma semejante por parte del gobierno, pero tam-

poco esto tentó al poseedor del secreto, a declarar.

Las recompensas aumentaron, y se redobló la vigilancia de la policía y de los detectives, pero todo en vano. Registraron la pequeña casa de Harpurhey de arriba a abajo, desde el sótano hasta el techo. En vano. Hasta reconstruyeron, de la mejor manera que les fué posible, la escena de la llegada del asesino a la casa.

El misterioso golpe fué repetido. La señora Greenwood, apostada en su dormitorio de la parte alta, exactamente como lo había estado en la noche del crimen, volvía a vivir aquella terrible hora otra vez, sentada y escuchando por la puerta semiabierta, mientras el silencio reinaba en la casa, silencio que dominaba también en la calle y en los alrededores, y entonces, repentinamente, resonaba un suave golpe en la puerta.

Pero éste no era igual al que ella había oído en la noche fatal. Los detectives probaron de nuevo. Reconstruyeron la escena varias veces consecutivas, tratando de reproducirla, pero no lo consiguieron. Hicieron cuanto estuvo de su parte respecto a golpes en aquella puerta del frente, pero por mucho que probaron, ninguno de sus golpes fué para el oído atento de la señora, igual al fatal y perentorio golpe que había anunciado el desastre de aquella oscura y fría noche de Enero.

Una furia de inquieta emoción llenó a Manchester. El premio de quinientas libras esterlinas era sin duda suficiente como para tentar a dar cualquier dato que colocara al misterioso asesino en manos de la justicia. Pero no fué así, aunque luego se recibió una carta en las oficinas del "Newcastle Chronicle", procedente de alguna persona desconocida y cuya escritura estaba evidentemente desfigurada.

No llevaba dirección, por supuesto, pero la policía no dudó de que se trataba de una carta genuina.

Su contenido era como sigue:

"El crimen de Manchester permanece en el misterio y así quedará hasta tanto no se de fin a la práctica actual de hacer tan odioso el carácter de testigo, investigando y exponiendo a las habladurías de la gente su vida privada y pública. Yo podría ahora, señor, señalar al asesino, y sé que mi indicación probaría el caso y la razón de que no me presente a dar la información que entregaría a la justicia al autor de ese tenebroso y horrible crimen, es que, hace más o menos quince o diez y seis años, siendo yo aun muy joven, tuve la indiscreción de cometer algo, —no un acto criminal,—lo que siempre he sentido, pero que está ahora olvidado por los pocos que lo sabían.

"¿Cómo podré yo confiar yo en la justicia, cuando sé que el disparate de mi juventud será resucitado y expuesto al escarnio de todo el mundo, y que harían que mi esposa e hijos se avergozaran de su esposo y padre? Yo no pondría en conocimiento de mi esposa, familia y amigos, una locura de la que fuí culpable, siendo un joven de diez y nueve años, ni aunque la recompensa ofrecida fuese diez veces mayor. Ni tampoco si una docena de crímenes semejantes se cometieran mañana mismo. Y creo que hay miles de personas que se hallan en una situación idéntica a la mía. Ocupo una posición respetada y de responsabilidad cerca de Manchester, la que no tengo ningún deseo de sacrificar, aunque ello pusiera a un criminal en manos de la justicia. Pero cuando no exista ya el sistema de exponer la vida privada del testigo que nada tiene que ver con el caso, entonces me presentaré a decir lo que sé acerca de este infortunado asunto. Vuestro, etc.—Uno que puede dar pruebas."

Tan impresionadas quedaron las autoridades empeñadas en investigar el crimen con la buena fe del que había escrito la carta, que se hicieron todos los esfuerzos para descubrir al autor de ella. Pero todo fué en vano.

Quien quiera que fuese el que tenía en su poder el modo de descubrir al asesino de Sarah Roberts, nada parecía incitarle a abrir los labios.

Pero una leve confianza se apareció de pronto.

Alguien sugirió que en los grandes y grises ojos de la muchacha muerta, que habían quedado completamente abiertos y mirando fijamente, podría encontrarse, impresa en la retina, la cara del asesino. Se indicó que se debía hacer un experimento, y se creyó esto tan posible, que fué llamado un experto fotógrafo para tomar fotografías especiales de los ojos de la muchacha muerta, después de lo cual éstas fueron agrandadas y sometidas a una microscópica observación. ¡Todo en vano aun! Los ojos no revelaron nada y el asesino continuaba descaradamente ocupándose en sus tareas, en cualquier lugar que se encontrase y fuése quien fuése.

Y este experimento desautorizó lo que es todavía una ilusión popular, la de que la tal impresión pueda quedar en un ojo muerto. La retención de tales imágenes fueron el objeto hace algunos años de una larga serie de experimentos del Profesor Kuhne, de Heidelberg, los que demostraron otra vez la imposibilidad de que el ojo de la víctima pueda dar ninguna prueba contra el criminal.

Pero esta es una creencia que el pueblo no desea rechazar, y aun en casos recientes, tales como el misterio del crimen de Camp, se reprochó duramente a la policía por no haber aprovechado los recursos de la ciencia, tratando de encontrar el retrato del asesino en los ojos de la víctima.

Entretanto, este misterio prevalece aún y es uno de los problemas de la vida y la muerte humana que no serán nunca resueltos. Las preguntas que se le ocurren a todo el mundo no serán contestadas jamás.

¿Era un hombre? Los golpes parecían requerir la fuerza de un hombre.

¿Era una mujer? La señora Greenwood creyó hasta su muerte que los pasos del corredor eran de una mujer.

¿Cuál fué el objeto del crimen? ¿Celos, venganza? Si el crimen fué ejecutado por un extraño, ¿cómo había llegado una muchacha como Sarah Roberts, a admitir semejante visita?

Si se trataba solamente de una persona de intimidad, ¿cómo pudo ser que no tuviera ninguna sospecha de los propósitos criminales que él o ella abrigaban? ¿Cómo había llegado a conocimiento del matador el asunto del terreno, para conseguir que el señor Greenwood saliera de la casa? ¿Cómo había sido tan disfrazada la escritura de la carta, hasta llegar a ser irreconocible?

¿Cómo había él o ella desaparecido tan misteriosamente, llevándose el arma con la que dió muerte a la muchacha, cerrando tan silenciosamente la puerta de la cocina, y desvaneciéndose como si la tierra lo hubiese tragado, y todo en esos pocos segundos antes de que los gritos atrajeran testigos al cuarto?

Los misterios llevan consigo sus variantes grados de incógnito. Ha habido muchos, antes y después, las manos de la justicia buscaron a tientas al perpetrador acerca del cual se tenían muchos datos, faltando sólo algún pequeño eslabón, que hubiera puesto toda la verdad en manos de los investigadores.

Pero en el crimen de Harpurhey, domina una impenetrable sombra de misterio y silencio, enceguecиendo aún el primer paso. Una teoría del asesinato parece ser tan contradictoria como la otra, y esta pequeña, cuidada y común casa suburbana provee el mundo de uno de los más tenebrosos problemas de la historia del crimen.



El Milodon de Luján

En torno del hallazgo del famoso fósil

LA que aparece a continuación es otra historia del tiempo viejo, escrita con todo el sabor típico de quien fué testigo de los acontecimientos que describe. Es un relato que demuestra, además, cómo la ciencia de criollos y españoles, estaba, en tan remota época a igual altura, sino más arriba, que la ciencia de los sabios de los demás países del mundo, pues sin necesitar de la colaboración de nadie que no fuera netamente criollo o español, se clasificó el extraordinario fosil y se armó su esqueleto, que aun está, para asombro de las gentes, en el Museo de Historia Natural, de Madrid, donde fué armado por los sabios de la época de su encuentro, en tierras de Luján.

DESDE que allá por el año de 1630 no se sabe qué sobrenatural poder atajó el paso de los bueyes del devoto Oramas, y se vió este buen hombre obligado a dejar en medio del campo, y mal cubierta por la sombra de achaparrados talas la que fué después nuestra Virgen de Luján y el sitio indicado se convirtió en punto de obligada peregrinación para la mayor parte de los muy cristianos porteños.

Los propietarios de la hacienda de Sumampa, a donde la imagen milagrosa debía llevarse, estaban más que disgustados de todo aquello, pues Luján empezó a prosperar como si realmente la misma Virgen amparase a sus contadísimos vecinos, y lo que hasta aquel instante milagroso no había sido sino una mala guardia, peor y de menos interés que las de Pergamino o San Nicolás, tomó carácter de pueblo en forma, y acrecentó su riqueza, su edificación y sus pulperías, como lógica consecuencia de las visitas de tantos devtotos.

Los poco afectos a cosas de iglesia, que algunos eran los que en aquellos tan remotos tiempos paseaban por las fangosas calles de nuestro Buenos Aires, no solían formar en las pintorescas caravanas de peregrinos que iban a Luján, tanto por lo molesto del viaje, como por los peligros que ofrecía nuestra campaña, tan pronto como un tren de carros salía de las lindes de tuna y pita que servían de cerco a las chacras de lo que es hoy la plaza de San José de Flores.

Pero al llegar Ca los años de 1789 se notó el más extraño fenómeno en nuestra ciudad querida, y los menos dados a beaterías, los incrédulos y los enemigos de los frailes y de cosas de iglesia, fueron los más entusiastas de Luján y los que más se preocupaban de los nuevos e incomprensibles milagros que en aquel privilegiado egido se venían produciendo desde los días felices de Oramas y sus mansos bueyes hasta los de la muy dichosa Justa la Cautiva.

La noticia primera del asombroso acontecimiento la trajo un lechero de San José de Flores, a quien se la dió un gaucho de Morón, y el caso no era para permanecer ignorado, pues eso de haber encontrado una taba cuyo peso era tal que no había jugado bastante forzudo para atreverse a manejarla, sentaba principios nuevos en un juego, que era y es aún, el más agradable entretenimiento de nuestros hombres de campo.

El primer porteño que se enteró del asunto, por ser cliente del mencionado vendedor de leche, fué el famoso Velarde, nuestro empresario del teatro de la Ranchería, y personaje muy capaz de apreciar a simple vista toda la trascendencia del estupendo descubrimiento.

Con la botija de leche en la mano, quedóse el buen señor a la puerta de su casa, oyendo los detalles del paisano, quien ponderaba lo grande de la taba hallada, lo enorme de una canilla medio descubierta entre tierras y fango y toscas, lo pesadísimo de un costillar enterrado, aún, pero del que ya era posible medir algo más de una vara larga...

Velarde estaba deseoso de dar una lección a sus conciudadanos. Tuvo que dejar su oficio de empresario de la Ranchería, por la terrible competencia que le hacía el Coliseo de Comedias, y los varios billares, así como las canchas de bochas, los juegos de bolos, los reñideros de gallos y las funciones de volatines. La idea era meterse a gran empresario de riñas de gallos, y matar todas las otras diversiones, pero aquella taba poco menos que monumental abrió nuevo horizonte ante sus despiertos ojos, y en el acto imaginó crear un reñidero grandioso y elegante en el cual, además de la pelea de los plumados

...aladines, se jugara a la taba con tabas gigantescas.

Encargó al lechero la adquisición de la taba famosa, y le faltó tiempo para ir a dar a sus conocidos y amigos la gran noticia. El nuevo milagro de Luján, donde se había descubierto un esqueleto de un gigante.

Velarde era hombre instruído. Comprendió que sólo a los sabios debía dirigirse para que partiendo de tan elevado punto, la noticia llamase más la atención sobre la taba maravillosa que entreveía ya como base de su fortuna, y en el magín del buen hombre empezó la lucha por determinar si visitaba primero al ingeniero geógrafo don Pedro Cerviño, o al doctor Fabró, uno de los dos únicos profesores de nuestro embrión de Facultad de Medicina.

* * *

Casi iguales eran los prestigios de uno y otro, pues si Cerviño había fundado e inaugurado el 26 de Noviembre de 1779 las clases de matemáticas de la Escuela de Náutica de Buenos Aires, el doctor Fabró, desde 1779 también, estaba instruyendo en el arte de cortar y trinchar carne de cristiano y de enviar gente al otro mundo, a los únicos nueve alumnos que sintieron en todo Buenos Aires vocación de "matasanos", como los apellidaba el público burlón.

De todos modos, como la ciudad quedaba reducida a unas cuantas cuadras, lo mismo de fangosas y mal olientes, allá fué nuestro hombre a ver al sabio profesor de matemáticas, a quien explicó a su modo, o lo que es lo mismo pésimamente, lo pésimamente explicado por el lechero.

Cerviño escuchó aquella extraña relación, pero no hizo aspaviento alguno. No pareció admirarle la noticia, aunque sí le llamó extraordinariamente la atención, y Velarde se convenció de que sólo había logrado un medio éxito, cuando contaba con que asombrase a todos, más aun que a él mismo, la estupenda nueva.

El doctor Fabró aun se mostró menos asombrado, pero no menos interesado en el asunto. Al saber que Cerviño estaba en el secreto, se puso su gran sombrero apuntado y salió como alma que lleva el diablo, de su casa en dirección a la del matemático, seguido por el empresario dimitente, quien empezaba a comprender que su descubrimiento tenía mayor interés del imaginado, aunque no admiraba como le había admirado a él mismo.

Cerviño no estaba en su domicilio. Los sirvientes relataron una extraña aventura. El patrón, tan tranquilo siempre, había salido casi corriendo por esas calles, sin acabarse de abrochar el largo y blanquísimo chaleco, cuyo pico llegaba casi a las rodillas. La peluca se había quedado sobre el tocador, y el tricornio saltaba sobre la testa como demasiado ancho para una frente desprovista de la postiza cabellera.

El doctor no parecía dispuesto a perder de vista a su amigo el docto profesor de la Escuela de Náutica, y seguido siempre de Velarde, se encaminó a casa de Labardén, donde supuso que estaría Cerviño. Caso de no hallarle allí, hombre era el doctor don Manuel J. de Labardén para apreciar en lo que valía la noticia de los grandes huesos encontrados en Luján.

No, Labardén tampoco estaba en su casa. Con Cerviño había ido a la del doctor don Juan Baltasar Maziel, y los vecinos aseguraron que algo muy gordo debió suceder cuando tan presurosos salían los dos conspicuos y calmos personajes.

Con Velarde siempre a remolque, a la casona donde el canónigo Maziel habitaba, se dirigió el médico, y al fin se hallaron reunidos en el más asombrado y erudito conclave a Labardeén, Maziel y Cerviño, mientras se veía a la puerta una calesa y en tanto que se notaba en el barrio inusitado movimiento.

El canónigo estaba ocupadísimo, y, sin dejar de escribir, contestaba sí y no a sus visitantes. Los 1099 volúmenes de que su biblioteca constaba lucían los apergaminados lomos, y los estudiosos porteños abrían y cerraban libros y más libros, como quien trata de resolver el más insoluble problema.

—¿Una taba que no la puede mover un hombre? ¿Puede ser eso verdad, doctor Fabró?

—¡Quién sabe! — respondió el famoso galeno, que conocía los secretos de la naturaleza. — ¡Son tantas las especies desaparecidas!

—¡La taba de Goliat, l omenos pesaría una buena arroba! La de San Cristobalón debía ser grandísima, — dijo Velarde.

—¿Quiere callar? — exclamó con su más áspera voz el canónigo, mirando por encima de los gruesos quevedos de carey, al pobre empresario cesante...

—No, en los libros no hallaremos dato alguno. Se trata de algo novísimo, de un descubrimiento prodigioso...

—¡Vaya! ¡Hay que ver eso! — interrumpió Cerviño, el más nervioso, más activo, más práctico de todos.

—¡El coche está listo! — gritó un negro, asomado por la puerta de la biblioteca, con un largo rebenque colgado sobre los hombros.

—¡Pues al coche, señores! — gruñó el canónigo, quitándose los quevedos, arremangándose la sotana y trotando sobre los desiguales ladrillos del patio, bajo el ámplio cobertizo de la galería.

Como si hubieran recobrado la agilidad de sus años infantiles, los cuatro serios personajes treparon la empinada escalerilla que servía de estribo a las calesas bonaerenses, y Velarde tuvo que instalarse en el pescante, junto al negro, mientras un chiquillo postillón disparaba a todo lo que su pingo daba, para ir a casa de don Santos Valente, situada en el camino de Flores, y avisar que sacaran potros de relevo para el coche donde viaja tan inesperadamente lo más ilustrado de nuestra sociedad.

✤ ✤ ✤

Arrancó el carruaje, y entre salpicones de barro, chasquidos de látigo, coces de los pingos y gritos de los muchachos, fué cruzando calles, sin que se notara la menor diferencia entre el barro de una y otra, pues eran todas iguales en lo enlodado del pavimento. Salieron por fin, al campo, para correr algo más rápida y libremente entre vallas de puntiagudas pitas y cercos de redondas y punzadoras tunas.

Con cuatro cambios de tiros hicieron el trayecto de las diez y ocho leguas que separan a Luján de Buenos Aires, por el camino de la Capilla de Merlo, que fué el elegido por ser el más próximo dejaba del lugar donde los milagrosos huesos habían sido encontrados.

Velarde explicó al cochero de lo qué se trataba, y el negro abrió los asombrados ojos ante las maravillas que el empresario le contaba.

—Los gigantes vivieron en estos y otros pagos, y la prueba está en que cuando los españoles llegaron aún vieron patagones, u hombres de trece palmos de altura, con pies de pie y medio... y costillares...

—La mitad más grandes que los nuestros, patrón, — agregó el moreno; — una mitad mayores que los de un cristiano... Si tan grandotas son esas, no son de patagón...

—¡No hombre, no! Del abuelo de los patagones, mucho mayores aún.

Galopaban velozmente. Los potros parecían sentir las mismas ansias que los doctos porteños que, en alas de su fantasía, se engolfaron en las más serias discusiones.

Toda la vida natural conocida en aquellos años, desfiló por el interior del carruaje, mientras desfilaba éste por las llanuras argentinas.

Las ciencias no estaban entonces como estuvieron pocos lustros más tarde, y en gran parte el viaje que los ilustrados porteños realizaban en aquellos instantes, acaso fuera de los que más contribuyeron a su regreso.

En el interior de la arcaica calesa se reunía como la representación de toda la potente intelectualidad durante tres siglos acumulada en la América Española. La literatura tenía a Labardén por diputado y lució los primores de su erudición notabilísima, comparando el teatro de éstos y los demás países europeos, y haciendo resaltar el hecho de que en las colonias inglesas, sólo en el sitio de Boston, cuando los oficiales británicos transformaron una iglesia en salón de espectáculos, se había visto representar dramas y comedias.

El canónigo Maziel la emprendió con la filología y se extasió en la ponderación de los maravillosos trabajos de los misioneros. Enemigo de los jesuítas, no dejó de reconocer que jamás asociación de sabios, academia alguna, centro científico ni literario del mundo entero podría presentar pruebas tan brillantes como la Compañía de Jesús, en lo que a lingüística indiana se refería.

Cerviño quiso echar su cuarto a espaldas. Bueno estaba todo eso de la literatura, y no estaba mal el estudio de los idiomas indios, que al fin y al cabo los misioneros y los curas necesitaban empezar por entenderse con los naturales, para poderles predicar la doctrina y cobrarles los correspondientes diezmos; pero lo admirable era el afán por las ciencias abstractas, por lo que no daba ni honra ni provecho, por lo que no sólo supone gran instrucción, sino además, el mayor desprendimiento de los intereses materiales, que son los únicos móviles de casi todas las humanas acciones.

Aquel Alonso de Santa Cruz, que en nuestro mismo Río de la Plata, como piloto de Gaboto, en 1526, hizo sus primeros estudios de magnetismo terrestre. Aquel padre Acosta, que en 1586 escribió que existían cuatro líneas de declinación magnética. Aquellos precursores de Halley, quien halló muy cómodo el camino repitiendo lo estudiado por españoles...

—¡Y criollos, amigo! ¡Y criollos! — interrumpió Maziel con su áspero acento.

—Y criollos también, doctor que santafecino era Suárez y honre es de su país y de la ciencia...

—Cada vez que tengo que dar un vistazo a los libracos de botánica, — dijo el doctor Fabró, — me veo obligado a entonar un himno a los trabajos de los estudiosos peninsulares y americanos que han dotado al mundo de mil y mil remedios sacados de la maravillosa naturaleza de este continente. Lo extraño es que hace poco, como quien dice cuatro días, o sea hasta 1735, nadie parecería haber pensado en la clasificación de los vegetales, dentro de métodos realmente científicos, y sin embargo, en 1493, se describía ya con todos los detalles unas coníferas distintas de los verdaderos pinos no estudiados aún en nuestros días.

Volaba la calesa sobre el empolvado camino, como ha ido volando el tiempo desde el día aquel hasta los nuestros, en los que aun asombra a los sabios la carta de Colón, escrita en 14 de marzo de 1493 al tesorero Sánchez en la que el gran almirante dice: "Abunda la tierra de cibao, de pinos muy altos que no tienes piñas, por tal orden compuestos por naturaleza que parecen aceitunos del axarafe de Sevilla'.. Los modernos botánicos reconocen que no es posible caracterizar con más precisión las coníferas sin piña, el grupo de taxíneas de Richard, género no estudiado hasta 1826, y palabras terminantes que demuestran que se conocía la clasificación de los pinos de fruto monocarpo mucho antes que los mencionara L'heritier.

Cerraron los ojos los cuatro eruditos, tanto para librarse de la reverberación del sol y de los efectos de la tierra sobre las pupilas, como para repasar en su memoria los favoritos temas de estudio de aquellas caseras, tranquilas pero cultísimas generaciones.

Castigaba el negro los sudorosos potros, y calculaba el empresario teatral las venta-

jas que podría obtener si montaba un juego con tabas de animales gigantescos, y llegaron así al sitio donde les indicaron se hacían las excavaciones milagrosas, en las que se habían puesto a la vista de los cristianos huesos de seres monstruosos por lo grandes y lo mazorril de sus pesados esqueletos.

* * *

Todo el gauchage de aquellos pagos se había congregado en los contornos de la zanja donde el gigante mostraba al claro sol pampeano un costillar que asemejaba las cuadernas de un barco en construcción.

La taba, la famosa taba, estaba allí, tirada en un montón de tierra, y una colosal vértebra y una garra formidable, provista de robustísima uña, así como una muela capaz de triturar las rocas más resistentes, era todo lo que podía verse completamente al descubierto, pues larga tenía que ser la total tarea de desenterrar al monstruo sepultado probablemente en los horrores del Diluvio.

Maziel Cerviño, el doctor Fabró y Labardén, estudiaron, palparon y se miraron entre satisfechos y asombrados. Sus conocimientos en zoología no llegaban hasta las esquisiteces de poder clasificar especies animales desconocidos por completo, pero algo entendían de ciencia, que no en balde cursaron humanidades y la filosofía de los conventos comprendió siempre las ciencias experimentales tal como en sus tiempos se estudiaban.

—Un monstruoso ejemplar de desaparecidas especies, — murmuró Cerviño, después de palpar y volver en todos sentidos la enorme muela.

—Un testigo de los grandes cataclismos,— agregó Maziel, examinando con todo interés la poderosa garra.

—Una gran bestia, que sólo podría ser el megaterio y el milodón, o algunos de los extraños bichos, desaparecidos antes de que pisara el hombre la superficie del planeta.

—Pero un hallazgo importantísimo en todos los casos, — interrumpió el doctor, mientras tomaba las dimensiones del arco del costillar visible.

—No excaven más, amigos, — dijo Labardén, con tono autoritario. — Cubran otra vez de tierra lo desenterrado. Avisemos al virrey, que el descubrimiento merece todos los honores, y hay que tomar precauciones para conservar intactos estos tesoros tan cuidadosamente guardados por la sabia naturaleza bajo tierra, para librarlos de la profana curiosidad de hombres y animales.

Muela, garras y taba volvieron a dormir bajo la blanda tierra de la pampa, conservadora de tantos y tantos indescifrables misterios, y los cuatro viajeros subieron nuevamente en la calesa para ir a dormir al convento de Luján, donde entraron alumbrados por la claridad de las estrellas.

Al siguiente día volvieron los doctos porteños a emprender su camino, y se notaba en los semblantes de los eruditos señores la satisfacción más manifiesta, mientras Velarde rumiaba disgustado por haberle robado su descubrimiento.

El entierro de la famosa taba que tanto llamó la atención de los gauchos, fué como el entierro de sus doradas ilusiones, y tan pronto como llegaron a la ciudad, se separó de los sabios, renegando de todas las sapiencias y erudiciones imaginables.

El doctor Maziel debía saber con qué bueyes araba, y así lo dijo, al verlo saltar desde el pescante y alejarse sin siquiera decirles adios.

—Tenga presente, amigo Velarde, que los huesos enterrados son del rey y que los violadores de sepulturas se las entienden con el Santo Oficio. Mucho ojo con lo que hace, que si falta una taba a nuestro monstruo, por los clavos del Señor que está en la cruz, que arreglaremos el esqueleto con la rótula de usted.

Los sesenta vecinos con que Luján contaba, manifestaron francamente su desagrado. Aquel nuevo milagro podría contribuir al enriquecimiento de la región, y los huesos de un gigante eran tan o mas apropiados que los portentos de la Virgen para atraer forasteros y peregrinos.

✣ ✣ ✣

Los doctos se presentaron en el Fuerte, y el virrey estuvo muy de acuerdo con lo hecho. Se designó un comisionado para que dirigiera las excavaciones con el mayor esmero y pulcritud posibles, pues en todo el mundo no existía un solo esqueleto de megatorio, y la general opinión de los entendidos en zoología se inclinaba a creer que se trataba de un megatorio americano.

El camino a Luján se vió recorrido precisamente por los mismos que jamás lo recorrieran. Los que ni a misa iban, eran los más asiduos a ver cómo salía de lo negro de la pampeana tierra el colosal esqueleto, armado casi y en cuya monstruosa forma se podía ir estudiando lo que sería de horrible aquella bestia apocalíptica, si se la imaginaba cubierta de carne y grasa y piel como tablón de recia, y pelos como tacuaras de gordos y nudosos.

Se escribió a Madrid y a París, y cuando las respuestas llegaron, ya el megatorio bonaerense había salido de su terrosa envoltura. En grandes carros, con infinitas precauciones, se trasladaron los preciosos restos a la ciudad, envueltos en cueros y pellones, para impedir que se deteriorasen con los traqueteos del camino.

Los chicos y los grandes pudieron ver, estudiar, admirar lo que el mundo entero no había visto aun y Buenos Aires logró la primicia del primer y único esqueleto de megaterio con que se enorgullecía la Historia Natural.

Nunca como entonces mereció nuestra ciudad olvidada por todos, los honores de despertar el interés de los contados sabios del mundo entero. Buffon suspendió la corrección

de las pruebas de su monumental obra para modificar lo escrito al tratar de los seres antediluvianos. Mutis, desde Bogotá, envió a pedir datos y detalles para su notabilísima biblioteca, mientras Caldas, sin abandonar el observatorio astronómico, primero y único en toda América hasta 1829, se interesó por el portentoso descubrimiento geológico hecho en los pagos de Luján.

Cuvier, desde Montbelliard, de sólo veinte años a la sazón, se devanaba ya los sesos pensando cómo sería, una vez armado, aquel monstruo de las edades prehistóricas, y Sesse, Mociño, Pavón, los centenares de botánicos, naturalistas y sabios españoles o criollos, que en aquellos años sostenían tan brillantemente entre nosotros el cetro de la ciencia, todos a una demostraron el mayor interés por aquellos huesos que el bueno de Velarde quería utilizar para complemento de su reñidero de gallos.

* * *

Entre los muchos curiosos se notaba un niño, más entusiasmado que nadie por el estudio de los extraños huesos. Llamó la atención de todos los porteños la insistencia que ponía el muchacho en medir cada canilla, tomar el diámetro de cada vértebra y el largo de los costillares, el ancho de los omoplatos, las dimensiones de las uñas... Y la admiración fué general y el asombro llegó a su colmo cuando el muchachito aquél, sobre la blanqueada pared de la galería de su casa, trazó una bestia enorme, feroz, gigantesca, que llegaba desde los mismos ladrillos del piso a la teja vana del cobertizo.

Todo Buenos Aires desfiló por aquel patio, y todos admiraron la genial traza de Manolito Sarratea, quien con sólo verlos desarticulados y esparcidos por el suelo, supo interpretar los huesos misteriosos de Luján y pintar con un tizón de la cocina de su casa el primer megaterio que los hombres hayan admirado.

Remitió el virrey, Marqués de Loreto, los huesos a Madrid, como la más preciosa producción de la América Española. Se montó el colosal esqueleto, y en el Museo de Historia Natural de la capital de España está aquel primer ejemplar del gigantesco cuadrúpedo. Pasaron los años y Cuvier creció en edad y en saber, y dió un día maravillosas pruebas de su genio, trazando en el pizarrón el esqueleto de una gran bestia desaparecida, de la que el gran sabio francés sólo pudo ver unos restos fósiles.

Sarratea era ya hombre maduro y su Museo de Historia Natural, mereció que algunos viajeros extranjeros que pasaron por Buenos Aires se ocuparan de él como de cosa realmente notable.

Lo que fué simple afición infantil, se trocó en docta vocación con el correr del tiempo, y cuando se publicó en todos los diarios el asombroso talento de Cuvier, al inventar un ser jamás visto ni soñado, por la sola presencia de uno de sus huesos, no pudo menos de sonreír al recordar el grandote megaterio pintado con un carbón en la galería de su casa colonial.

—Y Sarratea, nada tiene que envidiar a Cuvier,—decíame mi abuelito para terminar su historia. — También Manolito pintó lo que el esqueleto no tenía. Al gran megaterio encontrado en Luján le faltaba esternon y cola, mientras la pintura de la pared era completa, pues no quiso suponer sin tan importantes parte, el más venerable y majestuoso de los representantes de la fauna argentina.

ANTE EL ESPEJO

CONSEJOS PRACTICOS Y UTILES PARA LA TOILETTE



HAY que establecer una distinción muy grande entre los consejos prácticos para el cuidado del cutis,— que no son, en total, más que reglas de higiene e indicaciones para aliviar y aun suprimir los efectos de las dolencias que con frecuencia atacan al cutis de la mujer, ya sea después de un paseo demasiado largo al aire libre o de una permanencia excesiva en algún salón de baile o de fiesta donde reine un ambiente hecho malsano por la aglomeración de gente,—y las indicaciones para el pintado, esmaltado y otros procedimientos preconizados por los y las docteras "en belleza" para proporcionar a la mujer lo que los años se llevan para siempre, pese a cuantos esfuerzos pretenda hacer el arte más consumado. Los consejos que van a aparecer aquí no ofrecen maravillas, pero aquella que los siga se verá libre de muchas pequeñas molestias y no tendrá que recurrir a los profesionales del embellecimiento a menos que no pretenda poseer a los cuarenta años la belleza de los veinte u ostentar, rayando en los sesenta, el cutis aterciopelado y terso de los quince. Se trata, pues, de consejos sencillos y realmente prácticos.

La belleza de la salud.—

Una joven a quien conozco es considerada por todos como muy bonita y vistosa.

"Siempre se le ve fresca y limpia. Se diría que acaba de salir del baño", exclaman sus amigas, admiradas. No se fijan en que tiene manos feas y pies grandes, ni en que sus ojos son muy chicos, porque ella tiene buen color, el cabello brillante y el cutis fresco indicador de que su salud es buena.

Cuiden ustedes la salud. Procuren estar siempre sanas. Arreglen su vida de modo que puedan dormir ocho horas por noche, que no les falte aire fresco y puro y que la comida sea la que les sienta bien. Teniendo en cuenta estas cosas, ustedes no necesitarán de ninguna clase de preparados de tocador, ni tendrán que gastar dinero en ningún "tratamiento de belleza". Porque ustedes no parecerán vulgares y feas como no quieran parecerlo. Y es de suponer que no quieren.

"¿Qué voy a hacer?", dirá más de una con doliente voz al hallarse ante el espejo y verse pálida, con el cutis grasiento, el cabello y los ojos opacos Si usted sufre de eso mismo, no piense que su mal es incurable. Lo único que le pasa a usted es que se halla, transitoriamente, mal de salud.

El cabello sufre mucho cuando la salud es mala. Si usted nota que tiene el cabello delgado y como sin vida, debe interpretar eso como una señal de peligro. No se ponga lociones, que son un remedio local; averigüe en cambio qué es lo que anda mal en su sistema y cúrese. Entonces verá como el cabello se cura también y cambia de aspecto.

Lo mismo pasa con el cutis. Toda mujer tiene, naturalmente, un cutis fino ya sea blanco, rosado o morocho. Si está grasiento y excesivamente pálido o lleno de puntos negros de fijo hay algo que anda mal, ya sea en su alimentación, ya en su manera de vestir.

No hay duda posible a este respecto la salud es la base de la hermosura y aun cuando hay medios para mejorar el aspecto de la mujer de modo local, no hay ninguno que, en general, de tan buen resultado como la buena salud.

* * *

Para el cabello.—

El mejor remedio para el cabello que ha perdido el brillo, es frotar un poco de aceite de almendras dulces en el cuero cabelludo, con las yemas de los dedos.

Es conveniente proceder con toda precaución a fin de evitar que el aceite manche el cabello y lo ponga excesivamente grasiento.

Después de haber frotado el cuero cabelludo del modo indicado, procurando que no quede espacio ninguno sin ser frotado con el aceite durante unos instantes, es necesario peinar el cabello con un peine de púas anchas, durante lo menos cinco minutos. Esto hay que hacerlo lentamente y por igual, de modo que toda la cabellera se airée bien.

Hecho esto se pasará por encima del cabello, sin apoyar demasiado fuerte, un cepillo de cerdas suaves, que esté bien seco.

Se asegura que es un excelente medio para dar brillo al cabello el frótarlo de la raíz a la punta, repetidas veces, con un pañuelo de seda limpio, todos los días, después de haber pasado el peine durante un rato y de haber pasado luego el cepillo.

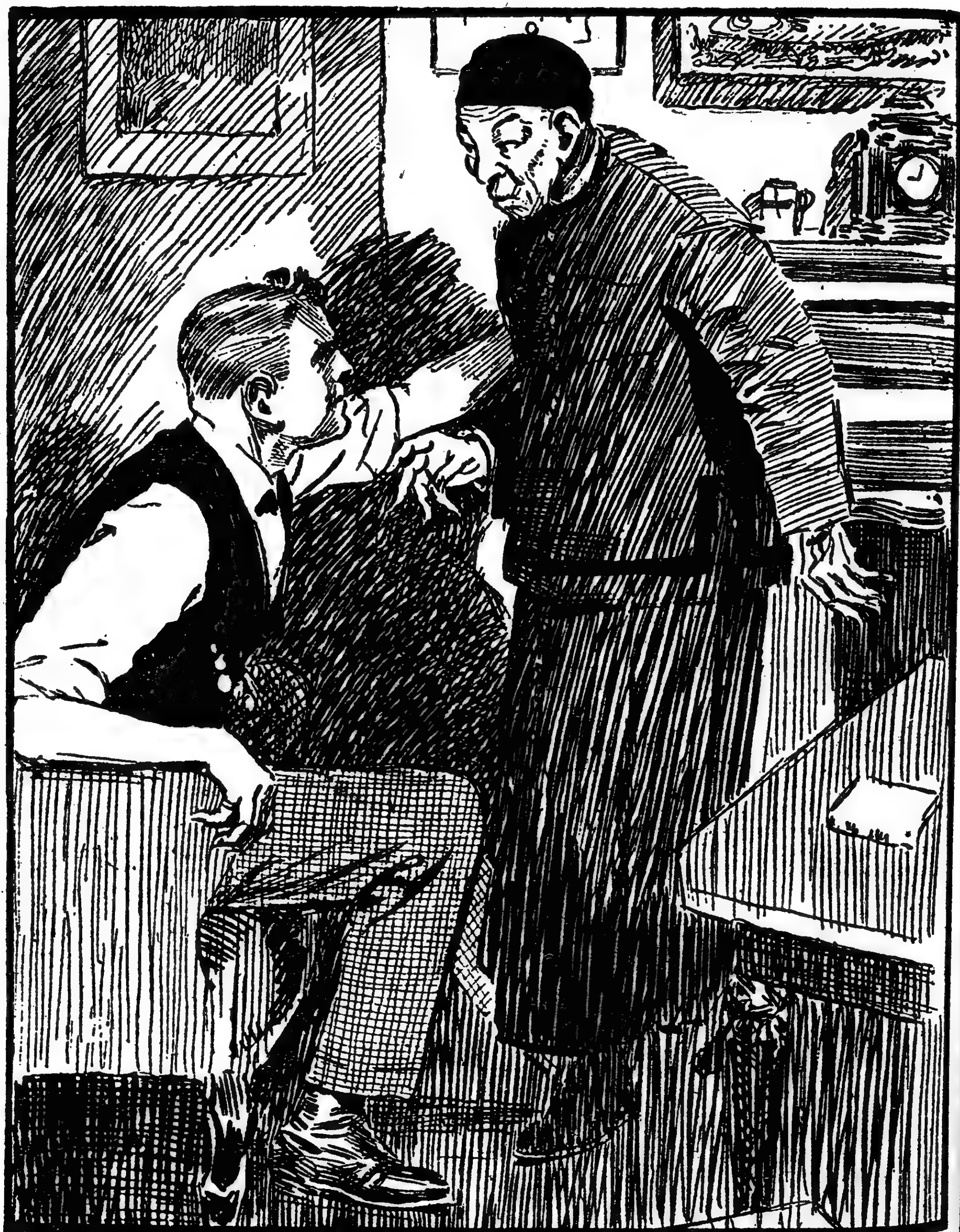
* * *

El zumo de limón.—

Para limpiar y blanquear las manos y para curar las paspaduras causadas por el frío, no hay nada que sea mejor que el zumo de limón.

Si se emplea en seguida de producido el accidente, el zumo de limón quitará las manchas de tinta de las manos. También, usado en seguida, las quitará de las telas blancas sin que quede ni el menor rastro. Para esto es necesario estrujar el limón de modo que el zumo caiga sobre la mancha y, después de un momento, echar sobre la tela bastante agua hirviendo, de modo que pase a través del tejido, llevándose la tinta que ya habrá sido disuelta por el zumo del limón.

Margarita.



Se puso de pie, dió dos pasos hacia mí y preguntó: "¿Quién es usted?" (Pág. 59.)

LA TERCERA PARTE DE UNA OBRA NOTABLE

Mr. Morse, del Brasil

Sensacional novela en cuatro partes, original del famoso escritor ingles

GUY THORNE

EL AUTOR DE "EL PIRATA AEREO"

PRESENTACION

LA extraña historia de Gedeón Mendoza Morse, es referida, en primera persona, por Sir Thomas Kirby, Bart, propietario de un diario noticioso de Londres, "The Evening Special". En las otras partes de la historia, publicada en el número tres de "Pucky", Sir Thomas refiere cómo el señor Morse, el brasileño multimillonario, con su hermosa hija Juanita, caen como una bomba, en medio de la alta sociedad londinense. En un baile dado en la mansión de Lady Brentford, Sir Thomas y sus dos mejores amigos, el capitán Pat Moore y Lord Arturo Winstanley, se encuentran con la hermosa Juanita e inmediatamente se enamoran de ella. Una jugada de dados decide el que Sir Thomas sea el primero de los tres que declare su amor a la joven, mientras que sus dos amigos, de acuerdo con lo convenido, han de prestarle su ayuda, hasta que triunfe o fracase. Si ocurre esto último, el segundo intentará la aventura, siempre ayudado por los otros dos, y en caso de fracaso lo hará agual el tercero.

✤ ✤ ✤

En la misma época los diarios se han ocupado de una extraña historia, referente a la construcción de una curiosa obra de hierro y acero; tres altas torres que se levantan sobre todos los edificios, entre Brentford y Hounslow. Se habla de flotas enteras de buques cargados de armazones de acero, al mismo tiempo que de centenares de expertos ingenieros. Circulan rumores de que se trata de construir allí la más poderosa estación de telégrafo sin hilos del mundo entero. Por lo pronto existen tres torres monstruosas, de una altura cercana a dos mil pies, — el doble de la que tiene la torre Eiffel — y que dominan Londres. Día a día todos los que habitan en Richmond o en sus inmediaciones ven que esos monstruos llegan a mayor altura.

Guillermo Rolston, un joven que habita en ese distrito, es presentado a Sir Thomas por la señorita Dewsbury, su secretaria particular, y Rolston se ocupa de la investigación. Su curioso aspecto hace que le sea sumamente fácil disfrazarse, y fingiéndose chino, consigue obtener la confianza de los trabajadores de esa nacionalidad, quienes para mayor probabilidad de que sea guardado el secreto, han sido importados a Inglaterra, Su informe es asombroso.

—¡El sueño de un genio o el delirio de un loco! — dice Rolston a Sir Thomas.— La sociedad dirá si se trata de una o de otra cosa, sin duda. De todos modos es el producto de una colosal imaginación. En lo que a mi opinión personal se refiere, tengo la certeza de que en el fondo de todo hay un profundo y extraño motivo, que por el momento debe permanecer oculto. ¡Entre esas grandes torres, Sir Thomas, se levantará dentro de poco una fantástica ciudad, digna de las Mil y una Noches! Será única en la historia del mundo y actualmente los trabajos están tan adelantados que todo se terminará con extraña rapidez.

"En dos pisos siuados en la cima de las torres, suspendidos por un sistema de modernas e intrincadas construcciones de acero, un triángulo que calculo medirá en total cuatro acres, debe soportar una maravillosa serie de palacios de esa Lhassa de los cielos; esa ciudad prohibido en la que nadie puede penetrar. Es una maravillosa concepción solamente posible para la enorme fortuna e imaginación de un superhombre.

—Pero, ¿quién, señor Rolston, es el loco, el genio o el superhombre que ha imaginado eso y actualmente, en pleno siglo XX, lo construye en Inglaterra?

—Ese es el mayor secreto de todos,—responde Rolston, mirando temoroso en redor. —Es Gedeón Mendoza Morse, del Brasil.

Sir Thomas toma a Rolston a su servicio, dándole una habitación en su propio domicilio.

Una noche, el baronet está comiendo con Lord Arturo Winstanley, en un singular restaurant en Soho, llamado "El Caracol de Oro". Allí ve a un hombre de siniestro mirar a quien acompaña una joven. Winstanley entera a Sir Thomas de que ese hombre es un

canalla que se llama Marco Antonio Midwinter. Lord Arthur lo describe así:

—Aun entre sus semejantes se destaca por su perversidad. Ese Midwinter es uno de esos hombres que tienen el alma atravesada.

Más tarde, aquella misma noche, Sir Thomas acude a ver a Morse al hotel y con alegría de su parte, se encuentra a solas con Juanita. Sir Thomas describe su encuentro con la joven a quien ama y el dramático desenlace de la entrevista, con estas palabras:

—Durante medio minuto permanecimos en silencio y luego tomé una de sus manos y la llevé a mis labios. "Juanita, — exclamé.— Existen fuerzas y corrientes misteriosas en el mundo que son más fuertes que nosotros mismos. Esta es la trecera vez que la veo a usted y ningún poder de la tierra puede evitar que la diga..." Cuando yo iba a pronunciar las palabras decisivas, se oyó el ruido de una puerta que se abrió violentamente. Me levanté. Desde donde estaba podía ver toda la habitación inmediata. Por la puerta abierta,—debo advertir que había varias en el salón, — salió un hombre caminando hacia atrás.

Iba correctamente vestido de etiqueta, con una camelia en la solapa. Fué retrocediendo con los brazos medio levantados y las manos abiertas.

Pude ver su rostro. Estaba convulsionado por una ira satánica, como una vieja máscara jajonesa. Aquel rostro era el del suave y sonriente tipo a quien había visto en el restaurant "El Caracol de Oro".

Noté que había junto a mi alguien que temblaba. Era Juanita que se aferraba a mí. Entonces rodée con mi brazo su cintura.

Por la puerta abierta salió otra figura.

—Rápido, Antonio Midwinter. — Aquella es la puerta por donde debe ir... ¡Pronto! ¡Rápido!...

El hombre alto se detuvo un instante e hizo una mueca de rabia y odio.

Se oyó una detonación y un enorme espejo que había en una de las paredes cayó hecho pedazos. Una nueva detonación y el hombre se dió vuelta y literalmente saltó sobre la mullida alfombra, se precipitó hacia la puerta y desapareció.

Gedeón Mendoza Morse avanzó sonriendo y contemplando un pequeño revólver de azulado acero que llevaba en la mano.

Entonces Juanita y yo salimos de la salita tomados de la mano, y él nos vió.

Sir Thomas prosigue la historia.

Luego, el señor Morse me dijo que era víctima de ciertos malos manejos por parte de Midwinter, pero yo no le creí. Le dije lo de la sorprendente historia de Rolston acerca de la construcción de Richmond, y el señor Morse me pidió que no hiciera publicación alguna en ese sentido. Pensando en Juanita le di palabra de satisfacer sus deseos.

Al regresar a mi domicilio me encuentro con que Rolston ha sido atraído con un falso mensaje telefónico y entró en conocimiento de que ha sido víctima de una horrible y misteriosa combinación.

En una partida de caza, me encuentro en casa de Sir Walter Stileman, con Betty Boynton, una joven de la alta sociedad que siente gran pasión por la aviación. Ella me refiere una maravillosa historia acerca de un vuelo efectuado en las primeras horas de la mañana, sobre Richmond.

—Cuando estuve cerca, Sir Thomas, — dice la señorita Boynton, — distinguí lo que supongo que es el más maravilloso espectáculo que jamás he contemplado. Ustedes los que sólo caminan por la superficie de la tierra, no podrán ver nunca lo que yo ví. Yo he volado por encima de Mont Blanc y he visto amanecer sobre el Falterhorn y el Monte Rosa y pensé entonces que aquella era lo más maravilloso que podía contemplar un ser humano. Pero ayer por la mañana se me borró aquella impresión. Sí, en el cielo de Londres y sólo hace unas cuantas horas... Después de la parte de abajo nadie puede realmente ver mucho de las torres... ¿Usted no habrá visto gran cosa, ¿verdad?

—Solamente que en la parte superior hay una serie de intrincadas construcciones que están suspendidas. Supongo. Hay una cantidad de tinglados y cosas en ese espacio artificial, o por lo menos lo parece.

—¡Tinglados y cosas, Sir Thomas! A mi me pareció ver una nueva Jerusalen flotando entre las nubes. El sol de la mañana iluminaba un vasto espacio en el que no puede usted imaginarse como surgen por todas partes, blancas plazas, torres, cúpulas y tejados dorados que relucen como si realmente fueran de ese precioso metal. Hay allí fantásticos halls con enormes ventanas de estilo oriental, paredes cubiertas de flores que semejan jacintos y amatistas y barandillas, cubiertas de nácar. Era en las nubes, un lugar encantado que flota muy arriba, encima del humo de la niebla de Londres, serena, majestuosamente... Le digo a usted—y aquí tembló su voz—que la visión impresionó mi corazón, la garganta se me apretó y sentí un cierto sabor amargo en la boca. Cuando pasé al otro lado del gran triángulo que ocupará muy bien una extensión de varias acres, — donde la ciudad está construída, distinguí, al otro lado, un gran espacio con algo que parecían ser verdes praderas. Juraría que hay árboles plantados y que una enorme fuente arroja como un torrente de diamantes líquidos. Aquella si que es la maravilla de las maravillas, Sir Thomas. No tengo palabras para describirla. Quise apreciar los detalles con mayor claridad aún y volé sobre las blancas pendientes de uno de los lados, a no mayor distancia que la de un tiro de pistola. Entonces, en lo alto de una torre ví una rara figura. Era un gigante de rostro amarillo con un largo ropón de mangas perdidas, levantó las manos al a altura de la cabeza y me amenazó. El ruido del motor me impidió oír sus palabras, pero distinguí claramente que su rostro tenía una diabólica expresión. Solamente lo ví un momento, — terminó la joven, — pero creo que no lo olvidaré en mi vida.

Yo me había hundido en la silla mientras ella proseguía su relato. Estaba asombrado. Nuevamente la sensación de que estaba siendo juguete de una irresistible corriente del Destino, se apoderó de mí, con exclusión de otra impresión.

—¡Oiga usted, señorita Boynton! — exclamé. — Si usted quiere guardar secreto durante dos días más, y luego me permite publicar el relato en mi diario, yo la pagaré a usted doscientas cincuenta libras esterlinas por la historia.

Sus ojos se abrieron enormemente, como los de un chiquillo a quien le ofrecen una gran caja de bombones de chocolate.

—De acuerdo, — exclamó tendiéndome una mano que no tenía nada de fea. Se la estreché y quedó cerrado el trato.

✣ ✣ ✣

Regreso a Londres y me encuentro allí una carta que me esperaba. La leo. Decía así:

" ¡Adiós! Supongo que no nos volveremos
" a ver. Me veo obligada a retirarme del
" mundo, del amor, de usted.
" No puedo explicarme, pero el temor me
" acompaña día y noche. ¡Oh amor mío, si
" pudiera salvarme, lo haría, estoy segura
" de ello, pero es imposible y por eso
" ¡adiós!
" Si no tuviera la seguridad de que no
" volveremos a vernos, no hubiera escrito,
" como lo he hecho, ni hubiera firmado, co-
" mo afirmo ahora.—Su Juanita".

Descubro a Rolston oculto en un lugar del Extremo Este y sé por él que fué secuestrado por la noche, mediante el ardid del teléfono y conducido a la Ciudad en las Nubes, donde fué mantenido prisionero por Mendoza Morse, hasta que consigue escaparse del patio que hay al pie de las torres.

—Para abreviar, Sir Thomas, diré que llegué a un ángulo de la alta pared circundante, que en aquel punto tiene treinta pies de altura. Habían estado componiendo la parte superior y los obreros se habían dejado allí una escarera, cucharas y llanas y un trozo de cuerda con un gancho para subir a lo alto del andamio, los baldes. Subí por la escalera, tomé la cuerda, la sujeté, me deslicé del otro lado y un cuárto de hora después me encontraba en la estación de Richmond. No pensé en ir a mi domicilio anterior porque tenía la seguridad de que mandarían alguien en mi persecución. Pensé en mi viejo amigo Sliddim, me encaminé a Whitechapel gastando mi último penique, y aquí estoy.

—¿Dispuesto a seguir formando parte del personal de mi diario?

—Si a usted le parece, Sir Thomas.

—¿Dispuesto... a todo?

—¡A todo!

—Bien. Entonces vamos a Piccadilly y si vuelven en su busca, estaremos prevenidos.

La tercera parte de esta interesante historia, comienza aquí. Los lectores podrán saborear las emocionantes escenas de uno de los más emocionantes relatos escritos por el autor de "El Pirata Aéreo".

TERCERA PARTE

El Cisne de Oro

TENGO que hacer un pequeño paréntesis antes de continuar el relato de la parte principal de mi historia.

Al siguiente día de haber vuelto a encontrar a Rolston, caí enfermo. La tensión había sido mucha; un severo ataque de nervios fué la consecuencia y me ordenaron que fuese a pasar una temporada a una estación balnearia de Bretaña, la más tranquila y sana que pudiese encontrar. El médico me hizo saber lo que podía ocurrir si no seguía sus consejos y no pudiendo hacer otra cosa, obedecí sus órdenes y fuí con Rolston. Notifiqué a Arturo Winstaley y a Pat Moore, mi traslado, por medio de una carta y contraté al señor Sliddin para que vigilase constantemente en Richmond y me notificase inmediatamente en forma amplia todo cuanto observara y todos los rumores que circulasen respecto a la "Ciudad de los Cielos".

Después de haber contratado con una agencia de recortes, el envío de cuanto suelto largo o corto se publicase en los periódicos referente a Gedeon Morse y a su fantástica residencia, comprendía que había hecho cuanto era posible y que había tomado todas las precauciones necesarias para estar al corriente de los hechos que me interesaban, mientras se restablecía mi salud.

Del mes que permanecía en Pant Aven, no tengo más que decir que viví una existencia apacible y cómoda, que paseé diez millas diarias en unión de Rolston, — quien demostró ser el más interesante y agradable compañero que pueda existir, — que contesté todas las cartas que recibí y que me acosté a las nueve de la noche.

¿Malestar, miedo por Juanita, repentinos ataques de ira al notar mi inacción e impotencia para resolver la situación? Sí. Todo eso lo experimenté repetidas veces.

Pero me dominaba y trataba de pensar lo menos posible en todo ello, de manera que cuando volví a recuperar la salud y el pleno dominio de mis nervios, pude comenzar la campaña que había planeado.

Ustedes pueden imaginárseme, una tarde

de fines de Octubre llegando a París en el tren de las cinco, despachando a Rolston para Piccadilly con el equipaje, para dirigirme personalmente en busca del capitán Moore, a los cuarteles de Knigstsbridge. Había preparado, por medio de un telegrama, una reunión de nuestra liga que tan fantásticamente habíamos denominado "Santa Hermandad", a fin de ocuparnos del futuro que ninguno de nosotros había imaginado. Pat y Arturo me estaban esperando en la confortable residencia del primero. Un reconfortante fuego ardía en la chimenea y nos sentamos cerca mientras tomábamos el te y unos sandwiches de anchoas.

Yo había estado en una, más o menos frecuente, comunicación con los dos durante mi convalecencia y cuando comenzamos a discutir la situación no fué preciso entrar en preliminares.

Fué Pat quien tomó la palabra.

—Ahora, oigan los dos, — dijo. — Conocemos ciertos hechos y hemos llegado a ciertas conclusiones. Primeramente, ocupémonos de los hechos. La señorita Morse está, como si dijéramos, comprometida con Tom, aquí presente. Arturo y yo, estamos "también en turno", hecho número uno. Hecho número dos: ella ha sido repentina y forzadamente arrancada del mundo, y está contrariada. ¿No es así, hermanos de la liga?

Los dos asentimos con un murmullo.

—Ahora, pasemos a las deducciones. Morse ¡el diablo lo lleve! tiene alguna importante razón para seguir su fantástica y aparatosa conducta. El público ve en todo ello, el capricho de un ser que tiene mucho dinero y no sabe qué hacer con él; de un tipo que hastiado de toda emoción, procura obtener una nueva. ¡Dejemos que piensen así! Pero, nosotros "sabemos". Aquí, en esta habitación, hay tres seres que conocen más que lo que la generalidad del mundo sabe. Tom y ese joven murciélago de los rojos cabellos y las orejas de pantalla, saben a ciencia cierta lo que hay detrás de las escenas que traslucen al público.

El rostro de Pat adquirió una expresión ruda.

—Nosotros solos, — continuó, — estamos ciertos de que Morse, por toda su ecuanimidad y la máscara que lo cubría mientras formaba parte del elemento de la "season" de Londres, ha estado viviendo bajo la influencia de algún oscuro y cobarde temor a otra persona.

Arturo interrumpió.

—No puedo creer que sea nada de bajo origen o cobardía... Te olvidas de la señorita Morse.

—Tal vez tengas razón. De todos modos, si Gedeón Morse está realmente amenazado po ralgún peligro, ¿por qué ha realizado esa treta tan clara? Abandonar el mundo—que supongo era para él una cosa agradable, — para vivir como una corneja en la cima de un olmo, sólo puede hacerlo cuando constantemente está temiendo la posibilidad de un aniquilamiento... Ese solo es el golpe de un genio.

—Bien. ¡Muy bien, Pat! — dijo Arturo mirándome. — Estás en el rastro...

—Seguramente. Pienso que lo estoy—exclamó con naturalidad el militar. — Y esa es la consecuencia de todo el supremo instinto de conservación. Si ese hombre, Morse, teme por su vida y teme también por la de su hija, no podía haber inventado un más perfecto lugar que el que ha hecho construir. Por todo lo que nosotros conocemos. Por todo lo que Tom nos ha referido, nadie puede llegar hasta él sin tener alas.

Luego habló Arturo.

—Por mi parte, — dijo, — voy a hacer algo de utilidad. Iré al Brasil y trataré de descubrir alguien que conozca el pasado de Morse. Hablo portugués como ustedes saben. Pienso que tengo algunas condiciones de hábil diplomático y en unos dos meses puedo estar de regreso con grandes noticias, o mucho me equivoco. Además existe también el cable. Estamos comprometidos con Tom, pero además también lo estamos para salvar a la joven del diablo o de cualquier daño. Mañana parto para Río de Janeiro.

—Y yo, — dije — también tengo pensado mi plan. Mañana desapareceré por completo de mi acostumbrada vida. Solamente dos personas sabrán en Londres dónde estoy y lo qué hago. Preston, mi sirviente en Piccadilly y otro a quien instalaré en mis oficinas del diario. Mientras Arturo se proporciona una información que nos puede ser de la mayor utilidad, nosotros trabajaremos aquí. Pienso que no hay mucho tiempo que perder.

—¿Y qué debo hacer yo? — preguntó Pat Moore.

—Tú, Pat, quedarás aquí llevando tu acostumbrada vida y dispuesto para prestar tu ayuda a cualquiera de los dos, que, en caso necesario, la solicitemos. Y, o mucho me equivoco, o por lo que voy viendo, — terminé, — esa ayuda tuyo nos será necesaria antes de que pase mucha agua bajo el puente de la Torre.

Con esto terminó la conversación. Todos estábamos excitados. Nos estrechamos la mano, quedamos de acuerdo respecto a un sistema de comunicación y Arturo y yo nos dirigimos hacia la gran escalera de piedra que conducía a la esplanada para los ejercicios y nos despedimos en Hyde Park Corner.

—Tú...—dijo Arutro.

—¡Yo!... Pronto leerás en los diarios que Sir Thomas Kirby, ha partido para efectuar un viaje alrededor del mundo.

—¿Y a qué obedece eso?

—Pienso que no me será preciso darte mayores detalles, mi viejo amigo. Mi plan no puede ser más sencillo, pero acaso no llegues a comprenderlo por completo creyéndolo muy extraordinario... Bueno, dentro de su sencillez, no deja de serlo.

—No creo que sea más fantástico que lo

es en sus detalles todo el asunto que nos ocupa,—respondió con cierta amargura.

—Arturo, — exclamé cuando salimos de Hyde Park Corner. — Que Dios me perdone, pero creo que tu amor hacia ella es tan grande como el mío.

—No digas eso, Tom. Cuando tiramos los dados, si la reina hubiera salido para mí, tú hubieras hecho lo que yo hago ahora y lo que Patricio está dispuesto a hacer por cualquiera de los dos.

Bueno. En realidad aquello era cierto. Pero cuando nos dimos la mano y nos alejamos en dirección opuesta, yo marché hacia mi domicilio con dolor de cabeza y bastante triste.

Al siguiente día, como a las diez de la mañana, estaba en mi habitación con Preston. El semblante de mi fiel servidor, habitualmente tenía una agradable expresión y no dejaba traslucir sus impresiones; pero en aquellos momentos tenía una expresión de gravedad.

—¿Puedo hacerlo, Preston?—pregunté.

—Sí. Sir Thomas. Puede, — respondió malhumorado. — Pero debo advertirle, Sir Thomas...

—Basta, Preston. Ya me ha dicho bastante. ¿Tengo un aspecto real o no?

—Ciertamente que no, Sir Thomas, — dijo dando muestras de suspicacia. — No puede usted nunca tener un aspecto "real"... Pero tampoco puede negarle que "lo parece"...

—¿Usted piensa que sus conocimientos acerca de lo que puede ser un pequeño, pero próspero establecimiento público de los suburbios, le permite suponer que puedo pasar fácilmente por el dueño?

—Creo que sí, Sir Thomas, — respondió con un gesto de desesperación mientras yo me contemplaba una vez más en el gran espejo de mi cuarto de vestir.

Tengo unos seis pies de altura, soy rubio, mi aspecto es excelente, soy fornido y mi rostro no es muy grande, pero sí de proporciones comunes.

Aquella mañana me había afeitado el bigote, peiné mis cabellos de una nueva forma, esto es con una onda sobre la frente y cuidadosamente me había pintado con lápiz color carmesí la extremidad de la nariz. Debo manifestar que como aficionado al box había demostrado excelentes cualidades y que esa clase de sport me era familiar. (1).

En vez del cuello alto que usaba y que uno, me puse uno bajo unión, y lo que creo se conoce como una pechera, esto es una falsa camisa que cubre poco más que lo que deja ver el descote del chaleco. Mi corbata no era muy nueva y estaba anudada en forma de un lazo grande. El traje, a cuadros, había sido comprado de segunda mano, así como otros objetos, en una tienda de Covent Garden, y tenía unos enormes bolsillos a los costados.

Llevaba también un grande y macizo reloj de oro, gruesa cadena y un diamante en el dedo meñique de la mano derecha.

Aquello era todo, pero puedo jurar que ninguno de mis amigos me hubiera conocido y, lo que era más importante todavía, tenía el típico aspecto de la clase de pesona que deseaba parecer y todo en forma natural.

Nadie que me encontrase por las calles de Londres volvería la cabeza extrañado al verme, para mirarme por segunda vez.

No puede decirse que estaba disfrazado,—en el verdadero sentido de la palabra,—y sin embargo estaba transformado por completo y con mi propio cabello, a excepción de la onda que cubría parte de mi frente. Miraba y tenía todo el aspecto del hombre habituado a servir copas de alcohol a sus clientes.

Preston había salido de la habitación por un momento y regresó para decirme que el señor W. W. Power había llegado.

Este señor era el más joven de los socios de una afamada firma de escribanos, Paget, Davids y Power, quienes habían intervenido durante muchos años en los asuntos de mi padre y míos.

Bajo un aspecto afeminado y unos modales lánguidos, el joven Power es uno de los más avispados y hábiles tipos que yo conozco y, lo que es mayor aun, uno puede confiar en su discreción en cualquier circunstancias.

Fuímos al comedor y yo confiaba en haberlo sorprendido. En absoluto. Se puso sus lentes y exclamó lacónicamente.

—¿Está usted bien, Sir Thomas?

Hacía unos tres años que se había graduado en Cambridge.

—¡Le parece así, Power?

Asintió con un gesto y miró el reloj.

—Perfectamente. Vámonos entonces,—exclamé.

Preston llamó un automóvil de alquiler y en él colocamos un gran baúl y una vieja balija, ambas cosas compradas de segunda mano, y con el nombre de H. Thomas, pintado toscamente sobre ellas. El nombre de pila de Preston es Henry y yo se lo tomé para aquellas circunstancias.

Subí al automóvil con la curiosa sensación de que alguno pudiera verme y reconocerme. Power se sentó a mi lado, sin dejar traslucir nada de lo que ocurría y nos pusimos en marcha hacia el oeste.

—No queda nada que hacer, — dijo. — Están completos los documentos de venta y yo tengo el dinero en billetes, en el bolsillo. El escribano del dueño del establecimiento en venta debe estar aguardando, y todo estará listo en veinte minutos. Después el vendedor debe marcharse y dejarle en posesión de todo.

—Gracias, Power. Perfectamente. Le agra-

(1) Mi patrón, Sir Thomas Kirby, era conocido como uno de los más arrogantes caballeros de la sociedad. Era ancho de cara, ciertamente, pero sus dimensiones correspondían bien a las del cuerpo, que estaba en la plenitud de su desarrollo físico. Por supuesto que después de haberse afeitado el bigote,—un modelo de esa clase de adorno,—el cambio operado en su fisonomía fué considerable. —Henry Preston.

dezco sus molestias. Sietè mil libras no es un mal bocado para el dueño de un establecimiento como ese.

—No crea que es excesivo el precio. Usted comprenderá que la situación es excelente y la casa está acreditada. No depende tampoco de ningún establecimiento de cervecería y como para sus propósitos era inmejorable me apresuré a comprarla. Además una vez que ya no sea necesaria se vuelve a vender y fácilmente se obtendrán algunos cientos de libras más. Con una ligera modificación basta para ello.

Permaneció en silencio. En aquel momento pasábamos por Hammersmith en nuestro camino hacia Richmond. Yo me sentía verdaderamente intrigado al mirar a aquel imperturbable joven a quien conocía perfectamente.

—¿No siente usted curiosidad, Power,—le dije, — por saber a qué obedece mi extraordinaria conducta? Yo podía engañarle, lo considero, pero ¿no se ha preguntado usted a sí mismo por qué hago esto?

Me favoreció con una pálida sonrisa.

—Mi querido Sir Thomas — respondió.— Si conociera usted las cosas extraordinarias que hace la gente: si supiese usted sólo la décima parte de lo que hace un escribano como yo, comprendería que no tiene nada de particular esta conducta suya.

¡El diablo lo confunda! Le hubiera dado un golpe en la mandíbula. Comprendía que todo aquello que decía era fingido, en gran parte. Pero como estaba admirablemente en su papel, me proporcioné la satisfacción de reirme en su cara y noté que las mejillas del digno personaje se coloreaban.

En la cuesta de la colina de lo que uno puede describir como la base de la alta pared que cerraba el terreno donde se levantaban las tres torres,—es decir, en la parte exactamente del lado contrario a la de la gran entrada central, y yo supongo que a un cuarto de milla de distancia de ella,—había una aglomeración de estrechas calles.

No eran en forma alguna un barrio sórdido—nada más pintoresco— eran calles sino claras y de buen aspecto. En el centro había un establecimiento de bebidas, de grandes proporciones, pero montado a la antigua. Se le conocía como el "Cisne de Oro". Allí íbamos, y pocos minutos después trepábamos por la montaña y el automóvil se detenía ante la puerta del costado de la casa.

La abrieron y entramos. Power abría la marcha y cuando nos acercábamos a unos escalones pude echar una ojeada hacia un poco elegantemente adornado bar, que había a la izquierda, y allí—lo juraría—estaba el melancólico Siddim en compañía de un gran vaso lleno de cerveza.

Esperamos algunos instantes en una habitación situada en lo alto de la escalera. Las paredes estaban cubiertas con animales—pájaros y peces—metidos en urnas de cristal. En uno de los lados había un grabado de buen tamaño con un marco de madera labrada, y que representaba a María, reina de Escocia y sobre un aparador de caoba, hecho como si tuviera que resistir los efectos de una carga de caballería, había una enorme bandeja llena de botellas.

Se abrió una puerta y un pequeño y vivaz hombrecillo, con largas patillas,—el procurador del vendedor,—llegó acompañado de éste, el señor Newby que era el propietario que se retiraba de los negocios.

El señor Newby, vestía, y me causó no poca alegría notarlo—mejor que yo aunque por el mismo estilo. El diamante que lucía en el dedo era mayor que el que yo llevaba. Era un hombre bajo, gordo, de aspecto bondadoso y según supe, padecía de hidropesía. Nos estrechamos la mano con aire de camaradería.

—Hace treinta años que estoy establecido aquí—exclamó. — Ahora ya ha llegado el momento de que la casa pase a manos más jóvenes y considero que ningunas mejores que las del señor Thomas. Hubiera podido vender mi establecimiento por el doble de lo que lo hago, pero ya había dado mi palabra. Ahora todo lo que tengo que decirle joven compañero, porque usted es un joven compañero para mí, es que deseo que sea tan feliz y goce de tanta prosperidad en el Cisne de Oro, como Emmanuel Newby lo ha sido.

Yo pensé que era preferible que me mostrase algo tosco y tímido mientras los escribanos terminaban los arreglos y por ello hablé poco, hasta que llegó el momento en que los hombres de ley exclamaron:

—Ya está todo... Ahora coloque el dedo aquí... sobre ese sello de lacre... Apriete...

Cuando todo terminó y el señor Newby se hubo guardado las siete mil libras en billetes de banco, en uno de los bolsillos del pecho, bebimos una copa de champagne y luego el ex propietario anunció su intención de retirarse.

—Mi equipaje ha sido ya enviado — dijo y ya no me queda otra cosa que hacer que ponerme en viaje hacia la ciudad en que nací, según tenía resuelto hace ya tiempo...

—¿Y cual es, señor Newby? — pregunté cortesmente.

—La ciudad de Oxford, donde se encuentra la Universidad, — respondió. — Si usted la conociese tan a fondo como yo comprendería lo que significa aquello... Es otro ambiente, señor Thomas... Pero usted no puede formarse una idea aproximada... Y al decir esto respiró fuerte y adquirió aires de superioridad.

La escena no dejaba de tener gracia.

Cuando hubo partido en unión de su escribano, Power hizo sonar la campanilla.

—Como usted me encargó que arreglase todo,—dijo—he tomado algunas disposiciones. Su completa ignorancia en lo que se refiere a esta clase de negocio, será compensada con el conocimiento y la fidelidad del encargado que he procurado para usted después de varias investigaciones. Se llama Whistlecreft y es un muchacho honrado. No le re-

bará a usted y acaso disminuya las utilidades a causa de su estupidez.. pero como según tengo entendido no intenta usted provecho con la venta de bebidas. Obedeciendo sus órdenes fielmente sin discutirlas y posiblemente sin comprender la razón que las origina añadió. En una palabra es imposible encontrar un hombre mejor para lo que usted se propone.

Cuando se presentó Whistlecraft, estuve de acuerdo en todo con el señor Power. Era un hombre fuerte, en mangas de camisa, como de treinta y cinco años y con unos brazos que hubieran podido asfixiar a un buey. No se había afeitado desde hacía lo menos tres días y por lo visto tampoco se había lavado la cara, pero su cabello relucía como un espejo con la grasa que en la cabeza tenía. Jamás había visto mayor expresión de calma en un semblante humano. Era la tranquilidad que le proporcionaba la ausencia del intelecto. De una rica y perfecta estupidez que nada podía penetrar ni molestar. Sus ojos eran como los de un muñeco, sin vida, ni expresión, y comprendí al momento que si le ordenaba que fuese a una jaula donde estuviera encerrada una hiena, la extrangulase, la sacase la piel y me la trajera, marcharía a cumplir la orden sin pronunciar una palabra.

Power se marchó después de darme el más convencional de los apretones de manos, y me quedé solo, como dueño y señor.

—¿Qué personal hay además de usted, Whistlecraft? — pregunté.

—La señora Abbs, señor; cocineros, mozos y peones que duermen fuera de casa, así como el muchacho que lava los vasos.

—Entonces, cuando se cierra la casa quedamos los dos solos.

—Eso es, señor.

Se oyó en la planta baja el ruido de alguien que llamaba impacientemente para que lo sirviesen.

—Será mejor que vaya a servir... ¿Verdad, señor? — dijo Whistlecraft.

Después supe qué su nombre de pila era Stanley.

A una señal de asentimiento mía, marchó al despacho.

Transcurrió la siguiente hora mientras reconocía el terreno y tomaba mentalmente mis notas, porque yo había ido allí con un propósito determinado y mi plan ya estaba resuelto.

Era una situación extraordinaria la mía. Me instalé en una pequeña habitación situada detrás del bar, y constantemente podía apreciar la torpeza de Stanley, quien una y otra vez apareció para que fuese a colocarme detrás del mostrador, donde me presentaba a tal o cual cliente.

A todos los invité a beber un trago por la prosperidad del establecimiento y creo que logré causar buena impresión. Me parecieron los concurrentes personas respetables y tranquilas que se conocían bien unos a otros.

Por la noche tuve la ayuda de Sliddim, quien era un asíduo cliente del Cisne de Oro, y quien desde el momento de mi llegada se convirtió en un maestro de ceremonias, con lo cual me evitó no pocas molestias.

Debo recordar que durante todo el tiempo que permanecí en Bretaña, Sliddim había estado trabajando por mi cuenta en Richmond. Guillermo Rolston me garantizó en absoluto la fidelidad del hombre y me manifestó que podía confiar en él. Por eso le hice dejar su empleo en una agencia de detectives de tercer orden y entró permanentemente a mi servicio. He de manifestar en seguida, que aún cuando en los acontecimientos sucesivos, no tuvo una importante actuación, no por eso dejó de serme muy útil y siempre guardó perfectamente mis secretos.

A la hora de cerrar, la señora Abbs, la cocinera después de preparar una cena caliente que me sirvió en la habitación reservada, se retiró. Yo llamé a Stanley a quien invité a cenar conmigo.

—Ahora quiero hacerle algunas preguntas, Stanley—le dije cuando terminada la comida encendimos las pipas.—¿Dentro del recinto en que están las torres hay muchos chinos, verdad?

—Sí señor. Jardineros, fogoneros para las máquinas, peones y cosas por el estilo. Se dice que no hay ningún hombre blanco a excepción del jefe, que es un irlandés.

—¿Pero no vivirán siempre encerrados?

—¡Oh! No. Salen cuando terminan su labor por la tarde pero vuelven a una hora determinada para dormir en el recinto. Se dice—y aquí Stanley hizo un gesto extraño que luego comprendí que era una sonrisa.—Se dice—repitió—que muchas muchachas de por aquí van a pasear con ellos, y aseguran que visten muy bien y que gastan mucho dinero.

—¿Supongo que habrán venido por aquí alguna vez? ¿No tienen un sitio determinado para reunirse?

—Sí. Tengo entendido que van al "Sol Naciente", un establecimiento que hay cerca de la estación. El dueño es un marinero que conoce muy bien sus gustos y costumbres... Creo que tiene un salón para ellos solos.

Yo, en realidad no ignoraba nada de todo aquello, pero tenía un especial interés en mantener aquella conversación.

—Pienso — dije — que es necesario tomar algunas medidas para dirigirlos hacia el Cisne de Oro, que está más cerca, y he de hacer cuanto me sea posible para conseguirlo. El dinero de los chinos es tan bueno como el de cualquier otro. Stanley; al menos yo opino así.

Meditó un momento respecto a la idea y después de uno o dos minutos pareció comprender.

—Si. ¡Es cierto!—dijo con la entonación del que ha hecho un gran descubrimiento.

—Hay un salón en el piso alto,—continué. —Yo no pienso utilizarlo. Si podemos conse-

guir que se reunan por la noche allí algunos chinos haremos buen negocio.

—Hay una cosa en contra—dijo Stanley.—Y discúlpeme que hable así, Digo esto porque no puede dudar de mi voluntad y ya sabe que no me asusta el trabajo... Pero no veo la forma de atender al mismo tiempo, el salón, las cuatro habitaciones de los costados y subir al otro piso para servir de beber a los chinos.

—Por supuesto que usted no podría y tampoco era mi idea pedírselo. Pero podemos buscar un ayudante para que los atienda a ellos exclusivamente... Traeremos una camarera...

El sacudió la cabeza.

—No me parece acertado, señor: tendría que buscar una cada semana. Una mujer joven no podría resistir a los chinos...

Stanley iba a sonreir nuevamente pero para evitarlo se cubrió la cara con el jarro de cerveza que tenía al alcance de la mano.

En realidad las cosas se iban presentando a medida de mis deseos.

—Creo que tiene usted razón. ¿Y si lograsemos encontrar un tipo que hasta hablase su idioma?... Debe haber cantidad de ellos por el puerto. Buscaremos un joven y tranquilo chino que pueda servir a sus connacionales por la noche y ayude a lavar platos y vasos durante el día.

Stanley Whistlecraft, no eran tan estúpido como parecía y pronto comprendió las ventajas que podía reportarle mi proposición.

—Ha dado usted con el verdadero plan, señor,—dijo.—Si puede lavar los vasos y aún servir en alguna de las pequeñas habitaciones, sería una gran ayuda. Yo solo no puedo atender todo como sería preciso. Ha puesto usted el dedo en la llaga. Claro está que yo hago cuanto me es posible por servir lo mejor que puedo y estar en todo. Pero esos chinos son tan hábiles y delicados como una muchacha y pienso, señor, que ha tenido una excelente idea.

—Ya procuraré arreglar eso mañana por la mañana. Yo tuve un socio que tiene una pequeña y linda casa en el Mile End Road y creo que podrá enviarme lo que necesito... Bueno. Ahora vamos a dormir, Stanley... ¿Está todo cerrado?

—Sí, señor.

—Entonces, apagaré las luces.

Me dió las buenas noches y se alejó caminando pesadamente.

Le oí subir la escalera para dirigirse a su habitación que estaba en la parte posterior de la casa, y quedé nuevamente solo.

La primera cosa que hice, fué bajarme las mangas de la camisa y ponerme el saco. No era de etiqueta comer con el saco puesto, y lo comprendí cuando ví que el señor Whistlecraft, al aceptar mi invitación se sentaba a la mesa en mangas de camisa.

Luego abrí un cajón en el que había una caja de cigarros como jamás se habían conocido en el Cisne de Oro, y me senté delante del fuego con las piernas estiradas a fumar.

Estaba haciendo una verdadera locura pero hasta entonces todo salía a pedir de boca.

No había pensado nunca que en la primera noche que pasaba en el Cisne de Oro la suerte me acompañara así y hasta creo que llegué a oir la burlona risa de los traviesos espíritus.

Sin embargo me sentía satisfecho. Terminé mi cigarro, fuí hasta el bar y elegí cierta botella de whisky; el excelente Stanley me había dicho que era la botella que tenía reservada el anterior propietario y que era aún de mejor calidad que la que utilizaba él para convidar a sus amigos.

Después de una moderada dosis me dirigí hacia la habitación que había elegido para mí y que se hallaba en la parte más alta de la casa. Era espaciosa, y justamente estaba bajo el techo. Me había propuesto hacerla confortable en pocos días para lo cual llevaría a ella muebles y adornos.

La había elegido porque en uno de los ángulos, había unos escalones de madera que conducían a una puerta de trampa que se abría hacia el techo donde había un espacio plano, como de unas tres yardas, que quedaba entre las chimeneas.

Justamente, antes de acostarme me subí el cuello del saco, trepé por la escalera, levanté la trampa y salí al techo.

Era una clara noche de luna. Mirando por encima de los techos de las casas, pude alcanzar a distinguir el Támesis, semejante a una larga cinta de plata. Era una escena de tranquilidad y de paz.

Luego giré la vista para detenerla en la gran pared negra que se levantaba ante mí como a la distancia de un tiro de pistola.

Pero mis ojos quisieron mirar más allá y ví una colosal armazon de acero, tan enorme que me hizo pensar. Procuré que mi vista penetrase las negras sombras, hasta llegar a una altura que calculé podría ser la que alcanzaba la dorada cúpula de la Catedral de San Pablo.

Pero no ví mas que un amontonamiento de edificios y corredores, que supuse era el primer piso de la Ciudad de las Nubes y que el resto se elevaba todavía a una altura de mil seiscientos piés.

No pude ver más. El primer piso impedía toda otra visión. Pero aquello me pareció terrible por su elevación y magestuosidad.

Entonces cerré los ojos y me imaginé solo que en aquellas supremas alturas, allá debía estar durmiendo.

—Buenas noches, Juanita,—mumurmé.

Luego bajé a mi dormitorio.

✣ ✣ ✣

La lucha en el camino del río

POR la tarde del siguiente día mi ayudante se presentó en mi habitación privada para decirme que había un joven que venía de Mile End Road, y que deseaba verme.

—¿Es un chino? — le pregunté.

—Sí, señor.

—Entonces debe ser el muchacho que viene como respuesta al telegrama que envié a mi amigo esta mañana. Que entre.

Pocos minutos después entraba el visitante. Tenía el cabello negro y muy lustroso, cortado casi al rape, como muchos de los chinos que prestaban sus servicios en las Torres, pero no tenía coleta. Vestía con ropas a la usanza europea. Sus pómulos eran huesosos y muy elevados, sus ojos oblicuos y el tinte de su rostro sin expresión, era amarillento.

Los dedos de sus manos largos y finos, eran típicos y las ropas europeas que llevaba parecían acentuar el aire misterioso de los orientales y que todo chino lleva siempre en sí. Podría tener de veinticinco a veintiseis años y llevaba un gran aro de oro en cada oreja, efecto de lo cual, sin duda, estas parecían despegarse de la cabeza.

Lo examiné cuidadosamente y respondió a todas mis preguntas en un inglés mucho mejor que el que era de esperar en un chino, si bien pronunciado, con el gutural y chocante acento que tienen todos ellos.

—Llévelo, hágalo lavar unos cuantos vasos, Stanley, pregúntele lo que crea oportuno, si le parece, lo admitiremos.

Un cuarto de hora después volvía Stanley para manifestarme que estaba muy satisfecho con el trabajo del chino y que podíamos admitirlo.

Así lo hice y Stanley le indicó la habitación donde había de dormir. Fué ya muy avanzada la noche cuando quedé a solas con mi nuevo empleado, quien había servido en uno de los salones durante el día, y me fué recomendado por el señor Carter el pescador y verdulero; el señor Magridge, nuestro principal circulador de noticias y cigarrero: y por el señor Abrahams, mercader en todo y dueño de una tienda que no sin razón tenía un letrero que decía "Antigüedades".

Esos señores eran mis más asiduos clientes y su opinión era de peso, máxime cuando la apoyaba con la suya, Sliddim, quien en su carácter de amigo del dueño, había sido admitido en el círculo.

Fué el señor Magridge, quien justamente aquella noche, momentos antes de retirarse, bautizó a Ah-Ling, — que era el nombre del nuevo dependiente, — con el apodo de Ting-a-ling-a-ling.

Pude oir a mis cliente reir por vigésima vez cuando se dirigían hacia su casa, y al señor Carter decir con su voz de bajo.

—¡Magridge! Ha estado muy oportuno... Eso es lo que se llama tener tacto... ¿Conque Ting-a-ling-a-ling? ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

Ah-Ling penetró en mi habitación privada, cuando toda la parte alta de la casa temblaba con los ronquidos que lanzaba mi otro dependiente, el honrado loco. Metió sus dedos en la boca y sacó dos trozos de pasta como la que utilizan los dentistas.

Inmediatamente la elevación de las mejillas y la tirantez de los ojos desaparecieron. A pesar de esto, Guillermo Rolston hubiera podido pasar muy bien por un chino, a simple vista; aun cuando quitó un broche que llevaba en la nariz y la hacía transformarse en achatada y ancha, el cambio era poco aparente.

—Es admirable Rolston, — exclamé estrechándole calurosamente la mano. — Puede usted engañar a cualquiera. Bien. Ya estamos aquí y ahora ya podemos comenzar.

El muchacho estaba lleno de entusiasmo y de ardor, y pasamos la noche conversando estudiando planes y perfeccionando todos los detalles de nuestra futura campaña.

—Mañana, — me dijo, — voy a pintar encima del letrero de la puerta otro, con caracteres chinos y en negro. Tan pronto como haya hecho eso, hemos de efectuar una transformación en la habitación del piso alto. Compraremos una cocina de gas para tener siempre agua caliente y una clase de te especial yo sé donde se compra. Hecho esto iniciaré la partida contra el Sol Naciente y veremos si no reuno yo aquí a los chinos.

—¿Está seguro de que no será descubierto?

—Pienso que es casi imposible. Seguramente que nadie puede adivinar quién soy al verme ni al oirme hablar. Puedo asegurarle a usted, Sir Thomas, ahora que estamos próximos a la batalla, que pocos, muy pocos europeos, ni aun los que han estado en Oriente podrían dudar de que soy lo que parezco. No sólo conozco el idioma, sino que también sé lo que piensa ese pueblo y cuáles son sus costumbres. En la forma en que me he disfrazado puedo engañar a cualquiera. Cuando estuve prisionero dentro del espacio cercado, los chinos que me vieron, eran en su mayor parte culís y trabajadores empleados en las obras. Todos ellos han partido ahora para no volver y ha quedado sólo el personal elegido. Estos me habrán visto tal cual soy, pero no pueden imaginarse que soy el mismo. Ya ha visto cómo se ha alterado mi cara y el tinte que la he dado así como el del cabello están tan bien que engañarían al más suspicaz. Temía por orejas y me preocupaba. Pero afortunadamente pensé en colocarme estos pendientes. Muchos nativos de la provincia de Yun-Ran, donde yo estuve, usan estos pendientes. Los que yo llevo ahora son de plomo y están dorados. Han puesto mis orejas en una forma que no es la que tienen habitualmente.

—¡Dios mío! — exclamé asombrado al ver todo lo que había hecho. — Está usted torturándose por mi causa.

—En absoluto, Sir Thomas, — respondió. —Nada de eso.

—¿Y piensa usted que podremos atraernos la clientela china?

—Estoy seguro de ello. Al principio no creo que acudirán los más distinguidos, esto es los más altos y más confidenciales servidores que suben a la torre mismo. Porque tengo entendido que existe allí un muy rígido sistema de grados. Pero, poco a po-

co, vendrán todos. Necesitaremos semanas, acaso meses, pero lo coneguiremos.

—Aun cuando tuviese que emplear en ello la mitad de mi vida. — exclamé con salvaje resolución.

—Yo también estoy dispuesto a lo mismo, — respondió él, encendiendo un cigarrillo. — Creo que no le molestará mucho mi olor...

—¡El olor! ¿Por qué lo dice?

—El chino huele en forma distinta al europeo, aunque no es forzosamente un olor desagradable. ¡No crea que me ha sido muy fácil dar con el verdadero perfume!

Agitó un poco su ropa cuando dijo esto y entonces noté un olor especial, mezcla de alcanfor y vinagre.

—Es usted un gran artista, Rolston, y no sé lo que voy a tener que hacer con usted... ¡Ah! Le haré mandarín de Yun-Ran.

—Ese es otro punto, — exclamó rápidamente. — No creo que adivine usted, porque deseo decir que vengo de Yun-Ran donde pasé algunos años de mi niñez.

—No. ¿Por qué?

—Porque es la principal "provincia productora de opio" de la China, — respondió mirándome fijamente. — Ahora, Sir Thomas, ya he sacado el gato de la bolsa... ¿Comprende usted cómo pienso atraer a los chinos y conquistarme su confianza?

Como un relámpago me asaltó una idea y lancé un largo suspiro.

—¡Pero no podemos hacer eso!—exclamé. —Si permitimos que fumen opio en la habitación de arriba, dentro de quince días tendremos a la policía encima y habremos perdido el juego por completo.

El suspiró con aire de superioridad.

—Es que no se fumará nunca ni una mala pipa de opio en el Cisne de Oro, — dijo. — ¡Oh! Eso puedo asegurárselo yo. Esa será una misión delicada que yo debo realizar, pero en cambio puedo proporcionar opio a los clientes, en cantidad y a intervalos, de acuerdo con la necesidad de cada uno. Es casi imposible conquistar a un chino con dinero, y mucho menos a la clase de personas que tiene el señor Morse a su servicio. Pero el opio es ya otra cosa y ante él ninguno se resistirá. Yo he pasado horas y horas pensando en ello y tengo plena confianza. Además es la única forma...

Cuando hablaba así, comprendí que decía la verdad, pero confieso que la idea me alarmaba.

—Vamos a burlar a la ley, Rolston. Corremos un gran riesgo y seremos encarcelados si nos descubren.

—Debo manifestarle dos cosas, Sir Thomas. Ante todo que no veo el peligro, pues yo he madurado por completo el plan y para que dé pleno éxito emplearé seis meses si es necesario. Es un gran juego el que estamos realizando. Usted puede estar tranquilo, pues no seremos descubiertos. Yo he trabajado delicadamente la cosa, y mi sistema es tal que resultará imposible descubrirnos. No tema riesgo alguno. Yo sería el responsable si algo se descubriese.

—¿Pero y la droga? — exclamé. — ¿El opio, cómo lo va a obtener?

—También he formado mis planes al respecto. Tendré, no obstante que pagar un precio tan elevado que temo que se asuste usted, Sir Thomas. Pero es la única forma de que obtengamos la droga que nos es necesaria. El asunto es así. Por lo que vale unas sesenta libras esterlinas, el proveedor del Extremo Este, debe pagar cien libras y luego sacar su provecho, por lo que yo tengo que pagarle a él cerca de mil y como tengo que duplicar el costo... cobraré dos mil libras.

Se detuvo y me miró con ansiedad.

—Mi querido Rolston, — dije. — No se aflija. Mi renta es de unas veinte mil libras por año, y en épocas normales yo no gasto ni la tercera parte. Compre todo lo que quiera y el cielo nos tenga en cuenta la intención.

—Dentro de dos días, — dijo. — El Cisne de Oro tendrá dos cajas de los mejores "ladridos rojos" que se puedan obtener en el mercado, porque es de una calidad superior el que pienso proporcionar, porque es de eso de lo que depende todo... Por supuesto que usted habrá recuperado pronto su dinero...

—De ninguna manera admitiré ventaja alguna al respecto y todos los beneficios, los enviaré en forma, absolutamente reservada, a una institución benéfica.

Continuamos hablando hasta que se apagó el fuego, la luz gris de la aurora comenzaba a penetrar por las ventanas situadas detrás del bar, y todos nuestros planes fueron estudiados con plena meticulosidad. Me acosté, pero no pude dormirme, asaltado por miles de dudas y temores.

En una o dos semanas más la habitación del piso superior comenzó a ser frecuentado por unos silenciosos hombres amarillos, que iban y venían sin ser molestados. Cuando alguno de ellos se encontraba conmigo, me saludaba con todo respeto, lo que no dejó de desconcertarme, al principio, y mi conversación se limitaba a un saludo cortés.

Algunos de ellos hablaban un mediocre inglés, pero yo no tenía nada, o muy poco, que conversar con ellos. Habíamos convenido Rolston y yo, que yo sería presentado como un hombre bonachón que no intervenía en forma directa de los asuntos de la casa.

Por su parte, el supuesto Ah-Ling subía y bajaba aquellas escaleras una docena de veces cada tarde. Nunca sospechó nadie de él y su influencia e importancia en la vida de aquellos hombres aumentaba día por día. Pero el asunto se prolongaba, era un largo y penoso negocio, en el que todo progreso iba precedido de mil peligros.

—No hay que desanimarse, Sir Thomas, —me decía Rolston. — Vamos haciéndonos famosos.

—¿Y el opio?

—Lo utilizo de una manera juiciosa, vendiéndolo en cantidades muy pequeñas, y por supuesto que ni el menor grano es consumido dentro de la casa. Esto se lo he hecho com-

prender bien a todos ellos y usted no debe tener la menor duda de que el secreto es rígidamente guardado. Actualmente los hombres que frecuentan la casa son casi todos de la clase más elevada de los culís. Es decir que son jardineros, foguistas de las usinas o algo por el estilo. Pero últimamente una mejor clase de elementos ha hecho su aparición. Hay un semieuropeizado electricista que ha venido ya un par de veces. He dado un gran paso, pues he trabado conocimiento con Kwang-Su, el guardián del recinto.

—Verdaderamente eso es algo, — respondí, recordando la figura del gigantesco chino en cuestión. Figura que era muy familiar a cuantos habitaban en las inmediaciones de la gran pared. — Es un bruto de feroz aspecto.

—En un tiempo fué verdugo en Yangtsun y se dice que era muy experto en el manejo de la espada, — hizo notar Rolston, haciendo un gesto. — Todo cuanto sé de él es que sería capaz de vender su alma por el humo negro y que me considera como la más preciada relación que puede haber iniciado en estos alrededores. Dentro de una quincena o de dos, estoy seguro que podré entrar y salir en el espacio cercado y entonces habremos ganado una gran parte del juego. Porque como chino no sospechoso y confidencial proveedor de opio podré obtener plena libertad para circular por las torres.

—Pero, ¿y Mullingan el boxeador?

—Ese no tiene ya nada que hacer en el parque, como ellos llaman a todo lo que está al pie de las torres. Ahora que los edificios están terminados sus funciones están en las alturas y pienso que él vive en el tercer piso, cerca de la ciudad misma, como una especie de perro guardián. Los asiáticos son enteramente gobernados por sus propios jefes, señalados por Morse en persona.

Todo aconteció como Rolston había predicho. En un corto espacio de tiempo cambió sus costumbres pasaba fuera del Cisne de Oro casi tanto tiempo como estaba en él y cada día traía mayores informaciones respecto a las torres y a sus dueños,—informaciones que eran cuidadosamente anotadas en el silencio de la noche, para que ningún detalle fuese olvidado.

Por supuesto, el hecho de que mi establecimiento se había convertido en un lugar de refugio de los amarillos, no escapó ni a la observación de los vecinos, ni a la suspicacia de la policía.

Lo primero fué fácilmente solucionado y principalmente en lo que se refería a mis especiales clientes. El señor Magridge, quien había bautizado a mi dependiente con el nombre de Ting-a-ling-a-ling, se sintió dispuesto a mirar con benevolencia a los chinos y su actitud fué correspondida por los amarillos, quienes siempre lo saludaban cuando lo veían al pasar hacia su club, del piso alto.

La conducta del señor Magridge fué seguida por los demás en el salón del bar y el tacto de Sliddim, contribuyó a dirigir en modo favorable la cuestión.

Respecto a la policía, me hizo una o dos visitas; no encontraron nada anormal y se retiraron perfectamente satisfechos de que la casa era gobernada en forma correcta; y en realidad así era.

Que los hombres amarillos, no jugaban, ni bebían, era claro. No se sospechó de la existencia del opio, en absoluto, ya que no encontraron ningún utensilio. Tampoco se oyó nunca una discusión, ni hubo riña alguna.

Es más, el inspector local de policía, con quien conversé repetidas veces me expresó que estaba muy satisfecho y que se admiraba de ver la forma en que yo tenía sujetos a los concurrentes a mi casa.

Habían pasado cerca de dos meses y ya comenzaba a devorarme la impaciencia y a pensar la forma de acelerar los acontecimientos, cuando se produjeron dos incidentes que precipitaron grandemente los hechos.

Rolston llegó hasta mí un día en un estado de gran excitación.

—Por fin, — me dijo, — hemos empezado a ser visitados por algunos de los reales jefes de las torres... Completamente distintos a los que trabajan abajo. Están interesados, o comienzan a estarlo y es urgente, para mí, habilitar una habitación separada para que se reúnan y formar un sitio selecto, digno del Cisne de Oro.

Así lo hicimos en seguida y adornamos las paredes de la habitación con colgaduras negras, bordadas en oro, con grandes figuras de dragones, que compré en Regent Street. Una linterna china, de cobre, colgaba del techo y alrededor de la estancia coloqué mullidos divanes.

Entonces, de dos a dos, o de a tres, fueron poco a poco concurriendo nuevos tipos de asiáticos.

Ah-Ling los antedía a todos, congraciándose con ellos en toda forma y teniendo siempre los oídos alerta.

Empezaba a acudir una pequeña parte del alto personal,—para mí fragmento más precioso que si fuesen piedras preciosas.—Yo no había establecido aun una comunicación decidida con la Ciudad de las Nubes, pero ya me parecía oír a la distancia el murmullo de las voces.

Una noche, como a las ocho, me sentí molesto y como acalambrado y comprendí que nada podría hacerme pasar aquel estado como un largo paseo y por ello, después de haber dado algunas instrucciones al honesto loco, a Sliddim y a Rolston, tomé mi sombrero y mi bastón y eché a andar.

Era una espléndida noche de luna, tranquila, clara, y a su blanco resplandor descendí la terraza y me encaminé hacia la orilla del río. Me crucé en el camino con algunas parejas. Los rumores del distante Londres, y el ruido de los trenes llegaban hasta mis oídos, amortiguados y una paz encantadora me rodeaba. Los árboles destacaban su silueta negra, como en un dibujo hecho con tinta china sobre fondo plateado, y la luz de la luna llena alumbraba fuertemente mi camino, siendo tan vigorosa que aun permitía leer.

Cuando había caminado una milla o dos.

resistiendo a una tentación tanto como me fué posible, me detuve y emprendí el regreso.

A una milla de distancia, ante mí se destacaba la construcción de la colina. Cada detalle de las partes principales se veía claro y distinto, como en un plano de arquitectura. Las intrincadas labores, las enormes grúas y los travesaños parecían la montura delicada de un monumental ópalo.

No puedo dar a ustedes una adecuada descripción de la inmensidad, del amedrentador, del terrorífico sentido de magnitud y majestad de todo aquello. Yo he estado junto a las Pirámides, por la noche. He atravesado la plaza de San Pedro, de Roma, bajo los rayos de la luna de Italia, y he bebido café en la base de la torre Eiffel, en París, pero nada de eso se aproxima a lo que experimenté en aquellas circunstancias a la monstruosa construcción que dominaba Londres

La mirada se dirigía hacia lo alto, siempre más hacia arriba, hasta que al fin, medio limitada por las nubes, distinguía un amontonamiento de cosas; blancas, azules y doradas; pequeños puntos luminosos que brillaban en gran cantidad en aquella Ciudad del Deseo.

¿Podría ella oir los llamados de mi corazón? Sólo Dios lo sabe.

¿No estaría ella en aquel momento como una enamorada Julieta, asomada a cualquier artística galería pensando dónde me encontraría yo?

¿Se había hallado alguna vez una mujer enamorada a mayor altura sobre el dueño de su corazón?

Me hice estas preguntas y reí, pero mi risa no era franca y me causaba pena.

Había una pequeña curva en el sendero por donde yo caminaba, producida por un grupo de árboles plantados fuera de la línea general y cuando llegaba yo a ese punto oí repentinamente el ruido de una pesada y brutal carcajada seguida de un penetrante grito. Volví del país de mis ensueños a la realidad y corrí para presenciar una extraña escena.

Dos corpulentos y jóvenes canallas, que llevaban un pañuelo al cuello y gruesos bastones, amenazaban a una tercera persona, que daba la espalda al río.

Blandían los garrotes describiendo en el aire alarmantes molinetes en torno de una alta silueta, vestida, parecía, con una especie de larga casaca negra, que se abotonaba delante y que le llegaba hasta los piés. En la cabeza llevaba un casquete de alpaca negra.

Bajo ese casquete se distinguía un rostro ascético y que hacía aún más amarillo la luz de la luna.

Uno de los brutos atacó al hombre,—quien luego supe era un chino de alta categoría—y con una brutal carcajada, le dió un golpe. El chino levantó los largos brazos, lanzó otro penetrante chillido y retrocedió hasta que perdiendo pié cayó al río.

En un abrir y cerrar de ojos la corriente lo tomó y lo arrastró en dirección de Twickenham. Era patente que no sabía nadar. Se oyó un juramento y uno de los canallas echó a correr alejándose por el sendero.

Yo llegué a tiempo para atacar al otro y darle un puñetazo en el mentón, con lo que lo derribé como si fuera una bolsa de harina. En seguida me quité el saco y me arrojé al agua.

¡Brrr! Y que fría estaba. Por un momento la impresión me paralizó, pero inmediatamente reaccioné y nadé vigorosamente. No tardé mucho en agarrar al chino por su larga casaca, en el momento en que, resignado con su suerte, empezaba a hundirse por segunda vez. Lo levanté, me dí vuelta hacia arriba y tomé mis precauciones por si desesperado intentaba paralizar mis movimientos. No lo hizo. Era la persona más ideal para realizar un salvamento, y cinco minutos después llegábamos a la orilla y subía a tierra, arrastrándolo. No había nadie por allí, y tuve que realizar algunos trabajos para que reaccionase. Por fortuna, después de cinco minutos de movimientos y masajes tuve la satisfacción de ver que su rostro perdía el color gris azulado que tenía, para tornarse de un amarillo fuerte, a la luz de la luna.

Sus dientes empezaron a castañetear, cuando lo puse en pié y comencé a sucudirlo furiosamente.

Me dispuse a hablarle en la jerga que tenía por costumbre oir expresarse a los chinos que iban a mi establecimiento.

—Hombres malos tirado a usted río. Usted hombre de suerte. Estaba yo salvarlo.

Pero experimenté una de las mayores sorpresas de mi vida.

—Verdaderamente he tenido una gran suerte,—exclamó en inglés con pequeña pero agradable voz.—Repito que he sido muy afortunado al hallar un tan valeroso salvador. Honorable señor, desde este momento mi vida le pertenece...

—¡Pero usted habla un correctísimo inglés!—exclamé asombrado.

—He permanecido algún tiempo en este país, señor—respondió.—He realizado mis estudios en el King's College, hasta que comencé mi actual ocupación.

—Bueno—exclamé. — No considero lo más oportuno que permanezcamos aquí cambiando frases corteses, cuando corremos el riesgo de pescar una pulmonía. Si se siente lo suficiente fuerte, podemos subir hasta la terraza y apresurarnos a llegar hasta mi casa, donde podremos secarnos y beber un trago. Yo soy el propietario del Cisne de Oro.

Era una persona muy educada. Saludó profundamente y como el agua pegaba a su escuálido cuerpo la ropa que llevaba, su aspecto era realmente singular.

—Nunca lo hubiera supuesto, — dijo.

Comprendí mi error. La nerviosidad me había hecho conducirme con la cortesía usual en Mayfair, y el chino había adivinado mi verdadera condición. No pronuncié ni una palabra más, lo tomé del brazo y así lo llevé durante la milla que he caminado más ligero en toda mi vida.

Llegamos hasta la puerta situada al costado de la casa.

Afortunadamente Ah-Sing, descendía en aquel momento las escaleras para llenar una botella de whisky, pues mis clientes amarillos acostumbraban a tomarlo en te.

Le expliqué en pocas palabras lo que había ocurrido y mi acompañante fué conducido, escaleras arriba hasta mi habitación.

Ignoro lo que Rolston hizo con él, pero según me refirió Sliddim, fué en seguida directamente a la cocina y conversó con la señora Abbs.

Por mi parte me senté en la habitación inmediata al bar, — desde donde oía al honesto loco, hablar con mis clientes, — y tendí mi ropa ante un hermoso fuego. Una botella de rom, un "robe-de-chambre" seco, y volví a ser el de antes. Encendí mi pipa y caí en una especie de sopor.

Tuve un delicioso ensueño. Supongo que la impresión de la zambullida, la carrera hasta la terraza y luego hasta el Cisne, el rom y la leche caliente que lo siguió, tuvieron un soporífero y reconfortante efecto. No estaba exactamente dormido, sino que experimentaba una especie de bienestar y modorra encantadores. Poco antes de que fuera la hora de cerrar el establecimiento llegó Rolston. Jamás había visto antes, ni he visto después a un europeo que imite tan a la perfección el caminar de los hombres amarillos.

Oí que la puerta del bar se cerraba.

—¿Cómo va nuestro amigo? — le pregunté al verle.

—Ha sufrido una fuerte impresión, Sir Thomas; pero ahora está ya muy bien. Le he untado todo el cuerpo con aceite, le he dado a beber jugo de carne con cognac y le he vestido con ropa seca.

—¿Forma, acaso, parte del personal de las Torres? — le pregunté.

Al oir estas palabras, noté que el semblante de Guillermo Rolston se encendía a causa de su excitación, bajo su tinte amarillo.

—Sir Thomas, — respondió con voz emocionada. — Es Pu-Yi, en persona. El secretario chino del señor Morse. Un hombre completamente distinto a todos los demás que hemos visto aquí. Es de la clase de los mandarines; los botones de su traje son de coral rojo. Tenemos en este momento en casa a uno de los jefes de la Ciudad Secreta.

Lancé un largo y débil silbido que, — lo recuerdo muy bien, — coincidió exactamente con los de Whistlecraft, cuando decía: ¡Un momento señores! ¡Tengan la bondad!

La noticia me hizo estremecer.

—¿Los otros chinos de la habitación grande y la pequeña están ahí? ¿Saben que está aquí ese señor?

—No, Sir Thomas, y me he alegrado mucho de poderlo evitar. Lo he llevado a su habitación de usted cuando cerré la puerta.

—¿Qué está haciendo ahora?

—Duerme. Le he prometido que lo llamaría una hora más tarde, porque desea agradecerle sus servicios.

Se detuvo un momento.

—Los otros ya se han marchado, — dijo. —Yo tengo que salir un instante a verlos y realizar una o dos negociaciones...

Señaló un bolsillo que llevaba oculto a uno de los costados y en seguida supuse lo que contenía y lo que iba a entregar a los que le esperaban en la calle, junto a la puerta del costado.

Veinte minutos después estaba de regreso.

—Ahora, — dijo, — voy arriba pára despertar a Pu-Yi y traerlo aquí. Es necesario que tenga usted bien presente, Sir Thomas, que soy sólo un miserable sirviente. Yo soy para un hombre como Pu-Yi, lo que Stanley Whistlecraft es para Sir Thomas Kirby. Por eso no puedo estar presente en la entrevista que celebrarán ustedes. Mi idea es permanecer en el bar, Stanley ha subido a acostarse en cuanto cenó, y allí, echado en el suelo y con el oído pegado a la puerta puerta podré oír cuanto ustedes hablen.

—No está mal pensado, — dije, porque empezaba a comprender toda la importancia que tendría lo que se hablese en aquella entrevista. Entonces consideré conveniente hacer yo algunos encargos, también. Oiga, Guillermo, — añadí. — Debe usted recordar también esto. Yo he sacado a ese hombre del Támesis., y sin duda lo que desea es darme las gracias en la forma en que se estilará en su país. Pero aun cuando sea un hombre de la clase que usted dice que es, todo se reducirá a lo acostumbrado y no sé qué utilidad podamos sacar de ello.

Se había quitado los parches de caucho que modificaban sus mejillas, — una operación a la que ya estaba acostumbrado, — y pude ver su rostro tal y como era.

—Eso he pensado yo también, — respondió.—Pero, no sé; algo me dice que la suerte está de nuestro lado esta noche.

Se dió vuelta un momento, oí como un chasquido y cuando volvió a mirarme era nuevamente el impasible asiático. Se me acercó, puso su larga y amarillenta mano con sus bien pulidas uñas sobre mi hombro y me dijo casi al oído.

—Sir Thomas; él puede verla todos los días.

Desapareció de la habitación antes de que yo volviese de mi sorpresa, dejándome intrigado.

Iba a ver a una persona que veía a Juanita todos los días y me sentía dominado por la impaciencia. Me hacía numerosas recomendaciones para tener alerta todos los sentido y procurar que la entrevista redundase en mi favor.

Por fin oí que llamaban a la puerta, Guillermo la abrió y la elevada silueta del hombre a quien había yo salvado, apareció. Había vuelto a ponerse su traje y su casquete de alpaca, que por lo visto no había perdido mientras estaba en el agua, y aproveché la

oportunidad de ver su rostro, por primera vez, a la luz.

En lugar de la achatada nariz de los tártaros, distinguí una aguileña, con amplias ventanas. Sus ojos tenían la forma de almendras, pero su mirada era brillante y firme. Sus labios, bien delineados, no tenían rasgos de sensualidad y el conjunto de la boca lo completaba una serena sonrisa.

Me encuentro en dificultades para hacer otra descripción. El rostro, en conjunto, era de noble expresión y de perfecto contorno. ¡Causaba una impresión simpática y atrayente.

Vestido de cualquier modo, en cualquier circunstancia, no era posible equivocarse y se comprendía que Pu-Yi, era realmente de una clase superior.

Al cerrarse la puerta, me levanté de mi asiento y tendí mi mano.

—Bueno, — dije, — Veo que todo marcha bien, señor, y me congratulo de que se haya usted repuesto tan pronto. Mañana por la mañana procuraremos que la justicia descubra a los canallas que lo asaltaron esta noche.—Procuré expresarme en una forma burda y accioné mucho para dejar ver mi anillo con el brillante... Ibamos a jugar una partida interesante y quería reservar una parte de mis cartas.

El colocó su pequeña mano sobre la mía, la estrechó y luego, repentinamente la dió vuelta de modo que la mía quedó encima.

—¡Oh! Propietario del Cisne de Oro, — comenzó a decir con su singular voz aflautada y recalcando sus palabras. — Debo a usted mi vida, que no vale nada en sí y que no puede significar lo más mínimo, salvo en circunstancias que podrán producirse y que dependen de un asunto privado. Pero debo mi vida, a su valor y a su bondad y gustoso la pongo en sus manos.

Realmente estaba dando excesiva importancia a una cosa que no la tenía en absoluto.

—Oígame, — le interrumpí. — Todo eso está muy bien, pero creo que usted hubiera hecho, en igualdad de circunstancias, lo mismo por mí. Ahora, sentémonos, tomemos un trago y charlemos un rato. Vamos a pasar juntos el resto de la noche y tendré sumo placer en ello.

El me miró como si pretendiese continuar su laudatorio discurso, pero yo le interrumpí diciendo:

—En cuanto a poner su vida en mis manos, es una forma de expresarse que no se usa en Inglaterra.

Se sentó y una agradable sonrisa desplegó sus labios.

—¿Todos los propietarios de establecimientos de bebidas tienen las manos tan cuidadas como las de usted? — exclamó amistosamente. — Señor, sus manos son blancas, y las uñas, tan cuidadas no están muy de acuerdo con su profesión.

Yo me censuré íntimamente aquel descuido que había originado su broma.

Rolston, en efecto, me había llamado repetidas veces la atención acerca del frecuente uso que hacía del estuche donde estaban los efectos para pulirme las uñas. Reconocía lo justo de la advertencia... pero pronto la olvidaba.

Para colmo de males, acerqué una pequeña mesa sobre la que había una caja de excelentes cigarrillos, pero desgraciadamente, también había sobre la mesa una pequeña edición de bolsillo de las obras de Shakespeare, que yo acostumbraba a leer en mis viajes.

Tomó un volumen y lo abrió; era Romeo y Julieta, — la obra que, por razones conocidas de ustedes, prefería yo, — luego levantó la vista y me miró.

—Dos casas de la misma nobleza de la hermosa Verona,—dijo.

Mi cerebro daba más vueltas que un molino. ¿No podía hacer que aquel hombre hablase? ¿Qué sabía? ¿Qué sospechaba?... Lo mejor que podía hacer era interrogarle.

—¿Decía usted? — pregunté.

El pareció darse cuenta de mis intenciones en seguida.

—Usted me habla con una entonación algo áspera... Mi salvador... Decía, que he conocido en seguida que usted no ha nacido en una situación que corresponde a la que ocupa hora. Pero acaso espere usted que yo me explique... En mi país de nacimiento, yo pertenezco a un elevado rango, aun cuando sea muy pobre ahora y ocupe una plaza de sirviente, en relativo grado. Mi honorable nombre, honorable señor, es Pu-Yi, lo que acaso no le explique nada a usted. Durante la revolución que hubo hace treinta años, mi ancestral casa de China, fué destruída y yo, que era un niño, fuí salvado y enviado a Europa. Por espacio de muchos años los aldeanos de mi provincia facilitaban cada uno una pequeña suma con la que se me reunió lo suficiente para pagar mis estudios y fuí enviado a París. Hablo el francés, el español y el inglés. Soy Bachiller en Ciencias, de la Universidad de Londres, y mi única esperanza, el sólo deseo de mi vida ha sido y es reunir bastante dinero para regresar al lado de las tumbas de mis antepasados, en las orillas del Yang-tse-Kiang, donde se pasa una vida tranquila, muy semejante a la que se vive en una apartada región inglesa y quedar allí hasta que pase a lo desconocido y forme parte de lo Absoluto.

Había algo de perfectamente encantador en sus palabras.

Desde que había adivinado que yo no era una segunda edición del honesto loco; desde que él sólo, y no otro había comprendido que yo era una persona educada, no pensé en ocultárselo. Ustedes deben recordar que durante varios meses la única persona con quien yo podía hablar, realmente, era con Guillermo Rolston.

Durante casi todo el tiempo yo estaba tan ocupado en nuestra tortuosa campaña que sólo nos veíamos por la noche para darnos cuenta de nuestros trabajos .

Por un momento olvidé lo que aquel nuevo amigo podía decirme y me franqueé con

él sin pensar en utilizar las ventajas de mi posición.

Era una locura, sin duda. Luego, hablando con Pat Moore y Arturo Winstanley, comprendí que había corrido un gran riesgo, al corresponder a la confidencia de Pu-Yi, del mejor modo que pude.

—Me satisface mucho que nos hayamos conocido, a pesar de las circunstancias en que lo hemos hecho. Tiene usted razón. Yo soy de una clase diferente de la que suponen los burdos clientes que frecuentan este establecimiento... Le ruego que estas palabras no trasciendan... Yo también he tenido mis desventuras. No obstante confío también en que tarde o temprano he de tener la ansiada felicidad, cuando triunfe.

Abrió la caja, sacó un cigarrillo y sus largos y delicados dedos jugaron con él.

—¡Hermano! — exclamó. — Comprendo bien todo, y repito nuevamente, ahora que puedo manifestarlo en distinta forma... ¡Mi vida le pertenece!

Entonces yo comencé mi relato.

—Dígame, — exclamé. — Algunos de sus compatriotas que vienen aquí, son todos empleados por el millonario Gedeon Morse, quien parece tener preferencia, — sobre todos los demás, — por los hombres de China. ¿También usted, Pu-Yi, tiene alguna relación con ese colosal misterio?

Por un momento permaneció callado, pero miró fijamente el cigarrillo que fumaba.

—Sí, — respondió al fin casi como obligado. — Estoy al servicio del honorable señor Gedeón Mendoza Morse. Soy de hecho, su secretario privado y por intermedio de mí llegan sus instrucciones a los jefes de todos los departamentos.

—Tiene usted suerte. Supongo que dentro de poco verá satisfechas sus ambiciones y podrá retirarse a China.

Con una mirada me demostró que había adivinado.

—En ese caso, — agregué resueltamente, —debe hacer un penoso servicio aun cuando viva en esa asombrosa ciudad de encantamiento.

Nuevamente sorprendí una singular mirada, después de la cual se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿Por qué dice usted eso? — preguntó.

Yo aventuré una frase.

—Simplemente porque ese hombre es loco, — dije.

Sus ojos brillaron.

—¿Usted también opina como los diarios? —respondió.

—¿Y por qué no? Además, yo conozco algo que todos los otros ignoran.

Se puso de pie; avanzó dos pasos hacia mí y mirándome con el semblante descompuesto, exclamó:

—¿Quién es usted? — Y al pronunciar esas palabras su cuerpo delgado temblaba.

Lo tomé fuertemente por un brazo y le miré el rostro. Sólo Dios sabe la expresión que tenía el mío.

—Soy uno que está esperando... que espera ayuda que ha venido a salvar a alguien

Al hablar así, yo no era dueño de mi mismo. Las palabras salieron de mi boca como impulsadas por un secreto e irresistible poder.

El retiró su brazo, dió un pequeño grito, se acercó a la chimenea y apoyando en ella los codos hundió la cabeza entre las manos. Su cuerpo entero se estremecía, mientras sollozaba convulsivamente.

Yo me quedé en el centro de la habitación contemplándolo, conteniendo el aliento, temiendo que mi corazón llegase a dominarme por entero.

Al fin levantó la cabeza y me miró.

—Entonces, podré serle a Ella de alguna utilidad, — dijo. — Es demasiado honor... El Lirio de Jade Blanco.

Se desplomó hacia atrás, con el rostro espantosamente contraído y dió con fuerza en el suelo. Yo iba justamente a abrir la boca para llamar a Rolston, cuando se oyeron fuertes golpes en la puerta de entrada de la casa.

Salí al oscuro corredor y al hacerlo Rolston cruzó la puerta del bar y se colocó a mi lado.

—Lo he oído todo, — me dijo; — pero... ¿Qué son estos golpes?...

Y al decir eso señalaba la puerta de la calle, donde nuevamente volvían a golpear, haciendo sonar al mismo tiempo, furiosamente, la campanilla eléctrica.

Rápidamente, antes de que yo pudiera hacerlo, llegó a la puerta, hizo girar la llave en la cerradura y abrió.

De la parte de fuera y a la luz de la luna, se veía un hombre con un gran abrigo de pieles y con una balija en la mano izquierda.

—¡Diablo!... ¿Qué quiere?...

Había yo empezado a hablar al llegar á la puerta, cuando el recién venido me apartó a un lado y penetró en el hall.

Entonces, con grande asombro y latiéndome el corazón con violencia, me dí cuenta de que el visitante era Lord Arturo Winstanley.

* * *

Pu-Yi

ERAN las cuatro de la mañana. Se había levantado un aire molesto que silbaba al penetrar por los intersticios de las puertas y ventanas del Cisne de Oro. Fuera, la tempestad se había desencadenado y los alambres y los pequeños tirantes de hierro de la monstruosa construcción de Richmond, vibraban como un gigantesco coro de arpas eolicas.

Arturo y yo nos hallábamos sentados en la misma habitación que había sido teatro de tan importantes acontecimientos aquella noche, y nos contemplábamos con ojos extraviados, el semblante pálido por la emoción que nos dominaba.

Hubo unos instantes de molesto silencio.

que interrumpió la llegada de Rolston, quien cerró cuidadosamente la puerta tras él.

—Es necesario que suba usted a hablar con él, Sir Thomas. Usted me recomendó que pusiese en juego toda mi discreción. Desde que lo llevé arriba y le proporcioné unos calmantes, no me he apartado de su lado. Le he hablado en su propio idioma, pero no quiso pronunciar ni una palabra hasta que, desprovisto de todo disfraz le referí quién era yo y quién era usted.

—¡Pero Rolston lo ha echado usted a perder todo!...

El sacudió negativamente la cabeza.

—Usted ignora lo que yo sé. Ahora que está convencido de que usted es de su rango y de que yo soy su segundo, su vida está completamente a disposición de usted. Si quiere ordenarle que se suicide, lo hará inmediatamente como la cosa más natural del mun por conservar su honor. Desde este momento ese hombre le pertenece, Sir Thomas, de la misma manera que le pertenezco yo.

—En ese caso voy a hablar con él. ¿No te molesta Arturo?

—¿Molestarme? En absoluto. Yo soy el que he venido a molestarte, llegando a tu casa de noche, sin avisar, como una bomba... Pero creo que he justificado mi acción con mi relato. Si deseas presentarme a ese noble asiático, que habla tan excelente inglés según afirma el señor Guillermo Rolston, charlaremos los tres y trataremos de pasar del mejor modo posible el resto de una noche llena de tan extraordinarios acontecimientos, como ésta... Pero si se puede encontrar algo que comer, como un poco de jamón, algunas rebanadas de pan que tostar en este hermoso fuego y cerveza fresca, me quedaré aquí tranquilamente...

Lo dejé y subí apresurarmente la escalera hasta que llegué a mi habitación que estaba alumbrada con unas velas colocadas en candeleros de plata. Aquello había templado algo la pieza. Pa-Yi estaba acostado en mi cama, cubierto con un edredon, en sus ojos se notaba la fiebre y su rostro estaba enrojecido.

Al verme sonrió y me miró de un modo extraño. Era la primera vez que yo había visto desplegarse con una sonrisa aquellos melancólicos labios.

—¿Cómo se siente usted? — le pregunté mientras me sentaba junto a la cabecera de la cama.

—Es usted tan grande y fuerte, principe— respondió—como bondadoso y digno de ayuda. Su disfráz no sirvió para mí que comprendí en seguida quién era.

Yo estaba dominado por la impaciencia.

—¡Por Dios! No juegue conmigo—exclamé. — ¿Usted la ha hablado... a la señorita Morse... ¿A mi Juanita?

—Príncipe. Ella se ha dignado hacerme su confidente en cierto grado. Yo trabajo en la admirable galería que ha hecho construir el señor Morse. Es un enorme hall lleno de los más raros volúmenes, con grandes ventanas desde las que se puede mirar por encima de Londres y distinguir hasta más allá donde el mar azota la costa. Día a día, en su soledad, la más encantadora de las doncellas, ha subido a ese elevado sitio, ha tomado un libro dep oemas, se ha sentado delante de una ventana y ha mirado hacia abajo, hacia la ciudad.

Levantó una mano y señaló hacia las torres. Era tan transparente que la luz de una de las velas que estaba detrás hizo distinguir claramente su sangre roja.

—Deje que mis presuntuosos deseos queden silenciados por siempre, — exclamó. — El Este es el Este: el Este es el Oeste y yo erraré gravemente. Pero Amistad, es Amistad: y amistad es sacrificio.

Yo no podía apenas hablar, mi voz era ronca: sus palabras me habían pintado una fotografía de Juanita en la ciudad de los cielos.

—Príncipe...

—No soy príncipe: Solamente tengo un título vulgar. Si conoce usted Inglaterra debe saber lo que es ser baronet.

—Conozco Inglaterra. Príncipe, vuestra princesa está esperándole, y su corazón está dolorido porque no ha ido ya a verla.

Me puse de pié y no pude reprimir mi juramento, que resonó en la habitación.

—¿Usted cree? — exclamé después.

—Príncipe, el Lirio de los Lirios, la Rosa de las Rosas, sola, desventurada, como otra Ofelia, no digo nuevamente Julieta con su nurse, me ha honrado con la historia de su amor. Nunca me manifestó dónde estaba, pero yo sabía que era en alguna parte de la tierra.

Yo le hice una pregunta.

—Ha sido mi humilde adoración hacia ella, lo que ha hecho aguzar el ingenio,—respondió.—No fué mas que un accidente que los dioses prepararon sin duda el que usted me salvara la vida... Pero ahora se que usted es el amor de Lirio. Yo soy siervo y seré el feliz mensajero de los dos.

—¿Usted le llevaría una carta?

—Seguramente.

—Amigo mio, cuénteme... Cuénteme todo lo que sepa de ella... ¿Es feliz?... No; sé que no puede serlo... pero...

Se sentó en la cama, y su actitud, tenía algo de místico, cuando cruzó las manos sobre el pecho y comenzó a hablar.

—Dos mil pies, más arriba de Londres existe un palacio que es una maravilla. Incalculables riquezas, y el genio de grandes artistas se han combinado para formar una ciudad encantada. En todos los jardines existen maravillosas fuentes; en sus salones, cuadros y obras de arte; en sus torres y en sus doradas galerías, figuras terroríficas, como los fantasmas de Shakespeare, hablan de la antigua Roma.

—¿Morse?

—Es un noble intelecto, agobiado por el

terror. En todo lo demás está tan cuerdo como yo, o uster mi salvador y benefactor. Gedeon Morse, es un maniático con una sola idea, la de preservarse y más aún preservar e su hija, de un horror imaginario, de alguna venganza terrible que no puede alcanzarle.

Dos veces, tres, crucé de un lado a otro le habitación. Luego me detuve.

—¿Quiere usted entonces ayudarme, Pu-Yi? ¿Quiere llevar una carta mía? ¿Quiere ayudarme a que la vea lo antes posible?

El sacudió su cabeza respondiendo, y cuando lo contemplé nuevamente, su rostro tenía una expresión que me llegó al alma.

—Le pertenezco,—exclamó.

—En ese caso, rápidamente, para que esté usted informado del todo, ya que lo está solo a medias, le diré Pu-Yi, que Gedeon Marse debe haber enloquecido de miedo. No tengo la menor duda. Pero "no" es un miedo imaginario. Es una cosa tan siniestra, tan real y terrible, que no puedo referírsela a usted ahora. Estoy agobiado por los acontecimientos de esta noche. Sólo puedo decirle a usted esto: que en las últimas horas, un amigo mio, ha vuelto del otro lado del mundo y me ha traído espantosas noticias.

. . . .

Creo que Pu-Yi, cuyos movimientos no estaban limitados como los de los demás empleados, regresó a las Torres en las primeras horas de la mañana.

En cuanto a mí, tomé el tren en Richmond, fuí en un automóvil a Piccadilly con Arturo Winstanley, y nos pusimos ropa limpia y perfumada, esperando luego, en silencio hasta que Pat Moore llegó para tomar juntos un lunch matinal.

Vestido con ropa limpia, que Preston me preparó con lágrimas en los ojos, me sentí mil veces más confiado que antes.

Pat debía ser informado de todo y como preliminar le referí yo mi historia completa desde la compra del Cisne de Oro.

—Y ahora, — exclamé. — Aquí está Arturo, que ha viajado miles de millas y ha regresado con una información que concuerda con todas las demás. Me ha hecho un resumen anoche, en extrañamente fantásticas circunstancias. Ahora Arturo relátalo todo claramente y entonces sabremos dónde nos hallamos.

Arturo, cuyo rostro estaba pálido, comenzó su relato.

—Fuí a Río de Janeiro, — dijo, — y tuve buen cuidado, primero, de ser acreditado ante nuestra Legación. Conviene que sepan que el ministro británico ante el gobierno del Brasil es primo mío. La noticia de las Torres se conoce ya en todo el país. Todos allí conocen a Gedeon Morse, quien ha sido por espacio de los veinte años últimos, una de las más pintorescas figuras de Sud América. Por supuesto, yo llevé noticias frescas. Que mi madre había dado una fiesta para presentar a Juanita en la sociedad de Londres. Que yo había bailado con ella. Que había hablado con su padre...

"Yo era el joven de la sociedad inglesa que llevaba interesantes noticias de sus compatriotas... Fuí preguntado, y les referí todo lo que yo sabía, lo que era cierto... y un poquito más y en cambio procuré extraer las informaciones que necesitaba.

"Supe así una enorme cantidad de cosas, como las fuentes de riqueza de Morse. Y sentí alegría al saber que nada se decía contra él respecto a manejos de trusts o malas artes financieras. Se había enriquecido como un viejo patriarca, simplemente por medio de astucia y una larga acumulación de valores que aumentaban. Pero tuve que investigar en otro punto. Y bucée en las oscuridades de la política. Entonces sentí algo así como un fuerte golpe en la mandíbula... Tropecé con la "Santa Hermandad".

Pat Moore y yo, gritamos al mismo tiempo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Con nuestra liga?

—No. Es una extraña coincidencia,—respondió. — Y tuve la esperanza de que no se tratase de seres muy malos. Durante la época en que Pedro II reinaba, se comprendía tanto en el Brasil, como en España, que su poder disminuía y que de un momento a otro podía producirse la catástrofe.

"A fin de preservar el principio de la monarquía, una poderosa y secreta sociedad fué fundada con el nombre de Santa Hermandad. Gedeón Mendoza Morse, que entonces era un hombre joven y de gran influencia, se hizo miembro de esa sociedad.

"Poco después de que el emperador fuera depuesto y declarada la república, Morse se incorporó al nuevo régimen. He podido convencerme de que lo hizo por puro patriotismo, al convencerse de que la república era lo más beneficioso para su país, y fué el eje principal de todo.

"Como saben fué entonces, presidente de la república de los Estados Unidos del Brasil y ha contribuido a su progreso y engrandecimiento más que cualquier otro de sus compatriotas.

—Es una fascinadora historia, — dijo el capitán Moore, — al menos por lo que yo deduzco. Personalmente no soy un devorador de libros... Así es que trata de simplificar, Arturo, y vamos a lo que nos interesa.

—¡Calma, loco! — dijo Arturo. — Si tú no comprendes bien lo que estoy refiriendo, Tom te lo explicará luego, pues yo trataré de ser lo menos extenso que pueda.

Luego, volviéndose hacia mí, prosiguió:

—Aun cuando la sociedad fracasó, Tom, la Hermandad, como dije, no fué disuelta. Fué acordado en un pequeño círculo, que únicamente se suspendería. Pero fueron pasando los años, los más prominentes miembros murieron y la república se fué cimentando. Pero hace pocos años la sociedad revivió, no con el propósito de reponer al rey, sino como terrorista. Todos los individuos que viven al margen de la ley en la América

Latina se afiliaron a la nueva y siniestra institución. Ustedes habrán oído hablar de la Camorra de Italia... bueno, la Hermandad del Brasil es ahora algo por el estilo.

"Tiene ramificaciones en todas partes y la policía ha llegado a ser impotente para dominarla y un secreto reino del terror impera allí.

"Esa gente ha sentenciado a muerte a Gedeón Morse. El los ha desafiado durante un tiempo, pero su fuerza ha ido disminuyendo. Según he sabido, hace dos años la Hermandad atrajo a un antiguo noble español, el marqués de Silva, que era uno de los originales caballeros monárquicos.

"Es el único miembro sobreviviente de la primitiva sociedad. Se puso en movimiento en seguida y Morse estuvo a punto, entonces, de sucumbir asesinado lo mismo que su hija, de acuerdo con los planes de la moderna asociación.

Se detuvo y fué el buen viejo Pat Moore quien dió nuevas pruebas de instinto de adivinación.

—¡Ah! Ya comprendo, — exclamó. — Seguramente es lo que yo me figuro... Ha hecho construir la Torre de Babel y se ha ido a vivir a lo más alto, llevando a su hija con él para que esos terroristas no puedan alcanzarlos...

—En efecto, Pat. Tú lo has visto todo al primer golpe de vista, — dijo Arutro haciéndome ocultamente una seña.

Pat estaba enormemente orgulloso por haber resuelto un problema que nos tenía grandemente intrigados a los dos.

—Además, — prosiguió animado. — El recinto está perfectamente guardado contra todo bandolero brasileño. Además, Tom no se arredra y está haciendo preparativos para llegar hasta su Juanita.

—Las circunstancias — continuó tranquilamente Arturo — son perfectamente conocidas por algunas personas entre ellas las que forman el gobierno del Brasil. He tenido una larga e íntima conversación con Don Francisco Torromé, jefe de policía de Río de Janeiro y me ha contado que la Hermandad es intensamente vengativa, criminal y carente de escrúpulos. Además es rica y no ha de escatimar el dinero para cumplir sus planes respecto a Morse, quien está agotando sus energías. Esa gente realiza los más fantásticos y diabólicos planes, sueña con los más terribles dramas, y cuando dicen "Mañana" se puede tener la certidumbre de que al siguiente día cumplen lo que se proponen.

—Pero después de todo, Morse no está en peligro — exclamé convencido.—Has dicho que el peligro era real, pero no has dado a entender que continuase siéndolo.

—No creas semejante cosa, mi buen amigo. Nada de eso. Hay ya alguien en camino que llegará hasta el infierno si es necesario. En resúmen, la Hermandad ha contratado los servicios de un bandido internacional poseedor de grandes cualidades intelectuales, un hombre sin remordimientos, un artista del crimen—y no vacilaré en afirmar, y conmigo lo harían también, de ser interrogados, los jefes de policía del mundo entero — que es el ser más peligroso de toda la tierra. Tu lo has visto, Tom. Yo te lo indiqué en un pequeño restaurant de Soho, cuando comimos allí juntos. Se llama Marco Antonio Midwinter y "ha venido del Brasil, acompañado de un amigo, en el mismo buque en que yo he viajado."

—Entonces está ahora en Londres— dijo Pat Moore, con el aire del que anuncia otro gran descubrimiento.

—Pero óyeme — exclamé.—Yo te he referido antes de que marchases a Sud América, que lo había visto en el Regal Hotel aquella noche. Era el mismo hombre, Marco Antonio Midwinter, como tu lo llamas, huyendo como una liebre del viejo Morse, quien iba disparando su revólver al mismo tiempo que sonreía. "Ese" no es el hombre que tu te imaginas. Puede ser un demonio pero aquella noche era un demonio de juguete.

—Espera un poco, muchacho — dijo Arturo.—He pensado con detención en ese incidente. Recuerda que Morse disfrutaba de un plazo para resolverse a reingresar en la Hermandad. Por lo que he podido oir al senil Marqués de Silva, no se iba a iniciar campaña alguna contra Morse antes de que terminase el plazo de su inmunidad. Acaso, Midwinter informado por entonces de que Morse hacía construir las Torres para refugiarse en ellas, tratase de llegar hasta los empleados del millonario y procurar venderse ultimando así el negocio con un millón. Por lo que conozco de ese bribón, todo es probable.

Yo suspiré. Arturo parecía haber descubierto la verdad de aquella escena misteriosa. No había nada con mayores visos de probabilidad... Y ya me imagino la escena. El canalla, el hombre pantera, mostrando su juego y ofreciendo salvar a Morse y a Juanita de una muerte cierta. Morse, verdaderamente medio enloquecido por lo que le amenazaba pero amparado por la seguridad de que había construído un refugio seguro, despidió al bandido con gran firmeza.

—Creo que estás en lo cierto, Arturo—exclamé.—Esto ha sido como hallar la verdadera colocación de la última pieza de un intrincado rompecabezas.

—Ya estaba seguro de ello, pero no sabes aún todo por completo. En su juventud, cuando Midwinter—es el último de los Midwinter de Staffordshire, una antigua y famosa familia—fué arrojado de Harrow, se fué a Sud América. Morse estaba en aquella época en las regiones del interior del Brasil donde posee sus minas. Entonces realizaron una tentativa de secuestro de Juanita quien solo tenía dos años de edad. El joven Midwinter fué detenido. Morse era a la sazón, y creo ha de serlo aún de un carácter terrible. Tomó al prisionero y le trató posiblemente de una manera rigurosa. Se dice que le hizo afeitar la

cabeza, que fué fuertemente azotado, como un chiquillo, por los peones de Morse, que fué alquitranado, emplumado, luego lo soltaron y anduvo mucho tiempo errando.

"El canalla regresó a Europa, se casó en París con una actriz de renombre y se convirtió en uno de los más afortunados miembros de los altos círculos de criminales que frecuentaba, sin que jamás se le pudiese probar ninguno de sus delitos.

"Realizó la tentativa del Regal y fracasó. Sus asociados del Brasil ignoran todo eso. Ahora se encuentra en Londres, — como Pat ha descubierto tan admirablemente—provisto de grandes sumas de dinero, dominado por un deseo de venganza tal que no puede ni ser imaginado por ningún hombre honrado y dispuesto a jugarse la última partida importante de su vida.

Y después de pronunciar estas palabras, Arturo se levantó, se mordió salvajemente los labios y salió de la habitación.

Eran las dos y treinta de la tarde.

Aun cuando cerró la puerta detrás de sí, oí voces en el corredor y la puerta volvió a abrirse un par de pulgadas, como si alguien fuese a entrar.

—¿No se encuentra usted bien, milord?

—Estoy perfectamente, Preston. Unicamente un poco fatigado. Eso es todo. Lamento haberle emocionao tanto. Voy a salir y regresaré dentro de media hora.

La puerta se abrió del todo y Preston penetró trayendo un telegrama.

Lo abrí inmediatamente y me encontré con tres o cuatro hojas de papel escritas completamente.

El telegrama estaba cifrao con la clave de "The Evening Special" y era de Rolston.

Decía así:

"La parte superior de la Torre está conectada con el teléfono de Richmond por medio de un hilo privado. He sostenido una larga conversación con Pu-Yi. En las primeras horas de la tarde recibirá usted carta de cierta dama. A causa de complicaciones, su tentativa de ir a la Torré y entrevistarse con la dama ha sido postergada para esta noche. Nuestro amigo está haciendo todos los arreglos posibles para que todo pueda efectuarse bien y debe usted estar preparado. La necesidad me obliga a advertirle que la empresa no está exenta de peligros graves. Sírvase regresar al Cisne inmediatamente. Hay mucho que arreglar aún. A la hora del lunch, han venido dos clientes nuevos de extraño aspecto, y cuya presencia en el bar no me ha causado buena impresión. Sliddim cree también reconocer en uno de ellos a una persona muy peligrosa".

¡Para aquella noche!

Al fin los pacientes meses de espera terminaban e iban a tener su recompensa. Aquella noche iba yo a ganar o a perder todo lo que constituía el deseo de mi vida... Y en el automóvil de alquiler que me llevó de regreso a Richmond veinte minutos después de recibir el telegrama, iba un hombre tarareando.

La cuarta y última parte de esta emocionante historia se publicará en el próximo número de "Pucky", que aparecerá el 7 de Abril de 1922.

CONSEJOS PARA EL HOGAR

RECETAS E INDICACIONES CURIOSAS Y DE VERDADERA UTILIDAD PRACTICA

COSAS QUE CONVIENE RECORDAR

Se pueden obtener moldes de sellos y medallas con celuloide ,el cual se reblandece a 125 centígrados y después se endurece tanto que puede servir como cliché tipográfico para grabados, etc.

✣ ✣ ✣

El zumo de limón quita la irritación producida por las picaduras de los mosquitos y moscas.

✣ ✣ ✣

Cuando se desea que hierva pronto un manjar, no debe dejarse la cuchara dentro de la cacerola, porque roba mucho calor y retarda la ebullición.

✣ ✣ ✣

Flotando el calzado con aceite de ricino se conserva mucho el material y dura mucho más. Cualquier grasa es buena, pero la mejor es el aceite de ricino.

✣ ✣ ✣

Para sacar lustre al calzado, se frota con un trozo de naranje, se deja secar el zumo y después se le da con un cepillo suave. Así queda como espejo.

✣ ✣ ✣

Para clavar clavos con facilidad, basta untarlos previamente de jabón o de grasa.

✣ ✣ ✣

Para quitar el olor de una sartén en que se hayan frito cebollas o pescado, se llena de agua, y cuando empieza a hervir se echa un ascua de carbón. Después se enjuaga la sartén con agua, y el olor habrá desaparecido.

✣ ✣ ✣

Los mangos de cuchillo de márfil se limpian frotándolos con medio limón y sal. Con este procedimiento el márfil recobra toda su blancura. Después se lavan sólo con agua fría y se secan cuidadosamente.

✣ ✣ ✣

Para que una bujía se ajuste a cualquier candelero, basta bañar en agua caliente el extremo inferior de la vela, para que se ablande la esperma, la cual una vez reblandecida se ajusta al agujero del candelero, sea grande o chico.

✣ ✣ ✣

El café es un buen desinfectante; quemado en un braserito, purifica el ambiente de las habitaciones y quita los malos olores.

✣ ✣ ✣

Para copiar los bordados se extienden sobre una superficie plana, se cubren con una hoja de papel blanco bastante flexible, y se frotan rápidamente sobre el papel con un trozo de estaño o plomo. De esta manera, el bordado queda reproducido gracias al relieve de sus detalles.

✣ ✣ ✣

Los muebles de nogal se conservan en buen estado frotándolos de vez en cuando con un paño humedecido con una mezcla, a partes iguales, de aceite de oliva y aguarrás.

✣ ✣ ✣

Las ratoneras hay que lavarlas en agua hirviendo después de haber efectuado dos o tres cazas, pues de lo contrario huelen a ratones y no cae en la trampa ninguno de estos roedores.

✣ ✣ ✣

Cuando sobreviene un acceso de asma conviene ante todo abrir rápida y completamente las ventanas de las habitaciones del paciente, sin exponerle a ninguna corriente de aire. Acto continuo se le aplican sinapismos en las piernas, baños de pies calientes, etc. Sientan igualmente muy bien las inhalaciones de vapores de alcanfor, y para los que no tienen costumbre de fumar, las aspiraciones de unas bocanadas de humo de tabaco.

✣ ✣ ✣

Cuando el horno de la cocina está demasiado caldeado, se pone en él una cacerola de agua fría, y la temperatura baja inmediatamente.

✣ ✣ ✣

El queso no se endurece si después de cortar la parte que se vaya a consumir, se cubre la superficie que queda al descubierto con un poco de manteca y un paño.



CAMISAS de buen zephir, colores firmes, confección esmerada, números del 34 al 42, pesos 2.90

CAMISAS muy amplias, pechera y puños dobles de pura seda, blancas y fantasías novedosas . . . . $ 5.—

CUELLOS de seda . . $ 1.—

CALZONCILLOS blancos, prolijamente confeccionados,
cortos . . . . . . $ 2.—
largos . . . . . . $ 2.50

CAMISETAS blancas, fabricación española, muy buena calidad,
manga corta . . . $ 1.50
" larga . . . $ 2.—

PIJAMAS, corte perfecto, con alamares, esmeradamente confeccionados en buenas telas, colores lisos y rayados, pesos 9.80

PAÑUELOS blancos de batista, vainillados, tamaño grande . $ 0.35
" vainillados, 1|2 hilo, muy finos, pesos 0.80

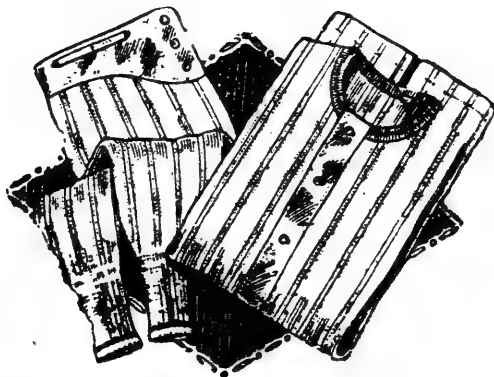
TIRADORES sistema Guyot o Chester . . . . . . $ 1.50

LIGAS sistema Boston $ 0.80

MEDIAS para hombre, negras y color marrón oscuro, buen algodón . . . . $ 0.55
" de hilo mezcla, colores surtidos . . . . $ 1.—
" de seda, reforzadas en hilo de Escocia, diferentes colores y negro $ 2.—

Descuentos especiales a los lectores de "PUCKY"

LOS PEDIDOS DEL INTERIOR
DEBEN VENIR ACOMPAÑADOS
DE SU IMPORTE



Jesús Fernández Campos

516-Bme. MITRE-516

Frente al Banco de Boston

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

ABRIL
de 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION MENSUAL No. 9.



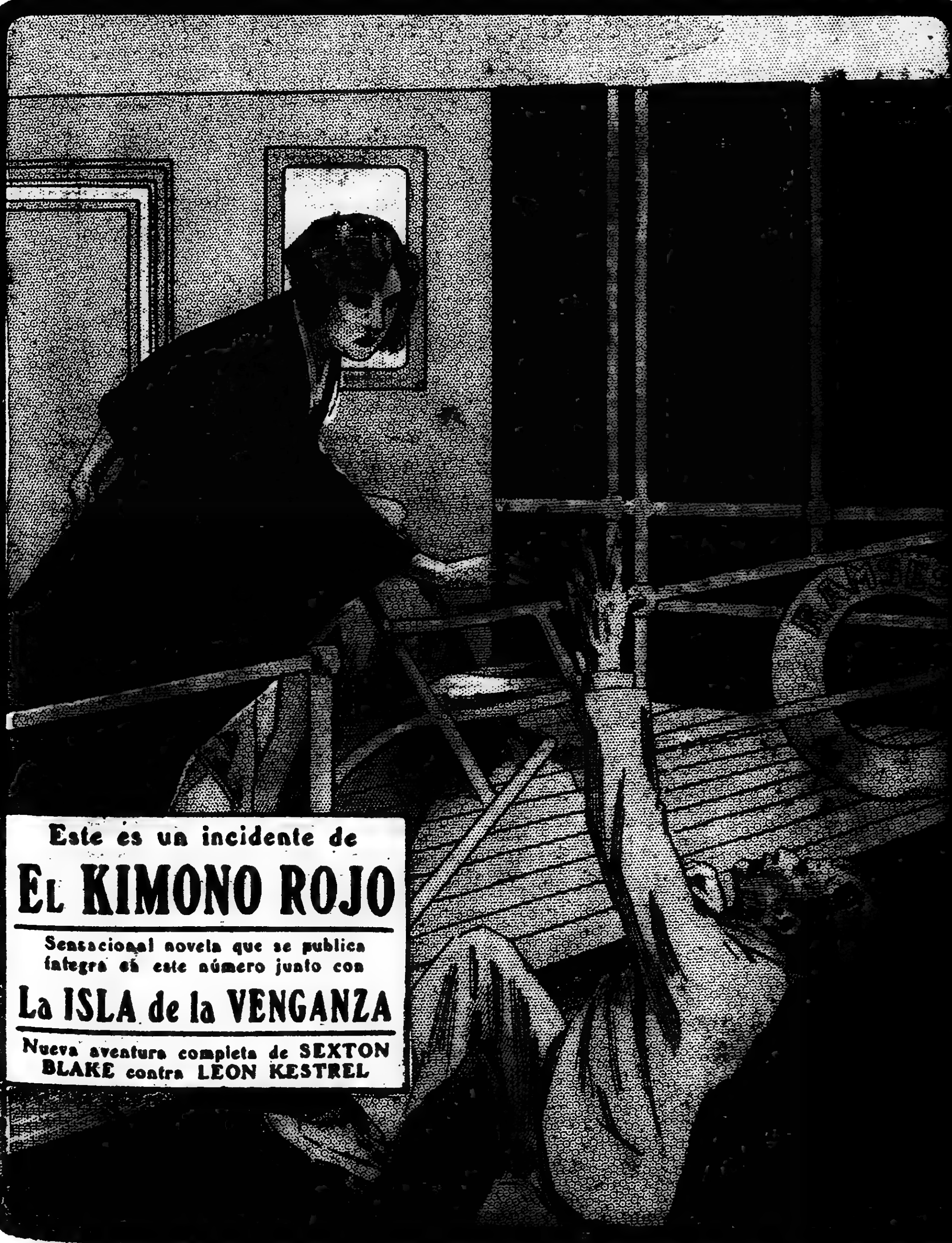
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

ABRIL
de 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION MENSUAL No. 9.



Corte el cupón de esta página

—— Y ——

COBRE EL PESO m|n.
QUE LE REGALA
"PUCKY"

Kalisay

ALGO MUY PURO





LAGORIO ESPARRACH y CIA.
BUENOS AIRES

Los señores LAGORIO, ESPARRACH & Cía. le entregarán una botella de litro del rico aperitivo tónico KALISAY, que se vende al consumidor en todas partes a $ 2.50 contra entrega de este cupón y $ 1.50 en efectivo. Por eso

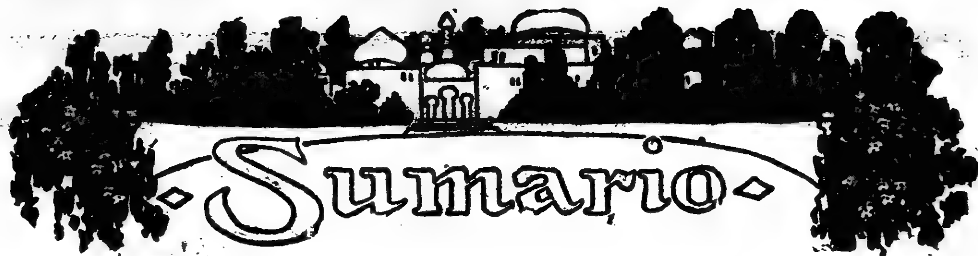
EL MEJOR TONICO PARA LOS NIÑOS TOMADO FRAPPE ES UNA DELICIA

Este cupón vale $ 1.—

para cobrarlo en la Capital Federal, calle 24 de Noviembre Nº 480

EN ROSARIO: calle Corrientes Nº 1000.

Los lectores del interior también recibirán este regalo agregando 20 centavos para el flete.


Sumario



Me volví rápidamente hacia ella y mirándola cara a cara, le dije con toda entereza: "¡Señora Lisetta, es necesario que usted corte sus relaciones con Gerald Langley!" — "El Kimeno Rojo". Página 11.

EL KIMONO ROJO

por

William Le Queux

TRADUCIDO DEL INGLES para "PUCKY"



CONSTITUIAMOS un alegre grupo de viajeros que visitaban la esplendorosa tierra de los Faraones, la cuna de la civilización.

—Ahora dígame usted con toda franqueza lo que piensa de ella.

Esta pregunta me fué dirigida en muy buen inglés por una bonita joven francesa que, vestida de "piqué" blanco y cubierta con un casco también blanco, para protegerse contra los rigores del sol, cabalgaba en una mula por el desierto y a mi lado.

—En realidad, señorita, — exclamé, — no es posible que usted espere que yo sea enteramente franco con usted. ¿Cree acaso posible que puedo serlo?

—Admito que las circunstancias son un poco difíciles, — dijo ella, riendo. — Pero ¡oh! ¿será posible que esté usted enamorado de la hermosa italiana?

—¡Señorita! Me parece que voy para viejo y que soy solterón demasiado empedernido para enamorarme. Soy uno de esos extraños productos de la humanidad que no pueden encontrar jamás la mujer deseada.

—¡Eso no! — exclamó ella, riendo. — ¡Todos los solteros dicen exactamente lo mismo! Algún día encontrará usted a la mujer que es su ideal y entonces, señor, espero que logrará usted ser feliz, muy feliz. Pero, por ahora, permítame que repita mi pregunta.— Y me miró con sus grandes ojos muy abiertos mientras la mula en que iba continuaba, con paso seguro, por el estrecho sendero trazado en la arena.

El calor que reverberaba del desierto era terrible, pues la hora del ocaso se aproximaba.

—Estimada señorita será necesario que usted me perdone si me niego a expresar una opinión definida, — dije.

Mi bella compañera de ojos negros era, según lo había oído decir a uno de mis compañeros de viaje, una conocida actriz de cinematógrafo, francesa, que visitaba Egipto sin más compañía que su mucama.

Noté que mi negativa le había disgustado. Nos habíamos encontrado por primera vez hacía un mes, a bordo del vapor que nos condujo de Marsella a Alejandría, y una quincena después nos volvimos a encontrar como compañeros de viaje, en el vapor "Ramsés", que conducía a un grupo de adinerados ociosos de todas las nacionalidades de Europa hacia el alto Egipto, ansiosos de huir del frío del invierno del norte.

En nuestro trayecto ascendiendo el caudaloso río nuestro dragoman Mahomed, un tipo delgado, con ropas de seda que le llegaban a los talones, una especie de chaqueta corta y un fez, nos conducía todos los días a las ruinas de los varios templos y tumbas, algunas de las cuales se hallaban situadas a varias millas de la ribera del Nilo.

Aquel día habíamos visitado en Tebas las maravillosas tumbas de los reyes, esculpidas en la roca viva, y habíamos contemplado a la luz del sol meridiano la maravillosamente pintada cámara sepulcral del faraón Amenhotep, con sus notables jeroglíficos y las figuras de los antiguos dioses, Anubis y Horo, y regresábamos al vapor para bañarnos y comer y asistir luego al baile que se celebraba en el Palacio de Invierno, de Luxor.

Ante nosotros iba una larga cabalgata; todos los turistas montados en mulas, incluso tres millonarios y sus esposas, dos Pares de Inglaterra con sus familias y varios magnates franceses e italianos

Aun cuando yo estaba poco enterado de lo que pasaba en el mundo cinematográfico, me parecía saber que la señorita francesa había actuado en varias "films" con notable éxito, tanto en París como en California y que ganaba un sueldo estupendo. La mayor parte de los pasajeros del sexo masculino la admiraban, especialmente el viejo lord Weybridge, un noble de grandísima fortuna y muy conocido por sus amoríos.

❖ ❖ ❖

AQUELLA noche después de comer mientras nuestros compañeros de viaje a bordo del lujoso vapor del Nilo danzaban a los sones de una excelente orquesta húngara, me dirigí hacia la popa fumando con deleite un cigarrillo y junto con un compañero de viaje pálido, de mediana edad y de aspecto casi elegante, llamado Henri Lafont, que era banquero, en París. Había sido Lafont el que primero me había dicho que se había percatado de que la joven francesa era la famosa estrella cinematográfica.

De improviso nos encontramos con la francesa. Tenía puesto un chal sobre sus desnudos hombros porque en Egipto las noches de Noviembre son frías después del calor de horno del día.

—Bien, señor, — dijo riendo cuando me quedó solo y deteniéndose, se apoyó en la borda. — Usted no contestó a la pregunta que le hice esta tarde. Lo que me preguntó ahora es si usted habrá penetrado, o no, el misterio de Lisetta Pallotta.

—¿Misterio? — repetí. — ¿Qué misterio?

—¡Cómo! ¿No le ha parecido a usted misteriosa? No quiere tratarse con nadie, no habla casi con nadie, excepto con usted, y algunas veces con ese joven inglés, el señor Langley.

—No es posible fijarse en las excentricidades de los compañeros de viaje, señorita, —comenté yo. — Como usted lo sabe, me he pasado la mitad de la vida viajando y he encontrado muchos compañeros de viaje, curiosos y misteriosos.

Lisetta Pallotta era una hermosa señora italiana, de cabello muy negro, que no tendría más de veintidós años, la mejor vestida y la más "chic" de todas las señoras de nuestro grupo, era casada y constituía, sin duda, un misterio. La verdad era que yo estaba impaciente, deseoso de que llegara el momento en que me fuera posible confirmar o rechazar mis sospechas, poniendo en claro la verdad.

Mis sospechas habían llegado a despertar en mí extraordinario interés y además sentíame intrigado por saber a qué obedecía la actitud de la actriz cinematográfica, tan deseosa de saber qué era lo que yo pensaba de la encantadora, pero retraída señora.

El detalle más importante de la excursión había sido, en lo referente a mí, la presencia de la bella italiana. En nuestro alegre grupo figuraba el joven a quien la señorita francesa había mencionado, el honorable Gerald Langley, heredero de la enorme fortuna del viejo Lord Haslemere, que frisaba en los noventa y tenía fama de ser el más rico de los Pares.

Conocía bien a Gerald, porque era socio del mismo club que yo, en Londres, y nos había encontrado con él una o dos veces, en Inglaterra, en reuniones y fiestas particulares.

Era un joven de buen aspecto, chispeante y jovial que había sido buen piloto aviador durante la guerra; era alto, delgado, tenía el cabello oscuro y además de ser un jovial compañero era un excelente bailarín. Con él viajaban su anciana madre y su tía, la señora de Sherborn, viuda de un adinerado capitalista de la City.

Como era lógico que sucediera, Gerald fué mi constante compañero. Conversábamos juntos sobre cubierta, consumíamos cigarrillos eternamente, sorbíamos nuestro cocktails juntos y cuando bajábamos a tierra, visitábamos juntos los sitios de interés.

Como quien ha adquirido, con el tiempo, profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, no dejé de notar, en mi joven amigo, síntomas de una creciente admiración hacia la joven y bella italiana, y en consecuencia me decidí a tratar de descubrir algo referente a ella.

La noche siguiente tuve la suerte de hallarla sentada, sola, en la popa, lejos del baile que congregaba a casi todos los excursionistas en la cubierta de paseo.

Me detuve y la dirigí la palabra en italiano, idioma que no hablo del todo mal.

Después de algunas frases, la joven, con suma habilidad, comenzó a hacerme preguntas sobre Gerald Langley.

—Es realmente un joven de buen aspecto, —dijo ella, — un verdadero tipo de joven inglés. Los jóvenes de mi país no pueden compararse con los del suyo. Aun cuando yo sea italiana, confieso que es así.

Parecía hallarse con predisposición a la filosofía, y su curiosidad me dió derecho a ser igualmente curioso.

Lo que me reveló entonces fué algo que me pareció de trágico interés.

Me dijo que había salido de Roma a consecuencia de la repentina muerte de su marido. Este había pertenecido, durante la guerra, al cuerpo médico italiano y había sido herido dos veces, en el Trentino. Después de la paz había regresado a Roma, a ejercer su profesión, pero había contraído una virulenta forma de pneumonia, contagiada de un cliente, y había fallecido después de menos de una semana de enfermedad.

—Su deseo, seria y enérgicamente expresado, fué que yo no me vistiera de luto, — agregó como pidiendo disculpa porque tenía puesto un vestido de soirée del color de la llama.

Le dirigí algunas palabras de amistosa condolencia y ella prosiguió:

—Usted podrá imaginarse mi pena, señor. ¡Nos queríamos tanto! Por eso preparé el equipaje y me vine a Egipto a... a tratar de olvidar, — murmuró con quebranta-

da voz. — Ya sé que todos piensan que es extraño que yo viaje sola, pero ellos no saben la verdad, — agregó con amargura. — Por favor, no les diga usted nada. No aspiro a su conmiseración.

Estas manifestaciones la presentaban ante mis ojos con un aspecto muy distinto. Era ella, seguramente, muy encantadora y muy "chic". Me había figurado que tenía un marido adinerado y que tal vez iba a encontrarse con él en Wady Halfa o en Kartúm. No pude soñar jamás que se trataba de una viuda que lloraba la pérdida de un esposo tan amado.

Le prometí que no diría ni una palabra a nadie, y durante toda una deliciosa hora estuvimos sentados bajo las estrellas, mientras los acordes del jazz y del fox-trot resonaban en la cubierta de paseo.

✣ ✣ ✣

POR último manifestó ella que se sentía fatigada y aun cuando no eran más que las diez de la noche, se levantó y deseándome "Buona sera" se retiró a su camarote cuya puerta daba a uno de los corredores laterales de la cubierta y quedaba frente a la borda del vapor.

El baile estaba en pleno progreso. Encontré a Gerald, muy elegante con su traje de etiqueta, bailando un fox-trot. Cuando terminó le propuse que fuéramos a tierra al Hotel del Palacio de Invierno, para salir del ambiente del vapor y tomar alguna copa antes de retirarnos a dormir.

—Tuve ocasión de pasear un momento con la hermosa italiana esta tarde, — dijo cuando estuvimos sentados en uno de los salones del hotel, quince minutos después. — ¡Por Júpiter! ¡Es encantadora! Cuanto más la veo, más me gusta. Parece que usted le interesa mucho.

—¿Yo? ¿Cómo es eso?—pregunté.

—No lo sé. Quiso saber cuánto tiempo hacía que le conozco, si viajábamos juntos frecuentemente y a dónde pensaba usted ir cuando se vaya de Egipto.

—¡Es curioso! — dije, reflexionando. Aquellas palabras de mi amigo despertaron nuevamente las sospechas que, durante los tres pasados días, me habían preocupado. Como la señorita Védier, la francesa, lo había dicho, Lisetta resultaba una mujer misteriosa.

Estuve un rato callado. En el otro extremo del extenso salón de ornamentación asiática, el viejo Weybridge y el señor Lafont estaban sentados junto con la madre y la tía de Gerald. Pero en el extremo donde nos hallábamos no había nadie más y podíamos conversar sin temor de que nos oyeran.

Era, sin duda, curioso, que la hermosa y joven viuda, se interesara tanto por mi insignificante persona. Si yo fuese joven, como Gerald, lo hubiera comprendido, pero con mi cabello gris y mi cara roja de hombre cosmopolita, no podía, seguramente, haberla atraído.

No podía haber, para semejante actitud, más que dos motivos. O la bellísima Lisetta tenía miedo de mí o se proponía utilizarme como el mono utilizó la pata del gato para sacar las castañas del fuego. Me dí cuenta, en aquel mismo momento, de la astuta intuición femenina de la famosa estrella cinematográfica que, siendo solamente una simple espectadora, parecía haber sospechado que en todo aquello andaba mezclada alguna intriga sutil.

* * *

QUE Gerald estaba enteramente fascinado por la joven viuda italiana, se veía claramente. Le faltaban dos años para ser mayor de edad y cuando lo fuera, recibiría la primera cuota de su fortuna. Había sido uno de los "premios matrimoniales" de la última temporada de Londres, pero, aun cuando obesas y ricamente ataviadas madres le pusieron al paso las trampas mejor armadas y con los mejores cebos, él había encontrado el modo de no caer en ninguna, evitándolas todas.

Dos días después partimos de Luxor para Esnéh, y al llegar, acompañé a la bella viudita y a lord Weybridge por las arenas del desierto hasta el pie del Templo, donde nos agrupamos detrás de Mahomed, nuestro dragoman, que explicó los jeroglíficos que se veían en las ciclópeas paredes. Una hora después de partir de Esnéh, fondeamos en Edfu, donde fuí su compañero al cruzar las arenas junto con el señor Lafont, camino de uno de los más completos y mejor conservados monumentos de Egipto, y que da al viajero la mejor idea de la antigua arquitectura egipcia.

Lafont era hombre muy retraído, muy metido en sí mismo, pero invitado por mí, se unió a nosotros y resultó un compañero divertido y agradable.

Al regreso, Gerald y la señorita Védier se unieron a nosotros y no dejé de notar lo mucho que atraía a mi amigo la joven italiana.

Todo esto me fastidiaba. Gerald era un hermoso y distinguido joven, pero con todas las condiciones propias de su juventud, y yo comprendía que estaba procediendo de modo insensato. ¿Por qué pensé así? No lo sé. Creo que fué sencillamente por intuición.

Sentía yo profunda simpatía hacia la encantadora viuda, y sin embargo, — tal vez las sospechas de la estrella cinematográfica tenían la culpa, — no podía menos que recordar con recelo y hasta con incredulidad, lo que me había dicho.

Tal vez fué conveniente que yo pensara así, pues el siguiente día, después de haber visitado las ruinas del templo de Komombo, con su urna consagrada a Sabek, la divinidad del mal, estuve, por casualidad, a eso de la una y media de la madrugada, sentado detrás de una de las lonas que protegían contra el viento, en la cubierta de pa-

seo. Los guardias árabes, armados de carabinas, que vigilaban la cubierta durante la noche por si se presentaban ladrones, estaban envueltos en sus albornoces, durmiendo, y todo estaba silencioso y oscuro, sin que se oyera más ruido que el rumor de la dínamo de la luz eléctrica.

De pronto me dí cuenta de que un hombre se hallaba de pie junto a la barandilla, un poco más allá. Era, sin duda, uno de los pasajeros que, como yo, se había atrasado. La luna se había ocultado y yo no podía ver de aquel hombre, nada más que la blanca pechera de la camisa. Cerca de donde yo me encontraba, uno de los grandes faroles del buque, colgado en lo alto del tramo de escalera, esparcía una débil claridad, que no llegaba a iluminar el rostro del hombre.

En realidad, no presté atención hasta que, en la oscuridad, oí un apresurado rozar de telas de seda, y un segundo después, a la opaca luz del farol, ví a una mujer envuelta en un kimono rojo, bordado. Al instante reconocí aquella prenda por su llamativo color. La llevaba puesta Lisetta un día que la ví salir de la sala de baños de las señoras, situada a la popa del vapor.

La mujer se aproximó al hombre y apoyándose como él, en la borda, le dirigió la palabra en voz muy baja, respondiendo él lo mismo.

Aquella cita a media noche me sorprendió muchísimo. Era Lisetta la última persona a quien yo podía haber supuesto capaz de sostener una conversación clandestina a semejante hora. En el primer momento sospeché que el hombre podía ser Gerald Langley, pero recordé que cuando estuve en su camarote a devolverle un libro, poco antes de las doce, estaba en la cama y durmiendo.

Mi curiosidad despertó instantáneamente. ¿Quién era el hombre con el que Lisetta se veía en secreto? ¿Y por qué?

Casi no me atrevía a respirar, temeroso de que fuera descubierta mi presencia. Los dos hablaban en voz baja, con excitación, como discutiendo. El hombre, fuera quien fuera, parecía enteramente tranquilo, pero ella se hallaba indudablemente acalorada y, destacándose como se destacaba en el oscuro cielo, la ví gesticular con violencia, aun cuando en ningún momento levantó, ni lo más mínimo la voz.

Todos dormían, pues anclados como estábamos en mitad del Nilo, no era necesario ejercer mayor vigilancia contra los ladrones. Por eso los centinelas árabes estaban, como de costumbre, acurrucados y dormidos, con sus cargadas carabinas al lado.

Me froté los ojos procurando distinguir los rostros de aquellas dos personas, pero quedaban fuera de la zona iluminada por la tenue luz del farol. Agucé el oído para pescar algo de lo que decían, pero no logré distinguir ni una sola palabra. Sin embargo, no me atrevía a moverme, temeroso de que me descubrieran. Pero estaba decidido a conocer la identidad del amigo de la hermosa viudita. ¿Quién podía ser? Fuera de Gerald y de mí, casi no había hablado nunca con los pasajeros.

De repente, después de haber sostenido una acalorada discusión durante cinco minutos, pareció que ella se precipitaba hacia él.

El hombre pronunció algunas palabras en tono airado, pero no pude distinguir lo qué dijo.

Después, con grandísimo asombro, ví que los dos forcejeaban, peleando con ferocidad. Se oyó un ruído parecido al que hace un portón de hierro al abrirlo, y en seguida el ruído de algo que dió en el agua y el ronco grito de un hombre que pide socorro, mientras, al mismo tiempo, la mujer del kimono rojo se alejaba rápidamente y sin ruído y desaparecía de la cubierta. Tan silenciosos fueron sus pasos, que pensé que debía estar descalza.

Volvió a oirse el grito del hombre e instantáneamente corrí al sitio donde él había estado y encontré únicamente que la barandilla estaba abierta. La mujer le había empujado contra la borda, que se había caído y el hombre había ido a hundirse en la oscura y rápida corriente del Nilo.

✣ ✣ ✣

INMEDIATAMENTE los árabes estuvieron a mi lado, pero había transcurrido todo un minuto antes de que encendieran las luces eléctricas y tres de los árabes de la tripulación saltaran a un bote y remaran corriente abajo. Mientras tanto sonaba a bordo el "gong" de alarma y el vapor era teatro de una escena de intensa excitación al correr la noticia de que un pasajero se había caído al agua.

Se oyeron gritos en árabe y en inglés, contestados por los que iban en el bote, surcando las oscuras aguas, mientras el capitan del vapor procuraba en vano averiguar cuál de sus pasajeros era el que faltaba. En la cubierta todos los pasajeros, vestidos cada uno como había podido, formaban un ruidoso grupo, y entre ellos vi a la culpable Lisetta que se había quitado el kimono rojo y se había puesto un baton violeta, muy claro. Se la notaba muy nerviosa y preguntaba quién era el que faltaba.

Sabiendo lo que yo sabía, la observé de muy cerca, notando la ansiedad y el horror pintados en su rostro. Ella misma había, sin duda, quitado, deliberadamente las clavijas que sostenían el trozo de barandilla, de modo que cuando empujara a su compañero hacia la borda, el trozo cayera y también el hombre, falto de apoyo.

Durante más de una hora, tres botes buscaron en el oscuro Nilo con faroles hasta que al fin, habiendo recogido el cuerpo, se vió que se trataba del tranquilo y silencioso Henri Lafont, el banquero de París.

Subieron el cuerpo al puente del buque

donde el médico le aplicó la respiración artificial durante largo tiempo, pero sin resultado satisfactorio. Miré el rostro del hombre aquel, pálido, empapado y pensé. ¿Debía decir lo que había presenciado o esperar y observar? Sólo yo sabía la verdad. Henry Lafont había sido deliberadamente asesinado por Lisetta. ¿Por qué motivo?

Decidí guardar silencio.

Regresamos a Luxor donde se realizó, en tierra, el proceso correspondiente, declarando el capitán y varias personas más y llegando a la conclusión de que el señor Henri Lafont debía haber salido a la cubierta a tomar el aire y accidentalmente, se había caído por una parte de la barandilla que se abría hacia fuera a fin de colocar una planchada por la que se pasaban los bultos de mercaderías cuando el vapor estaba amarrado a un muelle. Dos de los árabes de la tripulación declararon que aquella parte de la borda había sido cerrada en debida forma a las ocho de la noche, como de costumbre, pero como no se considera muy veraces a los marineros del Nilo, se pensó que alguno de ellos se había olvidado de asegurar la parte aquella de la barandilla y no lo decía.

Al día siguiente el cuerpo del infortunado francés fué sepultado en el cementerio europeo, situado en el camino, flanqueado de palmeras, que va a Karnak y la misma tarde, entristecido por el acontecimiento, el antes alegre grupo de viajeros partió para Asuán.

Mientras fumaba y charlaba con Gerald, sentados junto a una de las mesitas de la cubierta de paseo, después del te, aquella tarde, la hermosa italiana,—cuya secreta amistad con el muerto era tan misteriosa,—pasó y nos saludó sonriendo. Vestida de blanco con un sombrero de paja de anchas alas,—pues el casco no se usaba mas que para las excursiones por el desierto, a visitar los templos,—su figura resultaba encantadora.

—¿Sabe usted,—exclamó mi joven compañero en voz baja,—que la muerte del pobre Lafont parece haber emocionado a Lisetta de modo terrible? Hablé con ella esta mañana; parece más emocionada que todos los demás pasajeros y sin embargo, el hombre era para ella, enteramente un extraño. Sólo dos veces les ví conversando juntos desde que salimos del Cairo, exceptuando aquel día en que todos nosotros regresamos junto de una excursión.

—Sí;—dije pensativo,—ya había notado eso y también me llamó la atención.

No seguí hablando del asunto por que no quería discutir a su respecto. Era yo el más interesado en la mujer culpable y confieso que tomé las mayores precauciones para atisbra sus movimientos y sus actitudes.

Después de comer la señorita Védier me concedió el honor de una danza, pero comprendí que sólo se trataba de un pretexto para conversar conmigo.

—¿Qué tal? — me preguntó mientras íbamos dando vueltas.—¿Qué piensa usted de la tragedia? ¿No le parece algo terrible? El señor Lafont estaba en el Hotel Savoy del Cairo cuando yo estuve allí.

—Ha sido una lamentable desgracia,—dije.—Los árabes no son gente de confianza, excepto los capitanes.—El capitan nativo de uno de los vapores del Nilo se sienta envuelto en su capa y dirige el buque por medio de movimientos de las manos, porque conoce los bajíos y las aguas profundas desde el muelle del Cairo hasta Asuán.—¡Sí!—proseguí.—Lafont era un excelente sujeto. Hablé frecuentemente con él. Algun día sabremos la verdad.

—¿La verdad de qué, señor? — preguntó ella.

—La verdad sobre el señor Lafont,—contesté.

Que la señorita francesa estuviese celosa de Lisetta porque Gerald dedicaba a ella mayores atenciones, me pareció, después de todo, poco probable. Y sin embargo era una madeja muy enredada la que yo trataba de devanar.

Solo en mi camarote, hora tras hora luché con mi mismo preguntándome si debía o no poner en evidencia aquella clandestina cita y su trágico desenlace.

Tarde, aquella noche pasamos lentamente por delante de la punta de arena y llegamos a Asuán, pequeña población de casas bajas, edificada a lo largo de la costa, con sus palmeras cargadas de dátiles y su riqueza de flores, donde sobre las rocas grises y carcomidas por el agua, se alzaba la fachada de uno de los más maravillosos y lujosos hoteles del mundo, el afamado Hotel Cataract.

Una hora después de desembarcar estábamos instalados en ese palacio levantado en el desierto, donde el salon comedor es copia de una mezquita con sus azulejos moriscos, sus maravillosas ventanas con vidrios de colores y su bóveda pintada al fresco, realmente uno de los comedores más hermosos que existen en el mundo.

Mientras el Ramsés nos esperaba en mitad del río para conducirnos de regreso, nosotros nos instalamos rápidamente en el hotel, y los encantadores, ociosos, luminosos días de sol transcurrieron entre pic-nics en el desierto, viajes en bote a la gran represa, excursiones al hotel de la isla Elefantina, o paseos en lanchas de remo, por el río, a la luz de la luna. Gerald parecía encontrarse siempre junto a la hermosa Lisetta, escuchando a los barqueros árabes entonar sus extrañas plegarias a Alá: "¡Alá he! ¡Alá he!"

Veía yo que Gerald se sentía cada vez mas atraido por aquella hermosa mujer que era culpable de aquel misterioso crimen. En verdad, me confiaba sus sentimientos y me decía cuánto la admiraba y cuán diferente la encontraba de las jovencitas que había conocido en Londres.

Yo expresé con toda desenvoltura mi desaprobación.

—Querido Gerald,—le dije una tarde mientras paseabamos juntos entre los rosales de la isla Elefantina.—Tengo mucha mas experiencia del mundo que usted. Claro está que

admito que ella es hermosa.... y todo lo demás. Pero antes de seguir adelante, ¿por qué no hace averiguaciones y se entera de quién es y qué es?

—¿Hacer averiguaciones? —exclamó.—¡Pero si sé todo cuanto hay que saber a su respecto! Es viuda. Me ha contado toda su historia... ¡pobre joven!

Sonreí. La juventud es siempre temeraria.

—¡Ah! ¡Comprendo! Usted supone que lo que ella dice no es verdad!—exclamó, resentido ante mi sonrisa de duda.—Pero ella me ha dicho la verdad.

Comprendí que Gerald se había molestado ante mi actitud y decidí no hablar más del asunto por el momento.

—Así lo espero, Gerald,—repliqué. — Pero hablemos ahora de otra cosa.

Habíamos permanecido en Asuán cerca de quince días ya y yo había visto más de una vez, a Lisetta, en el corredor, con el kimono rojo. Habíamos hecho juntos varias excursiones. También había acompañado a Nina Védier a dar encantadores paseos y hacer polvorientos viajecitos en camello. Pero las dos parecían evitarse la una a la otra, y "mademoiselle" no cesaba de criticar a la distinguida y joven italiana que era su rival en belleza y gozaba, sin duda, de mayor popularidad que ella, entre los huéspedes del hotel.

¿Qué podía yo hacer para alejar a Gerald de una mujer a la que yo sabía culpable de un homicidio? Si me atrevía a hacer alguna manifestación contra ella, Gerald se haría, en seguida, mi enemigo. Siempre sucede lo mismo en casos tales. Comprendí que permanecer en silencio, esperando mi oportunidad, era lo mejor que podía hacer.

¿Por qué había fingido Lisetta ser enteramente desconocida para Henri Lafont? ¿Por qué habían reñido? ¿Y por qué había sacado, intencionalmente, las clavijas de la barandilla y le había empujado de espaldas, al Nilo?

Era éste, en verdad, un misterio que me preocupaba noche y día.

Que Lisetta le tenía miedo a la famosa artista cinematográfica era claro, mientras "mademoiselle", por su parte, había adoptado una actitud tal, como si poseyera algún secreto terrible que podía divulgar en cualquier momento.

¿Era posible que ella estuviese también al tanto de la verdadera causa de la muerte del banquero parisién?

✣ ✣ ✣

Me dirigí yo una mañana, del hotel a la ciudad, por el polvoriento y tortuoso camino, cuando alcancé al gerente inglés del vapor Ramsés y nos pusimos a hablar de la tragedia que había hecho que nuestra jira resultara un fracaso.

—Sí, — dijo él. — Parece que en torno del muerto flota un curioso misterio. Al otro día de haberse producido el accidente telegrafié a las señas que hallamos en sus tarjetas de visita, pero el despacho nos fué devuelto con la manifestación de que Henri Lafont no era conocido en aquella casa. Sin duda llevaba tarjetas de visita falsas y viajaba bajo nombre falso. He informado a la policía de este interesante detalle y ya están haciendo averiguaciones en París.

—¡Es muy extraño! — observé yo. — ¿Por qué pretendería ese hombre pasar por quien no era? ¿A qué podía obedecer el empleo de ese nombre falso.

—Sólo él podría contestar a tales preguntas, señor. Era un hombre muy serio y muy reservado, como usted, sin duda, tuvo ocasión de notarlo. Lo que es evidente es que tenía mucho dinero. Encontramos veinticinco mil francos en billetes de banco, en su equipaje, así como dos o tres cartas, más bien curiosas, dirigidas, al Hotel Savoy, de la ciudad de Como.

—¿Las cartas estaban dirigidas a Henri Lafont?—pregunté.

—Sí, señor. Fueron precisamente esas cartas las que primero me hicieron sospechar que el hombre no era lo que pretendía ser. Enviamos esas cartas a la policía del Cairo la cual, a su vez, las mandará a Europa, para proseguir la investigación. Pero el hombre ha muerto, — agregó, — de modo que no considero que tenga mucha importancia averiguar su pasado... Especialmente cuando su muerte, como se ha visto, se produjo por mero accidente.

No dije nada, pero lo que él me dijo me hizo reflexionar con más tenacidad e, incidentalmente, vigilar a Lisetta de más cerca que antes. La estrella cinematográfica astuta y vivaracha, no dejó de notar mi creciente interés por su rival, y por fin me dí cuenta de que, cuantas veces podía, evitaba conversar conmigo.

Gerald no se separaba casi de Lisetta y casi todas las noches, bailaba con ella. La situación se iba poniendo cada vez más grave. La señorita Nina habíase referido, varias veces, en tono de burla, al entusiasmo de Gerald "por esa italiana".

La conciencia me decía, en verdad, que mi deber consistía en proceder valerosamente a fin de destruir definitivamente la ilusión de mi joven amigo. Lisetta aun cuando era dos años mayor que él, procuraba atraerse al adinerado joven inglés. Esto me ponía enteramente furioso.

Una mañana, después de haber pasado una noche de insomnio, seguí a Lisetta hacia el jardín del hotel que se extiende, cuesta abajo, hasta las carcomidas rocas de la ribera y avanzando hasta ella la invité a sentarse en un banco situado a la sombra de un laurel rosa de extenso y espeso ramaje. Lisetta estaba encantadora como siempre, vestida de blanco, preparada ya para una excursión en bote que había de realizarse hasta ese exquisito pequeño templo conocido por el nombre de "el lecho de Faraón".

Después de haber charlado durante un rato, me volví repentinamente hacia ella y



Un momento después Lisetta Pallotta, a la que yo creía en el Cairo, entró en la oficina con el inconfundible kimono rojo al brazo.

mirándola cara a cara, dije con toda entereza:

—¡Señora Lisetta, es necesario que usted corte sus relaciones con Gerald Langley!

Frunció el entrecejo, se puso roja y preguntó en seguida, con rápido resentimiento, el por qué de mi orden.

—No quiero entrar en detalles ni en explicaciones, — repliqué. — Usted concederá, inmediatamente, a Gerald su libertad, pues, de no ser así...

Lisetta se irguió rápidamente y preguntó:

—¿Y bien? ¿De no ser así, qué? Tenga usted la bondad de terminar la frase. ¿Me amenaza usted, acaso?

—Sí, señora, — contesté con energía. — Usted hará lo que le digo o yo describiré cierta escena de la que fuí testigo, a bordo del Ramsés, la noche en que el señor Henri Lafont fué víctima de un... de un fatal "accidente".

—¡Usted presenció aquella escena! — exclamó poniéndose instantáneamente pálida. —¡Usted!

—¡Sí, yo! Usted tenía puesto su kimono rojo. No era posible confusión ninguna. Le ví a usted luchar con él y ví como usted le hizo caer al agua intencionalmente.

—¡Usted!... ¡Usted presenció el crimen! —exclamó Lisetta.

—Sí; fuí testigo de toda la escena. Ví cómo usted se encontró con Henri Lafont, cómo riñó con él y cómo lo empujó y le hizo caer, —repetí. — Pero no buscaré explicación ni manifestaré nada, ni diré una palabra sobre todo el asunto, si usted, por su parte, me promete que se marchará en seguida, sin dejar las señas de a donde se dirige y sin volver a comunicarse con Gerald.

La mujer permaneció en silencio durante unos breves instantes.

—No prometeré nada, — fué su desafiadora respuesta. — No le prometeré nada, señor. Amo a Gerald. Confieso que le amo ¿Pero está usted enteramente seguro de que me vió?

Su actitud era asombrosa. Seguía mirándome con aire de desafío y se negaba a mar-

charse de Asuán, aun cuando yo podía ver que lo que había dicho la había desconcertado. Estaba pálida, nerviosa y excitada.

Pero aún me esperaba una nueva sorpresa, pues aquella noche, al retirarme, Gerald me siguió a mi habitación.

—¡Felicíteme, viejo amigo mío! — gritó en cuanto hubo cerrado la puerta y sentado en mi cama. — ¡Lisetta me ha prometido que será mi esposa!

Me quedé inmóvil, enteramente aturdido, sin saber qué hacer, ni decir, ni pensar.

—¿Ha enterado usted de eso a su señora madre? — le pregunté en cuanto logré serenarme.

Gerald contestó negativamente.

—Pues bien, amigo Gerald, no le diga nada, — manifesté. — Guarde el secreto para usted solo, porque siento tenerle que decir que existe una poderosa razón para que usted no pueda casarse con Lisetta.

—¿Qué dice usted? — exclamó Gerald enteramente azorado.

—No puedo contestarle a usted esta noche, —fué mi respuesta, pues comprendí que el pobre joven era esclavo de aquella mujer.— No se impaciente, serénese, no diga nada a nadie y confíe en mí, — díjele.

—¡Pero si yo la amo! — dijo él. — Dígamelo todo. ¿Qué es lo que hay contra ella?

Callé un momento. Luego dije lentamente:

—Si no se ha retirado aun a su habitación, búsquela por el hotel y dígale que yo no haré lo prometido hasta mañana a mediodía. Ella sabe ya de qué se trata.

Permaneció un momento inmóvil, mirándome estupefacto, pero después de pronunciar algunas rápidas palabras, se volvió y salió apresuradamente de mi cuarto.

Aun no había terminado de vestirme, la mañana siguiente, cuando Gerald entró bruscamente y excitadísimo, en mi cuarto.

—¡Lisetta se ha ido! — exclamó. — Partió de improviso en el vapor "Arabia" que zarpó esta mañana a las seis. Anoche le dije lo que usted me manifestó. ¿Por qué razón tiene ella tanto miedo de usted? — preguntó angustiado. — Le ruego que tenga la bondad de decírmelo,—agregó.

—Eso es cuestión mía, Gerald, — le contesté. — ¿Le ha dejado señas para que le dirija la correspondencia?

—Sí. Son éstas. Léalas usted. — Y me entregó una breve esquela de despedida escrita con patética emoción y en la que figuraba la siguiente direción: Piazza de Araceli, 104, Roma.

Lisetta me había desobedecido en ese detalle.

Media hora más tarde una carta escrita por ella llegó a mis manos. Había sido escrita de prisa, poco antes de su partida y decía lo siguiente:

" Las señas que he puesto en la carta de
" despedida que he dirigido a Gerald no son
" exactas. Podrá usted verme, si lo desea,
" avisándome con anticipación, en cualquier
" un momento, a vía Palestro 93, Génova.
" Cuando usted regrese a Europa no deje
" de entrevistarse conmigo, pues podré darle
" algunas explicaciones de las que, en estos
" momentos no me atrévo a hablar por razo-
" nes que usted, a su debido tiempo, com-
" prenderá".

Nada dije a Gerald respecto a la carta que había recibido y le dejé entregado a sus tristes pensamientos, lamentando su pérdida.

* * *

AQUEL mismo día, paseando después del lunch, me encontré con la hermosa artista cinematográfica que siguiendo el paseo a mi lado, exclamó de pronto:

—Me han dicho que la hermosa italiana ha desaparecido precipitadamente. ¿Ha sido a causa del escándalo con su amigo Gerald? —y se rió irónicamente.

Sentíase triunfadora, pues era ella, ausente la otra, la más popular y buscada de las viajeras de nuestro grupo.

Dos días antes de que el vapor Ramsés partiera para efectuar el viaje de regreso al Cairo, el señor Bush, el gerente inglés vino a verme particularmente y, con suma sorpresa de mi parte, me invitó a ir con él a la oficina de policía de Asuán.

Allí fuí recibido por un cortés oficial egipcio, con su correspondiente fez, el cual, después de informarme de que se guardaría el secreto respecto a mi persona, me pidió que le dijera todo lo que yo había presenciado la noche fatal.

Aun cuando enteramente perplejo, le conté con toda la mayor exactitud cuanto había visto. Después de oir mi declaración, tocó un timbre, y un momento después, Lisetta Pallotta, a la que yo creía en el Cairo, entró en la oficina llevando al brazo el inconfundible kimono rojo. Juanto con ella entró también la gruesa camarera escocesa del Ramsés.

—Su relato es enteramente lógico y claro,—me dijo el oficial de policía.—Usted fué, sin duda, testigo del crimen, pero la señora Pallotta ha podido demostrar su inocencia, pues hemos comprobado de modo que no da lugar a la menor duda, que durante la noche en cuestión su kimono, que había sido dado a limpiar, fué, a las diez de la noche, puesto por la camarera en el camarote de otra pasajera, por error. La camarera aquí presente lo recuerda pefectamente. La pasajera que lo encontró, se lo puso pues, como es de color llamativo, podía ser distinguido en la oscuridad, de modo que se creyera que era su dueña la que lo tenía puesto. Ahora bien, la persona que se lo puso, ignora un detalle: que la camarera recuerda su equivocación.

—Sí,—dijo la corpulenta escocesa,—yo puse el kimono en un camarote que no era el de la señora Pallotta. Cuando entré, la mañana siguiente, con el té, en el camarote donde lo había dejado, ví que el kimono no estaba ya allí. Fuí entonces al camarote de la señora Pallotta ¡y el kimono estaba allí! Alguien lo había cambiado de camarote durante la noche.

—¡Casi no logro darme cuenta de cómo se produjo todo eso! — exclamé atónito.

Lisetta se volvió hacia mí y con la mayor tranquilidad, dijo:

—Mi kimono no estaba en mi camarote la noche de la tragedia. Yo me había puesto un batón violeta claro pues mi kimono había sido enviado a tierra, para que lo limpiaran, dos días antes. La mujer que lo halló en la cama de su camarote, donde lo habían puesto por error, se lo puso con el propósito de disfrazarse, y después, durante el revuelo que se produjo en el vapor, lo llevó, sin duda, a mi camarote, donde yo lo encontré la mañana siguiente. Pero, — añadió en voz baja,—yo no hubiera sabido nunca la verdad, si usted no me hubiese acusado de ser la autora del crimen.

—¡Pero entonces la identidad de la matadora de Henri Lafont tiene que haber quedado demostrada! —exclamé.

—Demostrada por completo. Una manifestación de la señora Pallotta y las averiguaciones de la policía de París respecto al señor Henri Lafont han revelado con toda claridad el motivo del crimen. Aquí tengo la orden de prisión que he recibido hoy del Cairo, para poder prender a la persona culpable del homicidio.

Me dió una hoja de papel.

Leí, inmediatamente el nombre manuscrito en el correspondiente blanco del documento impreso. Aquel nombre era: Nina Marie Védier.

—Creo,—agregó el oficial de policía al devolverle yo el documento,—que tendrá usted que molestarse y declarar como testigo ante la policía del Cairo. Siento mucho causarle esa molestia, señor. La mucama de la mujer acusada ha hecho también una declaración que corrobora la de la camarera.

✣ ✣ ✣

MEDIA hora más tarde acompañaba yo a Lisetta a bordo del Ramsés y cuando nos encontramos solos en la cubierta de paseo, cerca del sitio donde Henri Lafont había perdido la vida, ella me explicó la razón por la cual habría huido de Asuán.

—Es verdad que yo conocía tanto al señor Henri Lafont como a Nina Védier—dijo.—¡Les conocía muy bien! Lafont era un ladron conocidísimo, y él y su cómplice, la mujer que pretende ser estrella cinematográfica, vinieron a Egipto trayéndome a mí como reclamo. Le habían puesto los puntos al joven Langley al que Lafont había visto en un baile de un club, en Londres, como pájaro que valía la pena cazar, a causa de su gran fortuna y yo me ví obligada a servirle como al mono la pata del gato, porque...

—¿Por qué? — pregunté yo, percatándome de su vacilación.

—Pues bien... porque mi difunto marido había pertenecido, por desgracia, a la gavilla de esos canallas, lo que yo ignoraba cuando me casé con él, y me amenazaron con denunciarme, acusándome de no recuerdo qué, si no les ayudaba. En consecuencia me ví obligada, contra mi deseo, a venir. Instigada por ellos, procuré atraer a Gerald, pero de pronto me dí cuenta, horrorizada, de que nos amábamos. Me dije que yo no debía engañarle por servir a los ladrones Lafont y Nina, cuyo propósito era comprometerle primero y someterle después a un vergonzoso pero productivo chantage. De repente, sin embargo, aun cuando los tres habíamos fingido no conocernos y habíamos convenido no hablarnos, Nina tuvo una violenta pelea con Lafont. El la había amenazado porque Nina no le había obedecido en la ejecución de un tenebroso plan de chantage contra el anciano lord Weybridge, y ella, supongo, arrastrada por la desesperación ante los constantes planes infames de aquel hombre, resolvió librarse de él definitivamente.

Lisetta calló un momento, fatigada.

—Claro está que usted no desea que yo le diga nada de todo esto a Gerald,—dije.

—¿Cómo puedo pedirlo? Usted es un caballero de buena sociedad. Contemple el cuadro desde el sitio que le corresponde, pero piense que en todo lo pasado he sido ya una de las víctimas, — dijo la hermosa italiana. — Pues bien, Nina Védier, cuyo verdadero nombre el Claire Vignon, y que ha estado varias veces largas temporadas en la cárcel, preparó su plan cuidadosamente y consiguió librar al mundo de uno de sus peores canallas. Hasta logró hábilmente hacer recaer la culpa sobre mí. ¿Por qué? Porque yo era su rival en el afecto de Gerald.

—Y usted ¿ama realmente a Gerald? — pregunté mirándola fijamente a la cara.

—¡Sí! ¡Le amo! ¡Juro que le amo! Pero ¿cómo voy a atreverme a presentarme nuevamente ante él? Es de todo punto necesario que él sepa toda la verdad. Usted tendrá que cumplir la misión de decírsela... ¡Pobre Gerald! Y yo desapareceré para siempre de su existencia.

Aquel día Nina Védier, siempre alegre y contenta, — como todas las aventureras de su clase, — pareció sospechar, al percatarse de la súbita desaparición de Lisetta, que ésta había ido a la oficina de policía, pues cuando el oficial estuvo una hora más tarde en el hotel, se encontró con que Nina había tomado una excesiva dósis de veronal, de cuyos efectos falleció aquella misma noche.

Gerald no conoce la verdad hasta hoy, a pesar de que frecuentemente me ha pedido que se la diga. Nada pudo disuadirle de casarse con Lisetta, y en la actualidad viven muy felices en un hermoso castillo en Cumberland.

Gerald no ha pensado jamás en relacionar mi repentina aprobación de su compromiso con Lisetta con la trágica muerte de la falsa estrella cinematográfica.



Entonces, el más alto de los dos atacó con la ferocidad de un tigre, y desde la lancha, a pesar del jadear del motor, se oyó el golpe. Después, los dos hombres cayeron desde lo alto del arrecife a las rocas de la costa baja, estrellándose allí.

SEXTON BLAKE contra LEON KESTREL



LA ISLA DE LA VENGANZA

Asombrosa narración de conspiración y misterio en la que figuran SEXTON BLAKE, el famoso detective y LEON KESTREL, el maestro en disfraces.

CAPITULO PRIMERO

Una conspiración de violencia. — Sexton Blake en acción.—

¡CREAME, señor Harker, — dijo la señora Bardell, el ama de llaves con todo convencimiento cuando se detuvo un instante después de haber hecho pasar al conocido funcionario del D. I. C. (Departamento de Investigaciones en lo Criminal) a la salita de consultas de Sexton Blake. — Scotland Yard necesita que lo sacudan un poco. ¡Allí están todos dormidos!"

Blake, que había estrechado la mano del hombre de Scotland Yard y le había indicado una silla, miró sonriente a su ama de llaves.

—Así que usted supone que nuestro amigo Harker es sonámbulo, señora Bardell,— dijo.

—No pretendo ir tan lejos, señor Blake, —dijo ella, — pero como el señor Harker es detective de Scotland Yard, debe tener algo que ver con lo que pasa.

—¿Qué es lo que pasa? — preguntó Harker de buen humor.

—¿Y todos esos crímenes que se están cometiendo por ahí? — dijo la anciana estremeciéndose. — La gente tiembla cuando lee los diarios, porque todos los días matan a alguno y no se encuentra nunca al asesino. Los diarios empiezan a quejarse y hacen bien. "¿Dónde está el Departamento de Investigaciones en lo Criminal?", preguntan esta mañana. Y usted perdone, señor Harker, pero todos nos preguntamos eso mismo.

—Lo que pasa, — dijo Harker, sonriente, —es que hemos hecho un arreglo con los diarios para dejar que se cometan algunos crímenes, de modo que ellos tengan algo emocionante de que ocuparse.

—¡Eso es! — dijo Blake muy serio y haciendo una guiñada a Tinker. — ¿Qué vale la circulación de un infeliz cualquiera comparada con la circulación de una docena de grandes diarios?

La anciana suspiró. Miró luego a Harker y después a su patrón. Por último sorbió como si hubiese tomado rapé.

—No creo que sea una conducta digna de dos caballeros, — dijo, — el dirigir sus sarcasmos a una pobre mujer, viuda y vieja.

Y dicho eso, salió de la habitación.

Los dos hombres la miraron salir sonriendo, pero en cuanto se hubo cerrado la puerta tras ella, el de Scotland Yard se puso muy serio y miró a Sexton Blake con expresión que no tenía nada de alegre.

—Las mujeres adivinan con frecuencia, lo que los hombres no logran averiguar, Blake, —dijo.—Esa anciana tiene razón.

—¿En lo de que los de Scotland Yard están dormidos? — preguntó Blake, sonriendo.

—¡No! Pero tiene razón en sus temores. El jefe también se ha dado cuenta y está enojadísimo. ¡Hay allí ahora un alboroto!...

Blake hizo una mueca.

—Supongo que no le dará importancia a la campaña de la prensa,—dijo.

—¡Sí! — dijo Harker pensativo. — Y usted comprenderá, Blake, que la prensa es un poder al que es necesario tener en cuenta. Con la prensa en contra, con interpelaciones en la Cámara de los Comunes y con todo el mundo en guerra, la vida en Scotland Yard tiene que resultar insoportable. Y dicho sea entre nosotros, la prensa tiene razón. No saben nada sobre nuestra organización y nuestro modo de trabajar, ni quieren saberlo. Juzgan por los resultados y nada más.

—Y ese es el modo de juzgar, sea lo que sea, con sensatez,—dijo Blake.

—Exactamente. Y cuando los resultados no se ven...

Se encogió de hombros y llevó la mano al bolsillo del que sacó un montón de papeles.

—Tenemos que sufrir el vapuleo, sea como sea, Blake, — agregó recorriendo y clasificando rápidamente los papeles que había sa-

cado del bolsillo. — Uno de nosotros es enviado a hacer averiguaciones sobre un caso y fracasa. Ya puede tener cincuenta excelentes excusas que expliquen por qué no logró dar con el criminal. Ya puede haber trabajado con alma y vida. No ha tenido éxito y hay que criticarlo. El público se personaliza con el jefe y el jefe amonesta al personal a sus órdenes.

"Y el jefe dice que es necesario estar en constante actividad, que hay que estar alerta por si se produce algo. Usted debe obtener información cueste lo que cueste. "Aun cuando no haya nada que hacer, agrega, es necesario estar ocupadísimo. Cuando el caso se presenta es cuando se aprecia todo lo que se ha hecho y ustedes estarán organizados de modo que no se verán vencidos". Así habla el jefe.

El hombre de Scotland Yard hizo una mueca, pues como hombre de experiencia sabía que la vida real no se aviene con las teorías de los criminalogistas.

—Ese es el temporal que nos ha caído encima, — añadió con amargura, — y los cargos son de los que no tienen defensa. Se trata de una vaga acusación de pasada inactividad, de indolencia, que un hombre consciente no se pone a discutir. Si el hombre toma la cosa con interés y trata de demostrar que ha trabajado bien, el jefe se encoge de hombros y exclama: "Sí, pero lo que yo he dicho lo he dicho en general, refiriéndome a todo el movimiento de toda la repartición, no a ningún empleado en particular".

Blake inclinó la cabeza, simpatizando con las manifestaciones de su amigo.

—¿Han tenido ustedes una época de prueba, últimamente?—preguntó.

—Sí, — dijo Harker. — Se ha tratado de casos como los de Jack the Ripper...

—¡Ah! ¿Se refiere usted a esas desapariciones?

—Homicidios y desapariciones, — dijo Harker. — Parecen ser obra del mismo hombre. Y sin embargo, no son. ¿Ha seguido usted con atención el desarrollo de esos casos?

—No con gran atención, — dijo Blake.

—Entonces voy a recorrerlos brevemente, —dijo el de Scotland Yard. — Tal vez usted logre dar con una idea respecto a ellos. Una idea que...

—Tendría mucho gusto en poder serles útil... si me es posible, — dijo en seguida Blake. — Empiece usted.

El de Scotland Yard eligió una hoja escrita a máquina y tosió para aclararse la voz.

—Aquí traigo unas explicaciones breves sobre cada caso, — dijo. — El que ha producido mayor alboroto ha sido el caso de Vishart.

—¿El almirante Vishart?

—Sí. Ha desaparecido y se ha comprobado de sobra que hubo crimen. Vivía en Fowey, cerca de Falmouth. Salió una tarde a pasear por el parque que rodea a la casa y no se le ha vuelto a ver. Se hallaron rastros de pelea cerca de la orilla del río, pues el río pasa por las tierras de la casa, pero no se halló ni rastro del almirante. El río fué dragado y ahora es dragado de nuevo, pero no se ha hallado ni el menor rastro del cuerpo.

—¿No han encontrado ustedes al que lo atacó? — preguntó Blake.

—No. Pero andamos en busca de un hombre. Después de mucho averiguar logré saber que Vishart era uno de esos jefes de la antigua escuela del terror, un tipo gritón y algo más, odiado por todos sus inferiores. Los trataba peor que animales. En uno de los buques, en Devonport, había un jefe de fogoneros, al que Vishart maltrató de tal modo, que le arruinó para siempre, sólo por una pequeña falta. Ese hombre, que se llama Clarke, había llegado a suboficial por sus propios méritos y fué reducido de nuevo a la condición de fogonero, después de haberle hecho condenar a sufrir treinta días de calabozo. Al verse tratado así, Clarke declaró que cuando saliera en libertad, iba a "arreglar" al almirante, — prosiguió Harker.— Y el hecho se produjo dos días después de haber salido Clarke en libertad. Ahora no es posible hallarle por ninguna parte. En los libros del buque figura como prófugo. No he podido hallar ni el menor rastro de él.

Blake inclinó la cabeza, pensativo y el de Scotland Yard tomó otra hoja de papel.

—La policía de Devon se ocupó del asunto, — dijo Harker, — pero no pudo sacar nada en limpio. Entonces, como los diarios empezaban a gritar, recurrió a nosotros. El jefe conocía a Vishart personalmente y se presentó en Fowey con numeroso personal. Todos esperaban que se arrestara a alguien a las pocas horas, pero no sucedió tal cosa, lo que molestó mucho al jefe. Ese fué el primer caso.

Blake y Tinker esperaron a que Harker tomara otra hoja de papel y estudiara lo que en ella había, escrito a máquina.

—¿Ha leído usted las crónicas del caso de Inch — preguntó.

—¿Sir Isaac Inch, el dueño de infinidad de panaderías? ¡Sí!

—Bueno, ¿qué ha pensado usted de eso? —preguntó Harker.

—Pareció un suicidio, pura y sencillamente, en el primer momento, — dijo Blake.

Harker movió negativamente la cabeza.

—No dimos a la prensa sino parte de la información reunida, — dijo. — Fué un crimen. Estoy seguro de que fué un crimen. Pero el caso fué muy parecido al de Vishart, excepto en que, en lo que a Sir Isaac Inch se refiere, no lograron hallar motivo ninguno. El cuerpo desapareció de modo misterioso, así que ni podemos demostrar que se trató de un asesinato. Debo confesar que en este caso fracasamos por completo. No hemos hallado ni lo que se llama el vestigio de un indicio.

—Y es de suponer que eso agregara carbón al fuego del furor del jefe, ¿eh?—dijo Blake sonriendo.

Pero Harker no se sonrió

—Ha estado insoportable durante algunos días, — dijo. — Esos dos hombres eran muy conocidos. Tienen amigos influyentes que han contribuído a levantar la polvareda...

—Al público británico, — dijo Blake,—le gusta un buen misterio. Pero no le gusta que el misterio quede sin solución. Esto ofende su respetable sentimiento de curiosidad. ¿Son esos los únicos casos de que deseaba hablarme, Harker? ¿No ha tenido otros últimamente?

—No, — dijo Harker casi sorprendido.—Creo que son suficientes por ahora. Pero hay otros casos de menos importancia que todavía no han sido solucionados. ¡Cuando le digo que Scotland Yard se encuentra en uno de los más accidentados meses de su existencia!

Blake bajó la cabeza pensativo y miró después, a Tinker.

—Muchacho, — dijo, — hágame el favor de darme la colección de esta semana, del diario de la mañana.

Tinker se la alcanzó y Blake fué volviendo las hojas lentamente.

—Comprendo que esté usted indignado contra el jefe porque ha dicho lo que ha dicho, Harker, — manifestó. — Pero al mismo tiempo imagino que tiene razón.

—¿En qué sentido, Blake? — preguntó el de Scotland Yard mirando rápidamente al detective.

No había resentimiento en su actitud. Había sólo interés. Se notaba en la actitud de Blake algo que hacía suponer que el detective iba a hacer alguna manifestación de importancia.

—Tuvo razón al criticar la falta de interés investigador de sus empleados superiores, — dijo. — Creo, por mi parte, que no debían haber tenido tan cerrado los ojos.

—¿Le parece, Blake? — preguntó Harker sin resentimiento.

—Sí; ustedes merecían la crítica del jefe, probablemente. Lo irónico es que el jefe tuviera que ser inspirado por la prensa, pues la prensa es la que tiene los ojos más cerrados que nadie en el mundo.

El de Scotland Yard miró de nuevo a Blake, con mayor interés.

—¿Sabe usted algo? — le preguntó rápidamente.

—¿Yo? ¡Nada! — dijo Blake tranquilamente.—Es decir, nada más de lo que el mismo diario me dice. ¿Ha leído usted los diarios, en los últimos tiempos?

—Los leo siempre, — dijo Harker,—pero confieso que he estado tan ocupado últimamente...

—¡Eso es! Y eso es lo que le ha puesto en condiciones de inferioridad, Harker. Ningún hombre debiera estar nunca tan ocupado para no tener tiempo de cumplir con su obligación. Y todo detective debe pasar la vista por la "Columna de las Angustias" o sea los "Avisos Personales" de los diarios, aun cuando no lea lo demás.—Volvió por completo la colección de diarios, puestos en una carpeta que permitía hojearlos como un libro, pasó varias páginas y después señaló un sitio de una página, con el dedo.—¿Fué el almirante Vishart asesinado el día diez?—preguntó. Y Harker revisó sus notas.

—Sí; en la noche del diez,—contestó.

—¿Y su nombre era James Edward?

—No lo sé, — dijo Harker mirando sus papeles.—Era contraalmirante, pertenecía al Estado Mayor de Marina y...

—Ahí en la mesa hay una "Who'swho", el libro de las biografías, — dijo Blake.

El de Scotland Yard lo tomó y volvió rápidamente las páginas.

—"Viliers",—leyó en voz alta.—"Vine"... "Vishart, comodoro"...

—¡Ese es el hombre! Fué ascendido durante la guerra,—dijo Blake.

—"James Edwart Campbell Vishart",—leyó Harker en alta voz.

Y Blake inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Ya me lo figuraba. En la "Columna de las Angustias", del diario que salió el 10 de Julio por la mañana se lee este breve párrafo:

"Requerido para juicio: James Edward Vishart.—W. P. L. S."

Harker miró a Blake y después saltó de la silla y fué a mirar el aviso del diario.

—¡"W. P. L. S.", Blake! — exclamó.—¿Qué quieren decir esas iniciales?

—¡Debíamos saberlo de memoria! — exclamó Blake.

—¡El Sindicato Kestrel!—gritó Harker.—¡Y es cierto,—agregó.—"W. P. L. S." son las iniciales de "War Profits Liquidation Syndicate" (Sindicato Liquidador de las ganancias hechas con la guerra)!

Se trataba, efectivamente, de una combinación del pillo de Kestrel contra la cual había actuado con éxito Sexton Blake, anulándola en su primer empuje.

Harker se puso muy pálido y exclamó:

—¿Estamos nuevamente ante Kestrel, entonces?

Blake asintió con un movimiento de cabeza.

—Pero, — dijo Harker, mirando hacia la colección de diarios,—¿qué más hay ahí?

—En el número del once—dijo Blake,—hay lo que yo, en el primer momento creí una repetición del aviso anterior. En cierto sentido es una repetición, pero, por otra parte, es enteramente distinto.

Volvió las hojas de los diarios hasta que llegó a la columna "Personales", un diario del siguiente día. Con el dedo índice señaló unas líneas en tipo pequeño. Harker se inclinó y leyó:

"Requerido por el Tribunal: William Clarke.—W. P. L. S."

Esta vez el de Scotland Yard tomó la carpeta con los diarios y volvió a leer el mensaje de más cerca, leyendo luego toda lacolumna por si acaso tenía algo más de interés. Miró después a Blake con los ojos relucientes de entusiasmo.

—¡Esto es infernalmente extraño, Blake!—

exclamó.—William Clarke es el nombre del fogonero a quien andamos buscando. Es el hombre de quien sospechamos; el que mencioné hace un rato.

—Precisamente, — dijo Blake.

—¿Pero qué es lo que significa eso?—preguntó Harker.

—Yo sé lo mismo que usted, Harker.

—Pero usted debe tener una teoría. ¿Qué sospecha usted?

—Sospecho que Kestrel es el que lo maneja todo,—dijo Blake lacónicamente.— Después de eso no puedo permitirme ninguna teoría hasta haber averiguado algo más. Pero tratándose de Kestrel debe uno hallarse preparado para lo más extraordinario.

Tomó de nuevo la colección de diarios y volvió las páginas nuevamente.

—En la mañana del veinte, — dijo Blake, —el aviso apareció con otro nombre. Esta vez intimaba a Isaac Leviticus Cohen, que era requerido "para juicio."

Harker no pudo reprimir una sonrisa.

—Uno de los "elegidos", en más de un sentido, ¿eh Blake?—dijo.

—Sí; así parece,—dijo Blake.— ¿Le conoce usted?

—No.

—Pues yo creo que sí lo conoce.

Harker movió negativamente la cabeza.

—Confieso que conozco a mas de un Isaac Cohen, en el barrio de Shoreditch, — dijo— pero no puedo decir si conozco especialmente a ese...

Calló podque se había percatado de que Sexton Blake sonreía de modo particular. De pronto la verdad iluminó su mente como un relampago.

—¡Sí! ¡Qué tonto soy! ¡Lo había olvidado! El nombre de Inch era Cohen. Es Sir Isaac Cohen. Pero Inch es el nombre que emplea en sus transacciones comerciales. ¡Dios mio, Blake! ¡Entonces yo tenía razón! Los dos crímenes fueron iguales, es decir casi iguales.

—Como usted dijo, — manifestó Blake,— fué él uno de los "elegidos". Pero aun hay otro.—Y volvió de nuevo las hojas de los diarios.

—En el diario del siguiente se puede leer el siguiente aviso.

REQUERIDO POR EL TRIBUNAL

Edward Parsons

—¿Ha tenido usted noticia de la muerte o desaparición de un hombre de ese nombre?

El de Scotland Yard frunció el ceño y miró a Blake.

—No lo sé, — dijo pensativo.—Yo... ¡Un momento!

Sacó del bolsillo un ejemplar de una circular impresa repartida por el D. I. C. para informar a sus varias secciones. Había también varias copias de breves informes. Las recorrió rápidamente y después miró a Sexton Blake.

—¡Sí! ¡Que me cuelguen si no es éste!— exclamó.—Pero... ¿sabe usted, amigo Blake que esto tiene un aspecto muy siniestro?

—¿Qué información es la que tiene usted? —preguntó Blake secamente.

—Edward Parsons es un obrero panadero que trabaja de noche en Camberwell,—dijo Harker. — Desapareció la noche del veintidós. Se teme que a consecuencia de un crimen, pero la policía y su esposa, se inclinan a creer que se trata de un suicidio. Parsons estaba enfermo, muy enfermo, destruído por el trabajo que hacía, segun creo. Víctima de la explotación del patrón y de un trabajo matador como es el panadero que trabaja durante la noche.

—¿Quién era su patrón? — preguntó Blake.

—La empresa de los "Grandes Almacenes Universales—Servicio Rápido", — leyó Harker.

—¡O, con otras palabras, Inch! — dijo Blake tranquilamente. Y Harker le miró con admiración.

—¿Inch? — dijo. — ¡Cómo! ¿Eh?.. ¿Qué hay oculto detrás de todo esto, Blake?

—Usted sabe tanto, o tal vez más que yo,— dijo Blake.—Pero me parece que nuestro amigo el maestro en disfraces, está empleando a su sindicato en alguna nueva empresa que no se detiene ni ante el homicidio.

—¡Kestrel no se detuvo jamás ante nada!— dijo Harker.

Blake asintió. Pero, como dijo, no era posible comprender la moralidad del grandísimo pillo. Si Kestrel consideraba que determinada persona estaba mejor fuera de su camino, tomaba la ley en sus manos y la suprimía. Para él eso no era crimen. Era justicia. La diferencia estaba en que él era acusador, juez y verdugo.

—¿Sabe usted algo relativo a Sir Isaac Inch? — preguntó Sexton Blake a Harker.

—Era un judío, — dijo el hombre de Scotland Yard, — fabulosamente rico y muy generoso.

—¿Con su personal? — preguntó Blake. Y se oyó una risa disimulada procedente del sitio donde estaba Tinker, que hasta ahora lo había escuchado todo con suma atención.

—Creo que no, señor, — dijo. — La compañía "Servicio Rápido" es una de las instituciones de Londres que más explotan a empleados y obreros. Las panaderías que posee son algo terrible.. Docenas de obreros de esas panaderías mueren tuberculosos todos los años.

—¿Hace Inch algo en favor de ellos?— preguntó Blake.

—¡Ni lo más mínimo! — dijo Tinker indignado. — Los trata como a ganado.

Blake inclinó la cabeza y miró con intención a Harker.

—Cuando usted empiece a encontrar analogías, — dijo, — usted empezará a comprender el propósito de Kestrel. Los casos son muy semejantes. En uno tenemos a un almirante tiránico que voluntariamente arruina y manosea a uno de sus hombres, un

autócrata de la marina. En otro tenemos a un autócrata comercial, que explota a uno de sus trabajadores hasta que el hombre se ve arrastrado a tomar desesperadas medidas.

—¿Cree usted que hay algún parecido entre el caso del fogonero Clarke y el del panadero Parsons? — preguntó rápidamente Harker.

—Es posible.

—¿Cree usted que Sir Isaac Inch puede haber sido asesinado por Parsons, así como Vishart por Clarke.

—No es improbable, — dijo Blake.

El hombre de Scotland Yard, con las manos a la espalda paseó de un lado a otro de la salita con la frente arrugada, pensativo. Blake había logrado lanzar un nuevo rayo de luz hacia aquellos dos casos. Una renovada esperanza reanimaba a Harker. De pronto, el inspector se detuvo ante Sexton Blake.

—Mire, Blake, — exclamó. — ¡Estoy de acuerdo con usted! No es posible dudar de que es Kestrel el que está detrás de todos esos crímenes. Pero yo no creo que sea él el ejecutor.

—¿No lo cree usted?

—No. Creo que él ha sido el instigador. El los ha preparado perfectamente y nada más. La acción del "War Profits Liquidation Syndicate" debía incluir en su acción a hombres como Vishart e Inch. ¿No le parece?

—Sin duda, — dijo Blake. — Kestrel ha dicho muchas veces que está decidido a hacer guerra a muerte a todos los "parásitos y tiranos". Con seguridad considera a Inch y a Vishart como pertenecientes a esa categoría, aun cuando actuaran en diferente medio.

—Y los dos eran suficientemente malos para merecer que los suprimieran, ¿eh?— dijo Harker. — En mi opinión, Blake, Kestrel ha arrastrado a esos dos hombres a cometer sus crímenes. Lo ha preparado y lo ha arreglado todo. Estaba de acuerdo con sus teorías el hecho de que Vishart hallara la muerte en manos del hombre que tenía más razón para odiarle, ¿no le parece?

—Eso estaría muy de acuerdo con el credo de Kestrel,—dijo Blake.

—Eso es lo que pienso, — manifestó Harker. — Lo mismo ha tenido que suceder con el obrero nocturno de la panadería. Había perdido la salud, casi la vida, trabajando explotado por Inch, Kestrel le presentó la oportunidad de la venganza.

Blake no inclinó la cabeza asintiendo. En lugar de eso se levantó de su butaca y con una mano apoyada en la repisa de la chimenea, se quedó mirando, pensativo, al fuego. Harker paseó durante un rato de un extremo a otro de la salita.

—Kestrel fué el que los metió en ello, Blake, — insistió Harker, — y debido a eso los cadáveres han desaparecido. Además, Kestrel debe ayudar a Clarke y a Parsons a ocultarse. Lo natural será que ahora, los dos, se transformen en fieles miembros de la gavilla de Kestrel. ¿No lo cree usted así?

—Eso es posible, — dijo Blake, aun cuando no había mucho entusiasmo en su frase.

—Pero como vino usted tan temprano, Harker, aun no había leído el diario de esta mañana. No está aun en la carpeta, ¿no es así, Tinker?

—No, señor, aún no está puesto, — dijo Tinker.

Se levantó de un salto y tomó un diario, aun doblado, de un montón que había en una estantería y se lo dió al detective.

Blake lo desdobló y recorrió con la mirada la columna de los avisos "Personales". Harker se volvió rápidamente, deteniéndose en su paseo al oír una súbita exclamación que había brotado de los labios de Blake mientras leía.

—¿Qué es eso, Blake? ¿Algo de nuevo?— preguntó el de Scotland Yard.

—¡Fíjese usted en esto! — dijo Blake rápidamente.—¡Pronto!

Harker estuvo en seguida a su lado. Sus ojos buscaron nerviosamente las líneas de tipo pequeño que Blake le indicaba con el dedo.

Y leyó:

"Requerido para juicio: Winstead Abbott, abogado. Y también W. F. Prenderghast. —W. P. L. S."

—¡Winstead Abbott! — exclamó Harker. —Conozco el nombre. ¿Quién diablos es?...

—¡Vamos, Harker! — dijo Blake algo impaciente. — Usted ha conocido a Winstead Abbott, el abogado eminente, miembro del Real Consejo de Abogados.

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí! — exclamó Harker. — Pero en el primer momento no reconocí el nombre, despojado de sus títulos y honores. Es un notabilísimo abogado criminalista. ¡Vaya si debo conocerlo!

Blake miró fijamente al hombre de Scotland Yard.

—Tiene usted buena memoria, — dijo. — ¿Recuerda usted algo sobre ese señor?

—Personalmente no,—dijo Harker.—Sólo sé que tiene una lengua como una daga de doble filo. Es el hombre que logró hacer absolver al conocido Tug Wilson, el acusado del crimen cometido en una plantación de lúpulo, cerca de Sevenoaks. Todos nosotros sabíamos que Tug Wilson era culpable y nadie lo sabía mejor que Abbott; pero peleó como un tigre en favor de aquel canalla y logró hacerle declarar inocente.

Harker refirió uno o dos casos más relativos al famoso abogado, y Sexton Blake le escuchó con toda atención aun cuando hubiera podido narrar al de Scotland Yard muchos casos más y más importantes. Pero de la estantería tomó un anuario legal y buscó en él la biografía del bien conocido abogado. Blake leyó en silencio durante unos cuantos minutos.

—¿Cuál es el otro nombre mencionado en el aviso junto con el de Winstead Abbot?— preguntó el detective.

—Prenderghast, — dijo Harker. — W. F. Prenderghast.

El de Scotland Yard miraba el rostro de Blake esperando notar en él algún cambio de expresión. Vió que el detective hacía una extraña mueca.

—¡Oiga usted lo que dice este párrafo, Harker! — dijo.

" Winstead Abbot conquistó su fama co-
" mo abogado, por el modo magistral en que
" dirigió el asunto de las famosas falsifica-
" ciones de Clarity House. El secretario de
" la compañía, W. F. Prenderghast fué ha-
" llado culpable y condenado a sufrir quin-
" ce años de trabajos forzados. Hubo un
" momento del proceso en el que se creyó
" que el abogado defensor salvaría a su
" cliente. Pero Winstead Abbott volvió a
" atacar presentando los hechos con tal ha-
" bilidad que después de complicadísimos y
" habilísimos careos, ya no quedó duda so-
" bre la suerte que esperaba al acusado".

Harker miró a Blake fijamente, cuando hubo terminado y se había quedado pensativo, como procurando recordar.

—Sí, — dijo. —Ahora recuerdo el caso. Hace como seis años de eso. Prenderghast fué enviado al establecimiento penal de Broadmoor y creo que dió bastante qué hacer, pues de otro modo, ya le hubieran conmutado la pena por otra más liviana.

—Prenderghast, ¿está todavía en el presidio de Broadmoor? — preguntó Sexton Blake.

—Creo que sí. Por lo que recuerdo, todos le teníamos lástima en Scotland Yard. En realidad no creíamos que fuera culpable del delito por el cual le condenaron.

—Recuerdo también el caso, — dijo Blake. — Se dudaba de que fuera culpable. Las dudas eran muy graves y fundadas, si no recuerdo mal.

—¿Pero qué es eso? — preguntó Harker volviendo a mirar al aviso. — ¿Por qué están asociados aquí los nombres de Winstead Abbot y Prenderghast.

—La razón, según me parece, — dijo Blake, — es tan clara como siniestra.

—¿Qué quiere usted decir?

—Suponiendo que Prenderghast era inocente, — dijo Blake, — y que Abbott le hizo condenar... ¿Puede usted imaginar un motivo más evidente para tomar venganza?

Harker empezó a sentirse alarmado. Golpeó en el diario con febril ademán.

—¿Usted cree que este aviso es el prolegómeno o el anuncio de otro crimen? ¿Cree usted que Kestrel se propone?...

—¡Mi querido Harker! — dijo Sexton Blake rápidamente.—Yo no creo nada. Pero hay una terrible correlación entre todos esos avisos del diario. Es curioso, o me parece curioso, que en Scotland Yard no lo hayan visto y no lo hayan comentado antes que yo.

Harker seguía paseando sin descanso. Se le notaba en el rostro la agitación que le dominaba, cosa que le pasaba pocas veces.

—¡Ya comprendo!—murmuró. — Los dos hombres son citados por ese tribunal de Kestrel, sea el que sea, y son citados como lo fueron los de antes. Abbott es requerido como víctima, Prenderghast como instrumento de la venganza. Pero ¡mil diablos! ¿cómo puede suceder eso? ¡El hombre es un presidiario! Está en el establecimiento penal de Broadmoor, donde con seguridad, ha de estar todavía algunos años...

Calló, paseando de nuevo hasta que por último tomó su sombrero de la esquina de un cuadro, — sitio que escogía siempre como percha, — y se dirigió a la puerta.

—Tengo que ir a ver al jefe e informarle de todo esto, Blake, — dijo. — Va a resultar como una reprimenda para él y después de enterarse, no podrá gritar tanto como antes. El jefe recibe todos los diarios todas las mañanas y bien podía haberse fijado...

Calló por que en aquel instante se oyó repicar rápidamente la campanilla del aparato telefónico. Tinker se acercó al aparato y tomó el auricular.

Un momento después se volvió hacia Sexton Blake.

—De Scotland Yard, señor, — dijo. —Dicen que... ¡Un momento! ¡Sí! ¿Qué deseaba usted?

La voz de la persona que hablaba del otro aparato se oía con toda claridad en el receptor.

—Sí, el señor Harker está aquí. Voy a decirle que se acerque al aparato, — dijo Tinker.

Harker había ido a casa de Sexton Blake para conversar unos minutos en forma enteramente particular, y había dicho a donde iba a un subalterno para que le avisara en caso de que sucediera algo urgente. Por eso Harker dirigió una mirada de aprensión a Blake y acercándose al aparato, se llevó el tubo al oído.

—Sí; habla Harker. Sí, señor jefe. Precisamente iba a salir ahora de regreso, — dijo con todo respeto.—¿Cómo dice señor jefe? ¿Quien? ¡Dios mío!

Blake pudo darse cuenta, por la expresión del rostro del hombre de Scotland Yard, y por la rápida mirada que dirigió al detective, que era algo muy importante lo que le habían dicho por teléfono. Harker escuchó con atención lo que le decían, interpelando alguna palabra de vez en cuando.

—Sí, ahora iré a donde dice,—dijo.—Pero antes necesito ir a verle, señor jefe, pues tengo algo muy importante que decirle. ¡Sí, claro está! ¡En seguida!

Cuando el de Scotland Yard colgó el tubo, Blake notó que le temblaban un poco los dedos.

—¡Dios mío, Blake! ¡Tiene usted razón!— exclamó.

—¿Qué ha pasado?

—El aviso del diario: la amenaza contra Winstead Abbott, Kestrel está decidido a llevarla a la ejecución.

—¿Pero por qué? ¿Por qué, Harker? —preguntó Blake casi irritado pues el de Scotland Yard no se explicaba con claridad.

—¡Prenderghast se ha escapado! — dijo Harker.—¡Se ha escapado del presidio de Broadmoor!

Los ojos de Blake relucieron un momento. Después dijo con pausado acento:

—¿Cómo logró escaparse?

—Ayudado por unos cómplices, segun me ha dicho el jefe. Unos cómplices con un aeroplano. En otras palabras: el Sindicato.

—¿Con un aeroplano dice usted? — preguntó rápidamente Sexton Blake.

—Sí. Aun no tienen todos los detalles,—dijo Harker. — Segun he logrado entender, el penado estaba trabajando con el resto de su cuadrilla, en la zona pantanosa, cuando un aeroplano descendió describiendo círculos, como si no estuviera muy seguro de su rum- De repente descendió con toda suavidad, pasando por sobre la cabeza de los trabajadores y tan bajo que la soga que colgaba de él, tocaba el suelo. Había dos hombres en el aeroplano, que se rían porque algunos de la cuadrilla y los guardianes habían corrido, alejándose temerosos de que les tocara el aparato.

"Pero el número 83, que era Prenderghast, dejó caer la pala y se agarró a la soga cuando pasó el aeroplano. Consiguió correr agarrado a ella una corta distancia y entonces la máquina acrecentó su rapidez y se elevó de nuevo, como si todo hubiera sido convenido de antemano.

"El penado, según dice el informe, se colgó de la cuerda, fuertemente agarrado y con peligro de muerte, pues pronto estuvo a más de cien pies de altura, colgando tras el aparato como una extraña cola, porque se veía que habían dado mayor velocidad al motor.

"De este modo, — explicó Harker, — los guardianes de Broadmoor le vieron partir y dicen que los aviadores no hicieron nada por ayudarle a subir al fuselaje. Pero el jefe dice que se sabe por un pastor de la región pantanosa, que el hombre saltó al pasar sobre un grupo de arbustos, se levantó en seguida mientras el aeroplano ascendía de nuevo.

Blake escuchó atentamente mientras Harker narraba lo que le habían dicho por teléfono. No dudaba ninguno de los dos de que la evasión había sido parte de la bien planeada combinación del Sindicato Kestrel. Pero Blake y Harker tenían datos que el jefe de Scotland Yard no conocía todavía.

—¿Tiene usted que ocuparse del asunto ese?—preguntó Sexton Blake.

—Sí. El jefe está muy interesado en ello.

—¿No se figura que la llegada del aeroplano pudo ser enteramente casual? — preguntó Blake. — Cualquier hombre a quien se le presente igual oportunidad intentará con igual valor, aprovecharla. Y cualquier aviador es capaz de hacer lo que hicieron los de ese aparato... Después de todo está la declaración del pastor que dice haber visto al penado en el momento de descender del aeroplano en la zona pantanosa.

—Sí. El jefe ha pensado todo eso, Blake,—dijo Harker. — Pero no tiene nada de tonto y considera que la evasión debe ser consecuencia de un bien combinado plan, lo que, como usted comprenderá, abre nuevo campo a las investigaciones y demuestra, por otra parte, la existencia de un nuevo peligro. Si la gente empieza a rescatar penados en aeroplano, será necesario variar todo el sistema de vigilancia.

—¡Ah! Por eso desea que vaya usted allá y haga una completa investigación, ¿no es así, Harker?

—Así es, Blake,—dijo Harker.—El jefe me ha dicho que puede ser que se desista de mi viaje, pero yo voy a prepararme para ir. Por lo pronto están recorriendo las inmediaciones en busca del evadido y puede ser que lo encuentren en el momento menos pensado.

Blake sonrió escépticamente y miró al de Scotland Yard.

—No creo que lo encuentren, — dijo. — Mucho temo, Harker, que eso sólo haya sido el primer acto del drama. ¿Sabe usted dónde vive Winstead Abbott?

—Tiene su mansión en Catlingham, señor, —dijo Tinker, que había seguido leyendo la biografía del anuario.

—¿Va usted a ir allí —preguntó Harker rápidamente y con temor.

—Sí, voy, — dijo lake. — El camino es largo, pero con suerte, Tinker y yo podremos llegar a tiempo para...

Calló, encogiéndose de hombros.

—¿Para qué? — preguntó entonces Harker con sumo interés.

—Para cortar el drama antes del segundo acto,—dijo Blake con intención.



CAPITULO II

En casa del famoso abogado. — Una visita inesperada. — La advertencia. — El ataque.

ENTRE los abogados famosos que ejercían su profesión en el foro inglés, no había ninguno más versátil que Winstead Abbott; ninguno podía alegar con mayor eficacia, emocionando con sus frases de ternura a un jurado demasiado rígido, ninguno podía expresarse con más fuego y más energía, con frases más punzantes e hirientes, cuando eso convenía a la realización de sus propósitos.

Poseía en grado sumo la facultad de adaptarse a todas las situaciones y su conocimiento de las leyes criminales era tan profundo que bastaba que él tomara a su cargo una defensa para que se considerara que la sentencia le sería favorable.

Para Winstead Abbott su profesión era todo lo que le preocupaba en el mundo, y debido a eso ni había tenido tiempo, ni sentido deseo, de fundar su felicidad en algo más sólido que su éxito profesional. Lo que en la vida interesa y atrae a los demás hombres, había pasado por su lado sin que él lo echara de ver.

Su temperamento le inclinaba a seguir soltero. Su naturaleza le hacía desear el vivir como vivía, en espléndido aislamiento, en su casa de Catlingham, — pues siendo abogado era esclavo de los "precedentes", — y varias generaciones de Abbotts, más sensatos y más felices que él, le habían precedido en aquella mansión.

Si el eminente abogado se hubiese guíado por la filosofía de su propia profesión en lugar de procurar costantemente seguir la filosofía de los demás, hubiera sido dueño de una recta conciencia.

Pero Winstead Abbott no tenía tratos de ninguna clase con la verdad y en consecuencia no tenía en qué emplear los consejos de la conciencia, aun cuando de tarde en tarde las puertas de su imaginación casi cerradas, dejaban paso a la visión mental de algún desdichado prisionero a quien él había maltratado, acusado y vencido, atado a la rueda de la Fortuna.

El abogado estaba sentado, solo, en su estudio, con la pluma apoyada en el papel en que trazaba las líneas de un libro que se proponía publicar, un libro sobre el arte sublime del ejercicio de la abogacía.

"Cuanto mayor sea su hipocresía, — había escrito, — mejor defenderá usted un caso desagradable".

Winstead Abbott volvió a leer lo que había escrito, sonriendo picarescamente. Había dejado que la pluma trazara una frase que expresaba con exactitud lo que él pensaba de su profesión, pero no le emocionó ni lo más mínimo el cinismo de la frase que había escrito.

La puerta del estudio se abrió y entró por ella, apresurado, un hombre de cabello blanco.

El abogado levantó la vista y le miró con extrañeza.

—¿Qué es eso, Melhuish? Le noto a usted agitado.

—Ahí está alguien que desea ver al señor con toda urgencia, — dijo el mayordomo. Abbott tenía pocos sirvientes. — Es una señorita joven, señor.

Durante un momento, el abogado le miró con incredulidad. Después, con su tono normal de voz, dijo:

—Bueno, eso no es razón para que se agite usted tanto. Supongo que no tiene nada de extraño que venga a verme una joven.

—¡Claro que no, señor! ¡Claro que no! ¡Yo no estoy agitado, señor! Unicamente como es un caso tan poco común.

—¿Quién es esa joven, Melhuish? — preguntó.—¿Qué desea?

—Desea ver al señor personalmente y en seguida, señor. Parece hallarse muy emocionada, como si se tratase de algo muy grave.

—¿Y su nombre? ¿Cómo se llama?

—Glendower, — dijo el sirviente, — la señorita Ivette Glendower, señor.

El abogado permaneció en silencio unos momentos, murmurando algo entre dientes.

—Es algo extraño, Melhuish, — dijo. — Pero más vale que haga usted pasar a esa señorita Glendower. Hágala pasar aquí mismo y usted... usted se quedará aquí mientras esté ella, Melhuish.

El sirviente hizo una reverencia y salió a cumplir la orden, descendiendo al piso bajo. Winstead Abbott esperó, con curiosidad, a la puerta de su estudio y se extrañó al oir una voz casi infantil que contestaba al sirviente mientras subía por la ancha escalera de roble y cuyos livianos pasos eran seguidos por los pesados del mayordomo, que hacían crujir los peldaños.

Siguiendo a Melhuish cruzó la joven el rellano moviéndose con gracia sutil, casi felina, y se detuvo, con infantil deconfianza cuando vió a Abbott esperando a la puerta del estudio. El abogado se reitró a un lado para dejar que entrara el sirviente, después de anunciar a la visitante con las breves fórmulas que tanto le agradaban.

El abogado había retrocedido, de intento, hasta el sitio donde no alumbraba una lámpara eléctrica; sus penetrantes ojos habíanse fijado en la visitante cuando, al adelantar, le dió en el rostro la luz de la lámpara. Notó que su cara ovalada era de bellas facciones y que tenía el cabello oscuro peinado con una distinción que no podía ser obra de las manos de ninguna peinadora. Pero fué en sus ojos grandes y oscuros en lo que más se fijó Abbott, ojos que le miraron inescrutables, sombreados por las largas pestañas de unos párpados que se cerraron a medias. La joven sonreía, — o al menos parecía sonreir, — de modo que hacía resaltar lo extraño de su manera de mirar.

Sólo un ommento permanecieron los dos de pie, pero aquel momento había sido de desafío.

—¿La señorita Glendower, no es así? — dijo Abbott lacónicamente.

—¿Tengo el gusto de hablar con el señor Winstead Abbott?

Notó él que el tono de su voz era el de una persona de buena educación y que no tenía el acento, que se les nota en seguida, a las jóvenes inglesas que han sido educadas en el extranjero.

—Soy Winstead Abbott, efectivamente. No tengo costumbre de recibir visitas a esta hora, pero...

—Y yo tampoco estoy acostumbrada a hacer visitas así, — dijo ella muy tranquila.

El la miró fijamente, admitiendo la hábil reprimenda de la visitante.

—Si quisiera usted tener la bondad de exponer el motivo que la trae..., — comenzó él de nuevo, — yo...

—No puede usted suponer que he venido a hablar de otros temas, señor Abbott,—dijo ella sonriendo y aproximándose a él. —Le ruego que esté tranquilo, señor.

—¿Qué esté tranquilo? ¿Por qué no he de estarlo? — dijo.—¿Supone usted que?...

—Sí. Me doy cuenta de que es usted un indefenso soltero, — dijo ella con una sonrisa de desafío. — Pero no deseo hacerle perder el tiempo, ni perderlo yo. Se trata de un asunto de la mayor importancia del cual deseo hablarle.

La visitante miró a Melhuish de un modo



"¡No pierda su misericordia en llorar a un canalla como ese, pobre viejo! — dijo el presidiario con voz ronca. — Dígame por donde se sale de esta casa. ¡Pronto!"

que él mayordomo interpretó en seguida. Se dirigió hacia la puerta.

—¡No se retire! ¡Quédese aquí, Melhuish! —dijo Abbott. — Prefiero que usted se quede.

—Y yo prefiero que usted se retire, señor Melhuish, — dijo la joven. — Me doy cuenta, señor Abbott, — agregó, — que mi presencia aquí es extraña. Pero se trata de un caso de real y verdadera necesidad; de otro modo no le hubiera sometido a usted a la molestia de esta entrevista. Pero si usted pretende ser tan poco caballero que se empeñe en imponerme la presencia...

—¡Retírese, Melhuish! ¡Retírese, por Dios! —exclamó el abogado, impaciente, — Pero quédese cerca, de modo que pueda oir si le llamo.

—Sí, señor, — dijo el mayordomo algo confuso.

La señorita le miró, sonriendo de manera encantadora, cuando salió. Dirigió la sonrisa al abogado cuando la puerta se hubo cerrado tras Melhuish, y Abbott comprendió que había sido derrotado en el primer "round" de aquel desafío.

—Me habían advertido que era usted siempre bastante... enérgico con las mujeres, —dijo la joven.

—Si usted ha venido a discutir mi conducta..., — dijo con acritud, — yo...

—No hay nada que discutir, señor Abbott, —dijo ella en tono punzante. — Si he venido, ha sido para prestarle a usted un servicio.

—¿De veras? — dijo él, sonriendo sarcásticamente.

—La medida de su ingratitud ahora, — dijo ella lentamente, — será la de su entereza dentro de un momento. He venido desde bastante lejos para hacerle a usted una advertencia. No pretendo dictarle a usted lo que debe hacer, pero...

—¿Advertencia? — exclamó él. — ¿De qué advertencia se trata?

—Supongo que usted se da cuenta de que tiene muchos enemigos, señor Abbott, ¿no es verdad?

—Todo abogado criminalista los tiene.

—Unos más que otros, — dijo ella. — Supongo que usted sabe, o piensa que es probable que haya quien le quitaría a usted la vida de muy buen grado.

—Tendría, el que fuera, que atacarme y acorralarme, — dijo él, sonriendo con amargura.

—¡Eso es! La venganza es un importante factor en los negocios de esta sociedad

señor Abbott. Temo que si usted no se decide a hacer caso de lo que yo he venido a decirle, usted se dará cuenta de esa verdad dentro de muy pocas horas.

—¿Qué quiere decir usted con èso?—preguntó el abogado, que se puso algo pálido.

—¡Quiero decir que usted va a ser asesinado!

El la miró poniéndose mortalmente pálido. Winstead Abbott tenía demasiada imaginación para no darse cuenta de lo que es el miedo. Procuró serenarse y se rió, pero sin alegría ninguna.

—¿Pero qué tonterías son las que usted ha venido a decirme?

—No son tonterías. Se trata de la pura verdad. Se ha tramado una verdadera conspiración contra la vida de usted. Si usted se queda en esta casa esta noche, usted no verá el día de mañana.

La joven se expresaba con toda seriedad, brillándole los ojos de emoción. Abbott notó que la visitante crispaba los dedos, emocionada pero que lograba dominar de manera maravillosa la emoción que experimentaba. La miró de nuevo y permaneció unos instantes mudo. Pero después se percató de lo extraño, lo increíble de tal información, y volvió a reir.

—¡Pero... seguramente se trata de algo parecido a un cuento de "Las Mil y Una Noches"! ¿Qué razones tiene usted para decir lo que ha dicho ¿Quién es usted? ¿Cómo ha logrado conseguir esa... inapreciable, valiosísima, información?

—Si yo le dijera a usted quién soy, usted haría uso de mi información para ir contra... contra... ¡Bueno! Usted haría uso de ella.

—Puede usted decirme quién es, sin temor de que haga de su nombre semejante uso.

—¿Me lo promete usted?

—¡Sí!

—Pues bien; soy pariente de la persona que se propone cometer ese... ese acto,—dijo ella en voz baja. — El está loco, loco de furor y de mala intención, loco de sed de venganza. Le advierto a usted que no se trata de una tonta y hueca amenaza. ¡Ojalá lo fuera! ¡Por él, por usted, por todos... he venido a verle a usted!

Se notaba pleno convencimiento en cada palabra que pronunciaba. Winstead Abbott empezó a temer... a tener miedo. Pero todavía no se sentía convencido, y así lo manifestó.

Ella se retorció las manos y miró hacia la alfombra, como si estudiara sus complicados dibujos, cuyas líneas seguía, moviendo la punta del bien calzado pie.

—No puedo hacer nada más que advertirle, — dijo la joven, procurando expresarse sin que le temblara la voz, pero sin conseguirlo más que a medias. — ¡Es algo terrible! ¡Algo que ni se puede imaginar! Usted debe saberlo, Winstead Abbott. — Su voz cambió de tono y le relucieron los ojos.—No es por favorecerle a usted por lo que he venido. Si usted no hubiese hecho nacer semejante odio en el alma de un hombre honrado, yo no hubiera necesitado venir, no estaría ahora aquí. Es para salvarle a él de él mismo, no para salvarle a usted de sus peligros, para lo que...

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡No diga usted absurdos! — dijo Abbott rápidamente. — Yo he trabajado siempre en defensa de los intereses de la justicia...

—¡Justicia! — interrumpióle ella alzando la voz. — ¡Justicia! — repitió con desprecio. Y alzó las manos al cielo.—¡Oh Justicia, qué cosas se hacen en tu nombre!—exclamó.

Un sollozo conmovió su pecho, pero en seguida, como mediante un supremo esfuerzo, logró dominarse. Se inclinó hacia adelante y apoyó, en actitud de súplica, una mano, en el brazo del abogado.

—Perdone usted, — dijo. — No he venido a decir tales cosas; no he venido a acusarle. No tengo derecho para acusarle. Pero si usted quisiera oirme, si usted quisiera convencerse de que le digo la verdad... Puedo probarle que...

Calló y le miró cara a cara.

—Señor Abbott, — exclamó, — suponiendo que yo lograra convencerle a usted de que yo le digo la verdad, ¿que prometeería usted no adoptar ninguna medida contra... contra?...

—¿Contra mi futuro presunto asesino?—dijo él frunciendo el ceño.

—Está loco. Le aseguro a usted que está demente. Después de esto, supongo que lo internarán en sitio seguro. Yo demostraré que ha perdido la razón. ¿Lo prometerá usted?

—Sí; lo prometeré, — dijo Winstead Abbott, con fastidio.

—Entonces oiga, — dijo ella. — Me he alojado, para pasar la noche, en la hostería de Catlingham. En mi habitación tengo un documento que le convencerá. No lo traje porque no me atreví. Yo...

—¿Por qué no se atrevió usted? Lo natural era que si venía a hacer alguna manifestación, trajera algo que probara la verdad de sus palabras.

—¿Le parece? — exclamó ella. — Legalmente tal vez, pero prácticamente no. No soy ninguna tonta, señor Abbott, aun cuando sea mujer y joven. ¿Cómo podía saber lo que usted iba a hacer? ¿Estaba segura de que no me haría sujetar? ¿Estaba segura de que no me registrarían los bolsillos? ¿De que?..

El se sonrió de modo picaresco.

—Tenía usted una excelente opinión de mis condiciones de caballero, según veo,—dijo, sin que ella le hiciera caso.

—¡Si quisiera usted venir ahora conmigo, señor Abbott!...

La joven miró temerosamente al reloj que estaba en un rincón del estudio.

Winstead Abbott había defendido muchos casos notables en su vida. Algunos asuntos de los que había tenido que ocuparse ante los tribunales habían sido tan extraños que habían parecido más que novelescos. Más

de una vez se había visto ante la verdad y había recordado aquello de que "la realidad es más extraña que la ficción".

Pero su propia vida, como les sucedía a muchos de su clase, había sido vulgar en extremo. Había sido monótona, enteramente vulgar, hasta aquel momento. Se encontró de improviso viviendo en medio de un capítulo de novela dramática. Se vió en calidad de protagonista de un drama que era intensamente real.

Salió de la habitación tras de su hermosa visitante, descendió por la ancha escalera de roble al espacioso hall del piso bajo, donde estaban los retratos de sus antepasados, que habían conocido las amenazas de asesinos y las explosiones de odio y de celos. Uno al menos, y era el que estaba en el más apartado rincón y cuyo rostro, tal como estaba en la tela, podía haber sido pintado tomando al abogado como modelo, había muerto en una oscura, noche de tragedia, quedando sin vida al pie de aquellos mismos escalones por dondes descendían entonces Wistead Abbott y su joven visitante.

No le gustaba al abogado recordar tales cosas. Pero aun cuando pareciérale extraño las recordó en el momento en que Melhuih le ayudaba a ponerse el sobretodo.

El anciano mayordomo tenía el rostro impasible ,pero sentía grandísima curiosidad. Cuando abrió la puerta, la joven salió a la oscuridad exterior y entonces el anciano apoyó una mano en el brazo de su patrón.

—No se trata de nada grave, ¿no es verdad, señor? — dijo en voz muy baja.

—¿Grave? ¡No! ¡Al diablo con estas tonterías! — dijo rápidamente. Y agregó, como después de haberlo pensado mejor:—No creo que se trate de nada grave, Melhuish. La señorita Glendower está alojada en la hostería de Catlingham. Voy a acompañarla hasta su alojamiento. Probablemente estaré de regreso antes de media hora.

El sirviente inclinó la cabeza y cuando hubo cerrado la puerta, descendió al subsuelo y habló de lo pasado con la señora Trim, el ama de llaves. Pocos eran los temas de conversación que podían tener los sirvientes del Castillo de Catlingham, porque la vida era, en la vieja mansión, monótona y triste. Por eso, aquel incidente, que se producía después de muchas semanas de completa tranquilidad, constituyó un tema propicio para largos e interesantes comentarios.

—La joven habló con el patrón expresándose con bastante rudeza, — dijo el mayordomo y el rostro de la señora Trim expresó todo el horror que le infundía semejante sacrilegio. — Se le puso delante, erguida y enérgica y le dijo unas frases tales, que el patrón se tuvo que achicar.

La señora Trim, con su vasta experiencia de las cosas del mundo, expresó su convencimiento de que aquella joven visitante le parecía "una bribona". El señor Melhuish, que también tenía su experiencia del mundo, dijo que tenía un aspecto y unos modales y vestía con una elegancia, que demostraba que no podía ser semejante cosa. La anciana ama de laves siguió con los mitones que estaba tejiendo, hasta que logró que produjera otra idea su tardío órgano mental.

—Pero si ella se expresó con rudeza, Melhuish, — dijo, — ¿por qué no le ordenó que se retirara, como hubiera hecho con cualquiera de nosotros? ¿Por qué bajó la escalera con ella y la acompañó a la hostería?

—La joven vino sola, — dijo el mayordomo.

—Y podía, muy bien, haberse ido sola,— dijo la señora Trim, — a menos que, — agregó frunciendo el ceño, — al patrón le resultara agradable la molestia de ir con ella hasta la hostería.

—No hay hombre que sea suficientemente vivo para que esté seguro de que alguna vez no le pescarán, — dijo Melhuish que cortejaba tímidamente al ama de llaves hacía quince años. Y la señora Trim que no dejó de comprender el significado de aquella observación, levantó sus agujas de tejer.

—Hay muchos modos de cortejar, — dijo ella sentenciosamente. — No ha tomado el patrón el camino más largo cuando en seguida se ha decidido a acompañarla a la hostería. Eso vendrá a ser como una primera tentativa. Vamos a ver el tiempo que tarda. Según lo que tarde se podrá decir cómo le ha ido.

Pero semejante prueba no dió el resultado que la señora Trim parecía esperar. El patrón había ido un poco lejos y al mismo tiempo demasiado cerca si quería utilizar el trayecto para cortejar a la joven. El reloj de pesas dió las campanadas del tercer cuarto, después de la hora, cuando Melhuish abrió de nuevo la puerta, en respuesta a un perentorio llamado.

Y Winstead Abbott pareció llegar malhumorado. La misión de acompañar a la joven no parecía haberle resultado grata.

—Hermosa noche despejada, señor, — dijo Melhuish; y el abogado gruñó.

—Pero muy oscura, señor, — dijo el viejo sirviente esperanzado en lograr que su patrón variara de actitud.

—Muy oscura, — gruñó el abogado.

—¿Se ha resfriado, señor? — preguntó Melhuish, que a veces se hacía demasiado cargoso como todos los sirvientes viejos.

—¡No! ¡No! ¡Puede usted acostarse, Melhuish! — dijo Abbott bruscamente y sin agregar una sola palabra más, se metió en la biblioteca.

✣ ✣ ✣

CAPITULO III

Una inesperada visita. — La entrevista con el abogado. — Un diálogo violento. — El momento trágico. — Un suceso misterioso.

EL anciano mayordomo del Castillo de Catlingham respondió a la brusca salida de Winstead Abbott con un cortés y humilde "Sí, señor", y procedió a correr los cerrojos de la puerta, re

signadamente. Llevaba suficientes años al servicio de Abbott para no esperar de él mucha cortesía.

Además, la misma irritabilidad del patrón resultaba interesante, en aquellas circunstancias. La posibilidad de que la causante de ella fuera la joven desconocida, constituyó material suficiente para una extensa y variada discusión con la señora Trim, el ama de llaves, en el piso de abajo.

Y, como de costumbre, la señora Trim no se mostró sorprendida y como lo haría si acabara de salir de entre las ruinas de un terremoto y se hallara sentada sobre los escombros junto con Melhuish, exclamó convencidísima: "¿No se lo dije yo antes?"

—Al patrón no lo van a cazar tan fácilmente con una carita bonita, — dijo convencida.—Con seguridad la despidió con toda energía, por eso tenía la voz ronca, como usted dijo. ¡Y la joven es linda! ¿Eh? Pero debe ser una pícara.

—No me gustaría pensar que todas las jóvenes bonitas tienen que ser pícaras, — dijo el mayordomo mirándola con cierta languidez. La señora Trim pensó que aquellas palabras constituían la frase mas ingeniosa que le había oido a Melhuish. En verdad, la mirada que ella le dirigió hizo que el corazón del viejo latiera rápidamente y se hubiera tenido que anotar un compromiso matrimonial más si en aquel momento no hubieran llamado a la puerta de entrada violentamente. Melhuish corrió hacia la escalera.

La señora Trim había dejado el ovillo de lana, pero no miró hacia donde había rodado.

—¿Quien será — preguntó ella temerosa.

—¿Cómo voy a saberlo? — preguntó el hombre, que se sentía enojado.

Hizo una pausa, se arregló la ropa, estirando el chaleco y enderezando la corbata.

—¿No sería mejor que fuera usted? — dijo en voz baja el ama de llaves.

El anciano se volvió y ascendió por el tramo de escalera que unía la cocina al piso bajo y, muy erguido, cruzó el hall. Mientras descorría los cerrojos de la puerta con temblorosa mano, tosió lo más fuerte que pudo, de un modo perentorio y ruidoso, que equivalía a decir: "Aquí está ya el mayordomo."

Abrió la puerta y cruzó las manos a la espalda. Esperó que alguien apareciera y como no vió a nadie miró hacia fuera. Se asomó después, estirando el cuello y observando.

—¡Hola! — dijo. — ¿Quién es?

Un hombre surgió de pronto de la oscuridad. Tenía un extraño aspecto, el que hizo que el viejo se quedara atónito. Abrió la boca para hablar pero, por el momento, pareció que se hubiera quedado mudo. Se quedó inmóvil. de pie en la puerta, mientras la corpulenta figura del recién llegado se acercó a él, aproximándole al rostro algo que relucía al reflejo de la luz del hall.

Melhuish era un anciano y no tenía la misma serenidad de diez o veinte años antes. La rapidez de aquello habíale oscurecido hasta sus facultades de percepción. Sólo se dió cuenta, confusamente de la extraña manera de vestir del hombre que estaba ante él, del cabello cortado al rape, la gorra redonda y sin visera y las denunciadoras flechas cortas y anchas que constituían el único pero trágico adorno de la ropa de aquel hombre.

El viejo mayordomo sólo vagamente consciente de que aquel hombre vestía el uniforme de los presidiarios, a penas se daba cuenta de que lo que brillaba en su mano era un revólver.

El presidiario fué el primero que habló con voz ronca y rápidamente.

—¿Es usted el mayordomo?

Melhuish inclinó la cabeza asintiendo. Pero no pudo hablar.

—Entonces hágame pasar pronto, si no quiere que haga uso de esto.

El viejo miró casi estúpidamente el revólver que el otro le acercaba al rostro. No intentó retirarse a un lado y dejó que el hombre se acercara. Casi no se daba cuenta perfecta de lo que estaba pasando.

El presidiario pareció percatarse de eso y avanzó, empujando al sirviente a un lado de modo que el viejo se tambaleó. Cerró la puerta tras sí y se volvió de nuevo hacia el anciano.

—No se quede ahí, inmovilizado por el miedo, — dijo rápidamente. — No es a usted a quien he venido a matar. ¿Dónde está el patron?

—¿El... patrón? — repitió, como atontado, el sirviente.

—¡Sí! ¿Dónde está?

—El... No está en casa.

Aun en aquel momento y a pesar de su agitación, el anciano conservaba bastante serenidad para tratar de salvarle la vida a su patron.

—No está. El patron no está en casa, — repitió.

—¡Y usted es un viejo miedoso y embustero! — dijo el presidiario.—Guárdese sus mentiras. ¿No sabe que he seguido a su patrón desde la hostería de Catllingham? Hubiera podido matarle en el camino si me hubiese dado la gana, ¡pero no! ¡Ha de saber por qué lo mató! ¡Necesito decírselo antes de enviarle al otro mundo!

El viejo mayordomo le miró horrorizado como si la fuerza de aquellas amenazas le hubiera aturdido. Avanzó un poco y tomó del brazo al presidiario.

—No haga eso, — exclamó con vacilante voz.—No haga eso. Voy a llamar a la policía y...

Lanzando un juramento, el presidiario le arrojó violentamente a un lado, de modo que cayó cuan largo, cara al pie de la escalera. Un grito de mujer resonó en el hall, procedente del piso de abajo. Al mismo tiempo un hombre apareció en el rellano de la escalera.

—¿Qué es eso? — gritó.— ¿Qué demonios es eso?

—¡Ah! — El presidiario saltó por encima del caído mayordomo y subió el tramo de es-

calera, apuntando siempre con el revólver.—¡Así que volvemos a vernos, señor Winstead Abbott! ¡Ya hacía mucho tiempo que no veía usted a Will Prenderghast.

Se notaba una expresión de odio, de terrible odio, en el acento del que había hablado.

—¿A qué?... ¿A qué ha venido usted? ¡Váyase! Enviaré a buscar a la policía si...

—¡Atrás! — gritó el presidiario con terrible voz.—¡Atrás, antes de que le mate como a un perro! ¡Quiero hablar con usted!

El viejo mayordomo había logrado, con trabajo, ponerse de pie y se hallaba parado en la escalera observando cómo los dos hombres se miraban frente a frente. Había fulgores de crimen en los ojos del presidiario; su mirada era tal que al verla se le helaba la sangre en las venas al viejo sirviente. Pero lo que más le impresionó fué ver la expresión que tenía en aquel momento el rostro del abogado Winstead Abbott, su patron.

Era tal el gesto de horror que desfiguraba aquel rostro que el viejo hubiera dicho que no era el de su patron. Vió al abogado retroceder ante el revólver que le apuntaba, con los brazos levantados como para defenderse de la muerte que le amenazaba. Toda su actitud era la del más abyecto terror.

Fué ese terror del hombre a quien servía lo que hizo que Melhuish hallara ánimos durante un momento. Era viejo y bastante debil. No poseía los nervios de la juventud. Pero no le tenía miedo a la muerte. Sabía que su vida había sido la de un hombre honrado y la tumba no encerraba terrores para él.

Por eso hizo llamado a su valor y subió el tramo de escalera entrando tras su patron y el presidiario en la biblioteca. Winstead Abbott se había dejado caer, enervado, en una butaca. El penado Prenderghast se volvió, notándose, en sus delgados labios, una sonrisa.

—No se meta usted en esto, viejo. No le puede resultar saludable,—dijo.

—¿Para qué quiere usted ver a mi patron?

—¡Para tener con él una pequeña explicación y nada más! — dijo el penado, con sorna.

—Pero... pero ¿qué va a hacer con eso? —agregó el anciano indicando, con temblorosa mano, el revólver.

El presidiario se rió groseramente.

—¡Esto! — dijo acariciando el arma con un afecto demasiado diabólico para que aquella fuera la actitud de un hombre cuerdo.—Esto es mi hoja de liquidación, viejo. Y ahora váyase y no se meta en mis arreglos de cuentas.

Pero el viejo tenía todavía entereza y se negó. Hasta amenazó. Pero Prenderghast le trató con una indulgencia diabólica. Le tomó por un brazo y le llevó lentamente hasta sacarlo de la habitación. Empujó la puerta y la cerró con llave, por dentro.

—Esto es particular, — le dijo. — Usted puede esperar fuera.

En el hall, el anciano se detuvo y escuchó. De pronto volvió como si fuera a pretender que la puerta se abriera de nuevo. Y la puerta se abrió, apareciendo el presidiario que rió como antes.

—¡Atisbando! ¡Escuchando tras de la puerta! — dijo. — ¡Bueno! Le va a convenir oir lo que pueda oir. Pero he abierto la puerta para decirle algo. Si usted se ausenta de esta casa en la próxima media hora, o si cualquier otra persona sale de ella, o trata de dar la voz de alarma, sea el que sea, morirá. No queremos correr riesgos. Fuera, en torno del castillo, están algunos amigos mios con juguetes como este... ¿Me ha comprendido?

Volvió a meterse en la habitación y a cerrar la puerta, esta vez sin llave. El mayordomo, medio aturdido, se quedó inmóvil, esperando temeroso y temiendo oir lo que iba a oir

Pero sólo pudo oír la voz de Prenderghast que se expresaba en tono bajo y ronco. Parecía estarle diciendo la verdad a Winstead Abbott. Millhuish no podía distinguir con claridad lo que decía. Se volvió de pronto, pensando en la señora Trim y descendió tan rápidamente como pudo, pues le flaqueaban las piernas.

Encontró al ama de llaves encerrada en la antecocina y trató de tranquilizarla diciéndole que tal vez el penado no pensara hacer uso de la violencia. Tal vez Winstead Abbott consiguiera ablandarle.

Pero Melhuish se dió cuenta de que era poca la impresión que lograba ejercer en el espíritu de la aterrorizada mujer. Notó que su terror reaccionaba de modo lamentable sobre sus nervios. Volvió a subir al hall y subir al otro piso. Acercándose a la puerta de la biblioteca. Se apoyó en la pared, para no caerse.

Porque oyó la voz de Prendergharst que gritaba enteramente furioso. Las palabras en voz baja con que había empezado su denuncia contra el abogado habían sido, parecía, el primer desahogo de las emociones que pronto habíanse acrecentado de tal modo que el hombre parecía dominado por el fuego de la más intensa pasión.

—¿Qué le parece, si le matara ahora como a un perro sarnoso que inspira asco y horror? —decía a gritos el penado. — ¿Qué le parecería si yo pusiera ahora mismo el fin que se merece a su infame carrera? ¿Quedaría yo vengado con eso, Winstead Abbott? ¿Qué compensación obtendría en cambio de la vida horrible a que me arrojaron sus infames mentiras, arrancándome a una vida de felicidad y de labor, la vida de un hombre honrado? ¡Por Dios que!... ¡Já! ¡Ja! ¡Já!

Un grito llegó a los oídos de Melhuish; un grito como el del hombre condenado que intentaba algo para salvar su existencia. El mayordomo comprendió que no lo había lanzado Prenderghast. El grito había sido seguido de una risotada y del ruido de muebles que caen, de porcelana rota.

El anciano juntó las manos en actitud de súplica, cuando oyó, aterrorizado, el ruido de lo que él comprendía que era una lucha a muerte. Se oyó luego nu golpe fuerte, seguido de un crugido y después retumbó en la ca-

sa el estampido de un tiro de revólver, seguido de otro disparo.

A los oídos del desesperado mayordomo llegó un penetrante grito de agonía, el ruido de algo que cayó, y un gemido que le desgarró las fibras del corazón. Se dejó caer sentado, en los escalones, tapándose la cara con las manos.

—¡Dios mío!—murmuró con voz débil.—¡Dios mío! ¡Lo ha asesinado!

Estas palabras acababan de salir de sus labios cuando la puerta se abrió y volvió a cerrarse. El anciano se puso de pie y con la calma de la desesperación, corrió hacia la puerta y la abrió de pronto, entrando, medio corriendo, medio tambaleándose en la biblioteca.

Tendido en la alfombra, bajo la luz de la lámpara eléctrica, hallábase el cuerpo de Winstead Abbott, inmóvil, con la cabeza trágicamente inclinada a un lado, con el rostro intensamente pálido. Aun muerto, tenía el brazo doblado como para defenderse del tiro fatal. La pechera de la blanca camisa estaba manchada de sangre; un pequeño charco rojo se había acumulado en la alfombra.

El anciano miró con ojos extraviados en redor. ¿Dónde estaba el homicida? ¿Dónde estaba el hombre, — el penado evadido, — que había dado muerte al abogado? ¡Había desaparecido!

Se inclinó, agitado por un sollozo, hacia el inerte cuerpo y puso una mano bajo la cabeza, levantándola un poco. Se puso de pie en seguida.

Volvióse y vió a Prenderghast de pie ante él, apuntándole con el revólver, amenazador.

—¡No pierda su misericordia en llorar a un canalla como ese, pobre viejo! — dijo con voz ronca. — Dígame por donde se sale de esta casa. ¡Pronto!

Melhuish retrocedió lanzando un grito al notar la amenaza del revólver que estaba a poca distancia de su rostro. Se volvió y corrió escaleras abajo, abriendo de par en par la puerta de la casa para que saliera aquel hombre que se había presentado tan de improviso a interrumpir la tranquila monotonía de la vida del Castillo de Catlingham.

Cuando el hombre salió dió las gracias a Melhuish tranquilamente.

—Usted no parece apreciar el servicio que acabo de hacerle, — dijo; y lanzando una risotada se ausentó, desapareciendo en la oscuridad de la noche.

Melhuish, como si estuviese soñando, cerró la puerta y corrió los cerrojos febrilmente. La señora Trim se hallaba, horrorizada, en el hall y el verla pareció excitar aun más los nervios del anciano.

—No se quede aquí parada como una tonta, — gritó, casi. — El patrón ha recibido un balazo. ¡Creo que ha muerto! Pero puede ser que aun esté con vida. ¡Traiga pronto un poco de agua caliente, pronto, y una esponja! Yo voy a buscar la botella del cognac.

Teniendo algo que hacer, algún servicio que prestar, la señora Trim demostró en seguida las condiciones propias de su sexo. Poco después apareció con una palangana con agua caliente y una esonja. Siguió a Melhuish, que subió al otro piso y mientras subía por la escalera de roble, pedía a Dios que aun fuera posible salvar la vida del hombre a quien ellos servían hacía tantos años.

Melhuish abrió la puerta empujándola con el pie y casi en seguida, la bandejita que llevaba se cayó de sus temblorosas manos, esparciéndose su contenido, por el suelo. El vaso que contenía el cognac se rompió al dar en el suelo.

Un débil grito brotó de los labios de la anciana, que aun no había llegado al rellano, al oír el ruido.

Pero el mayordomo no parecía haberse dado cuenta de que la bandeja se le había caído. Se quedó de pie, inmóvil, como hipnotizado, mirando el charquito de sangre que había en la alfombra donde pocos minutos antes había visto, tendido sin vida, el cuerpo de su patrón.

Pero ya no veía más que la sangre, como rastro de la tragedia. El cuerpo de Winstead Abbott había desaparecido... desaparecido del modo más extraño y completo, como si unas manos misteriosas le hubieran arrebatado llevándoselo al sitio donde la venganza y el odio habían deseado enviarle en aquella hora de horrendo terror.

* * *

CAPITULO IV

La llegada de Sexton Blake. — En el parque del castillo. — El penado evadido. — Un mal encuentro. — El mayordomo se desmaya.

La baja y elegante silueta de un poderoso automóvil, que llevaba apagados los focos delanteros a pesar de que la noche era muy oscura, se deslizó silenciosamente por un camino lateral que daba al de Catlingham y se detuvo bajo la sombra de un corpulento olmo, que lo hacía invisible.

Junto al automóvil se levantaba una antigua tapia de piedra y los dos ocupantes del vehículo la miraron como calculando su altura.

De la parte de atrás del cuerpo del automóvil llegó el bajo y raro gruñido de un enorme perro. Un hombre se inclinó a mirar al sitio de donde había llegado el gruñido.

—¡Quieto, Pedro! ¡Quieto y en silencio!—dijo.

Y se volvió luego hacia su compañero.

—Creo que aquí estamos bien, muchacho. Voy a proceder a un reconocimiento por este lado.

—¿Entonces quiere usted que yo me quede en el coche, señor?

—Por el momento, sí, — dijo Blake. — Pero muy alerta. Empiezo a creer que hemos logrado llegar a tiempo.

Se aseguró mejor el cuello del sobretodo, que llevaba subido porque la noche era bastante fría; después, de un salto, se puso de pie en el cuerpo del automóvil. El borde superior de la tapia quedaba algunos pies encima de él, pero mediante un elástico salto

logró agarrarse con ambas manos y ascender a lo más alto, con relativa facilidad.

Durante un momento se le vió encima de la pared, acurrucado, como un animal extraño, dispuesto a saltar, y fué con una agilidad de tigre más que de hombre con la que el detective saltó de la tapia y cayó en la tierra del parque del Castillo de Catlingham.

Avanzó rápidamente y se detuvo en un grupo de arbolitos cuyas ramas entrelazadas formaban un techo tan tupido que no dejaba ver ni las estrellas que brillaban en el límpido cielo. La oscuridad era completa. Pero Blake sabía a dónde se dirigía, así que continuó avanzando a tientas, tocando uno tras otros los troncos de los árboles hasta que llegó a un sitio descubierto donde comenzaba la cuesta de césped que conducía a la pequeña elevación donde se hallaba la casa.

Permaneció de pie, inmóvil, con los ojos fijos en la vaga e indecisa silueta de la vieja casa. Se encontraba del lado oeste del cuadrado castillo y sólo conseguía distinguir la luz del hall que iluminaba en parte el curvo camino de entrada. Se veían dos luces más en la casa, una debajo, en el piso casi subterráneo, de los sirvientes y la otra en una de las habitaciones del primer piso alto.

Fué a esta a la que Blake dirigió su atención mientras se deslizaba cautelosamente hacia la casa. Calculó que aquella luz debía hallarse en la habitación donde se encontraba Winstead Abbott.

La "Pantera Gris", el rápido automóvil del detective, había llevado a Tinker y a Pedro, junto con Blake, hasta Catlingham, cubriendo la distancia con rapidez; pero durante todo el camino Blake habíase sentido temeroso. Temía no llegar a tiempo para salvar al eminente abogado de aquella rápida venganza que,—sentíase seguro de ello,—había sido planeada por Kestrel contra él.

Aun cuando llegara a tiempo, Blake recordaba que el bandido norteamericano no era fácilmente burlado. Lo más probable era que se hallase ya muy cerca del castillo de Catlingham y que tal vez estuviera observando la casa lo mismo que lo estaba haciendo Blake.

Para Blake, el anunciar o dejar saber su llegada, era asegurarse el desastre. Debía ser circunspecto hasta en la misión de dar aviso de advertencia al abogado. Por esta razón la Pantera Gris se había detenido silenciosamente en un camino lateral, a un costado de las tierras del castillo. Por eso Blake estaba, en aquel momento, reconociendo el terreno en torno de la casa del hombre a quien se proponía dar aviso de lo que le amenazaba.

Pensó entonces, mientras estaba parado en el parque, que, ya que todo parecía tranquilo en la casa, lo mejor que podía hacer era procurar entrar en ella lo más secretamente posible, a fin de invitar al abogado a que se ausentara de ella del mismo modo.

Nada había que hiciera sospechar que pasaba algo extraordinario. La casa parecía normalmente silenciosa, vulgarmente triste. Hasta las luces sin fulgor que brillaban en los huecos de la casa, parecían participar de la normal tranquilidad reinante.

Pero entonces, de improviso, se oyó una detonación que sonó rápida y a la que siguió otro estampido semejante. Blake, un momento antes tan impasible, pareció puesto eléctricamente en actividad. Cruzó corriendo el césped, dirigiéndose a la casa, procurando no salir de las sombras y mirando hacia las ventanas preguntándose por cuál de ellas podría intentar la entrada.

Mientras se había detenido un momento, indeciso, oyó que la puerta principal se abría violentamente. Desde donde estaba no podía distinguir la puerta; pero pudo oir que una ronca voz decía:

—¡Usted no parece apreciar el servicio que acabo de hacerle!

Siguió a esta frase una risotada grosera y mientras la puerta se cerraba de nuevo, Blake vió la delgada pero atlética figura de un hombre vestido de presidiario que descendía los escalones de la gradería que daba acceso a la puerta. Llevaba un revólver en la mano como si estuviera dispuesto a hacer frente a cualquiera que le atacara.

El detective sintió que se le helaba la sangre en aquel momento. Comprendió que aquel presidiario tenía que ser Prenderghast, el penado a quien Kestrel había hecho evadir de Broadmoor. Comprendió entonces que había llegado tarde. El hombre que por culpa de Winstead Abbott había sido condenado a presidio, había logrado ejercer su venganza, rápidamente.

Prenderghast se detuvo un momento y después se dispuso a cruzar con paso rápido el espacio cubierto de césped. Blake llevó la mano al bolsillo donde llevaba la pistola automática. La sacó y se dispuso a apuntar, pero cambió de opinión, volviéndola al bolsillo. Suponiendo que el presidiario hubiera dado muerte al abogado, no le correspondía a Blake matarle de un tiro en castigo. Después de todo los designios de la justicia tal vez no se hubieran realizado aún.

—Si pudiera herir solamente a ese hombre, — murmuró el detective. Pero era muy difícil, en aquella oscuridad, disparar un tiro con la seguridad de no matar. Además, la detonación arrojaría sobre Blake y Tinker todo el avispero de los cómplices de Kestrel.

A pesar de toda la quietud que reinaba en la casa y de lo solitario de la figura del presidiario, Blake sentíase seguro de que no estaba solo. Kestrel y sus secuaces no debían hallarse lejos de allí.

El detective no necesitó más que un momento de reflexión para cambiar de táctica. Silenciosamente y encogiéndose, de modo que no pudiera darle la luz que salía por la ventana de la biblioteca, Blake siguió rápidamente los pasos del hombre vestido de presidiario.

Cuando llegaron a la orilla del grupo de árboles, Prenderghast se detuvo y acurrucándose más, casi sin respirar. Blake pudo ver

que el hombre se inclinaba y miraba, volviéndose, hacia la casa. Se hubiera dicho que esperaba que sucediera algo. Después de una breve pausa, el presidiario emitió un sonido imitando perfectamente el grito de una lechuza.

Aquel grito repercutió en el parque del castillo donde no podía parecer fuera de lugar. Cuadraba perfectamente a la oscuridad de los árboles y al frío ventoso de la tenebrosa noche.

En respuesta a aquel grito, se oyó otro semejante, un poco más agudo, que brotó de la oscuridad. El presidiario se volvió como sintiéndose satisfecho y miró por un lado del grupo de árboles hacia el portón de entrada al parque. Se quedó parado, de espaldas a Blake, a pocas yardas de distancia del detective y Blake consideró llegada la ocasión que había esperado.

Se irguió y avanzó rápida y silenciosamente, pisando el suave césped hasta que, de improviso, aplastó una ramita con un pie, haciendo un ruido que, para sus excitados sentidos, sonó como un estampido de tiro de revólver.

El presidiario se volvió rápidamente y al instante, Blake se le echó encima. Echó todo el peso de su cuerpo en el ataque. Sus manos estrecharon el cuello del presidiario de tal modo, que amenazaba arrebatarle la vida en pocos momentos.

Cayeron al suelo dando un fuerte golpe y oyéndose un gemido que profirió Prenderghast; pero ese fué el único sonido que Blake le dejó emitir. El detective respiraba jadeante, apretando los dientes. Comprendía Blake que si había de triunfar, tenía que triunfar solo y en silencio.

En el suelo, Prenderghast pareció darse cuenta por primera vez de que se hallaba acorralado, y peleó como un demonio. Se retorció y pataleó como un gato furioso, pero Blake no le soltaba el cuello. Apretaba los dientes y peleaba con serenidad. El penado llegó a comprender que estaba peleando en defensa de su propia vida.

Si los dos hubieran peleado a la sombra de los árboles hasta terminar, hubiera sido, sin duda, el presidiario, el que hubiese quedado tendido sin sentido. Pero, como Blake lo había sospechado, Prenderghast no estaba solo. Silenciosa y terrible había sido la pelea, pero alguien se había hallado bastante cerca para poder oir. De la intensa oscuridad surgió un hombre que cruzó el espacio de césped rápidamente y, lanzando un juramento, se precipitó hacia los dos combatientes.

En aquel momento Blake sintió encima el peso de otro hombre. Sintió que unas manos le oprimían el cuello y comprendió que se le escapaba la ocasión de vencer.

Soltó al presidiario y con un rápido y convulsivo movimiento, logró desprenderse de las manos que lo ahogaban. Un instante después se hallaba de pie, haciendo frente a los dos hombres.

Pero el detective se hallaba en condiciones de inferioridad lo mismo que el presidiario se había hallado un momento antes. El otro hombre, cuya vaga silueta apenas lograba descernir en la oscuridad, le llevaba ventaja.

Blake sintió, más bien que vió u oyó, algo que le zumbaba cerca de la cabeza. Se agachó instintivamente, un instinto que le salvó, por lo menos, de un golpe terrible. Porque algo le dió rápidamente en un lado de la cabeza, algo suave pero contundente, como una cachiporra forrada de goma. Blake se tambaleó como un ebrio. Al tambalearse golpeó dolorosamente con el tronco de un árbol y retrocedió lanzando un gemido que no pudo reprimir.

Aun en tan terrible momento logró dominar sus sentidos que amenazaban abandonarle. Vió cómo el tercer hombre, de pie junto al presidiario, le ayudaba a no caer. Blake llevó la mano al bolsillo en busca de la pistola automática, pero no la encontró. Se le había caído durante la pelea y comprendió que estaba en la oscuridad, a poca distancia de sus pies.

Se tambaleó agarrándose al árbol para no caer, pero se dió cuenta de que se le iba la cabeza. Casi no podía estar de pie. Oyó que el tercer hombre hablaba, pero le pareció ver su voz como muy lejana.

—¡Venga! ¡Vayase usted pronto! ¡Muy de prisa!—decía.

Se quedó balanceándose como un ebrio y vió que Prenderghast se dirigía con paso ligero perdiéndose en la oscuridad seguido del hombre que había acudido en su socorro. Hizo un movimiento, pretendiendo seguirles, pero en cuanto se separó del árbol sintió que le giraba la cabeza de modo insoportable y cayó en el suelo.

Aun como estaba, — tendido en el césped, junto al grupo de árboles, —luchó contra sus maltratados sentidos, procurando darse cuenta de la situación. Durante algunos minutos permaneció tendido hasta que en lugar de sentir aturdido comenzó a sentir un dolor muy fuerte, como si fuera a abrírsele el cráneo. Pero Blake sabía que eso era señal de reacción, e indicaba que la sangre afluía de nuevo el cerebro. A pesar del dolor iba recobrando la facultad de pensar y de moverse.

Se puso de pie sin tambalearse ya, y entonces, recordando la pistola automática, la buscó por el húmedo suelo. La halló casi en seguida en el sitio donde se había desarrollado la pelea, donde al caer sobre el presidiario debía habérsele saltado del bolsillo, y recordó con amargura que si se hubiera inclinado en aquel sitio, antes y hubiera buscado, tal vez hubiese estado a tiempo para hacer que aquellos canallas se arrepintieran de haberse metido en el castillo de Catlingham.

Pero no había tiempo ni era aquel momento para recriminaciones. Se detuvo un momento, indeciso sin saber si seguir a los hombres aquellos, si avisar a Tinker y provocar una nueva lucha o si dirigirse a la casa.

Sin embargo, Kestrel o su gavilla, no era gente que anduviera con lentitud. En pocos



El anciano que estaba dentro de la casa trató de ver, mirando hacia la oscuridad exterior. "¡Déjeme entrar! ¡Tenga la bondad de dejarme entrar!" — gritó Sexton Blake.

minutos se marcharían tan secretamente como habían venido, de aquel escenario de crimen y tragedia. Y un hombre estaba tendido, herido, en algún sitio, entre las sombrías paredes del viejo castillo.

Blake cruzó rápidamente el espacio cubierto de césped que le separaba del camino que conducía a la entrada de la casa. Subió los escalones de la gradería de entrada y llamó violentamente a la puerta. Cuando se apagó el eco de su sonoro llamado, volvió a reinar en la casa un silencio triste e impresionante. Vió Blake que una luz se movía en el hall de un lado a otro.

—¡Ahí están ellos otra vez! ¡Por favor, no vaya! ¡No vaya, Melhuish! — oyó que gritaba una mujer que, a juzgar por el tono en que se expresaba, debía hallarse muerta de miedo.

—¡Tengan la bondad de abrir la puerta! ¡Soy un amigo!—gritó el detective.

Blake casi no reconoció el timbre de su propia voz.

Pero el terror de los que estaban dentro hizo que no se atrevieran a abrir. La luz se estuvo quieta un momento y luego se retiró. Blake maldijo en silencio y esperó. Vió que la lámpara, desapareciendo del hall de entrada, se dirigía a nua hbitación cuyas grandes puertas de cristales que quedaban en lo alto de la cuesta de césped.

Descendió los escalones de la gradería y corrió al costado de la casa. Mirando por los vidrios de una de las puertas, vió a un anciano que entraba con paso vacilante en la habitación. El rostro de aquel anciano estaba pálido y desencajado. Bajo la luz de la lámpara se extremecía violentamente... hasta los labios le temblaban como a un perlático y su aspecto era el de un hombre dominado por el terror.

El anciano que estaba dentro de la casa se acercó a la puerta y trató de ver, mirando hacia la oscuridad exterior. El rostro que vió entonces Blake tenía una expresión de terror como jamás la había visto el detective. Los ojos le brillaban de modo extraño y hubiérase dicho que el pobre anciano había perdido la razón; porque, estando de pie como estaba, con la lámpara en la mano y en alto, no podía ver, — ni podía esperar llegar a ver, —lo que pasaba en la oscuridad exterior.

Para el detective, la manera de vestir y la actitud del hombre, eran inconfundibles. Comprendió en seguida que era el mayordomo de la casa y Blake empezó a darse cuenta de lo

que había acontecido. Su propósito de entrar en la casa se acrecentó entonces. Acercóse a la puerta de cristales y golpeó fuertemente en uno de los vidrios.

—¡Déjeme entrar! ¡Tenga la bondad de dejarme entrar!—gritó.

Blake pensó, más tarde, que debía haber adoptado una conducta más sensata. Se olvidó de que en la oscuridad donde él estaba, no era posible que le vieran, que, sin los pasados horrores de la noche, éste sólo detalle tenía que ser suficiente para poner en terrible tensión los nervios de los que se hallaban dentro de la casa.

Vió que el viejo mayordomo retrocedía tambaleándose. Vió que se caía desmayado, que la lámpara se caía de sus manos perláticas y que al romperse el depósito de vidrio una alta llamarada se extendía por la alfombra.

En el mismo instante Blake sacó del bolsillo la pistola automática y tomándola por el caño, golpeó con la empuñadura en uno de los vidrios una y otra vez. En cuanto el vidrio estuvo roto, le dió con el pie para agrandar lo más posible el hueco. Y cuando el agujero fué bastante grande, se inclinó y pasó por él como pudo, rasgándose el sobretodo al pasar, y se metió de un salto en la habitación, pisoteando febrilmente, apagando las llamas producidas por la caída de la lámpara.

✣ ✣ ✣

CAPITULO V

Blake dentro de la casa. — Un aviso telefónico. — La policía y el médico. — El extraño misterio de Winstead Abbott.

El sistema nervioso de la mujer se impresiona generalmente con mayor mayor facilidad que el hombre, pero demuestra, en muchos casos, tener mayor elasticidad.

Por esta razón la señora Trim, el ama de llaves del castillo de Catlingham, aunque aterrada hasta el paroxismo, recobró la tranquilidad más rápidamente, ante las amistosas manifestaciones de Sexton Blake, que el viejo mayordomo Melhuish.

Los horrores que había presenciado durante la pasada hora habían sido suficientes para poner a un hombre más joven a punto de perder el juicio o de sumirle por largo rato en la misericordiosa condición del desmayado. Pero Melhuish era de buena estirpe, había sido criado a la inglesa y poseía, más que muchos aristócratas, las condiciones de tal educación.

La señora Trim trajo una botella de cognac que dió con temblorosa mano a Blake, el cual administró algunas cucharaditas al desmayado anciano. El mayordomo reaccionó rápidamente. Abrió los ojos y miró a Blake, y durante un momento se vió en ellos una expresión de horror que el detective no olvidó en muchos días.

Blake le habló lentamente y en tono amistoso.

—No tiene por qué preocuparse al verme, señor Melhuish. Soy un amigo. He venido para prestarles ayuda. Tuve que abrirme paso a la fuerza, porque usted no quiso abrir la puerta. Lo siento mucho, pero así tuvo que ser.

Los ojos del mayordomo cambiaron de expresión. Miró a Blake como si intentara leer en su rostro si decía la verdad, y pareció convencerse y quedar satisfecho. Cerró los ojos y sus labios pronunciaron débilmente la palabra: "Cognac".

Blake le administró algunas cucharaditas más y durante varios minutos, Melhuish permaneció inmóvil, respirando acompasada y profundamente, como si fuese reconquistando fuerzas.

Entonces, le llevó al piso inferior donde le hizo sentarse en una butaca que tenía unos mullidos almohadones.

—¿Quién es usted? — preguntó a Blake con bastante energía.

—Me llamo Blake. Soy detective. No hable demasiado, economice sus fuerzas.

—¿Usted?... usted es Sexton Blake el detective? ¿Sabe lo que ha pasado?

—Creo que... que he logrado adivinarlo, —dijo Blake en voz baja.

—¡Ha sido algo horrible... terrible, señor! ¡El patrón ha sido asesinado!

—¿Por un presidiario? — preguntó Sexton Blake.

—Sí. Por un hombre que vestía el uniforme de los presidiarios. Llamó a la puerta y forzó la entrada... forzó la entrada porque traía un revólver en la mano. Después mató al patrón de un tiro... de dos tiros.

Blake movió tristemente la cabeza. Era exactamente lo que él se había figurado.

—¿Dónde está ahora su patrón, señor Melhuish? — preguntó el detective.

—Está en... ¡No! ¡No! Eso es lo más horrible de todo, señor Blake. Ha desaparecido. ¡Desaparecido por completo y sin que se sepa cómo! ¡De modo inverosímil, pero lo cierto es que ya no está allí!

Excitado de nuevo el viejo mayordomo, reapareció en sus ojos el fulgor de miedo que antes tenía. La señora Trim parecía hallarse nuevamente nerviosa. Era peligroso, y así lo comprendió Sexton Blake, seguir interrogándoles mientras se hallaran tan excitados tanto el uno como la otra.

—Hágame usted el favor de tratar de tranquilizarse, — dijo Blake. — No necesita explicarme nada todavía. Voy a solicitar asistencia en seguida. ¿Hay teléfono en la casa, señora Trim?

—Sí, señor; el aparato está en el hall.

—Muchas gracias.

El detective subió inmediatamente por la escalera y pidió en seguida comunicación con el policeman de la localidad. Pero la oficina de policía no tenía aparato telefónico. Era una de las tantas anomalías que existen en el servicio policial, fuera de Londres. Pidió con el médico del pueblo, un doctor joven que se había encargado de la clientela de su anciano padre.

—Tenga usted la bondad de ir a buscar

al policeman en su automóvil, — díjole Blake. — ¡Y venga en seguida! ¡El asunto es muy urgente! ¿Hay oficina telegráfica en el pueblo?

—Sí, señor Blake; pero a estas horas de la noche está cerrada, naturalmente.

—Pues entonces que el telegrafista la abra. Telegrafíe al D. I. C. de Scotland Yard pidiendo en mi nombre que manden a un inspector; si es posible, preferentemente al inspector Harker. Sí, Harker: H-a-r-k-e-r. Eso es. Inmediatamente, haga usted el favor.

Por el modo como contestó el médico, comprendió Blake que lo haría todo bien y pronto. Colgó el tubo del teléfono y subiendo al otro piso entró en la biblioteca. Vió inmediatamente rastros de pelea. Varias sillas estaban patas arriba, un tintero había sido volcado sobre la mesa, arrojando una extensa mancha en la carpeta. En mitad de la alfombra se veía una siniestra mancha roja. Blake se arrodilló en seguida para examinarla. La tocó con la yema del dedo índice y la halló húmeda y pegajosa. Cuando se incorporó de nuevo tenía en el rostro una expresión de mayor preocupación que antes.

Se volvió al oir ruido de pasos y vió a la señora Trim de pie cerca de la puerta. Se sentía mejor y acudía deseosa de servir de algo.

—Un caso terrible, señor, — dijo ella con voz gemebunda. — ¡Hubo pelea... una horrible pelea, señor!... — Comenzó a poner en su sitio los muebles obedeciendo al instinto femenino, que no puede ver nada fuera de su sitio. Blake la detuvo inmediatamente con un ademán.

—¡No! ¡No toque usted nada, señora Trim! —dijo el detective. — Esta habitación tiene que quedar exactamente como está. Es de importancia grandísima que no se mueva nada del sitio donde se encuentra. ¿Sabe usted, señora, dónde estaba tendido el señor Winstead Abbott?

—¡No, señor! ¡Gracias a Dios, no le ví!— exclamó, tapándose la cara con las manos.— Pero Melhuish lo vió, tendido en la alfombra. ¡Dios Todopoderoso, señor! ¿Por qué manda semejantes cosas a emocionar y desconcertar a una pobre mujer? ¡El lo vió tenido en la alfombra, señor! ¡Muerto de un tiro de revólver! Yo oí las detonaciones con toda claridad y eso que estaba en el piso de abajo, tejiendo! ¡Y me tapé los oídos!

—¿No supone usted, señora Trim, que Melhuish haya podido equivocarse?—preguntó Sexton Blake. — Usted sabe perfectamente que el mayordomo se encuentra en un estado tal de excitación que...

—¡No, señor! ¡Melhuish no puede haberse confundido ni equivocado! — protestó el ama de llaves. — Melhuish es todo un hombre, señor, aun cuando empieza a envejecer. Tiene un sistema nervioso que es de acero. Nos vamos a casar, él y yo, algún día, señor, según espero, cuando Melhuish se atreva y me lo diga cara a cara. Yo... yo... ¡Pero Dios mío! ¿Qué es lo que estoy diciendo?

Blake la tranquilizó, calmando su excitación que ya había cedido bastante. Paseó por el cuarto mirando detrás de las cortinas y de los muebles grandes. Cuando no hubo encontrado rastro ninguno del hombre asesinado, se quedó enteramente atónito y lleno de asombro.

Era de todo punto increíble que el cuerpo de Winstead Abbott hubiera podido desaparecer de ese modo. No era posible que nadie lo hubiese quitado de donde cayó y menos que lo hubiera sacado de la casa. Después de lo que el mayordomo había dicho, Sexton Blake había esperado encontrar el cadáver detrás de una cortina,—semi escondido, — de ese modo pueril que es característico en crímenes de esa clase. Un asesino se porta a veces de ese modo, mezclando a su crimen una diabólica y astuta travesura con verdadera ingenuidad infantil. A veces intenta ocultar a la víctima de su crimen como un chico oculta, con la mano a la espalda, una manzana que ha robado de una frutera del aparador.

Pero no era esto lo que había sucedido en el caso de Prenderghast, el presidiario evadido. El cuerpo de su víctima no estaba allí. No había en la habitación aquella ninguna prueba tangible de su crimen.

Blake movió una vez más las cortinas para salir enteramente de dudas y de pronto se detuvo escuchando por que de fuera llegaba hasta sus oídos un aullido que parecía un lamento.

Blake conocía bien aquel grito de peligro; reconoció que era la voz de Pedro. Unicamente en las ocasiones más graves el fiel perro emitía aquel grito pidiendo auxilio. Blake notó un gesto de terror y de interrogación en el rostro del ama de llaves, que estaba a su lado. La tomó de un brazo y la ayudó a bajar por la escalera.

—No es nada, — dijo el detective. — Es mi perro. Pide que se le deje entrar.

Corrió Blake a la puerta del frente, descorrió los cerrojos y la abrió.

—¡Pedro! — llamó sin alzar mucho la voz. —¡Aquí, amigo mio, aquí, Pedro!

Se oyó un grito de alegría y Blake casi se cayó al suelo vencido por el peso del fiel animal cuando el sabueso surgió de la oscuridad y se arrojó sobre él.

—Entra. ¿Qué te pasa, Pedro?

El sabueso siguió al detective hacia el hall y a la luz de la lámpara que allí había, el detective vió que el pobre Pedro se sostenía débilmente en sus patas y que le salía sangre de una herida que tenía en la parte de atrás de la cabeza.

El fiel perro miró hacia el rostro del detective. Sus ojos expresaban una súplica, al mismo tiempo que se notaba en ellos un fulgor de orgullo y de resolución. Entre los dientes traía sujeto un trozo de tela, de casimir. Lo traía cual si lo presentara a su patrón como prueba de que había librado valerosamente un desigual combate.

El detective sintió oprimido el corazón

cuando vió el estado en que se hallaba el pobre Pedro. Si el perro que cuando las circunstancias lo exigían, sabía pelear como un tigre acosado, había sufrido de ese modo, ¿qué le habría pasado a Tinker? Blake se arrodilló junto al perro, acariciándole, y al mismo tiempo examinándole la herida que tenía en el cuero de la cabeza. No era profunda pero era bastante extensa.

—¡Pobre mi viejo amigo! ¿Qué ha sucedido? ¿Eh? — dijo Blake en voz baja.—¿Dónde está Tinker? ¿Dónde está el muchacho, eh?

El perro gimió de modo lamentable y miró a Blake de un modo que el corazón del detective latió rápidamente de temor. Se volvió hacia la señora Trim.

—¿Podría facilitarme un poco de agua caliente y algunos trapos limpios? — preguntó. —Voy a llevar a Pedro al otro piso.

Blake tomó el trozo de tela de la boca del perro y se lo guardó en el bolsillo. Más tarde lo examinaría. Se inclinó, y levantó en brazos al animal aun cuando era bastante pesado.

—Casi te han arrojado de este mundo, mi viejo amigo, — dijo Blake.—Es necesario mucha tranquilidad ahora, hasta que te cures.

El perro hizo un movimiento como de protesta, pero después se sometió. Y en el piso de abajo, mientras Blake le lavaba la herida y se la vendaba después, se sometió a la cura sin un gruñido, mirando de vez en cuando a la señora Trim y al mayordomo con una expresión en los ojos que parecía decir: "Es mi patron el que me está vendando. ¡Es una maravilla! ¡Es el dechado de todas las virtudes y bondades del mundo!"

Melhuish y el ama de llaves iban recobrando su serenidad. El hecho de que el médico, a quien conocían bien, y el policman, a quien conocían mejor, estaban en camino del castillo, contribuía a reconfortarles.

Pero el detective sabía que era muy poco lo que podrían hacer cuando vinieran y no pensaba en ellos en aquel momento. Tenía algo más urgente e interesante en qué pensar.

Detuvo la hemorragia y completó el vendaje de la cabeza de Pedro. Le arregló cama confortable cerca del fuego de la cocina y aun cuando Pedro gruñó, le ordenó enérgicamente que se echara allí y no se moviera ni una pulgada. Blake se volvió para salir, pero Melhuish le detuvo.

—Tenga la bondad de no marcharse, señor. No nos deje ahora solos. Espere a que venga el médico, — dijo el mayordomo.

—Lo siento mucho, — replicó Blake, —pero temo que mi ayudante se halle en peligro. —Subió la escalera seguido del anciano.— Tengo que irme en seguida, pues...

En aquel momento llamaron reciamente a la puerta.

—¡Ah! ¡Ya están ahí!—dijo el mayordomo, dirigiéndose a la puerta. — ¡Gracias a Dios! — exclamó con infinito fervor cuando un hombre de uniforme entró en la casa, seguido de un joven bajo y grueso, cuyo rostro, naturalmente risueño estaba casi desfigurado por una expresión de tristeza.

Blake estaba impaciente por retirarse porque deseaba saber si Tinker había caído víctima del sindicato al mismo tiempo o después que él había estado tan cerca de caer. Saludó a los recien llegados apresuradamente.

—¡Es un caso serio, muy serio! — dijo rápidamente.—Pero Melhuish les va a contar todo cuanto ha sucedido. Les ruego que me perdonen. Tengo miedo de que le haya pasado algo a mi ayudante, que quedó en el automóvil, en el camino lateral, junto a la tapia de piedra. Volveré dentro de unos pocos minutos.

Se dirigió hacia la puerta rápidamente pero con grandísimo asombro de su parte, el policeman le interceptó el paso, tomándole de un brazo.

—Perdone, señor, pero no puedo dejarle salir de esta casa,—dijo.

—Pero... pero... ¡Si tengo que salir, hombre de Dios! ¿Sabe usted si mi ayudante ha sido asesinado allí fuera? — e indicó, con la mano, la oscuridad.

—¡Lo siento mucho, señor! — El policeman era de la categoría de los testarudos, tan útil a veces y otras veces tan intolerable calamidad. — No puedo dejarle salir de esta casa hasta...

—¡Entonces venga usted conmigo! ¡Por favor, venga conmigo! — exclamó Blake con febril agitación. — ¡Ahí tiene! Tome esto. ¡Apúnteme todo el tiempo!

Sacó del bolsillo la pistola automática y se la hizo tomar a la fuerza al de policía.

—Doctor, — dijo Blake volviéndose hacia el médico, suplicante. — Soy Blake, el investigador. Esto es asunto de vida o muerte. Si usted quiere quedarse aquí unos instantes mientras el policeman y yo...

—¡No se si puedo ir! — dijo el de policía.

Entonces intervino el médico, que con seguridad había tenido ocasión de sufrir las testarudeces del policeman Dobson más de una vez.

—Usted debe ir, Dobson, ya que no puede dejar que el señor Blake vaya solo. Yo me quedaré aquí. ¡De prisa, que el caso es urgente!

El policeman fué, de mala gana, y Blake indicó el camino, corriendo casi hacia el portón de entrada.

—Mi automóvil está debajo del olmo, junto a la tapia, en el camino lateral, — dijo. — Mi ayudante quedó esperando en él... Pero temo... ¿Le importa a usted correr, policeman?

El policeman estaba confundido, atónito y fastidiado; pero llegó jadeante una yarda detrás de Blake. El detective volvió la esquina y corrió por el camino. Un minuto después distinguió la silueta de la Pantera Gris, que pareció surgir de la oscuridad.

—¿Está usted ahí, muchacho? ¿Está usted ahí? — gritó Blake temeroso, pues no veía a nadie sentado en el coche.

Creyó que el corazón cesaba de latirle al

no obtener respuesta. Llegó hasta el coche, saltó al estribo y miró con temor.

—¡Tínker! ¡Tínker! — gritó. Y escuchó atentamente.

—¡Parece que ahí no hay nadie! — dijo el de policía.

—¡Dios mío! ¿Qué le ha sucedido al joven? — Estas palabras brotaron de labios del atribulado Blake, que dando rienda suelta a su emoción, gritó lo más fuerte que pudo:— ¡Tínker! ¡Tínker! ¿Dónde está?

Los dos hombres escucharon; pero el silencio era intenso, interrumpido tan sólo por el rumor de una pequeña caída de agua que había al extremo del camino. En aquel minuto de espera terrible una visión de horror pasó por la imaginación del detective. Saltó hacia el coche y encendió los faros delanteros. Dos rayos de vívida luz iluminaron en seguida el camino.

Pero aun cuando él y el policeman buscaron por todas partes, no hallaron ni rastros del joven. Con el corazón lleno de pena, el detective decidió no buscar más.

Ocuparon el automóvil y sacándolo del camino lateral entraron, en él, en el parque del castillo, pasando por el portón principal.

—Supongo, — dijo el de policía tratando de reconfortar al detective, — que tratándose de un muchacho, puede ser que se asustara al oír los tiros y echara a correr.

Blake, a pesar de la amargura de su corazón, encontró alivio en la ironía de la respuesta que dió a Robsou, el policeman.

—Si se ha escapado a su casa, — le dijo, —mañana por la mañana me lo mandará decir su mamá.



CAPITULO VI

Las deducciones de Sexton Blake. — Lo que le había pasodo a Tínker. — La teoría del pasaje secreto.

ALOJADO en la hostería de Catlingham, Sexton Blake, después de todas aquellas horas de horror, no logró dormir más que a ratos y su sueño fué intranquilo, despertándose por la mañana torturado por el temor de que pudiera haberle pasado algo grave al joven cuya vida apreciaba aun más que la propia.

La herida que el pobre Pedro tenía en la cabeza y la condición lamentable en que se hallaba el fiel sabueso cuando fué en busca de Blake la noche anterior, demostraban que la pelea tenía que haber sido ruda. ¿Había sucumbido el pobre Tínker durante esa pelea? La venganza del criminal, maestro en disfraces, ¿habría caído al fin sobre ellos?

Blake se estremeció y apretó los dientes tan de repente que se hizo un pequeño corte con la navaja con que se afeitaba, en la mejilla.

—Si es así, — murmuró, — buscaré a toda la gavilla, uno por uno, aun cuando me cueste el resto de mi vida y aun cuando me cueste perder la vida!

Se vistió y se desayunó como de costumbre, no porque tuviera apetito, sino porque creía que al cuerpo hay que alimentarlo para que no pierda fuerzas. Terminado el desayuno, — que se hizo servir en su misma habitación, — sacó el trozo de tela, triangular y bastante grande, que Pedro le había llevado, desgarrado y deshilachado, la noche anterior.

El perro no podía hablar, pero sus ojos eran maravillosamente expresivos. Pero el pedazo de género aquel era equivalente a la más dramática revelación para un hombre como Sextón Blake. Demostraba que la pelea había sido fuerte, lo mismo que la herida que tenía Pedro en la cabeza, demostraba que el encuentro había sido desigual.

El pedazo de género había sido rasgado de la ropa de un hombre grueso en el mismo momento en que saltaba para meterse en un automóvil pintado de verde. Una deducción que para cualquier mente no ejercitada hubiera sido dificilísima, era la cosa más sencilla para Blake. Una sola mirada a aquel pedazo de ropa le hubiera bastado para disponer la busca de un automóvil verde en el que fueran dos hombres lo menos, en la parte de atrás y otro manejando. Uno de los hombres iba vestido de casimir gris y era alto y corpulento. El otro debía tener puesto un sobretodo. El detective llegó rápidamente a esas conclusiones. En primer lugar el trozo de casimir era la punta de la derecha de un saco de punta cuadrada, en la que se veía una parte del bolsillo que la terrible dentellada del perro había desgarrado también. Por la distancia entre la punta del saco y el extremo del bolsillo, Blake dedujo que se trataba del saco de un hombre grueso.

Adheridas a la tela y arrancadas sin duda por la dentellada del perro, se veían algunas astillas de madera pintada por un lado de esmalte verde perteneciente al cuerpo de automóvil. Esto le dió el dato sobre el color del vehículo y demostraba que las astillas y la tela habían sido arrancadas a un tiempo. Pedro debió dar el salto en el mismo momento en que el hombre saltaba también para meterse en el automóvil.

La herida de Pedro contribuía también a hacer la reconstrfucción de lo sucedido. No le hubiera sido difícil al segundo hombre, dar aquel golpe al perro en el momento en que éste no se hallaba en condiciones de defenderse, pues se encontraba en mitad del salto.

Que debía haber un hombre con sobretodo lo afirmaba Blake sin temor de equivocarse, pues sabía que uno de los dos debía ser Prenderghast, que iba vestido de presidiario y que con seguridad, se había puesto un sobretodo para ocultar su denunciador uniforme.

Estos hechos los dedujo Blake de un examen del desgarrado pedazo de saco; pero todo eso no tuvo importancia ni comparación con otro rastro que encontró en el trapo traído por Pedro. Junto con el trozo de bolsillo del saco del hombre, el perro había desgarrado un pedazo de una carta. Era pequeño

y no tenía más que tres palabras, en cada uno de los lados, escritas con letra bastante mala. De un lado del fragmento, Blake leyó las palabras: "Sus propios destinos" y se encogió de hombros persuadido de que se trataba de un comentario cualquiera que no podía indicar nada de importancia ni de interés. Lo que estaba escrito del otro lado, sin embargo, era más misterioso en su significado y en consecuencia, permitía esperar que fuera útil de algún modo. La primera palabra le pareció a Blake una palabra de clave. Las tres palabrs eran éstas:

"Ymo está esperando".

Estudió la cortada frase durante algún tiempo y después guardó el trozo de género y el de papel en la cartera y se dirigió rápidamente al castillo de Catlingham. Había decidido que, antes de entrar en la casa, haría una investigación detenida del camino lateral y del parque.

Sin mucha dificultad encontró las huellas dejadas por los neumáticos de la Pantera Gris y las marcó trazando una línea con el bastón por el camino lateral donde daban vuelta y volvían para entrar en el parque del castillo por el portón principal. De ese modo eliminó una huella cuya presencia conocía. Después eliminó del mismo modo sus propias pisadas, pues sabía exactamente cuáles habían sido sus movimientos.

Continuó buscando yendo de un lado a otro de rodillas y recorriendo largos espacios a gatas, examinando el suelo con ayuda de un poderoso lente de aumento.

Se puso de pie al llegar al fondo del camino lateral y tenía ya la espalda dolorida cuando oyó ruido de pasos y se volvió, hallándose con que Dobson, el policeman, estaba allí.

—Me dijeron que usted estaba investigando por este lado, señor, — dijo, — y vine a traerle este telegrama que ha llegado para usted. Vino dirigido al castillo.

Blake tomó el sobre y dió las gracias al policeman.

—¿Quién está ahora en la casa? — preguntó, mientras rompía el sello del sobre.

—Un inspector, señor, y un sargento que ha venido de Mingate. También está el policeman de Welford.

Blake desplegó el despacho y leyó en seguida su contenido que era el siguiente:

'Estoy ya en viaje para ahí.—Harker".

—¡Eso es bueno! — murmuró Blake entre dientes. El policeman le miró con aire interrogativo.

—¿Hay algunas noticias del muchacho, señor... de su ayudante?

—¿De él?... ¡Ah! ¡Sí! — contestó Blake distraído.

—¿Está en salvo?

—¡Temo que no! — dijo Blake haciendo una mueca.

—¿Qué le sucedió, señor?

—Estaba sentado en el automóvil que se encontraba donde le hallamos anoche, — dijo Blake, — cuando oyó los dos tiros que resonaron en la casa. Salió entonces del automóvil y comenzó a reconocer el terreno a lo largo del camino. Vió el otro automóvil esperando al lado del camino, allá; y se deslizó cautelosamente hacia él, para inspeccionarlo. En aquel momento no había más que un hombre en el vehículo, sentado tras el volante; tal vez fuera una mujer, no estoy seguro. Pero el muchacho decidió esperar los acontecimientos convencido de que el resto de la gavilla no debía andar lejos.

"En consecuencia retrocedió y se quedó observando junto al tronco del roble que está en la esquina del camino lateral. Se encontraba de pie, de espaldas al portoncito que hay en la verja del parque del castillo y que sirve de entrada y salida a los jardineros y peones. De pronto, dos hombres salieron por ese portoncito de los jardineros. Se arrojaron sobre él y se produjo una pelea furiosa, en la cual mi ayudante cayó sin sentido. Entonces los otros le metieron en el automóvil y partieron para... partieron con rumbo al sud. Eso es todo cuanto sé.

El policeman miraba a Sexton Blake con incredulidad.

—Pero... y usted perdone, señor; no es posible que haya recibido toda esa información en ese telegrama tan breve.

—¿En el telegrama? — exclamó Blake.— ¡Claro que no! El telegrama es de un inspector de Scotland Yard que dice que viene a Catlingham.

—¡Ah!—dijo entonces el policeman Dobson. — Ha recibido usted una carta.

—No he recibido ninguna carta.

—¿Entonces cómo es que sabe usted que le pasó todo eso al muchacho?

Blake sonrió. No se le había ocurrido que el policeman iba a asombrarse al oír su explicación. Pero comprendió entonces que el hombre se maravillaría aun más cuando le explicara exactamente de dónde había sacado todos sus datos. Se contentó con indicar rápida y brevemente, cómo era su modo de averiguar y de deducir.

Indicó a Dobson las pisadas de Tinker desde el momento en que había descendido de la Pantera Gris, haciéndole notar cómo se veía más fuerte la impresión de la suela que la del taco. Dobson se quitó el casco y se rascó la coronilla cuando Blake le dijo que tales huellas, en tal forma indicaban que el muchacho había avanzado de puntillas, es decir, reconociendo el terreno. Blake mostró a Dobson las señales de las ruedas del otro automóvil y cómo las huellas de Tinker se habían detenido a poca distancia, detrás del vehículo. Le mostró como había retrocedido y se había quedado parado bajo el roble, de espaldas al portoncito de los jardineros.

En aquel lugar el policeman pudo darse cuenta de la calidad de las huellas de pisadas impresas en el suelo, y la mescolanza

de huellas, señal de pelea. Abrió la boca atónito cuando Blake le indicó las huellas de las pisadas de los dos que habían atacado a Tinker cuando se dirigieron al automóvil que les esperaba.

Estas huellas eran más profundas que las anteriores y más claras y además el hombre que tenía los pies más grandes parecía haber caminado retrocediendo o de espaldas y siempre a igual distancia de su colega.

El detective propuso al policeman Dobson que dedujera qué quería significar eso, pero semejante acertijo estaba por encima del poder imaginativo de aquel hombre. Pero cuando Blake le dió la única explicación del pequeño fenómeno diciéndole que las huellas en aquella forma indicaban que los dos hombres llevaban, entre los dos, a Tinker desmayado, se notó en la mirada que dirigió el policeman a Blake una expresión rayana en adoración. Desde aquel momento se dirigió siempre a Blake con una emoción que no conseguía disimular. El detective le había hecho comprender que el trabajo del de policía tiene perspectivas y posibilidad es que él jamás había ni supuesto ni soñado.

Con todos los datos reunidos asentados cuidadosamente en una libreta que siempre llevaba, Sexton Blake se dirigió a la casa del castillo y allí habló largo rato con el inspector y el sargento de la policía del distrito.

Habían interrogado a Melhuish, el mayordomo, y la señora Trim, el ama de llaves, había corroborado su dramática relación en todos sus aterrizadores detalles. Habían hallado, — los de policía, — al examinar la casa, rastros que demostraban la veracidad de tales declaraciones. Pero se hallaban, al mismo tiempo, enteramente asombrados y desorientados.

—Ayer supimos que un presidiario llamado Prenderghast se había evadido del presidio de Broadmoor, — dijo el inspector, — pero no comprendemo scómo pudo llegar a tiempo a esta localidad, ni sabemos por qué razón quería dar muerte al señor Winstead Abbott. Pero el mayordomo dice que oyó que el penado evadido repetía una y otra vez su nombre y Melhuish jura haberle oído decir claramente Prenderghast.

—El hecho del homicidio en sí mismo parece estar perfectamente establecido, ¿no le parece, señor? — dijo el sargento.

—Creo que puedo decir que... que sí,— dijo Blake. — Y creo que ustedes pueden aceptar como estrictamente exacto lo que ha dicho el mayordomo. Supongo que el policeman Dobson y el médico les dirían a ustedes lo que yo les dije anoche sobre lo que me pasó anoche.

—Usted oyó los tiros, creo que me dijeron, y acudió a enterarse de lo que pasaba, — dijo el inspector sacando una libreta de apuntes. — Vió usted que la puerta se abría y que salía por ella un hombre con traje de presidiario y que empuñaba un revólver...

—Lo que está enteramente de acuerdo con lo dicho por el mayordomo, — dijo el sargento.

Blake inclinó la cabeza asintiendo y repitióles toda la explicación de cuanto le había pasado, reservándose sus deducciones y sin intentar ofrecer explicación ninguna.

—El misterio que asombra y confunde en todo esto, — dijo el inspector, — es este: ¿Dónde está ahora el señor Winstead Abbott?

—Eso es lo que yo no logro explicarme de ningún modo, — dijo el sargento.

Y, en realidad, para el mismo Sexton Blake, ese fenómeno no tenía todavía una satisfactoria explicación. Que el presidiario había salido corriendo de la casa, casi inmediatamente después de cometido el crimen y de que Melhuish había visto el cuerpo de su patrón tendido boca arriba en el suelo, no admitía discusión.

Tampoco era posible dudar de que Melhuish dijera la verdad cuando manifestó que él volvió para ver a su patron casi inmediatamente después de que el penado saliera de su casa. La señora Trim había preparado el agua caliente y era testigo de la ansiedad y el apresuramiento del mayordomo, que quería auxiliar a su patrón el abogado si, por suerte, los tiros no hubieran resultado mortales.

Y cuando llegaron a la habitación que había sido escenario de la tragedia se encontraron con que el cuerpo no estaba ya allí. Había desaparecido de la manera más completa e inexplicable del mundo. Alguien lo había sacado en el espacio de unos pocos minutos y lo había llevado. ¿A dónde?

Blake comprendía la razón del asombro del inspector y el sargento. El mismo sentíase asombrado.

—¿Han buscado por toda la extensión del parque del castillo? — preguntó Blake.

—Sí; con todo cuidado. Pero, naturalmente, se volverá a buscar otra vez. Comenzamos la tarea antes del amanecer. Cerca de aquí hay un río. Haremos rastrear el fondo de él.

—Estoy empezando a preguntarme si no existirá algun pasaje secreto, alguna habitación oculta que se comunique con la que ha sido teatro de la tragedia, — dijo el sargento.—Esta casa es muy vieja y si un hombre estuviera al tanto de...

Blake inclinó la cabeza significativamente. La idea del sargento era sensata y así la consideró el detective, especialmente recordando un detalle olvidado. Recordó entonces que cuando Melhuish entró en la biblioteca por segunda vez encontróse con que su patrón había desaparecido y el presidiario también. Los dos habían desaparecido. Pero de pronto, Prenderghast había regresado y estaba de pie detrás del aterrorizado mayordomo.

Existen en el mundo muchas casas con tabiques que se deslizan y con escaleras ocultas y Blake no lo ignoraba. El castillo de Catlin-

gham era precisamente el tipo de casa antigua que...

—¿No le molesta que haga algunas investigaciones inspector? — dijo de improviso.

—¡De ningún modo! ¡Investigue usted lo que quiera, señor Blake! ¡Le deseo a usted muy buena suerte!

Blake subió a la biblioteca y durante dos horas largas buscó diligentemente y examinó cuidadosamente. La señora Trim, atisbando, y viéndole a gatas, con la cara junto a la alfombra, llevó la noticia a Melhuish, temerosamente, hablando de Nabucodonor y llevándose un dedo a la sien, con movimiento de tirabuzon, significativamente.

El viejo mayordomo se conformó con inclinar la cabeza, pensativo, y dió unas cariñosas palmadas a Pedro el sabueso, a quien Melhuish y la señora Trim habían cuidado con toda atención y cariño, olvidando sus propias tribulaciones.

Pero a Blake le importaban poco los comentarios de los que le vieran buscando. No se daba cuenta de nada de lo que sucedía en su redor, como no se daba cuenta de cómo transcurría el tiempo. El misterio se había apoderado de su imaginación y estaba buscando la solución con todo empeño. No había nada suficientemente insignificante para ser pasado por alto. Durante diez minutos permaneció de pie, estudiando la dirección de la llama de un fósforo. Tomó cuidadosas medidas estudiando el espesor de las paredes y a su urgente pedido, el inspector envió el chauffeur de la hostería de Catlingham a la oficina de la policía local en busca de una máquina fotográfica y de un poco de cierto polvo blanco usado en la fotografía policial. Cuando llegó todo eso Blake tomó, con infinito cuidado, una serie de negativos y, después de eso, pasó mas de una hora examinando el borde de la ventana de la biblioteca y el suelo del jardín que quedaba justamente debajo.

En el transcurso de sus investigaciones había examinado cada pie cuadrado de las cuatro paredes de la habitación, golpeando cuidadosamente con la llave de la puerta. Con gran decepción no sonó la pared a hueco en ninguna parte, lo que indicaba que no había ninguna habitación, ningún pasaje secreto dentro de aquellos muros.

La teoría del sargento parecía aun la más factible y sin embargo esa teoría no había respondido a la prueba como Blake esperó que respondiera.

Cuando Blake hubo terminado, regresó a la hostería donde escribió una larga carta dirigida a Harker, relatándole todo segun lo sabía.

"Le parecerá raro que regrese a Londres
" sin esperarle, — decía, — pero comprendo
" que nada me queda por hacer aquí, y mi
" temor por lo que pueda haberle pasado a
" Tinker es tal que no me atrevo a perder un
" solo momento. Siento que si no puedo vol-
" ver en seguida a mi casa, y encerrarme a
" solas con este problema durante unas ho-
" ras, no lograré poner nada en claro. Si el
" muchacho está vivo aún y es posible sal-
" varle, es necesario proceder con rapidez.
"Telegrafíeme si se entera de algo impor-
" tante. De todos modos, pase por mi casa
" tan pronto como regrese a la ciudad."

Blake dejó la carta en la hostería para que la entregaran al hombre del D. I. C. en cuanto llegara. Después, con el ceño fruncido y un fulgor en los ojos que era señal de grave peligro para cualquiera que se opusiera entonces al detective, dirigió la Pantera Gris, camino de Londres, a toda velocidad.

La señora Bardell era una de las pocas personas que sabían entender lo que expresaba el rostro de Sexton Blake. Cuando abrió la puerta para que entrase el detective se puso pálida y la frase de saludo que iba a pronunciar, se heló en sus labios.

Mientras Blake hacía que comía lo que ella le había servido, la señora Bardell se aventuró, nerviosamente a hacer una pregunta sobre Tinker, pues se había asustado al ver el vendaje que Pedro tenía atado a la cabeza.

Blake la miró con expresión de súplica.

—Haga usted el favor de no molestarme con preguntas, señora Bardell,—dijo.

La anciana se retiró angustiada a la soledad de su habitación. Blake removió el fuego, se puso el "robe-de-chambre" que le había acompañado en tantas batallas de ingenio. En una mesita redonda puso una botella con whisky. Eligió una pipa del estante y, en aquel momento sonó la campanilla del teléfono, lo que le hizo maldecir entre dientes.

Su rostro cambió de aspecto sin embargo, serenándose, cuando oyó la voz de Harker.

—¡Hola! ¡Sí! Habla con Blake.

—Bueno, — dijo Harker. — Gracias por su carta, amigo mío. La he encontrado instructiva. Usted no ha dejado nada por investigar. ¡Es un caso diabólicamente misterioso! Kestrel, me está pareciendo, no es un ser humano. Tenía usted razón, Blake. No cabe duda: el hombre era Prenderghast. Es seguro, a pesar de que ese dato desmoronó todos mis cálculos.

—¿Qué quiere decir con eso? — preguntó Blake.

—Que el jefe me envió en busca de Prenderghast, según usted recordará. Conseguí obtener alguna información que me pareció de confianza. Le seguí hasta Winchester, la noche pasada, a las nueve. Pensaba dirigirme a Winchester cuando recibí su telegrama. Crea usted que me desconcertó.

—¿La información que le habían dado era falsa, entonces?—preguntó Blake.

—Tiene que haberlo sido, — asintió Harker. — El hombre no podía estar en dos sitios a la vez. Además hay gran distancia de Winchester a Catlingham ¿eh? No me fiaré mucho de esa fuente de informaciones otra vez. Me pareció de confianza y resultó que no lo era.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse ahí?— preguntó Sexton Blake.

—No lo sé. Voy a organizar una investigación prolija. Rastrearán el río, si es necesario; y traeremos técnicos que visiten toda la casa y hagan trizas la biblioteca si es necesario. La teoría del pasaje secreto me parece la más sensata. Pero el caso es extraño, Blake, uno de los más extraordinarios que he conocido. ¿Tiene usted algunas teorías?

—Ni la mitad de una, — dijo Blake.— Véame cuando regrese a Londres, ¿eh?

—Sí, sí; iré directamente a su casa,—manifestó Harker. — ¿Qué va a hacer usted ahora.

—A pensar, — dijo Blake con tristeza.— ¡A pensar! — Y colgó el auricular.

Blake corrió las cortinas de las ventanas para que no entrara en la salita la fuerte luz del sol, aun cuando ya comenzaba a declinar. La habitación quedó en una semioscuridad interrumpida sólo un momento cuando removió el fuego de la chimenea.

Blake se sirvió nua dosis de whisky, a la que agregó un poco de soda. Se sentó en su mullida butaca. Apoyó los pies, calzados con zapatillas, en los hierros del hogar. Mientras llenaba la pipa lentamente Pedro se acercó y reclamando las prerrogativas del que está enfermo, se sentó a su lado.

La amarillenta luz de un fósforo iluminó un momento las facciones del gran investigador y una nube de humo azulado flotó formando anillos, que Blake contempló ensimismado.

Su mirada se fijó entonces, — pareció fijarse,—en el fuego. Pero aquella vívida imaginación, aquella maravillosa facultad de concentración que era la base del genio de Blake, por efecto de una magia de la cual él mismo no conocía el secreto, transformó aquellas relucientes llamas en una pantalla en la cual para la visión "interior" del detective, fué proyectada una serie de bien definidos cuadros, un desfile de sucesos y de escenas.

De este modo reconstruía los más intrincados crímenes; de este modo veía al criminal ejecutando de nuevo su delito con todos sus trágicos detalles.

De este modo visualizó y estudió en su mente todos los factores de aquel crimen en el cual una terrible venganza había caído sobre Winstead Abbott, el famosísimo abogado criminalista. De ese modo, mediante un proceso de matemáticas mentales, Blake reunía y organizaba sus factores y sus indicios, el pro y el contra.

Era mediante un progreso de álgebra mental y siguiendo las lógicas líneas de Euclides como el detective construía sus proposiciones; construyendo su teoría cuidadosamente y sometiéndola después a la prueba de cada hecho conocido.

En una pequeña habitación del piso inferior la anciana señora Bardell estaba sentada, mirando hacia las cenizas del fuego que había dejado apagar, lleno su bondadoso corazón del cariño maternal que profesaba al joven a quien había conocido desde la niñez y había desaparecido.

La tristeza de sus pensamientos y de sus temores la hicieron permanecer allí, sentada hasta la madrugada. Pero cuando, por último, antes de ir a meterse, tiritando, en la cama, fué a mirar con curiosidad, lo que pasaba en la sala de consultas y vió la inmóvil figura de su patrón que seguía sentado, silenciosamente, con la mirada fija en el fuego de la chimenea.

✣ ✣ ✣

CAPITULO VII

Harker se siente confundido. — De sorpresa en sorpresa. — Sexton Blake encuentra la solución del misterio.

"DE lo que no cabe duda es de que el crimen ha sido cometido, Blake,—dijo el inspector Harker mirando al detective, — pero exceptuado eso, todo lo demás es misterio y confusión para mí. Me encuentro enteramente confundido y completamente desorientado.

—¿Se refiere usted a la desaparición del cuerpo de Winstead Abbott?

—Sí. El crimen es cosa que no admite ningún género de duda. Como lo supusimos en el primer momento, o mejor dicho, como lo supuso usted, ese presidiario Prenderghast tuvo a su servicio todos los elementos de que dispone el Sindicato Kestrel. Fué el sindicato quien le hizo escapar del presidio de Broadmoor y el sindicato el que le llevó a Catlingham. Como le digo, esto no se discute porque no admite duda.

—Así parece, — dijo Sexton Blake.

—He redactado ya el informe que presentaré a Scotland Yard, — prosiguió Harker, — y mediante cuidadosos interrogatorios y comparando los hechos, he logrado establecer una exacta lista de todo lo sucedido por su orden y con las horas en que se produjo. Según mis cálculos transcurrieron ocho minutos entre el momento en que el mayordomo vió a Winstead Abbott tendido, muerto, en el piso de la biblioteca y el momento en que volvió y se dió cuenta de que había desaparecido. En ese tiempo, según lo sabemos, no había en la casa nadie más que Melhuish y el ama de llaves, pues Prenderghast se había marchado también.

"Además, — prosiguió el de Scotland Yard, —no es posible creer que el cuerpo fuera momentáneamente escondido cerca de allí. Gente experta ha registrado toda la casa y todo el terreno. Se ha rastreado el río.... ¡El misterio es completo, inexplicable!

—¿Cree usted posible que hayan podido llevarse el cadáver al retirarse?—preguntó Blake, incitándole así a explicar sus ideas.

—He pensado en eso, — dijo Harker, — pero hay en contra la dificultad de llevar eso a la práctica. No niego que otros elementos de la gavilla pudieron estar ocultos dentro del castillo. Pudieron quizás sacar el

pobre Abbott silenciosamente, por la puerta principal, mientras Melhuish estaba en el piso inferior al que fué en busca del agua caliente y de cognac. Pero no, eso es imposible, — agregó en seguida el empleado de D. I. C., — porque Melhuish cerró la puerta en cuanto salió el presidiario y todavía estaba cerrada con llave y cerrojos cuando usted llamó a ella unos pocos minutos después.

—Quería saber si usted recordaba ese detalle, — dijo Blake sonriendo.

—Es algo absolutamente confuso, — dijo Harker, casi con fastidio. — Además está el peso de su declaración sobre la reconstrucción de lo pasado con Tinker, cuando le atacaron. Usted atacó a Prenderghast y, a su tiempo, llegó otro hombre en su ayuda. Parece, pues, que sólo hubo dos, relacionados directamente con el caso, ¿no es así?

—Sí, así parece.

—Es seguro que ellos no se llevaron el cuerpo de Winstead Abbott... ¡Suficiente trabajo tuvieron con cuidar de sí mismos!

Blake inclinó la cabeza y Harker, después de un breve momento de pausa, continuó:

—Casi le mataron a usted y escaparon a toda prisa. Tenemos razones para creer que salieron por el portoncito por donde salen los jardineros y que se encontraron con Tinker. Se produjo una recia pelea, en la que desmayaron al pobre Tinker, y se lo llevaron en el automóvil. En el momento de tomar el vehículo les atacó el valiente Pedro y no cabe duda de que se marcharon lo más pronto posible. Y después de eso el cuerpo de Winstead Abbott se evaporó. ¡Lo confieso, Blake, me siento vencido! ¡Derrotado por completo!

Miró suplicante a Blake y el detective sonrió aun cuando no había alegría ninguna en su sonrisa.

—Sus razonamientos son realmente sensatos, Harker,—dijo.—Su apreciación del hecho es exacta. Pero sus axiomas son falsos desde el principio. Yo... ¿por qué me mira usted así?

Un extraño fulgor había brillado en los ojos del hombre de Scotland Yard.

—¿Conoce usted la solución, Blake?—preguntó muy nervioso.—¿Sabe usted cómo logró Prenderghast hacer que desapareciera él?...

—Prenderghast no hizo que desapareciera, —dijo Blake tranquilamente.

—¿No fué él? ¿Quién fué entonces?—preguntó Harker.

—¡Nadie! — respondió rápidamente Blake.

—¡Pero por Dios, Blake! ¿Por qué?...

—Por una razón muy sencilla, — dijo Blake.—Prenderghast no cometió el crimen.

El de Scotland Yard miró a Blake con los ojos muy abiertos.

—Pero realmente, Blake, — protestó. — ¡Usted mismo vió al hombre! ¡Usted vió cómo estaba vestido! ¡Usted peleó con él y estuvo a punto de estrangularlo! ¿Como dice ahora que?...

—¡Aquel no era Prenderghast! — dijo Blake sin perder su serenidad ni emocionarse.— No era presidiario. Era uno que estaba vestido de presidiario y nada más.

La cara de Harker cambió de expresión. Abrió el inspector la boca como para hacer una pregunta, pero quería preguntar tantas cosas que no sabía por cuál empezar.

—¿Entonces quién fué el hombre que mató a Winstead Abbott? — logró preguntar al fin.

—¡Nadie! — contestó Blake con exasperante calma.

—¿Pero cómo puede?...

—¡De la manera más facil! No fué asesinado. ¡Escuche usted un momento! ¿Melhuish le ha hablado a usted de una joven que estuvo a visitar al abogado un poco antes, aquellan noche? ¿Sabe usted quién era esa joven?

—Lo he adivinado, — dijo Harker. —Era la joven Fifette, la cómplice de Kestrel.

—Sin duda, era ella. Como de costumbre desempeñó el papel de reclamo. Y mas lindo y más peligroso reclamo no le hay en ambos mundos. Melhuish oyó algunas de las palabras que pronunciaron ambos y creo que logró inducir a Abbott a ir con ella a la hostería de Catlingham, donde,—le dijo,—se había alojado.

"Sabemos, — prosiguió Blake, — que no estuvo nunca alojada en la hostería. Estoy convencido de que le llevó a hacerle caer en una emboscada.

—¡Pero volvió media hora después! — indicó Harker, y Blake sonrió, moviendo negativamente la cabeza.

—¡No volvió! ¡Segun pienso, Harker, el que se presentó en la casa fué el maestro en disfraces, fué Kestrel, vestido y caracterizado imitando a Winstead Abbott!

El hombre de Scotland Yard lanzó un silbido. Miró a Blake con asombro porque lo que decía estaba enteramente en desacuerdo con todo lo que se sabía.

—¡Entonces todo aquello fué pura comedia!—exclamó.

—¡Eso es! La diversión favorita de Kestrel, — dijo Blake. — Lo hizo todo para que nadie se diera cuenta de que Winstead Abbott había sido secuestrado. El pseudo presidiario llegó a la puerta y forzó la entrada amenazando con un revólver cargado. Atemorizó al anciano mayordomo, como es lógico, y corrió a la biblioteca donde el supuesto dueño de casa estaba sentado. Se produjo una amarga querella, muy bien representada, y sonaron dos detonaciones, de verdad. Entonces Kestrel, que representaba el papel de Winstead Abbott, cayó tendido en el suelo no sin antes haberse manchado la pechera de la camisa y haber manchado el suelo con suficiente sangre para dar la necesaria nota de horror. Esa sangre debió llevarla embebida en una esponja, preparada para el caso. ¿Qué sucedió entonces? El presidiario se ausentó durante un minuto, hasta que entró el viejo mayordomo, loco de terror. Cuando el mayordomo, horrorizado, estaba por inclinarse hacia su "asesinado patrón", apareció el "matador" y revólver en

mano, mirando de modo terrible al sirviente, obligó al viejo servidor a acompañarle a salir de la casa. ¿Cree usted que no podía haber hallado la puerta sin que le ayudara nadie? ¡Claro que sí! Pero tenía una seria razón para proceder así. Haciéndose acompañar por Melhuish, hizo que el mayordomo estuviera ausente de la biblioteca el tiempo necesario para que Kestrel se pusiera de pie y saliese de la biblioteca por una ventana.

"Fué Kestrel el hombre que contestó, imitando el grito de la lechuza, al grito de la misma clase, lanzado por el presidiario en el parque. Fué Kestrel el que me atacó y ayudó al "presidiario" a escapar. Y la suma total de todo esto, Harker, — agregó con tristeza, — es esta: A pesar de todo el drama y de todo ese capítulo de horrores, todo lo que ha pasado es que Kestrel ha secuestrado a Winstead Abbott, por alguna razón que aun no conocemos; y, lo que es peor, que ha hecho lo mismo con Tinker. No creo, de ningún modo, que se haya cometido homicidio de ninguna clase.

Blake había reconstruído todo lo pasado de semejante modo, con verosimilitud tan grande, que Harker se le quedó mirando atónito. A pesar de su aturdimiento, logró, sin embargo, darse cuenta de que la explicación de la teoría de Blake lo dejaba demostrar todo de la manera más satisfactoria.

—¡Blake! — exclamó. — ¡Usted da siempre en la tecla! ¿Pero cómo ha podido saber todo eso?

—No dispongo de tiempo para dar largas explicaciones, — dijo Blake. — Aun nos falta mucho que hacer, Harker y es necesario ponerse en actividad inmediatamente, de modo que voy a ser breve. En primer lugar recorrí con la imaginación, como usted lo ha hecho, todo el conjunto y al razonar sobre cómo habían llegado a producirse los hechos, vine a encontrarme en un callejón sin salida. Llegué a la conclusión de que el cuerpo de Winstead Abbott no había podido desaparecer, que su desaparición era enteramente imposible. Entonces comencé a estudiar el caso de nuevo, desde su comienzo.

"Inspeccioné con todo cuidado la habitación y encontré las dos balas incrustadas en la pared. No presentaban ni el menor rastro de sangre, así que era imposible que hubieran dado muerte al abogado. Después hallé la señal de cuatro dedos manchados de sangre en el borde de una ventana de la biblioteca y en el suelo, fuera, encontré, evidentes, las huellas de dos pies.

"Aquellas huellas resultaron, al compararlas, de igual tamaño y forma que una huella que había en el sitio donde me atacaron. También encontré huellas de esas donde Tinker fué asaltado. Eran de los mismos pies, que habían caminado hacia atrás, cuando llevaron a Tinker al automóvil.

"Esto me hizo suponer que Winstead Abbott no había sido asesinado ni cosa parecida. Había, tan sólo, fingido la muerte, y se había escapado por la ventana. Además se había unido al presidiario al atacarme. Era un cómplice del presidiario.

"No me detuve a pensar qué razón podía haber tenido el famoso abogado para proceder así, cuando hube llegado a ese punto de mi reconstrucción. Pero tomé una muestra de las manchas de sangre de la alfombra y también tomé una fotografía de algunas impresiones digitales dejadas, sin duda, por el supuesto penado evadido, por el llamado Prenderghast. Cuando llegué a casa analicé la sangre y la examiné con el microscopio. Ví en seguida, por el tamaño de los glóbulos, que no era sangre humana. Debía ser sangre de un novillo, probablemente. Eso y el hallazgo de las balas incrustadas en la pared sin haber herido a nadie, probaba que el crimen había sido una completa farsa.

"Sabía que tenía usted en su oficina un negativo con las impresiones digitales del verdadero Prenderghast, el condenado a presidio, el que se había evadido del establecimiento penal de Broadmoor. Lo pedí prestado y lo comparé con las impresiones digitales de la fotografía que yo había sacado y había revelado ya. No eran iguales. Pero, y esto era aún más importante, coincidían exactamente las impresiones digitales de mi negativo con las de la ficha, que tiene usted, correspondiente a un hombre llamado, según creo, Lessing, de oficio fabricante de instrumentos científicos, del que yo sospechaba hacía tiempo, que estuviera en íntima relación con Kestrel y perteneciera a su gavilla como elemento de primera línea.

"Esto lo aclaraba todo, prosiguió Blake.— Pero aun quedaba un hueco, en la lógica correlación de los hechos, un hueco que era necesario llenar. Con toda seguridad, me dije, el abogado Winstead Abbott no puede estar complicado en esto. ¡Sería inverosímil! Por lo tanto, si aquel hombre no era Abbott, tenía necesariamente que ser otro, probablemente Kestrel, disfrazado para pasar por él. Pero entonces, ¿cómo había conseguido Kestrel que Abbott saliera de su casa y cómo había conseguido encerrarle en alguna parte para entonces ocupar su sitio en el Castillo de Catlingham? Y, — terminó Blake, — esto obtuvo respuesta cuando recordé la visita de Fiffette Bierce, una visita a la que antes no había concedido mayor importancia.

Blake había relatado todo eso rápidamente y con toda claridad aun cuando se le notaba impaciente, como si al hablar estuviera perdiendo un tiempo precioso.

Harker, que a todo eso se sentía fascinado por la genialidad de aquella reconstrucción admirable, hubiera querido dirigir numerosas preguntas al detective. Pero Blake no estaba dispuesto a alargar mucho más la conversación.

—Todo eso logré deducirlo durante la noche, cuando regresé de Catlingham, dijo. — Desde entonces he estado ocupado haciendo averiguaciones. ¿Ve usted esta carta... mejor dicho este fragmento de carta?

Mostró a Harker el fragmento de papel que había en el trozo de bolsillo que la terrible dentellada de Pedro, el sabueso, había arrancado del saco de Kestrel. El de Scotland Yard miró con el ceño fruncido las palabras: "Sus propios destinos" y también la extraña palabra "Ymo". En respuesta a la pregunta de Blake, levantó la vista y movió negativamente la cabeza.

—"Ymo" podía significar algo, supuse,— dijo Blake, — y estudié la palabra largo rato. Antes de la palabra verá usted que hay una señal hecha con la pluma, como si el que escribió la carta hubiera puesto comillas. Esto me dió un indicio. Ymo, entre comillas podía indicar, en mi opinión, solamente una cosa.

—¿El nombre de un buque?

—Eso es. Cuando se me ocurrió eso fuí a la oficina del Lloyd y allí logré saber que Ymo es un yate particular, de doscientas toneladas, perteneciente a Sir Philip Trevalyn, de Falmouth.

Blake miró fijamente a Harker porque esa información pareció no interesar al hombre de Scotland Yard. Así lo pensaba y Blake leyó su pensamiento.

—A mí tampoco me indicó nada en el primer momento, — dijo Blake. — Pero considere que se trataba de un nuevo sendero por donde dirigir la investigación y dirigí mi investigación por él. El empleado de la oficina del Lloyd era muy servicial; tiene un hermano en Falmouth, que según parece es persona de importancia en la población. Está vinculado a la redacción del diario "Western News", es miembro del mejor club y parece conocer a todo el mundo. Conseguí que mi amigo, el empleado confiara a su hermano la misión de averiguar quién era Sir Philp Trevalyn, sus amistades, su posición y, sobre todo, qué había hecho últimamente su yate Ymo y si estaba todavía anclado en la bahía de Falmouth.

—¿No ha tenido usted respuesta todavía, Blake? — preguntó Harker.

—Esta mañana, — dijo Blake, — recibí una larga carta de él, enviada por expreso. Es un excelente informante y espero utilizarle siempre que haya ocasión. Es tan bueno como Scotland Yard y un diario en una sola persona.

El de Scotland Yard volvió a demostrar interés y miró con aire interorgativo al investigador.

—Me dice una porción de cosas que nada importan, — dijo Blake, — así que no le voy a leer la carta. Pero entre todo eso hay dos o tres detalles de especial interés.

El primero de ellos es éste: Sir Philip Trevalyn es propietario de una pequeña isla, un sitio solitario, en el canal del Sud, llamada Isla de Olaf.

"Segundo, quiere venderla y actualmente está en negociaciones para su venta con un adinerado estadounidense llamado Samuel T. Wilcox. Sir Philip ha dicho que si vende la isla también venderá su yate Ymo al señor

"Tercero, — prosiguió Blake, — el señor Wilcox y varios amigos suyos han revisado la isla y con este propósito, Sir Philip les ha prestado el yate Ymo. ¡Los hombres de la bahía de Falmouth dicen que han hecho varios viajes a la isla y uno de ellos, de noche!

—Usted piensa, — dijo entonces Harker,— que puede existir algún parecido entre el señor Samuel Wilcox y cierto archi-criminal conocido nuestro, ¿no es así, Blake?

—Si usted puede estar desocupado dentro de media hora, amigo Harker, — dijo Blake, — usted podrá venir a Falmouth conmigo y persuadirse de ello.



CAPITULO VIII

En viaje. — Un paisaje desolador. — La pelea en la costa alta. — ¡La isla de la Venganza!

La cañonera M. L. O 63 de la armada británica era una de las muchas lanchas automóviles armadas que durante la guerra recorrieron, vigilaido las costas de las Islas Británicas. Construida según el mismo modelo que todas las demás, con su personalidad reducida a tres letras y dos cifras, tenía, sin embargo sus características propias.

Cumpliendo una comisión especial salió del puerto de Plymouth al anochecer y se alejó de la costa.

Abajo, en la pequeña, pero confortable cámara, el teniente que la mandaba, señalaba con el dedo, en el mapa, la Isla de Olaf.

—Nos hallamos a dos horas de la isla, según creo, señor Blake, — dijo el comandante. — Pero para esa hora veremos mejor porque habrá salido la luna llena, que no debe tardar en presentarse.

No había terminado de pronunciar esas palabras cuando se comenzó a ver en el horizonte una suave luminosidad y los tres hombres subieron a cubierta y contemplaron cómo aquella se transformaba en un reluciente disco de plata que lentamente fué ascendiendo a los cielos con más rapidez que la que ellos esperaban.

El teniente dejó allí a los dos detectives y descendió a la cámara a consultar un momento el mapa. Regresó unos diez minutos después.

—Dentro de poco distinguiremos la isla de Olaf, si no he calculado mal, — dijo. Miró una pequeña brújula que sacó del bolsillo. — Debemos verla del lado de estribor. ¡Ah! Ya empieza a mostrar la cabeza. Debe estar casi delante de nosotros, y...

Calló y levantó sus anteojos de noche. Después tomó del brazo a Blake.

—Allí está. ¿La ve usted surgiendo del agua del lado del oeste? Ya la verá mejor cuando haya subido un poco más la luna. Tendremos que dar la vuelta en torno de ella, y acercarnos en contra de la marea. La corriente es aquí muy fuerte y tenemos que ir

con cuidado si queremos evitar las rompientes que se extienden hacia el mar a un lado de la isla.

Blake distinguía la pequeña eminencia carcomida por las aguas que aparecía del lado de proa con toda claridad ya. Pero como el comandante le había dicho, hasta que se levantó más la luna no distinguieron bien aquella silueta pintoresca, carcomida por el mar y los vientos.

Año tras año el recio oleaje del Atlántico se precipitaba contra aquel islote, decidido a barrer de una vez aquel obstáculo tan insignificante. Pero a medida que el mar y las tempestdes golpeaban y la azotaban, la isla de Olaf parecía hacerse más rígida, más tiesa, más angulosa y ceñuda. Cada ola y cada ráfaga de viento parecían no obtener más resultado que el de afilar aquellos colmillos de roca que se alzaban del mar como dientes, al pie de los arrecifes altos del lado oeste.

¿Cómo podía existir quien quisiera comprar aquel sitio de destierro? Blake no lograba entenderlo. ¿Cómo era posible que un hombre como Sir Philip Trevalyn podía sentirse orgulloso de poseer aquella isla? Tampoco se lo explicaba el detective. Así pensaba mientras la cañonera automóvil O 63 viró y la trepidación del piso de la cubierta se hizo menos violenta. Hubiera sido una locura para cualquier embarcación que no fuese de poquísimo calado, acercarse a aquella isla a toda velocidad. Pero el que manejaba aquella cañonera tenía mucha práctica y para él, aquello era un juego de niños.

Avanzaron con lentitud, contra la corriente sin separarse de la acantilada costa de la isla, de modo que la sombra proyectada por la alta costa, ocultaba a la cañonera. El pequeño y rápido buque navegaba contra la corriente siguiendo el contorno de la isla de modo que les fuera posible atracar sin dificultad cuando llegaran al muelle y Blake, silencioso, de pie en la cubierta, observaba con atención.

Estaba sumido en sus propios pensamientos, cuando una repentina exclamación del hombre de Scotland Yard, que estaba a su lado, le hizo volver a la realidad. Sintió que la mano de Harker le tomaba del brazo y que indicaba, con el otro brazo extendido el extremo superior del alto y vertical acantilado.

—¡Mire, Blake... mire! — exclamó Harker.

El detective miró y el corazón le saltó en el pecho de un modo que la sangre le afluyó al cerebro, turbándole un momento. Se tambaleó de tal modo que tuvo que agarrarse a la borda. No dejó de mirar un solo instante. Sentíanse los dos atónitos ante una escena tan extraña como dramática, tal como jamás la habían presenciado.

Dos hombres habían aparecido de pronto en el borde superior de la costa alta, dos hombres furiosamente abrazados balanceándose de un lado a otro, forcejeando en una desesperada lucha a muerte. Las siluetas de los dos hombres veíanse negras contra la luz de la luna y parecían algo fantástico, extraño... Su pelea feroz parecía el balancear de dos títeres; eran como dos sombras que combatían grotescamente ante una cortina de plata.

Pero, a bordo de la cañonera, los dos hombres, Blake y Harker, de pie, tomados de la mano, latiéndoles febrilmente el corazón, sabían que aquello no tenía nada de irreal. Sabían que estaban presenciando una pelea a muerte, una pelea de una ferocidad tal que tendría pocos ejemplos humanos.

Hacia atrás y hacia adelante, las dos figuras balanceaban con espasmódicos movimientos, forcejeando ambos como dementes. De pronto, uno de los hombres se separó y retrocedió algunos pasos con los brazos en alto, mientras el otro daba traspiés hacia atrás, peligrosamente. Y entonces, el más alto de los dos, atropelló al otro con el impulso y la ferocidad de un tigre, de tal modo que a pesar del jadear del motor, se oyó el ruido del golpe. Entonces vieron caer a los dos hombres y rodar, hechos un montón informe. De pronto un grito ronco repercutió de modo extraño en la isla, en el momento en que los que peleaban caían por el borde de la costa alta, descendiendo vertiginosamente a su horrendo fin.

Los que miraban escucharon pero no pudieron oír más que los débiles chillidos de varias asustadas gaviotas. La luna brilló serenamente, iluminando la orilla de la costa alta, como si aquellas dos figuras no hubiesen estado nunca en ella. Lo que Blake y Harker habían presenciado, podía ser interpretado como una breve visión de una horrenda pesadilla.

Blake tenía los dientes apretados y sentía una gran angustia en el corazón, que Harker se explicaba y comprendía. Cuando la lancha se deslizó hacia el muelle sin dificultad ninguna, saltaron a tierra, rogando fervorosamente por que el cuerpo despedazado del pobre Tinker no fuera uno de los que yacían ahora sin vida en las rocas al pie de la costa alta.

La O 63 amarró y Blake tuvo una breve conversación con el comandante. Un poco después el teniente James, armado de revólver y cuatro hombres de la tripulación, cada uno con su carabina de ordenanza, se pusieron a las órdenes de Blake.

El detective indicó el camino. Avanzaron por una estrecha senda que tortuosa y en cuesta arriba, conducía hacia el interior de la isla.

Después de pasar por una curva de aquella senda, vieron ante ellos un pequeño chalet construído de piedra y muy sólido. Por una de las ventanas del chalet se veía brillar una luz bastante débil.

El ver aquello hizo que Blake lanzara una exclamación de contento. Detúvose un instante y alzando una mano, ordenó a los demás que le imitaran.

—¡Con mucho cuidado! ¡Cautelosa y silenciosamente! — díjoles. — No hagan ningún disparo hasta que yo lo mande. Pero tengan prontas las armas. ¡Corran tras de mí en cuanto yo les llame!

El teniente inclinó la cabeza y el pequeño grupo siguió avanzando, silenciosamente deteniéndose ante la burda puerta de madera del solitario chalet. Blake, junto con Harker, se dirigió hacia la ventana donde se veía la luz y como no tenía cortinillas, pudieron ambos mirar hacia el interior. Fué un cuadro extraño y curioso el que distinguieron sus ojos.

En una chimenea de estilo antiguo brillaba un fuego de troncos y helechos. En un rincón sobre un montón de secos helechos estaba tendido un hombre, al que se le notaba enfermo, y hacia él se inclinaba la figura de otro hombre al que Blake sólo alcanzaba a ver confusamente, pero que tenía aspecto de hallarse delgado y demacrado.

Parecían ser los únicos ocupantes del chalet, pero de pronto surgió otra silueta, ágil y juvenil, procedente de otra habitación y que puso una pequeña cacerola en el fuego, como si preparara algo para el enfermo. La luz del fuego del hogar le dió de lleno en el rostro y el corazón de Blake brincó de contento y de alegría.

—¡Es Tínker! — dijo en voz baja y ronca al de Scotland Yard. — ¡Es el muchacho! ¡Vamos pronto!

Se dirigieron a la puerta del chalet. Blake tomó la manija de la puerta. No estaba ésta cerrada con llave. Volvióse entonces hacia el teniente y sus hombres.

—¡Síganme! — les dijo.

* * *

CAPITULO IX

El curioso plan de Kestrel. — Lo que hallaron en la isla. — Observaciones interesantes. — La llegada del yate.

En aquel momento Tínker miró en redor y de pronto, lanzando un grito, dió un salto que casi volcó en el fuego el contenido de la cacerola, haciéndolo chirriar.

—¡Señor! — exclamó. Y en el tono de su voz mezclábase la alegría a la incredulidad. — ¿Pe... pero es usted? ¿Es usted, señor?

—¡Con algunos más para ayudarme, muchacho! — contestó Blake con el rostro radiante de contento. Entró en la habitación con la mano tendida. Tínker dió un salto, la tomó y la estrechó vigorosamente. Las lágrimas se agolparon a los ojos del muchacho.

—¡Por vida de Júpiter, señor! — exclamó. — ¡Cuánto me alegro de que haya usted venido! ¡He ganado mi apuesta!

—¿Su apuesta? — preguntó Blake sonriendo, pues era propio de Tínker el ruborizarse de su alegría y atribuirla a un asunto tan trivial como el haber ganado una apuesta.

—¡Les dije a los demás que usted nos encontraría y vendría! ¡Son diez libras, señor! Ikey y Nutty me han apostado cinco libras cada uno.

Ni Blake ni Harker que había hecho una mueca al sentir el apretón de manos de Tínker, comprendieron la alusión del joven. Blake miró interrogativamente a los otros dos que había en la habitación. El enfermo parecía hallarse tan grave que no se había dado cuenta de su llegada; su enfermero, un tipo alto y delgado, de ojos hundidos, miró a los recién llegados como si se hubiera tratado de unos espectros.

Tínker se acercó a él y le sacudió, tomándole de un hombro.

—¡Piloto! — dijo. — ¿No se lo anuncié? Aquí está mi patrón que nos va a librar a todos. Ya le dije que iba a fastidiar a Kestrel y le iba a vencer, a pesar de todo y donde fuera. Señor, este es mi compañero de fatigas, el señor Parsons. Su profesión es panadero y reside en Camberwell. Nobby le llama "Piloto aviador" por lo alto, pues dice que Parsons tiene siempre la cabeza en las nubes.

Blake estrechó la mano de aquel hombre que parecía estar soñando. Era aquel el hombre sobre el cual Harker había tomado datos. Era el panadero que había desaparecido y cuya desesperada esposa creía que se había suicidado. Tínker no les dió tiempo para que le hicieran preguntas. Indicó al enfermo a quien Parsons había atendido.

—Este es Ikey, — dijo el joven sonriendo. y después, notando que aquel nombre no parecía indicarles nada, agregó:—Se le conoce en el mundo civilizado y en la alta sociedad londinense por el nombre de Sir Isaac Cohen.

—¡Sir Isaac Cohen! — exclamaron Blake y Harker al mismo tiempo.

—Sí,—dijo Tínker, que seguía sonriendo.— Pero somos todos iguales en este pedazo de tierra "rodeado de agua por todas partes." Si acaso hay un jefe, ese es Nobby y no se acuerda de mandar mas que cuando está un poco bebido.

Los dos detectives miraron al joven con incredulidad, y el teniente James lo mismo que su gente, miraban como si todo aquello fuera algun cuento de "Las Mil y una Noches."

—¿Es realmente Sir Isaac Cohen? — preguntó Harker.—¿No ha sido asesinado?

—¿Asesinado? ¡No!—dijo Tínker riéndose. Después se puso algo más serio.—En verdad, Kestrel creyó que lo sería. Por eso puso a Piloto junto con él, aquí. Usted tenía muchas y graves cuentas que arreglar con él ¿no es verdad, Piloto?

—Esa es la verdad, — dijo el panadero con amargura.

—El archipillo pensó que Cohen sería asesinado, — prosiguió el joven en tono más bajo.—Pero el Piloto tiene un corazón noble y es incapaz de hacer daño a una mosca. No nos han dejado muchas provisiones, pero nos las hemos repartido en partes iguales. Y ahora que Ikey se ha enfermado, el Piloto lo es-

tá cuidando como si se tratara de un nenito.

El panadero gruñó.

—No es malo cuando se le conoce, — dijo, indicando al enfermo con un movimiento de cabeza.—Antes, él no sabía lo que estaba haciendo, estoy seguro. Pero ahora está enfermo.

Todo aquello constituía un asunto difícil de comprender, parecía tan extraño, tan extraordinario. Pero poco a poco, Sexton Blake comenzó a ver más clara cuál había sido el motivo de la complicada y original combinación de Kestrel. Comenzó a apreciar lo que le había inspirado todo aquel enredo criminal. Había concebido la idea de transformar aquel sitio tenebroso de soledad y aislamiento en una isla de justicia. Mediante sus complicadas combinaciones había llevado a la isla a los tres hombres que, en su opinión, eran los mayores criminales del momento: Sir Isaac Inch o Cohen, el dueño de múltiples panaderías, explotador del obrero y aprovechador: el contra almirante Vishart, el verdadero tirano de la marina de guerra; y Winstead Abbott, el famoso abogado criminalista que lo mismo salvaba a un culpable que hacía condenar a un inocente, siempre que le pagaran buenos honorarios. Y había entregado esos tres hombres a la sentencia de los tres que más habían sufrido por culpa de ellos. Estos tres eran Parsons, el panadero; Clarke, el fogonero y Prenderghast, el presidiario.

Pero, caso raro en verdad, el concepto de Kestrel la justicia primitiva no había actuado como él lo había supuesto. El panadero no era, por temperamento, vengativo. Al ver al adinerado "sir" reducido a pasar hambre como él, Parsons no había sentido inclinación a vengarse y al verle enfermo, le cuidaba con toda asiduidad, devolviendo bien por mal.

—¿Pero dónde están los otros? — preguntó Blake de pronto, recordando el trágico cuadro de que había sido testigo, pero sin mencionarlo.—¿Dónde están Clarke y el almirante?

—No le llame usted almirante aquí, — dijo Tinker en voz baja pero no tan baja que no le oyeran el teniente y sus hombres que se asombraron. — Nobby le ha puesto el apodo de "Nutty" y Nutty es para todo el mundo. Aquí no se admiten discusiones. Nobby no quiere.

Segun parecía, Kestrel al dejarles en la isla les había entregado un barrilito de rom que el fogonero se había adjudicado en seguida para su uso particular, escondiéndolo. Dos veces se había emborrachado y entonces temieron por la vida de Vishart. Los dos hombres pelearon como tigres, — lo mismo el almirante que el fogonero, — y en esa pelea Nobby Clarke pareció descargar toda su amargura. El vice almirante quedó con ambos ojos amoratados y Nobby con la nariz medio rota y aplastada. Fueron esas nobles heridas las recibidas en el combate de que ambos salieron con todos los honores. Debido a esto, Nobby compartió una botella de rom con su antiguo enemigo y bajo los geniales efectos del alcohol los dos se juraron amistad y democracia. Entonces fué cuando desapareció de la Isla de Olaf el almirante Vishart y Nutty Vishart ocupó su sitio.

El joven hizo una pausa cuando vió que la puerta se abría bruscamente. La gigantesca figura de un marinero entró en la habitación, con expresión de extrañeza en su redonda y sonriente cara. Detrás de él entró otro hombre: uno de barba corta, que con un gruñido, arrojó al suelo un atado de ramas que traía a la espalda.

—Han caído los dos. Prendy y Abbott,—dijo con voz ronca. — Cayeron de la costa alta a los peñascos... ¿Pero qué es esto? ¿Quienes son?...

Miró interrogativamente a Blake y a los demás y lo mismo hizo su compañero.

—Somos amigos, — dijo Blake. — Tenga usted la bondad de seguir.

—Si Prendy era inocente no hay que decir nada de él, — dijo el fogonero.—El caso no era para tomarlo con sangre fría. Los dos pelearon como demonios en la misma orilla de la costa alta. ¿No es cierto, Nutty?

—¡Como demonios!—dijo el otro.

—No pudimos acercarnos a separarlos. Sabíamos que no había esperanza. Cayeron los dos juntos. Pero viene una embarcación, muchachos. Parece el yate. ¿Qué hacemos?

Blake miró a Harker y después a Tinker. Tinker avanzó.

—Nobby, — dijo, — éste es mi patrón, Sexton Blake. Ya le he hablado de él. Ha traído gente para salvarnos. Tiene todo preparado para darle en la cabeza a Kestrel. Si nosotros seguimos sus órdenes...

—Ahí va mi mano, patron. ¡Adelante!—dijo el fogonero tendiéndole la mano a Blake.

El detective celebró una breve consulta con Harker y los demás. Parsons quedó a cargo del enfermo y los demás se dirigieron cautelosamente hacia donde estaba amarrada la lancha. A poca distancia el yate Ymo cortaba el agua rumbo a la costa. El contramaestre, a cargo de la rueda del timón miró con asombro cuando vió el grupo que silenciosamente llegó a bordo de la O 63. Antes había estado ocupado observando cómo llegaba el yate.

El teniente James, después de pellizcarse para convencerse de que estaba despierto, se acrcó al hombre a quien reconoció como el almirante Vishart.

—¿Quiere usted tomar el mando, Sir Vishart? — le preguntó.

—¡No, no, muchacho! ¡Siga usted!— dijo el almirante—y no me diga "sir" por favor. ¡Yo soy uno de la tripulación y nada más!

Blake dió algunas breves instrucciones al contramaestre.

—Acérquese de costado de modo que la tripulación pueda engancharle, — dijo.

Se fijó después en que todos los hombres tuvieran sus armas.

La O 63 se deslizó alejándose del muelle y describiendo una graciosa curva se acercó al yate antes de que la tripulación de éste se

hubiera dado cuenta de lo que sucedía. Colocaron los garfios y alguien, de a bordo del Ymo, lanzó un grito de alarma.

—¡Ahora! — gritó Blake.—¡A bordo del yate!

El Ymo era un vapor pequeño pero rápido y de buen aspecto y tenía la borda un poco más alta, pero muy poco, que la cañonera. Siguiendo a Blake los hombres pasaron al yate y en un instante el que manejaba la rueda del timón estuvo dominado por el revólver de Harker que le apuntaba a la cabeza. Los demás que se hallaban sobre cubierta fueron dominados por los rifles de los marineros de la tripulación de la O 63.

De pronto un hombre vestido de blanco, con gorra de visera y monóculo, salió de la cabina de mando y Blake le sujetó por un brazo.

—El señor Samuel T. Wilcox, supongo, — dijo con voz pausada.

—¡Que Wilcox se vaya al diablo! — gritó el hombre. — ¡Yo soy Trevalyn! ¿A qué obedece todo esto? ¿Qué diablos significa?.. ¡No me apunte con ese revólver!

—¿Dónde está Wilcox? — preguntó Blakel—Suponía que había quedado en venir a bordo del Ymo.

—¡Sí; es verdad! ¡Madito sea! — exclamó Trevalyn. — Pero inesperadamente mandó decir que no venía y rompió todas las negociaciones para la compra de la isla. Me comunicó también que me convenía venir porque iba a encontrar algo muy... ¡muy asombroso! ¡Ah! ¿Hay entre ustedes alguno que se llame Sex... ¡ah! Sexton Blake.

—Yo soy Blake, — dijo rápidamente el detective.

—Pues entonces es para usted esta carta que me envió ese maldito yanqui.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre pequeño que Blake rasgó apresuradamente. En el sobre había una esquela que decía así:

"Bien planeado todo, pero no suficientemente bien. Adiós.—L. K."

Algún bien produjo, sin embargo, el proyecto de justicia directa del gran farsante, pues el almirante Vishart recibió algunas pocas y amargas lecciones que nada sino la amenaza de muerte y los duros puños del fogonero, hubieran podido administrarle. Desde entonces cambió de modo de ver y de modo de ser y por su influencia directa cierto fogonero de primera categoría llamado Nobby Clarke reconquistó rápidamente su puesto de suboficial.

Sir Isaac Inch también, despertó de su enfermedad con un nuevo concepto de los derechos de los obreros, y sus múltiples panaderías dejaron de ser una vergüenza para el gremio. En realidad el nuevo subgerente, Parsons, ha realizado mejoras que las han dejado desconocidas.

Parece a veces, a Blake y a Tinker que había algo de verdad en el lema del Sindicato Kestrel: "El fin justifica los medios".

De todos modos, los dos estuvieron de acuerdo con Harker, el inspector del C. I. D. en que no sirven reglas de táctica cuando hay que combatir con salvajes. Decidieron que debe haber cierta elasticidad en los medios de que se ha de hacer uso para conseguir por fin el difícil triunfo que tanto anhelan sus corazones: la captura de León Kestrel, el maestro en disfraces, y la destrucción o dispersión de toda su infame gavilla.

FIN DE "LA ISLA DE LA VENGANZA".

Mr. Morse, del Brasil

Ultima parte de la más sensacional novela en cuatro partes escrita por el famoso autor ingles

GUY THORNE

EL AUTOR DE "EL PIRATA AEREO"

La ciudad prohibida

EL viento soplaba con violencia en lo alto de la colina de Richmond y enormes masas de nubes se aproximaban del Sud oscureciendo la luz de la luna, cuando a las nueve y media, un pequeño coupé automóvil, de buen aspecto, se detuvo ante la gran puerta de la pared que cercaba a las torres.

El pequeño coche cerrado estaba pintado de negro y el hombre que lo manejaba vestía de librea. Una persona de aspecto distinguido, que llevaba un abrigo de pieles, saltó del interior y adelantándose oprimió el timbre eléctrico que había junto a una pequeña puerta situada a uno de los costados de la principal. Aquel hombre llevaba en la mano una pequeña valija negra. Casi en seguida se abrió la puerta algunas pulgadas y apareció una cara de tinte azafranado y expresión de inteligencia.

—¡El médico! — exclamó el hombre que había bajado del automóvil.

La puerta se abrió por completo para darle paso, pero antes el recién llegado se volvió para hablar al chauffeur.

—No puedo decirle que espere, Williams, pues no sé lo que tardaré. Será mejor que regrese al consultorio y me espere allí. Supongo que me será posible telefonear cuando lo necesite.

El hombre se llevó la mano a la gorra para saludar, y se alejó. El médico entró y se halló en un corredor abovedado, a cuya derecha había una habitación brillantemente iluminada. En aquel corredor estaba el gigante chino, Kwang-Su, el portero, quien vestía una amplia túnica negra adornada con piel. El hombre hizo una profunda reverencia y no tardó en presentarse un segundo chino que salió de la habitación. Era delgado y tenía un singular e inteligente modo de mirar.

—¡Ah! Doctor Thomas, — exclamó. — Estábamos esperándole. Yo soy el secretario del señor Morse... ¿Quiere tener la bondad de venir por este lado?

Condujo al médico por el pasaje, abrió otra puerta y los dos hombres salieron al jardín. Avanzaron por un paseo situado entre amplias extensiones de césped e iluminado de trecho en trecho por focos eléctricos. A lo lejos se distinguían hileras de edificios alumbrados, en cuyas ventanas y puertas se destacaban sobre un fondo anaranjado, figuras negras, que iban y venían de un lado a otro. En otra parte surgía la cúpula iluminada del edificio donde estaba instalada la usina de luz eléctrica, a juzgar por el ruido que producían las máquinas. Aquello tenía el aspecto que puedan ofrecer por la noche las instalaciones de una gran exposición, salvo que, dominándolo todo, y cubriendo una enorme extensión de terreno, se destacaban las tres bases de las colosales torres, como un sueño fantástico de una artistica construcción de acero como ningún ser humano había podido contemplar hasta entonces en el mundo.

—Hasta ahora, vamos bien, — exclamó Pu-Yi con un suspiro de alivio. — Todo ha salido perfectamente y el automóvil está en sitio seguro. Su maravilloso y pequeño amigo que habla mi idioma en forma tan admirable, está ahora en el cercado con algunos de mis hombres. Esperará allí para recibir órdenes, si es necesario.

Yo temblaba de excitación y apenas si pude articular algunas palabras de respuesta. Al fin había logrado penetrar en la ciudad prohibida, con relativa faiclidad.

—Debemos caminar despacio en dirección a la torre número tres, que es por la que debemos ascender, — dijo mi compañero, — y así tendré tiempo de explicar a usted la situación En la parte más elevada soy el jefe supremo de todos menos de uno, el irlandés,-americano, Boss Mulligan. Este es muy aficionado al uso de fuertes licores y generalmente ha sufrido ya a estas horas los efectos de los que ha bebido durante el día, pero hay el inconveniente de que se torna más feroz y avispado que cuando está sereno. Esta noche he aprovechado una oportunidad y he puesto "un poco de algo" en su botella; "un poco de algo", de China, cuyo sabor no notará y que le ocasionará un profundo sopor. He telefoneado luego a los ascensoristas de todos los pisos de la torre y también al portero Kwang, que se esperaba

la llegada de un médico y que debían avisarme en cuanto se presentase, para conducirlo hasta presencia del señor Morse.

—¡Excelente! — exclamé. —¿Y ahora?

—Ahora vamos a subir hasta lo más alto. Cualquiera puede vernos, pero ninguno va a sospechar que ocurre nada anormal. Sin embargo, y esto es algo que redunda en nuestro favor, aun cuando Mulligan estuviese despierto, ninguno, en caso de que llegasen a sospechar, podría ir a decirle nada, por la sencilla razón de que los hombres de la torre no hablan y eso no todos, más que algunas rudimentarias palabras de inglés y yo soy el intermediario entre ellos y su jefe. Esto fué idea del señor Morse para evitar que pudieran comunicarse con algún europeo... El hecho redunda ahora en nuestro favor.

Llevé la mano hasta un bolsillo que tenía sobre el corazón, y en el que guardaba una carta que me había sido misteriosamente enviada en las primeras horas de la tarde. Una carta que demostraba agitación y en la que me pedían que fuese a toda costa, y permanecí en silencio hasta que llegamos a las sombras de las columnas y vigas de acero acumuladas sobre bases de concreto en forma tal como no se habían visto jamás y que se elevaban hasta una altura a que no alcanzaba la vista.

Cambiamos de ascensor en cada piso y yo hubiera deseado que fuese de día, pues aquello tenía que resultar admirable.

—Vamos a subir por uno de los pequeños y rápidos ascensores, construídos para cuatro o cinco personas únicamente, y no por los grandes y lentos aparatos. A pesar de ello, debe usted recordar, doctor,—y se sonrió al designarme de ese modo, — que tenemos que efectuar un recorrido de media milla.

Subimos, pues, por entre aquel bosque inanimado que formaban las columnas de acero y concreto, iluminado por numerosas lamparillas eléctricas, hasta que al fin nos acercamos a un pequeño pabellón, muy alumbrado, donde nos esperaban dos silenciosos amarillos. Penetramos en un ascensor, cuya puerta se cerró, sonó un timbre y comenzamos a ascender. Yo me había sentado en un taburete tapizado de terciopelo y no hice movimiento alguno por mirar hacia fuera, por las ventanas que había a los lados. Después de un tiempo, que me pareció largo, el ascensor se detuvo con un ligero ruido seco. Pu-Yi, abrió la puerta y salimos a una plataforma.

—Estamos ahora, — dijo, en el primer piso, justamente a cincuenta pies más arriba que la Cruz de Oro de la Cúpula de San Pablo. Si quiere seguirme... Vea, aquí tenemos el próximo ascensor.

Lo seguí, por una plataforma de acero, de unas veinte o treinta yardas. El viento silbaba con fuerza en redor nuestro.

Miré hacia la derecha y sólo ví un oscuro vacío, al fondo del cual, lejos, muy lejos, se alcanzaba a distinguir un amarillento resplandor que indicaba la ubicación de la ciudad de Richmond. Mirando hacia la izquierda, ví algo que me hizo detenerme un momento sorprendido y sin resolverme a dar crédito a lo que veían mis ojos. De ser cierto lo que se ofrecía a mi vista, había allí un lago inmenso rodeado por plantas que se agitaban ruidosamente a impulsos del viento, y sobre las aguas se mecía una embarcación y en una de sus orillas se destacaba un pequeño embarcadero.

Luego, con un ruidoso batir de alas y un coro de gritos surgió una bandada de patos que, rápidamente, desaparecieron entre las sombras.

—Sí, — exclamó Pu-Yi adivinando mis pensamientos, — este es el lago. Existen aquí mucha variedades de la especie zoológica, que han establecido en él su morada. En una tarde tranquila y paseando embarcado cerca de las orillas, se puede ver un sorprendente paisaje de muchos cientos de millas en torno de Londres... Pero eso no es nada en comparación a lo que podrá ver si las circunstancias lo permiten.

Subimos al otro piso, que era tan sólo un espacio situado en la torre particular, por la que ascendíamos y que no se extendía hasta las otras dos como el de abajo, para formar la enorme llanura en que se hallaba el lago, y otra superior donde se encontraba la ciudad de los cielos.

Fué al encontrarnos nuevamente en el ascensor, cuando comencé a sentir la sensación de algo inmenso, inconmensurable por su altura, y Pu-Yi me dirigió una mirada, a tiempo que me decía: "Hay que estar alerta... La aventura da realmente comienzo aquí".

Nos detuvimos en la oscuridad. Se abrió una puerta y nos vimos iluminados por una fuerte luz. El ascensor se había detenido en una amplia habitación que se encontraba dividida en dos partes por medio de una verja de barras de acero pulimentado, que iba del suelo al techo. La verja era tan espesa que difícilmente hubiera podido pasar un gato a través de ella. De nuestro lado, es decir, del lado en que se hallaba el ascensor, el piso estaba cubierto con estera, pero no había mueble ni adorno alguno. Al otro lado de la verja se veía un alfombra turca, varios sillones y una mesa de nogal con botellas, sifones, diarios y una enorme pistola automática. En uno de los rincones había una estufa eléctrica y en el ángulo de la derecha, un diván. Sobre éste, con la cara enrojecida hasta adquirir un tono púrpura, y bufando como un toro, estaba Mulligan, enorme, adormecido, impotente.

—¡Cielos! — murmuré. — Gedeón Morse puede considerarse bien seguro aquí.

—En diez segundos, — susurró Pu-Yi,—oprimiendo aquel botón eléctrico, puede tener Mulligan esta habitación llena de guardias armados y, como ve usted, por esta verja no se puede pasar sin tener llave. Sólo existen tres llaves y yo tengo una.

Mientras hablaba sacó la llave de uno de los bolsillos, la introdujo en la complicada cerradura y giró una parte de la verja, dejándonos paso hacia el otro lado de la habitación.

—Nos encontramos ahora,—dijo mi guía, —en la plataforma que se halla inmediatamente debajo de la que sirve de base a la ciudad y a cien pies bajo ella. Esta plataforma está completamente ocupada por esta habitación de guardia, una cantidad de depósitos, habitaciones de servidumbre, jefes, baños turcos. Tenga la bondad de seguirme.

Con una mirada de repulsión hacia el gigante que dormía borracho, en el diván, seguí a Pu-Yi, atravesamos una puerta que se hallaba al lado opuesto y penetramos en un corredor muy largo, con ventanas de un lado y pórticos del otro. Al terminar ese corredor volvimos a salir al aire libre, es decir, estábamos protegidos por paredes y edificios. Caminamos como por una ciudad dormida, por calles pavimentadas con adoquines de madera blanca, mientras que, mirando hacia lo alto, se distinguían como a la altura de una torre de iglesia, las enormes vigas de acero de donde colgaba la ciudad misma. Iluminando las calles y los techos de los edificios, se destacaban, como suspendidos de la azulada bóveda celestial, grandes focos de luz eléctrica.

Era colosal, asombrosa, aquella gran colonia construída en los cielos.

Por un lado y otro se oían voces, el ruido de dados en un mostrador y las penetrantes notas de un violín chino. Dos o tres silenciosas figuras pasaron a nuestro lado y saludaron profundamente, sin que en su impasible rostro se notase rastro alguno de curiosidad. Al fin llegamos a un recinto con varias puertas, con una inscripción colocada sobre cada una de ellas. En el centro y dividiéndolo en dos secciones, había una amplia y abovedada escalera que ascendía hasta perderse de vista. Estaba revestida de blancos azulejos, como una estación de tranvía subterráneo.

Pu-Yi abrió la puerta de un pequeño ascensor y en él ascendimos durante algunos segundos hasta llegar a un pequeño kiosco blanco. Se me ofreció entonces un espectáculo tan admirable, tan encantador, que, olvidándome de todo, tomé el brazo de mi acompañante y se lo oprimí fuertemente, mientras lanzaba un grito de sorpresa. Un grupo de nubes había dejado libre la luna, cuya luz alumbraba fuertemente.

Sus puros rayos, libres de humo, niebla o de los miasmas que flotan sobre las ciudades de la tierra, se esparcían sobre un vasto cuadrilátero de edificios, blancos como la nieve y con techos que parecían del oro más puro.

Experimenté una sensación de inmensidad y de magnificencia, superior a la que se siente cuando se contempla por primera vez una obra grandiosa. Pero esa impresión se desvaneció pronto. Aquellas construcciones parecían no obedecer a ley ninguna de arquitectura. Parecían haber sido hechas, en el espacio, maravillosamente, en forma fantástica, bellas hasta exceder toda alabanza.

Avanzamos a lo largo de una extensión de verde césped que parecía tener un siglo de existencia. Dragones de bronce soportaban la base de muchas fuentes. Infinidad de palmeras formaban una avenida y sus ramas se unían formando una bóveda. El ambiente estaba fuertemente perfumado con un aroma de rosas. Pasamos una pequeña puerta y llegamos en seguida a lo que Pu-Yi me manifestó ser la biblioteca.

¡Maravilla de maravillas! Mi cerebro trabajó aceleradamente cuando nos detuvimos en la entrada de una gran habitación gótica, con paredes de piedra, una ventana saliente a uno de los lados y miles y miles de libros colocados en estanterías de viejo roble. Era exactamente igual a la biblioteca de cualquier famosa Universidad o castillo. Uno se imaginaba ver aparecer de un momento a hombres con hábitos y capucha, moviéndose silenciosamente en busca de libros o escribiendo en la mesa.

—Pero... Pero, — balbuceé. — ¡Esto parece encontrarse aquí desde hace setecientos años!...

En efecto, tenía todo el encanto y toda la dignidad de una de las famosas bibliotecas del pasado.

Para responderme, el chino se volvió hacia mí y noté que su mano se apoyaba sobre el corazón.

—¡Todo es una ilusión! — dijo. — ¡Una admirable ilusión! Las paredes no son de vieja piedra. Son delgadas chapas de acero estampado. El viejo roble de la estantería ha sido envejecido recientemente a costa de grandes gastos. ¡Todo es como una escena de un sueño!

Noté que por un momento se sintió poderosamente afectado, sin que yo comprendiese por qué.

—¡Pero los libros!... — protesté mirando a mi redor. — Seguramente que los libros...

—¡Oh! Sí, — asintió. — Es la colección del señor Morse, considerada como una de las mejores del mundo. Los volúmenes fueron traídos de Río de Janeiro hace unos dos años. No puede competir con el Museo Británico, ni acaso con las colecciones de otros grandes coleccionistas, en ciertas obras. Pero hay aquí verdaderos tesoros.

Habíamos avanzado hasta el centro de la estancia. Se detuvo, y luego se dirigió hacia una de las estanterías, sacó un libro y dió vuelta a una manija que quedó al descubierto. En seguida, una parte de la estantería giró como una puerta, hacia fuera.

—Entre. Haga el favor, — dijo Pu-Yi.— Esta es una pequeña habitación en la que frecuentemente trabajo yo. Es un lugar oculto y puede estar tranquilo en él mientras voy a prevenir a la señorita de que la está usted esperando aquí.

La puerta volvió a cerrarse. Me senté en un bajo diván, y esperé.

Las sensaciones de aquella noche habían sido tan extrañas, el inmenso anhelo de los pasados meses me parecía tan cercano que cada arteria de mi cuerpo latía con fuerza y sólo a costa de un enorme esfuerzo logré dominarme y pensar.

¡Me hallaba en aquel sitio por invitación suya, para rescatar mi amor! Cuando comencé a pensar comprendí que debía sujetar mis actos a lo que ella me dijera. Juanita, creía sin duda, que la conducta de su padre obedecía a una especie de locura sin fundamento. Ella, de seguro ignoraba lo que yo había descubierto. Al saberlo se convencería de que su padre no era loco como ella pensaba. En lo que a mí se refiere después de lo que sabía, me sentía seriamente preocupado por las revelaciones de Arturo Winstanley, acerca del incalificable Midwinter y de la noticia de que estaba en Inglaterra. Al mismo tiempo recordaba que William Rolston, en su telegrama me hablaba de unos sospechosos desconocidos a quienes habían visto en uno de los salones de El Cisne de Oro. Uno de ellos, yo estaba convencido coincidía en su aspecto, segun la descripción, con Midwinter, y a este en unión de otro, lo había visto Sliddim cuando se dirigían en un automóvil particular, hacia el parque de Richmond.

Seguramente que yo debía decir a Juanita algo de esto y ayudarla a prevenir a su padre.

Luego recordaba las precauciones que nos habían sido necesarias para subir hasta allí, y consideraba literalmente imposible que un desconocido, o unos desconocidos, llegasen hasta el sitio donde yo me hallaba, y volvía a tener confianza de nuevo.

El sitio — no se podía denominar habitación—en que yo me hallaba sentado era de reducidas dimensiones, de forma exagonal. Se hallaba disimulado por la puerta de la biblioteca llena de libros. Tres de los lienzos que iban desde el suelo hasta el techo eran de seda negra. Los otros tres estaban cubiertos de bordados chinos hechos con hilos de oro y adornados con piedras de colores formando un bello conjunto. Me encontraba embelesado contemplando los dragones de oro, con ojos de ópalo y escamas de lápiz-lázuli, cuando el lienzo negro, que estaba frente a la puerta de entrada se corrió y ví a Juanita.

Estaba vestida de negro, con una especie de traje de casa. En sus hombros y cayendo hacia los lados, llevaba un abrigo negro también.

Entre sus cabellos, de un negro azulado llevaba una rosa encarnada.

Permanecimos quietos contemplándonos mutuamente en silencio, por espacio de algunos segundos.

Lo que Juanita me dijo después no forma parte de esta narración.

Luego experimenté miedo cuando pensé que había vencido enormes dificultades y que había pasado mucho tiempo formando planes y haciendo combinaciones para hallarme al fin, solo, frente a la mujer más hermosa del mundo.

Yo la veía así. Recordé la noche en que la conocí en el baile de aLdy Brentford, la noche en que quedó formada nuestra liga.

Después pensé en que era mi Juanita, que había enviado por mí y la tomé en mis brazos.

Nos sentamos tomados de la mano, en el cómodo diván chino.

—Oígame querida,—dije. — Me ha referido muchas cosas acerca de su padre..., quien la ha manifestado que debe usted vivir en este extraordinario sitio y no volver más a la sociedad. Piensa que está loco, pero lo que usted ignora yo lo sé.

—Pero...

—Tengo que decirle antes de nada que su padre tiene más juicio que el que usted cree.

Ella hizo un gesto de interés, y en aquellos momentos me pareció la más graciosa criatura que había visto.

—Pero decirme que debo hacerme monja, porque si volviera al mundo mi vida no tendría ni un momento de duración, es una locura, querido... No puede ser de otra manera.

No atinaba yo cómo manifestarla lo que sabía, y estaba pensando en ello, cuando me volvió a hablar.

—Es una horrible pesadilla... Papá no puede dormir... Pasa la noche entera de un lado a otro...

—Amor mio, — exclamé. — He realizado una serie de averiguaciones y he podido saber que su padre está en grave riesgo de ser asesinado... o por lo menos lo estaba hasta que hizo construír este lugar, en el que ni el mismo demonio puede penetrar sin ser invitado. No piense que su padre sea cobarde. Recuerde lo que presenciamos en el Regal Hotel aquella noche en que me encontraba a su layo y ya iba a decirla cuánto la adoro... No, mi amada Juanita, tengo muchas pruebas de que su padre teme más por usted que por él mismo. Y eso es lo que le ha preocupado en todo momento.

Ella se rió y su risa sonó como el agua cristalina de una fuente.

—Ahora está usted a mi lado, está mi padre también. ¿Qué puedo temer?

—Eso es, — dije. — Veo que usted mira las cosas desde un acertado punto de vista. Lo que puede hacer para aliviar a su padre es venir conmigo esta noche, mientras el camino está expedito. Lady Brentford está en Londres. Tendrá un gran placer en recibirla a usted en su casa. Una vez fuera de aquí estaremos libres. Mañana por la mañana obtendré licencia especial del obispo de Canterbury y nos casaremos.

"Hecho eso desafiaré a todas las Santas Hermandades y a todos los Marco Antonio Midwinter, del mundo, a que toquen uno solo de sus cabellos. En cuanto al señor Morse le protegeremos de modo tanto más eficaz cuando...

Supuse que mis palabras la habían llegado demasiado a lo vivo. Se puso rápidamente en pie y adelantó hasta el centro de la pequeña habitación. La satisfacción que antes reflejaba su rostro había desaparecido.

Yo continuaba sentado y ella me contemplaba con ojos de sorpresa.

—¡Luego es cierto! — exclamó moviendo la cabeza.—Es cierto que mí padre y yo estamos en peligro. Usted ha pronunciado nombres que yo he oido antes de ahora.

Se pasó una mano por la frente, como quien despierta de dormir y yo la contemplé fascinado.

¡Que encantadora estaba en aquel momento!

—Pero querido. No puedo, escaparme para casarnos. Yo debo quedarme junto a mi padre.

Claro que lo comprendí. No había nada que replicar a tal cosa.

—¡Muy bien!—respondí.— Lo reconozco también así. Pero si he propuesto algo que no es lo lógico, ha sido porque hay razones poderosas para proceder en esa forma... De todas maneras la amo como nadie podrá amarla en el mundo.

La tomé las manos y añadí riendo:

—No soy más que un humilde baronet, — dije.—Pero Juanita..

En aquel momento se oyeron unos golpes en la puerta.

Juanita se volvió y levantó la mano en señal de advertencia. Noté en su dulce rostro, una expresión de contrariedad. Después se alejó súbitamente como hoja arrastrada por el vendaval.

Lo único que acerté a hacer fué, encender un cigarrillo. Me encontraba en la mas imposible situación en que pueda hallarse hombre alguno. Juanita me había manifestado su ultimátum, me había hecho concebir esperanzas... y de repente desaparecía como si hubiera visto en mí a un malhechor, a un intruso en aquel lugar que probablemente era el más guardado de Europa en aquellos momentos.

Mi corazón latía alborozado. Pero al mismo tiempo yo reconocía que estaba desorientado y no sabía que hacer.

Rogué interiormente por que regresara Pu-Yi.

Pero no vino nadie, y permanecí solo en la habitación exagonal, con los dragones de oro que me miraban con sus ojos de ópalo.

Una incontenible angustia se fué apoderando de mí, tanto física como mentalmente. Me sentía burlado, vencido.

Resolví, aún a riesgo de exponer la vida, salir a la biblioteca. Dí dos pasos hacia la puerta por donde Juanita había desaparecido, pero en aquel momento oí un ruido a un lado.

Giré sobre los talones y busqué la única arma de que disponía y que era un puño de hierro que llevaba en uno de los bolsillos, y permanecí inmóvil.

Uno de los lienzos con los dragones bordados se había corrido como un telón de teatro y de pie en lo que, parecía ser, el extremo de un corredor se hallaba el bruto de Mulligan, apuntándome con un winchester.

Como todo hombre que se halla frente a un inminente peligro, me eché hacia un lado para apartarme del sitio a donde podía alcanzar el arma.

Cuando hice ese movimiento, ¡click! desapareció otro lienzo de la pared y me encontré frente a Gedeon Morse, quien con las manos en los bolsillos de su smoking y la boca desplegada por una forzada sonrisa, me dirigía una mirada inescrutable

Hay que imaginarse mi situación... ¡ El bueno de Thomas Kirby cazado en una trampa como un ratón!

Una, dos veces traté de tragar saliva, movimiento que no obedecía a temor, sino a un inconmensurable disgusto.

Me volví hacia Morse.

—Usted ha estado escuchando — dije. — Usted, lo mismo que ese servidor suyo que está allí...

—He estado escuchando, Sir Thomas Kirby, es cierto. Pero tenía todo derecho a hacerlo así. Cuando un hombre entra en mi casa sin mi consentimiento, y le hace clandestinamente el amor a mi hija, ese hombre no puede hacerme reproche si le atisbo. En cuanto a mi servidor comete usted una injusticia conmigo al suponer que pueda haberlo enviado a ver lo que pasaba en esta habitación. No ha ido hasta el sitio donde se encuentra ahora hasta después de haber salido de aquí Juanita... Mulligan, puede retirarse. Sir Thomas, tenga la bondad de acompañarme a la biblioteca.

Había algo de magnético en el tono de su voz y lo seguí sin atreverme a pronunciar ni una palabra.

—¿Quiere decirse, — pregunté con insegura voz. — que ha oído todo lo que hemos hablado?

El se sonrió.

—Sí, — dijo. — Había arreglado una pequeña comedia. Mulligan no fué narcotizado y yo hice cuanto pude por facilitarle a usted la entrada.

—¡Entonces, ese traidor de Pu-Yi, se ha burlado de mí todo este tiempo!... ¡Y yo que hace un instante hubiera jurado que era sincero y noble!... Cuando vuelva a verle...

—La estrechará usted cariñosamente la mano si es un hombre sensato. Ha procedido con toda nobleza, pero él lo mismo que mi hija, ignoraba toda la verdad. "Hasta que usted se la ha manifestado," Pu-Yi, me consideraba un maniático. Pero cuando ha conocido, no solamente el peligro que yo corría, sino también el que corría mi hija, ha tomado una rápida resolución. ¿Usted piensa, Kirby, que yo hubiera construído estas torres, que hubiera atraído sobre mí la risa y la burla de toda Europa, sin estar seguro de lo que hacía?... Pero ahora, usted se lo ha dicho todo a Juanita y la ha mezclado en

su vida el mismo terror que intranquiliza mi existencia.

—Señor — dije, — el alivio que ella ha sentido al saber que usted no tenía la razon trastornada es mayor que todo el miedo que pueda sentir. Respondo de ello...

Lo miré fija y serenamente.

—Dios sabe, — continué, — cuánto estimo una sola mirada de sus hermosos jos. Comprendo que me ama, aun cuando no ha querido salir de aquí conmigo cuando se lo he insinuado...

—Está educada en un noble ambiente,— respondió Morse, con una seca carcajada.— Bueno. He oído cuanto han hablado en esa habitación y puedo manifestarle que no me disgusta la forma en que usted se ha conducido... Es usted un hombre que piensa con suma rapidez. ¿Qué espera usted conseguir en esta nueva faz de nuestras relaciones?

—Es muy sencillo, señor. Que me de usted su consentimiento para comprometerme con su hija. La causará una alegría y me ligará a mí con usted con lazos de acero,— aun cuando de hecho ya lo estoy. — Además aumentará usted su estado mayor con un auxiliar incomparable.

—Perfectamente, — dijo completamente tranquilo y tendiéndome la mano. — Ahora vamos a cenar juntos y así me referirá usted cuanto sepa.

Entonces aquel hombre asombroso pasó un brazo por el mio y salimos de la gran biblioteca.

—¡Qué talento tan sorprendente tiene ese bueno de Pu-Yi! — exclamó en tono confidencial. — Comprendió inmediatamente la situación con todas sus perspectivas y tomó en forma rápida su decisión. Casi estoy por asegurarle que ahora ya podría él predecir, detalle por detalle, lo que va a pasar. Me dijo que le debía a usted la vida y que se halla completamente dispuesto a morir por usted, lo mismo que por mí y por mi hija, pero piensa que debe conservar la propia vida para vigilar las nuestras y ver la actitud que conviene adoptar según las circunstancias... Y yo estoy de acuerdo con él.

Y de nuevo volví a oír la risa seca y de extraño sonido.

—Pero nada de volver a venderle jugo de amapola a mis chinos. A la larga, eso les destruye el sistema nervioso.

✣ ✣ ✣

Un espectro entre la niebla

Morse y yo nos sentamos a cenar en una habitación que no se diferenciaba en nada de lo que pueda ser el vulgar escritorio de un hombre de mundo. A excepción de la ligera idea más que realidad de que se sentía un leve sacudimiento, que según mi huésped obedecía a la oscilación del armazón que sostenía y la ciudad y que era necesaria para dar sitio a la dilatación y la elasticidad del metal de las tres torres, nada hacía suponer que nos hallásemos a dos mil doscientos pies de altura.

Nuestra comida fué sencilla y durante ella referí a Morse, sin reservas de ninguna especie, todo cuanto sabía por intermedio de Arturo Winstanley.

—Ha logrado enterarse bien de la exterioridad de las cosas. Más adelante le diré a usted lo que hay detrás de todo eso. ¿Cuánto tiempo hace que Lord Arturo regresó a Inglaterra?

—Como unos cuatro días.

—Tiempo de sobra para tomar muchas disposiciones si es que se proponen operar rápidamente, — exclamó más para sí, que para que yo me enterase, mientras repicaba con los dedos sobre el mantel.

Luego me miró.

—¿Y esos dos hombres a quiénes vieron hoy en el bar de su propiedad?

—Uno de ellos, señor Morse, era, indudablemente Midwinster. Mi experto informante describe al otro como a un hombre moreno, de mediana estatura y, aparentemente, de gran fuerza física. Llevaba barba negra, era pálido, y con todas las características de un mestizo.

—Lo que yo me suponía... Zorrila y Toro, — dijo Morse. — Zorrila el Toro, como lo conocen por aquellas regiones sudamericanas.

—Sin duda, — exclamé, — son un formidable par de canallas, pero recuerdo que yo le ví a usted frente a uno de ellos aquella noche en el Regal Hotel. La forma en que le ví huir de la habitación no fué la más apropiada para que me inspirase temor alguno.

Morse golpeó la mesa con el puño.

—Yo hubiera deseado meterle una bala en el corazón, en lugar de andar haciendo fuegos artificiales en torno a su cuerpo. Pero temía el escándalo y el colosal respeto que me inspiran las leyes del país. Es cierto que aquella noche no logró dominarme. Vino a vender a sus amos... A vender a la Hermandad por cien mil libras esterlinas.

—¡No era muy caro! — exclamé haciendo un gesto para dar a entender que aquello no suponía gran cosa, dada la enorme fortuna de mi futuro suegro.

—No. Si por la cantidad no hubiera habido discusión alguna, — dijo él. — Pero es que ese hombre no me hubiese dejado tranquilo mucho tiempo, pues tenía que obedecer a las órdenes de la infame sociedad a que pertenece. El viejo marqués de Silva, que es tan sólo instrumento en sus manos, manifestó que yo no sería molestado en absoluto hasta después de dos años de nuestra última entrevista. Su propósito era apoderarse, sencillamente, de la mitad de mi fortuna, y Midwinter se propone, personalmente, vengarse de mí. La sociedad y el no harán nada hasta que venza el plazo... Hay también mezcladas razones de carácter político.

Se sonrió.

—Por eso, — dijo luego, — conseguí dominar aquella noche en el Regal Hotel al señor Marco Antonio Midwinter.

—Eso fué lo que dijo Arturo Winstanley.

—Ese joven irá lejos; tiene mucho talento. Ahora Kirby, pienso que usted lo ha comprendido todo y ha entrado a formar parte del grupo con Juanita y conmigo...

Tomé un trago de vino Médoc y encendí un cigarrillo.

—Comprendo los hechos, pero no le comprendo a usted. Me explico su natural y profunda ansiedad por la suerte de Juanita y por la suya, pero no así la razón de sus miramientos y aprensión hacia Widwnter y sus compañeros. Seguramente que será cosa muy fácil encerrar a ese hombre mañana mismo, conociendo lo que respecto a él sabemos.

Morse suspiró.

—Un momento, — añadió haciendo un gesto de calma. — Reflexione y comprenderá que no es probable que un hombre de mi inteligencia y recursos pueda conducirse como yo lo he hecho sin estar seguro de su modo de proceder. En primer lugar le diré que he hecho vigilar a Midwinter por los más famosos detectives del mundo durante varios años. Ninguno de ellos ha sido capaz de derribarlo... Pero, en cambio, tres de los más vivos han perdido la vida durante las investigaciones que realizaban para obtener pruebas eficientes de sus fechorías... Y han muerto en una forma trágica.

Suspiró de nuevo, con aspecto de cansancio y yo noté en su rostro una expresión de desaliento.

—¿De qué sirve, estimado Thomas, decirle a usted todo lo que sé sobre ese hombre?— dijo. — Aun cuando viera su cadáver tendido en el suelo, ante mí, no creería que estaba muerto, que su diabólico poder había concluído, hasta que hubiese separado la cabeza del tronco, con mis propias manos. Usted no puede, — afirmó, — no puede comprender toda su diabólica habilidad, toda la persistencia y fría crueldad de sus actos, al extremo de que no quiero ofender a la humanidad, denominándolo hombre... Si Juanita llegase a caer en sus manos.

Su boca, su rostro entero se agitaba temblando. Pensé que iba a sufrir un ataque, y confieso que se me heló la sangre en las venas.

—Cálmese usted — dije en una forma tan llena de autoridad como me fué posible.—Juanita está doblemente guardada ahora que estamos aquí los dos y en cuanto a Midwinter no podrá nunca llegar hasta nosotros. Al fin y al cabo no puede hacer más que lo que esté al alcance de cualquier mortal. Procuraré hacerlo prender aunque sea necesario remover cielo y tierra. Soy joven, señor Morse, pero tengo alguna influencia. Usted sabe que soy dueño de un diario y en cuanto a usted ya ha visto que cuando quiso tener de su lado al gobierno en la cuestión de las torres, tuvo que acudir primeramente al ministro de Estado. De todos modos, podemos ir juntos y créame que nos van a hacer caso.

—Yo agradezco mucho sus palabras, estimado Kirby, — respondió haciendo un esfuerzo. — Pero hay en todo esto algo de fatalidad y la Fatalidad ha murmurado su sentencia a mi oído. Yo, naturalmente, no soy supersticioso, pero en el transcurso de mi vida he visitado extraños lugares, he vivido entre pueblos extraños y he aprendido a hacer algo más que una simple interpretación de las cosas de la vida. Por eso le diré que aun cuando no tenga esperanzas en lo que a mí se refiere, las precauciones que he tomado han de hacer que al final mi hija se salve, que el poder diabólico de ese hombre quede destruído y que usted sea el salvador de Juanita.

Hubiera jurado que cuando me estrechó la mano deseándome que pasase buena noche, tenía una lágrima en sus ojos y eso me sorprendió mucho ya que nadie había visto nada semejante en aquel dueño de tantos millones y de tantos hombres.

Un pintoresco joven chino, un ayuda de cámara que vestía atrayente traje asiático y hablaba el inglés con singular acento, de los barrios bajos de Londres, me condujo a un encantador dormitorio, y me proveyó de cuanto necesitaba. Cinco minutos después me dormía profundamente con sueño tranquilo.

Había sido aquel un día bien aprovechado, ¿verdad?

Cuando desperté a la mañana siguiente, mi habitación estaba llena de luz de sol, que penetraba por una claraboya del techo.

Sentado junto a la cama y balanceando una taza de te, estaba William Rolston. Su cabello había vuelto a su natural color rojo, su nariz tenía el aspecto normal, y los altos pómulos habían desaparecido.

A ambos lados de la cabeza sus orejas transparentes se destacaban formando ángulo y su boca se animaba con una jovial sonrisa.

—El bueno del viejo Pu-Yi, fué a verme a eso de las dos de la mañana y me contó todo lo currido... ¡Qué hombre, señor, para tenerlo en "The Evening Special"!... ¡Qué intelecto! Si entrara en el diario estaría dictando su conducta a los ministros antes de un año.

Permanecí un momento mirando a aquel inteligente y fiel muchacho; periodista una vez, pensé, periodista para siempre. No hay modo de quitárselo de la sangre, y Rolston, si no me equivoco, cuando muchos de nosotros hayamos desaparecido de Fleet Street, será allí una de las figuras más importantes.

No dejé de sorprenderme al hallar que Rolston estaba enteramente de parte del señor Morse. Discutimos y yo insistí en mi idea de que la ciudad era imposible de tomar.

—En su aspecto exterior, y por los métodos ordinarios, sí. Pero nada me hará cambiar mi opinión de que todo lo que pueda inventar un ser humano, no pueda ser dominado por otro de sus semejantes.

Después de almorzar solo, el sirviente me acompañó a una casa grande y blanca, situa-

da entre los invernáculos, y que, según después supe era una exacta reproducción del palacete Mendoza, la residencia de Morse en Río de Janeiro. Allí en su exclusiva y encantadora salita, fragante de flores y entre miles de detalles que denunciaban sus gustos y aficiones, estaba esperándome Juanita. La felicidad aumentaba su belleza. Jamás ví cambiar a nadie más radicalmente que como había cambiado ella. Ya no parecía la joven a quien había visto la noche anterior.

—Venga usted, — dijo, — y le mostraré algunas de nuestras maravillas. No será posible que las vea todas en un día. Dígame la verdad, estimado Tom, ¿no es esto tan espléndido que inspira deseos de cantar y gritar de alegría?

La ayudé a ponerse un abrigo de pieles, porque fuera hacía bastante frío, aun cuando el viento de la noche anterior había calmado. Me proporcionaron otro abrigo a mi y salimos de la casa. Esperando en el patio estaba un pequeño automóvil de dos asientos; casi un juguete, movido por poderosas baterías eléctricas y que no producía más ruido al marchar que el zumbido de una avispa. Ocupamos los asientos y Juanita estaba contenta como una niña cuando movió la palanca de marcha y partimos.

He dicho que cuando me desperté ví mi habitación llena de luz de sol, pero cuando nos deslizamos bajo los arcos de los invernáculos que había a ambos lados del camino, la ilusión de que viajábamos por un bosque de palmeras, era completa. Me dí cuenta de que muchos y oscuros nubarrones de mal augurio, flotaban a poca altura de nuestra cabeza y que la luz del sol no entraba más que por una abertura. El efecto de esto, cuando recorríamos el túnel y especialmente cuando salimos al exterior, fué curioso. La tercera parte de los edificios que se elevaban a ambos lados estaba bañada por la luz; los demás parecían grises y sombríos, arrojaban oscuras sombras sobre los espacios cubiertos de césped y los caminos enarenados. Visitamos una docena de maravillas de las que no hablaré ahora. Todo aquello daba la impresión de un sueño de lujo extraordinario, tan maravilloso, que los lectores tendrán que esperar para conocerlo, que aparezca el libro que William Rolston está terminando. Era imposible creer que estuviésemos paseando, corriendo en automóvil a más de dos mil pies sobre Londres, en un reducido mundo que no tenía relación ninguna con la vida del género humano.

Esto me impresionó con fuerza, más aun ascendimos a una torre y llegamos a un cuarto todo de cristal, donde un chino viejo, con gafas de carey nos mostró el gran telescopio que Morse había hecho instalar allí. Siguiendo la dirección de la luz del sol, pude ver con aquel anteojo el Canal de la Mancha, a continuación de un vasto espacio de bosques y prados, tachonado de poblaciones del tamaño de monedas de tres peniques. Una vez, pero sólo un instante, logré distinguir las grandes torres de la catedral de Canterbury, pero el sol se movió y la visión se desvaneció. Londres, todo Londres, parecía hallarse inmediatamente, a nuestros pies. El aspecto era asombroso, pero todos han visto fotografías tomadas desde aeroplanos, y no me entretendré en describir lo que ví, aun cuando era algo diferente.

Acaso la más agradable vista de todas fué la del Parque de Richmond, donde había comenzado la Exposición de Invierno. Pudimos distinguir con claridad las calesitas, las hamacas y demás instalaciones y la concurrencia y cuando el viento era favorable llegaban hasta nosotros los sones de los órganos de vapor. De pronto un globo cautivo se elevó creo que hasta una altura de unos mil pies y como a un cuatro de milla de distancia. Con poderosos gemelos de campo, pudimos distinguir la abultada barquilla llena de animosos paseantes, hasta que descendió, agregando unas cuantas libras esterlinas más a los beneficios de sus propietarios.

Me encontraba verdaderamente cansado cuando regresamos a la casa para el lunch.

Durante la comida, que fué larga y muy exquisita, Morse dejó ver un aspecto de su carácter, que no le había notado antes. No se mostró jovial o alegre, — eso no, — se mostró muy tierno y muy humano. Me dí cuenta entonces del inmenso cariño que profesaba a Juanita y me maravilló que hubiera podido llegar a conformarse con que ella me amara. Pero era en aquel momento la bondad personificada, manifestándose como puede manifestarse un padre al hablar con el entrometido que ha logrado penetrar en su fortaleza. Prefiero, al recordar a Morse, imaginármelo como le ví aquella tarde, contando anécdotas de su juventud, de la extinta madre de Juanita y del Brasil de otra época. Fué aquella comida mi cordial recepción en su vida. Desde aquel momento sería yo,—lo dijo con delicada y acertada frase, — un hijo, para el que no había tenido nunca hijo ninguno.

Por la tarde, regresé a mis habitaciones, que consistían en un pequeño chalet situado al final de los jardines del palacio. Allí había sido instalado junto con Rolston, atendidos por un excelente ayuda de cámara chino. Nunca ví más encantadoras habitaciones de soltero. A eso de las cuatro de la tarde tomé una taza de te en compañía de Rolston. Ya había oscurecido por completo y el viento frío soplaba de nuevo, pero corrimos las gruesas cortinas de tusor que había en las ventanas, gruesos troncos de leña ardían en la chimenea y las suavemente cubiertas luces eléctricas que estaban encendidas, todo combinado, hacía que la habitación estuviese lo más confortable que es posible imaginar.

Se presentó un hombre a decirme que el señor Pu-Yi, solicitaba el honor de una audiencia.

William se retiró y mi delgado, ascético amigo entró y a una invitación mía, tomó asiento en una de las butacas que estaban frente al fuego. No creo que en el transcurso de mi vida haya sido posible olvidar aquella conversación, que emocionó, interesó y excitó mi admiración.

Me pidió disculpa, con todo el tono de gravedad del caso, por su aparente traición. Con una riqueza de lucidos análisis y un poder asombroso para presentar claramente la situación, me demostró cómo había tenido que decidirse entre su nueva amistad hacia mí y su lealtad para con Morse, por quien sentía una profunda estimación, y—aquí se insinuó con extraordinaria delicadeza — su muda adoración hacia Juanita.

—Se trataba, Sir Thomas, de resolverse. Me encontraba en la situación del cirujano que tiene que arriesgarlo todo en un heroico golpe de bisturí. Yo hice eso y traté que todos los motivos del conflicto se conciliasen. Las piezas del rompecabezas quedaron en su orden.

—Amigo mío, — dije.—Puede usted traicionarme veinte millones de veces si es para proporcionarme la felicidad que me ha proporcionado. Además eso no fué una traición, fué la obra de un gran cerebro que guiaba a otro mucho más inferior hacia la más ansiada de las conquistas.

Conversamos aun algunos momentos más; él tomó te y fumó, y con gran pesar noté en él la misma nota de pesimismo y de temor que Morse no podía ocultar y de la que Rolston tampoco dejaba de participar.

—¡Pero yo no puedo convencerme de que pueda llegar hasta la señorita Morse ningún peligro, — exclamé casi con enojo.

Los delgados labios del chino sonrieron.

—No he dicho eso nunca, sir Thomas. Nada hay que pueda hacer suponer semejante cosa. Usted y su dama se hallan en peligro, pero ustedes lograrán salir del paso.

—Usted debe estar enfermo del hígado. Me parece que el encierro en esta magnífica jaula les produce a todos idéntico efecto. Voy a invitar a Morse a una cacería. Tengo un castillo en Gloucestershire, cerca de Chippin Norton, y por el cielo, Pu-Yi, que le voy a hacer montar a caballo y correr una carrera. Usted se expresa como si realmente supiera algo... Como si tuviese datos de que está cerca alguna catástrofe.

—La olfateo en el viento, — dijo con entonación extraña. Y su voz tembló como la hoja sacudida por el viento.

Después de decir eso, se retiró.

Comí con Juanita y su padre. William fué invitado y tuvo a mi novia, y a veces al señor Morse también, en constante hilaridad, contando casos de su errante vida y principalmente de su ilícito comercio de opio en el Cisne de Oro.

—Y vea usted, señor, lo que son las cosas, — dijo, — usted me secuestró primeramente para tenerme aquí y yo he vuelto por mi voluntad.

Morse frunció el ceño un momento.

—Fué una lamentable pero indispensable acción, — dijo. — Lo admito. Pero si hubiera sido necesario también hubiera secuestrado a Kirby.

Después de pronunciar estas palabras, me pareció notar que una sombra iba oscureciendo su ánimo.

Hubo un poco de música en una habitación edificada al efecto; Juanita tocó en la guitarra algunas canciones de su país, y Rolston hizo reir con varias canzonetas muy graciosas.

Creo que cuando Juanita se despidió de todos, — y de mí particularmente en el pasillo, — fué a acostarse muy feliz y contenta.

Como a las diez y media William se retiró y yo me quedé aún para fumar un último cigarro, en compañía de Morse.

—Me siento abatido, Thomas, — díjome, —Me siento muy abatido, esta noche.

Le hice tomar un poco de whisky con soda, cosa que raramente bebía.

—Esto es consecuencia de la vida antinatural a que usted se ha condenado, — le dije. — Decídase a venir conmigo a cazar unos días en Gloucestershire. Le protejeré tan bien como lo puede estarlo aquí, y en cambio se pondrá usted mucho mejor de salud.

—Es usted muy amable, — respondió.— Pero cuide mucho de ella, Kirby. Por el cielo, cuide mucho de ella. No tendrá a nadie más que a usted en el mundo cuando yo haya desaparecido.

Iba yo a argumentar nuevamente en favor de la cacería, cuando se abrió la puerta y Boss Mulligan se presentó.

—Hemos recorrido la ciudad, señor, con la acostumbrada patrulla. Todo está tranquilo. No ocurre nada anormal en ninguna parte. Toda la servidumbre se halla recogida en sus departamentos.

Morse me miró.

—Ese es nuestro sistema, Tom, — dijo.— A cierta hora todos los sirvientes van al piso inferior, a menos que alguno sea necesario urgentemente. Hay en el chalet que usted ocupa, un muchacho para atenderlo por la noche, pero si usted no lo necesita, dormirá con sus compañeros. Juanita tiene su mucama francesa y yo creo que Pu-Yi habrá hecho quedar alguno para su servicio. De esa manera quedamos todos nosotros solos aquí. Las puertas de todos los ascensores están cerradas en el segundo piso, y también la escalera central. Mulligan se queda de guardia toda la noche en la habitación donde lo vió usted.

—Y vigilándole a usted con el rabo del ojo, Sir Thomas, — exclamó el jocoso pícaro. — Puede usted creerlo.

—Es usted un excelente actor, Mulligan, —dije. Y fué lo único que se me ocurrió.

—Claro que lo soy,—respondió,—pero estoy mejor cuando no finjo. ¿Me comprende? Y avanzó en mi dirección uno de sus enormes puños.

—Mulligan. Márchese al cuerpo de guardia, — exclamó Morse. — Está usted borracho.

El rostro del gigante cambió su expresión de ferocidad por otra de sorpresa.

—¡Claro está que sí, señor! — dijo. — Esta es la hora de todos los días. Pero no

tenga usted cuidado. ¡Borracho, pero eficaz!

La mirada de satisfacción que tuvo cuando Mulligan se retiró, no me dejó duda alguna de que el millonario pensaba lo mismo.

Pocos minutos después, afortunadamente no borracho, pero sí eficaz, salí del palacete Mendoza y crucé el jardín de la quinta. Mórse cerró la puerta tras de mí.

Hacía un frío punzante y soplaba un viento que cortaba como una navaja de afeitar. Extraños montones de niebla empezaban a invadirlo todo, formando como una legión de fantasmas y noté que las nubes descendían hasta la altura en que nos hallábamos. Pronto no me fué posible distinguir nada aun a una yarda de distancia, a pesar de los focos eléctricos, que nunca se apagaban durante la noche en toda la ciudad y que brillaban de trecho en trecho con una tenue luz azulada, a través de la niebla.

Sin embargo, pude encontrar el chalet donde residía, con relativa facilidad. El sirviente chino me esperaba en el hall. Tomó mi abrigo, se ocupó de que al fuego que ardía en la chimenea del dormitorio y a la habitación inmediata no les faltara leña para arder toda la noche y me pareció que, cuando le dí orden para que fuese a dormir al segundo piso, se manifestó agradecido.

Creo que no haría más de un minuto que se había retirado, cuando volvió a abrirse la puerta de la salita del chalet y apareció Rolston, precipitadamente. Vestía un robe de chambre sobre su pajama y tenía el cabello revuelto, como si acabara de levantarse de la cama.

—¿Qué diablos pasa? — le pregunté.

—Me desvestí, — dijo, — en mi dormitorio que, como usted sabe, está encima del suyo y me quedé dormido, sentado en un sillón, con todas las luces encendidas. Me desperté hace uno o dos minutos y antes de apagar las luces me acerqué a la ventana para ver cómo estaba la noche.

—Una noche infernal; se lo digo por si tiene interés en saberlo.

—La luz de mi cuarto fué a dar en una cortina de niebla que semejaba el lienzo de un cinematógrafo, sir Thomas. Mientras estaba allí de pie, juraría que he visto algo grande, negro y de forma ovalada, que pasó ante la zona de luz y desapareció luego en la oscuridad inferior.

—¿Qué diablos dice usted? ¿Qué clase de cosa era?

El vaciló un instante y luego exclamó:

—Algo así como un grupo de estatuaria. Pero sólo pude verlo durante un breve momento.

Indudablemente estaba medio dormido y soñando cuando se aproximó a la ventana. Aun en aquel momento se notaba que los párpados se le cerraban bajo el peso del sueño.

—Sencilla y únicamente una broma del viento en la niebla. Su misma figura, colocada entre la luz interior y la ventana, reflejó por un instante su sombra, aumentada, en la pantalla de fuera. La niebla es espesa, como un lienzo grueso y cambia a cada instante a merced del viento. Métase en la cama y duerma tranquilamente.

No intentó argumento alguno, pero me miró como arrepentido de haberme molestado por una cosa tan trivial. Diez minutos después yo también estaba acostado en mi cama, profundamente dormido.

✣ ✣ ✣

La voz en el dictágrafo

HABIA ordenado a Chang, mi sirviente chino, que me despertase a las ocho. En uno de los ángulos de la gran plaza central, había un hermoso y bien dotado gimnasio, con una pileta de natación, y me había propuesto emplear tres cuartos de hora en ese vigoroso ejercicio antes de vestirme.

Como me sucede generalmente, me desperté aproximadamente a la hora que me había propuesto hacerlo. Aquella mañana, sin embargo, eran las ocho y media cuando abrí los ojos. No ví rastros de Chang por ninguna parte. Salté de la cama y me vestí con una gruesa camisa de punto de lana, pantalones de franela y zapatos de tennis. Había mandado traer el día anterior alguna ropa de la que tenía en el Cisne de Oro. Vestido así, crucé el hall y salí a los jardines.

Entonces vacilé asombrado. Una densa, impenetrable niebla lo ocultaba todo a la vista. Parecía tener la solidez de la lana. Materialmente tenía uno que abrirse paso a través de ella y cuando digo que no podía distinguir nada a una yarda de distancia en torno mío, empleo las palabras exactas. Sin embargo, recuerdo que tenía pleno convencimiento de que podría hallar el camino que conducía a la plaza central, donde encontraría, seguramente, alguien a quien interrogar.

Desde la puerta de mi chalet había unas ciento veinte yardas de ancho camino enarenado hasta el Palacete Mendoza. Recorrí ese trayecto en menos de veinte segundos y me encaminé luego hacia el bosque de palmeras. Las grandes puertas de cristales de los costados estaban cerradas en aquel momento. Conocí el sitio por la diferencia del pavimento que allí estaba formado por un entarugado muy liso. De improviso ví una masa gris, a mi derecha. Era el palacio, pero la sábana de niebla me impedía distinguir puertas y ventanas. No alcanzaba a ver más que la enorme masa gris.

Lo curioso del caso era que no se podía oir nada. No me había fijado en eso mientras corría, pero después me llamó mucho la atención. Claro está que tampoco se oía el ruido del viento. Si hubiera soplado el viento un poco fuerte hubiéramos estado envueltos en la espesa niebla, como no la había visto ni aun en los Alpes. Pero no notaban los rumores propios de un lugar

habitado. A aquella hora de la mañana todo estaba tranquilo. Se notaba un ambiente de calma y paz en todas partes. El rumor de los jardineros y de los sirvientes ocupados de sus tareas diarias, el distante ruido de las máquinas, de alguna que otra voz dando una orden, el murmurar del agua en las fuentes, todo había desaparecido. La niebla no sólo había muerto toda visión, sino todo ruído. Hubiera podido imaginarme que estaba en la cumbre del Mont Blanc.

Entré en una de las galerías, lo suficiente ancha como para que pasasen dos carruajes y que, recordaba, conducía a la plaza grande. Me reía, pero de improviso callé. No pude explicármelo en aquel momento, pero la niebla, la soledad que me envolvía, todo era horrible.

¿Habría pasado algo? Llamé en voz alta, pero mi grito no me pareció que sonaba más que el balido de una oveja. Claro está que era una ilusión. Mis nervios habían cedido de pronto. Pero honestamente debo confesar, sentía que estaba pasando algo sospechoso, en la atmósfera, sospechoso del punto de vista físico. Hay momentos en que el alma humana se siente dominada por un malestar, por un asco inexplicable y era eso lo que me sucedía en aquellas circunstancias. Avanzaba y mis zapatos de suela de goma parecían hacer un ruído desagradable, que me molestaba. Y aquello era lo único que oía.

No podía ver nada; no estaba seguro de saber dónde estaba, así que volví a la derecha y a la izquierda, hasta que por el aire que me daba en el rostro, comprendí que me hallaba cerca de un edificio. Comprendí que me encontraba a una yarda o algo así de alguna pared. Eso era exacto. Toqué con la mano algo que me pareció una pared de piedra, y mirando hacia arriba noté que aquella construcción era alta.

Seguí junto a la pared sin dejar de tocarla con la mano para guiarme y adoptando toda clase de precauciones. Aquella marcha en semejantes condiciones, me parecía interminable. Saqué el reloj que llevaba en el bolsillo del pecho de mi camisa de punto de lana. ¡Eran cerca de las nueve y el silencio profundo persistía!

Un segundo o dos, después llegué a una balaustrada; continué, siguiendo la misma dirección hasta encontrarme al pie de una gradería. Me parecía vagamente familiar aquel sitio, y cuando comencé a subir, empecé a adquirir la certidumbre de que era la biblioteca. Sabía que Pu-Yi vivía por allí y avancé hasta encontrar la puerta de acero, en la que había otra pequeña que se utilizaba generalmente para el uso diario. Esta puerta se hallaba cerrada, pero a uno de los lados tenía una campana con una cadena y una manija. Tomé la manija y llamé durante un buen rato.

La puerta se abrió de pronto y apareció Pu-Yi, con su gorro griego con el botón de coral en la parte de arriba y envuelto en un abrigo de piel de oso.

—¡Gracias al cielo que he encontrado a alguien! — exclamé. — Me he extraviado. Iba al gimnasio para hacer un poco de natación. Mi sirviente Chang no ha subido y yo salí solo.

—Entre usted, Sir Thomas, — dijo Pu-Yi señalando la cortina de niebla.—¡Qué mañana infernal! Llevo viviendo aquí desde hace varios meses, pero jamás he visto nada parecido. Y esto va a durar lo menos hasta las nueve de la mañana, en que la fuerza del sol...

—¡Pero si ya son las nueve!—exclamé.

El hizo un gesto de sobresalto.

—¡Entonces, también ha faltado mi sirviente! — dijo. — Yo encargué que me sirviese el café a las ocho. Estuve leyendo hasta hora muy avanzada y debo haberme quedado dormido... Es curioso, muy curioso todo esto.

—¿Sabe usted que no me gusta nada esto, Pu-Yi? Yo he seguido mi camino desde el chalet a los jardines del palacio, sin oir ruido de ninguna especie.

Pasamos por una estrecha antecámara y penetramos en la gran biblioteca que estaba tan fría y oscura como una tumba.

Pu-Yi fué hasta una de las llaves de luz y luego a otra, y nada.

—¡La luz eléctrica no funciona! — exclamó.—¡Qué cosa tan rara!

—La de mi habitación sí, — dije. —Yo la encendí para vestirme, cuando me levanté.

No me respondió pero tomó el auricular del teléfono y dió repetidas vueltas a la manija. En su rostro, que había adquirido un tinte grisáceo, se notaba la preocupación y tenía un aspecto que jamás olvidaré.

Volvió a llamar de nuevo y después de un intervalo de silencio exclamó:

—¡El teléfono no funciona! — dijo. Los dos nos miramos y en nuestros ojos leímos la misma pregunta.

—Bien. No puede imaginarse lo que me alegro de haberle encontrado,—dije.

—Es necesario que aclaremos todo esto en seguida, Sir Thomas. Yo puedo encontrar fácilmente el camino para ir hasta uno de los ascensores que hay al otro lado de la plaza. Necesitamos pedir auxilio. Un momento. — Desapareció durante un minuto y volvió con algo frío y reluciente que me puso en la mano. Era un revólver de diez tiros, un Colt. — Nunca puede uno saber lo que puede ocurrir, — me dijo en voz baja.

Cruzamos a toda prisa la plaza grande, pasando junto a la fuente central. Ninguno de los surtidores funcionaba. Todo estaba como muerto. Al fin llegamos al pabellón donde estaba uno de los pequeños ascensores. Yo suponía que no podría funcionar, pero lo hizo con facilidad. Como mi compañero pareció leer mi pensamiento, exclamó:

—Estos ascensores no son eléctricos, están movidos por fuerza hidráulica. La estación de todos ellos está en la ciudad y no abajo, en el segundo piso

No se me borrará de la imaginación el extraordinario cuadro que presencié cuando pisamos fuera del ascensor. La nibela no era allí tan densa como en el piso superior. Esto era debido a que a un centenar de pies sobre nuestra cabeza, estaba el enorme techo de planchas de acero, y las vigas metálicas que servían de base para la ciudad. Como dije antes, esta segunda ciudad del servicio estaba abierta por los costados, no cerrada como la de encima. A causa de ello, la niebla aparecía sólo en algunos trechos y semejaba, por su forma, grandes fantasmas. Rodeaba por completo el grupo de viviendas e impedía ver en absoluto todo cuanto allí había. Se destacaba entre el lienzo blanco, un gran techo en forma de caballete, era el del departamento de máquinas. Reinaba en todas partes un terrible frío. No ardía ni una sola lamparilla eléctrica, y de uno a otro extremo reinaba la desolación y el silencio.

Me apoyé en la puerta del ascensor, y a pesar del frío que hacía, el sudor inundaba mi frente.

Pu-Yi levantó uno de sus delgados brazos sobre su cabeza, como si quisiera agarrar algo que estuviera en lo alto. Un grito como un lamento brotó de sus labios cuando avanzamos sombríamente por las calles desiertas y las casas vacías.

En lo que a mí atañe, estaba tan desorientado que no podía ni pensar, pero la desesperación de mi compañero parecía inculcar en mí un frío mortal que me paralizaba.

Le puse una mano en el hombro.

—¡No se vé aquí, ni un alma! — exclamé. —¿Qué ha ocurrido? ¿A qué obedece todo esto tan extraño?

—Debía haber aquí unas doscientas personas lo menos,—respondió.

Avanzó, abrió la primera puerta que hallamos a nuestro paso y penetramos por ella. Era una especie de dormitorio, con tarimas y camas todo alrededor de la pared. Todas estaban vacías. Tuve tiempo para ver que había un armario lleno de carabinas y otras armas.

Pu-Yi, me miró

—Este es uno de los dormitorios de los hombres de guardia,—dijo.

Entonces recordé cuando había llegado dos días antes.

—¡Mulligan! — exclamé. — Nadie puede penetrar a no ser por la habitación del guardian, nadie puede salir sin pasar por el mismo sitio. ¿No es así?

—No; a no ser que se arroje por la parte exterior de la torre.

—Bien. Pero es completamente imposible suponer que doscientas personas se hayan suicidado durante la noche, sin que se haya oído nada. ¡Pronto! Tratemos de averiguar todo esto.

Pu-Yi, corrió. No puedo decir en verdad que echó a andar por las calles y pasajes, y a mí me costó no poco trabajo seguirle. Tenía la boca completamente seca. Un enorme temor oprimía mi coraón. Aquella carrera por la desierta ciudad aérea, acompañado siempre por los fantasmas de niebla, era enloquecedora.

Cruzamos el último corredor y nos detuvimos ante una puerta. Pu-Yi, tomó la manija y la abrió. Penetramos en la habitación. Un singular olor de muerte, y de muerte violenta llegó hasta mí.

Un fuego de troncos de leña ardía malamente en la chimenea. La habitación estaba iluminada tan solo por la luz que se filtraba por una claraboya. Era un resplandor sucio, opaco, que dejaba tan solo distinguir los objetos en una forma siniestra. El rojo resplandor del fuego, se reflejaba en la pulida reja de acero que dividía la habitación en dos partes. Y también se reflejaba con tristes rojizos en algo más.

Era el cuerpo de Mulligan.

Estaba sentado en una silla que había apoyado en la reja, de espaldas a ésta, como una burla a su poder mientras ejercía la vigilancia.

Había sido extrangulado por medio de una yarda de cat-gut, esa cuerda hecha de tripa de gato, delgada pero muy resistente, que se usa en las operaciones quirúrgicas para hacer suturas grandes. La delgada cuerda de cat-gut retorcida por medio de un trozo de palo, como un torniquete, se le había hundido en la carne, reduciendo el adiposo cuello a menos de la mitad de su tamaño. La cabeza caía hacia uno de los hombros.

Uno de los troncos del hogar cayó levantando una cantidad de chispas. Por lo demás reinaba un silencio de muerte.

—¡Han venido!—dijo Pu-Yi, tranquilamente.

—¿Pero que ha sucedido? — murmuré. Mi garganta estaba tan seca que al hablar parecía que arrugaban trozos de papel.

—¡Es necesario que yo lo sepa en seguida! Voy a tratar de averiguarlo. No hay un minuto que perder. ¿Puede usted atreverse a esperarme aquí?

Asentí con un gesto y él saltó de la habitación como un relámpago. Sobre la mesa del muerto, había, como de costumbre, algunas botellas y copas. Me serví una cantidad de cognac, lo bebí y mi cerebro se aclaró instantáneamente. Había algo terrorífico en aquel ambiente. Junto a las copas vacías y con restos de alcohol, estaba un rosario y un pequeño crucifijo de metal. El irlandés era católico romano, había estado rezando sus oraciones pocos momentos antes de que la muerte lo sorprendiese. Una fuerza interna me reconfortaba dándome ánimos para realizar algo que consideré necesario. Busqué un cuchillo y corté las ligaduras que sujetaban al gigante a la silla. Luego lo extendí respetuosamente en el suelo y después quité la horrible ligadura de cat-gut, que tenía en torno al cuello. Un examen de la puerta de acero que había en la verja me demostró que estaba bien cerrada, pero el manojo de llaves

que el hombre muerto llevaba habitualmente colgando de una cadena, no estaba allí. Un trozo de cadena colgaba del bolsillo del pantalón.

Mientras estaba haciendo todo eso una mortal ansiedad parecía dificultar mis movimientos como si una mano me tirase de la manga. ¿Qué había ocurrido?... ¿Qué estaría ocurriendo en aquellos instante en el Palacete Mendoza?

Pu-Yi, volvió como un torbellino, a la habitación. No hacía ruido. Se movía de un lado a otro silenciosamente. Su rostro estaba transformado, sus rasgos fisionómicos se habían acentuado, y hasta el color habíasele cambiado, tenía una gran semejanza con una máscara de bronce verde. En su helada inmovilidad parecía muerto, no obstante hallarse más alerta que nunca, y sus ojos lanzaban destellos, como diamantes.

—¿Qué ocurre? — pregunté.

—Ya sé como lo han hecho,—respondió.— Todo está ya claro. Tan claro como el agua pura. Todos los cables principales de luz y fuerza han sido cientifgicamente cortados. No podemos ni telefonear, ni descender hasta el parque por ninguno de los ascensores. Estamos aislados aquí, junto al cielo.

—¿Pero y la gente? ¿La servidumbre? — pregunté, retrocediendo en seguida al mirar que tenía las manos teñidas de sangre.

—No lejos de aquí, hay otra víctima,—dijo.—Mi sirviente, un joven de mi misma provincia a quien yo quería mucho y a quien estaba educando. Estaba con vida hace apenas cinco minutos. Ha tenido el tiempo justo para referirme la verdad de lo ocurrido y manifestarme su arrepentimiento.

—Cuénteme rápidamente, Pu-Yi. El tiempo apremia.

—Ellos se apoderaron de él, anoche, cuando vinieron.

—¿Quienes?

—Lo ignoro. Estaban enmascarados, pero a dos de ellos, por las señas que me ha dado, los conocemos muy bien. Sir Thomas lo han torturado durante tres horas hasta que lo han hecho hablar, prometiéndole que luego lo pondrían en libertad si les respondía, y él lo hizo así. Su relato no tenía ilación pero yo he podido comprender muy bien lo que decía.

"Le hicieron dar orden, telefónicamente desde la ciudad alta, de que todo el personal bajase inmediatamente a la planta baja y esperase allí órdenes posteriores. Todos debían descender, menos Mulligan que aguardaría en su puesto hasta que yo fuese. Este mensaje fué enviado en idioma chino y el pobre muchacho fué obligado a imitar mi voz. En seguida le vendaron los ojos, pero oyó a uno de los hombres, hablar nuevamente por teléfono y dijo que la voz no se diferenciaba mucho de la de Morse.

Inmediatamente comprendí todo en su diabólica habilidad.

—¿Quiere decirse que nos hallamos solos aquí arriba, usted, yo, Rolston, el señor Morse y su hija?

—Y la mucama de ésta, — respondió tranquilamente.

—A merced de...

—Eso es lo que vamos a averiguar ahora. Debemos dominar toda emoción y aún todo rastro de temor. Eso es lo primero que hay que hacer. Es el diamante, el que talla al diamante. Hay en mi mente sólo un problema, uno solo.

—¿Cual es? ¡Dígalo usted!

—En una hora puedo llegar hasta el suelo Entre la intrincada red de acero de esta torre, hay una pequeña escalera circular al descubierto, por la que puede pasar una persona. Cada trescientos o cuatrocientos pies el paso está obstruido por puertas cerradas, pero yo tengo una llave maestra que las abre todas. Voy a hacer una tentativa, aun cuando corro el riesgo de precipitarme en el vacío, pues se trata de un verdadero camino de equilibrista. Pero así tendremos ayuda dentro de una hora. Como los cables de la torre han sido cortados sólo un electricista puede reparar los desperfectos. ¿Puedo confiar con usted para defender el palacio?

—¿Deja a mi voluntad la decisión?

—Está en sus manos, príncipe.

—En ese caso, amigo mío, busque esa escalera de la torre y baje hasta el parque. Si Rolston, Morse y yo, no podemos vencer a esos asesinos poco podrá hacer un hombre más.

Eso respondí, eso pensaba. No tenía la menor sospecha de que lo estaba condenando. Me tomó una mano, la besó y haciéndome una seña caminamos por la silenciosa ciudad en dirección al ascensor.

—Vaya arriba, Sir Thomas, — dijo, — y tenga mucha prudencia. Lleve el revólver preparado. La niebla es más densa que antes, lo que redunda en favor suyo. Uster podrá encontrar el camino para llegar al palacio, estoy seguro.

—¿Y usted?

—Yo me voy por allí, — dijo, indicando con el brazo izquierdo una abertura cuadrada por la que se veía un reflejo blanco amarillento.—Se abre la puerta y va uno a dar a la escalera de que le hablé. Saldré al exterior y por entre las vigas de hierro encontraré el camino enroscándome como una rama de hiedra.

—¡Hasta la vista! Apresúrese cuanto le

—¡Adios! — agregué,—y me metí en el ascensor.

Pocos minutos después cuando avanzaba yo entre la niebla, con mi Colt en la mano y alerta para advertir la menor señal de peligro, oí el seco ruido de un disparo de rifle. La detonación sonó detrás de mí. Hubo un imperceptible intervalo, y el ruido volvió a sonar. Inmediatamente se escuchó un penetrante grito.

El silencio volvió a reinar en la ciudad envuelta en niebla.

Por un instante pensé si el grito había sido lanzado por Pu-Yi. Pero pronto lo olvidé todo. El inmediato momento. El futuro inmediato me preocupaba sobre todas las cosas.

Todas las extraordinarias precauciones habían fracasado, Los asesinos estaban allí. ¿En qué cantidad? ¿Cómo habían venido? No podía decirlo. Dos cosas solamente dominaban sobre todo. Debía tratar de salvar a Morse, si aun era tiempo; y vengarlo si llegaba tarde. Resueltamente deje de lado la idea de Juanita y mi personal cuidado, para hallarme dispuesto a emplear todas mis energías llegado el momento de prueba.

Me hallé de pronto a la entrada de un pasaje cubierto. A excepción del ruido que hacía yo al respirar no se oía ningún otro sonido, y la horrible cortina de niebla era más espesa que nunca. ¿Debía avanzar hacia el palacio o retroceder hasta el chalet para encontrar a Rolston? Era una árdua cuestión a la que debía responder inmediatamente. Pensé que sería de una gran utilidad tenerlo a mi lado y además acaso impediría que se dejase dominar por el terror que inspiraba todo aquello.

Llegué sin tomarme el menor descanso, abrí una puerta y cruzaba el oscuro hall, cuando mis piés tropezaron con algo y caí al suelo. No era caso de gritar y además tampoco lo hubiera podido hacer porque cayó algo sobre mi espalda, una mano me tapó la boca y sentí el frío caño de un revólver en el cuello.

Estaba a merced de mi captor, cuando de pronto la cosa pesada que había caído sobre mí, me dejó libre, el arma fué retirada y me puse en pie para hallarme frente a Rolston.

—Ni una palabra, — murmuró. — Yo había colocado una trampa en el hall, Sir Thomas. ¡Loado sea el cielo que está usted sano y salvo!

—¡Y loado sea porque lo está usted también! William, han extrangulado a Mulligan, han muerto a un chino torturándolo y mucho me temo que hayan asesinado a Pu-Yi cuando iba al parque en busca de auxilio.

"Todos los que forman la servidumbre están abajo obedeciendo a una falsa orden, para que permanezcan allí. Los ascensores han sido inutilizados y no hay probabilidades de que puedan volver a servir hasta dentro de algunas horas. Así están las cosas. Ahora debemos ir al palacio tan rápidamente como nos sea posible. ¡El cielo sabe lo que ha ocurrido o puede ocurrir allí!

Me tomó por un brazo y me arrastró hasta la parte posterior de la casa; abrió una puerta, con una llave que tenía y penetramos en un dormitorio que yo nunca había visto. Las ventanas estaban cerradas y cubiertas con cortinas, pero la luz eléctrica, — que nunca faltó ni en mi chalet ni el palacete durante aquellas terribles horas, — dejaba ver claramente todos los detalles de la habitación. En un lecho, tendida como si estuviese durmiendo, se hallaba Juanita. A su lado había una mujer de cierta edad, de elevada estatura, vestida como las sirvientas francesas y con un rostro que reflejaba los rasgos típicos de una normanda.

Yo retrocedí hasta caer en los brazos de Rolston.

—¡Cielos! — exclamé. — ¡No ha muerto! ¿Es cierto que vive?

Marie, la mucama francesa, se volvió hacia mí.

—Está perfectamente bien, señor, — me dijo. — Solamente muy asustada. La he dado algo para que descanse tranquila.

Hablaba en francés.

—¿Pero cómo están ustedes aquí? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—A cierta hora de la noche, señor... Yo creo que sería entre las dos y las tres, la campanilla de alarma que está junto a mi cama, empezó a sonar. Yo sabía con exactitud lo que tenía que hacer. Formaba eso parte de las instrucciones que nos había dado el señor Morse. Al adoptar sus precauciones me había manifestado que cuando la campanilla sonase, de día o de noche, debía tomar inmediatamente a la señorita, vestirla sin perder un segundo y sacarla del palacio por un camino secreto. Así lo hice y llegué hasta esta habitación, donde la señorita se desmayó. La puerta fué cerrada desde afuera y como yo tenía órdenes estrictas de no exederme en mis instrucciones, me quedé esperando. No hace mucho, este señor, — y al decir esto señaló a Rolston, — oyó algún ruido, abrió la puerta y entró. Entonces le conté lo que ocurría.

—¡Gracias al cielo! — exclamé más tranquilo.—Ella está en salvo.

Y desde el fondo de mi corazón pagué el justo tributo al previsor genio de Gedeón Morse, quien en los más difíciles momentos, burlaba a las panteras que lo seguían, haciéndolas fracasar en uno de sus principales propósitos.

—Perfectamente, entonces. Vamos a dejarlas para ir al palacete a fin de averiguar lo que ocurre y ver lo que podemos hacer... ¿No tiene miedo?

—No ,señor, — respondió tranquilamente. —Un angel vela por nosotros, — y se santiguó devotamente. — Además, — y de entre sus ropas sacó un largo y afilado cuchillo,— en último caso, sé bien lo que tengo que hacer.

Me aproximé al lecho. Contemplé un instante a Juanita yl a besé respetuosamente en la pálida frente.

—Ahora, William, — añadí.—Vamos.

Rolston se dispuso a seguirme.

—Por el camino secreto, — dijo señalando a la mucama francesa que levantaba una pesada alfombra turca que había delante de la chimenea.

Se oyó un chasquido y una parte del piso descendió dejando en descubierto algunos escalones cubiertos de fieltro.

—Por aquí, señor, — dijo. — El corredor está iluminado, pero aquí tiene una linterna por si la necesitasen. Tome también el librito.

Y puso en mi mano un pequeño libro fo-

rrado de cuero y que tendría un tamaño poco mayor que el de un boleto de tranvía..

—¿Qué es esto?—pregunté.

—Instrucciones en inglés y en chino referentes a la habitación secreta que hay al otro extremo del pasaje. Son pocas y sencillas, pero el señor Morse las ha hecho imprimir de modo que no puede haber error si fuere preciso utilizar el sitio y su maquinaria.

—Piensa en todo, — añadió William mientras penetrábamos en el corredor y la trampa volvía a su sitio.

El corredor tendría unas treinta o cuarenta yardas de largo y era recto como una flecha. Cuando nos acercábamos al final, que noté estaba oculto por una cortina pesada, pensé en el pequeño libro forrado de piel. Hice seña a Rolston para que se detuviese, abrí el libro y leí las instrucciones en inglés. Había unas cinco o seis páginas y uno o dos diagramas muy sencillos y bendije el hábito periodístico que me permitió darme cuenta de todo en un minuto. También celebré una vez más la fértil imaginación de Gedeón Morse.

Levanté cuidadosamente la pesada cortina y penetramos en una habitación de regular tamaño. El piso tenía una gruesa alfombra y junto a dos de las paredes había unos divanes cargados de frazadas y mantas. También había estantes con provisiones. Vi algunas cajas de galletitas, latas de leche condensada y algunas botellas de vino. La habitación tenía unos catorce pies de altura y a uno de los extremos había cuatro columnas cuadradas que iban desde el suelo al techo. Tenían unas muescas cubiertas de acero y preparadas para que penetrasen en ellas los salientes de una rueda dentada. Entre las cuatro columnas y a unos dos pies de distancia del extremo, el techo semejaba la parte inferior de una gran cisterna o tanque. Este aparato ocupaba todo ese lado de la habitación, que no era cuadrada sino de forma ovalada. Del lado opuesto de aquel por donde habíamos entrado, se veía un grupo de palancas como las que hay en una casilla de señales de un ferrocarril. Pero todas más pequeñas. Sobre eso, y saliendo de la pared, había media docena de bocinas de vulcanita, semejantes a trompetas negras; sobre cada una una pequeña placa de marfil.

—¿Qué será todo esto? — murmuró Williams.

Levanté una mano, sin contestarle una palabra, mientras observaba detenidamente todo lo que había allí. Leyendo una o dos veces el librito, me pude dar cuenta exacta de todo. Estaba ocupado en ello, cuando oí, de pronto un taponazo, seguido por el inconfundible borbotear del champagne en la copa.

Era la cosa más inesperada que jamás había oído, pues parecía que ocurría junto a mí. A no haber sido por una pequeña lámpara eléctrica, que se encendió sobre una bocina, hubiera podido creer que estaba soñando. Aquella bocina tenía este letrero: "Estudio del señor Morse".

—El dictágrafo, — murmuré dirigiéndome a Rolston y él me oprimió el brazo para indicar que me había comprendido.

Pienso que hubiera dado gustoso mil libras esterlinas por beber un poco de champagne como el que estaba servido en las copas. Los dos nos quedamos quietos uno junto al otro, como en un éxtasis y escuchando. Creo que hasta una de las famosas orejas de Rolston se había alargado hasta llegar a la pared; pero esto, sin duda, era una ilusión.

Luego llegó hasta mí una voz educada, de bella modulación y serena.

Aquello era todo, pero cuando la oí la sangre pareció hervirme en las venas. Si puede existir una voz que pueda hacer suponer como sería la que viniendo del infierno se oyese por una abertura de la tierra era aquella. Al oirla comprendí por primera vez el significado de stas palabras. "El gusano que no es destruído entre las llamas, no está bien muerto."

—¡Quien iba a pensar, Gedeon Morse, que iba a almorzar con usted hoy! A decir verdad, ni aún a mí se me había ocurrido. Pero como usted no ignora, he sido siempre jugador leal. Y ahora, al final de todas las partidas que hemos jugado juntos me han tocado las mejores cartas...

Otra voz... ¡Cielos santos! Era el mismo Morse el que respondía. Pero su entonación parecía más bien divertida. Al oirla se experimentaba la misma sensación que la que se pueda sentir al salir en pleno verano de una habitación oscura a un lugar iluminado por el sol.

—Marco Antonio Midwinter... habla usted de triunfo, pero jamás ha estado usted más cerca de su fin, que en este momento.

Hubiera jurado que oí una seca y corta carcajada, y me acerqué a la pared.

—¡Este faisan fiambre está muy sabroso!... ¿Que es lo que pretende al procurar engañarme así?... Su fin ha llegado y usted lo sabe... No es este momento para tstar de broma. Espero que así lo comprenderá. Hemos tirado los dados durante muchos años, los dos. Usted ha ganado siempre y yo he desaparescido de la superficie de la tierra hasta que la Fatalidad ha hecho de mí un agente de la gran venganza.

Al oir aquello Morse se echó a reir.

—¡Chacal, devorador de desperdicios!—exclamó. — Termine de una vez su comida robada y comience su obra. ¡Usted el agente de la gran venganza! Usted que no hace mucho tiempo fué hasta mi hotel en Londres para vender a los que lo emplean. ¡No comprendo—prosiguió con un curioso e impersonal timbre de voz, — que usted realmente se crea que desciende de una elevada familia inglesa! Cuando yo lo bañé en alquitran y lo hice cubrir de plumas, ¿lo recuerda usted Antonio? hace ya algunos años, casi creí en lo de su descendencia, aún cuando no le presté una fe completa. Dígame: ¿qué ha ido a hacer la cocinera que llega ahora?

De acuerdo con las últimas palabras de

Morse, oímos el ruido de unos pasos y el de una silla que se movía.

Otra persona había penetrado en la habitación y Midwinter se había levantado de su asiento para recibirla.

—¿Qué hay?

La respuesta fué dada con una profunda voz de bajo.

—No ha cambiado nada. Apareció un chino, que debía ser el bibliotecario de quien nos habló el muchacho a quien hicimos confesar. Pretendía llegar abajo por la escalera que está en la parte exterior de la torre. Yo estaba observando desde uno de los balcones de arriba para ver si se acercaba alguien y lo he derribado de mi segundo disparo.

—¿Ha caído abajo? Ese acaso haya alarmado a los otros.

—No. Justamente lo sorprendí cuando iba a saltar por una ventana a la escalera y después de permanecer un momento observando he regresado aquí. Empieza a soplar viento y pienso que dentro de media hora habrá desaparecido por completo la niebla.

—Media hora es suficiente para lo que tenemos que hacer, Zorrilla. Vamos a ver si las ligaduras del señor Morse están como es necesario y luego vamos a pensar la forma de salir de aquí nosotros.

Aquello era, como William y yo podíamos suponer, lo que exactamente ocurría en el escritorio. Se oyeron unos pesados pasos, un gruñido de afirmación y luego la antipática y diabólica voz que exclamaba:

—Ha de saber usted que va a morir Morse, y tendrá una muerte dolorosa. Nada puede evitarlo y se ahorrará usted una gran parte de su agonía si me dice en seguida donde está su hija... Sólo deseamos simplificar el asunto... Nosotros la vamos a encontrar fácilmente, como puede usted suponer.

—Le desprecio a usted y a sus fútiles amenazas. Están dificultando su salvación cada momento más que permanezcan aquí. Están los dos alejándose de toda probabilidad de redención. Han conseguido burlar algunas de mis precauciones, ignoro por qué medios. Me han capturado. Están a punto de realizar su venganza. El cielo dispondrá si lo han de lograr. Pero conocen muy poco o nada del lugar en que encuentran. ¡Locos!

La voz sonó como un trompetazo.

Siguió el murmullo de una conferencia cuyas palabras no pudimos distinguir. Luego dijo Midwinter:

—Podemos continuar un poco la conversación antes de que Zorrilla comience realmente a operar. Al lado de este departamento, he visto que tiene un lujoso cuarto de baño. Las paredes son de ónix y la bañadera de plata. Bien, vamos a tomarlo a usted, a colocarlo dentro de la bañadera y a abrir la canilla. Yo me pondré sobre usted y apoyaré mis manos en sus hombros para obligarle a quedarse una o dos pugadas debajo de la superficie del agua hasta que pueda usted saborear todas las amargas angustias de la muerte. Luego lo levantaré y le haré algunas preguntas. Acaso vuelva a repetirse la operación antes de que Zorrilla dé comienzo a su obra.

No tengo palabras para describir la perversa intención de aquellas palabras, ni tampoco para describir la carcajada que obtuvieron como respuesta.

William iba a hablar, pero yo le puse la mano en la boca, afortunadamente a tiempo, y pude casi ver el rostro satánico de los dos canallas cuando avanzaron hacia el hombre atado.

Se oyeron pasos: la lamparilla que estaba sobre la chapa que decía "Estudio del señor Morse", se apagó y en cambio se encendió la que decía "Baño". Se oyó el ruido de una canilla y en seguida el del agua que caía en un recipiente.

—No mucha, Zorrilla. Un par de palmos, es suficiente para lo que me propongo.

Las voces se oían ahora en la otra habitación mucho más fuertes y claras que antes.

—Tómelo usted de los talones. ¡Pronto! ¡Ahora!

Se oyó un ruido y algo pesado cayó en el baño.

—Ahora Morse, voy a tenerlo debajo del agua un minuto, hasta que esté usted tan cerca de la muerte como pueda estarlo hombre alguno. ¿No tiene nada que decir?

—Sí. Permítame un momento.

—Diez, si lo desea.

Hubo una pausa y una voz penetrante preguntó:

—¿Están ustedes ahí?

Yo me erguí y golpée con el puño cerrado en la pared.

Oí una exclamación, distinguí un chispazo y luego William Rolston movió una palanca y la mitad del techo de la habitación en que nos hallábamos cayó hacia nosotros con un ruido semejante al que hace un reloj al escaparse la cuerda.

Midwinter se encontraba en uno de los extremos del baño, que le llegaba hasta la cintura. Su mandíbula caía sin fuerza como la de un muerto. Se veía en sus ojos una mirada tal de maldad, que lancé un suspiro de alivio cuando Rolston se acercó rápidamente, le colocó el revólver sobre la sien, disparó y le hizo saltar los sesos.

El ruido de la detonación no se había extinguido aun en aquel subterráneo, cuando yo avancé y saqué a Morse de debajo del agua y lo tendí en el suelo junto al baño.

Su rostro estaba pálido, pero tenía los ojos abiertos y podía hablar.

Verdaderamente aquel hombre era admirable.

—¡El otro! — murmuró. — Ese bruto de Zorrilla. ¡Juanita!

Comprendí. Uno de los malvados, desesperado había huido y cuando me dí cuenta de elo, tuve un mal presentimiento.

Se oyó un ruido en lo alto. Levanté la cabeza y miré por la abertura que había en el techo.

Había un hombre asomado y pude distinguir su rostro y su cuello, — era una cara medio cubierta por una barba negra, sus ojos,

brillaban como ascuas. Pienso que nunca podrá imaginarse el horror que me produjo aquella diabólica faz.

Ofrecía un buen blanco, pero no disparé con la rapidez necesaria, pues desapareció cuando hice fuego y oí el ruido de sus acelerados pasos al huir.

Una especie de locura se apoderó de mí. ¡Por otra parte no era posible vacilar en lo que iba a hacer.

Guardé el arma en el bolsillo, trepé encima del borde del baño, salté y alcancé con las manos el suelo de la habitación que estaba encima.

El resto fué cosa fácil para un atleta en pleno entrenamiento. Me levanté, permanecí así un segundo y luego me alcé hasta el piso superior.

La puerta que comunicaba con el escritorio estaba abierta. Corrí y penetré en la habitación, que estaba vacía, salí al hall y llegué hasta la escalera de la entrada principal. Allí experimenté una gran alegría.

El viento de la mañana soplaba con alguna fuerza y la blanca e impenetrable niebla se iba retirando como un ejército de fantasmas. Entre ella, y como persiguiéndola, distinguí a Zorrilla.

Tuve una visión clara de él, cuando penetraba en el túnel que conducía a la gran plaza, y eché a correr detrás como un perro de presa.

La gran plaza empezaba a distinguirse claramente.

Había en muchos puntos manchas de sol y la niebla se elevaba ya como a una altura de doce piés sobre mi cabeza. Lo volví a ver cuando daba vuelta a la fuente del centro, ocultarse tras un enorme dragón de bronce, para reaparecer en seguida en dirección al punto donde se encontraban los ascensores que conducían al segundo piso. El piso entarugado estaba muy resbaladizo con la humedad y yo no podía acelerar más el paso. La ira me hacía ver rojo. Experimentaba una terrible y serena furia en el fondo de mi pecho, pero mi mente razonaba bien y me sentía alegre. A cada paso me acercaba más a él, a aquél hombre fuerte y rechoncho, semejante a un mono grande de las selvas del Amazonas.

Lancé un fuerte grito y el hombre de la barba negra se volvió hacia mí un momento, con lo cual perdió algunas yardas de la ventaja que me llevaba. Volví a gritar. Deseaba darle muerte. Hacerlo pedazos. Por primera vez en mi vida experimenté la alegría del hombre primitivo, la codicia de la caza, de enrojecerme con sangre los colmillos, las garras, apresar, dominar y destruír.

¡Oh! Y se trataba de una pieza de valor. ¡Maldito él! Logró meterse en uno de los ascensores cuando sólo nos separaba una distancia de diez yardas. Ví su odioso rostro desaparecer de mi vista detrás de los vidrios del ascensor. Recordé que aquellos ascensores hidráulicos caminaban aun cuando los otros mayores no pudiesen hacerlo. Pero también recordé otra cosa, que había una escalera.

Logré encontrarla por verdadero instinto. Era una escalera amplia con paredes cubiertas de baldosas blancas como las de cualquier subterráneo.

No puedo decir que bajé los escalones. Los salté, conservando el equilibrio por milagro, de seis o siete a la vez.

Corriendo hacia la grande y vacía ciudad y saltando como una pelota llegué justamente a tiempo de ver a mi hombre que salía del ascensor como un conejo de su gazapera, y que avanzaba hacia el lugar donde yo sabía que estaba la escalera externa que terminaba en la parte inferior y que se hallaba interrumpida por varias puertas imposibles de franquear.

Era el camino que el estimable Pu-Yi, había intentado seguir para llevar la voz de alarma. Era el lugar peligroso en que aquel mismo asesino lo había alcanzado como a una paloma y se había librado de él hacía escasamente media hora.

Cuando saltó, hice fuego, pero ni una bala tocó al canalla y arrojé mi Colt lanzando un juramento.

Era mejor que le diese muerte con mis propias manos, pensé, mucho mejor, arrancarle la cabeza, machacársela...

Estoy refriendo lo que ocurrió. Lo ví saltar a una especie de cerco, claramente destacado en el fondo del cielo, y salté tras él; salté digo porque yo estaba caminando a lo largo de un enrejado de hierro que parecía balancearse.

Llegué a donde Zorrilla había logrado llegar y el corazón me dió un vuelco cuando caí a una pequeña plataforma como de unos ocho pies protegida por una barandilla de un alto no mayor de tres pies. Resbalé pero logré salvarme agarrándome a una espiga de hierro. Lejos, muy abajo, Londres, la ciudad con sus diversos tonos de color, se iba desarrollando a mis ojos como un mapa, e inmediatamente a mis pies, aunque a una cierta distancia, se veía la negra y venenosa araña que me había propuesto matar.

Pude verlo a través del enrejado de acero y entonces llegué hasta la escalera, me agarré a los pasamanos hasta que la piel de mis manos ardió, y despreciando los escalones me dejé caer hacia abajo como un martillo pilon.

Cuando avanzaba así, mi cabeza formaba angulo recto con mi cuerpo. Mirando hacia abajo noté que Zorrilla se había detenido y pensé que había tropezado con una de las puertas de hierro que trataba de abrir, sin éxito

Al llegar a dar el último paso antes de la plataforma de la puerta, ví también bajo la curva de la escalera una confusa figura negra, y comprendí en seguida quien era, o mejor quien había sido.

Pegué a Zorrilla, en mitad de la espalda, con una rodilla. Instantáneamente le tomé del cuello con ambas manos apretando justamente en las grandes venas de detrás de las orejas, que llevan la sangre al cerebro, y mis dedos pulgares oprimieron la tráquea, hasta

que el último soplo de alimento pareció extinguirse. Creí que lo había conseguido pues por un minuto me pareció que estaba muerto, pero yo no contaba con la enorme fuerza muscular de aquel hombre.

Yo me había aferrado a él como el tigre al búfalo, pero empezó a sacudirse de un lado al otro. Frente a nosotros estaba la pu rta do hierro y nos hallábamos peleando en una plataforma no mayor que una vulgar mesa de comedor. Una barandilla de hierro de unos tres pies de alto nos protegía, era una débil defensa para no dar un salto de cerca de dos mil pies de altura.

Se volvió violentamente hacia la izquierda y yo que me hallaba a su espalda casi fuí precipitado en el vacío. Creí que había llegado mi fin, cuando con una mano él se aferró a la puerta, hizo un gran esfuerzo y perdimos el equilibrio cayendo de nuevo. Me pareció que la torre había temblado, que se había extremecido vibrando con una horrible música metálica.

Volví a apretarle la garganta con los dedos poniendo en juego toda la fuera de los tendones de mis muñecas y brazos y noté que la vida se le iba escapando en cada esfuerzo por respirar. No había para mí en aquel momento en el mundo más que yo y él. Apreté los dientes y oprimí más.

En la angustia de la muerte volvió a lanzarnos al otro lado del pequeño espacio. Era donde terminaba la escalera circular. Apoyó los pies, como había hecho yo antes, en un espigón de hierro do la escalera, cayó con un ronco rugido y luego, llevándome sobre los hombros empezamos a deslizarnos hacia abajo.

Los dos formábamos un solo cuerpo. Había vencido. Yo no recuerdo haber experimentado entonces más que una incontenible alegría. Caía, pero caía con él. No pensé en nada hasta que me sentí enganchado en un tirante de hierro, por la axila izquierda. Al golpe solté el pesado cuerpo que me arrastraba con mortífero ímpetu y en el mismo momento una fuerza extraordinaria tiró de mí hacia atrás, haciéndome doler todos los huesos del cuerpo. Oí el ruido que producía el cuerpo de Zorrilla al caer hacia el suelo y no me dí cuenta de nada más.

¡Pu-Yí, la paloma alcanzada por una bala estaba únicamente herida en las alas, no muerta!

ENVIO

COMO nuevamente la pluma, esta tarde, diez años justos, después de haber escrito el párrafo precedente, y recorro las hojas escritas a máquina en las que está relatada mi desesperada lucha con el señor Carlos Zorrila, con un estremecimiento de espanto.

Todo el relato ha estado encerrado en una caja de hierro durante diez años y ese bendito y feliz lapso de tiempo ha hecho que las horribles aventuras, los terribles momentos que pasé en la Ciudad de los Cielos, me parezcan ahora hechos acaecidos hace infinidad de años.

Esta tarde he hecho la que probablemente será mi última visita al extraño lugar.

He ido con mi hijo, el vizconde de Kirby, con mi hijita, Lady Juanita Kirby, y con mi esposa, la condesa de Stax, a presenciar una ceremonia muy solemne. En presencia de un representante oficial del gobierno, de otro de su Majestad, — el coronel Patrick Moore de la Guardia Irlandesa, — del cardenal, arzobispo y alg unos amigos particulares, he visto consumirse en una pira funeraria el féretro de madera de olmo que encerraba los restos del que fué Gedeón Mendoza Morse.

Fué su deseo ser cremado en su fantástica ciudad, y nadie dijo que no. Las cenizas fueron depositadas en una urna. Doscientos llorosos servidores chinos regresan al País de las Flores, enriquecidos y la Ciudad de los Cielos está llamada a desaparecer. Sus ricos tesoros irán, en parte, a Stax, mi castillo de Norfolk, los que no han sido legados por la munificencia de Morse a los museos de Londres y las galerías de pinturas del Brasil.

Pronto, la inmensa plataforma se convertirá en la primera estación terminal aérea de Inglaterra, a la que llegarán los buques aereos de todas las líneas postales del mundo.

Mientras Gedeón Morse vivió, fué imposible dar a la publicidad la verdad. Aparecerá ahora por fin y sólo tengo que atar algunos cabos antes de bajar el telón, de modo que todo esté bien explicado.

Primero de todo diré que el público en general no supo nada de todos los horrores en que me ví mezclado íntimamente.

Morse era, realmente, un rey absoluto en sus dominios.

Sé, positivamente, que al Ministerio del Interior se le comunicaron los hechos en seguida y que los cables entre Río de Janeiro y Londres estuvieron ocupados por el asunto durante varias horas. No hubo proceso; no publicó noticias sensacionales ni "The Evening Special", ni ningún otro diario. El canalla que se llamó Zorrila y el cuerpo del grandísimo pillo Marco Antonio Midwinter, fueron sepultados, de noche, en la misma fosa, dentro del terreno de las torres. El gobierno del Brasil supo inspirar tal terror a la Santa Hermandad, que Gedeón Morse no volvió a ser molestado con nuevas tentativas contra su vida.

Juanita y yo nos casamos en seguida, pero sin ostentación ninguna, en la Catedral de Westminster. La enorme fortuna que aportó ella, unida a la mía que no era pequeña, sirvieron para realizar nuevas empresas. Nuevas publicaciones se unieron a "The Evening Special" y abrimos una gran campaña para mejorar las condiciones de la vidad del pueblo, con el notable éxito que todos conocen. Me hicieron vizconde y dos años después, Conde de Stax. Pero mi suegro se negó a abandonar la Ciudad de los Cielos.

No diré que no apareciera de vez en cuan-

do en alguna fiesta social londinense; pero le gustaba regresar en seguida a su fantástica morada, desde la cual, cómo un mago, derramaba beneficios sobre Londres.

Arturo Winstanley es subsecretario de la India y uno de los más destacados políticos de nuestra época.

William Rolston, director de "The Evening Special", es uno de nuestros más brillantes periodistas, aun cuando los de la vieja escuela le acusan de exceso de imaginación. Ví el otro día en el anticuado diario "The Thunderer", un violento ataque a una serie de artículos que publicó acerca de China, en que el crítico del mencionado diario pretendía demostrar que habían sido escritos con una completa ignorancia dé la materia.

Yo no voy ahora con frecuencia a mi oficina, aun cuando sigo siendo propietario del diario, pero cuando voy y ocupo mi despacho de la Dirección; noto la falta de la señorita Julia Dewsbury, la más excelente secretaria privada que ha existido desde el comienzo del mundo.

William, sin embargo, me asegura que ella se encuentra muy bien, enteramente dedicada a sus hijos y sin manifestar deseos de dominarlo, a pesar de llevarle ocho años de edad.

—Todo se lo debo a esa mujer, — me dice reverentemente.

Permítanme que termine tal como es debido.

Al lado de la alta tapia de la colina de Richmond existe un modesto establecimiento llamado "El Cisne de Oro". Es todavía de mi propiedad y me paga buenos dividendos. Lo regentean mis socios, que puedo calificar de únicos en el mundo. Son aquellos Stanley Wistlecroft, aquel a quien llamaban el Honesto Loco y el señor Hebert Sliddim. Trabajan unidos. Pero ahora que el señor Morse ha muerto y los chinos han partido, temo que pierdan un buen núcleo de concurrentes. Eso lo supe por intermedio del señor Mogridge, uno de los clientes fieles del bar, a quien encontré casualmente no hace mucho en Fleet Street.

—¡Hola! — exclamó. — ¡Pero si es el señor Thomas, el ex propietario de "El Cisne de Oro"! ¡No lo había visto hace años! ¿Qué es lo que hace usted ahora?

—¡Oh! No me va mal. Gracias, señor Mogridge. ¿Cómo va "El Cisne de Oro"?

—Como siempre, en lo que se refiere a la buena calidad de las bebidas. Sin embargo, temo que no vaya muy bien. Creo que jamás alcanzará la prosperidad de los tiempos de Ting-a-ling-a-ling.

Y al decir esto, el señor Mogridge colocó sus manos en las caderas y lanzando su alegre carcajada de siempre, se alejó.

Me olvidaba de decir que Pu-Yi es actualmente profesor de chino en la [illegible]versidad de Oxbridge, o si ustedes lo prefieren, de la de Camford. No lo dejamos que regresara a China.

FIN

CONSEJOS PARA EL HOGAR

RECETAS E INDICACIONES CURIOSAS Y DE VERDADERA UTILIDAD PRACTICA

Limpiando cepillos.—

Es un grave error el hacer uso, como se hace generalmente, de jabón, para limpiar los cepillos que se emplean para el cabello.

Lo mejor es tomar un pedazo de soda de lavar, disolverlo en agua caliente y poner en ella los cepillos, cuidando de que el agua cubra las cerdas.

Casi inmediatamente, el cepillo quedará limpio y blanco.

Después se debe poner a secar al aire libre, con las cerdas para el lado de abajo y cuando esté seco se verá que ha quedado no sólo limpio sino como cuando nuevo.

* * *

Para tonificar el cabello.—

Cuando se quiera promover el crecimiento del cabello conviene probar una mezcla de petróleo del más fino y puro que se pueda encontrar y de aceite de castor (llamado también de ricino) en partes iguales.

La mezcla se hace en un frasco y se sacude bien éste para que las dos sustancias se mezclen bien, y se conserva bien tapada.

Todos los días se frota con muy poca cantidad de la mezcla, — bien batida antes,— las raíces del cabello, en toda la extensión del cuero cabelludo. Para esto lo mejor es proceder con las yemas de los dedos, tomando cada vez muy poco líquido.

* * *

Para tener el cutis limpio.-

Se puede conseguir que el cutis esté limpio de todo género de granitos y otros inconvenientes, procediendo,—dice una revista inglesa,—en la siguiente forma:

Tres veces por semana se aplicará al rostro un baño de vapor, teniendo la cara, durante diez minutos sobre una palangana donde se habrá echado agua hirviendo y procurando mantenerse a discreta distancia para que no sea demasiado fuerte el efecto del vaho. Después se enjuagará el rostro con agua fría y después de secada se le dará masaje, durante cinco minutos, con cold-cream.

Luego se mezclará un poco de harina de avena con agua de rosas formando una pasta con la que se untará el rostro. Se frotará éste con las manos hasta que la pasta se seque y se desprenda desmenuzada.

Por último se pasará por el rostro una esponja mojada en una mezcla de partes iguales de agua de rosas y agua a la que se habrá agregado unas gotas de tintura de benjuí.

Los días en que nó se haga el tratamiento indicado no se dejará de pasarse la esponja con la mezcla mencionada. La tintura de benjuí debe usarse con discreción; no se ha de echar en la mezcla de agua de rosas y agua, más que unas pocas gotas, hasta enturbiarla, pero sin que se ponga opaca como leche, pues, en este caso, resultaría demasiado astringente y resecaría la piel.

✣ ✣ ✣

Cosas que conviene recordar.—

Se economiza mucho fluído en las hornallas de gas poniendo encima una chapa de hierro y sobre ésta las cacerolas. La chapa aumenta el espacio para colocar los recipientes, y basta encender un solo pico para que todos reciban calor.

✣ ✣ ✣

Los cepillos de lavar la ropa y la cabeza se secarán más pronto y mejor, dejándolos con las cerdas hacia abajo, porque así no se deposita el agua en la madera.

✣ ✣ ✣

Cuando se oxida el acero se frota con un trozo de papel esmeril mojado en aguarrás. Después se pulimenta con otro trozo de papel de esmeril nuevo.

✣ ✣ ✣

Los vasos y botellas que han contenido leche, deben enjuagarse con agua fría antes de laavrlos con agua caliente. De este modo la leche no se pega al vidrio y no hay peliro de que quede éste empañado.

✣ ✣ ✣

Las botellas se lmipian fácilmente dejándolas toda una noche llenas de agua con unas hojas de te. Al día siguiente se agita el líquido y se enjuagan. En vez de las hojas de te pueden emplearse pedacitos de papel de diario o cáscaras de papa.

✣ ✣ ✣

Las persianas verdes se quedan como nuevas limpiándolas bien con un cepillo y dándeles después una liera mano de aceite de linaza.

EL VINAGRE

QUE

CONSERVA

LA

SALUD

PRUEBELO

Y

NO USARA

OTRO.

ES EL MEJOR

Y

MAS BARATO

POR SU

CALIDAD

INSUPERABLE



VINAGRE DE VINO "Omega"

Es fácil decir que un producto es el mejor, lo difícil es comprobarlo.

Nosotros decimos que el

VINAGRE "OMEGA"

es el mejor, y lo probamos: En la Exposición de Bebidas Fermentadas, organizada por la Intendencia Municipal de la Capital, en 1921, el

VINAGRE "OMEGA"

mereció el primer premio. ¡Mientras la mayoría de los productos se decomisaban por su mala preparación, el

VINAGRE "OMEGA"

triunfaba plenamente! Si Vd. desea obtener una buena ensalada, no olvide que el

VINAGRE "OMEGA"

es el único que reúne condiciones culinarias de primer orden, por estar preparado a base de puro vino de producción argentina.

EN VENTA en los almacenes por mayor.
PIDA
VINAGRE "OMEGA"
a su almacenero

Lagorio, Esparrach y Cía.

Bs. Aires

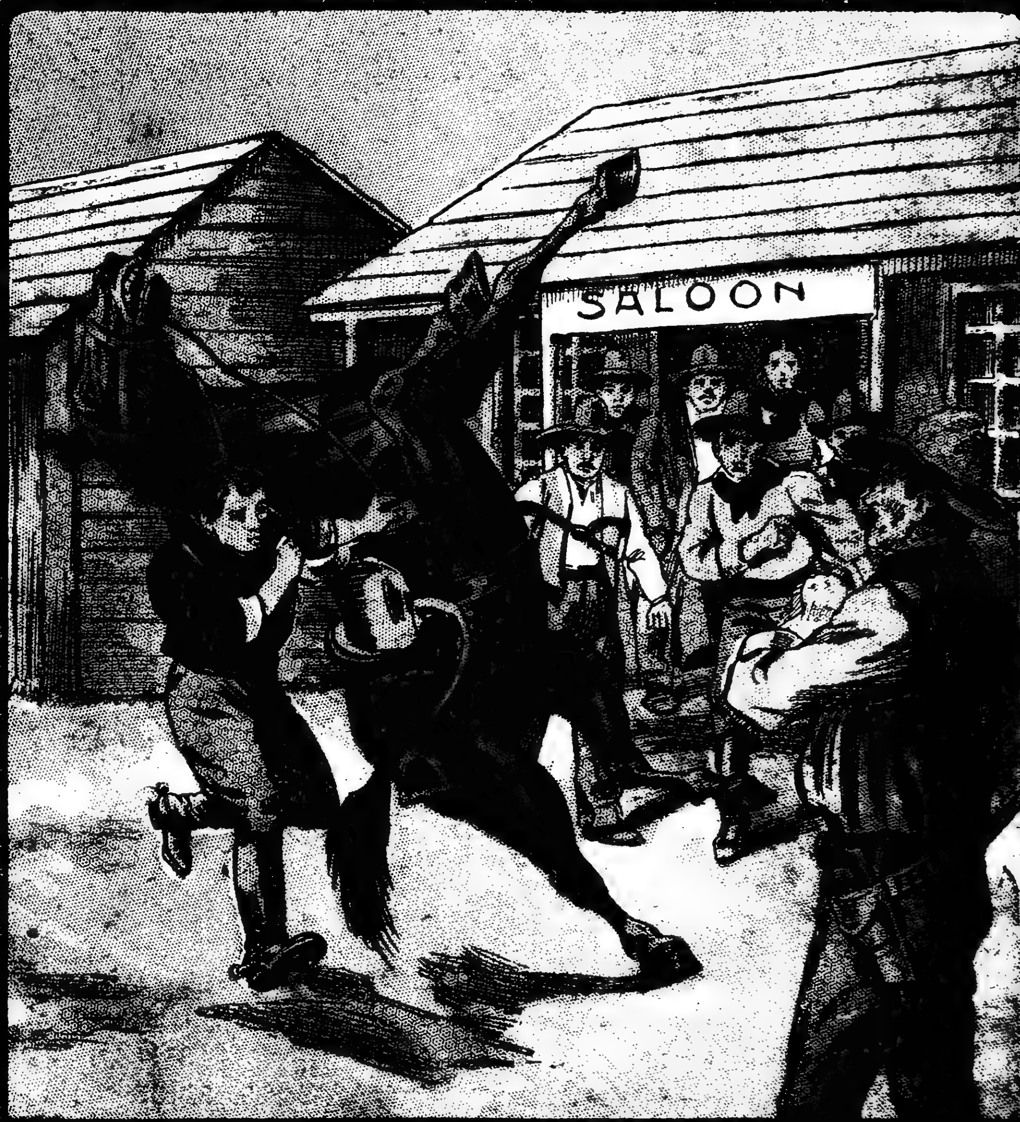
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

MAYO
de 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION MENSUAL No. 10.



EL SHERIFF ELEGANTE

Emocionante y completa aventura del famoso explorador BUFFALO BILL en pleno Far West.

Corte el cupón de esta página

—— Y ——

COBRE EL PESO m|n.
QUE LE REGALA
"PUCKY

Kalisay

ALGO MUY PURO

muy grato al paladar y que provoca el apetito es el incomparable
Kalisay: el mejor vino quinado ...
Tome una copita antes de cada comida





LAGORIO ESPARRACH Y CIA.
BUENOS AIRES

Los señores LAGORIO, ESPARRACH & Cía. le entregarán una botella de litro del rico aperitivo tónico KALISAY, que se vende al consumidor en todas partes a $ 2.50 contra entrega de este cupón y $ 1.50 en efectivo. Por eso

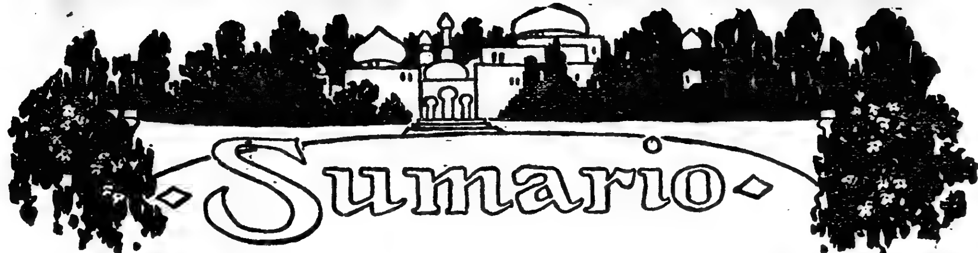
EL MEJOR TONICO PARA LOS NIÑOS TOMADO FRAPPE ES UNA DELICIA

Este cupón vale $ 1.—

para cobrarlo en la Capital Federal, calle 24 de Noviembre Nº 480

EN ROSARIO: calle Corrientes Nº 1000.

Los lectores del interior también recibirán este regalo agregando 20 centavos para el flete.


Sumario



Me agarré al borde superior del cuadro de madera... se soltó y yo me incliné hacia atrás, lastimándome los dedos. Perdí el equilibrio. ("De Mano Maestra".—Pág. 64).



EL SHERIFF ELEGANTE

Extensa y muy interesante narración de una aventura en el Far West, en la que interviene una terrible partida de bandoleros y el famoso explorador Búffalo Bill.

(Traducida del inglés especialmente para PUCKY)

Esta narración, como las anteriormente publicadas por PUCKY, pertenece a la serie que aparece en Inglaterra, basada en las memorias de su juventud, dejadas por el coronel William F. Cody, llamado Búffalo Bill.

CAPITULO I.

El mensajero de Back End

UN solitario jinete galopaba por la terminación del paso que se hallaba al pie de las montañas que rodeaban la pequeña ciudad de Boiling Creek y sin refrenar su montura, penetró en el polvoriento camino que conducía al grupo de viviendas de adobes y de chozas, en torno del cual se veía a varios caballos y algunas cabezas de ganado, además de varias figuras humanas, sobre las que el humo se elevaba en espirales. Tanto la cabalgadura como el jinete denotaban por su aspecto haber andado mucho. El animal estaba cubierto de espuma y por el cuello y los flancos le corría el sudor. El jinete, que por el modo en que iba montado, mostraba gran cansancio, llevaba camisa de cuero y pantalones de montar con delanteros de cuero lanudo, además de altas botas con espuelas mejicanas. A cada lado del cinto llevaba un revólver Colt de calibre 45 y el sombrero de anchas alas, que llevaba echado hacia trás, dejaba al descubierto un rostro curtido por el sol. Tenía las sienes empapadas por la transpiración y los ojos, enrojecidos por el polvo y los fuertes rayos del sol. Se irguió en la montura y chasqueó la lengua con evidente satisfacción, cuando llegó al comienzo de la calle principal de Boiling Creek.

Era esta población una de las del tipo característico del Oeste. La calle principal, que era ancha y estaba cubierta por una espesa capa de polvo, tenía a los dos lados postes para atar a los caballos de silla y a los de los más variados y originales vehículos. Tendría hasta unas cincuenta casas, unas de ladrillo, otras de madera, pero la mayor parte de adobes. De todas ellas casi la mitad estaban ocupadas por establecimientos para el expendio de bebidas.

El recién llegado pasó por delante de todos aquellos establecimientos, en los que se oían entre el chocar de vasos y botellas, ruido de voces, repiqueteos de tacos y los desafinados sonidos de viejos pianos. Detuvo su caballo delante de un gran edificio de sólida construcción, sobre cuya puerta se leía "Sheriff" y "Prisión" en grandes letras blancas pintadas con cal.

De un salto se apeó, ató las riendas al poste más cercano, subió los escalones de madera que daban acceso a la puerta de entrada, y entró en el edificio.

El sheriff Hopkins, representante de la ley y del orden en Boiling Creek, se encontraba sentado en una rústica silla de madera, ante una mesa grande, poniendo cartas y diarios dentro de una bolsa de cuero de las que emplea el correo.

Era atlético, ancho de hombros, de ojos azules y rostro afeitado con expresión simpática y de firmeza de carácter. Llevaba una

camisa de franela gris, pantalones de montar de tela gruesa y botas altas. Del lado derecho del cinto colgaba un revólver Colt.

Al oír el ruido que hizo la puerta al abrirse, levantó la vista, e inmediatamente se puso de pie al reconocer un amigo en el hombre que estaba frente a él.

—¡Jim Buck! — exclamó con gesto de bienvenida. — ¿Cómo vamos, Jim? ¿Cuándo ha llegado a la ciudad?

Jim Buck lanzó un suspiro mientras se adelantaba, y quitándose el sombrero lo puso en la mesa.

—¿Qué tal, sheriff? — dijo. — Hace un minuto que he llegado a Boiling Creek. Salí de Back End anoche.

El sheriff Hopkins frunció el ceño y demostró ansiedad mientras preguntaba:

—¿Ha ocurrido algo grave?

Jim Buck metió la mano en el bolsillo de su camisa de cuero.

—Traigo para usted un mensaje de Joe Peters, — dijo. — Me parece que sí, que ha ocurrido algo grave, sheriff.

La mandíbula del sheriff Hopkins temblaba mientras tomó la hoja de papel y la desdobló. Una exclamación de desaliento brotó de sus labios en cuanto leyó las pocas líneas de aquel escrito. Se volvió a sentar en la silla y se quedó un instante en silencio y con la cabeza entre las manos. Después alzó la vista y preguntó:

—¿Cuándo ocurrió eso, Jim? Cuénteme todo lo que sepa. Peters no me da ningún detalle.

—No hay mucho que contar, sheriff, — respondió Jim Buck. — Lawson fué hallado muerto en su habitación, anoche, porque una bala de revólver que le fué disparada de fuera de la casa le atravesó la cabeza. Joe Peters escribió esa carta y me dijo que se la trajera a usted. Monté a caballo y emprendí viaje en seguida.

El sheriff Hopkins hizo un gesto de asentimiento, y cruzando las manos a la espalda, paseó nerviosamente de un lado a otro de la reducida habitación en que se hallaban.

—¡Ha sido un asesinato! ¡Un verdadero asesinato a sangre fría! — murmuró. —Pero juro que alguien será colgado por ese delito. Jamás pensé que pudieran dar muerte a Lawson de semejante modo. ¡Y era el hombre indicado para hacer lo que hace falta hacer! ¡Estoy seguro de que hubiera triunfado!

Jim Buck se dirigió hacia la puerta.

—Estoy muerto de cansancio, sheriff, — exclamó. — Voy a casa de Andy, a comer un bocado y a dormir. Si tiene algún mensaje que enviar a Peters, regresaré mañana.

El sheriff Hopkins, hizo un vago gesto de asentimiento, y el mensajero de Back End, salió de la habitación haciendo sonar sus espuelas y, desatando su caballo, se dirigió calle abajo.

Durante algunos minutos el sheriff Hopkins permaneció mirando, sin ver, hacia la puerta abierta. Una de sus enormes manos se había posado instintivamente en la culata del revólver y se traslucía un gesto de amenaza en su rostro y en sus ojos.

Era evidente que la noticia le había producido gran impresión. De pronto, con un brusco movimiento de hombros se irguió, se puso el sombrero de anchas alas, echó hacia atrás la cabeza y se encaminó hacia el exterior.

Muchos lo miraron con asombro al verlo pasar por la calle, pero Hopkins no pareció notarlo. Siguió adelante sordo y ciego a todo saludo hasta llegar a un edificio grande de madera, tosco y en cuya fachada se leían estas palabras: "Salón de la Claraboya. Propietario: Pat Hogan".

Desde el exterior se oía ruido de voces, el chocar de vasos y botellas. Hopkins subió la escalera de madera y abrió las dos hojas de la puerta de entrada.

Pat Hogan debía hacer buen negocio, pues el enorme local estaba lleno de humo de tabaco, la concurrencia hacía mucho ruido y la atmósfera estaba saturada de olor a alcohol. Todas las mesas estaban ocupadas y delante del mostrador, — que se extendía de un lado a otro del salón, — había buena cantidad de clientes. La mayoría de ellos eran hombres blancos, aventureros, buscadores de oro, gente sin oficio y pendencieros cowboys, que llevaban roja camisa, amplio sombrero, pañuelo de seda atado al cuello y zahones de cuero peludo. Había también algunos mejicanos de pelo renegrido, mirada torva y piel casi negra. A un lado había un par de mesas, literalmente cubiertas de grasientos naipes y de monedas. En una habitación inmediata se oía el ruido de los pies que se movían al compás de la música de un piano desafinado.

Todos los ruidos del establecimiento parecieron extinguirse cuando el sheriff Hopkins penetró y todas las miradas se dirigieron hacia él.

—Muchachos, es el sheriff y mira en forma poco agradable, — exclamó Monty Stratton, un cowboy de seis pies de estatura, con aspecto simpático, rostro atrayente y anchos hombros. — Muchachos, apostaría a que le ocurre algo desagradable. Juego diez dólares a cualquiera, a que adivino lo que le ocurre al sheriff.

Un coro de voces le respondió, y un cowboy, — un hombre seco, las piernas torcidas, aspecto de pobre diablo y los cabellos rojos, —apuró de un trago el whisky que contenía su vaso y envió el vaso a rodar.

—Acepto, Monty, — exclamó haciendo un gesto a los que le rodeaban. — Yo recojo la apuesta. Saque usted el dinero y diga su opinión.

Monty Stratton sacó del bolsillo un mazo de billetes de banco y lo puso en el mostrador.

—Es muy sencillo, — dijo, — muy sencillo. Hopkins vuelve a tener el mismo fastidio de antes. Hace falta un nuevo sheriff en Back End.

Un coro de carcajadas acogió su ocurrencia; pero instantáneamente todos enmude-

cieron, cuando Hopkins avanzó con la mano levantada. El sheriff estaba pálido y sus ojos relucían.

—¡Calma, muchachos! No es asunto para tomarlo a risa, — exclamó con seriedad. — Monty lo ha dicho en broma; pero la verdad es que ha acertado. He recibido un mensaje de Back End. Lawson ha muerto asesinado de un tiro de revólver, anoche.

* * *

CAPITULO II.

Un extraño voluntario

SIGUIO un silencio de muerte a las palabras de Hopkins, que habían sido comentadas con exclamaciones de horror y amenaza. Monty Stratton se apoyó en el mostrador, con la mandíbula caída como la de un ebrio y la mirada vaga.

—¡Vamos, sheriff! ¡Está usted de broma! —balbuceó con dificultad. — ¡Ned Lawson muerto! ¡Asesinado! Parece que no lo conociese usted. Apenas hace quince días que se fué para Back End.

—No es broma, estoy diciendo la verdad, muchachos, — exclamó Hopkins. — He recibido la noticia por medio de una carta que me ha mandado Joe Peters. No se trata de falsos rumores.

Un profundo y pesado silencio reinaba en el vasto salón. Todos callaban, mirándose los unos a los otros en forma interrogativa. Pat Hogan parecía haberse vuelto de piedra y permanecía sin moverse con una botella de whisky en una mano y un vaso en la otra, hasta que ambas cosas se fueron escurriendo y cayeron al mostrador, sobre el cual se derramó una gran parte del líquido.

Uno de los mejicanos que se encontraban en la mesa de juego echó con fuerza una carta y el pequeño ruido pareció alcanzar las proporciones de un disparo de revólver.

Todos comprendieron el significado de las palabras del sheriff Hopkins y se les notó una expresión de disgusto y desaliento en el rostro.

Back End era un lugar infectado, una espina clavada en el cuerpo de la ley y del orden. Era una pequeña población situada noventa millas al sudoeste de Boiling Creek y a cuatro de la frontera mejicana.

Era la población que tenía peor fama en los estados del oeste. Enteramente incorregible, infestada de ladrones, proscriptos y cuatreros. Se creía que era el cuartel general de la famosa "Legión de los fuera de la Ley", que había instituído el reinado del robo, el asalto y el asesinato, en aquella zona, durante el último año.

Una y otra vez, el gobierno de Estados Unidos, cansado de luchar contra Back End, se había propuesto terminar con el nido de víboras que se había instalado en la localidad, apoderarse de sus jefes y tranquilizar a la población.

Pero las bandas de ladrones estaban demasiado estrechamente unidas. Era imposible obtener la más pequeña prueba que condenase a ninguno de ellos, y mucho menos el más débil indicio para aclarar el velo de misterio que rodeaba la identidad del desconocido jefe de la "Legión de los fuera de la Ley", nuevamente reorganizada después de la muerte de dos de sus anteriores jefes, Pete Kasey y Dirk Gall.

Tan pronto como un hombre se hacía culpable de un delito, robo o asesinato, se encaminaba en dirección de Back End e inmediatamente era bien acogido y amparado allí.

Había allí muchos que le facilitaban escondite seguro y cuanto necesitaba para eludir la acción de los agentes de policía que lo perseguían y podía permanecer tranquilo al otro lado de la frontera, hasta que el peligro se alejaba.

Durham, el Bulldog, fué el primero a quien nombraron sheriff de Back End. Era un hombre valiente, de gran estatura, acostumbrado a una vida de peligros, audaz, hábil tirador, de una tenacidad y firmeza de carácter que justificaban plenamente su apodo.

Había partido para ocupar el cargo, conocedor de lo difícil de la misión que le había sido encomendada y resuelto a limpiar de malhechores la desventurada ciudad de los cuatreros.

Su misión resultó una verdadera burla, porque en lugar de cumplir con su deber, se hizo carne y uña de los bandidos.

Durham desapareció y fué reemplazado por el capitán McGuinness, un montañés de sólida reputación. McGuinness detuvo a uno de los delincuentes y fué acribillado a balazos mientras llevaba al prisionero a la cárcel.

Floyd Stone, un texano gigantesco y delgado, fué el siguiente sheriff. Duró exactamente una semana, al terminar la cual fué encontrado muerto en su lecho, picado por una víbora.

Durante algún tiempo Back End no tuvo representante de la ley. El cargo de sheriff estuvo vacante.. Nadie manifestaba interés por ocuparlo, hasta que Ned Lawson se presentó, decidido a encontrar la solución del problema.

Parecía ser el hombre indicado para la tarea, alto y fuerte, y muy acostumbrado a manejar el revólver.

Dos semanas antes había partido para Back End, animoso y confiado, y muy resuelto a realizar las cosas bien.

Y ahora lo peor había acontecido. La noticia informaba de que había seguido el mismo camino que el capitán McGuinness y Floyd Stone.

Había muerto, asesinado. Era una nueva víctima del desconocido jefe de la "Legión de los fuera de la Ley".

No era, por lo tanto, de extrañar que las palabras del sheriff Hopkins hubiesen causado tanta sensación.

¡Ned Lawson muerto!

Monty Stratton se irguió y levantando el

puño cerrado lo dejó caer con fuerza en el mostrador.

—¡Por el diablo! ¿Qué es lo que hay que hacer, sheriff? Ned Lawson era mi camarada. Un verdadero hombre de valor. ¡Canallas! Le han matado a sangre fría! ¡Infames! ¿Pero no hay forma de destruir de una vez para siempre a esos perros?

Nick Brady, el de las piernas torcidas, el cowboy de cabello rojo, llevó la mano a su revólver, con un rugido de ira, y exclamó con vehemencia:

—¡Vamos todos a arrasar a Back End! ¿Qué les parece muchachos? ¿Qué me dices de ir allá y tirotear y envolver en llamas el lugar?

Un murmullo de general asentimiento acogió la propuesta. Pero el sheriff Hopkins levantó una mano para imponer silencio.

—No, muchachos. Eso sería una locura, —dijo rápidamente. — Ustedes no podrían distinguir entre los habitantes de Back End a los que son infames de los que no lo son. Ignoramos quién ha dado muerte a Lawson y no pueden empezar a disparar sus armas al azar con la esperanza de herir al verdadero culpable. Además, en cuanto se den cuenta de que vamos hacia allá, lo llevarán al otro lado de la frontera hasta que hayamos desaparecido nosotros.

—¡Eso es mucha verdad! — exclamó Pat Hogan, que estaba escuchando lo que se decía, con los codos apoyados en el mostrador. — Back End, no está sólo habitado por gentes que tienen cuentas con la justicia, y en la mayor parte de los casos no es posible distinguirlos. Esa es, precisamente, su fuerza y como ellos lo saben, lo aprovechan. No se haría nada bueno con atacar la ciudad. Eso es tarea sólo para un hombre.

El sheriff Hopkins movió su cabeza gris con un gesto de asentimiento.

—Seguramente, — exclamó. — Esa es misión para que la realice solamente un hombre.

Nick Brady se encogió de hombros. Su impetuosa insinuación no había podido tener éxito.

—¡Qué lástima! — murmuró. — ¿Y que es lo que se va a hacer ahora, sheriff? ¿Qué determinación se toma?

Hopkins se mordió los labios.

—Hay que encontrar un nuevo sheriff y mandarlo allá, — respondió lentamente.

—¿Para qué? ¿Para que lo maten lo mismo que a los otros?

—Ese es un riesgo que se descuenta. En Back End ha de haber un sheriff. El gobierno de Estados Unidos no puede declararse asustado. No podemos desaparecer y dejar el camino libre a los cuatreros, — continuó Hopkins mirando en redor. — El puesto está disponible para quien quiera ocuparlo. A ver, muchachos quién es el primero que habla.

De nuevo volvió a reinar el silencio en el vasto salón, tan sólo se oía el ruido de los pies que rozaban el suelo y el tintinear de las espuelas. Uno de los mejicanos se sonrió maliciosamente, pero fingió toser cuando Hopkins miró hacia el lado donde estaba él.

—Diga, Hopkins, — exclamó uno de los cowboys. — ¿Por qué no va usted mismo?

—¡Ir yo! — respondió inmediatamente el interpelado. — ¡Mil diablos! ¡Iría más ligero que una bala, si pudiese! Pero ustedes saben que debo permanecer aquí, en Boiling Creek. Esa es mi obligación de acuerdo con las órdenes que he recibido y lo único que me está permitido hacer es buscar y enviar a Back End un nuevo sheriff cada vez que haga falta.

—Y hace falta cada semana.

—Bueno. ¿Qué me dice de usted, Monty? —continuó el sheriff, volviéndose hacia el corpulento cowboy. — Ese es un puesto muy a propósito para un hombre como usted, que tiene la fuerza necesaria, y conoce a la perfección cómo se maneja un caballo y cómo se empuña un revólver. ¿No se considera capaz de ser el nuevo sheriff de Back End y encontrar al que ha asesinado a su camarada, Ned Lawson?

Monty Stratton apretó las mandíbulas y la sangre afluyó con fuerza a su curtido rostro.

—No he pensado todavía en el suicidio, seheriff, — dijo tímidamente. — No me importa pelear un poco, pero me gusta ver al contrario y saber de qué lado viene. No puede usted decirme por eso que me echo atrás por flojo, porque bien sabe usted que el hombre que se atreviera a llamarme cobarde, haría bien en encargar su propio entierro.

Hopkins se volvió al mismo tiempo que se encogía de hombros.

—¿Y usted, Brady? — dijo.

El cowboy del cabello rojo arrugó el entrecejo y se restregó la cara con la mano.

—Pienso que no tengo madera de sheriff, — respondió irónicamente. — Yo y la ley no vamos siempre muy de acuerdo. Mi reputación está en contra mía, Hopkins. Soy un mal hombre, como usted bien sabe. No, decididamente no sirvo para eso. Ni de lejos.

Un coro de carcajadas sonó en el salón, y Hopkins hizo un gesto de contrariedad.

—Será necesario entonces que envíe a Red City en busca del hombre que necesito, — murmuró. — ¿No hay ninguno entre nosotros, muchachos, que esté buscando un empleo cómodo y bueno?

Un silencio de muerte acogió las últimas palabras, y con un gesto rápido Hopkins se quitó de la solapa la estrella de plata, signo de su cargo oficial y la arrojó sobre el mostrador.

—¿Tienen ustedes miedo de llevar eso?— exclamó amargamente. — ¿No hay ninguno que tenga las energías necesarias para colocarse ese emblema y aceptar el cargo de sheriff de Black End?

Las irónicas frases resonaron en el salón produciendo a los concurrentes el efecto de un latigazo, pero nadie se atrevió a pronunciar una palabra.

De repente una mano se adelantó por en-

cima del hombre del sheriff, tomando la estrella de plata, y al mismo tiempo dijo una voz:

—Yo lo acepto, sheriff. Considere ocupado el puesto. ¿Dónde está Back End y cómo puedo llegar hasta allí?

* * *

CAPITULO III

El desafío del cowboy

DURANTE un momento se hubiera podido oir en el salón el ruido causado por un alfiler al caer al suelo. El sheriff giró sobre sus talones y miró al que había hablado, con un gesto de sorpresa.

El hombre que había aceptado el desafío y se había apoderado del emblema, estaba junto al sheriff y por lo que éste pudo ver, le era completamente desconocido. Era de regular estatura, joven, delgado, de rostro afeitado, atrayente aspecto y ojos grises. Vestía una elegante camisa de franela azul, pantalones de montar de sarga y botas altas, tan limpias que relucían como espejos. En torno al cuello llevaba anudado un pañuelo de seda. No llevaba armas de ninguna especie; ni revólver, ni cuchillo colgaban de su cinto.

El sheriff Hopkins le miró asombrado, observándole detenidamente desde sus bien lustradas botas hasta el cuidado sombrero. El disgusto se reflejó en su rostro, y rechinó los dientes con un gesto de furia.

—No es muy apropiada la ocasión para andar con bromas, — dijo seriamente. — Ni el sitio, ni las circunstancias son para tratar los asuntos estos de otra forma que con toda seriedad. Devuélvame ese distintivo.

El desconocido apretó los labios y miró al sheriff sin pestañear.

—Así que usted hablaba en broma, ¿eh? —preguntó.

—¿En broma yo? ¿Qué diablos dice? — gritó Hopkins enfurecido.

—Digo que yo creía en sus palabras, — continuó el desconocido.—Usted ha dicho que el hombre que se apoderase de esa estrella sería sheriff de Back End.

—Lo he dicho y lo sostengo, — dijo Hopkins.—¡Pero no estoy dispuesto a hacer caso de cosas de locos!

—Ni yo. Y quiero el empleo. Por eso tomé el distintivo.

La sorpresa volvió a reinar en el salón y se oyeron algunas burlonas. Hopkins sintió que las palabras se agolpaban en tropel a sus labios y apretó sus enormes puños.

—¿Pero está usted loco? — preguntó.— ¿Sabe usted lo que está diciendo? ¿Usted pretende el puesto de sheriff en Black End?

El desconocido hizo tranquilamente un gesto de asentimiento.

—Seguramente, — dijo con serenidad. — ¿No lo he dicho ya?

El sheriff Hopkins se apoyó en el mostrador y lanzó un suspiro.

—Usted no sabe lo que está hablando, muchacho, — dijo bondadosamente. Pienso que es usted forastero en estos lugares. ¿Sabe usted lo que es un sheriff? ¿Conoce lo que es Back End? ¿Lo que significa ir allí?

—Lo sé todo, — declaró el joven con firmeza.—He oído lo que usted ha dicho y me he dado cuenta de las responsabilidades del sheriff de Back End. Usted necesita quien ocupe el cargo y yo estoy dispuesto a ello.

Los cowboys, que se encontraban junto al mostrador lanzaron una carcajada de burla. Monty Stratton se agarraba la cintura y Nick Brady enrojeció hasta adquirir su rostro un tono de púrpura como si estuviea apoplético.

—¿No lo han oído, muchachos? Este pretende ser sheriff de Back End.

—¡Víboras y escorpiones! ¡Miren sus limpias botas y su elegante ropa!

—¡Sin duda piensa que no hay más que ir de un lado a otro luciendo la figura y llevando la estrella lustrada!

—Sí. Y que van a llevarle el desayuno a la cama todas las mañanas y a tener un sirviente para que le lustre las uñas, y lo bañe.

Los aventureros aquellos volvieron a reirse, pero el desconocido permaneció imperturbable, sin que se alterara el color de su rostro.

El sheriff Hopkins, cambió de conducta y lanzó una mirada en torno suyo.

—¡Basta ya, locos! ¿Por qué no se le ha de dar la ocasión que pide? ¿No ha hecho acaso lo que ninguno de ustedes tuvo el valor de hacer? ¿No se ofreció voluntariamente a ocupar el puesto que yo ofrecía? Tiene perfecto derecho a ser nombrado y lo será.

Las carcajadas cesaron y se cambiaron en un murmullo. Hopkins miró de nuevo al desconocido.

—Vamos a ver, compañero, — dijo. — Me parece que usted quiere abarcar más de lo que puede apretar. ¿Sabe usted que clase de sitio es Back End?

—He oido la gráfica descripción que ha hecho usted de él hace un momento, — respondió el desconocido. — Es un punto infestado, un nido de víboras humanas, una mala ciudad... la peor del Sudoeste.

—¿Y sabe usted lo que le ha ocurrido a los tres últimos sheriffs que fueron destinados a Back End?

—¡Oh, sí Dos de ellos fueron muertos a tiros, a sangre fría y el tercero murió a consecuencias de la mordedura de una víbora.

—Y desea usted ir allí a hacerse matar a tiros?

—Sí. No veo razón para cambiar tan pronto de modo de pensar.

—Y usted... ¿Usted se considera capaz de triunfar donde tres de los más acostumbrados a esta vida azarosa del Oeste, han fracasado?

—Haré la prueba. No me puede pasar nada peor que a ellos.

El sheriff Hopkins, se quedó momentáneamente sin saber qué contestar. Las respuestas del joven eran firmes, llenas de confian-

za, sin vacilaciones, y gradualmente iba notándose en la mirada del sheriff, un reflejo de admiración.

—¿Qué condiciones posee usted para pretender ser sheriff de Back End?

—¿Qué es lo que se necesita para un cargo semejante? — respondió el forastero.

—¿Conoce usted la ley?

—Lo suficiente para aplicarla en un sitio como Back End.

La respuesta agradó a Hopkins, que se sonrió.

—¿Sabe empuñar un arma de fuego?

—Sí. No puedo afirmar que soy excelente tirador, pero sé como se toma un revólver y hacer fuego con él.

Monty Stratton se sonrió pero se llevó la mano a la boca para que le vieran.

—¿Puede soportar un viaje largo?

—Puedo monar a caballo, si es eso lo que quiere preguntarme.

—¡Qué fastidiar con tantas preguntas?— exclamó Nick Brady burlonamente. — Está usted perdiendo el tiempo Hopkins. El va a contestar a todo que sí. Que puede hacer esto y aquello. Que conoce cuál es la culata y el caño de un revólver, y cuantas patas tiene un caballo. Todo es conversación pero nada positivo. Yo tengo ahí afuera un pequeño y viejo animalito y estoy dispuesto a apostar veinte dólares a que este loco no se mantiene encima de él, cinco minutos.

Un murmullo de aprobación acogió estas palabras y el desconocido giró rápidamente sobre sus talones y se colocó frente al que había hablado.

—Acepto la proposición, — dijo tranquilamente.—¿Dónde está su caballo?

—Ahí fuera, forastero, — dijo Nick Brady, con un gesto de burla. — Ahí está tan quieto como un corderito.

El sheriff Hopkins intervino para exclamar con desconfianza.

—Supongo que no estará por hacer una de sus bromas, Brady. Yo sé qué clase de animal es su caballo. Es una fiera, un matador de hombres. Es el que reventó a Walt Manning.

—Perfectamente sheriff, habrá llegado mi hora, — dijo tranquilamente el desconocido. —Pero deseo ganar esos veinte dólares. Al mismo tiempo probaré que no todo es conversación. Y si me rompo la espina dorsal será mia la culpa y no de nadie.

Hopkins abrió la boca, pero no dijo nada. Se convenció, sin duda, que de nada valdría protestar. Había un aire tal de tranquilidad y resolución en aquel desconocido que anulaba todo propósito de intervención.

* * *

CAPITULO IV

Montando un gamo saltador

LOS cowboys y los mejicanos salieron en grupo hacia el exterior del establecimiento y bajaron los escalones de madera para llegar a la polvorienta calle lanzando sonoros gritos de alerta. Había varios caballos maneados y atados junto a los postes y Nick Brady avanzó hacia un caballo de pelo aspero de color amarillo sucio, y lo llevó hasta el centro de la calle.

—Ahí está su montura, compañero, — dijo echando las riendas sobre el cuello del animal y retrocediendo.—No molestaría a una mosca. Mírelo, es manso como un cordero.

El joven avanzó. El caballo tenía ciertamente una mirada como si no tuviera ni un adarme de veneno en su sangre. Estaba exactamente lo mismo que lo había dejado su dueño, con las patas ligeramente dobladas y la cabeza y la cola, caídas. Pero tenía las orejas gachas y mostraba el blanco de los ojos.

—Bien. La broma ya ha ido muy adelante, — exclamó el sheriff Hopkins.—Ese animal no es del todo un caballo. Tiene las intenciones dañinas de un escorpión. Es un perro asesino.

El joven desconocido se había adelantado y estaba ya de pie junto al caballo. Tomó las riendas con la mano izquierda. En seguida, sin vacilación de ninguna especie colocó el pie en el estribo y saltó sobre la silla.

Los espectadores miraron a los dos lados, pero durante algunos momentos no ocurrió nada. El caballo, ni se había movido. Permaneció tranquilo como si estuviese meditando respecto a la conducta que iba a seguir, y de repente echó a correr para detenerse en seguida, juntar las cuatro patas, meter la cabeza entre las delanteras, arquear el lomo y comenzar a dar enormes saltos. Una y otra vez estirándose y encogiéndose como un muelle de acero saltaba entre el polvo o corría, haciendo curvas, de un costado al otro de la calle.

El sombrero del desconocido había rodado en una de las sacudidas, pero el hombre permanecía en la silla, firme como una roca soltando o volviendo a usar los estribos, según la conveniencia.

—Muy bien. Manténgase firme compañero. Eso es saber montar a caballo, — exclamó Hopkins animándole.—Sujete las riendas y apriete las rodillas.

Nick Brady, hizo un gesto de confianza, mientras se dirigía al salón y liaba un cigarrillo.

—Me parece que mi caballo no ha dado a conocer todavía todo lo que sabe, — exclamó.—Está empezando a estirar los nervios.

Mientras hablaba el animal pareció sentirse dominado por un ataque de furia y desesperadamente atravesó la calle para ir a chocar de costado contra uno de los postes dispuestos para atar los caballos.

Se oyó un grito de horror, que se cambió en uno de alivio cuando el joven sacó rápidamente el pie del estribo y levantó la pierna a tiempo que el poste saltaba en pedazos a efectos del choque con el cuerpo del animal que se había dejado caeer con todo su peso.

Vaciló un momento y estuvo a punto de



Los restos de la semidestrozada portezuela se movieron en aquel instante y Tex Hardy vió ante su rostro el caño de un revólver, con el que le apuntaba un hombre enmascarado. ("El Sheriff Elegante" —Pág. 18).

rodar mientras el jinete volvía a recobrar el estribo y le daba un furioso tirón de las riendas. Durante un minuto el caballo se quedó quieto, echando espuma roja por la boca y moviendo los ojos, luego empezó a correr y a saltar en un círculo, bajando la cabeza y volviéndola a los lados para tratar de morder las piernas del jinete. El joven se inclinó hacia adelante y golpeó con el puño cerrado en las narices del animal, que con un bufido de rabia sacudió la cabeza y partió como una furia.

—¡Por el diablo! ¡Ese joven sabe montar a caballo!— exclamó Monty Stratton con sincera admiración. — Me parece que vas a perder los veinte dólares, Nick.

El rostro de Nick Brady había adquirido una expresión de sorpresa y disgusto.

—Calma. Esperemos otro minuto—murmuró.

El jinete y el caballo denotaban francamente hallarse cansados. La mandíbula del desconocido caía, y el cabello en desorden le cubría casi los ojos. Pero el hombre permanecía firme como un centauro. El animal, saltaba, iba de un lado a otro y hacía desesperados esfuerzos por conseguir desmontar a su ginete. A veces las nubes de polvo ocultaban a los dos a los ojos de los espectadores.

— ¡El caballo está dominado! Está dominado! — exclamó con excitación Hopkins.

—¡Todavía no! — murmuró Nick Brady, y como si el animal hubiera comprendido esas palabras, hizo un postrer esfuerzo. Se levantó sobre las patas traseras y se dejó caer de espaldas.

El sheriff Hopkins cerró los ojos horrorizado. Había visto ya en otra ocasión la misma escena—y había ayudado a recoger los despojos del infortunado jinete, aplastado bajo el armazón de la silla.

Pero no era cosa fácil tomar desprevenido al joven. Antes de que el caballo cayese sobre el lomo, él había sacado los piés de los estribos y había saltado a uno de los lados y se encontraba de pié, sobre el polvo de la calle mientras el animal se hallaba con el lomo en tierra y las patas en alto.

Un grito de admiración acogió la maniobra y Nick Brady, se encogió de hombros resignadamente.

Rápidamente el caballo se levantó y nuevamente el joven saltó sobre la silla. Pero la lucha había terminado. El caballo bajó la cabeza comprendiendo su derrota y al menor movimiento de las riendas obedecía mansamente. Trotó hasta el final de la calle y regresó obedeciendo a la voluntad del que lo había vencido, al que saludaron murmullos de admiración cuando saltó al suelo y puso las riendas del animal en manos de Nick Brady.

—Lamento haberle desprovisto de su gamo saltador, — dijo tranquilamente. — Pero es un bello animal después de todo.

Nick Brady tendió su fuerte y tostada mano.

—Venga esa mano, forastero, — dijo calurosamente. — Me ha ganado usted los veinte dólares y le declaro que no me pesa Retiro todo cuanto dije antes. No es usted un ser acostumbrado a las comodidades, es uno de los nuestros.

Se oyó un murmullo de aprobación de todos los que habían presenciado la escena. Manos rudas dieron amistosos golpes en la espalda y los hombros del joven, quien se enrojeció al oir tantas congratulaciones.

—¿Cuál es la nueva prueba a que he de someterme, sheriff? — dijo sonriendo. — ¿Cómo debo demostrar que soy buen candidato para el cargo de sheriff de Back End?

Los ojos de Hopkins relampagueaban de satisfacción.

—¿Sigue usted pensando en eso? — exclamó.

—Decididamente.

—Entonces, ¡voto al diablo! no hay más que hablar, — declaró el sheriff, enfáticamente. — No hay más pruebas. Estoy convencido. Me ha demostrado usted que es hombre de recursos, que puede montar a caballo y si no comete usted la locura de pretender atacar a Back End con las manos vacías, puede triunfar. Eso es cuanto tengo que manifestarle.

\+ \+ \+

CAPITULO V

Tex Hardy sale de Boiling Creek

EL grupo de cowboys, buscadores de oro, mejicanos y mestizos, penetró en el interior del salón de la Claraboya, para humedecer su garganta seca por el polvo de la calle y discutir acerca de las condiciones de jinete que tenía el aspirante a sheriff de Back End.

Hopkins colocó una mano sobre el hombro del desconocido y le entregó el sombrero, que había recogido de en medio de la calle.

—¿Quiere acompañarme, amigo? Así podremos ponernos de acuerdo.

—Precisamente iba a proponerle lo mismo, — respondió sonriendo el joven.—Cuanto más pronto se hagan las cosas, mejor. Tengo miedo de que cambie usted de idea.

Hopkins sacudió la cabeza.

—No hay temor de que suceda eso,—declaró. — Más fácil es que cambie usted. ¡Si usted supiera respecto a Back End lo que yo sé!...

Dejó la frase sin terminar y los dos hombres echaron a andar juntos, por la polvorienta calle, hasta que llegaron frente a la escalera de madera que daba acceso al edificio en que se leían las palabras "Sheriff" y "Prisión".

Hopkins indicó el camino, penetró en la habitación, tomó una silla para el visitante y se sentó frente a su mesa escritorio.

—¿Sigue usted pensando como antes? — preguntó de nuevo.

El joven hizo con la cabeza un movimiento de adquiescencia.

Hopkins sacó un formulario oficial, un frasco de tinta y una pluma en no muy buen estado.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó.

—Hardy, — respondió el otro sin vacilar. — Tex Hardy.

El sheriff escribió el nombre trabajosamente.

—¿Domicilio?

—Unionville, — respondió Hardy, quien nombró además a uno de los Estados del sudeste.

Hopkins se golpeó con la pluma en los dientes y después de toser para componerse la garganta, agregó:

—Claro está que la de sheriff es una posición de responsabilidad, — dijo como vacilando. — Y yo necesito hacer algunas preguntas. Supongo que usted...

—Tengo un pasado limpio, sheriff,—respondió en seguida Tex Hardy rápidamente. —No he tenido cuentas de ninguna especie con la policía, ni cosa parecida. A título de explicación le diré que hago ésto a fin de experimentar una vida de aventuras. Durante los últimos diez y seis años he llevado una existencia monótona, pero hace seis meses que murió un tío mío y me dejó en herencia lo suficiente para no tener que trabajar en el resto de mi vida. En seguida pensé en dirigirme hacia estos sitios. Tengo cartas, recomendaciones y certificados en el bolsillo y si desea verlos...

Hopkins movió negativamente la cabeza.

—No se moleste, — dijo. — ¿Así que busca usted una vida de agitación? En ese caso no podía haber elegido nada mejor que Back End. Pero oiga mi consejo y vuélvase cuanto antes al Este.

—Ya he tomado mi determinación,—dijo Tex Hardy.

Hopkins se encogió de hombros y se puso a escribir llenando la fórmula oficial.

—¡Condenado loco! — murmuró para sí. —Con el dinero suficiente para pasar en paz el resto de la vida y viene hacia estos sitios buscando aventuras. Y no hay duda de que las va a encontrar. ¿Y quién sabe? Al parecer, no tiene nada de loco. Acaso resulte la persona necesaria en Back End. Todos lo consideraron un tipo apocado al verlo vestido tan elegante y con las botas tan limpias. Ninguno lo creyó capaz de lo que hizo luego. Quién sabe si su fuerza consiste en ese error, precisamente.

Un momento después Tex Hardy había prestado el juramento de fidelidad al gobierno de Estados Unidos, como sheriff legal de Back End, con todas las responsabilidades y autoridad del cargo.

Trazó su firma al pie de la fórmula y Hopkins escribió lentamente su nombre y colocó un enorme sello azul, con la debida solemnidad.

—Este es su nombramiento, — dijo mirando la hoja de papel y pensando en los tres anteriores nombramientos que había entregado en iguales condiciones a los tres sheriffs que habían precedido en sólo cuatro meses, al nuevo sheriff de Back End, y que ya habían muerto, aunque ninguno de muerte natural. — Le deseo mucha suerte, Hardy. Necesita tenerla, porque va a Back End, que es un suburbio del mismísimo infierno.

Tex Hardy dobló el nombramiento y lo guardó en el bolsillo.

—¿Cómo puedo llegar a Back End, y cuándo puedo ir? — preguntó tranquilamente.

Hopkins lanzó una mirada a la bolsa de cuero que contenía la correspondencia y que estaba en uno de los rincones de la habitación, ya preparada y sellada.

—Como de costumbre, debe llegar mañana por la mañana la diligencia, — dijo.— que recorre el trayecto cada quince días con el correo. Usted puede ir en ella. Voy a darle algunas instrucciones y consejos ya que se presenta la oportunidad. No debe usted marchar con la idea de que sólo hay bandidos y aventureros en Back End. Hay también personas honradas dignas de estimación y protección. En primer lugar está Jim Buck, el hombre que me trajo la noticia de la muerte de Lawson. También está allí Joe Peters, dueño del principal establecimiento de Back End. Es un hombre muy correcto. Los canallas no le hacen daño porque lo necesitan para que los provea de cuanto les hace falta. También citaré a Gordon Curtis, propietario de un ranch situado en las afueras de la población. Pienso que podrá serle útil. El rescató el cuerpo de Jim McGuinness después de que lo mataron a tiros.

—¿Y quién es el hombre a quien tengo que perseguir en primer lugar? ¿Al jefe de la "Legión de los fuera de la Ley"?—preguntó Hardy.

—Daría gustoso un año de mi sueldo por estar en condiciones de responder a esa pregunta, — declaró Hopkins dando un golpe con el puño cerrado sobre la mesa. — No le conozco ni creo que haya nadie que pueda decir quién es. Desde que el último jefe, Dirk Gall, fué muerto en un encuentro, se puso al frente de esos negocios una persona a quien no se conoce y que formaba parte de la gente de Pete Kasey y Gall. Se dice que responde al nombre de Murger, y que tiene su cuartel general en Back End. Eso es cuanto sé. McGuinness estaba en su persecución cuando fué muerto y Lawson lo hubiera descubierto, seguramente, si no lo sacan tan pronto de en medio.

—Por lo que veo, la tranquilidad reside, principalmente, en no descubrir nada.—respondió Hardy con su habitual serenidad. —O por lo menos en no manifestar haber descubierto algo.

—Usted tomará posesión de todo cuanto ha dejado Lawson, si es que dejó algo, — continuó Hopkins. — Debe haber allí un caballo y otras cosas que le serán necesa-

rias. Pregunte a Peters, que él le indicará dónde está todo.

El sheriff Hopkins continuó hablando en esta forma, durante algunos minutos, hasta que de repente se levantó de su asiento al notar que la oscuridad iba reinando en Boiling Creek.

—Voy a preparar la cena y usted puede quedarse, si quiere, para pasar aquí la noche, — dijo. — En mi habitación hay una cama de más.

—Voy al salón de la Claraboya, pero vuelvo en seguida, — dijo Hardy. — Así podré acostarme temprano. Sólo voy a recoger la balija.

—Bien. Aquí le espero.

Cuando Tex Hardy estuvo de regreso, el sheriff Hopkins había servido un par de trozos de carne de ciervo y conservas, y los dos hombres hicieron juntos una buena y amistosa comida.

Le pareció a Tex Hardy que acababa de dormirse, cuando a la mañana siguiente Hopkins lo despertó sacudiéndolo por un hombro. Ya el sol entraba por la ventana del dormitorio.

—Son ya las siete, Hardy, — le dijo el sheriff, — y la diligencia llegará a las ocho. En la mesa tiene un trozo de jamón y una taza de café esperándole.

El recién nombrado sheriff de Back End saltó del lecho y se hizo una rápida toilette, con ayuda de un balde de agua fría.

Se afeitó frente a un trozo de espejo colgado en una de las paredes de la habitación y después de sacar betún de su balija, se lustró bien las altas botas que llevaba. En menos de diez minutos estuvo limpio y reluciente, como si saliese de un cuarto de vestir donde lo hubieran atendido un par de ayudas de cámara, y Hopkins se quedó mirándolo sorprendido, cuando se aproximó a donde él estaba.

—¿No se encuentra usted arrepentido de lo que hizo ayer? — le preguntó mirándole fijamente.

—No tengo razón ninguna para ello, — dijo Hardy alegremente, mientras tomaba el café. Luego encendió un cigarrillo y agregó: — Y espero que usted no se arrepentirá tampoco, sheriff. Estoy ya impaciente por ir a Back End y ver si logro triunfar donde tantos otros han fracasado.

Hopkins gruñó entre dientes.

—Ned Lawson era un poderoso y fuerte loco, con la valentía del león y una rapidez y poder semejantes a esa fiera,—dijo.—Pero pronto lograron dar cuenta de él. Y créame que no era cosa fácil, Hardy. Pero usted no tiene revólver, déjeme que le dé uno de los míos.

—No. Muchas gracias. Pero no necesito revólver, — respondió Tex Hardy con cortesía.

—¿Qué no necesita revólver? — exclamó Hopkins. — ¡Un sheriff sin revólver! ¿Está usted loco? ¿De qué modo piensa usted imponer entonces su autoridad?

—No será de fijo por medio de las armas. Si llego a Back End y pretendo hacerme respetar con el revólver en la mano, pronto me acribillarán a balazos. Creo que si no llevo revólver iré mejor. He oído decir que entre esa clase de gentes existe un cierto código de honor, y no se atreverán a dar muerte a un hombre desarmado.

Hopkins sacudió la cabeza.

—Si usted se imagina que va a serle cosa fácil abrirse camino porque no emplee arma alguna, está muy equivocado, — dijo seriamente.—Existen otros caminos para combatir a un hombre sin armas. Será usted alquitranado, emplumado y remitido fuera de Back End, dentro de un barril. Lo considerarán un cobarde. ¡Un sheriff que no usa armas, que las teme!

Los ojos de Hardy relampagearon.

—No creo que les daré ocasión de que piensen eso, — respondió tranquilamente.— No encontrarán pretexto para ello.

Mientras estaban hablando se dejó oír el ruido de caballos que galopaban y el de las ruedas de la diligencia y el sheriff Hopkins se puso en pie.

—¡Ahí está la diligencia! — exclamó. — Ha llegado con media hora de anticipación.

Tex Hardy separó su silla y siguió a Hopkins hasta la puerta.

Un carruaje toscamente construido, de cuatro ruedas, arrastrado por cuarto briosos caballos, se había detenido delante de la puerta de la casa del sheriff. En el pescante iba un hombre de cara arrugada, de barba, con una pipa entre los delgados labios. Vestía un traje de cuero. A los costados de su cintura colgaban dos revólvers y cruzado sobre las piernas llevaba un rifle.

—¿Cómo va, sheriff? — dijo alegremente mientras le alargaba una bolsa de correspondencia y algunos diarios.

—Perfectamente, Jeff, — respondió Hopkins, tomando la bolsa y arrojándola al interior de la habitación.

—¿Cómo van las cosas en Red City?

—Siempre igual, — respondió el conductos de la diligencia mientras bajaba de su elevado asiento y entregaba las riendas a un hombre que se acercó conduciendo cuatro caballos. — Mala cosa es este oficio. Hay mucho polvo en Blue Gulch.

Y como persona conocedora del terreno que pisaba, se encaminó hacia el salón de la Claraboya.

En menos de cinco minutos estuvieron cambiados los caballos y Hopkins colocó la valija postal para Back End, sobre el techo del vehículo.

Tex Hardy acercó su equipaje y se sentó en un escalón esperando el regreso del conductor, quien apareció limpiándose la boca con el dorso de la bronceada mano.

—El whisky de Pat Hogan no admite bromas, — exclamó. — Creo que las gargantas de los habitantes de Boiling Creek son diferentes a las de los demás. ¿Ya colocó la valija, sheriff?

Hopkins hizo una señal afirmativa.

—Va a tener compañía por el resto del via-

je, Jeff, — exclamó. — Este señor es Tex Hardy, el nuevo sheriff de Back End.

Jeff Piper se detuvo con una expresión de asombro.

—¡Cómo! ¿Otro ya? — exclamó. — ¿Qué ha sido de Ned Lawson, a quien conduje el viaje anterior? ¡No me irá a decir que!...

—Sí. Ha sido asesinado. Lo mismo que los otros lo fueron antes que él, — respondió Hopkins. — Lo he sabido anoche por intermedio de Jim Buck.

El conductor se quitó el sombrero, lo apabulló de un golpe, lo volvió luego a su primitivo estado de otro puñetazo, y se lo puso en la cabeza.

—¡Diablo, diablo con esos bandidos! — dijo rabioso. — Ned Lawson era un hombre valiente, como pocos. Y éste... — y miró con curiosidad a Tex Hardy. — ¿Dice usted que es el nuevo sheriff?

—Sí, — respondió Hopkins, esforzándose por sonreir.

Jeff Piper se rascó la cabeza y lanzó un salivazo lleno de tabaco.

—Ya lo veo, — murmuró lacónicamente. —Es bien extraño su aspecto para sheriff. ¿Verdad?

—Sí, — dijo Hopkins. — Ninguno de los de Boiling Creek se resolvió a aceptar el puesto hasta que el señor Hardy, aquí presente, se ofreció.

El cochero volvió a contemplar a Tex Hardy, con interés, e hizo un gesto de aprobación.

—Bueno, — dijo. — Le deseo que tenga mucha suerte. Pero me parece que su tarea va a ser más difícil que la mía.

Volvió a tomar las riendas y se trepó al pescante mientras hablaba. El sheriff Hopkins estrechó calurosamente la mano de Hardy y en el mismo momento Nick Brady, logró con grandes esfuerzos abrirse paso a través del grupo que se había formado para presenciar la partida del coche, y le tendió la mano.

—He venido a desearle mucha suerte, forastero, — dijo. — No se vaya ofendido por lo que dije ayer.

—No lo tomé como ofensa, — dijo Tex Hardy sonriendo, mientras estrechaba la mano que se le tendía. Luego agregó, dirigiéndose al sheriff. — Espero que nos volveremos a ver pronto. Cuando haya limpiado Back End y traiga a Murger.

—Si necesita ayuda alguna, me envía un mensaje por Jim Buck, — recomendó Hopkins. — Y no descuide enviarme un informe completo cada quince días, cuando vaya la diligencia.

Tex Hardy subió en el vehículo haciendo resonar los enmohecidos resortes. En seguida los cuatro caballos partieron al galope y el vehículo cruzó la población de Boiling Creek.

* * *

CAPITULO VI.

El camino de Back End

TEX HARDY sacó la cabeza por la ventanilla del coche cuando éste llegó al estrecho paso que se encontraba entre la cadena de montañas y permaneció así hasta que la pared de piedra le impidió lanzar la última mirada a Boiling Creek, al grupo de casas amontonadas a uno de los lados de la polvorienta carretera que se destacaba en el fondo del valle como una ancha cinta amarilla.

El joven se arrellanó en el viejo asiento forrado de piel y lanzando un suspiro estiró los pies y encendió un cigarrillo.

—Recapacitemos un poco, — murmuró para sí. — Hace tres meses me encontraba en Unionville manejando la pluma todo el día para ganar cincuenta dólares. Ahora soy sheriff de Back End, la más endiablada ciudad del sudoeste y cuartel general de la "Legión de los fuera de la Ley", de los que he oído hablar mucho. ¡Será posible! ¿No estaré siendo víctima de una pesadilla?

Tex Hardy decía la pura verdad, lo mismo que cuando había manifestado al sheriff Hopkins que sólo le guiaba un deseo de aventuras y emociones cuando se había dirigido hacia el oeste. Desde muchacho había sentido una gran atracción hacia la pradera y solamente cuando cumplió los veintisiete años la herencia que le dejó un tío poseedor de una buena fortuna le proporció los medios de satisfacer el principal deseo de su vida, su más querida ambición.

Por pura casualidad, se encontró en el salón de la Claraboya el día anterior, y también casualmente había escuchado las palabras del sheriff Hopkins, cuando dirigiéndose a los que le rodeaban, refirió el asesinato de Ned Lawson y pidió un voluntario para ocupar el cargo de sheriff de Back End.

Casi sin pensar lo que hacía, Tex Hardy se había adelantado y había tomado el distintivo que Hopkins había puesto en el mostrador.

No se explicaba en aquellos momentos por qué había hecho aquello. Posiblemente había obedecido a un gesto de excitación, pero ahora que había logrado su deseo, ahora que había sido nombrado sheriff de Back End, era necesario que pusiese en la misión que se le confiaba todo su esfuerzo e inteligencia.

Acaso, como había manifestado Hopkins, no pudiera realizar por completo la peligrosa misión. Iba siguiendo las huellas de los hombres a quienes habían matado y acaso le ocurriera a él lo mismo, pasados algunos días; pero eso no le atemorizaba.

Iba a perseguir a la "Legión de los fuera de la Ley" en su propia guarida; a tratar de entregar a la justicia al bandido o a los bandidos que se habían manchado las manos con la sangre de los que le habían precedido en el cargo.

Era una perspectiva poco seductora y los nervios de Hardy se hallaban en tensión

mientras miraba con interés por la ventanilla del carruaje.

El coche avanzaba saltando sobre las piedras, crujiendo cada juntura y cada tornillo a cada golpe, dando la impresión de que se iba a destrozar de un momento a otro.

Jeff Piper no había aminorado la marcha de los caballos, que iban a galope tendido, porque esperaba llegar en un plazo determinado y era hombre que amaba la puntualidad.

El coche salió del elevado paso que corría entre las montañas y penetró en un camino que cruzaba la pradera en la que se veían grupos de árboles y plantas.

El camino allí era muy liso y Tex Hardy hubiera deseado bajar del vehículo y caminar. A derecha e izquierda la pradera se extendía en sucesivas ondulaciones y se veían cruzándola a la carrera gamos, ciervos y coyotes.

Costaba trabajo convencerse de que aquel paraíso fuera temporalmente el refugio de bandidos y asesinos. Era increíble que aquello región rica y fructífera pudiese ser teatro de escenas de sangre, furiosos combates, realizados entre blancos y los pieles rojas, o la desesperada lucha de algun buscador de oro con los bandidos que lo asaltaban para apoderarse del fruto de su labor.

Durante más de cuatro horas el coche corrió por aquel escenario; pero Hardy jamás se sintió fatigado de admirar tanta belleza. Finalmente la pradera fué dejada atrás y Jeff Piper siguió. La marcha por un escabroso cañon.

A los lados las paredes de roca se eleveban hasta una considerable altura, al extremo de que el cielo se distinguía como una cinta azul. Un estrecho curso de agua corría a uno de los costados de la hendidura, bordeado por una línea de arbustos y espesos matorrales.

Tex Hardy no pudo por menos de extremecerse al notar que el coche se había detenido de repente y que hasta sus oídos llegaba el ruido del agua.

Una rápida mirada por la ventanilla le demostró que el vehículo estaba detenido a la orilla del río que atravesaba el camino. Momentos después se ponía de nuevo en marcha, entre el ruido que hacía el agua al ser removida por las patas de los caballos que avanzaban resueltamente por el vado.

Subieron la pendiente del lado opuesto y desembocaron en un verde prado circular, en el que, no sin sorpresa distinguió Hardy dos grandes edificios de madera y algunos cercados en los que había caballos y vacas.

El coche se detuvo allí y un hombre de edad, con barba gris, camisa de franela y pantalones de montar, salió de uno de los edificios y saludó al conductor del coche.

—¿Cómo le va, Jeff? Ha llegado a la hora justa. Ni un minuto de retraso.

Jeff Piper saltó de su asiento, y calculando que allí harían un alto, Tex Hardy, salió también del interior del vehículo.

El hombre de edad, lo miró con sorpresa y Piper lo presentó indicándole con la mano.

—Es el señor Hardy, nuevo sheriff de Back End, — dijo lacónicamente, penetrando en seguida en el edificio.

El hombre de la barba, cada vez más extrañado, miraba detenidamente el traje, las botas, y el pañuelo de seda, y su sorpresa se reflejaba en el rostro.

—¿Cómo? — dijo al fin. — Yo había oído que Ned Lawson había muerto también, pero no creí que Hopkins pensase llenar tan pronto la vacante. Creo que va a encontrar usted serias dificultades para llenar su misión.

Tex Hardy agradeció la advertencia. El aire puro le había abierto el apetito y penetró en la habitación donde Jeff Piper se había instalado ya ante una mesa de tosca madera y hacía los honores a un plato de carne fiambre y otro de conservas.

Colocó una fuente, delante de Hardy después de llenar su plato que vació en forma rápida.

—Solamente vamos a detenernos aquí siete minutos,—dijo.— El tiempo necesario para cambiar caballos.

Tex Hardy acompañó su comida con un vaso de leche fría que había sobre la mesa y al levantar la vista, notó que Piper lo observaba con interés y gravemente con los ojos entornados, y las cejas fruncidas.

—¿Dónde ha sido usted sheriff antes, compañero? — preguntó bruscamente. — ¿En Nueva York?

Tex Hardy sonrió y se echó hacia atrás en la silla.

—Esta es mi primera tentativa, — dijo tranquilamente.—No he sido nunca sheriff, ni en Nueva York ni en ninguna otra parte.

El cochero de la cara llena de arrugas se encogió de hombros y llenó de tabaco su pipa.

—Mucho temo que voy a tener compañero en el próximo viaje, — exclamó con intención.

Hardy demostró comprender el sentido de aquellas palabras.

—¿Le parece? — dijo sombríamente.—Es fácil que cuando vuelva de regreso de Back End no vaya solo. Pero quién sabe si me lleva a mí y a Murger.

Jeff Piper, lo miró y sin pronunciar palabra giró sobre sobre sus talones y salió de la habitación.

El hombre de la barba ya había atado los caballos de refresco y se guardó el montón de cartas y diarios que le entregó el conductor del vehículo.

—¿Cuánto le debo a usted por la comida? —preguntó Hardy. — ¿Puede cambiarme un billete de diez dólares?

El hombre tendió su curtida mano.

—No me debe nada, sheriff — dijo. —Ya me pagará a su regreso.

Sonreía descaradamente mientras hablaba y Tex Hardy se mordió, silenciosamente, los

labios, mientras se dirigía hacia el coche y abría la puerta.

Todos parecían ser de la misma opinión. Que nunca volvería de Back End y que su reinado como sheriff sería de corta duración. Aquello hacía que su decisión de vencer fuese cada vez más poderosa.

—¡Yo les demostraré su error! — murmuró testarudamente, y volvió a ocupar su asiento mientras los cuatro caballos se ponían en marcha. — Le haré pagar cara su insolencia a ese tipo de la barba, antes de que envejezca mucho más. ¡Que el diablo lo confunda!

Jeff Piper apresuró la marcha de sus caballos que cruzaron al galope el valle y así llegaron al pie de las montañas que cortaban la marcha hacia el oeste. El camino comenzaba otra vez a ser áspero y el coche saltaba haciendo sentir en los huesos de Hardy cada barquinazo.

No le extrañó que después de haber recorrido una milla, más o menos, Piper bajara del pescante para sacar de la pata de uno de los caballos una piedra que se le había clavado.

El sol había llegado a su cenit y comenzaba a descender cuando Tex Hardy calculó que habrían recorrido unas cuarenta millas desde su salida de Boiling Creek.

—¿A qué hora calcula usted que llegaremos a Back End? — preguntó a su compañero de viaje, cuando éste volvía a ocupar su sitio. — ¿Antes de que sea de noche?

—¡A las siete! — respondió Jeff Piper, que tomó las riendas e hizo chasquear el látigo. El vehículo se puso de nuevo en marcha.

Tex Hardy encendió otro cigarrillo y extendiendo las piernas se arrellanó lo más confortablemente que pudo sobre los asientos de cuero. Cada milla que recorrían lo acercaba más a Back End, y pensaba en la clase de recepción que le esperaba allí.

Se imaginaba que Back End debía ser un sitio de muchas luces, lleno de ruidos, con grandes salones repletos de concurrencia que gritaba y se peleaba entre el incesante retumbar de los disparos ; pero en seguida dudaba de si sería aquella la realidad.

Probablemente sufriría un desencanto. Acaso el sheriff Hopkins había exagerado a fin de impresionarle acerca del riesgo que iba a correr.

Sacó su nombramiento de sheriff y lo miró; examinó la estrella de plata que llevaba en la solapa del saco. Ambas cosas parecieron investirlo de una fuerte sensación de autoridad y confianza.

¿Quién iba a resolverse a dudar de su palabra y a violar la ley?

El coche había salido del camino situado entre las montañas e iba rodando por un tosco sendero que cruzaba una pradera cubierta de matorrales, cactus y grandes espacios de arena amarilla. El piso era firme y el camino se destacaba bien. El sol que se iba acercando a su ocaso.

Tex Hardy bajó las cortinillas y se echó hacia atrás entre la oscuridad. Pronto cayó en un profundo sueño. ¿Cuánto tiempo durmió? No podía decirlo. Pero de pronto se sintió empujado violentamente de un lado a otro del coche, golpeándose la cabeza contra una de las salientes de madera.

Medio dormido, se irguió, frotándose los ojos y admirado por lo que le había ocurrido.

El coche parecía ser arrastrado a una veloz marcha, saltando y tropezando por los accidentes del camino. En un momento sobre el ruido de los cascos de los caballos, la voz de Jeff Piper que los excitaba y el chasquido del látigo, sintió el estampido de algunas detonaciones.

✣ ✣ ✣

CAPITULO VII

El asalto

INMEDIATAMENTE Tex Hardy se asomó a una de las ventanillas y levantó la cortina, que había bajado para evitar que le molestasen los rayos del sol.

Lo primero que vió fué la elevada pared de roca de un cañón y que avanzaban por un estrecho paso. Afirmándose en uno de los soportes de madera, sacó la cabeza y los hombros fuera de la ventanilla y miró hacia el sitio donde se dirigía el vehículo. El polvo se elevaba en densas nubes y entre el tinte amarillento, pudo Hardy distinguir la silueta de varios jinetes que cabalgaban algo delante del coche.

Pudo oír sus exclamaciones y ver el látigo de Jeff Piper que, agitándose como una serpiente se dirigía a la cabeza o al lomo de los caballos. Luego oyó de nuevo el estampido de los revólvers y vió los fogonazos que lanzaban y atravesaban como lenguas de fuego las nubes de polvo.

Al principio Tex Hardy creyó que los caballos del coche se habían desbocado, y que aquellos disparos tenían por objeto atemorizarlos para evitar un mayor peligro. Pero no tardó en conocer toda la verdad.

¡Se trataba de un asalto! ¡El coche había sido atacado por una banda de malhechores!

Tex Hardy se sentó con un gesto de desaliento. Era una pésima iniciación de su carrera como sheriff de Back End. El mismo se culpó de loco al recordar que no llevaba arma ninguna y que había rehusado aceptar la oferta de Hopkins.

Era humillante la posición en que se hallaba, sin ayuda y en imposibilidad de defenderse.

El ruido era ensordecedor; Colt tras Colt hablaban su mortífero lenguaje en forma incesante.

El rostro de Hardy se había puesto pálido y reflejaba disgusto y desaliento. Aquello era algo en lo que no había pensado.

¡Y era al final de la jornada cuando fracasaban sus proyectos!

¡Oh! Qué no daría por un arma de cualquier clase, un revólver o un cuchillo! ¿Qué pensaría de él Jeff Piper? ¡Arrinconado en el interior del coche como una rata en la trampa, incapacitado para mover ni un solo dedo y ayudarle en la defensa del carruaje y del correo!

De pronto se produjo el final de un terrible encuentro.

Con un crujido que pareció el grito desesperado de un animal herido de muerte, el coche se abrió, inclinándose hacia un lado como un hombre ebrio. Durante un momento pareció aquello el final, pero el vehículo fué arrastrado aún durante veinte o treinta yardas, hasta que chocó contra la pared de roca y se detuvo convertido en un montón de maderas, hierros, cristales y del cuero del revestimiento interior.

Siguió un relativo silencio al que sucedió un ruido de voces, el chocar de los cascos de los caballos, y el gemido de dolor de un animal herido que fué ultimado con un disparo de revólver.

Tex Hardy se puso de pie y se preparó a salir de aquel amontonamiento de hierros y astillas, cuando los restos de la semidestrozada portezuela se movieron y vió frente a su rostro el caño de un Colt, con que le apuntaba un hombre enmascarado.

—¡Levante las manos! ¡Pronto, o hago fuego! — exclamó una brusca voz. — Baje y eche a andar. ¿No ha oído?

Tex Hardy estaba como atolondrado; pero el tono con que habían sido pronunciadas aquellas palabras no daba lugar a vacilaciones. Con una exclamación de disgusto y de humillación, levantó las manos sobre la cabeza y saltó del coche. Fué un terribie, impresionante espectáculo el que se ofreció a su vista cuando miró en torno suyo.

Detrás de él, amontonado contra la pared de roca, estaba cuanto había quedado de la diligencia entre Red City y Back End: un montón de trozos de madera y de hierro.

A otro lado, estaban dos de los caballos que habían arrastrado al pobre vehículo en su último viaje, aterrados, cubiertos de polvo y espuma, pero sin herida alguna, y algunas yardas más allá, los otros dos caballos, tendidos en el suelo y cubiertos de sangre, muertos.

En el sitio opuesto, caído de espaldas, desmayado, pero respirando ruidosamente, estaba Jeff Piper, el valiente conductor del coche.

Tenía un brazo tendido sin movimiento y en la mano crispada conservaba un revólver. La frente de Piper estaba manchada de sangre.

Encerrando a Tex Hardy en un semicírculo había seis hombres, cinco a caballo y el sexto a pie; conservaban las riendas de su montura, enganchadas en el brazo que tenía levantado para mantener el revólver a la altura de la cabeza del sheriff.

Todos aquellos hombres tenían excelentes caballos, vestían trajes de cuero y altas botas, y cada uno llevaba, colgando de la cintura, un par de buenos revólvers.

Lo más extraño de todo era que el rostro de cada uno de los hombres estaba tapado por una máscara negra, tras la que brillaban los ojos con una mirada de fría ironía. Sus facciones quedaban completamente ocultas y Tex Hardy no tuvo la menor duda de que se hallaba prisionero en poder de la "Legión de los fuera de la Ley".

Hubo un profundo silencio que duró varios segundos y luego uno de los ombres que estaban a caballo se adelantó y se detuvo frente a Tex Hardy que esperaba impaciente y cuyo rostro se notaba muy pálido bajo la capa del polvo que lo cubría.

—¿Es éste el individuo? — preguntó secamente.—¿Es éste el loco que ha declarado venir hasta aquí para limpiar de hombres malos esta región?

El hombre que se había apeado dió un golpe brutal con la culata de su revólver en la espalda de Hardy, y luego señaló la estrella de plata que lucía éste en la solapa del saco.

—Ya lo creo que es. No hay duda, — murmuró.—Pero pronto podemos adquirir la plena certidumbre. ¡Cómo muevas siquiera los ojos te mando al otro mundo, canalla!

Y bajo la amenaza de su revólver metió la mano en los bolsillos de Hardy, hasta que al fin encontró la hoja de papel donde le habían extendido el nombramiento.

Se sonrió mientras la desdoblaba y pasaba la vista por las líneas impresas y manuscritas.

—Aquí está, — exclamó leyendo en voz alta. — "Nombramiento designando a Tex Hardy, de Unionville, Sheriff del Gobierno de Estados Unidos". Este es nuestro hombre. ¡Caballeros permítanme que tenga el honor de presentarles al nuevo sheriff de Back End!

Los cinco compañeros del que había hablado rieron burlonamente y Tex sintió que la sangre se agolpaba con fuerza en sus mejillas.

Se mordió los labios hasta que las lágrimas, producidas por el dolor y la ira, empañaron sus ojos y su corazón latió con tanta fuerza que parecía querérsele saltar del peco.

¡La copa de la humillación había sido apurada hasta las heces! ¡Aquellos hombres estaban esperándolo! Por algún conducto había llegado hasta ellos la noticia de su designación como sheriff de Back End y habían asaltado el coche con el solo propósito de hacerle prisionero.

Y había caído en su poder sin lucha, sin haber levantado una mano para defenderse. No sin disgusto recordó la confianza, la seguridad con que había manifestado al despedirse de Hopkins y de Nick Brady, que había de triunfar donde otros fracasaron, y ahora él fracasaba de una manera más ig-

nominiosa que cualquiera de los anteriores sheriffs de Back End.

¡No había ni aun llegado a la ciudad!

—¡Verdaderamente se trata de un sheriff elegante! — exclamó uno de los enmascarados.—¡Miren sus botas bien lustradas y el corte de sus pantalones. Parece un figurín. Qué lástima que lo pierda Back End. Seguramente que los muchachos de allí no han visto nada semejante. ¡Si lo llegaran a ver tendrían diversión para muchos meses!

Tex Hardy sintió como una sacudida al oir el tono de voz de aquel hombre. Por un momento tuvo la desesperada idea de arrojarse sobre el revólver que le amenazaba y terminar así de una vez aquel suplicio.

La vista de Jeff Piper tendido sobre el polvo del camino, le causaba envidia. Hubiera cambiado gustoso su situación por la del conductor herido.

Piper se había conducido como un hombre. Había defendido el coche y las bolsas del correo, como una tigre pueda defender a sus cachorros, combatiendo hasta lo último.

—Será mejor que nos apresuremos, — dijo el bandido que había hablado primero, mientras dirigía la mirada hacia el sol que llegaba ya al horizonte.—Ya saben lo que hay que hacer.

Un segundo enmascarado bajó del caballo y desenganchó de la silla un lazo.

Cortó un par de brazadas, con el bien afilado cuchillo que llevaba a la cintura y ató firmemente las muñecas de Hardy después de sujetarle los brazos a la espalda. Luego fué levantado y colocado sobre uno de los caballos sobrevivientes de los que arrastraban el coche.

—Es una suerte que no necesite montura, — exclamó uno de los bandidos.—Presume de ser buen jinete. ¡Hubiera visto cómo demostró sus habilidades ayer a los muchachos de Boiling Creek!

Tex Hardy, estaba admirado. Aquellos odiosos enmascarados demostraban estar al corriente, de cuanto a él se refería.

Se habían preparado para esperarlo y le admiraba que conociesen todos los detalles de lo acontecido el día anterior.

—Sin duda debía encontrarse uno de los miembros de la banda en el Salón de la Claraboya,—pensó. — Habrá partido de Boiling Creek, anoche para llegar a Back End a tiempo de prevenir al resto de la banda. Así han preparado la emboscada.

Sus ideas fueron interrumpidas en seco por uno de los bandidos que tomó las bridas de su caballo, y la pequeña cabalgata partió al galope llevando a su prisionero en el centro.

—¡Qué lástima que no haya árboles a propósito por aquí! — dijo uno de los enmascarados.

—Hay un grupo de árboles en las cercanías del Manantial, — dijo el que parecía ser el jefe, a juzgar por el tono de autoridad con que hablaba, y Tex Hardy pensó sin extrañeza que bien pudiera ser el misterioso Murger.

¿Qué irían, aquellos canallas, a hacer con él? ¿A dónde lo llevaban? Para ir a Back End no se hubieran tomado el trabajo de interceptarle el paso, sino que hubieran esperado en la ciudad su llegada.

Hardy observaba a sus captores cautelosamente.

Enmascarados como estaban era cosa imposible distinguir a unos de los otros.

Todos eran hombres de aspecto vigoroso, y fuerte, vestían del mismo modo, llevaban sombrero de anchas alas y altas botas de montar. Eran portadores de muchas y buenas armas.

Unicamente en los ojos y en la mirada se diferenciaban y Hardy notó que los ojos del jefe tenían un extraño tinte barroso y que sus párpados eran muy gruesos.

Durante media milla, más o menos la pequeña partida caminó por el cañón hasta que llegaron a un punto en que descendía en forma casi imperceptible hacia un manantial que brotaba de entre las rocas y cuyas aguas caían por una especie de escalera de piedra.

A un lado del estrecho arroyo que formaba el cristalino líquido se veía un bosque no muy grande en extensión pero formado por corpulentos árboles y el jefe de los bandidos dirigió la montura hacia aquel sitio y haciendo un gesto dijo a sus compañeros.

—Ese es el lugar a que yo me refería. Es el punto ideal.

Un vago e incontenible temor comenzó a apoderarse de Tex Hardy, cuando vió que uno de los bandidos, apeándose del caballo, tomó el lazo que llevaba la montura. Hizo un nudo corredizo en una de las puntas y agitando el lazo sobre su cabeza lo dirigió con suma habilidad hacia una de las ramas altas de un árbol. Entonces toda la espantosa verdad se le presentó a Tex Hardy apoderándose de sus sentidos y haciéndole estremecerse de terror. Los canallas iban a colgarlo. A colgarlo como a un perro, de un árbol. Aquello era lo que demostraba el lazo, y cuando se cercioró de los preparativos que realizaban para darle muerte brotó un rugido de terror de sus pálidos labios, se deslizó del caballo y echó a correr buscando una muy problemática libertad.

Lo fútil de aquella tentativa era más que evidente. Antes de que hubiera dado más de una docena de pasos, uno de los bandidos,—el jefe en persona, — lanzó su caballo tras él y lo detuvo agarrándolo por un hombro con una mano que parecía un garfio de hierro.

—No tan pronto, señor sheriff, — exclamó con una burlona risotada, —No hemos terminado aún. Lleva usted una preciosa corbata de seda, pero le hemos preparado otra de cuero, que se ajustará mejor a su cuello.

—¡Canalla! ¡Alma atravesada! ¡Villano!

—exclamó Hardy enfurecido. — ¡Se proponen darme muerte a sangre fría!

Mientras hablaba luchaba como un loco a despecho de tener las muñecas atadas y en un momento oportuno clavó sus dientes en uno de los brazos del jefe. El hombre lanzó un rugido de dolor y de furia y apartó con fuerza el brazo.

La manga de la camisa gris que llevaba, se rompió y quedó un trozo entre los dientes de Hardy, quien durante un fragmento de segundo tuvo la visión de un tatuaje que se destacaba en la piel del brazo del bandido. Era una estrella de cinco puntas con una flecha que la atravesaba por el centro.

En seguida un puño le dió un golpe brutal detrás de la oreja y experimentando un dolor como si se le hubiera roto el cuello, cayó al suelo.

—¡Fuera, perro! ¡No perdamos más tiempo con él! — exclamó con enfurecida voz el jefe de los bandidos y Hardy fué sacudido y puesto de pie y colocado nuevamente sobre el caballo.

Luego sintió el roce del lazo que colocaban en torno del cuello. abrió los ojos y lanzó una mirada, que consideraba la última, al cielo azul y al poniente sol.

—¡Apresúrense! ¡Terminen de una vez su odiosa obra! — exclamó roncamente Hardy. —No temo a la muerte. Denme un revólver y forma de defenderme y terminaré con todos ustedes.

Un coro de irónicas carcajadas acogió estas palabras, el jefe de los bandidos se acercó y aproximando su enmascarado rostro al de Hardy, le dijo:

—Esto te servirá de lección, sheriff. Así no meterá otra vez la nariz en los asuntos de los otros. Usted creía que iba a causar nuestra perdición y sólo ha causado la suya. Pero no va a morir en seguida. Todo depende, — añadió, — de la cantidad de paciencia del caballo que monta. Mientras permanezca tranquilo y no le den intenciones de dar un paseo, usted permanecerá vivo. Pero como le den intenciones de ir a comer el pasto verde que crece en las inmediaciones, quedará usted colgado.

Una mano fría pareció oprimir el corazón de Hardy al comprender lo que significaban las palabras del jefe.

Iba a ser abandonado en la situación en que se hallaba, montado en el caballo, con las manos atadas a la espalda y el extremo del lazo que había sido sujeto a una rama del árbol, en torno a su cuello con un nudo corredizo. La muerte sólo llegaría a él después de un tiempo de tortura mental. Mientras el caballo no se moviese estaría vivo, pero el menor movimiento lo enviaría a la eternidad, al dejarlo colgando del extremo de la soga de cuero. Era una antigua forma de refinada tortura que ni aun los mismos indios apaches habían sobrepasado, y Tex Hardy se mordió los labios hasta hacerse saltar la sangre, mientras lanzaba una mirada a los bandidos. Pero bien sabía que no podía esperar misericordia ninguna de ellos.

Las miradas que le dirigían a través de los negros antifaces demostraban el odio.

—¡Canallas! — exclamó con voz ronca Hardy. — ¿No les queda un resto de humanidad en su empedernido corazón? Como ya les dije antes, no temo a la muerte. Mátenme de un tiro de revólver y moriré de una vez.

—Una bala es demasiado buena para seres como usted, — dijo el jefe de los bandidos irónicamente. — Vivirá hasta que el caballo sienta deseos de moverse.

Y mientras hablaba metió la mano en el bolsillo de Hardy y sacó el nombramiento de sheriff, que Hopkins le había firmado.

Lo extendió sobre la montura y le pasó la mano para alisarlo y luego se lo prendió con un alfiler en el pecho, a Tex Hardy.

—Esto es para que puedan identificarlo en caso de que venga alguien dentro de unos días y lo encuentre a usted bailando en el aire. — Y, riéndose, continuó: — "Tex Hardy, de Unionville, sheriff de Back End". También vamos a dejarle la estrella. Si tiene palabras persuasivas logrará que el caballo quede tranquilo durante un par de horas. Cuide de no dormirse, porque lo echará todo a perder; tiene las piernas largas pero no lo suficiente para llegar hasta el suelo.

Otro coro de carcajadas acogió la frase y Tex Hardy comprendió que su suerte estaba sellada. La gracia era una caulidad desconocida entre los de la "Legión de los fuera de la Ley". No concebían otro género de vida más que la que hacían entre el polvo de los caminos jinetes en sus caballos cometiendo delitos. Discutir con ellos era tiempo perdido. Apretó fuertemente las mandíbulas y se resignó con su suerte.

Era la ignominia de su situación lo que lamentaba más que todo. La humillación y la amarga fama de su ineptitud.

—Bien. Ya basta, Tex Hardy, — dijo el bandido en tono irónico y saludando burlonamente sacándose el sombrero. — Ya hemos gastado suficiente tiempo con usted. Vamos a retirarnos y a enviar un mensaje a Hopkins diciéndole lo ocurrido y que prepare un nuevo sheriff para enviarlo a Back End. Y acaso sea mejor que mande dos o tres, pues uno sólo a la vez no basta.

Hizo dar la vuelta a su caballo mientras hablaba y como un sólo hombre el resto de la banda lo siguió y se dirigieron hacia el extremo del cañón.

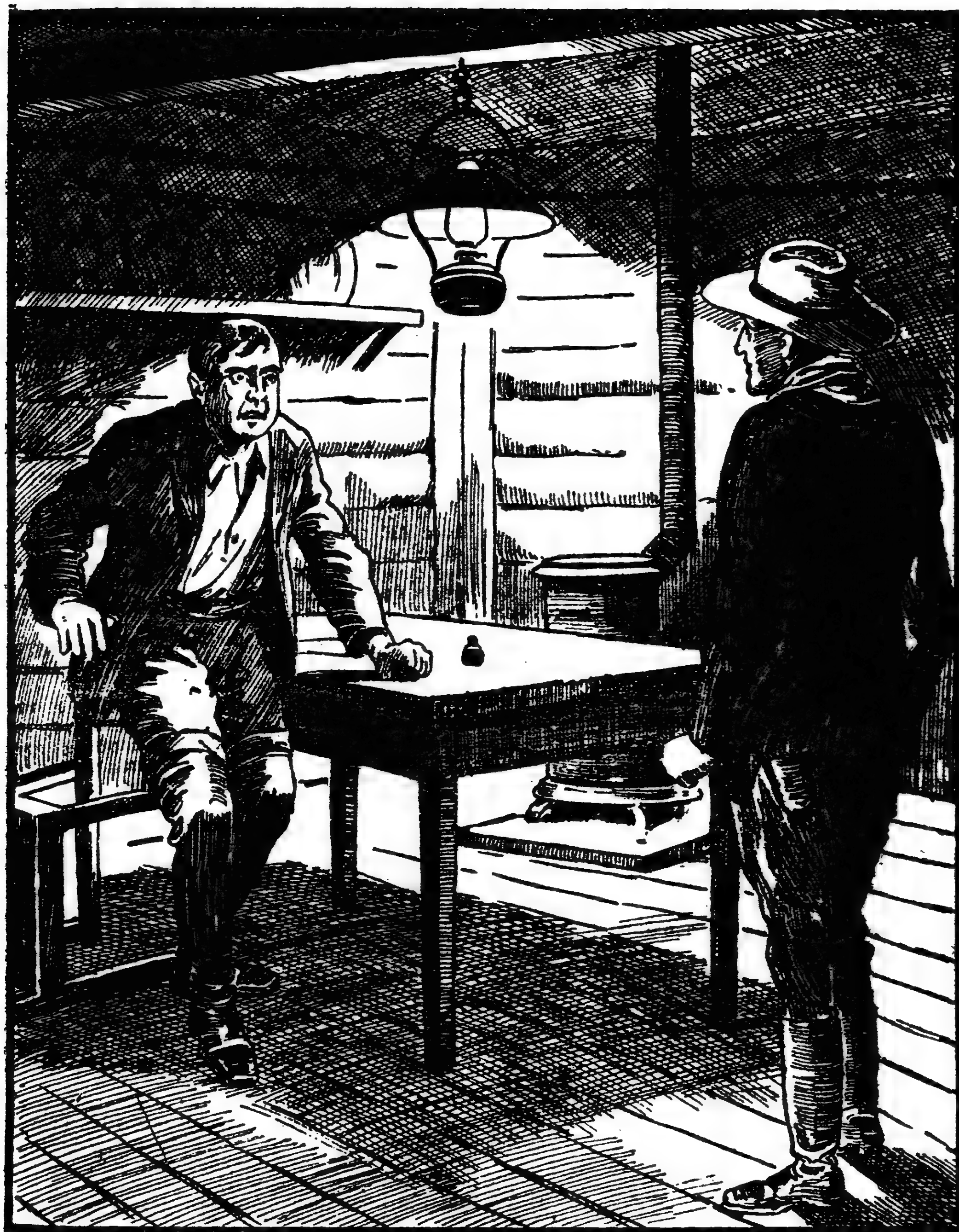
Un momento después se habían perdido de ista en una de las curvas de la pared de roca.

✣ ✣ ✣

CAPITULO VIII.

Las vicisitudes del sheriff elegante

DURANTE varios minutos, Tex Hardy permaneció física y mentalmente paralizado, mirando hacia donde habían desaparecido los bandidos. Fué el roce del lazo que tenía en torno del cuello y que se estrechó algo al moverse el caballo, lo que le volvió a la realidad



El hombre levantó de pronto la cabeza y miró a Tex Hardy. El efecto fué instantáneo. Con la rapidez del relámpago se puso de pie, haciendo que la silla cayera hacia atrás. "¿Quién es usted?"—preguntó con voz áspera.—("El Sheriff Elegante".—Pág. 26).

Seguramente ningún hombre se había visto en tan terrible situación. Tenía las piernas libres pero no podía dirigir al caballo más que con la voz y apretando las rodillas. Tenía los brazos atados a la espalda, y no había más que algunas pulgadas de cuerda entre el caballo de Tex Hardy y la rama del árbol.

Estaba en completa imposibilidad de hacer algo que pudiera libertarlo. En cualquier momento el caballo podía moverse y dejarlo colgado del árbol. Así se le escaparía la vida.

Afortunadamente el caballo estaba muy cansado a causa de la desesperada carrera que había precedido a la destrucción del coche. Estaba con la cabeza gacha y su cuerpo era sacudido frecuentemente por ligeros temblores. Tenía una herida de bala en una pata y las rótulas lastimadas en una de las caídas.

El corazón de Tex Hardy sintió algo de alivio al darse cuenta de la situación, y el sheriff lanzó un profundo suspiro. Después como enloquecido comenzó de pronto a forcejear por romper sus ligaduras. Pero pronto se cercioró de lo imposible de realizarlo. Los canallas habían empleado tiras de cuero y las habían anudado apretando fuerte. Las venas de las sienes y del cuello de Hardy se hincharon a consecuencia de los esfuerzos. Alarmado por los movimientos de Hardy, el caballo intentó dar un paso, pero al sentir la presión del nudo corredizo en el cuello Tex dió un enérgico grito de mando.

Su respiración se hizo más fatigosa. Hardy sintió que un sudor frío le inundaba las sienes. El breve movimiento del caballo había apretado aun más la cuerda que el jinete tenía al cuello.

El terror empezó a apoderarse del desventurado sheriff. El caballo agitó la cabeza y golpeó el suelo con una de las patas, pero se quietó al oír la voz de Hardy, y empezó a mordisquear la hierba que crecía a sus pies.

A veinte yardas de distancia el manantial que surgía de una roca, derramaba su transparente líquido con un meliodioso sonido.

Los bandidos no podían haber elegido una situación más propicia para realizar su horrible obra. En cuanto el caballo, atraído por el agua, avanzase hacia el manantial para apagar su sed, o en cuanto sintiese deseos de comer el fresco y verde pasto que crecía a las orillas del pequeño arroyo, todo terminaría.

Tex Hardy resignado se encogió de hombros. ¿Qué podía hacer? Pensó en dejarse caer del caballo y terminar el suplicio de una vez.

Pocas esperanzas podía abrigar, en efecto, de que acudiese alguien en su auxilio. El camino a Back End era poco frecuentado casi podía decirse que no lo recorría más que de quince en quince días la diligencia del correo.

Tampoco se resolvía Hardy a gritar pidiendo auxilio por el temor de que el caballo, alarmado, se moviese.

La vida no le había parecido nunca tan dulce como en aquellos momentos. Deseaba aventuras y había encontrado una que si comenzó en forma brillante, iba a tener final exento de gloria, ignominioso y humillante.

Tex Hardy encogió el cuello, metiendo hacia adentro el mentón, procurando engancharlo en el lazo que le oprimía el cuello y abrirlo hasta poder morderlo. Pero aquella tentativa también fracasó.

Todo había sido previsto por los bandidos.

Podía intentar subirse de pie en el lomo del caballo y alcanzar la cuerda de esa manera, pero corría el gran riesgo de un desastre: cualquier movimiento en falso podía hacerle perder pie y quedar en seguida colgado.

Y si estaba condenado, ¿por qué prolongar su agonía y no adelantarla algunos momentos?

Hardy volvió a aquietar al caballo apretando las rodillas y con una voz de mando. El animal se manifestaba impaciente, asombrado de la inmovilidad de su jinete y deseoso de cruzar las pocas yardas de tierra que lo separaban del fresco y verde pasto. Pateó y sacudió la cabeza y nuevamente volvió a sentir Hardy la presión del nudo corredizo, en la garganta.

El sol se había ocultado tras la pared de roca del cañón y las sombras comenzaban a envolverlo todo. Tex Hardy miró al cielo, antes oscuro, y ahora teñido de rojo. Todo parecía decirle que aquella era la última puesta de sol que presenciaba.

Los pensamientos de Hardy retrocedieron hasta Boiling Creek, y a los acontecimientos del día anterior.

Gradualmente la luna comenzaba a elevarse en el cielo. Los brazos de Hardy estaban como muertos, desde las muñecas arriba y su frente ardía febril. Tenía la lengua pegada al palabrar y la garganta que parecía respirar fuego.

El caballo estaba más quieto que nunca. Bajó la cabeza y se quedó tranquilo. El pobre animal parecía adivinar que no debía moverse. Hubiera podido, en muchas ocasiones, echar a andar sin que Hardy tuviese fuerzas para tratar de impedírselo, ni con las rodillas, ni con la voz.

Se le cerraban los ojos y la cabeza le pesaba atrozmente. Era sólo el roce del lazo lo que le hacía recordar su situación. Hubiera necesitado dormir, pero la posibilidad de que el cansancio lo venciese le causaba horror.

Pasó una hora y la luna comenzaba a derramar sus plateados rayos sobre las profundidades del cañón, haciendo destacar todos los detalles y reflejándose en la superficie del agua del manantial.

Extrañas ideas se posesionaron de la mente de Hardy. Fué como una terrible pesadilla. Pensó que se había quedado dormido en el coche en que se dirigía a Back End.

Se estremeció cuando el caballo levantó de repente la cabeza al sentir un relincho que repitió el eco a lo largo de las paredes de roca del cañón. Seguramente hubiera echado a andar si Hardy no lo contiene a tiempo.

—¡Atrás! — gritó enérgicamente sintiendo un frío mortal.—¡Quieto, caballo, quieto!

El animal obedeció y se limitó a patear el suelo y cuando el silencio volvió a reinar otra vez, Hardy sintió que la sangre corría aceleradamente por sus venas. ¿Había sido todo fruto de su imaginación? ¿No era en ralidad el relincho y el ruido de las herraduras de un caballo que corría al trote, lo que había oído? Procuró tranquilizarse y volver a escuchar. De nuevo volvía a oirse el ruido. Alguien se acercaba y la esperanza se apoderó rápidamente de Tex Hardy. Lanzó un suspiro y levantó la voz en un desesperado grito, pidiendo auxilio. Muy bien podía ocurrir que volviese alguno de los bandidos para conocer la suerte corrida por su víctima. Pero Hardy no estaba en situación de pensar semejante cosa. Una y otra vez volvió a gritar y por momentos se sentía que el caballo, que ahora corría al galope, se acercaba aceleradamente.

De pronto, la negra silueta de un jinete apareció en una curva del cañón, como a unas cincuenta yardas de distancia, siguiendo la dirección hacia Back End, como viniendo de Boiling Creek.

Tex Hardy alcanzó a distinguir que era un hombre montado en un caballo, pero de repente el que lo sostenía a él levantó la cabeza y partió velozmente al encuentro del recién llegado.

¡Tex Hardy, falto de apoyo, quedó colgando en el vacío!

✣ ✣ ✣

CAPITULO IX

El auxilio de Búffalo Bill

DURANTE algunos instantes, Tex Hardy, había procurado sujetar con ayuda de las rodillas y los talones al caballo, pero no pudo impedir que echase a correr y su grito de alarma y desesperación quedó ahogado en su garganta al apretarse el nudo corredizo.

Había sido lanzado al espacio y su cuerpo se balanceó sintiendo inmediatamente Hardy los primeros efectos de la sofocación.

Su cerebro se oscureció como si hubiera estallado; multitu de pequeñas heces aparecieron delante de sus ojos y tierra y cielo parecieron juntarse tomándolo a él enmedio.

Entonces, como a una gran distancia le pareció oir el eco de una detonación y el suelo le pareció levantarse de pronto golpeándole en la cara con mucha fuerza. Luego sintió menos fuerte la presión de la cuerda en torno al cuello y logró llevar algo de aire fresco a sus pulmones.

Durante lo que le pareció una eternidad de tiempo, todo fué como un caos para él y luego, poco a poco, la vista y la sensación de las cosas volvieron a su mente. Comprendió en forma vaga que estaba tendido de espaldas en el suelo y que unas manos fuertes le quitaban el lazo que rodeaba su cuello y luego las ligaduras de sus brazos.

—Me parece que ha estado muy cerca de la muerte, — murmuró una voz suave. —Ha estado usted más próximo a dejar este mundo que seguramente lo ha estado jamás, forastero. Quédese quieto algunos instantes. Ahora está bien.

Tex Hardy abrió los ojos y miró las estrellas que se destacaban en el cielo y se incorporó apoyándose en un brazo. Inclinado hacia él estaba un hombre y a unas cuantas yardas de distancia se veía un caballo, que comía tranquilamente la fresca hierba que crecía junto al manantial. De la rama del árbol colgaba aún un trozo de cuerda.

Hardy se estremeció al verla, y se pasó la mano por los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó con interés.—¿Se ha roto la cuerda?

El recién llegado se sonrió apaciblemente y señaló el rifle que conservaba apoyado en el brazo.

—No puedo decir exactamente que se ha roto, — exclamó.—La bala de mi rifle la cortó con bastante limpieza. Ha sido un tiro afortunado si se considera la mala luz que hay.

Tex Hardy lanzó una exclamación y quedó admirado al ver la calma de aquel hombre que había conseguido cortar un lazo, con la bala de un rifle a una distancia de casi cincuenta yardas y a la luz de una noche de luna.

Tenía un semblante que denotaba resolución, de aspecto agradable, e iluminado por un par de ojos de penetrante mirada en la que no se notaba rastro ninguno de temor.

El hombre iba vestido con un bien cortado traje, ribeteado con piel, llevaba botas de montar, un sombrero de anchas alas, y de su cintura colgaban dos revólvers Colt, de calibre 45.

—Usted me ha salvado la vida, — exclamó Hardy con voz ronca.—Ya había perdido toda esperanza cuando usted llegó... ¿Cómo puedo agradecerle?...

—No se preocupe usted de eso,—dijo el otro.—Llegué casualmente en el momento propicio y he hecho lo que cualquier otro en mi lugar. Creo que es usted Tex Hardy, el nuevo sheriff de Back End ¿eh?

Hardy suspiró nuevamente, y se incorporó hasta quedar sentado.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por que William Hopkins me lo ha dicho cuando pasé por Boiling Creek esta mañana. Mi nombre es Cody, William F. Cody.

Tex Hardy iba de sorpresa en sorpresa, y de sus labios brotó un largo y débil silbido de admiración.

—¿William F. Cody? — repitió. — ¿Bill Cody? ¿Búffalo Bill, el famoso explorador y combatidor de indios?

El hombre se sonrió y se encogió de hombros.

—No puedo confirmar eso de "famoso".—

dijo.—Pero, en efecto, me llaman Búffalo Bill. Vamos a ver, — continuó, cambiando de conversación. — Me parece que pronto ha empezado usted a pasar trances difíciles, Hardy. ¿Ha sido la Legión?

Los ojos de Tex Hardy relampaguearon con furia y movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Se emboscaron esperando el paso del coche, mataron a dos de los caballos, hirieron al conductor y a mí me hicieron prisionero, —dijo Tex, y su voz vibraba a impulsos de la ira. — Fué cosa premeditada. Sabían que yo iba a Back End. Después me ataron, me montaron en un caballo con un nudo corredizo al cuello, me colocaron mi credencial sobre el pecho y me dejaron para que al faltarme el apoyo del caballo, pereciese ahorcado.

—¡Qué canallas! ¡Cometer una acción semejante a sangre fría! — rugió Bill Cody. —¿Y todos iban enmascarados, verdad? Yo encontré el coche destrozado y Jeff Piper me ha referido, todo cuanto él había visto. Por fortuna no le han muerto, pero tiene un brazo roto y una herida en la cabeza. Yo le he prometido volver en seguida y ahora vamos.

Tex Hardy se extremeció y sus labios temblaron nerviosamente.

—¡Volver yo atrás! — exclamó. — ¿Yo? ¿Volver yo?

—Claro está, a Boiling Creek, — dijo lentamente Búffalo Bill. — Yo creo que no deseará usted volver a correr el riesgo.

Tex Hardy se puso rápidamente en pie. Sus ojos relampagueaban, y había una expresión de decisión en su rostro, cuando tomando el nombramiento y guardándolo en el bolsillo, golpeando con la mano la estrella de plata que llevaba en la solapa del saco dijo:

—No volveré a Boiling Creek hasta que haya cumplido mi misión, Cody. Soy el sheriff de Back End y allí es donde debo ir. Esto no es más que el comienzo del juego. ¡Pero por el cielo, que yo les voy a demostrar a Murger y a su gente por qué he ido a Back End!

El rostro de Búfalo Bill adquirió una ex presión de alegría, y tendió una mano con movimiento espontáneo.

—¡Deme usted esa mano, Hardy! — dijo calurosamente. — Usted es uno de los hombres que a mí me gustan y si necesita usted alguien que lo secunde en sus propósitos, aquí estoy yo. No había pensado todavía decirle que cuando llegué esta mañana a Boiling Creek iba de camino para Back End. Estos asuntos de los bandidos y el repetido asesinato de los sheriffs, han causado gran sensación y, de usted para mí, el gobierno me encomendó tratase de descubrir a ese Murger y que me apoderase de él.

Los ojos de Hardy conservaban su mirada enérgica, cuando estrechó la mano de Búffalo Bill, y pensó que teniendo al célebre explorador a su lado había de triunfar. Su esperanza renació de nuevo.

—Eso está muy bien, Cody, — dijo con entusiasmo. — Si usted y yo podemos limpiar de bandidos esto y apoderarnos de esa banda, será una gran suerte. Me han sorprendido y me han jugado una mala pasada una vez, pero creo que no les va a ser muy fácil repetir la jugada.

—En realidad, ha recibido usted una buena lección, — dijo Cody. — Va usted a poner su vida en manos de esos bandidos volviendo a Back End, especialmente después de lo que ha ocurrido esta mañana. Y es preciso que adopte precauciones. No tiene usted caballo, ni siquiera revólver.

—Tiene razón a ese respecto, — declaró Tex Hardy. — Pero voy a ir a Back End aun cuando tuviese que recorrer paso a paso el camino que nos separ de allí. Ese caballo del coche, me puede servir de mucho. No necesito silla ni estribos.

Brilló un relámpago de admiración en los ojos de Búffalo Bill, cuando oyó hablar así a su compañero.

—¿No quiere esperarme? — preguntó. — Voy a volver hasta el vado Roker, donde cambiaron ustedes de caballos esta tarde, para avisar que vengan a recojer a Jeff Piper.

—No. Voy a ir en seguida, — dijo Tex Hardy, interrumpiéndole. — No puedo perder más tiempo.

Bill Cody hizo un gesto de conformidad.

—Bueno, Hardy. En ese caso tome usted mi caballo. Yo encontraré otro en el vado de Roker. ¡Ah! Y tome también esto.

Y puso en manos del sheriff uno de los revólvers Colt. En esta ocasión Tex Hardy no vaciló y tomó el arma que le ofrecían.

—Es usted una excelente persona, Cody, —dijo entusiasmado.

—Y también me voy a permitir darle algunos consejos, — continuó gravemente el explorador. — No vaya a dejarse ver en Back End esta noche. Debe entrar en la ciudad sin que lo vean y yo me reuniré con usted dentro de un par de horas. Lo mejor que puede usted hacer es dirigirse al edificio donde está la residenciad el sheriff y la prisión. Seguramente está desocupado, ya que el pobre Lawson ha muerto y los de la banda, piensan que usted ha pasado a mejor vida también. Encontrará la casa, casi en las afueras de la ciudad, no puede confundirla Es grande, con caballerizas en la parte posterior y un letrero en el frente, quédese a'lí tranquilo y duerma, y mañana por la mañana daremos a Murger y a su gente de Back End, una sorpresa como no se la esperan.

Tex Hardy hizo un movimiento de aprobación. Comprendía lo justo de los consejos de Búfalo Bill y pensó que no debía olvidarlos.

—Yo estaré con usted dentro de un par de horas, — dijo el explorador. — No me voy a detener en el vado Roker más que el tiempo indispensable para tomar caballo y encargar que vuelvan a buscar a Jeff Piper.

Tex Hardy se colocó el revólver en el cinto y montó en el caballo de Búffalo Bill.

—¡Recuerde lo que le he dicho! — exclamó nuevamente Búffalo Bill. — No se deje

ver por nadie cuando entre en la ciudad. Hay en las afueras un bosquecito con las ruinas de un edificio. Es preferible que deje el caballo allí y continúe a pie. ¡Hasta luego, Hardy! ¡Buena suerte!

* * *

CAPITULO X.

La ciudad de Back End

LA sangre de Tex Hardy bullía positivamente en sus venas cuando tomó las riendas y haciendo un ademán de despedida dirigido a Búffalo Bill, apresuró el paso de su montura hacia el cañón que se hallaba en el camino de Back End.

Su sensacionalmente interrumpido viaje, era reanudado por fin y a pesar de su milagrosa salvación de la muerte horrible que le amenazaba, se hallaba dispuesto a echarle la mano encima a los de la Legión, particularmente a los bandidos que habían asaltado el coche y le habían sometido a tan duras y humillantes vicisitudes.

—No me van a sorprender de igual modo otra vez, — murmuró reconfortado al rozar la culata del revólver Colt que llevaba al cinto. — Ahora llevo armas.

Tex Hardy sabía que Back End sólo distaba doce millas y que el camino era llano, e imposible de confundir.

Durante media hora siguió la dirección del cañón con toda facilidad. Luego las altas paredes de roca fueron aminorando hasta desaparecer y ofrecerse a sus ojos una pendiente que conducía a la llanura. Más lejos se levantaban unas pequeñas montañas negras y detrás de ellas estaba Back End y la frontera mejicana. Como Búffalo Bill lo había dicho, el camino era fácil de distinguir aún a la luz de la luna, debido, principalmente, a la huella dejada por las ruedas del coche que efectuaba el recorrido, dos veces por mes.

Hardy puso su caballo al galope corto y enderezó hacia la línea de montañas. Calculabe que sería entonces la media noche, y la luna empezaba a descender. Media hora después llegaba al pié de las montañas y allí, se desvió del camino principal, siguiendo las indicaciones de Búffalo Bill y tomó una dirección diagonal hacia un grupo de árboles situado a unas trescientas o cuatrocientas yardas.

En el centro de ese bosque encontró las ruinas que el explorador le había mencionado, echó pie a tierra y ocultó el caballo en un espacio situado entre cuatro paredes.

Se detuvo un momento para examinar el Colt que le habían entregado y luego continuó su marcha, a pié, hacia la cima de la altura.

Un momento después se había echado al suelo y observaba la infame población de Back End. Estaba en el fondo del valle y se distinguía como un conjunto de edificios de material, madera y adobes. En realidad no era tan grande como Boiling Creek, a la que se parecía en muchas cosas, principalmente en su topografía, y en la calle principal, a cuyos lados se levantaban casi todos los edificios.

Los nervios de Hardy estaban en tensión a causa de la excitación que experimentaba el sheriff al observar el cuartel general de la "Legión de los fuera de la Ley", y la ciudad que tenía fama de ser la peor de todas las ciudades del sudoeste, refugio de malhechores, de bandidos, ladrones, asesinos y hombres de la peor índole.

Contemplada así a la luz de la luna y de las estrellas parecía un lugar tranquilo, y Hardy pensó en los tres hombres que habían hallado la muerte en ella por el solo delito de haber intentado, como representantes de ella, de imponer la ley... En el capitán McGuinness, Floyd Stone y Ned Lawson.

¿Sería él, el cuarto?

Tex Hardy, acogió la idea con una sonrisa llena de amargura y comenzó a avanzar deslizándose por el césped. Pudo distinguir l s luces de varios establecimientos, y cuando estuvo más cerca pudo oir el inconfundible ruido de vasos y botellas, el taconeo de las fuertes botas, el rumor confuso de varias voces y los acordes de un viejo piano.

Evidentemente los salones de bebidas debían estar llenos de concurrencia y poniéndose de pie junto a un edificio, trató de orientarse. No tuvo mucha dificultad en descubrir la casa que Búffalo Bill le había descripto como la oficina del sheriff, pero había algunos hombres en las cercanías y buscando un escondite, se ocultó y esperó pacientemente un momento oportuno.

Media hora después los establecimientos de bebidas, se desocuparon casi de golpe y de ellos salieron grupos de hombres que montaron en los caballos que estaban atados a los postes de la puerta y partieron al galope en dirección del Oeste. Con su marcha, la ciudad pareció quedar tranquila para pasar la noche. Las luces se fueron extinguiendo y poco a poco fué cesando toda clase de ruidos. La calle quedó absolutamente desierta y Tex Hardy consideró que había llegado el momento oportuno.

Se puso de pie, respiró y avanzó rápidamente. En pocos minutos se encontró en la parte posterior del edificio de madera que tenía escritas en un tablero, las palabras: "Sheriff" y "Prisión", y pudo notar que sobre ellas habían dejado las marcas numerosas balas de revólver. Debajo de la palabra "Sheriff", alguien había escrito esto, con tiza:: "Si no lo encuentra en casa, vaya a buscarlo al cementerio".

En la parte posterior del edificio había una construcción que indudablemente era la caballeriza, y Hardy pudo oir el patear de un caballo. Seguramente era el de Red Lawson que no había sido robado y que automáticamente pasaría a poder del nuevo sheriff.

No había ventana ninguna, pero sí una estrecha puerta y Hardy avanzó hacia ella. No quedó muy sorprendido al hallarla sin llave y ver que cedía cuando intentó abrirla. Penetró y se halló en una pequeña habitación que evidentemente era utilizada como lavadero. Del otro lado estaba la parte principal del edificio y Tex Hardy miró en dirección de la puerta. El corazón le dió un vuelco y de sus labios casi brotó una exclamación de sorpresa.

Había luz en la habitación inmediata. Pudo notarlo a través de la junturas del tabique de madera y de la entornada puerta. ¡y si había luz era porque, indudablemente, había en ella una persona.

Hardy, empuñó el revólver. No quería bromas después del experimento de aquella tarde. y en puntas de pies cruzó la habitación y arrodillándose miró por uno de los agujeros del tabique de madera.

Pudo ver así, una habitación iluminada por una lámpara de petróleo, suspendida del techo. Estaba pobremente amueblada. Había una pequeña estufa de hierro, varios platos de estaño y una fuente de loza estaban alineados en un armario. Una tarima, que había en un rincón, dos sillas y una tosca mesa de madera, completaban los enseres. Junto a la mesa estaba un hombre escribiendo. Se hallaba de espaldas a Hardy, pero éste pudo ver el movimiento de la mano, cuando mojaba la pluma en el tintero. Estaba vestido con un traje oscuro, llevaba altas botas negras, de montar, y su sombrero de anchas alas, se encontraba en el suelo a su lado.

Tex Hardy quedó perplejo. Recordaba que el sheriff Hopkins le había manifestado que había muy poca gente en Back End, de quien pudiera fiarse, pero que una de esas personas era Joe Peters el dueño de la casa de negocio, y supuso que aquél hombre era Peters en persona. Sin duda le estaba esperando, pues Hopkins le había mandado un mensaje anunciándole la partida del nuevo sheriff por medio de Jim Back quién había salido de Boiling Creek un par de horas antes que el coche.

—De seguro que es Peters. ¡No puede ser otro! — resolvió Hardy, disponiéndose a penetrar por la puerta, que ya había abierto, a la otra habitación.

El hombre que se hallaba junto a la mesa no pareció asombrarse.

—Bueno, Coglan, — murmuró. — Ahora termino. No tardo ni un minuto.

Pero de pronto levantó la cabeza y se quedó mirando a la persona que se había parado en la puerta. El efecto fué instantáneo. Como un relámpago se puso en pie y dejó caer hacia atrás la silla. Con la cabeza metida entre los hombros, avanzó a través de la habitación.

—¿Quién es usted? — preguntó en voz baja, pero que reflejaba la ira que lo dominaba. — ¿Qué está usted haciendo aquí?

—Lamento alarmarlo. — respondió Tex Hardy tranquilamente. — Me llamo Hardy, Tex Hardy y soy el recientemente nombrado sheriff de esta población.

Y mientras hablaba levantó la solapa de su saco e indicó la estrella que llevaba en ella.

Hubo un minuto de silencio y entonces el hombre que estaba escribiendo hizo un gesto y alargó la mano.

—¡Me alegro mucho de verlo, señor Hardy! — exclamó. — Le he estado esperando toda la tarde desde que recibí el mensaje de Hopkins y pensé que acaso el coche hubiera recibido algún desperfecto y obedeciese a ello su retardo.

—¿Es usted Peters? ¿Joe Peters?

El hombre movió negativamente la cabeza, mientras sonreía.

Hardy lo observó y vió que iba completamente afeitado, que sus facciones eran toscas y su nariz prominente.

—No. Mi nombre es Curtis. Gordon Curtis.

El de Gordon Curtiss era el segundo nombre que el sheriff había mencionado como el de uno de los hombres honrados de Back End y había dicho que poseía un ranch en las afueras de la ciudad. Hardy le tendió la mano, mientras exclamaba.

—Hopkins me habló de usted.

—Supongo que usted comprenderá que estoy disgustadísimo, Hardy,—dijo el otro.— Precisamente estaba escribiendo una carta a Hopkins, diciéndole que no había llegado usted y las disposiciones que he tomado para el entierro de Lawson. Lawson y yo éramos muy buenos amigos, Hardy. Yo estoy convencido de que realmente hubiera triunfado, si esos villanos no lo hubieran muerto. Fué muerto de un tiro en el corazón, mientras estaba sentado junto a esa misma mesa.

Gordon Curtis tomó la hoja de papel en que había estado escribiendo, la dobló y se la guardó en el bolsillo.

—Le deseo que tenga mejor suerte que su antecesor, sheriff, — agregó con gravedad.

Tex Hardy dirigió una mirada a su interlocutor. Notaba algo vagamente familiar en el tono de aquella voz; pero tal vez fuese sólo una suposición.

—De todos modos, el principio ha sido malo, señor Curtis, — dio Hardy con brusquedad. — Yo soy ya un hombre señalado, en lo que a la legión concierne. Ya han atentado contra mi vida.

Y en pocas palabras refirió el ataque al coche y su milagrosa salvación de la horrible muerte a que le habían sentenciado los bandidos.

Los ojos de Gordon Curtis relampaguearon y golpeó brutalmente con el puño cerrado su rodilla.

—¡Por el diablo! ¡No hay límite a la audacia de esos infames! — declaró. — ¡Qué deseos tengo de verlos a todos colgando de una cuerda! También me han robado a mí, sheriff. Hace una semana se llevaron una de las terneras más gordas de mis ganados y la condujeron al otro lado de la frontera, a Méjico. Parece que no hubiera forma de dar

cuenta de ellos. ¿Y usted no reconocería a ninguno si lo volviese a ver?

Tex Hardy sacudió la cabeza, negativamente.

—Todos iban enmascarados — respondió. —Era imposible distinguir ningún rasgo de su fisonomía. Quiero advertirle, señor Curtis, que no deseo que mi presencia en Back End sea conocida hasta mañana, o mejor dicho, hasta que llegue Cody.

Gordon Curtis se sobresaltó.

—¡Cómo! ¿Qué es lo que está usted diciendo, sheriff? ¿Hasta que llegue quién?

—Cody. Bill Cody, el explorador.

La mandíbula de Curtis se puso a temblar nerviosamente, mientras éste miraba a Tex Hardy.

—¿Bill Cody? — murmuró como un eco. —¡Búffalo Bill! ¿Y dice usted que va a venir aquí, a Back End?

—Así es, — afirmó Hardy. — La prueba es que lo estoy esperando y llegará de un momento a otro. Hemos quedado citados aquí.

Gordon Curtis se puso instantáneamente de pie, lanzando un juramento. Cuando apartó la silla la manga del lado derecho de su camisa de franela se enganchó en un tornillo y se levantó hasta más arriba el codo.

Tex Hardy retrocedió lanzando un grito de sorpresa. Destacándose claramente en la parte carnosa del bronceado brazo de Gordon Curtis, se veía un tatuaje con tinta azul. Era una estrella de cinco puntas, cruzada en el centro por una flecha.

Era la segunda vez que Hardy veía aquel día ese tatuaje y como un relámpago, la verdad acudió a él.

Rápidamente, también, más ligero que lo que él mismo pudiera esperar, tomó el revólver que le había entregado Búffalo Bill, y que llevaba a la cintura, y apuntó al rostro de Curtis.

—¡Arriba las manos! — gritó. — ¡Por el cielo! Ahora lo reconozco. Usted es uno de los miembros de la Legión. Usted es el canalla que me asaltó y se burló hoy de mí. ¡Me ha llegado ahora a mí el turno, perro maldito! ¡Arriba o le agujereo la piel!

Lentamente, el dueño del ranch fué levantando sus manos crueles y grandes, a la altura de la cabeza. Su enorme cuerpo parecía haber adquirido un inmenso tamaño. Sus ojos, de un extraño tinte barroso, estaban cerrados por sus grandes ojeras abotargadas y sus gruesos labios estaban encogidos sobre sus largos dientes, por una sonrisa de odio

Luego, como cuando se pasa una esponja por una pizarra y desaparece lo escrito, desapareció de su rostro la expresión de odio y el hombre se rió jovialmente.

—Mi querido sheriff. ¿Se ha vuelto usted repentinamente loco? — exclamó. — ¿Yo miembro de la "Legión de los fuera de la Ley"? ¿Cree usted que yo he presenciado el asalto del coche esta tarde? ¡Pero si no me he movido de Back End desde esta mañana! Puedo presentarle a un centenar de personas que atestigüen mi coartada.

—Usted puede decir lo que quiera, — exclamó Hardy apretando furioso los dientes.— Pero no me va a engañar. Lo reconozco a usted por los ojos; lo conozco por el timbre de voz y puedo identificarlo por el tatuaje de su brazo. Esta ha sido la segunda vez que usted lo ha dejado ver, hoy, accidentalmente.

El hombre sacudió la cabeza como reprobando las acusaciones.

—Mi querido sheriff, — protestó. — Usted no está en lo cierto en sus conclusiones. Yo soy uno de los tantos hombres que tienen ese tatuaje en el brazo derecho. Es el signo de cierta sociedad masónica. ¿Me dice usted que uno de los de la Legión tiene el mismo signo? Es posible, mi querido sheriff.

Tex Hardy vacilaba. ¿Era posible que se hubiera equivocado? El sheriff Hopkins le había indicado que Gordon Curtis era hombre de quien podía fiar... Uno de los pocos hombres de confianza de Back End. Y ahora...

—¡No! ¡Arriba las manos! — exclamó resuelto Tex Hardy, al notar que el otro trataba de bajarlas. — ¿Qué dice el papel que usted se guardó en el bolsillo? Según me manifestó era una carta para el sheriff Hopkins. Déjeme ver lo que ha escrito, antes de seguir adelante.

Hardy notó que los músculos de los maxilares de Curtis se movían y notó la chispa de desaliento que momentáneamente brilló en sus ojos.

Aproximó el caño del revólver al rostro del hombre, mientras le metía la mano en el bolsillo y sacaba la arrugada hoja de papel.

Con una mano la estiró, apoyándola en el brazo y pasó rápidamente la vista por las pocas líneas escritas, que decían así:

"Querido Hopkins. — Sírvase enviar otro sheriff, o tres, o cuatro, si dispone de ellos. El último que mandó era más incapaz que los tres anteriores. Lo encontrará en el Cañón Rojo con una bella corbata de cáñamo para abrigarle bien el cuello".

Y la firma puesta al pie decía: ¡Murger!

Tex Hardy sintió algo muy raro en el cerebro. La espantosa verdad hirió sus sentidos con la fuerza de un terremoto.

—¡Por el cielo! ¡Es usted Murger en persona!—gritó. Y cayó como un madero pues el corpulento individuo le hizo una zancadilla y cuando Hardy cayó, se sentó sobre su postrado cuerpo. Sus curtidas manos se asieron al cuello de Tex Hardy como garras de acero.

—¡Sí! ¡Yo soy Murger!—exclamó.—Pero usted es el único que lo sabe, que conoce mi secreto y no vivirá para difundirlo. ¡Esta vez voy a hacer las cosas bien, para que usted no vuelva a molestar, endiablado loco!

Sus grandes manos apretaban más y más y Hardy fué perdiendo el conocimiento a efectos de la gigantesca presión que iba arrancándole la vida

De repente la presión cesó repentinamente. Una extraordinaria expresión de sorpresa, transformó los congestionados rasgos del rostro de Murger y se deslizó hacia adelante como un elefante disecado al que le quitaran la espina dorsal y quedó inmóvil en el suelo.

Hardy se levantó respirando jadeante y rió frente a él con su alegre sonrisa, a Búffalo Bill, que blandía satisfecho un enorme trozo de madera con el cual había dado un terrible golpe al criminal.

—Esta es la segunda vez que me salva hoy la vida, Cody, — dijo Hardy con voz ronca.—Usted siempre llega en el momento preciso.

—¡Por el diablo! Ha tenido usted buen estreno en Back End, Hardy, — replicó Bill Cody con admiración. — En su primera media hora de permanencia ya ha capturado al jefe de la "Legión de los fuera de la Ley". ¡Gordon Curtis y Murger son la misma persona! ¿eh?

—Tan prisionero es de usted como mío,— declaró Hardy, mirando el cuerpo del hombre que estaba desmayado en el suelo.—Será mejor que le pongamos las esposas y lo encerremos en la celda, Cody.

Bill Cody frunció el seño y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación.

—Mire, Hardy, — dijo tranquilamente. —¿No sabe usted lo que ocurriría al saberse en la ciudad que usted tiene a Murger prisionero aquí? Que quemarían esta casa, en menos de diez segundos, nos acribillarían a balazos y perderíamos la vida y también el prisionero.

Tex Hardy se mordió los labios.

—¿Usted cree que no conviene tenerle preso?—preguntó.

—¿Preso aquí? ¡No! Se encuentra aquí como en su propio ranch,—dijo Cody.—Pero tenemos dos horas antes de que amanezca. Lo mejor que podemos hacer es colocar a Murger en su caballo. que está en el establo y llevarlo a Boiling Creek, donde se le entregará al sheriff Hopkins. No hay temor sacándolo de aquí.

Tex Hardy quedó en silencio por un instante y luego asintió con un movimiento de cabeza.

—Tiene razón, Cody, — exclamó. — Y cuanto más pronto será mejor.

Había dos pares de esposas colgadas en la pared y Tex Hardy colocó una de las cadenas de acero en las muñecas del bandido, que aun no había recobrado el conocimiento.

Entre los dos hombres levantaron a su cautivo, lo llevaron hacia la parte posterior de la casa y lo aseguraron sobre un caballo atándole las piernas por debajo de la panza del animal.

—Y ahora, más vale que se dé prisa, Cody, ya que es buena la oportunidad, — dijo Hardy con franca satisfacción. — ¿Puede usted encargarse de entregar al prisionero en Boiling Creek?

Bill Cody quedó sorprendido.

—¿Cómo? — exclamó. — ¿No va usted a acompañarme?

Tex Hardy sonrió secamente.

—Claro que no, — dijo con tranquilidad. —¿Acaso no soy el sheriff de Back End? ¿No tengo obligaciones que cumplir aquí? Acabo de llegar y me parece que me espera un buen día de trabajo. Usted se va a Boiling Creek con el prisionero, Cody, y si quiere volver aquí luego, tendré una gran alegría en verlo de nuevo.

Bill Cody le tendió la mano.

—¿Volver? — dijo. — ¡Ya lo creo! Tan rápidamente como me sea posible, Hardy. Y si alguien se atreve a tocarle un solo cabello, soy capaz de arrasar esta condenada ciudad. ¡Puede confiar en Bill Cody!

Búffalo Bill miró hacia atrás cuando llegó a la parte alta de la cuesta con su indefenso prisionero.

El sheriff Tex Hardy estaba de pie delante del edificio, sacudiéndose el polvo de las botas y fumando un cigarrillo.

—¡Es todo un valiente de verdad, que no conoce el miedo! — murmuró Cody mientras hacía un saludo con el sombrero. — Y tengo idea de que va a hacer una obra buena. Está resuelto a limpiar de canallas Back End ... y es capaz de lograrlo.

FIN



El Caso de la Condesa Rusa

por C. J. y Annie y O. Tibbits

En esta nueva narración, de la serie que con tanto interés han leído hasta ahora los favorecedores de PUCKY, el señor y la señora Tibbits relatan la verdadera y asombrosa historia de Marie O'Rourke, cuyas intrigas amorosas y sus aventuras extraordinarias fueron objeto del comentario de la sociedad europea hace algunos años.

I

MARIE O'Rourke tenía la felicidad no sólo de ser extraordinariamente bella sino también de ser asombrosamente fascinadora. Estas dos condiciones pocas veces se ven unidas en una misma persona. Generalmente, la extrema belleza se presenta unida a la más intensa tontería y casi siempre los más desastrosos matrimonios con los que han tenido origen en la conquista de la belleza.

Cuando Marie O'Rourke se dió cuenta de que era muy bella y además intensamente fascinadora, ya era una mujer, en el sentido de que había pasado ya su primera juventud. Poseía el encanto maravilloso que domina a los hombres y a los diez y ocho años, hija de padres insignificantes, — de una mestización inverosímil, pues su imposi-

ble padre era irlandés, y su igualmente imposible madre, era rusa, — ella enamoró y cautivó, y logró casarse con uno de los más codiables partidos de la alta sociedad de la ciudad de Kiev.

Fué aquel casamiento un notable éxito para una joven de su edad y de su nacimiento. El conde Tarnowski era un típico ejemplar de los autócratas rusos conservadores, que contribuyeron más tarde a provocar la horrible caída de aquel infeliz país. Era fiero, arrogante, dominador. La gente le temía pero toda su arrogancia fué dominada por aquella mujer de diez y ocho años, cuyos ojos hipnóticos, — de azul muy oscuro que variaba en forma indescriptible hasta transformarse a veces en el intenso morado de las violetas, — le cegaron de tal modo, que no sólo se casó con ella, sino que presentó a su esposa en la mejor y más aristocrática sociedad de Kiev.

"¿Quién es ella? ¿Cómo se presenta aquí? ¿Casada con el conde Tarnowski? ¡Imposible!"—decían las damas aristocráticas.

Sin embargo era verdad, y aun el velado odio de las mujeres en cuya sociedad había penetrado de modo tan dramático, no pudo hacer nada que impidiera o detuviera su éxito. Fué para ella una época de triunfo y de gloria. Alegre, maligna, encantadora, arrastraba tras ella, donde quiera que iba, una cohorte de admiradores. Parecía estar dotada de una extraña facultad que la permitía transformar, aun a los más indiferentes, en sus apasionados y devotos esclavos con una sola mirada de sus ojos azul-violeta. Con el matrimonio cambió tal como una simiente cambia bajo los rayos del ardiente sol, — floreciendo rápidamente— ocupando su situación en la sociedad de Kiev como si hubiera nacido en aquel ambiente; asistiendo a una sucesión de bailes y comidas, funciones teatrales y recepciones y hasta bailes de máscaras que le hubiesen parecido un sueño inaccesible pocos meses antes. Envidiada y odiada era objeto de grandísima curiosidad de parte de todas las damas a quienes era presentada. A través de sus anteojos, bajo sus fruncidos ceños, la observaban mientras bailaba, vivaz y alegre, a la luz de las arañas de los salones aristocráticos.

—¿Cómo logró casarse con el conde? ¿Por qué?

—Por su dinero, naturalmente. Cualquiera puede darse cuenta y ver...

—¡Silencio! — La señora Buturlin bajó sus impertinentes y dirigió a sus vecinas una mirada de advertencia. — Las paredes oyen. Nadie puede saber lo que está tramando... y tal vez sea muy ambiciosa. Hay que andar con cautela.

—Es verdad. Pero miren: parece que los asuntos no van tan bien como una supone. Seguramente vamos a enterarnos de algo, muy pronto.

—¡Con toda seguridad! — dijo la señora Buturlin complacientemente. — Vamos a oir... y tal vez a ver... algo importante, no me cabe duda.

Marie, condesa Tarnowski, pasó como un torbellino en brazos de su último y más ardoroso admirador, y parecía estar muy alegre; pero junto a uno de los arcos del salón, observando tétricamente, con el entrecejo fruncido, se hallaba el conde. En aquel momento al menos, la bestia que había en él, dominaba. Marie, al verle, se separó de su compañero y corrió hacia él, pero no logró hacerle variar de gesto. Había conseguido, al fin, que el conde se rebelara y pensase en tomar alguna grave determinación. Su nuevo adorador era la proverbial pajita que hace que el camello arroje su carga. Los celos del conde habían llegado al momento de dar un estallido y la rápida carrera de Marie O'Rourke en la sociedad aristocrática de Kiev iba a terminar en medio del chisporroteo de una erupción volcánica.

El conde Tarnowski se mostró por primera vez insensible ante su belleza y su fascinación. Aun cuando ya había llegado a ser maestra en ese arte, no logró esta vez dominar a la terrible brutalidad de su esposo. El conde estaba loco de furor y de celos y la pelea que surgió con motivo del nuevo adorador de Marie duró varios días. Los criados del hotel donde residía el conde, cuchicheaban en voz baja. Algo siniestro, imposible de definir, parecía haber penetrado en la atmósfera de la "suite" de habitaciones que ocupaba el matrimonio y día tras día el conde salía y entraba y paseaba por las habitaciones como presa de intensa fiebre, mientras su esposa estaba pálida de terror, con un miedo que hasta entonces no había oscurecido nunca sus ojos azules.

Ya no podía seguir dominando como antes a aquel esposo hercúleo y autoritario. El poder que ejercía sobre él parecía haberse desvanecido; de improviso habíase sentido aterrorizada al notar algo extraño en la expresión del rostro de su esposo. Comprendió entonces que había ido demasiado lejos. El conde era, en aquel momento, algo así como una fiera entregada al más terrible furor y sus ojos sombríos se fijaban en ella como si una idea maléfica dominara su mente.

El miedo hizo presa de ella como el tigre hace presa del venado. Temía moverse, temía dormir, comprendiendo que en cualquier momento el furor del conde podía estallar y hacerla su víctima. Aterrorizada, escondió todas las armas que podían estar al alcance de su mano, observándole angustiada, permaneciendo lo más lejos posible de él, tratando de atraerle hacia ella con una mano y a pesar de todo, unida a su nuevo adorador con la otra.

Porque fuera por vanidad o por testarudez, Marie no quería cortar esas relaciones. Si las hubiera cortado, en verdad, hubiera sido otra clase de mujer. Pero pertenecía a esa clase de tipos que la humanidad produce de tarde en tarde y que desafían a la

civilización y a la sociedad, brillando durante un tiempo.

Y durante un tiempo brilló para apagarse luego repentinamente con igual rapidez con que había comenzado a lucir.

✣ ✣ ✣

Una mañana, temprano, vió al conde de pie junto a su lecho, mirándola el somnoliento rostro de tal modo, que ella se despertó y despejó instantáneamente.

—¡Oh! ¡Usted! ¿Qué va usted a hacer?—preguntó ella temblando de miedo.

—No me pregunte lo que voy a hacer sino lo que he hecho ya, — dijo.—Usted no volverá a ver a su adorador.

—¿Qué?

—Tuve un encuentro con él hace una hora. Aun vive, pero será por poco tiempo.

Marie se levantó de un salto. No encontraba palabras con que expresar lo que sentía. Parecía que la sorpresa que le producía el darse cuenta de que la esperada tragedia no se había desplomado sobre ella, la había enmudecido.

—¿Pelearon ustedes dos? — exclamó ella, aterrada.

—Sí. Le he quitado ya de su camino. Ya no volverá a molestarle nunca más.

—¿Pero no ha muerto?

—No; no quise matarle. Pero está mal... muy mal.

Marie le miró, atrevida y desafiadora

—¿Pero puede curarse?

El conde se encogió de hombros.

—No es de presumir. De todos modos no se encontrará nunca más en condiciones de molestarla a usted.

Marie echó hacia atrás la cabeza, sacudiendo su hermosa cabellera negra con reflejos rojizos.

—¿Dice usted que no? ¡Lo veremos!

Miró a su esposo cara a cara y lanzó una carcajada.

—¡Está bien! — agregó. — ¡Ahora mismo voy a verle!

—¿Usted? ¿Qué dice?

—Que voy a su lado. Seré su enfermera. ¡Yo procuraré que sobreviva a las consecuencias de su brutal furor!

El conde vovió a encogerse de hombros mirándola de un modo que Marie comprendió que se había librado para siempre de su poder fascinador.

—¡Si usted se marcha ahora, no volverá jamás a mi lado!—dijo.

Ella volvió a reir. Probablemente sus éxitos y las pruebas a que había visto sometido su poder, encontrándolo siempre vencedor, durante los pasados meses de matrimonio, la habían trastornado un poco. La verdad es que no supo leer lo que expresaban los ojos del conde en aquel momento y haciendo una mueca intencionada agregó:

—Eso lo veremos después. Por el momento, me voy.

Le miró un instante. Antes de salir volvió la cabeza y le dirigió una sonrisa. Estaba encantadora, radiante de hermosura, extraordinariamente hechicera, y lo sabía. Pero esta vez había ido demasiado lejos a pesar de todo. Cuando salió del hotel, pocas horas después, lo abandonó para siempre, para hacer frente a un porvenir que iba a envolverla poco a poco como una amenazante niebla.

II

Su adorador estaba muy mal, y ella se sintió como cualquier heroina de novela cuando abandonó la mansión conyugal para ir a servirle de enfermera,—sacrificándose a si misma, como pretendía hacerlo creer,—a fin de devolver en bien el mal que el conde había hecho.

Pero ni aun las sirenas como Marie, condesa de Tarnowski, pueden arreglar los acontecimientos a medida de sus propios deseos y muchos sucesos desagradables, con los que no había contado, se presentaron. Para empezar, su esposo el conde mostró una inesperada obstinación y una repentina indiferencia que la tomó enteramente de sorpresa. No sólo la prohibió que volviera a su lado, sino que tomó activas medidas tendientes a impedir que lo hiciera y el futuro comenzó a presentarse ante ella, oscuro y amenazador. Desesperada, se vió rechazada y abandonada, pues su adorador, cuya vida sólo podía contarse por meses, no podía ayudarla en nada. Y, en tan desagradable coyuntura no pudo pensar más que en una, de todas las relaciones sociales que tenía en Kiev, que pareciera dispuesta a intentar defenderla, con probabilidades de éxito, contra el conde, que había presentado a los tribunales una demanda de divorcio.

El abogado Priuloff, — hombre de aspecto insignificante, pero de grandísima reputación y amigo del conde, — había asistido con frecuencia a comidas y fiestas ofrecidas por el conde y su esposa, y sus ojos habían brillado fascinados por la belleza de Marie menos de un año antes. Recordó ella las veces que había ido a su hotel y su evidente admiración por ella. Entonces no le hizo ni el menor caso. Ahora se proponía emplear su belleza y su encanto en un propósito útil.

Grácil, adorable, con una melosa dulzura que ocultaba veneno en sus heces, Marie se encaminó hacia el estudio del abogado, sitio lleno de apresurados dependientes y de clientes que esperaban; con tragedia y comedia en su ambiente; donde palpitaba la novela de la vida, sórdida, intrincada, alegre y trágica, hasta en el aire que se respiraba.

Pero la condesa, sentada en una de las salitas de espera era la representación de un estado de espíritu que jamás había tenido entrada en aquel local. Más encantadora que la más encantadora que un gran artista pudiera pintar; la más hermosa de las mujeres de Kiev no tuvo que esperar mucho. El abogado Priuloff se apresuró a atenderla sin tener en

cuenta que había otros clientes que esperaban antes que ella, gente cuya paciencia fué puesta a prueba durante la larga hora que tuvo que esperar largo rato hasta que Priuloff despachó, por fin, a su encantadora cliente. La condesa le miró, cuando el abogado se inclinó ante su mano, con los ojos entornados, con toda la mágica fascinación que podía ejercer y sonriendo triunfadora. Priuloff, el gran abogado se iba a encargar de su defensa, procuraría desafiar y vencer, humillándolo, al conde que se había propuesto someterla a toda la vergüenza de un escandaloso proceso.

Y el abogado Priuloff hablaba tan en serio como no había hablado nunca. Los extraños ojos de la condesa le habían hechizado. La hermosa cabellera de Marie O'Rourke habíase transformado en cadenas que le tenían esclavo.

Hombre casado, abogado famoso y rico, una de las figuras más sobresalientes de la sociedad de Kiev, todo le importaba poco en aquel momento. Cuando se encargó de defenderla contra el divorcio que su marido procuraba obtener, emprendió la destrucción de todo cuanto hasta entonces había considerado valioso en su vida. Trabajo, éxito, esperanzas, hogar, amigos, todo desapareció de su vista. Envuelto en la belleza de Marie, sometido a su influjo seductor, lo abandonó todo: su hogar, sus hijos, su enorme clientela.

Y, como sucede en casos tales, el asunto avanzó y se desarrolló ante aquellos mismos a quienes más interesaba: la intriga, la novela, extendíase floreciendo y creciendo poco a poco ante sus ojos, que parecían no ver.

Segun las apariencias el abogado Priuloff se hallaba muy interesado en el caso de su cliente, que fué visto en pública audiencia algunos meses después y que él defendió con toda su habilidad y su energía hasta llegar al amargo final. Marido y mujer se miraron, desafiándose, cara a cara, apasionadamente, en la sala del tribunal, repleta de público.

Y Priuloff batalló en su defensa, en vano. Pálida y desesperada, la mujer, de pie en su sitio, veía cómo t do su triunfo y su gloria se desvanecía como la luz del sol en el cielo al llegar el crepúsculo. La victoria del conde en el proceso le arrebató el último giron de respeto y éxito social. Una vez divorciada la gente se alejó de ella y la mujer, de gloriosa belleza pero sin posición social, hizo frente al tribunal altanera y arrogante, retirándose, mientras se reía burlonamente, momentos después, en compañía de su abogado cargado de papeles y documentos.

Se oyó un murmullo de excitación cuando ambos salieron de la sala del tribunal. Ojos curiosos y burlones siguieron a la elegante figura de la condesa y a la silueta de Priuloff, que iba a su lado.

—Con esto, la condesa queda anulada, excluida para siempre, ¿no es verdad?

—¿Ella? No es tan fácil excluir y anular a una mujer como esa, amiga mía. Esa mujer es fuego y fuego que quema. ¡Oh! Ya verá usted como volveremos a oir hablar de ella.

—Pero socialmente está arruinada, naturalmente.

—Es posible. — Y la señora Buturlin encogió de hombros. — En Kiev tal vez, pero sin embargo esa mujer volverá a surgir. Ya oiremos hablar de ella nuevamente.

En aquel mismo momento, en la antecamara de la sala del tribunal, las palabras que ella pronunciaba daban razón al comentario de las damas de la sociedad.

Junto a Marie, tomándole las manos que besaba con febril entusiasmo, el abogado Priuloff agregaba su propia ruina social a la de aquella mujer, olvidando todo su éxito social, su numerosa clientela, su esposa y sus hijos y hasta su honor; arrojándolo todo a un lado ante el maligno brillar de aquellos ojos oscuros que le miraban en aquel instante anegados en las lágrimas de la pena y la desesperación, que él procuraba hacerle olvidar.

En aquel momento Marie se sentía igualmente arrastrada hacia él, sinceramente. En aquel instante, al menos este nuevo adorador había borrado de su memoria a todos los demás. El conde Tarnowski, que había sido su primer triunfo, su adorador, que había muerto por ella, fueron olvidados en aquel momento. Pocos días después la sociedad de Kiev se estremecía ante una nueva noticia sensacional.

El abogado Priuloff había desaparecido. No se hallaba ya en sus oficinas, donde había amontonado gran cantidad de trabajo por hacer. Y con él había desaparecido, no tan sólo la misteriosa condesa Tarnawski, sino también grandes sumas de dinero que riquísimos clientes habían confiado a la honestidad del famoso abogado.

Marie había agregado otra víctima a su creciente lista. Se fué triunfante, sin preocuparse de la calamidad y la tragedia que dejaba tras sí; indiferente al dolor de la abandonada esposa y los infelices hijos, a la ruina de los defraudados clientes que habían confiado en Priuloff, sin más ansiedad que la de tener dinero, mucho dinero y vivir la existencia de alegría y excitación que el dinero podía porporcionarles.

A esto siguieron dos años de más o menos extraordinarias extravagancias; viviendo en los primeros hoteles de las grandes ciudades de Europa, visitando los sitios donde se juega; dando fiestas lujosísimas, figurando en los grandes acontecimientos sociales, mientras duró el dinero; descendiendo un poco más bajo cuando escaseó, y llegando a Berlín, para hacer frente a la más sórdida pobreza, cuando se encontraron sin dinero o casi sin dinero.

Pero aun cuando desesperada y con hambre, la condesa no estaba por eso menos encantadora ni tenía más corazón y mejores sentimientos. Quizá, en los últimos dos años

habíase hecho más diabólicamente cruel, luchando por su cuenta, peleando con armas viles, sin perdonar a ninguno cuando el vencerlo podía ser agradable a sus malos sentimientos.

Con extraña fidelidad y extraña pasión, Priuloff no se separó de ella a pesar de su amenazadora pobreza, a pesar de todo, hasta que repentinamente, con misteriosa reserva, con inesperada brusquedad, se separaron. Marie asombró a todos regresando a Rusia, —esta vez a Moscú, — tan bella como siempre y aun más fascinadora y peligrosa, rodeándose una vez más de adoradores y provocando los comentarios y cuchicheos de las mujeres.

—Ya sabía yo que volveríamos a tener noticias de ella, — dijo la señora Buturlin con aire de quien lo sabe todo. — Ahora debemos preguntarnos ¿que va a suceder?

III

OBTUVO un éxito mucho más brillante que el obtenido dos años antes en Kiev. Casi todas sus amistades masculinas, parecía, al menos, estaban postradas a sus pies y ella podía elegir entre más adoradores entusiastas que los que podía contar con los dedos de ambas manos.

Poco importaba su reputación a los entusiasmados y enamorados cortejantes, y, a pesar de todo cuanto había hecho y de todo lo que era, dos, al menos, había que estaban decididos a todo con tal de realizar su conquista.

El principal de ellos era el conde Kamarovski, un riquísimo coronel, de noble familia, que se había lucido en la guerra rusoturca. Era hombre de mediana edad, hermoso y enormemente rico, Era valiente, decidido, generoso y por estas circunstancias tanto como por su posición social, resultaba irresistible para Marie, así que ésta hizo los mayores esfuerzos para atraérselo. Cuando fuera su esposa viviría una existencia tranquila y aburrida... pero segura.

Sin embargo, al parecer, la sangre indómita que tenía, — sangre irlandesa del que había sido su padre mezclada a la de origen tártaro de la madre, — la inclinó a fingir amor por un joven tan poco codiciable como aparentemente codiciado por Marie. Era un oficial que sólo gozaba del corto sueldo que le pagaba el gobierno ruso. Parecía que Marie no podía tener razón ninguna para fijarse en él. Los que la conocían afirmaban que no se expondría jamás a correr el riesgo de perder al conde Kamarovski a causa de su inexplicable debilidad por Nicholas Naumoff.

Sin embargo, corrió el riesgo. Formalmente comprometida ya con el conde, animaba a Naumoff secretamente, cautelosamente, a espaldas de su adinerado futuro. Cuando éste se retiraba, cuando las puertas se habían cerrado tras de su alta y gallarda personalidad, volvían a abrirse cautelosamente para dar paso al joven, ardoroso, enloquecido y enteramente atontado por ella, Nicholás Naumoff. Entraba con los brazos abiertos, protestando al verla pálida y preocupada, suplicándola en vano que abandonara a su acaudalado futuro.

—¿Por qué se va a casar con él? Si usted me ama, ¿por qué le permite que siga visitándola como lo hace? ¿Por qué no rompe toda relación con él? No seremos ricos, pero los dos juntos, podremos ser felices. Yo trabajaré y ganaré para usted. ¡Oh! ¡Cómo trabajaré!...

Marie Tarnowski movió tristemente la cabeza y se tapó el rostro con las manos.

—No me oculte sus hermosos ojos, Marie. Déjeme mirarme en ellos. ¿Por qué va usted a casarse con el conde?

Ella levantó lentamente la cabeza y miró fijamente al joven cuyos ojos relucían ardientes de pasión.

—Estoy desesperada, Nicholás. Esta es la verdad. El ha partido para Venecia. Tal vez usted lo haya oído decir. Ha ido a preparar su palacio para mí. Yo iré dentro de poco para casarme con él.

—¿Por qué?

—No puedo decirle por qué, pero tengo que ir. Estoy descorazonada y enteramente desesperada. No puedo vivir sin usted.

—Entonces rompa usted con él y cásese conmigo.

—¡Ah! ¡No puedo! Me encuentro en su poder. Ni aun mi misma alma me pertenece. No me atrevo a desobedecerle en nada.

—¿No se atreve?

Durante la pausa que siguió, los ojos de Marie miraron fijamente a los de Naumoff. Los de Marie no flaquearon, pero los del joven se debilitaron y terminaron por no ver.

Dígase lo que se quiera, existe lo que se llama poder hipnótico. Es una fuerza que aun no se ha dominado ni estudiado bastante, ni se ha empleado con seguridad de éxito. Es una fuerza natural, innata en algunas personas, tan arbitrariamente y tan inexplicable como el color de una flor o el plumaje de un pájaro. De que Marie Tarnowski poseía esa facultad y la empleaba para dominar a su víctima Nicholás Naumoff, no cabe duda.

Ella le miró como la serpiente mira a su presa, dominándole, manejando sus pensamientos, doblegándole a sus deseos y haciéndole proceder de acuerdo con sus conveniencias.

—¡Oh, Nicholás! ¡Soy tan desdichada! Temo ir a Venecia y sin embargo, tengo que ir. El quiere que vaya y no me atrevo a desafiarle.

—¿Por qué?

Ella se inclinó hacia adelante y dijo la mentira que quería decirle. Inmediatamente Naumoff se levantó furibundo.

—¡Usted no tendrá la amargura de sufrirle! — gritó. — ¡Antes le mataré yo!

Marie hizo un ademán de desesperación.

—¡Ah! ¡Ese sería el único modo de libertarme !— exclamó. — ¡Pero usted no! ¡Usted no debe hacer eso!

Naumoff la tomó de una mano y la atrajo hacia su pecho, estupidizado por el amor, la pasión y el odi

—¡Usted no será de ese hombre jamás!—gritó.—¡Antes moriré yo!

Se volvió para retirarse, pero ella le detuvo.

—Pero Nicholás, Nicholás, si usted le mata se perderá para mí, y yo no deseo eso. Debe usted proceder con cautela. Soy suficientemente mala para desear que muera él; pero no usted. ¡Oh! ¡Nicholás! Si pudiera nacerse eso sin que usted resultara comprometido.

Lo que sucedió durante la siguiente media hora parece imposible, visto con sangre fría. La voz de Marie, como un susurro, le fué arrastrando hasta trazar el plan de cómo habría de proceder para librarla del conde Kamarovski. Naumoff iría a Venecia y se presentaría en el hotel a visitar al conde preguntando por él con toda desenvoltura. Cuando estuviera solo con él le mataría de un tiro. Inmediatamente gritaría pidiendo socorro y diciendo que el conde se había suicidado. ¿Quién iba a sospechar de él, de uno que se había presentado como íntimo amigo? ¿Quién iba a poder probar que su manifestación no era verídica?

Naumoff se siguió cada ez más animado, entusiasmado ante la magia de los ojos de Marie. Tiraría bien derecho porque ese tiro le daría la posesión de su amada para siempre. En el futuro él secaría las lágrimas de sus bellos ojos y le haría olvidar las penas que ensombrecían su corazón.

Se inclinó y besó aquellas traidoras manos.

—¡Por mi vida le juro que la libertaré!—dijo.—Pronto tendrá usted noticias mías. El no vivirá para torturarla a usted más.

Se irguió con un ademán de triunfo, como si ella fuera ya suya y se alejó, volviendo la cara, sonriente, antes de trasponer la puerta.

En cuanto se hubo cerrado la puerta tras él, Marie se sentó ante una mesa y se puso a escribir cartas una tras otra. Parecía una figura de cera mientras estaba sentada allí, y cuando tocó el timbre, la mucama que acudió a su llamado miró fijamente aquel rostro pálido y de extraña expresión.

—Esta carta... ocúpese de que sea enviada inmediatamente

—Sí, señora.

—Y esta otra, que sea enviada mañana por la mañana, muy temprano. Fíjese en que así sea.

—Me fijaré, señora.

IV

SE hallaba desesperado y delirantemente decidido así que no se dió cuenta de la atmósfera de espectativa que reinaba en la casa de campo de Santa María del Giglio aquella mañana de septiembre, cuando entró en ella. Nadie le dijo nada, no hubo nada que le advirtiera. Pensando tan sólo en una cosa, en remover para siempre el obstáculo que se interponía entre él y Marie Tarnowski, se olvidaba de todo cuanto no fuera el objeto que le llevaba.

No se fijó en las sombras de los hombres que observaban en la calle y particularmente cerca de la casa del conde Kamarovski. Aquellos hombres habían esperado allí, turnándose, varios días pues la policía obedecía a misteriosos ecos y rumores y a una sucesión de cartas, con letra de mujer, que se habían recibido de Moscú.

Naumoff fué a ciegas a su perdición y a su desilusión. Cruzó la calle casi alegremente, con la visión de Marie ante los ojos, ciego para todo lo que no fuera el recuerdo de aquella mujer.

Se detuvo a la puerta de la mansión del conde Kamarovski.

—Dígale que un amigo desea verle, — dijo al sirviente que acudió a abrir. — Tendrá un verdadero placer en verme.

El criado se retiró y un poco después Nicholás Naumoff era admitido, cerrándose las puertas tras él, quedando en la calle los hombres que vigilaban.

El conde, cruzando la habitación al encuentro del recién llegado, miró fijamente al joven.

—Con seguridad se trata de algún error, —comenzó a decir y calló de pronto.

Sin la menor advertencia, Naumoff sacó un revólver del bolsillo con el que apuntó al conde haciendo fuego con mano firme... tres, cuatro, cinco veces y después acercándose al caído le tomó en brazos, gritando a grandes voces, pidiendo socorro.

Al instante la habitación estuvo llena de sirvientes, mientras Naumoff se inclinaba, sollozando y aparentemente loco de dolor, hacia el caído cuerpo del conde.

—¡Se está sonriendo! — gritó Naumoff.—¡Por Dios, traigan un médico! No puedo separarme de él. Se hirió él mismo. ¡Pronto! ¡El médico! ¡Que se muere!

Se quedó mientras los demás salieron, sosteniendo aún al moribundo conde. Cuando llegó el médico pareció imposible conseguir que se separara de él.

—¡Vamos! Déjeme usted examinar a su amigo! — dijo el médico. — Usted no le presta así ayuda ninguna. Déjeme a mí.

Sollozando aún, Naumoff dejó que le quitaran de junto al conde y el médico se inclinó para examinar al herido.

—Se disparó varios tiros él mismo — dijo.

Un detective tomó el revólver que estaba en el suelo y observó el caño y los cartuchos vacíos. Cinco habían sido descargados.

—Se conoce que estaba decidido a terminar con su vida, — observó.

El médico se inclinó hacia el conde y le examinó, frunciendo el ceño, intrigado.

—La herida de la cabeza no es grave,—dijo pensativo, — ha sido únicamente lo bastante para desmayarle, pero en cuanto a las consecuencias que pueden tener las otras nada puedo decir ahora. Lo mejor sería conducirlo inmediatamente a un hospital. Allí

podremos sondar las heridas y darnos cuenta de la importancia de cada una.

No había dificultad ninguna que impidiera hacer lo que decía el médico, pero en opinión de todos los presentes, sólo un milagro podía salvarle la vida. Se dudaba hasta de que lograra recobrar el conocimiento antes de morir según se lo dijo el médico a Naumoff antes de retirarse.

Pero, contra lo que se esperaba, pocas horas después el conde comenzó a murmurar algunas palabras. En el primer momento nadie pudo entender lo que decía, pero después habló con mayor claridad y entendieron que lo que repetía una y otra vez, era un nombre: "Naumoff".

El cónsul de Rusia que había acudido a verle en cuanto tuvo noticia de la tragedia, se acercó al lecho. Los de policía se inclinaron, muy interesados. El nombre aquel tenía para ellos un repentino significado.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué tiene que ver ese Naumoff con él?

Como si estas palabras hubieran despertado al conde, éste levantó la voz y habló con inesperada claridad.

—El me tiró los tiros. Naumoff me hizo los disparos, — dijo.

—¿El amigo que estaba con usted? — le preguntaron.

—No era amigo mío. Me hizo los disparos. Es un extraño. No puedo adivinar por qué hizo eso.

El de policía se volvió rápidamente hacia un sirviente del conde.

—¿Dónde está ese Naumoff? ¿Qué ha sido de él? — preguntó.

—Se ha ido, señor; — contestó el sirviente. — No lo hemos vuelto a ver desde que el señor conde fué traído al hospital, pero se aloja en el Hotel Danieli, según creo.

—¡Es necesario encontrarle! — dijo el de policía con repentina decisión. — Ya nos habían prevenido a propósito de ese Naumoff. La condesa Tarnowski escribió varias veces a su respecto avisando que se proponía hacer algo malo, que la vida del conde corría peligro por culpa de Naumoff y pidiéndonos que le vigiláramos. ¡Es necesario encontrar en seguida a Naumoff!

Salieron inmediatamente en su busca pero no lo hallaron en el Hotel Danieli ni en ninguna otra parte, en Venecia. Había desaparecido pero la policía procedió con rapidez y dió con su pista deteniéndole al día siguiente en Verona, donde le acusaron del crimen.

El protestó enérgicamente ante el magistrado que le interrogó.

—¡Pero si se mató él mismo! — gritó exaltado. — Yo me encontraba con él. ¡Le ví cómo se hería y no pude detenerle!

—Pues el conde ha vivido lo bastante para recobrar el conocimiento, — dijo el magistrado, — y acusarle a usted de ser su matador.

—¡Eso no es verdad! — replicó Naumoff con vehemencia. — O usted está equivocado o él ha mentido. Se hizo los disparos él mismo y yo procuré evitarlo, pero acudí tarde. Me fué imposible detenerle.

—¿Cómo es entonces, — dijo el magistrado, implacable, — que pocos días antes de ocurrir esta tragedia, la condesa Tarnowski, que amaba al conde e iba a casarse con él, escribió a la policía pidiendo que lo vigilara a usted?

Naumoff lanzó un grito.

—¿Qué dice usted? — preguntó desconcertado.

—Que la condesa escribió varias cartas, dirigidas a la policía de Venecia advirtiéndola de que usted se proponía atacar al conde Kamarowski.

Aturdido, Naumoff miró al magistrado con ojos dilatados por el asombro y la extrañeza.

—¡Eso es mentira!—dijo.

—La condesa Tarnowski iba a casarse con el conde Kamarovski. La amaba intensamente y tenía miedo de que perdiera la vida, atacado por usted.

—El conde Kamarovski la había tratado del modo más indigno y vil y la condesa le odiaba, — gritó Naumoff con apasionada vehemencia.

—Todo lo contrario, la condesa se interesaba mucho por el conde y éste, en lugar de conducirse vilmente con ella ya le había nombrado heredera de toda su fortuna, además de asegurarse la vida en quinientos mil francos, a favor de la condesa.

Naumoff se levantó de pronto pero en seguida se dejó caer en su asiento, ahogándose de furor.

—No puedo... No puedo creer... ¡Eso es imposible!

Pero la verdad acudía rápidamente al cerebro del desdichado Naumoff aturdiéndole con su indescriptible horror. Lentamente llevó la mano al bolsillo, sacó un retrato y lo miró. Pero no vió en él, como otras veces, el rostro de un angel, la mujer a quien amaba, sino la cara de un demonio encarnado en una mujer.

—Mire usted bien, — exclamó después de una pausa, con quebrantada voz. — Esta es la condesa Tarnowski, y ésta una carta que me ha escrito.

Entregó ambas cosas al magistrado, quien las tomó en silencio y las examinó lenta y minuciosamente.

—En esta carta ella le pide que no tarde en ejecutar lo que le ha prometido, — dijo el magistrado. —¿Qué era lo que usted le había prometido ejecutar?

—Yo le había prometido ir a Venecia y matar al conde Kamarovsky para regresar después a Rusia y casarme con ella, — dijo Naumoff.

El magistrado miró durante un momento a aquel desdichado.

—Pero siendo así, — preguntó con firmeza, — ¿por qué escribió a la policía pidiendo que le vigilara a usted?

Encogido en un asiento, Naumoff se hallaba frente a frente de la odiosa y horrenda verdad.

—¡Porque, — dijo medio tartamudeando,

—ella pensó que de ese modo se desharía también de mí!

* * *

Al siguiente día, en Viena, la condesa Tarnowski se entrevistaba con el abogado Priuloff, juntos los dos como si nada les hubiera separado jamás y como si nada se irguiera amenazador entre ambos.

—A estas horas, — decía ella, — todo estará realizado y pronto, muy pronto, seremos ricos otra vez y volveremos a vivir alegremente.

Todo, en realidad, parecía seguro. No se había producido tropiezo ninguno; nada había impedido que un adorador matara al otro, realizando los abominables planes de la condesa.

El plan había sido producto de la astuta mente del abogado y por lo que sabían hasta aquel momento todo había funcionado bien. Pero antes de que tuvieran mucho tiempo para facilitarse mútuamente, la policía de Viena se presentó en el hotel donde se alojaban y detuvo a los dos, acusándoles de cómplices del asesinato.

Priuloff, indignado, negó haber tenido intervención en todo aquello.

—De todos modos, — dijeron los de la policía, — usted permanecerá preso. Y ahora vamos a revisar sus habitaciones.

—Como ustedes quieran, — dijo Priuloff con toda desfachatez, — aquí no encontrarán ustedes nada.

Levantó la cabeza y dirigió una mirada a Marie. De pronto se puso intensamente pálido. Ella se había puesto aun más pálida que él; temblaba en la silla en que estaba sentada.

—¡Traicionado! — murmuró Priuloff. — Ella me ha traicionado... Ha guardado todas mis cartas en lugar de quemarlas.

Era verdad. En lugar de quemarlas como él lo había ordenado que lo hiciera, ella había guardado las cartas. Cartas acusadoras en las que Priuloff le aconsejaba que se comprometiera con el entusiasmado conde Kamarovski, le hiciera hacer lentamente a su favor y asegurarse la vida por una suma muy importante, también a favor de Marie. En esas cartas el abogado le indicaba que indujera a Naumoff, — el pobre tonto,— a librarla de Kamarovski, de modo que ella y Priuloff pudieran volver a su fastuosa vida de antes.

El plan era horrendo y tal vez hubiera tenido completo éxito si ella no hubiese guardado las cartas del abogado. Estas resultaron fatales.

Mientras tanto, Naumoff, enloquecido por la traición de la condesa Tarnowski, contó todo cuanto sabía. Priuloff confesó lo de las cartas después, pero declaró que había sido arrastrado por los consejos de la condesa. La condesa, por su parte, juró que todo el plan había sido obra de Priuloff, — el seguro, el testamento, el crimen, — y que era la maldad del abogado lo que había causado todo el desastre.

* * *

La justicia italiana es lenta en los procesos criminales, así que aun cuando el crimen fué cometido en Septiembre de 1907 los tres presos no comparecieron ante el tribunal hasta Mayo de 1910. A esa altura sus confesiones y sus mutuas recriminaciones dejaron poco que averiguar a la policía. Cada uno buscó el modo de salir lo mejor que pudo, arrojando la culpa sobre los demás. Priuloff, como el peor de los tres, fué condenado a diez años de reclusión solitaria, — una pena más terrible, tal vez, que la misma sentencia de muerte;—la condena a ocho años y cuatro meses, y Naumoff sólo a tres años y un mes, computándoseles como parte de la pena, el tiempo que llevaban presos.

Fué ese un amargo fin para una mujer hermosa; un horrendo final, que vino a hacer que terminara en la lobreguez de una celda su carrera social, comenzada con tan esplendoroso brillo.

Humble Begge el Hombre Pacífico

La próxima aventura de Sexton Blake que publicará PUCKY tendrá el especial atractivo de que en ella figurará el notable personaje Humble Begge, "el hombre pacifico", que tanto interesó a los lectores de este magazine en "A las 4", la novela policial recientemente publicada.

Humble Begge, "el hombre pacifico" reaparecerá en una aventura en la que tiene importante actuación y ha de proporcionar gratísimos momentos de entreteniminnto a los lectores de PUCKY porque interviene en muchas y muy interesantes situaciones.



Las Píldoras Plateadas

Cuento fantástico que dedica PUCKY a sus lectores infantiles para recrearles y divertirles.

EL día que nació el príncipe Tirolín, hijo del rey Tirolón IX y de la reina Tirolina, fué día de fiesta y regocijo en el reino de Tirolonia.

Siguieron ocho días de banquetes, festejos, bailes, fuegos artificiales y distribución gratuita de botellas de "champagne" y cajas de habanos a todos los tirolineses.

El príncipe Tirolín bien se merecía tales efusiones. Jamás se vió más mono: gordito, sonrosado, risueño; una verdadera preciosidad. Toda la corte deliraba por él.

Sin embargo, cuando cumplió los seis meses y se procedió a la ceremonia de medir a S. A., una nube ligera ensombreció aquella felicidad: el príncipe no había añadido un milímetro a los cuarenta y cinco centímetros que medía al nacer.

—¡Ya crecerá! —dijo el rey, siempre optimista.

—¡Ya crecerá!—repitió la reina ahogando un leve suspiro.

—¡Ya crecerá! — coreó toda la corte, convencida.

Pero estas ilusiones no impidieron que cuando el príncipe cumplió el año, siguiera con sus cuarenta y cinco centímetros exactos. La primera nube se tornó en inquietud; esta inquietud se transformó en alarma cuando el príncipe cumplió tres años, y en desesperación cuando tuvo seis. Era necesario rendirse a la evidencia: S. A. no pasaría de ser una miniatura, una miniatura preciosa, encantadora, angelical, pero miniatura al fin.

Ni que decir tiene que fueron empleados todos los recursos conocidos.

¡Y nada! A los diez años, Tirolín seguía durmiendo en la diminuta cuna de mimbre que los augustos dedos de su mamá adornaron antes de su nacimiento con cintas y encajes.

Un día, — el príncipe tenía entonces quince años y seguía midiendo sus cuarenta y cinco centímetros, — llegó a oídos de SS. MM. la fama de cierto médico extraordinario, llamado el doctor Sapientísimo Pildorilla, que fabricaba píldoras para todas las enfermedades y todos los defectos habidos y por haber.

Al oír tales maravillas, S. M. Tirolín IX sintió renacer sus esperanzas; con grandes gastos mandó venir a palacio al doctor Pildorilla, que se instaló en las mejores habitaciones con cincuenta y ocho baúles llenos de píldoras.

El mismo día de su llegada, la reina fué a visitarle con su diminuto hijo.

El doctor Pildorilla tenía una larguísima barba gris y gastaba enormes gafas redondas; recibió a sus augustos visitantes vestido con amplio batón de terciopelo negro y puntiagudo gorro de raso rojo. Se hallaba rodeado de estantes cargados con enormes frascos repletos de píldoras de todos tamaños y de todos los colores.

La reina cayó de rodillas ante él y exclamó llorando:

—Haga usted crecer a mi hijo y le regalo una provincia entera y la mitad de mis tesoros.

—Nada más fácil, señora, — contestó el sabio con seguridad. — Recurriremos a las píldoras plateadas número 3. Hélas aquí, en este frasco. Hay doce mil. S. A. habrá de tomar mil al mes, a razón de treinta y tres diarias, o sea once antes de cada comida. Dentro de un año tendré el gusto de reclamar de V. M. la provincia y los tesoros que me acaba de prometer en premio a mi curación.

Aquel mismo día, Tirolín empezó el tratamiento. Al cabo de un mes le midieron, y los reyes estuvieron a punto de tener una congestión de alegría al comprobar que había ganado diez centímetros. A los seis meses el príncipe medía un metro.

Por aquel entonces una princesa extranjera llamada Florinata, anunció su visita y, según es costumbre, se hizo preceder por su retrato.

Era tan bella la princesa Florinata, que al ver el retrato, Tirolín se enamoró de tal modo, que declaró que deseaba celebrar sus desposorios con ella.

Se hizo la petición de mano por carta; los padres de Florinata accedieron en conceder la mano de su hija a Tirolín y se prepararon en el reino festejos mejores que los que celebraron el nacimiento del príncipe.

Pero la víspera de la llegada de su novia, Tirolín, en medio de tanta alegría, se sentía

triste; le dolía presentarse con un metro de altura.

—Si me tragara en una noche las seis mil píldoras que faltan, crecería de una vez, en lugar de tardar seis meses.

Y dicho y hecho; por la noche se levantó de puntillas, metió la mano en el frasco y, ¡ham!, ¡ham!, engulló las seis mil píldoras en menos de diez minutos.

Al amanecer le despertó cierto malestar extraño. ¡Horror! Había crecido de tal maaera y con tal fuerza, que sus pies y su cabeza habían destrozado y atravesado por arriba y por abajo la cunita de mimbre. Quiso ponerse en pie y se pegó en el techo un golpe tal, que el ruido despertó a todo el palacio.

Acudió la reina, quien al ver el fenómeno de su hijo, cayó desmayada; acudió el rey, que embpezó a gritar: "¡Socorro! ¡Socorro". Acudieron todos los ministros y todos los criados hasta el último pinche de la cocina en camisón de dormir y toda aquella gente empezó a gritar y a correr en todas direcciones, de tal modo, que también acudieron los bomberos, creyendo que se trataba de apagar un fuego.

sustado, atolondrado por los gritos, desesperado al verse transformado de repente de enano microscópico en gigante fabuloso, el príncipe echó a correr a gatas por todo el palacio, y abriendo la puerta se escapó, sin que nadie pudiera darle alcance.

Cuando la agitación se calmó un poco, el rey mandó que apresasen al doctor Sapientísimo Pildorilla, causa primera de todo el mal, y lo colgasen a un árbol del parque. Pero así que los guardas fueron a obedecer la orden regia, el médico se tragó precipitadamente una píldora verde que llevaba en el bolsillo, con la cual se volvió invisible y fué imposible apoderarse de él.

Entretanto, Tirolín llegaba a un río, y como no había tenido tiempo de lavarse en palacio, se metió en el agua, haciendo así desbordar el río, que anegó varios pueblos de los alrededores, cuyos habitante hubieron de huir a toda prisa para no ser ahogados.

Luego, como sentía frío, se acercó a una selva y encendió una hoguera con media docena de árboles que arrancó sin dificultad.

En aquel momento sintió un ligero cosquilleo en un pie, y al agacharse vió una carroza de oro y nácar que al chocar con un dedo de su pie izquierdo, acababa de volcar, arrojando al suelo a una damisela que iba dentro.

No por agigantarse había perdido Tirolín su caudal de buenos sentimientos. Se apresuró a tomar a la damita entre dos dedos y a elevarla a la altura de su rostro. ¡Oh sorpresa! Era la divina Florinata.

Al sentirse levantada a tal altura, la princesa, que se había desmayado, abrió los ojos, y cuando se vió frente a tan espantable monstruo, se puso a lanzar gritos agudos.

—No te asustes—dijo Tirolín.

Pero su voz era algo así como el rugido del león combinado con el mugido del viento, y la desdichada, media sorda, se tapó los oídos con los dedos, gritando a más y mejor.

Tirolín la dejó suavemente en el suelo y retrocedió dos pasos, con lo cual se alejó unos veinte metros. La princesa, algo tranquilizada, suplicó juntando las manos:

—Déjame buen gigante; déjame ir al palacio de S. M. Tirolón IX, adonde voy a casarme con su hijo el príncipe Tirolín.

—¡Ay! Florinata — murmuró el otro;— no vale la pena de que te molestes ya, Tirolín ha muerto.

—¡Ay de mí!—gimió la princesa.— ¿Entonces habré de volverme a mi país compuesta y sin novio?

Fueron las recientes emociones o el dolor de ver llorar a su amada princesa, el hecho es que el pobre gigante notó que tenía hambre. Junto a él había una alta encina cargada de bellotas. Tirolín se agachó un poco, tomó en las altas ramas un puñado de ellas y se las llevó a la boca.

Pero tan distraído se hallaba contemplando embelesado a la divina Florinata, que una bellota sn la atragantó, y empezó a toser con tal violencia, que la selva entera retembló.

—¡Ejem! ¡Ejem! —decía el gigante, con los ojos cerrados y la tez congestionada.

Y bajo el impulso del golpe de tos, de pronto, una cantidad enorme de píldoras de plata surgieron de su boca, cayendo en todas las direcciones con un ruido argentino.

A los pocos minutos, una alfombra plateada cubría el suelo en torno de Tirolín, y mientras él seguía tosiendo, notaba un hormigueo singular en las manos y los pies.

Cuando el golpe de tos se paró y Tirolín recobró la respiración, abrió los ojos y quedó estupefacto al ver que frente a él, a la misma altura que él—acaso con unos centímetros menos,—se hallaba la princesa mirándolo con los ojos enormes y la boca abierta. ¡Cielos! ¿Operarían las terribles píldoras por contagio? ¿Se habría convertido en gigante la pobre Florinata?

Pero no; él era quien había menguado al arrojar las píldoras que sobraban, llegando a convertirse al fin en un príncipe perfectamente nomal, si bien mucho más bello que la norma corriente.

Fácil es suponer que no perdió el tiempo, y poniendo galantemente una rodilla en tierra, dijo:

—Linda Florinata, soy el príncipe Tirolín, tu prometido.

Y se llevó a su novia a palacio, donde se casaron en medio de un regocijo y de festejos tales, que fué menester luego triplicar los impuestos para pagar los gastos. Pero el pueblo entero se había divertido tanto, que nadie protestó.

Del doctor Sapientísimo Pildorilla no he vuelto a saber nada. Por lo tanto, aconsejo a los niños que quieran crecer coman mucho sin contar con las píldoras plateadas, cuya fórmula desapareció, probablemente con su inventor.

Magda DONATO.

LOS ENTRETELONES DE LA HISTORIA



Marion Delorme

por **ANICE TERHUNE**

Traducción del inglés especialmente para PUCKY

EN un rincón de una sala débilmente alumbrada, estaban amontonadas una docena, o tal vez más, de grandes capas negras y de máscaras de igual color. Así en el comienzo del siglo diez y siete y en París al menos, no hacía falta correr cuidadosamente las cortinas ni hablar teatralmente en voz baja, ni tener un grupo de guardianes armados fuera de la puerta del salón, para indicar a cualquiera que mirara que allí se tramaba una terrible conspiración.

En torno de la mesa central, cubierta de papeles, en el ricamente adornado salón, se hallaba reunido un grupo de hombres y una mujer. El sitio de honor a la cabecera de la mesa, lo ocupaba un personaje lujosamente vestido, de semblante poco agradable y gran nariz aguileña. Era Gastón, Duque de Orleans, el hermano menor de Luis XIII, el rey de Francia, que no tenía descendencia. A su derecha se hallaba de pie el conde de Baradás. A su izquierda el caballero de Beringhe. A continuación de ese terceto se veía a una doble fila de nobles de menos importancia.

Sólo dos personas estaban sentadas. Una de ellas era Orleans. La otra era una joven. Era esta joven de singular belleza, aun cuando se notaba una expresión de picardía y de maldad en sus oscuros ojos. Se hallaba encogida, sentada en un taburete, junto al duque; de vez en cuando levantaba la vista, mirándole el rostro como pudiera hacerlo un perro sumiso.

A veces, durante la conversación en voz baja del grupo, Orleans bajaba la vista y la miraba con cariñosa sonrisa y sus manos

la acariciaban el cabello, tal como hubiera podido acariciar la cabeza que su perro favorito hubiera apoyado en sus rodillas.

Todos los conspiradores trataban a aquella damisela con marcado respeto. Lo hacían por tres razones: primera, porque era la dueña de la casa donde se reunían; segunda, porque sabía sobre ellos bastantes secretos para mandar a la mitad de los presentes a la cárcel y hacer desterrar a los demás; tercero y principal porque era la adorada de su jefe, el duque conspirador.

La joven era Marion Delorme, la más famosa de las "destructoras de corazones" de aquella época, y poseía no sólo unos tncantos a los cuales no podía resistirse ningún hombre, sino también una inteligencia que pocas veces se ve unida a tan peregrina belleza.

Marion escuchaba con ingenuo y al parecer estúpido interés, los detalles del plan que su amado y sus satélites estaban preparando .Este plan estaba dirigido especialmente contra dos hombres. Uno de ellos era Luis XIII, rey de Francia; el otro era Richelieu, el primer ministro del rey. Los conspiradores se proponían dar muerte a Richelieu y destronar a Luis. Orleans, como su pariente más cercano, ascendería al trono vacante y los nobles que habían sido despojados de sus privilegios por Richelieu, volverían a su situación anterior.

Era un habilísimo plan. Y al parecer tenía grandes probabilidades de tener éxito favorable. Baradás, la mente directiva de la conspiración, había preparado todos los detalles con una astucia que se consideraba garantía de buen resultado.

Su éxito favorable hubiera significado un cambio radical en la historia del mundo. Francia hubiera descendido en seguida y probablemente para siempre, a la categoría de potencia de segundo orden de la que la había sacado el genio político de Richelieu. Luis XIV, que entonces no había nacido aun, no hubiera llegado a influir en el mapa y en la cultura de Europa. España probablemente se hubiera anexado parte, sino todo, el territorio de Francia.

De pronto, para ir en busca de algún documento que Orleans había confiado a su custodia, Marion se levantó y salió de la sala. Baradás la miró alejarse, frunciendo el ceño.

—¡Esa mujer sabe demasiado! — dijo en voz baja al que estaba a su lado.—¡Es peligroso confiar secretos de tanta importancia a una mujer!

Orleans, que le oyó, se rió con petulancia.

—¿Quién? — preguntó. — ¿Marion? ¡Si venera hasta el suelo que piso! ¡Si el amor es algo que puede sellar los labios de una mujer, los de Marion están sellados para siempre!

Una hora después los conspiradores se retiraban de la casa, envueltos en sus negros mantos y enmascarados, alejándose con melodramática cautela. Casi no se habían perdido todavía de vista cuando otra silueta salió de la casa y deslizándose rápidamente, se perdió en la oscuridad de la desierta calle..

Armand du Plessis de Richelieu no se había retirado aun a su dormitorio aquella noche. Estaba esperando a alguien. Su cuerpo delgado y consumido, envuelta en sus vestiduras de color rojo brillante, parecía más delgado que nunca. Estaba sentado en su despacho, acariciándose el bigote y la barba, y vibrando de impaciencia, pues miraba con frecuencia hacia un alto reloj de pesas que había en un rincón.

Por fin un rítmico llamado se oyó en uno de los tableros del revestimiento de roble de la pared. Richelieu contestó dando varios golpecitos con su anillo de sello en el brazo de su butaca. En consecuencia el tablero se descorrió y Marion Delorme penetró en la habitación. De debajo de su manto sacó unos papeles que explicaban, con todos los mayores detalles cuanto habían hablado los conspiradores en la reunión que acababan de celebrar en su casa. Porque Marion era la adorada y utilísima amiga de Armando de Richelieu, lo mismo que lo era de Gastón de Orleans. Sacaba provecho en dinero y en prestigio de sus dos adoradores. Más de una vez tuvo los destinos de Francia y de los grandes personajes de Francia en la palma de su pequeña y blanca mano.

* * *

Marion era de noble cuna y había recibido perfecta educación. Su padre, el señor de l'Orme era un alto funcionario de la corte. Marion había nacido y se había educado en el castillo de sus antepasados, situado cerca de Champaubert, pero había pasado gran parte de su juventud en la corte.

Allí, cuando aun tenía poco mas de quince años, encantó, enamorándose locamente de él, a Jacques Vallée, señor de Barreaux. Vallée era el tipo de hombre contra el cual las madres, aun en aquella época, de tampocos escrúpulos morales, advertían a sus jovenes hijas.

Un hombre que gozaba de semejante reputación tenía que pecar la juvenil curiosidad de Marion. Y cuando Vallée la cortejó no escuchó Marion los consejos de quienes la rodeaban. Fué un amor vertiginoso. Vallée halló, por única vez en su vida, una mujer que le hizo olvidar a todas las demás mujeres.

El amor de Marion era de aquellos a los que no es posible resistir y de los que no es posible romper. Tenía la habilidad de sujetar con las cadenas de una adoración perpétua a aquellos a quienes deseaba dominar. Vallée tardó poco en caer en sus redes. Aun se hallaba fuertemente sujeto cuando Marion decidió que se había cansado del brillante aventurero, cínico y ateo. El le había enseñado su extraña filosofía de la vida. El la había enseñado los preceptos para exprimir hasta la última gota de placer de los frutos y a arrojar luego la cáscara inútil.

Marion se cansó de él y así se lo dijo con toda franqueza. Vallée lloró, suplicó y voci-

teró. Ella, en respuesta le dijo que ya había terminado con él y que, de acuerdo con sus preceptos, había decidido arrojar la cáscara inútil. Todos sus ruegos no lograron producirle más emoción que la que puede expresar un bostezo de aburrimiento. Marion había aprendido muy bien su lección.

Desesperado, Vallée la acusó de haberse dejado fascinar por algun otro hombre. Sonriendo, Marion dijo que así era. Llegó hasta a admitir que el sucesor de Vallée era nada menos que el soberbio marqués Cinq-Mars, el hombre más hermoso y que más daba que hablar de todos los de la corte.

Cinq-Mars había sido el hombre de confianza y el protegido de Richelieu, que lo había presentado al rey. Cinq-Mars se sirvió de Richelieu como de palanca para conquistar una casi ilimitada influencia sobre Luis. Entonces trató de emplear su influencia para derrocar a Richelieu y hacerse nombrar primer ministro. Llegó hasta hace un pacto secreto con España para que le ayudara en ese sentido. Se hallaba en el pináculo de su dominio y de su poderío en la corte cuando se enamoró de Marion.

Cinq-Mars se enamoró locamente de Marion. A pesar de ser un hombre de mundo y de conocer pefectamente el pasado de Marion, su adoración llegó hasta hacerle proceder de la manera más insensata. Pidió a Marion que fuera su esposa. Y ella, porque le amaba, consintió en ello. Un casamiento público en aquel momento hubiera entorpecido sus planes políticos. Por lo tanto él y Marion se casaron secretamente. Y durante muy poco tiempo fueron delirantemente felices, con su oculta unión.

Después, apagándose el entusiasmo del primer momento. Cinq-Mars comenzó a dedicar más y más tiempo a la política y menos y menos tiempo a su hermosísima esposa. Marion sufrió esto sin protestar, hasta que su propio corazón comenzó a enfriarse en lo relacionado con su imponente esposo-conspirador. De pronto se enteró ella de algo que hizo que su declinante amor se transformara en terribles espasmos de violentísimos celos. A Marion le parecía muy natural que ella pudiese cansarse de cualquier hombre. Pero que un hombre tuviera la avilantez de cansarse de ella le parecía enteramente distinto.

Luisa de Gonzaga, una vistosa española que se hallaba en la corte de Francia, estaba metida en el complot de Cinq-Mars con España. Y Marion interpretó a su modo las entrevistas secretas de su marido con la hermosa española. Con los celos llegó la sed insaciable de vengarse del hombre a quien ella suponía falso. Y con esa sed llegó, en el mismo instante, el modo de satisfacerla.

El todopoderoso Richelieu se había dignado cortejar a Marion. Enamorada de Cinq-Mars, ella no se había fijado mayormente en él. En consecuencia, como sucedió con Vallée. Richelieu sintió que lo que había empezado como mero capricho tomaba todos los contornos de una avasalladora pasión.

Por fin Marion contestó sonriendo a las manifestaciones de su adorador el primer ministro y por último, no sólo cayó en sus brazos sino que celebró su adoración haciéndole un valioso obsequio. El obsequio consistió en las pruebas terminantes de todo el plan de conspiración tramado por Cinq-Mars.

Era casi tan seguro conspirar contra Armand de Richelieu como hubiera sido el ponerse a contar los dientes de una serpiente de cascabel y Cinq-Mars no tardó en convencerse de ello.

Richelieu enteró, al constantemente nervioso rey de la conspiración tramada con el concurso de España. Asustando a Luis con el fantasma de la posible conquista de Francia por los ejércitos de España, indujo al rey a ordenar la prisión del cortesano favorito.

Cinq-Mars fué procesado. Cuando se enteró de que su amada esposa en la que confiaba como en si mismo le había traicionado a sus enemigos no intentó defenderse y confesó su culpa. Fué decapitado. El agravio de Marion, real o no, quedó vengado así.

Orleans fué el notable de la corte que llamó después la atención de Marion. Pero en realidad, ella seguía siéndole fiel al siniestro Richelieu. Y a Richelieu llevó, — como lo hemos visto, — las pruebas de la conspiración de Orleans. Los conspiradores fueron castigados con mano de hierro y el peligro mortal que amenazaba a Francia y a Richelieu fué evitado, por segunda vez, por una mujer inteligente y hábil.

El tiempo pasó. Los encantos de Marion se acrecentaron en vez de decaer. Pero su poderío no. La fuente de ese poderío se secó. Richelieu murió. Y el mismo año, Luis XIII siguió a la tumba al genio que le había dominado tiránicamente y que, con ayuda de Marion Delorme, había librado a su reino de la destrucción.

El hijo del difunto monarca, Luis XIV, fué rey de Francia. Pero durante la minoría de edad del rey niño, Masarin, el discípulo de Richelieu, gobernó como primer ministro. Inmediatamente se alzó una facción contra Mazarín. La facción estaba encabezada por el popular duque de Condé.

Condé era el novísimo adorador de Marion. Su valor personal, su buen aspecto, y su popularidad, la fascinaron. Y Condé, por su parte, se sintió enteramente conquistado por la hermosa sirena.

Como antes, la sala de al casa de Marion fué el punto de cita de los que conspiraban contra Mazarín. Los dirigía Condé. Pero, por una vez en su vida, Marion fué leal. Fué leal con Condé y con sus secretos. Esto fué su perdición. Vendiendo a su adorador a Mazarín, hubiera reconquistado una vez más el poderío de que gozaba en tiempos de Richelieu. Pero fué leal y tuvo que pagar cara su lealtad.

La conspiración fracasó. Sus jefes fueron castigados o perdonados, según las conveniencias de Mazarín. Mazarín no necesita-

ba de Marion, cuya historia conocía perfectamente. Estaba enterado de que aquella mujer podía ser una amenaza para su ya inseguro gobierno.

Abandonada, sin nadie que la defendiera. Marion sabía lo que podía esperar. Sus mayores temores se cumplieron Mazarín firmó la orden para que la prendieran inmediatamente. Había contra ella pruebas suficientes para haber ahorcado a cien espías. Mazarín era implacable con aquellos a quienes odiaba.

En la suntuosa morada de Marion Delorme, entró un grupo de guardias de Mazarín, para prender a la desdichada mujer. Llegaron demasiado tarde.

Encontraron la casa hecha un desorden, llena de llorosos sirvientes. El oficial que mandaba a los guardias supo, por esos sirvientes, que le hablaron entre sollozos, que su hermosa patrona, enterada de que ellos llegaban, se había adelantado a la justicia tomando un veneno. Acompañaron al oficial al dormitorio de Marion. Allí, enteramente vestida, echada en su lecho tapizado de seda, estaba la mujer, muerta. Tenía todavía el rosro desfigurado por la mueca de dolor que habíale hecho hacer la angustia del veneno.

Al conocer la noticia de la muerte de la gloriosa sirena, todo París se conmovió. Los cargos contra ella fueron olvidados. Sus amigos desafiaron el furor de Mazarín y se encargaron de sepultarla y tributarle honras fúnebres.

El cortejo fúnebre partió, formado de solemnes coches de luto, entre una gimiente música, de la casa donde, durante tantos años, Marion había reunido una corte comparable a la del rey. Desde una casi cerrada ventana de aquella casa, una mujer miraba por una estrecha hendija y contemplaba el desfilar del fúnebre cortejo, melancólicamente, hacia la necrópolis.

Aquella mujer que miraba por la hendija de la ventana, era Marion Delorme. La muerte de una de sus sirvientas en las torturas de una fatal indigestión, le había inspirado la idea salvadora, al enterarse de que llegaban los guardias, de vestir a la desgraciada sirvienta con uno de sus lujosos vestidos. Confiaba, con razón, en lo desfigurado del rostro, para que no la reconocieran.

Esto pasaba en el año 1650, cuando Marion Delorme tenía treinta y siete años de edad. Bella aun, y todavía muy rica, y en el mediodía de su vida, estaba en libertad de vivir como se le antojara.

✣ ✣ ✣

Francia, claro está, no era donde le convenía residir. Huyó de París protegida por las sombras de la noche, y provista de un pasaporte falso, emigró a Inglaterra.

Una vez allí duplicó las conquistas que había realizado en Francia. El duque de Buckingham, varios años menor que ella, figuró entre los primeros que se rindieron ante sus encantos. Se asegura que quiso casarse con ella, pero su familia le amenazó de tal modo, que logró disuadirle. Un año, o poco más, después, se casó con un noble inglés y se dedicó a vivir honesta y tranquilamente.

Hubiera sido agradable despedirnos de nuestra heroína en esta época de placidez que venía a ser como un pacífico remanso, después de una vida de tempestuoso oleaje. Pero el tranquilo remanso no acogió durante largo tiempo a su frágil barquilla. Su esposo falleció.

Sintiendo nostalgia de Francia, — la dominación de Mazarín había pasado hacía ya tiempo, — Marion volvió a París. Pero ya no era el París de su triunfadora juventud. Tampoco era ella la triunfante Marion de otros tiempos. Después de un año o tal vez más, de buscar el modo de revivir sus pasadas glorias, se casó con un hombre que dirigía una especie de sociedad de bandidos.

Pretendió Marion que él y sus hombres la habían capturado durante un viaje y que él se enamoró de ella en cuanto la vió, dándole a escoger entre el cura que los casara o una bala de su pistola de arzón. La verdad es que su novelesco relato no consiguió reconquistarla su anterior popularidad. Como le había sucedido con casi todos sus varios y variados esposos, el nuevo marido de Marion murió antes de cumplirse un año de su casamiento.

✣ ✣ ✣

Envejecía, y sin embargo aun conservaba algo de su poder fascinador suficiente, al menos, para conquistar el corazón de Lebrun, el austero procurador de las finanzas del Franche-Compté. Se casó con él y vivió a su lado los siguientes veintidós años. Entones murió Lebrun, enteramente arruinado. Y la en un tiempo riquísima Marion, tuvo que hacer frente a la vejez en la mayor pobreza.

Ahora, llega la parte extraordinaria de este relato: Según ciertos datos y documentos franceses, Marion Delorme falleció, — en la pobreza que se ha dicho, — el año 1706, a la edad de noventa y tres años. Esto la hace aún más vieja, que la famosa Ninón de Lenclós, que murió a los noventa y dos.

Pero según otros y al parecer verídicos documentos, — a los que se une el testimonio de personas veraces, — vivió hasta el año 1741. Esto la hubiera dado no menos que ciento veintiocho años, en el momento de su muerte.

Esto parece absurdo, naturalmente. Y tal vez lo sea. Pero los documentos y los testimonios existen, tal como son. El lector puede elegir la opinión que mejor le parezca.

Si el dato es exacto, Marion Delorme estuvo más cerca de la inmortalidad terrenal que mujer alguna de su importancia. Quizás habiendo burlado una vez a la muerte en su propio entierro, en 1650, pudo engatusar al de la guadaña y consiguió que no pasase a buscarla hasta noventa y un años después... o quizás no



COSAS DE OTROS TIEMPOS

LA DESTRUCCION DE BUENOS AIRES

UNA antigua profecía dice que la ciudad de Buenos Aires ha de ser destruída por una inundación. ¿Es eso posible? ¿De dónde puede venir el caudal de agua que se necesitaría para causar esa catástrofe? El artículo que aparece a continuación trata de explicarlo en forma amena, recordando a la vez muy interesantes y novedosos, — por lo desconocidos, — detalles históricos.

DURANTE la espantable crecida del Río de la Plata, que allá por el año de 1858 de tal modo hinchó sus ondas que botaba yo al agua mis barquitos de papel frente a la Casa Cuna, llegamos a experimentar todos los porteños los terrores más espeluznantes. El agua subía y subía, como si el mar formase una barrera al caudaloso Plata, y el río iba elevando su nivel, como si la enormidad del caudal recibido hallara algún obstáculo insuperable que atajase su natural y ordinario curso.

—Cuarenta y dos cuartas subieron ya las aguas, — decía con su más tristón acento mi tío Belisario, — mirando desde lo alto de la barranca de lo que es hoy Avenida Montes de Oca, el inmenso mar que ante nuestros asombrados ojos se extendía.

Era un mar hasta con su correspondiente oleaje duro, recio, sostenido. Las ondas, barrosas en las primeras horas de la espantable inundación, fueron cambiando de tinte hasta tomar el color verduzco que proviene de la acumulación de plantas arrastradas por el empuje de la corriente, y aquellas floraciones flotantes fueron los indicios que sirvieron a los doctos, para deducir de dónde procedía el caudal que amenazaba sumergir a la ciudad entera bajo el alud de todas las aguas de la América del Sur, reunidas.

Los correntinos, los paraguayos, alguno que otro misionero, y más de un hijo de las provincias del Brasil que lindan con el caudaloso Paraguay, eran como oráculos a los que la acongojada opinión pública pedía datos, esperanzas, ideas que permitieran calcular la magnitud del desastre en perspectiva.

—De lejos, de muy lejos, vienen estos yuyos, — murmuraba un asunceño morocho, renegrido, de lacio cabello y espigada silueta. — Son de más allá, de mis pagos...

—Y cómo no, mi amigo,—le interrumpió un botero cuya indumentaria y acento denotaban a la legua su procedencia correntina.— Sólo en las largas navegaciones por los riachos del Alto Paraguay se puede ver yacarés como los que ahora nadan por las calles de la ciudad.

—¡Cebones se pondrán en el barrio de las Barracas, pues no hay rancho donde no haya quedado algún cristiano ahogado, sin poder decir Jesús ni saltar siquiera de la cama!

La consternación era general y el espanto infinito, sin que se vislumbrara esperanza alguna de mejoramiento en tan terrible situación. Dos días hacía ya que el río había empezado a decir "aquí estoy yo", y desde entonces no había suspendido su movimiento ascensional ni un solo instante.

Las autoridades se declararon vencidas ante la magnitud del fenómeno. Los auxilios a los ranchos anegados resultaron ineficaces, pues la extensión abarcada por el siniestro era de tal importancia que sólo disponiendo de una numerosa flota hubiera podido remediarse en parte una desventura como aquella.

El público se entregó a lo que se entrega siempre en los momentos supremos, a rogar a Dios que lo sacara del compromiso en que la naturaleza o la falta de previsión del vecindario habían puesto a la ciudad.

Se llenaron las iglesias y muchos de los que pretendían antes no creer ni en Dios ni el diablo, rezaban fervorosamente implorando una rápida bajante que tranquilizara sus acongojados corazones.

Pero cuando menos pudiera imaginarlo el vecindario, fué de la iglesia misma de donde salió la más aterradora noticia. Dijeron algunos en un principio, que sólo se trataba de asustar al vecindario, pero después entró en juego la tradición y luego la historia documentada vino a fortalecer las primeras impresiones y el horror llegó a su colmo; no hubo nadie en todo Buenos Aires que no temblase por su vida.

La negra Remigia era la única que había conocido a la santa madre Antonia de la Paz, la fundadora de nuestra Casa de Ejercicios, en los tiempos muy lejanos en los cuales había vivido la viejísima y devota morena. La negra Remigia no sólo era carne y uña de la aludida santa, — que no llegó a serlo porque

el papa no quiso beatificarla, por ser criolla, y porque influyó el rey de España, según decía la negra.—Lo bueno del caso era que la negra Remigia, con una memoria asombrosa, recordaba las profecías de la madre María Antonia de la Paz, mil y mil veces repetidas por ella ante la esclava sirvientita.

Y las profecías eran como para espantar al porteño más valiente.

"Esta ciudad debe desaparecer del mapa, por efecto de una terrible inundación, porque Dios, ofendido por los muchos pecados de los pobladores de esta sibarítica y viciosa urbe, repetirá aquí uno de los actos del Diluvio Universal.

"Para eso no tendrá más que hacer que soplen fuertes vientos, allá arriba en la región donde las aguas del Amazonas, del Orinoco y del Paraguay casi se juntan. El viento empujará esas aguas y todas correrán hacia Buenos Aires ocultando a la ciudad bajo quince codos de espesor de líquido."

—¡Unicamente los que, como Noe, tengan fe en la Divinidad y en la madre María Antonia, — decía la desdentada viejísima negra, —podrán salvarse de la ruina que nos amenaza, como justo castigo a nuestras liviandades!

—Pero diga, doña Remigia: si tienen mucha fé ¿por qué no hacen un arca y se salvan?—preguntó un orillero, burlón y descreído.

—No, mi hijito, el que tenga fe empezará por hacer un bote, o arreglarse un arcón para poder pasar cuando suba más el agua. ¡A Dios rogando y con el mazo dando! ¡Ayúdate y Dios te ayudará!

Mi tío Belisario era hombre con gran apego a la piel, y aunque frisaba en los sesenta, no estaba dispuesto a dejarse ahogar.

—Vamos, — dijo tomándome de la mano —déjate de echar barquitos de papel a este mar que parece se haya formado sólo para que te diviertas y lleguémonos a casa de ño Trinitario, el carpintero de ribera que es el que sabe más de todas estas cosas del río de la Plata. El nos dirá si es necesario hacer o no un armatoste cualquiera para flotar, si el río sube hasta llegar a la cúpula de Santo Domingo.

Trabajo nos costó entrar en casa de ño Trinitario. El hombre estaba como secuestrado desde que empezó a correr la voz de la extraña profecía de la madre Antonia de la Paz, pero en cuanto supo, por su consorte, que se trataba de nosotros, nos hizo entrar en su casa no sin desatrancar la puerta que estaba muy sólidamente cerrada.

—¿Cómo ha amanecido don?—preguntóle mi tío, para entrar en materia.

—Calafateando esta arquilla, añadiéndole unos flotadores, poniéndole una especie de balancín para sostener el equilibrio, mientras mi mujer amasa empanadas y pan, por lo que pueda suceder, y los chicos fabrican un hornillo con una olla y barro. ¡Oye, tú, tráeme esa tina! Ajajá, — continuó ajustando el medio barril a un arcón muy grande. — Aquí caben dos niños.—añadió.

Yo miraba todo aquello con la mayor curiosidad. "¡Qué lindo,—me dije,—cuando suba más el agua y se metan los chicos ahí dentro y remando, aunque sea con las manos, vayan por esas calles burlándose de las señoras que lloran y miran por las ventanas y desde las azoteas!"

Tío Belisario se había puesto serio, muy serio. Después de un momento de silencio preguntó a su amigo:

—¿De modo que la cosa es grave? ¿Crees tú en las profecías de la madre María de la Paz?

—¿Y cómo no creer? El puro evangelio, mi amigo. Un día u otro tiene que llegar...

—¿Y debo hacer como tú? ¿Debo preparar algo para navegar por esas pampas?

—No corre apuro. Tu casa está vara y media más alta que la mía y es de ladrillo del que se hizo en aquellos sesenta hornos con que la ciudad contaba en 1730, cuando un padre jesuita construyó el horno más grandote que he conocido yo, para las obras de iglesia de San Ignacio. Puedes dormir tranquilo con tal que hagas un rancho en la azotea.

El rostro de mi tío se serenó como por arte de magia. Yo salté de gozo, pues vivir en un rancho en la azotea de la casa me parecía una verdadera delicia. Hasta pensé que aquello sería algo así como cosa de las aventuras del aquel señor Robinson que tío había leído y de las que me contaba muchas cosas, algunas noches, hasta que me quedaba dormido para soñar con Viernes y el loro.

—Ayúdame a colocar una tina más en este aparato flotante. Hay ocasiones en que una familia demasiado numerosa es una molestia... ¡Así! ¡Eso es! Ten firme mientras yo arreglo todo esto. Vas a ver: trae la estopa y la pez, bien caliente.

—Pero dime la verdad, Trinitario, ¿crees tú en las profecías de la santa?

—¿No te dije que sí?—replicó sonriendo socarronamente el calafate, sin dejar de pegar mazazos.—¡Sabía mucho la buena madre María de la Paz! ¡También sabe la negra Remigia, y saben los curas y todos los que hablan de las profecías de aquella santa!

—Bien veo que las tienes por ciertas,—le interrumpió mi tío.

—¡Poco a poco. Por ciertas no, como posibles sí. Por eso me preparo. Por eso, aunque me regalaran un palacio, no viviría en la antigua Calle Larga, ni media vara más abajo de la barranca grande. Los conventos, mi amigo, — decía el calafate sin interrumpir sus tareas y hasta obligando a que mi tío le sirviera de ayudante, — los conventos y la gente de iglesia tienen gran ventaja sobre nosotros, y por eso nos dominarán siempre. Saben mucho más que el resto de la gente y en eso está su influencia. No se puede decir que mueran nunca. Los frailes resolvieron el problema de ser inmortales. Lo que estudió el padre Juan allá en tiempo del rey Perico, lo aprendió luego de él el hermano Ambrosio y lo repitió en tiempos de la reina

Tecla. No cambia, nada; nada desaparece en las comunidades religiosas. Sigue siempre la misma disciplina, el mismo espíritu, una alma misma y esto los hace grandes y poderosos, después de empezar por hacerlos sabios y conservadores de todas las experiencias de los muertos.

Revolvió un momento la pez caliente y prosiguió:

—Tuve que sacar unos raigones en nuestro río de las Conchas hace ya como unos treinta años, y nadie, nadie en toda la ciudad supo jamás qué maderos eran aquellos, ni para qué, ni quién los clavó tan fuerte y tan hondo ni cómo se pudo ejecutar una obra como aquella. Los doctores que vi y los eruditos que consulté no sabían nada. Decían que debían estar allí por arte del diablo, y no se habló más del asunto. Pero un día un frailecito de Santo Domingo acertó a pasar por aquellos sitios, cuando más atareados estábamos en la dura faena. Apeóse de su mula, en la que andaba, pidiendo lismonas por las chacras y se acercó a ver en qué nos ocupábamos. "¡Pobre capitán Tristán de Tejada! — dijo el fraile persignándose devotamente.— ¡Quién te dijera que iban a destruir así el rastro último de tu molino!" ¿Molino? Pues sí, era verdad. Entre todos los sabios no supieron comprender que aquello era lo que quedaba de la especie de turbina de dura madera, el rodete de un molino harinero de los del antiguo tiempo. "¿Cómo sabe que esto es un molino, hermano?" — preguntéle sorprendido. "¡Pero y quién no sabe esas cosas? ¿Qué porteño ignora quién era nuestro molinero aristocrático y nuestro celebérrimo explorador? ¿Quién no está enterado de sus viajes por los rincones desconocidos de la América del Sur, donde se juntan las cuencas de los tres más grandes ríos de este continente?"

Ño Trinitario descansó un momento y continuó:

—Arreó el fraile su mula, y saludándonos con una bendición, se alejó de aquellos parajes, mientras continuamos sacando palas medio podridas, estacas como vigas del techo de una catedral y paletas y más paletas, de unas cosas que no podían ser sino los trozos de un rodete hidráulico. Después de explicármelo el fraile, lo veía todo palpable y clarito como el agua del aljibe. Nunca he andado mal con los frailes, pues los admiré siempre por su gran saber, y también los estimé porque cuando convidan a comer a algún amigo, lo tratan a cuerpo de rey. Hará de esto unos doce o quince años, llegó a Buenos Aires un barco paraguayo con la más extraña de las averías y entonces recordé lo que el fraile de la mula me había dicho y fuí a ver a un reverendo amigo, a quien expuse el motivo del asombro de todo el gremio de la gente ribereña de estos lugares, ante aquella avería. La cosa era como para volverse loco. Un yacaré raro, enorme, descomunal, con dientes como ningún yacaré nuestro los tuvo nunca, había mordido a un marinero en el momento en que estaba sentado con las piernas colgando por la borda. El infeliz desapareció, pero en la banda del barco quedaban las señales de unas dentelladas jamás vistas por marino alguno de nuestros ríos. "¡Pero si el animal que ha hecho eso no ha sido nunca yacaré!" — exclamó el fraile en cuanto vió la tabla. "¿Quién dijo que fué un yacaré?" "No sé, — dije. — No sé... Dicen, dicen que unos doctores y que se comió al marinero". "¡Qué se lo iba a comer! Se lo comería otro animal. El que dió esa fiera dentellada fué un inofensivo manatí, animal al que llaman vaca marina. A que había pasto o algo verde sobre cubierta, ¿eh?" "¡Pero padre! — exclamé.— ¡Una vaca marina en el Alto Paraguay! ¿Cuándo oyó su paternidad decir semejante cosa? ¡Si esos son animalotes que sólo viven en el Amazonas, según cuentan". "Pero señor calafate, — me replicó el religioso, — ¿y quién le ha dicho que el Amazonas y el Paraguay no son la misma cosa? ¿De dónde sacó que las dos corrientes no se comunican?" "¿Que se comunican esos dos ríos?" ¡Y los dos con el Orinoco!"—agregó sonriendo el fraile, mientras se atasaba la nariz de rapé.

—¿El Orinoco? — dijo mi tío.

—Sí, el Orinoco. Yo no sabía ni dónde cae ese río, pero debe ser muy lejos, más allá de las fuentes del Paraguay, porque yo conozco el nombre hasta el último riacho de los que vierten hacia acá sus aguas.

—¿Qué dijo luego el fraile? — preguntó mi tío.

—Pues riendo, al ver mi ignorancia, dijo: "Veo que para maestro de ribera no sabe lo más importante de su oficio. Desde Buenos Aires se puede navegar hasta el Mar de las Antillas, por el interior del país, para ir a desembocar por la boca del soberbio Orinoco"...

—¿En el Mar de las Antillas, allá cerca de Cuba, la isla de los negros y del buen tabaco? — exclamó mi tío. — ¡Se burlaría el fraile!

—¡Nó, señor! "No ponga esos ojos de espanto, — me dijo el buen dominico. — Se trata de la cosa más natural del mundo. Al mismo tiempo que allá por los años del Señor, de 1560, nuestro Nuflo de Chaves organizaba en la Asunción del Paraguay su famoso viaje en el que remontó el Pilcomayo, para recorrer luego todo el país que queda entre éste último río y el Mamoré, en busca de aquel fantástico ElDorado que tantas locuras provocó y tantos y tantos miles de leguas ayudó a explorar y descubrir en aquellos mismos años; en ese mismo año salían de Mayabamba, en el norte del Perú, aquellos calaveras y gente de armas tomar, locos y desalmados que al mando de Pedro de Ursúa se proponían explorar la cuenca del Amazonas y encontrar por aquellos sitios el mismo ElDorado que Chaves iba bus-

cando por los llanos de lo que es hoy Bolivia. El día primero de julio del año mencionado, llegaron los expedicionarios al Marañón, o Alto Amazonas. Allí construyeron barcos en los que se lanzaron río abajo. No se ha visto en todo lo aventurero, y emocionante de la Historia Americana, una serie de trapisondas, crímenes, amoríos, luchas, heroicidades y tragedias, como en aquella excursión por lo más intrincado de desconocidas selvas, por los más pantanosos países, y los más ocultos y majestuosos ríos. Pedro de Ursua murió a manos de sus camaradas, — agregó el dominico, — y nombraron a uno de ellos príncipe de aquel ejército de mozos fieros y valientes, pero merecedores todos ellos de la horca. El elegido príncipe murió a manos de sus súbditos, y un jorobado llamado Aguirre se erigió en tirano y señor de aquella tropa de valientes que no teniendo a quien matar en desiertos semejantes, se asesinaban los unos a los otros con empeño incomprensible. Fernando de Guzmán, el príncipe del ambulante reino, cayó bajo los puñales de sus compañeros, que contaban con la complicidad de Inés de Atienza, de la que el desventurado estaba enamorado. Entonces el jorobado Aguirre declaró la guerra al rey de España, y salió con su mesnada de asesinos con rumbo al mar, para ir después al Perú a declararse independiente y fundar una soberanía americana".

—¡Qué narración asombrosa! — exclamó mi tío interrumpiendo al calafate.

—Pues aun falta algo,—dijo ño Trinitario. — El buen fraile agregó después: "No hay que olvidar que toda aquella pandilla de foragidos salió del Perú, y bajó al Marañón por el Huallanga. Pero ahora verá cómo pasaron de una cuenca a otra y cómo resolvieron gran parte del gran problema geográfico de la navegación interna de toda esta América del Sur. Marañón abajo siguieron sus bajeles. Los que los mandaban esperaban salir al Océano por la desembocadura del inmenso río explorado ya por Orellana, pero de improviso se vieron en pleno Mar Caribe ante la isla Margarita, a centenares de leguas del lugar donde imaginaron, y naturalmente todos sus planes se frustraron a consecuencia de ese inexplicable error en sus rutas de viaje." "¿Cómo pudo realizarse tan asombroso milagro? De qué modo, descendiendo por el Amazonas, se hallaron en las bocas del Orinoco?"—pregunté yo.—"Subiendo por el Río Negro hasta el Casiquire y por éste, verdadero brazo de unión del Orinoco y el Río Negro, fué por donde pasaron de una a otra cuenca, sin darse cuenta de que les sucedía semejante cosa. Ahora, siga usted mi razonamiento,—decíame el fraile, y digo yo para explicar la profecía de la madre María Antonia de la Paz,—prosiguió el calafate sin dejar de darle ni a la lengua ni a los mazos.—Nuestro Nuflo de Chaves fundó Santa Cruz de la Sierra, instalando el poblado donde quisieron los fundadores. Pero, como parece que aquellos buenos señores no eran pájaros muy recomendables, el virrey Toledo les ordenó que levantaran el campo y crearan el pueblo en sitio más cercano, a fin de poder vigilarles mejor. No dicen las crónicas de la época si temían los pobladores de la primitiva Santa Cruz los rigores del virrey o no. Lo único que se sabe es que en 1575 algunos vecinos de la ciudad citada determinaron desobedecer la orden de trasplante de su villa y prefirieron ir a España y presentar al rey la correspondiente queja. Lo cierto es que, desde los llanos de Manso, en cuyas cercanías estaban los nuevos colonos, a Cádiz, es casi lo mismo ir por el río Amazonas que hacer el viaje por el Paraguay hasta Buenos Aires y de aquí poner proa al viejo mundo. Como gente de energía y aventurera, eligieron el más difícil de los dos caminos. El caso es que, habiendo salido de la Asunción, y remontado los ríos hasta llegar a las proximidades de lo que es hoy Trinidad del Beni, aquellas gentes construyeron un barco y lo botaron al agua al llegar la época de las grandes lluvias que convierten en lago aquellas llanuras. Siguieron aguas abajo por el laberinto de riachos, canales, esteros, lagunas y cauces que llevan las lluvias de todas aquellas regiones ya a una ya a otra cuenca según el capricho de los vientos o de las dificultades que la naturaleza interponga en su curso. Por fin llegó a Cádiz aquella estupenda peregrinación de aventureros salidos de Trinidad varios años antes, en su barco construído en las pampas de Manso, en lo más escondido de la América del Sur, y en sitio donde no se le ocurriría a nadie pensar en hacer construcciones navales para cruzar en ellas el Atlántico. El fraile dominico, después de explicarme todo eso, me dijo: "Ya ve, amigo, cómo se puede navegar desde la desembocadura del Plata a la del Orinoco." "Entonces, padre, — pregunté admirado y más preocupado que nunca por la posibilidad de qué se llegase a realizar la profecía de la madre María de la Paz. —¿Es posible que todas las aguas de toda la parte central de América vengan un día a inundar a nuestro estuario?" "Imposible no es, pero entra eso en la esfera de lo que no debe inspirarnos miedo alguno, por mas que no le negaré que todo lo que se está edificando en la parte baja de la ciudad tal vez se vea algun día convertido en guarida de yacarés y de bichos amazónicos." ¡Oh!—terminó el calafate.—¡Sabía mucho la madre profetisa! ¡Saben mucho los frailes!

* * *

Era yo hombre hecho y derecho cuando la gran riada de 1878 volvió a aterrorizar a la ciudad. Para darme tono de sabihondo repetí lo oído al calafate, y, contra lo que esperaba, pude darme cuenta de que la explicación científica aterrorizaba más al auditorio que las profecías de la madre María Antonia de la Paz. Cuando admirado por semejante descubrimiento pregunté a mi novia cómo tenía ella más fe en las palabras de una religiosa que en las explicaciones de los sabios, pude

escuchar una contestación que me dejó pensativo.

—Mira,—dijo la acongojada joven,—junto con lo profetizado por la monja María de la Paz, llegan a mí palabras de consuelo, mientras que lo dicho por los geógrafos no tiene atenuante de ninguna clase para mis temores.

—Unos y la otra vienen a decir lo mismo. La diferencia única consiste en que unos atribuyen la posible inundación a causas naturales, precisas, matemáticas, y la otra lo dice por pura voluntad propia.

—Pero agrega que si soy buena y no falto a ninguno de mis deberes, si cumplimos con nuestras obligaciones, la amenaza no se realizará jamás. En cambio, la virtud no tiene estímulo si nos entregamos al fatalismo científico, ciego y demoledor de alegrías y esperanzas. Cuando tengamos hijos déjales creer en que la virtud puede atenuar las amarguras de la vida.

Y desde aquel día soy uno de los que nunca discuten si tenía o no razón la Madre María Antonia de la Paz en sus profecías respecto a la desaparición de Buenos Aires, bajo el manto líquido de una terrible y extraordinaria inundación.

Lo que pensaron los grandes hombres de la historia

El más infeliz de los hombres, es aquel que no sabe soportar la desgracia.—Bias.

✣ ✣ ✣

Si encuentras varias mujeres riñendo, sigue tu camino sin detenerte.—Pitágoras.

✣ ✣ ✣

No digas jamás lo que vas a hacer, porque si no lo realizas quedarás en ridículo. —Plutarco.

✣ ✣ ✣

La pasión es una conmoción del alma, opuesta a la recta razón por la naturaleza.—Zenón.

✣ ✣ ✣

La palabra se ha dado al hombre para que pueda ocultar y disimular su pensamiento.—Talleyrand.

✣ ✣ ✣

El choque de las opiniones es necesario para encontrar la luz; el choque de las pasiones, al contrario, sólo puede traer confusiones y turbulencias.—Sismondi.

El azar hace los hermanos y la virtud los amigos.—Dorat.

✣ ✣ ✣

El orgullo nunca quiere deber y el amor propio nunca quiere pagar.—La Rochefoucauld.

✣ ✣ ✣

No avergonzarse nunca del nombre de su padre, es la nobleza del plebeyo. — Lamartine.

✣ ✣ ✣

La ignorancia y la tontería son siempre compañeras inseparables.—Volney.

✣ ✣ ✣

El hambre mira a la puerta del hombre laborioso, pero no se atreve a entrar.—Franklin.

✣ ✣ ✣

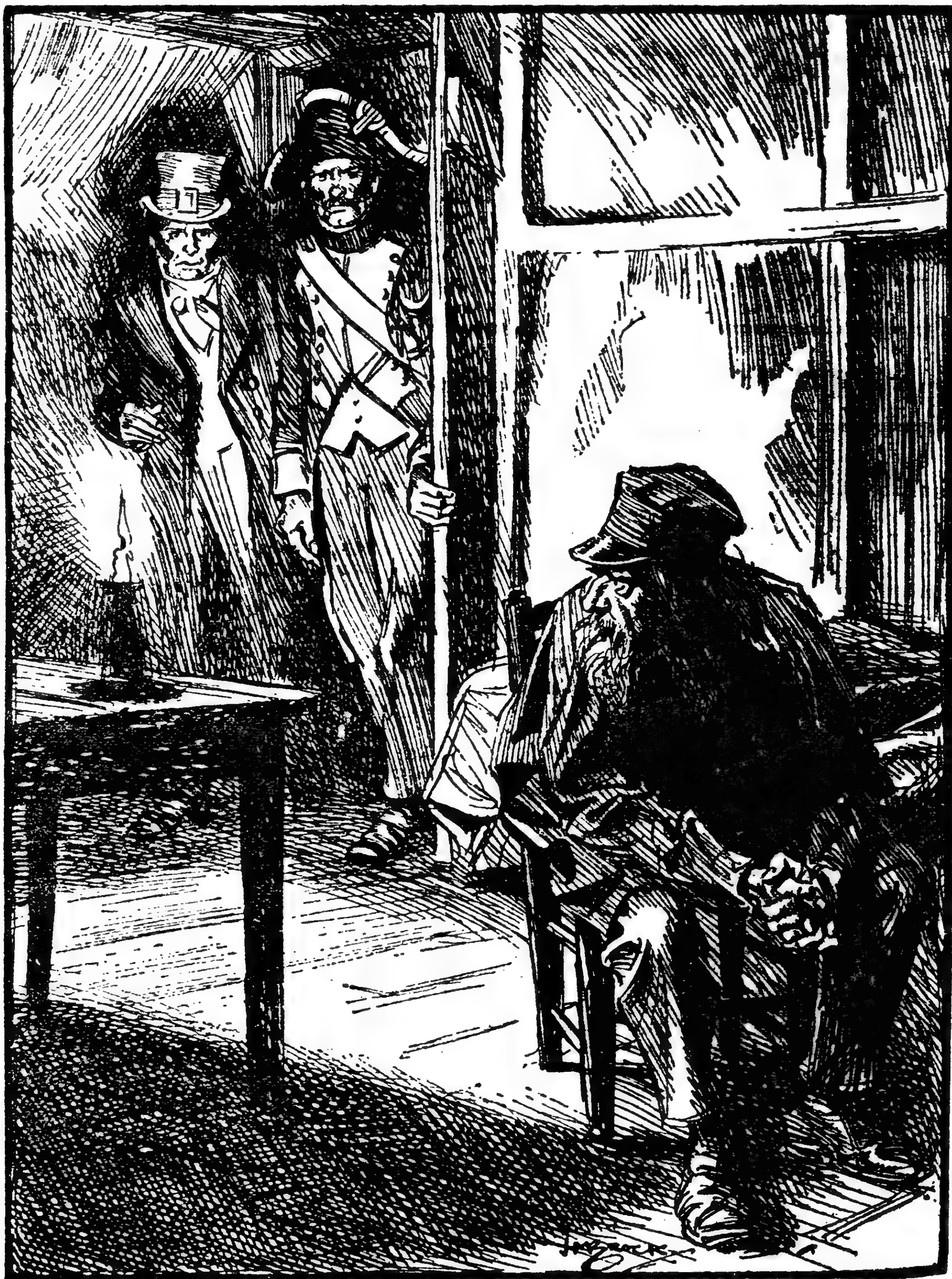
Si no hubiera intereses, no habría infamias.—Richelieu.

✣ ✣ ✣

La fama sólo toca su trompa sobre las víctimas o sobre las sombras.—Virgilio.

Las ediciones de PUCKY se agotan por completo

La edición del número 9 de PUCKY se agotó,—a pesar de haber aumentado el tiraje,—tan rápidamente, que han sido bastantes las personas, lectores habituales de este magazine, que no pudieron comprar ese número y que se dirigieron a la administración, que tampoco pudo servirles, porque no quedaba ni un solo número disponible. Esa circunstancia obliga a PUCKY a advertir a su favorecedores, que, — aun cuando se procurará que no falten ejemplares,—tomen la precaución de encargar de antemano su número al vendedor, para evitarse la desagradable sorpresa de pedir PUCKY y encontrarse con que se ha agotado.



El hombre que estaba allí, solo, en la habitación donde yo había esperado ver a Teodoro y a Carísimo, tenía una poblada barba de tono rojo oscuro. Vestía una larga blusa azul y tenía puesta una gorra de visera. Bajo la gorra se veían las greñas de su cabello, del mismo color de la barba. ("La ingratitud de Teodoro" Pág. [illegible]).



La Ingratitud de Teodoro

por la Baronesa Orczy

DESDE el primer día que le conocí, me dí cuenta de que Teodoro era reservado y socarrón. Pero tuvo que pasar algún tiempo antes de que me pudiese convencer de que era realmente un monstruo de ingratitud. Me engañó en un asunto de un documento secreto y trató de burlarme en el caso de la pulsera de mademoiselle Mars. Y figúrese usted, señor, yo había recogido a aquel hombre de la mismísima calle, no metafóricamente, sino realmente. Le encontré un día, acurrucado en un sombrío rincón de la calle Blanche, helado, señor, muerto de hambre, implorando la caridad pública y sin tener entre él y la muerte por inanición, nada más que la poco importante suma de veinte céntimos. Y yo, señor, yo Héctor Ratichón, el confidente de dos reyes, tres autócratas y un emperador, acogí al hombre aquel en mis brazos, le alimenté, le vestí, y le confié el puesto de secretario en mis intrincados, delicados e inmensamente importantes negocios; y lo hice asignándole un salario que, en comparación con sus veinte céntimos, debía haberle parecido principesco.

¡Y a pesar de todo eso!... ¡Pero usted va a poder juzgar!

En aquellos días estábamos muy pobres. Pero pobres, señor, como usted no puede darse una idea. La carne, en París, en el otoño de 1816 costaba ocho francos la libra y la leche un franco la media pinta. Y sin embargo yo alimenté a Teodoro; sí, señor, le dí de comer. Compartía conmigo unos exquisitos pasteles de cebolla, sabrosas salchichas y jugosos "entrecotes". Además, y que eso no se le olvide a usted, tenía asegurado por contrato, el diez por ciento de todas las entradas que tuviera la firma.

Y sin embargo, créame, señor, aquel hombre no quería conducirse bien. Innumerables veces trató de engañarme a pesar de que en una o dos ocasiones que lo había intentado salió bastante mal de la tentativa.

En los últimos tiempos, además, se había vuelto altanero e independiente. No quería estar entregado a su trabajo. Su obligación era barrer la oficina, y no la barría; encender el fuego, y yo tenía que encenderlo todas las mañanas; permanecer en la antecámara para hacer pasar a los clientes, y no estaba nunca en su puesto. En realidad, no estaba nunca cuando lo necesitaba; se pasaba la mañana, la tarde y la noche fuera de casa y no venía, señor más que para comer y dormir. Yo estaba pensando seriamente en rescindir el contrato y despedirle.

Pero, un día, desapareció. Sí, señor, desapareció por completo, tal como si la tierra se lo hubiera tragado. Una mañana, — era a principios de Diciembre y el frío era terrible, — llegué a la oficina y me encontré con que nadie había dormido en el diván de la antecámara. Ni siquiera habían tendido las cobijas sobre el mueble. En la alacena encontré los restos de un pastel de cebolla, media salchicha y un cuarto de litro de vino, lo que demostraba terminante que Teodoro no había estado a cenar.

En el primer momento el caso no me preocupó mayormente. Teodoro tenía una especie de escuálido domicilio propio, junto con su anciana e indescriptible madre, la que le convidaba a beber cada vez que él la visitaba y ella o él tenían un franco en el bolsillo. Sin embargo, después de esos desahogos de filial amor, siempre regresaba a dormir la borrachera a costa mía y en mi oficina.

Tenía, infortunadamente, muy poco que hacer aquel día así que al anochecer, no habiendo visto a Teodoro en todo el día, dirigí mis pasos hacia una casa situada detrás del mercado de pescado, donde vivía la madre de aquel ingrato desaparecido.

La sorpresa de la mujer cuando le pregunté por su precioso hijo fué indudablemente verdadera. Sus lamentaciones y sus lágrimas de cocodrilo, no. La mujer trascendía a alcohol y la habitación donde vivía estaba horriblemente sucia. Le ofrecí un franco si me daba noticias auténticas de Teodoro, sabedor de que por esa suma hubiera vendido a su hijo al diablo. Pero no debía saber absolutamente nada sobre su paradero, así que muy pronto salí de su habitación deseando abandonar lo antes posible aquella atmósfera. Había comenzado a tener miedo de un contagio

Me pregunté si sería posible que alguien lo hubiera asesinado en alguna callejuela y si en realidad yo iba a echarlo mucho de menos.

Confieso que me pareció que no.

Además nadie podía tener ganas de matar a Teodoro. Era inofensivo y con seguridad no poseía nada que se le pudiera robar. Yo.

aun cuando no tenía mayor simpatía por el hombre, no me hubiera tomado la molestia de matarle.

Sin embargo, me hallaba indudablemente angustiado a tal punto que dormí poco aquella noche, pensando en el desdichado. Cuando, la mañana siguiente llegué a mi oficina no ví tampoco el menor rastro de él. Pensé seriamente en dar parte a la policía.

Entonces, precisamente, ocurrió un hecho que arrojó de mi mente todos los pensamientos relacionados con un personaje tan insignificante como Teodoro.

Acababa de terminar la limpieza de la oficina cuando se oyó llamar enérgicamente a la puerta exterior. El llamado se repitió una y otra vez con intervalos de veinte segundos o cosa así. Dirigí una mirada en redor para cerciorarme de que no quedaba en sitio visible ningún resto de pastel de cebolla, de salchicha o de vino barato y me dispuse a ir personalmente a abrir la puerta para que penetrara el impaciente visitante.

Cuando abrí la puerta me quedé enteramente atónito. Yo había visto muchas mujeres hermosas en mis tiempos; grandes señoras de la corte, brillantes damas del Consulado, el Directorio y el Imperio, pero nunca, en toda mi vida, había visto nada tan exquisito como aquella esplendorosa aparición, que pasó por la antecámara, dirigiéndose a mi modesta oficina.

El corazón de Héctor Ratichón ha sido siempre sensible a los encantos de la belleza en desgracia, señor. Aquel ser encantador que a una indicación mía, entró en mi oficina y se sentó con gracia infinita en la butaca, se conocía que sufría a consecuencia de una desgracia. De las pestañas de sus bellos ojos colgaban lágrimas y el pañuelo de manos, un encanto de encaje que tenía en su bien formada mano, estaba empapado. Tardó dos minutos en recobrar aliento y cuando se hubo secado los ojos dirigió toda la artillería de su hechicera mirada hacia mí.

—Señor Ratichón, — empezó, antes de que yo tuviera tiempo de haber adoptado mi acostumbrada actitud y mi sonrisa insinuante que inspira intantáneamente grandísima confianza al que trata conmigo, por tímido que sea. —Señor Ratichón, me han dicho que es usted tan hábil y tan astuto... ¡y me hallo en un apuro tan grande!...

—Señora, — dije yo con noble sencillez, —puede usted confiar en que haré lo imposible por complacerla.

—Es usted muy amable, señor Ratichón, —prosiguió la bellísima dama un poco más tranquila, — pero necesitará poner en juego todos los recursos de su extraordinario cerebro para auxiliarme a mí en este caso. Estoy luchando, prisionera de la garra del implacable destino, que se propone desgarrarme el corazón.

—Usted me manda, señora, — dije yo con aplomo, inclinándome galante.

De la más bonita y vistosa de las carteras, la hermosa señora sacó un trozo de papel muy grasiento y muy sucio y me lo entregó expresando una breve petición.

—Ruego a usted que lea eso, mi buen señor Ratichón.

Tomé el papel. Estaba mal redactado, mal escrito, con mala ortografía y pedía cinco mil francos. En caso de no entregarlos, lo que la dama había perdido, sería destruido.

Miré, intrigado, a mi hermosa cliente.

—Mi adorado Carísimo, estimado señor Ratichón, — dijo ella en contestación a mi muda pregunta.

—¿Carísimo? — tartamudée más intrigado todavía que antes.

—Mi querido favorito, un ser valiosísimo, el compañero de mis horas solitarias,—añadió ello volviendo a llorar a lágrima viva.— ¡Si lo pierdo se me hará trizas el corazón!

Comprendí, por fin, de qué se trataba.

—¿La señora ha perdido su perrito?— pregunté.

Ella inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Se lo robó uno de esos hábiles ladrones de perros que los roban para después someter a un infame chantage al desdichado propietario?—pregunté.

Ella volvió a mover la cabeza, diciendo que sí.

Leí la sucia y casi ilegible misiva una vez más, con mayor atención esta vez. Era una atrevida notificación dirigida a la señora condesa de Nolé de San Pris, comunicándole que su perrito Carísimo se encontraba por el momento sano y en seguridad, y sería devuelto a los brazos de su adorada patrona siempre que la suma de cinco mil francos fuera depositada en manos del portador de la misiva.

Daba detalladas indicaciones sobre dónde y cuándo debía ser depositado el dinero. La señora condesa de Nolé debía, — en el tercer día siguiente al de recibir la carta, a las seis de la tarde, én punto, — ir en persona y sola a la esquina de las calles Guenegaud y Mazarine, a espaldas del Instituto. Allí se encontraría con dos hombres, uno de los cuales tendría a Carísimo en brazos; al otro debía entregar ella el dinero y, en cuanto lo hubiera entregado, su favorito le sería devuelto. Pero si no acudía a la cita, o en el interin intentaba buscar al que había escrito la carta o hacerle preparar una encerrona por la policía, Carísimo moriría rápida e inmediatamente.

Esta era la táctica usual de los experimentados ladrones de perros, pero en el caso presente la demanda de dinero era exorbitante. ¡Cinco mil francos! Pero aun así...

Dirigí una mirada significativa a la hermosura que estaba ante mí, —a sus anillos con piedras preciosas, los aros que colgaban de sus sonrosadas orejas, el abrigo de pieles valiosísimo, — y con un expresivo encogimiento de hombros, devolví el sucio papel a su encantadora destinataria.

—¡Ay, señora! — dije. — Temo que en estos casos no haya nada que hacer. Si usted quiere salvar a su favorito, tendrá que pagar...

—¡Pero, mi estimado señor, — replicó

ella con un suspiro que hubiera ablandado a un corazón de piedra, — esa es, precisamente, mi dificultad! ¡No puedo pagar!

—¡Oh, señora! — protesté.

—Si yo tuviera dinero mío, — prosiguió con un adorable gesto de impaciencia,—no me importaría nada. Pero es el caso que no tengo ni un solo franco que pueda llamar mío. El señor conde, mi esposo, es más que generoso. Paga todas mis cuentas sin pestañear: las de la modista de vestidos, de la modista de sombreros, del peletero, del joyero... Me carga de regalos valiosos y gasta prodigamente el dinero en obras de caridad que hace en mi nombre. Tengo caballos, carruajes, criados, todo lo que puedo desear y más aun, pero nunca tengo más que unos centenares de francos en dinero. Hasta ahora no he sentido jamás la necesidad de dinero. Hoy, que he perdido a Carísimo, siento con toda intensidad el horror de mi triste situación.

—Pero con seguridad, señora, — manifesté, — el señor conde...

—No, señor, — replicó ella sin dejarme terminar la frase. — El señor conde se ha negado terminantemente a abonar un solo franco a esos abominables ladrones, por la devolución de Carísimo. Ha dicho que su pedido es un chantage y ha jurado que dar dinero a esos pillos es animarlos a continuar en su nefasta práctica. ¡Oh! Ha sido cruel conmigo. Por primera vez desde nuestro casamiento, mi esposo me ha hecho desgraciada, y si pierdo ahora a mi favorito se me desgarrará el corazón.

Permanecí en silencio uno o dos minutos. Comenzaba a preguntarme qué papel esperaba la condesa que desempeñara yo en la tragedia que desarrollaba ante mí aquella criatura con tantos encantos, pero sin dinero.

—Señora condesa, — manifesté tímidamente, después de una pausa, — usted debe tener joyas valiosas que no se pone nunca... cinco mil francos se consiguen pronto, tal vez empeñando una sola alhaja.

Como usted ve, señor, mis esperanzas de que aquel asunto fuera realmente remunerativo, se habían disipado ya por completo, o poco menos. Toda la esperanza que me quedaba era una vaga idea de que la bellísima condesa me empleara como intermediario en el empeño o la venta de algunas de sus alhajas, en cuyo caso... Pero sus siguientes palabras me desilusionaron también a este respecto.

—No, señor, — dijo ella. — ¿De qué serviría eso? Por uno de esos malignos caprichos que suele tener la suerte, puede ocurrírsele al señor conde preguntarme, precisamente, por la joya que yo haya vendido o empeñado, y además de todo eso...

—¿Además de todo eso, qué? Prosiga usted, señora condesa.

—Además de todo eso, mi esposo tiene razón, — terminó con enérgica decisión.— Si yo cedo hoy ante esos ladrones y les pago los cinco mil francos, volverán a robarme a Carísimo unas semanas después y pedirán entonces diez mil francos, o más tal vez.

Permanecí en silencio. ¿Qué podía decir? Su argumento era, en verdad, de los que no admiten réplica.

—No, mi buen señor Ratichon, — dijo ella muy decidida, después de una breve pausa. — He resuelto que usted confunda y burle a esos ladrones. Me han concedido tres días de gracia, como usted lo ha visto en su abominable y grasienta carta. Si, al cumplirse esos tres días, el dinero no es entregado, y si, en el interín, me permito el atrevimiento de prepararles una encerrona o de avisar a la policía, mi adorado Carísimo será sacrificado y mi corazón saltará hecho pedazos.

—¡Señora condesa! — supliqué; porque, en verdad, no podía volver a verla llorar sin emocionarme mucho.

—Usted tiene que devolverme a Carísimo, señor Ratichon, — continuó perentoriamente —antes de que hayan transcurrido esos tres horribles días.

—¡Juro que se lo devolveré! — dije con toda solemnidad.

—¡Sin pagar ni un solo franco a esos execrables ladrones!

—Así se hará, señora condesa.

—Y permítame que le manifieste,—agregó ella con la más dulce y cautivadora de las sonrisas, — que si usted obtiene en este asunto el éxito que espero, el señor conde de Nolé de San Pris le pagará, muy contento, los cinco mil francos que se niega, terminantemente, a entregar a esos infames.

¡Cinco mil francos! Una extraña niebla oscureció mi vista durante un momento.

—Pero señora condesa... — tartamudeé emocionadísimo.

—¡Oh! — agregó ella frunciendo su adorable naricita. — No prometo nunca lo que no puedo cumplir. El señor conde de Nolé manifestó lo que he dicho, sobre los ladrones de perros, esta misma mañana, y agregó que daría con gusto los cinco mil francos a cualquiera que consiguiera librar a la sociedad de semejante peste.

Me hubiera arrodillado en el suelo y le hubiese besado sus admirablemente calzados pies. ¡Cinco mil francos! ¡Una fortuna, señor, en aquellos tiempos! Una suma que me permitiría vivir confortablemente, tal vez con lujo, hasta que cambiara la situación. Flotaba yo en el empíreo y no caí bruscamente a tierra hasta que recordé que, según contrato, debía dar a Teodoro quinientos francos en calidad de su participación en mis negocios. Por suerte había completa y misteriosamente desaparecido. Me sentí convencido de que, después de todo, no sería tan raro si lo hubieran asesinado.

Entonces mi hechicera visitante me mostró una hermosa miniatura que representaba a Carísimo, un sabueso King Charles de tipo muy poco vulgar. Me permitió que me quedara con la miniatura a los efectos de la identificación del perro, después de lo cual

me dió algunos detalles de cómo había perdido a su favorito.

Había salido la condesa a dar un paseo por el "quai" Voltaire, la avenida que queda junto a la orilla del Sena y regresaba a su domicilio por el "quai" de los Agustinos, cuando, de improviso, unos cuartos obreros, con blusas azules y gorras de visera, aparecieron, surgiendo de una calle transversal. Se empujaban, unos a otros, jugueteando, y durante un minuto o dos, la señora condesa se vió envuelta en el grupo. Se volvió inmediatamente con el propósito de tomar a Carísimo en brazos, cuando, con el horror que es de suponer, en lugar de ver al perro al extremo de la delgada cadena, vió un montón de algo sucio y pesado. El perro había desaparecido.

Todo el incidente se desarrolló, dijo mi encantadora visitante, en un tiempo que no llegaría a dos minutos, y antes de que la condesa lograra reponerse de la sorpresa y llamar a un gendarme, el grupo de obreros desapareció por completo. Los del grupo se dispersaron en diversas direcciones y aun cuando el gendarme llamó a sus más cercanos camaradas y todos juntos buscaron por las tortuosas callejuelas de la vecindad, no lograron hallar ni el menor rastro de Carísimo o de sus captores.

Aquella noche la condesa se acostó acongojada y la tarde del día siguiente vagó por la orilla del río, reviviendo los momentos angustiosos en que había perdido a su perro. De pronto, un hombre de blusa azul y gorra de visera, muy echada hacia los ojos, se detuvo ante ella y le puso en la mano la misiva que acababa de mostrarme. El hombre desapareció en seguida y la condesa recordaba sólo de manera muy vaga su vulgar aspecto.

II

LOS datos no eran como para poder orientarse fácilmente y puedo asegurarle, señor que si yo no hubiera poseído esa inconmovible fe en mi mismo, que es el distintivo del verdadero genio, me hubiese sentido, desde el primer momento, descorazonado por la perspectiva de la seguridad del más completo de los fracasos.

Además logré hallar las exactas palabras de consuelo y de esperanza con que despedir a mi hechicera cliente de mi humilde oficina y después me dispuse a pensar profundamente y a meditar. Nada, señor, es tan favorable para el pensamiento y la reflexión, como un largo y rápido paseo por las calles de París, llenas de gente. No me había preocupado más de Teodoro el cual,—pensaba yo, no sin cierta satisfacción,—había sido descartado para siempre de mi existencia.

¡Cinco mil francos! ¡Una suma redonda! Si le daba quinientos francos a Teodoro, la suma parecería en seguida miserable, sin importancia.

¡Cuatro mil quinientos francos! Ni siquiera sonaba tan bien como "Cinco mil".

Por lo tanto decidí no volver a ocuparme de Teodoro, haciendo que desapareciera de mi imaginación como él había desaparecido de mi oficina hacía ya dos días. Salí a dar un paseo. Fuí hasta Suresnes, pensando siempre, me senté y sorbí una taza de café junto a una mesa de las que había en la acera del Café Bourbon, pensando siempre; volví a pie a París y seguí pensando, pensando y pensando. Después de eso fuí a comer, y luego me dirigí, para dar un paseo, al "quai" Voltaire, y puedo decir que no quedó una sola callejuela, de las muchas, estrechas y tortuosas de aquel barrio, que yo no explorara de extremo a extremo durante el curso de aquella inolvidable tarde.

Pero mi mente se hallaba todavía en condición caótica. No había logrado formular un plan de acción. ¡Qué incertidumbre, señor! ¡Oh, que incertidumbre! Allí estaba yo, Hector Ratichon, el confidente de reyes, el ojo derecho de dos emperadores, encargado de la misión de robarle un perro, — porque eso no era en verdad lo que tenía que hacer,—a una gavilla de ladrones sin escrúpulos cuya identidad, domicilio, manera proceder y demás detalles, que eran enteramente desconocidos. Usted no me negará, señor, que se trataba de un trabajo realmente hercúleo.

Vagamente mis pensamientos se orientaron hacia Teodoro. El me hubiera podido aconsejar en este caso por que sabía, sobre ladrones, mucho más que yo, pero el ingrato había desaparecido en la única ocasión en que podía serme útil a mí, que tanto había hecho por él.

Toda aquella noche, señor, la pasé despierto y dando vueltas en la cama, haciendo y abandonando planes y más planes destinados a conseguir alcanzar la codiciada meta: recuperar el perro favorito de la señora de Nolé. Todo el siguiente día lo ocupé en infructuosas averiguaciones. Visité todas las guaridas de gente de mala fama que yo conocía en la ciudad. Hice la recorrida con una pistola al cinto y llevando pan y queso en el bolsillo al mismo tiempo que una creciente desesperación en el pecho.

Por la tarde, la señora condesa de Nolé visitó mi oficina para pedirme noticias de Carísimo, y no le pude proporcionar ninguna. La condesa lloró, señor, e imploró y sus lágrimas desconcertaron de tal modo mi sistema nervioso que estuve a punto de sufrir un desmayo. Un día más y todas mis esperanzas de cobrar una suma redonda, una fortuna, se habrían evaporado. Si el dinero no era entregado el día siguiente matarían al perro y al mismo tiempo pondrían fin a mi esperanza de cobrar cinco mil francos y aun cuando la condesa irradiaba como siempre encanto y lujo de su entera persona, la supliqué que no volviera a mi oficina y le prometí que en cuanto tuviera alguna noticia que comunicarle, iría personalmente a llevársela a su casa del "faubourg" Saint Germain."

Aquella noche no dormí ni un solo minuto. ¡Figúrese usted mi situación, señor! Las

pocas venideras horas estaban destinadas o a verme transformado en un hombre próspero para muchos días o en un mísero, desamparado y decepcionado infeliz. A las ocho de la mañana ya estaba en mi oficina. No había aparecido Teodoro ni había llegado la menor noticia a su respecto. No podía, aun cuando lo quisiera, dejar de pensar en él. Algo tenía que haberle sucedido, no cabía la menor duda. Esta ansiedad, unida a la otra que era aun más seria, me puso en un estado de verdadero frenesí. Casi no me daba perfecta cuenta de lo que hacía.

Recorrí el "quai" Voltaire y el "quai" de los Agustinos y también las callejuelas tortuosas de la vecindad, hasta que me sentí cansado, desorientado y medio enloquecido. Fuí a la Morgue, suponiendo que allí podía encontrarse el cadáver de Teodoro y lo que traté de ver fué el cuerpo mutilado de Carísimo, como si a los perros muertos los llevaran a la Morgue como a las personas. En realidad, durante un tiempo, Teodoro y Carísimo se entremezclaron de tal modo en mi mente que no hubiera podido decirle, señor, si andaba buscando al uno o al otro, y si la señora condesa de Nolé estaba esperando estrechar a su perro favorito o a mi dependiente, sobre su exquisito pecho.

Las seis de la tarde era la hora fijada por aquellos abominables ladrones para el destino final de Carísimo. Eran ya cerca de las cinco. En poco más de una hora mi esperanza de tener cinco mil francos y ver una sonrisa de gratitud, dirigida a mí, en el rostro mas encantador del mundo, se habría disipado para nunca más volver. Un acceso de fundadísimo furor se apoderó de mí. Decidí que aquellos miserables ladrones, — fueran quienes fueran, — serían castigados severamente por que me burlaban y me hacían sufrir. Si yo perdía cinco mil francos, lo que es ellos se quedarían imposibilitados para proseguir su nefando negocio. Daría aviso a la policía y la policía prendería a los ladrones en la esquina de la calle Guenegaud. Carísimo moriría, el corazón de su encantadora dueña quedaría destrozado, yo tendría que llevar luto por la perdida ilusion de tener una fortuna; pero ellos sufrirían en el presidio o en Nueva Caledonia, la pena correspondiente a sus gravísimos delitos.

Fortalecido por estas determinaciones, volví mis fatigados pasos hacia el cuartel de la gendarmería, donde me proponía presentar mi denuncia contra aquellos abominables ladrones y chantagista. La tarde era oscura, las calles estaban pobremente alumbrados, el aire era cruelmente frío. Una llovizna helada, medio lluvia, medio nieve, caía lentamente, helándome hasta los huesos.

Me dirigía rápidamente por la orilla del Sena, con el cuello del sobretodo subido hasta las orejas y mirando todavía instintivamente hacia cada una de las estrechas callejuelas que desembocan en la avenida de la ribera del río.

Entonces, de repente, ví al desaparecido Teodoro.

Salía de la calle Beaune, avanzando con la cabeza inclinada como de costumbre. Parecía que llevaba algo,—no grande o pesado, pero sí molesto, — debajo del brazo izquierdo. Pocos minutos después iba a verse cara a cara conmigo porque yo me había detenido en la esquina, decidido a arreglar cuentas con el pillastre allí mismo, a pesar del frío y de mi ansiedad por el destino de Carísimo.

De pronto, Teodoro levantó la cabeza y me vió, y un segundo después giró sobre sus talones y comenzó a correr calle arriba, volviendo hacia el sitio de donde había venido. Inmediatamente corrí tras él. Corrí tras él, y en un momento, pude verle a la luz de uno de los faroles del alumbrado público. En aquel instante, que no fué de más de un segundo de duración, ví algo que me transformó la helada sangre en hirviente lava... Ví la cola, señor, la cola de un perro rizada y curva, que, como un plumerito, surgía de debajo del brazo izquierdo del grandísimo pillastre.

¡Un perro, señor, un perro! ¡Carísimo! ¡El favorito de la señora condesa de Nolé! ¡Carísimo, cuya entrega a su patrona significaba para mí el recibir cinco mil francos!

¡Carísimo! ¡Era el mismo Carísimo! Para mí no existía en todo el mundo más perro que aquel. ¡Un perro y un hijo del demonio, un architraidor, un secuaz de Satán, Teodoro!

¿Cómo era que tenía en su poder a Carísimo? No tuve tiempo de pensarlo. Le llamé. Grité su maldito nombre agregando calificativos que sólo se aproximaban a los que en verdad merecía. Pero cuanto más fuerte gritaba yo, más ligero corría él, y yo, sin aliento, jadeante, corrí tras él, decidido a alcanzarlo, temeroso de perderle en la oscuridad de la noche. Corrimos toda la calle Beaune, y de pronto pude oír detrás de mi el paso recio y acompasado de una pareja de gendarmes que, a su vez, habíanse agregado a la persecución.

Le confieso, señor, que en cuanto oí el paso de los gendarmes, sentí como si me hubieran nacido alas en los pies. Una oportunidad, — una última oportunidad, — me era ofrecida por mi benevolente destino, oportunidad de ganar los cinco mil francos, piedra angular de mi futura opulencia. Si tenía fuerza para sujetar y sostener a Teodoro hasta que llegaran los bendarmes, antes de que tuviera tiempo de desaparecer con el perro, los cinco mil francos podían ser míos aún.

Así que corrí, señor, corrí como no había corrido jamás. Gruesas gotas de sudor corría por mi frente y mi respiración era jadeate y estertorosa.

Entonces, de repente, Teodoro desapareció. Desapareció, señor, como si la tierra se lo hubiese tragado. Un segundo antes lo había visto confusamente tras el velo de la nieve, corriendo delante de mí, con un inconfundible paso, apretando al perro de la cola co-

mo un plumerito, debajo del brazo izquierdo. ¿Le había visto y con un esfuerzo más, le hubiera alcanzado! Pero ahora, la larga y desierta calle se extendía oscura y misteriosa ante mí y a mis espaldas oía el mesurado paso de los gendarmes que, en aquel momento gritaron perentoriamente: "¡Alto, en nombre de la ley!"

Pero no en vano, señor, me llamo Héctor Ratichón, no en vano reyes y emperadores han tenido confianza en mi valor y en mi sangre fría. En menos tiempo del que se necesita para contarlo, yo había fijado la vista en el sitio, — ubicado calle arriba, — donde había visto a Teodoro por última vez. Corrí hacia aquel sitio y me dí cuenta de que mi suposición era exacta.

En aquel mismo sitio, señor, había un portal bajo que daba a un oscuro y húmedo pasadizo. La puerta estaba abierta. No vacilé ni un instante. Mi vida podía correr peligro, pero no pensé en eso. Podía hallarme un segundo después ante una gavilla de desesperados ladrones, pero no trepidé en avanzar.

Me metí en aquel portal, señor, y un instante después sentí un terrible golpe entre los dos ojos. Recuerdo solamente que tuve fuerza y tiempo para gritar con todos mis pulmones: "¡Policía! ¡Gendarmes! ¡Socorro! ¡Socorro!" Y después perdí el conocimiento.

III

DESPERTÉ consciente de que cerca de mí se había entablado una ruidosa discusión. Yo estaba tendido en el suelo y lo primero que ví fué tres o cuatro pares de pies, unos cerca de los otros. Poco a poco el confuso resonar de algunas frases llegó a mis sentidos, que despertaban rápidamente.

—¡Ese hombre está borracho!

—¡No quiero que esté dentro de mi casa!

—¡Le digo a usted que esta es una casa respetable! — gritó una vibrante voz femenina. — ¡Nunca, antes de hoy, han penetrado aquí los representantes de la ley!

A todo esto yo había conseguido incorporarme, apoyándome en un codo y a la luz de una lámpara que colgaba del techo del pasadizo, pude darme cuenta del aspecto de lo que me rodeaba. Una media docena de palmatorias con sus bujías correspondientes, que ví en una mesa que estaba junto a la pared, la fila de llaves, colgadas de ganchos fijados en un tablero, más arriba, la mampara de vidrio con el letrero que decía: "Portero" y "Recepción", todo eso me indicó que me hallaba en una de esas pequeñas, miseras y mal miradas casas de alojamiento u hoteles, que tanto abundan en aquel barrio de París.

Los dos gendarmes que habían corrido tras de mí estaban discutiendo mi presencia allí con la propietaria del hotel y con el portero.

Me puse de pie. En seguida, durante dos minutos, tuve que soportar con la mayor calma posible, los insultos con que la dueña de aquella "casa respetable", quiso bombardear mi infortunada cabeza. Después conseguí que me escucharan los dos representantes de la ley. A ellos los enteró sucintamente de los sucesos de los últimos tres días. El robo del Carísimo, la desaparición de Teodoro, mi encuentro con él un momento antes, con el perro debajo del brazo, su segunda desaparición, — esta vez en el portal de aquella "casa respetable", — y por último, el golpe en la frente que me había impedido prender al más abominable de los ladrones del mundo.

Los gendarmes se mostraron incrédulos en el primer momento. Comprendí que creían todavía que mi excitación se debía a un exceso de bebidas alcohólicas, mientras la señora propietaria me llamaba "grandísimo embustero" porque me había atrevido a decir que había ladrones alojados en su hotel. Entonces, de pronto, como para atestiguar la verdad de mis afirmaciones, se oyó, procedente del piso superior, un fuerte y largo ladrido.

—¡Carísimo! — grité triunfalmente y añadí en voz baja: — La señora condesa de Noé es rica, y habló de que daría una buena recompensa a quien le devolviera su perro favorito.

Estas felices palabras tuvieron el efecto de estimular el celo de los gendarmes. La propietaria se sintió confundida, pero logró decir, en tono de desafío, que uno de sus huéspedes, — un caballero de lo más respetable, — tenía un perro y le parecía que tener un perro no constituía delito de ninguna clase, seguramente.

—¿Uno de sus huéspedes? — preguntó uno de los gendarmes. — ¿Cuándo vino a vivir en esta casa?

—Hace como tres días, — contestó la mujer con voz ronca.

—¿Qué habitación ocupa?

—La número veinticinco; en el tercer piso.

—¿Vino con el perro? — pregunté yo rápidamente. — ¿Un sabueso pequeño?

—Sí.

—¿Y su huésped, es un tipo feo, delgado, de nariz aguileña, ojos lacrimosos y cabello rubio, casi amarillo?—pregunté.

Pero ella no contestó. El asunto no estaba ya en mis manos. Uno de los gendarmes se dispuso a subir al tercer piso y me indicó que le siguiera, mientras ordenó a su camarada que se quedase abajo y no dejara que nadie, absolutamente nadie, saliera de la casa. A la propietaria y al portero se les avisó que si pretendían molestar de cualquier modo la acción de la ley, serían castigados severamente. Después nos dirigimos escaleras arriba.

Mientras subíamos pudimos oír que el perro ladraba furiosamente. Cuando llegamos al rellano oímos una maldición lanzada en voz alta, un fuerte ruido y después un gemido que cesó casi inmediatamente.

Creí que mi corazón había cesado de latir. Un momento después, sin embargo, el gendarme abrió de un puntapié la puerta del

cuarto número veinticinco y yo entré tras él, en la habitación.

El cuarto tenía tal aspecto de suciedad y pobreza, que me pareció un sitio muy a propósito para hallar en él a Teodoro. Casi estaba vacío. No había en él nada más que una mesa, un par se sillas de paja, una cama desvencijada y una estufa de hierro. En la mesa ardía, chisporroteando, una vela de sebo que esparcía débil resplandor.

Cuando miré por primera vez me pareció que no había nadie en la habitación. Pero, de pronto, oí una violenta imprecación y me dí cuenta de que un hombre estaba sentado junto a la estufa. Se volvió para mirarnos cuando entramos, pero con gran sorpresa, no fué el feo rostro de Teodoro el que me contempló. El hombre que estaba sentado allí, solo, en la habitación donde yo había esperado ver a Teodoro y a Carísimo, tenía una poblada barba de tono rojo oscuro. Vestía una larga blusa azul y tenía puesta una gorra de visera. Bajo la gorra se veían las greñas de su cabello, de igual color que la barba. Tenía la cabeza metida entre los hombros, y a través del rostro, cruzando desde el ojo izquierdo por la mejilla, hasta la oreja, una horrible cicatriz roja, que se destacaba en la anémica palidez de la cara.

¡Pero no se veía a Teodoro por ninguna parte!

En el primer momento, mi amigo el gendarme se mostró muy cortés. Pidió, con toda cortesía, que le enseñara su perro. Entonces el hombre manifestó que no sabía nada de perro, negativa que sólo sirvió para establecer su propia culpabilidad y la veracidad de mi narración. El gendarme, en vista de eso, se puso más enérgico y el hombre se enojó.

Yo, mientras tanto, miraba en redor examinando la habitación. Poco tardé en notar que había en la pared una alacena que habían tenido la precaución de tapar a medias, acercando la cama. Mientras mi compañero arrojaba toda la majestad de la ley en contra de las negativas del hombre, yo retiré lentamente la cama y abrí las puertas de la alacena.

Una exclamación que brotó de mi garganta hizo que el gendarme se acercara a mi lado. Acurrucado en la oscuridad de la alacena se hallaba Carísimo no muerto, gracias a Dios, pero temblando literalmente de miedo. Lo sâqué lo más cariñosamente que pude, porque estaba tan asustado que gruñía y hasta intentó morderme. Se lo dí al gendarme, porque junto a Carísimo había visto algo que me heló la sangre en las venas. Era el sombrero y el saco que Teodoro tenía puestos cuando yo corrí tras él hasta que desapareció metiéndose en aquella casa de misterio y de mala fama, y junto con las dos prendas estaba un trapo todo manchado de sangre. En la puerta de la alacena había, además, algunas otras manchas de sangre.

Me volví hacia el gendarme, el que inmediatamente presentó al abominable malhechor las inconfundibles pruebas de un horrible crimen. Pero el depravado pillastre lo vió y lo oyó todo con la mayor calma, señor, con un cinismo que pasaba de lo verosímil. Frente a las indiscutibles pruebas de su culpabilidad se limitó a encogerse de hombros e insistió en asegurar que él no sabía nada ni del dueño de aquel saco y aquel sombrero, ni del perro. En cuanto a cómo el perro y el saco habían ido a parar a la alacena, no tenía ni la menor idea. El no vivía en la casa, había entrado a visitar a un amigo que vivía en aquel cuarto, pero que se hallaba ausente cuando él llegó.

Hallando la estufa encendida y la temperatura agradable, se sentó, para entrar en calor, hasta que nuestra ruidosa irrupción en el cuarto le había asombrado por completo; a tal punto, — como él dijo, — que no sabía en aquel momento si se hallaba de pie o cabeza abajo.

Debo manifestar que el representante de la ley desempeñó admirablemente su misión en aquel caso. Tomó al pillastre de un brazo y le hizo bajar por las escaleras a fin de presentarlo a la dueña del establecimiento, mientras yo, — con maravillosa presencia de espíritu, — volví a tomar posesión de Carísimo y lo oculté lo mejor que pude, debajo del sobretodo.

En el vestíbulo del piso bajo me esperaba una desagradable sorpresa y un desengaño.

La dueña del hotel confirmó todo cuanto nuestro prisionero había dicho. El hombre aquel no era huésped suyo, declaró la mujer; no era el propietario del perro. El perro, sin embargo, fué reconocido por ella como el de propiedad de su ausente huésped. Era el mismo que había traído con él el miércoles anterior cuando tomó posesión del cuarto número 25 pagando veinticuatro sueldos adelantados por tres días de alojamiento. Además la dueña manifestó que su huésped era realmente como yo lo describí. Era delgado y arrastraba un poco los pies al caminar. Tenía el cabello casi amarillo, la nariz constantemente roja, — a causa del frío, sin duda, — era pálido y tenía los ojos lacrimosos. Nuestro preso, terminó la dueña del hotel, era un amigo del huésped que había estado ya una o dos veces a verle en los pasados días.

Sus manifestaciones fueron plenamente confirmadas por el portero y los representantes de la ley, — intrigados e indecisos,— se rascaban la cabeza enteramente perplejos, cuando yo creí llegada la oportunidad de retirarme tranquilamente por la puerta, que aun estaba abierta, dirigiéndome lo más rápidamente posible a la lujosa mansión del "faubourg Saint Germain", donde la gratitud de la señora condesa de Nolé, junto con la suma de cinco mil francos, me estaba esperando.

Después de que la dueña del hotel identificara a Carísimo yo había vuelto a ocultarle de nuevo bajo el sobretodo. Estaba pronto para aprovechar la oportunidad, después

de la cual podría ocuparme del asunto de la asombrosa desaparición de Teodoro. Por desgracia, en aquel mismo momento el animalito lanzó un gruñido y los representantes de la ley se interpusieron en seguida, impidiéndome salir, y tomaron posesión de Carísimo.

—El perro pertenece ahora a la policía, señor, — dijo uno de los gendarmes con la mayor seriedad del mundo.

El grandísimo pícaro se había dado cuenta de la verdadera situación, señor, y aspiraba a tener la satisfacción de recibir su parte de la recompensa.

IV

HABIENDOME visto obligado de ese modo a abandonar a Carísimo, y con él todas mis esperanzas de recibir los cinco mil francos de la condesa, decidí hacer que el preso sufriera las consecuencias de mi decepción y obligar a los gendarmes a cumplir activamente con su deber.

Pedí a voces que e averiguara qué había sido de Teodoro, de mi amigo, mi socio, mi camarada, mi mano derecha.

Yo le había visto aún no hacía diez minutos llevando debajo del brazo aquel mismo perro, al que después había encontrado dentro de una alacena junto a un saco manchado de sangre. ¿Dónde estaba Teodoro? Señalando con un dedo amenazador al preso del cabello rojo, le acusé directamente de haber asesinado a mi amigo con el propósito de robarle la recompensa ofrecida a quien devolviera el perro.

Esto hizo cambiar de modo de pensar a los gendarmes. Un cuarteto de ellos se había reunido ya en el respetable interior del Hotel des Cadets. Uno de ellos — de más categoría que los otros, — dió orden a uno de sus subordinados de que fuera a buscar al más cercano comisario de policía, para que les proporcionara consejo y ayuda.

Entonces nos hizo entrar a todos en el cuarto que ostentaba pomposamente el letrero "Recepción" y allí procedió a interrogarnos nuevamente a todos, anotando nuestras declaraciones en una gruesa libreta, con tapas de cuero, que sacó del bolsillo. Mientras tanto yo no cesaba de gemir y lamentarme por la pérdida de mi fiel amigo, de mi hombre de trabajo, pidiendo a gritos el castigo de su infame asesino.

El saco de Teodoro, el sombrero, el trapo manchado de sangre, todo había sido bajado del cuarto número 25 y puesto en la mesa para que pudiera inspeccionarlo el señor comisario de policía.

Este señor llegó en compañía de dos agentes, armado de plenos poderes y envuelto en la magnificente imperturbabilidad de la ley. El gendarme ya le había puesto al tanto de los sucesos, y tan pronto como estuvo sentado ante la mesa en la que estaba el "cuerpo del delito", procedió, a su vez, a interrogar al preso de rojo cabello y de barba roja.

Pero por más habilidad que tuviera, el señor comisario no logró hacerle decir nada más de lo que había dicho ya. El hombre dijo llamarse Arístides Nicolet, sin domicilio fijo. Había venido a visitar a su amigo, que estaba alojado en el cuarto número 25 del Hotel des Cadets. Como no le halló en casa, se sentó junto a la estufa y le esperó. No sabía absolutamente nada sobre el perro y absolutamente nada sobre el paradero de Teodoro.

—¡Muy bien! ¡Eso lo veremos! — dijo con pomposa energía el señor comisario.

Ordenó que fueran revisadas todas las habitaciones y todos los recovecos del hotel. La señora propietaria se lamentó diciendo que su respetable casa iba a quedar desacreditada para siempre. Pero los ladrones, — fuesen quienes fuesen, — eran astutos y hábiles. No se halló rastro ninguno de nada ilícito en la casa y no se encontró ni el menor rastro de Teodoro.

¿Había sido, realmente, asesinado? Esta idea se había arraigado en mi mente. Durante un momento hasta me olvidé de Carísimo y de mis evaporados cinco mil francos.

Bueno, señor, Arístides Nicolet fué conducido al depósito de delincuentes, aun cuando protestaba de su inocencia. Al otro día fué presentado a una señora condesa de Nolé, la cual no reconoció en él al hombre que le había entregado la carta. Carísimo fué devuelto a los brazos de su dueña, pero la recompensa que dió el señor conde tuvo que ser dividida entre la policía y yo; tres mil francos fueron a manos de la policía que había prendido al ladrón, y dos mil a las mías, que la había puesto en camino.

No era una fortuna, pero tuve que declararme satisfecho. Entre tanto la desaparición de Teodoro seguía siendo un impenetrable misterio. En vano fué que se procediera a infinidad de interrogatorios y careos, a confrontaciones e investigaciones. Nada logró aclarar ni lo más mínimo el misterio. Arístides Nicolet insistió en sus declaraciones, lo mismo que la propietaria y el portero del Hotel des Cadets en las suyas. Teodoro había ocupado, sin duda, el cuarto número 25 durante los tres días mientras yo me devanaba los sesos preguntándome donde estaba. Yo le había visto indudablemente, durante algunos momentos, corriendo por la calle Beaune, con la cola de Carísimo sobresaliendo por debajo del saco. Después entró en el abierto portal del hotel y desde ese momento su paradero era un perfecto misterio.

Fuera del saco y el sombrero, el trapo sucio de sangre y el perro, no había la menor indicación de lo que había sido de él después. El portero declaró que no le había visto entrar en el hotel. Arístides Nicolet declaró que no le había visto en el cuarto número 25. Pero el perro estaba en la alacena y también el saco y el sombrero y aun la misma policía se sentía obligada a admitir que en el poco

tiempo transcurrido desde que vi a Teodoro por última vez y la entrada del gendarme en el cuarto número 25, hubiera sido imposible, para el más experimentado criminal de la tierra, matar un hombre, ocultar todo rastro del crimen y disponer del cadáver de tal modo que no le pudiese hallar la más detenida investigación.

A veces, cuando pensaba en el asunto, me parecía que me estaba volviendo loco.

V

PASARON así como unos diez días y yo había llegado, a regañadientes, a la conclusión de que debía haber algo de verdad en las leyendas medioevales que nos aseguran que el diablo suele llevarse al infierno a sus elegidos, de tiempo en tiempo, cuando recibí una citación del señor comisario de policía ordenándome que me presentara en su oficina.

Se mostró atento y jovial como de costumbre, pero a mi angustiada pregunta sobre Teodoro me contestó con una frase muy vieja en la policía.

—No se ha podido dar con el paradero de la persona buscada, — dijo

Después agregó:

—Debemos, por lo tanto, considerar seguro, mi estimado señor Ratichon, que su dependiente, por voluntad propia, se oculta en alguna parte. La teoría del crimen era insostenible; la hemos abandonado. La total desaparición del cuerpo es un argumento decisivo en contra de esa teoría. ¿Quiere usted ofrecer alguna recompensa a quién proporcione informes que permitan encontrar a su perdido amigo?

Vacilé indeciso. No me sentía inclinado a dar dinero a nadie por que encontrara a Teodoro.

—Piénselo usted, mi buen señor Ratichon, —agregó el señor comisario de policía sonriendo.—Pero mientras tanto debo decirle que hemos decidido poner en libertad a Arístides Nicolet. No hay ni la menor prueba contra él en el asunto del perro; no la hay tampoco en lo que a da desaparición de su amigo se refiere. La señora condesa de Nolé no ha podido identificarle, mientras que usted ha jurado que la última vez que vió al perro, lo llevaba su amigo debajo del brazo. Siendo así siento que no tenemos derecho para tener encerrado más tiempo a un hombre que es inocente.

Bueno, señor, ¿qué podía decir yo? Sabía perfectamente que no había prueba ninguna contra el tal Nicolet y que yo no tenía poder para hacer cambiar de opinión a la policía de su Majestad el Rey. En lo profundo de mi corazón estaba convencido de que el pillastre de cabello rojo oscuro sabía todo lo referente a Carísimo y al paradero del pillastre de Teodoro. ¿Pero qué podía decir, señor? ¿Qué podía hacer?

Me retiré aquella noche a mi domicilio, situado en Neuilly, más perplejo que nunca lo había estado en toda mi vida.

La mañana siguiente llegué a mi oficina poco antes de las nueve. Durante la noche había pensado en la necesidad de buscar un hombre que se encargara de la tarea del otro en las mismas condiciones que Teodoro.

Subí lentamente la escalera y abrí la puerta exterior del departamento con la llave que siempre llevaba en el llavero. Y entonces, señor, le aseguro que durante un breve momento sentí que me flaqueaban las piernas y que estaba a punto de caerme redondo.

¡Allí, sentado ante la mesa, en mi oficina particular, estaba Teodoro! Se había puesto uno de los varios trajes que yo tenía siempre en la oficina para las necesidades del negocio y se hallaba consumiendo con toda calma una sabrosa salchicha que debía ser parte de mi comida de aquel día y terminando una botella de mi mejor vino.

Parecía no darse cuenta de sus enormidades, y cuando le hice la historia de sus villanías y le dirigí perentorias preguntas, se inclinó silenciosamente con una humildad extraordinaria. Negó que hubiera andado por ninguna calle de París con un perro debajo del brazo y que yo le hubiera perseguido por la calle Beaune. Negó haberse alojado jamás en el Hotel des Cadets y negó conocer a la propietaria de la casa, así como negó conocer a un tipo de pelo rojo, medio cargado de espaldas, llamado Arístides Nicolet. Negó que el saco y el sombrero hallados en el cuarto número 25 fueran suyos. En fin, lo negó todo con una desvergüenza increíble.

Pero coronó su insolencia cuando finalmente me pidió doscientos francos como su parte en la suma abonada por la condesa de Nolé por la devolución de su perro. Hizo el pedido, señor, en nombre de la justicia y de la equidad y hasta llegó a ponerme ante el rostro nuestro contrato de sociedad.

Me sentí tan enojado ante su audacia, tan disgustado, que comprendí que no podía soportar su presencia por más tiempo. Le volví la espalda y salí de mi oficina particular, dejándole que siguiera comiéndose mi salchicha y bebiéndose mi vino.

Cruzaba la antecámara para salir a la calle y respirar un poco de aire fresco, cuando algo que había en el diván donde el abominable pillastre de Teodoro había pasado la noche, me llamó la atención. Volví uno de los almohadones y con un grito de furor que no me tomé el trabajo de reprimir, tomé lo que había encontrado debajo: ¡una blusa azul, una gorra de visera, una peluca rojo oscuro y una barba!

¡Villano, abominable farsante, canalla! Casi me ahogaba el furor que sentía.

Con aquellas pruebas del delito en la mano, volví a la otra habitación. Mi grito de indignación había hecho ya que el vampiro suspendiera su orgía. Se quedó de pie ante mí, cabizbajo, sonriente y se burló de mí, señor, se burló de mi ceguera por que no la

reconocí bajo el disfraz del pretendido Arístides Nicolet.

Aquel era un disfraz de que se había provisto, para un caso de emergencia, cuando se decidió a trabajar como ladrón de perros. Carísimo había sido su primera aventura seria. Lo había realizado todo con maravillosa habilidad, siendo ayudado por la señora Sand, la dueña del Hotel des Cadets, que era amiga de la madre de Teodoro.

La señora, parece, hacía un lucrativo negocio de la misma clase y se comprometió a facilitarle el personal necesario para llevar a cabo su plan. La ganancia que dejara el negocio la dividirían entre él y la señora. Los cómplices necesarios para rodear á la condesa de Nolé mientras Teodoro le robaba el perro, recibirían cinco francos cada uno.

Cuando nos encontramos en la esquina de la calle Beaune, él se dirigía a la calle de Guenegau, esperando canjear a Carísimo por cinco mil francos. Cuando me vió, sin embargo, creyó que lo mejor, por el momento, era buscar seguridad escurriéndose. Tuvo únicamente el tiempo indispensable para ir al hotel, advertir a la señora Sand de que yo me acercaba y pedirle que me detuviera a toda costa. Entonces subió al tercer piso y se puso el disfraz. Como Carísimo ladraba furiosamente y sin cesar, procuró tranquilizarle y el perro le mordió en un brazo, provocando gran hemorragia. La cicatriz roja a través de la cara fué una última feliz inspiración que puso el último detalle al disfraz y contribuyó a desorientar a la policía y a mí. No tuvo tiempo más que para restañar la sangre de la herida del brazo y arrojar su ropa y meter a Carísimo en la alacena, cuando el gendarme y yo entramos.

Casi no podía respirar de asombrado que estaba. Durante un momento pensé en denunciarle a la policía acusádole de... de... Pero esa era la dificultad. ¿De qué podía acusarle? ¿De haberse asesinado a sí mismo o de haber robado el perro de la señora condesa de Nolé? El comisario no haría caso de semejante relato y yo haría un papel ridículo.

Así que me conformé con darle a Teodoro la paliza más decisiva que había recibido en su vida y cincuenta francos para que se callara.

Pero ¿no le dije ya a usted, señor que Teodoro era un monstruo de ingratitud?

FIN



DE MANO MAESTRA

por J. L. Beeston

Las narraciones que se refieren a robos de joyas son siempre fascinadoras, especialmente cuando los planes en pro y en contra están urdidos con la habilidad con que el señor Beeston realiza su tarea. Estas narraciones, completa cada una por si misma, forman una serie que aparecerá sucesivamente en PUCKY, publicándose una cada número.

N.º 1 - Los zafiros de la señora de Cressington

I.

TAN pronto como me enteré de que alguien había robado los zafiros de la señora de Cressington, pensé en Myrtle Cadman, que me había amado. Y después pensé en Dippy y en Haggers. Recordé los tres colectivamente; los uní a los tres formando grupo. ¡Hermoso terceto! Y esperaba fervorosamente que el inspector Jackerman,—al que llaman el viejo Jackers, —no se hubiera ocupado del caso, cuando el sirviente me presentó precisamente la tarjeta del inspector que deseaba verme.

Un momento, — y ustedes perdonen, — mientras digo algo desagradable sobre mi persona.

Yo fuí ladrón de alhajas, en un tiempo. Volé durante una época, con una bandada de esas aves de rapiña. De excelente posición social, de experiencia cosmopolita, con profundo conocimiento de las piedras que son preciosas, obtuve una pródiga, aun cuando prohibida, cosecha. Y ahora me hallo en armoniosa amistad con la policía. Esto necesita su explicación.

El caso fué que dí un lamentable traspie y que eso marcó el final de mis malos días. Me prendieron. Era yo como una mariposa social, la policía me echó la red y luego me pinchó del modo más original. ¿Recordaron que un ministro de Estado no podía negar que su sangre era la misma que corría por mis venas? No, no; no quisieron tener eso en cuenta. Pero se dieron cuenta de que yo conocía a siete de cada diez ladrones de alhajas, de esos tiburones que cazan entre dos aguas y que no había nacido todavía un hombre que pudiera serles más útil que yo. De esto se percataron inmediatamente. Entonces me transformaron en su herramienta. "No hay como un ladrón para buscar a un ladrón". Esto pensaron. Y me concedieron la más completa libertad a trueque de mi experiencia, que era extensa y profunda. Abandoné, con la prisa con que se abandona un carbón encendido, el oficio de ladrón de alhajas y me transformé en cazador de ladrones, exclusivamente dentro de esa especialidad.

No me limitaba yo a estar en contacto con muchos ladrones de diamantes; también estaba enterado de quiénes eran los poseedores de las alhajas más valiosas. Hablando con claridad puedo decir que mi anterior, vergonzoso oficio podía resultar de grandísima utilidad cuando se tratara de recobrar alhajas que hubieran sido robadas, especialmente cuando había urgencia en recobrarlas antes de que fueran a parar a manos de los que secretamente, compran las joyas robadas.

En consecuencia no tuve idea de forcejear cuando la policía me tuvo clavado con el alfiler. Acepté su oferta, tal vez sin precedentes y seguramente sin el menor asomo de legalidad. Mi situación social no sufriría ni el menor detrimento. El manotón del que se ahoga y está dispuesto a agarrarse a un clavo ardiendo no pudo nunca ser más fuerte ni enérgico que el entusiasmo con que acepté el primer caso, es decir, la presente aventura de los zafiros de la señora de Cressington. Sigan ustedes su desarrollo si tienen los nervios fuertes.

—Bien, señor Acton Dawes, — dijo Jackerman poniendo su reluciente sombrero de copa en mi mesa de marquetería de Boulle y dejándose caer en una silla, con los brazos hacia atrás. — Se ha presentado una ocasión en la que tal vez pueda usted sernos útil.

Su tono era enérgico y me pareció algo sarcástico. Ustedes comprenderán que las relaciones entre él y yo eran de carácter muy extraño y que tanto el uno como el otro, teníamos aun, que acostumbrarnos a ellas.

Incliné la cabeza afirmativamente.

—¿Le ha mandado avisar la señora de Cressington?

—Sí, — dijo. — Veo que su pérdida no es noticia fresca para usted. ¿Cómo se enteró de lo sucedido?

Cada una de sus palabras era intencionada horriblemente intencionada. La frialdad mortal de su mirada decía con toda claridad: "Le estoy vigilando, bella persona, y estoy decidido a aplastarle si me juega sucio". ¡Qué diablos! ¿A qué esa desconfianza? ¿No era yo Acton Dawes, el hijo de... poco importa de quién? ¿No vivía yo en un suntuoso departamento, alquilado, en Clarges Street, Piccadilly? ¿No tenía acceso a todo Club distinguido situado media milla a la redonda? ¿No era mi presencia de soltero elegante solicitada en todas las aristocráticas mansiones? Esto era verdad, enteramente verdad. Por otra parte la sombra de la ley se cernía sobre mí, me seguía como un fiel ayudante.

Tragué como pude aquella mortificación a pesar de que la dosis fué bastante grande.

—La ví esta mañana, — contesté sonriente. — Estaba de compras en Regent Street. Me contó su desgracia. Su hermosísima media luna con doce zafiros machos, había desaparecido. La llevaba en el peinado, antenoche, cuando estuvo en el baile de fantasía que se celebró en casa de Dreykarte. Dicho sea de paso, ¿está usted enterado, inspector, de que "yo" asistí a ese baile?

—Estoy enterado de eso, — dijo él sin que variara la expresión de desconfianza de sus ojos. — Pero prosiga usted su relato.

—La señora de Cressington llegó a su casa tarde y muy fatigada. Tiene costumbre de guardar ella misma sus alhajas. Está casi segura de haber puesto la media luna de záfiros en un cajón, en su cuarto. Claro está que este detalle casi permite orientarse sobre el robo. Pero la pusiera o no en el cajón, la media luna ha desaparecido. La señora de Cressington está desesperada. Esto no me sorprende. Se trata de piedras de Cachemira, de la calidad más fina y valiosa. El valor de los zafiros depende de su calidad, como usted sabe. Los de la señora de Cresington no eran grandes, pero no tenían ni el menor defecto. Eran záfiros "machos", es decir de los de color más oscuro. Los záfiros "hembras" son claros y hasta blancos. La alhaja de esa señora era muy conocida y muy apreciada. La he visto de cerca muchas veces.

Jackerman se irguió en la silla.

—Los hechos son sencillos y poco significativos, — dijo. — Es necesario que la media luna de zafiros aparezca. Tal vez se le cayera del peinado. ¿Qué piensa usted?

—Yo pienso que la han robado.

—¿Por qué razones?

—Y pienso que se a qué manos ha ido a parar.

—¿Las manos de quién? — preguntó rápidamente el inspector.

—Su pregunta es ingenua, mi querido inspector.

Le miré, a ver si le impresionaba mi familiaridad. Le impresionó. Abrí la puerta para asegurarme de que mi sirviente no estaba cerca.

—Pero es una pregunta que ha de ser contestada de modo directo, — agregué. — La señora de Cressington, es una conocida dama estadounidense que vino a Inglaterra hace tres semanas. Me permití hacerle varias preguntas sobre sus compañeros de viaje. Fueron pocos porque esta no es la estación del año en que vienen los norteamericanos a Londres. De su descripción pude deducir que dos hombres, cuyos verdaderos nombres son Dippy y Haggers y una encantadora joven llamada Myrtle Cadman, figuraban entre los pasajeros de cámara. Conozco a esos tres. Trabajé con ellos en dos diferentes ocasiones. Son ladrones de brillante de los más hábiles. Invariablemente preparan sus planes en sociedad. Pues bien, he oido, más de una vez, a Myrtle, suspirar por los famosos zafiros de la señora de Cressington. Los quiere, no para negociarlos, sino para ponérselos y lucirlos. Un plan, enteramente disparatado, pero Myrtle no tiene nada de vulgar.

"No afirmo que ese terceto realizó el viaje con el único propósito de apoderarse de los zafiros pero creo que, hallándose en compañía de la propietaria, tenían que sentir la tentación tarde o temprano. ¿Han conseguido robarlos? No me sorprendería. ¿Cómo procedieron? Estoy enteramente a oscuras a ese respecto.

"Mientras la señora de Cressington me contaba lo sucedido, pasó por Regent Street, Dippy en persona. Saludó amistosamente. Cuando me hube separado de la señora encontré a Dippy esperándome. Se manifestó contentísimo al verme. ¿Por qué no? El no está al tanto de mi... de mi regeneración. La clemencia de New Scotland Yard para con su servidor es para él una felicidad no soñada. Me invitó a comer en el restaurant Ravenel. Voy a volver a verle, por lo tanto, hoy mismo.

"Eso es todo. Un caso muy sencillo; parece demasiado sencillo. Pero los robos de joyas realmente hábiles rara vez son complicados. Iré a la cita. Procuraré de todos modos, apoderarme de los zafiros. Utilizaré una vieja amistad para traicionarla, pero es una amistad que no debo cultivar... ¿Quiere usted un cigarro, inspector?

Tomé uno, lo que me fué agradable. Lo encendió lentamente y se quedó mirando al humo como si viera ideas en las grises volutas. Después se levantó y tomó el sombrero.

—En tales circunstancias, — dijo, mirándome fijamente.— creo que lo mejor es dejar que usted emplee sus métodos con entera libertad. Usted conoce a esa gente. No pretenderé meterme a aconsejarla cómo debe proceder hasta que haya recibido su primera información. Confiamos en usted y usted debe comprender con toda claridad que deseamos persuadirnos de que procede con toda rectitud y lealtad.

Me incliné, contestando a su frío y oficial saludo.

Faltaba una hora para la cita con Dippy en el restaurant. Pasé media hora en el establecimiento de Duroy, en Oxford Street. Duroy negocia en alhajas de piedras falsas de piedras "sintéticas" como se dice ahora. Una de sus especialidades es la fabricación de alhajas parecidas a las más famosas del mundo. No tenía ningun modelo como la media luna de zafiros de la señora de Cressington, pero me presentó uno muy parecido, que tenía engarzados verdaderos granates.

—Muy bien, señor Duroy. Quite usted estos granates y reemplácelos por zafiros, de pasta, de vidrio, como usted quiera, pero que sean oscuros y brillantes. Necesito tener la alhaja dentro de veincuatro horas.

Me conocía hacía tiempo y me prometió hacer el trabajo a conciencia. Tomé un automóvil de alquiler y me hice conducir al restaurant Ravenel.

¿Que semejante imitación de la verdadera alhaja iba a ser, por bien hecha que estuviera, algo muy pobre comparado con laalhaja buena? Sin duda. ¡Pero oigan! Semejante imitación de piedras preciosas es un miserable artificio y es objeto de burla para el ladron de joyas que conozca las primeras nociones de su oficio, excepto en circunstancias en que le es necesario proceder con grandísima rapidez y se encuentra excitadísimo. Estas circunstancias podían presentarse y yo deseaba estar equipado como es debido en el momento oportuno.

Dippy se hallaba sentado ya ante la mesa que había hecho reservar. Era hombre de buena apariencia, de rostro simpático, en el que se marcaba azulada la barba recientemente afeitada. Su contento al renovar amistad conmigo fué notable, pero no hizo mención ninguna a nuestras pasadas relaciones hasta el final de la comida, cuando exclamó de pronto:

—¿Usted recordará seguramente a Myrtle? ¡Su ideal en cuestión de mujeres bonitas, como dijo usted una vez, Dawes! Debo declararle que Myrtle ha sentido mucho perderle de vista. Usted le demostraba marcada preferencia. Nadie conoce sus asuntos mejor que usted, pero yo, por mi parte, lamento que dejara enfriar esa relación.

—¡Perdone usted! La llama de mi admiración por ella no se ha extinguido. Tal vez debiera haberlo callado; pero, ¿quien puede admirar a una mujer sin que ella lo conozca? Pero dígame: ¿sigue deseando con igual vehemencia la posesión de la media luna de zafiros de la señora de Cressington? ¿Recuerda usted su obsesión? ¿Recuerda como juró que asistiría, con ella puesta, a la primera función de la temporada de la Metropolitan Opera House?

Dippy se rió suavemente.

—¿De veras? ¡Pobrecita Myrtle! ¡Oh! Hemos tenido muchas aventuras desde entonces y hemos notado la falta de usted. ¡Créalo, Dawes, nos ha hecho usted muchísima falta!

Suspiró y encendió luego un cigarrillo. Mis palabras no podían haber despertado en él ni la menor sospecha, y sin embargo, su actitud había intensificado mis sospechas. Comprendí que no había equivocado el rumbo.

Se inclinó hacia adelante y miró, furtivamente, a derecha e izquierda.

—Tengo algo que decirle, Dawes; pero aquí no es posible tratar. ¿Ha oído usted hablar de la firma Dippy y Compañía, fabricantes de tejas, con oficinas en el Edificio Strickland en el último piso, Keston Street, Bayswater? Aquí tiene usted nuestra tarjeta de negocios. Háganos una visita. No lo sentirá.

¡Divertido caso! Tomé la tarjeta que me daba.

—¿Fabricantes de tejas? Alguno de ustedes es un verdadero humorista, — dije sonriendo.

Dippy se acercó el índice a los labios.

—¿Le esperamos a usted? — preguntó con grandísimo interés.

Claro está que la "firma" era una farsa. Se comprendía en seguida. Dippy, Haggers y Myrtlis estaban, sin duda, incubando algun huevo muy importante. Debían andar tras de algunos valiosos brillantes, sólo el diablo podía saber los brillantes de quién. Las tejas debían desempeñar algun papel en el plan.

Dippy prosiguió, expresándose con vehemencia.

—Hay un hombre en Londres cuyos servicios pueden valer, para la firma, no menos cinco mil libras y ese hombre se llama Acton Dawes.

Yo bostecé.

—Bueno, iré, — dije.—¿A qué hora le parece que vaya?

—Tarde. A eso de las once. Esta misma noche,—dijo Dippy.

Pensé entonces en el encargo que había hecho a Duroy.

—¿Esta noche? ¡Imposible! Mañana, a la hora que usted ha dicho, si le parece.

Frunció el ceño, contrariado, pero por último, dijo:

—Mañana a la noche, entonces. La firma considera que su visita, Dawes, puede serle utilísima.

Después de unos diez minutos de conversación sobre temas generales, nos separamos. Yo regresé a mi departamento de Clarges Street. De un cajón de mi mesa Boulle, saqué un retrato.

Realmente, Myrtle Cadman era muy bonita. El retrato no mentía. ¡Que agradable me iba a ser el volverla a ver! La futura entrevista de la razón social Dippy y Cía, conmigo sería muy grata. ¿Volvería Myrtle a Estados Unidos llevándose la media luna de zafiros para ostentarla la noche de la primera representación de la temporada de Opera?

Guardé el retrato en el cajón. ¡No! ¡No se la llevaría, como yo pudiera evitarlo!

II

CUANDO bajé del automóvil frente al gran Edificio Strickland, la hora anterior a la media noche sonó en alguna cercana iglesia y se perdió entre el silbar de las ráfagas de un viento helado al que se mezclaba por momentos una llovizna molesta. No se veía casi a nadie en las relucientes calles. La alta fachada de piedra y hierro del edificio destinado casi todo él a oficinas, se alzaba imponente perdiéndose en la oscuridad.

Miré hacia arriba y vi una luz o dos en la altura y después entré alegremente en el portal. Dentro de una casilla de cristales un portero de uniforme, dormitaba. El ascensor no funcionaba ya, tan tarde. Subí por la interminable escalera cuyos tramos se sucedían en torno del polvoriento camino del ascensor.

Cuando llegué al último piso del enorme edificio, me detuve un instante a fin de recobrar aliento. Una sola lámpara eléctrica alumbraba cinco puertas de caoba y el piso de mosaico. Recorrí las puertas hasta que hallé la inscripción: "Dippy y Cía. Fabricantes de Tejas." Tomé y moví la manija de bronce.

Un desagradable olor a cola de carpintería fué lo que primero me impresionó. Emanaba de un tarro puesto en una cacerolita sobre un calentador de alcohol. Un hombre, que con seguridad había estado ocupado en algún trabajo de carpintería, estaba limpiando, sacudiéndolo con el pañuelo de bolsillo, un poco de serrín que había al pie de la ventana. Volvió hacia mí la cara y reconocí a Haggers.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Es usted, señor Dawes?— tartamudeó. — Le estamos esperando. Tenga la bondad de pasar a la otra habitación.

Haggers era un tipo delgado y de anteojos, algo inclinado a ponerse fácilmente nervioso, lo que algún día, tal vez fuera su ruina. Carecía de la serenidad y la sangre fría de Dippy, pero era muy astuto, ingenioso y hábil. Me acompañó de aquel cuarto que olía a cola a otro, contiguo a él. En seguida vi allí a Myrtle Cadman sentada ante un escritorio con los codos en la mesa, la barba apoyada en las manos y fumando un cigarrillo. Dippy se hallaba de pie, de espaldas al radiador de la calefacción. Avanzó uno o dos pasos con la mano, grande y carnosa, extendida.

—¡Bienvenido, amigo! — exclamó con ruidosa jovialidad. — Tengo una verdadera satisfacción...

En el momento en que me tomó la mano apretó con todas sus fuerzas y me hizo girar mediante un supremo esfuerzo. Fuí hacia el escritorio y caí de rodillas en la alfombra. Cuando alcé la vista y miré a Dippy ví que tenía un revólver en la mano y que me apuntaba con él.

—¡As! ¡Cayó la tapa de la trampa y usted está dentro! — exclamó. — Le tenemos a usted en nuestro poder, Dawes. Ya me conoce usted. Cuanto menos se hable, mejor será. Necesitamos la media luna con sus doce zafiros intactos y ¡por el cielo! que la vamos a tener.

Me levanté lentamente, quitándome el polvo de las rodillas. Comprendí la verdad con la claridad de un relámpago de tormenta de verano en noche oscura. Mi intuición me había engañado y mi lógica resultaba equivocada. Las piedras no estaban en el sitio donde yo había pretendido encontrarlas. ¡No era yo quien andaba tras de la gavilla, sino la gavilla la que pretendía cazarme! Con bastante intranquilidad calculé las razones que podían tener para sospechar de mí. Los zafiros habían sido robados la noche del baile de fantasía, al que yo había asistido y Dippy y Cía. estaban al tanto de ese detalle.

El caso era desagradable. Creo que ustedes lo considerarán así. En verdad, yo no tenía la alhaja. No es posible sacar sangre de una piedra, pero es posible golpear en la piedra para hacer la prueba.

Contesté con toda tranquilidad.

—Puede usted guardarse ese revólver, que podría disiparse solo. Sí le conozco a usted Dippy. Preferiría jugar con una bomba explosiva y no con usted, cuando usted habla en serio. Pero le ruego que recuerde que cuando yo le digo que no tengo esos zafiros...

—¡En el bolsillo, claro que no! — dijo sarcásticamente. — ¡No es usted ningún tonto!

—No los he tenido nunca. Ha errado usted la pista y nada más. — Miré a Haggers que se hallaba de pie ante la puerta. — Le juro que no miento. Haggers,—le manifesté. El me contestó con una mueca nerviosa. Me volví hacia Myrtle que no había abandonado su cómoda postura. — Le ruego a usted que me crea, Myrtle. Si he de ser franco, les diré que creía que ustedes tenían los zafiros. No han pasado jamás por mis manos.

Myrtle cerró a medias sus brillantes ojos y me lanzó una bocanada de humo a la cara. Una buena respuesta femenina. Le había llegado la hora de la venganza y sus sentimientos eran exquisitamente delicados.

—¡Basta de charla! — intervino Dippy con todo aplomo. — Mire usted, Dawes, nosotros sabemos que usted tiene esos zafiros. Usted se apoderó de ellos durante el baile de fantasía. Pero es el caso que nos gustan mucho y nos proponemos poseerlos. Si usted hubiera trabajado de acuerdo con nosotros, el caso hubiera sido distinto. Su habilidad ha estropeado una linda combinación, pero nosotros vamos a salirnos con la nuestra. Comprenda bien esto. Vamos a concederle veinte minutos para que usted resuelva. No es de suponer que los tenga usted en su poder, pero usted sabe dónde están. Voy a ser más condescendiente. Me siento inclinado a admitir su palabra de que nos entregará la mercadería dentro de... pongamos seis ho-

ras. Sí; estoy dispuesto a concederle eso, porque hemos trabajado juntos y usted siempre se condujo con rectitud. De todos modos, que no se le olvide esto: Queremos los zafiros y los tendremos. ¿Comprende?

"Vamos a dejarle solo para que reflexiones. Cerraremos la puerta. Es una puerta fuerte y gruesa y no hay nadie en este piso, así que no necesita lastimarse los puños. Hay un teléfono en esa mesa, pero la conexión está cortada. Regresaremos dentro de veinte minutos a buscar su respuesta. Si ha de salir usted con vida de este sitio depende de su sentido común.

Sin dejar de apuntarme con el revólver, abrió la puerta. Myrtle se levantó, echó hacia atrás la cabeza, con una carcajada forzada y salió. Haggers me tomó del brazo.

—¡Por Dios! ¡Sea usted sensato!—suplicó; y al mismo tiempo me puso algo, furtivamente, en la mano.

Salieron. Dippy les siguió. Oí el ruído de la llave en la cerradura y después el rumor de pasos en la escalera.

Instantáneamente procuré abrir la puerta. Estaba bien cerrada. ¿Podría romperla? ¡Quién sabe! Era muy fuerte y probablemente tendría una hoja de hierro contra incendios, dentro de la madera. Me volví hacia la ventana. Podría romper un vidrio y gritar. Pero la calle quedaba lejos, abajo, muy abajo y no se veía a nadie en ella. Además, el silbar del viento apagaría la voz más fuerte.

Miré lo que Haggers me había puesto en la mano. Era un papel arrugado. Lo estiré y leí en él lo siguiente:

"Dippy se propone matarle. No quiero acompañarle en semejante empresa y por eso se lo aviso. Nosotros tenemos los zafiros. Sabemos que usted trabaja para la policía y que ha abandonado la vieja profesión. Esto no nos conviene. Dippy le teme y está resuelto a deshacerse de usted esta noche. Por Dios, salga usted de aquí. No se ocupe de la puerta; no lograría nada. Hay una ancha cornisa de piedra fuera de la ventana. Vaya por ella a la ventana del otro cuarto. He dejado la ventana abierta por la parte de arriba. La puerta del otro cuarto no está cerrada. Salga y váyase lo más pronto que pueda. Queme antes esta carta, pues si Dippy se enterara de que la he escrito, me mataría".

Esto fué la sorpresa número dos. Y fué, por cierto, una gran sorpresa. De modo que la gavilla estaba al tanto de mis relaciones con la policía. Antes de matarme a sangre fría, me habían acusado de tener los zafiros para dar al hecho algo de colorido. Sabían que yo andaba tras de las piedras. Me habían vigilado de cerca. Habían espiado mis andanzas de mi casa a la policía y la visita del inspector Jackerman a mi departamento, todo lo cual había servido para afianzar sus sospechas. Y estando convencidos de que me proponía traicionarlos, habían preparado aquello contra mí. La verdad era que yo no pensé jamás en hacerles caer en ninguna trampa policial; lo único que yo deseaba eran los zafiros. Pero este argumento no sería escuchado por Dippy. Podría volver en cualquier momento; volvería solo y me estrangularía con sus poderosas manos. Sí, podía hacerlo.. y lo haría.

Levanté la hoja de la ventana, que como todas las de esos edificios era de las llamadas de guillotina, que en lugar de hojas que se abren como las de las puertas, se componen de los cuadros que se deslizan de arriba a abajo.

Una ráfaga helada me dió en el rostro. El viento soplaba con fuerza, a aquella altura. El Edificio Strickland estaba en la esquina de una manzana y el viento, al dar en el ángulo, gemía con un gemido parecido al de un gato.

Miré hacia el abismo, hacia la profundidad de la noche. Pasar de una ventana a otra era una empresa descabellada. La distancia hasta el pavimento de la calle parecía ser de cerca de mil pies. La luz de tres focos eléctricos brillaba abajo, en la oscuridad, con poco más brillo que el de un gusano de luz.

Retrocedí emocionado, sintiendo como un extraño vacío en el pecho. Se veía una cornisa al pie de la ventana, una plataforma de piedra o de concreto de doce o quince pulgadas de ancho. Su superficie estaba reluciente de escarcha. ¡Dios mío! ¿Tenía yo que ir por aquello? ¡Agradable paseo bajo el viento de invierno que soplaba, pisando hielo y las piedras de la calle esperándole a uno al final del precipicio!

Pero la ventana de la contigua habitación no podía estar a muchas yardas de la ventana donde yo me hallaba. Esto era verdad. Pero cuando miré pude ver que la separaba de mí una parte sobresaliente de la fachada del edificio. Esa parte sobresaliente, de piedra, era una columna medio metida en la pared. Creo que técnicamente llaman a eso una pilastra. La cornisa seguía el contorno de la columna y del otro lado estaba la ventana del otro cuarto; pero yo no podía ver esa ventana porque me lo impedía la pilastra frente a la cual tenía que pasar.

Muy encantador. A pesar del viento frío que soplaba sentí la frente cubierta de sudor.

Comprendí entonces que era un tonto si me ponía a pensar en aquello. Haggers tenía razón al afirmar que allí estaba mi única probabilidad de escapar y mientras yo pensaba Dippy podía regresar.

Dí algunos pasos a un lado y otro para calmarme algo los nervios. Me abotoné el jaquet, me aseguré el sombrero y salí a la cornisa. Agarrándome a la ventana pude ponerme de pie. Dí un paso hacia la izquierda... y otro... y un tercero.

No tenía delante de mí nada más que la pared. Me hallaba frente a ella, con ambos brazos extendidos, arañando con las uñas la piedra de la fachada. Todo el largo de mis pies estaba apoyado en la cornisa. Me hallaba

perfectamente seguro si no me resbalaba en su superficie. Sentía que la escarcha crugía bajo mis pisadas.

Casi inmediatamente estaba la columna. Era cuadrada y como estaba acanalada ofrecía buen asidero a mis dedos. Sobre mí quedaba un macizo capitel que sostenía la cornisa de arriba. Cuando me aparté de la pared principal, el viento me dió con fuerza. Me levanté el sombrero dejándolo caer al abismo y el incidente me hizo sentir como una ducha fría en la espina dorsal.

Pero pasé del otro lado del pilar y distinguí la otra ventana a unas dos yardas a mi izquierda. Haggars había cumplido lo ofrecido; había dejado abierta la parte superior de la ventana unas pocas pulgadas y, con una sensación de grandísimo alivio me así al borde superior del armazón de madera.

Un solo tiron fué todo lo que necesité para hacer que se desprendiese y cayera.

Ahora, si ustedes me piden que exprese con claridad lo que sucedió después, me pedirán algo imposible. Aquellos diez segundos siguientes viven en mi memoria como una horrenda pesadilla.

En el momento de desprenderse la madera de la ventana la faz de la muerte se presentó a mis espantados ojos. Quizás fué el olor a cola que salía de la habitación; quizás fué el instinto; tal vez en aquel momento vi el borde irregular, la unión mal hecha de la madera. No puedo decirlo, pero el hecho en sí fué que una parte de la sección superior del cuadro de la ventana había sido cortada y vuelta a colocar sujeta tan sólo por un poco de cola. Se despegó cuando yo me agarré para sostenerme y me lastimó los dedos. Me sentí caer hacia atrás.

Creo que se me hiela de verdad la sangre cuando lo recuerdo. Perdí el equilibrio. Me agarré desesperado al borde de la ventana y si aquellos canallas hubieran removido toda la parte superior del borde de madera nada hubiese podido salvarme; pero habían dejado intactos los pedazos de los lados y de uno de esos lados me agarré con todas mis fuerzas. En aquel momento el peso de mi cuerpo hizo que la parte de la ventana descendiera de pronto y durante un segundo, colgué angustiado.

Un sistema nervioso acostumbrado a hacer frente a las mayores exigencias, todos los días, durante mucho tiempo, me salvó de aquella mala situación. Me encontré dentro del cuarto, maltrecho y aturdido como el que despierta de un horrible sueño. Me quedé inmóvil en la oscuridad, mientras luchaba con la amenaza de un desmayo preguntándome lo que hubiera dado en aquel momento por una copa de cognac.

Pude, por último, buscar a tientas la llave de la luz eléctrica y encender la lámpara. Al fin había conseguido mi objeto: me hallaba en el cuarto que había considerado fuera de mi alcance pero no me sorprendió nada el ver que la puerta de salida también estaba cerrada. Nada podía verse entonces con mayor claridad que la mentira de Haggers. Su carta formaba parte del complot contra mí. La gavilla había preparado aquello de acuerdo. Su idea fija era matarme pero sin poner en peligro sus propios cuellos. Mi cuerpo sería hallado hecho pedazos en las piedras de la calle y el misterio de mi muerte no podría ser descubierto jamás.

Haggers había mentido traidoramente menos en un punto: la media luna de zafiros de la señora de Cressington estaba en poder de la gavilla. Me había convencido de eso y no tenía razón para cambiar de modo de pensar. Insaciable deseo de vengarme de la gavilla me hacía arder las yemas de los dedos. ¡Si pudiera marcharme llevándome las piedras!... ¡Esto sería el pináculo del ideal! ¿Podría hacer ambas cosas? Me parecía imposible.

No dudaba yo de que la media luna estaba en aquella habitación, no en la otra, donde yo había estado antes. Claro está que ninguno de los tres la llevaba en su poder pues no iban a correr el riesgo de que se la encontraran en el bolsillo en caso de que los prendieran... Y es de suponer que sabiendo que yo andaba metido en el caso, temerían ser detenidos. ¿Qué mejor escondrijo que aquellas oficinas disfrazadas bajo una pretendida firma comercial? Y de las dos habitaciones aquella en que yo estaba era la más sospechosa puesto que no iban a dejarme solo donde estuvieran los zafiros.

Esta lógica era buena. Así me pareció. Pero podía buscar durante dos horas antes de hallar lo que yo deseaba en aquel momento tanto como el vivir. Máquinalmente abrí dos o tres cajones, miré detrás de unos cuadros, observé detrás del radiador. En vano. Lancé un suspiro de angustia. Podían llegar de un momento a otro. No debía pensar más que en defenderme de Dippy.

Primeramente pensé en ponerme detrás de la puerta y darle en la cabeza con una silla. Abandoné esta idea. Le haría frente fríamente. Si yo lograba mantenerme suficientemente sereno, tal vez conseguiría dominar su propósito homicida.

Saqué la cigarrera. Estaba vacía. Miré en redor y vi una caja de cigarros, abierta, y casi llena, en la repisa de la chimenea. Me temblaban un poco las manos, pues cuando me acerqué a tomar un cigarro hice que la caja se cayera al suelo. Me incliné para recojer los dispersos cigarros y lo primero que vi fué la media luna con sus doce relucientes zafiros.

Había estado escondida debajo de las capas de cigarros de la caja, dejada abierta como por descuido. Excelente escondrijo y muy de acuerdo con el carácter de Dippy.

En el momento en que yo me apoderaba de la alhaja, oí rumor de voces junto a la puerta. Debo decir que no creo que los hombres se fueran de la casa, pues si hubieran salido se hubieran dado cuenta de que yo no

había caído. Probablemente habían esperado en la desierta escalera.

Oí que Haggers exclamaba:

—¡Ahí dentro hay luz! Y juraría que la dejé apagada. ¡Ha pasado de una ventana a la otra y ahora está ahí, ese demonio!

Un instante después la puerta que daba al rellano se abrió de un golpe y por entero.

—Tengan ustedes la bondad de pasar,— les supliqué cortésmente.

Dippy fué el primero en entrar, con el revólver en la mano. Haggers, el grandísimo canalla, entró después y me miraba por encima del hombro del otro. Los ví como miraron hacia la ventana, que se hallaba abierta y ante la cual me encontraba yo.

—Un desdichado accidente, caballeros,— dijo amablemente. — He estropeado un poco la ventana. Les ruego que acepten mis disculpas.

Fué Dippy el que vió la volcada caja de cigarros. Se volvió hacia mí con los ojos echando fuego y levantando el brazo amenazador.

—Haga usted fuego y los zafiros desaparecerán para siempre, — le advertí.

Se detuvo al oír esto porque yo tenía la mano derecha fuera de la ventana y la valiosa joya entre dos dedos. No podía meterme una bala en el cuerpo sin que yo soltara de la mano la media luna de zafiros.

—No se mueva de donde está, — le dije con calma. — Le propongo un convenio, Dippy... Baje ese revólver y quítese de la puerta. Yo compraré mi vida pagando con los zafiros. Creo que le conviene el negocio.

Durante cinco segundos observé los síntomas de una lucha interna que se le notaban en el rostro. Deseaba quitarme la vida, pero, —¡gracias al cielo! — deseaba con mayor fuerza la posesión de las piedras preciosas. Arrojó el arma a una acolchada butaca que estaba en un rincón y se retiró a un lado para dejarme pasar. Arrojé la media luna para que él la recogiera y me dirigí hacia la puerta con la mayor dignidad posible.

Haggers estaba cerca de la salida y, por mi vida, no pude resistir a la oportunidad. Le dí un golpe de boxeo, con toda mi fuerza, en la parte inferior de la mandíbula y salí corriendo escaleras abajo. Descendí a saltos aquella interminable serie de tramos. No ví a Myrtle por ninguna parte. Me alejé de aquel maldito edificio y corrí por la desierta calle como si un demonio me pisara los talones. Llegué a la avenida y me ví entre el ruido del tráfico. ¡Dios mío! ¡Qué agradable música!

Llamé a un automóvil de alquiler que pasaba, grité mis señas al chauffeur y me metí en el vehículo. Y muy suavemente me dije a mí mismo:

"Cualquier imitación de piedras preciosas, cualquier duplicado hecho en pasta es un miserable artificio y es objeto de burla para el ladrón de joyas que conozca las primeras nociones de su oficio, excepto en circunstancias en que le es necesario proceder con grandísima rapidez y se encuentra muy excitado".

Porque en realidad yo me había guardado la legítima alhaja cuando entraron Dippy y Haggers. En cuanto a la imitación, de vidrio, que hizo Duroy, se la dejé a los dos pillos para que les sirviera de recuerdo.

. . . .

Fué uno de los dorados momentos de mi vida aquel en que me hicieron pasar a la oficina particular del inspector Jackerman, un momento más delicioso que cuantos he podido pasar en mis malos días al terminar con éxito algún golpe valioso.

El inspector me miró fríamente y dudando, como siempre.

—¿Tiene usted algo que decir? — me preguntó lacónicamente.

—La gavilla que yo sospechaba se apoderó realmente de los zafiros. Fué después del baile de fantasía, probablemente. Quizás les ayudó la mucama de la señora de Creessigton. Pero de algo estoy seguro.

Y bostecé.

—Bueno... ¿De qué está usted seguro? —preguntó impaciente, el inspector.

—De esto... para empezar, — contesté colocando la media luna con sus doce notables zafiros ante sus asombrados ojos. — ¡Esto es prueba evidente, no me lo negará usted, mi querido inspector, de que he trabajado de mano maestra!

En el próximo número de PUCKY se publicará la segunda de estas interesantes aventuras, — cada una completa por sí misma, — que se titula "Pecas" y es, por la novedad de su asunto y la intensidad de sus escenas, tan atrayente o más que la que acaba de leerse.

CONSEJOS PARA EL HOGAR

RECETAS E INDICACIONES CURIOSAS Y DE VERDADERA UTILIDAD PRACTICA

Las cadenas de oro se limpian frotándolas con agua fría y jabón. Después se les saca brillo pulimentándolas con papel de seda fino.

⁘ ⁘ ⁘

Los cepillos de la cabeza, suavizados por el uso, recobran su aspereza, bañándolos en una solución fuerte de alumbre.

⁘ ⁘ ⁘

Las pinzas de tender la ropa se estropean muchas veces por resecarse demasiado la madera, y para evitarlo conviene ponerlas en remojo una o dos veces al mes.

⁘ ⁘ ⁘

Las escaleras de las bodegas y de los sótanos deben pintarse de blanco, porque así se ven mejor los escalones si es oscura la cueva, y se evitan caídas.

⁘ ⁘ ⁘

Cuando se limpia el pescado no se debe echar en agua porque pierde el gusto.

⁘ ⁘ ⁘

Si se quiere blanquear el algodón con agua oxigenada, por cada 100 litros de agua se toman tres kilos de sulfato de magnesia y un kilo de peróxido de sodio. Añádese con precaución 1 kilo y 850 gramos de ácido sulfúrico.

El sulfato da cierta estabilidad al agua oxigenada formada por la acción del ácido sobre el peróxido. Este baño asegura el blanqueo de 100 kilos de algodon en un intervalo que varía de 1 a 2 horas.

⁘ ⁘ ⁘

Cuando se cose a máquina muselina ú otros tejidos endebles, conviene poner debajo una tira de papel de estraza, que impide que la tela se arrugue. Después de hecha la costura se arranca fácilmente el papel.

⁘ ⁘ ⁘

Para pegar porcelana se echa una cucharadita de azúcar de buena calidad en la cantidad de agua hirviendo indispensable para disolverla por completo, y una vez fría se añade la clara de un huevo y se bate bien la mezcla con un tenedor. Entonces se calientan los bordes de las piezas rotas de porcelana, se aplica al cemento y se unen las partes conservándolas bien unidas por medio de cuerdas durante doce horas.

Las mesas de caoba, se estropean mucho por posar encima de ellas platos calientes.

Las manchas blanquecinas que éstos dejan se quitan frotándolas primeramente con un poco de aceite de olivas, aplicando luego unas gotas de alcohol puro y pulimentando la madera con un trapo seco.

⁘ ⁘ ⁘

El perejil se conserva mejor que en agua metiéndolo en una caja de hojalata herméticamente cerrada.

⁘ ⁘ ⁘

Las esponjas son grandes colectores de microbios, por cuya razón conviene lavarlas con agua hirviendo, con frecuencia.

⁘ ⁘ ⁘

Las camas y las bicicletas se restauran frotándolas con un trapo mojado en un poco de kerosene y se pulimentan con un paño seco.

⁘ ⁘ ⁘

Usando agua jabonosa para hacer almidón se saca más brillo y se agarran menos las planchas.

⁘ ⁘ ⁘

Un poco de sal muy molida, aspirado por la nariz cuando se siente cosquilleo, basta muchas veces para curar los constipados de cabeza.

⁘ ⁘ ⁘

Para dar brillo a los muebles se hace una muñequita con un trozo de franela suave envuelto en el trapo usado y se echan en esa muñequita dos gotas de aceite de almendras y otra dos de alcohol, frotando en seguida la superficie del mueble en sentido circular hasta sacar el lustre requerido.

Conviene no dar lustre mas que a una pequeña parte de la superficie del mueble cada vez que se moja la muñequita y emplear un trapo limpio.

* * *

El vino de quina se prepara del siguiente modo:

Se ponen en infusión durante dos días 60 gramos de quina gris, machacada en 50 gramos de alcohol de cincuenta grados, teniendo cuidado en tapar bien la botella.

Transcurrido el expresado tiempo se agrega un litro de vino bueno y se deja macerar diez o doce días, al cabo de los cuales se filtra y puede beberse.

EL VINAGRE

QUE CONSERVA LA SALUD

PRUEBELO

Y

NO USARA OTRO.

ES EL MEJOR

Y

MAS BARATO POR SU CALIDAD INSUPERABLE

VINAGRE DE VINO "Omega"

Es fácil decir que un producto es el mejor, lo difícil es comprobarlo.

Nosotros decimos que el

VINAGRE "OMEGA"

es el mejor, y lo probamos: En la Exposición de Bebidas Fermentadas, organizada por la Intendencia Municipal de la Capital, en 1921, el

VINAGRE "OMEGA"

mereció el primer premio. ¡Mientras la mayoría de los productos se decomisaban por su mala preparación, el

VINAGRE "OMEGA"

triunfaba plenamente! Si Vd. desea obtener una buena ensalada, no olvide que el

VINAGRE "OMEGA"

es el único que reúne condiciones culinarias de primer orden, por estar preparado a base de puro vino de producción argentina.

EN VENTA en los almacenes por mayor.

PIDA

VINAGRE "OMEGA"

a su almacenero



Lagerio, Esparrach y Cía.

Bs. Aires



EL DESINFECTANTE IDEAL de uso general

PREPARADO POR EL

Instituto Biológico Argentino

No contiene ácido bórico, ni fenoles, ni cresoles, ni sales mercúricas, QUE SON VENENOS CELULARES.

Por consiguiente, el ANTIBACTER es un desinfectante insuperable y de uso general. Es indispensable y no debe faltar EN NINGUN HOGAR.

Debe, pues, usarse para la toilette de las señoras, el ANTIBACTER

Para las enfermedades génito-urinarias, el ANTIBACTER

Para las enfermedades de la, piel el ANTIBACTER

Para las enfermedades de los ojos, el ANTIBACTER

Para las enfermedades de la nariz y del oído, el ANTIBACTER

Para el catarro de los fumadores, el ANTIBACTER

Para las enfermedades de la boca, el ANTIBACTER

Para la medicina y la cirugía en general, el ANTIBACTER

Y para la desinfección de todas las heridas, el ANTIBACTER

USE el ANTIBACTER. Tenga confianza en el ANTIBACTER, y puede tener la seguridad de haber recurrido al gran antiséptico que le evitará toda clase de trastornos.

Su uso, aun continuado, no provoca molestias y pueden emplearlo los niños sin cuidado alguno.

De venta en todas las Buenas Farmacias

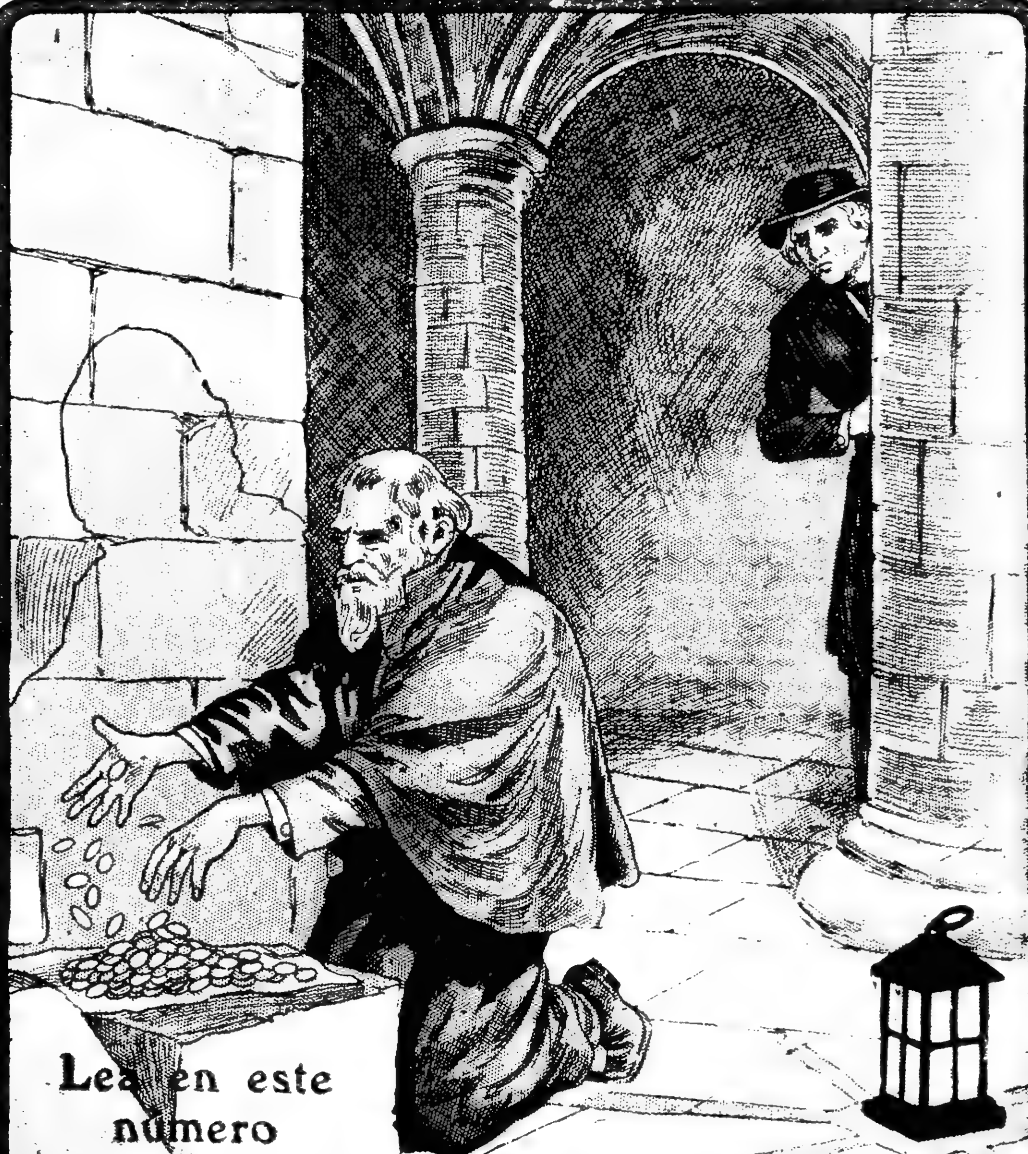
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

1ª Quincena de
JUNIO 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION QUINCENAL No. 11.



Lea en este número

EL CASO de la ABADIA de GRIMSDALE

Novela policial completa en la que figuran el gran [illegible]
y HUMBLE BEGGE [illegible]

y muchas cosas más, interesantes y entretenidas



Sumario

EL GRAN PRODUCTO ARGENTINO

Kalisay

20 AÑOS DE EXITO

KALISAY es el aperitivo que se prefiere en todos los hogares.
KALISAY es lo que piden los niños a todas horas, porque su sabor es agradabilísimo
Los médicos recomiendan el **KALISAY** por sus cualidades como reconstituyente del organismo y el mejor estimulante del apetito

Señora: en su casa no debe faltar una botella de KALISAY!



UN OBSEQUIO A LOS LECTORES de "PUCKY"

Como reclame extraordinaria, a las personas que presenten en nuestro escritorio, calle 24 de Noviembre 480, este aviso, le entregaremos por sólo $ 1.50 una botella de un litro de KALISAY, cuyo precio es de $ 2.50. Del interior 0.20 más para flete. En Rosario, dirigirse a nuestra sucursal, Corrientes 1000.

Apurarse, se están agotando las botellas que habíamos dedicado a los lectores de "Pucky"

LAGORIO, ESPARRACH & Cía. - Buenos Aires


Sumario



"¡Deténgase!", resonó la voz del relojero, mientras Begge, con un salto como el de un gato, se agarró a la escalera. (El Caso de la Abadía de Grimsdale", Pág. 33).



Esta obra ha sido traducida del inglés especialmente para "Pucky" y por su moralidad y atractivo puede ser leída por todos como lo demás que publica este magazine.

Un episodio en que interviene Humble Begge, el "hombre pacífico", que figuró en la novela "A las 4", publicada por "Pucky". — Una aventura de profundo misterio en la que actúa el gran criminalogista Sexton Blake y su joven ayudante Tínker.

CAPITULO PRIMERO

Una discusión entre amigos. — Arturo Stanley cuenta una extraña historia. — Humble Beggo burla a un empleado de policía vestido de particular.

¡USTED es un grandísimo tonto y yo no se por qué no le aplasto la nariz de un golpe!

—¡Eso es mucho más fácil decirlo que hacerlo! ¿Por qué no lo intenta?

—¡Ya lo creo! ¡Ahora mismo le voy a demostrar que yo hago lo que digo!

—¡Como lo intente, nada más, de un golpe le dejo sin cabeza!

Las fuertes voces hicieron que mucha gente corriera al sitio donde se había producido la discusión; la esquina de una oscura calle londinense, en el barrio de Islington.

Cuando un hombre pierde la serenidad casi siempre pierde su vocabulario, lo que, tal vez, no deja de ser conveniente. Los dos hombres estaban de pie, cara a cara, mirándose en la oscuridad. De un momento a otro podían empezar los golpes, pero antes de que uno de ellos se decidiera a golpear al otro, se produjo una rápida interrupción.

Un hombre alto y delgado se abrió camino por entre la gente reunida allí y tomó de un brazo a uno de los dos furiosos personajes.

—Haga usted el favor de esperar un minuto, amigo mío, — dijo una voz aguda y chillona.

A la luz del farol del alumbrado público el recién llegado presentaba un aspecto extraordinario, casi grotesco. Tenía más de seis pies de estatura y era muy delgado. La ropa que tenía puesta era demasiado chica para él y si las mangas dejaban ver un par de pulgadas de sus flacas muñecas, los pantalones descubrían otras dos pulgadas de sus huesosos tobillos. Estos pantalones eran estrechos, de los que se llaman "caño de cocina" y la levita que llevaba aquel hombre, con sus faldones largos y flotantes, era de corte enteramente eclesiástico. Tenía puesto un sombrero negro de alas muy anchas; llevaba en torno de su delgado pescuezo un cuello muy alto. Debajo de un brazo oprimía un abultado paraguas y tenía las manos metidas en esos guantes sin dedos que la generación pasada denominaba mitones.

Su repentina aparición había detenido inmediatamente la disputa y la fuerza con que su mano oprimía el brazo de uno de los hombres, hizo que éste hiciera una mueca de dolor.

Se volvió hacia el recién llegado con los puños en ristre.

—¡A ver! ¡Suélteme usted grandísimo!... ¡Oh! ¿Es usted, señor Begge? ¿Usted?

El cambio que experimentó el tono de la voz fué muy significativo. El otro peleador pareció reconocer también al hombre alto y flaco porque retrocedió un paso.

Humble Begge soltó el brazo del hombre y juntando las manos, miró con atención a los dos que peleaban. La gente que se había acercado a curiosear era más numerosa que un momento antes y se veía una triple fila de caras formando círculo en torno de aquel terceto.

—¿Qué es lo que pasa, amigos míos?

—Que este grandísimo idiota...

—Que este imbécil del demonio...

—¡Un momento, por favor! — Y Begge levantó las manos solicitando silencio.—No creo que el señor Stagg sea un grandísimo... idiota, y estoy seguro de que usted, Tom Gapp, no tiene nada que ver con el demonio. Veamos cuáles han sido los hechos, en realidad. Usted, Stagg, hable primero.

—Me ha roto el pito de yeso. Vino por la calle moviéndose aturdido y me atropelló como un gran... — La mirada de Begge, fija en su rostro, le hizo callar y, después de una forzada sonrisa, terminar la frase diciendo: — ...como un ciego.

El señor Stagg extendió la mano para que todo el mundo pudiera darse cuenta de la veracidad de sus palabras. En la callosa palma de aquella mano se veía un destrozado pito de yeso.

—Lo que no está aquí, está en el suelo,—dijo el señor Stagg, con el tono propio del hombre que se ha visto privado de un agradable entretenimiento.

En realidad, el caso parecía presentarse muy grave para Tom Gapp.

—¿Y usted, que dice, Tom Gapp?

Tom Gapp había estado, seguramente, conteniendo el aliento porque se expresó con la rapidez de un rifle de aire comprimido.

—¡Fué él el que tropezó conmigo!—vociferó. — ¡Salió corriendo de la taberna y como si fuera... como si fuera... — procuró también moderar la expresión que iba a emplear, y terminó la frase diciendo: — ...como si fuera un hombre muy apresurado!

Los mirones rieron disimuladamente al oir este final tan suave.

El señor Gapp se llevó la mano a la barba.

—Me metió el pito de yeso en la cara, en la misma cara, — agregó. — Hasta me arrancó un pedacito de pellejo, como se puede ver.

El señor Gapp tenía razón. Se notaba que había sufrido deterioro.

Humble Begge llevó la mano al bolsillo y sacó de él dos monedas.

—Eso lo vamos a arreglar así, — dijo. Se volvió hacia el señor Stagg y le puso una moneda en la mano. — En la esquina de King's Cross hay una cigarrería donde podrá usted comprar otro pito de yeso y un paquete de tabaco. — El hombre alto y delgado se dirigió a Gapp. — En la calle del Angel hay un boticario que le proporcionará tafetán engomado, — dijo, dándole la otra moneda. — Ahora dénse ustedes la mano, como buenos amigos que son, y váyase cada uno por su lado.

Y con grandísimo asombro, por lo menos de uno de los circunstantes, los dos hombres se dieron la mano y uno se fué hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, dirigiéndose a donde se les había mandado.

La gente se rió, pero se rió en forma que casi era una exclamación de aplauso. Y cuando Humble Begge cruzó por entre la gente, una mujer avanzó su curtida mano y le dió unas palmadas en la espalda.

—¡Buena suerte le deseo a usted y a su buen corazón, señor!—dijo ella.

Al oir esto, la muchedumbre exclamó: "¡Bien! ¡Bravo! ¡Bien!"

En el borde de la acera se hallaba de pie un hombre que vestía un delgado traje de casimir azul oscuro. Se encontraba allí cuando fueron pronunciadas las primeras palabras de enojo y cuando los dos hombres estuvieron por pelearse a golpes. En aquel momento, al ver cómo saludaban al que había intervenido, se inclinó hacia el mirón que estaba a su lado, tocándole el brazo.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó.

—Se llama el señor Begge y es muy buena persona. En Islington le conocen todos.

—¿Es el clérigo de la parroquia?

—¡No! Tiene una especie de alojamiento para marineros, para negros y japoneses. Pero nunca rechaza a nadie, si puede ayudarle. Y si no le pueden pagar, no le importa. ¡Oh; ¡Es un hombre muy bueno!

El del traje azul dió las gracias por la información y siguió calle adelante. Apresuró el paso hasta que logró distinguir al hombre alto y anguloso. Cuando vió de nuevo a Begge amenguó la rapidez de su paso.

—No rechaza a nadie. Es un hombre muy bueno. ¡Sólo Dios sàbe la falta que me hace encontrar a un hombre así en estos momentos!

Sin embargo no logró reunir suficiente valor para apresurar el paso y hablarle. Unicamente el mendigo profesional no siente recelo o vergüenza cuando se dirige en busca de algo, a un desconocido. El hombre realmente necesitado lucha contra su propio orgullo y contra su timidez antes de aventurarse a solicitar la ayuda que necesita.

Hasta que llegó a la tranquila plaza donde estaba su establecimiento, Humble Begge no se dió cuenta de que alguien le seguía. Cruzó la calle caminando lentamente. Las pausadas pisadas le siguieron, apresurándose de pronto y entonces, Begge se volvió con rapidez. El que le seguía se detuvo, vaciló un momento y después hizo un movimiento como si se propusiera retirarse.

—¿Quería usted hablar conmigo, amigo mío?

Lo suave y cariñoso de aquella voz hizo que el hombre se detuviera de nuevo.

—¿Qué es eso? ¿Necesita usted algo?—preguntó Humble Begge.

Entonces, como el otro no se decidía a acercarse a él, Begge retrocedió, yendo a su encuentro, lentamente.

—Algo necesito, sí señor, pero no tengo

derecho a pedírselo a nadie y menos aun a un desconocido...

Aquella voz era la de un hombre culto y educado. Sin embargo, a la luz del farol de la calle se veía que su traje viejo y raído y la echarpe que llevaba al cuello, eran prendas típicas de un hombre de la clase más baja.

—He oído muchos extraños pedidos en mi vida, — dijo Begge tranquilamente.— Siempre estoy dispuesto a ayudar a quien lo necesita.

Pero el hombre vacilaba todavía.

—¿Puedo confiar en que usted callará mi secreto, aun cuando se niegue a ayudarme?

Begge inclinó la cabeza afirmativamente.

—¡No he traicionado jamás la confianza de nadie!—dijo.

El otro se inclinó hacia adelante.

—Entonces voy a confiar en usted y a decírselo todo. Sólo Dios sabe la falta que me hace alguien que me ayude... que me aconseje.

Begge se volvió y le indicó el alumbrado portal del "Hospedaje de los Hermanos de Oriente", nombre que había dado a su casa donde ningún hombre, negro, amarillo o blanco, encontraba jamás cerrada la puerta.

—Venga usted conmigo, — dijo. — Tengo un cuarto reservado para mí. Allí estaremos mejor.

Cuando cruzaron el hall, Begge dirigió una mirada al rostro de su compañero. Hacía lo menos tres o cuatro días que no se había afeitado, pero el rostro era el de un joven, aun cuando en aquel momento tuviera grandes y oscuras ojeras y las mejillas hundidas.

Por la abierta puerta del comedor salía un apetitoso aroma de cosas de comer. Begge notó que a su compañero le brillaron los ojos, pero el hombre no habló.

Cuando estuvieron en su pequeña habitación, Begge se volvió hacia su invitado.

—Generalmente ceno a esta hora, — dijo. —¿Quiere usted cenar conmigo?

Los hundidos ojos del joven le miraron, silenciosos, durante un momento.

—Yo iba a pedirle que me diera alojamiento por uno o dos días, aquí, señor, — dijo el desconocido.—Pero debo confesarle que yo... que... que en este momento... no tengo dinero.

Podía haber agregado que hacía ya cuatro días que no lo tenía y que llevaba dos sin comer.

—Nosotros disponemos de un fondo especial, — dijo Begge, — destinado a atender al que se encuentra en la situación que usted. Claro está que se espera que usted pague, cuando le sea posible, todo préstamo que se le haga.

Esta manifestación fué hábil, y no perdía nada con ser absolutamente inexacta. Begge era el "fondo especial" y no esperaba que se le devolviera nunca nada de lo que daba. Pero se había dado perfecta cuenta de la manera de ser del hombre con quien trataba

—Siendo así le agradeceré mucho que me proporcione algo de comer, — dijo el desconocido.—Yo le pagaré tan pronto como pueda.

Si existe una comida más tentadora y apetitosa para un hombre muerto de hambre que el café, los huevos fritos con tocino y el pan fresco y tostado, ciertamente no lo había descubierto jamás Arturo Stanley. Trató de disimular su apetito pero el fingimiento le resultaba imposible y comió como un lobo, rápidamente hasta que alzó la vista y su mirada se cruzó con la de Begge, que le contemplaba con simpatía y bondad. El joven se echó hacia atrás, en la silla, con las mejillas súbitamente coloreadas por intenso rubor.

—Me parece que estaba bastante hambriento, — dijo. — Es la primera comida que hago en dos días... la primera vez que como decentemente en más de una seman.

—¡Pobre muchacho!

Era poco más que un muchacho. La comida había devuelto algo de color a sus pálidas mejillas y Begge adivinó que no debía tener más de veintiuno o veintidós años.

Y esta última observación fué decisiva pues de pronto Arturo Stanley se inclinó hacia la mesa, ocultó la cara en los cruzados brazos y hondos sollozos le conmovieron de pies a cabeza.

Begge se levantó en seguida y se inclinó hacia el tembloroso joven, apoyándole una mano en el hombro.

—Es necesario que no se aflija, — le dijo. —Comprendo que ha pasado usted por algo terrible. Pero no se entregue a la desesperación. Vamos, joven amigo, un poco de ánimo.

Un minuto o cosa así, después, Stanley se había tranquilizado y Begge, volviendo a su asiento, se acercó más a la mesa.

—Si tiene usted algo que decirme, dígamelo ahora, — dijo.

Los ojos de su invitado brillaron un momento. Con un impulsivo movimiento el joven se puso de pie, separando la silla en que estaba sentado, extendiendo ambas manos.

—¡Míreme bien, señor! — exclamó con trágica voz. — ¿Cree usted que yo puedo ser un asesino?

La tranquila expresión del hombre que se hallaba ante él no varió ni lo más mínimo, pero su mirada se hizo más penetrante y fija durante un momento.

—¡No! ¡No lo creo! — dijo Humble Begge después de una larga pausa.

Arturo Stanley volvió a sentarse.

—Sin embargo, eso es lo que... lo que la sociedad, lo que el mundo cree,—agregó. —Me llamó Stanley... Arturo Stanley. Soy el hombre a quien buscan por el caso de la Abadía de Grimsdale. Aconteció hace tres meses, pero sin duda usted lo recordará todavía.

Begge movió negativamente la cabeza.

—Leo muy poco, — dijo a manera de explicación.

Su joven visitante se inclinó hacia la mesa.

—Hace tres meses el reverendo Wilbron

Mallet fué hallado muerto en la Abadía de Grimsdale, — prosiguió. — Era vicario de Grimsdale y uno de los caballeros más distinguidos que he conocido. ¡Y pensar que han podido!...

Calló un instante, permaneciendo pensativo, con la mirada baja.

—Siga usted adelante, — díjole entonces Humble Begge.

—Aconteció eso un jueves por la noche,— prosiguió Arturo Stanley, — y ahora voy a decirle a usted algo que no le he dicho jamás a nadie. El cuerpo no fué hallado hasta el viernes por la mañana pero yo sé que le mataron antes de las diez de la noche. ¡Yo ví el cadáver antes que nadie!

Al hablar miraba cara a cara a Begge para ver si notaba en su rostro alguna expresión de duda o de sospecha. La mirada de Begge siguió siendo tranquila y serena.

—¿Cómo pudo ser eso? — inquirió Humble Begge.

—Yo era organista, — dijo Arturo Stanley, — y tenía una llave de la sacristía. Generalmente pasaba una hora o dos estudiando y practicando en el órgano, durante la semana. Aquel jueves me entretuve por una razón especial y no entré en la iglesia hasta eso de las nueve. De la sacristía se puede pasar al sitio donde está el órgano sin entrar en la nave de la iglesia y eso fué lo que hice aquella noche. La iglesia tiene alumbrado eléctrico; yo encendí una de las lámparas que quedan sobre el órgano y comencé a practicar.

Calló un instante como para organizar sus recuerdos y después prosiguió:

—Me proponía tocar hasta que el reloj de la torre diera las diez, pero no oí sonar las campanadas de la hora y cuando mire mi reloj de bolsillo ví que eran ya las diez y diez. Dejé de tocar en seguida y volví a la sacristía. Había dejado la puerta abierta, pero la encontré cerrada. La cerradura es bastante curiosa, pues solo se puede abrir del lado de fuera, y es necesario insertar una clavija para que se quede abierta. Yo recordaba haber puesto la clavija, pues lo hacía siempre, pero alguien la había quitado y había cerrado la puerta.

"No podía salir de la abadía por la puerta de la sacristía, así que retrocedí, internándome en el edificio, dirigiéndome a la puerta principal. Fuí hacia la izquierda y pasé por el sitio que queda debajo de la torre del reloj. Reinaba la más completa oscuridad, pero yo conocía bien el camino. De pronto tropecé con algo y me encontré con que era... un cadáver... el cadáver del vicario. Tenía yo, en el bolsillo, una caja de fósforos y encendí varios para examinar el... el cuerpo. Estaba muerto y bien muerto.

El tono bajo con que se expresaba el joven dejaba comprender todo el horror que le había inspirado aquel hallazgo. Arturo Stanley se echó hacia atrás en su silla.

—Lo que hice entonces fué proceder como un demente, — confesó. — Se daba el caso de que aquel mismo día el vicario había considerado conveniente intervenir en un asunto privado referente a mí. Había ido a la oficina donde estaba yo empleado y temo que nuestra discusión fuera excesivamente violenta. El jefe de mi oficina se enteró de esto porque me habló de ello después. Cuando me dí cuenta de quién era el que yacía muerto a mis pies un terror horrible se apoderó de mí. Temí que me acusaran de ser el autor de su muerte y... perdí la cabeza.

—¿Qué hizo usted entonces?

—¡Huir! ¡Huir como un loco! — dijo el joven organista.—Salí de la abadía y cerré tras mí la puerta grande. Fuí directamente a mi domicilio y me cambié de ropa. Caminé doce millas aquella noche y por la mañana, me oculté en una barcaza. En la barcaza fuí, escondido hasta la costa, allí conseguí variar de ropa y obtuve colocación en un buque de cabotaje. Dejé el buque hace poco porque me advirtieron de que la policía me andaba buscando.

Un largo gemido brotó de los pálidos labios del pobre joven.

—Han logrado dar con mi pista hasta el puerto y han averiguado que obtuve empleo en el barco de cabotaje, — añadió. — Fué uno de la tripulación el que me dió el dato. Cuando me alejé del muelle estoy seguro de que alguien me seguía.

Se inclinó hacia adelante, y bajando la voz, dijo, mirando fijamente a Humble Begge.

—Van a venir a esta casa. Estoy enteramente seguro de que van a venir. Han expedido orden de prisión contra mí. La investigación llevada a cabo por el "coroner" demostró que yo era el único que había entrado en la abadía aquella noche y la noticia de mi discusión con el hombre, víctima del asesino, agravó las sospechas. Además encontraron los fósforos que yo había dejado, después de usarlos, en el suelo, cerca del cuerpo. Eran de determinada marca, que tienen el vástago rojo y hallaron una caja, de esa misma clase de fósforos, en la ropa que yo había dejado en mi cuarto.

Arturo Stanley se llevó, nerviosamente, la mano a la garganta.

—Le aseguro, señor, que han hallado suficientes pruebas circunstanciales para condenarme a la horca, — dijo con voz ahogada.— Sin embargo, juro que le he dicho a usted la verdad y nada más que la verdad.

Fué una suerte para Arturo Stanley el haber encontrado a un hombre como Humble Begge en calidad de confidente. Otro hombre cualquiera hubiese vacilado antes de ocuparse de guarecer a un fugitivo de la justicia, a un hombre de quien se sospechaba que fuera autor de un homicidio.

Pero el "hombre pacífico" tenía la facultad de leer en el alma de los que se acercaban a él. Había observado a su compañero detenidamente y cuando hubo terminado su relato, se levantó de su silla y le tendió su delgada y larga mano.

—Creo que es verdad todo lo que usted

me ha dicho, Arturo Stanley,—dijo; y voy a ayudarle en todo lo posible.

Un raudal de lágrimas afluyó a los ojos del que le oía hablar así, y Stanley volvió a ser presa de la mayor aflicción.

Begge esperó a que pasara aquella crisis, con el rostro iluminado por la más bondadosa de las sonrisas.

—¡Usted debe pensar que soy un infeliz y un cobarde! — tartamudeó el joven organista, avergonzado. — ¡Pero he... he pasado por tan horribles momentos! ¡Me he sentido perseguido por ese horrendo caso y... y!...

—No tiene usted por qué avergonzarse,— le dijo Begge.—Pero ahora debe usted calmarse. Me propongo ayudarle, pero usted tiene que poner algo de su parte. Lo primero que ha de hacer es meterse en la cama y dormir unas cuantas horas.

—No he dormido más de una hora seguido en los últimos tres meses, — confesó Stanley con amargura.

Bastaba mirarle la cara y los ojos enrojecidos para comprender que aquella manifestación era verídica.

Begge cruzó la habitación, y abrió una puerta interior por la que se vió un dormitorio sucintamente amueblado.

—Métase usted en la cama,—dijo,—y le prometo que mañana por la mañana habré encontrado alguien que se ocupará de su caso y que peleará como es debido en su defensa.

El desdichado fugitivo se levantó y cruzó la habitación con paso vacilante. Begge le miró mientras se desvestía y se metía entre las blancas sábanas. Después apagó las luces. Cinco minutos más tarde, cuando volvió a entrar en el dormitorio, Arturo Stanley dormía profundamente, vencido por el cansancio físico.

Begge volvió a la salita y acercó la silla a la mesa. Tomó un paquete de cuentas que tenía que revisar y se puso a estudiarlas una tras otra.

Transcurrió media hora. Entonces, de pronto. Begge oyó rumor de voces procedente del estrecho hall. Levantándose, fué hasta la puerta y escuchó durante un momento. Oyó el eco de una voz gruesa.

—Soy oficial de la policía y...

Begge no se detuvo a oir más. Encendió la luz eléctrica, corrió al dormitorio y acercándose al lecho, despertó al durmiente.

—No se alarme, — dijo en voz baja.—La policía ha venido, pero usted estará en seguridad si hace lo que yo le diga.

Arturo Stanley descendió de la cama y se vistió apresuradamente.

—¿Qué es lo que debo hacer?—preguntó.

Begge se acercó a la ventana y la abrió cautelosamente, sin hacer ruido ninguno.

—Venga usted aquí, — dijo en voz baja.

El fugitivo se acercó a él y Begge se inclinó hacia fuera, por el hueco de la ventana.

—Encima de esta ventana hay una ancha cornisa a la que podrá usted subir, ayudado por mí, —agregó en voz muy baja.—Por esa cornisa podrá usted ir a la parte del fondo de la casa, donde encontrará un depósito de agua, un tanque, vacío. Métase dentro del tanque y estará seguro. ¡Venga usted!

La cornisa estaba a unos seis pies de la ventana y Arturo Stanley vaciló un instante cuando miró hacia arriba. Pero unas manos de hierro le sujetaron por las rodillas y Stanley se sintió levantado, junto a la pared. Era aquello una hazaña de fuerza que parecía increíble. Humble Begge levantó a aquel hombre con una facilidad tal que se hubiera dicho que se trataba de un niño. Stanley pudo agarrarse al borde de la cornisa y otro esfuerzo del hombre que estaba abajo le permitió levantarse y arrodillarse en ella.

—¡Dése usted prisa!



Sosteniendo la improvisada antorcha en alto, el hombre pacífico comenzó a examinar cuidadosamente su prisión. (Pág. 30.)

Se oyó esta frase de advertencia, de abajo, y la ventana se cerró en seguida.

Stanley se puso de pie en la cornisa y sin separarse del muro, siguió avanzando hasta volver la esquina y no se detuvo hasta que vió el tanque cuadrado. La parte de arriba quedaba al mismo nivel de la cornisa y en ella había una abertura suficientemente grande para que pudiera pasar su delgado cuerpo.

Por ella penetró Stanley y acurrucándose en el fondo del tanque, con el oído alerta, escuchó.

La extraña huída se había producido en el momento oportuno. Tan pronto como Begge cerró la ventana, bajó la cortina y corrió a la cama, metiéndose entre las frazadas.

En aquel momento llamaron a la puerta que daba a la salita.

—¿Quién es? — preguntó Humble Begge desde la cama.

Ya se había quitado la levita y el calzado mientras tanto. La puerta se abrió y la luz de la otra habitación penetró en el oscuro dormitorio.

Era Tim, el gerente, quien había encendido la luz y detrás de su adiposa silueta, Humble Begge vió a dos hombres altos, uno de ellos, vestido de uniforme azul, era un policeman; el otro vestía de particular.

—Estos señores desean verle, señor,—dijo respetuosa y tímidamente, Tim.

Begge notó en seguida la rápida y angustiada mirada que el gerente le dirigió en el momento en que descendía de la cama. Tim sabía, naturalmente, que Begge tenía un visitante, pero se había callado ese detalle.

El policeman avanzó y Begge le reconoció en seguida. Era uno de los hombres dependientes de la oficina policial de aquel barrio.

—Siento molestarle, señor Begge,—dijo el policeman,—pero no hay modo de evitarlo. El señor es el detective inspector Bradell, de Grimsdale.

Begge se estaba calzando; después se puso la levita, avanzó y saludó al empleado de policía vestido de particular.

—¿En qué puedo servirle, señor? — le preguntó.

Bradell, un tipo moreno, de mirada penetrante, vaciló un instante, indeciso.

—Ando en busca de un presunto asesino, señor Begge, — dijo. — Se llama Arturo Stanley, y me siento inclinado a creer que entró en esta casa hace como una hora.

—Usted querrá registrar toda la casa, naturalmente, ¿no es así?

El inspector miraba a Begge fijamente.

—Sí, señor Begge, — dijo. — En realidad mi subordinado le vió entrar en la plazoleta, pero entonces le perdió de vista durante un momento. Vestía ropa como de marinero y es de suponer que tratara de esconderse en un establecimiento como éste.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! Yo sé que la casa está llena, muy llena. Voy a acompañarle a visitarla. Supongo que no tendrá probabilidad de escaparse mientras usted visita la casa.

El detective de Grimsdale, sonrió.

—He apostado un par de hombres en el frente y en el fondo, — dijo. — No creo que tenga muchas probabilidades de poder pasar sin que le vean.

—Muy bien; voy a acompañarle a visitar la casa.

Begge sabía perfectamente que el inspector no tenía derecho a visitar la casa sin proveerse previamente de una orden superior de allanamiento, pero al "hombre pacífico" le convenía hacerse el desentendido a ese respecto. En otras circunstancias, Begge hubiera ayudado al representante de la ley y del orden, pero aquella ocasión necesitaba diferente conducta. De cualquier modo, costara lo que costara, Arturo Stanley tenía que ser escudado hasta que Begge tuviese tiempo de ver a otra persona en cuyas hábiles manos se proponía confiar el asunto relativo al caso de la Abadía de Grimsdale.

—¿No se opone usted a que yo empiece por esta habitación, a revisar la casa, señor? —preguntó el de policía.

Begge volvió a decirse que Bradell sospechaba algo, sin duda.

—No, señor, de ningún modo,—dijo.

Bradell revisó muy detenidamente el dormitorio, abriendo las alacenas y mirando debajo de la cama.

El policeman le miró con expresión de duda en la mirada.

—Espero que usted no se molestará, señor Begge, — díjole en voz baja. — El inspector, como es forastero, no tiene el gusto de conocerle a usted tan bien como le conozco yo.

La sonrisa de Begge fué infantil, de puro ingenua e inocente.

—No he pensado en molestarle ni lo más mínimo,—replicó.

La salita contigua fué cuidadosamente revisada, y, por último, el inspector se dirigió a las demás habitaciones de la casa. Cada dormitorio y cada habitación fué visitada sucesivamente y los varios ocupantes, — japoneses y "lascars" en su mayoría, — fueron sometidos a detenida observación.

En una de las ventanas del segundo piso el inspector se detuvo y miró hacia abajo, hacia el oscuro patio. Silbó y le contestó una señal desde la oscuridad, indicando que su subordinado estaba en observación allí.

La revisación de toda la casa duró cerca de una hora y al final, el oficial de policía de Grimsdale volvió nuevamente al piso bajo.

—Si su hombre entró en esta casa, con seguridad se ha marchado de ella nuevamente, — dijo Humble Begge con asombrosa sangre fría.

—Así me parece que debe ser, — dijo secamente el inspector Bradell.

El y el policeman salieron de la casa y Begge volvió a su salita particular. Tim le siguió y entró con él. Se notaba una expresión de grandísimo asombro en el redondo rostro del gerente. Begge se volvió hacia él y sonrió con toda tranquilidad.

—Es usted muy mal actor, estimado Tim, —díjole.

Tim frunció el ceño al oír semejante apreciación de labios de su querido patrón.

—Por más que me pregunto una y otra vez, no doy con la respuesta. Yo juraría que el joven no ha salido de la casa y sin embargo... ¿Dónde se ha metido?—dijo.

Y el gerente miró, con aire interrogativo, a Humble Begge.

—No es que se me importe absolutamente nada, señor, ni se me ocurra discutirlo, —agregó. — Se que si le ha querido ayudar será porque el joven lo merece. Usted no hizo jamás nada incorrecto en su vida ni ayudó a nadie que lo hiciera y eso me basta.

Begge se rascó nerviosamente la barba, durante unos pocos segundos.

—No estoy seguro de que el inspector se haya quedado enteramente satisfecho, — dijo, — y no me sorprendería saber que ha dejado vigilancia en torno de la casa. Usted y yo tenemos que proceder de acuerdo, Tim. El hombre a quien buscan está aquí y tenemos que hacerle salir esta noche.

—No va a ser cosa fácil, señor, — manifestó Tim.

—Sería algo imposible para usted y para mí; pero voy a buscar a alguien que nos ayude. Necesito que usted lleve un mensaje a Baker Street, Tim, un mensaje para mi viejo y estimado amigo Sexton Blake.

Los ojos del gerente relucieron con entusiasmo y su rostro cambió por completo de expresión.

—Si él va a intervenir en esto, ya no hay que preocuparse, señor, — dijo el gerente con repentina vehemencia.

Begge se sentó ante su escritorio, tomó una hoja de papel y la puso en el secante de la carpeta, ante él.

El mensaje que escribió fué característico del excéntrico personaje. Decía así:

"Mi estimado señor Blake: — He dado
" asilo a un supuesto asesino que, en mi
" opinión, es inocente. La policía está vigi-
" lando mi casa de hospedaje y yo necesito
" que lo saque de aquí para llevarlo a donde
" esté más seguro. Es más o menos de la
" estatura y de la corpulencia de Tinker.
" ¿Puede usted hacerme ese favor esta no-
" che? — Siempre sinceramente su amigo,
" Humble Begge."

—El mensaje es tal vez, demasiado lacónico y poco explicativo, — se dijo el hombre pacífico mientras doblaba el papel y lo metía en un sobre. — Por fortuna mi amigo Blake es inteligente y se dará cuenta, en seguida, de la situación.

Tim salió, portador de la carta, y cuando pasó de la puerta del "Hospedaje de los Hermanos de Oriente" a la plazoleta, vió a dos hombres parados junto al farol del alumbrado público que quedaba enfrente. Se inclinaron hacia adelante cuando él se presentó y uno de ellos le siguió hasta el límite de la plazoleta, observándole, cuando pasó junto a la luz de otro de los faroles del alumbrado.

—¡Gracias a Dios yo no tengo parecido ninguno con el pobre joven! — pensó Tim encogiendo sus anchos y robustos hombros.

El de policía, vestido de particular, pareció sentirse convencido de que aquel no era el hombre a quien esperaba, pues se detuvo, y Tim siguió por la calle aquella, dirigiéndose a la animada avenida a la que conducía.

Una hora más tarde llegaban dos hombres a la plazoleta donde estaba el "Hospedaje de los Hermanos de Oriente". El policeman de facción allí estaba casualmente en la esquina cuando llegaron y ellos se detuvieron un momento a hablar con él.

El policeman se llevó la mano al casco cuando ellos siguieron caminando y como Bradell llegara en aquel momento, abandonando su punto de observación, se dirigió al policeman para preguntarle:

—¿Quiénes eran esos dos?

El policeman se sonrió.

—No necesita usted preocuparse por ellos, señor, — le contestó. — Eran el señor Sexton Blake, el gran detective, y su joven ayudante Tinker. Son muy amigos del señor Humble Begge y vienen con frecuencia, de noche, a charlar un rato con él.

Los ojos del detective inspector Bradell relucieron un instante.

—¡Sexton Blake! ¿Eh? — repitió. — He oído hablar de él con mucha frecuencia. ¡Es una verdadera notabilidad!

Desde donde estaban podían distinguir la abierta puerta del "Hospedaje de los Hermanos de Oriente". Bradell se quedó mirando hacia allí hasta que los dos detectives aparecieron en la parte iluminada del portal. Apareció además otra silueta, alta y delgada. Los tres se detuvieron un momento, conversando. Bradell no dejó de mirarles, —lo hubiera jurado,—desde el momento en que aparecieron en la zona iluminada hasta, un momento más tarde, cuando los tres hombres descendieron juntos los escalones de la gradería de entrada y siguieron por la acera de la plazoleta.

—Si usted quiere conversar unas palabras con el señor Sexton Blake, yo puedo presentárselo, señor,—dijo el policeman.

Bradell se movió hacia un lado. Le hubiera gustado conocer personalmente a Sexton Blake, pero se dió cuenta de que el momento no era oportuno. Blake acompañaba a Begge, y, a decir verdad, el inspector había sospechado de aquel hombre delgado y alto, y no se había tomado la molestia de ocultar sus sospechas.

—No; no se moleste por ahora,—dijo, encaminándose a cruzar la plazoleta.

El policeman se sonrió. Conociendo a Begge como le conocía, el policeman se sentía molesto ante la actitud de desconfianza de aquel detective inspector procedente de la campaña.

Los tres hombres avanzaron, se acercaron, y el policeman se retiró a un lado para dejarles pasar.

—¡Buenas noches, señor Blake!—dijo.

—¡Buenas noches, policeman! — contestó Blake.

Pasaron por donde estaba el policeman y llegaron a la avenida donde les esperaba un automóvil de alquiler. El hombre delgado de largo sobretodo claro, que había caminado entre Begge y Blake, fué el primero que subió en el automóvil.

Blake subió después y Humble Begge cerró la portezuela. Metió un brazo por la ventanilla del vehículo.

—¡Buenas noches, Arturo Stanley!—dijo. Ahora está usted en plena seguridad. Hágame el favor de decirle al señor Blake todo lo que me dijo á mí. Usted se dará cuenta de que ha encontrado en él a un verdadero amigo.

Una mano fría estrechó la delgada mano del hombre pacífico.

—¡El cielo le bendiga! — dijo una voz ahogada. — ¡No olvidaré jamás lo que usted ha hecho por mí!

El automóvil se puso en movimiento y Humble Begge volvió al "Hospedaje de los Hermanos de Oriente".

Cuando entró en sus habitaciones particulares, se encontró a Tinker sentado en una mullida butaca. El joven se había quitado el sobretodo y el sombrero, y miraba a Begge con una expresión cómica en sus picarescos ojos.

—Ha sido esa la transformación más rápida que he realizado en mi vida, — dijo.— Y ahora que me tiene usted aquí, entéreme de qué se trata, porque no sé ni una palabra del asunto.

Begge cruzó la salita restregándose las manos, su acostumbrado modo de exteriorizar la satisfacción que sentía.

—¡En las mismas narices del que vigilaba!—fué su comentario. — Puede decirse que se realizó la combinación de modo magistral. No creo que haya en el mundo prestidigitador o ilusionista que proceda con mayor rapidez y más limpieza.

Se sentó en una silla que acercó al sitio donde Tinker se hallaba sentado.

—Pero esto ha sido únicamente la primera escena, — agregó Begge. — Hemos ayudado a un inocente a salir de una situación difícil. Le hemos salvado... para probar su inocencia; pues nuestras acciones de esta noche han sido perfectamente contrarias a lo que la ley dispone.

Decirlo así era decirlo del modo más suave posible, pues en realidad lo que habían hecho podía calificarse de modo mucho más enérgico.

* * *

CAPITULO II

Sexton Blake y sus amigos llegan a Grimsdale. — Encuentran una inesperada oposición. — El relojero cambia de actitud.

GRIMSDALE es una ciudad de interés histórico, — hecho que sus habitantes no se cansan nunca de repetir a todo el viajero que visita aquella población. Sus calles son estrechas y bastante tortuosas, muchas casas son de tipo antiguo, con tejados y grandes aleros y, en verdad, Grimsdale es una ciudad de aspecto muy antiguo. Posee un par de fábricas de encajes que dan ocupación a la mayoría de los habitantes de la ciudad y, naturalmente, posee una abadía.

Este edificio está en una altura que domina a la ciudad y sus grises muros y sus altas torres, se distinguen de muchas millas a la redonda. La torre del reloj surje de un costado del edificio y puede distinguirse desde una distancia de tres millas, tan enorme es su dorada esfera.

Es un reloj maravilloso, instalado allí, por primera vez en el siglo quince; su restauración ha sido realizada por hábiles y cuidadosas manos que han conservado la belleza de su aspecto antiguo.

Una tarde descendieron allí, del tren rápido de Londres, tres forasteros. El peón de la estación reunió el equipaje de los tres y los dirigió a "Las Campanas", el hotel más grande de la ciudad. A juzgar por el poco equipaje que había traído aquel terceto, el peón consideró que su visita sería del tipo de las del sábado a lunes. Es decir, presumió que se trataba de visitantes casuales y nada más.

El peón de la estación iba a enterarse más tarde de que aquellos tres pacíficos individuos estaban destinados a influir en la historia de la tranquila ciudad.

—No tiene esto mal aspecto, señor, — dijo Tinker cuando él y Begge y Blake se sentaron a la mesa donde les esperaba la comida servida para ellos.

Blake sonrió.

—Mejor será que no le oigan hablar así de esta ciudad los que en ella viven, — dijo el detective. — Grimsdale es una orgullosa ciudad histórica, que tiene una antigua y valiosa catedral y se considera con derecho a todos los elogios concebibles.

Cuando terminaron la comida, Blake miró a Humble Begge, que por su parte, le miraba como si tuviera intención de preguntarle algo.

—Creo que es conveniente que salga yo solo a hacer algunas averiguaciones, — dijo lentamente. — Necesito enterarme de la historia completa del crimen, la historia oficial, naturalmente.

Begge inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Me parece muy bien, — dijo. — Yo tengo deseos de ir a hacer una visita a la abadía y muy especialmente al reloj. Creo que es una maravillosa obra y usted sabe que los relojes antiguos siempre me han interesado muchísimo.

Se volvió entonces hacia Tinker.

—Tal vez le gustaría a usted hacerme compañía, ¿eh, Tinker?—preguntó.

Tinker hubiese preferido ir con Blake; pero como se comprendía que el detective quería estar solo aquella tarde, poco después Begge y el joven detective se hallaban recorriendo las calles de la tranquila pobla-

ción. De pronto distinguieron a un policeman paseando de un lado a otro y Begge se dirigió resueltamente hacia él.

—¿Se puede visitar hoy la abadía? — preguntó.

Era esa una pregunta que los forasteros le dirigían con frecuencia y el policeman tenía la contestación preparada.

—Sí, señor; si va usted a la casa municipal y ve al secretario, él le dará un pase.

Fueron directamente a la casa municipal y salieron de ella debidamente provistos de los correspondientes boletos de visitante, por cada uno de los cuales habían tenido que pagar seis peniques.

—¡Por esto es por lo que se muestran tan dispuestos a dejar que uno visite la abadía. —comentó Tínker secamente. — A seis peniques por visita deben juntar bastante dinero durante la temporada de verano.

El conductor de un coche de plaza se ofreció a llevarles a la abadía; pero Begge quería ejercitar sus largas piernas, así que se dirigieron por el ondulante camino con paso rápido. Cuando volvieron la última curva y el gran edificio gris se presentó ante sus ojos, se detuvieron a contemplarlo. El profundo tañido de la campana, que dió las tres, llegó hasta sus oídos.

Fué un sonido fuerte, vibrante, que se podía oir a varias millas de distancia. Begge miró a su compañero:

—Arturo Stanley debió estar sin sentido para no oir dar las campanadas de las diez, aquella noche,—dijo.

Entraron en los bien cuidados jardines, y llegaron hasta la ancha puerta. Un anciano se adelantó a su encuentro y les tomó los pases.

Se ofreció como guía para acompañarles a recorrer la abadía, pero sus servicios no fueron aceptados.

—No, gracias, — dijo Begge poniendo una moneda en la mano del hombre. — Vamos a pasear un poco a nuestro capricho. Supongo que se puede ir por todas partes.

El sacristán vaciló un instante, pero después movió negativamente la cabeza.

—No hay orden de prohibir a nadie el acceso a ningun sitio del edificio. Pueden ustedes visitarlo todo sin restricciones de ninguna clase, señores, — dijo.—Y si... si alguien pretende detenerles, nó le hagan caso ninguno pues nadie tiene derecho para semejante cosa.

Entraron en el enorme edificio y se quitaron el sombrero. El solemne silencio que reinaba en aquel abovedado interior, impresionó a Tínker. Por las vidrieras de artísticos vidrios de colores, el sol penetraba suavemente en la iglesia. Avanzaron por entre las filas de bancos, leyendo las varias inscripciones que había en placas de bronce, en la pared. De pronto, Begge, que se había adelantado un poco, se detuvo e hizo señas a su compañero para que se acercara.

—La torre del reloj, — le dijo en voz baja. Se hallaba de pie debajo de un hueco redondo y oscuro, situado entre dos de los arcos Los arcos y el muro del edificio formaban como una alcoba y fijada a la pared se veía una delgada estructura de hierro, una escalera que ascendía hasta perderse en la oscuridad del hueco de arriba.

—¡Escuche!

Con toda claridad se oía el acompasado golpear del mecanismo del enorme reloj, mientras el péndulo oscilaba de un lado a otro, encima de ellos.

—Me gustaría ver eso de cerca, — dijo Begge mirando hacia arriba, hacia el hueco de la torre.— No sé si, en realidad, estará permitido...

Tínker sonrió.

—Nos han dicho que podemos visitarlo todo, sin restricciones, — dijo en respuesta,— y eso me basta. ¡Venga usted!

Se dirigió a la escalera de hierro y comenzó a subir con Begge pisándole los talones. La escalera de hierro era muy empinada, y al fin Tínker se encontró en la oscuridad del hueco redondo. El golpear del reloj en aquel confinado espacio sonaba como los golpes de un martillo de herrero y cubría todo otro sonido. Tínker se dió cuenta de que desde allí la escalera era espiral y subía dando vueltas y vueltas al contorno interior del redondo hueco de la torre. Debía haber subido unos diez o quince pies cuando se detuvo de pronto.

—¡El péndulo! — dijo en voz muy baja.

Había sentido que el aire le rozaba la cara como si junto a ella pasara un objeto lanzado a gran velocidad. Begge tardó muy poco en hallarse junto al joven.

—Me hubiera gustado verlo, — dijo.

—Nada más fácil, — manifestó Tínker, llevando la mano al bolsillo.

Sacó una antorcha eléctrica y oprimió el botón. Un claro rayo de luz cruzó el tenebroso espacio.

—¡Dios mío! ¡Es un verdadero mónstruo! —exclamó, admirado, Humble Begge.

En el centro de la torre el enorme bulto del péndulo se balanceaba de un lado al otro, colgado al extremo de una delgada, pero fuerte, columna de acero. Esta debía tener lo menos veinte pies de largo y el gran bulto de metal sujeto a su extremo, era casi tan grande como el cuerpo de un hombre.

—¡Hola! ¿Qué cerca de la escalera llega cada vez que una oscilación lo trae hacia aquí!

El péndulo había terminado su oscilación hacia el otro lado, y estaba regresando. Al aproximarse fué subiendo y Tínker se separó semi-instintivamente del pasamanos de la escalera.

El bulbo del péndulo no tocó en el pasamanos pero estuvo a muy pocas pulgadas de él y llegó al término de su oscilación algo más arriba de su nivel.

—No ofrece peligro ninguno, — dijo Begge sonriendo, — a no ser que el que suba la escalera tenga más de siete pies de estatura. ¡Atención, Tínker

Tínker había vuelto a apoyarse en el pasamanos y Begge vió que el redondo y reluciente tubo de hierro que lo formaba, cedió un poco. Tomó al joven de un brazo y le hizo retroceder.

—¡Ese pasamanos está flojo!

—¡Dios mío! ¡Tiene usted razón! ¡Está enteramente suelto!

El trozo de pasamanos se había desprendido de sus sostenes verticales y se había caído hacia abajo.

Begge hizo una mueca significativa y silbó.

—¡Eso sí que es peligroso! — murmuró.— Deben componerlo en seguida. Cualquiera puede apoyarse sin querer y...

—¿Qué están haciendo ustedes ahí?

Una voz áspera, estridente, vibró en la torre y procedente de arriba, oyeron el golpear de pesados pies en los peldaños de hierro. Tínker dirigió hacia arriba el rayo de luz de su antorcha eléctrica. Un hombre les miraba desde lo alto de la escalera de hierro.

Tínker pudo distinguir una barba gris y unos ojos pequeños y feroces.

—¡Estamos mirando el reloj!

La contestación fué la que debía ser en aquel caso, pero pareció molestar al que había preguntado. Tínker notó que se hallaba parado, en la placa de hierro que constituía como un rellano en la parte superior de la escalera, precisamente en el sitio donde el vástago del péndulo emergía del mecanismo del reloj.

—¡Retírense inmediatamente de ahí! ¡Pronto! ¡Pronto!

El que hablaba comenzó a descender por la escalera. Vestía un largo guardapolvo de brin y tenía un gran manojo de llaves colgado a la cintura. Descendió por la escalera circular a toda prisa, y cuando estuvo junto a Tínker, le tomó la mano en que tenía la antorcha.

—¡Ustedes no tienen derecho a estar aquí! ¡Malditos sean! — profirió la áspera y estridente voz.—¡Bajen inmediatamente y a toda prisa!

Su tono autoritario hubiera alarmado a la generalidad de la gente, pero esta vez había chocado con personas que no eran tan fáciles de dominar.

Tínker, retorciendo rápidamente el puño, separó la mano de la del otro.

—No hay tanta prisa, amigo mío,— dijo el joven fríamente.—Estábamos admirando el reloj y nada más, y hemos pagado seis peniques por el privilegio de poder hacerlo.

Begge se inclinó hacia adelante.

—¿Puedo preguntarle quién es usted, señor?—preguntó con su acostumbrada suavidad.

El de la barba gris se dirigió a él.

—Poco le importa quien soy, — replicó.— No voy a perder tiempo en ustedes. ¡Váyanse de aquí como les he mandado!

Begge suspiró.

—Me está pareciendo que es usted un hombre... de mal genio, — dijo. — Procede usted de modo muy poco atento. A mi joven compañero no le gusta que le manden de mal modo.

El del guardapolvo de brin se inclinó hacia adelante. No fué posible saber nunca qué se proponía hacer, pero su actitud fué amenazadora. Cuando su puño estuvo cerca del tranquilo rostro de Begge, el hombre pacífico lo agarró con una mano y se lo hizo bajar a la fuerza. No pareció hacer mayor esfuerzo en tal momento pero un grito de dolor y de angustia brotó de los labios de su agresor.

—¡Eh! ¡Usted me está aplastando los dedos! — chilló.

Begge aflojó un poco la mano en seguida de oir esas palabras.

—Lo lamento, — dijo. — Pero estuvo por parecerme que usted pretendía enojarse.

El de la barba se apoyó de espaldas en el muro gris y miró con odio a aquellos dos tranquilos personajes.

—¡Ustedes me pagarán esto! — gritó.— ¡No quiero que ningún curioso se meta a mirar mi trabajo! ¡Les digo que se vayan en seguida de la torre! ¡Soy el encargado del reloj y me están molestando en mi trabajo!

Esto era mentira, porque ni Tínker ni Begge habían llegado siquiera al reloj.

Sin embargo, Humble Begge retrocedió.

—Claro está que si le molestamos en su trabajo, el caso es distinto, — y se volvió,— así que nos retiraremos.

Tínker hubiera querido tener una decisiva discusión con el impulsivo viejo relojero; pero Begge le hizo descender y volver nuevamente a la iglesia.

—¡Viejo mal genio! — manifestó el joven detective. — ¿Qué daño le estábamos haciendo a su reloj del demonio?

—¡Ningún daño! — dijo Begge rascándose la barba, pensativo.

El incidente pareció poner fin al deseo que tenía Begge de visitar la abadía. Se dirigió a la puerta principal y en ella encontró al viejo sacritán.

—Pero ustedes no han podido verlo todo ¿no es verdad? — dijo el anciano. — Estoy seguro. ¿Han estado ustedes en la cripta, por ejemplo?

Begge miró al que así le preguntaba.

—Hemos visto lo bastante, amigo mío,— dijo. — Estábamos mirando el péndulo del reloj cuando se nos dió orden de que saliéramos y por cierto en la forma más violenta y grosera que se pueda imaginar.

El saludable rostro del sacristán se puso rápidamente muy serio.

—Va a ser necesario poner fin a eso,—exclamó. — El señor Beale se toma demasiadas atribuciones. ¡Demasiadas! ¡No son ustedes los primeros en haber sido groseramente tratados por ese señor!

—¿Dice usted que se llama Beale? — preguntó Begge.

—Sí, señor. Claro está que es cierto que está encargado de cuidar el reloj. Hace años que desempeña ese cargo según contrato. Pero eso no le da derecho a dar órdenes de nin-

guna clase a las personas que vienen a visitar la abadía, como lo ha estado haciendo últimamente.

—¿De modo que sólo hace algún tiempo que le ha dado por ser grosero, entonces?

—Sí, señor. Hace justamente tres meses. Antes tenía mucho gusto en mostrar el reloj a los visitantes, explicándoles el mecanismo. Ahora, como pueda evitarlo, no deja que nadie suba por la escalera de la torre del reloj.

—¿Le pasa algo al reloj? ¿Se ha descompuesto acaso?

El sacristán movió negativamente la cabeza.

—Que yo sepa, no, — contestó. — Hubo una noche en que, todos lo dicen, dejó de dar una hora; pero yo, como soy sordo, no puedo decir si la tocó o no la tocó.

Begge se inclinó, muy interesado, hacia el anciano portero.

—Así que hay quien dice que el reloj dejó de tocar una hora.... ¿Fué hace mucho tiempo

—Fué la noche en que el vicario fué asesinado, señor, según dicen. Pero no se ha podido poner el caso en claro ni saber la verdad. Unos dicen que tocó, otros dicen que no. Por mi parte me inclinó a pensar que todo se reduce a habladurías de viejas.

—¿Qué hora fué la que dicen que dejó de tocar el reloj?

—Las diez, señor; las diez de la noche,— contestó el sordo.

Tínker y Begge se dirigieron hacia la calle por el ancho camino que cruzaba el jardín. Durante un largo rato caminaron en silencio hasta que, al fin, Begge habló.

—Ya hemos comprobado que una, al menos, de las manifestaciones del pobre joven, es exacta, — dijo. — Creo que, por una u otra razón el reloj de la torre de la Abadía de Grimsdale no tocó las campanadas de las diez de la noche.

Se detuvo y miró hacia la enorme esfera dorada que quedaba sobre él. La esfera no era lisa, estaba formada de trozos que formaban un ornamento de líneas curvas. Begge creyó que pudo ver una cara con barba gris, que le miraba desde detrás de una parte del ornamento, situada abajo, encima de las letras de las VI. Fué sólo un instante. Cuando volvió a mirar, la cara había desaparecido.

—En realidad creo que debemos visitar nuevamente el reloj, — dijo a su compañero. —Y me parece que le voy a pedir a Blake que nos acompañe, la próxima vez.

Tínker miró con curiosidad a su delgado y alto compañero.

Conocía bien a Humble Begge y estaba al tanto de que un cerebro hábil y astuto funcionaba bajo aquel aspecto de ingenuidad casi infantil.

—¿Qué tendrá este buen hombre en su imaginación en estos momentos?—pensó el joven detective.

Pero no pronunció en voz alta la pregunta. A Begge no le gustaba que se creyera que él tomaba parte en la solución de los misterios que él y Blake investigaban juntos. Conseguir que él diera una opinión sobre algo, era poco menos que imposible; pero a veces sus indicaciones improvisadas eran tan geniales como los mejor pensados planes de otras personas.

Llegaron al hotel a eso de las cuatro, y pocos momentos después Sexton Blake se unió a ellos en el vestíbulo. Había tomado tres dormitorios y una salita; a ella fueron los tres.

Blake no había estado ocioso.

—He conseguido enterarme de todo el relato, tal como fué presentado a raíz de la indagatoria, — dijo. — Tuve la suerte de encontrar al coroner que dirigió la investigación y que me conoce, y me lo contó todo.

Sacó del bolsillo su libreta de apuntes y la consultó durante un momento.'

—El caso se presenta muy tenebroso para Stanley, — agregó. — El hecho de que huyera en la forma en que lo hizo y la prueba de los fósforos usados, son detalles que hablan muy recio en contra de él. Además está la discusión, mejor dicho la pelea, que tuv con el vicario.

Sexton Blake miró entonces a Humble Begge, dirigiéndose a él, especialmente.

—He logrado averiguar lo que se escondía entre telones, — dijo. — Stanley está enamorado de una joven de la localidad. Esa joven se llama Ruby Beale.

—¿Beale?—repitió Begge.

—Es sobrina del relojero de la ciudad,— manifestó Blake, — y el relojero se oponía a que ella tuviera relaciones con Stanley. Parece que la joven se sentía muy inclinada hacia Stanley, y el tío le pidió al vicario que hablara al joven organista sobre ese asunto. Según parece, Beale es un hombre de regular, mejor dicho de cuantiosa fortuna, y no quería que su sobrina se casara con un empleado sin otro haber que su modesto sueldo.

Begge miró entonces a Tínker y se sonrió intencionadamente.

—Me parece que nosotros hemos visto a ese señor Beale, — dijo. — Después le contaré detenidamente lo que nos pasó con él.

—Samuel Beale no tenía simpatía ninguna por Arturo Stanley, — prosiguió Sexton Blake, — y Beale fué uno de los principales testigos, en la investigación. Dijo que se había encontrado con Stanley cuando el organista iba camino de la abadía y que había cambiado algunas palabras con él en la calle. Manifestó que Stanley le había desafiado y que le había contado lo de su discusión violenta con el vicario. Al parecer, Stanley perdió la serenidad por completo, pues a Bale le pareció que estaba muy enfadado contra el vicario debido a que éste le había manifestado que perdería su empleo de organista si no cesaba en sus malmiradas atenciones hacia Ruby Beale.

Blake cerró la libreta de apuntes y se echó hacia atrás en la silla.

—Ya ve usted, pues, que según todas las apariencias, se trata de un caso de homicidio cometido en un momento de apasionamiento, —terminó.

Durante un rato bastante largo, reinó, en la salita del hotel, el más profundo silencio.

—Sin embargo, Arturo Stanley no ha dicho que se hubiera encontrado a Beale, yendo camino de la abadía, — dijo lentamente Begge, — y yo me siento inclinado a aceptar el relato de Stanley como enteramente exacto, completo y verídico.

Blake había tenido tiempo sobrado para estudiar el carácter del fugitivo y también se hallaba favorablemente impresionado.

—Yo me limito a repetir lo que, según me han dicho, fué declarado ante el coroner, amigo mío,—agregó.

Tinker se inclinó hacia delante, resuelto a intervenir en la conversación.

—El señor Begge y yo tuvimos una entrevista, esta tarde, con el relojero de la abadía, —dijo, — y no me hizo, por cierto, muy buena impresión, el hombre.

Relataron entonces al detective lo que les había pasado a los dos cuando visitaron la torre del reloj.

—¡Claro está que puede tratarse de uno de esos viejos maniáticos que no quieren que nadie vea siquiera lo que trabaja! — dijo Begge. — Pero su actitud fué claramente agresiva, aun más, amenazadora.

Sexton Blake se sonrió enigmáticamente, mirando a Humble Begge.

—¡Lo siento por él, si trató de molestarle a usted, Begge! — fué su respuesta, la que hizo que Tinker se riera disimuladamente a pesar de que el hombre pacífico movía la cabeza de modo negativo.

—Todo lo que hice se redujo a tratar de persuadirle de que no debía hacer uso de violencia, — dijo con infantil ingenuidad.

—¡Y casi le trituró los dedos, al mismo tiempo!—exclamó, riéndose, Tinker.

—Casi lamento que sucediera eso, — dijo Blake. — pues es el caso que yo le pedí al doctor Thorley, el coroner, que procurara proporcionarme una entrevista con el señor Beale. He manifestado al doctor que el caso me interesa desde un punto de vista enteramente particular. Primero conversé un rato con el jefe de la policía local y fué él quien me dijo que viera al doctor Thorley. No encontraré obstáculos en el camino en lo que se refiere a las autoridades, aun cuando todos los funcionarios policiales y judiciales parecen hallarse enteramente convencidos de que Stanley es el culpable..

No había terminado de pronunciar esas palabras cuando se oyó llamar a la puerta de la salita y entró por ella un camarero.

—El señor Beale desea verle, señor, — dijo, dirigiéndose a Sexton Blake.

Begge se levantó de su asiento.

—Este es el momento en que usted y yo debemos tocar retirada, Tinker, — dijo. — Si Beale llega a vernos...

Se notó un movimiento en la puerta y un hombre entró detrás del camarero. Aun cuando ya no tenía puesto su curioso guardapolvo, no había confusión posible a su respecto. El rostro adornado con la barba gris sonreía bondadosamente y sus movedizos ojos miraron con rapidez a los que ocupaban la salita.

—El doctor Thorley me comunicó un mensaje, — profirió la áspera voz, — en el que se me decía que un señor Blake deseaba hablar conmigo.

Blake se levantó de su silla y se inclinó cortésmente.

—Yo soy Blake,—dijo.

El relojero cruzó la habitación y tendió su delgada mano. Era un hombre de unos cincuenta años, delgado pero vigoroso y rápido en sus movimientos. Le estrechó la mano a Sexton Blake y después se volvió hacia Tinker y Begge.

—¿Estoy equivocado, — dijo, — o son ustedes dos, señores, los visitantes que estuvieron esta tarde en la Abadía?

Después iban a enterarse de que Samuel Beale había preguntado el nombre y condición de los dos, antes de dirigirse a la salita del hotel a ver a Blake.

—¡Así es! — dijo Humble Begge con toda frialdad.

El relojero se inclinó.

—Espero que ustedes aceptarán mis disculpas, — dijo. — Pero, realmente, los visitantes me han molestado muchísimo en los últimos tiempos. Suben por la escalera cuando les da la gana y se agrupan en la plataforma superior de tal modo que no me dejan trabajar tranquilo. Si yo hubiese sabido, señores, que ustedes estaban verdaderamente interesados, hubiera tenido un grandísimo placer en enseñarles de cerca todo el mecanismo del reloj, que es muy curioso.

Aquel pedido de disculpa no tuvo el timbre de sinceridad que hubiera necesitado para que se le considerara realmente franco y cordial. El hombre se había conducido como un grosero y no había explicación que pudiera disipar el efecto causado por su conducta. Sin embargo, tanto Begge como Tinker consideraron que lo prudente era mostrarse satisfechos, por el momento.

—Muy bien, señor Beale, — dijo el hombre pacífico. — Nosotros sólo deseamos olvidar lo pasado para no volver a recordarlo nunca.

Beale se volvió hacia Blake. Su rostro barbudo expresaba, a las claras, el interés y la preocupación del hombre.

—He oído decir que es usted un detective de Londres, especialmente interesado en el terrible caso del asesinato, ¿no es así?

—Estoy haciendo algunas averiguaciones sobre ese caso,—dijo Blake.

Samuel Beale se sentó, dejándose caer, como si estuviera rendido, en una de las sillas.

—¡Un caso terrible! — exclamó juntando sus delgados dedos por las puntas. — El vicario era uno de mis mejores amigos. Ha sido un terrible golpe para mí... A pesar del tiempo transcurrido, aun no me he tranquilizado por completo.

—El doctor Thorley me ha proporcionado buen número de datos y me ha contado todo lo pasado, — dijo Blake. — Supongo que no cabe duda sobre quién fué el autor del homicidio.

Los pequeños ojos de su delgado interlocutor, relucieron un instante.

—Creo que no cabe la menor duda,—dijo Samuel Beale.—¡Un crimen pasional, señor Blake, un verdadero crimen pasional!

Se notaba algo así como un gemido en el tono de su áspera voz.

—Arturo Stanley es un hombre muy impulsivo, — prosiguió Beale. — El y yo no estábamos en buenos términos amistosos; él me había dado una razón muy seria para que yo riñera con él, pero no pude imaginarme jamás que perdiera a tal punto el dominio de sí mismo y llegara a cometer un crímen tan cobarde y tan brutal.

—¿Estaba comprometido para casarse con su sobrina, señor?

El rostro barbudo se levantó un instante y a Tínker le pareció ver que pasaba por sus ojos un relámpago de desconfianza.

—¿Ha dicho alguien que lo estuviera?

Esta pregunta fué casi gritada y no hablada en el tono que hasta entonces había tenido la conversación.

Blake movió negativamente la cabeza.

—Me pareció que tal vez podía existir ese compromiso entre él y su sobrina, señor Beale, — explicó el detective.

Samuel Beale vaciló un momento antes de hablar de nuevo.

—Bueno... tal vez mi sobrina y ese joven... y Arturo Stanley, se imaginaban que estaban comprometidos, — dijo por último.— No llegaré a negar eso. Pero era un convenio entre muchachos y yo no dí nunca, a mi sobrina, autorización ni consentimiento para tal cosa. Mi sobrina se hallará bajo mi tutela hasta que haya llegado a su mayor edad.

Y se inclinó nuevamente hacia el detective.

—Stanley andaba a caza de una fortuna,—dijo en voz baja y con la peor intención del mundo,—era un paupérrimo dependiente de un escribano y sabía que mi sobrina tiene que recibir un poco de dinero, que es suyo, cuando sea mayor de edad.

—¿Cuándo será mayor de edad su sobrina? — preguntó Blake.

—Este año, — dijo Samuel Beale.

Blake consultó las anotaciones de su libreta, que sacó del bolsillo.

—Usted se encontró con Stanley en el camino de la abadía, — dijo. — ¿Recuerda usted a qué hora?

—Sí, lo recuerdo. Muy poco antes de las diez,—contestó el relojero.

—¿Y tuvo usted algunas palabras violentas con el joven?

—Sí. Las repetí con toda fidelidad cuando declaré públicamente ante el coroner.

—Eso es. Y cuando usted se separó de Stanley, supongo que usted regresaría a la ciudad, ¿eh?

—Sí.

Blake se inclinó hacia adelante.

—Estoy procurando fijar, lo más exactamente posible, la hora del crimen, — explicó.—La patrona de la casa de huéspedes donde vivía Stanley, si usted lo recuerda, declaró que él salió para la abadía a eso de las ocho de la noche y que no le volvió a ver. Sin embargo hay pruebas de que volvió y de que se cambió de ropa.

Beale inclinó la cabeza afirmativamente.

—Lo comprendo, señor Blake, — dijo.—¡Y tengo grandísimos deseos de ayudarle a usted en todo lo que pueda, si mi ayuda ha de servir para hacer caer a ese canalla en manos de la justicia!

La aviesa intención que le dominaba no pasó inadvertida para los que le oían. Se comprendía que Samuel Beale era terrible e implacable en su odio.

—¿Ocurrió algun incidente que pudiera contribuír a determinar la hora justa de su encuentro con Stanley? — preguntó el detective.

—Sí, señor. El encuentro debió verificarse antes de las diez por esta razón: fuí, por el camino, a pie y yo debí tardar como unos veinte minutos en llegar a mi relojería, situada en la Calle Alta. Yo vivo en el piso de arriba, como usted tal vez lo sepa. Cuando llegué a la puerta me encontré con dos hombres, de pie ante la casa. Los dos eran personas bien conocidas en la ciudad. Me vieron y me pidieron que les dijera la hora que era, la hora exacta, según Greenwich. Les hice entrar en la relojería y miramos mi cronómetro de precisión, que es controlado desde el observatorio de Gréenvich. Eran entre las diez y quince y las diez y veinte.

Beale calló un momento.

—La razón por la cual aquellos dos hombres habían acudido a mi relojería era que uno de ellos juraba que el reloj de la torre de la abadía no había dado las campanadas de las diez, — agregó.

—¿Y las había dado?

El relojero se echó hacia atras en la silla.

—La opinión está dividida en lo que se refiere a ese extraordinario caso, señor Blake,— dijo lentamente.—Usted encontrara gente de la ciudad que jure que el reloj dió las campanadas y otros igualmente convencidos de que no las dió.

El relojero se encogió de hombros.

—Personalmente, yo no lo juraría, señor,— explicó. — Estoy tan habituado al reloj que frecuentemente, cuando da la hora, estoy tan familiarizado con sus campanadas que no me doy cuenta de que han sonado.

Blake permaneció pensativo y en silencio, durante unos segundos.

—Según me han dicho, se trata de un reloj muy famoso, — dijo.—¿Se tiene noticia de que, en otras anteriores ocasiones, haya dejado de dar las horas?

—Que yo lo sepa, no, — dijo Beale.—Desde entonces lo he examinado cuidadosamente, le he tenido bajo constante observación, en realidad... y no he podido encontrar ninguna posible razón para que haya dejado de dar las horas como de costumbre.

El detective inclinó la cabeza.

—Usted, seguramente, debía saberlo, —replicó.—Y sin embargo, es un punto de suma importancia porque hubiera fijado el momento de la entrada de Stanley en la abadía, con toda exactitud. El ama de llaves del vicario sólo ha podido decir que el hombre asesinado salió de la vicaría a eso de las nueve de la noche y hay ahí un hueco de una hora que hubiera desaparecido.

Beale volvió a inclinarse hacia Blake.

—El vicario debió encontrarse en la iglesia cuando Stanley entró en ella, — dijo. — Sé que el muerto solía frecuentemente, pasar una hora o dos en la abadía, por la noche. Admiraba el paisaje que se distingue desde la torre y aquella noche era de luna.

Blake cerró su libreta de apuntes y se levantó de su asiento.

—Le quedo muy agradecido, señor Beale,— dijo, — y espero no haberle sido demasiado molesto.

Beale se levantó y se inclinó cortésmente.

—No ha sido molestia ninguna, — replicó.—Para mí sería una satisfacción poder serle de alguna utilidad. ¿Tiene usted alguna noticia sobre el paradero de Arturo Stanley?

No pudo disimular lo mucho que le interesaba ese punto, al hacer la pregunta.

Blake movió, negativamente, la cabeza.

—No; aún no, — contestó.

Beale volvióse hacia Begge y Tínker.

—Bien, señores, espero que ustedes volverán a la abadía y me darán la grata oportunidad de poder acompañarles a visitar todo el edificio, para hacerles olvidar mi descortesía de esta tarde. Estaré allí mañana, pero por la tarde. ¿Irán ustedes?

Antes de que Begge pudiera contestar, intervino Sexton Blake.

—Tendremos mucho gusto en ir, señor Beale, — dijo.—Por desgracia estaré ocupado hasta las tres de la tarde, pero si esta hora le parece a usted bien...

—¡Me parece excelente! — exclamó el relojero. — Yo les estaré esperando en la abadía a las tres.

Estrechó la mano a los tres que estaban en la salita y cuando Tínker sintió el con-

tacto de aquella delgada mano, le pareció fría y flácida de tal modo que era desagradable tocarla.

Cuando Beale se hubo retirado, Humble Begge se acercó a la ventana y la abrió de golpe y por entero.

—¡Me parece que necesitamos un poco de ventilación después... después de esa persona! — declaró, con una significativa expresión de disgusto y de asco en el rostro.

—¿No le gusta a usted ese señor Beale, amigo Begge? — le preguntó Blake.

Begge miró desde el otro extremo de la habitación al detective.

—¿Y a usted?—preguntó.

Blake estaba cargando su pipa y no contestó hasta que hubo terminado la operación.

—Me ha interesado, — dijo entonces, lentamente. — Me ha interesado mucho. Es un tipo muy interesante, ese señor Samuel Beale y probablemente nos va a dar mucho material de trabajo.

—¡Usted aceptó su invitación, pero que me cuelguen si voy mañana a visitar la abadía! — exclamó Tínker con enojo. — Esta tarde parecía una bestia feroz, ese hombre y yo no estoy dispuesto a perdonarle tan fácilmente.

Blake se sonrió al notar el enojo de su joven ayudante.

—Tiene usted razón, Tínker, — dijo. — Usted no irá mañana a la abadía. En realidad, necesito que salga usted para Londres esta misma noche. Regresará muy pronto, trayendo con usted a Arturo Stanley.

Begge se volvió de un salto a mirar al detective.

—¡Cómo! ¿Va usted a.... a entregarlo?—exclamó.

Blake había fruncido el entrecejo y estaba muy serio.

—Sí, — contestó. — Mañana, cuando Tínker vuelva de Londres, el superintendente de policía le estará esperando en la estación del ferrocarril para detener a Arturo Stanley y llevarle a la prisión.

—¡Y decir que nosotros le prometimos que íbamos a ayudarle!—exclamó Begge.

—Eso es, precisamente, lo que vamos a hacer, — dijo Blake. — Mientras Arturo Stanley esté escondido y en seguridad, no podremos poner nunca en claro este misterio, no podremos saber la verdad.

El rostro de Blake expresaba decisión y entereza a la vez que entusiasmo, cuando el detective miró de nuevo a Humble Begge.

—Debe haber alguien en esta ciudad que sea capaz de ayudar a probar a qué hora, justa, fué Stanley a la abadía,—dijo con su acostumbrada tranquilidad, — pero esa persona no hablará hasta que Stanley se encuentre realmente en peligro de ser condenado como autor de un crimen que no ha cometido.

El hombre pacífico avanzó hacia el detective.

—¡Ah! ¿Cree usted realmente en su inocencia, ahora? — preguntó con vehemencia.

Blake se puso pensativo.

—Estoy convencido de que Arturo Stanley es víctima de la combinación más hábil y astuta que haya atrapado a hombre alguno, —dijo. — Aun no sé cuál fué el plan, pero lo averiguaré.

Tínker gruñó, sin levantarse de su silla.

—¡Muy agradable misión la que usted me confía! — dijo. — ¿Qué dirá Stanley cuando vea que le reducen a prisión?

Blake le miró fijamente.

—Dígale a Stanley de mi parte que le doy palabra de que no sufrirá daño ninguno,—dijo solemnemente.

A las ocho de la noche, por lo tanto, Tínker se encontró sentado en el tren, regresando a Londres. Blake y Begge fueron a la estación a despedirle. Después, cuando los dos salieron de la estación, Blake tomó a Begge del brazo.

—Tengo que confiarle una pequeña tarea, Begge, — dijo el detective. — Deseo que después de comer vaya usted a la casa que tiene el número 45 de la Calle Alta y pregunte por el señor Beale. Si ha salido vuelva en seguida a avisarme. Si está en casa háblele de relojes. Entreténgale. No le deje desaparecer de su vista hasta las doce de la noche.

—Y usted, ¿dónde va a ir entretanto?

El detective sonrió.

—Voy a procurar averiguar por qué razón el señor Beale está tan interesado en que visitemos la abadía estando él en ella para recibirnos, — fué la extraña contestación de Sexton Blake.

✣ ✣ ✣

CAPITULO II.

Begge descubre que Stanley tiene un defensor en Grimsdale. — Y obedeciendo órdenes se ve en peligro. — Una acción criminal.

SAMUEL BEALE, procurando expresarse con toda la mayor cortesía, dijo:

—Mi sobrina Ruby.

Humble Begge se inclinó cortésmente ante una joven de cabello negro que había levantado la cabeza cuando él y Beale entraron en la confortable sala. Ruby Beale era muy bonita. Sus ojos le parecieron a Begge muy expresivos.

—El señor Begge se interesa mucho por todo lo que se relaciona con relojes, — dijo Beale, dirigiendo una significativa guiñada a Begge, — y ha venido a charlar un rato conmigo.

La joven se levantó, pero Begge adelantó la mano.

—Tenga usted la bondad de no retirarse, —dijo. —Mi objeto es pasar el rato y realmente me interesan los relojes antiguos. El que está en la torre de la abadía...

Vió que los ojos de la joven se nublaban.

—¡Oh! ¡Le odio! — exclamó ella con voz suave y musical. — Ese reloj...

El gesto de desagrado que vió en el rostro de su tío hizo que la joven callara.

—Mi sobrina tiene una incompresible antipatía hacia lo que es una obra maestra en su género, — explicó el de la áspera voz. —Su odio es puramente personal.

—Supongo que la señorita Beale piensa en el terrible crimen que fué cometido al pie de la tore donde está ese reloj,—dijo Humble Begge.

Una sombra pasó por el rostro de Samuel Beale. Por razones que él conocía hubiera preferido que no se hablara de aquel asunto. Pero no había sido por simple casualidad por lo que Begge había mencionado el referido suceso.

La joven inclinó la cabeza como diciendo que sí.

—Es verdad. — manifestó. — Precisamente por eso, odio a ese reloj. ¡Si el reloj pudiera hablar! ¡Si pudiera hacer conocer la verdad!

—¡No diga tonterías, Ruby! — intervino su tío enérgicamente. — Todo el mundo, en Grimsdale, sabe la verdad y únicamente una persona que se deje llevar por infundados prejuicios se atreve a negarla.

Su voz era áspera y amenazadora, pero no se notaba temor en la mirada de la joven, que no se apartaba de él. Ruby Beale era, sin duda, una de esas mujeres que no se dejan dominar fácilmente.

—Grimsdale se figura que conoce la verdad, — dijo ella muy tranquila y con cierto énfasis.

Begge se había sentado junto a la mesa y miraba a la joven que estaba del otro lado.

—La opinión pública no es siempre digna de crédito, — dijo Begge con lentitud.—Sin embargo, en este caso, parece tener razón. Todo indica que el joven organista Stanley fué el autor del crimen, ¿no le parece?

Samuel Beale hizo un movimiento de impaciencia, pero Ruby ni siquiera le miró.

—Todo el mundo puede acusar a Arturo Stanley del crimen, pero yo sé que es inocente,—dijo la joven.

Una vez más, intervino su tío.

—¡Mi sobrina no sabe de qué está hablando! — exclamó. — Ya he tenido oportunidad de decirle que no debe propalar semejante disparatada opinión.

—Yo debo decir lo que pienso, tío, — dijo la joven. — ¡Arturo Stanley no está aquí para defenderse y tal vez no lo encuentren nunca; pero siempre habrá una persona en Grimsdale que creerá en él y en su inocencia, mientras conserve un hálito de vida!

Se notaba una emoción tal en la voz de la joven que Begge se impresionó. Resultaba Ruby Beale un valiente campeón de una causa que consideraba perdida. En aquella débil joven el fugitivo tenía un seguro y leal defensor. El hombre pacífico miró a aquel expresivo rostro con expresión de bondad.

—Arturo Stanley debe ser felicitado por tener un amigo tan excelente como usted, señorita Beale, — dijo, y fué recompensado por una rápida mirada de los expresivos ojos negros.

—Yo estaba comprometida a casarme con él,—dijo Ruby.

—¡Nada de eso! — intervino el tío acalorado. — Unos amores de chiquillos y nada más. ¡Tengo algo que decirle a ese respecto, Ruby!

—Usted nunca miró con simpatía a Arturo,—dijo ella.—Eso lo se perfectamente.

—No era un caso de... simpatía o no simpatía, — replicó el relojero enfadado.—¡Yo consideré siempre que no era un partido digno de mi pupila y nada más!

El relojero parecía hallarse enfurecido en aquel momento.

—¡Un dependiente insignificante! ¡Un plumífero sin un penique! — gritó. — Lo que andaba buscando era una mujer con dinero. Si usted no hubiera sido tan ciega y tan tonta, se hubiera dado cuenta de eso.

En otras circunstancias, Begge se hubiera sentido molesto en medio de semejante escena de familia, pero estaban comprometidos otros intereses, así que se limitó a escuchar tranquilamente.

—¡Arturo me amaba a mí, solamente, por mí misma! — dijo Ruby lentamente.

Su calma y su aplomo eran tales que Samuel Beale no conseguía alterarlos de ningún modo. Begge admiraba a la joven al ver cómo hacía frente al furor del relojero.

—¡Arturo Stanley es un asesino! — gritó Samuel Beale. — Tarde o temprano, la policía lo prenderá. Si usted quiere que la señalen con el dedo como la novia de un criminal, yo no comparto su extraña ambición.

—No le han prendido todavía y espero que no le prenderán jamás. Porque si lo prenden, entonces yo... yo...

Calló y bajo la mirada terrible de su tío, no volvió a desplegar los labios.

Había algún secreto entre aquellos dos, pues la amenaza que se leyó en los ojos del hombre fué muy fácil de entender.

—Me parece que no hay muchas probabilidades de que logre rehuir la acción de la justicia, — dijo. — La policía suele tardar tiempo en hacer estas cosas, pero generalmente, a la larga, pesca al hombre a quien busca. Arroja sus redes por toda la extensión del mundo.

Samuel Beale se acercó a la mesa.

—Creo que hemos hablado bastante de tan lamentable asunto, — dijo, — Estoy seguro de que el señor Begge no ha venido a discutir con usted sobre el crimen, Ruby. Me parece que haría bien en dejarnos solos.

Era una orden, y la joven obedeció. Cuando salió de la habitación, Begge la siguió con la mirada y ella le miró al salir. Su rápida mirada fué un mensaje que Begge no comprendió bien en aquel momento.

Tan pronto como la puerta se hubo cerrado tras ella, Ruby Beale experimentó un rápido cambio. Su rostro expresó la mayor excitación y, sin hacer ruido, corrió por el es-

trecho pasillo, hacia su habitación, que quedaba en el extremo del mismo.

Acercándose a la mesa de toilette la joven sacó uno de los cajoncitos, metió la mano en el hueco y sacó un pequeño paquete de cartas.

Fué la que estaba encima de la pila, la que sacó y leyó. Estaba escrita con letra clara y la joven no tardó en encontrar el pasaje que buscaba.

" . . . Como vé, he encontrado un amigo,
" un verdadero y buen amigo. Se llama Hum-
" ble Begge y es el alma mejor y más bonda-
" dosa que haya prestado ayuda jamás a un
" desdichado y desesperado como yo ".

Ruby Beale volvió a guardar las cartas en su escondrijo y puso el cajoncito en su sitio, nuevamente.

—Temía haberme equivocado, — díjose.— El nombre no es vulgar, por cierto, y estoy segura de que el hombre que está ahora en casa es el mismo que prestó ayuda a Arturo.

Sus ojos brillaban como estrellas cuando se separó de la mesa de toilette.

—Ha venido y trata de ayudar a Arturo. Estoy segura de que es así. Y... y... yo tengo que hablar unas palabras con él.—

Fué hasta la puerta del dormitorio y escuchó. El murmullo de voces procedente de la sala llegó a sus oídos. Begge y su tío estaban conversando. Ruby buscó un sombrero y un abrigo y se los puso. Sabía que no iba a poder hablar con Begge estando presente su tío. Decidió esperar a que el visitante se retirara para salir de la casa y seguirle.

Begge no parecía tener prisa por retirarse y eran ya más de las once cuando se abrió la puerta de la sala. Ruby se metió en su cuarto y esperó. Le pareció que había un tono de fastidio en la voz de su tío cuando dijo "Buenas noches" y la puerta de salida fué cerrada de un golpe, excesivamente fuerte, por el relojero, cuando su visitante se ausentó.

Ruby escuchó el ruido de los pasos de su tío mientras subía de nuevo por la escalera. Cuando se acercó por el corredor, Ruby cerró la puerta de su cuarto.

Resonó un golpe dado en la puerta.

—¿Está usted dormida, Ruby?

La joven no contestó y después de una momentánea pausa, Samuel Beale se alejó por el corredor y se metió en su propia habitación.

De puntillas salió Ruby de su dormitorio, recorrió el pasillo y se metió en la pequeña cocina. De la cocina partía una estrecha escalera que daba a una puerta del fondo de la casa, por la que se salía al patio, que quedaba detrás de la relojería. Cruzando rápidamente el patio, Ruby no tardó en hallarse en la callejuela de los fondos. Corrió hasta la esquina y al cabo de poco tiempo se vió en la oscura calle.

Miró a izquierda y a derecha, pero no vió a Begge. Mientras estaba indecisa, sin saber a qué lado dirigirse, oyó el ruido de una llave al abrir una cerradura. Ruby se escondió en un rincón sombrío y vió que un hombre salía de la puerta lateral de la relojería.

Era su tío, que se dirigió hacia la derecha, hacia las afueras de la ciudad.

—¿Por qué llamaría a la puerta de mi dormitorio? — pensó la joven. — ¿Dónde irá a semejante hora de la noche?

Se inclinó hacia adelante para observar al que se alejaba. Al moverse así, notó que algo se separaba de un edificio de la acera de enfrente. Un instante después un hombre delgado y alto, surgió de las sombras. Aun cuando reinaba la oscuridad, Ruby reconoció en seguida aquella silueta inconfundible.

Era Humble Begge.

Ya estaba por salir de su escondite y correr hacia él, pero antes de que pudiera hacerlo, Begge se volvió y comenzó a alejarse rápidamente y sin ruido por la desierta calle.

La joven se quedó un instante asombrada, sin saber qué hacer.

¡No cabía la menor duda, el alto y delgado visitante estaba siguiendo a su tío!

¿Qué significaba aquello?

La carta de Arturo Stanley daba la respuesta. Begge era el amigo del joven organista y seguía a la siniestra figura de Samuel Beale, que era el más decidido enemigo de Arturo.

—¡Usted es el único amigo de Arturo!— pensó Ruby. — Creo que ahora no debo intervenir. Puedo esperar hasta que le vuelva a ver.

Su tío y el hombre que le seguía habían desaparecido ya. Ruby, con todo su sistema nervioso en tensión, volvió a su dormitorio. Algo parecía advertirla que se preparaban acontecimientos muy serios para dentro de poco... que la tragedia seguía su desarrollo aquella noche.

—¡Si yo pudiera saber la verdad! — pensó Ruby. — Yo se que mi tío mintió cuando prestó declaración. Dijo una hora que no era verdad. El sabía perfectamente que Arturo estuvo conversando conmigo hasta las nueve de la noche y que yo le dejé en el camino de la abadía.

Se acercó a su cama y se sentó en el borde, pensativa.

—Se que él odia a Arturo, pero esto no justifica el que se diga una mentira, — prosiguió. — Y por más que él diga lo que diga, yo diré la verdad cuando se presente la ocasión.

Ruby Beale había fruncido el entrecejo. Siempre había tenido miedo de su taciturno y colérico tutor. Había vivido a su lado diez años pero nunca le había unido a él el cariño o el afecto.

Samuel Beale no era el tipo de hombre que se conquista el afecto de quien le trata y la joven comenzó a pensar en el día en que había de ser mayor de edad y podría disponer de sí misma.

—Si de él dependiera, enviaría a Arturo a presidio, — murmuró la joven. — Y sin embargo él tiene que saber que estaba mintiendo cuando prestó declaración.

Había sido Ruby la que había entreteni-

do a Arturo Stanley; por ella el joven organista había ido más tarde que de costumbre a practicar en el órgano, aquella noche. Ella había pasado la tarde paseando con él y se habían separado muy cerca de la abadía. Ruby, al volver a la relojería, había hallado a su tío al pie de la colina y su violenta acusación de que había estado de conversación con Arturo Stanley no fué negada por la valerosa joven.

Samuel Beale y su sobrina habían discutido dirigiéndose palabras bastante fuertes. Beale se separó de Ruby en las afueras de la ciudad. Cuando la joven llegó a su casa miró el reloj y vió que eran las nueve y media, poco más o menos.

En consecuencia, cuando llegó la información sobre la declaración que su tío había prestado ante el coroner, se produjo una violenta escena entre los dos.

La joven había acusado al relojero de haber faltado a la verdad, pues era imposible que se hubiera encontrado y hubiera hablado con Arturo Stanley a la hora que había declarado. Pero él se había burlado de ella y la había desafiado a que se atreviera a presentarse y declarar lo contrario.

—Su palabra será menos que inútil, — dijo. — Sólo probaría que usted está dispuesta a mentir por favorecer a un adorador que es también un pillo y un asesino. No oirán su palabra contra la mía y, además, yo he hablado primero.

Estas palabras del tutor habían hecho callar a su pupila, pero ella habíase jurado que si prendían a Arturo Stanley, ella se presentaría a declarar la verdad de lo sucedido.

Pero Ruby se encontraba sola y sin amigos y no era más que una muchacha. El pensar,—al ver que Begge estaba en Grimsdale, que había en la ciudad otra persona que estaba del lado del joven organista,—dió a Ruby Beale nuevo valor.

—¡Creo que ese hombre le va a salvar, Arturo! — pensó la joven en voz alta y como si se dirigiera al hombre a quien amaba hacía tanto tiempo.

Sin embargo, Humble Begge no había esperado en la oscuridad, frente a la relojería con el deseo de salvar a Arturo Stanley. Sexton Blake le había pedido que entretuviera a Beale hasta las doce de la noche y casi faltaba una hora para que se cumpliera el plazo.

Begge había notado que Samuel Beale comenzaba a sentirse cansado de su visita mucho antes de las once. Una o dos veces había hecho indicaciones veladas al visitante, pero Begge no se había dado por aludido, hasta que, por último, el relojero se levantó e informó al hombre pacífico de que ya era hora de que se retirara.

No le quedaba a Begge más recurso que retirarse; pero no se alejó más que unas cuantas yardas. En cuanto la puerta se cerró cruzó a la otra acera y se estacionó en un oscuro portal.

Beale le había dicho que estaba muy cansado y que deseaba acostarse, y una irónica sonrisa cruzó por el rostro del hombre pacífico cuando vió salir de la puerta lateral de la relojería al relojero, que se había puesto un abrigo. Beale volvió hacia la derecha y Begge le siguió. Poco después los dos subían por la cuesta que conducía a lo alto de la colina que dominaba a la ciudad y donde se levantaba la mole de la abadía.

—Blake tenía razón, — pensó Begge. — ¿Qué motivo puede tener Beale para visitar la abadía a estas horas de la noche?

No había luna, — no saldría hasta después de las doce de la noche, — pero el cielo estaba muy despejado y Begge no perdía de vista la figura del relojero.

Ya habían salido de la ciudad y avanzaban por un camino campestre flanqueado de altos cercos de arbustos. Begge caminaba por la franja de césped que había a los lados del camino y avanzaba cautelosamente. De pronto cesaron los cercos de arbustos y el camino cruzó un espacio de campo libre. Begge esperó a que el relojero estuviese del otro lado del campo antes de aventurarse a pasarlo a todo correr.

Era esta la única precaución que podía adoptar y creyó que le había dado buen resultado porque cuando volvió a ver a Beale, éste seguía caminando como antes, con la cabeza baja.

La enorme mole de la abadía se elevaba entonces ante él y por fin Begge vió la gruesa pared exterior del jardín del frente. El ancho portón quedaba al extremo del camino, pero en lugar de pasar por él, Beale se dirigió hacia la izquierda, siguiendo un estrecho sendero que corría junto al muro.

Durante un momento, Begge vaciló; después una admisible explicación de aquella maniobra, pasó por su imaginación.

—Debe existir otra entrada, — decidió,— una entrada más segura.

Tenía que moverse muy cautelosamente al ir por aquel sendero. La pared ondulaba a capricho, en la forma característica de todas las construcciones de esa clase y de aquella época. El sendero descendía luego, y Begge distinguió un pequeño edificio que estaba en una reducida hondonada; un edificio con un estrecho portón a un lado. Cuando Begge miró, Beale pasaba por aquel portoncito que chirrió al moverse cuando el relojero lo abrió y volvió a chirriar al cerrarse.

Se encontraban entonces del lado izquierdo de la colina donde se levantaba la abadía y Begge pudo distinguir la perspectiva de un tranquilo cementerio con su fantasmagórico ejército de monumentos y lápidas.

El pequeño edificio era, sin duda, una capillita en la que los cortejos fúnebres se detenían antes de terminar su última y breve jornada.

El hombre alto descendió por la cuesta, y pasó por el estrecho portón. En la hondonada reinaba la mayor oscuridad, y los árbo-

les que había en torno de la capilla velaban la tenue luz de las estrellas.

Begge vió que un ancho y enarenado camino cruzaba el cementerio y se dirigió hacia él. Había perdido de vista a Beale, pero la dirección del camino indicaba la ruta que el relojero debía tomar para dirigirse a la abadía.

El hombre pacífico cerró el portoncito y caminó pasando junto al un lado de la capilla, dirigiéndose al camino. Había llegado al extremo del edificio cuando, a su espalda, oyó el leve ruído que hace una persona al respirar hacia dentro con fuerza. Un instinto hizo que Begge volviera la cabeza a un lado y esta acción, probablemente, le salvó la vida, pues recibió en el hombro un golpe tan fuerte que le envió, tambaleándose, a la mitad del enarenado camino.

Una risa irónica resonó y una oscura silueta saltó a su lado. De nuevo se alzó el grueso madero, pero antes de que pudiera descender, Begge, aun cuando estaba medio aturdido, estiró un largo brazo y tomó por la muñeca a su atacante.

Un apretón hizo caer el arma de la mano de aquel hombre y en seguida los dos estuvieron unidos en feroz abrazo.

El primer golpe había insensibilizado el brazo izquierdo de Begge del hombro a las puntas de los dedos, lo que constituía una desventaja en contra suya. Sin embargo, peleó como una fiera.

Los dos hombres, abrazados, fueron de un lado a otro del camino y, tropezando en un cerco muy bajo que le separaba del césped, cayeron sobre un monton de tierra que indicaba la presencia de una tumba recién hecha. Y allí, en el silencioso camposanto, la terrible pelea tuvo su terminación.

El brazo derecho de Begge sujetaba el cuerpo de su adversario como en un anillo de acero. Una y otra vez el hombre procuró soltarse arañando impotente las delgadas muñecas.

Era un rostro con barba el que se acercaba al de Begge y éste sabía perfectamente quién era su adversario. Beale gruñía como una fiera mientras forcejeaba, pero su contrario permanecía en silencio.

Otro violento esfuerzo hizo que los hombres rodaran del montículo de tierra al alto césped que quedaba tras él. Beale quedó debajo, en esta voltereta y uno de sus brazos dejó de oprimir a su adversario. Sus largos dedos se movieron por entre el pasto y tocaron algo redondo y pesado. Era un fragmento de caño, un arma mortífera en manos de un hombre desesperado.

Respirando con fuerza, Beale levantó el brazo y poniendo todas sus energías en aquel esfuerzo, dirigió el trozo de hierro hacia la cabeza de su contrario.

Fué un golpe mortífero y bien dirigido. El borde desigual del trozo de hierro le dió a Begge en una sien e hizo brotar un gemido de sus labios, el primer sonido que salía de su boca.

Beale sintió que la presión del poderoso brazo aflojaba y el delgado cuerpo perdió su vivacidad, desmayándose de pronto, sobre su postrado cuerpo.

El relojero echó a un lado al desmayado Begge y se levantó. Tuvo que estar un rato de pie, inmóvil, respirando jadeante. La pelea en el montículo de tierra recién removida le había cubierto de pies a cabeza de pegajosa tierra. Su rostro sucio y sus ojos relucientes de furor constituían un cuadro horrendo en aquella oscuridad.

De pronto se inclinó, y, después de mirar en redor, levantó el delgado cuerpo en brazos. Se hallaba sólo a unas pocas yardas de la capilla y Beale llevó allí a su víctima. Sacó el llavero, abrió la puerta y por ella desapareció el relojero con su carga.

Estuvo ausente unos cinco minutos y cuando salió, estaba solo. Cerró la puerta con llave y durante un momento, Beale permaneció de pie a la sombra de los árboles.

—Ahora no tengo por qué molestarme en ir a la abadía, — murmuró por fin.—Mañana no habrá visitantes.

Cruzó el camino y salió por el portoncito, que volvió a chirriar.

—¿Tras de qué andaría? — murmuró en voz alta. — ¿Por qué me siguió? ¿Sospecharía algo? ¿Es posible que haya encontrado?..

Calló de pronto y se llevó la mano a la frente, que empezaba a cubrirse de gotas de sudor... sudor que no era consecuencia de ningún esfuerzo físico, sino de miedo.

—¡Imposible! ¡Yo desafío a toda la humanidad a que nadie puede acertar ahora el enigma de la torre! Fué pura y maldita curiosidad de su parte. Vió que yo tenía prisa por que se fuera y esto le hizo sospechar. Debía haber procedido con más cautela.

En sus pequeños ojos brilló un destello de ferocidad.

—¡Pero va a pagar bien cara su locura! — agregó. — Y cuando recobre el conocimiento y se encuentre donde está, se dará cuenta y se convencerá de que no podrá salir de allí jamás, con vida. Mi secreto morirá con él... tendrá el mismo destino que todo aquel que pretenda obstruirme el paso.

Caminaba por el sendero de junto a la pared, cabizbajo, con la barba apoyada en el pecho y los brazos caídos

Llegó al camino ancho y se detuvo un momento para mirar hacia la abadía. La iluminada esfera del reloj relucía en la oscura mole de la torre, y cuando Beale miró, el minutero llegaba al final de su jornada de una hora. La campana comenzó a tocar las doce.

Samuel Beale se volvió y caminó cuesta abajo por la ancha carretera, contando los solemnes tañidos a medida que resonaban tras él, acompasados, lentos.

—¡Quién sabe si puede oirlos! — pensó.— Tal vez sean los últimos que oiga. Quiso desafiar a mi astucia con su astucia, y salió perdiendo.

Pero en esto, Samuel Beale estaba equivo-

cado, pues Begge sólo se había propuesto llevar a cabo una misión, la que le había confiado Sexton Blake. Y Begge había cumplido satisfactoriamente la orden del detective, pues Beale había estado ocupado toda la larga noche y el reloj, al dar la hora, marcaba también el momento del triunfo de otro tranquilo actor del drama que se iba desarrollando lentamente.

✣ ✣ ✣

CAPITULO IV

Sexton Blake en la Abadía de Grimsdale.— El desarrollo de un crimen. — La policía y el acusado.

CASI en el mismo momento en que Begge entraba en la relojería de Samuel Beale, situada en la Calle Alta, Sexton Blake penetraba en la oficina de policía de Grimsdale, que estaba en una tranquila calle transversal. La esperaban, sin duda, pues en cuanto se presentó el policeman que estaba de facción en la puerta le hizo pasar a una oficina particular donde el superintendente estaba sentado ante su mesa escritorio.

En otra silla se hallaba esperando un señor grueso que, en cuanto anunciaron a Blake, levantó la cabeza con interés.

—¡Buenas noches, señor Blake! — dijo, con amabilidad, el superintendente.

—¿Recibió usted mi mensaje

—Sí; y debo confesar que me produjo grandísima sorpresa.

Se volvió e indicó al hombe grueso que se hallaba con él al entrar Blake.

—Pero, primero de todo, permítame que le presente al señor Hayes, gerente del Banco de Londres y los Condados.

El señor Hayes tendió su mano.

—He oído hablar de usted con frecuencia, señor Blake, — dijo. — Consideré que era una buena noticia para mí la que me daba el superintendente Burge cuando me dijo que usted tenía interés en este asunto... tanto más cuanto que se ha presentado una nueva circunstancia, que acabo de descubrir y que tiene vinculación conmigo y con el banco de que soy gerente.

—¿De veras?—dijo Blake.

El gerente del banco miró al superintendente que inclinó la cabeza asintiendo.

—Creo que haría usted bien en enterar al señor Blake de todo lo referente a ese nuevo detalle, — dijo Burge.

El señor Hayes sacó una carta del bolsillo.

—Bien, — dijo, — los hechos son, sucintamente, estos: Lord Rayburn, que es propietario de todo Grimsdale o de casi todo, me ha escrito preguntándome por una suma de dinero que había enviado al difunto vicario. Tanto el vicario como lord Rayburn tienen cuentas corrientes en el banco y yo sé que milord envió al vicario un cheque por quinientas libras esterlinas, unos tres días antes del homicidio.

Calló un momento y miró a Blake.

—La mencionada suma le fué abonada al vicario en billetes y en oro, la mayor parte en oro, — agregó. — Yo no volví a pensar en ese asunto y, como el superintendente me lo ha hecho comprender ahora, hubiera sido mejor que lo hubiese recordado. Si, al hacer la investigación, ese detalle hubiera sido mencionado, el coroner, con toda seguridad, se hubiese hallado en condiciones de saber cuál había sido el móvil del crimen.

—¿Usted cree que se trata de un caso de robo, además del homicidio? — preguntó Blake.

—Todo parece indicarlo así en estos momentos, — dijo el gerente del banco. — Esta carta, como usted puede verlo, manifiesta que el cheque de quinientas libras esterlinas fué enviado al vicario en calidad de donativo para costear las obras de restauración de la torre del reloj. Los fondos pertenecientes a la iglesia se hallan depositados en cuenta separada y yo he revisado esa cuenta esta tarde. En ella no existe mención ninguna al donativo de lord Rayburn, y, en realidad, el saldo a favor de la iglesia casi no pasa de ciento cincuenta libras esterlinas.

—¿No hace eso creer que el vicario no hizo entrega del donativo de lord Rayburn?

—Exactamente. Pero la cuestión es esta: ¿qué ha sido del dinero? Los apoderados del vicario han arreglado sus asuntos y han vendido todo lo que poseía. No se dijo que se hubiera hallado esa suma. El reverendo Wilbron Mallet murió como había vivido, en la pobreza.

Hayes se inclinó hacia adelante.

—No imagine usted, ni por un momento, que me puedo figurar que el vicario se quedó con el dinero para su uso particular,— dijo con energía. — Todos los habitantes de Grimsdale sabemos que la abadía era el orgullo del vicario. Empleaba casi todo cuanto ganaba en pagar obras de restauración. Tenía mucho cariño al viejo edificio, a cada piedra y cada viga de la histórica abadía.

El superintendente inclinó la cabeza, apoyando lo manifestado por el gerente del banco.

—Eso sí que es la pura verdad,—dijo.

Blake se volvió entonces hacia donde estaba el gerente.

—El hecho que se demuestra con lo que usted ha dicho es que el vicario, víctima del crimen, tenía en su poder quinientas libras que le habían sido enviadas para determinado destino y que ese dinero no había sido aplicado a ese destino,—dijo.

—Sí, señor; así es efectivamente,—manifestó Hayes.

—¿Y esa suma de dinero no fué hallada en su poder cuando se encontró el cadáver?

El superintendente de policía movió negativamente la cabeza.

—¡No tenía más que unos pocos chelines en el portamonedas! — exclamó. — La cartera estaba enteramente vacía.

—¿Era hombre de quien pudiera creerse que llevara una suma de tanta importancia en el bolsillo?

—¡Era un hombre buenísimo y confiado como él solo! — dijo Hayes lentamente.— No tenía nada del carácter del hombre de negocios. Pudo muy bien guardarse el dinero en la cartera y olvidarse en seguida de que lo tenía en su poder.

—¡Pero no pudo guardarse así, en el bolsillo, las monedas de oro! ¿Eh?

—No; supongo que no. Las monedas de oro le fueron entregadas en una de las usuales bolsitas de lona que tenemos para ese objeto en el banco.

Blake se echó hacia atrás en su silla.

—Lord Rayburn dice en la carta que envió el cheque como donativo para realizar obras de restauración en la torre del reloj, —dijo después de una breve pausa. — En circunstancias ordinarias, ¿quién se hubiera encargado de la dirección y vigilancia de esas obras?

—El vicario ocupaba siempre a albañiles y otros obreros de la localidad, — dijo Hayes. — He hecho averiguaciones, pero a ninguno de ellos vió el vicario para hablarle de ese asunto.

Blake dirigió otra pregunta de un lado a otro de la oficina.

—Pero si las obras de restauración tenían algo que ver con el mecanismo, o con cualquier otra parte del reloj mismo, ¿quién sería el encargado de ellas?

Parecía preguntar esto por pura y simple curiosidad.

—Supongo que tendría que ser Samuel Beale,—dijo el gerente del banco.

—¿Le han interrogado ustedes a ese respecto?—inquirió Blake.

—No... pues... la verdad, no nos hallamos, Beale y yo, en términos muy amistosos.

—¿Tiene Samuel Beale, cuenta corriente en un banco?

—Creo que sí. En un tiempo fué cliente mío, pero hace dos años tuvimos una diferencia de opinión, y él retiró su dinero para depositarlo en un banco de Londres. Además transfirió, al mismo tiempo, los fondos pertenecientes a su sobrina, de la que es tutor.

Al señor Hayes no le gustaba hablar de este particular detalle, según pudo notarse, pero Blake no dejó, por eso, de seguir preguntando.

—¿Sabe usted a qué banco transfirió esos fondos? ¿Se sabe en qué banco tiene su cuenta?

—Me parece que no, señor Blake, — contestó el gerente del banco. — Nunca paga con cheques, en Grimsdale y no me siento mayormente interesado por el señor Beale. Su manera de proceder en el manejo de determinados fondos, confiados a su custodia, no me gustó y me tomé la libertad de decírselo.

—¿Se trataba del dinero que su sobrina y



En el momento en que cruza el bosque, camino de la abadía, Tinker ve llegar a un hombre con una pesada bolsa al hombro. Al verle de cerca, exclama: "¡El relojero!" Es, efectivamente, Samuel Beale, sudoroso y cubierto de polvo. (Pág. 35).

pupila debe recibir cuando llegue a ser mayor de edad?

El gerente del banco se sintió aun más molesto y contrariado que antes.

—Creo... me parece... que no debo hablar más de ese asunto, — dijo. — Se trata de asuntos enteramente confidenciales, como usted no lo ignora.

—Sin embargo considero necesario que usted tenga la bondad de contestar a mi pregunta, — dijo Blake con toda suavidad, pero con toda energía a la vez.

—Bien, en realidad, puedo decirle que nuestra discusión fué con motivo de los fondos de propiedad de la señorita Ruby Beale, —dijo Hayes. — Consideré que estaba en la obligación de hacer notar al señor Beale que operaba con esos fondos de modo demasiado arriesgado, tratándose de dinero que realmente no le pertenecía. Figuraban en ese capital algunos títulos y acciones de toda confianza, que vendió, no debiendo venderlos.

—Es decir, para expresarlo con mayor claridad, estaba empleando el dinero de su sobrina y pupila en operaciones peligrosas, ¿no es eso?

—Eso fué, precisamente, lo que me pareció.

El señor Hayes dobló la carta de lord Rayburn, y se levantó.

—Por desgracia, lord Rayburn ha estado ausente de Inglaterra durante los últimos tres meses, de viaje por Centro América,— agregó, — y no se ha enterado del crimen hasta hace pocos días. Menciona su donativo por pura casualidad, y se comprende, leyendo

la carta, que está convencido de que las quinientas libras esterlinas han sido destinadas al objeto que él indicó. Aun no he contestado a esta carta. Cuando el superintendente me dijo, esta tarde, que usted estaba en Grimsdale, pensé que era conveniente que nos viéramos. Esta nueva prueba viene a indicar cuál fué el verdadero móvil del crimen perpetrado por ese joven loco.

—¿Usted cree, entonces, que Arturo Stanley fué el autor de ese crimen?

—Me parece que no cabe duda a ese respecto, — dijo Hayes. — El simple detalle de su precipitada fuga es suficiente para condenarle, fuera de todas las demáás pruebas.

Se dieron la mano y Hayes salió de la oficina del superintendente. Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Burge se volvió hacia el detective.

—Y ahora, señor Blake, vamos a tener nosotros una pequeña explicación, — dijo. —¿Hablaba usted en serio, realmente, cuando me dijo que Arturo Stanley llegaría a Grimsdale por el primer tren de Londres, mañana por la mañana?

—¡Nunca he dicho nada más serio, superintendente! — dijo Blake. — No sólo vendrá Arturo Stanley, sino que mi ayudante Tinker viajará con él desde Londres y le hará usted, entrega del preso en la misma estación del ferrocarril.

Un suspiro de satisfacción brotó de los labios del empleado policial. Los últimos tres meses habían sido de prueba para el jefe de la policía de Grimsdale. Los diarios de la localidad criticaban todos los días a la policía considerándola única culpable de que Arturo Stanley no estuviera preso.

—¡Gracias a Dios por eso! — exclamó.— No sé cómo se ha arreglado usted, pero me complace tener su palabra de que eso va a suceder. ¡Si consigo prender a ese individuo y encerrarle en una celda, bien seguro, me consideraré enteramente feliz!

Blake se inclinó hacia el superintendente Burge.

—Pero es necesario que yo le haga saber, amigo Burge, — dijo, — que estoy del lado de la defensa.

—¿Cómo es eso?

El superintendente saltó en su silla y miró fijamente a Blake, que sonrió con placidez.

—Yo figuro entre la muy reducida minoría que cree que Arturo Stanley es inocente,—dijo.

—¡Pero hombre de Dios!... ¿Cómo ha llegado usted a semejante conclusión? ¡Si todas las pruebas posibles están en contra de él.

El rostro de Sexton Blake expresó alegría y contento.

—Para mí es precisamente eso lo que me hace sospechar, — dijo con toda seriedad.— Con demasiada frecuencia se encuentra uno, en este mundo, con que las pruebas circunstanciales arrastran a un inocente hacia la horrible sombra del patíbulo. ¡Me he propuesto tratar de salvar a un joven que no tiene amigos ni protectores, y necesito que usted me preste su ayuda para conseguirlo!

La expresión del rostro del superintendente fué digna de verse. Había sido precisamente Burge el que había dirigido todo el caso, el que había reunido la lista de pruebas, que consideraba indestructibles, contra Arturo Stanley; y sin embargo Blake le pedía que le ayudara a probar la inocencia del acusado.

—¿Qué yo le preste mi ayuda? ¡Pero mi estimado señor Blake!...

El detective se sonrió tristemente.

—No pretendo que usted tome parte activa en eso, — dijo, — pero lo necesito como testigo esta noche. ¿Puede usted dedicarme un par de horas?

Miró el reloj y vió que marcaba poco ménos de las diez.

El superintendente se levantó en seguida.

—No tengo inconveniente en hacer eso,— replicó. — Pero si usted quiere que yo le ayude a demostrar que Arturo Stanley es inocente, va a tener un trabajo bastante difícil de realizar.

—Estoy decidido a correr ese riesgo, — dijo Sexton Blake.

Diez minutos después él y el superintendente iban, caminando rápidamente, por la carretera que conducía a la histórica abadía. El oficial de policía se había provisto de una poderosa antorcha eléctrica y llevaba también la llave que había de franquearles la entrada de la iglesia. Blake había indicado su destino a su compañero y éste había inclinado la cabeza, asintiendo.

—Ya pensé que usted querría echar una mirada al teatro del crimen, — dijo, — pero temo que no saque nada en limpio de esa visita. Hace tiempo que se lavaron las manchas de sangre, y no queda ni el menor rastro del homicidio.

Llegaron a la abadía, y entraron en la iglesia por el lado de la sacristía, siguiendo el mismo camino que Arturo Stanley había seguido la noche fatal. El superintendente encendió su antorcha eléctrica, cuando estuvieron dentro del tenebroso edificio y guió a Blake hacia el oscuro hueco de la torre del reloj.

—El cuerpo fué hallado tendido en este sitio, — dijo el de policía indicando un lugar del piso.

Quedaba a la izquierda, cerca del arco desde el cual arrancaba el tramo de escalera de hierro.

—El crimen fué cometido por medio de un arma pesada y contundente, ¿no es así?

—Sí. Los huesos del cráneo estaban fracturados. El golpe debió ser aplicado con tremenda fuerza.

Blake se hallaba de pie en el sitio indicado por el superintendente.

—¿No encontraron rastro ninguno de que hubiera habido pelea?

—Ninguno. Había un charquito de sangre debajo del cuerpo y algunos fósforos usados, pero nada más.

—¿Entonces el vicario fué asesinado donde estaba de pie, en este mismo sitio?

—Sí.

Blake indicó los arcos de la derecha y de la izquierda.

—El crimen fué cometido a eso de las diez de la noche, segun la teoría admitida, —prosiguió Blake.—La iglesia estaría, supongo, en plena oscuridad.

—El sacristán manifestó que había cerrado la llave de la instalación eléctrica principal y que se había llevado la llave. Las únicas luces que pudieron estar encendidas, fueron las de la sacristía y las lámparas que están sobre el órgano. Dependen de un circuito separado de la instalación principal y se dejaba abierta la llave para que Stanley pudiera alumbrarse mientras tocaba el órgano.

—Tenga usted la bondad de apagar un momento su antorcha, Burge.

El superintendente tocó el botón de la poderosa lámpara.

—¿Puede usted verme? — le preguntó Sexton Blake.

—Me parece que no. Este es el rincón más oscuro de la abadía.

Volvió a encender la luz y Blake se acercó al superintendente.

—Admitiendo que Arturo Stanley cometiera el crimen, ¿no le parece que no pudo escoger sitio más imposible para cometerlo? ¡No podía ni ver a su víctima ni estar seguro de la puntería de su mortífero golpe!

El de policía callaba.

—Avancemos un poco más, — dijo Blake. —Admitiendo que Stanley estaba en la iglesia, debió entrar por la puerta de la sacrista. La puerta principal sólo tiene dos llaves, una la tenía el vicario y la otra el sacristan. Si el vicario estaba en la iglesia en aquel momento parece más que probable que estuviera en la parte del edificio donde se podía encender luz: en la sacristía y en el órgano, situado a la izquierda. Si él y Stanley se encontraron, su encuentro debió tener lugar en uno de esos dos sitios. ¿Por qué y cómo Stanley y el vicario vinieron a este sitio y se metieron en este tenebroso hueco?

—Todas esas preguntas son acertijos, Blake, — dijo el de policía. — ¿Cómo he de poder contestarlas yo?

Blake se expresaba con frialdad y casi irónicamente.

—Un hombre que ha decidido cometer un crimen no deja nada confiado a la casualidad, — replicó. — En la alumbrada sacristía Stanley podría haber estado seguro del resultado de su mortífero golpe, Y sin embargo, aparentemente, esperó a que su hombre se hallara en la más completa oscuridad. Además tan seguro estuvo de su puntería que lo mató del primer golpe... dado en la oscuridad.

—Eso parece inverosímil, — dijo el superintendente. — Y sin embargo ¿qué pudo suceder si no sucedió eso?

Blake tomó la antorcha eléctrica de la mano de su compañero y recorrió el piso, cubierto de grandes losas de piedra. Le pareció al oficial de policía que a Blake le interesaban más los arcos y el muro que el piso. De pronto Blake, subiéndose en una cornisa baja, del arco, rascó algo con las uñas.

El superintendente acudió apresuradamente al lado del detective, en el momento en que éste bajaba al suelo nuevamente.

—¿Qué es eso? — preguntó.

Blake había desprendido unos pequeños fragmentos de debajo de las uñas. La luz de la antorcha eléctrica iluminó la palma de la mano del detective.

—Sangre seca, — dijo.

Retrocedió, e indicó un sitio del arco. Mirando de más cerca, el superintendente vió una mancha en forma de pera, en la cornisa del mármol. Estaba como a unos nueve pies del nivel del piso.

—¡Sangre! — repitió Blake.—¡En el arco y lejos de donde el cuerpo fué hallado! ¡Venga usted!

Se dirigió a la escalera de hierro y comenzó a subir, seguido del superintendente. Llegaron a la escalera en espiral y subieron por el oscuro hueco de la torre. De pronto Blake se detuvo y bajó la luz, arrodillándose en los peldaños y sacando la mano fuera, por debajo del pasamanos.

—¡Mire usted, Burge!

El oficial de policía se inclinó. En el costado de la escalera, debajo del remachado vástago vertical que sostenía el pasamanos, se veía otra mancha pequeña y oscura.

Blake dirigió la luz hacia abajo, hacia el enlosado piso. Se encontraban en aquel momento a veinte pies de altura sobre el hueco de los arcos.

—¿Cree usted posible que la sangre saltara desde allá abajo hasta aquí? — preguntó con toda tranquilidad.

—¿Qué significa esto? — preguntó el superintendente.

Pie tras pie Blake examinó la escalera y la pared, subiendo y bajando y por último llegó al sitio donde el enorme péndulo oscilaba de un lado a otro.

Los dos hombres se detuvieron y miraron hacia el péndulo.

—¡Cuidado! — gritó el superintendente de pronto, tomando a Blake de un brazo. El pasamanos se había movido ligeramente y uno de sus trozos se había desprendido, por un extremo, de su soporte.

Blake se inclinó hacia atrás y, tomando el trozo del pasamanos, tiró de él. Se le quedó en la mano, dejando un hueco como de una yarda de ancho

—No es esto muy seguro que digamos,— manifestó fríamente el detective.

—¡Terriblemente peligroso! — exclamó el oficial de policía, respirando con ansiedad. —Cualquiera que se apoye en ese pasamanos creyéndolo seguro, puede caerse con toda facilidad y desnucarse al dar contra el piso de piedra, de abajo.

El poderoso rayo de luz de la antorcha eléctrica brillaba a través del espacio en que se balanceaba el péndulo. El superin-

tendente permanecía en silencio, y parecía como si Blake se hubiera olvidado de su presencia, pues el detective estaba de pie junto al pasamanos, mirando hacia el hueco como hipnotizado.

—¿Y bien?

Fué el superintendente el que habló por último y Blake se volvió hacia él sobresaltado a medias. En seguida sonrió.

—Me parece que me he quedado distraído un momento, — dijo. — Estaba pensando...

—Ya lo noté, — manifestó el oficial de policía. — ¿Qué pensamientos eran los suyos en ese instante?

—Aun no pueden publicarse. ¿Seguimos adelante? Quiero llegar hasta lo más alto.

Se encontraron en la ancha plataforma de hierro situada detrás del reloj y el superintendente observaba a Blake. Lo que hacía el detective le intrigaba. Parecía moverse de un lado a otro sin rumbo y en una ocasión se acostó boca abajo en la plataforma de hierro y fué adelantando tanto el cuerpo que el superintendente ya iba a acudir a quitar a Blake de tan peligrosa posición.

—Supongo que hay cierto método en toda esta...

—¿Locura? — terminó Blake sonriente, mirando a Burge.

—Bueno; yo no me hubiera atrevido a ir tan lejos en mi apreciación, — dijo lentamente su compañero.

—No crea que eso me ofende, amigo mío, —dijo Blake. — Pero creo que ya he visto todo cuanto quería ver por el momento. Podemos retirarnos.

En el momento en que así se expresaba se oyó un metálico golpe, y, un momento después la campana comenzó a dar las doce. El golpe del martillo hacía un ruido terrible en aquel reducido espacio. Blake, cruzando la plataforma, observó el mecanismo que movía el pesado martillo. Notó que cada golpe estaba sincronizado con el balanceo del péndulo situado más abajo. Cada tercera oscilación hacia la escalera era marcada por un tañido de la campana.

Se inclinó hacia el borde de la plataforma, contando las oscilaciones y los golpes, y en su rostro se vió una expresión indicadora de que acababa de darse cuenta de algo importante.

Cuando el último vibrante sonido cesó por completo y volvió a reinar el silencio, Blake se dirigió al oficial de policía.

—Dicho sea de paso, — dijo, — ¿es usted de los que creen que el reloj no dió las campanadas de las diez la noche del crimen?

El superintendente se rió, bastante molesto.

Supongo que usted considerará eso como un relato de gente supersticiosa,—dijo.

—¿Oyó usted las diez campanadas?

—Bien, para ser enteramente franco con usted, señor Blake, le diré que no oí las campanadas. Y debiera haberlas oído, porque estaba en la salita de mi casa, con la ventana abierta. Estaba, precisamente, esperando que tocara el reloj porque deseaba salir de casa en cuanto lo oyera, porque tenía que estar en la oficina a las diez y cuarto.

—Entonces estaba usted escuchando, esperando que sonara la campana, ¿no es eso?

—Eso mismo.

—¿Usted no puede distinguir la esfera del reloj desde la ventana de su casa?

—No.

El superintendente Burge se encogió de hombros.

—¡Pero por favor, amigo Blake, no me meta en ese lío! — agregó. — Ya se ha discutido bastante y hasta demasiado, ese punto insignificante. La mitad de la población jura que oyó las diez y llama a los demás idiotas y supersticiosos. Y yo no quiero ser clasificado en esa categoría. ¡Muchas gracias!

Blake permaneció en silencio durante un momento.

—Tal vez pueda servirle de consuelo saber que yo también opino que el reloj no dió los toques de las diez, aquella noche,—dijo.

Su compañero le miró con grandísimo asombro.

—¿Pero cómo demonios llega usted a semejante conclusión—preguntó.

Blake comenzó a descender, escalera abajo.

—Simple teoría, superintendente, — dijo, mirándole por encima del hombro. — Pero algún día voy a llegar a la verdad.

El oficial de policía le siguió, y los dos salieron juntos de la iglesia, dirigiéndose al ancho portón. Cuando salieron al camino, Blake se detuvo y miró hacia arriba, hacia la iluminada esfera del viejo reloj.

—No es la primera vez que ha sido mudo testigo de algun horrible drama de la vida,— dijo, — pero esta vez creo que ha avanzado mucho en el camino de la solución del problema

No dijo más. El superintendente y él se separaron a la entrada de la ciudad, sin que el de policía hubiera conseguido que Blake contestara a las varias preguntas que le dirigió.

—Supongo que nos volveremos a ver mañana,—dijo Burge al estrechar la mano del detective.

—No estoy seguro, — dijo Blake lentamente. — Tinker llegará con Arturo Stanley. Supongo que usted tiene ya la orden de prisión.

—Sí, la tengo. Pero después de lo que me ha dicho usted esta noche...

Blake apoyó una mano en el hombro del superintendente.

—Es absolutamente necesario que Arturo Stanley sea detenido y que la noticia de su prisión sea propalada en seguida por toda la ciudad, — replicó. — Deseo que todos los habitantes de Grimsdale sepan que ha sido reducido a prisión.

—¡Es usted muy misterioso! — pensó el superintendente mientras se dirigía hacia su casa.—¡Algo tiene usted guardado en el fondo de la mente y no sé lo que daría yo por saber de qué se trata!

Blake fué al hotel "Las Campanas" y se encontró el local en la más completa oscuridad Un semidormido portero le franqueó la entrada.

—¿Ha regresado el señor Begge? — le preguntó Sexton Blake.

Infortunadamente el portero había tomado servicio a las diez de la noche, y cometió un error.

—Todo el mundo está ya dentro, menos usted, señor, — le contestó.

El resultado de esta respuesta fué que Blake se dirigiera a su habitación sin tomarse la molestia de entrar en el cuarto de Begge. El mero hecho de que Blake hubiera podido visitar la abadía sin ser molestado parecía demostrar que Begge había cumplido su misión sin tropiezo y había conseguido entretener a Beale. La noticia de lo que había pasado en casa del relojero podía esperarle hasta la mañana siguiente.

Sin embargo, aun cuando Blake no podía ser condenado por lo que había pasado, su acción iba a tener un triste y terrible resultado.

En las habitaciones situadas encima de la relojería. Ruby Beale había pasado dos largas horas esperando el regreso de su tío, y cuando oyó el ruído de la llave en la cerradura de la puerta lateral, salió corriendo, de su dormitorio, se deslizó por el pasadizo y se metió en la habitación del frente de la casa, cerrando la puerta. Acababa de cerrarla cuando oyó los lentos pasos de Beale que subía por la escalera. Oyó su respiración jadeante cuando llegó al rellano y se inclinó, mirando por una hendija.

Beale se detuvo un momento y ella le oyó rascar un fósforo. Se vió una pequeña llama, sostenida en lo alto. La joven que atisbaba vió la embarrada cara barbuda y contuvo la respiración. El largo brazo y los hombros de Beale estaban sucios de tierra, y la respiración jadeante, así como su estado de cansancio, indicaban claramente que había estado peleándose con alguien.

Ruby vió que la siniestra silueta avanzaba por el corredor y se metía en el dormitorio de la izquierda. En puntas de pies la joven fué hasta la puerta y escuchó con toda atención.

Oyó el ruído que hacía el cepillo con que su tutor se quitaba la tierra de la ropa y después el ruído del agua, mientras Samuel Beale se lavaba la cara y las manos.

La joven tenía los labios entreabiertos y pálidos.

¿Qué había sucedido?

¿Se había enterado su tío de que alguien le seguía? ¿Dónde estaba Begge?

Se retiró de la puerta y se quedó un momento, inmóvil, en la oscuridad, tratando de decidir qué era lo que debía hacer. Un mudo instinto le decía que se había desarrollado alguna tragedia y sintió un rápido deseo de salir en busca de Begge. Su tío le había hablado de su visita al hotel "Las Campanas", así que Ruby decidió ir al hotel, convencida de que allí debía estar alojado Begge. Decidió ir inmediatamente.

Llegó a su dormitorio y tomó de nuevo el sombrero y el abrigo. Se movió sin ruído y cautelosamente y hubiera jurado que no produjo ruído ninguno. Sin embargo, cuando volvió a salir de su habitación y se dirigía a la cocina, se oyó repentinamente un clic y se encendió la luz eléctrica del corredor.

Samuel Beale, acurrucado junto a la llave de la luz eléctrica volvió sus malignos ojos hacia la delgada joven. Con un grito de angustia, Ruby se acercó a la pared.

—¿Usted?

Esta palabra brotó, áspera, de los labios del tutor. El relojero se aproximó lentamente a la aterrorizada mujer. Todo su aspecto era el de una bestia feroz. Tenía las manos crispadas y los hombros encogidos.

Ruby trató de hablar, pero el terror la había, momentáneamente, enmudecido.

—¿Usted iba a salir a esta hora de la noche? ¿Por qué?

La fría furia que se notaba en su voz era indicación de la maldad que dominaba en su cerebro.

—¡Usted ha estado espiándome y ese es un juego muy peligroso! ¿Sabe usted, señorita?

Con los ojos dilatados por el terror, la joven miraba fijamente a su tutor. Algo veía en el rostro de aquel hombre que le helaba el corazón. Se había despojado de su máscara de disimulo, dejando ver toda la crueldad de su naturaleza.

El ver el terror de la joven parecía complacerle. Comenzó a reir nerviosamente.

—¿A dónde iba usted?

Ella no pudo contestarle. Apoyada en la pared, pálida, aterrorizada, le miraba fascinada como el pajarito mira a la víbora.

—Alguien más pretendió espiarme esta noche. ¿Lo sabe usted?

La rápida expresión de la mirada de la joven le hizo comprender la verdad. Un espasmo de furia cruzó el rostro del hombre.

—¡Ah! ¡Con que es así! ¡Ustedes se han coaligado contra mí y usted estaba por salir para traicionarme! ¡Tonta! ¡Tonta! ¡Voy a terminar de una vez con toda esa afición al espionaje!

Habíase deslizado hasta hallarse a pocos pies de la inmóvil joven y de pronto, saltó ágilmente hacia ella. El grito que lanzó Ruby fué ahogado en su garganta. Dos manos delgadas la tomaron por el cuello y en un arrebato de furor, Samuel Beale hizo que su víctima cayera de rodillas.

Cuando él se irguió estaba temblando de pies a cabeza. Corrió hacia donde estaba la llave de la electricidad y apagó la luz. Se oyó un momento ruído de rápidos pasos.

Una silla crugió en su dormitorio y poco después una oscura figura corrió por el pasillo, descendió por la escalera y salió a la calle, alejándose por la sombra que proyectaban las casas.

Al llegar a las afueras de la ciudad se detuvo y miró hacia lo alto de la colina que se levantaba a su derecha. En lo alto brillaba la luminosa esfera del gran reloj. El hombre delgado levantó la cabeza y una sonora carcajada resonó en la oscuridad de la noche.

—¡Nosotros sabemos guardar nuestros secretos; usted y yo guardamos bien nuestros secretos! — exclamó Samuel Beale, dirigiéndose al reloj que parecía mirarle desde su altura. — ¡Nosotros guardamos bien nuestros secretos! ¡Já! ¡Já! ¡Já!

Se sintió remover los arbustos del cerco de la izquierda. Mediante un rápido salto, la delgada figura se metió entre los árboles y desapareció.

✣ ✣ ✣

APITULO V

Humble Begge en su encierro. — Un guía original y extraordinario.—Descubrimiento importante. — A solas con un demente.

HUMBLE BEGGE se había puesto de pie con esfuerzo y se sostenía apoyándose en la pared, una pared que, al tacto, se notaba húmeda. Le dolía la cabeza y cuando levantó la mano, sintió que tenía unas señales abultadas sobre la sien.

—¿Dónde estaré?—se preguntó.

Rápidamente recobró la memoria. El y Beale habían peleado. Los detalles de aquella feroz pelea acudieron a su recuerdo, y sonrió tristemente.

—¡Me ha ganado esta vez! — pensó. — ¡Pero no estoy todavía en el cementerio!

El olor a tierra húmeda y fría, y la quietud de la atmósfera, indicaban que se hallaba en un espacio cerrado. Gradualmente la fuerza fué volviendo a sus miembros y Begge comenzó a caminar junto a la pared, tanteando el camino cuidadosamente. Llegó a un ángulo y siguió, notando que la pared se encorvaba ligeramente. Llegó a otro ángulo y continuó avanzando. De pronto tocó algo con el pie. Se inclinó y levantó aquel objeto. Era su sombrero.

—Es más que probable que haya dado ya la vuelta en torno de mi prisión, — decidió. —Ojalá hubiera traído una linterna eléctrica.

Empezó a buscar en sus bolsillos y de pronto encontró varios fósforos en el fondo de un bolsillo. Frotó uno y un suspiro de alivio brotó de sus labios cuando el fósforo brilló encendido.

—¡Mala hubiera sido mi suerte si los fósforos hubiesen resultado de seguridad, de esos que sólo se encienden en su propia caja! — murmuró.

Sostuvo el fósforo en alto y miró en redor. Se hallaba de pie en medio de un angosto cuarto, con piso de piedra. Las paredes eran de granito y el techo abovedado. De uno de los bolsillos de su levita sacó Begge varios diarios que había comprado aquella misma tarde. Retorció uno formando una larga antorcha, que encendió.

—¡No me conviene derrochar fósforos! ¡Hay que economizar los pocos que tengo!— comentó.

Sosteniendo la improvisada antorcha en alto, el hombre pacífico comenzó a examinar cuidadosamente su prisión. En el centro del techo vió una trampa cuadrada. Era evidente que había sido por aquella trampa por donde le habían metido en su prisión, pues, al parecer, no había ninguna otra abertura de ninguna clase en aquella habitación.

El techo estaba a unos diez y seis pies de altura y las paredes eran lisas, así que no había posibilidad de llegar hasta la trampa. La llama del papel retorcido ardía sin inclinarse a ningún lado, indicando que no había corriente de aire de ninguna clase.

—Parece que es este un sitio muy seguro, — pensó Begge después de examinar su prisión.

La atmósfera se hacía cálida y pesada, y el humo del papel quemado formaba como una nube en lo alto.

Begge dejó caer el encendido papel y lo pisó para apagarlo.

—Es necesario no echar a perder este valioso aire, — murmuró. — Parece que hay aquí poco, en realidad.

Se sentó en el suelo, estirando las piernas. Había en su carácter suficiente filosofía para aceptar con tranquilidad una situación que hubiera aterrorizado a cualquier otro hombre.

—Beale se enteró de que yo le seguía,— díjose, — y sin duda tenía alguna razón para temer lo que pudiera producirse. Trató de matarme y me arrojó aquí, creyendo que aquí estaría yo en completa seguridad. Y en esto me hallo enteramente de acuerdo con él.

Había caído en una trampa, no cabía duda. Pocas probabilidades existían de que Sexton Blake o alguna otra persona supiera lo que le había pasado. Aquella cámara podía ser su tumba.

Se oyó un breve y agudo chillido, procedente de la pared junto a la cual estaba sentado, seguido del rápido pisar de unas pequeñas patas. Begge volvió la cabeza y distinguió un momento, en la oscuridad, el brillo de dos ojitos como cabezas de alfiler.

—¡Una rata! — dijo en voz alta, encogiendo las piernas.

Se oyó otro chillido y los ojos luminosos desaparecieron.

Begge se puso de pie y se arriesgó a encender otro de sus preciosos fósforos, después de preparar otra antorcha de papel.

—¡Tengo que averiguar de dónde ha venido usted, señora rata!—murmuró.

Volvió a buscar por la pared, inclinándose a examinar hendija por hendija. No se veía la rata ni el sitio por donde había entrado.

La llama se apagó y Begge volvió a sen-

tarse donde estaba antes, junto al pilar de un arco que sobresalía de la pared formando un ángulo conveniente para recostarse.

—No creo en aparecidos ni fantasmas, —dijo jocosamente, — y menos en el fantasma de una rata. La cuestión es saber cómo entró y cómo salió esa rata.

Volvió a registrar los bolsillos, — depósito de infinidad de cosas, — y en ellos encontroó varios trozos de cordel que unió entre sí formando uno sólo, bastante largo.

Se quitó después el reloj que tenía sujeto a la muñeca, sacó el reloj de la correa y se lo guardó en el bolsillo. Después ató a la correa el extremo del cordel, y lo puso en el suelo.

—Lo que es si vuelve... — dijo. — No en vano tuve que pelear con ratas siendo misionero en China. Allí aprendí a cazarlas a mano y, si no me he olvidado de mi habilidad de entonces, ésta no se me escapará.

Pasó un rato bastante largo. El hombre pacífico esperaba silencioso e inmóvil, con el oído bien alerta.

Se oyó de nuevo el chillido, al que siguió el ruido del rascar de las patitas de la rata en la piedra. La delgada mano derecha de Begge se levantó lentamente, con los dedos estirados.

Volvió a oirse el correr de la rata. Begge contuvo la respiración y miró hacia la oscuridad. Oyó que los pasos se acercaban cada vez más y los ojitos brillantes volvieron a relucir luminosos.

—¡Ahora!

Un rápido y silencioso movimiento del largo brazo fué suficiente. Los delgados dedos oprimieron el cuerpo gordo de la rata y el silencio fué interrumpido por una serie de chillidos.

—¡Muy bien, amiga mía! — dijo el hombre pacífico sujetando con firmeza a su cautiva.—¡No la voy a lastimar!

Tanteó el suelo con la mano izquierda hasta encontrar la correa y el cordel. Entonces con habilidad suma, ciñó la correa al cuerpo del rollizo cuerpo del roedor.

—Todavía recuerdo mi habilidad de los buenos tiempos en que allá en China teníamos que dedicarnos a la cacería de ratas. ¡No hay que chillar tanto! Lo único que quiero es que me sirva usted de guía, amiga mía,—agregó el hombre pacífico. — Usted parece conocer el sitio por donde se sale de aquí y usted debe ayudarme a encontrarlo.

Puso a la rata en el suelo, teniendo bien sujeto el extremo del cordel y una vez más encendió un fósforo con el que dió fuego a una nueva y larga antorcha de papel.

La rata estaba acurrucada contra la pared. Begge sostuvo en alto la antorcha y miró al animalito, sonriendo.

—¡Vamos, amiga, que estoy esperando por usted!—dijo.

A la rata no le gustaba aquello. Dió dos o tres grandes saltos, procurando quitarse la correa, pero en vano. Después, convencida de que eso no era posible, echó a correr por la base de la pared. Begge soltó cordel, de modo que el roedor pudiera correr a su gusto.

En cuanto llegó a un ángulo, Begge la vió dar un salto hacia arriba. Subió por la pared de granito como un relámpago y pasó a la cornisa horizontal que cortaba un arco que había en aquella pared.

Begge se acercó a la pared y levantó las manos. La rata desapareció y un momento después el cordel empezó a dar tirones y saltos.

La rata había saltado a algún hueco situado detrás del arco y el cordel le había impedido llegar a tierra.

—Ahora tiene que esperar, amiga mía,—dijo Begge.—Tengo que ver...

Tomó el extremo del cordel entre los dientes, apagó la antorcha, y saltó a la cornisa. Se alzó y tendió un brazo, encontrando que había un hueco entre la cornisa y la pared.

No fué fácil, para un hombre alto, aun cuando delgado, el pasar por aquella estrecha abertura, pero Begge lo consiguió al fin. Se acurrucó en lo alto y encendió otro fósforo.

Vió un estrecho pasadizo ante él, un pasadizo oculto completamente por los cimientos del arco. Le pareció que era muy profundo y la débil luz del fósforo no le permitió ver el fondo.

—Voy a tener que utilizarla otra vez, amiguita mía, — murmuró, tomando el extremo del cordel de entre los dientes.

Soltó cordel hasta que comprendió que la rata había tocado tierra y después fué tirando del cordel hasta que la rata llegó a los dedos.

—Ahora vamos a ver qué distancia hay que saltar, — dijo, mientras volvía a descender al roedor nuevamente.

Procedió cuidadosamente midiendo el hilo palmo a palmo .El cordel dejó de estar tirante cuando hubo medido doce pies.

—La profundidad es bastante, pero creo que puedo intentar el salto,—murmuró.

Se colgó del borde y descendió el cuerpo en la oscuridad hasta estirarse bien, después se dejó caer. Cayó en un montón de tierra y un gritito de miedo le advirtió de que había estado a punto de aplastar su extraño guía.

Apoyándose en la pared del pasaje, el hombre de paz se rió.

—¿Qué diría Tínker al enterarse de esto? —pensó. — Me he visto en más de una difícil situación, pero nunca había hecho uso de un guía tan extraño para salir del paso.

Sintió un tirón del cordel. La rata se había puesto de nuevo en movimiento y había estirado ya toda la delgada cuerda.

Begge agarró firmemente el cordel y se volvió.

—Voy a seguirle, — dijo sonriendo, — se ha mostrado usted un excelente guía hasta ahora. ¡Adelante!

Esta vez le pareció que el viaje no iba a terminar nunca. Se dió cuenta de que iba recorriendo un estrecho pasadizo. Tocaba con los brazos las paredes de los costados mientras avanzaba cautelosamente. Iba contando los pasos a medida que caminaba y su cuenta pasó de trescientos antes de que se percatara de que había salido del pasadizo. Una rá-

faga de aire más fresco llegó hasta él y se detuvo un momento tendiendo las manos a derecha e izquierda. No pudo tocar ya las paredes.

—¿Dónde me ha traído usted, amiga rata? ¡Ah!

El cordel, que había estado tirante se aflojó de pronto. Bege dió un tirón de él pero no respondió resistencia alguna y tirando de nuevo de él se encontró con que se había roto.

El rumor del correr de la rata se alejó rápidamente y Begge volvió a reir.

—No tengo nada de que quejarme, vieja amiga rata, — dijo. — Pero si hubiera esperado algo más, yo le hubiese quitado la correa. De todos modos, gracias y adiós.

Avanzó y el ruido de sus pisadas repercutió una y otra vez, indicando que el sitio donde estaba, fuera el que fuera, era de grandes dimensiones. Llegó a un sólido pilar y caminó en torno de él, tocando su rugosa superficie con las manos. Tenía como cuatro pies de espesor y servía de soporte a un par de arcos, pues pudo tocar las piedras de los arcos donde se unían los del pilar. El piso era de piedra lisa, probablemente de mármol.

Se registró los bolsillos, pero ya no le quedaba ningún fósforo, así que cuando volvió a avanzar lo hizo con las manos extendidas hacia adelante. Llegó a otro pilar y luego a una pared y después a otro pilar más.

En el momento en que Begge se detuvo junto a este segundo pilar, sintió un ruido. Se puso a escuchar. Le pareció que algo golpeaba con la regularidad de una máquina, cerca de él.

¡Era el tic-tac del péndulo del reloj de la torre!

Acababa de darse cuenta de esto cuando se presentó otra prueba segura de que se hallaba en lo cierto.

En lo alto, oyó resonar las campanadas del reloj.

Se hallaba apoyado contra el pilar en ese momento y sintió como si temblara ligeramente a cada tañido de la campana.

—Debo hallarme precisamente debajo del reloj, — pensó, respirando a sus anchas, tranquilizado.

Fué curioso el efecto reconfortante que le produjo el oír aquellas campanadas. Su eco se perdió por fin, pero Begge se sintió reconfortado, fortalecido. Sabía que por algún lado tenía que existir una salida. El sacristán le había hablado de la cripta cuando él y Tinker visitaron la abadía.

Todo lo que le faltaba, pues, era hallar el camino por donde salir.

Begge, de improviso, vió un pequeño resplandor en la oscuridad, ante él, y un instante después oyó ruido de pasos en las piedras del piso. Se inclinó hacia adelante, hacia aquel amarillento resplandor. Vió entonces que el sitio donde se hallaba era muy extenso; pilar tras pilar formaban largas filas y cada pilar servía de sostén a la unión de dos arcos. Le pareció que la cripta debía tener el mismo largo y ancho que la abadía y que los pilares sostenían el piso de la iglesia.

La luz había aparecido en un extremo de la cripta y se veía muy pequeña cuando Begge la vió por primera vez. Se movía lentamente, cruzando la cripta, desapareciendo a veces detrás de un pilar para volver a aparecer una vez más. Se hallaba a poca distancia del suelo y se balanceaba a medida que se iba aproximando.

Begge se separó del pilar y comenzó a moverse siguiendo un largo pasaje situado entre las columnas. Cuando estuvo más cerca se dió cuenta de que la luz procedía de un farol sostenido por un hombre que tenía puesto un sobretodo largo, con esclavina. Le pareció conocido el aspecto de aquel hombre y de pronto, cuando apareció después de haber estado oculto por un pilar, Begge le reconoció.

¡Era el relojero!

Latiéndole rápidamente el corazón, el hombre pacífico se detuvo y se escondió detrás de una de las columnas.

¿Qué estaba haciendo Samuel Beale, allí, a aquella hora de la noche, o mejor dicho de la mañana?

Una extraña expresión se notó en los ojos de Begge cuando éste miró a la furtiva silueta, de columna en columna. Pudo verle el barbudo rostro y a la amarillenta luz del farol, le pareció a Begge más parecido a la máscara de algun espíritu malo que a un rostro de persona. Había algo amenazador, algo fantasmagórico en el modo de andar silencioso con que el delgado relojero se deslizaba suavemente por el piso de piedra.

—¿Qué andará buscando? — pensó Humble Begge, preocupado.

Se movió un paso del pilar y rozó con un pie la piedra de la base de la columna. Fué a penas la idea de un ruido y sin embargo vió que la luz se detenía y la delgada figura se erguía. Begge se ocultó detrás del pilar y esperó un largo rato.

—¡Tiene el oído como el de un gato! — murmuró el hombre pacífico.

Hubo un largo momento de pausa. Después la luz volvió a moverse. Begge, agachándose, se quitó su pesado calzado y sin hacer ruido, comenzó a seguir a aquella luz que fluctuando como un fuego fatuo, avanzaba por entre las gruesas columnas.

De pilar a pilar movióse Begge, sin dejar de ver la luz y por fin, vió que el que la llevaba la ponía encima de una piedra que estaba junto a una de las paredes.

Acercándose más y más, Begge llegó hasta un pilar cercano de donde estaba el farol y observó lo que hacía el relojero.

Había algo de dramática comedia, en todo aquello, que le atraía. Samuel Beale no podía imaginarse que el mismo hombre a quien había atacado horas antes, aquella noche iba a volver a encontrarle, por un curioso capricho de la suerte.

El relojero se había arrodillado ante un

gran bloque de piedra y tenía en la mano una corta barra de hierro, como una palanqueta. Con ella levantaba la losa que cubría un trozo de piso, ejerciendo toda su fuerza. Cuando la hubo levantado varias pulgadas la sujetó con una cuña y después metió el brazo por el hueco hacia lo que, sin duda, era un escondrijo secreto.

Allí había un pequeño paquete que sacó, y, de rodillas, el relojero desenvolvió el bulto aquel. Begge cambió de postura para ver mejor lo que aquel hombre arrodillado había sacado.

Ruido de oro removido se oyó cuando Beale levantó una bolsita. La vació y se derramó, — en el lienzo que antes la envolvía y que él había extendido, — una cantidad de monedas de oro que llegó a formar un montoncito.

El relojero se rió con satisfacción y Begge vió que Beale metía las manos en el montón de monedas, levantaba éstas a puñados y las dejaba caer, tintineando, de sus dedos como garras. La expresión del rostro de aquel hombre dió a Begge la clave de lo que estaba pasando por su mente.

Aquel era un avaro, — un loco, — dominado por el ansia, la ambición del oro. Agachado allí como un sacerdote asiático, Samuel Beale jugaba con el montón de relucientes monedas de oro como un niño puede jugar con un montón de bolitas. En alguna ocasión echaba hacia atrás la cabeza y se reía sonoramente y su risa era repetida por los ecos misteriosos de la extensa cripta.

Begge era tan valiente como el primero pero no pudo reprimir un estremecimiento que le sacudió todo el cuerpo cuando oyó aquellas risotadas infernales.

Se retiró del pilar cautelosamente. Había visto bastante, más que bastante. Aquel hombre era un maniático peligroso porque era suficientemente astuto para ocultar su locura ante la sociedad.

El hombre pacífico se orientó cuidadosamente. Había seguido el camino recorrido por Beale y sabía que en algun sitio, a la derecha, debía encontrar la escalera, — de cualquier clase que fuese, — que le permitiera salir de la cripta.

De puntillas fué de columna en columna, hasta llegar al otro extremo de la cripta. Se había movido en la oscuridad pero aun podía distinguir un reflejo circular que rodeaba a la luz del farol, puesto sobre la piedra cúbica.

Begge volvió hacia su derecha y siguió junto a la pared como una docena de pasos, encontrando al fin lo que buscaba. Frente a él estaba una delgada escalera de mano apoyada en el borde de un hueco oscuro y cuadrado que había en el techo.

Llegó hasta la escalera, se agarró a ella con ambas manos y comenzó a subir. Había llegado al tercer escalón cuando le sucedió una desgracia. Uno de los botines, — que se había guardado en el bolsillo, — cayó y dió contra el piso de piedra produciendo un ruido que fué repetido por los ecos de la cripta.

Del otro extremo del subterráneo llegó un grito, — un grito que casi no fué humano,— y se oyó el rápido paso de una persona que corría, Mirando por encima del hombro Begge vió que el relojero venía corriendo por entre las columnas, con el farol en una mano.

Durante un breve momento, Begge vaciló; después volvió de nuevo a la escalera y comenzó a subir lo más rápidamente que pudo.

Un grito como un aullido resonó a sus espaldas y algo pesado cruzó el aire y le golpeó en un hombro con tal fuerza que casi le hizo soltarse y caer. La escalera crugió y se balanceó mientras él recobraba su equilibrio.

—¡Deténgase! ¡Deténgase!

La aspera voz de Samuel Beale resonó mientras que con un salto como el de un gato, el relojero se agarró a la escalera. El farol se le cayó de la mano y al dar en las piedras del piso se hizo mil pedazos.

—¡Deténgase! ¡Deténgase!

La escalera se balanceó y crugió bajo su doble carga. El loco subía con la agilidad de un mono, y Begge tuvo que concentrar toda su fuerza para defenderse. Subió algun escalón más y vió aparecer el hueco oscuro sobre su cabeza. La escalera estaba apoyada en el borde del hueco. Begge subiendo otro peldaño, dió un salto hacia arriba y se agarró con ambas manos al borde del hueco, a la izquierda de la escalera. El salto fué oportuno pues una mano como una garra casi le había tomado por el tobillo en el momento de saltar.

—¡Maldito espía! ¡No se me escapará!

La áspera voz volvió a oirse mientras Begge colgaba del borde del hueco. En la oscuridad oía la respiración estertorosa del maniático que subía más y más. De pronto el hombre pacífico se dió vuelta y puso un pie en uno de los costados de la escalera.

Era su única defensa. Con aquel pie dió un golpe con todas sus fuerzas. La escalera resbaló del borde que la sostenía y cayó hacia el piso de la cripta, llevándose con ella al relojero.

Durante un momento se hubiera dicho que Begge iba a seguirle, pues se le había soltado una mano y colgaba de una sola del borde del hueco.

Pero esto no duró más que un segundo. Sus dedos, — que parecían de acero, — se sostuvieron y pronto se volvió a agarrar con la otra mano. Entonces, con un hercúleo movimiento de flexión, se alzó, elevando la cabeza y el busto más allá del nivel del piso superior y se apoyó con el pecho en el borde del hueco.

De abajo le fué arrojado un objeto sólido que dió en el borde y volvió a caer en la oscuridad. Begge salió del agujero y rodó por el piso de la iglesia en el momento en que un nuevo proyectil pasaba por el agujero de la trampa.

Le corría el sudor por el rostro y tuvo que quedarse un momento tendido en el suelo, esperando que se le normalizara la respiración.

Se puso de pie por fin y se dió cuenta de que estaba en el vasto espacio cuadrado de delante del altar. Por los ventanales de la abadía penetraba la luz de la luna, así que pudo ver perfectamente el hueco cuadrado de la trampa y no caer por él. Cerca del hueco estaba la tapa del mismo. Se inclinó, la levantó y la puso en su sitio. En el momento en que hacía eso se oyó de abajo un grito de impotente furor.

Begge se pasó la mano por la sudorosa frente y se encaminó a cruzar aquel ancho espacio.

—Es más que probable que la cripta tenga otra salida, — pensó, — pero yo ya he recogido bastantes impresiones esta noche. Cuanto antes salga de la abadía mejor sera.

Llegó a una de las naves laterales y apresuró el paso, guiándose por los rayos de la luna que pasaban por los vidrios de colores. Llegó por fin a la ancha puerta principal y vió con estrañeza, que estaba abierta. No salió hombre ninguno a la tranquila soledad de una noche de luna con mayor satisfacción de la que experimentó Humble Begge al salir aquella noche de la abadía. Fué como si hubiera surgido de un pozo oscuro y envenenado y respirara el aire fresco y puro que vivifica los pulmones.

—Ahora comprendo lo que sintió Arturo Stanley cuando salió por esta misma puerta la noche fatal,—pensó.

Un momento después iba, por el camino enarenado, hacia el portón y pronto estuvo en la solitaria carretera. La luna, como avergonzada de su tardía presentación, derramaba raudales de luz mientras Begge se dirigía presuroso hacia la dormida ciudad.

Llegó a la desierta Calle Alta y fué por ella en dirección del hotel "Las Campanas". Fué una suerte que escogiera la acera de la izquierda, pues cuando llegó a la relojería miró hacia la puerta lateral. Le pareció notar que no estaba cerrada del todo y la tocó con la mano. Se abrió por completo, dejando ver el tramo de escalera. Humble Begge vaciló un momento, pero después entró en el portal.

En aquel mismo instante llegó a sus oídos un gemido, muy débil.

A toda prisa el hombre pacífico subió al piso alto, llegó al corredor y allí se detuvo un momento.

—¿Hay alguien aquí? — preguntó en alta voz.

Se sintió un ruido como de alguien que se moviera y volvió a oirse el gemido. Begge avanzó por el pasillo, buscando a tientas la llave de la luz eléctrica. La encontró al fin y encendió las luces.

Una exclamación de horror salió de sus labios cuando vió a la infeliz Ruby Beale tendida en el suelo, cerca de la pared. En seguida el hombre pacífico se arrodilló junto a la joven y le levantó la cabeza, observándole atentamente el rostro.

Las oscuras señales que tenía en el cuello indicaban con toda claridad lo que había sucedido.

—¡Ese hombre es el mismo demonio! — murmuró Begge. — ¡Es un maniático peligroso! ¡Ya es hora de que se le ponga a raya!

Levantó a la joven en brazos y la llevó a la salita, poniéndola en el sofá. Buscó y encontró un vaso de agua y con él como elemento, se puso a trabajar para hacer que Ruby recobrara los sentidos. Al cabo de un rato los párpados de la joven se estremecieron, después abrió los ojos, mirando a Begge con asombro. Casi en seguida, Ruby Beale recordó todo lo sucedido, se estremeció horrorizada y miró en redor con miedo.

—Todo va bien, señorita Beale, — dijo Begge amablemente. — No tenga usted miedo. No hay aquí nadie que pueda molestarla.

—Mi tío... trató de... trató de...

—Poco importa, — dijo Begge con voz tranquilizadora. — Descanse usted un poco, señorita. No tiene usted nada que temer.

Algo tenía su voz y su actitud, que inspiraban confianza. La joven le tomó la mano y la estrechó con fuerza.

—Sí, comprendo que no corro peligro, estando usted a mi lado. Ya se que estoy segura,—murmuró.

Durante un largo rato Begge permaneció de pie junto al sofá. Por fin la joven cerró los ojos y empezó a respirar acompasadamente. La víctima de Samuel Beale dormía. Begge salió a la calle otra vez. Corriendo se dirigió al hotel "Las Campanas".

Tenía otra misión que cumplir todavía, pero sabía que no podría llevarla a cabo solo. Por eso iba en busca del único hombre a quien consideraba capaz de ayudarle debidamente.

✣ ✣ ✣

CAPITULO I

En el cual el joven Tínker es desmayado.— Y además tiene también su accidentada aventura. — La astucia de un demente.

¡ESTO si que es el colmo! — dijo el joven Tínker en alta voz.

Acababa de salir de la estación del ferrocarril, después de hacer entrega de su compañero de viaje, Arturo Stanley al superintendente Burge. El joven detective había esperado ver a Blake en la estación y el superintendente también suponía que iba a encontrarle allí. Pero ni Sexton Blake ni Humble Begge hicieron acto de presencia y se notó una mirada de dolor y de pena en los ojos del joven organista cuando se alejaba de la estación junto con el superintendente de policía.

Tínker fué directamente al hotel "Las Campanas" y el propietario le informó de que tanto Begge como Blake se hallaban ausentes. Habían salido del hotel muy tempra-

no, pero nadie recordaba con exactitud a qué hora.

—¡Debían haber dejado algún mensaje para mí! — exclamó Tínker perplejo. — ¡Qué diablos! ¡Ahora no sé qué hacer ni en qué ocuparme!

—Lo mejor que puede hacer es desayunarse, señor, — fué la sagaz indicación del dueño del hotel. — Sin duda el señor Blake y su amigo no tardarán mucho en hallarse de regreso.

Pero cuando llegaron las doce del día, Tínker estaba cansado de esperar. Se dirigió a la oficina de policía y tuvo un rato de conversación con el superintendente Burge el cual le informó sobre la visita que había hecho, con Sexton Blake, a la histórica iglesia.

—Estoy tan impaciente por ver al señor Blake como puede estarlo usted, — dijo el oficial de policía.—De un modo o de otro ha conseguido llenarme la cabeza de dudas; y esta no es una situación ni cómoda ni agradable para quien, como yo, es responsable de las pruebas en que se funda la acusación. ¿No le parece?

Aquella visita, aun cuando no tuvo resultado definitivo, hizo que Tínker decidiera lo que había de hacer. Resolvió pasar la tarde en la abadía. Volvió al hotel, a almorzar, y por último, a eso de las dos de la tarde, después de dejar un mensaje para su jefe, el joven detective salió para el escenario de la tragedia.

El camarero de "Las Campanas" le indicó un camino de atajo para ira la abadía,— cruzando los campos y atravesando un pequeño bosque lleno de malezas, — que ahorraba cerca de una milla de camino. Tínker llegó al pequeño y denso bosque y siguió por una senda, — que según le había dicho el camarero, — lo cruzaba.

De repente un conejo apareció corriendo por el sendero, vió a Tínker y dando un rápido salto se metió entre los matorrales y desapareció. Un momento después, Tínker oyó ruido de pasos de alguien que corría y vió que se acercaba a él la figura de un hombre.

Tínker se detuvo. El que corría avanzaba con la cabeza baja y los hombros inclinados. Llevaba una bolsa a la espalda y su delgado cuerpo estaba casi doblado bajo el peso de aquella carga.

Cuando estuvo más cerca, Tínker se dió cuenta de que aquel delgado cuerpo estaba cubierto de polvo gris de pies a cabeza. Llevaba la cabeza descubierta y el cabello, gris y ralo, estaba empapado en sudor, pegado al cráneo.

A Tínker le pareció conocida aquella silueta y cuando estuvo el hombre a unos diez pasos del joven, éste le reconoció.

—¡El relojero!

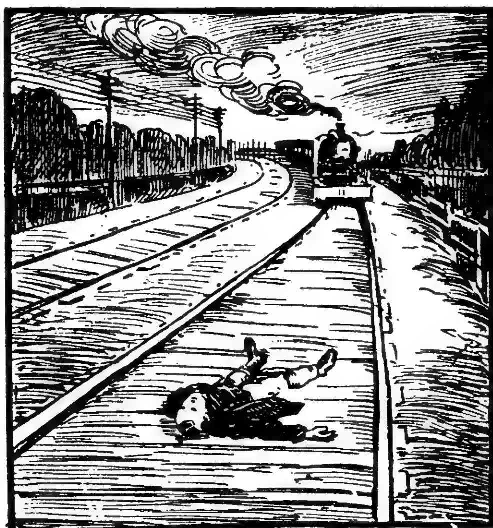
Inconscientemente, Tínker pronunció las dos palabras en voz alta. Samuel Beale levantó la cabeza y Tínker vió que dos ojos profundos y enrojecidos, le miraban. Entonces, de pronto, de los labios del relojero brotó un grito de furor y volviéndose, la delgada silueta se metió entre los matorrales que había al lado del sendero, y pisando las crujientes ramas, se alejó por el bosque.

—¿Qué demonios significará esto?—díjose Tínker, asombrado.

El aspecto del rostro, sucio y horrible del relojero le había impresionado y la palidez cadavérica de sus entreabiertos labios bastó para convencer al joven de que sucedía algo grave.

—¿Qué puede ser lo que?... ¡Qué diablos! ¡Voy a verlo!

Un momento después Tínker había abandonado el sendero y avanzaba cautelosamente por entre los árboles. Habíase despertado su curiosidad y se proponía averiguar por qué



Tínker, arrojado por Samuel Beale desde lo alto del puente, al fondo de la hondonada, cayó entre los dos rieles de una vía... Poco después se oyó el silbato de una locomotora y un tren apareció en el extremo del desmonte. (Pág. 36).

razón había demostrado tanto miedo el relojero, en cuanto le vió.

El bosque era muy denso, — era un bosque reservado para caza, en realidad, — y Tínker hizo volar asustados a una pareja de faisanes al acercarse a uno de los árboles. Seguía una línea paralela a la que había tomado Beale y el joven había adoptado la precaución de mirar el rumbo en una pequeña brújula que llevaba colgada siempre de la cadena del reloj. Se enteró así de que se dirigía hacia el sud y siguió en esa dirección hasta que llegó al cerco que limitaba el reducido bosque. Un campo arado quedaba ante él, y más allá distinguió las vías del ferrocarril que corrían entre dos altos cercos de alambre tejido.

A la izquierda, el terreno ascendía rápida-

mente y había un pequeño puente que cruzaba la línea férrea.

No veía por ninguna parte al relojero, y Tínker, saltando el cerco del bosque, siguió hasta un sitio donde, en la tierra arada, se veían huellas de pisadas recientes.

Las huellas iban en línea recta hasta el puente. Eran pequeñas, estaban como a treinta pulgadas una de otra y las puntas de los pies estaban más marcadas que los tacos.

—¡Se conoce que ha corrido como trotando! — díjose Tínker leyendo con acierto lo que las huellas indicaban.

Miró hacia la línea férrea y hacia el puente, pero no pudo ver en niguna parte al hombre tras del cual andaba. Por fin terminó de cruzar el terreno arado, siguiendo la ruta de las huellas.

Se había enterado ya de lo que había sucedido la noche anterior. Pero la verdad sobre Samuel Beale le era todavía desconocida, así que no podía saber que el hombre a quien estaba siguiendo era un salvaje y peligroso demente.

Fué la curiosidad, más que otra cosa, lo que indujo a Tínker a hacer lo que hizo y, como de costumbre fué la curiosidad la que le puso en apuros.

El joven detective llegó al terreno que ascendía hacia el estrecho puente de hierro que pasaba por encima del corte hecho para las líneas del ferrocarril. El puente tenía sólo el ancho bastante para que pasara un carro, y era evidentemente un derecho de pasaje que la empresa ferroviaria había tenido que reconocer.

Llegó al puente y entró en él. Cuando hizo esto, un hombre que había estado acurrucado detrás de una de las vigas de un costado, salió de su escondrijo y corriendo silenciosamente se precipitó sobre el joven. Tínker sólo tuvo tiempo para volverse cuando Beale, con sus largos brazos estirados, se arrojó como un tigre contra el joven.

Tínker fué empujado contra la barandilla del pequeño puente y Beale, jadeante, tomó al joven por el cuello. Tínker dirigió un terrible golpe al desfigurado y sucio rostro, pero su adversario era presa de esa furia ciega que adormece todo dolor físico.

Una áspera risotada brotó de sus delgados labios y con la barbuda cara cerca de la del joven, Tínker se sintió obligado a echarse hacia atrás, hacia la barandilla del puente, que tenía poca altura.

Aquella era una de las partes más solitarias de la línea, — un pequeño valle que los trenes tenían que salvar mediante una curva, para entrar en la ciudad, — y desde el puente a los rieles tendidos debajo de él, debía haber una distancia de cerca de treinta pies.

Aun cuando se hallaba en situación desventajosa, Tínker peleó con toda valentía, pero el final era inevitable. Pulgada tras pulgada fué empujado hacia atrás hasta que su delgado cuerpo estuvo encima de la viga que formaba la parte superior de la barandilla. Hizo un último esfuerzo para agarrarse a la viga, pero cuando llegaron sus dedos al tirante de hierro, Beale le dió un final empujón y le hizo soltarse.

Tínker cayó del puente, dando una vuelta en el aire mientras caía.

Dió en el suelo, con ruido sordo, entre dos rieles y el jadeante maniático que estaba arriba, en el puente, vió que el cuerpo se agitaba un momento y luego quedaba enteramente inmóvil.

Separándose de la barandilla del puente, Beale corrió cuesta abajo, hacia el campo arado. Buscó un momento y encontró un pedazo grande, de piedra, junto al cerco de alambre tejido y lo levantó de la tierra removida, con verdadero esfuerzo. Para poder llevarlo se lo apoyó en el pecho y así volvió, con paso dificultoso, hacia el puente.

Se proponía asegurarse de la muerte de su víctima. Para eso iba a arrojar sobre Tínker aquella piedra, y...

En aquel instante se oyó sonar el silbato de una locomotora. La reglamentación de aquella línea férrea disponía que todos los trenes dieran aviso de su llegada al entrar en la hondonada del desmonte. Beale había comenzado a subir por la cuesta cuando se oyó el silbato de la locomotora.

Se paró a escuchar. El rodar del tren y el acompasado jadear de la máquina llegaron claramente a sus oídos. La astucia que le había servido tan bien hasta ese momento, acudió entonces en su ayuda. Sabía que el maquinista del tren iba a verle en el puente, de pie como tendría que estar, destacándose sobre el fondo claro del cielo.

Dejó caer al suelo el trozo de piedra y acudiendo al borde de la cortadura, miró hacia abajo. Tínker estaba tendido en mitad de la vía,—de la vía "descendente",—por la cual se aproximaba el tren. En el pálido rostro del relojero se vió una rápida sonrisa y, volviéndose, Beale corrió, trotando, hacia el puente y después, nuevamente, hacia el bosque.

Casi había llegado al borde del bosque cuando el rugir del tren le hizo volver la cabeza. Vió que subía el vapor desde debajo del puente, y pocos momentos después la locomotora y su fila de vagones apareció en el espacio de más allá.

El relojero se volvió, agitó una mano en lo alto y una risa chillona brotó de sus labios; después saltó, por encima del cerco y se metió entre los árboles. Debajo de un espeso matorral encontró la bolsa que había dejado escondida allí. Había oído que Tínker le seguía y había puesto una trampa para su perseguidor, una trampa que había dado excelente resultado.

Echándose la bolsa a la espalda, Beale volvió de nuevo al sendero y después de un rato se encontró a la orilla de un estrecho camino, con la abadía mirándole desde lo alto. Se hallaba a los fondos del gran edificio y hacia él se dirigió con rápido paso.

La abadía era un santuario para él, pues

conocía todos sus vericuetos y recovecos. En la bolsa llevaba provisiones más que suficientes para alimentarse durante algunas semanas.

Sabía que en un momento dado empezarían a buscarle con toda tenacidad y se preparaba para lo que pudiera suceder. Una vez dentro de la abadía se encontraría en condiciones de desafiar a sus enemigos, podría esconderse durante el día y salir ocultamente por la noche.

Llegó al gran edificio y se deslizó por uno de los anchos arcos, deteniéndose ante una estrecha ventana. Un momento después había desaparecido por aquella ventana y se había metido en su escondrijo.

Y a dos millas de allí, un joven estaba sentado, apoyado en una de las paredes de la cortadura del ferrocarril, diciéndose tristemente que era un grandísimo tonto.

Había sido un extraordinario capricho de la suerte lo que le había salvado. Tínker, tendido entre los rieles, había recobrado el conocimiento en el instante en que el ruidoso tren pasaba por encima de él. El golpear de los vagones traqueteados y el rodar de los coches había logrado penetrar el velo de oscuridad que le envolvía y el joven se había quedado un rato tendido boca arriba, mirando al cielo y preguntándose qué era lo que le había sucedido. Cuando se incorporó y vió que el furgón de cola del tren se perdía a los lejos, la verdad penetró en su cerebro.

—¡Por Júpiter! ¡De buena he escapado! —exclamó, procurando sonreir.

Tínker sentía como si todo su cuerpo fuera una sola contusión. Cada movimiento le causaba agudo dolor. Sin embargo, consiguió salir de la vía y llegar a uno de los costados de la hondonada, donde se tendió cuan largo era. Sus jóvenes y musculosos miembros, entrenados por constante ejercicio atlético, habían soportado el choque de aquella caída sin sufrir daño importante. Tínker sabía que no se había fracturado ningún hueso.

El tren había podido pasar sobre él sin dañarle, porque Tínker se encontraba en el mismo centro de la vía y las locoomtoras inglesas no tienen miriñaque.

—¡Fué Beale en persona! — se dijo, recordando el rostro maligno, desfigurado por una horrible mueca de furor insano y los ojos relucientes que se habían fijado en él. —¡Se había propuesto matarme!

Tínker se puso de pie, gimiendo entre dientes, y comenzó a andar, a lo largo del desmonte, dirigiéndose a la población.

—¡Cualquiera diría que yo andaba buscando, precisamente, que me sucediera algo así! — se dijo. — ¿Pero cómo iba yo a saber que el relojero se había vuelto loco?

Ya había salido de la hondonada y se dirigía, por la vía férrea, llegando poco después a un paso a nivel donde estaba la cabina del señalero. Tínker se percató de que el semáforo tenía el brazo bajado y pronto oyó el ruido de un tren a su espalda. Por la curva apareció un rápido convoy de pasajeros y Tínker se retiró a un lado para que no le alcanzara ni la ceniza de la máquina ni el polvo que levantaba.

El tren comenzó a menguar la velocidad de su marcha cuando se acercó al paso a nivel y en el momento en que pasó por delante de la cabina su velocidad era insignificante. Los largos coches comenzaron a pasar lentamente y el joven, de pie junto a la vía, miró hacia las ventanillas.

De pronto un rostro conocido apareció: era el de Humble Begge. El hombre pacífico miraba por la ventanilla y expresó grandísimo asombro al ver allí a Tínker que le miraba sonriente.

La ventanilla estaba abierta y Humble Begge se asomó por ella.

—¡Hola, Tínker! — gritó. — ¿Qué diablos hace usted aquí?

De detrás de Begge resonó un ladrido profundo y el hombre pacífico fué echado a un lado. En seguida saltó por la abierta ventanilla un animal grande y peludo, que tocó tierra cerca de los rieles. Gruñó mientras procuraba recobrar el equilibrio y después Tínker se vió asaltado y una lengua larga y roja le lamió la cara al mismo tiempo que dos patas peludas se apoyaban en sus hombros. Era Pedro y como el golpe que le dió el sabueso hizo que Tínker cayera sentado en el suelo, el perro, loco de alegría al volver a ver a su joven patrón, se echó sobre él y una divertida escena hizo reir a los pasajeros del tren, que se asomaron a las ventanillas mientras el convoy seguía su marcha hacia la estación.

—¡Quieto! ¡Basta de efusiones, amigo mío! — exclamó Tínker empujando al perro para separarlo de su lado. — ¡Si el verme le alegra no es razón para que me dé una paliza!

Se puso de pie y Pedro se quedó delante de él meneando el rabo con verdadero frenesí.

Tínker se inclinó y dió unas amistosas palmadas al perro en su ancho lomo.

—Ese sí que es un nuevo método para bajar del tren, — agregó, — pero no creo que sea admitido en la buena sociedad. ¿Para qué cree usted que se han hecho las plataformas de las estaciones?

Se volvió y siguió por la línea férrea. El hombre que estaba en la cabina de señales miró sonriendo a Tínker cuando él y el perro pasaron por delante de la cabina.

—Su perro le conoció, ¿eh, señor?—dijo el hombre.

Tínker sonrió y saludó moviendo la cabeza.

La estación estaba cercana ya y Tínker vió que dos hombres salían de ella y se encaminaban hacia él, por la vía. Eran Sexton Blake y Humble Begge.

Algo del aspecto y el modo de andar de Tínker hizo que Blake mirara con atención a su joven ayudante.

—¿En qué ha andado usted metido?—le preguntó.

Tinker les contó lo que le había pasado y Begge se restregó ambas manos, la una con la otra, muy satisfecho.

—¡Eso está bueno! — exclamó el hombre pacífico. — Nosotros temíamos que Beale hubiera desaparecido de Grimsdale mientras nos hallábamos en Londres.

—¿Está bueno, eh? — repitió Tinker irónicamente, restregándose sus golpeados codos.—¡A ese respecto hay, estimado señor Begge, distintas y variadas opiniones!

Sexton Blake se sonrió, mirando a su contusionado ayudante, con simpatía.

—Begge quiere decir que usted, sin saberlo, ha realizado lo mejor que podía realizar, —explicó. — Dentro de poco se enterará de ello.

Volviéronse todos, regresaron a la estación y por último llegaron al hotel "Las Campanas".

Blake envió a uno de los camareros a entregar un par de cartas. Después él y Begge se bañaron y cambiaron de ropa interior.

A las cinco de la tarde el superintendente Burge entró en el hotel y pocos momentos después llegó el gerente del banco. Les hicieron pasar a la salita particular, donde encontraron a Blake y a sus compañeros, esperándoles. Ruby Beale estaba, también, en la habitación, pálida y triste, sentada en una mullida butaca.

Después de los saludos del caso, Blake indicó a los recién llegados que se sentaran. El detective se sentó ante una mesita en la que había un montón de papeles.

—Tengo que presentarles un informe, señores, — comenzó con toda pausa, — y espero que ustedes lo encuentren sumamente interesante.

Relató sucintamente lo que le había sucedido a Begge y el señor Hayes, el gerente del banco pudo proyectar luz hacia un punto de la dramática aventura.

—Usted debe haber estado en la cripta que se halla debajo de la capilla que está cerca de los portones del cementerio, — dijo. — Existe una vieja leyenda, según la cual debe haber un pasaje secreto que une a la capilla con la abadía. La historia dice que fué usado primeramente, ese pasaje, para que determinado rey saliera de la abadía, donde se había guarecido, buscando asilo, según las costumbres de otro tiempo.

Blake prosiguió su narración y llegó al punto en que le tocó decir lo que Begge había encontrado en las habitaciones del piso alto de la casa de la relojería.

—No cabe la menor duda de que Samuel Beale trató de dar muerte a su sobrina y pupila, — dijo el detective con emoción, — y esto sólo es suficiente para que podamos darnos idea de las condiciones del hombre con quien tenemos que tratar.

La expresión de horror que se vió en el rostro de los que le oían fué suficiente para que se pudiera acertar lo que pensaban.

El superintendente Burge miró, en aquel momento, a Ruby Beale.

—Si no llegara a mi la noticia de ese suceso con todas las garantías de veracidad que la rodean, no la hubiera creído jamás, — dijo. — Siempre creí que su tío la quería a usted mucho.

Ruby Beale miró al superintendente y suspiró con pena.

—Había cambiado mucho en los últimos doce meses,—replicó la joven con lentitud.

—Hace doce meses que retiró su cuenta, señorita, de mi banco, — dijo Hayes, el gerente.

Blake se inclinó hacia la mesa.

—Ese es un punto que deseo aclarar,—dijo.—Después de que el señor Begge hubo atendido a la señorita Beale, vino al hotel y me despertó. Volvimos los dos a la relojería y yo me tomé la libertad de revisar los papeles de Samuel Beale. Lo que entonces descubrí me hizo partir para Londres en el tren de las seis y diez. He estado en el otro banco y traigo pruebas completas y plenas de que Beale, no sólo le ha robado a su sobrina, sino también de que le robó al vicario.

—¡Diablos, Blake!

El superintendente saltó en su silla.

Blake levantó el montón de papeles y eligió dos o tres, que tendió hacia el superintendente para que éste los examinara.

—Beale ha vendido, por partes, las acciones y los títulos de su sobrina y pupila y ha cambiado el dinero en oro, — dijo. — Y hace cuatro meses, llevó una suma en billetes, a su banco, para que se la cambiaran en oro. He podido conseguir la numeración de los billetes que entregó y aquí está la lista.

Entregó otra hoja de papel a Hayes, que recorrió rápidamente la columna de números que había en ella.

—Tiene usted entera razón, señor Blake, —dijo el gerente. — Estos son los números de los billetes con que mi banco pagó al vicario el cheque que le fué enviado por lord Rayburn. Ayer estuve revisando la lista y los recuerdo perfectamente. Usted comprende que yo no pude sospechar nada a ese respecto hasta que recibí la carta de lord Rayburn. Por eso no pude ocuparme antes de ese caso.

Hubo un momento de silencio.

—¿Entonces usted piensa que Samuel Beale mató al vicario? — preguntó después el superintendente Burge.

El rostro de Blake tenía una expresión de seriedad y de tristeza a la vez.

—Sí, — contestó. — Tengo pruebas de que mintió al prestar declaración. La señorita Beale declarará bajo juramento que Arturo Stanley estuvo de conversación con ella hasta poco antes de las nueve y que elle le acompañó hasta cerca de la abadía. Los dos encontraron a Beale en el camino y no les habló. Pero cuando la señorita Beale volvió a su casa encontró a su tío esperándola y se cruzaron entre ambos palabras bastante agrias.

El detective miró tranquilamente a Ruby Beale que seguía, inmóvil, sentada en la butaca.

—La señorita Beale manifiesta también que a eso de las diez menos veinte su tío sa-

lió de la relojería en bicicleta y no regresó hasta las diez y quince cuando, como él mismo lo ha dicho, se encontró con dos hombres frente a la puerta de la relojería, discutiendo el extraño caso de que el reloj de la torre no hubiera dado las campanadas de las diez,

El superintendente Burge escuchaba con la mayor atención.

—¿Cuánto tiempo tardará un hombre en bicicleta, en regresar de la abadía a la casa de Beale?

—Todo el camino es cuesta abajo, — dijo el superintendente. — Supongo que puede recorrerse en siete u ocho minutos.

—¿Así que si Beale fué directamente a la abadía, tuvo tiempo sobrado para llegar a ella antes de las diez, hacer lo que hubiera de hacer y regresar a su relojería a las diez y quince?

—Sí.

Pieza por pieza, Blake iba reuniendo las pruebas contra el astuto criminal.

Se volvió hacia Begge.

—Sabemos que Arturo Stanley entró en la abadía después de las nueve y estuvo ejercitándose en el órgano durante cerca de una hora. No oyó sonar la campana del reloj a pesar de que estuvo esperando que sonara para dejar de tocar. Dejó de tocar pasadas las diez y, hallando cerrada la puerta de la sacristía, cruzó el vasto edificio para salir por la otra puetra y se encontró con el cadáver que estaba tendido en el suelo bajo la torre del reloj.

—El me ha narrado todo, y eso es lo que me dijo, — manifestó el superintendente.

Blake tomó una pequeña hoja de papel de cartas del montón de documentos y lo enseñó. Un borde del papel estaba chamuscado.

—Encontré esto en el hogar de la chimenea del dormitorio de Samuel Beale,—dijo. —Estaba entre otros muchos papeles a los que habían prendido fuego. Beale se proponía destruirlos pero no esperó a que se quemaran. Tenga la bondad de leerlo.

El empleado policial leyó la carta.

Estaba encabezada: "Vicaría de Grimsdale" y había sido escrita el día anterior al crimen. Su texto era el siguiente:

"Estimado Beale: Acabo de pensar que no
" tengo recibo de ninguna clase para demos-
" trar qué he hecho con la suma de qui-
" nientas libras esterlinas que me envió lord
" Rayburn. En consecuencia, considero con-
" veniente un recibo. Mañana estaré muy
" ocupado todo el día, pero me hallaré des-
" ocupado por la noche. Iré a verle a usted
" a eso de las diez."

La caligrafía característica del vicario era inconfundible. El superintendente devolvió la carta a Blake.

—Beale no dijo ni una palabra de esto en su declaración,—manifestó con lentitud.

—Samuel Beale tiene toda la astucia del maniático peligroso,—replicó Sexton Blake. —Ha cometido sus delitos del modo más hábil. Hasta este momento he podido ofrecer pruebas, pero de aquí en adelante sólo ofrezco conjeturas.

—¿Cómo mató a?... — comenzó el señor Hayes, el gerente del banco.

Blake se levantó de junto a la mesa y se aproximó más al grupo.

—No creo en teorías, — dijo, — pero en este caso me he permitido teorizar. Creo que Samuel Beale preparó una trampa para su



De pronto, el minutero se movió hacia abajo, descendiendo Beale con él. El relojero se sostuvo un momento muy breve, pero en seguida se desprendió de su sostén, cayó por el aire, dando vueltas y descendió hasta quedar encogido en el enarenado camino. (Pág. 43).

víctima. Sabía que el vicario tenía que pasar por la abadía, al dirigirse a la ciudad y se arregló para llegar al edificio poco antes de las diez. Entró por la puerta de la sacristía y, sin duda, oyó que Arturo Stanley estaba tocando el órgano. ¡Subió a la torre del reloj y detuvo la marcha del mecanismo! Las campanadas de las diez no sonaron aquella noche.

—¡Eso es lo que yo he dicho siempre!— exclamó el superintendente.

Blake sacó del bolsillo un pequeño plano y lo extendió. Era un croquis del interior de la torre del reloj e indicaba la situación del gran péndulo. Los que le oían se acercaron más cuando prosiguió su tranquila y serena explicación.

—Ustedes habrán notado que el bulbo del péndulo, que constituye una masa bastante pesada y voluminosa, en condiciones normales casi toca en el pasamanos de la escalera de la izquierda. Ahora bien, si Samuel Beale alargó el vástago del péndulo un pie, y lo sostuvo sin balancearse hasta hacerle llegar a la plataforma de hierro de lo alto, y si quitó el trozo del pasamanos, no tuvo más que esperar a que su víctima pasara por delante del hueco de la barandilla. Entonces, soltando el péndulo, éste tuvo que balancearse con terrible fuerza y que aplastar a todo lo que se hallara del otro lado, donde terminaba la oscilación.

El superintendente se levantó como movido por un resorte.

—¡La sangre en la pared! ¡La sangre en los escalones! ¡Dios mío, Blake, está usted en lo cierto!

Blake lo miró.

—También había manchas de sangre en el péndulo, — dijo, — pero Beale se había ocupado de ellas. Ví que la superficie presentaba señales de haber sido frotada y también ví el sitio donde el péndulo había sido sostenido, debajo de la plataforma de hierro.

El oficial de policía se encogió de hombros.

—¡Y eso era lo que usted estaba observando cuando yo preguntaba si se habría vuelto usted loco, al verle arrodillado en el piso de hierro!

Tomó su gorra de visera y volvió a mirar, nuevamente al detective.

—Me parece que ha definido usted el caso, en lo que a mí se refiere, — dijo.—Lo que necesito ahora es encontrar a Beale.

Hubo un movimiento general y Blake, dirigiéndose a una puerta, la abrió. Pedro entró, trotando, en la salita.

—Temí que Beale se hubiera escabullido durante el día, — dijo Blake—y por eso traje a este viejo amigo, de Londres. No hay escondrijo que sea secreto cuando él está buscando a alguien, y aun cuando ahora estamos seguros de nuestro hombre, pues sabemos que se halla en estas inmediaciones. Pedro realizará su tarea del mismo modo.

Miró a Tinker, e hizo un movimiento de cabeza.

—Llévenos al sitio donde usted tuvo su encuentro, Tinker. Allí es donde comienza la pista.

Blake y Tinker y los otros dos hombres salieron de la habitación, pero Begge se quedó un momento, para hablar con Ruby Beale.

—Es necesario que sea usted valiente, —díjola con bondad. — Comprendo cuáles tienen que ser sus sentimientos. Su tío...

—¡Todo esto es horrendo! — exclamó la joven, tapándose el rostro con ambas manos.

Begge se apresuró a salir y conversó algunas palabras con el superintendente de policía. Era algo enteramente no oficial lo que pedía, pero logró obtenerlo al fin y volvió a donde había dejado a la joven.

—¿Cree usted que debe ir a ver a alguien que... que desea muchísimo verla? El superintendente Burge me ha dado esta tarjeta para usted.

Ruby Beale se levantó inmediatamente y sus mejillas se colorearon como por encanto. Cuando Sexton Blake y sus compañeros salieron del hotel, con Pedro trotando tranquilamente detrás de ellos, Ruby Beale se hallaba ya, camino de la oficina de policía, a visitar al hombre a quien amaba.

Todavía quedaban un par de horas de luz de día cuando el grupo de investigadores se reunió en el pequeño puente de hierro. Blake se separó del grupo con Pedro y buscó hasta que dió con las huellas que había dejado Beale al regresar del bosque. Indicó con la mano la señal de una pisada.

—¡Busca, Pedro! ¡Sigue al viejo! ¡Busca! —dijo el detective.

El perro bajó la cabeza. Hubo un momento de pausa, después el perro halló la pista y un grito como un gemido brotó de su garganta.

—¡Ya está arreglado Samuel Beale! —dijo Tinker sonriendo, mientras siguió con los demás por el terreno desigual.

El rastro era bueno y Pedro muy hábil. Les llevo por el bosque al matorral donde Beale había escondido la bolsa. Durante un momento, el sabueso dudó, pues Beale había dejado tres rastros distintos junto a aquel matorral, pero era el mas reciente el que seguía Pedro y por fin lo encontró y fué cruzando el valle, camino de la abadía.

Cuando el grupo vió la abadía, Blake se sonrió.

—El zorro ha vuelto a su guarida, —murmuró. — Casi me figuré que volvería. El viejo y enorme edificio es el mejor lugar que pudiera escoger para esconderse.

La investigación de Pedro se terminó cuando el sabueso, con inteligencia casi humana, levantó su peludo cuerpo y olfateó el borde de la estrecha ventana situada debajo del arco.

—¿Entró por esa ventana, viejo amigo? — preguntó Blake acariciando el peludo lomo del animal.

El perro lanzó un grito que casi parecía el de una voz humana.

—¡Es notable este perro! — exclamó, asombrado el gerente del banco.

No era ya necesario que Pedro continuara buscando ni que se uniera a aquella cacería de hombre, pero el perro no la hubiera abandonado si no con disgusto.

Entraron en la abadía por la puerta de la sacristía y llevaron a Pedro hasta la ventana por la cual había entrado Beale. Blake encontró un trozo de barro seco en el piso, un fragmento desprendido del calzado del relojero cuando saltó por la ventana.

—Me parece que el amigo no va a poder hacer mucho de bueno ahora, — dijo el superintenente, en voz baja, a Tínker.

Pedro iba de un lado a otro, con la cabeza baja y moviendo el rabo. En el campo, la tierra había conservado la pista, pero allí, en la oscura abadía, con sus pisos de dura piedra, la tarea resultaba difícil. Sin embargo, el sabueso no se declaró vencido. Siguió yendo de un lado a otro, buscando entre las filas de bancos, en los rincones. Una vez se detuvo en la trampa que estaba delante del altar.

—Creo que ha vuelto a descender por ahí, —dijo Begge a Blake, en voz baja.

Pero Pedro se retiró de allí y por último, después de cruzar la nave, se detuvo en la puerta principal, volviendo después a la izquierda y parándose junto a un alto revestimiento de roble que cubría todo el largo de la pared y en el que había una puerta pequeña.

—¿A dónde conduce esa puerta? — preguntó Blake.

Fué el gerente del banco el que le contestó.

—A la escalera por la que se sube al campanario, que está en el techo, — dijo.—En un tiempo la abadía no tuvo campanas, fuera de la del reloj, así que el campanario que ahora tiene fué agregado en fecha relativamente moderna.

La puerta estaba cerrada. Un rápido examen permitió ver que la llave estaba puesta del lado de dentro.

—¡Tiene que estar ahí!

Era la primera señal visible que había apreciado el grupo, indicando que su mudo guía les había llevado por el buen camino.

—¡Muy bien! — dijo el superintendente dirigiéndose a la puerta. —¡Yo me hago responsable de esto!

Su responsabilidad se exteriorizó en forma de un terrible puntapie que dió en el tablero de roble. Era un hombre corpulento que pesaba más de doscientas libras y dió el golpe con tremenda fuerza. El tablero saltó hecho astillas a pesar de que la tabla era de una pulgada de grueso.

—¡Ahora, a buscar la llave! — dijo el de policía metiendo el brazo por el hueco.

Sus dedos tomaron la llave y un momento después la puerta se abría dejando ver el comienzo de una estrecha escalera.

Blake y el superintendente fueron los primeros en entrar y los otros les siguieron. Pasaron por el cuarto donde colgaban las cuerdas de las campanas, siguieron subiendo al y llegaron a un pequeño balcon situado al mismo nivel de las grandes campanas.

—Otra puerta, — dijo el superintendente Burge en voz baja.

Estaba al extremo del balcon y no tenía cerradura. Los pasadores con que se cerraba estaban del lado de dentro.

El superintendente abrió la puerta. Blake dirigió una mirada hacia los techos a dos aguas y a los numerosos pináculos y entonces...

Sonó la detonación de un tiro de revólver y el oficial de policía se desplomó en brazos de Blake. Al mismo tiempo una delgada silueta saltó como un gato de una cornisa que quedaba frente a la puerta, y corrió, alejándose con la rapidez del viento.

—¡Me ha herido... aquí... en el hombro!

El superintendente se apoyó en el costado de la puerta con la mano en la herida.

Blake quiso examinar la herida, pero Burge le separó a un lado.

—¡Está bien; no se ocupen de mí! ¡Cacen a esa fiera antes de que se escape! — dijo.—¡Pronto! ¡Y tengan cuidado!

Tínker y Blake se miraron, entonces el detective se volvió hacia el gerente.

—Ocupese usted de atender al superintendente, — dijo.—Y también vigile esta puerta. ¿Tiene usted armas?

—Desgraciadamente, no, — contestó Hayes.

—Tengo un revólver en el bolsillo, — dijo el herido. — Puede ir tranquilo, señor Blake. Por aquí no pasará. ¡Adelante ustedes!

Un instante después Blake y Tínker estaban en la estrecha cornisa.

Blake fué el primero que llegó al extremo, y vió entonces que Beale había saltado a otra cornisa y que había un ancho espacio entre la cornisa y el techo, formando un seguro pasadizo. Blake saltó al hueco y corrió, dejando que Tínker le siguiera. Le pareció a Blake que se hallaban en el techo del edificio principal pues de trecho en trecho se elevaban las espiras que daban al conjunto de la abadía un aspecto airoso cuando se le miraba a la distancia. El techo era un conjunto extraño y confuso de tejados, espiras, agujas y estribos y era necesario fijarse mucho para avanzar por él.

Blake comprendió que Beale había escogido bien su terreno. El relojero conocía perfectamente todo aquello, así que allí, a cien pies del suelo, podía desafiar a sus enemigos con evidente ventaja.

De pronto, Blake vió de nuevo a su hombre. Fué sólo un instante. Un cuerpo delgado surgió de detrás de un contrafuerte para ocultarse detrás de otro. Pero esto demostró a Blake que se hallaba en la buena pista, y dirigió una voz a Tínker.

—¡Vamos bien, Tínker! ¡Por acá! — le dijo.

Un juramento le contestó y un instante después se oyó un estampido. La bala pasó

silbando por encima del parapeto, precisamente sobre la cabeza de Blake y la delgada silueta volvió a aparecer. Había subido a lo alto de uno de los estribos y estaba allí, de pie, destacándose sobre la claridad del cielo.

—¡Váyase! ¡Váyase canalla, antes de que le mate!—gritó.

Su áspera voz resonó vibrante y el hombre volvió a levantar el revólver. Blake se acurrucó en el momento preciso, pues el proyectil disparado por el loco se hundió en el grueso plomo del techo, detrás de él.

Sin alzarse del borde del parapeto, Blake se deslizó hasta llegar a la cuadrada masa de granito en la que Beale se había situado. Rozó con el pie en aquel momento y Beale oyó el ruido.

Brotó de sus labios otro grito y la delgada silueta se inclinó hacia atrás un momento. Un instante después descendió rápidamente de la parte alta del estribo. Durante un momento creyó Blake que el loco había hallado la muerte, pero en el momento en que se levantó para mirar al sitio donde Beale podía haber caído, le vió diez pies más abajo. Empotrada en el sólido muro estaba una gruesa viga de roble. Trasponía un espacio de unos treinta pies y el otro extremo estaba metido en el parapeto del techo de enfrente, que era mucho más bajo que aquel en que estaba Blake.

El demente relojero había saltado con la seguridad de una fiera y casi estaba pasando por la viga cuando le vió Blake.

Tínker, corriendo por el techo hacia su patrón, vió que Blake vacilaba un momento. El joven se acercó al estribo y llegó a él cuando Blake saltaba. Tínker vió entonces la viga y el pretil del otro techo.

—¡Señor! ¡Atención!

Beale había llegado al parapeto y había saltado al techo. Se volvió y apuntó con el revólver. Tínker no veía a Blake, pero comprendió lo que aquella acción significaba. Rápidamente sacó el revólver del bolsillo y su visual pasó por las miras.

Sonó un estampido.

Había oprimido el disparador demasiado pronto, pero su puntería fué buena. La bala dió en el arma que el relojero tenía en la mano y la hizo saltar de sus delgados dedos.

Beale retrocedió rugiendo de furor. Un momento después, Tínker vió a su patrón que pasaba corriendo por la viga, llegaba al parapeto y saltaba al techo. El detective y el loco desaparecieron. Tínker fué hasta el techo y llegó al sitio de donde habían saltado Beale y Blake.

Aquel terrible salto le hizó detener un momento. Pero lo que hacía su patrón, Tínker estaba siempre decidido a hacerlo así que un instante después, se arrojó. Los pies de Tínker tocaron en el mismo centro de la viga. Durante un momento luchó por mantener el equilibrio con el cuerpo dolorido y la cabeza aturdida. El momento fué de grandísimo peligro, pero al fin venció y un instante después cruzaba al otro lado y se unía a la persecución.

Los detalles de aquella terrible caza iban a hacerse históricos en la ciudad de Grimsdale. De uno en otro sitio, aquellos dos tenaces cazadores siguieron a su pieza. Una y otra vez Beale, debido a su conocimiento del terreno, logró esquivar a sus perseguidores, pero éstos volvían a encontrarle y el asesino no lograba librarse de ellos. Ya comenzaba a oscurecer cuando se encontraron en la estrecha cornisa, detrás de la torre del reloj.

La torre propiamente dicha surgía arriba del techo, cuadrada, sólida. Beale había saltado a una cornisa y había avanzado a lo largo de la pared de la torre agarrándose al débil sostén que le proporcionaban las cornisas.

Blake se volvió y miró a Tínker que estaba cerca de él.

—Yo iré por la izquierda, vaya usted por la derecha, — dijo. — Creo que ahora le tenemos cazado.

Tínker estaba pálido y sin aliento, pero respondió a la mirada de su jefe con una sonrisa.

—¡Bien, señor! — contestó.

Se separaron entonces, y a poco Tínker se encontró en el lado derecho de la torre, aplastado contra el muro, con los pies en una estrecha cornisa y las manos levantadas y agarradas a otra.

De este modo, — como estaqueado contra la pared, — el joven fué avanzando hacia el frente de la torre donde la monumental esfera del reloj miraba hacia la ciudad de Grimsdale.

No se atrevía a mirar hacia abajo. Sabía que un resbalón de una mano o de un pie podía significar el caer, dando volteretas, a una muerte segura. Oía la pulsación del enorme reloj a medida que el péndulo oscilaba de una lado al otro. Las paredes de la hueca torre reverberaban cada latido. Cuando se aproximaba al ángulo, el reloj comenzó a tocar las campanadas de las siete.

¡Bam!

¡Bam!

Toda la torre pareció estremecerse y el sonido era tan fuerte que casi le ensordecía. Un paso más y llegó a la arista, la parte más peligrosa de su tarea, pues tenía que volver la esquina y no podía sostenerse más que con una mano.

Pulgada tras pulgada fué moviéndose hasta que por fin pudo distinguir la parte delantera de la torre y la esfera del reloj.

Un rápido grito de angustia salió de los labios de Tínker y el joven estuvo a punto de perder el equilibrio.

Porque allí, ante la esfera del reloj se hallaban dos figuras humanas enlazadas, en una lucha de muerte. Samuel Beale estaba agarrdo al minutero, — que medía doce pies de largo y era de hierro calado, — y Blake había enlazado un brazo en el horario, cerca de donde estaba unido al eje central.

Beale estaba procurando desprenderse de Blake, que le tenía sujeto con el otro brazo.

¡Bam!

¡Bam!

Mesurada y lenta, la campana lanzaba al aire su sonora y profunda nota. Una pelea de muerte se desarrollaba allí. ¿Pero qué le importaba la vida o la muerte a la maquinaria del reloj?

¡Bam!

Una y otra vez, el loco pataleó procurando obligar a su adversario a soltarse.

Tínker había vuelto ya la esquina, y, olvidando toda precaución, avanzó por la cornisa hasta llegar a la ancha plataforma de piedra que quedaba debajo de la esfera del reloj.

El viento, que al ponerse el sol, se iba acelerando, soplaba con fuerza, procedente del valle y giraba en torno de la torre, amenazaba arrancar a Tínker de su precario sostén.

El joven vió la expresión de la cara de su jefe, vió su palidez, notó que Blake apretaba los dientes.

Blake había llegado, casi, al límite de sus fuerzas, en aquel momento. El relojero demente y asesino, dotado de las energías que le daba su desorganizado cerebro, tenía asegurada la victoria.

Respirando jadeante, Tínker volvió a sacar el revólver.

No podía quedarse allí viendo cómo su adorado jefe era enviado a la muerte por aquel demonio de aspecto casi humano.

Antes de que Tínker pudiera levantar el arma se oyó un ruido metálico detrás de la gigantesca esfera. Después el minutero, como obedeciendo a una fuerza invisible, cayó hacia abajo, arrastrando con él a Beale. Su caída inclinó al relojero hacia la derecha y su delgado cuerpo se balanceó, casi desprendiéndose de su sostén. Durante un instante brevísimo, Beale siguió agarrado al minutero, gritando una y otra vez. Luego, de pronto, cayó, separándose de la torre y descendió dando vueltas en el aire hasta quedar encogido en el enarenado camino.

—¡Señor! ¡Señor!

Jadeante y pálido, Tínker gritó. Blake descendía ya a la plataforma.

—¡Todo va bien, joven! — dijo el detective.

Un rayo de luz brotó de repente de la esfera del reloj y una parte del disco de adornado hierro, se abrió hacia dentro, dejando ver a un hombre acurrucado.

—¿Están ustedes ahí?

Era la voz de Humble Begge y nunca sonó voz alguna más dulce y más suave. Al instante subió Tínker al hueco aquel, y fué seguido por Sexton Blake inmediatamente. Segundos después se hallaban de pie en la plataforma de hierro, junto a la máquina del antiguo reloj.

—¿Entonces fué usted el que?...

Blake miró a Begge y el hombre pacífico inclinó la cabeza afirmativamente.

—Les vi a ustedes desde el camino, — explicó. — Bajé, procurando ver algo de la cacería. Cuando usted agarró a Beale me dí cuenta de lo que él quería hacer. Se proponía abrir el hueco de la espera del reloj y escapar.

—¡Pero el minutero! ¿Fué usted quien?...

Y, como siempre había sido y era un hombre muy modesto, Humble Begge se sonrojó.

—Encontré que mis conocimientos de relojería podían serme útiles, — dijo. — Moví el minutero hacia atrás desde aquí dentro. Me pareció que era el único... el único...

Blake tendió la mano.

—Me salvó usted la vida, — dijo solemnemente. — Era el único recurso posible.

. . . .

La verdad sobre el asesinato del vicario no pudo demostrarse nunca, pero unos papeles que se hallaron en la ropa de Samuel Beale indicaron que la teoría de Blake sobre el crimen era enteramente exacta.

El relojero, cuya ansia de oro le había hecho homicida, había estudiado el problema dibujando el péndulo en un papel y calculando cuánto debía alargar el vástago a fin de que el pesado bulbo diera en la cabeza de la víctima. Había anotado el número de escalones que tendría que pisar el vicario antes de que él soltara el péndulo mantenido en lo alto de la plataforma.

El vicario, al darse cuenta de que eran las diez y el reloj no tocaba, entraría, intrigado, a averiguar lo que pasaba y subiría a la torre del reloj... Y esto fué, probablemente, lo que sucedió.

Arturo Stanley, sin embargo, no tuvo de qué quejarse, pues fué declarado libre de culpa y cargo y pudo seguir viviendo en la ciudad de su nacimiento.

Fué encontrado el tesoro de Beale y resultó que alcanzaba a más de cuatro mil libras esterlinas en oro, que estaban guardadas en un cofre de piedra. Todo ese dinero pasó a poder de su sobrina Ruby, excepción hecha de las quinientas libras que fueron entregadas al fondo de la abadía.

En el "Hosdedaje de los Hermanos de Oriente", en Islington, Londres, se puede ver una gran fotografía de la histórica abadía de Grimsdale, Pero cualquiera que desee que Humble Begge le cuente la historia de aquella aventura, tiene que solicitarlo con suma precaución.

Porque, como es un hombre pacífico y al que no le gusta la violencia, Humble Begge, —que desempeñó tan importante papel en el asunto,—condenará siempre lo último que hizo y que, si salvó la vida a Sexton Blake, estuvo en desacuerdo completo con la extraña mentalidad de su autor.

FIN DE "EL CASO DE LA ABADIA DE GRIMSDALE"

POR LAS PAGINAS DE LA HISTORIA

ANÉCDOTAS INTERESANTES

Cuando el famoso pintor español Ribera estaba en Nápoles, fueron a verle dos alquimistas compatriotas, proponiéndole que se asociara a ellos para buscar la piedra filosofal.

—Yo también sé hacer oro, — les dijo misteriosamente el artista. — Vengan mañana y les descubriré mi secreto.

Al día siguiente volvieron, en efecto, los alquimistas y encontraron a Ribera dando a un cuadro las últimas pinceladas. El pintor llamó después a su criado, le envió con el lienzo a casa de un vendedor y le encargó que no tardara, para que no esperasen mucho los señores que le acompañaban. El doméstico volvió a poco con 400 ducados de oro y Ribera dijo mostrándoselos, a los alquimistas:

—Señores, he aquí el oro, y de muy buena ley. Ya ven que no necesito de otro secreto para tenerlo en abundancia.

✣ ✣ ✣

Dionisio, tirano de Siracusa, no podía vivir, atormentado por las conspiraciones que se fraguaban en su contra.

Un hombre hizo anunciar que él tenía un sistema infalible para descubrirlas, y que lo comunicaría mediante una fuerte suma.

Llamóle Dionisio, y el desconocido le dijo:

—Señor, no tengo ningún sistema. Pero si decís a las gentes que os he revelado uno infalible, nadie se atreverá a conspirar.

Dionisio lo encontró excelente y pagó la cantidad estipulada.

✣ ✣ ✣

Augusto estaba inconsolable por la muerte de uno de sus amigos predilectos.

—Consolaos, señor, — le dijo un cortesano; — vuestras lágrimas no podrán devolverle la vida.

—Eso es precisamente lo que me desconsuela, — respondió el gran emperador romano.

✣ ✣ ✣

Madame de Sevigné fué adorada por un escritor poco conocido, llamado Ménage, el cual se lo había dicho en prosa y en verso, en latín y en griego.

A pesar de todo eso, ella no le hizo el menor caso.

Cierto día en que ella le llamó para hacerle una confidencia, él acudió gozoso y le dijo:

—Héme aquí de confesor vuestro, después de haber sido vuestro mártir.

—Y yo vuestra Inmaculada, — contestó madame de Sevigné, con la más dulce de sus sonrisas.

El emperador Carlos V se enamoró perdidamente de la duquesa de Medinaceli y solicitó de ella una entrevista secreta.

—Señor, — le respondió la virtuosa dama, — si yo tuviese dos almas, arriesgaría una de ellas por complacer a vuestra majestad... Pero no tengo más que una y deseo conservarla.

✣ ✣ ✣

Un comisario de policía cumpliendo órdenes superiores, hizo comparecer ante su presencia a la famosa actriz francesa Sofía Arnould, para saber qué personas estuvieron en su casa la noche anterior.

Y hubo el siguiente interrogatorio:

—¿Dónde cenasteis anoche, señorita?

—No me acuerdo.

—¿En vuestra casa?

—Es posible.

—¿Teniáis gente en vuestra casa?

—Es probable.

—¿Había personas de calidad?

—Eso ocurre algunas veces.

—¿Quiénes eran?

—No lo recuerdo.

—Me parece, señorita, que una mujer como vos debería recordar estas cosas...

—Sí, señor; pero delante de un hombre como vos, yo no soy una mujer como yo.

✣ ✣ ✣

La famosa cantante La Gabrielli pidió 5000 ducados a la emperatriz de Rusia por cantar durante dos meses en su corte.

—¡Cinco mil ducados! — dijo asombrada la emperatriz. — Yo no pago ese sueldo más que a algunos de mis feld-mariscales.

—Entonces, — repuso La Gabrielli, — que canten vuestros feld-mariscales.

✣ ✣ ✣

Cuando Napoleón iba a Milán en 1905 para hacerse consagrar rey de Italia, le fué presentado el cardenal Maury, el cual, al verle, se sintió fuertemente emocionado.

—¿Qué os pasa, monseñor? — le dijo Bonaparte. — ¡Tranquilizáos!

—Señor, — respondió Maury, — jamás he temblado delante de un gran pueblo, pero ahora tiemblo ante un grande hombre.

✣ ✣ ✣

Diderot, en su viaje a Rusia, hubo de manifestar delante de la emperatriz su extrañeza por el poco aseo de los rusos, que por entonces eran todos esclavos.

—¿Para qué han de cuidar de un cuerpo que no les pertenece? — respondió Catalina.



LA NOCHE DE ODIO

por RAFAEL SABATINI

(Traducción del inglés especial para PUCKY)

EL cardenal vicecanciller tomó el pequeño paquete que le había entregado el paje, de rubia melena y vestidura roja, y lo examinó mientras su rostro de finas facciones, casi ascético, demostraba gran interés.

—Lo trajo, monseñor, un hombre enmascarado, que no ha querido decir su nombre. Espera abajo,—dijo el de la roja vestidura.

—¿Un hombre enmascarado? ¡Cuánto misterio!

Sonriendo sus oscuros ojos, sus delicadas manos hicieron saltar el sello de lacre. Cayó del paquete un anillo de oro que rodó un trecho por la alfombra de Oriente, roja y negra. El paje se inclinó para recojerlo y se lo entregó a su señoría.

La sortija tenía un escudo con blasón, y el cardenal vió que en él estaban grabadas sus propias armas: el león de los Sforza y la flor de membrillo. Inmediatamente su mirada se fijó inquisidora en el rostro del paje.

—¿Has visto el escudo? — preguntó con algo de amenaza, bajo la sedosa suavidad de su vo-

—Nada he visto, monseñor... un anillo y nada más. Ni lo miré siquiera.

El cardenal le miró fijamente durante un momento más, como si tratase de penetrar si el paje decía la verdad.

—Ve, y dile a ese hombre que entre, — dijo por último. El paje salió y regresó a poco. Levantando el tapiz que cubría la puerta, dejó pasar a un hombre de mediana altura, envuelto en un negro tabardo y cubierto el rostro, — encuadrado en los rizos de una melena de oro, — por un antifaz que le tapaba de la barba a las cejas.

A una seña del cardenal, el paje se retiró. Entonces el hombre avanzando un paso, dejó caer el tabardo, descubriendo un lujoso traje de seda violeta; espada y daga colgaban de su correaje adornado con piedras preciosas; se quitó la máscara y se pudo ver el hermoso y delgado rostro de Giovanni Sforza, señor de Pésaro y Cotignola, el repudiado esposo de Madonna Lucrezia, la hija del papa Alessandro.

El cardenal contempló a su sobrino, gravemente, pero sin sorpresa. Había esperado ver a un mensajero del dueño del anillo. Pero en cuanto vió su silueta y el cabello largo y rubio, reconoció a Giovanni antes de que éste se quitase el antifaz.

—He pensado siempre que tenéis algo de loco, — dijo suavemente el cardenal.—Pero nunca creí que os atrevierais a esto. ¿Qué os trae a Roma?

—La necesidad, monseñor, — respondió el joven tirano, — la necesidad de defender mi honor que está a punto de ser destruído.

—¿Y vuestra vida? — exclamó maravillado su tío. — ¿Ha dejado de tener valor?

—Sin honor, nada vale la vida.

—Es ese un sentimiento noble que todos los filósofos enseñan. Pero cuando se trata de fines prácticos...

El cardenal se encogió de hombros.

Giovanni, sin embargo, pareció no fijarse en eso.

—¿Pensáis, monseñor, que debo someterme mansamente a ser un marido ridiculizado y repudiado, que no debo tomar venganza de ese villano papa que ha hecho de mí el ludibrio y el tema de todas las habladurías de Italia? — Una palidez de furor se extendió por su hermoso semblante. — ¿Pensáis en verdad que debí permanecer en Pésaro a donde huí al ver mi vida amenazada y que no debo buscar venganza?

—¿Cuál es la venganza en que pensáis?— preguntó su tío con irónica entonación.— ¿Acaso pretendéis dar muerte al Santo Padre?

—¿Matarle? — y Giovanni se rió desdeñosamente.—¿Sufren acaso los muertos?...

—En el infierno, a veces, — dijo el cardenal.

—Puede ser. Pero yo quiero estar seguro. Quiero sufrimientos que yo pueda presenciar, sufrimientos que sirvan como bálsamo lenitivo para las heridas de mi honor. Quiero herir tal como me han herido a mí; quiero herir su alma, no su cuerpo. Quiero herirle donde más lo sienta.

Ascanio Sforza, que parecía más alto y esbelto con su cardenalicio traje rojo, movió la cabeza lentamente.

—¡Todo eso es demencia... verdadera demencia! Estabáis mejor lejos de aquí, en Pésaro. No podéis mostrar sin peligro vuestro rostro en Roma.

—Por eso voy enmascarado. Por eso he venido a veros, monseñor, para que me déis asilo en vuestra casa hasta que...

—¿Aquí? — El cardenal se alarmó en seguida. — ¿Suponéis que estoy tan loco como vos? Si llega a correr el menor rumor de vuestra presencia en Roma, éste es el sitio a que primero acudirán en busca vuestra. Si os proponéis hacer vuestra voluntad, si queréis vengar viejos agravios y evitar futuras ofensas, no soy yo, vuestro pariente, quien deba impedirlo. Pero aquí en mi palacio, no podéis estar, por vuestra propia seguridad. El paje que os hizo pasar ha visto, tal vez, el blasón de vuestro anillo. ¡Ojalá no lo haya visto! Pero si lo vió, vuestra presencia aquí es ya conocida.

Giovanni sentíase perturbado.

—Pero de no ser aquí, ¿dónde, en Roma, puedo estar seguro?

—Creo que en ninguna parte, — contestó irónico, Ascanio. — Aun cuando tal vez podáis consideraros seguro en casa de Pico. Vuestro común odio hacia el Santo Padre, servirá de lazo entre vosotros.

El destino provocó tal idea. El destino llevó al señor de Pésaro a proceder de acuerdo con ella y a ir en busca de Antonio María Pico, conde de la Mirandola, a su palacio situado junto al río, donde Pico, como Ascanio lo había indicado, le reservaba cordial acogida.

* * *

Allí residió, casi oculto, hasta fines del mes de Mayo, saliendo poco y nunca sin la máscara, detalle que no excitaba comentarios, pues los rostros enmascarados abundaban en las calles de Roma, después de puesto el sol, en el siglo décimo quinto. Conversando con Pico habló de su propósito, repitiendo, con más detalles, lo que ya había dicho al cardenal vicecanciller.

—Es un padre, ese Padre de Padres, —manifestó una vez.—Un padre tierno y amoroso cuya vida está en sus hijos, que vive por ellos y para ellos. Privadle de ellos y su vida no tendrá objeto ni valor ninguno, será una muerte en vida. Ahí está Giovanni que es la luz de sus ojos, a quien ha hecho, Duque de Gandía, Duque de Benevento, Príncipe de Sessa, Señor de Teano y aún más. Ahí está el cardenal de Valencia, ahí está Giuffredo, Príncipe de Squillace y ahí está mi esposa Lucrezia, la que me ha robado a mí. Todos ellos constituyen un amplio talon de ese Aquiles. El problema es saber por dónde debemos empezar.

—Y cómo se ha de empezar, — añadió Pico.

El destino iba a responder a esos dos puntos e iba a responder muy pronto.

Fueron el primero de Junio, el señor de Pésaro con su huésped y la hija de su huésped, Antonia, a pasar el día en el viñedo que Pico tenía en el Trastévere. En el momento de emprender el regreso a Roma al anochecer, el conde fué detenido por su camarero que regresaba de un viaje y tenía noticias que comunicarle.

Dijo a su amigo, a su hija, a los criados que emprendieran la marcha, y que él les alcanzaría muy luego. Pero el camarero lo detuvo más de lo que suponía, de modo que aún cuando los otros se encaminaron lentamente hacia la ciudad, Pico no los había alcanzado cuando llegaron al río. En la estrecha calle que quedaba del otro lado del puente, el pequeño grupo se encontró de pronto y fué echado a un lado, por una magnífica cabalgata de damas y caballeros, que, con los halcones en las muñecas, eran seguidos por una jauría de galgos.

Giovanni no vió más que a una de las personas de aquel alegre grupo, a un hombre alto, de espléndido traje verde, con birrete adornado con plumas, sobre sus cabellos de color caoba y de mirada jovial, el que a su vez no vió a nadie, en aquel momento más que a Madonna Antonia, reclinada en su litera, cuyas cortinas de cuero había levantado para poder conversar con Giovanni, mientras cabalgaban.

El señor de Pésaro, notó la repentina atención de la mirada de su cuñado, pues aquel elegante caballero era el Duque de Gandia, el primogénito del Papa, el verdadero favorito del Santo Padre. Notó que el duque tiró inconscientemente de las riendas de su caballo, le vió volverse en la montura para mirar atrevidamente a Madonna Antonia, hasta que ésta, dándose cuenta de su mirada, se sonrojó. Y cuando, por fin la litera continuó su marcha, vió, mirando por encima del hombro, que un criado a caballo se apartaba del lado del duque para seguirlos. Ese servidor fué pisándoles los talones todo el trayecto hasta el barrio de Parione, con el manifiesto propósito de enterarse, por encargo de su patrón, de dónde vivía la hermosa dama de la litera.

Giovanni, no dijo nada de todo esto a Pico, cuando le vió poco después. Se dió cuenta rápidamente de la oportunidad que se le presentaba pero no se sintió seguro de que Pico accediera a que su hija sirviera de carnada, como tampoco se sintió seguro de que él mismo se atreviera a emplearla de tal manera. Empero, la mañana siguiente, mirando casualmente, y por ociosa curiosidad, por una de las ventanas a ver de quién era el caballo que pasaba lentamente por la estrecha calle, vió que el jinete era un hombre de lujosa capa en quien, en seguida reconoció al duque y consideró al verle que el destino había arrojado ya los dados.

Sin que le viera el jinete, Giovanni se retiró apresuradamente. En el apuro del momento procedió con una precipitación digna de mayor reposo. Antonia, por un capricho de la fatalidad, se hallaba sola con él en aquella habitación del entresuelo, Giovanni se volvió hacia la joven.

—Un curioso personaje pasea a caballo por esta calle, como si estuviera esperando algo. ¿Será posible que vos le conozcáis? —dijo.

Obedeciendo a su indicación, Antonia se levantó. Era una joven esbelta, de unos diez y ocho años, de delicada y pálida belleza, con ojos negros y soñadores, con largas y renegridas trenzas entretejidas con hilos de oro. Se aproximó a la ventana y miró hacia el jinete; y, cuando ella miró, fijándose en él con atención, el duque levantó la cabeza. Sus miradas se encontraron y ella retrocedió lanzando un breve grito.

—¿Qué os ocurre? — le preguntó Giovanni.

—¡Es ese insolente que me importunó la otra tarde en la calle! ¡No hubiera deseado que me hubieseis indicado que mirara!

Pues bien, mientras la joven había mirado desde la ventana, Giovanni, se movió suavemente tras ella y vió un montón de rosas en un florero que estaba en una mesa de ébano, en el centro de la habitación. Rápida y silenciosamente arrancó un capullo que ocultó a su espalda. Cuando ella se volvió de espaldas a la ventana, él arrojó la flor a la calle: y mientras tanto su corazón reía lleno de odio al pensar en que Gandía recogería aquella flor guardándola en el pecho como un tesoro, Giovanni se rió en voz alta de los temores de la joven, que consideraba infundados.

* * *

Aquella noche, en su habitación, Giovanni ensayó asiduamente una falsificación de la letra de Antonia, provisto de una muestra que ella, inocentemente le había facilitado. Se acostó satisfecho, reflexionando que un hombre, tal como vive debe morir. Giovanni Borgia, Duque de Gandia había sido siempre amigo de los placeres, sin obedecer a nada que no fuese al propósito de satisfacer sus deseos, y aquello había de llevarle a su propia destrucción. Giovanni Borgia, pensó, era el ídolo de su padre y por su propio acuerdo el duque había puesto el cuello en el lazo que había de ahogarle. El señor de Pésaro, comenzaría de modo delicioso a vengarse de los pasados sufrimientos, apretando el lazo.

La mañana siguiente fué al Vaticano para entregar personalmente al duque la misiva que había falsificado. Sospechando al verle con antifáz, le preguntaron quién era y de dónde venía.

—Decid que soy uno que desea no ser conocido y trae, para el duque de Gandía, una carta que su magnificencia recibirá con agrado.

De mala gana, un mayordomo fué con ese mensaje. Poco después fué acompañado al piso alto a las magníficas habitaciones que

Gandía ocupaba durante su permanencia en el Vaticano.

Halló al duque recién levantado y en compañía de su hermano, el joven cardenal de Valencia, vestido con un rico traje negro que realzaba sus atléticas formas y una capa de seda roja que daba idea de su jerarquía eclesiástica.

Giovanni saludó inclinándose profundamente y fingiendo la voz para no ser reconocido, se anunció y manifestó cuál era su misión.

—De la dama de la rosa, — dijo, mostrando la carta.

El cardenal de Valencia le miró durante un momento y luego lanzó una breve carcajada. El rostro de Gandía se iluminó y sus ojos relampaguearon. Tomó la carta, rompió el sello y devoró con la vista su contenido. Luego se dirigió apresuradamente hacia la mesa, tomó una pluma y comenzó a escribir; el alto cardenal le observó con gesto burlón; después se acercó a él y apoyó una mano en el hombro del que escribía.

—¡No escarmentaréis nunca! — dijo el más astuto César. — ¡Siempre dejaréis rastros donde no debíais dejarlos!

Gandía miró un instante aquella serena y bella faz.

—¡Tenéis razón! —exclamó, y arrugó la misiva entre sus manos.

Luego miró, indeciso, al mensajero.

—Gozo de plena confianza de mi señora,— dijo el del antifáz.

Gandía se levantó.

—Entonces decid... decid que la carta me ha transportado a los cielos; que sólo espero su indicación para ir personalmente a declararme. Pero decidle que tengo prisa, pues dentro de dos semanas partiré para Nápoles, y de allí regresaré a España.

—La oportunidad será encontrada en seguida, magnificencia. Yo mismo vendré a comunicároslo.

El duque lo despidió dándole las gracias y en su excesiva gratitud le entregó al partir un bolsillo con cincuenta ducados, que Giovanni arrojó al Tiber; diez minutos después, cuando cruzaba el puente de Sant'Angelo, de regreso a su casa.

* * *

El senor de Pésaro procedió sin apresuramiento. La espera y el silencio, bien lo sabía, pondrían más y más impaciente a Gandía, y el impaciente rara vez es precavido. Entretanto, Antonia había mencionado a su padre al principesco desconocido que la había mirado en forma tan insolente una tarde y que a la mañana siguiente había paseado la calle al pie de su ventana. Pico habló de ello a Giovanni, el cual le dijo claramente de quién se trataba.

—Es ese libertino cuñado mío, el duque de Gandía, — dijo. — Si hubiera persistido yo os hubiese indicado que veláraís por vuestra hija. Perc, según parece, tiene otras cosas en qué pensar. Está preparando su viaje a Nápoles, acompañando a su hermano César, que va como delegado papal a proceder a la coronación de Federico de Aragón.

No hablaron más del asunto y no se volvió a saber nada más hasta la noche del 14 de Junio, víspera de la partida de los príncipes de Borgia para aquella misión.

Embozado y enmascarado, Giovanni se dirigió al Vaticano al oscurecer, y pidió ser anunciado al duque. Pero se encontró con que le contestaron que el duque estaba ausente, que había ido a despedirse de su anciana madre y a cenar en su quinta de Trastévere. No se le esperaba de regreso hasta muy tarde.

En el primer instante temió Giovanni que al dejar la realización de su plan para el último momento, resultaría que había llegado tarde. En su ansiedad, se dirigió hacia la quinta de Madonna Giovanna de Catanei. Llegó cerca de las diez de la noche y se informó de que Gandía estaba allí cenando. Un criado fué a avisar al duque que un enmascarado preguntaba por él y deseaba verle. El mensaje causó gran agitación a Gandía, quien dió orden de que lo hicieran pasar en seguida.

El señor de Pésaro fué guiado a través de la residencia hasta llegar al jardín, donde, bajo un emparrado, se hallaba tendida una espléndida mesa, alumbrada por lámparas de alabastro. En torno de la mesa, Giovanni encontró a varios nobles emparentados con él, por su matrimonio. Allí estaba Gandía, que se levantó en cuanto le vió aparecer y se adelantó a su encuentro. También se encontraban allí César, cardenal de Valencia, que partía al día siguiente para Nápoles, como delegado papal, y que vestía aquella noche un traje recamado de oro, sin la menor traza de su jerarquía eclesiástica; su joven y arrogante hermano Giuffredo, príncipe de Squillace, sentado junto a su esposa, la liberalísima doña Sancha de Aragón, de facciones burdas y muy obesa, a pesar de su juventud; allí estaba la, en otro tiempo, esposa de Giovanni, la encantadora Lucrezia, de dorados cabellos, inocente causa de todo el odio que ardía en el alma del señor de Pésaro; la bella y noble Giovannoza de Catanei, de quien heredaron los Borgia sus cabelleras cobrizas, color de caoba, y allí estaba su primo Giovanni Borgia, cardenal de Monreale, corpulento y vestido de rojo, sentado junto a la dueña de casa.

Todos se volvieron para mirar al enmascarado intruso, que tenía el extraño poder de excitar de tal modo a su amado Gandía.

—De la dama de la rosa, — anunció Giovanni en voz baja al duque.

—Sí, sí, — respondió febrilmente impaciente, Gandía. — ¿Cuál es el mensaje?

—Esta noche no estará en casa el padre. Ella espera a vuestra magnificencia a media noche.

Gandía lanzó un profundo suspiro.

—¡Por el cielo! ¡Habéis llegado a tiempo! Ya estaba casi desesperado, amigo mío, el

mejor de mis amigos. ¡Esta noche! — exclamó como en éxtasis. — Esperad aquí. Vos mismo me conduciréis. Entretanto, comed algo.

Y golpeando las manos llamó a los criados. Acudió un paje y una pareja de esclavos moros, con turbantes verdes, a cuyo cuidado confio, el duque a su enmascarado visitante. Pero Giovanni no quiso aceptar nada, ni comida ni bebida alguna y durante dos largas horas permaneció sentado esperando a su alocada víctima.

Partieron, por fin, poco antes de media noche, el duque, su hermano Césare, su primo Monreale y un numeroso séquito, compuesto de su servidumbre y la de los dos cardenales. Todos fueron hacia Roma, los Borgia muy alegres, y el hombre de la máscara, silencioso, con ellos.

Llegaron a Rione di Ponte, donde sus caminos se separaban, y donde frente al palacio del cardenal vicecanciller, Gandía detuvo su caballo. Anunció a los otros que no seguía con ellos, y llamando a un solo sirviente para que lo acompañara, dijo al resto de su séquito que fuese al Vaticano y esperasen allí.

Se oyó una última burla y una carcajada de Césare y la comitiva se dirigió hacia el palacio papal. Entonces Gandía se volvió hacia el enmascarado, le hizo subir a grupas de su caballo y así fueron silenciosamente en dirección al Giudecca. El sirviente corría cerca del estribo de su señor.

✣ ✣ ✣

Giovanni dirigió a su cuñado, no hacia la entrada principal de la casa, sino a la puerta del jardín, que daba a una estrecha callejuela. Una vez allí se apearon y dándoles las riendas del caballo al paje le ordenó que esperase. Giovanni sacó de la faltriquera una llave, abrió la puerta e hizo pasar al duque al oscuro jardín. Una escalera de piedra llevaba a la "loggia" o balcon cubierto del entresuelo y por allí fué conducido Gandía. Su guía iba delante. Había sacado otra llave y con ella abrió la puerta de la habitación que daba a la antecámara de Madonna Antonia. Sostuvo la puerta para dejar paso al duque pero éste, al ver que la habitación estaba oscura, vaciló.

—¡Entrad! — dijo en voz baja Giovanni. —No hagais ruido. Madonna Antonia os espera.

Resueltamente, el alocado, sin sospechar nada, cayó en la trampa.

Giovanni le siguió, cerró la puerta y dió vuelta a la llave. El duque habíase quedado inmóvil y con los nervios excitados en aquella oscuridad profunda. De pronto se sintió abrazado, pero no en la forma suave y cariñosa que esperaba. Unos vigorosos brazos de luchador enlazaron su cuerpo, una pierna se enredó entre las suyas haciéndole caer. Cuando dió en el suelo aplastado por el peso de su adversario, oyó una voz que gritaba:

—¡Señor de la Mirandola! ¡Socorro! ¡Ladrones!

De repente se abrió una puerta. Una luz rompió las tinieblas y el postrado duque pudo ver la blanca visión de la muchacha cuya hermosura había sido la carnada que le había llevado hasta un peligro, que hasta aquel momento no se explicaba. Pero mirando el rostro del hombre que estaba sobre él, del hombre que lo vencía con su peso, comenzó, al fin, a comprender, o por lo menos a sospechar, porque el rostro que veía, ahora sin antifáz, a través de los dorados cabellos que lo ocultaban en parte, y reflejaba un indecible odio, era el de Giovanni Sforza, señor de Pésaro, a quien su familia había maltratado en forma tan cruel. De Giovanni Sforza era la voz que le anunciaba arrogante su sentencia.

—Vos y los vuestros habéis hecho de mí un motivo de burla y de escarnio. Vos mismo os habéis mofado de mí. ¡Id ahora a reiros al Infierno!

Una hoja brilló en la mano de Giovanni. Gandía levantó el brazo para defender el pecho y la hoja se hundió en sus músculos. Se oyó un grito de miedo y dolor. El otro rió con odio triunfante y de nuevo hirió, esta vez en el hombro.

Antonia desde la puerta, miraba con miedo y asombro. Lanzó un penetrante grito que resonó en toda la casa y de nuevo se oyó la voz de Giovanni, arrogante, triunfadora, que gritaba:

—¡Pico! ¡Pico! ¡Señor de la Mirandola! ¡Cuidad de vuestra hija!

Siguió un ruido de pasos y voces. Nuevas luces iluminaron la habitación y a través de la niebla que iba oscureciendo sus ojos, el primogénito de los Borgia, distinguió a otros hombres que llegaban a medio vestir, con armas en la mano. Pero fueran a salvarlo o a ultimarle, llegaban tarde. Diez veces el arma de su adversario había herido al duque y como debido a los esfuerzos del de Gandía no había podido herirlo en el corazón, antes de que acudiesen los otros, degolló a su víctima y con eso puso fin a su vida.

Se levantó cubierto de sangre, con un aspecto tan terrorífico, que Pico, en la creencia de que estaba herido, corrió hacia él. Pero Giovanni le tranquilizó con una carcajada y señaló con su daga que chorreaba sangre.

—La sangre es de él... ¡Infame sangre de los Borgia!

Al oir ese nombre, Pico se sobresaltó y los tres sirvientes que habían llegado con él, hicieron un movimiento de temor. El conde miró aquella espléndida y ensangrentada figura que yacía inmóvil, con los vidriosos ojos clavados en los frescos del techo, tan arrogante y digna de lástima, con su traje de seda blanca bordado en oro, con su cincelado cinturón del que colgaban los guantes, la escarcela y una daga con puño cubierto de piedras preciosas, que no había sido utilizada en aquel caso extremo.

—¡Gandía! — exclamó. mirando a Gio-

vanni con temor. — ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—¿Cómo?

Con la mano ensangrentada señaló la puerta abierta de la cámara de Antonia.

—Aquel era el reclamo, mi señor. Mientras tomaba el aire en el jardín, lo ví deslizarse hacia aquí y pensé que era un ladrón, como realmente lo era, un ladrón de honras como todos los de su casta. Le seguí... ¡Y ahí está!

—¡Dios mío! — exclamó Pico. Después, con voz ronca, preguntó. — ¿Y Antonia?

—Ella vió, pero no sabía nada.

Y agregó con otra entonación:

—Pronto ahora, ¡Pronto, Pico! ¡Dad la voz de alarma! ¡Haced que conozca todo Roma cómo ha sufrido Gandía una muerte digna de un ladrón! ¡Haced saber a todos los que era este engendro de los Borgia!

—¿Estáis loco? — exclamó Pico. — ¿Queréis que colcque mi cuello bajo el hacha del verdugo?

—Lo habéis hallado aquí, de noche y los vuestros estaban en su derecho al darle muerte. Habéis hecho uso de vuestro derecho.

Pico miró durante largo rato el rostro del otro. Realmente todas las apariencias hacían suponer como verdadero su relato y concordaban con la queja que Antonia le había dado. Pero, conociendo lo que existía entre los Sforza y los Borgia, le parecía a Pico una extraña coincidencia que Giovanni se hubiera manifestado tan dispuesto a defender el honor de la casa de los de la Mirandola. No hizo pregunta ninguna. Se limitó a aceptar los hechos consumados. Pero en lo referente a la indicación de Giovanni de proclamar por todo Roma la muerte de aquel Borgia, manifestando haber ejercido su derecho al dar muerte a ese Tarquino, el señor de la Mirandola, no pensaba seguirla en absoluto.

—¡Lo que está hecho, hecho está! — exclamó. — Veamos ahora cómo hacemos desaparecer eso.

—¿Deseáis guardar silencio al respecto?— preguntó Giovanni.

—¡No estoy loco!—respondió Pico resueltamente.

Giovanni comprendió.

—Pero. ¿Y esos, vuestros hombres?

—Son todos fieles amigos, que ahora os ayudarán a borrar todas las huellas.

Y después de esto se retiró, llamando a su hija, cuya ausencia lo tenía intrigado. Como no recibiese contestación entró en su cámara y la encontró desmayada, tendida en su lecho. Habían cedido sus nervios a efectos del horror que le produjo la escena que había presenciado.

* * *

Seguido por tres sirvientes que llevaban el cadáver, Giovanni atravesó rápidamente el jardín. Al acercarse a la puerta los hizo esperar, diciendo que iba a observar si el camino estaba libre. Luego avanzó solo, abrió la puerta y llamó en voz baja al paje que esperaba.

—¡Aproximaos a mí!—le ordenó.

Tan pronto como el hombre surgió de entre las sombras y se acercó a Giovanni, éste le hundió su daga en el pecho, Deploró la necesidad de tener que darle muerte, pero era imprescindible y un "cinquecentista" nunca retrocedió ante lo que la necesidad le imponía. Dejar al lacayo con vida equivalía a tener a los "bargelli" de la justicia en casa en cuanto amaneciese.

El hombre cayó lanzando un sordo gemido, y quedó inmóvil. Giovanni lo tendió junto a la pared donde los otros no pudiesen verlo y luego los llamó en voz baja.

Cuando salieron del jardín de Pico, el señor de Pésaro estaba montado en el excelente caballo blanco en que Gandía había cabalgado para ir al lugar donde halló la muerte.

—¡Colocadlo atravesado en la grupa!—ordenó.

Y ellos pusieron así el cuerpo, la cabeza colgando de un lado y las piernas del otro. Giovanni meditó entonces en el cambio habido en la colocación que tenían cuando iban hacia la casa, en el mismo caballo una hora antes.

Se pusieron todos en marcha hacia el río. Un sirviente iba a cada lado para evitar que el muerto se escurriese y cayera al suelo, otro marchaba a la cabeza, como explorador. Al terminar la alameda por donde iban, Giovanni detuvo el caballo y dejó que el que iba delante llegase hasta la orilla del río y mirase a derecha e izquierda para cerciorarse de que no había nadie.

No distinguió a persona alguna. Pero había alguien que los vió, Gorgio el comerciante en maderas, que estaba a bordo de su embarcación amarrada en la ribera de Schiavoni, y el que, tres días más tarde, declaró cuanto había visto. Conocida es su declaración. Ha sido repetida frecuentemente. Dijo que había visto a un hombre salir de entre las sombras de la alameda y observar los alrededores. Luego se retiró, para volver a aparecer acompañado de un jinete con su carga y otros dos hombres. Vió que tomaron el cuerpo que estaba de la grupa del caballo y que después de balancearlo a los gritos de "uno, dos y tres", lo lanzaron al río. Oyó también que el hombre del caballo preguntó si lo habían arrojado al centro del río, y que ellos respondieron "¡Sí, mi señor!". Finalmente cuando le preguntaron por qué no había acudido antes a declarar todo eso, manifestó que no se le había ocurrido hacerlo porque había visto cien veces repetirse la escena de arrojar cadáveres al Tíber, durante la noche.

Cuando volvieron a encontrarse frente a la puerta del jardín, Giovanni dijo a los hombres que se retirasen sin él, pues tenía aun algo que hacer. Una vez que hubieron desaparecido se apeó y se acercó al cuerpo del paje, que había quedado junto a la pared. También tenía que hacerlo desaparecer. Cortó una de las correas de los estribos de la montura y atando un extremo al brazo del

hombre muerto, montó nuevamente y lo arrastró, — pronto para soltarlo y huir a la primera señal de alarma, — hasta que llegó a la plaza de la Giudecca. Allí, en pleno barrio de los judíos, dejó el cadáver y lo que hizo después casi se ignora por completo. Tal vez regresó a casa de Pico de la Mirandola, temiendo sin duda, como era natural, que no hubiesen hecho desaparecer bien todos los vestigios, o, pensando que si se descubría el rastro del duque hasta la casa y lo hallasen en ella, lo detuvieran por sospechas, marchó hacia la casa de su tío el vicecanciller, para refugiarse allí.

* * *

El caballo que había montado el duque, fué encontrado horas más tarde vagando por las calles y eso dió motivo a que comenzasen los rumores. Rumores que fueron en aumento al descubrirse el cuerpo del paje de Gandía, y varias partidas de "bargelli", armados recorrrieron Roma y el Giudecca en particular, durante los días días siguientes, hasta que al fin llegó Giorgio, el botero de la ribera de Schiavoni, para referir lo que había visto. Cuando el dolorido Papa lo supo ordenó que fuese rastreado el río, pie por pie, obteniéndose el resultado de que el cuerpo del duque de Gandía fué a dar a una de las redes, lo que dió motivo para que el implacable Sanazzaro hiciese su terrible epígrama relativo a aquel sucesor de San Pedro, que era "Pescador de hombres".

El pueblo, pensando por su parte, quien podría ser el más interesado en aquella muerte, señaló en seguida como culpable a Giovanni Sforza, que entonces se hallaba lejos de Roma, cabalgando apresuradamente en dirección a su señorío de Pésaro; también se mencionó al cardenal Ascanio Sforza, el cual temiendo verse comprometido, y en la inseguridad de que el paje hubiera visto el escudo de armas en la sortija de su enmascarado visitante, partió también y no fué posible hacerlo regresar más que con un salvoconducto del Santo Padre, manifestando el convencimiento que tenía de su inocencia.

* * *

Más tarde el rumor público acusó a otras personas; acusaron uno por uno a cada hombre que podía haber sido un posible perpetrador del delito, atribuyendo a algunos de ellos los más variados e increíbles motivos. Sin embargo, muy pronto, sin duda debido al conocimiento de la naturaleza afecta a las aventuras amorosas y al carácter libertino del muerto, el rumor público acertó con las misteriosas circunstancias que habían rodeado el hecho, tan acertadamente que la casa de Pico de la Mirandola fué visitada por los "bargelli" y sometida a un reconocimiento, a lo que Pico se rebeló en forma violenta y apeló al Papa, reclamando contra insinuaciones que repercutían contra el honor de su hija.

El misterio permaneció impenetrable y el culpable jamás fué conducido ante la justicia. Se sabe que al herir a Gandía, Giovanni Sforza, golpeaba no al duque, sino a su padre. Su propósito fué causar al papa Alessandro la herida más cruel y de más lenta curación, y así pudo saborear el placer de la venganza. Al fin tuvo la satisfacción de ver que el golpe había sido bien dado. Pudo oír, como lo oyó Italia entera de labios de un viajero que cruzaba el puente de Sant'Angelo, cómo el Papa en el paroxismo de su dolor a la vista del cuerpo de su hijo, pescado en el Tíber, rugía como un toro embravecido y torturado, a tal extremo que sus gritos, aunque eran lanzados en el castillo, se oían desde el puente. Supo cómo el hermoso, arrogante y vigoroso Papa acudió al consistorio celebrado el diez y nueve del mismo mes, con el aspecto y agotamiento de un perlático anciano y con una voz cascada, cortada por los sollozos lanzó este amargo lamento:

—¡Si siete papados tuviera, los siete los daría porque el duque volviera a la vida!

Podía Giovanni haberse dado por contento con todo eso. Pero no fué así. El profundo odio que abrigaba contra los que habían hecho de él un motivo de burla y escarnio, no se satisfacía fácilmente. Esperaba, espiando la oportunidad para dar el nuevo golpe. Llegó un año después, cuando el hermano de Gandía, el mabicioso Césare Gorgia, desprovisto de su traje cardenalicio y de su rango, cambió todo por las dignidades temporales y el título de duque de Valentinois. Entonces manejó el arma mortal de la calumnia, lanzando la versión de que Césare era el asesino de su hermano, aguijoneado por mundanal ambición y por otras causas que envolvían a los principales miembros de la familia.

Los hombres no llegan a la altura alcanzada por los Borgia sin crearse enemigos. La diabólica mentira fué acogida fácilmente y sin más autoridad que la de la voz pública, fué registrada en las crónicas de todos los escritores de la época. Y durante cuatro siglos esa mentira ha ocupado un lugar en la historia y ha sido la verdadera piedra angular de toda la execración acumulada sobre el nombre de los Borgia. Nunca existió venganza más terrible, más pronto difundida y más perdurable. Hasta el presente siglo XX no ha habido desapasionados historiadores que hayan demostrado, con el relato de la verdad, lo falso de semejante acusación.

Donde la virtud se esconde allí es buscada; donde la flor se pisa, allí su olor despide.—Arolas.

✣ ✣ ✣

Aprender a vivir es igual que aprender a engañar.

La ciencia política es el sistema de la sabiduría y no el catecismo de la mala fe.—Federico II.

✣ ✣ ✣

No confieses tus defectos a quien no conoce sus faltas.



DE BUENA RAZA

por C. RANDOLPH LICHFIELD

Esto fué lo que le sucedió a un padre que estaba convencido de que él podía arreglar los asuntos amorosos de su hijo mejor que los propios interesados y se encontró con una gran sorpresa.

I.

ERA un joven de espléndido aspecto, alto, erguido, ágil de brazos y piernas, en condiciones de contribuir a la buena fama de sus progenitores, de su sastre y de sí mismo. No era hermoso, en el estricto sentido de la palabra, pero embellecía su aspecto su excelente salud y su virilidad. Fuera de que su sonrisa era forzada, se comprendía de que tenía pleno dominio de sí mismo.

Sir Selwyn se fijó en esto y sintióse orgulloso de ser padre de aquel joven, pero precisamente eso le decidió a ser más severo de lo que hubiese sido en otras circunstancias.

—No puedes hablar en serio. Se trata de una corista...

—¿Y bien? — replicó Hilario, dejando caer prematuramente su recién encendido cigarrillo dentro de la chimenea, que estaba a su espalda. — Lo es y no lo es.

—¡Claro que no! ¡Nunca lo son!

—Usted comprendería lo que quiero decir, si usted la viera, papá.

—El caso, querido, es saber lo que tú pensarías si la vieras desde el punto de vista que la veo yo, — agregó sir Selwyn, apoyando los dedos de la mano derecha en la palma de la izquierda y mirándose sonriente las

brillantes uñas. — Hay coristas... y coristas, naturalmente. No hablo como conocedor, se entiende, porque nunca hice colección de ellas, pero sé que las hay de tantos colores como puede haberlos del mismo cigarro. Sé que todas pueden ser igualmente virtuosas, pero debes admitir que el coro de un teatro de opereta no es, con preferencia, el jardín de jóvenes donde debes escoger la futura Lady Glade y la madre del futuro séptimo baronet.

—¿Importa el sitio donde se encuentra una perla cuando uno tiene la suerte de encontrarla?

—No. Una perla es una perla, tanto se encuentre en una diadema como en el cajón de la basura; pero lo razonable es esperar encontrarla en la diadema. Si un muchacho encuentra una cuenta de vidrio en el comedero de un cerdo, puede pensar que es una perla; pero si un hombre sensato encuentra una perla en el mismo comedero tiene que sospechar que es una cuenta de vidrio.

—¿Pero si por intuición conoce que es una perla? Conteste ahora.

—En ese caso la observaría con toda atención por si su brillo no había sufrido tanto que se hiciera imposible agregarla a la fila de brillantes perlas que constituye tu más preciosa herencia.

Hilario se acercó a la mesa y abrió una caja, de la que sacó un cigarrillo.

—Esta perla mía... — empezó, midiendo las palabras al principio y terminando la frase con algo así como un moderado juramento. — Pero no puedo discutir en lenguaje metafórico un tema tan cercano de mi corazón.

—Entonces, para volver a lo práctico,— dijo sir Selwyn con amabilidad. — ¿Te propones casarte con esa muchacha, "amarla, honrarla y estimarla por todo el resto de tu vida, y si así fuera que Dios os lo premie..."

Hilario se sonrió indulgentemente.

—Creo que ha mezclado usted la ceremonia matrimonial con el catecismo, — murmuró. — Sí, eso me propongo, con su consentimiento.

—¿Y si yo no te lo diera?

—¿Si usted no lo diera? — repitió Hilario mirando hacia el techo.—No podría mantener a una esposa con mi sueldo de subalterno. Pero no pienso casarme sin su consentimiento.

—Ni sin más dinero que tu sueldo de subalterno,—dijo sir Selwyn.

—¡Sea usted noble! ¡No sabe sobre ella más que lo que yo le he dicho y no creo que haya sido nada en su descrédito.

—¡Odio a toda la tribu!

—Venga usted a cenar conmigo mañana a la noche. Yo lo arreglaré todo para que asista ella. Tendrá que ser en un sitio tranquilo, pues ella viste sin ostentación y no sería bien mirada en ciertos lugares de lujo.

Sir Selwyn hizo girar el sillón hacia el escritorio y tendió la mano hacia unas hojas de papel de cartas.

—¿Cómo se llama?—preguntó.

—Ruth.

—Pero no puedo dirigirme así a ella.

—Falconer.

—¿De veras? ¿Acaso emparentada con los nobles Falconer de Ardeley?

—Creo que su verdadero nombre es Cross, —dijo pacientemente Hilario.— No estoy seguro.

—La estoy escribiendo pidiéndole que acceda a tomar el te conmigo mañana, en el restaurant Carey, — dijo sir Selwyn, después de una pausa. — Las damas de verdad demuestran su condición tomando el te y las fingidas damas prueban en seguida su inferioridad cuando se hallan a solas con un hombre de mundo.

—Y un cínico, — agregó con audacia, Hilario.

—Y un cínico, si te parece, — admitió su padre entregándole la carta. — Mira si puedes leerla; no quiero darle demasiado trabajo.

Hilario recorrió rápidamente con la vista lo escrito y devolvió la misiva con una fría sonrisa.

—Enteramente legible, — dijo con satisfacción.

—Gracias. ¿Y las señas?

—Cuatro, cuatro, siete, Makepeace Road, Kennington.

—¡Diablo!

—Tal vez sea una casa de pensión.

—Echala tú al correo. No le pondré estampilla porque tal vez querrás entregarla personalmente. Así podrán hablar ustedes de ello... ¿Cómo? ¿Ya te retiras? ¿Dónde comen ustedes?... Yo cené allí el domingo... A propósito, Hilario. ¿Qué sabes respecto a la ruptura de relaciones de los Chartens? Ella no era nadie... Sí, ya sé; pero un matrimonio puede parecer hallarse de perfecto acuerdo y como medio mundo ignora cómo vive el otro medio... ¿Qué? ¡Claro! Pero es el linaje lo que vale. ¡Adiós!

II.

APENAS había entregado sir Selwyn su bastón y su sombrero, había arreglado los puños de su impecable camisa y había echado una mirada a sus bien cuidadas uñas, cuando una gentil camarera hizo pasar a su invitada.

—¿La señorita Falconer? — murmuró interrogativamente; e inclinándose hacia la mano que la joven le tendía, trató de ver a través del espeso velo que lo cubría, su rostro, recibiendo la impresión de que se trataba de una cara bonita y de aspecto sereno. — Debo pedir disculpa por la forma poco usual de que me he valido para conocerla, pero cuando me enteré de que vivía usted en Kennington, un lugar tan apartado, no me animé a ir a visitarla. Esta silla creo que será cómoda. Yo no conozco Kennington y temí que me arrollara una avalancha o extraviarme en algún extenso pantano. ¿Suele llegar alguna avalancha hasta Kennington, señorita Falconer?

—De tarde en tarde, — contestó la joven sonriendo ligeramente, mientras se sentaba

en uno de los sillones de mimbre. — Cuando hay algún gran match de football en "Oval".

—Puede usted servir el té — dijo sir Selwyn a la camarera y su suave sonrisa adquirió una expresión de severidad.

Se sentía molesto. La novia de Hilario parecía encontrarse muy tranquila y su réplica le hubiera agradado si el no hubiese querido que no. En verdad le disgustó por que no se sentía en terreno firme. Había esperado que sus maneras cordiales la sorprenderían y la atolondrarían si se trataba de una mujer sin cultura, o que de lo contrario, esto es, si era demasiado viva se mostraría en extremo efusiva. Pero no había ocurrido ni una cosa ni otra, pues la joven, como él, tenía pleno dominio de sí misma.

—¡Ah! Sí. El "Oval" se encuentra en Kennington, — dijo, y tomando una silla se instaló frente a la joven a la que miró con cortés atención.

Era alta, casi delgada. Se sentaba en forma correcta con gracia natural, sus codos descansaban en los brazos del sillón mientras se sacaba el guante de la mano derecha. Se veía que los guantes eran nuevos. Su modo de vestir no correspondía a ningún determinado estilo, y pudo ver sin recurrir a perspicacia alguna que aquel vestido de tela azulada, con adornos de encaje en el cuello y los puños era correctísimo por todos conceptos. El sombrero que llevaba, por su forma poco común, le pareció algo llamativo pero cuando la joven se levantó el velo pudo ver que la sentaba muy bien.

No era particularmente bella, pero tenía un tipo atrayente. Su rostro no era como para confiar en que Hilario hubiera perdido la cabeza por él, aún cuando como artista lo hubiera conseguido por su estilo especial. Lindos ojos, grandes y expresivos. Muy lindos, indudablemente. Bonito cabello bien peinado. En suma, no era la muñeca vistosa a la que se podía adular, ni la mujer de actitud censurable que él había esperado encontrar.

Se entabló una conversación trivial mientras traían el té, luego con un breve ademán la invitó a que ella hiciera los honores.

—Es usted aquí la señora de casa, — la dijo.—¿Quiere servir?

Ella aceptó la invitación sin vacilar pero se sentía algo nerviosa. El notó que la mano le temblaba ligeramente cuando tomó las tenazas para servir el azúcar, pero notó también que era una mano muy bien formada.

—Una encantadora dueña de casa, — exclamó no seguro aún respecto a la forma de entrar en materia e iniciar el ataque. —¡Qué suerte tiene Hilario! ¿Hace mucho tiempo que está usted en el teatro, señorita Falconer? ¡Pero que pregunta tonta la mía!

—Tres años.

—¡Tanto tiempo! ¿Pero, con seguridad, no le gusta?

Formuló la frase casualmente, al parecer, pero era una astuta emboscada, porque ella no podía expresar esperanzas de casarse con Hilario y seguir en el teatro, mientras que si contestaba en sentido negativo iba a resultar que Hilario no era más que el medio para dejar aquel ambiente y nada más.

—No, — respondió ella inmediatamente.— No. Al principio sí, cuando tenía más ilusiones que experiencia, pero ahora, no.

—¿Ilusiones de qué? — inquirió sir Evelyn suavemente.

—De interpretar papeles importantes y de ganar grandes sueldos, — dijo ella sonriendo.—De un suntuoso departamento, un buen automóvil, pieles, plumas y trapos.

El sonrió con indulgencia.

—Pero una joven tan encantadora como usted no puede haber perdido toda esperanza.

Ella le dedicó lo que él hubiera designado en otro caso como una sonrisa de anuncio de un dentífrico pero en la que adivinó algo de amargura.

—Las esperanzas no las he abandonado, las he rechazado por completo, — dijo.

Sir Selwyn, comprendió, lo que ella quería decir. Todas esas muchachas son lo mismo. Uno o dos besos del director y una cena más o menos y así llegaban pronto a "estrellas". Pero su alma se llenaba de amargura cuando los besos no llegaban y las cenas no se servían.

—¿Quiere decirse que se propone usted abandonar el teatro?

—Si me caso con Hilario, seguramente.

Se expresó con una firmeza que a él le produjo profunda impresión y por vía de represalia lanzó al azar un saetazo y observó cuidadosamente el efecto.

—¡Ah! Sí. Es verdad que yo no pensaba en eso.

Sus pestañas habían velado sus ojos cuando ella fijó la vista en el bollito que sostenía entre el pulgar y el índice.

—Perdone, mi tontería — murmuró. —Sus cumplimientos... cumplimientos en lo que a mí se refiere por que siendo Hilario "un hombre de suerte", me habrán engañado tal vez. Yo no dejaré el teatro si no es para casarme con él.

Sir Selwyn, se vió tomado de sorpresa, pero no lo dejó traslucir. Por otra parte, no le disgustaba que la batalla se hubiera empeñado tan pronto. Estaba dispuesto a entrar en acción y lanzó una salva.

—¡Loados sea Dios! — exclamó. — Parece que he pisado en falso, pero lo más inocentemente del mundo, señorita Falconer. Cuando hice esa manifestación pensaba cuán agradable tenía que haber sido para Hilario trabar relación con una joven tan encantadora, cuando por el contrario hay tantas ocasiones para que un muchacho le suceda todo lo contrario. Es verdad que me ha hablado de matrimonio, pero yo me había imaginado que era, tan solo, el gesto impetuoso de un muchacho y que usted no habría tomado en serio nada de cuanto él dijo a ese respecto.

Ruth Falconer, soltó el bollito, y sacando

el pañuelo se limpió con él los temblorosos dedos.

—Por lo tanto, — dijo, moviéndose como si fuera a levantarse—debo el placer de haberme visto con usted a una mala interpretación de su parte. Su hijo...

—Mi estimada señorita, — dijo sir Selwyn, rápidamente. — Haga el favor de no considerarme un ogro. Mi hijo es un grandísimo tonto, pues todos los hombres lo somos a su edad. Y yo he querido entrevistarme con usted para advertírselo en caso de que usted no lo hubiese notado. Hilario es el mejor muchacho del mundo, y yo estoy muy orgulloso de él, pero no tiene ni un penique, ni un solo penique fuera de su sueldo como subteniente en un regimiento en el que se gasta mucho. No tendrá dinero hasta que yo muera, y tengo vida para unos veinte años, lo menos. Es un hombre honrado, señorita Falconer, y la ruego crea que...

—No necesita usted disculparlo ni recomendármelo, sir Selwyn, — interrumpió ella con un leve movimiento de la mano y casi en forma impulsiva.—Le amo. Pero claro está que no puedo casarme con él si no cuenta más que con su sueldo de militar, arruinando así su carrera. ¡Eso no! ¿En suma, pues, usted me rechaza?

Sir Selwyn, se echó hacia atrás, lentamente, en su silla, y frotándose las manos lo miró con benevolencia y aflicción.

—¿Rechazarla a usted? — dijo. — ¡Rechazarla a usted! ¡Ante cuán grave dilema me coloca! Pienso que es usted encantadora. Me estaba encantando con esta deliciosa entrevista cuando estalla a mis pies semejante mina. ¡Loados sean los cielos! ¿Cómo ha sido posible eso? ¡Rechazarla a usted! ¡En realidad, no! Al menos personalmente.

—¿Usted me rechazaría si yo me casara con su hijo? — preguntó ella a media voz, mirándole con los ojos entornados.—¡Como soy una corista!

—¡Tan bella y sin embargo tan cruel! — murmuró él, desconsolado.

—¿Es así o nó?—insistió ella sin acalorarse.

Sir Selwyn la contempló un instante con toda gravedad e hizo un gesto de asentimiento.

—¡Ay! — dijo. — ¡Así es!

Hubo un momentáneo silencio. La joven miró hacia su taza de té, despues a los guantes y tocó el suave encaje del cuello del vestido.

—Usted hace que sea abominablemente brutal, — dijo él con hipócrita contricción y avanzando una mano suplicante.—Pero...

—¡Es que yo soy algo más que una corista! — exclamó ella recogiendo el guante.—En primer lugar, las coristas vulgares no ganan cuatro guineas por semana! ¡Yo sí!

El buscó algo que decir y gentilmente le bajó las manos cuando ella las levantó para ponerse el guante, y mirándola a la cara en la forma más suave, más gentil y más dulce que pudo simular, movió los labios durante un segundo y no logró hablar.

—Mi querida señorita Falconer... — dijo con desconfianza.

—Mi verdadero nombre es Chesney, y no tengo por qué avergonzarme de él.

—Estoy seguro de que no necesita usted avergonzarse de su nombre.

—Mi padre y mi madre viven aún y tendrán un verdadero placer en conocerle. Tengo la seguridad. No me avergüenzo de ellos, ni ellos de mí...

—Mi querida...

—Su dirección es Little Rivton, "Moss Cottage", Little Rivton, Kent.

Todo había sido correcta y naturalmente dicho, especialmente considerando la profunda impresión que todo lo anterior debía, tal vez, haberle causado a ella.

—¿Quiere usted escucharme un momento? —suplicó él gentilmente. — ¿Quiere usted oír la voz de la sociedad en que vive Hilario, en la que está su porvenir y su carrera profesional? Es una sociedad a la antigua, estricta, arrogantemente orgullosa, estrecha de miras, si usted quiere, y indiscutiblemente desconfiada. No tiene nada de común con la aristocracia moderna, para emplear una frase contradictoria, pero expresiva. Casi debí haber dicho plutocracia.

"La voz de la íntima conciencia—de esa sociedad,—dice así: Ninguna muchacha de buen juicio elegirá una profesión que se apoya principalmente, en la vanidad, que la obligue a hacer pública exhibición de sí misma que en gran parte dependa del aplauso de las clases sin cultura, y la que expone... la expone a tentaciones de una clase que no podrá probar, que no ha sucumbido ante ellas. Las esposas de nuestros hijos y madres de nuestros sucesores, deben ser las antorchas que iluminen la historia y estar por encima de toda sospecha. Y sólo pueden estarlo las que... que están acorazadas lo mismo arriba que abajo de la línea de flotación; las que, diciéndolo de otro modo, tienen que sostener no sólo el honor de sus hijos sino también el de sus antepasados. Este es el principio básico de la verdadera aristocracia.

Ella lo contemplaba con el rostro algo coloreado pero sin emoción, pero no pudo dejar de comprender que él hablaba con sincero convencimiento. Pero estaba hablando, claramente se comprendía, más en defensa de sí mismo que explicándole a ella, y sus palabras dejaron a la joven aparentemente fría.

Ella comenzó a ponerse los guantes y miró en redor con los ojos bajos. No parecía estar meditando, reflexionando o ejecutando ningún proceso mental: su actitud y su silencio eran tan fríos como si no se diese cuenta de que él estaba allí o de donde estaba ella, hasta que levantó los ojos y sonrió.

—¡Yo me casaré con Hilario! — dijo con la más completa tranquilidad.

—¡Pues hará usted una grandísima tontería! — exclamó él tomado completamente por sorpresa; y ella miró hacia arriba, hacia

un adorno decorativo de la pared, con una expresión de devoción profundamente ofendida.—Bueno, si usted habla así, hará que un hombre se olvide momentáneamente de que viste usted como una dama.

Luego, con una sonrisa semi irónica, se volvió para tomar el sombrero y el bastón.

—Perdone mi estallido, — dijo él sin mayor cuidado, — y sea usted juiciosa a su vez. Hilario tendría que dejar el servicio, pues si no tiene para mantenerse él solo, menos tendría para mantenerla, además, a usted. En cuanto a usted no sólo no podría vestirlo ni alimentarlo, tampoco lograría retener por mucho tiempo su entusiasta admiración en tan melancólicas circunstancias. Vive usted en la segunda década del siglo XX, recuérdelo bien y no en un número atrasado de una novela de folletín.

—¡Yo me casaré con Hilario! — repitió ella, y levantándose, le tendió la mano.

El la tomó y la retuvo un instante, mirándola con pena.

—¡Mi querida señorita, no sea usted insensata! — dijo.—Usted no puede imaginarse lo testarudo que es este viejo diablo. Pregúntele a Hilario.

—Soy capaz de juzgar por mí misma la clase de "viejo diablo" que es usted, sir Selwyn, — replicó con una sonrisa encantadora, mientras repasaba el dibujo de un adorno de la alfombra con la contera de la sombrilla.—Usté no logrará asustarme porque yo amo de veras a Hilario, y él me ama de veras. Pero ¿ha probado ya todos los medios de que dispone? ¿No es costumbre en estos casos especialmente cuando se trata de una mujer de teatro, salvar el viejo nombre y el honor de la familia comprándola con dinero? ¿Qué le parece veinte mil libras esterlinas? ¿Puede ser esa una base para las negociaciones? Algo por el estilo, me imagino.

Sir Selwyn miró fijamente el borde del ala del sombrero que tenía en la mano, y sus ojos se entornaron. Aquella muchacha lo dejaba perplejo. Se daba cuenta de que se burlaba de él y creyó que realmente intentaba entrar en negociaciones, para resolver la dificultad. Era natural y esencialmente femenino que ella declarase que estaba sinceramente enamorada de Hilario y que simultáneamente quisiese venderlo; esto valorizaba el artículo que trataba de realizar. ¡Pero cuánta inteligencia denotaba la muy pícara! No era a Hilario al que ella avaluaba en veinte mil libras para el padre, pues éste hubiera declarado que el joven era caro en veinte peniques. ¡No! Era "el viejo nombre y el honor de la familia", a lo que él mismo había estado valorizando, lo que ella afecta venderle. El cebo no era malo. Y no obstante, ¿se estaría ella riendo de él? Nunca había visto a una joven más misteriosa y más provocativa.

—¿Habla usted en serio?—dijo él. — ¿Está en mí el ofrecer a usted una compensación por el daño causado a sus sentimientos por las tonterías de mi hijo?

—Por supuesto. Usted puede hablar con mi padre a ese respecto, — murmuró ella, clavando la contera de su sombrilla en la alfombra, como para descargar sus reprimidas emociones. — Yo no sirvo para tratar de negocios y es un asunto que nuestros padres podrán arreglar convenientemente según creo.

—¿Debo ver a su padre?

—Eso depende de sus sentimientos, pero... pero...

—¡Bien! — dijo él bondadosamente, al notar que había lágrimas en su voz. — ¿Dijo usted que su padre vive en Little Rivton?

—Sí "Moss Cottage".

—Permítame usted que la acompañe hasta un coche.

Ella se dirigió hacia las puertas, mientras él pagaba el gasto hecho y bajó la vista cuando salió en su compañía.

—No quiero coche, gracias, — dijo tendiéndole la mano a ciegas. — Voy a caminar un poco y después tomaré el ómnibus. ¡Adiós!

—¡Adiós! — respondió él con fúnebre entonación, aun cuando estaba echando chispas. — Iré a ver a su padre y discutiremos lo que se pueda hacer.

Cuando ella se alejó, él se colocó el bastón debajo del brazo, sacó la cigarrera, la abrió y al verla vacía la volvió a cerrar con un gesto brusco.

La señorita Falconer cruzaba la calle. Era una linda figura de muchacha y caminaba muy bien.

—¡Oh! ¡Hilario, Hilario! — murmuró, — dirigiéndose hacia el oeste. — ¡Joven inexperto, cómo te ha entusiasmado esa mujer! Pero... no sé... Se mostró muy hábil del principio al fin. ¡Por el diablo! ¿Cuánto irá a costarme esto?

III.

LITTLE RIVTON se encontraba a unas treinta millas de la ciudad y sir Selwyn fué en su viejo y pequeño automóvil para dar la menor impresión posible de riqueza, sin recurrir a un disfraz.

Cerca de la aldea, un hombre que conducía una chillona carretilla de mano, le indicó el camino que debía seguir para llegar a "Moss Cottage", diciendo: "Tuerza a la izquierda, pase la iglesia, continúe una milla más adelante y encontrará la casa cerca del parque, señor". Unos minutos de marcha bajo la clara luz del sol y entre el fresco de la mañana, y el automóvil se detuvo ante un alto cerco de acebos, en el que se destacaba un portoncito blanco.

Sir Selwyn descendió del vehículo y abriendo el portoncito pasó a un pequeño jardín compuesto de trozos de césped, limitado por borduras y con toda clase de grupos de plantas olorosas. Frente a él se levantaba un pequeño edificio de seis habitaciones, con tejado cubierto de musgo, enormes aleros, anchas ventanas y una pequeña puerta en el frente, medio oculta entre las sombras de un pórtico cubierto de plantas trepadoras. Todo era muy

lindo, hasta el aspecto de abandono del jardín y la condición de la casa, que debía necesitar reparaciones. Esta necesidad de reparaciones agradó a sir Selwyn, porque la pobreza que denotaba podía indicar hasta dónde llegarían las exigencias de dinero para resolver el asunto.

Se quitó y metió en el bolsillo los anteojos de automovilista mientras avanzaba por el sendero que conducía al pórtico de entrada y llamó a la puerta.

El pequeño y adornado llamador dió un golpe que repercutió tan fuerte como si hubiese llamado el chico del almacén. Las abejas zumbaban en torno de su cabeza; luego al oír el ruido de una puerta en la parte interior llevó la mano a su tarjetero. La puerta se abrió silenciosamente y vió aparecer una cabeza, detrás de la que se distinguía un oscuro corredor al fondo del que se alcanzaba a divisar un trozo de jardín de un verde brillante y un patio iluminado por los rayos del sol.

—¿Es éste "Moss Cottage", del señor?...

—¿Chesney?... Sí — dijo la cabeza.

Sir Selwyn había vacilado porque había olvidado el nombre.

Era una voz de mujer de timbre agradable y culto, y cuando la puerta se abrió más vió la figura de una pequeña y ligeramente encorvada mujer de edad, vestida con sencillez, pero con gusto. Aun cuando su rostro estaba arrugado y pálido, se podía creer que a causa de los sufrimientos, era hermosa, con una suprema expresión de contento y de juventud espiritual. Sus ojos, azul pálido, animaban aquel rostro como una sonrisa y pareció complacerle el tomar la tarjeta, pues sus mejillas se colorearon un poco y sus labios sonrieron.

—¿Un... forastero? — preguntó. — ¡Perdóneme, pero soy tan ciega!

—Soy sir Selwyn Glade, — contestó él. — Quizás el señor Chesney, no deje de estar preparado para verme.

—Sir Selwyn Glade, — repitió ella retrocediendo hacia el interior. — ¿Quiere tener la bondad de pasar?

Le acompañó hasta una pequeña habitación situada a la derecha y le rogó que tomase asiento.

—Si quiere tener la amabilidad de sentarse y esperar un minuto, voy en busca del señor Chesney, — dijo al retirarse. — La criada a salido y él se halla en el jardín, según creo. Pero yo le encontraré.

Sir Selwyn permaneció de pie sonriendo en forma enigmática, mientras se golpeaba la reluciente calva con los dedos. Estaba perplejo y le divertía sentir una vaga sensación de malestar. Aquella señora vieja era, sin duda, la madre de Ruth Falconer, la señora de Chesney. Probablemente había tenido una buena colocación, tal vez había sido ama de llaves y se había retirado, acaso gozando de una pensión. Por eso había adquirido cierto barniz de refinamiento y lo había inculcado a su hija.

Se sentó y miró hacia el suelo. La alfombra era barata y estaba muy desgastada, pero muy limpia. ¡Pero aquella silla! ¡Hola! ¡Jacobina auténtica! ¡Un soberbio ejemplar, en verdad!

Se levantó lentamente, e hizo jirar la antigua silla sobre una de sus patas. Era una pieza espléndida, un verdadero tesoro. ¡En realidad se trataba de una soberbia pieza!

Se pasó lentamente la mano por la barba y miró en torno suyo, con asombro.

¿Dónde estaba?

¡Aquella alfombra de Axminster, ordinaria y aquellas cosas! La mesa con travesaños horizontales no era de gran importancia, aunque antigua y exquisitamente torneada. ¡Pero, aquello! ¡Y aquello! Una silla de hilar gastada, evidentemente desgastada, por el constante y regular roce de muchos delicados hombros femeninos. Los estantes de la biblioteca que ocupaba todo un costado de la habitación. ¡Otro hermosísimo ejemplar! Aquellos candelabros también! Pero¿y aquello? ¡Dios santo! ¡Y aquello! ¡Un auténtico cuadro de Corot!

Se tomó el labio inferior con los dedos y mirando en redor se rió débilmente Casi pudo haber llorado con la misma facilidad, pues creyó haber hallado la solución del misterio. Los Chesney habían sido sirvientes, tal vez en casa de los dueños de Little Rivton Park, cerca de allí y cuando aquella finca cambió de dueño, pasando a ser propiedad de algún plutócrata completamente ignorante y apasionado por la pintura moderna y los objetos de más reciente creación, las piezas sueltas les fueron regaladas. Pero cada uno de aquellos objetos tenía un valor suficiente como para pagar con él el rescate de un príncipe! El ama de llaves debió casarse con el mayordomo. ¡Sí! Y ya demasiado viejos, los habían pensionado ó vivían de sus pequeños ahorros.

Se volvió al oir que se abría la puerta a su espalda y quedó frente al mayordomo de sus pensamientos.

Pero no fué una cara de mayordomo la que vió. La alta, encorvada figura podía haberse erguido alguna vez en el cuarto de los sirvientes, pero el rostro no era el de un criado. De frente ancha, facciones bien modeladas, ojos que miraban sin temor, aquel hombre sonreía de un modo que, si un criado hubiera querido imitarle, hubiese hecho una ridícula mueca. Se movía apoyándose en un bastón, pues indudabelmente tenía enferma la pierna derecha.

—¿Sir Selwyn Glade? — dijo.—Su nombre, claro está, no me es desconocido. Supongo que no cometió usted el error de ir hasta el parque.

—No. Dí en seguida con la casa. Agradezco su interés, — respondió sir Selwyn.—¿Me permite que cierre la puerta?

—Gracias. El reumatismo me molesta mucho. Gracias. ¿Quiere tener la bondad de sentarse?

—Es muy doloroso el reumatismo.—observó sir Selwyn, sentándose. Aquel hombre no era un sirviente. Era un caballero, indudablemente.

—Hace años que padezco de esta enferme-

dad,—replicó el señor Chesney dejándose caer lentamente en la silla jacobina.—Pero me afirman que el reumatismo gotoso es aún peor y ese es mi consuelo. ¿Está usted radicado en las cercanías?

—Vengo de la ciudad. ¿Puedo permitirme preguntarle si esperaba usted mi visita?

El señor Chesney se sonrió y con los codos apoyados en los brazos del sillón hizo un ligero movimiento con las manos.

—Pero no por inesperada es menor la satisfacción que experimento al recibirla.

—Gracias — dijo sir Selwyn, quien siguiendo el curso de sus ideas pensó que de no haber sido quien era, aquella pregunta lo hubiera sorprendido y para salir del paso hubiera balbuceado alguna excusa. Pero no, había respondido en forma espiritual y con gran tacto.—Pensé que su hija, la señorita Falconer le hubiera manifestado que yo deseaba entrevistarlo por un asunto muy delicado. La cuestión es y usted disculpará mi precipitación en llegar a punto principal, que mi hijo ha conocido a la señorita Falconer en la ciudad y se ha enamorado de ella.

—¿De veras? — murmuró el señor Chesney suavemente, mientras entornaba los ojos. —¿Me es permitido preguntar si es el mayor de sus hijos?

—Mi único hijo

—¡Ah! Pues ella no me ha dicho nada. Puede que su discreción sea mayor que su valor y haya esperado que usted librara mejor la batalla en su defensa, aún cuando no puedo imaginar por qué ha podido suponer que yo hiciese objeciones, tanto más cuanto que podemos ponernos de acuerdo. ¿Ha seguido su hijo la tradición de la familia ingresando en el ejército?

—Sí. En un regimiento de lanceros—respondió sir Selwyn ofreciendo la más patética de las expresiones.

—¡Excelente! — sonrió el otro bondadosamente.—Bien, sir Selwyn, pues en lo que a a mis sentimientos personales se refiere me consideraré muy feliz en que su hijo pueda llegar a ser mi yerno, pero acaso usted no conozca por completo cuál es mi situación y pienso que debo enterarle por completo de ella, para que vea claramente la posición en que estoy colocado respecto a la situación de fortuna antes de que podamos entrar a discutir el asunto. Soy el último miembro sobreviviente de la rama fundada por Juan Chesney, quien falleció en Flodden mientras, como ha dicho el historiador "su espada no había sido retirada aún, del vientre de Arturo de Massey". Una orgullosa rama, no manchada por ningun hombre sin honor, ni dama alguna sin virtud, señor, y mis rentas son precisamente doscientas libras por año, la mitad de las cuales me las aporta mi hija.

"Como puede ser eso, es cosa que ha de admirarle, así como el que yo no me sonría al hablar de ello, señor. Estoy orgulloso por ello. En otra época existía el Castillo de los Chesney y el castillo de Yearlands... los dos los hemos perdido. El castillo de Chesney defendiendo a Jaime Stuart y el de Yearlands con sus valiosísimos yacimientos de carbón, en un relativamente reciente pleito. Solamente Little Rivton, nos queda ahora, y éste está enormemente gravado por el dinero que pedimos para hacer tentativas por recuperar el castillo de Yearlands. Durante varias décadas, los Chesney se sacrificaron por libertar de hipotecas sus propiedades. Finalmente, mi padre hizo lo que yo, venir a vivir aquí, a las mismas puertas del parque, para dedicarse a la tarea de rescatar lo que queda, tomando un valioso seguro de vida destinado a la parcial redención de las hipotecas y reduciendo sus gastos personales al mínimum. Yo he hecho lo mismo y tengo la dicha de poder decir que cuando yo muera Little Rivton estará libre por completo de hipotecas y pasará a poder de mi adorada hija.

"Ella ha realizado su parte en esa tarea. ¡Dios la bendiga por su heroísmo! Dejando a un lado sus naturales escrúpulos y temores en lo de buscar el favor del público, pero confiando en las innatas virtudes para protejerse contra las amenazas y las emboscadas, ha utilizado el tesoro de su bonita voz para aligerar la carga a sus padres en sus últimos años de vida. De las seis o siete libras que según tengo entendido, gana por semana, nos entrega, como ya he dicho un centenar de libras esterlinas por año.

"Ya sabe usted, sir Selwyn, cuál es mi situación: no dispongo de nada, de nada para formar una "inmediata" dote.

Sir Selwyn se puso en pie rápidamente, fija la mirada en el Corot, como un chico embobado.

—No hay que hablar de eso, — dijo después de un momento y con una entonación de vez que semejaba un eco. Luego volviéndose hacia el señor Chesney, sonrió con su peculiar gentileza.—Deje a mi particular cuidado y orgullo el cuidar de que la esposa de mi hijo no pueda carecer de nada. ¿No me será permitido el honor de ver a la señora de Chesney para estrechar su mano?

. . . .

Hilario y Ruth, estaban comiendo en uno de los rincones del restaurant de Tooche, cuando sir Selwyn, levantó la cortina que los aislaba del resto de la concurrencia y se quedó contemplándolos. Miró a Hilario y a Ruth, desconcertado y después sonrió.

—Señorita Chesney... — dijo, mientras se empezaba a sacar el guante de la mano derecha.

—¿Sí? — preguntó ella interrogativamente: y de pronto comprendió el significado de su mirada y riendo de felicidad, tendió ambas manos hacia él, francamente, lealmente.

El las tomó y besando una de ellas puso la otra en las de Hilario.

—Querida hija, — manifestó mirando hacia los risueños ojos de la joven con indescriptible aire de contricción.—No encuentro palabras con que expresar lo que siento.



"PECAS"

por L. J. BEESTON

Los relatos sobre robos de joyas son siempre fascinadores, especialmente cuando la acción, en uno y otro sentido, está tan bien combinada y con la habilidad con que el señor L. J. Beeston traza su trama. A continuación aparece otro relato sobre las actividades de Acton Dawes, en un tiempo ladrón de joyas y actualmente empleado de policía.

I.

SUPONGO que usted conocerá a Skarrs; ¿eh? — preguntó Jackerman.

—¿De la firma Manthuse y Skarrs?

—El mismo. Lo he visto esta mañana. Está muy angustiado con motivo de un par de pendientes de brillantes que tienen que llegar a su destino esta noche; y no está angustiado sin razón porque ya se intentó robar esos pendientes hace unos tres años.

—¿Deben ser las encantadoras "briolettes", o piedras en forma de gota que la señora de Endays ha de lucir esta noche en el baile que da en su casa de campo, y al que ha de asistir todo lo más distinguido de varias millas a la redonda, con motivo de haber llegado su hijo a ser mayor de edad? — pregunté.

—¡Ah! ¡Usted, probablemente sabe tanto o más que yo a ese respecto! —exclamó Jackerman.

—Lo que se, en primer lugar, es que tengo en el cajón del escritorio una invitación, que no acepté, para asistir a ese baile. En segundo, que fué por indicación mía que la señora de Endays hizo quitar esos dos brillantes de un "pendentif" y los hizo horadar en la parte de arriba, para hacer de ellos unos pendientes. Manthuse y Skarrs se encargeron de ese trabajo. Serán iguales, esos

pendientes, al famoso par de "briolettes" de la reina María Antonieta. Gracias por su elogio, mi querido Jackerman. Siga usted.

—Al señor Skarrs, repito, le tiene angustiado la idea de la entrega de esas joyas. Con razón o sin ella, teme que, en el último momento, puedan robarlas.

—Podía mandarlas por correo; es el sistema más seguro.

—Eso lo reconoce él; pero el trabajo será terminado muy tarde y será necesario enviar un mensajero a entregar las joyas, esta noche, a la señora de Endays. Hemos hablado de usted. Yo mencioné, — sin tocar, como es natural, ninguno de los temas que pueden molestarle a usted, — el hecho de que usted nos había sido extraordinariamente útil en algunos casos de suma importancia. Después fuí más lejos y dije que tal vez accediera usted a llevar los pendientes a su dueña, si yo se lo solicitaba. El señor Skarrs contestó que semejante servicio le dejaría real y profundamente agradecido.

La manifestación de Jackerman me resultaría muy halagüeña.

No lo digo como sarcasmo. Habían sido olvidados para siempre aquellos días en que yo sustraía a la sociedad sus joyas superfluas hasta que la policía me sujetó firmemente entre sus pinzas. ¿No había comprado mi libertad mediante la promesa de la aplicación de mi profundo conocimiento de los ladrones de brillantes y de su manera de proceder? ¿No había, la policía, pegado aquellas hojas de la historia de mi vida, y escrito algunas otras en elogio mío y en recuerdo de haberle sido yo sumamente útil? Todo esto era verdad. Y tan verdad era que allí estaba, mi viejo amigo el inspector Jackerman, después de haber ofrecido mis servicios, como hombre de entera confianza, a los joyeros Manthuse y Skarrs.

Me incliné, agradeciendo la manifestación del inspector.

—Los pendientes no estarán terminados hasta esta tarde a las cinco y media, — díjome Jackerman, levantándose. — Dos horas después sale un tren para Sunmere. Voy a telefonear diciéndole que usted accede. Recuerdo que él me dijo algo sobre la probabilidad de que usted fuera como invitado a Sunmere, esta noche; no siendo así no creo que él se hubiera atrevido a dejar que yo le pidiera que ejerciese la misión de mensajero.

A las cinco y media enré en la pequeña joyería de Manthuse y Skarrs, en Jermyn Street una tienda como una caja de píldoras con un escaparate estilo de la época del rey Jorge, en el que no había ni una alhaja que no fuese de primera calidad. Me hicieron pasar a una habitación del fondo, donde Skarrs estaba sentado en un sillón giratorio. Irguió su adiposo cuerpo y me tendió una mano rolliza. Nos conocíamos muy bien.

—Le quedo muy agradecido, señor Dawes, —díjome. — En general esta clase de asuntos no me pone nervioso, pero esos diamantes en forma de gota son tan conocidos y tan valiosos. — Los sacó de un cajón de la mesa ante la cual se hallaba sentado y me los mostró. — Usted no ignorará que en una o dos ocasiones han tratado de robarlos.

Incliné la cabeza.

—Hubo una joven de Melburne, por ejemplo, a la que se le escaparon por verdadero milagro. Me refiero a Prudence Laidlaw, conocida por el apodo de "Pecas".

Me miró sin hablar.

—Los casos de tentativa de robo no han llegado, detallados, a mi conocimiento,—dijo, después de una pausa. — Se ve que está usted mejor informado que yo.

—¡Oh! Las joyas y las aventuras de las joyas son el entretenimiento de mi ociosidad. Pero no tenemos por qué molestarnos en lo que se refiere a "Pecas". Debe estar en una u otra prisión, actualmente. Permítame que le felicite por este trabajo, señor Skarrs. Es verdaderamente encantador. Los pendientes parecen dos colgantes gotas de lluvia a la plena luz del sol. Hermosísimos diamantes, realmente.

—Celebro que usted piense así, — contestó tomándolos de mi mano. — Voy a devolverlos en este estuche, que es de propiedad de la señora de Endays. Es demasiado grande, como usted ve, pero fué hecho para ella por un habilísimo cerrajero. La señora me trajo los diamantes en él. Se cierra así. Acertijo: encontrar el modo de abrirlo. Una sencilla manipulación de tres ocultos resortes levanta la tapa, pero ignorando el secreto de esa manipulación puede estar uno tratando de abrirlo durante una semana, sin dar con el secreto.

Me entregó la cajita, forrada de marroquín negro, y en el mismo momento ví un destello de los diamantes cuando éstos caían de la parte del fondo del estuche, en la palma de la mano de Skarrs.

Durante un segundo sentí deseos de darle un golpe en la cara al socio de la firma Manthuse y Skarrs, y desmayarle sobre su escritorio.

No tan sólo el hecho de que estuviera jugando conmigo, sino el que creyera que podía engañarme a mí por medio de un "truc" tan burdo, me enloqueció a punto de aconsejarme que procediera con la brutalidad más salvaje. Su plan era tan evidente como la luz de un relámpago. No tenía ni la menor intención de confiar las joyas a mi custodia; su idea era hacerme el "aparente" portador de ellas, con el caritativo propósito de encaminar cualquier tentativa de robo en mi dirección; iba a ser yo un finjido portador; una especie de muñeco sobre el que caería cualquier golpe peligroso, desviándolo de su verdadera dirección. La señora de Endays debía poseer un estuche para sus diamantes tal como el que él había descripto, pero el que me había dado no era el de la señora, era nada más que un estuche vulgar con una pieza movediza en la parte de abajo. Un utensilio barato y vulgar de prestidigitador aficionado con el que había dado una representación pretendiendo engañarme a mí.

Con dificultad abrí la mano que había ce-

rrado y hasta procuré expresarme con toda blandura y suavidad.

—¿Desea usted que le dé un recibo de las joyas que me ha entregado?—pregunté.

—¡No! ¡No, señor Dawes! ¡Semejante formalidad no es necesaria entre nosotros!—tuvo la prudencia de contestar.

Mientras él hablaba, decidí callar por el momento. Del caso podía resultar una aventura y yo deseaba ser el último que se riera. Abrí la puerta de la habitación del fondo de la tienda. Una señora se hallaba de pie junto a unos de los mostradores inspeccionando unos anillos puestos en una bandejita cubierta de terciopelo.

—¡Adiós y buen viaje! — me dijo Skarrs con su más fina cortesía. — No olvidaré nunca el favor que me hace y que me libra de una grandísima angustia. Supongo que conoce usted el horario de los trenes para Sunmere. El de las siete y media le llevará con toda rapidez. Si usted quiere tener también la bondad de presentar mis respetos a la señora de En...

Calló de pronto, después de mirar a la cliente, cuando yo dejé de estar entre ella y él. Después, con una reverencia final, volvió a entrar en su oficina.

Me volví rápidamente, suponiendo que la cliente miraba hacia nosotros. ¡Oh, sí, era Prudence Laidlaw en persona! ¿Ustedes se esperaban esto? Pues yo no. Figúrense mi sorpresa.

Prudence Laidlaw no me había visto nunca, y yo me alegré de ello. Unicamente una vez la había visto yo y en aquella ocasión nos separaba una distancia bastante grande, pues yo estaba en la galería del público, en la sala de un tribunal de justicia, a la que había ido a presenciar el proceso de una joven que había tratado de apoderarse de los diamantes "briolettes", de la señora de Endays y no se los había llevado por una casualidad. Esto sucedía en Melburne. Prudence escapó a la condena salvándose en una tabla.

Su mirada tropezó con la mía y se deslizó a otra parte con la mayor indiferencia, volviendo luego, de nuevo, hacia el dependiente que le mostraba los anillos. Sin embargo, si algo podía figurar entre las verdades seguras, era el hecho de que, en aquel momento había tomado una perfecta fotografía mental de mí, para futura, — muy futura, — referencia. También era verdad que había oído las palabras del viejo Skarrs y que había, probablemente, comprendido todo su significado.

Me quedé un momento fuera, pretendiendo examinar las joyas expuestas en el escaparate. ¿Por qué estaba allí Prudence? ¿A hacer una compra de verdad? Esto era una posibilidad contra cincuenta. La deseché inmediatamente. Había ido a enterarse de lo que pudiera, quizás para someter a una disimulado interrogatorio al dependiente, sobre el destino de los diamantes en forma de gota, de la señora de Endays. ¿Cómo sabía que Manthuse y Skarrs los tenían en su poder? Bueno, lo cierto es que ustedes los que han nacido ladrones de alhajas, encuentran el camino de esos secretos como las ratas el camino del sitio donde está el queso.

Si mis suposiciones no eran equivocadas, un golpe de muy buena suerte había llegado a enterarle de la manera más inesperada. Si había interpretado bien las palabras de despedida del viejo Skarrs, fijarla su atención en mí. Pero como yo, al fin y al cabo, no tenía los diamantes, entonces su "muy buena suerte" resultaba de poca importancia. Así era, efectivamente. La hábil diplomacia del viejo Skarrs comenzaba pronto, a dar fruto, en lo que a él se refería. Yo constituía la falsa pista y la persecución sería tras de mí.

Los diamantes de la señora de Endays llegarían a su destino por algún conducto desconocido. Quizás el mismo Skarrs se proponía llevarlos personalmente. Esto era cuestión suya; pero yo no podía perdonarle el empleo que quería hacer de mi persona.

Cuando yo terminaba de dar vuelta en mi imaginación a todas estas ideas, salió Prudence de la joyería. Sus "Buenas tardes" al dependiente hallábase todavía en sus labios, y la sonrisa que había acompañado a la frase, perduraba en su rostro marcado por las pecas. Me vió, sin duda, pero no me dirigió ni la más breve mirada. El tráfico de la calle la absorbió y yo no intenté seguirla.

La próxima jugada del partido tenía que hacerla ella.

A las seis y media comí, solo, en el restaurant del Euston Hotel. A las siete y cuarto me hallaba en la plataforma de partida de la estación. El tren rápido esperaba el momento de partir, el vapor salía con fuerza de la válvula de seguridad de la locomotora.

No había tomado boleto para Sunmere. En primer lugar, yo no tenía las joyas y me fastidiaba el pensar que Skarrs se figurara que yo había decidido hacer el viaje en calidad de muñeco; en segundo lugar, yo había declinado cortésmente la invitación que se me había enviado para asistir al baile; y en tercer lugar, sentía pocos deseos de que me dieran un golpe en la cabeza y me arrojaran de un tren que corriera a razón de una milla por minuto. Claro está que Prudence no estaba en condiciones de someterme a semejante tratamiento, pero seguramente tenía un cómplice capaz de hacer lo que he dicho.

En consecuencia, decidí que el estuche vacío que en aquel momento abultaba en el bolsillo de mi sobretodo, me fuera robado del modo más fácil del mundo.

Esto era lo más fácil. Miré en redor en busca de "Pecas" y no me sorprendió no verla por ninguna parte. Un disfraz o un cómplice masculino estaban, sin duda, escudando sus movimientos, pero que yo era observado atentamente en aquel crítico momento.

era enteramente seguro. Saqué a medias, del bolsillo, el estuche de marroquin negro, como para asegurarme de que no me lo habían quitado. Después busqué y encontré un compartimiento vacío, me quité el sobretodo y lo puse en un asiento de un rincon, echando sobre él un par de magazines y un diario de la tarde. Habiendo, de este modo "reservado" el asiento para mí, bajé del vagon, me volví negligentemente, encendí un cigarro y me puse a pasear con lentitud. Me paré como si estuviese examinando el contenido de un estante del puesto de libros y revistas, mirando con el rabo del ojo izquierdo en busca del pez que había de ir a picar el cebo puesto por mí.

Como sport no era malo, les aseguro.

Pero no pasó nada. Transcurrieron los minutos, faltaban solamente siete para que la señal del semáforo se cambiara de roja a verde. Los muchachos vendedores de diarios redoblaron sus estridentes gritos. La locomotora, con la caldera repleta de vapor, chillaba su exceso por la válvula de seguridad.

Entonces un escocés de cabello largo y enmarañada barba subió en el compartimiento que yo había escogido, eligió un asiento de un rincon, al otro extremo y se entregó a la lectura de un diario de la tarde. Sentí instintivamente que aquel no era el pez que yo había esperado.

Pasaron tres minutos más. No había sucedido nada. Experimentaba yo la sorpresa de un pescador de caña que sabe que el arroyo está lleno de hambrientos carpas y ninguna se acerca a comer lo que él les ha arrojado. Que una tentativa para robarme las alhajas en la estación, si yo presentaba la oportunidad necesaria, sería realizada, era cosa de la que no dudé un solo momento. Quizás la joven—a quien ví en la joyería no era "Pecas", después de todo. O esta era la explicación o mi actitud al aparente negligencia inspiraba desconfianza al observador. ¡Nada de medidas a medias! Me alejé rápidamente camino del puesto de venta de cigarros. Pasó un minuto mientras compré un par de cigarros de hoja. Volví tranquilamente a apreciar el resultado.

¡Por fin! El pez habíase dirigido hacia el cebo. Un hombre salía del compartimiento que yo había escogido. Le ví un momento de perfil mientras se dirigía con rapidez hacia la salida, un delicado perfil con una idea de bigote rubio. Sentí grandes sospechas de que se trataba de la misma Prudence, disfrazada, pero no pude estar seguro.

Subí en el vagon en el momento en que un toque de silbato de la locomotora enviaba a lo alto un chorro de vapor. Se notaba que alguien había revuelto mi rincón. Los magazines y el diario que yo había puesto encima del sobretodo estaban a un lado y el sobretodo había cambiado de lugar. Lo levanté, tomé los periódicos y descendí cuando el tren comenzaba a ponerse en movimiento.

¡Excelente! Me había librado del peligroso estuche a poca costa, segun yo lo había dispuesto. Me sentí mas tranquilo. Contemplé el farol de cola, del tren cuya luz roja se alejaba, hasta que no se vió más que como una chispa. Me reí, pensando en la próxima sorpresa del exasperado ladron. En tal situación no me convenía andar por allí. Decidí pasar la velada en uno de mis clubs.

Cuando un automóvil de alquiler me alejaba de la estación, arrojé mi sobretodo a un lado, pues la noche no era fría. Al proceder así, algo me golpeó en la rodilla. Metí la mano en uno de los bolsillos; el estuche de las joyas estaba todavía allí.

Lo saqué del bolsillo. Sí, era el mismo estuche que Skarrs me había entregado. ¿Qué era, pues, lo que había sucedido? Tal vez el que se proponía robarlo no había tenido tiempo de sacar el estuche del bolsillo o le había faltado valor en el momento crítico.

—¡Qué imbécil! ¡Un novato cualquiera lo hubiera hecho mejor! — gruñí disgustado.

Traté de abrir el estuche, pero los resortes que sujetaban la tapa y el falso fondo, estaban astutamente ocultos y antes de que pudiera abrirlo, el automóvil llegó al club.

Cuando entré en el vestíbulo, me detuvo un amigo íntimo para comunicarme una noticia.

—¿Conoce usted a Skarrs, de la firma Manthuse y Skarrs? — me preguntó excitadísimo.

El rápido e intenso interés que vió en mis ojos fué una silenciosa y afirmativa respuesta.

—¡Le han dado un golpe en la cabeza a la misma puerta de su casa, hace una hora! ¡No se ha visto nada más atrevido! ¡Le han llevado a su casa tres cuartas partes muerto!

—¡Oh! ¿Y el motivo?

—Se supone que ha sido el robarle algo de grandísimo valor. Usted sabe que Skarrs se ocupaba en vender alhajas. Tal vez algún brillante muy grande.

¡Vaya! ¡Dos grandes diamantes, dos hermosísimas "briolettes", que valían más de mil libras esterlinas cada uno!

* * *

II

VOLVI a mis habitaciones de Clarges Street. Puse el imitado estuche de marroquín negro en una mesa.

—No, no puedo sentir verdadera simpatía por Skarrs, — contesté a las preguntas que me hacía mentalmente. — Hizo de mí un empleo indigno. Como yo lo sospechaba, se proponía ir él mismo a Sunmere, con los diamantes de la señora de Endays; probablemente iba a hacer el viaje en automóvil y se comprendía que no había logrado engañar a aquella joven y a sus posibles cómplices, como no había logrado engañarme a mí. Ellos estaban al tanto de su juego y fueron tras él. En cuanto al ac-

cidente de la estación, yo estaba equivocado. El joven a quien ví saltar del coche era un enteramente inofensivo pasajero, en busca de asiento. Las joyas habían desaparecido y con seguridad, Jackerman se presentaría a pedirme que las buscara.

Bueno, eso podría constituir una buena campaña. Avivé el fuego de la chimenea y acerqué una butaca, sentándome a esperar los acontecimientos y a pensar en lo que podía suceder. El tacto del vacío estuche me ayudó algo a desarrollar mis pensamientos. El estuche era una imitación del de la señora de Endays, sin duda, pero no tenía la pieza movediza del fondo, que Skarrs había usado para hacer caer los pendientes en la palma de su mano. Busqué detenidamente el mecanismo, pero no logré encontrar el resorte. Entonces dediqué mi atención a la tapa. El secreto era excesivamente ingenioso, pero lo dominé al fin y la tapa, forrada de cuero, se levantó.

Dentro, reposando en su pequeño hueco de peluche negro, un brillante, par de relucientes aros de diamantes, lanzaron a la luz de la lámpara eléctrica, destellos multicolores.

Una de las mayores sorpresa de mi vida. Aquello fué como un golpe en el rostro, metafóricamente. Durante un momento me pregunté si me había quedado dormido en la silla y estaba soñando. Me froté los ojos y miré de nuevo.

Eran las "briolettes" de la señora de Endays. Las hubiera reconocido entre mil, a aquellas hermosísimas gotas formada cada una de una sola piedra; colgantes perlas de rocío envueltas en sol matutino, piedras de la más purísima agua.

Suspiré.

¿Estaba equivocado entonces cuando me pareció ver que Skarrs había hecho que las piedras cayeran en la palma de su mano?

¡Oh! ¡No! ¡De ninguna manera!

Lo detalles del caso se me presentaban tan claros como la luz del día. La joven, Prudence, había sido engañada, después de todo, por las palabras de despedida que Skarrs me dirigió. Se había convencido entonces de que yo era el portador de las joyas. Ahora bien, ella y su cómplice,—pues con seguridad no había sido la joven la que había dejado medio muerto al viejo,—estaban enteramente al tanto de la existencia del estuche imitado, pero se hallaban convencidos de que era Skarrs el que lo tenía. En el momento en que salía de su casa para dirigirse a Sunmere, fué atacado y le quitaron el estuche. Pero si los ladrones creían que estaba vacío, ¿por qué se aventuraron a tomarse ese trabajo y correr ese riesgo? ¿Por qué? Porque tenían el propósito de aliviarme de mi carga, reemplazándola por le habían quitado a Skarrs.

Por eso me robaron el estuche en la estación de Euston, según lo supuse yo a su tiempo. El estuche que me había entregado Skarrs fué sacado del bolsillo de mi sobretodo y en su lugar pusieron el otro; una combinación muy sencilla mediante la cual el ladrón esperaba evitar la conmoción que hubiera tenido que ser inmediata consecuencia del descubrimiento de mi pérdida.

Así, pues, sin el menor asomo de duda, me habían quitado el estuche vacío, poniendo en su lugar el que contenía los pendientes de la señora de Endays. Con seguridad habían intentado abrir este estuche pero el ingenioso mecanismo había burlado a los poseedores durante el corto tiempo de que dispusieron y no se atrevieron a romperlo, temerosos de que se notara que el estuche había sido forzado. Probablemente ni sintieron tentación de hacer semejante cosa porque estaban seguros de que Skarrs me había entregado el estuche que contenía los pendientes.

Todo esto pasó por mi imaginación en el espacio de media docena de segundos. Estos pensamientos pasaron y fueron sustituídos por otro que me hizo sentir un estremecimiento en toda la columna vertebral; un insidioso, un delicioso y dominador estremecimiento que repercutió en mis venas como una copa de vino influye en un cerebro exhausto.

¿Ven ustedes? ¿Ven ustedes? Bueno. Yo tenía los brillantes. ¿No es cierto que los tenía? Se los habían quitado a Skarrs y él lo sabía. Si yo decidiera quedarme con ellos ni una sola persona en el ancho, anchísimo mundo, podría jamás soñar que los pendientes se hallaban en mi poder. "Pecas" y su probable cómplice no tenían que ser tenidos en cuenta. Callarían por conveniencia propia.

¿Pudo haber jamás nada más seguro? ¿Fué jamás, una tentación, más completa? Al menos un par de miles de libras esterlinas estaba en el hueco de mi mano tan seguro como puede estar el dinero en el subterráneo de seguridad de un banco... más seguro todavía.

La voz del tentador, el llamado del viejo Adan, la extraña embriaguez del ladron de diamantes cuando siente que sus dedos agarran el codiciado tesoro...

Bien lo merecería el viejo Skarrs que había querido tratarme como a un tonto. Yo era el último en reir, al fin y al cabo.

Me reí, de acuerdo con esa idea, pero el tono de la risa aquella no me engañó. Era hueca y desentonada. Miré en torno de la habitación sintiéndome repentinamente nervioso, temiendo que me vieran con las joyas ante mi vista y en aquel momento me di cuenta de que tenía que quedarme con ellas.

Pensé en Jackerman con cierta amargura. La completa ausencia de todo peligro me inclinaba a proceder así. Con ello rompía,—había roto ya,—la solemne promesa hecha a la policía. Quizás se me agolpó la sangre en el rostro al darme cuenta de eso. ¡No habría misericordia para mí, si me sorprendían! Con seguridad me esperaría el lado de dentro de los muros de un presidio... una zambullida

profunda, muy profunda en un mundo inferior... El fin.

¿Me reprueban ustedes? Esto huelga decirlo. Bueno, sólo espero que ustedes no sufran jamás la prueba de verse sometidos a semejante tentación, a una tentación que fué la más completa, en todo sentido, que haya experimentado yo jamás.

Decidí caer esta vez, pero esta única vez. Nunca más. No altero nunca mi opinión después de haber decidido algo. Guardé los pendientes en el estuche y metí el estuche en uno de los cajones de mi escritorio. Después me metí en la cama y dormí tranquilamente.

La mañana siguiente visité al inspector Jackerman para oirle lo que tuviera que decirme. Había sido llamado junto al lecho de Skarrs. Y Skarrs había estado en condiciones de contarle lo sucedido.

—A usted le entregó un estuche vacío, —dijo Jackerman.

—Me dí perfecta cuenta de ello, — contesté secamente.

El inspector se rió un instante.

—A usted no se le escapa nada. Por eso no fué usted a Sunmere, ahora me lo explico. Bueno, va a ser necesario recobrar esos brillantes.

Accedí. Después salí. Había decidido ir a Harwich sin demora. De allí a Rotterdam donde, detrás de la avenida de la orilla del Canal Nuevo, vivía Isaac Isaacstein, que pretendía negociar en cáñamo ruso. En realidad era uno de los más seguros encubridores que jamás hayan estado al servicio de los ladrones de joyas. Iría a verle rápidamente. Sólo un terremoto podía conmover el firme terreno que pisaba, pero de vez en cuandno se producen terremotos.

Estudié las horas de salida de los trenes y de los vapores, almorcé, después volví a Clarges Street a preparar la balija. Cruzaba la calle cuando miré hacia arriba, a las ventanas de mi departamento. ¡Y ví la silueta de Jackerman que pasaba rápidamente por detrás de los vidrios!

Durante un realmente terrorífico segundo me quedé petrificado, en la calle. Si hubiese visto al mismísimo diablo mi repentino miedo no hubiera sido más intenso. Durante un momento tuve tentaciones de echar a correr como un chico de la escuela perseguido por un perro. Una docena de pasos me hizo llegar a la esquina de una calle transversal por la que corrí completamente asustado.

¡El inspector Jackerman en mis habitaciones! ¿Qué diablos hacía allí? ¡Y en uno de los cajones de mi escritorio, cerrado con una llave vulgar, estaban los pendientes de brillantes!

El día era templado, pero sentí un temblor de frío en las venas. Me pregunté varias veces la razón para semejante miedo. En vano me dije que su visita no podía ser motivada por sopechas de ninguna clase. El instinto me decía que algo no andaba bien. ¿Pero qué... qué?

No podía contestar a esta pregunta. No lograba dar explicación ninguna al profundo desconcierto que me torturaba, pero antes hubiera entrado en una caverna llena de tigres que en mi departamento, en aquel instante.

¡Qué imbecilidad haber dejado allí los diamantes! Sin embargo ¿quién hubiera podido prever un posible peligro? Skarrs mismo había dicho a la policía que le habían robado los pendientes. Casi máquinalmente compré la última edición de un diario para leer nuevos detalles sobre el caso. Encontré al fin un corto párrafo. Decía así:

"Con motivo del robo al señor Skarrs, el mercader de diamantes, la policía detuvo a una persona esta mañana."

Nada más. ¡Pero era bastante, Dios mío! El misterio había dejado de ser misterio. Lo más increible había acontecido. Prudence Laidlaw había sido detenida, o su cómplice, o ambos.

Yo no había pensado en esa posibilidad. Si se me hubiera ocurrido creo que no la hubiera supuesto posible. Hábil y rápido tenía que haber sido el halcón policial que hubiera pescado a semejante pájaro por un ala. Pero el pájaro estaba enjaulado, yo no dudaba de esto y esa circunstancia por sí sola explicaba el secreto de la visita de Jackerman a mi domicilio. Lo pasado había sido contado en una declaración, el detalle del cambio de los estuches se había hecho público. ¡Jackerman, a todo esto, habría encontrado los pendientes de brillantes en el estuche abierto, en el cajón de mi escritorio, se habría enterado de lo que yo había querido ocultar!

Estaba perdido. De un cielo sin nubes había caído un rayo. El ladrón en quien se confiaba había sido encontrado en falta. El ruido metálico de la reja de la prisión sonaba en mis oidos, el andar acompasado de los penados en el patio de ejercicios. Me caían por la frente gotas de sudor frío.

Me encontraba ante un verdadero callejón sin salida. ¿Pero era posible que no hubiese medio ninguno de salir de semejante situación?

Mi reloj me dijo que eran las dos de la tarde. Tres minutos después volví el reloj al bolsillo del chaleco. Dos minutos más y yo entraba en la casilla de un aparato telefónico para uso del público.

Después desaparecí. Fuí al Museo Geológico de Jermyn Street. Pasé tres horas y media entre cosas serias y olvidadas. La policía debía haber buscado a Acton Dawes en sus clubs, — de los más aristocráticos, — en sus restaurants favoritos, y hasta en las casas de sus amigos, que eran muy numerosos. Pero buscarlo en el museo de Jermyn Street no se le podía ocurrir a nadie.

A las cinco y media un policeman de facción en la puerta del museo, fué a buscar un automóvil de alquiler para mí; yo realizaba un cálculo mental delicadísimo. Salí del museo y me hice conducir a Clarges Street.

Ustedes comprenden que iba a meter una mentira en las fauces del tigre. ¿La tragaría? Probablemente.

Con la llave que llevaba siempre en el bolsillo, abrí la puerta. Subí un tramo de la escalera. Me sentía seguro de que Jackerman estaba esperando, porque sabía que yo tenía que volver y el asunto era demasiado vital para confiarlo a un subordinado.

Abrí la puerta de mi salita con suficiente descuido para no parecer teatral. Allí estaba, de pie junto a la chimenea, horriblemente inmóvil.

—¡Hola, Jackerman! ¿Usted aquí?

Mis nervios no me habían traicionado. La expresión de sorpresa de mi exclamación fué enteramente natural.

El no contestó; no se movió. Sentí que su mirada pretendía penetrarme. Me puse un cigarrillo en los labios y me detuve en el acto de encenderlo como repentinamente alarmado por su actitud.

—¿Qué pasa? ¿Ha sucedido algo grave?—pregunté.

Jackerman no habló en seguida. Sus grises ojos brillaron bajo sus gruesas cejas. Me miraba esperando que yo cambiara de color, esperando que yo comprendiera de pronto la verdad y ésta llevara a mi rostro la mortal palidez del culpable. Durante cinco segundos lo miré perplejo. Entonces, como si la luz acabara de hacerse, me acerqué rápido a mi escritorio y abrí el cajón.

—¡Ajá! — exclamé. — ¿Los ha sacado usted?

Me volví hacia él riéndome, medio jocoso, medio entristecido.

—¿Los diamantes de la señora Endays? Sí. Aquí están. — Y los sacó del bolsillo.—Los encontré donde esperaba encontrarlos, en poder de usted, Dawes. ¡Usted me ha mentido! — ¡Su voz raspaba como una lima. — Se detuvo a una persona esta mañana. Me he enterado de lo del cambio de los estuches. Si yo hubiese encontrado éste cerrado, el caso no hubiera tenido tan mal aspecto para usted. Pero estaba abierto.

Apretó los dientes. Avanzó medio paso hacia mí.

—¡Usted me mintió, Dawes! — repitió con furor salvaje. — Usted sabe lo que debe esperar, y ¡por el cielo!...

En aquel momento oí el ruido de un vehículo que llegaba y se detenía ante la casa. ¡Gracias, Dios mío!

—¡Vamos, inspector, ese tono hablando conmigo! — dije, muy ofendido. — Su acusación de haber mentido es demasiado enérgica y no tiene razón de ser. Yo no le dije a usted que tenía los brillantes porque estaba muy enojado con Skarrs por lo que me había hecho. Mi intención era castigarle haciéndole ignorar durante todo un día la feliz conclusión del asunto. ¿No le satisface esta explicación?

No le satisfizo. No se dió por convencido. Y conociendo mi pasado, buen tonto hubiera sido si se hubiera dado por satisfecho.

—¡Dios mío ! —exclamé en un arranque de pasión muy bien fingido. — ¿Me acusa usted de haberme quedado con los brillantes para mi propio uso? ¡Esa es la más inmerecida, la más abominable afrenta! ¡Si hace algunas horas hablé por teléfono con la señora de Endays informándola de que yo tenía sus alhajas. Se alegró muchísimo; dijo que vendría a Londres en seguida, a buscarlas, en el tren de las cinco y treinta y...

Realmente yo había calculado bien el tiempo. En aquel instante llamaron con impaciencia, a la puerta, que se abrió en seguida, sin esperar a que yo fuera hasta ella y se presentó la señora de Endays. Avanzó jadeante y casi instantáneamente vió las joyas en la mano de Jackerman. Un grito de alegría brotó de sus bellos labios y corrió hacia el inspector con los brazos tendidos.

—¡Mis pendientes! — exclamó. — ¡Oh! ¡Qué alegría volverlos a ver!

No estaba ni la diez milésima parte tan alegre como yo.

. . . .

La señora se retiró después de haberse enterado de todo lo sucedido, y Jackerman tomó el sombrero. Cuando llegó a la puerta se detuvo; se volvió lentamente y avanzó un par de pasos.

—Temo haber procedido con algo de apresuramiento,—dijo en voz baja.

—Nada de eso, Jackerman, — contesté jovialmente. — "Todo ha ido bien cuando termina bien", dice el refrán. Unicamente, le ruego que me perdone qué le diga esto: si he de serle realmente útil en futuros casos, es enteramente necesario que usted confíe plena y sinceramente en mí.

El inspector inclinó la cabeza.

—Excelente proposición, — dijo sin levantar la voz.

Miró hacia la cigarrera que yo había sacado del bolsillo y abierto; me dirigió una mirada de soslayo. Durante diez segundos no nos movimos, ni él ni yo. Levantó lentamente la mano derecha y extrajo un cigarro Manila que se puso entre los dientes.

—¡Muy bien, Dawes!—gruñó.

Y se retiró mientras llevaba la mano al bolsillo en busca de los fósforos.

Yo lancé un profundo, muy profundo respiro de infinito alivio. ¡Nunca más!

Otra de estas narraciones, tan interesante como la que usted acaba de leer, se publicará en el próximo número de "Pucky", que se pondrá en venta el viernes 7 de Julio. Aun cuando forman una serie de sucesivas aventuras, cada una es completa por sí misma.

CONSEJOS PARA EL HOGAR

RECETAS E INDICACIONES CURIOSAS Y DE VERDADERA UTILIDAD PRACTICA

Para no machacarse los dedos cuando se clava un clavito pequeño, se clava éste en un trozo de papel fuerte, que sirve como de mango para sostenerlo mientras se le da con el martillo.

✣ ✣ ✣

Para quitar del mármol las manchas de hierro se humedecen éstas con zumo de limón y pasado un cuarto de hora, se fro- hasta secarlas, con un paño suave.

* * *

Para impedir que los hules de las mesas se rompan por las esquinas, se les pega por debajo de la parte que toca en los ángulos de la mesa un trozo de lienzo. De este modo duran años sin que se abran agujeros de feo aspecto.

✣ ✣ ✣

Cuando se vierte grasa en la mesa de la cocina se echa sal fina en seguida y así se impide que la grasa penetre en la madera, y la mancha sea más difícil de quitar.

✣ ✣ ✣

Las bujías lucen mejor y se consumen más lentamente, si se tienen guardadas en un lugar seco seis o siete semanas antes de usarlas.

✣ ✣ ✣

Para limpiar una piel blanca, se llena de harina un pedazo de franela y se frota con él la piel a contrapelo. Se sacude luego la piel para que caiga la harina, y después se comienza de nuevo la operación, repitiéndose cuantas veces sea preciso, hasta que el pelo aparezca bien limpio. Entonces se frota con una franela limpia, para quitar cualquier resto de harina que pueda haber quedado, y queda terminada la limpieza.

✣ ✣ ✣

Para preparar una buena goma de pegar, se ponen los pedazos de goma arábiga en una cacerola y se echa agua encima, un poco más de la que hace falta para cubrirlos. Se pone a fuego lento, y cuando la goma está blanda, se añade agua templada, en la cantidad precisa para darle la consistencia deseada. Parece que la goma así prepada es muy buena, y que, una vez aplicada, se seca muy pronto. Es, sobre todo, buena para papeles que no han de pegarse hasta mucho tiempo después, remojando la superficie engomada, como sellos, etiquetas, etc.

Para quitar la grasa al cabello lo mejor es lavarse la cabeza con agua templada, en la que se haya echado unas gotas de amoníaco.

✣ ✣ ✣

Para que no se ponga amarilla la ropa blanca cuando no se usa, lo mejor es envolverla en papel azul.

✣ ✣ ✣

En las jaulas de los canarios debe ponerse una bolsita con azufre, porque este producto mata los insectos, y conserva la salud del pájaro.

✣ ✣ ✣

Para limpiar las esponjas cuando están muy sucias, se echan en agua caliente con sal en proporción de dos cucharadas de sal por litro de agua. En este agua se lavan bien y luego se enjuagan varias veces en agua fresca.

✣ ✣ ✣

Cuando las manos están ásperas por cualquier circunstancia, se lavan bien con agua y jabón, y antes de secralas se frotan con sal molida común. La sal es un suavizador excelente.

✣ ✣ ✣

Para pelar los tomates con facilidad basta echarlos un minuto en agua hirviendo o ponerlos un poco al fuego, como si se fueran a asar. Ambos procedimientos tienen la ventaja de mejorar el gusto del tomate.

✣ ✣ ✣

Para que las galletas no se pongan duras demasiado pronto, nada mejor que poner dentro de la caja una manzana, que se renovará de vez en cuando.

A falta de manzanas, una rebanada de pan fresco de dos dedos de grueso, hace el mismo papel.

* * *

Para hacer café rápidamente se colocan en una vasija dos cucharadas grandes de café recientemente molido y se les añade un cuarto litro de agua muy hirviendo. Agítese este líquido durante unos minutos y déjese reposar un momento sobre el fuego cuidando de tapar el recipiente hasta que se asiente el café. Añádasele luego una cucharada de agua fría. Déjese posar durante uno o dos minutos y viértase después en una cafetera limpia. Este procedimiento comunica al café un aroma especial.

EL VINAGRE

QUE CONSERVA LA SALUD

PRUEBELO

Y

NO USARA

OTRO.

ES EL MEJOR

Y

MAS BARATO

POR SU

CALIDAD

INSUPERABLE



VINAGRE DE VINO "Omega"

Es fácil decir que un producto es el mejor, lo difícil es comprobarlo.

Nosotros decimos que el

VINAGRE "OMEGA"

es el mejor, y lo probamos: En la Exposición de Bebidas Fermentadas, organizada por la Intendencia Municipal de la Capital, en 1921, el

VINAGRE "OMEGA"

mereció el primer premio. ¡Mientras la mayoría de los productos se decomisaban por su mala preparación, el

VINAGRE "OMEGA"

triunfaba plenamente!

Si Vd. desea obtener una buena ensalada, no olvide que el

VINAGRE "OMEGA"

es el único que reúne condiciones culinarias de primer orden, por estar preparado a base de puro vino de producción argentina.

EN VENTA en los almacenes por mayor.

PIDA

VINAGRE "OMEGA"

a su almacenero

Lagorio, Esparrach y Cía.

Bs. Aires

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

2ª Quincena de
JUNIO 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION QUINCENAL No. 12.



Aparece completa en este número la aventura de Búffalo Bill, titulada:

El secreto de las Rocas Negras

y muchos artículos y cuentos novedosos e interesantes.

EL VINAGRE

QUE CONSERVA LA SALUD

PRUEBELO

Y

NO USARA

OTRO.

ES EL MEJOR

Y

MAS BARATO

POR SU

CALIDAD

INSUPERABLE

VINAGRE DE VINO "Omega"

Es fácil decir que un producto es el mejor, lo difícil es **comprobarlo.**

Nosotros decimos que el

VINAGRE "OMEGA"

es el **mejor, y lo probamos:** En la **Exposición de Bebidas Fermentadas, organizada por la Intendencia Municipal de la Capital, en 1921,** el

VINAGRE "OMEGA"

mereció el primer premio. ¡Mientras la mayoría de los productos se decomisaban por su mala preparación, el

VINAGRE "OMEGA"

triunfaba plenamente! Si Vd. desea obtener una buena ensalada, no olvide que el

VINAGRE "OMEGA"

es el único que reúne condiciones culinarias de primer orden, por estar preparado a base de puro vino de producción argentina.

EN VENTA en los almacenes por mayor.

PIDA

VINAGRE "OMEGA"

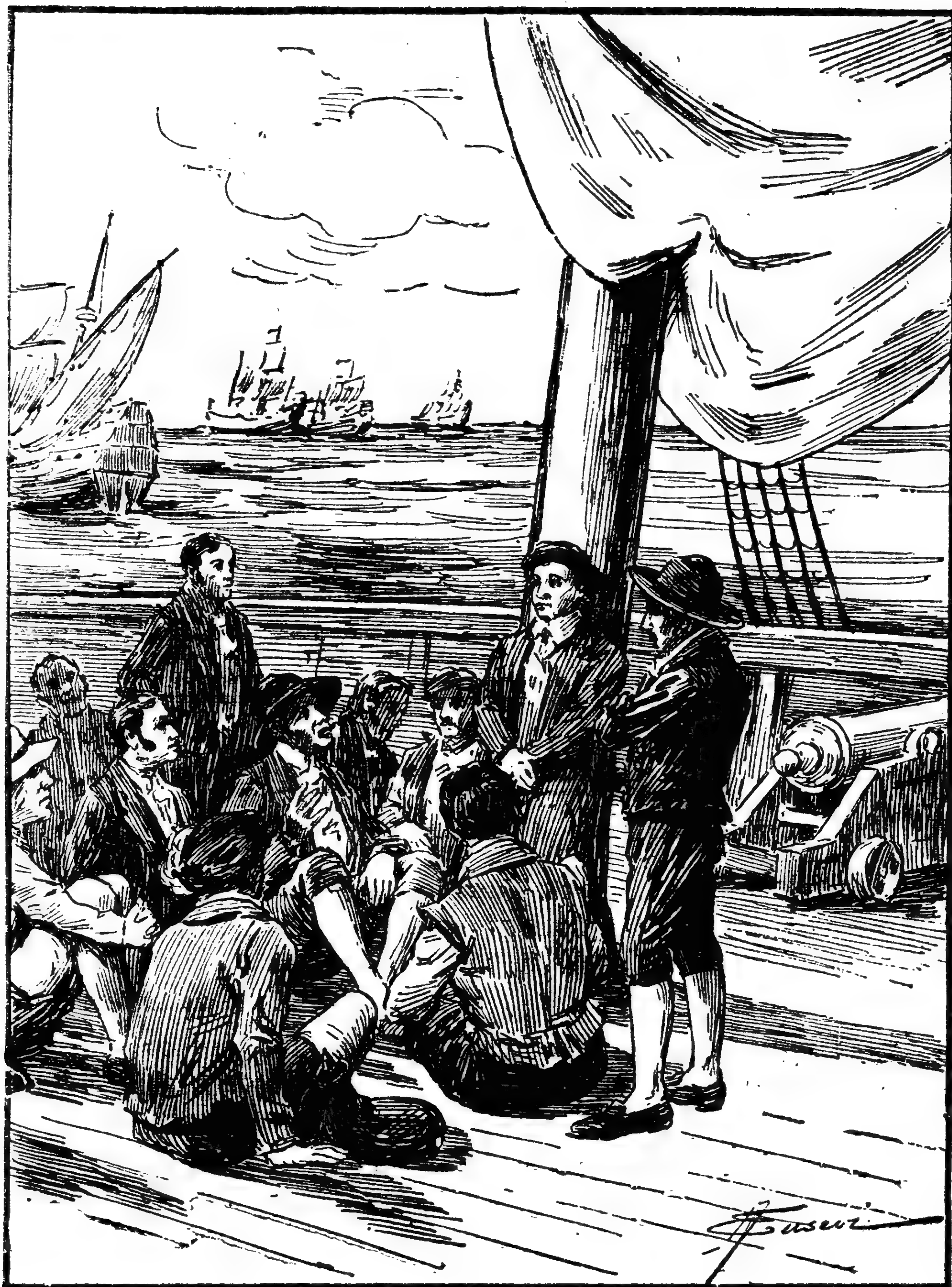
a su almacenero



Lagorio, Esparrach y Cía.

Bs. Aires


Sumario



Los emigrantes habían escuchado boquiabiertos al narrador. ¡Pues no eran pocos los arrestos de aquellos indianos! ¡Lo que hace el tener dinero y el estar lejos del rey! ("Los Emigrantes de Antaño", Pág. 34).



El Secreto de las Rocas Negras

Fascinador, extenso y emocionante relato de aventuras en las región del Lejano Oeste de Estados Unidos, en la época de los indios y de los bandidos, y en la que figura el famoso explorador William F. Cody, conocido generalmente por el nombre de Búffalo Bill, que tanto contribuyó al progreso y a la civilización de aquellas extensas zonas.

CAPITULO I

Las luces de Burntwood. — El campamento. — La explicación del capitán Trasker. — La muerte de Jed Parker. — Bill Cody se encarga de una misión peligrosa.— En marcha hacia las Rocas Negras.

HABIA sido un largo y polvoriento viaje a caballo aquél, desde Sandy Flats, localidad situada en la parte norte del Estado; un viaje de una noche y un día, con pocas y breves paradas.

Fuera de esas cortas paradas, el joven Bill Cody había permanecido sobre la montura cerca de veinticuatro horas; el cansancio comenzaba a dominarlo y el hambre le acalambraba el estómago cuando refrenó a su cansado caballo al llegar a la parte alta de la montaña que cruzaba el camino que recorría.

No lejos de allí, en la llanura que se extendía hacia el Sud, se distinguía entre la semioscuridad de la tarde que terminaba, el resplandor de algunas luces.

Con una sensación de placer y satisfacción, Bill Cody miró aquellas luces. Se hallaba casi al final de su viaje. Sabía que aquellas luces indicaban la pequeña población de Burntwood y era allí, o en aquellas cercanías, donde debía encontrarse con el capitán Dan Trasker.

Este era un nombre muy conocido. El nombre del jefe de los famosos guardabosques, los que mantenían la ley y el orden,—o procuraban mantenerlos,—en la vasta región del Sudoeste de Texas y siguiendo el curso del Río Grande.

En Sandy Flats, donde estaba en casa de un amigo, el joven Cody había recibido el mensaje que le había hecho hacer su largo viaje. El mensaje decía que el capitán Trasker deseaba verle urgentemente, pero ignoraba de qué asunto podía tener que hablarle el jefe de los guardabosques. En vano había procurado resolver mentalmente ese acertijo.

—¡Esto es curioso! — murmuró mientras descendía por la cuesta, al valle. — No he hecho nada en contra de la ley y por lo tanto no tengo por qué estar intranquilo. Tal vez Trasker necesite que lo ayude en algún asunto. Pero tampoco adivino en qué. Por este lado no hay búfalos que matar, ni pieles rojas que se hayan lanzado al sendero de la guerra. Si hubiese algo de eso sabría yo la razón de su llamado.

Conocía muy bien al capitán por haberle visto en varias ocasiones. Era muy raro hallar en el Oeste quien no conociese a Bill Cody o hubiese oído hablar de él. Porque su fama se había extendido en todos sentidos por los Estados del este, a pesar de que el explorador era todavía muy joven.

—¡Sí que es extraño! — repitió.—No logro dar con la solución. Pero supongo que Dan Trasker no me ha hecho venir de Sandy Flats por puro gusto de verme.

Al cabo de una milla llegó a Burntwood, donde nadie no le reconoció. No era conocido de vista para los habitantes de aquel lugar. Detuvo el caballo frente a una taberna para pedir informes y los obtuvo. Después de trotar media milla más, tiró de la rienda y echó pie a tierra.

Había llegado al campamento de los guardabosques. A su izquierda pastaban varios caballos maneados y frente a él se levantaba un edificio de adobes sin techo, destruído en parte, hacía ya tiempo, por los bandidos mejicanos.

En el centro del ruinoso edificio que había sido casi arrasado, ardía un excelente fuego. Sentados en torno de él se encontraban unos doce hombres atléticos, curtidos por la intemperie, con músculos de acero y tan tie-

ros como lobos, en lo de perseguir a los malhechores.

El capitán Dan Trasker, se levantó de junto al fuego y se adelantó. Era el tipo del jefe acostumbrado a mandar. Delgado, de cutis bronceado, de unos cuarenta años de edad, de militar arrogancia y de facciones enérgicas y dominadoras, con un bigote negro y recortado.

—¡Hola! ¿Cómo está usted, Bill? — exclamó estrechando la mano del joven explorador.—¡Así que ya le tenemos por aquí! ¿Eh?

—Partí de Sandy Flats tan pronto como recibí su mensaje, — respondió Bill Cody. — Y he hecho el viaje de un tirón.

—Me alegro mucho de verle. Creo que es usted la persona que necesito.

—¿Para qué, Trasker? Estoy verdaderamente asombrado de que usted me necesite.

—No hay prisa en explicarle eso, Bill. Acompáñeme a tomar algo de alimento y después hablaremos. El camino de Sandy Flats a este sitio es largo y supongo que usted estará con apetito

El joven explorador tenía apetito, en efecto. Le hicieron lugar junto al fuego, y los soldados, después de mirarle con curiosidad, no se ocuparon más de él. Comió con buen apetito y cuando hubo terminado, se levantó obedeciendo a una indicación del capitán, y lo siguió hasta un espacio abierto, a los fondos del edificio, donde los dos se sentaron en el caído tronco de un árbol.

Dan Trasker sacó del bolsillo un papel manoseado y sucio.

—Esto tiene su historia, — dijo, — y a esto obedece el que yo le haya llamado.

Encendió un fósforo y a su amarillenta luz Bill Cody leyó las pocas palabras escritas con lápiz en el papel. Eran las siguientes:

" Un hombre dispuesto y de buena puntería, como usted, no debe estar solo, Jed. Corre mucho peligro y su vida es poco social. Unase a mi banda. Usted me es desconocido y creo que tampoco conoce a ninguno de nosotros, pero le acojeremos cordialmente y usted verá que somos buenos camaradas. Tome el Camino de la Serpiente y vaya por él hasta las Rocas Negras. Venga durante el día y así podremos verlo y reunirnos en el manantial. Usted será guiado el resto del camino, pues el mismo demonio no lograría dar con él.—Helmack".

El joven explorador leyó dos veces aquellas palabras. Dan Trasker encendió un cigarro y fumó mientras reflexionaba, pensativo.

—Supongo que usted sabe quién es Jed Parker, — dijo.

Bill Cody hizo un gesto de asentimiento. Era ese el nombre de un joven temerario y valiente que un año antes había dado muerte a tiros a dos hombres, en una de las colonias del norte de Texas. Desde entonces hacía vida de proscripto y de bandido, ofreciéndose una recompensa al que lo entregara vivo o muerto. Había sido autor de la muerte de algunos de los hombres con que se topó durante sus hazañas o de los que salieron en su persecución.

—Respecto a Graeme Helmack, no creo necesario manifestarle que se trata del conocido bandolero,—continuó el capitán Trasker. —He oído el relato de lo pasado. Hace como un año Bill, usted penetró por casualidad en el refugio de la banda, cerca del Río Grande, con la muchacha indígena que había usted conducido a través del desierto, y que escapó usted con vida por un milagro cuando arrojó a Helmack y a la joven por las montañas, y logró rescatarla a ella del poder del pillastre mientras sus hombres le estaban persiguiendo encarnizadamente.

—Sí. Eso sucedió hace poco más de un año,—asintió el joven explorador, recordando el emocionante episodio.—Pasé una noche entera en la guarida de los bandoleros y nada más.

—Así me informaron. ¿Helmack y sus hombres lograron verlo a usted a la luz o sólo se enteraron de su presencia en la oscuridad?

—No, Dan, no me vieron a la luz. ¿Pero dónde va usted a parar con todo eso?

—Pronto lo sabrá, Bill. Antes tengo que informarle de que Parker ha muerto.

—¿Muerto? ¿Jed Parker? ¿Cómo ha sido eso?

—Como de costumbre. Muerte repentina por accidente o sea por medio de una buena dosis de plomo frío. Ocurrió hace una semana, en los espesos matorrales que cubren la orilla occidental del Río Grande. Yo estaba con cuatro de mis hombres; cabalgábamos tranquilamente cuando encontramos a Jed Parker durmiendo tendido en el césped, con su maneado caballo cerca de él. Antes de que pudiéramos ponerle un dedo encima, se despertó y llevó la mano al revólver. Pero yo apreté primero el gatillo y quedó muerto en menos tiempo del que se necesita para decir Jack Robinson. Merecía ese fin. Era canalla y malo. Me admiró el encontrarlo en aquel sitio que no era el habitual de sus aventuras: pero pronto quedó aclarado el misterio cuando después de registrarlo, encontré ese papel que le he dado a leer a usted. Supe así, que Parker se hallaba en viaje para reunirse con la gavilla de Graeme Helmack. Entonces se me metió una idea original en la cabeza. Como no teníamos obligación de ir a ninguna parte determinada, después de haber enterrado al bandido, nos dirigimos hacia el este, a las montañas de la Mariposa, donde Jed Parker tenía la costumbre de ocultarse. Deseaba saber en qué forma había recibido Parker el aviso de Helmack. Tal era mi propósito y haciendo indagaciones en las cercanías, encontré a un hombre que había visto el mensaje clavado en el tronco de un árbol en las cercanías. Era en un punto donde seguramente lo tenía que ver Parker y debió ser coloca-

do allí por alguien enviado por Graeme Helmack desde las lejanas Rocas Negras.

"Supongo que le llamará a usted la atención el ver que insisto tanto en los detalles, pero ahora lo sabrá. En cuanto a Helmack y su banda, supongo que estará usted al tanto de que hace algunos meses abandonaron su refugio de las cercanías del Río Grande para fortificarse en el lugar donde se encuentran ahora. Está hacia el sudoeste, a unas ciento treinta millas de aquí. Es fácil dirigirse siguiendo la línea de las montañas por el camino de la Serpiente, pero después.... .

El capitán Trasker calló y mordió furiosamente su cigarro durante algunos segundos.

—Creo necesario decirle, Bill, — añadió, que Graeme Helmack, ha ido de audacia en audacia desde que se trasladó a su nueva guarida. Poco le importa que su cabeza haya sido puesta a precio y de que se le persiga. El gobernador del Estado se halla decidido a que él y su banda desaparezcan y he recibido órdenes estrictas al respecto. Tuve una conferencia con el gobernador, hace un mes y le manifesté que la tarea era árdua y que no podía hacerle promesa ninguna. Existe un camino secreto para llegar hasta la parte central de la región de las Rocas Negras, pero ese camino solo es conocido por los bandidos. Cada una o dos semanas hacen una excursión nocturna, asaltan un ranch o un edificio público y regresan para ponerse en salvo, a su escondite. Una vez en su guarida pueden considerarse seguros. Ni soldados ni guardabosques pueden llegar hasta allí. Esa es la gran dificultad. Día a día, he estado pensando en eso, hasta que, como ya la he dicho, cuando la muerte a Jed Parker me asaltó una idea. El único medio de que la banda sea atrapada, es que alguien logre mezclarse con ellos como espía, se capte su confianza, se entere de los preparativos de alguna incursión y entonces me mande un aviso para que yo prepare la trampa. Eso es mi idea, Bill, y por eso le he llamado a usted. Deseo que sea usted quien vaya a las Rocas Negras y pretenda ser Jed Parker.

Hubo un momento de silencio. Bill Cody, miraba sorprendido, sobresaltado ante semejante proposición.

—¿Usted pretende que yo haga eso? — exclamó.

—Sí: si es que no tiene usted miedo,—dijo el capitan.—Y creo que no tiene usted semejante cosa.

—Pero Helmack y algunos de sus hombres me conocen, Dan. ¿Ha olvidado usted eso?

—No. No lo he olvidado. Pero no creo que sea un grave inconveniente. En primer lugar, usted tiene algún parecido con Jed Parker. Es usted, aproximadamente, del mismo cuerpo y hasta las facciones se asemejan algo. Usted ha leído el mensaje y por lo que de él se deduce, a Parker no le ha visto nunca ni Graeme Helmack ni ninguno de sus hombres. En cuanto a usted, si se corta el cabello y se afeita ese bigote, no es posible que lo reconozcan. Hay, además, otras cosas que están en su favor. Es usted buen tirador, y puede mantener la buena reputación de que gozaba Parker como hombre hábil en el manejo de las armas de fuego, demostrado por el número de víctimas que había hecho. Creo que no pueden sospechar. Tiene usted en su poder el mensaje para demostrar que es Jed Parker, y puede decir que lo encontró clavado en el tronco de un árbol en lo alto de las montañas de la Mariposa. Ese es el juego. Que hay que correr un gran riesgo, es cosa que ni por un instante pienso ocultar, así como que muchas probabilidades están en contra. A usted no le conviene olvidarlo. Pero si logra dominar los nervios y desempeñar bien su papel, estoy seguro de que triunfará y ahora que está usted al tanto de todo, ¿qué me dice?

Bill Cody había escuchado con atención. Reflexionó durante unos momentos, calculando cuidadosamente el pro y el contra. Comprendió que la empresa era dificultosa y que ser descubierto significaba la muerte. Por otra parte, sin embargo, lo temerario de la audaz empresa atraía a su afición a toda clase de aventuras y además era un gran incentivo para él la idea de que en caso de triunfar, prestaría un gran servicio al Estado, exterminando a la peor gavilla de bandoleros que jamás hubiera hecho presa de la región del Oeste. Le relucieron los ojos. ¡Había tomado ya una determinación!

—¡Dan! ¡Iré!—dijo.

—¡Bravo! — exclamó el capitán Trasker estrechándole la mano.

—Todo queda convenido, pues. Me encargo de la misión, y la cumpliré lo mejor que pueda.

—Espero que su éxito sea excelente. Es usted el hombre soñado para realizar esa hazaña, Bill. No hay nadie que pueda hacerlo más que usted. Mañana por la mañana volveremos a conversar del asunto, antes de que usted parta y le diré cómo me propongo...

—Dan Trasker calló y se levantó del tronco.

—Venga, Bill, — añadió. — Vamos a enterar de esto a los muchachos. No les he dicho ni una palabra de mis planes y se preguntaban por qué habría yo mandado un mensaje a Sandy Flats pidiéndole a usted que viniera.



CAPITULO II

La mañana siguiente.—Los planes de comunicación del capitán Trasker. — Bill Cody parte a realizar su peligrosa misión. — El ranch Juniper. — El rapto de Milly Brent. —Otra vez en camino.

EL sol se hallaba aun debajo del horizonte y la brisa era suave y fresca, cuando Bill Cody se despertó la mañana siguiente, en su lecho de paja, en las ruinas de la casa de adobes. Se

sentía reanimado por las horas de sueño y se encontraba, nuevamente, con un apetito devorador. Los demás se hallaban ya levantados. Habían encendido fuego y flotaba en el aire olor a cocina.

Cuando el joven explorador se hubo desayunado, el capitán Trasker lo tomó por su cuenta y en un cuarto de hora quedó transformado por completo. Con el bigote afeitado y el cabello cortado al rape, parecía enteramente otra persona. Sonrió cuando se vió reflejado en el espejo de bolsillo que uno de los hombres le ofreció para que se contemplase.

—Me parece que no le reconocerán, Bill, —fué el comentario del capitán. — Yo mismo no le hubiese reconocido si se me presenta aquí de esa manera.

Habían hablado mucho al respecto la noche anterior y quedaron conformes en que después del cambio, con su valor y dominando los nervios, Bill tenía muchas probabilidades de éxito.

Iba a partir en seguida. Mientras realizaba los últimos preparativos para la marcha, los hombres bromeaban con él, llamándole Jed Parker y demostrando tenerle miedo. Bill se puso el sombrero que había pertenecido al bandido muerto y colgó de su cintura el revólver de éste, una enorme arma empavonada con unas muescas hechas en su azulado caño.

Montó en su caballo, en la parte exterior de las ruinas y los guardabosques, que por el momento habían de quedarse aun donde estaban acampados, lo rodearon.

El capitán Trasker había conversado con el joven explorador durante el desayuno y volvió a repetirle las adventencias que anteriormente le había hecho.

—Recuerde bien cuanto le he dicho a fin de que pueda demostrar su identidad, — le dijo. — Pienso que no habrá dificultad ninguna al respecto. Si se encuentra en el camino con alguien conocido será bueno que no lo reconozca. Usted conoce el camino. Al cuarto día de marcha llegará al camino de la Serpiente, y en la misma tarde podrá alcanzar las alturas de las Rocas Negras, donde Helmack o cualquiera de sus hombres lo estarán esperando.

"En cuanto a lo demás, ya le he dado a usted instrucciones bien claras. Nosotros saldremos de aquí mañana y tres días después estaremos acampados en la orilla del bosque situado a cinco o seis millas al nordeste de las Rocas Negras. Allí esperaremos hasta que sepamos algo de usted. Estableceremos entre todos una guardia constante. Posiblemente la espera será larga, pero el caso lo merece. Creo que antes de una semana, si todo va bien, usted podrá informarnos de algún plan que preparen los bandidos.

"Cuando llegue esto, irá usted por la noche, a la parte norte de las montañas y hará una señal por medio de una hoguera, desde donde no pueda usted ser visto por ellos. Pero cualquiera de nosotros lo verá y le contestaremos. A la noche siguiente repite usted la excursión y se encontrará conmigo en la base de las montañas para ponerme al corriente de todo lo que sepa. ¿Me ha comprendido?

—Sí. Lo recuerdo bien todo, — respondió el joven explorador. — No olvidaré nada de cuanto me ha dicho.

—Y no se olvide de nada, Bill. ¡Prudencia! Piense en que va a realizar una misión muy peligrosa.

—Yo creo, por el contrario, que es algo muy fácil, Dan. No tengor razón ninguna para tener miedo ni temo ser descubierto.

—No hay que confiar mucho, no obstante. ¿Quién nos asegura que no hay en la banda de Graeme Helmack alguno que haya visto a Jed Parker en una o en otra ocasión?

—Me parece que no hay ninguno. No se preocupe por eso. Y ahora me marcharé, si no tiene nada más que decirme.

El capitán Trasker vaciló perplejo. Se le notaba un singular modo de mirar en sus ojos, y durante un momento estuvo por variar por completo de plan. Después tomó la mano del joven explorador y la estrechó con fuerza.

—¡Piense siempre en el peligro! — dijo. —Hasta la vista, Bill y le deseo la mejor suerte.

—¡Adiós!—respondió Bill Cody. — Nos volveremos a ver, Dan. Tengo plena seguridad de que así será. Hasta la vista. ¡Adiós a todos!

Y, después de estas palabras, mientras resonaban en sus oídos los vivas y gritos de despedida de los guardabosques, lanzó su caballo al trote, marchando hacia el sudoeste, hacia su peligrosa misión.

No miraba con temor hacia el futuro. Era un hijo del Salvaje Oeste, un hijo de las montañas y de las praderas, y no sabía en absoluto qué era el miedo.

. . . .

En la mañana del tercer día de su marcha, después de haber dormido algunas horas en un espeso bosque, el joven explorador siguió el camino que conducía hasta una altura y observó desde allí toda la zona en una extensión de dos millas ante él. Conocía dónde se hallaba y quién era el dueño, residente allí.

—Me detendré y así podré comer alguna cosa,—se dijo.—Supongo que Brent, no me reconocerá, cambiado como estoy, y aun cuando me reconociese no se perderá mucho con ello.

Se hallaba todavía lejos del lugar de su destino y los víveres que había llevado para el viaje estaban por terminarse. Cuando apresuró la marcha oyó que se acercaba un caballo, a juzgar por el ruido de las herraduras al golpear el suelo, pero no logró distinguir nada. Su campo visual estaba limitado en aquella dirección por los edificios y un grupo de árboles que crecían en torno de ellos.

Un cuarto de hora después llegaba a un sendero que atravesaba el bosque y que lo condujo al ranch Juniper y cuando salió de

entre los árboles y se levantó de pie en los estribos, distinguió una escena que le demostró que allí ocurría algo anormal. A su izquierda había como media docenas de cowboys que se hallaban con sus caballos, provistos de lazos a la puerta del ranch y frente a ellos había un hombre alto, de anchos hombros, con barba negra y bigotes. Era Silas Brent, el propietario del ranch Juniper. Tan pronto como el joven explorador lo vió notó que le ocurría alguna desgracia, por lo que olvidando las instrucciones del capitán Trasker, exclamó, sin reflexionar.

—¡Hola, Brent! ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Le sucede alguna desgracia?

Silas Brent se volvió hacia el lado de donde llegaba la voz, miró al joven con extrañeza y sacudió la cabeza.

—Me es usted enteramente desconocido,— respondió. — No tengo ni la menor idea de haberlo visto antes de ahora. Pero sí conozco el caballo, — agregó. — Lo usaba Bill Cody y pienso que usted debe habérselo robado.

—El caballo sigue siendo de Bill Cody,— respondió el explorador. Comprendió que era necesario que pusiera en claro su identidad o pasaría algún serio apuro.—Soy Bill Cody, — añadió; — pero me he afeitado el bigote y me he cortado el pelo. Por eso no me ha reconocido, Brent. ¿Pero, qué ha ocurrido? Lo noto disgustado.

—Mi... mi hija, — balbuceó el hombre acongojado. — He recibido un golpe horrible.

—¿Su hija? — repitió Bill Cody, pensando en la bella muchacha de dorados cabellos y diez y siete años de edad, con quien se había encontrado varias veces, tiempos atrás —¿Qué le ha ocurrido? ¿Se ha muerto?

—No. Pero temo que sea lo mismo. Me ha sido raptada. Algunos hombres de la banda de Graeme Helmack se la han llevado.

—¿Graeme Helmack? ¡Dios mío! ¿Pero ha andado por aquí?

Silas Brent, cuyo rostro denotaba su aflicción, le contó brevemente la historia.

Una semana antes, mientras él y sus cowboys se hallaban en el campo, una docena de canallas que fueron reconocidos como pertenecientes a la banda de Helmack, habían hecho una visita a la casa, registraron todo buscando dinero y cuando se retiraron se llevaron a Milly, la hija de Brent.

—Nosotros no regresamos hasta muy tarde, aquella noche, — continuó el hombre,— y antes de que apuntara el día nos pusimos en persecución de los canallas. Yo no confiaba en lograr dar con ellos, y así fué. Seguimos su rastro a lo largo del camino de la Serpiente hasta las Rocas Negras donde tienen su guarida. Allí nos detuvimos, Cody. Pasamos varios días buscando un camino entre aquellas montañas de granito pero tuvimos que volver para pensar qué hacer. No se puede descubrir allí ni un mal sendero. Hemos vuelto a casa un cuarto de hora antes de que llegase usted.

—Lamento mucho lo que le ha ocurrido,— dijo el joven explorador emocionado. — Es verdaderamente una desgracia. ¡Pobre Milly! No me extraña que esté usted desesperado.

—Eso me ha destrozado el corazón, Cody. Me parece que no voy a volver a ver a mi hija, y lo más triste es que no me queda el recurso de tratar con Graeme Helmack. Creo que nadie puede llegar hasta él.

—Yo voy a demostrarle que puede llegar alguien, Brent, y no ha de tardar mucho. Helmack está muy próximo a terminar sus hazañas.

—¿Lo cree usted así? ¿Quién puede arrancarle a él y a su banda de su guarida de las Rocas Negras? Ni todos los soldados del ejercito del Tio Sam lograrían hacerlo en diez años.

—¿Y qué me dice del capitán Trasker y de sus hombres? ¿No piensa en ellos?

—¡Oh! Es una gente excelente, Cody: componen un bello conjunto de hombres valientes, pero me parece que van a sufrir un desengaño si creen que podrán apoderarse de Graeme Helmack. Puede decírselo de mi parte. ¿Y dónde se dirige usted por estos lados?

—Voy hacia el Sud. En dirección del Río Grande. Tengo un pequeño negocio que arreglar por allí. Algo de que no me es posible hablar porque se refiere a...

Bill Cody, calló bruscamente. No tenía intención de dar a conocer su secreta misión, aún cuando sabía que no había peligro alguno de que, ni e ldueño del ranch Juniper ni sus cowboys le denunciaran. Pero pensaba en el desconsolado padre, y con la confianza que tenía en el éxito de su empresa procuró consolarle.

—Oiga Brent; no esté tan triste, — le dijo.—Su hija no estará en poder de los bandidos mucho tiempo más. Yo puedo asegurárselo.

—¿Usted lo puede asegurar? — exclamó Silas Brent.—Me parece que no piensa usted mucho en lo que está diciendo.

—¡Ya lo creo que pienso! Volveré por aquí dentro de unos días y entonces traeré conmigo a Milly.

—¡Un joven como usted prometiéndome rescatar a mi hija del poder de esos canallas! ¡Se ha vuelto loco, Cody! Ha estado cabalgando muchas horas al rayo del sol y se le ha calentado la cabeza.

—No hay tal cosa. Honestamente estoy convencido de lo que le digo, y puede creerme. Déme algo que comer y me pondré en marcha en seguida. No tengo tiempo que perder.

—¿Acaso sabe usted que se prepara algún plan para apoderarse de esos bandidos?

—No. No sé nada semejante. Deseo tan sólo que confíe usted en lo que le he dicho y nada más. Espere y verá.

Dos de los cowboys, se rieron, pero los demás miraron al joven y manifestaron tomar sus palabras en serio. Habían oído hablar muy elogiosamente de él, y sabían que había

hecho cosas asombrosas. No se imaginaban, sin embargo, de qué manera podía ser posible que rescatara a la joven raptada. Ellos lo habían intentado y habían fracasado. Silas Brent, movió la cabeza con desconfianza.

—No hay esperanza, Cody, — exclamó.— Mi hija está perdida para mí, y no debe usted confiar en hacer lo que los valientes cowboys de Texas, no han logrado.

Bill Cody, no quiso prolongar aquella conversación por más tiempo. Lamentaba haber hablado ya demasiado. Pero cuando se despidió de Silas Brent, después de haber comido excelentemente, y se alejaba del ranch Juniper, confiaba más que nunca en cumplir la promesa que había hecho. No había sido reconocido por el dueño del ranch, con lo cual se había tranquilizado y ya no temía que su verdadera identidad fuese descubierta por los bandidos.

—Si todo marcha bien, como lo espero,— murmuró, — no creo que me sea muy difícil rescatar a Milly Brent del poder de esos canallas. Salvo que la hayan obligado a casarse con alguno de ellos. He oído decir que han hecho cosas semejantes, y Milly es una de las muchachas mas bellas de estos contornos.

Su confianza iba en aumento. Su aspecto estaba tan variado que no había sido reconocido ni aún por los que tenían la costumbre de verlo frecuentemente. Su caballo había hecho que Silas Brent sospechase su identidad, pero estaba seguro de que ninguno de los bandidos había visto antes al animal.

Aún cuando el polvo del camino era mucho y el calor apretaba aquel día, no se detuvo en ningun ranch de los que encontró a su paso. La región se hacía cada vez más solitaria y por la tarde, al llegar a un manantial se decidió a acampar allí. Después de comer, —había llevado consigo algún alimento del ranch Juniper, — se tendió en el suelo, cubriéndose con una manta y durmió toda la noche.

En las primeras horas de la mañana y antes de que saliese el sol, despertó, montó a caballo y se puso de nuevo en marcha. Era el cuarto día de camino y se hallaba como a treinta millas del lugar a donde se dirigía.

—Mañana a esta hora, — pensó, — estaré muerto con una buena cantidad de plomo dentro del cuerpo, o me hallaré entre Graeme Helmack y sus bandidos, en calidad de camarada.



CAPITULO III

Cruzando la pradera. — Al pie de las Rocas Negras. —El hombre que esperaba. — La bienvenida al joven explorador. — Una noche de viaje por la montaña. — La mañana siguiente. — El refugio de la gavilla. — La conversación con Milly Brent. —Bill Cody pasa un mal momento y demuestra su habilidad. — Una atrevida petición.

Ya se hallaba muy adelantada la mañana cuando Bill Cody llegó al camino de la Serpiente, y mientras avanzaba, con un sol cuyos rayos quemaban la piel, el viento levantaba pequeñas polvaredas de arena en torno suyo y veía ante él el estrecho sendero que serpenteaba por la pelada y lisa llanura con rumbo hacia el sudoeste.

Y más lejos, amontonadas en el horizonte con un aspecto extraño, distinguía los accidentadas montañas a las que se daba el nombre de las Rocas Negras. Primero las vió de un color violeta claro que fué transformándose en gris a medida que se fué acercando.

El andar a caballo en aquellas condiciones era penoso. Nada le protegía contra los rayos del sol. Llevaba largo tiempo sin comer y no había una sola gota de agua al alcance del viajero.

Al aproximarse el término del día distinguió a su izquierda los matorrales y el bosque de que el capitán Trasker le había hablado. Sufría entonces de hambre y de sed, tenía la boca y la garganta resecas y a intervalos sentía como un ligero aturdimiento. Pero era hombre capaz de resistir las mayores fatigas y hubiera podido cabalgar varias millas más en iguales condiciones. Al caer la tarde hizo alto al pie de las Rocas Negras y se apeó de su cansado corcel.

Se apoderó de él en aquellas circunstancias un sentimiento de inquietud. Allí no se distinguía a nadie y temía por el éxito de su empresa. Si nadie había estado esperándole, —según parecía, — era de presumir que los bandidos habían terminado por creer que Jed Parker no había recibido el mensaje o que no sentía deseos de asociarse con ellos.

—¡Qué difícil debe ser el entrar por aquí! —murmuró el joven explorador. — No me parece que me pueda ser posible dar con el sendero que conduce al interior de los valles de estas montañas, sin guía y bien puede ser que aun cuando vagara por estos lugares durante una semana, no llegara a encontrar a persona alguna que...

Calló de pronto. Había oído unos pasos y casi en seguida apareció tras un peñasco llevando de la brida un caballo tordillo, un hombre alto, grueso, con aspecto parecido al de un león. Sus ojos despedían fulgores amarillentos. Tenía un grueso bigote y una barba larga e hirsuta que parecía de crín.

Era Graeme Helmack en persona, que había acudido al encuentro del proscripto cuya presencia había solicitado. El corazón de Bill Cody dió un vuelco al verle avanzar. Duran-

te un momento casi tembló de miedo. Pero se reanimó y sin flaquear miró cara a cara al jefe de los bandidos, cuyos ojos parecían penetrar como taladros. Una raya de rojizo sol se distinguía en el horizonte y su brillo daba en el rostro del joven explorador. Graeme Helmack estudiaba cada uno de los rasgos de su fisonomía. ¿Sospechaba? ¿Por qué no hablaba?

—¡Venga esa mano, Parker! — exclamó al fin avanzando la suya. — Me parece que me alegro mucho de verlo.

—Yo también me alegro de verle, Graeme Helmack, — respondió Bill Cody. — Estaba cansadísimo ya de andar como un lobo solitario y no tardé mucho, después de recibir su mensaje, en ponerme en marcha hacia el sudoeste.

—¿Trae usted el mensaje, Parker?—preguntó rápidamente el bandido.

—Sí. Aquí está, — dijo el joven explorador, sacando el arrugado y manoseado papel.

—¿Cómo llegó a su poder?

—Lo encontré allá, en mi región, cerca de los límites de las montañas de la Mariposa. Estaba clavado en el tronco de un árbol, junto a un camino por el que yo pasaba con frecuencia.

—Sí. Reconozco que así fué como quise que llegara a sus manos. Le repito, Parker, que estoy muy satisfecho de que haya venido. He oído elogiar sus habilidades de buen tirador y pensé que no le desagradaría formar parte de mi banda. Me sorprende encontrarle tan joven, sin embargo. ¡Pero si su aspecto es casi el de un muchacho!

—Tengo más años de los que usted supone, Helmack. No se debe juzgar siempre por las apariencias. Me parece que usted se manifiesta excesivamente curioso por una u otra razón. ¿Se le ha metido, acaso en la cabeza, que yo no soy Jed Parker? Si es así, regresaré ahora mismo al punto de donde he venido.

—¡No! ¡No! ¡No se enoje! No pensé ofenderle. Pero, en estos días hay que andar con gran cuidado, con ese gobernador del Estado, que ha dicho que me pondría una soga al cuello, y con los guardabosques de Texas, que han manifestado otro tanto.

—Supongo, Helmack, que a usted no le importará gran cosa todo lo que digan.

—No, Parker: puede creer que no. Todos dos soldados y guardabosques que están entre San Francisco y San Luis, no podrán arrancarnos a mí y a mi banda de nuestra guarida. No hay nada que temer por ese lado. Pero sería distinto si nos encontrásemos con ellos durante una d enuestras excursiones. Eso me preocupa a veces y...

Graeme Helmack calló y acercándose a Bill Cody le dió unas amistosas palmadas en un hombro.

—No haya ofensa, — repitió. — No dudo de que sea usted Jed Parker, y ya verá cómo seremos buenos camaradas. ¡Ahora, en marcha! Los muchachos se alegrarán al verlo, tanto como yo. Creían que usted no iba a venir, pero yo estaba enteramente seguro de que vendría y no he dejado un solo día, en toda la semana de mirar hacia el camino, esperando verle aparecer. Monte a caballo, Jed, y sígame de cerca. El camino es difícil y peligroso.

Pocos minutos después el terreno lleno quedó oculto tras los contrafuertes de granito y el joven explorador cabalgaba con su compañero por las laderas de las Rocas Negras, sin separarse del sendero secreto que conducía a la guarida de los bandidos. En realidad, no podía darse a aquello el nombre de sendero, pues casi no se notaban rastros que lo señalaran.

Si Bill Cody hubiera ido solo no hubiera sabido encontrarle, y a medida que fueron avanzando y ascendiendo, comprendió mejor la seguridad del refugio de los bandidos.

Era necesario grandísima habilidad y mucha experiencia, para hallar el camino entre áquel laberinto de rocas. Graeme Helmack lo conocía admirablemente. Avanzaba sin vacilación y de vez en cuando dirigía alguna palabra de advertencia a Bill Cody, para dirigirlo en los pasos más difíciles, en los sitos más angostos donde un mal paso podía precipitarlo al vacío, en barrancos tortuosos. Había oscurecido y no había más luz que la de las estrellas. Pero aun cuando el camino se distinguía apenas, el joven explorador lo iba fijando en su memoria y estaba seguro de que encontraría la senda cuando recorriera aquella región en sentido contrario, ya fuera de día, ya en la oscuridad.

Era un accidentado y peligroso viaje, pero relativamente breve. En menos de una hora los dos traspusieron la cumbre de la montaña y comenzaron el descenso. A sus pies se hallaba un hueco lleno de tenue neblina, donde no se podía ver nada.

Durante casi otra hora, los dos descendieron lentamente y al fin, cuando llegaron al final de la senda, Bill Cody, notó en el ambiente, olor de hierba y de árboles.

—Ya estamos cerca, Jed, — dijo Graeme Helmack.—Este es un sitio muy curioso y cuando lo vea usted a la luz del día se dará cuanta de por qué nos sentimos en seguridad.

—Comprendo que se sientan seguros,— replicó el joven explorador. — No tienen nada que temer los soldados, si para llegar hasta aquí no hay más camino que ese por el cual hemos venido.

Detrás de ellos se extendía el sendero por donde habían pasado entre desfiladeros y peligrosos precipicios. Un grupo de árboles los rodeaba y cuando salieron de él se hallaron en un espacio despejado en el que había un edificio de troncos de árbol en el que brillaban algunas luces. Se habían acercado sin que los oyera nadie. Los caballos caminaban sobre mullido césped. Pero en cuanto se apearon, resonando las guarniciones de los caballos, la puerta del edificio se abrió de par en par y un grupo de negras siluetas salió por ella.

—¡Aquí está muchachos! — exclamó Graeme Helmack.—¡Aquí traigo a Jed Parker!

Bill Cody, se hallaba tan tranquilo y sereno como si se encontrase en el campamento de los soldados. El jefe de los bandidos no lo había reconocido y no temía que pudiese reconocerlo ninguno de los demás. Manos rudas estrecharon la suya y entre un clamoreo de voces, fué llevado hacia el interior del edificio.

A la luz de la lámpara dirigió una mirada en redor y vió una habitación grande, con una mesa enorme en el centro, y junto a las paredes, estantes que contenían víveres, botellas y varias otras cosas.

Los hombres de bronceada barba que le rodeaban eran todos desconocidos para él seguramente. Pero de pronto le llamó la atención uno de los bandidos que le miraba fijamente como si tratara de reconocer quién era.

Se trataba de un hombre alto, de afeitado y siniestro rostro y el joven explorador estaba seguro por las descripciones que de él había oído antes, de que era un sanguinario miembro de la banda que llevaba el nombre de Lew Crayle.

—¡Un poco de calma, muchachos! — gritó Graeme Helmack. —Nada de apretarle y ahogarle. Dejen respirar a Parker, que ha hecho un largo viaje y debe estar medio muerto de cansancio. Debe usted comer algo Jed, — agregó,—y retirarse luego a dormir.

La acogida fué tan favorable como Bill Cody podía desearle. Lo peor había pasado y confiaba en que podría cumplir su misión. El viaje había agotado sus fuerzas y estaba tan fatigado que casi no podía tenerse en pie. Sentándose junto a la mesa comió y bebió con avidez, de cuanto le pusieron delante.

Cuando hubo terminado le parecía que todo giraba en redor, y casi no se dió clara cuenta de lo que ocurrió después. Se levantó y dos de los hombres lo tomaron de los brazos. Le sacaron al aire libre por una cuesta cubierta de hierba y luego penetraron por una puerta que estaba abierta. Alguien encendió un fósforo y a la luz de él, distinguió Bill Cody una tarima cubierta con una manta. Le sacaron el cinturón, el saco y las botas. Se dejó caer en la tarima, exhausto y cuando estaba por dormirse llegó a sus oídos como muy lejana, la voz de Graeme Helmack.

—¡Buenas noches, Parker!—dijo. — ¡Mañana por la mañana, nos veremos!

Eso fué lo último que recordó el explorador. Durmió durante toda la noche y era ya enteramente de día, cuando despertó. Se dió cuenta de su situación en seguida y se le despejó la mente de toda somnolencia. Se sentó en la tarima y dirigió la mirada en redor, notando que se hallaba en una pequeña habitación, con dos ventanas, una junto a la puerta y otra al lado opuesto.

Después de ponerse las botas y el saco, se levantó y se ciñó el cinturón que halló colgado de un clavo, en la pared. Cuando recordó su encuentro con Graeme Helmack al pié de las Rocas Negras y la acogida que le habían dispensado al llegar a la guarida de los bandidos se sintió seguro.

—Me gustaría que pudiese verme ahora Dan Trasker, — díjose. — Se sentiría complacidísimo al ver el giro que toman las cosas. Estoy, por lo visto, de suerte. Todos creen que soy Jed Parker y tengo probabilidades de poder realizar el programa de modo que toda la banda caiga en manos de los soldados uno de estos días. Ya es todo, únicamente, cuestión de tiempo. Debo, no obstante estar en guardia contra ese Crayle. Tengo idea de que no le soy nada simpático.

Se dirigió hacia la puerta, la abrió y pasó al exterior de la choza de troncos de árbol en que había pasado la noche. El sol se hallaba aún debajo del horizonte. La brisa era rápida y suave y el cielo se hallaba cubierto por un delicioso tinte sonrosado. Reinaba la más completa calma. No se había levantado ni uno solo de los bandidos.

Desde la cabaña, que estaba sobre una pequeña prominencia, se distinguía un paisaje poco atrayente. La guarida de los bandidos era una hondonada circular, en forma de copa, que tendría un cuarto de milla de diámetro y estaba cubierta de verdura. Todo el conjunto era visible para Bill Cody, desde el lugar en que se hallaba y le dió una impresión de la seguridad de los bandidos que habían elegido aquel refugio.

Bajo él, a una docena de yardas, estaba el edificio mas grande en que había entrado la noche anterior. Mas lejos, a ambos lados había una ventana de pequeñas construcciones de troncos, levantadas siguiendo el borde de la hondonada, rodeadas de árboles y arbustos. Entre ellas corría un rumoroso arroyuelo que seguramente llegaba hasta el valle por algún conducto subterráneo.

En la parte más baja de las Rocas Negras, crecían en profusión cedros y pinos y mas arriba, la vegetación se iba haciendo escasa hasta que cesaba por completo al llegar a la región de las rocas volcánicas, donde no se veía señal alguna de senderos. A la izquierda, los caballos pastaban en un extenso prado y a la derecha, en un punto que formaba la base de una elevación de tierra se veía otra casa habitación, rodeada toda ella de árboles.

Allí se dirigió entonces la mirada del joven explorador y a través del follaje vió el rostro de una joven asomada a una ventana. Inmediatamente pensó en Milly Brent, de la que no se había recordado desde su llegada.

—¡De modo que allí es donde está la muchacha! — reflexionó. — Me gustaría conversar un momento con ella para darle ánimos porque debe estar muy triste. Creo que debo esperar todavía un poco, pues debe ser prudente y no buscarme complicaciones.

Los bandidos dormían todavía. Durante algunos minutos no se vió ni se oyó nada que fuera señal de vida. De pronto, por entre los árboles apareció una mujer de tez morena, que seguramente era mejicana. Descendiendo por la ladera al fondo del valle, se fué acercando lentamente y miró a Bill Cody al en-

trar en el edificio grande que quedaba en un nivel inferior.

Debía ir a preparar el desayuno de los hombres, pues algo después comenzó a salir humo por la chimenea. Entonces una idea audaz pasó por la mente del joven explorador Calculando que Milly Brent residía en aquella casita y que se había quedado sola, decidió, aprovechar la ausencia de la mujer para conversar con la joven.

—Voy a arriesgarme, — díjose. — Puede ser que no se me presente otra ocasión tan favorable como esta.

Había observado, por la disposición del terreno, que podía ir hasta allí por el fondo, sin que le vieran, y regresar lo mismo. Penetró en su habitación, saltó por la ventana del lado opuesto y subió a una cornisa de roca que iba hasta la vertiente sur del valle. Cautelosamente siguió, por aquella cornisa, teniendo a un lado un peñasco y al otro una línea de cedros que le ocultaban.

Tenía que recorrer únicamente unas treinta yardas. No se notaba signo alguno de vida cuando llegó al grupo de árboles y penetró entre ellos para detenerse ante una pequeña casa de troncos que tenía un rústico pórtico cubierto. En la puerta estaba una bella joven de rubio cabello y ojos celestes.

Lanzó ella un breve grito de sobresalto al ver al joven y durante un momento los dos se contemplaron en silencio. Era evidente que Milly Brent se sentía asombrada al ver la expresión de interés del joven y que no tenía idea de quién pudiera ser. Se notaba temor y desconfianza en su rostro. Supuso que se trataba de un miembro de la banda a quien antes no había visto, y sospechaba que fueran siniestras sus intenciones.

—Será mejor que se retire en seguida,— dijo ella.—Si Graeme Helmack lo encuentra aquí, le matará.

—No me iré sin haber hablado con usted algunas palabras, señorita Brent, — dijo Bill Cody en voz baja.—Por usted he venido.

—¡Retírese en seguida! — repitió, alarmada la joven.—¡Si no se retira pediré auxilio!

—¡Eso no, por favor! No se alarme. Soy un amigo de usted y sólo deseo su bien.

—No lo creo. Está usted mintiendo.

—No, señorita Brent. Palabra de honor. No pertenezco a la banda de Helmack.

—¡Claro que pertenece a ella! Si no perteneciera a la banda, no estaría aquí.

—Eso necesitaría una explicación muy larga que no puedo darle ahora. He hablado con su padre y por él he sabido...

Bill Cody calló y vaciló. La joven se había apartado pero se notaba que ya no estaba alarmada y que le miraba con curiosidad. ¿Podría confiar en ella? No se sentía deseoso de hacerlo, recordando las instrucciones del capitán Trasker y por otra parte tenía que disipar las sospechas de la joven si pretendía libertarla de sus raptores.

—Oiga, señorita Brent — dijo. — Puedo confiar en usted? ¿Me promete no decir nada si la demuestro que soy un amigo?

—Sí. Si puedo creer que lo es.—respondió la joven, dudando aún.

—Usted tendrá que creerme. Lo que le diga será verdad y será para su bien. Ahorrando palabras, señorita Brent, debo decirle que he venido a esta guarida de los bandidos en calidad de espía de los guardabosques de Texas. Me detuve en el ranch Juniper al venir y su padre me contó que usted había sido raptada. Le dí mi palabra de que la volvería a su lado sana y salva. Y añadí que no tardaría en cumplir mi palabra. ¿Ahora me creerá usted?

—Sí. Tiene usted cara de persona honrada. Pero no veo cómo le va a ser posible rescatarme.

—No se preocupe de eso. Yo aprovecharé la ocasión oportuna, dentro de una semana más o menos. Todo depende de las circunstancias. A usted le corresponde confiar en mí.

Milly Brent estaba convencida. Sus ojos brillaban de contento y sus mejillas estaban encendidas.

—Me siento angustiada y desdichada,—dijo ella y le temblaron los labios al hablar.—Mi padre debe estar muy alarmado por mí. Me paso sobresaltada el día y la noche. Los bandidos no me han molestado mayormente hasta ahora, pero siempre temo. Si pudiera usted llevarme lejos de aquí en seguida...

—No hay que pensar en eso,— respondió el expolrador.—Es cuestión de esperar, como ya se lo he dicho. Pero no me atrevo a quedarme mas tiempo. Deseo saber una o dos cosas y en seguida me iré. He visto una mujer mejicana que salía de aquí hace un momento. ¿Es la única persona que vive con usted?

—Sí. La única. Estoy bajo su vigilancia. Se llama Paquita y es la cocinera de los hombres. Ahora ha ido a preparar el desayuno.

—¿Sería capaz de defenderla a usted si alguno de los bandidos la ofendiese?

—Estoy segura de que sí. Me trata muy bien y me ha tomado cariño.

—Me alegro de saberlo. Pienso que por ahora se encuentra usted a salvo y eso es lo principal. Debe usted tener paciencia y no estar triste. Debe creer que no estará aquí mucho tiempo más. Volveré a verla tan pronto como haya combinado mis planes.

Bill Cody calló de pronto al oir ruido de voces y de pasos a la distancia. Dirigió un ademán de despedida a la muchacha y se volvió para irse.

—Tengo que retirarme, — agregó. — No se deje dominar por la tristeza, señorita Brent y tenga confianza en mí.

Temiendo que su visita a aquella vivienda fuese descubierta, se alejó con tanta rapidéz como se lo permitía el camino. Nadie lo vió ni él vió a ninguno de los bandidos.

Oculto por la línea de cedros que bordeaban el peñasco regresó a su habitación y sin ser visto saltó nuevamente por la ventana.

Luego de esperar un rato salió por la puerta y cruzó el espacio cubierto de césped para dirigirse al edificio grande que estaba más abajo.

La mayor parte de los hombres estaban ya reunidos allí. Se hallaban en la habitación grande, fumando y cantando y la mejicana que había preparado el desayuno y lo había servido, se había retirado.

—¡Hola, Jed! — exclamó Graeme Helmack al verlo, mientras el resto de la banda lo acogia con muestras de simpatía. — Supongo que habrá dormido usted bien.

—Sí. He pasado una excelente noche de descanso, — respondió Bill Cody. — Me encuentro ahora perfectamente.

—¿Y qué opina de este sitio, Jed?

—Es maravilloso, Helmack. No tenía la menor sospecha de que pudiera ser así, y verdaderamente estoy admirado. Ni soldados ni guardabosques pueden llegar nunca hasta donde nos hallamos ahora.

—No. Puede apostar lo que quiera a que no. No estaríamos más a salvo si hubiésemos cruzado la frontera de Méjico. Sin embargo la vida no es tan tranquila como sería de desear. Ya hemos cobrado tributo a todos los establecimientos y haciendas que hay por los alrededores y cuando partamos para una expedición podrá venir con nosotros y se le presentará la oportunidad de hacer buenos blancos. Siéntese Jed, y tome lo que tiene ya servido. Supongo que tendrá apetito.

En aquel momento una sombra oscureció el hueco de la puerta y el hombre grande, afeitado y de siniestro aspecto penetró en la habitación. Miró fijamente al joven explorador, frunció el ceño y se volvió hacia el jefe de la banda.

—Tengo algo que decirle, Helmack,— dijo.—Nuestro nuevo compañero parece que no pierde el tiempo. Ha estado ya en la casita hablando con la hija de Silas Brent. Yo lo he visto cuando volvía.

—Me parece que está usted equivocado Crayle, — respondió Graeme Helmack.

—Y yo sostengo que no, — insistió Lew Crayle.—Digo la verdad.

Se oyó un murmullo de voces. Los hombres miraban alternativamente a Graeme Helmack que observaba con gesto austero al joven explorador, y a éste.

—¿Qué hay de cierto en eso, Parker — preguntó el jefe.

—No creo que haya que darle tanta importancia al hecho, — dijo tranquilamente Bill Cody.—No estoy aquí en calidad de prisionero. ¿No es así? ¿Tengo o no la facultad de ir a donde quiera? Me levanté temprano esta mañana fuí a dar un paseo y en mi camino hallé la casa donde está la muchacha. Yo sabía quien era porque hace algunos días oí que la hija de Silas Brent había sido raptada del ranch Juniper. Es una linda muchacha y he tenido un momento de conversación amistosa con ella. Eso es todo ¿Qué mal hay en todo ello?

—¡Claro está que no lo hay! Por supuesto que usted puede ir a donde le parezca, Parker. No hay mal en ello. Unicamente que no queríamos trabar demasiada amistad con la joven Milly. Hemos decidido permanecer alejados de ella porque pensamos hacer que Silas Brent nos pague un buen rescate.

—Bien, pero lo que a mí me sorprende es que Parker, lo primero que ha hecho esta mañana, haya sido ir a conversar con la joven,—hizo notar Crayle con mala intención. —No estoy muy conforme con la explicación que ha dado.

—¡No sea agresivo! — dijo Graeme Helmack.—No es esa forma de tratar al nuevo camarada.

—Es que voy a ser más que agresivo. Insisto en manifestarle, Helmack, que tengo mis sospechas. Las tengo desde el principio. Cuando ví a este hombre anoche me pareció que era demasiado joven para ser Parker. Y así es. Pienso que ha sido enviado aquí por Silas Brent, o que es un espía de los guardabosques que están iniciando el juego por intermedio de él.

—¡Pero Crayle! ¡Está diciendo cosas que carecen en absoluto de sentido común!

—No lo crea así, Helmack. Aquí hay algo que no está bien. No me importaría apostar a que...

El hombre giró repentinamente sobre sus talones y miró con fijeza al explorador.

—¡Usted no es Jed Parker!—gritó.

—¡Y usted es un embustero del demonio! —replicó Bill Cody enfurecido.

—¡Usted es el que miente! ¡Yo repito de nuevo que usted es un espía!

—Y yo también repito que usted es un embustero. Tenga cuidado. No insista en molestarme porque se puede arrepentir de ello.

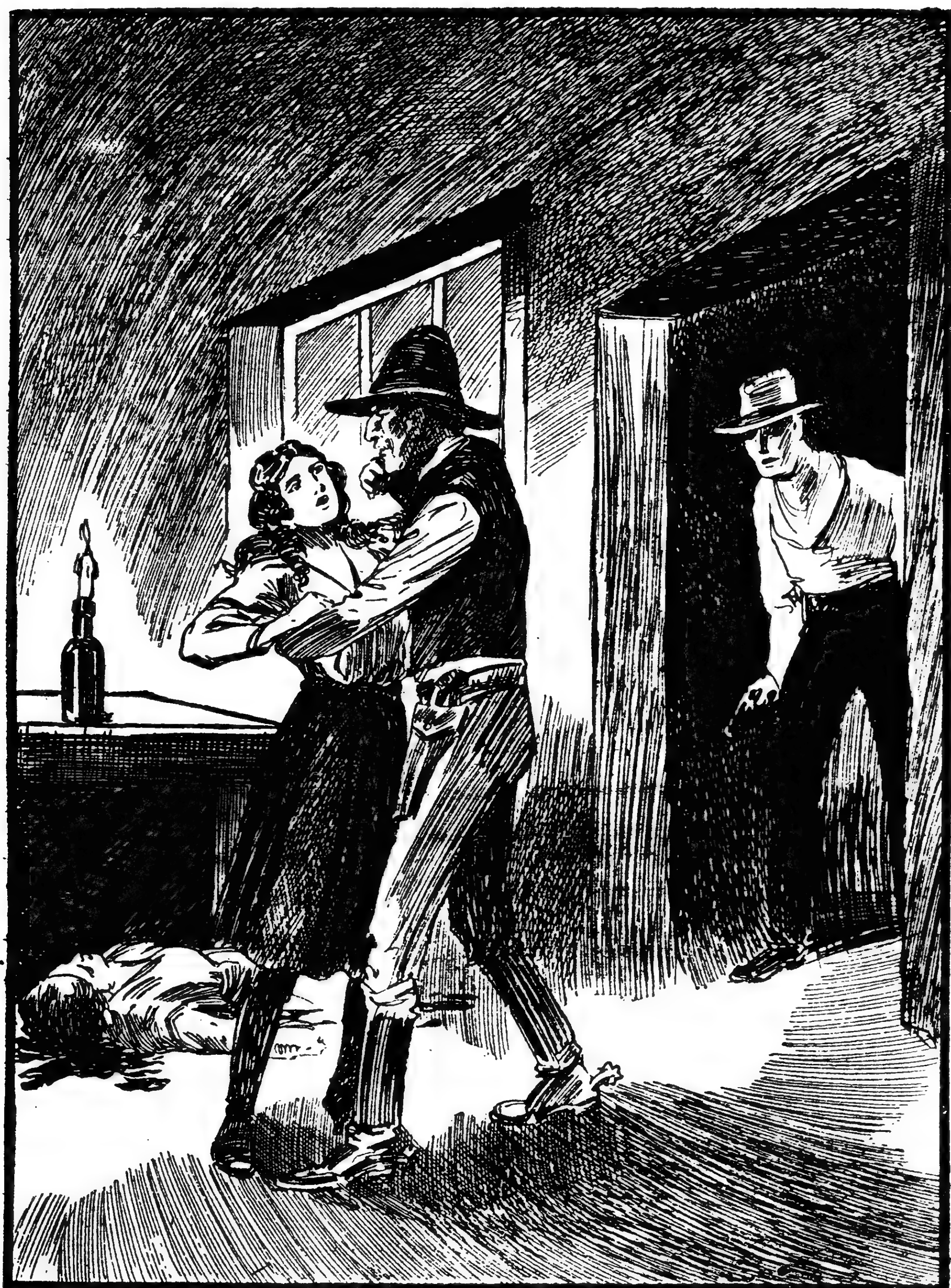
—¿Yo? ¡Voy a demostrarle lo que voy a hacer!

—Y yo le repito que ande con cuidado, Crayle, si es su nombre. ¡Jamás he permitido que me insulte ningún hombre!

Se oyó el ruido de pasos precipitados y el de voces. Graeme Helmack, apagó el tumulto con una voz imperativa y de nuevo miró fijamente al joven explorador. La situación era delicada y podía costar sangre.

Sin embargo no era tan seria como parecía, porque Lew Crayle no creía lo que había afirmado, aun cuando tenía dudas sobre la identidad del nuevo miembro de la gavilla. Afirmaba aquello para sacar de mentira verdad. Sentía inclinación hacia Milly Brent y sus celos habían despertado al ver lo que había visto. Por otra parte estaba celoso hacía mas de un año de la reputación de buen tirador que tenía Jed Parker. Por eso quería provocar al joven a una querella.

Por fortuna Bill Cody supo leer los pensamientos de su adversario, y debido a ello la situación resultó menos alarmante para él. Pudo conservar el dominio de sí mismo en aquella crisis, y lo hizo en forma admirable. Con la mano cerca del cinto,—pues



Bill Cody, afeitado y con el cabello corto, para representar el papel de Jed Parker, miró consternado la escena que se ofrecía a su vista. Paquita, la mejicana, estaba tendida en el suelo, al parecer, muerta, y Milly Brent se resistía, abrazada por Lew Crayle. ("El Secreto de las Rocas Negras", pág. 23).

sintió que podía presentarse el momento de tener que hacer uso del arma,—contempló serena y fríamente a su adversario, con una mirada tranquila y resuelta.

Y mientras los dos adversarios se contemplaban fijamente, Graeme Helmack y los otros miraban al joven y se sentían impresionados por su calma y su aspecto amenazador. Hubo un momento de profundo silencio.

—¡Es usted un tonto, Crayle! — exclamó irritado Helmack. — No tiene por qué insultar a ese hombre. El tiene razón. Yo respondo de que es Jed Parker.

—¡Usted responde! — exclamó Lew Crayle. — ¿Y qué es lo que conoce usted de él? Nada, exceptuando que ha llegado hasta aquí con el mensaje que usted mandó a Parker, diciéndonos que es él, cosa que yo no he creído ni un solo momento.

—¿Y en qué se funda para no creerlo? ¿Tiene pruebas de lo contrario? ¿Ha recibido alguna información de que alguna otra persona se haya apoderado del mensaje que yo envié y se nos haya presentado como Parker?

—Sí, Helmack. Esto es justamente lo que creo. Y lo que es más aun, tengo la seguridad de que no me equivoco. Probablemente estamos siendo engañados por un espía de Trasker. También puede ser...

El hombre volvió a dirigirse nuevamente a Bill Cody, que se hallaba separado de él una docena de pasos.

—¡Vamos a ver, mal bicho! ¡Diga la verdad!

—Ya he dicho la verdad, — respondió tranquilamente el joven.

—¡Es usted un embustero! ¡Pero a mí no me va a engañar!

—No pretendo engañar a ningún tonto como usted, Crayle. Deje a Helmack que sea el juez, y calle.

—No. Yo le voy a poner en evidencia. Deje de mentir o le cargo de plomo.

—¡Cuidado! ¡Ya le he advertido!

—¡Qué me importan sus advertencias! Repito que es usted un embustero y un espía, y que usted será cualquiera, pero no puede ser Jed.

Y mientras Lew Crayle pronunciaba estas palabras, llevó la mano al revólver. Pero no con la suficiente rapidez. Fué Bill Cody el que se movió más rápido y sacó su largo y azulado revólver con maravillosa actividad.

Las dos armas apuntaron y dispararon al mismo tiempo. Se vieron dos fogonazos y dos nubecitas de humo. Crayle, tocado en la parte carnosa del brazo, dejó caer su revólver y se echó sobre la mesa, lanzando un gemido de dolor.

El joven explorador no había sido tocado. La bala del revólver de su adversario fué a dar en la pared. Guardó su arma y se encogió de hombros.

—Lo siento, — dijo. — Usted me provocó y se ha llevado su merecido. Espero que ahora creerá que soy Jed Parker. Como que lo soy, realmente. Y así se lo digo a todos ustedes.

Lo miró y se convenció de su victoria. Había salido triunfante de la prueba. No tenía ya nada que temer. Estaba seguro de ello; lo comprendió al ver que sólo le dirigían miradas amistosas.

—Sí, Crayle. No hay más que decir,—añadió Graeme Helmack. — El asunto ha terminado y es preferible que sea así.

—¿Creen ahora que soy Jed Parker?— preguntó Bill Cody.

—Sí. Ahora lo creemos. Sólo Jed Parker es capaz de manejar el revólver con esa rapidez. No se ocupe de Crayle. Siempre ha sido un bravucón y un hablador; pero en seguida se convence. No quiero que haya más resentimiento entre ustedes dos.

—Por mi parte se lo prometo, Helmack. No soy rencoroso.

—Eso está muy bien por su parte, Parker. ¿Y usted, que dice, Crayle?

Lew Crayle lanzó un gruñido incomprensible. No era capaz de olvidar una injuria, y continuaba resentido a pesar de no tener la menor duda que se había equivocado. La herida no era de importancia, pues la bala apenas había rozado el brazo.

Rehusando el ofrecimiento que le hizo uno de sus compañeros de vendarle la herida, lanzó una mirada iracunda al joven explorador y salió de la habitación. Las sospechas que la actitud del otro había despertado, se borraron en seguida y Bill Cody quedó satisfecho. Pero un espíritu de bravata; el afán de hacer más fáciles los planes que bullían en su cabeza, le indujeron a tentar un punto peligroso.

—Helmack, — dijo. — Me ha gustado la muchacha. ¿Verdad que es muy linda?

—¿Usted lo cree? Yo no lo sé,—respondió Graeme Helmack.

—Es bonita como una imagen y quiero casarme con ella.

—¡Vamos! ¡Váyase usted al diablo, Parker!

—Sí, quiero casarme con ella. ¿Tiene alguna objeción que hacer?

—¿Que si tengo? ¿Pero va usted a burlarse de mí, ahora?

—No, Helmack. No tengo tal intención. Pero si consigo casarme con la muchacha, me quedo, en caso contrario no cuente conmigo. Emprenderé nuevamente el camino en dirección a mi refugio en las montañas de la Mariposa.

—¡Pero, que me cuelguen si lo entiendo! ¿Quién va a mandar aquí? ¿Usted o yo?

—Usted, Helmack. Yo no pretendo mandar.

Se oyeron algunas carcajadas contenidas y varias frases alusivas a la situación. La audacia del joven explorador y su tranquila demanda, asombraban a los bandidos. Pero no se manifestaban hostiles. No había duda de que era Jed Parker, sabían lo excelente tirador que había demostrado ser y deseaban que se quedase con ellos. Sentían poder perderlo.

Ese era el pensamiento general y Graeme

Helmack se dió perfecta cuenta de ello. Estaba dispuesto a acceder a la demanda antes que consentir en que se fuese el nuevo camarada.

—¡Nunca hubiera pensado que fuese usted afecto al matrimonio! — exclamó con algo de tristeza.

—Ni yo mismo lo creía, — respondió el explorador. — Pero he cambiado de modo de pensar en cuanto he visto a la hija de Silas Brent.

—No la reservaba ni para mí, ni para ninguno de los nuestros. Esperaba obtener por ella un rescate. Pienso que el viejo Brent tiene mucho dinero, pero si su corazón le arrastra hacia la joven, puede casarse con ella en cuanto se presente la oportunidad.

—Está usted hablando con admirable cordura, Helmack. No tengo tanta prisa. Hablaré con la muchacha uno de estos días, pero entretanto podré verla siempre que lo desee. ¿No es así?

No se bromeó más ni hubo una sola frase discordante. La entereza del joven explorador al afrontar la situación le había ganado la simpatía de los hombres, que habían podido apreciar su valentía y el dominio que tenía sobre sus nervios.

Se sentaron todos para tomar el desayuno. Graeme Helmack sirvió whisky en una copa y la levantó en alto.

—¡Muchachos, tenemos un nuevo camarada! — exclamó. — ¡A la salud y larga vida de Jed Parker!



CAPITULO IV

Una semana entre los bandidos. — Situación dificultosa de Bill Cody. — Un mensajero llega al valle. — Cody se desliza por la noche fuera de la guarida. — La señal de fuego. — La noche siguiente. — El capitán Trasker llega a las Rocas Negras.— Una entrevista con el joven explorador.

UNA semana transcurrió rápidamente y sin ningún suceso de importancia en la guarida de los bandidos. Bill Cody, aprovechando el permiso que le había sido concedido, volvió nuevamente a la casita de la ladera el día siguiente al de su discusión y pelea con Lew Crayle. Dijo entonces a Milly Brent de qué medios se había valido para conseguir autorización para verla tan frecuentemente como le diera la gana. Uno y otro día pasó una hora con ella, a veces en presencia de la mejicana y otras veces en ausencia de ésta.

Sus visitas fueron bien recibidas por la joven que confiaba plenamente en él y si no hubiera estado ciego se hubiera percatado de que ella empezaba a mirarle con un afecto que era más que pura amistad.

Había transcurrido la semana y el joven explorador comenzaba a sentirse cansado de su papel, temiendo que fuese a pasar mucho tiempo aun antes de que pudiese hacer algo positivo, cuando una mañana un hombre, desconocido para él, llegó hasta las montañas, procedente del valle y recibió una calurosa acogida de parte de los de la banda.

Por la tarde hubo una larga y acalorada discusión en presencia de Bill Cody. El hombre partió en las primeras horas de la tarde y por la noche, después de que todos los bandidos se retiraron a dormir, el joven explorador salió de su habitación, en la que afortunadamente para él, continuaba solo.

Tenía ya la noticia que esperaba y se dirigía a hacerle la señal convenida al capitán Trasker. De que éste y sus hombres estaban acampados en algún bosque de las inmediaciones, algunas millas hacia el nordeste, era cosa de que no dudaba.

Sus movimientos eran tan cautelosos como los de una pantera, pues tenía el convencimiento de que exponía la vida. Su pelea con Lew Crayle según todas las apariencias no había tenido otros resultados que los ya conocidos y el hombre manifestaba cierta cordialidad hacia él, pero el joven no se dejaba engañar por eso. Cada vez que se encontraban frente a frente creía adivinar en sus ojos una mirada de mal contenido rencor.

—Es del único de quien me debo guardar, — pensó. — Ese loco de Crayle me odia y tendría una gran alegría si pudiera descubrir algo que le permitiera atacarme en forma eficaz.

Era una noche oscura y tranquila. La luna se había ocultado ya y el resplandor de las estrellas estaba apagado por la niebla. Rápida y cautelosamente, dejando la base de las montañas a su izquierda, Bill Cody llegó al extremo norte del valle. Iba a pie, pues no se había atrevido a utilizar su caballo.

Comenzó la ascensión de las Rocas Negras y aun cuando había seguido tan sólo una vez el camino, y la oscuridad era mucha, supo hallar el rastro con la habilidad de un piel roja.

No se equivocó ni una sola vez. Como su memoria le era fiel, halló el camino entre el tortuoso laberinto de peñascos. En poco más de una hora llegó a lo alto y cuando hubo descendido como unas cincuenta yardas por la parte opuesta, formó un gran montón de pasto seco y ramas de arbustos, tras de una roca que se hallaba frente a la llanura, y encendió una hoguera. Había estudiado el terreno y estaba convencido de que no podía verse nada de lo que allí pasaba, desde donde estaba los bandidos.

Las rojizas llamas se elevaron a gran altura y él fué añadiendo más y más combustible hasta hacer la hoguera mayor, para que se distinguiese a una gran distancia. Durante algunos minutos no vió nada, y comenzaba a desanimarse cuando surgió un res

plandor entre la oscuridad que envolvía la parte norte de la región.

Le latió el corazón violentamente. El capitán Trasker y sus hombres estaban allí y ya habían distinguido la señal de alerta.

—¡Todo va bien! — murmuró. — Han visto mi señal y han respondido a ella. Mañana por la noche, Trasker vendrá a verme y tengo la seguridad de que va a recibir una gran alegría cuando oiga lo que tengo que decirle.

Observó el lejano fuego hasta que quedó convertido en un pequeño punto luminoso y entonces, apagando el que había encendido él, inició su regreso. Sentíase lleno de aprensión. Tal vez su ausencia había sido descubierta. Pero todo estaba tranquilo cuando llegó de vuelta al valle. Cansado de su larga y difícil excursión, llegó a su casita, se acostó y se quedó dormido. Cuando despertó la mañana siguiente el sol daba ya en la ventana y Grame Helmack lo llamaba para ir a tomar el desayuno.

. . . .

A la noche siguiente, poco después de anochecer, el capitán Dan Trasker montó a caballo en el campamento que los guardabosques habían instalado en el bosque, cuatro o cinco millas al norte de las Rocas Negras. Una rápida carrera de media hora lo llevó al pie de las montañas y allí permaneció bastante tiempo.

Había acudido demasiado pronto y lo hizo de exprofeso, pues de sobra suponía que el joven explorador no se movería para ir a su encuentro hasta que todos los bandidos estuvieran dormidos.

Esperó durante tres o cuatro horas, sentado en la arena, junto a su maneado caballo y ya temía que hubiese sucedido algún percance, cuando el rumor de unos pasos cautelosos hizo que se pusiera de pie. Una oscura silueta salió de entre las rocas. Bill Cody avanzó y estrechó la mano del capitán.

—Bueno, Dan, aquí estoy,—dijo.

—Y crea usted que no es poca mi alegría al volver a verle, Bill, — respondió el capitán Trasker. — Estaba intranquilo. Durante la pasada semana, temí algo. Pero claro está que comprendí que todo iba bien cuando ví, anoche, la señal que usted hizo.

—Yo también estaba impaciente. Me sentí algo nervioso la noche en que Graeme Helmack me encontró aquí, y me indicó el camino. Pero estaba tan cambiado que no me conoció y lo mismo ocurrió con todos los de la banda. Estoy en los mejores términos con todos ellos y no tienen ni la menor sospecha de que no soy Jed Parker.

—Se ha portado usted muy bien, Cody. Yo estaba seguro de que no corría peligro. Supongo que tendrá alguna buena noticia que darme. Estoy impaciente por oirle.

—Sí, Dan. Le traigo alguna noticia importante y creo que se alegrará usted cuando la oiga.

Se sentaron juntos en una piedra plana y el capitán Trasker oyó con atención al joven explorador mientras éste le refería sus actividades. Le habló de su pelea con Lew Crayle, de su encuentro con Milly Brent y de sus subsiguientes visitas a la joven.

—Y ahora viene mi noticia, Dan, — continuó. — He tenido que esperar toda la semana. Pero dígame, ¿dónde queda Talaveras? He oído hablar mucho de esa localidad pero no sé dónde se encuentra.

—Talaveras es una pequeña ciudad, poco poblada, — respondió Dan Trasker, — con tres o cuatrocientos habitantes. Se encuentra hacia el sudeste de aquí, y a unas treinta o cuarenta millas de distancia.

—Bien. Pronto tendremos algo que hacer allí. Un llamado Chew, que vive en esa ciudad y que es espía de Graeme Helmack, llegó a la guarida de los bandidos ayer de mañana. Celebró una larga conferencia con ellos y como yo estaba presente, me enteré de cuanto hablaron. Y esto es lo que oí, Dan. Talaveras es una población rica y sus habitantes tienen la costumbre de enviar su dinero a un banco de Austin, cada tres meses. Tienen ahora dispuesta una remesa de oro y la suma se eleva a varios miles de dólares, que van a ser remitidos al banco a fines de esta semana. La fecha ha sido fijada ya, según dijo el espía. El próximo sábado es el día y el dinero partirá de la ciudad en una diligencia bajo la custodia de una escolta armada. Como los habitantes del pueblo saben que Graeme Helmack y su banda están en las Rocas Negras y que han efectuado varias incursiones, no han querido dejar el dinero en el pequeño banco que tienen en la ciudad. Por miedo a Helmack, lo han llevado, en dos cofres, al Hotel de Río Grande, y allí se encuentra ahora, guardado en una de las habitaciones del piso alto.

—¿Y Helmack se propone robarlo, no es eso? — dijo el capitán Trasker.

—Eso es, en efecto, — respondió Bill Cody. — Ya saben dónde está el dinero y ya han preparado sus planes.

—¿Y qué planes son esos, Bill? ¿Robarlo de noche?

—¡No! ¡A la luz del día! Yo conozco todo. Esos bandidos son temerarios y audaces como ellos solos. Pero en ese caso no tienen mucho que temer, pues cuentan, en Talaveras, con buena cantidad de personas que están dispuestas a ayudarlos. De esto, es de lo que me he enterado oyendo las conversaciones. El caso es que irán a caballo a la ciudad, entrando en ella a las cinco de la tarde del viernes y con todos sus elementos; asaltarán el hotel para apoderarse del oro y regresar de su guarida inexpugnable.

—¿Podrán lograrlo? ¡Creo que no! Tendrán que vérselas conmigo. Su noticia es importantísima, Bill. Toda la banda entera caerá, seguramente, en nuestras manos. La pelea costará sangre, pero eso no puede evitarse. ¿Está usted seguro de que irán todos los de la banda?

—Casi todos ellos, Dan. Unicamente dos

o tres quedarán para vigilar a Milly Brent durante la ausencia de los demás.

—¿Y qué me dice del camino para llegar hasta ese valle oculto? Estaba pensando en eso ahora.

—Ya lo sé de memoria. Y no es de extrañar, pues lo he recorrido cuatro veces.

El capitán Trasker asintió. Encendió un cigarro de hoja y la luz del fórforo iluminó un instante sus mejillas rojas de excitación, y la singular expresión de alegría que brillaba en sus ojos.

—¡Ha trabajado usted bien, Bill! — dijo. —Siga adelante, que ya le falta poco. Vaya, con la gavilla, el viernes, a Talaveras y escúrrase una vez allí.

Estaré en el Hotel de Río Grande con mis hombres, pronto para hacer saltar la trampa y si puede llegar al hotel antes de que los bandidos inicien el ataque, tendrá oportunidad de ayudarnos durante la lucha.

—Eso es lo que yo deseo hacer, — respondió el joven explorador. — Sentiría no estar con ustedes. Estamos de acuerdo, entonces. Yo iré con Helmack y su gente. Tenía intención de quedarme con Milly Brent. Pero no lo creo necesario. Cuando los bandidos hayan sido capturados, yo guiaré a usted y a sus soldados hasta el interior de las Rocas Negras para rescatar a la joven y capturar a los demás miembros de la banda.

—Muy bien, Bill. Estoy satisfecho de usted, más que satisfecho. Si alguna vez tuve una idea excelente fué cuando pensé en enviarle a usted a la guarida de Graeme Helmack. En cuanto a la joven estará segura donde está, hasta el viernes, como espero que también lo estará usted.

El capitán Trasker se levantó de la piedra y se dirigió hacia donde estaba su caballo.

—¡Bueno! Creo que lo hemos arreglado todo, — dijo. — Espero verle en Talaveras el viernes por la tarde. No tenemos nada más que tratar. Yo partiré de mi campamento con la gente, mañana mismo. Dejaremos estos alrededores y acamparemos en algún sitio bien oculto, en las cercanías de la ciudad. Cuide usted mucho de sí mismo, Bill. No quisiera que le pasara nada grave. Todo saldrá bien, siempre que a usted no le pase nada de aquí al viernes.

Algunas palabras más y se separaron. Montando a caballo, el capitán partió en dirección de su campamento, situado en el bosque y Bill Cody, después de dirigir una mirada al que se alejaba, inició su regreso por el accidentado camino de las Rocas Negras.

Tenía temores, como la noche precedente, de lo que podía haber ocurrido durante su prolongada ausencia. Temía que Lew Crayle hubiera sospechado en realidad que era un impostor, y lo hubiese vigilado.

Pero al llegar de regreso al valle, notó que todo seguía tranquilo, y dos minutos después estaba en su habitación, tendido en su tarima, y a poco se quedaba dormido.



CAPITULO V

La vigilancia de Lew Crayle. — Una entrevista con Milly Brent. — Los temores de la joven raptada.—Ruidos en la noche.— Una orden para Bill Cody. — Los hombres procedentes de Talaveras. — Denunciado. — El destino del espía.

LOS bandidos habían preparado sus planes cuidadosamente. Era su propósito de salir de su guarida el miércoles por la tarde, yendo, durante la noche a un paraje rocalloso y de bosques muy frondosos situado a unas doce millas de Talaveras, donde permanecerían ocultos hasta el viernes, día en que realizarían el ataque a la ciudad al cerrar el día.

El martes, el día siguiente a aquel en que el capitán Trasker estuvo en las Rocas Negras, comenzaron a notarse, en el valle, las primeras señales de los preparativos. Llenaron las mochillas y las alforjas con provisiones, limpiaron los revólvers y revisaron los arreos de los caballos.

Bill Cody hizo lo mismo que los demás. Limpió y enaceitó su revólver y revisó la montura y las guarniciones, sonriendo al pensar en lo que iba a suceder el viernes. Todo había ido bien hasta entonces, para él. Nadie había sospechado de que había salido de la guardia durante la noche y no se explicaba cómo podía producirse algún tropiezo que pudiera hacer fracasar los planes preparados por el capitán Trasker.

Peró un sentimiento de intranquilidad se apoderó de él a medida que fué avanzando el día. No sabía por qué podía estar molesto y, sin embargo, lo estaba. Todos los de la banda, con excepción de Crayle se manifestaban amigos suyos y hablaban del rico botín que iban a traer de Talaveras.

El joven explorador había comido con ellos mientras el sol estaba todavía en el horizonte y después se encaminó a la casita donde vivía Milly Brent con la mejicana. Cuando estaba cerca miró hacia el otro lado del valle y distinguió a Lew Crayle, sentado en el tronco de un árbol caído y mirando hacia él.

—¡Maldito tipo! — murmuró el joven.— Tengo la seguridad de que no sospecha, pero está resentido conmigo y su mayor placer sería ponerme en aprietos, aun cuando no sé cómo va a conseguirlo.

La mejicana estaba en el edificio grande lavando la vajilla de la comida y Milly Brent estaba sentada a la entrada de la pequeña residencia. Tenía las manos juntas y miraba vagamente al espacio. No vió a Bill Cody hasta que éste estuvo frente a ella y sus ojos se animaron al mismo tiempo que se coloreaban sus mejillas.

—¡Oh! ¡Me ha dado usted un susto! — exclamó

—Lo siento mucho, — replicó el joven sentándose a su lado. — Creí que me había oído llegar. Miraba usted como distraída. ¿En qué pensaba?

—¡Oh! ¡En muchas cosas! Pensaba en si volveré a ver a mi padre.

—¡Claro que sí, Milly! ¿No se lo he prometido?

—Sí; ya sé. Y creo que al hacerlo usted cree en lo que dice. Pero tal vez no pueda usted llegar a cumplir su promesa. Tengo miedo por eso Crayle. Estaba sentado hasta hace poco en aquella altura y miraba hacia aquí.

—¿Y qué nos importa? Déjelo usted que mire todo cuanto quiera. Me observa a mí, no a usted. Estoy seguro. No me tiene mucho cariño desde que le herí en el brazo.

—Pero es que se sienta allí todas las tardes, — agregó la joven, — y me parece que me vigila. Tres o cuatro veces se ha acercado más a la casa, pero se ha retirado con un gesto de disgusto cuando ha visto que estaba Paquita.

—¡No me había usted dicho nada de eso! —exclamó el joven explorador.

—No. No quería hablar de eso. Sabía que a usted le disgustaría y temía que pudiera tener otra pelea con él.

—No hay cuidado. No es digno de que yo pelee con él, Milly. No creo que peligre su vida por ese lado. Usted no debe temer nada de él. Tengo autorización de Helmack para venir a visitarla. No se ha opuesto él ni ninguno de los otros, a excepción de Crayle, que tiene celos. Pero no la tocará ni con un dedo, sabiendo que yo puedo matarlo en cuanto lo desee.

—Bueno. Pero es el caso que le temo sin saber por qué. ¡Si pudiera usted sacarme de aquí en seguida! Tengo el presentimiento de que va a ocurrir algo.

La muchacha se acercó buscando un apoyo en Bill Cody y mirándole suplicante. Ella estaba en la creencia de que se llamaba Wilson, pues así se lo había dicho él. Algunas veces creía ver algo conocido en aquel rostro, pero no lo reconoció a pesar de haberlo visto dos veces en el ranch de su padre.

—Si al menos pudiese llevarme de aquí en seguida,—repitió.

El joven explorador movió la cabeza negativamente.

—Es una locura que usted hable así, — dijo. — Usted, en realidad, no tiene nada que temer de Lew Crayle, ni de ningún otro. Puede esperar tranquilamente algunos días más, sin entristecerse. Créame que no tiene nada que temer. Ya tengo planeada la forma en que será rescatada, pero no puedo explicársela ahora. Mañana hablaremos de ello. Ahora es mejor que me vaya, Milly. He pasado aquí mucho tiempo y debo estar aun con los de la banda. Graeme Helmack estaba esta mañana un poco bromista y al ocuparse de nosotros dos me dijo que un hombre tan buen tirador como yo no debía estar arrimado siempre al delantal de una mujer.

—Yo no soy una mujer, soy tan sólo una muchacha.

—No creo que sea mucha la diferencia. Viene a ser la misma cosa.

Bill Cody se había puesto de pie. Las manos de Milly permanecieron entre las suyas por un momento y los ojos del uno se reflejaron en los del otro. Pero él no se daba cuenta de los sentimientos que había despertado en el corazón de la muchacha. Deseándola buenas noches se apartó y fué, a través del valle, hasta el edificio grande.

Los hombres se hallaban reunidos allí, incluso Lew Crayle, y todos estaban de muy buen humor. Durante un par de horas bebieron, fumaron y jugaron a los naipes, mientras hablaban de las perspectivas de la visita al Hotel de Río Grande de Talaveras. El joven se manifestó como los demás, hablando con unos y con otros. No quiso beber y tampoco jugó a los naipes. Se retiró y cuando llegó a su vivienda, situada en lo alto de la montaña, permaneció un tiempo contemplando desde la puerta, la niebla de la noche. La vaga aprensión había vuelto a apoderarse de él. No podía abandonar aquella idea.

—Debía estar contento al ver que todo marcha satisfactoriamente, — se dijo, tratando de convencerse mientras penetraba en su casucha. — Pero si me ocurriese a mí algo sufriría también esa pobre muchacha. Entonces la quedarían muy pocas probabilidades de ser rescatada. Eso es lo que más me preocupa.

Se durmió y no supo nada más hasta que repentinamente despertó y se sentó en el lecho, sobresaltado. Estaba bajo la impresión de que había oído algo. Se puso de pie y se aproximó a la ventana, para observar. Casi en seguida oyó el ruido de pisadas.

—Alguien se acerca por el camino, — se dijo. — ¿Quién podrá ser? ¡Qué extraño!

El ruido de los cascos de un caballo que avanzaba por el camino se hizo más perceptible y cercano, y a poco varias voces y rumor de pasos se agregaron a lo que antes se oía. Los dormidos bandidos se habían levantado. Las luces comenzaron a brillar aquí y allá y a poco, del extremo lado del valle aparecieron dos hombres a caballo. Otros caminaban delante y detrás de ellos y uno de los primeros llevaba un farol en la mano. A la luz de la luna, que surgió de entre un grupo de nubes, Bill Cody distinguió el rostro de los recién llegados.

Uno de éstos era Tom Chew, el que había traído las noticias de la ciudad. El otro hombre, de barba y bigote negros, era desconocido para el joven explorador. No lo había visto hasta aquel momento.

Permaneció en la ventana perplejo y desasosegado, mientras los otros se apeaban y penetraban en el edificio grande, en compañía de los bandidos.

—Debe ocurrir algo malo, — reflexionó,— pues de no ser así, Chew y su compañero no hubiesen venido de noche desde Talaveras. Seguramente traen malas noticias. Acaso el oro ha sido ya enviado a Austin, o el complot ha sido descubierto.

Si tal era el caso, — y no faltaba razón para suponer que así fuese, — significaría

que la captura de Graeme Helmack y de su banda, así como el rescate de Milly Brent quedarían postergados por tiempo indefinido. Bill Cody tendría que permanecer allí durante otra semana, o más, hasta que se organizase una nueva incursión.

—¡Qué mala suerte! — murmuró. — Precisamente cuando todo marchaba tan bien. Me gustaría saber que noticias han traído, pero es preferible que espere hasta mañana. No debo manifestar mucha curiosidad.

Dudó un momento y se volvió a echar en la cama. No habían pasado muchos minutos cuando de nuevo volvió a oír ruido de pasos; la puerta de su habitación fué violentamente abierta y tres hombres de la banda penetraron por ella.

Uno de ellos era Lew Crayle, que llevaba un farol en la mano. Se dirigió hacia el sitio donde, colgado en la pared, estaba el cinturón del joven explorador y tomó el revólver.

—Le esperan allí, Parker, — exclamó con una sonrisa sarcástica.

—¿Quién me espera? — preguntó Bill Cody con ronca voz.

—Helmack. Venga.

—¿Por qué? ¿A qué obedece que me saquen de la cama a esta hora de la noche?

—Poco importa eso. No pregunte nada. Demasiado pronto lo sabrá todo.

El golpe que vagamente presentía el joven, había caído sobre él. Tenía la seguridad de ello. Su corazón le decía que había sido descubierto, pero no podía adivinar cómo.

Pero no demostró temor alguno, sólo sus mejillas perdieron el color. Con una mirada de desafío, aun cuando no dudaba que iba hacia la muerte, descendió con los hombres hacia el punto donde estaba el edificio grande.

Durante algunos segundos reinó un profundo silencio, que aprovechó Bill Cody para mirar en torno suyo una por una las bronceadas caras de los que le rodeaban. Tom Chew estaba de pie a un lado y detrás de él, en la sombra, estaba el desconocido de la barba y bigote negros.

—Parker. Acabamos de oír contar una historia singular, — dijo Graeme Helmack con voz penetrante como una hoja de acero.

—¿Y qué es lo que tengo yo que ver con ella?—preguntó Bill Cody.

—Puede tener mucho, y puede no tener nada. ¿Es usted Jed Parker o no lo es?

—Claro está que soy Jed Parker. No creo que puedan pensar que soy otro.

—Ahora lo veremos. Se le presenta una oportunidad de demostrar lo que afirmo. Es ésta: Usted conoce ya a Tom Chew. Lo vió hace unos días y habló con él. Bueno. Cuando regresó a Talaveras se encontró con un compañero que está ahí, llamado Jefferson Spink y en el curso de la conversación Spink le dijo que había oído decir que Parker había sido muerto hacía más de una semana por el capitán Trasker y sus hombres. Era solamente un rumor. Spink no podía afirmar la verdad de la noticia, pero Chew no se quedó tranquilo, al saber que usted estaba entre nosotros. Entonces, después de otras conversaciones y como averiguase que Spink había visto a Jed Parker en algunas ocasiones y que podría identificarlo si lo volvía a ver, lo persuadió para que viniese hasta aquí. Ahora, ¿afirma usted siempre que es Jed Parker?

—Sí. Lo soy, — respondió tranquilamente el joven explorador. — Lo afirmo de nuevo.

Hubo un silencio y después a una palabra de Graeme Helmack, el hombre de la barba negra se adelantó. Su mirada investigadora se posó en Bill Cody, quien en aquella terrible crisis permaneció, aparentemente, tranquilo animado por una débil esperanza. Había alguna probabilidad de triunfo. Sabiendo que tenía cierto parecido con Parker, confiaba en que el desconocido se engañase. Pero sus esperanzas quedaron pronto defraudadas.

—Han sido ustedes burlados, muchachos, —declaró Jefferson Spink después de observar detenidamente el rostro del joven. — Este mozo es Jed Parker tanto como pueda serlo yo. No obstante, tiene cierto parecido con él. Podría jurar que es cierto lo que digo.

Instantáneamente el aspecto de la habitación cambió. Se elevó un amenazante clamor de voces y entre juramentos y amenazas llenas de ira, los bandidos se adelantaron hacia Bill Cody.

—¡Matarle! — gritaron. — ¡Matemos al espía! ¡Colguémoslo! ¡Hay que llenarle el cuerpo de plomo!

El joven explorador carecía de armas y estaba a merced de ellos. No tenía probabilidad alguna de escapar. Ojos de fieras le miraban y manos contraídas se tendían hacia él. Pero cuando era empujado hacia la puerta, intervino Grame Helmack y lo arrancó a la furia de aquellos hombres que intentaban darle muerte en aquel momento.

—¡Alto ahí, muchachos! — gritó. — Nada de eso. Este es un espía enviado aquí por el capitán Trasker. No cabe duda. Pero el darle muerte así no supone nada para lo que yo le reservo. Colgarlo de un árbol sería una suerte para él. Merece tener una muerte más horrible y la tendrá.

—¿Y por qué hemos de esperar? — rugió Lew Crayle, tendiendo sus amenazadores puños hacia Bill Cody. — ¿Por qué no colgarlo ahora mismo?

—¡Porque yo no lo quiero así, y basta!

—Bien. Usted es el que manda. Pero tal vez se arrepienta de ello. No debe dejar con vida ni un momento más a este pájaro.

—¿Arrepentirme? ¿Qué es lo que cree usted, Crayle?

—Pienso que este infame espía puede haberse comunicado con Trasker y sus hombres y haberles dicho cómo se llega hasta aquí.

—Está usted diciendo tonterías. ¿Cómo puede haber hablado con ellos si no se ha movido de aquí desde que llegó ¿Cómo puede suponer que Trasker y los suyos van a encontrar el camino para llegar hasta aquí? No. Usted está equivocado. El esperaba, sin duda, poder llegar hasta el campamento de Trasker y ponerle al tanto de nuestros pla-

nes. Pero su intento ha fracasado antes de que se le presentara la ocasiónd ponerlo en práctica.

Los gritos de antes se habían convertido en simples murmullos. Lew Crayle echó a andar y un par de hombres ataron los brazos del joven explorador a la espalda.

El aspecto de Bill Cody era de arrogancia y desafío y sus mismos captores no pudieron menos que admirar su valor. La feroz expresión del rostro de Graeme Helmack y la mirada que dirigió a su prisionero demostraban de qué modo tan profundo había sido herida su salvaje naturaleza.

—Ya les voy a decir a ustedes, muchachos, lo que pienso hacer, — exclamó. — No tenemos nada que temer de la gente de Trasker. Pueden estar seguros. Por eso dejen vivir al espía hasta que volvamos de Talaveras. Entonces le daremos muerte en una forma que sirva de escarmiento a guardabosques y soldados. Lo llevaremos hasta ese nido de víboras que hay allá en las rocas de arriba, lo arrojaremos dentro y contemplaremos su agonía. Y no merece menos la acción que iba a cometer con nosotros. Entretanto evitaremos que pueda presentársele una oportunidad de escapar. Cuando partamos mañana dejaremos a Crayle, a Burrell y a Jones para que lo vigilen, y cuando volvamos la otra semana, haremos lo que les he dicho.

La diabólica idea mereció calurosa aprobación de todos. Bill Cody no había pronunciado ni una palabra. Comprendía que todo hubiera sido inútil y hubiera, con ello, empeorado su situación.

Le ataron fuertemente los brazos, las muñecas y los tobillos, y así fué conducido a una pequeña habitación que estaba detrás del edificio grande casi se hallaba llena de trebejos inútiles. Pusieron un monton de paja para que le sirviera de cama, y lanzando sarcásticas carcajadas, se retiraron los bandidos cerrando tras ellos la puerta y dejando al joven en una profunda oscuridad.

No pudo dormir. Se tendió en el suelo y permaneció despierto pensando en la suerte que le aguardaba y en la muchacha que quedaba sin defensa, en el valle. Pensaba en que su temeridad iba a costarle la vida, que acaso no había esperanza para él aun cuando la trampa preparada tuviese un completo éxito.

Los bandidos estaban convencidos de que, fuera del valle nadie tenía conocimiento de sus intenciones. Podían realizar el ataque al hotel de Talaveras y todos podían ser muertos o apresados por el capitán Trasker y sus hombres. ¿Pero y Milly Brent? Los pensamientos del joven explorador eran mas para ella que para sí mismo.

—Los soldados no conocen el camino para llegar hasta aquí, — murmuró sombriamente.—No pueden encontrarlo entre las Rocas Negras sin contar con un guía. ¡Y esa pobre muchacha! ¡Ni la menor probabilidad de que sea rescatada! No quiero ni pensar lo que va a ser de ella.



CAPITULO VI

El prisionero de los bandidos. — En la oscuridad de la noche. — Milly acude a rescatar a su amigo. — El aire de la libertad. —Una conversación apresurada. — La alarma. — El destino de Lew Crayle. — Bill Cody altera sus planes. — Una lucha accidentada. — La escapatoria de los fugitivos. — Una larga carrera. — La separación al amanecer.

AQUELLA misma noche, poco después de haber sido desenmascarado el impostor, Tom Chew y Jefferson Spink emprendieron el viaje de regreso. El El joven explorador les oyó marchar antes de quedarse dormido. Y en la tarde del siguiente día Graeme Helmack y sus hombres partieron del valle para su aventura de robo, dejando tras ellos a Lew Crayle y a los otros dos hombres llamados Burrell y Jones.

Fueron dos largos y fastidiosos días para Bill Cody. Crayle le llevaba de comer y de beber, y cada vez que le veía le hablaba de la suerte que le esperaba. El joven prisionero estaba atado de pies y manos con tanta fuerza, que por más que hizo no logró soltarse y todos sus esfuerzos no le sirvieron más que para convencerse de la inutilidad de cuanto hiciera.

Por temor a que pudiera escaparse, los tres hombres habían permanecido cerca de él. Durmieron las dos primeras noches en camas que colocaron en uno de los extremos del edificio viejo, pero en la noche del jueves permanecieron levantados varias horas bebiendo, fumando y jugando a los naipes.

Al fin, se acostaron. El rumor de voces cesó, y Bill Cody comprendió que se habían dormido cuando el rayo de luz que penetraba por debajo de la puerta de su prisión, se apagó.

Durante una hora permaneció despierto pensando en Milly Brent y en si ella estaría al corriente de cuanto había acontecido. El cansancio empezó a dominarlo y estaba a punto de dormirse cuando oyó un ruido suave y persistente. Volviendo la cabeza hacia una abierta ventana que se hallaba a su izquierda alcanzó a distinguir la silueta de la muchacha. Con toda precaución y sin hacer ruido, saltó esta al interior y se acercó a él.

—¡Milly!—murmuró Cody.—¿Es usted?

—¡Silencio! ¡Ni una palabra! — murmuró ella a su oido.—Tenga mucho cuidado.

La muchacha se había arrodillado y tenía un cuchillo en la mano. Con cuidado, pero

rápidamente cortó las ligaduras, y él se puso de pie.

Cautelosamente saltaron los dos por la ventana y se encontraron en el estrecho camino que bordeaba el peñasco, y por él avanzaron en silencio hasta alejarse unas veinte yardas. Todo estaba tranquilo. Los tres bandidos debían dormir confiadamente.

—¡Milly! Vale usted una fortuna, — exclamó Bill Cody estrechándola una mano.— Me ha salvado la vida y se ha hecho usted a sí misma un gran servicio. Es usted una muchacha encantadora. No pude pensar nunca que fuere usted la que me salvase. ¿Cómo se ha enterado de lo que ocurría?

—Por Paquita, — respondió Milly.— Ella me lo contó todo esta mañana Cómo habían descubierto que era usted un espía y la espantosa muerte a que había sido condenado, para cuando volviesen los hombres del sitio para donde han partido. Estuve pensando en usted desde entonces y esta noche me decidí a intentar salvarlo.

—¡Y bien lo ha hecho! ¿Dónde está la mejicana? ¿Cómo ha podido usted burlar su vigilancia? ¿Está durmiendo?

—No, está despierta. La dije lo que intentaba hacer y quedó conforme. Me quiere mucho, y hará cuanto le sea posible por ayudarme. Y ahora vamos a escaparnos de aquí. En aquella altura están los caballos y usted podrá encontrar el camino para salir de las Rocas Negras.

—No, Milly. Es necesario tener paciencia un poco de tiempo más.

—¡Oh! ¡Qué dice! ¿Que espere aún?

Bill Cody hizo un gesto asintiendo. Estaba pensando cuál era la conducta que debía seguir. Vaciló un momento y luego, en pocas palabras manifestó a la joven lo que había resuelto.

—Sí. Hay que esperar, — continuó. —No puedo llevarla ahora conmigo porque tengo que ir a caballo hasta Talaveras. Tengo que llegar allí a tiempo para pelear con Helmack y su banda. Luego, cuando el total de ellos haya caído muertos o prisioneros, regresaré aquí con el capitán Trasker y sus hombres para capturar a los tres bandidos que Helmack ha dejado.

—¡Lléveme con usted!— suplicó Milly Brent. — Tengo miedo de quedarme sola.

—No debe temer nada. Es necesario.

—¡Oh! ¡Tengo miedo! Usted olvida que esos tres hombres pueden darme muerte al ver que usted está en libertad. Se van a poner terriblemente furiosos.

—No pueden saber que ha sido usted la que me ha libertado, Milly. Se admirarán de que me haya escapado, pero creerán que tenía un cuchillo y que con él he cortado las ligaduras que me sujetaban. Ellos no pueden creer que usted me ha salvado por que, como es lógico, pensarán que se hubiera escapado conmigo. Por eso no debe temer nada. Yo tampoco pensaría en dejarla aquí si creyese que corría peligro.

La muchacha, no acababa de convencerse con todas aquellas razones. Quería alejarse de allí cuanto antes. Pero finalmente cedió ante la insistencia del joven explorador creyendo que en realidad aquello era lo mejor.

—Perfectamente, — dijo. — Si usted dice que no tengo nada que temer, me quedaré y no tendré miedo. Aquí tengo algo que puede usted necesitar, — agregó, sacando del bolsillo un pequeño revólver. — Está cargado. Paquita me lo dió. Lo tomó hoy, no sé de dónde.

—Me alegro mucho de tener un arma, — contestó Bill Cody. — Aún cuando no creo que tenga necesidad de hacer uso de ella. Y ahora, debo marchar. No tengo tiempo que perder.

La muchacha vaciló un momento como si tuviera algo que decir. Luego echó a andar y cuando se perdió en las inmediaciones de su casa, el joven explorador descendió, cruzó el valle en dirección al lado opuesto donde había cuatro caballos en un pequeño prado.

Estaban con la cabezada y las bridas, pero no tenían silla. Aquello no era un obstáculo para el joven. Su caballo estaba con los otros y lo eligió considerándolo más capaz de resistir una larga marcha. Tomándolo de la brida lo condujo por el estrecho sendero que llevaba al arroyo, y cuando lo hubo cruzado, llegaba al comienzo del camino y se disponía a montar, llegó hasta él un penetrante grito de llamada e inmediatamente después otro de angustia.

—¡Por el cielo! ¡Si es Milly! — exclamó. —¡Es Milly y ese canalla de Crayle! Voy corriendo. Debe haber dejado a los otros durmiendo y ha ido en busca de la muchacha.

Dejó el caballo junto al sendero y con el revólver en la mano volvió a cruzar el arroyo y saltando los obstáculos que encontró llegó hasta la casa donde vivía la hija de Brent.

La puerta estaba abierta. Avanzó y con gran conternación contempló la escena que se ofreció a sus ojos a la luz de una vela.

Paquita, la mejicana estaba tendida en el suelo, y al parecer, muerta. Tenía la cabeza y la cara manchadas de sangre.

Milly Brent se debatía en los brazos de Lew Crayle, quien volvió la cabeza al ruido de los pasos de Cody.

Dejó libre a la muchacha y con un rugido de rabia se lanzó sobre el joven a quien tomó por la garganta en el momento en que éste se disponía a descargar su revólver. El arma se escapó de su mano y no pudo volver a recogerla.

—¡Usted! ¡Es usted, víbora! — exclamó Crayle.—¿Pero cómo diablos ha podido libertarse? Ahora nos las vamos a entender los dos.

La muchacha no había sufrido daño ninguno. Se había defendido heróicamente y estaba exhausta. Su asaltante le había arañado la cara durante la lucha. Se apoyó en la pared y miró, llena de terror, mientras Bill

Cody y Lew Crayle luchaban desesperadamente.

Los dos estaban frente a frente mirándose con furia. Se atacaron y después de forcejear cayeron abrazados, al suelo. Fueron rodando de un lado al otro empleando los dos todas sus fuerzas para vencerse. En cierto momento. Cody vió cerca de él, el revólver que se le había caído y soltando una mano, se apoderó del arma.

Crayle al verse casi libre, hizo un esfuerzo y se puso de pié. Pero Bill Cody ejecutó el mismo movimiento con no menor rapidez.

—¡Usted! ¡Maldito espía! — rugió Crayle.—¡Voy a darle muerte ahora mismo!

Y sacó su enorme revólver del cinto. Pero el joven explorador amartilló el suyo, y la joven se tapó la cara con las manos no queriendo ver lo que iba a ocurrir.

Las dos armas dispararon al mismo tiempo, oyéndose una sola detonación. Se oyó un grito de angustia y la pesada caída de un cuerpo.

Cuando desapareció el humo de los disparos, el joven explorador estaba en pié y Lew Crayle se hallaba en el suelo, tendido de espaldas a unas dos yardas de él, apretando convulsivamente el revólver que conservaba en la mano.

Pronto quedó inmóvil. Un hilo de sangre le brotaba de una herida que tenía entre las dos cejas.

—¡Oh! ¡Le ha dado usted muerte!—exclamó la muchacha.

—Sí. He podido más que él, — respondió Bill Cody. — Está muerto y bien lo merecía.

—¿Y usted? ¿Está usted herido?

—No, Milly. La bala no ha hecho más que rozarme. Unos centímetros más y estaría como él. Pero por fortuna he llegado a tiempo. ¿Hacía mucho que luchaba usted con ese canalla?

—No mucho. No le había oído llegar. Paquita y yo estábamos hablando y él se metió cautelosamente en la habitación. La pobre comprendió en seguida cuáles eran las intenciones de ese infame y se interpuso entre los dos, pero él la dió un terrible golpe en la cabeza con el puño del revólver. Luego... luego se abalanzó hacia mí y pretendió besarme. Yo estaba asustada, horriblemente asustada. No puedo decirle de qué manera luché hasta que le ví aparecer a usted para salvarme. Antes me hubiera querido ver muerta, que...

La voz de Milly Brent se quebró. Se sentó en un banco y rompió a llorar. El joven explorador se aproximó a la pobre mejicana y pronto se convenció de que estaba muerta.

—Bien, basta de llorar, Milly,—exclamó en tono resuelto. — Domínese. Por fortuna no tiene nada. Paquita ha sido muerta por ese canalla y yo le he dado muerte a él. De no hacerlo, él me hubiera muerto a mí. Esto hace que me vea obligado a cambiar todos mis planes. Espere un momento. Voy a ver qué es de los otros dos locos.

Salió al exterior y permaneció escuchando un momento. A no gran distancia oyó algo que le demostró lo que deseaba saber.

—Burrell y Jones han despertado, — exclamó volviendo a entrar en la habitación. —Los he oído cuando se levantaban. Deben haber echado de menos a Crayle y lo andan buscando. Acaso hayan oído las detonaciones.

—¡Nos van a matar a los dos! — sollozó la aterrorizada joven.

—No les pienso dar ésa oportunidad. Voy a llevarla a usted conmigo, Milly.

—¡Oh! ¡Sí! Con mucho gusto. ¡Vámonos en seguida!

—Tan rápidamente como nos sea posible. Acaso no sea muy cómoda la huída, pero no hay tiempo para disponerla mejor. ¡Vamos!

Salieron de la habitación y se dirigieron hacia el sendero donde había quedado el caballo. Bill Cody saltó sobre él y ayudó a la joven a colocarse a la grupa, haciendo que pasase los brazos en torno a su cintura para sujetarse. Cuando iban cabalgando hacia el extremo del valle, oyeron ruído de voces y de pisadas de caballos, hacia la izquierda. Milly Brent temblaba de miedo.

—¡Vienen! — murmuró. — ¡Van a alcanzarnos!

—No se preocupe de ellos, — respondió el joven explorador, que se había apoderado del revólver de Lew Crayle. — Voy a asegurar el tiro dejándoles que se acerquen y, si puedo, los mataré a los dos.

La situación era seria. Burrell y Jones, que habían sido despertados por el grito lanzado por la joven, se sorprendieron al notar la ausencia de Crayle y, probablemente, también habían descubierto que el prisionero se había escapado. Salieron de su habitación y oyendo el ruido de los cascos del caballo, corrieron en busca de los suyos.

—¡Se acercan! — repitió la joven. — Los oigo muy bien.

Se acercó más a Bill Cody, que volvió la cabeza para mirar hacia atrás y aceleró la marcha de su caballo.

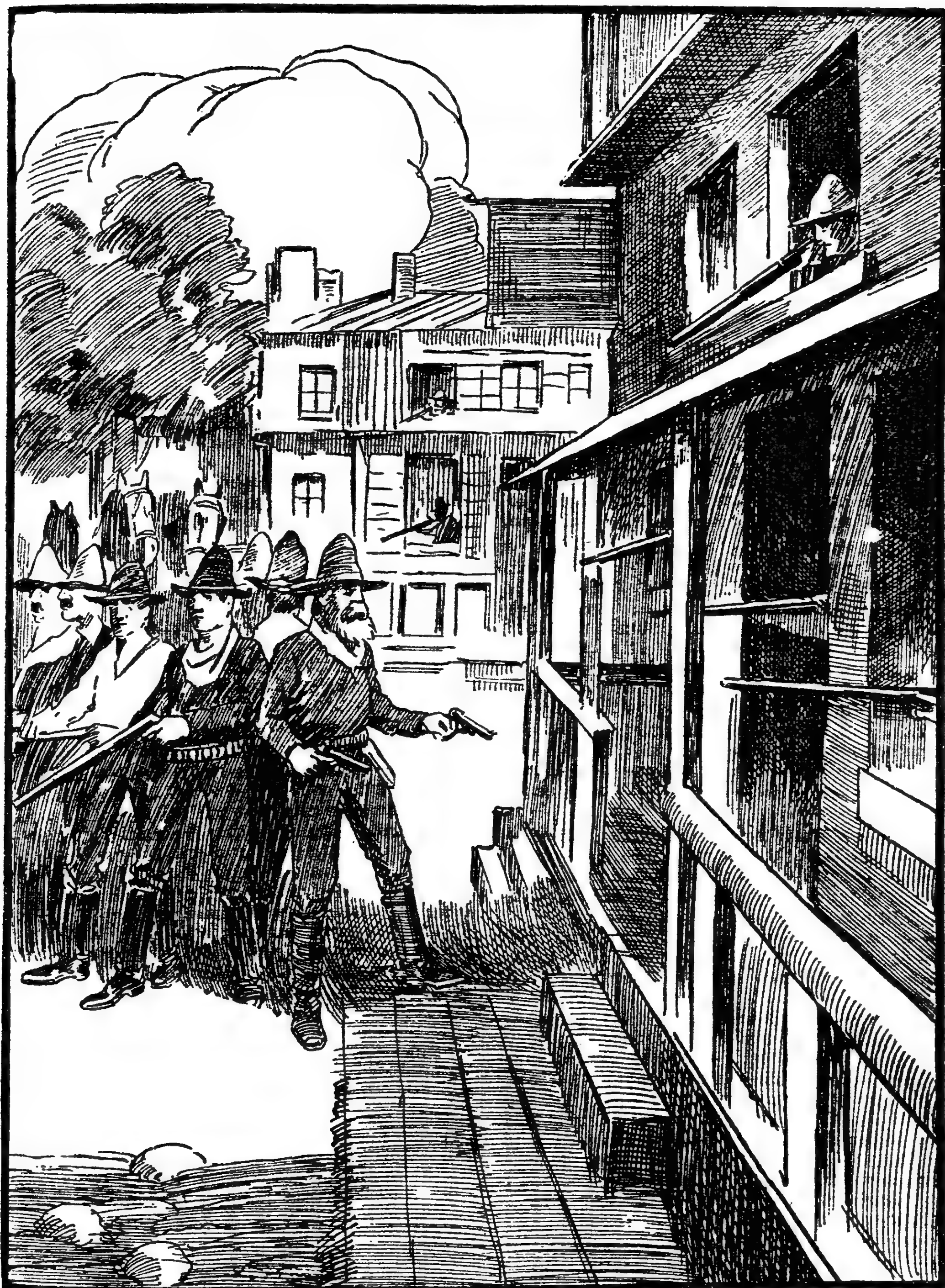
Los árboles y las piedras situados a los costados del camino iban desapareciendo rápidamente, pero cada vez oían los fugitivos más cerca el ruido de los caballos de sus perseguidores.

Cody apuntó un instante, hizo fuego y tuvo la visión de que el jinete que iba delante había caído de la silla y su caballo, ya libre, echó a correr hacia uno de los costados. Sonó un disparo y una bala pasó cerca de los dos jóvenes. Cody volvió a hacer uso de su arma y un horrible grito de agonía cruzó los aires.

El segundo jinete había sido alcanzado también. Se revolvía en el suelo, entre el polvo, y su caballo se quedó quieto a su lado.

—¿Qué ha hecho usted? — exclamó la joven.

—He acabado con ellos, — declaró triunfalmente el explorador. — He dado muerte a uno y he derribado de la montura al otro.



Frente a ellos, por todas partes y en todas las ventanas, vieron los bandidos rifles y revólvers que les apuntaban. Habían avanzado confiadamente, y ello era una ingrata y desagradable sorpresa. ("El Secreto de las Rocas Negras", pág. 29).

Se lo merecían, Milly. ¡Ya no tenemos nada que temer!

—¡Qué valiente es usted! ¡Pensar que ha dado muerte a tres hombres!

—Lo siento mucho, Milly. Pero no había otra solución. O su vida o la nuestra.

Estaban en salvo. No se oía detrás de ellos más ruido que el que producía uno de los caballos al huir hacia el valle.

Pronto las Rocas Negras se destacaron ante ellos en las tinieblas, amenazando a Bill Cody con la posibilidad de cometer algunos errores. Sabía que un mal paso podía serles fatal, a él y a su compañera y que acaso hallasen la muerte en algún precipicio. Pero su admirable memoria le prestó excelentes servicios. Estaba familiarizado, en parte, con el camino secreto y no cometió error alguno. Se iba guiando por las señales que notaba en el suelo, en las piedras y en el tronco de los árboles.

El caballo se condujo excelentemente, avanzando por el laberinto de granito sin dar un solo resbalon. Pasó los desfiladeros, bajó y subió por las montañas y recorrió aquel terreno accidentado sin dar un paso en falso.

Centenares de peligros se presentaron y fueron, felizmente, vencidos. Llegaron a la parte más elevada y comenzó el descenso. La plateada luna asomaba en el horizonte y estaba ya muy alta en el cielo cuando los fugitivos salieron de las Rocas Negras, y llegaron a la llanura en dirección del este.

El joven explorador reconoció en seguida el punto donde se hallaban. Tenía completo conocimiento de la región aquélla, porque con frecuencia había recorrido las inmediaciones del refugio de los bandidos. Deteniendo el caballo un instante, ayudó a bajar a la joven y se apeó él.

—Puede dormir un rato, si desea, Milly,— dijo. — Podemos quedarnos aquí sin temor. No creo necesario por ahora que sigamos.

—¿A dónde me va a llevar? — preguntó Milly Brent. — ¿A casa de mi padre?

—Ahora no. Pero estará allí mañana.

—¡A casa de nuevo! ¡Oh! ¡Es tan agradable para mí eso, que me cuesta trabajo creerlo!

La joven cerró los ojos, se apoyó en el hombro de Bill Cody y permaneció un rato sumida en agradables pensamientos. Después de instalarse lo más cómodamente posible, se durmió y durante algunas horas no dió señales de vida. Cuando despertó sus ideas eran confusas y quedó sorprendida ante lo que veía. La noche había pasado y los primeros resplandores de la aurora brillaban en el horizonte. Por todas partes se distinguían vastas extensiones de oscura tierra, salpicada de manchas rojizas.

El joven explorador había hecho alto en un punto donde se cruzaban dos caminos, y por uno de ellos, el que iba hacia el norte, se aproximaba un jinete; era un hombre de barba y de tez bronceada, vestido a la usanza de los cowboys y que llevaba a la cintura dos revólvers.

Llegó hasta ellos y cuando se detuvo Milly Brent palmoteó llena de alegría.

—¡Larry! — exclamó. — ¡Si es Larry Tomlin!

Aquel hombre era uno de los cowboys de Silas Brent. Se quitó el sombrero y su rostro demostró asombro.

—¡Pero, señor! ¡Si es la señorita Milly! ¡Su bello rostro es lo más hermoso que puede verse al empezar el día! Pero yo creía que no me iba a ser posible verlo más. Quien iba a pensarlo. Veo que ha cumplido usted su loca promesa, Cody. Yo sabía todo cuanto ha hecho, pero no tuve la más remota idea de que podía lograr esto.

—¿Cody? — interrumpió la muchacha volviéndose sorprendida hacia el joven. — ¿Usted? ¡Pero, seguramente no es!...

—Sí. Señorita Brent. Soy yo, — respondió riendo el explorador. — El amigo suyo y de su padre. Mi aspecto está un poco cambiado. Lo hice así para introducirme en la guarida de los bandidos y por eso no me ha reconocido usted.

—¿Pero es usted realmente Cody? Sí. Ahora noto que mira usted como él. ¡Qué malo no habérmelo dicho antes!

—No lo hice porque estaba desempeñando el papel de espía y calculé que era preferible no confiarme a nadie, ni aun a usted, mientras estuviese en el valle.

El cowboy explicó que estaba fuera de la casa desde hacía dos días, buscando unos animales que se habían extraviado, y aun cuando manifestó deseos de oír las aventuras del joven explorador, éste no accedió a ello porque no podía perder ni un minuto.

—Milly se las podrá referir a usted, mientras vuelven a su casa, Larry, — respondió. — Ella conoce todo tan bien como yo y seguramente abrirá usted los ojos de asombro cuando oiga el relato. No puedo detenerme un momento para contarle lo que ha ocurrido. Me espera un asunto de gran importancia en Talaveras. Hay unos camaradas que me están esperando en el Hotel de Río Grande. Tengo que reunirme con ellos esta tarde antes de las cinco y me queda el tiempo justo para llegar hasta allí. Deseo que le vaya muy bien, señorita Milly, — añadió. — Ya nos volveremos a ver unos de estos días.

La muchacha dirigió una larga y expresiva mirada a su salvador. Luego montó en el caballo de Larry Tomlin, y mientras se alejaba hacia el norte miró repetidas veces en dirección de Bill Cody.

Pero éste no lanzó ni una mirada hacia ellos. Iba pensando en Graeme Helmack, en sus hombres, en el capitán Trasker y en sus soldados, mientras obligaba a su caballo a marchar, con toda la rapidez posible, hacia el este.



CAPITULO VII

El camino de Talaveras. — Una peligrosa localidad. — El joven explorador ve una cara conocida. — ¡Descubierto! — A toda carrera para salir con vida. — Adelantándose a los bandidos. — La plaza de la ciudad. — Una sorpresa para Helmack y sus hombres. — Cómo terminó la pelea. — La huida de Graeme Helmack. — El salto del diablo.

EN el claro y transparente aire del oeste, donde, durante semanas y meses ni la menor nubecita velaba el cielo, Bill Cody había aprendido desde niño a saber la hora que era por la situación del sol y podía acertar con tanta exactitud que no se daba caso de que hubiera errado por un cuarto de hora.

No eran más que las siete de la mañana cuando dejó a Milly Brent a cargo del cowboy del ranch de su padre y no era muy largo el viaje que tenía que hacer, pues Talavears se hallaba tan sólo a unas veinte millas de distancia. Pero sabía que la llanura que se extendía al pie de las Rocas Negras pronto se cambiaba en un accidentado terreno en el que le costaría no poco trabajo hallar el camino que debía seguir.

Tenía tiempo de sobra, pero si lo malgastaba correría el riesgo de llegar tarde. No tenía le menor duda de que el capitán Trasker y los guardabosques estaban ya en la ciudad, a la que debían haberse dirigido varias horas antes de la señalada para el ataque. Con seguridad habían hecho sus preparativos y confiaba en que la suerte les acompañaría en la lucha. Calculó que llegaría a eso de las cuatro de la tarde, así que todavía le quedaría una hora de espera. Pero había algo que le preocupaba durante su marcha.

—Sería muy desagradable que fuese a caer en manos de Graeme Helmack y su banda,— murmuró. — Y eso no tendría nada de extraordinario, pues no sé el sitio donde pueden estar ocultos esperando la hora de dirigirse hacia Talaveras. De todos modos procuraré ir con precaución para evitar todo peligro.

Por las abrasadoras arenas y por la región ondulada cubierta de hierba y de maleza, el joven explorador fué al trote de su cabalgadura para no excitar en demasía el hambre y la sed que ya se hacían sentir.

Podía haber encontrado un manantial desviándose un par de millas hacia el norte, pero eso desbarataría sus cálculos sobre la duración de la jornada. No obstante, había adelantado más de lo que creía.

A eso de las tres de la tarde, según calculó por la posición del sol, observó señales que le demostraron que se hallaba a seis o siete millas de Talaveras. Fué entonces, ya cerca de su destino, cuando le asaltaron con mayor intensidad sus temores. A derecha e izquierda del estrecho camino por el que cabalgaba, había elevaciones, cubiertas de arbustos y maleza y junto a ellas barrancos con árboles.

Probablemente era en alguno de esos sitios donde los bandidos se habían refugiado. Se detuvo con frecuencia para observar y oír, pero sólo llegó hasta él el zumbar de los insectos. La superficie del camino estaba cubierta de arena y los cascos de su caballo no producían mucho ruido al posarse en el suelo. Durante un cuarto de milla avanzó lentamentes por un sombrío valle, cuando de improviso delante de él y hacia la izquierda se apartaron las ramas de unos arbustos y alcanzó a distinguir un rostro que le era conocido.

Era la bronceada y diabólica faz de uno de los hombres de Graeme Helmack, llamado Samuel Gilden. Bill Cody había sido descubierto y eso era, precisamente, lo que más temía. Su vida estaba en grave peligro y para defenderla tenía que hacer fuego antes que el otro. No vaciló ni un segundo, y sacando el revólver disparó en dirección del sitio donde había visto a su enemigo, que ya había desaparecido.

Oyó una salvaje imprecación y un ruido de ramas. Lo que le demostró que había hecho buen blanco aunque no en forma definitiva. Espoleó a su caballo y partió al galope. Se oyó una detonación y sintió como un fuerte gólpe en el hombro. Un segundo disparo no le dió y pocos segundos después un recodo del camino lo ocultaba a la vista de su enemigo. De un modo u otro Samuel Gilden había sido herido, aunque no de gravedad, puesto que, ocultándose entre los arbustos y los accidentes del terreno, seguía haciendo disparos contra él, mientras gritaba a voz en cuello.

—¡Muchachos! ¡El espía! ¡Hay que alcanzarle! ¡Ha logrado evadirse! ¡A caballo y vamos tras él! ¡Pronto!

Le oyeron Helmack y los de su banda, pues se notó un movimiento en las alturas cubiertas de árboles. La voz cesó y en seguida un sordo y confuso clamor y el ruido de la carrera de varios caballos, llegaron a los oídos del explorador. Los bandidos habían montado a caballo. Bill Cody comprendió que se lanzaban ya en su persecución. Pero aquello no le atemorizaba. Había logrado eludir el peligro y el hecho de ser perseguido no le preocupaba mayormente.

—Todo va bien, — dijose. — En este momento Trasker y sus hombres estarán ya en la ciudad, prontos para entrar en acción. Helmack y los suyos no lo saben, ni pueden sospechar semejante cosa. Creerán que voy a Talaveras a dar aviso a los del Hotel de Río Grande y lo que debo hacer ahora es guiarles, en mi persecución y hacerles caer en la trampa. Y voy a hacerlo, sin duda.

Pero, ¿podría hacerlo? ¿Podría su caballo sostener durante algunas millas aquella carrera desenfrenada y conservarse a la distancia de las descansadas cabalgaduras de los bandidos? Esta pregunta preocupó bastante a Bill Cody. Se había adelantado mucho, por suerte, y cuando, después de escuchar un momento si el ruido se aproximaba, cuando estuvo convencido de que sus perseguidores no estaban tan cerca como él suponía, empezó a sentir más confianza en el éxito final.

—Me parece que voy a salvarme, — díjose. — Por fortuna no es mucha la distancia que tengo que recorrer.

No economizó las fuerzas de su caballo. Le hizo seguir al galope y de vez en cuando volvía la cabeza para mirar dónde estaban Graeme Helmack y sus hombres. Se hallaban bastante detrás de él y si acaso iban ganando terreno era muy poco a poco.

Su confianza se acrecentó. ¡Conseguía atraer a los bandidos hacia la trampa! Olvidóse de que tenía hambre y sed. El viento frío le azotaba el rostro y milla tras milla, el terreno iba pasando sin que el caballo demostrara flaquear.

Cuando, al fin, salió de entre las montañas y vió los techos de las casas de Talaverasa un par de millas frente a él, iba lo menos un cuatro de milla delante del grupo de los bandidos. Les distinguía con toda claridad. Pudo oír, apagadas por la distancia, sus imprecaciones y sus amenazas. Pero su confianza se hizo inquebrantable.

Aun cuando sólo era un poco más tarde de las cuatro, estaba seguro de que el capitán Trasker y sus hombres se hallaban ya en su puesto. Tampoco dudaba de que Helmack y sus hombres caerían ciegamente en la trampa, sin sospechar que les esperaban en el Hotel de Río Grande.

—¡Los van a pescar con las manos en la masa, como se dice! — pensó. — ¡Oh! Será esa la mayor sorpresa de su vida.

El caballo del joven explorador se condujo muy bien, sin dar muestras de cansancio. La carrera continuó, disputándose la ventaja pugada por pulgada. Bill Cody tenía ya poco que andar y cuando volvió otra vez la cabeza vió que no había razón para temer nada. La carrera se acercaba a su fin. Estaba seguro de que así era.

—¡Voy llegando! — murmuró. — ¡Voy llegando!

Estaba ya cerca, realmente. Los campos de verde alfalfa a derecha e izquierda, despedían un agradable aroma. Había llegado a la pequeña ciudad y los bandidos todavía corrían presurosos en su persecución. La ciudad parecía estar desierta y Cody comprendió por qué. La trampa estaba preparada y los habitantes de la localidad habían sido advertidos.

Vió sólo pocas personas y esas a distancia, mirando desde la puerta de sus respectivas casas. Un hombre miraba por el escaparate de una casa de negocio. Salió a la puerta y, rápidamente, lepreguntó el joven:

—¿Por dónde debo ir hasta el Hotel de Río Grande?

—La primera calle a la derecha, y después la segunda a la izquierda, — fué la respuesta. — No puede extraviarse.

—¿Están allí los soldados?

—Allí los encontrará. Todo está preparado.

El corazón de Bill Cody latió con violencia a impulso de la alegría. Se puso en marcha, apresurando al caballo, que estaba cubierto de sudor. Cody tenía el rostro sudoroso y la ropa cubierta de polvo. Volvió hacia la derecha por una ancha calle y luego siguió a la izquierda por una calle que estaba a unas cien yardas y que le llevó hasta un espacio abierto donde vió el gran edificio de madera que llevaba el nombre de Hotel de Río Grande.

No vió a nadie: no oyó una sola voz que saludara su aparición. Pero apenas había saltado al suelo cuando la puerta del edificio se abrió y el capitán Dan Trasker le tendió la mano.

—¡Cody! — exclamó. — ¿Ha venido solo? ¿Dónde está la banda? ¿Ha ocurrido alguna novedad?

—No. Nada de particular. No hay tropiezo ninguno, — respondió el joven. — Todo marcha perfectamente, Dan. ¡Los bandidos se acercan!

—¿Dónde están? ¿Muy lejos?

—No. No están lejos. Puede usted oirlos si presta atención.

—Bien, Cody. Todo está preparado para recibirlos. Venga. Los muchachos están ahí, al menos una parte, los demás andan diseminados y pronto verá usted dónde se encuentran.

El ruido de las herraduras de los caballos que montaban los bandidos se podía oir, cuando Bill Cody llegó al patio del hotel. El capitán Trasker lo seguía, llevando el caballo de la brida. Y cuando hubo palmoteado y conducido al animal a uno de los lados, entró en el hall y llevó al joven explorador a una habitación.

Las ventanas se hallaban cerradas, pero sobre una mesa había una luz, y a su resplandor distinguió Cody una media docena de los hombres de los de Trasker. Le ofrecieron un vaso de agua y el joven apuró hasta la última gota.

—He pasado momentos endemoniados, Dan —dijo.—Un hombre de Talaveras fué al valle y juró que yo no era Jed Parker. Me ví en apuros. Los bandidos me condenaron a muerte para cuando regresasen. Pero me escapé. Milly Brent, me libertó y ella salió conmigo cuando abandoné las Rocas Negras. Ocurrió eso el día después de partir Helmack y su gente para esta población. Esta mañana me encontré con uno de los cowboys de Silas Brent y le confié la muchacha. Desde entonces cabalgué con toda la mayor rapidez posible y hace una hora, cuando me encontraba en la parte boscosa del camino, cerca de aquí, me vió uno de los hombres de Helmack. Hizo fuego hacia mí, pero me erró. Dió la voz de alarma y toda la banda partió en mi persecución. No sospechan nada. No saben que...

—¡Ya los oigo! — interrumpió el capitán.—Se acercan. Estamos prontos, Bill. Algunos de los hombres se encuentran aquí, el resto se hallan apostados en los edificios de la izquierda y la derecha. Es una emboscada dispuesta en toda forma. No creo que ninguno de ellos pueda escapar. ¡Atención muchachos! — agregó. — La diversión va a dar comienzo dentro de un momento. ¡Ya están ahí!

Los guardabosques se hallaban junto a las ventanas, vigilando y el joven explorador se aproximó a observar por una de las hendijas. La plaza estaba vacía.

Ni el menor rastro de alma viviente se veía. Los bandidos se iban acercando; el rápido sonar de los cascos de los caballos se oía cada vez mejor y más próximo. De pronto Graeme Helmack y su banda aparecieron por una de las calles y avanzaron hacia el espacio despejado.

Eran unos veinte, armados todos ellos hasta los dientes. Hicieron alto en el centro de la plaza y se apearon. Uno de los hombres se quedó de guardia junto a los caballos y los demás, guiados por Helmack, avanzaron lentamente. Cuando hubieron llegado a una docena de yardas del hotel, las hojas de las dos ventanas se abrieron de pronto y al mismo tiempo se abrieron otras ventanas de los edificios de la izquierda y la derecha. Frente a ellos y a los dos lados, en todas las ventanas, los bandidos vieron los caños de rifles y revólvers dirigidos hacia ellos. Avanzaban confiados y aquella fué una desagradable sorpresa.

—¡Ya le tenemos a usted, Helmack! — gritó el capitán Trasker. — ¡Al fin vamos a encerrarlo! ¡Arrojen las armas y levanten las manos o mando hacer fuego sobre el montón! ¡Mucho cuidado!

Un grito de rabia, un ronco rugido semejante al que pueda lanzar un toro enfurecido, brotó de los labios de Graeme Helmack, y a él hicieron eco sus camaradas. Se hallaban cercados por una batería de armas de fuego, pero a pesar de ello, ninguno mostró ni la más remota intención de rendirse. Eran hombres que no tenían esperanza alguna de salvación y estaban dispuestos a morir combatiendo antes que ser capturados.

Fué un bandido el que hizo el primer disparo y cayó al suelo cuando los soldados hicieron la primera descarga.

—¡No dejen escapar a ninguno, muchachos! — exclamó el capitán. — ¡Firme con ellos, pero dejen con vida a todo el pida cuartel!

Bill Cody había sacado el revólver y se había arrimado a una ventna para disparar el arma desde allí con cuanta rapidez le fuera posible. Su excitación era tanta que había olvidado toda idea de peligro. Aunque había estado en numerosos encuentros de aquella especie, en las regiones del Oeste, jamás había visto nada por el estilo.

Era aquello un espantoso infierno de fogonazos, detonaciones, gritos de ira y angustia, juramentos, imprecaciones y cuerpos que se revolcaban. Nubes de humo llenaban la plaza. Por todas partes se disparaban rifles y revólvers y de vez en cuando se oía el ruido producido por algún cristal al ser roto por una bala perdida.

Fué aquello tan breve como terrible. Una escena que no era posible olvidar tan fácilmente. El piso empapó tanta sangre, como aguas puedan absorber las arenas de un desierto, durante una tormenta.

El fuego de fusilería terminó por fin, y los gritos se cambiaron en gemidos. Poco a poco todo se fué normalizando. El humo se disipó y los guardabosques se dispusieron a recojer los frutos de su victoria.

No habían sufrido muy pesadas pérdidas. Dos de ellos habían muerto y tres estaban heridos. Del grupo de los bandidos, ocho habían arrojado sus armas y se entregaban, de los otros, siete habían muerto y el resto estaba herido de más o menos gravedad. Los caballos se habían asustado y corrían por las calles de la ciudad.

—¿Dónde está Helmack? — preguntó el capitán Trasker. — No le veo. ¿Dónde está?

—Ha desaparecido, Dan, — respondió uno de los hombres. — Tengo idea de haberlo visto montar a caballo, pero desde entonces no he vuelto a verlo más.

—¡Desaparecido! — exclamó con desaliento Trasker. — ¡Esto si que es tener desgracia en medio de la suerte! ¡Pero yo juro que tarde o temprano me apoderaré de él!

—No me cabe la menor duda de que ello no será muy fácil, — contestó el joven explorador. — Al valle no ha de volver, porque sabe que yo conozco el camino de las Rocas Negras. Temo que lo hayamos perdido de vista para siempre.

Era un golpe de mala suerte, y una amenaza para la región, el hecho de que el jefe de la banda hubiese podido escapar. Su nombre gozaba de grandes prestigios entre los elementos revoltosos y criminales, a los que atraía como el imán atrae al acero, y seguramente, si lograba disfrutar de libertad, no tardaría en tener junto a él a otro grupo de canallas con quienes reanudar sus tristes hazañas.

—Bueno, muchachos, — dijo el capitán Trasker. — Vamos a iniciar su persecución. Nuestros caballos están mucho más descansados que el que él monta y podemos darle alcance fácilmente.

Los bandidos que se habían rendido fueron atados y colocados con guardia dentro del hotel. Entretanto los habitantes del pueblo habíanse reunido en la plaza y aquellos que simpatizaban con Helmack y sus hombres tuvieron muy buen cuidado de no demostrarlo.

El joven explorador buscó a Tom Chew, pero éste no fué hallado, por lo que se presumió que había efectuado una prudente retirada.

No se perdió mucho tiempo en comenzar a dar caza al fugitivo jefe de la banda. Los caballos de los soldados estaban reunidos en una de las calles cercanas. Antes de un cuarto de hora después de la lucha, el capitán Trasker y media docena de sus hombres estaban a caballo y se ponían en marcha. Con ellos fué Bill Cody. Esperaba ver el final, si era que aquello iba a tener un epílogo. Pronto se tuvieron informaciones precisas.

Varias personas habían visto a Helmack y los perseguidores, siguiendo los datos que les suministraban, cruzaron la ciudad hacia el nordeste y no tardaron en divisar al fugitivo cuando llegaba a la parte alta de una

elevación, que se hallaba a un par de millas de distancia.

No se dirigía hacia su refugio, pues el camino de las Rocas Negras estaba más hacia el oeste.

—Va hacia las montañas del Norte—declaró el capitán Trasker, — y como llegue hasta allí puede considerarse en salvo. Pero creo que no logrará su propósito, muchachos. Ante él se extiende un terreno arenoso y tiene la seguridad de no dejar mucho rastro.

—Pero lo perderemos de vista en cuanto caiga la noche, — hizo notar el joven explorador.

—No temo eso, — respondió el capitán.—Necesita lo menos un par de días para llegar hasta las montañas y tiene que marchar por terreno descubierto la mayor parte del tiempo.

. . . .

Cuando terminaba ya la tarde, y el sol iba llegando al horizonte, Graeme Helmack había sido perdido de vista por sus perseguidores. Habían ido ganando terreno en sucesivas ocasiones, al extremo de que cuando lo vieron por última vez no se hallaba a una distancia mayor de un cuarto de milla delante de ellos.

Iban entonces por una región que no le era familiar a ninguno. Seguían un camino estrecho que iba ascendiendo hacia una meseta que estaba casi cubierta por arbustos. A izquierda y derecha se veían barrancos con una vegetación muy densa, y grandes peñascos.

Seguían por parejas por las huellas del gitivo.

—Pienso que Helmack tiene un fin determinado al venir por aquí, — dijo el capitán Trasker.—Voy a tratar de averiguar cual es. ¿No puede decir ninguno de ustedes hacia donde vamos por aquí?

Los soldados sacudieron la cabeza. Ninguno lo sabía. Bill Cody se encontraba al nivel de sus compañeros. Pero, de repente, cuando hubieron adelantado un trecho más, atrajo su atención una elevada roca que formaba un declive.

—¡Mire aquello, Dan! — exclamó. — Yo lo he visto antes. Ya sé donde estamos.

—¿Dónde, Bill?—preguntó el capitán.

—Vamos marchando en dirección del "Salto del Diablo".

—¿El Salto del Diablo? Sí; yo he oído hablar de eso. Es un profundo barranco que se encuentra entre dos peñascos, y hace algunos años un jefe indio se salvó de caer en manos de los soldados saltando de un lado al otro, a caballo. ¿Piensa usted que es allí adonde nos lleva este camino, Bill?

—Sí. Estoy seguro de ello, Dan.

—Bueno. Desearé que tenga usted razón.

—No significa eso que vayamos a apoderarnos del bandido, — hizo notar uno de los hombres.—Porque él puede hacer lo que hizo el piel roja y se salve o se mate, de todas maneras estará perdido para nosotros. Yo conozco el barranco y no intentaría la prueba.

—Y tampoco lo hará Helmack, — replicó Trasker. — No tiene energías para eso. Sin embargo, me gustaría saber dónde está ahora.

Durante una media hora más continuaron su marcha y de nuevo cuando el suelo cambió y la superficie se hizo más dura oyeron delante de ellos el ruido de las herraduras del caballo que montaba Helmack. El sonido se hacía cada vez más perceptible. Iban acercándose al fugitivo y poco después al dar vuelta a un recodo del camino volvieron a verlo.

Se hallaba a unas cincuenta o sesenta yardas de distancia, su caballo marchaba al galope y ante él, a muy poca distancia una mancha negra marcaba el llamado Salto del Diablo.

—¿A dónde va? — exclamó Bill Cody.—¿Qué es lo que intenta hacer?

—¡Alto Helmack! ¡Deténgase! — gritó, llamándolo, el capitan Trasker. — ¡Se va a matar! ¡Marcha a una muerte segura! ¡Es preferible que se entregue!

Graeme Helmack, volvió la cara para dirigir una mirada de odio y lanzar una frase de desafío. Sin duda había perdido su revólver o carecía de balas. Se oyó una descarga de los rifles de los soldados que dispararon contra el bandido. Pero no por eso se detuvo. Por el contrario partió en un desenfrenado galope y de pronto él y su caballo se levantaron por los aires.

Había intentado el salto y hubo un instante de suprema emoción. El noble animal logró apoyar las patas en la resbaladiza roca del lado opuesto. Pero no pisó firme y escurriéndose, comenzó a caer en el vacío. Graeme Helmack saltó por encima de la cabeza del caballo y cayó pesadamente sobre la roca.

Lanzando un horrible relincho, el pobre animal rodó hacia el abismo para encontrar la muerte en él. Entretanto el bandido se levantó y echó a correr mientras sus perseguidores volvían a hacer fuego contra él.

Tropezó, cayó y volvió a levantarse herido y lanzando juramentos de rabia y de dolor. Y cuando los soldados llegaron al borde del profundo abismo sin decidirse a saltarlo, Helmack había desaparecido por un lugar lleno de árboles y malezas y sólo se oía su rápida carrera.

—¡Qué mala suerte! — comentó el capitán Trasker conteniéndose a duras penas.—Ese canalla ha sido alcanzado por las balas. ¿No es cierto, Ruffe?

—Sí. En alguna parte de la pierna, — respondió Peter Ruffe.—El hueso no ha sido roto pues de otro modo sus movimientos no serían tan rápidos.

—Todavía se puede oir su carrera.

—Bueno, Dan. Pienso que ya lo hemos perdido por completo. Démosle por perdido en gracia del riesgo que ha corrido.

El capitán Trasker suspiró. Movió la cabeza y se volvió hacia el joven explorador.

—¿Conoce usted bien esta parte de la zona? — preguntó.

—Sí. La he recorrido casi toda, — respondió Bill Cody.

—¿Y hay algún otro punto por donde pasar al otro lado?

—No. Cerca de aquí, ninguno, Dan. Es forzoso caminar unas veinte millas en una o en otra dirección.

—¿Quiere decirse que debemos dejarlo escapar?

—Me parece lo más prudente.

El capitán suspiró nuevamente.

—Bueno. Dejaremos abandonado a su suerte a Helmack, — dijo con voz ronca.—¡Vámonos, muchachos!

Ya no se oía la carrera del fugitivo. Los soldados volvieron a sus caballos y en silencio, disgustados por el fracaso de su persecución, emprendieron el viaje de regreso entre los árboles iluminados con tintes rojizos por el sol poniente.

Con una sola excepción, habían muerto o capturado a todos los de la banda, pero aquello no les consolaba.

Graeme Helmack se había escapado y tenían la convicción de que su nombre volvería a pronunciarse con terror nuevamente, tal vez en aquellas regiones o acaso en alguna remota parte del país.



EPILOGO

Tres días después. — Prontos para la partida. — Llegan visitantes a Talaveras. — Un padre agradecido y una joven de buena voluntad. — Difícil situación para Bill Cody. — La decisión del joven explorador.

TRES días habían transcurrido desde aquel en que se desarrolló en Talaveras la cruenta lucha que dió fin a las hazañas de los secuaces de Graeme Helmack. Una hora después del amanecer, el capitán Trasker y sus soldados se hallaban preparados para salir de aquella población y dirigirse a Austin. El joven explorador había decidido acompañarles. Con la tropa iban a ir los hombres de la gavilla de bandidos que se habían rendido. De los heridos, tres habían muerto y los demás quedarían en asistencia, en el hospital, custodiados por una buena guardia.

Guardabosques y prisioneros se hallaban a caballo, reunidos en la plaza; estaban esperando a que Bill Cody, quien se había levantado más tarde que ellos, terminase de desayunarse en el Hotel de Río Grande. Por fin se presentó y cuando ya se dirigía hacia su caballo, que uno de los hombres tenía de la rienda, se notó un movimiento de curiosidad entre la gente del pueblo que se había reunido en la plaza para presenciar la partida.

—¡Ahí se aproxima un amigo suyo, Bill,— dijo el capitán Trasker.

—¿Un amigo? — repitió, asombrado, el joven.

—Sí. ¡Un camarada... con faldas!

—¿Qué está diciendo, Dan? ¡Ah! ¡Ahora comprendo!

La multitud se había apartado a los lados y por el camino que dejaron libre avanzó hacia el hotel Silas Brent, con su hija, en la grupa del caballo. Saltaron al suelo y el viejo ganadero, sonriendo contentísimo, tomó la mano de Bill Cody y la estrujó con todas sus fuerzas.

—¿Cómo está usted, Cody? — dijo con voz ronca de emoción. — ¡Cuánto me alegro de encontrarle todavía aquí! Temía que ya se hubiera ido. Mi hija Milly me ha referido toda la historia y no encuentro palabras con qué expresarle cuánto es mi agradecimiento. No hay frase, en nuestro idioma, que pueda expresar cuánta es mi gratitud. Es usted un hombre maravilloso cuando se trata de jugar con fuego, joven. Yo no comprendí cómo iba usted a cumplir lo prometido, pero usted lo cumplió y bien, por cierto. Tenía grandes deseos de venir a darle las gracias y Milly también quiso venir, así que aquí la he traído. No puedo dejar de repetirle que le estoy muy agradecido y usted debe creerme. Y ahora tengo algo que decirle; pero, realmente no sé cómo empezar, pues temo cometer una inconveniencia. Se trata de esto. Parece que mientras ustedes estaban en el refugio de Graeme Helmack, usted manifestó que deseaba hacerle compañía a Milly a fin de procurar el modo de facilitar su fuga. Pues bueno, parece ser que ella le ha tomado afecto y cree que usted no mintió del todo cuando manifestó a los bandidos que estaba también enamorado de ella. El caso es que... — Silas Brent calló durante un momento, — ¡Bueno! ¡Si usted quiere a mi hija, ahí la tiene!

—¡No... no entiendo! — tartamudeó el joven. — Debo creer que...

—Que Milly es suya y que tendré mucho gusto en que se case con ella.

La gente se había acercado más, para oír y todos escuchaban con interés. Las mejillas de Milly Brent se habían teñido de rojo y en sus ojos se notaba una encantadora y dulce mirada. El capitán Trasker y los soldados estaban muy serios. Ni uno de ellos sonreía, aun cuando no les faltaban ganas de hacerlo.

Era una situación comprometida para Bill Cody. Miró a la encantadora muchacha cuyo corazón había involuntariamente conquistado, y bajó la vista.

—Me parece que hay en todo esto un lamentable error, — dijo a Silas. — No es, exactamente, tal como usted lo imagina. Yo tenía que fingir que cortejaba a Milly, mientras me hallaba entre los bandidos, pero eso

era tan sólo una parte de mi papel. No lo hacía de verdad.

—¿Entonces todo era fingido, Bill?

—Todo era fingimiento, Brent. No es posible darle otro nombre.

—Así que a usted no le gusta mi hija y no quiere casarse con ella. ¿No es eso lo que debo entender, Bill?

—Eso es. Me gusta muchísimo Milly y creo que no podría encontrar una joven ni más bella ni más encantadora en todo el Oeste. Si algún día siento inclinación al matrimonio, me dirigiré a ella y consideraré un grandísimo honor el que ella quiera aceptarme. Pero, por ahora no siento esa inclinación, Brent. Deseo seguir mi vida aventurera, errante y de lucha perpetua. Tengo manía por esa vida y no podría conformarme con la tranquila existencia del padre de familia. No, no podría. De todos modos yo..., yo quisiera que...

El joven explorador tartamudeó y se ahogó. Estrechó la callosa mano de Silas Brent, tomó la pequeña, morena y suave manita de la joven, durante un momento, y la soltó después.

—¡Lo siento mucho! — repitió. — Lo lamento muchísimo. Pero ahora, creo que tenemos que marcharnos: ¡Adiós, Brent. ¡Adiós, Milly! No me olvidaré jamás de ustedes y deseo que muy pronto le sea a usted simpático algún hombre que pueda ser para usted mejor marido que yo.

Montó a caballo de un salto y saludó nuevamente con la mano, a Silas y a su bella hija. Había adoptado el mejor camino. Estaba seguro de que era así. Pero experimentaba una vaga tristeza, una especie de disgusto, mientras se alejaba de la ciudad con los soldados y sus prisioneros por el accidentado camino que cruzaba la región donde la Naturaleza reinaba como suprema soberana.

FIN DE "EL SECRETO DE LAS ROCAS NEGRAS"



Los emigrantes de antaño

MUY digna de ser conocida, es la forma en que venían a estos países sudamericanos, los que de España emigraban en el siglo diez y siete. El artículo que aparece a continuación,—escrito especialmente para "Puckv".—lo explica claramente, explicando también algunas cosas más.

EL viejo porteño miró un instante hacia el mar, cuya superficie verdosa y ondulante se extendía hasta el círculo del dilatado horizonte y prosiguió su narración escuchado por aquel grupo de maravillados oyentes con una atención que denunciaba el interés que para ellos tenía.

—El sol entraba, — dijo el narrador, — por la abierta puerta y llegaba hasta la mitad de la estancia, medio de adobe, medio de cañas y con alguno que otro remiendo y agregado de cuero, para tapar más de una rendija. Por los troncos retorcidos y sin descortezar siquiera, que sostenían la paja brava del techo, se deslizaba alguno que otro ratoncito, curioseando lo muy grave que allí se discutía. Los pajarillos entraban y detenían su vuelo en un enorme arcón, y hasta un cerdo quiso tomar parte en aquel consejo de familia. El asunto no podía ser más grave. La hija mayor del capitán don Víctor Casco de Mendóza, nombrado muy pocos días antes capitán a guerra y teniente gobernador de Trinidad los Buenos Aires, se veía condenada a una prematura viudez, o mejor dicho, a quedarse soltera puesto que se había dado terminante orden de embarcar a todos los portugueses que residían en aquella ciudad o aldea por los años de 1606. En el puerto estaba la nao que había traído tan poco agradable nueva, y en la nao estaba el novio de la hija del capitán general y rascábase el cuello su señoría, y se mesaba los cabellos la señora generala, y la heredera de tan ilustre prosapia lloraba a lágrima viva, maldiciendo todos, en lo más recóndito de sus porteñas almas, las tiranías del rey que desde la remota Península Ibérica destrozaba dos de los más amantes corazones de cuantos latieron en las orillas del Plata. Sobre la raya de sol que dentro de la casucha entraba, se destacó primero una negra pluma y después se vió aparecer una de aquellas famosas gorras amacarronadas, tan en boga en boga en los tiempos de las guerras de Flandes. El tabardo que se dibujó luego no dejó lugar a la menor duda, y un instante después la gallarda estampa del señor Carlos Corso de Leca, penetró por el hueco que servía de portal y sus calzas rojas se destacaron briosamente sobre el rayo de sol que iluminó a tan arrogante personaje. "¡Vaya, amigos míos, no lloren sus mercedes, y calme sus enojos la cuitada niña, que a la Corte voy como embajador de la ciudad, y ante el rey he de poner patente el desafuero que con todos los pobladores se comete!"

Hizo el narrador una breve pausa y prosiguió luego así:

—El Capitán General don Víctor Casco de Mendoza, no tenía asiento que ofrecer al visitante. Además de la familia estaba reunido en el palacio de la primera autoridad trinitaria lo más linajudo del barrio, que era todo lo que existía dentro del recinto llamado ciudad. Ni cabezas de vaca quedaban para ofrecer a los amigos, pero eso no era impedimento, como el embajador ante la Corte lo dijo, para que él se presentara a saludar con toda pleitesía a la infelice y amorosa doncella. Los hombres pusieron fosco cariz. Las mujeres, más agresivas, más francas y más porteñas que los porteños mismos, conocían sus fueros y no querían que nadie les negara lo que consideraban como su legítimo derecho.

Entre todas ellas, la más decidida, la más brava, la más parlera, fué doña Ana de Velasco, la esposa del depositario general.

El narrador, como para remojar la reseca garganta, empinó una bota de muy regular tamaño. Pasó luego el revés de la nervuda mano por los labios, y alargó el odre a sus amigos.

La ronda fué larga. Cada uno de los viajeros saboreó aquellos últimos tragos, recuerdos de la patria de la que se alejaban, dulzuras de mostos que no volverían a catar.

✣ ✣ ✣

—Una vez en tierra de Indias, — dijo sentenciosamente el viejo porteño, — los mejores vinos serán los de Mendoza o de San Juan. Se marea el vino de España cuando cruza los océanos y llega avinagrado.

Los diez y seis barcos que formaban la pequeña flota de aquel año se distinguían entre sí y podía verse al uno, forzando la vela, alargando rizos a aquél, orzando otro y calando masteleros, para no separarse mucho y estar siempre lo más reunidos posible, prontos a rechazar un asalto de los piratas.

El pasajero veterano de Córdoba, Trinidad, Asunción y las Pampas, miraba uno por uno los detalles de aquella peligrosa travesía, como hombre acostumbrado a vivir en constante alerta y que lo mismo sabe manejar el hacha que el arado, sin perder de vista el arcabuz. Los chapetones, los pobres que pasaban el mar por vez primera, avizoraban con ansiosas miradas el horizonte, siempre temerosos de que la presencia del enemigo provocara algún grave conflicto.

—Siga, siga, padre, — exclamó un mozo desgarbadote, sucio, pobremente vestido.

—Sí, tata, continúe, — agregó un joven mestizo de lacio pelo y renegrida tez.

Acarició el viejo aquellos dos herederos de tan distinta catadura. El uno había quedado en la andaluza aldea, al marchar el padre a tierra de Indias. Salió el otro, no se sabe cómo, de lo más espeso de las platenses selvas. Con los dos volvía a sus pagos el que había ido a la aldea andaluza, a recoger al único vástago allí dejado, a pagar unas misas por la difunta esposa, y a vender la casa pobre y fea, pero que era un verdadero palacio de piedra y teja, si con la casa del gobernador de Trinidad, la comparaba.

—¡Si la tuviésemos allá, tata! ¡Si nuestro rancho fuese como su casa del pueblo!

—Y eso que es la peor del lugar,—decíale el muchacho español, orgulloso de su pueblo, ya que no podía estarlo de su estirpe.

—Pero siga, padre; cuéntenos eso de Buenos Aires.

—Quedó su merced, señor padre, cuando la mujer del depositario general estaba muy rabiosa.

* * *

—No, rabiosa no estaba mi señora doña Ana, que era hembra muy leída. A ella debí mi escuela, cuando en el año del Señor, de 1609, logré reunir treinta rapaces y poner aula con ellos. ¡Buen provecho saqué! Treinta pesos al mes era mi salario. ¡Ningún cura de parroquia me igualaba!

Y empinó la bota una vez más, mientras lo miraban envidiosos los del corro, calculando cada uno de ellos lo que había de sudar en los campos manchegos o castellanos para ganar tanto dinero.

—Pues, señor, el caso es que las mujeres que presentaron al obispo y éste produjo un informe en regla. El rey, que Dios guarde, — y se quitó respetuosamente la gorra de terciopelo con pluma blanca, — manda siempre para el bien de sus vasallos, y cuando el rey está lejos y por sus propios ojos no ve lo que pasa, son los vasallos los únicos que saben dónde le aprieta el zapato a cada quisque. El obispo escribió muchas hojas de papel, y dijo, en resumidas cuentas, que la república era el rey en aquella coyuntura, y que el cabildo debía decir al gobernador que hiciera desembarcar a los ya embarcados portugueses, o se echaba a vuelo las campanas y se convocaba cabildo abierto, pues la cosa urgía y muchos de los embarcados eran esposos de porteñas, con su fuero propio, y no sé cuántas cosas más. Y se echó a tierra la gente, y se casó la hija del capitán general con su novio, que era un hidalgo portugués, llegado a Trinidad para poner allí un horno de ladrillos y cuento concluído.

* * *

Los emigrantes habían escuchado boquiabiertos al narrador. ¡Pues no eran pocos los arrestos de aquellos indianos! ¡Lo que hace el tener dinero, y el estar lejos del rey! ¡Los ánimos que da el no tener hambre!

—Paréceme oir las historias de mi abuelo, cuando nos contaba cómo se gobernaba el Ayuntamiento de cada villa antes de que mataran a los comuneros, — exclamó, pensativo, un desarrapado mozo.

—¡Un Padre Nuestro por las almas de mis señores Padilla Bravo y Maldonado,— musitó un viejo, quitándose piadosamente el gorro.

Todos se pusieron de rodillas sobre la cubierta y se oyó cómo rezaban con el más fervoroso entusiasmo por los héroes que sucumbieron en Villalar por defender las libertades y fueros municipales de Castilla.

—En Trinidad se conservan más briosas que en ninguna otra parte, — dijo el porteño a medias. — Los compañeros de Mendoza fueron de los que huyeron a las persecuciones del emperador borgoñón contra los defensores de los fueros municipales castellanos.

* * *

El morocho mestizo contemplaba arrobado a su padre. Los demás viajeros escuchaban sus relatos sobre cosas de Indias, tierras nuevas donde el pan abundaba y la libertad era como la agradable salsa que pres-

ta encantos a los más feos manjares, con verdadero asombro.

—Pero esa libertad sólo se consigue a costa de puños,—agregó el veterano de América.—Ya les veo temblando ante el peligro de un ataque de los piratas. Falta de costumbre. Viajar por las pampas de Buenos Aires es aún más peligroso que surcar este mar manso y tranquilo. Más fácil es morir de sed allá que aquí. Peores son los indios pampas que los corsarios, ingleses o franceses. Tengan en cuenta que no se pescan truchas a bragas enjutas, y que sólo los muy valientes sirven para indianos. Algo sobre lo que es aquello puede contar este muchacho. Viéranlo domar un potro cerril jamás montado por cristiano alguno. ¡Viéranlo enlazar el más bravo novillo! ¡Cómo da vuelta al pingo, y cómo salta a tierra para meter el facón hasta la cruz y degollar a la res, por mucho que corcobee y arañe la reseca tierra lanzando al aire nubes de polvo! Y luego cómo sabe, el indino, cortarle la lengua, hasta el gañote mismo, para colgarla del recado, volver a todo lo que el potro da, a su huella del camino, y acercarse sonriente para decir, a los que formamos alguna de aquellas expediciones, ya a las salinas grandes para traer sal, ya a las cuereadas para matar novillos, ya a buscar el modo de rescatar a algún cautivo atrapado por los pampas: "¡Señor padre, vea qué linda lengua! ¡Sabrosa cena tendremos!"

Y el viejo abrazó al morocho criollito, mientras éste echaba el brazo sobre los hombros del hermano dejado en España, cuya cortedad, ante magnificencias semejantes, se acentuaba cuanto más oía hablar de los esplendores de la tierra americana.

—¿Y mataste un toro, sólo para comerte la lengua? ¿Y qué se hizo de toda la otra carne? — preguntó ansiosamente el nunca harto andalúz.

—¡Y cómo no! Se come lo que apetece y se deja lo demás para los caranchos y los perros cimarrones.

—¿Y el dueño de esas vacas no se queja? ¿No sale la santa hermandad a meter en prisiones al ladrón?

—¡Aquellas vacas no tienen dueño! ¡Son del primero que las mata! — exclamó riendo el criollito, en tanto que su padre lo contemplaba complaciente.

—¡Por eso roncan tan fuerte! — murmuró un apergaminado emigrante. — Diéranme muchos días de marcha sin topar con esbirros ni corchetes, sin miedo a la hermandad, y hubiera vacas sin señor, y nadie nos sujetara en las Castillas.

* * *

Lenta, monótona. era la travesía aquella. Rumbo a Porto Bello había salido el vecino de Trinidad de los Buenos Aires, en viaje a su patria de adopción, pues era poco menos que imposible hacer el viaje directamente de España a Buenos Aires.

—¿Quién se atrevería a salir solo, de Sevilla para surcar el océano? Sería lo mismo que si en Trinidad hablara algún cristiano de salir con una sola carreta para Córdoba o Mendoza. Por tropas bien armadas llegan las carretas a nuestra ciudad a vender sus vinos, cuando nuestro cabildo les permite entrar, y en tropas de más de cien carros suelen cruzar nuestros desiertos. Y sólo amenazan los indios salvajes. ¡Calculen sus mercedes lo que será pasar lo ancho del mar teniendo que temer a los piratas ingleses y franceses montando sus ligeros barcos!

—¡Se está arruinando la marinería, mi señor!—dijo un veterano contramaestre.—De sesenta gruesos navíos se componía la flota en que vinimos en el año del Señor, de 1596. Grumetillo era yo entonces y navegué en todas las armadas de Indias. De sólo diez y siete naos se componía la del año 1605.

—¡Cómo que no hay nada que llevar a aquellos reinos! — agregó un mozo alto y bien trajeado. — No hay nada que exportar a la Nueva España ni al Perú. Fabrícase de todo y los velutineros de Valencia emigran en tropel a los obrajes del nuevo mundo.

—No sólo van por mor de los mejores salarios, — dijo un viejo a quien nadie había oído aun. — Desde que murieron con nuestras "germanías" las tradiciones valencianas, nadie vive a gusto, aunque huelan tan bien como antes las flores del naranjo. ¡Maldiga Dios a quien mis hijos y yo sabemos!

—¡Amén! — exclamó en coro la reunión. Y todos los pensamientos volaron a un egregio personaje, gloria histórica adorada por muchos y verdugo de lo íbero y castizo.

Sólo el español porteño sonrió burlonamente. Sólo él fué como voto en discordia en aquella unanimidad de odios hacia el que, con su guardia borgoñona, con su séquito de flamencos y franceses, con su galicismo invasor envenenó el idioma castellano y mató lo más santo del alma de aquel país.

—¡No! Que no lo maldiga el Eterno. Que le conserve la vida muchos años, que siga en sus guerras derrochando la sangre española, haciendo odioso en todo el orbe el nombre castellano. Le debemos lo mejor de la tierra. Por huir de él se van a Indias los más valientes y altaneros. Cuando mis chicos sean padres de familia, ¡quién sabe lo que sucederá!

Y otra ronda de la ya medio agotada bota, acabó con aquel tema de conversación, modo único de matar el aburrimiento de la aburridora travesía.

✣ ✣ ✣

El anciano que antes dijo que huía de las tiranías de Valencia, se aproximó al porteño. Deseaba conocer cómo se estaba de telares en tierra de Buenos Aires. El y sus dos hijos iban a ejercer su oficio. Eran velutineros de fino. El terciopelo era su especialidad. Ganabánse la vida en Valencia, como los mismos ángeles del cielo.

—¡Si conociera el señor nuestra "Lonja de la Seda!"

—Seda no la conocemos, pero de lana fini-

sima como la misma seda no lo fué jamás, téjese en todos los pueblos, menos en la capital, por no preciarse los porteños de tales zarandajas. Compramos a los cordobeses y santiagueños. Desde mucho antes de 1583, fecha en la que nos visitó un señor Sotelo de Narvaez, para escribir un libraco que por esos mundos rueda, hacíanse en todo el Tucumán sobrecamas, vestidos, lienzos y telillas. Hay obrajes de hacer paños, frazadas, sayales, bayeta y sombreros... Hácense paños de corte, reposteros y alfombras.

—¿Sombreros, señor? ¿Dijo su merced que hacen allá sombreros? — inquirió un personaje alto, flaco, pelirojo, mientras denotaba su rostro la mayor estupefacción.

—¡Y cómo no, mi amigo! ¿Qué motivo puede haber para que no se hagan sombreros en un lugar donde el sol calienta el mate como si fuera fuego llovido desde lo alto?

La interrupción del extranjero, que extranjero era a todas luces aquel buen hombre, hizo apretar el corro. La monotonía del viaje prestaba interés al incidente más pequeño. ¿Por qué motivo pudo producir tal extrañeza la fabricación de un objeto de tan corriente uso como el sombrero?

—¡Lo más raro, mis señores, lo más raro! —exclamó el rubio pasajero. — Miren lo que son las cosas. En esa América Española, sin haber castores, se permite fabricar sombreros, y en la América Inglesa, donde el castor es tan abundante como las ratas en este barco, no se puede hacer ni uno solo. Lo más raro, señores, lo más raro...

—Con licencia de su merced, — interrumpió un señor seco, calvo, huesudo, oidor de una Audiencia. — Con licencia de su merced, me permitirá meter baza en este asunto. Nuestra América es libre, la Inglesa pertenece de hecho a compañías privilegiadas. Los colonos o pobladores que en ésta y las otras flotas pasan a Indias, libres navegan, por su capricho embarcaron y serán libres y ciudadanos desde el momento en que se avecinden en cualquier centro urbano o tomen un campo para roturarlo por su cuenta, mientras no invadan tierras cultivadas por los naturales. Si su merced supiera cómo viaja la mayor parte de los ingleses que cruzan el mar para ir a colonizar los establecimientos británicos...

* * *

El alegre rostro del rubicundo extranjero se cubrió como por encanto de una especie de tristísima tintura. Se apoyó el hombre en el palo mayor, al pie del cual habíase formado el corro de aburridos viajeros, y oyósele sollozar, presa de la aflicción más desconsolada.

Oidor, porteño, todos trataron de calmarlo. Sólo la bota logró secar aquellas lágrimas, y una vez casi tranquilo, el pobre hombre dijo así encarándose con el leguleyo:

—Su señoría ha vuelto a abrir muchas llagas curadas hace años. Niño era yo cuando me sacaron de mi aldea de Escocia para llevarme a puntapiés y bofetadas a embarcar en una nao, rumbo a las plantaciones. No sé si me vendieron mis padres o si me robaron los montañeses de algún "clan" enemigo del nuestro. Sólo sé que en el sollado de un barco crucé este mismo mar para verme vendido en Jamestown por una cantidad equivalente al precio del pasaje. ¡Si sabré cómo viajan y cómo salen y por qué salen de su patria la mayor parte de los colonizadores ingleses!

Como una oleada de orgullo recorrió toda la cubierta del galeón. De proa a popa se notó como todos arqueaban el pecho, levantaban la cabeza y respiraban a amplios pulmones la ardiente brisa de los trópicos que rizaba el ondulado mar. Ni uno sólo hacía el viaje, no ya preso, ni siquiera en la barra, por borracho o descomedido. Todos libres, todos hombres, todos con el pleno señorío de sí mismos. Pobres, sí, míseros, llenos de ambiciones nobles y acaso locos, pero todos tan independientes como el mismo aire que empujaba las velas de los barcos en dirección de la nueva patria.

—¿Vendido? — preguntó el morochito porteño, al mismo tiempo que largaba un cigarrillo de chala al escocés. — ¿Venden blancos en esa tierra? ¡Son más peores que los pampas, tata! — agregó volviéndose a su padre. — ¡Más salvajes que los indios que venden a los cautivos españoles!

—Gracias. Sí, yo también fumo. Aprendí allá, con los "serfs servants" de la Virginia. Nosotros fumamos en pipa. En Inglaterra casi no fuma nadie. En España vi fumar a algunos. Por el tabaco, más que por otra cosa, quiso volver a América. Pero no a la de mis amigos los ingleses. Soy de los esclavos fugados. Por segunda vez logré huir. Mi patrón era malo, como todos los patrones de allá y diez azotes me aplicaba la mayor parte de los días. Si volviese a caer en manos de aquelos plantadores purgaría en lo alto de la horca mi delito.

—¿Pero cuál fué su crimen? — preguntó el velutinero valenciano.

—No soportar la esclavitud impuesta por los que me sacaron de mi aldea para venderme como se vende un carnero o un potro en la Virginia.

Fué necesario bracear una vela. Los marineros agarraron la botavara, y el grueso madero pasó sobre la borda, mientras crugía el lienzo azotado por la brisa. Durante algunos minutos la flota entera permaneció casi inmóvil en lo verde de los mares infinitos. Todos los barcos realizaron simultáneamente la misma maniobra, y los corros de viajeros tuvieron que dispersarse, mientras oíanse rudas voces que gritaban.

—¡Guarda a la botavara! ¡Bajar la cabeza! ¡Orza! ¡Bracea! ¡Aguanta firme! ¡Proa a la enseña de la capitana!

Inclinándose sobre la banda opuesta, volvió el galeón a cortar las ondas con el tajamar sobre el cual trazaba el bauprés su enrejado de sombra, y otra vez los pasajeros volvieron a agruparse en torno del palo ma-



Y empezó la lucha entre los ladrones del mar, que tanto han contribuído al atraso sudamericano y los bravos y libres colonos que cruzaban el Atlántico...

yor, para continuar sus conversaciones, manera única de matar la monotonía de un viaje de dos o tres meses de duración.

✣ ✣ ✣

Allá, en la popa, bajo amplio toldo, se había reunido el pasaje femenino. Esposas, madres pocas, hermanas muchas, hijas las mayor parte de los que a Indias pasaban, departían también de las cosas de las nuevas tierras en las que esperaban los más fastuosos acomodos.

—Esperáme mi primo Pascualín, — decía una mocita entre merced y señoría, con indumentaria medio pueblera, medio ciudadana. — Está en una tierra que llaman el Cuzco. Hacienda tiene y esclavos manda. Marqués lo hicieron, y acordóse de mí y me envió a buscar. Representóle su padre en el casorio, y en mi mano puso el anillo el tío Sin Calzas, el que fué el más pobre de los porquerizos del lugar y hoy es el más señor y el que mejor palacio tiene. Llevo a mi Pascualín bellotas del carrascal donde juntos apacentamos nuestros puercos. Tráigole un mocetón con romero de la montaña. Pobres nos vieron. Testigos sean de cómo no abandona Dios a los que en él confían.

—Cuento de hadas su historia asemeja — exclamó una muy relamida dama.—Maravilloso es cómo se transformó de porquerizo en marqués y de pastora en aristócrata,—y no dejó de notarse cierto tono de desprecio en la señora.

—De menos nos hizo Dios — replicó mansamente la pastora y marquesa.—Y no debe admirarse su merced, que después del milagro de haber hallado las Indias todos los demás milagros se comprenden fácilmente.

—Ocho hijos nos dió el señor, — murmuró devotamente una pobre aldeana,—y costábanos mucho trabajo satisfacer las ocho bocas. Escaso andaba el pan, y a ser tan abundoso como en este barco, ni mi hombre ni nuestros chicos ni nosotros nos hubiéramos movido del lugar en que nacimos. Díjonos maese Lucas, el sangrador, que por la cédula del año mil quinientos trece daban viaje y tierra y una puerca de cría y una vaca y mantenimientos por un año el matrimonio que pasaba a Indias, y a Indias vamos, en busca de esa tierra que en la Mancha sólo los ricos tienen. En el barco van nuestros arcones de ropa, los cuelgos de chorizos, los perniles del lechón, tan cariñoso con todos los rapaces. Vendimos el rucio. ¡Quiera Dios darnos salud, que lo demás nosotros lo pondremos!

Y enjugaba la pobre campesina una lágrima, no se sabe si arrancada por la nostalgia

le dejar la patria tierra o el recuerdo del rucio.

—A Trinidad de los Buenos Aires voy,— oyóse en el más seductor acento andaluz, en un extremo del corro femenino.—Allí tengo parientes y un tío a ellos me acompaña. Bendiga María Santísima aquella tierra que es también la suya. Dote tienen allá todas las mujeres y quien con ellas se case vecino es, como hijodalgo de solar conocido figura, y a parte entra en unas matanzas de vacas que se hacen en unos llanos más grandes que la Tablada de Sevilla, aunque se añadan todas las huertas de Triana, y la misma Plaza Real, ¡Si oyeran lo que mi tío cuenta! Es como para no moverse de allí. No sé si atan los perros con longanizas, pero sé que matan millares de vacas sólo para sacarles la piel,

* * *

El escocés, a dar la orden de la maniobra antes indicada, se dirigió hacia la popa, y el criollito lo siguió sin separarse de su lado, cariñosamente tomado del brazo de su hermano, el pobre labriego español, con el que simpatizaba extraordinariamente.

No pudieron oír lo dicho por las viajeras, pero las miraron con los codiciosos ojos con que la juventud de todos los tiempos y edades miró siempre los buenos palmitos. El porteño echó el ojo a la andaluza. Días hacía ya que se miraban y sonreían. Saben ambos que se dirigen al mismo lugar y que juntos han de hacer la travesía a lomo de mula por el camino de Nombre de Dios a Panamá, para de allí embarcarse para Valparaíso. De Valparaíso otra vez en una mula subirán alto, muy alto, a unos montes como no los hay iguales en todo el mundo. La Giralda a su lado se queda tamañita. Los nevados picos de Granada son como granos de anís. Los Pirineos unos hormigueros. Los Andes, nuestra cordillera, es cosa soberbia. Nuestro río, el Río de la Plata... ¿Qué vale el Guadalquivir? ¡Cualquiera hace un puente en el Río de la Plata! ¡Ochocientas veces con más agua que el Ebro! ¡Y eso, que el Ebro es todo un señor río! ¡El mayor de España! ¡Y cuando está gordo!...

El extranjero parecía estar echando cuentas. Sus amigos de ocasión lo oían murmurar algo que no entendían. Hablaba en una lengua del demonio. Sacó un puñado de doblones.

—A ver, ayúdenme. Cien libras de tabaco a seis reales son setenta y cinco pesos. Yo tengo aun ciento cuarenta doblones. Me gusta mucho esa morenita. Desde el año mil seiscientos diez y nueve, en la Virginia se venden las mujeres por ciento cincuenta libras de tabaco. Veamos, son como noventa y dos pesos. ¿No es eso? ¡Justo! ¡Eso es! Aun me quedan cuarenta y ocho doblones. Compro esa andaluza a bordo, antes de desembarcar, y así ningún "gentleman" se quedará con ella. Es muy graciosa. Mucho me agrada.

Sin pérdida de momento se dirigió en busca del capitán, siguiéndole los dos jóvenes. ¿Qué resultaría de aquel embrollo?

* * *

El capitán del galeón estaba con varios pasajeros, entretenido en una partida de ajedrez. El extranjero expuso su pretensión. y se quedaron todos con un palmo de boca abierta. ¡Debía haberse vuelto loco aquel hombre! ¿Comprar mujeres? ¿Hase visto avilantez semejante? Pusieran todos mano a las espadas si no fuese tan risible el caso.

Sólo el capitán y el escocés permanecieron serios. Los dos se miraron al blanco de los ojos. La inocencia con que el rubio sostuvo la mirada desarmó el adusto ceño del marino.

—Su señoría me ha hecho la ofensa de tomarme por marino inglés, — dijo el capitán. Las flotas del rey, que D. G., jamás llevaron esclavos blancos. Las damas o mujeres que viajan en nuestros barcos y a Indias van, son tan libres como la reina misma. Hágame su merced el servicio de pedir las más rendidas disculpas o por la corona de San Pedro que acaba su señoría el viaje en el sollado de mi barco, para que sepa lo que es canela.

—¿Canela, capitán? ¿Canela en el sollado? ¡Sí sabré lo que es viajar en la sentina! En ella pasé de Londres a Jamestown. ¡Ratas no digo, pero canela, capitán, canela!

Desde el ceñudo marino hasta el último pasajero soltaron todos a una la mas sonora carcajada. El pobre extranjero hablaba de buena fe. No había sino ignorancia por su parte, y su actitud había sido una soberbia lección para los que emigraban a estos países en aquellos felices tiempos de venta de esclavos y esclavas blancas en las colonias británicas de la América del Norte.

* * *

El estampido de un cañonazo hizo olvidar todos los demás pensamientos, y la risa se cortó como por un encanto. La nave capitana había izado bandera de zafarrancho, y todos los barcos de la flota se aprestaron a la lucha, mientras se veía volar hacia el grueso de la armada un ligero aviso de gallarda arboladura.

—¡Los piratas! ¡Los piratas! — gritóse en toda la línea.

—¡Sí! ¡Ellos son! — exclamó el porteño, mientras miraba a sus dos hijos, feliz al verlos animosos y valientes. — ¡Cualquiera se atreve a salir en barco sin escolta para mi querida Trinidad! Ahora me explico cómo no aprovechamos los navíos de permisión, ¡Por esto sólo los barcos extranjeros se atreven a cruzar el Océano!

Y empezó la lucha entre los ladrones del mar que tanto han contribuído al atraso sudamericano y los bravos y libres colonos que cruzaban el Atlántico para traer su civilización a estos países.

EL DESTINO EN UNA TAZA DE TE

Si siente usted curiosidad por saber cómo interpretan el significado de las hojas de te que quedan en la taza, aquellas personas que pretenden poder penetrar así el misterio del futuro, lea el siguiente artículo que ha sido escrito en inglés por Florence Thornton, especialista en este género de investigaciones y que "Pucky" ha traducido especialmente para sus lectores.



INNATO en los seres humanos es el deseo de investigar los misterios del futuro. En todos los países, en todos los pueblos; a través de todas las épocas y de todas las civilizaciones, la humanidad ha demostrado siempre la misma tendencia a querer descorrer el velo que oculta el porvenir. Sin penetrar en el campo de la Historia, pues sería engolfarse en un estudio tan vasto como complicado de lo que se ha hecho y dicho en toda la extensión de la tierra en las distintas épocas; limitando el campo de observación a lo que pasa en la actualidad, no es posible dirigir la mirada hacia ninguna nación del planeta, sea su pueblo el más atrasado, sea el más avanzado, sin que se noten, inmediatamente, manifestaciones justificantes de la indicada afirmación. La humanidad desea, con vehemencia, conocer el porvenir.

¿Es eso posible? ¿Puede conocerse de antemano lo que ha de acontecerle a determinada persona? Los árabes que, cuando sucede algo desastroso afirman rotundamente aquello de "estaba escrito", creen, en realidad ,que el hombre no puede variar, por más que haga, el curso de los sucesos, pero aun cuando se hallen convencidos de lo de "estaba escrito", no admiten que nadie pueda leer con antelación esa constancia de la voluntad indoblegable de Aquel que todo lo dispone.

En cuanto a la posibilidad de enterarse de lo que nos reserva el porvenir, cada uno tiene su opinión propia, resultado o consecuencia de lo que conoce o de lo que ha visto. Aun cuando no es posible negar, — pues negarlo sería cerrar los ojos a la evidencia,— que no faltan personas que, a veces, han acertado de modo asombroso, prediciendo, por métodos varios, lo que el futuro nos tiene reservado, es necesario declarar que, en la generalidad, — por no decir en la totalidad, — de esos casos, hay más amenidad y diversión que verdadera sabiduría y convencimiento, en casi todas las predicciones.

Entre las muchas y variadas maneras de predecir el porvenir existe una que goza de grandísima popularidad en Inglaterra y que, durante los últimos tiempos ha conseguido extenderse aun fuera de las fronteras de los países donde se habla inglés. Es esa popular y favorecida manera de interpretar el porvenir, la de estudiarlo en las hojas de te que suelen quedar en el fondo de la taza de te solo. La condición de que se trate de te "solo" es ineludible, pues si la taza es de te con leche o crema puede falsearse la predicción, tanto más si al consumir el líquido se ha mojado en él bizcochos o pan tostado, cuyas migas pueden mezclarse con las hojas, desviándolas o complicando la interpretación.

En Inglaterra, y especialmente en Londres, existen actualmente muchas señoras que practican con asiduidad ese sistema casero de develar el porvenir y que han adquirido gran renombre local por lo acertado de algunas de las predicciones realizadas por ese sistema, cuyo origen no se conoce, pero se sabe muy remoto. Efectivamente, autores muy antiguos ya hablan de él como de cosa vieja y hasta, entonces, pasada de moda. Pero la moda, — como pasa con muchas modas de todas clases, — ha tenido un resurgir vigoroso que por el momento, no parece, por cierto, pasajero.

✣ ✣ ✣

ASEGURAN personas que han estudiado a fondo el sistema profético derivado de las hojas de te que quedan en la taza después de haber saboreado la agradable y tonificante infusión, que existen ciertas formaciones o agrupaciones de las hojas de te en la taza que deben ser admitidas, en tesis general, como indicadoras de distintos sucesos que han de produ-

cirse en un futuro más o menos cercano. Pero, en realidad, la mayoría de las damas que han llegado a hacerse especialistas en la interpretación de las hojas de te, emplean el aspecto de éstas en la taza del mismo modo que algunas profetisas hacen uso de la famosa esfera de cristal dentro de la cual, en el momento de la excitación profética, ven o creen ver las escenas en que, en el futuro, tomará parte la persona cuyo porvenir investigan. Las hojas de te sirven, en este caso para concentrar la imaginación en un solo foco. Entonces la pitonisa, — o como quiera llamársele, — describe las escenas y los sucesos que, al conjuro de aquel momento acuden a su mente y parecen trazados por los grupos de las hojas de te, en el fondo de la taza.

Con este sistema o método de averiguación del porvenir sucede lo que con todos los conocidos desde que el mundo es mundo y la humanidad adolece de las mismas debilidades de que adolece en la época presente. Muchas son las personas que exclaman, haciendo gala de su fortaleza de espíritu: "¡Claro está que yo no creo ni lo más mínimo en esas cosas!" Pero esas mismas personas son las que más ansiosas se muestran y más deseos manifiestan de enterarse cuanto antes de la interpretación a que han dado lugar las hojas de te del fondo de su taza.

Pero lo que no se puede negar es que, si el buscar el secreto del destino en el fondo de la taza de té da lugar a una agradable diversión en cualquier velada familiar, también es cierto que la fe que en ello tienen algunas personas no carece absolutamente de base, pues son muchos y muy frecuentes y notables los ejemplos de la veracidad asombrosa de sus predilecciones.

Puedo citar por lo menos un caso,—y no cito más porque sería hacer demasiado extenso y poco ameno este breve estudio sobre el método profético de moda;—puedo citar un caso en que una hábil profetisa logró leer algo del futuro de una persona, empleando las hojas de te del fondo de la taza, como medio de inspiración. La profecía fué de tal carácter, que era de todo punto imposible que fuera consecuencia de un habilidoso acierto. En realidad fué tan extraordinaria, tan rara, que no es posible pensar en ella sin convencerse de que puede servir como demostración de que las profecías fundadas en las hojas de te constituyen una información digna del mayor crédito.

El caso a que me refiero fué el siguiente: Una señora amiga mía,—que se había conquistado casi una grandísima reputación, entre sus numerosas relaciones sociales con motivo de su habilidad en la lectura del significado de las hojas que quedan en el fondo de la taza del te que se toma,—estaba una tarde, tomando el te, junto conmigo, en casa de un común amigo, que dicho sea de paso, es fotógrafo. Por casualidad, él pidió a mi amiga, que tuviera la bondad de leerle el porvenir en las hojas del fondo de su taza de te. Mi amiga accedió, naturalmente, a lo solicitado y, entre otras cosas, dijo: "Le veo a usted aquí vestido de un modo muy raro. Es un traje muy difícil de describir, pues no lo reconozco bien. Creo que no he visto jamás nada parecido. Le cubre a usted de pies a cabeza. Me parece que es un traje como los que usan los buzos o muy semejante a esos". De todo lo que podía esperarse, una manifestación semejante era lo más extraordinario. Pero lo más asombroso del caso fué lo que sucedió después, sin lo cual la profecía no hubiera tenido nada de particular. Al día siguiente el fotógrafo tuvo que hacer un negativo de un traje para cirujanos operadores, el cual, como se sabe, se completa con un capuchón cilíndrico con agujeros para los ojos y cubre al operador por completo, dándole un aspecto bastante parecido a un buzo. Como no se hallaba disponible ninguna otra persona, tuvo que vestirse él mismo y hacer que un amigo sacara la fotografía; y de ese modo tan extraña profecía resultó verdadera.

✣ ✣ ✣

NO es ese un caso aislado, como muchas personas que han pasado el rato oyendo anunciar su porvenir leyéndolo en el fondo de la taza en que han tomado el te, pueden recordarlo. Muchas han sido las ocasiones en que la profecía ha "resultado cierta".

Como lo he dicho antes, cada uno tiene, sin embargo, su manera propia y personal de apreciar la posibilidad de predecir, observando la disposición de las hojas de te en el fondo de la taza, lo que debe sucederles en el futuro.

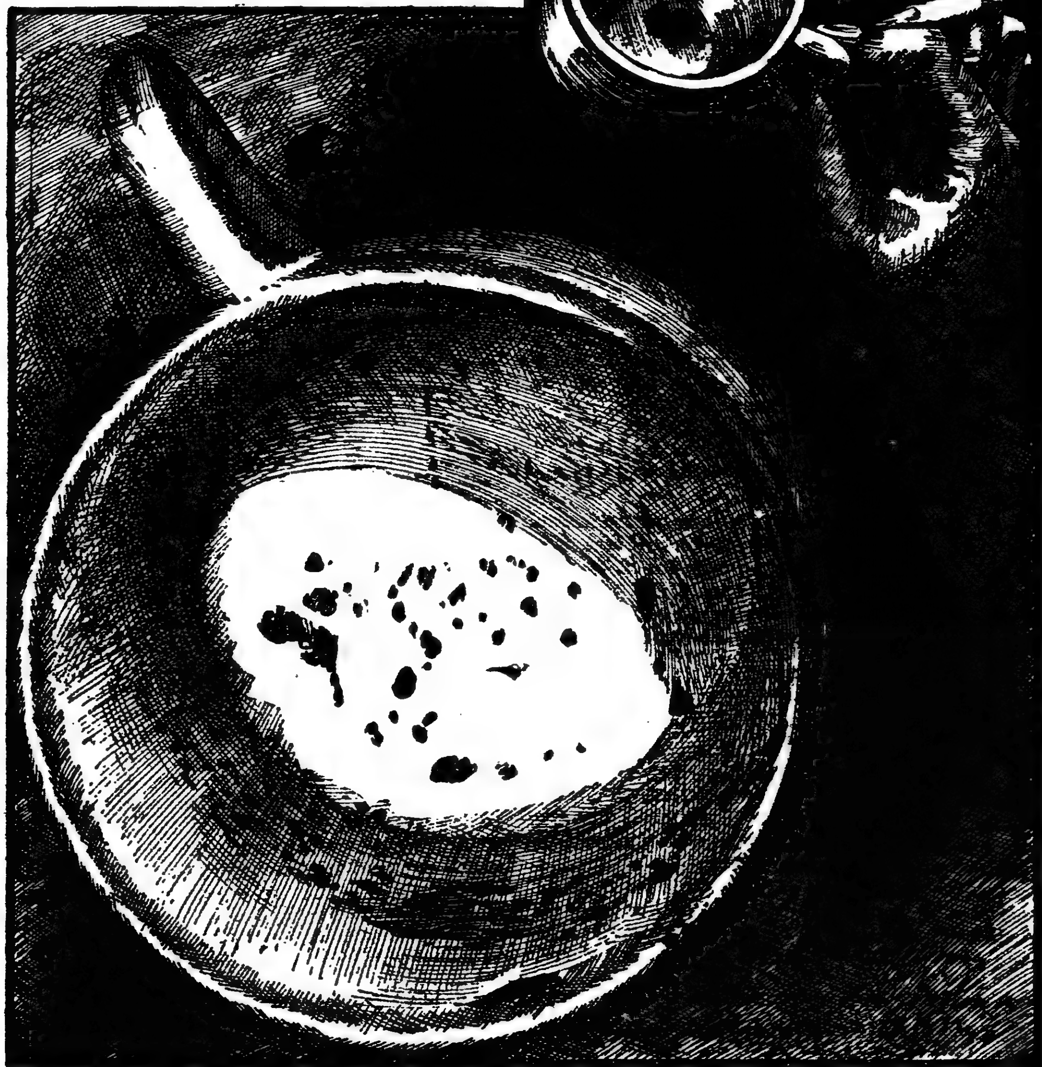
Si el lector quiere entregarse a ese divertido pasatiempo debe conocer, aun cuando sólo sea algunos de los significados de los diversos grupos de hojas que se forman en los costados y en el fondo de la taza, pues hay diferentes agrupaciones cuyo significado es considerado invariable por todas las personas que han estudiado este modo de profetizar, fundándose primeramente en la inspiración profética y luego en las comprobaciones repetidamente realizadas a través de muchos años de observaciones.

En primer lugar ya he dicho que debe tratarse de una taza de te solo, pues ni al líquido ni a las hojas debe hallarse agregado nada que sea leche o crema y no debe haber migas mezcladas con las hojas de te. La persona deseosa de que le sea leído el porvenir debe tomarse casi todo el te la taza, dejando tan sólo las hojas de te y un poquito de líquido en el fondo de la taza. Entonces debe hacer girar la taza tres veces de modo que el resíduo se esparza en redor y después debe volver la taza boca abajo y ponerla en el plato a escurrir.

De acuerdo con la forma en que se han agrupado las hojas y con las inspiraciones de su buena voluntad, la profetisa debe proceder, poco después, a leer lo que allí encuentra escrito en el cabalístico y misterioso idioma de las hojas de te.

Cuatro hojas formando un cuadrado indican la llegada o existencia de una carta, y si una quinta hoja está en el centro del

MALA SUERTE.—Cuando las agrupaciones de las hojas de te son densas y oscuras, son anuncio de poca suerte.



BUENA SUERTE.—La senda de hojitas de te con un poco de líquido en el fondo indica un viaje por agua. Si se ve una senda igual en seco, el viaje será por tierra. Las manchas pequeñas y espaciadas son indicadoras de suerte favorable. Esta es la taza de la felicidad.

cuadro, donde debiera estar el sello de lacre en un sobre, la carta es de suma importancia. Si las hojas son comparativamente pequeñas, se tratará de una "buena carta"; si son oscuras y gruesas, será una "mala carta". Esto es así en general. Una taza "negra", con agrupaciones oscuras y apiñadas, es señal de mala suerte en perspectiva; si las manchas son pequeñas, están formadas de hojas chicas y se hallan muy separadas, el porvenir es de "buena suerte".

Una fila extensa de hojitas una tras otra,

formando como un sendero, significa una viaje. Una gota de te en el fondo de la taza, además de la línea de hojas, indica que el viaje será por agua. Si la taza está seca, en cambio, el viaje ha de ser por tierra.

Si la mirada investigadora de la profetisa logra ver un círculo formado por las hojitas o sea un anillo, éste significa un compromiso matrimonial o un casamiento. Si el anillo es grueso y negro, la vida matrimonial será desdichada; en cambio, un anillo delgado y delicado anuncia la felicidad en el amor. Un anillo roto denota próximo rompimiento de un noviazgo y, en este sentido, pueden continuar las interpretaciones, de acuerdo con la inspiración profética de la adivina.

Cuando, en uno de los costados de la taza, se ven tres hojas formando un triángulo, puede anunciarse que la persona cuyo porvenir se investiga, sufrirá un desengaño o una decepción.

En cambio si las hojas de te, por un capricho,—más frecuente de lo que puede creerse sin haber estudiado prácticamente este sistema de adivinar, — forman un ancla, se puede anunciar una temporada de buena suerte y de felicidad. Si el ancla está en la parte de abajo de la taza, la buena suerte será en negocios que darán dinero. Si está,—el ancla,—a uno de los lados, anuncia que la buena suerte se presentará en cuestiones de amor.

La parte del fondo de la taza se relaciona generalmente con los asuntos de carácter material: negocios, empresas, empleos y demás. Los costados expresan el aspecto del porvenir en lo que se refiere a asuntos de caracter moral: amor, amistad, afectos de toda clase.

* * *

LA imaginación y la interpretación que provoquen las distintas agrupaciones formadas por las hojas de te, pueden recorrer un campo vastísimo. Todo depende de la habilidad de la pitonisa. No faltan profetisas que afirmen con frecuencia,— y muy convencidas por cierto de la verdad de lo que manifiestan, — que ven retratos de personas y figuras de perros, de gatos y de otros animales. Estas figuras y esos retratos son, generalmente, anuncio de buena suerte.

Además es frecuente el hecho de que la pitonisa vea letras, muchas veces iniciales del nombre de alguna persona querida y ausente. Lo que es curioso, según he podido observarlo, es que pocas adivinas de las que, en reuniones sociales, acceden a leer el porvenir de las demás invitadas en las hojas del fondo de la taza de te, encuentran en ésta anuncios de desgracias o calamidades. Todos, — o casi todos, — los augurios, son casi siempre favorables. Esto se debe, con seguridad, a que las adivinas mencionadas se callan lo malo y sólo dicen lo bueno prefiriendo dejar una buena impresión de su arte mágico a quedar significadas como difundidoras de malas noticias, aun cuando las hojas del té sean las verdaderas autoras de ellas.

Tienen razón, según pienso, en proceder de ese modo. Al fin y al cabo se trata tan sólo de un agradable y divertido pasatiempo y a la gente no le gusta oir cosas desagradables ni augurios tristes puedan éstos, o no, resultar acertados.

La personalidad de cada una de las adivinadoras del porvenir por medio de las hojas del fondo de la taza de te, puede, con un poco de acierto, de habilidad y de discreción puede hacerse notar, llamando la atención y resultando, socialmente, de verdadero relieve.

Y si algunas de sus predicciones no resultan acertadas, otras lo resultarán con toda seguridad, con lo que, en poco tiempo, su fama de misteriosa averiguadora del porvenir se verá solidamente cimentada.

La famosa queromántica francesa Madame de Thébes no habló jamás de sus fracasos, pero sí de sus éxitos y si los fracasos fueron olvidados, los éxitos no lo fueron y cada uno de ellos la fué elevando más y más en el concepto de la credulidad universal, hasta hacer de ella una personalidad extraordinaria y maravillosa de la que muchos creían que el destino no tenía reservas de ninguna clase para ella.

Resulta, pues, que como un medio de pasar el rato de modo sumamente agradable, la adivinación del destino en el fondo de la taza de te, tiene grandísimas ventajas, como podrán comprobarlo aquellas de mis lectoras, que guiándose por las nociones que he mencionado, y supliendo con su habilidad y con su imaginación lo restante, quieran hacer la prueba durante las veladas de este invierno.

Rara vez en la fealdad no encontramos la virtud de reconocerse fea.

✣ ✣ ✣

Los criminales son los pocos hombres de los muchos malos, que han tenido arrojo para ser sinceros.

✣ ✣ ✣

El gran valor de los hombres consiste en no entregarse al medio y despreciarlo después de alcanzarlo.

La honra es un título que no obtenemos sin pagarlo después de mucho merecerlo.

✣ ✣ ✣

Alábete el ajeno y no tu boca, el extraño, y no tus labios.—Salomón.

✣ ✣ ✣

Más vale ser pobre que necio porque el pobre necesita dinero y el necio razón.—Séneca.



BARIK EL LOBO

por W. L. GEORGE

En el desierto helado de Rusia, en la tétrica estepa, un drama tiene por protagonista a un lobo gris, en cuya mente, que se hubiera supuesto creada para la salvaje crueldad de la fiera, pudo anidar la más extraordinaria nobleza y el más pasmoso espíritu de sacrificio.

I

"EL cuerpo del angel estaba desnudo, y se veía envuelto en luz de modo que ningún ojo podía mirarle; y su voz se hizo más recia y fuerte, como si no procediera de él sino del Cielo. Y el ángel dijo: He aprendido que todos los hombres viven no por el cuidado que tengan de sí mismos, sino por el amor".

Mientras la voz grave y suave del anciano príncipe leía lentamente aquel cuento de Tolstoi, Sonia cosía y de vez en cuando miraba a su padre, cuya cabeza, destacándose en el círculo de luz de la lámpara de petróleo, brillaba como la nieve a la luz de la luna.

—¡Cuán hermoso es! — pensó ella; y, en verdad, el príncipe Kosloff tenía en su aspecto una dulzura cercana de la belleza. Reinaba la intimidad en aquella pequeña habitación, casi la única confortable del castillo, pues los principescos Kosloff habían venido a menos; poco a poco, a través de los siglos; cada año habíase ido algo de su riqueza, como las fuerzas van abandonando a los miembros de un hombre fuerte. Vivían ahora solos, el padre y la hija, con un anciano criado y dos burdas sirvientas. Vivían en un sitio más pequeño que los desiertos establos donde en un tiempo sesenta caballos habían consumido en un día más avena que toda la que se podía comprar ahora con el total de las rentas anuales del príncipe. Pero aun eran felices, perdidos en aquella parte de Rusia, en el castillo en torno del cual no había aldea ninguna, como si la tierra fuera demasiado pobre, a veinte millas de Samara. Porque en la chimenea ardía un alegre fuego; había unas cuantas sillas inglesas, anchas y cómodas forradas con cretona liberty, y de la pared colgaba la valiosa colección de pipas del príncipe.

De vez en cuando, Sonia se inclinaba para acariciar a un animal grande, lanudo y gris que dormía y roncaba ante el fuego. Era Barik, su extraño favorito, el lobo. Mientras el príncipe leía, Sonia, suavemente arrugó una de las orejas del animal.

Gruñó contento, movió el rabo, entre sueños, y fué curioso ver a aquella bestia salvaje, recogida cuando cachorro, y criada como un perro, tan feliz y tan mansa entre aquellos dos. Entonces, el pequeño reloj de madera dió la hora.

—Las diez,—dijo Sonia

El anciano príncipe inclinó afirmativamente la cabeza y murmuró:

—Déjame terminar. "Y el ángel cantó alabanzas a Dios de tal modo que la cabaña vibró a su voz. El techo se abrió y una columna de fuego surgió de la tierra y llegó hasta el cielo".

Entonces, reverentemente, el anciano cerró el libro, y besó a su hija en la frente.

—Buenas noches, padre, — dijo Sonia.— Pero espere, no apague la luz; voy a sacar fuera a Barik. — ¡Ven acá, holgazán! — dijo ella, tironeando el pelo del lomo de Barik. El lobo entendió y se levantó gruñendo y desperezándose. Después de un bostezo, durante el cual mostró sus grandes fauces y sus terribles y blancos dientes, lamió la mano de la joven y la siguió obedientemente saltando los escalones de la escalera y al descender a la abrigada cocina donde dormía. Sonia volvió casi en seguida y halló a su padre de pie, con la mano en la lámpara, dispuesto a apagarla.

—Buenas noches, hija mía, — dijo el príncipe.— -Yo... ¿pero qué es eso?

Escucharon los dos, súbitamente alarmados. Habían oído ruido, un golpe ahogado y algo como un grito. Después reinó el más completo silencio durante el cual los dos escucharon sin oír nada más que los latidos de sus corazones.

—No es nada, — murmuró Sonia, — algunos perros que están fuera.

El príncipe se acercó a la ventana y miró hacia la endurecida nieve.

—¡Algunos perros ahí fuera, en esa nieve! ¡Pobres animales! Mejor será dejarles entrar.

—¡Padre! — exclamó Sonia. — Sí; ya sé que no le parecerá bien, pero son tan salvajes. ¡Oh! ¡Estoy diciendo lo que no debo decir! Yo...

Pero las palabras se le helaron en la garganta porque se oyó un crujido en el piso bajo, seguido de voces y de ruido de pasos. Entre el ruido resonaron los chillidos de una joven.

—¡Alguien ha entrado en la casa forzando la entrada!—exclamó Sonia.

Los ojos del anciano relucieron. Miró en redor como en busca de un arma, pero, excitado, le temblaron de tal modo las piernas que tuvo que volver a sentarse. Sonia vaciló, indecisa. Después, llevando una mano al pecho, como oprimiéndose el corazón, demostró verdadera valentía porque fué hasta la puerta, la abrió y miró hacia la escalera. Pero retrocedió casi de un salto, atemorizada, con el rostro convulso. Casi en seguida entraron cuatro hombres en la habitación. Entraron atropelladamente; casi no se les podía ver el rostro oculto entre pieles; entre el gorro, las orejeras y la pelliza, brillaban tan sólo sus ojos, vívidos y crueles, en su rostro enrojecido por el frío de la nieve. Durante un segundo o dos, padre e hija los miraron como petrificados. Después, uno de ellos habló.

—¡Hola! Buenas noches, Pavel Ivanovich. Hemos venido a visitarle. ¿Va usted a darnos un poco de vodka? Vamos, viejo, ofrézcanos una buena zakuska; que estamos hambrientos. Necesitamos algo de comer, un poco de bebida y alguna cosa para forrarnos los bolsillos. ¿Eh?

El viejo príncipe respiraba dificultosamente, con el rostro rojo de vergüenza. ¡Eran ladrones! ¿Y qué? Pero él ya estaba demasiado viejo para echarlos de su casa. ¡Qué pena le causaba esto! Entonces, el que parecía el jefe volvió a hablar.

—¡Vamos! No tenemos tiempo que perder. Nuestra visita es de negocios. Tenemos que correr mucho antes de que amanezca. Hemos venido en busca de su pequeña colección. Ahora... — y levantó un dedo como advirtiendo. — ¡Nada de tonterías! No disponemos de tiempo para enterrarle, pero sí para matarle de un tiro. — Porque Kosloff se había levantado como para resistirse. — ¡Nada de tonterías! El tonto de su viejo jardinero, o lo que fuera, ya tiene una onza de plomo en el cuerpo y sus dos tontas criadas están atadas a sus camas con sus propios cabellos. También nos hemos permitido darles a sus caballos pasaje gratis para un mundo mejor. Ya era tiempo de que emprendieran viaje y si usted no quiere seguirlos, cállese y no se mueva. — Se volvió a los que le seguían.— ¡Vamos! ¡De prisa! — Mientras el jefe jugueteaba indolentemente con una pistola mauser, los otros tres pasaron de aquella pequeña habitación al espacioso comedor, en el que tan pobres comidas se servían, pero donde, junto a las paredes, en vitrinas, o colgados, estaban los objetos que representaban el último brillo de la antigua casa, la valiosa colección de armas, con incrustaciones de piedras preciosas, de Kosloff; el único remanente de pompa y de riqueza que aun les quedaba a los Kosloff.

El ladrón volvía a hablar.

—Sí, lo que le pasa a usted es que es demasiado famoso; su colección es elogiada en todas partes, viejo. Es conocida en toda la vasta extensión del mundo y nosotros vamos a darle mayor popularidad. ¡Vamos! ¡De prisa, compañero! — gritó, y se oyó ruido de objetos metálicos que chocaban unos con otros. El anciano príncipe se tapó el rostro con las manos y Sonia, acercándose a él presurosa, le abrazó.

—¡No se entristezca, padre mío! — díjole en voz baja.—Podían haberle herido a usted o a mí.—Pero el anciano no escuchaba, decíase a sí mismo:

—Se llevan la flecha de oro, la flecha de Aurungzeb, con la que mi antepasado Piotr mató a siete feroces tártaros con su propia mano, y la armadura que llevaba, la armadura de plata, por la que corrió, en una ocasión, su sangre de héroe. Se apoderan de la cimitarra de Solimán...

—Sí, — dijo el ladrón, — ese es el objeto tras del cual andamos, realmente. Un trabajo bastante bueno, segun me dicen, con la empuñadura cubierta de rubíes, diamantes y perlas. ¡La pagarán bien! Yo distingo una cosa cuando es buena. Soy artista a mi manera. Fíjese en eso, — e indicó una bandeja que traían dos de sus hombres y en la que había varias dagas florentinas, adornadas con esmeraldas.—Eso, por ejemplo, es un buen trabajo. ¿Hay algo más? — Sus hombres sacaron la armadura de plata. — Es un poco molesta para llevarla, pero hay que llevarla. Empaquétenlo todo.

En un momento, dos de los hombres subieron del piso bajo un cofre de roble, de gran tamaño. En el fueron echando todas las armas adornadas con piedras preciosas. Tan lleno quedó que no pudieron cerrarlo y lo ataron con un grueso y largo cordón que sacaron de una de las cortinas. Una vez más, el príncipe se tapó la cara con las manos. Casi no oyó las risotadas irónicas de despedida de los ladrones. No levantó la cabeza cuando le ataron las muñecas y los tobillos, ni siquiera cuando se acercaron a Sonia, que estaba de pie, rígida y desdeñosa, para someterla al mismo trato.

Los cascos de sus caballos resonaron un momento, como de metal, en la nieve helada y su ruido se perdió a lo lejos, entre el tintinear de los cascabeles del trineo.

Durante un momento, en medio del silencio, Sonia permaneció de pie, inmóvil como una estátua, pero casi en seguida su juventud y su enojo dominaron en ella. Tironeó de las sogas que la sujetaban, como a una fiera salvaje, atrapada, moviéndose a tropezones por la habitación igual que si fuera a golpearse contra la pared. Fué inútil. Tenía el rostro desfigurado, como si quisiera llorar y no pudiera. Lanzando un gemido cayó junto a la chimenea. Todo era inútil. ¡No podía desatarse. Pero mientras estaba en el suelo, las llamas comenzaron a caldearle el



El animal comprendió, también. Era como si el amor del lobo hacia su patrona hubiera dominado sobre su instinto. Un destello de inteligencia brilló en él. Se quedó en la puerta, ante ella, rascando el suelo como un foxterrier. Durante un segundo, Sonia apoyó la mano en la hermosa cabeza gris y después abrió la puerta. El lobo lanzó un largo gemido y salió hacia la noche que brillaba como blanca y escarchada plata. ("Barik el Lobo". Pág. 46).

rostro y una rápida sonrisa apareció en sus labios.

Caído del fuego estaba, en la piedra del hogar un tizon encendido. Volviéndose dolorosamente de lado, acercó, pulgada tras pulgada, más y más cerca, al tizón encendido, la soga que le sujetaba las muñecas. Sintió el calor; al temblar, el fuego la tocó y tuvo que morderse los labios para no gritar. Entonces, poco a poco, la cuerda que la ataba comenzó a quemarse, a ceder y repentinamente se rompió. Pero, Sonia no gritó. El anciano príncipe no había levantado la mirada. Lloraba la pérdida de sus tesoros.

II

SONIA pensó. "¿Qué debo hacer?" Mientras se frotaba las muñecas quemadas, un enojo violento la iba dominando y a su imaginación acudían visiones en las que se veía ella misma, a caballo, persiguiendo y deteniendo a los ladrones, revólver en mano. Se veía vengadora y terrible. Pero los sollozos del anciano la calmaron y en seguida acudió a su lado, procurando animarle. Mientras murmuraba palabras de consuelo se sintió obsesionada por un extraño ruido que se oía en el piso bajo, un constante golpear al que, al fin, tuvo que prestar atención. Después se oyó de nuevo, un golpe tras otro, como si un cuerpo pesado fuese arrojado contra algo duro. Con el corazón latiéndole aun apresuradamente a impulsos del enojo, Sonia comprendió. Era Barik que estaba en la cocina y que, impotentemente se arrojaba una y otra vez contra la puerta, tratando de salir.

—Esperè un minuto, padre, — dijo ella.— Voy a dejar salir a Barik. Está dándose de golpes contra la puerta: temo que llegue a lastimarse.

Rápidamente corrió escaleras abajo y abrió la puerta de la cocina, llamando suavemente.

—¡Bariska! ¡Bariska!! Ven aca, viejo amigo, ven acá!

Pero un confuso bulto gris con un horrible y encorvado lomo, había pasádo saltando, junto a ella, y en tres saltos, meneando la cola, había llegado a la salita. Un temor repentino acometió a Sonia. Esos lobos mansos ¿quién podía decir? Una mano helada le estrujo el corazón cuando pensó en su padre. En realidad, el cuadro era bastante alarmante, pues aun cuando el anciano seguía sentado, con la cabeza entre las manos, Barik corría en torno de la habitación como una fiera enjaulada, dando dentelladas al aire y agitando el rabo como si quisiera hacer ruido al golpearse los flancos con él.

—¡Barik!—gritó Sonia con voz ronca, pero el lobo no le hizo caso y continuó su interminable andar, abriendo y cerrando la boca, olfateando y aullando. Un poco de espuma se había ido juntando en torno de sus grandes dientes. Después, con el hocico en el suelo, pareció buscar, dando vueltas y vueltas en torno del anciano príncipe. Pero en el momento en que Sonia estaba ya por gritar, el lobo lanzó un breve chillido y ella vió que el animal, con los ojos convulsos, mostrando los blancos, se apoderaba de una echarpe gris que estaba en el suelo. Entonces Sonia comprendió: "¡Barik!"—dijo en voz baja.—"¡Barik, mi buen Barik!" Y corriendo escaleras abajo gritó nuevamente: "¡Barik!"

El animal comprendió, también. Era como si el amor del lobo hacia su patrona, hubiera dominado sobre su instinto y un destello de extraordinaria inteligencia hubiera brillado en él. Había dejado caer la echarpe y bajaba a saltos, por la escalera, tras de la joven, lanzando pequeños aullidos de alegría, como suaves gemidos. Se sentó en la puerta ante ella, arañando como un fox-terrier. Durante un segundo ella apoyó la mano en la hermosa cabeza gris y después abrió la puerta. El lobo lanzó un largo gemido, le lamió la mano y salió hacia la noche que brillaba como blanca y escarchada plata.

III

BARIK corría. Sus pesadas patas, golpeaban casi sin hacer ruido en la helada nieve. Sólo sabía que deseaba seguir tras de algo. Las huellas que había dejado el trineo se veían muy claras en la dura y blanca tierra, pero Barik corría, con su cabeza grande y gris levantada hacia el cielo de zafiro, tachonado de diamantes. El lobo no veía mas que a través de la tenue niebla de su propio aliento. Se daba cuenta con deleite de lo bien que funcionaban sus músculos bajo su peluda piel gris. Escuchaba sus propias pisadas a medida que avanzaba. Sentíase violentamente vivaz, sin entender, pero dándose cuenta de qué corría hacia un fin desconocido, a algo desconocido. Respiraba con facilidad, la sangre le circulaba calurosa, la alegría de sentirse fuerte y veloz, le animaba como un hálito caldeado. Barik daba pequeños saltos convulsivos a medida que corría y gruñía contento, mirando al pálido y reluciente disco de la luna.

Algo que estaba acurrucado en las ruinas de una casa, algo que sólo era una sombra con dos puntos de esmeralda a manera de ojos, le vió siguiendo a toda carrera el rastro plateado. Le odió porque si, porque él era un flaco, salvaje lobo de las estepas. Olfateó al rollizo, mimado animal que era esclavo del hombre y se le erizó el pelo en el delgado lomo. Barik pasó, juntándosele a veces las cuatro patas de tan rápido que corría; y, aquel algo, aquella negra silueta, se lanzó tras él, desnudos los dientes, ansiosos de la sangre del esclavo.

Corrieron en la noche aquellos dos, el gris y el negro, por la blanca desolación de los campos nevados. Había pensamientos en sus cerebros. Barik pensaba: "Debo seguir", y el lobo salvaje: "Debo matar". Pero el lobo

salvaje, aun cuando era piel y tendones como cuerdas de acero no podía ir más rápido que Barik porque en el lobo domesticado ardía el fuego de su pasión. Sus ojos de esmeralda parecían saltarse con el esfuerzo. Pero, no obstante, seguía corriendo. Pronto, de un grupo de abedules salieron otras dos delgadas siluetas que se le unieron en su persecución; después uno más y otro mas aun, con su hembra y su cachorro, que pronto se quedaron atrás. Entonces más aún, de cuevas y agujeros, de todo secreto rincón de la amarga y helada tierra, hasta que tras de Barik, siempre delante, se vió un grupo, negro y confuso.

Pero el lobo gris iba muy adelante, y corría no como un esclavo, sino con la cabeza erguida y con el aliento helado sobre el hocico. El corazón le golpeaba contra las gruesas costillas; tenía la lengua fuera, rugía su venganza y su contento hasta el cielo, azul y profundo como la eternidad. Porque a la distancia, en la huella, veía un punto negro que se alejaba balanceándose.

—Le digo a usted que oigo algo; — dijo el hombre.

—¡No sea usted tonto! ¡Usted siempre oye algo!—El hombre siguió mirando hacia la oscuridad con la mano sobre los ojos, a manera de pantalla, para ver mejor, por que el trineo marchaba con rapidez. — He oído algo, — repitió.—Algo nos está siguiendo.

—¡Oh! ¡Cállese! — dijo el jefe.—Usted no debió meterse en un asunto como este, si no tenía más serenidad que la que demuestra ahora. ¿Quién nos va a seguir? A los que no matamos, los dejamos atados.

Sin embargo, dirigió hacia atrás una mirada llena de ansiedad. El cochero y el hombre que estaba a su lado no habían oído. El que estaba junto al jefe permaneció callado un rato.

—¿No oye usted ahora? — preguntó después.—No sólo se oye. Ya veo algo. ¿No ve usted?

El jefe hizo un ademán como si le fuera a pegar, pero dirigió hacia atrás una rápida mirada.

—¡El Divino Señor nos perdone! — dijo después. Durante un momento los dos miraron hacia la oscura noche, en la que veían dos finos puntos de fuego; un poco más atrás se distinguía una veintena de relucientes puntos. Podían oír el ruido de las pisadas. Se sintieron como paralizados. Pero de repente el jefe recobró su energía. Se inclinó hacia el cochero y le golpeó con el puño cerrado en las costillas.

—¡Fedichka! — gritó. — ¡Los lobos! ¡Castigue! ¡Látigo! ¡Los lobos!

El grupo de lobos estaba cerca, el esclavo gris siempre delante, los lobos salvajes detrás, hambrientos aun de su cuerpo gordo y fuerte; le perseguían, pero él no se dejaba alcanzar. Más rápido que ellos, animado por la pasión que le inflamaba, el esclavo era el que iba delante siempre.

Extraños ruidos llegaron a los oídos de Barik, eran chasquidos de látigo. Vió que salía del trineo una lengua de fuego; algo le pasó silbando junto a una oreja, pero la alegría de la carrera alentaba en él. Aulló con alegría cuando se dió cuenta de que se acercaba un poco, aun cuando sólo un poco, a lo que corría, fugitivo ante él. Corrían, en la oscuridad, formando una extraña procesión. Los caballos comenzaron a encabritarse al oir ruido detrás de ellos. De vez en cuando un tiro salía del trineo, pero no daba en el blanco, en la oscuridad, aun cuando el grupo estaba más cerca y los hombres podían ver, recortada en el fondo de nieve, el hermoso animal que corría solo, delante de los demás.

—Jefe, — murmuró el hombre, — no es posible tener esperanzas, nos van a alcanzar.

—¡Castigue a esos caballos! — gritó el jefe con autoritaria voz.

—De poco sirve gritar "castigue", — gruñó el cochero. — No es posible hacer que den más de si los caballos.

—Los caballos no pueden dar más de sí, cargados como vamos, — dijo el que estaba junto al cochero. — ¡Arroje ese cofre al camino!

—¡Arroje el cofre! —gritaron en seguida los otros dos. — ¡Nos matarán si no arroja usted el cofre!

El jefe permaneció en silencio, se volvió y apuntando con cuidado, hizo fuego y mató a uno de los lobos del montón.

Dos se quedaron atrás para hacerlo trizas, pero el gris, el que iba delante, no se volvió y como hipnotizados por él, los demás del grupo siguieron corriendo, gimiendo en su ansiedad. Iban acortando la distancia.

—¡Arrojen el cofre! gritó el hombre que iba en el trineo, poniéndose de pie. — ¡Arrójenlo!

No pudo decir nada más, tan intenso era su miedo. Estaba pálido, con la cenicienta palidez del terror. De repente, con manos de loco, se agarró al cofre como para levantarlo. Se oyó una detonación y el hombre cayó sin vida sobre el cofre. Su jefe habíale metido una bala entre los dos ojos, al insubordinado. Tomando el cuerpo, lo arrojó fuera del trineo.

—¡Eso aliviará a los caballos! — gritó; y los otros dos se rieron, excitados al notar que el trineo, aligerado, dió como un salto hacia adelante. El jefe miraba y durante un momento el corazón le latió apresurado a impulsos de renaciente esperanza. El grupo de lobos se había detenido en torno del hombre. — ¡Nos hemos salvado! — pensó. Pero en seguida reconoció su error porque el gris esclavo no había flaqueado. Seguía saltando, siguiendo la reluciente huella. Detrás se veía el grupo de lobos negros que peleaban en torno del muerto. Se separó uno, después dos, tres, después casi todo el grupo. El jefe les oyó aullar en el momento en que, obedeciendo a un impulso que casi era lealtad, avanzaron para seguir al que les había guiado hasta entonces. El ladrón notó que se le cubría la frente de sudor que descendía hasta

las cejas, donde se transformaba en hielo. Veía confusamente y se daba cuenta, a través de aquella niebla, del único lobo que se acercaba más y más. Veía una cabeza larga, de orejas puntiagudas y dos ojos verdes y relucientes, una bestia en cuyas anchas fauces veía brillar, blancos como perlas, los puntiagudos dientes.

Se sentía hipnotizado por aquel animal que se acercaba cada vez un poco más, moviendo sin ruido sus suaves patas afelpadas. No veía el siguiente grupo de flacos, harapientos servidores del caballero gris. Sólo veía a Barik y Barik no veía a nadie más que a él. Jefe y jefe, terribles y respetados, se consideraron, el uno al otro, recíprocamente, dignos adversarios y cuando el hombre hundió su mirada en la brillante luz verde de los ojos del lobo, pareció como si el lobo advirtiera el desafío, y como si él también, se entregara a la delicia de odiar al escogido enemigo. Algo le saltó a la cara y, con un horrible grito, que no tenía nada de humano, el ladrón se inclinó hacia el cofre, lo empujó fuera del trineo y casi al mismo tiempo, hizo fuego. Cayó entonces en el piso del trineo donde quedó tendido, temblando; gritando y llorando como un niño asustado, en la oscuridad.

IV

UN carrito, tirado por un burro, avanzaba lentamente por el piso de endurecida nieve. Lo manejaba un anciano, cuyo cabello se escapaba por debajo de su gorro de piel y flotaba al viento. En el claro cielo azul, pequeñas nubes tenues extendíanse como femeninos velos. Una joven, toda ella envuelta en pieles, iba sentada en el carrito. Parecía que el viaje había de ser largo, pues aquellos seres humanos sólo podían confiar en sus ojos y miraban de vez en cuando para asegurarse de que seguían por la misma, muy marcada huella. No hablaban, el anciano y la joven, como si algo les tuviera asustados y angustiados. Cruzaban un desierto donde no había más rastro de la presencia de seres vivientes que el burrito blanco, el cual, al trotar, movía las orejas y hacía tintinear sus cascabeles. Por fin, la joven indicó algo, a un lado del camino.

—Eso no es nada, — dijo el príncipe Kosloff. — Es sólo un lobo, un lobo oscuro.

Sonia se estremeció.

—¡Barik! — murmuró, y notó que las lágrimas le nublaban la vista.

Pronto llegaron a algo distinto, cuando el príncipe gritó a su hija que cerrara los ojos, pues no debía mirar hacia aquellos restos horribles que estaban allí, revueltos con la nieve blanca y roja. Fué un poco después cuando, de pronto, el carrito tirado por el burro se detuvo y los dos corrieron hacia una mancha negra que se veía en la huella.

—¡El cofre! ¡El cofre! — exclamó el anciano príncipe.

Se inclinó hacia él, abrazándole. Sus mejillas se colorearon de contento cuando levantó la tapa y vió todas aquellas reliquias de las antiguas glorias, tan amadas de su raza.

Su hija estaba arrodillada unas cuantas yardas más allá, mirando hacia un bulto gris y desgarrado, que estaba tendido, convulso y mutilado, rígido de frío, cubierto de carámbanos.

—¡Barik! — murmuró ella.

Las lágrimas que brotaban abundantes de sus ojos no la dejaban ver cuando se inclinó en la nieve acercando los labios a la recia piel gris, entre los dos cerrados ojos. El anciano príncipe se aproximó a ella en aquel momento, y apoyó una mano en el hombro de Sonia.

—Hija mía, — dijo, — no llores. No se debe llorar, debe uno entusiasmarse, ante la muerte de los héroes.



La Fórmula Secreta

por **RAFAEL SABATINI**

Narración de lo qué le pasó a un joven alquimista español, en la época de la Inquisición, y de cómo se salvó, gracias a una hábil estratagema, de ser conducido a la hoguera a morir en ella condenado por hechicero.

SEBASTIAN MOLINA había extinguido el fuego de su crisol, y estaba sentado, contemplando su producto,—dos macizos y relucientes lingotes,—con ojos en los que se notaba a la vez, alegría y temor. Su mano delgada y morena había avanzado y movido la lámpara de modo que sus rayos dieran más directamente en aquellos lingotes, dorándolos en parte, con su amarillenta luz.

De pronto se levantó como quien está decidido a tomar una determinación. De un estante cargado de frascos y retortas tomó una pequeña redoma que contenía un mortífero y corrosivo ácido. Dejó caer un poco de aquel líquido en la más cercana de aquellas barras de metal y se inclinó hacia adelante para observar el efecto que causaba. El paso del ácido había dejado al metal tan liso y blanco como antes estaba. Había sufrido la prueba y toda duda había terminado ya. Era plata, plata tan dura como la que se empleaba entonces en España para acuñar la moneda, y él la había creado sirviéndose de metales bajos, dominando el secreto de su fusión, en parte por casualidad, en parte como resultado de meses y meses de incesante, activísimo y abrumador trabajo.

Su rostro joven, de delicadas facciones, notábasele desencajado, y las gruesas gotas de transpiración que brillaban en su frente, debían su presencia a algo que no era el calor reinante en el laboratorio. Comenzó a reír, pero su risa fué cortada por un sollozo; sintió que le flaqueaban las rodillas y se sentó, dejándose caer casi, en el sillón negro, de alto respaldo, que se hallaba ante la mesa vasta, cubierta de madera de pino, cubierta de mil heterogéneas cosas.

La fortuna se hallaba por fin al alcance de su mano. Como sucedía con todos los investigadores que buscaban la piedra filosofal, el verdadero propósito del joven alquimista era hallar el modo de transmutar los metales bajos en oro. Abandonando la teoría según la cual el primer paso en esa dirección consiste en el descubrimiento del modo de solidificar el mercurio,—no el mercurio común, que es un metal bastardo, sino el "dragón verde" de los alquimistas,—había procedido siguiendo nuevas orientaciones enteramente originales. que si hasta entonces no habían logrado llegar a su verdadero propósito, habían tenido como resultado accidental aquellos valiosos lingotes que, en aquel momento, veía ante él. Si el secreto de la fabricación del oro no había sido descubierto aun, al menos había logrado dar con la fórmula de la fabricación de la plata, otra de las grandes aspiraciones de su vida; ahora el adinerado mercader, el cristiano nuevo Xavier del Soto no opdría despreciarle ya y negarle, con el pretexto de su pobreza. el permiso para cortejar a su sobrina Virginia.

Detrás de su reja, en la calle de Santiago, Virginia le estaría esperando, como de costumbre, aquella noche. Cuán gratas eran las noticias que podría llevarle. Cómo se alegraría el corazón de la hermosa al conocer su triunfo, que significaba la victoria de los dos contra el antagonismo de su riquísimo tío.

Se entregó, durante un rato, a la deliciosa contemplación de su encantador futuro, después despertó de repente. a la realidad del momento. Todos los datos correspondientes a la marcha del procedimiento que había dado tan excelente resultado debían ser cuidadosamente anotados, para poder repetir la hazaña. Tenía ante él una hoja de papel cubierta de guarismos, de signos secretos y de símbolos casi cabalísticos. Aquello era el borrador, anotado paso a paso, a medida que había desarrollado el procedimiento, indicando la naturaleza y la proporción de los metales bajos fundidos, las cantidades exactas y el grado de pureza de los productos químicos agregados, la temperatura del crisol en el momento de comenzar, y sus sucesivas variaciones durante el proceso, y otros detalles

por el estilo. Esas anotaciones habían de ser transformadas en una fórmula exacta que inscribiría en el arcano, en el libro secreto que contenía los datos de todos sus experimentos de alquimia.

Se levantó para tomar el precioso libro, —precioso en más de un sentido, por cierto, como ya se verá,—tan precioso que lo guardaba oculto detrás de un tablero corredizo del revestimiento de roble de la pared. A mitad de camino se detuvo. Su mirada recorrió el perímetro de la habitación, pasando de la bien cerrada ventana a la puerta, con la ansiedad de aquel que teme constantemente la presencia de ocultos testigos. Fué rápidamente hacia la puerta, descorrió los cerrojos, volvió la llave y la abrió. Todo estaba silencioso en la oscuridad exterior. Tranquilizado, volvió a cerrar la puerta y echó de nuevo la llave, corriendo los cerrojos. Sin embargo, para no omitir precaución ninguna, tomó su boina de terciopelo de la silla donde estaba y la colgó en la llave, para tapar el ojo de la cerradura.

Tenía razón para tomar todas esas precauciones. Había notado en los últimos tiempos una excesiva curiosidad en el único sirviente que su reducida fortuna le permitía tener, y sabía que corría graves riesgos si era descubierto lo que hacía, puesto que el Santo Oficio de la Inquisición no se hallaba inclinado a mirar con benevolencia los experimentos relacionados con la alquimia.

Adoptadas esas precauciones, cruzó de nuevo la habitación y fué hasta el sexto tablero, contando desde la chimenea. Oprimió ambos costados de la tabla a la vez, haciendo así que se soltara un oculto resorte, y el tablero se movió revelando la presencia de una pulida hoja de hierro. Oprimiendo igualmente ambos lados de la hoja, se abrió ésta como una puerta que dejó ver un hueco en el que había un cofrecillo de roble y un libro pequeño y grueso, encuadernado en pergamino y dotado de un cierre de oro, con una cerradura habilidosamente oculta.

Tomando el libro, volvió a su mesa de trabajo, desabotonó su ropilla de terciopelo negro, bastante desgastado, y sacó una delgada cadena de oro, de la que colgaba una pequeña llave, también de oro. Con ésta abrió su libro de secretos, su arcano. He dicho era el más precioso objeto de cuanto poseía, fuera de lo que contenía escrito. Aquel libro era una prenda de amor, un regalo de su adorada Virginia. Y no era un regalo vulgar, pues sus manos de ángel lo habían preparado y encuadernado, habían iluminado las tapas de pergamino con arabescos rojos, azules y de oro, rodeando su monograma, habían colocado el cierre de oro y su diminuta cerradura. La sobrina de Xavier del Soto era muy hábil en las artas que habían hecho famosos en una época, a los sarracenos habitantes de Cádiz y que había aprendido de un moro convertido al cristianismo, criado de su padre.

Tomó una pluma de ave y copió en una página virgen del libro secreto los detalles que contenía el borrador de su experimento. Terminada esta tarea, quemó el original y se quedó sentado en su silla, mordisqueando el extremo de la pluma de ave con que había escrito; con la mirada pensativa, sonriendo plácidamente. De pronto se agitó de nuevo. Tomó una nueva hoja de papel, la tituló "Este es el testamento de Sebastián Molina", y escribió en ella, rápidamente, durante unos momentos. A falta de arenilla, secó la hoja escrita al calor de la llama de la lámpara, después, dejando la hoja de papel en la mesa, cerró y echó la llave al libro secreto y fué a guardarlo en su escondrijo. Allí ocultó también los lingotes de plata, guardándolos en el cofrecillo de roble que contenía su pequeña provisión de dinero y unas pocas alhajas que había heredado de su difunta madre. Volviendo, tomó la larga capa negra del respaldo de la silla, se la echó sobre los hombros, dobló la hoja que contenía su testamento y se la guardó en el bolsillo. Cruzando la habitación descolgó su boina de la llave, abrió la puerta y salió.

Un cuarto de hora después, o sea hacia la hora tercera de aquella noche de Junio, cuando ya estaba oscura y silenciosa la ciudad de Cádiz, Molina se encontraba al pie de una enrejada ventana de un edificio de piedra situado en la calle de Santiago. Detrás de la reja se veía indecisamente, una silueta femenina.

—Soy yo, amada mía, — murmuró el joven alquimista.

—¡Mi Sebastián! — exclamó una voz, en la ventana. — Tarde llegáis.

—Pero portador de buenas noticias,—contestó él. — Mi experimento tuvo resultado feliz. Aun cuando no he llegado todavía a donde espero llegar, ya he conseguido algo que será suficiente para hacerme rico. Casi no me atrevo a decíroslo esta noche, amada mía.—Sin embargo se lo dijo. Le habló de los lingotes de plata que habían salido de su crisol.—El pequeño tesoro que tengo en mi escondrijo se ha aumentado no sólo con esos lingotes, sino también con la fórmula que nos dará toda la plata que necesitemos. ¿No es eso un tesoro? Tan me figuro que ya soy rico, que he cumplido el deber que tienen que cumplir todos los ricos: he hecho mi testamento.

—¿Vuestro testamento, amado mío?—profirió la armoniosa voz de la joven, con sorpresa.—¡Pero no será porque vayáis a morir!

—Nadie se muere hasta que Dios quiere. Sin embargo, por si eso sucediera antes de que yo pueda realizar lo que deseo, os he nombrado mi heredera universal, como si estuviéramos casados materialmente cual lo están nuestras dos almas. Aquí está mi testamento en la forma más breve y en él figura el secreto del escondrijo que encierra mi tesoro, junto con una llave duplicada que he hecho para el libro secreto, para el arcano con que me obsequiastéis.—Y al decir así le alcanzó el doblado papel por entre los barrotes de la reja.

—¡No! ¡No, Sebastián!—suplicó ella.

—Si me amáis, — insistió él, — no debéis rechazar esta prueba de mi amor.

Obedeciendo a esa insistencia, su blanca y bien modelada mano descendió y tomó el papel y la llave. Desde ese momento hablaron en voz baja de amor, de vida y de muerte, — que son todo uno, — hasta que a eso de las doce de la noche el resplandor de unos faroles que se acercaban anunciaron el regreso de su ausente tío, y Sebastián se despidió y volvió a su casa a soñar con su amor y su fortuna.

A esos sueños fué arrancado de manera brusca la siguiente mañana. Un mal encarado hermano de la orden de Santo Domingo y cuatro armados cuadrilleros del Santo Oficio, vestidos de negro, se hallaban junto a su lecho.

Sobresaltado, se sentó en la cama, tartamudeando preguntas.

—Levantaos y venid con nosotros, — dijo fríamente el dominico.

Fué, naturalmente. Era una clase de invitación a la que nadie se atrevía a negarse.

Al pasar por la puerta de su laboratorio, vió que la habitación se hallaba en poder de otros alguaciles de la Inquisición, que procedían a una investigación completa y destructora. Un armario de gran tamaño, de roble tallado, que era uno de los muebles que más estimaba Molina, había sido forzado, y uno de los investigadores se había metido dentro y removía todo su contenido, arrojando los objetos a sus colegas, para que los revisaran con mayor atención.

Molina siguió entre sus guardianes con el corazón afligido y lleno de los peores presentimientos. No había dejado nunca de ver los peligros que le amenazaban de parte de los siempre vigilantes inquisidores que miraban con desconfianza todo lo que se refería a alquimia y se sentían muy inclinados a confundir lo que era puramente química con la nigromancia y la demoniología. Lo que podían entender lo consideraban peligroso; lo que entendían era generalmente fatal.

Molina pensó mientras caminaba, y por más que pensó no logró dar con nada que, en su laboratorio, pudiera dar razón para fundar una acusación contra él. Dió gracias a Dios por que su libro secreto estaba encerrado en su escondrijo seguro y rezó porque los investigadores no pudieran dar con el escondrijo, pues si daban con él, se podía considerar realmente perdido.

Los signos cabalísticos en que estaban escritas sus fórmulas bastarían para enviarle al patíbulo; mientras que si lograban dar con su verdadero significado, si descubrían, por ejemplo, que intentaba transmutar metales, no creerían jamás que a la alquimia descubierta no añadía trabajos de otra clase, encantamientos o cosas por el estilo para asegurarse la protección de Satanás.

Pero se convenció de que su secreto estaba bien guardado y se consoló de pensar en la sensata previsión que había tenido al confiar todo aquello a Virginia. Si le pasaba lo peor, al menos su precioso descubrimiento no se perdería y podría sacar provecho de él la persona a quien más amaba en el mundo. Este pensamiento ayudaría a darle fortaleza y a sufrir con calma las angustias del interrogatorio.

Ese interrogatorio lo esperó Sebastián Molina durante toda una semana en una oscura y desnuda celda en la prisión del Santo Oficio de Cádiz. Allí, en la soledad, separado del mundo y mal alimentado, le dejaron sufrir una de las más sutiles torturas del Santo Oficio, la tortura de la ansiedad de la espera, que aumentando su intensidad cada día de terrible esperar, tenía por objeto lacerar y debilitar los nervios del prisionero, minando de tal modo su entereza, que no se sentía con energías suficientes para hacer frente a la crisis cuando ésta se presentaba.

Mientras tanto, el mismo día de la encarcelación de Molina, la noticia de lo sucedido fué comunicada a Virginia, sarcásticamente, por su tío.

—Vuestro raído alquimista ha encontrado por fin lo que merecía. Se encuentra prisionero del Santo Oficio.

La joven se estremeció al oír sus crueles palabras. Se dió cuenta de su súbita palidez y de que fué tal el frío que corrió por todo su cuerpo que la llavecita que le colgaba del cuello le pareció que quemaba como fuego. Sin embargo tuvo serenidad suficiente para contestar con tanta indiferencia que su tío la miró atónito. Más tarde, en su habitación, lloró; más tarde aún, secó sus lágrimas y pensó; aun más tarde casi sonrió; y por último llamó a Ramón, el viejo moro converso que había sido esclavo de su padre, el que le había enseñado su arte hasta que ella había llegado a ser tan hábil como él en las artes moriscas de sus antepasados, y le pidió consejo.

Había pasado ya una semana cuando una noche, bastante tarde, nuestro alquimista fué despertado de su incómodo dormir por dos siniestras figuras vestidas de negro y cuyos ojos relucían tras los agujeros de sus negras cogullas. Le condujeron inmediatamente, dormido a medias como estaba después de tan brusco despertar, a presencia del asesor, que se proponía interrogarle.

Le hicieron entrar en un local abovedado. Allí, ante una mesa, en la que se veía un crucifijo entre dos cirios, estaban sentados tres hombres cuyos negros escapularios cubrían el blanco hábito de la orden de Santo Domingo. Dos de los tonsurados estaban descubiertos y las facciones delgadas, transparentes, del que ocupaba el asiento central, expresaban dulzura y grandísima astucia a la vez y el otro era de facciones gruesas, serio y ceñudo. El tercero tenía puesta la cogulla, de modo que su rostro se perdía en las sombras; tenía una pluma en la diestra y ante él estaba extendida una hoja de papel. Fué él quien, al dirigir una sola mirada al prisionero pronunció con desconcertante precipitación las preguntas preliminares de todo interrogatorio.

—¿Vuestro nombre? ¿Edad? ¿Lugar de vuestro nacimiento? ¿Vuestra religión? ¿El nombre de vuestro padre? ¿Su religión? ¿Vuestro domicilio? ¿Vuestra profesión?

A cada respuesta que salía de aquellos

invisibles labios, Molina contestó con toda la serenidad que pudo y sus respuestas fueron anotadas por el que le interrogaba. Así llegó la última pregunta. Después de un momento de vacilación, contestó:

—El estudio de las ciencias naturales... Soy un humilde investigador en busca de conocimientos.

—¡Filósofo! — dijo el notario lacónicamente para condensar la respuesta y escribió.

—¿Sabéis,—preguntó después,—de qué se os acusa.

—Mi conciencia está libre de toda culpa, —dijo Molina.

—¿Habéis practicado la magia?

—¡Jamás, el Cielo es testigo, jamás! Soy un buen cristiano, un hijo fiel de la Santa Madre Iglesia. Yo...

—¡Pensad!... ¡Pensad bien! — Fué fray Luis de Santarém, el del bondadoso rostro y los ojos astutos el que le interrumpió con voz benigna y algo de tristeza. — Pensadlo bien. La Santa Inquisición procede siempre bien informada, no da pasos en falso y obedece siempre a los divinos preceptos del amor y la misericordia. Conocemos plenamente vuestra culpa, lo mismo que conocemos plenamente la debilidad humana. Comprendemos cómo habéis podido ser atraído por el brillo de las ventajas mundanales, sabemos que ese pecado es muy humano. Sed franco y veraz con nosotros; demostradnos, os lo ruego como un padre rogaría a su hijo, vuestro arrepentimiento mediante una confesión plena y nos hallaréis tan misericordiosos como es nuestro deber y está en nuestras facultades, el serlo.

La voz triste y armoniosa calló, pero los ojos expresivos siguieron suplicando. Molina logró sobreponerse a la red en que la una y los otros pretendían envolverle.

—Padre, — replicó. — Os repito que mi conciencia está libre de toda culpa. Dejadme saber por quién he sido acusado ante vosotros de prácticas que abomino y tal vez me sea posible descubrir la fuente de la mala voluntad que así desea mi ruina.

El tercer inquisidor, que hasta entonces había permanecido silencioso, le contestó:

—Lo que solicitais es contrario a las reglas del Santo Oficio que prohiben hacer conocer la identidad del delator.

—Seguramente, — dijo Molina, — los hechos demostrarán por si mismos la falsedad de la acusación. Vuestros subordinados han revisado mi laboratorio sin hallar nada que pueda servir a sostenerla.

—Eso, — dijo fray Luis amablemente,— se debe a que aun no hemos hallado la cerradura a que corresponde esta llavecita.—Y mostró la pequeña llave de oro del cierre del libro secreto, con la cadenita, que habían sacado del cuello de Molina. — Sabemos que sirve para abrir un libro no más grande que un breviario, un libro encuadernado en pergamino, con vuestro monograma rodeado de arabescos en azul, rojo y oro y con un cierre metálico de oro.

Sólo dos personas había en el mundo que hubieran podido llevar aquella información al inquisidor. Una de ellas era la que había hecho el libro. La otra era el criado de Molina, que había visto el libro una vez y de quien el joven sospechaba, hacía algún tiempo. El criado era el que le había acusado, con el propósito, sin duda, de ganarse la parte de los bienes del delatado que le correspondería en caso de que fuera condenado.

—¿Qué contiene, — preguntó fray Luis, —ese libro que ocultáis con tanto celo?

—Nada de lo que vosotros suponéis... de lo que falsamente se os ha dicho.

—¡Entonces el libro existe! — dijo la voz áspera desde debajo de la cogulla. Y la pluma del escribano corrió por el papel.

—¿Dónde está ese libro? — preguntó en seguida fray Luis.

—¡Donde no le encontrareis jamás!—contestó enérgicamente Molina, enojado al percatarse de que había caído en la trampa y había reconocido la existencia del libro.

Los tres inquisidores levantaron la vista para mirarle. Después fray Luis suspiró profundamente y la expresión de pena de su rostro se intensificó.

—Disponemos de medios, — dijo con suplicante voz, — para hacer que ceda la más fuerte tenacidad.

—No lograrán doblegar mi voluntad, — dijo Sebastián Molina.

—Hijo mío, — le suplicó fray Luis, — no nos obliguéis a poneros a prueba. Si ese libro es tan inocente como pretendéis, mostradlo y os aseguraréis la más inmediata absolución. Si no lo es y es en cambio, como vuestra delator lo asegura, entonces sólo os corresponde hacer plena confesión y confiar en nuestra misericordia.

—Aun cuando el libro está exento de todo lo que falsamente se os ha informado, contiene secretos que sólo son míos, secretos que no deseo que sean conocidos por nadie. Iré al patíbulo si necesario fuera antes de entregarlo.

Fray Luis miró fijamente aquel rostro joven, bello, decidido. Era un avezado juez de hombres y consideró que tenía ante sí un espíritu enérgico a quien una semana de angustia no había impresionado casi nada.

—Que se le someta al interrogatorio como corresponde, — dijo impacientemente el de la cogulla.

Pero fray Luis hizo un ademán, desdeñando aquella manifestación. En la mirada del joven alquimista había leído el fulgor del voluntario martirologio. En el estado de espíritu en que se encontraba en aquel momento, Molina podía haber sido sometido a los tormentos más crueles sin obtener el resultado deseado. Mayor tiempo de reclusión conseguiría doblegarlo primeramente y siempre habría tiempo para someterle al tormento.

—Sentiría muchísimo, — dijo fray Luis con lágrimas en la voz, — ver maltratado y desfigurado un cuerpo tan hermoso, tan sólo por falta de un poco de paciencia. Hijo mío se os concederán varios días más para reflexionar sobre lo que os he dicho y para decidir en qué forma vais a contestarnos. Yo pediré a Dios por vos pediré al Altísimo que con



"Pensadlo bien,—dijo fray Luis de Santarem, el del benigno rostro y los ojos astutos.— La Santa Inquisición no da jamás un paso en falso y procede siempre de acuerdo con los divinos preceptos del amor y de la misericordia." ("La Fórmula Secreta" pág. 52).

su infinita misericordia os guíe por la senda de la sensatez.

Le llevaron nuevamente a su celda, a seguir sufriendo la tortura de la angustia de esperar. Allí debía decidir si confesaba voluntariamente lo que se exigía de él o se sometía al tormento con que le habían amenazado. Parecía que le daban a escoger; pero las apariencias no le engañaban. Confesara o no, su ruina era segura. Porque si entregaba el libro secreto, su contenido cabalístico y el hecho de que hubiera logrado fabricar plata, bastarían para condenarle por hechicería y enviarle al patíbulo; mientras que si callaba, las máquinas de dar tormento le destrozarían el cuerpo hasta que expirara o hasta que, cansados de su tenacidad, los inquisidores lo interpretaran como una manifestación de impenitente culpabilidad y le enviaran a la hoguera.

Es de concebir en qué abismos tenebrosos de desesperación había caído después de haber ascendido a las cumbres de la felicidad a que había alcanzado pocos días antes. Apretó los dientes y maldijo al Santo Oficio de la Inquisición con impotente furor. Pero fuera como fuera, no habían de conocer su secreto. Ese secreto pertenecía a Virginia. Podía escojer, así que escojería ser hecho trizas sin declarar dónde estaba escondido su libro secreto.

Pasaron los días, pero la espera no tenía ya la virtud de debilitar su resistencia. Fray Luis había interpretado bien la expresión de sus ojos cuando leyó en ella que aquel hombre era de los que sabían llegar a mártires.

El llamado que esperaba todos los días no llegaba. En cambio llegaron a verle una tarde el suave y paternal fray Luis, acompañado de un hermano que traía un farol. Penetró en la celda diciendo suavemente: "Dominus tecum".

Molina, debilitado por el encarcelamiento, la ansiedad y la falta de alimentación, se puso de pie, tambaleándose, para recibir al fraile.

—Hijo mío, — dijo fray Luis, — debéis regocijaros porque os traigo buenas nuevas. El tribunal ha estudiado bien vuestro caso. Hemos realizado una investigación sobre vuestra vida pasada y la hemos hallado intachable. Hemos, pues, llegado a la conclusión de que vuestro delator procedió erróneamente guiado por un exceso de celo. Vengo a abriros las puertas de vuestra prisión y a anunciaros que estáis en libertad de salir de aquí.

—¡En libertad! — exclamó Molina. Era increible. Aun más, Molina debía haber sospechado de una comunicación tal, hecha en forma particular. — ¡En libertad! — repitió, preguntándose si estaba soñando.

—En libertad, hijo mío. Tomad vuestra capa y vuestro sombrero y regresad a vuestra casa.

Ahogando un sollozo, Molina tomó la mano del dominico y la llevó a sus labios como expresión de una gratitud que no lograba expresar de viva voz.

—"Pax Domine sit semper tecum",—murmuró el expresivo fraile, despidiéndole.

Fué, casi a tropezones a su casa, en la oscuridad de aquella noche de verano, convencido sólo a medias de que aquello no era un sueño del que iba a despertar en la húmeda y tenebrosa celda de la Inquisición. Llegó a su modesta casa de la calle Estrecha y por fin estuvo de pie en su laboratoroo, en aquel laboratorio que había visto revolver por los emisarios del Santo Oficio. Encontró allí pocos rastros de su paso: algunos frascos rotos, en los estantes, una retorta agrietada y cierto desorden en el horno y los crisoles; todo lo demás estaba como siempre y aun más ordenado que de costumbre. La mesa estaba limpia. Los libros estaban alineados en un estante, el piso estaba muy limpio y hasta el armario grande, de roble, que generalmente estaba en desorden, se encontraba cerrado.

Se preguntó si todo aquello podía ser obra de su sirviente Manuel, el hombre de quien había sospechado que fuera su delator. Le llamó pero no obtuvo respuesta, y se aseguró de que estaba solo en la casa. Entonces a sus pensamientos acudió el recuerdo de su libro secreto, el objeto de sus delicias y de su peligro. Se llegó al tablero movedizo y oprimió los resortes. Hizo otro tanto con la plancha de hierro que quedaba detrás de él y alumbró con la luz de una bujía el hueco del escondite. Allí estaba en cofrecillo de roble que contenía su modesto tesoro y junto a él el libro encuadernado en pergamino que ocultaba el otro, el valioso tesoro.

No había hecho más que asegurarse de su presencia cuando se volvió como si le hubieran apuñaleado, alarmado al oir un ruido a su espalda. Aterrorizado vió que se abrían las hojas del enorme armario de roble y que por ellas salían tres siniestras figuras negras qus se precipitaron sobre él. Gritó una vez cuando le derribaron por sorpresa. Forcejeando se levantó, para volver a caer. Estaba sin fuerzas, debilitado por lo que había sufrido, y no tenía armas.

Su desesperada resistencia fué de corta duración. Atado de pies y manos tuvo que permanecer inmóvil tendido en el suelo. Se dió cuenta, demasiado tarde, de cómo le había engañado y traicionado el suave y melancólico fray Luis. Confiando en que su primer impulso al recobrar la libertad sería convencerse de la seguridad de lo que tenía cuidadosamente oculto, el inquisidor, fingiendo ponerle en libertad, le había conducido a traicionar su secreto ante los alguaciles previamente ocultos en el laboratorio.

Aquellos alguaciles llevaron de nuevo a la cárcel del Santo Oficio a un desesperado y furioso prisionero, así que antes de una hora de haber salido en libertad, Sebastián Molina volvía a verse en su tenebrosa celda, abandonadas ya todas las esperanzas menos la de que la muerte le proporcionara, cuanto antes, misericordioso olvido.

Antes de una hora comparecía ante el mismo tribunal que le había examinado una semana ntes, presidido también esta vez por el habilísimo fray Luis de Santarem. En la mesa se hallaba su preciado libro secreto con sus tapas de pergamino adornadas por los

arabescos que había trazado la mano de su amada.

—No os enfadeis con nosotros, hijo mío,— le aconsejó fray Luis, — porque adoptáramos ese medio para obtener posesión de lo que pretendéis ocultar. Procedimos así movidos por un sentimiento de misericordia, procurando evitaros los dolores del tormento, aun cuando esperamos siempre, — agregó, mirándole compasivo, — que algun tiempo de reclusión os decidiera a confesarlo todo y de a decir dónde estaba el secreto escondrijo. Pero, a pesar de todo, aún estáis a tiempo de arrepentiros.

—¡No tengo que arrepentirme de nada!— dijo Molina enérgicamente.

—Eso vamos a verlo, — dijo el dominico bondadosamente, y tomando la pequeña llave de oro que le habían quitado a Molina primera vez que le prendieron.

La llave correspondía a la cerradura del libro, última prueba de que aquel libro era en realidad, el buscado. Fray Luis volvió la llave y el escribano tomó la pluma para anotar lo necesario. Pero un desengaño la esperaba.

El inquisidor había abierto el libro de azar y su serio asesor se inclinó de lado hacia él para enterarse antes de aquellas abominables expresiones de nigromancia. Los dos miraron en silencio, durante un tiempo, la abierta página; después se miraron el uno al otro sin decir nada. Fray Luis volvió las hojas lentamente, estudiándolas y se le notó una expresión de perplejidad. En una ocasión miró al preso que permanecía inmóvil, sin cambiar de gesto. Entonces se volvió hacia el notario.

—¿Cuáles fueron, exactamente, las palabras que pronunció el prisionero al referirse al contenido de ese libro?

El notario buscó entre sus papeles nasta que halló lo que buscaba.

—Interrogado, el prisionero dijo: "Aún cuando el libro está exento de todo lo que falsamente se os ha infomado, contiene secretos que no deseo que sean conocidos por nadie. Iré al patíbulo si necesario fuera, antes de entregarlo".

—Es extraño, — murmuró fray Luis volviendo a mirar el libro, — muy extraño.

—A menos, — indicó su colega, — que se trate de un engaño.

—¿Engaño? ¿Qué engaño es posible? ¿Nosotros sabemos tan poco sobre?...

Calló bruscamente. Volviendo las hojas del libro indolentemente llegó a la primera. En ella se detuvo su mirada. Después, levantando la vista para mirar a Molina, sonrió casi con pesadumbre y movió la cabeza lentamente.

—¿Podeis acaso condenarme por que sospeché de lo que con tanto cuidado ocultabais? — preguntó. —¿Y por haber conservado el secreto de unos amores clandestinos hubiérais sufrido el tormento y tal vez la muerte? Desearía ver semejante fortaleza dedicada a la defensa de causa más valiosa.—Pasó el libro al notario, indicando la inscripción que había en la primera página.—Anotad eso, indicando la naturaleza del libro y cerrad el proceso declarando a este descarriado joven absuelto por falta de las pruebas que, segun se nos dijo, existían en este libro. Y en cuanto a vos, hijo mio, — agregó dirigiéndose a Molina, — dad gracias al Altísimo por la agradable solución que esto ha tenido y aprended de ello a servir a vuestro Dios con la heroica, pero vana y loca lealtad que habeis puesto al servicio de una mujer. Las mujeres, hijo mío... Pero temo que seáis demasiado joven para hacer caso de mis consejos a ese respecto. La experiencia será vuestro mejor maestro. Pedid a Dios que así sea. Tomad pues vuestro libro y retiraos, que Dios os guie.

Asombrado, pero desconfiado, sin entender nada, pero sospechando una nueva añagaza, Molina tomó el libro de los secretos de manos del inquisidor, se inclinó en silencio y se retiró acompañado de sus guardias hasta la calle.

Cuando por fin se encontró solo, en la calle, bajo el cielo estrellado, se dirigió instintivamente a su casa. Avanzó hacia allí como dormido, automáticamente, sin pensamiento ni voluntad. Pero en su laboratorio, al que entró del mismo modo, una sorpresa le esperaba, un choque que le despertó de su ensimismamiento. Cuando entró, una figura envuelta en un manto se levantó de su silla de alto respaldo. El manto cayó y Molina vióse ante la encantadora Virginia.

Contuvo el aliento al reprimir un inconehrente grito, mirando atónito.

—Os esperaba, — dijo ella sonriente.

—¿Me esperabáis? — preguntó él. — ¿No sabiais entonces lo que me había acaecido?

—Sabía que el Santo Oficio os tenía prisionero. Sabía que fuisteis llevado de aquí por segunda vez, esta noche, despues de caer en la añagaza que os prepararon. Además sabía que ibais a volver pronto y por eso vine a esperaros. Pero cerrad la puerta.

Así lo hizo él, enteramente aturdido; tonces volvióse de nuevo hacia ella.

—¿Sabiáis todo eso? ¿Cómo podíaais saberlo?

—En parte por lo que me dijo mi tío, que pertenece a la hermandad de Santo Domingo y que sobornó a vuestro criado para que os delatara. En parte porque fuí yo la que sugerí un medio mejor que la tortura para hacer que descubriérais el escondrijo de lo que, según ellos, había de conduciros a la hoguera.

—¿Vos? —y Molina lanzó un grito de incredulidad y de horror a la vez. Le parecía qe todo giraba en torno syo.—¿Fuisteis vos quien sugirió tan infame trampa?

Molina se hallaba pálido hasta los labios.

—Una trampa en la que, segúnu parece, cayeron ellos de lleno, — contestó ella. — Parece que no habeis mirado el libro secreto despnés que os ha sido devuelto.

Lo miró entonces. Acercándose a la luz de las bujías que ardían en la mesa, abrió el pequeño y precioso volumen, lo miró como fray Luis lo había mirado, pero con una perplejidad mayor que la del inquisidor. Volvió una o dos hojas y miró de nuevo. Entonces examinó las tapas prolijamente. La parte exterior era, sin duda, la misma, pero la de dentro no; en lugar de las páginas con las peligrosas anotaciones de sus experimentos de alquimia, halló las páginas impresas de un Libro de Horas, de un Devocionario.

Miró Molina a Virginia y ella sonrió al notar su perplejidad.

—Lo que mis manos habían hecho, mis manos podían alterarlo. Me habiais dado el secreto del escondrijo y una llave duplicada del cierre del libro. Vine a este sitio con Ramón al día siguiente de aquel en que os arrestaron, y me llevé el libro, los lingotes, vuestra reserva de oro y vuestras joyas. El libro lo devolví después de haberlo cambiado como lo veis, y con el propósito de dar a los inquisidores un pretexto para vuestro silencio, inscribí algo en la primera página. Leedlo vos mismo.

Molina miró, y leyó lo siguiente: "A mi amado esposo, Sebastian Molina, de su esposa que le adora.—Virginia del Soto."

—Me anticipé, como veis, a los acontecimientos. — Pero la confesión de vuestro clandestino matrimonio con la sobrina de uno que ha demostrado ser vuestro enemigo y que es al mismo tiempo, de la hermandad de Santo Domingo, daría a los inquisidores una explicación más que suficiente de vuestra tenacidad.

—¡Virginia! — exclamó él asombrado y enamorado, estrechándola en sus brazos. Pero poco tardó, en separarse de ella.—¿Y ahora? — preguntó frunciendo el ceño. — ¿Y cuando don Xavier del Soto se presente, os pida razón y la verdad se conozca?

—Tranquilizaos. No esperaremos a que eso suceda. Todo está preparado ya. Partiremos antes de que mi tío se entere de que no estoy en casa. Ramón se ha ocupado de todo y nos espera, pues por su propia voluntad vendrá con nosotros.

—¿Pero a dónde? — exclamó el asombrado joven.

—A Inglaterra, amado mio. Ramón vendió uno de los lingotes de vuestra plata para pagar los pasajes en un briock inglés que se halla en este momento anclado en la bahía, esperando que lleguemos nosotros para zarpar. El capitán que es un hereje que no tiene preocupación ninguna por la salvación de su alma y al que no le importa ni poco ni mucho el Santo Oficio, no preguntó nada que no se refiriera al importe del pasaje. Tomad vuestras ropas, lo más necesario... y partamos.

El le hubiera dirigido centenares de preguntas pero la joven se negó a emplear tiempo en hablar.

—Es necesario ir de prisa, — díjole ella rápidamente.—Es peligroso todo retardo.

En cuanto él se percató que había peligro para ella,—peligro para el futuro de los dos, —Molina se apresuró a obedecer, así que pronto salieron a la calle. El joven había metido todo lo que quería llevar en una maleta que se echó al hombro. El moro converso Ramon surgió de la oscuridad de un portal y se unió a ellos para guiarles. Con rápido paso descendieron hasta el puerto donde les esperaba un bote que les llevó por las oscuras, aceradas aguas de la bahía hasta el brick inglés.

De pie junto a la borda del buque, cuando éste se hallaba ya en alta mar, Molina hizó la primera de las muchas preguntas que se le agolpaban en la mente. Virginia le había dicho la suma total del dinero con que se aventuraban a ir a vivir a un país desconocido para ambos, las joyas y el pequeño depósito de oro que había estado en el cofrecito de roble, junto con algunas valiosas alhajas propiedad de la joven.

—¿Y el contenido del libro secreto? — preguntó él.—¿Lo habeis guardado en lugar seguro?

—Teneis que resignaros, — contestó ella gentilmente. — Eran cosas demasiado peligosas para guardarlas. Las quemé.

—¿Las habeis quemado? — exclamó, dolorido, Molina.

—Os hubieran quemado a vos si las hubiesen descubierto en mi poder, — recordóle ella.

—¡Pero la fórmula para hacer plata! — exclamó él.—¡Constituía una fortuna por sí sola y tal vez trabaje toda mi vida sin volver a hallarla!

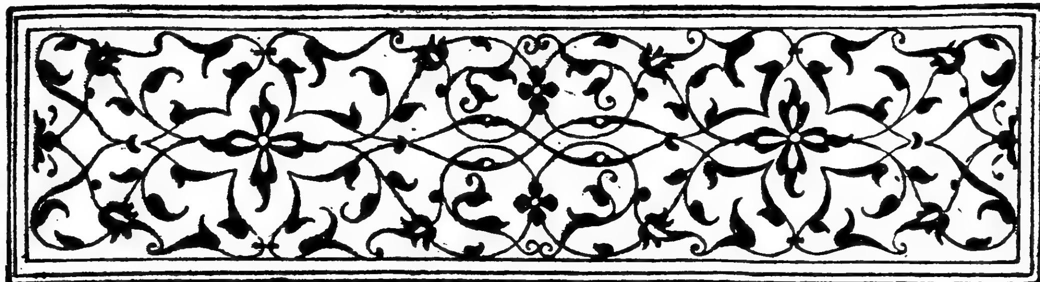
—Al menos disponeis de la vida para trabajar y me tendréis a vuestro lado para ayudaros y animaros, — dijo ella, y al oirla el alquimista, enteramente contrito, volvió a ser el rendido enamorado.

Y así es la historia de cómo el alquimista español Sebastian Molina fué a establecerse en Inglaterra en la época de la reina Elizabeth. Sus notables trabajos y descubrimientos en química le conquistaron un renombre casi tan grande como el del célebre doctor Dee, que toda Inglaterra venera y recuerda. Como no se ha dicho nada al respecto, se infiere que la perdida fórmula para la preparación de plata no logró hallarla de nuevo. Pero a juzgar por lo que conocemos sobre la valentía y el amor de su esposa y por lo que de él se ha dicho, no podemos dudar de que halló en el mundo, a falta de esa fórmula, su compensación adecuada.

Cuando todos los hombres se obstinen por una cosa, sobrevendrá el fin de todas.

✣ ✣ ✣

A pesar de que los hombres saben que primero se burlan de los que después han de admirar, viven siempre indiferentes al lado de lo admirable.



LOKMAN, EL FAMOSO AUTOR MARROQUÍ

LAS FABULAS DE UN POETA ARABE

LOKMAN fué un poeta árabe de tan gran sabiduría y tan extensa fama, que su nombre se cita con elogio en el versículo II del capítulo XXXI del Koram. Sus fábulas están traducidas, desde hace siglos, a los dialectos marroquíes. En hebreo las puso, publicándolas en Lisboa el año 1898. José Benoliel.

Poco o nada se sabe de cierto acerca de esta gloria de la literatura árabe. Una leyenda pretende que fué contemporáneo de David, y que habiéndole dado Dios a escoger entre el don de la sabiduría y el de ser profeta, optó por la primera, lo que explica su enorme discreción y sus grandes aciertos.

Algunos orientalistas han querido hacer de Lokman y Esopo una misma persona, basándose en la coincidencia de los argumentos de algunas fábulas de ambos.

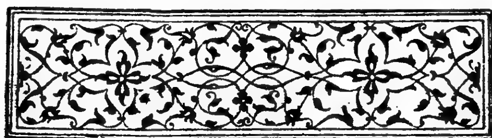
Entre los moros corre por válida la idea de que Lokman fué un esclavo negro.

El interés de esta figura singular está, sobre todo, en que el espíritu de sus fábulas sigue respondiendo bastante exactamente a la invariable psicología de los moros. Es desconcertante la cristalización que presenta esa civilización, pues nada ha variado en siglos y siglos.

LA GACELA Y EL LEON

UNA vez, una gacela, asustada de los cazadores, se metió para ocultarse en una caverna. En aquel mismo instante entraba allí también un león, que la devoró. "¡Infeliz de mí — decía la gacela antes de morir, — que por huir de los hombres fuí a tropezar con un ser más temible que ellos en fuerza y en valor!"

El significado de esta fábula es que el que huye de un peligro pequeño va a caer en otro mayor.

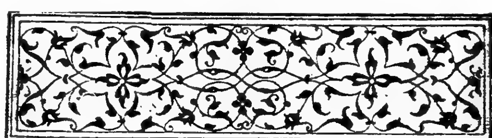


LA TORTUGA Y LA LIEBRE

UNA tortuga y una liebre desafiáronse un día a correr, fijando por meta un monte.

La liebre, confiada en la velocidad de su carrera, detúvose en el camino y se tumbó a dormir, mientras la tortuga, conocedora de su peso, no quiso estar inactiva, y no se detuvo en su carrera. De este modo llegó a la montaña cuando la liebre despertaba.

Esto prueba que constancia y reflexión, pueden más que ligereza y precipitación.



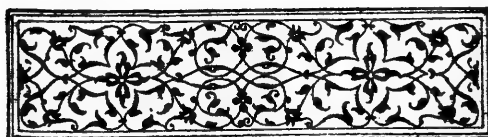
LA GACELA

ENFERMO una vez una gacela.

Los animales sus amigos fueron a visitarla, y durante la visita pastaban en la hierba que había en redor.

Cuando la gacela se levantó de su dolencia, buscando algo que comer, se encontró sin nada y murió de hambre.

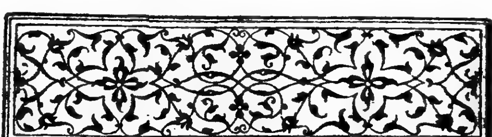
Significa esta fábula que a medida que va aumentando la familia aumentan también los cuidados.



LA PALOMA

UN día una paloma, apurada por la sed, salió a buscar agua, cuando vió sobre una pared un vaso lleno de ella. Precipitóse sobre el vaso con tanto ímpetu que se rompió el cuerpo. "¡Desgraciada de mí.— exclamó; — por haberme precipitado en beber el agua acabé con la vida!"

Esto significa que la lentitud y la paciencia en los negocios valen más que la prisa y el aturrullamiento.



POR LAS PAGINAS DE LA HISTORIA

ANÉCDOTAS INTERESANTES

El célebre orador y autor dramático irlandés Sheridan, era amigo y protegido del príncipe de Gales. Llevaba en Londres una vida de bohemia estaba lleno de deudas, y despreciaba impávida y soberanamente a sus acreedores.

Un día el príncipe de Gales encontró a Sheridan, satisfecho, paseando por las calles con un magnífico par de botas.

—¡Oh, Sheridan! — exclamó el príncipe al verle. — ¡Qué botas más preciosas!

—¿No es verdad, monseñor?

—¿Son nuevas?

—Completamente nuevas, monseñor.

—¿Y cómo diablo habeis podido procuráros las?

—¡No adivinaríais nunca!

—¡Bah! ¿Os las habéis encontrado?

—No.

—¿Son prestadas?

—Tampoco.

—¿Os las han regalado?

—Menos todavía.

—¿Las habéis robado, acaso.

—¡Nada de eso!

—Me doy por vencido. Contadme ese medio extraordinario de que os habéis valido para adquirirlas.

—Pues bien. ¡Asombraos, monseñor! Las he comprado y las he pagado, inclusive.

—¡No lo hubiera adivinado nunca!—exclamó maravillado el príncipe.

✣ ✣ ✣

Una dama del gran mundo, que había oído hablar mucho de Talleyrand, entró en deseos de conocerle y se le hizo presentar en su casa, donde le recibió ataviada con uno de aquellos transparentes trajes de la época del Directorio.

El abate se desconcertó un poco al principio de la visita, pero supo reponerse gracias a su talento.

Al día siguente recibió la dama una enorme caja de cartón con esta etiqueta: "Vestido para la señora". Creyendo que se lo enviaba su modisto, y deseosa de admirar a las amigas que la acompañaban de visita, abrió la caja y, en efecto, se admiraron todas.

¡La caja contenía una hoja de parra!

✣ ✣ ✣

Luis XIV decía a María Ana Victoria de Baviera, refiriéndose a la gran duquesa de Toscana:

—Nunca me dijísteis que teníais una hermana tan hermosa.

—Es verdad, señor, — le contestó María, —tengo una hermana que se ha llevado toda la hermosura de la familia y me ha dejado toda la felicidad.

En la guerra de la independencia de los Estados Unidos, un norteamericano, viendo a seis ingleses separados de su batallón, tuvo la audacia de correr hacia ellos y la fortuna de herir a dos, desarmar a los otros y llevarlos ante el general Wáshington. Este le preguntó cómo había podido arreglárselas para apoderarse de seis hombres, y el americano respondió con la mayor frescura:

—En cuanto los ví solos... fuí y los "cerqué".

✣ ✣ ✣

El mariscal francés Catinat, uno de los mejores capitanes de Luis XIV, fué herido en la desgraciada batalla de Chiari, pero sin que su ánimo decayera por ello, reunió de nuevo sus tropas para intentar otro ataque.

—¿Dónde queréis que vayamos? — le gritó un oficial. — Delante nos espera la muerte.

—Y detrás la vergüenza. — repuso Catinat.

✣ ✣ ✣

Nicolás Saunderson, célebre matemático inglés, que fué profesor de la Universidad de Cambridge, era ciego de nacimiento.

Hallábase una vez en cierta reunión, y dijo, aludiendo a una señora que acababa de retirarse.

—Esta señora tiene una hermosa dentadura.

—¡Es cierto! — contestó uno de los contertulios. — ¿Cómo lo ha adivinado?

—La he oído reirse constantemente, hasta de las cosas más tontas, — repuso Saunderson, — y supuse que lo hacía para enseñar los dientes.

* * *

Paseándose por las calles de Grenoble el cardenal Le Camús, vió el letrero de una sastrería donde aparecía un sastre cortando un traje y debajo esta inscripción: "Al sastre honrado".

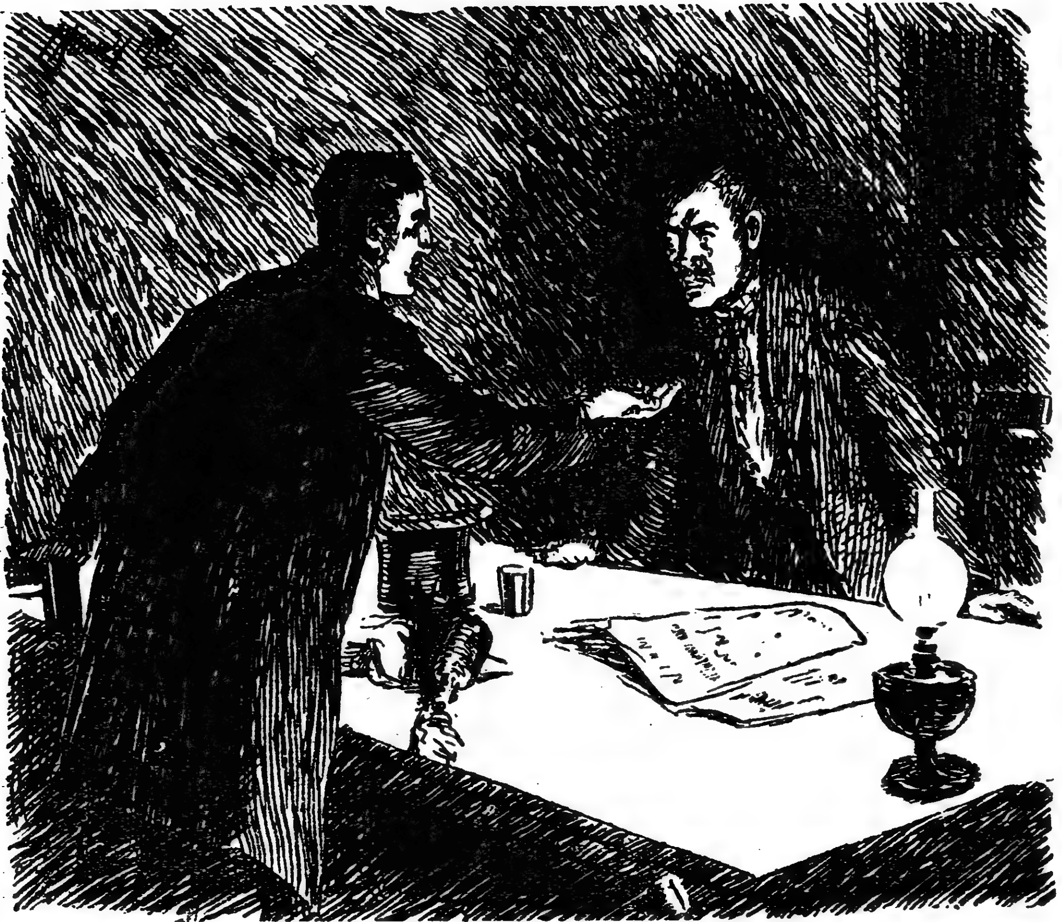
—He aquí, — dijo el cardenal, — al sastre honrado fuera de la tienda... ¿Estará el bribón dentro?

✣ ✣ ✣

Después de la batalla de Luzzara, el general francés Luis José de Vendome, que dirigía la campaña de Italia, envió a París a un oficial para que diese cuenta al rey de la victoria.

El oficial se turbó de tal modo en presencia de la corte, que no acertaba a empezar su relato. Pero al ver que algunos cortesanos se reían, dijo al rey:

—Señor... Le es más fácil al general Vendome ganar una batalla, que a mí contársela a V. M.



EN EL TORBELLINO

Por L. J. BEESTON

Las narraciones sobre robos de joyas son siempre fascinadoras, especialmente cuando los planes en pro y en contra están urdidos con la habilidad con que el notable autor inglés L. J. Beeston realiza su misión. Hoy relata otra aventura de Acton Dawes, en un tiempo ladrón de alhajas y actualmente al servicio de la policía.

EL inspector Jackerman demostró muy poco interés por el asunto, pues se limitó a exclamar:

—¡Oh! ¡Sí! ¡Eso es verdad! ¡Lady Morning ha perdido su ópalo; pero la piedra era comparativamente, de poco valor. En cuanto a la forma del robo, no tiene nada de particular ni de extraordinario. Si no hubiera sido así, yo le hubiera telefoneado, Dawes.

—Gracias. ¿Así que usted no ve nada de interesante en este caso?

—Casi nada. Un vulgar vagabundo arroja un ladrillo a la vidriera de una joyería. Hace caer a la calle parte del contenido de escaparate. Se reune una muchedumbre y uno de sus componentes, pretendiendo ayudar, se apodera del prendedor de Lady Morning, que tiene un ópalo, y desaparece con él. Confieso que no es un caso que me haga vibrar de excitación.

—¿No? Pues, sin embargo, a mí me emociona profundamente.

El inspector se encogió de hombros y se puso a caminar de un extremo a otro de su oficina particular, en New Scotland Yard.

—Hable. estoy dispuesto a impresionarme,—me invitó.

—El ópalo desaparecido, que, ciertamente, es de poco valor pecuniario, es el tuétano, la simiente, el eje y el centro de una de esas aventuras que suelen suceder y que hacen que un estremecimiento de horror sacuda a toda la sociedad. Hace un año o cosa así, fué robado de una tumba, del sitio del postrer descanso de la condesa Mathilde la Chan, en el cementerio de Sainte Creole en el valle del Dordoña, en Francia. El ópalo, engarzado entonces en un pendentif, y otras pocas alhajas, se hallaban en una cajita de hierro que fué sepultada, no realmente con la condesa, sino en su panteón. Algún demonio de nervios de acero y corazón de piedra forzó la entrada y se llevó la caja. Más adelante, torturado por la conciencia, devolvió la caja, que contenía todas las alhajas menos el ópalo. Probablemente se le había perdido. Algunos meses después, sin embargo, volvió a poder del conde la Chan, quien lo regaló a Lady Morning, la que lo hizo engarzar en el prendedor.

Jackerman había escuchado con toda atención.

—Bueno, — dijo. — No niego que su relato sea muy fúnebre, pero por eso no resulta más dramático el caso presente, a menos que usted sea aficionado a leer todas las tonterías que publican los supersticiosos sobre la terrible influencia de los ópalos y crea en la actividad de ese, especialmente.

—No, no. Lejos de eso. Pero ¿no hay un curioso parecido entre ambos casos? ¿No resulta que en los dos robos lo único que ha desaparecido es, precisamente, el ópalo?

—¿Cree usted que el infeliz que rompió el cristal del escaparate quería apoderarse del ópalo? Pues está equivocado. No se le vió levantar nada del suelo ni guardarse nada en el bolsillo. En los bolsillos de los harapos que vestía no se encontró absolutamente nada. Lo único que quiso fué hacer notar que tenía hambre, rompiendo el cristal de la vidriera del joyero. Y lo consiguió:

—Aparentemente. Pero su acción pudo servir con habilidad para ocultar las actividades de un cómplice.

—¡Mi querido Dawes, sus teorías son de lo más original! Si existió un cómplice, el provecho que sacó fué bien reducido; pero yo no creo en esa hipótesis. Le aseguro que el pobre vagabundo presenta todos los sórdidos síntomas del que ha llegado a la última miseria. Se precipitó como un lobo hambriento hacia el plato, cuando le dieron de comer en la prisión.

—¿Y no se vió a nadie recoger el ópalo?

—A nadie.

—Usted tendrá, seguramente, informes sobre una o dos de las personas que se reunieron a curiosear ¿eh

El inspector Jackerman bostezó.

—No; no me han comunicado mas que el dato de que un automóvil gris, que pasaba por allí en aquel momento, se detuvo durante el momento de excitación un medio minuto o un minuto, lo que no tiene nada de particular.

—El joyero, entonces, como tendría asegurado el vidrio, pierde poca cosa.

—Pero está agitadísimo. La señora de Morning, que había confiado el ópalo a su cuidado para que hiciera apretar el engarce, le había pedido que no lo pusiera en la vidriera. El le había pedido permiso para exhibir el prendedor por que la piedra tenía buen aspecto. Ella le dijo que no. ¡Y el tonto va y pone el prendedor en el escaparate que da a la calle! Lady Morning suele tener mal genio y en esta ocasión está furiosa.

—Tiene razón. El hecho acaeció ayer de tarde. Eso significa que el preso comparecerá ante el tribunal esta mañana. Me gustaría verle, si es que no llego tarde.

Jackerman descolgó el tubo del telfono.

—Eso se puede saber en seguida,— dijo, pidiendo comunicación con el tribunal de policía.—El caso será visto dentro de quince minutos,—manifestó, colgando el auricular.—Tiene usted el tiempo justo. ¿Cree usted todavía que puede resultar algo dramático de ese vulgar episodio?

—No; no lo creo. Sin embargo, estimado inspector, usted no negará que en los casos que he tenido el privilegio de investigar por encargo de usted, a veces he hecho aparecer, aun cuando se ocultaba bajo el aspecto más inofensivo y vulgar, el sensacionalismo más extraordinario.

Trece minutos después me hallaba en la galería del público del tribunal de policía. Había llegado a tiempo. El prisionero causante de mi presencia compareció inmediatamente ante sus jueces.

¿Y le conocía yo? ¡Ya lo creo!

Siete años antes había conocido al baron Stromburg en el salón de una de las más distinguidas mansiones sociales de París. Pero se hubiese dicho que había pasado por triple cantidad de años; con el cabello grisáceo, la frente con gruesas arrugas, las mejillas hundidas, pero con los ojos relucientes siempre con la llama de alguna extraordinaria pasión, de algun ardiente celo, llama que brillaba cuando volvió la cabeza y miró a los cuatro rincones de la sórdida sala.

Porque aquel era realmente el baron Stromburg, uno de los más grandes coleccionistas de brillantes que he conocido o podré conocer. Uno de los mejores críticos en cuestión de piedras preciosas, uno de los más ricos, de los de más profundos conocimientos, por que su colección de tallados holandeses en forma de rosa, únicamente, era tal que la gerencia de las famosas Cuevas Verdes de Dresden le había ofrecido cien mil libras, ¡y él no había querido venderla!

Allí estaba, vestido de harapos, con su cuerpo, antes erguido, encorvado, con sus manos descarnadas agarradas a la barandilla que quedaba delante del banquillo, con sus ojos hundidos en las órbitas como pozos de llamas.

¡Y el nombre con que le llamó el ujier del tribunal!... ¡Peter Briggs!

"Peter Briggs" fué condenado a veintiún

días de prisión y yo me retiré de la sala del tribunal.

. . . .

Mientras pasaban aquellos veintiún días, hice algunas averiguaciones sobre el hombre llamado Peter Briggs. Lo único que conseguí fueron las señas de su domicilio, y un tonto cualquiera podía haber averiguado lo mismo. No era un sitio muy agradable. Las señas de Snakemouth Yard, en el barrio de Limehouse no hubieran hecho más atrayente ninguna tarjeta de visita. Sobre el descenso del baron Stromburg poco pude averiguar. Su desaparición de su medio social no había sido enteramente brusca, pero poco le había faltado para serlo.

Había vuelto a su sociedad algunas veces, como uno de esos meteoros cuyo período de tiempo no es siempre exacto y que finalmente desaparecen del todo, perdiéndose en algun rincón infinito del espacio tenebroso.

El día en que le ponían en libertad fuí a visitar a Lady Morning siguiendo los impulsos de una curiosidad no muy vehemente, por saber si su ópalo había aparecido o no.

—¡Oh! ¡Esa es una suerte en la que no tengo esperanza ninguna! — suspiró ella.

—Eso mismo pienso yo, Lady Morning, aun cuando me alegro de encontrarla tranquila y olvidada casi de su pérdida. Al fin y al cabo no valía una fortuna. Pero aquella nota original y extraña de su historia le daba cierto valor excepcional.

La señora suspiró.

Proseguí:

—El inspector Jackerman me contó los detalles del suceso. Por desgracia ninguna de las personas que se reunieron delante de la joyería mereció especial atención de la policía. Sin embargo la piedra fué recogida, sin duda, en aquel momento. Un automóvil gris se detuvo uno o dos segundos en el momento de mayor excitación.

—Yo me puse furiosa contra Huxtable, el joyero que tenía el ópalo en custodia. Desobedeciendo las órdenes que yo le había dado, cometió una grave impertinencia.

—Pero... ¿le ha perdonado usted?

—Creo que sí, — dijo ella con su acostumbrada expresión irónica.—Cuando me dijeron que había puesto el prendedor en la vidriera casi no quise creerlo. Poco después recibí la noticia de la catástrofe. Huxtable se mostró agobiado por el dolor y arrepentido; pero ese no podía y no pudo devolverme mi ópalo.

—Es verdad. ¿Procuró él reparar el mal en la medida de sus fuerzas?

—¡Claro que sí! — fué la tardía respuesta. —Me envió un cheque por el valor total de la alhaja.

—¿Que usted, y perdone señora mi incorrección al meterme en lo que no me concierne, cobraría como teía todo derecho a hacerlo?

—En realidad, me sentí inclinada a cobrarlo. Por otra parte, Huxtable me había obsequiado de otras maneras y su inmediata manifestación de profundo arrepentimiento, así cómo su oferta de reparación, me emocionaron mucho, a pesar de lo molesta que me sentía. La verdad es que me he limitado a guardar el cheque, pero se lo voy a devolver porque creo que ya está bastante castigado. No soy mala. — Se levantó y fué a sentarse ante su escritorio de palo de rosa y sacó el cheque de un sobre. — Ciento cincuenta libras, — agregó, mirando el rosado trozo de papel. — Eso es más o menos lo que vale la piedra, ¿no es así, señor Dawes?

—¡Oh! Aproximadamente. Le deja usted libre con poco castigo, Lady Morning. Huxtable es merecedor de una pérdida pecuniaria.

—Voy a escribir ahora mismo unas líneas devolviéndole esto,—dijo la señora.

Y yo me retiré dejándola entregada a su tarea de perdonar.

Era, entonces, cerca de las cinco de la tarde. Sentía desde la mañana deseos de encontrarme con el libertado prisionero, y cuando me encontré en la calle, envuelta en la semioscuridad del crepúsculo y en el murmullo de la lluvia que caía, decidí ir a ver al barón Stromburg o al pobre náufrago del torbellino de la vida en que el Destino le había transformado.

Para eso era necesario ir a su domicilio en Snakemouth Yard. ¿Cómo me recibiría? Era ésta una pregunta muy difícil de contestar.

Un automóvil de alquiler me llevó hasta cerca del río y fuí, por las estrechas y sucias calles, hacia la que buscaba. Llegaba hasta una rampa a la que tocaba el agua del río durante la marea alta y como la casa a donde yo iba, quedaba en la esquina del río, sus oscuras ventanas miraban hacia el agua que corría lentamente salpicada por las gotas de lluvia que parecían negras en la oscuridad de la noche cercana.

Era una casa vieja, de un solo piso, cuya puerta, desprovista de barniz y pintura, se abría sobre una habitación. Una ventana quedaba al nivel del empedrado de cantos rodados y uno de sus vidrios, roto, daba luz a esta habitación. No había ni llamador ni campanilla de ninguna clase. Di varios golpes en la puerta con el bastón. No obtuve respuesta. En la taberna de la otra esquina una voz de borracho entonó una canción. Un buque, en el río, desembarcaba en un lanchón su carga y lanzó agudo toque de silbato con que rasgó la tenue niebla.

Di unos golpes en la ventana, pero sin éxito. A través del vidrio, que debía llevar muchos años sin limpiar, pude distinguir la débil luz de una humeante lámpara de petróleo y un puñado de áscuas en un brasero. Llamé con más fuerza y como si fuera en respuesta a mi llamado, me pareció oír un grito de dolor o de miedo, procedente del interior de aquel cuarto.

Tan fuerte la impresión que me hizo que me aventuré a empujar hacia arriba la parte de abajo de la ventana. El humo de un agujero del caño del brasero y el tufo de la humeante lámpara me dieron en el rostro. No

había nadie en aquel cuarto, pero mientras miraba en redor volví a oír aquel extraño grito, medio humano, medio bestial.

Había alguien en la habitación que comunicaba con aquella del frente. Creí que aquel alguien era el hombre a quien deseaba ver. La voz que había oído significaba desesperación o rabia o dolor. Llamé, — con la cabeza y los hombros dentro de la habitación. "¿Quién está ahí y que le pasa?", pregunté. No obtuve respuesta. Sólo oí una respiración ahogada, como si estuvieran estrangulando a alguien. Miré a la derecha y a la izquierda. La tenebrosa rampa y la calle se hallaban desiertas bajo la lenta lluvia y envueltas en la oscuridad. Durante un segundo vacilé, después, temerariamente, salté por la ventana y entré.

Tosí, dí golpes en la mesa, volví a llamar, pero no obtuve respuesta. De repente un grito agudo y salvaje me hizo precipitarme de un salto a la puerta interior que abrí de un empujón.

Un hombre estaba arrodillado en el suelo, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en el asiento de una silla. Delante de él, inclinado en el respaldo de la silla, se hallaba un retrato sin marco, el retrato de una mujer.

Me dí cuenta en un instante de que había cometido una grave imprudencia. La espalda encorvada, la cabeza rapada por el peluquero de la prisión, me indicaron que me hallaba realmente en presencia del hombre á quien buscaba, pero le había encontrado en un momento de penosa emoción. Retrocedí, pero por dsegracia tropecé con el pie derecho en el borde inferior de la puerta que quedaba detrás de mí. El hombre se puso de pie con la rapidez del rayo y con igual rapidez se lanzó sobre mí. Pude ver un instante sus ojos, sus terribles ojos que parecían despedir chispas de locura; entonces el peso de su cuerpo me hizo caer, pasando por la puerta, golpeando con estrépito en las tablas del piso. Procuré no perder la serenidad què, realmente, me era muy necesaria. Sentí que me oprimía el pecho con las rodillas; ví su rostro pálido como el de un muerto y el horrible brillar de sus ojos; y ví la larga hoja de una navaja de marinero en su levantada mano.

No me quedaba más que un instante de vida. Lo utilicé para decir tranquilamente:

—¿Así recibe el barón Stromburg a un buen amigo suyo?

El brazo no descendió. Lentamente apareció en el rostro una expresión de perpleji dad, de una feroz perplejidad que le hizo entornar los ojos y ahondar las arrugas de la frente.

—¡Vamos! ¡Vamos, barón!—exclamé pro curando sonreir. — Le conozco a usted perfectamente. ¿Acaso no he visto su colección de diamantes en su casa de la rue Marbeuf?

Se levantó muy lentamente, mirándome como una pantera que no está segura del golpe que media. Mi vida pendía de un cabello. La razón de aquel hombre se hallaba desequilibrada; esto se comprendía perfectamente en aquel instante, era tan palpable como la opaca y larga hoja de acero que empuñaba con tanta fuerza que se le veían blanquear los nudillos, de la mano.

de sus labios exangües salió una voz ronca.

—¿Stromburg? Sí, era un pobre diablo aquel tipo. Voy a contarle algo que hizo en una ocasión aquel desdichado tonto. No lo sabe nadie más que Jastrow, el capitán Jastrow, de los cazadores. El le robó a Jastrow su anillo, el del ópalo grande. ¡Sí! ¡Sí! Lo recuerdo. Jugaron a las cartas y Stromburg perdió mucho. El anillo se cayó del dedo de Jastrow; rodó debajo de la mesa, Stromburg lo recogió y se lo metió en el bolsillo. Le descubrieron, ¡oh maldito ópalo! Jastrow pidió que renunciara a su puesto en el regimiento. Salió de allí terriblemente manchado. Eso sucedió, sabe Dios cuántos años hace. Stromburg era joven entonces; no había heredado ni sus tierras ni su título. Y así fué como vió por primera vez ese ópalo que entenebreció toda su vida, que ha calcinado existencia con los fuegos del infierno que se ve en el centro de la piedra.

No gritó estas últimas palabras; las dijo en voz baja como para sí. Pero no dejó de mirarme amenazador ni un solo segundo. Con mucha precaución me levanté un poco, apoyándome en el codo izquierdo.

—Sí, sí,—dije procurando tranquilizarle.— ¿Y qué le sucedió a Stromburg después de eso?

—Amó, — dijo sin vacilación. —Esto fué mucho después del desgraciado caso del ópalo del capitán Jastrow. Se encontró con una mujer. La condesa Mathilde la Chan. Estaba casada con aquel anciano conde que hacía de ella su ídolo. El confiaba en ella; y hacía bien en confiar porque era irreprochable, era una santa que vivía en la tierra. Sin embargo no podía dominar los impulsos de su corazón, aun cuando dominaba sus antojos; y hasta el mismo día de su muerte no murmuró una palabra de amor dirigida a Stromburg, ni él ofendió sus oidos con una sola palabra de amor dirigida a ella. Pero sus almas estaban unidas por un mudo afecto, tal como el silencioso poder que une una estrella a otra estrella haciéndolas girar a la una en torno de la otra, y así girarán, de igual manera hasta que la eternidad se haya anulado para siempre.

"Escuche: la condesa la Chan sentía pasión por los ópalos. Solía mirar hacia sus maravillosas profundidades, hacia las suaves profundidades de los ópalos, durante horas, como hacia el interior de una esfera de cristal o al lucir de un ardiente fuego de madera, leyendo allí no se qué místicos secretos. Una noche, en un baile, vió a una mujer que llevaba un pendantif con un ópalo y la piedra la atrajo poderosamente. Se la indicó a Stromburg, y el reconoció aquel ópalo: era el mismo que había tratado de robar a Jastrow, el de los cazadores, que había llegado a poder de aquella mujer directa o indirectamente.

Cuando Stromburg vió la piedra se estremeció.

"Mathilde la deseaba: quería tenerla en su colección de ópalos. La propietaria era una mujer mercenaria; no quiso venderla como no fuera a un precio disparatado y el conde la Chan no era rico. Cuando Stromburg se enteró de esto fué a ver al conde, que era amigo suyo. "Permítame—le suplicó, — que adquiera para su esposa la piedra que ella tanto desea." El conde le autorizó y el barón dió a Mathilde el ópalo, el único obsequio que le hizo en toda su vida además de haberle entregado, en una adoración sin palabras, su corazón.

"Eso pasaba en primavera; y las flores de la primavera no se habían marchitado aun cuando Mathilde, la flor más perfecta de todas, el más exquisito capullo que haya salido de las manos de Dios, el supremo artífice, se fué a onde van todas las flores.

"Cuando ella murió, el barón Stromburg se encerró en su casa con los diamantes que había coleccionado y con su eterna pesadumbre. El cielo era negro para él y en permanente eclipse procuró hacer frente a los años. Pero no pudo. La herida que había sufrido su vida no se cicatrizaba y cada día era un nuevo tormento. Yo... yo.... Escuche: Es posible que la pena afectara su razón. Pensó demasiado en aquel ópalo que había sido la causa de la primera calamidad de su vida; y comenzó a atribuirle un poder maléfico, una influencia siniestra. Llegó a creer que Mathilde no hubiera muerto, no le hubiera abandonado, si no hubiera sido por la piedra que había llevado al cuello, que había descansado en su pecho, que había devorado su vida, destruyéndola. Stromburg pensó y pensó en el ópalo hasta que concibió la idea de poseerlo, de llevarlo constantemente de modo que le arrebatara pronto a sus días sin alegría, que le llevara lejos de un presente por el que andaba a ciegas, que le sacara de la vida para llevarle a donde su ángel esperaba por él. ¿Era éste un pensamiento de loco? Fuera lo que fuera, decidió ponerlo en práctica.

"¿Dónde estaba el ópalo? Voy a decírselo. Estaba en una cajita de metal, con otras alhajas favoritas de Mathilde y que había sido colocada en la espaciosa tumba de granito cerrada por pesadas puertas de hierro. Y una noche, el barón Stromburg abrió aquellas puertas y sacó, del estante de piedra, aquella cajita que había pertenecido a su amada. Cuando hubo sacado el ópalo, devolvió lo demás. Juro que fué un acto de amor, de sacrificio, que no fué sacrilegio, que no hubo en él nada que no fuera noble. Y si alguien dice lo contrario, miente, y no ha ni soñado nunca con un amor como ese de que le estoy hablando.

Hizo una pausa, volviendo lentamente, la cabeza a uno y otro lado, mirando como si no viera, hacia la cargada atmósfera de la habitación.

—Permítame que le diga lo que sucedió.—dijo después como hablando para sí, y pasándose la mano derecha, penosamente, por la frente. — Para el barón Stromburg llegó, no lo que había esperado, no la paz final a que aspiraba, sino la ruina. ¿No era eso raro? Hasta entonces había sido un hombre riquísimo. Lentamente el peñasco de sus riquezas se fué deshaciendo en arena. Una calamidad tras otra arruinaron sus mejores negocios, una serie de incompresibles desgracias minaron el terreno bajo sus pies.

"Se vió obligado, poco a poco, a separarse de su colección de piedras preciosas y, sin embargo, no pudo detener la creciente marea de los días malos que le enviaban catástrofe sobre catástrofe. No se desprendía del ópalo que pertenecía a la extinta Mathilde; tenazmente se agarraba a él que le iba robando pedazos del alma a cada nuevo golpe que le asestaba la mala suerte.

"Por fin, confiando en recobrarlo todo mediante un golpe audaz, preparó una jugada importantísima en la Bolsa de Comercio. Fracasó. Y el barón Stromburg desapareció envuelto en el torbellino de la pobreza, de las almas olvidadas, que le sorbió rápidamente, hasta lo más profundo. Desapareció sin lanzar un solo grito de socorro dirigido a un solo amigo y sobre él se cerraron las aguas.

"¿Qué hizo entonces? Se rió. ¿Cree usted que se sentía acobardado? ¡Bah! Miró al Destino riéndosele en la cara. Pero habiendo sufrido hasta lo último, habiendo bebido hasta las más amargas heces su cáliz, decidió enviar el ópalo, devuelto, al conde la Chan, antes de que, en una hora de hambre de vedad, se le ocurriera venderlo. La Chan lo recibió, sin tener la menor idea de quién se lo mandaba; y no dijo nada a nadie, porque, usted comprende, no quiso resucitar la terrible historia.

"Y entonces... ¿y entonces? Algo le sucedió a Stromburg. Fué que... que...

Calló, llevándose las manos a las sienes, como procurando reconcentrar recuerdos, con los ojos fijos en los míos como procurando leer en ellos. Durante más de un minuto sufrí aquella mirada, hasta que no pude resistir más.

—¡Bueno, vió nuevamente el ópalo! — me atreví a decir. — Lo vió una vez más. Estaba en el escaparate de una joyería y el verlo le hizo realizar una acción cuyas consecuencias no calculó. Decidido a destruírlo, destruyó el cristal, tomó el ópalo y lo arrojó al suelo con el propósito de pisotearlo.

Hubiera sido mejor que hubiese callado. Algo del momento de excitación que había seguido al acto descrito por mí, reapareció en su memoria. Retrocedió un par de pasos, encogiendo el cuerpo, preparando músculos y nervios para saltar sobre mí, hiriéndome simultáneamente con su arma. Me levanté y él no intentó impedírmelo, sonriendo como si se percatase de que, en semejante momento, con su sangre enardecida por la demencia, yo resultaría como un indefenso niño ante su fuerza.

Durante media docena de horribles segundos nos miramos cara a cara.

—Sí, sí, — dijo con mucha suavidad, humedeciéndose los labios con la lengua.—Ya se por qué está usted aquí. Ha venido para volver a llevarme al infierno. Ya estuve allí bastante tiempo. Me dejaron salir... ¿cuándo fué? ¡Bah! Poco importa eso. Voy a matarle porque la muerte es lo único que es verdad en la vida. ¿Ha oído usted lo que he dicho? ¿Hay alguna razón para que yo no vierta de una vez toda la sangre de su corazón?

—¡Sí!—contesté.—¡Esta!

¡Saqué la mano derecha del bolsillo y le mostré, en la palma, el desaparescido ópalo!

El efecto fué más que dramático. Se quedó boquiabierto, con el rostro muy pálido, y lanzó un grito de angustia tal como si yo le hubiera herido de un balazo. Después saltó, como salta un gato al que se molesta en el momento en que está durmiendo acurrucado. Tropezó con la mesa que estaba en el centro de la habitación y la hizo caer; la lámpara fué a dar contra la pared, haciéndose añicos y apagándose en seguida su luz. Crucé la habitación y casi salté de cabeza por la ventana abierta. El terror al loco que me amenazaba con la larga hoja de su navaja me impidió toda vacilación. Corrí, volví la esquina de Snakemouth Yard y, no me niego a manifestarlo, huí a todo correr como si la Muerte en persona me pisara los talones.

. . . .

¿Cómo llegó a mi poder el ópalo? ¡Oh! Se lo quité a Lady Morning cuando estuve a visitarla aquella tarde. ¿Tenía yo alguna sospecha de que ella lo había tenido en su poder todo aquel tiempo? Ni la más remota.

Me sorprendí mucho al notar aquella tarde, que la señora había admitido su pérdida con tanta resignación. Me sorprendió aún más oir de sus propios labios que se proponía devolver el dinero equivalente representado por el cheque del arrepentido joyero. Lady Morning tenía algunos puntos estimables en su carácter, pero no pude creer que su generosidad alcanzara a tal grado de desprendimiento.

Entonces, mientras daba vueltas a estas ideas en mi imaginación, recordé el detalle del automóvil gris que se había detenido ante la joyería en el momento del tumulto. Ahora bien, el automóvil de Lady Morning era gris, gris plata. Ustedes recordarán sus palabras: "Cuando me dijeron que había puesto el prendedor en la vidriera, casi no quise creerlo". Esto demostraba que Lady Morning había sido informada, por algún amigo o amiga, de que la alhaja estaba en el escaparate del joyero. ¿Puede haber nada más natural que su ida a la joyería, inmediatamente, para expresar su enojo y hacer retirar la joya? Ahora bien, si llegó al sitio aquel en el momento del tumulto, fué posible que distinguiera el ópalo que, en el entrevero, pudo ser proyectado al medio de la calle. Bajar del automóvil, levantar del suelo lo que era suyo y marcharse con ello, guardando luego el mayor silencio para castigar así, debidamente, al joven, era algo que con seguridad tenía que complacer a la señora.

¿Cómo podía poner a prueba esta teoría? Mirando en el pequeño "secreter" de marfil donde siempre había guardado el prendedor con el ópalo; de allí lo había sacado la primera vez que me lo mostró, relatándome la curiosa y dramática historia de la alhaja. El "secreter" estaba muy cerca del sitio donde conversábamos los dos. Cuando Lady Morning se dirigió hacia la mesa-escritorio para sacar el cheque, yo abrí el cajoncito del "secreter" y ví allí, realmente, el prendedor del ópalo. Lo tomé y lo guardé en el bolsillo. El tiempo de que había dispuesto no pasó de tres segundos. Cómo logré salvarme la vida gracias al ópalo, aquella noche, ya lo saben ustedes.

Lo tuve en mi poder durante tres días, tiempo que me pareció suficiente para que Lady Morning descubriera que, esta vez, lo había perdido de veras. Yo quería que ella se diera cuenta de eso. Me parecía que Lady Morning había sido excesivamente cruel con el pobre Huxtable. ¡Y ahora, después de haberle devuelto el dinero, resultaba que el ópalo había desaparecido! Además era necesario que la "Mano Maestra", que mi habilidad, resultara evidente en el manejo de todo el asunto. Yo deseaba impresionar al inspector Jackerman. No podía entregarle el prendedor para que le devolviera sin contarle todo lo sucedido y no quería poner en evidencia a Lady Morning, que había desempeñado en todo aquello un papel poco digno de encomio.

En consecuencia invité a almorzar al inspector. Hice girar la conversación en torno del ópalo. El inspector dijo con todo convencimiento:

—Ya sabía yo que estaba usted equivocado cuando quiso hallar profundidades donde había tan poca agua. El ópalo fué recogido por un transeunte cualquiera y no le encontrará usted nunca.

—Sin embargo, todavía queda algo que intentar,—repliqué yo.

—¿Algo? ¿Qué es ello?

—Es muy posible que Huxtable se haya limitado a hacer buscar detenidamente el prendedor en la parte de fuera de su joyería. Es posible, no obstante, que la alhaja saltara o se deslizara hacia el interior de la joyería.

El inspector me miró con verdadera conmiseración.

—Sus teorías, mi querido Dawes, suelen ser de lo más disparatado, — dijo con lástima.

—Sin embargo, como vamos a pasar por la joyería al regresar del almuerzo, podemos entrar y preguntar, — insistí. — Nada se perdería con preguntarle a Huxtable si ha encontrado el prendedor del ópalo.

Jackerman se encogió de hombros como si se sintiera demasiado triste para poder dis-

cutir el punto. Entramos en casa del joyero según habíamos convenido. Una rápida mirada me permitió ver un sitio donde el linóleum del piso no llegaba al borde inferior de la estantería. Mientras hablábamos, dejé caer el prendedor, frotando el piso con el pie, al mismo tiempo, para que no se le oyera caer. Después, con el pie, empujé la alhaja hasta hacerla entrar en la grieta, entre el linóleum y la base de la estantería.

—Huxtable, — decía Jackerman en aquel momento, — el señor Dawes ha llegado, en el caso del ópalo perdido, a una novedosa conclusión. Dice que usted no ha buscado el prendedor de Lady Morning en el interior de su establecimiento.

—¿Qué? — exclamó Huxtable desconsolado. — ¡No hay aquí una sola pulgada cuadrada que no haya sido revisada y revisada lo menos una docena de veces! ¡Estoy enteramente seguro!...

—¡Cuidado con lo que afirma! — advertíle yo, interrumpiéndole. — Porque o mucho me engaño o estoy viendo ahora mismo, el objeto que usted dice haber buscado tanto, metido allí, entre el linóleum del piso y la tabla de la base de la estantería.

Huxtable casi saltó por encima del mostrador en su apresuramiento por acudir al sitio que yo indicaba. Se inclinó y su mano se apoderó del ópalo.

—¡Dios Todopoderoso! — exclamó enteranente confundido y anonadado.

No he visto jamás a un hombre tan, a la vez, asombrado y encantado.

El inspector me miró. Su mirada fué larga y extraña. No había conseguido engañarle ¡Eso no! Admirado, alzó las cejas. Quizá se le notaba algo de envidia en la expresión de su rostro, pero no hizo ni el menor comentario.

Lo que pudo pasar en la mente de Lady Morning cuando, poco después, Huxtable le comunicó que había hallado el tan buscado ópalo en el interior de su joyería, constituye un problema demasiado complejo para mí.

Mi última nota sobre este curioso y original sucedido será para decir que logré ponerme en contacto con algunos amigos, residentes en París, del barón Stromburg, la víctima infeliz de una completa ilusión. Se le sacó de la situación en que se hallaba y, puesto en buenas manos, avanzó rápidamente por la senda de una completa y definitiva curación.

Otra de las aventuras de Acton Dawes, — ex ladrón de alhajas, — tan interesante como las ya publicadas, y completa, también, por sí misma, aparecerá en el próximo número de PUCKY. Se titula: "El brillante amarillo" y llamará la atención por su originalidad y sus escenas de intensa emoción.

CONSEJOS PARA EL HOGAR

RECETAS E INDICACIONES CURIOSAS Y DE VERDADERA UTILIDAD PRACTICA

Se procede a la impermeabilización de las suelas de los zapatos, derritiendo cuatro partes de sebo en diez y seis de aceite de oliva y una de estearina y otro tanto de cera. Se embarduna con esto la suela, en caliente.

⁂

Cuando el cuero del calzado se ha puesto duro y quebradizo de andar por el barro, puede devolvérsele la flexibilidad frotándolo con sebo de carnero.

⁂

Para preservar las superficies metálicas de los vapores ácidos y corrosivos, se intercala entre dos capas de la pintura que se emplee, ya sea una mano de asfalto, ya una hoja de papel impregnada en parafina

⁂

Para endurecer los sombreros de paja si la lluvia o cualquier otra causa los ha puesto demasiado blandos, se disuelve diez centavos de goma arábiga en un poco de agua hirviendo y se aplica después a la paja con un pincel. El sombrero se deja secar donde no haga mucho calor, a fin de que la desecación sea muy lenta. Si la paja es negra, mézclese con la goma un poco de tinta negra, de la de escribir.

* * *

Para dar color al mármol pueden emplearse los procedimientos que siguen:

La solución de nitrato de plata tiñe de negro el mármol (es preciso exponer a la luz del sol el mármol impregnado de nitrato) una solución de verde-gris aplicada en caliente lo tiñe de verde; una solución de carmín, de rojo; el sulfato de cobre, de azul; la solución de fucsina, de púrpura.

El mármol debe ser calentado antes de la aplicación de esas soluciones.

⁂

Para evitar la condensación de la humedad en las paredes es preciso que las superficies tengan reducido a su mínimum los poderes de radiación y emisión. Se puede, para conseguir este fin, hacer un revestimiento de ladrillos poco cocidos, dejando espacios libres de 10 centímetros; también puede emplearse otro revestimiento más complicado, constituído por una capa de asfalto, una lámina de cobre o de fieltro y después una capa de amianto. Se consigue igual objeto aplicando una capa de parafina o empleando la madera parafinada, el fieltro y la tela fuerte, pero siempre dejando un espacio para el aire. En fin, una sustancia que ha dado excelentes resultados es una simple capa de negro de humo y aceite de lino, cocido bastante espesa.

Se hacen esas bolitas quita-manchas que se venden en los bazares, tomando medio kilo de jabón blanco, seis yemas de huevo y media cucharada de sal molida; se amasa todo bien y se forman pequeñas bolas que se hacen secar a la sombra. Se usan enjabonando con ellas la tela por ambos lados.

⁂

Los muebles esmaltados de blanco se limpian frotando todas las manchas con una franela humedecida en aguardiente de quemar, y secándolas en seguida. Después se lava el mueble con agua tibia y jabón, y se seca con un paño; en seguida se frota con otro trapo con tiza en polvo, ligeramente húmedo, y por último se saca brillo con cepillos muy limpios y bien secos

* * *

Los objetos niquelados que se oxidan, pueden limpiarse engrasando la superficie enmohecida y frotándola algunos días después con un trapo empapado en amoníaco. Si quedasen todavía algunas manchas, se puede poner sobre ellas un poco de ácido clorhídrico, pero con mucha precaución y secándolo en seguida; inmediatamente se lava con agua clara, se vuelve a secar y se pulimenta con trípoli en polvo muy fino y una gamuza o franela.

⁂

Se hacen las llamadas "Serpientes de Faraón" mezclando nitrato de potasa y sulfocianuro de mercurio; pero esta mezcla puede dar lugar a intoxicaciones, y puede sustituirse con la materia resinosa que flota en el aceite de hulla depurado por el ácido sulfúrico, bien lavada y desecada. Esta materia aumenta tanto de volumen por la combustión, que un cilindro de dos o tres centímetros de altura se convierte en un grueso hilo enroscado de más de un metro.

* * *

Es excelente la fórmula de polvo para platear que se indica a continuación y que sirve para dar a las estatuas de cobre el color de plata:

Nitrato de plata. . . .	1	parte
Tiza en polvo.	2	"
Cianuro de potasio. . .	2	"

Estos productos se mezclan bien en el mortero, teniendo cuidado con el cianuro, porque es un veneno muy violento, y luego se toma una pequeña parte de esta composición, se humedece y con ayuda de un pincel se barniza el objeto, el cual ha de estar bien limpio y no tener manchas de grasa. Después se frota con paño suave.

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

1ª Quincena de
JULIO 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION QUINCENAL No: 13.



EN ESTE NUMERO:

EL HOMBRE MARAVILLOSO

Una aventura en la que figura **Rupert Waldo**, el más asombroso de los ladrones, **Sexton Blake**, el notable investigador y su ayudante **Tinker** y muchos artículos y novelas cortas interesantísimas y atrayentes.

EL VINAGRE

QUE CONSERVA LA SALUD

PRUEBELO

Y

NO USARA

OTRO.

ES EL MEJOR

Y

MAS BARATO

POR SU

CALIDAD

INSUPERABLE



VINAGRE DE VINO "Omega"

Es fácil decir que un producto es el mejor, lo difícil es comprobarlo.

Nosotros decimos que el

VINAGRE "OMEGA"

es el **mejor**, y lo probamos: En la Exposición de Bebidas Fermentadas, organizada por la Intendencia Municipal de la Capital, en 1921, el

VINAGRE "OMEGA"

mereció el primer premio. ¡Mientras la mayoría de los productos se decomisaban por su mala preparación, el

VINAGRE "OMEGA"

triunfaba plenamente! Si Vd. desea obtener una buena ensalada, no olvide que el

VINAGRE "OMEGA"

es el único que reúne condiciones culinarias de primer orden, por estar preparado a base de puro vino de producción argentina.

EN VENTA en los almacenes por mayor.
PIDA
VINAGRE "OMEGA"
a su almacenero

Lagorio, Esparrach y Cía.

Bs. Aires


Sumario



Cuando la lancha automóvil estuvo frente al extremo del muelle, Waldo saltó. Fué a caer con toda exactitud sobre la cubierta, — en forma de caparazón de tortuga, — de la parte delantera... ("El Hombre Maravilloso" Pág. 32).



RUPERT WALDO

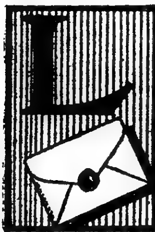
o

EL HOMBRE MARAVILLOSO

Esta notable novela policial presenta un nuevo personaje, de extraordinarias y maravillosas condiciones: Rupert Waldo, el ladrón más hábil de cuantos hayan sido perseguidos por Sexton Blake, el célebre detective y su ayudante Tínker.

CAPITULO PRIMERO

"He decidido hacerle una visita"



LAS siguientes palabras estaban escritas en el sobre, con grandes letras mayúsculas: "Abra usted esta carta en seguida. ¡Es urgente!" El señor Samuel Sílver miró el sobre con impaciencia. El caso era curioso y decididamente molesto.

¿Cómo iba a poder atender a la duquesa de Thornhurst y a leer al mismo tiempo aquella urgente comunicación. Y sin duda, era algo de especial importancia, pues la había traído hacía un momento, un mensajero especialmente enviado.

El señor Samuel Sílver era una persona importante. No sólo era importante sino también enormemente rico y su establecimiento, situado en la parte mejor de Regent Street, contaba con la clientela de la nobleza y de la crema de la sociedad.

Había, naturalmente, varias famosas joyerías en Regent Street y en el West End, con con cincuenta veces más capital que el señor Samuel Sílver. Pero la "élite" de la "élite" consideraba que era lo más distinguido, lo de mejor gusto y mayor elegancia, el comprar brillantes, rubíes y otras piedras preciosas en casa de Samuel Sílver.

Llevaba establecido en Regent Street más de treinta y cinco años y con anterioridad, su padre había tenido un establecimiento similar en Hatton Garden. Su firma gozaba de una reputación mundial que nunca se había visto oscurecida por ningún concepto. Los precios que cobraba el señor Sílver eran fabulosamente altos, pero lo que vendía era siempre lo mejor de lo mejor. En sus vitrinas no había diamantes que no fueran de primera clase; tan sólo los más encantadores rubíes "sangre de paloma", eran admitidos en su casa. Aun las alhajas comunes, de primera categoría para otros joyeros, eran consideradas inferiores a la alta calidad de lo que el señor Samuel Sílver consideraba digno de ser ofrecido a su clientela. No comerciaba sino con lo super-superior.

Y precisamente en aquel instante, el señor Sílver conversaba con la duquesa de Thornhurst, — poniendo en juego, en realidad, sus famosas facultades de persuasión, — a fin de conseguir que la duquesa adquiriera un par de exquisitos aros de brillantes por la insignificante suma de dos mil quinientas libras esterlinas.

La duquesa no era el único personaje distinguido que se hallaba en la joyería. A poca distancia, en el mostrador de cristal, un atento y muy cortés empleado, mostraba algunas sartas de perlas al anciano Lord Ferrers; en el mostrador del otro lado, el conde de Mazarpin examinaba unos rubíes, y a poca distancia de él, un señor, que a juzgar por su aspecto era, indudablemente, norteamericano, hacía preguntas sobre unos gemelos para puños, con brillantes. Era, pues, uno de los momentos de mayor trabajo de la mañana.

Y al señor Sílver le disgustaba toda interrupción. Sin embargo, acababan de entregarle una comunicación urgente, que exigía ser abierta en seguida. El señor Sílver siguió, sonriente, atendiendo a la duquesa, y se metió la carta en el bolsillo.

Era un hombre bajo, calvo, sin más cabello que un poco, gris, en torno de la nuca. El señor Sílver era judío, pero no el tipo de judío maligno, tan manoseado y ridiculizado

y mucho más abundante en la novela que en la vida real. Era muy devoto y le tenía tanto cariño a su religión como a su buen nombre y en realidad era, en todos sus negocios, la rectitud y la honradez personificadas.

La duquesa de Thornhurst sentíase atraída, muy atraída, por los pendientes de brillantes y a ellos dedicaba toda su atención. Mientras ella se hallaba entregada a la contemplación de las bellas piedras, uno de los dependientes del señor Sílver se aproximó a él.

—¿Puede usted atenderme un instante, señor? — le preguntó cortésmente.

—¡No me distraiga ahora, Webster, no me distraiga! — dijo el señor Sílver con un ademán de impaciencia. — No tengo tiempo...

—Es a propósito de esa carta, señor. Vi que usted se la guardó en el bolsillo, — le interrumpió Webster.—No sé si usted habrá notado que dice que es urgente.

—¡Claro está que lo he notado, naturalmente! — dijo el joyero. — Pero no puedo atender a varias cosas a la vez, Webster. Debe esperar... Debe esperar. ¡Pronto! Ese señor de aquel mostrador está mirando la mejor de las vitrinas. ¡Vaya a atenderle, Webster! ¡Dése usted prisa!

—Sí, señor, pero el mensajero dijo que la carta era excepcionalmente importante y...

—¡Bah, bah, bah! — exclamó, impaciente, el señor Sílver. — ¡No discuta, Webster, no discuta! ¡Todo anda mal, muy mal, esta mañana!

El dependiente se retiró y fué a dedicar su cortés atención al señor norteamericano que parecía muy interesado en la contemplación de una de las vitrinas grandes. Y el señor Sílver, viendo que la duquesa seguía contemplando en silencio los pendientes de brillantes, sacó la carta del bolsillo y rompió rápidamente el sello de lacre.

Un momento después había sacado del sobre una hoja de papel de cartas. Se arregló los lentes, sostuvo la carta lejos, con el brazo extendido e inclinó la cabeza a un lado. Se puso pálido y se notó en sus ojos una expresión de sobresalto. Después se llevó la mano a la cabeza.

—¡Ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay! — murmuró débilmente.

Otro de los dependientes se volvió en seguida y se acercó a su patrón. Llevaba diez años en la casa y conocía todas y cada una de las modalidades del viejo hebreo. Por eso pudo darse cuenta de que algo, de particular urgencia, flotaba en el ambiente.

—¿Sucede algo, señor? — le preguntó en voz sumamente baja.

—¡Algo! — repitió el señor Sílver.—¡Ps! ¿Usted me pregunta eso cuando me ve con esta carta? ¡Pronto, Mártin! Atienda a la señora duquesa... porque tengo que ir a mi oficina particular! Mande allí a Webster en cuanto pueda... y vaya usted también. ¡Ay! ¿De qué sirve hablar? ¡Ya sabía yo que todo andaba mal esta mañana! ¿Acaso no soñé con unos parientes míos? ¡Son todos una colección de sinvergüenzas!

Y el señor Sílver, con la carta en la mano, se fué rápidamente, como si se deslizara, hacia el fondo de la joyería, donde estaba su oficina particular. Caminaba de modo muy original; no movía más que las piernas, el cuerpo permanecía recto, derecho, tieso. Sus pasos eran rápidos y cortos y las piernas parecían funcionar de las rodillas para abajo.

Mártin y Webster miraron hacia su patrón con asombro. El señor Sílver se acaloraba con frecuencia, es verdad y con frecuencia hacía todo lo posible por encanecer a sus empleados. Pero eso de correr como lo había hecho, hacia su oficina particular y dejar de atender a clientes tan distinguidos como la duquesa de Thornhurst, lord Ferrers y el conde de Mazarpin, eso era enteramente extraordinario en él.

Probablemente el señor Sílver había considerado necesario aislarse en el reducido ambiente de su oficina particular. Se hallaba excitado... y lo sabía. Y cuando se hallaba así, enteraba de ello a todo el mundo. El señor Sílver excitado era un manojo de energía eléctrica y resultaba enteramente imposible dominarle. Además resultaba el individuo menos razonable del mundo, cuando se hallaba molesto o, como él lo decía, agraviado.

Una vez en su oficina, el señor Sílver volvió a leer la carta de nuevo, de la fecha a la firma. Hecho eso, levantó las manos y exclamó: "¡Ay, ay, ay!" cuatro o cinco veces, en rápida sucesión y comenzó a pasear de un lado a otro tan de prisa que parecía que iba al trote.

—¿Qué voy a hacer? — murmuró desesperado. — ¡Bandido! ¡Canalla! ¡Ladrón! ¡Aj! ¡Estoy perdido! ¡Escribirme cartas como esta! ¡Qué atrevimiento! ¡Voy a!... ¡Voy a!... ¿Dónde está Webster? ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Me está haciendo esperar! ¿Eh? ¡Aj! ¡Todos ustedes no sirven para nada!

Amenazó con el puño cerrado a la puerta de la oficina, que en ese momento se abrió para dejar paso a Webster, que era un hombre serio, delgado, de buen aspecto, que entendía perfectamente a su patrón. Comprendió que era imposible discutir con el señor Sílver en aquel momento.

—¡Ah! ¡Ya ha venido usted! — gritó el señor Sílver, furioso. — ¿Cree usted que a mí se me puede hacer esperar todo el tiempo que usted quiera?

—Lo siento, señor, pero he venido en cuanto me ha sido posible,—contestó Webster.—La duquesa y el conde de Mazarpin acaban de retirarse, y no queda nadie más que el norteamericano y lord Ferrers, en la joyería. Son atendidos por Wilson y McBlane.

El señor Sílver echó chispas por los ojos.

—¿Y qué me dice de Mártin? — gritó.—¿No hace nada, eh? ¿Para qué les pago a ustedes el sueldo? ¡Aj! ¡En esta joyería ustedes se pasan la vida en la más deplorable holganza! ¡Me van a arruinar!

Mártin apareció en aquel momento, con todo el aspecto de hallarse muy preocupado. Tanto él como Webster comprendían que pasaba algo muy grave y se sentían emocionados. En los momentos de excitación el señor Sílver los insultaba a diestra y siniestra, les amenazaba con echarlos a la calle, y aparen-

temente, consideraba que los dos juntos no tenían ni un adarme de buen sentido. En realidad, el señor Sílver estimaba mucho a Mártin y a Webster y se hubiera lamentado sinceramente si alguno de los dos se hubiese retirado de la casa.

Mártin había acudido lo más rápidamente posible. El señor norteamericano había quedado a su cargo mientras Webster iba a la oficina del patrón y, tan pronto como el cliente se había retirado, Mártin había ido, tras de Webster, a la oficina particular del fondo de la joyería.

El norteamericano había resultado un cliente de poca importancia. Semejantes clientes se presentaban con bastante frecuencia en la joyería de Sílver. Había entrado, aparentemente interesado en adquirir poco menos que todas las existencias del establecimiento, había examinado alhajas que valían miles y miles de libras esterlinas, y por último había comprado un botón de camisa con un brillante por valor de treinta y cinco libras. La venta no había sido mala, pero casi había constituído una decepción después de haber esperado mejores negocios.

El norteamericano había parecido interesarse mucho por la personalidad del señor Sílver, al que miró varias veces con particular atención.

Cuando el joyero abrió la misteriosa carta, el norteamericano le miró con los ojos entornados y se sonrió levemente. Era un hombre corpulento y atlético aquel transatlántico cliente. Vestía con elegancia y tenía bigote grueso. En realidad pareció que toda la joyería y su instalación le interesaban muchísimo.

Porque cuando salió, con treinta y cinco libras menos en el bolsillo, pero con el botón de brillantes en su estuche, se volvió y miró el angosto frente del establecimiento con un interés más que pasajero. Después, por último, se alejó, desapareciendo en dirección de Piccadilly Circus.

En la oficina particular del señor Sílver los acontecimientos se iban desarrollando nerviosamente. En cuanto entró, Mártin se dió cuenta de que sucedía algo extraordinario, y no se sorprendió cuando el señor Sílver le dirigió una mirada feroz.

—¡Pronto! ¡Pronto! — dijo el joyero.— ¡Usted tiene que escribir lo que voy a dictarle! ¡Tome papel, tinta, pluma! ¡Escriba en seguida... en seguida!...

—Perdone usted, señor, pero tal vez no tenga usted inconveniente en explicar qué es lo que sucede, — dijo Webster. — Esa carta que usted recibió...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Aquí está! ¡Léala! — dijo el señor Sílver agitando la carta furiosamente. —¡Grandísimo canalla! ¡Se figura que va a venir a hacer lo que le de la gana! ¡Yo le voy a enseñar!

No sin cierta dificultad consiguió Webster apoderarse de la carta, arrugada ya, hecha una lástima. La extendió y leyó rápidamente su contenido, trazado con buena letra. Mártin miró por encima del hombro de su compañero. Y no tuvo nada de sorprendente que los dos hombres se quedaran asombrados al darse cuenta de lo que leían.

Porque la carta decía lo siguiente:

“ Estimadísimo señor Sílver: Desde hace “ un poco de tiempo me siento en extremo “ atraído por la excelente calidad de las mer- “ cancías que tiene usted en su estableci- “ miento y he llegado a la conclusión de que “ usted tiene, en realidad más diamantes, “ rubíes y otras piedras preciosas de las que “ verdaderamente puede necesitar.

“ En vista de eso, por lo tanto, he deci- “ dido hacerle una visita el miércoles por “ la mañana, o sea al siguiente día de aquel “ en que usted recibirá esta misiva. Durante “ esa visita tendré el gusto de apoderarme “ de una gran parte de sus existencias. “ Usted, sin duda, me recibirá con toda ama- “ bilidad, o tal vez me reciba mal. Tanto en “ un caso como en otro, yo realizaré mis “ planes lo mismo, de acuerdo con el pro- “ grama que me he trazado. Permítame que “ le advierta, por lo tanto, que no intente “ adoptar medida alguna para frustrar mi “ bien preparado plan.—Deseándole a usted “ excelente salud, tengo un verdadero placer “ en repetirme de usted muy sinceramente, “ atento y seguro servidor.—Rupert Waldo”.

Webster leyó tan extraordinario documento con creciente asombro. Si el nombre que figuraba al pie de la carta no le hubiese recordado nada, lo hubiera considerado todo como una estúpida broma.

Pero sabía perfectamente que no era ese el caso. El nombre de Rupert Waldo había figurado en primer término, en las informaciones de los diarios, durante algunos días. Porque el habilísimo ladrón, — el Hombre Maravilloso del mundo criminal,— había demostrado intensa actividad durante las dos últimas semanas.

Sus hazañas, en verdad, habían hecho estremecer, alarmado y consternado, a todo el país. Porque las asombrosas actividades de Waldo habían conseguido extraordinario éxito. Su sensacional robo en el London and General Bank, situado en Fleet Street, en el centro de Londres, y su igualmente sensacional huída por los techos de las casas, en pleno día, había proporcionado palpitante material para largas crónicas de los diarios, crónicas de una calidad que pocas veces puede obtenerse.

Después, casi en seguida de haber hecho eso, Rupert Waldo había robado el famoso collar de rubíes de Scarfield, de la más temeraria manera imaginable. Cierto era que el collar había sido recobrado por Sexton Blake, el conocidísimo criminalogista de Baker Street, pero esto no quitaba al robo su carácter sensacional.

La policía, sin embargo, no había logrado apoderarse de Waldo desde entonces. Waldo, mediante una serie de hazañas acrobáticas como para poner los pelos de punta, se había escapado cuando parecía que no había escapatoria posible.

Y desde entonces no había dado señales de vida. Había permanecido inactivo. Pero

Waldo había demostrado prácticamente que era inmune ante todos los conocidos procedimientos de captura. Era capaz de escabullirse cuando todas las circunstancias parecían estar contra él. Y el público esperaba con impaciencia su próxima presentación.

Hasta cierto punto el público en general no tenía animosidad contra un criminal tan poco común. Porque Waldo realizaba todos sus robos en una forma tan caballeresca que era imposible que, ni aun su peor enemigo, pudiera acusarle de brutalidad o de falta de lealtad.

Al mismo tiempo era alarmante recibir una carta como aquella. Webster no se sorprendía al notar la actitud de su patrón y darse cuenta de lo excitado que estaba. Dos días antes, precisamente, el señor Sílver había hablado de Waldo, en tono de broma. El joyero había leído con todo interés las crónicas de las hazañas de Waldo. Y ahora el Hombre Maravilloso había escogido precisamente al mismo señor Sílver como su futura y próxima víctima.

Era, realmente, emocionante, el caso.

¿Sería posible que Waldo tuviera intención de llevar a la práctica su amenaza? ¿Se iba a presentar, realmente, en la joyería del señor Sílver con la esperanza de robar una buena cantidad de alhajas?

Seguramente no es de suponer que ladrón ninguno cometa la locura de advertir de antemano a su futura víctima. Pero esto, que sería verdad tratándose de un ladrón vulgar, era completamente distinto tratándose de Rupert Waldo. Porque Waldo era capaz de todo y parecía gozarse en su propia audacia y en su propia intrepidez. Era característico, típico de aquel hombre, el informar por anticipado al señor Sílver del robo que había planeado. ¡Y era, también, tan posible que Waldo se saliera con la suya!

El señor Sílver se quedó mirando impaciente mientras Webster y Mártin leían la carta. Los dos empleados habían tomado con calma el caso y no se sentían inclinados a excitarse tanto como su sanguíneo patrón. Y esto parecía molestar muchísimo al señor Sílver.

—¡Bien! ¡Bien! — dijo rápidamente. — ¿Han leído ustedes la carta?

—Sí, señor, — dijo Webster

—¿Y ustedes no hacen nada.. ustedes no dicen nada? — gimió el joyero. — ¡Ese hombre, ese Waldo, es un ladrón, es un bandido!

—Es verdad, señor. Y esta carta es evidentemente, algo muy serio, — dijo Webster. — Waldo se propone cumplir su amenaza. ¡Se propone venir aquí mañana, para desbalijar el establecimiento!...

—¡Ay, ay, ay! — gimió el señor Sílver, retorciéndose las manos. — ¡Va a venir y se lo va a llevar todo! ¿Qué puedo yo hacer contra él? ¡No tengo junto a mí nada más que idiotas... ustedes son todos unos idiotas! ¡Se quedan ahí, de pie, inmóviles, mientras ese hombre me amenaza con venir y arruinarme!

—No hay necesidad de asustarse tanto,— dijo Mártin. — Me parece, señor que mejor sería...

—¡Aj! ¿De qué sirve hablar? — prorrumpió el señor Sílver con impaciencia. — ¡Ustedes no saben nada... son unos salvajes! ¡Lo único que hacen es quedarse ahí, de pie, mientras me arruinan! ¿Qué saben ustedes? ¡Ustedes no saben nada!

—Pero si usted quisiera oír, señor...

—¡No tengo tiempo para escucharle! — gritó el señor Sílver. — ¡Pronto! ¡Pronto! Escriban una carta...

—¿Pero por qué, señor? — preguntó Webster amablemente. — Creo que en un caso así sería mucho mejor hablar por teléfono.

El señor Sílver agitó desesperadamente los puños cerrados.

—¿Usted cree que puedo confiar en el teléfono? — gritó. — ¡Bah! ¡Gran cosa se le ocurre! ¡El teléfono es para la gente holgazana, para los que no tienen negocios de qué ocuparse! ¡Escriban una carta, pronto!

Webster y Mártin casi no sabían qué hacer en aquel momento. Era un absurdo escribir cartas en semejante situación, pero no hubiese sido prudente decírselo al señor Sílver en aquel momento. El podía, claro está, escribir por su propia cuenta, pero estaba acostumbrado a ordenar a sus empleados que escribieran todo lo que había que escribir. A ser posible, el señor Sílver hubiera hecho firmar sus cheques por Webster y Mártin que, entre los dos, ejercían la misión de secretarios del señor Sílver.

—Dadas las circunstancias, señor, me permitiría indicar que sería conveniente que usted diera aviso, inmediatamente a Scotland Yard, — dijo Webster sin perder la serenidad. — Podemos pedir vigilancia para mañana y lógico es que la policía, al tanto de lo que sucede...

—¡La policía! — le interrumpió el señor Sílver. — ¿Cree usted que me va a ayudar? ¿Cree usted que a la policía se le importa algo de lo que pasa? ¡Bah! ¡Tiene usted menos entendimiento que un niño de pecho! ¡Usted morirá en la miseria, Webster! ¡Usted no sabe nada de nada!

Webster estaba enteramente acostumbrado a oír a su patrón expresarse de ese modo.

—Vaya la policía a protejerle o no, señor, lo natural es que se le dé aviso de lo que pasa, — dijo con toda paciencia. — Y habiendo sido previamente advertidos, como lo hemos sido, creo que será bastante fácil frustrar los propósitos de ese canalla...

—¿Quiere callarse? — gritó el señor Sílver, paseando, a saltos, de un extremo a otro de la oficina. — ¡Váyanse! ¿Han oído? ¡Váyanse! ¿Quieren ustedes que me dé un ataque al corazón? ¡Ustedes no dicen más que tonterías! ¡No sirven para nada! ¡Mañana, a esta hora, estaré arruinado! ¡Y todo porque no tengo más que salvajes a mi lado! ¡Bah!

El señor Sílver se dejó caer en una silla, y sus dos dependientes se hablaron en voz baja. Cuando hubieron terminado, el señor Sílver se había calmado algo. Levantó la cabeza y les miró fijamente.

—¡Bueno! ¡Bueno! — exclamó. — ¿Han terminado de hablar? ¡Ustedes hablan y ha-

nicación telefónica? ¿Por qué no hacen algo? ¿Qué he hecho yo para merecer esta situación? ¡Soñé anoche con mis parientes! ¡Me tienen envidia! ¡Y ahora sucede esto! ¡Bah! ¡Los de mi familia son todos basura!

—Creo, señor, que realmente, lo mejor que se puede hacer es avisar a Scotland Yard, —dijo Webster. — Yo llevaré la carta para enseñársela personalmente, en su propia oficina, al superintendente...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Está bien! — exclamó el señor Silver levantándose de un salto. — ¡Ah! ¡Usted tiene buen sentido, Webster! ¡Vaya... vaya en seguida! ¿Qué está esperando que no va? ¡Avise inmediatamente a la policía! ¡Yo pago mis impuestos y tienen que protejerme! ¡Va usted tan despacio que parece que le sobrara tiempo! ¡De prisa!

El señor Silver corrió hacia un armario, del que sacó un sobretodo y un sombrero. Se los arrojó a Webster casi a la cara.

—¡Vaya! ¡Está perdiendo el tiempo en pensar y en hablar! — exclamó. — ¿Usted se figura que es muy vivo? ¡Usted no sabe nada! ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Váyase!

El sombrero y el sobretodo no eran de propiedad de Webster, pero él los tomó diplomáticamente y salió de la oficina particular. El señor Silver paseó de un extremo a otro de la oficina, abriendo y cerrando las manos.

Se hallaba casi en el mismo estado cuando, cuarenta y cinco minutos después regresó Webster acompañado de un hombre corpulento, de sobretodo corto y sombrero hongo. El señor Silver miró al recién llegado con algo de recelo.

—¡Bueno, bueno! — dijo. — ¿Qué quiere usted?

—He venido por ese asunto de Waldo,— dijo el otro. — Me llamo Lennard y soy jefe detective inspector de Scotland Yard. Según parece, señor Silver, mañana va a haber aquí un poco de movimiento.

El señor Silver le miró e hizo una mueca de fastidio.

—¿A usted le hace gracia, eh? — preguntó con amargura. — Usted dice que es detective. Viene a mi oficina y me dice que mañana va a haber un poco de movimiento. ¡Aj! ¡Todos ustedes son unos salvajes! ¡Si usted sirviera de algo lo que haría sería prender a ese Waldo y evitarme toda molestia!

El detective-inspector Lennard se sintió algo asombrado ante semejantes palabras; pero notó que Webster le guiñaba un ojo, mientras se hallaba a espaldas de su patrón. Y el activo inspector-jefe, comprendió.

—¡Muy bien, señor Silver! — exclamó cortesmente. No creo que seamos tan salvajes como usted lo imagina. Pero un asunto de esta clase tiene que ser tratado cuidadosamente y supongo que usted estará de acuerdo conmigo y considerará que Waldo es un personaje difícil de manejar.

—¿Usted cree que yo quiero verle?—preguntó el señor Silver de mal modo. — ¿Usted cree que yo quiero conocer a ese Waldo? He leído mucho. ¡Sí! ¡Yo leo siempre lo que traen los diarios! ¡Ay, ay, ay! ¡Cómo mienten los periodistas! ¡Son todos unos mentirosos!

—No niego que los diarios, a veces, se equivocan, pero no han mentido mucho en lo que se refiere a Rupert Waldo, — dijo Lennard.

Silver levantó las manos.

—¿Que no han mentido? — preguntó con desprecio. — ¡Aj! ¿Por quién me ha tomado... por un imbécil? ¿Usted piensa que voy a creer todo eso? ¡Waldo subiendo por las paredes de las casas como una mosca! ¡Dejándose caer desde un segundo piso a un automóvil que pasa! ¡Subiendo por el interior de chimeneas con el fuego encendido! ¡Bah! ¡Usted es un tonto que cree todo lo que le dicen!

—Todo eso parece increíble, señor Silver, y sin embargo, es verdad, — dijo Lennard— Waldo ha realizado todo lo que usted ha visto descripto en los diarios Se comprende ahora, con toda claridad que se propone robarle a usted mañana y que piensa que podrá hacerlo a pesar de todas las precauciones que se tomen.

—¿Usted, un empleado de policía, habla de ese modo? — dijo Silver. — Me parece que mejor me arreglaré sin ustedes. ¿Y mis clientes? ¿Qué voy a hacer? No puedo cerrar la joyería mañana. Lady Milverton va a venir por la mañana. Y sir George Rosswell y el conde de Mazarpin, y el vizconde de Ravenswood. Todos esos van a venir mañana. ¿Comprende usted cuánta es mi mala suerte? Mis mejores clientes van a venir y tendré que ver la casa llena de policemen. ¡No tengo mas que razones para disgustarme!

—Bien, señor Silver, puede usted confiar en que Scotland Yard hará todo lo que pueda,—dijo Lennard.—He examinado esa carta de Waldo y la he hecho examinar por otras personas de Scotland Yard. No hay discusión posible sobre su autenticidad, no es una falsificación. Procede del mismo Waldo en persona y puede estar usted seguro de que vendrá mañana. Pero yo vendré también. Y si el señor Waldo intenta hacer alguna de sus cosas, creo sinceramente, que lo lamentará.

El señor Silver parecía más tranquilizado.

—¿Usted cree que me va a protejer?—preguntó Lennard.

—No tiene usted por qué molestarse, señor, — contestó el inspector jefe. —Puede dejar el asunto enteramente en mis manos y todo irá bien. Volveré más tarde, cuando esté usted menos ocupado, y nos pondremos de acuerdo en cuanto a los detalles. Mientras tanto voy a hacer algunos preparativos en Scotland Yard.

—¿Usted se va ahora? — preguntó el señor Silver dando un salto al levantarse.

—Sí; he de...

—¡Espere! ¡Espere! — exclamó el joyero.—¡No tenga tanta prisa!

Fué hasta donde se hallaba un mueble antiguo, especie de pequeño aparador y lo abrió. Sacó una botella de cristal tallado y unos vasos, en dos de los cuales sirvió una generosa dosis de licor,

—¡Beba! ¡Le sentará bien! — dijo lacónicamente.—¡Kummel de primera!

—¡Gracias! — dijo Lennard. —¡A su salu, señor Silver y porque mañana podamos ponerle sal en la cola a ese Waldo!

—¿Usted prende a los criminales con sal? —preguntó el señor Silver mientras sorbía su vaso de kummel.—Lo que usted necesita es suerte y nada más. Sin suerte no se puede hacer nada. ¡Ojalá tenga usted suerte mañana!

El inspector jefe se retiró casi en seguida sintiéndose caldeado por el licor que era de excelente calidad. Lennard fué directamente a Scotland Yard, conferenció con su superior durante una hora y después pasó algun tiempo con sus subordinados. Más tarde salió a realizar una diligencia que le llevó a Oxford Street, cerca del Marble Arch.

Habiendo realizado esa diligencia miró el reloj y entonces se dió cuenta de que estaba en Baker Street. Se detuvo, indeciso, un momento y después sonrió ligeramente.

—Sí; creo que Blake se sentirá interesado, — murmuró. — Y además puede ser útil también. Blake tiene grandísimos deseos de fastidiar a Waldo.

En consecuencia, diez minutos después el inspector jefe entraba en la sala de consultas de Sexton Blake a la que le franqueaba la entrada la señora Bardell, el ama de llaves, y se encontraba con Tinker que se divertía en recortar diarios. Había diarios por todas partes; en el suelo, en la mesa, esparcidos por toda la habitación, a capricho, y en medio Tinker, sentado ante la mesa, con una tijera en la mano, un tarro de engrudo y un libro grande.

—¡Hola, inspector! ¿Es usted? — dijo.—Cuando oí sus pisadas en la escalera creí que llegaban lo menos dos carboneros de los más pesados...

—¡Basta, joven! — le interrumpió Lennard de buen humor.—¿Y qué es lo que usted supone que está haciendo?

—¡Oh! Se supone que estoy ayudando al patrón en su labor de investigación criminalógica, pero en realidad, lo que hago es recortar artículos de diarios, — dijo Tinker sarcásticamente. — ¿No ha recortado usted diarios nunca? Pues hágame caso, no haga la prueba. Es como para ponerle a uno el cabello gris.

—Con seguridad es como para hacer encanecer a la señora Bardell, — dijo el inspector mirando en redor y pensando en lo que el ama de llaves tendría que recoger y limpiar.

—Bueno: ¿dónde está el uno y único? — preguntó.

—¡Lo está usted mirando! — respondió Tinker en seguida y riendo.

—¡Sí! ¡Tiene usted razón! — dijo el inspector jefe.—Garantizo que tendría que caminar mucho antes de encontrar a otro como usted. Pero si quiere la pregunta más clara, ahí va: ¿Dónde está el señor Blake?

—¡Ahí le está mirando a usted! — contestó Tinker.

Blake acababa de entrar por la puerta que comunicaba con el laboratorio y saludó al visitante con una inclinación de cabeza. Se dieron la mano y Lennard se sentó. El y Sexton Blake eran excelentes amigos y las visitas del hombre de Scotland Yard al detective eran frecuentes.

—Me hallaba cerca de aquí y por eso pensé en subir, — dijo Lennard. — Talvez le interese a usted saber que nuestro genial amigo Rupert está buscándose molestias una vez más.

—¿Waldo? — preguntó rápidamente Tinker.

—Sí.

—¿Buscándose molestias? — dijo Sexton Blake alzando las cejas. — No es costumbre de Waldo el dejar que la policía sepa con anticipación...

—No; pero el pillastre se está haciendo cada vez más atrevido, — dijo Lennard.—El éxito obtenido le ha llenado la cabeza de ilusiones de superioridad, probablemente y es muy posible que esta vez se precipite a meter la cabeza en el lazo que ha de ahorcarle. ¿Conoce usted a Samuel Silver?

—¿El joyero de Regent Street?

—Sí, — sonrió Lennard. — ¡Es un tipo de lo más curioso! ¡Un pajarraco de lo más extraño! Insulta a diestra y siniestra pero sin intención de insultar y es un hombre todo energía. Al menos así lo parece cuando se halla excitado. Todo un carácter.

—¡Pero no viene usted a decir que Waldo ha robado las existencias de la joyería de Silver! — exclamó Tinker.

—No; ha planeado hacer eso mañana por la mañana, —dijo Lennard. Y procedió a decir a sus oyentes todo cuanto al respecto sabía. Terminó sacando la carta de aviso del bolsillo y dándosela a Sexton Blake.

—¡Hum! ¡Esto es muy interesante! — dijo Blake.—Y por otra parte, instructivo. Waldo no hubiera nunca avisado por adelantado al señor Silver si no se hallara moralmente seguro de que puede burlarse de todas las medidas de precaución.

Lennard bajó la cabeza, pensativo.

—¿Cómo cree usted que realizará el robo? —preguntó luego.

—Es enteramente imposible formarse una idea definida. — contestó Sexton Blake.—Pero no le quepa duda, Lennard, será de un modo enteramente distinto del empleado por Waldo en su última hazaña.

—¿Diferente?

—Por completo.

—No veo cómo puede existir mucha diferencia, — objetó el inspector frunciendo el ceño.—Lo único que puede hacer es meterse descaradamente, apoderarse de todos los diamantes que pueda y después marcharse muy rápidamente, tal como lo hizo en el asunto de Fleet Street.

Blake movió negativamente la cabeza.

—No le aconsejaría trabajar guiándose por esa presunción, Lennard, — dijo con seriedad. — Waldo no hubiese jamás avisado previamente si se dispusiera a dar un golpe



"Ya está esto mejor,— dijo Waldo apretando más la echarpe.—Ahora, señor Silver, no tenemos tiempo que perder, así que propongo que se acerque usted a aquella confortable silla y tome asiento". ("El Hombre Maravilloso". Pag. 14).

como los de costumbre, por que precisamente el éxito de esa clase de golpes depende del elemento sorpresa. Avisando previamente no puede haber sorpresa de ninguna clase, así que Waldo no tendría, en consecuencia, ninguna posibilidad de tener éxito favorable. En verdad, es más que probable que el señor Silver proceda a sacar todas las alhajas de gran valor de sus vidrieras y vitrinas...

—Sí; pero si Waldo no se dispone a realizar un golpe como los de costumbre, ¿qué es lo que puede hacer?

—Ese es el punto interesante: ha dado usted en el punto de interés,—dijo Sexton Blake.—¿Qué es lo que puede hacer Waldo? No lo sabemos, amigo mio, pero probablemente lo sabremos mañana a esta hora. Siento grandísimo respeto por la capacidad mental de Waldo y puede estar usted seguro de que está preparando en este momento, algo enteramente original. Si usted desea prenderle, lo único que puede hacer es vigilar con toda atención. Y no espere verle pasar arrogantemente por la puerta de la joyería, porque no pasará.

El de Scotland Yard se puso muy serio.

—No había pensado en el caso desde ese punto de vista, — dijo. — Sin embargo, reflexionando, veo ahora que usted está en lo cierto, Blake. Y, diciendo la verdad, me siento muy fastidiado, amigo mio. ¡Que me ahorquen si sé qué hacer!

A Sexton Blake le era enteramente imposible aconsejarle pues Blake, por su parte, no sabía absolutamente nada sobre el próximo golpe de Waldo. Cuando Lennard se hubo retirado, Blake se sentó en su butaca sumido en sus pensamientos.

—Esto va a resultar un caso de los que dan trabajo, Tinker, — dijo por último.—Volveré a ver a Lennard esta noche y procuraré estar en la joyería del señor Silver mañana por la mañana.

La campanilla del aparato telefónico sonó con fuerza en aquel momento y Tinker se acercó para atender al llamado.

—¡Hola! — dijo. — Sí; con la casa de Sexton Blake... ¿Eh? No entiendo bien. ¡Ah! ¿El señor Silver? Sí, señor; el señor Blake está en casa. Voy a llamarle para que se acerque al aparato.

Tínker se volvió, apoyándose el pabellón del transmisor al pecho.

—¡El viejo Samuelito Silver! — exclamó. —¡Precisamente el hombre que le hacía a usted falta, patrón!

Blake tardó muy poco en estar atendiendo al teléfono.

—¿Es usted el señor Sexton Blake? —dijo en voz del joyero.—¡Ah! Me alegro mucho de verle, señor Blake! Me hallo en un tremendo apuro y la policía no sirve para nada. ¡Los de la policía tienen menos sesos que un gato!

—Es usted demasiado cruel con ellos, señor Silver, — dijo Sexton Blake. — Da la casualidad de que un caballero de Scotland Yard me ha comunicado ya algo sobre lo que a usted le pasa y se que Waldo se propone robarle y...

—¡Ah! ¿Usted sabe? — le interrumpió Silver.—¡Muy bien! Eso me ahorra el trabajo de enterarle por teléfono. ¿De qué sirve el teléfono. ¿De nada? Antes de que pudiera decirle veinte palabras cortarían la comunicación y tendría que pagar tarifa extra para seguir hablando. Desearía que usted viniera a verme, señor Blake.

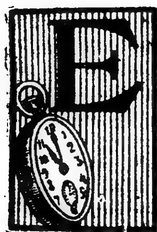
—Muy bien, señor Silver, voy a ir en seguida, — dijo el detective. —. Me interesa mucho el caso y puede estar seguro de que haré todo lo que me sea posible, para ayudarle.

—¡Me devuelve usted las esperanzas que había perdido! Ya me siento más tranquilo, —exclamó el señor Silver. — Usted recobró los rubíes de Scarfield ¿no es cierto? Pero esto será mejor, porque usted no va a dejar que Waldo se lleve nada. ¡Pronto! ¡Pronto, señor Blake! ¡Venga en seguida!

Y Sexton Blake colgó el tubo del aparato telefónico... y fué.

CAPITULO SEGUNDO

"Waldo ha estado y se ha ido"



EL jefe detective inspector Lennard, miró el reloj.

—¡Bueno! Ya han pasado las once, — observó. — Si Waldo se propone cumplir su palabra tendrá que presentarse antes de que transcurra una hora más. Pero tengo una idea, Blake y es la de que todo es pura bambolla. El hombre lo que ha querido ha sido, pura y sencillamente, dar trabajo a Scotland Yard.

—No lo creo así, Lennard, — replicó Sexton Blake. — Waldo no es hombre capaz de hacer eso. Si dice que va a hacer algo... bueno, si no lo hace, procura hacerlo y en serio. Creo que vamos a verle hoy.

Los dos estaban de pie detrás de un rincón oculto, en la joyería del señor Samuel Silver. Su presencia no era conocida por los clientes que, en aquel momento, se hallaban junto a los mostradores. Pero tanto Blake como Lennard podían ver todo lo que pasaba, desde su escondrijo. Y, en medio del ruido del tráfico que llegaba de Regent Street, les era fácil hablar entre ellos en voz baja sin que nadie pudiera oir lo que conversaban.

—Siento bastante curiosidad por saber qué es lo que ha de pasar, — agregó Sexton Blake. — No creo, ni por un momento, que Waldo vaya a repetir su procedimiento de cuando el robo al banco de Fleet Street. No tiene costumbre de proceder dos veces del mismo modo. Tiene siempre ideas en abundancia e inventa las picardías con asombrosa facilidad. Estoy enteramente seguro de que va a hacer algo que eclipse todos sus esfuerzos anteriores.

El de Scotland Yard inclinó la cabeza afirmativamente.

—Estoy dispuesto a creer que eso es verdad, — asintió. — Waldo, con toda seguridad, sabe que usted le sigue la pista. ¡Se entera de todo! Y usted ha sido una espina que se le ha clavado a él hace tiempo. Si quiere ganar en este juego, tiene que derrotarle a usted y no tengo inconveniente en declarar que usted es el adversario más difícil de vencer que haya podido presentarse jamás. ¡Ojalá le pudiéramos tener a usted en Scotland Yard!

Sexton Blake sonrió.

—Es usted muy amable, Lennard; pero estoy convencido de que la vida oficial no se aviene con mi manera de ser, — replicó.— Estoy acostumbrado a trabajar independientemente. La organización es un elemento primordial y decisivo en muchísimos casos, sin duda, pero yo prefiero mi propio sistema, basado en improvisaciones más que en planes previamente meditados y organizados.

Blake miró por un pequeño agujero del biombo que lo ocultaba, hacia la joyería. Había allí varios clientes, pero ninguno de gran importancia. Era toda gente de paso, de la que entraba a hacer alguna pequeña compra. Ninguno de los distinguidos clientes del señor Samuel Silver había llegado todavía, aun cuando estaba esperando la visita de varios.

Los dependientes, aquella mañana, eran más numerosos. En realidad daban la impresión de que había demasiados. Pero esto tenía su explicación en el hecho de que cuatro de ellos eran detectives de Scotland Yard, elegidos entre los que estaban bien acostumbrados a hacer el trabajo que en aquel momento desempeñaban. Todo estaba, pues, preparado para recibir a Waldo.

En el fondo de la joyería estaban apostados seis detectives más. Fuera, en Regent Street otros seis estaban a mano, por si hacían falta y Lennard había tomado la precaución de poner vigilancia hasta en el techo de la casa, donde había dos hombres de guar-

día. Conocía las hazañas de Waldo y se preparaba para hacer frente a lo que sucediera.

En realidad parecía completamente imposible que el Hombre Maravilloso pudiera caer en semejante trampa y escapar. Las precauciones que se habían tomado eran completas hasta en sus más ínfimos detalles. Una vez que Waldo traspusiera la puerta de la joyería podía considerarse como atrapado. Al menos esto era lo que parecía.

Blake observaba con toda atención a cada uno de los clientes. No buscaba a Waldo bajo su verdadero aspecto personal; buscaba un tipo desconocido debajo del cual se ocultara Waldo. Porque Blake estaba convencido de que el ladrón se presentaría disfrazado.

El jefe-inspector no se sentía tan seguro de que fuera así. En realidad, casi no sabía qué pensar y sólo sabía que tenía que estar preparado para hacer frente a un repentino torbellino de acontecimientos extraordinarios. Y también había adoptado algunas medidas propias y excusivas, porque se hallaba enteramente al tanto de las pecualiridades características de Waldo.

Al Hombre Maravilloso no se le llamaba así sin motivo justificado. No era extraordinariamente corpulento ni abultado, pero poseía la fuerza de media docena de hombres del montón, combinada. Era una madeja eléctrica de energía muscular. Suave, dúctil, férreo, resistente como el acero, podía pelear como un tigre y podía luchar con seis hombres fácilmente y salir siempre vencedor.

Era, por lo tanto, esencial, que se adoptaran métodos más que inusitados. El inspector-jefe se había provisto de fuertes sogas, de esposas especialmente fuertes y de otros utensilios de parecida condición.

Los clientes comunes que entraban y salían no tenían ni la menor idea de lo que pasaba en la joyería. Porque en el establecimiento no se notaban señales de excitación ni de movimiento. Todo parecía normal y tranquilo. El señor Silver se hallaba allí como de costumbre. Pero un observador hubiera echado de ver, a poco que mirara el surtido de alhajas expuesto en vidrieras y vitrinas por el señor Samuel Silver, no era ni tan numeroso ni tan valioso como de costumbre.

Se notaba la ausencia de los mejores diamantes y los mejores rubíes. Las cajas de muestras sólo contenían las piedras de tamaño más reducido. Lo mejor de lo mejor de cuanto tenía el señor Silver estaba guardado en su caja de hierro, en su oficina particular. El viejo joyero quería evitar el peligro. No tenía mucha fe en la acción de la policía.

Se hallaba en un estado de inquietud extraordinario. Esperaba a sus clientes más distinguidos y Waldo no había llegado todavía. ¡Qué compromiso y qué apuro si el atrevido ladrón se presentara al mismo tiempo que el vizconde Ravenswood, por ejemplo, o que el conde de Mazarpin, o lady Milverton, o sir George Rosswell!...

—¡Ojalá le dé un desmayo! — murmuró el señor Silver mirando al reloj. — Si va a venir, ¿por qué no viene de una vez? Seguramente espera que yo esté a su disposición para ocuparme de él. ¡Aj! ¡Ojalá le pase un automóvil por encima cuando se dirija a mi joyería! Es capaz de venir y llevarse toda lo que hay y dejarme a mí sin calzado que ponerme.

Paseó de un extremo a otro del negocio detrás del mostrador con sus pasos rápidos y deslizantes, mirando constantemente hacia la puerta, con una expresión de sobresalto en los ojos. Estaba esperando que Waldo se presentara con un revólver amartillado y amenazador en cada mano, o algo por el estilo.

—¡Canalla! — murmuró mirando ferozmente al inocente Webster. — ¿No había otros joyeros, que se le ocurrió elegirme precisamente a mí? ¡Bah! ¿De qué sirve hablar? ¡Todos están envidiosos de mí, hasta esa basura de ladrones! ¡Ojalá tenga un año más negro que una noche oscura!

El señor Silver se retiró a un tranquilo rincón y procedió a lanzar una terrible colección de maldiciones contra la cabeza de Waldo, en su idioma propio.

De repente el señor Silver miró en redor, en el momento en que la puerta se abría. Volvió a fruncir el ceño porque el recién llegado era nada más que el señor norteamericano que había hecho una pequeña compra el día anterior. Vestía exactamente igual, y al entrar se dirigió a Webster, al que saludó, inclinando la cabeza.

—Buenos días, señor, — díjole Webster. —¿Puedo enseñarle algo que le interese?

—Me han gustado unos gemelos para puños que acabo de ver en la vidriera. —dijo el norteamericano. — Supongo que no será mucha molestia para usted sacarlos y dejármelos ver.

—De ningún modo, señor

Oyó Webster la descripción de los gemelos para puños y fué rápidamente a buscarlos a la vidriera. El norteamericano los examinó después con todo el mayor cuidado Una vez levantó la cabeza y miró en redor haciendo un gesto como si le asombrara ver tantos empleados más que de costumbre. Pero no hizo comentario ninguno.

La puerta se abrió una vez más y el señor Silver olvidó todas sus penas en el momento. Pues el recién llegado era nada menos que el conde de Mazarpin en persona, uno de los pocos archidistinguidos clientes.

El señor Silver se adelantó a su encuentro, inclinándose con toda cortesía. Tenía muchísimas razones para creer que el conde iba a hacerle una compra de cerca de diez mil libras y no era, por lo tanto, un cliente, al que se pudiera tratar como a cualquier otro. Que ese cliente estuviera en la joyería cuando se presentara Waldo, resultaría una verdadera desgracia.

—Buenos días, señor Silver, buenos días, —dijo el conde, respondiendo a la cortesía del joyero. — ¿Qué es eso? Le noto cara de preocupado. Supongo que no le habrá pasado nada de malo.

El señor Silver volvió a inclinarse con toda cortesía.

—¿Qué puede pasarme? ¡Nada! — dijo.—

Si diera importancia a las pequeñeces podría tener cara de fastidiado. ¡Pero no les doy importancia! ¿Prefiere usted pasar a mi oficina particular, señor conde? Allí estaremos más tranquilos. Además allí está todo lo mejor...

El señor Sílver calló de improviso porque se había percatado de que el norteamericano había levantado repentinamente la cabeza. Este, sin embargo, volvió a mirar, en seguida, al mostrador de cristal y no pareció interesarse por nada que no fuera los artículos que examinaba, cuando Sílver y el conde desaparecieron tras de la maciza puerta de caoba con gruesos vidrios opacos.

Pero, detrás de un biombo, en el rincón, estaban Sexton Blake y el jefe detective inspector Lennard observando al norteamericano con la mayor atención. Lennard estaba muy nervioso y excitado, lo que era muy poco frecuente en un hombre tan apático como él.

Era que, de pronto, se había convencido de que aquel norteamericano era más o menos de la misma corpulencia que Waldo y que estaba allí, hacía largo rato, indebidamente. ¿Habría esperado tal vez a que desapareciese el señor Sílver, metiéndose en su oficina particular?

El joyero estaba en aquel momento, en su oficina del fondo con el conde de Mazarpin y la gruesa puerta de la oficina estaba cerrada.

—Ya ve usted, señor Sílver, que he cumplido mi palabra, — dijo el conde de Mazarpin con toda suavidad.

—Sí, sí, señor conde, — dijo Sílver.— Usted me dijo que vendría hoy...

—Lo mencioné en mi breve carta, — interrumpióle el conde. —No me negará usted que puedo apuntarme un tanto a mi favor, ¿eh? Permítame que me presente a mi mismo como su seguro servidor: ¡Rupert Waldo!

El señor Sílver retrocedió mudo de asombro, enteramente aturdido.

El cambio que acababa de experimentar la voz del conde de Mazarpin era extraordinario. No se había hecho brusca ni áspera; en realidad se había transformado en algo más suave, más untuoso y más culto que antes. Pero era una voz totalmente distinta, la voz de Waldo del Hombre Maravilloso. Se notaba un parpadeo picaresco en los ojos del "conde" cuando éste miró de nuevo al joyero.

—Soy hombre de palabra, señor Sílver,— dijo con toda calma. — A pesar de todas las precauciones que usted ha adoptado, he venido. ¡Sí! Estoy enterado de todo. Los hombres de Scotland Yard están dentro, en el fondo y en el frente... y hasta hay varios en la sala de venta de la joyería. Pero esos no me interesan. Con quien tengo que tratar de negocios es con usted y aquí.

El señor Sílver consiguió, por fin, recobrar el uso de la palabra.

—¿Usted.. usted es Waldo? — gritó, vibrando de furor. — ¡Ay, ay, ay! ¡Grandísimo canalla! ¡Bandido! ¡Ladrón! ¡Aj! ¡Infame!...

—¡No se excite inútilmente, señor Sílver! —le interrumpió el otro con toda calma.— ¿Para qué excitarse? Debe usted convencerse, porque así es en realidad, de que va a perder una considerable parte de su exquisito "stock" de buenas y valiosas alhajas.

El señor Sílver respiraba jadeante.

—¡Usted es un bandido y un canalla!— exclamó. — ¡Así le parta un rayo! ¡Ojalá se quede paralítico! ¡Así se caiga muerto antes de salir de esta casa! ¡Ojalá tenga veinte años de mala suerte!

—¡Admirable y selecta colección de maldiciones la que arroja usted sobre mi pobre cabeza! — dijo, sonriendo, Waldo. — Bueno, señor Sílver, no puedo condenarle...

—¡Se lo juro por mis hijos! ¡Le maldigo a usted porque es un canalla! — interrumpióle Silver con ferocidad. — Usted se presenta aquí haciéndome creer que es rico y honrado. ¡Y después resulta que prepara un robo! ¡Aj! ¿De qué sirve hablar? ¡En estos tiempos no es posible tener confianza en nadie! ¡Ojalá muera usted en la miseria!

—Confío sinceramente en que mi fin no ha de ser tan desastroso y vil,—dijo Waldo fríamente. — ¡Oh! ¡No, señor Sílver! ¡No necesito de nadie! ¡Creo que voy a poder llevarme el paquete sin que nadie me ayude!

El joyero había abierto la boca como si fuera a lanzar un sonoro grito, y al mismo tiempo corrió hacia la puerta. Pero Rupert Waldo procedió con la necesaria rapidez.

Al instante una gruesa echarpe se cruzó ante la boca del señor Sílver y se ciñó con fuerza. Waldo la había tenido preparada. Sílver no era cobarde ni nada parecido, en circunstancias comunes, pero había algo, en la actitud de Rupert Waldo, que le despojaba del último adarme de fuerza y de valor.

Quizás fuera la aureola que circundaba a la personalidad de Waldo. El hábil ladrón había sido elogiado hasta el colmo de la exageración, por los diarios, hacía poco tiempo. Sílver había leído las crónicas y había acabado por considerar a Waldo como un extraordinario y mitológico ogro que algún día, necesariamente, tenía que hacerle su víctima, dada la predilección particular que Waldo demostraba hacia los joyeros adinerados.

Al verse ante Waldo en persona, Sílver habíase sentido, en el primer momento, dominado por el furor, pero se había producido una inmediata reacción que le había dejado anodadado y tembloroso. Algo había en Waldo que él no lograba definir. Quizás poseyera un especial y personal magnetismo parecido al que había sido atribuido a Georges Carpentier, el famoso boxeador francés. Fuera lo que fuera, siempre tenía por efecto el causarle a su adversario un sentimiento de angustia y de debilidad. Sexton Blake era, probablemente el único hombre que podía hacer frente a Waldo en igualdad de condiciones, —y aun mas que en igualdad de condiciones.—Porque Blake dominaba magnéticamente a Waldo... y el ladrón lo sabía.

—¡Vamos! Ya está esto mejor, — dijo Waldo apretando más la echarpe. — Ahora, señor Sílver, no tenemos tiempo que perder, así que propongo que usted se aproxime a esa confortable silla y tome asiento. Tiene usted un abundante puñado de detectives en torno

de este local y, cuanto antes me retire, mejor será. ¡Blake está también! Tengo idea de que esta vez le venceré. ¡Lo que deseaba que se me presentara una ocasión de vencerle!

Waldo estaba contentísimo con el desarrollo de su plan. Su disfraz era perfecto, tan perfecto que estaba convencido de que Sexton Blake no le había reconocido. Se comprendía que se hallara enteramente alerta porque se había dado cuenta de la presencia de Blake en la joyería. Tal vez había llegado un leve rumor a sus oídos y los oídos de Waldo eran los más penetrantes y agudos del mundo.

Cuando el Hombre Maravilloso se proponía hacer algo, lo hacía bien. Meditaba cada uno de los detalles y lo preparaba todo con un cuidado digno, por cierto, de mejor causa.

Su disfraz, por ejemplo, le había exigido varios días de estudios antes de que lo considerase perfecto. No se limitaba a un cambio facial, era un disfraz que transformaba a Waldo en otro hombre diferente. Había estudiado otra manera distinta de caminar, ensayándola hasta considerarla perfecta; había adoptado otra voz; había ensayado ademanes distintos de los que él hacía siempre.

Por último se había considerado transformado en el imaginario conde de Mazarpin. Entonces se había ocupado de la tarea de combinar el modo de engañar a Samuel Sílver. Waldo disponía de considerables recursos, — el producto del robo al banco de Fleet Street, — e hizo varias visitas al establecimiento del señor Sílver.

Comenzó haciendo pequeñas compras y fué haciendo compras cada vez mayores, pagando siempre con cheques. El señor Sílver no había hecho averiguaciones pues todo parecía de lo más correcto y digno y no presentaba aspecto sospechoso de ninguna clase. El conde había encantado al señor Sílver comprándole diamantes por valor de más de mil libras, lo que representaba una compra de bastante importancia. Además había dicho que tenía propósito de comprar algunas buenas alhajas más. Lógicamente, el conde de Mazarpin resultaba un cliente digno de ser tenido en cuenta y merecedor de todos los respetos.

Era, a decir verdad, una simple variante de la conocidísima y antigua estratagema de la conquista de la confianza para después dar el golpe.

Waldo, mediante sus hábiles procedimientos se había conquistado la mas completa confianza del señor Samuel Sílver. Por esto era por lo que le había hecho pasar a la oficina particular mientras Sexton Blake y los detectives de Scotland Yard vigilaban el salón de ventas.

El señor norteamericano, debe añadirse, era un enteramente inocente miembro del género humano, y su conducta, al parecer algo sospechosa, no era, en realidad, más que la exteriorización de una intensa pero perdonable curiosidad.

—Hemos tenido varios ratos de agradable charla, señor Sílver, y sentiría tener que pensar que su opinión, a mi respecto, ha descendido de grado, — dijo Waldo con amabilidad mientras procedía a atar a Sílver a la silla.—Eso es, para mí, el peor aspecto de todo este plan. He llegado a sentir por usted grandísima simpatía y parece que proceder como procedo ahora con usted, puede considerarse como una abominable traición. Sin embargo, hay que tener en cuenta que, cuando se empieza a tratar de negocios, yo tengo que acallar por completo mis sentimientos personales. Por otra parte me permito afirmar que usted está en condiciones de perder todo lo que yo me voy a llevar. O mas bien dicho; tengo derecho a suponer que usted está a cubierto de toda pérdida por una buena póliza de seguros, ¿no es así? Siendo judío, y además un astuto hombre de negocios, no es posible que usted haya dejado de salvaguardarse de ese modo tan sencillo y tan práctico.

El señor Sílver no podía contestar por la sencilla razón de que la echarpe le tenía amordazado.

—Además tengo que recoger un poco de dinero, — prosiguió Waldo.—Usted me ha sacado cerca de mil doscientas libras poco más o menos, durante la pasada semana, señor Sílver, y a mí nunca se ha me pasado por la imaginación emplear dinero en comprar alhajas. Es mucho mejor apoderarse de ellas, como voy a apoderarme ahora de lo mejor que tenga usted aquí. ¡Vamos a ver! ¿No tiene inconveniente en decirme dónde está la llave de la caja de hierro?

Waldo, claro está, se burlaba, pero al mismo tiempo trabajaba con la rapidez del relámpago, mientras charlaba. Habiendo asegurado a Sílver, le quitó al joyero el manojo de llaves y las examinó rápidamente.

—¡Ah! ¡Aquí está la que buscaba! ¡Esta debe ser! — murmuró.

Escogió una de las llaves y se dirigió a la enorme caja de hierro. No era una vulgar caja de hierro sino una pequeña habitación reforzada que pesaba muchas toneladas y con una puerta tan gruesa como una pared.

Sólo tardó, Waldo, unos diez segundos en meter la llave, abrir la cerradura y mover la hoja de la puerta. La facilidad con que desarrollaba su programa era verdaderamente notable. Pero, en realidad, nada le detenía desde que tenía el señor Sílver a su merced y desde que las mejores alhajas del señor Sílver estaban en aquella oficina.

Los ojos de Waldo relucieron cuando abrió cajón tras cajón, examinando rápidamente el contenido de los estuches y de las bandejas. En aquella caja fuerte había alhajas por valor de sesenta a setenta mil libras. Todo el "stock" de un joyero puede encerrarse en un espacio reducido con la mayor facilidad, y el "stock" del establecimiento de Samuel Sílver era siempre, todo, de la mas alta calidad.

El joyero miraba lo que sucedía desesperado y asustado. Nada de terrorífico tenía la apariencia de Waldo, pero la calma con que procedía era, por sí misma, una revelación. Parecía casi imposible que aquel ladrón es

tuviera trabajando enteramente convencido de que el sitio donde se hallaba estaba rodeado enteramente de detectives.

Cualquiera se hubiese podido imaginar que Waldo era el dueño del establecimiento y que estaba, sencillamente, examinando sus existencia. Lo miraba todo con atención escogiendo las piedras más valiosas, que ponía a un lado y rechazando las alhajas pequeñas.

—¡Mejor de lo que yo esperaba! ¡Mucho mejor! — murmuró con gesto de aprobación. —¡Excelente, señor Silver! ¡Excelente! Permítame que le felicite por su buen gusto. Sus rubíes son positivamente soberbios y creo que podrán ser tallados de nuevo con comparativa facilidad, por que, claro está, va a ser necesario alterar un poco su aspecto antes de que yo pueda disponer de ellos haciendo uso de los intermediarios de costumbre.

El señor Silver se retorcía en vano. Miraba todos los movimientos de Waldo y se admiraba de que no entrara nadie, preguntándose por qué los detectives no habían adivinado que algo andaba mal y que él necesitaba auxilio. Ni siquiera Webster o Mártin se habían presentado.

Sin embargo el señor Silver no tenía por qué suponer que pudiera producirse alguna interrupción. Los que se hallaban en la joyería creían que Silver estaba realizando una importante venta a un distinguido cliente. No podían tener ni la menor idea de que Waldo en persona se hallaba ya en la casa, o si se lo figuraban, era el desdichado norteamericano el que era objeto de las sospechas lo cual era, por lo menos una desgracia para él.

—Creo que con esto hay suficiente, — murmuró por fin, Waldo. — Una soberbia colección, señor Silver. Pero no soy ambicioso. No me lo llevo todo. Eso no sería correcto de mi parte. No sería conducirme caballerescamente con usted, y yo quiero quedar como un caballero.

El señor Silver se retorció nuevamente.

—He elegido algunos pocos diamantes, varios rubíes, una sarta de perlas y unas pocas, pero realmente hermosas esmeraldas,— dijo Waldo.—Su valor debe ser de unas cincuenta mil... es decir, su valor mercantil. Usted, probablemente, compró todo eso por mucho menos y yo supongo que no sacaré arriba de veinticinco mil. Es un triste negocio el de vender joyas robadas. Uno no saca nunca ni la mitad de lo que valen. Sin embargo, unas veinte mil libras me indemnizarán ampliamente de la molestia que me he tomado ¡Permítame usted que le desée muchas felicidades, señor Silver!

Waldo había estado en actividad mientras había charlado. Se guardaba las alhajas en los bolsillos, con lo que demostraba que no temía que le pescaran con el cuerpo del delito en su poder. En realidad, si le prendían no tendría defensa posible porque llevaba en su poder el producto del robo. Pero hasta la idea de que le prendieran o intentaran prenderle, mejor dicho, le resultaba divertida a Waldo.

Se abotonó y el amplio largo sobretodo, tomó el sombrero y se puso los guantes. Hecho eso saludó con una reverencia y se dirigió hacia la puerta.

La abrió y se volvió hacia la oficina nuevamente, y cuando habló no fué la voz de Rupert Waldo la que brotó de sus labios, si no la voz culta y suavísima del aristocrático conde de Mazarpin, de fascinador e insinuante acento.

—Muchísimas gracias, señor Silver... muchísimas gracias! — exclamó, sabedor de que sus palabras serían oídas a través del corto pasadizo, en la joyería. — ¡No! No se tome la molestia de acompañarme a la puerta, se lo ruego. Veo que está usted muy ocupado. Buenos días, señor Silver. ¡Volveré a verle para hablarle de ese collar de perlas!

Waldo cerró la puerta, se sonrió para sí y penetró lentamente en el salón de ventas. No se sorprendió al ver allí a lady Milverton y a uno o dos distinguidos clientes más. Estaban esperando el momento de ver al señor Silver.

El conde de Mazarpin, — pues el hombre aquél ya no era Waldo, — saludó con una inclinación de cabeza a Webster, que se había apresurado a ir a abrir la puerta para que saliera, y el conde pasó de la joyería a Regent Street, volviendo a inclinar la cabeza, sonriente. Un automóvil de alquiler pasaba, el conde lo hizo detener, se metió en él y en él se alejó rápidamente, en seguida.

El señor norteamericano se había retirado después de hacer una pequeña compra y se hubiese quedado muy sorprendido si hubiera sabido que nada menos que tres hombres de Scotland Yard le seguían porque Lennard les había ordenado que no le perdieran de vista.

El jefe-inspector estaba más que medio convencido de que aquel norteamericano era Waldo. Creía que Waldo había tenido miedo, en el último momento, y no había realizado el robo. Pero Sexton Blake no compartía esa manera de pensar.

El conde de Mazarpin acababa de salir de la joyería cuando Webster se volvió con toda cortesía hacia lady Milverton.

—Creo que el señor Silver no estará ya ocupado, milady, — dijo con sumisa atención. — ¡Debo rogarle que perdone el haberla hecho esperar, pero tenemos tanto qué hacer esta mañana!

La señora inclinó la cabeza, asintiendo y Webster fué a abrir la puerta de la oficina particular y penetró en el corto pasadizo. Llegó a la puerta interior, que daba a la oficina y llamó dando varios golpes con los nudillos.

No obtuvo más respuesta que un gruñido ahogado que Webster no logró entender. Abrió la puerta de la oficina y entró.

—Está ahí lady Milverton y dice... — comenzó.

Sus palabras terminaron en una exclamación de asombro; pues el señor Samuel Silver estaba fuertemente atado a una silla y amordazado. ¡La puerta de la caja de hierro grande estaba abierta!

—¡Dios mío! — exclamó Webster con voz ronca. — ¿Qué significa esto?

Avanzó alarmado nervioso, lleno de inten-

sa consternación. Su mente era un torbellino, pero había un hecho que saltaba a la vista y le anodadaba.

¡Waldo había estado allí!

A pesar de todas las precauciones y de algún modo extraordinario, Waldo había entrado y había robado las alhajas que contenía la caja de hierro. Webster se precipitó hacia su patrón y con temblorosas manos, comenzó a desatarle las sogas que le tenían sujeto.

Pero el señor Sílver movía y agitaba la cabeza y por último, Webster comprendió que lo que el patrón quería era que le sacara primero la mordaza. Así lo hizo, desatando la echarpe con relativa facilidad.

El señor Sílver respiró con ansiedad y en seguida empezó a hablar.

Fué, lo que dijo, una larga tirada de furibunda condenación, insultos y juramentos, más de la mitad pronunciados en idisch. Webster, que había visto muchas veces enojado a su patrón, jamás lo había visto tan furioso como en aquel momento. Siguió desatando las sogas con temblorosas manos.

Cuando hubo terminado de desatarle y el señor Sílver estuvo en libertad, la primera furia de la tormenta había pasado.

El señor Sílver se levantó como impulsado por un resorte y dió saltos, danzando casi como un loco.

—¡Ay, ay, ay! ¡Mis alhajas... mis brillantes! — gimió. — ¡Se ha ido todo! ¡Ojalá le de un accidente, Webster!

—Pero, señor Sílver, nosotros no sabíamos...

—¡Ustedes no sabían!—chilló Sílver blandiendo los puños. — ¡Ojalá se caigan redondos! ¡Salvajes! ¡Ustedes son todos unos salvajes! ¿Qué es lo que usted sabe, Webster? ¡Usted no sabe nada! ¡Yo estoy arruinado y ha sido por ustedes!...

—¿Puedo explicar, señor?...

—¡Aj! ¿De qué sirve hablar? — gritó el señor Sílver. — ¡Usted no sirve para nada, Webster y va a morir en la miseria! ¡Se lo ha llevado todo! ¡Mis diamantes! ¡Mis rubíes! ¡Todo lo mejor! ¡Las mejores piedras que había visto en mi vida! ¡Y Waldo, así lo queme un incendio, vino aquí y me lo robó todo!

—¡Estoy asombrado, señor! — dijo Webster. — Nosotros no teníamos ni la menor idea de lo que estaba sucediendo, y aun ahora estoy atónito y...

—¡Bah! ¡Usted lo que está es lleno de tontería! — chilló Sílver, respirando jadeante. — ¡Buena gente es la que tengo a mi servicio! ¡Buena! ¡Son muy activos cuando se trata de cobrar el sueldo, pero en cuanto se trata de otra cosa, no sirven para nada! ¡Váyase! ¿No me ha oído? ¡Váyase de mi vista! ¡Estoy harto de verle!

El señor Sílver, fuera de sí, acongojado y furioso, se dejó caer en la silla con el aspecto del que acaba de recibir una paliza. Tenía el rostro pálido, los ojos dilatados; temblaba como un perlático.

Webster, el dependiente, de pie ante su patrón, parecía aterrado. No lograba entender qué era lo que había sucedido. Unos pocos minutos antes había saludado al conde de Mazarpin que salía de la joyería. El señor Sílver había estado conversando con el conde todo el tiempo que la oficina había estado cerrada.

¿Cómo había sido posible que Waldo entrara sin que le viera nadie, que atara y amordazara a Sílver y que robara las alhajas que contenía la caja de hierro? ¿Cómo había logrado escapar el Hombre Maravilloso? Los hombres de Scotland Yard estaban esperándole en todos los rincones y en todas las esquinas de la casa.

Al asombrado Webster aquello le parecía milagroso y la impresión recibida era tal que le hacía estremecerse casi tanto como su patron. ¿Quién era ese Waldo, — ese extraño mago, — que podía realizar maravillas de esa clase?

—¡Bien! ¡Bien! — gritó el señor Sílver de pronto.—¡Usted se queda ahí, de pie, sin hacer nada! ¡Me pueden dejar sin botines sin que a usted le interese ni lo más mínimo! ¡Y pronto andaré sin botines, porque estoy arruinado, Webster! ¡Le juro por mis hijos que es verdad! ¡Waldo se lo ha llevado todo! ¡Me ha robado por valor de cincuenta mil libras! ¡Mis mejores pedrerías!

—¡Dios Todopoderoso! — exclamó Webster, enteramente anonadado y escandalizado.

—¡Ah! ¡Es un hombre hábil! — prosiguió el señor Sílver.—¡Un hombre tan hábil como yo no he visto jamás nada parecido! Un canalla y un bandido, pero hábil! ¡Ojalá se quede paralítico! ¡Usted cree que me habría importado si le hubiera robado a otro? ¿Qué le importa a los otros que me hayan robado a mí? ¡Bah! ¡Y aun se ríen de Waldo! ¡Si es un demonio! ¡Ojalá le de un desmayo!

—¡Sí, señor; pero estamos perdiendo tiempo!—indicó prudentemente, Webster.

El señor Sílver agitó, furibundo, los puños.

—¿Por qué no se lo traga a usted la tierra? — gritó.—¿Para qué sirve usted? ¡Para perder tiempo! ¿Usted cree que vamos a poder alcanzar a esa basura? ¡Se ha ido y la policía no lo va a encontrar nunca! ¿Usted cree que, se va a quedar en la esquina, esperando que vayan a prenderle? ¡Ay, ay, ay! ¿Por qué soñé con los de mi familia? ¡Waldo ha venido y se ha ido!

El señor Sílver se llevó las manos a la cabeza y se balanceó de un lado a otro, en la silla. Se notaron lágrimas en sus ojos. Dedicó una larga serie de insultos y maldiciones a toda su desdichada parentela.

Webster se sintió perplejo, pero muy pronto se dió cuenta de que era enteramente imposible lograr que el señor Sílver diera una explicación clara de lo sucedido. En consecuencia, le volvió la espalda y salió precipitadamente de la oficina particular, regresando al salón de ventas. Antes pasar del corredor logró, con esfuerzo, tranquilizar su sistema nervioso.

Lo primero que hizo fué pedir disculpa a lady Milvertòn, rogándola que quisiera tener la bondad de volver en otro momento porque el señor Sílver se había sentido, de improvi-

so, gravemente indispuesto. La aristocrática dama lamentó mucho que pasara lo que pasaba, pero se retiró inmediatamente.

Entonces Webster fué a donde estaba el biombo que ocultaba todavía a Sexton Blake y a Lennard. Blake comprendió al punto que algo andaba mal pues el rostro de Webster era la verdadera imagen de la consternación.

—¿Qué es eso? — preguntó Lennard. — ¿Qué pasa?

—¡Waldo ha estado aquí!—exclamó Webster, jadeante. — Ha robado el contenido de la caja de hierro y el señor Sílver está trastornado. Tengan la bondad de verle en seguida. No sé qué hacer. ¡Oh, señor Blake, el caso es de lo más terrible!

Blake no hizo comentario ninguno. Siguió a Webster y entró tras él en la oficina particular. El jefe inspector le siguió, pisándole los talones. Encontraron al señor Sílver balanceando el cuerpo de adelante a atrás, en su silla y con las manos en la cabeza.

Blake dirigió una mirada en redor, vió la caja abierta y se sonrió, murmurando algo entre dientes. Después se dirigió al señor Sílver.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¿De qué puede servirle desesperarse? — dijo bondadosamente.— No piense usted que no hay esperanza de recobrar lo desaparecido. Waldo ha cumplido su palabra, y se ha escapado. Pero...

—¿Qué? ¿Para qué me dice eso? ¿Para hacerme sufrir más, todavía? — gritó Sílver con nerviosidad. — ¿Usted cree que me va a consolar con eso? ¡Bah! Waldo se ha ido y yo no volveré a ver lo que es mío, nunca, jamás! ¿No lo sé acaso? ¿Y usted dice que es detective?

—Pero, ¡hombre de Dios! ¿cómo entró Waldo? — preguntó Lennard. — Hemos vigilado sin cesar. Yo me figuré que el norteamericano...

—¡Usted tiene menos entendimiento que un niño de pecho! — exclamó Sílver. —Usted le vió entrar y usted le vió salir. Yo no sospeché. ¿Pero quién soy yo para entender de esas cosas? ¡Eso es asunto de usted, no mío! ¡El conde de Mazarpin era el hombre!

—¿El conde de Mazarpin era Waldo? — gritó el jefe-inspector Lennard.

—¡Sí! ¡Sí!

—¡Imposible! — intervino Webster.—Si el señor conde de Mazarpin es uno de nuestros mejores clientes, qué...

—¿Usted cree que sabe más que yo? —dijo Sílver, furioso. — Tampoco sospeché yo que el conde no fuera tal conde, hasta que cambió por completo de voz y me dijo que era Waldo. ¡Ay, ay, ay! ¡Fué una sorpresa que me dejó mudo y petrificado! El, entonces, me atacó, me amordazó y me ató a la silla, con toda facilidad. Después sacó de la caja, que abrió con mi llave, las alhajas que más le gustaron, y se fué lo más tranquilo.

—¡El conde de Mazarpin! — dijo Webster que parecía estar a punto de desmayarse.—¡Entonces tenía las alhajas robadas, en el bolsillo cuando volvió a la joyería! ¡Y yo le dejé salir y hasta abrí la puerta y me incliné ante él con toda cortesía!

—¡Qué astucia y que habilidad la suya, Webster! — dijo Sílver burlándose. — Usted es un salvaje. ¡Usted deja entrar al ladrón tranquilamente y después casi se arrodilla ante él, cuando sale! ¡Todos los sesos que tiene usted en ese cráneo, caben en un dedal!

Webster sentíase anonadado, confundido, consternado, enteramente perplejo.

—¡Créame, amigo Blake, hemos marchado con el paso cambiado! — exclamó el detective de Scotland Yard, con amargura. — ¡Yo no tenía ni la menor idea de que el conde de Mazarpin pudiera ser Waldo. ¡Qué admirable disfraz!

—Un disfraz muy hábil, sin duda,—asintió Sexton Blake.

Lennard casi se sonrió.

—Usted tiene fama de descubrir siempre a los que se disfrazan por bien que se disfracen, Blake, — observó. — Pero me está pareciendo que esta vez nos hemos montado los dos en el mismo burro. Ha sido usted tan perfecta y cabalmente engañado por Waldo como yo mismo.

—Tengo cierto temor de que, sobre ese punto, no puedo estar de acuerdo con lo que usted piensa, amigo Lennard, — dijo con toda calma, el detective.

—No pretenderá usted afirmar que...

—¡Sí! ¡Pretendo afirmarlo! — le interrumpió Blake. — El disfraz de Waldo era excelente pero no suficientemente bueno como para engañarme a mí. Admito que el conde de Mazarpin no despertó en mí la menor de las sospechas cuando entró en la joyería. Pero mientras estaba encerrado con el señor Sílver, mis pensamientos estuvieron en actividad, y cuando salió le miré con mayor atención que antes. Entonces comprendí que no me había equivocado.

Lennard miró fijamente a Sexton Blake.

—¡Pero entonces, hombre de Dios!... ¿por qué no gritó o dió la voz de alarma o algo por el estilo? — preguntó bruscamente el de Scotland Yard.

—Porque semejante proceder hubiera resultado enteramente inútil, — replicó Sexton Blake con suavidad. — ¿Supone usted que nos hacía falta una repetición de la ridícula y cómica farsa de Fleet Street? ¿Supone usted que hubiera sido posible prender a Waldo?

—Bueno... En todo caso, podríamos haberlo intentado...

—¡Y haber fracasado! — dijo Blake. — Waldo se hubiese reído de todos nosotros; se hubiese producido un bochinche descomunal en Regent Street y Scotland Yard hubiera sido nuevamente ridiculizado por todos los diarios, además de servir de motivo de burla para el comentario público. Usted no hubiera deseado eso, Lennard. Creo que, por mi parte, adopté un temperamento mucho más conveniente.

El señor Sílver levantó la cabeza y miró al criminologista con ojos relucientes.

—¿Usted lo reconoció? — inquirió rápidamente. — ¿Cree usted que podrá recobrar mis brillantes?

—Al menos haré todo lo posible por recobrar lo que es de su propiedad, señor Silver, — dijo Blake. — Mi propósito ha sido procurar que Waldo se imagine que nadie sospecha nada de él y que, por lo tanto, se halla en plena seguridad. Pero he tomado algunas medidas que, probablemente, conducirán a resultados excelentes.

—¿Qué ha sido lo que usted ha hecho?— preguntó Lennard.

—Usted recordará tal vez, que le indiqué a usted que mirara hacia determinado rincón de la joyería en el momento en que el conde de Mazarpin se retiraba, ¿no es así? — dijo Blake. — Pues bien, mientras usted se hallaba de espaldas, Lennard, yo hice una señal, encendiendo un momento mi antorcha eléctrica de bolsillo, de modo que su luz se viera a través del cristal de la vidriera contigua.

—¿Y para qué demonios hizo usted eso?

—Tinker se hallaba en la otra acera de la calle, vestido con un uniforme de mensajero, y provisto de una bicicleta, — contestó Blake. — Estaba a la espera de la señal y en estos mismos momentos se halla siguiendo a Rupert Waldo, vaya a donde vaya ese grandísimo pillastre.

El jefe inspector se dió una palmada en el muslo.

—¡Por vida de San Jorge! — exclamó de todo corazón. — ¡Es usted una verdadera notabilidad, amigo Blake!

CAPITULO TERCERO

"¡Siga usted la pista!"



TINKER tenía ante sí una tarea verdaderamente formidable.

Sexton Blake lo había pensado mucho, sin embargo, antes de encargar a Tinker de aquella misión. Sabía que el joven era activo, rápido, astuto y enteramente capaz de manejarse por su cuenta y riesgo, y cuando se trataba de seguir a alguien sin ser visto, Tinker era pura y sencillamente, una maravilla. Blake mismo, a pesar de toda su habilidad, no era superior a él en ese difícil trabajo.

En consecuencia, el detective consideró que debía ser Tinker el que estuviera a la espera frente a la joyería del señor Samuel Silver, en Regent Street. Y verdaderamente, Tinker esperó en forma admirable, que no llamaría la atención del más suspicaz.

Había adoptado un ligero disfraz para el desempeño de aquella matutina misión. El rostro le tenía como de costumbre, sin más agregado que el de un pequeño bigote que le envejecía unos cuantos años. Vestía un uniforme de mensajero, bastante usado, y tenía puesta una gorra de visera.

A su disposición tenía una excelente bicicleta. Durante más de una hora había esperado, yendo de un lado a otro, sin llamar la atención. Y es necesario ser persona muy hábil para no llamar la atención y no molestar al tráfico en un sitio como Regent Street. Tinker había tenido que usar de todas sus habilidades para que su presencia no fuese advertida por nadie.

Era dificilísimo hacer eso y al mismo tiempo no perder de vista ni por un solo segundo, el establecimiento del señor Samuel Silver. Pero la instrucciones de Sexton Blake habían sido terminantes y Tinker no podía, de ningún modo, olvidarlas.

—El patrón me dijo que yo tenía que vigilar y en cuanto viera una señal procedente del interior de la joyería, ponerme en actividad, — díjose Tinker. — Entre otras palabras: mi obligación es seguir al hombre que salga de la joyería inmediatamente después de vista la señal. Ese hombre, sea la que sea su apariencia, será Waldo. ¡Vamos a ver si logro seguirle hasta el fin!

No le fué necesario aburrirse durante mucho tiempo más. Porque dió la casualidad de que, casi en ese mismo momento, la mirada de Tinker se quedó fija en la puerta de la joyería. Por la vidriera del establecimiento del señor Silver había surgido un rapidísimo, brevísimo resplandor.

Tinker miró con más atención, por si se había tratado de una equivocación suya. El resplandor aquel podía haber sido motivado por el reflejo de algo de bruñido metal en que hubiese dado la luz del sol y Tinker quería estar seguro.

Y lo estuvo en seguida.

En la parte del fondo de la joyería todo estaba oscuro y confuso. Y aun cuando había luz del día y esta era fuerte, Tinker distinguió tres rápidos resplandores. El primero fué corto, el segundo largo y el tercero, nuevamente corto.

Esta era la señal que había combinado con su patrón antes de salir de su casa, aquella mañana.

Ningún capricho de la casualidad podía haber producido aquellos tres resplandores en aquella forma. Se trataba de la señal que había dicho Sexton Blake. Tinker, sin embargo, debió ser perdonado, tal vez, pues casi estuvo a punto de creer que se había equivocado.

Porque el hombre que salió de la joyería un segundo después, no podía, en circunstancias de ninguna especie, ser confundido con Rupert Waldo, el Hombre Maravilloso. Tinker instantáneamente reconoció a aquel señor como a uno que había entrado en la joyería cerca de media hora antes.

Era más bajo que Waldo y además, indiscutiblemente, más viejo. Tenía el aspecto de un extranjero de distinguida educación y estaba bien vestido, pero con suma sobriedad. Tinker le miró observándole, sin que se le notara que lo hacía.

—¡Bravo! ¡En buena situación me veo! ¡Vaya un caso de apuro! — murmuró. — Ese señor no puede ser Waldo. ¡Es imposible que lo sea! Pero el patrón me dijo que siguiera

al hombre que saliese de la joyería después de la señal, así que no me queda más camino que obedecer. ¡Pero no se por qué me parece que voy a perseguir a una liebre que no es la que corresponde!

Tínker fingía estar muy entretenido en arreglar su bicicleta. Mientras tanto, con el rabo del ojo miraba al conde de Mazarpin. Le vió seguir tranquilamente por Regent Street, llamar a un automóvil de alquiler y meterse en el vehículo. El automóvil se puso en marcha en seguida, separándose del cordón de la acera.

Tínker montó en su bicicleta y ocultándose tras de un ómnibus automóvil, — uno de los altos y rápidos "autobuses" londinenses, —se aproximó al automóvil en que iba el que había salido de la joyería.

—¿A Charing Cross, señor? — dijo el chauffeur. — ¡Muy bien, señor!

El automóvil rodó hacia Piccadilly Circus. Tínker le siguió a más de cien yardas de distancia. Le complacía haber oído decir al chauffeur a dónde iba. Si, por desgracia, Tínker lo perdía de vista en medio del tráfico, sabría a dónde le correspondía dirigirse.

Dió la casualidad de que se produjera una detención del tráfico en Piccadilly Circus.

El automóvil en que iba Waldo se detuvo detrás de una aglomeración de otra clase de vehículos. Tínker estuvo inmediatamente detrás del automóvil. Este no podía moverse y el perseguidor no temía ser observado.

Entonces Tínker se percató de que se producía un fenómeno curioso e inesperado.

Si no hubiese estado observando con especialísima atención, — si hubiera sido un perseguidor vulgar, — tal vez no se hubiese dado cuenta de una circunstancia de lo más peculiar. Los resortes del automóvil de alquiler se movieron suavemente y el cuerpo del vehículo se inclinó hacia la izquierda, o sea hacia el lado que quedaba más cerca del joven de la bicicleta.

Pero el vehículo no estaba parado junto a la acera. Junto a él estaba otro automóvil de alquiler. Esto, naturalmente, ocurre centenares de veces al día en un centro de tráfico intenso como es la plaza llamada Piccadilly Circus.

A Tínker no le hubiese llamado mayormente la atención aquel movimiento de los elásticos, pero la portezuela se abrió rápidamente y se cerró en seguida, y la portezuela del vecino automóvil hizo otro tanto, y sus elásticos se movieron también. ¿Qué significaba aquello? Tínker lo vió casi subconscientemente, pues se produjo todo con la rapidez de una centella.

—¡Por vida!... — murmuró Tínker.

Había comprendido la verdad. El hombre a quien él seguía, — el conde Mazarpin, — se había sabido aprovechar de la breve pausa y del ruido del tráfico para efectuar una rápida maniobra. Había, en verdad, salido del automóvil que había alquilado y se había metido en otro automóvil, desocupado y ninguno de los dos chauffeurs se habían podido dar cuenta de nada de lo sucedido, porque Waldo lo había realizado todo en un segundo de tiempo.

Es muy probable que Tínker fuera la única persona que había notado lo que había sucedido, y se había enterado porque le llamó la atención primero de todo, el extraño fenómeno del movimiento de los elásticos.

Tínker cambió inmediatamente de táctica.

Se dió cuenta de que era muy posible que Waldo se hubiese percatado de que le seguían. De todos modos estaba ya enteramente seguro de que el señor con aspecto de extranjero distinguido era, realmente, el Hombre Maravilloso. Ninguna persona respetable, ningún miembro de la alta sociedad, hubiera cambiado de automóvil de tan significativo modo, ni hubiera realizado el cambio con la habilidad y la rapidez que el conde de Mazarpin había puesto en juego.

Tínker siguió la persecución. Desplegó entonces alguno de los recursos de su natural astucia. El segundo automóvil, en el que iba Waldo, volvió hacia la izquierda, para entrar en la avenida de Shafterbury. Pero, naturalmente, avanzaba con lentitud, pues el chauffeur se imaginaba que iba manejando un vehículo desocupado.

El primero de los automóviles, sin embargo, ignorante de que se había quedado sin pasajero, corría hacia Charing Cross lo más velozmente posible. Por lo tanto cruzó Piccadilly Circus con intención de volver por Haymarket. Tínker siguió tras de este automóvil, pues había tomado una rápida decisión. Sabía que se alejaba de aquel a quien seguía, pero comprendía que aquel pequeño riesgo tenía plena justificación.

Si Waldo estaba observando creería,—equivocadamente, — que el que le seguía había tomado la pista falsa. Pero Tínker no tenía intención de seguir por esa pista durante mucho rato y no la siguió sino porque sabía que podría volver a la que le convenía dentro de muy poco tiempo.

Pasando a toda velocidad por el London Pavilion, abandonó a aquel automóvil antes de que llegara a Haymarket. Tínker volvió rápidamente hacia la izquierda, pasando por la pequeña cigarrería de la esquina y tomó luego por la estrecha y corta callejuela por la que pudo volver a la avenida de Shaftesbuy. Tínker calculó que llegaría a esa avenida antes de que el automóvil en que iba Waldo hubiese avanzado más de doscientas yardas.

Y Tínker hizo algún cambio en su aspecto a medida que avanzaba. Se guardó la gorra de visera en el bolsillo de la izquierda y sacó una gorra de paño del bolsillo de la derecha. Lo único que daba aspecto de uniforme al traje que llevaba, era el cuello y las botamangas de tela roja. El cuello era de corte militar, de los que se abotonan ceñidos. No hizo falta más que un movimiento para volverlo y transformarlo en el cuello de un saco cualquiera, que permitía ver el cuello blanco y la corbata. Los puños rojos fueron tratados del mismo modo: vueltos hacia abajo adquirieron el aspecto de unos puños vulgares. La apariencia de mensajero que tenía Tínker desapareció así, por completo y hubie-



Webster llamó a la puerta de la oficina del señor Silver. No obtuvo más respuesta que un gruñido ahogado que no logró entender. Entonces abrió la puerta y entró. ("El Hombre Maravilloso". Pág. 16).

mirada al pasar, como al mismo individuo que había seguido al primer automóvil.

Sus movimientos no interesaron a los transeuntes, pues pedaleaba a toda velocidad mientras realizaba esos pequeños pero decisivos cambios. Además conviene recordar que todo el incidente no tardó más de un minuto en realizarse.

Tinker penetró en la avenida de Shaftesbuy con toda facilidad, porque por fortuna, el tráfico se dirigía hacia Piccadilly Circus en aquel momento. Y allí, a regular distancia, a la izquierda, poco después de Queen's Theatre, se hallaba el segundo automóvil de Waldo. Tinker lo reconoció en seguida no por el número, sino por el color y porque tenía un guardabarros torcido.

En aquel momento el automóvil avanzaba con rapidez, lo que indicaba claramente que Waldo había enterado al chauffeur de su presencia y, probablemente, le había dado algunas instrucciones

Tinker siguió hacia el Globe Theatre, pasando el Queen's y estuvo ya en la huella de su perseguido. Habíase imaginado que el viaje iba a ser breve, pero se había equivocado. Le tocaría realizar una larga excursión.

El automóvil disminuyó la velocidad de su marcha cuando estuvo cerca del palacio y después volvió hacia la derecha, hacia el camino de Charing Cross. Rápidamente pasó por el Hippodrome y por el Alhambra. Siguió en línea recta hacia Whitehall, por Bridge Street hasta el final y entonces, volviendo hacia la izquierda, dirigióse al puente de Westminster. Tinker se había imaginado que sería su destino la estación Victoria, pero al ver que se dirigía al puente de Westminster comprendió que no era así.

Una vez en la orilla sud del Támesis, el automóvil acrecentó su velocidad y Tinker tuvo que hacer grandes esfuerzos para no perderle de vista. En realidad, a no haber

ducido frecuentes paradas, el automóvil hubiera dejado atrás al perseguidor hacía ya largo rato.

Pero Tínker podía deslizarse por entre el tráfico con facilidad mientras el automóvil tenía que esperar detrás de los autobuses, los tranvías, etc., con mucha frecuencia. Gracias a eso, Tínker no se separaba mucho del automóvil.

Se preguntaba Tínker a dónde iría Waldo pues el viaje continuaba. Por que pasaron por Kennington y siguieron hacia Brixton, subieron la colina y continuaron hacia Streatham. Tínker pensó que tal vez allí estaría el fin de la jornada.

Pero no estaba allí, y Tínker sufrió una decepción. Comenzó a desear haber traído una motocicleta en lugar de la vulgar bicicleta que montaba. Porque una vez que hubieron llegado a Streatham, el tráfico se hizo menos denso y el automóvil pudo correr mejor, lo que obligó a Tínker a realizar mayo esfuerzo que nunca. Y esto fué poco agradable pues ya se sentía acalorado y cansado.

No pensó, empero, ni un solo segundo en abandonar la persecución. No perdía de vista al automóvil y aun cuando se adelantaba mucho a veces, Tínker conseguía siempre alcanzarle.

Después de Streatham descendió el camino hasta Norbury, donde está la estación terminal de los tranvías de Londres y donde comienza la línea de los Croydon. Parecía que Waldo hubiera tomado el automóvil para que le llevara a alguna población del interior y la idea de que podía ser así no era muy agradable para el sudoroso Tínker.

Sin embargo, continuó la marcha y pedaleó con todas sus fuerzas. El automóvil seguía por la carretera y al cabo de un tiempo llegó a una pequeña extensión de agua, rodeada de limoneros y conocida por el nombre de Laguna de Thornton.

Tínker suponía entonces que Waldo pasaría, sin detenerse, por Croydon y luego por Purley hasta quién sabe dónde. Pero esto, por suerte para Tínker, no iba a ser así.

En cuanto pasaron la Laguna de Thornton, el automóvil volvió hacia la izquierda y siguió por un camino en el que los tranvías de Croydon se unían a los de la población de Thornton.

Tínker se dió cuenta de que aquella carretera se llamaba camino de Brigstock y que por ella iban las vías del tranvía, que tenían varios desvíos. Esto le dió alientos, pues el automóvil de Waldo se adelantó un poco, pero al llegar frente a un edificio grande, — que según vió Tínker era una estación de bomberos, — un coche de tranvía estaba en el desvío y un lento camión a vapor cerraba el camino del otro lado. El automóvil se vió, en consecuencia, obligado a detenerse durante algunos segundos, que permitieron a Tínker reconquistar la ventaja perdida.

Después siguió hacia la cuesta que conduce a la estación de Thornton.

Pero antes de llegar a lo alto de la cuesta el automóvil volvió hacia la derecha y Tínker, apresurándose, leyó el nombre del camino: Bensham Manor Road, que se dirigía hacia Selhurst.

Cuando Tínker volvió por este camino, se dió cuenta en seguida de que el automóvil avanzaba lentamente y que, antes de haber caminado tres cientas yardas, se detenía junto a la acera de la izquierda.

Tínker saltó inmediatamente de su bicicleta en un segundo, agachándose como para revisar la cadena, pero, en realidad, mirando, acurrucado, hacia el automóvil. Si Waldo miraba, por casualidad, hacia atrás, presumiría que Tínker era un ciclista como otro cualquiera. No podía adivinar que le había seguido desde Londres.

No fué el conde de Mazarpin el que bajó del automóvil. Fué un hombre erguido, todo afeitado, ágil y movedizo. Tínker se preguntó qué pensaría el chauffeur, pero a Waldo se le importaría, sin duda, muy poco. Las sospechas del conductor del automóvil debían serle indiferentes.

Porque era Waldo en persona el que pisó la acera; el Hombre Maravilloso sin disfraz de ninguna clase. Pagó al chauffeur y el vehículo se volvió en seguida, comenzando su viaje de regreso al West End de Londres.

Tínker no dejó de fijarse en el portón por donde había entrado Waldo. Acercándose más, observó el aspecto de la casa sin dejarse ver. Su observación fué cuidadosa, pero fueron sus oídos, no sus ojos, los que le indicaron algo de importancia.

La casa era de tipo de las llamadas chalets sin serlo, semi aislada, con un pequeño jardín, cuadrado, al frente, una verja de hierro y un camino embaldosado que conducía a la gradería de la entrada. No se veía a Waldo por ninguna parte y se comprendía que o alguien de la casa había abierto la puerta para que entrara o él llevaba llave con que abrirla. Esto era lo más probable, pues Tínker sabía que a Waldo le gustaba trabajar solo.

Había varias casas muy altas y de construción antigua cerca de donde se encontraba Tínker, pero éstas, según lo notó el joven, estaban divididas en departamentos. A sus oídos llegó un ruido que pronto se transformó en un violento rugido. La verdad acudió al punto a la mente de Tínker; por los fondos de aquellas casas, — o sea a la izquierda del Bensham Manor Road, — pasaba la linea del ferrocarril.

Tínker pensó, durante un momento y recordó que aquella era la línea férrea que conducía a Brighton, o al menos una de las líneas principales de ese ferrocarril.

Por los fondos de aquellas casas, — en los que había también un espacio de terreno libre, destinado a jardín, — pasaban rugiendo los trenes rápidos que iban de la estación Victoria, de Londres, a la de Brighton, el pueblo de la costa, y vice-versa. La estación de Thornton estaba cerca y la de Selhurst a poca distancia, relativamente. Los trenes rápidos no se detenían nunca, probablemente, en esas estaciones.

Tínker permaneció pensativo un momento.

¿Por qué había acudido Waldo a su sitio tan apartado? Sin duda había alquilado la casa amueblada y la empleaba como ocasional retiro. Estaba en un sitio tranquilo que a la vez era centro de un populoso distrito donde sus idas y venidas no podían llamar la atención, como la hubiera llamado en un pueblo de campo.

Además estaba casi cerca de la City y del West End. Y Tínker, habiéndose enterado del destino de su perseguido no sabía qué hacer. Pero por fin decidió que lo mejor que podía hacer era comunicarse con Sexton Blake.

Ya eran cerca de las dos de la tarde, así que Tínker suponía que Blake debía hallarse ya de regreso en Baker Street. Lo primero era encontrar una oficina telefónica. No tuvo que andar mucho, porque encontró una oficina de correos, en el camino principal, casi junto al camino lateral.

A los tres minutos, Tínker se hallaba en comunicación con la casa de Blake.

—¡Hola! ¿Es usted, Tínker? — dijo la voz de Blake.—¿Habla de una oficina? ¿Eh?

—Sí, señor.

—¿Dónde está usted?

—En Thornton.

—¡Dios mío! ¿Tan lejos?

—¡Ya lo creo! ¡Peso cuatro libras menos de cuando salí de Regent Street! — dijo Tínker con sentimiento. — ¡Cómo me ha hecho danzar el personaje, señor! Cree que logró darme esquinazo, pero yo le comprendí el juego.

Y Tínker contó a Blake en las menos palabras posibles, todo cuanto le había sucedido desde que se alejó de la joyería de Silver. Terminó diciendo cómo Waldo había bajado del automóvil despojado de su disfraz.

—No es de suponer que vaya a salir de la casa inmediatamente, señor. Por eso creí que lo mejor sería que yo hablara con usted, — agregó Tínker. — ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Espero hasta que usted llegue?

—Sí, es eso lo mejor que puede hacer,— contestó Blake rápidamente. — Voy a hablar por teléfono con Lennard en seguida para que nos reunamos en Whitehall con un buen número de hombres escogidos y vayamos directamente a Thornton. En el interín permanezca usted vigilando.

—¿Qué hago si Waldo sale antes de que usted llegue?

—En ese caso, seguirle, — contestó Blake. — Nosotros volveríamos y usted nos avisaría de nuevo. Pero mejor es que vaya a su puesto de observación. No nos conviene dejar escapar al hombre ya que se le tiene casi seguro.

—¡Un momento, señor! Quiero decirle una cosa, — manifestó Tínker, de prisa.— Por los mismos fondos de las casas situadas al lado izquierdo de Bensham Manor Road pasa una de las líneas principales del ferrocarril á Brighton. Esto me parece un poco significativo, ¿eh? ¡Waldo es tan amigo de los ferrocarriles!

—Sí, probablemente ha escogido esa casa porque ofrece especiales facilidades para escapar, llegado el caso, — dijo Blake. — Me alegro de que me haya dicho eso porque voy a situar a varios hombres en la línea férrea por si Waldo se dirige hacia ella. Bueno: ahora vaya a vigilar. ¡Adiós!

Blake interrumpió la comunicación colgando el auricular. Tínker se metió en un almacén que estaba junto a la oficina de correos y compró un pedazo de queso y unos bizcochos. Con eso en el bolsillo volvió a montar en la bicicleta y regresó hacia la casa de Waldo.

Tínker tenía apetito y no veía razón ninguna para no satisfacer tan urgente necesidad. Era de suma importancia alimentarse. No había tomado nada desde la hora de desayuno y había realizado un esfuerzo extraordinario. Además no tenía idea de la hora a que podría hacer una comida de verdad.

No había mucho sitio donde ocultarse en torno de la casa de Waldo. En vista de eso, Tínker hizo lo único que podía hacer. Volvió la bicicleta ruedas arriba, sacó una llave inglesa y algunas otras herramientas y procedió a arreglar el piñón de la rueda trasera. Al menos parecía que era esto lo que estaba haciendo. Pero no tocó para nada, de su sitio, ninguna pieza de la bicicleta.

Mientras tanto comía el queso y los bizcochos y no dejaba de vigilar el chalet en que Waldo había entrado. Sentíase fastidiado de vez en cuando pues pensaba a veces, que el pillastre podía haberse escurrido por la puerta de los fondos. Pero después de todo, no había razón para que Tínker se preocupara pensando en eso. No podía estar en dos partes a la vez y mientras cumpliera su obligación como es debido, no podía tener nada que reprocharse.

Pero la espera fué muy larga y comenzaba a desear no haber oído hablar nunca de Waldo cuando llegó la hora a que, según su cálculo, debía llegar Sexton Blake con los de Scotland Yard. Nada había sucedido que hubiera amenizado de algún modo la monotonía de aquella vigilancia.

No era, por cierto, una agradable misión porque el día era frío y húmedo y soplaba un viento bastante molesto. De vez en cuando, tres o cuatro muchachos se reunían para ver como trabajaba Tínker y le observaban con mucho interés. En esas ocasiones tuvo que mostrarse más activo. No podía quedarse sin hacer nada.

Pero al fin, cuando ya comenzaba a sentirse realmente disgustado, un automóvil abierto, muy grande, llegó a toda prisa y los ojos de Tínker relucieron cuando el joven reconoció el automóvil aquél.

Sexton Blake manejaba y a su lado estaba sentado el jefe detective inspector Lennard. En los demás asientos estaban media docena de hombres de Scotland Yard. Tínker les hizo señas agitando la mano, en seguida, y el automóvil se acercó a la acera y se detuvo.

—¡Ya era tiempo! — gruñó Tínker con gesto de fastidio.

—¿Qué dice, joven, si hemos batido todos los "records"? — dijo el jefe inspector.— Además hemos infringido todas las ordenanzas sobre velocidad, así que no tendrá nada

de extraño que Blake reciba varias citaciones o avisos de multas, dentro de un par de días.

—¿Ha sucedido algo, Tínker? — preguntó Sexton Blake con mucho interés.

—Nada, señor. No he visto señal ninguna de Waldo desde que entró en la casa, —dijo Tínker.—Es la sexta casa de la izquierda, mirando de aquí... la que tiene el portoncito entreabierto. No estoy nada contento de este trabajo. Tengo el presentimiento de que Waldo está ya a varias millas de distancia de aquí, a estas horas.

Sexton Blake se sonrió.

—No hay que ser tan pesimista, Tínker,—dijo.—Después de todo tenemos razones mas que sobradas para creer que Waldo ignora que le hayan seguido los pasos. Las probabilidades son que se halle todavía en la casa, tal vez haciendo los preparativos o meditando el plan de otro golpe. Es necesario que le tomemos de sorpresa.

—¡Eso es mucho más fácil decirlo que hacerlo señor! — exclamó Tínker. — Si entramos... ¿cómo vamos a agarrarle? Es fuerte como una docena de leones y activo y ágil como un zoológico lleno de monos. La misión que tenemos ante nosotros es bastante seria.

—Bueno, sea como sea, el tipo es un hombre y si lo tomamos en serio, debemos de prenderle, — dijo Lennard. — Ya me voy cansando de que se burle de nosotros ese maldito personaje. Estoy decidido a enseñarle que con Scotland Yard no juega el que quiere cuando le da la gana.

Tínker se sonrió.

—¡Hechos y no palabras! — dijo. —¡Manos a la obra!

El jefe inspector miró hacia uno y otro extremo del camino.

—Sí; no hay razón ninguna para que perdamos más tiempo. ¡Vamos!—asintió.—Veamos. Detrás de las casas pasa la línea del ferrocarril que tiene, en esta parte, cuatro vías paralelas. Un espacio bastante ancho ¿eh? ¿Sabe usted si hay algun puente en las inmediaciones, fuera del puente de la estación?

—Sí; hay uno al extremo de este camino y además una pasarela para peatones solamente, a unas cien yardas de aquí, — contestó Tínker.—Pude hacer estas averiguaciones mientras esperaba. ¿Ve usted allí, la entrada a aquel pequeño pasaje? Pues entrando por allí, pasando por la pasarela y descendiendo del otro lado, se encontraría usted en un distrito como de obreros con la calle principal de Thornton precisamente delante.

—Bueno; no creo esos detalles fueran necesarios, — dijo Lennard.—Ya he situado media docena de hombres en la línea férrea. Llevan allí un rato, en realidad.

Sexton Blake era el que se lo había aconsedo a Lennard, antes de salir de Londres. Habían hablado por teléfono a la oficina de Thornton, que quedaba a poca distancia de la estación y un grupo de policemen había sido enviado en seguida a la estación desde donde siguieron por la línea férrea a fin de vigilar el fondo de la casa de Waldo pues sólo una tapia separaba el jardín del chalet de la línea férrea.

Había sobradas razones para creer que Waldo seguía en la casa y Sexton Blake estaba decidido a proceder con toda energía. El único modo que podía emplearse era proceder con temeridad y sin la menor vacilación. Así pues, con Lennard y Tínker y dos de los hombres de Scotland Yard, se encaminó al porton de la casa y pronto estuvo en la puerta del frente. Los demás de Scotland Yard se acercaron a fin de hallarse preparados si Waldo pretendía escapar corriendo.

En el momento en que Blake iba a llamar a la puerta alteró su táctica. Se dió cuenta de que una de las ventanas del piso bajo no estaba bien cerrada. En un instante la abrió y por ella se metió, de un salto, en la casa. Tínker y los otros le siguieron.

La habitación no era muy grande y estaba pobremente amueblada. La puerta estaba cerrada. Blake tomó la manija y abrió aquella puerta. Casi esperó encontrarla cerrada del otro lado. Se halló en un estrecho hall con la puerta del frente a su izquierda y la escalera a la derecha. A un lado de la escalera continuaba el hall que daba acceso a la cocina y la antecocina. Junto al comienzo de la escalera estaba la puerta de la sala con, probablemente, puerta que daba al jardín. Pero Blake no tuvo tiempo para investigar eso.

Porque, en aquel mismo momento, Rupert Waldo apareció a la cabeza del primer tramo de la escalera. Vestía un grueso traje a cuadritos, una gorra de tela igual y calzaba borceguís de doble suela, de los de jugar al golf. Evidentemente estaba preparado para marcharse y se había despojado de todo rastro de su disfraz.

—¿Qué es eso? ¡Blake! — exclamó cordialmente Waldo. — ¿Una visita por sorpresa, eh? ¡Siento tanto no poderme quedar un rato! ¡Mi tren va a pasar casi en seguida!

Waldo estaba allí, de pie, mirando hacía abajo. Era caso imposible no mirar a aquel hombre como a un criminal peligroso, como a un canalla capaz de las mayores villanías, pero era un ladrón que, sin embargo, siempre había evitado toda violencia. Nunca, voluntariamente, había lastimado a ninguna de sus víctimas. Waldo buscaba únicamente ganancia, trabajaba enteramente solo y cometía sus delitos sin derramar sangre.

—Me alegro de encontrarle en casa, Waldo, —dijo, suavemente, Sexton Blake. — Me figuro que tendrá usted en su poder lo que es propiedad del señor Samuel Silver y...

—Y eso es lo que usted viene a buscar, supongo, ¿eh? — interrumpió Waldo. — Su poder de adivinación es maravilloso, amigo mío. Sí, tengo en mi poder las alhajas del señor Silver, pero siento no hallarme dispuesto a entregárselas a usted. Resulta que ya he hecho mis planes sobre el destino que he de darles. Espero que usted no intentará ningún disparate porque no puede figurarse lo que odio toda violencia.

—¡Canalla del demonio! ¡Lo mejor que puede hacer es entregarse! — gritó Lennard. —¡Esta vez no podrá escapar, así que le conviene admitirlo y no dar trabajo!

El Hombre Maravilloso se rió.

—¡Oh! ¡Nuestro humorístico viejo amigo, el señor Lennard! — exclamó sonriendo. — ¿Cómo le va, Lennard? ¿Otra vez en la brecha? ¡Pues no puede figurarse lo que siento decepcionarle a usted en esta ocasión! ¡Es siempre una lástima ver a un concienzudo representante de la ley, burlado y ridiculizado por un pillastre, por un ladrón de alhajas como yo!

El jefe inspector gruñó y le miró fijamente.

—¡Es usted un charlatán y muy atrevido, Waldo y es usted muy ágil, pero no va a poder continuar con este juego mucho tiempo! ¡Créame usted! — exclamó. — Bueno: ¿se entrega usted o no?

—¡No! — respondió Waldo, riendo.

—¡Maldito canalla!...

—¡Vamos! ¡Nada de enojarse! — dijo el Hombre Maravilloso con serenidad. — Me sorprende ver que usted pierde los estribos con tanta facilidad, señor Lennard.

—¡Si usted no es suficiente para sacar a cualquiera de sus casillas, no sé quién puede serlo! — exclamó Lennard. — Confieso que es usted muy hábil y lo ha demostrado más de una vez. Bueno, debido a la actividad del señor Blake, se le ha seguido hasta esta casa y se le ha encontrado en ella. No quiero que suponga nadie que deseo darme tono atribuyéndome hazañas ajenas. Pero esta casa está enteramente rodeada. Dispongo de seis hombres, sin contar el señor Blake y Tinker. Hay más hombres en la línea férrea y el jardín del fondo está bien custodiado. Si usted intenta escapar provocará mucho desorden y no conseguirá nada. Tenga corazón y entréguese. Tengo el automóvil a la puerta y todo se hará sin la menor ostentación.

—Es usted muy atento y le agradezco su fina delicadeza, — contestó Waldo. — Pero, como le he manifestado antes al señor Blake, mis planes no coinciden con los suyos. Además su propuesta no me gusta gran cosa. ¡La verdad! ¡Dios mío! — agregó, mirando el reloj. — ¡Poco falta para mi tren! Perdonen, pero tengo que despedirme de ustedes. ¡Muy buenas tardes!

Saludó agitando la mano, se volvió y subió hasta el rellano del piso superior. Blake miró a Lennard que apretaba los dientes. No podían comprender el significado de aquel movimiento. ¿Qué podía ganar Waldo, subiendo al otro piso?

—¡Maldito canalla! — exclamó Lennard furibundo.

Corrió escaleras arriba y cuando llegó al rellano se encontró con que Waldo no estaba ya allí. El Hombre Maravilloso, en realidad, había subido por una escalera más estrecha, al piso superior en el que había tan sólo dos pequeñas buhardillas. Pero allí no había por dónde escapar. Lennard, sin embargo, se sentía molesto, temía que Waldo tuviera preparado algún modo especial para huir.

La puerta de la buhardilla del frente estaba abierta. Pero la otra buhardilla estaba cerrada y cuando Lennard llegó al rellano oyó que abrían una ventana. Rápido como el pensamiento, el inspector jefe sacó un silbato y dió tres cortos toques vibrantes. Esta era la señal que había convenido de antemano y significaba que los que se hallaban fuera debían estar alerta.

La puerta estaba cerrada y Lennard la empujó con su nervudo hombro, ejerciendo la mayor fuerza que le fué posible.

—¡Ayúdenme ustedes! ¡Pronto! — gritó, dirigiéndose a los que le acompañaban.

Blake ya se encontraba tras él y Tinker muy cerca. Los otros empleados de Scotland Yard habían corrido escaleras abajo, obedeciendo a una orden de su jefe. La puerta resistió el empuje solamente uno o dos segundos. Después se abrió para adentro con un fuerte chasquido de madera astillada.

Allí, de pie en el borde de la ventana, estaba Rupert Waldo. Miró hacia el interior de la habitación y sonrió.

—¡Siento mucho tener que separarme de ustedes así tan precipitadamente!—exclamó. —Parto para Brighton, Blake. Tal vez le vea a usted por allá, ¿eh? No niego que estas aventuras me divierten extraordinariamente. No hay nada como una persecución accidentada para calentarse uno la sangre.

Lennard avanzó corriendo, pero en el mismo momento, Waldo se dejó caer pura y sencillamente, al parecer, en el espacio. El jefe-inspector se quedó atónito y pálido. Durante unos breves segundos casi creyó que Rupert Waldo se había arrojado decidido a morir. Pero, al punto, conoció la verdad.

El y Blake llegaron juntos a la ventana y los dos pudieron ver un reluciente garabato de metal fijo en el alféizar de la ventana. Blake movió la cabeza; algo parecido había visto en otra ocasión y ya había esperado que el Hombre Maravilloso hiciera uso de ello.

Waldo había empleado una combinación muy sencilla, un aparato patentado que consistía en una soga elástica que era invención suya y no tenía más que unos pocos pies de largo. Uno de los extremos de esa soga estaba atado al otro gancho del garabato sujeto al borde de la ventana. Al saltar por la ventana agarrado a la punta suelta de la soga, Waldo descendió al extremo de la misma sin golpe fuerte de ninguna clase, pues semejante golpe o tirón fué evitado por la elasticidad de la misma soga. Entonces, soltando el extremo de la soga, saltó la poca distancia que le separaba del suelo en aquel momento.

El hecho de que cuatro hombres de Scotland Yard le estuvieran esperando, no le importaba gran cosa a Waldo. Se preparó para el momento de dificultad con la mayor alegría, y se percató también del ruido que

se oía, a poca distancia, en las vías del ferrocarril.

Los cuatro hombres estaban esperando, preparados para recibir al notable ladrón; pero esperaron en vano. Por que Waldo, cuando se hallaba a unos diez piés del suelo avanzó de pronto, por el aire, dando con un talón en la pared de la casa. En el mismo momento se soltó de la elástica soga y fué a dar, en el suelo, a varias yardas del sitio donde los empleados de policía lo estaban esperando y a espaldas de los mismos. Antes de que los de Scotland Yard se pudieran volver y pudieran correr hacia él, Waldo huía ya a toda velocidad.

Lanzó una breve carcajada burlona y en un instante logró escabullirse de las manos de dos hombres que surgieron de detrás de unos arbustos y quisieron atajarle. Blake y Lennard, asomados a la ventana, en lo alto, observaban lo que pasaba con encontrados sentimientos. Sexton Blake había esperado que sucediera algo por ese estilo. Lennard se sentía furioso y gritaba lo más fuerte que le era posible, dirigiendo insultantes observaciones a sus desdichados subordinados.

Pero de poco servía. Aun cuando le hubieran rodeado y se hubiese producido una riña de los seis contra Waldo, éste se hubiera librado de ellos con toda facilidad. Pero tal como se produjeron los acontecimientos, no hubo tiempo ni ocasión de que tal cosa sucediera. El tren que iba a tomar había llegado, como lo había dicho y bien es sabido que el tren no espera por nadie.

Waldo cruzó el jardín a todo correr. En el mismo momento en que llegaba al fondo del terreno un tren pasaba tronando por la vía principal, procedente de Londres y camino, después de cruzar por Croydon, hacia el campo.

Era el tren rápido de la tarde, para Brighton, un tren que no se detenía en ninguna estación intermedia. El convoy se componía de varios coches Pullman y de coches comunes y corría con buena velocidad; aun cuando, como en aquel momento ascendía por una acentuada cuesta, no corría con toda la ligereza con que hacía el resto del rápido trayecto.

Waldo había esperado, evidentemente el paso de aquel tren, porque ni vaciló siquiera un solo segundo. Saltó hacia la valla de madera que cerraba el terreno del jardín por aquel lado, y llegó al borde superior de la misma tal como lo hubiera hecho un mono, de un solo, directo y ágil salto. Más allá, en la vía férrea, un grupo de policemen de la localidad le estaban esperando para recibirle calurosamente. Pero ellos, lo mismo que los empleados de Scotland Yard apostados en el jardín, esperaron en vano.

El tren pasaba rápidamente cuando Waldo llegó al borde superior de la valla de madera del fondo del jardín. Se encogió para dar otro nuevo salto y en seguida, saltó hacia fuera. Todo se produjo con una rapidez tal que se hubiera dicho que ya había pasado antes de que se percataran de que había comenzado. El nuevo salto de Waldo llevó al Hombre Maravilloso, por los aires, a la altura de los rieles y, al caer, dió precisamente en el medio del tren rápido, en el techo, liso y ancho, de uno de los coches Pullman.

Unicamente Waldo sabía el esfuerzo que semejante hazaña le había costado.

Fué por un milagro, al parecer, que pudo evitar el caer del otro lado del tren que pasaba. Cayó en el techo del coche Pullman en cuatro pies y se agarró, desesperadamente a uno de los ventiladores de las lámparas del techo. Tenía las manos rozadas y casi ensangrentadas, pero no soltó, a pesar del dolor que sentía Una vez pasado el primero y terrible momento, lo demás fué enteramente sencillo y fácil, para un hombre como él. ¡Al fin se hallaba en el tren, que no pararía hasta llegar a Brighton, bastante después y había burlado una vez más a la policía, a pesar de todas las precauciones que ésta había adoptado!

CAPITULO CUARTO

Una persecución desesperada



BLAKE tenía una expresión de verdadero e intenso fastidio cuando Waldo desapareció, llevado por el tren rápido.

—¡Si ese incidente hubiera sido descripto en una novela, yo lo hubiese declarado imposible! — exclamó. —No creo que exista en el mundo otro hombre capaz de hacer algo así con plena seguridad de éxito. Aun el mismo Waldo debía saber que sólo tenía muy pocas probabilidades, tal vez una contra diez, de salir bien semejante hazaña. Es el hombre más temerario y audaz que he conocido en mi vida.

El jefe-detective-inspector Lennard casi danzaba de furor.

—¡Maldito sea ese grandísimo canalla! ¡Es escurridizo como una anguila! — exclamó acalorado. — ¡Y yo creí que esta vez lo teníamos seguro, Blake! ¡Por vida!... ¡Voy a darles, a esos tontos que esperaron en el jardín una reprimenda que!...

—Mi querido Lennard, no sea usted tan poco razonable. — le interrumpió Blake.— Han hecho cuanto han podido hacer. ¿Cómo iban a suponer que Waldo iba a dar semejantes saltos? Pero no tenemos ni un solo momento que perder. Es necesario que vayamos a Brighton.

—¿A Brighton? — preguntó Tinker rápidamente y con gran interés.

—¡Sí! ¡A Brighton!

—¿Y para qué demonios vamos a ir a Brighton? — preguntó Lennard. — ¿Supone usted que va a encontrar allí a Waldo? ¿Supone usted que yo creo lo que dijo?

—Según parece, usted no lo cree; pero yo



El detective-inspector Lennard avanzó corriendo, pero, en el mismo momento. Waldo se dejó caer, pura y sencillamente, al parecer, en el espacio. Durante unos breves momentos Lennard creyó que el ladrón se había arrojado decidido a morir. Pero, al punto, conoció la verdad. ("El Hombre Maravilloso",Pág. 25).

sí, — dijo Sexton Blake con tranquilidad.— Waldo dijo, antes de marcharse, que se dirigía a Brighton, y yo estoy convencido de que decía la verdad. Es característico de la manera de ser de ese hombre, el habernos dado esa información. Se echa de ver que a Waldo le divierte muchísimo la persecución y con seguridad espera, con secreta alegría, que un pequeño ejército policial le esté esperando a su llegada al pueblo de la costa del mar.

Lennard pareció, durante un momento, hallarse enteramente perplejo e indeciso.

—¡Qué me ahorquen si sé qué es lo que conviene hacer! — dijo, de repente. — Creo que lo mejor sería, tal vez, correr a la estación y hacer que detengan el tren y lo revisen bien... ¿eh?

—¡Eso estaría muy bien! — dijo Tinker. —¡Excelente idea!

—¿Qué dice usted? — preguntó el de Scotland Yard, mirando al joven.

—¿Pero es que supone usted que de ese modo va a capturar a Waldo? — preguntó Tinker. — El tren es rápido y va hasta Brighton, a toda velocidad, sin detenerse en ninguna estación. ¿Qué cree usted que hará Waldo si nota que el tren empieza a detenerse donde no le corresponde por el horario? Pues saltará del tren y desaparecerá por el campo, antes de que se haya empezado a buscarle. Nos hallamos ante un problema lleno de dificultades, señor Lennard y no es fácil, por cierto, dar con la solución. ¡Es una situación muy difícil la nuestra!

El jefe-inspector inclinó afirmativamente la cabeza.

—¡Tiene usted razón! — asintió con voz ronca. — Tal vez sea mejor dejar que el tren realice su viaje tal como el horario lo indica. Voy a hablar por teléfono a la policía de Brighton y ver qué es lo que pueden hacer allí. Personalmente no creo que Waldo vaya a estar en el tren cuando el convoy llegue a Brighton, pero eso es lo mejor que puede hacerse. Por otra parte, eso es lo único que podemos hacer.

—¡Claro está que Waldo no va a realizar todo el viaje agarrado al techo del coche Pullman! — dijo Tinker. — Probablemente se deslizará entre dos coches y se sentará con la mayor comodidad en los para-golpes. Daría cualquier cosa por hallarme en Brighton cuando llegue el tren a la estación y entre...

—¡Allí estará usted, Tinker... y yo también estaré con usted! — le interrumpió Blake.

—¿Qué dice?

—Creo que habrá usted oído con claridad lo que he dicho.

—Sí, lo oí; pero no podemos correrle una carrera y ganarle a ese tren, con el automóvil...

—¡Sin infringir todas las ordenanzas sobre tráfico, no, y probablemente rompiéndonos algún hueso! — dijo Sexton Blake. — Pero usted parece olvidarse, Tinker, de que nos hallamos a una o dos millas del aeródromo de Waddon, al que podemos llegar en unos doce minutos, y que será muy extraño que no podamos fletar un aeroplano que nos lleve inmediatamente a Brighton. ¡Por rápido que sea el tren, podremos llegar antes que él y ganarle la carrera!

—¡Por vida de Júpiter! — gritó Tinker entusiasmado. — ¡Esa sí que es una idea sublime!

Sexton Blake no se detuvo para decir nada más al detective-inspector Lennard. El tren corría hacia Brighton y no había tiempo que perder. Sexton Blake estaba seguro de que Waldo decía la verdad al afirmar que iba a Brighton y que realmente iría en el tren hasta el término de su viaje.

En consecuencia, antes de que hubieran transcurrido dos minutos, Blake y Tinker estaban en su automóvil gris y se dirigían rápidamente hacia el aeródromo de Waddon.

Avanzando sin tener en cuenta las ordenanzas sobre la rapidez de los automóviles, consiguieron llegar al aeródromo en menos tiempo del mencionado por Blake. Y, como el detective lo había supuesto, no encontraron dificultad ninguna y consiguieron disponer de un aeroplano de los más veloces.

Blake era bien conocido en el aeródromo, en el que había estado varias veces, aterrizando en él con el aeroplano de su propiedad, pues tanto Blake como Tinker tenían diploma de pilotos aéreos. Cuando, además, Blake mencionó la naturaleza del viaje que se proponía realizar, las autoridades del aeródromo se mostraron muy deseosas de servirle. También sabían algo de Waldo, pues el Hombre Maravilloso, aun no hacía una semana, les había robado un aeroplano ante sus propios ojos. Realmente había sido recobrado el mismo día, con el chassis aplastado y Waldo había pagado el desperfecto; pero, sin embargo, el amor propio de las autoridades del aeródromo de Waddon había quedado ofendido.

Sexton Blake y Tinker partieron poco después, piloteados por uno que había sido oficial aviador del ejército y al que conocía personalmente el detective.

El aeroplano era muy rápido y ayudado por el viento favorable, hizo todo el viaje a razón de más de cien millas por hora. En consecuencia, descendieron lo más cerca posible de Brighton, y Sexton Blake y Tinker estuvieron en la estación del ferrocarril siete minutos antes de la hora a que debía llegar el rápido.

Fué un viaje rápido, pero de ningún modo extraordinario, pues se había realizado el mismo trayecto, en menos tiempo, gran número de veces.

—Ya me figuraba yo que podríamos realizar el viaje con toda comodidad, Tinker. — dijo Blake. — Esa es la ventaja de estos modernos sistemas de locomoción. Si Waldo no llega en el rápido, sufriré una grandísima decepción. Y, según el aspecto de las cosas, la policía de Brighton ha hecho ya algunos preparativos.

Tinker miró en redor.

—No veo gran cosa, señor. — dijo. — No se ve ni a un solo policeman por estos sitios.

—¡Pero mi querido Tinker!—protestó Sex-

ton Blake como reconviniendo a su ayudante.

Tinker volvió a mirar; miró con gran atención. Entonces, lentamente, una sonrisa apareció en su rostro, y gradualmente fué acentuándose. Pareció que contaba y por último volvió a mirar a Blake, nuevamente.

—Son diez los que hay, señor, según parece,—manifestó.

—No, Tinker; son quince, — dijo Sexton Blake. — Probablemente habrá otros quince fuera del alcance de nuestra vista y, con seguridad no están todos vestidos de uniforme.

Tinker, durante un segundo momento de observación se fijó en un número inusitado de corpulentos tipos, vestidos de particular, que iban de un lado a otro, estudiaban los horarios y contemplaban los avisos, etc. En el primer momento esos hombres no le habían llamado la atención. Poco después de un nuevo examen los reconoció fácilmente, echando de ver que eran policeman vestidos de paisano. Estaban esparcidos por todas partes y únicamente unos pocos ocupaban la plataforma de llegada.

Como Blake lo había dicho, probablemente había algunos más, varios cerca de la vía, dispuestos a precipitarse sobre Waldo si éste descendía del tren por el lado contrario.

—Lennard ha hablado por teléfono, a juzgar por lo que se ve, — observó Blake. — Y supongo que debe haber grandísima agitación en la jefatura de policía de Brighton. Se conoce que han decidido hacer el mayor esfuerzo posible, procurando ganarse la palma y que sea la policía de Brighton la que prenda al famosísimo Waldo.

—¿Cree usted que podrán lograrlo?—preguntó Tinker con sumo interés.

—¡Francamente, no lo creo! — dijo Sexton Blake, moviendo negativamente la cabeza. — Waldo se espera todo esto y estará en guardia sin duda. Pero aquí estamos nosotros, Tinker y podremos, al menos, presenciar todo lo que ocurra.

El público en general, naturalmente, no estaba enterado de lo que pasaba y no había movimiento extraordinario cuando el rápido de Londres entró en la enorme estación.

Se abrieron todas las portezuelas del convoy, y la plataforma se llenó de gente, aun cuando el tren no venía lleno ni mucho menos. Tinker examinó a la multitud, persona por persona y de pronto, le dió un tirón de la manga a Blake.

—¡Ya le he visto, señor! — exclamó con grandísima nerviosidad.

—¡Bien! — dijo Sexton Blake. — ¡Yo también le he visto!

El detective, en verdad, había visto a Waldo cerca de tres segundos antes de que Tinker le avisara. El habilísimo ladrón, — es asombroso tener que decirlo, — presentaba el mismo aspecto que cuando salió de la casa de Thornton. No llevaba ni el menor asomo de disfraz. Lo único que había hecho había sido ponerse unos guantes que ocultaban las lastimaduras de las manos.

Cumpliendo su palabra, había llegado a Brighton. Una característica de la manera de del Hombre Maravilloso era, como se ha visto el no ocultar sus planes sino informar a la policía de antemano, para que pudiera realizar los preparativos que se le diera la gana.

A Waldo le divertían esos excitantes encuentros. Era como si palpara su propia superioridad, su capacidad para escapar siempre, a pesar de todo cuanto hiciera la autoridad por evitarlo.

Y con toda seguridad, la policía de Brighton había hecho todos los mayores preparativos posibles.

Waldo se dió cuenta de cuál era la verdadera situación, en unos pocos segundos. Tan pronto como pisó la plataforma, miró rápidamente a uno y otro lado y no le costó trabajo percatarse de la presencia de los policemen vestidos de particular. Además se dió cuenta de la presencia de Sexton Blake y de Tinker. Durante un segundo, frunció el ceño.

—¡Esto sí que no me lo esperaba yo! — murmuró. — ¡Maldito Blake! El y Tinker deben haber venido en aeroplano; no podían haber vencido, en su carrera, al tren rápido, de ningún otro modo. Según parece se va a producir un poco de excitación.

Uno de los favoritos sistemas de Waldo consistía en adelantarse a los movimientos de su adversario. Sabía perfectamente que iba a verse rodeado de agentes de policía antes de que llegara a la salida de la estación. Le habían visto y ya se iban acercando a él. Pero él parecía no haberse fijado en lo que ellos hacían.

Entonces fué cuando Rupert Waldo entró en actividad.

No esperó a verse circundado por los de la policía; no quería que todos aquellos policemen, de uniforme o no, se le echaran encima. Dirigiéndose rápidamente a un lado de la plataforma, dió un ligero salto y apoyó los pies en la parte inferior de la abierta ventanilla de un coche. Un instante después estaba en el techo de un tren. No era el rápido en que acababa de llegar; era otro tren, situado en la vía del otro lado y que debía salir dentro de muy poco. Su último coche estaba pegado a los para-golpes del final de la vía.

Un coro de gritos de alarma prorrumpió en seguida y los pasajeros que se dirigían hacia las salidas miraron asombrados al hombre bien vestido que realizaba tan extrañas cosas.

Cuando Waldo comenzaba algo, lo continuaba sin darse punto de reposo. Se movió con la rapidez del relámpago. Corriendo lo más rápidamente posible por el techo del tren, saltó de un coche a otro. Los de la policía, comprendiendo su intención, corrieron hacia el fondo de la plataforma con el propósito de apoderarse de Waldo cuando saltara del techo del tren al andén.

Pero Waldo no saltó al andén.

Llegó al último coche y dió un salto de altura y de extensión, un salto que le elevó por encima de la barrera y le hizo trasponer a ésta, yendo a caer en el vestíbulo de la estación.

La gente se diseminó, aturdida. Blake y Tinker, situados a alguna distancia, procu-

raron, en vano, llegar a aquel sitio. La gente amontonada no les dejó pasar. Ni aún el mismo Sexton Blake había considerado posible que a Waldo se le ocurriera semejante recurso. El asombroso ladrón siempre pensaba algo enteramente extraordinario.

Waldo cayó de pie, necesitó un segundo para recobrar el equilibrio y corrió hácia la salida como un desesperado. Un hombre cualquiera que hubiese dado semejante salto, se hubiese quedado tendido en el sitio, jadeante y destrozado y probablemente se hubiera lastimado de gravedad. Pero Waldo parecía tener el cuerpo hecho de goma elástica.

Sonriendo con toda placidez, se detuvo un momento y miró hacia atrás.

—¡Adelante! — les gritó alegremente. — ¡Vengan ustedes, paralíticos!

Entonces, lanzando una carcajada, corrió, pasó por delante de la boletería, y se encontró con un tranvía que esperaba en el extremo de los rieles. Junto al coche de tranvía estaba un ómnibus automóvil, enteramente desocupado.

Comenzaba a anochecer, pues ya era tarde y el breve día de invierno llegaba a su terminación. Mas aun no era hora de que estuvieran encendidas las luces del alumbrado y las de las casas de comercio. Brighton tenía en verdad, un aspecto triste y aburrido porque el cielo estaba nublado y las calles húmedas a consecuencia de un reciente aguacero.

Waldo disponía de un segundo para tomar una decisión.

Sabía que la gente saldría, en seguida, de la estación, a perseguirle, probablemente encabezada por Blake y Tínker. Y, en verdad, Waldo había esperado encontrar, esperando, varios automóviles. Esta presunción, de su parte, no era lógica. Generalmente hay automóviles esperando a la puerta de las estaciones cuando llega un tren de la categoría del rápido de Londres a Brighton.

Pero, por un desfavorable capricho de la suerte no había allí ningún vehículo automóvil más que el ómnibus.

A Waldo no le pareció agradable la idea de una carrera a pie a través de Brighton. Miró hacia el ómnibus, sonrió y tomó su determinación. En todo esto no empleó tiempo apreciable pues Waldo era rapidísimo en todo cuanto hacía. Notó que el motor del ómnibus estaba funcionando. El chauffeur y el cobrador conversaban, a pocas yardas de distancia; en aquel momento salió de la estación la gente corriendo y gritando.

Waldo saltó. De un salto estuvo en el asiento del conductor, del ómnibus. Movió el acelerador y el vehículo se puso en marcha rápidamente. Era un molesto vehículo para Waldo, acostumbrado a manejar automóviles más pequeños y rápidos.

Pero no le fué dificultoso el manejo del enorme ómnibus y le hizo correr a toda velocidad siguiendo el Queen's Road. El chauffeur y el cobrador corrieron hacia el ómnibus, pero éste se hallaba ya en marcha cuando intentaron alcanzarle. Se oyó una intensa gritería procedente de la estación. La policía comenzaba a todo correr, la persecución.

Sexton Blake y Tínker eran considerados como simples espectadores. Pero corrieron delante de la multitud y pronto se dejaron atrás a los demás. Entonces tuvieron un golpe de suerte porque un automóvil de alquiler apareció por una bocacalle, dirigiéndose lentamente y desocupado, a la estación. En un instante, Blake le detuvo, se metió en él junto con Tínker y dió instrucciones al chauffeur para que persiguiera al autobús. El chauffeur vaciló en el primer momento pero cuando vió el grupo de gente que acudía a todo correr por el Queen's Road, se dió cuenta de que sucedía algo excepcional.

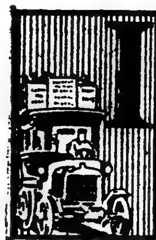
—¡Me parece que el chauffeur creyó que éramos unos delincuentes deseosos de escapar! — exclamó, jadeante, Tínker. —¿Qué me dice de esto, señor? ¿No le parece que este Waldo es ya el colmo de los colmos?

—Es un hombre de recursos extraordinarios, —contestó Blake. — De todos modos yo ya tenía idea de que la "captura" iba a resultar un fiasco como éste. ¡Pero Waldo no me ha vencido todavía, Tínker! — agregó con amargura. — ¡Ahora le sigo la pista y me propongo seguirle hasta donde sea!

—¡Esperemos que todo termine con felicidad! — dijo Tínker, pensativo.

CAPITULO QUINTO

La carrera en el Canal



NTERIN, Waldo, manejando el autobús causaba intensa sensación en Brighton. Con toda seguridad nunca, uno de los vehículos de esa clase, había recorrido aquellas vías con semejante rapidez devastadora.

El autobús avanzaba a toda marcha como si no tomara en cuenta ni el resto del tráfico ni la vida de su conductor. En realidad, por el contrario, Waldo manejaba el autobús con el mayor cuidado y lo dirigía con singular y asombrosa pericia. De no haber sido así, hubiera atropellado a muchos vehículos, matado a varios caballos y destrozado a algunos peatones.

El autobús corría a razón de unas treinta millas por hora, haciendo un ruido infernal y balanceándose peligrosamente. Los transeuntes corrían, al verle, en todas direcciones. Pero siempre que había tráfico en el camino, Waldo procedía con precaución. Aminoraba la marcha, se movía de un lado a otro y manejaba el vehículo con extraordinaria pericia.

Una vez, en un sitio donde se cruzaban dos calles, apareció el carro de reparto, de cuatro ruedas, de un almacenero, descuida-

damente manejado por un muchacho que se aturdió en seguida.

Waldo desvió de tal modo el autobús, que subió a la acera, pero, a pesar de eso, no pudo evitar que se produjera el desastre. La rueda del lado de fuera del autobús dió con la trasera del carro del almacenero, y un segundo después el carro estaba deshecho y el ómnibus seguía su carrera con un guardabarros doblado y algunos arañazos en la pintura de la caja, pero sin haber sufrido, por lo demás, daño de mayor importancia. Tras él el camino quedó cubierto de madera astillada, de paquetes deshechos de queso, manteca, arroz, te y otros diversos artículos de almacén. El caballo y el muchacho no habían sufrido ni lo más mínimo. Pero éste, relativamente feliz resultado, se debió a la rapidez con que Waldo desvió el autobús.

Continuó, pues, la carrera, seguido de una muchedumbre cada vez más numerosa y más excitada. Para la mayor parte de los testigos de aquella escena, será siempre un milagro, —no lograrán jamás entenderlo, — el que fuera posible que Waldo no matara lo menos a una docena de viandantes en su loca carrera a través de la ciudad.

Por último llegó a la avenida de frente a la costa. Allí el camino era ancho y no presentaba obstáculos. Waldo continuó serenamente, maravillando a cuantos veían correr al ómnibus. Mientras avanzaba veloz, Waldo no se distraía ni un solo momento y se fijaba en todo. De pronto le brilaron los ojos y una sonrisa de satisfacción le iluminó el rostro.

Waldo era, esencialmente, un oportunista. Pocas eran las veces en que combinaba sus planes por anticipado, pensados y detallados, al menos en lo que se refería a la huída. El, generalmente, dejaba que fuera lo que la casualidad quisiera, sintiéndose convencido de que no le faltaría habilidad y prontitud para lograr sacar buen partido de las circunstancias, tal como se presentaran.

En aquella ocasión, mientras corría por la avenida de Brighton que seguía la línea de la orilla del mar, se dió cuenta de algo que casi le hizo reir entre dientes, tal fué la satisfacción que le produjo. Había estado pensando cómo le sería posible burlar por completo a sus perseguidores, no tan sólo a los de la policía, sino a Sexton Blake, pues Rupert Waldo se reía de la policía tanto o más de cuanto respetaba y temía a Sexton Blake.

Se hallaba ya bastante cercano del muelle del oeste y no veía por ninguna parte a los perseguidores. Se había dejado atrás a todos los que le perseguían, excepción hecha del automóvil de alquiler, en el que Waldo no se había fijado mayormente, pues, ni por un solo instante se le había ocurrido que aquel automóvil pudiera estar ocupado por Sexton Blake y Tinker.

Como ya era bastante tarde y hacía un poco de frío, poca era la gente que se veía en la avenida de frente al mar y ninguna la que andaba por el muelle del oeste, que, partiendo de la costa, con la que formaba ángulo recto, avanzaba unos centenares de yardas mar adentro. Toda la extensión del ancho y largo muelle se veía libre de todo obstáculo. Waldo paró el movimiento del motor del ómnibus y antes de que el vehículo se detuviera, saltó ágilmente del asiento y corrió hacia el muelle, trasponiendo la barrera de otro salto. Entonces, con la vista fija en algo que se movía en la superficie del mar, corrió por el muelle con tanta rapidez como si el éxito definitivo de su huída dependiera de aquel esfuerzo.

Corrió con velocidad tremenda, poniendo en aquella carrera hasta la última onza de energía que le quedaba en el cuerpo. Y cuando llegó al extremo del muelle, la razón de su rapidísimo movimiento quedó plenamente explicada.

Una poderosa lancha automóvil navegaba veloz hacia la costa, y se hallaba en aquel instante, a unas cien yardas del extremo del muelle, no hacia el mar, sino paralelamente. En otras palabras: si la lancha no variaba de rumbo iba a pasar tan sólo a pocas yardas del extremo del muelle. Waldo se había percatado de esto y lo había calculado cuando se hallaba en la avenida de la costa. Vió, en realidad, una nueva oportunidad de estremecer de asombro, nuevamente, a los habitantes de Brighton.

Dos o trescientas yardas de aquella lancha a motor corría otra, también a gran velocidad. Waldo no pretendía saber quiénes eran los que estaban en aquellas lanchas o por qué corrían en semejante forma. Pero, en realidad, las dos lanchas eran de propiedad de entusiastas sportsmen y lo que hacían, en aquel momento, era jugar una improvisada carrera. El mar estaba enteramente sereno y los que iban en las lanchas automóviles viajaban, complacidos, en ellas. Regresaban ya, a su embarcadero y lo hacían placenteramente.

No se debe suponer que aquellas lanchas eran de tipo de las que se ven, comunmentes, para alquilar, en todos los pueblos de la costa. Esas lanchas de alquiler son miradas con desprecio por los verdaderos aficionados entusiastas a las lanchas automóviles. Son lentas y pesadas y no tienen, en realidad, poder ninguno.

Las embarcaciones en que Waldo se fijaba en aquel momento, eran de tipo muy distinto. Ambas eran largas, de atrevida proa, de porte imponente, pintadas de gris opaco y dotadas de motores de potencia excepcional. En el hueco destinado a los pasajeros, de la primera de las lanchas,—aquella en que Waldo se había fijado,—iban dos hombres, envueltos en sus capotes impermeables y protegidos con gafas como las de los automovilistas, buenas gorras y echarpes, contra el agua que, pulverizada, levantaba la proa al cortar la superficie del mar. La máquina de la primera de las dos lanchas latía acompasadamente pero no funcionaba, por cierto, a toda velocidad.

Waldo se detuvo preparado. Y no se equivocó ni lo más mínimo. La lancha automóvil se aproximó deslizándose y llegó a la cabeza del muelle de modo que no la sepa-

raba del armazón de hierro del mismo ni siquiera cinco yardas. Waldo sintió ganas de reir, de contento, tan fácil se le presentaba su nueva hazaña.

Retrocedió un paso y luego, de repente, saltó hacia fuera, con toda limpieza. Fué a caer, con toda exactitud, sobre la cubierta,—en forma de caparazón de tortuga,—de la parte delantera de la lancha a motor. Se resbaló en la húmeda superficie, se deslizó por ella después y pasado un breve instante cayó rodando en la hondura del hueco donde estaban los asientos para los pasajeros.

—¿Qué diablos significa semejante?...—comenzó a decir uno de los dos ocupantes.

—¡Lamento muchísimo molestar a ustedes, pero yo necesito esta lancha! — dijo Waldo decididamente. — ¡Ustedes van a llevarse un chapuzón, me parece, pero supongo que no será el primero que habrán sufrido en su vida!

Antes de que el hombre pudiera pronunciar una sola palabra, se sintió levantado y arrojado por sobre la borda como si hubiera sido un chico. El otro pasajero, lanzando un grito de furor y de horror, se apoderó de algo con que atacar al demente recién llegado. Era el que manejaba y estaba sentado tras del volante y demás aparatos de dirección.

Pero antes de que pudiera intentar su ataque contra Waldo, fué levantado de su asiento y enviado tras de su compañero. La fuerza del Hombre Maravilloso era estupenda. Aparentemente no necesitó hacer ni el menor esfuerzo para realizar aquello.

Todo el incidente, en realidad, había acontecido en menos tiempo del que se necesita para explicarlo, y la lancha seguía su marcha. Waldo se instaló en el asiento de dirección, examinó un momento las diversas manijas y palancas y después hizo que la lancha virara en redondo. Su intención era arrojar al agua un par de salvavidas que se encontraban a su alcance. Pero abandonó esta idea.

La segunda lancha se aproximaba y se notaba claramente que sus ocupantes se proponían salvar a los dos hombres que estaban en el agua. Por lo tanto, Waldo no perdió tiempo. Dirigió su embarcación mar afuera y dió toda la fuerza al motor.

En el primer momento se quedó casi estupefacto ante el resultado. La lancha automóvil realmente se levantó fuera del agua y voló. Se limitaba a rozar la superficie con la quilla; no hundía en el mar más que la parte de popa. Su velocidad era aterradora.

Mientras tanto, Sexton Blake y Tinker no habían permanecido ociosos.

Llegaron al muelle del oeste menos de un minuto después de que Waldo saltara del autobús. Cuando bajaron del automóvil vieron que Waldo corría por el muelle hacia el extremo del mismo. Toda una multitud se congregó en la avenida de frente al mar, mirando maravillada y preguntándose qué significaba todo aquello. Porque, hasta aquel momento, el grupo de perseguidores que había salido de la estación y cruzado la ciudad, no había llegado.

—¿De qué se trata ahora, señor? — preguntó Tínker, jadeante.

—Creo que lo sé. Pero tenemos que asegurarnos,—dijo Blake. — ¡Corramos! ¡De prisa, joven! ¡De prisa!

Entraron en el muelle y corrieron hacia el extremo. A Waldo no podían verle en aquel momento: le ocultaba el kiosco que había en el muelle. Había pasado por él, descendido los escalones del otro lado y continuado hacia el final. Cuando Blake y Tínker pasaron al otro lado del kiosco no vieron a Waldo. Había desaparecido por completo.

Corrieron hasta llegar a lo último y mirando hacia el mar, vieron que la lancha automóvil se alejaba de tierra a gran velocidad. Cerca del muelle, en el agua, dos hombres se movían, nadando, y una segunda lancha viraba, acudiendo en su auxilio.

—¡Vamos! ¡Esto sí que es bueno! — exclamó Tínker. — ¡Al fin y al cabo, se ha escapado! ¿Cree usted que esto lo tenía ya combinado, señor?

—¿Combinado? ¡No! — respondió Sexton Blake. — Waldo no ha hecho más que sacar partido de la oportunidad que se le ha presentado. Es un tipo de habilidad asombrosa en lo de aprovechar las ocasiones que se le presentan. Se nos ha escapado, pero aun queda una probabilidad en favor nuestro y tal vez podamos capturarle aun. En realidad, creo que todo esto nos ha favorecido. La situación ha mejorado notablemente para nosotros.

—¿Mejorado? — exclamó Tínker mirando fijamente al detective. — ¡Pero si Waldo se ha ido!

—¡Exactamente! Y está solo en una poderosa lancha automóvil, — dijo Blake.—Si podemos perseguirle y alcanzarle, es muy posible que podamos tomarle prisionero. En el mar, en alta mar, no va a tener por donde correr... No se le van a presentar nuevas oportunidades de poner en juego sus habilidades acrobáticas tan pasmosas como extraordinarias.

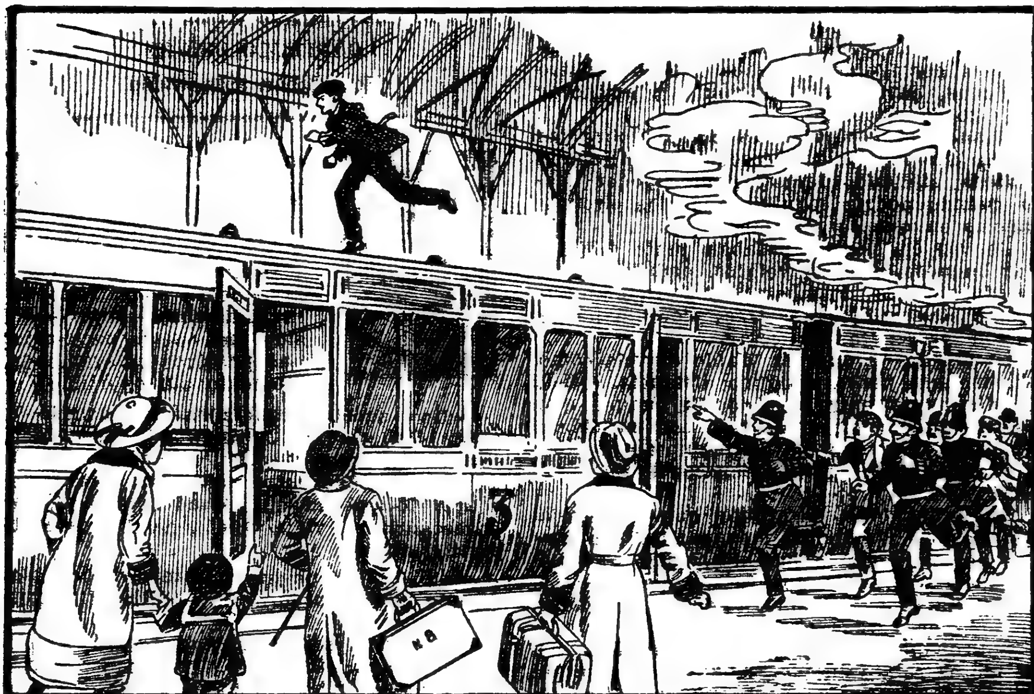
—¿Sabe que tiene usted razón, señor?—dijo Tínker. — Pero... ¿cómo podremos perseguirle? ¿Cómo va a ser posible? ¡Ah! ¿Usted se refiere a?...

—¡Exactamente, Tínker! — dijo Blake

Los dos, Blake y Tínker, miraban hacia la segunda lancha. Los dos que estaban en el agua habían sido recogidos por los de la lancha, que se acercaba al extremo del muelle. Había acudido más gente; en realidad, se había reunido un numeroso grupo de mirones. Al cabo de un minuto, la lancha tocó con el muelle y los dos desdichados sportsmen fueron sacados a tierra. Sin esperar a que lo invitaran, Blake saltó al interior de la lancha.

Se presentó, — diciendo su nombre y condición, — y explicó rápidamente lo que deseaba. Además enteró a los de la lancha de que el hombre que había huído era Rupert Waldo, el tan buscado criminal.

Esta segunda lancha era un poco más grande que la otra y con capacidad para cuatro o cinco personas. El piloto, que era



Waldo, corriendo lo más rápidamente posible por el techo del tren, saltó de un coche a otro. Los de policía, comprendiendo su intención, corrieron hacia el fondo de la plataforma con el propósito de apoderarse del ladrón, cuando saltara del techo del tren al andén. ("El Hombre Maravilloso". Pág. 29).

al mismo tiempo el dueño de la embarcación, se mostró encantado de conocer a Blake y declaró que se ponía, gustosamente, a sus órdenes.

Su nombre era capitán Frank Pélton y su compañero era su hermano menor, Jack Pélton. Eran un par de entusiastas sportsmen que habían salido a dar un breve paseo.

—¡Con sumo placer, señor Blake! — dijo rápidamente el capitán Pélton. — Partiremos en seguida en persecución de ese infernal canalla y tenemos que alcanzarle, porque esta lancha es un poco más rápida que la de Howsly. Ese Howsly es el hombre que fué arrojado al agua junto con su mecánico. ¡Ese Waldo parece estar dotado de una fuerza extraordinaria!

Antes de cinco minutos ya estaban en marcha. Tinker, que había saltado muy contento, al interior de la lancha, iba también con ellos. Del señor Howsly y de su mecánico se encargaron varias de las personas que habían acudido al muelle por pura curiosidad. No corrían peligro de enfermarse a consecuencia de aquel remojón. Además, como Blake lo había indicado, lo más urgente era salir inmediatamente en persecución de Waldo, pues si llegaba a perderse de vista sería imposible apoderarse de él.

Por lo tanto, en la media luz del crepúsculo aquellas dos poderosas lanchas cruzaban el Canal de la Mancha con rumbo hacia el estrecho de Douvres. Blake había sospechado que Waldo se dirigiría a la costa de Francia, o sea al otro lado del canal.

Pero Waldo no hacía nada semejante. Viajaba paralelo a la tierra y aproximándose a la costa de vez en cuando. Lo que se proponía con semejante proceder no lograba entenderlo Sexton Blake.

La persecución era emocionante; no faltaron incidentes que la hicieran variada y entretenida. A medida que fué oscureciendo, el mar se fué poniendo más y más picado y las lanchas se balancearon y cabecearon violentamente. Ambas, perseguida y perseguidora, avanzaban con terrorífica velocidad. Saltaban por encima de las olas y se hundían entre ellas de tal modo que levantaban continuamente grandes penachos de agua. Además hacía frío, el viento pinchaba y cortaba, y el agua del mar estaba casi como el hielo.

Pero a Waldo le iban alcanzando. Debió comprenderlo porque cuando el capitán Pélton encendió las lámparas de la lancha, Waldo no siguió su ejemplo. Se comprendió que tenía el propósito de escabullirse en la oscuridad que iba acrecentándose.

Dedicaba también todos sus esfuerzos a la tarea de procurar que el motor de su lancha diera de sí la mayor energía posible. Durante cerca de una hora consiguió ir delante, pero sin acrecentar su ventaja. El ca-

pitán Pélton atribuía esto a que la lancha de Waldo navegaba con muy poco peso mientras su perseguidora llevaba a bordo cuatro personas, cuyo peso contribuía a aminorar en algo su velocidad.

Cuando la oscuridad se cernió sobre las aguas del canal, la persecución continuaba todavía, sin que fuera posible suponer hasta cuándo podría seguir, dadas las circunstancias en que se realizaba.

-De vez en cuando pasaban junto a algunos buques, vapores, veleros, embarcaciones de todas clases. Pasaban muy cerca de algunas, bastante lejos de otras. Pero la persecución proseguía sin cesar.

La lancha en que iba Waldo se veía como una mancha negra a alguna distancia, difícil de distinguir entre los demás buques que navegaban por el canal, pero con suficiente claridad para que la distinguieran Sexton Blake y Tínker, que miraban constantemente hacia ella.

Pudieron notar, de pronto, que la ventaja que llevaba Waldo iba menguando. La lancha perseguidora le iba alcanzando ya. La distancia entre los dos cascos disminuía y disminuía hasta que no estuvieron separados ni por cien yardas.

—Probablemente uno de los cilindros de su motor está fallando, — gritó el capitán Pélton dominando el rugir del mar y de la máquina. — Pronto le alcanzaremos, Blake.

No era posible dudar de que así sería, porque la persecución se hallaba ya, visiblemente, cercana de su fin. Blake y Tínker se habían puesto de pie y el detective gritó a Waldo que se entregara.

El capitán Pélton acercó más su lancha, y Sexton Blake sacó del bolsillo una poderosa antorcha eléctrica y la encendió. Entonces, cuando dirigió los rayos de la antorcha hacia la lancha de Waldo, lanzó una exclamación de fastidio.

—¡Cómo! ¿Qué es eso, señor? — gritó Tínker asombrado. — ¡No está ahí!

Y así era. La lancha fugitiva estaba vacía. No levaba piloto. El volante de dirección estaba atado mediante una soga y Blake comprendió que habían estado persiguiendo a una sombra. Waldo no estaba allí. Se había marchado. Mediante esa sencilla y hábil estratagema, había evitado ser capturado.

Como de costumbre, Waldo había improvisado su nueva combinación con la temeridad asombrosa que le era característica de su modo de proceder.

—¡Pero... pero no comprendo! — exclamó Tínker.—¡Debe haberse suicidado señor!

—¿El? ¡No! — dijo Blake con energía.— No hace diez minutos pasamos a pocas brazas de un vapor bastante grande. Podemos calcular que Waldo se lanzó de la lancha en aquel sitio, después de haberse apoderado, probablemente, de un salvavidas y confiando en que su suerte de siempre haría que le sacaran del agua. ¡Maldito pícaro! Nos ha engañado, nos ha burlado!

¡Pero Sexton Blake no podía calcular cuál iba a ser el resultado verdadero de la astuta maniobra del maravilloso Waldo!

CAPITULO SEXTO

No estaban aseguradas



EL mayordomo moviendo, pensativo, la cabeza, miró al hombre a quien acababa de ofrecer una copa de cognac.

—¡Puede usted asegurar que se ha salvado milagrosamente!—dijo. — Ha sido una suerte para usted que nosotros pasáramos en momento tan oportuno!

—Una suerte grandísima! — asintió el señor Robert W. Collingwood tomando a sorbos el cognac. — En realidad es notable que yo me encuentre con vida para poder contar lo que me ha pasado. ¡Eso sí, me parece que mi vieja lancha ha desaparecido para siempre!

—¡Sí, señor; no hay que tener esperanzas de que pueda recobrarla! — dijo el mayordomo.

Se hallaban ambos en uno de los camarotes del vapor Brigmore, grande y cómodo vapor de la línea del Canal de la Mancha, y que se encontraba en aquel momento a unas horas del puerto. El señor Collingwood, naturalmente, era nada menos que Rupert Waldo.

Llevaba a bordo exactamente una hora

Como Sexton Blake lo había presumido, Waldo se había deslizado de la lancha automóvi cuando estaba muy cerca del vapor Brigmore. Entonces, después que la lancha que le perseguía hubo pasado, Waldo gritó pidiendo socorro y lo obtuvo. Oyeron sus gritos y le subieron a bordo.

Fué verídico en todo lo posible cuando explicó la razón de su presencia en el canal y lo que relató fué muy verosímil. Explicó que realizaba una excursión nocturna y solitaria en lancha automóvil y que se dirigía a Douvres. Se le habían apagado las luces accidentalmente y se había alzado a medias fuera del hueco central con el objeto de arreglarlas. En ese momento una ola había dado contra la lancha y antes de que le fuera posible recobrar el equilibrio, cayó al agua y la lancha siguió navegando sin piloto. El quedó manoteando, en el agua y gritó en seguida, pidiendo socorro.

Este relato era, en realidad, tan verosímil que el tercer oficial que había interrogado al "señor Collingwood" no había sospechado ni lo más mínimo. Además, Waldo tenía un modo de expresarse tan sincero, tan insinuante, tan agradable, que se hizo simpático en seguida. Nadie dudó de su identidad presente. Y, naturalmente, no tenía pasaporte ni boleto de pasaje de ningún vapor, puesto que se hallaba realizando una excursión de placer en una embarcación de su propiedad.

Cuando el vapor llegara a Folkestone, Waldo no se vería, — y él lo sabía per-

fectamente, — ante ninguna dificultad y desembarcaría tranquilamente. Le sería muy fácil evitar todo contacto con los empleados de aduana y otros desagradables funcionarios oficiales.

Así, pues, el astuto ladrón se hallaba muy confortablemente instalado en un buen camarote, envuelto en abrigadas frazadas. No le había producido daño ninguno su inesperada mojadura. Pero Waldo sentíase, fastidiado y estaba de malísimo humor.

Los sucesos se habían desarrollado en forma desagradable y esto le molestaba. Sexton Blake tenía la culpa, naturalmente. Siempre era Sexton Blake el que tenía la culpa. Waldo había contado con que la persecución iba a terminar cuando se metió en la lancha automóvil. Pero pronto se había dado cuenta de que Sexton Blake y Tinker le perseguían en una lancha semejante. En el primer momento, Waldo había creído que podría escaparse sin que le alcanzaran. Pero cuando se percató de que los perseguidores ganaban terreno, comprendió que era necesario que adoptara alguna decisión violenta.

Porque allí, en mitad del Canal de la Mancha, se hallaba en situación enteramente desventajosa, allí no había campo para ejercitar sus peculiares facultades. Si la otra lancha le alcanzaba podía darse por capturado. Waldo no tenía ante sí mas que una escapatoria, arrojarse al mar para que le recogiera algun vapor. Si no se decidía por este recurso, se apoderarían de él.

En consecuencia, precipitadamente había adoptado el plan que le había llevado al confortable camarote del vapor Brigmore, de la línea del canal. Se encontraba en plena seguridad y estaba convencido de que no tenía por qué temer que pudieran capturarle. pero, al mismo tiempo pensaba en que Sexton Blake le había arrinconado, reduciéndole a adoptar un recurso desesperado y esto no le agradaba.

A pesar de todo su disgusto, la admiración que sentía por el famoso detective de Baker Street iba en aumento. Blake le había seguido con terrible tenacidad y energía, y había obligado a Waldo a adoptar un recurso muy arriesgado y peligroso. El Hombre Maravilloso decidió que procedería con mucha mayor cautela cuando regresara a tierra.

Tenía en su poder todas las alhajas que había sacado de la joyería del señor Samuel Silver. En consecuencia había insistido en desnudarse él mismo y no habí aconsentido que le ayudara nadie. Después había pedido al mayordomo que le prestara un traje y la ropa interior necesaria y el mayordomo había ido en busca de esas prendas.

Quince minutos después Waldo entraba en el salón de primera clase con el mejor aspecto del mundo, enteramente bien, desenvuelto y sonriente, pero no muy elegante, por que la ropa que le había facilitado el mayordomo no era, realmente de su medida. Sin embargo, todos los pasajeros estaban al tanto de su aventura y fué en seguida, el centro de todas las miradas. A Waldo le producía singular satisfacción verse así, objeto de la atención del público. Tenía otra razón para hacerse notar de ese modo puesto que estaba convencido de que la desfachatez es el mejor medio de no despertar sospechas. ¿Quién podía sospechar que aquel hombre fuera un delincuente tan ansiosamente buscado por la policía? Su franqueza y su desenvoltura desarmaban todo recelo.

Aun era relativamente temprano, — entre las seis y las siete de la tarde, en realidad,— pero sin embargo muchos de los pasajeros se preparaban ya para desembarcar aun cuando no había prisa ninguna pues el vapor Brigmore no desembarcaría a sus pasajeros antes de las nueve y media.

La mayoría de las personas que había en el salón eran ingleses, y Waldo fué, al punto, el centro de toda atención. Tuvo que repetir varias veces el relato de cómo había salido de Brighton en su lancha automóvil y cómo había sido arrojado al agua por un golpe de mar. Se reía interiormente al pensar en lo que diría toda aquella gente cuando se enterara de la verdad. Porque, naturalmente se enterarían, poco después de desembarcar, de que habían estado de charla nada menos que con Waldo. A su modo el Hombre Maravilloso era una verdadera celebridad.

Después de un rato pudo sustraerse a las preguntas de los pasajeros, salir del salón y sentarse tranquilamente en la sala de descanso, donde encendió un cigarrillo y se arrellanó en los almohadones de un sillón. No llevaba allí más que un momento cuando sintió atraída su atención por dos personas que estaban sentadas cerca de él. Una de ellas hablaba con rapidez inagotable y con volubilidad, en idisch, y la otra escuchaba, pues era lo único que podía hacer, debido a la incansable naturaleza de la lengua de su compañera.

Las dos eran mujeres, o mejor dicho, una era una mujer y la otra una jovencita, casi una niña, delicada y singularmente encantadora. Era pequeña, morocha de cabello negro, ondulado y brillante. No perjudicaba a su singular belleza la expresión de ansiedad y de tristeza que se notaba en sus oscuros ojos. Vestía un abrigo de pieles y una "toque" que hacía juego con el abrigo.

Su compañera, — que indudablemente era la madre de la jovencita, — abultaba varias veces más que ella, aun cuando, en su juventud, habría tenido el mismo cuerpo de la otra. No era de mayor estatura que su hija pero ahí terminaba el pjarecido. Porque la señora era de proporciones excesivamente generosas y el sofá de mimbre en que estaba sentada, se inclinaba peligrosamente hacia un lado. A pesar de su obesidad, la madre de la joven tenía una cara agradable, risueña, que rebosaba bondad.

Pero era fácil notar que se hallaba aún más angustiada y triste que su hija y además, daba escape a sus penas hablando sin cesar un momento, con una verbosidad extraordinaria.

Waldo no comprendía el idisch. Sabía muchas cosas pero ese idioma figuraba entre las que no sabía. Pero ciertamente comprendía la naturaleza de lo que expresaba aquella distinguida señora, puesto que la palabra "Waldo" era repetida una y otra vez y con mayor desprecio cada sucesiva vez.

Esto, naturalmente, fué causa de repentino interés de parte de Waldo. La jovencita, que parecía medianamente fastidiada, miró hacia él y por casualidad, sus miradas se encontraron. Entonces él sintió que había tenido razón en sospechar lo que, desde un principio, había sospechado. Aquella jovencita era la hija del señor Samuel Silver. No había un parecido notable entre padre e hija, pero Waldo no dudaba de que era así.

Se sintió muy interesado. Sabía, efectivamente, que la esposa y la hija de Silver no estaban en Londres y comprendió que si se hallaban de regreso era porque le había ordenado la vuelta algún urgente telegrama, dirigido a París, donde se encontraban, por el señor Silver. Por lo tanto no era particularmente extraordinario, que Waldo las encontrara a bordo del vapor que cruzaba el Canal de la Mancha. Pero fué la tristeza que se veía en los bellos ojos de la jovencita lo que realmente le llamó la atención.

Sentía mucho no poder entender la conversación. Pero no tuvo que sentirlo durante mucho tiempo porque un instante después se le presentó oportunidad de entrar en aquella conversación por su propia cuenta.

La señora de Silver había revuelto nerviosamente durante unos momentos, su cartera de mano y por último había sacado de ella una botellita de agua de Colonia y un pañuelo. Salpicó el pañuelo con algo de perfume y se lo aplicó a la frente.

—¡Ah! ¡Qué delicia! — exclamó en inglés. — ¡Qué aroma delicioso! ¡Siento como un martilleo en la cabeza, Rosie! ¡Todo son penas y disgustos en esta vida!

—No debe usted impresionarse tanto, mamá, — dijo suavemente la joven. — Aun no estamos bien al tanto de lo que ha pasado. Debemos esperar a que papá nos diga...

—¡Esas son las cosas que suceden por dejar a tu padre que maneje los negocios él solo! ¡Necesita tenerme a mí constantemente a su lado! — exclamó la señora de Silver con amargura. — ¡Ahora estará temblando y!... ¡Oh! ¡Qué molestia de cartera!

La cartera acababa de caerse al suelo y se veía que tenía que resultar un trabajo extraordinario, para una señora tan obesa, el levantarla. Waldo vió que se presentaba la anhelada oportunidad y se levantó inmediatamente. Recogió la cartera y se la entregó a la señora.

—Permítame usted, señora, — dijo cortésmente, inclinándose.

—¡Muchas gracias; es usted muy amable! —dijo la señora de Silver levantando la vista. —Estoy tan nerviosa que casi no sé lo que hago. No he tenido un solo momento de descanso desde que salí de París y he estado de pie todo el tiempo. El ruido que hacía el ferrocarril, en Francia, se me metió en la cabeza agravando más mi molestia y mi angustia. ¡Creo que voy a volverme loca! Mi esposo se halla en una terrible situación, en Londres, y yo voy con mi hija Rosie, a unirme con él. Es un hombre tan apocado para todo que los dos chicos no le sirven más de que de molestia, a pesar de que mis dos hijos son muy buenos...

—¡Pero mamá! — le interrumpió la joven, en voz baja. — Este señor no querrá enterarse de nuestras molestias.

—Tendré verdadera satisfacción en oirla, —dijo Waldo sentándose en el sofá cerca de la señora de Silver. — Me conmueve siempre el ver a alguien entristecido y tal vez pueda serle a usted útil. Quizás pueda aconsejarle o indicarle...

—¡Todo ha sido por culpa de mi esposo! —interrumpióle la señora de Silver en excelente inglés, tan excelente que no tenía ni el menor rastro de acento extraño. — ¡Usted no puede figurarse un hombre de menos expediente! En cuanto le dejo solo le pasa algo desagradable. Esta vez parece que estamos arruinados definitivamente. Siempre creí que mi esposo sabía conocer a los hombres, pero esta vez le ha burlado ese grandísimo canalla que le ha robado todo cuanto poseía. ¡Se lo llevó todo, sin dejarle ni un sólo penique!

—¡Dios mío! — dijo Waldo con simpatía. —¿Tan grave ha sido?

Le llamaba la atención y le resultaba intensamente humorístico el verse hablando con la esposa y la hija de su última víctima. Se preguntaba qué hubiera dicho la señora de Silver si hubiese sabido que todas las joyas robadas a su esposo estaban a dos palmos de distancia de ella, en aquel momento. La situación era, indudablemente, notable.

—¡Todo se lo llevó! ¡Todo! — exclamó la señora de Silver con voz triste y temblorosa. — Entró en la casa de comercio de mi esposo y salió llevándose hasta el último chelín. Además casi asesinó a mi esposo, y después...

—¡Mamá! ¡Qué exageración! — le interrumpió la joven. — Este señor, por otra parte, no puede darse cuenta de lo que usted le dice. — Se volvió hacia Waldo. — Mi padre es el señor Silver, el joyero de Regent Street, — agregó. — Tal vez haya usted oído decir que Waldo le hizo víctima de un robo esta mañana ¿eh?

—Sí, señorita, sí. ¡Naturalmente! — exclamó Waldo fingiendo sorpresa. — Sí; había una breve noticia en un diario de la tarde que ví antes de salir de Brighton.

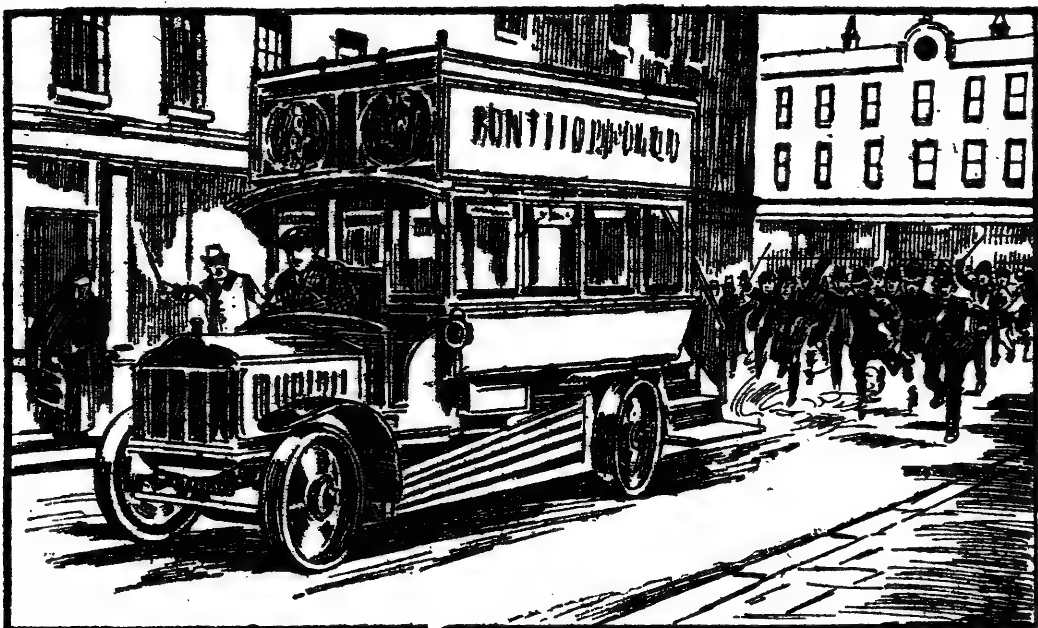
—¡Brighton! — repitió la joven, sorprendida. — ¡Pero nosotros venimos de Boulogne!

Waldo se sonrió.

—¡Claro! ¿Entonces ustedes no saben, por lo visto? — dijo. — Me llamo Collingwood y me recogieron del agua hace menos de una hora, los de este vapor. Me arrojó de mi lancha automóvil al mar, una oleada muy fuerte.

Y describió sucintamente su supuesta aventura, con grande asombro de parte de la señora de Silver y de su hija. La madre oyó, juntando las manos y moviendo la cabeza sin cesar. Por último, su rostro expresó la más intensa pena.

—¡Yo le estaba hablando de mis apuros.



De un salto estuvo Waldo en el asiento del conductor. Movió el acelerador y el autobús se puso en marcha rápidamente Se oyó una intensa gritería procedente del lado de la estación. La policía comenzaba, a todo correr, la persecución. "El Hombre ravilloso". Pág. 30).

a usted, que acaba de correr un peligro de muerte! — exclamó la señora. — ¿Pero qué está haciendo aquí? ¿Por qué no está acostado y envuelto en frazadas calientes?

—¡Oh! Me siento perfectamente, señora, muchas gracias, — dijo Waldo. — Un breve remojón no hace daño nunca, se lo aseguro. Pero me siento muy interesado por lo que usted me ha dicho, señora de Sílver y me duele que su esposo haya sido víctima de un robo de ese pícaro de Waldo. Sin embargo, yo no creía que sus pérdidas fueran tan importantes como usted lo manifiesta.

—Aun nó sabemos con exactitud a cuanto alcanzan, señor Colingwood, — dijo la joven Rosie. — Papá nos dirigió un largo telegrama diciéndonos que regresáramos lo más pronto posible, por el primer vapor que cruzara el canal. Decía también que había quedado enteramente arruinado y que se hallaba a punto de desmayarse, tal era su excitación nerviosa.

—Siento mucho enterarme de que sea como usted lo dice, señorita, — manifestó Waldo. — Aún nos queda la esperanza de suponer que el señor Sílver exageraba. Creo que el ladrón se llevó nua considerable cantidad de alhajas, pero no lo suficiente para arruinar a un hombre rico, como el señor Sílver.

—Usted no está enterado de todo y por eso no se da cuenta de lo que ese robo significa para mi esposo, — dijo rápidamente la señora de Sílver. — Mi marido es un hombre raro, y nunca quiere hacer lo que yo le digo. ¡Si hubiera hecho caso de mis consejos todas las existencias de su negocio hubieran estado aseguradas!...

—¡Dios mío! — exclamó Waldo. — ¿Dice usted que las existencias de la joyería del señor Sílver no estaban aseguradas contra el robo?

—¡Oh! ¡Usted no conoce a mi esposo! — dijo la señora de Sílver con amargura.—Es el hombre más testarudo que existe bajo la capa del cielo. Cuando se le mete una idea en la cabeza, no hay medio de sacársela. Durante veinte años ha pagado las primas de los seguros; seguros contra los riesgos de incendio y de robo. Le correspondía pagar una suma importante, varios centenares de libras, porque su "stock" era siempre de mucho valor. En veinte años no se produjo ningún incendio ni hubo ningún robo y mi esposo repetía sin cesar que el dinero gastado e n seguros era dinero arrojado a la calle. ¿Por qué había de dejar que la compañía de seguros se le llevara el dinero? ¿Qué beneficio le reportaba ese desembolso? Dijo que ese gasto era un despilfarro y se propuso suprimirlo.

—Fué una determinación muy poco sensata, — dijo Waldo.

—Yo le hablé argumenté cuanto me fué posible, pero él gritó que no volvería a dar más dinero a la compañía de seguros, — dijo la señora de Sílver con lágrimas en los ojos. — Gritó, diciendo que los de los seguros eran unos ladrones y unos estafadores y dijo que le habían robado el dinero durante veinte años. En consecuencia, hace ya

un trimestre que suprimió todos los seguros. Pero ¿cómo se ha de luchar contra la mala suerte? Nuestra mala suerte ha querido que pagáramos fuertes primas de seguros durante veinte años y que nos robaran precisamente cuando habíamos dejado de tener asegurada la mercadería.

"Mi esposo cometió una locura cuando suprimió los seguros; ahora lo pierde todo; bastante cantidad de las alhajas que tenía en su joyería no eran suyas, las tenía a comisión y tendrá que pagarlas. Cuando realice la liquidación de su negocio, a raíz de ese horrible robo, se quedará enteramente arruinado. Y yo sabía que esto tenía que suceder. La otra noche soñé que cinco o seis hombres rompían la puerta de la joyería golpeando con martillos y hachas, entraban en el negocio, mataban a mi esposo y se llevaban todas las alhajas. Le dije a Rosie que algo tenía que haber sucedido y poco después recibimos ese telegrama. ¡Volvemos a casa para encontrarnos con la miseria, la angustia y la desesperación!

—¡Quién sabe todavía si ha sido tanta la gravedad de lo sucedido! Como ha dicho la señorita, aun no tiene ustedes datos detallados. ¿Por qué desesperarse, entonces? Conviene tener esperanzas. Después de todo puede ser que no sea tan mala la situación, — dijo Waldo.

—¡Lo será! ¡Y peor aun! — dijo la señora de Silver, antes de que Waldo pudiera pronunciar algunas palabras más. — En un negocio de la importancia del de mi esposo todo no se puede pagar al contado; tiene acreedores, a los cuales siempre pagó con toda puntualidad. Pero... ¿qué va a suceder ahora, cuando sepan que le han robado? Se lanzarán todos sobre él, como un enjambre de avispas, exigiendo su dinero. Y mi esposo no podrá pagarles, aun cuando saque hasta el último penique del banco; y eso significará la ruina, la miseria, después de tantos y tantos años de trabajo honesto. ¡Oh! ¡Si yo tuviese ante mí al canalla que le ha robado, le mataría sin el menor escrúpulo, señor Collingwood! ¡Le mataría!

Waldo sonrió, pero sin sinceridad ninguna. Se notaba una desesperación tal en el acento de la señora de Silver, que llegaba hasta el corazón de Waldo. Esto podrá parecer extraño, tratándose de un criminal de profesión. Pero Waldo era muy distinto a todos los demás ladrones y, desde ciertos puntos de vista, era necesario considerarlé como a un caballero. De no haber tenido en su carácter una lamentable desviación, hubiera sido un grande hombre. Pero la afición a las aventuras, a la excitación, le había llevado hacia la senda del delito por medio de una vocación irresistible.

—¡Pero no pienso más que en mi esposo y en mí! — prosiguió la señora de Silver sin hacer más que una brevísima pausa, para recobrar el aliento. — ¿Y nuestros hijos? Los muchachos... ¿Qué será de ellos? ¡Son jóvenes, y mi esposo había trazado tan hermosos planes para su porvenir! Ahora, como no dispondrá del dinero necesario, no podrá realizar esos planes. ¿Y mi hija? Siendo pobre no va a encontrar nadie que se fije en ella y se quedará soltera. La posición de mi esposo puede considerarse como liquidada. Nuestras amistades nos abandonarán ¿quién sigue siendo amigo del que está arruinado? ¡Y todo esto después de tantos años de trabajo, de privaciones y de economía! Ahora, mi marido tendrá que comenzar de nuevo. A sus años, eso le matará; no va a tener fuerzas suficientes para resistir el trabajo. ¿Pero por qué ha venido a caer esta desgracia sobre nosotros en vez de caer sobre uno de los tantos joyeros ladrones y canallas que hay en Londres y que explotan al público de la manera más inicua, vendiéndole imitaciones por piedras finas y haciendo toda clase de infamias en perjuicio del comprador?

—En la mayor parte de los casos, señora, es siempre el más inocente el que más sufre, — dijo Waldo.

—¡Hay, en Londres, muchos joyeros que se han pasado la vida robando y estafando y no les pasa nada; se hacen cada vez más ricos y más ricos! — exclamó la señora de Silver. — Sé perfectamente que hay muchos judíos que no son honrados; lo mismo que hay gente de otras razas que tampoco es honrada. Por eso creen por ahí que todos los judíos son lo mismo. Sin embargo hay muchos judíos que se ganan honradamente la vida y no han hecho nunca nada malo ni deshonesto. Mi esposo es uno de éstos.

"¡Jamás, en toda su vida, ha hecho daño a una mosca ni le ha quitado un solo penique a nadie; no tiene corazón para proceder así! Es el hombre más generoso y bueno de nuestra congregación; siempre ayuda a los pobres y auxilia a cuantos puede. ¡Si poseyera millones los repartiría todos! La gente piensa que como es un joyero de importancia tiene cientos de miles de libras esterlinas. ¿Por qué se había de tomar el trabajo de desmentirla ¡Que lo piensen! ¡Los que así piensan le tiene envidia!

"Pero todos esos van a saber, ahora, la verdad, toda la verdad, sobre su situación de fortuna. Mi esposo no es rico, aun cuando siempre tiene diez o doce mil libras en el banco, y nosotros vivimos con holgura. Pero, después de esto, no tendrá un solo penique y nos veremos obligados a aceptar el auxilio, la limosna, de la congregación. ¡Esto nos matará a los dos; a él y a mí! ¡Qué descenso en la escala social! ¡Qué catástrofe horrible por culpa de ese infame ladrón!

La señora de Silver, acongojada, sollozó. Aun cuando Waldo comprendía que sus manifestaciones eran bastante exageradas, sentíase, no obstante, convencido de que, en lo fundamental, aquella mujer decía la verdad. Y esto le resultaba humorístico a la vez que trágico. Porque allí, en su bolsillo, en una bolsa de cuero, estaban todas las alhajas que había robado en la joyería de Regent Street. Una mirada dirigida a la señorita Rosie indicó a Waldo todo lo que quería saber. La tristeza que se leía en sus grandes ojos negros era más elocuente, en su silencio, que todo cuanto la señora de Silver había dicho.

CAPITULO SEPTIMO

No hacía falta la policía



ALDO no lograba, casi, saber cuáles eran sus verdaderos sentimientos en aquel instante. Pasados unos minutos logró hallar un pretexto para levantarse, pedir disculpa y retirarse, yendo a pasear por la cubierta del Brigmore. Allí la brisa del mar le refrescó la frente y le despejó la imaginación.

—¡Es usted un tonto! ¡Eso es lo que es usted! — se dijo. — Un ladrón no puede permitirse el lujo de tener sentimientos. ¡Bah! ¡Como si yo pudiera hacer caso de la charla sentimental y quejumbrosa de una mujer!

Se rió irónicamente y tomó una decisión. Alejó de sus pensamientos el recuerdo de aquella conversación y encendió un nuevo cigarrillo. El vapor se hallaba ya, casi en la bahía de Folkestone.

Cuando llegó el momento, Waldo desembarcó. Nadie pudo ver cómo se arregló para pasar a tierra, pero no pasó, — como los demás pasajeros, — por la planchada. La noche era oscura y Waldo poseía una agilidad extraordinaria. Además suponía que unos ojos activos y sagaces estaban observando a los pasajeros que desembarcaban, pasando por la planchada. Sexton Blake era astuto y era de suponer que había sospechado,—y aun más que sospechado,—que Waldo estaba a bordo del vapor Brigmore.

El Hombre Maravilloso no fué a Londres en el tren de combinación con el vapor. Fué a un garage de los de la ciudad y alquiló un automóvil para que le llevara a Londres inmediatamente. Pagó adelantado, dió una buena propina al chauffeur y se arrellanó en los mullidos asientos del vehículo. Durmió durante la mayor parte del viaje a Londres, tranquila y pacíficamente, como si no le pasara por la imaginación ni la menor idea de un posible peligro.

Cuando, por último, despertó, el automóvil corría por las calles de Londres. Llovía y la noche era fría, ventosa, desagradable. Era ya bastante tarde; cerca de las doce, en realidad.

El automóvil se detuvo en una tranquila calle del barrio West Hampstead, ante una casa en cuyas ventanas del piso bajo se veía luz, lo que demostraba que sus ocupantes no se habían retirado aún a dormir. Esto le fué agradable a Waldo. Dió al chauffeur una nueva propina y le dijo que ya no necesitaba de sus servicios. Entonces avanzó por el corto camino del jardín y una vez ante la puerta de entrada, dió varios recios golpes con el aldabón.

La puerta se abrió. La que apareció por ella fué la señorita Rosie Silver.

Como era lógico, hacía muy poco que había llegado, y aun tenía puesta su "toque" de piel. Del interior de la casa llegaba el rumor de una conversación en voz muy alta. La voz que más hablaba era la de la señora de Silver, en la que se intercalaban de vez en cuando algunas breves interjecciones proferidas por su esposo.

—¡Oh! ¡Si es el señor Collingwood!—exclamó rápidamente la muchacha. — ¡No... no esperaba verle a usted por acá!

—¿Puedo pasar? — preguntó Waldo con la mayor cortesía, inclinándose.

—¡Naturalmente! ¡Tenga usted la bondad!... — dijo la señorita Rosie. — ¡Mamá! ¡Está el señor Colligwood! ¡El señor a quien vimos a bordo del vapor! Tenga usted la bondad de pasar adelante, señor Collingwood.

Le guió por un amplio hall, haciéndole entrar en una confortable sala. El señor Silver y su esposa estaban allí. La señora de Silver se hallaba sentada en el borde de una silla y tenía el rostro enrojecido y lacrimoso. El señor Silver estaba tan pálido, tan desencajado y con la más intensa expresión de fastidio, que puede estar un hombre. Más lejos se hallaban dos jóvenes, — dos muchachos de diez y seis y diez y ocho años, respectivamente; — uno de ellos era pequeño y estaba elegantemente vestido, mientras el otro,—el más joven,—era de estatura mucho mayor. Parecía, en realidad, excesivamente grueso, como si esa hubiera sido la consecuencia de largos años de excelente vida. Sin embargo, tenía buena cara, simpática, saludable, lo mismo que su hermano.

El señor Silver se volvió y examinó al recién llegado con escudriñadora y rápida mirada.

—Tengan ustedes la bondad de no alarmarse. Vengo en calidad de amigo, — dijo el Hombre Maravilloso. — Señor Silver, permítame que me presente a mí mismo. Su esposa y su hija me conocen bajo el nombre de Collingwood, pero ese es un nombre supuesto. ¡Mi verdadero nombre es Rupert Waldo!

Durante un segundo, tal vez, reinó el más completo silencio en aquella sala.

El señor Silver se puso un poco más pálido y retrocedió un paso. La señora de Silver permaneció sentada, tal como estaba, la señorita Rosie contuvo la respiración y los dos muchachos miraron maravillados y asombrados. El más joven, instintivamente, se arremangó.

—¡Waldo! — gritó de pronto. — ¡Ahora verá! ¡Le voy a dar un golpe que!...

—¿Quieren quedarse quietos, muchachos? —gritó Silver en seguida.—¡Aj! ¿De qué sirve hablar? ¡Ellos creen que saben más que yo, pero no saben nada! ¡No sirven para nada! ¿Y usted supone que yo creo lo que usted dice? — agregó volviéndose hacia Waldo. — ¿Acaso no conozco yo a Waldo? ¿No tengo razón para conocerle?

—Tuvimos una pequeña entrevista esta mañana, señor Silver; pero yo estaba disfrazado; era el conde de Mazarpin, en aquel momento, — dijo Waldo. — Pero haga usted el favor de no excitarse; recuerde que he di-

cho que he venido en calidad de amigo...

—¿Amigo? — gritó el señor Sílver con vehemencia. — ¡A mis peores enemigos les deseo amigos como usted! ¿Le oyes, Esther Malka? — agregó dirigiéndose a su esposa. —¡Después de que me ha robado dice que es amigo mío! ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Llamen a la policía!

E indicó a sus dos hijos con la mano.

—¿No hacen ustedes nada, jóvenes bandidos? — preguntó. — ¿Se quedan ahí, sin hacer nada? ¡Todo lo que saben hacer es comer y dormir! ¡Aj! ¡Ustedes morirán en la miseria!

—No es necesario llamar a la policía,— dijo Waldo. — Además, la policía, puedo asegurárselo, no podría hacer nada, señor Sílver. Su esposa me ha hecho saber que las alhajas que tomé de su caja de hierro no estaban aseguradas y que la pérdida sería completa para usted. ¿Es eso verdad?

El señor Sílver resopló.

—¿Usted cree que mi mujer anda por ahí, diciendo mentiras? — gritó. — ¡Aj! ¡Fuí un verdadero tonto! ¡Suspendí el pago del seguro! ¡La prima era tan alta! ¡Era tremenda!

—¡Basta! ¡No diga más, señor Sílver!— dijo Waldo. — No tengo la pretensión de pasar por un héroe de novela y le agradeceré si no dice usted una sola palabra. Le robé las alhajas porque ignoraba ese detalle. Creí que la compañía de seguros era la que iba a sufrir el golpe de la pérdida. Yo no he abierto campaña contra los ciudadanos honrados y no es mi deseo arruinar a ninguna familia. Una compañía de seguros puede pagar y casi no siente el golpe. Por lo tanto le estimaré quiera tener la bondad de aceptar devueltas las joyas que le quité.

Y Waldo, con grandísimo asombro de parte del señor Sílver, se llevó las manos a los bolsillos y sacó todas las alhajas robadas. El joyero casi no podía creer lo que sus ojos veían y miraba estúpidamente las relucientes joyas.

—Lo único que siento es haber sido causa de tanta molestia, — dijo Waldo. — ¡Buenas noches!

Se dirigió silenciosamente hacia la puerta; oyeron sus pasos en el hall, y después oyeron cómo se cerraba, de un golpe, la puerta del frente. El señor Sílver seguía mirando con alegría y extrañeza, las alhajas que Waldo había dejado en la mesa.

—¡Ese sí que es un proceder caballeresco! — exclamó con voz ronca. — ¡Ay, ay, ay! ¿Han visto ustedes nada semejante en toda su vida?

No pudo seguir hablando porque la señora Sílver tomó la palabra. Y desde ese momento no se oyó más voz que la suya, durante más de media hora. ¡Cuando la señora de Sílver comenzaba a hablar no era posible decir cuándo iba a dar por terminada su peroración!

. . . .

Sexton Blake supo la noticia antes de la una de la mañana. El y Tínker habían regresado a Baker Street, después de una infructuosa investigación. Sexton Blake no se hallaba descorazonado ni dispuesto a admitir que había sido derrotado. Estaba enteramente decidido a continuar su cacería hasta el final.

Pero se sentía dispuesto a manifestarle a Tínker, con toda franqueza, que, en esa ocasión, Waldo le había burlado. Tínker no se sentía igualmente inclinado a admitirlo. Decía que Sexton Blake había ganado en toda la línea; había previsto los movimientos de Waldo y había obligado al Hombre Maravilloso a proceder, defendiéndose de él, desde el principio.

Grandísimo fué el asombro de Blake y Tínker cuando se enteraron de que Waldo había devuelto las alhajas a su legítimo dueño. Por la mañana llegó una breve carta. Esa carta decía:

" Estimado Blake: Usted sabrá ya, probablemente, cuando reciba ésta el destino que he dado a las alhajas del señor Sílver. Dadas las circunstancias, no podía quedarme con ellas. No es mi propósito arruinar a los ciudadanos honrados. Lo que busco es ganancia, dinero, en todos mis trabajos. Pero mis víctimas han de ser grandes empresas, que están en condiciones de sufrir las pérdidas, y que no pueden sentir el golpe. Poco después de recibir esta carta tendrá usted noticia de otro robo importante. Estoy terminando los preparativos para realizar un golpe que no será pequeño. Adiós, hasta que volvamos a tener el gusto de vernos. — Siempre su afectísimo amigo.—Rupert Waldo ".

—¡Bueno! ¡Eso sí que se llama tener serenidad y atrevimiento! — exclamó Tínker. —¡Qué audacia la de ese hombre!

—Esta carta viene a ser como una postdata puesta al pie de su última hazaña,— manifestó Blake. — Después de haber cumplido caballerescamente con el señor Sílver, Waldo se lanza de nuevo a lo que le parece, con toda seguridad, su misión de caballero andante, robando a alguien que puede soportar el robo. No da detalles, naturalmente, y no indica dónde está. La carta ha sido traída por alguien, tal vez por algún muchacho que la metió en el buzón, mientras Waldo se hallaba bastante lejos de aquí. Como es de esperar, la casa de Thornton está en poder de la policía actualmente y...

La campanilla del aparato telefónico le interrumpió, sonando con insistencia.

—¡Aquí viene la postdata de la carta, señor! — dijo Tínker haciendo una mueca después de haber llevado el auricular al oído y de haber escuchado un instante.—Le habla Waldo en persona.

Blake casi arrebató el tubo del teléfono de la mano de su ayudante.

—¿Es usted, señor Blake? — dijo una voz burlona, por el aparato.

El detective contestó afirmativamente.

—Me estaba preguntando si usted habría recibido o no mi cartita,—prosiguió el Hombre Maravilloso. — Mi mensajero, estoy temiéndolo, no era merecedor de mucha confianza

—Sí, he recibido la carta hace un rato,—dijo Blake. — Según ella se propone usted ocuparse de otro asuntito dentro de poco, ¿eh?

Tínker se había quedado junto al teléfono y escuchaba con todo el mayor interés, deseando que el aparato tuviera otro auricular para escuchar también él. Su interés se acrecentó al ver que Blake tomaba un lapiz del escritorio y escribía rápidamente varias palabras en el secante de la carpeta.

"Pregunte, por el teléfono más cercano de dónde me están hablando".

Tínker leyó el mensaje, comprendió lo que significaba, tomó su gorra y desapareció.

—Sí, acabo de tener otro momento de diversión, — decía Waldo, — y me preocupé de que esta vez la pérdida recayera en alguien que pueda soportarlo mucho mejor que el señor Sílver. En realidad ya tenía el plan trazado y todo combinado, hace varias semanas.

—¿Puedo permitirme la curiosidad de preguntarle dónde encontró usted ese nuevo rato de "diversión"?—preguntó Blake.

Su objeto era hacer durar la conversación lo más posible, de modo que Tínker pudiera averiguar lo que él le había ordenado que preguntara.

—¿Por qué no? Un señor me escribió, ofreciéndome prestarme diez mil libras, con mi sola firma como garantía. La verdad es que recogí el dinero hace una hora, pero sin tomarme la molestia de entregar el documento, en cambio. Bueno, adiós, señor Blake. Tengo esperanzas de que pronto volveremos a vernos. — Una risotada fué trasmitida por el teléfono y Blake oyó en seguida el ruido que indicaba que el circuito había sido desconectado. Waldo había cortado la comunicación.

Tínker regresó diez minutos después e informó a Blake de que sus investigaciones no habían dado resultado favorable. De la oficina le habían contestado que hablaban de un aparato para el servicio del público, situado en la estación Paddington.

—¡Ese debe ser nuestro punto de partida! —dijo Blake.—¡Vamos!

Antes de que hubiera transcurrido una hora, Sexton Blake y Tínker supieron que habían entrado en las oficinas de una firma muy importante de tenebrosos prestamistas, —situada en el barrio West End, — en las primeras horas de la madrugada.

El guardián nocturno y un policeman habían sido atraídos por una ruidosa explosión. Llegaron a tiempo para ver a Waldo en el momento en que salía, provisto de botín que valía de quince a veinte mil libras. No habían podido detenerle y había desaparecido en la oscuridad de la noche. En la oficina, encontraron la caja de hierro científicamente volada con dinamita.

—¡Ese hombre parece ser absolutamente sobrenatural! — exclamó Tínker.

—No, Tínker, sobrenatural no, pero sí excepcionalmente hábil, — dijo Sexton Blake. —En realidad me está pareciendo que Rupert Waldo es uno de los más notables delincuentes que ha producido la humanidad durante los últimos cien años. Y una señal de su condición excepcional fué la que dió anoche cuando devolvió lo que era propiedad del señor Sílver. Ni un solo ladrón, entre mil, es capaz de hacer eso. A pesar de toda su condición de delincuente, Waldo tiene corazón. Constituye un problema muy difícil de resolver, joven.

—¿Cree usted que llegaremos a prenderle, señor?—preguntó Tínker.

—¡Sí! ¡Lo creo! ¡Estoy decidido a prenderle! — respondió Sexton Blake con energía. — ¿Cuándo? Esto no lo sabemos ni usted ni yo. Pero ya llegará, Tínker, ya llegará ese momento. ¡Tarde o temprano, llegará!

FIN DE "RUPERT WALDO" O "EL HOMBRE MARAVILLOSO"

POR LAS PAGINAS DE LA HISTORIA

ANÉCDOTAS INTERESANTES

Estaba en la plaza de Atenas el famoso Arístides, apellidado el Justo, por su rectitud, cuando se había puesto a votación su destierro y se le acercó un ciudadano que no sabía escribir, suplicándole pusiese en su concha de ostra, de votación el nombre de Arístides para votar su ostracismo.

—Bien está, — dijo Arístides cumpliendo fielmente el encargo; — ¿pero qué daño te ha hecho ese hombre?

—¿Daño él? Ninguno. Ni siquiera le conozco; pero ya estoy harto de oirle llamar siempre y en todas partes el Justo y me molesta.

✣ ✣ ✣

Un joven sacerdote preguntaba a Boileau lo que tenía que hacer para aprender a predicar bien. El célebre satírico le aconsejó que fuese a oir al gran orador sagrado Bourdaloue y al abate Cotin, tan implacablemente ridiculizado en sus versos.

Sorprendido el joven de ver poner en parangón a Cotin y a Bourdaloue, le preguntó a Boileau:

—¿Pero qué puedo aprender del abate Cotin?

—Es preciso que oigáis a los dos. El padre Bourdaloue os enseñará lo que debéis hacer y el abate Cotin lo que debéis evitar.

✣ ✣ ✣

Hallábase madame Stael enojadísima con el vizconde de Choiseul por los malignos chistes que el maldicente había hecho a su costa, cuando lo encontró en sociedad y tuvo que hablarle por exigencias de la cortesía.

—¡Cuánto tiempo sin veros, señor Choiseul!

—He estado muy malo, señora embajadora.

—¿Muy malo? ¿Grave tal vez?

—Grave. He estado a punto de envenenarme...

—¡Cielos! ¿Os habéis mordido la lengua?

✣ ✣ ✣

Hablábase un día del poder que los reyes tenían sobre sus vasallos delante de Luis XIV, y el conde de Guisa se atrevió a indicar que este poder tenía ciertos límites. El rey dijo entonces, muy exaltado!

—¡Si yo os mandara que os arrojáseis al mar, deberíais sin vacilar tiraros al agua de cabeza!

El conde, entonces, en vez de replicar, se volvió rápidamente y tomó el camino de la puerta.

—¿Dónde váis? — le preguntó el rey, sorprendido.

—A aprender a nadar, señor. — contestó gravemente.

Se cita a Laubardemont, el magistrado que sirvió a Richelieu de instrumento para sus venganzas, como modelo y prototipo del juez que tuerce su augusto ministerio.

El mismo se vanagloriaba de serlo, con estas palabras terribles:

—Que me presenten dos líneas escritas con la intención más pura, y, si es preciso, yo encontraré en ella causa bastante para ahorcar a su autor.

✣ ✣ ✣

El reinado de Cristina de Suecia se cita por su bondad y por su prudencia, que conservaron la paz del reino.

Cristina no quiso casarse nunca, y a las repetidas instancias que le hicieron los Estados, contestó:

—Prefiero designar un buen príncipe, un sucesor que sea capaz de gobernar con gloria... No me obliguéis a casarme, pues lo mismo podría nacer de mí un Nerón que un Augusto.

✣ ✣ ✣

El célebre pianista Paderewski, dió un concierto en Moscú, ante varios miembros de la familia imperial. Después del concierto, el zar, dirigiéndose al pianista, le dijo:

—Sois el mejor pianista del mundo, y Rusia se enorgullece de contaros entre sus hijos.

Paderewski contestó:

—Perdón, señor; yo soy polaco, no ruso.

Al día siguiente, Paderewski era expulsado de Rusia.

✣ ✣ ✣

Luis XI tenía tan grande opinión de sí mismo, que raramente admitía algún consejo.

Un día que montó una potranca desdeñando los resistentes caballos de su cuadrá, díjole malignamente Pedro de Bessé, su favorito:

—Esa yegüita que parece tan débil, es la más fuerte cabalgadura que se puede encontrar. Lleva encima a vuestra majestad y a todo su consejo.

✣ ✣ ✣

Decretó Vespasiano un impuesto sobre la basura, y a su hijo le pareció tan mal, que no se recató para decírselo.

Cuando el famoso emperador recibió el primer dinero recaudado por dicho impuesto, se lo acercó a su hijo a las narices, diciéndole:

—¿Huele mal?

—No, señor.

—Pues mira... Este dinero es el producto de la basura.

LAS NOVELAS DE LA VIDA REAL



La Tragedia de la Duquesa

por C. J. y Annie O. Tibbits

I

La mansión que poseía en París el anciano mariscal Sabatiani estaba animadísima: había luces por todas partes y los criados iban y venían. En la calle Saint Honoré parecía repercutir, de extremo a extremo, la discreta conmoción que acompañaba a la llegada del duque de Praslin. Desfilaron elegantemente los carruajes y se deslizaron hasta detenerse delante de la casa. Las grandes puertas estaban abiertas de par en par. A la brillante luz que salía del ancho portal de aquella, una de las más lujosas mansiones de París, descendió el duque.

Los criados esperaban, alineados, a ambos lados. El duque pasó por entre ellos, silencioso, reservado, con el austero gesto de un hombre cuyos secretos permanecían siempre encerrados entre sus propios labios. Orgulloso, altivo, penetró en la casa como una figura de piedra, y se dirigió por los amplios corredores y los extensos salones que le eran tan conocidos como si fueran de su propiedad, aun cuando aquella casa era la casa de su suegro, el mariscal Sabatiani.

La duquesa, su esposa, le había precedido y se hallaba encerrada ya en sus habitaciones, cansada, sin duda, del viaje desde la residencia de campo del duque, camino de Dieppe, donde iban a tomar baños de mar. Descansarían en París una noche y la duquesa se había retirado ya. Las puertas de

sus habitaciones estaban cerradas. No se oía por ellas ni el menor ruido cuando pasó el duque, y si se le notó algo así como si su rostro se hubiera ensombrecido más, al pasar. Fué, sin duda, únicamente la sombra de los candelabros del corredor, una sombra que dió al rostro del duque un aspecto tal que se hubiera dicho que estaba esculpido en duro granito.

Se suavizó ese gesto del duque cuando, continuando por el corredor, llegó a las habitaciones de sus hijos, a los que la duquesa no estaba autorizada a ver nunca a solas. Se suavizó aún más la expresión del rostro del duque cuando éste se dirigió a aquellas habitaciones.

¡Nueve eran sus hijos! Se oyó el rumor de sus somnolientas voces cuando el duque abrió la puerta y entró, un rumor que la duquesa no estaba autorizada a oir. Las voces somnolientas se cambiaron en gritos de alegre salutación cuando entró el duque, saludos que los hijos habían expresado con cortedad ante la duquesa que en aquel momento estaba en el piso bajo, en sus habitaciones, rodeada del más refinado lujo.

Era una de las condiciones impuestas estrictamente a la gobernanta que cuidaba de los niños. La duquesa no veía nunca a sus hijos más que en presencia de la gobernanta, no los atendía nunca si se enfermaban, ni aun cuando, angustiada, había manifestado deseos de pasar la noche en la habitación contigua a aquella en que, uno de ellos, se encontraba enfermo. No tenía derecho a educar a sus propios hijos, no tenía intervención en su manera de vivir, no participaba de sus diversiones y juegos; no era ella más que una augusta, una espléndida figura, extraña, ajena, realmente una extranjera bajo el techo de su propia casa.

Pero el duque, ni aun a las diez y media de aquella calurosa noche de Agosto, después de una fatigosa jornada, podía retirarse a sus habitaciones sin haber besado a sus hijos. Eran estos las niñas de sus ojos, el centro y el alma de su vida, según parecía. Pasaba horas con ellos y su gobernanta, visitas demasiado largas y demasiado familiares, según había dicho la duquesa, que había apelado ante su padre, el mariscal Sabatiani, pidiéndole que interviniera, consiguiendo que la precedente gobernanta,—Henriette Deluzy,—fuera, apresuradamente despedida.

Fué este el único hálito del escándalo que logró, aun cuando levemente, rozar el límpido honor del duque de Praslin. Ni una palabra, ni un murmullo, habíase asociado a su nombre hasta que la duquesa, furiosa de celos había ido en busca de su padre, el anciano mariscal Sabatiani, para que se quejara al duque y este había despedido, hacía pocas semanas, a la señorita Deluzy. Las condiciones en que la señorita Deluzy había entrado en la casa del duque de Praslin eran notables.

Dos mil francos por año y una pensión, si permanecía en la casa hasta que las hijas se casaran. Ni días de salida, ni vacaciones, ni ausencias. No debía perder de vista a los niños ni un solo momento, — condición muy extraña tratándose de una pareja modelo, como el duque y la duquesa de Praslin parecían ante la sociedad, — la madre no debía ocuparse nunca de los hijos, ni mezclarse con ellos, ni verlos sin estar delante la gobernanta; no podía visitarlos, en caso de hallarse enfermos sin obtener permiso de la gobernanta.

¡En la casa esa profunda división, en público palabras cariñosas y miradas de amor! ¿Qué eran en realidad aquel duque y aquella duquesa de Praslin? ¿Qué había entre ellos? ¿Qué extraña tragedia, invisible, insospechada por la sociedad exterior, regía sus vidas?

Nueve hijos, — aun cuando su afecto había muerto lentamente, — hijos a quienes él amaba, cuyo afecto se concentraría en él, en cuyas vidas la duquesa, la madre, no tendría intervención ninguna.

¿Qué clase de hombre era el duque? ¿Qué había hecho su esposa para que vivieran los dos separadamente, cada uno a un lado de una tapia en la que ella golpeaba, desesperada y en vano? La duquesa dirigió al duque docenas de cartas apasionadas, que sólo consiguieron que el hombre acentuara su actitud de reserva, aun cuando algunas fueron cartas de desesperación y de angustia.

"¿Por lo tanto, oh amado mío, os negais a que yo participe de vuestras penas? Arrebatais a nuestras vidas toda esperanza de amor. ¿No soy yo vuestra vida? Si os hallarais enfermo no sería mi mano la que iría a mullir vuestra almohada?"

El duque seguía distanciado y tétrico. Las cartas no le impresionaban. Tal vez recordaba, con implacable e invariable amargura, algunas escenas de cuando el apasionado temperamento y la insufrible violencia de la duquesa le habían alejado para siempre.

"Creedme, Theobaldo, cuatro meses de arrepentimiento y de dolor me han correjido Busco vuestra confianza, no para atormentaros sino para amaros y consolaros. Os juro por todo lo que amo, por cuanto es sagrado para mí, que sólo busco poseer vuestro amor y vuestra confianza del mismo modo que vos teneis mi confianza y mi amor. Somos jóvenes, no nos condenéis a la soledad. Nos amamos, ¿por qué hemos de vivir separados? ¡Oh! ¡Siento que se me desgarra el corazón! ¡Misericordia, Teobaldo! Tened piedad de quien os ama. ¡Vos, que en un tiempo me amásteis, perdonadme!"

¡Cuan extraña puede ser una vida! ¡Cuántos misterios puede encerrar la vida íntima entre un hombre y una mujer! ¡Qué extraño parece que los seres humanos puedan desempeñar semejantes papeles!

Segun todas las apariencias, el duque y la duquesa se amaban mucho. ¡Cuán amarga debía ser para ellos la envidia de los amigos, y la admiración de las demás mujeres!

"¡Ah, querida mía, si mi esposo y yo fuéramos tan felices y viviéramos tan unidos como vos y el duque! ¡Ah, cuántas somos las que os envidiamos, querida mía!"

¡Les envidiaban sus violentísimas escenas! ¡Les envidiaban las terribles y amargas palabras que la duquesa arrojara al rostro del duque, el cual durante tantos años no había perdido nunca la calma ante ella, lo había oido todo con fría tranquilidad, siempre... siempre, menos una voz.

Aquella única vez, súbitamente, en un acceso de furor extraordinario en él, exasperado hasta perder todo dominio de si mismo, había hecho trizas el más valioso de los jarrones que había en la habitación.

Había sido la única vez que él había perdido la calma ante ella y había señalado la hora de su destino. Desde aquel momento vivían separados; él tomó el mando de las cosas de la casa y se ocupó de los hijos. Tomó a la señorita Deluzy, impuso rígidas restricciones y comenzó entonces la tragedia que había de durar años; plácida paz y amor en la superficie, debajo lucha, amargura y desesperación; frío glacial de parte de él, ígneo deseo de parte de ella, volcánica aspiración de lograr lo que ella no podría reconquistar nunca.

"Durante los pasados años he vertido lágrimas en mi almohada, ¡qué burla es vuestro fingido amor, en público! La señora de G... me decía hoy, y sus palabras resuenan todavía en mis oidos: "¡Cómo amais a vuestro esposo y cómo os ama él!" ¡Cuánta amargura para mí, que sé la verdad, el oir frases como esa!"

Fueron innumerables cartas que ella le dirigió. Pero en todo el montón de correspondencia hallado después, en el secreter de la duquesa, sólo una era del duque. Había sido escrita después de cuando la duquesa recurrió al mariscal Sabatiani pidiéndole que interviniera entre el duque y la señorita Deluzy.

"Con lo que habéis hecho habéis arruinado para siempre mi existencia."

II

El duque de Praslín salió de las habitaciones de sus hijos y se dirigió a la parte de la lujosa mansión donde tenía su dormitorio. Las puertas de la habitación de la duquesa estaban cerradas, todas ellas. No se oía ni el menor ruido a través de aquellas puertas. Dormida, o vertiendo aun amargas lágrimas en la soledad de su dormitorio, no hacía ruido ninguno. La señora Leclerc, su "femme-de-chambre" se había retirado a las habitaciones de los criados, cansada del viaje desde la casa de campo del duque y del trabajo del día, bostezando, y se había acostado. Los demás habitantes de la enorme casa se retiraron también. Auguste, el "valet" del duque, fué el último en retirarse. Atendió a su patrón como de costumbre, pero el duque le despidió en seguida y después de saludar con una cumplida reverencia, salió de la habitación dando gracias a Dios por que por fin podía entregarse al descanso y meterse en la cama.

Fué arrancado a la comodidad del lecho repentina e inesperadamente. Se incorporó, escuchando. Era de madrugada; la luz grisácea del amanecer comenzaba a entrar en su pequeña habitación y durante un momento, creyó haber soñado. Pero no, una campanilla era nerviosamente agitada.

Saltó de la cama, se vistió apresuradamente y salió corriendo del cuarto. La campanilla seguía tocando a medida que avanzaba por el corredor, pero su repicar se hacía cada vez mas debil. Algo grave sucedía en algun sitio de aquel extenso caserón.

En el corredor se encontró con la señora Leclerc, palida y temblorosa.

—¡La campanilla del dormitorio de la duquesa! — exclamó la mucama.—¡Algo grave tiene que suceder, debe haberse enfermado! ¡Nunca, nunca ha llamado de ese modo!

Fué una suerte que tanto Auguste como la señora Leclerc conocieran la mansión del mariscal Sabatiani tan bien como la del duque, con todos sus complicados corredores y sus escaleras. Corrieron jadeantes hacia el departamento de la duquesa. Su magnífica habitación tenía cuatro puertas. El dormitorio había sido adornado, por orden del mariscal, de modo que resultaba idéntico al dormitorio de la reina María Antonieta, en el palacio de Versalles. Tres de las puertas daban a un lado de la casa y la restante, al otro lado.

Sin aliento, escucharon junto a la primera de las puertas. En medio del silencio reinante oyeron un gemido, muy débil, a través de la gruesa madera. Auguste golpeó y llamó.

—¡Señora duquesa, aquí estamos! ¿Qué ha sucedido?

No se oyó nada más de dentro del dormitorio de la duquesa. La casa parecía hallarse enteramente en silencio. No se oía más que la jadeante respiración de la señora Leclerc y era tan fuerte que Auguste casi estuvo por ordenarla que no hiciera ruido.

—¡Abrid la puerta! ¡Abrid la puerta! — exclamó.

Pero la puerta estaba cerrada con llave.

—¡La otra! ¡Abrid en seguida, Auguste! ¡La duquesa debe hallarse mal!

Temblando, trataron de abrir todas las puertas pero las tres estaban cerradas por dentro; entonces, nervioso y aterrorizado Auguste intentó forzar una de las puertas. Pero eran demasiado fuertes, se burlaron, desafiaron sus esfuerzos.

—¡Debemos tratar de entrar por la puerta del otro lado, pero pronto! — gritó. — Puede ser que la otra puerta no esté cerrada.

Corrieron lo más rápidamente que pudieron, pero tenían que recorrer alguna distancia, que bajar al jardín, pasando por el hall y subir luego por la otra escalera, recorriendo después varios corredores y cruzar por fin la antecámara que daba acceso a las habitaciones de la duquesa y las separaba del dormitorio ocupado por el duque.

Se acercaron de puntillas y trataron de abrir la puerta. Cedió con siniestra facilidad. Miraron, silenciosos y aterrados, escuchando, temerosos sin saber de qué.

Lentamente Auguste abrió la puerta y se

detuvo, mirando. En la extensa habitación reinaba la más completa oscuridad. La lamparilla de aceite que la duquesa dejaba siempre encendida, se había apagado, y la luz, suave y gris del amanecer no podía penetrar a través de los postigos tan bien cerrados para evitar el acceso de los ladrones a los que pudiera ocurrírseles entrar en la casa por el lado aquel del jardín, que daba a los Campos Elíseos.

Había objetos dignos de la atención de los ladrones en aquella magnífica mansión, incluyendo un maravilloso collar de diamantes regalado por Napoleón y la emperatriz al mariscal que, a su vez, se lo había regalado a su hija cuando su casamiento con el duque.

Pero no había movido los postigos ningún ladrón. En el dormitorio todo era oscuridad y quietud.

—¡Una oscuridad de tumba, — declaró la señora Leclerc, — y un silencio de muerte!

No habían llevado luz, y durante un momento, hasta que Auguste fué a toda prisa en busca de una, los dos miraron, dominados por un miedo que les sujetaba como con cadenas. No se atrevían a penetrar en la habitación. En vez de entrar, Auguste se alejó por donde había venido y regresó poco después acompañado por otro de los criados del duque, armado de una lámpara encendida y de una espada.

Cuando cruzaban el jardín, a Auguste le sorprendió ver que salía humo de una de las chimeneas de las habitaciones del duque, una delgada espiral de humo que se elevaba en el cielo que se iba iluminando lentamente.

—¿Qué es eso? — dijo Auguste. — ¿El duque encendiendo fuego en un día de calor del mes de Agosto como el que amanece?

Pero no disponían de tiempo para entregarse al comentario de semejante excentricidad.

Corrieron y ante la puerta del dormitorio de la duquesa, Auguste tomó la lámpara y la levantó.

La luz iluminó la extensa habitación. La dejó ver en todo su esplendor; pero a medida que avanzaron, aquel esplendor se vió oscurecido y borrado por el horror.

En la gruesa alfombra, envuelta en un peinador de riquísimos encajes, estaba tendida la duquesa, horriblemente inmóvil junto a una caída mesita dorada. Cuando ellos se acercaron silenciosamente, vieron, horrorizados, que el blanco peinador estaba manchado de rojo. Algunas sillas doradas y más de una mesita adornada y tallada, estaban volcadas, como si se hubiese desarrollado allí una lucha desesperada. El lecho, con dosel, de madera tallada con ornamentos dorados, estaba revuelto, en completo desórden y sus ropas habían sido arrojadas al suelo.

La duquesa había sido asesinada, asesinada por alguien que le había asestado terribles y desesperadas estocadas con una espada o tal vez, con un puñal. El cordón de la campanilla, arrancado de su sitio por la duquesa en su desesperada energía, estaba tirado en el suelo, junto a ella. Se comprendía que había luchado terriblemente defendiendo su vida, huyendo de su asesino por toda la habitación, dejando horrendas manchas de sangre en las delicadamente pintadas paredes y en las pesadas cortinas. Auguste y sus compañeros se estremecieron cuando vieron aquellas manchas... manchas las unas de una mano pequeña y otras de una mano más grande. La señora Leclerc indicó un libro que estaba en el suelo.

—¡La novela que estaba leyendo anoche, cuando yo me retiré! ¡Pobre señora!

Los tres criados abrieron las otras puertas y salieron de la habitación. Una vez fuera se miraron los unos a los otros. ¿Qué podían hacer ¿Quién de ellos iría a decir al duque lo que había pasado?

Al parecer el duque dormía plácidamente mientras tanto, pues no se oía ruido ninguno en sus habitaciones. Pero Auguste pensó en el humo que había visto salir de su chimenea y se preguntó a qué podía obedecer.

Se dirigieron al hall principal, donde los demás criados se habían reunido en aterrorizados grupos y Auguste les estaba explicando lo que había visto, cuando la puerta se abrió bruscamente y se presentó el duque.

Se hallaba vestido con su ropa de noche y estaba pálido y agitado de tal modo que los criados se fijaron en seguida en él.

—¿Qué sucede? — preguntó temblando.

Auguste se lo dijo. Lanzando un grito se volvió rápidamente y corrió a la habitación donde la duquesa yacía inanimada, tal como los criados la habían encontrado, envuelta en su peinador de encaje.

El duque sufrió una intensa crisis de angustia y de dolor.

—¡Dios mío! ¡Mis hijos huérfanos, privados de su adorada madre! ¡Mi pobre Fanny! ¿Qué monstruo es el que ha estado aquí?— exclamó.

Fué cuestión de un momento enviar a varios criados en busca de médicos y de la policía, a fin de que se hicieran diligencias para dar con el matador.

Después el duque se retiró a sus habitaciones, pues nada podía hacer en favor de su esposa y había tenido que hacer grandes esfuerzos para conservar su expresión altiva y serena ante sus criados. Su voz, — su orgullosa y siempre enérgica voz, — temblaba mientras daba órdenes. Se retiró de prisa, a encerrarse lejos de miradas curiosas, de miradas de conmiseración.

Altivo, reservado, poseedor de uno de los más orgullosos nombres de Francia, ¿cuáles podían ser sus sentimientos, después de haber sido víctima de un ultraje semejante, al verse objeto de la curiosidad de sus criados? Fueren los que fueren antes sus sentimientos para con su esposa, ¿cuáles serían en aquel momento, al verla muerta ante él, brutalmente asesinada?

Los médicos y los de la policía acudieron rápidamente al teatro del suceso. A las ocho de la mañana el señor Broussais, juez de instrución y el Procurador de la República ya habían interrogado a los sirvientes y les habían ordenado que se retiraran a sus habitaciones. A la luz de aquella mañana de Agosto, los de policía recorrieron la casa, incluso los jardines, en busca de huellas, de señales

del paso de los ladrones que, al parecer, habían pensado apoderarse del famoso collar de brillantes de la duquesa o de alguna de sus muchas y valiosas joyas. Los canteros de flores situados al pie de las ventanas fueron cuidadosamente examinados, pero desde el primer momento se comprendió que los ladrones no habían entrado por allí en la casa, pues no se veían huellas en la tierra blanda, no había señales de que nada hubiese sido aplastado o movido en ninguna parte del jardín ni de sus adyacencias.

Los criados habían quedado estrictamente confinados con orden de no moverse de la casa sin autorización. La policía puso guardias en todas las puertas y en la habitación donde había sido hallada la duquesa, los investigadores comenzaron su tarea.

Una pistola que, al parecer, había desempeñado importante papel en la tragedia, fué hallada en el suelo, abandonada por el matador en su apresuramiento. Fué cuidadosamente examinada. En ella se hallaron algunos cabellos enredados y rotos, procedentes de la en un tiempo hermosísima cabellera negra de la duquesa.

El duque seguía en sus habitaciones. Los de la policía y el juez habían vacilado antes de molestarle, respetando su grandísimo dolor. Pero llegó un momento en que fué necesario someterle al interrogatorio.

Tranquilo, digno, les miró cara a cara y les dijo lo poco que sabía, describiendo su llegada a la casa cuando la duquesa ya se había retirado a sus habitaciones. El había visitado un momento a sus hijos y después se había retirado a su departamento, a eso de las once y se había dormido. Esto era todo cuando sabía. ¡Un momento!

El juez de instrucción que iba haciendo anotaciones, levantó la vista y vió que el duque miraba la pistola hallada en el dormitorio de la duquesa y que se encontraba en la mesa.

—Hasta que fuí despertado de mi sueño por un grito, — prosiguió lentamente el duque. — Procedía de la habitación de la duquesa. Salté de la cama y acudí en su socorro.

¿De veras?

Varios eran los que miraban al duque, el cual se hallaba sentado, tranquilo, envuelto en su dignidad como correspondía a un noble de la más alta alcurnia, a uno de los hombres más arrogantes y orgullosos de Francia.

Los investigadores le interrogaron impresionados. Le pidieron que dijera cuanto sabía y contra su voluntad, al parecer, así lo hizo, describiendo todas sus acciones de aquella noche, Había saltado de la cama, se había puesto un "robe-de-chambre" y había corrido hacia el dormitorio de la duquesa.

Oyó entonces unos gritos terribles y, agitadísimo corrió de nuevo a su cuarto en busca de un arma. . . un arma para protejer y defender a su esposa.

—Esta es, — dijo, indicando la pistola.— Encontré bujía y fósforos y entré en la habitación. La duquesa estaba tendida en el suelo. En mi angustia, desesperado, aturdido, dejé caer el arma y volví a mi dormitorio.

—Pero. . . — El interrogador examinaba sus anotaciones. Auguste, el "valet", había descrito particularmente el horror y la sorpresa del duque cuando él le contó lo que había pasado y cómo había corrido hacia donde estaba la duquesa como si fuese entonces la primera vez que sus ojos tropezaban con tan terrible cuadro.

El interrogador levantó lentamente la cabeza y miró al duque.

—¿Por qué no llamásteis a los criados?— le preguntó fríamente.

—No pensé en ello, — contestó el duque, encogiéndose de hombros.

—¿Os hallabais tan emocionado que perdísteis por completo la serenidad y la presencia de espíritu?

El duque inclinó afirmativamente la cabeza. Todavía se notaba en la palidez de su rostro el estado de debilidad nerviosa en que se hallaba; parecía que la faltara muy poco para que le acometiera un desmayo. Era algo terrible lo que le había sucedido a él, — a uno de los nobles más orgullosos de Francia,— una horrenda tragedia capaz de vencer hasta las energías de un hombre de su entereza de carácter.

Sin embargo, el juez Broussais sintió de repente, que a su imaginación acudía una terrible sospecha. Leía de nuevo la declaración de Auguste, el "valet", que describía con tantos detalles lo sucedido. Pensaba al mismo tiempo en los cabellos de la duquesa hallados en la pistola y miró cara a cara al hombre a quien interrogaba.

¡El duque de Praslin mentía!

III.

ERA necesario, desde ese momento, proceder con todas las mayores precauciones. El duque tenía que ser interrogado con habilidad, con cierta ceremonia. Pero era de todo punto necesario hacer justicia.

—¿No tenéis inconveniente en que se proceda a visitar vuestras habitaciones? — preguntó uno de los magistrados.

El duque se inclinó, asintiendo. ¿Qué podía hacer que no fuera contestar afirmativamente?

Media hora después los graves rostros de los magistrados se hallaban más serios todavía. Varias cosas extrañas había en la habitación del duque. En el hogar de la chimenea había un montón de papeles medio quemados, — muchos de ellos, cartas de la duquesa, — varias de sus amargas desesperadas cartas que nunca lograron ni conmover al duque ni sacarle de su frío orgullo, de su indiferencia altiva y suprema. En el hogar de la chimenea se halló también un saco de seda medio quemado. Era el saco de seda que el duque se ponía por la noche. Estaba medio quemado, pero presentaba también varias horribles manchas de sangre. En una alacena, además, hallaron un "robe-de-chambre" envuelto de mala manera, como si hubiese sido arrojado allí con precipitación. ¡Y en esta prenda había, también, manchas de sangre!

Pálido, silencioso, el duque seguía senta-

do en su alma, observando fríamente la labor de los empleados de policía. No cambió la expresión de su rostro cuando vió que realizaban esos descubrimientos; no hizo más que ponerse más y más pálido hasta que llegó a parecer una máscara de blanco papel que se destacaba sobre el lujoso fondo de la magnífica habitación.

¡Pero qué horrible angustia la que debía desgarrar su espíritu altanero! Cada minuto que pasaba todos parecían separarse más y más de él, hacerse más fríamente corteses, más implacablemente insistentes. Sin reparo alguno, sin vacilación, iban tejiendo en redor del duque la red que había de encerrarle. No le daban ocasión de escapar, no le dejaban ni una malla floja por donde escurrirse. Inocente o culpable no le quedaba esperanza, no tenía probabilidad ninguna.

Fué sometido a un examen médico. Los facultativos declararon que tenía en las manos las señales de unas mordeduras, además de varios arañazos. Se le dijo, cortés pero enérgicamente, que se quedara en la casa y, una vez más, se encerró en sus habitaciones a solas con todo el horror que le había envuelto.

Nadie se ocupó de él, nadie se le acercó durante las horas que siguieron. Cuando entraron a verle le hallaron enfermo... enfermo y agotado por el dolor.

—La impresión sufrida le ha desconcertado, — dijo el médico de la familia a quien llamaron urgentemente.

El duque se hallaba en realidad tan mal, que la policía necesitaba proceder con toda la mayor rapidez. ¡Su vida podía hallarse en peligro! La Cámara de los Pares nombró inmediatamente un comité investigador. A ese comité fueron comunicados todos los antecedentes y datos de lo que había sucedido. El comité, presidido por Pasquier, el Canciller de Francia, penetró en la habitación del enfermo.

El duque se encontraba indudablemente muy mal, pero esto no evitó que los de la comisión le interrogaran brusca y brutalmente, procurando arrancarle lo que ellos creían que era la verdad.

—¿Sabéis el horrible crimen que se os imputa? ¿Conocéis las circunstancias... todos los detalles? Esas circunstancias y esos detalles no dejan lugar a duda. Os recomendamos que abreviéis la fatiga que parece oprimiros en este momento, haciendo una confesión plena. ¡No podéis negar el crimen! ¡No podéis atreveros a negarlo!—díjole Pasquier.

El enfermo miró al canciller sin levantar la cabeza de la almohada.

—No tengo fuerzas, — dijo con voz débil. — Es algo muy largo de explicar.

—¡Bah! — exclamó Pasquier. Podéis contestar sí o no.

—Se necesitaría mucho esfuerzo de imaginación, — contestó el duque débilmente—y no tengo clara la mente.

Las preguntas le fueron disparadas como pistoletazos. Insistieron en los detalles de su visita a los niños. Le hicieron contestar, evocar cuadros de la vida de sus hijos que habían sido el centro y el alma de su existencia. Describió de nuevo cómo se había retirado a su habitación, — después de visitarlos, — a eso de las once de la noche.

—¿Dormísteis? — le preguntó Pasquier.

—Sí, — contestó el duque, lanzando un hondo suspiro.

—¿Hasta cuándo?

—Eso no puedo decirlo porque no lo sé.

—¿Habíais tomado ya vuestra decisión cuando os acostáteis?

—¿Qué queréis decir con "tomado mi decisión"?

—¿Cuando os despertásteis, cuál fué vuestro primer pensamiento?

—Oí gritos... Corrí al dormitorio de la duquesa... — Se interrumpió, lanzando un gemido. — ¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡Os ruego que esperéis!

—Cuando entrastéis en el dormitorio de la duquesa, — prosiguió el implacable Pasquier, — ¿os olvidásteis de que nadie, que no fuera vos, podía penetrar allí?

—Lo olvidé, — suspiró el duque.

—Entrásteis varias veces en su dormitorio aquella noche. ¿Estaba ella en el lecho la primera vez que entrásteis?

—No, estaba tendida en el suelo.

—¿Tendida allí después que vos la habíais golpeado por última vez?

—¿Cómo queréis que conteste a semejante pregunta?

—¡Bien! ¿No contestéis? ¿Cómo explicáis la presencia de los arañazos y de la mordedura que tenéis en la mano?

—La mordedura no es mordedura, — declaró el agobiado duque; y una vez más pudo traslucir su angustia a través de su reserva y de su dignidad. — ¡Tened piedad... tened piedad de mí! ¡Me siento tan débil!—dijo.

—No se encontró agua en vuestra habitación, — prosiguió, inexorable, Pasquier. — ¿La habíais empleado para borrar las huellas de vuestra culpa?

—Me manché al inclinarme hacia mi esposa. Recordé que tendría que contar a los niños lo sucedido y para que no me vieran sucio, tuve que lavarme las manchas.

—¿No os sentís torturado por el remordimiento? ¿No os proporcionaría alivio y calma el decir la verdad?

—No tengo fuerzas

—Hace un momento teníais fuerzas. ¿Calláis? Vuestro silencio es una admisión de culpabilidad.

—No puedo hacer variar vuestra opinión. Vosotros os habéis hecho la idea de que soy culpable.

—Cuando realizásteis vuestra horrenda obra, ¿no pensásteis en vuestros hijos?

Un grito de angustia brotó de los labios del duque.

—¡Yo no he cometido eso! ¡Mis hijos! ¡Mis hijos! ¿Hállanse acaso alguna vez lejos de mis pensamientos?

—¿Os atreveríais a declarar rotundamente que sois inocente?

El duque permaneció en silencio. El reloj marcó unos cuantos segundos y el enfermo lanzó un gemido.

—¡No puedo contestar a esa pregunta, si

la haceis en semejante forma: — exclamó. Pasquier se levantó. La investigación había terminado. El duque de Praslin quedaba arrestado.

. . . .

Cuando llegó la noche fué trasladado a la prisión del Luxemburgo, pero se hallaba tan mal que fué necesario llevarle en brazos al coche en que hizo tan triste viaje. Tan mal estaba que al cabo de unos días se empezó a notar que lo que padecía tenía que ser algo más que las consecuencias del pesar y de la angustia. Una horrible palabra fué, en voz baja, de boca en boca.

¡Veneno! ¡Y se hallaba moribundo!

A toda prisa, el anciano duque De Cazes fué designado para arrancarle la confesión, que hasta entonces no había sido posible hacer salir de sus labios.

—Mucho sufrís, mi querido amigo, — díjole De Cazes.

—Sí, — suspiró el duque de Praslin.

—Eso es culpa vuestra, — dijo el anciano. — ¿Por qué os habéis envenenado?

Vano era negarlo, vano era ya todo lo que no fuese sufrir y morir.

—Ya es hora de que habléis, — dijo De Cazes. — El suicidio es una confesión. ¿Qué hombre inocente querría, en el mismo momento en que sus hijos se ven privados de madre, privarles también de padre? ¿Sois culpables?

El duque de Praslin yacía inmóvil, en augustioso silencio.

—¿Os arrepentís de vuestro crimen? ¡Os exhorto a que digáis si os arrepentís!

—¡Arrepentirme! — repitió el duque con terrible amargura.—¡Ah! ¡Si me arrepiento!

—Confesad, entonces. Haré que venga el canciller...

—¡No, no... mañana!

Se hallaba moribundo sin duda ninguna y el terrible Pasquier fué nuevamente llamado para que le interrogara otra vez, apresurando sus últimos momentos, con las mismas angustiosas preguntas, las mismas implacables exigencias.

De Praslin gemía.

—¡No soy culpable! ¡No soy culpable!— gritó con su postrer aliento; y se escapó hacia la tumba, de las manos de la justicia.

Su muerte fué una señal para nueva y renovada actividad. La policía había arrestado ya a Henriette Deluzy, la gobernanta de los hijos del duque y su confidente, y de ella, por último, creyeron posible sacar la verdad. Pero nuevamente el abrumador Pasquier se vió decepcionado. No había pruebas para relacionar a la señorita Deluzy con el crimen. No había pruebas para relacionar con el crimen a nadie que no fuera el duque y, en realidad, todo parecía indicar que era culpable, siempre que las declaraciones de los criados y el informe de los médicos fuera verdad. Pero los testigos no fueron sometidos a un solo careo, aun cuando hicieron muchas afirmaciones contradictorias. Por ejemplo, mientras varios de los criados dijeron que el duque se presentó cuando ellos discutían qué era lo que convenía hacer,—en el hall,—otros declararon que se apareció entre ellos cuando se encontraban ya en el dormitorio de la duquesa.

Desde el primer momento se consideró comprobada su culpabilidad. Lo único que faltaba era descubrir nuevas pruebas contra él. Años más tarde la culpabilidad del duque se ha discutido. Era, realmente, el último de los hombres a quien se pudiera capaz de cometer semejante crimen. Frío, tranquilo, ¿cómo pudo levantarse a las cuatro de la mañana para dejarse dominar por tan ingobernable furia? Si premeditaba el crimen, por qué no utilizó cualquiera de las oportunidades que podía aprovechar para librarse de su mujer sin peligro de ser acusado?

Era un hombre frío, glacialmente susceptible y altanero. No era, con seguridad, hombre para dejarse llevar a cometer un crimen vulgar y brutal, a las cuatro de la mañana.

Torturado por el dolor, enloquecido por la pena, poca es la importancia que debe darse a lo que contestó a sus implacables acusadores. Las palabras que eran manifestaciones de inocencia las interpretaban en seguida como confesiones. Su silencio, — el silencio de un hombre que tenía la muerte tan cercana, — era tomado como admisión de culpabilidad. Sin embargo, aun después de recibir los últimos sacramentos, manifestó con energía que era inocente.

A primera vista las pruebas contra él parecen aplastantes, hasta que se recuerda que ninguna de las pruebas fué sometida al estudio de personas que no estuvieran previamente convencidas de la culpabilidad del duque. Y, por otra parte, un asesino que hubiera entrado en la casa para robar, pudo escapar perfectamente, mientras los criados trataban de abrir las cerradas puertas o mientras pasaban, cruzando el jardín, al otro lado de la casa.

"Una gran cantidad de detalles indicadores de culpabilidad, — dice una eminente autoridad, francesa, en materias legales.— Pero cada uno de esos detalles abierto a la posibilidad de un error o de su compatibilidad con la inocencia. Además están las condiciones de carácter del duque, irreprochable, respetado. ¿Cómo, si había decidido hacerse asesino, pudo escoger una ocasión en la cual todas las sospechas tenían, inevitablemente, que recaer sobre él?"

Tal vez la justicia cometió un error. Es significativo el hecho de que gran parte de las pruebas hayan permanecido en el secreto, — "laboriosamente veladas", según dice un investigador; — tal vez esas pruebas son incompatibles con aquellas en que la justicia basó su criterio de culpabilidad. Es sabido que la justicia nunca admite de buena gana, que ha cometido un error.

El duque de Praslin fué sepultado en las sombras de la noche, en el cementerio del Sud. A las tres de la mañana un pequeño coche fúnebre, acompañado por tres oficiales de policía, le sacó de la prisión La luz del nuevo día alumbró su tumba en la que faltaba hasta la cruz de madera que se concede a los más pobres, — la tumba del rico, joven, — había cumplido cuarenta años.—y altivo duque de Praslin.

LAS RECETAS de "PUCKY" para EL HOGAR

El mejor modo de curar los resfriados, consiste en lo siguiente: Reposo, con la cama previamente calentada. Dieta absoluta. Baño de pies (pediluvio) sinapizado o sea con mostaza. Infusión de saúco para provocar la transpiración. Seis gotas de alcoholaturo de acónito en 180 gramos de agua, a cucharadas; una cucharada cada hora. Después de haber sudado, bebidas atemperantes (naranjada, limonada), tisanas de flores de tilo y de hojas de naranjo.

✣ ✣ ✣

Una buena mano de barniz copal aplicada a suelas de calzado y repetida conforme se vaya secando la precedente, hasta que los poros queden llenos y la superficie tome brillo, lo hará impermeable y tres veces más duradero que en el estado natural.

Cuando el calzado se humedezca, llénesele de afrecho o de papel de diario arrugado, teniéndole una noche en tal situación a la mañana siguiente estará seco y sin endurecimiento alguno.

✣ ✣ ✣

Aconseja un médico los siguientes procedimientos para curar las quemaduras: Si son de primer grado (rojez de la piel), se aplican compresas de agua fría, soluciones de alumbre, de sulfato de hierro, clara de huevo. Contra las de segundo grado (vesicantes), se procede a la picadura de las ampollas con una aguja, conservando la epidermis, aplicaciones refrigerantes, linimento oleocalcáreo antiséptico, o la siguiente pomada:

Yodoformo, 5 gramos; Antipirina, 5 gramos; Vaselina 50 gramos.

✣ ✣ ✣

La limpieza de las botellas cuando han contenido cuerpos grasos o estén impregnadas del olor de aceites esenciales se hace del modo siguiente: introdúzcase en ellas uno o dos puñados de serrín o residuos de café todavía húmedo, junto con un poco de agua muy caliente. Se le agita durante unos segundos, se vacía el contenido y se repite otra y otra vez la operación, que se rematará con un lavado de agua fría.

✣ ✣ ✣

Se hace la limpieza de los cubiertos de plata frotándolos con un paño cubierto de hollín empapado en vinagre o bien con una mezcla, bien pulverizada y diluída en un poco de agua, de:

Crémor tártaro, 2 partes; Alumbre, 1 parte; Tiza en polvo 2 partes.

Los cuchillos que no se usan con frecuencia se untan de vaselina, para que no se tome la hoja y cuando se van a usar se lavan con agua de soda.

✣ ✣ ✣

Se hace la "Leche de Glicerina", esa preparación de "toilette", del siguiente modo:

Se disuelve 80 partes de almidón en 150 de glicerina, y se calienta todo en baño María, removiendo constantemente la masa hasta que toma consistencia gelatinosa. Se añaden poco a poco otras 80 partes de almidón y 400 partes de agua destilada, removiendo la mezcla hasta completa homogeneidad.

Este preparado se puede perfumar con 20 partes de tintura de benjuí u otra esencia cualquiera.

✣ ✣ ✣

Se conserva bien el aspecto de los muebles mezclando diez gramos de cera blanca con 80 de querosén. Derrítase a fuego suave. Dése una ligera capa del producto, aún caliente, sobre el mueble; el petróleo no tardará en evaporarse quedando sólo la cera, que se pulimentará frotándola con un trapo de lana bien seco.

✣ ✣ ✣

Un buen medio para quitar la costumbre de andar dormidos por la casa a los sonámbulos, es colocar todo alrededor de la cama una hoja de hierro, zinc, o cualquier otro metal, lo bastante ancha para que al querer levantarse el sonámbulo tenga que poner los pies en ella.

Cuando lo hace, toca con los pies en la superficie fría del metal y retira las piernas. Después de dos o tres tentativas, el sonámbulo renuncia a levantarse y se queda en la cama.

✣ ✣ ✣

Cuando se quiere asegurar la conservación de los objetos de metal, se calientan dichos objetos hasta que quemen la mano y se frotan con cera muy blanca. Se les vuelve a calentar hasta que desaparezca la cera, frotándolos con un trapo hasta que reaparezca su brillo; la herrumbre no hará ya presa en ellos.

✣ ✣ ✣

Las almohadillas de costura y las que sirven de alfiletero, deben rellenarse siempre con café molido ya servido y bien seco. De esta manera no las tocan nunca los ratones ni la polilla y además no enmohecen las agujas ni los alfileres.

LAS MIL Y UNA NOCHES DE LA HISTORIA



La Noche de los Estranguladores

por RAFAEL SABATINI

El autor se ocupa, en este relato, de los románticos días del siglo XIV, cuando Italia era el centro de la intriga y del crimen.

CARLOS, duque de Durazzo, fué uno de los super jugadores de ajedrez, que manejaron reyes y reinas, caballeros y prelados de carne y hueso, y que jugó una partida con el Destino, en el tenebroso tablero de la política napolitana. No se forjaba ilusiones respecto a los puntos que pudiera anotarse su terrible adversario en el caso de su propia derrota. Sabía que su cabeza era el precio de la partida, y no ignoraba que sería inevitable la derrota a la menor jugada hecha con torpeza. Sin embargo jugó con astucia y audacia, como los lectores podrán juzgar.

Hizo su primera jugada en Marzo de 1343, unos tres meses después de la muerte de Roberto de Anjou, rey de Jerusalén y de Sicilia, que tal era el título que correspondía al que reinaba en Nápoles. Halló su oportunidad en la anarquía en que estaba sumido el reino en aquella época.

El "buen rey", Roberto el Sabio, había arrancado la corona de Nápoles a su hermano mayor, el rey de Hungría y había gobernado como un usurpador. Acaso para acallar su conciencia o tal vez para impedir futuras contiendas entre sus propios descendientes y los de su hermano, había procurado corregir la falta por medio de un matrimonio entre el nieto de su hermano Andrés y su nieta Juana, matrimonio que se había realizado diez años antes, cuando An-

drés tenía tan sólo siete años de edad y Juana, cinco.

Sus propósitos habían sido refundir en una sola las dos ramas de la casa de Anjou. En cambio, lo que sucedió fué que la rivalidad se hizo más aguda que antes y el temor del rey Roberto de que el hecho tuviera semejante resultado, contribuyó no poco a ello. Junto a su lecho de muerte reunió a los príncipes de la sangre, — los miembros de las casas de Durazzo y Taranto, — así como a los principales nobles del reino, y les hizo prestar juramento de obediencia a Juana, designando él mismo un Consejo de la Regencia para que gobernase el reino durante su minoría de edad.

La consecuencia fué que, contra todo lo que se había supuesto cuando el matrimonio fué convenido, Juana fué entonces proclamada reina por derecho propio y el gobierno pasó, en nombre de ella, a manos del Consejo designado. Inmediatamente la Corte de Nápoles se dividió en dos bandos, el de la reina en que militaba la nobleza napolitana, y el de Andrés de Hungría, formado por los nobles húngaros que constituían su séquito y algunos nobles napolitanos descontentos y dirigido por la siniestra figura de fray Roberto, el preceptor de Andrés.

Este fraile soberbio, de quien el Petrarca nos ha dejado un vívido retrato, un hombre de rostro rubicundo, barba roja, con una franja de rojos cabellos en torno de su tonsura, de pequeña y encorvada figura, sucio en su ropa y en sus costumbres, dominado por un orgullo de Lucifer, a pesar de sus harapos, se arrojó violentamente contra el Consejo de la Regencia, y pidió tener voz, en sus deliberaciones, en nombre de su pupilo Andrés. El Consejo le tuvo miedo, no solamente por lo que suponía su personalidad, sino también porque estaba sostenido por el populacho, que consideraba su falta de aseo como demostración exterior de su carácter de santidad. Su irrupción ocasionó tanto descontento y una confusión tal, que al fin tuvo que intervenir el Papa, en su calidad de Señor Supremo, — Nápoles era un feudo de la Santa Iglesia, — y designó un delegado para gobernar el reino durante la minoría de Juana.

Los húngaros, con el hermano de Andrés, —el rey Luis de Hungría,—a la cabeza, apelaron ante la Corte Papal de Avignon, solicitando una bula disponiendo la coronación conjunta de Andrés y de Juana, lo que equivalía a poner el gobierno en manos de Andrés. Los napolitanos, encabezados por los príncipes de la sangre, — que siendo los que seguían como herederos, tenían intereses que cuidar, — sostuvieron que sólo debía ser coronada Juana.

En esta situación se hallaban los asuntos del reino, cuando Carlos de Durazzo, que había permanecido alerta, vigilando de lejos las probabilidades de éxito, resolvió iniciar su peligrosa partida. Comenzó por secuestrar secretamente a María de Anjou, — su propia prima y hermana de Juana, — que era una muchacha de catorce años. La tuvo escondida un mes en su palacio, y empleó ese tiempo en obtener del Papa, por intermedio de los buenos oficios de su tío, el cardenal de Perigord, una dispensa que destruyera la barrera puesta por la consanguinidad. Obtenida esa dispensa, Carlos se casó públicamente con la joven, ante todo Nápoles, y por tal matrimonio, — al que la novia no parecía poner reparo ninguno, — llegó por virtud de su esposa, a ser el inmediato heredero de la corona de Nápoles. Esta fué su jugada de apertura. Su jugada siguiente consintió en escribir a su amable tío, el cardenal de Perigord, cuya influencia en Avignon era considerable, pidiéndole que influyese para que el Papa Clemente VI no firmase la bula en favor de Andrés y de la coronación conjunta de éste y su esposa.

Ahora bien, la maniobra de Carlos al casarse con María de Anjou, había predispuesto, naturalmente, a Juana contra él; además le había creado como enemigos a los príncipes de la sangre, que eran los inmediatos en el orden de la sucesión, y a los que había arrebatado un peldaño, al presentar sus reclamaciones. Es inevitable suponer que él había contado, precisamente, con esto para hallar el pretexto que buscaba;— ¡él, que era príncipe napolitano!—para aliarse con el intruso húngaro.

En otras circunstancias sus actos hubieran sido mirados con recelo por Andrés, y mucho más aun por el astuto fray Roberto. Pero en la forma en que su habilidad lo había combinado todo, fué recibido con los brazos abiertos por el partido húngaro y su defección de la corte de Juana fué considerada una victoria por los partidarios de Andrés. Afirmó que era decidido partidario de Andrés y declaró que odiaba a los partidarios de Juana, quienes, decía, envenenaban su mente en contra de su esposo. Cazó y bebió con Andrés, — cuya existencia transcurría entre la caza y a la bebida,—y elogió, en general, las aficiones burdas de aquel extranjero a quien interiormente despreciaba, porque le consideraba como un bárbaro.

Empezó Carlos por ser un buen compañero y no tardó en ser el consejero del joven príncipe, y los envenenados consejos que le daba parecían excelentes y agudos aun al mismo fray Roberto.

—Devolved hostilidad por hostilidad. Marchád rudamente, fieramente, por la senda elegida, confiando en que os será favorable la resolución del Papa. Decid a todos que sois rey de Nápoles, no en virtud de vuestro matrimonio con Juana, sino por derecho propio, pues Juana es tan sólo un retoño de una rama usurpadora.

Los claros y plácidos ojos de Andrés brillaban con un reflejo de furor intenso; una oleada de ardor agitaba su estólido carácter al oir estas palabras. Era un joven giganteseo y rubio, de piel blanca, y agradables facciones, pero su mirada carecía de expresión y toda su manera de ser corroboraba la opinión de bárbaro que de él tenían formada los napolitanos cultos que formaban con él un contraste tan visible. Como fray

Roberto apoyó la opinión del duque de Durazzo, Andrés no vaciló en obrar de acuerdo con ella. Por propia y única autoridad libertó prisioneros de la cárcel y derramó honores sobre su cortejo húngaro y sobre los nobles napolitanos, como el conde Altamura, el que era mal visto en la corte y generalmente mirado por la reina con desconfianza. El inevitable resultado, con el que el sutil Carlos había contado, fué exasperar a un grupo de los más importantes nobles, que se complotaron para provocar la ruina de Andrés.

Era un buen comienzo y, desgraciadamente, la conducta de Juana dió a Carlos los medios de apresurar su juego.

La joven reina estaba bajo la dirección de Felipa la Catanesa, una mujer diabólica y ansiosa de poder. Felipa, en otro tiempo lavandera, había sido elegida en su juventud, por su admirable salud, para nodriza del padre de Juana. Adorada por aquel a quien había criado, se instaló definitivamente en la Corte, donde se casó con un riquísimo musulmán llamado Cabane, que fué elevado a la dignidad de Gran Senescal del reino. Gracias a esto, la ex-lavandera se vió elevada al rango de una de las primeras damas de Nápoles. Supo adaptarse, sin duda, a las circunstancias a que la suerte la había llevado, pues, de no ser así no hubiera sido nombrada a la muerte del padre de Juana, como lo fué, gobernanta de sus jóvenes hijas. Más adelante, para asegurar su ascendiente sobre la joven reina, y careciendo de todo escrúpulo en su ambición de poder, había contribuído a que su hijo Roberto de Cabane fuese correspondido en su amor por Juana.

Uno de los primeros actos de Juana al morir su abuelo, fué hacer a Roberto conde de Eboli, a pesar de que por entonces había sido reemplazado en su favor por el arrogante joven Beltrán de Artois. Este grupo,—la Catanesa, su hijo y Beltrán,—en unión de los príncipes de la sangre, gobernaban el partido de la reina.

En qué forma había observado todo eso Andrés, no puede determinarse. Posiblemente preocupado con sus halcones y sus jaurías, había permanecido estúpidamente ciego ante su propio deshonor, por lo menos en lo referente a Beltrán. Carlos podía haber elegido el brutal camino de revelarle la verdad. Pero Carlos era de los que pensaban en el porvenir y no lo consideró prudente. Los movimientos precipitados no entraban en su táctica de juego. Su nueva jugada sería dictada por la decisión que viniera de Avignon sobre la coronación.

Esta decisión llegó en Julio de 1345 y cayó como una bomba en la corte. El Papa se había pronunciado en favor de Andrés, dictando la bula que ordenaba la coronación conjunta de Andrés y Juana.

Aquello significaba un jaque para Carlos. Su tío, el cardenal Perigord había hecho todo lo posible para oponerse a la medida, pero al fin había sido vencido por Luis de Hungría, quien había presentado el poderoso argumento de que era él el legítimo heredero del trono de Nápoles y que por lo tanto estaba facultado para ceder sus derechos en favor de su joven hermano. Había apoyado su argumentación pagando al Papa la, — para aquellos tiempos enorme, — suma de cien mil coronas de oro, y esa razón, bastante turbia, pareció inmediatamente clara para la corte papal.

Fué un jaque para Carlos. Pero Carlos meditó en seguida la contra jugada que había de darle el predominio. Fué a felicitar a Andrés, a quien halló radiante y satisfecho por su triunfo.

—Bienvenido, Carlos, — exclamó mientras abrazaba a Durazzo. — Yo no soy hombre que olvide a los que han sido sus amigos cuando mi poder no estaba definitivamente afirmado.

—Por vuestra propia conveniencia, — dijo el hábil Carlos mientras se apartaba después del fraternal abrazo, — confío en que tampoco olvidaréis a los que han sido vuestros enemigos, los que aun ahora, lucharán desesperadamente por impedir vuestra coronación.

Los pálidos ojos del húngaro relampaguearon.

—¿De quién me habláis?

Carlos se alisó la negra barba, entornó los ojos y se quedó pensativo. Debía haber una víctima para infundir el miedo entre los amigos de Juana y favorecer los propósitos de Carlos.

—¿De quién? Primero y principalmente debe colocarse a Isernia, el consejero de Juana, a ese hombre cuyos satánicos consejos han herido vuestros legítimos derechos a ser rey. Después...

Pero aquí Carlos se detuvo astutamente y miró como un hombre sorprendido en una falta.

—¿Después? — exclamó Andrés. — ¿Quién sigue? Hablad.

El duque se encogió de hombros.

—¡Por la Pasión, que no van a faltar otros! Tenéis enemigos de sobra entre los amigos de la reina.

Andrés palideció. Echó hacia atrás su tabardo carmesí, como si sintiera mucho calor y se mantuvo firme como un luchador sobre sus fuertes piernas cubiertas con calzas de seda violeta.

—No es necesario, en verdad, decir sus nombres,—manifestó con fiera arrogancia.

—Ninguna necesidad, — agregó Carlos.— Pero el más peligroso es Isernia. Mientras él viva caminaréis entre espadas. Su muerte podría sembrar el pánico y paralizar a los otros.

No quiso decir más, comprendiendo que ya había dicho bastante para inducir a Andrés, ceñudo y siniestro, a llevar el terror a los corazones que la culpa tenía ya intranquilos, y entre los cuales había de contarse, seguramente, el de la propia Juana.

A Andrés le aconsejó fray Roberto. Respecto a Isernia, era evidente que podía considerársele peligroso y por esto sucumbió al siguiente día, herido por la espada de un asesino, en circunstancias en que salía de Cas-

tel Nuovo, y fué el mismo Carlos el que llevó la noticia a la corte y causó una gran consternación.

Se hallaban los nobles paseando por el jardín de Castel Nuovo, durante la fría tarde, cuando llegó Carlos y tocó uno de los robustos hombros de Beltrán de Artois. Beltrán, el favorito, lo contempló con repugnancia, disgustado, pues conocía su amistad con Andrés.

—El jabalí húngaro, — dijo Carlos, — está afilándose los colmillos, ahora que el Santo Padre apoya su autoridad.

—¿Y a quién le importa eso? — replicó Beltrán.

—A vos, debe teneros con cuidado. ¿Qué opinaríais si os dijese que ya se los ha ensangrentado?

Beltrán cambió de actitud. El duque se explicó.

—Ha dado comienzo con Santiago de Isernia, que hace diez minutos ha sido herido de muerte a un tiro de piedra del castillo. — Y Carlos comentó la noticia añadiendo: — Eso no es más que el principio.

—¡Dios mío! — exclamó Beltrán. — ¡Isernia! ¡El cielo lo acoja! — Y devotamente hizo la señal de la cruz.

—El cielo acojerá a algunos más de los vuestros si Andrés de Hungría pone así en juego a los suyos, — añadió Carlos.

—¿Es esa una amenaza?

—No tal. Pero no debéis ser tan ardoroso e incauto. Os aviso. Conozco sus métodos. Sé lo que piensa.

—Siempre habéis sido su confidente, — dijo burlonamente Beltrán.

—Hasta ahora sí. Pero todo tiene un fin. Yo soy príncipe de Nápoles y no puedo doblar mi rodilla ante un bárbaro. Estaba bien que bebiese y cazase con él, mientras él era duque de Calabria, sin perspectivas de llegar a más. Pero ahora que se ha convertido en mi rey y pretende que Juana no sea más que reina consorte. . .

Y terminó la frase con un gesto de disgusto.

Los ojos de Beltrán relampaguearon. Tomó el brazo del otro y lo condujo a lo largo de un emparrado que formaba un claustro de verde, siguiendo la dirección de la pared.

—Esas son muy importantes noticias para nuestra reina, — exclamó. — Voy a proporcionarla un gran placer, mi señor, al anunciarla que la sois leal.

—Eso no le interesa, —exclamó.—Lo principal es que habéis de estar prevenidos, vos mismo en particular y Eboli. Sin duda habrá otros también en la misma situación. Pero las confidencias del húngaro no han ido más adelante.

Beltrán miró a Carlos y suavemente el color de su cara fué desapareciendo.

—¿Yo? — exclamó poniéndose la mano en el corazón.

—¡Vos! Vos seréis el inmediato. Pero no, hasta que la corona esté firme en sus sienes. Entonces continuará su obra con los nobles de Nápoles que se le han resistido. Oíd.

Y la voz de Carlos adquirió un tono profundo como si cediese al peso de sus espantosas noticias.

—Una negra bandera de venganza le precederá en su coronación, — continuó. — Vuestro nombre figura a la cabeza de la lista de los sentenciados. ¿Puede acaso sorprenderos esto? Después de todo es él un marido que sabe algo de los lazos que existen entre la reina y vos.

—¡Silencio!

—¡Bah! — agregó Carlos encogiéndose de hombros. — ¿Por qué hay que callar lo que todo Nápoles conoce? ¿Cuándo habéis sido vos y la reina discretos? En vuestro lugar yo no tendría esperanza. Fácil es suponer lo que es dado esperar de un esposo ultrajado que se convierte en rey.

—La reina debe saber.

—Claro está. Lo mismo opino yo. Es preferible que se lo comuniqueis vos. Id a decírselo para que tome las medidas necesarias. Pero hacedlo secreta y prudentemente. Estareis a salvo mientras él no ciña la corona y después de todo, resuelvan lo que consideren oportuno pero no hagan nada aquí en Nápoles.

Después de eso se alejó mientras Beltrán iba en busca de Juana. En la entrada del jardín se detuvo Carlos y miró hacia atrás. Sus ojos buscaron y encontraron a la reina, alta y bella figura de joven de diez y siete años, vestida con un traje de seda color púrpura. La alta y blanca gola marcaba el óvalo de su faz llena de encantos y a su cabeza la coronaba abundante cabellera de un tono cobrizo. Estaba de pie y en actitud de escuchar, mirando la cara de su enamorado informante quien le comunicaba las importantes noticias recibidas. Carlos se alejó satisfecho.

La fecha señalada para la coronación era el 20 de Septiembre. Un mes antes, — el 20 de Agosto, — la corte se trasladó a causa del gran calor que reinaba en Nápoles, a Aversa, para disfrutar de la fresca brisa de la región, y esperar allí la hora de la ceremonia. Se alojaron en el Monasterio de San Pedro, que fué transformado en la mejor forma posible, en residencia regia, para tal ocasión.

El refectorio del monasterio se arregló aquella noche para instalar, a la hora de la cena, a la numerosa y jovial comitiva. La vasta habitación con piso de grandes losas de piedra, sombría, con altas y estrechas ventanas, habitualmente de aspecto austero, fué adornada con tapices y el piso cubierto con esteras de junco, en las que esparcieron hojas de limon, verbena y otras aromáticas plantas. A lo largo de las paredes laterales y cruzando el extremo de la habitación que hacía frente a la doble puerta de entrada, se encontraban las mesas de piedra de los monjes encima de una plataforma de piedra, que las colocaba a un nivel más elevado que el del resto del piso. Aquellas mesas tenían un aspecto más alegre, que de ordinario, a causa de que sobre ellas se amontonaban los ob-

jetos de cristal cuyas transparencias se unían a los reflejos de la vajilla de oro y plata. A lo largo de esas mesas, dando la espalda a la pared, tomaron asiento las damas y los nobles de la corte. El techo abovedado estaba cubierto de pinturas, — para representar el cielo abierto—y era la obra de un hermano cuyos pinceles tuvieron más de devoción que de arte. No faltaba el inevitable cenáculo sobre la mesa del abad, en el más elevado extremo de la habitación.

En esa mesa tomó asiento el grupo real, Andrés de Hungría con la cabellera algo revuelta, pues, siguiendo su bárbara costumbre, se había excedido bastante en la bebida. De vez en cuando arrojaba un hueso o un trozo de carne a los perros de oscuro pelaje que esperaban atentos, echados en el suelo.

Habían estado cazando todo el día en los alrededores de Cápua, y Andrés había estado afortunado, por lo que se sentía contento, dando en aquella ocasión poca importancia a los siniestros vaticinios de Carlos de Durazzo, riendo y bromeando, con el traidor Morcone al lado suyo. Detrás de él, esperando órdenes se hallaba su sirviente Pace, en otro tiempo escudero de Durazzo. La reina estaba sentada a la derecha y apenas probaba los manjares que servían; su encantador rostro tenía una palidez de espectro y sus negros ojos, muy abiertos tenían una mirada de sobresalto. Entre los invitados se encontraba Eboli, con ceño adusto, y su cuñado, Terlizzi; Beltrán de Artois, su padre y Felipa la Catanesa, arrogante y hermosa, pero concentrada y silenciosa aquella noche. Pero Carlos de Durazzo no formaba parte de la comitiva. No es digno del buen jugador figurar entre las piezas que se mueven en el tablero.

Había comprendido que sus manifestaciones a Beltrán de Artois, podrían tener la esperada consecuencia en Aversa y por eso Carlos se había quedado en Nápoles. Descubrió muy oportunamente que su esposa estaba delicada y se le despertó tal afecto hacia ella que no se resolvió a abandonarla. Se excusó ante Andrés lamentando grandemente el hecho, tanto más cuanto hubiera deseado disfrutar, en su compañía, del fresco y puro aire de Aversa y los placeres de la caza; y ofreció al joven rey, cuando partió, el mejor de todos sus halcones en prueba de tal amistad y sentimiento por la ausencia.

La noche avanzó, y a una señal de la reina, las damas se retiraron a sus dormitorios. Los hombres permanecieron aún. Los sirvientes redoblaron sus actividades, los frascos con licores circularon con mayor frecuencia y el tumulto creció hasta perturbar a los monjes que se encontraban encerrados en sus celdas huyendo de las vanidades terrenales. La risa de Andrés, sonaba profunda y cada vez mas vacía, hasta que al fin, a media noche, se levantó para retirarse a dormir, porque deseaba tomar algún descanso antes de la cacería proyectada para la mañana siguiente.

Pero había otros cazadores cuya impaciencia no pudo contenerse hasta el otro día y cuyo juego, a muerte, había de realizar aquella misma noche. Esperaron, — Beltrán de Artois, Roberto de Cabane, el Conde de Terlizzi, Morcone, un tal Melazzo y el sirviente de Andrés, Pace, — hasta que todos los que habían ido a Aversa estuviesen profundamente dormidos. Como a las dos de la mañana se encaminaron sigilosamente hacia la galería del tercer piso, una espaciosa galería de grandes columnas que daba al jardín de la abadía. Se detuvieron un instante frente a la habitación de la reina, cuya puerta daba a uno de los lados de esa galería y luego avanzaron hacia la habitación del rey, situada al otro extremo. Fué Pace el que llamó a la puerta, tres veces hasta que, al fin le contestaron con un ronco gruñido desde la parte interior.

—Soy yo, Pace, señor, — exclamó. — Ha llegado un correo de Nápoles. Trae un mensaje de fray Roberto.

Se oyó un ruidoso bostezo, el ruido de una banqueta, al ser derribada y después el del cerrojo de la puerta al descorrerse. La puerta se abrió, y a la pálida luz del naciente día apareció Andrés con un abrigo adornado con piel sobre su cuerpo que sólo cubría una camisa de noche.

No vió a ninguno más que a Pace. Los otros estaban ocultos entre las sombras. Sin sospechar nada avanzó exclamando:

—¿Dónde está el mensajero?

La puerta por donde había salido se cerró tras él en forma violenta y al volverse vió a Melazzo que se había colocado con una daga en la mano para impedir que cualquiera otra persona pudiese acercarse por aquel lado, ya que la habitación tenía otra puerta que daba a un corredor secreto.

Melazzo hubiera podido utilizar su daga contra Andrés, con lo cual todo hubiera terminado instantáneamente. Pero se sabía que Andrés llevaba un amuleto, — una sortija que le había regalado su madre, — y que lo hacía invulnerable al acero o al veneno. Tal era la credulidad en aquellos tiempos, tal la fe ciega de aquellos hombres en el milagroso poder de los amuletos, que ninguno intentó tratar de probar la virtud de ellos, utilizando su daga. Por la misma razón no se intentó simplificar la tarea de darle muerte recurriendo a un veneno. Aceptando que el amuleto tenía su legendario valor, los conspiradores resolvieron que su víctima sería estrangulada.

Cuando se volvió, los otros se arrojaron sobre él, y tomándolo de sorpresa lo derribaron al suelo antes de que pudiera darse cuenta de lo que le ocurría. Allí forcejearon con él y él con ellos. Estaba dotado de una fuerza hercúlea e hizo pleno uso de ella. Se levantó, derribándole nuevamente y golpeó a ciegas dejando a Morcone sin sentido a causa de un puñetazo que le dió.

Al ver lo difícil que resultaba el dominarle, llegaron a creer que el amuleto también tenía la virtud de protegerlo en aquella

ocasión. Después de una nueva caída combatiendo, Andrés se puso de rodillas nuevamente, luego de pie y con el rostro alterado y llevando puñados de cabellos de sus adversarios en la mano, echó a correr por la galería hasta que llegó frente a la puerta de su esposa y allí dió repetidos golpes llamándola.

—¡Juana! ¡Juana! ¡Por el amor de Dios! ¡Abre! ¡Abre! ¡Que me asesinan!

No se oyó respuesta ninguna, pero esto constituía una significativa contestación.

Los estranguladores, momentáneamente desanimados, se rehicieron, al pensar que aquellos gritos podían despertar la alarma en el convento, pero vacilaban en aproximarse. Más Beltrán de Artois considerando que habían ido demasiado adelante para dejar el asunto a medio hacer, avanzó resueltamente. Sujetando por los brazos a Andrés, permitió que los demás se lanzasen sobre su presa y le derribaran. golpeando Andrés la cabeza contra las losas del piso al caer. El favorito de la reina se inclinó sobre él y le colocó la rodilla sobre el pecho.

—¡La cuerda! — gritó dirigiéndose a los otros.

Uno de ellos sacó un trozo de cordón de seda color púrpura en el que habían hecho un nudo corredizo. Beltran lo pasó por el cuello de Andrés y lo apretó no obstante los movimientos convulsivos que el otro hacía en su desesperación. Los demás lo ayudaron. Entre todos arrastraron a su víctima hasta llegar al parapeto de la galería y lo arrojaron hacia afuera. Mientras, Beltrán, Cabane y Pace sujetaban la cuerda, impidiendo que el cuerpo cayese y dejándolo suspendido en el vacío hasta que se produjo la muerte. Melazzo y Morcone los ayudaron y fué entonces cuando Cabanne observó que Terlizzi, permanecía apartado mirando la escena lleno de terror.

Lo llamó en forma imperativa.

—¡Venid a ayudarnos! La cuerda es lo suficiente larga para que podáis tenerla. Además, necesitamos cómplices y no testigos.

Terlizzi obedeció y entonces el silencio fué repentinamente roto por unos gritos que partían del piso inferior. Esos gritos eran de una mujer que dormía en una habitación situada precisamente debajo del lugar donde estaban los otros y que a la luz gris del naciente día, vió la figura de un hombre que se balanceaba al extremo de una cuerda, delante de la ventana de su habitación.

Durante un momento los estranguladores sujetaron el cordon hasta que las sacudidas del cuerpo que colgaba del extremo, cesaron. Entonces abrieron las manos y el cuerpo fué a caer en el jardín de la abadía. Inmediatamente se alejaron de allí, pues los ocupantes del convento, alarmados por los gritos de la mujer empezaban a ponerse en movimiento.

Tres veces, según refieren las crónicas, fueron los monjes a llamar a las puertas de las habitaciones de la reina, para pedir órdenes acerca de lo que se debía hacer con el cuerpo de su esposo, y ninguna de las veces obtuvieron respuesta. No tomó disposición ninguna antes de partir, ya avanzado el día, en dirección de Nápoles, en una litera cerrada, escoltada por una compañía de lanceros. Como no había dado instrucción ninguna, los monjes dejaron el cuerpo en el jardín hasta que dos días después llegó Carlos de Durazzo.

En forma ostentosa llevó a Nápoles el cuerpo del príncipe, — cuyo asesinato había inspirado en forma tan sutil, — y en la catedral ante los húngaros, que había reunido, y en presencia de una gran cantidad de pueblo, juró solemnemente sobre el cadáver que tomaría venganza del asesinato sobre los asesinos.

Habiéndose servido de Juana, — por intermedio de su enamorado, Beltrán de Artois y de sus confederados, — para quitar de enmedio a uno de los que se interponían entre él y el trono, quiso emplear en la misma forma sagaz a la justicia para eliminar al otro.

Entretanto pasaron los días, que se convirtieron en semanas y las semanas en meses, y no hizo la reina ninguna tentativa para descubrir a los asesinos de su esposo, ni se dispuso investigación alguna. Beltrán de Artois, es cierto, había escapado con su padre hacia la fortaleza de Santa Agata, para ponerse en salvo. Pero los otros, Cabane, Terlizzi y Morcone, continuaban sin ser molestados cerca de Juana en Castel Nuovo.

Carlos escribió a Luis de Hungría y al Papa, pidiéndoles que la justicia se hiciese, señalando la negligencia manifestada en el reino para conseguirlo e invitándolos a que ellos corrigiesen el defecto. A consecuencia de ello Clemente VI dictó el 2 de Junio del siguiente año una bula disponiendo que Hugo des Baux, Gran Justicia de Nápoles, se encargase de capturar y castigar a los asesinos, contra los que, —al mismo tiempo, — lanzó el Papa una bula de excomunión. Pero el Santo Padre acompañó sus órdenes a Des Baux con una nota privada en la que encargaba al Gran Justicia que por razones de estado, no permitiese que trascendiese nada que pudiera referirse a la reina.

Des Baux comenzó su tarea en seguida e inspirado sin duda por Carlos, procedió a la detención de Melazzo y del sirviente Pace. No entraba en los manejos de Carlos acusar a la reina ni a ninguno de los nobles, pues hubiera atraído sobre él la oposición de todos aquellos que eran sus leales partidarios. Bastaba para sus planes señalar a uno o a dos de los conspiradores y esperar que durante la tortura las confesiones fueran, gradualmente, dando a conocer al resto, terminando por Juana.

Terlizzi, viendo el peligro, cuando fueron arrestados los otros, hizo todo lo posible por salvarlos. Capitaneando una banda de aventureros atacó a la escolta que llevaba a Pace a la prisión. El prisionero fué tomado, pero no rescatado. Todo lo que Terlizzi buscaba era su silencio. De acuerdo con sus órdenes le fué arrancada al infeliz la lengua y luego fué abandonado a su guardia y a su suerte.

Si Terlizzi hubiera podido, según sus intenciones, efectuar la misma operación con

Melazzo, Carlos hubiera quedado en una posición difícil. Pero eso no fué posible y la espantosa obra realizada con Pace fué inútil. Interrogado Melazzo denunció a Terlizzi y junto con él a Cabane, a Morcone y a los otros. En su confesión acusó a Felipa la Catanesa y a sus dos hijas, las esposas de Terlizzi y Morcone. De la reina, no obstante, no dijo nada a causa de que siendo uno de los menos importantes de los conspiradores, — poco más que el sirviente Pace,—ignoraba la complicidad de Juana.

La detención de los otros siguió instantáneamente y sentenciados a muerte fueron públicamente quemados en la plaza de San Eligio, después de sufrir todos los brutales e indescriptibles horrores de las torturas del siglo XIV y que continuaron hasta el cadalso con la intención de inducirlos a denunciar a los más importantes cómplices. Pero a pesar de todo cuanto padecieron bajo la obra de las tenazas de sus verdugos, no confesaron nada. Perseveraron en un silencio que dejó al pueblo decepcionado, pues esperaba una explicación completa. El Gran Justicia, Hugo Des Baux, procuró que los deseos del Papa fueran satisfechos y temiendo que los condenados pudiesen decir mucho, había tomado la precaución de mantener su lengua segura sujetándola por medio de anzuelos de pescar.

Así Carlos fué momentáneamente batido por el hecho de que Juana tomó un segundo esposo en la persona de su primo Luis de Taranto. Tal vez las cosas hubieran quedado ahí y el juego terminado como tablas, si no hubiera tomado Carlos las medidas necesarias para impedirlo. Escribió al rey de Hungría, acusando ya abiertamente a Juana del asesinato y señalando las circunstancias que corroboraban su acusación.

Aquellas circunstancias indujeron a Luis a escribir a Juana una carta fulminadora, en contestación a su defensa contra el cargo de permanecer inactiva contra los asesinos de su anterior marido.

"Juana, por tu desordenada vida, por la retención exclusiva del poder del reino, por descuidar la venganza contra los asesinos de tu esposo, por haber tomado otro marido y por tus falsas excusas abundantemente probadas, declaro tu complicidad en la muerte de tu esposo",

Aquello era cuanto Carlos había podido desear. Pero hubo más aún. Luis iba avanzando con un ejército para tomar posesión del reino del que, bajo todo aspecto podía considerarse como legítimo heredero y los príncipes de Italia le daban paso a través de sus Estados. No era, por completo, aquello lo que esperaba Carlos. Sin embargo estaba el peligro de recibir un jaque mate en una jugada no prevista, haciendo inútil la maestría con que había conducido el juego hasta entonces.

Aquello lo contrarió algo, y en su apresuramiento por efectuar un movimiento de defensa, cometió un error.

Juana, alarmada por el rápido avance de Luis, llamó a los nobles en su ayuda, y entre ellos incluyó a Carlos, manifestándole que a toda costa él debía ponerse de su parte. Carlos acudió, oyó y finalmente se vendió a un elevado precio, — el título de duque de Calabria, que lo hacía heredero del reino,—levantó un poderoso ejército de lanceros y marchó sobre Aquila, que, por fin, había levantado la bandera húngara.

Fué allí donde comprendió que su última jugada había sido desastrosa. Recibió la noticia de que la reina, dominada por el terror, había marchado a Provenza, buscando refugio en Avignon.

Carlos trató de corregir su error inmediatamente y salió de Aquila para ir a reunirse con Luis, protestando de su lealtad hacia él y alistándose bajo la bandera del invasor.

En Foligno, el rey de Hungría se encontró con el legado del Papa quien, en nombre de Clemente VI, le prohibió bajo la pena de excomunión, invadir las tierras de un vasallo de la Santa Iglesia.

—Cuando sea señor de Nápoles, — respondió Luis, firmemente, — me consideraré como un feudatario de la Santa Sede. Hasta entonces no tengo que dar cuenta de mis actos más que a Dios y a mi conciencia.

Y siguió adelante precedido por una negra bandera de muerte, arrasando en forma verdaderamente húngara, asesinando, saqueando y tomando rehenes, la risueña región por donde cruzaba en represalias por el asesinato de su hermano.

Así llegó hasta Aversa y se albergó con sus húngaros en el convento de San Pedro, donde Andrés había sido estrangulado un año antes. Fué allí donde se le reunió Carlos, protestando fidelidad, y a quien el rey recibió con los brazos abiertos, dándole una entusiasta bienvenida, como correspondía al hombre que había sido uno de los verdaderos amigos de Andrés en la tierra donde casi solo contaba con enemigos. De la indiscreta escapatoria de Carlos hacia Aquila no se habló nada. Como Carlos esperaba fué perdonado por sus errores del pasado y del frente.

Aquella noche hubo gran fiesta en el mismo refectorio donde Andrés había realizado otra la noche en que los estranguladores acabaron con él, y Carlos fué el huésped de honor. A la mañana siguiente Luis iba a continuar su camino en dirección de Nápoles y todos estuvieron preparados temprano.

Cuando iban a ponerse en marcha, Luis se volvió hacia Carlos.

—Antes de partir, — dijo, — desearía visitar el lugar donde murió mi hermano.

Carlos intentó disuadirlo de semejante idea. Pero Luis insistió.

—Llevadme allí, — dijo al duque

—Lo siento, pero casi no puedo indicar el sitio con exactitud. Recordad que yo no me encontraba aquí, — respondió Carlos, sintiéndose molesto, tal vez por la expresión que veía reflejada en el rostro del rey o acaso por los remordimientos.

—Ya sé que no estabais. Pero seguramente conocéis el sitio. Todos los de por aquí deben conocerlo. Además, ¿no fuisteis vos mis-

mo quien vino a recoger el cuerpo? Vamos, conducidme.

Por fuerza tuvo Carlos que hacerlo entonces. Del brazo, subieron los dos por la escalera que conducía a la siniestra galería, seguidos de media docena de oficiales de la escolta de Luis.

Caminaron por la embaldosada galería, iluminada en aquel instante por los rayos del naciente sol y embalsamada por el perfume de las flores del jardín.

—Aquí dormía el rey, — dijo Carlos—y más allá la reina. En algún sitio, por este lado, fué golpeado y después le estrangularon y le colgaron.

El corpulento y sombrío Luis le escuchaba con la mano en la barba. De pronto se volvió hacia el duque, que estaba a su lado. Su rostro había sufrido un gran cambio y sus labios temblorosos dejaban ver al abrirse, unos fuertes dientes como hacen los perros, cuando se disponen a morder.

—¡Traidor! — rugió. — Fuisteis vos, el mismo que se me presentó sonriente para incitarme a la venganza; sois vos el que debe llevar sobre sí toda la culpa de lo que pasó aquí.

—¿Yo? — respondió Carlos, retrocediendo y cambiando de color, mientras sus piernas se agitaban temblorosas.

—¡Vos! — repitió furioso, el rey. — Su muerte no se hubiera producido jamás de no haber sido por vuestras intrigas para apoderaros del poder real e impedir su coronación.

—¡Eso es falso! — gritó Carlos.— ¡Falso! ¡Lo juro!

—¡Infame perjuro! ¿Intentais negar que pedísteis la ayuda de vuestro poderoso tío el cardenal de Perigord para hacer que el Papa no dictase la bula codiciada?

—Sí; lo niego. Los hechos lo niegan también. La bula ha sido dictada.

—Lo negáis, pero existen pruebas de vuestra culpabilidad, — contestó el rey, sacando del bolso de cuero que pendía de su cinturón, un pergamino, que extendió ante los dilatados ojos del duque. Era la carta que éste había enviado al cardenal de Perigord, pidiéndole que influyese ante el Papa para que no firmase la bula sancionando la coronación de Andrés.

El rey sonrió, en forma terrible al ver la pálida faz de su sorprendido adversario.

—Negad ahora, — dijo burlonamente. — Negad que comprado por el título de Duque de Calabria, entrásteis al servicio de la reina, para abandonarla nuevamente por mí, cuando os dísteis cuenta del peligro que corríais. Pensásteis, traidor, utilizarme como peldaño para ascender al trono, así como os servísteis de mi hermano y del dolor que causó su asesinato.

—¡No! ¡No! ¡Yo no he tenido nada que ver en todo esto! ¡Yo fuí su amigo!

—¡Mentira! — interrumpió Luis, golpeándole en la boca.

En el mismo instante los oficiales del rey sujetaron al duque, temerosos de que éste reaccionase y respondiera en la misma forma a la afrenta.

—Habéis estado muy oportunos, — dijo Luis—que añadió friamente:—Despachadlo.

Carlos gritó durante un momento, como había gritado también Andrés en el mismo lugar, cuando se vió, lleno de temor, ante la muerte. Luego sus gritos se convirtieron en un golpe de tos, cuando la espada de un húngaro lo atravesó de parte a parte.

Levantaron su cuerpo del enlosado corredor y lo llevaron hasta el parapeto, como Andrés había sido llevado. Después lo dejaron caer, lo mismo que los otros habían hecho con Andrés, al jardín de la abadía. Y allí quedó sobre un macizo de rosas, al que tiñó de rojo con su sangre.

¡Jamás acto alguno de justicia fué más poético!



El Brillante Amarillo

por L. J. Beeston

Preámbulo.—Les ruego quieran prestarme un momento de atención, y ustedes perdonen, pues tengo que decir algo desagradable a propósito de mi mismo. En un tiempo yo fuí ladrón de alhajas. La policía logró cazarme en sus redes y me obligó a plegarme a sus condiciones: en cambio de mi experiencia como ladrón y mis conocimientos en cuestión de joyas:—¡la libertad! Pusieron así a un ladrón en la obligación de descubrir a otros ladrones. Esta es, dicha con toda claridad, la razón de existir de estos relatos de lo que me pasó cuando trabajé, mano a mano, con la policía.

CUANDO leí el nombre de Myrtle Cadman en la tarjeta de visita, adiviné que la joven venía a hablarme del brillante amarillo de Minas, el brillante amarillo pálido que llevaba el nombre de su dueño, — coronel Eustace Minas, —y era una re las más hermosas gemas que hayan salido de las entrañas de la azulada tierra del Africa del Sud.

Podía yo imaginar que vendría a visitarme cualquiera... ¡pero Myrtle! Recordé la aventura de los zafiros machos de la señora de Cressington, sobre la cual ya tuve ocasión de hablar a ustedes, cuando Myrtle, aconsejada por sus malos amigos, tomó parte en un complot urdido para quitarme del mundo de los vivos. Y aun cuando el presente relato no tiene absolutamente nada que ver con aquel sucedido, semejante visita demostraba que la visitante estaba dotada de

un grado superior de frescura. Pero Myrtle siempre había sido la misma.

Podía yo imaginarme que vendría a visitarme cualquiera... ¡pero Myrtle! No me era agradable; no. Retrocedí tres años en la extensión del tiempo. Entonces cuatro ladrones de joyas trabajaban juntos. Myrtle Cadman era uno de ellos; Acton Dawes, — yo, —era otro. Corrían mis días de degeneración, anteriores a cuando la policía, perdonándome, me permitió trabajar por mi salvación comprometiéndome a prestarle mis servicios y las luces de mi profunda experiencia. Entonces, en aquel tiempo, es enteramente verdad que yo encontraba atrayente la compañía de Myrtle, que yo dejé que ella se enterara de que así era y que, — mucho lo temo, — ella debió pensar en mi con demasiada frecuencia y hasta soñando en ciertas perspectivas.

Más de mil páginas, que representaban un día cada una, en tres años de tiempo. Yo había pasado esas páginas para siempre y ahora, según parecía, el libro se había abierto de nuevo y por una de ellas.

Tengan ustedes la bondad de saber que el coronel Minas había perdido su casi famoso brillante amarillo. Le había sido robado hacía varias semanas. La límpida gema en la que flotaba una casi imperceptible tonalidad amarillo de oro, era valiosísima. El inspector Jackerman, de Scotland Yard había andado activamente tras de esa piedra. Había solicitado mi ayuda. Y yo había andado tras de ella, activamente también. Quizás era yo el más deseoso de encontrar el brillante amarillo porque en algunos círculos sociales se unía el nombre de la hija del coronel, Molly, con el mío. Ustedes dirán:

—¿Cómo es eso? ¿Un exladrón de alhajas atreviéndose a pensar en casarse con una joven tan encantadora y de la posición social de Molly Minas?

Bueno, digan ustedes lo que quieran; pero crean que fueran lo disparatadas que fueran mis pretensiones, yo amaba aquella joven y la amaba mucho.

En cuanto al brillante amarillo, parecía hallarse tan perdido como puede hallarse una piedra preciosa que haya caído a los abismos del mar.

En mi departamento, en Clarges Street, entró Myrtle Cadman y mi sirviente se retiró, cerrando la puerta, después de haberla hecho pasar.

Solté su mano delicadamente enguantada y acerqué una silla. Un débil olor a "stephanotis". — su perfume favorito, — había entrado junto con Myrtle. Que aquella joven frágil, bien vestida, tenía una muy encantadora presencia era una verdad que todos mis recelos no podían ocultar a mis sentidos. Un velo muy claro descendía del borde del ala de su sombrero de terciopelo hasta la barba, donde serpenteaba un cuello de piel negra, brillante y suave. Me dí cuenta de que la valiosa piel subía y bajaba siguiendo el movimiento de un agitado pecho y el palpitar de un apresurado corazón.

—Sin duda, debe usted tener algo muy importante que decirme,—dije.

Quizás me expresé con excesiva gentileza. Abrí una caja de cigarrillos y encendí uno con deliberada lentitud, dejándole, así, tiempo para respirar.

Ella miró hacia la cerrada puerta.

—He venido con motivo del brillante amarillo del coronel Minas, — dijo en voz baja. —Tal vez usted ya había pensado en relacionar mi visita con esa piedra. Usted lleva mucho tiempo procurando saber dónde está. Puede ahorrarse trabajo desde ahora, pues no lo encontrará nunca.

Levantó un poco la voz al pronunciar las últimas palabras, acentuándolas con algo de hostilidad, de desafío. Volví a darle tiempo. Fingí que el cigarrillo se había apagado y el fuego de la chimenea necesitaba ser removido.

—Eso puede ser verdad, — repliqué tranquilizador. — Pero usted no ha venido a mi domicilio, usted no ha renovado nuestra... nuestra relación, simplemente para darme esa desagradable noticia.

—He venido a decirle que está usted perdiendo el tiempo, — insistió ella, con algo más de vehemencia todavía.

Yo la miré cara a cara.

—Pero usted agregará la razón que tiene para hacer tal afirmación, ¿no es así, Myrtle?

—Con mucho gusto. ¿Quién se apoderó del brillante? Yo. No entraré en detalles. No fué fácil. Sí, me tocó a mi apoderarme de él. No le miento. Costó mucho tiempo, mucho pensar, mucho trabajo difícil, pero nosotros salimos triunfantes.

—¿Nosotros? ¿Trabaja usted, entonces con la antigua gavilla... ¡Oh! ¡Usted perdone!... ¿con sus viejos amigos?

—Corté toda relación con ellos hace ya bastante tiempo, — contestó ella fríamente. —En el asunto del brillante del coronel sólo estábamos dos. No tengo por qué no decirle que mi socio fué León Lionzac.

Alcé las cejas involuntariamente. ¡León Lionzac!

—Supongo que usted le conocerá, como es natural, — agregó Myrtle con una risita burlona.

—No. He oído hablar de él. No necesitaba decirlo. Si yo no fuera un personaje regenerado me descubriría al oír pronunciar ese nombre. Trabajaba usted en buena compañía... es decir, en mala. No me asombra que lograra usted apoderarse del brillante de Minas, teniendo a su lado semejante compañero. Es el rey de los ladrones. No puedo negarlo. Jamás nadó entre dos aguas un tiburón más seguro de su presa. Tiene un nombre distinto para cada capital europea y otro más aun, para cada uno de los Estados de Estados Unidos. Versatilidad es su lema. Lo hubiera dado a una nueva escuela de cirugía si no hubiese caído en desgracia; si no hubiera dado el primer desliz que le envió a hacer compañía a los demás ángeles caídos. ¿Y usted me hace depositario de semejante confidencia? De todos modos, supongo que lo hace sabiendo lo que hace. Le aseguro a usted que la policía tenderá las redes para tratar de pescar a tan importante

pez; y la policía tiene redes excepcionalmente fuertes.

Myrtle volvió a reír.

Algo, en aquella risa burlona, me atacaba los nervios. Comencé a experimentar lo que el esgrimista que empieza a sentir... aturdimiento ante los pases de la espada de su adversario. Dije con fingida indiferencia:

—Así que usted me ha honrado con esta visita para informarme, mediante la mención del nombre de León Lionzac, que no es posible que yo espere éxito ninguno en mis trabajos tendientes a recuperar el brillante.

—En realidad, no es eso, — fué su tranquila respuesta. — Esa declaración no le detendría a usted. No necesita inclinarse agradeciendo la lisonja; es justicia. La idea de apoderarse del brillante amarillo del coronel Minas fué mía; fuí yo quien lo pensó. Me sugirió esa idea el hecho de que usted piensa casarse con Molly Minas.

¿Qué era lo que llegaba ahora? La miré atentamente. Myrtle barrió la alfombra con un movimiento lateral de su piececito. La sangre afluía a sus mejillas.

—Sea usted franca,—le dije.

—Voy a serlo. Comprendimos que estábamos ante un negocio seguro; que una vez en posesión del brillante nos hallaríamos en el mejor de los terrenos. Sabíamos, claro está, que usted trabaja para la policía. No dudábamos de que se le encargaría de buscarnos y comprendíamos que podríamos detenerle en su marcha cuando nos diera la gana. Oiga usted, pues, cuál es mi propuesta: usted abandonará la investigación. Más aun; usted hará que la policía siga todas las pistas menos la verdadera. De no ser así, la mujer con quien usted quiere casarse será informada, por medio de una carta, que yo misma le dirigiré, de que usted es un exladrón de joyas, perdonado por la policía, aun cuando ocultamente vigilado por la misma, en cambio de sus servicios. ¡Nada más!

Y era bastante, ¿no les parece a ustedes?

La miré sin hablar. Myrtle bajó la vista, mirando cómo su pie seguía los contornos de un dibujo de la alfombra; tenía las mejillas ardiendo de puro rojas. De pronto levantó la mirada, con aire de desafío.

—¿Y bien?

—¡Bien! Me niego a tomar en serio su manifestación.

—Peor para usted, porque yo hablo enteramente en serio.

—¿Está usted enojada porque yo trabajo con la policía? ¿Por qué? No puede nadie decir que haya traicionado, aun cuando no me haya faltado ocasión, a los compañeros con quienes trabajé directamente.

—No hay tal enojo. Este paso, esta amenaza es, como ya se lo he manifestado, parte del plan que hemos pensado para asegurarnos la tranquila posesión del brillante.

—¡Ah! En tal caso, habiéndome propuesto encontrar el brillante amarillo del coronel Minas, me niego a acceder.

—¿Rechaza usted mis condiciones?

—Terminantemente. Las rechazo.

Myrtle se levantó.

—Supongo que usted ha creído que yo hablaba en serio.

—Sí; creo que habla usted en serio.

—Muy bien; siendo así no me acuse luego del golpe que le ha de aplastar por completo.

Se dirigió hacia la puerta. Yo le corté el paso.

—¡Un momento! Usted debe comprender con toda claridad que se halla tan en mi poder como yo puedo estarlo en el suyo; tal vez más. Usted ha confesado hace un instante que robó el brillante amarillo. Ha sido una manifestación verbal, es verdad, pero hecha ante quien se halla en íntima relación con la policía. Ahora me permito pensar que si yo telefoneara a mi amigo el inspector Jackerman, por aquel aparato y le pidiera que viniese a prenderla... ¿Comprende?

—Tenga usted la bondad de hacerlo, — respondió Myrtle con el mayor aplomo.—Eso no le salvará. Yo le denunciaré, puede estar seguro, aun cuando tenga que declararlo ante el tribunal.

—¡Gracias! Nuestra mútua sinceridad en este asunto ha quedado demostrada plenamente. Ninguno de los dos cederá una sola pulgada de terreno. En tal caso, ¿para qué va usted a esperar a mañana para escribir la carta? ¿Para qué retardar su acción un solo momento? Ahí está el aparato telefónico a su disposición. Permítame que pida comunicación con Molly Minas.

Me dirigí hacia el aparato.

—Como usted guste. Le advertí ya que hablaba enteramente en serio, — dijo ella, todavía tranquila, pero con un casi imperceptible temblor en la voz.

—¡Claro está que habla en serio! ¡Y yo también! ¡Estoy decidido a vencer a Leon Lionzac aun cuando me cueste la vida.—Levanté el auricular del aparato telefónico.— "Con el número... Mayfair", — dije a la oficina. — "Sí, sí; eso es". — Hubo un momento de silencio interrumpido tan sólo por el zumbar de la línea telefónica. — "¡Hola! ¿Con la casa del coronel Minas? ¿Está en casa la señorita Molly? ¿Sí? Le habla Acton Dawes. Tenga la bondad de llamarla al aparato, pronto. Gracias".

Esperé. Transcurrieron treinta segundos. Me volví a medias y miré a mi visitante. Toda la sangre había huído de su faz dejándola enteramente blanca.

Por el hilo telefónico llegó una voz:

—¿Es usted, Acton?

—¡Hola, Molly! ¡Qué suerte haberla hallado en casa! Pues sucede que aquí está una amiga, una señora que desea hablar con usted. ¿Quiere tener un momento el tubo?

Me volví hacia Myrtle.

—Venga usted; la señorita Minas espera.

Myrtle tomó el auricular, que yo le tendía, con mano muy temblorosa. Se lo llevó a su pequeña oreja. Yo me retiré a un lado y tomé del cenicero el cigarrillo que estaba fumando. Sólo Dios sabe que en ese instante, balanceándome al borde del abismo, mi corazón casi cesó de latir y un velo de oscuridad nubló mis ojos.

De pronto oí que el auricular era golpea-

do de tal modo, que saltaba hecho añicos.

—¡Oh! ¡Cobarde! — exclamó jadeante, Myrtle.

Se tambaleó y yo corrí hacia ella porque pareció que se iba a desmayar. Tendió las manos y se agarró a mis muñecas. Con la mitad de su peso apoyado en mis brazos, se echó hacia atrás, con las mejillas blancas como el mármol y los labios exangües.

—¡No puedo! ¡No puedo hacerlo! — murmuró; y los sollozos la sofocaron.

En aquel momento estremecedor, momento de angustia para ella, de infinito dolor para mí, me dí cuenta de que Myrtle había procedido como lo había hecho, no tanto por el brillante, como Lionzac, sino por conseguir separarme a mí de Molly Minas, para destrozar todo vínculo de sentimiento, de amor, que hubiera entre nosotros, — la hija del coronel y yo, — definitivamente. Y en el instante decisivo de su acción, en el momento final, su corazón la había detenido.

Yo me daba cuenta de que me hallaba enteramente trastornado y no acertaba a pronunciar una sola palabra. Myrtle me había soltado las manos y, medio volviéndome la cara, parecía luchar por recobrar la serenidad.

—Está bien, — me atreví a decir, después de una larga pausa, porque algo tenía que decir. — Estaba equivocado cuando creí que era usted capaz de hacerlo. ¡Estaba tan seguro de que usted no se inclinaría en mi favor, de ese modo!

Myrtle me miró, repentinamente, lanzando un grito de súplica.

—¡Sálveme usted, Acton! ¡Por Dios, sálveme como se ha salvado usted... como usted sólo puede hacerlo!

Y se llevó las enguantadas manos a la garganta, como si se estuviera sofocando.

Permanecí en silencio. Sabía lo que ella quería decir con aquello y me sentí casi horrorizado. Myrtle se estremecía, sacudida por los sollozos que conmovían su pecho y que la ahogaban.

—¡Usted se ha salvado; usted ha logrado elevarse y salir de la vida en que yo estoy todavía! ¡Ayúdeme usted a salir de ella! Yo sola, no puedo. He tratado; he procurado, realmente. Pero las circunstancias han sido siempre demasiado poderosas contra mí. ¡Sólo Dios sabe lo cansada que estoy de esta vida y de estos delitos! La vida ya no tiene terrores para usted, pero yo vivo constantemente aterrada, sin que un solo rayo de esperanza ilumine mi futuro. ¿Qué soy yo? ¡Una ladrona! Esta palabra me hirió en un principio, pero después dejó de parecerme violenta; sin embargo, ahora me quema sin cesar como un hierro candente, me llena de miedo, de inacabable horror... Por la noche, oigo el ruido de hierros de la puerta enrejada del presidio, oigo los pasos acompasados de la ronda de los guardianes, los cánticos lúgubres de los oficios de la capilla, la...

Se tapó la cara con las manos como para no ver tan sombrías visiones. Emociones largamente olvidadas me estremecieron de modo extraño.

—Siendo así, debe usted abandonar esa vida, — dije.

Fué una observación bastante tonta, lo confieso.

—¿Es eso todo lo que se le ocurre decir?—exclamó desesperada. — ¡Me estoy ahogando! ¿No me tenderá usted la mano para ayudar a salvarme?

—¡Dios sabe con cuánto placer lo haría!

—¡Usted... usted se fijó en mí, en una época! — logró decir, haciendo un esfuerzo, y las palabras parecieron causarle una mortal agonía. — ¡Usted... usted me amaba, Acton; usted sabe que me amaba!

—¿Pero, se lo dije yo a usted alguna vez? —pregunté con voz ronca. — ¿A qué reabrir esas páginas? ¿Tienen, las personas como usted y yo, derecho a hablar de afectos? Menos derecho aun tenemos a soñar en matrimonio. Piénselo usted bien, lo malo que hay en nuestras vidas se levantará siempre como un espectro entre nosotros. No podremos conocer lo que es un solo día de verdadera felicidad. Nuestros instantes están envenenados y si los mezcláramos, duplicaríamos el poder que tienen para torturarnos.

—Sin embargo, ¿no está usted pensando en matrimonio?

Esta pregunta la hizo en voz muy baja, casi con sólo el aliento.

—Semejante pensamiento, en mí, tiene que ser una horrible equivocación.

—Pero usted, a pesar de eso, no lo desecha. Esa joven...

—No es para mí, — interrumpíla con suma tristeza. — Usted sabe, Myrtle, que el instinto siempre dominó mis acciones cuando vivía de robar alhajas. Pues bien, siento, instintivamente, que lo que a usted le preocupa no se realizará nunca; porque no debe realizarse. Para mí es el menos real de los sueños fantásticos.

—¡Prométame, entonces... prométame, Acton, que usted no le pedirá jamás a Molly Minas que sea su esposa! — imploró, mirándome con los ojos relucientes y sin lágrimas.

—No es necesario que yo lo prometa. Ya le he dicho que estoy seguro de que no lo será nunca. Y no hablemos más de eso, Myrtle. Siéntese. Permítame que le ofrezca una copa de vino. No vamos a separarnos como enemigos; esto, al menos, no es mi deseo.

Myrtle tendió la mano.

—¡Adiós! — dijo con pena

La mano se apoyó inerte y helada, en la mía.

—¡Adiós, Myrtle! ¡Culpe de todo a las estrellas bajo cuya mala suerte nacimos!

Ví que una lágrima rodaba, debajo de su velo y me sentí muy desdichado.

—En cuanto al brillante amarillo,—dijo Myrtle mientras yo me dirigía a abrir la puerta, — no tiene usted que temer que ninguna intromisión de su parte pueda causarme molestias, ni a mí ni a León. Puedo decirle que en verdad, el brillante está fuera de su alcance. Sucedió algo muy extraño. León estaba preparando sus planes bajo el

disfraz de fotógrafo de profesión. No le diré dónde tiene el estudio; se halla en lo más alto de un edificio que está a más de una milla de aquí. Una extensa claraboya iluminaba el estudio. Frecuentes y pesadas lluvias hicieron que se produjeran algunas goteras y el dueño de la casa envió a un hombre para que las arreglara con masilla y pintura. Esto sucedió en el momento en que Lionzac tenía el brillante en la mano, pues yo se lo había entregado; y no digo nada que deba callar al manifestar que yo tenía razón para temer, aun cuando sin razón, como luego se vió, que me hubieran visto y me hubiesen seguido hasta el estudio fotográfico de León.

"Lionzac se hallaba, en consecuencia, muy alerta. Pocos segundos después de haber recibido el brillante de mi mano, anunciaron la llegada de un cliente. León miró al cliente por una comunicación secreta que había hecho en la pared que separaba el estudio de la sala de espera. Al ver al visitante se puso muy receloso porque era un tipo que lo curioseaba todo. En aquel instante se produjo un accidente; el obrero que trabajaba sobre el estudio se resbaló y cayó, rompiendo los vidrios, a través de la claraboya, al piso del estudio. Se quedó desmayado y tenía además una herida, causada por un vidrio, debajo del brazo izquierdo en la axila. Usted sabe que Lionzac era un admirable cirujano. Atendió al herido, pero hizo más que esto. Convencido casi de que el cliente que esperaba era uno de la policía, se decidió a ocultar el brillante de un modo muy raro y original. Lo encerró en un pedacito de gasa esterilizada y lo puso debajo de la desgarrada piel de su paciente, en la axila. Si usted desea conocer los detalles técnicos de la operación, puede preguntárselos a León. Para él eso fué lo más fácil del mundo.

Miré a Myrtle fijamente

—¿Sabe usted que el caso es de lo más extraordinario?—comenté.

—No necesita usted creerlo, si no quiere.

—Prosiga usted.

—El obrero recobró los sentidos y se enteró de que los vidrios de la claraboya le habían cortado como he dicho, y que había sido atendido debidamente. Se hallaba aturdido, pero agradecido. Se retiró en cuanto le fué posible, con el brazo, momentáneamente en cabestrillo y prometiendo volver al día siguiente a que León le hiciera una curación. León recibió entonces a su visitante, enteramente tranquilo, pues se había deshecho del brillante y estaba seguro de que se le presentaría ocasión de recobrarlo. Resultó que sus temores no tenían fundamento. El visitante era un cliente curioso, pero no un oficial de policía.

—¿Y el desdichado obrero?

—No volvió más.

—¡Cómo! ¿Entonces?

Myrtle se encogió de hombros

—¿Descubrió qué había sido lo que le había sucedido? Sí: al menos es de suponer que así haya sido.

—¿Pero cómo pudo desaparecer el hombre?—exclamé asombrado.

—Pues desapareció. Y tan por completo que hasta ahora, ni aun el mismo León Lionzac ha podido dar con su pista. Semejante desaparición total demuestra, naturalmente, que se ha escapado con el brillante, que constituye algo excepcional para un hombre como él. Sin embargo, León supone que no es posible que su paciente pudiera enterarse de nada. Dice que no es concebible que el hombre se diera cuenta de lo que él hizo; que el brillante estaba bien escondido, y que su presencia sólo puede causar algo de tirantez en ciertos músculos, tirantez muy concebible, dada la naturaleza de la herida. Pero sea como sea, el hombre ha desaparecido. Encuéntrele usted si puede, antes que León; pero aun cuando lo encuentre...

—¡Qué caso más extraordinario! — exclamé. — ¡Claro está que usted no tiene más garantía de la veracidad de lo sucedido que la palabra de Lionzac!

—Sí. Le he dicho a usted suficiente para que usted se decida ahora a evitar entrar en contacto con León, que es, como usted bien lo sabe, un peligroso enemigo; además, enterado de lo que le he dicho, comprenderá usted cuán inútil sería que fuese con el cuento a sus amigos los de la policía.

—No tenía intención de hacer semejante cosa. — dije con sencillez. — Nunca la molestaré a usted voluntariamente. Además, si usted, alguna vez, necesita de mi ayuda, ya sabe dónde puede hallarme.

Me dirigió una mirada fija, serena, y se fué sin agregar una sola palabra más.

No he vuelto a ver a Myrtle desde entonces. No me he olvidado de ella, de sus encantos. ¿Ha logrado ya, que se desvanezcan de su mente aquellos pálidos espectros de una felicidad que, para nosotros no podrá jamás tomar forma corpórea?

. . . .

El inspector Jackerman dió un golpe con el puño derecho, cerrado, en la palma de su mano izquierda.

—¿León Lionzac? — dijo en un tono entre de admiración y de respeto. — Es una estrella de primera magnitud en su género. No podría yo nombrar un solo jefe de una sección de policía que no se halle dispuesto a ceder seis meses de salario por realizar la captura de esa anguila eléctrica en forma de hombre.

—Es, realmente, tan escurridizo como usted lo dice, inspector, — manifesté. — ¿Qué piensa usted hacer ahora?

Yo le había comunicado a Jackerman todo lo que Myrtle me había dicho, pero sin pronunciar el nombre de la joven.

Se quedó pensativo.

—Un relato extraordinario, sin duda,—comentó como distraído. — Lionzac hace siempre cosas raras. Le hubiéramos prendido hace diez años si hubiese seguido los senderos que la lógica le indicaba. Me siento inclinado a creer que procedió como le han dicho a usted. Por otra parte, parece extraño que

dejara que el obrero se le escapase tan definitivamente de entre las manos.

—Se escapó, sin duda, debido a circunstancias que Lionzac no pudo prever.

—Claro está que su víctima, si podemos llamarle así, se enteró de que, caso asombroso, había sido transformado en depositario del brillante. Probablemente sin hacer preguntas, sin meterse a averiguar nada de lo relacionado con un asunto tan misterioso, desapareció con el botín y ahora se encuentra en otro hemisferio.

—Sí; lo lógico es suponer eso,—dije yo.

—Sin embargo, León Lionzac no debe darse por satisfecho con esa hipótesis. Y en este caso lo natural es que no ahorre esfuerzo ninguno que pueda conducirle a descubrir el paradero del obrero. Quizás ponga avisos en los diarios, llamándole, ¿eh?

Moví, negativamente, la cabeza

—No; no creo que le pueda ser agradable ninguna clase de publicidad,—disentí.

—Empero, todo es posible. Haré revisar detenidamente los avisos de todos los diarios, desde el día del robo hasta el presente. Si hallamos semejante aviso podremos llegar hasta Lionzac, que lo ha hecho publicar. El brillante amarillo del coronel Minas no tiene, comparativamente, importancia ninguna ante la posibilidad de la captura de un ladrón de tal categoría.

—Bueno, haga la prueba, — asentí.—Pero creo que la molestia que usted se tome será molestia enteramente perdida.

Acerté. Después de pasada una semana estuve a visitar al inspector. Su investigación no había obtenido éxito favorable.

—Permítame usted que le indique otro plan, — opiné. — No lograremos pescar a ese importante pez, con o sin el brillante, si no hacemos brincar ante él una buena carnada. Ahora bien: ¿qué le parece si, en vez de esperar el aviso que él publique, publicamos nosotros un aviso?

Jackerman gruñó, sin haber comprendido cuál era mi idea.

—El plan no puede ser más sencillo, — proseguí. — Publicamos unas líneas, en varios diarios, pidiendo informes sobre un obrero, ayudante de un constructor, de nombre desconocido, que ha desaparecido desde el día tal, y ponemos la fecha del día siguiente al del robo. Mencionamos, de paso, que el hombre sufrió heridas al caer a través de una claraboya, al estudio de un fotógrafo, indicando que se supone que el golpe alteró sus facultades mentales, causando así, indirectamente, su desaparición. Lionzac, debemos suponerlo, leerá ese aviso. Supondrá que el anunciante es alguien emparentado con el hombre a quien busca: y la mención del accidente le excitará de modo muy especial. Me llamaría mucho la atención si no se ocupara de hacer averiguaciones sobre el aviso.

—Comprendo, comprendo, — dijo Jackerman. —Así procederá, sin duda, siempre que lea el aviso. Se pedirá que todo el que pueda dar informes se presente en determinado sitio y...

—Ese sitio puede ser mi domicilio, —propuse yo.

—Y se agregará que por ello se le hará entrega de una suma de dinero, en pago de la molestia. Lionzac, sin duda, se sentirá intensamente intrigado e intersado y hasta ansioso de enterarse de todo lo más posible. ¡Sí! ¡Intentaremos eso, Dawes; lo intentaremos!

—Creo que es conveniente, inspector. Si se presenta... lo que no es de esperar, o envía a alguien a averiguar, yo le hablaré a usted por teléfono antes de dar orden de que él o su emisario, suban a mi departamento. Puede ser que no consigamos apoderarnos del brillante, pero existe alguna probabilidad de que podamos prender a León Lionzac.

—Sí, sí, — repitió Jackerman, enteramente decidido.

—No necesito indicarle, inspector, que, cuando yo llame por teléfono será conveniente que usted acuda a mi llamado con toda la mayor rapidez posible. Fuera de que se tratará de echar la red para pescar a un pez gordo está la circunstancia de que yo me encontraré en considerable peligro personal.

Allí mismo y en seguida, redactamos nuestro hábilmente calculado aviso. Me puse en el lugar del hombre a quien buscábamos y decidí que si semejante aviso llegaba a mi conocimiento, yo no descansaría hasta haberme enterado de todo lo que quería decir.

Pero yo no era León Lionzac. Pasaron los días, y no se presentó. Seguimos publicando el aviso, continuando hasta que ya creímos oportuno abandonar toda esperanza y por último, dejamos de publicarlo.

¡Y entonces, una semana después, nuestro caballero me hizo pasar su tarjeta!

Por suerte yo estaba en casa en aquel momento. Un estremecimiento, como los de otras épocas, me sacudió de pies a cabeza. Se comprendía que Lionzac había procedido con la mayor cautela, en lo cual tenía razón. Antes de la visita, había, sin duda, hecho sus averiguaciones y con seguridad me había vigilado antes de contestar así al aviso.

Instantáneamente hablé por teléfono con Scotland Yard. Jackerman no estaba en su oficina. Esto era realmente lamentable. Le esperaban de un momento a otro: antes de quince minutos. Lo único que pude hacer fué indicar que le dijeran, de mi parte, que le esperaba con urgencia. Yo estaba seguro de que vendría corriendo en cuanto le avisaran, pero tal vez sería demasiado tarde. Sin embargo hice que mi visitante esperara tanto como me pude atrever a hacerle esperar, antes de dar orden de que le dijeran que subiera.

Sentí acelerado el pulso cuando oí que sus pasos se aproximaban. Entró.

Era un hombre casi delgado, de bigote rubio, pequeño y retorcido y ojos azul de cobalto. Tenía puesto un sobretodo claro y sombrero hongo. No había nada notable en

su aspecto fuera, tal vez, de la fijeza de la mirada de sus ojos azules y lo largo y nudoso de los dedos, segun pude ver por que se había quitado el guante de la mano derecha.

—Le ruego que me perdone el haberle hecho esperar, — le supliqué con la mayor cortesía posible mientras él se inclinaba, saludando y yo le acercaba una silla.

Me miró casi curiosamente, frunciendo algo el ceño. Hizo como si no hubiera visto la silla.

—De ningun modo, señor Dawes, — contestó a mi disculpa.

—¿No desea usted tomar asiento?

—Gracias, — dijo, pero asi mismo, se quedó de pie. Volvió a mirarme, como si reflexionara, como si yo le intrigara. Aún cuando estaba convencido de que había observado todo cuanto yo hacía desde que empezó a publicarse el aviso, era aquella la primera vez que me veía de cerca. Probablemente yo le interesaba. Agregó retorciéndose el bigote:—He visto su aviso, señor Dawes, en un diario de la mañana.

Calló.

Por mi parte, había preparado un relato completo destinado a él únicamente, pero sospechando que no era necesario, contesté con toda sencillez:

—Lo celebro tanto.

En aquel momento la campanilla del teléfono comenzó a sonar.

Comprendí que no era Jackerman, por que el inspector no era capaz de perder ni un segundo de ese modo. Debía ser un amigo, que bien podía esperar. Yo tenía una razón especialísima para no querer volverme de espaldas a mi visitante en aquel momento.

El se sonrió con toda amabilidad.

—Parece que le llaman, — dijo.

—¡Oh! ¡Pueden esperar! — contesté despreocupado.

Mi visitante sonrió.

—Bien, — dijo, metiendo las manos en los bolsillos laterales de su sobretodo.— Podemos hablarnos con toda franqueza, según creo. Me parece que yo le he reconocido; que le he visto a usted antes. ¿Admite usted que sí?

—De muy buena gana

—Le ví a usted en mi estudio de fotógrafo, ¿no es así?

—Precisamente.

—¿Tuvo usted la desgracia de caer a través de los vidrios de mi claraboya?

—La buena suerte, mejor dicho.

—Ya veo, ya veo. Excelente suerte, en realidad. Vestido como un obrero, como un pintor o vidriero, o algo por el estilo, usted estaba vigilándome, ¿eh?

—Al servicio de la polisía.

—Bien. Así sería.

La campanilla del teléfono dejó de sonar en ese momento.

—Confío en que usted se haya curado completamente de la herida que sufrió,—dijo.

—Completamente.

—Eso es muy satisfactorio. En realidad me ha costado trabajo reconcerle. ¿Usted se había dejado crecer la barba, no es cierto, cuando nuestro primero y agradable encuentro? Al afeitarse se ha quitado usted diez años de encima. ¿Puedo preguntarle si ha sentido usted algún efecto extraño a consecuencia de su herida? ¿Ha sentido, quizás, alguna tirantez en los músculos del hombro?

—Sí; algo sentí. Pero poco tiempo después me sometí a una pequeña operación quirúrgica y me alivié inmediatamente.

—¡Ah! ¿Se le quitó la tirantez que sentía en la axila, o?...

—Tenga usted la bondad de leer lo que dice ahí, — l esupliqué, entregándole un papel.

Mientras sus ojos recorrían el breve escrito miré por encima de su hombro y ví, con grandísima sensación de alivio, que la manija de la puerta giraba lenta y silenciosamente. ¿Había recibido Jackerman mi aviso? ¿Estaba él allí? Mi vida dependía de la respuesta que tuvieran esas preguntas.

Lionzac leía en voz alta:

" Tengo en mi poder, habiéndolo recibido
" del señor Acton Dawes, y a disposición de
" lo que él quiera ordenarme, un brillante
" que a su pedido, extraje de su persona me-
" diante una pequeña operación quirúrgica.
" —John Gating, Doctor en Medicina y Ci-
" rugía ".

La hoja de papel cayó fluctuando en el aire, de sus dedos. Mi visitante levantó la cabeza y me miró. Sus ojos echaban chispas de furor.

—¿A su pedido, eh? — exclamó. — ¿Quiere eso decir que usted sabía que el brillante estaba allí?

—Sí. Lo descubrí debido a una circunstancia enteramente fortuita.

—¡Maldición! ¿Quién se lo dijo?

—Ese es un secreto que me pertenece.

—¡Y qué va a costarle a usted la vida!

Ví brillar un revólver en el momento en que el visitante sacó la mano del bolsillo.

—¡No! ¡Eso no! — dije con aplomo.— Eso no, si es que mi amigo el inspector Jackerman y el policeman que en este momento se hallan detrás de usted...

Dió un salto lateralmene, volviéndose al mismo tiempo. Cuatro hercúleos brazos le sujetaron; unas esposas hicieron oír su metálico clic. ¡Y cayó el telón ante León Lionzac y los muchos y habilísimos dramas que durante tantos años había representado!

Una hora después entregué a Jackerman el recobrado brillante amarillo. A no mediar el certificado del doctor Gating y la cicatriz que yo tenía en la axila, creo que Jackerman no hubiese dado ni el menor crédito a mi relato. Su primera exclamación: "¡De todos los casos de asombrosa buena suerte!..." no me hizo justicia, como ustedes comprenderán, pues si yo no hubiese vigilado a Lionzac en la forma en que le vigilé, no hubiera caído a través de su claraboya, con los resultados ya conocidos.

Debo poner en claro que antes de que Myrtle me visitara yo ya había sospechado que Lionzac era el autor del robo. Esto explica

por qué suponía yo que Myrtle venía en busca del brillante amarillo, pues yo sabía que la joven "trabajaba" en sociedad con Lionzac. Yo había seguido la pista de Lionzac, que me había resultado sumamente escurridizo. Por más deseos que tenía de meterme en su estudio, no podía conseguirlo de ningún modo. Pero consideré que había llegado mi oportunidad cuando supe que era necesario componer la claraboya. Un buen obsequio puso al verdadero obrero en favor mío, pues yo le compré así, por un par de horas, el desempeño de su oficio. Pero ¡ay! yo entendía muy poco de aquello; me moví con tal torpeza en el inclinado techo, que entré en el estudio de Lionzac, es verdad, pero destrozando la claraboya, de un modo más rápido que cortés, por cierto.

Si Myrtle no me hubiese visitado después, yo no hubiera sabido nunca lo que el ladrón cirujano había hecho conmigo. O Lionzac me hubiera hallado por fin, — y sólo Dios sabe lo que hubiese sido capaz de hacer por recobrar el brillante, — o yo me hubiese pasado el resto de mi vida con mi húmero funcionando con tirantez en la axila. Yo había considerado lo mejor, después del accidente, no volver para que me hiciera una nueva cura, temeroso de que Lionzac pudiera haberse enterado de que yo no era el verdadero obrero. Fué la visita de Myrtle la que resultó para mí un golpe de buena suerte, aun cuando ella no podrá jamás saberlo. Inmediatamente después de su visita supe que León Lionzac había volado y no había vuelto por el estudio. Eso es todo.

¿Y Molly Minas? La vi ocho meses después. Fué en la estación de Euston, a la llegada del tren de combinación con el vapor; partía para la lejana Florida del brazo de un esposo dueño de un millón de dólares.

¿Pude yo haber tomado para mí aquella joya, la más pura de todas, aquella perla de finísimo oriente? Es posible; si yo hubiese ahogado la voz de la conciencia, la voz de la razón... ¡Quién sabe! Esta es, para mí, una de esas preguntas que no tienen más respuesta que un suspiro.

Una nueva narración de esta serie de aventuras, — cada una completa por sí misma, — se publicará en el número 14 de "Pucky", que será puesto en venta el viernes 21 de Julio de 1922. Como la presente y como las anteriores, será muy interesante y novedosa, a la vez que intensamente emocionante.

por qué suponía yo que Myrtle venía en busca del brillante amarillo, pues yo sabía que la joven "trabajaba" en sociedad con Lionzac. Yo había seguido la pista de Lionzac, que me había resultado sumamente escurridizo. Por más deseos que tenía de meterme en su estudio, no podía conseguirlo de ningún modo. Pero consideré que había llegado mi oportunidad cuando supe que era necesario componer la claraboya. Un buen obsequio puso al verdadero obrero en favor mío, pues yo le compré así, por un par de horas, el desempeño de su oficio. Pero ¡ay! yo entendía muy poco de aquello; me moví con tal torpeza en el inclinado techo, que entré en el estudio de Lionzac, es verdad, pero destrozando la claraboya, de un modo más rápido que cortés, por cierto.

Si Myrtle no me hubiese visitado después, yo no hubiera sabido nunca lo que el ladrón cirujano había hecho conmigo. O Lionzac me hubiera hallado por fin, — y sólo Dios sabe lo que hubiese sido capaz de hacer por recobrar el brillante, — o yo me hubiese pasado el resto de mi vida con mi húmero funcionando con tirantez en la axila. Yo había considerado lo mejor, después del accidente, no volver para que me hiciera una nueva cura, temeroso de que Lionzac pudiera haberse enterado de que yo no era el verdadero obrero. Fué la visita de Myrtle la que resultó para mí un golpe de buena suerte, aun cuando ella no podrá jamás saberlo. Inmediatamente después de su visita supe que León Lionzac había volado y no había vuelto por el estudio. Eso es todo.

¿Y Molly Minas? La ví ocho meses después. Fué en la estación de Euston, a la llegada del tren de combinación con el vapor; partía para la lejana Florida del brazo de un esposo dueño de un millón de dólares.

¿Pude yo haber tomado para mí aquella joya, la más pura de todas, aquella perla de finísimo oriente? Es posible; si yo hubiese ahogado la voz de la conciencia, la voz de la razón... ¡Quién sabe! Esta es, para mí, una de esas preguntas que no tienen más respuesta que un suspiro.

Una nueva narración de esta serie de aventuras, — cada una completa por sí misma, — se publicará en el número 14 de "Pucky", que será puesto en venta el viernes 21 de Julio de 1922. Como la presente y como las anteriores, será muy interesante y novedosa, a la vez que intensamente emocionante.

KALISAY

EL GRAN PRODUCTO ARGENTINO





"KALISAY"...

El vino añejo más fino y la mejor quina, combinados en una proporción y con un procedimiento que hacen de KALISAY un orgullo indiscutible de la industria nacional.

Pruébelo. Un vaso de KALISAY con soda bastará para convencerle. Cada sorbo constituye un argumento más elocuente que cualquier palabra.

Un obsequio a los lectores de "PUCKY"

Como reclame extraordinario, a las personas que presenten en nuestro escritorio, calle 24 de Noviembre 480, este aviso, le entregaremos por sólo $ 1.50, una botella de un litro de KALISAY, cuyo precio es de $ 2.50. Del interior 0.20 más para flete. En Rosario, dirigirse a nuestra sucursal, Corrientes 1000.

Agotadas ya las 10.000 botellas que habíamos dedicado a los lectores de "PUCKY" y teniendo en cuenta las cantidades que se nos solcitan, acordamos entregar otras 10.000 botellas por última vez.

LAGORIO, ESPARRACH & Cía. — Buenos Aires

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

2ª Quincena de
JULIO 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION QUINCENAL No. 14.



EN ESTE NUMERO: **La Prometida del Proscripto**

Extensa y emocionante aventura del Lejano Oeste, en la que figura **Búffalo Bill**, el famoso explorador y civilizador de la región de los pieles rojas, y numerosos artículos, cuentos y novelas, atrayentes y de gran interés.

EL VINAGRE

QUE CONSERVA LA SALUD

PRUEBELO Y NO USARA OTRO.

ES EL MEJOR Y MAS BARATO POR SU CALIDAD INSUPERABLE

VINAGRE DE VINO "Omega"

Es fácil decir que un producto es el mejor, lo difícil es comprobarlo.

Nosotros decimos que el VINAGRE "OMEGA" es el mejor, y lo probamos: En la Exposición de Bebidas Fermentadas, organizada por la Intendencia Municipal de la Capital, en 1921, el VINAGRE "OMEGA" mereció el primer premio. ¡Mientras la mayoría de los productos se decomisaban por su mala preparación, el VINAGRE "OMEGA" triunfaba plenamente!

Si Vd. desea obtener una buena ensalada, no olvide que el VINAGRE "OMEGA" es el único que reúne condiciones culinarias de primer orden, por estar preparado a base de puro vino de producción argentina.

EN VENTA en los almacenes por mayor. PIDA VINAGRE "OMEGA" a su almacenero

Lagorio, Esparrach y Cía.

Bs. Aires




Sumario



. . . Lo enterraron solemnemente, llevándole de su domicilio a la iglesia parroquial en una escalera de mano, cubierta con un cuero de vaca. ("Don Quijote en Sudamérica". Pág. 31).



LA PROMETIDA DEL PROSCRIPTO

Nueva aventura en las regiones del Far West, en la que figura

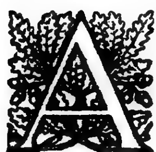
BUFFALO BILL

La vida del Far West en otros tiempos es descripta con toda la la misma admirable vivacidad que en las novelas anteriormente publicadas, en esta nueva aventura del famoso Búffalo Bill en aquellas regiones, tan salvajes y terribles en la época en que se desarrollaba la acción del famoso "scout".

PROLOGO

La prisión de Oliver Burton. — La prueba de la culpabilidad.

I.



PESAR de que ya era tarde, grupos de gente se hallaban reunidos en las calles de la floreciente y pequeña ciudad del Colorado, llamada Pineville. Hablaban en voz alta y con muestras de gran indignación, acusando en su rudo lenguaje a una persona desconocida.

Oliver Burton vió algunos de esos grupos mientras entraba en la ciudad, procedente del Oeste, en el caballo que había pedido prestado a Sol Cutbush, propietario del Salón del Diamante. También notó que la diligencia que efectuaba el recorrido de Pineville a Yellow Springs se encontraba detenida frente al Hotel Bonanza, en la calle principal y que junto al vehículo se amontonaban algunas personas.

Pero él no se detuvo, ni habló con nadie, así como nadie lo detuvo para hablar con él; de no ser así se hubiera informado de algo extraordinario. No era hombre aficionado a mezclarse en asuntos ajenos.

Después de dejar el caballo en la caballeriza de su dueño, caminó la corta distancia que lo separaba de su domicilio, situado en el piso alto del almacén de McGregor. Se sintió satisfecho al hallarse en la soledad de su dormitorio. Cuando hubo encendido una lámpara que colocó sobre el mueble que le servía de tocador, se detuvo un instante y se contempló el rostro en el espejo roto.

Vió una cara, de expresión sombría, bronceada por el aire y el sol. Era un rostro juvenil pero ajado por una vida de disipación. Volviéndose con un gesto de disgusto, metió la mano en un bolsillo y sacó de él un puñado de pequeñas monedas que arrojó sobre la mesa.

—¡Menos de un dólar! — murmuró.—¡Ni lo suficiente para pagar una verdadera comida!

Aquel era todo el dinero que tenía Oliver Burton. Estaba de mala suerte. Había jugado aquella noche, con la esperanza de recobrar su dinero, pero, por el contrario, había perdido cuanto poseía.

Se hallaba tranquilo y no había bebido, pero se sentía tan cansado que no quiso desvestirse. Apagó la luz y se arrojó sobre la cama.

—¡Que me cuelguen si sé lo que voy a hacer ahora! — exclamó. — Tiene que pasar un mes antes de que reciba mi pensión. La culpa de esto la tiene Sally y también mi debilidad de carácter. Fuerza es que lo reconozca.

El sueño se apoderó de él y no tardó en caer en un pesado sopor. La noche pasó y la luz gris de la aurora asomaba en el horizonte cuando el joven se despertó al ruido de unos pasos en la escalera.

Se abrió la puerta y dos hombres entraron en el dormitorio.

Uno, corpulento y de barba, era Tom Kenny, el sheriff de Pineville. El otro, esbelto de unos treinta años, con bigote negro y siniestro aspecto, era Mark Wildrake.

Estaba empleado en la compañía de transportes "Fargo Express Company", y vivía en el piso superior de las oficinas de la misma.

Oliver Burton se levantó y miró sorprendido a sus visitantes. Su rubio cabello estaba en desorden y su rostro se hallaba abotargado por el sueño.

—Hemos venido a hacer una investigación. — dijo en tono brusco Tom Kenny. — Se sospecha que usted asaltó anoche a la diligencia.

El joven enmudeció de sorpresa, y de asombro, durante un segundo o dos.

—¡Está usted diciendo tonterías! — exclamó acaloradamente.—¡Ni sabía que hubiera habido un asalto! ¡Cuénteme cómo ha sido!

—Sucedió el hecho cuatro millas antes de llegar a Pineville, justamente en el punto donde se bifurca el camino para ir a Yellow Springs,—dijo el shériff. — El asaltante montaba un caballo negro y estaba enmascarado. Salió al medio del camino cuando la diligencia se iba acercando. Apuntó con el revólver a Bill Lucas, el conductor, y le ordenó que levantase las manos. Pero Bill no era cobarde. Llevó la mano al revólver y entonces el bandido hizo fuego y la hirió en un brazo. En seguida desapareció al galope de su caballo.

—Pues eso es una novedad para mí, Kenny. ¿Por qué diablos sospechan de mí?

—No hay grandes razones para ello, muchacho. Por lo menos hasta ahora. Pero Wildrake, dice que le encontró a usted ayer, por aquellos sitios y casualmente le dijo a usted que la diligencia debía traer una importante cantidad de dinero de Yellow Springe. Añade que el día anterior le había estado hablando usted de su mala situación pecuniaria.

—Todo eso es enteramente exacto. — observó Mark Wildrake. — Burton no puede negarlo.

—Ni lo pretendo, tampoco. ¿Por qué había de negarlo? Es cierto que le dije el lunes que me encontraba en una mala situación y que, ayer, él me habló del dinero. Pero es ridículo, por su parte, imaginar que yo he tratado de asaltar a la diligencia.

—Lo siento mucho. Pero creí que era mi deber informar a Kenny. Nada más.

—Ha sido una bajeza, Wildrake. Yo nunca le he hecho a usted daño ninguno. Jamás hice nada que no fuera honrado. En cuanto a lo que a anoche se refiere, ¿no le dije a dónde tenía intención de ir?

—Sí. Usted me dijo que iba a Rocky Gulch, a jugar a los naipes.

—Y bien. Así lo hice. Fuí a caballo a Rocky Gulch, en la yegua negra de Sol Cutbush y allí estuve tres o cuatro horas, jugando al faro en el salón de Red Mike. Después de la media noche regresé y no he visto la diligencia en el camino. Debió entrar en el camino principal y ser objeto del asalto antes de que yo llegara a la encrucijada. Ni siquiera oí la detonación del disparo.

—¿Ganó usted o perdió en el salón de Red Mike, muchacho?—preguntó el sheriff.

—Perdí, — admitió con prontitud Oliver Burton. — Me limpiaron por completo el bolsillo.

—¿De manera que no disponía de mucho dinero cuando salió de allí?

—Tenía menos de un dólar, Kenny. Ese es todo el dinero de que dispongo en estos momentos, — y señaló el que había sobre la mesa.

Mark Wildrake y Tom Kenny miraron el pequeño montón de monedas y luego se dirigieron una mirada significativa.

El sheriff comenzó a revisar el cuarto, mientras Oliver Burton lo miraba, de pié, tranquilamente y sonreía con sorna viendo cómo el otro iba de un lado al otro.

Después de revisar toda la habitación se detuvo junto a la cama. Levantó el colchón y quedó a la vista un revólver y un antifáz toscamente hecho con un trozo de tela negra. Se apoderó de ellos rápidamente y se puso a examinar el arma.

—¡Una cápsula está vacía y las demás cargadas, — dijo con voz ronca. — Esta es el arma con que amenazaron a Bill Lucas y ésta es la careta que usó el bandido. ¡Diablos! El caso no puede estar más claro!

—No puede estar más claro, — repitió Wildrake. — Temo que mis sospechas fueran exactas, Tom. Tenía la esperanza de haberme equivocado. — Calló un instante, sacudiendo la cabeza con pena. — ¡Esto es atroz, Burton!—agregó.—¡Casi no puedo dar crédito a lo que veo, tratándose de usted!

—La falta de dinero ha sido la ruina de más de un hombre honrado, — manifestó Tom Kenny.

En los ojos azules de Oliver se notaba la expresión del que se ve en un grandísimo apuro. Respiró con ansia, como si le faltase el aire, miró fijamente el revólver y la careta y alzó la vista para encontrarse con la fría mirada de sus acusadores. El color huía de sus mejillas y volvía a ellas, sucesivamente.

—¡Eso tiene que ser una broma! — dijo con risa forzada. — Pero es una broma de muy mal gusto.

—¡Nada de fingimientos, muchacho!—replicó el sheriff. — El asunto es serio.

—¡Pero si yo no puedo creer en lo que estoy viendo! — exclamó el joven. — ¡No; esto no puede ser nada serio! ¡Si soy tan inocente como pueda serlo usted! ¡Esto es una infame combinación y nada más! ¡El hombre que asaltó a la diligencia ha procurado hacerme aparecer como autor del delito! ¡Debe vivir en Pineville! Debe haberse cruzado anoche en el camino, conmigo sin que yo lo viese y me ha seguido, ha subido las escaleras y ha colocado el antifáz y el revólver debajo del colchón. Lo ha podido hacer fácilmente. La puerta no estaba cerrada con llave. Ese revólver no es mío. Yo nunca he tenido revólver. Y la máscara tampoco es

mía... ero por qué no dice usted algo? ¿Por qué me mira de ese modo? ¡Usted no puede creer que yo soy culpable, Kenny! ¿Y usted, Wildrake? Usted que siempre ha sido mi amigo. ¿No me cree? ¡Estoy diciendo la verdad! ¡No sé mentir! Juro que soy inocente. ¡He caído en una trampa tan sagaz como vil! ¡Se lo aseguro!

"¡Fué otra persona quien pretendió robar a los de la diligencia! ¡Alguien que tiene un encono contra mí, aun cuando yo no sé quién puede ser! El canalla me vió en el camino o supo que yo había ido a Rocky Gulch y que no iba a regresar hasta tarde. Y cuando estuve dormido entró aquí y... y...

La voz de Oliver Burton fué cortada porque el joven se ahogaba de indignación. Burton miró aterrado y con las manos se apretó las sienes, al comprender la situación en que se veía.

—¡Juro que soy inocente! — repitió con voz ronca.

—¿Parece que lo fuera, eh? — gruñó Tom Kenny mientras se guardaba las pruebas de culpabilidad en el bolsillo. — Vamos, muchacho, — agregó tomándolo de un brazo. — Me parece que vamos a salir de aquí.

—¡Nunca le hubiera creído capaz de semejante cosa, Burton! — repitió de nuevo Mark Wildrake.—Estoy arrepentido de haberle dicho que la diligencia traía ese dinero de Yellow Springs. Sin pensar puse la tentación en su camino.

El joven permanecía silencioso. Comprendía que cuantas protestas de inocencia hiciese serían inútiles. Los tres descendieron por la escalera y salieron del edificio. La noticia de la pesquisa del sheriff había corrido de boca en boca. Un pequeño número de habitantes del pueblo se había amontonado en la puerta y otros se fueron agregando a ellos mientras todos seguían a los tres en su marcha a través de la ciudad.

Algunos lanzaron gritos de amenaza, mientras otros hablaban de cuerdas al cuello y de ramas de árbol.

Oliver Burton, casi no los oía. Caminaba semiinconsciente entre sus dos captores, mientras sus ojos tenían una mirada vaga y sus mejillas estaban encendidas por la vergüenza y la indignación. Estaba preso por completo en la red.

Sabía lo que tenía que esperar si no se hallaba al culpable. Comprendía que algún enemigo debía haber tendido el lazo para que él cayera. Sin embargo, no lograba recordar a nadie que pudiera tenerle mala intención.

El recuerdo de algunos hechos del año anterior surgió en su mente. Pensó en su casa de Nueva York, allá, lejos, en el este; en sus padres; en su hermana; en sus viejos amigos. El había sido siempre débil de carácter, extravagante, demasiado aficionado a los placeres, había cedido a la influencia de disipados camaradas con los que descendió a los bajos fondos de la gran ciudad; un disparate de muchscho le había arrastrado a tener una desagradable discusión con su padre.

Hubiera podido curar la herida con unas pocas palabras, pero era demasiado orgulloso para ceder humildemente. Fué, pues, arrojado de la casa paterna con la promesa de que se le enviaría una pensión mientras viviera como un hombre honrado. El amor a las aventuras le había llevado al Oeste.

Hacía algunos meses que se había encaminado hacia Pineville, después de andar rodando durante un tiempo de un lado a otro, y allí se había detenido, — detenido por causa de una muchacha, de ojos pardos, rizado cabello castaño y un encantador aspecto de suavidad y dulzura, que contrastaba con su locura y aturdimiento. — Se había sentido fascinado por Sally Curtis y ella se había enamorado perdidamente de él.

Pero la joven vivía en compañía de un tío, y ese tío era inflexible.

Hiram Curtis, comerciante de la ciudad, había manifestado que el joven pretendiente tenía un porvenir muy dudoso. Había insistido en no acceder al compromiso y su sobrina se había sometido.

Le había rogado a su enamorado pretendiente que tuviese paciencia y esperase, prometiéndole fidelidad mientras los asuntos tomaban un giro más favorable. Pero Oliver Burton había insistido en su deseo de hacerla su esposa con consentimiento o sin él, a lo que la joven había respondido con una firme negativa que lo desanimó.

En los últimos tiempos, desesperado y procurando olvidar sus penas, se entregó a la bebida y a gastarse locamente la pensión. Tras de su loca excursión al antro de Rocky Gulch se había quedado sin dinero y además era acusado de un crimen que no había cometido.

—¡La culpa de todo la tiene Sally! — se dijo. — Si hubiera accedido a ser mi esposa hace dos semanas, cuando me ofrecieron un empleo en el ranch de Jackson, yo estaría trabajando allí ahora. Sí, toda la culpa de lo que me ocurre la tiene ella. Si hubiera elegido entre su tío y yo, en lugar de tratar de complacernos a los dos, no me vería yo en esta horrible situación.

Y era, realmente, una situación bien horrible, aun cuando hubiera podido ser peor. Aquella progresiva ciudad del rincón sudoeste del estado de Colorado, no era como el resto de las de las regiones del oeste, en aquellos días.

Allí no dominaba la ley salvaje que reinaba en otros sitios. La burda justicia que tenía por símbolo una soga, con nudo corredizo, atada a la rama de un árbol no tenía partidarios allí, en los "vigilantes". En Pineville había un juez y un tribunal una casa de justicia y una prisión para los malhechores.

Y los ciudadanos de Pineville eran obedientes a la ley. No sentían piedad ninguna por los delincuentes. Inflingían severos castigos a los que cometían robos de caballos, asaltos con armas y asesinatos.



II

El veredicto del jurado. — Oliver Burton toma la palabra.

ESTABA ya muy avanzado aquel día de otoño, un frío viento del norte levantaba muy altas las nubes de polvo en las calles de Pineville, mientras se realizaba la vista de la causa.

Las pruebas contra Oliver Burton habían sido abrumadoras. Tenía necesidad de dinero, sabía que la diligencia llevaba una suma importante que había recogido en Yellow Springs. En las primeras horas de la tarde había partido en un caballo negro para Rocky Gulch; había jugado, perdido y regresado a su casa a media noche. A la mañana siguiente se había encontrado en su dormitorio y debajo del colchón, un revólver con una cápsula vacía y una máscara semejante a la que había usado el salteador de caminos.

La acusación descansó en ese hallazgo. Sin esa prueba, la acusación hubiera sido muy poco consistente

El juez estaba haciendo la síntesis del caso y los presentes en la sombría y fría sala de la Corte escuchaban con toda atención.

Un fracasado abogado, procedente del este, un náufrago de su profesión, había hecho todo lo posible en favor del joven acusado.

Había citado autoridades legales, grandes jurisconsultos que jamás habían oído nombrar en el Oeste y había intentado conmover a los miembros del jurado con sentimentales razones y figuras de retórica forense.

Pero sus citas de jurisconsultos y su oratoria no condujeron a nada. Los doce hombres buenos eran demasiado vulgares para desdeñar el peso de las pruebas. Emitieron un veredicto de culpabilidad, sin retirarse a deliberar y el juez, dirigiéndose al preso, le comunicó que estaba condenado a cinco años de prisión.

—¡Y no espere misericordia en esta tierra! — terminó solemnemente pensando que eso era lo que le correspondía decir.

El abogado defensor fué el único que comprendió lo absurdo de aquellas palabras. Siguió un instante de silencio, interrumpido por un sollozo de la angustiada Sally Curtis, que rompió a llorar y se apoyó en el brazo de su tío. Luego se oyó un murmullo de voces, ruido de pies y de nuevo volvió a reinar el silencio.

Oliver Burton había levantado los brazos y hacía señas para que le oyesen. Se notaba un arrogante gesto de desafío en él y sus ojos brillaban como carbones encendidos.

—¡Es necesario que me oigan un minuto! —exclamó en voz muy alta.—¡No se me ha hecho justicia! ¡Por el contrario, es una grave injusticia lo que se comete conmigo al condenarme por el crimen cometido por otro hombre! Soy absolutamente inocente, como lo he jurado por todo lo para mí, más sagrado. ¡Sin embargo me envían ustedes a una prisión y manchan mi nombre en forma indeleble! Ahora les digo, que cuando salga de la prisión, arruinado y desgraciado para siempre, sin tener de qué vivir, he de hacer algo para merecer este injusto castigo. ¡La culpa será de ustedes! ¡Ustedes me habrán arrastrado a ese extremo! ¡Me haré ladrón, bandido y acaso algo peor!

"Me uniré a Graeme Helmack y a su banda, si puedo encontrarlos y algún día volveré aquí con ellos, volveré a esta maldita ciudad y los mataré a todos ustedes. ¡Sí lo haré! ¡Juro que!...

Calló bruscamente al notar la mirada de horror que brillaba en los ojos de su adorada.

—¡No! ¡No pienso hacer eso, Sally!—exclamó. — ¡No me crea! Pero me iré con los malos. No tendré otro recurso. La he perdido a usted y he perdido el respeto de todas las personas decentes. Sí, me haré un bandido, un proscripto, ya que no he de poder volver al seno de la sociedad. Pero no descansaré hasta que haya encontrado al villano que asaltó a la diligencia aquella noche y que escondió luego esos objetos en mi habitación. ¡Que el cielo le proteja si alguna vez nos hallamos frente a frente! ¡Le mataré, tan cierto como!...

El amenazador discurso fué interrumpido por el sheriff y uno de sus ayudantes. Tomaron entre los dos al excitado joven y después de una breve lucha fué sacado de allí y conducido a la prisión.

La concurrencia se amontonó a la puerta y se oyeron murmullos de simpatía al salir la joven Sally Curtis, quien mientras caminaba apoyada en el brazo de su tío lloraba y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Pero nadie demostró simpatía hacia Oliver Burton. Ningún hombre de Pineville, — a excepción de uno, — dudaba de su culpabilidad. Y ese hombre era el que más exageraba sus muestras de piedad hacia la desventurada joven, cuyo corazón había sufrido tan rudo golpe

Fin del prólogo



CAPITULO I

Búffalo Bill en busca de aventuras. — Descendiendo de las montañas. — El campamento en el camino. — Una voz pidiendo socorro. — Cody va en auxilio del que llama. — Una breve lucha. — Mark Wildrake emprende la fuga. — Señales indias. —Perseguidos por los siux. — Ocultando el rastro. — Un refugio para pasar la noche.

LAS huellas de pieles rojas se habían hecho visibles aquella tarde, aun cuando no hubieran aparecido en forma clara para el que no estuviera iniciado en la vida de las selvas y de las montañas. Bill Cody, el famoso explorador, había observado nubes de humo que ascendían en forma intermitente desde dos picos montañosos que se hallaban a varias millas de distancia uno del otro y juzgó por ello que dos grupos de guerreros siux estaban comunicándose algunas informaciones.

Durante el resto del día permaneció alerta, mientras viajaba por entre las dos montañas y ahora, al descender al valle, siguiendo un estrecho barranco, se sentía más inquieto y confiaba en que su caballo encontrara el buen camino.

La noche había llegado y el jinete se veía rodeado de profunda oscuridad. A su izquierda tenía Cody una accidentada elevación, cubierta de árboles y malezas, y a la derecha caía de elevación en elevación un arroyo que producía con sus turbulentas aguas un ruido tal que le impedía oir otro cualquiera.

Bill Cody no tenía un plan definitivo respecto a lo que iba a hacer. Habiendo permanecido durante un tiempo en uno de los fortines, ayudando en las exploraciones a los soldados y cazando búfalos para proveerlos de carne, encontró, después de un mes de servir al gobierno, que aquella clase de vida le resultaba monótona y la había dejado, obedeciendo a su instinto. Sabía, por conversaciones oídas, que se había descubierto un campo con oro en un apartado lugar al que se había dado el nombre de Rattlesnake Creek, o sea la Cañada de la Serpiente de Cascabel.

No pudiendo resistir el deseo de volver a la vida libre, había cobrado su sueldo y partido. No tenía plan determinado. Podía dirigirse al campamento de los mineros y ver si había ocasión de intervenir en algún asunto o podía iniciar la persecución de Graeme Helmack y de su banda, a quienes buscaban los soldados.

Sabía que estos tristemente famosos bandidos se encontraban por aquellas regiones y pensaba que podría fácilmente dar con ellos, ya que era posible que el oro descubierto en Rattlesnake Creek atrajera tanto a los que querían conquistarlo honradamente como a los que procuraban conseguirlo de otro modo.

Tenía verdaderos deseos de encontrar a Graeme Helmack, porque existían unas cuentas antiguas que saldar con ese individuo, y además porque cobraría una buena recompensa el que prendiera al bandido "vivo o muerto".

Dos días antes el joven explorador había cruzado la frontera de Utah y ahora, según sus cálculos, debía hallarse a una semana de marcha del lugar a donde quería ir.

Poco a poco fué penetrando más y más en el sombrío desfiladero, arriesgando la vida en ello; y cuando, al fin, lo cruzó por completo se halló en la entrada de un valle que atravesaba un camino por el que, desde hacía muchos años pasaba poca gente. Después de cruzar el río y de atravesar el valle en sentido diagonal, dejó tras sí el ruido ensordecedor de las aguas y alcanzó al viejo camino. Torció hacia la izquierda y detuvo un instante su caballo para escuchar. Sólo llegó hasta sus oídos el murmullo de la brisa.

No tenía temor respecto a la presencia de pieles rojas en aquellos momentos, — dudaba de que hubiera indios en aquellos contornos, — pero no tenía intención de acampar todavía. Caminó durante un poco de tiempo más y se detuvo nuevamente.

Había alcanzado a distinguir el resplandor de una hoguera delante de él y observaba con curiosidad para saber lo que aquello significaba, cuando una voz penetrante llegó hasta sus oídos.

—¡Socorro! ¡Socorro! — gritaban.

No era aquella la voz de un hombre. Era una mujer la que pedía auxilio. ¿Qué podía ocurrir? ¿Quién necesitaba de socorro en aquel lugar y a tales horas? Sin pensar en el peligro que podía correr, Bill Cody clavó las espuelas y partió al galope, sin vacilar ni un momento.

Por espacio de un cuarto de milla marchó a todo correr hasta que detuvo su cabalgadura, saltó a tierra y miró asombrado. A su derecha e iluminadas por el resplandor de las llamas, estaban dos personas luchando desesperadamente. En la pelea se movían de un lado a otro, y detrás de ellos, en la sombra, dos caballos pacían tranquilamente.

Uno de los combatientes era un joven de aspecto delicado, que llevaba pantalón de montar, botas y un saco de piel con adornos bordados. El otro era un hombre alto, de bigote negro, descuidadamente vestido y con semblante diabólico.

Habían oído acercarse al joven explorador y apenas se apeó cuando ya se habían separado. El más joven retrocedió hasta un árbol, pálido de terror y respirando penosamente.

Lanzando un juramento, el otro llevó la mano a la cintura, pero Bill Cody fué más rápido que él y con un movimiento súbito amartilló el revólver.

—¡Arriba las manos! ¡Pronto! — exclamó con tono enérgico. — Ya le tengo a mi alcance y no me falla jamás la puntería. ¿Qué ocurre? ¿Por qué ataca a este joven?

—Eso le tiene a usted sin cuidado,—respondió el otro mientras obedecía la orden recibida. — No tiene usted por qué meterse en asuntos ajenos.

—¡Quién sabe! De todos modos no he de fiarme de su palabra.

—Es preferible que se vaya de una vez, sea usted quien sea.

—No tengo prisa. Le he preguntado de qué se trataba. ¿No me lo va a decir?

—Ya le he dicho que eso debe tenerle sin cuidado y así es.

Hubo una breve pausa. El hombre estaba callado y contrariado, mirando en forma siniestra al joven explorador que le había tomado repentina antipatía. Estaba convencido de que el joven,—a quien consideraba en verdad, un muchacho,—necesitaba protección. No podía imaginarse qué era lo que había llevado a aquellas dos personas semejante paraje.

—Es preferible que se vaya de aquí,—repitió el otro. — No ocurre nada. Tan sólo una pequeña diferencia entre nosotros y podemos arreglarla sin necesidad de su...

—¡No! ¡No! ¡No se vaya! — imploró el joven adelantándose mientras hablaba. — ¡Tengo miedo de este hombre, mucho miedo! ¡Puede matarme, si usted me deja a solas con él!

—No voy a dejarle, — declaró Bill Cody. —¿Por qué tiene miedo de este hombre? ¿No viajan ustedes juntos?

—¡No! Ha debido seguirme sin que me diese cuenta de ello. Después que hube atado el caballo a un árbol y de haber encendido fuego, me alejé en busca de más leña. Cuando regresé este hombre estaba aquí. No tuve ni oportunidad de huir ni de recurrir a mis armas. Me atacó y yo grité pidiendo auxilio, aunque no supusiera que pudiese oirme nadie.

—Fué una suerte que no me encontrase lejos de aquí. Me parece que este hombre pensaba robarle. ¿A qué ha venido usted a estos parajes. ¿De dónde viene?

—De... de Pineville.

—¿De Pineville? ¡Pero si eso está a muchas millas de distancia de este punto! ¿Y a dónde se dirige usted?

—A ningún sitio determinado. Trato de encontrarme con Graeme Helmack y su banda.

—¿Usted trata de encontrarlos? ¿Pretende usted ingresar en esa gavilla? ¿Es esa su idea?

—¡Oh, no; claro que no! Pero hay allí alguien a quien yo estimo y... — El joven calló bruscamente y sus mejillas se colorearon. — Es... es un amigo mío, — continuó. — Ha desaparecido y temo que haya...

Le tembló la voz y se notó que se hallaba aturdido.

La mirada del hombre se mantenía fija en Bill Cody, el que continuaba apuntándole con su revólver.

Hubo otro pequeño intervalo de silencio interrumpido por el chillido de una lechuza que remontaba su vuelo desde las sierras hacia el sud. El joven explorador se estremeció ligeramente. Escuchó por un momento y cuando se oyó de nuevo el grito del ave, movió la cabeza pensativo.

—Ese no es un grito auténtico, — declaró preocupado. — Es un aviso dado por algún indio. Observé señales de pieles rojas hoy, cuando cruzaba la frontera, hacia el sud. Debe haber algunos por estos sitios y han visto el resplandor de la hoguera. Temo que tengamos que marcharnos de aquí lo más rápidamente posible.

—¿Le parece que corremos peligro?—preguntó el joven.

—Estaremos en peligro si nos quedamos aquí, — dijo Bill Cody.

Un tercer grito cruzó los aires y el otro se puso pálido, demostrando su cobardía. Haciendo caso omiso del revólver que le apuntaba se dió vuelta con rapidez y acercándose a su caballo saltó sobre la silla. En un segundo dirigió el caballo hacia el norte. El explorador alzó el arma, dispuesto a hacer un disparo.

—¡No haga fuego! — exclamó el joven.— ¡Déjelo que se vaya!

—¡No iba a tirar a matarle! Quería tan sólo herir al caballo para inutilizarlo. Ese hombre es un canalla, pues de otro modo no lo hubiera atacado a usted. Si yo no hubiese venido lo hubiera robado, o acaso dado muerte.

—No; el robo no era su objeto. Yo sé lo que quería. Pero, dígame, ¿hay realmente indios por aquí?

—Sí, sin duda ninguna.

—¿Entonces nosotros corremos peligro?

—Temo que sí. Es fuerza que nos marchemos de aquí tan pronto como sea posible.

El joven explorador desató apresuradamente el caballo del otro y ayudó a este a subir a la silla. Luego él mismo montó a caballo y los dos partieron a galope tendido en dirección del oeste. No habían recorrido mucha distancia cuando un coro de alaridos que hacían helar la sangre, se sintió detrás de ellos y al mismo tiempo sonaron un par de tiros. Una bala pasó silbando junto a la oreja de Bill Cody.

—¡Al diablo! ¡Nos hemos marchado en el momento preciso! — exclamó Bill. — Mientras hablamos allí algunos de los siux se adelantaron sigilosamente hacia el fuego del campamento. Están a pie, sin embargo, de manera que no tenemos nada que temer de ellos.

—Tendrán sus caballos cerca, ¿no es cierto?—dijo el joven.

—Sí, sus caballos están de fijo en la sierra. Pero les llevamos buena ventaja y no es probable que nos alcancen. No se asuste.

—No. En realidad no estoy asustado. Solamente, es que jamás me he visto en peligro de caer en manos de los pieles rojas y eso me hace estar nervioso.

Habían dejado de oirse gritos y tampoco se percibía el ruido de las pisadas. El explorador y su camarada caminaron al galope de sus caballos durante la noche por la llanura, devorando materialmente millas y millas. Cuando habían recorrido ya una buena distancia, detuvieron los caballos y se pararon para oir. A lo lejos oyeron un apagado ruido de pasos, pero se iba alejando cada vez más y pronto quedó todo en silencio.

—No vienen en esta dirección, ¿verdad?—dijo el joven.

—No. Van hacia el norte, — respondió Bill Cody. — Creo que siguen la pista de ese hombre que estaba con usted. Han des-

cubierto su rastro. ¿No puede decirme ahora quién es y por qué lo atacó.

—Sí. Se lo referiré todo. Pero no en este momento. No quisiera hablar de ese hombre. Usted me ha salvado de él y yo siempre le estaré agradecido.

—Solamente quisiera saber cuál es su nombre. ¿Cómo se llama?

—Se llama... Mark Wildrake.

—¿Y cómo se llama usted?

—Mi nombre es Kirke... Harry Kirke. Ahora dígame quién es usted.

—Cody me llamo, pero seguramente soy más conocido por Búffalo Bill.

—¡Oh! ¿Pero es usted, realmente? ¡Qué suerte haberle encontrado!

Fué aquella, en efecto, una sorpresa para el joven, que miró con admiración al explorador, cuyo nombre había oído frecuentemente en Pineville. Le pidió que le relatase algunas de sus aventuras, pero Búffalo Bill era muy modesto para hablar de sí mismo. En cambio tampoco pudo obtener el explorador información alguna acerca de Wildrake. Galoparon juntos y mientras tanto la luna fué ascendiendo en el cielo. Aun cuando los indios habían seguido, al parecer, el rastro de Mark Wildrake hacia el norte, no tenía nada de extraño que abandonasen esa persecución para iniciar la de los otros. El explorador no dejaba de sentir temor a ese respecto y cuando llegaron a un curso de agua que cruzaba el camino que seguían, tuvo una idea.

—Vamos a tratar de despistar a los pieles rojas, — dijo. — Creo que nos será fácil.

—¿De qué manera? — preguntó el joven —¿Qué intenta hacer?

—Vamos a caminar por el agua durante un tiempo. Yo le guiaré.

—¿Pero no verán los indios dónde termina nuestro rastro?

—No. En esa forma, no. Además, hemos estado avanzando sobre un terreno duro, en su mayor parte de roca. Si los siux llegan a descubrir algo, pensarán que hemos cruzados el río y hemos desaparecido del otro lado, y no se detendrán.

Mientras hablaba, Bill Cody había hecho avanzar a su caballo, que penetró en el agua y giró hacia la izquierda. Su camarada lo siguió y, unidos los dos, paso a paso avanzaron por el estrecho cauce siguiendo el centro de las aguas. Se fueron aproximando a las colinas del sud. Fueron apareciendo delante de ellos alturas cubiertas de bosques y cuando habían recorrido como una milla por el agua, salieron a la orilla en un punto donde crecía una franja de pasto. En el centro de una esplanada, bañada por la pálida luz de la luna, había una pequeña cabaña de troncos, medio en ruinas. No cabía duda de que se trataba de la abandonada residencia de algún buscador de oro y aquello ofrecía un excelente refugio para pasar la noche. El techo de aquella habitación había desaparecido casi por completo, pero las paredes estaban en pie y los podían proteger contra el viento.

—Esto se llama tener suerte, — exclamó Cody, mientras él y el joven se apeaban.— Me parece que aquí estaremos en seguridad.

Todo estaba en calma. Sólo se oía el murmullo de la brisa. Ni un grito que revelase la existencia de pieles rojas se oía cerca, ni aun a la distancia. Los caballos fueron atados en la orilla del claro donde estaba la cabaña, a fin de que pudiesen comer la hierba que crecía en abundancia, y cuando Búffalo Bill hubo reunido un montón de pasto que colocó en uno de los rincones de la habitación, indicó a su camarada que se acostara.

—Lo mejor que puede hacer es dormir,— le dijo. — El aire es un poco frío, pero no podemos encender fuego por temor a que haya pieles rojas en las cercanías.

—¿Y que va usted a hacer? — preguntó el joven. — No se ha preparado cama.

—No se ocupe de mí, — dijo Búffalo Bill. —Yo duermo perfectamente en el suelo. Voy a beber un poco de agua. No tardaré en volver.

Después de haberse refrescado la garganta con el agua del arroyo, Bill Cody regresó a su improvisada habitación y se encontró con que Harry Kirke estaba profundamente dormido. El también tenía sueño y además, estaba muy cansado, pero se resistió y se sentó sobre una piedra plana a la puerta de la habitación, con la idea de permanecer despierto hasta que amaneciese, porque siempre temía que a despecho de todas las precauciones tomadas, los siux pudiesen descubrir cómo habían sido engañados y fueran recorriendo el curso del agua, hasta donde se hallaban ellos.

—Es un asunto muy original este con el que he tropezado, — reflexionó. — existe algún misterio respecto a este joven y siento verdadera curiosidad por saber de qué se trata



CAPITULO II

A la siguiente mañana. — Bill Cody sospecha la verdad. — Sally Curtis cuenta su historia. — Buenas noticias para Oliver Burton. — El explorador consuela a la muchacha. — Las más halagüeñas esperanzas. —En marcha hacia el campo minero.

EL resto de la noche pasó sin alarma de ninguna especie; el día llegó y el sol iba apareciendo en el horizonte cuando Harry Kirke se despertó. Sus ideas estaban algo confusas al principio. Se levantó y cuando vió, desde una ventana, el lugar en que se hallaba y los caballos que pacían, recordó en seguida cuanto le había ocurrido. Bill Cody se hallaba frente a él mirándolo fijamente, y el joven se ruborizó al notar aquella investigadora mirada.

—¿Por qué me mira de ese modo?—preguntó.

—¿Puedo decírselo? — respondió el explorador con una sonrisa. — Porque he sorprendido su secreto.

—¿Mi... mi secreto? No sé a qué se refiere usted.

—¡Oh! ¡Si lo comprendo bien! No pretenderá usted engañarme. ¡Usted es una muchacha y no un muchacho!

—¿Yo? No sé por qué piensa usted eso. Anoche le dije que mi nombre era Harry Kirke y... que... — le faltó la voz al joven y permaneció silencioso durante un momento. En sus ojos se notó una mirada de temor que pronto desapareció. — Sí, — dijo luego tranquilamente, — soy una mujer. Mi verdadero nombre es Sally Curtis y tengo buenas razones para adoptar este traje. No he hecho nada de lo cual deba avergozarme. Ahora se lo voy a relatar todo.

—No hay prisa, — respondió Bill Cody. — Primero tomaremos nuestro desayuno y después oiré su relato.

—Yo tenía intención de habérselo confesado todo, aun cuando usted no me hubiese descubierto. Necesito mucho de un buen amigo y espero que usted lo ha de ser para mí.

—¡Por supuesto! ¡Claro que lo seré! Puede estar segura de que sí.

Había bastante que comer, pues los dos llevaban provisiones en sus alforjas. Se lavaron en el arroyo y después, mientras estaban sentados en el césped, fuera de la casa, recibiendo los cálidos rayos del sol naciente y satisfaciendo su apetito, el joven explorador escuchó la historia de su compañera.

Fué un relato mucho más interesante y dramático que lo que esperaba oir. Sally Curtis empezó hablando de su joven y descabellado novio que había llegado del este y de la adversión que le tenía su tío; de la detención de Oliver Burton, acusado de haber asaltada la diligencia; de las pruebas que había contra él; de su proceso y condena y del arranque apasionado que había tenido, así como de las amenazas que había proferido en medio de su acaloramiento, después de ser sentenciado.

—Fué un terrible golpe para mí, — continuó la joven. — Yo me había llegado a figurar que Oliver era culpable. Mi tío no cesaba de asegurarme que lo era. Pero a juzgar por la manera como habló el día en que fué condenado, cambié de modo de pensar y me arrepentí de haber dudado de él. Tuve la certidumbre de que el pobre había sido víctima de un maligno plan que algún otro había combinado y que esa persona era la que había asaltado a la diligencia. Empecé, pues, a preguntarme quién podría ser. Sospeché entonces de Mark Wildrake, el que está empleado en la compañía de transportes "Fargo" y que era el que podía saber que el dinero iba a llegar procedente de Yellow Springs. Ya le tenía yo una fuerte antipatía, pues me había cortejado, dedicándome atenciones que para mí eran sumamente desagradables, desde hacía varios meses. Yo no había dicho una palabra de esto a Oliver. Como tiene mal genio yo temía que él y Mark se peleasen. Pasaron cuatro o cinco semanas, durante las cuales Mark Wildrake fué, con frecuencia, a visitarme, aun cuando yo le trataba con mucha frialdad. Luego, una noche, Oliver Burton se pudo evadir en una forma muy peligrosa, de la prisión. Pudo alejarse de la ciudad y a la mañana siguiente encontré una carta dirigida a mí y que había sido echada por debajo de la puerta de nuestra casa. Fué una carta que me causó una grandísima pena. Juraba que era inocente, afirmando que todas las pruebas reunidas contra él eran falsas. Decía que no podía tener esperanzas de que el asunto se aclarase en su favor y como me había perdido a mí y sentía intenso odio contra la sociedad, pensaba convertirse en bandido y se marchaba en busca de la banda de Graeme Helmack, para ingresar en ella. Yo estaba más segura que nunca de su inocencia y tenía la misma seguridad de que el verdadero culpable era Mark Wildrake, así como de que él, por celos, había tendido la celada a Oliver. Enseñé la carta a mi tío. Le dije lo que sospechaba y él pareció inclinarse en favor de lo que yo decía. Por indicación suya hice algo que tal vez le parezca a usted despreciable, pero que, sin embargo, no lo es. Yo estaba dispuesta a emplear cuantos medios pudiese para descubrir la verdad. Wildrake tenía la costumbre de beber mucho y más de una vez había venido a mi casa en estado de completa ebriedad. Una vez que se presentó nuevamente en esa condición, unas semanas después de la evasión de Oliver, yo me quedé sola con él en una habitación, mientras mi tío escuchaba de la parte de fuera, detrás de la puerta. Mark me pidió que me casara con él y yo le dije que sí. Le permití que me abrazase y besase. Luego, empecé a poner en juego mis propósitos. Le dije abiertamente que yo creía que era él quien había asaltado a la diligencia y que me alegraba de que hubiese hecho que Oliver fuese condenado por ese hecho, porque me tenía cansada de sus atenciones y me alegraba de haberme librado de él. Mark no dudó de mí. Había bebido lo suficiente para soltar la lengua. Cayó en la trampa y me lo contó todo. Admitió que había sido él el que había tratado de asaltar a la diligencia. Dijo que, después, había regresado a la ciudad y, sabedor de que Oliver Burton había ido a Rocky Gulch aquella noche, se metió en la casa en que vivía y escondió el antifáz y el revólver debajo del colchón de su cama. Mi tío había oído todo lo que dijo Mark y entonces...

Sally Curtis calló un instante. Sus ojos azules le brillaban y sus mejillas estaban encendidas por el triunfo.

—Le diré lo que falta en pocas palabras, —continuó. — Mi tío entró en el cuarto y cuando Mark trató de escaparse, lo arrojó al suelo, lo ató las manos y mandó en busca del sheriff. La noticia se esparció por el pueblo en menos de una hora. Una semana más tarde Mark era juzgado por la declaración prestada por mi tío y por la que presté yo, y enviado a la cárcel condenado a siete años.

—¡Por todos los santos! ¡Hizo usted un

trabajo de primera! — exclamó Bill Cody.— No hay el menor error. Eso era lo que había que hacer. Siga usted. La he interrumpido. ¡Claro está que su novio fué perdonado!

—Sí. Cuando el gobernador del Estado se enteró de las circunstancias en que había sido condenado Oliver, firmó su indulto,— continuó la muchacha. — Pero Oliver hacía ya semanas que había desaparecido y nadie sabía dónde se encontraba. Le pedí a mi tío que partiese en su busca, pero se negó a ello. Yo me encontraba desesperada. Tenía la certidumbre de que Oliver se había unido a los bandidos, pero le pedía al cielo que no hubiese intervenido en delito ninguno. Temía, sin embargo, que fuese demasiado tarde para salvarlo de las consecuencias de su locura.

"No me fué posible convencer a nadie para que partiese en su busca, así que decidí partir yo, después de saber que los bandidos se encontraban en alguna parte del sud de Utah. Compré en una tienda de la ciudad todo cuanto necesitaba para disfrazarme de hombre y una noche, después de cortarme el cabello, salí de casa y poco después de Pineville en un caballo de mi tío. Durante dos semanas he viajado por el día, deteniéndome por la noche.

—¿Y cómo se encontró con Mark Wildrake? ¿Cómo siguió sus huellas? ¿Se había escapado él también, de la prisión?

—Sí; logró salir de Pineville un par de días después que yo. Lo ayudó un amigo por quien supo mi desaparición y que yo había partido en busca de Oliver Burton. Me siguió en un caballo que robó, no tardando en dar con mi rastro y anoche me sorprendió cuando yo me había detenido para acampar. Me refirió lo que yo le he contado a usted, mientras peleábamos.

—¿Hubiera llegado, en su furia, a darla muerte? — preguntó el joven explorador.— ¿O pretendía sólo raptarla?

—Eso es lo que pretendía, — respondió la joven. — Tal era su propósito. Me dijo que me iba a llevar a un lugar solitario de las montañas y que me tendría allí hasta que le prometiese casarme con él. Pero, gracias al cielo, y a usted, logré salvarme.

—Y cada vez me alegro más de haberlo hecho. Es usted la muchacha más valiente que he visto y también la más irreflexiva.

—Lo reconozco. Pero yo me hallaba resuelta a encontrar a Oliver Burton y a regresar con él, ya que le han perdonado.

El explorador miró con admiración a su compañera y asintió gravemente. Se notaba una amarga mirada en los ojos de Sally Curtiss y sus labios se agitaban con un movimiento nervioso.

—¿No cree usted que llegaré demasiado tarde? — preguntó.

—No sé qué decirla, — respondió Bill Cody. — Voy á hablarla a usted con toda franqueza y lealtad, señorita Curtis. En primer lugar, suponiendo que Oliver Burton esté con la banda de Graeme Helmack y usted lo encuentre, no le será tan fácil conseguir que él abandone a los bandidos, ni que su novio pueda dejarla volver sola. Lo más probable es que Graeme Helmack la haga a usted prisionera y la obligue a casarse con él. ¡Usted no querrá ser esposa de Helmack naturalmente!

—¡Claro que no! — exclamó horrorizada la joven. — ¡Está usted destruyendo todas mis esperanzas!

—No he terminado aún. No se tiene tampoco completa seguridad de que Oliver Burton se encuentre con los bandidos. Es posible que haya oído hablar del oro que se ha encontrado en un punto denominado Rattlesnake Creek y no me extrañaría que se hubiese dirigido hacia allí con la esperanza de hacer fortuna.

—¿Usted piensa que realmente puede ser así?

—Eso es lo mejor que pudiera suceder. Tal es mi honesta opinión. Yo me dirijo, precisamente, a ese campo y...

—Entonces yo iré con usted.

—Temo que eso no pueda ser. Usted, señorita Curtis, debe regresar a Pineville. Yo la acompañaré durante unas millas hasta que lleguemos a la región donde ya no tenga nada que temer, ni de los pieles rojas ni de Mark Wildrake. Entonces la dejaré y partiré para Rattlesnake Creek. Si Oliver Burton está allí, le informaré de que su inocencia ha sido reconocida y de que lo han perdonado y se lo enviaré a usted. Si no estuviese allí, buscaré a la banda de Graeme Helmack y si su novio está con ellos le haré que se separe de los bandidos. ¿Qué le parece el plan?

Sally Curtis agitó la cabeza negativamente con energía.

—¡No! — exclamó. — ¡Yo voy con usted!

—Pero eso es imposible, — dijo el joven explorador. — Usted debe regresar a Pineville.

—No quiero. Si no accede a que vaya con usted, iré sola. Yo quiero encontrar personalmente a Oliver.

—Sería preferible que me confiase esa misión. No tiene usted una idea de lo que hay que hacer. Un campo minero es el peor de los sitios y usted no estará segura allí. Ninguna muchacha se aventuraría...

—¡Pero usted me protejerá! ¿No es cierto?

—Sí. Yo la protejeré, pues seguramente encontraré allí amigos. Pero el peligro es muy grande y tendría yo mucha pena si ocurriese...

—O voy con usted o voy sola.

—Bien. Ya no digo una palabra más. Si usted está decidida a cometer esa locura... Yo la he advertido, así que no vaya luego a culparme de lo que pase.

Bill Cody calló bruscamente y se levantó. Llevó la mano al cinto y avanzó hacia donde estaban los caballos.

—No la diré ni una palabra más, — repitió. — No tengo por costumbre discutir con una joven cuando ésta ha tomado una resolución, y veo que la suya es irrevocable. Vamos a partir, — agregó. — El sol ha subido mucho mientras estábamos hablando.

Después de montar a caballo, siguieron el curso del arroyo, por el valle y marcharon

hacia el oeste, para hallar el camino del campo minero.

Sally Curtis estaba muy contenta, confortada con la idea de que encontraría a su novio en el campamento de los mineros. Pero el joven explorador no opinaba lo mismo, a pesar de haberlo manifestado así, al parecer, con pleno convencimiento. Un temor le asaltaba mientras caminaban adoptando todo género de precauciones para evitar una sorpresa de los pieles rojas. Sabía que debía haber foragidos y criminales de toda especie entre la gente reunida en Rattlesnake Creek y temía que el bello rostro de la joven que lo acompañaba despertase sospechas y se descubriese la verdad. Pero no dejaba de alegrarse de que la joven fuese con él.

—Será fuerza que la defienda, — reflexionaba. — Su novio debe estar allí, aun cuando temo que sea más fácil que esté con los bandidos. Si no está en el campamento tendré que buscar a Graeme Helmack y a su banda y así podré dar con Oliver Burton. Entonces haré cuanto sea posible por que abandone a los bandidos. Pero no considero fácil semejante cosa. Helmack me odia. Yo lancé a los soldados tras de su rastro más de una vez y si caigo en sus manos, se querrá vengar.



CAPITULO III

Cody y la muchacha llegan a Rattlesnake Creek. — Sally Curtis hace un descubrimiento y también el explorador. — Graeme Helmack y su compañero. — El hotel de La Pepita de Oro. — Cody regresa al salón. — Una arriesgada resolución. — El camino hacia las montañas. — Black Jack comete un error. — Una interesante conversación. — El hombre del farol. — Reconocido y apresado. — En el campamento de los bandidos. — Sentenciado a muerte.

POR la tarde, una semana después de partir de la abandonada cabaña de troncos, Bill Cody y Sally Curtis dejaron el camino de las montañas y, atravesando un espeso bosque de cedros, llegaron a un valle. Pudieron ver desde allí, a la distancia, el grupo que formaban las viviendas de Rattlesnake Creek, que ofrecía un atrayente aspecto. Habían llegado al punto de su destino después de una larga jornada, durante la cual habían estado en constante peligro de hallar a cada momento a los pieles rojas.

—Vamos a continuar nuestro camino a pie —dijo el joven explorador, — tengo verdadero deseo de estirar las piernas, y creo que a usted le ocurrirá lo mismo.

Habían estado a caballo desde las primeras horas de la mañana y era una encantadora perspectiva, para ellos, el poder desmontar. Siguieron, pues, llevando sus cabalgaduras de la brida y entraron en el campamento cuando ya se hacía de noche. Les prestaron poca o ninguna atención los que los vieron. Aquellas llegadas eran cosa frecuente. El lugar tenía el aspecto típico de todos los de su clase y consistía en una calle larga, lena de polvo, y que tenía a los costados construcciones de varios tamaños y hechas en forma apresurada. Casas de chapas de hierro galvanizado y grandes tiendas de campaña de todas formas se amontonaban allí. Todas las luces de los establecimientos estaban encendidas y la gente iba de un lado a otro. La tarea del día había terminado y los placeres de la noche daban comienzo. Había varios hoteles, numerosos bars de los llamados "salones" y restaurantes. Todos estaban rebosantes de gente; por todas partes se oía el ruido del chocar de vasos y de monedas que se amontonaban en las mesas de las ruletas y otros juegos. En los establecimientos de bebidas se agrupaban los hombres ante el mostrador y reían y charlaban en voz alta. Aquel no era un espectáculo nuevo para Búffalo Bill, pero sí para la muchacha que casi se sentía aterrorizada, pues nunca había visto, ni se había imaginado cosa semejante. Se puso pálida y se acercó al explorador.

—¡Esto me da miedo! — exclamó tímidamente. — Yo no podía formarme una idea de lo que era esto.

—Yo me lo figuré, — respondió Bill Cody.

—¿Dónde vamos a alojarnos? ¿Encontraremos un refugio seguro?

—Sí; confío en que hallaremos un lugar tranquilo y relativamente confortable. Voy a averiguar dónde se encuentra establecido uno a quien conozco y allí iremos.

Habían llegado hasta la mitad de la calle, y cerca del sitio donde se encontraban, había un gran edificio que tenía un letrero indicador de que aquellas eran las oficinas de la compañía de transportes "Fargo". Cuando avanzaron algo más, hallaron otro edificio que tenía el nombre de Salón Bonanza. Por la puerta salía un rayo de luz y cuando pasaron cerca de ella, Sally Curtis miró hacia el interior, lanzó un breve grito y se detuvo.

—¡Allí está! — dijo. — ¡Allí está Oliver!

—¿Está segura de ello? — preguntó Bill Cody.

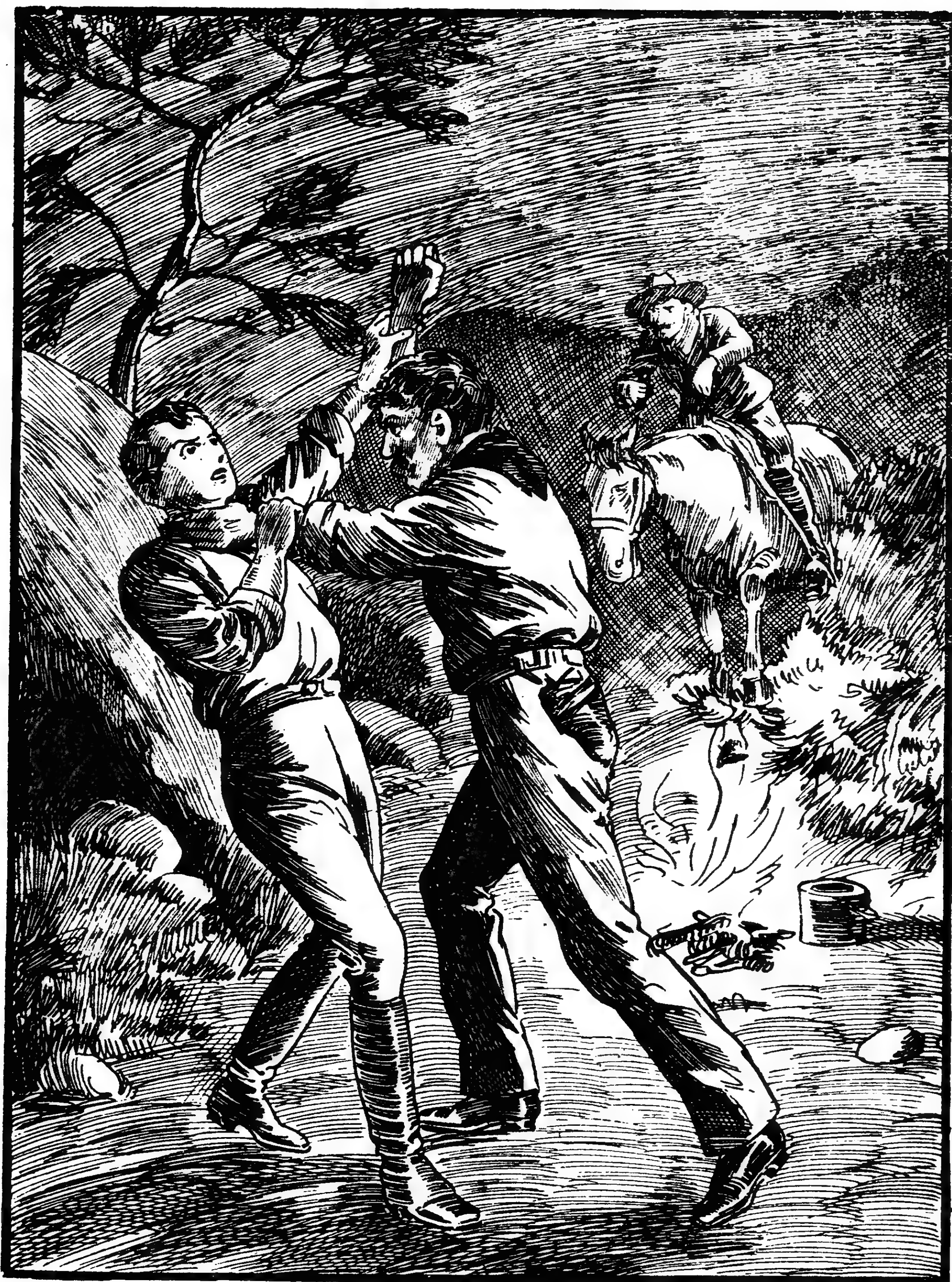
—¡Sí! ¡Ya lo creo! — declaró la joven.

—¿Dónde está? ¿Cuál es su novio?

—El que tiene puesto un sombrero grande con un cordón de plata alrededor de la copa y está sentado junto a un hombre que tiene un bigote negro y grande. ¡Es Oliver! ¡Yo voy a hablarle!

—¡Silencio! ¡No hable tan alto! Tenga cuidado. No podemos entrar. Acerquémonos sólo algunos pasos.

Se aproximaron algo más, hasta llegar al sitio iluminado. El joven explorador pudo ver claramente la figura de la persona que le indicaba Sally. Era un esbelto y arrogante muchacho, afeitado que se hallaba entre la concurrencia. Tenía el rostro encendido y estaba conversando con un hombre corpu-



Iluminados por las llamas estaban dos personas que luchaban desesperadamente. En la pelea se movían de un lado a otro y detrás de ellos, en la sombra, dos caballos pacían tranquilamente. ("La Prometida del Proscripto". Pág. 9).

lento de anchos hombros, de cabello y bigote negros. En el cinto, que ceñía su talle, llevaba dos grandes revólvers. Bill Cody silbó quedamente.

—¡Por el diablo! ¡Si es Graeme Helmack!

—¿Graeme Helmack? — repitió la joven estremeciéndose. — ¿El jefe de los bandidos?

—Sí. El mismo, malvado canalla, en cuerpo y alma.

—¿Y Oliver está con él? ¿Con ese hombre espantoso? Yo lo voy a arrancar de aquí. El se alegrará mucho de verme y cuando yo le diga que...

—Es una locura pensar en eso. Nos expondríamos a correr un riesgo que hay que evitar en absoluto. Serían capaces de darnos muerte a tiros en cuanto nos presentásemos pretendiendo tal cosa. Señorita Curtis, debe usted contener la lengua y venir conmigo. Yo haría cuanto pudiera por salvarla, pero no lograría nada ya que nadie me ayudaría.

La joven hizo un gesto impulsivo y a despecho de la amenaza que envolvían las palabras del joven explorador quiso avanzar en dirección al salón. Pero Bill Cody la tomó por un brazo y después de una tentativa de libertarse, Sally tuvo que acompañarlo. Estaba muy pálida y temblaba como la hoja en el árbol.

—¡Acaso esté usted equivocado! — exclamó alentando una esperanza. — Tal vez no sea ese Helmack.

—No puede ser otro. — respondió sombríamente el explorador. — En este campamento no debe conocerlo nadie por que se ha desfigurado cortándose la larga barba que usaba, pero a mí no es tan fácil engañarme. Sí; ese es Graeme Helmack y el resto de la banda no debe encontrarse muy lejos de aquí. Estarán planeando alguna cosa y yo necesito averiguar lo que es. Los bandidos no puede haber venido a Rattlesnake Creek para ganar oro en forma honrada. El trabajo honesto no entra en sus cálculos.

—¿Quiere decirse que es realmente Graeme Helmack? ¡Y Oliver Burton estaba con él!

—¿Tiene usted la seguridad de que el otro era su novio, señorita Curtis?

—Sí. Estoy enteramente segura. Es imposible para mí equivocarme en este caso. Ha ocurrido lo que yo más temía. Oliver ha ingresado en la banda. Es ahora uno de los criminales.

—No hay que temer semejante cosa. Ese es demasiado pesimismo. No podemos asegurarlo. Acaso llegó al campo minero y accidentalmente se encontró con Helmack. Beben un vaso de licor juntos, pero como simples conocidos.

—¡Oh! ¡Cuánto desearía que así fuese!— dijo Sally Curtis lanzando un suspiro de alivio. — Bien. Ya que usted no me deja que yo lo hable, hágame el favor de arrancar a Oliver del lado de ese hombre maldito. ¿Lo hará?

—Sí; no tema. — respondió Bill Cody.— Procuraré conversar con él.

—Vaya ahora mismo. Yo le espero aquí.

—No. Yo no puedo acercarme a él mientras esté con Graeme Helmack. Además tengo que alojarla a usted en un lugar seguro, antes que nada. Voy en busca de informes y volveré en seguida. Es necesario adoptar toda clase de precauciones porque Helmack me reconocería en cuanto me viese.

—¿Y qué pasaría, entonces?

—Se armaría al instante una lucha terrible, señorita Curtis. Helmack es de una asombrosa rapidez para manejar sus revólvers y sería capaz de meterme una bala en el cuerpo antes de que nadie pudiera impedirlo. ¡Por Dios, procure evitar que corramos algún riesgo de esa especie!

La muchacha asintió temerosa. Se notaba una mirada de desesperación en sus bellos ojos y Bill Cody la tenía lástima porque temía lo peor, en lo que se refería a su novio. Mientras hablaban, habían ido caminando y cuando recorrieron unas cien yardas más, vieron un edificio que tenía en el frente este letrero, pintado con grandes letras: "Hotel de la Pepita de Oro".—Pegleg Smith, propietario". El explorador lanzó una exclamación de alegría.

—¡Qué feliz casualidad! — dijo. — Pegleg Smith es un viejo y buen amigo mío. No tenía ni la menor idea de que se hallase en Rattlesnake Creek. La última vez que lo ví estaba en Arizona, dirigiendo una casa de juego en Moldave.

—¿Y podré quedarme aquí? — preguntó la joven.

—Sí. No hubiera podido hallar mejor sitio.—respondió Bill Cody.

Ataron los dos caballos a un poste y con unas frases de prevención a la joven, entraron los dos en el edificio. Pronto se vieron en una amplia habitación en la que frente al mostrador se hallaban varios hombres que vestían camisas rojas. Todos se hallaban bajo la influencia del alcohol y se manifestaban satisfechos. Al ver entrar a los dos recién llegados, se adelantaron a su encuentro y los rodearon. Todos aquellos eran desconocidos para Búffalo Bill y, seguramente, ninguno de ellos sabía quién era él.

—¡Van a beber con nosotros, compañeros! —exclamó uno de ellos. — Pidan el veneno que les guste

—No. Yo soy el que va a elegir la bebida. — gritó otro. — ¡Yo soy quien va a pagar el gasto!

—No vamos a beber nada, pero lo agradecemos lo mismo. — respondió tranquilamente Búffalo Bill.

Los hombres se sintieron ofendidos por lo que consideraron un desaire. La negativa era un insulto, según las costumbres del oeste. Llenaron dos vasos de whisky. Uno le fué ofrecido al explorador y otro a la joven, quien pálida de terror, retrocedió hasta una de las paredes de la habitación.

—¡Mantengo lo que he dicho! — exclamó Búffalo Bill en tono decidido. — ¡No deseamos beber!

Arrojó el contenido de su vaso y viendo que uno de los hombres trataba de hacer tomar a la joven el contenido del otro, le dió un manotón al vaso y le hizo ir rodando por el suelo, donde se hizo añicos y se derramó el líquido. Siguió a esto un coro de rugidos

y amenazas, pero, afortunadamente en aquel momento apareió Pegleg Smith y se interpuso entre los dos grupos.

—¿Qué es lo que ocurre, muchachos?—dijo. — ¡No soporto cosas de esta índole! Dejen tranquilos a estos dos viajeros! ¿No me oyen? ¡Atrás, borrachos o!... ¡Pero!... ¡Por San Jorge! ¡Si es Búffalo Bill! — exclamó.

—Así es, Smith, — asintió Cody.

¡Búffalo Bill! Era aquel un nombre que más que temido era respetado en todo el oeste. Los hombres retrocedieron y unos abandonaron el bar mientras los otros volvieron al mostrador para seguir bebiendo. Pegleg Smith estrechó la mano de Búffalo Bill y éste y la muchacha lo siguieron hasta otra habitación.

—Celebro tanto verlo, Bill, — exclamó Smith cariñosamente. — ¿Qué es lo que le ha traído a Rattlesnake Creek?

—He venido por la misma razón que han venido todos los demás, — respondió el explorador. — Me figuré que tal vez podría tener probabilidad de conseguir alguna concesión minera.

—¡Pocas probabilidades existen de que quede alguna disponible. — dijo Pegleg Smith. — Sin embargo nada malo puede haber en que pruebe usted su suerte. ¿Quién le acompaña?

—Un joven a quien he encontrado en el camino. Se llama Harry Kirke, Smith, y es un buen muchacho. Cree que en el campamento está uno de sus amigos y ha venido en su busca. Y a propósito de alojamiento. ¿Podemos disponer de dos habitaciones?

—¡Claro está que sí, Bill! Hay dos que están desocupadas y quedan a su disposición. Se las voy a mostrar en seguida. Me figuro que le agradará lavarse, pues lleva encima todo el polvo del camino.

Habían encontrado un amigo de verdad, además de un buen alojamiento, cosa que alivió mucho a Búffalo Bill y a la muchacha. Subieron a las habitaciones acompañados de Pegleg Smith. En cada uno de los aposentos había una cama, una silla y un lavatorio, en el que se veía una palangana y una jarra con agua.

Unos minutos más tarde el joven explorador se había lavado y salió del edificio. Sally Curtis se quedó en su pequeña habitación, iluminada tristemente por la luz de una bujía, pensando en lo que el Destino habría reservado a su novio. Sentía una angustia que le oprimía el corazón y los ojos se le llenaron de lágrimas. Desde su ventana podía ver a los que pasaban por la calle. De pronto se estremeció asustada.

—¡Oh! ¡Ahí va Mark Wildrake! — murmuró acongojada. — Está aquí, en el campamento... Si sabrá que yo me encuentro...

Aun cuando sentía apetito, Bill Cody no demoró en procurarse algo de comer. Había dejado a la muchacha sola para que cenase y había oído ocuparse de los asuntos que la interesaba resolver en seguida. Su estado era de desasosiego y perplejidad cuando salió del hotel sin tener una resolución tomada y se dirigió hacia el lugar donde había visto al joven. La situación era complicada y peligrosa.

Graeme Helmack se encontraba en Rattlesnake Creek con Oliver Burton, quien se había, según todas las probabilidades, asociado a los bandidos. ¿Dónde estaba el resto de la gavilla? ¿Estaba en el campamento de los mineros o se hallaban ocultos en algún punto de los alrededores? De cualquier manera, era casi seguro que tenían malas intenciones y era de presumir que planeaban la forma de despojar a los mineros del oro conseguido a fuerza de tantas fatigas. Si eso era así, había que impedir que consiguiesen sus propósitos. En cuanto al muchacho inexperto, había que arrancarlo del poder de aquellos bandidos antes de que se viese envuelto en algún asunto peligroso.

Así reflexionaba el joven explorador mientras se abría paso entre la muchedumbre que llenaba la ancha calle. Tenía que observar mucha prudencia y cautela. En la persona de Graeme Helmack tenía un serio enemigo y no ignoraba que si se llegaba a ver frente a él y llegaba el otro a darse cuenta de quién era, uno de los dos moriría de un tiro, dependiendo el resultado de la mayor o menor ligereza de cada uno, en lo de servirse de sus armas.

—Tengo que entrevistarme con el joven Burton a solas, — díjose. — Si logro conseguirlo, se lo llevaré a la muchacha y cuando haya enviado a los dos de regreso a Pineville, me ocuparé de Graeme Helmack. Tengo que impedir que logre sus propósitos sean los que sean.

Se encontraba a unas veinte yardas de distancia del Salón Bonanza y cuando se aproximaba en forma cautelosa, se detuvo bruscamente. Oliver Burton y el jefe de los bandidos salían del bar. Se detuvieron, hablando, en la puerta, durante unos momentos y luego siguieron caminando en dirección del lado este del campamento. Tras ellos siguió Bill Cody, con paso lento y cauteloso, manteniéndose a una prudente distancia.

—Ahora creo que voy a saber algo. — pensó. — Puede ser que vivan por aquí o que se dirijan a un refugio de las sierras. Los seguiré hasta que averigüe cuál de las dos cosas es la cierta.

Los establecimientos de bebidas y las casas de juego no tuvieron poder suficiente para atraer a Burton y Helmack. Siguieron éstos su marcha como si llevasen un propósito fijo. Continuaron su camino por la ancha calle, entre la bulliciosa multitud y cuando traspusieron una hilera de tiendas de campaña que formaban los límites del campamento minero, se mantuvieron en el sendero angosto que conducía al campo abierto. Marchaban entonces a unas cuarenta yardas del joven explorador y la tarea de éste se hacía más difícil, pues no tenía resguardo ninguno. Pero la noche era oscura y por ello no temía ser visto. Quedóse un poco más atrás, manteniéndose arrimado a los matorrales que hallaba a su paso.

Durante más de una milla siguió a los dos hombres hasta que torcieron a la derecha y desaparecieron entre las sombras. Bill

Cody se detuvo un momento, luego avanzó con precaución hacia el lugar por donde los dos hombres habían desaparecido, y se detuvo nuevamente, oculto detrás de una roca. No pudo ver ni a Oliver Burton ni al bandido, pero oyó claramente el ruido de sus pasos. Se habían perdido de vista entre las abundantes malezas y los árboles que cubrían el comienzo de una pendiente que conducía hacia las montañas del norte. El explorador no tardó mucho en adivinar cuáles eran sus intenciones.

—Es, justamente, lo que yo me suponía,— murmuró. — La banda tiene su campamento en algún punto de estas cercanías, donde nadie pueda molestarlos y deben estar esperando una oportunidad para robarles el oro a los mineros. Seguramente son esos sus propósitos.

En el horizonte se notó como una franja plateada. La luna iba apareciendo y no tardó en brillar límpidamente en el cielo. Bill Cody penetró en el espacio cubierto y comenzó la ascensión. Después de caminar durante un cuarto de hora, abandonó la bóveda de árboles y malezas para encontrarse en la entrada de un barranco donde distinguió un accidentado sendero. No llegaba hasta sus oídos más ruido que el que producía la suave brisa. Tampoco distinguió el menor rastro del joven o de Helmack. No tenía, sin embargo, temor de perderlos.

—Han seguido este camino, — reflexionó. — y si yo doy con el rastro llegaré hasta el campamento. Tengo plena seguridad de ello.

La luna, en cuarto creciente, se hallaba alta en el cielo y esparcía su blanquecina luz. Se oyó el aullido de un lobo al que no tardó en responder otro. El explorador aceleró el paso, deteniéndose de vez en cuando para escuchar, pero no oyó ruido de pasos. Había dejado, sin duda, que el bandido y su compañero se alejasen demasiado; pero estaba seguro de que el camino que seguía había de conducirlo hasta el antro de la banda.

No era difícil para él comprobar que no había otro camino que hubieran podido seguir los otros, pues a los costados había un amontonamiento de piedras y malezas que era impenetrable. Juzgó, no obstante, que tendría que recorrer una considerable distancia, y no estaba errado. Fué ascendiendo más y más entre la masa de montañas, yendo, de paso en paso, y cruzando arroyos y valles cubiertos de árboles.

Bordeó profundos precipicios y atravesó cañones donde la oscuridad era profunda. Sobre su cabeza distinguía elevaciones como torres, coronadas de pinos y aquí y allá se destacaban frecuentemente, brillando como joyas, las tranquilas aguas de un lago en las que se reflejaba la luna. Al fin llegó a una llanura situada a gran altura y cercada por elevados montes. Estaba a una distancia de tres a cuatro millas de Rattlesnake Creek, y cuando hubo caminado otra media milla y penetrado en un sombrío desfiladero bordeado por precipicios y altas paredes de roca, se detuvo de repente al sentir el ruido de una piedra que rodaba.

Llevó la mano al cinto y la apoyó en la culata del revólver. ¿Había alcanzado a Helmack y al joven? El corazón le latió con fuerza y sintió la sensación de que algo se le había subido a la garganta y le dificultaba la respiración. No sabía si permanecer allí o iniciar una rápida retirada. Frente a él y a una distancia de dos yardas estaba la entrada de un estrecho pasadizo por el que alguien descendía. El ruido de los pasos se acercaba cada vez más y la silueta de un hombre se destacó en el camino. El que llegaba vió en seguida al explorador. Después de observar un instante habló en tono afectuoso.

—¡Hola, amigo Dick! — saludó tranquilamente.

Bill Cody lanzó un suspiro de alivio, cuando se dió cuenta de la situación. Se hallaba en presencia de uno de los de la banda de Helmack, que lo había confundido con Diamond Dick, un miembro de los de la partida, del que Cody había oído hablar frecuentemente. Tuvo intención de hacer uso de su revólver, pero después de reflexionar un instante retiró la mano de la cintura y respondió tranquila y ásperamente.

—¡Hola! ¿Es usted, Tom?

—No. Soy Black Jack, — fué la respuesta

—¡Ah! Sí. No había reconocido, al pronto, el timbre de su voz.

—También está algo alterada la suya. Un poco de resfrío, ¿no es eso?

—Sí, — respondió el explorador.

—¿Qué ha estado haciendo durante estos tres días? — preguntó el otro. — Jugando, ¿eh? Apuesto a que se ha quedado sin plata.

—Así es, Jack. He tenido mucha desgracia. ¿Dónde ha estado usted? ¿Qué anda haciendo por aquí a estas horas de la noche?

—He estado en lo alto de la montaña observando. Notamos señales de humo esta mañana y subimos temprano esta tarde para observar si se notaban rastros de pieles rojas. Pero no he visto nada. Todo está limpio. A propósito. ¿No ha visto en la población hoy a Graeme Helmack?

—Sí, lo ví. Hará unas tres o cuatro horas.

—Bien. Me figuro que ya debe de estar en el campamento. Vamos hacia allí, Dick.

Ninguno de los dos podía verse claramente, pues la luz de la luna no penetraba en el estrecho desfiladero. Era una molesta y arriesgada situación, a pesar de las ventajas que podía sacar de ella Bill Cody. ¿Qué iba a hacer? Vaciló un instante y luego siguió a su compañero. Sabía que estaba en unión de uno de los bandidos.

Reflexionó brevemente sobre su situación y decidió, aún a riesgo de su vida, procurar obtener alguna información valiosa. Se acercaba al refugio de la banda y no debía estar muy lejos ya. Pero cuando estuviese más cerca reflexionaría lo que tenía que hacer. El resplandor de una hoguera o el ruido de voces le prevendría y entonces trataría de

escapar y volver sobre sus pasos con algún plausible pretexto.

—Tengo que averiguar cuál es el plan que tienen, — pensó. — No voy a encontrar para ello otra oportunidad como ésta.

Black Jack no demostraba sospechar nada, engañado por la voz del explorador, y se manifestaba locuaz. Fué el que más habló y el explorador oía en silencio, procurando descubrir algo importante. Supo así que él, —el supuesto Dick, — era un empedernido jugador y que había ido a Rattesnake Creek hacía un par de días y no había regresado desde entonces. También supo, por una manifestación de su compañero, que los bandidos tenían diabólicos propósitos respecto al campamento de los mineros. Black Jack no manifestó, sin embargo, cuál era el propósito. Tan pronto como Cody hizo mención al plan, el otro cambió de conversación, y Bill Cody tuvo que esperar otra oportunidad para hacer la pregunta que ya tenía en los labios.

—Helmack estaba contrariado por su prolongada ausencia, — dijo el bandido. — Esta mañana hablaba de eso. Anduvo recorriendo ayer tarde todas las casas de juego de Rattlesnake Creek y cuando volvió creyó que ya lo iba a encontrar aquí.

—No habrá buscado mucho, — respondió Bill. — Yo estuve jugando a los naipes en uno y en otro sitio y ví a Helmack una o dos veces.

—Bien. Creo que estará enojado. Espero que no habrá hablado más de lo conveniente bajo la influencia del alcohol mientras estuvo entre los mineros.

—¡Por supuesto! No hay cuidado respecto a eso, Jack. ¿Por quién me toma? He tenido la lengua bien sujeta y lo que es más, no he bebido. No he hecho más que jugar y lo he hecho para quedar harto por espacio de un mes.

—Así lo creo, Dick. Y no hay que afligirse por haberlo perdido todo, porque dentro de pocos días estaremos llenos de oro. Vamos a dar un buen golpe. Eso es tan seguro como que hemos de morirnos.

Black Jack se calló y los dos permanecieron en silencio durante un corto intervalo.

A Bill Cody se le presentaba la oportunidad esperada.

—Sí. Ya lo sé, — dijo con tono de indiferencia. — Vamos a dar un buen golpe de una sola vez. ¿No hay algo de nuevo?

—¿Algo de nuevo? — repitió el bandido. —¿Qué quiere decir con eso, Dick?

—Que si las cosas se van a realizar del mismo modo, o Helmack ha cambiado el plan desde que yo me fuí.

—¡Ah! No. No ha habido cambio de ninguna clase. El golpe se ha fijado para el jueves por la noche. Dentro de dos días. Atacaremos el pueblo al amanecer, cuando aun reina la oscuridad y todos estén en la cama y dormidos. Nos apoderaremos del oro que los mineros tienen depositado en el edificio de la compañía de transportes "Fargo" y partiremos con el botín antes de que la alarma sea dada por completo. Será una cosa relativamente fácil y no tenemos por qué temer el que nos den alcance, porque muy pocos de los hombres que hay en Rattlesnake Creek tienen caballos.

—No será asunto tan fácil como se imagina, Jack. Yo pienso, por el contrario, que el riesgo es grande. Hay allí varios cientos de mineros.

—¿Y acaso nosotros somos pocos? Yo le digo que el golpe no puede fallar, Dick. Ya sabe lo que son capaces de hacer nuestros muchachos. Opino que nos apoderaremos del oro y escaparemos con él, aun cuando tuviéramos que luchar contra el pueblo entero.

—¡Ojalá sea así! ¡Me alegra el verle tan confiado!

—¿Y por qué no voy a estarlo, Dick? Hemos realizado cosas mucho más difíciles que ésta y triunfamos. Tiene que ocurrir lo mismo ahora.

La conversación se interrumpió de nuevo. Black Jack y el explorador habían caminado ya una buena distancia juntos y el estrecho camino se encontraba al parecer cortado por una alta pared de rocas. Bill Cody había obtenido la información que deseaba. Sabía ya cuáles eran las intenciones de los bandidos y el día y la hora fijada para el asalto. Debía ahora hallar la forma de escapar encontrando una escusa para volver sobre sus pasos. Iba pensando cómo hacerlo cuando al dar vuelta a un recodo del camino, el corazón le dió un vuelco. Un confuso rumor de voces llegó hasta sus oidos y vió el resplandor de una hoguera.

—Ahora recuerdo una cosa, Jack, — exclamó. — Tengo que regresar a Rattlesnake Creek.

—¿Qué diablos le pasa? — preguntó Black Jack.—¿Por qué?

—Me he dejado olvidado una cosa en el Hotel de la Pepita de Oro, donde dormí anoche, y quiero...

El joven explorador se detuvo de pronto. En aquel instante una silueta que avanzaba se destacó claramente en el sendero. Era otro hombre de la banda. Sin duda un centinela que había sido apostado allí para vigilar. Llevaba un farol en la mano y dirigió la luz hacia el rostro de los recién llegados. Al ver la cara de su acompañante, Black Jack lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué es esto? ¡Usted es un impostor! ¡No es Diamond Dick! ¿Quién diablos es entonces?

Bill Cody se adelantó con los puños cerrados y dió al bandido un golpe. En seguida sacó el revólver, pero su movimiento fué interrumpido por el otro hombre. Búffalo Bill logró fácilmente desprenderse de las manos que lo sujetaban y echó a correr, pero los otros dos lo persiguieron de cerca. Fuerte como era, no pudo, sin embargo, vencer a sus poderosos asaltantes, quienes pronto lo dominaron y le arrojaron al suelo. Mientras estaba allí y trataba de resistirse, fué atado por los brazos con una cuerda. Lo pusieron luego en pie y lo contemplaron detenidamente a la luz de la linterna. No lograron reconocerlo, sin embargo. Había algunos miembros de la banda que conocían de vista al

Cody se detuvo un momento, luego avanzó con precaución hacia el lugar por donde los dos hombres habían desaparecido, y se detuvo nuevamente, oculto detrás de una roca. No pudo ver ni a Oliver Burton ni al bandido, pero oyó claramente el ruido de sus pasos. Se habían perdido de vista entre las abundantes malezas y los árboles que cubrían el comienzo de una pendiente que conducía hacia las montañas del norte. El explorador no tardó mucho en adivinar cuáles eran sus intenciones.

—Es, justamente, lo que yo me suponía,— murmuró. — La banda tiene su campamento en algún punto de estas cercanías, donde nadie pueda molestarlos y deben estar esperando una oportunidad para robarles el oro a los mineros. Seguramente son esos sus propósitos.

En el horizonte se notó como una franja plateada. La luna iba apareciendo y no tardó en brillar límpidamente en el cielo. Bill Cody penetró en el espacio cubierto y comenzó la ascensión. Después de caminar durante un cuarto de hora, abandonó la bóveda de árboles y malezas para encontrarse en la entrada de un barranco donde distinguió un accidentado sendero. No llegaba hasta sus oídos más ruido que el que producía la suave brisa. Tampoco distinguió el menor rastro del joven o de Helmack. No tenía, sin embargo, temor de perderlos.

—Han seguido este camino, — reflexionó. — y si yo doy con el rastro llegaré hasta el campamento. Tengo plena seguridad de ello.

La luna, en cuarto creciente, se hallaba alta en el cielo y esparcía su blanquecina luz. Se oyó el aullido de un lobo al que no tardó en responder otro. El explorador aceleró el paso, deteniéndose de vez en cuando para escuchar, pero no oyó ruido de pasos. Había dejado, sin duda, que el bandido y su compañero se alejasen demasiado; pero estaba seguro de que el camino que seguía había de conducirlo hasta el antro de la banda.

No era difícil para él comprobar que no había otro camino que hubieran podido seguir los otros, pues a los costados había un amontonamiento de piedras y malezas que era impenetrable. Juzgó, no obstante, que tendría que recorrer una considerable distancia, y no estaba errado. Fué ascendiendo más y más entre la masa de montañas, yendo, de paso en paso, y cruzando arroyos y valles cubiertos de árboles.

Bordeó profundos precipicios y atravesó cañones donde la oscuridad era profunda. Sobre su cabeza distinguía elevaciones como torres, coronadas de pinos y aquí y allá se destacaban frecuentemente, brillando como joyas, las tranquilas aguas de un lago en las que se reflejaba la luna. Al fin llegó a una llanura situada a gran altura y cercada por elevados montes. Estaba a una distancia de tres a cuatro millas de Rattlesnake Creek, y cuando hubo caminado otra media milla y penetrado en un sombrío desfiladero bordeado por precipicios y altas paredes de roca, se detuvo de repente al sentir el ruido de una piedra que rodaba.

Llevó la mano al cinto y la apoyó en la culata del revólver. ¿Había alcanzado a Helmack y al joven? El corazón le latió con fuerza y sintió la sensación de que algo se le había subido a la garganta y le dificultaba la respiración. No sabía si permanecer allí o iniciar una rápida retirada. Frente a él y a una distancia de dos yardas estaba la entrada de un estrecho pasadizo por el que alguien descendía. El ruido de los pasos se acercaba cada vez más y la silueta de un hombre se destacó en el camino. El que llegaba vió en seguida al explorador. Después de observar un instante habló en tono afectuoso.

—¡Hola, amigo Dick! — saludó tranquilamente.

Bill Cody lanzó un suspiro de alivio, cuando se dió cuenta de la situación. Se hallaba en presencia de uno de los de la banda de Helmack, que lo había confundido con Diamond Dick, un miembro de los de la partida, del que Cody había oído hablar frecuentemente. Tuvo intención de hacer uso de su revólver, pero después de reflexionar un instante retiró la mano de la cintura y respondió tranquila y ásperamente.

—¡Hola! ¿Es usted, Tom?

—No. Soy Black Jack, — fué la respuesta.

—¡Ah! Sí. No había reconocido, al pronto, el timbre de su voz.

—También está algo alterada la suya. Un poco de resfrío, ¿no es eso?

—Sí, — respondió el explorador.

—¿Qué ha estado haciendo durante estos tres días? — preguntó el otro. — Jugando, ¿eh? Apuesto a que se ha quedado sin plata.

—Así es, Jack. He tenido mucha desgracia. ¿Dónde ha estado usted? ¿Qué anda haciendo por aquí a estas horas de la noche?

—He estado en lo alto de la montaña observando. Notamos señales de humo esta mañana y subimos temprano esta tarde para observar si se notaban rastros de pieles rojas. Pero no he visto nada. Todo está limpio. A propósito. ¿No ha visto en la población hoy a Graeme Helmack?

—Sí, lo ví. Hará unas tres o cuatro horas.

—Bien. Me figuro que ya debe de estar en el campamento. Vamos hacia allí, Dick.

Ninguno de los dos podía verse claramente, pues la luz de la luna no penetraba en el estrecho desfiladero. Era una molesta y arriesgada situación, a pesar de las ventajas que podía sacar de ella Bill Cody. ¿Qué iba a hacer? Vaciló un instante y luego siguió a su compañero. Sabía que estaba en unión de uno de los bandidos.

Reflexionó brevemente sobre su situación y decidió, aún a riesgo de su vida, procurar obtener alguna información valiosa. Se acercaba al refugio de la banda y no debía estar muy lejos ya. Pero cuando estuviese más cerca reflexionaría lo que tenía que hacer. El resplandor de una hoguera o el ruido de voces le prevendría y entonces trataría de

escapar y volver sobre sus pasos con algún plausible pretexto.

—Tengo que averiguar cuál es el plan que tienen, — pensó. — No voy a encontrar para ello otra oportunidad como ésta.

Black Jack no demostraba sospechar nada, engañado por la voz del explorador, y se manifestaba locuaz. Fué el que más habló y el explorador oía en silencio, procurando descubrir algo importante. Supo así que él, —el supuesto Dick, — era un empedernido jugador y que había ido a Rattesnake Creek hacía un par de días y no había regresado desde entonces. También supo, por una manifestación de su compañero, que los bandidos tenían diabólicos propósitos respecto al campamento de los mineros. Black Jack no manifestó, sin embargo, cuál era el propósito. Tan pronto como Cody hizo mención al plan, el otro cambió de conversación, y Bill Cody tuvo que esperar otra oportunidad para hacer la pregunta que ya tenía en los labios.

—Helmack estaba contrariado por su prolongada ausencia, — dijo el bandido. — Esta mañana hablaba de eso. Anduvo recorriendo ayer tarde todas las casas de juego de Rattlesnake Creek y cuando volvió creyó que ya lo iba a encontrar aquí.

—No habrá buscado mucho, — respondió Bill. — Yo estuve jugando a los naipes en uno y en otro sitio y ví a Helmack una o dos veces.

—Bien. Creo que estará enojado. Espero que no habrá hablado más de lo conveniente bajo la influencia del alcohol mientras estuvo entre los mineros.

—¡Por supuesto! No hay cuidado respecto a eso, Jack. ¿Por quién me toma? He tenido la lengua bien sujeta y lo que es más, no he bebido. No he hecho más que jugar y lo he hecho para quedar harto por espacio de un mes.

—Así lo creo, Dick. Y no hay que afligirse por haberlo perdido todo, porque dentro de pocos días estaremos llenos de oro. Vamos a dar un buen golpe. Eso es tan seguro como que hemos de morirnos.

Black Jack se calló y los dos permanecieron en silencio durante un corto intervalo.

A Bill Cody se le presentaba la oportunidad esperada.

—Sí. Ya lo sé, — dijo con tono de indiferencia. — Vamos a dar un buen golpe de una sola vez. ¿No hay algo de nuevo?

—¿Algo de nuevo? — repitió el bandido. —¿Qué quiere decir con eso, Dick?

—Que si las cosas se van a realizar del mismo modo, o Helmack ha cambiado el plan desde que yo me fuí.

—¡Ah! No. No ha habido cambio de ninguna clase. El golpe se ha fijado para el jueves por la noche. Dentro de dos días. Atacaremos el pueblo al amanecer, cuando aun reina la oscuridad y todos estén en la cama y dormidos. Nos apoderaremos del oro que los mineros tienen depositado en el edificio de la compañía de transportes "Fargo" y partiremos con el botín antes de que la alarma sea dada por completo. Será una cosa relativamente fácil y no tenemos por qué temer el que nos den alcance, porque muy pocos de los hombres que hay en Rattlesnake Creek tienen caballos.

—No será asunto tan fácil como se imagina, Jack. Yo pienso, por el contrario, que el riesgo es grande. Hay allí varios cientos de mineros.

—¿Y acaso nosotros somos pocos? Yo le digo que el golpe no puede fallar, Dick. Ya sabe lo que son capaces de hacer nuestros muchachos. Opino que nos apoderaremos del oro y escaparemos con él, aun cuando tuviéramos que luchar contra el pueblo entero.

—¡Ojalá sea así! ¡Me alegra el verle tan confiado!

—¿Y por qué no voy a estarlo, Dick? Hemos realizado cosas mucho más difíciles que ésta y triunfamos. Tiene que ocurrir lo mismo ahora.

La conversación se interrumpió de nuevo. Black Jack y el explorador habían caminado ya una buena distancia juntos y el estrecho camino se encontraba al parecer cortado por una alta pared de rocas. Bill Cody había obtenido la información que deseaba. Sabía ya cuáles eran las intenciones de los bandidos y el día y la hora fijada para el asalto. Debía ahora hallar la forma de escapar encontrando una escusa para volver sobre sus pasos. Iba pensando cómo hacerlo cuando al dar vuelta a un recodo del camino, el corazón le dió un vuelco. Un confuso rumor de voces llegó hasta sus oidos y vió el resplandor de una hoguera.

—Ahora recuerdo una cosa, Jack, — exclamó. — Tengo que regresar a Rattlesnake Creek.

—¿Qué diablos le pasa? — preguntó Black Jack.—¿Por qué?

—Me he dejado olvidado una cosa en el Hotel de la Pepita de Oro, donde dormí anoche, y quiero...

El joven explorador se detuvo de pronto. En aquel instante una silueta que avanzaba se destacó claramente en el sendero. Era otro hombre de la banda. Sin duda un centinela que había sido apostado allí para vigilar. Llevaba un farol en la mano y dirigió la luz hacia el rostro de los recién llegados. Al ver la cara de su acompañante, Black Jack lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué es esto? ¡Usted es un impostor! ¡No es Diamond Dick! ¿Quién diablos es entonces?

Bill Cody se adelantó con los puños cerrados y dió al bandido un golpe. En seguida sacó el revólver, pero su movimiento fué interrumpido por el otro hombre. Búffalo Bill logró fácilmente desprenderse de las manos que lo sujetaban y echó a correr, pero los otros dos lo persiguieron de cerca. Fuerte como era, no pudo, sin embargo, vencer a sus poderosos asaltantes, quienes pronto lo dominaron y le arrojaron al suelo. Mientras estaba allí y trataba de resistirse, fué atado por los brazos con una cuerda. Lo pusieron luego en pie y lo contemplaron detenidamente a la luz de la linterna. No lograron reconocerlo, sin embargo. Había algunos miembros de la banda que conocían de vista al

explorador, pero aquellos dos eran gente nueva.

—¿Quién diablos será? — exclamó el centinela.

—¡Que me cuelguen si lo conozco! — declaró Black Jack. — Creo que debe ser un espía del campamento.

—¿Dónde lo encontró, Jack?

—A mitad de camino, Larry. ¡Pero, gran Dios, cómo me ha engañado! ¡No tuve ni la menor sospecha de que no se trataba de Diamond Dick, que era quien pretendía ser!

—Bueno. Vamos andando. Helmack sabrá de quién se trata y en seguida tomará una decisión.

Pronto se dió cuenta Bill Cody de que tenía muy escasas probabilidades de escapar. Aquella loca excursión le iba a costar la vida. No podía esperar merced de Graeme Helmack; de eso no tenía duda alguna. Pero no demostró por ello la menor señal de temor. Tranquilo y con aspecto de desafío, marchó entre sus dos captores, por el sendero. La breve lucha no había despertado la alarma en el campamento. El camino iba estrechándose cada vez más y se hacía más accidentado y lleno de piedras; al fin penetraron en un túnel abierto en una peña. Caminaron como unas doce yardas alumbrados por la linterna, volvieron a un lado y salieron nuevamente al espacio abierto. Habían llegado al oculto refugio de Graeme Helmack y de su banda y de una mirada Búffalo Bill abarcó toda la escena.

Delante de él había un valle de forma circular que tendría un centenar de yardas de diámetro. Estaba cubierto de césped y malezas y rodeado por altas paredes de granito. A uno de los lados había un cristalino arroyo que salía de un canal subterráneo y desaparecía del lado opuesto en la base de las piedras, donde crecían en abundancia arbustos y malezas. En la otra parte, al extremo del valle un grupo de caballos estaban paciendo y en la parte del centro del espacio abierto amontonados junto a una gran hoguera estaban muchos hombres.

Fué aquella una escena poco reconfortadora para Búffalo Bill. Lo menos había allí, unos cien bandidos. La banda de Graeme Helmack consistía generalmente en unas dos o tres docenas de hombres, todo lo más; pero indiscutiblemente, al proyectar el importante golpe en el campamento minero había reclutado un buen número de malhechores y desesperados de la peor especie.

—No creí jamás que iba a ver una cosa semejante, — pensó el explorador.

Estaba pronto para conocer la suerte que lo esperaba. Sus nervios estaban firmes, y llevaba la cabeza alta. Tenía la certidumbre de que sería reconocido. No podía dudar tal cosa. Los bandidos habían notado ya que el pequeño grupo se acercaba al campamento, pero no prestaron mayor atención hasta que se hubieron aproximado y los iluminó el resplandor de la hoguera. Entonces uno de los hombres pronunció en voz baja una frase y todos se pusieron en pié y avanzaron hacia Black Jack y sus compañeros.

Graeme Helmack se encontraba allí y junto a él, Oliver Burton. Y no fué precisamente a sus dos compañeros a quienes miró Helmack. Su mirada se dirigieron al prisionero. Avanzó unos pasos y lo contempló despacio.

—¡Por el cielo! — exclamó.—¡Si es Cody: ¡Muchachos! — agregó en voz alta.— ¡Es Bill Cody!

—¿Cody? — exclamaron, sorprendidos, sus dos captores.

Hubo un momento de profundo silencio, seguido de un horrible tumulto. Con gritos de execración y con aullidos como los de lobos hambrientos, los bandidos se amontonaron en redor de Cody. Sus ojos relampagueaban con ira y sus facciones estaban desencajadas, mientras tendían hacia él las manos armadas con cuchillos y revólvers. Y entre esta batahola, entre aquella multitud enfurecida estaba Búffalo Bill tranquilo y con una expresión de triunfo en su rostro.

—¡Me parece que en esta ocasión he caído en mala forma, Graeme! — dijo con irónica entonación, cuando cesó un poco el clamor.— No entraba en mis cálculos hacerle una visita en su campamento.

Los ojos de Graeme Helmack parecían carbones encendidos. Su espeso bigote estaba erizado y los labios entreabiertos dejaban ver los dientes apretados. Sonreía, pero aquella sonrisa era la de un demonio.

—¿Pero dónde diablos ha encontrado a este loco, Jack?—preguntó.

Black Jack, contó la historia en pocas palabras y mientras él hablaba todos escuchaban en silencio.

—Siempre el mismo juego, — exclamó.— Cody no se encontraba en el campamento para trabajar en busca de oro. Eso no es lo que le ha traido a Rattlesnake Creek. Ha venido para espiarnos a nosotros, después de haber sabido por alguien de la localidad, que estábamos aquí. Pienso que lo ha visto a usted Graeme, esta tarde cuando fué allá con el joven Burton y los ha seguido hasta las montañas.

Hubo un nuevo clamor cuando Jack terminó el relato. Los canallas pedían a gritos la sangre de Bill Cody. Lo odiaban furiosamente pues a causa de él habían sufrido muchas contrariedades y peligros desde tiempos atrás. En más de una ocasión había puesto a los soldados sobre su rastro y habían ido siendo arrojados de sus refugios después de regulares ataques. Muchos de ellos habían muertos por los soldados y otros habían sido hechos prisioneros.

—¿Estaba solo en el camino, Jack? —preguntó Graeme Helmack.

—Sí. No había nadie con él, — respondió Black Jack.—Lo ví acercarse solo, tan pronto como apareció en el sendero.

—¿Ha obtenido alguna información importante? ¿Le ha manifestado nuestros planes?

—Sí, Graeme. He cometido esa locura. Pero ¿cómo no iba a hablar de ello si estaba convencido de que era Diamond Dick? Pretendió ser él y como estaba tan oscuro yo no pude ver que me engañaba.

—Bueno. Después de todo eso no tiene importancia. El infame espía no tendrá oportunidad de traicionarnos. No tengo la menor duda de que me ha venido siguiendo, como usted ha dicho. Debe haber estado en el Salón Bonanza, en Rattlesnake Creek, cuando yo me encontraba allí y ha sido lo suficiente listo para reconocerme. No creo que se haya confiado a nadie, por lo tanto nada tenemos que temer. No habrá necesidad de alterar nuestros planes por este accidente...

Se detuvo bruscamente y se acercó al joven explorador. Su aspecto era feroz. Sacó el revólver de su cintura, apuntó, vaciló un momento y luego retrocedió.

—No. Esa sería una gran suerte para él,— exclamó moviendo la cabeza. — ¡Voy a hacerle sufrir todo lo que merece, maldito! Nos ha proporcionado una serie de disgustos y a mi vez le haré caer en poder de una banda de siux para que lo torturen. Eso es lo que voy a hacer. Oigame, Cody. Voy a decirle lo que pienso. Lo dejaremos vivir hasta mañana por la mañana, luego lo vamos a llevar hasta lo más alto de la montaña, como las águilas, luego lo precipitaremos abajo con el cuerpo lleno de plomo, después de que cada uno de nosotros le hayamos disparado un tiro. ¡Lo ataremos de pies y manos y los lobos darán cuenta de usted antes de que nosotros nos hayamos alejado!

Un nutrido aplauso acogió estas palabras. Helmack y sus compañeros estaban encantados con la sentencia. La condena del explorador había sido pronunciada y él comprendió que su suerte estaba resuelta. Hubiera considerado despreciable discutir con aquellos malvados aún cuando hubiese una esperanza de salvación. Sus captores le habían atado las muñecas y como sus tobillos también estaban sujetos, fué llevado hasta una de las chozas que estaban junto a la pared de roca en uno de los extremos del valle. No tenía temor alguno. Sabía por experiencia lo que aquello significaba. La muerte se había acercado infinidad de veces a él y no tenía por qué temería entonces. Pero su corazón estaba acongojado al pensar en Sally Curtis y en su novio que se había agregado a la banda.

—¿Qué va a ser de esa pobre muchacha? —reflexionó. — ¿Y qué será también del joven Burton? ¡Yo hubiera deseado conservar la vida, por lo menos hasta haberlos reunido



CAPITULO IV

Bill Cody obtiene su libertad. — En un aprieto. — Caminando cautelosamente en torno del campamento. — En seguridad por fin. — El explorador se detiene para escuchar una conversación interesante. — Oliver Burton reacciona y desafía a los bandidos. — Una tentativa de evasión. — Cody acude en su ayuda. — La fuga por el sendero. — ¿Qué harán los bandidos?— Rattlesnake Creek a la vista. — Ruidos en la noche.

MAS o menos a las doce de la noche, varias horas después de haber sido presado, Bill Cody disfrutaba de la completa libertad de sus miembros. Pacientemente y con esfuerzos inauditos, a pesar del dolor y de la fatiga que esto le causaba, había frotado las ligaduras que sujetaba sus muñecas contra el borde de una piedra que sobresalía de la tierra en el interior de la cueva donde había sido llevado y al fin, cuando ya estaba casi descorazonado, una de las cuerdas desgastada, se había roto y había caído al suelo.

—¡Gracias al cielo! — exclamó con acento fatigado. — Creí que no lo iba a lograr nunca.

Se incorporó respirando apenas y con los dedos enutumecidos, deshizo los nudos de la cuerda que sujetaba sus tobillos. Luego se encaminó hacia la entrada mirando cuidadosamente hacia fuera. Lo que vió no fué como para dar valor a nadie. Hacia la izquierda estaba el sendero por donde había llegado hasta allí y a la derecha en la dirección en que pacían los caballos estaba el otro lado del valle. Allí no había probabilidad de escapar de manera alguna. Las paredes de roca eran lisas y en sentido opuesto el camino de la libertad le estaba vedado, o por lo menos se le presentaba muy difícil. A pesar de lo avanzado de la hora sólo una mitad de los bandidos se había retirado a descansar. Treinta o cuarenta de ellos se habían reunido en torno a una hoguera, en el centro del campamento. Riendo y gritando tumultuosamente, jugando a los naipes y a los dados, y bebiendo el contenido de unas botellas negras. Graeme Helmack se hallaba entre ellos tendido sobre un tronco. Oliver Burton, también estaba allí. El resplandor de la hoguera se reflejaba sobre su rostro, cuya expresión era de tristeza, dándole un tinte rojizo.

—Parece que me encontrara arrinconado, — exclamó el explorador al contemplar la escena que lo rodeaba. — De nada sirve esperar a que esta gente se acueste. Es fácil que se queden aquí hasta el alba. Tengo que darles un chasco y debo aprovechar esta oportunidad para hacerlo con toda la ligereza posible, pues a Helmack se le puede ocurrir llegar hasta aquí para ver si estoy bien.

Era verdaderamente una situación comprometida. El valle no ofrecía ningún amparo ni de una parte ni de la otra, sólo una largo extensión de césped de un lado y del

otro hierba alta que se inclinaba hacia el cauce del arroyo. De haberse hallado en la misma situación, cualquiera de los mismos hombres de Helmack, hubiera, seguramente, abandonado toda esperanza de evadirse. Pero Bill Cody tenía a su favor algo que los bandidos no poseían. En su juventud había andado mucho entre los audaces pieles rojas y de ellos había aprendido el arte de aprovechar las ventajas de la vida de los bosques y esa ciencia comprendía que le iba a servir de mucho ahora. Retrocediendo hacia el interior de su prisión, se puso a trabajar y consiguió abrirse paso por la pared del fondo, por donde pasó al exterior. Se hallaba muy cerca de la base de la pared de piedra y una fila de pequeñas chozas se tendía entre él y los bandidos, ocultándolo a la vista de éstos. Ahora tenía que descender al valle y por este llegar hasta el lado opuesto, de manera que sólo podía aprovechar la escasa protección que le ofrecía el lado del agua.

La tarea fué fácil al principio. Dejándose caer sobre sus manos y rodillas, y manteniéndose en la parte de sombra, tanto como le fué posible, se deslizó por la orilla de las rocas, hasta encontrarse detrás del grupo de caballos que estaban atados. Temía haberlos asustado y delatar así su presencia a sus enemigos, pero los animales no dieron señal de su presencia.

Varios objetos de los bandidos estaban allí amontonados y entre ellos media docena de monturas, una de las cuales tenía en su cartuchera un revólver y varios cartuchos sueltos. Bill se apoderó de ellos rápidamente. Le habían quitado sus armas y deseaba entrar en posesión de alguna. Ya estaba armado y sentía que las perspectivas eran más halagüeñas.

—Esto es, por cierto, bastante suerte,—exclamó. — Si estos bandidos llegan a verme, me podré defender. No creo que me iría muy bien, pero nada me importaría morir con tal de haber dado muerte a unos cuantos.

Los caballos pacían tranquilamente. Ninguno de ellos pateó ni relinchó. Bill Cody prosiguió su marcha después de haber colocado el arma en su cinto. Pasó más allá de los animales y empezó a tratar de alcanzar el lado opuesto del valle.

Estaba tumbado en el suelo con las manos tendidas hacia delante. A su derecha corría el arroyo y a la izquierda el espacio estaba libre. La única protección que tenía era la hierba, cuya altura alcanzaba apenas a cubrir su cuerpo.

Era cosa inevitable el que lo descubriesen. Le parecía imposible que pudiera eludir la persecución.

Las llamas de la hoguera lo iluminaban y los bandidos estaban cerca, bebiendo y hablando fuerte. Pero el explorador no se desesperó. El arte que había aprendido de los pieles rojas le salvaría, y justamente con la misma destreza con que lo hubiera podido hacer un indio se fué arrastrando sobre el suelo.

Sus movimientos eran sinuosos y suaves, como los de una serpiente, y adoptando toda clase de precauciones avanzó, pulgada por pulgada, en torno del centro del valle, por el borde del arroyo, acercándose lentamente hacia el punto en que estaba la pared de rocas y donde esperaba alcanzar su libertad.

Había pasado ya del sitio donde estaban los bandidos y lo más difícil de la tarea estaba hecho. Adelantó un poco más y se detuvo, de repente, mientras su corazón latía lleno de ansiedad. Se aplastó contra el suelo y esperó inmóvil. Uno de los hombres se había puesto de pie y se acercaba a él. ¿Qué iba a hacer?

Llegó hasta la orilla del arroyo, llevando un pequeño jarro en la mano y se detuvo sólo a unas dos o tres yardas de distancia del lugar en que estaba Cody. Llenó el jarro con agua, bebió y regresó a donde estaban sus camaradas.

—¡Por el diablo, que el asunto se puso feo! — murmuró Búffalo Bill. — Tenía la seguridad de que me iba a ver. Si llega a ser así le meto una bala en la cabeza y hubiera muerto matando.

Pocas yardas más y estuvo fuera de la zona que iluminaba el resplandor de la hoguera. Otro impulso y llegó hasta el punto en que el arroyo volvía a desaparecer. Estaba cerca de conseguir su libertad. Torciendo hacia la izquierda siguió la base de la pared de roca y pronto llegó al punto por donde había entrado en el valle. Con un suspiro de alivio penetró en la protectora oscuridad y se puso de pie.

¡Estaba en salvo al fin! Su peligrosa tentativa había tenido buen éxito y ya podía tener poco temor de ser apresado, aun cuando se diesen cuenta de su fuga los bandidos. Frente a él estaba el sendero que conducía a la parte inferior de las montañas y no se encontraría en él a ninguno de los de la banda. Sabía que el centinela que lo había capturado no había vuelto a su punto de vigilancia.

—¡Todo va bien! — exclamó. — Espero que o descubrirían mi ausencia hasta mañana y aún cuando notasen mi fuga antes, los bandidos tendrían que perseguirme a pie. No pueden aventurarse montados en los caballos, a seguir este escarpado y peligroso camino, y aun cuando lo hiciesen no avanzarían con mucha rapidez. Y ahora puedo llegar hasta Rattlenaske Creek lo antes que me sea posible y dar la voz de alarma. Sé lo que puede ocurrir si Helmack y sus hombres descubren mi fuga antes de que amanezca y tienen un par de horas de oscuridad que aprovechar, entonces cambiarán al punto sus planes y tentarán el golpe en seguida en lugar de esperar al jueves por la noche.

Miró hacia atrás y echó a correr. Avanzó así algunas yardas, pero se detuvo bruscamente al oir los gritos lanzados durante una acalorada discusión. Volvió hacia atrás hasta llegar a la entrada de abertura de la roca y permaneció allí oculto en la sombra. Lo que vió despertó su interés y acrecentó sus temores. Todos los bandidos se habían puesto de pie y Graeme Helmack y Oliver Burton se hallaban frente a frente, separados por la hoguera, mirándose en actitud de desafío. El

reflejo de las llamas los iluminaba claramente. Hablaban en voz alta y las palabras llegaban claramente a los oidos de Cody.

—¡No! ¡No quiero! — exclamaba con resolución el joven. — Lo estoy pensando desde hace días y he decidido no hacerlo. No quiero tener ninguna clase de tratos con usted ni con sus hombres. Hubiera deseado no encontrarlos en mi camino.

—¿Está usted loco, muchacho? — exclamó Graeme Helmack. — Sólo así puede pensar tal cosa.

—¡Oh, no! No estoy loco, — declaró Oliver Burton. — He estado loco y más que loco aun, durante un tiempo. Pero ahora he recuperado los sentidos.

—Lo que hace no lo demuestra. Tenga cuidado con lo que dice. No me haga perder la paciencia porque yo soy de temer cuando me exalto. ¡Supongo que no creerá que se me puede insultar impunemente!

—¡Lo que sostengo es que lamento mucho haberme unido a usted, Graeme! ¡Ojalá no lo hubiese querido así el cielo! No quiero hacer lo que pensaba. Lo que deseo es separarme de ustedes y volver a mi pueblo. Eso es lo que intento hacer.

—Voy a decirle algo a ese respecto. ¿A dónde piensa ir, muchacho? ¿Qué va a ser de usted si nos abandona? Piénselo bien. Está usted tan perdido como nosotros. Es usted un proscripto, un escapado de la cárcel. Todos irán en su contra y no tardará en ser apresado de nuevo. No gozará de larga libertad y lo enviarán a la cárcel de Pineville.

—Yo era inocente, — declaró el joven con ardor.—Yo juro que era inocente.

—Eso no es asunto para tratarlo ahora,— interrumpióle Grame Helmack. — Usted no puede probarlo. ¿Puede hacerlo?

—No. Desgraciadamente no me es posible. Pero por el hecho de que haya sido sentenciado por un delito que no cometí, no hay razón para que siga formando parte de su banda de ladrones y continúe llevando una vida de crimen. ¡No quiero ayudarle a ustedes a robar a esos mineros el oro que con tantas fatigas han conseguido reunir!

—¡Detenga esa lengua, muchacho! Ya he oído demasiado y no quiero que continúe hablando en esa forma.

Hubo un corto intervalo de silencio. Los hombres habían estado oyendo con toda atención, interrumpiendo solo de tarde en tarde con alguna frase suelta. Oliver Burton, con aire de desafío miraba fijamente al jefe de la banda. Se hallaba verdaderamente en peligro de muerte. Bill Cody no lo dudó ni por un momento. La ira de Graeme Helmack había sido despertada y en sus ojos brillaba un salvaje destello, reflejo de sus ideas, mezcla de crimen y traición. Furtivamente había llevado la mano al revólver y el joven hizo lo mismo.

—¡No! ¡Eso no!—exclamó tranquilo.

Helmack retiró su mano y sonrió.

—No pensaba darle muerte, — dijo. — ¡Vamos, muchacho; siéntese y tranquilícese! Espero que al fin cambiará de idea.

—¡Oh! ¡No! Jamás cambiaré. — respondió Oliver Burton. — Voy a emprender de nuevo el camino recto y me iré.

—¿A dónde? ¿A Rattlesnake Creek, a denunciarnos?

—¡No! Partiré en otra dirección hacia las praderas. No tienen por qué temer. Me conduciré en forma noble. He mantenido sujeta mi lengua mientras he sido miembro de la banda, Graeme.

—Bien muchacho. Déme el revólver antes de partir. Nada de engaños. Démelo en seguida o de lo contrario...

—No. Usted quiere desarmarme primero para asesinarme después. Ese es su juego, pero yo le conozco las mañas.

Y mientras el joven hablaba cerró los puños y dió un rápido salto al mismo tiempo que golpeó a Graeme Helmack con tal fuerza que lo hizo tambalear y en seguida girando sobre sus talones partió a todo correr a través del valle. Hubo un momento de sorpresa y de inacción.

—¡Voto a mil víboras! ¡Se escapa! — gritó Helmack, terminando la frase con un juramento. — ¡No lo dejen partir!

El fugitivo había obtenido ventaja cuando los bandidos sacaron sus revólvers e hicieron fuego. Ninguna bala le tocó. Los proyectiles silbaban en torno suyo, pero tuvo suerte de que no le alcanzasen y desapareció en el túnel del peñasco.

Entretanto el joven explorador que había visto y oído todo, corrió hacia la salida y esperó. Cuando el otro iba a desembocar del túnel se le interpuso y lo tomó por un brazo.

—¡Perfectamente! — exclamó. — Yo no soy ninguno de la banda. Soy un amigo.

—¡Es usted un falso! — exclamó Oliver sacando su revólver de la cintura. — Déjeme ir.

Hizo un esfuerzo para descargar el arma, pero Búffalo Bill se la sacó de la mano y la colocó en su propia cintura.

—Acaso me creerá usted ahora,—dijo.

El joven le dirigió una sombría mirada.

—¡Pero usted es el prisionero de Helmack! — declaró como dudando de lo que veía.

—Sí. El mismo.

—Si a penas puedo creerlo. ¿Cómo ha hecho para?...

—Escapándome. Soy su amigo como ya le he dicho. No debemos detenernos aquí hablando, Burton.

—¿Usted sabe quién soy yo?

—Claro está. Mi nombre es Cody, Bill Cody.

—¿Usted es el explorador?

—Así es. Y ahora, marchemos.

Durante la corta conversación los bandidos había iniciado la persecución y ya habían penetrado en el túnel. Sin pérdida de tiempo Oliver Burton y el explorador echaron a correr con cuanta ligereza les fué posible. El ruido que hacían sus perseguidores de la banda sonaba detrás de ellos y mirando hacia atrás vieron a Helmack y a sus hombres que salían de las sombras que proyectaban los rocas.

—Será preferible que les enviemos una do-

is de plomo, en forma de aviso, — dijo Bill Cody, deteniéndose y devolviendo al joven su revólver. — "Apunte, tranquilamente, Burton! No erre.

Comenzaron a disparar apuntando a las siluetas que se veían a derecha e izquierda. Oyeron gritos y exclamaciones y vieron a tres o cuatro de los bandidos tambalearse y caer. No dejaron de hacer fuego hasta que hubieron disparado todos los tiros; entonces echaron a correr, de nuevo y cargaron las armas sin detenerse. Un diabólico clamor llegó hasta sus oídos y se vieron envueltos en una nube de balas. Afortunadamente ninguna les causó ni el menor arañazo.

Así llegaron hasta una curva del camino y cuando hubieron dado vuelta a un peñasco se vieron fuera del alcance de las balas de sus perseguidores. Apresuraron aún más su marcha hasta que empezaron a dejar de oir tumulto que producían sus perseguidores.

—Por suerte, creo que han vuelto sobre sus pasos, — murmuró Oliver Burton.

—Sí. Pero no tardarán en reonudar la persecución, — respondió el explorador. — Han vuelto para buscar los caballos y no solamente para darnos caza a nosotros, sino que tampoco van a esperar al jueves para dar el golpe que tienen preparado. Esta misma noche lo van a realizar.

—Me parece que está usted en lo cierto. Pero fracasarán en su intento si podemos llegar a Rattlesnake Creek antes que ellos.

—Mucho me temo que lo consigan, a menos que los mineros estén preparados para resistir el ataque. Sería más dudoso, sin embargo, si nosotros llegáramos antes. La banda nos va a perseguir a caballo sin sacarnos mucha ventaja mientras sigamos el camino de la montaña. Pero no ocurrirá lo mismo cuando lleguemos al valle. Allí es donde ellos esperan recuperar el camino que pierdan, vencernos y atacar el poblado por sorpresa.

—No será así a poco que podamos,—dijo el joven.—Yo no hubiera tratado de traicionar a Graeme Helmack, pero desde que intentó asesinarme cambié de modo de pensar. Tenemos que vencer y llegar antes a Rattlesnake Creek y eso es relativamente fácil.

—Procuraremos conseguirlo, — declaró Bill Cody.—Hay algunas probabilidades de éxito.

—¿Usted estaba oyendo mientras yo hablaba con Helmack?

—Sí. Lo he oído todo. Y si usted no lo hubiera atacado por sorpresa, Burton, Graeme Helmack lo hubiera muerto a usted.

—Lo sabía. Yo tan sólo esperaba una oportunidad para hacer lo que hice.

Caminaban apresuradamente, siguiendo el sendero que descendía de las montañas. En un barranco por donde corría un riacho se detuvieron para oir los ruidos que llegasen del campamento. No pudieron apreciar nada de lo que hacían los bandidos.

En pocas palabras Cody explicó las circunstancias en que había sido hecho prisionero y la forma en que había obtenido su libertad.

—Y ahora, voy a decirle algo que le causará una gran alegría, — continuó. — Alguien muy querido para usted lo está esperando en el poblado.

—¿Alguien muy querido para mí? — repitió Oliver Burton.

—Eso mismo. La muchacha a quien usted quiere.

—¡No! ¡No puede ser! ¿Sally Curtis? No es ella, seguramente...

—En efecto, ella es. Ha realizado el viaje desde Pineville para buscarle a usted, vestida de hombre.

—¡Pero a penas puedo creerlo! Jamás pensé que me quisiera como para hacer eso.

—Pues lo ha hecho, Burton. Ha corrido no pocos peligros por usted y ha sido una suerte que se encontrase conmigo en el camino.

—¿Pero ella ha hecho eso? ¿Y por qué tenía tantos deseos de encontrarme?

—Para que no se reuniese usted con la banda de Helmack como había prometido hacer. Esperaba que si usted no se había unido a la banda, podría persuadirlo de que no lo hiciese. Y además tenía otras razones para hacer el viaje. Tiene buenas noticias que darle.

—¿Buenas noticias? — exclamó el joven.—¿Cuáles? ¿Se ha descubierto ya que yo soy inocente?

—No exactamente eso, — respondió Búffalo Bill, quien no se hallaba dispuesto a revelar toda la verdad. Pero a los habitantes de Pinevelle se les ha metido en la cabeza que debe haber sido otra persona la que intentó el asalto de la diligencia y por eso la muchacha ha emprendido tan largo y peligroso viaje. Quiere que usted regrese con ella y se vuelva a ver la causa, o algo por el estilo. Ella podrá explicarle todo eso mucho mejor que yo.

Oliver Burton estaba medio atolondrado por las noticias que recibía. Su rostro había cambiado por otra más alegre la sombría expresión que tenía. Oyó atentamente al joven explorador quien le refirió su encuentro con Sally Curtis y su viaje hasta Rattlesnake Creek Pero no mencionó para nada a Mark Wildrake ni tampoco hizo alusión a que la inocencia de Burton había sido probada y que le habían concedido el perdón. Calculó que era preferible que fuese una sorpresa para él y que se la comunicasen los labios de su prometida.

—La muchacha está en el Hotel de la Pepita de Oro, que pertenece a uno de mis amigos, — prosiguió, — y allí no corre ningun peligro. No tiene por qué temer ni aun cuando los bandidos llegasen a derrotarnos en la población y robar el oro de la "Fargo Express Company."

Oliver Burton permaneció silencioso durante algunos momentos. Se notaba en sus ojos una nube de tristeza y su corazón estaba oprimido.

—No me voy a atrever a mirar a Sally a la cara después de lo que he hecho,—dijo al fin.—Y lo peor no es ella. Pueden saber en



Sin pérdida de tiempo, Oliver Burton y Búffalo Bill corrieron lo más ligero posible. Tras de ellos se oía a los de la banda, que los perseguían. Mirando hacia atrás vieron a Graeme Helmack y a los suyos que salían de las sombras proyectadas por las rocas. (“La Prometida del Proscripto”. Pág. 23).

Pineville que yo me uní a la banda de Graeme Helmack.

—Ha sido una verdadera locura por parte de usted unirse a esos bandidos, — dijo Bill Cody.—¿Pero usted no los ha ayudado a cometer ningún delito?

—No. Claro está que no. No hicieron nada desde que yo me uní a ellos.

—Bueno. Eso es una suerte. Yo puedo ser testigo de que usted rompió toda relación con la banda a causa de su plan de robar a los mineros.

—¿Usted opina que eso no podrá originar alguna contrariedad?

—No veo el por qué, Burton. Yo lo defenderé y creo que no tendrá nada que temer.

—Usted olvida que he sido visto en Rattlesnake Creek en compañía de Graeme Helmack.

—Eso no importa. Yo lo sacaré de cualquier apuro en que pueda encontrarse.

El espíritu del joven se sintió nuevamente animado y concibió las mejores esperanzas. Había encontrado un amigo que conocía la verdad y podía atestiguar que se había arrepentido de haberse unido a los bandidos, y que por abandonarlos había expuesto la vida. Durante su conversación habían recorrido una parte del trayecto sin que hasta ellos llegase indicio alguno de que eran perseguidos. Las montañas, a derecha e izquierda, iban haciéndose menos elevadas y se acercaban al bosque. Todo había marchado mejor que lo que esperaban y había más probabilidades de poder frustrar los planes de Helmack y los suyos. Un cuarto de hora más de marcha los condujo al valle donde torcieron hacia la derecha en dirección al poblado. Pudieron ver el resplandor de sus luces que se destacaba en la oscuridad. Se apresuraron. Los dos estaban muy cansados, pero no quisieron darse ningun descanso. Tenían que andar todavía más de una milla, y habían cubierto dos tercios del camino, cuando de común acuerdo se detuvieron y miraron hacia atrás. Habían oído el ruido de cascos de caballos y pocos segundos después, cuando aún estaban escuchando, oyeron que los que se acercaban habían emprendido la marcha al galope de sus cabalgaduras. Los dos se miraron consternados.

—¡Vienen! — exclamó Oliver Burton. — Graeme Helmack y su banda han salido ya del sendero de las montañas.

—Sí. Creo que empieza de nuevo el peligro, — asintió el explorador.—Están ya en la llanura y se acercan al galope.

—¡No vamos a poder llegar a Rattlesnake Creek antes que ellos! ¡Es imposible!

—Procuraremos hacerlo Burton. Queda ya poco que andar.

Habían acelerado el paso cada vez más. Con desesperados esfuerzos, luchando contra la fatiga caminaron ligero, mientras, cada vez más cerca, se oía tras ellos el ruido de la carrera de los caballos. Mirando por encima del hombro observaron dónde se encontraban Graeme Helmack y sus hombres, cuyas figuras se destacaban a la pálida luz de la luna. La banda se encontraba a media milla de distncia de los fugitivos, cuyas probabilidades de triunfo aminoraban. Estaban muy fatigados para gritar y dar la señal de alarma; Se hallaba a una distancia relativamente corta del campamento minero y podrían llegar hasta él en poco tiempo. Pero las fuerzas los abandonaban rápidamente. Cuando hubieron caminado un ciento de yardas más, el joven tropezó y cayó al suelo.

—¡Estoy rendido! —exclamó. — No puedo dar ni un paso más. ¡Déjeme aquí!

—Lo vas a matar si lo dijo, — replicó Bill Cody. — Sólo queda un trecho pequeño. Haga un esfuerzo más.

—No puedo. Estoy extenuado.

—No puedo dejarlo aquí tendido en el suelo y abandonado, Burton. Vamos. Yo lo ayudaré a caminar.

El explorador levantó al joven y lo tomó por un brazo. Así caminó con él en dirección a la fila de tiendas de campaña, que estaban muy cerca, y una idea inspirada acudió de pronto a su mente. Sacó el revólver de la cintura y tiró tras tiro descargó por completo el arma.

—Esto va a dar buen resultado, — exclamó.—Los disparos causarán la alarma de la ciudad.



CAPITULO

La alarma en Rattlesnake Creek. — Llegada de Bill Cody y Oliver Burton. — Los bandidos. — El ataque a las oficinas de la "Fargo". — Una llegada providencial.— El proscripto y su prometida. — Conclusión.

ERA el momento más oscuro de la noche; la hora que precedía al amanecer, y nadie estaba levantado en el pueblo. Pocas personas oyeron el ruido de los cascos de los caballos a la distancia, y estas no demostraron mayor curiosidad por saber a qué obedecía aquel hecho extraño. Se dieron vuelta en la cama y trataron de reanudar el sueño, cuando sonaron los repetidos disparos de revólver. Aquello tuvo un efecto inmediato.

En un abrir y cerrar de ojos todos los habitantes de poblado estuvieron despiertos, comprendiendo que los disparos a semejante hora demostraban la existencia de un peligro. Los habitantes de Rattlesnake Creek dormían vestidos y calzados. Tomando sus armas salieron de las habitaciones que ocupaban en hoteles, restaurantes y salones. Las luces empezaron a encenderse y puertas y ventanas fueron abiertas. Los hombres llegaron de todas partes a la calle principal llamándose unos a otros y ajustándose los cinturones con los revólvers. Aparecían por gru-

pos, como por arte de magia. Algunos, no despiertos del todo miraban estúpidamente a los demás. Los que se habían acercado al límite este del campamento vieron dos sombras que se acercaban y oyeron una voz que gritó roncamente:

—¡Helmack y su banda se acercan! ¡Corran! ¡Corran! ¡Vayan al edificio de la "Fargo"! ¡Van a robarlo! ¡Helmack! ¡Helmack! ¡Graeme Helmack y su banda!

Las siluetas iban aproximándose con paso vacilante y pronto se hallaron en medio de un grupo de hombres que demostraban hallarse muy excitados.

—¡Es Bill Cody! — exclamó alguien. — ¡Bill Cody!

A Bill Cody casi le faltaba el habla, pues emitía las frases en forma entrecortada debido a los esfuerzos que había hecho y Oliver Burton, al que sostenía, apenas podía tenerse en pie. Después de cobrar algun ánimo el joven explorador explicó en pocas palabras el peligro que amenazaba el campamento minero.

—¡Helmack y su banda! — continuó. — ¡Son un centenar! ¿No los oyen venir? ¡Buscan el oro! ¡Dentro de pocos minutos más estarán aquí!

¡El famoso bandido Graeme Helmack y su banda de foragidos! La mala noticia cundió rápidamente, fué de boca en boca produciéndose un tumulto tan grande que superaba al que producían los cascos de los caballos de los bandidos. La multitud cambió de dirección en seguida, y retrocedió, llevando entre ellos a Bill Cody y a Oliver Burton hasta el lugar donde se hallaban las oficinas de la "Fargo", frente a las que se habían reunido en gran cantidad los mineros. Varios empleados dormían en el edificio donde estaba depositada una gran cantidad de oro y los gritos los habían advertido ya del peligro que corrían. Abrieron la puerta principal para admitir a una parte de los defensores, y en el movimiento, Oliver Burton fué separado de su compañero y arrastrado hacia el interior. Bill Cody quedó de la parte de fuera. No quiso seguirlo.

Estaba pensando en Sally Curtis. Dejó que el joven penetrase por la puerta abierta para dar paso al grupo de defensores, y luego se alejó. Caminó como unas cien yardas y llegó al Hotel de la Pepita de Oro donde encontró al propietario con una docena de hombres más, quienes al verlo se apresuraron a interrogarle.

—¿Qué ocurre? — exclamó Pegleg Smith. ¿Por qué diablos está alarmado todo el pueblo?

—¡Graeme Helmack y su banda! — respondió Bill Cody. — Están atacando la población. Andan en busca del oro.

—¡Graeme Helmack y su banda! ¡Dios Santo! ¿Y son muchos?...

—Sí, son una buena cantidad, Smith, y van a jugarse el todo por el todo. Yo he venido hasta aquí a causa de esa muchacha. ¿Dónde está?

—¿Qué muchacha? — preguntó asombrado Pegleg Smith. — ¿Pero sabe usted de lo que está hablando?

—No. Pregunto por mi compañero. Por Harry Kirke, — corrigió el joven explorador.—¿Dónde está?

—Se ha acostado, según creo. No lo he vuelto a ver, Cody. Pero no se preocupe del muchacho. Venga con nosotros y ayúdenos a...

—Voy en seguida. Vayan ustedes y yo estaré allí dentro de un momento. No soy necesario por ahora.

El pequeño grupo se encaminó hacia la puerta, y Bill Cody se dirigió por el corredor hacia la escalera. La lucha había comenzado y pensó que Sally Curtis estaría atemorizada si se había despertado. El ruido del correr de los caballos y el incesante disparar de las armas llegaban hasta sus oídos mientras iba subiendo las escaleras. Había apenas llegado a lo alto, cuando dominando el tumulto de la calle oyó un grito de auxilio. Su corazón dió un vuelco. En tres o cuatro saltos llegó a la habitación de la joven. Estaba la puerta abierta y a la luz de una bujía vió una emocionante escena. Sally Curtis, vestida con la misma ropa que había llevado durante el viaje, se hallaba en uno de los rincones de la habitación, pálida y temblorosa, con la roja señal de unos dedos bien arcada en su garganta. Frente a ella había un hombre esbelto y alto que tenía un revólver en la mano y le apuntaba con él. Cuando al oir detrás un ruido de pasos, se dió vuelta, Bill pudo ver el diabólico semblante de María Wildrake.

—¡Usted! ¿Usted aquí, canalla?

Su revólver estaba descargado, pues no había vuelto a llenar el cilindro del arma después de hacer los disparos para despertar la alarma. Pero avanzó resueltamente hacia Mark Wildrake, quien disparó contra él en forma tan precipitada, que erró. Iba a hacer fuego nuevamente cuando Cody lo tomó por un brazo y se lo torció con tanta violencia que el revólver cayó al suelo. Wildrake no tenía probabilidad de apoderarse nuevamente de él, y Bill Cody tampoco. Los dos se agarraron y dió comienzo una desesperada lucha. Eran ambos fuertes y al principio ninguno obtuvo ventajas sobre el otro. Cayeron y fueron de un lado a otro de la habitación.

—¡Suélteme, maldito! — gritaba Mark Wildrake. — ¡Suélteme o lo mato!

—¡No lo conseguirá! Voy a enviarlo a la cárcel de Pineville.

La muchacha permanecía arrinconada y tan atemorizada que casi estaba a punto de desmayarse. Había sido rudamente maltratada y no estaba en situación de prestar ayuda a su amigo. Ni aun fuerzas tenía para gritar pidiendo auxilio, pues aunque lo hubiera intentado la voz no le habría salido de la garganta. Miraba con terror mientras la lucha continuaba. Al fin, cansado por sus repetidos esfuerzos, Wildrake dió señales de postración. Bill Cody se apresuró a sacar ventaja de la situación de su adversario. Se sentía fresco y fuerte y hubiera dado buena cuenta de su enemigo si en uno de los movimientos de la lucha, al tropezar con una mesa, no

hubieran sido apartados. Wildrake fué el primero que se puso en pie.

—¡Ya nos volveremos a encontrar los dos! —rugió.

Y con una salvaje imprecación saltó hacia la puerta y desapareció. Por muy ligero que anduvo Bill Cody, cuando se levantó y echó a correr tras él, tuvo apenas tiempo para ver como llegaba al final de la escalera y salía del hotel. El explorador vaciló un momento y luego regresó a la habitación. Sally Curtis al ver huir a su enemigo, empezó a recobrar la tranquilidad.

—¡Muchas gracias! — murmuró. — ¡Qué valiente es usted! ¡Tenía miedo de que él pudiese matarle!

—Lo que más lamento es que el canalla se ha escapado, — respondió Bill Cody. — —Ha pasado usted un buen susto.

—Sí. Estaba completamente horrorizada. Yo sabía que Mark Wildrake estaba en el campamento, porque lo ví esta tarde, poco después de irse usted. No le dí mayor importancia y me acosté. Esperé hora tras hora hasta que al fin me quedé dormida y precisamente en el momento en que empezó el tumulto se abrió la puerta y penetró Mark Wildrake. Debía haberse informado por alguien de que yo estaba aquí. Yo quise darle muerte, pero él me arrancó el revólver y me agarró por la garganta. Me hubiera llevado si no llega usted tan a tiempo. — Hizo una breve pausa y preguntó alarmada: — ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué están tirando tantos tiros?

—Es Graeme Helmack y su banda, — respondió Bill Cody. — Han atacado la plaza. Andan tratando de apoderarse del oro. Han conseguido averiguar que hay aquí una buena cantidad bajo la custodia de la "Fargo".

—¿Está ahí Graeme Helmack?

—Sí. Con un ciento o más de sus hombres. Yo he estado en su oculto campamento esta noche.

—¿Qué ha estado usted allí? ¿Y qué hay de Oliver? ¿Lo ha visto? ¿Le ha hablado?

—Lo encontré allí y lo traje conmigo de regreso. Los bandidos nos persiguieron y estaban por darnos caza cuando nosotros conseguimos dar la señal de alarma.

—¿Y dónde está Oliver ahora? ¿Qué ha hecho usted de él? ¿No está combatiendo ahí con Graeme Helmack y sus hombres?

—No. Lucha contra ellos. Ha roto por completo toda relación con esa gente y ahora se encuentra en el interior de las oficinas de la "Fargo Express Company" ayudando a los mineros a defenderlas.

En pocas palabras Bill Cody hizo un relato de sus aventuras y de las circunstancias en que Oliver Burton abandonó a los bandidos. Los ojos de Sally Curtis se llenaron de lágrimas de alegría. Fué para ella un enorme alivio saber que su novio había abandonado la banda. Pero pronto la asaltó un nuevo temor.

—Oliver debe estar en grave peligro,—dijo con temblorosa voz.—Temo que lo maten.

—No tenga temor alguno, — respondió el explorador. — Todo irá bien, según creo. Los mineros se han de conducir en buena forma y yo pienso tomar parte también en la defensa, pero usted no puede venir conmigo y yo no quisiera volver a dejarla sola.

—¡No, no! ¡Por Dios! Tengo mucho miedo.

—Bueno. En ese caso, me quedaré aquí con usted. Creo que ninguno de los dos corremos peligro aquí.

Solamente un corto espacio de tiempo había transcurrido, relativamente, desde que los asaltantes habían llegado a Rattlesnake Creek. Bill Cody se asomó a una de las ventanas y la muchacha lo imitó. El la hizo ocultarse en el interior del dormitorio, pues una bala perdida podía alcanzarla. Los oficinas de la "Farge" se encontraban cerca de allí hacia la derecha, y la calle parecía hallarse completamente atestada de hombres a caballo y a pie. Bill podía ver unas siluetas oscuras que iban y venían y fogonazos que se destacaban entre las sombras. Se había armado una batahola infernal. Gritos y blasfemias, mezclados con el incesante ruido de las detonaciones se oían por todas partes y al mismo tiempo el ruido producido por los golpes que los bandidos daban en el edificio asaltado.

Helmack y sus hombres trataban por todos los medios a su alcance de penetrar en la "Fargo Express Company". Los de dentro, por su parte, hacían todo lo que podían por evitarlo. Otros habían sido atacados por la muchedumbre que se había reunido cuando comenzó el asalto al edificio y combatían con ellos en un extenso radio cerca de las afueras del campamento.

En el pequeño galpón situado casi enfrente del hotel se notó una luz rojiza y a poco comenzaron a salir llamas. Sin duda uno de los disparos había originado allí un incendio. No había viento y por lo tanto no existía el peligro de que las llamas se extendiesen. El explorador se apartó de la ventana y su rostro demostró preocupación. Sally Curtis comenzó a dirigirle preguntas con gran interés.

—¿Los mineros todavía se mantienen firmes? — preguntó.

—Así parece, — contestó Cody. — No puedo dar cuenta exacta de cómo van las cosas, pero se lucha encarnizadamente.

—¿Y Oliver? ¿Está seguro de que no le pasará nada?

—Ya le dije que no tuviera ningún temor a ese respecto.

—¿Y qué es lo que se quema?

—Un pequeño galpón que está ahí cerca y que no sé cómo ha prendido fuego.

—¿Las llamas pueden alcanzar al hotel? ¿Cree que será así?

—No. Me parece que no se corre ese peligro, pues no hay viento para dirigirlas en esta dirección. Nos quedaremos aquí hasta que...

—¡Atención! ¿Qué es eso? — interrumpió la muchacha.

—Es alguien que se acerca, — dijo el explorador.

Un paso inseguro se dejaba oir en la escalera. ¿Sería Mark Wildrake el que re-

gresaba? Bill Cody había vuelto entretanto a cargar su arma, que sacó del cinto. El ruido de los pasos se oía cada vez más cerca. Se oyó un quejido ronco y en seguida Pegleg Smith penetró en la pieza. Estaba cubierto de sangre y se tambaleaba como un ebrio. Trató de apoyarse en una silla pero no pudo conseguirlo y se desplomó en el suelo. Bill Cody se arrodilló junto a él y Sally Curtis le imitó y comenzó a frotarle las manos.

—¡Oh! — exclamó. — ¡Parece que está muerto!

Durante un corto intervalo de tiempo Pegleg Smith permaneció inmóvil. Luego abrió sus velados ojos y miró hacia arriba.

—He regresado, — dijo débilmente, — para prevenirles a ustedes dos. Usted y su compañero deben escapar ahora que tienen oportunidad de hacerlo. Ellos están venciendo. Son muchos y dominan a nuestros muchachos. Muchos de los nuestros han muerto y a mí me han acribillado a balazos. Ya acabó todo para mí. Está ocurriendo algo infernal y los hechos se suceden en forma rápida. Si logran escapar vayan pronto al fuerte más cercano y envíen las tropas. — Calló y volvió la cabeza. — ¿Qué es eso?— dijo. — ¿Oye usted?

—Siguen peleando como demonios, si es a eso a lo que usted se refiere.

—Yo he oído otra cosa. Parecían los gritos de los pieles rojas. Y eso es, realmente. Ya se oyen de nuevo. ¿No lo oye usted?

Esas fueron las últimas palabras de Pegleg Smith. Sus ojos se cerraron, una convulsión sacudió todos sus miembros, y quedó inmóvil.

—¿Podrán ser indios los que vienen? — preguntó la muchacha.—¿Cree usted que él los oyó?

—No. Me parece que eso no existía más que en su imaginación, — respondió el explorador.

—¿Qué es lo que debemos hacer?

—Fuerza será que partamos tan pronto como nos sea posible. No ofrece ninguna seguridad quedarnos en este hotel.

—Pero no me puedo ir sin Oliver. No quiero dejarle. ¡Tráigalo, por favor!

—Lo haré si me es posible, aunque no veo la forma de realizárlo. Pero lo intentaré. Quédese aquí mientras que yo...

Durante estas palabras de Bill Cody cesó de repente el tiroteo y los dos pudieron oír claramente un sonido penetrante y agudo que cruzó los aires. Corrieron hacia la ventana y se quedaron allí, escuchando. Los bandidos ya no golpeaban en la puerta del edificio de la "Fargo". Se oyó el ruido de precipitadas carreras de los hombres a pie y de los que estaban a caballo. ¿Sería verdad que los pieles rojas se aproximaban?

De nuevo se oyeron los horripilantes gritos agudos, esta vez mucho más cerca. Ya no cabía la menor duda de lo que significaban.

—Es una banda o un grupo de siux, — exclamó el explorador. — Entran en el campamento y vienen del este.

—¿Y conseguirán ellos hacer marchar a los bandidos? — preguntó Sally Curtis.

—No lo sé. Acaso sea posible que lo consigan. Depende de su número.

—¿Podremos ocultarnos o nos darán muerte?

—No nos movamos por ahora y no tenga miedo. Déjeme ver lo que ocurre y el giro que toman los acontecimientos.

No tuvieron mucho que esperar. La alarma se esparció en todas direcciones y Rattlesnake Creek fué presa del mayor pánico. Sobre todos los ruidos se oyeron nuevas voces y del lado de las oficinas de la "Fargo Express Company" se acercaron al galope de sus caballos Graeme Helmack y sus hombres, o mejor dicho los que habían quedado con vida, después de la encarnizada lucha. Se les vió claramente cuando pasaron por la parte iluminada por el resplandor del incendio. Inmediatamente se escuchó el ruido de los cascos de otros caballos y los penetrantes chillidos.

Un hombre corría en la misma dirección. Era Mark Wildrake. Se le podía reconocer fácilmente. Se notaba que estaba terriblemente confuso, medio paralizado por el terror. No pensaba en torcer ni hacia la derecha ni la izquierda, aun cuando hubiera sido alcanzado en cualquiera parte. Cuando había corrido unas cuantas yardas y se encontraba delante del Hotel de la Pepita de Oro se oyó un tiro de rifle. Se llevó una mano a la pierna y cayó rodando por el suelo y entre el polvo. Un momento después intentó levantarse cuando una horda de pieles rojas apareció. Iban en persecución de los bandidos y atravesaban el poblado. Montados en sus pequeños caballos iban al galope gritando y aullando como demonios. Uno de ellos detuvo de repente su cabalgadura, saltó al suelo y se dirigió hacia el hombre que yacía en el suelo. Brilló la hoja de un tomahawk y se oyó un terrible grito de angustia. El piel roja se incorporó blandiendo en una mano un cuero cabelludo y lanzando un grito de triunfo volvió a saltar sobre la silla y galopó con sus compañeros.

La joven había presenciado toda la escena. Se estremeció y se puso pálido.

—¡Oh! ¡Mark Wildrake ha muerto!—exclamó. — Y, además, le han sacado el cuero cabelludo. ¡Qué suerte tan cruel!

—¡La que merecía! — dijo Bill Cody.— ¡Ha muerto como merecía morir!...

Los pieles rojas desaparecieron dejando una nube de polvo en pos de sí. El peligro había pasado. No había ya nada que temer. Sally Curtis estaba pálida y asustada y temblaba como la hoja en el árbol. Tomando por el brazo al explorador lo hizo retirarse de la ventana, atravesar la habitación, bajar la escalera y salir del hotel. Cuando se encontraron en la calle, como a un par de yardas de distancia del cuerpo de Mark Wildrake, apareció un grupo de mineros. Oliver Burton estaba entre ellos, medio desnudo y con el rostro manchado de pólvora y sangre, que le brotaba de una herida que tenía en una mejilla. Vió en seguida a Bill

Cody, pero al pronto no se fijó en su compañero.

—¡Ah! ¿Está usted ahí? — exclamó mientras tendía al explorador, la mano. — El oro ha sido salvado. Helmack y su banda no han logrado entrar en el edificio. Pero posiblemente lo hubieran conseguido de no ser por los pieles rojas. Ellos nos han salvado. Ahora, ¿dígame dónde está Sally? Lléveme a su lado, Cody. ¿Está en el hotel? ¿Ha podido usted protegerla?

El joven se detuvo bruscamente al fijarse en la esbelta y pequeña figura que estaba junto al explorador y en seguida Sally Curtis se arrojó en sus brazos.

—¡Gracias al cielo! — exclamó. — ¡Mi querida y valerosa prometida! Cody me lo ha referido todo; la forma en que ha arriesgado la vida para salvarme. Hacer ese viaje tan largo y lleno de peligros para buscarme y...

Su voz tembló de emoción. Los dos jóvenes permanecieron durante un tiempo mirándose en silencio, sin que la felicidad que sentían la expresasen con palabras, mientras algunos de los mineros los rodeaban admirados y otros habían continuado su camino calle arriba. Después de separarse de la joven, Oliver Burton se dirigió hacia el cuerpo que estaba en el suelo y lo contempló.

—Algún pobre diablo que ha sido muerto y le han sacado el cuero de la cabeza, — exclamó. — Pero su rostro me parece conocido. ¿No es Mark Wildrake?

—El mismo. Ese es el hombre que cometió el crimen por el cual usted fué condenado, — dijo Bill Cody.

—¿Fué Wildrake el que asaltó a la diligencia? — preguntó el joven. — No puedo creerlo. ¿Cómo ha podido usted saber?

—Es la pura verdad, Oliver, — interrumpió la joven. — Yo lo sabía desde hace tiempo. Mark Wildrake planeó el robo de la diligencia e hizo recaer la responsabilidad sobre usted, porque estaba celoso. Estaba enamorado de mí. Deseaba que nos casáramos, pero yo rehusé. Yo debí decírselo...

Sally Curtis se interrumpió, para continuar casi en seguida relatando su historia.

—Pero hay otra cosa que no le he referido, — añadió. — Ha sido usted perdonado, Oliver. Puede usted regresar a Pineville tan pronto como desee y todos tendrán una gran alegría en volverlo a ver.

Oliver Burton se quedó un momento sin saber qué decir. Eran todas aquellas mucho mejores noticias que las que esperaba. Las sombras habían pasado y el sol volvía a brillar de nuevo. Tomando nuevamente a la joven en sus brazos, la estrechó y la besó.

—No puedo manifestarla lo feliz que me siento, Sally, — exclamó roncamente. — Todo esto es demasiado bueno para ser verdad. Jamás olvidaré lo que ha hecho por mí, ni tampoco olvidaré lo que debo a Bill Cody. Ha sido el mejor amigo que se pueda imaacompañó durante un cierto número de mi-

. . . .

El oro había sido salvado, y no corrió, relativamente, mucha sangre. Una docena de los hombres de Graeme Helmack habían sido muertos, así como otros tantos mineros. De los pieles rojas algunos habían sido desmontados a tiros mientras atravesaban el pueblo. Oliver Burton y la muchacha tenían grandes deseos de ponerse en marcha. A la siguiente mañana partieron a caballo en dirección a Pineville. El joven explorador los acompañó durante un cierto número de millas, hasta que consideró que no tenían ya nada que temer de los pieles rojas. Ellos le pidieron que los acompañase, hasta el fin, pero él se rehusó. Sabiendo que Graeme Helmack y sus hombres habían partido para algún otro escondite y considerando que sería una grave imprudencia ponerse en su camino en aquellas circunstancias, marchó hacia el norte a uno de los fuertes, matar búfalos para los soldados. Y fué allí donde supo, algunas semanas después, por un hombre recién llegado de Pineville, que Oliver Burton había recibido una ovación de los habitantes del pueblo cuando lo vieron aparecer con la joven, de regreso y que en seguida Sally Curtis y él se habían casado.

Fin de "La Prometida del Proscripto".



DON QUIJOTE EN SUD AMERICA

DENTRO de su encantadora fantasía, el relato que a continuación se publica ofrece grandísimo acopio de datos históricos. El autor, al comentar donosamente los trabajos de los conquistadores, establece un paralelo tan exacto como intenso entre las ideas de aquellos guerreros extraordinarios y las del andante caballero de la Triste Figura, exponiendo cómo por un lado el espíritu de Don Quijote y por otro el de Sancho, acudieron a unirse para realizar las más colosales e inesperadas hazañas, dignas en su esencia, de ser consideradas como rivales de las de los famosos caballeros que lucharon con endriagos y dragones y dieron al mundo asombrosas crónicas tales como las de Amadís de Gaula o de Pentapolín el del arremangado brazo. Luchas fueron las de los conquistadores, por otra parte, que si en ocasiones vieron el flamear altanero de las cimeras y de los pendones, tuvieron en otras, la sensatez práctica de los refranes y de las sentencias del escudero Sancho.



SI se ha de creer lo que dicen unos antiguos papeles llegados a nuestro poder, el primer ejemplar de la célebre obra de Miguel de Cervantes, produjo en las márgenes del Río de la Plata los más terribles efectos. Fué causa de que quedara "biuda", como en las crónicas de la época se escribe, la muy donosa señora doña Leonor de Cervantes de Bracamonte, porque el muy alto señor de Bracamonte prefirió desaparecer del mundo de los vivos a seguir sufriendo los sofocones que le daba diariamente su consorte.

Orgullosa hasta aquel momento del sonoro apellido de su esposo, tan pronto como en el barco de Juan Carlos llegó allá por los años de 1612, "la copia primera", como en los papeles a que he aludido se la llama, del inmortal Don Quijote de la Mancha; sea o no con motivo, empezó la buena señora a contar a todos los porteños que el Miguel de Cervantes, autor del libro, era primo suyo, pues procedía ella de aquellos Lioneles de Cervantes que allá por los años de 1540, pasaron a Nueva España, no por ser ningún gran sabio el medio sordo oirdor, sino por contar con siete incasables hijas, las que podían servir en Indias como soberbios ejemplares para la propagación de la estirpe.

Desde el día en que Juan Carlos llegó acá con su libro y lo mentó como lo más divertido que podía encontrarse para matar la modorra del viaje, y la buena doña Leonor se enteró de tal novedad, el nombre del señor de Bracamonte se vió en el "Index" de su esposa y lo primero que hizo su consorte fué suprimir de su linaje todo lo que pudiera menguar el reflejo de la cervantesca gloria.

Compró a Juan Carlos el ejemplar de "El Ingenioso Hidalgo" y se entregó, dale que le darás, a su lectura, tratando de encontrar lo que el libro tiene y de muy distintas layas, según quien lo lea, y dale a copiar primero y a escribir después, metiéndose a literata y docta una pobre señora que era la primera en toda Trinidad de los Buenos Aires para hacer el más exquisito codonate.

Murióse de puro despreciado el señor de Bracamonte y lo enterraron, solemnemente, llevándole de su domicilio a la iglesia parroquial en una escalera de mano cubierta con un cuero de vaca. Le dejaron dormir el sueño eterno bajo tierra, cubierto por una especie de lápida hecha de cal, arena, ripio y cascotes de ladrillo, del horno del brasileño Alvarez, pues las muchas goteras del tejado del templo no ofrecían ni la menor seguridad de que el difunto no se mojase.

Se limpió la "biuda" el negruzco barro del brial, secó al fuego las medias de lana, restregó los zapatos de cordobán, y sin dirigir una sola mirada a la rueca, que cubierta de telarañas se aburría en lo más alto del estrado, se engolfó en su lectura favorita, soñando con meterse a escritora y sintiéndose feliz por no tener ya que perder ni un minuto de su preciosa existencia en remendar la ropa del señor de Bracamonte.

Al domicilio de doña Leonor tenía que ir el que deseara conocer aquel primor de libro, y ella era la comentadora de sus pasajes más sabrosos. Era cosa de chuparse los dedos de gusto el oirla hablar del autor de tan estupenda obra, o de su primo, como, orgullosa, lo llamaba.

Leía muy atentamente el aludido libro el señor, el capitán don Bernardino de León, una asoleada tarde de invierno, y tomaba mate yo, mientras buscaban mis ojos los de la hermosa viuda, que en todo, menos en mí, pensaba. Doña Leonor metía y sacaba del negro tintero de plomo la larga y blanca pluma de ganso, con la que trazaba en un papel "de barbas", letras que, supongo, formarían las palabras de los párrafos soberbios de un libro, como el de "su primo Miguel", que estaba sacando de su caletmen nuestra paisana.

Presente se hallaba también el viejo cap

tán don Alonso Abad, con sus sesenta a cuestas, pero erguido y fuerte aún, como si nos quisiera demostrar que los fundadores de la ciudad de Salta habían sabido conservar incólumes la robustez y la juventud, por virtud de las aguas del espumoso río Mojotoro.

Soltó de improviso el que leía la más estruendosa carcajada, y la viuda, el salteño y yo inquirimos la causa de su risa.

—Ríome, mis señores, ríome de la aventura en la que el ingenioso hidalgo topa con los ejércitos de carneros que toma, en su quimera, por aguerridas falanges de soldados, y me parece estar viendo a los que con mi señor el licenciado Lerma, salieron de San Miguel de Tucumán, el año de gracia de mil quinientos ochenta y dos, para ir a poblar Salta. Por lo fieros y lanudos, en nada, ¡vive Dios! desmereció el ejército de que el bravo capitán Abad formaba parte, del pacífico rebaño tan fieramente alanceado por el iluso caballero andante.

Torció el gesto el veterano salteño. Cuántas y cuántas veces, al amor de la lumbre, en las largas noches de invierno nos había referido su excursión de Tucumán a Salta, para fundar esta villa, descanso y presidio para el tráfico con el Perú, punto principal para la defensa y resguardo de estas provincias. Nos había hablado de los peligros afrontados con el más sereno ánimo, de las peleas con los indios. Había contado cómo a este quiero a este no quiero, mató, lanza en ristre, y tal como se atraviesa a una langosta, a más de cien cobrizos paladines.

—Creo, mi señor capitán Abad, que alguien llevó a ese Miguel de Cervantes el soplo de lo que por aquí sucedía, puesto que tan pintiparadamente describe las piaras mansas, baladoras, mugidoras y hasta gruñidoras, con que hemos conquistado estas Indias, y que lo que dice don Quijote tiene su origen en el sol indio que hace ver como heróico, grande, caballeresco lo que su merced y este cura, y todos los que en estas Américas hemos peleado sabemos que sólo fueron viajes de arrieros, emigraciones de pastores, arreadas de porquerizos. Antes el látigo que el mandoble, más bien la pica contra el buey remolón que la lanza contra el indígena brioso, hemos ido esgrimiendo, por cierto.

—¡La lengua tenga su merced, y no de tal guisa ofenda la memoria de los que agrandamos estos reinos, — exclamó, poniéndose en pie, con algún trabajo por cierto, el sesentón hidalgo.—Hónrome, como aquel mi ilustre antecesor Abad, de poder repetir ahora:

¡Por necesidad batallo,
y una vez puesto en la silla,
se va ensanchando Castilla
delante de mi caballo!

cayó en el recio sillón de vaqueta el obre viejo, mientras sus apagados ojos reobraban un instante toda la énergía de us años juveniles.

—¿Podría su merced decirnos de qué convento fué abad ese poeta antecesor suyo?— inquirió l...

Hasta el rabioso salteño se tuvo que pegar fiero mordisco en el labio inferior, para no soltar el trapo. ¡En camino estaba la fresca y alegre dama de escribir algo que fuese ni como la sombra de lo trazado por Miguel de Cervantes, del que era tan pariente como nosotros!



—Valeroso, en verdad, debió ser el ejército que salió de San Miguel para el Fuerte de Cobos, — agregó el burlón Bernardino de León, mestizo de la tierra, veterano de mil y mil contiendas, y hombre tan leido como el porteño más ducho, pero que del Quijote tomaba a Sancho Panza como personaje de sus simpatías. — Valerosa tropa, y por Nuestro Señor Jesucristo qe para cosa de las ciudades de Arriba no andaba mal el negocio. Valiente como pocos mi señor el licencia Lerma. ¡Atreverse a salir de Tucumán arreando nada menos que quinientas cabezas de ganado de todas clases, entre potros, vacas y terneros, ovejas y cabras, y cerdos y lechones! Pues ¿qué diremos del tesorero don García de la Xarca? ¡Con sus quinientos veinte animalitos, loco debió verse el pobre hombre! Vuesa merced, mi señor capitán don Alonso de Abad, estaría arrogante al frente de su compañía de ciento treinta y seis becerros, cabritos, carneros y cerdos. ¡Qué estorbo sería el lanzón para arrear aquellos batallones! ¡Qué desdoro empuñar el rebenque para quien lleva en los bullones de la manga los galones de capitán!

La hermosa porteña seguía escribiendo. Oíase cómo rasgaba la mal tallada pluma el rugoso papel, mientras la contemplaba yo embebido en tanta gracia que envolvía meollo de tan escasa consistencia y continuaba el capitán León poniendo de oro y azul las famosas conquistas españolas, mientras ni parecía hacerle caso el viejo, y hasta lo escuchaba con complacencia, como si se hiciese la luz en aquel erebro, tras los largos años de entusiasmo y de locura épica de una gloria que tuvo tanto y tanto de égloga pastoril y dep acífica dominación.

—Yo, mis señores, — continuaba el sarcástico porteño, — yo, mis señores, he tenido también que andar a salto de mata por estos mundos, y bien sabe Dios que no le negué la cara a nadie, que metí mano al chafarote cuando vino al caso y despené más de un salvaje, si atropellaba con aviesas intenciones. Pero al leer que don Quijote creyó verse con los sesos derretidos, cuando se metió aquellos requesones debajo del yelmo de Mambrino, ¡válgame la Virgen!, dije para mi sayo de fustán cordobés, ¡eso, sólo en estas Indias pasa! Recuerdo que una vez, yendo a las Salinas Grandes, túveme que quitar el capacete, pues entía los sesos fritos en aquella sartén. Gritáronme los amigos que tal no hiciera, que los indios andaban ocultos por

los pajonales. "¡Mátenme indios y cómanme caranchos, pero a lo que te criaste, y déjate de yelmos y armas y libros de caballerías, que el peor contrario, acá, es el sol y no con quien naces, sino con quien paces, como Sancho dijo y pues como al mundo vinieron mis señores los indios andan, como ellos quiero desnudarme para mejor poderlos dominar!" grité. Y héteme tan fresco como ellos y ligero, además, para escurrir el bulto.

Continuó leyendo el capitán don Bernardino de León. Volvió a sus escritura la hermosa doña Leonor, mientras el veterano de la conquista salteña cerraba los cansados ojos y, al mismo tiempo que traían otra vez el mate, olvidé viuda, Quijotes y Sanchos y hasta las aventuras bélicas y terroríficas, ante la soberbia india que plácida, amablemente me brindó la diminuta calabaza.

Había yo visto muchas mujeres de esta tierra en los largos meses pasados en Trinidad de los Buenos Aires, pero nunca beldad como aquella se presentó ante mis ojos. Morena como las más morenas sevillanas, era alta, recia, airosa, mujer hasta en el menor detalle. Me miró cara a cara, ni se arredró ante mi admiración ni mostró extrañeza alguna. Aun estaba frente a mí cuando levantó la prima de Cervantes los ojos y pudo darse cuenta de lo que en mí pasaba, mientras el semidormido capitán abría también los suyos. Veterano y viuda se miraron dulcemente, y cambiaron algo así como una sonrisa de muda inteligencia.

Salió de la habitación la gallarda india y quedamos nuevamente solos.

—Lamento, mi señor capitán de León, — dijo el salteño, — que sus paries hayan causado mal efecto a este joven. A Indias vino como vinimos arrastrados todos por afanes muy altos y muy nobles, que noble es querer, por sus propios puños, conquistar su posición. En nuestras aldeas mal podríamos prosperar los que acá somos herramientas utilísimas para enriquecer estos desiertos. Mal haya quien los libros de caballerías menosprecie, que en Indias estamos viendo todo lo que los paladines cuentan, y si Cervantes lograra una plaza de alcabalero, muy lejos de ridiculizar las heroicas empresas, fuera aquí el primer adalid, conquistara reinos y señoríos, ya fuera embrazando el lanzón caballeresco, ya arreando piaras de gruñidores cerdos. Y por fin vencería al dragón escondido en lo intrincado de las selvas americanas, para deshacer los encantamientos de endriagos y gigantes, y llevarse a la grupa de su potro la cobriza castellana, arrancada al sortilegio de la barbarie por la invencible fuerza del amor.

Tan apuradamente pretendió la viuda estampar en el papel lo que había dicho el viejo, que quebró la pluma, la que quedó abierta en toda la longitud del transparente canuto. Quedóse desconsolada y compungida. La pérdida de una pluma ha sido siempre cosa grave para una literata. Pelados andaban ya, desde que falleció el pobre Bracamonte todos los ansares del corral. Malas lenguas murmuraban por lo bajo que la oca grande, la de doña Francisca Ximénez, esposa de Pedro Sánchez Garzón, andaba medio estropeada por haberle arrancado casi de raíz, una de las alas, un tirón tan fuerte como pecaminoso. Se llegó a iniciar pleito por tal asunto, pues escasas eran las plumas y los gansos en Trinidad y cada cual guardaba para sí tan preciosos animales, proporcionadores de tan útiles adminículos.

Volvió la hermosísima india con el mate. Saboreólo el capitán León, y se quedó igual que yo mismo, alelado ante la belleza aquella.

—Quién conquistara el salvaje corazón de esa india, — decía tristemente el veterano salteño, — podría dar por realizados todos los más locos ensueños que don Quijote ve en sus fantasías, y el Sancho que, como escudero, al paladín de tal empresa acompañara, acaso lograra ínsula más firme que la famosa Barataria.

El capitán dejó el libro. Se diría que las palabras del anciano habían hecho efecto en él. Yo no podía ocultar el interés que me inspiraba todo aquello. Lo que acababa de oir había aumentado mi curiosidad excitando todas las ambiciones de mi alma.

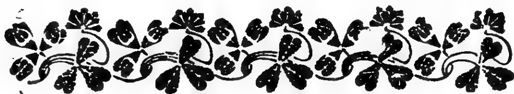
No podía ser más claro el misterio. Pertenecía la moza a una tribu calchaquí. Huyó de su indiana aldea escapando a las brutalidades de un cacique para con la autora de sus días. Madre e hija vagaron por las selvas, hasta llegar a tierra de cristianos, en la que hallaron amparo y protección. A Trinidad la había traído el viejo, para que viera algo de mundo, y aprendiera buenas maneras en casa de los señores de Bracamonte. Como hija, no como sirvienta estaba. Sabía de dónde sacaban los naturales el plomo cargado de plata que llevaban a vender a Jujuy, y la mano de la moza era la más rica encomienda de todas las ocho ciudades de todo el adelantazgo.

Por aquellos mismos días el capitán de León tuvo que presentar una fianza para ser Depositario General de la Ciudad, por la suma de cuatro mil pesos. Andaba el hombre bastante afligido, procurando encontrar cuatro amigos que firmaran como garantizadores, pues no bastaba su propiedad, con ser muy respetable, y la república municipal bonaerense no consentía bromas en cuestión de pesos.

Era necesario, además, que firmara la garantía el mismo capitán y su consorte y la esposa de cada uno de los cuatro garantizadores, pues la esposa era, entre los antiguos porteños, mucho más considerada que en ninguna otra parte del mundo, y desde la dote de que cada moza gozaba, sólo por el hecho del ser hija de la ciudad de Trinidad, hasta los derechos a gananciales y a la participación completa en la administración del hogar, era en todo y por todo, igual a su marido, y su verdadera compañera.

La amistad que nos unía fué la causa de la aventura que luego emprendimos, como don Quijote yo y como Sancho él, con lo cual quedó cada uno dentro de su especialidad, en lo relativo a la famosa producción literaria del

"primo" de doña Leonor de Cervantes de Bracamonte.



Ellos, y no yo, arregláronme la boda. La india estaba conforme, pues en aquel salvaje corazón no había penetrado aun el dios alado, que trastorna a las cristianas desde sus infantiles años. Nos echó la bendición el padre jesuita Juan Romero, acabado de llegar de Madrid, tan pobre que solicitó del Cabildo la limosna de los sesenta pesos que le sobraron de los recibidos por su viaje a la corte como embajador de Trinidad, y encaramados en sendos y gordos potros, salimos, una fresca mañana de Agosto, de Buenos Aires, rumbo a aquel norte no conocido por mí, donde tan temerarias aventuras se corrieron, si al capitán y conquistador Abad se prestaba crédito, donde no se hizo sino arrear cerdos y toda clase de ganado, si al criollo capitán de León se creía.

La tierra estaba ya pacificada. Topábamos con indios que se descubrían, quitándose cortésmente el sombrero, saludando en castellano. Habían desaparecido los peligros, y el viaje resultaba tan tranquilo como mis andanzas por la llanura de la Mancha o por los riscos aragoneses, pero a pesar de todo, nada más que el trabajo de abrir los caminos que el espeso matorral cerraba a cada instante, hacíanos perder semanas y semanas y renegar de la conquista de las minas de plomo argentífero.

Acompañábanos el bravo capitán de León. Trataba de quedarse con la dula de Trinidad, y necesitaba mayor fianza. Contaba con mi firma y la de mi consorte, cuando volviéramos todos con las mulas cargadas de plata pura.

Siguió la expedición al pie de la letra los consejos del veterano capitán Abad.

"Trigo tostado, y animales vivos, en arreada constante por pampas y por montes. Mucho ojo con los indios bravos y más ojo aun con los pacíficos. No quitarse el yelmo, aunque caigan rayos, que entre que dé el sol en la testa y recibir una fiera pedrada mortal, de un toba o mocoví brioso, el más lerdo sabe bien qué es lo preferible."

Reíase el no menos veterano criollo de mis temores. Sonreía mi morocha esposa mirando a su marido, hasta el último de los indios que formaban la numerosa comitiva, tuvo su mirada de desprecio para el chapetón que se tostaba dentro de sus armas, mientras libres de alma y de cuerpo, iban ellos jineteando alegremente.

Mucho más allá de San Miguel, al llegar al Río de las Piedras, nos vimos en una grave aventura. La contaré por ser ella demostración de que sólo con la disciplina de la religión de la caballería se logran los éxitos que están escritos en el maravilloso libro de aventuras trazado con sudor y sangre por los sufridos conquistadores.

Arreábamos la numerosa manada de ovejas, novillos y cerdos, sin la que ninguna expedición pudo salir nunca con bien. Imposible es decir o pintar las fatigas, los trabajos, las demoras que aquella emigración gruñidora, polvorienta, mugidora, impuso al numeroso personal.

El capitán León resultó eximio director de hombres y animales. Fué el alma y nervio de la "entrada", y nadie como él para repartir latigazos, lo mismo al lechón díscolo que al novillo poco obediente, que al yanacona o indio de encomienda que no cerraba el hato y no evitaba que los animales se extraviaran en lo tupido del matorral.

Libres el capitán de León y todos los suyos, sin armas, pues éstas colgaban de sus sendos caballos de pelea, eran unos diablos para llevar adelante la alborotada tropa que, como escapada del Arca de Noé, corría en busca de suculento pasto. Eran continuas las burlas que unos y otros me dirigían, pues yo, infeliz caballero andante, custodio de su Dulcinea india, iba sudando la hiel y sin soltar del brazal el lanzón que resultaba casi inútil para arrear cerdos.

—No se desdora quien arrea puercos, —decíame el valeroso capitán de León. — Mi señor Hernán Cortés, los arreó desde Méjico a las Hibueras en aquella su famosa entrada; Belalcázar los arreó desde la ciudad de los Reyes a Quito, y a cien pesos se vendían los lechones, aun antes de haber nacido. Los tocinos y el maíz, mi señor de la Triste Figura, antes que los arcabuces y los bridones, son los dos elementos a que se debe la conquista de Indias. Cuando, en el correr de las edades, se levante un monumento a las empresas españolas en este nuevo mundo, columbro ya cómo lo trazarán los futuros escultores. Presentarán a un guapo mozo con puntiaguda barba, abrazado a una beldad indígena, mientras un cerdo, que el castellano conduce, hociquea una planta de maíz que la india presenta al vencedor, al mismo tiempo que le ofrece las mieles de sus labios.

Reíamos todos de las donosuras del despierto y valiente criollo, pero las risas se trocaron en llantos para más de uno. La imprevisión parecióme ser el contrapeso de otras mil y mil cualidades de los hijos de la tierra.

Las sesenta mulas compradas en San Miguel de Tucumán para volver con ellas cargadas de piñas de plata, eran de la misma piel del diablo. Dijérase que eran de aquellas resabiadas mulas de alquiler, de las que en mi pueblo parlaban todos. Sólo el trabajo de mantenerlas algo reunidas, representaba una tarea muy pesada.

De sus pardos lomos pendían calderos y trebejos varios, sonadores como cencerros de colosal tamaño. Eran los chirimbolos para la fundición de argénteo plomo de los valles calchaquíes, y desde luego, desde el capitán al último yanacona, contaban todos como cosa infalible con volver con las 480 arrobas de piñas de plata pura, que era todo lo que podían cargar las sesenta mulas, a razón de ocho arrobas por acémila.

Ladeábase hacia un lado el rebaño mular, mientras los gruñidos de los cerdos, en lo le-



. . . Todo cortar leña con lo que se podía, todo cocer mineral y espumar mi pobre casco, que era usado como olla para derretir el plomo con vetas de plata... ("Don Quijote en Sudamérica". Pág. 36).

jano de la fronda indicaba que era necesario dar una vuelta por lo espeso de los montes. Los novillos punteaban en un trotecito desesperador por el frente, mientras las ovejas quedaban a retaguardia, como si los vellones se les quedaran prendidos en los espinosos matorrales.

Unos por aquí, por allá otros, era todo alegría, algazara, risas y burlas para el Caballero de la Triste Figura, — mote que el capitán me puso, — quien, lanzón y yelmo y armas a cuestas, se veía loco para cumplir con su deber, arreando cerdos a gritos, y ovejas a fuerza de improperios.

Aullidos pavorosos resonaron de improviso y huyeron al galope las mulas, hostigadas por una feroz banda de infieles. Desaparecieron los caballos de repuesto, llevándose armaduras y corazas, y corrieron los indios mansos a la querencia, mientras el bravo capitán de León, rebenque en mano, se lanzaba en medio de los enemigos, y mi consorte se ponía frente a ellos, blandiendo una granca de muy regulares dimensiones.

"¡Aquí de mis armas!" dije para mi coselete. El maldito lanzón que tantas desazones me diera, bastó para arredrar a la indiada. Sólo la vista de aquel espantapájaros que sobre ellos caía a galopito corto y no muy seguro, bastó para desconcertar la furia del ataque, y como ya toda la hacienda estaba en su poder y lejos de nosotros, no pensaron en oponernos ni la más leve resistencia. Huyeron como habían venido, dejándonos sin carne en pie, sin armas, sin mulas y sin calderos.

Triste aspecto el del campamento que formamos media hora después. ¿Cómo y para qué continuar la expedición? Seis meses tontamente perdidos. ¡La ruina completa, en vez del Potosí soñado! ¡Famoso sería el recibimiento que nos harían en Trinidad!

La rabia, la sofocación se apoderaron de mi espíritu. Me ahogaba dentro de mi chupa de acero. Maldecía de mis armas. Casado con una india, con una india valiente como ella sola, sin la menor duda, pero india al fin y al cabo, y sin el platal que como dote columbraba. ¡No! ¡Ni don Quijote ni ninguno de los andantes caballeros hablan jamás de casaca y si sólo de aventuras con damas, señoras de ínsulas, reinos y castillos! Yo, caballero andante de las más desgraciadas andanzas, me casé antes de recibir la dote, bajé la cerviz a la coyunda por el encantamiento del seguro galardón. No fué hada, fué bruja la que engatusó de tal guisa!

Me quité el casco y el coselete. Me ahogaba. No podía respirar, ni sé si de emoción, de calor o de rabia.

—Le dura el miedo todavía, amigo mío,— díjome el capitán de León, tan fresco como de costumbre. — ¡Lances de la vida, joven, lances de la vida!

¿Sería así? Miedo y sólo miedo era, tal vez, lo que me quitaba el resuello?

Mi consorte estaba ocupada en la más seria tarea. Llenaba mi casco de piedras, y medía con el mayor detenimiento la cabida del torcedor que había llevado en mi cabeza durante toda aquella inútil excursión. Tomó luego la coraza y la llevó a la orilla del próximo río. La llenó de agua, para ver la que podía contener el peto. Después volvió a donde estábamos.

—Nos quedan los montados, — dijo, — y a dos días de marcha estamos de los mineros de mi tribu. Con estas ollas de hierro que mi señor trajo desde Trinidad para tormento de su persona, y una buena hoguera, tenemos como separar la plata del plomo. Nada me importaba antes ser rica o pobre, pero rica quiero ser ahora para que opulento y poderoso sea mi hijo, el que pronto ha de nacer.

Y se dejó caer en mis brazos, llorosa, avergonzada, estremecida de alegría. Besé aquellos renegridos cabellos. Valiente era la india y hermosa como las morenas hijas de mi querido barrio de Triana. Gitana calchaquí, igual a las algabeñas. Y madre de un pequeñuelo, al que, con sólo entornar los ojos veía yo saltar sobre mis rodillas.

—¡Al avío!—grité.—¡A los mineros!

Tres días más tarde todo era arrancar pedruscos con cuchillos, espadas y puñales. Todo cortar leña con lo que se podía, todo cocer mineral y espumar mi pobre casco, que era usado como olla para derretir el plomo con vetas de plata que mi esposa sabía encontrar en los rincones de los montes.

La cosecha se presentaba soberbia. Era, como quien dice, coser y cantar. Hasta el último indio encomendero o yanacona se refocilaba a cuenta de las cosas que podría trocar a cambio de las piñas que se llevaría a Buenos Aires.

Cada cual sacaba cuentas de sus fuerzas propias. Por de pronto se convino en hacer a pie el viaje de regreso para que los montados pudiéramos llevar el metal precioso.

—Cada arroba son cuatrocientos ochenta marcos de plata, — decíame el capitán de León.—Mi potro puede llevar las seis arrobas que yo peso y otras dos largas, entre las alforjas y el recado. Serán sus tres mil ochocientos pesos plata. Seis indios míos traje, les daré una arroba de metal a cada uno, y me quedarán cuarenta y dos para mí.

Y arreaba a los naturales, les decía mil alegres bromas, los excitaba con sus gritos y su charla, para que trajeran más leña, para que soplaran más fuerte, para que acarreasen más montones del riquísimo mineral, sin dejar ni por un momento de espumar mi desventurado casco con la cazoleta de mi tizona.

—Pobres armas mías, — murmuraba yo. —¡Armas de mis abuelos que gloriosamente os cubrísteis de sangre de moros en la batalla de Clavijo!

—¡No tanto, no tanto, amigo! — interrumpióme el socarrón criollo. — Cuando se dió esa famosa batalla, suponiendo que se haya dado alguna vez, no se usaban en España todavía las armas completas. ¡Baje, baje un poquito la puntería del arcabúz, que también mi señor padre fué castellano y sabemos por él muy lucidas cosas!

Mi consorte parecía estar loca de ambiciosas ansias. Quería plata, mucha plata. La plata era su vida, su alegría, su felicidad. También ella haría a pie el viaje de vuelta a Trinidad. Reñimos docenas de ve-

ces por este asunto, pero no hubo medio de disuadirla. Y como era tan bravía, no quiso obedecerme.

—¡Cunita de plata, juguetes de plata, todo de plata, para el hijo de mi señor!

Y se alejaba otra vez, en busca de nuevas vetas, mientras espumaba yo aquel famoso y bruñido peto, reliquia de mil y mil hispánicas aventuras.

Cuando, un mes más tarde, emprendimos viaje de regreso y quise vestir otra vez mis armas, me encontré con las más desagradables sorpresas.

El casco era como bacía de barbero. Era tal como el supuesto yelmo de Mambrino, el que el loco de don Quijote se plantó sobre la testa, cuando se le derritieron los sesos. El peto era gamella de las usadas para dar la comida a nuestros cerdos. Un desastre completo estaba hecha mi histórica armadura. Era una vergüenza haber ensuciado así los nítidos blasones de la estirpe.

Cargados como burros y a muy breves jornadas, llegamos a Cobos, donde aun quedaban algunas familias de las primeras pobladoras, anteriores a la fundación de Salta. Después de comprar caballos, seguimos rumbo a Tucumán, orgullosos y satisfechos de nuestra legendaria hazaña.

—Razón de sobra tenía mi señor el veterano capitán Abad, — murmuraba el capitán de León, trotando junto a mí y mirando a mi hermosa consorte, gallardamente montada en un brioso potro. — Se realizan en estas locas tierras de Indias todas las locuras que se mentan de paladines y troveros. Héte acá a un pobre caballero andante, que venció al dragón de la miseria y conquistó un rico tesoro casándose con la más garrida moza que produjeron los valles calchaquíes. Medio burlándose de él, le acompañó un Sancho y ahora vuelve Sancho a sus lares con algo más sustancioso que el jubón regalado por la duquesa. Y si no gobierno la ínsula Barataria, podré, con la plata que debo a su merced el andante caballero, gobernar una de nuestras hermosas y ricas islas del Delta. Desdígome de todo lo que en casa de doña Leonor de Cervantes dije y si salgo otra vez de jornada, por las barbas del piadoso San Martín juro no quitarme jamás el capacete, así me abrase el sol indio y aunque no tengan mis armas la gloriosa antigüedad de la famosa batalla de Clavijo.

—Puede vuesa merced, mi señor capitán de León, burlarse cuanto guste, — dije.—Más que la fortuna estimo la prosapia. Al hijo de esa hermosa mujer me dé quiero legar, como primer tesoro, la gloria de mi linaje y el escudo en que se diseñan mis armas.

—Y hará vuesa merced la más justa cosa que en las márgenes del Plata se haya hecho. ¡Sirvió su casco como olla para beneficiar la plata de los mineros y válgame Dios, que no creo pueda servir en jamás de los jamases, para más gloriosa empresa!



"Cuando ella pasaba la barrera sonreía al mirarle y él la miraba sonriente, mientras se daban la mano... Entonces subían por la escalinata, dándose el brazo y tal vez la mano y mirándose. Si alguna vez ví a un hombre y una mujer enamorados, fueron ellos" ("En el Puesto de Flores". Pág. 39).



EL PUESTO DE FLORES

Por OWEN OLIVER

En su sencillez encantadora, el suceso presenta múltiples detalles de intensa emoción y constituye, por muchos conceptos, una nota novedosa que viene a dar animación y variedad al escogido material literario que forma el conjunto de este número de "Pucky".

"¡VAMOS, Annie, de nada sirve enojarse! Ponga esas rosas en la vidriera y cuide de que queden bien. Los hombres volverán pronto a sus casas, procedentes de la ciudad. A usted no le importará, pero a mí sí. Séquese los ojos y no sea tonta, muchacha.

Usted no necesita decirme nada sobre los hombres. Tengo edad suficiente para poder ser abuela suya y se, sobre ellos, todo cuanto se puede saber. Ellos son hombres y nada más y las muchachas, son muchachas. ¡Lo que me asombra es ver que usted es enteramente una niña! No, no digo que la culpa sea enteramente de usted. Corresponde seis para uno y media docena para el otro, si es que le interesa saber lo que yo pienso. Espero que los dos se hayan desengañado ya. Los que no pueden estar de acuerdo durante unos pocos meses, no tienen condiciones para estar de acuerdo toda la vida y más vale que no lo intenten.

¡No me hable de eso de enamorarse de pronto! Usted se ha enamorado y se ha "desenamorado" cuatro veces, en el año que lleva conmigo. "Esta vez" es siempre la verdadera. Si usted se hubiera ocupado un poco más de estas lilas, y menos de los jóvenes que andan frente a la estación... ¡Por Dios, muchacha! ¡No vuelva a llorar! Yo no soy severa ni estoy enojada; únicamente le hablo así por su bien. El joven Dick debe andar rondando las inmediaciones en este momento, no me cabe duda, y yo la dejaré a usted salir temprano para que lo vea y se reconcilie; pero si usted va, es mejor que resuelva no ponerse celosa de todas a las que él hable y no dar motivo para que él se ponga celoso, tampoco. Si usted se enamora de veras, usted no querrá mirar a ningún otro hombre, aun cuando su Dick se ausentara por muchos años, ni aun cuando él nó volviera jamás.

No. No estoy pensando en santos de yeso. Estoy pensando en una señora y en un señor a los que tengo razón para recordar. Séquese los ojos y siéntese y se lo contaré; y usted podrá contárselo a Dick, si le parece, y aprender algo de ello, ustedes dos. Porque no conocí jamás una pareja tan fiel, como no fuera en un libro, y aun en los libros, he visto pocas así.

Sucedió pocos meses después de haberme hecho cargo de este puesto de flores de la estación, y antes de que el negocio tomara importancia. Era desesperante ver pasar a la gente de prisa, a tomar los trenes y al llegar los trenes, sin que nadie se acercara jamás a comprar nada. Yo disponía de mucho tiempo para fijarme en todo, y por eso me fijé en ellos. Debió hacer ocho años el pasado Junio. ¡El tiempo vuela!

El era un hombre alto, robusto, como de unos cuarenta años, de cabello oscuro, serio, de aspecto elegante y pulcro. Llegaba en el tren de las seis menos cuarto los lunes y los jueves, de tarde. Primero miraba siempre en redor, a las plataformas y a las boleterías, para asegurarse de que ella no había llegado antes, por casualidad. Entonces venía aquí y compraba dos o tres de mis rosas especiales, las mejores que hubiera, aún cuando estuviesen caras. Después caminaba de arriba a abajo, mirando a través de las barreras, a la gente de los trenes que llegaban. Ella llegaba siempre a las seis, con toda exactitud, casi corriendo, y le saludaba a él con la mano, en cuanto le veía de lejos.

Era ella una mujer menuda y movediza, que a primera vista parecía una chiquilla; pero que resultaba tener más de treinta años, cuando se le observaba de cerca, a pesar de sus maneras de niña; su mirada era picaresca; vestía muy bien. Pero no podía dudar nadie que era toda una señora y a mi me pareció siempre una excelente señora, y así lo creí desde el primero hasta el último instante.

Cuando ella pasaba por la barrera, él sonreía al mirarla y ella sonreía al mirarle, mientras se daban la mano, y él le daba las rosas y un par de alfileres, — siempre los traía él, —y ella olía las rosas y se las acercaba a él a la cara para que las oliera también, y se las prendía en la blusa. Entonces salían por

la escalinata, dándose el brazo y tal vez la mano y mirándose cara a cara. Si alguna vez vi a un hombre y a una mujer enteramente enamorados el uno de la otra y la otra del uno, fueron ellos.

Salían caminando por el lado de la sombra de la plaza y paseaban como una hora, antes de volver a los trenes. Mi hermana me relevaba a eso de las seis y media y yo salía a dar un paseo y a tomar el aire, y siempre los veía allí. Si la oscuridad era bastante y no había gente en los contornos, él le pasaba un brazo por la cintura y tal vez ella le pasara un brazo por la cintura a él. El la llamaba cariñosamente "Kiddie" y ella le daba a él el nombre familiar de "darling", cuando yo les oía hablar. No noté jamás ni el menor asomo de disgusto entre los dos, en los tres años que duró eso. Eso demuestra lo que puede hacerse, querida muchacha. Porque creo que tenían ellos muchas más razones para poner a prueba su confianza que cuantas puedan tener usted y Dick.

Me parecía muy rara la situación de aquella pareja. No habían faltado más que una docena de tardes, en todo ese tiempo, y no era posible dudar de que cada uno consideraba que el otro era todo en el mundo para él; pero no eran novios. Yo ví, una vez, cómo se sacaba ella los guantes, cuando tomaban unos refrescos en la confitería, y no tenía ni anillo de compromiso ni anillo de matrimonio. En consecuencia, deduje que debía existir algún obstáculo y que era de parte de él.

¿Malo? ¡Ah! Cuando tenga usted más años no se mostrará tan decidida a juzgar rápidamente a los demás. Se comprende muy bien que usted diga que no aceptaría eso, mientras es joven, tiene toda su vida por delante, y está convencida de que va a casarse con el hombre a quien realmente quiere. Pero, ¿y si no se casa con el hombre a que aspiraba? ¿Y si toda la vida le resulta un infierno? ¿O si es un infierno la vida del otro hombre? Y usted halla un poco de alivio para su pena en una inocente hora, — fíjese en que digo "inocente", — de conversación con alguien que la ama... Soy vieja, querida Annie, y sé lo que es la vida. La vida pone a prueba, a veces de modo muy cruel, a los hombres y a las mujeres y hay muchos, que proceden peor de cuanto procedían aquellos. Porque apostaría mi vida a que no había nada de malo entre los dos.

Cuando estaban por terminar los tres años, comencé a notar algún cambio en ellos. Parecían quererse más que nunca, pero tenían aspecto de tristeza, tanto él como ella, hasta que se veían. Entonces era como si se encendiera la luz en sus caras; y ella procuraba, yo lo notaba, hacer que él sonriera. Ella era alegre por naturaleza y me agradaba oír su modo de hablar cuando venía aquí, con él. Era ella muy bondadosa cuando hablaba con quien le atendía, lo que es más raro en las mujeres que en los hombres. Creo que él debió ser, también muy alegre cuando tenía la edad de ella, y aún lo era, cuando se decidía a hablar; pero parecía que siempre estaba pensando en algo triste, hasta que hablaba. Entonces sonreía y siempre era agradable lo que decía con la voz de hombre más suave que he oído. Simpaticé con ambos y siempre fué mi deseo que pudiera desaparecer el obstáculo que existía en sus vidas.

Al final de los tres años, todo se desarregló en vez de arreglarse. Fué un día de Junio, muy caluroso, en momentos en que se hallaba preparada una tormenta que no se decidía a estallar. Me chocó, al verle pasar por las barreras, el notar que pareciera como si él tuviese la tormenta aquella, en la cabeza. Vino directamente al puesto y me compró las rosas de siempre. Parecía que le costaba trabajo hablar y no hizo caso cuando le dije el precio. Me dió una moneda de oro y movió negativamente la cabeza cuando le quise dar el vuelco.

—Quédese con él, se lo ruego, — dijo.—Es la última vez.

Creo que dijo eso mismo cuando le dió a ella las rosas. Ella no se las prendió en la blusa como de costumbre, se las guardó en el pecho y le miró cara a cara, por primera vez sin sonreir, después de todas las veces que yo la había visto hacerlo sonriente. Usted se reirá de mí, pero, al ver aquella escena, yo lloré. Era como si a alguien se le diera aviso de su próxima muerte. ¡De qué modo le miró ella y cómo, la mano de él, pareció estrujar la de ella! Miré por un lado de la vidriera para verles subir por la gradería de la estación, y aquella fué la última vez que les ví en dos años de tiempo.

—Ya no los volverá a ver, — me dijo el señor Jones. Era éste inspector de la estación, entonces, y un hombre que todo lo veía negro.— Siempre me pareció criticable el caso. El no tenía derecho ninguno a encontrarse con ella. Los dos lo han pensado con mayor sensatez y todo ha terminado. Los dos tenían suficiente edad para haber entendido mejor las cosas un poco antes.

—Yo no pienso mal de ninguno de los dos, —díjele yo, — y cuando alguien están tan dispuesto a notar algo malo en los demás, siempre me pregunto qué será lo que esconde dentro de si mismo, señor Jones, Espero que llegará por fin el día en que puedan casarse y lo le veré a él, nuevamente, en mi puesto, comprando rosas para ella.

—El casamiento de ellos no le beneficiará a usted en nada, — gruñó Jones. — Entonces "él" no comprará más rosas para "ella".

—En eso es en lo que usted se equivoca,— díjele. — Esos dos serán siempre amantes aún cuando se casen y lleven mil años de casado. Son la verdadera pareja, la que pocas veces se encuentra. De todos modos, yo no pensaba en mí ni en mis rosas, sino en ellos.

—¡Así son todas las mujeres! — gruñó él. — Mezclan el bien y el mal, la razón y la sinrazón, con los sentimientos. Eso es cosa de novela. Me complace mucho que se hayan llevado lo merecido. No es que yo les deseara mal ninguno. El me hizo un buen

obsequio antes de irse. Fué la última vez que mis ojos vieron el color de su dinero, y la última vez que lo vieron los de usted, también.

Yo no quise convencerme de eso durante largo tiempo y todos los lunes y los jueves, por la tarde, miraba, a ver si los veía aparecer pero transcurrieron dos años y no aparecieron. Poco a poco dejé de mirar, procurando verles. De pronto, un lunes por la tarde, precisamente a las seis menos cuarto, llegó el hombre. Le ví a través de la barrera, corrí al otro lado del mostrador, lo más rápidamente que pude, y miré por entre las flores para cerciorarme. Le conocí bien, cuando hube pasado por la barrera. Parecía más delgado y con el cabello más gris, pero su rostro tenía una expresión de mayor esperanza, aún cuando se notaba que estaba angustiado.

Paseó de un lado a otro, como en otro tiempo, pero no vino a comprar flores, ni se dirigió hacia el puesto y yo sospeché en seguida que no estaba seguro de que la mujer iba a venir. Ya no podía casi atender a mis clientes, porque estaba ocupada observándole y mirando si ella se presentaba. Llegaron las seis y veinte y ella no había aparecido. Entonces él entró en la estación a tomar un tren; y me pareció, al mirarle, que tenía aspecto de estar mucho más viejo.

El jueves siguiente se presentó también a las seis menos cuarto y en un momento en que yo estaba libre de clientes, — el negocio habíase aumentado y yo tenía a una joven para ayudarme,—me dirigí a la puerta y cuando él me vió, se sonrió ligeramente y dejó de pasear.

—Me alegro de verle a usted de regreso, señor,—declaré yo. — Ha estado usted ausente dos años justos.

—Un poco más de dos años, — dijo él.— Sí, he estado fuera. Llegué, de regreso, el lunes de mañana.

¡Y la misma tarde del día de la llegada, había acudido a la estación!

—Tengo rosas muy lindas, — le dije.— por si usted las necesita en algún momento.

No dije esto porque pensara en la venta, lo dije para decidirle a que me dijera algo respecto a la mujer. Era de los que callan si no se les incita a hablar, de algun modo.

—Espero que las necesitaré, — dijo. — Espero realmente que las necesitaré. ¿Ha vuelto usted a ver a la señora con quien acostumbraba entrevistarme aquí?

—Desde que usted se fué, no señor,—dije yo.—Y con frecuencia me hubiera gustado verla.

—¡También a mí!—exclamó y se fué rápidamente como avergonzado de haber dejado descubrir sus sentimientos. Esperó en la parte alta de los escalones de la gradería, donde yo no podía verle.

Ella no se presentó y él se dirigió como el día anterior, a tomar el tren.

Volvió todos los lunes y todos los jueves, durante once meses y siempre habló conmigo. Poco a poco me fué enterando de su asunto. La cuarta vez que estuvo, me pidió que observara, por si la veía.

—He pensado, — dijo, con su modo de hablar lento y tranquilo, — que en cualquier ocasión puede usted ver a la señora que me interesa y que entonces...

—Si la viera, — le interrumpí, — saldría corriendo y le hablaría de usted, señor. No necesita usted indicarlo.

—Gracias, — dijo él, de todo corazón.— Muchas gracias. Ya sabía yo que usted haría eso. Pero yo quería decir que con mucho gusto le indemnizaré del tiempo que le haga perder observando si viene ella. Es usted la única persona, aquí, que recuerda quien era ella. Hasta los peones de la estación, son nuevos.

Y suspiró.

—¿Ha perdido usted todo rastro de ella?—pregunté.

—¡Por completo! Consideramos que lo mejor era desaparecer enteramente el uno para el otro. Nuestra amistad había sido todo para nosotros durante años, y consideramos que con ello no hacíamos daño a nadie hasta... bueno, hasta que las circunstancias cambiaron. Nos sacrificamos. Hicimos más de lo que era necesario hacer, según creo; pero ella era algo más que una mujer buena. Se fué, no me dijo a dónde, y yo partí para el extranjero. Ahora ya no hay posibilidad de herir a nadie. Nada absolutamente puede interponerse entre nosotros. He vuelto en cuanto lo supe, sin embargo, no puedo dar con su paradero.

Respiró profundamente y me pareció que se estremecía.

—¿No puede usted hallar a ninguna de sus antiguas amigas?—pregunté yo.

Pero él movió negativamente la cabeza.

—¡No! ¡Se hallaba muy sola, enteramente sola en el mundo, mi pobrecita Kiddie!

—Puede usted publicar algún aviso,— manifesté.

El se rió, con amargura.

—¡He publicado avisos en todo el país!— declaró. — De varios modos, he procurado llamarle la atención.

Me mostró un montón de recortes de avisos, que llevaba en el bolsillo. Algunos estaban dirigidos a "Kiddie", otros a "Kiddie de parte de Jack M."; algunos a "J. R. de J. M.". Unos preguntaban por ella dando su nombre completo y hasta las señas de su domicilio antiguo y ofreciendo cien libras de recompensa a quien diera noticias, que permitieran hallarla. Me dijo que me daría esa recompensa si yo la encontraba, además de pagarme por haber estado observando.

—Comienzo a temer que haya muerto, — manifestó. — Pensé que si está viva tenía que verla, con seguridad, alguna de estas tardes, a la hora de antes, porque vendría, aun cuando sólo fuera para recordar.—Yo moví la cabeza, pensativa. — Usted puede creer que ella es capaz de olvidar, pero yo estoy mejor enterado.

—Yo no he pensado nunca que ella pudiera olvidar, — le dije. — He pensado que ella

recuerda tan bien que no se atreve a venir a este sitio, señor, porque le resulta penoso. Se conocía que era muy sensible, según mi parecer, y a pesar de su constante alegría.

—¡Ah! — exclamó él. — Era más de cuanto pueda yo describir. No hubo jamás ninguna como ella. Tengo ocupados a tres detectives buscándola por todas partes. Vendré los lunes y jueves, por pura fantasía, por si llegara a darse la casualidad de que pasara. Usted vigilara, ¿no es así?

—¡Sí, señor!—prometí.

Observé, y él estuvo aquí las tardes que había dicho, durante once meses, como antes lo dije, y en algunas otras ocasiones; porque pensaba que tal vez fueran distintas, entonces, las tardes de que disponía. A veces creía él que había oído hablar de ella y corría a un lado o a otro, a hacer averiguaciones; pero siempre se trataba de otra. La última tarde que vino se hallaba muy nervioso y habló conmigo más que de costumbre porque yo, aprovechando el privilegio que me concedía mi condición de mujer y de vieja, le advertí que estaba destruyéndose la existencia, pensando tanto en aquella idea.

—Ella es la idea única de mi vida, — me dijo, — y yo soy la única idea de la suya. Así ha sido desde que ella era una niña. Sé cuáles son nuestros sentimientos desde cuando ella tenía diez y ocho años; y ella también lo sabe. Por esta razón nos hemos alejado el uno del otro durante años y años. Yo estaba casado, ¿comprende?, aun cuando mi esposa... pero prefiero no hablar de ella. Ha muerto. Hay algo de cruel en la moral que ata a una pareja que se odia. Yo no creo, por mi parte, en semejante moral, pero ella, la señora a quien usted conoce, creía; y yo no discutí jamás sus ideas sobre el bien. ¡Dios la bendiga! Creo que Kiddie y yo sabíamos cómo pensaba cada uno de los dos; pero no nos dijimos una sola palabra hasta que ella tuvo treinta años. Una tarde, brotó como fuego escondido debajo de las cenizas. No creo que supiéramos lo que decíamos hasta después de haberlo dicho. Yo vivía separado de mi esposa y Kiddie vivía sola... soltera porque no podía pensar en más hombre que en mí. Supongo que la gente "buena" dirá que hacíamos mal en alentarnos el uno al otro y en pasar los domingos y dos tardes por semana juntos; pero nosotros nos hicimos, recíprocamente mejores. "Usted debe respetarme aun más de lo que me ama", dijo ella al principio. Fué su única condición. Yo la respeté. ¡Era ella tan pequeña, risueña y alegre! Pero era una sonriente santa. ¡Doy gracias a Dios porque así fuera!

Y se quitó el sombrero.

—Yo sabía que eran ustedes buenos, — le dije. — ¡Yo lo sabía!

—Era ella la buena, — corrigió él. — Mi bondad era la suya; y mi pensamiento era el suyo. Y lo respeto siempre. El nuestro era un amor que no podía cambiar. No temo eso; lo que temo es que haya muerto. He hecho revisar en todas partes las listas oficiales de las defunciones; pero pudo cambiar de nombre y desaparecer por completo para mí. Tenía un carácter enérgico y nunca creía haber hecho algo hasta después de haber sobrepasado el límite de lo necesario. Voy a intentar otra clase de aviso. Ella leía pocos diarios y puede no haber visto lo que en ellos he publicado; pero le gustaban los magazines y siempre leía las poesías. El "Universal Magazine" era su favorito. En cierta ocasión escribí unos versos dedicados a ella. He convencido al director del "Universal" y los ha publicado, añadiendo una nota en la que dice que el autor tiene urgente necesidad de saber dónde está la señorita a la que dió esos versos hace algunos años. Los he firmado: "Un hombre libre". Ella entenderá lo que quiero decir con eso. ¡Ojalá se me hubiera ocurrido eso antes! ¡Creo que ahora la voy a encontrar!

Y me leyó los versos, que eran, si algo puedo entender yo de eso, muy bonitos.

—Se conoce que usted la apreciaba mucho, entonces, — comenté.

—En aquellos años, — dijo él,— cuando todo la ponía a prueba, ella no perdía jamás ni la más mínima ocasión de dirigirme palabras de bondad, o de hacer algo en mi favor. Si íbamos por la calle en día de lluvia, intentar cederme el lado de la pared; si íbamos por donde daba el sol, trataba de cederme el lado de la sombra. Ella... ¡oh! ¡Ahora voy a encontrarla! Estoy seguro de que voy a encontrarla. Si no nos encontrarmos, la vida sería un absurdo; ¡no puedo creer que eso sea posible! Nacimos el uno para el otro; estoy seguro de que ahora voy a encontrarla.

Se fué, contento y sonriendo, como no le había visto antes.

—Volveré el jueves, — prometió. Pero pasó una quincena; y no volvió.

Era ya el tercer lunes; yo empezaba a temer que algo le hubiera sucedido; estaba mirando ansiosamente hacia fuera, a las seis menos cuarto, cuando vi que ella pasaba la barrera; rápida, bien vestida, sonriente e infantil como siempre la había visto. No parecía haber envejecido un solo día.

—Buenas tardes , señora Brown, — dijo del mismo sonriente modo de siempre, deteniéndose ante la puerta. — ¿Puedo entrar un momento a mirar sus hermosas flores?

—Pase usted adelante, estimada señorita,— dije, ofreciéndole una silla. Parecía tan contenta que temí, — después me he avergonzado siempre de haber pensado eso, — que se hubiera olvidado de él y se hubiese casado con otro. Supongo que notó que le miraba el guante porque se rió se quitó el guante y movió, mostrándola, su manita blanca. No tenía anillo en ningún dedo.

—¡Nadie ha de hacer que me ponga un anillo! — díjome.—¿Le ha visto usted?

Y al preguntarme eso, me tomó, nerviosamente del brazo.

—El está libre, — le dije yo, y entonces ella se apoyó en el mostrador y se puso pálida hasta los labios. — Beba usted un poco de agua, querida. El ha estado aquí, en los

mismos días que en otro tiempo, hasta hace una quincena. La ha buscado, ha empleado detectives, ha puesto versos en un magazine, unos versos que hace años escribió para usted.

—¡Sí! ¡Sí! — y se retorció las manos.— ¡Y yo estaba fuera! De pronto se me ocurrió pensar que si me quería buscar no iba a encontrarme. Vine en seguida, en cuanto pensé eso. He llegado esta tarde. ¿Dónde está él ahora?

—No lo sé, — contesté.—Me dijo que iba a volver; pero no ha vuelto. Pero volverá de fijo, si usted espera, querida señorita.

—¡No puedo esperar! — exclamó.—Puede ser que esté enfermo, y de todos modos estará deseando verme. ¿Tiene usted alguno de sus avisos?—Dije que no con la cabeza.— Voy a averiguar en las oficinas de los diarios mañana.—Se sentó, mordiéndose los labios.—Debe ser que está enfermo, —dijo.— Debo buscarle esta misma noche. Voy a preguntar a los revisadores de boletos de dónde viene y a investigar luego. Tengo un retrato suyo en mi poder, naturalmente. Aquí tiene usted mi dirección, por si viene. Ahora me retiraré.

—Voy a salir con usted señorita, — dije.— Pediré a la señorita Read, la del puesto de confitería que cuide del establecimiento.

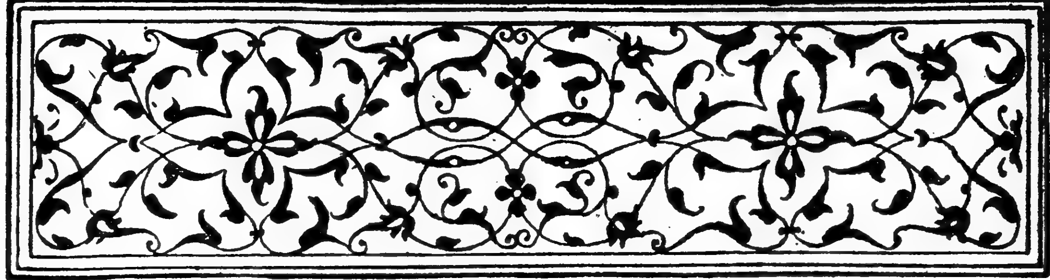
Era el momento de más venta para mí, pero poco me importaba. Era la única aventura en que me había visto y deseaba presenciar el final. Había algo en el aspecto de la mujer que me daba a comprender que venía a resultar algo así como una protegida, como una hija mia. Yo tuve una hija, en un tiempo Annie. Era bastante parecida a usted. Tal vez por eso es por lo que.... por lo que deseo ayudarla a usted. ¡Bueno! ¡Bueno! ¿En qué iba? ¡Ah! ¡Sí! La señorita.

La dejé sentada entre mis flores, para ir a ver a la señorita Read y en el momento en que salí a la puerta, le ví a él, que cruzaba la barrera.

—Creí que habían hallado noticias de ella, — explicó, — y he estado fuera, investigando, pero no resultó nada de cierto. —Y suspiró.

—Creo, — dije, — que "yo" tengo noticias de ella. Es decir, estoy segura de que las tengo. Debe usted ser valiente y no agitarse. Está cerca de aquí.—Miró hacia mi puesto y la vió entre las flores. No pudo distinguirla bien desde donde estaba pero de fijo adivinó que era ella porque, antes de que yo pudiera detenerle, estaba dentro del puesto y la tenía en sus brazos. Me aplastaron una porción de mis mejores flores, pero yo ni pensé en cobrárselas. ¡Si ni se habían dado cuenta de lo que hacían!

Sí, obtuve mi recompensa, aún cuando no había hecho nada para ganarla; y ellos se casaron tan pronto como pudieron obtener la correspondiente licencia y fueron a vivir al extranjero; de vez en cuando tengo noticias de ellos y dicen que son muy felices, y no dudo de que lo sean, querida Annie. Su amor era de la clase del que dura, y si usted quiere el joven Dick tanto como lo dice, —él será un muchacho bueno, si usted no juega con él, — más vale que trate de imitar a la de mi aventura. Veo que mira al reloj con el rabo del ojo. Puede cambiarse de ropa ahora y yo la dejaré salir en cuanto él aparezca por ahí. La suya no será la primera aventura que tenga por teatro el puesto de flores.



DAVID

HEROE NACIONAL DE LOS JUDIOS

NO es de extrañar que David haya sido considerado por los hebreos como su más grande héroe nacional: la fama de los pueblos no registra, ciertamente, ningún personaje cuyas hazañas puedan equipararse a las espléndidas del rey judío. David parece, más que un solo astro, una brillante constelación de hombres célebres. Fué sublime poeta, invencible soldado, gran hacedor de imperios, y quizá el mayor de los jefes religiosos.

La sensible imaginación de David recibió en su juventud un sello especial perdurable. David había sido educado en la escuela de los profetas. De ellos aprendió la música, la literatura, y algo también que tuvo mayor influencia en su vida: la vista profética de los destinos de Israel. Vió a través de aquellos sus ojos escrutadores el pasado y el porvenir de su pueblo. Y fué una visión que retuvo siempre.

CUANDO salió David de la escuela profética de Ramá, se encargó de los rebaños de su padre. En los mismos campos donde había otros pastores a los que se les apareció la estrella que había de guiarles al portal de Belén, vigilaba David la paterna hacienda, y soñaba.

Dicen de él posteriores cronistas que David entendía el lenguaje de las aves y de los cuadrúpedos. Lo cierto debe ser que aquellas horas solitarias de David le acercaron a la Naturaleza. Sus composiciones poéticas lo demuestran: rebosan entusiasmo por las bellezas naturales, no sólo en cuanto son en sí mismas, sino como puras manifestaciones de algo mas allá.

Para David, las nubes eran el trono de Dios, la tierra, su pedestal, y el trueno su voz, recogida por las montañas. Y pensando constantemente en todo esto, caía en éxtasis proféticos y soñaba.

Por esta razón, aquel día en que un siervo salió de la ciudad a decir a David que el gran profeta Samuel le esperaba en casa de su padre, lo que experimentó el adolescente no fué sorpresa, sino honda preocupación.

Y cuando, envuelto en su burda túnica de pieles, penetró en el atrio, irradiaron luz de alegría los ojos de Samuel. Porque el gran vidente acababa de encontrar el hombre fuerte y puro. David era, en efecto, a mas de vigoroso, ágil como la gacela. Tenía la tez bronceada, los cabellos largos, rubios y ensortijados, e imperativo el mirar.

Samuel ordenó por señas al hombre fuerte y puro que se acercase, y sin otras ceremonias le ungió como "Rey de Israel".

ERA un acto peligroso, porque reinaba otro hombre sobre el pueblo de Israel. La muerte amenazaba al viejo profeta y al pastorcito ungido si el poderoso Saúl llegaba a tener noticia de que un pretendiente aspiraba a arrebatarle el cetro.

Pero Samuel se tornó a Ramá y David a sus rebaños. "Y el espíritu del Señor descendió desde aquel día sobre David."

En verdad, David necesitaba la divina inspiración. El peso arrojado sobre sus hombros de adolescente era ciertamente gigantesco. Como que debía asumir la obra abrumadora de crear una nación: la nación de Israel.

Aunque los judíos, después de su éxodo de Egipto, poseían ya la tierra de Canaán, aún se hallaban lejos de gozar la tierra de promisión. Sometidos al yugo de los filisteos, corrían el peligro de ver desaparecer su raza: el pueblo israelita se mezclaba cada vez más con sus dominadores paganos e iba perdiendo su identidad y su religión.

Por aquel entonces no tenían los hebreos lugares de reunión, ni templos, ni capitalidad, ni dinastía reconocida, ni instituciones permanentes de ningún género sobre las que edificar una vida nacional sólida.

Y como el primer monarca elegido para cumplir tan altos fines había fracasado, el pueblo hebreo acababa de designar a David, confiando en que aventajara en sabiduría y en corazón a Saúl.

No sólo debía conquistar y avasallar a los filisteos y otros pueblos paganos en contacto con los israelistas, sino procurar a los

errantes hebreos "hogar propio y permanente". El disperso rebaño habría de reunirse al correr de los tiempos mediante la fundación de la ciudad de David y de la "regia estirpe de David". Solamente de este modo era como podía desarrollarse el alma de Israel y hallar su expresión en la filosofía y la literatura, acabando por dar al mundo el Mesías.

La misión de David comenzó a campo abierto. Enviado un día por su padre con el encargo de llevar víveres a sus hermanos mayores, que entonces estaban guerreando contra los filisteos, llegó al campamento israelita en el preciso instante de desafiar Goliath por la cuadragésima vez a sus enemigos invitándoles a singular combate.

Y también por la cuadragésima vez temblaron los hebreos. Ninguno de ellos hizo ademán de aceptar el reto; ninguno, salvo el imberbe pastor, quien sintiendo arder en las venas el sagrado fuego de su alta misión, aceptó el desigual desafío, y con la venia de su rey, penetró en el campo filisteo.

Lo que aconteció en seguida fué una victoria del espíritu sobre la materia. David triunfó aquel día tanto por la astucia como por el valor personal.

Apareció el gigante filisteo. Cubría su torso una férrea armadura, centelleante al sol; defendía el cráneo un pesado yelmo de cobre, y en la nervuda mano llevaba su enorme lanzón de guerra.

Antes de llegar al río situado entre los dos campos, se detuvo.

Observando que su adversario era un niño y que acudía desarmado al combate, se adelantó sonriente. Aquel enemigo no le infundía recelos. Ni aún llevaba arco o cualquiera otra arma arrojadiza. Holgaba, por tanto, el escudo. Y sintiéndose invulnerable, avanzó, dejando atrás al escudero.

Ignoraba que la sagacidad de David iba a vencerle, sin más armas que una pequeña honda y una piedra ocultas a la vista del coloso. Era todo lo que necesitaba el pequeño guerrero.

Aproximóse el pastor hasta asegurar la puntería. Cuando ya creyó tener el blanco a su alcance, hizo silbar la honda. Partió la piedra y fué a herir en plena frente a Goliath.

El filisteo se desplomó en tierra, exánime. Entonces el pequeño David corrió hacia el cuerpo inerte de su enemigo, le despojó de la espada, y con mano certera le cortó la cabeza de un sólo tajo.

La estupenda hazaña llenó de terror a los filisteos, haciéndoles huir desbandados. Y Saúl abrazó, enternecido, a David, le condujo a la corte y juró no apartarle jamás de su lado.

Las mujeres hebreas salieron de las ciudades al encuentro del héroe,, le coronaron de flores y danzaron en su honor. David fué capitán de los guardias reales, se casó con Micol, la hija del monarca, y Jonatás, el presunto heredero de la corona. "le amó con toda su alma".

No transcurrió mucho tiempo sin que David ganase nuevas victorias y se mostrase prudente en los consejos y valeroso en los combates

✣ ✣ ✣

POR entonces ya se cernía oscura nube sobre el héroe bíblico. Su celeste misión le impulsaba a suplantar a Saúl y a Jonatás. David era, en secreto, el pretendiente al trono hebreo.

Hubo un día en que el viejo monarca sospechó la verdad. La colera cegó las fuentes de su gratitud, y empuñando una afilada javelina la arrojó sobre David, que a poca distancia del trono entonaba dulces cánticos a los sones de la cítara.

El hijo de Jesé huyó al golpe mortal y se refugió en los amantes brazos de Micol. Como ella le adoraba, le reveló que Saúl había decretado su muerte. Las sombras de la noche y una escala favorecieron la huída de David. Desde entonces hasta la muerte de Saúl, fué el joven David un eterno perseguido.

Este largo aplazamiento de la especial misión de David es uno de sus rasgos característicos. Ungido a los diecisiete años, contaba ya treinta al empezar su reinado sobre parte del pueblo hebreo, y treinta y siete cuando afirmó su supremacía.

En este largo intervalo, en vez de libertar a su pueblo, se vió forzado a hostilizarle. Y hubo un momento en que para salvar la vida tuvo necesidad, como Coriolano, de hacer amistad con el enemigo secular de los israelitas.

✣ ✣ ✣

LA expatriación de David fué abundante en episodios románticos. Pero también en grandes trabajos.

El héroe proscripto no se abandonó a una embrutecedora ociosidad, como otros desterrados ilustres. Por el contrario, ejercitó con frecuencia su númen.

Los poemas de su destierro no contienen ni galantes cánticos de amor ni escenas idílicas. Alguien llamó a esas composiciones "las más confortadoras de cuantas se han escrito", residiendo ese poder confortador, más que en los tristes sentimientos que las inspiraron, en la profunda fe que en ellas resplandece.

Refiriéndose David algo más tarde a esa época de su vida, la denominó "la tumba". Y en verdad podía significar para un hombre de sus aspiraciones y talentos algo así como la paz del sepulcro. Quien tanto amaba la cultura y el arte; quien había imaginado ingeniosos instrumentos músicos; quien tanto adoraba los patrios lares que autorizó a tres de sus parciales para atravesar las líneas enemigas y traerle, exponiendo sus vidas, agua potable de una fuente inmediata a la puerta de Belén; quien, ante todo y sobre todo, era ardientísimo patriota, veíase obligado a habitar en tierras extrañas. lejos de todos sus afectos más caros.

DURANTE los primeros tiempos de la expatriación, David se encontró completamente solo. Pero luego fueron uniéndosele poco a poco algunos espíritus aventureros, deudores perseguidos y otras gentes en desgracia. Entonces, constituyó David su banda llamada de los cuatrocientos, o de los "gibborim", banda que estuvo oculta en las grutas de Adullam, a poca distancia de Belén, hasta que sucesivos contratiempos la forzaron a refugiarse, primero en las montañas de Masada y luego en la fortaleza de Hareth.

Perseguidos de cerca por las tropas de Saúl, los "gibborim" se retiraron al páramo de Zuf, junto al Mar Muerto, donde los hostilizaban sin tregua las fuerzas belenitas para obligarles a acertar una batalla campal. Allí fué donde Saúl acorralaba a los "cuatrocientos", asediándolos con tres mil guerreros y dándoles caza como a fieras.

Una tarde, se encontró cercado David sobre alta roca hendida por hondo precipicio. Saúl creía tener ya en su mano al temible pretendiente. Pero en uno de los momentos más críticos, el monarca israelita vió desaparecer a David en el abismo. El dulce cantor de Judá había salvado milagrosamente el obstáculo, huyendo de las iras del sitiador.

Por entonces fué también cuando David, confiado en la protección divina, penetró una noche en el campamento enemigo, y deslizándose en la tienda real se aproximó al lecho del dormido monarca y le arrebató la lanza y el jarro donde tenía su provisión de agua. Si hubiera sido David un aventureo ambicioso y sin conciencia, aquella noche hubiese perecido Saúl a sus manos. Pero David tenía una misión muy diferente que cumplir. Saúl era el ungido del Señor, y David no podía atentar contra él.

No bien amaneció, David mostró a su rival desde la cúspide de una colina los objetos capturados. Y al hacerlo así le saludó con todo respeto llamándole "mi señor y mi rey". Luego le reprochó la persecución de que le hacía objeto, diciéndole:

"¿Por qué, ¡oh, rey! persigues a tu siervo? ¿Qué mal te hice? ¿Ni con qué mal te amenaza mi mano? Si el Señor te lanzó contra mí, que El se digne aceptar la ofrenda de mi vida; pero si quienes te incitaron contra mí fueron los hijos de los hombres, malditos sean por el Señor".

La verdad es que David no acertaba a explicarse la hostilidad de los israelitas. Porque si debía suplantar en el trono a la casa reinante, ¿no era por la voluntad de Dios? Y existiendo esa voluntad, ¿por qué se atrevía Saúl a desobedecer los mandatos divinos?

* * *

SAUL y su hijo Jonatás fueron, por fin, derrotados y muertos en el Monte Gilboá por las huestes filisteas. La tribu de Judá invitó a David a aceptar la corona. Y mientras Isbaal, hijo segundo de Saúl continuaba reinando sobre el resto de Israel, David, asentado ya en su trono de Hebrón, veía acrecentarse, año tras año su autoridad omnímoda. Al morir Isbaal asesinado, todo Israel se apresuró a rendirle pleitesía.

Desde aquella fecha, la gran obra nacional de David empezó a ensancharse como el cauce de un río que acerca al mar. Lo primero que llevó a cabo fué subyugar los pueblos inmediatos, filisteos, moabitas y ammonitas, para garantizar la seguridad de Israel. Luego, realizó la no menos árdua tarea de unificar su país, dándole por capital la antigua fortaleza pagana Jebús, que denominó Jerusalén. Allí estableció su palacio, y allí hizo conducir el Arca, símbolo sagrado de la religión, mandándola instalar en el Monte Sión con gran solemnidad e inusitada pompa. David en persona, revestido en sus ornamentos sacerdotales, presidió la ceremonia y bendijo al pueblo.

Jerusalén, la "Ciudad de David", quedó consagrada como centro inmutable de Israel. Hubo en ella un gobierno constituído regulamente, consejo supremo, jerarquías eclesiásticas y ejército permanente, cuyo núcleo estaba compuesto por los fieles "gibborimes", compañeros de David en el ostracismo.

✣ ✣ ✣

NO disfrutó el monarca durante sus últimos días de la paz ansiada en sus dulces cánticos. Estallaron de nuevo en Israel las disesiones internas, fomentadas y acaudilladas por los mismos hijos del soberano. Sus mismos afectos de padre le impidieron defenderse contra las asechanzas del muy amado Absalón.

Se ha dicho alguna vez que David quebrantó la firmeza de sus propósitos al llegar al apogeo de su fortuna y que por ello le castigó duramente la Providencia. Se alegó como prueba de su embotamiento moral el homicido que le llevó a cometer su pasión por Betsabé, la mujer de Urías el hittita. No falta ni aún quien describa a David como un arcángel impuro.

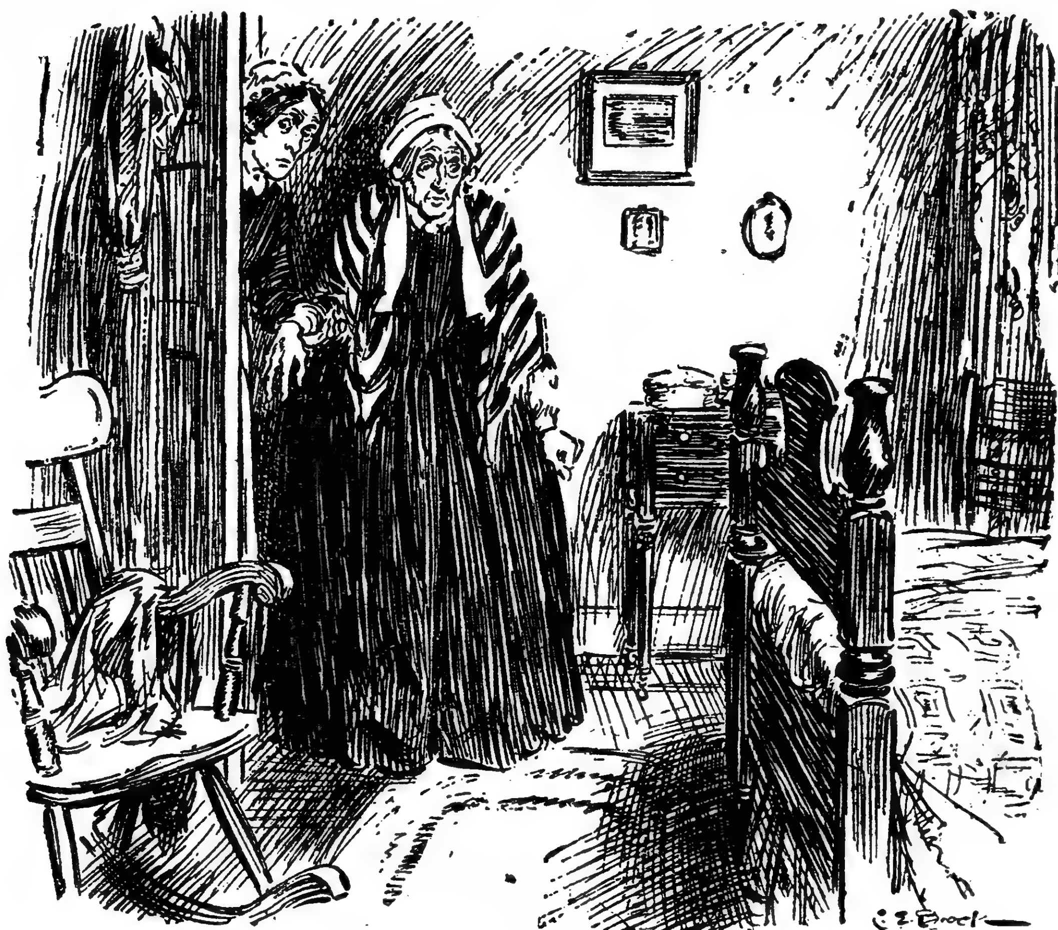
Pero esto no deja de ser una opinión exagerada. David fué hombre de carácter impetuoso y de pasiones violentas. Sin duda, delinquió a causa de su amor por Betsabé; más ha de decirse en su disculpa que esa fué la única vez que dejó predominar las pasiones sobre el deber. Todos sus matrimonios anteriores le fortificaron en el cumplimiento de su misión; solo Betsabé le hizo faltar a ella gravemente.

En cuanto a las rebeliones de sus hijos, debe tenerse en cuenta que las eternas rivalidades de las tribus contribuían no poco a estimularlas y favorecerlas. Eran turbulencias que hubieran estallado aunque David hubiese sido un verdadero santo.

De todos modos, hay algo que no puede negársele a David, y es que la misión confiada a su persona cuando aún no había franqueado los linderos de la juventud, la continuó hasta la vejez.

La nación israelita estaba ya creada cuando murió David, tras de un reinado de cuarenta años: siete en Hebrón y treinta y tres en Jerusalén. Como dice una frase bíblica, "fué David quien elevó las puertas para que pudiera entrar el rey de la Gloria".

LAS NOVELAS DE LA VIDA REAL



Los pasos misteriosos

por C. J. y Annie O. Tibbits

El señor y la señora Tibbits relatan, en este artículo, en forma novelesca, la trágica historia de la bellísima vendedora, crimen que causó enorme sensación en Nueva York a mediados del siglo pasado y fué objeto de un curioso comentario de parte del famoso escritor Edgar Allan Poe.

CON la asombrosa rapidez con que se extiende alguna habladuría interesante, la noticia de la llegada de una "nueva dependiente" a la cigarrería de Anderson, se esparció por los clubs y los puntos de reunión de la juventud más alegre y "blasé" de Nueva York, propalada por los compradores que habían estado en la cigarrería y la habían hallado radiante con la presencia de la joven.

—¿Han visto ustedes a la nueva dependiente de la cigarrería de Anderson? ¡Es un encanto! Difícilmente lograrán encontrar una joven más hermosa en toda Nueva York. ¿De dónde la habrá sacado ese demonio de Anderson?

Era tan bella y su belleza y su encanto eran tan distintos de la descarada hermosura y de la ordinariez de las que frecuentaban ·s tabernas, los cafés, los music-halls y

otros lugares de diversión del barrio en que estaba la cigarrería, que constituía una completa novedad y ejercía una misteriosa atracción.

La casa de negocio de Anderson estaba situada en el piso inferior, — en ese piso que tiene su entrada por el "patio inglés", al que se desciende por escaleras situadas en la acera, — de un edificio grande en un barrio del oeste de Broadway, un barrio gris durante el día, solitario, entristecedor como una fantástica decoración teatral expuesta a los escudriñadores rayos del sol que revelan toda la sordidez de su mentido esplendor. Por la noche, cuando la oscuridad había tendido sobre él su bondadoso manto, aquel barrio despertaba para entregarse a una vida frenética, loca, febril, brillante de luces por todas partes, poblada de fantasmagóricos hombres y mujeres que vestían los trajes más maravillosos y más atrevidos, cargados, ellas y ellos de relucientes joyas, verdaderas o falsas. Reinaba una alegría, en la que resonaba la música más alegre y las más locas canciones; los salones de sus tabernas se llenaban de gente; sobre el ruido de las voces flotaban risas de ese femenino timbre metálico que encierra tan poca alegría verdadera, y estampidos de los taponazos del champagne.

Allí era donde "boss" Anderson, como le llamaban, había establecido su cigarrería, olfateando con astucia penetrante los dólares que podría extraer de los buscadores de diversiones y placeres. Había procurado hacer que el sitio fuera atrayente durante el día, para los que pasaran, pintando la fachada de rojo, azul y oro y por la noche con la luminosidad de su reluciente escaparate. El negocio producía bastante, pero "boss" Anderson, excitado su apetito por visiones de pilas y pilas de dólares, buscaba constantemente nuevos atractivos que pudieran abreviar el camino de la codiciada Tierra de Promisión.

Debido a eso se le ocurrió la idea de la "nueva dependiente".

Bendijo el día en que, por casualidad, la encontró mientras andaba de compras. Era casi lamentable su aspecto, con su vestido gris descolorido, sus zapatos desgastados, su barato sombrero de paja puesto sobre una soberbia cabellera oscura que coronaba un hermoso y serio rostro, cuyos grandes ojos se detenían con ansiedad ante los tesoros expuestos en las vidrieras de las tiendas. Anderson la miró un momento, sobresaltado ante aquella belleza primero; apreciándola como elemento para el éxito de su cigarrería, después.

¡Qué atractivo tendría que ser una joven como aquella tras del mostrador de su cigarrería!

✣ ✣ ✣

FURTIVAMENTE la observó mientras entraba en un almacén a hacer una pequeña compra, y notó con alegría que la cartera que llevaba era muy vieja y estaban zurcidos los guantes que cubrían sus pequeñas manos. La joven era, se veía claramente, muy pobre, y esta circunstancia prometía favorecer sus planes. La siguió, cuando hubo hecho su compra y vió, mientras caminaba por las calles, que se detenía a veces, cuando en algún escaparate veía en exhibición objetos atrayentes para los femeninos corazones. Parecía que sintiera apetito de cosas lindas y esto también prometía favorecer al cigarrero. La siguió por la calle Nassau hasta que, volviendo por una calle transversal, se detuvo por fin ante la puerta de una casa, en la que entró, abriendo con una llave que sacó del bolsillo. ¿Vivía ella allí? Sería fácil obtener informes sobre los habitantes de la casa pidiéndoselos al verdulero de la esquina.

—Me parece que se refiere usted a la señora de Rogers, — dijo el propietario del puesto de verdura. — ¿La casa de las cortinas rojas, descoloridas y de las cortinillas amarillentas que no tapan más que la mitad de la ventana? Sí, es la de la señora de Rogers. Es una viuda que tiene casa de huéspedes. Lleva ahí muchos años. Quedó mal, cuando murió su esposo, hace años. Una señora vieja, tiesa y almidonada, orgullosa como el mismo Lucifer. Pero poco progresiva, señor... No avanza con los tiempos... Recuerdo haber conocido la casa rebosante de huéspedes, y ahora no tiene más que tres y esos tres están porque la casa les queda cerca de su trabajo y les cobran barato. Si usted anda buscando una buena casa de huéspedes puedo recomendarle una donde podrá vivir a la moderna, un establecimiento en el que...

Pero Anderson no pensaba entrar como huésped en casa de la señora de Rogers. Uno o dos días después se entrevistaba con ella; la joven del descolorido vestido gris era su hija, Mary.

Fría y apática encontró a la anciana de cabello gris, que vestida de descolorido negro, le recibió en su sala y le indicó, con un ademán, que se sentara en una silla, pidiéndole disculpa porque no se levantaba, explicándole que llevaba algunos meses tan mal del reumatismo que cualquier movimiento le era doloroso. Ante la fría atmósfera de su presencia, "boss" Anderson se dió cuenta de que le iba a ser más difícil de cuanto había supuesto, el explicar su propósito.

¡Pero, al fin, triunfó! Tres veces aumentó la suma semanal de dólares que se proponía pagar por los servicios de la joven, maldiciendo interiormente la distinción de la anciana que encarecía tanto a su hija. Por último cedió, y Mary, con los ojos más brillantes que nunca, encendidos por visiones de la felicidad que semejante fortuna podría proporcionarles, la abrazó suplicante.

—Piense usted, madre, — dijo, — en lo que me ofrece el señor Anderson. Con eso podrá usted pagar otra sirvienta que ayude a los quehaceres de la casa, a los que tan poco he ayudado yo siempre. Y la cigarrería no está tan lejos. Puedo ir a pie por la mañana y regresar a pie de noche. Y además... además...

—Comprendo que la vida es aquí triste y monótona para una joven, — asintió la an-

ciana ahogando un sollozo y mirando temerosa hacia donde estaba Anderson.

—Yo cuidaré de ella como si fuera mi propia hija, señora, — dijo Anderson rápidamente, leyendo el temor y la duda en los ojos de la anciana. La batalla estaba ganada y se convino que Mary Rogers fuera a la cigarrería el día siguiente. Anderson se retiró apresuradamente para ir a despedir a la joven cuyo puesto iba a ocupar la nueva empleada.

Mary Rogers resultó un grandísimo éxito. Los negocios de la cigarrería aumentaron de modo maravilloso. Sentado en su pequeña trastienda y mirando por entre las cortinas de la ventana que a ella daba, "boss" Anderson se reía satisfecho y se restregaba las manos. La cigarrería iba atrayendo a los "hinchados de dinero", como decía Anderson, a los jóvenes procedentes de las palaciegas mansiones de la Quinta Avenida y de la Plaza Madison, que pagaban los precios fantásticos que él fijaba a los cigarros, satisfechos mientras los recibieran de manos de la hermosa vendedora y pudieran merecer una mirada de sus bellos ojos.

Mary estaba más hermosa que nunca. La pequeña parte de su sueldo semanal que no entregaba a su anciana madre para ayudarle a pagar las deudas de la casa de huéspedes, le permitían comprar algunas menudencias de adorno femenino, — una cinta, una nota de color, — que acrecentaban sus encantos. Rápidamente, también, pareció despertar en ella el convencimiento de sus facultades de fascinación. Iba desarrollando las artes del "flirt", haciendo palpitar agitado de felicidad, el corazón del sensible cliente un día, reduciéndole a la desesperación al otro día, mirando a un rival, para, de pronto fijar en él, nuevamente sus luminosos ojos y hacer que el otro se retirara del despacho desesperado y entristecido.

Nunca la había considerado Anderson tan hermosa como el día en que, mirando por entre las cortinas, vió que un joven cliente, que había estado conversando con ella desde el otro lado del mostrador, sacó de pronto, del bolsillo, un anillo de relucientes piedras con el propósito de ponérselo en uno de los dedos de la mano que había tomado entre las suyas. Mary retiró su mano con tan inesperada violencia que envió el anillo y el sombrero del admirador a rodar por el suelo, mientras él retrocedía. El cliente tuvo que buscar vergonzosamente por los oscuros rincones de la cigarrería el perdido anillo y cuando lo hubo encontrado, procuró hacer las paces; pero sin ser perdonado ni atendido siquiera, tuvo que salir, derrotado, de la cigarrería, obedeciendo a las enérgicas miradas de la joven vendedora. Desde ese día, según lo echó de ver Anderson, Mary se negó a admitir los pequeños regalos de bombones y de flores que sus admiradores le presentaban en profusión.

De pronto llegó el tiempo en que los clientes, con grandísimo asombro, notaron que ya no estaba Mary detrás del mostrador. Anderson, — mirándoles con peor gesto que de costumbre, — se adelantaba a servirles. Les informó, cuando le preguntaron por ella, que se había retirado.

—Se ha ido a su casa, con su anciana madre, — agregó con gesto desagradable. — Se ha ido a su casa para ayudar a su madre en los quehaceres de su casa de huéspedes, hasta el día de su casamiento.

—¿Se va a casar?

—Sí. Con uno que ustedes conocen, uno que se llama Payne, que está de huésped en su casa y es dependiente de una casa de comestibles. Un buen tipo, — agregó maliciosamente. — De cara un poco impávida, sin embargo, según me parece, pero hombre ordenado, serio y de juicio. Tal vez hubiera podido encontrar algo mejor, pero algo es ya, para una joven, en estos días, encontrar un marido serio y trabajador. Además, en cuestión de gustos no hay nada escrito.

¿Fué esta la conclusión de la aventura de la hermosa vendedora? Los clientes de Anderson hicieron averiguaciones,—porque supusieron que el dueño de la cigarrería no decía la verdad,—y se encontraron con que su relato era verídico, enteramente verídico en todos sus puntos.

✣ ✣ ✣

UN día del mes de Junio, uno o dos meses después, dos desconocidos entraron muy de prisa en la cigarrería.

—¿Usted es Anderson, no es verdad? — preguntó el mayor de los dos.— Bien, la señorita de Rogers estuvo empleada en esta casa algún tiempo. ¿La ha visto usted, últimamente?

—¿Yo? ¡No! — exclamó Anderson, con extrañeza.—¿Qué sucede?

—Ha desaparecido de su casa y estamos haciendo averiguaciones. ¿Sabe usted si alguno de sus clientes está en condiciones de saber algo a su respecto?

Anderson declaró que no y los desconocidos se retiraron.

¡Desaparecida! La palabra sugería la existencia de una tragedia común en la vida de la gran ciudad. Cuatro días después otros dos desconocidos entraron en la cigarrería, —informaron a Anderson que eran detectives de la oficina central,—solicitando tener una entrevista reservada con él, y él les hizo pasar a la trastienda de la ventana con cortina. Pálido y temblándole las manos, Anderson sirvió enteramente aturdido a sus clientes, aquel día, después de retirarse los visitantes. A algunos de sus clientes,—jóvenes que habían sido admiradores de Mary Rogers,—les llevó aparte, y les dijo muy bajo y al oído, algo que les hizo salir de la cigarrería con el rostro tan pálido y tan triste como el del dueño del establecimiento.

✣ ✣ ✣

SILENCIOSA, rígida, envuelta en su descolorido vestido negro, cruzadas las manos cubiertas casi por negros mitones, la viuda de Rogers pasaba muchas horas de los días en que Mary estuvo en la cigarrería, sentada en su silla de bra-

zos y de alto respaldo, en la sala, donde el reumatismo la tenía prisionera, preguntándose si había hecho bien en dejar que Mary fuese a casa de Anderson. ¿Pero no hay miles de muchachas que trabajan así, fuera de su casa y se ganan la vida, actualmente? Anderson, animado por la ignorancia del mundo que tenía la viuda y por el hecho de que, imposibilitada como se hallaba no podría nunca acercarse a su casa de negocio, había llegado a hacerle creer que la mayor parte de sus clientes eran juiciosos señores ancianos. Además, Mary, con toda seguridad, le diría en seguida si notaba algo que no fuera correcto. En tal caso la retiraría inmediatamente del empleo, a pesar,—y suspiraba al pensarlo,—de que con la ayuda del sueldo que ganaba Mary, iban tranquilizándose los poco pacientes acreedores. La diaria familiaridad con su hija hacía que la anciana señora no se diese entera cuenta de su extraordinaria hermosura ni calculara los peligros que podían tener origen en ella.

Unicamente Martha Soames, la vieja sirvienta que llevaba a su lado años y años, y cuya lealtad con la señora a través de todas sus tribulaciones la habían dado derecho a no callar lo que sentía, se atrevió a ponerse furiosa cuando se enteró de lo del empleo en la casa de Anderson.

—¡En una cigarrería! — exclamó. — ¡La señorita Mary en una cigarrería! Si yo hubiese sabido a lo que venía, le hubiera dado con las puerta en las narices a ese gordo, cara fea, a pesar de su gruesa cadena de oro y de sus palabras almibaradas. ¡Sí, señorita Mary! Puedo tener una muchacha para que me ayude y podremos pagar al carnicero y al panadero sin necesidad de decirles mentiras, y tengo menos qué hacer, pero yo estoy acostumbrada al trabajo y no hubiera pedido jamás que me ayudara nadie si para eso tuviera que ser necesario que usted fuera a ponerse detrás del mostrador de una cigarrería.

La pobre sirvienta sentíase acosada por los más negros presentimientos,—y por una tristeza cada vez mayor,—al ver cómo Mary se mostraba muy contenta y encontraba agradable el pasarse los días lejos de la casa de huéspedes. Mary Rogers sentíase realmente enloquecida por la idea de huir de aquella triste casa, en cuyas habitaciones el papel estaba descolorido, desteñidas las cortinas en un tiempo de colores brillantes, donde todo le parecía tan viejo y deteriorado que le helaba su joven corazón. La casa parecía hallarse envuelta en las sombras del fracaso y de la tristeza. ¡En cambio, fuera de ella, cuánta vida, vida atrayente, encantadora!

Más adelante, Martha Soames comenzó a preguntarse de quién serían los pasos que acompañaban a Mary tan frecuentemente, de noche, cuando la joven regresaba de la cigarrería, hasta que ella se detenía frente a la puerta y luego se alejaban con rapidez, como si la persona aquella temiera ser descubierta, mientras Mary metía la llave en la cerradura. Un día, al entrar de pronto en el cuarto de Mary, la vieja sirvienta se preguntó qué sería lo que la muchacha ocultó tan de prisa, antes de volverse y mirarla con el sobresalto pintado en el rostro. La vieja sirvienta casi hubiera jurado que era un anillo, — un anillo con relucientes piedras verdes y blancas, — con brillantes y esmeraldas, — en su engarce. Pero Mary Rogers tenía la mano oculta en el pecho de un vestido.

De improviso se enteró de que Mary iba a dejar de ir a la cigarrería.

—Tendremos nuevamente a Mary en casa, Martha, — le anunció la señora de Rogers repentinamente.—Desde hoy no volverá a la cigarrería. Parece que algunas de las personas que van a comprar allí no son... no son verdaderos caballeros.

Mary Rogers volvió, pues, a la tristeza de la vieja casa, después de aquel breve vuelo por el mundo exterior, sin haber cambiado a los ojos de la señora de Rogers, pero muy variada ante los ojos más perspicaces de Martha Soames. La vieja sirvienta notó que algunos días se entregaba con fiera energía a las humildes tareas domésticas, al trabajo que antes despreciaba: como, otros días, se quedaba sentada horas y horas, sin hacer nada, como si estuviera soñando, despertando sobresaltada cuando Martha le dirigía la palabra.

Una o dos semanas antes de su salida de la cigarrería se había comprometido para casarse con Payne, el joven huésped, que había sido, durante largo tiempo, su tímido adorador. Payne tenía buen aspecto, era honrado, serio, trabajador y ganaba un buen sueldo aun cuando tendría que esperar a que se lo aumentaran, para casarse. Pero, a pesar de todo ¡qué boda para una joven tan excepcionalmente hermosa! Martha Soames, pensando en ese noviazgo se preguntaba si Mary no tendría alguna razón secreta para haberlo admitido. ¿Existía algún otro adorador que había conquistado de tal modo su corazón que, conociéndole, desconfiando de él, procurando arrancarse al hechizo con que la había envuelto, Mary había buscado, mediante su compromiso con Payne, por medio de su promesa a éste, fortalecer su vacilante decisión y olvidar para siempre al tentador?

Era una mañana de Junio y el tañido de las lejanas campanas de una iglesia llegó, flotando a través de la quietud de la calle donde estaba la casa de huéspedes, siempre tardía en despertar a la vida los domingos, hasta los oídos de Martha Soames, que trabajaba en la cocina. De pronto se estremeció al oir la campanilla con que su patrona la llamaba a la sala.

—Martha, — dijo la viuda, — no he visto a Mary esta mañana. Vaya a decirle que deseo verla.

La vieja sirvienta regresó muy pronto. Mary no estaba en la casa.

—¿Es posible que haya salido? — preguntó la señora de Rogers asombrada. — ¿Habrá salido con el señor Payne?

Pero Martha Soames había visto salir a Payne solo, a eso de las diez.

—¡Se ha ido sin verme antes de salir!—

exclamó la viuda. — ¿Y el señor Payne? Déme el brazo, Martha, y acompáñeme a su cuarto.

Paso a paso, apoyándose en el brazo de la sirvienta, llegó al dormitorio de Mary. La pobre Martha creyó notar un acento de alarma en la voz de la señora de Rogers. Le temblaba todo el cuerpo mientras avanzaba por el pasillo hacia la vacía habitación. Cundo hubo entrado, dirigió una mirada en redor.

—¡Puede retirarse, Martha! — dijo.— ¡Puede irse! — agregó al ver que la sirvienta vacilaba indecisa. — ¡Váyase! ¡No la necesito ahora! ¡Retírese!

✣ ✣ ✣

LAS sombras de la noche comenzaron a extenderse, pero la joven no había regresado. El día, del mes de Junio, había sido caluroso, de sol fuerte, velado a veces por nubes que amenazaban tormenta y cruzaban, lentas, por el cielo. Al empezar la noche las nubes se amontonaron negras y bajas antes de que comenzara a soplar el viento que llegaba, sollozante y gimiente del lado del río Hudson. Por último el trueno retumbó a lo lejos, se oyó el caer de gruesas gotas y en mitad de la noche la lluvia cayó copiosamente.

Triste, silenciosa, la viuda siguió sentada mientras la oscuridad iba en aumento y cuando oscureció del todo rechazó el ofrecimiento de Martha Soames que propuso encender las luces. En respuesta a las exclamaciones de desesperación de la sirvienta ante la ausencia de la joven, se limitó a contestar que sin duda se había encontrado con Payne y los dos habían retardado el regreso a causa de la tormenta.

Cuando ya era tarde, en mitad de la noche, se oyó que alguien metía una llave en la cerradura de la puerta de calle. Este ruido hizo palpitar aceleradamente el corazón de Martha Soames. ¿Iba a abrirse la puerta y a presentarse Mary ante ella? Pero el que entró fué Payne, solo.

—¿No ha estado ella con usted?—le preguntó, temblorosa, Martha Soames.

—¿A quién se refiere usted?—preguntó Payne, sacudiéndose la ropa mojada.—¿A la señorita Mary? Ella me dijo que no fuera a buscarla si el tiempo se ponía malo y amenazaba lluvia.

—¿Que no fuera a buscarla a dónde?—exclamó Martha.

—¿No se lo dijo a ustedes? — preguntó Payne. — Mary me dijo anoche que tenía intención de ir a casa de su tía, de la tía Martha, esta mañana. Yo debía ir a buscarla, si hacía buen tiempo; pero, en caso de que lloviera no, y en este caso ella se quedaría a pasar la noche en casa de su tía.

La tía Martha era una anciana parienta a la que Mary visitaba de vez en cuando.

—¡Dios nos bendiga! — exclamó la sirvienta levantando los brazos. — ¡Y pensar que no nos dijo ni una sola palabra de todo eso! ¡Yo he estado a punto de enloquecer! ¡Desde que anocheció juraría que he visto su fantasma lo menos una docena de veces!

—Voy a enterar de eso a la señora de Rogers.—dijo Payne, riéndose de la nerviosidad de la sirvienta y pasando por su lado para ir a la habitación de la viuda.

—¡Se fué a casa de la tía Martha!—exclamó la viuda en cuanto se enteró de lo que Payne le dijo.—¿Qué tenía ella que hacer allí? ¡No lo comprendo!—calló un instante y dijo después:—¿Oye?

La lluvia golpeaba en aquel momento violentamente contra los vidrios de las ventanas, mientras el viento gemía y aullaba a lo largo de la calle.

—¡Qué noche! ¡Qué horrible noche para que ella esté fuera!

—¡Pero Mary no estará fuera! — dijo Payne.—Me dijo que se iba a quedar a pasar la noche en casa de tía Martha si el tiempo se ponía malo. Ahora estará allá, bajo techado. No se le va a ocurrir la idea de venir, con semejante lluvia.

—¡No, no! — exclamó la anciana. — ¡No va a venir! ¡No me extrañaría si no la volviese a ver nunca más!

—¿No volverla a ver nunca más?—exclamó escandalizado, Payne.—¿Por qué dice usted eso, señora de Rogers?

Pero la viuda permaneció en silencio, sin ofrecer explicación de ninguna especie, iggorando, al parecer, hasta la presencia del prometido de su hija.

Mary Rogers no regresó el día siguiente; no había estado el día anterior en casa de su tía. Varios de los vecinos dijeron que la habían visto salir de la casa de huéspedes, a eso de las nueve de la mañana, el domingo, vestida con su ropa de los días de fiesta. La habían mirado porque estaba tan bella que daba gusto verla, con el sombrero de paja, de anchas alas, adornado con vistosas cintas atadas coquetamente bajo la barba. Se había parado un momento, sin cerrar la puerta, en el umbral de la misma, mirando hacia arriba, como si procurara leer en el cielo si iba a llover o no, para cambiar, en caso de amenazas de lluvia, la sombrilla que llevaba por un más protector paraguas. Habíase decidido, al fin, por la sombrilla y, cerrando la puerta, se había alejado con rápido paso. ¡Desde aquel momento no habían vuelto a verla!

Tal vez la policía, enterada de su desaparición, no la buscó con toda la actividad con que debía haberla buscado. Las desapariciones son asuntos que hay que tratar con suma discreción. ¿Cuánto penitente habrá decidido no volver, temeroso de regresar al lado de los que le amaban y perdonaban, por no atreverse a tener que mirar cara a cara a los irónicos semblantes de aquellos que jamás se hubiesen enterado de nada si todo se hubiera tenido en secreto? El hijo arrepentido puede tener valor para volver a ver a su padre, pero no para resistir las sonrisas de sus vecinos, amigos y conocidos. La hija arrepentida necesita tener aun más valor.

Cuatro días después unos pescadores hallaron el cuerpo de una joven flotando en el río Hudson, y lo remolcaron a la orilla. En el

zos y de alto respaldo, en la sala, donde el reumatismo la tenía prisionera, preguntándose si había hecho bien en dejar que Mary fuese a casa de Anderson. ¿Pero no hay miles de muchachas que trabajan así, fuera de su casa y se ganan la vida, actualmente? Anderson, animado por la ignorancia del mundo que tenía la viuda y por el hecho de que, imposibilitada como se hallaba no podría nunca acercarse a su casa de negocio, había llegado a hacerle creer que la mayor parte de sus clientes eran juiciosos señores ancianos. Además, Mary, con toda seguridad, le diría en seguida si notaba algo que no fuera correcto. En tal caso la retiraría inmediatamente del empleo, a pesar,—y suspiraba al pensarlo,—de que con la ayuda del sueldo que ganaba Mary, iban tranquilizándose los poco pacientes acreedores. La diaria familiaridad con su hija, hacía que la anciana señora no se diese entera cuenta de su extraordinaria hermosura ni calculara los peligros que podían tener origen en ella.

Unicamente Martha Soames, la vieja sirvienta que llevaba a su lado años y años, y cuya lealtad con la señora a través de todas sus tribulaciones la habían dado derecho a no callar lo que sentía, se atrevió a ponerse furiosa cuando se enteró de lo del empleo en la casa de Anderson.

—¡En una cigarrería! — exclamó. — ¡La señorita Mary en una cigarrería! Si yo hubiese sabido a lo que venía, le hubiera dado con las puerta en las narices a ese gordo, cara fea, a pesar de su gruesa cadena de oro y de sus palabras almibaradas. ¡Sí, señorita Mary! Puedo tener una muchacha para que me ayude y podremos pagar al carnicero y al panadero sin necesidad de decirles mentiras, y tengo menos qué hacer, pero yo estoy acostumbrada al trabajo y no hubiera pedido jamás que me ayudara nadie si para eso tuviera que ser necesario que usted fuera a ponerse detrás del mostrador de una cigarrería.

La pobre sirvienta sentíase acosada por los más negros presentimientos,—y por una tristeza cada vez mayor,—al ver cómo Mary se mostraba muy contenta y encontraba agradable el pasarse los días lejos de la casa de huéspedes. Mary Rogers sentíase realmente enloquecida por la idea de huir de aquella triste casa, en cuyas habitaciones el papel estaba descolorido, desteñidas las cortinas en un tiempo de colores brillantes, donde todo le parecía tan viejo y deteriorado que le helaba su joven corazón. La casa parecía hallarse envuelta en las sombras del fracaso y de la tristeza. ¡En cambio, fuera de ella, cuánta vida, vida atrayente, encantadora!

Más adelante, Martha Soames comenzó a preguntarse de quién serían los pasos que acompañaban a Mary tan frecuentemente, de noche, cuando la joven regresaba de la cigarrería, hasta que ella se detenía frente a la puerta y luego se alejaban con rapidez, como si la persona aquella temiera ser descubierta, mientras Mary metía la llave en la cerradura. Un día, al entrar de pronto en el cuarto de Mary, la vieja sirvienta se preguntó qué sería lo que la muchacha ocultó tan de prisa, antes de volverse y mirarla con el sobresalto pintado en el rostro. La vieja sirvienta casi hubiera jurado que era un anillo, — un anillo con relucientes piedras verdes y blancas, — con brillantes y esmeraldas, — en su engarce. Pero Mary Rogers tenía la mano oculta en el pecho de un vestido.

De improviso se enteró de que Mary iba a dejar de ir a la cigarrería.

—Tendremos nuevamente a Mary en casa, Martha, — le anunció la señora de Rogers repentinamente.—Desde hoy no volverá a la cigarrería. Parece que algunas de las personas que van a comprar allí no son... no son verdaderos caballeros.

Mary Rogers volvió, pues, a la tristeza de la vieja casa, después de aquel breve vuelo por el mundo exterior, sin haber cambiado a los ojos de la señora de Rogers, pero muy variada ante los ojos más perspicaces de Martha Soames. La vieja sirvienta notó que algunos días se entregaba con fiera energía a las humildes tareas domésticas, al trabajo que antes despreciaba: como, otros días, se quedaba sentada horas y horas, sin hacer nada, como si estuviera soñando, despertando sobresaltada cuando Martha le dirigía la palabra.

Una o dos semanas antes de su salida de la cigarrería se había comprometido para casarse con Payne, el joven huésped, que había sido, durante largo tiempo, su tímido adorador. Payne tenía buen aspecto, era honrado, serio, trabajador y ganaba un buen sueldo aun cuando tendría que esperar a que se lo aumentaran, para casarse. Pero, a pesar de todo ¡qué boda para una joven tan excepcionalmente hermosa! Martha Soames, pensando en ese noviazgo se preguntaba si Mary no tendría alguna razón secreta para haberlo admitido. ¿Existía algún otro adorador que había conquistado de tal modo su corazón que, conociéndole, desconfiando de él, procurando arrancarse al hechizo con que la había envuelto, Mary había buscado, mediante su compromiso con Payne, por medio de su promesa a éste, fortalecer su vacilante decisión y olvidar para siempre al tentador?

Era una mañana de Junio y el tañido de las lejanas campanas de una iglesia llegó, flotando a través de la quietud de la calle donde estaba la casa de huéspedes, siempre tardía en despertar a la vida los domingos, hasta los oídos de Martha Soames, que trabajaba en la cocina. De pronto se estremeció al oir la campanilla con que su patrona la llamaba a la sala.

—Martha, — dijo la viuda, — no he visto a Mary esta mañana. Vaya a decirle que deseo verla.

La vieja sirvienta regresó muy pronto. Mary no estaba en la casa.

—¿Es posible que haya salido? — preguntó la señora de Rogers asombrada. — ¿Habrá salido con el señor Payne?

Pero Martha Soames había visto salir a Payne solo, a eso de las diez.

—¡Se ha ido sin verme antes de salir!—

exclamó la viuda. — ¿Y el señor Payne? Déme el brazo, Martha, y acompáñeme a su cuarto.

Paso a paso, apoyándose en el brazo de la sirvienta, llegó al dormitorio de Mary. La pobre Martha creyó notar un acento de alarma en la voz de la señora de Rogers. Le temblaba todo el cuerpo mientras avanzaba por el pasillo hacia la vacía habitación. Cundo hubo entrado, dirigió una mirada en redor.

—¡Puede retirarse, Martha! — dijo.— ¡Puede irse! — agregó al ver que la sirvienta vacilaba indecisa. — ¡Váyase! ¡No la necesito ahora! ¡Retírese!

✣ ✣ ✣

LAS sombras de la noche comenzaron a extenderse, pero la joven no había regresado. El día, del mes de Junio, había sido caluroso, de sol fuerte, velado a veces por nubes que amenazaban tormenta y cruzaban, lentas, por el cielo. Al empezar la noche las nubes se amontonaron negras y bajas antes de que comenzara a soplar el viento que llegaba, sollozante y gimiente del lado del río Hudson. Por último el trueno retumbó a lo lejos, se oyó el caer de gruesas gotas y en mitad de la noche la lluvia cayó copiosamente.

Triste, silenciosa, la viuda siguió sentada mientras la oscuridad iba en aumento y cuando oscureció del todo rechazó el ofrecimiento de Martha Soames que propuso encender las luces. En respuesta a las exclamaciones de desesperación de la sirvienta ante la ausencia de la joven, se limitó a contestar que sin duda se había encontrado con Payne y los dos habían retardado el regreso a causa de la tormenta.

Cuando ya era tarde, en mitad de la noche, se oyó que alguien metía una llave en la cerradura de la puerta de calle. Este ruido hizo palpitar aceleradamente el corazón de Martha Soames. ¿Iba a abrirse la puerta y a presentarse Mary ante ella? Pero el que entró fué Payne, solo.

—¿No ha estado ella con usted?—le preguntó, temblorosa, Martha Soames.

—¿A quién se refiere usted?—preguntó Payne, sacudiéndose la ropa mojada.—¿A la señorita Mary? Ella me dijo que no fuera a buscarla si el tiempo se ponía malo y amenazaba lluvia.

—¿Que no fuera a buscarla a dónde?—exclamó Martha.

—¿No se lo dijo a ustedes? — preguntó Payne. — Mary me dijo anoche que tenía intención de ir a casa de su tía, de la tía Martha, esta mañana. Yo debía ir a buscarla, si hacía buen tiempo; pero, en caso de que lloviera no, y en este caso ella se quedaría a pasar la noche en casa de su tía.

La tía Martha era una anciana parienta a la que Mary visitaba de vez en cuando.

—¡Dios nos bendiga! — exclamó la sirvienta levantando los brazos. — ¡Y pensar que no nos dijo ni una sola palabra de todo eso! ¡Yo he estado a punto de enloquecer! ¡Desde que anocheció juraría que he visto su fantasma lo menos una docena de veces!

—Voy a enterar de eso a la señora de Rogers.—dijo Payne, riéndose de la nerviosidad de la sirvienta y pasando por su lado para ir a la habitación de la viuda.

—¡Se fué a casa de la tía Martha!—exclamó la viuda en cuanto se enteró de lo que Payne le dijo.—¿Qué tenía ella que hacer allí? ¡No lo comprendo!—calló un instante y dijo después:—¿Oye?

La lluvia golpeaba en aquel momento violentamente contra los vidrios de las ventanas, mientras el viento gemía y aullaba a lo largo de la calle.

—¡Qué noche! ¡Qué horrible noche para que ella esté fuera!

—¡Pero Mary no estará fuera! — dijo Payne.—Me dijo que se iba a quedar a pasar la noche en casa de tía Martha si el tiempo se ponía malo. Ahora estará allá, bajo techado. No se le va a ocurrir la idea de venir, con semejante lluvia.

—¡No, no! — exclamó la anciana. — ¡No va a venir! ¡No me extrañaría si no la volviese a ver nunca más!

—¿No volverla a ver nunca más?—exclamó escandalizado, Payne.—¿Por qué dice usted eso, señora de Rogers?

Pero la viuda permaneció en silencio, sin ofrecer explicación de ninguna especie, iggorando, al parecer, hasta la presencia del prometido de su hija.

Mary Rogers no regresó el día siguiente; no había estado el día anterior en casa de su tía. Varios de los vecinos dijeron que la habían visto salir de la casa de huéspedes, a eso de las nueve de la mañana, el domingo, vestida con su ropa de los días de fiesta. La habían mirado porque estaba tan bella que daba gusto verla, con el sombrero de paja, de anchas alas, adornado con vistosas cintas atadas coquetamente bajo la barba. Se había parado un momento, sin cerrar la puerta, en el umbral de la misma, mirando hacia arriba, como si procurara leer en el cielo si iba a llover o no, para cambiar, en caso de amenazas de lluvia, la sombrilla que llevaba por un más protector paraguas. Habíase decidido, al fin, por la sombrilla y, cerrando la puerta, se había alejado con rápido paso. ¡Desde aquel momento no habían vuelto a verla!

Tal vez la policía, enterada de su desaparición, no la buscó con toda la actividad con que debía haberla buscado. Las desapariciones son asuntos que hay que tratar con suma discreción. ¿Cuánto penitente habrá decidido no volver, temeroso de regresar al lado de los que le amaban y perdonaban, por no atreverse a tener que mirar cara a cara a los irónicos semblantes de aquellos que jamás se hubiesen enterado de nada si todo se hubiera tenido en secreto? El hijo arrepentido puede tener valor para volver a ver a su padre, pero no para resistir las sonrisas de sus vecinos, amigos y conocidos. La hija arrepentida necesita tener aun más valor.

Cuatro días después unos pescadores hallaron el cuerpo de una joven flotando en el río Hudson, y lo remolcaron a la orilla. En el

cuello tenía señales de la presión terrible de una poderosa mano. En torno del cuello tenía atada una cinta, muy apretada. Los médicos dijeron que aquella cinta debía haberla asfixiado, causando la muerte. Un sombrero de paja, de alas anchas, con vistosas cintas, estaba atado al cuerpo con un nudo marinero. De su vestido había sido cortada, cuidadosamente, una tira de género que le daba cuatro vueltas al talle. Agarrando aquella banda, el matador había podido arrastrar con facilidad el cadáver a un escondrijo cualquiera.

Era, aquel cuerpo, el de Mary Rogers. Debía haber muerto varios días antes. Los vecinos que la habían visto aquella mañana del domingo, de pie, a la puerta de la casa de huéspedes, mirando hacia el cielo y preguntándose si llevaría sombrilla o paraguas, que la habían visto alejarse tan rápidamente calle abajo, habíanla visto partir para su inesperado destino.

✣ ✣ ✣

"YO le he aconsejado que recurra a usted como al único hombre en toda Nueva York capaz de poner en claro un asunto que, según temo, me parece muy dificultoso; los mejores detectives se hallan enteramente confundidos y perplejos y ya han transcurrido diez días desde que se cometió el crimen. Si ustde no puede solucionar el asunto rápidamente temo que.. pero usted es hombre capaz de eso, sin duda."

James McCunn, agente de investigaciones particulares, estudiaba esas palabras de la carta que había recibido, mientras se hallaba sentado, esperando, en su oficina del tercer piso de un edificio del Broadway, donde había instalado su despacho. McCunn no tenía dependiente ni ayudante alguno. Prefería que no hubiera ojos ni oídos extraños cerca de él en el sitio al que acudían sus clientes, todos ellos deseosos del mayor secreto y la más estricta reserva, recelosos siempre, cuando tenían que confiarle en voz baja sus mas íntimos secretos. En aquel momento McCunn esperaba oír el rumor de los pasos del hombre a quien se refería la carta, pasos que habían de oírse en el pasadizo que conducía a la puerta de su oficina. Las pisadas tenían, para el señor McCunn, un lenguaje, que, a veces, le enteraba de muchas cosas interesantes.

Por fin se oyeron, — rápidos, ligeros, nerviosos,— seguidos de unos golpes en la puerta. Cuando ésta se abrió presentóse un joven alto, delgado, de cabello rubio claro y ojos azules, hundidos en su desencajado rostro.

—¿El señor Payne? Tengo sumo placer en verle. — díjole McCunn.

El visitante se sentó, secándose la frente con el pañuelo.

—Soy Payne, efectivamente, — dijo. —¿Ha leído usted la carta de ese amigo mío? Necesito de su ayuda para poner en claro el misterio que rodea a la muerte de Mary Rogers, para llevar ante la justicia, al culpable. Mary y yo eramos novios y debíamos casarnos dentro de poco.

—Lo sé, — dijo McCunn. — Conozco todo cuanto se ha descubierto sobre el crimen. Tengo amigos entre los que han realizado las investigaciones y hemos hablado mucho a ese respecto.

—¡Tontos! ¡Imbéciles! — gritó Payne furioso. — ¡Diez días y no han descubierto nada! Pero usted encontrará al culpable. Tengo algunas economías, no muchas, pero algo es. Lo reuní para comprar los muebles para la casa en que nos instalaríamos Mary y yo. Todo está a su disposición, hasta el último dólar. Hasta vendería la sangre de mi corazón para conseguir que el infame compareciera ante los jueces, para vengarme de él.

McCunn sabía lo aturdida que se había visto la policía al tratar de poner en claro aquel misterio. Durante aquellos diez días la excitación de los habitantes de Nueva York ante la suerte de la hermosa vendedora de la cigarrería, había llegado a un grado febril. Recompensas, cada día más cuantiosas, ofrecíanse en cambio de cualquier clase de datos que permitieran dar con el matador de la joven. Las sospechas señalaban hoy a una persona, mañana a otra. Hasta el mismo Payne habíase visto obligado a manifestar qué era lo que había hecho, hora tras hora, en aquel fatal domingo.

En algunas casas de la alta sociedad habíase sentido asombro e indignación, pues los detectives habían acudido a ellas a hacer averiguaciones, exigiendo amplias declaraciones de más de un joven elegante y distinguido, cliente de la cigarrería y al que se creía adorador de Mary Rogers, sobre lo que había hecho aquel día. Anderson, el dueño de la cigarrería, se había hecho sospechoso en grado sumo porque, asustado, desapareció, y tuvo que ser buscado por la policía. Cuando le hallaron pudo presentar tantas pruebas que su inocencia quedó plenamente demostrada. La policía, enojada, tuvo que ponerle en libertad declarando que era "uno de los más molestos y fastidiosos imbéciles" con quien habían tenido que tratar.

—¿Sabe usted lo que la gente dice respecto a Mary,—preguntó Payne a McCunn.

—Lo sé. — contestó McCunn. — Creen que la señorita Rogers salió de su casa aquel domingo por la mañana para huir con algún secreto adorador; que se encontraron y que tuvieron una pelea terrible a consecuencia de la cual él la mató. Esa teoría no se ajusta a las circunstancias del caso, señor Payne. Una joven que se escapa de su casa, ¿se detiene acaso en el dintel, mirando tranquilamente al cielo y preguntándose si ha de llevar sombrilla o paraguas? Esto está en contra de todas las condiciones de la naturaleza humana. Además sabemos, todos los que estamos interiorizados en los detalles del caso, que la señorita Rogers en lo que a rectitud de carácter y a honestidad se refiere, era digna de ser la esposa del más orgulloso de los hombres de Nueva York.

Los opacos, desencajados ojos de Payne, dirigiéronle una mirada de gratitud.

—¡Dios le bendiga por esas justicieras palabras que ha pronunciado, McCunn! — exclamó

El caso era extraño y, como lo declaró después McCunn en un folleto que publicó, le impresionó muy intensamente. En los ojos de Payne leyó el aviso de que si la solución del misterio se retardaba mucho, no sería extraño que, a la desaparición y muerte de Mary Rogers se uniera una tragedia más.

La pérdida de la joven a quien amaba había sido causa de una terrible aflicción para aquella naturaleza sensible y nerviosa. Pero a la pena y al dolor se añadía el odio que brillaba en la mirada de Payne con gran intensidad y que indicaban que aquel hombre se encontraba muy cerca de la locura.

McCunn tenía que darse prisa. Se lanzó a la investigación con todo el vigor y la astucia que todos le reconocían. Buscó por uno y otro lado, no descansó ni de noche ni de día, huroneando por todas partes en procura de indicios que luego fracasaban, uno tras otro.

Cuanto más fracasaba más insistía en su propósito; fracasaba pero no se desanimaba. Y cada día iba recogiendo nuevos detalles que le convencían de que se hallaba por fin sobre la pista de la figura fantasma que eludía sus zarpazos, pero que no podría seguir eludiéndolos mucho tiempo más.

¿De quién eran los pasos que Martha Soames había oido con tanta frecuencia, acompañando a la joven, por la noche, hasta su casa, de regreso de la cigarrería? ¿De quién era el anillo, — no pudo ser hallado, — que la sirvienta había visto en la mano de la joven el día que la sorprendió en su cuarto? Sin duda habíase tratado de alguno de los admiradores, clientes de la cigarrería, que había logrado conquistar el corazón de la joven. Esta había descubierto que su amor era falso, a pesar de que Mary hubiera correspondido a él con tanta alegría. ¿No era posible que aquel domingo de mañana, cuando ella salió de la casa de huéspedes, a hora tan temprana para ella, hubiera ido en busca de ese hombre a fin de librarse para siempre de sus importunidades informándole que no le escucharía. ¿No era posible que él la hiciera caer en alguna trampa ya preparada, que la llevara a algún sitio donde, desenmascarándose al fin, le dijera que si ella no quería corresponderle no correspondería a ningún otro hombre y la matara luego?

✣ ✣ ✣

La señora de Rogers había dicho: "No me extrañaría que no la volviese a ver nunca más"; ¿por qué lo había dicho? ¿Habíale confiado Mary algo relacionado con su importuno adorador y en consecuencia había creído la anciana, al enterarse de la desaparición de su hija, que ésta había ido en busca de él y había sido convencida, con engañadoras palabras, de que debía de huir en su compañía? ¿Debíase a esto su extraña actitud reticente, su decisión de no decir nada, temerosa de traicionar el secreto de lo que suponía la vergüenza de su hija? Desde el descubrimiento del crimen se había hallado en tal condición de postración, mental y física, que no se consiguió que contestara ni a una sola pregunta.

Cada día que pasaba surgía un nuevo rumor, una nueva teoría. Los domingos, gran número de habitantes de Nueva York busca un alivio contra el candente aire de la ciudad en los bosques de la opuesta orilla del río Hudson, cruzando el río por medio de ferry-boats. Se publicaron noticias de que algunas personas que paseaban por los bosques habían sido atacadas por una gavilla de bandidos. ¿Era posible que Mary Rogers hubiera visitado los bosques aquel domingo, en compañía de alguien y hubiese sido asesinada por aquellos bandidos?

Pero McCunn se dijo que Mary Rogers no había debido ir a los bosques con el hombre con quien se proponía entrevistarse aquel domingo y no hubiese ido, tampoco, con ninguna persona de su amistad con quien se encontrara por casualidad. Además, si tenía un compañero, ¿qué había sido de él? ¿Habíase escabullido cobardemente dejándola entregada a su destino? ¿Y por qué no había dado él, noticia a la policía,—en forma anónima, si temía que su nombre fuera conocido,—para poner las cosas en su lugar?

—¡No, no, Payne! — declaró el detective.—Ese crimen no pudo ser obra de una gavilla.

Entonces se hizo un descubrimiento que pareció demostrar que estaba equivocado.

Mientras correteaban por los bosques, unos muchachos llegaron a un sitio solitario en el que vieron tirada en el suelo una sombrilla de color, primero, y después un chal y un pañuelo marcado con el nombre "Mary Rogers". Los objetos eran, sin duda, los de propiedad de la muerta; los matorrales en torno del sitio donde fueron hallados presentaban señales de haber sido teatro de una violenta lucha. Además desde aquel sitio a la orilla del río se veía un rastro como el que podía haber dejado, al ser arrastrado por tierra, un objeto o bulto pesado.

"Ya se ha aclarado cómo halló la muerte Mary Rogers", declararon los diarios. Poco después se presentó a la policía un hombre que declaró haber notado, aquel domingo por la tarde, la presencia de una joven, que suponía debía ser Mary Rogers, en el ferry-boat que cruzaba el río, y que la había visto en compañía de un joven trigueño, de cabello negro. Después compareció una mujer, dueña de una hostería, situada junto a un camino, en la región de los bosques. Esa mujer declaró que recordaba que una señorita acompañada por un joven trigueño de cabello negro, había estado en su hostería el domingo aquel. Al retirarse, se habían ido hacia los bosques.

Aquella noche McCunn esperó en su oficina, impaciente, el rumor de los pasos que con tanta frecuencia había oído en el corredor, los pasos del hombre que le visitaba

todos los días, con el más intenso dolor pintado en el rostro y el más terrible de los odios en el fulgor de la mirada, el hombre que le preguntaba a McCunn si había descubierto algo que le acercara a su venganza.

McCunn había visitado el sitio del bosque, había interrogado al hombre del ferry-boat y a la mujer de la hostería.

El hombre y la mujer estaban equivocados o eran testigos sobornados. Las señales de pelea que había en el bosque, las ramas de los matorrales aplastadas y rotas, el rastro por el césped hasta la orilla del río, — pudo notarlo después de detenido examen,— eran muy recientes. El mismo matador se había ocupado activamente de fabricar esas falsas apariencias para distraer al perseguidor de su verdadera pista.

—Me ha estado observando, — sacó en consecuencia McCunn, — y el rastro tras del cual voy es el verdadero. El plan ha sido astuto, pero al fracasar va a ayudarme a conseguir lo que estoy buscando.

Impacientemente esperó el ruido de los pasos, pero no llegó. No volvió a oirlo nunca más.

La mañana siguiente, varias personas que visitaban el sitio de los bosques donde los objetos habían sido hallados, encontraron a un hombre, tendido boca abajo en el césped, y junto a él un frasco, vacío, que había contenido veneno. El muerto era Payne, el prometido de la hermosa dependiente de la cigarrería.

Como la astuta mano que fabricó o fraguó las falsas pruebas halladas en el bosque consiguió persuadir a la gente de que se trataba de un crimen vulgar, el asunto dejó de interesar y estremecer al público. El autor no fué descubierto. Edgar Allan Poe, tomando la tragedia de la vendedora de la cigarrería como base de uno de sus famosos cuentos, llegó, en un estudio de las circunstancias, a las mismas conclusiones que McCunn, el detective particular.

"La gente dice con frecuencia, — escribía McCunn, — al hablar de criminales como el matador de Mary Rogers, que "logran evadir la acción de la justicia". Me inclino sumiso ante la inescrutable voluntad que permite que sea burlada la justicia de los hombres y me limito a recordar la frase: "La venganza me pertenece, dijo el Señor", que figura en las páginas de la Biblia".



El aceite de ricino se toma fácilmente mezclándolo con cerveza o con refresco gaseoso de zarzaparrilla.

✣ ✣ ✣

Para conservar las flores se incorpora al líquido en que sus tallos sean sumergidos cinco gramos de sal amoniaco por litro: el frescor de los ramilletes durará ocho días al menos.

✣ ✣ ✣

Los cuadros no deben colgarse a mucha altura. Lo mejor es que su centro esté al nivel de la vista. Tampoco conviene poner muchos cuadros, porque la mirada se distrae y no se lucen bien.

✣ ✣ ✣

Las manchas de cera o de estearina pueden quitarse por un medio muy sencillo. Se aplica sobre la mancha un papel de seda y se pasa por encima de éste, a algunos milímetros de distancia, un fósforo encendido. La mancha desaparece muy pronto, sobre todo si se ha tenido la precaución de rasparla antes con la uña para quitar parte de la estearina. Después de la operación, un ligero cepillado completará la limpieza

Para limpiar los diamantes se cepillan con espuma de jabón y se frotan después con agua de Colonia.

Metidos en bolsitas llenas de afrecho y agitándolos un buen rato, adquieren gran brillo.

✣ ✣ ✣

Para conservar las ropas, abrigos, "manchones" y pieles en general, se espolvorea las piezas con una mezcla de 100 partes de polvo de piretro o pelitre por diez de alcanfor, reducido a polvo finísimo, guardándolas luego en cajas de madera o cartón con las aberturas cubiertas por tiras de papel, pegadas.

✣ ✣ ✣

Asegura una revista inglesa que una de las mejores recetas para quitar las manchas de hierro en la ropa, consiste en frotarla con una disolución ligeramente ácida de protocloruro de estaño.

Se lava luego muy bien, se enjuaga y la operación está hecha.

Para cerciorarse de que la disolución no es demasiado fuerte, pruébese con un poco de papel de tornasol, del que emplean los químicos y boticarios para probar la acidez.



Los momentos palpitantes de la Historia

El emperador Nerón

El artículo que publica hoy "Pucky" constituye una nota palpitante de información y comentario histórico trazada por la pluma del gran publicista italiano Guillermo Ferrero. La decadencia y muerte de Nerón es, realmente, uno de los momentos más intensos de la vida de la Humanidad, cuyo relato ha de interesar siempre.

DESPUES de haber dado muerte a la emperatriz-madre Agripina, nació en el ánimo de Nerón y de su corte la desvergonzada mentira de atribuir esa muerte a un suicidio.

Esta versión no tuvo éxito alguno. El pueblo adivinaba la verdad del tremendo asesinato en que tanta parte tomara el emperador, y emocionado hondamente por la enormidad del delito despertaba a la voz de la vieja conciencia romana y vociferaba en la plaza pública que el césar, lo mismo que el más humilde rústico, debía reverencia a sus padres. Vióse entonces algo extraño: por virtud de una vuelta repentina del sentimiento público, la misma persona que en vida fué objeto de odios implacables, una vez muerta, pasó a ser objeto de veneración popular. Agripina empezó a ser amada por los romanos. En cambio Nerón y Popea inspiraban creciente sentimiento de horror.

Pronto advirtió el césar que, con antojársele insoportable Agripina viva, era mucho más temible después de enterrada. Atemorizado por la agitación popular, hubo, en efecto, de aplazar indefinidamente su proyectado divorcio de Octavia y su matrimonio con Popea. No tranquilizado aún, prolongó su permanencia en Bayas, donde había sido cometido el crimen, durante algunos meses, deseoso de retardar todo lo posible su retorno a la revuelta capital del Imperio.

Nerón acababa de cumplir treinta y tres años. Tenía algún talento. Por otra parte, no faltaban en la camarilla imperial hombres de inteligencia y energía. Pasado el primer momento de estupor y de miedo, el césar y sus cortesanos se aliaron. Ciertamente, los efectos siguientes al horrendo crimen de Bayas habían sido desastrosos; mas por fortuna para el Imperio no trajeron consecuencias irreparables. Incluso era de esperar que poco a poco olvidase el pueblo el asesinato de Agripina. Sólo restaba favorecer el desmemoriamiento de las gentes. Fué entonces cuando decidió el césar parricida introducir en Roma y en Italia aquella revolución administrativa tan resueltamente combatida por Agripina: dar al pueblo romano, en suma, aquel gobierno generoso, espléndido y tolerante, que venían reclamando las aspiraciones populares.

⁂

Empezó Nerón por organizar entre la juventud dorada de Roma los famosos festivales, mejor diríamos orgías, que no eran por el fondo y por la forma sino vivas protestas contra la antigua educación aristocrática.

Los jóvenes patricios modernistas se reunían en sus palacios, bajo la presidencia del césar, y allí cantaban, recitaban versos, bebían, bailaban y, en una palabra, alardeaban de todo aquello que la tradición consideraba indigno de un noble romano. No transcurrió mucho sin que Nerón hiciese construir en los campos del Vaticano un estadio particular, donde él y sus amigos se divertían guiando bigas y cuadrigas, en competencia con los mejores cocheros de Roma. El césar aparecía siempre rodeado de poetas, músicos, cantantes; aumentaba hasta una cifra enorme el presupuesto de las festividades populares; proyectaba y subvencionaba gigantescas construcciones, e introducía en toda la administración un nuevo espíritu de negligencia, relajación y tolerancia, muy grato para administrados y administradores. Empezaron a caer en desuso, no sólo las leyes suntuarias, sino todas aquellas que imponían el cumplimiento de deberes hacia la especie. La mirada vigilante del Senado sobre los gobernadores y la de los gobernadores sobre los municipios, se debilitaron, haciéndose discretas; en Roma, en toda Italia y en las provincias, los caudales de la república, los

propiedades eran saqueados sin piedad. Bien pronto surgió, en este desenfrenado saqueo,—que convertía rápidamente en hombre opulentísimo al mismo individuo que poco antes mendigara una lismonas, — el delirio de la tentación y de los placeres. En Roma, sobre todo, vivía el pueblo en perpetua bacanal. La nobleza acudía en masa a las fiestas de Nerón; en el Senado, como en las mansiones aristocráticas, pululaban los atletas y los cocheros nobles, sin otra ambición que añadir los laureles ganados en la arena de los circos a los trofeos de guerra tomados por sus abuelos en los campos de batalla. El mismo palacio imperial se hallaba invadido por un ejército de citaristas, actores, atletas y caballistas, entre los cuales empezaban a sentirse extraños el sabio Séneca y Burrho el estratega.

La muerte de Agripina, aunque había logrado dificultar el matrimonio de Nerón y Popea, no consiguió, como se habrá advertido, impedir el advenimiento de un sistema de gobierno, que si era apetecido por todo el mundo, no era menos desastroso en sus consecuencias. Como que a él se debe la inmensa ruina de la potente Roma. Pero no nos autoriza ello para considerarlo como un elemento romano; por el contrario, se trataba de un elemento introducido por la civilización oriental en el mundo de las viejas tradiciones romanas, tras de larga y penosa resistencia. Esta revolución había venido preparándose desde muchos años antes y se acomodaba a los gustos populares. De ahí que resultase favorecida la personalidad del césar que acababa de romper con añejas tradiciones lanzándose y lanzando al pueblo romano por la vía de lo moderno.

✣ ✣ ✣

No fué ello obstáculo a que el espectro de Agripina continuase cerniéndose sobre Roma: su corrupción no había llegado aún al extremo de hacerle olvidar, entre el clamoreo de las fiestas, el espantoso crimen. Aunque bastante debilitado, el partido tradicionalista existía; y no sólo existía, sino que se atrevió a iniciar lucha abierta contra Nerón, esgrimiendo como arma principal el asesinato de Agripina. Vióse entonces a los tradicionalistas denunciar el parricidio al pueblo, con objeto de atacar al campeón del orientalismo y de concitar contra él la masa neutra, que, no comprendiendo aquella lucha entre Oriente y Roma, era insensible a tales estímulos.

Entretanto, creyendo Nerón que la excitación popular había cedido un poco, acababa de repudiar a Octavia para casarse inmediatamente con Popea. Pero el divorcio imperial vino a agravar la situación: Roma fué testigo de grandes demostraciones populares en favor de la infeliz esposa repudiada y contra la impúdica Popea.

Nerón, con sus extravagancias, facilitaba la obra de sus enemigos defensores de la tradición. La vida de excesos a que se entregaba el césar exageraba todos los defectos de su carácter, especialmente aquella necesidad mórbida de exhibirse y de desafiar al público, sus prejuicios y sus opiniones. Hoy es dificilísimo separar lo verdadero de lo falso en las repugnantes historias de libertinaje llegadas a nosotros por mano de los escritores contemporáneos de los césares, entre los que debemos citar a Suetonio. Sin embargo, y aunque haya de reconocerse,—y yo soy de los que así piensan,—gran exageració nen tales relatos, es cierto que la personalidad de Nerón desempeñaba papel demasiado visible en la revolución iniciada contra lo antiguo. Aun hallándose el pueblo bien dispuesto a admirar y aplaudir un gobierno liberal y ostentoso, todavía gustaba de ver en el jefe del Estado cierta austeridad de costumbres y de aspecto: para la generalidad de los romanos, el césar debía ser un hombre grave que dejase divertirse al pueblo mientras él se aburriera en las magnificencias de su palacio.

Aquel emperador joven, disipado y vanidoso, indispensable ornato de toda fiesta, eterno perseguidor de mujeres bellas, e incansable dilapidador del tesoro público, hería susceptibilidades republicanas del pueblo. Los sensatos empezaron también a experimentar alarmas y a reprochar a Nerón su prodigalidad; y estas censuras eran aplaudidas por la turba.

Los costosos caprichos de Nerón, cada vez más extraños, llegaron también a indignar a la parte del pueblo que no seguía fanáticamente adherida a la tradición. Entonces se desarrolló en Nerón su necia vanidad de actor, su afición al teatro, que iba muy pronto a convertirse en una manía predominante. ¡El jefe del Imperio, el heredero de Julio César, proyectaba nada menos que descender de la cúspide de la humana grandeza al escenario de un teatro, y esto por el capricho de experimentar ante el público las sensaciones de los histriones a quienes la aristocracia romana miraba como viles instrumentos de recreo!

✣ ✣ ✣

Disgustado Séneca con las locuras de Nerón, había aprovechado la muerte de Burrho como oportunidad favorable para retirarse. Libre el césar de la última persona que ejercía influencia sobre él, se arrojó de cabeza a la furiosa vorágine de sus fantasías. Una tarde se presentó, por fin, como histrión en el Teatro de Nápoles, ciudad que, por ser aún completamente griega en espíritu y costumbres, habíale parecido al césar la única digna de comprenderle y admirarle.

El emperador no se equivocó en sus cálculos, porque los napolitanos le aplaudieron frenéticamente. En cambio, todas las demás ciudades de Italia protestaron contra aquella aparición del jefe del Imperio en un escenario público pulsando la cítara.

Una aterradora calamidad vino a apartar de tan enorme escándalo la atención de las gentes: el célebre incendio de Roma, a aquella espantosa conflagración que durante diez días, a partir del 19 de Julio del año 64 de nuestra Era, devastó casi todos los barrios de la ciudad. ¿Cuál fué la verdadera causa

del inmenso desastre? He ahí un punto oscurísimo, de gran interés para los historiadores, y que hasta ahora no está suficientemente esclarecido. El siniestro pudo ser casual. Pero la humanidad, cuando gime abrumada por un gran infortunio, necesita siempre creerse víctima de la maldad ajena. En aquella ocasión, reducida la plebe a la última miseria por el tremende accidente, comenzó a asegurar que ciertas gentes misteriosas habían sido observadas durante el incendio, ya facilitando la obra de las llamas, o bien dificultando los trabajos de extinción y salvamento. Sin duda, los tales incendiarios debían haber sido enviados por alguien muy poderoso... Pero, ¿quién era ese alguien?

Pronto circuló un rumor extraño: el "alguien" era el mismo Nerón. El césar había mandado incendiar la ciudad, para proporcionarse el espectáculo de la inmensa hoguera, para darse una idea de lo que debió ser el incendio de Troya, para tener la gloria de reconstruir aquella vetusta urbe con arreglo a un plan de edificaciones monumentales.

En tales circunstancias, ocurrió lo que no podía menos de ocurrir: que el partido tradicionalista, los descontentos, explotaron sin escrúpulo la creencia popular. Nerón, verdadero autor de buen número de crímenes probados, se halló así acusado de un crimen imaginario, siendo tanto el miedo que se apoderó del césar que no titubeó en proporcionar al pueblo de Roma lo que éste buscaba con ansia: una víctima en quien saciar su furor. Practicóse una investigación respecto a las causas del incendio, llegándose a la conclusión verdaderamente extraña de que el fuego había sido causado por una pequeña secta religiosa, recién importada de Oriente, una secta cuyo nombre oían por primera vez muchos de los súbditos de Nerón: la secta cristiana.

¿Cómo pudieron llegar las autoridades romanas a semejante conclusión? He ahí uno de los grandes misterios de la Historia Universal. Misterio que, probablemente, no será jamás esclarecido. En verdad sea dicho, si resultaba absurda la opinión popular del desastre, no lo era menos la explicación oficial. Porque ha de tenerse presente que la comunidad cristiana de Roma, la pretendida hidra de la revolución, la tea de la discordia y el odio que acababa de reducir a cenizas gran parte de la metrópoli del mundo, no era, en suma, sino una pequeña y pacífica congregación de piadosos idealistas y de hombres abnegados.

✣ ✣ ✣

Un hombre grande y sencillo, Pablo de Tarsos, había reanudado en Roma la obra interrumipda por Augusto y Tiberio. Aspiraba a rehacer la conciencia popular, pero empleando medios desconocidos hasta entonces en la civilización greco-latina. No trataba de hacer amable el trabajo, de apartar del vicio, de encauzar hacia la vida honesta y sencilla, recordando a los hombres las virtudes de sus antepasados, los prestigios de la tradición o las perspectivas risueñas de la dominación política. Pablo de Tarsos aconsejaba que todo ello se hiciese por amor a un dios único, al que en un principio había ofendido el hombre con su orgullo; que todo ello se practicase en nombre del Hijo de Dios, que había adoptado la forma humana ofreciéndose voluntariamente a morir como un criminal en una cruz para aplacar al Padre en su justa cólera contra el hombre rebelde. El apóstol ingertaba en la idea greco-romana del Deber la idea cristiana del Pecado. Indudablemente, la nueva teología debió parecerles un tanto oscura a griegos y romanos: Pablo de Tarsos ponía en aquel nuevo espíritu el amor mutuo, esto es, algo que hasta entonces era desconocido, o poco menos, por la árida psicología latina.

Pablo era hijo de noble familia hebrea, y poseía elevada cultura. Pero había renunciado a su alta posición social precisamente en tiempos en que nadie podía desprenderse de su pasión por el lujo: el apóstol no era ya el rico hombre de Tarsos, sino el humilde obrero que, atendía a sus necesidades más apremiantes con el importe de su trabajo manual, solo y a pie había recorrido el imperio, predicando durante sus incesantes peregrinaciones la Redención del Hombre. Tras de numerosas aventuras y graves peligros, Pablo de Tarsos acababa de llegar a Roma. En aquella inmensa ciudad enloquecida por los apetitos de todo linaje, el apóstol repetía una y otra vez a los pobres, sus únicos oyentes: "Sed castos y sencillos, no mintáis, amáos los unos a los otros, ayudáos, y amad a Dios sobre todas las cosas".

Cierto es que, a haber tenido noticia Nerón de aquella pequeña sociedad de idealistas piadosos, seguramente la habría odiado; pero la habría odiado y perseguido por otros motivos para las imaginarias acusaciones de la policía. San Pablo es, en efecto, la antítesis de Nerón. Representa el césar el despiadado egoísmo de una época rica, pacífica y altamente civilizada. Simboliza el otro el ardiente idealismo ético que trata de reaccionar contra los vicios capitales de la fuerza y de la riqueza mediante la abnegación y el ascetismo universales. Y no se puede concebir al uno sin el otro, porque la doctrina moral de Pablo es, en parte, una reacción contra la furiosa locura de placeres y de lujo que personificaba Nerón. Mas no fueron, ciertamente, consideraciones políticas de esta clase las que llevaron a las autoridades romanas a perseguir con saña a los cristianos.

Se acusó, pues formalmente a los cristianos de ser los autores del incendio. Encarcelóse a buen número de ellos y ajusticióse a los más, por diferentes procedimientos, durante las fiestas que organizó Nerón para distraer al populacho. Es posible que Pablo de Tarsos fuera una de las víctimas de aquella persecución.

✣ ✣ ✣

El recurso ideado por el césar no produjo los efectos que él esperaba. La gran catástrofe de Roma fué también la ruina de Nerón.

Con el incendio de la inmensa metrópoli comienza el tercero y último período de la vida de este césar, breve período de cuatro años caracterizado por absurdas exageraciones de todo género, que apresuraron el inevitable y trágico desenlace.

Es un período durante el cual predomina una idea grandiosa: edificar sobre los aún humeantes escombros de la capital del imperio una Roma colosal, digna cabeza del gigantesco organismo político.

Para realizar este proyecto necesitaba Nerón mucho dinero. Y claro está que su voluntad omnímoda no había de detenerse ante la natural limitación de los recursos del erario. Cada vez más dominado por su manía, vióse a Nerón poner mano hasta en lo que entonces se consideraba más sagrado: el dinero destindo a pagar las legiones. El pueblo, aún enriquecido por aquellos exorbitantes gastos públicos, murmuraba cada vez más fuerte de Nerón, y ridiculizaba sus proyectos arquitectónicos.

Acaeció, por fin, lo que era de esperar. Exasperado Nerón por la antipatía popular y por la escasez de recursos económicos, perdió la poca razón que le quedaba. Su gobierno degeneró desde aquel instante en cruel, violenta y desconfiada tiranía. La conspiración de Piso sirvió al césar de pretexto para ordenar el suplicio de buen número de senadores y caballeros, con lo que se acrecentó hasta un grado indecible el odio de los romanos hacia Nerón. Un altercado con Popea convirtió en uxoricida al que ya fuera autor de un parricidio: la esposa adúltera pereció, miserablemente, de un puntapié en el vientre asestado por su bárbaro señor.

Agotados el tesoro imperial y el público, dióse Nerón a inventar acusaciones contra los hombres más ricos de Roma, con objeto de confiscarles sus bienes.

Aquello era ya el desquiciamiento final: el ambiente del delito flotaba constantemente sobre el Palatino.

De pronto, suspendió el césar su incansable labor homicida para consagrarse al arte. Rodeándose de sus favoritos, emprendió un viaje a Grecia, la provincia romana que había sido cuna de la civilización occidental, llevado del deseo de actuar en sus más famosos teatros.

Esto fué lo que hizo desbordar el vaso: la indignación popular estalló en cien motines, mientras las legiones de Galia y de España, mal pagadas desde mucho tiempo antes, se sublevaban contra el césar, acaudilladas por sus centuriones. Abandonado Nerón de todo el mundo, vióse en la dura necesida de suicidarse. El emperador histrión exhalaba el último suspiro el 9 de Junio del año 68 de la Era Cristiana

* * *

Nerón era, en verdad, medio loco y criminal nato; pero las generaciones que le sucedieron se empeñaron en hacer de él un mónstruo único, sin nada de humano, y aún no faltó quien viera en Nerón al Anticristo.

Seguramente, fué aquel César el primero que hizo verter a torrentes sangre de cristianos. Mas si recordamos la tendencia que representaba en la historia romana, difícilmente podríamos clasificarle entre los grandes enemigos del Cristianismo. Cierto es que tanto Augusto como Tiberio fueron dos enconados perseguidores de la religión, aún sin conocerla, y fueron así porque suponían que el nuevo credo iba a debilitar la gran tradición romana que ellos pretendían vigorizar. Nada tiene de extraño que los dos césares combatiesen cuando pudiera constituir algún día la esencia del Cristianismo.

Nerón, por el contrario, con sus repetidos esfuerzos para extender el orientalismo en Roma, y, sobre todo, con su desmedido amor al arte, fué inconscientemente un opderosísimo colaborador de la futura propaganda cristiana. Si las masas del imperio llegaron a hacerse cristianas, fué porque ya estaban saturadas de espíritu oriental.

Nerón y San Pablo, el hombre que perseguía todos los goces y el hombre que deseaba todos los sufrimientos, eran en sus tiempos dos antítesis extremas; más luego, al correr de los siglos, se convirtieron en colaboradores. Mientras padecía el uno hambres y persecuciones, por predicar la doctrina de Redención, el otro, por sólo el gusto de divertirse, llamaba a Roma y a Italia a todos aquellos plateros, tejedores, escultores, pintores, arquitectos y músicos, de que abominara el imperio, arrojándolos de su seno.

Desaparecieron Nerón y San Pablo arrebatados por los violentos huracanes sociales y políticos de la época, pasaron una tras otra las centurias, y en tanto que el nombre del césar iba cubriéndose de eterno oprobio, el del apóstol irradiaba gloria.

Pero en medio del inmenso desórden que acompañó a la disolución del Imperio Romano, cuando se relajaban todos los lazos que unen a la Humanidad, y cuando parecía haberse hecho inacesible la mente humana al razonamiento y al pensar sano, los discípulos del santo de Tarsos advertían que los plateros, los tejedores, los escultores, los pintores, los arquitectos y los músicos reunidos por Nerón eran precisamente los mejores medios para atraer las masas populares a los templos cristianos y hacerlas oir lo que estaban en disposición de comprender en la sublime moral de San Pablo.

Cuando se penetra hoy en San Marcos de Venecia, en la Catedral de Nuestra Señora de París o en cualquiera de esas estupendas basílicas de las viejas edades, y cuando las vemos convertidas en maravillosos museos de todas las artes bellas, no podemos menos de percibir, allá entre los mortecinos resplandores del atardecer, el símbolo luminoso de esa alianza parodójica entre una víctima y un verdugo.

Porque lo cierto, lo verdadero, es que sólo por la alianza de San Pablo y Nerón pudo la iglesia dominar el desórden en los tiempos medios y conducir incólumes, desde la antigüedad a los tiempos modernos, a través de formidables tempestades, los principios esenciales que engendraron nuestra civilización.

Guglielmo Ferrero.



El Dios del Mañana

por L. J. Beeston

Preámbulo. — Les ruego quieran prestarme un momento de atención, y ustedes perdonen, pues tengo que decir algo desagradable a propósito de mi mismo. En un tiempo yo fuí ladrón de alhajas. La policía logró cazarme en sus redes y me obligó a plegarme a sus condiciones: en cambio de mi experiencia como ladrón y mis conocimientos en cuestión de joyas:—¡la libertad! Pusieron así a un ladrón en la obligación de descubrir a otros ladrones. Esta es, dicha con toda claridad, la razón de existir de estos relatos de lo que me pasó cuando trabajé, mano a mano, con la policía.

I

LA voz agria y chillona del vendedor de diarios ofendía a la suave y tranquila placidez de aquella tarde de verano, gritando:

"¡Supuesto asesinato en el Museo Británico!"

Instantáneamente acudió a mi imaginación el recuerdo de Karl Kaspar.

Tuve que esperar turno, pues éramos varios lo que habíamos acudido a comprar el diario que traía la última noticia de importancia y el vendedor realizaba sus existencias con muy satisfactoria rapidez. Cuando tuve en mi poder el diario fuí con el

hacia la Arcada Burlington, para guarecerme del viento.

Leí entonces que el hombre cuyo cadáver había sido hallado aquella mañana temprano en el Museo Británico, en una de las Salas Egipcias, con los brazos levantados, tomado de las grises rodillas de granito de Ra, el Dios del Mañana, el de cabeza de león, era Karl Kaspar.

Aquello me asombró. El nombre aquel había acudido a mi pensamiento solamente por la vinculación de Kaspar con el profesor Blackshaw, famoso por sus estudios sobre el Egipto antiguo. Hacía muy poco tiempo Blackshaw había presentado ante ojos incapaces de admirarla debidamente, su colección de alhajas asirias y egipcias. Ojos que no admiraban porque las reliquias de ese ayer tan lejano, — sus cuentas de granate o de ágata, sus escarabajos de camafeo y burilado, sus objetos de esmaltada porcelana, sus brazaletes de plaquitas de oro y sus turquesas, — no son de alto valor intrínsecamente. Ahora bien, Kaspar, el amigo y ayudante del profesor, había estado presente en aquella aburridora ocasión.

La palabra es, tal vez, demasiado floja. Debiera decir desagradable ocasión. No quiero decir esto que se me helara la sangre antes los fantásticos cuentos relacionados con los extraños amuletos, los monos con cabeza de perro y las diosas con cabeza de chacal, que el profesor Blackshaw recitó en abundancia. Era él el primero en burlarse, —y con razón,—de todas las sensacionales facultades atribuídas a sus tesoros, procedentes de las tumbas de los extintos monarcas.

Era el hombre el que me atacaba los nervios. Su rostro macizo, tan blanco como negra era su barba; la costumbre que tenía de soltar de pronto unas breves y ruidosísimas carcajadas; ¡y sus ojos! Para describir esos ojos tendré que hacer uso de una metáfora que tal vez parezca aventurada; parecían dos insectos vivos; dos escarabajos iguales a los que, reproducidos en ágata, me mostraba. Estos detalles no contribuían a hacer agradable la entrevista. Por otra parte, su esposa, que le adoraba, era encantadora y yo le envidiaba al profesor la posesión de tan espléndido camarada.

Esto sucedió en París, donde él vivía. Al siguiente día me encontré casualmente con él. Estaba tremendamente excitado. Parecía que su ayudante había desaparecido, y que junto con él había desaparecido un curioso colgante, de lapislázuli, con una inscripción en el reverso. Blackshaw se sentía inclinado a creer en un robo; dijo que suponía que Kaspar se había ausentado para Londres; manifestó que su intención era seguirle, alojarse en el Hotel Kingsgate, y me pidió que le visitara en el hotel. Pero yo no le había hecho semejante visita.

Comprenderán ustedes, en consecuencia por qué al oir mencionar las Salas Egipcias del Museo Británico, acudiera a mi memoria el nombre de Karl Kaspar.

Muy interesado y bastante intrigado, compré varios diarios y me retiré con ellos a mis habitaciones de Clarges Street, para estudiar el problema.

Lo encontraba extraordinariamente fascinador y asombroso... tales eran los adjetivos que le correspondían.

Los diarios no daban todavía todos los detalles que voy a explicar a continuación, pero fué esto lo que sucedió.

Karl Kaspar, — sus tarjetas de visita tenían este nombre, — había pasado, era de presumir, toda la noche, dentro del Museo. El empleado de aquella sección le encontró por la mañana. Estaba encogido, en una postura que parecía la de un ser viviente, en el pedestal de mármol que sostenía al dios Ra; tenía las manos puestas en las enormes rodillas del dios, en una actitud de angustiosa súplica; tenía los ojos abiertos, muy abiertos y miraban como los de un loco durante un ataque frenético, fijos en una expresión de terrible horror, de un terror de esos que aniquilan el cerebro y algunas veces llegan a causar la muerte. Como una mosca, — valga la comparación, — colgaba de la enorme figura del Dios del Mañana, que se alzaba ante él hasta llegar, casi, a la claraboya del alto techo, con sus grandísimos ojos saltones, que miran siempre con eterna malevolencia.

¿Había sido el miedo lo que había detenido las palpitaciones del corazón de Kaspar? Esto podía suponerse, pues no se encontraba ni la menor señal de herida en todo el cuerpo, de la coronilla a las puntas de los pies. Había, es cierto, una mancha de sangre en la mejilla izquierda y en el cuello del muerto, pero esa sangre no procedía de ninguna herida que él mismo hubiera sufrido.

Algo realmente siniestro, tenía aquella mancha de sangre. Se veía una impresión de la misma mano, sucia de sangre en una estatua de un rey de Abydos, situada a dos yardas de distancia, a la izquierda. Otra señal más, se halló en una imagen de mármol de Thoth, el Dios de la Luna; y otra más en un sarcófago de piedra; y todavía otra más... casi al extremo del hall, impresa en el pavimento, en el mosaico, sobre un cuadrado de mármol blanco.

Desde este último sitio aquella mano se había acercado, era de presumir, y por último habíase apoyado en el rostro sin vida de Karl Kaspar. Precisamente, la misma mano. ¿Estaba muerto Kaspar cuando la mano le tocó o la mano le había causado la muerte? ¿De quién era aquella mano y por qué no había allí rastros nada más que de ella?

Estas eran muy importantes preguntas, pero aún quedaba otra, igualmente vital, ¿qué diablos hacía Kaspar, en el Museo Británico aquella noche? Quedarse así, dentro del edificio, era correr un riesgo de lo más grave.

Reflexioné, recordando el robado colgante de lapislázuli. Kaspar tenía que ser un grandísimo tonto para escaparse de semejante modo llevándose un trozo de cuarzo de tan poco valor y más tonto aun, para haber

realizado el robo en forma tan poco hábil. Hablo con conocimiento de causa, porque yo también fuí ladrón de alhajas. Ustedes comprenderán cómo podía interesarme todo lo que se relacionara con robos de alhajas. Pero esos fueron mis malos tiempos, los días anteriores a aquel en que la policía logró pescarme en sus redes y me concedió la libertad en cambio de mis servicios. ¿Acaso no conocía yo a todos los ladrones de alhajas, a todos los tiburones que acechaban la ocasión entre dos aguas, acaso no conocía yo todos sus sistemas y todos sus secretos? ¡La libertad en cambio de mis servicios! Fué un trato conveniente, no sólo para mí, sino también para la policía. Cómo empecé a cumplir con mi nueva misión, se lo expliqué a ustedes en el relato de la aventura de los zafiros machos, de la señora de Cressington.

Muy bien. Ante mi manera de pensar, el caso se reducía al rol de un trozo de piedra, preciosa a medias. Si no tenía vinculación ninguna con la tragedia, no me correspondía moverme para nada. Por mi parte no lograba ver relación ninguna entre el robo del colgante de lapislázuli y la tragedia.

—¡Por lo tanto, ese es un caso en el que nada tengo que ver! — reflexioné. — Lo mejor que puedo hacer es olvidar...

En aquel mismo instante mi sirviente anunció al inspector Jackerman, del Departamento de Investigaciones en lo Criminal de Scotland Yard.

Un minuto después de haberme pasado la tarjeta, entró el inspector. Lo primero que notó fué el montón de diarios de la tarde, abiertos todos ellos, por la página en que estaba la noticia sensacional del día.

—Bien, — dijo con cierta ironía . — Veo que ha estado usted leyendo todo lo relacionado con el asunto del que precisamente deseaba yo hablarle, Dawes.

Las relaciones entre el inspector y yo eran bastante extrañas, pues el inspector conocía perfectamente todo mi pasado y sentía el mayor desprecio por mi excelente posición en la sociedad distinguida.

—¿De veras, Jackerman? — dijo yo fríamente. Si él me había llamado Dawes, a secas, ¿por qué había de añadir yo, a su nombre, alguna palabra que indicara cortesía o tratamiento de alguna clase?

Sin hacer caso de mi familiaridad, sacó del bolsillo un objeto que arrojó sobre la mesa.

—¿Su conocimiento de alhajas se extiende hasta incluír los objetos antiguos?—preguntó.

Encendí un cigarrillo mientras miraba el objeto que él había puesto en la mesa.

—¡Ah! — contesté mientras comenzaba a fumar. — ¿Ha encontrado usted el colgante que Karl Kaspar le robó al profesor Blackshaw de su colección?

—¡Cómo! — exclamó. — ¿Lo conocía usted?

—Algo. — Tomé el objeto y lo miré dándole vuelta una y otra vez. — Es un colgante muy antiguo, de lapislázuli, que tiene unos jeroglíficos en el reverso. Su valor intrínseco puede llegar a unos pocos chelines. ¿Dónde lo encontró usted?

Permaneció en silencio algunos segundos antes de contestar.

—Lo encontraron encerrado en la mano del muerto. Dígame usted todo cuanto sepa, se lo ruego.

Le conté todo cuanto sabía, sin omitir detalle. El inspector escuchó con atención.

—De todo eso no se puede sacar en limpio ningún indicio, — murmuró por último. — Eso no explica qué era lo que Kaspar estaba haciendo en semejante sitio a semejante hora. Debió entrar durante el día y ocultarse, esperando a que todo estuviera cerrado. No es cosa difícil si se tiene en cuenta el gran número de sitios donde esconderse, que hay allí. Propongo que hagamos una visita al profesor Blackshaw.

Me incliné, aprobando su propuesta y un automóvil de alquiler nos llevó rápidamente al Hotel Kingsgate. Blackshaw y su bella esposa estaban vestidos para ir al teatro. Noté que la señora nos miraba y miraba luego a su esposo con repentina inquietud.

—¡Oh! Si es nuestro estimado amigo el señor Acton Dawes! — exclamó Blackshaw con exajerada amabilidad. — ¡Cuánto siento que haya usted escogido para su grata visita una hora tan poco oportuna!...

Yo le interrumpí.

—Permítame que le presente a usted, estimado profesor, al señor Jackerman, inspector de New Scotland Yard, — dije.

Miré a su esposa y noté que se estremecía como asustada.

Jackerman decía suavemente:

—Usted conocerá, sin duda, el caso de la extraña muerte de Karl Kaspar. Habiéndome enterado de que usted le conocía...

—Y nada más. Le conocía únicamente,— interrumpióle Blackshaw con amabilidad.— Es muy poco lo que conozco sobre sus costumbres y lo poco que conozco nada puede tener que ver con el caso en cuestión. Como usted ve, voy a salir; pero si mañana, a la hora que usted quiera... — Alzó las cejas para terminar la pregunta y sus extraños ojos parecieron esconderse en las órbitas.

—Es usted muy amable, — dijo Jackerman. — ¿Le parece bien que sea a las diez de la mañana?

—De acuerdo, con sumo placer, — dijo Blackshaw. Se inclinó cortesmente.

Jackerman se retiraba de la habitación. Yo me acerqué al profesor y le dije algo en voz baja, al oido. El hombre retrocedió, se puso muy pálido y tan aguda y sonora fué la exclamación que salió de sus labios, que el inspector se volvió apresuradamente.

Yo dije con toda la mayor tranquilidad:

—El profesor Blackshaw ha cambiado de modo de pensar. Va a decirnos ahora lo que pasó anoche en las Salas Egipcias del Museo Británico.

—En primer lugar, señores, ustedes sentirán curiosidad por saber por qué estaba yo allí, a horas prohibidas; porque yo estuve allí, pues de otro modo no podría contarles lo que sucedió.

De ese modo, serenado ya, comenzó el [illegible]

fesor, después de quitarse el sobretodo y sentarse en una butaca.

—Mi razón es tan pobre que me da vergüenza confesarla. Desde muy muchacho tenía yo una ambición extraña: la de pasarme las oscuras horas de una noche en compañía de los dioses y de los demonios del antiguo Egipto.

"Si ustedes sonríen al enterarse de semejante ambición es porque no saben hasta qué punto esas cosas han conmovido mi espíritu, ni conocen los sueños que crearon en mi mente.

"Podía haber obtenido permiso, pero temí que se me tildara de excéntrico y original. La idea se apoderó de mi dominándome por completo, mientras visitaba el museo. Era yo el último visitante que quedaba en aquella sala, antes de la hora de cerrar. Comenzaba a anochecer. Mi viejo deseo de pasar las horas de oscuridad entre aquellas deidades y monstruos me tentó de modo extraordinario. Miré en redor y ví una tapia de tablas que rodeaba por completo una columna amarilla. Todos los que visitan el museo saben que es esa la columna de Amenlin-Hat, de la duodécima dinastía. Se hallaba, por alguna razón, confiada a las manos de expertos obreros y estaba rodeada por la tapia de madera. Obedeciendo a un absurdo impulso salté por encima y caí en el pedestal o plinto que sostiene la columna.

"Era un espléndido escondrijo. El guardián hizo sus últimas recorridas. El sitio se puso más y más oscuro. Oí el ruido de las grandes puertas al cerrarse las galerías y los pasajes. Al cabo de un rato la oscuridad fué completa... Completa como la de una tumba y tan silenciosa como ella.

"En aquel momento me sentí muy contento al pensar en lo que había hecho; pero reflexioné que si me hubiera visto en semejante posición cuarenta años antes, hubiera deseado de todo corazón, escapar cuanto antes. Dejé vagar en toda libertad a mi imaginación. Recordé la lejana época de las esculpidas brutales imagenes que me rodeaban; las innumerables huestes que las habían adorado, que por ellas se habían sacrificado; los poderes benéficos y malignos de que se les habían supuesto dotadas. Recordé a Amenhit el Devorador; a los condenados hijos de Horus, genios de los muertos; al alma vagabunda de Aní, señor de los graneros de Abydos, cantando su terible himno.

"Estos eran mis compañeros; con ellos debía pasar aquella larga noche. ¿Me sentí acaso molesto? No; no creo que fuera así. Al menos entonces; pues se apoderó de mi una somnolencia tal que no tardé en dormirme, con la espalda apoyada en la columna.

"De los sueños que poblaron mi imaginación durante esas tres horas, ninguno fué tan extraño como la realidad que me trajo el despertar. Casi no pude convencerme de la realidad de mi posición. Tenía las piernas y los brazos entumecidos y acalambrados. Me levanté, volví a saltar por encima de la tapia de madera y caí en el pavimento de mosaico de la sala

"Avancé uno o dos pasos, turbado todavía por el sueño. Una luz muy débil se filtraba por la alta claraboya y ante mí se elevaba entre las sombras una horrible y colosal figura con sus manos de piedra apoyadas en sus pétreas rodillas.

"Y en ese momento, como si "algo" me desafiara por mi presencia allí, oí un agudo grito... el grito de un niño que estuviera sometido a muy fuerte dolor. Cesó el grito, pero un temblor de todos los nervios de mi cuerpo, me indicó que iba a suceder algo peor. Sucedió... Fué un gemido angustioso, fuerte, rápido; fué como el grito que puede lanzar un hombre a quien le hundan un puñal en el corazón.

"Ese grito halló su eco en mis propios labios, aun cuando mi grito fué una exclamación, no de dolor sino de un terror infantil, que me estrujó la garganta. Dominado por ese miedo, que parece tan ridículo ahora que hablo de él, llamé a gritos, todo lo más alto que me permita mi reseca garganta. "¿Quién está ahí?", grité. Instantáneamente como en respuesta, oí una vez más, el débil gemido de un lloroso niño.

"Admito, señores, que me asusté muchísimo. Aquel agudo grito infantil en semejante sitio y a tal hora, me hizo sentir como un contacto de hielo en la espina dorsal y una impresión como si se me erizara el cabello. Sonó después como un sollozo de dolor y esta vez, mucho más cerca de mí. Yo estaba acurrucado junto a un plinto de mármol, con la firme convicción de que me hallaba, en aquel instante, en seguro peligro de muerte. Como una fantasmagórica línea de luz, el piso de mosaico, relucía ante mí y cuando miré hacia él con ojos que debían parecer que se salían de las órbitas, ví que una sombra se movía por su superficie.

"He dicho una sombra, porque eso es lo que aquello parecía; un triángulo de oscuridad de lados irregulares que se movía en aquel espacio tan cerca de mí que pudiera haberlo interceptado adelantando la mano. Pero yo no hice eso; en realidad no me sentía capaz de hacer movimiento ninguno. Un sudor frío me cubría el rostro, y con dificultad, reprimí lo que hubiera sido un grito de terror.

"Aquella cosa impalpable se deslizaba cual si fuera el verdadero espíritu de la locura o de la muerte o de algo peor que ambas. ¿Se sonríen ustedes al oirme? Bien, aun cuando lo hagan no me he de quejar. No soy supersticioso pero me doy cuenta perfectamente de que en aquel instante estuve a la orilla del Absoluto Mal.

"Pasó un largo rato sin que me atreviera a moverme. Sabía que en cuanto brillara la primera luz de la aurora estaría seguro, pero antes no. Llegó por fin, un rayo grisáceo penetró en la oscuridad y las monstruosas figuras que me rodeaban adquirieron formas vagas. Estiré mis acalambrados miembros y avancé hacia un ancho pasaje. Media docena de pasos a la izquierda descubrí el significado, la horrenda explicación de aquel grito co-

mo el de un hombre cuando recibe una puñalada en el corazón.

"El cuerpo del pobre Kaspar estaba muerto, rígido, ante mí. Ustedes saben cómo fué hallado, agarrándose, en un ademán de desesperación, en un ímpetu de incalculable miedo, a las rodillas del gigantesco Ra.

"Kaspar estaba muerto, y el subsiguiente examen, segun dicen los diarios, no ha permitido notar en su cuerpo ni la menor señal a la que pueda atribuírsele su repentino fin. ¿Puedo yo decir cuál fué la causa de su muerte? ¿Puedo explicar la razon de ese gesto de horror que se notaba en sus convulsas facciones? Creo que puedo explicarlo, aun cuando no les convenceré a ustedes jamás. Mi opinión es que..

Blackshaw hizo una pausa.

—¿Y bien? — preguntó Jackerman con interés.

—Les he hablado de aquel Mal y de su voz que parecía la de un niño. Aquello fué lo que tocó a Kaspar.

El inspector se sonrió escépticamente.

—¿Qué era aquello?

—Pregúnteselo usted al Dios del Mañana.

—¡Vamos, profesor, no somos unos chicos! —dijo el inspector. — Eso no puede admitirse. Es necesario buscar otra explicación. Kaspar puede haber fallecido de un ataque cardíaco.

—No le oí jamás quejarse de nada al corazón, en toda su vida.

—De todos modos, ¿qué estaba haciendo en el Museo por la noche?

—A ese respecto me encuentro enteramente ignorante.

—La romántica razon que tuvo usted, ¿pudo ser también, la que motivó su presencia allí?

—Eso es posible, pero no probable.

—Es una coincidencia extraña, profesor Blackshaw, la de que Kaspar se hallara en aquel sitio, a una hora prohibida, y al mismo tiempo que usted.

—Efectivamente. De acuerdo... Una asombrosa coincidencia en verdad.

—¿Querría usted decirme qué fué lo que hizo después de encontrar el cadáver?

Blackshaw se levantó de la butaca y se puso de pie ante la chimenea, de espaldas al fuego.

—Claro está que debo informarla a usted a ese respecto, — contestó, después de una pausa y acariciándose su negra barba con la mano izquierda. — A decir verdad, no me siento muy orgulloso de mi conducta en esos momentos. Mi posición, por muy desagradable que hubiera sido en el primer momento, habíase tornado bastante grave. Yo sabía que abrirían las puertas poco después de haber hecho yo mi fúnebre descubrimiento. No pensé en dejar que me hallaran allí dentro y no consideré que hubiera razón ninguna para cambiar de manera de pensar. Me oculté detrás de una estatua que estaba cerca de la pared y cuando el guardian entró para hacer la limpieza me deslicé sin que me vieran, sintiéndome muy alegre al verme en libertad.

—¿No pensó después que podía existir alguna razón para que usted se presentara a la autoridad manifestando que era lo que había visto y oido?

—No; confieso categóricamente que no. Habíame hallado ante manifestaciones que no toma en cuenta la filosofía europea. Diga usted al público lo que yo les he dicho a ustedes y verá cómo se ríe el público.

Y se rió el profesor al expresarse así; su risa fué gruesa y pausada.

Diciendo:

—Este objeto fué hallado en la cerrada mano del muerto, — Jackerman presentó el colgante de lapisázuli.

Esperaba yo que el profesor Blackshaw casi lo arrebatara de un manoton pero, con sorpresa, ví que casi ni lo miraba.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Eso es de mi propiedad!—dijo con indiferencia. — Supongo que nuestro común amigo aquí presente, el señor Acton Dawes le habrá enterado a usted de este detalle, señor inspector.

—Así fué, — dijo Jackerman.

—¡Ah! Se lo agradezco muchísimo, —dijo Blackshaw, dirigiéndome una mirada como una puñalada; noté en ella algo así como una candente chispa de furor.

—Como es natural, debemos conservar esto, en nuestro poder, momentáneamente, — dijo Jackerman, levantándose.

—¡Naturalmente, mi querido señor! Mientras tanto, ya sabe que estoy por completo a sus ordenes, si en algo puedo servirle.

—Muy bien, — dijo Jackerman secamente.—No le entretendremos más, profesor Blackshaw.

Cuando me retiraba, Blackshaw me tendió la mano con tanta ostentación que no pude dejar de tomarla. Tocó mi mano con una frialdad impresionante y mis músculos crujieron bajo su presión.

—Usted y yo tenemos que volvernos a ver, —dijo lentamente.

Sus labios sonrieron y un brillo como fosforescente apareció y desapareció, en sus ojos.

Cuando estuvimos fuera del hotel, Jackerman se volvió hacia mí y me dirigió la inevitable pregunta.

—¿Qué le dijo usted al profesor que le decidió a confiarnos sus impresiones? Ví que usted le hablaba al oido.

—Fué un tiro de prueba que dió en el blanco, — contesté. — Yo había observado que tenía una tira de tafetán engomado pegada en la palma de la mano izquierda. Se había cortado o lastimado de algún modo. Usted recordará las señales de una mano ensangrentada que se hallaron en el museo; una en la imagen de marmol de Thoth, una en el sarcófago, una en el rey de Abydos y una en la mejilla del muerto, señales de sangre dejadas por una mano izquierda. Se me ocurrió la idea de que el profesor Blackshaw había estado en la Sala Egipcia y le pregunté, cortésmente y en voz baja, qué era lo que allí ha-

bía encontrado. La insinuación dió en el blanco. El profesor había pasado la noche en el Museo.

—Pero, ¿no podía haberlo negado?

—Me vió que le miraba la mano. Tal vez temió haber dejado algun rastro; se dió cuenta de que aquellas impresiones digitales iban a ser, o habían sido ya, fotografiada y guardadas.

El inspector se detuvo de pronto. Me pareció que estaba un poco pálido.

—Dawes ¿quién es; "qué" es ese profesor? —preguntó bruscamente.

—Quizás fuera mejor que se lo preguntaramos a Ra, el Dios del Mañana.

—¿Lo considera como digno de que se le tome en broma?

—¡No, por Dios! El último hombre del mundo a quien me atrevería a tomar en broma sería el profesor Blackshaw.

Jackerman hizo que se detuviera un automóvil de alquiler.

—Nos separaremos aquí, — dijo. — No es este un caso, según parece, en el que pueda yo utilizar sus servicios. La alhaja que él había perdido se ha encontrado y ya habrá visto usted que no la considera de mucho valor ni de gran importancia. Usted se equivocó al suponer que sí.

—Perdone, pero cuando la perdió, estaba furioso, — repliqué.

—Poco importa.

Jackerman abrió la portezuela del automóvil.

—Entre nosotros, Dawes, no me extrañaría que resultara que el caso no tiene importancia ninguna. Probablemente el Kaspar ese, murió de un repentino ataque de cualquier enfermedad vulgar. El veredicto del "coroner" nos lo dirá. Tal vez sea bueno vigilar al profesor Blackshaw durante algun tiempo, pero tendremos que proceder con cuidado porque es un hombre de importantísima reputación y de primera línea, entre la gente de ciencia.

Le hice callar dirigiéndole un pedido.

—¿Quiere usted prestarme ese colgante antiguo? No estoy enteramente convencido de qúe este asunto se halle por completo, fuera de mi especialidad,—dije.

—¿Qué quiere usted hacer con él?

—Fotografiarlo por ambos lados inmediatamente. Se lo devolveré en seguida.

Jackerman accedió, encogiéndose de hombros. Se marchó en el automóvil y yo me quedé mirando cómo se alejaba el vehículo durante un momento y, de pronto, un súbito instinto, una advertencia extraña, hizo que volviera rápidamente la cabeza.

A una docena de yardas de distancia, de pie en la sombra del rincón de una fachada, con los brazos cruzados sobre el pecho, un hombre me miraba, inmóvil como una estatua de piedra, como la estatua de Ra, el terrible Dios del Mañana.

Aquel hombre era el profesor Blackshaw.

II

"Muerte producida por causas naturales".

Así terminó el caso. Lo que había prometido ser un estupendo cohete con gran despliegue de raudales de luminosas estrellas de todos colores, había resultado, al final, una mecha húmeda, que a penas dió un poco de humo.

Siete semanas después, penertba yo en la oficina particular del inspector Jackerman. El inspector se levantó de pronto y me dijo tan bruscamente como de costumbre:

—¿Recuerda usted la misteriosa muerte de Karl Kaspar?

—Por eso es por lo que he venido.

El inspector alzó las cejas como si no me hubiera comprendido.

—He hecho vigilar al profesor Blackshaw, discretamente, casi por pura fórmula. Acabo de enterarme de que está por ausentarse de Londres; va a dar una provechosa serie de conferencias, en una jira por Estados Unidos.

—¿Cuándo parte?

—Hoy, según creo

—Veremos. Sin duda recuerda usted el colgante de lapislázuli. Envié la fotografía a un amigo mio que actualmente realiza una exploración en la Mesopotamia. Le pedí la traducción de los jeroglíficos grabados en la piedra. La carta se retrasó y no llegó a mi poder hasta hace una hora. Esto es lo que mi amigo me escribe: "La débilmente grabada inscripción que tiene el colgante en su reverso está en caracteres asirios, antiguos. Su traducción puede ser la siguiente: "Ra, al que el rey Sekhet, alzó en el umbral de la puerta de su palacio, hace de los terribles globos de sus ojos, puertas de acceso a los obsequios del rey". La estatua del dios Ra, mandada construír por el rey Sekhet, de la décima segunda dinastía, a la que evidentemente alude esa inscripción, es el conocido dios de piedra que se encuentra en el Museo Británico" ¿Qué le parece, Jackerman?

—Para la mente de un hombre moderno todas esas cosas son tonterías y nada más que tonterías, — dijo el inspector. — ¿A usted le hace impresión?

—¡Muchísima! Propongo que hagamos inmediatamente una visita, en compañía de un funcionario autorizado, al Museo Británico. Tenemos que examinar con atención esos globos de los ojos, que de modo tan terrible guardan los obsequios del rey.

—Vamos, pues, — dijo Jackerman medianamente interesado. — Pero no logro ver qué relación puede tener todo eso con la muerte de Kaspar o con el extraño relato del profesor Blackshaw.

Media hora después Jackerman, yo y un funcionario del Departamento Egipcio y Asirio, que por cierto demostraba gran curiosidad, estábamos ante la colosal imagen que se había alzado en el umbral de la puerta del palacio de un rey. Se nos concedió permiso para subir a las rodillas del monstruo de granito. Subí, apoyé ambos pulgares en el globo del ojo izquierdo del dios Ra y empujé con

fuerza. No obtuve resultado ninguno. Ensayé un movimiento lateral y sentí que se movía lentamente bajo mis dedos. Seguí empujando hasta qué el globo se deslizó, desapareciendo de mi vista con una sacudida; al mismo tiempo algo saltó y sentí la impresión de un pinchazo en mitad de la frente.

El funcionario lanzó una exclamación de asombro.

Dirigí mi atención al ojo derecho del monstruo, cuidando de retirar todo lo más posible la cabeza. Este ojo se deslizó lateralmente con grandísima facilidad. Quedó abierto un hueco más que suficiente para que yo metiera la mano. Busqué en aquel hueco, a tientas, rascando la superficie interior, de piedra, situada al nivel de los agujeros de aquellos enormes ojos. Toqué un objeto del tamaño y la forma de una nuez. Lo oculté secretamente en la palma de la mano y descendí de la estatua.

—Ahí hay un hueco bastante espacioso,— dije. — Probablemente los "obsequios del rey" estuvieron ahí, en un tiempo. Cuando están cerradas las órbitas por los globos de los ojos, sostienen encogido un resorte en espiral, uno de cuyos extremos está tan afilado como la punta de una aguja. Es necesario tocarlo con sumo cuidado, pues no me sorprendería que estuviera cubierto de sutil y mortal veneno. Casi me perforó la piel de la frente. Espero que no me haya pinchado ¿eh?

Ví que los ojos de Jackerman brillaban de excitación. Me examinó la frente con el mayor cuidado.

—Se ve una señal muy poco marcada,— dijo, — pero la piel no ha sido atravesada ni mucho menos.

Dimos las gracias al funcionario del Museo y nos retiramos. Cuando cruzamos el extenso patio donde estaban dando de comer a las palomas, Jackerman se permitió decir con fingida indiferencia:

—El episodio es interesante, sin duda, pero no arroja luz ninguna sobre el caso.

—Por el contrario, — declaré yo, — el caso está ahora enteramente inundado de luz, en plena iluminación.

El no replicó. Yo abrí el fuego:

—Claro está que ni usted ni yo nos dimos por satisfechos con el pretendido motivo que, según su manifestación, tuvo el profesor Blackshaw para esconderse, durante la noche, en la Sala Egipcia. Era ingenioso, pero excesivamente infantil. Yo tenía que encontrar el verdadero motivo. Sin duda, pensaba yo, tenía que hallarse vinculado al colgante de lapislázuli desde que Karl Kaspar acudió a aquel sitio en seguida de robarlo y hasta se le encontró con él en la mano. Ahora conocemos lo que quiere decir el criptograma que tiene el colgante en el reverso. El profesor Blackshaw debe haber comprado el objeto ese hace poco tiempo. Había leído e interpretado el criptográfico mensaje. Se lo mostró a Kaspar. Kaspar leyó, también, y entendió, pero se calló. El profesor Blackshaw no pensó que esto fuera posible. Kaspar se apoderó del objeto, convencido de que Blackshaw no había descifrado el secreto que contenía. Quiso ser el primero en ponerlo a prueba. Pero Blackshaw estaba perfectamente enterado de aquel secreto. Por eso se puso furioso cuando se enteró de la desaparición de la piedra grabada. No quería que Kaspar pudiera aprovecharse antes que él. Sin embargo se mostró indiferente cuando se le devolvió el colgante. ¿Por qué? Porque no le daba valor al objeto sino al mensaje que conducía. Y tambien porque, a esas alturas, ya había hecho entero uso de él.

—¿Deduce usted de todo eso que el profesor Blackshaw encontró algo dentro de aquella grotesca cabeza? — me interrumpió Jackerman.

—Es muy probable que encontrara todo un surtido de ofrendas del rey Sekhet al Dios del Mañana. Usted ya sabe de qué se trata: ojos sagrados de ágata, anillos con escarabajos; collares con cuentas de amatista; brazaletes de placas de oro... Una porción de objetos de poco valor intrínseco, pero de incalculable valor para un coleccionista egiptólogo.

—Lo que usted manifiesta constituye una acusación muy grave.

—Una seria y bien fundada suposición, al menos, — rectifiqué yo.

—Pero, ¿cómo puede probarse algo en contra del profesor Blackshaw?

—¡No se podrá probar nada nunca! A estas horas habrá mezclado los objetos hallados dentro de la cabeza del dios Ra, con todo lo que formaba su vasta y conocida colección. Su situación no puede ser más firme.

Nos volvimos al llegar a los portones de hierro y paseamos en torno del patio.

—Se comprende perfectamente, — proseguí, — que el profesor Blackshaw descubrió la desaparición del colgante y en seguida decidió someter a una prueba su secreto mensaje. En consecuencia se ocultó en la Sala Egipcia. Kaspar, obrando con la misma finalidad, acudió también a aquel sitio. Ninguno de los dos sospechaba que el otro anduviera cerca. Kaspar fué el que tuvo la desgracia de acercarse primero al dios de piedra, a probar fortuna. El mensaje grabado no advertía que esperaba un peligro al que intentara robarle sus regalos al dios. Ese peligro, ya ha visto usted en qué consistía. Kaspar deslizó el globo del ojo izquierdo del monstruo y recibió el pinchazo, mejor dicho la picadura del dardo de punta fina como la de una aguja, del resorte en espiral. El grito que lanzó al morir casi instantáneamente, fué el único que pudo oir Blackshaw. Kaspar cayó, agarrándose a las rodillas de Ra. Sólo Dios puede saber qué clase de horriblemente mortal veneno es el que la aguja inyecta a su víctima. Es un veneno que no deja rastro de ninguna especie, como se ha visto ya. Una desesperada convulsión y nada más.

—¡Espere! — dijo el inspector. — Usted olvida que no se halló, en el cuerpo, ni la menor señal de herida.

—No lo he olvidado. Usted vió dónde me tocó la punta: en mitad de la frente. Creo que a Kaspar le picó una pulgada, o cosa así, más abajo. Supongo que horadó la piel en una de las cejas, cejas bastante pobladas.

como usted recordará. Nadie buscó en semejante sitio la presencia de un pinchazo y, como debió ser muy pequeño, pudo pasar enteramente inadvertido.

Jackerman se rió un instante y su risa pudo haberse interpretado de muchos modos.

—¿Y qué más? — dijo.

—Entonces, Blackshaw encontró a la víctima. Se dió cuenta de la causa de la muerte. Empujar el resorte y volver el globo del ojo del monstruo a su primitiva colocación era cosa fácil. Entonces hizo él su propia tentativa, supongamos que con éxito favorable. Por la mañana, salió del Museo tal como nos lo contó. Su conducta puede parecer vituperable. Pero hay que tener en cuenta que es un entusiasta, hasta a veces me parece medio loco, por las cosas del Egipto antiguo. Los obsequios o las ofrendas del rey Sekhet al dios Ra era lo único que le importaba y se aventuró a correr un riesgo muy grave con tal de apoderarse de todo aquello.

—¿Y las manchas de sangre que había en algunas partes y además en la mejilla de Karl Kaspar?

—El profesor debió lastimarse la mano izquierda al saltar por encima de la tapia de tablas que había en torno de la columna, donde se escondió. Una astilla de la madera fué suficiente. Mientras avanzaba a tientas tocó los sitios donde se hallaron las señales. Levantó la cabeza de Kaspar, para ver si aun podía prestarle auxilio y al hacerlo, la mano herida tocó la helada mejilla.

—¿Y el gemido del niño? ¿Y la sombra triangular?

—¡Pura fantasía! Blackshaw inventó todo eso para darle más colorido a su explicación. Para nuestro entretenimiento dió rienda suelta a su imaginación. Usando de una metáfora poco distinguida, diré que nos estuvo tomando el pelo.

Pasamos por los anchos portones de la entrada principal.

—Admito que usted ha logrado poner de acuerdo todos los detalles conocidos, — dijo Jackerman. — Sin embargo, su edificio, aun cuando de hermosa y sólida apariencia, no se sostendría en pie si los detalles conocidos no hubieran sido unidos los unos a los otros por afirmaciones puramente teóricas e hipotéticas.

¡Era verdad! ¡Pero yo iba a poner a prueba todas mis teorías! En cuanto estuve libre me dirigí al Hotel Kingsgate tan rápidamente como pudo llevarme un automóvil. Sí, el profesor Blackshaw estaba en el hotel, pero se hallaba a punto de partir para Norte América y no podía recibir a nadie. Insistí. No me tenía miedo y sentía curiosidad, así que cedió.

—Realmente, señor Acton Dawes, — dijo con resignación, — tiene usted un modo especial de elegir los momentos más singularmente inoportunos para sus amistosas visitas.

—Usted perdone, profesor, — comencé, — he querido verle por que le traigo algo... algo que usted se dejó olvidado.

Y puse en su mano un objeto de la forma y el tamaño de una nuez, o mejor dicho, para hablar con más exactitud, una cuenta de ágata de cuarenta siglos de edad.

Se estremeció como si le hubiese dejado caer una víbora en la palma de la mano.

La miró; fijó en ella la mirada y permaneció en silencio más de un minuto. Fué un silencio completo, angustioso, irritante. Después me miró y me costó trabajo no bajar la vista ante la mirada de aquellos ojos. Y habló lentamente, pesando cada una de sus palabras.

—¿Puedo preguntarle a usted con qué intención me entrega esto? ¿Es con intención amistosa o...

—Sin intención ninguna. Con un espíritu de completa indiferencia.

—¡Ah, ah! Muy sensatamente expresado. Pues que usted lo pase bien, estimado amigo. Quizá en una futura fecha podramos renovar nuestra encantadora amistad, ¿no es así?

—¡Eso, profesor Blackshaw, — dije,— sólo puede saberlo el Dios del Mañana!

Otra de estas interesantes aventuras de Acton Dawes, ex-ladrón de alhajas, se publicará en el número 15 de "Pucky", que será puesto en venta el viernes 4 de Agosto de 1922.

Se vive mientras la realidad se aparece.

✣ ✣ ✣

Nuestros deberes son siglos; nuestros placeres, relámpagos.—Lemonte*

✣ ✣ ✣

El hombre de ciencia, si no es artista, no hace más que cosechar lo que otros siembran.

La teoría es siempre un parásito de la práctica, un tirano, y muchas veces un verdugo.

✣ ✣ ✣

La cólera se pasa cuando se retrasa su efecto.—Bastus.

* * *

El hombre es de lo que se viste, a pesar de que nunca se viste de lo que es.

KALISAY

EL GRAN PRODUCTO ARGENTINO





Qué es "KALISAY"?

Simplemente: **el mejor aperitivo antes de las comidas; después de ellas el mejor estimulante; y a toda hora el tónico incomparable.**

Que no falte en su hogar una botella de "Kalisay": tan bueno es para los mayores como para los niños.

Un obsequio a los lectores de "Pucky"

Como reclame extraordinario, a las personas que presenten en nuestro escritorio, calle 24 de Noviembre 480, este aviso, le entregaremos por sólo $ 1.50, una botella de un litro de KALISAY, cuyo precio es de $ 2.50. Del interior 0.20 más para flete. En Rosario, dirigirse a nuestra sucursal, Corrientes 1000.

Agotadas ya las 10.000 botellas que habíamos dedicado a los lectores de "PUCKY" y teniendo en cuenta las cantidades que se nos solcitan, acordamos entregar otras 10.000 botellas por última vez.

LAGORIO, ESPARRACH & Cía. — Buenos Aires

PRODUITS EPHEBOL



Depósito General: GAVILAN 1079

EN VENTA AL DETALLE EN:

BAZAR COLON: Florida 254
Arturo Martínez y Cía Entre Ríos 39:
Luis Cárdenas, Defensa 145
M. Juarros, Falucho 1178.
Trotta y Aprile, Florida 228
Isaac Sverlick, Charcas y Uruguay.
E. Vidal, Esmeralda y Paraguay.
Cooperativa de la Capital, Cangallo 935.
Victoriano Rey, Entre Ríos 130.

Laureano Blanco, Peluq. París Hotel.
Casa Murga, Bdo. de Irigoyen 119.
Francisco F. Azcárate, Lima 470.
Pedro Trongé, Bmé. Mitre 1824.
Juan F. Scala, Díaz Vélez 3899.
Hipólito Juliano, Rivadavia 3498.
Pedro Trizano, Triunvirato 40.
Gerardo Russomano, Garay 3545.

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

1ª Quincena de
Agosto 1922

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION QUINCENAL No. 15.



VINAGRE "Omega"





"He trabajado en los mejores hoteles de Europa y América. En las mesas más exigentes se ha elogiado mi arte. Y durante mis largos veinte años de cocina, ensayé todos los vinagres que pude,—sabiendo el rol capitalísimo que representan en los codimentos y salsas,—y nunca, debo confesarlo, tropecé con uno superior al "OMEGA".

"Desde el primer momento me dí cuenta de que se trataba de un producto natural, absolutamente natural, condición indispensable. Si el vinagre no es puro de vino, no es bueno. Y el "OMEGA" es de vino, y de vino bueno, además.

"Mi opinión fué confirmada cuando la famosa "razzia" municipal contra los productos adulterados. Entonces, mientras se descomisaban e inutilizaban vinagres y más vinagres en una Exposición también municipal, se premiaba al "OMEGA".

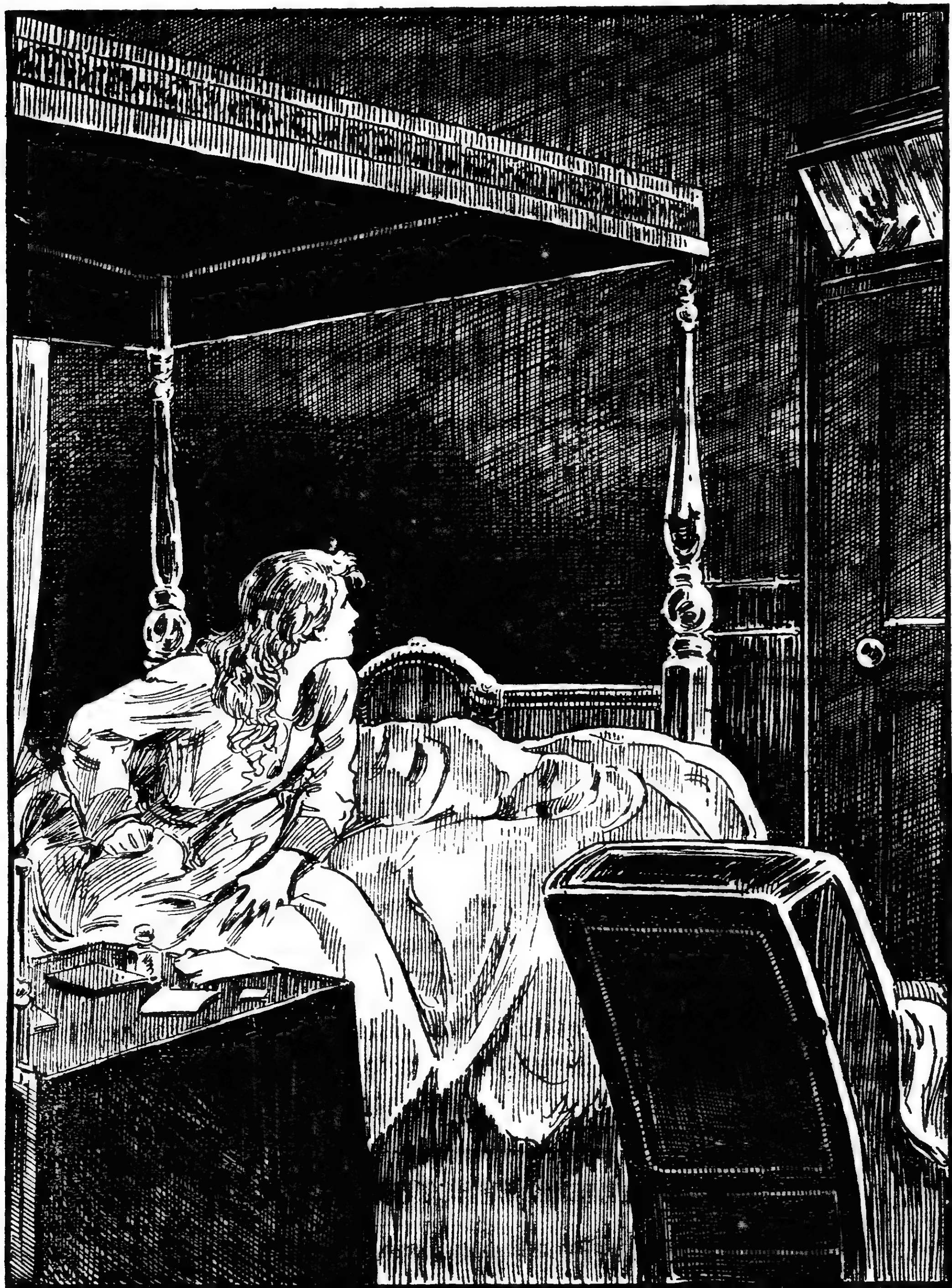
"¿Se quiere algo más elocuente?

"Fué, sin duda, un honor para el "OMEGA"; pero también una satisfacción para mí, por la "acertada" profesional que tuve al elegir este vinagre incomparable".

Lagorio, Esparrach & Cía.

BUENOS AIRES


Sumario



La manija de la puerta volvió a moverse. Yvonne oyó un gruñido y un crugido. Entonces, durante un breve momento, algo apareció del otro lado del vidrio de la banderola, algo que parecía tener una grotesca semejanza con una mano. ("La Señorita Yvonne, Detective", Página 13).



El asunto del monstruo australiano

La señorita Yvonne es un personaje nuevo en las aventuras de Sexton Blake, que publica "Pucky". Como podrá verse por su actuación en esta aventura, y en otras que se publicarán más adelante, es una figura muy interesante que realiza el tipo mejor presentado que pueda imaginarse, de la mujer activa y valerosa, dotada, además de habilidad y perspicacia.

PROLOGO

El primer caso de la señorita Yvonne



UNA cálida y luminosa mañana, en los comienzos del mes de Abril, el señor Sexton Blake, el eminente criminalogista londinense, con su ayudante Tínker, que llevaba, sujeto de su cadenita a Pedro, el sabueso, salía de sus habitaciones de Baker Street.

El pequeño grupo se detuvo un momento en la acera mientras Blake y Tínker discutían hacia dónde habrían de ir; después, volviéndose, se encaminaron, lentamente, hacia Oxford Street. Habrían avanzado escasamente un centenar de yardas cuando, procedente del lado de la plaza Portman, vieron que un bonito automóvil de dos asientos, se dirigía hacia ellos. Cuando el automóvil se aproximó a la acera y una mano pequeña y enguantada, se adelantó saludándoles, reconocieron a la señorita Yvonne, que era la que manejaba. Con su elegante abrigo de automovilista y su sombrerito de terciopelo color naranja, ella y su reluciente automóvil parecían estar enteramente en armonía con la luminosa mañana de primavera.

—¿Dónde vas, ¡Oh Poderoso Descifrador de Enigmas! y usted Luminoso Farolito que alumbra su paso? — preguntó Yvonne sonriente.

Blake y Tínker sonrieron en respuesta, quitándose el sombrero y deteniéndose junto al automóvil mientras Pedro ponía sus patas delanteras en el asiento y avanzaba el hocico a la espera de las caricias que seguían siempre al sonar de aquella voz.

—Por casualidad estamos paseando sin objeto determinado. No tenemos nada que hacer, — respondió Blake. — Precisamente discutíamos ahora hacia dónde dirigiríamos nuestros pasos.

—Permítanme, entonces, que les indique una dirección que deben anotar. Recomiendo a ustedes que hagan una visita a unas oficinas, reducidas, pero instaladas a la moderna en un edificio de Oxford Street y donde ejerce su oficio la señorita Yvonne, "informes e investigaciones".

—¿Qué es eso? ¿Se ha decidido usted a hacerme competencia? — preguntó Blake.

—He decidido trabajar, y lo que es más importante, ya tengo un cliente. He estado ocupadísima las dos últimas semanas, preparándolo todo, pero ahora, las oficinas ya están instaladas. Lo he callado para darles a ustedes la sorpresa y porque deseaba que usted y Tínker fueran los primeros en verlas. Claro está que mi tío ha estado allí, — dijo Yvonne, riéndose. — En realidad he tenido que echarle de allí doce veces al día. Se hace la ilusión de que todo es idea suya y hasta creo que supone que es el primer detective

del mundo. Pues yo iba ahora a su casa, amigo Blake. Realmente tengo un cliente y, aun cuando esto pueda parecer una confesión de debilidad de mi parte, necesito de su consejo de usted sobre un punto técnico.

—Ya sabe que estoy enteramente a sus órdenes, — dijo Blake, sonriendo. — ¿Podemos ir, Tínker y yo, a sus oficinas, ahora?

—¿Quieren ustedes ir? Quedan un poco más abajo, a la derecha. En seguida verán la placa con el nombre. Yo estaré esperándoles cuando lleguen.

Saludando con un movimiento de cabeza y agitando la mano, Yvonne volvió el vehículo y se fué, por donde había venido, mientras Sexton Blake y Tínker seguían su paseo hacia Oxford Street.

—Creí que la señorita Yvonne hablaba en broma cuando dijo que iba a poner oficina de "informes e investigaciones", — dijo Tínker, haciendo una mueca, mientras seguía caminando.

—No me sorprende que haya procedido así, muchacho. Me parece que el germen de esa idea estaba en su imaginación hacía tiempo y creo que la conversación que tuvimos, cuando cenamos juntos, hace unas tres semanas, fué lo que hizo cristalizar sus pensamientos. Después de todo, ¿por qué no ha de hacerlo? Tiene mucho dinero y una inteligencia que es, sin duda, de primer orden. Personalmente, considero que esa labor ha de ser un excelente desahogo para sus energías.

—Pero en realidad, ¿qué es lo que ella se propone, señor?

—A juzgar por lo que he oido decir, su propósito es ocuparse exclusivamente de los casos relacionados con su propio sexo, atendiendo tan sólo a las personas que no dispongan de medios para pagar al abogado o al detective. Su propósito no es, de ningún modo, sacar dinero de su profesión.

—Pero, — objetó Tínker, — usted tampoco les cobra nada a los que no están en condiciones de pagar.

—Así es, efectivamente. Pero piense en el gran número de casos de esa clase, que nos vemos obligados a rechazar por falta de tiempo. Por otra parte, la señorita Yvonne está dotada de una experiencia y una habilidad que la hacen capaz de desempeñar con todo acierto la profesión a que se ha dedicado, particularmente si se ha de limitar a los asuntos relacionados con su sexo.

—Sí, eso es verdad, señor, — asintió Tínker. — Es realmente inteligente, — agregó.

Y aun cuando no dijo nada, Blake estaba enteramente de acuerdo con la opinión del joven.

Cuando subieron al primer piso de la casa de Oxford Street, que Yvonne habíales indicado, Blake y Tínker se pararon a estudiar con interés las dos puertas de vidrio opaco que se hallaban ante ellos. En una se leía, en muy correctas letras negras, lo siguiente: "Yvonne Cartier, Informes e Investigaciones". Y en la otra, situada algo más a la derecha, las mismas palabras con el agregado, en letras pequeñas, de la palabra "Particular", debajo. Blake tomó la manija de la primera puerta y entró por ella, seguido de Tínker y de Pedro.

La habitación en que entraron había sido amueblada por Yvonne como una muy confortable sala de espera; las paredes estaban empapeladas de marrón oscuro y las anchas y mullidas butacas eran de cuero verde, oscuro.

A la derecha del que entraba se veía un pequeño escritorio, ante el cual estaba sentado un chico de unos catorce años, de cabello rojo y cutis pecoso, entregado en aquel momento, a la lectura de una conocida revista que publica novelas policiales.

Ante otro escritorio, situado en un rincón, cerca de la puerta que conducía al despacho privado de Yvonne, se hallaba sentada una señorita, escribiendo a máquina, muy atareada. En el centro de la habitación había una mesa cuadrada, de roble, sobre la cual se veía gran número de revistas, en su mayoría de temas femeninos. Aun cuando la temperatura era templada fuera, ardía en la chimenea un alegre fuego.

Blake consideró que la habitación tenía un aspecto agradable y simpático. No había en ella más nota de color que desentonara que la cabellera roja del chico.

Cuando éste se levantaba, dejaba la revista y les preguntaba qué se les ofrecía, la puerta del despacho de Yvonne se abrió y apareció la joven. Se había quitado el abrigo de automovilista y tenía un aspecto muy elegante con el vestido gris, hechura de sastre que tenía puesto. Cruzó la habitación sonriendo y estrechó la mano de sus visitantes.

Volviéndose luego hacia la señorita que escribía a máquina, dijo:

—Señorita Bryan, este señor es Sexton Blake y el que le acompaña su ayudante Tínker. Es fácil que tenga usted que escribir muchas cartas dirigidas al señor Blake. ¡Ah! El perro que les acompaña es Pedro, del que, sin duda, ha oido usted hablar.

La señorita Bryan se levantó y saludó sonriente. Entonces Yvonne se volvió hacia el muchacho de pelo rojo, pero en lugar de hablar se rió, porque el chico había mirado un momento a Blake con adoración y en aquel instante contemplaba a Tínker con envidia.

—Veo que usted no necesita que se los presente, Peter, — dijo Yvonne después de una pausa breve, — pues veo que usted lee sus aventuras en ese periódico. Ruégole que no se olvide de que siempre que venga el señor Blake o su ayudante debe usted pasarme aviso inmediatamente.

—¡Sí, sí, se... señorita! — tartamudeó el pelirrojo Peter.

Yvonne volvió a sonreir y les hizo pasar a su despacho particular. Estaba amueblado con sencillez pero con el mismo confort y buen gusto que la otra habitación. La mesa escritorio de Yvonne era extensa y lisa, de caoba oscura y el sillón correspondiente, giratorio y de la misma madera. Una soberbia alfombra persa de tono oscuro, cubría el piso y una butaca mullida, como las de la otra

pieza, estaba del otro lado de la mesa. En las paredes se veían varias delicadas acuarelas puestas en cuadritos y en la pequeña chimenea ardía un agradable fuego. El único detalle realmente femenino que se había permitido Yvonne había sido un hermoso recipiente de cobre cincelado que encerraba otro de cristal en el que había un manojo de hermosas rosas y estaba sobre el escritorio.

—¿Qué tal? ¿Qué le parece a usted todo esto? — preguntó Yvonne cuando hubo cerrado la puerta y les hubo ofrecido asientos.

—Me parece muy bien, — contestó Blake. —Ha acertado usted en todos los detalles.

—Celebro muchísimo que usted lo apruebe,—dijo Yvonne sonriendo, al sentarse ante el escritorio. — Y ahora ¿quiere usted escuchar los detalles del punto que me tiene preocupada? Pero antes, encienda usted un cigarrillo.

Blake dió las gracias con una inclinación de cabeza y tomó un cigarrillo de la caja de plata que Yvonne sacó de un cajón y puso en el escritorio. Encendiendo ella otro cigarrillo, prosiguió.

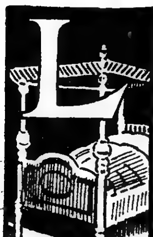
En pocas palabras explicó su dificultad a Blake, que la escuchó con toda atención. Como se trataba precisamente de un tema sobre el cual el famoso detective había escrito una monografía hacía poco tiempo, pudo resolver rápidamente la dificultad. Cuando hubo terminado, el detective se levantó de su butaca.

—Si algo nuevo sucede, mandeme usted aviso. Tendré sumo placer en hacer en su favor todo lo que me sea posible. Y ya sabe usted que tanto Tínker como yo, le deseamos a usted el mejor de los éxitos.

Los visitantes se retiraron un momento después y continuaron su paseo. Pero cuando llegaron a Hyde Park ninguno de los dos podía figurarse que al siguiente día se hallarían ambos en plena actividad como parte en la investigación del primer caso de que se haría cargo la señorita Yvonne. detective.

FIN DEL PROLOGO

CAPITULO PRIMERO
Cómo se presentó el caso



LA señorita Yvonne estaba acostada, mirando hacia la oscuridad y preguntándose qué era lo que la había despertado. No tenía impresión de que hubiera sido algún ruido. Tampoco recordaba que pudiese haber sido la presencia o el paso de alguna persona, lo que le había turbado el sueño. Sentíase, por lo demás, enteramente normal en todo sentido.

Había dormido profundamente sin el menor asomo de perturbadores sueños. Su dormitorio era una habitación tranquila donde no se oía más ruido que el rozar de las cortinas, agitadas a uno y otro lado por una brisa débil.

No tenía idea de la hora que podía ser. Aun reinaba la oscuridad y no había señales de que se aproximase la temprana aurora de aquel día de verano. Yvonne supuso que debían ser entre la una y media y las dos.

Todas sus facultades se hallaban en activo funcionamiento, lo que es raro cuando una persona se despierta de improviso. En su opinión habíase despertado en la misma postura en que se había quedado dormida. Y sin embargo algo, algo que sus oídos podían haber apercibido o algo que había alarmado a su subconsciencia, la había hecho despertar.

Se quedó enteramente inmóvil, vigilando y escuchando. Ni el menor ruido interrumpió la tranquilidad del extenso caserón durante unos momentos; después se oyó a lo lejos el canto de un gallo, en medio de la noche de verano. Ese canto era algo enteramente vulgar y lógico en cualquier madrugada del estío.

Cuando hubo transcurrido cerca de un cuarto de hora sin que hubiera acontecido nada que diera explicación a su perplejidad, Yvonne se sentó en la cama y, tendiendo el brazo, encendió la lamparita eléctrica que estaba en la mesilla de noche, junto a la cama. Instantáneamente la habitación se llenó de luz, y, con toda clase de precauciones a fin de no despertar a su compañera que dormía profundamente, Yvonne miró en redor, a todos los ámbitos del cuarto, perpleja y preocupada.

La luz no logró enterarla de nada nuevo y la dejó tan a oscuras como estaba antes. La habitación tenía, en todos sus detalles, el mismo aspecto que había tenido cuando ella y la joven que dormía a su lado, se habían retirado a descansar.

A juzgar por lo que podía ver desde el lecho, nada había cambiado de lugar, no había nada que pudiera sugerir la idea de que alguien había entrado en la extensa y oscura habitación mientras ellas dormían. Si alguien había entrado y esa persona estaba todavía en la habitación, no podía encontrarse más que en tres sitios que ofrecían buen escondrijo. Uno de ellos era una espaciosa alacena situada en la pared que quedaba frente a la cama; otro era un enorme y antiguo armario guardarropa que estaba junto a la pared, a la derecha de la cama; el tercero estaba debajo del espacioso lecho de cuatro columnas.

Yvonne había cerrado la puerta personalmente antes de meterse en la cama y desde donde estaba podía ver la llave tal como la había dejado. La puerta era gruesa, de madera de roble, construída en los tiempos en que la buena calidad del trabajo y la soli-

lez de los materiales era el orgullo de los trabajadores. No podía ser forzada sin que se hiciera, contra ella, uso de un poderoso ariete. Encima de la puerta había una estrecha banderola, de tipo y construcción más moderneз, que debía haberse agregado hacía pocos años, para mejorar la ventilación del dormitorio. Esa banderola tenía tres vidrios cuadrados, esmerilados y en aquel momento se hallaba entornada. El viento que corría entre la abierta ventana y el hueco de la banderola era el que hacía que las cortinas de la ventana se movieran de un lado a otro, con leves y acompasadas sacudidas.

La banderola se manejaba mediante una varilla de bronce asegurada al marco de la puerta y que sólo podía moverse del lado interior de la habitación. Lo mismo que la llave de la puerta, la banderola,—es decir la hoja con los tres vidrios cuadrados,—parecía estar exactamente tal como Yvonne la había dejado al acostarse.

Cuando Yvonne se hubo dado cuenta de todos esos detalles, tomó de la silla que estaba junto a la cama el batón de seda japonesa que allí había dejado y, poniéndoselo, saltó rápidamente de la cama. En el suelo estaban sus zapatillas y en cuanto hubo metido en ellas sus blancos piececitos, se volvió hacia la cama y de debajo de la almohada sacó una pequeña, pero muy útil y eficaz, pistola automática. Empuñando el arma se inclinó rápidamente y miró debajo de la cama.

Pero allí no había absolutamente nada.

Entonces, asegurándose mejor, en la cabeza, la cofia que tomó de la mesa de noche, fué, en puntas de pies, hacia el enorme armario guardarropa. Deseaba, a ser posible, realizar su investigación sin despertar a su compañera, pero recordó que una de las hojas del armario rechinaba un poco al abrirla. Como la que hacía ruido era la hoja central, abrió los dos laterales primero y miró hacia el interior del mueble. No había allí dentro nada más que los vaporosos vestidos de verano de propiedad de su compañera y suyos.

Entonces se arriesgó a abrir la puerta central. Pulgada por pulgada la fué abriendo cautelosamente hasta que pudo mirar hacia el interior.

Cada percha sostenía su correspondiente carga, y no hubiera sido difícil, para una persona, ocultarse detrás de aquellos racimos de vestidos. Pero Yvonne salió de dudas metiendo la mano que empuñaba la pistola automática, en todos los rincones. No había allí dentro nada que no debiera estar allí. Sólo quedaba por revisar, en consecuencia, la alacena de la pared.

Miró Yvonne hacia el lecho y pudo percatarse de que la joven que en él se encontraba no había sido molestada por sus movimientos. Cruzó la habitación, dirigiéndose a la alacena, y moviendo la manija suavemente, abrió la puerta con lentitud. La alacena, abierta en lo grueso de la pared del viejo caserón, era tan grande como un cuarto pequeño. Cerca de la puerta, en el interior, estaba un conmutador eléctrico que Yvonne movió encendiendo las luces que había dentro de la alacena. Después entró en el cuartito y con el arma preparada, recorrió prolijamente aquel espacio.

Allí no estaba escondido ningún ser humano, ni había rastro de que lo hubiera estado.

Apagando la luz, se volvió hacia la banderola. Estaba como ella la había dejado. Dedicó entonces su atención hacia la puerta que daba al corredor. Volvió la manija, pero la puerta no se movió. Estaba cerrada con llave, precisamente como ella la había cerrado.

Volvió luego a la cama y apagando la luz de la lámpara de la mesilla de noche, fué hacia la abierta ventana. Inclinándose hacia afuera, miró hacia el jardín que se extendía al pie del muro.

La noche era hermosa y estrellada. No había luna, pero a la luz de miles de estrellas, Yvonne pudo distinguir diversas cosas de las que se hallaban en el jardín y hasta una distancia más allá del límite de mismo. La extensión de la zona pantanosa, sin embargo,—la Granja de Highmoor, donde se hallaba, estaba en uno de los parajes más desolados de la región de Dartmoor,—se distinguía tan sólo como una mancha confusa y oscura, más allá de los confines del parque.

A la derecha pudo distinguir las sombras de las caballerizas, y a la izquierda pudo ver la alta tapia de piedra que separaba el jardín que veía a sus pies de los prados situados frente al edificio. Se asomó todo lo más que pudo y miró hacia un lado y hacia el otro, hacia arriba y hacia abajo.

Había un piso de la casa debajo de donde estaba ella,—el piso bajo,—y otro encima, pero no se veía luz en ninguna de las ventanas. La noche era templada, una brisa suave soplaba sobre la zona pantanosa y no se veía ni oía nada que pudiera considerarse inusitado. En el momento en que se asomaba por la ventana, un gallo volvió a cantar y la joven pudo darse cuenta de que procedía, el canto, de los gallineros, situados detrás de las caballerizas.

Yvonne se retiró de la ventana y fué, nuevamente hacia donde estaba la cama.

—Cualquiera diría que mi sistema nervioso se está desequilibrando, — pensó, mientras se quitaba el batón, dejaba las zapatillas y volvía a meterse entre las sábanas.—De todos modos es muy extraño que me haya despertado de ese modo. Debió ser porque estaba subconscientemente pensando en todo lo que me contó Eleanor antes de acostarnos.

Tendió la mano, tomó de la mesilla de noche su reloj de esfera luminosa y miró qué hora era.

—Las dos menos cuarto, — murmuró.—¿Me atreveré a fumar un cigarrillo? No quisiera despertar a Eleanor. ¡Bah! ¡Voy a correr el riesgo!

Encendiendo de nuevo la luz, Yvonne abrió la cigarrera que sacó del cajón de la mesilla de noche y tomó un suave cigarrillo de taba-



"¿Qué tal? ¿Qué les parece a ustedes todo esto?", preguntó Yvonne. "Me parece muy bien, — dijo Blake. — Ha acertado usted en todos los detalles". ("La Señorita Yvonne, Detective", Pág. 7).

:o ruso, de los que tanto le gustaban. Lo en- :endió y después se echó, reposando la cabeza :n la mullida almohada, fumando y reflexio- ıando. Había llegado a la Granja de High- moor aquella misma tarde y hasta aquel momento no había tenido sino poquísimas oportunidades de estudiar el aspecto y la disposición del sitio donde se encontraba.

Una semana antes no tenía ni la menor idea de que le tocaría hacer un viaje a la zona de Dartmoor. Su visita era consecuencia de una entrevista que había tenido con Eleanor Hilyard en Londres y lo que la joven le había dicho en esa entrevista era lo que la había decidido a visitar la Granja de Highmoor.

Ostensiblemente, Yvonne pasaba por se una amiga de colegio de Eleanor. Como tenía algunos años más que la otra joven habían decidido decir que Yvonne había estado en el mismo colegio que Eleanor y al mismo tiempo, pero cursando estudios más avanzados que los que seguía Eleanor. Según le había informado Eleanor cuando llegó a la granja, la visita de Yvonne había sido, en el primer momento, mirada con antipatía por Stephen Curley, que casi se había opuesto terminantemente a ella.

Pero Eleanor Hilyard ya había supuesto, por anticipado, que sucedería eso, así que, antes de que la joven partiera de Londres, Yvonne la había aleccionado indicándole qué argumentos tendría que emplear en caso de que su tutor procurara impedir la visita.

Las indicaciones de Yvonne habían resultado muy útiles, pues Eleanor, en una carta a Yvonne, la informó de que Stephen Curley se había opuesto enérgicamente a que su pupila recibiera visitas de ninguna clase, pretextando que tendría que ausentarse para Escocia muy pronto, por cuestión de negocios y en caso de hacer el viaje, Eleanor tendría que acompañarle.

Pero Eleanor, envalentonada por los conceptos sensatos y enérgicos de una carta que le dirigió Yvonne, había insistido en su deseo y, hacía de ello dos días, había dirigido un telegrama a Yvonne pidiéndole que la visitara lo más pronto que le fuera posible. Yvonne había visto por primera vez a Stephen Curley, el tutor de Eleanor, aquel día. Y en aquel instante, la inteligente joven se hallaba tendida en el lecho, fumando y pensando en el hombre corpulento y sonriente a quien acababa casi, de conocer, y recordando punto por punto, la historia de la familia que había sido causa de su viaje a la Granja de Highmoor a pedido, insistente, de Eleanor Hilyard.

La historia de la familia de Hilyard era la siguiente:

Martin Hilyard,—el padre de Eleanor,—había emigrado de Inglaterra siendo muy joven y se había dirigido a Australia. Su vida allí había sido algo penosa y después de unos pocos años, el hombre se unió a un grupo que se dirigía a Chile, en la época en que se exportaron carneros australianos a la parte sud de aquella república.

Desde el comienzo, Martin Hilyard hizo buenos negocios y juntó dinero rápidamente. Hallándose en Chile se casó con la hija de un oficial inglés, residente en Valparaíso y tuvo cuatro hijos, tres hijos y una hija: Eleanor.

A medida que los muchachos estuvieron en edad para ello, fueron enviados a Inglaterra, para que se educaran, pero ni Mar- . Hilyard ni su esposa les acompañaron. La señora de Hilyard era un poco delicada de salud y falleció después de una larga enfermedad. Entonces estalló la Gran Guerra y, como sus tres hijos sentaron plaza en el ejército inglés, Martin Hilyard realizó todos sus bienes, en Chile, y volvió a Inglaterra.

Ya era muy rico, pero acrecentóse su foruna enormemente, porque vendió sus ganados y sus tierras al precio altísimo a que habían alcanzado con motivo de la guerra. Eleanor estaba, en aquella época, en Inglaterra, en una escuela de Brighton y allí siguió un año más, después del regreso de su padre. Poco amigo de residir en ciudades, Martin Hilyard buscó y por fin encontró algo que le recordara, aun cuando sólo fuera remotamente, su residencia de Chile.

Así fué como adquirió la Granja de Highmoor, en la triste zona de Dartmoor y se instaló en ella.

Por esa época, Stephen Curley, a quien los Hilyard habían visto una o dos veces en Chile, hizo su presentación. Curley era un explorador que había explorado la parte sud de Chile, — donde conoció a Hilyard, — y la Patagonia. Martin Hilyard simpatizó con él y conviene confesar que eran muchas las personas que miraban a Stephen Curley como a un personaje genial, rodeado de una aureola de novelescas aventuras.

Sus libros, referentes a sus diversos viajes de exploración por el mundo, eran verdaderos modelos en su género.

No se le ocurrió nunca pensar a la gente por qué razón Stephen Curley no era jamás acompañado en más de una exploración por los mismos subordinados. Pero había, esparcidos por el globo, algunos hombres que hubieran podido explicar la razón a que eso obedecía. En verdad se debía a que Stephen Curley pertenecía a la categoría de los exploradores amigos de las comodidades, a los llamados "lagartos",—entre la gente dedicada a las exploraciones,—por su afición a tenderse tranquilamente a descansar, gozando de la holganza, como esos animales. Los otros hacían el trabajo y sufrían la mayor parte de las penalidades mientras él co- ... toda la gloria de lo que se había realizado. Una cláusula hábil de todos los ... que hacía con sus acompañantes disponía que ninguno de ellos podía publicar nada referente a los trabajos de la expedición, sin el previo consentimiento de Curley.

Así, pues, aun cuando la verdad era conocida en algunos círculos y aun cuando las sociedades científicas de verdadera importancia mundial, serias y veraces en sus acuerdos se habían resistido siempre, con

extraña unanimidad, a admitirle en su seno, para el público en general, Curley era casi un hombre maravilloso, digno de figurar entre los grandes exploradores. Las iniciales que podía poner a continuación de su nombre, — aun cuando para los entendidos eran enteramente insignificantes y de segundo o tercer orden, — no eran comprendidas por el público en general, que las suponía de igual mérito que las que aparecían en los diarios a continuación de los nombres de los verdaderos grandes exploradores, desde Stanley a Amundsen o Shackleton.

Entre sus admiradores entusiastas figuraba Martín Hilyard que, en su soledad, había recibido con alegría la renovación de su vieja amistad. Con sus tres hijos en el frente de batalla y su hija en el colegio, las frecuentes visitas de Stephen Curley le resultaban doblemente agradables.

Hombre corpulento, rubio, de maneras desenvueltas, de constante y agradable sonrisa, le hacía a Martín Hilyard el mismo efecto que un poderoso tónico, en sus momentos de decaimiento. Poco después de haber estallado la guerra, Curley fué empleado como intérprete y las obligaciones de su empleo le hicieron residir en Londres, así que podía ir a la Granja de Highmoor con frecuencia.

Entonces el mayor y el menor de los hijos de Hilyard cayeron, en el campo de batalla, en la misma acción. La muerte de sus dos hijos fué un terrible golpe para Hilyard que, en consecuencia, teniendo a su lado a Stephen Curley, que le entretenía y consolaba, fué sintiendo cada vez mayor simpatía por aquel hombre. Eleanor Hilyard salió por entonces del colegio y pasó a residir en la Granja de Highmoor, con su entristecido padre. En el primer momento no le llamó la atención ni pudo extrañarle la grandísima intimidad de las relaciones de su padre con Stephen Curley.

Pero por alguna razón que no lograba explicarse, aquel hombre le inspiraba grandísima desconfianza. Su eterna sonrisa la hacía estremecerse y sucedió, — tal vez contribuiría a ello el efecto enervante de la vida solitaria que hacía en la Granja de Highmoor, — que comenzó a odiarle y a mirar con verdadero disgusto la creciente frecuencia de sus visitas.

Entonces, inesperadamente, se produjo otra lamentable tragedia.

Eleanor había ido a Londres al encuentro de su hermano, que había conseguido unos días de licencia, pero no tenía tiempo suficiente par ir a Devon, donde estaba la Granja de Highmoor. En esos días llegó Stephen Curley a la granja. Eleonor recibió en Londres un telegrama suyo, llamándola a la granja. Los términos de ese despacho habían sido suficientes para que Rupert, — el hermano, — obtuviera unos días más de licencia. Regresaron juntos a la granja y al llegar, les recibió Stephen Curley con la noticia de que el padre de ambos, — Martín Hilyard, — había fallecido de un ataque al corazón en la noche del día precedente.

Parecía que se hallaba sentado ante su mesa, escribiendo, cuando le dió un desmayo. Stephen Curley entró en la habitación poco después, hallando a Martín Hilyard sentado, con la cabeza y los brazos sobre el escritorio, sin sentido. Curley le puso en un sofá y llamó en seguida al ama de llaves. Envió al chauffeur en busca de un médico que vivía a unas seis millas de la granja. Mientras tanto, Curley y el ama de llaves habían hecho todo lo posible por atender a Hilyard.

Llevaron a Hilyard a su cuarto y poco después Stephen Curley descubrió que Martín Hilyard estaba agregando un codicilo a su testamento cuando sufrió el desmayo. Ya lo había firmado, pero aun no había hecho que lo firmaran los testigos de ley. Martín Hilyard había recobrado el conocimiento poco antes de llegar el médico y había pedido en seguida, el testamento.

Stephen Curley se lo había alcanzado y, a nuevo pedido de Hilyard había llamado al ama de llaves y al jardinero. Los dos sirvientes habían actuado como testigos y después Martín Hilyard había vuelto a desmayarse y se había muerto.

Después de las exequias, el escribano apoderado de Hilyard, — con estudio en la ciudad de Exeter, — leyó el testamento y el codicilo que había sido añadido tan recientemente. El testamento original había dividido la herencia en cuatro partes iguales entre sus cuatro hijos, pero el codicilo había alterado esa disposición, dividiendo la fortuna entre Rupert y Eleanor y en caso de que alguno de ellos muriera antes de casarse, su parte pasaría al sobreviviente. Esta cláusula tenía por objeto disponer lo necesario por si Rupert moría en el campo de batalla.

Figuraban en el testamento algunos legados a viejos servidores, residentes en Chile y a varias instituciones de caridad, así como cinco mil libras para Stephen Curley, por quien sentía "intenso afecto y grandísima gratitud por las atenciones que de él había recibido desde la muerte de sus dos hijos". Luego, al pie de la página, se leía lo siguiente:

" Y designo al ya nombrado Stephen Curley como único tutor de mi hija Eleanor en el caso en que dejara de existir mi hijo Rupert. Esta tutoría continuará hasta el casamiento de mi hija, que se realizará, lo espero, con la aprobación de su tutor. Durante todo el tiempo de su tutoría, el tutor tendrá facultad para aconsejar a mi hija sobre la administración de la granja y de sus tierras, y tomará de las rentas de la finca la suma de dos mil libras esterlinas anuales, además de la cantidad a que asciendan los gastos que esa tutoría le ocasione. En caso de que fallecieran mis dos hijos, todo lo que quede de mi fortuna pasará a ser propiedad de mi amigo Stephen Curley. — Firmado: Martín Hilyard"

La última línea de lo escrito tocaba con la rúbrica de la firma y el escribano expli

có, con toda gravedad, que Martín Hilyard debía haberse desmayado inmediatamente después de firmar. La Granja de Highmoor resultó algo más valiosa de lo que había costado cuando la compró Hilyard, así que la fortuna fué calculada en casi doscientas mil libras esterlinas, libres de todo gravamen.

No se discutió ni un solo momento la validez de los agregados codicilos. No se pudo discutir tampoco la condición mental en que se encontraba el testador, así que, después de haber, — el jardinero y el ama de llaves, — declarado que efectivamente habían servido de testigos a pedido de Martín Hilyard, que se encontraba en su sano juicio, el testamento fué declarado válido en todas sus partes.

Stephen Curley manifestó grandísima sorpresa cuando se enteró de que el testamento le designaba heredero; se mostró tan bondadoso y cariñoso, tanto con Eleanor como con Rupert que la joven casi se olvidó de su antipatía de antes, antipatía que Rupert no había sentido nunca. Entonces Rupert regresó a Francia mientras Eleanor iba a Londres, a prestar servicios como enfermera de la Cruz Roja. Stephen Curley volvió a atender las obligaciones de su empleo de intérprete y la Granja de Highmoor quedó a cargo del ama de llaves.

Después del armisticio, Rupert fué desmovilizado y volvió a la granja, junto con Eleanor. Durante el tiempo que estuvo de enfermera de la Cruz Roja, Eleanor había conocido a alguien que la interesaba y había confiado a Rupert el secreto de su compromiso matrimonial. Pero debía permanecer en secreto hasta que su futuro fuera también desmovilizado.

Entonces Stephen Curley, también desmovilizado, se presentó como correspondía, en la Granja de Highmoor.

Aun cuando había visto pocas veces a Eleanor, en Londres, sabía sobre lo que hacía, mucho más de lo que ella pensaba y sospechaba ya, que estaba comprometida con el joven oficial con quien la había visto en varias ocasiones.

No demostró haberse enterado de nada y siguió tan sonriente y contento como de costumbre. El y Rupert salían a pasear a caballo con suma frecuencia y se hallaban de paseo una destemplada tarde de invierno cuando Rupert fué arrojado por el caballo y murió.

Curley lo llevó a la casa y demostró, ante la muerte, mayor aflicción aun que la que había exteriorizado cuando el fallecimiento de su viejo amigo Martín Hilyard. Se reprochaba continuamente el haber dejado que Rupert se entretuviera tanto tiempo paseando pues atribuía lo sucedido a la oscuridad.

Al dirigirse de regreso a la casa por un atajo, Rupert había tratado de saltar a caballo, una tapia de piedra, situada en una ladera que quedaba junto a un arroyo. Su caballo había dado un salto mortal y cayendo encima de Rupert, le había matado instantáneamente. Se realizó una investigación que confirmó lo declarado por Curley y la Granja de Highmoor estuvo de duelo una vez más. A consecuencia de ese luctuoso suceso, la Granja pasaba a la propiedad de Eleanor y entraban en vigencia las disposiciones sobre la tutela.

Durante los primeros meses la actitud de Stephen Curley fué enteramente irreprochable. Se hizo cargo de la molesta tarea de administrar las tierras de la Granja y sus frecuentes consejos a Eleanor habían sido de lo más sensato. Insistió en que, en cada ocasión, su consejo fuera aprobado por el apoderado residente en Exeter, pero el escribano no halló en ninguna ocasión nada que decir. Cuando se hizo necesario tomar disposiciones sobre la colocación de algunas importantes sumas de dinero, Stephen Curley hizo una lista de los títulos que aconsejaba comprar, lista que hubiera aprobado y aun elogiado, el más conservador de los banqueros.

En realidad, los banqueros de Eleanor, en Londres, dirigiéronle una carta felicitándola por el acierto de su elección y agregando que no se podía aconsejar nada mejor. Con todo esto su vieja desconfianza fué debilitándose, hasta que por fin, al llegar la primavera, la joven pensó en enterarle de su compromiso matrimonial. Pero se le anticipó el mismo Curley y lo que él la dijo cayó como una bomba ante Eleanor. Stephen Curley le pidió que accediera a ser su esposa.

Aun cuando Stephen Curley no había cumplido los cuarenta, su amistad había sido con su padre y Eleanor, inconscientemente, los había clasificado como de una generación anterior a la suya. Eleanor tenía entonces veintitrés años y, como Curley lo explicó gentilmente, la diferencia de edades no tenía nada de extraordinario.

Ella, naturalmente, le había contestado con una negativa y al mismo tiempo le había comunicado su compromiso anterior. El la escuchó con tranquilidad, pero le advirtió que a pesar de todo, no perdía la esperanza. A los pocos días tomó a una mujer para que fuera la dama de compañía de Eleanor.

Esa mujer era de mediana edad y de facciones duras y desagradables. Curley la había contratado en Londres. Se hallaba enteramente bajo el dominio de Curley; y aun cuando Eleanor comenzó a sentir que su vida se iba haciendo más y más desdichada, se encontraba con que no podía variarla ni en lo más mínimo. No le quedaba más esperanza que la de poderse casar pronto. Pero su prometido fué enviado a un regimiento que se hallaba en la Mesopotamia con lo cual quedó pospuesta indefinidamente su desmovilización, así que no pudieron pensar en casarse por el momento. Además, aun cuando estuviera casada con él, no le sería posible obtener permiso para residir en la Mesopotamia, con su esposo.

Todo esto la puso en un estado de nerviosidad tal que se tradujo en una impresión de miedo constante. Stephen Curley le causaba miedo y también la asustaba su dama de compañía, la de las facciones duras y la mirada torva. Había necesitado mucho tiempo

para llevar a la práctica su propósito de consultar con alguien en quien pudiera confiar, pero al fin había conseguido ir a Londres con ese fin.

Había oido hablar de la señorita Yvonne a una compañera de colegio y amiga suya que había buscado y conseguido ser aconsejada por la señorita Yvonne. Resultado de la entrevista que tuvo con ella fué la decisión de Yvonne de ir a la Granja de Highmoor fingiendo ser su compañera de colegio. Aún cuando Stephen Curley se había opuesto en el primer momento, por la razón ya mencionada, al fin había cedido.

Por eso se hallaba Yvonne en la Granja de Highmoor bajo el nombre de Mary Guest. En las varias tragedias que habían castigado a la familia Hilyard estaba pensando mientras fumaba, tendida en la mullida cama.

Había terminado de fumar el cigarrillo y se disponía a colocar la colilla en el cenicero cuando un ruido sordo llegó a sus oidos e hizo que se incorporara, sentándose luego en la cama y escuchando atentamente. Dejó caer, sin hacer ruido ninguno, le colilla del cigarrilio, y esperó. Volvió a oirse el ruido, fuera del cuarto, en el corredor. Fué algo así como el ruido que puede hacer una persona al caer, pesadamente, al suelo.

Yvonne miró a Eleanor, pero vió que su compañera dormía tranquilamente. Durante unos momentos no se oyó absolutamente nada; entonces, de repente, volvió a oirse el mismo ruido, del otro lado de la puerta. Después del golpe se oyó un ruido extraño, como si alguna persona caminara arrastrando una pierna enferma. Yvonne había visto, hacía años, en Australia, un novillo desjarretado y el recuerdo de aquel animal herido acudió a su mente cuando oyó aquel ruido.

Una vez más cesó el ruido pero tan sólo por unos pocos segundos, y cuando volvió de nuevo lo hizo acompañado de la respiración pesada y jadeante de un animal. Yvonne no era, ciertamente impresionable. Habíase visto ante muchos peligros, en su vida y había pasado por muchas situaciones saturadas de sobrenaturales terrores para que pudiese haber algo que la impresionara fácilmente.

Pero aquel ruido, aquel rozar en el suelo, aquella respiración pesada y jadeante, junto a la puerta de su dormitorio, la hizo estremecerse escalofriada. Tomó otra vez la pistola automática y fijó la mirada en la puerta, deseando que Eleanor no se despertara. ¿Quién era o qué era aquello? No podía ni intentar adivinarlo. Pero no cabía duda de que la puerta de su dormitorio interesaba a alguien, pues algunos segundos después tras de un nuevo ruido de algo que se arrastraba, oyó con toda claridad que rascaban en la puerta, del lado de fuera, y que la manija de la misma puerta se movía un poco.

Miró hacia la llave, como fascinada. Procuraba convencerse de que estaba enteramente segura de que había comprobado que la puerta estaba cerrada, cuando recorrió, investigando, el dormitorio. Pero, ¿y si había mirado a la ligera? ¿Y si no había vuelto la llave todo lo necesario para asegurar bien la puerta?

Si no había cerrado bien y "aquello" que estaba en el corredor, fuera lo que fuera, abría la puerta, Yvonne haría fuego.— así lo había decidido.— y haría fuego tirando a dar en el blanco, fuera hombre o bestia lo que se presentara..

La manija de la puerta se movió nuevamente, con más ruido que antes. Yvonne oyó un gruñido y un crugido. Después, durante un breve momento, algo mostró su silueta en uno de los vidrios de la banderola. En el corredor ardía una luz, encendida toda la noche y aun cuando estaba algo distante, era suficiente para permitir que Yvonne distinguiera aquel algo que estuvo un instante junto al vidrio.

¿Era una mano? Parecía tener una grotesca semejanza con una mano. ¿Qué otra cosa podía ser? ¿Quién o qué era lo que trataba de entrar en el dormitorio? Fuera lo que fuera, había tratado, evidentemente, de subir a la banderola, pues cuando desapareció del vidrio la silueta, se oyó otro golpe sordo como el oido antes.

Volvió a oirse el ruido lento de algo que se arrastraba mientras "aquello" se alejaba retirándose por el corredor, Yvonne no pudo soportar más tiempo la inacción. Saltó de la cama y se puso el batón. Después, empuñando enérgicamente la pistola automática en la mano derecha, fué hasta la puerta e hizo girar la llave.

Abriendo la puerta con rapidez, levantó el arma y miró hacia el corredor.

Tanto a la derecha como a la izquierda, el corredor estaba enteramente desierto.

La luz, a corta distancia, estaba encendida, pero Yvonne no pudo ver ni el menor vestigio de lo que estaba junto a la puerta unos momentos antes. El enorme caserón estaba sumido en el mayor silencio y sus ocupantes, excepto Yvonne, estaban aparentemente, dormidos.

Cerró la puerta suavemente y volvió de nuevo, la llave, preguntándose si, después de todo, no habían sido los nervios los que le habían dado aquella broma y todo aquello no había sucedido más que en su imaginación. Volvióse hacia la cama y de pronto, se detuvo.

Eleanor estaba sentada en la cama mirando con ojos de miedo la pistola automática que Yvonne empuñaba.

—¿Qué es eso? — preguntó en voz muy baja. — ¿Qué es lo que ha pasado?

Yvonne se sonrió.

—Nada, querida amiga, — dijo. — He paseado un poco por el dormitorio y nada más. Oí un ruido y consideré que era conveniente investigar. Siento mucho haberla despertado. Procuré no hacer ruido y sin embargo...

Mientras hablaba, Yvonne se acercó al lecho y puso el arma en la mesilla de noche. Tomó otro cigarrillo y, encendiéndolo, se metió en la cama.

—Ya que está usted despierta, podemos aprovechar la ocasión para charlar un mo-

mento, — dijo tranquilamente. — ¿Quiere usted fumar un cigarrillo?

Eleanor movió negativamente la cabeza.

—Son muy suavizantes y tranquilizan el sistema nervioso, — murmuró Yvonne. Y agregó:—Dígame, Eleanor, durante los últimos meses, cuando usted ha tenido miedo en esta casa, ¿ha sucedido alguna noche, algo que la haya molestado?

Eleanor contestó negativamente con un movimiento de cabeza.

—Nada fuera de lo común, — dijo.—¿Por qué lo pregunta usted?

—Por pura curiosidad, nada más. Si voy a ayudarla como es debido, es necesario que yo esté al tanto de todos los detalles relacionados con el asunto, y se me ocurrió eso. ¿Está usted enteramente segura de que no ha visto ni oído nada absolutamente, que fuera extraordinario?

—Enteramente segura.

—Entonces el miedo que le produce a usted Stephen Curley, ¿es sencillamente instintivo?

Eleanor apoyó una mano en el brazo de Yvonne y apretó con nerviosidad.

—Es sencillamente instintivo, pero sé que se propone causarme algún daño muy grande si me niego a casarme con él. Usted no puede darse cuenta de lo que ha sido, Yvonne, el vivir día tras día, semana tras semana en la misma casa con él y la terrible mujer que ha traído como dama de compañía. Su sonrisa me causa miedo. ¡Oh! Comprendo que no faltará quien diga que yo estoy demente y qué se trata de un hombre de genio alegre y risueño; pero es el caso que en esa sonrisa yo no leo más que crueldad... crueldad y crimen. Estoy segura, Yvonne, que él fué el causante de la muerte de mi hermano Rupert. No sé cómo y ya sé que no se descubrirá nunca, pero estoy segura, enteramente segura de que él fué el causante.

—Fué realmente muy extraño, — asintió Yvonne pensativa. — Pero, naturalmente, todo el que sale beneficiado por la muerte de alguno, puede ser objeto de sospechas. De todos modos es muy curioso el observar cómo los sucesos se han producido uno tras otro, siempre en su favor.

"Primero sus dos hermanos en Francia, después su padre y últimamente el hermano que le quedaba. Debido a eso ha quedado usted sola; y su propuesta de matrimonio demuestra que él ha puesto sus ambiciones en usted y en su fortuna. Es usted suficientemente hermosa y atrayente para que él desee casarse con usted sin que le impulse la codicia de poseer su fortuna y es posible que su amor sea honrado.

"Sin embargo, lo mismo que usted, me siento inclinada a no confiar en su tutor. Y no me gusta nada la cláusula del testamento de su padre que nombra heredero a Stephen Curley en caso de que algo le suceda a usted. Pero usted no tiene nada que temer, querida mía. Le prometo que no se quedará usted sola, hasta que sepamos mucho más de lo que sabemos. Y si no puedo resolver el problema, buscaremos a alguien que nos apude. En caso de que esto sea necesario, conozco a una persona que no descansará hasta que haya puesto en claro hasta el último detalle y haya esclarecido la verdad del asunto.

—¿A quién se refiere usted, Yvonne?—preguntó Eleanor con mucho interés.

—A Sexton Blake, — contestó Yvonne, ruborizándose ligeramente.

Y en aquel mismo momento brotó, en la mente de Yvonne, la decisión de escribir una larga carta al gran criminalogista, en cuanto se levantara, por la mañana.

CAPITULO SEGUNDO
El llamado de Yvonne



SEXTON BLAKE estaba sentado en la arena a la sombra de un peñasco grande y desigual, leyendo cartas. A sus pies, dormitando al templado sol de la mañana, estaba tendido Pedro que, de vez en cuando, miraba perezosamente hacia Tinker, quien, en compañía de otro joven al que había conocido en la pequeña aldea de Cornualla, donde él y Blake estaban parando, saltaba entre las olas que rompían contra las rocas o se extendían por las arenas de la playa.

Unas averiguaciones relacionadas con un caso en el que Sexton Blake había tenido que buscar algunos datos sobre la cobranza de unos antiguos diezmos en la zona de Cornualla, habían llevado al detective y a Tinker a Wadebridge y, una vez terminada su labor, Blake había decidido pasar algunos días junto al mar antes de regresar a la atmósfera de Londres, cargada de humo, convencido de que un descanso en esa forma sería conveniente tanto para él como para su joven ayudante.

En Wadebridge habían oído hablar de una pequeña hostería situada a unas ocho millas de la población, en el estuario del Camello, así que habían metido el equipaje en el automóvil y con Pedro custodiándolo, en la zaga, habían ido hasta la pequeña aldea donde estaba situada la hostería. Constaba de una docena de casas en conjunto y una accidentada cancha para jugar al golf la separaba de la próxima aldea, que todavía era más pequeña.

A lo lejos se distinguía la barra de Doom, famosa por las actividades de los antiguos naufragadores y contrabandistas de Cornualla, formando como una enorme y amarillenta caparazón de tortuga, en la que sobresalían trozos de madera, indicadores de que allí había hallado su fin algún buque.

Más allá de la barra quedaba el canal principal del estuario y en la otra costa la activa y pintoresca ciudad de Padstow, habitada casi exclusivamente por pescadores.



"Me hallaba en el mismo medio del arroyo, — decía la carta de Yvonne, — cuando mi caballo se encabritó inesperadamente y después se echó de costado. Tuve tiempo, pero no me sobró ni una fracción de segundo, para sacar los pies de los estribos y saltar lateralmente, en el instante en que el caballo caía". ("La Señorita Yvonne, Detective" Página 17).

extendida en la ladera de una colina de poca elevación.

En Padstow el río describía una curva y desaparecía de la visual, pero en la desembocadura del estuario Blake podía distinguir el lugar donde el caudal de agua chocaba contra la marea ascendente, formando como una loma en la superficie del mar, y más allá dos islotes cubiertos de verde vegetación, situados a manera de incansables y constantes centinelas y accesibles tan sólo para las gaviotas que revoloteaban, chillando, sobre ellos, en el límpido azul del cielo. A espaldas del detective se levantaba una alta colina de arena en la cual, según rumores que los estudiosos de historia admitían como veraces, habíase levantado un campamento de los antiguos, primitivos britanos, y por encima del borde de la suave cuesta, podía distinguir la flecha de una alta torre edificada en el siglo décimo cuarto, reliquia de la oleada de entusiasmo religioso que inundó a la región de Cornualla en aquel siglo y promovió la edificación de iglesias y más iglesias, de un extremo a otro de su territorio.

Tanto él como Tínker se habían bañado en el mar antes del desayuno, pero aquel baño no le había parecido suficiente al muchacho que, contestando al llamado de su nuevo amigo, que pasó por delante de la hostería dirigiéndose a la playa, le acompañó muy contento. Blake, con las cartas que su ama de llaves, la señora Bardell, había reexpedido a Wadebridge y que de esa ciudad habían enviado a la aldea donde estaba parando, les había seguido, caminando tranquilamente.

Las había leído todas menos una, más abultada que las demás, que había reservado para el final. Había notado que la letra del sobre era de la señorita Yvonne, aun cuando le había llamado la atención ver que sobre la estampilla se notaba el sello de la oficina de correos de una pequeña localidad de Dartmoor. Antes de abrirla encendió un nuevo cigarrillo; después, rasgando el sobre, sacó de él las hojas cubiertas de menuda caligrafía, que contenía. Las extendió sobre una rodilla y comenzó su lectura. La carta decía así:

" Estimado amigo: — Supongo que se
" sorprenderá usted un poco al enterarse
" de que me encuentro en pleno condado de
" Devon. En verdad yo misma me hallo sor-
" prendida, pues la decisión de venir a este
" sitio fué adoptada repentinamente. Verá
" usted, por el membrete del papel en que
" le escribo, que me encuentro en la Granja

“ de Highmoor. Esta granja se halla situada en un paraje muy triste de la región pantanosa y a seis millas de la aldea más cercana.

“ Ahora procederé a decirle la razón que me ha decidido a dirigirle esta carta.

“ Me encuentro aquí, en realidad, por asuntos profesionales y se han producido ciertos acontecimientos que me han decidido a escribirle a usted. Permítame que le informe, para empezar, de que la Granja de Highmoor estuvo, hasta hace poco tiempo, ocupada por un hombre que, durante muchos años tuvo una extensa estancia y grandes negocios ganaderos, — y de otras clases, — en Chile. Murió hace poco de un ataque cardíaco y dos de sus hijos perdieron la vida en Francia, en el campo de batalla. Le sobrevivieron un hijo y una hija. La madre falleció hace varios años. Recientemente, el tercer hijo murió accidentalmente, yendo a caballo. El caballo, según la versión admitida, le cayó encima y le aplastó.

“ Según el testamento del padre lo dispone, la muerte del único hijo varón sobreviviente confiaba, automáticamente, el cargo de tutor de la hija a un amigo del difunto padre. El padre se llamaba Martín Hilyard. El nombre del tutor es Stephen Curley. Tiene fama de ser un gran explorador. Tal vez haya usted oído hablar de él.

“ Yo desearía que tuviese usted la bondad de hacer averiguaciones en Londres y enterarse de todo cuanto se pueda saber respecto a ese hombre. Parece hallarse muy vinculado al misterio que rodea a la Granja de Highmoor y no me inspira ni la menor confianza. Pero no tengo nada en que basarme, por el momento. Vine a la granja a pedido de Eleanor Hilyard, —la hija, — que vive en un estado de constante terror, sin saber con exactitud qué es lo que la aterroriza de ese modo.

“ Todo comenzó el día en que su tutor le pidió que se casara con él. La joven estaba ya comprometida con otro, pero aún no se había atrevido a enterar de su compromiso al tutor cuando éste solicitó su mano. Eleanor había esperado poderse casar en seguida, pero su futuro, — que es militar, — fué destinado a la Mesopotamia y, como usted sabe, en la Mesopotamia no son admitidas las mujeres europeas. Tendría curiosidad por saber si Stephen Curley tuvo algo que ver con el traslado del joven militar, prometido de Eleanor, a un sitio tan lejano.

“ Durante la guerra, Curley estuvo empleado en calidad de intérprete, algún tiempo y después desempeñó un cargo, — no sé cuál,—en Whitchall. Su actitud y el modo como trata a su pupila, no pueden dar margen a la más mínima crítica. Representa muy bien el papel de ser un tutor risueño, desenvuelto, preocupado tan sólo de tenerla contenta. En cuestión de intereses se conduce de la manera más irreprochable y todos los consejos que le ha dado, sobre la colocación de su dinero han sido sensatos e inspirados en el más sano criterio conservador.

“ Exteriormente todo parece normal, pero s propuesta de casamiento suena mal, dadas las curiosas disposiciones del paterno testamento. Esas disposiciones pueden ser explicadas, concisamente, en la siguiente forma:

“ Cuando murió Martin Hilyard la posesión, — que es muy extensa, — fué dividida, junto con lo demás de la fortuna, entre Eleanor Hilyard y su hermano Rupert, Stephen Curly heredaba cinco mil libras. En caso de que falleciera Rupert Hilyard, Stephen Curley pasaría a ser tutor de Eleanor y seguiría en ese cargo hasta que la joven se casara, con aprobación, — así lo esperaba el testador, — de su tutor.

“ En caso de llegar a ocupar el puesto de tutor, Stephen Curley sería a la vez, el administrador de las tierras y mientras él se ocupara de este trabajo cobraría, de las rentas, un sueldo anual de mil libras esterlinas. Y, por último, en caso de que muriera Eleanor Hilyard así como su hermano, — en caso de morir ambos, — Stephen Curley sería heredero de toda la fortuna.

“ Poco después de haber sido desmovilizado Rupert Hilyard vino a vivir a la granja. Después del fallecimiento de Martin Hilyard, la casa estuvo cerrada algún tiempo. Eleanor residió, durante ese tiempo, en Londres, donde estuvo de enfermeda de la Cruz Roja. Allí conoció al joven militar con el que se comprometió. Al regresar a la Granja Stephen Curley, — que también había sido desmovilizado,, — se instaló también en la casa. Un día en que él y Rupert habían salido a pasear a caballo se produjo el accidente que le costó la vida al joven Rupert.

“ Según Curley el joven quiso hacer que su caballo saltara por encima de una tapia de piedra, situada en la ladera de una colina, el caballo dió una vuelta en el aire, al saltar y cayó sobre Rupert, matándole instantáneamente. Poco tiempo después, Curley solicitaba la mano de Eleanor.

“ La joven había desconfiado siempre de ese hombre, pero Curley se mostró tan dolorido y tan afectuoso después de la trágica muerte del hermano, que Eleanor sintió menos antipatía y menos recelo. Pero la propuesta de matrimonio despertó de nuevo todos sus temores. Poco a poco la pobre joven se sintió más y más impresionada, hasta llegar a hallarse en un estado de agudísima nerviosidad. Fué entonces cuando consiguió hacer un viaje a Londres y solicitó mi concurso. Eleanor está plenamente convencida de que Stephen Curley planeó deliberadamente, la muerte de Rupert y está segura de que a ella le pasará algo semejante si no accede a casarse con Curley.

“ No hay, naturalmente, ni el menor asomo de prueba que justifique ni lo uno ni lo otro, pero al mismo tiempo reina en la casa un ambiente siniestro y una o dos cosas extrañas han acontecido después de mi llegada, ayer por la tarde. Stephen Curley cree

" que yo soy una amiga, compañera de colegio, de Eleanor y no sospecha cuál es mi verdadera identidad. Se opuso a mi visita en el primer momento, pero después cedió ante la insistencia de Eleanor.

" Se mostró agradabilísimo, ocurrente y risueño, anoche, durante la comida, deseoso, al parecer, de impresionar favorablemente a la amiga de Eleanor. Nos retiramos temprano y a pedido de Eleanor, en vez de ir al cuarto que me habían designado, me acosté en la misma cama que ella, en su espacioso dormitorio.

" El primer suceso "raro" acaeció pocas horas después de la media noche. Me desperté repentinamente con la impresión de que había pasado algo extraño a la vida normal de la casa. Encendí la luz y revisé escrupulosamente toda la habitación. Todo se hallaba tal y como yo lo había dejado al acostarnos. Volví a la cama y encendí un cigarrillo.

" Mientras estaba fumando oí un ruido en el corredor, algo así como la caída de un cuerpo pesado. Después oí un ruido como si arrastraran algo. Parecía que algún ser viviente se arrastrara por el suelo. Fuera lo que fuera, se detuvo ante la puerta del dormitorio. Entonces, la manija de la puerta se movió. A continuación se oyó una respiración jadeante y pocos instantes después vi confusamente una sombra, a través de uno de los vidrios de la banderola de la puerta.

" La sombra no estuvo allí más que un instante. Oí después otro golpe, como si aquello hubiese caído al suelo. Después pareció arastrarse nuevamente por el corredor. En aquel momento tomé la pistola automática que tenía en la mesilla de noche y salté de la cama. Fuí hasta la puerta, la abrí y miré hacia el corredor.

" No ví en él nada de particular. Volví a la habitación, cerrando la puerta con llave. No tenía oportunidad de hacer nuevas investigaciones en aquel momento. Eleanor se había despertado y yo no quería que se asustara. Eso fué todo lo que sucedió durante las horas de la noche.

" Pero la segunda cosa que puede llamarse "rara", aconteció antes del desayuno. Eleanor y yo nos habíamos levantado temprano para dar un paseo a caballo antes de la hora del desayuno. Cuando llegamos al hall del piso bajo nos encontramos con que Stephen Curley ya se hallaba allí. Sabía que íbamos a salir a caballo porque la noche anterior lo habíamos combinado encontrándose él presente. Ya había dado orden de ensillar y traer los caballos y salió, descendiendo por la gradería de la entrada junto con nosotras. Al llegar al espacio enarenado de delante de la casa, Eleanor vió que el caballo ensillado para ella no era el que acostumbraba a montar y preguntó a Curley por qué habían hecho el cambio. Contestó que hacía pocos días había traído un nuevo caballo y le gustaría que ella lo ensayara. El caballo era realmente espléndido y Eleanor no hizo objeción ninguna.

" Montamos las dos y partimos.

" Usted recordará que yo tuve oportunidad de aprender muchas cosas sobre caballos durante el tiempo que estuve en Australia y que, además de las lecciones de equitación que me hizo tomar mi padre, siempre he tenido gran afición a todo lo relacionado con caballos. El animal que montaba Eleanor era, como he dicho, espléndido. Su aspecto no podía ser mejor. Pero tenía en la mirada una expresión que no me gustaba absolutamente nada.

" Cuando salimos del límite de las tierras de la granja a la zona pantanosa, lo observé cuidadosamente y cuando habíamos avanzado cerca de una milla, propuse a Eleanor que cambiáramos de caballo. Las dos montábamos a horcajadas, así que no había dificultad en cuanto a las monturas.

" Eleanor se sorprendió un poco, pero accedió y después de realizado el cambio, seguimos avanzando. Probé al caballo de todos los modos posibles, haciéndole cambiar de paso varias veces, volviéndole a uno y otro lado, sin hallarle defecto ninguno. Le hice dar uno o dos saltos y los ejecutó a la perfección. No podía encontrarle nada que justificara aquella malicia de su mirada que me había hecho desconfiar de él. Sin embargo no he visto nunca un caballo que, teniendo esa manera de mirar, no se muestre traidor para su jinete en alguna circunstancia.

" Habíamos recorrido unas cuantas millas más cuando llegamos a un pequeño arroyo que decidimos vadear. No era profundo, — no tendría, en lo más hondo, más de dos pies de agua, — así que la aventura no era arriesgada. Eleanor pasó delante, pues ya conocía el vado. Yo la seguí. Me hallaba en el mismo medio del arroyo cuando mi caballo se encabritó repentinamente, sin la menor señal previa que anunciara tal intención y después se echó de costado. Tuve tiempo, pero no me sobró ni una fracción de segundo, para sacar los pies de los estribos y saltar lateralmente en el mismo instante en que caía el caballo.

" Si yo me hubiera retardado aquella fracción de segundo, no le estaría escribiendo esta carta; porque cuando estuvo echado en el agua el caballo, empezó a patalear de la manera más feroz que se pueda imaginar. Conseguí, caminando por entre el agua, pasar al otro lado del animal y agarrar la brida, que había soltado al saltar. Tomé el látigo y castigué enérgicamente al animal. Por último se levantó y dejó que lo llevara de la rienda hasta la orilla.

" Si hubiera sido Eleanor la que se hubiese hallado en la montura, con seguridad se hubiera lastimado gravemente, tal vez le hubiese costado la vida el suceso, pues el caballo la habría aplastado bajo su cuerpo, debajo del agua, oprimiéndola y ahogándola. Volví a montar y dirigí de nuevo, al caballo, hacia el vado. Esta vez me hallaba alerta, y cuando estuve en mi-

" tad del arroyo, el animal hizo exactamen-
" te lo mismo que la vez anterior. Esta vez
" salté con toda facilidad, pues esperaba la
" repetición de la hazaña.

" He visto hacer eso mismo a un buen ca-
" ballo, en Australia, cada vez que se ha-
" llaba donde había un poco de agua. Cuan-
" do un caballo tiene esa tendencia, es en-
" teramente inútil pretender curarle de ella.
" ¡Y esa era la clase del caballo que Stephen
" Curley había comprado para que paseara
" a Eleanor! Y no olvide usted que si yo
" hubiera regresado con la noticia de que
" Eleanor había muerto accidentalmente, al
" caer el caballo encima de ella, Stephen
" Curley hubiese heredado toda la fortuna
" dejada por Martin Hilyard.

" Antes que regresaramos a la Granja,
" cambiamos nuevamente de caballos, y a
" mi pedido, Eleanor no dijo nada sobre lo
" que le había pasado. Conseguí subir a
" nuestro cuarto y cambiarme de ropa sin
" que me viera Stephen Curley; pero no se
" si la mucama le dirá que regresé con el
" traje de montar enteramente empapado.

" Esa, mi querido amigo, es la historia del
" hasta el momento. Usted comprenderá aho-
" ra, por qué deseo enterarme de todos los
" antecedentes relacionados con Stephen Cur-
" ley. He puesto en claro el misterio que ro-
" dea a esta casa. No descansaré hasta en-
" terarme de qué era lo que andaba por el
" corredor anoche. Me gustaría que usted es-
" tuviera por acá. El caso presenta algunos
" aspectos que, con seguridad, le han de in-
" teresar. Pero tal vez esté usted demasia-
" do ocupado para poder pensar en estas co-
" sas, ¿verdad?

" Ruégole haga presente a Tinker que le
" recuerdo cariñosamente y le dé un tirón
" de orejas a Pedro, en mi nombre. Le es-
" cribiré con frecuencia y le enteraré de có-
" mo progresan los acontecimientos.

" Su amiga de siempre,

"Yvonne".

" Postdata.—He venido hasta la aldea de
" Abmoor para confiar esta carta al correo.
" Si usted escribe, dirija sus cartas a la en-
" cargada de correo de Abmoor. Es una an-
" ciana muy simpática y me he puesto de
" acuerdo con ella para que reciba y guarde
" todas las cartas que lleguen para mí—Y."

Blake dobló la carta y volvió a meterla en el sobre.

—¡Stephen Curley! — murmuró. — No voy a tener que hacer averiguaciones a su respecto. Yvonne parece ignorar que Curley se retiró, presentando su renuncia, del "Club de los Exploradores", poco después de regresar de su última expedición por el norte de Australia primero y luego por la Patagonia. Pretendía haber cruzado Chile y la Patagonia y hubiera seguido viviendo tan tranquilo si no hubiesen resultado fantásticas les descripciones de la cordillera de los Andes, que presentó como exactas.

"Le hicieron renunciar, naturalmente, mejor dicho, le expulsaron, pero no sin que antes quedara plenamente demostrado que era un verdadero charlatán, un farsante, un segundo doctor Cook. Además se habló de su primera expedición a la Patagonia, de la que fué él el único europeo, de los que componían el grupo, que regresó. Se contaban a su respecto, cosas muy desfavorables, en aquella época, sobre el abandonó que había hecho de sus compañeros. Y ahora parece que ha abandonado las expediciones, adoptando más provechosos medios de vida.

"¿Estará en lo cierto la joven Hilyard? ¿O habrá sido pura y sencillamente el Destino quien ha actuado en su favor? ¡Son, a veces, tan extrañas, las casualidades! ¿Qué sería lo que Yvonne oyó durante la noche? ¿Será posible que Curley, creyendo realmente que Yvonne es una compañera de colegio de su pupila, procura asustarla, y hacer que se ausente de la Granja, por medio de fantasmas?

"Según parece, primero se opuso a su visita y después accedió. Parece que dió su consentimiento de buena gana, después de todo. ¿Cuenta con hacer uso de otros medios para aislar a su pupila? ¿Figura entre esos medios el fantasma, los ruidos extraños y nocturnos? ¿Y el incidente del matutino paseo a caballo?

"Después del accidente fatal que le costó la vida al hermano de la joven, semejante actitud de parte de Curley significa una temeridad imprudente. ¿Se proponía realmente quitar de en medio a su pupila?

"¿Qué hubiera hecho Curley si Yvonne y Eleanor Hilyard no hubiesen cambiado de caballo y Eleanor hubiera muerto? ¿Hubiera demostrado grandísima pena como, según Yvonne lo dice, demostró cuando la muerte de Rupert? No le hubiese sido difícil hacer admitir el suceso como puramente accidental. Hubiera podido evitar que se supiera que el caballo tenía esa costumbre de encabritarse, echarse y patalear, cada vez que pasaba por donde había agua. Tomando, por excusa su enojo contra el animal, podía haberle dado muerte de un tiro de revólver en seguida de conocer la noticia del suceso, y a nadie le hubiera extrañado tal decisión.

"Sin embargo, el detalle molesto de todo el asunto está en que, en caso de morir Eleanor Hilyard, Curley es quien ha de heredar toda la fortuna. Encontrándose con que las probabilidades de apoderarse de todo casándose con su pupila son muy remotas, puede haber resuelto adoptar la única alternativa factible, pues supongo, aun cuando Yvonne no lo dice, que en caso de casarse su pupila, con otro, la propiedad pasaría a manos de Eleanor e "ipso facto" a las de su esposo.

"En tal contingencia, Stephen Curley perdería, no sólo toda esperanza de apoderarse de la fortuna sino también las dos mil libras esterlinas anuales que cobra actualmente, de las rentas de las tierras. Sus sensatos consejos sobre el empleo de dinero no significan gran cosa. Si contaba con llegar a tenerlo todo en su poder, es lógico que lo cuidara con toda atención, como cosa propia.

"Al mismo tiempo no me agrada mucho

ver a Yvonne metida en un asunto semejante, aun cuando Eleanor Hilyard se encuentre en peligro. Si las intenciones de Curley son criminales, entonces, en caso de que llegue a descubrir quien es, realmente. Yvonne, ésta se encontrará aún en más grave peligro que la joven a quien procura defender, porque Curley se dará cuenta, entonces, de que se sospechaba de él. Todo el asunto es curiosísimo y presenta algunas apariencias de gran interés.

"La redacción del testamento es particularmente extraña. Martin Hilyard debía tener en Stephen Curley una confianza sin límites para designarle como único tutor de su hija. Me gustaría tener ocasión de examinar ese testamento.

Interrumpió las reflexiones de Blake la llegada de Tínker, procedente de la playa. El joven llegó corriendo a toda velocidad y se dejó caer en la arena, jadeante, junto al detective.

—¡Debía usted haber venido, señor! — exclamó con voz entrecortada por la fatiga, tomando a Pedro por una pata y haciéndole volverse boca arriba. — ¡El mar está encantador!

—Me alegro de que haya gozado a su gusto de sus atractivos, muchacho, porque me parece que no va a tener, por el momento, nueva ocasión de bañarse en el mar.

—¿Por qué dice usted eso, señor? — preguntó Tínker, alarmado y sorprendido. — ¿Nos iremos pronto? ¡Y yo que suponía, que íbamos a quedarnos cuatro o cinco días más!

—También yo lo suponía, — dijo Blake.— Pero he recibido una carta, Tínker, que me obliga a alterar nuestros planes. Disponemos aun de algunos días, antes de regresar a Londres y acabo de decidir que los pasemos en Dartmoor.

—¡Pero aquí estamos mucho mejor de cuanto podamos estar allá! — protestó Tínker.

—Lea usted esta carta antes de opinar, — manifestó Blake dándole la misiva de Yvonne

Mientras Tínker leía la carta, Blake fumó, mirando hacia el Atlántico. De vez en cuando dirigía una mirada a Tínker, hasta que, al fin, el joven levantó la cabeza.

—¡Esto cambia por completo el aspecto de la situación! — observó Tínker. — No tenía idea de que la señorita Yvonne se hallara en esta parte del país. ¿Va usted a encargarse del asunto que la señorita Yvonne tiene ahora en sus manos, señor?

—No es necesario. Además, a ella le gustará manejar las cosas a su modo. Lo que haremos será ir a esa aldea que menciona la carta y se llama Abmoor. De allí le avisaremos que hemos llegado. Puedo decirle muchas cosas interesantes sobre ese señor Curley. Después, tal vez quiera Yvonne que se le ayude en algo. De todos modos, esto lo veremos cuando estemos allí.

"La carta, no dice qué personal es el que hay en la casa, pero si Curley tiene intenciones criminales, tanto Yvonne como la señorita Hilyard se encuentran en una situación de considerable peligro. El tiempo está delicioso y el viaje, en automóvil, hasta Abmoor será un agradable paseo. Por lo tanto, vamos a prepararlo todo esta noche y partiremos mañana por la mañana.

"Consultaremos la ruta, en el mapa, esta noche. Creo que podremos llegar a Abmoor a las cuatro o cinco de la tarde de mañana. Creo también que podemos dirigir un telegrama a la encargada de la oficina de correo de Abmoor para que se lo entregue a Yvonne, avisándole que estamos en viaje.

Dicho esto, Blake se levantó. Poniéndose el impermeable sobre su traje de baño, Tínker se unió a él. Con Pedro saltando en torno de ellos, dirigiéronse, por la playa hacia la estrecha senda que conducía a la hostería. Cuando llegaron a la hostería fué Tínker a cambiarse de ropa mientras Blake escribía el telegrama dirigido a Yvonne.

Media hora después Tínker sacó el automóvil de la cochera de la hostería y fué en él a Wadebridge a expedir el telegrama.

Prepararon el equipaje aquella noche y después estudiaron el itinerario del viaje en el mapa. A las seis de la mañana, el siguiente día, partieron y a las tres y media de la tarde entraba el automóvil al patio de la hostería de la aldea de Abmoor.

Habían hecho el viaje pasando por Wadebridge y descendiendo por la espina dorsal del sistema de montañas de Cornualla, tomaron el camino de St. Austell y pasaron a Newton Abbot por uno de los caminos de la zona pantanosa. Desde Newton Abbot a Abmoor hubieran podido ir en menos tiempo del que emplearon, pero cerca de Redruth se pinchó un neumático y además tuvieron que hacer un breve alto para almorzar.

Cuando hubieron guardado el automóvil bajo un pequeño cobertizo vecino de la hostería, pasaron al frente de la misma y vieron del otro lado del camino, un pequeño chalet cubierto de hiedra a un costado del cual había un cuadrado de madera pintada, que anunciaba que allí estaba la oficina de correos y telégrafos. En el mismo momento en que Blake y Tínker miraban hacia el chalet del correo, se abrió la puerta y por ella apareció una mujer.

Era Yvonne, que vestía un elegante traje estilo tailleur, de casimir gris, y tenía puesto un sombrerito de fieltro suave. Tenía en la mano un pesado bastón y el polvo que cubría su calzado era indicación de que había caminado mucho. Cuando llegó a donde estaban Blake y Tínker, les tendió ambas manos,—una a cada uno,—y sus relucientes ojos chisporrotearon de contento.

—¡Qué suerte! — exclamó. — No suponía que pudieran hallarse en Cornualla. Vine temprano, esta tarde, a ver si había cartas, y encontré, esperándome el telegrama. ¡Fué una gran alegría para mí el enterarme de que venían en mi ayuda! ¡No necesito decir lo que agradezco su rápida respuesta!

Blake la hizo entrar en la hostería.

—Usted no le ha dicho mi nombre a la

encargada de la oficina de correos, ¿eh?—preguntó Sexton Blake en voz baja.

—No. Cuando ví que la firma de su telegrama era "Blake Barker", comprendí lo que eso quería decir.

—Sí. Consideré que sería bueno hacer uso de un nombre supuesto durante los pocos días que hemos de estar aquí. Pero dígame: ¿con qué nombre figura usted en la Granja de Highmoor?

—Con el de Mary Guest.

—Perfectamente, — dijo Blake. — Ahora va usted a tomar el te con nosotros. Después la acompañaremos, de regreso a la Granja. Mientras tomamos el te, podrá usted enterarnos de las novedades que haya.

Cuando Blake hubo elegido habitaciones para él y para Tinker y después que se quitaron el polvo del camino, se presentaron en la salita donde Yvonne les esperaba. Allí, la hostelera les sirvió exquisito te con scones acabados de hacer, mermelada y crema. Se retiró la hostelera e Yvonne sirvió el te.

—He estudiado cuidadosamente su carta, —dijo Blake cuando empezaron a saborear el te, — y recuerdo algunos puntos sobre los cuales desearía tener mayores datos. Pero, antes de todo, dígame si ha sucedido algo "raro" después de haberme escrito la carta.

—Lo único que ha pasado es que anoche tuvimos una repetición del misterio nocturno. Se produjo a eso de la una. Yo había decidido que si volvía a pasar lo de la otra noche, abriría la puerta y me enteraría de lo que sucedía. Pero anoche Eleanor, la señorita Hilyard, estaba despierta. Era la primera vez que oía el ruido y se aterrorizó.

"Se encontraba en tal estado de nerviosidad que no quiso que yo realizara mi propósito, de modo que tuve que dejar que "aquello", fuera lo que fuera, se marchara sin que yo lo viera. El incidente fué, en sus detalles, lo mismo que la noche anterior. Eso es todo lo que ha sucedido, excepción hecha de que Stephen Curley partió esta mañana para Exeter, por cuestión de negocios. Volverá esta tarde o esta noche. ¿Puede usted decirme algo a su respecto?

Blake inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Puedo decirle mucho a su respecto,—dijo. — Por eso, principalmente, es por lo que he venido. No necesité hacer averiguaciones en Londres No he querido inmiscuirme en lo que, según su profesión, le corresponde a usted, — opinó Blake, sonriendo enigmáticamente, — pero he considerado que usted debe conocer lo que yo sé sobre ese caballero, puesto que, según parece, tiene intenciones de llegar a ser dueño de la fortuna de Hilyard aun cuando para eso necesite cometer algún crimen. Por otra parte, si el accidente del caballo fué deliberadamente preparado por Curley, usted está jugando un juego muy peligroso. ¿No ha pensado en lo grave que sería su situación, Yvonne, si Curley descubriera su verdadera identidad?

Yvonne inclinó la cabeza, muy seria y mirando fijamente a Sexton Blake.

—Sí; — dijo, — he pensado en eso. Además estoy cada vez más convencida de que Stephen Curley no se detendrá ante nada con tal de apoderarse de la fortuna de Hilyard. No debe haber abandonado aún toda esperanza de llegar a poseer esa fortuna, casándose con Eleanor. Se comprende que está decidido a aburrirla y molestarla hasta que, desesperada, diga que sí. En cuanto a los incidentes nocturnos creo que me los dedica a mí, más que a Eleanor. Creo que se propone asustarme y hacerme huir aterrada de la Granja de Highmoor.

—Lo que parece bastante extraño es que Martin Hilyard hiciera un testamento como el que parece haber hecho, — agregó Blake. —¡Mucha debía ser la confianza que tenía en Stephen Curley. ¿Habían sido íntimos amigos durante muchos años?

Rápidamente, Yvonne le contó todo cuanto sabía sobre la amistad que había unido a Martin Hilyard con Stephen Curley.

—Eso, claro está que explica parte de lo sucedido, pero no lo explica todo, — manifestó Blake, cuando Yvonne hubo terminado.—Los términos concluyentes del codicilo están en flagrante contradicción con el espíritu de todo el testamento. Me gustaría poder estudiar en detalle el original. ¿Sabe usted dónde podría tener ocasión de verlo?

—Ya ha sido aprobado y puesto en vigor, pero creo que el original podrá usted verlo yendo a la oficina del escribano apoderado, que está en Exeter. Le advierto que el escribano se halla enteramente sometido a la influencia de Stephen Curley.

—De todos modos, voy a ir, — dijo Blake. — Ahora indíquenos con exactitud qué personal es el que hay en la Granja de Highmoor. ¿Cuántos sirvientes tienen?

Empezando por Stephen Curely, Yvonne le dió a Blake la lista completa de todos los que residían en la casa, incluyéndose ella misma. Mientras Yvonne hablaba, Blake iba tomando nota en un papel que sacó del bolsillo. Cuando ella terminó, Sexton Blake levantó la cabeza.

—He marcado dos nombres con una cruz cada uno: la señora Brúnton, ama de llaves y la señora Harrison, la señora de compañía contratada para atender a la señorita Hilyard. Ocupémonos primero del ama de llaves. ¿Qué aspecto tiene?

—Es una mujer pequeña, gris, indescriptible, que se desliza por todas partes como una sombra. Cuando Stephen Curley le habla se fija mucho en él y le obedece implícitamente. Está siempre en movimiento, en torno de él, con mucha nerviosidad, como esperando que quiera hablarla. Es una persona de presencia y actitud irritantes.

—¿Y la señora de compañía?

—En mi opinión es la persona menos apropiada para compañera de Eleanor. Desde que estoy yo en la Granja poco se ha puesto en evidencia. No sé si será por orden de Stephen Curley o sólo debido a mi presencia Es una mujer de mediana edad,



Pedro, que hasta entonces les había acompañado del modo más digno, gruñó furioso, y fué, a saltos, a meterse en el bosque que quedaba a la derecha. Tínker corrió tras él silbando imperativamente, pero el perro no le obedeció. ("La Señorita Yvonne, Detective", Página 22).

de facciones toscas y rudas, con una boca como una trampa de acero. Es bastante altanera en su trato con la señora Brúnton y con los demás sirvientes, pero literalmente se humilla siempre que Stephen Curley habla con ella.

—A juzgar por su descripción, tanto el ama de llaves como la señora de compañía están absolutamente bajo el dominio de Curley, posiblemente por causas distintas, pero enteramente sometidas a su voluntad.

—Creo que puedo manifestar que, efectivamente, así es, — dijo Yvonne.

—Según puedo juzgar por lo que sé, Yvonne, ha tropezado usted con un caso en el que cualquier precipitación puede ser fatal para el éxito de su misión. Hay algunos puntos concretos que es necesario poner en claro a fin de que usted pueda seguir una línea recta de razonamiento y pueda trabajar en el sentido conveniente. El principal objeto es demostrar que Stephen Curley se propone ejecutar un plan criminal.

"Una vez conseguido eso, usted se hallará en condiciones de emplear armas que protejan en realidad, a Eleanor Hilyard. Pero hasta que pueda usted hacer eso pisará terreno muy inseguro, por la sencilla razón de que Curley es el tutor legal de la joven y la ley le apoyará en todo lo razonable y en mucho que ni a usted ni a mí nos parecerá razonable. Y Stephen Curley también sabe que es así.

" Y si el último miembro sobreviviente de la familia Hilyard tropieza con un accidente fatal, como el que podía haber ocurrido cuando salieron ustedes a caballo hace dos mañanas ¿quién va a probar que Stephen Curley tiene algo que ver con lo sucedido? Lo que debe usted hacer es vigilar para que semejante "accidente" no tenga probabilidad de ocurrir hasta que todo esté preparado para pescarle cuando usted lo considere oportuno.

—Sí; lo comprendo. Pero ¿qué es lo que usted propone a ese respecto?

—¿Quiere usted que se lo diga?

—¡Claro que sí!

—Entonces, si yo estuviera en su lugar, procuraría hacer todo lo posible por descubrir qué es lo que hace ese ruido perturbador durante la noche. Por el momento es todo un misterio. Mientras tanto, si a usted le parece conveniente, yo examinaría en debida forma, el testamento. La dificultad de mi indicación es que, el averiguar qué es lo que la molesta por la noche, puede resultar muy peligroso. Es posible que se trate, como usted lo ha supuesto, de un fantasma, de un espantajo obra de Curley, pero por otra parte, puede encerrar un peligro para usted. Me permito indicar que, ya que Tínker y yo estamos aquí, nos permita encargarnos de la averiguación de esa parte de los misterios de la Granja de Highmoor.

—Acepto de muy buena gana su consejo u ayuda; ¿pero cómo van ustedes a realizar lo que se proponen?

—Nos sería necesario meternos en la casa de la Granja durante la noche. ¿Hay perros que están de guardia cerca de la casa?

—Hay dos, en la perrera, en la caballeriza, pero de noche están encerrados.

—¿Puede usted, de algun modo, franquearnos la entrada a la casa?

Yvvonne meditó, con el ceño fruncido durante unos segundos.

—Puedo arreglar de modo que entren ustedes por una de las ventanas, — dijo después.—Junto a la habitación que ocupamos Eleanor y yo hay un cuarto, que está desocupado. ¡Ah! ¡Ya sé! ¡Oiga usted! Antes de regresar a la Granja puedo comprar un rollo de soga delgada, y esta noche, Eleanor y yo, podemos preparar una escala de cuerda. Cuando subamos a nuestro cuarto, después de comer, podemos colocar la escala en la ventana del cuarto contiguo al nuestro. Si ustedes pueden saltar la tapia del jardín, lo demás les será fácil.

—Eso parece factible— dijo Blake lentamente. — Indíquenos usted cómo es el corredor al que da la puerta de su dormitorio.

—Es como un hall angosto y largo que va casi de un extremo al otro del ala principal de la casa. A la derecha de nuestro cuarto, sigue hacia la parte de la casa ocupada por Stephen Curley. Hay dos habitaciones desocupadas, después de la nuestra, después el corredor describe un angulo recto de unos seis pies. A continuación sigue, en la misma dirección que antes. En ese ángulo es donde queda, toda la noche, una luz encendida. Es una lamparita eléctrica puesta junto a la pared. A la izquierda de nuestra habitación, el pasadizo continúa muy poco espacio porque tuerce en seguida y va hacia la escalera del fondo, que comunica con el piso superior. Esa escalera es utilizada casi exclusivamente por los sirvientes. Donde el pasillo dobla hay una pesada cortina de terciopelo verde oscuro. La habitación en la que, según he dicho, pueden ustedes entrar, es la última, antes de la vuelta del pasillo.

—Entonces esa pesada cortina vendrá a quedar precisamente ante esa habitación.

—Eso es.

—¿Y frente al dormitorio de ustedes?

—Está la pared y, naturalmente, las ventanas correspondientes. Esas ventanas dan a uno de los lados de la casa. El ala es muy angosta en esa parte.

—Comprendo perfectamente. A falta de un plan más definido, creo que es buena la idea de comprar un rollo de soga, como usted lo ha propuesto y que usted y Eleanor preparen la escala. Pero cuiden de que sea suficientemente fuerte para sostenernos. Si Stephen Curley no regresa de Exeter hasta la noche, no creo que le sea difícil entrar la soga en la casa sin que nadie lo note.

—¡Oh! De eso me cuidaré yo. Prométame tan solo que usted y Tinker procederán con cuidado. No deseo que corran peligro por culpa mía.

Blake se sonrió y Tinker se rió con toda franqueza, al oir la observación de Yvonne.

—No creo que, realmente, vayamos a correr mucho peligro, — dijo.

De la hostería fueron a una casa de comercio de la aldea donde compraron la soga, aun cuando, para obtener la longitud necesaria, tuvieron que comprar dos trozos, uno más grueso que el otro. Yvonne decidió usar la soga más gruesa para los costados y la más delgada para los peldaños de la escala.

Después se encaminaron por el polvoriento camino hacia la Granja de Highmoor, situada a seis millas de la aldea. La tarde,— una templada y luminosa tarde de verano,— era muy agradable. Después de su largo viaje en automóvil, tanto Blake como Tinker sentía ganas de caminar y de mover las piernas. Yvonne, aun cuando ya había recorrido aquella distancia una vez, no estaba cansada, así que avanzaron a buen paso hasta que distinguieron a la distancia, los edificios de la Granja de Highmoor.

Cuando se hallaron a unas cuatrocientas yardas de la Granja y en sitio donde no podía verles nadie, que mirara desde la casa, Yvonne se detuvo.

—Creo que podemos separarnos aquí, —dijo. — No es de suponer que nadie esté mirando, pero nunca están de más las precauciones.

Blake asintió con una inclinación de cabeza y se disponía a despedirse cuando, sin la menor advertencia previa, Pedro, que hasta entonces les había acompañado del modo más serio y digno, gruñó furioso y fué, a salto, a meterse en el bosque que quedaba a la derecha. Traspuso el cerco de un solo salto y se perdió de vista instantáneamente.

Tinker corrió tras él, silbando imperiosamente, pero Pedro no le hizo caso, de modo que, saltando, a su vez, la tapia, Tinker corrió por el bosque en persecución del perro, extrañado ante su insólita conducta.

Blake, que supuso que se trataba únicamente de un repentino capricho del perro a pesar de lo bien enseñado que estaba el sabueso, le dijo a Yvonne que no esperara. Cuando la joven se alejó hacia la Granja, Blake encendió un cigarrillo, volviéndose, comenzó el viaje de regreso a Abmoor, esperando que Tinker y Pedro le alcanzarían antes de llegar a la aldea.

Tan entregado iba Sexton Blake a sus reflexiones que, de repente se dió cuenta, estremeciéndose de que había llegado a los límites de la aldea sin que hubieran aparecido ni el joven ni el perro. Recordó una pequeña altura, situada media milla antes, desde la cual se podía mirar a considerable distancia y, como aun era temprano y el sol alumbraba con toda su claridad, se dirigió hacia aquella altura.

Cuando estuvo en la cumbre de la colina miró hacia el camino, del lado de la granja. Se hallaba como a tres cuartos de milla de

la aldea y podía ver lo menos dos millas de camino en la otra dirección, fuera de un pequeño espacio de bosque, que ocultaba una curva de la carretera.

Allí no se veía ni señas de Tínker y aun cuando esperó más de un cuarto de hora a fin de dar al muchacho tiempo suficiente para aparecer en caso de que hubiera estado oculto por el bosquecito cuando Blake llegó a la altura de la colina, no se presentó nadie en el camino.

Mientras se hallaba de pie allí oyó a su espalda el ruido de un automóvil y, volviéndose, vió que un vehículo de grandes dimensiones se dirigía hacia él, procedente de la aldea. Pasó envuelto en una nube de polvo, pero antes de que desapareciera de su vista, Blake pudo notar quién era el hombre que lo manejaba. Aún cuando lo vió pasar velozmente se sintió seguro de que era Stephen Curley, a quien había visto una o dos veces en el Club de los Exploradores, de Londres.

Cuando la nube de polvo levantada por el rápido paso del automóvil, se asentó, Blake esperó todavía algun tiempo que apareciera Tínker, pero sin resultado favorable. Entonces, encogiéndose de hombros, fastidiado, volvióse y siguió hacia la aldea.

—¡No debía haberse ido así! — murmuró.—No quisiera que Curley le viese, o viese al perro, en las inmediaciones de la Granja. Qué fastidio sería que Curley les encontrara regresando. Sin embargo ¡quién sabe! puede ser que se presente de un momento a otro y no haya sucedido nada desagradable.

¡Cuán lejos estaba Sexton Blake de imaginarse lo que su ayudante Tínker estaba haciendo en aquel mismo momento!

CAPITULO TERCERO
Una caricatura humana



CUANDO Tínker entró en el bosque, no pudo ver señales de Pedro por ninguna parte. Estaba tan asombrado como Blake ante la conducta del perro y su repentina carrera. Comprendía que sólo una pista muy extraordinaria podía hacer que el sabueso desobedeciera sus órdenes. Tal vez, como ya había sucedido en el pasado. Pedro había olfateado de improviso alguna pista que siguió en otro tiempo o había olido algo que indicaba la presencia de algún ser peligroso y hostil.

Tínker halló un sendero y por el corrió lo más rápidamente que pudo. No se atrevió a llamar a Pedro entonces, pues recordaba que Blake deseaba que la presencia de ellos en la granja, no fuera conocida. Se limitó a lanzar una serie de cortos silbidos que el perro entendería suficientemente bien.

El sendero era, aparentemente, poco usado y describía constantes curvas como si, en un principio, hubiera sido un pasadizo abierto por el paso del ganado. Había avanzado un centenar de yardas o cosa así, cuando vió, un instante, al sabueso. Lanzó un rápido e imperativo silbido y esta vez, Pedro obedeció, un cuando se comprendía que esperaba algo impacientemente.

Tínker se aproximó al perro e inclinándose, le amonestó enérgicamente, en voz baja. Después el joven levantó la cabeza y miró en redor, cautelosamente, tratando de descubrir qué era lo que había causado la insólita actitud de Pedro.

El perro dirigía el hocico hacia el sitio donde el sendero torcía a la izquierda. Tínker sacó del bolsillo la soga de cuero trenzado, que le había quitado a Pedro para que pudiera correr a su gusto y volvió a sujetarla al ancho collar del perro por medio de su gancho de resorte. Después siguió en la dirección hacia la cual olfateaba el perro hasta que, después de una curva vió, de pronto, que el bosque formaba allí un pequeño claro, en medio del cual se alzaba un chalet de reducida caparidad, que debía ser, probablemente, la habitación del guardabosque.

Pasado el chalet, los árboles escaseaban y podía verse, por entre ellos, una tapia alta, que debía ser la que rodeaba al jardín de la granja. Sentíase Tínker cada vez más intrigado, pues no comprenda qué era lo que había podido interesar al perro de tal modo desde que por allí no se veía nada viviente.

Sin embargo, Pedro tiraba con fuerza de la soga y Tínker comprendió que algo o alguien había entrado o salido del chalet, hacía muy poco tiempo.

De repente retrocedió y arrastró al perro hasta esconderse en la espesura. La puerta del frente del chalet se había abierto y un hombre se hallaba de pie, en el hueco, mirando a uno y otro lado del sendero.

Tínker, acurrucado, miró con suma atención, a aquel hombre. Era un tipo corpulento y musculoso, vestido como visten los guardabosques. Pero en su aspecto tenía, sin embargo, algo que a Tínker le parecía conocido. En algún sitio, en alguna ocasión, le había visto, antes, a aquel hombre, y estaba tratando de recordar dónde y cuándo podía haber sido.

El guardabosque que se sintió satisfecho, después de mirar hacia el sendero porque se volvió hacia el chalet, cerró la puerta y se alejó camino de la granja. Cuando caminó lo hizo cojeando un poco, de un modo que hacía que el hombro izquierdo se moviera de una manera extraña. En el momento en que notó esa cojera, el recuerdo acudió a la mente de Tínker.

—¡Es Thruster John!—murmuró. — ¡Nada menos que el canalla a quien dan el apodo de "Apuñaleador"! Yo creía que todavía se hallaba en la cárcel. Debe haber sido puesto en libertad hace poco. ¿Pero qué demonios está haciendo aquí, vestido de guardabosque? ¿Sería a este pillo al que Pedro había olfateado?

Al reconocer a Thruster John, Tínker recordó los detalles del asunto que había dado lugar a que le condenaran a trabajos forzados

Recordó Tinker que aquel hombre había sido condenado junto con una mujer que, según lo suponía la policía, era su esposa, con motivo de una serie de quejas relacionadas con el trato cruel, inhumano, verdaderamente salvaje, a que habían sometido a varios niños de cuya atención se habían encargado. Tínker recordó también que la pareja había logrado librarse de que la condenaran por asesinato, porque las pruebas, aun cuando muy importantes, no fueron concluyentes.

Eso había sucedido hacía ya cinco o seis años, según recordó Tínker y el joven lo había olvidado, pero acudió el recuerdo a su mente, al reconocer a aquel hombre en el sendero del bosque. El caso había sido dirigido y manejado por Scotland Yard, así que ni Blake ni Tínker habían tenido intervención profesional en él. Su interés se había limitado a recoger los detalles del caso y los retratos de los condenados y a incluirlos en el archivo criminalógico del gran detective, para futura referencia.

Sentíase intrigado, en consecuencia, ante el interés que a Pedro parecía inspirarle Thruster John el Apuñaleador, pues no recordaba que el sabueso hubiera tenido nunca que estar en contacto con aquel criminal. Cuando el ex-presidiario desapareció a lo lejos, Tínker miró a Pedro. El perro había dedicado poca o ninguna atención al hombre que había salido del chalet y Tínker pudo percatarse de que su atención estaba, todavía, fija en el edificio.

—No le interesaba Thruster John,—murmuró Tínker. — Sea lo que sea, lo que le interesa está dentro del chalet. Creo que voy a investigar.

Se levantó. Pero cuando Pedro saltó muy decidido, Tínker le tomó enérgicamente del collar.

—¡Nada de entusiasmos, mi distinguido amigo! — díjole en voz baja. — ¡Usted se va a quedar aquí hasta que yo me entere de qué es lo que hay por allá.

Dicho esto, hizo que el perro, de mala gana, retrocediera un poco más y ató la soga al tronco de un arbolito. Entonces levantó la mano como amonestándole.

—¡Nada de tonterías! — díjole muy bajo. —¡Usted se quedará aquí, quieto y sin ladrar! ¿Eh? ¡En silencio! ¡En silencio!

Entonces Tínker salió de la espesura y después de una recorrida preliminar a las inmediaciones, fué cautelosamente, hacia el chalet. No estaba a más de treinta yardas, así que no tardó mucho en recorrer aquel espacio.

El chalet era de construcción sencilla y tenía techo de pizarra. El piso bajo debía estar dividido en dos habitaciones y Tínker calculó que probablemente había una buhardilla encima de ambas. No podía ver los fondos del chalet, pero pensó que de aquel lado debía haber otra puerta. Se acercó al frente y se detuvo junto a la puerta.

Esperó un instante, volvió a mirar hacia el sendero y después golpeó suavemente. Había calculado que si había alguien dentro le preguntaría por dónde se salía al camino, pretendiendo haberse extraviado al cruzar la zona pantanosa. Nada contestó a su primer llamado, así que llamó por segunda vez, más fuerte.

No recibió contestación. Acercando el oido a la puerta le pareció oir ruido dentro. Volvió a mirar hacia el sendero. Después tomó la manija de la puerta, abrió y miró hacia el interior. Vió una pequeña habitación en la que se veía una cama, una hamaca, una mesa, dos sillas y un lavatorio.

Había una pequeña chimenea delante de la cual se veían algunos utensilios de cocina. De una percha, que había en un rincón, colgaban algunas prendas de vestir y junto a la cama estaba un par de botas ordinarias.

En el cuarto no había, sin embargo, persona ninguna, pero, mientras se hallaba de pie junto a la puerta, del lado de dentro, Tínker volvió a oir ruido. Parecía venir del fondo del chalet. En la pared de frente a la puerta de entrada había una puertecita. Cerrando la puerta del frente, Tínker cruzó el cuarto. Al llegar a la puerta pequeña movió el pestillo que la sujetaba y la abrió. Un instante después retrocedió sobresaltado y con una fuerte sensación de repugnancia y de asco, que le había producido la que acababa de ver.

Allí dentro había algo que no se parecía a nada de lo que antes había visto en toda su vida. Era una figura humana y sin embargo, no era humana. Estaba acurrucada a un lado de la semi oscura habitación y le miraba haciendo muecas como una infernal creación de pesadilla. El cuarto estaba lleno de mefítico hedor despedido por aquello. Dominado por repentino asco, sintiéndose nauseado, Tínker retrocedió y hubiera cerrado la puerta, pero antes de que lo hiciera, lanzando un ronco gemido gutural, aquello se precipitó contra él con la rapidez de un tigre.

Tínker se preparó para recibir el choque y en el momento en que aquello le tocó dirigió, con el puño derecho, un golpe de boxeo, directo a la movediza cara de la horrenda criatura. El puño de Tínker golpeó fuerte y bien, pero lo retiró dolorido y sangrando, pues aquello había intentado morderle con la ferocidad de un lobo. En seguida se colgó de él, poniéndole los pies en los muslos y mirándole fijamente. Le había pasado los brazos por el cuello y el hedor del aliento de aquello era tan repugnante que Tínker volvió a sentir náuseas. Su atacante procuraba darle dentelladas en la cara.

Aun en medio de la agitación de la terrible pelea, Tínker se dió cuenta de que no era un animal lo que le había atacado si no una horrenda, monstruosa, caricatura humana.

Tenía puesto un trozo de tela a la cintura y el rostro y la parte superior del cuerpo, aun cuando de color oscuro eran, indudablemente, humanos. El cabello era corto y negro, la frente era angosta y parecida a la de un mono. Los ojos eran negros y relucían con ferocidad bestial. Las uñas eran largas y afiladas, pero no eran garras. Pero, sin embargo aquello tenía un hedor violento co-

mo el de un animal y peleaba lo mismo que una bestia.

Tínker comprendió entonces perfectamente lo que había sobresaltado a Pedro tan de repente y sintió haber dejado al perro en la espesura. Una y otra vez golpeó con sus sangrantes puños la cara del monstruo y una y otra vez el monstruo procuró morderle. Poco a poco pero seguramente, sus brazos iban ciñéndose cada vez más al cuello del muchacho, hasta que el hedor de su aliento le hizo vacilar, mareado.

Entonces Tínker concentró todas sus energías en un supremo esfuerzo.

Encogió el cuerpo como si cediera, vencido ya y al cesar el esfuerzo de sus músculos, el monstruo se movió para volver a agarrarse y darle un apreton mortal. En ese mismo instante Tínker puso en juego su plan. Se irguió violentamente y con terrible fuerza dió tal golpe de boxeo en el cuerpo del monstruo que lo envió a rodar gimiendo, lejos de él. El monstruo se encogió para saltar y cuando saltó, Tínker se hizo a un lado rápidamente y le dió un golpe terrible, con el puño derecho, en la mandíbula. El monstruo, girando sobre si mismo fué hacia un lado. Antes de que pudiera prepararse para atacarle, Tínker se precipitó contra él y con una serie vertiginosa de golpes, izquierda, derecha, izquierda, derecha, le envió, gimiendo y escupiendo a caer en un rincón. En el mismo instante, Tínker oyó que se movía la puerta del frente. Retrocedió y miró hacia la puerta por donde había entrado. Durante la pelea se había golpeado y el pestillo se había cerrado solo.

El monstruo acurrucado en el rincon, gemía, sin ganas, al parecer, de volver a atacar. Por el momento, estaba conforme con lo recibido; no quería más.

Tínker miró en redor, buscando donde esconderse. No le cabía duda de que Thruster John había regresado y no quería que le viera. Fuera del peligro de una pelea, mano a mano con el atlético ex-presidiario, Tínker había hecho en el chalet un descubrimiento que, lo suponía, aclararía bastante un punto del caso de que se ocupaba la señorita Yvonne.

Su descubrimiento, además, podía tener por consecuencia el alterar los planes preparados para aquella noche. Por eso deseaba poder volver a ver a Blake lo antes posible a fin de informarle de todo lo que había descubierto. Pero no veía nada que pudiera servir de escondrijo ni a un conejo cuanto más a él. En el cuarto aquel no había nada más que un montón de trapos sucios en el rincón donde "aquello" estaba acurrucado. Contra lo que había esperado, no había puerta que diera al fondo.

Entonces Tínker miró hacia arriba y vió una abertura precisamente sobre su cabeza. Comprendió que debía dar acceso al desván. Estaba a unas diez y ocho pulgadas mas arriba que su cabeza y, mediante un salto, pudo agarrarse del borde con ambas manos. Oía ruidos procedentes de la habitación de delante, pero el que había entrado no se había acercado aun al encierro del monstruo. Lentamente, Tínker se elevó hasta que tuvo la barba a la altura del borde del agujero. Consiguió, mediante una flexión digna de un atleta, levantar los codos y, con el impulso que le dió ese movimiento, pudo echarse de cara y arrastrarse por el piso del altillo. Acababa de encoger las piernas cuando oyó que la puerta de comunicación se abría. Se volvió lo mejor que pudo y permaneció quieto y en silencio, respirando con pausa, para recobrar el aliento, entrecortado por el esfuerzo.

¿Y si era Thruster John? ¿Y si el monstruo podía comunicarle de algun modo que alguien se había escondido en el desván?

Tínker esperó. No se atrevió a mirar hacia abajo. Oyó que unos pasos se acercaban al rincón donde estaba "aquello" acurrucado. Se oyó después una voz áspera.

—¿Qué le pasa a usted ahora? — oyó decir Tínker. — ¿Todavía se está quejando por que le dí unos buenos palos? Bueno, si usted se escapa de nuevo como anoche, va a ser peor todavía la paliza, ¿comprende? ¡Cállese! ¡Cállese o le doy de puntapiés en las costillas!

En respuesta no se oyó nada más que un quejumbroso gemido. Después de una pausa, Tínker oyó que el hombre volvía hacia la puerta. Se atrevió a mirar y vió que era Thruster John. Durante un momento los ojos de Tínker tropezaron con la maligna mirada de "aquello" que estaba en su rincón. Después el joven adoptó una postura más cómoda y comenzó a recapacitar, procurando dar con un plan práctico de escapatoria.

Pasó media hora y Thruster John seguía todavía en la habitación del frente. El desván donde estaba Tínker se hallaba casi a oscuras. No recibía más luz que la que entraba por el agujero por donde él había pasado. En la oscuridad distinguió varias hendijas por las cuales le podía ser posible ver lo que pasaba en la habitación de delante.

Pero no se atrevió a arrastrarse. Las tablas eran tan delgadas que, con seguridad Thruster John le oiría. Tínker oyó el ruido que hizo al encender un fósforo y a su olfato llegó el olor del tabaco fuerte que fumaba el ex-presidiario. Después oyó arrastrar una silla. Thruster John había encendido su pipa y se había sentado a fumar tranquilamente.

Tínker pensó que tal vez aquello significara que le iba a tocar quedarse toda la noche en el altillo. Si sucedía lo peor de lo peor, descendería por el agujero y, abriendo la puerta de comunicación saldría corriendo, confiando a su ligereza el éxito de la hazaña y esperando que Thruster John no tuviese agilidad suficiente para darle alcance, aun cuando se repusiera en seguida de la sorpresa que, sin duda, le causaría su aparición inesperada.

Se figuraba que ya debía haber transcurrido cerca de una hora cuando, de pronto, oyó que se abría la puerta del chalet y la silla volvió a hacer ruido, arrastrada por el

suave. A continuación se oyó el sonido de una voz que no era la de Thruster John. Era una voz brusca, sin modulaciones, casi masculina, pero Tinker comprendió que era una mujer la que hablaba.

—Acaba de regresar, — dijo la voz. — Le he dicho que estabas esperándole aquí. Dijo que vendría dentro de unos pocos minutos.

—¡Ya es tiempo de que venga! — exclamó Thruster John de mala gana. — ¿Cómo quiere que se realice una cosa así, si lo deja todo para el último momento? ¿No le dijiste que "eso" se había escapado anoche? ¿Se lo dijiste?

—No.

—¡Bueno! ¡Si no lo hubiese pescado yo a tiempo, hubiera cruzado la carretera, alejándose por la región pantanosa! ¡Qué alboroto se hubiera armado si llega a escaparse de veras! ¡Me voy a poner muy alegre cuando haya terminado esto de una vez por todas! Tengo ganas de cobrar lo convenido y desaparecer. Para mi gusto, estamos trabajando demasiado cerca del presidio de Dartmoor.

—Las molestias serán muchas, pero la recompensa vale la pena. Dijo él que todo quedará terminado en esta semana. Probablemente esta misma noche. En el primer momento creyó que la presencia de la otra joven iba a ser causa de un retardo, pero ahora hasta le parece que a va a resultar una ventaja. ¡Hola! ¡Allí le veo! ¡Ya viene por el sendero!

Permanecieron en silencio algo así como un par de minutos. Pasado ese tiempo, Tínker oyó que se cerraba la puerta. Después oyó el sonido de otra voz, distinta a las anteriores.

—¿Anda todo bien, John? — preguntó aquella nueva voz.

—Todo está en orden, patrón. Fuí a la casa, hace cosa de una hora, pero usted no había regresado aun.

—No; me entretuve en Exeter más tiempo del que suponía. He decidido proceder sin perder un solo momento. Es necesario que usted y su mujer escuchen ahora con toda atención lo que voy a decirles. ¿Está bien el "personaje" que se halla a su cargo?

—Sí. Parece encontrarse un poco emocionado, pero por lo demás, está perfectamente bien.

—¡Bueno! Lo que será necesario hacer, es lo siguiente: Mientras estemos sentados a la mesa, a la hora de la comida, su esposa y la señora Brúnton, el ama de llaves, subirán al cuarto de las dos jóvenes y se arreglaran de modo que ninguna de las dos pueda ir a su dormitorio hasta bastante tarde. La señora Brúnton ha combinado ya la realización de un "accidente" que hará necesario mover los muebles y cambiar de sitio todo lo de la habitación antes de que las jóvenes se puedan acostar.

"Después de comer yo me cuidaré de combinar las cosas de modo que una se separe de la otra. Una de ellas va a salir a pasear por el parque, conmigo. Yo me dirigiré por el camino que ya le he indicado a usted. Usted se encontrará junto al roble grande. Si ve que yo me detengo y enciendo un cigarrillo, ya sabe lo que le corresponderá hacer.

"Eso es todo. En cuanto haya hecho lo convenido, usted se alejará inmediatamente y dejará todo lo restante confiado a mi actividad. Pero es necesario que no se produzca tropiezo de ninguna clase. ¡Recuérdelo bien! Si usted no ve la luz del fósforo, comprenderá que debe abstenerse de hacer lo que debe hacer en caso de verlo. En caso de que no brille la luz del fósforo, lo que debe usted hacer es volverse a este chalet junto con el "personaje" a su cargo. ¿Me ha comprendido bien?

—Sí, señor; he comprendido perfectamente. — respondió el aludido.

—Muy bien. Ahora hay más: cuando oiga usted detonaciones, vaya corriendo hacia el edificio de la granja. Lleve su escopeta de caza. Si yo no he conseguido matarlo, será necesario, enteramente necesario, que lo mate usted. Eso es indispensable para el buen éxito de mi plan. Aquí tiene un papelito que contiene unos polvos medicinales. Cuando, esta noche, le de usted de comer a "eso" que tiene a su cargo, mézclele esos polvos en la sopa. Son una medicina que hará el efecto que se necesita que hagan.

—Perfectamente señor. Y con eso, ¿queda ya terminado todo?

—Sí, si todo sale bien.

—¿Y podremos marcharnos?

—En cuanto les de la gana.

—¡Tengo unos deseos de verme lejos de donde está el presidio de Dartmoor!

—Sin embargo, — agregó Stephen Curley, —será necesario que no se alejen ustedes mucho de aquí.

—¿Por qué? — preguntó Thruster John alarmado.

—Porque, como es lógico, la autoridad policial primero y judicial después, tendrá que intervenir en el asunto y puede ser que ustedes dos hagan falta en calidad de testigos.

—¿No es posible evitar eso?

—Procuraré evitarlo y hasta creo que podré arreglarlo personalmente todo, pero, por si acaso...

—Bien, seño.

—Lo que hace falta es qué usted tenga cuidado esta noche y desempeñe su papel como corresponde, John. Sobre todo no se retarde y proceda a su debido tiempo. No se olvide de que debe hallarse de guardia, junto al árbol, antes de las nueve de la noche.

La puerta volvió a golpearse y Tínker comprendió que el último visitante se había retirado. Pocos segundos después la puerta se golpeó de nuevo. Se había retirado la mujer.

Tinker sentía vehementes sospechas de que la última persona que había acudido al chalet del guardabosque había sido Stephen Curley en persona, pero no podía acertar con el empleo que, en la Granja de Highmoor, desempeñaba la mujer de Thruster John. Se comprendía con toda claridad que algo estaba por suceder, algo de condición siniestra, aquella misma noche, a juzgar por las palabras que acababa de oir. Tínker sentíase

convencido, además, de que, después de lo que había llegado a sus oídos, era importantísimo que regresara a la aldea de Abmoor lo más pronto que le fuera posible.

Sin embargo, Thruster John no mostraba intenciones de retirarse. Por las hendijas del techo pasaba el humo del tabaco de la pipa. Los minutos pasaron lentamente. Por fin, Tínker oyó que el ex-presidiario golpeaba la pipa en la chimenea para quitarle la ceniza. Se oyó que la silla se movía, rascando el suelo de tablas, y después el ruido de unos pasos. La puerta que conducía al cuarto de los fondos se abrió. Hubo un breve momento de silencio y después se volvió a cerrar. Thruster John había dirigido una mirada a aquello que tenía bajo su custodia, y se había dado cuenta de que todo iba bien. A continuación se oyó un ruido raro, que en el primer momento causó a Tínker gran extrañeza. Pero la puerta del frente se abrió de nuevo, y el joven comprendió de pronto, de qué se trataba.

—Thruster John ha salido con un balde, a buscar agua, — murmuró. — Ha llegado el momento oportuno para mí. No se dónde está el pozo. Es posible que esté muy cerca del chalet. De todos modos, si no aprovecho esta ocasión, no sé cuándo se me va a presentar otra. Si "eso" que está ahí abajo, se decide a asaltarme de nuevo, todo se descubrirá, seguramente. De todos modos, tengo que correr ese riesgo y decidirme.

Volvió a mirar hacia la habitación situada abajo. El monstruo seguía en su rincón. Tínker comprendía que el mayor peligro estaba en que podía atacarle cuando descendiera las piernas por el agujero, antes de que se hubiera dejado caer.

Pero no había otro modo de proceder. Se tomó del borde del agujero y comenzó el descenso. Cuando hubo pasado las piernas, se deslizó hasta quedar colgado de las manos. El momento fué de grandísima nerviosidad, pero breve. Unos segundos después, saltaba. Esperó sentir la presión de los brazos del monstruo y sabía que, en tal caso, se produciría una lucha desesperada en defensa de su vida, pues, a causa de su postura, no se encontraría en situación de defenderse.

Sintió grandísima satisfacción cuando apoyó los pies en el suelo, cayendo suavemente, de puntillas. El monstruo no se movió con intenciones de atacar. Tínker retrocedió lentamente hacia la puertecita, sin dejar de mirar hacia el rincón.

Echando atrás una mano, buscó a tientas la manija de la puerta y la movió. Se abrió la puerta y Tínker pasó por ella. Cuando la hubo cerrado, cuidando de que el pestillo entrara en su sitio, respiró con satisfacción y alivio.

—Me parece que quedó enteramente satisfecho con lo recibido antes, — murmuró.

Cruzó la habitación, dirigiéndose a la puerta del frente. Se hallaba a mitad del camino cuando se detuvo a mitad del trecho aquel y escuchó atentamente. Un instante después se abría la puerta y Thruster John, con un balde de agua en la mano, entró en el chalet.

CAPITULO CUARTO
Un triunfo de Tinker



LO que Tínker había temido era, precisamente, lo que se había producido. Thruster John había ido en busca de un balde de agua, según lo supuso el joven, pero el pozo debía hallarse muy cerca y por eso había regresado tan pronto.

El ex-presidiario se quedó mirando fijamente a Tínker, que estaba de pie, en mitad de la habitación. Entonces, como Tínker se vió obligado a adoptar la única actitud a que le era posible recurrir. Thruster John salió velozmente y de espaldas, por la puerta, precipitado por el empuje violento de un golpe que el ayudante de Blake le dió, con todas sus fuerzas, y con la cabeza, en el plexo solar.

Tínker le había atacado mientras el otro se hallaba sobrecogido por la sorpresa. Thruster John cayó al suelo lanzando un gemido y el balde de agua saltó y le cayó, invertido, en la cabeza. Pero la ventaja del muchacho era tan sólo momentánea. Profiriendo una blasfemia, Thruster John procuró ponerse de pie nuevamente.

Tínker comprendió que si el ex-presidiario se levantaba, le sería difícil escapar. Dió un salto y cayó, con los pies juntos, en las espaldas de Thruster John. El ex-presidiario volvió a caer, jadeante y escupiendo insultos. Se volvió hacia un lado y consiguió arrodillarse. Entonces, Tínker tomó el balde y con la mayor fuerza posible, le dió con él en la cabeza.

No era ocasión para detenerse a pensar en la mayor o menor hidalguía de los golpes, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de Thruster John.

La fuerza del ataque de Tínker le echó a un lado pero, separando el balde con un movimiento del brazo, el ex-presidiario, logró ponerse de pie. Volvió el rostro, lívido de furor, hacia el joven. Tínker se puso en guardia, decidido a hacerle frente lo mejor posible, aun cuando Thruster John era de mucho más peso que él.

El ex-presidiario se precipitó violentamente hacia Tínker y entonces, en el mismo momento en que su puño avanzaba, sucedió algo inesperado. El balde, en realidad, fué su condenación, pues en el momento en que adelantaba un pie, chocó con él, que estaba caído de lado.

Casi perdió el equilibrio, lo recobró durante medio segundo y entonces, arrastrado por la fuerza de su impulso, perdió el centro de gravedad y cayó hacia adelante con terrorífica fuerza. Dió con la cabeza en el borde del umbral de pizarra de la puerta del chalet y en el instante en que Tínker saltaba hacia un lado, vió que la piedra gris del umbral se teñía de sangre.

Thruster John se quedó enteramente in-

móvil. Tínker se inclinó y vió un desgarrón en la piel de la frente, donde el ex-presidiario se había golpeado con el umbral de piedra. En el primer momento creyó que podía hallarse muerto, pero un breve examen le permitió darse cuenta de que Thruster John sólo estaba desmayado. Sangraba en abundancia y, en el momento en que Tínker se inclinaba hacia él, comenzó a gemir.

Tínker le tomó por los hombros y lo arrastró hasta dentro del chalet. Dejándole en el suelo buscó en redor algún trozo de soga. Encontró varios y con ellos le ató las muñecas a la espalda. A Tínker no le era agradable eso de sujetar al hombre antes de atenderle la herida, pero los gemidos aumentaban, indicándole que su adversario estaba por recobrar el conocimiento.

Después ató los tobillos del ex-presidiario y cuando hubo hecho eso a su entera satisfacción, consiguió levantar al desmayado y ponerlo en la cama.

Tínker tomó el balde y se dirigió a la puerta. Buscó y no tardó en encontrar una pequeña fuente a unas diez yardas al norte del chalet. Esto explicó por qué Thruster John había vuelto tan pronto.

Llenó Tínker el balde y volvió al chalet. Tomó una toalla y bañó la frente de Thruster John poniendo en evidencia la herida, un largo desgarrón que sangraba abundantemente pero que era superficial. Según pudo apreciarlo Tínker, el cráneo no había sufrido fractura.

Vendó la herida con la toalla hecha tiras y después fué con el balde, hasta la puerta. Con el resto del agua lavó la mancha de sangre del umbral. Volvió a la fuente y llenó de nuevo el balde. Al volver esta vez al chalet encontró un nuevo balde, en el que echó un poco de agua. Puso este balde, abriendo la puertecita un momento, en el cuarto del fondo.

Cuando hubo cerrado de nuevo la puerta vertió un poco de agua en un jarro y acercándolo a los labios de Thruster John hizo que éste bebiera unas gotas de líquido. El ex-presidiario dió señales de estar a punto de recobrar el conocimiento, pero antes de que volviera en sí, Tínker tomó otra toalla. Rasgándola en dos partes, hizo con una de ellas una bola que introdujo entre los dientes del ex-presidiario. Con la otra mitad la aseguró bien firme de modo que resultara una buena mordaza. Hecho esto volvió a Thruster John de costado y luego, separándose del lecho, se puso a estudiar el aspecto de la habitación.

—Es posible que la mujer vuelva, — pensó Tínker. — Pero ese es un riego que hay que correr. No se qué hacer con el monstruo, con el demonio ese que está en el otro cuarto. Si llega a pasar a esta habitación y encuentra a Thruster John atado e indefenso, es capaz de hacerlo trizas. Si la mujer vuelve dará la voz de alarma. A no mediar estas circunstancias dejaría a Pedro de guardia. Pero si la mujer no vuelve, y si ha de cumplir fielmente las instrucciones que yo of darle no va a tener tiempo para venir, Thruster John permanecerá aquí, sin que lo descubra nadie, mientras yo voy a darle aviso al patrón. Voy a atar con una soga la puerta que da al cuarto del fondo. De ese modo se quedará sujeta hasta que el patrón decida qué es lo que conviene hacer con ese demonio.

Tínker hizo lo que había pensado. Encontró un trozo de cuerda con la que aseguró el cierre de la puerta. Entonces, al volverse hacia la cama para mirar de nuevo al prisionero, se dió cuenta de que Thruster John había abierto los ojos. Tínker se aproximó a la cama y se inclinó.

—Escuche, Thruster John, — dijo. — Sé que no está mal herido y estoy enterado del asunto en que está metido. Le conviene tomar las cosas como vienen. Podría ser que usted consiguiera soltarse antes de mi regreso pero le advierto que en tal caso se conocerá su evasión en todas las oficinas de policía de Cornualla y Devon, mañana al amanecer.

Dicho esto, Tínker saludó sonriente al prisionero y salió de la habitación Cerró tras sí la puerta del chalet y se dirigió a la espesura, al sitio donde había dejado a Pedro. Encontró al sabueso esperándole, muy disgustado.

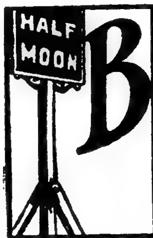
—Lo siento mucho, amigo, dijo Tínker,— dándole a Pedro unas palmadas en la cabeza y soltándole. — ¡Estaba usted en la buena pista, amigo! Pero este no era sitio para usted, Pedro. Sin embargo hubo un momento en que me hubiera hecho falta. ¡Vamos! ¡No! ¡Es inútil mirar hacia el chalet! Ya se terminó toda la diversión. Vamos hacia Abmoor lo más rápidamente posible.

Tínker se alejó hacia el camino corriendo y Pedro, después de mirar una vez más hacia el chalet, le siguió.

Cuando llegó al camino, Tínker se volvió hacia Abmoor y adoptando paso de trote, comenzó a recorrer las seis millas que le separaban de la aldea.

CAPITULO QUINTO

"Stephen Curley lo ha combinado"



BLAKE escuchó con mucha atención el detallado relato que hizo Tínker, de todo lo que le había sucedido, cuando estuvo de regreso en la hostería. Pero, hasta que el joven no hubo terminado de hablar, no hizo comentario ninguno.

—Todo lo que usted ha descubierto es de la mayor importancia, muchacho, — dijo. — Y el modo cómo ha dejado usted las cosas en el chalet del bosque es enteramente igual al que hubiera empleado yo si hubiese estado en su lugar. No dudo de que el hombre a quien usted oyó hablar con Thruster John era Stephen Curley. Si Thruster John y su mujer se hallan a las órdenes de Curley



De pronto, Tinker retrocedió y arrastró al perro hasta ocultarle en la espesura. La puerta del frente del chalet se había abierto y un hombre, de pie en el hueco, miraba hacia uno y otro lado del sendero. ("La Señorita Yvonne, Detective", Página 23).

es lógico suponer que se está tramando algo criminal.

"Ha sido una suerte que reconociera usted a Thruster John; y que recordara el asunto por el cual procesaron a él y a su esposa. Usted dijo que Curley, — hay que suponer que era efectivamente Curley, pues pasó junto a mí, en su automóvil, cuando yo regresaba a Abmoor, — habló del ama de llaves nombrándola, y la llamó señora Brúnton, ¿no es así?

—Sí, señor.

—En ese caso no es la mujer de Thruster John la que desempeña el cargo de ama de llaves. Pero es posible que sea la señora de compañía. Recuerdo que era una mujer de facciones groseras cuyo aspecto concordaba con la descripción que, de la dama de compañía, hizo Yvonne. Además, recuerdo haber notado, cuando el proceso, que era mujer de relativa educación. Si es, efectivamente, la señora de compañía, parece que Curley se ha propuesto rodear a Eleanor Hilyard de una valla de elementos criminales en condiciones de dominarla por completo. Parece también, a juzgar por lo que usted oyó, que el ama de llaves se halla a su vez, metida en el complot.

"Lo que me preocupa es el monstruo ese de que usted ha hablado y que está encerrado en el chalet. ¿Está usted seguro de que era un ser humano?

—¡Sí! Un ser humano, pero horriblemente deforme. Se parecía a algunos tipos de los que hemos visto en algunos sitios de la India y de Borneo. Las facciones eran de ese estilo, lo mismo que el cabello y la piel. Pero lo que le hacía horriblemente grotesco era el hecho de que las rodillas, en vez de doblarse como las mías o las de usted, se doblaban hacia el otro lado, como si la articulación estuviera puesta al revés. Por eso tiene que andar en cuatro patas, como un animal.

Blake inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Empiezo a comprender, Tinker. Recuerdo haber visto, en Jeypore, un mendigo hindú que tenía la misma deformidad. No es raro encontrar esa clase de horrendas deformidades entre los hombres de los bosques de aquella parte del mundo. Es posible que ese monstruo sea alguna anómala criatura que Curley haya traído de una de sus expediciones y a la que ha guardado para utilizarla como instrumento de sus propósitos criminales. Aún no sabemos con exactitud qué es lo que se propone hacer, pero, por lo que usted ha descubierto, sabemos que, esta noche, Eleanor Hilyard va a encontrarse en grandísimo peligro y nuestra amiga Yvonne también, probablemente.

—Eso es lo que me parece, señor, — opinó Tinker. — ¿Qué es lo que vamos a hacer, en vista de eso?

—Primero, joven, vamos a comer. Después le diré qué es lo que propongo. ...

me dijo que Thruster John debe hallarse junto al roble antes de las nueve de la noche. ¿no es así?

—Sí, señor.

—En tal caso, es necesario que estemos preparados para antes de esa hora.

Descendieron al comedor donde consumieron una bien preparada comida, casi silenciosamente. Sólo en las ocasiones en que la hostelera anduvo por el comedor, atendiendo al servicio, hablaron sobre temas generales. Cuando terminaron la comida, Blake encendió un cigarrillo y salió, seguido de Tínker, al espacio de césped que se hallaba frente a la hostería. El sol se había puesto ya, pero aun había luz del lado del oeste.

—Dentro de una hora o cosa así habrá oscurecido lo bastante para que podamos realizar nuestro propósito, — murmuró Blake, mientras paseaban de un lado a otro. — ¿Está el automóvil preparado para usarlo?

—Sí, señor. Pero si tenemos que ir lejos voy a ponerle un poco más de gasolina.

—Será mejor que llene el tanque. Mientras usted se ocupa de eso yo iré hasta aquella casa que queda a la derecha. Voy a visitar al policeman de la localidad.

Tínker sentía curiosidad por saber qué era lo que Blake tenía que decirle al policeman, pero no se lo preguntó. Se dirigió hacia el interior de la hostería mientras Blake, sin preocuparse de tomar el sombrero, siguió por el camino.

El policeman de la aldea era un hombre joven e inteligente. Cuando Blake hubo revelado su identidad y el policeman le hubo reconocido por las fotografías que de él había visto en los diarios y revistas, se puso muy nervioso. Para él, la presencia del famoso criminalogista en Abmoor constituía un acontecimiento de lo más extraordinario.

Pronto se tranquilizó al notar la llaneza con que Blake le trataba y cuando se enteró de que el criminalogista tenía que hablarle de un asunto profesional, se apresuró a hacerle entrar en la salita de su casa.

Presentó a Blake a una joven de rojas mejillas que era su esposa, y a dos niñitos fuertes y saludables. Era aquella una familia feliz, cuyo aspecto de bondad y de contento impresionó a Blake mucho más de cuanto pudo soñar el policeman.

Cuando la joven esposa se retiró de la salita, llevándose a los dos niños con ella, Blake se sentó y comenzó a hablar en voz baja. Mientras oía, el policeman le miraba con ojos dilatados por el interés y la emoción y cuando terminó Blake, el de policía inclinó varias veces la cabeza, rápidamente.

—Haré exactamente lo que usted propone, señor Blake, — dijo. — Esperaré aquí a que usted venga y puede confiar en que vigilaré como es debido a eso que usted ha dicho. ¿Puedo yo hacer algo más esta noche?

—No; esta noche no, — contestó Blake.— Pero mañana tendrá usted algo qué hacer, cuando yo regrese de Exeter. Si las cosas van como yo espero que vayan, este asunto será beneficioso para su carrera, Braund. Yo me ocuparé de que así sea.

Después de algunos minutos más de conversación, Blake le levantó y salió nuevamente al camino. Cualquiera que hubiese visto a aquel distinguido forastero, hubiera pensado que había salido a dar un breve paseo aprovechando lo agradable de la tarde. Nadie se hubiera imaginado que la expresión sonriente de aquellos ojos ocultaba la más enérgica y decidida resolución de poner fin a las hazañas de uno de los más infames criminales de la época actual.

A eso de las ocho, el automóvil de Sexton Blake, — el famoso Pantera Gris, que tantas hazañas tenía en su historia, — con Tínker a cargo del volante, salió del patio de la hostería y fué lentamente hasta el chalet en que vivía el policeman de la aldea. El policeman se había quitado el uniforme y se había vestido de paisano. Subió al asiento posterior, en el que ya estaba Blake y cerró la portezuela en el momento en que Tínker dirigía el automóvil, con lentitud, por entre las calles de la aldea.

Una vez en las afueras, el joven lanzó el vehículo a toda velocidad y en unos pocos minutos recorrió la distancia que había entre Abmoor y el sitio del bosque donde Tínker había tenido las aventuras de aquella tarde.

Detuvo el automóvil cerca del lugar donde el joven había saltado, siguiendo al perro, el cerco de las tierras de la Granja de Highmoor. Saltaron Blake y el policeman, guiados por Tínker y después siguieron por el sendero hasta llegar al pequeño chalet.

Blake y el policeman esperaron, ocultos tras de unos arbustos, mientras Tínker avanzaba a manera de ojeador, reconociendo el terreno. El joven regresó, al cabo de muy pocos minutos, diciendo que el camino estaba libre. Les guió hacia el chalet y, abriendo la puerta, miró hacia el interior.

En la cama estaba tendido Thruster John, tal como él lo había dejado. La venda que le tapaba la boca estaba algo desarreglada mostrando que el hombre había hecho esfuerzos desesperados procurando librarse de la mordaza, sin que lograra tener el éxito que hubiera deseado.

Blake se inclinó hacia él mientras Tínker encendía un farol que había en el chalet, y lo acercaba luego. Blake esperó hasta que Thruster John estuvo en condición de poderle ver el rostro y entonces habló.

—Qué es eso, John, — díjole jovialmente, — parece que le ha tomado usted simpatía a Dartmoor, por lo visto, eh? ¿Qué es lo que se propone ahora, volver de nuevo a estar encerrado entre aquellos muros?

Mientras hablaba, Blake iba aflojando lentamente la mordaza que le tapaba la boca a Thruster John. Se comprendía, por la expresión de la mirada del ex-presidiario que éste había reconocido al gran detective. Lo único que contestó a las palabras de Blake fué lo siguiente:

—Bueno, ¿qué es lo que va a usted a hacer conmigo, ahora?

Blake indicó a Tinker que le desatara los tobillos a John.

—Vamos a llevarle a hacer una visita a la aldea de Abmoor, en compañía del policeman aquí presente, John. Ahora no está vestido de uniforme; sin embargo es el policeman del pueblo, realmente.

—¿Por que va usted a hacer eso? Usted no puede acusarme de nada. Yo no he hecho nada.

—No se trata de lo que usted haya hecho, amigo mio, — replicó Blake. — Lo que nos proponemos es evitar que haga lo que iba a hacer. Y oiga bien mi consejo, John: no intente gritar. ¡Un solo grito y!...

Blake terminó la frase con un ademán fácil de interpretar.

—Ahora, Tinker, — prosiguió Blake, — vamos a ocuparnos del otro asunto. Braund quédese aquí y vigile a Thruster John. Tome el farol y guíeme, Tinker.

Se acercó el joven a la puertecita y guió a Blake a la pieza del fondo. Movió el pestillo suavemente y abrió un poco la puerta. Sostuvo el farol en alto mientras procedía así y mirando por encima del hombro de Tinker, Blake vió a "aquello", que estaba acurrucado en su rincón. Lo estudió en silencio, durante algunos minutos. El monstruo, por su parte, se encogió más, al verles. Por último, Blake habló.

—Creo que se de qué se trata, Tinker. Ya me lo había figurado cuando usted me hizo la descripción de esta criatura, en la hostería, hace un rato. A juzgar por las facciones y por la forma de la frente, me figuro que este pobre ser procede de algún paraje del norte de Australia. Debe hallarse, además de ser muy inferiores intelectualmente, medio desequilibrado, medio demente. Vamos a ver qué partido puedo sacar de él.

—¡Ande con cuidado, señor! — advirtió Tinker cuando Blake entró en el cuartito y avanzó hacia "aquello". — ¡Recuerde usted que pelea como un gato montés furioso y que dá dentelladas como un lobo!

—Estaré en guardia, muchacho, — dijo el detective.

Blake avanzó lentamente hasta encontrarse en el medio de la reducida habitación. La deforme criatura se retiró algo más y aun cuando su mirada flaqueó varias veces, siguió mirando fijamente hacia los ojos, de hipnótica fuerza, del detective. En mitad del cuarto, Blake se detuvo.

Entonces comenzó a hablar lentamente y con tono bondadoso, en un lenguaje gutural que Tinker reconoció como el idioma primitivo de unas tribus de la parte norte de Australia.

En cuanto oyó las primeras palabras, aquel deforme ser hizo un rápido movimiento, y después su mirada se fijó, con más fuerza que antes, en el rostro de Blake.

Paso tras paso, Blake avanzó repitiendo una y otra vez la frase que primero había pronunciado. Lo que decía a aquella desdichada criatura era que no tenía por qué asustarse; y juzgando por la actitud que adoptó Blake, pudo percatarse de que el monstruo le había entendido.

Blake se aproximó más y más, hasta que casi estuvo suficientemente cerca para tocar al australiano. Avanzó un paso más y tendió la mano. El deforme lanzó un gemido gutural y retrocedió, pero no mostró intención de atacar.

Blake insistió hasta que tocó con la mano el hombro del monstruo y le dió unas palmadas cariñosas, como si se tratara de acariciar a un perro. Cambió de frase y habló durante unos momentos como si explicara algo. Por fin, lanzando un grito ahogado, la infeliz y contrahecha criatura avanzó un poco y se agarró a las piernas de Blake por las rodillas. Blake comprendió que había realizado su conquista. Tomó en las suyas una de aquellas temblorosas manos y, dócil como un perro, el australiano se movió, acompañado a Blake, que le llevó hacia la puerta de comunicación.

Al salir a la habitación del frente, la mirada del australiano se encontró con la figura de Thruster John. Retrocedió gimiendo, pero la firmeza de la mano de Blake le hizo recobrar la tranquilidad. El australiano miró a Blake y al que estaba en la cama y su desequilibrada mente pareció comprender que existía hostilidad entre el hombre que había hablado en su propio, primitivo lenguaje en tono que inspiraba confianza, y el otro, que le había manejado mediante la crueldad y la brutalidad de su fuerza.

Blake indicó al policeman que hiciera que se levantase Thruster John. Por su parte llevó al salvaje hacia la puerta y siguió por el sendero, hacia el camino. Tinker esperó a que Braund, con Thruster John, hubiese seguido al detective; apagó el farol, cerró la puerta del chalet y fué tras ellos.

Blake, el australiano y el policeman ocuparon los asientos de atrás, mientras Thruster John se sentaba junto a Tinker. Blake no temía que el ex-presidiario pensara en escapar. En primer lugar, semejante tentativa no hubiese tenido ni la menor perspectiva de éxito y, en segundo lugar, Blake sabía que Tinker iba a hacer correr al automóvil con tal velocidad, que Thruster John no se atrevería a saltar del vehículo.

Y Tinker hizo lo que Blake esperaba que hiciera. En cuanto hubo girado el coche, lo lanzó á una velocidad loca. El australiano, asustado, se acurrucó a los pies de Blake, en el piso del vehículo. Blake lo tapó con una manta, pues, aun cuando era de noche, no quería correr el riesgo de que los aldeanos vieran al extraño ser viviente que Braund iba a tener encerrado durante la noche.

Llegaron al pequeño chalet sin que se produjera incidente ninguno. El ex-presidiario bajó de su asiento y Braund se lo llevó mientras Blake y Tinker esperaban en el automóvil. Entonces, cuando Braund regresó, Blake tomó de la mano al salvaje, le hizo bajar y le acompañó, haciéndole pasar por el portón. Le llevó a una celda situada junto

al chalet y permaneció junto a él mientras Braund iba en busca de unas frazadas.

Blake parecía haber conquistado plenamente la confianza del salvaje, que también parecía haber simpatizado con el policeman, pero no con Tínker. Recordaba, sin duda, la pelea que había tenido con el joven.

El policeman iba a preparar de comer. Sabedores de que tanto Thruster John como el deforme australiano permanecerían en seguridad hasta que ellos volvieran, Blake y Tínker regresaron al automóvil. Se detuvieron un momento en la hostería donde Blake escribió una carta. Se guardó esta carta en el bolsillo sin decir nada. No se había tomado el trabajo de interrogar a Thruster John porque sabía que el ex-presidiario no le contestaría, seguramente, ni una sola palabra de verdad.

Sin embargo, de entre todos los árboles del parque de la Granja de Highmoor, tenía que encontrar uno, el roble grande, antes de las nueve. Eran casi las nueve menos cuarto y reinaba la oscuridad. Tínker había encendido los faros delanteros y cuando Blake ocupó su asiento, puso en marcha el coche.

La Pantera Gris dió un salto hacia adelante y salió de la aldea con creciente velocidad. Blake había tomado algo de uno de los bolsillos de Thruster John y cuando Tínker detuvo el vehículo ante el sitio por donde habían penetrado en el bosque, Blake lo sacó del bolsillo. Era un manojo de llaves.

—Ahora, muchacho, — dijo rápidamente el detective, — hay que apagar las luces. Dejaremos aquí el coche. Indíqueme el camino. Sólo disponemos de unos cuantos minutos.

Tínker obedeció y corriendo hacia el cerco, desapareció. Blake le siguió. Juntos corrieron por el sendero del bosque hasta llegar otra vez al chalet de Thruster John. Tínker siguió corriendo hasta llegar a una tapia alta que rodeaba el parque y jardín de la Granja de Highmoor. Siguió por aquella pared hasta llegar a una puerta, cerrada por un candado.

Blake avanzó y procediendo con toda rapidez, halló la llave que buscaba. Abrió el candado y luego la puerta. Penetraron cautelosamente en el parque y cerraron la puerta tras de ellos. Se encontraron a un lado de la casa y a unas treinta o cuarenta yardas de las caballerizas.

La casa estaba brillantemente alumbrada; había luces tanto en el piso bajo como en los dos altos. En una habitación del piso bajo, cuyas cortinas no estaban corridas, vieron a varias personas sentadas en torno de una mesa servida. Se aproximaron más y lograron ver a Yvonne y a otra joven, un hombre rubio y una mujer de facciones burdas. Una sirviente estaba, en aquel momento, sirviendo algún manjar. Blake fijó su mirada en el hombre.

—¡Stephen Curley! — dijo en voz baja.— Tenía usted razón, Tínker, esa mujer es la esposa de Thruster John, la que fué condenada junto con él. Debe ser la "dama de compañía" de que hablaba Yvonne. Basta su presencia ahí para que uno se convenza de que se está tramando algo criminal. ¡Stephen Curley es el que lo ha combinado todo! ¡Pero venga! ¡Es necesario encontrar el árbol de que habló ese pillo, antes de que salgan del comedor!

Se dirigieron al otro lado de la casa por el parque rodeado por la alta tapia. Era un parque de reducidas dimensiones, pero como casi todos los árboles eran robles, resultaba bastante difícil dar con aquel que estaban buscando. Frente a la casa, Blake se detuvo.

—Vamos a ver, — dijo en voz baja. — Si Curley decide a la señorita de Hilyard a que salga a dar un paseo, saldrán por la puerta principal de la casa. Seguirán, probablemente por el camino de coches hacia los portones. Probemos por ese lado, Tínker. Debe haber algún camino lateral que parta del de los coches.

Como los portones estaban únicamente a unas cien yardas de la casa, no tardaron mucho en recorrer aquella distancia. O mejor dicho, no tardaron mucho en recorrer la mitad de esa distancia, pues cuando llegaron a ella encontraron un camino lateral como él que Blake se había figurado que debía haber. Siguieron por él y mientras Blake miraba hacia la derecha, Tínker miraba hacia la izquierda. A los pocos minutos, Blake oyó un suave silbido. Siguió su dirección y se encontró a Tínker inclinado hacia algo que había en el suelo debajo de un roble grande y de extendidas ramas. Blake se inclinó también y vió que era una escalera de mano. Miró entonces hacia las gruesas ramas que se extendían sobre su cabeza. Junto al árbol había un estrecho sendero.

—Creo que ha dado usted con lo que buscábamos, Tínker, — dijo. — Nos arriesgaremos a equivocarnos si no es. Levantemos la escalera.

Apoyaron la escalera en el tronco del roble y Blake se dispuso a subir.

—Voy a esconderme en el árbol, — dijo. —Usted, muchacho, quédese escondido cerca de la casa. Aquí tengo una carta que he escrito a Yvonne. Si usted puede acercarse a ella y entregársela sin que nadie lo note, hágalo. Mientras Curley y la señorita de Hilyard pasean por aquí, es fácil que salga a la terraza. De todos modos, si no la ve, diríjase hacia la puerta por donde entramos tan pronto como vea que Curley y la señorita de Hilyard vuelven a la casa. Si pasa mucho tiempo y no aparece, espere entonces a que yo silbe.

Tínker tomó la carta y se alejó. Casi en seguida se perdió en la oscuridad, entre los grandes árboles. Blake subió por la escalera y antes de seguir por una de las ramas bajas, le dió un puntapie a la escalera, de modo que la hizo caer en el pasto. Subió a una rama superior y se sitió de forma que quedaba de cara al camino de entrada. Por allí, suponía, era por donde habían de presentarse Curley y la joven, si se presentaban. Encontró una rama gruesa y otra más pequeña un poco más abajo. Apoyándose en ambas, pudo situarse cómodamente.

Blake no había podido observar cómo se



Entonces, Tinker concentró todas sus energías en un supremo esfuerzo. Encogió el cuerpo como si se desmayara y en el momento en que el mónstruo movía los brazos para agarrarle mejor, le dió un golpe en el cuerpo, que lo envió a rodar. ("La Señorita Yvonne, Detective", Página 25).

había desarrollado el servicio de la comida, pero calculó que tendría que esperar bastante tiempo, así que tuvo que resignarse a pasar un largo rato sin fumar. Los minutos transcurrieron con lentitud. A medida que sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, le fué posible distinguir algunos objetos cercanos. Consideraba que debía haber pasado cerca de media hora cuando llegó a sus oidos un rumor de conversación.

Sexton Blake se recostó en la rama y esperó. Ya había tenido la precaución de levantarse el cuello del saco para ocultar la blancura del cuello de la camisa. Habríase echado hacia los ojos su gorra de automovilista. El rostro quedábale así enteramente en la sombra. Cualquiera que hubiese mirado hacia donde estaba, no hubiera logrado distinguir su presencia.

Lo que en el primer momento le había parecido un confuso y lejano rumor de voces, llegó luego con toda claridad a sus oidos, con tanta claridad que pudo discernir la voz aguda de una mujer de la voz grave de un hombre. Se acercaban cada vez más. De improviso, reinó el silencio.

Lo interrumpió casi por sorpresa una risa nerviosa que resonó a poca distancia de donde estaba escondido Blake. A esa risa siguió el timbre grave de la voz de un hombre que hablaba verbosamente unas veces muy fuerte y otras muy bajo. Hubo otro

momento de silencio y después una voz se expresó con energía y determinación.

Reinó el silencio una vez más.

La suave brisa nocturna pasaba, haciéndolas temblar, por entre las hojas de los robles. Blake sentíase intrigado. Si lo que Tinker le había dicho era cierto, los acontecimientos debían haberse producido con mayor rapidez. ¿A qué obedecía esa larga demora? ¿Qué había pasado después de hablar la mujer? Aquellas frases enérgicas las había pronunciado Eleanor Hilyard, sin duda. La voz del hombre era, sin duda, la de Stephen Curley.

Mientras Sexton Blake seguía perplejo, la oscuridad fué interrumpida por el brillar de una pequeña llama. La luz brilló varias veces y luego se extinguió tan rápidamente como se había encendido. ¡La señal! ¡El encender de un cigarrillo, tal como había sido convenido! Blake se movió un poco y procuró en vano, penetrar con la mirada la oscuridad que se extendía a sus pies.

El murmullo de voces se oyó de nuevo, esta vez más cercano que antes. Blake sabía que los paseantes se acercaban al árbol donde estaba. Confusamente primero, pero luego con toda claridad, pudo distinguir el brillar, oscurecerse y brillar de nuevo, de una lucecita que parecía muy lejana.

La persona que fumaba aquel cigarrillo lo fumaba chupando fuerte y acompasadamente. Una vez más se oyó la voz del hombre y un instante después los dos que paseaban se detenían, haciendo una pausa al pie del árbol donde se hallaba Blake.

—¡Pero yo no puedo admitir eso como definitivo !— decía el hombre. — Usted sabe que yo había puesto todas mis esperanzas en eso, Eleanor. La amo a usted hace años. He tenido paciencia. He esperado con la ilusión de que cuando hubieran pasado las angustias de su justo dolor, usted me escucharía. Aun cuando yo sea su tutor, no soy de mucha más edad que usted. Le pido una vez más que reconsidere su decisión. ¿No quiere usted darme esperanza ninguna?

—Lo siento mucho, señor Curley, pero eso no puede ser. Si hubiera sido posible se lo hubiese manifestado desde el primer momento. Pero no lo es. Ya he tenido ocasión de decirle que yo he dado mi palabra. Crea usted que lo lamento mucho, muchísimo, pero. . .

—¿Es eso lo que usted piensa Eleanor? ¿Es eso, en absoluto?

—Sí; ese es mi pensamiento.

—¿Está usted segura de que no podrá cambiar nunca?

—Lo siento mucho, pero no creo que pueda cambiar jamás.

—Bien. ¡Sea, entonces!

Al decir estas palabras, el hombre que se hallaba al pie del roble levantó la mano y arrojó el cigarrillo a lo alto, hacia el árbol. Dió en la rama que estaba Blake y, con un pequeño chaparrón de chispas, cayó hacia el césped. Blake permaneció tan inmóvil como la gruesa rama que lo sostenía. A sus pies hubo un breve, nervioso, silencio, interrumpido por una fuerte, áspera tos, del hombre.

Blake se daba cuenta de lo perplejo que debía encontrarse Stephen Curley en aquel momento.

Había preparado sus planes cuidadosamente. Había dado a Eleanor Hilyard oportunidad de seguir viviendo si se sometía a una condición. No se había dado cuenta de tal cosa la joven y había, definitivamente, rechazado sus pretensiones. Pero Blake sabía que, de acuerdo con lo planeado por Stephen Curley el acto siguiente, mientras paseaban por debajo del roble, hubiera consistido en la terrible y salvaje presentación,— descendiendo de la copa del árbol, — de un monstruo deforme, desequilibrado, enloquecido por haberle administrado una droga infame, de un ser infernal, traído especialmente de las selvas del norte de Australia, que se precipitaría contra la joven en la forma más horrenda que se pueda imaginar.

El plan era extraño, original, pero en eso mismo estaba su verdadera probabilidad de éxito, como bien lo comprendía Blake. El detective había deducido con extraordinaria precisión todo cuanto Stephen Curley había planeado. Las palabras sueltas, las frases que Curley había pronunciado en el chalet de Thruster John y que Tinker habíale trasmitido con toda fidelidad, le habían permitido reconstruir los puntos esenciales, ya que no los detalles del plan de Curley.

¿Quién, una vez realizado todo el plan y muerta Eleanor Hilyard, víctima del monstruo australiano, podría levantar la voz acusando a Curley de haber tramado aquello? ¿Qué habría pensado de tal suceso la sociedad, el "coroner", el jurado, la policía?

Stephen Curley, un conocidísimo y popular explorador, tutor de Eleanor Hilyard, amigo íntimo y confidente de su padre, había salido a pasear por el parque, con su pupila, después de comer. Se habían detenido un momento al pie de un roble. Sin la menor advertencia, algo había caído, de la copa del árbol, sobre ellos. Había saltado sobre la joven y antes de que Stephen Curley pudiera socorrerla, le había destrozado el cuello a dentelladas. Tan pronto como le fué posible, Stephen Curley sacó el revólver que por casualidad llevaba y mató a aquel monstruo salvaje.

Pero hubiera sido tarde. Otro terrible, enormemente trágico y lamentable accidente, hubiera enriquecido, durante una temporada, el material de sensación de los diarios y hubiera hecho estremecer millones de lectores.

Stephen Curley se hubiera manifestado enteramente desesperado, enloquecido de dolor. Hubiera dicho a todos cuantos hablaran con él que él solo, se creía culpable de todo.

Hubiera expresado ante el "coroner" y ante el jurado cómo se produjo el ataque llevado a efecto por un salvaje contrahecho que él había traído de una de sus expediciones por el Norte de Australia. Probablemente hubiera explicado también que había traído a Inglaterra a ese salvaje con el propósito de hacer, mediante observaciones basadas en sus aspectos psíquicos, importantes estu-

dios que enriquecieran sus trabajos etnológicos sobre las tribus de aquella parte de Australia.

¿Quién iba a dudar, quien podría atreverse a dudar de la palabra de un famoso explorador? En su grandísimo dolor, en lo profundo de su propia condenación, en sus lamentaciones por que el salvaje no estuvo bien encerrado, se fijaría el público y la prensa y nadie se detendría a pensar en que, con la muerte de Eleanor Hilyard, Stephen Curley heredaba toda la fortuna dejada por Martin Hilyard.

Además ¿quién iba a saber que ya había procurado entrar en posesión de esa fortuna casándose con Eleanor?

Esto es lo que Sexton Blake había deducido del análisis de la conversación que había tenido lugar en el chalet del guardabosque y de lo que sabía sobre la vida pasada de Stephen Curley y le permitía orientar las hipótesis por la buena senda. Pero ni aun el mismo Blake sabía cuán terriblemente veraces eran sus deducciones sobre los propósitos criminales de aquel hombre.

Cuando cayó el cigarrillo arrojado por Curley, Blake pudo notar que la joven hacía un movimiento como si se propusiera alejarse de allí. Como vestía de claro era posible distinguir su silueta en la oscuridad. Pero Stephen Curley estaba decidido a no demorar los acontecimientos, si no le era indispensable porque encendió otro fósforo y Blake alcanzó a verle el rostro cuando acercó el extremo del cigarrillo a la llama y chupó con fuerza.

Blake pudo notar, también, que, subrepticiamente, Curley miraba hacia arriba, hacia el árbol donde él estaba. Comprendió que Curley buscaba a Thruster John. Se dió cuenta de que el hombre hacía uso de todos los medios posibles para que no fracasara la combinación. Se percataba de que Curley pensaba que algo había impedido que Thruster John procediera de acuerdo con lo convenido, al ver la señal.

Sintióse Blake dramáticamente divertido mientras miraba al fracasado criminal, vibrando de furor al pie del roble y a su presunta víctima hablándole con mal disimulada impaciencia. Por último, Curley no pudo hallar nueva excusa para quedarse en aquel sitio y ante una, bastante enérgica indicación de Eleanor, de que podían regresar a la casa, balbuceó unas palabras de adquiescencia.

Se alejaron, pero antes de haber caminado muchos pasos, Curley halló alguna escusa para volver sobre sus pasos, dejando a Eleanor parada en el sendero.

—¡Tonto! — exclamó Curley en voz baja y con reconcentrado furor, dirigiéndose a la copa del árbol. — ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no ha hecho lo convenido?

No se atrevió a quedarse a decir nada más y Blake se rió por lo bajo cuando Curley volvió a donde estaba la joven. En el mismo instante Blake comprendió que Curley regresaría a investigar tan pronto como hubiera dejado a Eleanor en la casa. En consecuencia, en el momento en que el rumor de sus voves se perdió a lo lejos, Blake se agarró de la rama inferior y después de colgar un instant ,eagarrado de las manos, se dejó caer suavemente en el césped.

Dando un rodeo, Blake fué hasta la puertecita de la pared. La abrió y pasó por ella. Acurrucado del otro lado estaba Tinker.

—¿Qué tal, Tinker? — preguntó Blake mientras ponía el candado en su sitio y lo cerraba. — ¿Ha tenido suerte?

—Completa, señor. Ví a la señorita Yvonne. Salió un instante. Tuve que silbar para que se diera cuenta de mi presencia, pero creo que no me oyó nadie más que ella. Pude darle la carta y nada más por que en seguida, alguien se presentó en la terraza. Me pareció que era la mujer de Thruster John. No me quedé a observarlo. Vine directamente a esperarle a usted aquí. ¿Cómo le fué a usted, señor?

—Todo se ha desarrollado en forma muy favorable, Tinker, — contestó Blake volviendo la llave en el candado. — Sin duda ninguna aquél era el roble de la cita. Nuestro hombre fué directamente a caer en la trampa y oí lo bastante para completar en sus detalles, el infame plan. Creo, es decir ahora estoy enteramente convencido, de que hemos colocado al señor Stephen Curley en la situación en que queríamos verle.

—Entonces... ¿fué lo que usted había pensado, señor?

—Sí, gracias a la información que usted me proporcionó. Ya le hablaré más largo cuando volvamos a la hostería. O mucho me equivoco o Curley tardará muy poco tiempo en hallarse recorriendo estas tierras en busca de Thruster John y del mostruo australiano.

Regresaron cautelosamente por donde habían venido. El automóvil estaba donde Tinker lo había dejado, a la orilla del camino. Encendió los faros delanteros y pocos momentos después corrían de regreso hacia Abmoor con mediana rapidez, jadeando el motor rítmicamente en el silencio de la tranquila noche.

El detective no se había equivocado. Poco después de su partida, Stephen Curley, después de una breve, pero violentísima entrevista con la esposa de Thruster John, había comenzado a recorrer el terreno. Continuó su investigación por el chalet del bosque, pero aun cuando vibraba de furor, aun cuando juró y maldijo a gritos, no halló ni el menor rastro ni de Thruster John ni del monstruo australiano, el salvaje deforme al que había querido usar como instrumento de su infame crimen. Sólo una persona, de las que estaban en la Granja de Highmoor aquella noche, hubiera podido decirle por qué era un fracaso su investigación. Esa persona era la señorita Yvonne que leyó y volvió a leer la breve carta que le habían entregado en la oscuridad

de la terraza, una carta que constaba de pocas palabras pero que, para ella, quería decir mucho.

CAPITULO SEXTO
"¡La orden de prisión no hace falta!"



TINKER y Sexton Blake salieron de Abmoor para Exeter el día siguiente a las seis de la mañana. Como tenían tiempo de sobra para recorrer aquella distancia y llegar antes de que el escribano que había sido apoderado del difunto Martin Hilyard estuviera en su oficina, Tínker no apresuró a la Pantera Gris. La mañana era deliciosa y aun cuando a veces contemplaban el paisaje encantados, Blake tuvo tiempo para hablar largamente sobre el caso con su ayudante.

Los sucesos de la noche anterior se habían producido tan de acuerdo con la teoría, que Blake se había formulado que, a menos que existiera algún oculto defecto en el desarrollo de sus razonamientos, el detective consideró que no hacía mal en suponer que sus hipótesis eran exactas en todos sus puntos. Sin embargo, para poner en contacto todos esos puntos, pasó revista, en voz alta. a los acontecimientos, mientras la Pantera Gris devoraba millas y millas de camino, en dirección de Exeter.

—Parece indudable que el instito de la señorita de Hilyard tenía razón, — dijo, cuando hubo encendido un cigarro de hoja. —No creo que Stephen Curley planeara su proyecto durante la vida de Martin Hilyard. Pero su capacidad para pensar en tal cosa se hallaba en un estado latente y los sucesos pusieron en tentación ante él.

"Sus antecedentes de explorador demuestran que es enteramente capaz de apoderarse de lo que sea, haciendo trabajar a otros y de apropiárselo después, con toda desfachatez. Es fácil que en un principio cultivara la amistad de Martin Hilyard porque éste era muy rico y Curley pensara que un amigo tan rico podría serle útil algún día.

"Es de presumir también, que Hilyard manifestara a Curley que le había incluído en su testamento. Entonces, con la muerte de los dos hijos, en Francia, pudo Curley vislumbrar el hecho de que la familia se había reducido mucho. Las ideas debieron moverse lentamente en su cerebro. De pronto, Martin Hilyard sufrió un colapso y el descubrimiento del testamento, con el codicilo, cristalizó las ideas de Curley. Tengo una teoría sobre sus actividades en esos días pero antes de hacer una manifestación definitiva deseo ver el testamento original, si es posible.

"Thorne, el apoderado de Hilyard puede tenerlo en su poder todavía, pero también es posible que lo haya enviado al archivo, a Somerset House. En este caso tendríamos que esperar antes de ocuparnos de esta parte del asunto. Pero, aun sin eso, tenemos más que suficientes elementos para atarle las manos a Curley.

"Estoy convencido, después de los recientes sucesos, de que Curley fué el causante de la muerte accidental de Rupert Hilyard. El buen resultado de esa hazaña no dejaba más que a una persona interpuesta entre él y la posesión de toda la fortuna. Podía permitirse la tranquilidad de proceder con lentitud, pues era el único albacea y el administrador de los bienes con un excelente sueldo por ese trabajo. Después de estudiar bien la situación, vió que le quedaban dos caminos para llegar al fin que se proponía.

"Uno de esos era casarse con Eleanor Hilyard o, en caso de que ella se negara a ser su esposa, ocuparse de que la joven fuese "víctima" de un lamentable "accidente". En cualquiera de los dos casos, saldría ganando. Sabemos que la joven se enamoró de otro. Obtuve nuevos detalles sobre este asunto, de la señorita Yvonne, ayer. Anoche hice un telegrama a un amigo mío, alto empleado del ministerio de Guerra y espero hallar la respuesta a nuestro regreso, en Abmoor.

"Debemos considerar como seguro que, durante su permanencia en Londres, Stephen Curley se enteró por completo, de lo que hacía Eleanor Hilyard, a pesar de que la joven no le había dicho ni una palabra a ninguna persona de su relación. Entonces vino la propuesta de casamiento. Eleanor, como lo sabemos, le dijo que no.

"Creo que Yvonne tiene razón y que compró el nuevo caballo para su pupila con el deliberado propósito de que hallara la muerte yendo de paseo en ese caballo. Hubiera sido imposible hacerle culpable del suceso. Como fracasó,—y es de suponerse que aun se esté preguntando cómo pudo producirse ese fracaso,—decidió intentar otra combinación. Había contratado a Thruster John y a su esposa. Probablemente conocía algún secreto de sus antecedentes delictuosos y, con este arma, podía obligarlos a hacer lo que les mandara.

"Supongo que, cuando este asunto se aclare un poco más, podremos hacer que Thrusten John diga lo que sabe. El desgraciado, deforme e imbécil salvaje que usted encontró en el chalet debió traerlo Curley al regrerar de su última expedición. Si es así, debió hacer estudios etnológicos del tipo. Estudiándolo, se dió cuenta de cuán terrible podía llegar a ser una criatura semejante y entonces, creo, surgió en su cerebro la idea de utilizarlo para la realización de sus planes.

"Probablemente trajo el cautivo a la Granja de Highmoor, en automóvil, de noche, secretamente. Supongo que hizo el traslado en los días en que Eleanor Hilyard se hallaba en Londres. Entonces lo instaló en el chalet bajo la custodia de Thruster John y a la espera de los acontecimientos.

"Lo que planeó lo conocemos. Iba a hacer una última tentativa para tomar pose-



El ex-presidiario se volvió y logró arrodillarse. Entonces Tinker tomó el balde y le dió con él en la cabeza. No era aquella ocasión de fijarse en la mayor o menor hidalguía de los golpes, tratándose de Thruster John. ("La Señorita Yvonne, Detective", Página 27).

sión de la fortuna casándose con la señorita de Hilyard. Planeó tener la entrevista decisiva en el parque, después de comer. Si ella volvía a negarse haría una señal a Thruster John, quien se hallaría escondido en las ramas del roble, junto con su enloquecido cautivo. Thruster John dejaría caer al salvaje y lo que se produciría en seguida sería un asalto del monstruo a la señorita de Hilyard.

"Todas las probabilidades eran de buen éxito. Curley, naturalmente, sacaría el revólver y cuando el salvaje hubiera consumado su obra, le mataría de un tiro.

"Estaba todo hábilmente preparado y nadie podía haberle acusado mientras Thruster John y su esposa callaran. Pero anoche, cuando Curley creyó que su cómplice se había equivocado y había estropeado el plan, hizo, en voz baja una observación que servirá para comprobar que lo había premeditado todo, si acaso llega a comparecer ante un jurado.

"Debe haberse sentido perplejo, esta mañana y más perplejo se sentirá cuando no logré hallar ningún rastro ni de Thruster John ni del cautivo. Comenzará a pensar que alguien sospecha de él y se halla en actividad contra él. Entonces se asustará y tal vez pierda la cabeza. Nos corresponde terminar las averiguaciones antes de que le pase eso pues si se conturba puede resultar doblemente peligroso.

Cuando llegaron a Exeter fueron a la oficina del que fué apoderado de Martin Hilyard. Sexton Blake le envió su tarjeta y fué

recibido en seguida. Después de algunas preliminares observaciones para explicar la razón de su solicitud, se enteró, con agrado, de que el testamento de Martin Hilyard se hallaba todavía en poder del escribano. Este puso algunos inconvenientes, al principio, negándose a dejar ver el documento, pero como el criminalogista le manifesó que en caso de que insistiera en su negativa haría el pedido judicialmente, el escribano cedió. Con el testamento en su poder, Blake se retiró a una habitación reservada. No había manifestado la verdadera razón por la cual deseaba hacer el examen del documento ni, cuando lo terminó, media hora después, hizo manifestación ninguna al escribano.

Se limitó a darle las gracias muy cortésmente y se retiró.

De allí fueron a la oficina de policía del condado donde, en cuanto hizo saber quién era, Blake fué calurosamente recibido. El inspector llegó pocos momentos después y, llevándole a un lado, Blake tuvo con él una larga y confidencial conversación.

Después de eso, Blake se proveyó de una orden de prisión contra Stephen Curley y, acompañado por el inspector Grigg, emprendió el viaje de regreso a Abmoor. Al llegar a la hostería se encontraron a raund, el policeman de la localidad, esperando nerviosamente. Después de saludar al inspector, se dirigió al detective.

—Lamento muchísimo lo ocurrido, señor Blake; pero esta mañana, a las siete, cuando fuí a la celda, me encontré con que el indio que usted había confiado a mi custodia, se había escapado. Debe haber salido por una ventana alta, que está cerca del techo. No pensé jamás que semejante hazaña fuera posible, porque la ventana está a diez pies del suelo y no hay nada en qué apoyarse para subir hasta ella.

Blake frunció el ceño al enterarse de lo sucedido.

—Siento que haya sucedido eso, Braund, pues si ese salvaje anda merodeando por los alrededores, puede ser peligroso para el vecindario. Usted no podía saber que era capaz de saltar y trepar como un mono. No debió costarle esfuerzo ninguno saltar a esa altura. ¿No ha oído hablar nada de él?

—Ni una palabra, señor. Vine en seguida a la hostería y me dijeron que usted había partido para Exeter. He recorrido las inmediaciones en bicicleta, pero no he hallado ni el menor rastro de él.

—¿Cree usted que volverá al chalet del bosque? — preguntó Tínker. — Es el único domicilio que ha conocido por aquí y tal vez vuelva a él.

—Esa idea es digna de ser tenida en cuenta, muchacho, — dijo Blake. — Vamos en seguida. Venga, Braund, acompáñenos usted también.

El policeman ocupó un asiento en el automóvil y Tínker guió a la Pantera Gris por las calles de la aldea. Una vez en las afueras acrecentó la velocidad y en muy poco tiempo llegaron al sitio donde ya se habían detenido en otra ocasión.

Bajaron los cuatro del vehículo. Tínker les indicó el camino. Saltaron el cerco y por el sendero, fueron hasta el chalet. Cuando se aproximaron vieron que la puerta estaba abierta, y cuando llegaron a ella, los cuatro lanzaron una ruidosa exclamación de horror.

El sitio aquel se hallaba en un estado lamentable de confusión. Todo lo que podía ser movido había sido arrojado de un lado a otro como si un torbellino, un verdadero ciclón, hubiera penetrado en el cuarto. Y tendido en medio de todos aquellos destrozos encontrábase el cuerpo de Stephen Curley. Tenía una herida grande, desgarrante, en el cuello, por la que se había vertido en el suelo, toda la sangre de su vida. Tenía la ropa hecha girones, destrozada, transformada en harapos y en los sitios donde la piel del cuerpo, de las piernas o de los brazos, había quedado al descubierto, se veían horrendas heridas, como si un animal hubiese comenzado a comérselo a dentelladas.

La cama estaba volcada y detrás de ella se hallaba el monstruoso y demente salvaje de los bosques australianos, muerto con tres heridas de bala en el cuerpo, demostrando cómo se había producido su muerte. En el suelo estaba una pistola automática que, naturalmente, debió pertenecer a Curley.

¿Cuándose se había producido aquella terrible lucha? No era posible decirlo. Pero debió realizarse con una violencia increible y había sido doblemente fatal.

—¡La orden de prisión no hace falta! — dijo Blake al inspector Grigg en voz baja.— Stephen Curley vino, seguramente, al chalet a buscar a Thruster John. El deforme y desalvaje, cuando se escapó vino a este sitio, como, acertadamente, lo supuso Tínker. Aquí se encontraron los dos y las consecuencias del encuentro están a la vista.

"Bien, Curley ha pagado a un terrible precio sus pecados. Creo que puede usted quedarse aquí con el policeman, inspector, mientras voy a la casa a enterar de lo sucedido a la señorita de Hilyard. Después discutiremos el procedimiento que hemos de seguir. Me permito proponer, sin embargo que, en vista de lo que ha sucedido aquí, no se haga público el hecho de que, parte del codicilo del testamento de Martin Curley, había sido fraguada por Curley.

El inspector inclinó afirmativamente la cabeza, manifestando así que estaba de acuerdo con la opinión de Blake. El detective y Tínker salieron del chalet, teatro de la cruenta tragedia, y se dirigieron hacia la casa de la Granja.

—De modo que el señor Curley falsificó parte del testamento, señor. — dijo Tínker cuando ya se habían alejado bastante del chalet.

—Sí. Fraguó la parte del codicilo que le encargaba de la administración de las tierras. La falsificación no está mal hecha pero no es difícil de descubrir. Si se hubiera puesto el testamento en tela de juicio y se hubiese sometido el documento a una investigación técnica, habríase visto que era una

falsificación. Pero como nadie sospechó nada entonces, fué aceptado en todas sus partes. Yo le diré esto a Yvonne y dejaré a su criterio el que se lo diga, o no, a la señorita de Hilyard.

Pasaron al parque por la misma puerta de la tapia alta por donde habían pasado la noche anterior. La encontraron abierta, lo que demostraba que Stephen Curley había pasado por ella al dirigirse al chalet. En el momento en que se dirigían hacia la puerta del frente de la casa, vieron a Yvonne que se encaminaba hacia donde ellos estaban. En pocas palabras, Blake le relató todo cuanto había sucedido.

—Dejo a su criterio el enterar, o no, a la señorita de Hilyard de lo pasado, — dijo el detective. — Ahora quisiera tener un momento de conversación con el ama de llaves y con la "dama de compañía", la mujer que dice llamarse señora Harrison. ¿Puede usted facilitarme esas entrevistas?

—Sí; ahora mismo, si usted lo desea, —respondió Yvonne.

—Vamos, pues, ya que es usted tan bondadosa, — manifestó Blake.

El detective y Tínker esperaron en el escritorio, — en el piso bajo del caserón de la Granja de Highmoor, — mientras Yvonne iba en busca de las dos mujeres; el ama de llaves, señora Brúnton y la esposa de Thruster John, el Apuñaleador.

Cuando las mujeres se hallaron en su presencia, Blake necesitó muy pocos minutos para comprender que el ama de llaves, una mujer indescriptible, color de ratón, de más de treinta años, había sido un dócil instrumento en manos de Stephen Curley. Ante las hábiles preguntas de Blake, la mujer abandonó toda su reserva y confesó cuál era el papel que había desempeñado en el asunto. Entonces Blake, después de reflexionar un momento, le preguntó:

—¿Stephen Curley le había dado a usted palabra de casamiento?

—Sí, señor, — sollozó. — Me dijo que tan pronto como se hubiera arreglado todo, se casaría conmigo, pero que, mientras tanto, yo debía ayudarle en cuanto me pidiera, sin discutir sus órdenes, fueran las que fueran.

Blake movió la cabeza asintiendo y dijo a aquella mujer que podía retirarse. A la esposa de Thruster John la trató de modo muy distinto. Cuando la mujer de las groseras facciones se acercó a él con aire de desafío, Blake le dijo enérgicamente:

—Voy a darle una ocasión, pero una sola, de decir la verdad confesándolo todo. Usted sabe quién soy y sabe también que conozco todos sus antecedentes. Thruster John se halla en este momento en poder de la policía y sabemos cuál era el plan de Stephen Curley. Si usted no quiere volver a la prisión a pasar un tiempo más largo del que ha pasado hace poco, aproveche la ocasión que le doy y hable ahora mismo.

—¿Qué desea usted saber? — preguntó con voz ronca.

—¡La verdad, pero toda la verdad, sin omitir detalle ninguno!—dijo Sexton Blake.

Y la mujer le enteró de todo, así que Blake pudo completar definitivamente su caso.

Terminada la entrevista, Blake y Tínker volvieron a donde estaban el inspector y el policeman. Blake enteró al inspector Grigg del resultado de su visita a la casa de la granja y el inspector decidió no detener a nadie, esperando, para resolver a ese respecto, a que se realizara la investigación oficial y se celebrara la correspondiente sesión, presidida por el "coroner" y con presencia de los miembros del jurado. No temía que la mujer de Thruster John intentara escaparse estando preso su marido; en cuanto al ama de llaves sólo sería citada como testigo. Cerraron el chalet y Braund, el policeman, se quedó de guardia hasta que llegara el médico.

En el momento en que se dirigían hacia el automóvil, para retirarse, Yvonne llegó, corriendo, en su busca.

—Eleanor desea conversar un momento con usted, — dijo Yvonne a Blake. — ¿Quiere usted venir, con Tínker, a comer con nosotras esta tarde?

—Sí, con mucho gusto, Yvonne. Precisamente para la hora de la comida tendré una leve sorpresa que ofrecer a la señorita de Hilyard, — dijo Sexton Blake, sonriendo.— ¡Pero, por favor, no le diga usted nada absolutamente, por ahora!

Eran ya las dos de la tarde cuando, por fin, estuvieron de regreso en la hostería. Almorzaron, — bastante después de la hora de costumbre, — y después fueron al chalet de Braund, donde Blake quería tener un rato de conversación con Thruster John. De camino se detuvieron en la oficina de correos, en la que había un telegrama esperando Blake.

Tínker lo leyó al mismo tiempo que el detective y se sonrió, muy contento.

—¿Cómo fué que pudo pensar en eso, señor?—preguntó.

—¡Observando, muchacho, observando! Recordé haber leído hace días que, en un vapor, llegarían, dentro de poco, unos cuantos oficiales, inutilizados por sus heridas para continuar en servicio activo, procedentes de Palestina y de la Mesopotamia. Estaba seguro de haber visto, en la nómina publicada, el nombre del capitán Farnham. Telegrafié al ministerio de Guerra para asegurarme de que se trataba del mismo Farnham que interesa a Eleanor Hilyard. Ahora mismo haremos un telegrama para hacer que vaya, de Plymouth, donde desembarca hoy, a Exeter. Creo que no estaría mal que usted fuera en el automóvil y lo trajera, lo más temprano posible.

Aquella tarde, Sexton Blake llegó a la Granja de Highmoor en un tilbury, tirado por un pony, que había alquilado en Abmoor. No le acompañaba Tínker y después de decir que esperaba que el joven no se haría espe-

-ar mucho, no dió explicación de ninguna clase. Se habían sentado a la mesa cuando les llamó la atención oir ruido en el vasto hall del caserón. Un instante después se abrió la puerta del comedor y apareció Tinker, seguido de un militar de cutis tostado por el sol y que cojeaba un poco. Eleanor Hilyard le miró sobresaltada. Se puso mortalmente pálida. Yvonne acudió a tiempo, para sostenerla y evitar que se desplomara sin sentido en la alfombra del comedor.

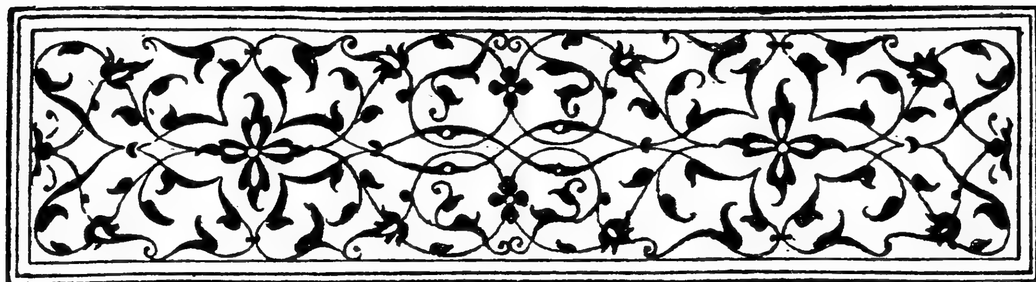
Pero cuando Eleanor abrió los ojos y vió que aquel "aparecido" era un hombre de verdad, se sonrió temblorosamente y bañaron su rostro lágrimas de felicidad y de contento que barrieron todos los terrores y toda la desdicha de los pasados meses.

Fué una comida muy alegre la de aquella noche. Antes de que Blake, Tinker y el capitán Farnham partieran para Abmoor, convinieron que pasarían la noche en la hostería de la aldea y que todos partirían para Londres el siguiente día.

Tan pronto como estuvieron terminados los necesarios preparativos, Eleanor Hilyard, que se iba a alojar en el departamento que Yvonne tenía en el West End, el centralísimo barrio de Londres.

Lo cual, — según lo manifestó Sexton Blake, — constituía un final satisfactorio para el primer caso de la señorita Yvonne, Detective, aun cuando Yvonne insistió en que, a fin de cuentas, el caso más bien había sido de Blake que suyo.

FIN DE "LA SEÑORITA YVONNE", DETECTIVE



El Tesoro del Inca

por J. B. Rosny, ainé

Este relato novelesco, de mucho y novedoso interés, presenta a los lectores de "Pucky" un nuevo colaborador, de cuyas condiciones podrá juzgarse por este cuento tan atrayente desde la primera hasta la última línea y tan digno, por su argumento y desarrollo, de figurar en las páginas de este magazine.

EL día 22 de Abril de 1919, el señor Hugo Emeral recibió la siguiente carta, escrita en francés, que desde el Cuzco en lo remoto del Perú, le dirigían:

" El Cuzco, 23 de Marzo de 1919.—Señor: Su tío de usted, el señor Eduardo Emeral, ha fallecido en esta ciudad, después de haber otorgado testamento del cual hallará usted una copia que se le adjunta, así como un cheque por la suma de seiscientos soles, que remito a usted por expresa voluntad del difunto. Este dinero se destina a cubrir los gastos que le ocasione el viaje hasta el Perú. Es usted el heredero universal de su tío; pero, fuera del dinero que en este correo remito, no comprende dicha herencia, sino una propiedad en la montaña, cuyo valor no estoy en condiciones de apreciar, a pesar de ser grande la finca, en razón de hallarse en una comarca salvaje y donde la tierra es pocos menos que inexplotable. Debo, además de lo indicado, entregar a usted, en propia mano, un sobre lacrado y sellado.—Reciba usted el testimonio de mi consideración más distinguida. — Pablo Aguilar".

El testamento era breve y significativo. Decía así

" Yo, Eduardo Emeral, sano de cuerpo y de espíritu, lego a mi sobrino Hugo Emeral todos mis bienes, muebles e inmuebles, entre ellos una propiedad en Jaguarundí, cuyo título de propiedad encontrará mi heredero en el estudio del escribano, señor Pablo Aguilar.—Hecho en el Cuzco, el 19 de Diciembre de 1918. — Eduardo Emeral".

—¡Diablos! — Díjose para sí el heredero. — ¡Me encuentro con una herencia que no tiene nada de agradable!

Desconfiaba de su tío Emeral, personaje de carácter fantástico y amigo de mistificar, reñido, sabe Dios desde cuándo, con todos los suyos y del que ni una palabra se había sabido en los últimos quince años.

Hugo Emeral poseía tan sólo un muy escaso patrimonio, reducido aún más por algunas hipotecas, pero su espíritu aventurero le impulsó a ir en busca de aquella herencia.

—La verdad es, — se decía a sí mismo,— que gracias a este cheque caído de la luna, el viaje no me costará un solo céntimo.

Tomó las disposiciones del caso y tres semanas más tarde se embarcaba. Tras una travesía sin nada de particular y un vulgar viaje en ferrocarril, llegó al Cuzco y fué a visitar sin pérdida de momento al señor Aguilar.

Recibióle éste con la cortesía que es habitual en los hispanoamericanos, que la heredaron de sus antepasados los españoles. Después de muy pocas palabras preliminares dijo el escribano:

—No creo que, por sí misma, la propiedad que ha heredado usted tenga un valor realmente serio. La compró su tío por un precio muy bajo. Pero creo que no debo ocultar que siempre me pareció que escondía alguna idea particular al respecto. Acaso esa idea a que aludo se ponga de manifiesto en el interior o contenido del sobre lacrado, que ahora mismo voy a entregar a usted.

Y don Pablo sacó de una enorme caja de hierro un voluminoso sobre de pergamino, sellado con tres sellos de lacre rojo.

—Si en algo puedo serle útil, sea en lo que fuere, — dijo luego don Pablo, — no deje de recordar que tendré el mayor placer en demostrarle mi buen deseo.

Tan pronto como estuvo Hugo en su ho-

tel, rasgó el sobre, en el que halló una carta que decía:

"Sobrino mío:—No tengo la menor razón para darte alegrías ni satisfacciones. En primer lugar no te conozco, y en segundo término tu padre y yo habíamos reñido y acabado por odiarnos. Pero no tengo ningún amigo verdadero y por esta razón te lego mi dominio de Jaguarandí, advirtiéndote al mismo tiempo, que encierra el Tesoro del Inca (caverna marcada D en el plano). No te doy ni la menor indicación sobre el valor de este tesoro. Queda a tu cargo el descubrirlo. Por lo que a mí respecta, no tengo el menor motivo para interesarme por el valor de las cosas de este mundo, puesto que, dentro de pocos meses estaré del otro lado de la gran frontera.—Eduardo Emeral"

—¡El Tesoro del Inca! — murmuró Hugo. — ¡Hermoso título para una película! ¡No cabe duda; mi señor tío era un bromista de primera!

No sin pasar grandes fatigas logró Hugo llegar a sus dominios de Jaguarundí, rincón terriblemente salvaje, perdido en medio de la selva, cubierto de una vegetación tropical y tan vivaz, que parecía dar la impresión de verla crecer constantemente. No había allí ni sombra de ningún cultivo, y como pobladores de tal desierto sólo se veía a un quíchua, su mujer y tres indiecitos ágiles como gatitos atigrados. Aquel indio era un exsirviente dé Eduardo Emeral, que continuaba velando por aquellos dominios en los que habitaba desde largos años antes.

Recibió al nuevo propietario con la alegría del solitario que se aburre. Como al servicio del tío había logrado aprender algo de francés y Hugo comprendía, en parte, el castellano, no les fué difícil entenderse.

El indio llevó al recién llegado a la casa, edificio prehistórico construído de dura madera y con un moblaje menos que sumario. El quíchua, con los suyos, habitaba en las cercanías una casa más salvaje aun, y no lejos de la del patrón.

—¿Pero es posible vivir aquí? ¿Hay algo qué comer por estos contornos? — preguntó el europeo, más por medio de gestos que usando de la palabra.

—¡Mucha carne en los bosques, señor! — articuló el indio con la mayor gravedad. — Muchos jaguares y pumas. Yo tengo, además, llama, vaca, y pollos para el patrón.

—Veo que en mi casa no falta lo principal,—murmuró Hugo.

No le disgustó del todo lo poco que había visto, pero como la noche se echaba encima, dejó para el día siguiente la visita a la gruta marcada con la letra D, en el plano de su tío.

Soñó toda aquella noche, arrullado por los rumores de la carnicera selva. La noche era templada y por la abierta ventana entraban las emanaciones de los bosques, mientras se podía ver las brillantes constelaciones del cielo tropical. Hugo se sentía casi enteramente dichoso con aquella atmósfera que tenía algo de la que debió respirarse en las edades primitivas.

Al amanecer del siguiente día fué a la caverna D, la misma que el quíchua denominaba la "Gruta de Viracocha".

Abríase la cueva en una roca de granito, y consistía en dos corredores convergentes, pero que tomaban luego distintas direcciones, y armado de una antorcha, se adelantó Hugo, por uno de los callejones.

Era aquel un sombrío paraje, hosco, lleno de murciélagos, que empezaron a volar dando agudos gritos. En el primer corredor no se veía sino el piso, el techo y las paredes de roca viva. El otro tampoco mostró nada de particular hasta llegar al fin del mismo. Allí, en el extremo de aquel pasillo, había una especie de hornacina o nicho y en este nicho veíase una estatuita, unos vasos y una piedra singularmente esculpida. La estatuita, que era de plata, representaba un hombre cubierto con una túnica ceñida por un cinturón, encima de la cual lucía un amplio manto; la cabeza de la escultura se cubría con una especie de gorro de tres pisos superpuestos. Así como la estatua era de plata, los vasos resultaron ser de bronce bastante bien cincelado.

Contempló Hugo aquellas obras de arte con la mayor indiferencia, y continuó sus investigaciones, que no dieron ya ningún resultado más. Ni aquel día ni ninguno de los siguientes, dió más cosecha la "Gruta de Viracocha".

—Si sólo para esto me hizo hacer mi tío tan largo viaje, preciso es reconocer que resulta el primer mistificador del universo.

El quíchua no se mezcló para nada en las investigaciones y rebuscas del europeo. Era un tipo reservado, callado y discreto, como la mayor parte de sus congéneres.

Un día en que Hugo volvía de sus investigaciones completamente resuelto a dar por terminada su misión, tropezó con el indio y se dijo para su propio pensamiento: "Si este hombre no sabe nada, mis palabras pasarán sobre él como las brisas por los claros de la floresta. Si sabe algo, podrá serme útil".

—¿Sabes algo del Tesoro del Inca? — le preguntó a boca de jarro.

El quíchua arqueó los labios en pálida sonrisa.

—El Tesoro del Inca, patrón, lo tiene en la caverna.

—¿De modo que tú sabías? — preguntó Hugo estupefacto.

—Sí patrón, sé que el tesoro está allí.

—Muéstramelo,—dijo Hugo al indio.

Sin responder la menor palabra, entró el indígena en la caverna y condujo a su patrón al fondo del corredor, y una vez allí, mostrándole la estatuita, los vasos y la piedra dijo:

—Aquí está.

—¿Y no hay nada más que eso? —suspiró Hugo, más melancólico de lo que estaba media hora antes.

—Sí,—respondió solemnemente el indio.— Esta es la imagen de Viracocha, el gran emperador; estos son los vasos sagrados de su



La estatua que era de plata, representaba un hombre cubierto con una túnica ceñida, encima de la cual lucía un amplio manto... ("El Tesoro del Inca", Página 42).

tumba y ésta la piedra sobre la cual hacía sus sacrificios.

Y salían las palabras de los labios del quíchua como impregnadas de místico sabor, como si el alma de sus antepasados se reconcentrara en aquel cuerpo...

TRANSCURRIERON muchas semanas. Hugo no podía decidirse a partir. Aquella salvaje tierra ejercía sobre él algo parecido a una fascinación. Armado hasta los dientes, con un fusil, browning y cuchillo, recorría constantemente los bosques, vagando a través de las intrincadas selvas.

—¡Cuidado patrón, con el jaguar negro: —decía siempre el quíchua. — ¡El jaguar negro es muy malo!

Hugo, como excelente tirador que era, y convencido además de que el jaguar no ataca nunca al hombre, no hacía mayor caso de las advertencias del peruano, y contiuuaba sus excursiones.

—El jaguar, — se decía encogiéndose de hombros ante las recomendaciones del indio, —es una bestia nocturna.

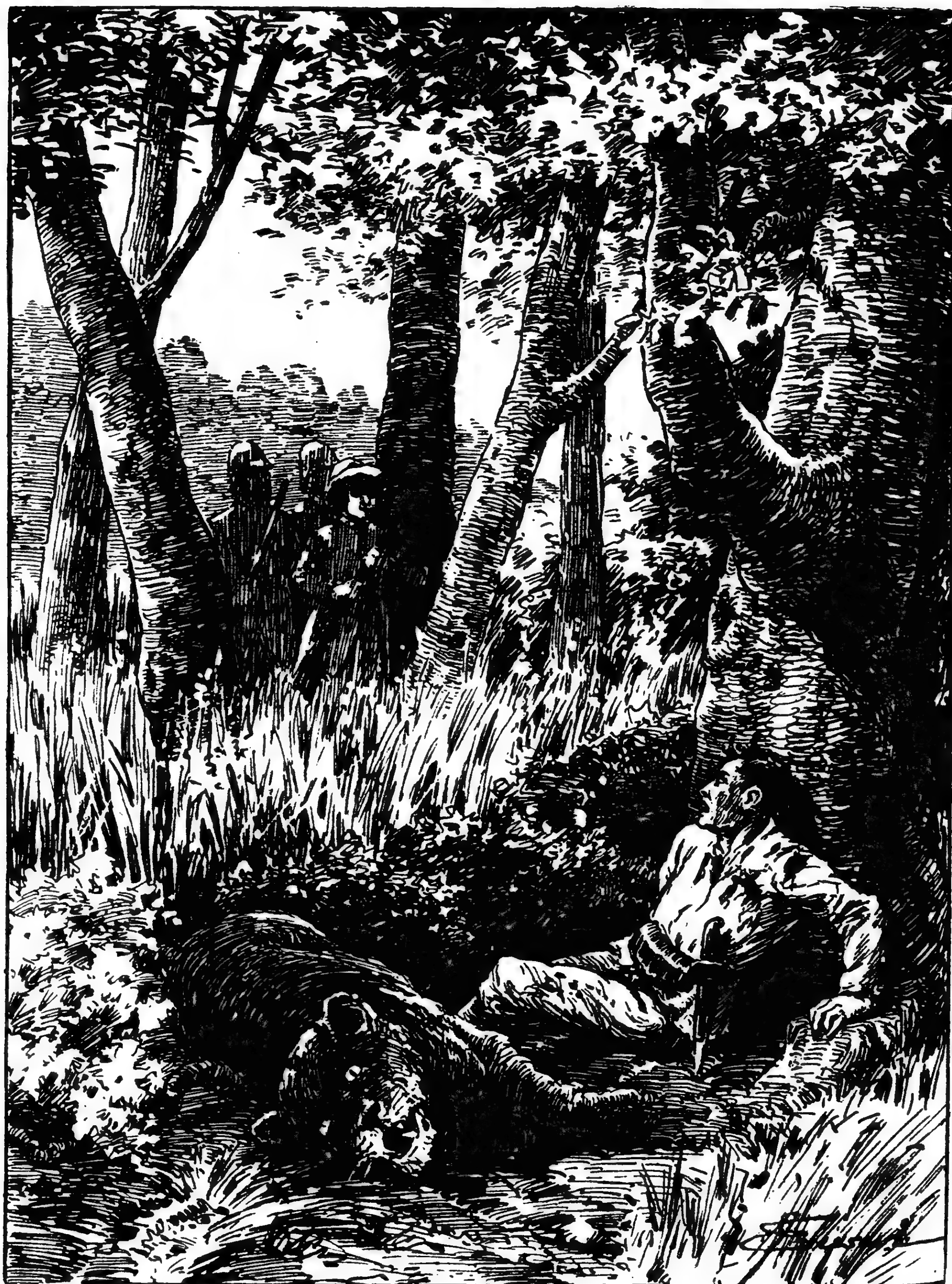
Tres o cuatro veces pudo ver a un puma, que huía para desaparecer como un fantasma. Pero un día en que, sin darse cuenta, se alejó más de lo ordinario, se extravió en el monte y llegó el crepúsculo antes de que hubiera podido orientarse, invadiendo aquel desierto una formidable y magnífica sombra.

Durante casi una hora las tinieblas fueron profundísimas. Oyó Hugo cómo rondaban en torno suyo las fieras de los bosques, y un rugido, un aullido de llamada, una queja entre las sombras o un rechinar de dientes, lo hicieron testigo del drama de la vida y de la muerte, del drama de la constante devoración que se renueva desde hace millares de siglos, en lo profundo de las tenebrosas soledades.

Apareció al fin la luna, medio velada, por cima de los matorrales. Roja y grande, esparció más tarde una diafanidad confusa. Al elevarse y al disminuir de tamaño fué haciéndose más blanca y su argéntea vida penetró en lo sombrío de los bosques.

Al tender la mirada por la parte iluminada por la luna, no pudo Hugo contener un estremecimiento. A la distancia, en el pajonal espeso, veíase brillar dos centelleantes resplandores y se distinguía la redondez de una cabeza y los lineamientos de un cuerpo robusto, recogido, que se deslizaba a través de los flexibles vegetales.

Hugo tenía excelente vista. Reconoció al jaguar. Cansado de su larga correría por lo desierto de la selva vigen, se sintió enervado por aquella aparición. Se echó maquinalmente el fusil a la cara. Rugió la fiera. Disparó Hugo el arma, media alucinado, e hirió al jaguar. Aun más exasperado, el felino-



Resonaron dos detonaciones casi simultáneamente. Giró la bestia sobre sí misma y cayó inerme. Hugo vió cómo avanzaba una criatura esbelta, señora joven o señorita, seguida de dos hombres. ("El Tesoro del Inca", Página 45).

con la herida recibida, el ataque se hizo inminente. La sombría mole corrió y llegó junto al cazador. Tiró éste por segunda vez y no dió en el blanco. El tigre cayó sobre el hombre.

Derribado al suelo por la violencia del choque, Hugo tuvo, no obstante, la presencia de ánimo necesaria para sacar el revólver. Las garras se le clavaban en el cuello y en el pecho. Agudos caninos le penetraban en un hombro. Pero el revólver no permaneció ocioso y el felino, dando un aullido de dolor, rodó por el ensangrentado suelo. Hugo, atrozmente herido y magullado, agotadas sus fuerzas, habiendo perdido abundante sangre sentía que estaba a punto de perder los sentidos.

Arrastróse penosamente hasta el pie de un árbol y miró en redor. Otro estremecimiento de miedo sacudió todo su cuerpo. Cerca, muy cerca surgía otro felino más, con iguales resplandores de ojos. Era probablemente la hembra del jaguar con que acababa de luchar. Vió, miró, olfateó su macho. Corrió, saltó, rugió, como enloquecida de furor.

—¡No queda otro remedio! ¡Es preciso morir!—murmuró Hugo.

¡Un salto más! ¡Dos saltos! ¡Otro salto y el destino quedaría cumplido!

Resonaron dos detonaciones casi simultáneamente. Giró la bestia sobre sí misma y cayó inerme. Hugo vió, cómo avanzaba una criatura esbelta, señora joven o señorita, seguida de dos hombres.

—Gracias, — balbuceó el herido. Y se desmayó mientras decía uno de los dos hombres:

—¡Muy a tiempo! ¡Querida Rosarito, Guillermo Tell no era sino un zapatero a tu lado!

Quince días permaneció Emeral tendido en la cama, pero como poseía un cuerpo perfectamente sano, como ninguno de los órganos esenciales para la vida había sufrido lesión ninguna, curó rápidamente y cuando, al fin, pudo dejar el lecho, se encontró frente a frente de la joven que le había salvado la vida.

Era una jovencita dotada de toda la gracia y del ritmo de las hispanoamericanas. Cuando son hermosas, sus enormes ojos negros su tez mate, su larga cabellera de azulados reflejos, les prestan un místico atractivo.

Sólo la idea de que tan hermoso ser fuera el que le había salvado, deslumbraba al joven convaleciente.

—Pues mire usted, — decía el padre de Rosarito. — Hizo eso como lanzaría la pelota en el tennis. Mi nena recibió el don del tiro, y la verdad es que no resulta más difícil matar un jaguar que un guanaco. Basta saber poner la bala donde se pone el ojo.

—Sí, no consiste más que en eso, pero en eso está el secreto, — decía sonriendo el otro hombre, que era tío de Rosarito.

Aquellos dos buenos señores, que hacían exploraciones por cuenta de una sociedad norteamericana, estudiaban los yacimientos de la región. Los dos eran ingenieros, pero el tío era, además, un entusiasta amigo de la arqueología.

Rosario hubiera encantado a Emeral en cualquier situación y en cualquier momento. En semejante desierto y tras la aventura que los puso en contacto, brotó el amor por sí mismo, como nace la hierba en la tierra regada por la lluvia.

Don Rodrigo y don Enrique Prado, con la indulgencia de las personas de corazón recto, no pusieron obstáculo ninguno al desarrollo de aquel idilio y cuando la convalecencia estaba por terminar, promesas, muy formales ya, unían para siempre el porvenir de los dos jóvenes.

El día en que se festejaba el compromiso matrimonial, murmuraba Hugo, con las pupilas fijas en la silueta de su amada:

—¡Este sí que es el verdadero "Tesoro del Inca"!

—¿Qué es lo que está murmurando usted? — le preguntó don Enrique.

Contó Hugo su historia, y cuando la hubieron oído, los dos ingenieros soltaron la carcajada.

—Pero, de todos modos, — dijo el arqueólogo, al cabo de unos instantes, — convendrá que nosotros veamos ese tesoro.

Deslizáronse varias semanas bajo las frondas. La tranquila alegría de Emeral irradiaba en claros amaneceres y en noches deslumbradoras. Una voluntad misteriosa ha dispuesto que en las tinieblas de la existencia no constituyan la mayor dicha de los hombres ni las riquezas ni el poderío, sino las dulzuras de una mirada, la embriaguez de una sonrisa, el divino ritmo de un gesto.

Ya ni pensaba Hugo, — enteramente curado, — en la mistificación de su tío Eduardo, cuando don Rodrigo y don Enrique le llevaron de regreso a sus dominios. Pasaron la primera noche en la antigua casucha. El siguiente día fué don Enrique a visitar la gruta de Viracocha, de la que regresó sonriente.

—He visto el famoso tesoro, — dijo, — y he visto también lo que el tesoro ocultaba a la vista y lo que cubría Viracocha, el conquistador glorioso. ¡Había sido de doble fondo el vencedor magnífico! ¡Aquí tienen ustedes lo que contenía en su interior!

Y don Enrique sacó del bolsillo un papel bastante abultado que desdobló ante sus amigos.

—Aquí tenemos lo que dará a la sociedad que nosotros representamos, si usted quiere entrar en tratos con ella, una soberbia zona productora de petróleo. Con esto poseerá usted la mayor suma de riquezas que puede poseerse en este mundo, pero debo decirle, al mismo tiempo, que la estatua de Viracocha por su parte, con sus sagrados vasos, y su piedra de los sacrificios, constituye toda una fortuna para el mundo arqueológico. Su señor tío no lo engañó. El "Tesoro del Inca" era un tesoro auténtico.

J. B. Rosny, ainé,

de la Academia Goncourt.



Entonces le declaré que podría participar del pastel y del café si me manifestaba qué había hecho del brazalete. Sacudió negativamente la cabeza... ("El brazalete de la señorita Mars". Pág. 52).



Él Brazalete de la Señorita Mars

por la BARONESA ORCZY

Los lectores de "Pucky" que tuvieron ocasión de leer "La ingratitud de Teodoro", el divertido relato de la autora de "The Scarlet Pimpernel", verán con agrado la publicación de esta nueva novelita, de la misma autora, en la que figuran los mismos protagonistas y en la que el interés no decae un solo momento.

I

¡AH, estimado señor! Es muy despreciada nuestra profesión, pero créame que son necesarias, para practicarla las más altas cualidades, — sin excluir la lealtad y la sinceridad, — que son esenciales, no solamente en nosotros, sino también en nuestros subordinados, si es que aspiramos a triunfar y a vencer la competencia existente entre nosotros.

Permítame ahora que le haga una pequeña demostración de lo que le digo. Yo, Héctor Ratichón, residente en París aquel memorable año de 1816, que vió cómo el nuevo orden de cosas era finalmente barrido para que el antiguo reanudase su triunfal camino, que nos vió a todos, incluso al bienaventurado rey Luis XVIII, tan pobres como las ratas, para emplear una frase común, y tan deseosos de tener algo de confort y de lujo, como un perro de tener un sabroso hueso. Ese año que vió al ejército desbandado y a las hordas de hombres desocupados y sin empleo, vagar desconsolados y medio muertos de hambre por todo el país buscando, inútilmente, alguna forma de atender a su subsistencia, mientras las tropas aliadas, bien comidas y bien vestidas, caminaban sobre ellos, como si el sagrado suelo de Francia estuviese demasiado sucio para que pusieran sus plantas en él. Ese año, mi estimado señor, durante el cual se tramaron más complots e intrigas que durante cualquier otro de la Historia de Francia, todos tratábamos de obtener dinero, puesto que el dinero constituía, por su escasez, lo más precioso; y aquel que tenía mayor talento triunfaba, aunque no siempre.

Ahora bien, yo tengo talento, — no me vanaglorio de ello porque ese es un don divino, — pero lo tengo y buen golpe de vista también, y un aspecto general de fortaleza, unido todo a cierto refinamiento, lo que hace que no me vea precisado a recurrir a nadie para que me preste ayuda o consejo, y a que valgo yo solo por los dos... pero usted va a juzgar. Usted, señor, conoció mi oficina de la calle Bourdon; ha estado en ella. Sencillamente amueblada; pero como ya he dicho no eran aquellas épocas de lujo. Tenía una antecámara donde ese traidor, bribón y ladrón de Teodoro, mi ayuda confidencial, en aquellos días se alojaba a mi expensas y les cortaba el paso a los clientes, inoportunos, cobrando lo que constituía un sueldo liberal,— el diez por ciento de todas las utilidades del negocio, — y aun se quejaba siempre, el grandísimo avariento y desagradecido.

Bien, señor, un día de Septiembre, — e diez, lo recuerdo, — de 1816, debo confesar que me encontraba completamente desalentado. Ni un cliente se había presentado durante las tres semanas anteriores, ni medio franco en el bolsillo y tan sólo una miserable cuarta parte de un "paté de foie-gras" de Estrasburgo en la alacena. Teodoro se había comido la mayor parte y yo le había enviado con dos sueldos que tenía en busca de pan duro para comerme lo que había quedado. ¿Pero qué importaba aquello? Usted admitirá, señor, que un espíritu despejado no puede permanecer mucho tiempo amilanado en esa forma.

Me encontraba maldiciendo contra aquel canalla de Teodoro que había salido hacía media hora y sospechaba, no sin razón, que se hubiese gastado mis dos sueldos en un vaso de ajenjo para él, cuando sonó la campanilla de la puerta y yo, Héctor Ratichón, el confidente de reyes e íntimo consejero de la mitad de los aristócratas del reino, me vi en la necesidad de ir a abrir la puerta, como un vulgar lacayo.

Pero lo que vieron mis ojos me recompensó de la temporaria humillación, porque delante de mí se encontraba un señor que llevaba escrita su riqueza en su lujoso traje, en su limpia ropa blanca: en su cuello y puños,

en la caĩdad de la corbata de raso y en el perfecto corte de sus pantalones de paño gris color de paloma. Luego la aparición habló, preguntando en un tono de aristocrática altanería, dónde se encontraba el señor Héctor Ratichón. Usted no se sorprenderá, señor, si le digo que mi decepción fué grande, pero que pronto me rehice y con mi habitual urbanidad y elegancia de modales, manifesté al elegante señor que "monsieur" Héctor Ratichón se hallaba ante él, y le rogué que se tomara la molestia de pasar a mi oficina.

Así lo hizo y yo le ofrecí una silla en la que se instaló luego de sacudir el polvo con su pañuelo, adornado con puntillas. Después sacó un lente con montura de oro, que llevó a su ojo derecho con un gesto de superlativa elegancia y me observó durante unos momentos.

—Me han informado, mi buen señor Ratichón, — dijo después,—de que es usted una persona admirable, capaz de realizar una misión delicada, por un módico honorario.

A excepción de que estaba lejos de agradarme aquello de "módico" honorario, por lo demás me sentía encantado con mi visitante.

—Los informes, no dejan de ser exactos, señor, — respondí con mis más agradables modales.

—Bien, — prosiguió. — Trataré de ser breve, pero con brevedad comercial. En todo cuanto se refiera al asunto que deseo tratar con usted, mi nombre, en lo que a usted atañe, será el de Juan Duval. ¿Ha comprendido?

—Perfectamente, señor marqués, — contesté con una suave sonrisa.

Era aquella una suposición mía, pero pienso que no debí ir muy lejos en mis conjeturas respecto al rango de mi cliente, porque éste no hizo gesto ninguno de asombro.

—¿Usted conoce a la señorita Mars?—me preguntó.

—¿La actriz? — dije. — Sí, señor.

—Representa actualmente "El Ensueño" en el teatro Royal.

—Así es.

—En el primero y tercer actos de la obra luce un brazalete de oro con grandes piedras verdes.

—Lo noté la otra noche. Yo ocupaba un asiento de platea.

—Deseo tener en mi poder ese brazalete, —agregó el supuesto Juan Duval, en forma brusca. — Las piedras son falsas y el oro muy bajo. Yo admiro enormemente a la señorita Mars. Me disgusta ver que use joyas falsas. Deseo hacer una copia exacta de ese brazalete con piedras verdaderas y de oro, para regalárselo, dándole una sorpresa, en ocasión de la vigésima quinta representación de "El Ensueño", aun cuando me cueste a mi tanto como pudiera valer el rescate de un rey y a ella un momento de gran ansiedad. Ella tiene en gran aprecio esa joya sin valor, a causa del mérito de su dibujo y el asunto adquirirá los contornos de un robo. Pero todo eso lo verá compensado la encantadora artista cuando reciba de mis manos una joya valiosa exactamente igual a la otra, a excepción de que su valor intrínseco será muy superior a la que ella considere perdida.

Todo aquello me parecía deliciosamente novelesco. Tenía un pronunciado sabor al siglo pasado, — antes de que la guerra y la pobreza en que nos hallábamos abismados hubiera muerto en nosotros aquellos rasgos de caballerosidad, — aquel asunto que me proponía. No había nada de plebeyo,—nada de un Juan Duval, — en aquel culto hombre de sociedad que había ideado tan sutil estratagema, para ser agradable a los ojos de la señora de sus pensamientos.

Murmuré una frase apropiada, poniendo mis servicios enteramente a disposición del señor marqués. Inmediatamente interrumpió mis corteses palabras con una brusquedad tal que traicionó al hombre acostumbrado a ser obedecido silenciosamente.

—La señorita Mars, lleva el brazalete, — dijo, — durante el tercer acto de "El Ensueño". Al terminar el acto entra en su camarín y su mucama la ayuda a cambiarse de ropa. Durante el entreacto ella guarda con sus propias manos todas las joyas que ha usado en las más lujosas escenas de la obra. En el último acto, final de la tragedia, aparece con un sencillo batón, mientras todas sus joyas están en una pequeña caja de hierro que tiene en su camarín. Precisamente mientras ella está en escena, durante este acto, es cuando quiero que usted penetre en el camarín, saque el brazalete de la caja de hierro y me lo entregue después.

Lancé un suspiro y casi me desmayé al oir estas palabras.

—¿Yo, señor marqués? — dije. — ¿Yo, robar?

—Primeramente, señor Ratichón, ocomo quiere que sea su endiablado nombre, — interrumpió mi cliente con inimitable altanería, — sepa que mi nombre es Juan Duval, y si lo vuelve usted a olvidar, me veré en la penosa necesidad de cruzar sus espaldas con mi bastón e incidentalmente encomendar mi asunto a otro cualquiera. En segundo lugar, permítame decirle que todas sus protestas de probidad son inútiles para mí, que conozco todo lo referente al tratado que usted robó y...

—¡Basta, señor Juan Duval! — exclamé con una dignidad semejante, si no mayor que la que él manifestaba. — Le ruego que no forme malos juicios. Estoy dispuesto a servirle. Pero si tiene la amabilidad de explicarme cómo puedo abrir una caja de hierro, en una habitación ocupada y sacar de allí una joya, sin ser apresado en el acto y verme encerrado en una prisión por ladrón, le quedaré eternamente agradecido.

—Lo de sacar la joya es asunto suyo, — respondió con sequedad. — Yo le entregaré a usted quinientos francos si me entrega el brazalete dentro de un plazo de catorce días.

—Pero...—balbucí.

—Su tarea no ha de ser tan difícil, después de todo. Yo le entregaré un duplicado de la llave de la caja.

Metió la mano en el bolsillo del pecho de su casaca y sacó una larga y tosca llave que colocó en mi escritorio

—He logrado obtener esta llave muy fácilmente, — agregó con tono sombrío. — Hace un par de noches tuve el honor de visitar a la señorita Mars en su camarín. Como yo llevaba un trozo de cera en la mano, aproveché un instante de distracción de la artista, mientras su mucama la arreglaba el cabello, y la impresión de la llave original estuvo en mi poder. Pero, entre tomar un modelo de llave y el robar un brazalete de una caja de hierro existe un abismo que un caballero no puede salvar. Por eso he pensado utilizarlo a usted, señor... Ratichón, para que termine, por mí, la obra.

—¿Todo por quinientos francos? — exclamé, suavemente.

—Es una suma tentadora, — argumentó.

—Pongamos mil, — manifesté resueltamente, — y usted tendrá el brazalete dentro de un plazo de catorce días.

Hubo una breve pausa, durante la cual pareció reflexionar; sus ojos de color acerado, y de mirada fría y desdeñosa, es fijaron en mi rostro. Yo comprendí que trataban de penetrar hasta lo más íntimo de mis ideas y procuré mirar a mi vez en forma suave, pero llena de resolución y de confianza en mí mismo.

—¡Perfectamente! — dijo después de unos minutos, y se levantó de la silla en que estaba sentado. — Conforme en los mil francos, señor... Ratichón. Le entregaré el dinero cuando me dé usted el brazalete. Pero recuerde que no han de pasar más de catorce días.

Traté de inducirlo a que me diese algún dinero adelantado. Tenía que correr enormes riesgos, exponerme a comparecer ante el tribunal correccional, a ser enviado por un par de años a Nueva Orleans, por salteador, ratero, o ladrón, llámelo como le parezca. Me entregó cincuenta francos y una vez más me amenazó con llevar el asunto a cualquier otro, por eso acepté la suma en una forma tan culta y digna como me fué posible.

Había salido de mi oficina y comenzaba a bajar la escalera, cuando me asaltó una idea.

—¿Dónde puedo avisarle a usted, señor Juan Duval, — pregunté, — una vez que haya realizado mi trabajo?

—Yo le visitaré, — respondió, — a las diez de la mañana del día siguiente de cada una de las representaciones de "El Ensueño". Podremos ultimar el negocio entonces aquí en su escritorio.

Inmediatamente desapareció. Teodoro se encontró con él en la escalera, y con sus impertinentes modales me preguntó si era aquel un nuevo cliente y qué asunto tenía con él. Yo me encogí de hombros.

—¿Un nuevo cliente? — exclamé con tono desdeñoso. — ¡Bah! Promesas vagas de un par de monedas de veinte francos por averiguar si su esposa se entrevista con cierto capitán de la guardia de quien él sospecha.

Teodoro olfateó. Siempre olfateaba cuando había una cuestión de intereses.

—¿Nada a cuenta? — interrogó.

—Unos miserables diez francos, — respondí, — y ahora mismo voy a entregarle la parte que le corresponde.

Arrojé en la mesa una moneda de un franco, de conformidad con los términos de mi contrato con él. Usted recordará que le entregaba el diez por ciento de toda utilidad en los asuntos, en lugar de salario. Pero en aquella circunstancia, ¿no reconoce usted que un franco entonces y veinte cuando la transacción estuviese realizada, eran más que justos honorarios por su trabajo? ¿No iba yo a correr todos los riesgos del delicado asunto? ¿Era lógico que yo le entregase un centenar de francos por permanecer tranquilamente en la oficina o bebiendo ajenjo en cualquier taberna de los alrededores, mientras yo corría el riesgo de ir a Nueva Orleans, para no mencionar el presidio?

Me miró en forma singular cuando le dí la moneda de plata, que tomó de un manotón para moderla con sus enormes dientes amarillentos y convencerse de si era buena o falsa. Finalmente la guardó en el bolsillo y salió de la oficina silbando entre dientes.

Un tipo más bajo y abominable que Teodoro, no lo he visto jamás. Pero no quiero anticipar los hechos

II

La próxima representación de "El Ensueño" estaba anunciada para la noche siguiente y yo comencé mi campaña. Como puede usted imaginarse, no era muy fácil el asunto. Obtener el acceso al escenario era una cosa, — un franco dado al portero facilitó la tarea, — mezclarme con los servidores de escena, conversar con la gente de entre bastidores, sacarme el sombrero en señal de respeto cuando pasaba un empleado superior, todo era cosa de relativa facilidad.

Había logrado dejar un ramo de flores en el camarín de la gran trágica, en mi segunda visita al teatro. La puerta de su camarín había quedado entreabierta durante aquel memorable cuarto acto en que yo había de realizar mi obra. Yo tenía en la mano un ramo que había comprado exprofeso. Empujé la puerta y me encontré frente a una joven y al parecer poco asequible, mucama, quien perentoriamente me preguntó a qué obedecía mi presencia allí.

Con el propósito de aminorar los riesgos de una posible sorpresa, me había disfrazado para parecer un inglés de mediana edad, — patillas rojas, cutis rojo, una peluca rubia pegada en las sienes, un cuello alto, pantalones de brin, un parche sobre un ojo y un monóculo en el otro. Mi buena y santa madre no hubiera sido capaz de reconocerme así.

Con toda deferencia expliqué, en un deplorable francés, mi profundo respeto y admiración por la señorita Mars y mi deseo de colocar aquel florido tributo a sus pies. No deseaba nada más.

La joven me escuchó fríamente, y pienso que en aquellos momentos mi aspecto era el de un cortés y perfecto caballero del viejo régimen. Luego tomó el ramo de flores y lo colocó sobre la mesita del camarín.

Me pareció que sonreía, — aunque no en forma muy alentadora, — y me aventuré a avanzar. Ella no demostró desaprobación. Tomó asiento junto a la mesita y ella tomó una labor de chochet, que, indudablemente, había dejado al presentarme yo. En el suelo había una sólida caja de hierro con grandes adornos y un enorme escudo sobre la cerradura. Tendrá como un pie de alto por unos dos de ancho.

No había en aquella habitación nada más que pudiera ser un lugar seguro para guardar alhajas. Sin duda era aquella la caja en que se encontraba el brazalete. Casi al mismo instante mi investigadora mirada descubrió una larga y tosca llave que estaba sobre la mesa del camarín, y mi mano buscó máquinalmente en el bolsillo de mi chaleco, el duplicado que me había entregado el supuesto Juan Duval.

Hablé elocuentemente durante algunos momentos. La joven me respondió con monosílabos, pero no se movió y continuó trabajando en su labor por lo que diez minutos después me ví en la necesidad de retirarme.

Volví a la carga durante la próxima representación de "El Ensueño". Aquella vez llevaba una caja de bombones para la mucama en lugar de un ramo de flores para su patrona. La joven sostuvo una corta conversación y por eso pude permanecer en su compañía. Se comió los bombones y coqueteó un poco conmigo. Pero luego volvió a su labor y pude convencerme de que nada lograría hacerla moverse de aquella habitación de cuya vigilancia era obvio que la habían encargado.

Entonces pensé en Teodoro. Me convencí de que no lograría llevar a buen término el asunto sin su ayuda. Por eso le dí cinco francos más, — que le dije eran de mis propios emolumentos, — y le aseguré que un cierto señor Juan Duval, me había prometido un par de cientos de francos, cuando el asunto estuviese terminado en forma satisfactoria. Era para aquella negociación, — le expliqué, — para lo que necesitaba su ayuda y me pareció que se quedaba satisfecho.

Su tarea era, por otro lado, sumamente fácil, en comparación con los riesgos a que me exponía yo. Veinticinco francos, mi estimado señor, sólo por llamar a la puerta del camarín de la señorita Mars, durante el cuarto acto, mientras yo conversaba con la atrayente guardadora de la caja de hierro, y decirla, con voz agitada por la emoción: "¡La señorita Mars ha perido repentinamente el conocimiento en el escenario! ¿Quiere ir en seguida?

No había una gran distancia entre el camaría y los bastidores, un solo tramo de mal alumbrados escalones de piedra que requerían muchas precauciones para realizar su ascenso o su descenso. Teodoro tenía orden de distraer por el camino a la mucama todo cuanto le fuese posible sin despertar sus sospechas.

Calculé que tardaría más de tres minutos en ir, preguntar, descubrir que todo era una farsa y regresar al camarín. Tres minutos de los que disponía yo para abrir la caja y extraer el brazalete, al mismo tiempo que,—si venía a mano, — cualquier otra cosa que representase un valor positivo. Yo había pensado en esa eventualidad, también—uno debe pensar en todo, como usted comprenderá;—en eso es precisamente en donde reside el talento. Luego, de ser posible, cerraría la caja, a fin de que cuando volviese la joven lo hallase todo en orden, aparentementey y no diese la voz de alarma antes de que yo hubiera tenido tiempo de salir libremente del teatro.

Podía realizarse — ¡oh, sí! — podía realizarse sin perder un minuto. Y al siguiente día, cuando a las diez de la mañana, apareciese el señor Juan Duval, no le entregaría el brazalete hasta que los mil francos hubieran pasado de su bolsillo al mío. Yo haría que Teodoro estuviera fuera de casa cuando fuese a llegar el señor Duval.

¡Mil francos! Hacía años que yo no había tenido en mi poder una cantidad semejante. ¡Qué banquete el que me daría al día siguiente! Había un pequeño restaurant en la calle de los Pipots, donde hacían un "cassoulet a la toulousaine" y preparaban un hígado de ganso y unas costillas de cerdo con porotos que... no le digo a usted más.

Todo lo que pensé durante aquel día es cosa que no puedo decirle a usted. La tarde aquella me sorprendió,—bien que ya estaba habituado a ello,—detrás del escenario del teatro Royal, saludando a uno o dos conocidos. La mayor parte de la gente me miraba con gran respeto y hablaba de mí como de un excéntrico milord. Suponían que estaba deseoso de ser presentado a la gran trágica, quien, —poco comunicativa por costumbre, — no había demostrado interés hacia mí.

Diez minutos después de levantarse el telón para el cuarto acto me encontraba yo en el camarín, ofreciendo a la mucama un prendedor de oro que había comprado a un vendedor ambulante por veinticinco francos, casi todo lo que me quedaba de los cincuenta que me había entregado por adelantado el señor Juan Duval. La damisela contemplaba casi desdeñosamente el prendedor y me daba las gracias, cuando sonaron unos golpes dados en la puerta. En seguida Teodoro introdujo su flaco rostro en la habitación. También él había tomado la precaución de adoptar un excelente disfraz: gorra de visera, echada sobre los ojos, rostro sombrío, y blusa azul de servidor de escena.

—¡La señorita Mars, — exclamó casi sin aliento—se ha enfermado! ¡Allí, en el escenario, en forma repentina! ¡Está entre bastidores! Pregunta por su mucama. ¡Dice que vaya en seguida!...

La joven se levantó rápidamente de su asiento, visiblemente emocionada.

—Voy corriendo, — exclamó, y sin el menor disimulo tomó la llave de la caja de hierro y se la guardó en el bolsillo. Creo que me miró cuando hizo aquello. ¡Oh! ¡Era una

perla entre el cieno! Luego señaló resueltamente la puerta.

—¡Milord! — fué todo lo que me dijo. Pero yo la comprendí en seguida. No tengo idea de que los caballeros ingleses puedan ser tratados así por una sirviente. ¿Pero a qué me iba a fijar en las reglas de urbanidad en aquellos momentos? Mi mano había apretado el duplicado de la llave de la caja de hierro y salí del camarín delante de la mucama. Teodoro había desaparecido.

Una vez en el corredor la joven se adelantó y echó a correr; uno o dos segundos más tarde oí el ruido de los altos tacones de sus zapatos en los escalones de piedra. No tenía momento que perder.

Volví a penetrar en el camarín y comencé inmediatamente mi trabajo. Primero me arrodillé delante de la caja. La llave penetró fácilmente en la cerradura; una vuelta y la puerta se abrió.

El interior estaba lleno con una variada colección de efectos de teatro todos revueltos—collares, cadenas, pendientes, todo ello se veía a simple vista que era falso; pero entre todo y parcialmente ocultas por las otras cosas, había una o dos cajas forradas de terciopelo, como acostumbran a usar los joyeros. Mis ojos se fijaron en uno de aquellos estuches. Decididamente estaba de suerte. Por el momento, no obstante, mi mano se detuvo en una caja forrada de cuero que se encontraba sobre todo en un rincón y que, indudablemente, por su forma, contenía un brazalete. Mis manos no temblaron aunque estaba excitado. Abrí la caja: allí estaba el brazalete — las grandes piedras verdes, la magnífica montura de oro, — la joya tenía un soberbio aspecto. De haber sido realmente legítima, — la idea cruzó mi mente, — podía afirmarse que era de un valor incalculable. Cerré la caja y la coloqué en la mesita cerca de mí. Tenía aún un minuto de que disponer — sesenta segundos, para ver lo que contenían los dos estuches de terciopelo. — Mi mano se apoderó de uno de ellos, cuando experimenté una sensación de malestar y me volví para mirar hacia atrás. Todo había pasado con la rapidez del relámpago. Al volverme ví un hombre que desaparecía por la puerta. Una mirada a la mesa me demostró hasta donde llegaba mi desgracia. El estuche que contenía el brazalete había desaparecido y en el mismo instante oí rumores del lado de la escalera, y la voz agitada de una mujer que gritaba: ¡Ladrón! ¡Detenedlo! ¡Ladrón!

Entonces, señor, pensé en mi peligrosa situación con la serenidad de ánimo que ha hecho para siempre famoso el nombre de Héctor Ratichón. Sin un falso movimiento, metí uno de los estuches de terciopelo que tenía en mi mano en el bolsillo de mi casaca. Cerré la caja de hierro con doble vuelta de llave y salí del camarín cerrando la puerta detrás de mí.

El corredor era oscuro. La joven subía las escaleras con un par de los hombres que trabajaban en el escenario, detrás de ella. Les iba explicando rápidamente y con acompañamiento de pequeños e histéricos chillidos, la infame broma de que había sido víctima. Usted pensará, señor, que iba yo a ser cazado allí como una rata en la trampa, y que el estuche de terciopelo que tenía en el bolsillo constituiría una prueba evidente contra mí.

¡No tal, estimado señor! ¡No fué así! No iba a dejarse vencer Héctor Ratichón el más hábil agente secreto que Francia ha conocido jamás, el confidente de reyes, por una mala partida del Destino. Antes de que la joven y sus dos acompañantes hubieran llegado a la parte superior de la escalera y penetrasen en el corredor, que estaba a mi izquierda, yo había torcido hacia la derecha y me había ocultado en el quicio de una puerta, protegido por la oscuridad que nos rodeaba y por la entrada que hacia la pared. Mientras las tres personas entraban en el camarín de la artista y perdían un tiempo considerable en inútiles exclamaciones al encontrar todo, al parecer, intacto, yo me escurrí de mi escondite y marché rápidamente a lo largo del corredor y pronto me encontré a mitad de la escalera.

Allí mi habitual serenidad frente al peligro me sirvió de mucho y me permitió mezclarme tranquilamente con la gente que se encontraba en el escenario, tramoyistas, utileros, directores, etc., ninguno de los cuales parecía tener conocimiento de la broma de que había sido objeto la mucama de la señorita Mars. Cinco minutos, exactamente, después de haber llamado Teodoro a la joven, me encontraba yo fuera del escenario.

Pero no tenía el brazalete, y estaba firmemente convencido de que el traidor de Teodoro me había jugado una de sus abominables tretas. Como he dicho, todo había ocurrido con la rapidez del relámpago, pero a pesar de ello, mis ojos acostumbrados, habían retenido la impresión de una gorra de visera y de un trozo de blusa azul que habían desaparecido en seguida por la puerta del camarín.

III

TACTO, habilidad y fuerza, todo era necesario, como admitirá usted, señor, para triunfar de aquella delicada situación. Iba caminando por la calle Richelieu, en dirección de mi oficina. Mi intención era pasar la noche allí, donde tenía un sofá-cama, en el que había dormido frecuentemente cuando, tras un día de mucho trabajo, se me hacía tarde para ir a mi casa de Passy.

Además, Teodoro dormía en la antecámara de la oficina y yo estaba firmemente convencido de que era él quien me había robado el brazalete. "¡Traidor! ¡Canalla! ¡Ladrón!" murmuré. "¡Pero no has vencido aún a Héctor Ratichón!"

Entretanto me acordé del estuche de terciopelo que llevaba en el bolsillo y de las patillas rojas que tenía en la cara y que también constituían una "pieza de convic-

ción" en caso de que la policía corriese tras el brazalete robado.

A fin de examinar una cosa y quitarme la otra, me dirigí hacia la plaza Lonvois, que como de costumbre estaba oscura y desierta. Allí me quité el parche del ojo y las patillas que arrojé por encima del cerco del jardín. Luego saqué el estuche del bolsillo y lo abrí para ver su contenido. ¡Imagínese mi desconsuelo, estimado señor, cuando vi que el estuche se hallaba vacío! ¡El Destino estaba, decididamente contra mí, aquella noche! Había sido defraudado y chasqueado por un traidor y había arriesgado el ir a Nueva Orleans, o tal vez más aun, por un estuche vacío.

Durante un momento, debo confesarlo, perdí esa imperturbable sangre fría que constituye la admiración de todos mis amigos, y con un expresivo juramento arrojé el estuche por encima de la verja para que fuera a reunirse con la peluca, las patillas y el parche del ojo, del milord. Luego marché a la oficina.

Teodoro no había ido. Y no volvió hasta las primeras horas de la mañana siguiente, en un estado que tan sólo puedo describir con su permiso, señor, como de un cerdo. Casi no podía hablar. Lo tenía a merced mía. Ni tacto, ni habilidad eran necesarios por el momento. Lo desnudé por completo y él únicamente se rió como un imbécil. Sus ojos tenían una horrible expresión: estaba repulsivo. Encontré cinco francos en uno de los bolsillos, pero entre sus ropas o sobre su persona ni el menor rastro del brazalete.

—¿Qué has hecho de él? — exclamé, porque ya estaba como enloquecido por la ira.

—No sé de qué me habla, — balbuceó mientras tambaleando se dirigía hacia su cama. — ¡Devuélvame mis cinco francos, ladrón! — El grandísimo pillo pronunció algunas frases sin sentido y finalmente cayó en un sueño profundo.

IV

¡A grandes males, grandes remedios! Pasé el resto de la noche pensando qué iba a hacer. Cuando comenzaba a amanecer mi resolución estaba tomada. El estertóreo respirar de Teodoro me demostraba que seguía durmiendo pesadamente. Yo, en aquellos tiempos, tenía gran fuerza muscular y él era delgado y en peores condiciones aun a causa del vicio de la bebida. Lo saqué de la cama en que estaba y lo llevé a mi oficina. Busqué un trozo de cuerda y lo até fuertemente al sofá-cama, impidiéndole todo movimiento. Le puse en la boca una mordaza a fin de impedir que pudieran oirse sus gritos. Luego, a las seis, cuando los restaurants más modestos comenzaban a abrirse, salí a la calle.

Tenía los cinco francos de Teodoro en el bolsillo y estaba desesperadamente hambriento. Gasté diez sueldos en una taza de café, un plato de cebollas fritas y porotos, y tres francos en un paté excelente, sazonado con mucho ajo, y una botella de un cuartillo de excelente coñac. Me bebí el café, comí las cebollas y los porotos, y me llevé el pastel y el coñac a casa.

Coloqué una mesa junto al sofá-cama, y sobre ella dejé el pastel y el coñac, de modo que en el momento en que Teodoro abriese los ojos su vista encontrase las dos apetitosas golosinas. Luego esperé. Yo sentía deseos de probar aquel delicioso pastel que olía tan bien, pero esperé.

Teodoro se despertó a las nueve. Luchó como un loco por libertarse, pero cambió de idea, al parecer sorprendido. Sin duda creía que estaba soñando. Entonces yo me senté en el extremo de su cama y corté un buen trozo de pastel que comí, con marcadas muestras de satisfacción, frente a Teodoro, cuyos ojos muy dilatados lucían como dos ascuas. Me preparé una taza de cafe. El aroma del ajo y del café, mezclados, se esparció por la habitación. ¡Era delicioso! Creí que Teodoro iba a enloquecerse. Las venas de sus sienes se hincharon como cuerdas, y bajo la mordaza sonó un grito indescriptible. Entonces le manifesté que podía participar del pastel y del café si me manifestaba qué era lo que había hecho del brazalete. Sacudió negativamente la cabeza con gran furia y yo dejé el pastel, el coñac y el café en la mesa, delante de él y marché a la antecámara, cerrando la puerta de la oficina tras de mí, y dejándolo solo para que meditase sobre su traición.

Lo que más temía por entonces era que el traidor se encontrara con el señor Juan Duval. El tenía el brazalete, — de eso estaba yo seguro y por ese lado tranquilo.— ¿pero qué había podido hacer con una joya falsa? No había podido disponer de ella más que para vendérsela a un proveedor de artículos de teatro, quien, sin duda, habría comprado la joya sin preguntar nada, pagando un par de francos por ella y comprendiendo que era una cosa robada. Después de todo, yo había prometido a Teodoro veinte francos y no podía ser tan tonto que vendiese la pulsera, por una cantidad mucho menor, sólo por el placer de jugarme una mala pasada.

No tenía la menor duda de que había ocultado el brazalete en algún punto donde considerase que estaba a seguro, con la esperanza de cobrar la gratificación que por la joya pudiera ofrecer la señorita Mars. Cuanto más pensaba en ello, más me convencía de que tal era su plan de acción. — ¡Oh! ¡Maldito traidor! — y yo me propuse convertirme en un sabueso que siguiera incesantemente sus pasos y que no lo perdiera de vista hasta que se viese obligado a entregarme su mal habido botín.

A las diez llegó el señor Juan Duval, tan vistoso, arrogante y brusco, como de costumbre. Iba justamente a explicarle que esperaba tener excelentes noticias que comunicarle después de la próxima representación de "El Ensueño", cuando sonó en forma violenta la campanilla de la puerta de entrada. Una vez que hube abierto ésta, penetró un inspector de policía de uniforme y con unos papeles en la mano.

Yo no siento mucha simpatía por la policía parisiense; mete las narices donde menos falta hace. Su incompetencia favorece las maquinaciones de los canallas y frustra las inocentes ambiciones de los justos. Sin embargo en aquella ocasión el inspector se mostró sumamente amable, aun cuando sus modales fueron bastante bruscos.

—Mire, Ratichón, — me dijo. — Se ha efectuado anoche el audaz robo de un valioso brazalete, en el camarín de la señorita Mars, en el teatro Royal. Como usted y su socio frecuentan toda clase de lugares de mala fama, es posible que oigan algo del asunto.

Yo no me dí por apercibido del insulto y el inspector sacó un papel del legajo que traía y me lo tendió.

—Se ofrece una recompensa de dos mil quinientos francos, — añadió, — por el hallazgo del brazalete. Usted encontrará en ese papel una descripción completa de la joya, que, entre otras, tiene la celebrada esmeralda Maroni, regalada al ex emperador por el sultán de Turquía y dada por el primero a la señorita Mars.

En seguida giró groseramente sobre sus talones y marchó dejándome frente a frente del hombre que tan villanamente había tratado de engañarme. Apoyé un codo en la mesa y la barba en la palma de la mano y en silencio contemplé al pretendido Juan Duval. Luego, también silenciosamente, señalé con un dedo acusador la descripción del famoso brazalete que me había manifestado ser falso y carecer de todo valor.

Pero él tuvo la osadía de dirigirme la palabra antes de que yo pronunciase una sílaba.

—¿Dónde está el brazalete? — preguntó. —¡Es usted un consumado mentiroso! ¿Dónde está ¡Usted lo robó anoche! ¿Qué ha hecho de él?

—Lo tomé a pedido suyo, — respondí con cuanta dignidad me fué posible. — Es una joya de teatro que me dijo carecía de valor y que saqué de una caja de hierro con ayuda de una llave que usted colocó en mis manos. Yo...

—¡Basta! — interrumpió bruscamente.— Usted tiene el brazalete. Démelo en seguida o...

Se detuvo y miró alarmado hacia la puerta de mi oficina, pues del otro lado se había oido un ruido seguido de una sorda e ininteligible maldición. Lo que había ocurrido era cosa que entonces no podía explicar; todo cuanto puedo hacer es referir los hechos.

—Usted tendrá el brazalete, señor, — le dije en la forma más amable. — Usted lo tendrá; pero no, hasta que me haya pagado tres mil francos por él. Puedo obtener dos mil quinientos entregándoselo a la señorita Mars.

—Y será detenido por la policía, — replicó. — ¿Cómo va usted a justificar el que se encuentre en su poder?

No me inmuté.

—Eso es cuestión mía, — respondí. — ¿Quiere darme los tres mil francos por él? Son bastantes sesenta mil francos para un ladrón de alta categoría, como usted.

—¡Canalla! — exclamó lívido de ira y levantando el bastón como si quisiera pegarme.

—¡Ah! Estaba todo bien combinado, señor Juan Duval, pero no ha resultado. Yo sé que el ladrón distinguido es un producto del antiguo régimen, pero no sabía que la cofradía hubiera producido un ejemplar tan fino como usted. ¡Pagar a Héctor Ratichón mil francos por apoderarse de un brazalete por el que va a obtener sesenta mil! ¡En verdad, señor Juan Duval, es usted tan hábil que merecía triunfar!

Nuevamente levantó el bastón para golpearme.

—¡Si usted llega a tocarme, — declaré yo, resueltamente, — llevaré en seguida el brazalete a la señorita Mars!

Se mordió los labios e hizo un gran esfuerzo para dominarse.

—No tengo aquí los tres mil francos,—exclamó.

—Vaya a buscar el dinero, — repliqué.— Yo ire a buscar el brazalete.

Vaciló un momento, pero me mantuve firme y después de amenazarme con darme de golpes y denunciarme a la policía, se marchó, en busca del dinero.

V.

ENTONCES pensé en Teodoro, en Teodoro, del que sólo me separaba una delgada pared que había sido el único obstáculo para que se enterase del valor de su mal habido tesoro. Estuve a punto de arrancarme los cabellos por efecto de la magnitud de mi rabia. ¡El traidor, el canalla estaba a punto de triunfar cuando yo, Héctor Ratichón, había fracasado! Teodoro no tenía más que entregar el brazalete de la señorita Mars para obtener la magnífica gratificación, mientras que yo, que había corrido tantos riesgos y había empleado mi cerebro y mi habilidad, tenía que contentarme con los miserables cincuenta francos que me había entregado tan a disgusto el señor Juan Duval. Y de ese dinero había gastado veinticinco francos en un broche de oro, diez francos en un ramo de flores, otros diez francos en bombones y cinco para gratificaciones al portero del escenario. Saque usted la cuenta, mi estimado señor y verá lo que me quedaba. De no haber sido por los cinco francos que había encontrado en el bolsillo de Teodoro la noche anterior, en aquel momento, no solamente estaría en ayunas, sino que tampoco tendría un sueldo en el bolsillo.

Mi última esperanza, — bien pobre por cierto, — era despertar un átomo de honestidad en el cerebro del architraidor y entonces por las buenas o las malas, inducirlo a que me devolviese su mal habido tesoro.

Lo había dejado roncando y atado en el sofá-cama y cuando abrí la puerta de mi oficina esperaba hallarlo a punto de morir de inanición, con aquel pastel y el coñac, cerca de él y sin poder comerlos, lo que constituía

una especie de suplicio de Tántalo. El ruido que había oido momentos antes había sido originado por un cambio de decoración. Y confieso que lo que vieron mis ojos me originó una grandísima decepción. Teodoro estaba sentado junto a la mesa terminando de comer el pastel, mientras que el sofá-cama se encontraba dado vuelta en el suelo.

Yo no puedo decirle, señor, todo lo desagradable que me resultó aquello. Sin embargo, le manifesté que me encontraba dispuesto a olvidarlo todo, sus mentiras y sus traiciones, y no sin trabajo le expliqué cómo le había facilitado mi propia cama y lo había atado en beneficio de su salud, temeroso de que se golpeara si era atacado del delirium tremens.

El no quiso atender a razones, ni a los más elementales dictados de la amistad. Después de derramar toda su bilis sobre mí, se puso tan perverso y obstinado como una mula. Con la más consumada desfachatez que jamás se haya visto en ser humano alguno, me negó conocer la cosa más mínima acerca del brazalete.

Mientras yo hablaba me fué llevando hasta la antecámara y una vez allí comenzó a reunir todos los efectos de su pertenencia, que fué guardando en sus bolsillos hasta que éstos estuvieron repletos. Luego se dirigió hacia la puerta de salida, dispuesto a marcharse. Se detuvo un instante y me lanzó de reojo una despreciativa mirada.

—Tome nota de esto, mi buen Ratichón, — dijo. — Nuestra sociedad queda disuelta desde mañana, el día veinte de Septiembre.

—¡Desde este mismo instante, bandido infernal!—exclamé.

Pero él no se detuvo para oirme y cerró la puerta en mis narices.

Durante dos o tres minutos permanecí quieto como anonadado, mientras oía alejarse por el corredor el ruido de sus pasos. Después lo seguí, despacio, subrepticiamente, como un zorro va siguiendo a su presa. El no se volvió ni siquiera una vez, pero se comprendía que no ignoraba que lo seguían.

No quiero fatigarlo, mi querido señor, con los detalles de la danza que me hizo bailar por todo París, durante aquel memorable día. Ni un bocado llevé a mis labios desde que me había desayunado hasta muy avanzada la noche. Recurrió a cuanta estratagema se emplea en la profesión para hacerme perder su rastro. Pero yo estaba pegado a él como una sanguijuela. Cuando vagaba de un lado a otro, yo hacía lo mismo, cuando corría yo también corría, cuando arrimaba las narices a la vidriera de una casa de comida, yo me detenía en el portal de la casa próxima. Cuando se detuvo para dormir en un banco de los jardines del Luxemburgo, yo cuidé su sueño como una madre pueda cuidar el de su hijito.

Hacia la noche, una hora después de la puesta del sol, cuando comenzaban a encender los faroles de la calle, llegó, sin duda, a creer que me había despistado, porque luego de mirar ciudadosamente a todas partes, se detuvo para emprender en seguida la marcha con una determinación que no había demostrado hasta entonces. Pensé inmediatamente que iba a dirigirse a la calle Daunou, donde estaba situada la miserable taberna de pésima fama que visitaba con suma frecuencia. No me había equivocado.

Alcancé al traidor en la esquina de una calle y en seguida lo ví desaparecer por la puerta de la "Taberna de los Tres Tigres", y resolví seguirlo. Tenía dinero en el bolsillo, —unos veinticinco sueldos, — y estaba enormemente sediento. Avancé por la calle cuando, repentinamente, salió Teodoro de la taberna, sudoroso, casi sin aliento y antes de que yo tuviese tiempo de apartarme cayó en mis brazos.

—¡Mi dinero! — gritó. — ¡Necesito tener mi dinero en seguida! ¡Ladrón!

Una vez más mi presencia de ánimo me sirvió de mucho.

—¡Domínese, Teodoro! — exclamé con toda dignidad.—No provoque una escena de esta especie en la calle.

Pero Teodoro no estaba acostumbrado a dominarse. La ira le había hecho ponerse pálido.

—¡Yo tenía cinco francos en el bolsillo, noche! — exclamó. — ¡Usted me los robó, miserable canalla!

—Y usted ha robado un brazalete por el que me iban a dar tres mil francos a mí,— respondí.—¡Déme el brazalete y al momento tendrá su dinero!

—No me es posible, — exclamó con desesperación.

—¿Cómo que no le es posible? — repetí mientras un horrible miedo se clavó como una garra en mi corazón. — ¿No lo ha perdido, por lo menos?

—¡Peor aún! — manifestó y se desplomó casi sin conocimiento.

Lo sacudí violentamente, le grité en el oído, hasta que después de pasar un momento, al parecer, desvanecido, volvió no sólo en sí, sino tan enfurecido como un león y tan fuerte como un toro. Nos agarramos. El me golpeaba con los puños, llamándome cuantos nombres injuriosos acudían a su imaginación, y yo me ví obligado a recurrir a todas mis fuerzas para rechazar sus ataques.

Durante algunos momentos nadie se fijó en nosotros. Discusiones y riñas delante de los establecimientos de bebidas en aquellas calles de París, eran tan frecuentes en aquellos días que la policía no prestaba mucha atención a esas cosas. Pero hubo un momento en que Teodoro atacaba con una violencia tal que me ví en la necesidad de pedir vigorosamente auxilio. Creí que iba a matarme. Salió gente de la taberna y alguien llamó a los gendarmes. Aquello tuvo la virtud de volver a Teodoro a la razón, pues se calmó repentinamente y ante la gente que se había reunido para ver nuestra pelea, echamos a andar, caminando en aparente amistad, uno al lado del otro, calle abajo.

Pero al llegar a la primer esquina, Teodoro se detuvo y mientras con una mano me sujetaba el brazo, con la otra agarraba uno de los botones mi casaca.

—¡Los cinco francos! — dijo con ronca ntonación. — Necesito tener esos cinco franos. ¿No comprende que no puedo tener el razalete mientras no tenga los cinco franos para rescatarlo?

—¿Para rescatarlo? — repetí.

Me alegré de que me tuviese sujeto por un razo porque experimenté la sensación de ue iba cayendo a un abismo que se había bierto, de repente, a mis pies.

—Sí, — dijo Teodoro, y su voz llegaba a í como desde una gran distancia o como i la oyeses teniendo los oidos tapados con lgodón. — Comprendí que estaba usted tan eseoso de apoderarse de ese brazalete como na hiena de un hueso, por eso lo aseguré en l bolsillo interno de la blusa que llevaba y i dejé a Legros, el propietario de "Los Tres igres". Era una buena blusa y me prestó inco francos por ella. Por supuesto que él o sabía nada del brazalete. Pero él sólo presa dinero a sus clientes con la condición de ue le tiene que ser devuelto dentro de las eintícuatro horas siguientes. Tengo pues ue pagarle esta noche antes de las ocho de a noche o dispondrá a su voluntad de la lusa y de lo que hay en ella. ¡Déme esos inco francos, maldito ladrón, antes de que egros tenga tiempo de descubrir el brazaete! Cobraremos la indemnización. Yo se lc rometo. Palabra de hombre honrado. ¡Malito sea, mentiroso, canalla!

¿De que servía hablar? Yo no tenía cinco raneos. Había gastado diez sueldos en prourarme desayuno, y tres francos en un sabroso pastel sazonado con ajo, y en un cuartillo de coñac. Suspiré profundamente. Tenía justos veinticinco sueldos.

Volvimos hacia la taberna, en la esperanza de que Legros no hubiera revisado aún los bolsillos, y poder conseguir, por juramento o garantía, con el usurario interés de veinticinco sueldos, que concediese un plazo de veinticuatro horas más para rescatar la prenda.

Una mirada al interior de la taberna, bastó para demostrarnos que todas nuestras esperanzas eran vanas. Legros, el propietario, tenía la blusa en la mano y la daba vueltas en todos sentidos, mientras su esposa conversaba con el inspector de policía, quien la enseñaba el documento que anunciaba la oferta de dos mil quinientos francos por recuperar el valioso brazalete propiedad de la señorita Mars, la distinguida trágica.

Esperamos tan sólo un minuto con la nariz pegada a las ventanas de "Los Tres Tigres" justamente lo necesario para ver a Legros sacar el estuche de cuero del bolsillo de la blusa; y para oir al inspector exclamar perentoriamente:

—Usted, Legros tendrá que decir a la policía quién ha robado el brazalete. Debe usted saber quién le dejó anoche la blusa.

Inmediatamente, nos alejamos los dos, calle abajo.

Ahora, señor, dígame si no tenía yo razón cuando aseguraba que el honor y la lealtad son cualidades esenciales para nuestra profesión. Si Teodoro no hubiera sido tan mentiroso y tan traidor, él y yo hubiéramos sido ricos aquel día con los tres mil francos.

POR LAS PAGINAS DE LA HISTORIA

ANÉCDOTAS INTERESANTES

Al volver el emperador Augusto de la batalla de Accio, fué saludado por un artesano que le presentó un pájaro, al que había enseñado a decir: "Yo te saludo, César vencedor".

El príncipe, encantado, le compró el pájaro en 6000 escudos.

Un vecino envidioso fué a decir al emperador que aquel ejemplar no era único, pues el mismo artesano tenía otro igual.

Quiso verlo Augusto, y el ave pronunció estas palabras: "Yo te saludo, Antonio vencedor".

El dueño, hombre previsor, había enseñado a este otro pájaro a felicitar al rival de Augusto, para el caso de que Antonio saliera triunfante.

No se irritó Augusto y se contentó con disponer que el artesano partiera los 6000 escudos con su vecino.

El ejemplo animó a otros vecinos, y otros tres pájaros parlantes fueron presentados al emperador, que los compró igualmente.

Un pobre zapatero se dedicó entonces a enseñar a otro pájaro, pero le costó muchísimo trabajo conseguirlo, y a cada instante exclamaba: "¡Nos hemos fastidiado! Trabajo perdido".

Al fin, a fuerza de constancia, consiguió que el pájaro aprendiera la salutación, y se presentó a Augusto con su ave parlante, que dijo como las demás: "Yo te saludo, César vencedor".

—Basta, basta, — dijo éste; — no quiero más pájaros aduladores, que ya tengo muchos en mi palacio.

Entonces el pájaro repitió lo que tantas veces había oído:

—¡Nos hemos fastidiado! ¡Trabajo perdido!

Y tal risa le dió a Augusto aquella oportunidad, que le compró más caro que los otros.

✣ ✣ ✣

El arzobispo de Burdeos, Avian de Sanzay, era tan caritativo que daba a los pobres, privándose de lo más necesario.

Llegó a carecer de ropa interior, y cuando le hablaban de comprarla, respondía siempre:

—¡Sí, sí! Ya veremos dentro de unos días.

Su ama de gobierno ideó entonces una estratagema y, dirigiéndose al prelado, le dijo:

—Monseñor, yo quisiera en los ratos de ocio hacer unas camisas a un pobrecito anciano, que no tiene qué ponerse; pero no tengo para la tela, Si fuerais tan bueno que me diéseis algo para comprarla.

—Sí; ¡pobrecito viejo! — dijo el prelado. — Toma para la tela.

A los pocos días se enteró de que con su ardiente caridad se había hecho una limosna a sí mismo

En el año 1742, un célebre médico de Londres, fué llamado a visitar a un enfermo de hipocondría.

—Os aconsejo, — dijo el médico, — que vayáis a ver y a oir al notable actor Garrick; será ese el mejor medio de curaros esta tristeza. Id y os reiréis muchísimo...

—¡¡Ay, doctor! — exclamó el enfermo.— ¡Imposible!

—¿Por qué?

—¡Porque Garrick soy yo!

✣ ✣ ✣

Por el año 1580 se cuenta que el rey Felipe II de España envió con una embajada al joven condestable de Castilla, que no tenía pelo de barba. El soberano ante el cual se presentó, al ver un embajador de tan poca edad, no pudo disimular su disgusto, y le dijo con gran ironía:

—¿Vuestro soberano tiene tal escasex de hombres maduros, que me envía un embajador sin pelo de barba?

—Señor, — contestó el español serenamente; — si el rey, mi señor, hubiera pensado en que el mérito consiste en las barbas, seguramente hubiera enviado un macho cabrío y no un gentilhombre como yo.

✣ ✣ ✣

Hallábase vacante mucho tiempo la sede de Rottenburgo, y el Ayuntamiento suplicó a un obispo que la diócesis del Alto Rhin que fuera a conferir las órdenes a los seminaristas.

La noticia de esta ceremonia atrajo mucha gente de los alrededores y, la víspera, un barbero muy modesto vió entrar en su establecimiento a un sacerdote forastero.

Mientras le afeitaba, le preguntó:

—¿Se viene a ver la fiesta, eh?

—Así es.

—Tengo mucha gana de conocer al arzobispo de Friburgo. Dicen que es un santo.

—Siempre se exagera, — dijo el cura.

—¡Cómo! — repuso. — Lo dice todo el mundo...

—Pues yo no lo creo.

Indignado el barbero, dijo:

—Hay muchos curitas que no pueden ver a los prelados que no les dejan hacer lo que quieren. ¿Por qué le tenéis mala voluntad?

—¿Yo? ¡No! Os aseguro que le quiero bien.

—¡Ya se conoce!

Y sin más, acabó de afeitarle, pagó el cura y se fué.

Al día siguiente fué el barbero a la iglesia, y cuál no sería su asombro al ver con los ornamentos pontificales al cura de la víspera, que no era otro que el propio arzobispo de Friburgo.



"COMPAÑEROS"

por HARRY DOUGLAS

SE trata de un relato breve, intenso, de una ternura que emociona y que además impresiona por la triste verdad que encierra. Por fortuna, la humanidad evoluciona y cada día que pasa van siendo más espaciosos los horizontes en que se pueden extender las iniciativas de los hombres de corazón que han sabido dignificar al género humano difundiendo ideas destinadas a arrasar, con el tiempo, todos los sedimentos de vieja barbarie que, desgraciadamente, perduran aún.

"ASI que tienes que ser "destruído", ¿eh?"

El Hombre del Bosque miró con el ceño fruncido al Perro, cuando habló así. El Perro levantó el hocico y olfateó un instante nada más. En sus ojos brillaban las dos únicas grandes cosas que un perro, o una mujer, pueden ofrecer a un hombre: amor y fidelidad. Poco importa lo que nuestros semejantes piensen de nosotros, ¿cuántos de nosotros llegamos a ser lo que nuestros perros creen que somos? Noble, caballeresco, valeroso, tiene que ser, en verdad, el que llega.

El Hombre estaba sentado en la pobre cama de una escuálida habitación de casa de vecindad situada en una escuálida calle de la ciudad. El Perro le miraba desde el suelo. El Hombre era alto y delgado, muy delgado. En sus ojos se leía el brillo de la enfermedad. El Perro era una mezcla de ovejero, galgo, terranova y todo lo que ustedes quieran. Para el transeunte ignorante era un perro cualquiera. Para el Hombre del Bosque era "Compañero".

—¡Qué vergüenza! — El Hombre sentía acrecentarse su enojo. — ¡Maldita sea la ciudad... todas las ciudades! Tú y yo somos los únicos forasteros aquí, Compañero. Ya sé todo lo que les habrás sufrido a esos muchachos antes de decidirte a hundir tus dientes en sus mugrientas piernas. ¡Qué vida, también, la tuya, en un agujero como este y estando yo fuera todo el día, buscando dónde ganar para tener un techo y un pedazo de pan para los dos! Pero al fin

te cansaste, y mordiste al importuno. Y ahora van a venir a buscarte y te van a castigar por eso. Y el muchacho es un inútil y un malo. Y tú... ¡Ah, Compañero!

La mano del Hombre, delgada, curtida, cayó, casi brutalmente sobre la peluda cabeza. Algo más cayó de sus ojos sobre el peludo cuerpo. En el mismo momento se oyó un raro murmullo, procedente de la calle. Palabras y voces mezcladas a un vaho de pescado frito, de cerveza agria, ascendieron de un grupo de mujeres con las mangas levantadas, los brazos desnudos y rodeadas de sucios chiquillos.

Se oían voces infantiles. Frases groseras, sembradas de palabrotas. Algunas mujeres vociferaban y blasfemaban. Saliendo de su ensimismamiento el Hombre retiró la mano de la cabeza del Perro y exclamó con amargura:

—¿Para estar con "eso" es para lo qu. no eres suficientemente bueno? ¡Van a despacharte por haber corrido el peligro de envenenarte mordiendo a uno de ese grupo de gentuza! Tal es la ciudad, Compañero. Más te vale morir que vivir aquí. Yo pienso lo mismo. La ciudad es sólo para el que la conoce y para el que tiene dinero. Nosotros teníamos mucho, de sobra, allá en el bosque ¿no es verdad que teníamos, viejo amigo?

Compañero alzó la cabeza y la apoyó en la rodilla del Hombre, mirando hacia arriba, como tratando de comprender, moviendo las orejas hacia adelante y hacia atrás.

—Estábamos muy bien, hasta que yo sufrí aquella caída. La caída ocasionó una enfermedad a los huesos, que se llama, no recuerdo cómo. Ahora hemos gastado todo nuestro dinero en pagar al médico y por eso tenemos que vivir en un tugurio como este. El médico me dijo hoy que ya no sirvo para trabajar en el bosque, que no serviré nunca. Tal vez no me pueda curar jamás. He quedado perdido, inutilizado.

"¿De qué me sirve ocuparme de manejar un ascensor? Tomé el trabajo porque era el único trabajo liviano que encontré y no iba a morirme de hambre. No sé si sería capaz de dejarme morir de hambre... pero no podía ver que tú estuvieras hambriento. Bastante malo era el haberte traído a tí, perro del bosque a un sitio como este. Te traje porque siempre hemos vivido juntos, desde que te tomé en la taberna de Hogan porque eras un cachorrito y nadie quería tenerte. Durante mucho tiempo has sido el único amigo que he tenido, Compañero... y el mejor amigo también. Y tú lo sabes, ¿no es cierto?

Cualquier hombre sensato que hubiese mirado en aquel momento los ojos del Perro, hubiera dicho que sí, que lo sabía.

—Y ahora, tú tienes que irte y yo tengo que quedarme... solo. — El Hombre bajó mucho la voz hasta que fué como un susurro. — El especialista dijo que yo no podía volver al bosque; yo, que nací en el bosque y en él me crié.

Calló y miró por la abierta ventana. Compañero le miró y luego miró también por la ventana. Frente a ella se veía una fila de casas grises, una monótona hilera de balcones con ropa de cama echada encima y algunos sucios utensilios de cocina. Pero el Hombre y el Perro miraban hacia lejanos horizontes, velados tras del misterio del aire caliente y lleno de polvo. Vieron los espacios libres, bañados por el sol, barridos por el viento, donde habían vivido siempre. Vieron de nuevo la luna entre los árboles, por la noche, las brillantes estrellas que parecían moverse en la bóveda azul-negra, sobre su cabeza, mientras el Hombre estaba tendido junto al fuego del campamento, hablándole al Perro, después de un día de pesado trabajo. Se vieron a ellos mismos en medio de la inmensidad, con lo eterno por encima, rodeados siempre del mismo paisaje.

—¡Aquí vienen a buscar a ese maldito perro!

Esas palabras interrumpieron el ensueño. La autoridad se acercaba a exigir la vida le un perro como precio de un leve mordisco dado en la sucia pierna de un chiquillo cruel y maligno. El Hombre se estremeció. Sus ojos brillaron más febrilmente que nunca; de pronto su fuego se vió amortiguado por la humedad de las lágrimas en el momento en que los sollozos conmovieron su pecho.

—Compañero, tú... tú...

Apoyó la cabeza en la de Compañero, durante algunos segundos. Después se levantó, fué hasta donde estaba su deteriorado baúl y regresó, ocultando algo a la espalda. Se rió sin alegría, de un modo terrible. Después habló con fingida calma.

—¡Así que vienen para matarte! ¿Eh? ¡Dios mío, son crueles como el mismo infierno! ¡Pues bien, no lo harán! ¡Asesinos! ¡Yo les burlaré, Compañero! ¡Yo les venceré! ¡Así!...

Cuando avanzó la mano que tenía oculta, en el cuarto retumbó un fuerte ruido, y se sintió el olor acre de la pólvora quemada.

✣ ✣ ✣

UN minuto después la Autoridad forzó la puerta del cuarto. Tras de la Autoridad atisbaron varias sucias mujeres y uno o dos hombres sin afeitar y en mangas de camisa. Todo lo que pudieron ver fué un hombre muerto, tendido junto a un perro muerto, cada uno de ellos con una herida de bala en mitad de la frente. El brazo del Hombre ceñía el peludo cuello del Perro. Y se diría que los vidriosos ojos del Perro miraban al Hombre con una expresión de amor y fidelidad, fija para siempre.

Eso fué todo lo que vieron. Pero tal vez El, que hizo a ambos, al Hombre y al Perro, — pero no hizo la ciudad, — vió más. Quizás El quiso que fueran compañeros en el Después, como lo habían sido en el Antes.

No hay ganancias más seguras que les económicas.—Syrus.

✣ ✣ ✣

Muchas veces hay que estudiar una habilidad para parecer tonto



La Lámpara de Sharon

por L. J. Beeston

Preámbulo. — Les ruego quieran prestarme un momento de atención, y ustedes perdonen, pues tengo que decir algo desagradable a propósito de mí mismo. En un tiempo yo fuí ladrón de alhajas. La policía logró cazarme en sus redes y me obligó a plegarme a sus condiciones: en cambio de mi experiencia como ladrón y mis conocimientos en cuestión de joyas:—¡la libertad! Pusieron así a un ladrón en la obligación de descubrir a otros ladrones. Esta es, dicha con toda claridad, la razón de existir de estos relatos de lo que me pasó cuando trabajé, mano a mano, con la policía.

I.

La sinfonía estaba en el "crescendo" que anunciaba la proximidad del final y la rutilante iluminación eléctrica estaba por apagarse casi sobre las cabezas de la espectante multitud, cuando un hombre empujó para hacer pasar su molesta humanidad por delante de mis rodillas. Que constituía una molestia era obvio, que bien podía haberse vestido de frac fué una idea que se mezcló con la del fastidio que me producía: pero en seguida la irrupción, el levantar el telón y el sonar de los violines, fué, todo junto, olvidado a un mismo tiempo. Porque un verdadero destello de luz dió en mis ojos, procedente de un diamante que el recién llegado tenía en el alfiler de corbata.

Había reconocido que aquel diamante era el llamado la Lámpara de Sharon.

Interesante. Yo le había robado la Lámpara de Sharon, trece meses antes, a Tyrus Cobbold, conocidísimo habitante de una ciudad del estado de Ohio.

Interesante, digo. Se comprendía por qué

razón mi vecino de platea no se había vestido de frac. Tenía el propósito de lucir la Lámpara de Sharon, de hacer que todos cuantos se hallaran en el teatro pudieran tener ocasión de mirarle y admirarla.

La piedra no era de tamaño muy grande. Estaba tallada a la moda antigua, talla en rosa; una verdadera rosa de Brabante con la base chata, el otro lado en punta y con doce facetas. Pero el verdadero encanto y valor de la piedra era su impecable pureza y el tono azulado, idéntico al que se ve en los estanques tranquilos y profundos de cristalinas aguas.

El primer acto transcurrió sin que yo me diera cuenta de lo que pasaba en el escenario. Estaba pensando en Tyrus Cobbold, el riquísimo hijo de uno de los reyes de la plata, de Nevada. Claro está que no tenía idea de quién había podido quitarle el diamante, pues yo me hallaba, en calidad de invitado, en su casa, en aquel entonces y nuestra amistad no podía ser más estrecha y cordial.

¿Qué ésta es una vergonzosa confesión? Sí, sí, lo admito. Pero ¿no he clausurado para siempre aquellos malos capítulos? ¿No me hallaba entonces en calidad de ayudante y consejero de la policía? ¿No era, mi experiencia, de grandísima utilidad para los elementos policiales? En cambio de ella había obtenido yo mi perdón. Ellos habían hecho un excelente negocio, sin duda.

Bajó el telón al terminar el primer acto y yo dirigí una segunda mirada a la corbata de mi vecino. No me había equivocado. El diamante conocido por el nombre de la Lámpara de Sharon enviaba sus fulgores desde un poco más abajo de su cuello medio arrugado. El hombre aquel me era desconocido. Me pareció que era norteamericano; había muchos norteamericanos en Londres, entonces, era la época del año en que acuden a la capital inglesa y Mary Garden estaba dando su temporada de ópera.

La proximidad de aquella, verdaderamente rutilante gema me conturbaba vagamente. Allí estaba uno de mis delitos abofeteándome descaradamente el rostro. Relativamente experimentaba yo algo parecido a lo que debió sentir Macbeth cuando Banquo turbó su fiesta con su no anunciada presencia.

¿Cómo demonios había llegado aquel hombre a encontrarse poseedor de aquella piedra? Yo la había vendido por intermedio de un encubridor en... poco importa donde fué ni quién fué. El que la llevaba en aquel momento parecía bastante inofensivo. Sus ojos de mirada dura, sus acciones burdas y sus delgados labios no sugerían la idea de una belleza digna de Apolo, pero tampoco indicaban la existencia de un instinto criminal. De fijo que si hubiera sabido que el diamante aquel era propiedad robada, no lo hubiera ostentado de aquel modo en un lugar público. Sin duda lo había comprado y lo había pagado. Por otra parte, la Lámpara de Sharon pertenecía indudablemente al despojado Tyrus Cobbold.

Me sentía incómodo, temeroso de que mi vecino quisiera hablarme. Un temor enteramente infundado, pues él estaba muy ocupado, mirando en redor y no se preocupaba absolutamente de lo que pudiera sucederle a un tranquilo espectador que estaba a su lado y que no le miraba. ¡Si hubiera podido adivinar los pensamientos de aquel, al parecer tranquilo espectador! ¡Cómo se hubiera alejado de mí, con la mano protegiendo su alfiler de corbata!

Esta poco tranquilizadora reflexión no me hizo más agradable la situación, así que en cuanto cayó el telón, al terminar el segundo acto, me levanté de mi butaca. El resto de la ópera había dejado de tener interés, en lo que a mí se refería, así que pronto me retiré del teatro. O iría al club o, a leer algún buen libro, a mis habitaciones de Clarges Street. ¿El club o mi casa? Arrojé al aire una moneda, recogiéndola en la mano. ¿Cara o cruz? Cara: mi casa. Fuí hacia ella. Encontré, esperando mi regreso, una carta. Decía así:

"Mi estimado Acton Dawes: Mi hija y yo
" llegamos a Londres la semana pasada.
" ¿Recuerda usted a mi hija Hilda? Esta
" mos reanudando viejas amistades. Quisié
" ramos que usted viniera mañana, a comer
" con nosotros, a este hotel. ¿Puede usted?
" Cariñosos recuerdos de Hilda y sinceramente su amigo: — Tyrus Cobbold".

Algo de calor que sentí en las mejillas indicó que yo sentía un poco de vergüenza. No podía negarlo, ya había olvidado para siempre los malos días, ya había vuelto definitivamente aquellas páginas manchadas. Me sentí conmovido por aquella carta cortés del viejo amigo Cobold a quien había hecho víctima de tan sucia combinación. Tal vez aquella saludable emoción no sacudió mi sangre más que porque las luces de la Lámpara de Sharon habían caldeado mis ojos hacía tan poco tiempo y me habían recordado el suceso.

¿Aceptaría la invitación? Cobbold no era un compañero agradable; él y yo no participábamos de los mismos gustos o las mismas aficiones; pero de pronto recordé a Hilda, su carita morena y su cabello, que llevaba peinado como un dibujo de una madona, que yo había visto en el vitrail de una iglesia, y su manera de tocar el piano. Recordé que la joven estaba por casarse la última vez que la ví. Conocía al novio y pensé que para él era una suerte casarse con aquella joven. ¿Había sucedido algo que había podido romper el compromiso aquel?

Envié una atenta esquela aceptando la invitación.

. . . .

Cobbold, Hilda, yo. Unicamente los tres. La comida fué servida privadamente. Fué de primera calidad. Tyrus estaba de buen humor y su hija encantadora dentro de su actitud tranquila. Procuré olvidar el pasado y gozar realmente del presente.

Por último un camarero se llevó las cosas

de la comida y la joven Hilda cruzó la habitación y se dirigió al piano. Cobbold y yo acercamos sillas a la chimenea. Encendí uno de sus cigarros suaves y me hallaba en silencio, apreciando aquella música, cuando mi invitante lo desconcertó todo, manifestando de improviso lo siguiente:

—Supongo que usted tendrá un sentimiento, Dawes, al enterarse de que no logré recobrar nunca mi diamante llamado la Lámpara de Sharon.

Desagradable. No era, por cierto, el tema de conversación que yo hubiera escogido.

—¿No? — dije, fingiendo mal que aquello me interesaba. — ¡Qué lástima!

—Me gustaba aquella piedra, — continuó Cobbold estirando las piernas y cruzándolas luego: — Por eso me sentí, y aun me siento, muy resentido por haber sido burlado por el hábil canalla, que se lo llevó. Porque fué un canalla muy hábil, señor. Yo había burlado ya tres anteriores tentativas semejantes, pero admito que el hombre que me despojó de mi Sharon era un maestro.

—¿Y no tiene usted sospechas? — murmuré.

El dejó pasar la pregunta sin hacer caso de ella.

—Lo peor de todo fué, — agregó con tristeza, — que yo había prometido a Hilda regalarle la piedra el día de su casamiento. ¿Y qué cree usted que pasó? Pues que se demostró tan supersticiosa que consideró que la pérdida del diamante era una orden de suspender su casamiento. ¡Así ha sido, señor! ¡Todavía estamos tras del diamante y hasta que lo encontremos, Hilda no se casará!

El caso era divertido.

—¡Vamos! ¡Usted lo dice en broma, estimado señor! — exclamé, riendo.

—¿En broma? ¡No! — declaró enérgicamente. — Y me propongo recobrar el diamante, aun cuando sea por esa única razón. Usted me preguntó si sospechaba de alguien. Aquí, entre nosotros, sospecho que anduvo en eso la mano de un ladrón de alhajas enteramente extraordinario. Alguno que ocupa buena situación social, ¿sabe usted? Alguien que se mueve en nuestro mismo nivel social, por ejemplo.

Le miré con el rabo de mi ojo izquierdo y me sentí desconcertado al notar que él me miraba del mismo modo con el rabo del ojo derecho. Sin embbargo, deslicé la mirada lateralmente, sin dar muestras de tribulación y fumé varias bocanadas de mi cigarro de hoja.

—Eso no es improbable, señor Cobbold. El caso no fué un robo vulgar, naturalmente. Usted tenía alojados en su casa a muchos invitados y alguno de ellos pudo caer en tentación.

—¿Cree usted que se trató de un súbito impulso? ¡De ningún modo! Creo que fué algo bien planeado. Algo complejo y lógico. Andan por ahí muchos tiburones. Se ganan la vida de ese modo. Van a los clubs, a las reuniones, a las comidas. Son hombres de su mismo rango social, Dawes, que tienen exactamente sus mismos amigos, todos ellos tan bien educados como usted mismo.

Dirigí una bocanada de humo hacia la chimenea y la miré pensativo. ¿Qué diablos se proponía aquel hombre con aquello?

La joven tocaba el piano muy suavemente. Parecía soñar mientras ejecutaba una de esas originales fantasías de Schumann que reflejan la puesta del sol en medio de un deslumbrante despliegue de luz y de locura. De pronto, Hilda golpeó el teclado produciendo una disonancia violenta... algo como un sollozo de desesperación.

—Bien, ¿qué es lo que usted puede decir a todo eso? — preguntó Tyrus Cobbold con toda desenvoltura.

—Que es probable que tenga usted razón. No me parece, de todos modos, que sea un hallazgo, su opinión. Yo nunca dudé de que el ladrón que se llevó la Lámpara de Sharon era hombre que vivía en la alta sociedad.

—¡Ah! ¿Usted no dudó nunca? — dijo, riendo y restregándose las manos. — ¡Muy bien! ¡Muy bien, en verdad! Claro está que no dudaba... que no podía dudar. Es natural que su inteligencia lo viera así. No me asombraría que usted conociera al hombre. Quizás lo ve usted todos los días, sin faltar uno. ¡Quién sabe!

Durante un segundo tuve la sensación que puede experimentar el ratón que se mueve, y oye el respirar del gato que vigila. Sensación molesta. Pasó y la hostilidad puso en tensión todos mis nervios y me hizo crispar los dedos. ¡Cobbold sabía! ¡Yo estaba enteramente seguro de que sabía! Por algún medio asombroso había logrado descubrirme.

Gracias a Dios me hallaba yo bajo la custodia de la policía que me había perdonado. No tenía por qué asustarme. Además yo no me había dejado impresionar nunca por el pánico.

Hilda seguía ejecutando el tema sentimental. Yo pensé en las palomas que se arrullan en los pintorescos jardines de Estambul... ¿Escuchaba ella nuestra conversación?

No era necesario contestar inmediatamente. Todo lo contrario. Fumé en silencio. El también. Por último, me atreví a hablar.

—¿Por qué generaliza usted? — dije. — ¿No tiene usted en su pensamiento a determinada persona?

—¡A una persona! ¡Si creo haber dado en el mismo blanco! ¡Ya lo creo! En realidad, para pasar al terreno de lo concreto, diré a usted que sé quién fué el que me robó mi diamante y se trata de un hombre muy perspicaz.

—¿De veras? — Y me volví hacia él, alzando las cejas interrogativamente.

Pero me hallaba en el incandescente borde del cráter, de todos modos.

—¡Claro! — exclamó sonriendo, mientras se reflejaban en sus ojos las llamaradas del hogar. — Yo tenía la Lámpara de Sharon en mi dormitorio. En el cuarto había varias tablas con libros. Metido entre otros

estaba un volumen que, en el lomo tenía con letras doradas un título y un nombre de autor: "Romola", por George Eliot. Pero no era un libro, aun cuando lo parecía. Era una caja en la que yo guardaba mis alhajas preferidas. Nuestro ladrón se enteró de eso y sacó la Lámpara de Sharon del receptáculo. No dudo de que procedió cautelosamente a fin de no dejar impresiones digitales en el libro imitado; pero de lo que no se dió cuenta fué de que los dos libros verdaderos que estaban, cada uno a un lado de la caja, estaban especialmente preparados para recibir impresiones digitales. Y como el volumen imitado estaba bien sujeto entre los otros, tuvo que tocar, necesariamente, los otros. ¿Comprende la combinación? Yo tengo en mi poder sus impresiones digitales o, mejor dicho, una fotografía de ellas. Generalmente la llevo en la cartera. Voy a mostrársela, señor Dawes.

Sacó la cartera del bolsillo. Sentí frío en la espina dorsal. ¡Qué tonto, haberme dejado pescar de modo tan sencillo!

—Claro está, — prosiguió, — que yo tenía que sospechar de uno de mis invitados. Era, entonces, necesario obtener las impresiones digitales de todos, para identificar al autor del robo. Este fué un trabajo molesto, pues hubo que hacerlo secreta y reservadamente, pero no fué difícil. Encontré a mi hombre como lo esperaba; pero él se retiró antes de que yo estuviera preparado para echarle la red. Era ya demasiado tarde, porque él se retiró con infernal habilidad y comprendí que vendería mi Sharon sin la menor tardanza.

—¡Bah! — intervine yo, exteriormente, tan tranquilo y frío como él. — Porque usted encontró las impresiones digitales de uno de sus invitados en un libro de su biblioteca, no podía por eso, acusarle de haber robado el diamante.

—¡Un momento! ¿Y si ese invitado era un ladrón de alhajas profesional? Si yo hacía dirigir hacia él la luz del foco policial aparecerían muchos detalles desagradables de su pasado que fortalecerían en grado sumo mi caso contra él.

—Se ve que está usted dotado de la facultad de dominar la lógica a su placer, señor Cobbold! — dije, lentamente.

—Así lo creo. Ahora escúcheme. Suponga que pasa un año antes de que volvamos a vernos. Yo hubiera podido lanzar tras él a los sabuesos de la policía, pero eso no me hubiera devuelto mi Lámpara de Sharon. En tal caso, al encontrarme con el hombre, yo le diría: "Quiero tener mi diamante, lo quiero. Usted lo robó una vez; róbelo de nuevo. La primera vez fué un delito, la segunda no puede serlo porque no pertenece legalmente a su actual poseedor y usted, al devolvérmelo, no hará más que realizar una restitución no condenable sino encomiable". Sí, señor, eso sería lo que yo le diría al hombre. No es posible que un diamante como la Lámpara de Sharon pase inadvertido. Si se hubiera perdido de vista no será difícil dar con su rastro, sobre todo, no le será difícil a quien es todo un pillastre de primera clase en esos asuntos.

Escuché con interés

—¿Y si el hombre no aceptara? — pregunté.

—Entonces le amenazaría con la fotografía de las impresiones digitales.

Me levanté perezosamente. ¿Tenía yo miedo de él? Un poco, tal vez; pero no iba a dejar que lo notara. Además, ¿no estaba yo al servicio de la policía?

—Bien, señor Cobbold, — dije con desenvoltura, — le deseo el mejor éxito en su investigación. ¿Me perdona usted si me retiro tan temprano? He pasado una velada muy agradable, puede usted creerlo. No recuerdo ninguna que me haya proporcionado igual satisfacción. ¡Buenas noches!

¡Me miró, se rió y después arrojó al fuego la fotografía de mis impresiones digitales!

—¡Oh! ¡No se vaya todavía, Dawes! — dijo jovialmente. — ¡Vamos! Hilda que se había quedado casi dormida sobre el teclado, parece despertar, dispuesta a vengarse de nuestros oídos. ¡Qué fuerza de dedos! Además, no he terminado mi largo discurso. No, pensándolo mejor, no voy a amenazar a ese muy hábil ladrón de joyas. Voy a decirle lo que haré. Voy a destruir la prueba que tengo contra él y le voy a decir: "Tráigame mi Lámpara de Sharon. El día en que usted la ponga en mis manos, yo le daré dos mil dólares, es decir cuatrocientas libras de su moneda".

—¡Cómo! ¿Sería usted capaz de oir eso? —dije en voz demasiado alta. Bajé al tono de la conversación y agregué: — Con eso daría usted una excelente broma al pobre diablo, señor Cobbold.

—¡No! ¡De ningún modo! Le prometería el dinero no en broma, sino en serio, y la palabra de Tyrus Cobbold es como un cheque. Deseo entrar en posesión de mi diamante; y el único modo de obtenerlo es utilizar los servicios de la genialísima persona que logró quitármelo.

Durante cinco segundos nos miramos a la cara. La tensión fué bastante, lo aseguro. Me volví para retirarme.

—En tal caso, señor Cobbold, — contesté escogiendo cuidadosamente las palabras, — el hombre que le robó a usted el diamante se consideraría como excepcionalmente afortunado. Sería un verdadero imbécil si no aceptara su ofrecimiento. Pero con seguridad lo aceptaría; y no me cabe duda de que lograría entrar en posesión de la Lámpara de Sharon. Buenas noches, estimado señor. Buenas noches, señorita Cobbold. Le aseguro que su delicada ejecución ha sido el más hermoso acompañamiento que podía haber tenido mi encantadora conversación con su señor padre.

II.

SINGULAR situación. Ustedes no me negarán esto. Y una situación enteramente nueva para mí, a pesar de mi vasta experiencia. Tenía que devolver a su legítimo dueño el diamante que

él sabía que le había robado; y él era el que iba a pagarme el trabajo.

¿Me proponía yo robar la Lámpara de Sharon por segunda vez? Estaba casi decidido a hacerlo. El hecho de que supiera donde encontrarla facilitaba el asunto. Además, yo no estaba disgustado con el viejo Cobbold. Se había producido en forma muy caballeresca. Comprendía que, para mí, sería una verdadera satisfacción entregarle el diamante, especialmente si podía entregárselo pronto. Además me sería agradable apaciguar el supersticioso temor de su hija. Sí, este último pensamiento me atraía de verdad.

A modo de prueba estuve la mañana siguiente en la secretaría del teatro en que había visto al hombre con el diamante. Recordaba el número del asiento de platea que yo había ocupado; el suyo era el de al lado. Con seguridad había dado el nombre al encargar que le reservaran el asiento; — es la costumbre; — se llamaba Lammark.

Nombre poco vulgar, afortunadamente. Pasé medio día en escritorios de hoteles y otros sitios semejantes donde podía dar con algún rastro del señor Lammark. Sentíame seguro de que era un caballero norteamericano y si lo era y estaba visitando Londres me sería posible encontrarle. Lo encontré. Había estado alojado en el Hotel Elsimore, pero lo había dejado par alquilar una casa con muebles, — Park Crescent Gardens, 222,— que yo conocía. Era de propiedad de una señora de Veresham a quien yo había visto una o dos veces y que en aquel momento se halaba en Mentone, — en la Cote d'Azur, — a donde había ido después de alquilar la casa.

Muy bien, todo eso. Las sucesivas averiguaciones progresaron con facilidad. El señor Lammark iba a partir para Estados Unidos dentro de tres días. Tenía que darme prisa. Después de reflexionar llegué a la conclusión de que, si quería apoderarme del diamante, tendría que ir a buscarlo a la casa de Park Crescent Gardens, 222.

Esto no me gustaba. El oficio de ladrón con fractura y escalamiento no era de mi predilección, aun cuando en dos ocasiones habíalo hecho, durante mi criminal carrera. Pero no me gustaba. Sin embargo, conocía perfectamente el interior de la casa; se comprendía que el hombre que usa alfiler de corbata lo tiene en el dormitorio, donde lo deja cuando se lo quita por la noche y lo deja, generalmente, en un sitio fácilmente accesible. Adiviné que Lammark debía dormir en el mejor de los dormitorios y lo comprobé atisbando por las ventanas.

De todos modos fué posible que abandonara yo el proyecto a no intervenir un golpe de mala suerte que me precipitó de pronto hacia la aventura. En la última edición de un diario de la tarde leí la noticia de que se había producido un terrible incendio en un territorio productor de petróleo; una conflagración que amenazaba ser una de las peores y más aplastantes destrucciones de propiedad material que hayan producido en el mundo. Ahora bien, yo tenía en mi poder algunas acciones de esa Compañía Petrolera de Kahulú, no muchas, pero las suficientes para que la oferta de Cobbold, de cuatrocientas libras me resultara sumamente agradable. La consecuencia de eso fué que, hallándome cerca de Park Crescent Gardens, sintiera un impulso que me decidió definitivamente.

Faltaba media hora para las doce de la noche. El barrio es muy tranquilo; las casas tienen, casi todas, jardín delante. Reinaba una tenue neblina que colgaba brillantes gotas de agua de los olmos sin hojas. En la casa se veía pocas luces. Había una en la habitación a la que yo dirigía la vista. Todas aquellas luces se apagaron antes de que dieran las doce.

Me alejé de aquel sitio. Estuve paseando durante cerca de una hora y regresé luego. La niebla se había hecho más espesa, así que me costó trabajo dar con la casa que buscaba. Una gradería de piedra conducía a la puerta principal y tenía una barandilla a cada lado. A la derecha había una ventana grande con una estrecha verjita de hierro en la parte inferior, tras de la cual había tres macetas con siemprevivas. Saltar de la barandilla a la verjita no era fácil pero tampoco era imposible. Saqué una fuerte navaja que llevaba en el bolsillo con el propósito de servirme de ella para hacer saltar el cierre de la ventana. Había decidido que, si no lograba entrar fácilmente por aquella ventana, abandonaría por completo la empresa. Pero, como mucha gente de la que alquila casa con muebles ajenos por una corta temporada, los inquilinos eran descuidados. La ventana no estaba asegurada debidamente y antes de que pasara un minuto ya estaba yo dentro de la habitación que tenía aquella ventana.

Sentí en aquel momento el instinto propio del ladrón que le dice que todo marcha bien y que tendrá éxito. Haciendo uso de una pequeña linterna eléctrica de bolsillo, avancé por la habitación, — había comido allí varias veces, hallándose en la casa la señora de Veresham, — y subí luego por un tramo de escalera de madera, con gruesa alfombra roja. Una vez que hube llegado a la puerta a que quería llegar, moví la manija sin hacer el menor ruido. Sabía que daba a un cuarto de vestir y que al dormitorio se pasaba por una puerta interior. Cerré la primera puerta tras de mí, esperé un instante y entonces encendí mi luz de bolsillo.

El cuarto de vestir estaba vacío como lo había sospechado. La puerta interior estaba cerrada. Entonces, naturalmente, se me ocurrió que el habitante de la contigua habitación podía haber dejado su alfiler de corbata en aquel cuarto exterior, donde se había desvestido. En verdad, en aquel momento me sentí enteramente seguro de que estaba allí. No se hallaba en la tabla de la mesa de toilette. Muy cautelosamente empecé a abrir uno tras otro, los cajones de aquella mesa. En el segundo encontré un rollo de papeles atado con una cinta color de rosa. Me llamó la atención aquello, lo examiné durante medio

minuto y luego continué buscando. Tan seguro había sido mi instinto de que iba a tener buen éxito que no me sorprendió encontrar lo que buscaba al mirar en el cuarto cajón. En un sencillo estuche de cuero negro, la Lámpara de Sharon brilló a la luz de mi linterna eléctrica y esparció sus dardos de fuego. Lo tomé y me disponía a guardármelo en un bolsillo cuando una voz dijo, jocosamente:

—¡Vamos! ¡Ya está usted ahí!

Me volví rápidamente y ví a Lammark en persona, al hombre que había estado sentado junto a mí en el teatro, de pie a varios pasos de distancia, enteramente vestido. Con la mano izquierda encendió la luz eléctrica.

—El señor Acton Dawes ¿no es así? —dijo con afabilidad. — Le he estado esperando. ¡Ah! Veo que usted ha sacado la Lámpara de Sharon de ese cajón. Eso también lo esperaba.

No fué lo sarcástico del tono de su voz ni su sonrisa irónica, ni el revólver niquelado y reluciente que empuñaba, lo que me hizo estremecer. Fué el oirle pronunciar mi nombre por que hizo brotar en mi mente la idea de que había caído en una trampa. Puse el estuche con el diamante en la mesa y le miré silencioso, esperando algo muy desagradable.

—¡Oh! ¡Sí, señor Dawes! — prosiguió, tan afable como antes. — Le he esperado de de hace dos o tres noches. Usted me ha tenido levantado hasta tarde, cosa muy rara en mí. Pero al fin, ha llegado. Me parece que se halla usted en una situación bastante molesta. En cuanto a ese diamante, tal vez le sorprenda a usted saber que mi amigo Tyrus Cobbold lo recobró hace ya varios meses, poco después, en verdad, de que usted lo robara. El hecho de que yo lo tenga en mi poder, provisoriamente tan sólo, se debe a que me lo ha prestado porque accedí a tomar parte en una pequeña conspiración para atraparle a usted. Cobbold no le perdonó a usted nunca el haberle robado el diamante, y quería vengarse. Por eso combinó las cosas de modo que usted fuera sorprendido en el momento de robarlo. Tyrus es vengativo, como usted ve. Cumplo con el deber de manifestarle que este revólver está cargado.

Cada una de sus palabras me había herido profundamente. Hubiera dado un año de vida por aplicarle a aquella cara de facciones groseras un buen golpe de boxeo, pero semejante cosa era un lujo que no podía permitirme en aquel momento.

—He oido decir que es usted un hombre muy hábil, señor Dawes, — prosiguió, irónicamente, — y voy a decirle cómo le hemos hecho caer en la red. Hace pocos días Tyrus Cobbold me encontró en Londres. Mientras almorzábamos me habló de la pérdida de su diamante y de cómo lo había recobrado; y agregó que el responsable del robo, es decir usted, se hallaba también en Londres, pues la había visto en Piccadilly. Estaba muriéndose de ganas de fastidiarlo a usted, pero, aun cuando sabía que usted le había robado, comprendía que no le era posible hacerle condenar por haber cometido ese robo. Entonces pensamos entre los dos qué plan se podría poner en práctica. Decidimos que haríamos que usted volviera a robar el diamante, no que se lo rabara a él de nuevo porque usted no se decidiría a robar dos veces a la misma persona, si no que me lo robara a mí.

"En primer lugar usted iba a verme a mí con el diamante en la corbata. Esto era fácil. Nos enteramos de que usted iba a la Opera. Tomé la butaca vecina de la suya así podría usted mirar el brillante todo lo que quisiera. ¿Recuerda usted nuestra primera y agradable entrevista?

"Una vez hecho eso vino la invitación de Cobbold. El hombre tenía que proceder con usted con suma delicadeza. Pero tuvo habilidad para desempeñar suficientemente bien su papel, Dawes. ¡Cobbold se proponía que usted fuera pescado "in-fraganti" y así he sido pescado usted!

"Le ruego se quede enteramente quieto mientras yo hablo por teléfono.

El aparato telefónico estaba sobre la repisa de la chimenea. Los ojos pequeños,— ojos de cerdo, — de Lammark me miraban fijamente.

Se llevó el tubo del teléfono al oído.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Con la más cercana oficina de policía! ¡Pronto! ¡Es urgente! ¡Pronto! ¡Hola! ¿Con la policía? Envíe un oficial en seguida al doscientos veintidós, Park Crescent Gardens. ¡Doscientos veintidós! Tengo aquí un ladrón que está esperando a la policía. ¡Sí, sí! ¡Park Crescent Gardens! ¡Doscientos veintidós! ¡Bien! ¡De prisa!

Colgó el auricular.

—¿Linda comedia, no es verdad, Dawes? Dentro de cinco minutos caerá el telón y terminará el acto para usted. ¿Eh?

—No está mal, — contesté a Lammark mientras pasaba por mi mente una visión de oficiales de policía que corrían hacia la casa y me turbaba horriblemente. — Pero hay una parte de su relato que me interesa y tengo que creer. Cobbold debe ser muy amigo suyo.

—¿Qué quiere usted decir con eso? — exclamó rápidamente y con curiosidad.

—Quiero decir que Cobbold tiene que ser muy amigo suyo para confiarle así como lo ha hecho, un diamante como la Lámpara de Sharon.

—¿Se propone usted algo con decir eso? No le entiendo.

—¿Sabe usted lo que vale ese diamante? ¿Sabe usted en cuanto se puede vender? Es mas, bastante mas de dos mil libras.

—¡Bah! ¡Qué va a valer eso! ¡Muchísimo menos! — gruñó.

—¡Veo que usted no sabe lo que vale el diamante pero dice lo que siente! — exclamé, riendo. — Si Cobbold no hubiera estado seguro de que usted no sabía lo que valía realmente el brillante, no se lo hubiera dado para que llevara a efecto esta pequeña cons-

piración contra mí. Pero con seguridad él resultaría un perfecto imbécil si usted se sintiera arrastrado por la tentación. ¡A usted le sería tan fácil decir que lo ha perdido!

—¡Es usted muy gracioso, Dawes! ¡Jé, jé, jé! ¡Hola! ¡Me parece que oigo los pasos de los de la policía que vienen por la calle! Eso si que es gracioso ¿eh?

—No trato de hacerle gracia, — díjele, mientras una creciente angustia se apoderaba de mi corazón al oir los pasos presurosos de los de la policía en el silencio de la noche. No quedaban más que un minuto o dos entre mí y el eterno eclipse. Si tenía una una carta que jugar debía jugarla en aquel instante o nunca.

—¡Oh! Me he olvidado de decirle, — agregó Lammark, siempre sonriente, — que la hija de Cobbold estaba en el secreto, tal vez le interese a usted saber que se casó hace siete meses...

—Más de un hombre da un traspié por ganarse dos mil libras, Lammark, — proseguí con toda serenidad, a pesar de que sus últimas palabras me habían herido más todavía de lo que ya lo estaba. — Esta añagaza es una jugada sucia de parte de Cobbold. ¿Por qué se prestó usted a servirle en una vileza semejante?

—¡Oh! ¡Cállese! — gruñó. — ¿Por quién me toma?

Los pasos apresurados parecieron detenerse ante la casa. Oí un murmullo de voces. Después sonó vibrante un largo momento, la campanilla eléctrica.

—¡Ya vienen! — dijo Lammark siempre en son de burla.

—Voy a decirle por qué me he permitido mencionar lo antedicho, — manifesté lentamente, cruzándome de brazos como si me sobrara tiempo. — Cuando miré los cajones de su mesa vi un rollo de papeles. El primero me llamó la atención. Era un certificado de haber comprado ciento ochenta acciones de la Compañía Petrolera de Kabulú (Rumania), hace pocos días. Siento desacreditar su última operación de Bolsa pero verá usted por este diario, última edición de esta noche, que una gigantesca catástrofe se ha producido por allá. En suma, es tal el incendio que ha estallado que es fácil que no quede absolutamente nada de cuanto posee la Compañía Petrolera de Kabulú, (Rumania). Yo he sentido el incendio en mis intereses. Esa es la noticia. ¿No la ha visto? Ahora bien, si usted pagó esas acciones a doce libras cada una; bueno doce veces ciento ochenta es un poco más de dos mil, precisamente lo que se puede sacar vendiendo ese diamante.

Lammark me arrebató el diario de la mano y con los ojos dilatados leyó la noticia El problema era éste: ¿hasta qué punto sentiría la herida? Todo dependía de eso.

Hasta la última gota de sangre desapareció de su rostro brutal, allí, ante mí. Su frase dicha entre dientes: "¡Muerte y condenación!" me convenció de que había sido muy profunda la herida. Le había llegado al alma.

—¡Creo, lealmente que usted puede salir del paso! — dije, sosteniendo la reluciente Lámpara de Sharon, casi junto a su nariz.

La miró por encima del borde del diario y después me miró. Toda la expresión de burla había desaparecido de sus ojos y se notaba en ellos, en cambio, una extraña expresión.

Se oía ruido de pasos en la escalera.

—Ahora, tengo que decirle algo más, — proseguí; y nunca hablé con mas reposo y menos prisa que en aquel momento en que me hallaba al borde de la perdición. — Es esto: Cobbold no puede exigirle a usted ese diamante sin decir en qué circunstancias se lo prestó a usted. Y no puede atreverse a hablar de su complot porque tendría que mencionar mi nombre. Ahora bien, eso no puede hacerlo por que destruyó la única prueba que tenía contra mí, quemándola ante mis propios ojos. Si se permite abrir la boca le aplastaré con una demanda por calumnia. Pero no se va a atrever. Entonces...

Se oyó llamar vigorosamente a la puerta que un instante después se abrió. En el mismo segundo, los dedos de Lammark se apoderaron del estuche con el diamante. Lentamente volvió su pálido rostro hacia dos oficiales de policía que se hallaban de pie en el hueco de la puerta, mirándonos sucesivamente a Lammark y a mí.

—Siento mucho haberles molestado, amigos míos; aquí estaba un ladrón, pero el canalla se me escapó de las manos y huyó, sin que pudiera detenerle, hace un par de minutos, — dijo Lammark con voz ronca.

Otra de estas notables e impresionantes aventuras de un ex-ladrón de alhajas, se publicará en el próximo número de "Pucky". No deje de leerla pues, como la presente y las anteriores, será novedosa y atrayente.

CONSEJOS PARA EL HOGAR

RECETAS E INDICACIONES CURIOSAS Y DE VERDADERA UTILIDAD PRACTICA

LAS RAQUETAS DE TENNIS

No se debe dejar nunca la raqueta de tennis en el pasto. La humedad la pica inevitablemente y afecta al armazón y a las cuerdas, de tal modo que el daño se hace pronto irreparable. Tampoco es bueno para la raqueta usarla cuando llueve. Pero si, por desgracia, se moja, hay que secarla lo más pronto posible, ponerle en la prensa y en un sitio seco pero no muy caliente. No se ponga nunca una raqueta de tennis al calor del fuego.

* * *

PARA LAVAR LAS PLUMAS DE LAS ALMOHADAS

Si las plumas se han ensuciado se lavan metiéndolas en una bolsa hecha con muselina. Se cose la bolsa con las plumas dentro y se mete en agua de jabón tibia. Se da vueltas y se frota suavemente varias veces. Después se enjuaga en agua limpia algunas veces y cuando ya no queda jabón, se retuerce la bolsa para quitar el exceso de agua y se cuelga en la soga, al aire. Se sacude la bolsa frecuentemente para que las plumas se sequen por igual. Elegir para hacer este lavado un día seco y ventoso.

* * *

LAS MANCHAS DE LA LLUVIA

Las señales que deja la lluvia aparecen en las telas a menos que se haga algo para evitarlo. Lo mejor es, tan pronto como sea posible, pasar por toda la superficie del género un pañuelo de seda, suavemente y siempre en el mismo sentido. Los sombreros de castor o de terciopelo que han sido mojados por la lluvia deben ser cepillados suavemente y puestos a secar, después.

✣ ✣ ✣

TOALLAS TURCAS

Sucede a veces que algunas toallas turcas pierden muy pronto su agradable aspecto burdo. Esas toallas pueden ser mejoradas en la siguiente forma: Se toma una cucharada de harina y cuatro de agua fría y se mezcla, formando una pasta; después se echa encima de esa pasta, revolviendo, litro y medio de agua hirviendo. Se meten las toallas en ese líquido, se escurren, se sacuden para quitarles la mayor cantidad posible de líquido y se cuelgan a secar, si es posible, al sol. Las toallas turcas no deben retorcerse nunca porque se aplastan los hilos que forman su superficie rugosa.

FRUTA EN COMPOTA

Cuando la fruta que se está haciendo en compota, — ya sea fresca, ya sean orejones, ciruelas, etc., — parece muy ácida, debe añadirse media cucharadita de bicarbonato de soda y una avellana de manteca. Hecho esto se notará después que hace falta mucha menos azúcar.

✣ ✣ ✣

COSAS QUE CONVIENE RECORDAR

⁂ La vida de las canastas se prolonga si se las lava de vez en cuando con agua de jabón, caliente.

⁂ Si hay que cocer un huevo y está roto, se le envuelve en papel del que viene con los panes de manteca, que se haya untado con un poco de manteca, y se ata a los dos extremos. Así se sumerje con cuidado en agua que esté hirviendo.

⁂ El ácido tartárico sirve para sacar las manchas que deja en las telas el permanganato de potasa y también para sacar las manchas de jugo de frutas.

⁂ Un pincel de pintor, de pelo largo y suave, es lo mejor que puede emplearse para quitar el polvo de los adornos de los muebles tallados.

⁂ Si se hace el almidón con agua en la que se haya disuelto un poco de jabón de España, la ropa quedará más brillante y la plancha no se pegará al planchar la ropa.

⁂ Para averiguar si una tela tiene algodón, lo mejor es deshilachar un pedacito de esa tela y en seguida se notará la presencia de los delgados hilos del algodón, bien distintos de los de la lana.

⁂ Lustren siempre unos botines nuevos antes de usarlos por primera vez. El betún llenará los poros del cuero y cualquier suciedad que caiga en su superficie no podrá penetrar en el cuero y mancharlo.

✣ ✣ ✣

ZAPATOS QUE APRIETAN

Para que un zapato que aprieta se amolde al pie hay que ponérselo y aplicar a la parte donde molesta, un trapo que se haya empapado en agua caliente y se haya retorcido después. Se aplica el trapo durante un rato y se renueva cuando se enfría. Esto ablanda el cuero, lo amolda al pie, obligándole a ceder donde molestaba, y permite usar el calzado sin molestia. Una vez amoldado el calzado no hay que sacárselo hasta algunas horas después, cuando el cuero se haya secado ya, y enfriado.

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

2ª Quincena de
Agosto 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO I. PUBLICACION QUINCENAL No. 16.

LEA USTED EN ESTE NUMERO

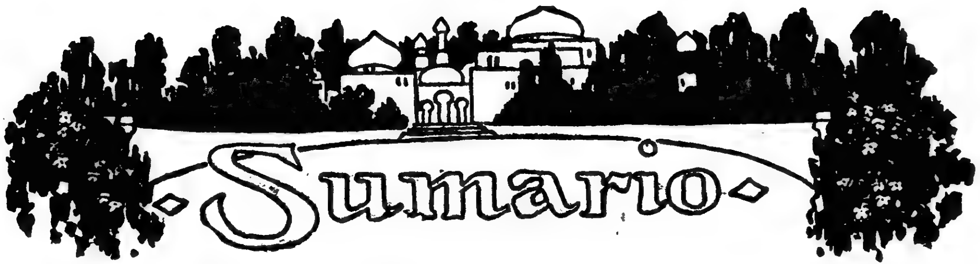
EL BANDIDO RISUEÑO

LAS AVENTURAS MAS ASOMBROSAS DEL MUNDO

UNA NUEVA NOVELA DE BUFFALO BILL

[illegible] ARTICULOS [illegible] DE GRAN[illegible]


Sumario


Sumario



El bandido sacó el revólver del guardián Mulhall y apuntó con él a Rinckel, obligándole a levantar las manos. ("Roy Gardner, Bandido Extraordinario". Pág. 6.)

Roy Gardner
BANDIDO EXTRAORDINARIO

por

Kenneth F. Richards

TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY"



AUDAZ hasta la temeridad, y sin embargo siempre sonriente y sin que se sepa que haya dado muerte o haya herido a nadie Roy Gardner es uno de los más extraordinarios bandidos de los tiempos modernos. Habiendo cometido varios robos en trenes de ferrocarril, tuvo en danza a los de policía durante mucho tiempo mediante una serie de extraordinarias evasiones que tuvo su coronación en una notable escapatoria de un presidio situado en una isla considerada inexpugnable. Mientras, después de eso, se le estaba persiguiendo, el bandido, desde su escondrijo, apeló tranquilamente ante el presidente de Estados Unidos, implorando clemencia. Sin embargo, setenta y un días después era apresado una vez más mientras procuraba detener un tren correo y robar la correspondencia. Esta vez, las autoridades esperan tenerle bien seguro. La narración que publica "Pucky" ha sido tomada de la revista "Wide World", a la que le fué facilitada por el señor George L. North, del "Bulletin" de San Francisco de California.

ROY GARDNER, risueño, jovial, alegre, cuya carrera como criminal, data de hace menos de dos años, se ha conquistado en ese tiempo el título de "Príncipe de los Bandidos". Aunque no tiene más que treinta y cuatro años de edad, su carrera es la más teatral y extraña de todas las de los bandidos de California. Ni aun en los salvajes tiempos de la fiebre del oro y los que la siguieron, se produjo nada semejante.

La primera vez que se supo algo de Gardner fué cuando detuvo y robó lo que llevaba un coche-correo en San Diego, California, en Abril de 1920. Se escapó llevándose sesenta y siete mil dólares en títulos negociables, pero fué capturado en Delmar, cerca de San Diego, pocos días después, recobrándose todo lo robado. En el primer momento, Gardner negó haber tenido intervención en el robo y contó una curiosa historia, diciendo que dos hombres misteriosos habían cometido el delito; más tarde confesó, atribuyendo sus criminales tendencias a una placa de plata que tiene en la cabeza y que le fué colocada por los cirujanos a consecuencia de un accidente sufrido en una mina.

Por este delito, Gardner fué condenado a veinticinco años de prisión en la isla McNeil, en Wáshington. Con dos condenados chinos, custodiados por dos oficiales federales, salió para la cárcel el 7 de Junio de 1920. Cuando el tren estuvo cerca de la línea Oregón-Wáshington, Gardner consiguió distraer la atención de los guardianes durante un momento, sacó un revólver del cinto de uno de ellos y les apuntó a los dos mientras uno de los chinos, Tom Wing, se apoderaba de las llaves del oficial y abría las esposas que Gardner tenía puestas, y las que tenía puestas él, poniéndoselas a los guardias. Entre los dos le robaron veinte dólares al otro chino, cerraron la puerta del coche Pullman tras ellos y recorriendo con suma tranquilidad todo el largo del tren, descendieron cuando el convoy entró en la estación de East Portland.

Después de eso, Gardner desapareció por completo y se creyó que se había marchado a Australia, hasta que en Mayo de 1921 unos oficiales de la policía federal interceptaron un mensaje de él a su esposa, que entonces se hallaba en Napa, California. Gardner decía a su esposa que se proponía entregarse; pero cuando ella le informó de que le estaban buscando, le dominó su espíritu aventurero y dijo que si la policía estaba buscando una pelea, él iba a proporcionársela. Se organizó en seguida una patrulla para que le buscara. La componían hombres armados de revólvers y que tenían orden de "tirar a matar", y poco tiempo después tuvieron rodeado al fugitivo en un bosque, en el ranch de O'Kell a ocho millas de Napa. Una vez más

sin embargo, el bandido evitó un encuentro con sus perseguidores y mientras le buscaban por las inmediaciones, Gardner se dejó ver en Newcastle, donde, en la noche del 19 de Mayo subió en un tren del South Pacific, dominó a Ralph Decker, el estafetero y se escapó llevándose la cartera que contenía las cartas certificadas.

Entonces le abandonó la suerte; fué detenido sin pelea de ninguna clase mientras jugaba a la baraja, en Roseville, la noche del 25 de Mayo. La señora Verdi Pitsos, camarera del Peerless Café, en Roseville, fué quien primero le reconoció mientras estaba comiendo. Tenía ella un ejemplar de un diario de Sacramento con el retrato de Gardner y una crónica de su hazaña, y con el propósito de ver si su cliente tenía o no los cuatro dientes orificados que mencionaba su descripción, la camarera se puso a hablarle del asunto. Verificadas sus sospechas notificó al dueño del café, George Palmos, quien a su vez, informó a los oficiales de la policía del ferrocarril. Los oficiales le siguieron, le vieron jugar una partida y luego le dijeron que había terminado el juego. Gardner fué identificado por el estafetero Decker, pero protestó enérgicamente, declarando ser, por completo, inocente. Hasta que estuvo en la cárcel de San Francisco y su mujer le suplicó, no dijo que era él el autor del hecho. Entonces prometió conducir a los oficiales al escondrijo donde había ocultado el botín. Los llevó a un sitio que según dijo era el escondrijo y les mostró un árbol hueco, dentro del cual no había nada. Si Gardner había guardado allí los ciento setenta y cinco mil dólares de documentos convertibles, o alguien los había encontrado ya o están escondidos en un sitio seguro, esperando la oportunidad, que aun puede tener, de eludir a los de policía y apoderarse de tan valiosos papeles.

Después de haber sido condenado por un tribunal federal a veinticinco años más de presidio, Gardner se mostró excesivamente alegre, como si la sentencia le pareciera cosa muy divertida. ¡Extraña actitud para un hombre que tenía ante sí la perspectiva de cincuenta años de presidio! Alguna idea de su tranquilidad y su aplomo pueden darla las observaciones que hizo mientras esperaba que le condujeran a la isla McNeil.

—El robo de Roseville lo preparé cuidadosamente, — dijo. — Recorrí el trayecto varias veces, en el techo del tren, a fin de darme cuenta del aspecto del terreno y me fijé que, en algunas curvas, las uniones de caucho de los coches, se separaban unas de otras un instante. El viernes por la noche partí para realizar el robo y tomé el tren como de costumbre. Llegamos a las curvas y las junturas se abrieron; en la segunda curva me deslicé por el hueco; las junturas se cerraron, pero yo ya estaba dentro y la puerta del vagón postal estaba abierta. Fué cuestión de unos pocos minutos el despertar a Decker y apoderarme del correo. Todo lo que hizo falta fué sangre fría y nada más.

Cuando era sentenciado, Gardner se volvió hacia el jefe de guardianes James B. Holohan, y dijo:

—Le advierto a usted, señor guardián, que no llegaré a la isla McNeil. ¡Me escaparé de nuevo!

Esta advertencia debía haber puesto a los de policía más en guardia que nunca; y, en realidad, el capitán Thomas F. Mulhall dijo que le gustaría ver a Gardner tratando de escaparse otra vez. ¡Tuvo ocasión de verlo! En este segundo viaje al presidio, Gardner iba bajo la custodia de tres hombres: el capitán Thomas F. Mulhall, el agente de "prohibición" D. W. Rinckel y el oficial especial Peter Kelly. Además tenía puestas esposas y le habían puesto lo que llaman "botas de Oregón". Gardner iba tan tranquilo durante su viaje a Portland que los oficiales pensaron que había abandonado toda esperanza de evasión. Sin embargo, siguieron vigilándole cuidadosamente.

En Portland, un falsificador llamado Norris H. Pyron fué subido al tren y confiado a los mismos guardianes. Los presos y los guardianes iban en un mismo compartimiento y cuando llegó el momento de acostarse, Pyron fué colocado en una cama alta. Gardner pidió permiso para ir al cuarto de toilette, pero en cuanto Mulhall le soltó la mano derecha, Gardner, con la rapidez del relámpago, sacó un revólver de debajo de la pechera de la camisa, — donde lo tenía guardado sin que lo supieran los oficiales, — y aplicando el caño al cuerpo del capitán, le ordenó que levantara las manos. El revólver de Mulhall estaba en la cartuchera y no podía alcanzar a él; pero Rinckel saltó hacia el bandido el cual se apoderó rápidamente del revólver de Mulhall, sacándolo de la cartuchera, y apuntó con él a Rinckel, que se vió obligado a levantar, a su vez, las manos.

Pyron descendió entonces de la cama alta se apoderó de las llaves que tenían los oficiales, libertó a Gardner, se quitó las esposas y aseguró a los guardianes, atándolos a un caño de vapor que había en el coche. Gardner sacó a los guardianes unos doscientos dólares que llevaban, pero les devolvió cinco dólares, manifestando que iban a necesitar dinero para almorzar. Gardner les dijo que no necesitaba más que veinte minutos para escapar. Arrojando las llaves al toilette se marchó tan tranquilamente, mientras Pyron saltaba por una ventanilla.

Cuando la noticia de "Gardner se ha escapado otra vez", fué publicada por los diarios, miles de personas, — ¡tal es la naturaleza humana! — se sonrieron y consideraron que el caso era graciosísimo. El interés que despertó la persecución fué grandísimo y casi pareció que pudo sentirse la decepción que sufría el público, que había seguido la cacería con tanta atención, cuando, por fin, el bandido fué capturado de nuevo.

Pyron fué reducido a prisión casi en seguida, muy asustado, sin oponer resistencia ninguna. Dijo que Gardner había perdido el revólver cuando abandonó el tren y que se habían separado inmediatamente, yendo cada uno por su lado. La persecución de Gardner fué, sin embargo, muy palpitante. En-

riáronse aeroplanos provistos de bombas de gas a fin de hacerle huir de los bosques y patrullas de tiradores y cientos de soldados del Estado y federales, comenzaron una investigación sistemática en busca del escurridizo bandido. Se recibieron noticias de que se le había visto en más de una docena de diferentes localidades; sin embargo no se recibieron noticias dignas de confianza hasta que llevaba ya seis días en libertad y entonces fué capturado por Louis Sonny, un policeman de la ciudad de Centralía. La señora Marion Howell, esposa del dueño del Oxford Hotel, dijo a Sonny que un forastero que se había alojado en el hotel le inspiraba sospechas. Tenía la cabeza vendada y decía que había sufrido un accidente en Tacoma; pero Sonny pensó en la cuantiosa recompensa ofrecida por la captura de Gardner y decidió correr el riesgo de detenerlo. Le quitó las vendas y vió que no tenía herida de ninguna clase. Por último Gardner declaró que era a él a quien estaban buscando tantos hombres en un territorio de tantas millas cuadradas.

Pocas horas después el bandido estaba tras de las rejas de la prisión de la isla McNeil. Había realizado el último trozo del viaje casi entre un regimiento de guardianes de todas clases y unido por esposas a dos de ellos.

Cuando llegó al presidio, dijo:

—¡La persecución resultó una divertida cacería, pero lo bueno es que nunca estuve a más de una milla de Castle Rock, hasta que tomé un tren de carga y fuí a Centralia! Tenía hambre y tuve que correr el riesgo de que me conocieran. No puedo decirles de dónde saqué el revólver. Si lo dijera denunciaría a un compañero y yo siempre he procedido con caballerosidad. Pero ya estoy cansado. He terminado mis escapatorias. Voy a conformarme con mi destino y nada más.

Los guardianes, — tanto los federales como los del Estado, — respiraron con más tranquilidad cuando supieron que Gardner estaba en la prisión federal y el interés inspirado por sus temerarias hazañas habíase colmado ya, cuando los estados del Oeste se sintieron nuevamente electrizados al oir que los vendedores de diarios voceaban ediciones especiales gritando: "¡Gardner se ha escapado otra vez!"



Roy G. Gardner, "el bandido risueño", condenado a setenta y cinco años de prisión por asalto a coches-correo.

La isla McNeil, donde está el presidio federal se halla en el Estado de Wáshington y es una de las islas esparcidas en un trozo de mar, tierra adentro, que tiene el estrecho de Juan de Fúcar, cerca de su salida al Pacífico. La prisión federal ocupa, en un extremo de la isla, una extensión de doce millas. El resto de la isla está cubierto de matorrales y hay en él varias granjas. Esos matorrales son difíciles de cruzar y ofrecen muchis sitios donde ocultarse que pueden facilitar guarida, a un fugitivo, durante tiempo indefinido, con tal de que tenga cómo proporcionarse alimentos.

El 5 de Septiembre de 1921, los penados gozaban de un día de fiesta y cerca doscientos cincuenta presidiarios estaban presenciando un partido de football entre dos "teams" del presidio. El campo de juego está rodeado de un alto alambrado, en la parte exterior, se hallan varias altas torres de vigilancia, en cada una de las cuales hay siempre centinelas, armados de rifles y que pueden distinguir perfectamente todo el terreno que ocupa el presidio.

Gardner, con otros dos penados más, Impyn y Bogart, habían logrado sentarse en la última fila del público. Tenían el plan bien preparado y habían calculado lo que iban a hacer con toda escrupulosidad, segundo tras segundo.

Impyn y Bogart eran soldados que estando de estación en el campamento Lewis, en Wáshington, habían atacado cobardemente a una enfermera. En el primer momento negaron haber tenido participación en el crimen, pero las ropas manchadas de sangre halladas

en su poder, demostraron la inexactitud de sus afirmaciones y entonces, confesaron. Hubo que poner guardias con ametralladoras para impedir que sus enfurecidos camaradas consiguieran, como pretendían, tomar la ley en sus propias manos.

El castigo que dispone la ley del ejército en casos tales, es la muerte; pero los dos culpables fueron sentenciados a presidio perpetuo y enviados al establecimiento penal de McNeil. Estos fueron los hombres que escogió Gardner para que se escaparan con él y es posible que, sabiendo todo lo odiados que eran aquellos dos canallas, él los eligiera deliberadamente con el propósito de que los dos cubrieran su retirada por los bosques, con el doble propósito de librar a la isla de su presencia y de que le ayudaran a huir.

Eran las tres y media y el partido de football estaba en un punto muy interesante cuando los tres escaparon de improviso. Gardner fué el primero. Había cortado varios hilos del alambrado con unas pinzas que había robado del taller de la prisión, antes de que su evasión fuera notada. Bogart e Impyn, sin embargo, apenas habíanse separado del público, cuando los guardianes les vieron y abrieron fuego contra ellos. Impyn cayó muerto instantáneamente y Bogart cayó unos pocos pies más allá, seriamente herido; pero Gardner, corriendo como un gamo, se iba acercando a los matorrales que indicaban la libertad. Se le vió caer una vez, pero se levantó en seguida. Volvió a tambalearse, pero a pesar de todos los disparos que le dirigieron, consiguió llegar a los matorrales y desaparecer. La atención de los guardianes se concentró en los otros penados, que viendo la abertura en el cerco, se dirigieron hacia él, pero oportunos refuerzos impidieron una huída general. Los guardianes prendieron fuego a unos matorrales, tratando de hacer que el humo hiciera salir de allí a Gardner, pero la densa humareda que se levantó pareció favorecer al fugitivo. El guardián Maloney puso inmediatamente, de guardia, a todos los hombres disponibles, en torno de la isla, recorriendo la costa y pasando en lanchas de un lado a otro, pues el guardián creía que era imposible que nadie pudiera pasar de la isla al continente; figurábase que era sólo cuestión de tiempo la captura del evadido, pues el hambre le obligaría a entregarse. Durante días y días los guardianes, que recibieron refuerzos de otras partes, recorrieron los matorrales y buscaron entre los árboles del bosque, pero todo fué en vano. Ni uno solo de los setecientos residentes en la isla dijo haber visto a Gardner, fuera de una o dos veces en que confundieron a un guardián con el evadido. Lo que pensaba aquella gente puede deducirse de lo siguiente que dijo uno de ellos:

—Si Roy Gardner se presenta en mi granja encontrará un traje para cambiarse y un buen paquete de alimentos, esperándole en la puerta del fondo.

Algunas de las mujeres de la isla, esposas de los agricultores y ganaderos declararon que no les daba miedo saber que el penado andaba en libertad.

—Gardner no le hizo nunca mal a nadie, —dijo una mujer. — En otras ocasiones, cuando se ha escapado un prisionero, nosotras preparábamos armas y las teníamos a mano, para servirnos de ellas llegado el caso, pero tratándose de Gardner, no nos preocupamos.

El doctor Charles Jento, médico del establecimiento penal obtuvo la siguiente información de Bogart, que se hallaba en asistencia en la enfermería del presidio:

—Gardner me dijo a mí y a Impyn: "Lo tengo todo arreglado. Cuando yo corte los alambres, ustedes me seguirán y correremos todos hacia los matorrales, del lado del bosque. No se asusten si los guardianes hacen fuego; tirarán muchos tiros, pero no darán en el blanco. ¡Yo me he ocupado de que sea así!"

El médico dijo que suponía que Gardner había seleccionado deliberadamente a aquellos dos hombres para que constituyeran su retaguardia y protegerle contra el tiroteo de los guardianes.

Desde el momento en que Gardner desapareció entre los matorrales no se le volvió a ver nunca más. Los guardianes del presidio siguieron vigilando día tras día. Llegaron rumores de Canadá y de Méjico afirmando que se le había visto aquí y allá; gente excitada y nerviosa llamaba por teléfono a la policía desde docenas de ciudades y aldeas, asegurando que allí estaba Gardner; se vigilaba estrechamente la casa donde vivía Dolly, la esposa de Gardner. Todas las pistas y todos los datos resultaban inexactos. Roy Gardner había desaparecido por completo.

El lunes 26 de Septiembre, tres semanas después de su evasión, el "Bulletin", diario de la tarde, de San Francisco, dió la sensacional noticia de que el señor George L. North, uno de los redactores del diario, había recibido aquel día dos cartas de Gardner, una dando cuenta de su evasión; la otra para que fuera enviada al presidente Harding, a Wáshington, implorando su clemencia. La idea de que un penado evadido escribiera al presidente de Estados Unidos era tan asombrosa que en el primer momento se dudó de la autenticidad de las cartas, pero la investigación que se hizo demostró que, sin duda, era Gardner el que las había escrito. La carta dirigida al señor North decía así:

" Septiembre 22 de 1921. — Señor George L. North. — Estimado señor: Esta le sorprenderá, probablemente, pero debe usted acostumbrarse a sorpresas, tratándose de mí. Esta carta la escribe Roy Gardner. Voy a darle detallada cuenta de mi evasión, para que la publique en su diario, pues quiero que sea el Bulletin el que primero la dé a conocer.

" El 5 de Septiembre a eso de las tres de la tarde, estábamos presenciando un partido de football y durante la segunda mitad del juego, yo me volví hacia mis so-

cios y les pregunté si era hora de interrumpir el juego. Ellos me contestaron que sí y yo me incliné a cortar los hilos del cerco de tejido de alambre y después salí por el agujero que había hecho. Dos más y Bogard y Penyn, me siguieron (Gardner no conocía bien los nombre de los otros, pues los escribía mal). Supongo que los otros se asustaron en el último momento porque no les ví cuando corrimos por el campo. Después de correr unas trescientas yardas, volví la cabeza para mirar a qué distancia estaban los otros. Ví a Bogard a unos veinte pies detrás de mí y a Penyn, cien más atrás. A los otros dos no los ví y pensé que se habían asustado en seguida de pasar por el agujero del cerco. Más tarde me enteré de que no emprendieron la carrera. Me sentí herido por primera vez, cuando estaba a doscientas yardas del borde de los matorrales y tropecé, pero no caí. La bala pasó por la parte carnosa de la pierna a unas cuatro pulgadas de la ingle. Bogard vió que yo me tambaleaba y cuando pasó junto a mí me preguntó si estaba herido. Le dije que sí y le ordené que siguiera corriendo. El se volvió y corrió, y después de haber corrido veinticinco o treinta yardas giró sobre sí mismo y cayó boca arriba. Cuando pasé por su lado tenía la boca muy abierta y pensé que debía estar exhalando el último aliento. Me sentí muy solo después de eso. Siete rifles hacían fuego contra mí, me sentía ahogado y tenía que andar todavía setenta y cinco yardas más. Me hirieron por segunda vez cuando estaba a cincuenta yardas del cerco. Entonces fué cuando caí por primera vez. Este segundo tiro me atravesó la pierna abajo de una rodilla y perforó el hueso de la espinilla, pero no me fracturó la pierna. Me levanté y dí un par de pasos a fin de ver si tenía rota la pierna y si sostenía bien mi peso. Así era. Pero tenía el pie como si se me hubiera dormido.

“ No tenía sensibilidad en él y, naturalmente, no podía manejarlo como de costumbre. Por esto fué por lo que me caí por segunda vez al llegar al cerco. Después de saltar por encima del cerco, corrí unas cincuenta yardas y caí entre los matorrales, completamente agotadas mis fuerzas. Pocos minutos después los guardianes corrían, pasando junto a mí y pude juzgar, al oir como respiraban, que también estaban muy cansados. El doctor Jento se detuvo a diez pasos de donde yo estaba y llamó a alguien para que encendiera fuego, a fin de hacerme huir ante el humo, Pocos minutos después el guardián pasó por mi lado y estuvo a punto de pisarme; puso el pie a menos de diez y ocho pulgadas del mío. Encendió fuego a unos cincuenta pies de donde yo me encontraba, del otro lado. Me figuré que aquel no era sitio apropiado para el marido de Dolly Gardner y comencé a retroceder, arrastrándome, hacia el cerco por encima del cual había saltado. Llegué al cerco y me quedé tendido en el suelo hasta que oscureció.

“ Poco antes de anochecer el guardián y el doctor Jento se acercaron y estuvieron de pie a veinte yardas de donde yo estaba y el guardián dijo que unodel os repórters quería saber cuál de los centinelas había dado muerte a Penyn, y el médico dijo que no podía decírselo porque no lo sabía. Yo pensé que yo podía decirle perfectamente quién había sido el que me había herido a mí. Me quedé tendido allí hasta cerca de las doce de la noche y pensé que mi único camino posible era arrastrarme hasta más allá de donde estaba el señor Heister, el guardian que vigilaba el campo y que había estado tan cerca de mí aquella tarde. Me arrastré siguiendo el cerco, hasta que estuve cien yardas al sud de Heister. Entonces dí golpes en el cerco y tosí y se acercó Heister cautelosamente, mirando con curiosidad. Mientras él se acercaba al sitio donde había oído el ruido, yo volvía por junto al cerco hacia el norte, pasé por él y me dirigí hacia el establo de la prisión.

“ Cuando estaba a cien yardas del establo me desmayé por la pérdida de sangre y permanecí sin sentido dos horas. Pensé que tendría que abandonarlo todo pero después logré llegar al bebedero de los animales y bebí bastante agua fresca. Esto me reanimó. Me metí en el pajar del establo y allí estuve dos días, descendiendo por la noche y tomando toda la leche que podía ordeñar. Aquello fué mi salvación. Salí del establo el jueves a la noche y realicé la mitad del trayecto a través de la isla, yendo hacia el norte, antes de que amaneciera. Permanecí oculto en los matorrales todo el día viernes 9 y fuí hasta la costa norte de la isla durante la noche. Observé los botes todo el sábado, el sábado de noche y el domingo, y nadé a la isla Fox el domingo por la noche o, mejor dicho, el lunes de madrugada. Si no hubiera tenido la marea en mi favor, no hubiese podido cruzar el canal porque fué el trayecto a nado que he realizado y espero realizar en agua más fría. Seguramente me pareció más fría de lo que estaba por que había perdido mucha sangre, pero creo, sin embargo que un oso polar se hubiera congelado en aquel líquido. Creía ser buen nadador, pero ya no lo creo. Aquel viaje a nado estuvo a punto de liquidarme. (Voy a escribir a la vuelta de estas páginas por que no tengo más papel).

“ Estuve en la isla Fox cuatro días alimentándome con leche de las vacas de las granjas y comiendo manzanas. Fuí ganando fuerzas día tras día. No puedo decirle a qué sitio fuí cuando salí de la isla Fox, por que si se lo dijera usted podría calcular dónde estoy ahora. Puedo decirle, sin embargo que estoy con un amigo que es un amigo de verdad y que aquí me voy a estar hasta que me cure de la pierna, aun cuando tarde seis meses. Tenga la bondad

"de decirle a mi esposa que no se ponga triste porque estoy seguro de que todo irá bien y pronto. Está usted en libertad, señor North, de hacer uso de esta carta, si le parece. Si quiere emplear los datos de mi evasión como material informativo, hágalo, escríbalo todo de nuevo a su gusto y publíquelo y si usted quiere, además publicar la historia de mi vida en un libro, puede agregar esto como último capítulo porque esto termina realmente la historia de do cuanto esté en mis facultades en tal sentido. Quiero que usted diga a todo el mundo que ha terminado mi carrera criminal. — Respetuosamente de Vd. A. y S. S. — Roy G. Gardner".

La segunda carta de Gardner, con un mensaje al presidente Harding, decía así:

"Señor North. — Estimado señor: Desearía que usted enviara la adjunta carta al



Mientras Roy G-rdner corría hacia el límite de los matorrales, Impyn caía, herido Gardner, corriendo como un _amo, se iba acercando al sitio donde comenzaban los contraran los guardianes, por muy bien que buscaran.

"mi vida, pues ya estoy decidido a dejar toda actuación criminal, definitivamente.

"No hay hombre en la tierra que sienta más que yo lo que ha hecho y si hay algún modo mediante el cual resarcir a mi esposa y a mi hija y a la humanidad en general, de los sufrimientos que he causado con mis hazañas criminales, yo haré to-

" presidente Harding, como carta-telegrama, trasmitida de noche, a tarifa reducida. Tenga la bondad de pagarla y de enviar el recibo a mi esposa, que le dará el importe. Hoy le digo que lo abone. Si tengo la suerte de merecer la confianza del presidente, Dolly y Jeanne tendrán una gran satisfacción, pero que me conceda la sus-

" pensión de la sentencia o no, estoy decidido a abandonar para siempre la vida criminal. Si usted sospecha dónde estoy, confío en que no me traicionará. Si usted puede agregar algo que favorezca mi pedido al señor Harding, tenga a bien hacerlo. Por la presente le doy autorización para proceder como crea conveniente. — Su afectísimo:—Gardner".

" P. S. — Si usted quiere comunicarse conmigo, publique lo que quiera en la columna de Avisos Personales del Bulletin y yo lo leeré. Pido al señor Harding que me conteste dirigiendo la carta a nombre de usted, a San Francisco. Sea lo que sea la respuesta, en favor o en contra, hágamela conocer en seguida. Por la presente le autorizo a abrir toda correspondencia que reciba a mi nombre.—Su afectísimo:—Gardner".

La carta dirigida al presidente es un curiosósimo documento que parece convencer al lector de la sinceridad de quien la escribe. Dice así:

" Presidente Harding, Wáshington, Distrito de Columbia. — Estimado señor: Esta es una súplica que presenta a usted en arrepentimiento criminal fugitivo que busca sólo una ocasión más de probar al mundo que puede vivir entre los hombres. Me hallo ahora fugitivo, siendo un penado que tiene ante sí, que cumplir, una sentencia a veinticinco años de presidio. Es verdad, señor Harding, que he cometido varios delitos de los que me siento verdaderamen-



de un balazo y moría instantáneamente. Bogart cayó al suelo pocos pies más allá. Pero matorrales y el bosque. Si lograba meterse allí, sería enteramente imposible que le en-

" te pesaroso. He pasado muchas noches sin dormir, dentro y fuera de la prisión, tratando de pensar un modo de remediar el mal que he causado. He desgarrado el corazón de la mujer más digna que ha existido y mi hijita Jeanne crece con el estigma de la vergüenza de su padre sobre ella. Señor Harding, quiero pedirle que me dé una ocasión más de ser hombre de bien, suspendiendo el efecto de las sentencias que pesan hoy sobre mí.

" No pido, ni tengo derecho a pedir, que se me indulte o perdone. No tengo derecho a que usted tenga conmigo consideración ninguna, pero aspiro y suplico que se me conceda una nueva ocasión de probar al mundo que un criminal puede reformarse y llegar a ser un hombre útil a la sociedad, un buen esposo y un buen padre. Señor Harding, si usted oye mi súplica, si usted accede a mi pedido, yo le prometo ante mi Dios que no lo sentirá nunca. Permítame que sea su "protegé", que me pueda señalar en años futuros como el hombre a quien usted tendió una bondadosa mano y le sacó del lodazal en que se hallaba sumergido, al parecer, para siempre. Si es necesario trabajaré hasta desgastarme las manos hasta el hueso, para resarcir a los que he perjudicado. No existe hombre que esté más arrepentido que yo de los delitos que ha cometido. Entiendo que el objeto, al enviar un hombre a presidio, no es castigarle sino reformarle y procurar que vuelva a la vida civil transformado en un miembro útil a la sociedad. Si usted me devuelve a la sociedad, a mi esposa y a mi hija, señor Harding, le prometo solemnemente que dedicaré el resto de mi vida al trabajo honrado.

" Estudiando mis antecedentes policiales verá usted que he cometido delitos de esos a los que se llama hazañas de bandido, de desesperado. Hay error en eso; no soy un desesperado. Tengo lo que la policía llama antecedentes limpios. En toda mi carrera criminal no he dado muerte, no he herido a nadie. Le ruego que tenga eso en cuenta, señor Harding cuando decida sobre este pedido. Estoy en cama, sufriendo las consecuencias de dos heridas de bala que recibí hace poco al escapar del presidio federal de la isla McNeil.

" Señor Harding, si hace falta sufrimiento moral y físico para reformar a un hombre, yo puedo hallarme cien veces reformado pues creo que no existe un hombre que haya sufrido mental y físicamente lo que he sufrido yo. Al terminar permítame que le pida que no me niegue una nueva ocasión de ser honrado. Si no cumplo estrictamente mi palabra, volveré sumiso a cumplir mi condena, hasta el último día. Ruégole, señor Harding, sólo una ocasión más. — Sinceramente su A. y S. S.—Roy G. Gardner."

" P. S.—Ruégole me escriba enviando las cartas a cargo del señor Geo. L. North, del Bulletin, San Francisco California."

El señor North envió la carta al presidente aquella misma noche y después, durante varios días, apareció en la columna de "Avisos Personales" del Boletín una nota del señor North y otra de la esposa de Gardner, concebida en estos términos la segunda:

" Roy Gardner. — Donde se halle. — Estimado Roy: En tu carta al presidente Harding dices que has terminado tu carrera criminal. Para demostrar que es ese, realmente tu propósito, vuelve a la isla Mo Neil. Tu no puedes estar en calidad de evadido y perseguido y hacer una vida honrada. Demuestra al presidente Hardingg que eres el hombre que yo he dicho siempre que eras. Cualquiera puede ser llevado a la fuerza, nuevamente, al presidio, pero corresponde a un Roy Gardner, realmente bien nacido y noble, el volver por su propia voluntad y esperar su destino con fe en su propósito de honradez. La ley hace que tus amigos no puedan ayudarte mientras te halles en las actuales circunstancias Roy, haz los que te pido por mí y por la pequeña Jeanne. Quiero ayudarte todo lo posible. Piénsalo y no dejes que sean otros los que piensen por ti.—Tu amantísima,— Dolly."

Creían los que están al tanto de las disposiciones legales, que, lo mejor que podía hacer Gardner era volver al presidio, pues sería establecer un precedente peligroso el conceder suspensión de sentencia a un condenado evadido mientras se encontrara en libertad. Si se entregaba voluntariamente, en cambio, y pedía, por los medios legales, no cabe duda de que las probabilidades de éxito serían mucho mayores. La respuesta del señor North publicada en la columna de "Avisos Personales", decía así:

" Roy G. Gardner. — Domicilio desconocido. — Recibí sus dos cartas el lunes 26 de Septiembre a las 9 de la mañana y las publiqué en lugar de preferencia en todas las ediciones del Bulletin del lunes. Su solicitud al presidente Harding fué enviada por telégrafo la noche del lunes. Le informo de que la señora Gardner y su hijita se hallan bien y entre amigos. Toda noticia sobre su salud y condición será recibida por ellas con alegría.—George L. North."

El 27 de Septiembre, el señor North recibió la respuesta de la Casa Blanca a la solicitud de Gardner:

" La Casa Blanca. Washington. — Septiembre 27 de 1921. — Estimado señor North: —El presidente me encarga de acusar recibo de su telegrama del 26 de Septiembre referente al caso Roy G. Gardner y de manifestarle que del asunto se ocupará el Procurador General. — Sinceramente suyo.—Geo. B. Christian, secretario del presidente. — Al señor George L. North, San Francisco Bulletin, San Francisco California."



"De un manotón logré tomarle de la muñeca. Entonces comenzó una pelea terrible y desesperada". ("Roy Gardner, Bandido Extraordinario". Pág. 15.)

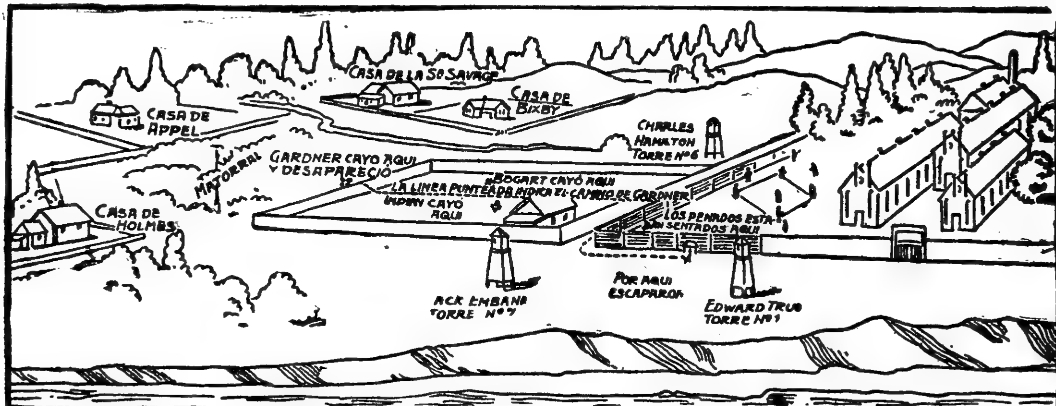


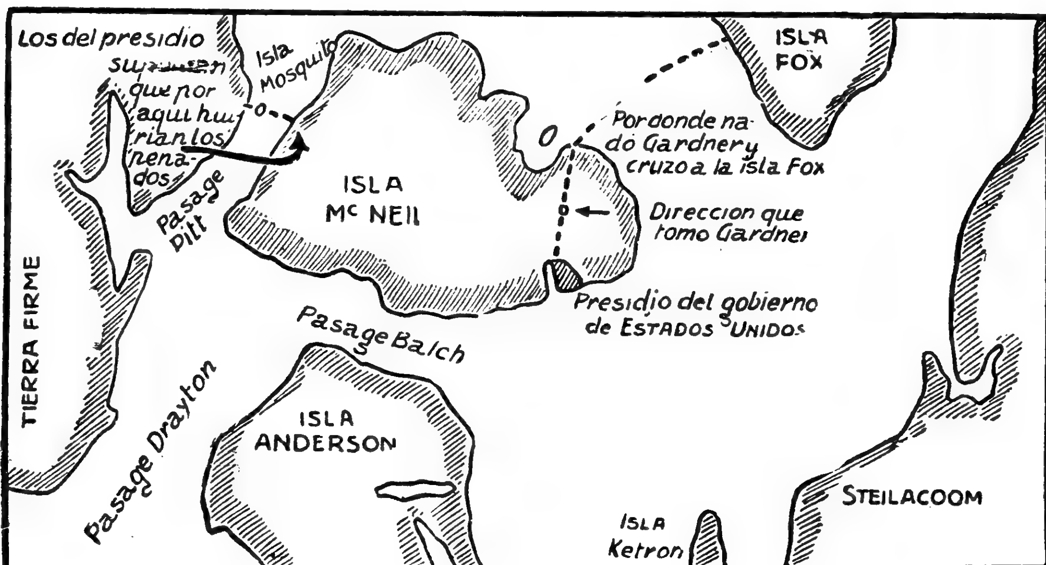
Diagrama que presenta la situación del establecimiento penal de la isla McNeil, y el camino que siguió Gardner al evadirse.

Se creía que Gardner iba a seguir el consejo de su esposa y regresar voluntariamente a la prisión; pero desde la fecha de esas cartas pasaron meses sin que se supiera nada de él. Los de policía no lograban dar ni con el menor rastro. El sello del correo puesto en las cartas no era legible, pero sin embargo siguió la investigación en todo el Oeste.

El amor, la abnegación de la esposa de Gardner era uno de los puntos más simpáticos de la historia de ese caso. Ella creía implícitamente, — y aun cree, — en el hombre y dice que una operación que le hicieran en la cabeza, en el sitio donde se lastimó, le devolvería la normalidad mental. Todos los que han estado en contacto con Gardner le quieren. Siempre está risueño, su espíritu es de una alegría infantil y, como él mismo lo dice: "Siempre procedí caballerescamente y no herí ni maté jamás a nadie."

En Noviembre 16 del año pasado se tuvo noticia de que Gardner había sido capturado de nuevo. Había vuelto a las andadas.—atacado a un coche correo,—pero había sido capturado por el estafetero. Esto sucedió en Santa Fé, Nuevo Méjico.

Durante cerca de doce horas después de haber sido detenido, Gardner consiguió ocultar su identidad pretendiendo llamarse R. P. Nelson, pero el fotógrafo de la policía le dijo que era Gardner y por último admitió



Mapa que indica la situación de la isla McNeil y la ruta que siguió el bandido después de salir de la prisión.

ser el que se había evadido del presidio de la isla de McNeil.

Cuando el bandido compareció ante el tribunal del distrito de Fénix, en Arizona, Hermán F. Inderlied, el estafetero que capturó a Gardner, describió cómo se acercó a su coche y le ayudó a cargar la correspondencia. Unos diez minutos antes de que el tren partiera para Los Angeles, el estafetero fué a tomar las cartas del buzón de la estación, dejando el revólver sobre la mesa.

Cuando regresó al vagón, — dijo, — se vió ante un hombre enmascarado que le apuntaba con un revólver y le ordenó que levantara las manos y retrocediera hacia un rincón.

—Comencé a retroceder, pero no levanté las manos, — dijo el estafetero. — procurando al mismo tiempo convencer al enmascarado de que no había nada de valor en el vagón postal. No se por qué no levanté las manos.

Cuando estuvo en el rincón, el bandido le ordenó que se echara boca abajo. Cuando comenzó a inclinarse, el bandido apoyó la mano en la cabeza de Inderlied y empujó. Entonces el estafetero quiso levantarse, pero en seguida vió el revólver que le amenazaba.

El estafetero saltó del vagón y la pelea siguió frente al tren, que se hallaba en una parte de la vía que sobresalía del andén de la estación y quedaba frente al muelle en el que había poca gente en aquel momento.

—Dí un manotón y le tomé de la muñeca, —declaró Inderlied. — Entonces comenzamos a forcejear y a pelear.

Por último el bandido cambió el revólver de la mano derecha a la izquierda y trató de golpearle con él, pero Inderlied le agarró esa mano a su vez. Por último los dos cayeron y siguieron luchando, pero el estafetero logró estar encima del bandido y apoderarse del revólver.

A todo esto, — declaró, — llegó gente en respuesta a sus gritos de auxilio.

En respuesta a preguntas hechas por Gardner, Inderlied admitió que el bandido tuvo ocasiones sobradas de poder matarle, antes y durante la pelea.

Inderlied dijo que se quedó con el revólver que le había quitado al bandido hasta que regresó de su viaje y cuando regresó lo entregó a la autoridad. Reconoció que cinco balas que le mostraron eran las que había sacado del revólver. Dos de los cartuchos tenían balas de madera; las otras eran de plomo.

J. E. Wilke, agente especial del Departamento de Justicia, explicó que los cartuchos con bala o tapa de madera contenían perdigones pequeños que podían inutilizar momentáneamente a un hombre, pero sin matarle ni causarle herida grave.

Más adelante el Procurador Fiscal del Distrito anunció que Gardner no sería procesado por su tentativa de robo del vagón postal en la estación del puerto de Santa Fe, pero sería enviado al presidio federal de Leavenworth, Kansas, a acabar de cumplir sus sentencias con un total de cincuenta años.

Gardner, sonriente, estaba sentado, en la oficina central de policía y contaba, riéndose, cómo había burlado a los cazadores de hombres de la Costa del Pacífico después de su temeraria evasión del presidio de la isla McNeil, setenta y dos días antes.

—No era difícil estar oculto, — decía. — Vine a Fénix hace quince días y permanecí quieto. Observé los trenes cuidadosamente y me aprendí los horarios.

"Yo conocía gente de casi todas las ciudades de la costa. Estuve un tiempo en San Francisco, no recuerdo cuantos días.

"Después fuí a San Diego. Por entonces me sentía enteramente bien. Las heridas de bala de la pierna se habían cicatrizado bien.

Gardner desnudó la pierna para mostrar a los de policía dónde le habían herido el día de la escapatoria.

—Estuve algún tiempo en San Diego y luego decidí ir a Arizona. Primero fuí a El Centro y después a Yuma. De allí me dirigí al empalme de Maricopa, donde bajé del tren.

"De Maricopa me dirigí a Fénix. Pasé mucho tiempo combinando eso del vagón postal y pensé que podría escapar con el producto sin gran inconveniente, pero me equivoqué. El estafetero sabía lo que hacía.

Procurando reprimir las lágrimas, la señora Dolly Gardner, la esposa del bandido, recibió valientemente la noticia de su captura.

—La gente debe comprender ahora que Roy no es responsable de sus acciones, — dijo, casi desesperada.

La señora Gardner agregó que tenía fe en su marido y que la tendría siempre, pasara lo que pasara.

—Roy no podía saber lo que estaba haciendo, — añadió la esposa. — ¿Quién puede creer que un hombre cuerdo va a arrojar así todas las probabilidades, especialmente cuando ha apelado a la clemencia del presidente?

En verdad, la última acción de Gardner da visos de posibilidad a la teoría de que la placa de plata que tiene en la cabeza pueda ser la causante de sus tendencias criminales. Efectivamente, ningún hombre sensato regresaría de Méjico, donde estaba en seguridad, arriesgándose a que le prendieran, sin tener "algún tornillo flojo".

Desde que se escribió lo anterior, Gardner ha sido juzgado en Fénix y sentenciado a veinticinco años de presidio, — a pesar de la declaración del Procurador Fiscal del Distrito diciendo que no se le procesaría por el último delito, — de modo que su condena llega a ¡setenta y cinco años!

Su abogado dice que procurará que los médicos del presidio le saquen la placa de plata de la cabeza, pues la cree causante de todos sus delitos. Parece que los médicos se inclinan a acceder. Gardner, cuando llegó a la prisión de Leavenworth dijo que volvería a escaparse, pero si logra salir de donde está, entonces, ¡va a ser necesario darle una medalla!



Estaba muy cerca de perder los sentidos, pero en forma ninguna perdió el valor. Sus ojos estaban velados y su cuerpo sin fuerzas. Pluma Roja comprendió que no le sería posible caminar... ("El Peligro del Joven Tiro Seguro". Página 41).

DE LA PALPITANTE EPOCA DE BUFFALO BILL



El Peligro del Joven Tiro Seguro

Extensa, completa y emocionante narración de aventuras en el Far West, en la que tiene destacada acción Búffalo Bill, el rey de los exploradores.

CAPITULO I.

La ejecución de Nube Tormentosa

El sol iba elevándose en un cielo azulado sin nubes y no se notaba el menor soplo de aire que hiciese flamear la bandera de las franjas y las estrellas, izada en el Fuerte Dunkel, el mayor puesto militar de las llanuras situadas al este de las montañas Rocosas.

La hierba que crecía en torno al fuerte estaba reseca y amarillenta. El calor parecía brotar de la tierra.

En la parte interna de la alta empalizada del fuerte, en el gran patio se agitaba una multitud.

Soldados del gobierno de Estados Unidos, de caballería e infantería, pasaban y volvían a pasar de un lado a otro realizando las faenas de la mañana. Pero todos iban vestidos por completo con su uniforme, cosa que no era costumbre a semejante hora.

Mezclados entre ellos, pero menos activos, se hallaban los voluntarios de caballería, de piel de un color cercano al de los pieles rojas, vestidos con chaquetas de cuero y pantalones con flecos a los lados. Cada uno de esos hombres llevaba un revólver Colt y una navaja, en el cinturón, y algunos tenían un Winchester al brazo.

Aquellos hombres constituían una fuerza parecida a la caballería, pero eran más libres que los soldados de esa arma. La montura era su vivienda y muchos de ellos no conocían otro patrimonio.

Eran hombres que se expresaban sin rodeos y que disparaban sus armas directamente al blanco, juraban rudamente, vivían rudamente y eran rudos para resistir las marchas. Hacían frente a la muerte en todas formas, considerándolo una parte de su deber. Eran los exploradores, la fuerza irregular que mandaba el coronel Cody, a quien todos en el Oeste llamaban Búffalo Bill.

Unos pocos indios estaban entre los soldados. Eran amigos de confianza, de los que dos o tres, servían de intérpretes.

Aquel día su rostro demostraba cierta gravedad. Habitualmente la mirada de los indios tiene algo de tristeza, pero en aquellas circunstancias, la expresión de la roja faz de aquellos hombres era más seria que de costumbre.

Obedecía esto a que aquel día uno de los de su raza había de sufrir la pena de muerte de acuerdo con las leyes de los hombres blancos; y aquellos hijos de la selva no estaban aun tan sometidos y domesticados que pudieran soportar un hecho semejante, con indiferencia.

En el ángulo sudeste de la empalizada, defendidos, hasta cierto punto por la sombra de ésta, de los tórridos rayos del sol, había un pequeño grupo formado por cuarto hombres, aun cuando dos de los cuales casi no tenían edad para llamarles hombres sino muchachos, aun de acuerdo con las costumbres del Oeste.

Uno de esos cuatro hombres era Búffalo Bill mismo, en la época de su mayor esplendor, de ojos claros, de cutis tan curtido como su montura, ancho de hombros, mirado por todos como lo que en realidad era, como el rey de los hombres de la frontera.

De los otros tres, uno — el de más edad del grupo, — era indiscutiblemente indio, y por cierto un ejemplar de su raza tan hermoso como Búffalo Bill podía serlo de la suya. Se llamaba Lobo Solitario, era jefe de los mohicanos de Delaware, y el último guerrero representante de la, en otro tiempo, orgullosa y poderosa tribu.

Los dos hombres jóvenes eran tan parecidos que al punto se comprendía eran hermanos.

Lo eran, en verdad y no sólo eran hermanos sino mellizos, aun cuando uno pareciese más joven que el otro.

Pero su parentesco era evidente, aun cuando se observasen curiosas diferencias entre ellos, en el vestir, modales y porte.

El que parecía algo más viejo que el otro tenía aspecto de indio; llevaba la cabeza afeitada, a excepción de un mechón de cabellos en la parte superior, y ostentaba un adorno del que formaban parte tres plumas de águila.

Este era Dick Arthur, llamado entre los siux Aguila Negra.

Raptado en los primeros años de su vida por un grupo de cheyenes merodeadores, que habían dado muerte al padre y a la madre, había sido quitado a sus raptores por Toro Blanco, jefe de la tribu de los zorros, de la nación siux, y criado entre los indios zorros, como un hijo del jefe mismo.

Sus días de la infancia en la morada de sus padres habían quedado en su mente como el más vago de sus recuerdos. Había crecido entre los siux como un hijo de la tribu. Había jurado cariño de hermano a Pluma Roja, hijo del viejo Toro Blanco, y amaba profundamente a Cierva Oscura, la hermana de Pluma Roja.

Entre él y ella se interponía, no obstante, la ley del totem, que prohibía el matrimonio entre un hombre y una muchacha de la misma tribu y por ello había ahora entre los dos varias docenas de millas de pradera.

Cierva Oscura estaba lejos, en la cabaña de su padre, y Aguila Negra, herido, casi a punto de morir, en un reciente encuentro, había tenido que marchar en busca de salud y fuerza a un puesto de la frontera, antes de que realizase su deseo de ver nuevamente el rostro de su amada y el de su hermano de sangre, camarada y aun más que camarada.

Dick Arthur era siempre Aguila Negra, guerrero de los siux y aun en el Fuerte Dunkel conservaba las costumbres y los rasgos de su raza.

Tenía la dignidad de actitud del joven guerrero que ha visto de cerca la guerra y ha cortado cabelleras. No sentía deseos de cortarlas de nuevo; pero conservaría siempre en sí, hasta el fin de su vida, algo de la raza india.

Dave, su hermano, explorador a las órdenes de Búffalo Bill, vestido y armado como sus compañeros los exploradores, era más risueño que Dick, más locuaz y de aspecto más juvenil.

Aun cuando por los años era un muchacho, por la fuerza y por la estatura podía considerársele un hombre, tan lleno de valor y decisión como su hermano.

¿Y Lobo Solitario?

Al fin había llegado al término de una larga investigación. Durante mucho tiempo había estado buscando a Dick, — siguiendo un rastro de miles de leguas y lleno de innumerables peligros, — el leal mohicano que había sido hermano de sangre de John Arthur, el padre de los dos muchachos, había tenido cuidado de Dave.

Y cuando la investigación terminó, la última milla de camino recorrida, y la desesperada lucha por la vida, ganada, hubo un tiempo en que Lobo Solitario, con el corazón destrozado hubiera vuelto su cara hacia la pared y se hubiera dejado morir.

Aguila Negra había sido mal herido en la lucha, al final del camino. La investigación estaba terminada. Dick había sido encontrado. Dave no necesitaba ya de sus cuidados y tutelaje. Le parecía pues, al leal mohicano que la vida no tenía aliciente alguno para él, tal era el vacío que sentía en ella.

Pero no hizo partícipe a nadie de sus ideas y por fin, sus ideas habían cambiado. En miles de formas los dos muchachos le habían demostrado que lo consideraban como padre, amigo y camarada y que no debía, ni querían, que los abandonara.

La instrucción recibida por Dave, no había levantado barrera ninguna entre él y su padre adoptivo, el indio. Dave había aprendido bien y fácilmente, pero nunca se había manifestado muy inclinado a adoptar las costumbres de la civilización. Había nacido para llevar una vida de libertad, al aire libre.

Por muy grande que hubiera podido ser la barrera que los separase había sido fácilmente franqueada, ya que Dave conocía muchas cosas que Lobo Solitario ignoraba, así como éste sabía otras muchas que Dave tenía deseos de conocer y ello había de avalorar los conocimientos que el joven poseía.

Además entre Lobo Solitario y Aguila Negra, no existía, en absoluto barrera de ninguna especie.

El corazón de Aguila Negra, era, después de todo, medio indio y el corazón de Lobo Solitario, a quien no ligaban lazos de ninguna clase con tribu alguna, tenía gran parte del de los blancos.

La patria de Lobo Solitario eran los bosques del Extremo Este, donde ya todo estaba transformado y civilizado. Era tan diferente de los siux, paunís, cheyenes o pies negros, o de cualquier clase indio de las praderas, como un inglés pueda serlo de un francés o un italiano.

Pero los ingleses, franceses e italianos son todos europeos, forman varias ramas de lo que puede ser llamado una raza, y los hombres rojos son, en este sentido todos de una sola raza.

Lobo Solitario, en sus largos viajes había trabado relación con varias tribus, había aprendido a hablar sus idiomas y a conocer sus costumbres. Aguila Negra con su educación siux, pensaba lo mismo que Lobo Solitario, se conducía como él y hacía lo que él hacía.

Si los dos mellizos necesitaban un lazo que los ligara, — cosa que no ocurría, — Lobo Solitario hubiera sido ese lazo. Y era en efecto el lazo que unía a los tres en forma tan eficaz, como si el mohicano fuese efectivamente el padre de los dos muchachos.

Y antes de mucho, dos más, — dos a quienes Lobo Solitario había visto sólo una vez y el joven Tiro Seguro, como los pies negros llamaban a Dave, no había visto nun-

ca, — iban a participar de esa unión. Esos dos eran Pluma Roja y Cierva Oscura, su hermana.

Los cuatro formaban un grupo en el patio del fuerte y hablaban en voz baja; mejor dicho, Búffalo Bill y los dos muchachos hablaban, Dave más que Dick, aun cuando sabía menos del asunto que se discutía, mientras Lobo Solitario oía..

—Que ese hombre debe morir es legal y justo, — decía Búffalo Bill. — Según nuestro código, ha cometido un alevoso asesinato y nosotros estamos aquí para imponer nuestra ley.

—Fué un asesinato a los ojos de todos los códigos, — exclamó Dave calurosamente.

—No ante el de los pieles rojas, muchacho, —repulicó el jefe de los exploradores. —Ellos tienen que aprender nuestro código; pero el suyo es diferente. ¿No es así, Aguila Negra?

—Aguila Negra no hubiera dado muerte a un hombre por la espalda — dijo el joven guerrero blanco, simplemente. — Ni tampoco ninguno de los guerreros de su tribu. Pero es cierto que la costumbre de estas tribus como la de todas las de estas regiones apartadas es suprimir al enemigo como pueda, sin detenerse a pensar si los medios empleados son o no una traición.

—Así es, Dave, — dijo Búffalo Bill.—No hago una excepción con Nube Tormentosa. Ha sido justicieramente condenado. La ley de los hombres blancos debe imperar en las praderas. Pero, por otro lado, es importante tener en cuenta la actitud que asuman los siux ante la ejecución. Lo que ellos consideran un acto de injusticia puede llevarles al sendero de la guerra y si es así, los trastornos serán grandes. No creo que ataquen al fuerte Dunkel, pero en cambio ningún convoy de emigrantes, ningún granjero, ningún minero estaría a salvo de ellos.

Calló pues en ese momento un toque de clarín vibró en los aires.

Durante un momento se notó gran animación entre los soldados del puesto; pero todo cesó en seguida. A las órdenes de mando de los oficiales se alinearon en orden de parada Algunos oficiales salieron de sus cabañas y ocuparon sus puestos.

Los exploradores también se colocaron en formación semi-militar. Pero Búffalo Bill permaneció en el mismo sitio donde estaba junto a sus tres compañeros.

Los pocos indios, excepto Lobo Solitario y otro, lo observaban todo con ojos bien abiertos, colocados entre los soldados y los exploradores.

Entre ls pieles rojas, se había situado uno, aparte de los demás: era el intérprete del fuerte, un pauní. Su nación era enemiga hereditaria de los siux; pero aun cuando se notaba en su rostro una expresión de disgusto en aquella época el lazo común de la raza era tenido más en cuenta que la antigua enemistad entre tribus.

Veinte Lenguas, era llamado aquel hombre y tenía fama de saber aun mayor número que ese, de idiomas de los que hablaban las diversas tribus de las praderas.

El clarín volvió a sonar, y el comandante del fuerte, mayor general Warkworth, salió de la más grande de las cabañas seguido de sus subordinados inmediatos.

Lanzó una breve voz de mando y uno de los ordenanzas hizo que se pusiera en marcha al sentenciado, que estaba con grillos, y era escoltado por una fila de fuerzas de infantería.

Noche Tormentosa, no demostraba ni temor ni arrepentimiento. No sentía ni lo uno ni lo otro. El miedo no existía para él y aun cuando lo hubiera experimentado, no lo hubiese dado a conocer, seguramente, pues todo guerrero piel roja sabe ser cuando le llega el momento de morir. Lo que había hecho no le parecía vergonzoso aun cuando supiese que lo era a los ojos de los blancos.

Permaneció de pie con la vista baja mientras le quitaban los grillos.

Pareció como si el verse libre de aquello le hiciera cambiar de modo de pensar. Sus negros y brillantes ojos miraron al grupo de personas allí reunidas y en ellos se notó un invencible orgullo y un profundo odio.

El intérprete volvió la cabeza. Los indios que se encontraban entre los soldados y los exploradores se cubrieron la cara con sus mantas.

De los hombres de la misma raza de Nube Tormentosa, que allí estaban, tan sólo Lobo Solitario resistió sin flaquear la mirada que le dirigió el condenado.

No había nada de simpatía en aquella mirada. El mohicano no podía ser amigo de ningún homicida a traición. Lobo Solitario había oído y aprobado las palabras del jefe de los exploradores y aun cuando en el fondo de su corazón condenase lo ocurrido, existía también un algo de simpatía hacia aquel hombre de su raza que sabía morir como debe morir un piel roja.

La mirada aquella tuvo apenas unos segundos de duración. Luego Lobo Solitario apartó la suya, pero el condenado a muerte comprendió lo que decían aquellos ojos al mirarle; el orgullo que experimentaba aquel desconocido a quien nunca había visto y eso le dió aún más valor.

—¡Lean la sentencia!—ordenó el mayor general Warkworth.

La orden fué obedecida. Un oficial leyó la sentencia en forma clara y lenta para que Veinte Lenguas pudiese ir traduciendo a Nube Tormentosa lo que iba leyendo. Nada en la sentencia era nuevo para los que oían. Todos sabían que el indio, — un siux de la tribu de los coyotes, — había dado muerte a un tal Patrick Dempsey, un buscador de oro con el que se había peleado hacía ya tiempo, desde el sitio donde se había emboscado. El hecho se había producido hacía varias semanas; pero apenas habían transcurrido cuarenta y ocho horas desde que Nube Tormentosa había sido conducido al fuerte Dunkel, en calidad de prisionero. La justicia militar no pierde tiempo, y aun cuando el mayor general, jefe ejecutivo del gobierno de Estados Unidos en una extensión ma-

yor que muchos reinos de Europa, tenía plenos poderes para resolver los asuntos referentes a los que tenía bajo su mando, había constituído un tribunal que era el que había condenado a Nube Tormentosa. Terminada de leer la sentencia, Veinte Lenguas habló en lengua siux. Nadie pudo afirmar si el condenado prestaba atención o no.

Sus negros ojos permanecían levantados hacia el cielo azul que veía por encima de la empalizada. Ni un músculo de su faz bronceada se había movido.

—Pregunte a Nube Tormentosa si tiene algo que manifestar antes de morir, — dijo el oficial que manda el piquete.

Veinte Lenguas habló al condenado. El rostro de Nube Tormentosa se transformó y el indio levantó la mano derecha con enojo y en forma imperativa.

Era cosa fácil para una persona inteligente seguir el curso del torrente de palabras que brotó de sus labios.

Del grupo de cuatro, situado en el ángulo sudeste de la empalizada, sólo uno tenía que adivinar lo que decía el condenado.

Aguila Negra comprendía todas las palabras. Conocía al hombre que hablaba; lo conocía muy bien, aun cuando nunca habían sido amigos.

Tanto el coronel Cody como Lobo Solitario conocían lo suficiente la lengua siux para darse perfecta cuenta de lo que decía Nube Tormentosa.

En cuanto al joven Tiro Seguro, no sentía mayor interés por lo que Nube Tormentosa decía. Aun cuando había vivido durante varios meses entre los indios pies negros, aun cuando quería a Lobo Solitario más que a hombre ninguno en el mundo, Dave Arthur miraba a los pieles rojas igual que los hombres de la frontera.

Sabía que entre ellos los había buenos y malos; pero su primer impulso era considerar enemigo a todo piel roja. Y los que, como Nube Tormentosa, atacaban traicioneramente por la espalda, eran para él más despreciables que los reptiles venenosos.

Nube Tormentosa hablaba de la llegada de los caras pálidas a aquellas regiones del oeste, para arrebatar a los pieles rojas, lo que les pertenecía. Refería de qué modo los búfalos eran extinguidos por ellos, así como su raza desaparecía poco a poco y ponía de manifiesto que él y otros experimentaban por esas causas, intensa desesperación.

En cuanto a la muerte de Dempsey, era un acto de guerra, decía. Aquel hombre era enemigo suyo y según costumbre de su raza debía dar muerte al adversario dónde y cómo se pudiera.

Por ese delito estaba pronto a responder el Gran Wahcondá, cuando hubiese pasado a la tierra de los espíritus.

Pero respecto a su muerte, — a la de Nube Tormentosa, — que no había cometido falta alguna, los blancos se verían obligados a dar terrible y completa cuenta a su tribu.

Y al decir esto miraba a todos con ojos que despedían centellas, arqueando las cejas y agitando el mechón de pelo que coronaba su cabeza.

Al fin calló e hizo un ademán de desafío. Luego se cruzó de brazos y echó atrás la cabeza.

Poco tiempo necesitó Veinte Lenguas para traducir el resumen de su discurso.

—Nube Tormentosa, dice que los hombres blancos no tienen aquí derecho ninguno. El tenía derecho para matar a Dempsey y arrancarle la cabellera. Dempsey era su enemigo y los hombres rojos matan a sus enemigos donde pueden. Dice que la nación siux se dirigirá al sendero de la guerra en cuanto él haya sido fusilado y causará una gran catástrofe.

Algo así como un reflejo de lástima se notó en el rostro del hombre que había condenado a muerte a Nube Tormentosa. No había uno sólo, entre los blancos, que no comprendiese relativamente lo que tenían que sentir los rojos ante la invasión de territorios que siempre habían considerado suyos. El mayor general Warkworth, lo comprendía tan bien como los demás. Pero su misión era gobernar en nombre del Tío Sam y combatir a los indios; y debía cumplir su tarea por cruel que le pareciera.

Pero aquella nube de lástima pasó y su rostro volvió a adquirir la acostumbrada seriedad.

Levantó la mano y un capitán de infantería dió una orden.

Una fila de soldados avanzó y se colocó como a una docena de pasos del guerrero siux.

El no los miró. Estaba de espaldas a la empalizada; los ojos le brillaban nuevamente y los dirigió hacia el cielo azul; tenía el rostro impasible. Aquel hombre había cometido un cobarde asesinato, de acuerdo con el código de los blancos; pero había vivido sometido a su salvaje ley y habiendo vivido dentro de ella, dentro de ella debía morir como un hombre.

—¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!

Se oyeron las detonaciones; se elevó una nube de humo y Nube Tormentosa, guerrero del clan de los coyotes de la nación de los siux, cayó boca abajo. Durante un momento había permanecido recto, apoyado en la empalizada, con un balazo en la cabeza y otro en el corazón; luego cuando el humo de los disparos se extendió y dejó ver la escena, cayó y permaneció tendido, muerto.

El mayor general Warkworth levantó la mano y se retiró. Un oficial dió por terminado el acto. Las tropas rompieron filas. El piquete de ejecución recogió el cuerpo y lo llevó para proceder a su sepelio.

De nuevo volvieron a oirse en el patio las conversaciones en voz alta, pero dos hombres permanecieron silenciosos, Aguila Negra, cuyo corazón era, a medias, siux y Lobo Solitario.



CAPITULO II

na misión peligrosa

"TENIA que ser así, — dijo el coronel Cody, apoyando la mano en el hombre de Aguila Negra. — No había otra cosa que hacer, como tuve que manifestar cuando el mayor general me preguntó qué era lo que yo pensaba. Pero tengo la satisfacción de creer qu eninguno de la tribu que usted es semejante a ese hombre que ha muerto.

Ante de que Aguila Negra pudiese responder, llegó un ordenanza, saludó al coronel Cody y le manifestó que el comandante deseaba verlo.

—Dígale al general que estaré allí dentro de un minuto, — respondió el jefe de los exploradores.

El ordenanza saludó nuevamente y se alejó. Búffalo Bill se volvió hacia el joven Tiro Seguro.

—Sé qué es lo que desea, Dave, — exclamó. — He hablado de ese asunto con usted así que también lo conoce. Puede prepararse para la excursión, muchacho; aun cuando mi deseo sería que fuese su hermano el que la realizase.

Partió sin esperar respuesta. En la puerta de la choza grande le saludó, cuadrándose, al pasar, un centinela. Búffalo Bill respondió al saludo y penetró en una pequeña habitación que servía de oficina al mayor general Warkworth.

Las relaciones entre aquellos dos hombres eran de lo más cordiales. Warkworth era de más edad y en el fuerte Dunkel, incuestionablemente, su rango era igualado por el de Cody.

Pero la misión de Búffalo Bill era realmente más importante que la que correspondía a su grado semi-militar. Estaba considerado por el gobierno como el hombre que conocía mejor que ninguno otro las praderas del Oeste y las tribus que en ellas habitaban y por ésta razón se podía haber manifestado directamente contra las instrucciones de Warkworth sin temor a una reprensión o de un pedido de explicaciones sobre su conducta.

Pero no se había producido nunca un hecho semejante. Warkworth no era novicio en cuestiones de las praderas; pero no dejaba de reconocer que era una verdadera criatura comprado con el coronel Cody. Aun cuando era hombre de energía y de carácter firme, no dejaba, siempre que había ocasión de ello, de solicitar la opinión del jefe de los exploradores.

—El asunto está terminado, Cody, — dijo bruscamente. — He procedido de acuerdo con mis órdenes aun cuando no creo que haya merecido su aprobación.

—Perdone usted, señor. En eso está usted en error, — replicó Cody, apoyando una de sus tostadas manos en la mesa. — Estoy de acuerdo con usted. De haberme encontrado en su lugar, hubiera hecho lo mismo. Era necesario hacerlo.

—Me satisface lo que me dice. Cody. porque yo tenía mis dudas.

—Dicen de mí los pieles rojas que nunca hablo en forma que no sea sincera. Comprendo todo el valor de esa opinión, y puede usted creer que es fundada.

—No hay en el mundo, Cody, persona en quien tenga yo más fe que en usted. En lo que pensaba era en las consecuencias que usted, parece, considerar inevitables. No estoy muy seguro de que la ejecución hubiera tenido lugar si yo me hubiese sentido tan persuadido como usted de que significaría un levantamiento entre los siux. Usted me había advertido...

—Era una simple advertencia, general. Y no pretendía, por cierto, evitar que usted dejase de cumplir con su deber. Voy a hablarle con franqueza. Yo comprendo el estado de los pieles rojas. Su situación es, después de todo, bastante dolorosa. Nosotros hemos caído sobre ellos como una avasalladora inundación. En esas praderas que consideraban como suyas, no habrá dentro de poco, un lugar donde puedan vivir a su gusto. Por eso no puede evitarse. Ellos deben aprender a inclinarse ante lo inevitable por dura que sea de aprender esa lección que les damos. La ley de los hombres blancos debe imponerse, aun en los más recónditos refugios de los pieles rojas.

—Eso es muy cierto. Pero yo tengo la esperanza de lograr la paz. Y para lograr la paz para lo que he venido aun cuando mi oficio es hacer la guerra.

—Mucho temo que la paz llegue tan sólo mediante la guerra. Pero no creo que deba haber guerra por este asunto de Nube Tormentosa. Tampoco creo que su clan pueda levantar a toda la nación de los siux. Y aun es posible que ni aun su mismo clan se levante en guerra. Podría mandar a Aguila Negra, uno de los mellizos Arthur, general. ¿Conoce usted su historia?

—Sí, la conozco. El muchacho de quien usted habla recibió ese nombre durante su permanencia entre los siux, pero el clan de los zorros no en el de los coyotes a que pertenecía el hombre a quien hemos ajusticiado, según creo.

—En un clan hermano, sin embargo, y los lazos existen. Si los coyotes no logran la ayuda de los zorros pueden confiar en que cualquier otro clan de los siux, se una a ellos para hacer la guerra.

—¿Y usted cree que los zorros puedan quedarse tranquilos, Cody?

—Si puedo tener la suerte de que Aguila Negra pueda ir, tengo la seguridad de que sí, general.

—¡Pero es un muchacho y seguramente sus palabras tendrían poco peso en el consejo!

—Puede ser considerado como un muchacho en el Este. Pero aquí tenemos distinta forma de apreciar las cosas y entre las tribus se piensa más diferente aún. Aguila Negra ha hecho la guerra a los cheyenes y lleva en su cabello las plumas de águila que ninguno puede llevar sin haberlas alcanzado en las batallas. Toro Blanco lo considera como a un hijo y es hermano de sangre de Pluma Roja, el hijo del viejo jefe.

—Comprendo. Comprendo. Lo escucharán entonces, y además puede ir hasta ellos sin peligro. No quiero preguntarle a usted si se puede confiar en él. Tengo la seguridad de que será así. Pero, ¿no sabe usted si puede o no, ir?

—Lo malo es que no llegará a tiempo a las aldeas siux. Las noticias viajan muy ligero por las praderas; nuestros más rápidos jinetes tal vez no pudieran llegar antes que la noticia de la muerte de Nube Tormento a. Aun cuando cabalgase noche y día tal vez no llegase a tiempo. Pero Aguila Negra no se encuentra en condiciones de hacer semejante viaje. Sus heridas están apenas cerradas. Habría de realizar una carrera de veinte horas seguidas... ¡Es demasiado!

Warkworth asintió. Conocía la historia de Lobo Solitario y su reunión con los dos mellizos. Había hablado con los tres actores del drama y se había formado una elevada opinión de cada uno de ellos.

Durante algunos momentos, permaneció silencioso.

—Veinte Lenguas, — exclamó luego, — es pauní; los siux no quieren oír hablar de ellos. Y entre nuestros amigos no existe otro que pueda intentar la misión con probabilidades de éxito. No obstante, la noticia oficial de la ejecución y las causas que la han motivado, deben ser enviadas a los coyotes y sería una gran cosa que el mensajero pudiera ejercer alguna influencia sobre Toro Blanco y su clan. No hay ni que pensar en que sea usted el que vaya, Cody. Usted está a las órdenes directas del gobierno de Wáshington para iniciar otra acción de mayor urgencia que ésta. No quiero decir tampoco que acaso pudiera correr usted riesgo alguno entre los siux, porque sé que eso no tiene ningún valor para usted. Pero debe comprender que no es posible que vaya.

—Estoy pronto para iniciar cualquier otro asunto, pero reconozco que este es de suma urgencia pues pudiera resultar que el menor retraso originase un perjuicio. Verdaderamente no puedo atender a un lado cuando puede haber peligro en otro. No puedo ir, sin embargo, lo comprendo tan bien como usted.

—Ninguno de mis oficiales puede servirnos tampoco, aun cuando los hay capaces de efectuar la cabalgata. Tiene forzosamente que ser uno de sus hombres, Cody.

—Creo tener el hombre que hace falta general.

—¿Quién es? Creo que ha de haber pocos, entre los exploradores, que gocen de las simpatías que tiene su jefe Cody entre los indios y el tacto que posee él para tratar con ellos.

—Ninguno, en efecto. Puedo decirlo sin rubor. El hombre a quien pienso mandar odia a los pieles rojas en general aun cuando su mejor amigo sea indio y su propio hermano, casi lo sea a medias.

—¡Ah! Se refiere usted al joven Arthur. Es lo suficiente valiente para ello. Pero, ¿qué otros méritos tiene para semejante misión?

—Conoce perfectamente las costumbres de los indios, — respondió el rey de los exploradores. — Ha vivido entre los pies negros, que son bastante semejantes a los siux. Pero aquí, lo principal es que Toro Blanco y su hijo Pluma Roja se muestren amigos del muchacho a causa de su hermano.

—Débiles razones son esas para confiar en ellas, Cody.

—No tan débiles como usted cree, general. Por el contrario yo confío mucho en ellas.

—El muchacho expondría la vida en esa misión, y lo considero demasiado joven para enviarle.

—Todos mis exploradores están dispuestos a jugarse la vida cada una de las veinticuatro horas del día, y ese muchacho es uno de los míos. Antes de que yo tuviera la edad de Dave, general, ya estaba acostumbrado a eso. Parece un muchacho, más que un hombre formal pero en realidad tiene más de lo último que de lo primero. No teme el peligro y tiene la experiencia necesaria para tratar de evitarlo. Considero que ningún otro, en las actuales circunstancias, puede llegar a la aldea de los siux, y lo conceptúo fuerte.

—Usted sabe lo que hace, Cody. Tiene plena libertad en este asunto. Salgamos bien o mal, tengo la seguridad de que usted habrá hecho lo posible por conseguir lo primero, ya que usted sabe de todo esto más de lo que puede saber hombre alguno.

El general le tendió la mano y Búffalo Bill puso en ella su grande y bronceada zarpa, sin pronunciarr ni una palabra. Aquella conversación había estrechado aún más los lazos que unían a los dos hombres.

Dos minutos más tarde Búffalo Bill daba a Dave Arthur sus instrucciones. Pero éstas no fueron extensas. El joven Tiro Seguro sabía perfectamente lo que querían de él y en cierto modo esperaba que le encomendasen la misión.

—Sea prudente, y trate de evitar todo peligro siempre que no sea forzoso correrlo, porque necesito que llegue usted hasta el fin. Estas fueron las palabras de despedida que pronunció Búffalo Bill cuando estrechaba la mano del joven explorador.

Aguila Negra y Lobo Solitario acompañaron al joven Tiro Seguro más allá de la puerta de la empalizada.

Claro está que era poco lo que tenían que decirse ya; pero deseaban cambiar todavía algunas palabras más.

Los dos hubieran dado gustosos hasta diez años de vida por poder acompañar a Dave en aquel viaje.

Pero sabían de sobra que no podía ser. Solamente un hombre sano y fuerte podía efectuar el trayecto que era necesario recorrer y las heridas que habían recibido no [illegible] aún cicatrizadas debidamente, ni tenían el pleno dominio de sus fuerzas.

—¿Es esta la seña, Dick? — preguntó de pronto el joven Tiro Seguro.

Y tocó en rápida sucesión cada uno de los cuatro dedos de su mano derecha, con el pulgar de la misma mano, comenzando

por el meñique, y luego dobló los dedos sobre el pulgar.

—Esa es la mitad de la seña, — respondió Aguila Negra. — La otra mitad, para comprobación en caso de duda o en la oscuridad, es ésta. — Y colocó la mano con el pulgar tan bajo que tocó el nacimiento del dedo meñique. — Cualquiera que lo vea sin estar iniciado no comprenderá la diferencia entre esto y un movimiento común, pero es necesario tener la vista acostumbrada para notar la diferencia aún a la luz del día.

—Existe una persona que conoce la seña sin deber conocerla, — dijo Lobo Solitario. —Pero mi hijo no debe temer a un guerrero sin tribu, a quien llaman Víbora Amarilla y que tiene la lengua tan ponzoñosa y las maneras rastreras de un reptil.

—Tengo entendido que Víbora Amarilla tan sólo conoce la mitad de la seña, — dijo Aguila Negra. — Consiguió conocerla mientras se dedicaba a espiarnos a mi y a mi hermano Pluma Roja, según creo. Gracias a ello pudo engañar a Lobo Solitario, a quien no es posible culpar por tal cosa. La otra mitad, creo que no logró conocerla.

—No hay temor de que Víbora Amarilla pueda hacerme nada, — dijo rápidamente el joven Tiro Seguro. — Y si lo intentase pronto y bien sabré extirpar a ese reptil. Es para Pluma Roja para quien necesito la seña y lo veré, porque lo considero tan noble como un honrado hombre blanco.

Aguila Negra sonrió. Seguramente su hermano de sangre, el indio, no era blanco; era un verdadero siux. Pero comprendía lo que quería decir, y Lobo Solitario también lo comprendió. Pero nadie podía decir lo que los dos habían pensado. Respecto a lealtad, un verdadro camarada indio era más digno de fe que muchos hombres de raza blanca y más en el Oeste, donde un hombre que engaña a su compañero es considerado un ser despreciable.

—Yo desearía que ustedes dos me acompañasen, pero no conviene, así que no hay que hablar de eso, — exclamó Dave estrechando las dos manos que se le tendían. Repónganse pronto y prepárense para la próxima hazaña, ustedes dos. ¡Hasta la vista Dick! Ha seguido un rastro con Lobo Solitario y yo le acompañé en varios; en lo futuro iremos siempre juntos los tres. Porque he de salir triunfante en esta misión, pueden apostar hasta su último dólar. ¡Lobo Solitario! ¡Viejo compañero!...

Se interrumpió saltando sobre la silla sin completar la despedida. Era más penosa para él que para el otro y su hermano lo comprendió así y no se manifestó resentido por ello.

Los dos permanecieron de pie, juntos viéndolo alejarse.

Iba a cumplir una de las más difíciles misiones que pueden confiarse a un hombre y él lo sabía, a pesar de toda la confianza y de la alegría demostrada y ellos lo sabían, aun cuando nada habían dicho al despedirse.

Una vez más, volviéndose en la silla, les les hizo con la mano un saludo de despedida. Luego se puso en marcha de nuevo, y ellos continuaron viendo como se alejaba, y así permanecieron hasta que jinete y montura sólo parecían una pequeña mancha en la pradera extensa. Y hasta que esa manchita dejó de verse.

Entonces los dos volvieron hacia el fuerte, sin hablar ni una sola palabra, porque entre ellos y en aquella ocasión, las palabras eran inútiles para comprenderse.



CAPITULO III.

El consejo de las dos tribus

BUFFALO BILL tenía razón al expresarse en la forma en que lo había hecho, sobre la rapidez con que corrían las noticias en las praderas, y eso se notaba más teniendo en cuenta que las tribus de pieles rojas que las habitaban, eran de nivel mental inferior. Los exploradores africanos, igual que los que han viajado entonces por Estados Unidos han observado el fenómeno. Pero siempre la explicación que le han dado ha sido incompleta. Existe algo misterioso que ha escapado, en toda ocasión, a sus investigaciones. Lo lógico sería suponer que la difusión de una noticia por las praderas en la época en que no había ni trenes rápidos ni telégrafos, no podía ser mayor que la que alcanzase un rápido y buen jinete, pues en los puntos donde se esperaba la noticia había caballos de repuesto. Sin embargo, no era así.

Aun cuando el joven Tiro Seguro montase el mejor de los caballos de que disponían los exploradores de Búffalo Bill, se encontraría a veinticuatro horas de marcha de las aldeas de los zorros y de los coyotes, cuando la noticia de la ejecución de Nube Tormentosa fuera conocida en esas aldeas.

Llegó, pues, rápidamente y la noticia causó grandísima sensación.

A primera vista ningún extraño que penetrase en la aldea coyote hubiera notado nada anormal en ella; era necesario conocer íntimamente el corazón indio para sospechar que algo, fuera de lo común, había ocurrido.

Las mujeres y las muchachas estaban detaban dedicadas a sus trabajos. Los niños jugaban con los perros, en la calle. Pero los hombres jóvenes formaban grupos y los ancianos y experimentados guerreros esperaban junto a la choza del consejo donde los jefes y los "médicos", es decir los curanderos, conferenciaban sobre un grave asunto que no era la muerte de Nube Tormentosa, aun cuando también se habían de ocupar de ésta.

El asunto de la ejecución sería tratado en el pleno consejo de la tribu. Lo que se trataba entonces era si el clan de los zorros, vecino y estrechamente aliado de los coyo-

tes, debía ser, o no, admitido en el consejo pleno.

Pocos años antes ese asunto no hubiera sido discutido. Los zorros hubieran sido admitidos. Los lazos que unían a los dos clans eran fuertes. Ambos vivían y operaban libremente en la región de la gran nación de los siux. Sus campamentos nunca se levantaban a gran distancia uno de otro. Debido a las leyes del totem, sobre el matrimonio, que prohibían la unión de un joven y una joven del mismo clan, las alianzas entre individuos de los dos, eran frecuentes.

Los zorros necesitaban mujeres y recurrían a las chozas de los coyotes, que estaban cerca. Los guerreros coyotes buscaban esposas que se instalasen junto al fuego para trabajar y ¿dónde iban a encontrarlas con más facilidad que en los chozas de los indios zorros?

Era, claro está, permitido ir a otra parte en busca de esposa, pero muy pocos hacían uso de ese legítimo derecho.

Así, pues, los lazos entre las dos tribus se iban estrechando cada vez más.

Pero desde que Toro Blanco, antiguo jefe guerrero de los zorros, había tomado la dirección de la tribu, dándole un amplio y más acertado sentido, siguiendo los dictados de la justicia y la sensatez y pensando que pudieran llegar épocas de lucha, había evitado la prosecución de tales hechos.

Corazón de Piedra, gran jefe guerrero de los coyotes y Tortuga Azul, su astuto viejo curandero, no simpatizaban con la actitud de Toro Blanco y por lo tanto, con él.

Sólo había un modo de conseguir que fueran los zorros al sendero de la guerra y era esa la que el jefe y el viejo curandero planeaban hacia tiempo. Consistía eso en hacer que los zorros participaran del consejo en que había de decidirse si irían o no a la lucha. No les sería posible retroceder una vez tomada la resolución y Toro Blanco y Pluma Roja encontrarían grandes dificultades si pretendían echarse atrás.

El anciano jefe y su hijo, tenían que realizar grandes esfuerzos para contenerse cuando el grito de guerra sonara en los aires, cuando el poste de guerra fuera golpeado una vez tras otra por los guerreros coyotes y las pinturas de guerra cubrieran el rostro de los hombres del clan.

Un mensajero partió de la aldea coyote para la de los zorros y tan pronto como marchó, dió comienzo el consejo general.

Pero Tortuga Azul, el astuto y viejo curandero, reputado como el mayor brujo de la nación siux y considerado como el intrigante más astuto entre aquellos pueblos, no quería abandonar sus proyectos.

Había enviado un indio de toda confianza, llamado Cola Manchada que era de poca importancia para la gente del clan, pero muy estimado por Tortuga Azul. Ese canalla llevaba instrucciones secretas.

Después partió de la aldea otro mensajero. Pero tan pronto como este segundo jinete, que aparentemente marchaba en dirección a la aldea de los zorros, se perdió de vista, Cola Manchada siguió viaje secretamente, sin que le viera nadie.

Su misión no estaba exenta de riesgos. Iba en busca de Víbora Amarilla, anteriormente miembro de la tribu de los coyotes y ahora proscripto, y considerado como muerto por los de su tribu.

Víbora Amarilla, era hijo del hermano mayor de Tortuga Azul y sin duda aquel llamado obedecía a algo. Lo más importante era la naturaleza del proscripto, lleno de odios y de maldad.

Cuando Víbora Amarilla había sido despedido del clan, Tortuga Azul a pesar de la influencia que tenía, no pronunció ni una sola palabra en su favor. Pero aquella actitud obedecía a su astucia. Deseaba que aquel hombre regresase y tenía la esperanza de verlo llegar a jefe de la tribu, antes de morir. Pero aguardaba pacientemente a que se presentase la oportunidad para conseguirlo.

Estableció comunicaciones con Víbora Amarilla, que se había agregado a una banda de foragidos y había llegado a conquistarse el puesto de jefe de todos ellos. Los dos hombres se habían entrevistado pocas horas antes de conocerse en la aldea de los coyotes, la noticia de la ejecución de Nube Tormentosa. Tortuga Azul sabía donde podía encontrar siempre al joven proscripto, y había visto, en los últimos acontecimientos, la probabilidad del regreso de Víbora Amarilla.

Si los coyotes iban al sendero de la guerra contra los caras pálidas y los zorros se negaban a levantar las armas junto con ellos, la sentencia de expulsión pronunciada contra Víbora Amarilla por tratar de dar muerte a un guerrero de los zorros, sería revocada ya que estos últimos vendrían a ser considerados como enemigos. Entonces, Víbora Amarilla, se presentaría, en el momento preciso en que los otros se negasen y ocuparía su puesto entre los guerreros de su clan sin despertar grandes protestas.

Tan pronto como Cola Manchada partió, Tortuga Azul se dirigió lentamente hacia la choza donde había de celebrarse el gran consejo. Le hicieron un lugar entre los jefes y curanderos que se hallaban sentados en torno del fuego y del Consejo. Era un día de mucho calor, pero no obstante había sido encendido el fuego. Su puesto quedaba junto a Corazón de Piedra, jefe guerrero del clan. Era esa la costumbre, entre las tribus indias, para apoyar la autoridad del jefe supremo. El poder compartido entre dos o más no puede ser tan despótico. Corazón de Piedra primero entre sus guerreros y Tortuga Azul, que no había luchado nunca y que estaba ya viejo para combatir, eran los primeros entre los coyotes.

Al otro lado de Corazón de Piedra estaba sentado Potro Salvaje, un jefe cuya fama era poca a causa de su extremada juventud pero cuya influencia en la tribu podía ser mayor de no saberse que no gozaba de la simpatía de Tortuga Azul. Acaso el viejo pícaro y Corazón de Piedra no fueran capaces de sentir afecto hacia nadie. Pero estaban de acuerdo

y, en general, aún cuando no se túviesen uno al otro mucho cariño, los dos iban en contra de Potro Salvaje.

Corazón de Piedra era un gigante, varias pulgadas más alto que los demás guerreros de su tribu. A su lado, Potro Salvaje, de una estatura regular, parecía un enano. Tortuga Azul miraba fijamente a todos, como una momia.

Ninguno de los demás jefes podía compararse físicamente a él y de todos ellos tan sólo Potro Salvaje podía alcanzar su mentalidad.

Solamente unos cuantos de los que se habían reunido, estaban sentados. Eran los jefes y curanderos, personas principales de la comunidad.

A la derecha de éstos se encontraban los guerreros, cuya cabeza, adornada con plumas denotaba que habían realizado varias campañas, despojado varios cuerpos de enemigos caídos y arrancado varias cabelleras.

A la izquierda se encontraban los guerreros jóvenes, algunos pocos de los cuales llevaban una pluma de aguila.

Detrás de éstos se veía a los muchachos que no habían combatido aún y que sólo habían concurrido a las excursiones de caza. Esos llevaban tan sólo plumas de lechuza. Estas plumas constituyen la divisa general de la nación siux o dakota.

En torno del fuego se había reservado un lugar para los jefes y curanderos de los zorros, cuya concurrencia se había anunciado y que debían hallarse ya en las cercanías.

Hasta que llegaron no se habló ni una palabra en el consejo. Eso hubiera constituído una falta de cortesía de los coyotes y a ese respecto el código de los pieles rojas, es muy estricto.

El consejo permanecía en silencio. Pero en ese silencio se notaba algo de alarmante. Muchos de los que se hallaban sentados en torno del fuego, o permanecían de pie a derecha o izquierda, abrigaban en el fondo de su corazón intenciones aviesas. Y sus ideas parecían irse transmitiendo de uno a otro, al extremo de que todos, menos Potro Salvaje, parecían dominados por el odio.

Sólo el joven guerrero se hallaba dispuesto a levantar su voz contra la guerra.

En la parte exterior de la choza donde se efectuaba el consejo, estaban los que componían el resto de la tribu.

Se veía a las mujeres, arrugadas y repulsivas viejas, a las jovenes esposas, y a las activas muchachas de brillante mirada. También estaban los chicos que no habían alcanzado aún la edad necesaria para asistir a las cacerías, pero que diestros en la equitación, podían cabalgar como jóvenes centauros. Había chiquillos, medio desnudos, de piel bronceada, que abandonando sus juegos por un instante, acudían, comprendiendo que ocurría algo anormal. Estaban los "papuses" en las curiosas cunas de cuero y corteza de abedul. Las madres los llevaban a la espalda, sujetos en una forma que hubiera hecho gritar hasta desgañitarse a una criatura blanca, pero que no causaba molestia ninguna a los pequeños de piel bronceada, cuyos negros ojos se destacaban graves en su pequeño rostro, como si comprendiesen algo de lo que causaba tal turbación en su tribu.

En el centro del grupo, sentadas en el suelo, estaban las tres mujeres de Nube Tormentosa. En las praderas es cosa general tener más de una esposa. Hay casos en que algunos hombres ricos pueden tener aun más de este número, y Nube Tormentosa era rico. Al decir que era rico hay que tener en cuenta que lo era dentro de lo que los siux consideraban riqueza. Sus bienes se componían de varios caballos y de su habilidad para la caza.

Las tres mujeres estaban en silencio con la cabeza cubierta por el manto y en redor de ellas estaban los niños, fruto del matrimonio.

Fuera del grupo se amontonaban los perros que siempre abundan en las aldeas indias. También ellos parecían olfatear algo extraño en el aire.

De pronto lanzaron ensordecedores ladridos porque llegaban los hombres a quienes se esperaba. Los indios zorros llegaban a caballo. No había quedado en las chozas ni un hombre que tuviese derecho a ostentar las plumas de águila. Llegaban también con todas sus armas. Cada uno tenía rifle, tomahawk y la navaja para cortar cueros cabelludos.

Nada podía admirar que así fuera. Los pieles rojas no dejan nunca sus armas en la vivienda y las llevan donde quiera que van. Para ellos siempre están prontas y al alcance de la mano.

Pero se notaba algo en el aspecto de los zorros, que demostraba que habían olfateado el peligro.

Toro Blanco marchaba a la cabeza. Su hijo, Pluma Roja, iba a la retaguardia con los más jóvenes guerreros. No debía ocupar la vanguardia más que en los momentos de peligro.

La jefatura de una tribu india no es hereditaria de padre a hijo. Un hijo puede suceder a su padre, pero para ello ha de poseer las cualidades que adornaban a aquél, no por simple herencia.

Pluma Roja era considerado como un futuro sucesor de Toro Blanco, sin embargo. Había ganado fama en la guerra y era elocuente. Las razas indias tienen gran admiración por los hombres que saben encantarlos con sus palabras y más aun cuando a sus dotes oratorias se unen otras buenas cualidades.

Como una estatua, se hallaba inmóvil Tortuga Azul. Y como estatuas estaban sentados Corazón de Piedra y Potro Salvaje, igual que todos los que rodeaban el fuego del consejo.

De haberse tratado de una visita de amistad, hubieran salido a esperar a sus visitantes a las afueras de la aldea. Pero se trataba de una visita de extraordinaria importancia, que podía causar la definitiva ruptura de los lazos que unían las dos tribus, o, por el contrario, estrecharlos aun más.

Por eso permanecieron sentados, en silencio y entre los guerreros tan sólo uno se movió. Fué Cuervo Grande, hermano de Corazón de Piedra, famoso por la agudeza de su vista. Era un guerrero ancho de hombros, con una gran cicatriz lívida, marca dejada por un tomahawk pauní, y que le cruzaba la frente.

Avanzó con lentos y silenciosos pasos hacia la entrada de la choza del consejo y dió la bienvenida a los visitantes extendiendo las manos, en silencio. El acto era político. Cuervo Grande no podía dar oficialmente la bienvenida a los zorros. Sabía que no era querido entre ellos y conocía las intenciones de su hermano hacia los que llegaban.

Pero su ademán fué cortés. Mantuvo levantada la cortina de cuero de bisonte, mientras fueron entrando los otros. Luego dejó la puerta libre para que todos pudiesen ver lo que ocurría dentro, durante las deliberaciones.

El silencio reinó todavía mientras los jefes y curanderos de los zorros ocupaban los asientos que les estaban destinados, y el resto de la comitiva los sitios reservados entre los guerreros que estaban de pie.

Cuervo Grande entró tras el último indio zorro y ocupó su sitio.

No fué interrumpido tampoco el silencio,—profundo e impresionante silencio, — mientras los que estaban sentados pasaron de mano en mano el "calumet", la gran pipa, de horno de piedra. Cada uno dió una o dos chupadas y luego la pasó a su vecino.

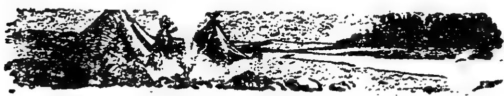
El humo azulado subió en pequeños anillos y nubes hacia las aberturas superiores de la choza. Ni un solo guerrero movió pie ni mano. Su rostro permaneció también inmutable.

En la parte externa, hasta los muchachos estaban quietos: los perros habían dejado de ladrar. La larga línea de caballos de los visitantes estaba al sol. Los caballos tenían la cabeza gacha y junto a cada uno estaba un muchacho de la tribu coyote, para cuidarlo.

Fué Corazón de Piedra el que rompió, al fin, el silencio.

Se levantó destacándose su arrogante y gigantesca figura.

—¡Bien! — exclamó. — Nuestros hermanos han venido desde las chozas de los zorros para conversar con nosotros. ¡Dejémosles hablar!



CAPITULO IV

Los indios golpean el poste de guerra

"HEMOS venido para hablar con nuestros hermanos de la tribu coyote y sólo deseamos que las palabras que cambiemos sean francas y claras, — respondió Toro Blanco.

Habló en forma cortes, pero se notaba algo de hostilidad en su entonación. Toro Blanco sospechaba que había llegado el momento de una separación y había hecho ya su composición de lugar. Posiblemente una o dos horas después los coyotes, los mirarían como enemigos, a menos que en aquel consejo prevaleciesen sus ideas. Pero tenía muy poca esperanza de eso.

Corazón de Piedra se volvió hacia Tortuga Azul, que, a su lado, parecía un manojo de huesos y le dijo con profunda entonación:

—¿Quiere mi padre hablar primero?

—Deja, hijo mío, que Toro Blanco, jefe de los zorros, haga oir su palabra, — dijo el curandero, con voz cascada.

—¿Quiere hablar mi hermano zorro? — preguntó cortésmente Corazón de Piedra.

—No corresponde hablar a Toro Blanco, hasta que haya oído la causa que ha motivado la reunión de este consejo, — respondió el jefe de los zorros.

—¿No la conoce aún?

—Se ha murmurado a mis oídos, — dijo Toro Blanco,—que un guerrero de los coyotes no existe más. Y eso es todo.

—Entonces, debe Toro Blanco oir más y eso debe ser pronto, — añadió Corazón de Piedra.

Ya, desde ese momento, el abismo que había de existir entre las dos tribus comenzaba a divisarse. Pero aun no se había de producir un total rompimiento. Algunos de los guerreros zorros elegirían ir a la guerra en unión de los coyotes y uno o dos de estos últimos se unirían al grupo de los zorros. Pero si el poste de la guerra era golpeado, las dos tribus no podrían ya vivir cerca una de la otra, en buena amistad.

Corazón de Piedra levantó ambos brazos y su voz recia se elevó o bajó, de acuerdo con sus palabras. Al principio tuvo los ecos de un clarín que da un toque de llamada; luego sonó como las delicadas notas de una flauta. Conocía el orador muy bien la forma de llegar hasta el corazón de su aditorío.

—La tribu coyote llora a un guerrero, y nosotros preguntamos a nuestros hermanos los zorros, si se unen a nosotros para llorarlo también, — estas fueron las palabras con que comenzó. — Uno de los más valiosos búfalos ha desaparecido del rebaño. Las mujeres de Nube Tormentosa lloran y no pueden ser consoladas. Sus hijos han quedado sin padre.

Hizo una corta pausa y luego continuó:

—Nube Tormentosa era un gran guerrero. Su tomahawk cayó sobre muchas cabezas y numerosas cabelleras adornaban su choza. Pero quiso tomar una cabellera más. Osó dar muerte a una cara pálida...

Calló de nuevo. Sus últimas palabras habían sonado con acento de ira y odio, y un murmullo agitó a la concurrencia. Al parecer la mayoría estaba del lado de Corazón de Piedra. ¿Qué raza era aquella para la cual, la muerte de uno de sus miembros constituía tan enorme crimen? ¿Con qué derecho ocupaban las praderas que el Gran Espíritu había concedido a sus hijos rojos? Así razonaban y a ese razonamiento los llevaban las palabras de Corazón de Piedra.

—Nube Tormentosa tomó cabelleras de los cheyenes, paunís y pies negros, — continuó el orador. — Eran sus enemigos y la costumbre de los hombres rojos es dar muerte a sus enemigos. El cara pálida a quien había dado muerte también era enemigo suyo, ¿por qué no había de matarlo? Lo mató porque estaba en su derecho. Pero los caras pálidas se cruzaron en su camino. El muerto no era de la tribu de los que apresaron a nuestro hermano; pero era un cara pálida y esto bastaba. Se apoderaron de Nube Tormentosa mientras dormía. Lo condujeron a donde viven sus guerreros. Le pusieron grillos y cadenas, y después le dieron muerte. Yo pregunto a mi hermano Toro Blanco, que ha sido amigo de los caras pálidas, si eso está bien hecho.

Toro Blanco se levantó pausadamente. Su rostro permanecía inmutable, aun cuando en su mente se atropellaban las ideas.

—¿Según qué ley hemos de juzgar lo sucedido? — preguntó. — Mi hermano llora un guerrero que ha perdido su tribu y nosotros estamos prontos para llorar con él. Nube Tormentosa, era valiente y astuto, un verdadero siux. Tomó para sí dos esposas de nuestra tribu. Es lógico, pues, que le lloremos. En cuanto a su muerte, ¿es necesario que diga mi opinión? Nosotros nos regimos por nuestras leyes; los caras pálidas se rigen por las suyas. Sus leyes dicen que quien da muerte a uno de los suyos en la forma que procedió Nube Tormentosa, debe pagar su delito con la vida. Nuestras leyes no tratan lo mismo al que da muerte a un enemigo. Pero ¿no tienen los caras pálidas, para regirse por sus leyes, el mismo derecho a que tenemos nosotros para regirnos por las nuestras?

Calló un instante, esperando una respuesta. Fué el viejo Tortuga Azul quien habló.

—Los caras pálidas no pueden imponer sus leyes a las tribus rojas, — dijo sin levantarse. — Las leyes blancas son buenas para los blancos, pero no para los rojos. ¡Ah! ¡He hablado!

—Fué a un hombre blanco a quien dió muerte Nube Tormentosa, — replicó Toro Blanco y su rostro dejó traslucir su disgusto. Porque, en cierto modo, argumentaba en contra de sus propias convicciones. Sólo se expresaba así porque sabía que, a la larga, aquella guerra había de llevar a la ruina a los hombres rojos que la realizasen.

Conocía las fuerzas de que disponían los blancos mucho mejor que Tortuga Azul y que Corazón de Piedra.

—¡Pero el matador era un hombre rojo! ¡Su ley para ellos, la nuestra para nosotros! —exclamó Tortuga Azul.

—Si nosotros tomamos un enemigo, lo matamos, — insistió Toro Blanco. — Más aún, lo torturamos primero. Yo no he oido que Nube Tormenotsa haya sufrido tortura alguna. Tal vez no haya llegado a mis oidos la historia completa.

—Que lo hayan torturado o no, no supone nada, — intervino, acalorado, Corazón de Piedra. — Nube Tormentosa se hubiera reido en la cara de los blancos si lo hubiesen torturado. Era un guerrero de la tribu coyote, no una squaw! (mujer).

—Al matarlo no han hecho sino lo que hacemos nosotros con los enemigos. — replicó Toro Blanco.

—Eso es cierto. La lengua de mi hermano habla claro, después de todo. ¿Y qué hacen nuestros enemigos sean o no de nuestro color, cuando tomamos, torturamos y matamos a uno de sus guerreros? ¡Contésteme el sabio jefe de los zorros!

Toro Blanco permaneció callado. Sólo había una respuesta para eso. El código indio pedía sangre por sangre. No había error a ese respecto.

—¡Mi sabio hermano se queda silencioso! — dijo Corazón de Piedra con intención. —No tiene palabras para responderme. Nuestros enemigos nos hacen la guerra. ¿Por qué no hemos de iniciarla nosotros contra los que mataron a Nube Tormentosa?

Y su voz volvió a sonar como un clarín y el corazón de los que opinaban como él, aun el de algunos de la tribu de los zorros, latió a impulso de la ira.

—¿Qué dice a esto mi hermano Potro Salviaje? — preguntó Toro Blanco, mirando frente a frente a uno de los coyotes, a quien consideraba como amigo. Potro Salvaje había sido pretendiente de Cierva Oscura, la única hija del jefe y Toro Blanco hubiera visto con satisfacción ese matrimonio.

—Los oidos de Potro Salvaje están atentos, pero su lenguá permanece silenciosa.— fué la respuesta. — Deja que otros, más sabios que él resuelvan el asunto.

Corazón de Piedra le dirigió una mirada de desconfianza.

—¿Se ha atemorizado el corazón de mi hermano al oir mencionar a los caras pálidas? — preguntó. — ¿Hay squaws entre los jefes de mi tribu?

Potro Salvaje no respondió a estas palabras. Estaba sentado junto a él y comprendía que se hallaba en situación comprometida. Deseaba la paz con los blancos y no lamentaba gran cosa la muerte de Nube Tormentosa, pero sabía muy bien que si su tribu iba a la guerra, él no podría quedarse atrás.

—Los ancianos de la tribu de los zorros no desean la guerra, — dijo Tortuga Azul intencionalmente. — ¿Quiere alguno de los guerreros jóvenes levantar su voz?

Sus maliciosos ojos se habían fijado en Pluma Roja, a quien se consideraba el más elocuente orador de su tribu. Pluma Roja se adelantó.

—¡Bien! — dijo. — Pluma Roja es muy joven para hablar en un consejo entre guerreros que tienen edad para ser sus padres, guerreros que han alcanzado fama en la lucha antes de que naciese él. Pero quiere hablar con tanta sabiduría como le ha sido concedida y si sus palabras parecen extrañas para los que lo oyen, les pide recuerden que los tiempos actuales no son como los pasados y que no todas las cosas modernas son una locura.

Luego, lenta y simplemente, Pluma Roja habló del código de la raza blanca y del de su propia raza.

—Los hombres blancos, — dijo, — no dan muerte a un adversario por la espalda. Esa no es su manera de combatir. Luchan frente a frente. Y aquellos de entre ellos que matan en la forma que lo hizo Nube Tormentosa, son considerados cobardes y la venganza cae sobre ellos cuando son tomados con las manos rojas de sangre.

Dijo que había presenciado la ejecución de un canalla blanco que había dado muerte a traición a toda una familia de indios. Algunos de los zorros, Toro Blanco y su hijo entre ellos, habían sido testigos de la ejecución y ésta los impresionó muy favorablemente.

Preguntó si acaso el método de los hombres blancos no era el mejor. Un siux que comete una traición es desterrado como lo había sido Víbora Amarilla.

Pero estaban sus palabras destinadas al fracaso. Las pasiones del consejo estaban excitadas y muchos de los presentes habían dado al olvido sus tradiciones de gravedad y de compostura.

—¡El corazón de Pluma Roja es blanco! —balbuceó Tortuga Azul. — Su hermano de sangre, Aguila Negra ha vuelto junto a su raza y Pluma Roja quiere seguirlo. El corazón de Víbora Amarilla era un corazón rojo y no era un siux verdadero aquel a quien quiso matar. Si estuviese aquí para que hablase...

—¡Víbora Amarilla, está aquí! — exclamó una voz profunda y gutural, a la entrada de la choza, y el renegado avanzó.

Todos los hombres, a excepción de Tortuga Azul lo miraron con asombro. El curandero no había dicho a nadie, ni aun a Corazón de Piedra que había enviado en busca de aquel hombre. Pero el canalla había calculado bien el momento de su presentación. Llegado algunos minutos antes de que se invitase a hablar a Pluma Roja, pasó entre los niños y las mujeres, quienes se apartaron de él, y no dejó suponer su presencia a los que se encontraban dentro de la choza. en cuya puerta estuvo esperando el momento oportuno. Todos los coyotes, a excepción de Potro Salvaje, se encontraban predispuestos contra Pluma Roja y para ellos. el ataque cobarde de Víbora Amarilla contra Aguila Negra, que no era siux por nacimiento, era una cuestión de poca importancia.

Potro Salvaje se levantó y se situó al lado de Pluma Roja.

—Tortuga Azul ha pronunciado un nombre desconocido para la tribu coyote, — dijo tranquilamente. — ¡Víbora Amarilla, no existe ya! Partió de nuestro lado igual que si se hubiese muerto. Hablar de él es una locura.

Sus palabras despertaron la ira del renegado.

—¿Ha perdido la vista, Potro Salvaje?— rugió. — ¿No alcanza a ver a Víbora Amarilla frente a él?

—Los ojos de Potro Salvaje ven tan perfectamente como corresponde a los ojos de un guerrero. Nota algo frente a él. Puede ser un espíritu. Acaso un desconocido guerrero de otra nación. Pero, Víbora Amarilla, de la tribu coyote no puede ser porque ya no existe. Su nombre ha sido borrado de nuestra memoria.

—Que se me permita entonces demostrar a Potro Salvaje que Víbora Amarilla vive aún, —exclamó el indio proscripto.

Sacó de la cintura su tomahawk y lo arrojó a la cabeza de Potro Salvaje.

El arma silbó en el aire, debido a la fuerza con que fué lanzada. El golpe hubiera sido mortal para Potro Salvaje, de no intervenir nadie.

Pero mientras Potro Salvaje se había quedado inmóvil, sin intentar eludirlo, y sin que su rostro se alterase en lo más mínimo, la mano de Pluma Roja se adelantó y tomó el mango del tomahawk, cuando el arma se hallaba a un pié de distancia de la cabeza del guerrero.

Un grito brotó de los labios de todos. Los ojos despedían llamaradas y se oyó un ruido de pies que se movían. Tortuga Azul se oprimió su pintado traje en torno al cuerpo como si sintiese frío, a pesar del enorme calor que hacía y sus labios dejaron escapar un sonido que tenía más del aullido de un lobo, que de la voz humana.

Pero lo que él esperaba no sucedió.

Pluma Roja pudo haber lanzado nuevamente el arma y la levantó sobre su cabeza, mientras Víbora Amarilla trataba de ponerse en salvo.

Hubiera podido matarlo aplastando el cráneo del traidor canalla y este creyó que había llegado su último momento.

Pero Potro Salvaje se interpuso.

—¡No se ha de hacer eso hermano!—exclamó deteniendo el brazo del joven guerrero zorro. — ¿Cómo vamos a dar muerte al que ya no vive?

Tenían un alto valor aquellas palabras. Acaso hubiera en ellas también algo de diplomacia. Era costumbre que ninguna tribu india volviese a admitir en su seno al que había sido arrojado de ella, y Potro Salvaje insistía en esto.

Pero su conducta fué equivocada como pudo notarlo pocos momentos después.

Pluma Roja, dejó caer a sus pies el tomahawk. Vibraron las ventanas de su nariz a impulsos de la ira y en sus ojos brilló una mirada de disgusto. Pero su enojo no era con Potro Salvaje a quien consideraban los zorros como su mejor amigo en la tribu de los coyotes, y el joven guerrero tenía la seguridad de que su conducta estaba bien inspirada.

Corazón de Piedra fué el primero que habló.

—Ha llegado junto a nosotros uno que no tiene derecho a estar en el Consejo pues no es ni zorro ni coyote, — dijo lentamente.— Víbora Amarilla no existe ya, y no queremos oir hablar de él. Pero veo ante mí a un desconocido guerrero y pregunto la razón de su presencia aquí.

Un largo suspiro de alivio desplegó los labios del viejo Tortuga Azul.

Comprendió lo que aquellas palabras significaban. Corazón de Piedra no quería dejar de aprovechar la unión de aquel hombre



El Joven Tiro Seguro vacilaba en la montura al extremo de que a veces Pluma Roja tenía que poner los caballos al paso y cabalgar al lado de su compañero para sostenerlo con el brazo. ("El Peligro del Joven Tiro Seguro". Página 43)

a sus fuerzas en aquellos momentos y era posible que Víbora Amarilla encontrase el modo de reingresar en la tribu.

Víbora Amarilla, se adelantó pesadamente. Aquel canalla no había gozado jamás de grandes simpatías entre los de su tribu. Había despojado más adversarios muertos que vivos y aún cuando en el código indio despojar a un enemigo, es considerado como un honor, en la vida real los guerreros establecen una diferencia entre el hombre que se expone a los peligros y el que los procura evitar. Pero había algo nuevo de mayor importancia, en aquel momento, en el aspecto de Víbora Amarilla. Durante su alejamiento había demostrado su capacidad para dirigir hombres y contaba con un grupo de bandidos que le obedecían. Esto le daba nuevo aplomo y nueva seguridad.

—Puesto que Víbora Amarilla está muerto, — exclamó el proscripto, — dejémosle en paz. Pero está aquí el Matador un guerrero sin tribu. Aún cuando no tenga tribu, veinte valientes implacables y sin miedo, todos ellos hombres sin tribu, le obedecen. ¡Bien! Nube Tormentosa ha muerto y nunca volverá a vivir. Cuando los caras pálidas matan, matan algo más que el nombre. Los coyotes han de ir al sendero de la guerra para vengarlo y piden la ayuda de los zorros. Pero la piden en vano. Los zorros son mujeres y cobardes; no hay un solo valiente entre ellos. No quieren prestar ayuda. Pero aquí estoy yo, el Matador y a una distancia de un galope de tantas horas como dedos tengo en la mano, me esperan mis guerreros que todos matan sin temor. Yo el Matador, quiero ser el primero que golpée el poste de la guerra contra los caras pálidas y no lo golpée por mi solo, sino por veinte más. ¡Ah! ¡He hablado!

Un murmullo de aprobación partió de los coyotes, y a ellos se unieron algunos de los zorros.

Toro Blanco se levantó.

—Víbora Amarilla no existe ya, — dijo tranquilamente. — A este guerrero que se llama a sí mismo el Matador, no lo conozco, ni quiero conocerlo. Ha insultado a mi tribu, pero es él algo demasiado insignificante para tomarle en cuenta. Habla de veinte guerreros, pero ¿quién afirma que su lengua dice la verdad?

—Yo,—intervino Tortuga Azul. — El Matador dice la verdad.

—Tortuga Azul sabe mucho más que muchos hombres. Sus sueños le dicen cosas que para nosotros están ocultas, — prosiguió Toro Blanco con amarga ironía.—Pero no se trata de esto ahora. Mi tribu ha sido insultada en presencia de los coyotes que hasta ahora han sido sus hermanos, y ninguna voz se ha levantado para protestar. No podemos ir a la lucha en unión de aquellos que no demuestran ser nuestros hermanos. ¡Vamos zorros, volvamos a nuestras chozas!

Por un momento las decisivas y audaces palabras del viejo jefe parecieron que iban a originar un conflicto. Entre los coyotes y los zorros salieron a relucir las armas. Un solo golpe dado hubiera originado un sangriento combate.

Pero el golpe no fué descargado. Corazón de Piedra no deseaba probar sus fuerzas en aquel momento.

—¡Salgan de delante del poste de la guerra! — dijo.

Y los viejos guerreros del lado derecho se apartaron del poste, que estaba pintado curiosa y grotescamente, y que se hallaba en uno de los lados de la choza del Consejo.

Corazón de Piedra avanzó. Clavó su tomahawk fuertemente en el poste, al extremo de que, a pesar de su fuerza de gigante, no le fué tarea fácil desclavar el arma.

—¡Guerra! ¡Guerra contra los hombres blancos! — exclamó. ¡Guerra para los de la tribu de los coyotes y de los zorros que no sean como las mujeres!

Víbora Amarilla que había levantado su tomahawk del sitio donde lo arrojó Pluma Roja, se colocó junto a Cuervo Grande y clavó su arma en el poste de la guerra inmediatamente después de Corazón de Piedra, a pesar de que había allí cuarenta guerreros que tenían más derecho que él a semejante honor.

—¡Tenemos que matar! ¡Matar! ¡Matar! —gritó, golpeando el poste. — Yo, el Matador, quiero beber la sangre de los caras pálidas y todos mis jóvenes guerreros quieren beberla también. No buscamos la ayuda de los zorros pues no hay un solo valiente entre ellos. Su corazón se ha vuelto blanco.

Retiró su tomahawk y el jefe que se encontraba al lado de él, golpeó, a su vez el poste.

—¡Guerra contra los hombres blancos!— rugió Cuervo Grande.

Después se adelantó Potro Salvaje. Pluma Roja lo tomó de un brazo.

—¡Mi hermano, no debe golpear el poste! —le dijo.—Eso es una locura y él no lo ignora! ¡Venga con sus amigos los zorros, únase a la tribu de los zorros y deje a la de los coyotes!

—No puede ser, Pluma Roja, — dijo serenamente Potro Salvaje. — ¿Cómo ha de poder quedarse en un lugar seguro Potro Salvaje sabiendo que los coyotes van a afrontar los peligros de la muerte? Es una locura, es cierto; pero Potro Salvaje irá a la guerra con su pueblo aún cuando algo le dice que no volverá.

No era costumbre decir más. La mano de mano de Pluma Roja se retiró y Potro Salvaje se adelantó y golpeó el poste de la guerra, sin pronunciar ni una palabra.

—¡Vamos, hijo mío! — dijo Toro Blanco.—Aquí ya no hay lugar para nosotros.

Se encaminó hacia afuera y Pluma Roja y los de su tribu lo siguieron.

Pero no todos. Algunos de los más jóvenes guerreros agitaban sus tomahawks, aún cuando miraban dudosos a los más viejos. La probabilidad de la lucha los atraía y no querían aguardar más para ir a la guerra.

Toro Blanco, no se fijó en ellos. Le dominaba una gran tristeza. Conocía que sus días estaban contados y sabía que eran muy pocos.

Pero Pluma Roja volvió a hablar. Su voz sonó claramente sobre el clamor de los que se hallaban en la choza, sobre la chillona voz de las mujeres y sobre los ladridos de los perros.

—¡Aquí los hombres de la tribu de los zorros! — gritó.

Tres guerreros obedecieron al llamado. Diez lo oyeron pero no manifestaron deseos de obedecer y por el contrario se apresuraron a golpear el poste de la guerra.

Los zorros montaron a caballo y se pusieron en marcha silenciosamente. Las mujeres gritaron y los escupieron, los chicos se mofaron; pero ellos no hicieron caso.

Su rostro estaba dirigido hacia sus chozas y no querían mirar hacia atrás.



CAPITULO V

La captura de Tiro Seguro

DAVE ARTHUR tenía instrucciones de Búffalo Bill, pero no debía seguirlas al pie de la letra.

El gran explorador sabía que podían ocurrirle cosas que dificultaran grandemente el cumplimiento de sus instrucciones. Por eso el muchacho tenía libertad respecto a los detalles, pero sabía que debía dar noticia a los coyotes de la ejecución de su guerrero y asegurar que Toro Blanco hiciera lo posible en favor de la paz.

Era una misión bastante difícil la suya. El joven Tiro Seguro tenía que hablar a los coyotes sirviéndose de un intérprete. Conocía perfectamente el idioma de los pies negros, pero sólo sabía algunas palabras del de los siux. Sin embargo no había duda de que podría encontrar en las chozas de los coyotes, si llegaba hasta ellas, alguien que pudiera traducir sus palabras. Probablemente hallaría alguna mujer de la tribu de los pies negros, tomada en la guerra y que viviese como squaw de un guerrero siux.

Entre los indios zorros su misión sería más fácil, pues Toro Blanco y Pluma Roja comprendían el inglés perfectamente y lo hablaban bastante bien cuando querían.

La parte más peligrosa de su misión era la probabilidad de que los coyotes, — y acaso también los zorros, — hubiesen decidido ir al sendero de la guerra antes de su llegada. Búffalo Bill estaba seguro de que la noticia de la ejecución de Nube Tormentosa ya sería conocida. Pero todo dependía de la duración del consejo.

Que Toro Blanco deseaba la paz, era cosa de que Aguila Negra no dudaba y confiaba precisamente en que eso haría que el debate fuese largo.

Podía durar seis horas, — doce tal vez,— y hasta veinticuatro, pues algunas veces había durado ese tiempo la sesión de un consejo. De todos modos no sería corto, porque Toro Blanco se mantendría firme y Pluma Roja apoyaría las sensatas palabras de su padre.

Pero Aguila Negra no había contado nunca con las maquinaciones de Tortuga Azul y con el dramático episodio del expulsado Víbora Amarilla.

El consejo en lugar de ser largo, fué extrañamente breve. Antes de que hubiera pasado una hora de la llegada de los zorros, se había resuelto la guerra y Toro Blanco y sus guerreros, con excepción de unos pocos, regresaban a sus chozas.

Así, pues, mientras el joven Tiro Seguro se hallaba aún a varias horas de distancia de cualquiera de las dos aldeas, los coyotes se daban en el rostro las pinturas de guerra, los zorros llegaban tristemente a sus "tepís" o cabañas, y el Matador iba, al galope, a reunirse con su banda de asesinos.

De haber sabido eso Dave hubiera vuelto atrás. Pero lo ignoraba y además no se hubiera resuelto a volver grupas sin efectuar una tentativa.

La noche lo sorprendió a unas diez millas de ambas aldeas en la punta de un triángulo cuyos ángulos de base eran ocupados por las aldeas. Hubiera podido continuar la marcha, porque tenía los conocimientos de los hombres de las praderas y podía guiarse por las estrellas.

Pero su caballo, a pesar de ser fuerte y resistente, había ya dado cuanto podía dar, y estaba casi extenuado.

Debido a ello Dave resolvió acampar dejando para la mañana siguiente la decisión de dirigirse a uno u otro lado del triángulo para ir a la aldea de los zorros o a la de los coyotes.

Abrigaba esperanzas de éxito y si los siux estuvieran ya en el sendero de la guerra, se hubiese encontrado ya con algunos de ellos, sin duda.

Pero era cauteloso. No quiso encender fuego: comió sus provisiones frías y se declaró satisfecho con el calor que le pudo proporcionar su manta. Aun después de un día caluroso, las noches de la pradera suelen ser frías, pero aquella fué templada.

Maneó su caballo y lo condujo a un punto donde había abundante y tierna hierba para que se alimentase. El lugar donde había acampado estaba junto a un arroyo y en una regular extensión, el suelo estaba cubierto de verde pasto, aun cuando un poco más lejos, la tierra estaba oscura y reseca.

La luna aparecía cuando se tendió para dormir y tan cansado estaba que se durmió en cuanto apoyó la cabeza en la montura que había puesto a manera de almohada.

Se despertó sobresaltado. La luna estaba alta en el cielo y su luz era fuerte. Comprendió que había dormido varias horas.

Levantó la cabeza de la montura, pero la volvió a dejar caer en seguida. Volviéndola sin levantarla de nuevo, miró hacia atrás y vió, no sin satisfacción, que la silueta de su caballo no se destacaba a la luz de la luna. Había árboles en torno del arroyo y el animal estaba protegido por su sombra.

Su revólver Colt y su carabina winchester hallábanse al alcance de su mano. Estaba seguro de poder tomar ambas armas instantáneamente, en caso necesario.

Cerca de allí, a lo largo de una elevación de la pradera, separados de él tan sólo por la estrecha hondonada por donde corría el arroyo, pasaba, a caballo, una fila de veinte o pocos más, indios pieles rojas cubiertos con las pinturas de guerra y con sus movedizos adornos de plumas a la cabeza.

Se hallaban a un nivel más elevado que él y la luz de la luna era tan clara que podía ver los grotescos dibujos pintados en sus salvajes rostros, aun cuando no era posible distinguir los colores.

No se oía ruido alguno de látigo o espuelas. Marchaban silenciosos como fantasmas. Se hallaban en camino del sendero de la guerra y un piel roja en esas condiciones no demuestra su presencia por ruido ninguno.

Era el Matador y su banda de renegados, mucho más temibles por todos conceptos que Corazón de Piedra y sus guerreros. Verdaderos criminales, prontos a ir contra todo ser viviente, aliados entonces con el antiguo clan de su jefe, para realizar los tenebrosos planes del mismo, pero prontos a romper esa alianza cuando dejara de convenirles.

A un bisoño le hubiera parecido imposible pasar inadvertido quedándose inmóvil. Pero el joven Tiro Seguro no era un bisoño. Sabía que él y su caballo estaban ocultos por la sombra de los árboles y de los matorrales, y tuvo la necesaria sangre fría para permanecer inmóvil mientras el enemigo pasaba.

Un bisoño se hubiera considerado relativamente a salvo en seguida de pasar los otros. Pero el joven Tiro Seguro estaba mejor enterado. Durante veinte minutos había peligro de que dieran con su rastro. En una noche tan clara no era posible que no lo vieran si pasaban junto a él.

Reconocerían que era el rastro del paso de un blanco. Los caballos de los indios no llevan herraduras. Retrocederían, si no todos, algunos. A juzgar por el paso que llevaban no debían tener prisa. Debían estar realizando una excursión. Pero, aun cuando tuviesen prisa no podían despreciar un rastro tan reciente que podía llevarlos a lo que todo piel roja ambiciona siempre: caballo, armas de fuego, municiones y sobre todo la cabellera de un cara pálida.

Dave disponía de algunos pocos momentos para decidir qué debía hacer.

¡Era inútil pensar en quedarse donde estaba!

Allí podrían rodearle y tarde o temprano, capturarle, aun cuando su captura les costara varias vidas.

Su única probabilidad de salvación estaba en cruzar por detrás del rastro de aquellos y dirigirse a la aldea de los zorros.

Con un caballo fresco y descansado, podía confiar en realizar eso. Veinte minutos de ventaja es mucho en una carrera de diez millas.

Pero su caballo pinto, de fijo superior a todos los caballos de los otros cuando se hallaba en condiciones normales, no estaba descansado como para andar diez millas a un paso que le diese probabilidades de éxito favorable.

Bien, fuera como fuera, debía intentarlo y en suma, si le tocaba morir, caería vendiendo muy cara su vida. Cuando pasó la banda de indios, algunos de ellos dirigieron la mirada hacia el pequeño bosque que se hallaba a su derecha. Si Tiro Seguro se hubiera movido entonces o su caballo no hubiera permanecido quieto en la sombra, aquellos sagaces ojos los hubieran visto y el ataque hubiese sido instantáneo.

Pero el joven explorador permaneció quieto, aun cuando todos sus nervios se halaban en tensión y por suerte, su caballo no se movió. Los que miraban no vieron nada sospechoso entre los árboles.

Ya habían pasado y se encontraban a un centenar de yardas de distancia. ¡Había llegado el momento de entrar en acción!

En al oscuridad, no podrían ver lo que hacía. El joven Tiro Seguro tomó la carabina winchester, colocó el revólver en el cinto, se echó la manta sobre el hombro, levantó la montura y se encaminó hacia donde estaba su caballo.

Mientras tanto, el Matador y su banda seguían su marcha.

El joven explorador desató a su caballo overo, blanco y negro, de pelo del llamado pinto en el Oeste, y le apretó el hocico cariñosamente para tranquilizarle, pues estaba muy excitado por haber visto pasar a los caballos de los indios y un relincho en aquel momento hubiera sido fatal. Pero el caballo pinto no relinchó. Había aprendido a conocer y a respetar al joven Tiro Seguro.

Siempre protegido por las sombras, Dave condujo a su cabalgadura al otro lado del pequeño bosque situado junto al arroyo y siguiendo un semicírculo que cortaba la ruta de los indios en un punto más bajo que aquel en que le habían visto, montó a caballo y tomó la dirección de la aldea de los zorros.

Así era más que difícil que ellos lo viesen. Pero éste no era el único o principal peligro.

Podían ver su rastro; tenían necesariamente que verlo.

La línea de marcha que ellos seguían al ir no era la misma que había seguido el joven Tiro Seguro al venir, pero éste comprendía que muy pronto la cruzarían. Entonces notarían sus huellas y leerían en ellas, con tanta claridad como puede leerse en uno de esos libros de letras grandes que se imprimen para los niños que están aprendiendo a leer.

Montó, pues, y dirigió el paso de su pinto hacia el sudoeste.

Pero aun no había caminado unas cincuenta yardas cuando llegó hasta sus oidos un penetrante y estremecedor grito de guerra piel roja, que le dió a conocer que sus enemigos habían hallado su rastro.

No pronunció palabra. Ni aun brotó de sus labios un juramento. Lo había previsto y por eso no le causó impresión alguna el hecho.

Pero sólo lamentaba que el hallazgo de su rastro no se hubiera retrasado algunos minutos más. Ahora no necesitarían los rojos seguir el rastro hasta la hondonada del bos-

que del arroyo. Ahora podrían verlo mientras caminaba y podrían abandonar el rastro para emprender directamente la caza.

Siguió alejándose. Una y otra vez miró hacia atrás, pero durante los primeros minutos no distinguió señal de enemigos.

Luego volvieron a resonar en el aire tranquilo de la noche otros terribles y estremecedores gritos de guerra y al volverse para mirar, notó que toda la banda había iniciado su persecución.

El pinto corría cuanto podía, animado por la voz y por las espuelas. No se le podía exigir más; pero lo que daba de sí, no era suficiente. Además no resistiría aquel paso las ocho o diez millas que faltaban. Su jinete lo comprendió en seguida.

Los rojos iban obteniendo ventaja. Ya se hallaban suficientemente cerca para dirigirle algunos tiros.

Pero el joven Tiro Seguro se rió de su amenaza. Conocía los métodos indios. Ni un piel roja entre cien se toma el cuidado de limpiar su rifle y con un arma sucia no se tiene buena puntería. Además el indio no es buen tirador, la luz de la luna es engañadora y disparar yendo a caballo contra un blanco movedizo era, para ellos, gastar inútilmente las municiones.

Oyó las detonaciones, pero ni una bala pasó cerca de él.

¡No era así como lograrían capturarlo! Pero era casi inevitable que, en la larga carrera, conseguirían darle alcance.

Porque iban ganando y ganando terreno. Y el pinto daba cada vez nuevas señales de agotamiento. El fin se aproximaba.

¿Debía dar muerte a su caballo y utilizar su cuerpo para ampararse con él y tener a raya a los bandidos? Disponía de buena cantidad de municiones. La carabina Winchester y el revólver eran del mismo calibre y podían usarse indistintamente los mismos cartuchos. Consideraba casi seguro que cargando uno tras otro podría tenerlos a raya durante un tiempo.

¿Pero qué lograría con eso La lucha se continuaría durante algunas horas, pero al fin, una bala perdida o un asalto de los bandidos lo terminaría todo.

Porque no tenía razón alguna para esperar que nadie acudiese en su auxilio.

Era preferible seguir así. La probabilidad de salvarse era pequeña, pero...

Mientras así reflexionaba se produjo el final.

El pinto metió la pata en el agujero de una cueva de vizcacha o "perro de las praderas", como allí les llaman y cayó hacia adelante lanzando un gemido de agonía, al rompérsele una pata. Cayendo de costado, oprimió a su jinete contra el suelo. Cuando cayó, el joven Tiro Seguro sintió que daba con la cabeza en una piedra; miles de chispas parecieron danzar frente a sus ojos. Después le rodeó una densa oscuridad y el joven quedó sin conocimiento.

Cuando recobró los sentidos la luna era un blanco fantasma que desaparecía en el horizonte y los primeros destellos de la aurora surgían iluminando el cielo del lado del este.

Se hallaba atado de pies y manos. El caballo pinto yacía muerto y yerto, no lejos de él. En torno de él se encontraban el Matador y sus hombres, cuyos cuerpos y rostro estaban cubiertos con las pinturas de guerra, con una serie de dibujos y de colores tan variados como puede producir el arte de los pieles rojas.



CAPITULO VI

El joven Tiro Seguro, hace la señ[illegible]

"DEJEME ir padre, tal vez ahora, todavía obedezcan a mi voz".

Era Pluma Roja el que hablaba así y sus palabras iban dirigidas a Toro Blanco.

Habían pasado veinticinco horas desde que los zorros, cuyo número había menguado, estaban de regreso en su aldea. Toro Blanco esperó que aquellos que se habían quedado con los coyotes volverían a su tribu. Había entre ellos hombres en cuya lealtad había confiado siempre, hombres a los que creyó capaces de acompañarle hasta la muerte.

Y había aun algo que le preocupaba más. Toro Blanco comprendía que los coyotes, durante tanto tiempo amigos y hermanos, de nombre al menos, debían ser considerados en lo sucesivo como enemigos.

¿Quién podía afirmar, después de todo lo ocurrido, que sería contra los blancos, contra los que primero pisaran el sendero de la guerra? Tortuga Azul, que odiaba a muerte a los zorros y el renegado Víbora Amarilla, ahora conocido por el Matador, podían intentar primero un ataque a la debilitada tribu de los zorros.

La presencia entre ellos de una cantidad de guerreos de la tribu de los zorros hacía más posible ese temor. Pero hubiera sido fácil para Corazón de Pidera, si tenía la intención esa, y siguiendo los astutos consejos del curandero, enviar a todos los guerreros zorros en grupo, a una determinada misión especial.

Pero los guerreros zorros que habían golpeado en el poste de la guerra con los coyotes, no habían regresado a su tribu y había ya pocas esperanzas de que volviesen. Debían haberse cubierto ya con las pinturas de guerra, bailado la danza de la guerra y acaso pisado el sendero de la guerra que, para ellos terminaría en una muerte cierta.

¿Lograría Pluma Roja hacerlos volver? Confiaba todavía en que sí y deseaba ir para probar su suerte en ese sentido.

Sabía que, al proceder así corría un grave riesgo, pero ni hablaba de eso. Toro Blanco lo sabía también, pero tampoco quería hablar de ello, aun cuando se trataba de su hijo único y bien amado. El viejo jefe tenía sus debilidades, pero no era la falta de valor, sereno y estoico, una de ellas y antes prefería ver a su hijo muerto, que con[illegible]rarlo como un cobarde.

No podía decirse que fuera una cobardía el negarse a correr aquel riesgo. Las probabilidades de éxito eran muy limitadas, pero tampoco el riesgo era tan enorme como para no tratar de intentar la prueba, por lo menos así pensaban aquellos dos hombres que tan intenso afecto sentían por su tribu.

Los recalcitrantes zorros unirían,—a menos de lograr disuadirlos,—su destino al de los coyotes y marcharían en contra de los caras pálidas. Pero no irían contra las chozas de su propio clan, no irían contra el hijo de su viejo jefe.

Esto podía asegurarse y su presencia entre los coyotes,—si es que estaban aún en la aldea,—garantizaba en cierto modo a Pluma Roja, quien pensaba ir sin armas. Aun cuando Tortuga Azul y el Matador quisiesen ir contra él, estaba Corazón de Piedra, que era el jefe y un jefe dispone de la vida de sus enemigos. No sentía realmente gran animosidad contra Pluma Roja. Además, estaba Potro Salvaje, verdadero amigo de Pluma Roja.

—¡Ve, hijo mío! — exclamó el viejo Toro Blanco.

Luego se volvió de espaldas y el joven guerrero partió sin pronunciar ni una palabra más.

Cuando se disponía a montar a caballo, se acercó a él una linda muchacha india, que le puso ambas manos en un brazo y clavó sus bellos ojos en su rostro.

Era Cierva Oscura, su hermana, la prometida de Aguila Negra; quería mucho a su hermano, que aun no había manifestado su cariño por ninguna joven.

—¿A dónde va mi hermano? — preguntó con su suave, y armoniosa voz.

—A las chozas de los coyotes para hacer volver, si puede, a los guerreros que se quedaron ayer allí, — respondió Pluma Roja.

—Cierva Oscura no puede decir a su hermano que se quede. Comprende lo que pasa en su corazón y en el corazón de su padre y siente mucho que haya huecos en nuestras cabañas. ¿Si Aguila Negra estuviera aquí, con su hermano? ¡Sí! ¡Pero está lejos y tal vez, nosotros los que le amamos, no volvamos a verle nunca más!

—Aguila Negra volverá, hermana mía; estoy seguro.

—Pero, puesto que no está aquí, que Cierva Oscura ocupe su puesto. Ella no tiene miedo. Aun cuando es sólo una mujer, tiene sangre de guerrero en sus venas.

—No puede venir conmigo mi hermana. La aldea de los coyotes no es un lugar apropiado para una joven del clan de los zorros.

—¡Un momento, Pluma Roja! ¡Espere!

Ya había montado a caballo, pero se detuvo.

—¿Pluma Roja entrará a caballo en la aldea coyote? — preguntó.

Durante un momento él reflexionó.

—Puede ser que sí, o que no, — respondió luego. — Nuestros ojeadores me informarán sobre cualquier detalle sospechoso. Sé dónde encontrarlos. Dejaré mi caballo a uno de ellos, al que esté más cerca de la aldea coyote y yo trataré de llegar sin que me vean.

—En ese caso, permítame mi hermano ir con él. Esperaré con los caballos. De esa manera tendrá la certeza de que una persona que le quiere está a su espalda, como si fuese aquel a quien los dos amamos.

Pluma Roja conocía el valor y la decisión de su hermana. Bajo su aspecto femenino había en ella la energía que él mismo experimentaba. No había de tardar mucho demostrar ser igual en valentía a muchos hombres. Pero acaso su hermano lo sospechaba.

No creía que pudiera tener necesidad de ser ayudado por ella. Y, probablemente, cualquier guerrero de la nación siux, no hubiera accedido a la petición de la joven, aun cuando fuese su hermana. Pero Pluma Roja accedió. No corría riesgo alguno. Los coyotes no habían de hacer daño a ninguna joven de otra tribu.

—Que venga, pues, conmigo Cierva Oscura, si así lo desea, — dijo.

Ningún hombre hubiera realizado más pronto sus preparativos de marcha que Cierva Oscura. En cinco minutos alistó su caballo, montó en él y se puso al lado de su hermano llevando el ligero rifle que éste y Aguila Negra la habían regalado, enseñándola a servirse de él.

La pradera en torno de las dos aldeas, era llana y esto permitía que el camino para ir de una a la otra fuese visible en parte durante los días claros. Y lo hubiera podido ser por completo, si a mitad de camino y hacia el este, no existieran más montañas de regular altura y cubiertas de bosques.

Los dos hermanos marchaban hacia el este. Cierva Oscura no hizo ninguna pregunta. No lo necesitaba. Había comprendido en seguida y conocía algo del desesperado juego que dentro de poco iba a realizarse.

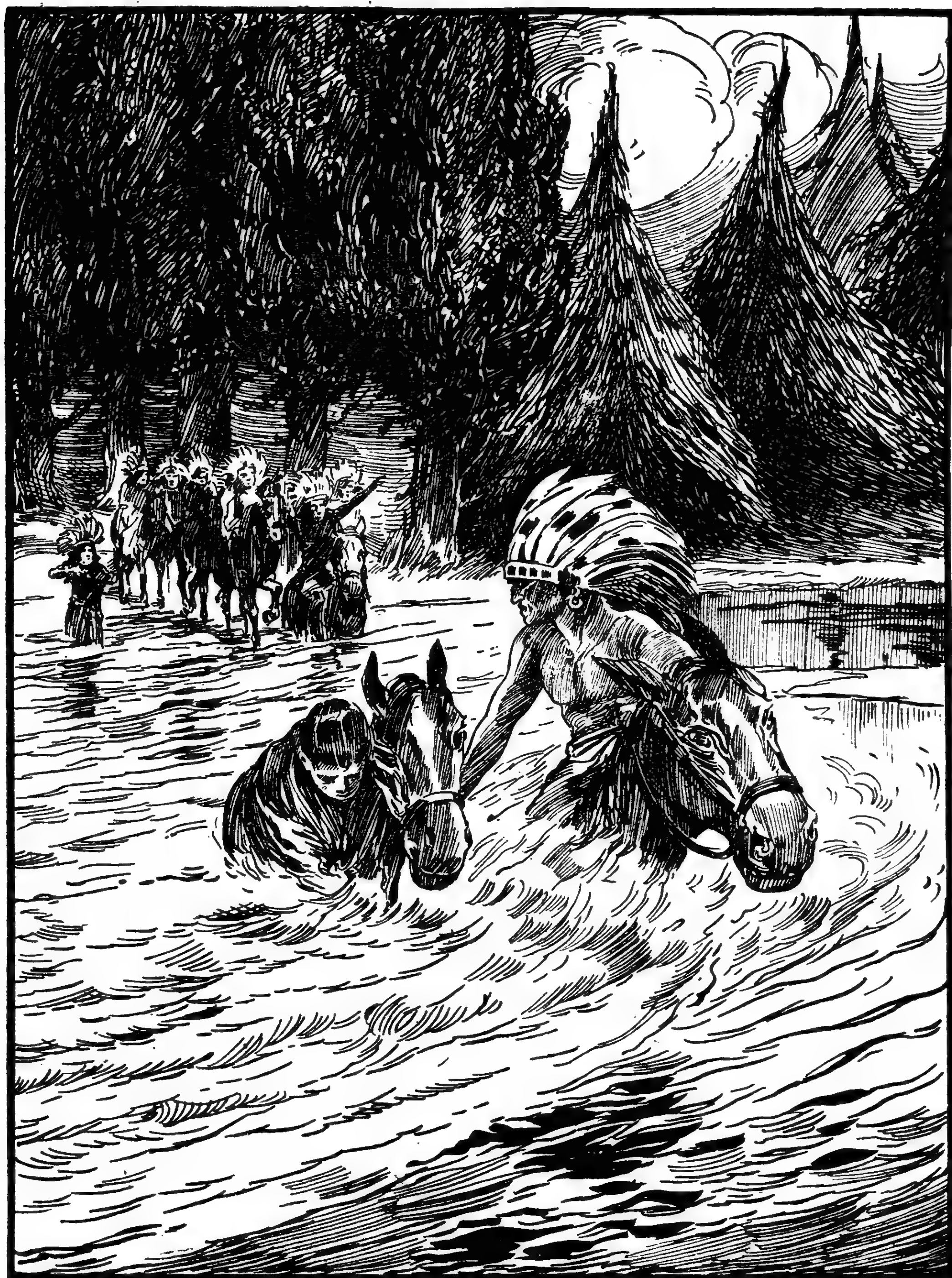
Los coyotes no tenían necesidad de vigilar la aldea de los zorros, y ocupados como estaban con sus preparativos de guerra, no había probabilidad de que sorprendiesen a los viajeros. Pero los zorros debían ejercer vigilancia y Toro Blanco tenía en dos campamentos seis o siete ojeadores.

Era hacia uno de estos, — el más cercano a los coyotes, — a donde se dirigían Pluma Roja y su hermana.

Encontraron allí a Un Ojo, un guerrero zorro de alta fama en la tribu, y que había ganado su nombre en su primera excursión guerrera en la que el tomahawk de un indio cheyene le había hecho un corte que le había inutilizado el ojo izquierdo. Podía ver tan bien y claramente con el que le había quedado sano, como cualquiera otro gurrero de su tribu, y además, estaba dotado de grandísima astucia.

—¡Bah! — exclamó al ver aproximarse a los dos hermanos. Y esa expresión podía considerarse lo mismo de sorpresa, bienvenida o crítica. De todos modos fué lo único que dijo.

Pluma Roja habló algunas palabras con Un Ojo. Luego partió dejando a su hermana y a los dos caballos con Un Ojo, cuyo corcel estaba maneado allí.



Gimiendo dolorosamente, los caballos sacaron la cabeza sobre las aguas y sus jinetes quedaron con la mitad del cuerpo fuera. Las manos del joven explorador se aferraron a su montura. ("El Peligro del Joven Tiro Seguro". Página 44).

Se habían notado ida y venidas en la aldea de los coyotes, desde que Un Ojo había ocupado su puesto de observación y cuando ya el sol estaba alto, el Matador y sus hombres habían llegado con un prisionero, según dijo.

Pero no le había sido posible distinguir si el cautivo era o no un blanco. Los zorros que habían quedado con los coyotes continuaban en el campamento, según creía el ojeador.

Pluma Roja, pensando más en los guerreros de su tribu que en el cautivo, que había hecho el Matador, continuó cautelosamente su marcha hacia la aldea coyote.

Su intención era aparecer en la aldea sin que se supiese por dónde había llegado y la situación le favorecía.

Nadie vió su avance, deslizándose entre las altas hierbas como una serpiente. Nadie le vió ponerse de pie y avanzar entre las chozas construídas con cueros y sin guardar orden alguno, en las orillas de un arroyo. Estaba ya en el centro del campamento cuando los perros dieron aviso de su presencia.

Entonces, para mayor suerte, al primero que vió fué al mejor amigo que tenía entre los coyotes.

—¿Qué viene a hacer aquí, mi hermano? —preguntó tristemente Potro Salvaje.—Nuestros caminos van ahora en direcciones contrarias y mi pueblo no puede acojes en forma favorable al hijo de Toro Blanco.

—Mi hermano se ha manifestado bondadoso conmigo y eso le basta a Pluma Roja, que desea hablar, no con los coyotes sino con los guerreros de su tribu que están entre ellos.

—Pluma Roja está equivocado. Aquí no hay zorros. Han golpeado el poste de la guerra y ahora su corazón es coyote.

—Acaso su corazón no haya olvidado a Pluma Roja, como no lo ha olvidado su hermano Potro Salvaje, y Pluma Roja desea hablar con ellos.

—Aún cuando emplee toda su elocuencia, mi hermano no conseguirá nada. Las pinturas de guerra cubren su rostro y el hacha se ha desenterrado. El primer prisionero fué tomado y se encuentra atado al poste de tortura, para que se burlen de él las mujeres y los niños. Esta noche empezarán en él la venganza y después de eso ya no hay esperanzas de un arreglo con los caras pálidos.

—¿Entonces es un cara pálida el que está en el poste de tortura, hermano?

—Sí. Ya lo he dicho. Es mejor que Pluma Roja parta en seguida. Aquí no hay zorros. Son coyotes ahora y no está bien que mi hermano tenga intervención en nada de lo que aquí ocurre.

Ya otros, además de Potro Salvaje, habían visto a Pluma Roja y comenzó a levantarse un intranquilizador murmullo de voces. Les causaba extrañeza que el joven guerrero tuviera valor para mostrarse, sin temor, entre ellos después de lo que había pasado el día anterior. Pero en medio de las circunstancias respetaron todos aquel gesto de valentía y nadie le atacó.

Tortuga Azul se encontraba en su choza fabricando una gran medicina contra el enemigo.

El Matador y su banda de foragidos, después de ver atado a su prisionero al poste de tortura, se habían ido a las chozas construídas aparte para ellos y se habían emborrachado hasta perder el conocimiento y después de eso, dormían profundamente.

Corazón de Piedra y los demás jefes de guerra, en unión de Cuervo Grande y otros viejos guerreros, celebraban una reunión. Potro Salvaje era el único hombre de importancia que vió el guerrero zorro y la amistad demostrada por el coyote hacia él tuvo su influencia en el resto de los indios.

Pero los murmullos entre los jóvenes guerreros iban en aumento y se hacían cada vez más amenazadores. A ellos se unían los gritos de las mujeres.

Pluma Roja miró en redor suyo y no distinguió ni un solo rostro con expresión de amistad, a excepción del de Potro Salvaje. Luego vió a diez de los de la tribu de los zorros, los que hubieran preferido la muerte a verlo allí.

Pluma Roja lo comprendió así en cuanto los vió. Pero también se convenció al instante de que debía perder toda esperanza de regresar con ellos. Tenían en el rostro las pinturas de guerra y estaban obligados a ir a ella con los coyotes. No había nada que decir a este respecto. Pero él era el más amado de la tribu, el primero entre los jóvenes guerreros, en poder y en elocuencia y ningún cabello de su cabeza debía ser tocado, ni aún por sus enemigos.

Aprovechó una oportunidad y habló durante un momento con el más viejo de los diez guerreros. Fué inútil, como ya había supuesto en cuanto los vió. No querían oirlo y le pidieron que se fuera en seguida. Pero era patente que ninguno permitiría que lo molestasen mientras estuviesen vivos.

El aprovechó esa impunidad. No en favor suyo, pues no había ido allí para que lo protegiesen, sino para amparar a los otros contra un posible ataque.

Pero ellos no pensaban en tal cosa. Habían oído el grito de guerra y habían abandonado su tribu para unirse con los que se convertían en enemigos de ellas. Pero Pluma Roja siempre era considerado como su compañero, amigo y hermano, en forma tan leal como antes.

Se volvió para marchar pues su misión estaba ya cumplida y su mirada dió en el poste de tortura y en la figura que estaba atada a él.

Su corazón dió un vuelco y la sangre corrió aceleradamente por sus venas.

A primera vista había creído que aquel rostro que veía era el de Aguila Negra. Una segunda mirada, le convenció de que estaba equivocado. Pero los rasgos de aquella fisonomía eran tan iguales a los otros que debía ser aquel el otro hijo del hermano de sangre de Lobo Solitario, de John Arthur, del cual el jefe mohicano había contado la historia a Toro Blanco y en consecuencia el que estaba

atado al poste de la tortura era el hermano de Aguila Negra.

El joven Tiro Seguro, había sido rudamente tratado por el Matador y sus bandidos. Había sido llevado hasta el campamento, cruzado en la parte delantera de la silla del Matador, cómo si fuese una bolsa de maíz. La piedra con que chocó al caer le había hecho una herida en la sien y durante varias horas permaneció bajo los rayos del sol ardiente, expuesto a las burlas de las mujeres y los chicos. Estaba enfermo y maltrecho, pero su valor no le abandonó y sus sentidos se hallaban bien alerta.

Oyó un nombre que no le era desconocido. Entendía algo del idioma siux; sus captores suponían que no comprendía ni una palabra de cuanto decían. Pero él conocía los nombres indios, principalmente los que mas famosos, como Aguila Negra, Cierva Oscura, Pluma Roja y Toro Blanco.

Era uno de estos nombres el que haba oído pronunciar. Un guerrero coyote le preguntó a Pluma Roja por qué no quería ir a la guerra y el joven Tiro Seguro oyó el nombre y sufrió un estremecimiento.

Una mirada bastó para convencerle de cuál de aquellos hombres que veía allí era el joven guerrero zorro. Comprendió también que Potro Salvaje debía ser excluído del grupo de aquellos indios bravos, pintarrajados que lo cercaban; pero Pluma Roja, tenía un rostro más fino y un aspecto mejor aún que el del mismo Potro Salvaje.

Y sus ojos miraron elocuentemente, pidiendo amparo y diciendo algo más.

Las manos del joven Tiro Seguro estaban atadas, pero no en forma tal que no pudiese mover los dedos y en pleno rostro de sus enemigos hizo a Pluma Roja la seña secreta y aún cuando todos lo miraban, solamente el hombre a quien iba dirigida la comprendió.

El resto sólo notó una nerviosa contracción de los dedos de la mano derecha de la víctima. Y era de extrañar pues los pieles rojas son difíciles de engañar y a no ser porque el rostro de Pluma Roja permaneció impasible hubieran visto algo más, pues las sospechas siempre están alerta en ellos.

Pero el rostro de Pluma Roja no dejó traslucir nada. Solamente sus ojos enviaron un mensaje al joven Tiro Seguro. Un mensaje que fué leído con sorprendente fidelidad.

—El compañero indio de Dick está de mi parte. Tratará de sacarme de este trance o perecerá en la empresa.

Esto fué lo que pensó Tiro Seguro.

—Debo salvar al hermano de mi hermano. Pero ¿cómo he de hacerlo?

Esto fué lo que pensó Pluma Roja.

El guerrero zorro, giró sobre sus talones y su rostro expresó unas completa indiferencia, como si el cautivo blanco no tuviese relación ninguna con él.

Una vez fuera del campamento caminó lentamente con Potro Salvaje a su lado y algunos de los guerreros que habían abandonado la tribu pero que deseaban acompañarlo ahora.

¿Quién podría ayudarle en semejante gravísimo y comprometido trance?

¿Potro Salvaje?

¡No había que tener esperanza por ese lado! No traicionaría a su clan, no sentiría lástima ante el cara pálida que se hallaba en el poste de tortura.

Aquellos diez guerreros que ya no eran de la tribu de los zorros, y sin embargo eran aún sus camaradas. ¿podría fundarse alguna esperanza en ellos?



CAPITULO VII

Un plan desesperado

PLUMA ROJA continuó su marcha sin dirigir ni una mirada hacia atrás hasta que una elevación de la pradera le proporcionó la oportunidad que esperaba para cambiar de dirección. Entonces se echó al suelo y arrastrándose en las manos y las rodillas se dirigió hacia el bosquecillo donde le esperaban Cierva Oscura y Un Ojo, con los caballos.

Cuando llegó al sitio donde podía considerarse en salvo se puso de pie y caminó apresuradamente.

Ya tenía en su mente un plan para salvar al joven Tiro Seguro, aun cuando al abandonar la aldea de los coyotes, no sabía lo que iba a hacer.

Era un plan desesperado y todavía alguno de sus detalles no habían adquirido consistencia. Pero en medio de la situación desesperada era el que ofrecía más probabilidad de éxito.

Comprendía que era inútil regresar a su propia aldea e intentar poner en movimiento a los hombres de su tribu para ir a rescatar al explorador. No se resolverían a arriesgarse por salvar a un blanco, y aun cuando hubiera convencido a todos sus guerreros, difícilmente hubiera podido vencer a los coyotes, reforzados con los diez guerreros zorros y los bandidos del Matador.

No. No había que pensar en pedir ayuda a todos los de su tribu. Para su plan, no necesitaba más que la ayuda de algunos de ellos y contaba principalmente con Un Ojo para que buscase a los demás.

Llegó al sitio de observación del ojeador y, en pocas palabras, le explicó, así como a la joven, la situación.

—¡Bah! — fué todo lo que le respondió el lacónico Un Ojo.

Esa era su respuesta de siempre, pero en aquel caso tenía tal vez menos sentido que en cualquier otro.

Empero, la joven Cierva Oscura, no dudó de cuáles eran las ideas del viejo guerrero.

—¡Debemos salvarlo, cueste lo que cueste! ¡Hay que salvarlo! — exclamó la joven. Y en sus bellos ojos brilló un destello de resolución.

—¡Pluma Roja lo salvará o morirá con él!

—Permita a Cierva Oscura que vaya también. Pasará inadvertida entre las mujeres coyotes, en torno del poste de suplicio y le será posible cortar las ligaduras del hermano de Aguila Negra, que así podrá escapar.

Una sombría sonrisa alteró la expresión del rostro de Pluma Roja. La joven se proponía hacerlo y lo creía posible, pero no había en ello esperanza ninguna.

—No, hermana mía, — exclamó abrazándola. — Cierva Oscura podrá ayudar, pero no en esa forma. Su rostro no puede pasar inadvertido en ninguna parte y Víbora Amarilla, que ahora se da el nombre de el Matador, está allí. ¿Quiere Un Ojo ayudar a su hermano?

—¡Bah! — respondió el indio. Pero en el tono de su exclamación se comprendió que la respuesta era afirmativa.

—¿Puede contar Pluma Roja con cinco guerreros zorros que quieran exponerse por el rescate del cara pálida, ayudando así a Pluma Roja?

Un Ojo movió afirmativamente la cabeza. Luego levantó la mano derecha con dos dedos vueltos hacia abajo. Pluma Roja comprendió lo que quería decir. Podía contar con tres personas. Cuatro podían bastar en aquella emergencia, pues Cierva Oscura valía tanto como un hombre en semejantes circunstancias.

—¿Tiene mi hermano su pintura de guerra?

Un Ojo murmuró algo y señaló una bolsa de cuero que tenía al lado.

—¿Quiere mi hermano pintarme, de modo que a los ojos de los coyotes pueda pasar por un guerrero desconocido, uno de los de la banda del Matador?

—¡Bah!—respondió Un Ojo.

Tanto él como la muchacha comprendieron en seguida cuál era el plan, sin necesidad de mayores explicaciones.

Yendo pintado de ese modo, Pluma Roja, podía mezclarse entre los guerreros sin riesgo de ser conocido y detenido por los que le viesen. Los coyotes lo tomarían por uno de los desconocidos que había llevado el Matador; y los hombres de éste creerían que era uno de los coyotes o uno de los zorros que se habían aliado con ellos. El único hombre que podía reconocerlo y hacerlo prender era Víbora Amarilla. pues sus ojos estaban animados por el odio. Pero él no le daría oportunidad para ello.

Pluma Roja quería mezclarse entre la gente y esperar una oportunidad. Un Ojo y la muchacha posiblemente esperaban que la mitad de los zorros que estaban entre los coyotes se plegaría a los planes del hijo de su jefe. Tal vez no accediesen a prestar ayuda para salvar a un cara pálida, pero si veían en peligro de muerte a Pluma Roja, el espíritu de tribu sería más fuerte que ellos y acudirían en su socorro.

No los llamaría, seguramente, si consideraba posible realizar su propósito sin su ayuda; pero sí lo haría si tuviera urgénte necesidad de ellos. Casi podía asegurarse que todos responderían a su llamado.

Un Ojo tomó de la bolsa de cuero los materiales para pintar a Pluma Roja y comenzó la tarea en la que puso toda la habilidad de un verdadero artista.

De todos los de la tribu de los zorros era él el que mejor realizaba esa tarea, que constituía, para él, una verdadera pasión.

Tenían tiempo sobrado. Los tres sabían que, por espacio de varias horas, el joven Tiro Seguro no tenía que temer más que las burlas y las injurias de las mujeres y de los chicos de la tribu. Esto era molesto así como el tener que permanecer todo el día recibiendo sobre la cabeza los ardientes rayos del sol, atado al poste de tortura, esperando la hora de ser ultimado.

Pero Pluma Roja y Cierva Oscura, considerando el asunto con el estoicismo de su raza, calculaban que todo podía sufrirse con la esperanza de que llegase el rescate y se evitase la tortura. Y de ello se encargaba Pluma Roja.

Comprendían la influencia que tendrían en su fortaleza aquellas horas de tormento y de incertidumbre y aquella era una de las razones que obligaban al joven guerrero zorro a poner en práctica su desesperado plan, a pesar de lo dudoso de su éxito. Temía que llegado el momento crítico, las piernas del joven Tiro Seguro no le permitiesen caminar por hallarse entumecidas después de tantas horas de inmovilidad. Pero ni por un mometo temió que el corazón le fallase. ¿Acaso no se trataba del hermano de Aguila Negra?

Cuando Un Ojo terminó su obra, Pluma Roja estaba completamente transformado. Era cosa sencilla usar las pinturas de guerra en forma tal que, el que las llevase, fuese fácilmente reconocible; pero en cambio constituía un verdadero arte hacer que esas pinturas lograsen hacer imposible la identificación de un guerrero, aun por su propia madre.

Un Ojo había hecho cuanto le había sido posible para conseguir esto último. Rayas blancas hacía que su rostro fuese, al parecer, más grande que cualquiera de los de la tribu; otras rayas en la frente cambiaban la expresión de su mirada, y sus finos labios tenían un aspecto tosco. Había usado el artista diversos colores y cada uno de ellos completaba la obra del otro, haciendo perfecta la transformación.

Las pinturas del pecho y la espalda eran menos delicadas y en consecuencia pronto estuvo esta obra terminada.

—¡Bah! — exclamó Un Ojo.

Y con esa exclamación expresaba indiscutiblemente que estaba contento del resultado de su obra.

La mirada de Cierva Oscura también demostró satisfación.

Después de esto, Pluma Roja pasó a referirles el resto de su plan.

Antes de que llegase la noche no había posibilidad de intentar nada. Y tampoco podían tener grandes esperanzas si se presentaba tan clara como las precedentes. Pero comenzaba a soplar un viento que silbaba entre las ramas de los árboles y gruesas nubes cubrían ya gran parte del cielo. Gracias a esto era de esperar que, aun cuando la luna saliese, su luz sería oscurecida por los nubarrones.

Pero la tortura no sería comenzada hasta entrada la noche. Tal era la costumbre de los siux.

Un Ojo y los tres guerreros con quienes contaba, lanzarían el grito de guerra en el lado sur de la aldea coyote, tan pronto como les fuese posible, después de un tiempo indicado. Debían también disparar cuantos tiros les fuese posible y defenderse, en caso necesario, pero no entraba en el plan trazado la realización de un ataque. Para realizarlo hubiera sido preciso contar con una considerable fuerza.

Debían tratar de hacer salir fuera de la empalizada a la mayor cantidad posible de guerreros; la confusión que con todo ello se produciría, había de ser favorable para Pluma Roja que, en caso necesario se daría a conocer de los zorros para lograr llevarse al explorador blanco.

La tarea encomendada a Cierva Oscura tampoco era fácil. Debía esperar con los tres caballos en el lado norte de la aldea por donde era posible franquear la empalizada, mejor que por cualquier otro lado. Dos de los caballos eran para Pluma Roja y el joven Tiro Seguro; el tercero, para ella.

Aun cuando la joven había suplicado a su hermano que la dejase ir con ellos, él no había consentido en tal cosa. No porque hubiera dificultado la fuga, sino por la lucha que habría que mantener. Los coyotes los perseguirían y habría que combatir.

Cierva Oscura debía volver a la aldea de los zorros y para ello efectuaría el viaje sola. Un Ojo y sus camaradas, después de fingir el ataque que había de distraer a Corazón de Piedra y a sus hombres, se retirarían entre las sombras y desaparecerían por la pradera. No tenían que preocuparse de su camarada femenino, pues de tratar de buscarla, el riesgo sería mayor. Ella marcharía hacia el oeste cuando Pluma Roja y el explorador blanco tomasen la dirección del este. Luego dirigiría su caballo hacia el sur y alcanzaría su aldea en un galope.

Cuando el sol empezaba a ponerse, Un Ojo emprendió la marcha.

Había consentido en ir a pie y ceder el mejor caballo que tenía para que lo emplease Pluma Roja, dando con ello muestra de su fidelidad hacia el joven guerrero. Los hombres de las praderas no son afectos a caminar y aman su montura sobre todas las cosas.

Pero la única expresión con que demostró su rasgo de fidelidad fué el acostumbrado "¡Bah!", mitad palabra, mitad gruñido.

Desapareció y los dos hermanos quedaron solos.

Permanecieron durante una hora, sentados y sin pronunciar ni una palabra. La pequeña mano derecha de Cierva Oscura estuvo todo el tiempo apoyada en el hombro de Pluma Roja, mientras la izquierda se hallaba sobre su rodilla.

Al fin, el joven se puso de pie. Su bien delineado y robusto cuerpo, tenía un aspecto singular con sus pinturas de guerra.

—Pluma Roja debe partir, hermana mía, —dijo.

La besó y ella le besó también, sin pronunciar palabra. No hubo otra despedida, aun cuando comprendían que tal vez no volvieran a verse más. Tampoco se habló más del deseo de Cierva Oscura. La joven había comprendido la razón y quería mantener su promesa. Pluma Roja estaba seguro.

Después de un momento se puso en marcha y no tardó en desaparecer entre las sombras de la pradera, y la valerosa joven se quedó sola.



CAPITULO VIII

Una carrera para salvar la vida

DURANTE todo el día el joven Tiro Seguro sufrió el suplicio de estar atado al poste, con un estoicismo que hubiera envidiado un guerrero piel roja.

El sol le daba en la cabeza y le ardía el cerebro. Las mujeres no cesaron de insultarlo y mortificarlo. Acercaban su repulsivo rostro y le escupían o maldecían sus antepasados hasta la séptima generación, en forma tal, que hacían creer que el verdadero suplicio había dado comienzo.

Los chicos le arrojaban piedras y desperdicios que recogían del suelo y los perros le mordían las pantorrillas.

No dió señales de notar lo que le hacían las mujeres, los niños y los perros. Sus ojos parecía que siempre estaban mirando algo situado más allá de todos ellos. Aun cuando no hubiera tenido esperanza alguna de salvación, su conducta, hubiera sido idéntica, por el buen nombre de su raza y por el suyo propio.

Pero tenía esperanza, fuerte e indestructible. Estaba tan seguro de Pluma Roja, como si el joven guerrero, en lugar de salvarlo a él tuviera que salvar a su hermano.

Pluma Roja podía fracasar. Pero él lo evitaría no ahorrando para ello riesgo ni sacrificio alguno.

El Matador y sus hombres salieron de las chozas donde habían estado durmiendo la borrachera y fueron a pasear por la aldea. Muchos de esos hombres se amontonaron en redor del poste de los suplicios, pues allí estaba la mayor parte del pueblo.

Las mujeres acarreaban leña para la hoguera que debía constituir el final de la tortura. Los muchachos preparaban astillas resinosas para clavarlas en el cuerpo de la víctima y luego encenderlas. Salvajes y guerreros afilaban los tomahawks y los pequeños cuchillos para cortar cueros cabelludos, delante del joven Tiro Seguro.

Entre toda esa gente se encontraba Pluma Roja y ni uno solo de los coyotes dudó de que fuese uno de los guerreros del Matador.

Iba de un lado a otro sin despertar sospechas, tomando nota de todo lo que pudiera ofrecer una oportunidad o representar una

ventaja para su desesperado proyecto. También él se paseaba cerca del joven blanco y acercó, amenazante, su tomahawk hasta una pulgada de su rostro.

Al hacer esto murmuró su propio nombre y al oirlo el joven Tiro Seguro, sus esperanzas se acrecieron grandemente.

Pluma Roja miró en redor buscando al canalla que había sido Víbora Amarilla y ahora era el Matador. Pero no lo vió. Tan seguro se consideraba ahora el joven guerrero zorro, con su disfraz, que no temía afrontar la perspicaz mirada de los ojos del Matador.

Pero no era por mero espíritu de bravata por lo que deseaba ver a su enemigo. Quería saber a ciencia cierta, dónde estaba el infame. El y sus hombres constituirían, seguramente, la mayor dificultad que se presentaría para escapar, puesto que ellos no correrían a defender la aldea cuando se oyese del otro lado el grito de guerra con que Un Ojo había de atraer a los coyotes.

De pronto tuvo Pluma Roja una idea y, apartándose de la multitud, se encaminó hacia la choza de Tortuga Azul.

La vivienda del astuto y viejo curandero estaba apartada de las demás. Para él esto era más conveniente.

Pero en aquellas circunstancias su aislamiento favorecía las intenciones de Pluma Roja.

Dió la vuelta hasta la parte posterior de la choza. Los cueros de bisonte que constituían las paredes, estaban bien sujetos al suelo y a la parte alta. Pero era cosa fácil hacer un corte en ellos.

Pluma Roja empleó su cuchillo y luego miró por el agujero que había hecho.

Tortuga Azul se encontraba sentado delante del fuego. Frente a él, cubierto por completo con las pinturas de guerra, estaba el Matador.

Hablaban en voz baja y al principio el joven guerrero sólo pudo comprender alguna palabra que otra. Pero lo poco que oyó le bastó para esforzarse por oir más.

La voz del Matador se elevó algo más y Pluma Roja se enteró de que trataba de demostrar la urgente necesidad de efectuar un ataque contra la aldea de los zorros antes de iniciar toda acción contra los blancos. Tortuga Azul parecía poco convencido de ello. Hablaba de cosas pasadas, de hechos completamente desconocidos para Pluma Roja y era evidente que durante más de la mitad de su existencia había alimentado un odio mortal hacia los del clan hermano.

El Matador se levantó y salió de la choza; el viejo hechicero se puso de pie y tomó de un montón de cueros que había en uno de los rincones, una espléndida piel de oso.

Pluma Roja comprendió en seguida lo que iba a hacer. La piel de oso era una vestimenta favorita de los hechiceros y Tortuga Azul se iba a cubrir con ella antes de dirigirse al lugar donde se hallaba el poste del suplicio.

Todos sabían que era él, pero su aparición con aquel disfraz había de impresionar a todos y no era hombre capaz de perder una oportunidad para aumentar sus prestigios como nigromante..

Instantáneamente adoptó el joven guerrero zorro una resolución.

Tortuga Azul estaba vuelto de espaldas a él. Pluma Roja apartó a un lado el cuero tras del cual se ocultaba y se metió cautelosamente en la choza.

Casi en seguida Tortuga Azul caía hacia atrás, sujeto por una garra de acero. ¡De nada le valió entonces su brujería! Sus ojos se abrieron desmesuradamente, como su boca, al caer medio sofocado por la vigorosa mano que oprimía su garganta.

Su mirada se clavó en unos ojos que él conocía, aun cuando al principio le pareció un extaño su atacante. Fué cosa de uno o dos minutos el que el joven guerreró atara y amordazara al viejo canalla. Por qué lo dejó con vida, fué cosa que no hubiera podido explicar Pluma Roja. Acaso hubiese en ello algo de superstición o tal vez obedeciese a un escrúpulo de conciencia, por tratarse de un viejo decrépito. Pero si fué por lástima no la merecía. ¡Débil de cuerpo, como era, el viejo Tortuga Azul, podía ser considerado un enemigo mucho más temible que cualquier guerrero de la nación siux!

La mirada de los ojos del viejo se tornó aún más terrible cuando el curandero vió que Pluma Roja tomaba la piel de oso y se cubría con ella de la cabeza a los pies. Aquella cabeza que tenía un aspecto de vida permitía al que cubría la suya con ella, ver todo lo que pasaba delante de él.

El joven guerrero no se detuvo un momento. Levantó la cortina de entrada a la choza, salió al exterior y la volvió a dejar caer tras él, ocultando a la vista de todos aquella vieja y espantosa figura y se encaminó hacia el poste de suplicio.

Los chicos se ocultaban, llenos de temor, y las mujeres cuchicheaban al verlo pasar.

En torno del poste de suplicio estaban reunidos todos los guerreros coyotes, los zorros y los que el Matador había llevado con él.

En seguida comenzaron todas las pruebas de resistencia que siempre precedían a la tortura. Un tomahawk fué a clavarse en el poste a un pulgada de la cabeza del joven explorador. Algunos cuchillos penetraron en la madera a pocos centímetros de su rostro. Habían sido arrojados no a él, pero si tan cerca que si se hubiera estremecido o hubiera hecho el menor movimiento se le hubieran clavado en la carne. Pero mantuvo firme su cabeza sin manifestar el menor rastro de temor.

Su actitud despertó admiración. Pero no por ello originó piedad alguna. Sólo pensaban que allí había un prisionero, uno que sabía la forma en que había de morir. Peró no comprendían que fuese capaz de morir sin manifestar temor, firmes, virilmente pues esperaban disfrutar con su miedo.

Luego, al brillar el resplandor de la hoguera, las mujeres vieron una nueva probabilidad de excitar sus nervios. Se amontonaron junto a él. Clavaron la punta de los cuchillos en su ropa lo suficiente para llegar

al cuerpo sin causar una herida de verdadera importancia. Le escupieron a la cara y le arañaron.

Estaba muy cerca de perder los sentidos, pero en forma ninguna perdió el valor. Sus ojos estaban velados y su cuerpo sin fuerzas. Pluma Roja comprendió que no le sería posible caminar si lograba arrancarle del poste y que tendría que llevarlo en hombros.

Alguien gritó para que la multitud diese paso al gran curandero, y Pluma Roja avanzó, cubierto con la piel de oso, hasta colocarse frente al poste.

Miró en redor suyo, amparado su rostro por la cabeza del oso.

Corazón de Piedra y Cuervo Grande, se encontraban a su lado como a una o dos yardas de distancia Algo más lejos estaba Potro Salvaje, solo, a despecho de la multitud que lo rodeaba. Los diez guerreros de la tribu de los zorros estaban en un grupo. Los bandidos del Matador se habían mezclado entre la gente de la aldea. Pero su jefe no se dejaba ver aún.

Cantando con una elevada y cascada voz, muy distinta a la suya propia, Pluma Roja aproximó su rostro al del explorador blanco. Para aquellos que observaban la escena lo hacía así para escupirle; pero los oídos del joven Tiro Seguro oyeron claramente estas dos palabras pronunciadas en inglés:

—¡Esté preparado!

Aquello reanimó sus abatidas fuerzas. Le hizo salir del abismo de inconsciencia en que, a pesar suyo, había caído. Pero comprendió que sus fuerzas eran muy pocas que no le servirían no ya para luchr, ni aún para huir. Experimentó el deseo de manifestar a Pluma Roja, que lo dejase, que no hiciese más esfuerzos y lo abandonase para que corriese la suerte que le estaba destinada.

Pero eso duró un momento. En seguida sintió que nuevo valor y nuevas esperanzas lo invadían.

—¡No! ¡mil veces no! ¿Hubiera abandonado él en un caso semejante a Pluma Roja? ¡No! ¡Y tenía la seguridad de que el noble siux no había de abandonarlo tampoco a él!

Cantando y haciendo pases ante el rostro de la víctima, Pluma Roja, esperaba el grito de guerra desde la parte sur, y que había de favorecer sus proyectos.

Los segundos le parecían minutos, y los minutos, horas. En cualquier momento Tortuga Azul podía ser descubierto y el juego fracasar por completo.

El grito de guerra no sonaba y el joven guerrero vió que el Matador se había unido a Corazón de Piedra y a Cuervo Grande. ¡Acaso eso era preferible, pues temía que hubiera regresado a la choza del hechicero y lo hubiese descubierto! Pero afortunadamente no fué así.

¡El grito de guerra se dejó oir, por fin!

¡Un Ojo y sus tres compañeros realizaban bien la obra! Sus gritos parecían lanzados por cincuenta gargantas y los pulmones demostraban ser vigorosos.

Inmediatamente se notó gran sensación entre los coyotes, Corazón de Piedra y su hermano echaron a correr en dirección al punto donde se oían los gritos y los guerreros los siguieron casi todos. Pero el Matador y sus hombres, así como los zorros y Potro Salvaje, permanecieron donde estaban.

—¡Que vayan todos! ¡Yo me quedaré guardando al prisionero! — exclamó Pluma Roja, en el mismo tono con que representaba su farsa.

Y mientras pronunciaba estas palabras se interpuso entre el joven explorador y los que permanecían allí, y protegido por su propio cuerpo su cuchillo cortó rápidamente las ligaduras de Dave Arthur.

—¡Los zorros están sobre nosotros!—exclamó una voz a la distancia.

Al oír esto los de esa tribu que se habían quedado con los coyotes se sintieron sorprendidos.

¿Era verdad aquello? ¿Habían lanzado Toro Blanco y Pluma Roja a los guerreros de su tribu contra los coyotes?

¿De ser así, al lado de quién debían combatir?

Su corazón no era un corazón coyote, ya lo habían demostrado así el día anterior al acompañar como una escolta a Pluma Roja. Acaso pensaban que serían mirados con sospecha, pues sus aliados pensarían que trataban de aprovechar alguna oportunidad para ir contra ellos. Tal vez lamentaban haber procedido en la forma en que lo habían hecho.

Estaban asombrados. Pluma Roja, ya tenía entre sus brazos al joven Tiro Seguro.

—¡Maten a los zorros! ¡Son traidores! ¡Mátenlos! — gritó una vieja.

Del lado sur del campamento llegó el ruido de disparo de rifles.

El Matador se adelantó con el tomahawk en la mano. Hubiera derribado sin vida al primer guerrero zorro que estuviese cerca de él, de no haberse interpuesto Potro Salvaje. En aquel momento vió lo que estaba haciendo Pluma Roja.

Este se despojó de la piel de oso y la arrojó sobre la cabeza de su enemigo. Entonces quedó al descubierto el guerrero cubierto por las pinturas de guerra, en lugar del horrible rostro de Tortuga Azul. Aún cuando en los primeros momentos nadie comprendió de quién se trataba gritos de furia y execración, brotaron de la boca de las mujeres y de los secuaces del Matador.

—¡Mátenlo! ¡Mátenlo! ¡Quiere llevarse a nuestro prisionero!—rugió el Matador.

Y al mismo tiempo tiró un golpe a la cabeza de Pluma Roja. Pero el tomahawk de un guerrero zorro chocó con el suyo. Las dos armas cayeron y los brazos de los que las manejaban también descendieron sin fuerza por un momento.

—¡A mí los de mi tribu! — gritó Pluma Roja.

Era su esperanza, pues los hombres del Matador lo atacaban ya.

Comprendía que de esa manera condenaba a muerte a los hombres de su tribu, pero

también pensaba que el horrible complot contra la aldea de los zorros fracasaría por completo si lograban triunfar aquella noche.

Lo sentía por ellos, y hubiera dado gustoso su vida por salvarlos. Pero si moría él, morirían los otros y también el hermano, de su hermano de sangre.

Era pues necesario que los sacrificase. De todos modos morirían en forma honrosa, no como monigotes de los coyotes.

Todos respondieron a su llamado. Ni uno solo de los diez vaciló un instante. Lanzaron su grito de guerra y atacaron con sus tomahawks en alto.

Y contra ellos se colocaron los hombres del Matador, un grupo infame, — todos guerreros de los cuervos, pies negros, apaches, navajos y paunis, — aves de rapiña y de combate.

Potro Salvaje, no alzó su tomahawk. Se adelantó sereno hacia el lado de Pluma Roja. ¿Cuáles eran sus intenciones? No se pudo saber. Lo que hizo lo recordó el joven siux hasta el fin de su vida.

El Matador ya tenía en la mano otro tomahawk. Un guerrero zorro cayó herido por él, lanzando su grito de guerra al caer. El Matador lanzó el arma a la cabeza de Pluma Roja imposibilitado para defenderse.

Pero el arma no tocó al joven guerrero. Potro Salvaje, extendió su brazo para salvar a su amigo. Su mano cayó herida a la altura de la muñeca y el arma le golpeó luego en la cabeza.

—¡Muere, infame! — rugió el Matador, al aplastarle el cráneo.

Y así murió Potro Salvaje, el mejor de todos los de la tribu coyote, por salvar a su amigo o por salvar al amigo de su hermana ¿quien podía decirlo!

La único cierto es que salvó la vida de Pluma Roja y del joven Tiro Seguro, aún cuando este último no le interesaba.

Casi al mismo instante el Matador caía al suelo derribado por un guerrero zorro y los demás de esta tribu se interpusieron entre Pluma Roja y sus enemigos.

Un minuto más y el salvado penetraba en la parte sombría situada al otro lado de la hoguera con su rescatado, exánime en los brazos.

Una y otra vez, se repitió el grito de guerra. Morían por ellos como verdaderos héroes aquellos que por un momento se habían olvidado de su tribu, y Pluma Roja sentía henchido de orgullo su corazón, al verlo. Pero no podía acudir en su ayuda. No era solo su vida la que estaba en peligro. El podía luchar: pero no quería comprometer al joven Tiro Seguro.

Se detuvo. Estaba lejos de las chozas, amparado por la oscuridad y no los perseguían, por el momento. Soltó al joven, se arregló sus vestiduras y volvió a alzarlo de nuevo.

Entonces Dave, habló. No era aquel el momento indicado para ello; pero el hecho de que pudiese articular palabras y frases significaba mucho. Aún cuando no pudiese caminar podía cargarlo a la espalda y que él se sujetase, pues había recobrado los sentidos, dejándole así mayor libertad de movimientos.

Caminaron un par de cientos de yardas. Hasta ellos llegaba el clamor de la lucha que sostenían en la aldea coyote. Pero Pluma Roja, comprendía que ya no había de tardar en llegar el fin del fingido ataque. Tampoco transcurría mucho tiempo sin que cayese el último de los valerosos guerreros zorros.

Se oyó un estridente grito de muerte, un rugido de centenares de gargantas y nada más.



CAPITULO IX

Una carrera desesperada

UN silencio de muerte reinó en la pradera.

Pero sólo fué por espacio de un minuto o de dos. Luego, de la aldea y a corta distancia se oyó un rumor que demostró al joven guerrero que sus enemigos se disponían rápidamente a seguir su rastro.

Se detuvo. Tiro Seguro se soltó y se dejó caer al suelo.

Pluma Roja lanzó en voz baja el grito de la lechuza que todo siux sabe iimitar. Aquella era la señal convenida con Cierva Oscura.

Fué contestado tan de cerca, que a pesar de su estado, el joven se sorprendió. En seguida, de entre las sombras avanzaron tres caballos. Cierva Oscura iba montada en el de en medio, sosteniendo sus riendas con la rodilla derecha y con las bridas de los otros dos caballos, en la mano.

Se había aventurado a acercarse mucho más de lo que su hermano esperaba. Pero él no pensó en recriminarla por eso. Era lo mismo que él. Se encontraba pronta a correr cualquier riesgo por el hermano de Aguila Negra. Y su valor les había proporcionado una gran ventaja.

¡Cinco minutos más y los perros de presa que corrían tras ellos les hubiesen dado alcance!

Cierva Oscura se apeó. Se situó junto al joven Tiro Seguro, quien a pesar de su estado de semi-inconsciencia notó la caricia de unas manos suaves en las mejillas y en las sienes.

Murmuró algo que ni el joven ni su hermana pudieron comprender. Luego, la fiel muchacha ayudó a Pluma Roja a montar al explorador en uno de los caballos.

Tiro Seguro cayó pesadamente en la silla e hizo cuanto le fué posible por mantenerse firme. Aun cuando era mucha su resistencia había estado muy próximo a agotar por completo sus fuerzas.

—¡Monte, Cierva Oscura! — dijo Pluma Roja. — Diga mi hermana a mi padre que

esté alerta, pues los coyotes van a atacarlo. Si vivimos, Aguila Negra nos agradecerá todo. Si morimos, moriremos todos juntos.

Un instante después le joven estaba en su montura. Echó los brazos al cuello de su hermano y lo besó. Luégo, sin hablar una palabra, avanzó entre la oscuridad, pues comprendía que toda tardanza implicaba mayor peligro para todos.

Pluma Roja montó a caballo, tomó las riendas del de su exhausto compañero y se dirigió hacia el Este.

Tras ellos sonaban las voces chillonas de las mujeres de la aldea, que cantaban la canción de la muerte. Pero fué otro sonido el que llegó a los oídos de Pluma Roja por encima de todo. Era un rumor sordo, indicador de los preparativos de sus enemigos para realizar en forma organizada su persecución.

Y cuando miró hacia atrás, vió luces que se movían en la pradera. Llevaban antorchas para ir descubriendo el rastro.

Si la noche hubiera sido como las precedentes, los fugitivos contarían con escasas probabilidades de salvación, porque a la luz de la luna las huellas hubieran sido fácilmente visibles para un siux, aun yendo al galope.

Pero con el cielo cubierto por las nubes era necesario irlas buscando. Y podrían detenerse una y otra vez, mientras los dos fugitivos huían a una marcha limitada tan sólo por la necesidad de reservar las fuerzas de sus caballos.

¡No! ¡No solamente por eso! El estado del joven Tiro Seguro no permitía ir muy de prisa. Tan sólo se hallaba en el justo límite de no perder por completo los sentidos. El largo tiempo que había permanecido atado al poste, unido a las consecuencias de la herida que había sufrido, la noche precedente le habían agotado casi por completo las fuerzas. Y acaso era sólo el sufrimiento que le causaba el agolpamiento de la sangre en sus piernas lo que le impedía desmayarse.

Pero pensaba Pluma Roja que llegaría el momento en que podrían dejar de ir al paso de sus cabalgaduras, sosteniendo él a su compañero con su brazo. Luego el joven Tiro Seguro murmuró una o dos palabras, indicadoras de que iba adquiriendo más fuerzas, y Pluma Roja retiró el brazo y lanzó los caballos al galope.

Las nubes comenzaron a correrse y por momentos dejaban al descubierto la luna. En alguna parte, allá en lo alto de las montañas, había llovido fuertemente: pero ni una got ade agua cayó en la pradera reseca, y al parecer tampoco iba a llover allí.

Caminaron durante tres horas sin detenerse. Entonces Pluma Roja hizo alto para dar un descanso a los caballos. Se encontraban en un valle entre dos cadenas de motañas, cuando se apearon cerca de un pequeño arroyo que corría por la pradera. Ayudó a Dave a bajar de la montura y los dos bebieron largos tragos de agua fresca y se lavaron con ella la cara. Pero Pluma Roja no dejó beber a los caballos.

Tan sólo permanecieron allí cinco minutos. Por entonces la luna brillaba enteramente descubierta en lo alto del cielo, y llegaron a la cima de una cuesta antes de que Pluma Roja volviese la vista hacia atrás.

En la pradera, la luna esparcía una luz casi tan clara como la del día. No distinguió el fugitivo señal de sus perseguidores. Pero él conocía perfectamente a los hombres de su nación y aquello no le hizo concebir muchas esperanzas. Era lo más que podían esperar. Pero los siux eran buenos sabuesos para descubrir un rastro.

Durante una o dos horas, Dave pudo resistir la marcha sin ayuda. En ese tiempo los dos cruzaron pocas palabras. Hablaron poco, pero fué suficiente para que sellasen una amistad que sólo la muerte podría destruir.

—¿Usted es Pluma Roja? — preguntó Tiro Seguro. — Lo conocí en el mismo instante en que mis ojos se fijaron en usted. Y pienso que usted también me reconoció a mí en seguida.

—Soy Pluma Roja y es verdad que conocí al punto al hermano de mi hermano,—fué la respuesta.

—Es usted un excelente camarada, Pluma Roja. Pero, dígame. Si vuelvo a ser un impedimento, déjeme morir. Yo bien sé que ese no es su modo de proceder, pero no debo permitir tanto sacrificio. Si de los dos puede salvar uno la vida y el cuero de la cabeza, más vale que se salve, aun cuando el otro quede en peligro de muerte.

—Mi hermano no abandonaría a Pluma Roja y Pluma Roja no lo abandonará a él.

—Bien. Ya sé que a ese respecto no es posible discutir con usted. Comprendo que tiene razón. Pero dígame, compañero, ¿no estaba con nosotros una joven?

—Cierva Oscura, mi hermana, — fué la respuesta de Pluma Roja.

—¡Por todos los santos del cielo! Dick tiene la suerte de un bendito! ¡Qué fortuna! ¡Y qué manos! ¡Tres caballos! ¡Dios de Dios!

Acaso Pluma Roja no pudo continuar hablando: sus conocimientos de inglés eran muy limitados. Tal vez pensaba en lo que acababa de oir, cuando el joven Tiro Seguro, abatido y semi-delirante, en la hora que precedía al amanecer, murmuraba palabras sueltas acerca de unas pequeñas y muy delicadas manos.

Pero más adelante llegó a comprender lo que Aguila Negra nunca supo, — aun cuando pudo ser que lo supiera Cierva Oscura, pues las mujeres entienden esas cosas mejor que los hombres, — llegó a comprender que tanto para Dave Arthur como para Dick, sólo existía una mujer que significara algo en el mundo y que esa mujer no podría ser nunca, para Dave, más que una hermana, mientras que Dick podía considerarla como su esposa.

Fué una mala hora aquella, antes del amanecer, porque los caballos flaquearon relativamente a Dave volvió a sentirse sin fuerzas y a los oidos de Pluma Roja llegaban los ruidos de la persecución que parecían aumentar entre las sombras de la noche. La luna había vuelto a ocultarse y la oscuridad

volvió a reinar, aunque por poco tiempo. Pero los coyotes habían aprovechado del mejor modo la luz de la luna. De esto no había duda.

Destellos de luz comenzaban a aparecer en el Este y un tenue resplandor comenzaba a iluminar la pradera. La luz fué en aumento, los colores brillaron en el horizonte, el sol se disponía a aparecer.

Después sus primeros rayos surgieron por sobre el horizonte. Pluma Roja volvió a detenerse.

Ayudó, de nuevo, a apearse el joven Tiro Seguro y lo tendió de espaldas en el céspea en la cima de una loma. Los caballos permanecieron quietos con la cabeza baja, mientras sus flancos, cubiertos de sudor, se levantaban y bajaban sin cesar.

Pluma Roja se tendió al lado de su camarada y miró hacia el Oeste.

A la distancia, no muy lejos del lugar donde se hallaban, vió lo que buscaba.

Los rayos del sol doraban una nube de polvo, una nube que se movía.

En medio de aquella nube corrían sus perseguidores. Lo comprendió así y hasta alcanzó a divisar movedizas colas de caballo y cabezas adornadas con plumas. Acaso lo vió realmente, aun cuando la nube de polvo que envolvía todo hacía difícil la visión.

Montaron y de nuevo se pusieron en marcha. Mientras no llegaran a un sitio en que, en caso de un encuentro, pudieran pelear con más ventajas que en la pradera, todo encuentro significaba una muerte segura. Y entre ellos y aquel lugar de seguridad corría un ancho río. Debía tener mucho caudal en aquel momento. Pluma Roja lo sabía porque había llovido en abundancia en las montañas del norte.

El joven Tiro Seguro gimió cuando volvió a montar a caballo. Pero no se daba cuenta de que gemía pues de nuevo volvía a estar semi inconsciente.

Que el enemigo los hubiera visto o no a pesar de sus precauciones, no significaba nada. Su rastro era fácilmente visible ahora de día, a la luz del sol y los coyotes no lo habían de perder.

Avanzaron todo lo más rápidamente que podían los caballos cansados. Respondían valerosamente a lo que se les pedía; y habían de responder hasta último momento. Pluma Roja, ceñía entre sus rodillas al mejor de sus caballos, y el que conducía a su compañero, había sido amaestrado por Un Ojo, que era el mejor domador de la tribu de los zorros desde los días de su fundación. Había pocas probabilidades de que Un Ojo volviese a verlo.

Los caballos resoplaban cada vez más. El joven Tiro Seguro se tambaleaba en la silla, y Pluma Roja sentía fuertes dolores en el cuerpo, pero no pensaba en eso.

Una línea de árboles y una franja amarillenta que se destacaba en la superficie oscura de la pradera indicaba el curso del río.

Durante la milla que aproximadamente había que recorrer hasta llegar allí, Pluma Roja se preocupó cuidadosamente de los caballos. Aún cuando oía detrás el continuo grito de guerra de sus enemigos, aún cuando farecuentemente una que otra bala levantaba una pequeña nube de polvo al dar en el suelo cerca de las patas de los caballos, no quiso apresurar la marcha de éstos, dado su estado de cansancio.

Eso sería necesario cuando tuviesen que cruzar el río.

Los perseguidores se aproximaban cvada vez más. Las balas menudeaban en torno de los fugitivos. Una llegó a arrancar una pluma de las que adornaban la cabeza del joven guerrero zorro y otra rozó la silla de la montura de su compañero.

Pluma Roja miró hacia atrás. Vió al Matador que marchaba a la cabeza montado en un caballo alazán de gran alzada. Contó el número de sus perseguidores. Eran doce en total, en su mayoría de la banda del Matador. No se notaba entre ellos ni a Corazón de Piedra, ni a Cuervo Grande y Pluma Roja se alegró por ello. Aquello constituía una nueva esperanza.

Por que el jefe de un grupo está al nivel de los hombres a quienes manda; y Pluma Roja, conocía bien a su antiguo enemigo, antes Víbora Amarilla y ahora llamado el Matador, como persona de un valor muy limitado.

Corazón de Piedra o Cuervo Grande no hubieran vacilado un momento en meterse con sus caballos en el río. ¿Lo haría así el Matador?

Pluma Roja creía que no. Confiaba en que no lo hiciese.

El joven Tiro Seguro, tuvo un momento de plena lucidez cuando los caballos iban a meterse en el agua.

—¡Vamos a darnos un baño! — murmuró.

Suspiró cuando el agua casi lo cubrió y sus azules ojos miraron, muy abiertos y llenos de inteligencia a Pluma Roja. Pero eso duró un momento, luego volvió a su anterior estado y hubiera caído de la silla a no haberlo sostenido fuertemente su amigo.

Gimiendo dolorosamente, los caballos sacaron la cabeza sobre las aguas y sus jinetes quedaron con la mitad del cuerpo fuera. Las manos del joven explorador se aferraron a las crines de su montura, mientras Pluma Roja llevaba a ésta de la brida y le dirigía palabras de ánimo a su camarada.

Los persegiudores se habían detenido a la orilla del río. Algunos se apearon y dispararon sus armas; otros lo hicieron desde lo alto de sus caballos.

Pequeñas columnas de agua surgiesron junto a los dos caballos y sus jinetes, cuando las balas dieron en el agua. Pero no les alcanzó ningún proyectil.

En una ocasión el caballo del joven Tiro Seguro fué desviado por la fuerza de la corriente, y su jinete cayó sobre el joven guerrero de la tribu de los zorros, haciendo que éste se tambalease en la silla. Pero Pluma Roja condujo a Dave en dirección de la co-

rriente y el animal que montaba este último, respiró fuertemente, pudo enderezarse y siguió a nado su camino.

El cariño que Un Ojo profesaba a aquel caballo tordillo no era infundado.

Luego sobrevino la más ardua de las tareas.

Iban acercándose a la otra orilla. Las balas todavía silbaban cerca de ellos. Hasta el mismo borde, el agua tenía una profundidad tal que no era posible hacer hincapié para salir a tierra, pero Pluma Roja se dirigió hacia un punto donde la costa formaba un declive y parecía ofrecer una cuesta para que los caballos se afirmasen.

La probabilidad, bien lo sabía él, era difícil y arriesgada, pero era forzoso jugarse el todo por el todo. Tenía que soltar las riendas del otro caballo, obligar al suyo a salir del agua, saltar de la silla y confiar en el instinto del favorito de Un Ojo y en su propia ligereza.

Sin ser ayudado por el jinete, el caballo no era probable que saliese, solo, del agua. Si tardaba un segundo en saltar a tierra sería arrastrado por la corriente.

Aflojó las riendas. Hundió las espuelas en los flancos del animal; este dió un bufido y alzó la cabeza tratando desesperadamente de hallar un sitio donde afirmar los cascos.

Al fin lo encontró. Pluma Roja había acertado. Dando otro bufido, que más pareció un alarido, el caballo salió del agua, apoyó las patas delanteras y en el momento en que el jinete saltaba de la silla, hizo un esfuerzo y salió.

¡Era tiempo! Pluma Roja fué rodando y casi volvió a caer al agua, pero agarrándose de la rienda del otro caballo, cobró nuevos alientos y se afirmó con toda la fuerza y la valentía de que era capaz, apretando los dientes y con los nervios en tensión ante aquel último gran esfuerzo que realizaba.

Una bala le rozó la sien derecha, otra le arrancó un trozo de fleco empapado de agua, del pantalón que tenía puesto. No prestó atención ninguna a tales hechos. Se afirmó más aun y en aquellos momentos el caballo de Dave pisó tierra firme bajo el agua y el barro, esforzándose en progresar hacia lo alto.

Pluma Roja se arrodilló y haciendo un esfuerzo ayudó al pobre animal, que mediante una desesperada tentativa, consiguió salir a tierra firme.

El joven Tiro Seguro cayó tambaleándosé de la silla, en brazos de su camarada, en el mismo instante en que el mejor de los animales de Un Ojo lanzaba un agudo relincho y caía muerto.



CAPITULO X

El refugio de la colina

Un grito de triunfo resonó en la otra orila. El Matador y sus bandidos sentían grandes deseos de ver correr sangre.

Se arrojó al agua un guerrero cubierto de cicatrices, que diez años atrás se había iniciado en la lucha con los de la tribu de los pies negros. La corriente los arrastró a él y a su caballo.

Se lanzó después un musculoso apache que montaba un pequeño caballo blanco y los dos sufrieron la misma suerte. Se alcanzó a distinguir un reflejo blanco, un brazo bronceado que salía del agua, y luego desaparecieron de la superficie jinete y caballo.

Al ver eso, los bandidos que capitaneaba el Matador se quedaron quietos, esperando órdenes. Luego Pluma Roja colocó en la silla de su fatigado caballo al joven Tiro Seguro, y miró en redor suyo, esperando saber lo que iba a hacer el Matador.

El bandido vacilaba. El odio y el orgullo de ser jefe de una banda le habían endurecido para la lucha a medida que iban pasando los años y a causa de ello vaciló ante aquella nueva prueba.

Su vacilación duró tan sólo algunos segundos, en seguida se arrojó al agua.

Pero aquella corta vacilación fué lo bastante. Si se hubiera arrojado al agua inmediatamente, todos sus hombres lo hubieran seguido.

Por el contrario todos vacilaron. Pluma Roja tomó el rifle y apuntó cuidadosamente hacia el Matador. El caballo de éste levantó la cabeza y la bala le penetró en la frente. Con la rapidez del rayo el jinete saltó de la silla y desapareció bajo el agua.

El caballo se tumbó hacia un costado, muerto. La afeitada cabeza del hombre volvió a aparecer y otra bala casi lo alcanzó, rozándole su mechón de largo pelo. Nadó el bandido desesperadamente hacia la orilla, donde se encontraban sus hombres y pudo salir a la costa asiéndose de un rifle que le fué tendido. Había perdido el caballo y su adorno de plumas, pero estaba ileso y en salvo.

Las balas empezaron a cruzarse rápidamente de un lado a otro del río, hasta que Pluma Roja tomó con una mano la brida de su caballo, sosteniendo con la otra, para que se mantuvies más firme sobre la silla, y alentando al animal echó a correr al costado de éste.

Un grito de rabia y de disgusto brotó de los labios de los salvajes que se hallaban en la otra orilla.

Pero no reanudaron la persecución, confirmando las esperanzas de Pluma Roja.

El río, aumentado su curso por las aguas que bajaban de las alturas donde había llovido mucho, tardaría aun algunas horas en ser fácilmente vadeable. Sin embargo, si sus perseguidores esperaban tan sólo a que descansasen sus caballos y tenían el valor de volver a arriesgarse cuando su ánimo estuviese más firme, podrían continuar su persecución dentro de un plazo relativamente

El cansado caballo de los fugitivos era incapaz de conducir los dos hombres. Pero Pluma Roja, no denotaba en absoluto hallarse cansado. Ningún indio de los bosques del norte, acostumbrado a caminar millas y millas a ie se hubiera conducido en aquella ocasión mejor que él.

Tenía proyectado un plan que podía proporcionar a él y a su comañero una última probabilidad de salvar la vida.

A unas veinte millas hacia el norte había una línea de accidentadas montañas, una derivación de las Rocosas. Pluma Roja conocía aquellas montañas. La nación siux las temía, creyendo que estaban habitadas por espíritus. Pero el hijo del viejo Toro Blanco era menos supersticioso que los demás de su raza. Además, temor a los espíritus, dado caso de tenerlo, desaparecía ante su resolución de salvar la vida de su compañero.

Los hombres, sin tribu, del Matador acaso no tuviesen tampoco ese temor que, seguramente, sentían los de la tribu coyote, pero de todos modos las montañas les ofrecerían un asilo seguro y oculto, a la par que lugar estratégico desde el cual un buen tirador podía con su rifle defenderse contra gran número de adversarios durante mucho tiempo más que en la pradera.

Por eso el joven guerrero esperó a que la configuración del terreno ocultase a su caballo, al jinete y a él de la vista de sus perseguidores para cambiar de rumbo y volver hacia el norte.

Pronto llegaría a un lugar donde el suelo de roca haría casi invisible el rastro. Pero no tenía muchas esperanzas de que sus perseguidores llegarían hasta allí, a pesar de lo cual él hizo cuanto le fué posible por borrar sus huellas.

El joven Tiro Seguro se hallaba tendido sobre el cuello del caballo abrazándolo y murmurando frases que denotaban que se hallaba presa del delirio.

Pero Pluma Roja continuaba, decidido, su marcha. Siempre estaba alerta para oir cualquier ruido que denotase que los otros habían reanudado la persecución. Empero, nada oyó y cuando las montañas aparecieron negruzcas y acidentadas ante ellos, no había visto ni oido al Matador y a sus hombres.

Donde comenzaba el penoso camino, hizo alto. Trató que su compañero comiese algo de lo que él llevaba. Pero Dave no pudo tragar bocado, y sólo apuró, inconscientemente, hasta el último trago del agua de que disponían. Pluma Roja no comió nada, y nada bebió, pues no quedó agua para él. Todo lo sufrió, no obstante con serenidad dando prueba del admirable estoicismo de su raza.

Antes de ponerse en marcha nuevamente, partió unas tiras de su manta para cubrir con ellas las patas de su caballo, luego al caminar, fué colocando cuidadosamente sus pies cubiertos con mocasines, donde no dejaran señal. Si el suelo hubiera podido indicar el rastro, éste era suficientemente tenue para escapar aun a los avezados ojos de un piel roja.

El sol se encontraba ya muy hacia el Oeste cuando, al fin, llegaron al lugar a donde se dirigían.

Se trataba de una cueva que penetraba hasta las entrañas de una montaña llena de precipicios. El sendero que condcía hasta allí era estrecho y accidentado, aún cuando no imposible de recorrer para uno de los hábiles y seguros caballos indios. Pluma Roja no creyó que el suyo, cansado como estaba y conduciendo sobre sus lomos al explorador pudiese franquearlo. Pero el noble animal, ayudado por su patrón que lo sostenía de las riendas cuando resbalaba y lo animaba con la voz, venció las traicioneras emboscadas del camino.

El joven Tiro Seguro cayó a tierra cuando el animal se desplomó, exhausto y quejándose, agotado al parecer. Allí permanecieron jinete y caballo, sin fuerza ninguna y por espacio de algunos momentos el bien templado corazón del piel roja sintió desaliento y desesperación, contemplando a sus camaradas.

Pero no era momento para desesperar. Había una probabilidad de salvación. Por la parte alta no podía llegar peligro alguno. Unicamente de la parte baja era posible que atacase el enemigo y Pluma Roja confiaba en mantenerse y resistir hasta que conservase alientos y que el hambre y la sed se presentasen como nuevos y más terribles enemigos para él y su compañero.

Condujo a Tiro Seguro hasta la cueva, quitó al caballo la montura y la colocó bajo la cabeza de su amigo a quien cubrió con los restos de la manta y bebió un largo trago de agua de un manantial que brotaba cerca de la entrada de la cueva.

Luego ascendió, penosamente, por qué tampoco él disponía de muchas fuerzas, hasta una plataforma que se encontraba encima de la cueva, desde la que pudo contemplar la región rocallosa que habían cruzado y una amplia extensión de la pradera situada más allá.

¡No distinguió ni la menor señal de los que los perseguían!

Pero no había que confiar por eso. Antes o después los pintados rostros de los enemigos podían presentarse en el estrecho sendero, y tan pronto como eso ocurriese, no debían dejarse ver en la entrada de la cueva. Tenían muchas cosas que hacer aún.

Los pájaros saltaban de roca en roca. Pájaros tan poco acostumbrados a ver al hombre que no manifestaban temor ninguno y era fácil matarlos de tres o cuatro a la vez. Cazó algunos y los llevó a la cueva. Luego buscó y halló un trozo de pradera natural entre las rocas y arrancó grandes brazadas de pasto que sirvieron de lecho al joven Tiro Seguro, y servirían de alimento al caballo, si es que el animal volvía a sentir deseos de comer, lo que parecía poco probable.

No podía hacer más. Tenían alimento y agua para resistir un asedio. Pero no puede considerarse de larga duración la resistencia de una plaza defendida por un solo hombre.

Pluma Roja, lo comprendía bien. Pero tenía que mantenerse allí a todo riesgo. Tenía la seguridad de que ningún ataque era posi-

ble antes de una o dos horas y confiaba también en que la aproximación de cualquier enemigo, por cauteloso que fuese, había de realizarse en forma tal que lo despertase de su sueño.

Por eso dió de beber a Dave, que se hallaba aún en un estado semi inconsciente un buen trago de agua fresca y luego, colocándose al lado el rifle y las municiones se tendió a la entrada de la cueva y se durmió en seguida con sueño reparador.

Era de noche cuando despertó. No subió a la plataforma, pues no hubiera visto nada. Se quedó escuchando, sin que ningún ruido llegase hasta sus oídos.

El cielo estaba despejado. Pronto aparecería la luna. Hasta ese momento, toda vigilancia era inútil.

Dave continuaba durmiendo, pero su sueño era, entonces, más natural y reconfortador que el que antes disfrutara.

Pluma Roja esperó. La oscuridad reinaba al mismo tiempo que el silencio.

La luna aparecía rojiza en el horizonte, pero su luz era poca aún y la parte del sendero que se prolongaba delante de Pluma Roja, permanecía envuelta en sombras.

Hasta sus oidos llegó un rumor, un leve rumor, que acaso un solo hombre, entre mil, hubiera notado.

El guerrero siux colocó el oído en la superficie de la tierra. El ruido que hacen al andar unos pies calzados con mocasines es muy poco, pero Pluma Roja lo oyó claramente y comprendió que pocos minutos después tendría, acaso, que hacer frente a un ataque.

¿Por qué no estaría la luna más alta en el cielo? En aquellas circunstancias el adversario podía sorprenderlo antes de que él lo pudiese ver entre las sombras.

¡Ah! Como a una docena de yardas de distancia se distinguió una silueta y en forma confusa, un rostro pintarrajeado.

Pluma Roja disparó su rifle y la silueta cayó tambaleándose hacia atrás. El grito de muerte típico de los indios navajos, resonó en los aires.

Nuevamente volvió a hacer fuego, y el grito de muerte volvió a dejarse oir. Una bala que pasó a pocas pulgadas de distancia de la cabeza de Pluma Roja, silbó en los aires. El joven guerrero que se hallaba acurrucado en el suelo se parapetó tras una roca y disparó nuevamente hacia el lado que estaba envuelto en sombras.

No obtuvo respuesta, ni de gritos, ni de disparos. Posiblemente se trataba de dos de los bandidos que se habían adelantado. Tal vez fueron más lo que se acercaban pero los demás habían retrocedido para ganar tiempo. Creían posiblemente tomarlo desprevenido y al ver su error se retiraban a la espera de mejor oportunidad, pues ya sabían que estaban alerta, y esperaban que antes de mucho el hambre empezara a dejar sentir sus efectos en los sitiados.

La luna comenzó a elevarse cada vez más, iluminando todo el cielo. Su luz tenía un tono anaranjado, que a poco cambió en amarillento, iluminándolo todo con sus pálidos rayos.

Pluma Roja no creyó que volverían a atacarló mientras la luna alumbrase. Pero tampoco podía estar absolutamente seguro. No debía dejar de vigilar ni un sólo instante, pues podía ser burlado al menor descuido.

Pasó la noche entera vigilando, mientras más abajo, el Matador y sus hombres dormían, pues no tenían razón alguna para vigilar.

Habían perdido dos de la banda en el río, y otros dos en el estrecho sendero, y esperaban rendir por hambre a los fugitivos.

Más al siguiente día, cuando el sol estaba ya alto en el firmamento, vieron una nube de polvo en la pradera y antes del mediodía una veintena de coyotes, capitaneados por Cuervo Grande, se reunían a ellos.

Pluma Roja no pudo distinguir esto desde la entrada de la cueva y no se atrevió a aventurarse a subir, para vigilar, a su puesto de observación.

No vió que el Matador y los de su banda se alejaban hacia el Sudoeste. No supo que habían sido reemplazados. Pero aquello no tenía importancia. Cuervo Grande y sus guerreros se hallaban tan resueltos a apoderarse de aquellas dos cabelleras, como los que acababan de alejarse.

Poca diferencia había entre estar sitiado por los unos o por los otros. El Matador se dirigía a efectuar, acaso, lo que no se atrevían a hacer Corazón de Piedra o Cuervo Grande. Y sentía gran satisfacción en ello, pues contaba triunfar de Pluma Roja dándole a conocer horribles noticias cuando estuviese atado al poste del suplicio.

Al oscurecer aquella tarde, Pluma Roja pudo rechazar otro ataque, y al amanecer del día siguiente el joven Tiro Seguro, aunque débil y vacilante, pero siempre lleno de valor, pudo relevar a su camarada durante varias horas, para que Pluma Roja pudiese dormir.

Pero sus provisiones empezaban a escasear no obstante la exactitud con que habían calculado su duración. Les parecía que al fin tendrían que sucumbir al hambre o arriesgarse para obtener víveres en una forma que seguramente había de serles fatal.



CAPITULO XI

Terribles noticias

¡HOLA! ¡Hola! ¿No quieren contestar?

Una voz fuerte, sonora, vibró entre las rocas, al mismo tiempo que apareció una cabeza cubierta por un sombrero de anchas alas levantadas por uno de los lados y dejando ver un rostro con barba. Detrás de él aparecieron otras caras y entre éstas se destacaban las de Lobo Solitario y Aguila Negra.

Allá, a lo lejos, en la pradera, una veintena de exploradores perseguían a Cuervo Grande y a sus guerreros.

El socorro había llegado al fin. ¿Pero no sería tarde?

Una gran opresión acongojaba el corazón de Dick Arthur, conocido por Aguila Negra entre los siux. Traía terribles noticias para Pluma Roja, si es que éste aun estaba con vida.

Aquel llamado no obtuvo respuesta ninguna. Un silencio de muerte acogió a la pequeña banda que ascendía penosamente por el sendero.

Cinco días habían pasado desde que los fugitivos se refugiaron en aquel escondrijo situado entre las montañas. En siete ocasiones habían sido atacados y en todas repelieron los ataques. Las últimas provisiones se habían terminado cuarenta y ocho horas antes; y el noble caballo, cuya carne les hubiera servido para aplacar el hambre que sentían, aun cuando hubiesen vacilado antes de recurrir a ese extremo, yacía muerto, a unas cien yardas más abajo y de él no habían dejado los buitres más que el esqueleto.

Había sido muerto de un tiro que hizo blanco en él, y del cual salvó a Dave, y cayó desde la altura hasta la entrada de la cueva.

El explorador de barba, llegó hasta la altura y se quitó el sombrero.

—¡Han combatido en forma excepcional, muchachos! — exclamó con voz ronca. — Pero temo que hayan peleado por última vez.

Se encontraban los dos allí, pálidos, demacrados, cubiertos de sangre, inmóviles. Pluma Roja había caído sobre su compañero, como si hubiera tratado de defenderlo de la muerte hasta lo último.

Lobo Solitario lo levantó y al colocarle una de sus anchas manos sobre el corazón notó que aun latía.

¡No habían muerto a pesar de haber pasado por el valle de las Sombras de la Muerte!

Para esa clase de seres el menor indicio de vida es recuperar las fuerzas en seguida. Alimentos, cuidados y unos días de descanso y se encontrarían en situación de volver a montar a caballo. Solamente Pluma Roja estaba herido, pero levemente. Fué la debilidad lo que los había postrado, al extremo de que parecieran estar muertos.

Pero aun tenían que referirle cosas tan terribles que Pluma Roja, no obstante su estoicismo, se quedaría enormemente impresionado. El relato de los hechos lo hizo Lobo Solitario, pues Aguila Negra, a pesar de todo su valor, no se animó a ello.

El Matador y sus hombres, reforzados por un número de coyotes, habían atacado y destruído la aldea de los zorros.

Toro Blanco sucumbió, combatiendo hasta lo último y su clan pereció en torno suyo, a excepción de uno de los guerreros, el llamado Un Ojo.

Este, aun cuando con varias heridas y sosteniéndose apenas en la silla, pudo montar a caballo y llevar la noticia a un destacamento de exploradores, los que tomaron en seguida el camino de las montañas.

¿Qué había sido de Cierva Oscura?

No figuraba entre los muertos, a pesar de que habían perecido a la par que los hombres, mujeres y niños. Nadie había vuelto a verla más, desde que se separó del lado de su hermano en las afueras de la aldea coyote.

Ya no corría peligro alguno el joven Tiro Seguro. Pero nuevos peligros le esperaban a él y a sus amigos en un plazo no lejano.

FIN DE "EL PELIGRO DEL JOVEN TIRO SEGURO"

En el número 18 de "Pucky", que se pondrá en venta el segundo viernes, 15 de Septiembre, se publicará otra emocionante historia del mismo autor de "El Peligro del Joven Tiro Seguro", en la que explica la asombrosa forma en que Cierva Oscura fué rescatada. Se titulará "El Rescate de Cierva Oscura". ¡No lo olvide! Encargue ese número con tiempo a su vendedor.

⁂ Para dar buen aspecto al cuero de los muebles que se ha puesto viejo, se frotará con clara de huevo bien batida.

⁂ Para limpiar los objetos de plata oxidada se lavan en agua caliente y después se secan con una gamuza.

⁂ Las esteras que se han ensuciado se lavan con amoníaco y agua fría. No se les lavará nunca con jabón.

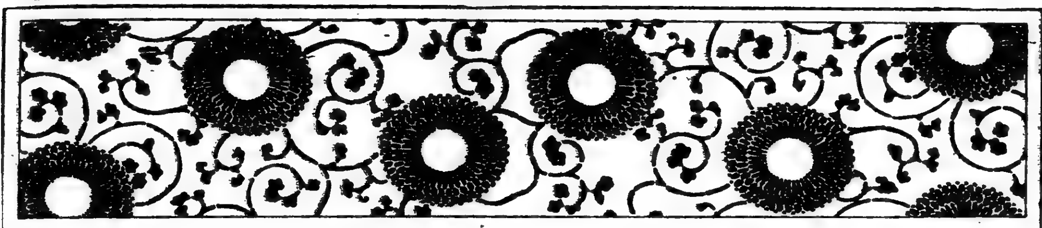
⁂ Las manchas que puedan aparecer en un piso encerado, se quitan con un poco de aguarrás y una franela. Después se lustra con una franela seca.

⁂ Si cae pintura al óleo en un vestido de seda, se quita la mancha metiendo el trozo manchado en petróleo y lavando después con agua de jabón.

⁂ No se debe mojar nunca el linoleum. El mejor sistema de cuidarlo es darle cera de encerar pisos, mediante una aljofifa.

⁂ Conviene guardar la harina, en la despensa, en un recipiente esmaltado que tenga algun agujero en la tapa.

⁂ Si aparecen cucarachas en una casa, conviene espolvorear todas las rendijas con bórax en polvo.



La Maldición del Fakir

LEYENDA INDIA

I

LOS VIAJEROS

BORDEANDO el caudaloso Ganges, el río sagrado de los indios, van dos hombres por el frondoso valle de Cachemira, limitado allá, en el horizonte, por la mole formidable del Himalaya. Surya, dios de la luz, en su carro de fuego tirado por siete verdes corceles, ilumina y caldea, haciendo que los caminantes jadeen a impulso de sus ígneas caricias fecundantes.

Todo sonríe en el amplio valle: cuatro ríos difunden en él vida y frescura, produciendo feracidad tan extremada que hasta cinco cosechas se producen en sus valles, mientras sus pintorescas colinas, vestidas de palmas, ananás, árboles de canela y de pimienta, vides y rosas perennes, ven por tres veces al año madurar sus frutos exquisitos.

De lejanas tierras vienen los viajeros. A buen seguro que no son del país, aunque visten a usanza del mismo y hablen su idioma. Tal vez sean de origen humilde, acaso sangre de parias corre por sus venas; más su color es blanco cual el de los bramanes, grande su apostura y gentileza sólo comparable a la de los chatryas, y en su espíritu, domeñado por la ambición, parecen delatar un origen vaisya. Nada importa quiénes sean ni de dónde vienen: ello es que en la India están, que por su seno caminan, y que ensueños de gloria pueblan sus cerebros calcinados por el tórrido calor. A orillas de una fuente se sentaron, celebrando sobrio ágape.

—Muéstresenos la suerte propicia, y el porvenir será nuestro, — dijo uno de ellos, cuyo nombre era Darai.

—Muchas dificultades hemos de vencer para lograrlo, — repuso el otro, llamado Sama. — Somos pobres...

—Tendremos oro en abundancia.

—Desconocidos...

—Nos sobrarán ocasiones para hacernos populares.

—Extranjeros..

—Todos lo ignorarán, pues no lo parecemos. Y a fe que a nuestra extranjería se debe la ambición que nos posee; fuéramos nacidos en esta tierra y nos veríamos dominados, como todos los indios, por esa indiferencia suicida que les hace no pensar para nada en torcer los designios de la Fatalidad... Ruines prosélitos del "nirvana", dejan transcurrir la existencia entre un bostezo y un encogimiento de hombros. Pueblo apático e indolente, fácil nos será triunfar en él, usando como armas nuestra audacia y nuestra ambición, a más de los méritos de que, indiscutiblemente, sabremos hacer gala...

—Y tendremos riquezas.

—Y se nos tributarán honores.

—Y seremos admirados.

—Y también temidos.

Los ambiciosos habían reanudado su marcha. Atardecía, y los rayos de Surya eran ya más tenues, disponiéndose a desaparecer detrás del monte Merú, habitado por el poder de Brama y por los cuatro animales fuertes —caballo, buey, camello y ciervo. — En una de las revueltas del sendero, Sama se detuvo, llamando la atención de Darai.

—Mira, ¿qué es aquello?

Y con el dedo índice señalaba un espectáculo extraño que se ofrecía a su vitsa.

Próximo al camino, en los linderos de un bosque, había un ser indefinible, mezcla de irracional y de persona. Yacía en un lecho formado por multitud de hierros aguzados, sobre cuyas puntas descansaba el cuerpo del infeliz; sus cabellos, espesos y crespos, daban a su cabeza el aspecto de un erizo; sus ojos miraban fijamente al disco solar; inmovilidad absoluta paralizaba su cuerpo, en derredor del cual plantas espesas y nudosas enroscábanse sirviendo de nido a numerosas alimañas.

—Es un fakir, — murmuró Sama.

—¿Un fakir?

—Sí, un fanático, que dedica su vida a hacer penitencia, absorto en místicas contemplaciones, permaneciendo años enteros en el mismo punto. Efecto de la abstracción de su espíritu, hácese insensible su cuerpo a toda clase de padecimientos y necesidades físicas: los agudos clavos que le sirven de lecho no le punzan; los inmundos bicharracos que le rodean no le muerden; no experimenta precisión de ingerir alimentos, y la misma respi-

ración llega casi a atrofiarse. Los fakires realizan la aspiración suprema de todo buen indio: vivir sin hacer nada, pensando en la divinidad.

—¡Pobre espíritu el suyo! — exclamó Dara. — No valdría la pena de vivir si en eso tan solo consistiera la vida.

—¡Quién sabe en lo que estriba la felicidad! — dijo Sama, y quedó pensativo.

—Para mí, es en todo lo contrario. Y con objeto de demostrar a ese viejo imbécil la estupidez de su conducta, voy a darle un aviso.

Rápido como el pensamiento, tomó del suelo un grueso pedernal, y afinando la puntería, arrojó contra el fakir, en cuyo cráneo chocó fuertemente.

—¿Qué has hecho desventurado? — murmuró Sama.

Vuelto a la realidad de tan desagradable manera, el fanático se puso de pie sobre el lecho de púas. Su escuálido cuerpo, destacándose en el oscuro fondo de la selva, semejaba una aparición fantástica: los ojos, que antes miraban mortecinos a Surya, volviéronse relampagueantes para asaetear con su lumbre a los viajeros.

—¿Quiénes son ustedes? — rugió el fakir. ¿Por qué de tal manera se atreven a turbar mi éxtasis?

Los dos amigos se habían prosternado repentinamente, dando la frente en el suelo.

—Perdone usted, señor, — dijo Sama. — Fué inadvertidamente. Quiso mi compañero espantar una ave que iba persiguiendo, y le dió a usted con la piedra de su honda. Considérele mal tirador, pero no le acuse de perfidia.

—¡Mientes! — prosiguió el fanático. — ¡Mientes ¡No es fácil engañarme a mí: de algo ha de servirme mi ciencia, que abarca lo humano y lo divino, que llega al más allá de las cosas. Por algo recito de memoria los Sagrados Vedas y el Código de Manú; por algo platico, en mis ensueños místicos, con Buda, el padre de los blancos cabellos, con Visnú, conservador del mundo, y con Shiva, dios de los placeres y de la destrucción.

—Señor, yo le juro...

—¡No mientas! Tu amigo es un malvado, que tachó de ruindad y fanatismo mi conducta, agradable a los dioses. He de castigarle hiciéndole donde más le duela. Y para ello, me limito a concederle la realización de sus deseos.

El burlón Darai sonrióse interiormente.

—¡Vaya un viejo loco! — pensó. — ¡Donosa manera de castigarme! No hiciera más si tratara de concederme un galardón.

—¡Levántense y prosigan su viaje!—continuó el fakir. — El que tan duramente me ha agredido no tardará en lograr sus ensueños ambiciosos: pero ello ha de ser de tal manera que su aparente satisfacción constituirá mi venganza...

Dicho esto, volvió a quedar sumido en éxtasis. Los dos viajeros se levantaron, prosiguiendo su camino. Sama iba taciturno; Darai, por el contrario, no tardó en soltar una estridente carcajada.

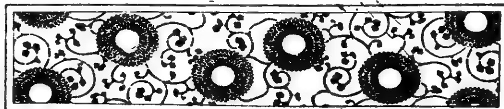
—Lo malo es que todo esto son farsas,— exclamó. — De otro modo, sería lástima no encontrar un nuevo fakir para que me maldijese de tan graciosa manera, colmando mis aspiraciones en cambio de una pedrada.

—Haces mal en reirte, — —murmuró Sama. — Ese hombre, que sabe mucho, no ignora que la felicidad no consiste precisamente en lograr los deseos que se alimentan, sino acaso en la manera de realizarlos.

—¿Qué quieres decir?

—Mucho... y nada. Me sería difícil explicarlo... Solo, sí, te digo, que deseo que la maldición del fakir no se realice.

Y, silenciosamente, siguieron andando a la luz de las estrellas, que había sustituído en el firmamento a la brillante luminaria del rey de los espacios siderales.



II

LA FIESTA DEL CARRO

LA pagoda de Jagrenat ardía en fiestas. Millares de devotos, no ya del país de Bengala, sino de toda la India, habían acudido para entonar loores y rendir homenajes a su deidad predilecta. Las cercanías del templo eran un hervidero de gente: allí apiñábanse en informe revoltijo parias inmundos, fakires esqueléticos, orondos vaisyas y marciales sudras; numerosos bramanes, sin desdeñar el contacto con las razas inferiores, conformábanse con erguir sus cabezas, tomando aire de superioridad para lograr, merced a ello, que sus adláteres les respetasen algún tanto, no haciéndoles víctimas de empellones y magullamientos.

Ensordecían el aire los devotos entonando el himno sagrado; hermosas bayaderas, desprovistas de toda clase de velos, danzaban lúbricamente ante las miradas de embobados peregrinos, que, devorándolas con los ojos, proseguían mascullando su mística salmodia.

Súbitamente, las puertas de la pagoda se abrieron con estrépito; por ellas salió en su majestuoso trono el ídolo de Jagrenat, el Buda sacratísimo por cuya devoción es fanática la India entera; cubierto de magníficas vestiduras su grueso cuerpo de cedro, veíanse de él solamente los brazos, resplandecientes bajo su barniz de oro, y la cara, renegrida y brillante, con la boca abierta, teñida de sanguinolento color. La horrible deidad balanceábase en la cumbre de su pedestal, una torre de sesenta pies de altura, colocada sobre resistentes rodillas que permitían su transporte con facilidad relativa.

Al ver a su ídolo, la multitud prorrumpió en grito espantoso, que atronó el espacio. Después, se produjo un revuelo indescriptible; todos los fieles querían manifestar sus piadosos instintos unciéndose al carro para arrastrar al ídolo en la solemne procesión



"¿Quiénes son ustedes que de tal manera turban mi éxtasis?" — rugió el fakir. ("La Maldición del Fakir". Página 50).

que se iniciaba. Púsose en marcha la mole a impulso de la piadosa tracción: hombres y mujeres, sin distinción de edades ni de castas, tiraban del trono o lo empujaban para aligerar su paso, que, no obstante la enorme pesadez, era veloz.

Entonces, el fanatismo llegó a la locura. No satisfechos con ejercer de acémilas, muchos fieles se arrojaban, de intento, bajo los rodillos del trono, ofreciendo en holocausto al dios sus propios cuerpos, que quedaban horriblemente aplastados en la huella del carro, como sangriento surco que marcaba el tránsito de la divinidad homicida; otros, en un refinamiento de misticismo, dejábanse destrozar las piernas y los brazos, para que de este modo la agonía del mutilado tronco fuese más duradera y espantosa.

Sobre un templete colocado al paso de la trágica comitiva, presenciaba el espeluznante espectáculo el rey Dusmanta, soberarno del país de Bengala, acompañado de su familia. Entre ella, destacábase por su hermosura la princesa Gayatri, la hija menor del monarca. De pechos sobre la balaustrada del templete, seguía con ansiedad curiosa las peripecias de la singular ceremonia; sus ojos negros escrutaban por doquiera y contemplaban sin espanto las mil sangrientas, dolorísimas escenas.

Tal vez impresionada por lo que veía, se apoyó con excesiva fuerza sobre la barandilla, que, por su escasa solidez crujió amenazando desgajarse sin que la hija del rey lo advirtiera. De pronto, el balaustre se rompió. Un grito de terror surgió de mil pechos, porque el peligro de los que cayeran era inminente, por pasar en aquel momento la sangrienta carroza delante de los regios espectadores, a quienes el terror obligó a echarse hacia atrás, huyendo de la catástrofe.

La princesa Gayatri no tuvo tiempo de evitar la caída. Y su hermoso cuerpo, que parecía amasado con rosas y jazmines, se desplomó desde el templete al humano hervidero de fanáticos suicidas.

El rey Dusmanta creyó volverse loco ante la idea de perder a su hija, la más hermosa, la más amada. Dirigió una ferviente invocación a Brama; mirando con ojos angustiosos la efigie de la deidad que ante él se bamboleaba ,dijo, poniendo el alma entera en sus palabras:

—Salva a Gayatri, ¡oh, mi dios! y yo te ofrezco darla en matrimonio al hombre que, instrumento de tu bondad y poder, me le devuelva sin daño.

Por irrealizable tenía el cumplimiento de su deseo. Pero nada hay imposible para un dios. Cuando Dusmanta se asomó por encima de la maltrecha balaustrada, temiendo encontrar entre la fúnebre estela del ídolo el cuerpo adorable de Gayatri, vió a ésta desmayada, pero libre de heridas y magullamientos, en brazos de un hombre, que, henchido de orgullo por su hazaña, miraba hacia el templete, aguardando una orden del soberano o de los regias personas de su compañía.

—¡Sube! — ordenó Dusmanta al desconocido, que se apresuró a obedecer, conduciendo a presencia del rey su preciosa carga.

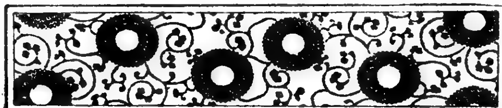
Y cuando le tuvo ante sí, abrazóle con cariñoso transporte, mientras le decía:

—¡Tuya es Gayatri! Hijo mío serás desde ahora: contigo compartiré mi poder y mis riquezas. Bien puedes decir, quienquiera que seas, que un viento de fortuna te ha guiado. Fortuna para mí, porque has salvado a mi hija de la muerte; fortuna para tí, porque tu acción te acarrea la dicha, una dicha incomparable.

El desconocido salvador de Gayatri prosternóse ante Dusmanta.

Su faz era reveladora del más grande regocijo interno. ¡Iba a ser rico, poderoso; veía de un golpe colmadas sus ansias de ambición!

El salvador de Gayatri era Darai. La extraña maldición del fakir empezaba a cumplirse.



III

"EL MARIDO DE LA PRINCESA"

Han trascurrido algunos años. El rey Dusmanta, fiel a su promesa, había dado a su hija Gayatri por esposo al caminante oscuro, su salvador en día memorable. Como consecuencia, Darai tuvo los honores correspondientes a su nuevo rango, ostentó atribuciones extraordinarias; dispuso de riquezas fabulosas... ¿Era feliz? ¡Ay, no. No lo era, no podía serlo. Un ambicioso vulgar tendría más que sobrados elementos para creerse dichoso, pero él era algo más que un prosaico buscador de oro. Soñó en luchar para vencer, y le daban el triunfo conseguido sin molestias, pero también sin gloria; soñó en ser popular por sus proezas, y lo era por el puesto que ocupaba, soñó en ser príncipe, y se oía llamar "el marido de la princesa". Su encumbramiento era un sarcasmo, una ironía de la suerte. Su vida era una incesante tortura, pues todo cuanto le rodeaba — sus magníficos atavíos, a los cuales no estaba habituado; los esclavos y servidores que veían en él a un su igual con suerte; los personajes de la corte, que parecían mirarle desdeñosos — todo, en fin, gritábale con sorda persistencia: "¡Advenedizo! ¡Advenedizo!"

Otra espina también le torturaba. ¿Qué había sido de Sama, su compañero, su amigo, casi su hermano? Ignorábalo por completo. Desde el día en que salvó a Gayatri, no había vuelto a verle. Juntos estaban los dos ante la regia tribuna, en el camino por donde el ídolo sanguinario de Jagrenat debía pasar en procesión; a un tiempo vieron el peligro que Gayatri corría de perecer bajo el funesto carro; tal vez Sama contribuyese al



"¡Sube!" — ordenó el rey al desconocido que había salvado el cuerpo de su hija. ("La Maldición del Fakir". Página 52).

salvamento de la princesa, cuya gloria fué toda para Darai.

Desde aquel instante, no volvió a tener noticia de su compañero; dijérase que la tierra se lo había tragado, o que él también, voluntaria o inconscientemente, dejóse destrozar por el carro de Buda. En previsión de que esto último fuese, Darai había hecho identificar los cadáveres y reconocer los cuerpos mutilados; pero entre ellos no se hallaba ninguno que pudiera, ni remotamente ser atribuido a Sama. ¿Por qué, si vivía, no se presentaba a su amigo para impetrar una protección que estaba seguro de obtener? Tal vez su exceso de delicadeza se lo vedase. Darai buscó, indagó, hizo sinnúmero de gestiones. Todo en vano. Al cabo, desesperó de hallarle, desistiendo de sus pesquisas.

Cierto día, la princesa Gayatri cayó enferma: una invencible languidez fué apoderándose de su hermoso cuerpo; dejó de comer aun los manjares más preciados para ella; el sueño huyó de sus párpados, sus mejillas demacráronse, hundiéronse sus ojos, marchitóse su belleza. Inútiles eran cuantos remedios se trató de poner en práctica. Numerosos emisarios fueron enviados a todas las pagodas en busca de los más sabios sacerdotes, hábiles en el arte de curar. Por el "gemana" o habitación de la infeliz princesa fueron desfilando todos, sin que ninguno diese con la clave del padecimiento, limitándose a elevar al cielo las manos con resignado ademán, mientras decían fervorosamente:

—¡Buda! ¡Sólo Buda puede salvarla!

Darai sufría viendo padecer a Gayatri. Aunque ella nunca dejó de mirarle como esposo indigno de su sangre, era tanta su belleza que por sí sola bastaba para perdonar su despego. Por eso Darai lloraba viendo perder lo único adorable que Gayatri tenía para él: su hermosura.

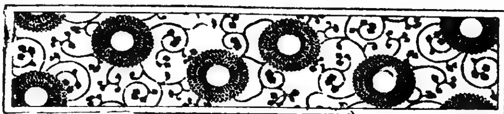
Un paria, servidor de la real casa, indicó a Darai la conveniencia de consultar con cierto sabio extranjero a quien la pública fama había rodeado de gran aureola de ciencia. Darai encogióse de hombros con desaliento: ¿quién era él en palacio para adoptar resolución alguna? Probablemente, sus indicaciones serían contraproducentes. Sin embargo, lo propuso, y como se trataba de un caso desesperado, aunque álguien se opusiera, fundándose en razones religiosas, la mayoría aceptó la idea, ya que se trataba de un sabio de tal renombre. Inmediatamente, le buscaron, llevándolo en un palanquín a presencia de la infeliz Gayatri, casi moribunda.

Toda la familia real, con la ansiedad consiguiente, aguardó en la antecámara la llegada del sabio extranjero. Cuando éste apareció, escoltado por varios guerreros de la guardia palatina, todos los pechos se ensancharon, dejando escapar un suspiro de esperanza. El recién llegado, midiendo a sus regios clientes con la mirada de superioridad, a que le daba derecho su ciencia, atravesó la estancia con solemne paso, en dirección de la cámara donde la princesa padecía. Darai, cuyos ojos no se apartaban del sabio desde que éste fué llegado, dió un grito de alegre sorpresa, y deteniéndole ante la general estupefacción le abrazó con grandes manifestaciones de cariño.

—¡Sama! ¿Eres tú, mi amigo, mi hermano?

El médico famoso movió afirmativamente su cabeza, prematuramente encanecida en el estudio, mientras correspondía a los afectuosos transportes de Darai, pero esclavo de su deber, apartó a su amigo compañero, diciéndole:

—Soy Sama, y de verte me congratulo. Pero, ante todo, guíame ante la paciente que me aguarda.



IV

EL CASTIGO

CONTRA las pesimistas suposiciones de los que presagiaron su próximo fin, la princesa Gayatri mejoraba ostensiblemente. Fué una verdadera resurrección, operada merced a la sabiduría de Sama, y como resultado de la cual iba quedando la esposa de Darai más bella y lozana que nunca.

Ante la magnitud del éxito, la nombradía de Sama acrecentóse extraordinariamente; su nombre volaba de boca en boca, rodeado de aureola venerable; todos bendecían al sabio bienhechor que, luchando con la muerte, sabía vencerla.

Darai también admiraba a su amigo. Mil veces, encerrado en su aposento, a solas consigo mismo, entablaba mentales comparaciones entre la suerte de Sama y la suya propia ¡cuán distintas, aunque en apariencia fueran semejantes! Los dos encumbrados, pero de qué diferente manera! El uno, por un pasajero halago de la suerte vulgar; el otro, como consecuencia de merecimientos obtenidos en incesante batallar con la ciencia hasta arrancarle sus recónditos secretos, Darai, menospreciado en su altura, a la que había llegado con sorpresa, sin mérito alguno; Sama, ensalzado por doquier, ya que sus éxitos eran justos y su nombradía ganada palmo a palmo. "El marido de la princesa" desesperábase durante estos soliloquios: su alma entera se retorcía en espasmos de furia, sin objeto, ya que a nadie podía culpar de lo que él consideraba su desdicha... Es decir, álguien era el culpable, aquel maldito fakir, cuyo funesto augurio se había cumplido. El ambicioso Darai mesábase los cabellos con la desesperación de lo irremediable; ¡nunca sería nada por sí mismo, sino como reflejo empalidecido de lo que otros eran!

Un día, después de torturarse con tan negras cavilaciones, pareció quedar más tran-

quilo. Después de todo, si su espíritu no maquinase tan exagerados pesimismos, ¿no le sobraban elementos para ser dichoso? Cualquiera, en su caso, ¿no lo sería? Era príncipe, aunque consorte; tenía a su disposición, pudiendo utilizarlos hasta el hastío, riquezas y placeres; si bien con rendimiento ficticio, todos le tributaban idénticos honores a los disfrutados por las regias personas; tenía por centenares parias a quienes utilizar en su servicio, bayaderas que le entretuviesen con sus danzas, palanquines y caballos para pasear por los verjeles circundantes del palacio. Y por si esto fuese poco, la belleza de Gayatri — suya, sólo suya—era más que suficiente para resarcirle de todos los pesares entrevistos por él en sus monólogos enloquecedores. Gayatri le compensaba crecidamente de todo.

Obedeciendo a un apasionado impulso, corrió al lado de la princesa, que dormía. Nunca, hasta entonces, le pareció tan bella, reclinada sobre el lecho, mal cubierta con opulenta piel de tigre, bajo la cual se modelaban sus hechizos. ¿Por qué atormentarse poseyendo aquel tesoro? Si Gayatri no era la felicidad, era porque no existía ésta en el mundo.

Con amorosa delectación aproximóse a la princesa. ¡Qué hermosa estaba! El cabello, negrísimo, formaba marco de ébano al óvalo perfecto de la cara, aún empalidecida por la reciente enfermedad; la boca se contraía sonriendo a un sér imaginario, con el cual soñaba...

—¡Piensa en mí! — supuso Darai, optimista por vez primera. — Yo sólo puedo ser el héroe de sus sueños.

La princesa Gayatri pronunció algunas palabras en voz baja.

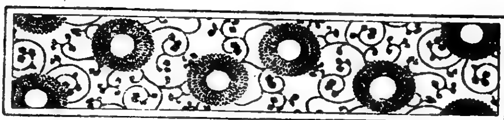
—Te adoro, Sama, te adoro, — musitaba soñando. — Tú eres el hombre en quien siempre he pensado, sin haberte conocido: el elegido de mi corazón, digno de la gloria, digno de mí...

Darai no quiso oir más. Como un loco, huyó de allí, y saliendo del palacio vagó por los jardines. ¡Había apurado el cáliz de sus amarguras! Su único dicha estribaba en el cariño de su esposa: ¡y ahora se convencía de que sólo era poseedor del cuerpo de Gayatri, en tanto que su alma era de otro hombre! ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar? Si el ladrón de su dicha fuera otro, haríalo arrojar al Ganges, sin miramiento ni escrúpulo; pero era un ser eminente, cuya muerte sería más sonada que la del mismo rey. Y, además, era su amigo, su antiguo compañero, libre de culpa en aquel hecho urdido por la fatalidad implacable... Podía dar muerte a la princesa sobre su mismo lecho, estrangulándola con su propia cabellera, único dogal digno de su cuello alabastrino; pero ese fin era piadoso; apenas sufriría la infame en el débil tránsito del sueño a la muerte.

No. Lo mejor era otra cosa: que muriera, pero de modo más trágico y terrible; dándola tiempo para percatarse del abandono de la vida; haciéndola caminar por su pié al sacrificio, empujada por sus propios parientes, cuyo poder no sería bastante para libertarla del suplicio. La tradicional costumbre que obliga a la viuda india a perecer calcinada en la misma hoguera donde arde el cadáver de su esposo sería instrumento de su venganza.

Porque él iba a morir. ¿De qué podía servirle la existencia? Fracasaron sus ambiciones por haberlas logrados sin esfuerzo; miraba destruída su ilusión amorosa cuando creía poder ampararse en ella; su único amigo era ya, aunque inconscientemente, su rival odiado: ¿para qué seguir viviendo? La muerte, en cambio, lo allanaba todo: concluía con sus torturas, saciaba sus ansias vengadoras...

Volvió a su palacio. Acomodóse en su estancia, con mano segura desenvainó su kandjiar, de hoja damasquina y empuñadura enjoyelada, y sonriente ante la Eternidad se pultó el arma en su pecho, partiéndose el corazón...



Los designios de Darai se realizaron. Gayatri, cumpliendo el deber ineludible de la viuda india, tuvo que acompañar a su esposo en el viaje de ultratumba. Colocado el cuerpo de Darai sobre la hoguera, Gayatri fué conducida a ella por los sacerdotes, ante las miradas de la multitud que se congregó para presenciar el fúnebre espectáculo. Bailaban las bayaderas en derredor del fuego; los himnos litúrgicos, brotando de miles de pechos, ensordecían; numerosos fanáticos, armados de instrumentos punzantes, producían heridas en el cuerpo, hasta el número de ciento veinte, cifra sagrada.

Gayatri avanzó hacia el fuego, sepultándose en él, mientras miraba con ardientes ojos al templete donde permanecía Sama, rodeado de las reales personas, aclamado por el pueblo, triunfador por haber sabido esperar, confiado en el éxito.

Aug. Martold.

Nada se escapa de los ojos de un celoso.

✣ ✣ ✣

La opinión es el único juez del hombre, después de la conciencia.—Madoz

✣ ✣ ✣

El perjurio es un deber cuando el juramento fué un crimen.—Cicerón.

LAS RECETAS de "PUCKY" para EL HOGAR

Con un cuarto de litro de aguarrás, treinta gramos de cera de abeja y veinte gramos de jabón de España, se hace un excelente lustre para muebles. Se corta la cera y el jabón en virutas, lo más pequeñas que se pueda y se ponen en una botella de un litro con el aguarrás. Se tiene así tres o cuatro días, agitando de vez en cuando, hasta que todo está disuelto. Entonces se agrega agua hasta completar el litro. Se agita antes de usarlo. Se aplica con un trapo, se frota y se saca lustre con una franela. Si se desea más espeso, se pone menos agua.

✣ ✣ ✣

Es necesario lavar las esponjas lo menos una vez al mes. Se ponen en remojo en agua bien salada durante veinticuatro horas, se enjuagan en agua fría y después en agua caliente. Las esponjas no se deben dejar encima de nada liso, una vez usadas, hay que estrujarlas bien y colgarlas al aire o ponerlas en una bolsita de red o de alambre.

✣ ✣ ✣

Para sacar las manchas de grasa de las carpetas, manteles, sacos, pantalones, etc., póngase la tela, — o la parte de la prenda, — sucia, entre dos pedazos de papel secante y pásese una plancha caliente por el sitio de la mancha durante algunos minutos. El papel secante absorberá la grasa y la mancha desaparecerá.

✣ ✣ ✣

Los objetos de plata que han servido en la mesa deben ser lavados en un tacho con agua caliente y jabón y después enjuagados en agua caliente, secados y frotados con un trapo. Esto debe hacerse antes de lavar los platos.

✣ ✣

Para sacar las manchas de café, se lavan con agua fría, se frotan después con glicerina y por último se lavan con agua tibia. No se deje secar la tela, aplíquese una plancha del lado del revés y plánchese así el género al mismo tiempo que se seca.

✣ ✣ ✣

Cuando las manchas de vino o de jugo de frutas son recientes, se frotan con sal fina y después se les echa abundante agua caliente. Si las manchas son viejas se pueden sacar de las telas blancas, con un poco de ácido oxálico y agua en abundancia, después. Es necesario proceder con cuidado porque el ácido oxálico es venenoso y además, si se deja mucho tiempo en contacto con la tela, puede estropearla.

A veces es difícil evitar que las planchas se peguen a lo que está planchado con ellas y está almidonado. Para evitar esto póngase un terrón de alumbre en el almidón, mientras está caliente todavía y revuélvase hasta disolverlo. Un trozo como una nuez basta para un litro de almidón. Otra ventaja de este sistema es que los objetos tratados así duran limpios más tiempo que los almidonados de otro modo.

✣ ✣ ✣

Cuando se lavan prendas de ropa blanca que sean de delicada lencería, se agregan unos terrones o cucharaditas de azúcar al agua con que se enjuaguen. Gracias a eso quedan con un aspecto mucho más delicado y suave.

✣ ✣ ✣

Las manchas de grasa en el terciopelo, se sacan con esencia de trementina. Se echa un poco del líquido en la parte manchada y se frota con un trapo limpio hasta que esté seca. Se cambia constantemente el sitio del paño con que se frota el terciopelo. Se frota siguiendo la inclinación del pelo. A veces hay que repetir esto dos o tres veces. Se debe tener cuidado para no estirar el terciopelo.

✣ ✣ ✣

Para limpiar el linoleum sin lavarlo, se barre bien, quitando todo el polvo, se toma un trozo de franela salpicado de querosen y se frota con él el linoleum. Esto, no sólo lo deja como nuevo, sino que conserva el linoleum mucho tiempo.

✣ ✣ ✣

Cuando se ha dejado algún recipiente con agua caliente sobre una superficie de madera barnizada y ha quedado una mancha blanquecina, esta mancha puede sacarse frotándola con una franela en la que se hayan echado unas gotas de amoníaco.

✣ ✣ ✣

Si se tiene cuidado al lavarla, la franela de colores vivos, no pierde su tonalidad en mucho tiempo. Hay que lavar las franelas en agua de jabón, caliente a la que se ha agregado una cucharadita de sal. Si la franela es roja o rosada, se agrega una cucharadita de sal al agua en que se enjuague; si es azul, se pone, en lugar de sal, una cucharadita de amoníaco. Se escurre bien y se pone a secar. Siguiendo ese método no se estropean las prendas de franela celeste y rosada aun cuando se laven muchas veces.

POR LAS PAGINAS DE LA HISTORIA

ANÉCDOTAS INTERESANTES

Antes de su exaltación al solio pontificio, Sixto V iba encorvado por las calles de Roma.

Y desde que fué Papa caminaba derecho; como le preguntaran la razón, respondió:

—Cuando no era más que cardenal buscaba las llaves del Paraíso y me inclinaba para recogerlas; ahora que ya las tengo, no debe mirar más que al cielo.

✣ ✣ ✣

Vaucanson, el célebre mecánico francés, constructor de unos autómatas que fueron la admiración de su tiempo, veíase solicitado por todo el mundo, como acontece a los hombres que alcanzan la celebridad.

Alguien le presentó en casa de la marquesa de Deffaud, dama de gran ingenio y de acertado juicio, cuyas "Cartas" son, por cierto, inapreciables documentos para la Historia, y allí fué abrumado a preguntas por todos los concurrentes. Pero Vaucanson no contestaba más que con monosílabos, defraudando a la reunión.

—¿Qué os ha parecido este grande hombre? — preguntaron a la marquesa cuando se hubo retirado Vaucanson.

—¡Admirable! — contestó. — Creo que es el primero de sus autómatas... ¡Parece que se ha construído a sí mismo!

✣ ✣ ✣

Vaucanson hallábase, en París, en casa de cierto príncipe extranjero, donde también se encontraba Voltaire, entre otros invitados.

El príncipe, sin hacer ningún caso de Voltaire, prodigaba sus atenciones a Vaucanson y éste, comprendiendo la molesta situación del famoso escritor, se le acercó al oído, diciéndole:

—El príncipe me ha dicho que sois...

Y agregó un cumplimiento muy halagador.

Voltaire, adivinando la delicadeza del famoso mecánico, le respondió sonriendo:

—He reconocido vuestro talento en la manera de hacer hablar a los príncipes.

✣ ✣ ✣

El filósofo Fontenelle murió centenario, y nunca perdió el ingenio ni la admiración por las mujeres.

Invitado a comer en casa de su compañero Helvetius, a cuya mujer galanteaba a pesar de sus ochenta años, fué a ocupar su sitio en la mesa, pasando por delante de dicha señora sin enterarse de su presencia.

—¿Qué caso voy a hacer de vuestras galanterías? — díjole la dama alegremente.— ¡Pasais por mi lado sin dirigirme una mirada siquiera!

Fontenelle contestó, inclinándose:

—Señora, si llego a miraros no hubiera seguido adelante.

Cuando entró en Metz el mariscal La Ferté, fueron a saludarle los judíos, como todos los otros habitantes. Pero él se negó a recibirles.

—¡Que no vengan aquí esos miserables que crucificaron a mi Dios!—dijo a sus ayudantes.

Los judíos sintieron el desvío, pues además de ofrecerle su adhesión, querían entregarle, como regalo, una importante cantidad de dinero. La Ferté, al enterarse de esto, se dispuso a recibirlos, diciendo:

—¡Que entren esos pobres diablos!... Seguramente no se dieron cuenta de que era Dios, y por eso le crucificaron

✣ ✣ ✣

Estaba Luis XIII escuchando pacientemente un discurso pesadísimo, a la puerta de una ciudad, cuando uno de sus cortesanos, Batru, creyendo halagar al rey interrumpiendo al orador, le preguntó de repente qué precios tenían los borricos en el país.

El orador, sin desconcertarse, miró a Batru de pies a cabeza, y le dijo con gran naturalidad:

—Eso es según; de vuestra alzada y de vuestro pelo vienen a valer diez escudos.

✣ ✣ ✣

Estaba un reo en el lugar del suplicio y a punto de ser ahorcado, cuando pasó por el lugar de la ejecución el duque de la Feuillade, con quien el reo había servido.

—Dejadme comunicar al duque un secreto importantísimo antes de morir,—dijo.

Llamaron al duque y le presentaron al reo, que se acercó al oído de su antiguo jefe, y le dijo en secreto:

—Señor duque, yo os ruego digáis a S. M. que en este mismo momento uno de sus súbditos se halla en un gravísimo peligro, y está perdido si no se le socorre.

El duque rió mucho de la ocurrencia, suspendió la ejecución y obtuvo del rey el indulto.

✣ ✣ ✣

La sirvienta del famoso Newton le avisó un día tres veces que tenía servido el almuerzo, sin que su patrón se diera por entendido ni fuera al comedor, absorto como estaba en unos cálculos algebráicos.

A las dos horas, una vez resueltos sus problemas, Newton sintió apetito, pero durante este largo rato su perro se le había comido el almuerzo y la sirvienta, avergonzada y no queriendo confesar su descuido ni la voracidad de su perro favorito, salió del paso sosteniendo al sabio que había comido a su hora.

Se dice que Newton se lo creyó, a pesar de la justa protesta de su estómago

Se cuenta que visitando una prisión el duque de Osuna, quiso indultar a algunos presos, y los fué interrogando sucesivamente sobre el motivo y las circunstancias de sus condenas.

Cada uno de ellos trataba de justificarse de tal manera, que los más culpables resultaban inocentes como palomas. Llególe la vez a uno de ellos, y el duque le preguntó:

—¿Y a tí por qué te condenaron? Tienes cara de hombre de bien.

—Pues la cara engaña, señor duque, porque una vez en Zaragoza tenía hambre y fuí y le robé la bolsa a un caminante.

La franqueza agradó al duque tanto como le había disgustado la hipocresía de los demás, y dijo con humorística severidad:

—¡Cómo se entiende! Un pícaro como tú no puede vivir entre estos hombres inocentes. ¡Fuera de la cárcel inmediatamente!

Y le puso en libertad.

✣ ✣ ✣

Dominique, el célebre Arlequín de la Comedia Italiana, de París, asistía una vez a la cena de Luis XIV, y tenía los ojos fijos en un par de perdices servidas en una fuente de plata.

Notó el rey la actitud de Dominique, y dijo a uno de sus servidores en voz alta:

—Que le den esa fuente de perdices a Dominique.

—¡Qué señor! ¿Y las perdices también?—exclamó el cómico en el acto.

Por esta picaresca pregunta se vió dueño de la fuente, que era de plata cincelada.

✱ ✱ ✱

El señor Chanut, embajador de Francia en Suecia, estaba en trance de muerte, cuando uno de los señores suecos le dijo con cierta ironía:

—Lo que debe causaros más pena, si tenéis la desgracia de morir, es el ser enterrado entre protestantes.

—No lo creáis, — respondió noblemente el embajador. — Eso no me preocupa, porque tiene fácil remedio. No habrá más que cavar un poco más hondo y me encontraré en compañía de los católicos.

En efecto, Suecia era católica antes de la reforma de Lutero.

✣ ✣ ✣

El rey de Macedonia, Antígono, tenía gran afecto al filósofo estoico Zenon, el cual le solía reprender con bastante libertad la pasión que este príncipe tuvo siempre por el vino.

Un día, estando el monarca embriagado, se acercó al sabio, le abrazó con la efusión que suele dar la embriaguez, y le dijo:

—Mi querido Zenón, pídeme todos los favores que quieras y te los concederé en seguida.

—Pues hazme el favor de irte a dormir hasta que se te pase la borrachera.

Carlos II de Inglaterra era muy aficionado a las diversiones y las consagraba todo su tiempo, siendo muy difícil conseguir que fuese a presidir el consejo, donde le llamaban los graves asuntos del Estado.

Killegrew, especie de bufón o loco que el rey tenía en la Côrte, quiso dar una lección a su augusto amo y se vistió de peregrino, con sus correspondientes conchas, su alto báculo con calabaza, y su bordón, y se introdujo así en la cámara real.

Asombrado de aquella indumentaria, el rey le preguntó qué era aquello.

—Voy a emprender una larga peregrinación, — contestó Killegrew.

—No te creía un devoto. ¿Y a dónde bueno va el santo peregrino?

—Al infierno, señor.

—¿Al infierno? ¿Y a qué vas?

—Voy a buscar a Oliverio Cromwell y a comprometerle a que vuelva a encargarse de los asuntos de Inglaterra, porque su sucesor no se acuerda de ellos para nada.

Al decir estas palabras, salió rápidamente de la rel estancia, y el rey, sensible a la lección, mostróse enojado durante una semana con su bufón, pero comenzó a asitir puntualmente al consejo.

✣ ✣ ✣

Cuentan que cuando los comunistas se apoderaron de París, tres de ellos se presentaron en casa del famoso banquero Rothschild con la pretensión de que éste les entregara sus riquezas para repartirlas entre todos.

—Vamos a ver — les dijo Rothschild sin alterarse. — Ustedes quieren repartir mi capital entre todos los franceses, ¿no es eso?

—Eso es, ciudadano.

—Perfectamente. ¿Qué capital calculan que tengo yo?

—Lo menos doscientos millones de francos.

—Concedido: por medio millón más o menos no discutiremos. ¿Cuántos franceses calculan que hay?

—Unos cuarenta millones.

—Bueno; pues doscientos entre cuarenta tocan a cinco. Tengan ustedes cinco francos cada uno y estamos en paz.

✣ ✣ ✣

Reprochaban a Rivarol estar asalariado por la corte, y él se defendía recordando la frase de Mirabeau:

"Estoy pagado, pero no vendido", y haciéndola suya a la inversa, decía: "Estoy vendido, pero no pagado".

✣ ✣ ✣

Un literato principiante y de pocas luces, regalón un faisán al poeta Pirón,—famoso por sus sátiras,—y al otro día llevó una tragedia para que la leyera.

—Si esa es la salsa para el faisán,—gritó Pirón,—prefiero no comerle, y voy a devolver ahora mismo el ave regalada.



Los Hermanos de Alsacia

por L. J. Beeston

Acton Dawes, el ex-ladrón de alhajas que se halla al servicio de la policía, es conocido ya por los lectores de "Pucky". A continuación aparece otra de sus interesantísimas y emocionantes aventuras.

CUANDO, durante el cotillón, mientras los violines resonaban apasionadamente, ocultos tras un muro de flores, la princesa di Cortona pasó cerca de mí, del brazo de su esposo, vi, entre un enrulado mechón de su cabello, como fuego encendido en medio de su hermosa cabellera bien peinada, la terrible tiara de rubíes a la que se daba el nombre de "Los Tres Hermanos de Alsacia".

Me sentí muy interesado. Cuando terminó la danza me abrí camino por entre la numerosa concurrencia hasta donde estaba sentada la princesa rodeada de un grupo de admiradores. Miré con interés aquel adorno. ¿Me había equivocado? No, estaba seguro de no haberme equivocado. De repente, ella levantó la vista y notó lo que yo hacía. Un leve estremecimiento sacudió todo su cuerpo y el color desapareció de sus mejillas. Retrocedí, conturbado.

Pero no iba a dejarme quitar de enmedio tan fácilmente. Deseaba hablar con la princesa sobre aquella alhaja. Llegó la ocasión una hora después cuando, durante un intervalo, ella pasó por una puerta de cristales a un extenso balcón, probablemente aburrida un poco de la constante atención de que era objeto y cansada de lo cargado de la atmósfera. Fuí tras ella. Estaba de espaldas a mí

cuando yo llegué a la puerta. Había levantado los brazos: había llevado las manos a la cabeza y ví que se estaba quitando el adorno del cabello. Antes de que yo pudiera hablar se lo quitó y ¡lo arrojó con todas sus fuerzas! Durante un segundo brilló, a la luz de la luna, sobre el jardín que quedaba a nivel más bajo, después descendió y fué a dar, produciendo su característico ruido, en un estanque de lirios.

Retrocedí instantáneamente, asombrado. Un minuto después la princesa di Cortona reaparecía en el salón, con el rostro muy pálido, y volvía a estar rodeada de sus amigos. Era muy joven y exquisitamente bella. El anciano príncipe di Cortona había logrado posesionarse de una encantadora flor cuando conquistó y se casó, con su adorable Cherise.

Desde ese momento aquel baile que se celebraba en una conocida aristocrática mansión de Londres, dejó de interesarme. Mis pensamientos estaban fijos en la alhaja que se hallaba en el estanque de los lirios. Me proponía apoderarme de ella antes de que hubiera transcurrido la noche.

Estaba pensando en qué momento lo haría cuando, a través del salón, alcancé a ver a un hombre que estaba de pie, apoyado en una de las columnas adornadas con rosas. Se chocaron nuestras miradas y él volvió instantáneamente.

Sorpresa número dos. Aquel hombre era un hábil ladrón de diamantes, tal vez el más hábil de los ladrones de joyas que yo había conocido. Dippy era su nombre. Además habíamos trabajado juntos en aquellos tiempos malos, antes de que la policía me descubriera y me diera ocasión de ponerme de su lado, junto con mi vasta experiencia sobre esos asuntos. Y como Dippy sentía que yo le hubiera abandonado, y como yo le había hecho fracasar una o dos veces después de mi regeneración, el hombre me odiaba con intenso odio, como yo lo sabía perfectamente. Y sin embargo, yo no había traicionado ni una sola vez a mis antiguos compañeros del mundo inferior.

¿Que estaba haciendo Dippy, el tiburón hambriento de brillantes en aquella fiesta social? Andaba tras de alguna valiosa alhaja naturalmente. No se me ocurrió pensar que anduviera tras de los Tres Hermanos de Alsacia. ¡Dios mío, si lo hubiera sabido! ¡No es raro que un hombre que se jacta de listo se atropelle y equivoque en un caso así!

Dippy tuvo habilidad para lograr que yo no me ocupara de él. Dejé de pensar en mi ex compañero. Tenía yo algo mejor en que entretenerme así que no hice lo que en otra ocasión hubiera hecho, no vigilé estrictamente a aquél maestro en su arte.

Ya se notaba alguna línea luminosa en el cielo cuando hice mi tentativa. Me quité el calzado, me remangué los pantalones y entré, vadeando, en el estanque de los lirios. Tenía poca agua y el fondo era de piedra. Encontré lo que buscaba. Me ausenté del baile diez minutos después y fuí en un automóvil de alquiler, a mis habitaciones de Clarges Street. Encendí la luz y examiné la alhaja.

Imaginen ustedes un pequeño arco de flecha, de unas cuatro pulgadas de largo. En cada extremo de la curva de oro estaba engarzado un rubí finísimo. La cuerda del arco era un delgado alambre de oro y suspendido del medio de él se veía otro rubí de doble tamaño que los otros, pero no tan fino. Ese era el aspecto de los Tres Hermanos de Alsacia. Había tenido varios propietarios. Su extraño nombre le fué dado, — según creo, — por su primer poseedor, un cardenal del siglo XV. Había desempeñado varios papeles, pero ninguno tan extraño como el último, cuando había coronado, y yo lo sabía de fuente insospechable, a la reina de una de las terribles bandas de apaches, de París.

No necesito explicar este punto. Era un detalle de mi experiencia sobre alhajas y piedras preciosas, que es profundo.

Los apaches de París forman varias gavillas. La alhaja había llegado a ser propiedad de una de esas gavillas. Los de la gavilla decidieron coronar con ella a la mujer más hermosa de la infame asamblea de sus detestables bandas, que constituyen las aves de rapiña que merodean, de noche, por los antros de Montmartre.

Sin duda la habían perdido en alguna visita de la policía a los sótanos donde se reunen, a sus cafés subterráneos. Y después, tras de algunas aventuras más, había llegado a poder del príncipe di Cortona, que la había regalado a su esposa.

Esta última suposición resultó exacta durante los pocos siguientes días después de apoderarme yo de la alhaja, pues el príncipe habló en público de su pérdida, diciendo lo mucho que la lamentaba. Conocía el nombre que se daba a la alhaja pero no parecía estar al tanto del detalle de su historia, a que me he referido.

No devolví en seguida la joya. ¿Pensaba quedarme con ella? ¡Protesto ante semejante suposición! Las circunstancias del caso me fascinaban. Sabía que a la princesa Cherise no le gustaba la alhaja, desde que la había arrojado al estanque. En todo había un misterio y, mientras trataba de ponerlo en claro, guardé los Tres Hermanos de Alsacia en un cajón.

De improviso cayó un terrorífico rayo.

Una mañana el inspector Jackerman, de New Scotland Yard, me interrumpió mientras yo me estaba afeitando, presentándose, sin hacerse anunciar, en mis habitaciones de Clarges Street. Esto no tenía nada de particular. Fué la extraordinaria dureza de la expresión del rostro de mi visitante lo que daba lugar a comentario. Ya he explicado que la policía, — al menos en lo que podía ser representada por Jackerman, — conocía mi pasado. Pero yo había logrado dejar limpia esa pizarra gracias a los buenos servicios que había prestado.

—¡Hola, Jackerman! ¿Qué buenas noticias hay? — pregunté. Yo siempre insistía en usar la mayor familiaridad tratando con él.

—Termine usted de afeitarse, — dijo él con toda frialdad.

Fué cosa de un moment

El inspector se sacudió las rodillas con sus guantes blancos.

—Estoy sitiado por todas partes por las quejas y las averiguaciones del príncipe di Cortona. Su esposa ha perdido una tiara de rubíes que él le regaló el día de su cumpleaños, hace muy poco tiempo.

Se notaba en su tono, una expresión de fingido aburrimiento, que me sonó de modo desagradable. De pronto, me sentí molesto, pero, instantáneamente, me puse en guardia. Me dí cuenta de que había procedido como un insensato conservando la alhaja en mi poder, tantos días.

—¿Está usted al tanto de esa pérdida?— me preguntó con estudiada indiferencia

—Sí.

—¡Ah! ¿Le dijo él a usted?

—No.

—Entonces ¿cómo lo sabe? — y completó la pregunta alzando las cejas.

—¿Está Cortona al tanto de la exacta naturaleza de la alhaja?—pregunté.

—Naturalmente. Un arco de flecha de oro, con tres rubíes,—dijo el inspector.

—¡Oh! ¡Yo me refería a su historia!

—¿Su historia? Si acaso la tiene, él no sabe nada a su respecto. Pero usted evita contestar a mis preguntas. ¿Cómo se enteró usted de la pérdida, Dawes?

El tono de hostilidad de su voz era casi imperceptible, pero allí estaba. Yo lo noté. Teniendo en cuenta todo lo que yo había hecho por él, no tenía derecho a desconfiar de mí.

—¡Oh! No son pocas las veces en que yo me entero de esas cosas antes que usted,— repliqué con jovialidad. — ¿Quiere un cigarrillo?

—¡Hum! Así parece. Voy a decirle lo que hice. Primero le pedí la lista de los invitados que habían asistido al baile la noche en que fué robado.

—Bien hecho. ¿Y qué?

—Cuando digo que usted estaba entre ellos no infiero, necesariamente, nada desagradable,—contestó con seriedad.

La sangre circuló rápidamente por mis venas y me hizo cosquillas en las puntas de los dedos. Le hubiera contestado a mi gusto, pero, — ¡grandísima desgracia! — la tiara estaba en aquel momento en uno de mis cajones. ¿Qué era lo que Jackerman sabía? Este era el pnuto vital. Hubiera dado cincuenta libras por haber leído sus pensamientos, pero su rostro era inescrutable.

Por lo tanto me contenté con decir, para no comprometerme, una sola palabra.

—¿No?

—Deseaba saber si usted vió allí alguien que pudiera andar detrás de la alhaja, — insistió.

El nombre de Dippy acudió a mis labios, pero no lo pronuncié. ¿Por qué? Porque quizás, como un tonto, retrocedí ante la idea de acusar a Dippy de un delito del cual era inocente.

Moví la cabeza y seguí fumando mi matutino cigarrillo.

—Entonces, — dijo Jackerman, decidido, —¿debo sacar en consecuencia que usted no puede ayudarnos en ese asunto?

Su voz era la de un jefe y me ordenaba que contestara en seguida. Ceder en aquel instante hubiera sido peligroso. Permanecí silencioso.

—Ayer de tarde, — continuó,—recibí una carta anónima en la que se afirma que usted, Acton Dawes, puede apoderarse de la alhaja en cuestión y nadie más que usted.

Me sobresalté. Ví, inmediatamente, que eso era obra de Dippy. Me había observado; debió verme tomar la tiara. ¡Qué tonto había sido yo al no mencionar su nombre cuando me interrogó el inspector!

—¿Una carta anónima? — dije. — ¿Ha conservado usted esa misiva?

—Aquí está. Léala usted.

Tomé la carta. Dirigí una sola mirada a la caligrafía, trazada desfigurando la letra habitual del autor. Era de Dippy, naturalmente. Tenía por propósito aplastarme. Miré la carta y mientras fingía leer pensé qué era lo que me correspondía hacer. Comprendía con toda claridad que Jackerman creía que yo tenía la tiara. Siendo así, me vigilaría del modo más fastidioso y haría revisar mis habitaciones. Eso me decidió. Le devolví la carta.

—Esto es obra de un enemigo que ha adivinado por pura casualidad.

—¡Ah! ¿Usted tiene la alhaja?

—¡Claro que sí!

Admitió esa afirmación sin vacilar, impresionado por mi aplomo.

—Hace cinco días que la tengo, — continué. — Sería usted injusto conmigo si creyera que yo... que yo la robé. Se perdió y yo la encontré.

—¿Y se quedó usted con ella durante esos cinco días?

—Precisamente. Hace un momento aludí a su historia, que es fascinadora. El príncipe di Cortona la hubiera recibido devuelta cuando yo hubiese completado mis averiguaciones sobre esa historia. ¿Le satisface a usted eso?

Me miró fijamente. Desde mi regeneración había aprendido a tener confianza en mí y la verdad era que yo le había servido bien.

—Muy bien, — dijo después de un largo silencio. — Lo único que falta es que me muestre usted la alhaja.

Me dirigí a mi mesa escritorio y abrí uno de los cajones.

—¡Dios mío! ¡No está aquí!

Había desaparecido. Sentí como si hubiese recibido un golpe en el rostro. Pero el expontáneo grito de sorpresa debió favorecerme. Me volví hacia Jackerman y el inspector me miraba con los felinos, implacables ojos de un leopardo.

—¿En cuánto la vendió usted, Dawes?— preguntó, irónico.

—¡Miente usted! — grité.

—¡Claro! ¿Qué va usted a decir si no es eso? Usted quiere que yo crea demasiadas

cosas esta mañana. Y yo no me siento muy crédulo.

Estaba perdido. Me sentía arrinconado. Lo comprendí bien a medida que fuí recobrando el aplomo. ¿De qué servía decir que había visto a la princesa di Cortona arrojar la tiara al estanque? Jackerman no me creería y aun cuando lo creyera, supondría que yo había tomado la tiara para mí, para venderla. Me hallaba en una molesta situación en un callejón sin salida.

—¡Vamos! — urgió Jackerman. — ¡Diga usted toda la verdad!

—No le he dicho nada más que la verdad, —afirmé, mirándole cara a cara.

Jackerman se encogió de hombros.

—Si esa es la actitud que ha resuelto adoptar, no me queda que decir nada más que esto: Teniendo en cuenta sus pasados servicios, no le voy a detener ahora, pero le voy a conceder únicamente cuarenta y ocho horas, ni un sólo minuto más, para que devuelva la alhaja. La propuesta no puede ser más terminante. ¿La acepta usted, Dawes?

Sentía ganas de maldecirle a diestra y siniestra. Cuarenta y ocho horas y después, ¡preso! Una profunda zambullida de mi situación social, — que era excelente, — hasta lo más profundo de un infierno. ¡Qué conclusión! Y tendría que ser así. Aun cuando me sentía convencido de que Dippy había estado en mis habitaciones y se había apoderado de la tiara, no podía tener esperanzas de quitársela en tan poco tiempo.. ni en mucho tiempo. ¡Yo conocía muy bien a Dippy!

Con la desesperación en el alma, logré, sin embargo sonreir y mirar a Jackerman con jovialidad.

—¡Oh! ¡Acepto su ofrecimiento! — contesté.—¡Obtendré de nuevo la tiara del príncipe di Cortona! Probaré mi inocencia, y después ¡bien podrá incendiarse Scotland Yard, no seré yo quien se encargue de arreglar ningun asunto por cuenta de usted!

Jackerman se rió irónicamente, tomó el sombrero y los guantes, y se retiró.

. . . .

Conocía a Dippy, he dicho. Más fácil era que las profundidades del mar devolvieran un tesoro que recobrarlo de su poder. Sin embargo, tenía que verle o, al menos que vigilarle. Como yo mismo, era conocido en sociedad aun cuando su círculo de relaciones no era el mío. Había permanecido ausente mucho tiempo, además. Me pregunté si durante sus reapariciones habríase presentado en un club que antes frecuentaba. Fuí a ese club.

Discretas averiguaciones y una discreta propina me permitieron saber que Dippy había partido para París la noche anterior, habiendo venido de aquella capital hacía una quincena. Esto era un tropiezo y en cierto modo, me reconfortó porque probó, — en mi opinión, — que él tenía la alhaja. Hacía una quincena el príncipe di Cortona y su hermosa y joven esposa habían salido de París para Londres. La partida simultánea de Dippy podía ser pura coincidencia, pero no era de creer que lo fuera. El les había seguido, siguiendo el rastro de los rubíes y habiendo conseguido su objeto, se había marchado. Sí, estaba convencido de que era así. Me había espiado durante el baile me había visto tomar la alhaja del estanque de los lirios, — y muy grande debió ser en aquel momento su sorpresa, — había ido a mis habitaciones, después, con un manojo de llaves y había hallado lo que buscaba. Tarea de lo más sencillo y fácil del mundo para un hombre de su calibre.

Dominé el impulso que sentí de ir tras él y agarrarle por el cuello. Muy dificultosa antes, mi situación era ahora desesperada. La tentación de hacer el equipaje y escapar era difícil de resistir. Pero no, no iba a ceder con tanta facilidad siempre que...

En aquel momento acudió a mi mente una idea extraña que mis averiguaciones de los días anteriores habían sugerido más de una vez y que yo había rechazado como disparatada, quimérica y monstruosa.

Fuí al hotel donde sabía que se alojaba el príncipe di Cortona, Allí me encontré con el obstáculo número dos. El y su esposa habían salido para París hacía tres horas. Decidí ir tras ellos. El viaje absorbería algunas de mis horas de libertad, pero no me quedaba otro recurso.

Lo primero que hice cuando llegué a la gare du Nord, fué averiguar si Dippy se había alojado en el Hotel de la Estación. No se había alojado allí. Pregunté en el Vendome: no estaba allí. Quedaba otro sitio, una pequeña "pensión" de la rue Auber. Averigüé allí y encontré a mi hombre bajo el nombre de Paul Massard. La pasada colaboración me había enterado de sus refugios y de sus nombres.

Satisfecho con saber dónde estaba, fué a la casa del príncipe di Cortona, situada en la rue du Louvre. No había procurado tener una entrevista personal con Dippy. No hubiera podido quitarle la tiara, — en el poco tiempo de que disponía,—más que por medio de la fuerza. Pero Dippy no era hombre que pudiera ser dominado de modo tan primitivo.

El príncipe hallábase ausente. El asunto que le había hecho regresar tan pronto de Londres, le había obligado a ir al Sud de Francia. Su esposa estaba en casa. Le hice pasar mi tarjeta. Mi relación con ella era poca. Si decidía no recibirme, estaba perdido. Cuando el sirviente me dijo. "Tenga la bondad de pasar, señor", su voz me pareció la de un angel.

En medio de un saloncito blanco y plata, la princesa se hallaba de pie. Me tendió la mano que yo, hábilmente, no vi ni tomé. Una sombra de temor pasó por su rostro. De improviso dí el golpe.

—Princesa, he venido a hablarle de la perdida tiara de rubíes, de la alhaja que usted arrojó al estanque de los lirios la noche del baile.

La princesa retrocedió, apoyando nerviosamente la mano derecha en el borde de una

mesita Boulle, mientras desaparecía de su cara todo rastro de color.

Cobarde o no cobarde, tenía yo que volver a golpear y que golpear fuerte.

—Yo la ví arrojar la tiara, — proseguí sin flaquear. — En realidad me apoderé de ella después. Me interesaba. Soy una autoridad en piedras preciosas, en su naturaleza y en su historia. Y esa tiara tiene una historia única en el mundo. Con ella fué coronada, por sus terribles compañeros, la reina de los apaches de París.

Al oír ella esto, sus pálidos labios lanzaron un sofocado grito como si yo le hubiese dado un golpe en el cuello. Pero no contestó. Tal vez no le fué posible. Me miró con angustia y miedo en los ojos. De no haberse emocionado así no me hubiera atrevido a continuar. Pero después de eso me dí cuenta de que pisaba terreno seguro. Proseguí.

—Claro está que el interés que la alhaja me inspiraba fué acrecentado por el hecho de que usted, a quien el príncipe di Cortona se la había regalado hacía tan poco tiempo, la arrojara como si fuera un áspid que acabara de picarle. Durante casi una semana hice averiguaciones. Llegué a saber que el príncipe di Cortona, hace algunos años, siendo entonces, como es hoy, un filántropo de ideas liberales, se interesó tanto por una muchacha, casi una chiquilla, de las clases bajas, que la envió de París a un convento y escuela del Sud de Francia para que se educara. Hallándose en otro ambiente, aquella niña cambió de cuerpo y de espíritu. La raquítica planta floreció fragante y hermosa. Después de su transformación el príncipe di Cortona la tomó bajo su atención personal, y tal vez porque la sociedad podía entregarse a lamentables y poco caritativas habladurías, y por que se sintió enamorado de verdad, la hizo su esposa. Y como su esposa, es usted estimada, princesa y su gran belleza recibida con homenaje en todos los círculos sociales. El mundo, por su parte, no se toma la molestia de averiguar su oscuro pasado, envuelto en el velo del misterio. No sabe la sociedad lo que usted y su esposo saben: ¡que la hoy princesa di Cortona fué, en un tiempo...

La princesa adelantó los brazos, suplicante.

—¡No lo diga! — exclamó.

—...fué en un tiempo la reina de una banda de apaches de París!

La mujer se sentó, desfalleciente, en una silla. Temblaba de pies a cabeza. Mi golpe había sido certero. ¿Qué están ustedes pensando de mí? Por mucho que piensen ningún calificativo será suficientemente enérgico para condenar mi conducta. Sólo Dios sabe cómo me maldije yo mismo en aquel momento tan amargo. La ansiedad angustiosa de aquella mujer era una tortura para mí. Pero recuerden que yo luchaba en defensa de toda mi vida.

Al cabo de unos instantes, la princesa logró hablar.

—¿Por qué ha venido usted a decirme... a decirme esa mentira?

—¡Oh! No es mentira. Es verdad. ¡La pura verdad! Si no lo es ¿por qué arrojó usted la tiara? Fué esa incomprensible acción la que me hizo comprender la verdad, después de mis averiguaciones. El príncipe, su esposo, no estaba al tanto de la historia de la alhaja y de su pasada relación con usted. Cuando llegó a sus manos se la regaló y fué como si la hubiera asestado una puñalada. La pesadilla de los pasados años, de las escenas de tragedia y de crimen, fulguraron ante la memoria de usted, princesa. Si usted se lo hubiera dicho a su esposo, él hubiera comprendido; pero usted no se atrevió a hablar, no quiso levantar ni un extremo del velo que, por convenio mutuo seguramente, debe ocultar para ustedes el terrible pasado.

La princesa se irguió, decidida.

—¡Voy a decírselo todo ahora! — exclamó.

—¡Ya es tarde!

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Porque uno que quiere arruinarme me ha robado la alhaja y ahora se me acusa a mí del robo. He venido a París para salvarme. Y usted tiene que ayudarme. Cuando todo haya pasado yo olvidaré esta entrevista. Le juro por la luz del Cielo que el secreto de su pasado no será divulgado por mí. Pero es necesario que usted me ayude.

—¡Explíquese usted! — dijo ella, en voz baja, al ver que yo hacía una pausa.

—Voy a hacerlo. Vine con intención de conseguir que usted retirara, de algún modo, el asunto, de manos de la policía. Ahora he cambiado de opinión. La policía no admitiría el retiro de la queja y, de todos modos, mi situación no sería segura. Es necesario que yo me apodere de la tiara. Yo podría buscarla, si tuviera tiempo, pero sólo unas pocas horas me separan de mi completa ruina. Es necesario obtenerla por la violencia. No hay otro recurso. El hombre que la tiene es un verdadero tigre ¿Cómo va uno a luchar con una bestia feroz? Arrojando contra él a otra bestia feroz. Yo lo haré así. Usted lo hará así. Los apaches de Montmartre le han de tomar del cuello y usted es quien ha de arrojarlos contra él.

La princesa se aplicó ambas manos a las mejillas y me miró como si yo me hubiera enloquecido de repente. Entonces dije, acentuando con energía las palabras:

—¿Comprende usted, princesa, lo que le digo?

—¿Yo? ¿Qué yo los arroje contra ese hombre que usted dice? — manifestó con débil voz. — ¡Está usted enteramente loco! ¡Ya no pertenezco a la banda! ¿Que espera usted que yo haga?

—Esto: Usted me llevará a una de las guaridas de sus viejos conocidos. Yo conozco poco de los bandidos de París, de sus "tapis-francs" o cafés subterráneos. Usted me permitirá que yo la acompañe a uno de esos cafés, frecuentado por sus amigos de otro tiempo. No tema. Le prometo que cuidaré de usted, y yo se lo que prometo. Salga de aquí secretamente. Cuanto más sencillamente se vista, mejor será. En el cabaret usted se dejará reconocer, no como la princesa Cherise, pues ellos no saben nada de eso por

allá, sino como la joven a quien coronaron reina en aquellos años cuya memoria refrescará usted esta noche. No conteste a nada que le pregunten. Diga que va a hacer un pedido, uno solo y ellos considerarán, en su salvaje criterio, que están obligados a satisfacerla. Pida usted que le entreguen la tiara de rubíes, los Tres Hermanos de Alsacia. Explique que la ha robado Paul Massard, que se aloja en el Hotel Pollion, rue Auber y que necesita tenerla antes de las doce de la noche. Si piden algo en pago, prométalo, pero no prometa nada si no lo piden. Nada más. Por mi parte, juro que la protegeré. Más aun, si el plan fracasa y la aventura llega a oídos del príncipe di Cortona, entonces yo le diré toda la verdad, de modo que usted no tenga nada que temer.

Cada palabra que oía, la princesa me miraba con ojos más dilatados por el terror.

—¡No, no! ¡No quiero volver a esos sitios! — gritó con emoción. — ¡No puedo! ¡No puedo hacer eso!

—Es necesario que pueda, — repliqué yo con toda calma.

—¿Pero si yo me niego... como me niego realmente?—exclamó ella, desesperada.

Dios me perdone lo que contesté. Palabras, sólo palabras. No podría destruirlas sin embargo como no puedo destruir los capítulos culpables de mi pasado.

—Niéguese usted a ayudarme, — repliqué con solemne énfasis, — y mañana todo París sabrá que la princesa di Cortona fué en un tiempo reina de una banda de apaches de Montmartre que se daba a sí misma el nombre de "La Peste Rouge".

El nombre fué como una puñalada. Lo recibió con un escalofrío. Esperé durante un minuto su respuesta, pero ella calló y siguió mirándome con expresión de miedo. Me volví para retirarme, diciendo:

—Estaré a las ocho de la noche frente al Palais de Justice .

Y me retiré con una opinión de mi mismo que no era muy envidiable.

. . . .

Hay un callejón en la rue aux Feves, cuya suciedad es un insulto a la franja de cielo azul que se ve en lo alto. De un lado, después de descender siete altos escalones, debajo de la tienda de un vendedor de mondongo y tripas, está un cabaret que es llamado El Pato Salvaje. A ese sitio encantador me llevó mi compañera de aquella noche. No era un punto de reunión de los adinerados; era el punto de cita de la banda de apaches "La Peste Roja". No necesito insistir en manifestar que los bandidos de París están divididos en diferentes grupos, cada uno de los cuales tiene su nombre propio y su método de trabajo.

El sitio aquel estaba alumbrado por una enorme lámpara de petróleo que colgaba del bajo techo, muy sucio y muy negro. En las blanqueadas paredes se veían groseros dibujos y más groseras frases. Las mesas se extendían en torno del salón cuyo piso, que debía ser de tierra, estaba cubierto de serrín. El tufo de la lámpara y el olor al tabaco barato y malo, unidos al aroma de las comidas, formaba nu conjunto nauseabundo. A un extremo se veía un mostrador donde el dueño servía a su clientela.

Sentí que mi compañera, que se había cubierto el rostro con un tupido velo, se estremeció al entrar en aquella caverna. Para ella aquello era volver a descender al infierno.

Cuando cruzamos el salón, dirigí una rápida mirada de observación en redor. Un hombres de blusa azul y gorra de visera, con un jarro de vino a mitad de camino entre la mesa y los labios, nos miraba. Su rostro me pareció conocido. Procuré recordar quién era, pero no pude. Llevé a mi compañera a sentarse de modo que estuviéramos de espaldas al que miraba y no volví a pensar en él.

Pedí una botella de lo que allí llamaban vino y un poco de tabaco. Durante diez minutos permanecí sentado allí, con la princesa di Cortona, a mi lado, esperando. Lentamente la débil esperanza que fundaba yo en aquel desesperado plan, comenzó a desvanecerse y lentamente comencé a sentirme arrepentido de lo que había hecho. Mi compañera no se movía y yo me daba cuenta de todo lo que sufría en aquel momento.

—¿Reconoce usted a alguno de los que están aquí? — le pregunté en voz baja.

La mujer movió negativamente la cabeza.

—Mire hacia el otro lado, sólo una vez, y fíjese bien.

Con visible esfuerzo, la mujer hizo lo que yo le había indicado.

—¿Y ahora?

—Son todos nuevos para mí, — dijo en voz baja. — ¡Por Dios! ¡Salgamos de este horrible sitio!

—No nos quedaremos en él ni un segundo más de lo que sea indispensable.

Al expresarme así comprendí que la disparatada aventura era un fracaso. Recordé que las bandas de apaches se componen siempre de hombres jóvenes. Todos los que aquella mujer había conocido, habían desaparecido ya, o habían muerto o se hallaban en presidio.

Me aventuré a mirar de nuevo al de la blusa azul. No se fijaba ya en nosotros. Miraba vagamente, con expresión de borracho. Volví a pensar que yo conocía a aquel hombre.

Estaba a punto de indicar a mi compañera que se levantase cuando un viejo cuyo rostro era odioso, con su cabellera gris sucio y su descuidada barba, abandonó su asiento y se sentó frente a nosotros. Esa acción despertó toda mi cautela. El viejo no quiso mirarme frente a frente; dirigió la mirada a mi compañera que tembló como si un sapo la hubiera tocado.

¿La había reconocido aquel hombre? Imposible, me dije. Pero no quería correr más riesgos y la frase: "Venga usted" estaba a punto de brotar de mis labios, cuando el viejo se aventuró a hacer una observación.

—¿Le parece que el aire es aquí muy malo, mademoiselle? ¡Dios mío, el cuchillo que

pretendiera cortarlo no necesitaría estar muy afilado!

Todo el dominio que tenía sobre mi mismo casi no pudo evitar que lanzara yo una exclamación de asombro.

¡Aquel hombre era Dippy!

Pasado el primer momento de sorpresa, me sentí dueño de mi mismo. Llené tranquilamente la pipa. Fué su voz, a pesar de que había procurado desfigurarla, la que le había traicionado. Pero si era Dippy, entonces me conocía a mí. ¡Claro está que sí! Pero yo no le importaba nada en aquel momento. Se conocía que estaba deseando enterarse de quién era mi compañera. ¿Tenía alguna sospecha? Era de suponer. Y se había dirigido a ella con el propósito de oirla hablar.

Ella pareció no haber oido. Por el momento, el otro había fracasado.

Sentí que un sudor frío me cubría la frente. De toda la mala suerte que me había amenazado, aquel incidente era lo peor. Había pensado arrojar a los de "La Peste Roja" contra Dippy y Dippy resultaba ser uno de ellos. Me sentía convencido de que era así. Era el hombre a propósito para desempeñar un papel como aquel. No nos había seguido hasta allí intencionalmente, eso no; pero el Pato Salvaje era uno de sus sitios favoritos, donde, en su calidad de miembro de aquella banda de apaches, podía obtener detalles interesantes que le ayudaran en su oficio de ladrón de alhajas.

Bien, yo había metido la cabeza en las fauces del león. Cuanto más reflexionaba, fumando la pipa, tanto más convencido me hallaba de que Dippy sospechaba cuál era la verdadera identidad de mi compañera. En ese caso quizás yo la hubiera arrastrado a ella a una situación de verdadero peligro.

—¡Retírese de aquí! ¡Saque de aquí a esa mujer! — era lo que mi conciencia me gritaba en aquel momento. Me costaba violento esfuerzo resistir a ese impulso. No. No me atrevía a dejar creer que huía, pues él nos seguiría y comprobaría su sospecha. Yo no podría darle esquinazo, dificultados mis movimientos por la presencia de mi compañera.

Las aguas iban a cubrirnos. No teníamos ni el más pequeño madero a que asirnos, para resistir.

Con los ojos entornados miraba yo cómo subía el humo de mi pipa. Cautelosamente, dirigí una mirada a Dippy. El me estaba mirando sigilosamente. Bostecé con soberbia indiferencia. Volviendo la cabeza, él miró de nuevo a mi compañera e intentó una segunda observación.

—¿La señorita es, según creo, una forastera en el Pato Salvaje? — preguntó, bajando la voz y mirándome con el rabo del ojo izquierdo.

La segunda tentativa de provocar una respuesta fracasó del mismo modo que la primera. Mi compañera ni habló ni se movió. Casi ni parecía respirar. Yo temí que de pronto se levantara y saliera corriendo, de aquel tugurio.

Dippy volvió a mirarme con todo sigilo. Cerré los ojos casi por completo y bostecé de nuevo. Sin dejar de mirarme como mira un gato, se llevó la mano derecha a un bolsillo lateral. La sacó, con el puño cerrado y con la rapidez de una centella me dí cuenta de lo que iba a hacer.

Mi compañera no quería contestarle. Pues bien, él iba a poner a prueba su sospecha. Suponía que aquella era la princesa di Cortona e iba a averiguarlo presentado, de pronto, ante sus ojos, los Tres Hermanos de Alsacia. Aún cuando él no sabía nada sobre el terrible secreto de aquella mujer, el hecho de que ella hubiera perdido la alhaja le produciría una emoción que no podía dejar de exteriorizar y esto era todo cuanto él quería.

El corazón me dió como un martillazo y siguió latiendo apresuradamente. Vi que Dippy dejaba de mirarme y fijaba la vista en mi velada compañera. Al mismo tiempo abrió la mano lo suficiente para que se viera en ella el arco de oro con los tres rubíes, ¡la tiara perdida!

Aún no había hecho eso cuando mi brazo derecho avanzó. Le tomé de la muñeca. La retorcí. El gritó y dejó caer la tiara en la mesa. Se estremeció, una blasfemia siguió al grito de dolor. La mesa se cayó en el momento en que dí a Dippy, con el puño derecho un golpe directo, en el entrecejo, poniendo en ese golpe todas mis fuerzas. Se desplomó con estrépito. En el mismo momento vibró en la taberna el sonido de un silbato, y se oyeron voces excitadas.

La princesa di Cortona se agarró de mi hombro. Me volví a tiempo para ver al hombre de la blusa azul, con media docena de "sergents de ville", corriendo hacia nuestro rincón. Le reconocí entonces, ¡por fin! Era el señor Stefan, de la Prefectura de Policía. Sus hombres se lanzaron como lobos sobre Dippy que, con los ojos reluciendo con criminal instinto, se había levantado ya.

Tomé de la cintura, con un brazo, a mi compañera que estaba a punto de desmayarse.

—¡Vamos! ¡Ya ha terminado todo! — le dije, jadeante, llevándola hacia la puerta. Yo tenía la tiara en el bolsillo.

Oí la voz de Dippy que gritaba en aquel momento, con acento de furor.

—¿Qué significa esto? ¿De qué se me acusa para?...

Y oí la burlona respuesta de Stefan, el de la Prefectura de Policía:

—¿De qué? ¿Lo dice usted en broma, Paul Massard, o Dippy, o cualquiera de sus muchos nombres? ¡Se le acusa de cincuenta delitos, lo menos! ¡Venga usted, que hace años que deseábamos prenderle!

No oí más. Subimos a tropezones la escalera de siete altos peldaños y el aire maloliente del callejón y de la rue aux Feves, nos pareció un hálito celestial.

. . . .

El inspector Jackerman tuvo la amabilidad de recibirme en su oficina el día siguiente y miró con indiferencia a los Tres Hermanos de Alsacia cuando le acerqué la tiara a la nariz.

—¡Vamos! Como de costumbre, "de mano maestra" ¿eh? — dijo fríamente. — Le felicito, Dawes. Después de reflexionar debidamente sobre nuestra última conversación, me he sentido inclinado a opinar que cometí con usted una injusticia. Hablando más claro, creo que usted era inocente del robo.

—Si hablara usted más claro todavía,— repliqué, — diría que, teniendo ante usted la alhaja se siente suficientemente bueno para pedir disculpa. Si yo no hubiese tenido buen éxito... — y terminé la frase encogiéndome de hombros.

—Bien, — dijo él, — siento que sea esa su manera de pensar.

—Sin embargo, así es cómo pienso.

Me miró con curiosa atención. Yo había envejecido siete años durante las últimas treinta y seis horas y él lo notó.

—De todos modos, — dijo, — un pedido de disculpa es algo. Pero dígame, Dawes, ¿dónde encontró usted esta alhaja? ¿De dónde la sacó?

—¿De dónde? ¡De los profundos infiernos!

—¡Dios mío! — dijo el inspector Jackerman. — ¡Estoy por creerle que sí!

Estas electrizantes aventuras de un ex-ladrón de alhajas constituyen una de las notas más interesantes de "Pucky". No deje de leer la que se publicará en el número 17 de este magazine que se pondrá en venta el viernes 1o. de Septiembre de 1922 y ofrecerá, además, muchas novelas cortas, cuentos y variedades novedosas y de intenso atractivo para los amigos de la buena lectura.

—¡Vamos! Como de costumbre, "de mano maestra" ¿eh? — dijo fríamente. — Le felicito, Dawes. Después de reflexionar debidamente sobre nuestra última conversación, me he sentido inclinado a opinar que cometí con usted una injusticia. Hablando más claro, creo que usted era inocente del robo.

—Si hablara usted más claro todavía,— repliqué, — diría que, teniendo ante usted la alhaja se siente suficientemente bueno para pedir disculpa. Si yo no hubiese tenido buen éxito... — y terminé la frase encogiéndome de hombros.

—Bien, — dijo él, — siento que sea esa su manera de pensar.

—Sin embargo, así es cómo pienso.

Me miró con curiosa atención. Yo había envejecido siete años durante las últimas treinta y seis horas y él lo notó.

—De todos modos, — dijo, — un pedido de disculpa es algo. Pero dígame, Dawes, ¿dónde encontró usted esta alhaja? ¿De dónde la sacó?

—¿De dónde? ¡De los profundos infiernos!

—¡Dios mío! — dijo el inspector Jackerman. — ¡Estoy por creerle que sí!

Estas electrizantes aventuras de un ex-ladrón de alhajas constituyen una de las notas más interesantes de "Pucky". No deje de leer la que se publicará en el número 17 de este magazine que se pondrá en venta el viernes 1o. de Septiembre de 1922 y ofrecerá, además, muchas novelas cortas, cuentos y variedades novedosas y de intenso atractivo para los amigos de la buena lectura.

PRODUITS EPHEBOL



Depósito General: GAVILAN 1079

EN VENTA AL DETALLE EN:

BAZAR COLON Florida 251.
Arturo Martínez y Cía Entre Ríos 399.
Luis Cárdenas, Defensa 145
M. Juarros, Falucho 1178
Trotta y Aprile, Florida 228
Isaac Sverlick, Charcas y Uruguay
E. Vidal, Esmeralda y Paraguay.
Cooperativa de la Capital, Cangallo 935
Victoriano Rey, Entre Ríos 130.
Laureano Blanco, Peluq. París Hotel.
Casa Murga, Bdo. de Irigoyen 119.
Francisco F. Azcárate, Lima 470.
Pedro Trongé, Bmé. Mitre 1824.
Juan F. Scala, Díaz Vélez 3899.
Hipólito Juliano, Rivadavia 3498.
Pedro Trizano, Triunvirato 40.
Gerardo Russomano, Garay 3545.

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

1ª Quincena de
Septiembre 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO II. PUBLICACION QUINCENAL No. 17.

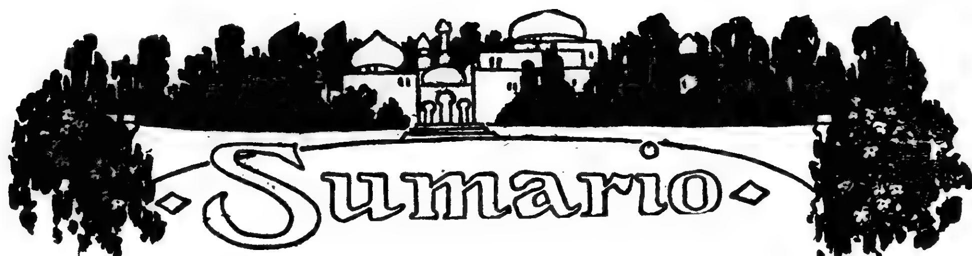
Lea en este número:

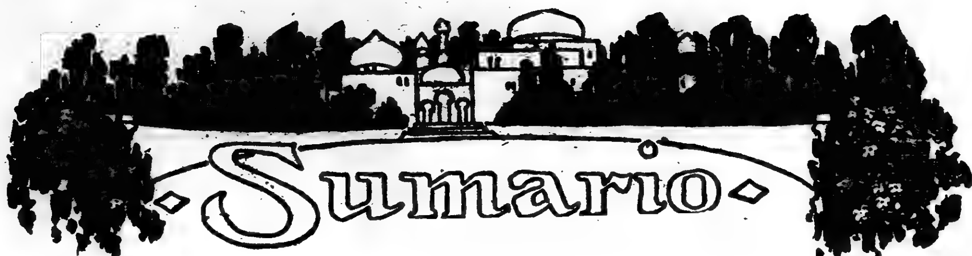
EL DESAFIO DEL HOMBRE MARAVILLOSO

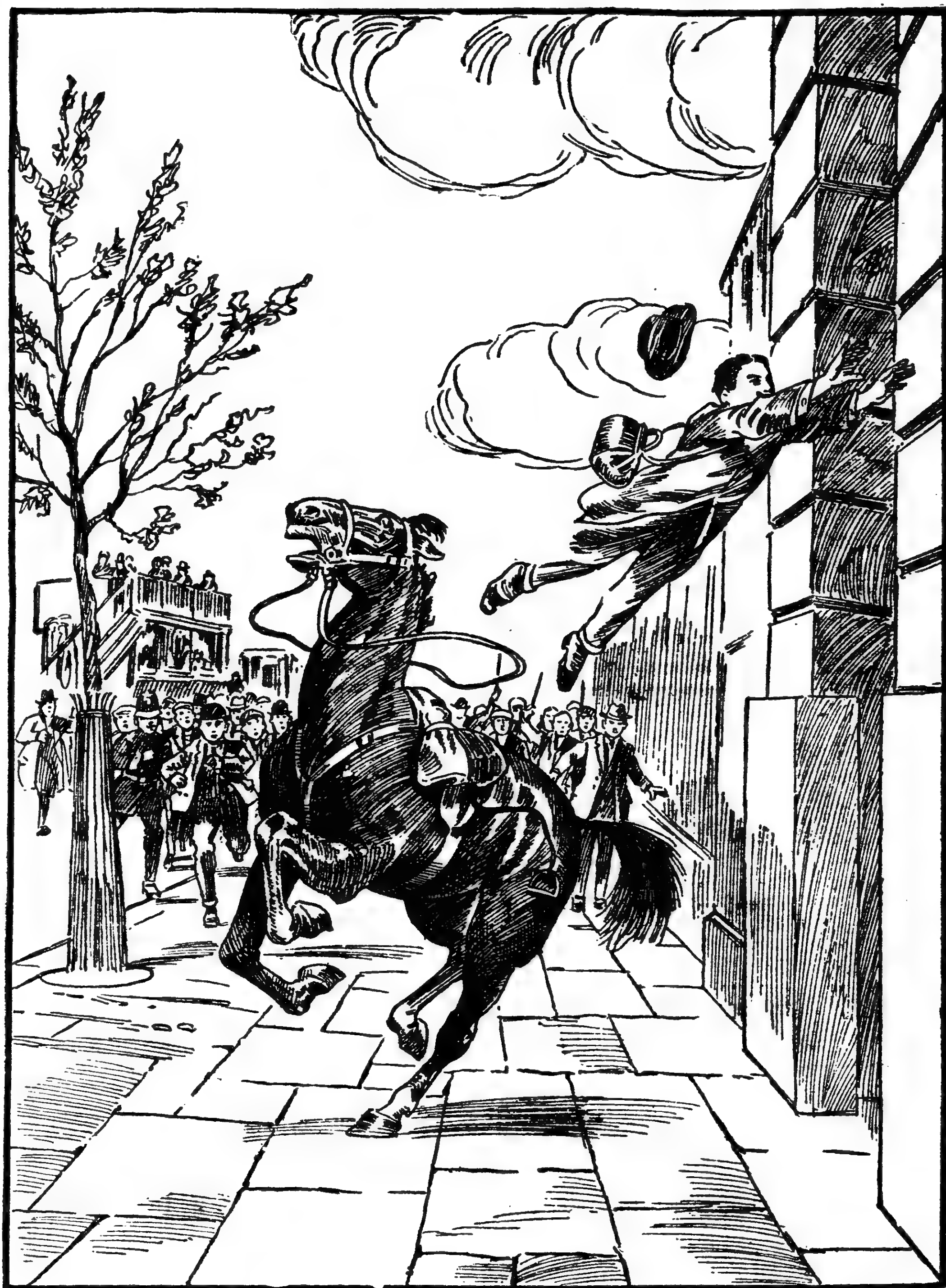
Nueva aventura de RUPERT WALDO contra SEXTON BLAKE

y muchas cosas más, interesantes y amenas.




Sumario


Sumario



Hallándose de pie en la montura, dió, de improviso, un salto hacia un lado y hacia arriba, a la vez. Y se quedó colgado de la pared de la Casa de Australia, como un mono, con los pies en una de las ranuras del adorno de piedra y las manos en otra. ("El Desafío del Hombre Maravilloso". Pág. 9).

EL DESAFIO DEL HOMBRE MARAVILLOSO

Otra extraordinaria aventura de la carrera del estupendo personaje llamado **Rupert Waldo,** "príncipe de los ladrones". Sus asombrosas hazañas han entretenido ya a los lectores de **PUCKY.** En esta ocasión, el hombre maravilloso, enteramente solo, burla a los elementos oficiales y particulares y hasta logra poner en graves apuros al gran **Sexton Blake,** el famoso detective y a su ayudante **Tínker,** que tienen en este relato, destacada actuación.

CAPITULO PRIMERO

¡Este hombre es sobrenatural!

RUPERT WALDO había salido de su casa con el propósito de realizar uno de sus planes.

A juzgar por las apariencias era un señor altamente respetable, que se dirigía a sus negocios, como otros tantos. El habilísimo ladrón no estaba disfrazado de ningún modo y vestía un traje de saco de corte muy elegante y un sobretodo claro. Se cubría la cabeza con un sombrero chambergo, de felpa. Llevaba en la mano una cartera de cuero oscuro, con manija.

Caminaba con rápido paso por Fleet Street, fumando un cigarrillo y mirando, de vez en cuando a un policeman de los encargados de la vigilancia callejera, con íntima satisfacción y sarcástico contento. Era un criminal cuya captura estaba recomendada y él lo sabía. Podía ser detenido por cualquier policeman que lo viera. Y, a pesar de eso caminaba por las calles, sin disfraz ninguno, con todo desparpajo y además iba camino de hacer una de las suyas.

La mañana era fresca y clara. El cielo estaba salpicado de nubecitas blancas y brillaba el sol. A lo largo de Fleet Street corría, sin embargo, una brisa que obligaba a los transeuntes a levantarse el cuello, a abotonarse el sobretodo y a no olvidarse de ponerse los guantes.

Waldo se sentía feliz. Había tomado una determinación y gozaba de antemano pensando en lo que iba a hacer. Rebosaba de contento, lleno de la alegre suficiencia, del entusiasmo y la seguridad del éxito que caracterizaba a todas sus acciones. El Hombre Maravilloso estaba decidido a obtener un éxito favorable.

Fleet Street estaba tan llena de gente como de costumbre. Los ómnibus automóviles pasaban sin cesar en uno y otro sentido, mezclados con vehículos de todas clases, automóviles de alquiler y particulares, carros de reparto y camiones. No había señal ninguna de que el más sensacional de los robos de la época estuviera por ser realizado.

Waldo avanzó algunos pasos más y se halló frente a la sucursal de Fleet Street del London and General Bank Ltd. Waldo no vaciló un solo momento; entró en el edificio y se acercó al mostrador principal. En aquel momento no había allí más que uno o dos clientes. Todos, excepto uno, salieron mientras entraba Waldo.

Un empleado de buen aspecto miró interrogativamente a Waldo desde el otro lado de la rejilla. Waldo, en lugar de exponer el objeto de su visita del modo corriente, comenzó a conducirse de un modo tal que todos los altos empleados del banco estaban consternados antes de que hubieran transcurrido diez segundos.

Hablando con exactitud debe decirse que el Hombre Maravilloso saltó con agilidad al mostrador, pasó por encima de la reja con la destreza de un campeón de salto y fué a caer junto al asombrado empleado.

Waldo sonrió con toda su mayor amabilidad.

—Lamento molestarlo, pero necesito unas veinte mil libras inmediatamente, — dijo con toda calma. — Creo que este es el único medio que puede proporcionarme esa suma desde que no tengo autoridad ninguna para retirar esa cantidad mediante un cheque.

El empleado sentíase enteramente atónito.

—Yo... yo... realmente.... — tartamudeó.

Waldo dirigió una rápida mirada en redor. Dos empleados más se habían acercado y tras de las filas de escritorios se veían cabezas que se alzaban y miraban con ojos muy abiertos. Entonces fué cuando Waldo entró efectivamente en acción.

Con la rapidez del relámpago, dió tres golpes de boxeo. El dependiente que le había dirigido la palabra recibió un golpe en el rostro, giró sobre sí mismo y se desplomó. Los otros dos sufrieron del mismo modo. Los tres quedaron tendidos en el suelo, sin sentido.

Procediendo con la tranquila y metódica rapidez de siempre, Waldo abrió el cajón y sonrió complacido al notar la presencia, allí, de varios paquetes de billetes de banco. No eran nuevos, es decir de nueva emisión, sino usados y por lo tanto, de diversa y variada numeración. Waldo guardó todos aquellos paquetes en su cartera. No quería billetes nuevos, pues podía darse con su rastro mediante la numeración.

Se sintió muy especialmente complacido porque en el cajón del mostrador había dos bolsas de lona. ¡Y las dos estaban llenas de monedas de oro! Waldo no había esperado hallar semejante prebenda. En cada bolsa había mil libras esterlinas.

Waldo tardó tan sólo unos segundos en llenar su cartera de mano. Cuando lo hubo hecho se encontró amenazado por todos lados. El apoderarse de su botín había sido una trivialidad. El verdadero trabajo iba a empezar entonces.

Todo el personal de la casa estaba en conmoción; la gritería era intensa.

Los tres empleados que habían sido "knocked-out" comenzaban a recobrar los sentidos. El cajero-jefe se hallaba tremendamente excitado y lanzaba toques de silbato policial con toda la fuerza de que podía disponer.

El gerente había salido corriendo de su oficina particular, alarmado al oir tan extraordinaria conmoción. Las empleadas chillaban asustadas y el público, fuera del banco, había comenzado a suponer que algo inusitado acontecía.

Waldo cerró de un golpe su cartera de mano y miró en redor.

—¡Siento mucho molestarles de este modo, pero es necesario que uno viva! ¡Además no pueden ustedes negar que les proporciono un poco de inesperada emoción!¿Eh? — exclamó con toda cortesía. — ¡Tengan ustedes todos muy buenos días!

Se volvió con aparente inteción de salir del banco caminando tranquilamente. Parecía no darse cuenta del hecho de que docenas de personas se preparaban para capturarle. Se detuvo un momento y volvió la cabeza.

—¡Ah! Se me había olvidado decirles mi nombre — manifestó. — Probablemente lo recordarán ustedes porque soy un personaje bastante conocido. Me llamo Waldo... ¡Rupert Waldo!

—¡Deténganlo! ¡Deténganlo! — gritó el gerente excitadísimo. — ¡Vamos, ustedes, Norrice, White, Edwards. Smith! ¡Ataquen en seguida a ese hombre y deténganle hasta que venga la policía! Parece que no tiene armas.

—¡Vamos a detenerle! — gritó el cajero, jefe resueltamente.

Los empleados habíanse repuesto ya de su sorpresa y Waldo estaba todavía dentro del banco. El ladron había procedido con rapidez, pero no suficientemente ligero para que le fuera posible escapar antes de que el personal del banco saliera de su asombro.

Pareció, en aquel instante, que su sensacional atrevimiento iba a terminar con un fracaso. A Waldo le sería imposible marcharse de allí. ¡Ni siquiera estaba armado! Al menos, hasta entonces no había sacado armas.

Ni aun en el momento en que la huida era su único recurso, sacó revólver. Se dirigió a la salida con toda calma, como si fuera un vulgar cliente del banco y como si no supusiera que iba a encontrarse con resistencia de ninguna clase.

Pero Waldo era un tipo de lo más maravilloso que se pueda imaginar.

Poseía características de que ningún hombre normal podía jactarse. Su audacia y su serenidad eran tales que dejaban atónita a la gente. Además, Waldo era tan fuerte como seis hombres atléticos juntos. No lo parecía, por su aspecto, pero lo era y en ello se basaba su más importante superioridad.

Sabía perfectamente que iba a producirse más de un incidente violento. Pero no pasó por su mente, ni una sola vez, la idea de que pudieran prenderle. Se había propuesto robar a aquel banco y lo había robado. Se había propuesto irse y... bueno, se iría. No era necesario preocuparse de nada más.

Pero Waldo sabía también, mejor que todos los demás, que era en extremo necesario no desperdiciar ni un solo segundo.

Fuera del banco se reunía la gente curiosa con esa rapidez típica de las multitudes de Londres. Entre Waldo y la salida estaban el gerente, el cajero-jefe y por lo menos, seis empleados.

Estos se congregaban en aquel momento para atacar, unidos, a aquel audaz intruso. Pero Waldo atacó antes. No se sentía inclinado a esperar que los otros estuvieran preparados.

Avanzó velozmente, sonriendo con jovialidad extraordinaria. Su aspecto no era el de un bandido ni el de un ladrón. Waldo tenía todo el aspecto de un verdadero señor, de un caballero de verdad

Y entonces procedió a divertirse a su manera.

El primer ímpetu le hizo pasar por entre el grupo de dependientes a los que dispersó con su poderoso empuje. Waldo agarró al gerente, — que era bajo y grueso — y lo levantó por los aires, como un globo. Forcejeaba y pataleaba, pero Waldo lo manejaba como si se hubiese tratado de un niño.

—Lamento producirle esta molestia, viejo amigo, pero tengo que salir de aquí, sea como sea, — dijo alegremente el Hombre Maravilloso. — ¡Ahí va! ¡Creo que con esto

alguien recibirá un buen peso en la espalda!

Levantó un poco más al gerente y dándole impulso al hombre, que gritaba asustado, lo lanzó hacia donde quedaba el grupo de sus subordinados. Todos estos, bajo el peso de su superior, rodaron en desorden por el suelo .

Waldo se rió, muy contento.

—¡Hasta la vista ! — exclamó. — ¡Ahora no puedo quedarme!

Dos hombres se agarraron de sus hombros, pero él los separó en seguida, con toda facilidad. Salió, corriendo, a la calle. En el momento en que iba a pisar Fleet Street llegaban dos corpulentos policemen. Ruper Waldo se agachó, se deslizó por entre las piernas de los de policía y, con la agilidad de una anguila, desapareció entre la multitud.

—¡Detengan a ese hombre! — gritó uno de los policemen inmediatamente.

—¡Ladrón! ¡Ladrón!

—¡Detenerle ¡Detenerle!

En un momento estuvo Fleet Street en plena conmoción. La gritería era ensordecedora. El tráfico se había detenido y la gente acudía en tropel hacia el banco, aumentando cada vez más la muchedumbre congregada allí. Y sin embargo, aquel único hombre no había sido detenido aún. Esto era lo más asombroso del caso.

Gran parte de los espectadores, — que, como es lógico, no estaban al tanto del origen de lo que pasaba, — creían que todo aquello obedecía a que estaban fotografiando alguna extraña escena cinematográfica. En consecuencia, durante las cien primeras yardas, o cosa así, nadie intentó detener a Waldo que se escurrió rápidamente por entre la muchedumbre.

El hombre maravilloso había contado con eso. Lo había considerado como seguro y había esperado que el éxito de su plan se basara más que en otra cosa, en ese detalle. Llegó a los límites de la concurrencia allí reunida sin haber tenido necesidad de dar un solo golpe.

Pero no se ha de creer por eso que Waldo no estaba preparado. debidamente. Si alguien intentaba detener su marcha iba a arrepentirse en seguida de haberlo intentado. Waldo no se sometería jamás a ser capturado.

Cuando surgió del amontonamiento de la multitud, Waldo caminó rápidamente, pero sin que se le notara que iba con extraordinaria prisa. Consideraba que era poco digno, en semejantes momentos, el echar a correr, La gente le miraba con algo de extrañeza, y sonreía.

No podían evitarlo porque Waldo, a su vez, también sonreía. Su rostro era tan expresivo que, en aquellos momentos parecía el prototipo de la satisfacción y del contento. Mirarle y pensar que aquel podía ser el ladrón cuya captura pedía la gente a gritos, parecía enteramente imposible.

Sin embargo, ésta era la verdad. Aquel hombre extraordinario, solo, enteramente solo, había realizado una hazaña que una gavilla de veinte avezados ladrones hubiese considerado con recelo y no se hubieran decidido a llevar a cabo en pleno día. Waldo no era llamado el Hombre Maravilloso sin verdadera causa.

No podía continuar su rápida retirada mucho tiempo más. Cerca de seis policemen corrían trás él y otros hombres de uniforme acudían de todas partes, atraídos por los urgentes y repetidos toques de silbato.

Waldo se rió a carcajadas.

—¡Qué infernal fastidio! — murmuró.— ¡Al fin voy a tener que correr para escaparme!

Algunos de los curiosos comenzaban a darse cuenta de que en todo aquello había algo serio y que no se trataba de nada fingido. De todas partes corrían hombres hacia Waldo. Al menos así lo hicieron en un principio.

Pero Waldo era como una liebre.

Corría con asombrosa rapidez, evitando todo contacto con sus perseguidores con una facilidad y una agilidad pasmosas. Uno o dos fueron arrojados al suelo por los golpes de los puños de Waldo y aquellos desdichados entrometidos recordaron dolorosamente el suceso durante varios días.

Para Waldo no había diferencia en quien se le interponía en el camino. Los policemen eran tratados de igual modo que los particulares. Waldo despreciaba la amenaza de los "truncheons", los palos con que los policemen ingleses se defienden y atacan con tanta seguridad y eficacia. Le dirigían terribles golpes que no le alcanzaban nunca. Waldo no estaba nunca en el sitio donde



Levantó un poco más al gerente y dándole impulso lanzó al hombre, que gritaba asustado, hacia donde quedaba un grupo de sus subordinados. ("El Desafío del Hombre Maravilloso". Página 7).

era descargado el golpe cuando el palo llegaba a su destino.

La gritería fué en aumento. El Hombre Maravilloso siguió por Fleet Street hasta el Strand sin detenerse ni una sola vez. Pasó por entre ómnibus, automóviles de alquiler y otros vehículos, sin soltar un momento la cartera. En un sitio pareció que el desastre caía finalmente sobre su cabeza.

El tráfico se había detenido por completo y Waldo corría seguido de la muchedumbre que gritaba desenfrenadamente trás él.

En un sitio se había detenido un ómnibus junto a un carrito con un caballo, que estaba al lado de la acera.

En el momento en que Waldo corría por la calzada, el que manejaba el carro volvió el caballo, con grandísima serenidad y muy a tiempo, a fin de cortarle el camino a Waldo. Al ver esto, el Hombre Maravilloso se sonrió.

De un salto pasó al otro lado del caballo, cruzando por encima del cuadrúpedo a mas de un pie de distancia del lomo del animal. Fué un salto de los que pocas veces se ven y que ninguno de los que presenciaban tan extraordinaria persecución pudo prever.

El fugitivo, después de dar ese salto, se encontró en el Strand, dirigiéndose hacia Wellington Street y Aldwych. El imponente y macizo edificio de propiedad del Gobierno de Australia, surgía precisamente ante el que huía.

El camino, en ese sitio, era muy ancho y por mucho tráfico que hubiera, no se llenaba de lado a lado. Tanto en las aceras como en la calzada había gente de pie, que miraba lo que sucedía, mientras otros corrían excitadísimos, pues sin duda era un caso muy curioso el que estaba aconteciendo.

Waldo, sin dejar de sonreir, corría con gran rapidez, alejándose de la multiud que le perseguía. Iba dejando atrás a sus perseguidores sin que se le notara que hiciera esfuerzo ninguno.

La estupenda tranquilidad de aquel hombre era algo realmente asombroso. ¿Cómo era posible que tuviera esperanzas de lograr escapar? ¿Cómo podía esperar que iba a serle posible escapar llevándose el dinero que había sacado del banco?

En el mismo corazón de Londres, en la hora de más movimiento de la mañana, Rupert Waldo había realizado su robo y tenía que saber que, corriera al lado que corriera, se encontraría con gente que le cortara el paso. Parecía enteramente seguro que tarde o temprano la persecución tendría éxito y Waldo sería capturado.

Pero Rupert Waldo, por su parte, pensaba de modo muy distinto que los que le perseguían y los que presenciaban su persecución.

Se había decido a realizar esa hazaña enteramente al tanto de las consecuencias que podía tener, y estaba decidido a mostrar a Londres que era posible que un hombre robara el dinero de un banco, en plena Fleet Strret, a la luz del día, y escapara llevándose el producto de su robo. En aquel momento procedía, precisamente, a demostrar que la mencionada hazaña era factible.

Waldo, naturalmente, no era un vulgar mortal, como otro cualquiera. Con su fuerza, sus condiciones atléticas, con su extraordinaria serenidad y su sangre fría incomparable, se hallaba bien dotado para llevar a cabo lo que se había propuesto. En los últimos tiempos se había dedicado a ejercitarse en el estudio y realización de actos de acrobacia. Parecía que se sentía encantado porque se le presentaba ocasión de proporcionar a Londres un espectáculo verdaderamente sensacional.

Lo curioso del caso era que Waldo no tenía un plan determinado en vista. Lo único que sabía era que se iba a escapar y que estaba preparado para hacer frente a cuantas dificultades pudieran obstruirle el camino. Pero con seguridad no había supuesto que iba a suceder todo lo que sucedía.

La gritería de los perseguidores se había quedado atrás y nadie impedía en aquel momento, el avance de Waldo. Varios transeuntes habían sido volteados por Waldo y muchos eran los que evitaban, corriendo, hallarse a su paso, para no sufrir igual suerte. Pero de pronto un policeman a caballo acudió rápidamente, alcanzando a Waldo.

Por último estuvo al lado del fugitivo.

—¡Le conviene detenerse! — gritóle rápidamente el de policía.

—¡Gracias por el consejo, pero prefiero no seguirlo! — contestó Waldo con toda calma. — Le agradezco que se haya presentado en momento tan oportuno. ¡Ha sido usted muy atento!

Waldo dió un rápido salto de altura. Tomó de los hombros al policeman y un instante después, el de policía estaba tendido boca arriba, en el pavimento de la calle, mientras su caballo se movía inquieto. Waldo se afirmó en la montura y corrió por el Strand a todo galope.

Una vez más el Hombre Maravilloso había demostrado cuánta era su audacia y la rapidez de su pensamiento. El policeman de a caballo había corrido para detenerle y Waldo se había apoderado de su caballo con toda desenvoltura. Pero aun había de interponerse un obstáculo mayor en el camino del fugitivo.

Mientras se ocupaba de quitarle el caballo al policeman, un batallón de infantería, — de los territoriales, — habíase acercado. Se dirigía hacia la City con su banda a la cabeza. El jefe que mandaba aquella tropa había presenciado todo lo sucedido y comprendió que se le presentaba una oportunidad de lucimiento.

Waldo era, indudablemente, un fugitivo de la justicia. Lo demostraba el enorme grupo de agentes de policía y de particulares que corría tras él por el Strand. El militar procedió, en vista de eso, con muy encomiable rapidez.

Rápido como el pensamiento, se volvió y dió, en alta voz, algunas órdenes.

La columna de soldados de infantería se extendió en seguida hasta formar una barre-

ra de hombres que obstruía el camino de pared a pared. Y allí se quedaron, firmes, con las bayonetas preparadas para hacer frente a lo que viniera.

De la multitud surgieron gritos de entusiasmo y vivas dedicados al militar que había procedido con tanto acierto y tanta oportunidad. ¡Al fin iba a verse detenido Waldo! De ningun modo, hiciera lo que hiciera, iba a serlo posible cruzar aquella imponente valla de acero.

Por eso, precisamente, ni pasó por la imaginación de Rupert Waldo la idea de hacer una tentativa y procurar atravesarla.

Sabía, mejor que nadie, que no podía pasar a caballo por entre aquellas filas de soldados. Si hubiese ido a pie tal vez hubiera podido saltar por encima; pero a Waldo no podía ocurrírsele jamás poner en peligro la vida del caballo que montaba. Era esta una de las curiosidades de su complejo carácter. Aun cuando criminal de corazón, era capaz de entregarse a la justicia antes de causarle, voluntariamente daño alguno, a un animal.

Avanzó en línea recta hasta que estuvo a diez yardas de la fila de infantería. Entonces hizo que su caballo se volviera hasta que estuvo junto a la parte, que quedaba del lado del Shand, de la entrada principal de la Casa de Australia. Del lado contrario quedaba Aldwych, pero esta vía estaba obstruída también por los soldados de infantería con la bayoneta calada.

Waldo sabía que se encontraba en una situación difícil y que, para escapar tendría que recurrir a alguna maniobra extraordinaria. Avanzar era imposible; de retirarse no había que hablar por que había centenares de hombres que le obstruían el paso y que se precipitarían contra él inmediatamente.

Estaba Waldo entre dos fuegos, por decirlo así. Tenía la barrera de las bayonetas delante y en la perspectiva de que se hallaba le rodearan centenares de policemen y particulares. Su robo, a la luz del día, en el London and General Bank Limited, terminaría en un completo fracaso.

El pensar en esto acrecentó aun más, la decisión de Waldo.

Aun se le notaba sonriente y la expresión de su rostro era tan plácida como si no le amenazara riesgo ninguno. Había aproximado el caballo a la ancha acera que quedaba frente a la Casa de Australia con un propósito determinado.

Ese edificio, — como lo saben cuantos han estado en Londres o han tenido oportunidad de ver fotografías de tan hermosa construcción, — es alto e imponente, construído en forma de triángulo, en el sitio donde Aldwych se une al Strand. Es una maciza estructura, casi toda ella de piedra de Portland, con muchos pilares y una arquitectura artística y de muy agradable efecto.

Desde el suelo hasta las tres cuartas partes de la altura del edificio, las paredes están adornadas con una especie de escultura a rayas horizontales y talladas groseramente. Este adorno llega a la misma altura que los pilares y a su terminación hay una ancha cornisa que circunda todo el edificio. Desde esta cornisa el techo, que tiene una alta superestructura, se eleva hasta su azotea donde está el asta para la bandera.

Waldo había dirigido una mirada al edificio y su sonrisa había cambziado de expresión, haciéndose irónica y amarga. En menos de un segundo decidió qué había de hacer y ni un solo instante le abandonó la plena confianza en sus facultades. Sabía que podía escapar e iba a escaparse. El hecho de que estuvieran haciendo algunas composturas en las instalaciones telefónicas acentuó su convencimiento.

Cuando el caballo cruzó la acera, Waldo, mediante un breve salto, se puso de pie en la montura. Había sujetado la cartera a una cuerda que se apoyaba en uno de los hombros y le cruzaba el pecho y la espalda, de modo que le quedaban libres las dos manos.

Hallándose de pie en la montura, dió de improviso un salto hacia un lado y hacia arriba a la vez. Y se quedó colgado de la pared de la Casa de Australia, como un mono, con los pies descansando en una de las ranuras del adorno de piedra y las manos apoyadas en otra ranura de más arriba.

Se encontraba a ocho o nueve pies del suelo y había adoptado aquella decisión en el momento realmente oportuno. Porque los perseguidores habían llegado ya y se habían reunido gritando, muy excitados. La policía casi no podía dominar a la muchedumbre entre la que había bastante gente inclinada en favor del fugitivo.

—¡Firme, amigo! ¡Usted se saldrá con la suya!

—¡Muy bien! ¡Si se lleva el dinero se lo ha ganado!

Esas y otras frases llegaban hasta Waldo pero él no hacía caso de nada. Comenzó a subir; no lentamente y con precaución como se hubiera podido suponer sino con una rapidez y una agilidad que redujo a silencio a la multitud que presenciaba aquella hazaña.

Línea por línea del adorno de piedra, Waldo fué subiendo por el frente de aquel edificio. Era como una mosca que se estuviera paseando por la pared. Cada uno de sus movimientos era seguro y firme. Avanzaba, colgado de las ranuras de la pared con la mayor facilidad sin que errara una sola vez al apoyarse con los pies o al agarrarse con las manos.

Había llegado casi a la parte inferior de la ancha cornisa, cuando volvió la cabeza y miró al mar de caras vueltas hacia él. Los que le miraban y sentíanse asombrados, se asombraron más entonces. Habían esperado ver un rostro desencajado, que expresara lo terrible del esfuerzo que estaba realizando aquel hombre. En cambio, vieron una cara sonriente y jovial. Durante un momento, Waldo saludó con la mano

—¡Hurra!

—¡Bravo! ¡Adelante!

—¡Usted se escapará!

En aquel momento la muchedumbre era, toda ella, partidaria de Waldo. Su magnífica actuación acrobática le había conquistado la simpatía de todos. Era imposible ver lo que hacía aquel hombre sin sentirse lleno de admiración. La sangre fría y la seguridad de aquel hombre eran algo que maravillaba realmente.

La policía encontrábase desorientada y aturdida. Nada podía hacer para perseguir directamente a Waldo, pues ninguno de sus elementos se atrevía a subir como había subido Waldo. Ningún hombre de condiciones normales podía intentar semejante hazaña.

Pero los de la policía no se dormían por cierto. Varios de ellos se metieron en el edificio con el propósito, sin duda, de capturar a Waldo en cuanto llegara al techo. El Hombre Maravilloso sabía lo que se preparaba y estaba convencido de que su única defensa se hallaba en apresurarse todo lo más posible.

En consecuencia, su pausa, cuando miró hacia abajo, fué muy breve. No hizo más que saludar con la mano y continuó subiendo. Se halló luego debajo de la ancha cornisa. Con seguridad no le iba a ser posible subir más arriba. ¿Cómo iba a arreglarse para vencer aquel obstáculo?

La multitud miró, conteniendo la respiración, con un sentimiento de grandísima ansiedad, con los nervios en tensión. Casi todos suponían que aquel hombre iba a caerse y a estrellarse en la calle a cada momento. De pronto un suspiro de asombro surgió de centenares de labios.

Porque Waldo se había atrevido a hacer algo verdaderamente extraordinario.

Había soltado las manos de la ranura de piedra y había dado un salto hacia fuera y hacia arriba. Si hubiera errado se hubiese estrellado contra el pavimiento. Pero no erró. Logró agarrarse del borde exterior de la cornisa del que quedó colgado — apoyado en tres dedos, — durante horrible fragmento de segundo. Después se levantó, atléticamente, hasta hallarse en sitio seguro.

El modo como saltó a la parte superior de la cornisa constituyó toda una revelación. Ningún mono hubiera hecho eso mismo con mayor rapidez y mayor soltura. De la multitud se elevó un sonoro grito de entusiasmo, seguido de vivas y de aplausos.

Waldo, de pie en la cornisa, saludó de nuevo sonriente, y continuó su ascensión. Hasta aquel momento no había aparecido nadie en el techo. Waldo había vencido a los que se habían metido en el edificio.

—¡Este hombre es sobrenatural! ¡Es una maravilla!—exclamó un espectador.

—De fijo lo hace todo eso para impresionar alguna película,—continuó otro.

—Algo así debe ser, sin duda, — agregó uno que estaba a su lado.

—¡Bah! ¡No hay actor de cinematógrafo capaz de hacer eso! — exclamó entonces un muchacho.

Pero Waldo no había terminado, por cierto, su representación.

Había llegado al techo de la Casa de Australia pero, en realidad, parecía que estaba cazado en una trampa, pues el enorme edificio se halla enteramente aislado y a bastante distancia de los demás del barrio, así que Waldo no iba a poder pasar de su techo al de otra construcción vecina, escapándose de ese modo.

Pero era algo distinto lo que podía hacer... y lo hizo.

Se estaban realizando allí unas composturas de la red telefónica y cruzando el Strand, estaba tendida una línea de varios alambres, provisoria, que pasaba por encima de la Casa de Australia, en dirección de Kingsway. Se comprendía, en seguida de mirarla, que aquella instalación era provisoria.

Pero a pesar de eso, servía para el propósito de Waldo.

Cuando llegó el Hombre Maravilloso, a la parte llana del techo, aparecieron algunos hombres que se precipitaron hacia él, corriendo, guiados por un inspector de policía. Este no se hallaba muy seguro del éxito de su gestión. A decir verdad no le era agradable pensar en que iba a tener que luchar con el forzudo ladrón en un tan precario campo de batalla.

—¡Ríndase en nombre de la ley! — gritó, con energía el inspector. — De nada le va a servir resistirse a nosotros, amigo y...

—¡Lo siento mucho, pero no puedo detenerme! — replicó Waldo riéndose.—¡Adiós, amigos míos!

A la alegría de su tono se unió algo de desprecio. De ese modo, Rupert Waldo manifestaba que no era por cierto, muy elevada la idea que tenía de la policía y de su personal.

La multitud reunida abajo adivinó, más que oyó, sus palabras y prorrumpió en ruidosas carcajadas, las que constituyeron un oportuno desahogo para la tensión nerviosa que habían sufrido los espectadores durante los últimos pasados minutos.

Waldo no intentó atacar a los de la policía. En vez de eso, corrió, alejándose de ellos, hacia el borde del techo. A nueve pies de altura de donde se encontraba corrían los hilos de la provisoria línea telefónica que cruzaba el Strand.

El Hombre Maravilloso dió un salto hacia arriba, un salto que le elevó por el aire como si tuviera resortes elásticos en los tacos. Se agarró del grueso cable y se quedó colgado. Era uno de esos cables que contienen gran número de alambres dentro y ofrecía a Waldo excelente sostén. No había peligro de que se le escurrieran los dedos. Además estaba enteramente seguro de que aquel cable sostendría su peso perfectamente.

Mano tras mano comenzó a pasar por encima del Strand. Parecía que no le costara ningún esfuerzo. Algunos espectadores, — los de mejor vista y que mejor resistían el esfuerzo de estar mirando hacia arriba, — podían darse cuenta de que Waldo seguía sonriendo y ni siquiera respiraba jadeante. La estupenda facilidad con que Waldo realizaba semejantes hazañas era lo más asombroso de toda su actuación. Después de su temeraria ascensión por la pared del edificio era de suponer, lógicamente, que se encon-

trara enteramente exhausto. Y, sin embargo, a juzgar por todas las apariencias, estaba tan fresco como si no hubiera realizado ni el menor esfuerzo.

Cuando se halló a mitad de camino de aquel aéreo puente suspendido, se detuvo un momento, quedándose colgado allí. Obedeciendo a su inclinación a las manifestaciones teatrales, Waldo consideró que había llegado el momento de impresionar a la multitud que le contemplaba.

No temía, por el momento, que pudieran capturarle. Sabía que tendría tiempo de sobra para llegar al edificio de enfrente antes de que los perseguidores pudieran llegar a su techo. Soltó, pues, una de las manos y con toda calma, sacó un cigarrillo del bolsillo. Se lo puso en la boca; encendió un fósforo, pellizcándole la cabeza con las uñas, como hacen los cowboys, y dió fuego al cigarrillo.

La multitud le contemplaba muda de asombro y de estupefacción.

—¡Qué tonto! ¡Se va a caer! — gritó, alarmado, uno de los espectadores.

—¡Cállese!

Chillaron las mujeres y una o dos se desmayaron, tan fuerte fué la impresión que les produjo ver el peligro que corría, en su concepto, aquel hombre.

—¡Señoras y señores, deseo dirigirles unas palabras!—gritó Waldo.

La voz parecía proceder del cielo. Reinó de nuevo el silencio. Todos los espectadores miraron hacia arriba; todos los ojos miraron hacia el que colgaba del cable telefónico. A lo lejos, proseguía no interrumpido, el rumor de la circulación de Londres.

—Señoras y señores, permítanme que me presente yo mismo. Soy Waldo... Rupert Waldo, al que llaman el "Hombre Maravilloso", — expresó la voz clara y vibrante que llegaba de lo alto. — Supongo que ustedes oirán hablar mucho más, de mi persona, en el futuro.

Hizo una pausa y dió varias chupadas al cigarrillo con toda fruición.

—Hace un momento he cometido un robo en el London and General Bank, — prosiguió con toda calma. — No sé de cuanto me he apoderado porque aun no he tenido tiempo de contarlo. Pero esta es solamente la primera de mis nuevas hazañas. Dentro de poco habrá otra conmoción. ¡Ruego a ustedes saluden en mi nombre a Scotland Yard!

Waldo terminó su discurso con una breve carcajada y prosiguió su viaje aéreo por encima del Strand. Rápida y tranquilamente siguió por el cable. Por fin se dejó caer en el otro techo.

Durante algunos segundos su silueta se recortó con toda claridad sobre el fondo luminoso del cielo. Desapareció a veces mientras Waldo corría por el techo de pizarra. Por último desapareció por completo. La multitud prorrumpió en una verdadera tempestad de gritos y comentarios.

La concurrencia se dispersó yendo a uno y a otro lado. Centenares de curiosos corrieron por el Strand tanto en uno como en otro sentido, con el propósito de ver hacia dónde se dirigía Waldo. La policía no pudo ordenar debidamente el movimiento de aquella gente en tales momentos. La policía, a decir verdad, se sentía disgustada, pues la gente impedía que hiciera lo que quería hacer y además Waldo se burlaba de ella.

Porque, a pesar de todos los esfuerzos realizados por los elementos policiales, Waldo había desaparecido... ¡se había evaporado!

¡El solo, había desafiado a los numerosos empleados policiales y había salido vencedor de todos ellos!

Siete minutos después de haber desaparecido de la vista del público en el techo del edificio del Strand, un automóvil particular marchaba suavemente por una de las calles que van del Strand a la avenida de la orilla del Támesis. La estrecha calle estaba casi desierta ,y el automóvil era grande, abierto y no llevaba más pasjero que el que lo manejaba.

Este individuo se estremeció sobresaltado al oir un golpe tras él.

Miró hacia atrás rápidamente y vió, de pie en el vehículo, a un hombre bien vestido, que tenía una cartera de mano colgada de un hombro. ¿De dónde había llegado? Esto era un misterio para el que manejaba el vehículo.

No era un misterio para dos señoritas que presenciaban el incidente desde un sitio que estaba a unas doscientas yardas de distancia en la misma calle.

Rupert Waldo había descendido del techo al que había ido por el cable de los hilos telefónicos.

Unos pocos momentos antes había aparecido en el techo de un edificio situado al lado derecho de aquella calle. Con rapidez suma se había subido al pretil, habíase deslizado por un caño de desagüe, había llegado al alféizar de una de las ventanas del primer piso y allí había esperado. El que manejaba el automóvil no le había visto. Pero en el momento propicio Waldo había saltado y había caído en el centro del sitio de los pasajeros, del automóvil.

El conductor le vió, cuando volvió la cabeza y en seguida movió los frenos, expresando sorpresa e indignación.

—¿Qué significa esto — preguntó en voz muy alta y bastante enojado.

—Lamento muchísimo molestarle, señor, pero me hace falta este automóvil, — replicó Waldo con toda calma. — Creo que voy a tener que ausentarme sin usted, mi amigo. Espero que esto no le causará mucho perjuicio.

Mientras es expresaba así, tomó al conductor de las axilas, lo levantó de su asiento, giró, con él levantado en el aire, y lo dejó caer en medio de la calle. El hombre, aturdido, rodó por el pavimento, gritando Cuando se levantó vió que Waldo estaba sentado en su sitio y se inclinaba hacia el volante; le oyó reir.

Un instante después Waldo abrió por completo la válvula y el vehículo se lanzó a toda velocidad hacia la avenida de la orilla del Támesis. A todo esto, las dos señoritas habían

traído la atención de la gente que pasaba, gritando desaforadamente. ¡Pero ya era tarde para adoptar medidas, fueran de la clase que fueran!

¡El Hombre Maravilloso había desaparecido!

CAPITULO SEGUNDO

"¡Le desafío a que me capture!"

SEXTON BLAKE dejó a un lado el diario que estaba leyendo y miró a Tínker.

—Parece que la población de Londres ha tenido esta mañana un rato de conmoción, — dijo. — Nuestro viejo amigo Waldo ha sido el personaje principal del drama que se ha representado, según parece. Los acontecimientos han sido muy interesantes, Tínker.

—¡Sí! ¡Y qué lástima! ¡No hemos visto ni una sola escena de toda la representación! — gruñó Tínker, indignado. — Usted dijo algo respecto a ir al Strand esta mañana, señor, pero ese grandísimo tonto vino a hablar de los bonos de Tesorería que se le habían perdido, y al fin, no fuimos. En realidad, perdimos lastimosamente el tiempo.

—La vida está llena de esas pequeñas molestias, Tínker, — dijo Blake riendo. — Admito que me hubiera divertido viendo hacer a Waldo todas sus pruebas acrobáticas en el Strand. Debió ser un espectáculo de lo más divertido.

Tínker inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Pero ¿qué piensa usted de todo eso, señor?—preguntó en seguida. — ¡Qué serenidad la de ese hombre! ¡Robar a un banco y desafiar al público y a la policía y a todos los que se presentaran! ¡Merece tener buena suerte un hombre así!

—¿Eh? — dijo Blake con severidad. — ¡Mi querido Tínker!...

—¡Oh! ¡No lo tome así, señor! — le interrumpió Tínker. — Usted ha comprendido lo que he querido decir, pero lo ha interpretado de modo distinto del que yo hubiera deseado. Waldo es un grandísimo ladrón pero, a pesar de todo, es un hombre al que uno tiene que admirar aun cuando no quiera. ¡Realiza esas pruebas de acrobacia extraordinaria y novedosa mejor que el mejor de los artistas de cinematógrafo! ¡Waldo se deja atrás mil veces a Douglas Fairbanks, por mucho que éste quiera hacer!

Sexton Blake se rió al oir la manifestación de su joven ayudante y discípulo.

—Waldo es un individuo notable, — dijo.—No siente el dolor, posee una fuerza asombrosa y como atleta, me parece que no tiene rival en el mundo. Esta ha sido la primera vez que realmente se ha presentado descaradamente en público. Y segun parece, Waldo se propone continuar.

—Me había preguntado varias veces que habría sido de él, — dijo Tínker. — Hace ya algunas semanas que le perseguimos con motivo del caso del "Clan de las Siete Cabezas" ¿Cómo logra esconderse Waldo? Esto es lo que me intriga y lo que no logro acertar por más que lo pienso.

—Y sin embargo, después de todo, supongo que debe ser de la manera más sencilla,— manifestó Blake. — Waldo posee una condición especial: su extraordinaria sangre fría. La serenidad llevada a ese extremo, puede realizar maravillas, Tínker. Según sabemos paseó esta mañana or Fleet Street sin disfraz de ninguna clase. Ni un solo policeman lo reconoció, a pesar de que se ofrece una crecida recompensa al que lo capture. No hay un hombre, en cada millón, que posea la serenidad, el aplomo y la sangre fría de Waldo.

—¡No hay uno así en diez millones! —declaró Tínker. — En realidad es el único hombre así que hay en el mundo. Varias veces hemos tenido que perseguirle y sabemos de qué clase de tipo se trata. Y usted es el único hombre a quien él realmente, teme... teme y respeta.

Sexton Blake se echó hacia atrás en su butaca y frunció el entrecejo, pensativo.

—Waldo ha declarado que me vencerá antes de que haya pasado mucho tiempo, — dijo. — Tengo la idea, Tínker, de que el señor Rupert se propone realizar ahora una hazaña para justificar o tratar de justificar sus palabras. Me parece que el suceso de Fleet Street vendrá a ser como quien dice el punto de partida.

Tínker inclinó la cabeza afirmativamente y tomó el diario que Sexton Blake había dejado a un lado. Era por la tarde, relativamente temprano; Blake y Tínker estaban en la salita de consultas de la casa del detective, en Baker Street.

Tínker leyó los encabezamientos una vez más. Los diarios se habían encontrado con una información sensacional de primer orden, digna de ser explotada, tal como no se presentan ni una vez al año. Los títulos de los encabezamientos eran llamativos; habían sido compuestos con tipos grandes y gruesos, muy negros.

Los periodistas habían sacado el mayor partido posible, naturalmente, del extraordinario suceso, aun cuando no les fuese necesario exagerar gran cosa para que la crónica saliera sensacional. El público conocía ya el nombre de Waldo y esta su nueva hazaña, estaba destinada a atraer enérgicamente la atención a provocar el comentario.

Los diarios explotaban, mediante comentarios en todos los tonos, el hecho de que la policía había resultado enteramente impotente. Las crónicas describían con lujo de detalles, — verídicos o supuestos por los redactores, — cada uno de los pasos que había dado Waldo. Su robo en el banco, su huida hacia el Strand, su inolvidable subida por la pared de la Casa de Australia y, por último, su inesperada caída en el automóvil abierto. En el momento en que esto sucedía, —afirmaban irónicamente los diarios, —los de la policía perdían el tiempo paseando, en

busca de Waldo, por techos que estaban a centenares de yardas de distancia.

El automóvil había llegado, — según habían podido verlo algunas personas,—por la avenida de la orilla del Támesis y se había observado que se dirigía hacia el camino del puente de Westminster. Pero nadie sabía, al verlo, quién iba en él y nadie se había fijado mayormente en el vehículo. Y desde entonces tanto el automóvil como Waldo, habían desaparecido y nadie, absolutamente, les había vuelto a ver.

Una breve noticia, agregada en último momento anunciaba, sin embargo, que el automóvil había sido hallado ante la Biblioteca Pública, en Streatham. El vehículo se hallaba en perfecto estado y se comprendía claramente que Waldo había entrado en la biblioteca y salido poco después, que entonces había tomado el tranvía de la Municipalidad de Londres o un ómnibus automóvil. Por tan sencilla combinación habíase perdido todo rastro del audaz ladrón.

El gerente del London and General Bank había manifestado a un periodista que Waldo se había llevado dos mil libras esterlinas en oro y catorce mil libras en billetes. Agregó, además, que no sería posible dar con el rasctro de los billetes porque, como eran todos viejos y de una libra, en el Banco no habían tenido la precaución, — por que esto no se hacía más que con los billetes de cinco o más libras, — de anotar su numeración. El Hombre Maravilloso había realizado el robo en las más completas y favorables condiciones de buen éxito.

Y agregaba el diario:

" No es extraño que pueda acontecer un " suceso semejante en el mismo corazón de " la populosa ciudad de Londres, pero la " verdad es que resulta lamentable. La na- " rración de lo que ha realizado Waldo pa- " rece más bien un trozo de novela sensacio- " nal que la crónica de un acontecimiento " verídico. La verdad es que abre camino a " desgraciadas posibilidades. Si Waldo puede " realizar un hecho así una vez, ¿qué es lo " que puede impedirle que lo repita cuando " se le antoje? Se comprende claramente que " el hombre desprecia a las leyes y a la po- " licía en todas sus formas y aspectos. Se " ha atrevido a presentarse en el banco de " Flet Street, sin disfrazarse, y en la hora " de más movimiento de la mañana. Los ge- " rentes de los demás bancos deben estar " alerta todos los días, esperando la visita de " ese notable delincuente. ¿Qué es lo que " puede impedirle que realice otra hazaña " de idéntico carácter?"

—¡Nada! — dijo Tinker, en voz alt

—¿Eh?—inquirió Blake.

—¡Oh! Estaba comentando el artículo que publica este diario, — contestó Tinker. — Dice el periodista que nada puede impedir que Waldo repita la hazaña de esta mañana cuando se le antoje y en eso tiene entera y completa razón. Los empleados del banco y los de policía no pueden andar de un lado a otro con el revólver en la mano, ¿no es verdad? Aun cuando Waldo se les presentara frente a frente, no pueden hacer uso de sus armas. En Inglat rra no se permite esa manera de proceder. Los criminales no pueden ser reducidos a tiros cuando se les ve y me parece que Waldo es suficientemente fuerte y enérgico para que le sea posible soltarse de las manos de cualquiera que desee detenerle.

—Waldo está enteramente equivocado si supone que puede seguir procediendo de ese modo, impunemente, — observó Sexton Blake.—Sin embargo admito, Tinker, que la situación es muy dificultosa. Aun en el caso de que Waldo fuera reducido a prisión, me parece que no permanecería mucho tiempo preso. Tiene, puede decirse una facilidad sobrenatural para escabullirse de las manos de la policía. Además, el soberano desprecio con que mira a todos los de la policía, le presta acrecentado poder en ese sentido.

—Bueno; hay algo que puede decirse en su favor, — manifestó Tinker, — Waldo no lastima jamás a nadie ni comete actos de violencia. Es un ladrón: no lo niega. Pero lo cierto es que se arregla, generalmente, para hacer las cosas del modo más caballeresco posible.

Sexton Blake se manifestó de acuerdo con esa declaración de su joven ayudante, inclinando afirmativamente la cabeza.

—En eso reside precisamente la ventaja de Waldo, — dijo el detective. — No es posible que uno trate a un hombre así como trataría a un asesino. Por su educación, Waldo es un perfecto caballero y, desde algunos puntos de vista, lo es, también, por temperamento. Si no tuviera en su carácter esa inclinación a las hazañas delictuosas, sería un hombre encantador, Tinker.

El diario reclamó de nuevo la atención del joven ayudante de Sexton Blake. El articulista se proponía explicar con toda claridad a sus lectores que Waldo, el Hombre Maravilloso había emprendido una campaña y que era ésta una campaña de un solo hombre contra todas las leyes del país y sus representantes. ¡Y, en la primera escaramuza, había conseguido llevarse, como botín de guerra, diez y seis mil libras! Nadie podía negar que el comienzo era excelente, claro que desde el punto de vista de Waldo.

Mientras Blake y Tinker conversaban se oyó llamar a la puerta y la señora Bardell se presentó. La apreciable ama de llaves tenía aspecto de hallarse sobresaltada y amedrentada. Tenía en la mano una tarjeta de visita.

—Perdone, señor Blake... señor... Está ahí un... un señor que desea ver al señor, — dijo con nerviosidad suma. — Yo no sé qué pensar, realmente, señor... He leído el diario y el nombre de la tarjeta es el mismo que...

—Déjeme ver usted la tarjeta, señora Bardell, — interrumpió Blake.

—¡Y es un señor de tan buena presencia! ¡Parece un caballero! — dijo la se-

ñora Bardell. — Debe haber error, señor, aún cuando el nombre no es de los que abundan. ¡Pero qué pillo más raro debe ser ese hombre que sube por las paredes de las casas, roba dinero de los bancos y hace otras fechorías más!

Blake tomó la tarjeta de la temblorosa mano de su ama de llaves y la miró.

—¡Muy interesante caso, Tínker!—murmuró en voz baja, mostrando la tarjeta al joven.

Tínker estiró el cuello por encima del hombro de Blake y se sobresaltó al ver, en el cuadrilongo de cartulina el nombre, nítidamente impreso, de "Rupert Waldo". ¿Era posible que el extraordinario ladrón tuviera la inconcebible audacia de visitar a Sexton Blake en sus propias habitaciones?

—Yo no sabía, verdaderamente, qué era lo que debía hacer, señor porque... — comenzó a decir el ama de llaves.

—Está bien todo, señora Bardell: Me he tomado la libertad de subir sin que se me invitara a hacerlo, — dijo una voz jovial y de agradable timbre, en el hueco de la puerta. — ¡Hola, Blake! ¿Cómo está usted? ¿Qué es eso, Tínker? ¿Tan perezoso como siempre?

Rupert Waldo entró en la salita de consultas con los guantes y el sombrero en una mano y el bastón en la otra. Vestía un traje nuevo y elegante, calzaba relucientes botines de charol y estaba limpio y pulido de piez a cabeza. Su rostro, sereno y casi hermoso, presentaba su expresión jovial de siempre. Un extraño hubiera creído, sin dificultad, que quien entraba era un amigo antiguo y de confianza, del detective.

Blake se levantó e hizo, con la mano, una indicación a su ama de llaves.

—Está bien, puede usted retirarse, señora Bardell, — dijo. — En cuanto a usted, señor Waldo, debo decirle que esta visita de su parte, no es, para mí, enteramente inesperada. Está de acuerdo con las características de su manera de ser el jugar un juego tan peligroso.

Waldo se rió discretamente.

—¿Peligroso? ¿Dónde está el peligro?— preguntó. — Aquí no hay policía, y usted debe saber, con toda seguridad, Blake, que ni usted ni Tínker son capaces de sujetarme. Además estoy convencido de que no recurrirían jamás a las armas de fuego. Por lo tanto me ha parecido que era enteramente segura una visita que le hiciera a usted.

—¡Por vida de Lucifer! ¡Esto sí que!... —exclamó Tínker.

—Además ya es convenientemente oscuro, en la calle, — agregó Waldo. — No lo digo porque eso me importe gran cosa. Sin embargo, me conviene que así sea puesto que no me siento inclinado a darle otra representación gratuíta al público de Londres, por el momento. Esos ejercicios cansan un poco. ¿Me permite usted que tome asiento? ¡Muchas gracias!

Waldo se sentó en una de las butacas y sacó la cigarrera. Encendió un cigarrillo y entonces pareció recordar algo. Se inclinó hacia adelante, tendió la mano agarró el flexible alambre del aparato telefónico y dió un rápido tirón de él. Los alambres quedaron desconectados en un segundo.

—¡Perdóneme usted! — dijo Waldo, lánguidamente. — Pero pensé que así estaría algo más seguro, Blake, y así no hay temor de que nos interrumpan. He venido porque deseaba ansiosamente, tener un momento de conversación con usted.

—¡Usted! ¡Usted grandísimo!...—exclamó Tínker escandalizado.

—Ha alterado usted su táctica, Waldo,— dijo Sexton Blake con toda calma. — ¡Usted fué siempre audaz, pero sus hazañas de hoy se dejan atrás a todo cuanto hizo usted anteriormente!

—¡Eso es! — dijo Waldo. — He pensado que el sistema antiguo está ya pasado de moda, Blake. Eso de tener que disfrazarse es un fastidio y no siempre da buen resultado, como lo recuerdo yo con sentimiento. Además es muchísimo más difícil conseguir dinero por medio del fraude que presentándose y tomándolo por medios directos.

—¿Así que piensa usted continuar así, por lo que oigo?

—Estoy enteramente decidido, — replicó Waldo. — Sé que será difícil. Sé que tendré que verme en algunas situaciones que me den trabajo. Pero precisamente eso es lo que me divierte y lo que me sacude el sistema nervioso. ¡Qué de aventuras y de emociones! ¡Figúrese usted! ¡Verme perseguido de la mañana a la noche, y darme cuenta, constantemente, de que estoy burlándome de todo el mundo! ¡No crea usted que lo digo por fanfarronería! ¡No! ¡Lo que hay es que tengo siempre suficiente confianza en mí mismo y me siento seguro de que puedo evitar que me capturen siempre que se me antoje!

—¿Y qué le parecería a usted si yo sacara el revólver y le tuviera dominado con él mientras Tínker iba en busca de la policía? — preguntó Blake.

Waldo sonrió y movió negativamente la cabeza, sin dejar de mirar a Blake.

—¡Pero estimado Blake! ¡Si usted no hará eso! — dijo. — Usted no podría hacerlo en realidad. A mí no me asusta su revólver. Usted no es hombre capaz de hacer fuego a sangre fría. Si yo tuviera alguna duda a ese respecto, sobre usted, Blake no hubiese venido. Pero usted es el único hombre por quien siento intensa admiración y le temo también, un poco.

—¿Por eso es por lo que ha venido?— preguntóle Tínker.

—En parte, sí, — contestó Waldo.—Tengo en la mente algo que quiero decir. Blake, usted me ha vencido en verdad, cada vez que se ha puesto contra mí. Le respeto a usted por eso mismo. No le tengo animosidad y siento deseos únicamente de probarle que soy capaz de vencerle en su mismo juego. Usted no podrá capturarme ahora y usted, seguramente, no recobrará el dinero que saqué del London and General Bank. Ese, sin embargo, fué simplemente un trivial golpe de efecto, que tuvo por objeto llamar la atención del público. Comenzaré

mi verdadera campaña casi inmediatamente.

—¡Confieso, Waldo, que es usted un tipo extraordinario! — dijo Balke. — No puedo tratarle como trataría a otro cualquiera. Casi no se qué decir. Estrictamente hablando hago mal en hablar con usted como lo estoy haciendo y en permitirle permanecer en mis habitaciones. ¿Por qué no abandona usted esa loca actividad? ¿De qué puede servirle?...

—¡Por Dios, Blake, nada de sermones, — le interrumpió el Hombre Maravilloso. — Mi querido Blake, soy incorregible. Usted no puede variarme. Usted no puede hacer que yo cambie de naturaleza. Realmente gozo con esta vida, sus riesgos y sus aventuras. ¡Mi mayor ambición es llegar a hacer algo que le haga fracasar a usted. Necesito poder darme el tono de decir que he vencido al más astuto y hábil de los detectives del mundo!

Sexton Blake se hallaba en una situación bien particular. Ante él se encontraba el famoso ladrón, el Hombre Maravilloso, dirigiéndole elogios y hablándole de la manera más afectuosa. ¿Cómo iba a hacer el detective para mostrarse serio y brusco?

La serenidad de Waldo era fenomenal, era algo como para contemplarla silenciosamente admirado. Allí estaba, sentado tan tranquilo, enteramente convencido, al parecer, de que podría retirarse sin que nadie ni nada le molestase y en el momento en que se le diera la gana.

La situación era a la vez, trágica y divertida. Estaban el más famoso perseguidor de criminales de Inglaterra y el más famoso de los ladrones, frente a frente. Waldo se había presentado abiertamente y parecía haber dejado a la casualidad el cuidado de hacer que le fuese posible retirarse del mismo modo. Sin duda creía que si había podido desafiar a toda la multitud, en el Strand, por la mañana, le resultaría muy fácil desafiar a Sexton Blake y a Tinker por la tarde, al anochecer.

—Estoy aburrido, cansado de los procedimientos vulgares, — dijo el visitante con aire jovial. — Me aburren hasta hacer que se me salten las lágrimas, Blake. Y además, no tienen nada de divertidos. De aquí en adelante me propongo realizar todos mis trabajos abiertamente. En alguna ocasión utilizaré algún disfraz, pero nunca cuando esté, realmente, trabajando. Tengo gran cantidad de proyectos en vista y usted tendrá noticia de todos a su debido tiempo, a medida que los sucesos se produzcan.

—Tiene usted mucha confianza en su realización,—comentó Blake.

—Sí; tengo absoluta y plena confianza,— asintió Waldo. — Ya he dicho que no lo digo por fanfarronería, pero soy distinto de todos los que se dedican a mi profesión. He creado un precedente, Blake, y mi intención es hacer que todo el país se ría a carcajadas de Scotland Yard. Además le desafío a usted a que me capture.

—¿De veras?

—En este solemne momento le desafío a que me entregue a la policía o logre hacer



Dos hombres se agarraron a sus hombros, pero él los separó en seguida, con toda facilidad. Salió, corriendo, a la calle. ("El Desafío del Hombre Maravilloso". Página 17).

algo que haga fracasar uno solo de mis planes, — dijo Waldo con toda calma. — Dentro de pocos días realizaré determinado "golpe". No entraré en detalles porque eso resultaría desventajoso para mí. Pero me propongo apoderarme de algo valiosísimo, extremadamente valioso... Usted sabrá de qué se trata cuando yo haya realizado mi plan. Pues bien, le desafío a que no logrará recobrar lo robado. ¡Arrojo el guante ante usted, Blake y le desafío a que logre recobrar lo que yo voy a robar!

—¡Acepto el desafío! — dijo en seguida, Sexton Blake.

—¡Muy bien! — gritó Waldo, levantándose. — Tiene usted espíritu caballeresco. ¡Ya lo sabía yo! Esto es lo que yo quiero. Se que está usted contra mí y eso agregará sal y pimienta a mi programa. Puede usted creer que por mi parte, voy a darle el mayor trabajo posible.

—¡Con tal de que pueda usted darme trabajo, aun cuando sea poco! — dijo Blake con intención. — Todavía no se ha escapado usted de esta habitación, Waldo. No debe usted imaginarse que voy a dejarle salir en plena libertad.

—Nunca fuí tan tonto que pudiera ima-

ginarme semejante cosa, — le interrumpió Waldo. — Le debo advertir, también, que no tengo intención de jugarle sucio, Blake. No lastimaré jamás, voluntariamente, ni a usted ni a Tínker. Si usted me vence en nuestro juego... Pues bien, yo le seguiré respetando, mejor dicho, le miraré con más respeto que ahora.

Waldo tomó el sombrero y los guantes y el bastón y se dirigió a la ventana. Descorrió las cortinas y miró hacia la oscura calle, en la que reinaba relativa quietud.

—Creo que me será posible tomar un automóvil de alquiler, — dijo. — Bueno, Blake, tengo que retirarme... Siento mucho no poder quedarme aquí más tiempo.

Sexton Blake había cerrado la puerta con llave y se dirigía hacia la puerta del laboratorio. El detective no tenía intención de dejar que Rupert Waldo se fuera sin que le costara trabajo. Y, en realidad, Blake casi creía que iba a poder capturar a su audaz visitante.

Pero Waldo se rió a carcajadas.

—¡Si usted no puede detenerme! — exclamó. — ¡Revólvers, palos, gases mortíferos, todo cuanto usted quiera! ¡No se me importa un penique de todo ello! Y no soy tan tonto que vaya a salir por donde entré. ¿Ve usted? Vine preparado. ¡Buenas noches, Blake! ¡Buenas noches, Tínker!

Waldo se volvió con la rapidez del rayo, levantó la parte inferior de la ventana, — que como casi todas las de las casas de Inglaterra era de las llamadas "de guillotina". —y de un salto desapareció en la oscuridad.

—¡Dios mío! — gritó Tínker con voz enronquecida por la emoción.

Durante un segundo se quedó inmóvil, como si tuviese los pies clavados en el suelo, con el rostro pálido y los ojos expresando alarma y horror. La ventana de la sala de consultas estaba a bastantes pies del suelo y abajo, el pavimento, era de piedra. Semejante caída significaría la muerte para la mayor parte de los hombres. Y aun Waldo, con toda su fuerza y sus fenomenales habilidades, no era posible que escapara sin lastimarse. Un salto así tenía que costarle la fractura de algun hueso, al dar con el suelo.

—¡Se ha!... ¡Se ha suicidado, señor! — gritó Tínker, alarmado.

Blake no contestó. Cruzando la habitación fué hasta la ventana, llena la mente de horribles dudas. La ventana no tenía ni ancha cornisa ni antepecho. ¿Era posible que Waldo, después de realizar su temeraria hazaña de la mañana hubiera ido a casa de Sexton Blake con el deliberado propósito de suicidarse? Esto parecía enteramente inverosímil y no estaba de acuerdo con el carácter de aquel hombre.

Blake llegó a la ventana y se asomó. Tínker llegó al mismo tiempo. Había sitio sobrado para que los dos pudieran mirar. Miraron los dos hacia abajo, sin suponer qué era lo que iban a ver, pero creyendo, vagamente que verían a Waldo tendido, desmayado, si no muerto, en el pavimento.

Pero no vieron nada semejante.

—¡Realizado con bastante limpieza: ¿no es verdad? — llegó hasta ellos una voz alegre. — ¡Adios, Blake, viejo amigo!

—¡Bueno! ¡Que me ahorquen!...—murmuró, atónito, Sexton Blake.

Porque vió, en un momento, cómo se había realizado la hazaña. Waldo colgaba del extremo de una soga, — o de algo que parecía una soga, — y aun estaba a alguna distancia del suelo. Pero mientras Sexton Blake y Tínker miraban, se deslizó, puso suavemente los pies en el suelo, y se alejó con rápido paso.

Sólo una o dos personas habían presenciado el suceso. Miraron, sin duda, pero no tenía nada de sensacional, visto así, lo realizado por Waldo. No había caminado doce yardas cuando subió, de un salto, en un ómnibus que pasaba. Su salida de la sala de consultas de Sexton Blake había sido rápida y directa.

—¡Pero... pero... yo no lo entiendo todavía! — exclamó Tínker cuando hubo recobrado el aliento.—¡Esto sí que es verdaderamente el colmo, señor! ¡Waldo saltó directamente por la ventana! ¡Usted lo vió! ¿Porqué no se rompió la cuerda cuando llegó a su extremo? ¡El tirón debió ser terrible! ¿Y dónde está atado el extremo superior de la soga?

—¡Aquí! — dijo Blake.

Indicó con la mano y Tínker abrió la boca, asombrado, al ver cómo había procedido en Hombre Maravilloso. Firmemente enganchado al borde interior de la ventana estaba un garfio de reluciente acero al que se hallaba tado un cordel negro; este cordel pasaba por el borde de la ventana y se perdía la oscuridad.

—¡Qué combinación! ¡Quién se lo hubiera imaginado! — exclamó Tínker.

—Waldo es un tipo que hace uso de los medios más originales, — dijo Blake. — Ya ve usted, Tínker, cuando se acercó a la ventana y ostensiblemente miró hacia la calle, enganchó ese garfio en el borde interior. Debía tenerlo ya en la mano, cuando cruzó la habitación. Después se limitó a abrir la ventana y a saltar por ella. La soga debía estar oculta en algún recipiente especial, enrollada de modo que se podía soltar con lentitud. El otro extremo debía, naturalmente, tenerlo atado al cuerpo.

—¡Sí! Ya veo, señor, — dijo Tínker. — Pero... ¿y cuando la soga terminó de desenrollarse? ¡Debió sentir un terrible tirón!...

—Creo que no, — interrumpió Blake. — Fíjese en esto.

Le alcanzó la soga a Tínker y éste tiró de ella. Al tirar sintió que la soga cedía un poco. Entonces comprendió.

—¡Hola! ¡Si es elástica! — exclamó asombrado, Tínker.

—¡Precisamente! — dijo Blake. — ¡Una combinación muy hábil, Tínker! No pudo sentirse tirón ninguno. Waldo saltó y cuando llegó al extremo de la soga quedó saltando como una pelota que rebotara. Seguramente

la tenía sujeta mediante algun mecanismo especial por que entonces pudo soltarla del todo y llegar al suelo, desprendiéndose luego, sin dificultad.

—¡Pero todo esto es maravilloso, señor!— dijo Tínker, admirado. — ¿Qué vamos a poder hacer contra un tipo como ese? ¿Que piensa usted de su desafío?

—Pienso que lo hizo con toda seriedad, — contestó el detective.

—¿Y usted, se propone tenerlo en cuenta, señor? — preguntó el joven

—¡Sí!

—¿Cuándo supone usted que tendremos que entrar en acción?

—Muy pronto, — dijo Blake. — Debe interesarle a usted saber, Tínker, que Waldo incurrió en un error mientras se hallaba en esta salita, según calculo yo ahora. Si realmente es así, ese error puede costarle muy caro y nos permitirá a nosotros dar con su pista.

Tínker, sobresaltado, miró fijamente al detective.

—¿Qué quiere usted decir con eso, señor? — preguntó en seguida y con gran interés.

Sexton Blake mostró algo que tenía en la mano.

—¿Es eso, acaso, uno de los guantes de Waldo? — preguntó Tínker, sorprendido.

—Nuestro visitante fué suficientemente olvidadizo o distraido para dejárselo aquí, — contestó Sexton Blake con atención. — Esta prenda puede significar el principio de su derrota, estimado joven. El olor propio de la persona que ha usado este gunate puede haber quedado fijo en él y permanecer en el cuero durante largo tiempo. Pedro está siempre dispuesto a entrar en acción cuando se le necesita. ¡Tengo una idea y es fácil que necesite de Pedro antes de que termine la semana!

CAPITULO TERCERO

"¡El collar de Scarfield me atrae!"

EL aeródromo de Croydon relucía, alumbrado por la dorada luz del sol poniente.

Era el día siguiente al de la singular hazaña de Rupert Waldo en el Strand, y el tiempo había sido sereno y luminoso desde el amanecer. El aire era fresco y claro con un poco de niebla, muy tenue, en el horizonte.

En el aeródromo había habido mucho movimiento, más que de costumbre, aun en los días de mayor actividad. Los aeroplanos del servicio regular a París y a otras capitales del Continente habían llegado y salido y además gran número de personas habían querido hacer viajes de paseo. Las varias empresas de aviación habían hecho buenos negocios.

Dos o tres aparatos estaban, en aquel momento, en el aire, sobre el aeródromo o en parajes de la vecindad. Aun faltaban dos o tres horas para que anocheciera, horas durante las cuales se podría volar con toda seguridad.

Un automóvil de alquiler llegó rápidamente al aeródromo y de él bajo un pasajero elegantemente vestido, ante la puerta de las oficinas de la administración. Tenía aspecto de ser una persona adinerada y se le conocía que tenía mucha prisa.

Sacó del bolsillo un papel de una libra y se lo dió al chauffeur, indicándole, con un rápido ademán, que se quedara con el vuelto. En seguida procedió a hacer averiguaciones. Necesitaba un aeroplano de carrera, de los más veloces, que le llevara inmediatamente a París.

Se trataba de un asunto de la mayor urgencia y necesitaba estar en París al anochecer. Mostró suma satisfacción al enterarse de que había un aeroplano en condiciones de hacer el viaje y sería puesto a su disposición antes de que hubieran transcurrido quince minutos.

Era una de las máquinas más veloces del aeródromo y estaba disponible un piloto bien conocido, que podía realizar el viaje. Casi no es necesario decir que el apresurado viajero era precisamente Rupert Waldo en persona.

Pagó anticipado y pagó principescamente.

El aeródromo, igual que los puertos marítimos de todo el país había recibido aviso recomendando la captura de Waldo, si pretendía salir del país. No es de suponer que los empleados y funcionarios del aeródromo reconocieran a Waldo. Al menos, no demostraron haberlo reconocido. Es fácil que sus sospechas, si las tuvieron, fueran anuladas por la presentación de un pasaporte, aparentemente auténtico. El retrato pegado en el documento tenía un admisible parecido con la persona que lo presentaba. El aplomo y la desenvoltura del pasajero contribuyeron a engañar a los empleados.

El Hombre Maravilloso presentaba un aspecto tal de riqueza, una actitud tan atrayente, hablaba de un modo tan cortés e insinuante que no pudo provocar ni la más mínima sospecha. Además hablaba con el fuerte acento nasal de los estadounidenses y en su pasaporte, figuraba un nombre decididamente yanqui. Sin embargo, era tal la audacia de Waldo, que no llevaba nada que pudiera considerarse como un disfraz.

Su plan, su "bluff" tuvo pleno éxito.

En un tiempo brevísimo, el veloz aeroplano estuvo pronto para partir, delante de los galpones, llenos sus depósitos de aceite y de combustible y en perfecta condición para realizar la urgente travesía. Waldo se había puesto una gorra especial y una chaqueta de abrigo, pero nada más. Ya estaba sentado en el asiento para el pasajero.

El piloto se acercó, abrigado, envuelto en mantas, abultado y pesado, seguido de varios mecánicos que vestían "overalls" de brin azul. Hubo que prestar atención a dos o tres detalles últimos; después el motor fué puesto en marcha y el piloto se dispuso a ocupar su asiento.

Como el aeroplano era de los más veloces,

no había que impulsarlo al partir. En cuanto se le diera fuerza al motor, el mismo impulso de la hélice le haría avanzar unas cuantas yardas y elevarse luego, siguiendo la línea de inclinación de las alas. El poderoso motor funcionaba ya, lentamente y la hélice giraba produciendo un suave murmullo que acompañaba a rugir lento del escape de los gases.

—¿Está todo pronto? — preguntó el piloto dirigiendo una mirada a Waldo.

—¡Claro está! Estoy pronto y lo estaba antes que usted, — respondió Waldo. — Y me parece que puedo arreglarme sin su concurso, compañero. Se me ha puesto en la mente la fantasía de manejar yo mismo este carrito.

Se inclinó bruscamente hacia adelante, tomó con un brazo al piloto y le tiró hacia atrás con repentina y poderosa fuerza. El aviador, tomado de sorpresa no tuvo tiempo de ofrecer resistencia ninguna. Se hallaba además en situación muy desventajosa y cayó, frotando el suave y redondo costado del "fuselage", hacia el suelo, dió algunos pasos, tambaleándose, y quedó tendido boca abajo.

Antes de que pudiera levantarse, Waldo saltó como un tigre al asiento del piloto, desapareciendo en aquel hueco. Una sola mirada le bastó para darse cuenta de la situación de los mecanismos que servían para manejar el aeroplano y para percatarse de que no presentaba, aquel aparato, ninguna dificultad de manejo para él.

Abrió la llave de la entrada de la gasolina y a esa maniobra contestó el motor con un ruido fuertísimo al que siguió el acompasado "ladrido" del funcionar de los cilindros. El aeroplano de carrera avanzó por el césped algunas yardas y luego, dando un salto, se desprendió del suelo y comenzó a subir. Subió a cincuenta pies... a cien... a doscientos y entonces, serenándose su marcha empezó a describir una espiral, subiendo siempre.

El piloto, que había quedado en tierra, se encontraba asombrado y anonadado. Los mecánicos hallábanse consternados y aturdidos Un brazo les saludó desde el asiento del piloto del aeroplano que ascendía. Entonces el aparato salió de la zona del aeródromo alejándose y subiendo siempre.

Vociferó, furibundo, el piloto oficial y varios hombres acudieron a él, dirigiéndole preguntas. En pocas palabras explicó lo que había ocurrido. No, no había sufrido daño ninguno.

—¡No pude imaginarme jamás que pudiera suceder semejante cosa! — exclamó el empleado que había despachado el pasaje de Waldo. — ¿Qué podemos hacer ahora? Podríamos telefonear a todas partes... Tal vez podríamos enviar un aeroplano en su persecución...

—¡Eso es imposible! — le interrumpió el piloto. — ¡El aeroplano en que va ese hombre corre veinte millas por hora más que el más veloz de cuantos tenemos ahora aquí!

Mientras tanto, Waldo riéndose solo volaba hacia el sud a una altura de dos mil pies del suelo. Desde el primer momento sabía que el plan que había pensado era muy arriesgado y que era posible que tropezara con un completo fracaso antes de que lograra emprender el vuelo. Pero, por suerte para él, el aparato era parecido, por varios conceptos, al tipo de aeroplano que había aprendido a manejar.

A aquellas alturas se encontraba ya tranquilo, enteramente familiarizado con el manejo del aparato. Se permitió realizar algunos actos de acrobacia, parando la hélice, volviendo a hacer que funcionara, deslizando el aparato hacia adelante y hacia atrás, así como a cada costado, descendiendo "como una hoja", bajando rápidamente, hélice delante, o sea "picando", como dicen los aviadores. Hecho todo eso se consideró satisfecho y enteramente dueño del manejo de su aeroplano. Una vez más la audacia, que no le abandonaba nunca, le había proporcionado el triunfo.

Precisamente veinte minutos después de la partida de Rupert Waldo, del aeródromo de Croydon, en el aparato robado, Jevons miraba por la ventana de su ante-cocina en el castillo de Scarfield, situado en el condado de Surrey. Jevons era el mayordomo y era un tipo rígido, viejo, de costumbres metódicas y tranquilas. Era mayordomo de lord Scarfield hacía quince años; antes había sido su mucamo, y antes de eso había sido su page-boy o mandadero.

El castilo de Scarfield era una construcción antigua e imponente, levantada en la cumbre de una de las pintorescas colinas de Surrey. En su redor se extendía un hermoso parque y después las tierras correspondientes a la propiedad en las que había varias granjas muy bien cuidadas por sus arrendatarios. El terreno descendía, en suave declive, desde donde estaba el castillo, y era posible distinguir todo el valle desde la ventana de la ante-cocina, a la que estaba asomado Jevons, el viejo mayordomo.

Desde aquella ventana no se distinguía ninguna casa-habitación pues los chalets que se hallaban bastante lejos, quedaban ocultos por grupos de frondosos árboles.

La tarde era despejada y luminosa y en el castillo de Scarfield reinaba la paz y la tranquilidad. Jevons miraba por la ventana porque había oído un ruido raro. Se había dado cuenta de que un aeroplano pasaba por encima de donde él estaba. Hacía un momento que se oía el acompasado jadear de la máquina. El mayordomo no había dado mayor importancia a ese ruido pues todos los días cruzaban aeroplanos por encima de aquellos parajes.

Pero de pronto, el ruido del motor había cambiado. Perdió su acompasada normalidad y sonó como una tos irregular, entre la cual se oían de vez en cuando, unas detonaciones más ruidosas. De este modo siguió una y otra vez, interrumpido el ruido por breves momentos de silencio.

Jevons miró por la ventana de la ante-cocina, preguntándose qué sería lo que le pasaba al aeroplano aquél. Cuando miró pudo ver que un rápido biplano de carrera volaba a regular altura. Parecía flotar perezosamente en el aire, como si el piloto no lograra dominar su manejo. De pronto, el aeroplano dió un vuelco y cayó rápidamente doscientos o trescientos pies.

—¡Dios mio! — exclamó, alarmado, el mayordomo Jevons.

Le pareció que, durante un momento, el corazón dejaba de latirle. Pero no había razón para alarmarse. El aeroplano recobró su posición, describió una curva y el motor volvió a funcionar con regularidad. Pero en vez de continuar su viaje en línea recta, el aparato se movió del modo más extraordinario.

Funcionando el motor a toda velocidad el aeroplano levantó la cabeza como si se propusiera ascender al cielo en línea recta. Se detuvo, vaciló y luego se inclinó a un lado, de modo alarmante.

Se paró de nuevo el motor; el aeroplano se deslizó al costado, en una forma realmente peligrosa y así descendió otra vez unos doscientos o trescientos pies. Entonces giró en redondo, vaciló y comenzó a tambalearse como una paloma herida. Se inclinó una y otra vez a un lado y a otro, comprendiéndose que el piloto no conseguía dominar el manejo de su máquina. El aeroplano se hallaba en una situación que era, indiscutiblemente, muy peligrosa.

—¡Nunca tuve confianza en esos aparatos! — murmuró Jevons severamente. — ¡Son unas trampas de muerte y nada más! Pero supongo que ese no va caer en el parque. ¡Sabe Dios lo que diría el patrón si acaso se produjera algo por el estilo!



Mano tras mano, comenzó Waldo, — colgado del cable telefónico, — a pasar por encima del Strand. Parecía que aquello no le costara ningún esfuerzo. ("El Desafío del Hombre Maravilloso". Pág. 10).

No parecía que el aeroplano estuviera por caer en el parque, pero se comprendía que iba a tocar tierra bastante cerca del castillo de Scarfield.

Jevons salió corriendo de la ante-cocina, dirigiéndose hacia la ancha puerta. Se encontró con Bishop, el lacayo y éste se hallaba excitadísimo.

—¿Lo ha visto usted, señor Jevons? — preguntó el lacayo.

—¿Al aeroplano? Sí; lo he visto, — contestó el mayordomo. — ¡Esos aparatos con trampas de muerte!... ¡Lo he dicho siempre!...

—¡Me parece que ese aviador va a caer, dándose un terrible golpe! — dijo Bishop.— ¡Bueno! Si se cae así vamos a tener un poco de conmoción después de tantos semanas de tranquilidad. ¡En esta casa la vida es tan monótona y aburrida!

—¡Si no le gusta la vida de esta casa, puede usted irse a otra parte! — dijo Jevons con acritud.

El lacayo hizo un ademan muy grosero a espaldas del mayordomo y los dos hombres salieron al exterior. A decir verdad, en el castillo de Scarfield no se tenía noticias de lo que es alegría y contento. Hasta los sirvientes acababan por sentirse altaneros, sarcásticos y tétricos. Esto obedecía, sin duda, al ambiente de tristeza que dominaba en todo el castillo.

Lord Scarfield era un anciano fastidioso y áspero que vivía solo, sin más compañía que su numerosa servidumbre y que se pasaba meses y meses sin ver a nadie de fuera. Pocos eran los visitantes que, de tarde en tarde, llegaban al castillo.

Fuera, en la terraza, Jevons y Bishop miraban hacia arriba, al cielo iluminado por la dorada luz de la tarde. El aeroplano estaba ya mucho más cerca y no se oía ni la "tos" ni las detonaciones del motor. La máquina había callado por completo. Desde las ventanas de las habitaciones de los criados, miraban varias cabezas.

El biplano estaba en aquel momento a unos setecientos pies de altura, — ya había descendido más de mil pies, — y se acercaba más y más a la tenebrosa y vieja mansión. Mientras Jevons y Bishop miraban, el biplano se deslizó, se estremeció y entonces se produjo la inevitable zambullida hacia adelante.

Esa zambullida hacia adelante fué acompañada de un movimiento giratorio tal que pareció que nada podía evitar que se produjera un desastroso impacto. Jevons se sintió horrorizado al darse cuenta de que el contacto violento del aeroplano con el suelo iba a producirse a escasamente doscientas yardas de la casa, en uno de los hermosos y bien cuidados espacios de césped, que eran el orgullo del notable parque.

Pero entonces, en el último instante, el piloto pareció conquistar nuevamente el dominio de su máquina. El aeroplano dejó de girar sobre sí mismo cuando se hallaba a sólo cien pies del suelo. La parte delantera se levantó a tiempo justo para evitar un choque con un hermoso y corpulento castaño.

El aeroplano pasó a pocas pulgadas de las ramas del árbol, se deslizó hacia el suelo, golpeó en él, volvió a ascender un poco y luego cayó de nuevo. Había aterrizado con alguna brusquedad, pero sin sufrir desperfecto ninguno.

—¡Dios mio! ¡Qué hábil había sido ese piloto! — exclamó Bishop admirado y por cierto algo decepcionado porque no se había producido catástrofe ninguna. — ¡Yo creía que se iba a hacer pedazos, señor Jevons! ¡El hombre que maneja ese aparato no tiene moscas en el cerebro, apuesto lo que quiera!

—¡Desearía que no se expresara usted en forma tan vulgar y absurda, Bishop! — dijo, severamente, el mayordomo. — Pero el caso es de lo más grave. ¿Qué dirá el patrón? ¡Ha venido a caer ese aparato en el más hermoso de los céspedes! ¡Me parece que vamos a pasar unos momentos desagradables!

—Al patrón le debe ser agradable saber que el aviador ha aterrizado con vida, — dijo el lacayo. — ¡No he visto jamás a ningún aviador, maniobrar con tanta habilidad! ¡Hola! ¡Mire hacia allá, señor Jevons! Ya sabía yo que algo debía andar mal!

Mientras los hombres miraban desde la terraza, el piloto del aeroplano había salido de su asiento y, al querer descender del aparato, se había caído al suelo. Se levantó, tambaleándose, se llevó la mano a la cabeza y se balanceó como un ebrio. Avanzó unos pocos pasos, manoteando, como si pretendiera no perder el equilibrio.

Después cayó boca abajo en el césped y se quedó allí, inmóvil.

—¿Ve usted? ¡Eso era lo que yo suponía! — dijo el lacayo. — El pobre hombre está enfermo o ha sufrido un ataque o algo por el estilo. Quizás ha subido demasiado alto y el aire enrarecido le ha hecho mal. Es necesario prestarle socorro.

Antes de que los dos sirvientes pudieran adoptar alguna medida, un hombre se presentó en la terraza. Javons se irguió instintivamente en cuanto vió que se trataba de lord Scarfield en persona, alto, delgado, ligeramente encorvado y de aristocrática apostura. Su rostro, todo afeitado, y muy arrugado, expresaba disgusto.

—¡Jevons! ¡Jevons! — gritó, con impaciencia. — ¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué no va a ver lo que le pasa a ese pobre hombre? Creí que iba a matarse, pero según parece, se ha librado de la muerte por milagro. Vaya en seguida y entérese de lo que le pasa. Entrelo en la casa, si necesita asistencia.

—Sí, milord, — dijo, apresuradamente Jevons.

El y Bishop corrieron de la terraza al sitio donde se hallaba el aeroplano.

—¡No es posible saber jamás, lo que va a pensar el patrón de un asunto determinado! — exclamó el mayordomo. — Es un hombre muy difícil de entender. Bishop. A veces se conduce enteramente del modo contrario al que uno espera. ¡Ha caído el aeroplano en el mejor de sus céspedes y sin embargo, no ha dicho ni una palabra del destrozo!

—¡Bueno! ¿Por qué había de decirla? Ese pobre hombre se encuentra mal, — dijo el lacayo.—Y el patrón, a fin de cuentas no tiene tan mal corazón. Es un poco irritable, algo quisquilloso y susceptible, tal vez, pero todos, aun los mejores de nosotros, tenemos siempre algo de eso. Además vive muy solo, en realidad, y el hombre que vive en esa forma acaba por hacerse gruñón, la mayor parte de las veces.

Cruzaron, corriendo, un jardincito y llegaron al primer espacio de césped. A continuación de éste pasaron por un arco de ornamentación y se encontraron en el césped más extenso. Aquello era el comienzo del hermoso parque y la ancha franja de césped se extendía durante una considerable distancia, constituyendo verdaderamente un admirable campo de aterrizaje para un aeroplano, aun cuando no fuera esa la opinión del jardinero jefe de lord Scarfield.

A doscientas yardas de distancia se encontraba el aeroplano, sobre la hierba, quieto, silencioso. Parecía muy grande ahora que Jevons y Bishop lo miraban de cerca y delante, en el suelo, estaba tendido el piloto.

El mayordomo y el lacayo corrieron hacia él y se inclinaron los dos. En aquel momento aparecieron dos hombres más. Por su ropa se notaba que eran el jardinero y un pinche de la cocina.

El piloto se había movido y estaba tendido boca arriba. Tenía el rostro pálido y los ojos cerrados. Tenía una apariencia de muerte. Pero Jevons se dió cuenta en seguida de que el hombre respiraba bastante bien, aun cuando no respondió ni cuando se le habló ni cuando le zamarrearon.

—Está desmayado, — dijo el mayordomo. — Un vahído, tal vez. Probablemente recobrará los sentidos en cuanto haya tomado una dosis de cognac.

—¿Qué es lo que debemos hacer, entonces? — preguntó Bishop, el lacayo.

—Lo llevaremos a la casa, de acuerdo con lo que dijo el patrón, — contestó el mayordomo.

Los otros dos hombres se ofrecieron para ayudar y un momento después el desmayado aviador era levantado del suelo y conducido, cruzando el jardín hacia el viejo castillo.

Cuando llegaron a la terraza, lord Scarfield les estaba esperando. Se arregló los lentes de oro y miró con aire escudriñador, al piloto. La expresión del rostro del lord se suavizó un poco al estudiar el aspecto del desmayado aviador.

—¡Hum! ¡Pobre hombre! — exclamó.— Entrelo en la biblioteca, Jevons. Se comprende que se encuentra mal. Haremos todo lo

posible por que recobre los sentidos. Si acaso es necesario enviaremos a buscar al médico.

Esta manera de proceder era característica en lord Scarfield. Generalmente gruñón y fastidioso, a veces se mostraba muy bondadoso y caritativo. Tenía dos sobrinos que habían realizado algunas hazañas notables, como aviadores, durante la guerra y tal vez por eso, el viejo par se sintiera emocionado ante la desdichada aventura de aquel piloto. De todos modos, se manifestó muy interesado y muy deseoso de atenderle debidamente.

Llevaron al aviador a la biblioteca y suavemente lo pusieron en un sofá. Desabotonáronle su gruesa chaqueta y le hicieron tomar una dosis de cognac. El efecto no tardó en dejarse sentir.

El aviador se movió un poco, abrió los ojos y suspiró. Miró en redor lánguidamente, se despejó un instante y casi se incorporó. Pero en seguida se dejó caer pesadamente, como si se sintiera cansadísimo.

—¡Muy bien, Jevons, puede retirarse!— dijo lord Scarfield. — Llamaré cuando lo necesite.

—¡Muy bien, milord! — dijo Jevons.

El y el lacayo se retiraron y lord Scarfield se sentó junto al sofá y sirvió otra copa de cognac.

—¿Se siente usted mejor? — preguntó.— Creo que le conviene tomar un poco más de esto, le hará bien y le tranquilizará los nervios.

—¡Gracias, señor! ¡Es usted muy bueno! —dijo el piloto con debilidad.

Tomó la copa con temblorosa mano, y se bebió el cognac de un solo sorbo.

—¿Cómo le ha pasado a usted eso?—le preguntó el par. — Presencié su descenso y, en realidad, temí que fuera usted a estrellarse. Ha logrado usted salvarse la vida y salvar a su aparato con notabilísima habilidad. Me gustará saber su nombre.

—¿De veras? — dijo el otro. — Mi nombre es Waldo.

—¿Cómo dice usted?

—Rupert Waldo, conocido vulgarmente por el apodo de "Hombre Maravilloso",— dijo el aviador, levantándose repentinamente sin el menor rastro de su pasada debilidad. — Permítame que le dé las gracias, lord Scarfield, por haber contribuído con tanto interés a la realización de mi modesto plan. ¡Me ha ayudado usted de modo maravilloso!

Lord Scarfield se levantó, sobresaltado. Había leído los diarios y no había pasado por alto la crónica de la extraordinaria hazaña de Waldo en el Strand. Pero le parecía imposible que aquel caablllero tan bien vestido y de tan buena presencia, fuera el famoso ladrón.

—¡No!... ¡No entiendo! — dijo lord Scarfield. — ¡Waldo! ¿Es usted Waldo? ¿Qué tontería es esta? Me parece que su sistema nervioso no anda muy bien. ¡Debe hallarse desequilibrado!

—¡No, señor! ¡De ningún modo! — exclamó Waldo con toda calma. — Siento mucho haberle causado tanta impresión, lord Scarfield, pero necesitaba penetrar en esta casa y consideré que lo conseguiría sin dificultad cayendo en su campo de césped y fingiendo un desastre y un desmayo. Mis acrobacias aéreas fueron bastante buenas, ¿no es verdad? Demasiado buenas porque sólo por un capricho de mi buena suerte me libré de aplastarme. Hubo un momento en que estuve en gravísimo peligro de verdad.

Lord Scarfield permaneció quieto, ante el aviador. La expresión de su rostro era de enojo y de alarma. El cambio de actitud de su visitante había sido tan completo que no podía caber duda de que decía la verdad. Todo aspecto de debilidad le había abandonado y se le notaba lleno de animación y dotado de un aplomo y una sangre fría extraordinarios.

—¡Grandísimo canalla! — exclamó, furioso, el lord. — ¿Se ha figurado usted que me va a asustar con esa actitud de audacia? ¡No, señor! Ahora verá usted que...

—¡No! ¡Tenga usted la bondad de no moverse de donde está! — le interrumpió Waldo.

Lord Scarfield había avanzado hacia donde estaba el botón del timbre eléctrico, pero Waldo levantó una mano y el lord se detuvo. Algo tenía el aspecto y la voz de Waldo, que le obligó a atenderle.

—¡Si usted pretende dictarme lo que he de hacer!...

—¡Estimado, señor, no se trata aquí de dictar nada! — le interrumpió Waldo.—Le aconsejaría que no tocara ese timbre ni llamara pidiendo socorro. Detesto las escenas violentas y además eso no le serviría de nada. Deseo evitar toda violencia. La misión que me ha traído es enteramente pacífica.

—¡Pacífica! — repitió lord Scarfield.— ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Pues, sencillamente que he venido a tomar posesión del famoso collar de rubíes de Scarfield, — contestó Waldo con toda suavidad.

El lord dió un respingo. Su rostro cambió de color, y dirigió una rápida mirada hacia un curioso y antiguo armarito, casi lleno de libros, que estaba junto a una de las paredes de la biblioteca. Aquella mirada fué suficiente para Waldo. El Hombre Maravilloso sonrió, muy divertido.

—¡Muchísimas gracias por el dato!—dijo, inclinándose cortésmente ante el viejo aristócrata.

—¡Grandísimo pillastre! — gritó, acalorado, lord Scarfield. — ¡Si usted se figura que podrá robarme a su antojo, está muy equivocado! ¡Usted ha tenido la indecible audacia de hacer uso de esa estratagema, y todavía se atreve a indicar!...

—¡El collar de Scarfield me atrae!—interrumpióle Waldo. — Fué hecho a propósito para la difunta lady Scarfield y entiendo que ese collar vale de treinta a cuarenta mil libras, pues se compone de los más hermosos rubíes "sangre de paloma", que hay en el mundo. Me ha puesto entre ceja y ceja la

idea de ponerlo. ¡Una fantasía de las mías!

—¡Una fantasía el querer apoderarse de!... — El lord se sofocaba, ahogándose de furor. — ¡Por la salvación de mi alma! ¡Esto sí que pasa de los límites! ¿Cómo se atreve usted? ¡No he visto jamás una desvergüenza semejante! Supone usted que va a amedrentarme con sus actitudes teatrales

—¿Amedrentarle yo? ¡Nunca lo he pensado! — dijo Waldo con toda cortesía. —Yo soy un hombre sumamente pacífico, lord Scarfield y enteramente inofensivo, si se hace lo que yo digo. Pero me parece que ha llegado ya el momento de que duerma usted una siestecita.

El lord volvió a intentar acercarse al botón del timbre eléctrico, pero Waldo fué más rápido que él. Avanzó, de un salto, tomó a lord Scarfield por los hombros y le hizo dar media vuelta. El anciano aristócrata se resistió fieramente y hubiera gritado, pero Waldo no le dejó oportunidad de hacerlo.

Del bolsillo del saco tomó el Hombre Maravilloso un pequeño aparato de metal niquelado con una pera de goma a un lado y un pico corto, del otro. Waldo sostuvo ese aparato a una pulgada del rostro de lord Scorfield y oprimió la pera de goma, tomando antes la precaución de respirar hasta llenarse los pulmones, para no tener que aspirar de nuevo en seguida.

Una tenue niebla brotó del pico del aparato envolviendo parcialmente la cabeza del lord. El anciano suspiró una o dos veces, se puso rígido en seguida y luego se desplomó, inerte, en brazos de Waldo.

—Ya suponía que esto sería suficiente para lo que yo deseaba, — murmuró éste con toda calma.

Levantó en brazos al anciano y lo tendió en el sofá. Lord Scarfield no había sufrido daño ninguno. La droga que había aspirado era inofensiva. Pasada una hora, el par despertaría enteramente bien de salud.

Waldo se guardó el pulverizador en el bolsillo y se dirigió al antiguo armarito. Un breve examen le demostró que el mueble, — que era pequeño, — podía separarse de la pared moviéndose en unos goznes. Lo movió así y quedó descubierta una parte de la pared en la que se veía la puerta de una caja de hierro enteramente empotrada en la mampostería. La caja de hierro estaba cerrada con llave.

Fué Waldo hasta el sofá, e inclinándose hacia lord Scarfield, le registró rápidamente los bolsillos. Sacó de uno de ellos un llavero con muchas llaves. Un minuto después la caja estaba abierta y Waldo hallaba, sin la menor dificultad, el collar de rubíes, que estaba en un estuche de cordobán, forrado de felpa blanca.

En la caja de hierro había bastante dinero, lo menos mil o mil quinientas libras. Pero Waldo no lo tocó. Se limitó a tomar el collar sacándolo de su estuche y envolviéndolo en un pañuelo de seda. Después se lo guardó en un bolsillo interior del saco.

Cerró de nuevo la caja, volvió el armario a su lugar y colocó nuevamente la llave en el llavero que metió otra vez, en el bolsillo del dormido lord. Entonces tomó uno de los cigarros habanos que había en una caja que estaba en la mesa lo encendió y se sonrió jovialmente.

—¡Sencillísimo! ¡Lo único que hace falta es desfachatez! ¡Nada más! — murmuró —¡Nada más que desparpajo!

La verdad era que había realizado ese robo con la facilidad más pasmosa. Todo había sido sencillo, del principio al fin, pero lo había sido gracias a la extraordinaria audacia y a la estupenda tranquilidad de Waldo No había, probablemente, en el mundo, otro hombre capaz de haber hecho del mismo modo, lo que él acababa de hacer.

Como ya tenía el collar de Scarfield en el bolsillo, lo único que le faltaba era realizar una retirada hábil y estratégica, de la biblioteca del castillo.

Miró en redor, cruzó la habitación y cerró la puerta con llave. Después se dirigió a las puertas que daban a la terraza y miró por los vidrios de una de ellas. En la terraza no había nadie absolutamente. Desde donde estaba podía ver el aeroplano descansando en el césped, más allá del jardín. Empezaba a anochecer y Waldo comprendió que no le quedaba tiempo que perder. Pero todo habíase desarrollado hasta aquel momento tal y como lo había planeado, así que no había razón, en su concepto, para que el resto del plan no se verificara de idéntico modo.

Abrió una de las puertas, salió a la terraza, y cerró tras sí. Tenía puesta su chaqueta de aviador y el gorro correspondiente. El sombrero estaba guardado en el aeroplano, en el cajón que había, para guardar objetos, debajo del asiento del pasajero. Corrió hasta la balaustrada, saltó al jardín, cruzó el primer espacio del césped, pasó por el arco ornamental y pronto estuvo en el sitio donde se hallaba su aparato.

Se dió cuenta de que le miraban desde las ventanas, pero se sonrió al pensar en esto. Aun cuando pensaran lo que pensaran los sirvientes, se hallaría en los aires antes de que pudiera cundir la alarma o intentaran detenerle. El pensar en que aquella gente pudiera tener la ocurrencia de detenerle, le hizo reir.

Llegó al aeroplano, subió rápidamente al asiento del piloto y un instante después había movido la palanca que ponía en acción el aparato de puesta en marcha, automático. Aquel biplano no era de los que necesitan que se haga girar la hélice para que comience a andar el motor.

Empezó a roncar musicalmente el motor. Waldo hizo que el biplano describiera una curva. En aquel momento vió que varios hombres corrían a toda prisa, hacia él. Entonces le dió toda la fuerza al motor, que rugió ruidosamente y uno o dos instantes después el biplano se elevaba del suelo y volaba por encima de las copas de los árboles del parque.

Describió uno o dos círculos, elevándose siempre más y más. Después se dirigió hacia

el Este, alejándose entre la media luz del crepúsculo hasta que se perdió de vista por completo.

CAPITULO CUARTO

Un gancho y una soga

ERAN las cinco de la tarde y Sexton Blake y Tínker se disponían a tomar el té, cuando la señora Bardell, el ama de llaves, llamó a la puerta y entró. Tenía en la mano una carta con sellos de lacre.

—Siento molestarle, señor, pero el mensajero manifestó que debía entregársela en seguida, que no podía esperar, — explicó el ama de llaves. — Un chico bastante atrevido, el mensajero. ¡No se a donde vamos a parar con la educación que se dá, mejor dicho que no se dá, ahora, a la juventud!

Blake tomó la carta y la miró. Estaba dirigida al "Señor Sexton Blake", con las señas de la casa, debajo. Tínker bajó la taza, que en ese momento se llevaba a los labios y miró sin mayor interés.

—¿Algo importante, señor? — preguntó el joven ayudante.

—¡Querido Tínker, aun no he leído la carta! — contestó Blake. — Está bien, señora Bardell.. puede usted retirarse. ¡Espere! ¡Un momento! ¿Quién trajo esto?

—Un mensajero de esas oficinas de mensajeros de los que tienen uniforme, señor. Un joven muy atrevido y descarado, señor, —contestó la señora Bardell. — Dijo que era muy importante que usted recibiera la carta a las cinco en punto y que no tenía contestación.

—Muchas gracias, — dijo Blake. — Nada más, señora Bardell.

El ama de llaves se retiró y Blake rasgó el sellado sobre, que decía en uno de sus ángulos: "Para ser entregado a las 5 p. m. en punto. — No tiene contestación".

Blake se encontró con que sólo contenía una hoja de papel. Tínker notó que el detective sonreía de modo muy extraño mientras se enteraba de la misiva. Blake levantó, por fin, la cabeza y miró a Tínker.

—Carta de nuestro genial amigo el señor Rupert Waldo, — manifestó.

—¿De Waldo? — exclamó Tínker.—¡Eso el que es pasmoso! ¡Qué desfachatez la de ese hombre! Con un tipo así no sabe uno qué será lo que se ha de esperar de él la próxima vez. ¡Una carta! ¿Y qué dice en la carta?

—Voy a leerla en voz alta, — contestó Blake. — No tiene las señas del sitio de donde escribe y su texto es el siguiente: "Mi querido Blake: En el momento en que usted reciba ésta, que debe serle entregada a las cinco de la tarde, el famoso collar de rubíes de Scarfield estará en mi poder si mis planes han salido bien, como creo que saldrán. Usted comprenderá que ese collar no me sirve de nada, del punto de vista financiero. No puedo vender los rubíes porque son demasiado conocidos. Además sería una lástima arruinar tan famoso collar sacándole las piedras para venderlas sueltas. Lo conservaré como una curiosidad y si lo tomo de donde está hace tantos años, en el castillo de Scarfield, es para demostrarle cómo se pueden hacer estas cosas"...

—¡Ese hombre tiene serenidad suficiente para hacer todo lo que se le antoje! —comentó Tínker.

—¡No me interrumpa, joven! — dijo Blake. — Waldo prosigue así: "Pero tengo otra razón para robar ese collar y es la de demostrar que soy más hábil que usted, que, entre los dos, el que manda, el patrón, soy yo. Por lo tanto le desafío a que logre entrar en posesión de ese collar. Si no lo consigue usted se verá claro que el que puede más soy yo, y yo me sentiré más orgulloso de mí mismo. ¡Adelante, Blake, y vea qué es lo que puede hacer! Le apostaría diez contra uno a que no se sale con la suya. Termino deseándole mucha suerte y saludándole muy atentamente. — Suyo como siempre, Rupert Waldo". ¿Y ahora? ¿Qué piensa usted de eso, Tínker?

—Es demasiado para mí, señor. No se qué pensar, — dijo Tínker desorientado por completo.

—Considero que esta carta es un documento notable, — dijo, riendo, Sexton Blake. — Es toda una joya. Debo confesar que ese hombre no sólo es original en sus métodos y además no es posible sentir animosidad contra él.

—¡Digan lo que digan, señor, yo casi lo admiro! — declaró Tínker. — ¡Es un tipo realmente extraordinario! Es un ladrón, pero roba del modo más caballeresco del mundo. No creo que haya otro ladrón no igual, ni parecido a él.

—En eso estamos de acuerdo, — dijo Sexton Blake. — Pero no por eso he de desoir ese desafío, Tínker. Lo aceptaré.

—¿Procurará recobrar el collar? — preguntó Tínker con verdadero asombro.

—Trataré de recobrarlo, — dijo, tranquilamente, el detective. — No me ocuparé de ningún otro asunto hasta que haya logrado demostrar a Waldo que se halla equivocado al emplear los medios que emplea.

Pero tanto Blake como Tínker se sintieron realmente sorprendidos al enterarse del desarrollo de los acontecimientos y comprendieron que sería una tarea muy difícil, aún para ellos, la de dar con el rastro de Waldo, pues era de suponer que el Hombre Maravilloso hubiera tomado todas las precauciones necesarias para evitar que el detective diese con su paradero y que lo hubiera planeado todo con el mayor cuidado.

Sexton Blake estaba enteramente decidido. El convencimiento de que se hallaba ante un problema de difísil colución, le impulsó a no perder ni un solo minuto de tiempo. Además una batalla de astucias con Waldo era siempre interesante. El detective sabía que tenía como enemigo a un hombre que haría todo cuanto estuviera en su poder para derrotarle, a él y a su ayudante, Tínker, pe-

ro que no recurriría jamás a la violencia brutal. Waldo, a pesar de todo era, en sus procederes, un verdadero caballero.

—¿Qué será lo primero que hagamos, señor? — preguntó Tínker mientras seguía tomando el te.

—Creo que sólo hay una cosa que, sin duda, debemos hacer, — contestó Sexton Blake. — Lo que dice la carta puede ser un "bluff", una baladronada, aun cuando no creo que sea así. Lo primero que hemos de hacer, Tínker, tiene que ser asegurarnos de si es verdad que el collar de Scarfield ha sido robado o no. Y como considero que debo proceder directamente, voy a pedir comunicación telefónica con el castillo de Scarfield.

—¡Excelente idea! — dijo Tínker yendo en busca de la guía telefónica.

Poco tardaron en encontrar en la guía el número del aparato; en la guía especial del condado de Surrey, pues Blake, además de la de Londres, tenía todas las guías de los sitios de fuera de la capital con los cuales podía hablarse. Pocos minutos después habían pedido la comunicación y Tínker volvía a seguir tomando el te.

—No creo que nos hagan esperar mucho, señor, — dijo. — Después de todo, el castillo de Scarfield no está tan lejos.

Tínker tenía razón pues al cabo de cinco minutos los timbres gemelos del aparato telefónico comenzaron a sonar y Sexton Blake se acercó al teléfono. Se encontró con que su aparato ya estaba en comunicación con el del castillo de Scarfield.

—Le habla Blake... ¡Sexton Blake!— dijo con voz bien clara. — ¿Hablo con lord Scarfield?

—No; soy Rogers, secretario privado de lord Scarfield, — fué la respuesta. — ¿Es usted quizás el señor Sexton Blake, de Baker Street?

—Sí, — dijo el detective. — Le ruego que me perdone si le molesto, señor Rogers, pero quisiera saber si es cierto que el famoso collar de rubíes de Scarfield ha sido robado.

—Sí, señor; ha sido robado, — contestó la voz por el aparato telefónico.

—¿De veras? — dijo Blake, con sumo interés. — ¿Cuánto tiempo hace?

—¿Cuánto tiempo? ¡Menos de una hora! —contestó el secretario privado de lord Scarfield. — Pero ¿cómo ha podido saberlo usted tan pronto, señor Blake?

—Waldo, que según parece es el autor del robo ha tenido la amabilida dde dirigirme una carta, informándome de su propósito, —contestó Blake. — Siento enterarme de que ha conseguido su objeto. ¿Podría hablar con lord Scarfield?

—Creo que es imposible, señor, — contestó Rogers. — Mi lord está sin conocimiento bajo la influencia de alguna droga que le dió ese infernal ladrón. El médico dice que milord no ha sufrido absolutamente nada y parece que tardará muy poco en despertar. En realidad, despertó un instante, hace poco, pero volvió a caer en su sueño. Ahora está, descansando, en la cama.

—¿Puede usted decir cómo fué cometido el robo?

—Nos hallamos enteramente a oscuras a ese respecto, — contestó el secretario.—Por desgracia yo estaba ausente a esa hora. Cuando llegué, encontre a milord, dormido, como desmayado. El mayordomo me dijo entonces que un aviador desconocido había aterrizado en el parque y que, como parecía hallarse enfermo, le habían entrado en el castillo, dejándolo solo con lord Scarfield, en la biblioteca. Poco después el aviador salió corriendo y después de meterse a toda prisa en su aeroplano, partió velozmente. Jevons, el mayordomo, fué entonces a la biblioteca y se encontró a lord Scarfield aparentemente muerto.

—Pero ¿no ha dicho que lord Scarfield no ha sufrido nada?...

—Jevons, el mayordomo, se alarmó sin razón, — explicó el secretario. — Yo llegué casi en ese mismo momento y me dí cuenta de que milord había sido narcotizado. Oí la explicación de Jevons y sospeché en seguida de que el móvil del aviador debía haber sido el robo. Entonces abrí la caja e hice el lamentable hallazgo de que el famoso collar había desaparecido. Es un asunto de lo más extraordinario, señor Blake y yo no sé que pensar a su respecto.

—¿No tiene usted nada más que decir?

—Sí, — agregó el señor Rogers. — Hablé por teléfono con la policía, y por uno de sus funcionarios supe que Waldo, el grandísimo canalla, que se ha hecho notar tanto últimamente, había robado esta tarde un biplano, en el aeródromo de Croydon. No cabe duda de que fué Waldo el que cometió el robo.

—Sí; así es, seguramente, — dijo entonces Blake. — Bien, señor Rogers, le agradezco mucho su información. Tal vez le interese a usted saber que Waldo me ha desafiado a que no logro apoderarme del collar robado por él...

—Y usted va a procurar recuperarlo ¿no es verdad, señor Blake? — preguntó el secretario.—Tomo bajo mi responsabilidad el suplicarle que procure, con el mayor empeño, encontrar de nuevo el collar. Estoy seguro de que lord Scarfield estará enteramente de acuerdo.

—No necesita usted encomendarme nada, señor Rogers, — replicó Blake. — Haré todo cuanto sea posible de mi parte desde que Waldo me ha desafiado. Haré todo cuanto pueda a fin de demostrarle que su optimismo constituye un completo error.

Blake colgó el auricular un momento después, terminada la conversación, y se volvió hacia Tínker.

—Bien, esto es, al menos, satisfactorio.— observó. — Es verdad, Tínker. Waldo ha robado realmente, el collar de rubíes de Scarfield y se ha marchado con él, volando por entre las nubes... en un aeroplano... en un aeroplano robado.

—¡Dios mio! — exclamó Tínker. — ¡Pero para ese hombre no hay nada imposible.

—¡Es cosa de creerlo! — dijo Blake. —

Robó un aeroplano en el aeródromo de Croydon esta tarde y por eso creo que debemos hablar con el aeródromo en seguida. Es muy posible que de allí puedan darnos nuevos detalles.

Llamó pues, nuevamente, y obtuvo comunicación telefónica con el aeródromo. Acudió al aparato uno de los empleados superiores. Este señor explicó clara y exactamente cómo dió su golpe Rupert Waldo. Blake no pudo dejar de sonreír al oir el relato. Pero fué hacia el final cuando el empleado del aeródromo dió la información más interesante.

—Ha sido el suceso más sorprendente que se ha producido aquí, señor Blake, — dijo. — Ya nos hemos enterado, naturalmente, de por que se apoderó Waldo del aeroplano y a qué uso lo destinaba. Lo que no sabemos aun es... Espere un momento. Un solo instante. No deje de atender. Sólo un minuto, señor Blake.

Calló un momento y Blake oyó un murmullo de palabras como si el empleado del aeródromo estuviera en conversación con alguien, junto al aparato. Después volvió a oir la voz.

—¡Hola!, ¿Blake?

—Sí, — contestó el detective.

—Tengo ahora algo importante que decirle, — manifestó el empleado. — Acabamos de recibir un mensaje de Dartford, condado de Kent. El aeroplano robado ha sido encontrado con parte del tren de aterrizaje destrozado, en el bosque de Bexley. Acabo de enviar a un grupo de mecánicos a ese sitio, con toda urgencia. Eso es todo cuanto puedo decirle por el momento, señor Blake. No necesito decirle toda la satisfacción que nos produce el saber que se ha encontrado el aeroplano desaparecido. ¡Era el más veloz del aeródromo!

Blake cortó la comunicación después de darle las gracias al empleado. Volvió la cara hacia Tinker con una extraña expresión en la mirada. Le dijo a Tinker lo que acababan de comunicarle y el joven se sintió lleno de entusiasmo y de excitación.

—¡Eso está bien, señor! Nos vamos enterando de todo y no nos hemos movido de Baker Street! ¿Qué plan tiene, señor?

Blake reflexionó un momento.

—Claro está que lo mejor que podemos hacer es procurar encontrar el rastro de Waldo, comenzando la investigación por el punto donde aterrizó el aeroplano, — contestó.— Waldo descendió en mitad del bosque de Bexley porque es un sitio desierto, pero como, aun cuando el bosque tiene grandes claros, el terreno es muy accidentado, no tiene nada de raro que estropeara el aparato. Con un poco de suerte lograremos dar con Waldo comenzando allí la investigación.

—Pero... ¿cómo, señor? — preguntó Tinker. — Puede haber ido en una o en otra dirección y puede usted apostar lo que quiera a que ha adoptado alguna clase de disfraz, sea el que sea. Va a ser como buscar una aguja en un carro de paja. ¿Cómo vamos a saber qué rumbo tomó?

—Nosotros, pobres seres humanos, probablemente fracasaríamos, —, dijo Blake con calma. — Pero usted parece olvidar, Tinker, que tenemos un aliado de cuatro patas a nuestra disposición. Y esta es, seguramente una de las ocasiones en que el genio especial de Pedro puede sernos muy útil.

Tinker le miró fijamente.

—¡Pedro! — exclamó. — Pero ¿cómo va a dar Pedro con la pista, por buen olfato que tenga, sin nada que le ponga en busca? El pobre perro necesita algo... ¡Ah! ¡Por todos los diablos! ¡Usted se refiere al guante! ¿No es así?

—¡Precisamente!

—¡Y tiene usted razón, señor! ¡Ahora me explico por qué tiene usted esa cara de alegría! — exclamó Tinker. — Waldo se dejó olvidado ese guante cuando estuvo aquí y el guante puede llegar a ser la causa de su perdición. Pedro pescará la pista con toda facilidad, según espero, y entonces...

—No nos anticipemos a los hechos, Tinker, — le interrumpió Blake. — Lo primero que hay que hacer es ir al bosque de Bexley. Cuando estemos allí nos enteraremos de donde aterrizó el aeroplano. Dadas las circunstancias mejor será que vayamos en ferrocarril para que luego no nos estorbe el automóvil.

En consecuencia, poco después, habiendo terminado de tomar el te, Sexton Blake y Tinker tomaron un automóvil de alquiler y fueron a la estación de Charing Cross. Pedro iba con ellos y tuvieron la suerte de llegar pocos minutos antes de la salida de un tren para su destino. Cuando llegaron ya era enteramente de noche. En todo el campo reinaba la oscuridad y la quietud.

No encontraron dificultad en hallar el sitio donde había aterrizado el aeroplano. Habían corrido toda clase de historias a propósito de aquella máquina que había descendido en un extenso claro del bosque y había sido abandonada por su piloto. Blake y Tinker tuvieron que caminar bastante y casi sintieron no haberse provisto del automóvil. Pero, en verdad, era mejor hacer el camino a pie ya que les acompañaba Pedro.

Pudieron notar signos de actividad antes de llegar al sitio que buscaban pues los mecánicos del aeródromo habían llegado y se habían hecho cargo del biplano estropeado. Pero el daño que había sufrido el aparato era muy poco.

Blake estuvo pronto en conversación con uno de los esmpleados del aeródromo, que había llegado junto con los mecánicos, un aviador llamado Conway.

—Sea lo que sea ese tipo, no cabe duda de que es un habilísimo piloto, — dijo el señor Conway. — Aterrizó aquí cuando ya era casi de noche, señor Blake y es maravilloso que no se le destrozara por completo el aparato. Se necesita grandísima habilidad para aterrizar sin destrozo grave en un terreno tan accidentado como este.

Blake inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Estoy bien enterado de que Waldo es un excelente aviador, — dijo. — En realidad, Waldo es habilidoso para todo y aprende en seguida todo lo que quiere aprender. Es uno de los hombres más notables que he visto, señor Conway. No me sorprendería si le enviara a usted una suma de dinero para compensar el daño sufrido por el biplano.

El otro se sonrió.

—En realidad, — dijo Waldo ya ha hecho lo que usted dice. En el cajón de guardar el equipaje encontramos la chaqueta, la gorra y un paquete con doscientas libras en billetes de una libra y una hoja de papel en la que Waldo decía que lamentaba mucho haber causado molestia y esperaba que la mencionada suma alcanzara a cubrir los gastos causados por el desperfecto, compostura, gasto de combustible, aceite y demás.

—¡Eso sí que es original! — exclamó Tínker. — ¡Pero muy propio del personaje, por cierto!

—En cuanto a Waldo, nadie sabe lo que ha sido de él, — prosiguió el señor Conway. — Varias personas vieron descender el aeroplano cuando ya era casi de noche, pero todos estaban a una o dos millas de distancia. Supusieron que el aparata se había destrozado y una o dos personas acudieron con el propósito de atender al aviador. Encontraron al biplano, naturalmente; pero no vieron ni rastro de Waldo. Había tenido tiempo de sobra para alejarse.

—Pues Tínker y yo nos proponemos dar con la pista del desaparecido, — dijo Blake. —Hemos traído a Pedro, nuestro sabueso, y es posible que el perro logre olfatear el rastro. Mi deseo sería pescar a Waldo cuando menos lo esperara.

Conway movió negativamente la cabeza y frunció el ceño.

—Es un propósito bastante aventurado y difícil de lograr, el que tiene usted, señor Blake, — observó.

Hizo cuanto estuvo de su parte para ayudar al detective y dió orden a los mecánicos de dejar libre el terreno, en torno de la máquina, mientras Pedro comenzaba a buscar la pista.

—Tal vez haya pasado demasiado tiempo y el rastro se haya desvanecido ya, de tal modo que el perro no logre olfatearlo, — dijo Conway. — ¿No le parece, señor Blake? Creo que el perro no va a lograr...

—Pues me parece que ya ha logrado encontrarlo, — le interrumpió Blake.

Y tenía razón. El sabueso había lanzado un breve y regocijado ladrido y tironeaba de la soga con que le sostenía Blake, de tal modo que casi arrastraba al detective. Pedro se encaminó luego por el accidentado terreno, sin vacilación ninguna.

—¡Bravo! ¡Muy bien! — exclamó, contentísimo, Tínker. — ¡Ha pescado perfectamente el rastro!

Pedro había encontrado, sin duda, la pista que se le había ordenado buscar y el rastro debía ser suficientemente fuerte puesto que lo seguía sin la menor vacilación. Con el hocico junto al suelo, siguió casi en línea recta hasta que el aeroplano y el grupo de mecánicos se perdió a la distancia.

Llegaron a un sendero y Pedro siguió por él hasta llegar al camino. Pero Waldo no había seguido mucho tiempo por el camino; pues antes de haber avanzado cien yardas o poco menos, Pedro volvió a meterse en el bosque.

—Probablemente venía alguien y Waldo no quiso que le vieran, — manifestó Sexton Blake. — Todo va bien Tínker, tal vez demasiado bien. No podemos esperar que nuestra tarea nos resulte igualmente fácil todo el camino.

—¡Oh! ¡Quién sabe! — dijo Tínker. — Waldo no se sospechaba la posibilidad de que se le siguiera como le estamos siguiendo. Puede tratarse de uno de esos casos en que una persona muy hábil da un paso en falso sin saber que lo da. Es de suponer que podamos seguir su rastro hasta Dartford o hasta algún otro sitio de por ahí y entonces logremos echarle mano con el cuerpo del delito, es decir con el collar de rubíes, en su poder.

—Eso me parece excesivamente fácil, joven, — dijo Blake, sonriendo. — En la práctica las cosas no se presentan, comunmente, tan sencillas. Sería maravilloso que no nos encontráramos con algún importante tropiezo en el camino.

La suposición de Sexton Blake iba a resultar exacta. En aquel momento, Pedro seguía el rastro sin vacilación ninguna. No se le notó que fallara ni un sólo instante; continuaba trotando alegremente, como satisfecho de su habilidad.

Caminaron de ese modo dos o tres millas y durante ese tiempo ni vieron a nadie ni se cruzaron con ningún transeunte. A todo esto, los investigadores estaban bastante lejos del basque y avanzaban, cuesta abajo, por un camino campestre con altos cercos a ambos lados.

—Evidentemente, Waldo se encaminaba hacia una aldea o hacia una ciudad, — dijo Sexton Blake. — Quizás nos encontremos a lo mejor en Dartford o en Crayford y terminemos nuestra investigación en llegando a una estación de ferrocarril. Si sucede esto, joven Tínker, las probabilidades de dar con el paradero de Waldo serán poquísimas.

—No tenemos por qué mirar las cosas por su lado tenebroso y desfavorable, señor, — dijo Tínker. — Esperemos que sea lo mejor lo que nos suceda.

Continuaron por una cuesta ascendente que, indudablemente conducía a un puente. Al cabo de pocos minutos Blake y Tínker se dieron cuenta de que así era el caso, pues un tren se acercó rugiendo y pasó por una hondonada por encima de la cual cruzaba el puente. Pedro se detuvo. Se acercó a uno de los bajos parapetos laterales del puente, olfateó una o dos veces y después gimió.

Blake y Tínker se miraron el uno al otro, como pidiéndose explicaciones.

—¡Pero... pero esto es imposible, señor! —dijo Tínker, conmovido.

—¿Qué es lo imposible? — inquirió en seguida el detective.

—Waldo no puede jamás haber saltado...

—No hay nada que pruebe que ha saltado, — dijo Blake. — Y no hay razón para que usted se precipite a sacar consecuencias sin hacer observaciones primero. Waldo se detuvo aquí e imagino que descendió a la vía del ferrocarril.

—¡Diablos! — exclamó Tínktr. — ¡Así debe ser, señor!

Pedro seguía gruñendo, pero calló ante una enérgica orden de Blake. Este sacó del bolsillo una poderosa antorcha eléctrica y la encendió. Dirigió el haz de luz al borde del parapeto, buscando algo, y al cabo de un momento, lanzó una exclamación de contento.

—¿Ve usted esto, Tínker? — preguntó con intención. — Si mira usted con atención verá unos curiosos arañazos en los ladrillos de este parapeto. ¿Ve? Se comprende que han sido hechos hace muy poco tiempo.

—¡Es verdad, señor! — exclamó Tínker. —¿Pero cómo fueron hechos esos arañazos? ¿Qué piensa usted a su respecto?

—Pienso que los ha hecho un gancho y una soga, — dijo Blake. — La misma combinación de siempre.

—¡Eso debió ser, señor! — exclamó Tínker. — Aseguró aquí el gancho, dejó caer la soga hasta la vía del ferrocarril... Pero si procedió así ¿cómo es que no vemos por ahí la soga?

—Se conoce que el gancho era de alguna clase especial, probablemente de resorte, — contestó Sexton Blake. — En consecuencia, tan pronto como el peso de Waldo cesó de tirar de la soga, el gancho se soltó por sí mismo.

Tínker inclinó afirmativamente la cabeza, indicando haber comprendido.

—Rupert Waldo no supuso que íbamos a hallarnos tan pronto sobre su pista, —manifestó luego. — Creo que ni siquiera pensó en que el gancho pudiera dejar una señal tan evidente. Pero no logro entenderlo aun, señor. ¿Por qué se tomó Waldo la molestia de saltar, con una cuerda, cuando le hubiese sido más fácil pasar por el cerco del camino y descender a la hondonada por el talud? De ese modo hubiera llegado muy fácilmente a la vía ¿no le parece?

—Ese camino hubiera sido más fácil, — dijo Blake, — pero seguramente, Waldo tenía alguna razón particular para proceder como procedió. Probablemente lo sabremos cuando lleguemos a las vías. Y vamos hacia ellas ahora mismo, Tínker.

—¡Perfectamente!

Retrocedieron, pues no tenían interés en seguir adelante, perdido ya el rastro de Waldo, hasta que llegaron al cerco por el cual saltaron. Encontráronse en un prado, según pudieron notarlo en la oscuridad. Un cerco pintado de blanco resguardaba el borde superior del talud de la cortadura.

A ese cerco se dirigieron, saltaron por encima de él, optando Pedro por pasar por entre los alambres. El descenso del talud no ofrecía dificultad ninguna. La hondonada no era muy profunda.

Sin incidente llegaron a las vías, que eran dos. No se oía rumor que indicara la proximidad de un tren, así que no era momentáneamente, peligroso el caminar por la vía. Blake y Tínker siguieron, pues, por ella, hasta que se encontraron debajo del sitio del puente en que tenía el parapeto, los denunciadores arañazos.

—Como puede usted observarlo, Tínker, Waldo descendió precisamente encima de la línea descendente, — dijo Blake. — Debió, por lo tanto, pisar aquí el suelo y en tal caso, Pedro no ha de hallar dificultad en encontrar de nuevo su rastro.

—¡Es verdad! — dijo Tínker, moviendo afirmativamente la cabeza. — ¡Venga, Pedro! ¡Vamos, muchacho! ¡Busca! ¡Busca!

Pedro comprendió más por el tono que por las palabras de Tínker y olfateó con ansiedad nerviosa. Pero aun cuando insistió una y otra vez, sus esfuerzos resultaron enteramente vanos. Le dieron a oler el guante de Waldo y volvió a olfatear, pero siempre con resultado negativo.

Tínker se rascó la coronilla.

—¡Esto sí que es extraño, señor! — observó. — ¿A qué atribuye usted esto? Sabemos que Waldo llegó hasta la mitad del puente y que de allí descendió mediante una soga. De acuerdo con todas las reglas de gravedad y todo lo demás, debió tocar el suelo aquí. ¡Y sin embargo, Pedro no logra dar con el rastro!

—Es posible que la soga se balanceara,— dijo Blake. — Si Waldo la hizo balancear y saltó después, pudo pisar tierra a varios pies de distancia ya a un lado, ya a otro. Waldo es aficionado a toda esa clase de acrobacias. Vamos a hacer que Pedro busque en un espacio más extenso.

Durante otros cinco minutos o más, Pedro olfateó hacia un lado y hacia otro, en ambas vías, —la ascendente y la descendente,—y por la hierga de los taludes. Pero no dió con la nueva pista de Waldo.

—¡Por vida del demonio! — exclamó Tínker. — ¡Ya dí con ello, señor! ¡Ya dí con ello!

—¿Sí? Vamos a ver. Venga esa explicación, — dijo el detective.

—Waldo no se balanceó, como usted supuso. Descendió verticalmente por la soga y entonces...

—Se dejó caer en el techo de un tren que pasaba o, mejor aun, en un vagón vacío de un tren de carga... ¿Era esto lo que iba usted a decir? — manifestó Sexton Blake con toda calma.

—¡Claro que sí! — protestó Tínker. — ¡Eso iba a decir! Pero ¿cómo se le ocurrió a usted también?

—Querido Tínker, hace ya un rato que pienso en ello, — dijo Blake. — Y parece ser la única explicación posible que puede tener lo que pasa. Waldo llegó al puente, descendió por la soga y se dejó caer en un vagón vacío de un tren de carga que pasó. Idea ingeniosa, aun cuando bastante arriesgada. Estoy temiendo que nuestra investiga-

ción haya tocado, forzosamente, a su fin, Tinker.

—¡Qué mala suerte la nuestra! — gruñó Tinker disgustado. — ¡Ese Waldo es escurridizo como una anguila!

CAPITULO QUINTO

Pequeño experimento con Pedro

EL disgusto de Tinker era muy lógico. Después de haber seguido la pista de Waldo tan largo trecho era, sin duda, exasperante y desesperante el encontrarse con un fracaso así. Y sin embargo, no era posible no hacer caso de lo que se veía.

No quedaba más que una cosa que pensar, no se podía llegar más que a una sola y única conclusión.

Desde que no había rastros de Waldo en las vías se comprendía que no había bajado a las vías. La única otra posibilidad, en consecuencia, era que el extraño ladrón se hubiese dejado caer en un tren en movimiento. A todo eso no había nada que indicara a donde se había ido. Lo que se comprendía era que había logrado escabullirse y que se había llevado, en su poder, el producto del robo.

—Ya no hay esperanzas de encontrar ahora a Waldo, señor, — dijo Tinker de mal talante. — Debió bajar del tren en algun sitio de la línea, tal vez a cinco millas de aquí... o a diez... ¡o quién sabe dónde! ¡No volveremos a dar nunca más, con la pista!

—Se ve que está usted inclinado al pesimismo, Tinker, — dijo Blake. — No hay, en verdad, razón para sentirse tan decepcionado. Lo único que nos queda ahora es hacer averiguaciones siguiendo la línea férrea. Concedo que el plan no parece destinado a obtener un éxito muy sobresaliente, pero es lo único que, en mi opinión, podemos hacer.

Tinker gruñó nuevamente, moviendo, apesadumbrado, la cabeza.

—¡Era demasiada ilusión la de esperar que nos sería posible cazar a Waldo en seguida! — dijo.—Y no creo que vayamos a vencerle esta vez. Va a escaparse tranquilamente, llevándose el collar de rubíes y todavía se va a burlar de nosotros.

Sexton Blake se rió y dió varias palmadas en la espalda, a Tinker.

—¡Vamos! ¡Vamos muchacho! ¡Nada de tristezas! — díjole. — ¡Animo, compañero! ¡Nada de pesimismo! Es necesario que... ¡Hola! Me parece que viene un tren. Si no queremos que nos aplaste, haremos bien en quitarnos de la vía.

Se oyó el ruido del tren que se aproximaba y a la distancia se vió a un par de puntos de luz. Se acercaban rápidamente, cada vez más claros y el ruido iba acrecentándose poco a poco.

Sexton Blake y Tinker, de pie junto al talud de la hondonada, esperaban. Tinker tenía sujeto a su lado a Pedro. El tren era un rápido ascendente y llegó envuelto en un rugido ensordecedor y en una nube de vapor y humo. Pasó como un rayo; la luz de las ventanillas hizo relucir los rieles de la vía descendente.

El tren rápido pasó como una exhalación, dejando a Blake y a Tinker en la más completa oscuridad. No se distinguía más que una sola luz roja: la del furgón de cola. Tinker volvió a acercarse a la vía.

—Bueno, creo que lo mejor que podemos hacer es ponernos en marcha ¿no le parece, señor? — observó.

—¡Espere un minuto, Tinker, espere, un minuto! — exclamó Blake con animación. —¡Por mi vida! ¡Me está pareciendo que el señor Waldo quiso burlarse de nosotros y le ha salido mal la cuenta! ¡Hola! ¡Hola! ¡Esto es muy interesante!

A Tinker le llamó la atención aquel cambio de actitud de su patrón y maestro.

—¿Qué es eso? —¿Ha pensado usted algo nuevo, señor? — preguntó con curiosidad suma.

—No se trata de lo que pueda haber pensado sino de lo que he visto, — replicó el detective. — Usted recordará tal vez, Tinker que yo examiné la vía descendente, con especialidad las traviesas, con toda atención, ¿no es así?

—Sí, señor; y usted dedicó especial atención a los durmientes que quedan más cerca del sitio donde Waldo debió pisar en el suelo, — dijo Tinker. — Pero como él se dejó caer en un tren de carga que pasó...

—El quiso hacernos creer eso, al menos, —interrumpióle Blake secamente. — Pero no estoy seguro de que nuestra suposición fuera exacta, joven. Hace un momento, mientras esperábamos que pasara ese tren rápido, ví los durmientes de la línea descendente desde otro punto de vista y las cosas cambiaron por completo. En la superficie de uno de los durmientes ví, con toda claridad, la señal de la huella de la pisada de una persona.

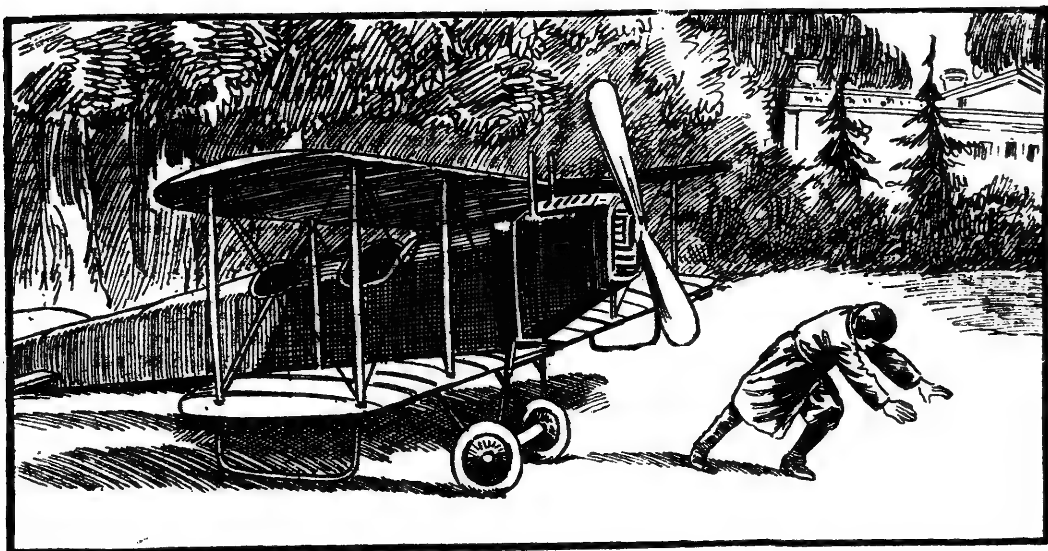
—Sí, pero esa huella bien podemos haberla dejado nosotros al pasar.

—No, no era la huella de nuestro calzado, — dijo Blake. — Eso me hizo pensar, Tinker. ¿Fué Waldo el que dejó esa huella y, si él la dejó, consiguió desfigurar el olor de su rastro de modo que Pedro no pudiera seguirlo?

—¡Eso sí que no lo sé! — dijo Tinker.— Pero me parece que debe estar usted equivocado, señor. Waldo descendió en un tren de carga y nada más. ¡Si hubiese pisado el suelo, Pedro hubiera olfateado su rastro sin la menor duda.

—Bueno, sea como sea, vamos a cerciorarnos de ello, — dijo el investigador.

Blake miró a un lado y otro de la vía y cuando se persuadió de que no venía nada de ningún lado, se encaminó hacia el durmiente que le había llamado la atención. Se agachó, hasta se puso de rodillas en el suelo y se apoyó con las manos en el balasto, lo que era bien molesto; dirigió la luz de su antorcha eléctrica hacia la superficie del durmiente. Se hallaba precisamente debajo, en la misma línea vertical pre-



Al pretender bajar del aparato, el piloto había caído al suelo. Se levantó, se llevó una mano a la cabeza y se balanceó como un ebrio. Avanzó unos pocos pasos, manoteando como si pretendiera no perder el equilibrio... Después cayó boca abajo en el césped y se quedó allí, inmóvil. ("El Desafío del Hombre Maravilloso". Pág. 20).

cedente del punto en que el parapeto del puente estaba arañado.

Sexton Blake observó cuidadosamente aquella pisada que, vista de cerca, se podía apreciar con toda claridad, aun cuando antes, no la había visto. Estaba bien marcada y era reciente. Le llamó la atención a Blake notar que aquella huella parecía relativamente húmeda a pesar de que el durmiente mismo estuviera perfectamente seco. Aquella sección de la vía había sido removida y renovada y todos los durmientes eran, en ella, enteramente nuevos.

Blake se inclinó aun más y olió el sitio en que estaba la pisada.

—¿Qué es eso? ¿Huele bien, señor?—preguntó Tínker sonriendo.

—Sí, muchacho, huele a creosota, a creosota de alquitrán de hulla.

—¡Maravilloso! — dijo Tínker. — Los durmientes de las líneas férreas son siempre untados con creosota antes de ponerlos y como esta línea es nueva, lo natural es que usted pueda oler a creosota si acerca la nariz a ellos. ¿Qué es lo que está usted pensando, señor?

Sexton Blake dejó pasar unos instantes sin contestar. Sacó del bolsillo su poderoso vidrio de aumento y concentró la mirada en la huella. Volvió a oler y luego miró con atención en redor, hacia el balasto. Casi en seguida cambió de postura y miró con cuidado varias piedras que estaban sueltas; llegó hasta oler aquellas piedras, cosa que asombró muchísimo a Tínker.

Blake se levantó. Su rostro expresaba la más completa confianza. Pero Tínker no podía notarlo en la oscuridad.

—Debe usted tener en cuenta, Tínker, que estamos tratando, al tratar con Rupert Waldo, con un hombre muy astuto y muy artero, — dijo Sexton Blake. — Además, Waldo es muy aficionado a las estratagemas y a los golpes de efecto. Ahora me he dado cuenta de algo que, hasta hace un momento, había escapado a mi observación. No fué por casualidad por lo que Waldo dejó su guante en nuestra salita de consultas... fué de intento.

Tínker le miró con los ojos dilatados por el mayor de los asombros.

—¿Dice usted que Waldo se dejó allí, el guante, a propósito? — preguntó admiradísimo.

—Eso mismo.

—¡Pero eso es imposible, señor! — protestó Tínker. — No veo cómo puede ser verdad porque Waldo debió suponer que, mediante el guante, podríamos seguirle la pista desde el sitio donde descendió del aeroplano hasta este puente.

—¡Precisamente! — dijo Blake con toda calma. — Si mi teoría es exacta, era eso, precisamente, lo que Waldo se proponía. Es un tipo muy hábil, Tínker y necesitamos aguzar nuestro ingenio si hemos de burlarle. No vacilo en declarar que ha estado a punto de vencerme y que lo hubiera logrado seguramente si no hubiese pasado el tren rápido que me obligó a cambiar de lugar y me hizo mirar hacia los durmientes desde otro punto de vista. En consecuencia, no puedo darme tono por haber dado con el secreto de su estratagema. Si lo he encontrado ha sido por pura casualidad.

Tínker se rascó, pensativo, la cabeza.

—¡Qué me ahorquen si logro comprender una sola palabra de lo que usted está

diciendo, señor! — dijo. — ¿Por qué demonios había de dejarnos Waldo que siguiéramos su pista hasta el puente?

—¿Por qué? ¡Pero la respuesta no puede ser más clara, muchacho! — exclamó Blake. — Waldo ha querido que siguiéramos su pista hasta este sitio y nos apresuráramos a sacar en consecuencia que él se había dejado caer en un vagón de un tren de carga que pasaba. En realidad, parecía que las circunstancias no tenían otra explicación posible.

—¡Es que no hay otra explicación que pueda considerarse lógica!

—¡La hay! — dijo Blake, sonriendo. — El hábil plan de Waldo, porque es necesario confesar que era hábil, no ha tenido éxito. El, en realidad, descendió por la soga y siguió caminando por la vía. Pero antes de pisar tierra tuvo la precaución de disfrazar su huella.

—¿Eh? ¿Disfrazar la huella? — preguntó Tínker. — ¿Cómo pudo ser? ¿Quiere usted explicarme, señor?

—Dentro de un momento lo comprenderá todo. ¡Hola! ¡Aquí, Pedro!

Dió a oler a Pedro el guante de Waldo y después dirigió la atención del perro hacia la huella que estaba en el durmiente. Pedro la olfateó, pero no le hizo impresión ninguna, es decir, le hizo una impresión de disgusto, pues luego de haber olido volvió la cabeza de mala gana.

—¿Ve usted, señor? ¡No puede ser de Waldo esa pisada!

—Puede serlo.. y estoy convencido de que lo es, — dijo Sexton Blake. — Voy a hacer lo posible por reconstruir los movimientos de nuestro escurridizo amigo. Primero de todo, Waldo adivinó que íbamos a llegar hasta este sitio. Habiéndome desafiado a que no recobraría los rubíes, tenía que suponer que no tardaría en ponerme en su busca. Waldo sabía que teníamos el guante y suponía, con razón, que traeríamos a Pedro. Por lo tanto, ordenó sus movimientos cuidadosamente y cuando llegó al puente enganchó la soga en el parapeto, descendió por ella, pero no tocó en el suelo.

—¿Y no descendió en un vagón de carga, tampoco?

—No.

—Entonces, ¿qué demonios hizo?

—Tocó el suelo por último, naturalmente, pero antes realizó una sencillísima operación, —dijo Sexton Blake. — Se quedó colgado en mitad del aire, Tínker, y se pintó las suelas de los botines, y los tacos, con creosota.

—¿Qué?—gritó Tínker.

—¡No hace falta que grite usted de modo tan alarmante, Tínker! — observó Blake. —Lo que he dicho es enteramente exacto. Waldo desfiguró su pista pintándose el calzado con creosota, la que, sin duda, traía en un frasquito, con un pincel, en el bolsillo. ¿Comprende usted la astucia de eso, Tínker? Cuando Waldo tocó tierra sus pisadas olían igual que los durmientes de la vía férrea. Trascendían a creosota y, en consecuencia, fué caminando tranquilamente, cruzando campo, convencido de que Pedro no podía continuar tras de su huella.

Tínker lanzó un largo silbido.

—¡Qué tipo más hábil! ¡Qué tipo más diabólicamente hábil! — exclamó después.

—Sí; Waldo es, ciertamente, muy hábil, y tenemos que estar siempre alerta para que no nos burle mediante sus habilidades, — dijo Blake. — Su deseo era dejarnos completamente desorientados, hacernos ir siguiendo la línea férrea, haciendo averiguaciones... Se proponía, en suma, alejarnos lo más posible en lugar de que nos quedáramos cerca.

—¿Entonces usted cree que Waldo anda por estas inmediaciones?

—Estoy casi seguro de que es así.

—¡Por la vida de un demonio! — dijo Tínker, con los ojos relucientes. — ¡Entonces... entonces aun queda esperanza de poder pescarle! Si el plan de Waldo no ha tenido éxito y si no ha logrado burlarnos, más le valía no haberse metido en todas esas combinaciones y estratagemas.

—¡Es posible! — dijo Blake. — Pero si en realidad se hubiese dejado caer en un tren de carga, hubiéramos hallado algún rastro suyo en algún punto de la línea. El propósito de Waldo era despistarnos por completo. No podía imaginarse que íbamos a poder darnos cuenta del subterfugio a que había recurrido.

Tínker se rió, muy contento.

—Lo que pasa es que él no se figuró que usted era tan astuto como es, señor, — exclamó. — ¡Esa es la verdad! Waldo está gozando, figurándose que esta vez lo ha burlado a usted. Pero pronto se va a convencer de que no hay tal victoria. ¿Qué es lo que vamos a hacer ahora, señor?

—Voy a intentar un pequeño experimento con Pedro, — dijo Blake. — El rastro de la creosota, de Waldo, debe ser muy fuerte y si Pedro puede olfatear a través de él, lo podrá seguir sin dificultad. Pero esta vía trasciende toda ella a creosota y va a ser difícil hacer que el perro comience a hallarlo.

Blake no llevó a Pedro a oler los durmientes pues no había mucha esperanza de que el perro pudiera pescar allí el rastro de Waldo únicamente. En vez de eso, Blake dirigió a Pedro a alguna distancia de allí. Entonces el detective sacó del bolsillo el guante de Waldo, lo enrolló formando una bola y lo frotó vigorosamente sobre una huella de las que había en los durmientes. Entonces Blake lo olió y se consideró satisfecho. El guante estaba saturado de olor a creosota.

Fué una fastidiosa tarea la de conseguir que Pedro diera con la pista. No parecía importarle nada la huella, en el primer momento, pero luego se dió cuenta de que su misión era dar con la huella de un olor que se parecía al del guante. Y, naturalmente, se dirigió en línea recta hacia la vía férrea.

Pero se detuvo poco después y se encaminó hacia el talud cubierto de hierba, subió por él y bajó después. Waldo debió subir de un lado y luego del otro. Insistiendo, Blake y Tínker consiguieron que Pedro insistiera también. Y por último, sus esfuerzos reunidos tuvieron recompensa.

De pronto, Pedro se paró y comenzó a oler la hierba con suma ansiedad. Después lanzó un rápido gemido y tiró, impaciente de la cuerda con que lo sujetaba Tinker.

—¡Ya la pescó! — exclamó, muy contento, el joven ayudante.

Pero Pedro procuraba descender de nuevo a la vía férrea. Blake lo volvió y le dirigió hacia el otro lado. Pedro comprendió al cabo de unos momentos y siguió el rastro sin la menor vacilación, hasta lo alto de la hondonada. Pasaron por encima de un cerco y se hallaron ante un campo arado.

Pedro no intentó cruzarlo. Siguió por la franja de césped que había junto al cerco, recorriendo dos lados de un cuadrilátero y dirigiéndose luego a un boquete del cerco.

—Ahora si que ha dado con el verdadero rastro, señor, — dijo Tinker. — ¡Qué perspicacia la de usted! Lo único que deseo es que no nos encontremos con nuevos tropiezos. Pero es posible que Waldo haya alquilado un automóvil o tomado un tren...

—Estimado joven, nada se gana con hacer suposiciones sin fundamento, — le interrumpió Blake. — Dése por satisfecho con que nos encontremos siguiendo la buena pista.

Cruzaron un prado en línea recta. A la derecha se veía dos o tres luces entre los árboles, indicando la presencia de algunos chalets, de aquel lado. Waldo debió verlos también, porque procuró separarse de ellos lo más posible.

A la izquierda y delante, todo era oscuridad y nada más que oscuridad. El campo estaba tranquilo y silencioso, sin nada que indicara la presencia de casas. Cuando terminaron de cruzar dos campos más, llegaron a una senda, muy frecuentada sin duda.

Pedro siguió por esta senda, con Blake y Tinker muy atentos siempre, tras de él. La senda condujo a un angosto camino vecinal, con altos cercos de ambos lados. Después de un momento, sin embargo, Pedro volvió a un lado y se metió por otro hueco de un cerco hasta llegar a un grupo de árboles. Blake y Tinker se asombraron bastante, tanto más cuanto que Pedro pareció desorientarse al cabo de unas cuantas yardas.

—¿Qué significa esto, señor? — preguntó Tinker, muy alarmado, temiendo otro nuevo tropiezo.

—Bien; a juzgar por la manera de olfatear de Pedro, supongo que Waldo vino a este bosquecito, permaneció aquí un tiempo y luego regresó al camino, — dijo Blake. — Nuestro escurridizo amigo sometió su aspecto a algunos cambios, con seguridad, y consideró que éste era buen sitio para eso.

La suposición de Blake era evidentemente exacta, porque cuando Pedro fué llevado de nuevo al camino, no tuvo dificultad en encontrar de nuevo el rastro. Siguió por el camino. Waldo se había detenido un rato en aquel bosque por alguna razón, para hacer algo que deseaba hacer sin testigos; probablemente para disfrazarse.

Las esperanzas de Sexton Blake eran muchas. El resultado que hasta aquel momento habían tenido sus esfuerzos era alentador. Sentía vehementes deseos de apoderarse de Waldo y demostrarle al descarado pillastre que no era tan fácil desafiar a cualquiera, impunemente.

Pasaron por delante de uno o dos chalets y otros caminos se unieron a aquel por el cual iban, igual que los confluentes de un gran río se van agregando a la rama principal, hasta que por fin llegaron a la carretera, que era bastante ancha.

Comenzaron a descender la ladera de una colina. En el bajo se vieron varias luces. Se comprendía que allí estaba una aldea y que por allí pasaba el ferrocarril pues un tren, que pareció una luminosa víbora, pasó entre dos grupos de arboles, a lo lejos.

Tinker gruñó.

—¡A que ese grandísimo pillastre ha tomado el tren para Londres! — exclamó. — Si ha sido así, todos nuestros esfuerzos no habrán servido para nada. Y entonces... ¡Perdone, señor! ¡No sirve de nada hacer suposiciones sin fundamento!

Blake no hizo comentario ninguno porque estaba pensando en otras cosas. Pedro siguió aun la pista y esto no tenía nada de raro porque el olor de la creosota tenía que resultar fuerte y persistente.

Entonces, después de descender por la ladera llegaron al valle. Era una curiosa aldea la que allí estaba, situada en una hondonada, entre dos montañas. Había muchas subidas y bajadas y la aldea consistía en un grupo de casas, a diferentes niveles, amontonadas en torno de la estación del ferrocarril.

—¿Cómo se llama esta aldea, señor? — preguntó Tinker con sumo interés.

—En realidad, no puedo decírselo. No conozco estos lugares, — dijo Sexton Blake. — Pero eso no tiene importancia. El nombre de la localidad lo sabremos luego.

No era muy tarde y por las calles andaba bastante gente. Algunos de los habitantes de la localidad miraron a Sexton Blake y a Tinker con bastante curiosidad, pero esto no tenía nada de raro. Blake sentía deseos de terminar de una vez pues si Waldo estaba en la aldea y se enteraba de que un hombre y un joven, con un perro, habían llegado, comprendería al punto, de quien se trataba.

En el centro de la aldea había una plaza con un espacio de césped que tenía un estanque en el medio. Frente a esa plaza estaban los portales de una hostería antigua y espaciosa. Era una casa pintoresca de extrañas ventanas y puertas bajas, con enormes chimeneas de ladrillos rojos.

Pedro, en vez de ir en línea recta, torció hacia un lado, cruzó el camino y se dirigió a la hostería. Blake le dejó avanzar unas yardas más y después le hizo detener.

—¡Muy bien, amigo, muy bien! — murmuró. — Llévelo, Tinker.

Retrocedieron hasta la oscuridad del camino, y penetraron en la plaza hasta llegar a un viejo y deteriorado banco. Allí no podía verles nadie pero ellos podían ver quién entraba y salía de la hostería.

—¡Dios mío! ¿Piensa usted que Waldo está ahí dentro, señor? — preguntó Tinker, muy nervioso.

—No hay ninguna razón para suponer que esté ahí dentro, — contestó Blake. — Probablemente entró ahí a tomar alguna cosa y luego siguió su camino. Pero conviene que nos enteremos, Tinker, de si ha sido así efectivamente. En vista de eso, usted se quedará aquí, mientras yo voy a hacer algunas investigaciones. No creo que tarde mucho. No se mueva de aquí hasta que yo regrese.

—Muy bien, señor, — dijo Tinker. — Ya puede ir, cuando le de la gana.

Blake se separó de él, pero no fué en línea recta a la hostería, cruzando el camino. Antes había notado que se veían luces a un lado de la vieja casa; esas luces debían ser del salón de fumar o de la sala del bar. Sexton Blake deseaba observar aquello tranquilamente, sin que nadie notara su presencia.

Fué por el camino, con paso lento, hasta haber recorrido una corta distancia y se encontró junto a un cerco que limitaba el jardín de la hostería. Le fué muy fácil saltar el cerco en un momento favorable pues no era alto y estaba bien recortado. Se acurrucó y esperó unos minutos.

Entonces, como reinara la tranquilidad, se deslizó cautelosamente hasta llegar a las iluminadas ventanas. La parte inferior estaba cubierta de tela de alambre en la que se leía "Sala de Billar".

Blake se fué elevando poco a poco, y por fin miró por encima de la parte cubierta por la tela de alambre.

En la sala estaban dos hombres que jugaban al billar en la única mesa que allí había. Una sola mirada convenció a Blake de que Rupert Waldo no estaba allí. Uno de los hombres era un empleado de ferrocarril, de cabello gris, — probablemente el jefe de la estación, — y el otro un individuo obeso, coloradote, que debía ser el hostelero en persona.

Blake descendió y fué a mirar por la otra ventana, que también tenía tela de alambre, en la que se leía "Salón de Fumar". Una vez más, Blake se elevó y miró.

La sala era muy confortable. En una enorme chimenea abierta ardía un soberbio fuego. La chimenea era de esas antiguas, con espacios resguardados a los lados, con grandes asientos tapizados y con sitio suficiente, como dice la vieja frase: "para hacer molinetes con el brazo extendido teniendo en la mano un gato agarrado del rabo", y sin tropezar con el gato en ninguna parte, naturalmente.

Sentado de cara al fuego, de espaldas a Sexton Blake, hallábase el único ocupante de aquella sala. Estaba echado hacia atrás y tenía un diario, desplegado en las rodillas. De la pipa que tenía en los labios ascendía perezosamente una espiral de humo azulado.

Era sin duda, uno de los ricos del pueblo, que había entrado en la hostería para leer un rato tranquilamente. De un costado del rostro se veía aparecer una guía, retorcida, del bigote. Mientras Blake miraba, el fuego de la enorme chimenea chisporroteó, después de haber resonado un fuerte estallido.

El hombre se volvió y dió un puntapié a un tronco de leña, rompiéndolo y haciendo que rugieran las llamas. La luz del hogar dió de lleno en las facciones de aquel hombre.

Sexton Blake le miró fijamente, sin respirar, tal era la impresión que acababa de experimentar.

—¡Waldo! — murmuró un instante después, sonriendo satisfecho.

CAPITULO SEXTO

"¡Nunca ví nada semejante!"

NO cabía la menor duda, aquel hombre era Waldo.

Aun cuando Sexton Blake había tenido esperanzas, pero más deseos que esperanzas, de encontrar a Waldo en aquella hostería, el encuentro constituyó una gratísima sorpresa para él. Se comprendía que cualquiera hubiera mirado a Waldo sin reconocerle, aun cuando ese cualquiera hubiese estado familiarizado con las facciones de Waldo.

Porque el Hombre Maravilloso estaba disfrazado.

Verdad que era un disfraz muy sencillo, que se limitaba a un bigote grande y a un cambio de color del cutis de la cara, — se había pintado de un tono bronceado bastante oscuro, — que le daba el aspecto de un mestizo anglo-indio, probablemente un militar. El cambio era en verdad notable, si se tiene en cuenta lo sencillo del disfraz.

Pero Sexton Blake no necesitó más que dirigirle una mirada para darse cuenta de la verdad.

El detective estaba acostumbrado a reconocer a las personas disfrazadas; sabía mirar a un hombre con barba completa y figurárselo cómo sería todo afeitado.

—¡Espléndido! — murmuró Blake contentísimo. — Creo que esta vez le ha llevado demasiado lejos su audacia, señor Waldo. Usted se figuró que podía seguir impunemente ese sistema, pero no era así.

Blake descendió sin hacer ruido y salió, cautelosamente, del jardín de la hostería. Volvió al sitio donde había dejado esperando a Tinker. Mientras tanto, Rupert Waldo seguía cómodamente sentado en la mullida y confortable butaca, en el Salón de Fumar de la Hostería del Oso Pardo. No tenía ni la menor sospecha de que pudieran seguirle ni de que, en realidad, le hubieran seguido.

Había llegado a la hostería hacía dos o tres horas, presentándose como un forastero risueño y conversador, ocurrente hasta la exageración, conocedor de graciosísimos chascarrillos que desternillaron de risa al hostelero y con suficiente dinero en el bolsillo para mostrarse generoso y conquistarse, mediante repetidas invitaciones a beber,

la buena voluntad de los clientes más fieles del establecimiento.

Antes de que hubiera transcurrido media hora ya gozaba de grandísima popularidad. El hostelero se sonrió, contento, cuando supo que el forastero iba a pasar la noche en la hostería. Waldo había dicho llamarse "mayor Travers", y había manifestado que, después de muchos años de servicio en la India, se había retirado y, en la actualidad, realizaba una larga excursión a pie porque así se lo habían recomendado los médicos, pues padecía de una crónica enfermedad del hígado.

Nadie sospechó absolutamente nada. Nadie pudo suponer que el mayor Travers pudiera tener algo que ver con Rupert Waldo, el famosísimo ladrón. El inspector de policía de la localidad fué uno de los que más se rieron al oír los chascarrillos contados por Waldo en el bar de la hostería de pie, junto al mostrador.

La asombrosa desenvoltura con que se presentaba Waldo engañaba a cuantos le trataban y la verdad era que, en lugar de desconfiar de él era él quien se hacía dueño de la situación en cuanto se presentaba en cualquier parte. Tan en serio tomaba su papel, que al engañar a los demás se engañaba a sí mismo.

Debido a esta circunstancia sentíase enteramente convencido, en aquella ocasión, de que había derrotado vergonzosamente a Sexton Blake en todo sentido. Estaba tan convencido de que así era que hasta había abandonado toda vigilancia, toda suspicacia. No se podía ni figurar que pudiera esperarle peligro ninguno en aquella somnolienta aldea.

Estaba echado hacia atrás, en la butaca, sonriendo, al pensar en el excelente éxito de sus recientes actividades. Los directores del London and General Bank debían encontrarse, naturalmente, desesperados. Los empleados del aeródromo de Croydon, — a los que había robado el aeroplano, — debían estar fastidiados. Y lord Scarfield, el que se había quedado sin el collar de rubíes, debía estar furioso.

En cuanto a la policía... La policía debía estar en plena actividad. Centenares de hombres de todas categorías debían estar buscándole por todas partes. Ese despliegue de fuerzas entregadas a un trabajo enteramente inútil era algo típico y característico de la policía.

Waldo gozaba, sonriendo contento, al pensar en todo eso. Hasta el mismo Sexton Blake y su ayudante Tinker debían hallarse desesperados, pensó. Probablemente habían seguido su pista hasta la hondonada de la vía férrea. Pero una vez allí no habían podido seguirle ni un solo paso más. De fijo habían ido tras una equivocada pista que no les conduciría más que a una decepción. Waldo gozaba repasando mentalmente el éxito de su campaña.

No sentía animosidad ninguna contra Sexton Blake. Al detective lo consideraba, desde su punto de vista, como un rival. Pero en esta ocasión, por tercera vez en su vida, iba a derrotar a Blake en una contienda de astucia.

En el bolsillo interior del saco, Waldo tenía el collar de rubíes de Scarfield, cuidadosamente atado en un pañuelo de seda. Waldo no necesitaba para nada ese collar, pero quería tenerlo como si fuera un trofeo indicador de que él era superior a Sexton Blake. Más adelante, cuando su triunfo fuera suficientemente conocido y nadie dudara de su superioridad sobre el detective, probablemente devolvería el collar a lord Scarfield, enviándoselo por correo, en paquete certificado.

Ocupada la mente en dar vueltas y vueltas a estos pensamientos, Waldo sintió que le daba sueño. Bostezó, se levantó de la butaca y se desesperezó. Sentíase agradablemente cansado y se dijo que iba a dormir profundamente toda la noche.

Para el siguiente día tenía ya nuevos planes, con los que esperaba sobresaltar a aquella pacífica comunidad. Habiendo comenzado su temeraria campaña no pensaba en abandonarla. Su propósito era continuar con el torbellino de sus hazañas a toda velocidad. Antes de una semana tendría que estar toda la policía, de todo el país, sudorosa y jadeante, buscándole desesperada por todas partes y sin hallarle en ninguna; una y otra vez aparecería para escurrirse luego cuando menos se esperara.

En aquel momento se abrió la puerta del salón de fumar.

Waldo miró distraídamente hacia ella, esperando ver al hostelero o a alguno de los conspicuos vecinos de la localidad. Waldo miró con toda atención. Se quedó mirando fijamente. No demostró su impresión más que apretando un instante los puños.

Ante él se encontraba Sexton Blake.

El Hombre Maravilloso se estremeció. Pero logró fingir la mayor de las indiferencias. Miró a Blake con toda impasibilidad. Hasta le saludó con una cortés inclinación de cabeza.

—¡Buenas noches, señor!... ¡Buenas noches! — dijo después, con atrayente voz y como si se alegrara de que hubiese llegado alguien a hacerle compañía. — ¿Es usted forastero? ¿Qué es eso? ¿Desea tomar alguna cosa? ¡Fría la noche! ¿Eh? ¡Muy fría! Tendremos helada mañana, de mañana. ¡Vaya si la tendremos!

—¡Bravo! ¡Muy bien, estimado Waldo! —dijo Sexton Blake sonriendo. — ¡Permítame que le felicite por lo bien que completa su disfraz, representando maravillosamente su papel!

El Hombre Maravilloso se rió.

—¡Usted es un tipo sobrenatural, Blake! — exclamó, hablando en su tono natural y abandonando todo fingimiento. — ¿Cómo, por las furias del infierno, ha logrado salirse con la suya? Hace dos minutos estaba felicitándome porque me consideraba enteramente seguro. ¡Y ahora viene usted, como un furioso vendaval, a barrer todas mis rosadas ilusiones! ¡Qué demonios! ¿Pero es que no voy a lograr nunca verme libre de usted?

—Recuerde lo pasado, Waldo. Usted me desafió a que yo no lograba recobrar el collar de rubíes de Scarfield, — dijo Sexton Blake. — Yo acepté el desafío y por eso he venido. He venido en busca del collar de rubíes..

—¿De veras? — dijo Waldo. — Me está pareciendo que tengo algo que decir a ese respecto. Yo creí que había logrado hacerle perder a usted la pista en el puente que pasa por encima de la hondonada del ferrocarril, pero me engañé por completo, según parece.

—Su estratagema fué muy ingeniosa sin duda, pero no fué suficientemente eficaz, — dijo Sexton Blake. — Pero permítame que le ponga al tanto de la situación presente, Waldo. Le conozco a usted suficientemente bien, así que no se me ha ocurrido que soy capaz de arrestarle sin que me ayude alguien.

—Celebro que usted se dé cuenta de que, efectivamente, es así.

—Sería un tonto, si pensara de otro modo, — dijo Blake. — Usted posee más fuerza que cuatro atletas juntos y es usted insensible a toda clase de golpes, contusiones, quemaduras o heridas musculares. ¿Pelear yo con usted? ¡No tendría ni la menor probabilidad de triunfo! Por eso es por lo que he venido preparado.

—¡Ah! ¡Eso me va interesando! — dijo Waldo. — ¿Ha venido preparado? — agregó el Hombre Maravilloso con toda amabilidad.

—A mis espaldas están veinte hombres, incluso los elementos policiales, — prosiguió Sexton Blake. — Este salón tiene una sola ventana y esa ventana está custodiada por veinte hombres más. Todos están provistos de "truncheons" y de garrotes. Usted es muy ágil, sin duda; usted muy fuerte pero, a pesar de eso, no va a poder escapar de aquí sin que le prendan.

Waldo oyó la noticia con toda calma.

—Se ve que usted ha pensado cuidadosamente en el asunto, — dijo. — Pero no creo que haya llegado a figurarse que, ante ese despliegue de fuerzas, yo me decida a entregarme sin darme el placer de pelear un poco.

—Lo que le aconsejo, Waldo, es que dé usted su palabra de que no intentará escaparse, al inspector de policía que ha llegado conmigo y tiene cuarenta hombres decididos, a sus órdenes. De nada puede servirle pelear pues con cuarenta hombres fuertes contra usted, pocas son las probabilidades de escapar que puede tener. Convénzase de que su situación es desesperada, Waldo.

—¡Yo no me convenzo de nada semejante! — replicó Waldo. — ¡Usted me ha sorprendido otra vez, Blake, cuando yo me felicitaba considerándome en seguridad! ¡Maldita sea la suerte! ¡Pero usted no me ha vencido en el desafío todavía! Usted no ha recobrado los rubíes de Scarfield y no me ha capturado.

Blake sonrió, mirando sarcásticamente a Waldo.

—¡Vamos! ¡Cómo de costumbre está usted tratando de variar el aspecto de las cosas según su conveniencia! ¿Pero no ve que en esta ocasión ese sistema no le puede servir de nada en absoluto? En cuanto a los rubíes de Scarfield, los tiene usted guardados en el bolsillo interior izquierdo, del saco que tiene puesto, en este momento.

—¡Hombre asombroso! — dijo Waldo con calma. — ¡Ha adivinado el bolsillo en que tengo el collar! Pero usted no puede apoderarse de los rubíes sin haberme prendido antes. ¿Qué me dice? No va a ser tan fácil apoderarse de mí y reducirme a prisión a pesar de sus cuarenta hombres.

Mientras había estado hablando, Waldo oyó algún ruido, muy débil, trás él, del lado de la ventana que quedaba a sus espaldas. Pero no había sido tan tonto como para volverse y permitir así que Blake le atacara. Se daba cuenta, sin embargo, de que se hallaba en una situación muy comprometida. Ya iba a tomar una determinación, cuando fué Tínker el que se adelantó a entrar en actividad.

Tínker, en realidad, se había metido en el Salón de Fumar, cautelosamente, y, silenciosamente, pasado por la ventana. Y mientras Blake conversaba con Waldo, Tínker se había aproximado poco a poco a la espalda del Hombre Maravilloso. Entonces, en el preciso momento en que Waldo iba a moverse, Tínker saltó. Concentró todas sus fuerzas en un solo y único propósito.

No podía sujetar a Waldo, y lo sabía. Pero lo que se proponía hacer iba a hacerlo. En un instante agarró el saco de Waldo por el cuello. Entonces, con la rapidez del relámpago, tiró hacia atrás y hacia abajo, en dirección de los codos de Waldo. Los dos bolsillos interiores del saco quedaron al descubierto. Tínker avanzó una mano y tomó el contenido de uno de los bolsillos, que parecía no tener más que un pañuelo de seda.

Waldo reaccionó en seguida.

—¡Ah, grandísimo pillastre! — gritó. — ¡Deme eso o!...

—¡El collar! — gritó Tínker triunfante.

Waldo se precipitó como una fiera contra Tínker, pero el muchacho levantó el brazo y el pañuelo, con el collar salió velozmente por la abierta ventana en el mismo momento en que Waldo alcanzaba a Tínker.

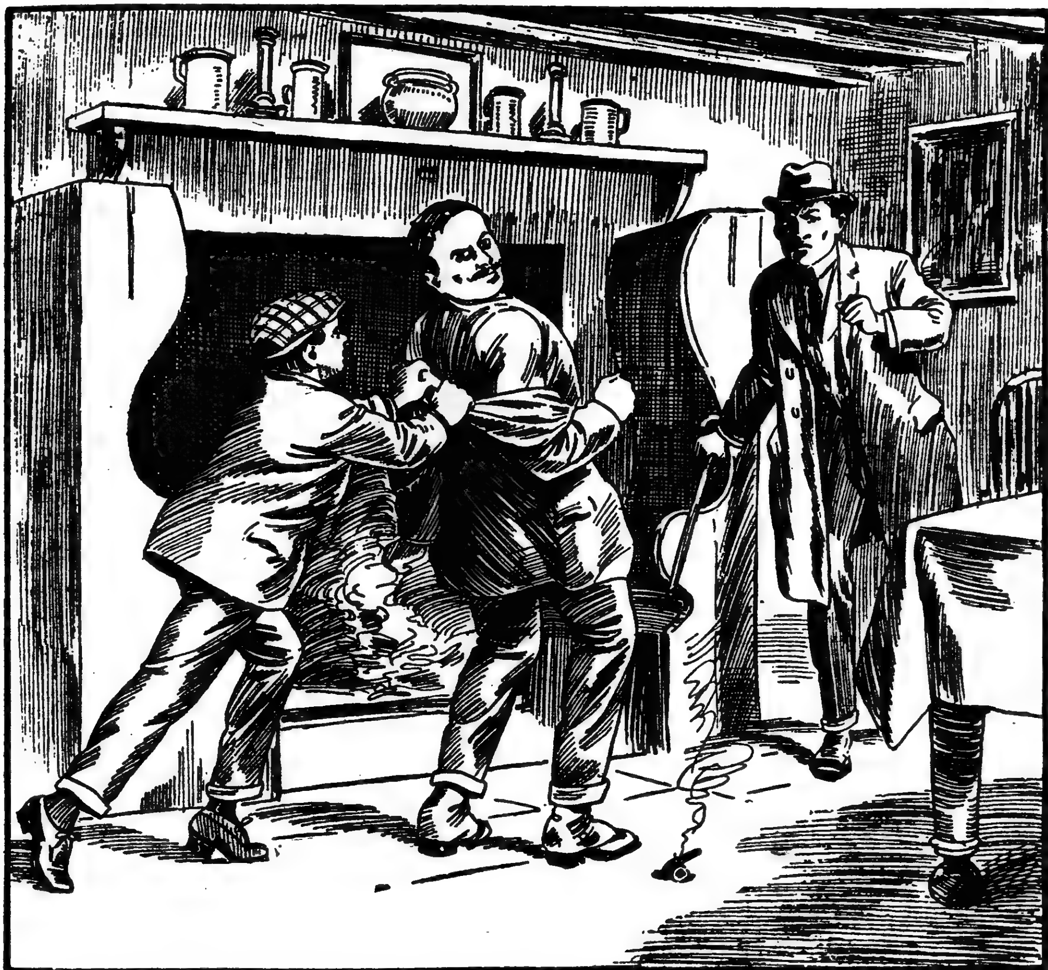
—¡Tarde, compañero! — exclamó el muchacho, sonriendo. — ¡Ya desapareció!

Los ojos de Waldo relucieron un instante, pero en seguida cambió de expresión y se sonrió.

—¡A usted los honores del vencedor, Blake! — gritó. — ¡Me ha ganado usted en buena ley y lo reconozco! Pero no va a haber honores de ninguna clase para la policía. ¡No me van a capturar a pesar de todo, Blake!

Durante un momento miró en redor, desesperado. No era posible salir por la ventana. En cuanto saltara por ella caerían sobre él veinte hombres que le inmovilizarían y acabarían por sujetarle.

Salir por la puerta era igualmente imposible. Detrás de Sexton Blake, en el pasillo, esperaban dos docenas de hombres.



Tínker agarró el cuello del saco de Waldo y tiró con todas sus fuerzas hacia abajo y hacia atrás. Quedaron a la vista los bolsillos interiores. De uno sacó el joven algo que parecía ser únicamente un pañuelo de seda. "¡El collar de lord Scarfield!" gritó. ("El Desafío del Hombre Maravilloso". Pág. 34).

Entonces fué cuando Waldo se rió con extraña y ruidosa alegría.

—¡Adiós! ¡Despjués nos veremos! — gritó con mucha alegría.

Y para consternación de todos los que le veían, el Hombre Maravilloso corrió hacia la enorme chimenea. Sin tener en cuenta el fuego que ardía en ella, Waldo se metió en el ancho conducto por donde subía el humo del hogar.

Aquella era una desesperada probabilidad de salvación y Waldo lo sabía. ¿Lograría llegar al techo? El creía que sí pues sabía que esas chimeneas de construcción antigua son muy anchas y suelen tener dentro unos peldaños de hierro para subir a limpiarlas. El calor y el humo parecían importarle poco.

—¡Dios mío! — gritó Tínker, enteramente desconcertado ante semejante hazaña.

El hostelero, un inspector de policía, dos policemen y varios vecinos, entraron en aquel momento en el Salón de Fumar. Miraron, asombradísimos, hacia la chimenea.

—¡Se va a matar! ¡Va a caer hecho carbón! — exclamó el hostelero.

—¿Es ancho el conducto de la chimenea? —preguntó Blake.

—¿Qué? ¿Si es ancho? ¡Ya lo creo! ¡Más que suficiente para que pase un hombre hasta lo más alto!

—Entonces Waldo estará en el techo dentro de dos minutos — dijo Blake. — Debemos salir fuera en seguida. ¿Hay sitio por donde ir al techo, hostelero?

—Sí, señor; pero se tiene que tardar un poco en subir. ¡Dios mío!

Un trozo enorme de hollín, desprendido del interior del conducto de la chimenea había caído sobre el fuego. El salón se llenó

de chispas y de humo. Raudales de chispas subieron por el conducto.

—Ese hombre no va a poder soportar ese humo y esos gases, — dijo el inspector de policía. — ¡Y el calor! ¡Se va a enfermar y caerá por la chimenea! ¡Si lo pescamos con vida será una maravilla!

—¡Maravilla será si logra usted pescarlo sea como sea! — exclamó Tínker. — ¡Ustéd no conoce todavía a Waldo! Las quemaduras no le hacen daño: no las siente. ¡En ese sentido, y en muchos otros, es el tipo más maravilloso que ha existido en el mundo.

Pero el inspector siguió creyendo que, de un momento a otro, Waldo iba a caer dando tumbos, por la chimenta, chamuscado y desmayado. En el interín Sexton Blake salió corriendo al exterior donde un labrador que lo había recogido, le dió el pañuelo de seda que contenía el collar de rubíes de Scarfield.

—Eso lo tiraron por la ventana y yo lo recogí, — dijo el hombre. Parece un pañuelo que vale algo...

—Sí, algo vale, amigo, — dijo Blake.— Gracias por haberlo traído y tome esto por lo molestia.

Dió una libra esterlina al labrador que se quedó complacido y asombrado. Una sola mirada fué bastante para que Blake se diera cuenta de que aquel era el verdadero collar de rubíes de lord Scarfield. Sexton Blake había salido vencedor en el desafío.

Waldo, a pesar de toda su astucia no había podido conservar mucho tiempo la alhaja en su poder. Si podría lograr que no lo prendieran estaba por ver. Pero la persecución de que le iban a hacer objeto era seria.

Exasperado por el sesgo que habían tomado los acontecimientos, Waldo sólo pensó en huir; Blake había recobrado el collar, pero la policía no lograría apoderarse de él, pensó el Hombre Maravilloso. Empero no se había metido en la chimenea en un momento de locura. Lo había pensado bien antes.

Sabía que aquel era el único sitio por donde podía escapar con relativas probabilidades de conservar su libertad. Subió por la chimenea, luchando contra el humo y los gases que le sofocaban. El hollín, desprendido por él, al pasar, era tanto que casi no le dejaba respirar.

Cualquier hombre normal no hubiera podido resistir aquello. Pero Waldo era diferente; no sentía el dolor como los demás hombres lo sienten. El calor calcinante no le hacía mella. Pero los gases le penetraban en los pulmones y Waldo comprendía que no podría resistirlo mucho tiempo.

Luchó y luchó desesperadamente. Por fin, cuando ya empezaba a temer que no le sería posible llegar al fin, vió, sobre su cabeza, la claridad del cielo nocturno.

Y emergió a la clara y fresca atmósfera. Su aparición fué saludada por el rugir de muchos gritos de admiración. En torno de la casa se habían reunido grupos y más grupos de curiosos. Todos los habitantes de la aldea, en verdad, sabían ya lo que pasaba y hombres, mujeres y niños, habían acudido con el propósito de ver qué sucedería.

De pronto apareció en el techo aquella figura... una figura que parecía proceder del mismísimo infierno. Porque Waldo estaba negro de pies a cabeza, chamuscado, sofocado, pero decidido siempre a escapar. Nadie se había imaginado que el grandísimo ladrón saliera del Salón de Fumar por donde salió. Pero una vez en el techo ¿qué iba a hacer? ¿Cómo iba a evitar que le alcanzaran sus perseguidores?

Waldo, de pie en lo más alto del techo, respiraba el aire puro de la noche y recuperaba fuerzas. Debajo podía distinguir a Sexton Blake. La luz que brillaba en una de las ventanas iluminaba la ágil silueta del detective.

—¡Usted ha ganado, Blake y le felicito! —gritó Waldo. — Me figuré que le tenía vencido desde el primer momento, pero resultó que fuí demasiado optimista. Siento mucho no poder quedarme para que usted me explique cómo fué que pudo dar con la verdad.

—¡Sea usted sensato y entréguese, Waldo, — le gritó Sexton Blake. — ¿No comprende que no tiene por donde escapar de ese techo?

—¡Sí! ¡Puedo escapar! — contestó Waldo.

En realidad parecía que no tenía por donde escapar, pues el techo era comparativamente alto y no había otro edificio que estuviera cerca; no había otro techo al que Waldo pudiera saltar.

La distancia hasta el suelo era muy grande. Si el fugitvo saltaba corría el peligro de matarse.

—¡No puede hacer nada, señor! ¡Tiene que entregarse!—manifestó Tínker.

—Así parece; pero Waldo es un tipo muy extraño, — dijo Blake. — De todos modos, Tínker, el asunto no nos corresponde ya; nosotros hemos cumplido con lo nuestro. Hemos recobrado el collar de Scarfield. La policía es la que tiene que capturar al delincuente.

Tínker se sonrió.

—¡Buena tarea para la policía! — dijo. —¡Gracias a Dios hemos recuperado ese collar! Lo que es desde ahora, Waldo no va a poder darse tono cuando hable de usted, señor.

Entonces, mientras ellos hablaban, Rupert Waldo corrió un riesgo terrible. El único edificio cercano de la hostería era un extenso depósito o fábrica. La esquina sobresalía. El techo era chato, con un pretil de piedra en el borde.

Pero no se pensó ni un momento en que Waldo pudiera saltar a ese techo. Parecía que estaba demasiado lejos de la hostería. Además ese techo estaba más alto que la parte más alta del techo de la hostería

Pero Waldo se arriesgó.

Tuvo que decidirse porque se había abierto una trampa en el techo de la hostería y por su hueco había aparecido el inspector seguido de varios policemen. Waldo los miró y después corrió velozmente por el borde superior del techo.

Waldo se elevó dando un salto extraordinario, — un horrendo salto, — tal como

no era concebible que lo diera ningún hombre. No podía esperar que al terminar el salto, fueran sus pies los que tocaran el techo de la fábrica. Saltó hacia fuera y hacia arriba.

Se oyó un grito de horror, lanzado por los espectadores. Pero no había por qué asustarse. A Waldo no le fallaba jamás un esfuerzo.

Alcanzó al techo de la fábrica, por lo menos, al pretil. Se agarraron sus manos al borde de piedra y el cuerpo dió contra la pared. Permaneció un instante colgando...

Poco después subía al techo y se quedaba allí, de pie, un momento.

Los que miraban se habían quedado mudos de asombro. Waldo miró en redor con todo aplomo. Reinaba la oscuridad, pero el Hombre Maravilloso se podía dar cuenta de los detalles importantes de la situación.

Del otro lado del edificio de la fábrica se levantaba una alta chimenea. Al lado de aquel frente corría la línea férrea y a corta distancia quedaba un puente de grandes dimensiones.

Waldo decidió en un instante lo que le convenía hacer para escapar.

Corrió por el techo, sin tropiezo, hasta llegar al otro lado. Allí se levantaba la gran chimenea. Era bastante alta. A un lado tenía una escalera de hierro que llegaba hasta lo más alto.

Waldo saltó otra vez, pero este salto fué sencillo. Saltó del techo a la escalera y en seguida comenzó a subir con suma rapidez. La gente cambió de sitio para ver mejor. Cuando Blake y Tínker volvieron a mirar, Waldo estaba ya en la cúspide de la chimenea.

Se hallaba allí, de pie, en el delgado borde, con la mayor naturalidad, como si no corriera peligro alguno. Y un pequeño resbalón podía enviarle a la muerte. Los de la policía rodeaban ya la base de la chimenea.

—¡Ahora si que se ha terminado todo!— dijo Tínker. — ¿Por qué habrá subido a esa altura? De ahí no puede saltar a ninguna parte y tarde o temprano caerá en manos de la policía.

—Así parecería. — dijo Blake, — si no se tratara de Waldo. Pero nuestro amigo no hace nada sin su propósito meditado. Creo que Waldo prepara alguno de sus grandes golpes teatrales. Esperemos. ¡Qué hombre notable!

Blake estaba en lo cierto.

Mientras él y Tínker miraban, Waldo comenzó a desenvolver una larga y delgada soga que tenía enrollada al cuerpo. La iba reuniendo como el cowboy reune el lazo, a medida que la desenrollaba. Después le hizo un nudo corredizo al extremo.

—¡Dios mío! — exclamó Tínker. — ¡No es posible! ¡No se va a atrever! ¡Dios mio!

Tínker estaba aturdido. Lo que hacía Waldo dejaba comprender lo que se proponía. El Hombre Maraviloso hizo girar en lo alto aquel improvisado lazo, lo mismo que un gaucho o un cowboy. La luna brillaba desde hacía unos momentos. Se notaba que Waldo tenía, puesta su intención en el alto puente que cruzaba por encima de las líneas del ferrocarril.

Era uno de esos puentes muy altos que parecen sostenerse en estructuras como esqueletos. El camino principal para salir de la aldea era empinado, tortuoso y cruzaba la línea férrea por aquel sitio. La parte alta del arco de ladrillo, del puente estaba solamente un poco más baja que la cúspide de la chimenea de la fábrica.

El puente estaba muy adornado con grandes bolas de piedra, puestas de trecho en trecho, en el parapeto. Se comprendía cuál era el objeto de Waldo. Quería asegurar el extremo de la cuerda en una de sas bolas de piedra. Dos veces lanzó el lazo sin acertar y tuvo que recoger la soga, nuevamente.

Pero a la tercera tentativa, — no en vano se dice "a la tercera va la vencida" — el lazo envolvió una de las bolas de piedra. Waldo tiró de la soga. Estaba firme. El ya se hallaba pronto.

—¡La verdad es que ese hombre tiene un extraordinario sistema nervioso! — exclamó Sexton Blake.—Me parece que va a burlar a la policía al fin y al cabo, Tínker. Se han reunido todos al pie de la chimenea pero no creo que tengan probabilidades de prender a Waldo.

La gente miraba hacia arriba, fascinada por lo que hacía aquel hombre.

Se oía todo género de exclamaciones. Waldo, al oirlas, sonreía y saludaba, agitando la mano.

De pronto realizó su golpe decisivo.

Después de respirar hasta llenarse bien los pulmones, tiró de la soga hasta ponerla bien tirante, se agarró a ella con ambas manos y se arrojó al espacio.

—¡Oh!

—¡Se mató!

Pero Waldo parecía bien vivo. Descendió, agarrado a la soga y lateralmente, — pues la chimenea de la fábrica no estaba enteramente delante del puente, — y no golpeó en la mampostería del puente, pues siendo la soga suficientemente larga, se balanceó debajo del arco.

Cruzó el aire con una rapidez tremenda y la cuerda, a pesar de ser tan delgada, le sostuvo.

Los de la policía se quedaron consternados pero, en seguida corrieron hacia el puente.

Resonaron de pronto fuertes gritos de alarma. ¡Se aproximaba un tren!

Waldo se balanceaba dentro y fuera del arco, colgado de la soga que pendía de la bola de piedra del parapeto del puente. Creyó el público que el tren que llegaba le golpearía, pero el Hombre Maravilloso estaba demasiado alto para que le sucediera eso.

Aun cuando hubiera estado más bajo, hubiera podido apartarse al paso del tren. El convoy que se acercaba, silbando era un tren rápido, de pasajeros, que no paraba en aquella pequeña estación.

Pero había aminorado mucho la rapidez de su marcha debido a una rápida curva que

había en aquel sitio. Rugió al entrar debajo del puente. Waldo se perdió entre el humo y el vapor que despedía la poderosa locomotora.

El Hombre Maravilloso se soltó entonces de la soga que le sostenía.

Se balanceaba a cerca de cinco pies sobre el tren y no enteramente sobre él. Pero se arrojó con acierto. Cayó en el techo de uno de los coches, boca abajo y se agarró desesperadamente uno a uno de los salientes de los ventiladores. Allí permaneció agarrado un momento.

Pero se hallaba en salvo, aun cuando maltrecho y golpeado. Logró reaccionar y buscar mejor posición. Tendido en el techo de uno de los coches, desapareció en la oscuridad.

Todo había sucedido con tanta rapidez que, los que lo habían presenciado se quedaron mudos de asombro.

Todo había parecido imposible y, sin embargo, había sucedido.

Sexton Blake se volvió hacia Tinker.

—Ahora creo que Rupert Waldo es capaz de eludir el ser capturado siempre que le de la gana, — observó. — Lo más asombroso de todo ha sido que no se matara.

—¡La verdad es que un hombre que hace así, merece escaparse! — dijo Tinker. — A un artista cinematográfico le pagarían un sueldo fabuloso por hacer cosas así. ¡Nunca ví nada semejante!

—¡Fué realmente, un sencional espectáculo! — dijo Sexton Blake.

Una vez más el estupendo Hombre Maravilloso había evitado el ser capturado gracias a sus condiciones acrobáticas. Pero Sexton Blake tenía en su poder el collar de rubíes de Scarfield y pronto lo devolvió al anciano aristócrata que tuvo, al recibirlo, una gran alegría.

Y Sexton Blake y Tinker se preguntaron cuándo volverían a tener que verse de nuevo en lucha con Waldo. No había de pasar mucho tiempo, por cierto.

Fin de "El Desafío del Hombre Maravilloso"



El Doctor Panchenko

Por C. J. y Annie O. Tibbits

MUCHAS veces se ha dicho que "la realidad es más extraña que la ficción"; el caso presente demuestra, una vez más, la exactitud de esa afirmación. Ni aún el novelista dotado de la más estupenda fantasía, puede llegar a inventar un caso como el presente, acaecido en Rusia y que asombra por muchos conceptos, demostrando hasta dónde puede llegar la maldad humana cuando se ve impelida por malas pasiones y por bajas ambiciones.

I.

¡BRR!... ¡Brr! ¡Qué frío hacía! No cabía duda ninguna; hacía mucho frío. La helada precedía al viento que barría la superficie de hielo del río Neva y soplaba el barrio Liteinaya, cuando el doctor Panchenko salió del departamento en que habitaba la viuda Muraviova y se dirigió calle abajo. La nieve se había endurecido y crugía bajo sus pies como si fuese de vidrio. También se amontonaba en los jardines que estaban esparcidos por el elegante barrio. Era blanca como un fantasma y silenciosa como la

muerte. Brillantes rayos de luz salían de las ventanas de los enormes edificios y se reflejaban en ella poniendo de manifiesto su pureza, al extremo de hacer pensar que nadie recorría aquella noche las calles de la gran ciudad. Cuando el doctor Panchenco pasó por uno de los espacios iluminados por la luz que salía de las casas, los rayos eran tan vigorosos que la sombra de un alto árbol se reflejaba en el suelo blanco, como destacada por la luna, con tal nitidez que sus ramas se dibujaban con todos sus detalles semejantes al esqueleto de un ser humano que se atravesase en el camino del doctor.

¡Brr! ¡Brr! No tenía deseos de recordar tales cosas aquella noche. La agradable temperatura de la habitación, los vapores del vino que había bebido, aceleraban la circulación de la sangre en sus venas, y le sugerían imágenes que danzaban delante de él en la oscuridad. Veía a la Muraviova, tal y como la había visto momentos antes, sonriéndole.

La larga sombra de su propia persona se destacaba ante él cuando pasaba junto a un farol y continuaba a su lado, como un perro que siguiese sus pasos, hasta que llegaba a otro. Y así seguía, delante, detrás, bajo él, apareciendo y desvaneciéndose a medida que la luz lo iluminaba mientras atravesó por entre la gran cantidad de luces de la famosa Perspectiva Nevski, por las concurridas calles frente a los lujosos establecimientos, grandes bazares, mercados, palacios, catedrales y teatros que hacían de San Petersburgo — la Petrograd de ahora, — una de las más sorprendentes y maravillosas ciudades del mundo.

Omnibus, trineos y elegantes carruajes cruzaban ante él. Los "isvostchiks" (cocheros), envueltos en pieles, con las alas de sus gorros de piel, caídas sobre las orejas y sujetas bajo la barba, pasaban como fantásticas y grotescas figuras.

Después de cruzar ante los grandes clubs, los hoteles, por el centro de la gran ciudad donde reinaban una riqueza y un lujo de esplendor asiático, pasó de las admirables "perspectivas" y calles, a otras oscuras, más estrechas y cada vez más pobres, hasta que llegó a la suya, una estrecha y mal empedrada, bordeada por sombrías casas de aspecto miserable, cubiertas por la humedad que se respiraba, aun en aquella noche en que el aire al llegar a los pulmones parecía pinchar como agujas.

Se detuvo ante un estrecho portal, en el que estaba escrito su nombre y abrió la puerta. Esta daba acceso a una sala de espera, de desnudas paredes junto a las cuales se alineaban varios bancos de madera, contribuyendo la carencia de alfombra, a aumentar la impresión de pobreza.

Penetró después en su gabinete de consultas, tan pobremente amueblado como la sala de espera y allí, después de quitarse el abrigo, despidió a la sirvienta,—una vieja arrugada, que atendía a los quehaceres de la casa y hacía entrar a los clientes, — hasta el otro día.

—Puede usted retirarse, Katinka, — le dijo con su voz sonora y gruesa. — Ya no tiene usted nada que hacer aquí esta noche.

Esperó a que se alejara el rumor de los pasos de la sirvienta y luego se dejó caer sentado, en una silla, permaneciendo silencioso, con la cabeza inclinada y el ceño algo fruncido, como si escuchara.

Visto a la luz, aquel doctor de pobres, que cobraba seis peniques la visita y de quien se podía obtener un certificado de defunción por un chelín, no era un hombre de aspecto vulgar. Alto, de imponente presencia, con su larga y negra levita, su chaleco gris y su pantalón de un color de mezclilla, blanco y negro, parecía para aquellos que no tuviesen en cuenta la suciedad de su ropa blanca y sus grandes y gruesas manos, el verdadero modelo de lo que debe ser un médico. Inspiraba miedo más bien que fe, a la mayoría de la gente.

Era un hombre que pudiera creérsele más apropiado para ejercer su profesión en un barrio aristocrático, donde pudiera cobrar mejores honorarios y explotar su extraño y siniestro poder sobre clientes más provechosos que los que iban hasta su consultorio a hacerse curar, con sus seis peniques y a pedir con sus chelines certificados de defunción de personas respecto a las cuales él sabía muy poco, o tal vez, nada.

Pacientes bien extraños llegaban hasta él en aquel pobre barrio. Panchenko era un nombre que mucha gente murmuraba más bien que pronunciaba. Sus ojos grises relucían bajo sus espesas cejas y en muchas ocasiones tenían destellos que helaban la sangre. "El frío soplo de una tumba", así se califica con frecuencia a una mirada, semejante a la de los ojos grises del doctor Panchenko.

Entonces, ¿qué y quién era aquel médico de los pobres que estaba sentado, en silencio en su vacío gabinete de consulta, pensando en la mujer a quien amaba, esperando oír el ruido de unos pasos que resonaran en la calle y el débil tintineo de la campanilla de la puerta de calle?

Era tarde y la casa estaba muy silenciosa. Parecía hundida entre la nieve, como el resto de las de San Petersburgo y el ruido de las campanillas de un vehículo, o de un trineo que pasaba a la distancia era, tan sólo, lo que turbaba el silencio, para hacerlo más terrible e impresionante.

El doctor Panchenko, esperaba con la cabeza hundida en el pecho y un singular destello en sus grises ojos; esperaba como el hombre que espera que se produzca un gran acontecimiento. El recuerdo de la señora Muraviova, llenaba su mente y su corazón con una luminosidad y con una energía tales que le ponían impaciente; sentíase impaciente porque quería alcanzar una posición mejor que la que le daba el producto de su clientela, que fluctuaba lamentablemente a veces. El oro que parecía huir de él; en ocasiones llegaba en gran cantidad a sus sucias manos, para desvanecerse en seguida con la facilidad y la rapidez de un sueño. ¡Brr! Aquella inseguridad, aquella pobreza tenía que llegar a su fin. Después de todo el

oro llega fácilmente si uno lo desea y más si se tiene buen sentido y no se carece de intrepidez...

El silencio se había hecho más profundo, cuando al fin se oyó resonar un ruido de pasos en el desigual pavimento de la calle y detenerse frente a la puerta del doctor.

Alejó de su mente el recuerdo de la señora Muraviovay, levantándose, fué a abrir a alguien procedente del nevado exterior. Una voz lanzó un juramente. Un hombre joven, envuelto en un riquísimo abrigo de pieles, que parecía estar fuera de lugar en aquella sórdida habitación, avanzó hasta llegar al punto iluminado. Sus ojos desagradables desmentían el refinamiento de su aspecto. La luz brilló en un cabello rubio y en su bermejina barba cuando avanzó y el doctor Panchenko cerró la puerta trás él, siguiéndolo con sus más finas y corteses maneras profesionales y con ese suave movimiento que muchas personas consideran oportuno en toda habitación donde hay un enfermo.

Juntó sus rollizas y grandes manos y miró casi con el aire de un amo y claro está que la siniestra luz brilló en sus ojos grises, mientras su voz tenía un timbre suave y untuoso al hablar.

—Buenas noches. De Lacy — dijo. — Le he escrito porque necesitaba verlo. Tenemos que hablar de algunos asuntos.

Otro juramente brotó de los labios del joven visitante.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó.

—Soy yo quien pudiera preguntarle eso a usted, — respondió el doctor. — Usted se ha arreglado como le ha convenido. Se ha casado, casado sin pedirle a su viejo amigo que asistiera a la brillante ceremonia.

¡Brillante ceremonia! De Lacy lo miró de modo singular. Su matrimonio no había tenido nada de brillante, había sido secreto, casi furtivo. Se efectuó en París, fuera del centro de las relaciones de la novia.

—¿Qué se propone usted? — exclamó.— ¿Qué es lo que desea?

—Vamos a hablar a ese respecto, — dijo el doctor. — Déjeme desearle gran felicidad. Quizás me sea dado contribuir a ella.

De Lacy le dirigió otra mirada, como si las palabras del doctor encerrasen algo de sarcástico: luego con ademán de resignación, se sentó y acercó su rubia cabeza hacia él.

II

FUE una suerte para el doctor Panchenko la de que Patrick O'Brien De Lacy se hubiese casado, como ía hecho, con la hija del general Buturlin, uno de los hombres más ricos de Rusia. Una mujer ya rica que podía serlo más aún si su hermano, que estaba al servicio del Ministerio del Interior, moría antes que ella. Más rica aún en muchos millones de rublos si morían su vieja madre y el general su padre.

Fué una suerte para el doctor Panchenko, tener un amigo de esa clase, que pudiera poner a su disposición el dinero que tanto necesitaba. Dinero que disipaba tan rápidamente como lo había obtenido, en regalos para la viuda, — que habitaba un elegante departamento, — en costosas joyas, en elegantes vestidos y en las estravagancias que la había inspirado sus caprichos. Sus menores deseos eran órdenes para el doctor Panchenko. Una mujer de brillante cabello negro, de grandes y lánguidos ojos oscuros, que sólo tenía vulgar atractivo para la generalidad de la gente, pero que era, para él, una divinidad, cuyos más insignificantes anhelos debían ser complacidos y cuyo desfavor le producía angustias de muerte. Nada era demasiado bueno para la señora Muraviova. Nada era suficiente. Todo el dinero que llegaba a sus manos era disipado por él en esfuerzos para proporcionarla satisfacciones o en especulaciones, — generalmente sin fortuna, — con la esperanza de obtener más oro para ella. Ni un solo día pasó sin que concurriese al departamento situado en el barrio Liteinaya, disfrutando de su lujo, de las luces, de la música, obsesionado por la pasión del cariño que sentía por ella, celoso de los otros hombres que compartían las veladas, furioso cuando un día ella cedió parte del vasto departamento, en alquiler, a un joven llamado Petropavlowsky, cuya presencia parecía al doctor una amenaza y un peligro.

Pero la señora necesitaba hacer economías y el departamento era tan grande que ella se perdía en él. ¿Qué mal podía haber en alquilar al joven Petropavlowsky una habitación que ella no necesitaba?

De todos modos, al doctor no le gustaba eso. Petropavlowsky no era rico, — se suponía que andaba en busca de un empleo de cualquier clase y con frecuencia realizaba misteriosas excursiones,—pero era joven. Acaso, después de todo, fué un sentimiento instintivo del desconocido porvenir el que arrojó aquellas ideas sombrías sobre el doctor cuando supo que ella había alquilado la habitación. Se tironeó la barba con gesto de furia y decidió no retardar más tiempo el hacerse rico, en adquirir mayores derechos sobre ella y en llegar a poseer la riqueza que lo había de hacer su soberano y señor. Petropavlowsky era un peligro, una amenaza. La idea de su existencia era suficiente para que lo mirara con temor. El doctor Panchenko no era joven y la mención de Petropavlowsky, era suficiente para recordarle, que había pasado ya de la juventud.

Proyectos, planes, ideas vagas, que ocupaban los oscuros rincones de su mente, surgieron y fueron tomando forma, para hacerse activas.

La primera cosa que hizo fué ir en busca de De Lacy. Habían pasado varios meses desde que lo había citado a sus habitaciones de la estrecha y sucia calle, y los dos se habían entrevistado con frecuencia desde entonces. Además el doctor poseía cartas que obligaban a De Lacy, a hacer caso de sus deseos. Por eso, en su consultorio o en lugares sombríos y ocultos, y algunas veces en la casa de De Lacy, los dos se entrevistaron.

con ventajas monetarias para el doctor. Y fué a la casa de De Lacy a donde se dirigió ahora.

De Lacy, como su suegro, el general Buturlin, vivía en Vilna: pero las millas que lo separaban de la vida, de la alegría y de la disipación de Petrograd, no eran suficientes para alejarse de ello. La mayor parte del tiempo lo pasaba allí en lugares alegres, en escenas en que no debía incluír a su esposa, quien lo esperaba, llena de fe y paciencia en Vilna, sin lamentar su matrimonio, aun cuando De Lacy estaba ausente con tanta frecuencia. Porque, a despecho de todo, había logrado convencer a su familia, que, al principio se había manifestado severa y obstinadamente en contra suya, aún cuando él se jactaba de ser descendiente del último de los reyes irlandeses. Para los Buturlin era él un rico improvisado, sin antecedentes y, de seguro, poco digno de la hija de un general ruso cuya fortuna alcanzaba a millones de rublos, que tenía cuenta en varios establecimientos bancarios del exterior por varios cientos de miles de libras esterlinas, y que pertenecía a una de las más principales familias de Rusia.

De Lacy había apostado fuerte y había triunfado. A pesar de su desagrado y su prevención contra él, el general Buturlin quedó encantado, muy a pesar suyo. Tenía algo de magnético el tal De Lacy. Otros fueron vencidos a la par del general; el extraño encanto, la soltura de palabra que hipnotizaban, encantaban, parecían tener el poder de cautivar a sus oyentes, aún a sus adversarios. Acaso el doctor Panchenko, conocía quien era en realidad. De Lacy, en qué desesperadas andanzas había estado, o como había tenido que salvar la vida en trances apurados como uno de los más sensacionales y estravagantes asuntos acaecidoss en Petrograd, antes de fascinar a la hija del general y realizar su gran casamiento con ella.

Estudiante en París y durante un tiempo en el Politécnico de Londres, había llevado una vida de aventuras, llena de combinaciones financieras basadas en hipotéticos planes de construcción de canales, de flotas de buques, explotación de minas, cosas, todas ellas que no existieron jamás.

Los Buturlin, y mucho menos aún, la hija del general, ignoraban por completo la verdad: y el mismo De Lacy se consideraba a salvo. Unicamente el doctor Panchenko, constituía su temor. Ese doctor Panchenko que poseía sus cartas, que podía dar horribles y comprometedores datos respecto a él Podía hablar, por ejemplo, del asunto de uno de los grandes hoteles de Petrograd, cuando De Lacy había defraudado a dos propietarios de tierras de las provincias que tenían entablado un pleito, y quienes desconocedores de Petrograd y de sus métodos, recibieron la proposición de resolver su disputa por medio de dos de los secretarios de Estado del Imperio. Aprovechando la oportunidad y a fin de ahorrarse gastos, los dos litigantes habían llegado a un acuerdo. Los supuestos funcionarios del Estado habían acudido y el acuerdo estaba a punto de quedar ultimado cuando, en un dramático momento, uno de los litigantes descubrió que uno de los grandes hombres llevaba barba postiza. Se produjo inmediatamente un desacuerdo y en la exposición que siguió se puso de manifiesto que los dos supuestos funcionarios eran un par de canallas, amigos de De Lacy, quienes se disfrazaron para secundar sus planes.

A pesar de todo eso, De Lacy obtuvo del negocio setenta mil rublos; y a despecho de todo se casó con la hija del general. Y no solamente eso, sino que su poder fué tal que ella se había divorciado del hombre con quien estaba unida en matrimonio para poderse casar con De Lacy.

Y De Lacy, ya rico aún más de cuanto podía haber soñado, había adoptado su nuevo papel de caballero millonario con suma facilidad. En pocos meses consiguió conquistar a su nueva familia. Aun el viejo general, a pesar de su predisposición contra él, no dejaba de reconocer su excelente humor, su caracter jovial y su buen temperamento, que nada en el mundo parecía poder hacer cambiar. De Lacy tenía una virtud especial. Encantaba aún a sus más encarnizados opositores. No obstante, el general Buturlin sentía una vaga prevención cuyo fundamento no podía definir, algo que le había hecho precaver a su hijo contra algo indefinido, inesplicable, turbador.

—O'Brien, — le había dicho — tiene una especie de magnetismo. Pero si en alguna ocasión te invita a acompañarle a su residencia, no vayas. Se trata de persuadirte de que vayas a cazar con él, no aceptes. Evita por todos los medios el quedarte a solas con O'Brien, en el bosque

¡Extraña, admirable, inexplicable, sospecha! El buen viejo tenía sorprendentes ideas, por ello cuando estuvo enfermo y a indicación de De Lacy, se trató de llamar, para atenderlo, al doctor Penchenko, aquello le produjo una explosión de ira. Ni por muchos miles de rublos hubiera consentido en poner su cuerpo en manos del doctor Panchenko. ¿Qué había oído respecto a él?

Nada definido; nada que pudiera manifestar en forma concisa, pero no, no quería tener contacto ninguno con aquella persona.

—Es pobre, — decía De Lacy. — Pero es uno de los mejores médicos de San Petersburgo, y es capaz de rejuvenecerle a usted diez años, si usted se presta a ello.

Pero el general era un hombre obstinado. No. El doctor Panchenko no le asistiría. Era insultar a la familia, dejar que viesen al doctor por aquellos contornos, que visitase a su hija y a su hijo, como lo hizo aquel día, a fines del invierno, cuando la ola de calor había roto el hielo del Neva, y el viento arrastraba bloques de hielo del Lago Ladoga, como avanzadas de la primavera, para que se fuesen destrozando ante la fortaleza Pedro y Pablo, en el gran río.

Hacía frío nuevamente y el joven Buturlin, siempre enfermizo, consintió en que

De Lacy le presentara al doctor Panchenko. Acaso él pudiera proporcionarle nuevo smedicamentos. Era el joven, un constante consumidor de medicinas. Parecía tener pasión por las drogas y concentrar su energía y atención en las condiciones en que se hallaba su cuerpo, lo mismo que suelen hacer muchas mujeres ociosas. Le gustaba mirarse la lengua y colocarse la plateada punta del termómetro en la boca, esperando siempre que el mercurio subiese hasta los últimos grados. Siempre estaba vagamente indispuesto, siempre probando nuevos doctores y nuevos remedios. Por ello tuvo una gran alegría al conocer al doctor Panchenko y dejar que le examinase el pulso y la lengua.

Regresaron juntos a Petrograd y una o dos horas después, el joven Buturlin parecía no ser el mismo hombre. El doctor lo había mejorado.

III

En pocos días el hielo que el viento del este traía frecuentemente desde el lago se había deshecho y desaparecido y el frío había dado paso al templado ambiente de la primavera. Abril cedía el paso a Mayo, y Mayo traía con él un anticipo del corto caluroso verano de que Petrograd puede jactarse. Nieblas humedas y calurosas llegaban del río. En tres días la poco saludable ciudad sufrió definitivos cambios en su estado sanitario. Era una época en que las enfermedades se extendían, en que las epidemias adquirían mayor desarrollo que durante los meses de frío.

En los más pobres distritos de la gran ciudad las epidemias de cólera y difteria eran frecuentes. Generalmente las mortíferas enfermedades se detenían en las fronteras de los pobres y de los ricos, pero en aquella ocasión no ocurrió así y llegaron hasta los palacios del barrio del Almirantazgo y las "fashionables" regiones del Liteinaya, esparciendo en ellos la muerte y el terror. Los hombres de ciencia rusos estaban ocupadísimos realizando investigaciones, y el Instituto Zabolina, de Medicina experimental de Cronstadt, fué destinado para que en él efectuasen los profesores sus trabajos para descubrir el origen del as mortíferas enfermedades. En el Instituto Zabolotny era posible, para los hombres que gozaban de alguna reputación, proveerse de ampollas que contenían los gérmenes de las enfermedades, con propósitos de experimentos, en servicio de la humanidad. Y nada más natural que el doctor Panchenko cuya práctica profesional entre las clases donde la enfermedad causaba mayores desastres, quisiese realizar sus ensayos. ¿Qué cosa más natural que él fuese al Instituto en busca de algunas ampollas que contuviesen la endotoxina del cólera? En el laboratorio de cultivos de la peste, manifestó que tenía una teoría que deseaba comprobar observando el efecto de las toxinas sobre el sistema nervioso. Uno de los practicantes que le facilitó dos frascos, manifestó que estaba tan apurado por marchar cuando los recibió, que no tuvo tiempo ni aún para firmar el libro que generalmente firman los que se llevan alguna droga venenosa o infecciosa.

Desapareció con los dos frascos que había logrado obtener en dirección de su barrio para hacerse desde ese momento invisible, al parecer dedicado a sus experimentos.

Estaba atendiendo todavía al joven Buturlin, y le había mejorado en una forma tal que éste había depositado toda su fe en el doctor.

Aquel hombre enfermizo pasaba los días tomando una serie de medicinas, y marcando en su diario la hora en que debía apurar una u otra. El doctor Panchenko parecía darle ánimos, sonriendo y accediendo a todos los caprichos del monomaníaco, quien en realidad no sufría de ninguna enfermedad seria y todos sus males, según afirmaba la esposa del joven Buturlin ,se reducían a un estado de debilidad que le predisponía a ser víctima, tal vez de cualquiera de las tantas epidemias que con tanta frecuencia se desarrollan en las ciudades.

Entre tanto nada alarmante, nada que hiciese sospechar la repentina y extraña enfermedad que le atacó un día del mes de Mayo y que preocupó al doctor Panchenko y le dejó confundido. Una enfermedad misteriosa que no pudo denominar; que se mantenía obstinadamente como la niebla sobre el río, y rehusaba ceder.

—No está peor hoy, no está peor. Veremos lo que nos trae el mañana.

El mañana trajo un cambio, en peor, pero no al doctor Panchenko.

Alarmado por sí mismo, el joven Buturlin telegrafió a su esposa a Vilna y urgentemente llamó al doctor Panchenko. En vano. Telegramas, mensajes telefónicos, cartas, y mensajeros especiales trajeron tan solo una respuesta: el doctor estaba tan enfermo que no podía moverse de su casa. Se llamó a otro doctor para tranquilidad de la angustiada viuda. No se trataba de nada serio, después de todo, en aquel cambio de su esposo. Una enfermedad trivial, que desaparecería en pocos días más.

Pero empeoró. La desventurada esposa, viendo que se moría llamó a otro médico, quien llegó y lo miró con gravedad, y la confesó, al fin la verdad.

Las noticias eran malas. Era un caso manifiesto de envenenamiento de la sangre y su esposo se moría. Se realizó una consulta, a raíz de la cual murió el joven Buturlin, como el doctor había manifestado.

Mientras tanto el doctor Panchenko permanecía, en su estrecha y mal empedrada calle, dentro de su semivacío consultorio, misteriosamente enfermo. Nadie lo vió en los días subriguientes, a excepción, acaso, de su vieja sirvienta.

Invisible, enfermo, los que lo necesitaban, se enteraban de que estaba encerrado y no se le podía hablar. No firmó más certificados de defunción ni vió a más pacientes a seis peniques. Su puerta permanecía cerrada todo

el día. Nadie que hubiera vigilado la hubiera visto abierta; pero por la noche, entre la niebla calurosa y dañina, salía. Su alta silueta aparecía un instante, luego cerraba silenciosamente la puerta trás él y emprendía su camino por la estrecha y mal empedrada calle, hacia otras más anchas y cuidadas, tratando de eludir algunas de las grandes y concurridas, como la Perspectiva Newsky o la Gorokhovaya, para llegar al fin al barrio Liteinaya donde vivía la mujer a quien amaba y a la que no podía resistirse, que le daba la vida al mirarla los ojos, para la que no tenía secretos, ante la que caía rendido y sumiso.

Fué a la caída de la noche, cuando Petropavlowsky, el joven inquilino de la señora fué despertado por un rumor de voces, un penetrante grito de la mujer y la profunda y sonora entonación del doctor.

Se levantó para escuchar.

En Rusia las paredes tienen más oidos que en el resto del mundo y bien, casualmente, o de exprofeso, había un punto muy débil en aquella, por lo cual Petropavlowsky pudo oir sin gran dificultad lo que el doctor Panchenko tenía que decir.

Fué algo horrible lo que oyó. Estaban hablando en un tono un poco más alto que de costumbre, y la entonación de la señora reflejaba horror mientras la del doctor Panchenko, era enfática y de triunfo.

Iba a ser rico, muy rico. Aquello fué lo que oyó primeramente el joven Petropavlowsky. La muerte del joven Buturlin, le valía veinte mil rublos, que le serían pagados por De Lacy, y después de aquél, iría el general. Con éste ganaría el doctor, cien mil rublos. Después seguiría la suegra de De Lacy, por la que recibiría trescientos mil. Los millones de los Buturlin serían para De Lacy y él, — el doctor Panchenko, — y la mujer a quien amaba, ya no sentirían necesidad de dinero. ¿Asesino? ¡Bah! Ciertas palabras suenan mal. Era un envenenamiento de la sangre lo que había originado la muerte del joven Buturlin. ¿Cuál sería el procedimiento para el general y su esposa? ¡Bah! ¡Esperar para ver! ¿Asesino? Nadie podía llamárselo. Serían los gérmenes de la difteria los que matarían.

La voz del doctor resonó en la habitación y sus ecos llegaron hasta la otra a través de la pared.

—Sí; yo le administré la muerte por medio de gérmenes de la difteria, y esos tontos de doctores, si es que llegan a descubrir la causa la atribuirán a la epidemia que reina en torno de nosotros. ¿Por qué no podía haberse enfermado el jóven Buturlin? Nada más natural.

IV.

PETROPAVLOWSKY no escuchó más, se tapó los oidos y trató de cerrar su imaginación ante tales hechos, pero aun cuando se esforzaba por olvidar, el rumor de las voces que había oido le acosaba. Salió a caminar por las calles, a oir el ruido de los carruajes, el de las campanillas de los trineos y el vocear de los invostchiks, cuando cruzaban en todas direcciones.

Pero no podía amortiguar su memoria. Sentía compasión por la viuda Muraviova y por eso permanecía silencioso, pero el terror que sentía se reflejaba cada vez más en su rostro. Más que nunca fué de un lugar a otro para beber. Más que nunca buscó en el alcohol una forma de resolver su situación. La "vodka" se fué apoderando de él y paseó por las calles como un culpable, hasta que su amigo Bobroff, comenzó a sentir sospechas al notar el peculiar aspecto y por su aparentemente secreto, terror.

Bobroff era un verdadero Sexton Blake. Había estudiado todos los métodos de ese notable hombre, así como los sistemas y hechos del famoso rastreador de crímenes, Nelson Lee, y se consideraba él mismo un consumado detective. Miró a Petropavlowsky, de arriba a abajo con sus ojos de profesional, le interrogó repetidas veces y no obteniendo resultado alguno, pero al mismo tiempo seguro de que tenía un crimen sobre su conciencia, determinó atacarlo directamente.

—Pablo, amigo mío, — le dijo mirándolo de un modo terrible. — En su conciencia hay un crimen. Sea franco y cuéntemelo todo. Si no lo hace así, lo denunciaré a la policía secreta.

Pocos minutos después Petropalowsky le refería todo lo que había oido a través de la indiscreta pared, con la sangre helada por el espanto, y sintiendo que la voz de la señora se le clavaba en el corazón como un cuchillo.

El joven Buturlin no había muerto de muerte natural. Apresuradamente el joven Bobroff se encaminó a la oficina del prefecto de policía, situada en la Perspectiva Gorokhovoya, y le refirió su historia al estilo de Sexton Blake. Al principio los escépticos incrédulos no le prestaron atención. ¡Absurdo! Pero la muerte del joven Buturlin era verdad. ¿Y qué podía alegarse en contra de la conversación oida? Compararon tiempo y fecha y resolvieron que el asunto merecía dedicarle una investigación.

Poco después las averiguaciones corroborraron la extraña historia. Entonces, rápidas y seguras las terribles manos de la justicia, aseguraron a tres personas, al doctor Panchenko, a De Lacy y a la viuda Muraviova. Los tres fueron arrestados y luego, en los primeros días de Febrero de 1911, se vió su proceso en el Palacio de Justicia de San Petersburgo.

Era a mediados de invierno. El Neva estaba congelado nuevamente y sobre el hielo se realizaba el tráfico usual, que es común mientras el hielo dura. Un intenso frío oprimía la ciudad con su garra, pero en el interior del Tribunal de Justicia la temperatura se hallaba a unos treinta grados sobre cero. La concurrencia de distinguidas y elegantes señoras era numerosa. Lucían sus pieles y abrigos y utilizaban sus frascos de sales y sus gemelos de nácar, mirando en redor, pa-

ra no perder el menor detalle de la vasta habitación, con una mesa sobre una tarima, cubierta con una carpeta verde, que tenía un fleco más oscuro. Los tres jueces estaban sentados en su sillones de alto respaldo. En la pared, detrás de ellos, se veía un retrato del zar vestido de uniforme y con una espada en la mano. En el ángulo del lado derecho, había una imagen de Cristo coronado de espinas.

Los tres acusados se hallaban detrás de una barandilla que los separaba del tribunal. Estaban frente a tres jueces que se hallaban sentados, serios y llenos de magnificencia, con sus oscuros trajes verdes, con galones de oro en el cuello y en las bocamangas.

Entre la calurosa atmósfera iba desarrollándose el juicio.

—Mejor que la Opera cuando canta Chialapin, — exclamó una de las concurrentes, mirando a la viuda Muraviova con sus anteojos de montura de oro. — ¡Es encantadora! ¡Qué aspecto! ¿Envejecerá pronto? ¡Me sorprendería!

Dentro de aquellas cuatro paredes, la justicia se iba desarrollando lentamente. En la parte exterior, en uno de los oscuros pasillos del Palacio de Justicia, los que pasaban veían la figura de una mujer arrodillada, cubierta con un velo y orando ante el icono que colgaba en un pequeño espacio de la pared y estaba iluminado por la débil luz de una lamaprilla de aceite. La luz caía de lleno sobre un Cristo coronado de espinas y clavado en la cruz. Iluminaba también la pálida faz de la esposa De Lacy, que estaba rogando porque se pusiera de manifiesto la inocencia de su marido.

Estaba allí, arrodillada mientras la gente cruzaba de un lado a otro; mientras dominaba a la generalidad una actividad febril, absorta, rezando por el hombre en quien creía, apesar de todo.

Su fe iba a ser cruelmente defraudada. El doctor Panchenko, agobiado por los remordimientos al hallarse en su celda, lo había confesado todo. Su horrible secreto pudo más que él, mientras guardaba en el silencio lleno de horrores de las prisiones rusas.

El y De Lacy eran culpables, declaró, pero la señora Muraviova era inocente. Lo juró y lo confesó todo mientras su mente sufría mortal angustia. Pero al salir a la luz y ver a los hombres en torno suyo, recuperó el valor y declaró que todo lo que había confesado era mentira. Después luchó enérgicamente, en forma desesperada por salvar la vida, por obtener la libertad, por el placer de volver a disfrutar los pasados tiempos en que era feliz en el departamento de la señora Muraviova.

Pero batalló en vano.

De Lacy, como era joven, fué condenado a trabajos forzados por toda la vida; el doctor Panchenko, por quince años, sentencias ambas, peores que la muerte. La viuda Muraviova fué absuelta.

. . . .

En la completa galería fantasmagórica de terribles figuras de la historia del crimen, no hay ningún rastro más espantoso que el abultado, fofo y traicioneramente suave, del doctor Panchenko. Fué él el primer criminal que compareció ante la justicia acusado de haber inoculado microbios de una enfermedad, aun cuando debe recordarse que en la época de la gran peste de Londres, odiosas enfermeras se hicieron sospechosas de librarse en esa forma de los pacientes cuyas joyas y dinero codiciaban.

El doctor Panchenko, hizo frente a la sentencia de muerte lenta, con un aspecto horible, una fuerte tensión de nervios y una singular expresión de despreocupación. Su único pensamiento fué para la Muraviova. Su última mirada fué para ella. Una mirada de alivio, acompañada de una sonrisa, al pensar que ella quedaba en libertad. Sus ojos no se apartaron de ella hasta que desapareció de su vista. Permaneció inmóvil durante un largo minuto hasta que el soldado, con uniforme gris, que se hallaba a su lado lo tomó por un brazo. Entonces se levantó, le pidió disculpa por su distracción y marchó hacia las oscuras regiones del olvido.



Con el mugido y el gesto de un búfalo herido y loco de furor, Horatius Q. Slagg arrojó el fulgor del homicidio en la mirada, se arrojó violentamente, pero muy violentamente, con

EL PLAN

Escrito en inglés

(Traducción

SYLVIA y Bobby Bean estaban sentados el uno junto a la otra en dos verdes sillas, — por el alquiler de cada una se pagaba dos peniques, — en el Parque, y Bobby había preguntado a Sylvia por séptima vez si quería ser su esposa. Bobby no había visto a Sylvia desde cuando le hizo su sexta declaración. Y en el presente instante estaba entregado fervorosamente a formular la séptima.

—Si usted "hiciera" algo Bobby, — observó Sylvia, moviendo, pensativa, su hermosísima cabeza, — la contestación de mi padre sería muy distinta.

—¿Se refiere a algo de "trabajo"? — preguntó Bobby con tristeza.

Sylvia contestó que sí, moviendo vigorosamente la cabeza.

—Ya suponía que usted se refería a eso, — suspiró Bobby. — Quiero decir que tenía una especie de presentimiento de que era a "eso" á lo que usted se refería.

Sylvia le miró con suma bondad, pero también un poco exasperada a la vez. Ella le quería, pero la verdad era que todos querían a Bobby y que todos se reían de Bobby. Era conocido, — cariñosamente, — como el asno más asno de Londres.

—Yo no me puedo casar con usted, Bobby —dijo Sylvia con firmeza. — si usted no se preocupa de hacerse una posición. ¡No, no me mire así! ¡Estoy resuelta!

Bobby sonrió, y cuando Bobby sonreía, su rostro, casi siempre inexpresivo significaba algo, de repente: significaba que su carácter tenía que ser el más suave y el más bondadoso del mundo.

—Si yo me casara con usted Sylvia, tendría una posición, — insinuó. — Lo que quiero decir es que... ¿comprende?

Pero Sylvia no estaba dispuesta a dejarse arrastrar por la adulación. No era, inútilmente, hija de su padre, — y Horatius Q. Slagg no había llegado a multimillonario, no había llegado a ser "el Rey de las Almejas", — prestando oido a las adulaciones.

—Usted sabe lo que pasó la última vez, — recordóle Sylvia con toda gentileza.

Bobby inclinó la cabeza afirmativamente y con tristeza. Sí; recordaba. La última vez que se había declarado a Sylvia, ella le había, sorprendentemente, — y con algo de crueldad a la vez, — contestado: "Venga a casa y vea a Papá". Y como Bobby hubiera, lógicamente vacilado. "De todos modos usted sa-



al infortunado negrito por encima del hombro (fué recogido por el segundo lacayo) y contra el desgraciado Bobby Bean.

DE SYLVIA

por REX COLVILE

de "Pucky"

brá en seguida de verle, cuál es su verdadera situación", le dijo ella.

Esa perspectiva no le había inspirado ni el menor entusiasmo.

—No estoy tan seguro como usted de que en seguida de verle, yo vaya a estar en condición de darme cuenta de cuál es mi verdadera situación, — había dicho Bobby, — no estoy tan seguro, Sylvia; pero más tarde, pasado un tiempo, recobraré, sin duda el conocimiento.

Sin embargo, un automóvil de alquiler, que se detuvo porque Sylvia lo llamó, les había llevado a una mansión de Park Lane donde hallaron al Rey de las Almejas en su despacho, enteramente rodeado de teléfonos.

—Papá, — dijo Sylvia, sonriendo contenta, — este joven quiere casarse conmigo.

Horatius Q. Slagg se había inclinado hacia Bobby, dirigiéndole una penetrante mirada de millonario.

—¿Cuánto? — preguntó lacónicamente.

—¡Oh! ¡Mucho! — afirmó Bobby, esperanzado.

El Rey de las Almejas hizo un violento ademán, como si se dispusiera a barrerlo todo, y movió nerviosamente las cejas.

Volvió a mirar a Bobby, que se agarró al respaldo de una silla, para sostenerse.

—¿Cuando "dinero"? — preguntó.—Cuando mi hija se case, yo le daré veinte mil dólares anuales de renta. A ver entonces ¿con cuánto contará usted para vivir?

—Con veinte mil dólares anuales, — fué la brillante respuesta de Bobby.

—¡Váyase!

Y Bobby se fué en seguida. Bobby era uno de los pocos jóvenes sin dinero que, habiendo pedido al Rey de las Almejas la mano de su hija, había salido de la casa de pie y por sus propios pies. A este respecto, había tenido una suerte excepcional.

Bobby, recordando con toda claridad aquella última, poco satisfactoria entrevista, volvió a suspirar.

—Sí, recuerdo, — dijo con pena. — Lo recuerdo muy bien. No lo olvidaré nunca.

—Bueno, entonces, — urgióle Sylvia,— ¿no puede usted demostrarle a papá que es usted un hombre activo, que tiene electricidad en su cuerpo? ¿No puede demostrarle que es, como se dice, "un alambre con alta corriente"?

Bobby se encogió. La idea de ser alambre con alta corriente no le gustaba. Lo último que se le podía ocurrir era impresionar a la gente con descargas que hicieran saltar a nadie.

—Dicen, — manifestó con algo de dignidad ofendida, — que soy el asno más grande de Londres.

—No lo creo, — dijo Sylvia indignada.

Una sonrisa enteramente encantadora, iluminó un momento, el rostro de Bobby.

—¡Aplausos y flores! — dijo con entusiasmo. — ¡Muchísimas gracias! Y aquí entre nosotros, bajo terrible juramento de secreto, me permito manifestarle que pienso que tiene usted razón. He pensado en todo eso ¿sabe usted? durante las horas de la noche en que he estado despierto. He llegado a la conclusión de que es enteramente imposible que yo sea, en absoluto, el asno más grande de Londres. Puede ser que sea el asno más grande del barrio del West End, no me atrevería a negarlo. Pero Londres es una población bastante grande cuando uno piensa en la extensión de los suburbios... Me parece que debe haber algunos grandísimos asnos, en los suburbios. Si no fueran asnos no vivirían allí ¿no es cierto?

SYLVIA seguía en silencio. Bobby le miraba la cara, con gran ansiedad.

—En cuanto a lo que se refiere a hacer realmente "algo"—prosiguió él, como a la fuerza, — tal vez podría decir que puede ser que sólo espere una oportunidad favorable, por decirlo así, para conmover a la humanidad. Claro está que no he dicho nada, que lo he tenido en reserva, pero...

Sylvia mostró al punto intensísimo interés.

—¿Qué se propone usted hacer, Bobby? —preguntó.

Bobby frunció el ceño, no porque se sintiera molesto, lo frunció por la sencilla razón de que no conseguía concentrar sus pensamientos en torno de ningún tema, sin hacer contorsiones faciales.

—He estudiado mucho en los últimos tiempos, — confesó ruborosamente. — He leído... he leído mucho.

—¿Leído qué? — Sylvia se sintió interesada. ¿Había logrado dar con un nuevo y enteramente inesperado aspecto de Bobby? ¿Había algo, realmente, en él... además de su carácter inefablemente bueno?

—Narraciones de detectives. Novelas policiales, — contestó Bobby pesadamente.— Excelentes novelitas de detectives, con tapas de papel. He decidido que, para lo que yo estoy hecho es para llegar a ser un superdetective. Lo he estudiado a fondo, Sylvia, no se figure que se trata de una pasajera fantasía, y me parece que no se trata de una cosa tan difícil como dicen. Lo único que necesita uno es un animal doméstico y un instrumento musical.

—¿Un animal doméstico y un instrumento musical? — repitió Sylvia asombradísima.

—Eso mismo.

—Pero... pero... ¿Para qué necesita de esas dos cosas?

—¿Para qué? ¡Cómo! ¿No lo comprende usted? — exclamó con animación. — Al animal doméstico se le acaricia y domestica y con el instrumento musical se hace música. Todos los super-detectives proceden así. Y cuando tienen algún caso muy fastidioso y complicado, se encierran en un cuarto y acarician al animal y tocan el instrumento y entonces, pasado un rato, saben quién es el autor.

—¿El autor de qué?

—El autor de lo que se haya hecho, sea lo que sea... el crimen, el delito. Cuando han acariciado al animal y han tocado el instrumento lo bastante, la tremenda verdad les es revelada como un relámpago que iluminase de pronto la oscuridad. Después de eso todo es facilísimo. Todo lo que tienen que hacer es ir y decir: "¡Arresten a ese hombre!" (o a esa mujer, ¿comprende?) Y el hombre en cuestión (o la mujer de referencia) es arrestado. Claro esté que es siempre alguien de quien nadie sospechaba ni lo más mínimo.

—¡Oh! — exclamó Sylvia casi elogiosamente.

—¡Sí, sí y otra vez sí! — dijo Bobby con toda energía. — Ahora, si se me presentara un caso, lo primero que haría sería comprar una tortuga y una flauta de hojalata...

Durante un momento Sylvia miró a Bobby fijamente. ¿No hablaba en broma? ¡No! Bobby no hablaba nunca en broma, voluntariamente. Además su rostro estaba infiltrado de solemnidad. Era raro, pero todo lo que había dicho lo había pensado tal y como lo había dicho.

—¡Muy bien! — dijo Sylvia levantándose. —Ya veremos. Adiós.

Bobby saludó quitándose el sombrero.

—¡Que las más brillante estrellas del firmamento iluminen su paso y hagan fulgurar su existencia, etcétera, etcétera!—respondió, vagamente.

UNA mañana, como una semana después, el Honorable Bobby Bean se hallaba nuevamente sentado en una linda silla verde, — cuyo alquiler cuesta dos peniques, — en el Parque; es esto algo que sabe hacer a la perfección, cuando Sylvia, algo ruborizada pero más encantadora que nunca, se presentó ante él.

—¡Bobby, — dijo ella, casi jadeante,— venga a ver a Papá!

Bobby, bondadosa pero resueltamente, movió, en sentido negativo, la cabeza. Había visto una vez a Papá y ya sabía la cara que tenía.

—¡Gemidos profundos y desesperadas voces de disentimiento! — replicó tétricamente.

Sylvia se mostró aún más apresurada.

—¡Esta vez encontrará usted muy distinto a Papá! — le prometió.

Bobby se encogió de hombros y se dió una palmadita en la copa del sombrero. Si se trataba de un Papá distinto, claro está que era distinto el caso.

—Cuente usted conmigo hasta la muerte, entonces, Sylvia, — anunció con suma entereza.

—¿Sabe usted? — agregó Sylvia, pelliz-

-ándole un brazo para asegurarse de que él le prestaba completa atención. — ¿Sabe usted? ¡Papá ha sido fulminado!

—¡Cómo! ¿Electrocutado? ¿Chispa eléctrica? ¡Oh! — dijo Bobby disimulando lo mejor que pudo la alegría que le infundía el pensar en la posibilidad de que así hubiera sido.

—¡No! Claro está que no es eso. Papá ha sido fulminado por la noticia de que Eg, nada menos que Eg, ha sido raptado, robado.

—¿Y qué es eso de Eg?

—Eg es un nenito; es mi hermanastro pequeño, — explicó Sylvia. — No tiene más que seis meses. Le llamamos Eg porque esta es una abreviatura de Egbert.

—¡Muy bien! Así que el jovencito Eg, ha sido robado. ¡Muy bien, muy bien!

—Sí; y usted lo va a encontrar.

—¿Yo?

Y ella se sentó a su lado, aun cuando no había pagado los dos peniques de la silla.

—Pero Bobby, — exclamó Sylvia. — ¿No "comprende" usted? ¿No se da cuenta de que ésta es para usted la gran ocasión de ponerse bien con Papá? Papá adora, idolatra al pequeño Egbert y se halla como loco desde que se enteró de su desaparición. Además, Papá sospecha que se trata de una tentativa de "chantage" de parte de sus rivales en negocios, en Estados Unidos. No quiere dar aviso a la policía porque no quiere que esos rivales tengan la satisfacción de saber hasta qué punto le ha herido lo que acaba de pasar. Es enteramente necesario que todo quede en el más completo secreto. Por esto fué por lo que le dije a Papá que yo conocía al único hombre que podía sacarle de la triste situación en que se encuentra. Y ese hombre es usted.

Bobby se encogió como atemorizado.

—¿Yo? — protestó. — ¡Pero si yo soy el asno más grande de Londres!

—Puede ser que haya otros, — replicó Sylvia misteriosamente. — Sea como sea, venga usted. Usted recordará que dijo que podría hacer carrera como super-detective. Recuerde que Papá hará todo cuanto le indique el hombre que, dentro de unas cuantas horas, le devuelva a su hijo y heredero... al pequeño Egbert.

Bobby, que se sentía como hundido en un pantano, logró, sin embargo, sacar fuerzas de flaqueza.

—¡Muy bien! ¡Magnífico! — dijo. — Vamos inmediatamente a una de esas casas especiales en bichos y a un almacén de música. Después me entregaré en cuerpo y alma a buscar al pequeño Egbert.

—¡Qué tontería! ¡Vamos a casa, directamente! — dijo Sylvia.

—¡Oh! ¿Y la tortuga? ¿Y la flauta de hojalata?

—¡No hacen falta!

—Pero ¿dónde están los ayudantes que me presenten sus informes? Debo tener ayudantes que me estén presentando informes a cada momento y que siempre se están poniendo un disfraz y quitándose otro.

—¡Yo seré su ayudante, Bobby!

—¡Aplauso y vociferante ovación! — murmuró Bobby receloso.

—Venga, — animóle Sylvia con los ojos chisporroteándole. — Algo me dice que usted va a encontrar al adorado pequeño Egbert en seguida.

Bobby inclinó le caboza gravemente. La fe de Sylvia en sus jamás puestas a prueba condiciones, además de ser comprometora, era emocionante.

—Si no encuentro al perdido niño, — dijo pausadamente, — será culpa del niño, no mía. Adelante, pues.

Sylvia no había exagerado el estado de emoción de su padre. Encontraron a Papá "casi loco". En realidad parecía hallarse anonadado como si hubiera perdido mucho dinero y no un niño.

—Papá, — dijo Sylvia haciendo avanzar al tímido Bobby, — aquí está el único hombre de Londres que puede buscar y encontrar al pequeño Egbert. Ya le he explicado el asunto. Es un super-particular-detective, digno de toda la mayor confianza.

Papá se levantó de su asiento dando un salto y Bobby retrocedió instintivamente sin dejar de mirar cara a cara a Papá. Pero era la mano, lo único que quería darle el padre de Sylvia. Se la estrechó con transatlántico entusiasmo.

—¿Usted quiere ocuparse? ¿Va a ocuparse? — gritó Papá febrilmente.

—¡Sí! — exclamó Sylvia en seguida. Bobby la miró y la mirada de la joven dió aplomo al joven.

—Así es, — asintió él.

—Devuélvame a mi Egbert antes de que sea de noche y no le negaré nada de lo que me pida. ¿Comprende?

—¡Ya lo creo! — dijo Bobby, agradecido.

Horatius Q. Slagg tomó un despacho telegráfico y lo puso en la mano de Bobby.

—¡Lea eso! — gritó con ronca voz.

Bobby lo leyó.

"Ahora si que va usted a venir con nosotros", — decía el mensaje.

—¿Qué opina usted de eso? — preguntó Papá.

—Hospitalario pero brusco, — contestó Bobby, que se imaginó que era alguna invitación a tomar algo.

—¡Oh! — estalló Papá. — Escuche usted. Este telegrama procede del Gran Sindicato de las Almejas, de Nueva York. Los del sindicato quieren que yo me una a ellos. Lo quieren desde que yo llegué a ser Rey de las Almejas y yo nunca he querido hacerles compañía. El secuestro del niño millonario es un medio que emplean para obligarme a que me una a ellos. Claro está que si yo telegrafiara: "Sí", Eg estaría de regreso en esta casa a las pocas horas. Pero yo no soy hombre que se deje someter a un semejante chantage. ¡No, señor! ¡Sea como sea, pelearé contra ellos! ¡Y con su ayuda, señor, los venceré!

—¡Hurra! — exclamó Sylvia.

—Entusiasmo sin límites, — murmuró Bobby con ansiedad.

Papá volvió a sentarse.

—¡Bueno! ¡ En movimiento! — ordeno con todo laconismo.

Sylvia acompañó a Bobby, que salió del escritorio, a un cuarto para niño, en el que le empujó más que hizo entrar.

—¡Ahí dentro! — dijo ella. — En esa camita dormía profundamente Eg, esta mañana a las nueve. Las dos niñeras le dejaron solo un momento para ir a tomar el desayuno, y cuando volvieron... ¡había desaparecido! Voy a enviarle a los sirvientes para que usted les interrogue. Supongo que usted querrá interrogarlos, ¿no es así?

—¡Sí! ¡Claro que sí! — asintió Bobby desesperado. — Necesito "abrumarlos" a preguntas. "Abrumarlos", como hacen siempre los super-detectives.

Sylvia asintió con una inclinación de cabeza y se retiró. Un momento después, el cuarto estaba lleno de sirvientes de todas categorías, edades y sexos. En el rostro de todos ellos no se notaba más que una sola expresión: la de la inocencia ultrajada. Bobby no podía soportar aquello; su patente falta de culpa le estrujaba el corazón.

—Estimadas personas, — dijo, — retírense; váyanse con jocosa alegría en los labios y contento en el corazón. Ustedes son todos inocentes, terriblemente inocentes, Lo leí desde que les dirigí una mirada. Yo estoy ejercitado especialmente para verlo todo mediante una sola mirada. Retírense, pues, estimadas personas y déjenme ocupándome de solucionar este "no-se-como-llamarle" misterio, enteramente solo.

Instantáneamente varió la expresión de la cara de aquellas personas. Se leyó en aquellos rostros la tranquilidad y la admiración.

—Muchas gracias, señor, — dijeron en coro. Y se fueron.

Casi en seguida regresó Sylvia.

—¿Qué tal? — preguntó la joven con sumo interés.

—¡Inocentes! — contestó Bobby con toda firmeza. — Les he sometido a una muy seria prueba y he visto que eran inocentes. Es decir, he visto que no han sido ellos los que han hecho eso.

—¡Oh! Bueno. Voy a dejarle para que examine el cuarto y busque rastros, y forme su teoría. Usted querrá quedarse solo, naturalmente, ¿eh?

BOBBY contestó apresuradamente. "¡No!", pero su contestación resonó al mismo tiempo que Sylvia cerraba la puerta dando un fuerte golpe.

—¡Vamos! — suspiró Bobby, bastante fastidiado. — ¿Qué hago yo ahora?

Debió transcurrir cerca de una hora antes de que el ruido que hizo la llave al ser movida en la cerradura, despertara de una agradable somnolencia al super-detective.

—¿Cómo marcha eso? — preguntóle Sylvia con cara alegre.

—Lenta pero no seguramente, — admitió Bobby con voz lastimosa. — El cuarto está tan lleno de cosas raras que no sé cuáles son rastros y cuáles son cosas necesarias para la vida del pequeño Egbert. He desistido de tomar la medida del cuarto porque cuando quise arrastrarme empezaron a arrugárseme los pantalones de un modo terrible. Pero he logrado formular varias importantísimas teorías.

—¿Sí?

—¡Sí! Una de ellas ha sido particularmente habil y sutil. Segun esta teoría el pobre Eg, perdida la memoria, andaría por el laberinto de la gran metrópoli, sin nadie que pudiera decirle las señas de su casa. Confieso que esta teoría me dominó por completo hasta que recordé que el pequeño Egbert no tiene memoria ninguna que perder. El niñito no puede perder ¿eh? lo que todavía no ha adquirido. Además supongo que no está en condiciones de vagabundear mucho. Así pues, seguí estudiando tan intrincado problema. Mi segunda teoría me parece excelente. Tiene relación con un gorila.

—¿Con un gorila? — repitió Sylvia asombradísima.

—Con un gorila estupendamente bien amaestrado, — agregó Bobby con animación. — Uno que obedece a la voz de mando y todo lo demás. Mi teoría es que esos rivales en negocios de su Papá se ocuparon de enseñar al gorila y que el gorila se ocupó del niño mientras el niño estaba dormido. No me negará que un gorila pudo, con toda facilidad, descender por un caño de los de desagüe y entrar y llevarse al niño.

—¡Pero Bobby, si el hecho se realizó a la plena luz del día! Hubieran visto al gorila. Además, no hay caño de desagüe.

—¡Qué fastidio! — suspiró Bobby. —¡La teoría era soberbia! Bueno; pues entonces, no se cómo se realizó el hecho. A menos que...

—¿A menos?...—y los ojos de Sylvia brillaron un momento, llenos de elocuencia.

—A menos, — dijo Bobby con todo atrevimiento, — que fuera usted la autora de todo.

—¡Oh! ¡Bobby! ¡Pensar semejante cosa! —exclamó Sylvia, realmente impresionada.

—Lo siento... — masculló Bobby, confundido.

—Me parece que usted se olvida de que yo soy su ayudante, — díjole Sylvia.

—Bueno, si usted lo toma así, sepa que esa circunstancia se me había olvidado En parte, supongo, por que usted no me ha ayudado mucho todavía, ¿no es verdad, estimada amiga? Me parece que encerrar a un joven bien intencionado en una habitación y dejarle en ella para que forme teorías, o lo que sea, no es una ayuda muy importante que digamos ¿no es así? ¿O es así?

Sylvia se quitó del cinturon un trozo de papel, plegado.

—Bobby, — dijo en voz muy baja. — He encontrado dónde está Eg. Las señas están en este papel. Tome un automóvil, vaya y tráigalo.

Bobby, abriendo mucho la boca, asombra-

lo de modo muy poco profesional, miró el papel y se lo guardó en el bolsillo.

—Gracias. Lo sospeché desde el principio, —dijo, volviendo, mediante un esfuerzo, a su "pose" de super-detective. — Usted ha trabajado bien. No quisiera mejor ayudante. Voy en seguida en busca de Eg.

Pero Bobby no cumplió inmediatamente las indicaciones de su ayudante. Sintió que se presentaba ocasión de hacer algo sensacional. La novela, la novela policial se apoderó de él; por lo tanto cuando tomó el automóvil de alquiler, le dijo al chauffeur que siguiera adelante y se detuviera "en cuanto viese una oficina de correos de buena apariencia". El resultado de esta orden fueron varios interesantemente originales mensajes telefónicos dirigidos a Horatius Q. Slagg. Por ejemplo:

(1) "¡Hola! Le habla Bobby Bean, el detective. He descubierto un rastro prometedor y lo estoy siguiendo con toda mi universalmente reconocida insistencia".

(2) "¡Hola! Le habla Bean, el gran detective. Sigo tras de la mencionada pista con mi característica tenacidad".

(3) "¡Hola! Habla el gran Bean. Sigō la huella de Eg. Confíe por completo en mi perspicacia".

(4) "¡Hola! El super-detective Bobby Bean le habla. Sigo en la pista. Eg casi a la vista".

(5) "¡Hola! El famoso descubridor de misterios Bean, le habla. Prepárese para recibir a Eg".

Este último mensaje fué despachado poco antes de que Bobby diera al chauffeur las señas que Sylvia le había dado. Lo demás resultó ridículamente fácil. La casa del número 53, Dud Street, Pimlico, resultó ser pequeña y hallarse en una calle angosta y corta. La puerta de calle estaba convenientemente abierta. Bobby entró y en la primera pieza en que se metió, halló lo que buscaba. En una cama, en un rincón de la pieza, dormía un niño, envuelto en un chal y sin que nadie le cuidara.

—¡Facilísimo! — dijo Bobby. Haciendo un rollo con el chico y la ropa, se lo puso debajo del brazo y volvió al automóvil. Quince minutos después entraba triunfador por la gradería de acceso de la mansión de Park Lane, con el chico, envuelto en chales, debajo del brazo. Simultáneamente la ancha puerta se abrió y apareció Papá, acompañado por un número interminable de sirvientes y con Sylvia a su lado. El rostro de Papá brillaba como el mismo sol.

AQUEL fué un momento de orgullo para Bobby.

—Supongo que es su Eg, ¿eh?— dijo, — entregando el envoltorio.

Con un sollozo de alegría, Papá arrancó de sus manos el envoltorio, lo estrujó sobre su chaleco de fantasía, con enternecimiento paternal y después, separando el chal que lo tapaba, miró hacia el rostro de su amado nene millonario.

Durante un par de segundos no sucedió nada. Papá y Sylvia y los criados que estaban en sitio desde el cual se podía ver, estaban demasiado aturdidos para expresar sus sentimientos en forma que pudiera oirse. Fué el mismo Bobby el que, con una tímida risa, interrumpió aquel terrible silencio.

—¡Qué negro se ha puesto! — tartamudeó. — ¡No sé cómo se ha producido eso!

Con el mugido y el gesto de un búfalo herido y loco de furor, Horatius Q. Slagg arrojó al infortunado renegrido nene por encima del hombro (fué hábilmente recogido por el segundo lacayo, que era excelente jugador de cricket) y con el fulgor del homicidio en los ojos, se arrojó violentamente, muy violentamente, hacia Bobby.

Cuando Bobby estuvo suficientemente convaleciente para poder recibir visitantes, Sylvia estuvo a verle en el sanatorio donde era asistido.

—Claro está, señor Bean, — dijo ella — que yo siento en el alma que Papá le tratara tan impulsivamente, pero usted no debe culpar de eso a Papá, pues él considera que la línea de color separa de tal modo a la humanidad, que en cuanto vió que el chico era negro, todo lo demás lo vió rojo. Realmente, señor Bean, fué una tontería de parte de usted y eso después de todo el trabajo que yo me había tomado, de todo lo que había planeado con tanta prolijidad...

—¿Usted lo había planeado todo? — dijo Bobby, con vaguedad en el acento. — ¿Todo?

—Sí. Combiné con una amiga mía, que reside en Nueva York, el envío del telegrama sobre la combinación de las almejas. Calculó la hora con toda exactitud. El despacho llegó una hora después de haber yo dejado a Egbert depositado y en seguridad en casa de mi vieja ama, que vive en Pimlico. Entonces...

—¿Entonces? — repitió Bobby con intención.

—Entonces, — prosiguió Sylvia con vehemencia, — fué usted y lo echó todo a perder equivocándose de número, aun cuando no de calle, y trayendo a un insultante niño negro, en vez de traer a Egbert. Dud Street número treinta y cinco, era la verdadera dirección.

—¡Yo me metí en el número cincuenta y tres! — suspiró Bobby.

—¡Sí, no tiene usted excusa ninguna, ninguna! — dijo Sylvia, separándose de la cabecera del lecho de Bobby. — Adiós, Bobby, — dijo fríamente. — Siento mucho haberle contradicho, el otro día, cuando usted dijo que era el asmo más grande de Londres.

—¡Adiós, querida Sylvia! — dijo Bobby.

Pero cuando ella se hubo retirado, él sacó de debajo de la almohada el arrugado papel que Sylvia le había dado cuando él salió en busca de Eg. La dirección escrita en el papel era 53 y no 35. El error había sido de ella, pero no de Bobby.

—Sin embargo no se lo diré nunca, — murmuró Bobby, iluminado el rostro por su maravillosa sonrisa. — No podré atreverme jamás a humillar a la pobre muchacha.

Sin duda ninguna "era" el burro más grande de Londres.



LAS RECETAS de "PUCKY" para EL HOGAR

Unas cuantas y escogidas, recetas de una buena cocinera criolla

BOLLITOS

Doce yemas y seis claras de huevo, un cuarto de kilo de azúcar, un cuarto de kilo de manteca, dos copitas de anís y la cantidad suficiente de harina para formar los bollos. Se ponen al horno a fuego lento, espolvoreados con harina.

✣ ✣ ✣

ARMONIAS

Se untan moldecitos de quimbos con azúcar apenas quemada. Se hacen mezclando yemas apenas batidas con almíbar muy espeso, que debe estar tibio; para que la yema se necesita tanta almíbar como se hace con una cucharada de azúcar. Se llenan los moldes se pone en una asadera a cocer a bañomaría al horno. Se dejan enfriar, se vuelcan sobre la fuente y se adornan con grajea o almendras cortaditas.

✣ ✣ ✣

FLAN O BUDIN DE CARAMELO

Se baten fuertemente doce yemas de huevo cuatro claras y cuatro cucharadas lisas de azúcar y fina vainillada; se le agrega un litro de leche hirviendo y se vierte en la budinera preparada con caramelo.

Este se hace con medio kilo de azúcar tucumana y una taza de agua.

Se hierve revolviendo siempre hasta que tome el color tostado que se necesita; se cuidará de no quemarla, pues entonces quedará amarga la salsita que se forma al servir el budín.

Este se cuece a bañomaría durante una hora.

* * *

BUDIN DE PAN

Se remoja pan francés raspada la costra, en leche suficiente para que se hinche, se bate bien se le agrega azúcar molida, cáscara de limón rallada, huevos batidos, pasas de Corinto y pedacitos de dulce de cáscara de limón o almendras picadas.

Se prepara una budinera untada con manteca y pan rallado; se echa la masa que debe ser blanda en la budinera y se cuece en horno regular una hora más o menos.

ASAS PARA EL MATE

Se baten mucho tres huevos y tres grandes cucharadas de azúcar en polvo, se le agrega suficiente harina para poder amasar: se soba bien, se hacen bolitas y cuecen en grasa hirviendo.

✣ ✣ ✣

ALFAJORES DE MENDOZA

Se amasa muy bien medio kilo de harina con doce yemas de huevo y dos claras bien batidas; se le añade un poco de azúcar molida, sal y anís en grano, se cortan los alfajores, se pinchan con un tenedor y se ponen a cocer en agua hirviendo; cuando suben se sacan y se ponen al horno.

✣ ✣ ✣

ALFAJORES DE MANDIOCA

Se amasa medio kilo de almidón de mandioca, un cuarto kilo de azúcar, 125 gramos de harina un cuarto de kilo de manteca con cuatro yemas y una clara. Se une bien todo, se estira con el palote, se cortan con un molde redondo y se ponen a cocer al horno. Se une luego dos a dos con dulce de leche bien espeso y se adornan con grajea o con almendras picadas y bien tostadas.

✣ ✣ ✣

TORREJAS

Córtese rebanadas de pan francés, se pasan una por una en un taza con leche mezclada con un poquito de azúcar y canela molida, y se dejan reposar en una fuente plana para que queden bien iguales, se pasan en huevos batidos y se fríen en fritura hirviendo, se dejan dorar bien y se sirven rociados con almíbar; o con azúcar en polvo o con dulce desecho.

* * *

AMBROSIA A LA CRIOLLA

Se hace un almíbar espeso con medio kilo de azúcar y un cuarto de litro de agua; se le agregan doce yemas de huevos bien batidas. Se revuelven al principio un poquito y después se deja quieta.

Cómo debe ser un actor

Considera "Pucky" que ha de interesar a todos sus lectores el siguiente artículo, no sólo por las apreciaciones que contiene sino por los detalles anecdóticos que lo valorizan, acrecentando su indiscutible amenidad y dándole mayor mérito.

LAS dos circunstancias principalmente distinguen al actor de los demás artistas, exceptuando al orador, son que realiza su trabajo en público y que debe efectuarlo con su propia persona. El poeta puede recluirse, si así le parece bien, en su apartada torre de marfil; el pintor está en libertad de aislarse en remota soledad; uno y otro no se hallan presentes cuando el público lee el poema o contempla el cuadro; uno y otro no se ponen en contacto directo con sus jueces e ignoran, por tanto, si el fallo de éstos es justo e injusto. En cambio, el actor trabaja a la vista del público, y todo el arsenal de sus recursos se halla en su misma persona.

Quizá eso mismo explica la irritable sensibilidad del actor ante los juicios de la crítica. Y es que mientras resulta muy hacedero discutir la labor del que hace versos o pinta cuadros, sin tener para nada en cuenta sus personas, es imposible en absoluto prescindir de la personalidad del actor al tratarse de su arte. En este caso, el hombre y el artista son inseparables: todo comentario dessfavorable sobre la interpretación de un papel lleva consigo forzosamente, la censura personal del que lo ha desempeñado, de quien no supo o no pudo ver la psicología del personaje que le encomendaron en el reparto.

La exacta apreciación de ese hecho fué la que determinó a Edwin Booth (actor estadounidense) famoso por su interpretación de las obras de Shakespeare; murió en 1893) a recomendar el alejamiento permanente de todo crítico teatral del club artístico por él fundado con el nombre de "The Players" ("Los Actores") y en el que tenían cabida todos los profesionales de la escena y de las artes hermanas, literatura, pintura, música, escultura y arquitectura.

En esa sociedad eran también admitidos los periodistas a condición de que se abstuvieran de hablar de arte dramático.

En cuanto al crítico literario, no se le ponía impedimento alguno para su ingreso, teniendo en cuenta que por exagerado que sea el amor propio de un literato no habrá de poner reparos en sentarse a la mesa con un actor. Ni tampoco se cerraba la puerta de "The Players" a los críticos de pintura, ya que el pintor y su obra son separables con facilidad. Pero el crítico dramático fué inexorablemente proscripto de dicho club, en razón de que, por buena voluntad que tenga, le ha de ser imposible escribir acerca del actor sin entrar en comentarios acerca del hombre.

Estas prescripciones del club "The Players" no figuran en sus reglamentos; forman simplemente una ley consuetudinaria, pero no por eso menos obedecida. Más de uno y de dos aficionados a la crítica teatral han visto rayar sus nombres de las listas de socios. La sabia reglamentación sólo tiene una desventaja, y es que manteniendo el apartamiento del actor y del crítico, pierde este último la oportunidad de familiarizarse algo más con el arte del primero.



PARA conquistar los favores del público necesita poseer un actor, antes que nada, una figura simpática y algo de facultades mímicas, o sea de esa especial aptitud para la escena, tan distinta de las aptitudes del novelista, del poeta o del hombre de negocios.

El actor bueno puede a veces poseer un talento extraordinario, como ocurría a Garrick, y como ocurría a Coquelin; pero, en realidad, no es condición imprescindible que rebase el nivel intelectual de un novelista o de un hombre de negocios, de esos que conquistan la pupolaridad.

Puede decirse, a este propósito que, tanto los que hacen dinero como los que cultivan con éxito la novela, pueden tener o no tener gran capacidad mental; si vencen en la lucha por la vida débese, más que a otra cosa, a sus especiales aptitudes para el negocio o para relatar historias. La aptitud especial del actor necesita, en cambio, ir acompañada de otras dotes; pero la posesión de esa aptitud especial no supone en el hombre de tablas una inteligencia excepcional.

De igual suerte que Paul Morphy, el ajedrecista sin rival, era en otros respectos un ser de capacidad vulgar, éste o el otro gran actor pueden no sobresalir una línea, desde

el punto de vista intelectual, del resto de los humanos.

La célebre trágica inglesa Siddons, incomparable intérprete de "Lady Mackbeth", que había logrado desentrañar con una habilidad maravillosa las reconditeces psicológicas del gran personaje shakespiriano, se reveló muy mediana obrservadora en el libro por ella escrito a ese propósito.

Salvini, el más completo de los "Otelos", hizo mal papel cuando, pluma en ristre, se lanzó a analizar el personaje y a dar algunos consejos acerca de su interpretación.

Y es que lo mismo la Siddons que Salvini poseían una aptitud especial para representar, aptitud que cultivaron con celo y diligencia; pero fuera del escenario, ambos archifamosos artistas eran ordinarios mortales.



SIN duda ninguna, Lewes se basaba en esa circunstancia cuando decía: "Por lo general, el público calcula en demasía el genio de un buen actor, y en defecto su obra educativa. Mientras carga en el haber intelectual del artista predilecto una gran cantidad de fuerza creadora y de facultades poéticas, a penas si concede atención a las enormes dificultades vencidas para llegar, mediante una rigurosa disciplina, al dominio absoluto de la escena."

En resumen: lo que debe tener un actor para escalar las cimas de su arte no es eso que llamamos "vasta inteligencia", sino una comprensión especial de su oficio, ciencia intuitiva de las limitaciones y posibilidades del arte dramático, y, por último, clara penetración de los principios que informan ese arte, con la facultad de aplicarlos rápida y seguramente. No es, en ningún modo, necesario que el actor sea siempre consciente del efecto que produce lo que ejecuta, ni que sepa en toda ocasión el por qué lo hace. Suele ocurrir, en efecto, que la mejor labor de un artista es la puramente instintiva: ese artista trabaja como trabaja porque, en realidad, no sabe ni puede hacerlo de otro modo.

Y si con semejante labor instintiva obtiene la perfecta interpretación de los papeles, no hay por qué exigirle que analice las razones de su maestría y que las exponga al público en libros o en revistas.

Edgar Allan Poe no se engrandece un ápice porque declare al lector la sucesión de motivos que le impulsaron a escribir su poema "El Cuervo".

Como otros artistas, el actor llega a las más elevadas esferas del arte cuando no se ha sujetado a cánones establecidos, cuando ha creado sin saber lo que creaba y cómo y por qué lo creaba. En estos casos, las aptitudes naturales del actor, aparejadas con su educación artística, pueden producir en el público la impresión de que el triunfo del cómico se ha debido exclusivamente a exclusivo poder intelectual.

En una de las novelas dedicadas por Jean Richepin a describir la vida en los escenarios, aparece la palpitante figura de un actor fracasado, a tal punto adorador de su arte que no puede vivir sin escenario. A ese efecto se rodea de un grupo de ambiciosos jovencitos a los que inicia en los misterios de la declamación dramática.

El maestro, pareciéndose en esto a otros muchos compañeros de profesión, desdeña la labor de los autores y aconseja invariablemente a los discípulos que desatiendan el texto de sus papeles para cuidarse sólo de los sentimientos evocados por la situación dramática, ya que es deber del actor expresar esos sentimientos de un modo completo y rico, aún cuando el dramaturgo no los haya exteriorizado sino pobre y fríamente en sus parlamentos.

Según el viejo maestro, el actor debe procurar que el auditorio alcance el límite de la emoción hasta en aquellos casos en que el texto falta por completo. Para demostrar que la palabra sola no es, en sí, nada, el instructor elije una frase vulgarisima y obliga a sus discípulos a repetirlas con la entonación adecuada a las siguientes situaciones escénicas: declaración amorosa, desafío, bendición a un niño, y despedida a una madre moribunda.

Esto, que tiene en la novela de Richepin un aspecto que llega a la caricatura, no deja de ser recomendable en general. Mediante esa gimnástica puede llegar el actor a dar flexibilidad a su talento y a sus facultades.

El hombre de teatro necesita, en efecto, ser dueño absoluto de sus gestos y entonaciones, así como de todos los medios necesarios para fingir sentimientos, medios que deben hallarse a mano en cualquiera situación, independientemente de lo consignado en el texto de la obra.



COMO ejemplo de lo que puede llegar a hacerse en ese punto, vienen bien para citarlas aquí, dos anécdotas, a cual más curiosas. Encontrábase la actriz señora Modjeska en cierta reunión aristocrática de Nueva York, cuando alguien rogó a la artista que recitara cualquier composición en lengua polaca. La Modjeska se resistió al principio, pero acabó por acceder a la súplica.

Situándose en uno de los extremos del salón, empezó a declamar una extraña composición rítmica, completamente ininteligible para el auditorio. Todo lo que podía advertir éste era la repetición de los mismos sonidos a diferentes intervalos.

Al principio, parecía a la concurrencia que el trozo recitado se reducía a una simple serie de preguntas y respuestas; luego, la voz de la actriz adquirió tonos patéticos; de vez en cuando, un sollozo interrumpía



... el de la cuenta se puso de pie y empezó a recitarla... Las prosaicas palabras habían desaparecido bajo aquel espléndido manto de arte. ("Como debe ser un actor". Página 55).

la frase: de los hermosos ojos de la señora Modjeska empezaron a desprenderse gruesas lágrimas.

Los oyentes, conmovidos, ante aquella sublime expresión de dolor, lloraban también.

La única persona que sabía polaco había tenido que abandonar el salón para no soltar la risa.

Porque lo que estaba recitando la Modjeska de manera tan emocionante no era otra cosa que la tabla de multiplicar, en polaco.

El trágico italiano Ernesto Rossi solía decir que "un gran actor es independiente del poeta, porque la esencia suprema de las cosas no reside en la prosa o en el verso, sino en el acento que se imprime a la palabra".

Justificaba Rossi su aserto con el siguiente episodio de su vida. Una noche cenaba en un restaurant de Padua, acompañado de media docena de actores. La conversación versaba, como puede suponerse, sobre el arte dramático y sus posibilidades. Alguno de los comensales se apoderó de la cuenta presentada por el patrón y expresó su propósito de leerla de manera tan patética que no pudiera oírsele sin llorar a lágrima viva.

Como Rossi y sus colegas negasen que tal hazaña declamatoria fuera realizable, el de la cuenta se puso en pie y empezó a recitarla, al principio de un modo naturalísimo, y luego con cierto énfasis bajo el cual desaparecía la horrible prosa de la factura. Llegó un momento en que la hermosa voz del actor empezó a temblar, como bajo la acción del miedo, para ir después debilitándose y concluir en un murmullo, impregnada de amargura intensa: algo como una súplica al Eterno en instantes de suprema angustia. Las prosaicas palabras habían desaparecido totalmente bajo aquel espléndido manto de arte.

Mucho antes de llegar el actor al final de la factura, advirtieron los oyentes que, a pesar de ser hombres del oficio, habituados, por tanto, a la ficción dramática, tenían los ojos llenos de lágrimas.

Esta proeza del actor italiano supera con mucho a la realizada por la Modjeska en

Nueva York, en cuanto a la actriz polaca tenía en su favor la ventaja de un idioma desconocido del auditorio y de un auditorio, compuesto, especialmente, de personas ajenas al arte dramático, en absoluto sugestionadas por el talento y la fama de la recitante.

El actor italiano tenía, por el contrario, en su desventaja un público de profesionales, que sabía, además de antemano, el significado del texto elegido para la prueba.

Es lástima que el escritor francés que cita la anterior anécdota omita el nombre del actor que supo sacar tal partido de una cuenta de restaurant. Sin duda no se trataba de una "estrella" de la escena italiana. Para llegar a conquistar un nombre célebre faltábanle quizá ciertos recursos que completasen el hermoso don natural de una voz simpática y el perfecto dominio de esa voz. Acaso carecía el actor de la perfecta comprensión de su arte, con la que únicamente le hubiera sido dable el empleo de dichos recursos sacando de ellos el mejor partido posible.

No basta la posesión de todos los útiles del oficio para hacer al artífice. Por amplios y variados que sean los medios de expresión, habrán de resultar inútiles si no hay nada que expresar o algo digno de ser expresado.

Muchos son los actores que disponiendo de un rico arsenal de medios de expresión, carecen, en cambio, de facultades creadoras.

Esos actores ignoran el modo de hacer resaltar sus dotes, pero las ponen admirablemente de relieve en cuanto hay alguien que les indica el camino. Son actores necesitados de un guía, capaces de realizar prodigios no bien una inteligencia superior dirige sus inciertos pasos.

Y aquí es donde tiene indicada su intervención el dramaturgo, quien, si no necesita en manera alguna ser un actor consumado, debe saber cómo han de interpretarse todos los papeles de su obra y, por lo tanto, hallarse en estado de indicar a los intérpretes los diversos efectos de que son susceptibles dichos papeles.

No faltará alguien que califique de paradógico esto de afirmar que el autor, incapaz por punto general de pisar las tables, pueda enseñar a los actores, sus naturales maestros en el arte escénico. Pero, sea o no paradógico, eso es lo que en ocasiones puede verse obligado a hacer el dramaturgo.

A veces, sucede que el autor dramático es también un actor consumado, combinación afortunadísima, naturalmente. Cuando ello acontece, no es necesario decir que las representaciones, aunque estén a cargo de un mediano talento, resultan una maravilla de conjunto y de detalle.

Actores de gran renombre ha habido que debieron gran parte de la celebridad conquistada a los consejos de un maestro.

La antes mencionada señora Siddons aprendió los mejores efectos dramáticos de su hermano Juan Felipe Kemble, un actor mediocre; la incomparable Rachel fué discípula de un modesto actor llamado Samson, quien, no obstante cultivar exclusivamente el género cómico, pudo enseñarla el camino que conduce a las más elevadas cimas del arte trágico.

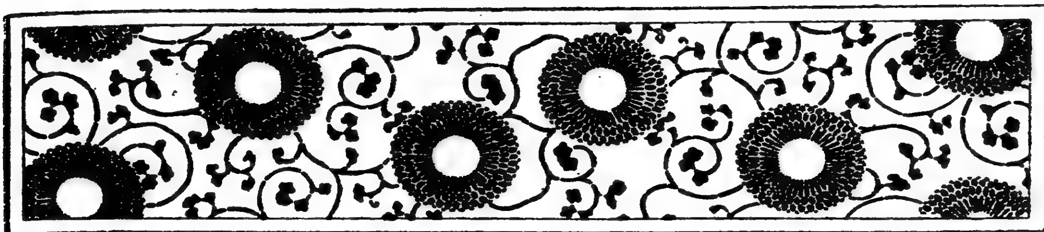
Legouvé ha referido algo que corrobora las palabras de la Rachel. Durante uno de los ensayos de "Adrienne Lecouvreur" la insigne trágica manifestó en presencia de sus compañeros que toda la gloria que ella conquistase en su carrera se la debería a su maestro Samson.

Cuando se reunen en una misma persona una clara inteligencia artística y una sensibilidad exquisita, rica en efectos emocionales, puede asegurarse que la escena contará algún día con un actor o una actriz maravillosos. La inteligencia sola no basta; si fuese suficiente, Shakespeare hubiese sido el actor más grande de su tiempo, disputándole ese título a Burbage. Tampoco basta por sí sola la facultad emotiva, a menos que vaya acompañada por la voz, la mirada y el gesto adecuados, por eso que llama Lewes "los atributos del actor", y que exterioriza y hace inteligibles los sentimientos del personaje representado. "No es suficiente — añade Lewes, —que un actor sienta; es preciso que, además, represente. Debe, pues, expresar sus sentimientos con atributos que entienda y sienta todo el mundo".

Si hemos de dar crédito al testimonio del mismo Lewes, actores tan ilustres como los ingleses Macready y Charles Kean, hombres de gran inteligencia y personalidad, no pudieron llegar a las cimas de su arte por carecer ambos, debido a ciertas deficiencias físicas, del completo dominio de esos atributos.

Estudiando los largos anales del teatro en busca del actor-tipo, parece surgir de lo que se conoce, que sólo David Garrick tuvo derecho a la jefatura suprema del gran ejército escénico. En aquel gran actor se reunieron todos los talentos, todas las aptitudes y todos los atributos de que habla Lewes. Abordó con igual fortuna la comedia y la tragedia, causando la admiración y el entusiasmo de todos los públicos.

Brander Matthews.



AVE CESAR

LEYENDA CRISTIANA

I

LOS FUGITIVOS

Escondiendose por entre los matorrales que con profusión poblaban la selva; haciendo de la noche, velada por las nubes, cómplice inconsciente de su fuga criminal, Servando y Lydia corrían como ágiles ciervos a quienes persiguiera la insaciable voracidad de hambriento lobo. Sin osar hablarse ante el temor de producir ruidos delatores, conformábanse con apretar sus manos, que tenían enlazadas. De vez en cuando, sin disminuir el paso, dirigían en pos de sí escrutadora mirada, que deteníase impotente al chocar con las oscuridades del bosque, más impenetrables a causa del nocturno velo; y, ya que estériles los ojos, aguzaban los oídos para dirigir con ellos una muda interrogación a los parajes que acababan de atravesar. Nada, por fortuna, podía parecerles sospechoso. El Dios de los afligidos, el que por los humanos se hizo hombre y murió como tal en medio de torturas infinitas, sin duda estaba de parte de los prófugos tal debían suponer éstos al advertir las grandes facilidades con que pudieron realizar sus designios.

Un grupo de nubes, desgarrándose a impulsos del viento, dejó paso libre a los rayos de la pálida luna, cuyo disco de plata parecía abrillantar el frío ambiente de aquella noche de las calendas decembrinas. Al ver aquella claridad inopinada, que pudiera trocarse de don beneficioso en delación artera, Lydia no pudo reprimir un ahogado grito de espanto.

—No temas, — dijo Servando en voz baja.
—Ya hemos llegado.

Así era. En el centro de una plazoleta en que la vegetación aparecía despejada, elevábase una pesada mole de granito, algo así como un dolmen, resíduo de la civilización troglodita. Servando se aproximó al dolmen y lo golpeó con una piedra de que previamente habíase provisto.

La mole megalítica, como obedeciendo a conjuro mágico, giró sobre su eje, con gran asombro de Lydia. Servando, sin soltar la mano de su compañera, se aproximó al hueco que descubría la piedra al efectuar su giro.

Una voz cavernosa surgió de aquel antro, excitando el terror de Lydia que aproximaba su cuerpo al de su acompañante, para resguardarse con él de algún peligro que la amenazara.

—¿Qué deseas? — preguntó la voz cavernosa.

—Ver la luz que de tu centro emana,— exclamó Servando, como si pronunciara una frase convenida.

—¿Qué te propones?
—Someter nuestra voluntad a la del que todo lo dirige.
—Pasa.

Servando y Lydia no se hicieron repetir la orden. Detrás de ellos, la mole de granito giró nuevamente: se hallaban en un estrecho pasadizo sin luminaria ninguna. Servando, gran conocedor de aquellos parajes, guió a Lydia a través de ellos, llegando al fin a un vasto salón, sin ornato en sus toscas paredes desnudas, donde, a la luz de varias antorchas, numerosos hombres y mujeres hallábanse prosternados en redor de un venerable anciano que amigablemente los hablaba y cuya peroración fué interrumpida al llegar los dos fugitivos.

Lydia y Servando se hallaban en una catacumba de las muchas en que clandestinamente predicábase la cada vez más difundida religión que inició el Crucificado.

El orador detúvose en su plática. Volvió hacia los recién llegados sus ojos, y exclamó dirigiéndose al compañero de Lydia:

—¿Es esta la neófita de quien me hablaste?

—Ella es, — respondió Servando. — Tu, padre mío, me unirás a ella con lazo indisoluble, y bajo vuestra guarda quedará hasta que llegue el no lejano día en que libremente podamos salir de este refugio, después que haya triunfado nuestra causa.

El anciano venerable hizo seña a dos individuos que en un ángulo del salón parecían aguardar sus órdenes. Ambos se aproximaron a Lydia, y tomándola de las manos, la condujeron ante el sacerdote.

—Eres esclava, — dijo éste, — más yo, en nombre de Dios, te declaro manumitida.

Y a una indicación suya, los acólitos limaron el collar de hierro que en señal de ser-

vidumbre circundaba la garganta de la joven.

—Ya eres libre, — prosiguió el anciano. —Ingresa ahora en nuestra comunión, sé nuestra hermana.

Los acólitos habían puesto al alcance de la mano del sacerdote un pequeño recipiente lleno de agua bendita con la cual roció la cabeza de la joven ante él prosternada.

Servando se aproximó a Lydia. El sacerdote juntó sus diestras respectivas y los bendijo.

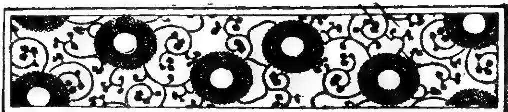
—Ya estáis unidos indisolublemente, — exclamó. — De hoy más, constituiréis dos cuerpos y un alma, sin que nadie en el mundo pueda separaros. "¡Lo que Dios une, no lo puede separar el hombre!"

Los contrayentes besaron la orla de la túnica que vestía el sacerdote, y se levantaron, abrazando a los que habían presenciado la ceremonia, en unión de los cuales celebraron los ágapes.

Cercana el alba estaría cuando el esposo de Lydia se despidió de ésta.

—Adiós, amada mía, — dijo Servando. —Forzo es que me aleje. Si mis esperanzas no fracasan, no está lejos el día en que vendré en tu busca, para emprender, juntos y libres los dos, el largo camino de la existencia que bajo tan risueños auspicios parece presentársenos.

Servando partió. Al girar el dolmen megalítico después de darle salida, las lumbres matutinas asomaban por el Oriente. El esposo de Lydia no reparó en la luz, ni su aspecto hubo de proporcionarle alegría: llevaba en el alma la oscuridad, por haber dejada en la catacumba a su adorada Lydia, el sol de sus amores.



II

LA BACANAL

MAS que mediadas ya las antorchas de perfumada cera, y muchas de ellas por completo consumidas, bien a las claras advertían que la bacanal tocaba a su fin: las ánforas de Etruria, artístico recipiente de los generosos caldos de Falerno y Chipre, estaban ya casi vacías en manos de los esclavos etíopes encargados de llenar las cráteras doradas; las hermosas bacantes, apenas eran atendidas por los patricios a quienes acometía con su peso de plomo la modorra de la embriaguez; restos de manjares manchaban el pavimento; vapores hediondos poblaban la atmósfera, entremezclándose en abominable consorcio con las perfumadas emanaciones de los pebeteros, que exhalaban en azules nubecitas agradables aromas. Al estruendo de la bacanal había seguido una quietud llena de molestias gástricas y de zozobras cerebrales: la calma sucedía a la tempestad: el austero miércoles de ceniza ocupaba el puesto de los carnavalescos regocijos.

Un patricio, joven y apuesto, en quien los excesos báquicos no dejaron de imprimir su repugnante huella, salió del "vomitorium" y, dirigiéndose con paso inseguro a su triclinio, dejóse caer en él. En su fisonomía se notaba el sello de la pesadumbre; tal vez bebía por olvidar males del alma, tal vez su viciosa conducta no fuese sino la repulsiva cáscara de sazonado fruto.

—Bebe, Tuberón, — díjole un compañero al patricio melancólico, presentándole una crátera henchida de dorado Falerno. — Bebe, que el vino da la dicha. Si la posees, te la aumentará; si te falta, creará una para tu exclusivo uso; si amas sin ser correspondido, te hará soñar con la ingrata; si eres jugador, te dará la clave de combinaciones inverosímiles con las cuales realizarás, en sueños, se entiende, ganancias fabulosas. Créeme, Tuberón. ¡Bebe, bebe siempre!

Tuberón lanzó un suspiro.

—Bebo, Marco, bebo, — dijo. — Pero nada logro. La imagen del bien amado huye de mi vista: es fuego fatuo que el soplo de mi aliento desvanece.

—¡Ah! — repuso Marco. — Por lo visto, amas.

—Como un loco.

—¿Con éxito?

—Sin esperanza.

—La esquiva, ¿es patricia o plebeya?

—Plebeya. Mas su gran hermosura la ennoblece.

—¿Libre o sierva

—Esclava. Sirve a Laura, la esposa de Cadmio, el senador.

—¿Será Lydia, por ventura?

—La misma.

—¿Y la empresa es difícil?

—Imposible.

—Ofrécela dádivas

—No las admite.

—Bríndale la libertad.

—La rechaza.

—Cómprasela a Cadmio.

—Laura está encariñada con ella y no quiere venderla.

—¡Por Baco! Róbala.

—Oh! Temo que no sea factible tampoco esa solución, que no ha dejado de ocurrírseme. Un liberto mío, que día y noche tiene encargo de vigilarla, me ha dicho hoy mismo que no lo ha visto. Sin duda, alguien la ha hecho desaparecer.

—Espera. ¿Tienes confianza en tu liberto?

—Absoluta. Es Servando, mi mano derecha.

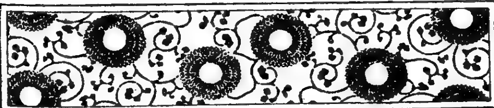
—Vigílale. Quizás te engañe. Lydia es en extremo apetecible, y más fácilmente se rendiría a los honrados amores de un igual suyo que a las criminales, aunque halagadoras ofertas de un patricio como tú.

—Seguiré tu consejo. Marco amigo. Y ¡ay de Servando como haya realizado lo que supones! Siempre le creí honrado, incapaz de venderme: más, al fin y al cabo, carne de

Servando y Lydia corrían... Sin osar hablarse, antes el temor de producir ruídos delatores, conformábanse con apretar sus manos. ("Ave César". Pág. 57).

esclavo es la suya, y de esclavo a traidor no media nada.

Proseguía la bacanal. Continuaban los etíopes llenando hasta rebosar las cráteras doradas con genososos vinos encerrados en artísticas ánforas de Etruria. Marco aproximose a una bacante medio dormida a la cual despertó con un chorro de Falerno sobre el rostro. Tuberón quedó acodado en el triclinio, llorando su mal de amores, en medio de la tumultuosa soledad que le rodeaba.



III

LA ANTESALA DE LA MUERTE

En un rincón del ergástulo, Servando aguardaba la hora de morir. Un rasgo de nobleza, propio de su alma generosa, impidióle negar sus amores con Lydia; tuvo a honra confesar su pasión, como hubiera considerado una felonía ocultarla. Amaba a Lydia, y era por ella correspondido.

Al oir la confidencia, Tuberón palideció de furor.

—Incurres en mi completo desagrado, — dijo al siervo. — Pierdo la confianza que en tí tenía, y esto puede conducirte a resultados funestos, quién sabe si a la muerte. Pero, — añadió reprimiéndose — yo te perdono la vida con tal que me designe el paradero de Lydia. A cambio de esto vivirás, sólo de este modo puedes evitar la muerte, a la que con tu perfidia te has hecho sobradamente acreedor.

Como es lógico, Servando nada dijo. Y sosteniéndose el esclavo en su negativa, y exasperándose el patricio ante tal tenacidad, decidió el inmediato cumplimiento de sus amenazas. Se preparaba una gran fiesta en el circo. Allí, después de las consabidas luchas entre apuestos gladiadores que se disputaban el campeonato de la gallardía y la bravura, debían servir de pasto a las hambrientas fieras gran número de esclavos que incurrieron en las penalidades impuestas por el emperador a los partidarios de las doctrinas predicadas por Cristo.

No fué necesario gran esfuerzo para que Servando engrosara con su cuerpo el alimento de las famélicas alimañas: cristiano era, y en tal concepto, que él no se cuidó de desmentir, fué condenado, pues Tuberón prefi

rio dejar oculto el verdadero motivo por el cual su esclavo predilecto dejaba de merecer la distinción que hasta entonces disfrutó.

Aunque tarde, por desgracia, Servando se arrepentía de su ingenuidad, de su nobleza. Deploraba con toda el alma no haber negado siempre la veracidad de aquel amor que a Lydia le unía, amor que él siempre consideró como presagio de alegría y bienandanzas, y que segado en flor quedaba por un rasgo inoportuno de su carácter leal. Por eso, con los ojos fijos en las losas del pavimento con tenaz fiereza, y las manos mesando la cabellera enmarañada, Servando aguardaba desesperadamente la hora en que para morir debieran sacarle del ergástulo, aquella estancia guarnecida de piedra húmeda y fría, sin mas ventilación que el tragaluz del techo por donde introducíase tenue haz de luz cenital, ni más puertas que la de entrada, revestida con gruesas planchas de forjado hierro, y la que comunicaba con el corredor que daba acceso a la arena del circo.

Los demás esclavos a quienes aguardaba el mismo fin, yacían formando un montón informe. Unos gemían desconsolados, otros se entregaban a vehementes manifestaciones de furiosa desesperación; quienes maldecían a sus verdugos; cuáles, imploraban de ellos un perdón que no había de concedérseles, algunos, en fin, murmuraban plegarias, haciendo de la idea religiosa lenitivo de las crueles torturas corporales que les aguardaban.

De pronto, la puerta de hierro se abrió. Los esclavos levantaron la cabeza con desaliento unos, con ansiedad otros. ¿Sería la muerte lo que había de penetrar por la puerta recien franqueada?

No, no era la muerte. Era un patricio que osaba mezclar su gentileza con la hediondez que el ergástulo contenía, un patricio cuya púrpura toga arrastraba por el suelo sucio, y cuya frente, surcada por prematuras arrugas que el vicio, y no las cavilaciones, hizo hacer, ceñía fresca corona de verdosos pámpanos. El gentil patricio paseó por los ámbitos del ergástulo su ansiosa mirada, posándola al fin en el rincón en que Servando yacía. Dirigióse a él presuroso, y al llegar a su lado tocóle con la diestra sobre el hombro. El esclavo le miró con sorpresa. Al verle, la sorpresa trocóse en repugnancia: había reconocido a Tuberón, su patrón.

—¿Qué buscas aquí? — le dijo con despego.—¿Ni aun a la hora de mi muerte ha de verme libre de tu presencia odiosa?

Ante la estupefacción de Servando, el patricio se dejó caer de hinojos.

—Mírame, — exclamó con desgarrador acento.—Ante tí se postra un prócer romano, descendiente de los "quirites" gloriosos. Apiádate de él. ¡Es más desventurado que tú, que vas a morir!

Servando sintió un impulso de compasión en el alma.

—¿Qué quieres de mí?—dijo.

—Que me indiques el paradero de Lydia. Ella no ha de ser para tí, puesto que morirás! En cambio, si me dices lo que te pido, te perdono la vida.

El esclavo le interrumpió indignado.

—¡Y era eso lo que solicitabas! Podías excusarlo. ¿Qué me importa morir, si conservo la fé inquebrantable en mi adorada? Mil y mil muertes mejor que conservar la vida sin su cariño. Tu, como eres de los gentiles, no entiendes esto. Es preciso ser cristiano para pensar y sentir de esta manera. Además, sábelo: Lydia es mi esposa, mi legítima esposa, estoy unido a ella en matrimonio.

—¡Matrimonio! — repuso Tuberón con ironía.—¿Llamas así al infame contubernio que es propio de los esclavos?.

—Te equivocas. Un sacerdote de mi religión ha bendecido nuestro enlace.

—Sea como quieras. Pero reconoce que te buscas la muerte por tu gusto.

—Lo reconozco. Puedes retirarte tranquilo, de mi lado.

Antes de traspasar Tuberón los umbrales de la puerta, penetró en el ergástulo un liberto, antiguo compañero de Servando en el servicio de aquél. Tuberón y el liberto comenzaron animada plática, de la que el esposo de Lydia sólo pudo entender alguna frase, en fuerza de aguzar el oido. El semblante del patricio animábase, cual oyendo el relato de algún suceso deleitoso; el liberto proseguía su charla con gran complacencia, dando, sin duda, minuciosos detalles del suceso relatado.

—¿Y ha sido ella misma? — decía Tuberón.

—Ella misma, — contestaba el liberto.—De sus labios lo supimos todo. Al ser sorprendida la catacumba donde ocultábase gran número de infestados con esa plaga del Cristianismo, ella sola se avino a razones; nos dijo que fué secuestrada por un esclavo que decía amarla, y cuyo nombre parece ignorar.

—¿Dónde se halla?

—En tu misma gradería del circo, allí te espera. He pensado que sería de tu gusto asistir con ella al espectáculo...

—¡Pensaste como un sabio! Vamos allá.

Entrambos salieron, no sin que Tuberón dirigiese una mirada de lástima burlona a Servando. Este, medio enloquecido por lo que pudo escuchar y por lo que adivinaba, quiso arrojarse sobre Tuberón para arrancarle la vida antes de que saliera del ergástulo.

No tuvo tiempo.

Abrióse nuevamente la puerta. Obstruyendo su hueco, había una plancha de bronce que grandes braseros habían hecho enrojecer, la plancha, impelida por la parte de afuera, empujaba a los esclavos que, huyendo del contacto con el metal candente, salían por el pasadizo que comunicaba con la arena, atravesando la poterna previamente abierta.

Servando hizo lo que todos; huir de la quemante plancha, atravesar el oscuro y estrecho pasadizo. Sin saber cómo, se encontró en la arena del circo que debía enrojecer con su sangre.



La voz expiró en su laringe antes de ser emitida; un monstruoso tigre de Bengala se precipitó sobre él en aquel instante, clavándole las garras en los omoplatos... ("Ave César". Pág. 62).

El brusco tránsito de la penumbra a la luz esplendorosa del mediodía ocasionó en su rutina fugaz ceguera. Cuando desapareció el efecto pasajero, pudo ver el grandioso espectáculo que a sus ojos ofrecióse; las anchurosas gradas, henchidas de espectadores ataviados con indumentarias tan vistosas como ricas; allá, al fondo, la tribuna del César, rodeado de lictores, con sus haces característicos, y de individuos de la guardia pretoriana, oyendo desde su áureo trono la vociferación de los esclavos próximos a ser devorados por las fieras:

—¡Salve César! ¡Los que van a morir te saludan!

Cortesanas hermosísimas, con afeites en el rostro; soldados de las legiones provincianas, que temporalmente residían en Roma después de engrandecer sus dominios con el filo de sus espadas, victoriosas por doquier; eminencias del Foro, que descansaban de los esfuerzos oratorios esparciendo su ánimo con el espectáculo edificante del circo, ciudadanos, en fin, de la potente Roma, felices si, en compensación de las muchas cargas que pesaban sobre ellos y de las pocas preeminencias de que disfrutar podían, se les otorgaba el supremo bien condensado para ellos en dos solas palabras "pan y circo" que retratan a un pueblo al que no se sabe si admirar por su sobriedad o compadecer por su criminal apatía... Y cerniéndose sobre tal conjunto, ese colosal murmullo, de las grandes multitudes congregadas, sobre el cual, no obstante, se advertía el cántico enorme de los condenados a muerte:

—¡Salve, César! ¡Los que van a morir te saludan!

Servando paseó su mirada por la gradería con ansiedad febril: el recuerdo de lo escuchado al liberto, movióle a realizarlo. Poco le importaba a él que abrieran las poternas por donde precipitáronse los feroces animales en busca del palpitante alimento que les aguardaba: él recorría con los ojos los ámbitos de la gradería en que bullía la apiñada multitud.

Súbitamente quedó como transformado en roca. Vió a Tuberón, y a su lado ¡a Lydia! ¡Su vista se negaba a reconocer monstruosidad semejante!

¡Era exacta su suposición! Descubierta la guarida en que Lydia se había ocultado, la joven dijo que si se hallaba allí era porque le tenían secuestrada. ¡Así compró la libertad a costa de su apostasía! ¡Y de su honra también! Porque la infame dirigía amorosas miradas a Tuberón, el cual la enlazaba con sus brazos el talle.

Servando no vió más, no quiso ver más.

—¡Infame! — quiso gritar con todas las fuerzas de su alma.

Pero la voz expiró en su laringe antes de ser emitida: un monstruoso tigre de Bengala que a sus espaldas le acechara, se precipitó sobre él en aquel instante, clavándole las garras en los omóplatos y las aceradas fauces en el cuello... De las abiertas heridas brotaron surtidores de sangre humeante.

Servando moría. Mas aún tuvo fuerzas para volver los ojos vidriosos, hacia la ingrata, y dirigirle con ellos el dicterio que no pudo brotar de su boca.

El que más padece

Uno de sus ministros decía a Enrique IV, en ocasión de un conflicto de su hacienda, que el mejor medio que podía emplearse era aumentar los impuestos.

—No me hables de impuestos, — respondió el rey, — que harto castigado está de impuestos mi pobre pueblo.

—Señor, pensad cuál es mi apuro en este trance. Pensad que el que más padece en estos casos es el que tiene la sartén por el mango.

—¿Quién dice eso?

—El proverbio, señor...

—Pues el proverbio miente. El que más padece es aquel a quien fríen en la sartén.

✣ ✣ ✣

Los temores del mariscal

El mariscal Lebeau mandaba unas maniobras de la guardia nacional en el patio de las Tullerías, en París. Dió la voz de mando.

—En columna cerrada. Flanco derecho. ¡Paso de carga! ¡Mar!...

Los nacionales giraron a la izquierda y empezaron a correr, y el mariscal gritó entonces:

—¡Cierren las verjas, que mis gansos van a arrojarse al río!

La serenidad de un monarca

Carlos XII, el valiente rey de Suecia, dictaba una carta en su tienda de campaña, a uno de sus secretarios.

Una bomba cayó en la tienda y estalló junto al secretario, que dejó de escribir.

—¿Qué hay?—le preguntó el joven rey.

—Pero señor... ¡la bomba!

—¿Y qué tiene que ver la bomba con la carta que os estoy dictando? Continuad.

✣ ✣ ✣

El "descenso" del barómetro

El doctor Hough, que murió siendo obispo de Worcester, era sumamente amable. Un joven que fué un día a visitarle, llegó a la hora de comer, y el doctor le invitó a su mesa.

Al acercar una silla, uno de los criados dejó caer un barómetro magnífico que estaba colgado en la pared, y el joven, contrariadísimo por aquel accidente que ocurría por su causa, se deshacía en excusas.

El buen prelado, con afable sonrisa, le dijo:

—No se hable más de ello. Después de todo, tenemos una sequía pertinaz y quién sabe si ahora cambia el tiempo en vista de lo que ha "descendido" el barómetro.

Los Dos Hermanitos

Es este un cuento escrito en francés por Henri Duvernois y que "Pucky" ha traducido para sus lectores en el convencimiento de que les hará pasar un rato agradable porque constituye una nota original y tierna que se sale de lo vulgar.

ELISA BORENAVE dijo a su hija Catalina:

—Abre la boca y cierra los ojos.

Catalina abrió la boca cuanto le fué posible y sólo entornó los ojos para ver qué clase de golosina iban a darle.

—Ya estás crecidita, tienes juicio, has cumplido siete años... — añadió Elisa.— Oyeme atenta.

"Esto es que me he de purgar o que tengo que ir a casa del dentista — pensó Satalina. —¡Cuándo me darán un bombón desinteresadamente!"

—Dentro de ocho días recibirás una gran sorpresa. Me alegraré de que te sea agradable. Eso depende de tí misma. Tú no eres envidiosa... pareces una niña buena. Ha llegado el momento de demostrarlo. Catalina, has de saber que tienes dos hermanitos. Vienen de muy lejos... ¡Muy lejos! De Indo-China. De un país donde hace mucho calor. Así es que no debe extrañarte que sean un poco oscuros. Es el color del país donde han nacido. Ya sabes que tu papá vivió, antes de casarse conmigo, muchos años fuera de Francia. La madre de tus hermanitos fué su primera esposa y murió hace tiempo. Los niños estaban en casa de una hermana de la madre, casada con un oficial del ejército, pero, de acuerdo con tu papá he decidido traerlos aquí. Quiero que seas amable con ellos y que pongas mucho cuidado en no dejarles ver que son distintos a nosotros. No deber pronunciar nunca delante de ellos la palabra negro, ¿comprendes? Primero, porque no lo son, y después, porque eso les haría sufrir.

—¿Y cómo se llaman? — preguntó Catalina.

—Augusto y Emilio. Como son gemelos los vestiré de modo distinto hasta que poco a poco vayamos distinguiéndolos. Se acostumbrarán pronto a nosotros si ven que les tratamos con cariño.

—¿Y no echaremos al perro?

—¡Claro que no! ¿A qué viene esa pregunta?

—¡Como se llama Negro!

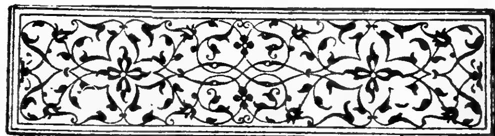
—Tienes razón. Le cambiaremos de nombre.

—Bueno, le llamaremos Azúcar. Verás cómo atiende lo mismo.

—¿Me has comprendido? ¿Has comprendido bien, mi tesoro? Pues ven a darme un beso, angel mío.

Aquel día el angel casi no jugó. Pero meditó mucho. Le caían del cielo dos hermanos; de un cielo extraño, absurdo sin duda, puesto que los que de él venían eran un poco negros.

Se arregló un cuarto poniendo dos camitas iguales. En la habitación donde Catalina estudiaba se pusieron dos pupitres más. Augusto y Emilio irían al colegio medio pupilos. Los domingos irían al Bosque de Bolonia con Catalina y con la señorita Champbed, la institutriz. El señor Borénave estaba conmovido. Elisa mostraba la exaltación de un ser que está decidido a hacer el bien y a no arrepentirse nunca de haberlo hecho.



Se convino en que Catalina iría con su padre a la estación para recibir a los gemelos. La niña se asombró de que llegasen por la estación de Lyon, igual que los amigos que vuelven de Niza, a pesar de venir de Indo-China. Viajaban solos.

¡Qué larga la espera en el andén de la estación! La institutriz se moría de curiosidad. A Catalina le saltaba el corazón en el pecho.

El tren estuvo a la vista. Ya entraba en la estación.

Y, por fin:

—¡Aquí están!

Del discurso de su mamá, Catalina sólo recordaba: "¡Tienes dos hermanitos!... Vendrán muy pronto". Pero entonces todo lo demás acudió a su memoria. ¡Oh asombro! Augusto y Emilio iban vestidos como todo el mundo: sombrero de paja, botines de cuero claro, guantes de cabritilla y abriguitos con cinturón. Pero sus caras tenían un bronceado claro. El padre los besó. Estaban muy bien educados. Se descubrieron y sumamente emocionados, no se cansaron de hacer los más finos cumplidos.

—Hola, padre — dijo uno.

—Hola, papá — repitió el otro.

Y según lo que en voz baja les iba diciendo Borénave, repetían:

—Buenos días, señorita.

—Buenos días, Catalina.

—Buenos días, hermanita.

Todo el mundo los miraba. Catalina sentía ganas de llorar... El automóvil.

Borénave, después de hacerles las consabidas preguntas de: "¿Han tenido buen viaje? "¿Has comido bien en el tren?" añadió:

—Deben tener apetito. Catalina les hará los honores... ¿Verdad, Catita?... ¿Qué vas a darles a tus hermanos?

Catalina va a contestar: "¡Chocolate!" No, creerán que es una alusión... "¿Café con leche?" Imposible, por el mismo motivo. Y murmuró:

—Un refresco de granadina.

Augusto y Emilio se rieron a carcajadas.

Al llegar a la casa, Elisa corrió hacia ellos como se hubiera precipitado a las llamas de un incendio. Pasaron el día en intimidad familiar, dando orden de no recibir a nadie.

A Catalina sus dos hermanitos le hacían el efecto de dos figuras que acabasen de salir de un libro de viajes, ilustrado en color. ¿Se quedarían allí para siempre? ¿Los llevarían también a Normandia a pasar el verano?

—Cómo se parecen — decía el padre.

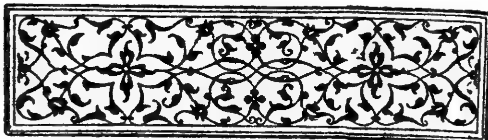
Les sirvieron chocolate y no dieron muestras de contrariedad.

Augusto, que quería ser pintor, dibujó con lápices de color el retrato de Catalina. Emilio, que quería ser compositor, se sentó al piano y tocó una estridente "reverie".

"Serán clowns y tocarán el "banjo" para que bailen los demás", — pensó la niña llena de compasión. De fijo tendría que compartir con ellos la pena de ser negros. De todos modos ella es también "morochita", no es completamente blanca. Está muy triste; pero esperará a encontrarse a solas en su cuarto para llorar...

Y los días sucesivos, por más esfuerzos que hacía por mostrarse contenta, se notaba en ella una extraña melancolía.

"¿Estará enferma? ¿Sentirá celos? — Se preguntaban sus padres. — Sin embargo está amabilísima con Augusto y Emilio, que la adoran y la colman de atenciones y golosinas".



Los dos hermanos iban al colegio, y el domingo, como se había convenido, hicieron la primera salida al Bosque de Bolonia.

Al volver a casa a la hora de almorzar, Elisa interrogó a su hija, cuyos hermosos ojos azules estaban húmedos de llanto:

—Estamos solas. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás triste? ¿Han ido ustedes de paseo? ¿Han encontrado a alguna persona conocida?

—Sí.

—¡Ah!... ¿Quién?...

—La señora Hestoque.

—¿Te ha llevado aparte y te ha hablado?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha preguntado: "¿Qué moritos son esos?"

—¡Qué imbécil! ¿Y tú qué le has contestado?

Catalina respondió con nobleza:

—Pues le he dicho: "Son mis hermanos, señora y no quiero... no, que se les insulte, porque, porque...

Y, soltando el llanto, reveló, al fin, su secreto.

—...Porque yo soy su hermana y ahora soy menor que ellos, pero seré negra como ellos cuando tenga su edad...

Henri Duvernois.

POR LAS PAGINAS DE LA HISTORIA

ANÉCDOTAS INTERESANTES

Pasando una noche por las fortificaciones de París el vizconde de Turenne, cayó en manos de una banda de ladrones que cercaron y detuvieron su carruaje.

Por conservar un anillo que estimaba muchísimo, les ofreció bajo su palabra darles cien luises de oro, valor superior al de la alhaja, y los ladrones se la dejaron.

Al día siguiente, uno de ellos se atrevió a ir a casa del vizconde y en medio de una gran concurrencia le dijo al oído que venía a que le entregase lo prometido.

El vizconde le hizo dar el dinero, y antes de contar la aventura, dejó al ladrón tiempo suficiente para alejarse.

—Las promesas — decía luego a sus amigos — deben ser inviolables, y un hombre honrado no puede faltar a su palabra aunque la haya dado a un ladrón.

✣ ✣ ✣

No se puede recordar sin emoción la frase de aquel magistrado prevaricador, ejecutor e instrumento a la vez de las venganzas del cardenal de Richelieu: "Que me den, — decía el famoso Laubardemont, — dos líneas escritas con la intención menos criminal, con la intención más pura si se quiere, y yo encontraré en ellas el modo de hacer ahorcar al hombre, más inocente".

Efectivamente, ese monstruo tenía la habilidad de interpretar de tal modo lo escrito por los más inocentes, a tal punto que lograba hacer condenar a la hoguera o enviar al patíbulo a todos aquellos a quienes su inexorable amo le ordenaba hacer morir rodeando su muerte de todo el imponente aparato de la justicia.

✣ ✣ ✣

Tiberio era el más cruel y el más vengativo de los tiranos. Se preocupaba de imaginar todo cuanto pudiera prolongar el martirio de los enemigos a quienes condenaba a muerte y se consideraba un señalado favor de su parte el ser ejecutado rápidamente.

Como un condenado lo suplicara con insistencia que pusiera fin a sus sufrimientos apresurando el instante de su muerte, aquel monstruo le replicó: "¡Aun no estoy reconciliado contigo!"

El 16 de Diciembre de 1587, dice el "Diario de Enrique III", la Sorbona aprobó una resolución secreta según la cual se disponía que era conveniente quitar del trono a los príncipes que no manejaban bien los asuntos del estado, tal como se destituye a los tutores que no proceden con la debida corrección.

Al enterarse de eso, el rey mandó llamar a varios sorbonistas, — entre los que se encontraba Boucher.

—Voy a tener la bondad de no hacer caso del acuerdo que han tomado vuestros colegas, — le dijo, — pues he sabido que lo han adoptado después de haber almorzado fuerte.

✣ ✣ ✣

Eurípides no solicitaba ninguna gracia, aun cuando hubiera podido hacerlo.

Un día en que la costumbre permitía ofrecer al soberano algunos pequeños regalos como homenaje de sumisión y de respeto, Eurípides no se presentó junto con los demás cortesanos interesadísimos en cumplir ese deber.

Arquilao, el rey, que le vió después, le echó en cara su proceder y Eurípides le contestó:

—Cuando el rico da al rey éste se apresura a pedir a los que son pobres.

✣ ✣ ✣

Paseábase un día Felipe II, rey de España, por las galerías del monasterio de El Escorial, sin comitiva alguna, cuando se le acercó un particular y le interrogó sobre los cuadros y los objetos de culto que veía allí. El rey le informó amablemente, y el otro, agradecido, le dijo al despedirse:

—Caballero, me llamo Fulano de Tal y vivo en Arganda... Si alguna vez pasais por mi pueblo y queréis visitarme, os prometo un buen vaso de vino.

—Os lo agradezco — repuso el monarca.— Me llamo Felipe II, rey de España, y vivo en Madrid. Si vais por la corte, id a verme y os prometo también un vaso de vino tan bueno por lo menos como el de vuestras bodegas.

✣ ✣ ✣

El duque Maximiliano pasaba por el mejor tocador de cítara del reino de Baviera.

Un día tomó su instrumento y fué a pa-

earse solo por el campo. Detúvose en un sitio pintoresco, y sentado en una piedra, junto a una espesa arboleda se puso a tocar.

Dos campesinos, atraídos por el son del instrumento, llegaron hasta él y le dijeron:

—Ven con nosotros. La hostería no está lejos y te pagaremos la cerveza si tocas un poco más.

—Como gusten, — contestó el músico. Y se puso en camino.

Una vez en la hostería se sentaron todos en torno de la mesa, y mientras se servía la cerveza, invitaron al músico a que tocara.

Así lo hizo durante un buen rato, hasta que levantándose, dijo:

—Tengo que retirarme ahora. Me esperan en Munich a la hora de comer.

—Una pieza más — le decía:—el vals de "Maximiliano".

—Si tocas el vals de "Maximiliano"—dijo uno de los más aficionados, — te damos ochenta "pfennigs".

—¿Ochenta "pfennigs"? ¿Formalmente?— preguntó el músico con el mayor interes.

—Sí, señor. Allá van.

Y los colocaron en la mesa.

El príncipe tocó el vals, recogió las monedas y salió.

Entraba en aquel momento el hostelero y al verle marchar dijo a los campesinos:

—¿Saben ustedes quien es ese?

—Un excelente músico, por lo menos.

—¡Es el duque Maximiliano!

Salieron corriendo y cuando alcanzaron al príncipe se arrodillaron, pidiéndole mil perdones y dándole toda clase de disculpas.

—Nada de eso — contestó Maximiliano.— Me han proporcionado un rato de placer, y en cuanto a devolver los ochenta "pfennings", no piensen en semejante cosa. Quiero guardarlos porque es el primer dinero que he ganado en mi vida.

✣ ✣ ✣

El general Condé se hallaba en un teatro de París, después de haber tenido que levantar el sitio de Lérida.

El espectáculo no era del agrado del público, y casi todos los espectadores silbaban. Al general le molestó el tumulto y quiso castigar a sus promotores.

—¡Prended a ese! — le dijo a uno de sus guardias.

Pero el aludido contestó, mientras se ponía en salvo.

—¡Yo me llamo Lérida! ¡Y a mí no me toma usted!

✣ ✣ ✣

Jugando un día Luis XIV al tric-trac hizo una jugada de dudosa honestidad. Se le descubrió, y los cortesanos guardaron silencio. Llegó entonces el conde de Grammont, y el rey le dijo:

—Vais a servir de juez de nuestro juego.

—Vuestra majestad ha perdido — respondió el conde en seguida.

—¿Cómo resolvéis, sin saber antes de que se trata?—exclamó el rey.

—¡Ah, señor! — contestó el conde.—¿No ve vuestra majestad que si la jugada hubiera sido sólo un poco, y no mucho, dudosa, todos estos señores hubieran fallado a vuestro favor?

✣ ✣ ✣

Alejandro Dumas (hijo), en los comienzos de su carrera de autor dramático estaba más rico de ilusiones que de dinero.

Hallábase su padre entonces en el apogeo de su gloria; sus novelas le producían sumas enormes, pero él derrochaba de tal modo que, con frecuencia, se hallaba sin un solo franco.

En 1851, antes de "La Dama de las Camelias", paseando por uno de los "boulevards", encontró Dumas (hijo) al célebre critico Florentin, a quien invitó a almorzar.

Dirigíanse al restaurant de Brebant, cuando Dumas dijo al critico:

—¿Llevais dinero?

—No, — respondió Florentin.

—Le preguntaba — le dijo Dumas —porque no traigo más que diez francos, y es poco para un buen almuerzo.

—Seremos frugales...

—No, no: tengo una idea. Mi padre vive a dos pasos de aquí, y voy a darle un pequeño sablazo. Esperadme delante de este kiosco; en seguida vuelvo.

Al cabo de cinco minutos, volvió, en efecto, Dumas.

—¿Qué tal resultado? — le preguntó Florentin al verle, y Dumas le contestó con tristeza:

—¡Contraproducente! ¡Casi nos quedamos sin almuerzo! ¡Ya no tengo más que cinco francos!

✣ ✣ ✣

En tiempo de Estanislao Poniatowsky, último rey de la antigua y perseguida Polonia, estalló una conspiración contra el trono.

Un príncipe polaco, jefe de los rebeldes, no sólo se atrevió a poner a precio la cabeza del rey, ofreciendo por ella veinte mil florines, sino que se lo participó al mismo rey en una carta insolente.

Estanislao le contestó: "He recibido y leído vuestra carta. Mucho me complace que mi cabeza valga todavía algo para vos, pues puedo aseguraros que por la vuestra no daría yo ni un solo florín".

✣ ✣ ✣

En todos los tiempos ha habido gentes de esas que hoy llamamos vulgarmente vividoras, amigas de convidarse a pasar una temporadita en tal o cual residencia veraniega, con el pretexto de ser de la intimidad del propietario.

De ellas decía el sarcástico Voltaire:

—¡Señor! Libradme de mis amigos, que de mis enemigos yo me libraré. Estas gentes son lo contrario de don Quijote que tomó la venta por un castillo, pues toman a los castillos de los amigos por hosterías.

earse solo por el campo. Detúvose en un sitio pintoresco, y sentado en una piedra, junto a una espesa arboleda se puso a tocar.

Dos campesinos, atraídos por el son del instrumento, llegaron hasta él y le dijeron:

—Ven con nosotros. La hostería no está lejos y te pagaremos la cerveza si tocas un poco más.

—Como gusten, — contestó el músico. Y se puso en camino.

Una vez en la hostería se sentaron todos en torno de la mesa, y mientras se servía la cerveza, invitaron al músico a que tocara.

Así lo hizo durante un buen rato, hasta que levantándose, dijo:

—Tengo que retirarme ahora. Me esperan en Munich a la hora de comer.

—Una pieza más — le decía:—el vals de "Maximiliano".

—Si tocas el vals de "Maximiliano"—dijo uno de los más aficionados, — te damos ochenta "pfennigs".

—¿Ochenta "pfennigs"? ¿Formalmente?—preguntó el músico con el mayor interés.

—Sí, señor. Allá van.

Y los colocaron en la mesa.

El príncipe tocó el vals, recogió las monedas y salió.

Entraba en aquel momento el hostelero y al verle marchar dijo a los campesinos:

—¿Saben ustedes quien es ese?

—Un excelente músico, por lo menos.

—¡Es el duque Maximiliano!

Salieron corriendo y cuando alcanzaron al príncipe se arrodillaron, pidiéndole mil perdones y dándole toda clase de disculpas.

—Nada de eso — contestó Maximiliano.—Me han proporcionado un rato de placer, y en cuanto a devolver los ochenta "pfennings", no piensen en semejante cosa. Quiero guardarlos porque es el primer dinero que he ganado en mi vida.

✣ ✣ ✣

El general Condé se hallaba en un teatro de París, después de haber tenido que levantar el sitio de Lérida.

El espectáculo no era del agrado del público, y casi todos los espectadores silbaban. Al general le molestó el tumulto y quiso castigar a sus promotores.

—¡Prended a ese! — le dijo a uno de sus guardias.

Pero el aludido contestó, mientras se ponía en salvo.

—¡Yo me llamo Lérida! ¡Y a mí no me toma usted!

✣ ✣ ✣

Jugando un día Luis XIV al tric-trac hizo una jugada de dudosa honestidad. Se le descubrió, y los cortesanos guardaron silencio. Llegó entonces el conde de Grammont, y el rey le dijo:

—Vais a servir de juez de nuestro juego.

—Vuestra majestad ha perdido — respondió el conde en seguida.

—¿Cómo resolvéis, sin saber antes de que se trata?—exclamó el rey.

—¡Ah, señor! — contestó el conde.—¿No ve vuestra majestad que si la jugada hubiera sido sólo un poco, y no mucho, dudosa, todos estos señores hubieran fallado a vuestro favor?

✣ ✣ ✣

Alejandro Dumas (hijo), en los comienzos de su carrera de autor dramático estaba más rico de ilusiones que de dinero.

Hallábase su padre entonces en el apogeo de su gloria; sus novelas le producían sumas enormes, pero él derrochaba de tal modo que, con frecuencia, se hallaba sin un solo franco.

En 1851, antes de "La Dama de las Camelias", paseando por uno de los "boulevards", encontró Dumas (hijo) al célebre crítico Florentin, a quien invitó a almorzar.

Dirigíanse al restaurant de Brebant, cuando Dumas dijo al crítico:

—¿Llevais dinero?

—No, — respondió Florentin.

—Le preguntaba — le dijo Dumas —porque no traigo más que diez francos, y es poco para un buen almuerzo.

—Seremos frugales...

—No, no: tengo una idea. Mi padre vive a dos pasos de aquí, y voy a darle un pequeño sablazo. Esperadme delante de este kiosco; en seguida vuelvo.

Al cabo de cinco minutos, volvió, en efecto, Dumas.

—¿Qué tal resultado? — le preguntó Florentin al verle, y Dumas le contestó con tristeza:

—¡Contraproducente! ¡Casi nos quedamos sin almuerzo! ¡Ya no tengo más que cinco francos!

✣ ✣ ✣

En tiempo de Estanislao Poniatowsky, último rey de la antigua y perseguida Polonia, estalló una conspiración contra el trono.

Un príncipe polaco, jefe de los rebeldes, no sólo se atrevió a poner a precio la cabeza del rey, ofreciendo por ella veinte mil florines, sino que se lo participó al mismo rey en una carta insolente.

Estanislao le contestó: "He recibido y leído vuestra carta. Mucho me complace que mi cabeza valga todavía algo para vos, pues puedo aseguraros que por la vuestra no daría yo ni un solo florín".

✣ ✣ ✣

En todos los tiempos ha habido gentes de esas que hoy llamamos vulgarmente vividoras, amigas de convidarse a pasar una temporadita en tal o cual residencia veraniega, con el pretexto de ser de la intimidad del propietario.

De ellas decía el sarcástico Voltaire:

—¡Señor! Libradme de mis amigos, que de mis enemigos yo me libraré. Estas gentes son lo contrario de don Quijote que tomó la venta por un castillo, pues toman a los castillos de los amigos por hosterías

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

2ª Quincena de
Septiembre 1922.

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO II. PUBLICACION QUINCENAL No. 18.



Lea en este número:

Buffalo Bill

EL RESCATE DE Cierva Oscura

Nueva e interesante novela de aventuras en pleno Far West, a la que acompaña muchos e interesantes artículos y cuentos.

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

2ª Quincena de
Septiembre 1922.

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO II. PUBLICACION QUINCENAL No. 18.



OMEGA

VINAGRE PURISIMO DE VINO

Sólo despues de probar "Omega" en las comidas, se tiene la sensación real de lo que un vinagre representa en la condimentación.

"Omega" es un vinagre puro de vino; y de vino bueno. De ahí que resulte no sólo un vinagre sin mezcla, sino un vinagre exquisito.

Basta destapar una botella de "Omega" para que de inmediato el aroma marque la enorme diferencia que hay entre este vinagre y la mayoria de los demás que expenden, vulgares ácidos, pésimos para el paladar y peores todavía para el organismo.

Un detalle cuya elocuencia no admite réplica: cuando la Municipalidad, en su famosa y benéfica "razzia" con los productos inaptos para el consumo, decomisaba y multaba la inmensa mayoría de los vinagres por perjudiciales a la salud, el "Omega" obtenía en una Exposición Municipal también, el más alto premio discernido.

SE VENDE EN TODOS LOS ALMACENES

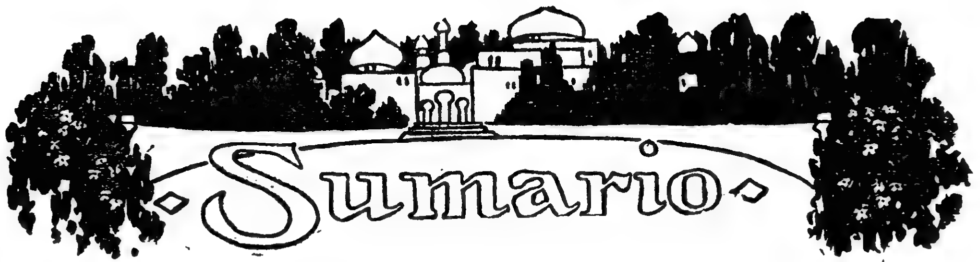
Lagorio, Esparrach & Cia.

BUENOS AIRES




Sumario




Sumario



De pronto, el explorador salió del grupo y levantó por encima de su cabeza, la mano derecha, con la palma vuelta a los que llegaban. ("El rescate de Cierva Oscura". Página 8).

EL RESCATE DE CIERVA OSCURA

Nueva, extensa y muy interesante novela de aventuras en el Far-West. en la que tiene importante actuación el famoso

BUFFALO BILL

el jefe de los exploradores de la frontera.

CAPITULO I

Sin probabilidades de éxito

"¡UN indio! — exclamó Missuri Mike.

El explorador, de elevada estatura y de cabello enmarañado, sofrenó su caballo y colocándose la mano sobre los ojos, en forma de visera, miró a lo lejos, en dirección de la pradera. Detrás de él iban otros tres jinetes, que también detuvieron sus caballos; dos de ellos con la práctica de los buenos jinetes, el tercero dando un fuerte tirón que dañó la boca del suyo, y que era completamente innecesario. De los tres viajeros, dos eran ingleses, patrón y sirviente. No fué precisamente aquél el del inoportuno tirón de riendas. El tercero era otro explorador del tipo de Missuri Mike, pero unos veinte años más joven.

—¡Esto es muy interesante! — exclamó el honorable Guillermo Reginaldo Halthersage Plantagenet Fitz Warrender.

El honorable Guillermo tenía varios nombres de pila más, pero en los últimos tiempos habían dado en llamarle Bill (Guillermo), y en realidad le agradaba más esto que todas las muestras de adulación que había recibido en las ciudades del Este, antes de iniciar su viaje a las praderas. El honorable Guillermo era, indudablemente, un novato y los dos exploradores, — Missuri Mike y Harry Hayes, —lo consideraban como una víctima propiciatoria, pero lo estimaban. Su sirviente Bundock, lo idolatraba.

—¿Usted encuentra eso interesante? Puede que lo sea, — gruñó Missuri. — Pero también es muy peligroso. ¿No es así, Harry?

—No puede asegurarse si estos lugares son tan seguros como Nueva York, — contestó el explorador más joven. — Un siux en pie de guerra, no es muy agradable de encontrar.

El indio que había aparecido en lo alto de la elevación, permaneció inmóvil en su caballo, destacándose claramente sobre la línea del horizonte.

—¿Hago fuego contra él, señor? — preguntó Bundock, tratando de desenganchar la correa del arma que llevaba colgada al hombro.

Hayes y Missuri, llevaban sus armas a la moda del Oeste, cruzadas delante de la montura. Pero, para los resultados era indiferente que Bundock llevase el arma de un modo o de otro.

—¿Usted cree realmente que podrá dar en el blanco, Bundock? — preguntó el joven inglés.

Se notaba, al hacer la pregunta, una mirada de burla en sus ojos oscuros, que formaban gran contraste con las cejas, el bigote y el pelo rubios.

—Puedo probar, señor. Creo que mi puntería ha mejorado mucho con la práctica. Y últimamente...

—¡Bah! ¡Qué pretensión! — murmuró el explorador de enmarañada cabellera. — La última vez que usó el arma, disparó contra una vizcacha e hizo blanco en un piel roja ya civilizado, costándole buenos pesos a su patrón el error.

—¡Pero el piel roja se encontraba muy cerca de la vizcacha! — protestó Bundock. — No habría un espacio de diez yardas entre los dos. Y aun tengo la seguridad de que el imprudente indio se movió al disparar yo mi arma y se colocó en el camino de la bala para que yo lo hiriese.

Hasta entonces, Bundock, sólo se había encontrado con indios ya reducidos, de los que frecuentan los fuertes y los centros de comercio. A causa de esto consideraba que los relatos de los actos de salvajismo de los indios eran puros cuentos de viajeros. Pero no había de tardar en convencerse de lo contrario.

—Ahí, hay otro de ellos, — dijo seriamente Missuri.

Al indio que estaba en la elevación se le había unido un camarada. El honorable Guillermo se colocó el monóculo. Podía ver perfectamente sin él, como ya habían podido comprobar los dos exploradores, y por eso Hayes guiñó un ojo a Missuri al observar el hecho.

—Su cara es, verdaderamente, muy curiosa, — observó el joven inglés después de una larga observación

—En pie de guerra, inglés, — dijo Missuri.

—Se trata de algunos siux que se han lanzado a la lucha, — dijo Hayes.

—No parecen siux, Harry, — replicó el más viejo de los exploradores. — Son algo peor que eso, si no me equivoco. Pero no quiero decir que no nos vayan a dar mucho trabajo, pues tratan de vengar la muerte de su jefe, Nube Tormentosa, acaecida en el fuerte Dunkel. Yo conocí al malvado, e hicieron bien en matarle. Pero eso va a traernos malas consecuencias.

—Veo que usted conoce mejor que yo estas regiones, Missuri, — exclamó Hayes — ¿Qué impresión tiene de estos sabandijas?

—Están en pie de guerra. Pero no son de los siux de los cheyenes o los pies negros. Son de la banda de Serpiente de Cascabel, compañero.

—He oido hablar de ellos. Son mala gente, aún cuando no estén mezclados en ese asunto de los coyotes.

—Así es. Serpiente de Cascabel es su jefe nuevo. Un cobarde a quien despidieron de su tribu los coyotes.

—¿Qué extraño que se hayan unido a los coyotes después de eso? ¿No es cierto?

—Realmente. Pero hay toda una historia a ese respecto. Víbora Amarilla, así se llama ese canalla, tuvo que salir de su tribu y se asoció con la banda de Serpiente de Cascabel, cuando esta acababa de perder a su jefe. Fué aceptado a causa de su verbosidad, pues según afirman, tiene más condiciones para hablar que para combatir, aún cuando todos los rojos saben pelear si se encuentran en un apuro. Pero debe existir alguna razón poderosa que haya hecho que, al encontrarse ellos en pie de guerra, hayan aceptado a ese malvado. Es de suponer que disponiendo él de su grupo de bandidos, se dirigiera nuevamente a los de su tribu y que ellos, en esta emergencia, necesitando de una ayuda, le hayan aceptado ¿no les parece?

—Parece estar usted muy al corriente de los hechos, Missuri.

—¡Oh! He conversado al respecto con uno de los exploradores de Búffalo Bill, con el joven Tiro Seguro, como llaman al muchacho, cuyo nombre verdadero no recuerdo. El y sus amigos, dos bravos indios y un hermano mellizo de Tiro Seguro, que fué criado entre los siux, están todos más o menos mezclados en el asunto y tienen interés en dar buena cuenta de la banda del Matador, pues Víbora Amarilla, se designa ahora a si mismo, como con el nombre del Matador, y de los coyotes.

—¿Cree usted, señor, que nuestros exploradores suponen que, realmente representan peligro esos dos rojos que están allí? — preguntó Bundock, en forma disimulada a su patrón. — Si es así, no parecen preocuparse mucho del caso. No he visto nunca a Missuri Mike tan comunicativo como ahora.

—Esos lo toman todo con la misma calma, Bundock, — respondió Fitz Warrender. Luego, levantando algo la voz añadió: — Van a disculparme ustedes si intervengo, pero, si en realidad, esos pieles rojas representan un peligro, sería mejor que tomáramos alguna determinación. Creo que no tengo necesidad de manifestarles que pongo toda mi confianza en ustedes.

—Perfectamente, señor, — interrumpió Missuri. — Sí; hay peligro, pero desde el principio lo ha habido. Búffalo Bill, se lo ha advertido, así como los oficiales del fuerte. Generalmente la acción de Cody hace que este camino esté libre; pero cuando esos diablos rojos están en pie de guerra, no hay camino ni lugar libre con ellos. Opino que Búffalo Bill tendrá un gran disgusto si alguno de nosotros pierde la cabellera en la aventura.

—También nosotros lo sentiríamos mucho, — dijo el honorable Guillermo, con una tranquilidad que impresionó favorablemente a los dos exploradores.

—No lo creo así, señor. Porque cuando llegaran a arrancarnos el cuero cabelludo ya habríamos muerto. Por lo menos así lo creo. Debe ser cosa muy desagradable que le arranquen a uno la piel de la cabeza estando vivo. Conozco a uno o dos infelices a quienes les ocurrió eso y están conformes en que no lo sufrirían por segunda vez.

Bundock se estremeció y Hayes se rió al notarlo.

—En cuanto a tomar una decisión, casi puede decirse que no hay nada que hacer,— dijo Hayes, mirando con sus ojos de un color gris acero, a las dos siluetas que se destacaban, como dos centauros inmóviles en la línea del horizonte.

—¿No podríamos buscar otro sitio mejor para aprestarnos a la defensa? — preguntó Fitz Warrender.

—No. Esos dos condenados no componen el total de la banda, ni mucho menos,—dijo Missuri. — Tan pronto como intentemos movernos, harán señales a los demás y pronto nos darán alcance. ¿Comprende?

—¿Quiere decirse que que esos son tan sólo exploradores?

—Así es.

El grupo disponía de seis caballos, dos de los cuales iban cargados con las provisiones y el equipaje indispensable para el honorable Guillermo. Se había deshecho de la mayor parte de sus baúles al salir de Nueva York; pero no había querido desprenderse de un baño portátil y de otros objetos, cuya vista hacía reir a Missurí y a Hayes. En caso de fuga, el equipaje hubiera sido abandonado y los dos caballos libres, conducidos de las riendas, hubieran servido para repuesto cuando fuera necesario.

Fitz Warrender se convencía entonces de que no había nada que hacer. Se encontraban en el centro de la inmensa pradera. Los separaban muchas millas de distancia de cualquier punto donde pudiera intentarse con probabilidades de éxito, una defensa, y esas millas no podían ser recorridas.

Aparecieron en seguida otros varios indios en la altura. Todos hicieron alto allí, mirando en dirección del pequeño grupo que se encontraba más abajo.

—Lamento mucho que a causa de mi irreflexión se encuentren ustedes en este tran-

ce, — dijo Fitz Warrender, mirando a los dos exploradores.

Había sido advertido del peligro que encerraba semejante excursión y pagó a muy buen precio los servicios que debían prestarle como guías, Missuri y Hayes. Pero comprendía entonces, ya que no lo había comprendido al principio que no era el dinero lo que les hizo aceptar. Eran hombres tan acostumbrados a afrontar el peligro que éste constituía para ellos un aspecto normal de su vida, sin conceder a hechos de aquella naturaleza mayor o menor importancia.

—No se preocupe, señor, — dijo Missuri.—Esos son gajes de nuestra profesión y el cuero cabelludo de ningún hombre está completamente a salvo en estas praderas.

—Supongo que sería inútil tratar de convencerlos de nuestras intenciones pacíficas,— exclamó el honorable Guillermo, tomando el rifle en una forma que demostraba claramente que esas intenciones pacíficas a que se refería no habían de tardar en cambiar antes de mucho tiempo.

—Tiene usted razon, señor, — respondió Missuri.

—Principalmente a causa de que nuestras intenciones están muy lejos de ser iguales a las de ellos, que nunca están en paz durante mucho tiempo, — agregó Hayes.

—Bien. Opino que lo mejor será que pongamos pie en tierra y utilicemos los caballos para defensa, — dijo Missuri.

—Me dan pena los pobres animales, — dijo el inglés mientras se apeaba.

—No son mucho más dignos de compasión que nosotros. Todos estamos en igual peligro.

—¿Y permanecerán quietos? — preguntó Bundock, apeándose con la agilidad de una bolsa de carbon.

—Sí. Los manearemos. Pero aún cuando se escapasen y los indios nos pescasen, lo único que puede suceder es que le hagan una caricia con un cuchillo en la piel de la cabeza aunque con usted se van a llevar chasco, pues no tiene ni un mechón de pelo en la coronilla.

Hayes estaba ya maneando los caballos. Bundock volvió a estremecerse. Aquello de arrancar el cuero cabelludo parecía que no era una de las tantas invenciones de los viajeros. Y aquellos rojos serían iguales a todos los demás.

El honorable Guillermo, se volvió hacia su sirviente. Conocía a Bundock desde que era chico y sabía que había sido por el cariño que sentía por él por lo que se negó a abandonarle, al iniciar su excursión hacia el oeste.

—Cuánto lamento todo esto, Bundock, mi viejo amigo, — exclamó tendiéndole la mano.

—Señor. Le ruego que no hable así, respondió el sirviente mientras estrechaba respetuosamente la mano que le tendía. — Estoy muy lejos de estar triste; y si por cualquier milagro pudiera ser llevado a mil millas de aquí en este momento, no aceptaría, a menos que usted y estos señores pudiesen acompañarme.

Sentía en verdad lo que decía. Y aquello reflejaba el verdadero caracter de Joseph Bundock, el sirviente afeitado, calvo, atildado y verdaderamente ajeno a todo cuanto tuviese relación con las cuestiones de las praderas.

Los dos exploradores se miraron. Habían despreciado a Bundock y le habían gastado algunas bromas pesadas. Al oirle hablar así se sentían sorprendidos, comprendiendo que tanto él como su patrón eran hombres del mismo temple, y que, después de todo, no eran muy diferentes a ellos.

Missuri tendió una mano, que por su tamaño se asemejaba a un muslo de carnero.

—¡Chóquela, compañero! — exclamó. — ¡Es usted un hombre!

Hayes, no dijo nada, pero su mano también buscó la del otro.

—Y quede entendido, señores, — dijo Bundock desprendiendo su mano de la de los otros, — que cuando llegue la hora de utilizar nuestras armas no criticarán mi puntería, aún cuando no haga blanco en los puntos vitales del enemigo.

—Suponemos que hará usted lo que pueda, — respondió solemnemente Missuri.

—Bundock tráigales un puñado de nueces, un poco de leche, o algo que comer, y si no quieren eso, un cigarro para cada uno —exclamó alegremente el honorable Guillermo.

—Coloque el cañón del arma sobre el lomo del caballo, — dijo Hayes.—Apunte un poco más bajo y no se apresures nunca a hacer fuego. Si tiene un poco de suerte matará algun caballo si no consigue matar a su jinete rojo.

—Pero ellos serán mejores tiradores, aún a mayor distancia, — manifestó Bundock.

—Cuanto más cerca están, peores blancos hacen, — respondió Hayes.

Los pieles rojas no se movían. Se habían sentado y esperaban. Ni los dos exploradores, ni Fitz Warrender se explicaban qué estaban esperando.

Los bandidos, diez para cuatro, no se consideraban sunficientes y aguardaban a otros de la banda que sin duda andaban por las cercanías.



CAPITULO II

La lucha en la pradera

"¿NO cree usted que sería conveniente comunicarnos con ellos y manifestarles que no tratamos de pelear si nos dejan marchar?" — dijo el honorable Guillermo. — Claro está que consulto su valiosa opi-

nión. Pero tengo esa idea y le ruego que me manifieste qué le parece.

—¡No piense en eso, compañero! — exclamó Missuri Mike. — No se acostumbra a hacer eso y si hubiera alguna cosa que intentar, yo la haría.

Los cuatro se hallaban a la sazón en un paralelógramo formado por los seis caballos que les prestaban su abrigo. Los rojos, reunidos ya casi la mitad, habían comenzado finalmente a avanzar despacio. Se encontraban ya como a unas quinientas yardas, aun cuado los dos ingleses, menos acostumbrados a calcular distancias, consideraban que estaban más cerca. Missuri, sabiendo lo que debía hacer, permanecía quieto. Pero el honorable Guillermo lo observaba, y Mike se sentía imresionado por aquella serenidad. De pronto el explorador salió del grupo y levantó por encima de la cabeza la mano derecha con la palma vuelta hacia los que llegaban. No hay indio en todo el Oeste que ignore que eso significa un ademán de paz.

Pero la respuesta que obtuvo Missuri era la que esperaba: una descarga.

Ni una sola bala pasó cerca de él, sin embargo. Volvió a colocarse detrás de los caballos sin apresuramiento.

—¡Ha hecho la señal de paz y no la han aceptado! — exclamó Hayes tan sereno como su camarada. — Eso equivale a una declaración de guerra, amigo. No es necesario abstenernos de hacer fuego por más tiempo. Ese indio grandote, con la cara pintada de amarillo, para mí.

Pero cuando levantó el rifle para apuntar, los pieles rojas giraron y partieron hacia la izquierda, dando estridentes gritos. El paso de sus cabalgaduras se aceleró al extremo de que sus cascos resonaban en la pradera como el redoble de un tambor.

—¿Ven ustedes como no?...

—No confíe mucho en esas maniobras, señor. Va a ver dentro de un momento, — dijo Missuri.

Y un momento después algo vió, en efecto, Fitz Warrender. El indio siempre prefiere luchar protegido, hasta que su sangre está completamente enardecida por el combate. Entonces afronta los peligros, pero antes procura evitarlos. En los bosques lucha al amparo de los árboles y de los matorrales. En la pradera, detrás de pequeños arbustos. Pero el indio siempre tiene a su caballo y las proezas que realiza como jinete son maravillosas. Los ejercicios ecuestres son un juego de niños para él.

Los enemigos avanzaban montados, en forma de círculo. Los caballos, de andar seguro, parecían volar como pájaros. En un momento dado los pieles rojas desaparecían detrás de sus monturas. Se habían deslizado de la silla hacia el lado del círculo que describían en torno á la pequeña banda. Pero aun cuando no estaban en la silla, no se habían apeado. De vez en cuando la cabeza, adornada con plumas de alguno de ellos, se veía sobre el lomo de un caballo. Y era fácil ver también brazos y piernas, bronceados junto al cuello de los animales que galopaban

—¡Demonio! ¡Es algo sorprendente! — exclamó Fitz Warrender.

—¡Se están luciendo, esos canallas! — gruñó Missuri. — En cada piel roja hay siempre un artista. — Pero si no puedo derribar a uno de esos diablos rojos, tumbaré uno de sus caballos.

Hizo fuego y cayó uno de los animales. Se hallaba en el extremo derecho y el paso de los demás fué acelerado. Pero no se notó ninguna confusión. Los caballos estrecharon el cerco y el piel roja que había sido desmontado, quedó cubierto junto con su herido y embravecido animal, que lo amparaba contra los disparos de Hayes y Fitz Warrender.

De repente un guerrero grande se incorporó en su caballo y lanzó un grito de desafío, mientras por la ladera de la montaña descendían más bandidos pintados y adornados con plumas. Mirando con esfuerzo por encima del lomo de su caballo y apuntando con su winchester a una distancia doble de aquella en que se encontraba el blanco, hizo fuego Bundock.

—¡Lo derribé!—exclamó con entusiasmo.

Efectivamente, el guerrero había desaparecido.

—¡No dió en el blanco! — respondió Missuri.

Y Bundock buscó inútilmente la víctima que había de atestiguar la bondad de su puntería.

El último y mayor grupo de rojos avanzaba al galope hacia los hombres blancos. Se mantuvieron rectos en sus monturas hasta encontrarse a un centenar de yardas, más o menos de sus camaradas, que intentaban rodear a los blancos. Luego se echaron cuanto les fué posible, sobre el cuello de los caballos, avanzando siempre, mientras el grupo más pequeño continuaba su movimiento envolvente. Los dos exploradores sabían que el enemigo no continuaría su carga si algún indio caía muerto. Pero sólo podían calcular que eran tres rifles efectivos contra treinta o más adversarios y era de esperar que realizasen un ataque por más de un lado.

—Yo me cuidaré del Oeste, Harry, — dijo Missuri.

Se volvió y Hayes también giró sobre sus talones. De esa manera Hayes y Fitz Warrender hacían frente al nuevo contingente que daba horribles alaridos, mientras que Missuri Mike y Bundock, vigilaban a los que trataban de cercarlos.

Y aconteció lo que vaticinaba Missuri.

Cuando el grupo menor llegó a un punto que hacía frente al otro que avanzaba, desviaron sus monturas y también cargaron. Ocupaban de nuevo las sillas, pero se echaban todo lo posible sobre el cuello de los caballos, ofreciendo muy poco blanco. A pesar de esa precaución, no impidieron la puntería de Missuri, que hizo fuego; un guerrero rojo se tambaleó en su montura y cayó pesadamente sobre la tierra reseca, quedando allí inmóvil.

En el lado Este los winchesters de Hayes y Fitz Warrender eran descargados a la vez y hacían también blanco. Uno de los pieles

rojas cayó hacia atrás sobre la cola de su caballo. Otro se llevó la mano a un costado y luego se deslizó lentamente desde lo alto de su montura. Entonces del grupo de adversarios partió una nube de balas. Pero la mayor parte de los tiros cruzaron el aire zumbando, sin causar víctimas. El indio rara vez limpia su rifle y eso contribuye a que sus efectos sean malos, además no es cosa fácil hacer buen blanco desde lo alto de un caballo en movimiento.

Sin embargo, una bala rozó la sien de Bundock. Este levantó la mano y la retiró llena de hangre.

—No es nada, señor Missuri Mike, — exclamó seriamente. — Un simple rasguño. Se lo aseguro.

—Los estamos diezmando, compañero, — dijo Missuri.

Realmente así ocurría. Los foragidos sufrían los efectos de la buena puntería de sus adversarios.

De nuevo empezaron a estrechar el cerco. Los dos grupos que estaban separados, comenzaron a tratar de volver a unirse. Los caballos sacudían sus crines, desesperadamente. Sus cascos levantaban una nube tan grande de polvo que casi quedaban cubiertos por ella. De vez en cuando se alcanzaban a distinguir las proezas que realizaban los jinetes. Uno de los pieles rojas se puso de pie sobre el lomo de su caballo y agitó su tomahawk mientras lanzaba el grito de guerra, balanceándose con gran habilidad. Otro dejó ver su cabeza adornada con plumas para disparar, sin resultado eficaz, su arma y volver a desaparecer.

Pero rara vez se presentaba un blanco seguro, debido tanto a la habilidad de los indios, como a lo rápido de su carrera. Aun cuando Bundock seguía disparando tiros sin que nadie se lo impidiera y su patrón lo imitaba, de vez en cuando, los dos exploradores no hacían fuego. El ahorrar municiones era una costumbre tal en ellos, que se había convertido en una segunda naturaleza.

—Esto, señor, — dijo Bundock, — me parece más una función de circo que un ataque serio y lleno de peligro. ¿Cree usted que, realmente, traen malas intenciones?

—Espere a que ataquen de veras, — dijo Hayes. — Estos sabandijas quieren asegurar primero el éxito.

—Acaso haya probabilidad de que vengan en nuestra ayuda si conseguimos defendernos durante algún tiempo. ¿No lo cree usted, señor Missuri?

—No tengo muchas esperanzas de que ocurra eso, — dijo con franqueza Hayes. — ¿Qué opina usted, Missuri?

—Hay una probabilidad en favor, por cien en contra, — respondió serenamente el explorador. — Y eso tan sólo porque nos hallamos en el camino que Búffalo Bill trata siempre de tener libre. Pero tan sólo él puede prestarnos ayuda y su campamento se encuentra a cien millas de aquí.

—Podemos resistir fácilmente hasta que llegue la noche, — exclamó Hayes. — Después veremos.

Se encogió de hombros y miró al cielo en dirección del Oeste. El sol ya se iba acercando al poniente y una hora o dos después habría desaparecido. Después de un breve espacio de tiempo entre dos luces, vendría la oscuridad. Vendrían las tinieblas y entre ellas los diablos rojos que se irían aproximando, sigilosamente, sin ser vistos hasta el momento de su ataque entre gritos de guerra.

—Dígales a estos señores que si les parece que yo parta en busca de auxilio, señor, —dijo Bundock. — Me considero capaz de intentar la prueba, y si llego a morir, no importa. Mi único pariente es una tía ya anciana que recibirá por mi testamento lo suficiente para terminar sus días con tranquilidad y en un modesto confort

Aun siendo, como era, un caso desesperado, tan sólo la cortesía hizo que Fritz Warrender no acogiese con una carcajada la proposición. ¡Pobre Bundock! El que se sentía destrozado después de marchar diez millas, que tenía necesidad de aferrarse a las crines de su caballo cuando éste emprendía un galope! ¡Era verdaderamente motivo de risa pensar que intentase competir contra aquellos excelentes jinetes de las praderas, en una carrera en que se jugaba la vida!

—No avanzaría usted ni media milla sin que esos diablos rojos le diesen alcance. — dijo Missuri. — Usted tiene muy buenos deseos, compañero. Estoy convencido de que es así. Pero no sabe montar a caballo. Es preferible que permanezca a nuestro lado y luche hasta vencer o morir. No hay remedio. Si fuese caso de intentar algo con probabilidades de éxito, ya lo hubiéramos hecho nosotros.

Bundock hizo un gesto de resignación. Hubiera deseado efectuar la prueba.

—¡Cayó uno! — gritó Harry Hayes

Había sido, en efecto, un buen disparo. Una cabeza emplumada se dejó ver por un momento sobre un caballo amarillento, entre el polvo que lo rodeaba; pero esa oportunidad fué aprovechada por el explorador, quien disparó su arma. Más a pesar de ella, eran pocas las esperanzas que había. No era posible disminuir el número de los enemigos lo suficiente para confiar en la victoria, y cada uno de los guerreros que caía hacía aumentar la furia de los restantes. Más de una docena de veces los jinetes trataron de cercar, por completo, a los cuatro blancos, que se mantenían firmes y resueltos detrás de la barrera formada por los caballos, ya alcanzados éstos por algunas balas. Pero no fué intentado ningún ataque decisivo. Al fin, el guerrero que parecía ser el jefe, hizo una señal; todos volvieron grupas y se alejaron hasta ponerse al abrigo de los disparos. Entonces echaron pie a tierra.

—¡Bueno! — exclamó Missuri. — Ya sé cual va a ser el final de todo esto.

—Pero podemos aprovechar la tregua para comer un bocado, — exclamó seriamente Hayes. — Hasta que se haga de noche, por completo, esos reptiles suspenden su ataque. Cuando la noche caiga nos atacarán. Después creo que ya no necesitaremos más de los servicios del peluquero.

Algunos montaron nuevamente a ca-

ballo y partieron en varias direcciones. Eran exploradores, que abandonaban el grupo principal para tratar de impedir que llegase algún auxilio hasta los cuatro blancos sitiados. Otros cuantos permanecieron junto a los caballos atados. El resto se marchó, al parecer.

—Van a aprovechar el tiempo hasta que se haga por completo de noche, — dijo Hayes.

A Fitz Warrender y a Bundock les parecía imposible que un indio cualquiera pudiera encontrar lugar donde ocultarse en la reseca pradera; pero a pesar de que la corta hierba estaba casi completamente quemada por el calor del sol, existía en bastantes partes uno que otro sitio con pasto alto, tan reseco, que al sacudirlo la brisa producía un sonido singular. Ese pasto tenía una altura aproximada a la mitad de la estatutra de un hombre y era lo suficiente espeso para ocultar a un piel roja en circunstancias como aquellas. Los demonios rojos se deslizaban hábilmente de uno de esos lugares a otro. De pronto comenzaron a dar muestras de su presencia. Uno de sus caballos fué herido de muerte en la cabeza por un tiro disparado a menos de cien metros de distancia.

—No ha sido un mal disparo, aun para una de esas rojas sabandijas, — refunfuñó Missuri.

Cuando el sol llegó, como un globo rojo, al horizonte, todos los caballos estaban muertos ya. Las balas disparadas por los enemigos sólo habían dado muerte a dos de ellos, pero los demás estaban tan mal heridos que los dos exploradores tuvieron que hacer uso de sus revólvers para despenarlos. Esto no tenía importancia alguna, ya que la huida era imposible. Los caballos muertos servían de defensa igual que cuando vivos. Los cuatro blancos permanecieron echados sobre la tierra endurecida, detrás de los caballos y así hicieron lo que consideraron su última comida. Ninguno se negó a comer ni a beber, pero nadie parecía dispuesto a hablar mucho. El no comer les parecía abandonar toda esperanza. Realmente todos la habían perdido, pero ninguno quería confesarlo. Ante la evidencia del fin, los cuatro afrontaron su destino, como hombres. Bundock estaba pálido y nervioso, pero aun cuando sus nervios flaqueasen, no ocurría lo mismo con su corazón. Entre el estoicismo de Missuri y de Hayes y el desprecio personal del peligro que las tradiciones de familia y de raza habían vinculado a Warrender, no había mucho que elegir.

En la oscuridad, cada vez más densa que reinó al desaparecer el sol, empezaron a sentirse, de nuevo, los tiros. Los blancos contestaban al verse los fogonazos de los otros y en más de una ocasión se oyó el grito de muerte. Los cuatro estaban ya heridos, pero ninguno había quedado inutilizado.

Oscureció más aun. ¡El ataque podía producirse de un momento a otro!

Un quejido, medio sofocado, brotó de los labios de Bundock, y su patrón le vió doblar la cabeza y vió que su cuerpo se tendía en el suelo.

—¡Pobre viejo Joseph! — murmuró el honorable Guillermo, mientras hacía fuego en dirección al montón de pasto de donde había partido el disparo.

—No tardaremos mucho en seguirle, compañero, — dijo Missuri Mike con tosca simpatía. — La avanzada debe estar ya cerca y cuando lleguen emprenderemos la marcha por el camino de las puertas doradas, de que oí hablar cuando era chico.

—¡Ahora he sido tocado de veras! — se oyó decir a Hayes.

Luego siguió un ronco sonido de su garganta y cayó muerto.

El rifle de Missuri dejó oir su voz nuevamente.

—Creo que este disparo ha alcanzado a uno de esos canallas, — dijo al oir resonar un grito de muerte en los aires.

Antes de que se extinguiese, se oyó un coro de alaridos como si las puertas del infierno se hubiesen abierto, e inmeditamente siguió el ataque.

Entre la oscuridad se veían sombras de pintados salvajes. Fitz Warrender hizo fuego dos veces con su revólver y luego cayó bajo el golpe feroz que le dió uno de los guerreros. Alcanzó a ver a Missuri Mike abierto de piernas sobre su cuerpo y repartiendo golpes con la culata de su winchester. Luego sintió un fuerte golpe en la cabeza y perdió el conocimiento.

Media hora más tarde, el Matador y sus hombres se retiraban satisfechos.

Habían logrado un valioso botín: rifles, revólvers, municiones y varias otras cosas, algunas de las cuales no sabían cómo utilizar, pero esto no fué razón para que las abandonasen. Poco quedó en el terreno, a no ser los cuerpos de Missuri Mike y de Hayes; desollados, sin su cabellera y horriblemente mutilados.

Durante toda la noche se oyó el aleteo de las aves de rapiña que se acercaban: los cuervos se reunían para celebrar un horrible festín.

Pero eso no tenía importancia ninguna. Dos buenos exploradores, hombres leales, aunque toscos, habían desaparecido. Recorrieron su último camino, lucharon su último combate, y murieron como mueren los hombres valientes.

Los dos ingleses no habían muerto. Atados sobre dos caballos de los indios, que habían perdido a sus jinetes, Fitz Warrender y Bundock, ambos sin conocimiento, fueron llevados por la banda de foragidos.



CAPITULO III

La decisión de Búffalo Bill

"¡BAH! ¡He hablado!" — dijo Un Ojo, guerrero de la tribu de los zorros.

Habían hablado, eralmente, pero no había dicho mucho. Un Ojo no era

locuaz. Pero los dos que le oían lo conocían tan bien que era fácil para ellos apreciar todo el sentido de sus palabras y reconstruir la completa narración de su historia, y era una terrible historia la suya. Fuera de él y de otros dos que habían tenido la suerte de encontrarse ausentes de la aldea de los zorros en aquella ocasión, — Pluma Roja y su hermana, Cierva Oscura, el hijo y la hija del viejo jefe, Toro Blanco, — la tribu había perecido en una hora roja de asesinatos.

El relato de Un Ojo, tenía cuatro oyentes. Eran éstos, Pluma Roja mismo; Dave Arthur, a quien los pies negros habían denominado el joven Tiro Segùro; su hermano Dick, que se había criado entre los siux y había vivido con ellos con el nombre de Aguila Negra, y un hombre mucho más anciano que los otros tres, Lobo Solitario, jefe y consejero de la extinguida tribu de los mohicanos, medio hermano del padre de los mellizos Arthur.

El joven Tiro Seguro tenía un corto conocimiento de la lengua siux y por eso no había comprendido muy bien el relato de Un Ojo; pero a su hermano se lo refirió todo en inglés.

En el momento en que el otro terminaba de hablar, un explorador de barba y bigote, introdujo la cabeza en la tienda que ocupaban los cinco en el campamento de Búffalo Bill. Lanzó una mirada de encono hacia Un Ojo, que se hallaba sentado en un montón de cueros y gritó:

—El jefe acaba de llegar y desea hablar con usted, Tiro Seguro.

—Voy en seguida, Topeka Sam, — respondió Dave.

Era él el único, de aquellos cinco, que figuraba en los exploradores del coronel Cody, tan conocido por el nombre de Búffalo Bill. El rey de los exploradores quería contar entre sus hombres a Dick y lo incorporaría dentro de poco. Pero los irregulares de Cody no simpatizaban con los rojos, así que no obtendrían entre ellos plaza ni Lobo Solitario, ni Pluma Roja, y la amistad de estos con Dick y Dave despertaba sospechas.

Lobo Solitario y el joven guerrero siux, no eran hombres que pudieran servir como exploradores entre los blancos, pero los mellizos no se diferenciaban mucho de sus camaradas. Uno de los mellizos era, sin embargo, más rojo que blanco, en el fondo. Los de la tribu de los zorros habían sido sus amigos; Toro Blanco, su jefe, fué para él como un padre; Pluma Roja era casi su hermano; y Cirveva Oscura, la hija del jefe y hermana de Pluma Roja, era tan amada por él como pudiera serlo mujer alguna en el mundo. Nada era, pues, de extrañar que luego de oir la historia referida por Un Ojo, sintiese que volvía a renacer en él, el guerrero siux, Aguila Negra y que la sangre de blanco que corría por sus venas, mezclada con la india, no fuese la que dominase.

Dave y Topeka Sam, salieron juntos.

—Es una mala peste ese grupo de indios que está en torno de ustedes, — observó el veterano mientras caminaba al lado de Dave.

—¡Bah! Yo no soy muy partidario de los pieles rojas, — respondió Dave, que conocía muy bien el carácter de los exploradores para decir nada que pudiera molestarles.— Pero es necesario hacer una excepción en este caso. Uno de esos cuatro es mi hermano y no domina en él la sangre india, aun cuando ha sido educado entre los siux. El otro Pluma Roja, no hace aun una semana que me salvó la vida, y aun más, porque yo me encontraba ya en el poste de los tormentos y me hubieran ocurrido muchas cosas terribles antes de que hubiese sido ultimado. Otro es Lobo Solitario, uno de mis mejores camaradas, porque ha sido un padre para mi. Queda, pues, uno, el guerrero siux, a quien le falta un ojo, que utiliza tan bien como si tuviese dos. Pero es muy bueno y usted lo comprenderá cuando sepa lo que ha hecho.

—Lo comprendo todo, Tiro Seguro, y admito que pienso bien de todos ellos. Respecto a Lobo Solitario y Pluma Roja han hecho cuanto han podido por los exploradores de Cody, y pienso que estarán dispuestos a prestarles su ayuda siempre. Pero hablo en sentido general al decir que los pieles rojas son una mala semilla.

Habían llegado a la tienda que servía a Búffalo Bill como cuartel general y como habitación, y Topeka penetró en ella.

No se guardaban muchas formalidades en el campamento del coronel Cody, pero sus exploradores le tenían gran respeto por su excelente corazón y sus bondades, aunque como jefe era enérgico. Búffalo Bill acababa de regresar. No había comido, bebido, ni aun se había lavado. El polvo de las praderas cubría su traje de cuero y su rostro bronceado. Blanqueaba también su bigote y su perilla.

—¡Ah! ¡Dave! — dijo. — Deseaba hablarle. Acabo de enterarme de lo que ha ocurrido en la aldea de los zorros, y me han informado de la llegada de un hombre que es el que le ha traído a usted la noticia.

—Es cierto, señor.

—Déjeme mirarlo, muchacho. No lo había visto desde que lo encontramos en unión de Pluma Roja. ¿Cómo se siente?

—No siento nada, señor. Estoy pronto para volver a luchar nuevamente.

—¿Qué hay acerca de la historia que refiere ese hombre a quien llaman Un Ojo? Yo hubiera experimentado un gran disgusto si esos coyotes lo hubiesen muerto, muchacho. Pero han fracasado en su intento gracias a Pluma Roja, así que no hay más que hablar de eso. ¿Son los coyotes responsables de la completa destrucción de los zorros? Si es así me causa una enorme contrariedad. Conozco bien a Corazón de Piedra, su jefe. Es tan rudo como su nombre y odia a los caras pálidas. Pero es un buen siux, leal para su pueblo, y no puedo explicarme su intervención en este asunto.

—No ha sido él el culpable, por lo que he podido averiguar. Todo lo ha hecho un malvado que se apoda el Matador, y al que mi hermano y Pluma Roja llaman Víbora Amarilla, en unión de una banda de malhechores. Algunos coyotes se habían unido a ellos pero regresaron inmediatamente a su tribu.

Está en el complot un viejo curandero: Tortuga Azul.

—¡Lo conozco! — exclamó Búffalo Bill. — Es el más sagaz y cruel de todos los siux existentes, y pienso que ha de tener cerca de cien años de edad. ¿Es cierto que los zorros han sido aniquilados?

—No han quedado con vida más que tres; cuatro, si contamos a mi hermano, el cual, desde que ha recibido la terrible noticia, se siente más guerrero zorro, que hombre blanco. El y Pluma Roja se expresarán de manera distinta, pero, en el fondo, su pensamiento es el mismo.

—Lo siento mucho, pero mucho. Es un asunto muy doloroso. Los zorros eran la tribu mejor de toda la nación siux y sé que en gran parte toda su buena disposición se debía a la obra del viejo Toro Blanco. ¡Rindo honores al anciano jefe!

—Murió luchando, señor, a pesar de que según dicen, era muy amante de la paz. Fué el último de todos en caer y según cuenta Un Ojo, al morir ahogó a un apache alto y desvergonzado a quien hubiera sobrepasado por media cabeza cuando estaba en su juventud. Cantaron el canto de la muerte por el pobre viejo, Pluma Roja, mi hermano, Lobo Solitario y Un Ojo; yo por mi parte, he estado cerca de acompañarlos. "¡Ay! ¡Ay Toro Blanco era un valeroso guerrero!" Así cantaban y yo creo que no hay duda alguna a este respecto.

—Ninguna duda, en efecto, Dave, y ha muerto de la manera como deben morir los hombres valientes, rojos o blancos. ¿Y dice usted que se han salvado tres? ¿Quiénes dijo que son?

—Un Ojo es el único hombre, en realidad que se ha salvado y esto ha sido, como por milagro. Es un buen rojo, un valiente guerrero y no le gusta referir sus propias hazañas. No hay, pues, razón para dudar de que permaneció junto a su jefe hasta el fin y que fué dejado por muerto, aun cuando no se cómo pudo escapar sin perder el cuero cabelludo. Estaba herido en una docena de sitios y aun así caminó durante varias millas sin comer y sin beber para traer la noticia. Luego Pluma Roja, el que me salvó la vida. Y además... Otra... Otra persona que...

El joven explorador interrumpió su relato, pues no podía articular palabra y un sudor frío mojó sus sienes.

—¿Y la otra persona? — preguntó Búffalo Bill, después de un momento de pausa.

—Era... Es decir, es, porque yo no puedo creer que haya muerto... Una muchacha que tiene las energías de un hombre, señor, y...

De nuevo tuvo que callar. El gran explorador comprendió lo que le ocurría y esperó nuevamente para continuar hablando.

—Ella me ayudó en mi fuga, — exclamó Dave al reanudar su relato, con voz ronca. —Es la hermana de Pluma Roja, Cierva Oscura se llama. Tenía caballos preparados para nosotros cerca de la aldea coyote; y cuando huimos, ella partió con un importante mensaje para su padre, diciéndole que Víbora Amarilla, llamado ahora el Matador, y el viejo Tortuga Azul, tenían el plan de atacar a los zorros. Poderosas razones tienen que haberla impedido que regresase a su aldea para dar el mensaje, pues no regresó. Eso la salvó de la muerte. ¡Pero ignoramos si su suerte no ha sido aun peor!

—No hay que pensar en lo más malo, muchacho. Generalmente los rojos tratan a las mujeres mucho mejor que son tratadas por cierta clase de blancos, principalmente en las ciudades... Si ha sido raptada, como usted piensa, estará con vida y salva, a lo menos por algún tiempo. Deseo a la muchacha mucha felicidad por lo que hizo por usted, y porque no olvido que usted me salvó la vida, Tiro Seguro y yo considero a los amigos de mis amigos como si fuesen amigos míos. ¿Sospecha usted quién puede haberla raptado?

—Estoy seguro de que ha caído en manos de la terrible banda del Matador, señor.

—¿Otra vez ese reptil? ¿Qué cree usted que puede hacerse en ese asunto?

—Mis compañeros van a ponerse en acción en seguida. No han podido partir antes y las huellas se van borrando cada hora que pasa. ¡Si yo pudiera ir con ellos!

—¿Ir? Claro que sí, muchacho. Puede ausentarse desde este momento por todo el tiempo que consideere necesario. No puedo negarle nada después de la misión que le confié ante los coyotes y del grave trance en que estuvo, por cumplirla. Pero, ¿no tiene usted idea de dónde está la guarida de esos bandidos? Si lo sabe, ha conseguido usted más que todos mis exploradores, que están tratando de descubrirla hace tiempo.

—No sé nada, señor. Pero Un Ojo, tiene alguna noción del lugar en que se encuentran, según creo.

—¿Estará bien orientado? ¿Será de confianza?

—Pluma Roja y mi hermano están seguros de él y eso me basta.

—¡Y a mi también, Tiro Seguro! Y después de todo no tiene nada de extraño ya que se encuentra frecuentemente más lealtad entre los rojos que entre ciertos blancos. Si usted conquista la amistad de un rojo puede estar seguro de que no lo abandonará hasta la muerte. Ahora óigame, muchacho. Según están las cosas yo no puedo intervenir en el asunto. Mi radio de acción es muy extenso, más no puedo emplear mis irregulares en el rescate de una joven siux. Pero si uno de mis exploradores en misión o aisladamente, llega a verse en peligro entre los canallas del Matador, entonces, Dave, está justificado que yo acuda en su auxilio con todas las fuerzas de que pueda disponer. Entretanto voy a adelantar mi campamento un poco más hacia el Oeste para hallarme más cerca, por si ocurriese algo entre los siux. ¿Comprende?

Su rostro estaba muy serio mientras hablaba así, pero en sus ojos brillaba un malicioso fulgor, cuyo significado pudo leer fácilmente el joven Tiro Seguro.

—Entonces marcharemos dentro de una hora, señor, — dijo Dave.

Pero cuando se volvía para salir, apareció

el barbudo rostro de Topeka, que penetró en la tienda.

—Señor, el Cigarrón acaba de llegar y trae malas noticias, — dijo Topeka.

—¿Más aún? ¿Qué ocurre ahora?

—Otros asesinatos y esta vez ha sido en el camino por donde pasa la diligencia, donde han cometido su fechoría esos demonios.

—¡Cielos! ¿Cuántos han caído? ¿Cómo?

—Se trata del joven inglés, jefe. Missuri Mike y Harry Hayes no volverán a recorrer más los caminos. Se cree que el joven británico que se colocaba un vidrio en el ojo y el otro que le limpiaba las botas y le había traído un baño y lo arreglaba como si fuese una niñera, hayan sido muertos y les hayan arrancado la cabellera también, pero sólo se ha encontrado dos cuerpos. Acaso los otros hayan sido raptados.

—Lo siento mucho. Verdaderamente lamento la muerte de Missuri y Hayes. Eran, ambos, buenos de verdad. Jamás dieron a nadie motivo de queja.

El joven Tiro Seguro pensó que si llegaba su hora y moría en aquella forma, merecería por parte de Búffalo Bill un epitafio semejante. Y posiblemente Topeka pensaba de idéntica manera, aun cuando él no hubiera hablado de epitafio por ignorar lo que era ésto.

—El Cigarrón es un buen elemento cuando se trata de encontrar un rastro, — prosiguió Cody. — ¿Quién ha intervenido en ese delito? ¿Es también obra de los coyotes?

—Es posible que estén complicados en el asunto algunos de ellos. Pero ha sido la autora esa maldita banda de malhechores; a no ser que el Cigarrón esté equivocado en sus cálculos. Nadie, a no ser unos reptiles venenosos como esos pueden ser capaces de un acto semejante.

—¡Por el Cielo! ¡Otra vez el Matador y su banda, Dave! — exclamó Búffalo Bill enfurecido y dando un enérgico golpe con el puño cerrado sobre la mesa. — Pero han ido demasiado lejos esta vez. ¡No es posible tener calma ante esto! ¡La copa se ha desbordado y nadie puede censurarme en lo más mínimo si lanzo contra ellos todos los rifles de que dispongo.

—Y los necesitará, jefe, si intenta rescatar a los dos ingleses, — exclamó Tiro Seguro.

—¡Hay que rescatarlos si es que aun se encuentran en el mundo de los vivos! ¡Y se les rescatará! Necesito apoderarme de ese joven sea como sea. No es que estime su vida más que la de Cierva Oscura, muchacho, aun cuando él sea blanco y la otra roja. Es por los gobernantes de Wáshington. Si yo pusiese en movimiento cinco hombres para que caminasen veinte millas por rescatar del poder de unos hombres rojos a una muchacha roja, podría haber discusión. Pero cuando se trata de un representante de la vieja Inglaterra, puedo enviar cien hombres a cien millas sin que reciba una palabra de censura. Usted es joven aún, Dave. Cuando tenga mi edad comprenderá mejor todas estas cosas.

—Creo que me las explico bien ahora, señor, — respondió el joven Tiro Seguro.— He visto mucho en las regiones del este, conozco los métodos y costumbres y sé cuánto se estima la vida de un noble o de uno de sus hijos en las ciudades.

—Así es, muchacho. Eso que proporciona el pretexto que yo deseaba y no lo desperdiciaré, seguramente. Voy a movilizar hasta el último de mis exploradores para dar caza al Matador y a sus hombres. Y si fuese necesario enviaré al fuerte Dunkel por más hombres, aún cuando no soy aficionado a utilizar fuerzas regulares en esta clase de asuntos.¡Si no logro dar con esa banda de reptiles y reducirlos a pedazos, que no lo cuente más!

—Pero ¿podremos anticiparnos nosotros, jefe?

—Ustedes pueden y deben hacerlo. Es conveniente, por la vida de todos los cautivos de la banda del Matador, que éste no sepa que son perseguidos por nosotros. Traten, si pueden, de rescatar a la muchacha, antes de que comience nuestra tarea, Dave. Si puede ayudar a salvar a los dos ingleses, será mucho mejor. Pero esa es cuestión mía, Cierva Oscura es de usted y de sus compañeros. Hay dos cuestiones que resolver. Lo que opina el Cigarrón es dudoso. Nada importa que Fitz Warrender y su sirviente estén vivos o muertos, pues, de un modo o de otro, yo he de cumplir con mi deber. Y puede usted apostar hasta su último dólar, Dave, a que cumpliré.

—Mucho me satisface, oirle hablar así, señor, — respondió el joven Tiro Seguro.— Los cinco marcharemos como avanzadas, sabedores de que detrás de nosotros viene Búffalo Bill y todos los mejores rifles de las praderas del oeste.

—¡Así es! Encuentren el rastro en seguida, muchachos, que yo le aseguro que no dejaremos crecer mucho la hierba en las huellas que vayan ustedes dejando.

Dave giró sobre sus talones y salió, y Topeka que había oído lleno de interés lo que los otros hablaban, preguntó:

—¿Puedo dar las órdenes necesarias, mi jefe?

—No, Topeka. ¡Quieta esa lengua! Ya se que esto no es cosa fácil para usted; pero debe hacerlo así si quiere proceder correctamente. Hay en el campamento algunas personas en quienes no confío por completo y no quiero que se enteren.

—Nada me extrañaría que hubiese alguna sabandija traidora entre ellos, — exclamó Topeka mientras seguía a Dave y le daba alcance en el exterior de la tienda. — La mayor parte de los pieles rojas son traidores, en mayor o menor escala, y no creo que haya en estas palabras ofensa alguna para sus camaradas, joven Tiro Seguro.



CAPITULO IV

Los tres prisioneros

EL honorable Guillermo Fitz Warrender abrió los ojos por primera vez en veinticuatro horas y miró en redor, lleno de curiosidad. Al principio no comprendió ni dónde estaba, ni lo que le había ocurrido. El golpe que había recibido en la cabeza le privó de los sentidos y la ruda jornada que efectuó atado de piés y manos y cruzado sobre el lomo de un caballo, terminó de empeorar su estado. No comprendió que un brazo le sostenía por el cuello. Pero cuando le acercaron a los resecos labios una vasija llena de agua se sorprendió de ello y al mirar vió un brazo bien torneado y morocho, que evidentemente pertenecía a una mujer. Cualquier otro hombre hubiera bebido primero y luego habría mirado. Pero Fitz Warrender no lo hizo así. Miró primero y vió el rostro más encantador que jamás había visto. Todas las mujeres indias que había visto antes eran viejas arrugadas o a lo más de mediana edad, que le habían parecido, sino, repulsivas, exentas de interés. Pero aquella joven era más bella de cuanto pudiera imaginar. Su piel bronceada era sólo un poco más oscura que pueda ser la de una mujer del tipo español o italiano. Sus venas de sangre roja se notaban aún en aquella semioscuridad. Sus grandes y negros ojos eran brillantes; sus facciones finas y correctas. Su sedoso cabello no era semejante al de las demás mujeres indias, ni recordaba, como el de éstas, por su aspecto y rudeza, a la cola de un caballo, sino que caía sobre los hombros y el pecho en dos gruesas trenzas que la llegaban hasta la cintura.

El honorable Guillermo, miró y luego bebió y el líquido le supo a nectar más sabroso aún que el más puro vino de Reims o de Epernay, aún cuando solo era agua fresca y pura de un manantial.

La vasija fué retirada de sus labios antes de que terminase de consumir su contenido, y una voz suave y musical exclamó:

—¡Ahora a comer!

Estaba tan extenuado y se sentía tan poco dueño de sí mismo, que no manifestó sorpresa al oir que aquella joven india hablaba inglés. Comió algunos bocados, pero no fué sin mucha dificultad como pudo tragar un poco de dura carne de búffalo y algo de pan de maíz. Algunos sorbos más de líquido, le dieron nueva vida.

Sin ayuda del bello y bronceado brazo logró levantarse y mantenerse sentado.

Cuando miró aquella belleza india pensó en la famosa princesa Pocahontas, cuya novelesca historia había leído cuando muchacho. Debía haber sido otra muchacha como aquella y el blanco que pudiera llamarla su esposa podía considerarse muy feliz.

—La ruego que me disculpe, — dijo con voz débil el honorable Guillermo, — pero, ¿puedo preguntar quién es usted?

Al hablar así había mirado en redor y adquirido el convencimiento de que el oscuro lugar donde se encontraba debía ser una cueva, y pensó que los pieles rojas que atacaron al pequeño grupo de que él formaba parte, lo habían conducido a ella.

Se encontraba sobre un montón de cueros de búffalo y cubierto por un par de mantas sucias y malolientes. Claramente comprendió por aquellos detalles que sus captores no tenían intención de darle muerte. Mas, por el momento, lo que le preocupaba sobre todas las cosas, era saber quién era aquella muchacha que había acudido en su ayuda. ¿Qué podía hacer un ente tan bello y bondadoso entre aquella banda de asesinos, escoria de una docena de tribus?

—Soy Cierva Oscura, — respondió la joven.

Siempre hablaba despacio y además, como sus conocimientos del inglés eran muy limitados, tenía con frecuencia que detenerse para hallar la palabra que necesitaba.

—¿Y usted vive aquí?

Al decir eso agitó la mano completando con el gesto su idea para hacerse entender con más facilidad.

—Yo... ¿Usted comprende? también estoy prisionera, — respondió ella.

—¡Por el cielo! ¡Entonces estamos en igualdad de condiciones y vamos a ser amigos!

—Sí... Amigos, si usted lo desea. Cierva Oscura no tiene ningún amigo aquí...

La muchacha le inspiró confianza desde el principio, cosa que no tenía nada de particular porque las mujeres, los niños y los perros siempre le inspiraban confianza a Fitz Warrender: y en toda su vida no había dado motivo para que las mujeres, los niños y los perros se arrepintiesen de su trato.

—¡Amigos y aliados, dispuestos a luchar contra estos canallas! Por lo pronto ¿dónde estamos, señorita Oscura Cierva?

—No se equivoque. No soy la señorita Oscura Cierva, sino Cierva Oscura. No como dice usted.

—¿Y este sitio? — repitió Fitz Warrender completando de nuevo su idea con un movimiento de la mano. — ¿Alguna cueva, verdad?

—Sí. Una cueva, muchas cuevas... Pero Cierva Oscura no conoce mucho de esto.

—¿Dónde estamos?

—Me taparon los ojos al traerme. No pude ver.

—La trajeron con los ojos vendados, ¿eh? ¡Ah! ¡Como yo consiga ponerles las manos encima a estos bandidos ya les enseñaré a tratar a las jóvenes como usted!

Cierva Oscura se sonrió. Pero no se notó ni un rastro de coquetería en su sonrisa.

Ella había dado por entero y para siempre su corazón a Dick Arthur el que era Aguila Negra en la tribu de los zorros que le había adoptado como hijo. Pero era una de esas mujeres capaces y fuertes que sabían sentir también sincera y profunda amistad por otros hombres que no fueran el primero se había apoderado de su corazón, como el joven Tiro Seguro y Lobo Solitario no iban

a tardar en comprobarlo. Y el honorable Guillermo Fitz Warrender, era considerado por ella como un buen amigo desde el pincipio, acaso en una forma que él ni pensaba.

—¿Conoce usted a estos canallas?

—Cierva Oscura solo conoce a uno. Al jefe. Se llama Víbora Amarilla. Ahora es conocido por el Matador. Un mal hombre.

—Así me lo han dicho, Cierva Oscura.

Comprendía el joven inglés que la muchacha había sido raptada por la banda del Matador. Lo que ella decía estaba de acuerdo con la teoría de los dos exploradores muertos; porque para él no cabía duda de que Missurí y Hayes, habían perecido. Bundock también, sin duda. ¡Pobre Bundock! ¡Y lo verdaderamente extraño era que él estuviese aun con vida!

—¿Y cómo la trajeron hasta aquí, Cierva Oscura?

—El hombre malo se apoderó de mí una noche, en las praderas.

—¿Dónde están ahora los bandidos?

—Después de traerme aquí partieron otra vez. Regresaron cuando lo trajeron a usted. Pero Cierva Oscura no sabe su nombre.

—Llámeme Guillermo, estimada Cierva Oscura.

—¿Se llama Guillermo? Muy bien. Así lo llamaré. Los bandidos lo trajeron a usted y a otro cara pálida que no tiene cabellera; ni un cabello en lo alto de la cabeza. ¡Oh! ¡No es como usted, Guillermo!

Y la risa de la joven resonó alegremente Era muy agradable oir aquella risa, en aquel lugar y en aquellas circunstancias, en que el honorable Guillermo pensaba en los ogros que habitaban aquellas cuevas cuyo piso estaba acaso cubierto de los esqueletos de sus víctimas.

Y era también una gran cosa saber que Bundock había escapado con vida. Porque, por las señas, comprendía que de quien hablaba la joven, era de Bundock.

—¡Vive Júpiter! ¡Estoy contento!

—¿El otro cara pálida se llama Júpiter?

—No, amiga mia. No, mi estimada Cierva Oscura. Su nombre es Bundock.

—¡Bun... dock! Es difícil de decir. Guillermo es más fácil.

—No puedo manifestar en eso una opinión desinteresada, pero, por Júpiter, aseguro que jamás he conocido una muchacha tan simpática como Cierva Oscura.

Pero la muchacha siux no demostró haber comprendido bien lo dicho por el joven inglés. No obstante algo entendió, pues sus negros ojos brillaron y la sangre afluyó a sus mejillas.

—¿Dónde está el otro cara pálida? —preguntó Fitz Warrender.

La muchacha señaló en dirección a la opuesta pared de la cueva, evidentemente indicando otra caverna que estaba allí.

—Está muy enfermo, — dijo. — No come. Bebe mucho.

—¿Quiere decir que también ha cuidado a Bundock? ¡Dios la bendiga! ¡Es usted un verdadero angel, Cierva Oscura!

—Cierva Oscura quiere a los caras pálidas. Aguila Negra es cara pálida, también.

El nombre del joven guerrero trajo vagamente a la memoria del inglés, el recuerdo del fuerte Dunkel. Pero el recuerdo fué tan vago que casi en seguida se borró.

—¿Puedo ir a ver al pobre viejo Bundock? —preguntó.

La joven movió negativamente la cabeza.

—Bien. ¿Supongo que él podrá venir a verme a mí?

—No; no puede.

—¿Está entonces muy enfermo?

—Sí; muy enfermo. Pero no se morirá. Cierva Oscura cuida a Bundock y no le dejará morir porque es amigo de Guillermo.

—¿Y usted cuidará de Guillermo también?

—Cierva Oscura, cuidará de Guillermo todo el tiempo que pueda. Mientras no esté el Matador. Cuando regrese ya será diferente. Ahora no hay aquí más que dos o tres guerreros.

—Solamente dos o tres. ¡Por Júpiter! ¡Que oportunidad para escaparnos los tres!

Pero la muchacha movió negativamente la cabeza, y el honorable Guillermo comprendió que no había probabilidades de escapar. No tenía las piernas en condiciones de soportar el peso de su cuerpo. Bundock, además, estaba gravemente enfermo.

Una tentativa de escapar en tales condiciones era exponer a la muchacha sin provecho ninguno y el honorable Guillermo lo comprendió.

Pero su imaginación se distrajo en seguida en otra cuestión. Su destino, y el de Bundock, por necesaria consecuencia, estaba ligado al de Cierva Oscura mientras permaneciesen allí. Si ella podía escapar sola bien estaría. Pero lo que es ellos no se irían dejándola y la defenderían hasta morir en caso de ofensa.

Una voz chillona llamó a la muchacha y el eco resonó de una en otra cueva.

—Cierva Oscura, tiene que retirarse, — dijo la joven. — La esposa de Serpiente Deslizadora la está llamando.

Cierva Oscura estaba al servicio de las mujeres y le convenía hacer gala de la más completa obediencia, pues así tendría mayor probabilidad de salvación porque lograría disfrutar de mayor libertad.

La mirada de Fitz Warrender siguió a la delicada y graciosa silueta hasta que desapareció en la oscuridad de la cueva inmediata. Luego el joven se dejó caer hacia atrás en el montón de cueros, con la cabeza dolorida y el cuerpo destrozado y sin fuerzas. Pocos minutos después estaba dormido. No profundamente, sino en un estado de semiinconsciencia. Lo mismo pudieron pasar así seis horas como sesenta — porque todo lo que recordaba era que fué despertado por un golpecito en el hombro y que la voz de Bundock le decía:

—¡El baño está preparado, señor! ¡Perdone que le despierte, pero ya ha dormido mucho y la joven señorita ha preguntado varias veces por usted!

CAPITULO V

La hazaña del Lobo Solitario

DAVE ARTHUR pasó suavemente la mano por el rostro de su hermano y Dick se despertó en seguida. Los dos mellizos, con Pluma Roja, Lobo Solitario y Un Ojo, habían acampado la segunda noche, después de abandonar el campamento de Búffalo Bill. Se encontraban en la región occidental, al final de la pradera, donde daban comienzo las montañas entre las cuales, según sabía Un Ojo, se encontraba el refugio de la banda del Matador. Por esto no habían encendido fuego y además hacían, por turno, un servicio de vigilancia.

Le tocaba hacer guardia al joven Tiro Seguro, quien seguía a Un Ojo. Había relevado al guerrero siux una hora antes de despertar a Dick.

—¿No hay error, Dave? — preguntó Dick.

La respuesta de su hermano fué clara y fácil; pero sus pensamientos no podían ser por completo los de un hobre blanco. Los años que había pasado, durante su infancia, en las chozas de los zorros, habían influído poderosamente en su modo de ser.

—No hay error ninguno. Un Ojo ha partido del campamento montado en su caballo. Yo sé que ustedes confían por completo en él y no es que pretenda desconfiar.

—Dejémosle ir, — respondió Dick y dándose vuelta, se quedó nuevamente dormido.

Dave estaba satisfecho. No dudaba de Un Ojo, que había dado ya repetidas pruebas de su fidelidad hacia Pluma Roja y que al parecer, también sentía afecto por todos los demás que trataban de encontrar a Cierva Oscura. Era él quien había descubierto el rastro de la joven acertando dónde estaba y convencido a él y a los otros de que había sido raptada mientras cabalgaba en dirección a la aldea de los zorros. Pero pensó el joven Tiro Seguro, que tal vez el saber dónde se hallaba la guarida de los bandidos, pudiera obedecer a un anterior acuerdo con ellos. Contra esta idea, sin embargo, estaba el hecho de que, indudablemente, Un Ojo odiaba al Matador y a sus hombres con odio de muerte. Un Ojo permaneció ausente durante todo el resto de la noche. Pero cuando Lobo Solitario, que había tomado última guardia antes de amanecer y permaneció hasta que salió el sol, se enteró de lo ocurrido, no se alarmó por su ausencia. Además poco tuvieron que esperar para su regreso. El sol había ascendido algo en el firmamento, cuando vieron que un caballo pinto con un fornido jinete se acercaba.

¡Un Ojo traía noticias, grandes noticias! En una sola noche había efectuado una tarea en la que otros hubieran tardado varios días, que hubiera exigido todos los esfuerzos de los exploradores de Búffalo Bill.

¡Un Ojo había descubierto la guarida del Matador!

La suerte lo había favorecido, y él con sus misteriosos medios, había conseguido completar el descubrimiento. Había permanecido oculto durante más de una hora, dejando maneado su caballo a la distancia. La banda de foragidos había pasado por delante de él, silenciosa como un desfile de fantasmas, por la borde de la pradera, camino de los lugares montañosos que comenzaban algo más allá.

Exponiendo la vida, los había seguido por entre las rocas hasta que llegaron a un desfiladero, por el que era imposible que pasasen más de dos caballos a la vez. Volvió hacia atrás. Sabía cómo era aquella parte de la región y comprendía que en algún punto cercano debía existir un lugar oculto, un escondrijo. Había oido hablar de que había varias cuevas en las montañas. Pluma Roja, también conocía la existencia de esas cuevas. Entre los siux existía la creencia de que en ellas habitaban los espíritus. Pero aquellos canallas que habían renegado de su religión y de su tribu, consideraban mentira tales versiones y estaban seguros de no encontrar en las cuevas más espíritus malos que los de ellos mismos.

Los cinco se iban a reunir en consejo para determinar qué era lo que primero tenían que hacer. Estaban de acuerdo en reconocer que Un Ojo había procedido con gran cordura al no continuar por el desfiladero pues si le capturaban le matarían y si le reconocían, le torturarían antes de matarle. Y no era difícil que fuese reconocido, porque entre los hombres del Matador había varios siux de la tribu de los coyotes, y el mismo jefe de los bandidos conocía perfectamente a Un Ojo.

Después de discutir, encontraron conveniente sólo un plan. Según este plan, uno de los cinco debía procurar descubrir la guarida y un sitio por donde llegar hasta ella. El problema que había que resolver era uno solo ¿quién debía realizar la empresa? Era necesario que no fuese descubierto y para ello había una probabilidad favorable, contra cien desfavorables. Ninguno de los cinco estaba en condiciones de llenar esa probabilidad. Había otro camino que ofrecía mayores esperanzas de éxito, pero que tan sólo podía ser recorrido por Lobo Solitario.

Con el joven Tiro Seguro, no había que contar, porque se necesitaba que fuese un indio. Aguila Negra, era indio, por educación, aunque no por nacimiento, pero era demasiado conocido por el Matador, su viejo enemigo, y por varios de sus hombres. Pluma Roja, era también muy conocido. En cambio, ninguno de los bandidos, excepción hecha de su jefe, conocía a Lobo Solitario. Este y el Matador se habían encontrado antes, dos veces, en circunstancias que hacían posible que el renegado siux conociese nuevamente al jefe mohicano. El primer encuentro había tenido lugar en la pradera abierta, justamente después que Víbora Amarilla, — el Matador se llamaba así entonces, — hubiese intentado dar muerte a Aguila Negra, en una emboscada. Pero sólo un minuto o dos había estado uno frente al otro. Se habían vuelto a encontrar más tarde y esta vez lucharon casi hasta la muer-

te. Pero la lucha se efectuó de noche, poco antes de amanecer y ninguno había visto con claridad las faciones de su adversario.

—Lobo Solitario es quien debe ir, — dijo el jefe mohicano. — Y si Cierva Oscura está allí, debe permanecer a su lado tanto tiempo como le sea posible estar. ¿Conoce Cierva Oscura la señal secreta? Me vió en la aldea de su padre, pero puede no conocerme ahora.

—Cierva Oscura conoce las señales — respondió Pluma Roja. — Yo la enteré de cómo era el día en que ella, yo y Un Ojo, nos dirigimos a la aldea de los coyotes, cuando mi hermano estaba atado al poste de la tortura.

—Bien. Todo está perfectamente. La joven me conocerá como a un amigo aún cuando aparentemente sea su enemigo.

—Un Ojo pintará como él sabe hacerlo, el rostro de mi padre, de modo que no pueda ser reconocido, — dijo Aguila Negra.

El único ojo del guerrero siux brilló intensamente al oir aquello. Nada enorgullecía tanto al viejo. No había nada más querido para Un Ojo, como el oir ponderar su habilidad en lo de cubrir una piel humana con la pintura de guerra.

—Está bien, — dijo el mohicano. — Lobo Solitario, debe manifestarse como de alguna lejana nación, de la que no haya ningún representante entre los hombres del Matador que pueda conocer el modo de hablar de esas tribus.

Dick Arthur lo miró como dudando.

—Los hombres del Matador pertenecen a todas las tribus, padre mío, — exclamó gravemente.—Siux, cheyenes, heroquis, chotans, pies negros, apaches, comanches, navajos. de todas partes tanto del norte como del sur, acuden a unirse a la banda.

—Pienso que difícilmente habrá entre ellos un hurón de los grandes lagos, — dijo Lobo Solitario. — Pero aún cuando lo hubiese, puedo hablar perfectamente la lengua de un hurón.

—No he oido decir nunca que hubiese allí hurones, — confesó Aguila Negra.

—Pienso que lo que se intenta hacer es poner a Lobo Solitario en un trance que encierra peligro de muerte, — dijo el joven Tiro Seguro.

—Sería conveniente que dos de los nuestros fuesen en busca de Búffalo Bill el gran jefe y le informasen de lo que ha averiguado Un Ojo. — manifestó Lobo Solitario.

—Yo no puedo ir, — dijo inmediatamente Dick Arthur.

Todos comprendieron las razones que le impedían partir. Ya era bastante para él tener que esperar las noticias que traje Lobo Solitario. Su educación entre los siux le había dado un estoicismo, que no tenía ningún blanco. pero en aquellas circunstancias era mucho exigir de él, pedirle que se ausentase cuando estaba en peligro la joven a quien amaba.

—Entonces iré yo con Tiro Seguro,—dijo Pluma Roja.

Para él tampoco era agradable tal decisión, pues adoraba a su hermana, la única sobreviviente de su familia, si es que aún estaba con vida y le tenía que gustar ser de los primeros que salieran de esa duda.

A Dave le ocurría una cosa semejante, pero comprendió que les correspondía ir.

—¡Iré! — dijo Dave. — Iré a disgusto Pero tú estás en tu derecho al quedarte, Dick.

—Será mejor que se vayan en seguida,— dijo Lobo Solitario.

—Eres el jefe, viejo camarada, — exclamó Dave. — Haremos lo que se nos ordene.

Antes de media hora él y Pluma Roja habían emprendido la marcha desandando el camino recorrido.

Los otros caminaron cautelosamente hacia el oeste, siguiendo los valles, evitando las alturas desde donde podían ser vistos a la distancia. Antes de que se pusiese el sol hallaron un buen abrigo en un bosque espeso situado en el lindero de las tierras áridas, a unas cuantas millas del camino que utilizaban el Matador y su banda para ir a su guarida.

Un Ojo, comenzó a realizar allí su obra. Nunca, hasta entonces, el buen jefe mohicano había recurrido al tatuaje de guerra. Aún cuando luchó fuertemente no condujo nunca al combate a hombres de su propia tribu. En cuanto a su clan hacía ya tiempo que no existía. El grito de guerra mohicano no sería oído de nuevo, de otros labios que no fuesen los de Lobo Solitario. Un Ojo trabajó durante dos largas horas y Lobo Solitario lo soportó todo con paciencia. El resultado compensó esa paciencia. Cuando el jefe se vió reflejado en las claras aguas de un arroyo, contempló algo que le era del todo desconocido. Sus facciones habían sufrido una transformación completa. La tortuga tatuada en su pecho, — el sagrado emblema que demostraba su rango de sagamur, superior al de jefe, — había quedado oculta. Ni una pulgada cuadrada de su rostro dejaba ver su color natural, aún cuando el rojo, — color preferido por los indios, — predominaba.

—¡Está muy bien, hermano! — dijo.

Un Ojo se sintió satisfecho con esto. Luego los tres cabalgaron juntos hacia el desfiladero. Pero se acercaban a él por un camino completamente distinto al que acostumbraban a seguir, el Matador y su gavilla. Cuando llegaron al camino, Lobo Solitario se despidió con breves palabras de sus compañeros y partió a caballo y solo.

Había de desempeñar el papel de voluntario que deseaba ser reclutado en la banda del Matador. El grupo de malhechores debía recibir con frecuencia, adhesiones, ya de guerreros arrojados de sus tribus por faltar a las leyes indias, ya de perseguidos por la justicia de los caras pálidas. De vez en cuando algún joven guerrero, movido por el deseo de sangre y de botín, acudía también a los dominios del Matador.

Pocos hombres blancos hubieran podido seguir el rastro por donde marchaba Lobo Solitario. Las huellas casi no se marcaban en aquel distrito montañoso. Los cascos envueltos de los caballos de los bandidos dejaban poco rastro de su paso por sobre las rocas. Pero las pocas señales existentes fue-

ron vistas, sin necesidad de buscarlas mucho, por Lobo Solitario, a causa de que en todo el oeste había pocas personas que pudieran aventajarle en eso.

No demostró apresuramiento. El sol se iba acercando a su ocaso cuando llegó al comienzo del desfiladero que Un Ojo le había descrito.



CAPITULO VI

En la guarida del Matador

ANTE Lobo Solitario se abría un desfiladero estrecho y oscuro, en el que crecían tanto a uno como al otro lado, espesos y frondosos matorrales. Allí sí se notaban con claridad las huellas de los secuaces del Matador a causa de que el frecuente pasar de personas y animales habían roto las ramas de los arbustos en varios sitios, y en un lugar donde la tierra estaba blanda se distinguían marcas confusas que él comprendió en seguida correspondían a los cascos de los caballos, envueltos en trapos. Lobo Solitario detuvo a su caballo en el mismo instante en que una flecha pasó zumbando por cerca de su cabeza, rozándola casi la cara, pues no cruzó ni a una pulgada de distancia. Instantáneamente se echó el arma a la cara e hizo girar al animal que montaba.

—¡Adelántese o haga fuego! — gritó en el idioma de los siux.

Las ramas se apartaron y apareció el rostro de un muchacho.

Aquello era lo que había supuesto Lobo Solitario. Todos los hombres de la banda del Matador tenían rifle. Pero también había mujeres y muchachos en la guarida y los muchachos indios hasta que no tienen suficiente edad para ir a combatir, se ejercitan sólo con arcos y flechas.

—¿Por qué disparas contra mí, muchacho? ¿No sabes que vengo con intenciones de paz?—preguntó Lobo Solitario.

Había bajado el arma mientras hablaba y el muchacho se adelantó. Miraba en forma taimada y con aire de desesperación, pero era un buen exponente de la raza roja. Podía tener unos catorce años, a lo más.

—Veo que mi padre está pintado para la guerra. — dijo. — Además yo quería disparar contra otra persona.

Lobo Solitario lo observó detenidamente.

—Joven eres, hijo mío, para tener enemigos. — exclamó.

—Perro Pequeño debe vengar a su padre. —respondió el muchacho.

—Pero disparar el arco contra el que está armado con un rifle es una locura.

—Una flecha puede herir de muerte. Y a Perro Pequeño no le importa morir.

—¿Es el enemigo de Perro Pequeño de la banda del Matador? — preguntó Lobo Solitario.

El muchacho lo miró fijamente antes de contestar. Fuese porque la desesperación lo dominaba o porque adivinaba algo detrás del grotesco tatuaje que cubría el noble rostro que contemplaba, lo cierto es que tuvo confianza repentina en aquella mirada.

—Serpiente Deslizadora, es el segundo jefe de la banda, después del Matador, — dijo.— El dió muerte a mi padre, a traición y yo no descansaré hasta darle muerte a él y arrancarle la cabellera.

—¿Acaso han arrojado de la banda a Perro Pequeño? — inquirió Lobo Solitario.

Mientras conversaban no dejaba de observar el desfiladero. Vió en el muchacho un arma que manejar y pensó utilizarla. Pero vió aún más allá. El muchacho era de carácter resuelto: Su intención de vengar la muerte de su padre le atrajo todas las simpatías del mohicano. Probablemente el padre del muchacho había sido tan canalla como cualquiera de los de la banda del Matador, pero eso no quería significar que el hijo fuese a seguir el mismo camino.

—Perro Pequeño se ha alejado solo. Espera una oportunidad para dar muerte a Serpiente Deslizadora. Aun cuando hubiese permanecido allí hubiera tenido que marcharse por que no tiene allí nadie a quien querer.

Lobo Solitario se apeó y colocó el caballo a un lado a fin de que no pudiera verle nadie que se acercasa por el desfiladero ni que estuviese a la distancia. Luego continuó hablando con Perro Pequeño.

—Mi lengua es firme, — dijo. — Puede Perro Pequeño confiar en mí y puedo yo confiar en él.

—Perro Pequeño confía en el guerrero desconocido, aún cuando no sabe por qué le inspira confianza. Ni aún conoce su verdadero nombre.

—Lobo Solitario es mi nombre y yo vengo desde muy lejos. Pero ahora debo adoptar otro nombre.

—¿Lobo Solitario va a unirse con el Matador?

—Así es, Perro Pequeño.

—¿Llega como amigo?

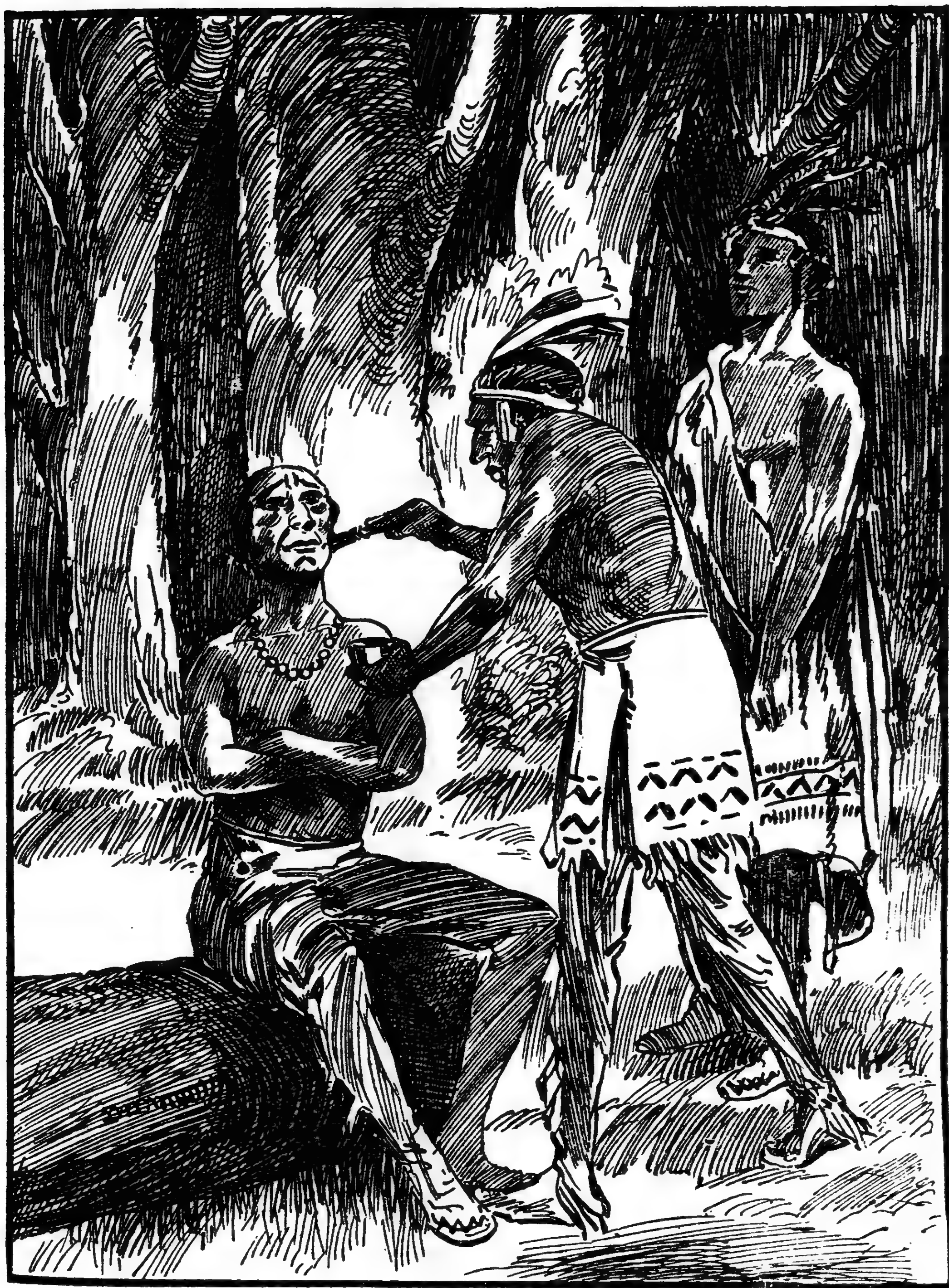
—Trae el rostro de la amistad, pero su corazón es el corazón de un enemigo.

Una mirada de alegría animó los ojos del muchacho. El juramento que había hecho de vengar la muerte de su padre le parecía un acto de locura. Pero aquel encuentro le proporcionaba un confederado para no realizar sólo la aventura. Confiar en él, era expuesto, pero desde el principio la empresa estaba llena de peligros y el muchacho había pensado en ello. Aquella ayuda había de ser eficaz, si Perro Pequeño no estaba equivocado.

—¿Lobo Solitario es enemigo de Serpiente Deslizadora? — preguntó rápidamente Perro Pequeño.

—¡De él, del Matador, de toda la banda!

—¡Entonces, Perro Pequeño le ayudará! Y puede ayudarle. Si es su propósito llegar a



Un Ojo trabajó durante dos largas horas y Lobo Solitario lo soportó todo con paciencia. El rescatado compensó su sacrificio. ("El rescate de Cierva Oscura". Página 17).

ser uno de los de la banda y darles muerte mientras duerman; si quiere conocer todos los secretos de su guarida y así hacerles traición... Perro Pequeño puede informarle de muchas cosas.

Lobo Solitario alargó la mano y el muchacho la estrechó.

—Dígame primero Perro Pequeño, cuántos prisioneros tienen.

—Ahora tienen tres. Dos caras pálidas, hombres, uno de ellos con ojo que se quita, algo muy extraño, cuando se le quita le queda otro ojo, y uno que no tiene cabellos en la cabeza.

—¿Y el tercero? — preguntó Lobo Solitario.

Porque era el tercero el que más le interesaba, aún cuando intentaba hacer por Fitz Warrender y por Bundock, cuanto le fuese posible.

—La tercera es una muchacha, una joven de la tribu de los zorros, con la que el Matador quiere casarse, — respondió el muchacho con indiferencia. — Pero Caballo Coceador también la quiere. El Matador se titula jefe, pero Serpiente Deslizadora y Caballo Coceador son más valientes que él.

—¿Puede, Perro Pequeño, volver hasta donde está la banda sin despertar sospechas? —preguntó Lobo Solitario.

—Puede ir y lo hará, si Lobo Solitario lo necesita. Pero no es bueno que vaya junto con él.

—¡Bah! Mi pequeño amigo piensa como un viejo, a pesar de que sus años son pocos. Es cierto. Ahora deje a Lobo Solitario decirle una cosa: Si uno que se llama así mismo Cabeza de Anta pintado para la guerra y hablando de disgustos y persecuciones, llega hasta el refugio de la banda del Matador para decirles que quiere unirse a ellos, ¿le darán la muerte o lo recibirán como amigo?

Una ligera y casi cruel sonrisa desplegó la boca del muchacho.

—Ellos no le darán muerte allí y en seguida, no es su sistema, — respondió.—Ellos lo recibirán como amigo. Así llegó Caballo Coceador, no hace muchas lunas cuando Serpiente de Cascabel era el jefe. Todos lo recibieron bien y lo mismo han hecho con otros desde entonces. Pero en seguida que adivinan una traición, torturan al recién llegado con las más crueles torturas hasta que lo matan.

Lobo Solitario, hizo una pausa antes de contestar. Aquello no era muy diferente a lo que él había pensado y no tenía mayor influencia en sus propósitos. Estaba pensando en qué más podría aprovechar los conocimientos del muchacho.

—Mi padre es un gran guerrero, — dijo Perro Pequeño. — ¿No tiene miedo de las torturas?

—Lobo Solitario no las teme. ¿Puede mi hijo Perro Pequeño indicarme algo en que pueda servirme de ayuda.

—Nada más. Salvo que Perro Pequeño volverá atrás para mezclarse con la tribu tan pronto como su padre Lobo Solitario haya pasado, y que una vez allí hará cuanto le sea posible por ayudarlo. Pero únicamente si ha de dar muerte a Serpiente Deslizadora.

—La muerte espera al Matador y a toda su banda, — respondió Lobo Solitario.—Pero quiero salvar a los prisioneros.

—Puede hacerlo mi padre. Eso a mí no me interesa. Me interesa tan sólo que Serpiente Deslizadora perezca y tener su cabellera para que sea la primera que cuelgue de mi cinto.

Pocas palabras más y luego Perro Pequeño volvió a ocultarse entre las malezas y Lobo Solitario montó nuevamente a caballo y avanzó por el desfiladero.

No le causó extrañeza llegar hasta el otro extremo sin encontrar ni a un centinela. Únicamente cuando están en pie guerra los pieles rojas ejercen vigilancia y no siempre es ésta tan rigurosa como debe ser. La banda de malhechores consideraba su oculto refugio completamente seguro, sin duda. El desfiladero desembocaba en una especie de pequeño prado, en el que la verde hierba crecía en abundancia. Los caballos estaban atados allí; todos maneados para que no pudiesen ir muy lejos. Pero por ningún lado se notaban señales de seres vivientes humanos.

Del otro lado del prado se levantaba un escarpado peñasco negruzco. En uno de sus lados se notaba una abertura y mientras Lobo Solitario inspeccionaba el lugar desde lo alto de su caballo, apareció un joven piel roja, en esa abertura y después de mirarlo lanzó su grito de alarma. Lobo Solitario se adelantó hacia la cueva, porque aquello era la entrada de una cueva. Cando estuvo cerca de la caverna, un horrible guerrero, con el rostro picado por la viruela y marcado por varias cicatrices de heridas de cuchillos y tomahawks, apareció y le hizo señas para que se detuviese.

Lobo Solitario echó pie a tierra. Levantó la mano a la altura de la cabeza en señal de paz, dejó su rifle, tomahauk y cuchillo y esperó a que se acercase el guerrero.

—¿Qué busca aquí? — preguntó el feroz combatiente, enseñando los dientes como un perro dispuesto a morder.

No había rastro ninguno de amabilidad, en el tono de su voz. Pero tampoco podía esperarse. Lo más natural era que cualquier desconocido que llegase hasta allí fuese mirado con desconfianza.

—Busco a un valiente jefe llamado el Matador, — respondió tranquilamente el mohicano. — ¿Acaso es él mi hermano?

El gesto del otro fué un poco menos hostil. El mal encarado guerrero se sintió satisfecho al ver que podían tomarle por el jefe de la banda. Los hombres del Matador tenían por éste el más alto respeto, más por su sagacidad que por su valor, aún cuando entre los pieles rojas es el valor personal, lo que se tiene en mayor estima.

—Yo no soy el Matador, — dijo el bandido. Caballo Coceador es mi nombre tan conocido como el de él.

—¿Y acaso es ese mi hermano? — agregó Lobo Solitario suavemente. — Entonces Cabeza de Anta es un hombre afortunado.

—No he oído jamás hablar de Cabeza de

Anta, — exclamó Caballo Coceador, pero el tono de su voz era ya amistoso.

Hablaba la lengua siux, pero con un acento que demostraba que no era la suya. Caballo Coceador era un pie negro, pero había sido arrojado de su tribu hacía veinte años.

—Acaso mi hermano, no conoce bien el verdadero animal del que he tomado el nombre, — dijo Lobo Solitario

La región de la tribu de los Antas se hallaba más hacia el norte que la de los búfalos y aquella era la de éstos.

—Lo conozco y he cazado en aquella región. No existe parte del país donde no haya cazado Caballo Coceador. Pero no es de eso de lo que hay que hablar ahora. ¿Qué es lo que busca aquí Cabeza de Anta?

—Su tribu no quiere conocerlo más. El nombre de Cabeza de Anta ya no es pronunciado en sus chozas, que están muy lejos.

—¡Bah! — exclamó Caballo Coceador.

Creyó que tenía frente a él a uno de esos desalmados que con tanta frecuencia solicitaban su ingreso en la banda. Y observó la fina silueta de Lobo Solitario con un gesto de aprobación. El desconocido demostraba ser un guerrero en todos sus rasgos y los guerreros eran siempre bien recibidos porque las actividades del Matador habían dejado muchos claros en la banda.

—Mi hermano, — dijo Caballo Coceador usando la designación de cortesía, por primera vez, — está pintado para la guerra.

—¿Acaso no está el Matador en pié de guerra?

—Pero mi hermano, no es de nuestra banda.

—He venido para unirme a ella, — respondió el mohicano. — Cabeza de Anta ha oído hablar del Matador y de Caballo Coceador y quiere combatir a las órdenes de esos dos jefes. Además los caras pálidas han puesto precio a su cabeza.

—Sígame mi hermano, — dijo Caballo Coceador. Lanzó un estridente silbido y apareció un muchacho que tomó de la brida el caballo de Lobo Solitario.

Caballo Coceador avanzó hacia el interior de la cueva y Lobo Solitario le siguió. El corazón le latía normalmente y su rostro carecía de expresión aún cuando sabía de sobra que el ser reconocido por el Matador equivalía a la tortura y a la muerte y que a pesar de su disfraz no era imposible que descubriesen su verdadera personalidad. La cueva en que habían penetrado al principio era de grandes proporciones y de mucha altura; en ella había invisibles pasajes que conducían a otras cuevas más reducidas. La cueva grande sólo estaba ocupada por un par de muchachos que jugaban y por algunos perros: pero en las otras más pequeñas, escasamente alumbradas, el recién llegado a la guarida, notó señales de vida doméstica, — mujeres que trabajaban rodeadas de muchachos, y sobre los fuegos encendidos, las ollas en que se cocían los alimentos.

Pero todas las pequeñas cuevas fueron atravesadas y Caballo Coceador, llevó al falso recluta hasta un estrecho pasaje escasamente iluminado de trecho en trecho por unos agujeros que había en la parte superior. Por allí marcharon durante un centenar de yardas, antes de llegar a otra cueva grande.

Allí, unos tendidos sobre cueros de búfalo y otros en cluclillas estaban reunidos unos treinta o cuarenta guerreros de la peor catadura que jamás había visto Lobo Solitario.

Al natural aspecto de ferocidad de los indios, se unía el gesto criminal de los hombres que viven continuamente en lucha con los demás. Fácilmente se comprendía que la traición de Serpiente Deslizadora para con el padre de Perro Pequeño era cosa corriente entre semejantes elementos. Acaso no sintiesen lealtad unos hacia otros más que frente al enemigo común, y en ese caso la lealtad existía por el propio interés.

Caballo Coceador miró en redor. Buscaba al Matador, pero no pudo verlo.

Habló con uno y otro guerrero.

El repulsivo semblante denotó ferocidad al oir la respuesta que le dieron. Aferró su tomahawk y miró en dirección de una abertura que se notaba en la opuesta pared.

Los ojos de Lobo Solitario no perdían detalle ninguno. Recordaba lo que le había dicho el muchacho, referente a la rivalidad amorosa entre el Matador y Caballo Coceador y en ella veía una especie de salvaguarda, alguna esperanza para la muchacha prisionera



CAPITULO VII

Serpiente Deslizadora en acción

"¡ESTE es el sitio donde cayeron! ¡No quedan, como recuerdo suyo, más que sus huesos!" — dijo con gravedad, Topeka Sam.

Allí estaban los restos. Los cuervos y las vizcachas o perros de las praderas, como allí les llaman, habían devorado los cuerpos de los pieles rojas que cayeron, lo mismo que los de los dos exploradores.

Los esqueletos de los bandidos quedaron allí en el suelo; pero cavaron una fosa para enterrar todo lo que había quedado de Misuri Mike y de Harry Hayes. Búfalo Bill leyó las oraciones del servicio de difuntos sobre la tumba, antes de alejarse en unión de sus hombres.

Habían realizado una buena marcha, y cuando acamparon aquella noche se encontraban a unas veinte millas de la guarida del Matador.

Pluma Roja y el joven Tiro Seguro se habían reunido a ellos en las primeras horas del día con informaciones que sirvieron para acortar su camino, cruzando en otro sentido la región, en lugar de atravesar las tie-

rras áridas que se hallaban al extremo de la pradera.

Aquella noche se ejerció una vigilancia más rigurosa que la usual. Las sombras envolvían el campamento. Acá y allá se notaba al resplandor de las hogueras, porque la presencia de un cuerpo de hombres tan importante como el que mandaba Cody no tenía por qué ocultarse a la vista de los malhechores y un ataque general contra el campamento por el Matador y los suyos estaba muy lejos de desagradar a Búffalo Bill. Su misión era destruirlos y esa tarea podía ser cumplida por completo y en una forma que no hubiera originado discusión alguna si eran atacados.

Topeka hacía guardia en el lado Oeste del campamento desde media noche hasta las dos de la madrugada. Se preciaba de ser tan astuto como un piel roja. Pero estaba equivocado. Era una criatura comparado con el hombre que en aquel momento avanzaba hacia él protegido por las sombras.

No había ser más sanguinario que Serpiente Deslizadora, en toda la banda del Matador. Serpiente Deslizadora no tenía, al parecer, más que una misión en el mundo: apoderarse de cabelleras.

Y en aquella ocasión iba en busca de la cabellera del centinela.

La noche era fría, y Topeka paseaba de un lado a otro, con su rifle sobre el hombro. Sus oidos estaban alerta, atentos al menor ruido.

Pero Serpiente Deslizadora no hacía ruido alguno. Se había echado al suelo a una distancia de cerca de doscientas yardas del campamento, después de dejar su caballo como a media milla de distancia. No había en aquel trayecto a recorrer hierba alguna que pudiera ocultarlo. Pero la oscuridad de la noche era suficiente para Serpiente Deslizadora. Poco a poco se fué arrastrando hasta llegar a unas veinte yardas de su víctima. Un perro aulló a la distancia y Topeka detuvo su paseo para oir mejor. Después echó a andar de nuevo. Su espalda estaba vuelta hacia el lado de donde se acercaba Serpiente Deslizadora y el criminal apache, se puso de pie.

Tres rápidos saltos desde las sombras y su vigoroso brazo izquierdo rodeó el cuello del confiado explorador, asfixiándolo y previniendo toda tentativa de pedir auxilio. Instantáneamente le clavó un cuchillo en el corazón. Lo soltó y el cuerpo cayó al suelo. Entonces el cuchillo hizo su terrible obra. No necesitaba Serpiente Deslizadora luz alguna para apoderarse de una cabellera. Rápidamente sus hábiles dedos estrujaron el sangriento trofeo. Luego se detuvo un instante para escuchar. Del campamento llegaba el ruido de la fuerte respiración de los que dormían. Los pasos de los otros centinelas a penas hacían ruido; pero Serpiente Deslizadora los oyó. Vaciló. Tenía una cabellera, ¿por qué no intentar apoderarse de otra?

Pero en aquel momento los pasos del centinela que estaba en el lado Norte se oyeron más cerca y su voz sonó.

—¡Sam! ¡Topeka! ¿Está ahí?

No recibió contestación porque el que había de darla estaba muerto. Su matador se alejaba silenciosamente entre las sombras.

—¡Topeka!

Tampoco hubo respuesta.

El centinela del lado Norte no esperó ya más. Entre la oscuridad parecía llegar hasta él un mensaje de muerte, y los hombres que viven en las praderas no acostumbran a desoir estos presentimientos.

Disparó su rifle y el campamento cobró una inmediata actividad.

Serpiente Deslizadora que había oido todos aquellos ruidos, echó a correr en dirección a su caballo. Pero no había miedo alguno en él; sabía que tenía tiempo de sobra para huir antes de que su rastro fuese descubierto y lo persiguiesen. En el piso de la pradera, sus pies, calzados con mocasines, dejaban poca señal para que pudiese seguirla un cara pálida aun a la luz del día.

La gente se amontonó en torno del cadáver del explorador.

Lanzaron juramentos de venganza cuando llenaron de tierra la fosa que cubría el cuerpo de Missuri y el de Hayes. Pero sus juramentos no fueron nada comparados con los que pronunciaron sus labios en aquella ocasión.

Porque Topeka era uno de los suyos y el ultraje era reciente. Allí estaba el compañero de muchas excursiones, herido por el cuchillo de un indio, con la cabellera arrancada y su rostro de color púrpura debido a la sofocación causada por la presión del brazo en la garganta.

—¡Por el cielo! El siempre decía que los salvajes eran muy astutos. Pero nunca pensó que moriría de esta manera a manos de un piel roja, a pocos metros de distancia de cincuenta de sus camaradas, — exclamó un mocetón de Kentucky, de seis pies y seis pulgadas de estatura.

—¿Está el Cigarrón, por ahí? — preguntó Búffalo Bill. — A ver si logra descubrir el rastro del canalla que ha hecho esto, porque yo confieso que no me considero capaz de descubrirlo en la oscuridad de la noche. Trajeron faroles, pero ninguno de los hombres que estaban allí era lo suficiente hábil para encontrar la huella de los pies de Serpiente Deslizadora. El Cigarrón era un piel roja y procedió como hacían casi todos los de su raza en casos semejantes. En cuanto llegó, examinó el cuerpo con fría curiosidad. Luego habló.

—Esto es obra de Serpiente Deslizadora, —dijo. — Aquí está su marca. Miren.

Los otros se aproximaron para ver a la escasa luz de los faroles, lo que el otro señalaba.

En el lóbulo de la oreja derecha de Topeka se notaba una cruz rojiza. La sangre brotaba aun de la herida. Debía haber sido hecha algunos segundos después de la herida del corazón.

—¿Puede descubrir el rastro? — preguntó Búffalo Bill.

—¡Bah! Cigarrón encuentra los rastros

muy bien. Pero no acostumbra a seguirlos. Ese es un procedimiento muy lento.

Todos comprendieron que aquel hombre tenía razón. No había probabilidades de poder seguir y capturar al asesino. Debía haber huido por un camino que conocía bien. Ellos tenían que seguirlo por una región muy accidentada y antes de que legasen al fin, él se habría puesto en salvo. El joven Tiro Seguro y Pluma Roja, partieron, sin embargo, para tratar, — si les era posible, — de aprovechar el resto de la noche.

—No dejo de pensar lo que pueda ser de Lobo Solitario entre esa clase de criminales, —exclamó Tiro Seguro. — Y además, allí está también su hermana, Pluma Roja.

A penas si había podido articular con alguna serenidad las últimas palabras.

—La vida de mi hermana, está a salvo, según creo, — respondió Pluma Roja con naturalidad. — Lobo Solitario, es un gran guerrero. Pero será mejor que usted, yo y Aguila Negra estemos cerca de ellos, Tiro Seguro.



CAPITULO VIII

El temple del honorable Warrender

"¡SEÑOR, ya tiene pronto el baño! — dijo Joseph Bundock a su patrón. — Perdone que le haya despertado, pero ha dormido usted durante mucho tiempo y la joven señorita ha preguntado ya varias veces por usted".

Fitz Warrender miró asombrado. En la semioscuridad de la cueva vió a Bundock de pie delante de él y a primera vista no se diferenciaba mucho del hombre que le había despertado tantas veces, por la mañana, allá en la lejana Inglaterra. Pero una segunda mirada ponía de manifiesto la diferencia. La cabeza de Bundock estaba vendada; su rostro estaba pálido y demacrado, y su cuerpo se tambaleaba. Había hecho cuanto le había sido posible por arreglarse la ropa, pero a pesar de ello denotaba claramente su mal estado de conservación. Su voz y modales, no habían cambiado, sin embargo.

El honorable Guillermo se incorporó.

—¡Cómo! ¡Yo tenía entendido que estaba usted muy enfermo, Bundock!

—No tan grave como parecía, señor, gracias a los cuidados de esa joven señorita, que verdaderamente ha sido muy amable para conmigo.

—Y lo mismo para mí, Bundock, mi viejo amigo, — respondió Fitz Warrender.

—Eso, señor, lo encuentro muy natural. Pero su bondad hacia mí ha sido tan sólo originada por un buen corazón, cosa que no podía esperarse de una persona desconocida. Y prefiero considerarla así mejor que como una piel roja, porque supongo que en realidad es lo que debe ser. Y fuerza es admitir señor, que no está en mí mente describir a los de su tribu como "los nobles hombres rojos".

—Todos los indios no son iguales, Bundock.

—Si me perdona, señor, aventuraré esta opinión: Que a excepción de la señorita Cierva Oscura, no hay mucho bueno entre ellos. Las demás mujeres que están aquí no son mucho mejores que los hombres. Han estado mortificándome grandemente. Yo no puedo comprender la lengua en que hablan, pero no tengo la menor duda acerca de las intenciones que abrigan.

—¿Pero y el baño, Bundock? ¿Cómo ha podido prepararlo?

—Estos salvajes lo trajeron aquí, señor. Ellos seguramente no se imaginaban para lo que servía, porque no tienen ni la menor noción de lo que son baños de ninguna especie. No parece que conocen su uso, y yo, ayudado por la señorita Cierva Oscura, he podido prepararlo del mejor modo posible.

—¿Y dice que está pronto?

—Sí, señor. Lamento tan sólo que no haya aquí agua caliente. Los manantiales por estos sitios son todos fríos... Y si tiene la bondad de seguirme, señor...

Bundock jiró sobre sus talones y echó a andar seguido de su patrón.

Encontró el baño dispuesto para él, en una pequeña cueva, y con una gran toalla, que también habían llevado con el baño.

—¡Por el Cielo! Lo necesitaba, Bundock, — exclamó el honorable Guillermo cuando se hubo metido en el agua fría.

—Sí, señor. Yo no tenía la menor duda de ello. ¡Salgan de ahí!

Bundock levantó la voz para dirigirse hacia la abertura que hacía las veces de puerta, por donde había aparecido la cabeza de un pequeño indio.

La cabeza desapareció. Fitz Warrender se tendió en el baño. Entonces Bundock volvió a gritar.

—¡Fuera! ¿Quieren salir de ahí? Verdaderamente, señor, no me lo explico. Ahora era una mujer la que se asomaba.

Ruidosas carcajadas se oían en la cueva inmediata. Las mujeres estaban, verdaderamente, llenas de curiosidad. Pero Bundock estaba de guardia como un perro fiel.

Fué verdaderamente un alivio cuando el baño terminó y Fitz Warrender estuvo vestido, para lo cual Bundock lo ayudó con la misma tranquilidad que si hubiesen estado en la mansión familiar del noble inglés.

—La limpieza es la limpieza, señor, — dijo Bundock. — Yo no sé cuales serán las costumbres de estas mujeres, porque son las criaturas más sucias que jamás he visto. Pero si sé cuales son las de un caballero.

—Es necesario que cambiemos de modo de ver las cosas ahora, Bundock, — dijo el honorable Guillermo, con toda gravedad. — Somos compañeros de adversidad, los dos y la señorita Cierva Oscura, y es necesario que miremos nuestra situación en esa forma.

—Verdaderamente, señor. Yo había dedi-

cado alguna atención a ese respecto, aun cuando no llegaba a la misma conclusión que usted. Pero le confesaré que nunca dejaré de tratarle con todo respeto, lo mismo que a esa joven señorita. Porque es una señorita, a pesar de tener un color que no estoy acostumbrado a ver. Y más digna aun de respeto al considerar su precaria situación aquí. Ella parece haberse divertido mucho al notar que mi cabello escasea en la parte alta de la cabeza.

Fitz Warrender miró la calva de Bundock y sonrió.

—Tengo la seguridad de que no lo ha hecho con mala intención, Bundock.

—Yo también lo creo, señor. Y si puedo expresarme así, considero a esa joven como a un angel del cielo, y como una prueba de lo que puede la imaginación, me la figuro un angel de color de cobre y sin alas, que puede reirse de un hombre calvo, aun cuando siempre pensé que eran de color sonrosado, con alas y tenía la seguridad de que mi cabeza sin cabello nunca fuese motivo de risa para ellos.

—¡Diablo! Tengo hambre, Bundock.

—La comida está dispuesta, señor.

—En ese caso vamos a comerla juntos y así podrá referirme todo lo que ha observado en nuestra nueva situación.

Y a despecho de las protestas de Bundock se sentaron juntos como dos buenos camaradas.

Bundock había averiguado una cantidad de cosas por intermedio de Cierva Oscura durante la enfermedad de Fitz Warrender.

—La situación de los asuntos es extremadamente favorable, señor, — dijo. — Debemos nuestra relativa tolerable situación al hecho de que los principales canallas de esta gavilla han estado ausentes para realizar una de sus punibles excursiones. Ahora han regresado y después de comer como fieras, han bebido como sapos y duermen como lirones. Cuando despierten veremos cosas que pueden ser descriptas como asombrosas. Entonces veremos.

—Nosotros, Bundock, debemos ir de acuerdo en este asunto.

—Piensan pedir un rescate, señor. Pero la dificultad estriba en cómo podrá llegar a sus manos el dinero. Son muy atrasados, señor, y aun la misma señorita Cierva Oscura no comprende el sistema de un cheque pagadero al portador. En ese dilema algunos de ellos prefieren divertirse con nosotros y luego terminar por darnos muerte.

—¿Y la muchacha, Bundock? ¿Y la señorita Cierva Oscura? ¿Qué va a ser de ella? Porque nosotros no podemos tratar de escaparnos y dejarla aquí.

—Señor. Me consideraría el hombre más odioso de la tierra si propusiese una cosa semejante. Porque yo debo la vida a esa joven y estoy pronto a perderla por ella. Por otro lado, ela está también a salvo por el hecho de que hay dos pretendientes a su mano y ninguno cede. Yo tengo la esperanza de que eso termine con una riña y que tengan la amabilidad de hacerse pedacitos el uno al otro.

Era evidente que las condiciones de la situación en que vivían los cautivos cambiaría con el hecho de haber regresado a su guarida los bandidos. Hasta entonces no habían surido grandes restricciones, aunque era indudable que estaban vigilados. Escaparse en la situación en que se hallaban hubiera sido imposible.

—¿Ha logrado apoderarse de alguna clase de armas, Bundock? — preguntó rápidamente Fitz Warrender.

—Lamento tener que manifestarle que lo he procurado en vano, señor. El armero, como quien dice, está constantemente vigilado. Pero aquí llega la señorita Cierva Oscura.

La joven india llegaba corriendo y llena de agitación. Se comprendía en seguida que había ocurrido o iba a ocurrir algo extraordinario.

—Ahí llegan el Matador, Caballo Coceador y otros hombres malos más, — exclamó ella. — Quieren hablar con Guillermo. No se vayan ni él ni Bundock. Ahí están.

Tres guerreros pintados y adornados con plumas, entraron en la cueva.

Fitz Warrender y Bundock se habían puesto de pie al ver llegar a la joven. El primero se había colocado delante de ella y Bundock se alineó junto a su patrón.

El Matador contempló a los dos. Se había adelantado a los dos canallas que lo acompañaban.

Los tres iban armados con su tomahawk y cuchilos para arrancar cabelleras. Además en el cinturón del Matador se veía un Colt que Fitz Warrender reconoció en seguida que era el suyo.

—Diga al cara pálida, — dijo el Matador, dirigiéndose a uno de los que le acompañaban, — que no tengo la intención de hablar con él ahora. Es a la joven a la que busco.

Hablaba en lengua siux. El intérprete se expresó en un singular inglés, pero aun así supo hacerse entender por Fitz Warrender.

—Puede decir a ese canalla que no pondrá las manos sobre la señorita, — respondió el joven inglés.

El Matador hizo un gesto de ira cuando conoció la respuesta. Se apoderó del tomahawk significativamente y avanzando tomó por un brazo a Cierva Oscura.

Una garra de acero lo tomó por la muñeca y le hizo retroceder. Toda la debilidad de Fitz Warrender había desaparecido y tenía fuerzas para afrontar cualquier emergencia. Hubo una breve tregua y en seguida el tomahawk estuvo pronto para la lucha. Bundock, aun cuando también carecía de armas, se plantó en actitud pugilística frente a los dos hombres que acompañaban al Matador.

Cierva Oscura retrocedió un poco y así Fitz Warrender tuvo un par de pasos de espacio para moverse. Luego atacó aun cuando estaba bajo la amenaza del tomahawk.

La situación exigía medidas decisivas y golpeó con todas sus fuerzas. Alcanzó de lleno en la mandíbula del indio y el golpe hizo caer al suelo al Matador.

Perdió los sentidos y permaneció inmóvil durante unos momentos.

—¡Bah! — exclamaron los otros dos guerreros al unísono. Los dos retrocedieron ante el avance de Bundock. Todo demostraba que aquel hombre sin cabellos tenía más fuerza que su amo, y aquella circunstancia ejercía un mágico poder sobre ellos.

Luego el honorable Guillermo hizo algo que los impresionó aun más que el golpe que había dado.

No le habían quitado el monóculo que sacó del bolsillo y se colocó en el ojo para contemplar a su adversario caído.

—¡Bah! — volvieron a repetir los tres indios esta vez en un tono que denotaba terror. El Matador levantó una mano para colocarla, como defensa, entre su rostro y el misterioso objeto.

Pero el efecto no fué de larga duración Un minuto o dos después los canallas se habían convencido de que aquel vidrio no era de temer. El Matador se puso de pie. Tomó el tomahawk que habaí caído al suelo y dirigió enojado algunas palabras a sus compañeros.

Los tres se dispusieron a atacar nuevamente. Fitz Warrender y Bundock, unidos, se colocaron delante de Cierva Oscura. No confiaman en triunfar si la lucha se iniciaba de nuevo; pero estaban prontos a morir defendiendo a la joven que tan bien se había portado con ellos, — y si acaso morían los tres, tal vez fuera aquello una suerte para la joven siux, que se libraba así de llegar a ser la esposa del hombre a quien odiaba.

Los tres avanzaron en forma amenazadora. El que hacía las veces de intérprete habló a una seña del Matador.

—El jefe dice que quiere a esa mujer. Que debe ser su esposa. No se mezclen ustedes, pues intervenir es la muerte.

—¡Apártense, canallas! — respondió Fitz Warrender al mismo tiempo que él y Bundock los amenazaban con los puños.

Mientras los dos guerreros atacaban a los dos ingleses, el Matador se deslizó por detrás de éstos y agarró a Cierva Oscura por la cintura.

—No se me resista, porque es inútil y su resistencia es decretar la muerte de los caras pálidas. — Estas palabras fueron dichas en voz baja a la joven. Luego el indio agregó: —Debe ser mi esposa. Hace mucho tiempo que se lo manifesté así a su padre, Toro Blanco; pero como no accedió, ha ocasionado su muerte y la destrucción de la tribu de los zorros.

La muchacha se desprendió con un gesto de horror reflejado en el semblante.

—Está mintiendo, como siempre, — exclamó. — Eso no es cierto. No puede serlo. ¡Oh! ¡Mi padre! ¡Mi padre!

Pero algo la decía que lo que acababa de oir era cierto. Las palabras aquellas habían llegado hasta su corazón. Recordaba frases que habían pronunciado las mujeres que la cuidaban. Y más que nunca sintió odio por Serpiente Amarilla, lo odiaba con su antiguo nombre y odiaba al Matador, asesino de su padre y de todos los suyos.

Se oyó un ruido e inmediatamente uno de los guerreos cayó gimiendo al suelo. Fitz Warrender le había quitado el cuchillo de la mano y le había herido. El honorable Guillermo se volvió rápidamente para atacar al Matador. Pero antes que pudiese llegar a él, un alto guerrero, con el rostro marcado por las viruelas avanzó al interior de la cueva y al verlo el jefe de la banda de malhechores se apartó y soltó el brazo de la muchacha.



CAPITULO IX

Lobo Solitario representa su papel

LOS dos bandidos rivales se quedaron el uno frente al otro, de pie y mirándose como dos perros que se gruñen. La muchacha, cuya cara reflejaba espanto y cuyos labios temblaban nerviosamente, retrocedió y tomó a Fitz Warrender de un brazo. Este comprendió que algo más fuerte que el odio al Matador promovía su acción. Las lágrimas corrían por sus mejillas y parecía estar completamente anonadada. Sin embargo, no era aquel momento de hacer preguntas. Los dos salvajes se miraban fijamente a la cara y hablaban rápidamente, en tono áspero. Parecía que la esperanza de Bundoch de que hiciesen trizas el uno del otro, fuera a realizarse.

Pero la ira de Caballo Coceador fué gradualmente decreciendo. El Matador, era muy astuto y consideraba que finalmente saldría vencedor. Miró a Fitz Warrender en tono de reproche, como indicándole que consideraba el acto de rebelión de la muchacha como obra suya.

Bundock y su adversario después de revolcarse por el suelo se habían puesto nuevamente de pie. Bundock respiraba trabajosamente y su mirada no tenía gran fijeza; pero el piel roja no estaba en mucho mejor estado.

Caballo Coceador parecía estarle explicando algo al Matador. La mirada de Fitz Warrender aguzada por la situación en que se hallaba le denotó que la forma de hablar estaba muy lejos de ser amistosa; pero por el momento habían abandonado toda hostilidad.

A una palabra de Caballo Coceador, uno de los guerreros salió de la cueva a otra inmediata — la de grandes dimensiones en que se hallaban reunidos los hombres de la banda y que los ingleses no habían visto aún. Cuando fueron conducidos hasta allí estaban los dos sin conocimiento y su relativa libertad de movimiento obedecía al hecho de que entre la cueva en que se encontraban ellos y la de salida había toda una serie de otras más pequeñas.

Lobo Solitario esperaba, en silencio, en el lugar donde lo habían dejado, sin prestar

atención ninguna a las miradas de curiosidad que le dirigían los hombres que lo rodeaban. Aquellos canallas carecían de la usual calma y serenidad de los indios; y entre ellos el jefe mohicano era como un mártir de pura raza entre una jauría de grandes perros de cría ordinaria.

—El jefe quere hablar con el desconocido, —dijo el mensajero.

Se volvió y Lobo Solitario marchó tras él sin pronunciar ni una palabra.

Fitz Warrender notó un movimiento de sobresalto en Cierva Oscura cuando apareció el guerrero. La muchacha no reconoció a Lobo Solitario, pero había en su aspecto algo que la era familiar. A los dos ingleses, les pareció, aún cuando para ellos era completamente desconocido, que aquel guerrero estaba fuera de lugar en semejante sitio. El Matador lo contempló con una mirada más astuta y villana, que la usual y Caballo Coceador semejaba más que nunca un consumado bribón.

Cierva Oscura comprendió que lo que trataban el jefe de la banda de malhechores y el recién llegado era del reclutamiento de éste. Pero Fitz Warrender y Bundock no entendían nada, pues nada conocían de la lengua siux.

—¿Quién es usted?—preguntó el Matador con una cortesía poco usual en él para un desconocido.

—Soy Cabeza de Anta, de la nación de los hurones, — respondió Lobo Solitario.

—Y yo soy el Matador. Los caras pálidas tiemblan al oir mi nombre y no hay tribu ninguna en las praderas que no se sienta satisfecha si obtiene mi ayuda y la ayuda de mis hombres, cuando está en pie de guerra.

—¡Bah! — exclamaron los dos guerreros de inferior jerarquía. Pero el rostro de Caballo Coceador demostraba satisfacción y los labios de Cierva Oscura temblaban.

—El Matador es un gran guerrero y su fama es grande,—dijo Lobo Solitario.—Por eso, el hurón Cabeza de Anta, ha venido hasta aquí para hacer la guerra a su lado.

—¿Y cómo puede saber el Matador que dice la verdad Cabeza de Anta?

—Cabeza de Anta ha abandonado sus armas. Aquí hay muchos guerreros para responder al llamado del Matador, — respondió Lobo Solitario.

—Mi hermano tiene razón. Tengo varios guerreros que obedecen mi voz y saben como castigar una traición.

—Cabeza de Anta lo sabe muy bien. Si intentase hacer una traición, no ignora que le espera el poste de tortura. ¿Pero por qué iba a venir aquí si la traición estuviese anidada en su corazón?

Sus ojos buscaron los del Matador, sin que su mirada denotare temor alguno.

—Es cierto. ¡Cabeza de Anta, es desde ahora uno de los nuestros! — exclamó el jefe de los bandidos.

No tenía sospecha ninguna y Lobo Solitario estaba seguro de ello. Pero el que sus sospechas no se despertaran después, era ya otra cuestión.

En aquel momento penetró otro guerrero.

—Serpiente Deslizadora ha regresado. Trae noticias y una cabellera, — dijo.

El Matador y Caballo Coceador echaron a andar en dirección a la salida.

Lobo Solitario volvió la espalda a los hombres que quedaban atrás. Miró antes en forma insistente a Cierva Oscura y rápidamente hizo la señal secreta de que sus camaradas habían hablado, antes de que marchara a realizar solo su misión difícil.

Fitz Warrender dió un paso para acercarse a la joven. No había visto la seña hecha por el desconocido guerrero, pero sí vió aunque ninguno otro más que Lobo Solitario notó también, la seña de respuesta hecha por Cierva Oscura, demostrando que había comprendido.

En seguida Lobo Solitario giró sobre los talones y desapareció por el mismo sitio por donde había entrado. Permanecer más tiempo allí, hubiera sido despertar sospechas.

Los canallas que todavía estaban allí, miraron a Cierva Oscura, como si abrigasen la intención de ordenarla que los siguiese. Pero si era así, lo pensaron mejor, pues marcharon sin decirla nada.

—¡Ese es un amigo! — murmuró Cierva Oscura al oído de Fitz Warrender.

—¿Está segura? La situación se hace cada vez más desesperada y la llegada de un amigo no puede ser sino bien recibida.

—Cierva Oscura está segura, Guillermo. No lo conoció al principio a causa de la pintura de guerra que cubre su rostro. Ahora ya sabe quién es; es Lobo Solitario, el gran jefe, muy valeroso y astuto. Si Lobo Solitario está aquí hay más amigos muy cerca. Cierva Oscura lo cree así. Pero es necesario ser muy prudentes. Pueden matar a Lobo Solitario y todo se perdería. ¡Oh! Guillermo. El corazón de Cierva Oscura está triste. El Matador la ha dicho que su padre y todos los de su tribu han muerto. El viejo Toro Blanco, Pluma Roja, mi hermano y Aguila Negra, no, porque estaban ausentes ¡Oh! Guillermo.

La joven rompió en amargo llanto y Fitz Warrender, pasó el brazo por su cintura y trató de consolarla y reconfortarla como hubiera hecho un cariñoso hermano; aún cuando sus miras hacia ella no fuesen precisamente esas. La tormenta de lágrimas y sollozos fué pasando. Cierva Oscura tenía, después de todo, la entereza de su hermano.

—Debo marchar, Guillermo, — dijo.—Podrá haber un serio disgusto si regresa el Matador y encuentra aquí a Cierva Oscura.

Tenía razón, pero a él no le gustaba que se marchase.

—Un momento, Cierva Oscura, — dijo.—¿Ese amigo suyo, Lobo Solitario, habla inglés?

—Lo habla tan bien como usted, — respondió la joven con una sonrisa que disipó la tristeza de sus lágrimas.

Luego se marchó. Ella estaba a salvo entre las mujeres, aún cuando odiaba su compañía. No podían defenderla contra un ataque. Pero entre ellas estaba más alejada del Matador y de Caballo Coceador así como del

resto de la banda y no tenía por ella, tanto que temer.

Lobo Solitario, había regresado entre tanto a la cueva grande, donde halló un delgado y alto piel roja, que miraba, si eso era posible, de una manera más canallesca que el Matador y Caballo Coceador, y que tenía en la mano una cabellera. Estaba refiriendo con gran satisfacción y lujo de detalles la hazaña de dar muerte al explorador Topeka.

El mohicano oía como el resto de los hombres y si experimentó disgusto alguno nadie lo notó. Había sido dada, sin duda, al resto de la banda la noticia de que él era ya uno de los miembros de ella. Caballo Coceador envió a un muchacho en busca de las armas que habían quedado fuera y fué, no sin gran alegría, como Lobo Solitario volvió a entrar en posesión de su rifle y cuchillo. Tenía un papel muy difícil que representar y era cauteloso. No debía manifestar curiosidad en el sitio en que se hallaba: tenía que esperar en ir descubriendo gradualmente los secretos. Pero el relato de Serpiente Deslizadora le demostró que Búffalo Bill y sus hombres estaban muy cerca, y comprendió que había que aprovechar el tiempo.

La gran esperanza estaba en Perro Pequeño. Pero no había vuelto a ver al joven vengador.

No se encontraba entre los pocos muchachos que habían oído con creciente interés el relato del cazador de cabelleras. Lobo Solitario estaba seguro de ello y no obstante no debía andar muy lejos.

Antes de haber transcurrido mucho tiempo, el Matador, Caballo Coceador y Serpiente Deslizadora, en reunión de nueve o diez guerreros más, al parecer los principales miembros de la banda, desparecieron, y el jefe mohicano supo que habían ido a celebrar consejo acerca de la situación creada por la proximidad de los exploradores de Cody, a su escondite.

Comprendió en seguida que aquellos bandidos tenían plena seguridad. El secreto de su oculto refugio estaba tan bien guardado que no temían ser descubiertos y esperaban de Cody y sus hombres sufrirían una decepción. Lobo Solitario, comprendía que su confianza no dejaba de estar justificada ya que ellos ignoraban lo que ocurría. La mayor parte de los bandidos que habían quedado parecían completamente indiferentes a la presencia del desconocido. Ni uno solo se dió cuenta cuando Perro Pequeño, apareciendo un instantes en un extremo de la cueva, le hizo seña a Lobo Solitario de que se acercara a su lado.

El mohicano, no lo hizo así en seguida. Cualquier movimiento precipitado constituía un error. Esperó durante más de tres minutos, antes de ponerse en pie y caminar del modo más natural posible hacia el sitio por donde había aparecido el muchacho. Así llegó hasta una estrecha y oscura cueva, que más bien parecía un pasaje. Perro Pequeño le aguardaba como a unas veinte yardas más adentro, acurrucado en el suelo. Lobo Solitario le tocó en un hombro antes de que el muchacho se diese cuenta de que él estaba cerca, tan silenciosamente había avanzado. El muchacho lo miró.

—Serpiente Deslizadora tiene otra cabellera, — exclamó y su voz temblaba por el odio. — También arrancó la de mi padre. Ahora tiene otra, la de un cara pálida. La que ha tomado acaso de la cabeza de un amigo de mi padre.

—Las horas de Serpiente Deslizadora están contadas, así como las del Matador y de todos los hombres de su banda, — respondió Lobo Solitario. — Deje mi hijo que las cosas sucedan como se lo he dicho. ¡Todos deben morir!

—Perro Pequeño no quiere saber nada, ni hacer nada sino que Serpiente Deslizadora muera pronto. ¿Lo torturarán, padre mío?

—No. Los caras pálidas no usan esos métodos.

—¿Y no podrán dejar a Perro Pequeño que dé muerte al matador de su padre?

—Serpiente Deslizadora es fuerte y muy sagáz, y Perro Pequeño no es más que un muchacho aunque será un gran guerrero.

—Yo no me preocupo de eso. Lo que quiero antes que nada es dar muerte a Serpiente Deslizadora, — respondió el muchacho rencorosamente. — Pero mi padre ha sido bueno conmigo y yo quiero hacer lo que él me diga. Explíqueme todo lo que desee que yo le comprendo. Perro Pequeño no es tonto.

—Escucha entonces, muchacho. ¿Has oído decir que un hombre a quien llaman Búffalo Bill, el gran jefe blanco, está cerca de aquí con sus hombres?

—Lo sé. Todos aquí lo saben, pero no tienen temor alguno. El gran jefe blanco no nos encontrará a menos.

—A menos que alguien le indique el camino, — prosiguió Lobo Solitario cuando el muchacho se detuvo.

—Yo estoy dispuesto a ser ese.

—¿Mi hijo no tiene aquí a nadie por quién se interese?

—¡Los odio a todos! ¿Qué hicieron ellos cuando Serpiente Deslizadora mató a mi padre?

—Perro Pequeño no puede llegar hasta donde se encuentra Búffalo Bill. El no le creería. Pero más cerca hay dos guerreros de la nación sius que son mis amigos. Si logra dar con ellos le llevarán hasta donde está el gran jefe blanco.

—Perro Pequeño irá. Pero Lobo Solitario tiene que decirle a dónde.

—Sí, se lo diré. Ahora a otra cuestión. Aquí hay tres prisioneros, dos caras pálidas y una jovencita siux. ¿Qué harán con ellos cuando los rifles de los hombres de Búffalo Bill resuenen en estas cuevas?

—Les darán muerte. Cuando Serpiente Deslizadora y los otros guerreros se convenzan de que van a morir, asesinarán a los prisioneros.

—Eso no puede ser. ¿No hay forma alguna para hacer que se escapen?

El muchacho vaciló y tardó tanto en responder que aún la paciencia india de Lobo Solitario, se agotó.

Exigía al muchacho que diese a conocer

su más apreciado secreto. Y hacer esa confesión a un amigo de sólo algunas horas era demasiado.

Pero la bondad de Lobo Solitario, el interés que había demostrado hacia él, había llegado al corazón del vengativo muchacho y por fin Perro Pequeño se resolvió a contestar.

—Hay un camino. Es muy penoso y yo creo que nadie más que Perro Pequeño lo conoce. Acaso Serpiente Deslizadora que es tan astuto. Pero es muy difícil y accidentado. Va a terminar en las montañas, lejos de todo camino.

Lobo Solitario experimentó una gran alegría. No veía esperanza de salvación por medio de la fuga, ni para él solo, menos aún para los cuatro, siguiendo el camino por donde había llegado. Lo que le decía el muchacho era una nueva esperanza.

Era muy posible que la totalidad de las cuevas no hubieran sido exploradas por los bandidos que se habrían contentado con visitar las diez o doce que necesitaban para vivir. Pero los muchachos son siempre muchachos en todo el mundo y el instinto de averiguar lo desconocido siempre tiene encantos para ellos.

—¿Se necesitará un guía? — preguntó el mohicano.

—No. Lobo Solitario, el gran guerrero no lo necesitará y podrá encontrar el camino sin necesidad de Perro Pequeño. — respondió el muchacho.

Los planes se amontonaban en la imaginación de Lobo Solitario.

Tanto tiempo para que el muchacho pudiese llegar hasta el sitio donde esperaban Aguila Negra y Un Ojo; tanto tiempo para que volviese y tanto para que Aguila Negra llevase la noticia a Búffalo Bill.

Un Ojo tenía que volver con el muchacho tan pronto como le fuese posible hasta la otra entrada de las cuevas a fin de que pudiesen conducir por allí algunos exploradores. Los prisioneros y él tratarían de escapar por el camino que sólo conocía Perro Pequeño, llevando como guía al muchacho. Había en todo ello muchos riesgos que correr pero no eran nada en aquel caso desesperado. Habló rápidamente y por espacio de algún tiempo con el muchacho. No era momento para decir las cosas dos veces, a excepción de un par de mensajes que requerían especial cuidado. Pero el muchacho era vivo por naturaleza y sus sentidos estaban aún más aguzados por el deseo de la venganza.

Luego, Lobo Solitario volvió a ocupar su sitio entre los guerreros y Perro Pequeño inició su marcha sin ser visto por nadie.



CAPITULO X

Estrechando el cerco

"¡ATENCION!" exclamó de pronto Un Ojo. Aguila Negra no había oído nada. Por muy adiestrados que estuvieran sus sentidos, comprendió que Un Ojo, no mucho más experto en tales cuestiones y quedó inmóvil, esperando mientras el guerrero Pax se echaba el rifle a la cara y apuntaba hacia un lado donde crecía el matorral en las inmediaciones de la guarida.

Al ver aquello, Aguila Negra se sonrió. Sabía que Un Ojo no era excelente tirador, aún cuando se preciaba de su puntería. No tuvo necesidad de probarla en aquella ocasión, porque no bien había sido apuntado el rifle, cuando una silueta roja salió de entre la enramada, Perro Pequeño hizo la seña de paz. El muchacho no llevaba más ropa que un pantalón corto y el sudor y el polvo cubrían su cuerpo denotando que había efectuado una marcha larga y rápida.

—Vengo, enviado por Lobo Solitario y traigo esto para que den crédito a mis palabras, — exclamó rápidamente.

Un Ojo dudó, según demostraba su gesto. Pero Aguila Negra conoció en seguida el cuchillo que Perro Pequeño había colocado en su mano.

—La lengua de nuestro joven amigo, dice la verdad, Un Ojo, — manifestó. Verdaderamente debe traer algún mensaje de nuestro amigo pues reconozco como suya esta prenda.

—¡Bah!—exclamó Un Ojo.

Golpeó la culata de su fusil y lo colocó en el suelo. Escuchó atentamente todo cuando habló el muchacho, pero aún cuando Aguila Negra le dirigió varias preguntas, Un Ojo no dijo en ninguna ocasión más que, ¡Bah! Una hora después de la llegada del muchacho, Aguila Negra había montado a caballo y marchaba al encuentro de los exploradores. Un momento después el silencioso Un Ojo y el muchacho caminaban por su accidentado camino. Por él solo podían ir a caballo durante una parte del trayecto, las últimas pocas millas debían ser recorridas por tortuosos senderos de las montañas donde ni aún los seguros caballos de los indios podían marchar.

Por eso el pinto de Un Ojo y el caballo que Perro Pequeño había tomado a los bandidos, fueron dejados, maneados en un verde prado que había entre las rocas y el hombre y el muchacho treparon a una altura para descender luego por un sendero que había en un peñasco inclinado como el techo de una casa.

Pero Perro Pequeño dijo que aquel era el único camino y Un Ojo, exclamó. ¡Bah!

Llegaron al fin de la salida de lo que el muchacho creía era un camino conocido solo por él. Un Ojo le dirigió una mirada. Perro Pequeño le manifestó que intentar el paso sin un guía era inútil y que el plan de Lobo Solitario consistía en llegar a un punto donde algunos hábiles tiradores pudiesen defenderlos en caso de persecusión.

Era más fácil realizar una lucha entre la

oscuridad de las cuevas que a la luz del día.

Entonces Perro Pequeño y Un Ojo retrocedieron hasta el sendero del peñasco y se apresuraron a llegar hasta el sitio donde habían dejado los caballos, y de allí partieron cada uio a cumplir su misión.

El guerrero siux tenía señalado un punto donde había de encontrarse con Aguila Negra. Pluma Roja y el joven Tiro Seguro y debía darles los detalles necesarios para realizar aquella empresa, más difícil y peligrosa que el ataque de frente que debía realizar el grueso de las fuerzas.

Entretanto Aguila Negra galopaba para reunirse con Búffalo Bill.

Alcanzó a divisar a los exploradores a varias millas en la pradera, antes de ser visto por ninguno de ellos.

Desde una elevación vió que se movía algo como una larga serpiente, sobre la tierra árida. pero su aspecto estaba tan lejos de ser el de los exploradores. que unos ojos menos educados que los suyos se hubiesen engañado fácilmente.

Fué Pluma Roja el que primero lo vió.

El siux cabalgaba con Búffalo Bill y el joven Tiro Seguro a la cabeza de los exploradores. El coronel Cody tenía un modo más tolerante de pensar respecto a los pieles rojas, que el de la mayor parte de sus hombres; y había simpatizado mucho con el hijo del anciano Toro Blanco.

—Vamos a saber algo de sus camaradas antes de mucho tiempo, según creo. Dave, — dijo el gran explorador al joven Tiro Seguro.

—Yo había calculado haber sabido antes, —respondió el joven.

—Aguila Negra, llega, — exclamó tranquilamente Pluma Roja.

Dick Arthur y su caballo, no constituían más que un pequeño punto en la inmensidad de la pradera, para unos ojos no acostumbrados a observar a la distancia. Pero para los habituados era distinto.

—Veo que es un indio, — dijo Búffalo Bill. — Pero debo confesar que no puedo identificarlo a tanta distancia.

—Ni yo, — admitió el joven Tiro Seguro. —¿Cómo puede tener esa seguridad Pluma Roja?

—Lo he reconocido. Eso es todo, — respondió el siux.

—¿Hasta cuándo piensa su hermano continuar adoptando el aspecto indio, Dave? — preguntó el jefe de los exploradores. — No tengo prevención alguna contra él, pero me agradaría verlo vestido del mismo modo que usted.

—Dick quiere continuar siendo Aguila Negra, hasta que la tribu de los zorros haya sido vengada, — respondió Tiro Seguro.

Los ojos de Pluma Roja expresaron gratitud al oir aquellas palabras; pero el guerrero siux no despegó los labios.

—No tengo nada que reprocharle a ese respecto, — exclamó el jefe de los exploradores. —Ellos han sido [illegible] amigos y han constituído su tribu durante algún tiempo. Pero confío en que [illegible] todos le ayudamos en ese propósito, logrará ver satisfechos sus deseos antes de veinticuatro horas.

La distancia entre el solitario jinete y la partida de exploradores iba amenguando y Dick Arthur, su hermano y el guerrero siux a quien él consideraba como otro.ob eredeciendo a una indicación de Búffalo Bill se adelantaron a su encuentro.

Antes de que pudiesen verl a expresión de su rostro comprendieron que las noticias que traía eran satisfactorias. aun cuando no las mejores.

—¿Cierva Oscura está viva y bien. Dick? ¿Se ha cerciorado mi hermano de que está allí? — exclamó Dave.

—Está viva, bien de salud pero prisionera—respondió Dick.—Lobo Solitario está con ella entre la banda del Matador, y los dos ingleses también están allí. Hay mucho que decir, pero deseo primero hablar con el coronel Cody, para concertar el plan de campaña

Dick Arthur, hablaba ya antes el idioma de los hombres blancos. pero nunca su hermano le había oido hablar en forma tan correcta.

Búffalo Bill lo acogió cariñosamente y escuchó con el mayor interés lo que tenía que decirle.

—Lobo Solitario y el siux tuerto, han realizado buena obra, — exclamó con entusiasmo. — Ahora llega nuestro turno. En mi opinión un ataque nocturno constituirá nuestra mayor probabilidad de triunfo sin pesadas pérdidas. Pero es preciso tener un guía y ahí está la dificultad. Un Ojo, puede conducir a los que han de reunirse con nuestros amigos prisioneros, y el camino no ha de ser fácil de encontrar por la noche.

Dick Arthur permanecía silencioso. Estaba tranquilo, con lo que había oído a Un Ojo y lo que había visto cuando acompañó a Lobo Solitario en su viaje hacia la guarida de los bandidos, podía hacer las veces de guía, aun cuando fuese por la noche. Pero era por el otro extremo de la larga serie de cuevas, por donde tenía que salir la muchacha a quien amaba. si es que ella y sus compañeros de aventuras podían escapar, y seguramente ella esperaría encontrarlo allí. No podía hacer más de lo que haría cualquier otro. De ser posible no había más que decir. Búffalo Bill no hablaba, y Pluma Roja también estaba silencioso lo mismo que Tiro Seguro. Los tres comprendían la lucha que el enamorado de Cierva Oscura sostenía misteriosamente. El rostro de Aguila Negra se había alterado, luego recobró su impasible calma cuando su largo entrenamiento entre los indios le hizo dominarse. Entonces exclamó con tranquilidad:

—Yo puedo servirles de guía.

—¿Está usted decidido? — preguntó Búffalo Bill.

—Estoy decidido, fué la respuesta. — Mis hermanos pueden ir a reunirse con Un Ojo.

—Dick es un verdadero hombre blanco.— exclamó Dave con entusiasmo.

Pluma Roja, no dijo nada: pero su rostro demostró que consideraba a Aguila Negra

más como un guerrero de la nación siux, que como un hombre blanco. Y era muy posible que Aguila Negra en caso de ser consultado al respecto prefiriese también ser considerado más como siux que como blanco que era por nacimiento. Esta manera de pensar había de tener influencia en la suerte de los prisioneros, según se verá luego.

—Postergar el ataque hasta que se haya hecho de noche, proporcionará también a Lobo Solitario, más probabilidades — dijo Búffalo Bill meditabundo. — Es de esperar que él y los demás iniciarán su fuga en el momento en que regrese el muchacho. Ahora es de desear que el muchacho sea merecedor de la confianza que Lobo Solitario ha depositado en él. Si se mostrase traidor...

—Yo pienso que Lobo Solitario puede confiar en él, señor, — dijo Dave. — Y no es frecuente que él se equivoque al apreciar a nadie. Yo creo verdad lo que ha dicho el muchacho... Dick también. ¿Qué dice Dick?

—Perro Pequeño no ha cometido traición, — respondió Dick Arthur tranquilamente.

Una hora más tarde el joven Tiro Seguro y Pluma Roja marchaban a reunirse con Un Ojo. Se había acordado que primeramente fuesen los dos y luego los seguirían otros varios exploradores. Cuando calculaban que la lucha iba acercándose a su fin sus temores renacían.

Aguila Negra miró a sus hermanos, rojo y blanco, con ojos de envidia. Hubiera dado diez años de su vida por ir con ellos.

Pero su deber lo llamaba hacia otro lado y tenía una deuda de gratitud que pagar al rey de los exploradores.



CAPITULO XI

¡Por la libertad y la vida!

EL consejo del Matador duró más de una hora.

Luego se notaron señales de actividad y en seguida fueron saliendo los congresales. Lobo Solitario, que no dejaba de observar nada, notó que una docena o más de bandidos, provistos de todas armas, partían en dirección de la entrada de la cueva. Caballo Coceador iba entre ellos; pero ni el Matador, ni Serpiente Delizadora aparecieron.

Los hombres que habían partido iban en calidad de exploradores. Hubiera sido contrario a las costumbres indias de guerra emprender un ataque diurno contra una fuerza como la que mandaba Búffalo Bill. Tampoco había probabilidades de sorprender grupo alguno aislado, pues los exploradores de Cody marchaban unidos.

Los guerreros que habían quedado no manifestaron excitación ninguna. Parecía que estuviesen confiados en que no era posible descubrir su guarida.

Lobo Solitario no demostró curiosidad. Vigilaba cuidadosamente las acciones de los que habían quedado; su ausencia, antes de que fuese necesaria, hubiera despertado inútiles sospechas. Confiaba mucho en la apoyo de Cierva Oscura para que lograran escaparse, además de ella, los dos ingleses a quienes consideraba como amigos.

A pesar de todo, la inagotable paciencia del indio, fué puesto a prueba con una larga espera. Perro Pequeño tenía un largo trayecto que recorrer y la mayor parte del camino por sitios donde no podía marchar el caballo en forma rápida. Había la esperanza de que fuese visto y detenido por alguno de los exploradores indios que andaban por allí, pero en caso de que eso ocurriese, el muchacho era lo suficiente hábil para inventar cualquier excusa, según creía el mohicano.

Al fin llegó y era ya casi de noche cuando dió señales de su presencia. Por una de las aberturas situadas en la parte superior de la cueva, el mohicano pudo ver una estrella que brillaba.

El muchacho era cauteloso. No se dejó ver más que un momento y nadie más que el que estaba interesado en ello, se enteró de su presencia.

Lobo Solitario se levantó despacio después de dejar pasar algunos minutos y nuevamente él, y Perro Pequeño hablaron en el oscuro corredor de la cueva.

—¿Mi hijo ha realizado lo que motivaba su viaje? — dijo el homicano.

—Perro Pequeño ha cumplido su misión, padre mío. Ha visto a Aguila Negra y a Un Ojo y trae una prenda para demostrar que su lengua no es doble.

El muchacho se disponía a enseñar el objeto que traía, pero Lobo Solitario le puso la mano sobre el hombro y exclamó en su más suave y musical voz:

—Cuando Lobo Solitario, de los mohicanos tiene confianza, no necesita pruebas. No pregunta nada a Perro Pequeño que ha demostrado hoy que será un bravo guerrero en los días venideros.

—¡Yo moriría por Lobo Solitario! — exclamó el muchacho apasionadamente.

En toda su vida nadie le había hablado en aquella forma.

—Lobo Solitario no pregunta. El cuidará de que su hijo viva y gane fama. ¿Puede Perro Pequeño tratar de hablar algunas palabras con la joven siux?

—Sí, puede hacerlo, padre mío.

—¿Puede guiarla a ella y a los dos caras pálidas a un punto donde puedan esperar a que vayan Lobo Solitario y Perro Pequeño?

—Sí, puede hacerlo, aún cuando no es cosa fácil. Cuando termine, Perro Pequeño regresará al lado de su padre para darle la señal de seguirlo.

—Pero si Lobo Solitario no puede ir,— ¿Quiere Perro Pequeño guiar a los tres cautivos por el camino que conoce?

—¡No!

—¿No quiere obedecerme mi hijo?

—De manera ninguna. Lo que Perro Pequeño hace, lo hace por cariño a Lobo Solitario y por vengarse de Serpiente Deslizadora. Perro Pequeño no se interesa ni por la joven siux ni por los caras pálidas. ¡Sin Lobo Solitario, él no irá!

No era posible argumentar con el muchacho. Era obstinado y terco. Había experimentado una repentina lealtad hacia Lobo Solitario, debido principalmente al hecho de que el mohicano era bueno para él. Pero hubiera visto a los tres cautivos despojados de su cabellera, sin lanzar ni una exclamación.

Naturalmente, Lobo Solitario deseaba escapar, si era posible. Pero también podía ocurrir que su tentativa se viese frustrada a último momento, y él pensaba menos en salvar su vida que en salvar a la de la joven Cierva Oscura. Pero no hubo impedimento.

Los prisioneros que se encontraban en las cuevas interiores, con una serie de bandidos enere ellos y la entrada, eran poco vigilados o por lo menos no lo estaban rigurosamente. Cierva Oscura había llegado ser la favorita de algunas de aquellas mujeres, semisalvajes, y aún cuando existía un límite, ella estaba relativamente, bien. En cuanto a Fitz Warrender y a Bundock, pensar en que pudieran escaparse era un absurdo. Y como ellos habían comprendido que lo que sus captores buscaban era un rescate, tampoco habían pensado en intentar la fuga. No creían que la cuestión de su rescate fuese tan imposible, ni sospechaban que la proximidad de fuerzas que viniesen a rescatarlos, pudiera originar su muerte.

No sabían nada de lo que ocurría, pero aún cuando lo hubieran sabido, hubieran confiado en Cierva Oscura.

El muchácho pudo hablar con ella con bastante facilidad y después que él se hubo retirado ella tomó algún alimento y se encaminó hacia la cueva de los dos ingleses.

Perro Pequeño apareció repentinamente como un espectro que surgiese de entre las sombras, cuando Cierva Oscura se reunía con sus amigos.

—Debemos seguir a este muchacho, que se llama Perro Pequeño; Lobo Solitario vendrá después, — dijo la joven.

—Pero no tenemos armas, Cierva Oscura, —protestó Fitz Warrender. — Y si nos persiguen...

—¿Puede facilitarnos Perro Pequeño, rifles y municiones? — preguntó la joven en la lengua siux.

—¿Es acaso Perro Pequeño una mujer para olvidarse de esas cosas? — respondió el muchacho sintiéndose realmente hombre en aquel momento.

Condujo a los tres al sitio donde tenía ocultos cuatro rifles y tantas municiones como pudieran llevarse en una fuga, rápida. Había allí también grandes revólveres Colts. Uno se lo colocó en su cinto y el otro, después de una sifnificativa mirada a Bundoch, se lo entregó al honorable Guillermo.

Entonces llegó el momento crítico. Cuando el muchacho los llevó hasta un estrecho pasaje pudieron oirse las voces chillonas de las mujeres y de los niños, muy cercanas, a sólo unas yardas de distancia. El resplandor rojizo del fuego se reflejaba en el techo de la cueva. Si alguien hubiera caminado en aquel momento por allí cerca, los hubiera visto y toda probabilidad de fuga se hubiera desvanecido como el humo por una chimenea.

Durante un trayecto de un centenar de yardas caminaron por aquel oscuro pasadizo.

Luego el muchacho murmuró algo al oido de Cierva Oscura y se desvaneció entre las sombras.

—No puedo confiar por completo en nuestro guía, señor. — murmuró Bundoch.

—Yo tampoco estoy muy seguro, Bundoch, —fué la respuesta. — Pero si Cierva Oscura, cree en él, fuerza es que tenga sus razones.

Cierva Oscura no dijo nada, aún cuando había oído perfectamente. Ella no confiaba ni desconfiaba de Perro Pequeño; pero sí tenía una completa fe en Lobo Solitorio, y comprendía que aquel era un plan suyo.

Diez minutos, veinte minutos, media hora pasó, y nada. Los nervios de Bundock estaban ya a punto de saltar y hasta su patrón estaba inquieto.

Pero al fin oyeron una voz que hablaba cerca y en tono bajo, aún cuando los ingleses no habían oido acercarse a nadie.

—Aquí está Lobo Solitario, Cierva Oscura, — dijo la voz.

—Estamos prontos, — respondió la joven.

Una mano vigorosa la tomó por el brazo a Fitz Warrender y una más pequeña el del angustiado Bundock.

Echaron a andar y Cierva Oscura marchó trás ellos.

El camino era accidentado y a Bundock le pareció interminable.

Pero la intranquilidad del buen hombre era más por su patrón que por sí mismo, y acaso tanto por Cierva Oscura como por su propio patrón. Si Joseph Bundock hubiera podido restituir con su muerte al honorable Guillermo Hathersage Plantagenet, Fitz Warrender, a su ancestral mansión, y a la señorita Cierva Oscura a sus intranquilos amigos. Joseph Bundock hubiera dejado gustoso sus huesos en la cueva.

Al fin, Perro Pequeño dió la voz de "¡Alto!"

En seguida oyeron el ruido de un acero que chocaba contra un pedernal y pocos segundos después el muchacho encendía una antorcha de madera resinosa.

Indicó una pequeña abertura que se hallaba como a unos diez pies de altura en una de las parecedes de la cueva. Por allí, era por donde tenían que pasar.

Los dos blancos miraron hacia el agujero con un gesto de desconfianza. Les parecía difícil que pudieran pasar por aquel agujero aún el muchacho, y menos cualquier otro de los del grupo.

Pero Lobo Solitario se aproximó inmediatamente a la pared y Cierva Oscura hizo a Fitz Warrender una seña indicándole que debía ayudarla a subir sobre los hombros del jefe mohicano.

Lo hizo así Le detuvo detrás de Lobo Solitario y la ágil muchacha saltó sobre su es-

palda, se trepó a los hombros del mohicano y llegó hasta el agujero.

—¡Ahora, Bundock! — dijo Fitz Warrender.

—¡Perdóneme, señor, pero realmente no he soñado en tomarme semejante libertad!— respondió Bundock, extrañado ante la indicación.

—¡No sea tonto! No ¡No subiré hasta que haya subido usted!

Bundock cedió y trepó sin pronunciar palabra. Las delicadas manos de Cierva Oscura lo ayudaron.

—Mi hermano blanco es el que debe seguir. — dijo Lobo Solitario, impresionado por la tranquilidad y sangre fría del joven inglés.

—Pero ¿y el muchacho, amigo mío?—preguntó Fitz Warrender.

—Irá después de usted.

No había tiempo para discutir. Un momento después, Fitz Warrender había saltado sobre los hombros de Lobo Solitario. El hueco parecía visto desde abajo mucho menor que lo que era en realidad.

—¡Hijo mío!

La frase de Lobo Solitario fué interrumpida por un horrible grito de guerra.

Tres salvajes pintados surgieron de entre las sombras. Uno de ellos tenía una antorcha encendida. El jefe, un alto y corpulento con siniestro semblante. Era, Serpiente Deslizadora.

—¡Un rifle!.... ¡Un rifle! — exclamó Fitz Warrender. Detrás de él, Bundock lanzó un suspiro de desaliento.

Lobo Solitario se volvió y tomó uno de los rifles. No había tiempo para alcanzárselo al inglés, pues los segundos eran muy valiosos.

Lo echó el arma a la cara e hizo fuego. Al ejecutar este acto perdió por completo de vista a Perro Pequeño. Fitz Warrender recordó que tenía un revólver en la cintura y disparó un tiro que fué a dar en el corazón del hombre de la antorcha.

La detonación del rifle y la del revólver resonaron casi a un tiempo en la cueva.

Cayeron dos pieles rojas, uno sin pronunciar palabra y el otro después de lanzar un largo y penetrante grito de muerte.

Luego entre el humo, el mohicano y el joven inglés vieron a Perro Pequeño que saltaba sobre Serpiente Deslizadora, el único enemigo que no había sido tocado.

Se arrojó sobre el feroz bandido antes de que ninguno tuviera tiempo de hacer fuego, y luego ya fué tarde. Se agarró a las piernas de Serpiente Deslizadora, con valentía y mortal resolución. El tomahank del descabellador fué levantado, y todo hacía creer que iba a aplastar la cabeza del muchacho.

Pero antes de que cayese el arma, el pequeño piel roja disparó su revólver contra el cuerpo de Serpiente Deslizadora, después de apoyarlo sobre la piel.

Los dos cayeron juntos, y el grito de muerte volvió a oirse.

Serpiente Deslizadora, ya no arrancaría más cabelleras y Perro Pequeño había vengado a su padre.

Pero Perro Pequeño permanecía tendido junto al hombre a quien acababa de dar muerte y los dos espectadores de la escena creyeron que había sido herido en el momento en que disparaba su arma.

Lobo Solitario recogió la antorcha que ardía en el suelo junto al indio. Corrió hasta el lado de Perro Pequeño, lo tomó entre sus fornidos brazos y se dirigió hacia el agujero.

Fitz Warrender tomó el inanimado cuerpo y lo levantó. Lobo Solitario apagó la antorcha justamente en el momento en que volvían a oirse gritos de guerra.

Entre las sombras, sus manos encontraron las de Fitz Warrender y comenzó a trepar por la pared de roca y el inglés empleando todas sus fuerzas dió un tirón que casi le disloca los hombros pero que consiguió levantarlo.

A lo lejos se veía, en la parte de abajo, una antorcha. Varios enemigos más se aproximaban.

—¡Vengan! — dijo en voz baja Cierva Oscura.

Era completamente de noche, pero la muchacha supo encontrar el camino. Con una mano iba guiándose siguiendo la dirección de las rocas; Bundock la seguía apoyado en su hombro. Fitz Warrender agarrado al saco de Bundock iba detrás, y a continuación de éste se oían los ligeros pasos, de los pies calzados con mocasines, de Lobo Solitario.

Perro Pequeño era llevado entre sus brazos por el mohicano.



CAPITULO XII

En el momento oportuno

LOBO SOLITARIO sintió que algo le rozaba los brazos. Perro Pequeño gimió entonces. El tomahawk se había desviado y el muchacho había recibido un golpe dado con el costado de la hoja, de plano. Pero el golpe tuvo fuerza suficiente para desmayarlo.

—¿Quién me lleva? — preguntó.

—Lobo Solitario, hijo mío, — respondió el mohicano.

—Póngame en el suelo. Puedo caminar, y además tengo que guiarlos. El camino es muy difícil y no hay luz. Pero... dígame... ¿Le dí muerte?

—Sí. Le mataste, hijo mío, — respondió Lobo Solitario.

—Bien. Ahora no tengo que cuidarme más que de salvar a mi padre Lobo Solitario que debe vencer y verse libre.

El muchacho se deslizó hasta el suelo y avanzó hasta colocarse a la cabeza de la fila.

Avanzaban con grandes precauciones. Diez minutos después conocieron los demás la razón para tanta cautela.

Se detuvo y explicó a Cierva Oscura que llegaban al punto más peligroso de la jorna-

da. Debían marchar durante un trecho de unas cincuenta yardas por una cornisa que no tendría más de dos pies de ancho, debajo de la cual había un abismo cuya profundidad ignoraba el muchacho.

Detrás de ellos resonaban los ásperos gritos de sus perseguidores. Los bandidos habían descubierto el agujero por donde habían salido ellos y la luz de una antorcha que se aproximaba les demostraba que la persecución se realizaba en forma rápida y resuelta.

Por la angosta cornisa el muchacho avanzaba sin vacilaciones a pesar de la oscuridad reinante, y detrás de él seguían los demás uno tras otro. Bundock iba mascullando oraciones, pero seguramente que no iba a fallar su ánimo en aquellos instantes de crisis; Cierva Oscura, caminaba rápidamente y sin temor alguno, y detrás de Bundock iban su patrón y Lobo Solitario.

De pronto Fitz Warrender se dió cuenta de que el mohicano se había detenido. No podía verlo, ni lo había oido pero lo echó de menos.

Se detuvo también y miró hacia atrás.

Los perseguidores ganaban terreno y el vívido resplandor de la antorcha se notaba muy cerca.

Entonces en un punto muy cercano a Fitz Warrender se notó el fogonazo de un disparo de rifle. La detonación repercutió en aquellos abismos y la antorcha se agitó para caer a lo hondo, avivándose su luz por el viento y tardando mucho en perderse, allá entre las profundidades.

El resplandor de la antorcha llegó a ser tan vivo que Fitz Warrender y Lobo Solitario vieron claramente el cuerpo color cobrizo del que la llevaba, que caía con ella hacia aquel pozo sin fondo.

Hasta sus oidos llegó un penetrante grito de muerte al que siguieron otros de guerra de los compañeros del caído que seguían la persecución. Fué aquel un excelente tiro, lleno de suerte, pero no satisfizo por completo las intenciones del mohicano, ya que aparecieron otras antorchas y la caza continuó.

Llegaron al final de la estrecha cornisa y cesaron sus peligros no sin gran satisfacción de todos. Había allí una cueva de grandes dimensiones y el ruido de los gritos de sus perseguidores se oía más y más cercano. El piso de la cueva era blando y ellos avanzaron a buen paso, temiendo siempre la precaución de tener un punto de contacto entre sí.

Hasta entonces los bandidos no habían disparado ni un solo tiro. Pero eso no podía tardar en ocurrir.

La gran cueva tendría como una media milla de uno a otro lado. Al salir de ella por el otro extremo se encontraba un nuevo pasaje estrecho. Perro Pequeño indicó el camino sin vacilación alguna aún en medio de la oscuridad. Pero al llegar a aquel camino recto, el peligro aumentaba.

Las balas comenzaron a silbar en torno de ellos y las antorchas de los perseguidores estaban cada vez más cerca.

Lobo Solitario sintió que una bala le había rozado un brazo. Se detuvo, se arrodilló, apuntó e hizo fuego. Fitz Warrender se detuvo también, colocó su rifle por encima de la cabeza del mohicano y disparó. Pero no se oyó ningún grito de muerte.

—¡Apresúrense! Estamos ya cerca del fin, —exclamó Perro Pequeño.

Pero en aquel momento una de las balas dió a Fitz Warrender en la pantorrilla derecha. Lobo Solitario pasándole un brazo por la cintura le ayudó a caminar, cojeando dolorosamente. Bundock hubiera querido sostener a su patrón pero recibió orden de seguir caminando.

Llegó hasta ellos una ráfaga de aire fresco y la oscuridad comenzó a ser menos densa. Pero los perseguidores estaban muy cerca, tan cerca que sus antorchas iluminaban a los fugitivos.

¡Por fin! Distinguieron el brillo de las estrellas en el firmamento, por una abertura medio oculta entre malezas.

Perro Pequeño habló entonces a Cierva Oscura.

La abertura a que había llegado se encontraba como a unos veinte pies de la base de la altura y el descenso era casi vertical.

Lobo Solitario siguió hasta el borde mientras que Fitz Warrender y Bundock, arrodillados, hacían fuego con sus armas sobre los indios que se acercaban. Los gritos de guerra sonaban estridentes; los rifles hacían fuego sin cesar y el eco de las detonaciones repercutía de caverna en caverna.

Con toda rapidez el mohicano desenvolvió una cuerda que llevaba a la cintura. No se perdió ni un momento. Cierva Oscura tomó la cuerda entre sus manos y se deslizó entre las sombras, que, parecían casi luz, después de haber atravesado las de las cavernas situadas detrás de ellos.

—¡Bien! ¡Ya está!—gritó ella.

Entonces se oyó un grito, ¡el grito del joven Tiro Seguro!

El y Pluma Roja estaban esperando y su encuentro fué de grande ayuda. Perro Pequeño que descendió después se salvó de una caída en la que se hubiera desnucado, gracias a los fuertes brazos de Pluma Roja y Bundock, soltó la cuerda antes de tiempo, y fué salvado por Tiro Seguro que lo recogió al caer. El descenso de Fitz Warrender, que estaba cojo, no fué tarea fácil.

Lobo Solitario fué el último en descender. Arrojó la soga de cuero, gritó a los que se hallaban abajo que se apartaran y saltó echando el cuerpo hacia atrás cuando tocó tierra Pero no perdió el pie. Pluma Roja estaba cerca para ayudarle si hubiese hecho falta.

El grito del joven Tiro Seguro dejó oír su voz y su bala horadó el cráneo de un indio, cuyo rostro pintado acababa de aparecer en la abertura.

—¡Ocúltense por ahí! — dijo Tiro Seguro. Lobo Solitario y Pluma Roja levantaron precipitadamente a Fitz Warrender y se lo llevaron. Cierva Oscura, rifle en mano, esperó

junto a Dave. Bundock y Perro Pequeño, obedeciendo las enérgicas órdenes del joven, siguieron a los demás.

—¡Vaya usted tambien, Cierva Oscura !— exclamó Dave.

—¡No! ¡Después de usted! — contestó la muchacha.

—¡En ese caso tendré que marchar también! ¡Vamos!

La tomó de la mano y corrieron. Detrás de ellos estaba media docena de pieles rojas. Las demás se reunieron al pie de la altura.

Entre los fugitivos y sus perseguidores solo habría unas diez yardas, cuando el joven Tiro Seguro tomó en brazos a la muchacha y cruzó tambaleando una especie de trinchera de rocas. Hicieron fuego entonces los rifles que habían callado: en aquel momento y los perseguidores hicieron alto, se desbandaron y huyeron en la oscuridad, dejando tras ellos un muerto.

—Tendremos que soportar un asedio, —dijo el joven Tiro Seguro.

Y tenía razón. Durante las dos siguientes horas los fogonazos se sucedieron de uno y otro lado y las balas silbaban al cruzar en ambas direcciones. Pero los bandidos estaban a cubierto así como aquellos a quienes atacaban.

—Pronto se precipitarán sobre nosotros— dijo el joven Tiro Seguro.

Y el avance se produjo. Lanzando salvajes alaridos, los pieles rojas atacaron al grupo que, aparentemente, se encontraba perdido. Los revólvers fueron eficazmente descargados contra ellos, pero a pesar de todo avanzaban con los tomahawks en alto.

Lobo Solitario, Tiro Seguro y Pluma Roja, les salieron al encuentro en lo alto de la trinchera y combatieron como héroes. Evidentemente las esperanzas eran pocas. Bundock, Fitz Warrender y Perro Pequeño podían cooperar en la resistencia, y un tiro había rozado a Cierva Oscura, quien se había desmayado.

Entonces la lucha se hizo más desenfrenada. Por la abertura surgió un gran número de indios que saltaban, gritaban y se atropellaban, y detrás de ellos sonaban las voces de los exploradores de Cody.

El ataque comenzó a hacerse menos violento hasta que cesó por completo. Los indios se encontraban ya en plena retirada. Así como los cadáveres de Serpiente Deslizadora y de los que le acompañaban, habían indicado a los que los seguían el camino secreto que hasta entonces solo conocía Perro Pequeño, los bandidos restantes tratando de escapar al inesperado, por lo repentino, ataque de los exploradores, buscaron una salida en aquella forma siendo perseguidos por Búfalo Bill y sus hombres.

—¿Todo marcha bien por aquí? — preguntó la bien timbrada voz del gran explorador.

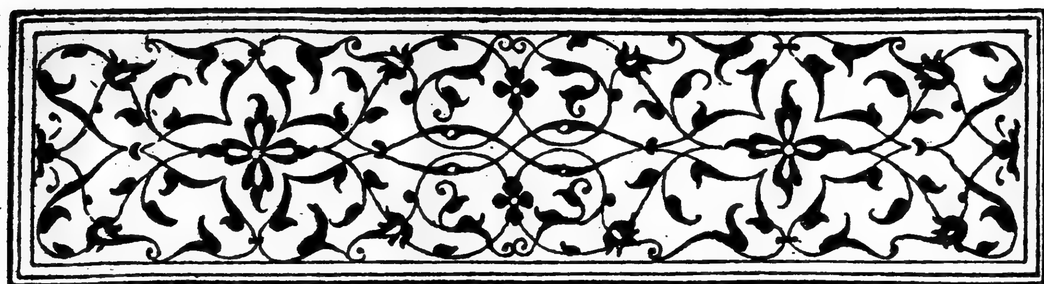
—Así lo creo, señor, — replicó Dave Arthur. — Pero han llegado ustedes a tiempo. Dos minutos más y...

—Debe eso a su hermano, Dave. De no habernos servido él de guía, acaso no hubiéramos llegado hasta aquí nunca. ¿Dónde está?

Aguila Negra estaba arrodillado junto a Cierva Oscura. La había tomado entre sus brazos dominado por un horrible terror.

Pero el corazón de la joven, latía. Sus labios se movieron. Pronunció su nombre, y rodeó con sus brazos el cuello de su prometido.

Fin de "El Rescate de Cierva Oscura"



Haciendo a George campeón

EN estos momentos en que el boxeo ha llegado a tener una popularidad tan intensa como inesperada y entusiasta, resulta doblemente interesante la narración que sigue y que si tiene, como novela corta, un atractivo poco vulgar, constituye, como nota de color, de la vida de la gente que se ocupa de boxeo, algo novedoso y de singular intensidad. "Pucky", al ofrecer a sus lectores esta novelita, aparecida hace poco en Inglaterra, espera proporcionarles un momento de grato entretenimiento.

por K. R. G. BROWNE

(Traducción del inglés especial para "PUCKY")

CUANDO George Galt estrechó la mano de su vencido adversario, se puso su "robe-de-chambre" y se agachó, pasando por debajo de las sogas del "ring", el señor Henry Morgan, su "manager", miró a su compañero frunciendo temblorosamente el ceño.

—¿Qué tal, Joseph, qué piensa usted de eso? — preguntó.

El señor Joseph McKendrick, ex-boxeador de peso pesado gruñó, como procurando no comprometerse.

—¿Por qué, en nombre del sentido común, no hace George, uso del empuje de su puño? — agregó el señor Morgan de mal humor. — ¡Dejarle así, tan fresco! Hubiera podido desmayar al otro en cuanto le hubiera dado la gana. ¡Ya vió usted cómo jugó con él! Lo mismo pasó con Ted Stephens y con Curley Mason. Hizo con ellos lo que quiso y sin embargo no castigó fuerte a ninguno de los dos. ¡Le aseguro, Joseph, que esto no lo entiendo yo!

El señor McKendric levantó su maciza persona de su asiento.

—Yo tampoco, Henry. Tiene buen puño; de esto no cabe duda. Lo sé, porque también yo tuve puño bastante regular. Mejor sería volver a hablar con él. Procediendo como procede no se beneficia absolutamente nada.

En silencio fueron los dos al cuarto de vestir del vencedor. Esperaron, en silencio, hasta que se dió unas frotaciones y se cambió de ropa. Le acompañaron al automóvil que esperaba. Hasta que estuvieron en la intimidad del admirable departamento del señor Morgan, éste no se ocupó del tema que le tenía preocupado.

—Mire usted, George, — dijo. — No logro comprender su idea. Nosotros sabemos que usted tiene buen puño. ¿Por qué demonios no hace uso de él? Usted ha tenido hasta ahora tres encuentros y en los tres ha dejado usted que se alargara la pelea cuando hubiera podido terminarla en el primer "round" las tres veces. Nosotros vemos, en el gimnasio, que usted puede golpear, pero no le vemos golpear cuando debe golpear... en el "ring". ¿Qué idea es la suya?

George le miró sin enojo. Era un joven de cuerpo atlético, de dominante mandíbula, de ojos soñadores y con el desarrollo muscular de un joven Hércules. Para su "manager" era una especie de enigma. Se había presentado de improviso, en el campo de ejercicios, situado a la orilla del mar, donde Joseph McKendrick se entrenaba para su última pelea y había expresado el deseo de adoptar el pugilismo como profesión. El señor Morgan, impresionado por los poderosos hombros del joven y por su imperturbable sangre fría, había organizado, para él, una especie de prueba o examen. El resultado le había sorprendido y George había sido agre-

gado, en consecuencia, a la lista de "jóvenes esperanzas" que los señores Morgan y McKendric se proponían presentar, dentro de poco, como aspirantes a campeones mundiales de diversos pesos.

Después de retirarse Joseph McKendrick, invicto, del "ring", había tomado a George como su alumno favorito. En sus expertas manos, el joven habíase revelado un boxeador de raza y un buen peleador. Aprendía con extraordinaria rapidez y no olvidaba nada. Era, como lo decía Joseph "igual que si hubiera nacido con un par de guantes de boxeo debajo del brazo". A medida que pasaban los días se hacía tan difícil golpearle como golpear a una mosca doméstica y tan hábil como esa misma mosca, en sus escaramuzas. A Joseph le entusiasmaban sus progresos. A través de todo, George permanecía impasible, tan taciturno e imperturbable como de costumbre.

A una comparativamente temprana altura de su carrera, el señor Morgan había combinado para él un encuentro con un joven de peso mediano, procedente del norte. No se dudó de cual sería el resultado en cuanto comenzó la pelea. George jugó con su adversario, lo paseó como quiso, le golpeó cuándo y cómo quiso. Pero no lo puso "knockout".

Las peleas número Dos y Tres, fueron simples repeticiones de la primera. En cada caso George, sin hacer caso de consejos o reproches, procedentes de los suyos, dejó que el combate siguiera su curso natural, cuando comprendía el espectador más ignorante que podía haberlo terminado en cuanto se le hubiera ocurrido.

En el primer momento los señores Morgan y McKendrick se habían sentido inclinados a atribuir eso al miedo que sentía, como principante. Cuando se convencieron de que George no experimentaba miedo ninguno ni se ponía nervioso y, por el contrario, sabía perfectamente lo que hacía, su perplejidad se transformó en ansiedad. ¡Sin duda ninguna, pensó el señor Morgan, el joven George Galt, era un tipo muy original!

El tipo original se echó hacia atrás en su silla y miró con calma a los dos preocupados señores que se hallaban ante él.

—Bueno, — dijo con tranquilidad, — yo gané ¿no es así?

—¡Claro está que ganó! — dijo el señor Morgan. — ¿Pero de qué sirve ganar de ese modo? Con esa manera de proceder usted no llegará nunca a la categoría de campeón. Usted "tiene" que golpear, que desmayar a golpes al adversario.



"¡NO quiero!"—dijo George, como alguien que explica una cosa archievidente a un niño testarudo.

Los otros dos le miraron, interrogándose.

—Si gano ¿qué importa lo demás? — agregó George. — Esos otros tienen también que vivir, lo mismo que yo. Si puedo vencerlos sin maltratarles ni machucarlos ¿por qué voy a estropearlos?

Joseph McKendrick dejó oir un gruñido de escepticismo.

—¡Puede usted apostar lo que quiera a que "ellos" no piensan de ese modo, muchacho!

—¿Por qué no? Si yo estoy metido en este juego es por dinero. Me gusta, además, no lo niego, pero me retiraré en cuanto pueda. Y si puedo conseguir lo que necesito sin lastimar a nadie, prefiero que sea así. Ustedes comprenden: yo sé que puedo vencer a esos hombres y me parece poco caballeresco desmayarlos a golpes cuando no es necesario.

—¿Pero oye usted lo que dice? — gritó el señor Morgan. — ¡Este muchacho está loco!

En ese momento se abrió la puerta y entró Jane McKendrick. La hermana y fiel compañera de Joseph, era una joven delgada, de cabello bronceado y de labios sonrientes. Admiradora de su hermano, le acompañaba en sus viajes, se ocupaba de sus encuentros y atendía a los pequeños menesteres de su existencia. Joseph antes que dejar de oir la opinión de su joven y simpática hermana sobre un asunto, hubiera accedido a presentarse en el "ring", ante su adversario, con las manos atadas.

En cuanto apareció la joven, George se levantó y acercó una silla para ella. En presencia de Jane, George se mostraba aun más callado que de costumbre; esta circunstancia que no había atraído la fraternal atención de Joseph, no había pasado inadvertida para el astuto Morgan. Este miró con aire suplicante a la joven.

—¿No puede usted lograr que se avenga a razones, Jane? ¡Pues no dice que no quiere poner "knockout" a sus adversarios para no hacerles daño! ¡No quiere lastimarlos!

Jane inclinó afirmativamente la cabeza, volvió a sonreir, pero calló. Joseph McKendrick tosió para aclararse la voz y se inclinó hacia adelante, con seriedad. No era hombre a quien encantara el timbre de su propia voz, pero cuando se conseguía que expresara su opinión, ésta era, casi siempre, de valor.

—Vea, George. Hasta ahora, no lo niego, usted no ha tenido necesidad de desmayar a ninguno. Eso ha sido suerte y nada más. ¿Pero no se da usted cuenta de que corre el riesgo de que le desmaye a usted uno que, a su vez esté de suerte? He visto suceder esto una y otra vez, en la vida. El mes que viene tiene usted que pelear con ese italiano, con el joven Panoli. Es un adversario serio y si usted le vence enérgicamente y pronto, desde ese momento podremos empezar a elegir adversarios para usted. Sólo porque se encuentra en malísima situación pecuniaria ha accedido el italiano a medirse con usted en el caso en que usted venciera a Hickson esta noche. Usted puede vencer al italiano si aprovecha la primera ocasión que se le presente. Si usted deja que la pelea se alargue, no tendría nada de raro que fuera él quien le pusiera "knockout" a usted, teniendo en cuenta lo que es Panoli. Y si usted gana sin ponerle "knockout" el público dirá

que ha ganado porque Panoli no estaba en buena condición, pero que usted no tiene puño suficientemente fuerte para echarle a tierra. Correrá la voz de que usted no tiene fuerza de puño y le será muy difícil encontrar con quien pelear. ¿Sabe usted lo que le oí decir a un espectador que estaba detrás de mí, esta noche? "Ese Galt es un buen boxeador, pero no se atreve a pegarle al contrario. Es demasiado cordero". No hay sitio para los corderos en el boxeo, hijo mío. ¡Hay que atropellar con fuerza!

Exhausto por su propia elocuencia, el señor McKendrick se sentó en su silla y comenzó a llenar la pipa. Fué la tranquila voz de Jane la que se dejó oir en seguida.

—Creo comprender su punto de vista, George. Supongo, sin embargo, que usted los pondría "knockout" si lo considerara necesario ¿no es verdad? Esto es, realmente, lo que Joseph quiere decir.





George vió desde el balcón de su cuarto, que el hombre del sweater gris y del cabello rojo, abrazaba a la joven que se resistía desesperadamente.

—Si fuera necesario, — dijo George lentamente, — yo podría golpear suficientemente fuerte. Pero no me parece caballeresco golpear fuerte cuando no es necesario. Me parece fanfarronería. Sin embargo voy a pensar en lo que usted me ha dicho, Joseph. Voy a acostarme ahora, si ustedes no tienen más que mandar. He corrido lo menos diez millas tras de Hickson, esta noche, de un lado a otro.

Se levantó, saludó amistosamente a sus fastidiados mentores, dirigió una sonrisa a Jane y salió de la habitación.



LA mañana del día destinado para el encuentro Galt-Panoli estaba George reclinado cómodamente en la salita del departamento de Morgan, descansando antes de la batalla. Entró, mientras George estaba reflexionando plácidamente, Jane McKendrick. Una inusitada Jane McKendrick, cuyos ojos brillaban y que parecía presa de intensa emoción. George se levantó cuando entró ella.

—Buenos días, Jane.

—Buenos días, George. ¿Se siente usted bien?

—Sí.

—Me alegro. Espero que...—Calló y se quedó inmóvil, de pie, mirando hacia el exterior, por la ventana. De repente se volvió

rápidamente hacia él. — ¡George, odio... odio a los extranjeros!

—¿De veras? — preguntó George, sorprendido.

—Estuve anoche en un baile. Estaba también el joven Panoli.

George la miró fijamente.

—¿En un baile? ¿El día anterior a un encuentro?

Jane inclinó afirmativamente, la cabeza.

—Parece que está enteramente seguro de que lo va a vencer a usted. Sin embargo no se quedó hasta muy tarde en el baile.

—¿De veras? — dijo George lentamente.

Jane volvió, de nuevo a mirar hacia el exterior por la ventana.

—George... ¡le odio! — Y al expresarse así le temblaba la voz. — ¿Sabe usted lo que hizo Panoli? ¡Trató... trató de besarme!

Hubo un momento de dificultoso silencio.

—¿Trató de... a usted? — dijo George por último. — ¿Trató de...? — calló de nuevo. De repente dió un paso hacia ella y tendió una mano como para estrechar la de la joven. Después se ruborizó y retiró la mano. Su expresión era, en aquel momento, la de un bañista nervioso que duda de la profundidad del agua a donde va a arrojarse.

—Siento que haya pasado eso, Jane, —dijo.

El joven Panoli, el brillante boxeador procedente de la asoleada Italia meridional, creía, cuando pisó con desenvoltura, el "ring" aquella tarde, que sabía todo cuanto se podía saber sobre su adversario. Un cuidadoso estudio de los acontecimientos de George le había convencido de que Galt no conocía el verdadero significado de un buen "punch", aun cuando, sin duda, era ágil y movedizo. El joven Panoli que daba con el puño izquierdo unos golpes tan fuertes como una coz de mula y que había consentido en pelear con George sólo porque se encontraba muy baja su cuenta corriente, en el banco, sentía que se hallaba en buen terreno. Pero nunca fué ningún hombre más rápidamente desengañado



CUANDO sonó la campana, el italiano saltó elegantemente de su rincón y se arrojó sobre George como un joven tifón, deseoso de terminar el encuentro lo antes posible. Pero George ya no estaba donde esperaba encontrarle su adversario. Algo como una masa de hierro golpeó a Panoli detrás de la oreja izquierda. Se tambaleó, se sacudió y atacó de nuevo. Pudo ver con toda claridad a George y se preparó a descargar su terrible golpe con el puño izquierdo. Cuando todavía pensaba en eso, el techo le cayó encima. Esto, al menos, fué lo que creyó en aquel momento. La explicación que le dieron sus padrinos, diez minutos después, cuando recobró los sentidos en su cuarto de vestir, no disipó por completo esa idea.

George, de regreso con Jane, Morgan y McKendrick, habló poco. El señor Morgan, en cambio, dijo mucho, manifestando, especialmente que se alegraba mucho de que George hubiera, finalmente, prestado oído a la razón. Cuando llegaron a la puerta de la casa fué cuando George profirió una observación que hizo estremecer ligeramente al señor Morgan.

—Siento mucho que Panoli la molestara a usted, Jane, — dijo George.

—No hay que hablar más de eso, — dijo Jane. — Es asunto pasado y olvidado.

La rapidez con que George había "despachado" al joven Panoli llamó la atención de esos señores de la Prensa cuya pesada misión es la de buscar "Esperanzas Blancas", es decir futuros grandes campeones o algo parecido. El nombre de George empezó a aparecer con alguna frecuencia en las páginas de sport pues el joven Panoli había sido considerado como elemento de gran porvenir. El activo y emprendedor señor Morgan no encontró, en consecuencia, dificultad ninguna, cuando buscó otro adversario. Se fijó fecha y George volvió a su entrenamiento.

Establecieron el campo de "training" en una pequeña aldea de la costa del sud y allí George, bajo la mirada de águila del señor McKendrick hizo una vida de lo más sencillo y saludable durante algunos días. Se hallaba siempre en buena condición así que no era muy ardua la tarea de ponerle nuevamente en plena posesión de todas sus facultades.

Dos días antes del encuentro acompañó a Jane, a modo de distracción, a dar un paseo por los prados cercanos del mar. George no habló mucho, pero de vez en cuando, dirigió a su compañera unas miradas que hubieran sido causa de que el señor Henry Morgan, si este agudo psicólogo hubiera estado presente, se sonriera muy significativamente. En el rostro curtido, de firme mandíbula, de George, se notaba una expresión de supremo contento.

—George, — preguntó Jane de pronto, — ¿por qué se dedicó usted al boxeo?

—Porque necesitaba dinero, — respondió George que no tenía falsa modestia. Jane le dirigió una mirada de soslayo.

—¿Alguna joven?

—No, — dijo George con franqueza.— Entonces no.

Jane dejó que esa crítica observación pasara sin comentario ninguno.

—¿Qué va usted a hacer cuando se retire? —preguntó.

—Compraré una granja, — dijo George con todo convencimiento. — Criaré caballos. La mejor vida del mundo. Me crié en una granja. La vendieron cuando murió mi padre. No quiero que eso me pase a mí; por eso estoy reuniendo un poco de capital.

—¿Dónde vivía usted? — preguntó Jane con curiosidad.

—En Windlefold, condado de Sussex. Cerca del sitio donde Joseph estaba entrenándose.

Caminaron durante un rato en silencio.

—¡Agricultor! ¡Ganadero! — dijo Jane

pensativa. — No creo que me guste gran cosa la gente de campo. Aun cuando hasta ahora, en verdad, sólo he conocido a un hombre de campo.

Una leve expresión de ansiedad se notó en aquel momento en el rostro de George.

—¿Por qué no le gusta? — preguntó.

—¡Oh! ¡No lo sé! Pero Tom Slater, el hombre a quien va usted a vencer mañana, era ganadero ¿no es verdad?

—¡No lo sé! ¿Por qué lo pregunta?



"¡OH, por nada, en realidad. Le vi una vez, no hace mucho. Trató de hablarme en la calle y me siguió durante varias horas. No le hice caso y no me gustó su proceder. Le reconocí en seguida, claro está. — Y Jane se rió. — Pero no debo culpar a todos los ganaderos porque Tom Slater procediera de ese modo ¿no es verdad?",— añadió la joven.

George no se rió. La miró. Le relucían de modo extraño los ojos, generalmente adormilados.

—Trató de hablarla ¿eh? — dijo George. —Lo siento.

Su sentimiento no fué casi nada comparado con el que tuvo Tom Slater, dos días después, cuando al comienzo del segundo "round", la mano derecha de George, encontrándose con el ángulo de su mandíbula, casi le levantó la cabeza del cuerpo. La teoría del señor Slater, cuando recobró el uso de sus facultades, según la cual George debía contar con la ayuda del mismo Demonio, fué recibida con frialdad por su "manager".

La derrota de Tom Slater a continuación inmediata del eclipse del joven Panoli, hizo que los ojos del mundo del boxeo se dirigieran, con sumo interés, hacia George. Los boxeadores de peso mediano forman, comparativamente una clase reducida, y como sucedía entonces que había gran escasez de figuras sobresalientes de ese peso, el repentino ascenso de George marcó una división en sus filas. Allí estaba, decían los oráculos, un verdadero peso mediano verdad que a juzgar por lo que había hecho, sería capaz a su tiempo, de arrebatar al gran Mulcahy, el campeonato de que ya había gozado bastante tiempo. El retrato de George empezó a aparecer, enteramente distinto a él, en algunos diarios domingueros; se publicaron numerosas caricaturas suyas. Los señores Morgan y McKendrick realizaban sus negocios envueltos en guirnaldas de sonrisas; su actitud era exactamente igual a la de los hombres que poseen una mina de oro.

El señor Morgan no tardó en sacar provecho de esa publicidad. Con alguna dificultad consiguió que Red Harrison (el Rojo Harrison), un conocidísimo exponente que se consideraba figura de grandísima importancia, accediera a tener un encuentro con George. El señor Harrison que no rechazaba nunca el dinero que podía ganar con facilidad, tenía el mal gusto de considerar los éxitos de George como una serie de chiripas, y así lo dijo.

—¿Quién ese ese tipo, vamos a ver?—preguntó el señor Harrison. — ¡Claro que voy a pelear con él si me garantizan el dinero! ¡Pero la mayor parte de la bolsa ha de ser para mí, naturalmente!

El diplomático señor Morgan dijo que sí a todo. Tenía plena confianza en George y se hallaba, además, preparado a correr algún riesgo, pues el vencedor tendría, indudablemente, derecho a llamar la atención del gran Mulcahy cuando tan augusto personaje regresara de California, donde estaba impresionando una película cinematográfica.

George, con su acostumbrada placidez, partió una vez más para su campo de entrenamiento. Cuando llegó supo que el Rojo Harrison, que, daba la casualidad, había nacido en aquel distrito, había establecido su campamento a menos de tres millas del suyo. Se dijo que se le había oído manifestar que se necesitaba tener todo el atrevimiento del joven Galt para presentarse a hacer su "training" en el mismo umbral de su puerta (la puerta de Harrison). Alguna vez George, paseando por el camino, pudo ver de lejos a un hombre alto, corpulento, de sweater gris y de cabello rojo como el fuego: era Harrison, que a ese cabello debía su apodo Rojo.

Pasaron los días hasta que George llegó a ese estado de perfección física que pocos hombres pueden llegar a poseer. Vió pocas veces a Jane, pues su hermano, manifestando que después habría tiempo de sobra para charla de mujeres, no permitió que se apartara ni lo más mínimo del horario de ejercicios previamente trazado.

Una luminosa mañana, George estaba de pie en el balcón de la habitación que ocupaba en la hostería "Al Perro y la Horquilla". Había terminado casi su labor y se sentía en plena paz con todo el mundo. De pronto relucieron sus ojos y miró hacia el camino que conducía a la aldea. Por aquel camino, hacia él, andando de prisa, se acercaba la esbelta y bella figura de la señorita Jane McKendrick.

Estaba George por levantar la mano y saludarla a la distancia, cuando a lo lejos, corriendo y alcanzando rápidamente a la joven, vió a un hombre alto de sweater gris; el sol hacía brillar su cabello, rojo como el fuego. George, que no había visto nunca solo, en el camino a Red Harrison, miró con interés. Un instante después sucedió algo que le dejó, durante un momento, privado de su facultad de moverse.

El que corría alcanzó a Jane, aminoró su paso, la miró a la cara, se detuvo y pareció hablar. Ella no le contestó y apresuró el paso. Entonces, el hombre del sweater gris, sin un segundo de vacilación tendió los brazos hacia ella y a pesar de su desesperada defensa, la abrazó efusivamente. Un instante después se alejaba corriendo, saltaba un cerco y desaparecía en el cercano bosque.



EN los clubs y en los sitios donde se boxea se habla todavía del encuentro Harrison-Galt con algo parecido a la admiración. La opinión general entre los que lo presenciaron es que no se volverá a ver, nunca, nada parecido.

Red Harrison se presentó en el "ring" sonriendo como de costumbre. No suponía que tuviera mucho que temer de parte de George, pero había decidido no exponerse. Considerado el caso bajo todos sus aspectos, el señor Harrison presumía que iba a ser un encuentro rápido y favorable para él.

El primer "round" le dió razón para reformar tan confortable teoría. Avanzando deliberadamente en forma perezosa, para poner a prueba la condición de George, soportó un aplastador golpe de derecha al corazón que casi le hace caer. Muy sorprendido, Harrison retrocedió, se rehizo y volvió a avanzar, ondulanto. George le saludó con un golpe de costado que aflojó varios de los dientes de su adversario.

El señor Harrison, pensando rápidamente, se dispuso a defenderse. Mientras bajaba la cabeza y se deslizaba lateralmente, se sintió algo alarmado. No había esperado encontrarse con aquello que no sentía los golpes y parecía tener en cada mano un martillo de herrero. Sintió un terrible izquierdo en la mandíbula, que le estremeció de pies a cabeza; George continuó sereno hasta el final del "round". El señor Harrison se mantenía erguido con esfuerzo. Sonó la campana cuando Harrison seguía todavía pensando. El "round" había sido para George.

Los "rounds" segundo y tercero fueron, sin embargo, más equilibrados. Red Harrison tenía mucho valor y vasta experiencia, y al hallar a su adversario mucho más formidable de lo que había supuesto, apeló a la agilidad y era ágil en verdad. Logró también pegarle a George más de una vez, pero tuvo que reconocer que fué más lo que recibió que lo que dió. Cuando llegaron al cuarto "round" no se sabía cuál había de ganar.

George salió de su rincón de un salto y Red Harrison se vió envuelto en una especie de ciclón. Peleó en contra enérgicamente pero no pudo librarse de George. Este, como si no sintiera el castigo, siempre delante de su adversario, le hacía balancearse a uno y otro lado con terribles golpes al cuerpo. El señor Harrison, moviendo la cara a tiempo para evitar un decisivo "upper-cut", se dió cuenta de que George le decía algo.

—¡Voy... a enseñarle... a usted... a ser grosero... con las mujeres! — dijo George, acentuando cada palabra con un golpe de su martillo de fragua. Red Harrison, considerablemente fastidiado dió con su diestra en la mandíbula de George; no le hizo más efecto que si le hubiera caído un copo de nieve. Golpeó de nuevo. George pareció tambalearse y retroceder. Red Harrison, cuyo principal defecto era su tendencia a enojarse, lanzó un grito y saltó hacia él rugiendo venganza. Tres segundos después estaba tendido en el suelo, boca arriba, sin poder darse cuenta de que el "referee" estaba contando con inalterable tranquilidad, el correr del tiempo...

Las siguientes escenas de entusiasmo y de felicitaciones no emocionaron al triunfador. A los señores Morgan y McKendric les pareció aun más taciturno que de costumbre. Esto no les preocupó; estaban entregados por completo a pensar en el glorioso futuro. ¿Cómo podían saber ellos que el Destino, ese incansable entrometido en los asuntos de los hombres, estaba por intervenir?

Pero intervino la mañana siguiente cuando Joseph McKendric, terminando de fumar un buen cigarro, estaba sentado cómodamente en una mullida butaca, revolviendo ideas felices en su imaginación. Sus reflexiones sobre lo agradable que es la vida fueron interrumpidas por el abrir de la puerta y la aparición de George en el hueco de la misma. Fuera de una leve descoloración del ojo izquierdo y de la visible ausencia de un diente, no presentaba señales del encuentro del día anterior. Tenía en la mano el abrigo, el sombrero y una balija.

George dejó la balija y se aproximó lentamente a Joseph.

—Puede usted hacerme el favor de decirle a Henry que me voy, — dijo.

Joseph le miró fijamente y con grandísima extrañeza.

—¿Qué dice usted? ¿Se va?

—Estoy cansado, — dijo George. — No me importa decírselo a usted, Joseph; estoy cansado de que Jane me utilice para castigar a sus antiguos novios. La primera vez lo hice contento... lo hice con orgullo. Pero me parece que una joven decente puede evitar eso. Si ella no les hubiera dado pie, ellos no se hubieran atrevido. — Calló un momento, como buscando palabras para expresarse. — Yo... yo me interesaba por ella... por Jane... ¿Sabe usted?

—¡Pero Dios mío! ¡Pero muchacho!... —comenzó a decir McKendrick, muy emocionado.

—Sea como sea, — dijo George, — estoy cansado. Ya tengo el dinero que necesitaba y me voy. Siento mucho separarme de usted y de Henry. Ustedes han sido muy buenos conmigo. Pero no quiero... no está bien que lo haga... no quiero que Jane me utilice para castigar a esos individuos. No creo que mi retirada les perjudique gran cosa, Joseph, porque los otros muchachos se están portando bien, hace tiempo.

Se volvió bruscamente y tomó la balija. El paralizado McKendric que, fuera de las cosas del "ring" no gozaba de la facultad de pensar rápidamente, tuvo que limitarse, por el momento, a mirarle con los ojos muy abiertos y tragando, ruidosamente, saliva. Al llegar a la puerta, George se volvió. Haciendo un esfuerzo, Joseph recobró la facultad de hablar.

—¡Espere un poco! — gritó. — ¡Voy a decirle!...

—Adiós, Joseph. Usted tendrá la bondad de decirle adiós... de mi parte... a Jane.

La puerta se cerró trás él.

❋ ❋ ❋



La pequeña población de Windleford se tostaba bajo el fuerte sol de mediodía. La pintoresca plaza del mercado estaba casi desierta. En un banco, al pie de un añoso árbol, estaba sentado un atlético joven de mandíbula enérgica, el desarrollo muscular de un Hércules y una expresión de profunda melancolía. Tenía la gorra echada sobre la frente y con la punta de un botín, rascaba fúnebremente el suelo. Se oyó ruido de pasos que se acercaban, pero él no hizo caso y no levantó la vista hasta que cesaron, a su lado, aquellos pasos. Entonces lanzó una ahogada exclamación y se levantó de un salto, mirando como el que ve visiones a la joven que estaba ante él: una joven delgada, de cabello bronceado y labios risueños.

—¡Hola, George! — dijo Jane.

—¡Hum! ¡Hug!... ¿Qué? — balbuceó, sin acertar a hablar, George.

—Adiviné que usted tenía que estar por estos sitios. Tiene usted que volver, George. Mulcahy estará de regreso la semana próxima y Henry le verá en cuanto llegue. No hay tiempo que...

—Pero...

—Ya se. Lo se todo, — dijo Jane gentilmente. — Joseph me dijo por qué se retiró usted. ¡Pero mi estimado amigo! ¡Qué tontería! ¡Si fuí yo la que lo inventé todo!

—¿Usted... qué? — dijo, débilmente George.

—¡Yo lo inventé todo! ¡Fué todo invención mía! Hasta lo primero, lo del joven Panoli, fué mentira. El estuvo en el baile, pero no pensó en... lo demás lo inventé yo porque esperé que le hiciera hacer a usted... lo que usted hizo. No me gustaba engañarle, George, pero era por su bien; ¿no es verdad que fué por su bien? Henry se percató de lo que pasaba, después de lo de Panoli y me pidió que siguiera, hasta que usted se hubiera acostumbrado. Y yo accedí.

—¡Pero Red Harrison! — exclamó George. — ¡En ese caso yo ví!...

Jane se rió a carcajadas.

—¡Oh! ¡Fué una representación de primer orden! ¡Pero tonto! ¡Si era Joseph!

—¿Joseph?

—¡Sí! Fué todo idea de Henry. Quería usted venciera a Harrison. El lo arregló, trajo el sweater gris, la peluca roja y caracterizó a Joseph. Esperamos varios días, hasta encontrar la ocasión propicia.

Hubo un momento de silencio durante el cual George la miró muy fijamente.

—¿Fué malo nuestro proceder, George?— dijo Jane al fin. — Si es así, lo lamento mucho...

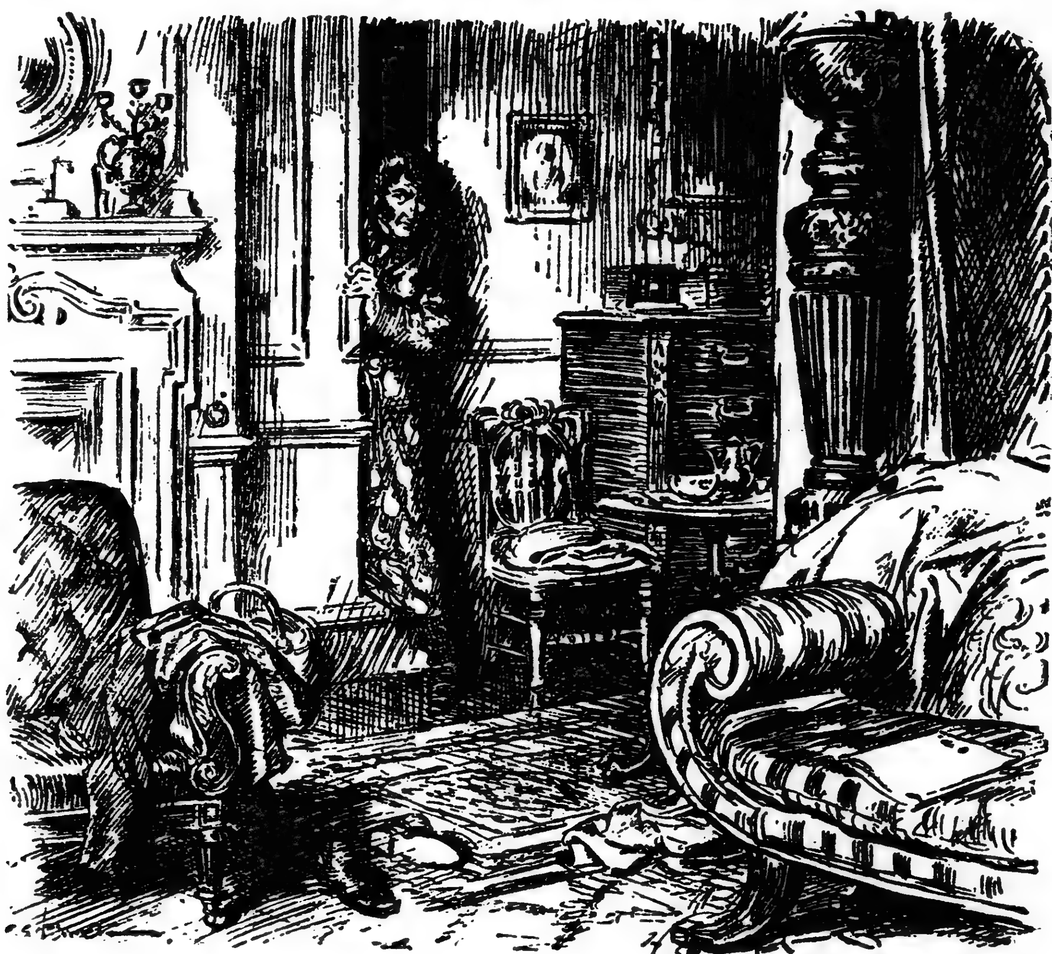
Estremeciéndose, George reaccionó. Su rostro cambió de expresión, y Jane, con suma molestia de su parte, notó que empezaba a ponerse colorada.

—¿Malo su proceder? — dijo George. — ¿Malo?...

—Así que ésta es la ciudad de Windlefold? —dijo Jane rápidamente y mirando en redor. — ¡Oh! ¡Qué sitio encantador! ¿Eh?

George avanzó media pulgada la mandíbula inferior. Dió un paso hacia adelante y tomó a Jane del brazo.

—No dispongo ahora de tiempo bastante para mostrarle la ciudad, — dijo con precipitación. — Dentro de diez minutos sale un tren para Londres. Ya llegará a conocer muy bien esta localidad... — Calló y la miró expresando mucho su mirada, pero Jane había encontrado algo que la interesaba muchísimo, en la punta de uno de sus zapatitos. — ... cuando haya terminado con Mulcahy, — concluyó George.



La Herencia del Duque

por C. J. y ANNIE O. TIBBITS

NO es posible que novela ninguna aventaje en fantasía y asombrosa complicación al caso Druce en que una mujer pleiteó durante años por la posesión de la herencia del Duque de Portland. Lea esta nueva narración de la interesante serie que viene publicando "Pucky" y pasará un buen rato entretenido ante el caso más estupendo que puede presentar la ambición y la credulidad humanas.

I

T. C. DRUCE no se levantó nunca de su ataúd de roble y bronce. No hizo caso de los esfuerzos de un grupo de seres vivientes que pretendían demostrar que era un mito o una falsificación. Pero, a pesar de hallarse muerto, se despertó, — dicho sea metafóricamente, — y logró excitar hasta la más intensa fiebre a toda una nación, consiguiendo que se congregara un tumulto de emoción en torno de su taciturna tumba, que se negaba a entregar un secreto que tan celosamente guardaba.

No han sido muchos los hombres que han podido conmover así a la humanidad. Ni aún las figuras gigantescas como Cromwell y Pitt

y otros, antes o después, han conseguido producir excitación semejante años después de haber sido encerrados en su ataúd.

Pero con T. C. Druce sucedió algo distinto. Después de pasados cerca de veinte años se levantó y dió origen a una tormenta de controversia en redor suyo, aún cuando nunca salió de su sepultura del Highgate Cementery, aún cuando esto parezca un contrasentido o un acertijo.

T. S. Druce fué un misterio cuando estaba vivo y lo fué después de muerto, un hombre enigma que presidía su negocio y dominaba en Baker Street como un rey domina y manda en su reino.

En la actualidad, Baker Street es una de las arterias londinenses donde se ve mayor tráfico de ómnibus, automóviles y camiones en uno y otro sentido, es una avenida luminosa y brillante. Es uno de los varios caminos que van a Birmingham, Manchester o cualquier otra Meca del norte por la estación de Euston y la mitad de Londres pasa por ella.

Pero ni la mitad de los que por ella pasan ahora pueden recordar ni al "Baker Street Bazaar" ni a la extraña figura del hombre que lo fundó. Hoy, el sitio en que estuvo, no encierra misterio ninguno y la sombra de T. C. Druce ha pasado por allí como pasa la sombra del vástago por la esfera de un reloj de sol.

Pero sin embargo, mucho después de su muerte, su extraña, dominadora figura tuvo su importancia, fué protagonista de una novela tan extraordinaria como increíble, el eje de una tormenta que produjo algo así como un tifón en el mar y fué casi tan inexplicable como el tifón mismo.

ERA él un tipo distinguido y que llamaba la atención, con su larga levita, sus pantalones claros, su chaleco vistoso y su cuello alto en cuya corbata brillaba un valioso alfiler que provocaba la envidia de más de un perito en piedras preciosas. Era entonces, según parecía en el año 1864, un simple tendero cuya habilidad, durante los años en que había establecido y hecho progresar enormemente el "Baker Street Bazaar", era casi genial. Fué el precursor de Whiteley y de otros "grandes almacenes" de que se enorgullece Londres en la actualidad. Inventó sistemas que sobresaltaron a los clásicos, ortodoxos y casi retrógrados comerciantes de la cercana Oxford Street. Mientras sorprendía, obligándoles a involuntaria admiración, con los nuevos métodos que implantaba en su "Baker Street Bazaar", también molestaba a algunos atrayendo a sus instalaciones no sólo a los curiosos sino a los ricos y a los aristócratas, a los clientes importantes, que se unían a la multitud que acudía de los suburbios.

En pocos años el "Baker Street Bazaar" llegó a ser el centro de compras de todas las clases sociales. De los suburbios acudían admiradas y ambiciosas damas a las que les gustaba ser atendidas en el mismo mostrador que alguna duquesa o marquesa o señora con título de alguna clase: de Mayfair y del West End de Londres acudían las figuras de la aristocracia y de la moda que hallaban en el bazar de Baker Street artículos de estilo y de calidad superiores a los que les ofrecían en sus tiendas favoritas.

El bazar era único y el primero de su clase. Hoy hubiera hecho lamentable papel comparado con alguno de los inmensos establecimientos que parecen palacios y que han ido surgiendo con el tiempo. Pero en su época el "Baker Street Bazaar" era el establecimiento más notable de la capital. Tenía grandes vidrieras con asombroso despliegue de tentadores artículos expuestos allí para la venta. Había allí multitud de empleados, hombres y mujeres, un portero de librea para recibir con una reverencia cortesana a los clientes que descendían de sus carruajes y otro portero de librea para abrir la puerta y franquearles la entrada.

Otros establecimientos no habían ascendido todavía hasta esta nueva y hasta entonces sin precedentes, altura; y los que vendían muebles estaban indignados al ver que se vendían bajo el mismo techo, en la misma casa donde se ofrecía al público guantes, sedas o artículos de fantasía o que se exponía loza y porcelana junto con bastones, paraguas o calzado.

Pero T. C. Druce proseguía imperturbable el camino que se había trazado. No tenía nada de vulgar ni como dueño de tienda ni como patrón de empleados. Era de estatura superior a la mediana, de cabello castaño rojizo con algunas hebras blancas, de ojos grises, bondadosos pero muy astutos, de cejas espesas; tenía bigote y unas patillas muy abundantes, — moda de aquella época, — y llamaba la atención de todos en donde fuera que se presentaba. Todos los que trabajaban a sus órdenes le admiraban y creían que era capaz de desempeñar cualquier cargo, por alto que fuere. Si la Reina Victoria hubiera decidido distinguirlo con su personal clientela, hubiera encontrado a un igual suyo, para atenderle, en el "Baker Street Bazaar".

T. C. Druce era un tipo llamativo, autoritario, un genio y un misterio. Una tímida nueva empleada, que había sido encargada de vender artículos de fantasía tras de un mostrador, le encontró emocionante cuando él se presentó de repente, ante ella, como si hubiera brotado del aire, y le pidió que le dijera qué estaba haciendo allí.

—Se presentó como un aparecido, —declaró ella. — ¿De dónde salió? ¡No lo sé! Desapareció con la misma rapidez.

La empleada que estaba junto a la aludida, miró a ésta y se encogió de hombros.

—Siempre hace lo mismo, — dijo. — Una no sabe nunca dónde está y lo ve todo. Hay sótanos debajo de la tienda y puertas secretas. El se desliza sin ruido y aparece cuando menos se le espera. Poco a poco se acostumbrará usted a él. Nunca se sabe de dónde va a presentarse.

Era verdad. Tenía la costumbre de aparecer y desaparecer del modo más inesperado del mundo, por las innumerables entradas y salidas que tenía entonces el "Baker Street

Bazaar", estremeciendo a sus empleados hasta que éstos se acostumbraban a sus excentricidades y reconocían que, a pesar de ellas, era un buen patrón, generoso y atento.

—Es realmente muy bueno cuando usted ha llegado a comprenderlo; pero hay algo sobre lo cual es excesivamente susceptible y ese algo es su dignidad. Tiene usted que andar con sumo cuidado a ese respecto y sobre todo, debe cuidar de no dirigirle la palabra si él no le habla. Pero trátele usted como si él fuera el Papa y le irá bien.

Por la tienda, la gran figura pasaba con la lenta majestad de un rey en una procesión, desapareciendo al llegar a su habitación, situada al fondo, y cerrando la puerta.

Era una habitación lujosísima, muy bien amueblada, en la que no debía entrar nadie a determinadas horas, si el patrón no llamaba. Ni nadie, ni nada debía molestarle. La habitación tenía una puerta lateral por la cual podía entrar o salir sin ser visto, de modo que nadie podía decir si el patrón estaba o no, allí dentro.

Era pues un hombre reticente, austero, de excéntricas costumbres, ese T. C. Druce, — un enigma para sus empleados, un enigma para su familia, — que había aparecido de pronto en la vida de su esposa, de modo inesperado y que de modo igualmente inesperado había desaparecido años antes.

LA señora de Druce era ya una belleza en decadencia cuando reapareció su esposo. En su tiempo había sido hermosa, heredera de una familia de buena posición, "la más hermosa de Suffolk", pero había envejecido prematuramente durante algunos años de lucha por la vida y por sostener y educar a sus hijos. Quién o qué había sido su esposo, nunca lo supo ella en realidad, aun cuando, en la época de su casamiento, se había dicho que era hijo de un agricultor. Había sido un casamiento por amor tanto de parte de ella como de él y ella no se había ocupado de averiguar los antecedentes de su amado. No hizo ella caso de las observaciones de la familia y hasta desistió de otros sueños de fortuna. Se casaron llenos de ilusiones, con esperanzas de llegar a hacer una gran fortuna. Establecieron una tienda de telas en Bury St. Edmunds y contemplaron el porvenir como una sonrosada aurora. Pero los años pasaron y en vez de ver realizadas sus esperanzas se encontraron con el frío de la miseria y del fracaso.

La tienda de telas no fué un éxito. El matrimonio vió llegar a los hijos antes que a la clientela y la poesía de su vida comenzó a desvanecerse. El porvenir se presentó tenebroso. De pronto su ambiente se saturó de amargura y de desastre y T. C. Druce, repentina y silenciosamente, desapareció.

Pasaron los años y no volvió. La mujer logró salir de la pobreza y de la desesperación. Crecieron sus hijos. George, el mayor, estaba en vísperas de dedicarse a la marina, cuando, repentina y dramáticamente su padre surgió del pasado y se presentó a apoyar la mano en el hombro de su hijo.

La víspera del día en que el hijo debía partir, T. C. Druce se presentó como una aparición a bordo del buque en que la madre, después de vencer mil dificultades, había logrado colocarle. George tenía el pie en el umbral de su carrera cuando su padre le dió orden de abandonarla y le llevó en seguida a una casa de Edgware Road donde vivía, para educarle y cuidar de él.

Para los que conocían a T. C. Druce en aquel tiempo aquello fué tan solo una de sus muchas excentricidades a las que agregó una más, enviando a Bury St. Edmunds en busca de su hija Frances, y estableciéndola con George, en su casa, en Londres. No hizo caso ninguno de su esposa. Quizás dos años de fracaso y de tristeza, y los siguientes años de separación, habían disipado su primitivo amor; pues, aun cuando le fijó una pensión no la llamó nunca a su lado, como había hecho con sus hijos.

Excéntrico pues, dominador y raro, siguió viviendo a su modo. El bazar de Baker Street florecía y prosperaba. El éxito y la magnificencia relucían en los cristales de sus escaparates, en las relucientes puertas, en los grandes salones siempre llenos de gente, en todo el local repleto de una vida activa, como una gigantesca colmena que atraía multitudes de todas partes tal como la luna atrae las mareas.

T. C. Druce amontonaba riquezas. Cuando falleció su esposa la economía de la pensión que le pasaba fué una insignificancia para el monto de sus negocios. Pocos años después volvió a casarse, y George, volviendo a su primera vocación, el mar, y atraído como una aguja por el imán, por una "carrera tras del oro", un "goldrush" que llevó mucha gente a Australia, emigró y allí se estableció en el campo. Entonces Frances, la hija se casó y vivió a su modo. El gran bazar de Baker Street siguió funcionando como una máquina gigantesca, hasta que un día, los clientes, al acudir como de costumbre, de todos los ámbitos de Londres, hallaron la enorme tienda cerrada, reinando la desolación y el silencio donde había reinado la vida y el movimiento vertiginoso, y vieron unos carteles en las cerradas puertas y en los postigos de los cerrados escaparates.

Casi tan misteriosamente como había vivido T. C. Druce había muerto en Mill Hill, donde residía, desde la muerte de su segunda esposa, con un hijo. Se fué de la vida tan silenciosamente como había entrado y salido tantas veces de su habitación situada al fondo del "Baker Street Bazaar". Y casi pareció, años después, que había vuelto, pasando por una de sus misteriosas puertas secretas, con su característica y asombrosa brusquedad.

Dejó el establecimiento al hijo de su segunda mujer, pero con su desaparición se fué también algo del espíritu que animaba al famoso bazar. No recobró jamás la antigua animación y actividad y gradualmen-

te fué barrido por la marea alta del progreso y de la competencia. Lo antiguo se renovaba comenzaba a reinar lo nuevo y la figura de su primer propietario no estaba allí para defender la plaza.

II

DESCANSÓ tranquilamente en su tumba del cementerio de Highgate durante cerca de veinte años, cuando de repente se esparció por la capital la extraña noticia de que él no había sido nunca T. C. Druce, de que el excéntrico propietario del "Baker Street Bazaar" no había sido un vulgar comerciante, sino en realidad y secretamente, nada menos que el quinto duque de Portland, y de que el hombre a quien se suponía muerto y enterrado en 1864 era un mito, un nadie... ¡nada más que un poco de plomo y un rostro de cera!

Parecía tan increíble como fantástica esa noticia, pero con la aparición de la misma comenzaron a surgir pruebas en su favor, como pueden surgir los hongos al calor del sol. Y con la aparición de nuevas pruebas, el rostro, cansado y triste de una mujercita que vivía en una casa de huéspedes en un suburbio del norte de Londres, abandonó su expresión de ansiedad y recobró algo de la belleza que debía haber tenido en sus buenos años.

Anna María Druce había sido una joven muy bonita. Entonces su rostro a pesar de la energía de su mirada, tenía una expresión de pena y de ansiedad. La esperanza había dado algo de brillo a sus negros ojos, pero sin embargo siempre estaba en su imaginación un sentimiento de temor que sólo era disipado, a ratos, por el sonido de la voz de su amado hijo.

Este llegó un día, corriendo, escaleras abajo, en su busca, y la abrazó. Por aquel hijo estaba ella dispuesta a tener valor para luchar contra todos los adversarios, contra todo el mundo. El fué quien hizo que ella se aferrara al convencimiento, que ya la había conquistado, de que aquel muchacho, nieto del famoso T. C. Druce, era en realidad el Duque de Portland y por lo tanto heredero de los millones de Portland y de sus grandiosas propiedades.

Cómo y cuándo entró esa idea en su mente, es difícil decirlo, pero fué un aciago día para ella aquel en que oyó hablar por primera vez de la suposición base de todo: de que el ataúd que llevó a T. C. Druce de su casa de Mill Hill a su tumba, sólo contenía plomo y de que existía un misterio relacionado con el primer propietario del "Baker Street Bazaar", que valía la pena poner en claro.

Esposa de un hijo del segundo matrimonio de T. C. Druce, ella se propuso poner a prueba el hecho mencionado. Si la idea que comenzaba a caldear su cerebro era verídica, entonces su hijo, parecía, debía ser el actual Duque de Portland, dueño de millones y poseedor de uno de los más altos títulos y de las más extensas propiedades del reino.

Y cada paso que daba acumulaba más y más pruebas. El extinto Duque de Portland había sido tan excéntrico como el extinto propietario del "Baker Street Bazaar". Todos los detalles, en cuanto ella podía apreciarlos, parecían indicar que existía una relación entre los dos hombres, — si en realidad eran dos, — y sus vidas coincidían de tal modo que cuanto más se internaba en sus averiguaciones más se convencía de que extinto duque había fingido durante años, sin que nadie se diera cuenta de ello, ser T. C. Druce.

Había sido un hombre desdichado, el finado duque. Pocos hombres se vieron alguna vez más cruelmente burlados por el destino que William John Cavendish Scott Bentinck, quinto Duque de Portland. Poseedor de millones en dinero, dueño de muchos palacios, incluso la Abadía de Welbeck, de vastas posesiones en el campo y en Londres, y de unas rentas que aún otros duques podían envidiar, el Destino le había afligido con una enfermedad de la piel que hacía de su vida un constante propósito de huir de sus semejantes. Evitando el verlos con mórbida sensibilidad, llegó a hacer uso de los medios más curiosos. Gastó sumas colosales, en la abadía, en la construcción de túneles y de pasajes subterráneos, construyendo una galería subterránea para pasear a caballo, y, cuando llegó el ferrocarril a las inmediaciones, hizo construir un pasaje subterráneo de la abadía a la estación.

Su casa en Londres, — Harcourt House, situada a media milla del "Baker Street Bazaar", — estaba defendida de todas las miradas indiscretas de los vecinos por altas vallas de madera que la rodeaban; y allí también, su triste vida se desarrollaba lejos de la vista de la sociedad. No se casó y evitando siempre ser visto, se hizo de pocos amigos. Hasta evitaba que le vieran sus sirvientes y pasaban días y días sin que le viese ninguno de ellos. Escribía en pedacitos de papel las instrucciones para los sirvientes, informándoles así de lo que tenían que hacer. Había pasadizos que comunicaban su dormitorio con las demás habitaciones y que le permitían evitar que le vieran. A veces la única prueba de su presencia en Harcourt House, durante semanas seguidas, eran sus mensajes escritos, el desórden de las habitaciones que había ocupado, el consumo de las comidas que servían para él y el rumor de los pasos del hombre melancólico por los pasillos, rumor que significaba para todos que era necesario retirarse para evitar que el patrón les viera.

Pero aun cuando estuviera aislado de la vida por su cruel destino, se interesaba activamente por lo que pasaba. Leía los diarios, los libros llovían sobre él a montones, y los que trataban de negociar con él, — siempre por carta, — le encontraban amable, bondadoso, dispuesto siempre a tender las manos desde su espléndida tumba en vida, a todos los que se hallaban en apuros.

A raros y largos intervalos, — posiblemente durante algún temporario alivio de su dolencia, — había salido durante algún

tiempo para visitar algunos amigos y hasta se había hecho pintar un retrato al óleo para ponerlo en la galería de retratos de su familia, puesta en la abadía; y allí, en la actualidad aparece como una persona de rostro bondadoso, de mirada suave, con patillas de las llamadas "costilla de cordero".

Fué en esta triste, excéntrica y solitaria figura en la que Anna María Druce fundó las esperanzas de su hijo, suponiendo que el quinto duque de Portland y el propietario del "Baker Street Bazaar" habían sido una sola persona, es decir el duque, durante años, fingió ser T. C. Druce.

A primera vista era posible. Los relatos de sus vidas se combinaban del modo más notable. El duque, por ejemplo, no se hacía servir de comer más que dos veces, en Harcourt House cada día. La primera vez el desayuno, de mañana temprano, la otra la comida, a eso de las siete o las ocho de la noche. Un sirviente de confianza que había servido al duque durante más de diez años, declaró que nunca se le había servido de comer al duque a mediodía.

Druce, el del bazar, no hacía, en el local de su negocio más que una comida y ésta era la de las doce del día, la que el duque no hacía en su casa. Viejos empleados de Druce declararon que, por tarde que se quedara en Baker Street nunca se hacía servir de comer allí.

Después de comer, los sirvientes de Harcourt House no veían nunca al duque. Druce, por su parte, tenía la costumbre de verse con sus amigos íntimos por la noche. Así, pues, el duque podía fácilmente desempeñar el papel de Druce sin que nadie, de los de su casa, se percatara de ello. Nadie podía decir si el duque estaba o no en la cama, una vez cerradas las puertas de su dormitorio, pues daba orden de que no se acercara ningún criado como él no lo llamara.

TODO esto probaba o parecía probar que aquellos dos curiosos hombres eran uno y el mismo que desempeñaba un papel, que representó un tipo durante años, hasta que repentinamente cansado de ese papel de T. C. Druce, se hizo él mismo, objeto de un fingido sepelio.

Procurando encontrar pruebas, de todo esto, la señora de Druce pareció acercarse, cada día que pasaba, más y más a su meta. Uno de los primeros hombres que encontró fué uno que le manifestó que había trabajado en Holcombe House, — la residencia de T. C. Druce, — en la época de su muerte y que, en día antes del entierro vió un largo trozo de caño de plomo, que había sido sacado del techo, tirado en el jardín. El día siguiente al del entierro, había desaparecido.

—¡Además se necesitaron seis hombres para llevar el ataúd a la carroza! — dijo el hombre.

—Seis hombres... ¿pesaba mucho entonces? — preguntó la señora de Druce abriendo mucho los ojos. — ¿Plomo? — dijo en voz baja.

—¡Claro! ¿Qué iba a ser sino plomo? — dijo el hombre.

De todas partes llegó hasta ella una y otra nueva prueba. Se proveyó de periódicos, retratos, dibujos del duque y de Druce, examinándolo todo con gran interés. La esperanza fué intensificándose en su ánimo porque halló cierto parecido entre ambos. Esa esperanza se acentuó más todavía cuando varios testigos que habían conocido el bazar y su propietario, declararon que siempre habían creído que la barba de Druce era postiza. Añádase a esto que otro testigo dijo haber oído afirmar que el duque huía a veces de su triste existencia en Harcourt House disfrazándose con barba postiza y que cuando murió, — quince años después que T. C. Druce, — los testamentarios declararon haber hallado nada menos que quinientas pelucas y disfraces en las habitaciones del duque, y la prueba que ella deseaba, hallábase completa.

Todo parecía coordinarse admirablemente. Los que habían sido empleados de Druce podían atestiguar que su patrón desaparecía misteriosamente y de pronto aparecía como si brotara de la tierra; podían decir cuán original era su habitación particular. Los pasajes subterráneos del duque también daban colorido y parecían apoyar la afirmación que la señora de Druce deseaba hacer ante la sociedad a fin de presentar su reclamación y hacer que su hijo, el nieto del hombre misterioso de Baker Street fuera reconocido como duque de Portland e instalado en calidad de propietario, en la Abadía de Welbeck.

Las pruebas llovieron sobre ella y junto con ellas una declaración siniestra procedente de Baker Street y según la cual T. C. Druce había sido visto en el bazar, vivo, después de su muerte. Una de las vendedoras, según informaron a la señora de Druce, se había encontrado con él en uno de los pasillos cuando debía estar en su tumba. El verlo había impresionado tanto a la vendedora, que se había enloquecido y se hallaba internada en un manicomio.

Los rumores, los datos, fueron acrecentándose. Algo que parecía confirmar la teoría era la negativa terminante del pariente, dueño de la tumba del cementerio de Highgate a que se abriera el sepulcro.

—No oí jamás decir una tontería semejante en toda mi vida! — declaró él. — ¡No dejaré que profanen su tumba con un pretexto tan ridículo!

—¡Pero las razones que hay no tienen nada de ridículas! ¡Fíjese usted en las pruebas! — exclamó la señora de Druce con los ojos relucientes de indignación al pensar que los "derechos" de su hijo estaban enterrados allí, en el ataúd lleno de plomo. Si no tenía nada que temer ¿por qué no dejaba poner el caso en claro? ¿Por qué obstruía de ese modo el camino por el cual había de pasar su hijo para llegar a ser duque?

Estaba obsesionada, pensaba noche y día en que se la hacía víctima de una infame maldad. Su indignación era tanta como su furor y le impedía razonar con serenidad. Se consideró objeto de un agravio y día tras día

reunió en redor suyo a más personas que o estaban convencidas de que tenía razón o veían conveniencia en estar de su parte. La mujer fué de tribunal en tribunal, solicitando una y otra vez que se decretara la apertura de la tumba del cementerio de Highgate. Más y más amigos acudieron en su apoyo. Formaron una compañía para apoyar sus reclamaciones y ofrecieron a los que dieron su dinero para llevar adelante el pleito, una buena tajada de los millones de Portland cuando la reivindicación interpuesta por su hijo fuera legalmente reconocida.

Durante años y años prosiguió la lucha. El pleito alcanzó proporciones colosales. A veces un tribunal era inducido a ordenar la apertura de la tumba y precisamente en seguida otro tribunal, en apelación, cancelaba la orden. Se hizo un litigio de tira y afloja y la insistencia con que una parte pedía la apertura de la tumba sólo provocaba más irritable obstinación de la parte contraria, que afirmaba que no debía abrirse. Y Anna María Druce peleaba con toda su energía, con decisión que no flaqueaba un solo momento, con un valor incansable, que la hizo llegar hasta el instante en que se desplomó sobre ella el golpe más terrible que se pudiera imaginar: el convencimiento de que, aun cuando el duque de Portland y T. C. Druce hubieran sido una sola persona, el hijo por quien ella había luchado tan desesperadamente, no podría llegar, jamás a recibir un sólo penique.

III

LAS noticias sobre tan extraordinario pleito entre los descendientes del duque y los del tendero y sobre el laberinto de la vida de los dos, corrieron el mundo. Los diarios de todos los países del globo publicaron extensas crónicas con todos los datos sobre las sucesivas apelaciones ante los tribunales, pidiendo siempre la apertura de la tumba del cementerio de Highgate. Así llegaron esas noticias hasta los bosques de Nueva Zelandia y de Australia. Fueron hasta los bosques donde años antes el hijo mayor de Druce, el del primer matrimonio, se había establecido y recorrieron los mismos caminos solitarios y salvajes. Los mineros, los ganaderos de las extensas soledades leían los diarios línea por línea y uno de esos fué George Hollamby Druce, cuyo padre, algunos años antes, había llegado de Inglaterra, se había casado y se había establecido allí.

Este hijo, durante un tiempo, hizo una vida semisalvaje en pleno campo, entrevistándose con su vecino más cercano sólo los domingos; pero cansado de eso, se había dedicado a la cría de ovejas, después a buscar oro y, finalmente, se hallaba trabajando con su hermano, que le sobresaltó una mañana corriendo hacia él con un diario en la mano y el rostro rojo de emoción.

—¡Por el Diablo, George, me parece que tú eres el Duque de Portland! — gritó.

Si George Hollamby Druce creyó que su hermano había perdido súbitamente la razón no es cosa de sorprenderse.

—¿El duque... de qué? — preguntó.

—¡El duque de Portland! ¡Mira! ¡Lee lo que dice este diario!

Los dos leyeron las noticias, viejas ya de varias semanas. Juntos estudiaron los extraños detalles del pleito que se ventilaba ante los tribunales ingleses y lentamente se miraron los dos cara a cara.

Era como una escena de un drama, — imposible, inverosímil con, — a centenares de millas de distancia, — el escenario preparado para que él hiciera su presentación en él.

—Si es verdad todo lo que dicen, ese muchacho no tiene ningún derecho, — dijo George.

—¡No! Lo tienes tú. Tu eres el hombre. No cabe duda... Es decir, si nuestro abuelo era, efectivamente el duque. Debes ir a ver qué es eso, George.

Era necesario pensarlo un poco. La tumba del cementerio de Highgate no había sido abierta todavía y en cualquier momento podían abrirla y entonces o se perdía el pleito o el muchacho sería sucesor del Duque de Portland y de sus millones. Pero lo que parecía evidente era que el caso era digno de ser tomado en cuenta y George Hollamby Druce empezó por enviar a Inglaterra la noticia de que estaba vivo y luego se preparó para realizar el viaje y presentar su reclamación.

La noticia llegó con trágica rapidez a conocimiento de Anna María Druce y su banda de amigos, y a la gente que había puesto su dinero para que pleitearan ella y su hijo, convencida de que el muchacho era el heredero legal. Esto dió un golpe fatal a toda la combinación que habían preparado y tuvo por consecuencia la desesperación que provocó después el derrumbe de la señora de Druce. La mujer luchó hasta lo último, insistiendo en que se había de abrir la tumba, negándose a creer en lo fútil de la causa de su hijo; y en medio de todo esto murió, dejando tras de ella una muchedumbre de gente interesada en el caso, que se hizo cargo del asunto y siguió pleiteando convencida de que, al fin, serían suyos los millones del extinto Duque de Portland.

El caso siguió latente durante algún tiempo, acallado por la noticia de la existencia de un hijo del hijo mayor de Druce. Después volvió a tomar ímpetu cuando la llegada de éste a Inglaterra. Entonces por otros conductos, de otras procedencias, llegaron nuevas pruebas para demostrar que el duque y Druce fueron una misma persona.

Eran pruebas maravillosas presentadas por un señor de Nueva York, un anciano de setenta y un años de edad, el cual declaró que había conocido al duque hacía años. Había sido presentado a él, dijo, — y lo juró, — por un célebre médico londinense. El, — el testigo, que se llamaba Caldwell, — dijo que había sufrido de una enfermedad como la que afligía al duque y que había estado con frecuencia en la Abadía de Welbeck, que era tan íntimo amigo del duque que éste le había manifestado que fingía ser el propietario del "Baker Street Bazaar". En 1864, además, le había informado que estaba cansado de los

negocios y que se proponía abandonarlos. El, — Caldwell, — había presenciado cómo se había combinado todo lo del falso entierro y había visto con sus propios ojos, cómo ponían el plomo en el ataúd.

Semejante declaración era como para hacer que cualquier duque se diera vuelta en su tumba.

POR si eso no era suficiente, presentó aun más aplastante testimonio una señorita Robinson, procedente del otro lado del mundo. Ella, también, había leído en los diarios una crónica del proceso y se había sentido muy interesada. Ella, también, declaró que había conocido al finado duque. Cuando niña la habían presentado a él en el bazar, y entonces se enteró de todo lo referente a cómo representaba el papel del comerciante. Ella había actuado como secretaria suya, y después que el duque hubo enterrado a T. C. Druce y había terminado con él, ella fué a la Abadía de Welbeck y lo volvió a ver. A fin de probar la veracidad de tan asombrosa narración, la señorita Robinson presentó el diario de su vida y mostró anotaciones que contenían curiosas observaciones sobre gente tan famosa como el novelista Charles Dickens.

" Julio, 1869. — El señor Dickens está " escribiendo un nuevo libro. Escribe bastan- " te mal. Dice el señor Druce que el señor " Dickens se halla en plena decadencia ".

Según dijo la señorita Robinson, Charles Dickens era también amigo del misterioso personaje propietario del "Baker Stret Bazaar". El novelista le había escrito a ella advirtiéndole que tuviera mucho cuidado y no fuera a decir nada que pudiera influir en el sentido de que alguien se diera cuenta del secreto del duque.

Mayores pruebas se presentaron aún. Otra anciana, llamada Hamilton, de setenta y siete años, declaró que había conocido en su niñez al propietario del bazar. Este acostumbraba a visitar al padre de la testigo, que vivía en Gower Street. ¡Oh! ¡Eran sumamente amigos! A veces abandonaba su disfraz, se transformaba en el duque, y los invitaba a visitar la Abadía de Welbeck. Ella recordaba lo que le había molestado al duque una vez que, estando en la abadía, le llamó, inadvertidamente: "Señor Druce". Dijo la anciana, también, que había oido hablar al duque de matar al tendero haciéndole un fingido entierro.

Esos testimonios impresionaron a los que los oyeron; impresionaron a todo el mundo, y el pariente que seguía firme en su decisión de no dejar que profanaran la tumba, fué mirado como un hombre que hacía obstrucción al avance de la justicia. Los interesados en el caso decidieron dar un paso atrevido. La Compañía Druce decidió acusarle de perjurio, en cuyo caso no podría justificarse, venciendo a sus acusadores, más que accediendo a su pedido y haciendo abrir la tumba.

Compareció ante el tribunal de policía de Clerkenwell, ante el magistrado señor Plawden, y por el banco de los testigos desfilaron, uno tras otro: Richard Caldwell, la señorita Robinson y la señora Hamilton, que repitieron sus asombrosas declaraciones.

El dueño del sepulcro se defendió con la tenacidad que había demostrado durante varios años ante las demandas de la señora de Druce y su compañía. Había hecho todo cuanto había podido por evitarlo, pero aquella acción, de su parte, le ponía en situación de tener que ceder. Por lo tanto accedió a lo que durante tanto tiempo se le había pedido.

Pocos días después, bajo el cielo lúgubre de un día del mes de Diciembre, en el cementerio de Highgate, cerrado para todo el mundo, pero no para un grupo de escogidos testigos; un representante del "Surveyors Institute" dirigió solemnemente el descenso de la escultura de mármol a un lado del panteón y después hizo quitar los bordes de piedra y la lápida, y por último extraer y abrir el ataúd.

Fuera, en el camino, en medio de la niebla y de la llovizna, se había amontonado mucha gente esperando la señal, — el agitar de un pañuelo rojo o blanco, — que les diría si sus esperanzas o sus temores se habían realizado.

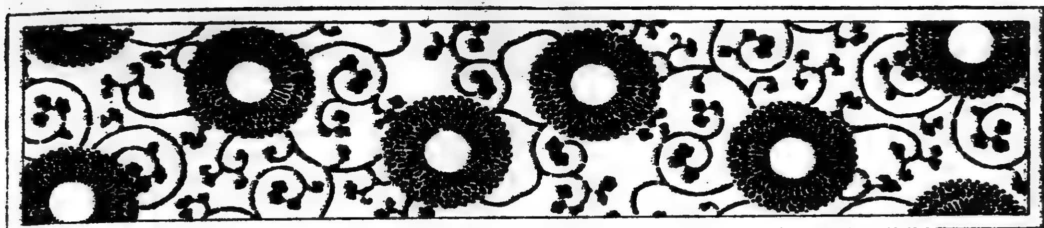
En torno del ataúd se inclinó un grupo de rostros solemnes, y en silencio, fué levantada la tapa, revelando, no el montón de plomo que tantos habían esperado, sino la silueta de un muerto cuyo rostro, cuando se retiró el pañuelo que lo cubría, ostentó ¡las aun bien conservadas facciones de Thomas Charles Druce!

¿COMO la pompa pinchada y desvanecida ya, había subsistido tanto, durante tan largos años? Es un misterio que no se explica. Se trataba de un asunto que encantaba a la tendencia infantil de la imaginación popular. — Un duque que se fingía tendero, lo de los pasajes subterráneos, misteriosos disfraces, el carácter excéntrico de Druce, todo contribuyó a sostener lo que en realidad era una de las invenciones más extraordinarias de los tiempos modernos, un maravilloso edificio de sueños rodó al abrir un ataúd que dejó ver, no un montón de plomo, sino el rostro de un hombre de escaso cabello castaño con algunos hilos blancos y una abundante barba.

Siguieron a la apertura de la tumba los procesos que era de esperar. La señorita Robinson y la señora Hamilton fueron acusadas de perjurio y de falsificación del diario de su vida. La policía pidió la extradición de Caldwell, que había huido a Nueva York en cuanto supo que al fin iban a abrir la tumba. Allí la enfermedad y tal vez su edad, le salvó de comparecer junto con las dos infelices mujeres, — ambas de más de setenta años, — que fueron sacudidas por el viento que hizo la pompa de jabón al estallar y fueron condenadas a prisión.

El magistrado señor Plowden, moviendo pensativo la cabeza, les dirigió algunas palabras que encierran mucha verdad.

—El amor a lo maravilloso está profundamente arraigado en la naturaleza humana y este caso presenta una vez más, asombrosas pruebas de la profundidad infinita de la humana credulidad. — dijo.



La Muerte de Capeto

(MEMORIAS DE UN PATRIOTA)

INTERESA y emociona, a la vez que atrae, de su primera línea a la última, el cuento, que un notable autor, llegado hoy al pináculo de su fama, escribió hace años cuando tenía su fantasía la frescura juvenil que se pierde a medida que se adquieren las condiciones que da la experiencia. Los lectores de "Pucky" hallarán, sin duda, en esta novelita un encanto peculiar y un estilo verdaderamente digno de la firma que lleva.

A principios del año 1792, vivía yo con mi amigo Teodoro en una de las buhardillas más altas de París, separado del resto del mundo por una tortuosa y empinada escalera de más de cien peldaños.

¡Qué época aquella!

Como lo mismo mi amigo que yo habíamos tomado parte activa en todos los acontecimientos más notables de la Revolución, gozábamos fama de patriotas, particularmente en los sitios donde se reunían los hombres más exaltados de entonces.

Desde el principio de aquella tormentosa y agitada época habíamos abandonado los pinceles y dejado de concurrir al estudio de nuestro maestro Pedro David, uno de los genios más populares de aquel tiempo.

La historia de Teodoro y la mía eran la de la Revolución.

Los dos habíamos hecho fuego en la toma de la Bastilla; el 10 de Agosto de 1792 fuimos de los primeros que penetramos en las Tullerías acuchillando a los suizos, y al pie de la guillotina victoreamos a la nación cuando rodó sobre el tablado la cabeza de Luis XVI.

Además, éramos asiduos concurrentes a las tribunas de la Convención para aplaudir a Danton y a Robespierre, nos honrábamos con la amistad de Camilo Desmoulins, cuyos escritos leíamos, y no nos acostábamos ninguna noche sin hojear antes algunas páginas de la "Enciclopedia" o del "Contrato Social".

Como hijos de aquella época éramos adoradores prácticos de la Revolución, a pesar de que a ésta debíamos el vivir en la mayor indigencia.

No eran aquellos tiempos los más favorables para el cultivo de las artes.

La gente sólo se fijaba en dos cosas; la guillotina y el fusil, y tenía puestos los ojos a todas horas en la Convención y en las fronteras.

En la una estaban sus representantes y en las otras sus defensores.

Durante el período revolucionario, Teodoro y yo solo trabajamos verdaderamente una vez y fué para restaurar bajo la dirección de nuestro maestro, el salón de sesiones de la Convención. Este trabajo, nos valió de parte de los representantes del país, más agradecimiento que dinero.

La falta de ocupación influyó directamente en nuestro bolsillo. De continuo nuestras bolsas estaban escuetas y nuestros vestidos a causa de su vejez tenían un aspecto deplorable.

Algunos años antes se nos hubiera tomado por mendigos, pero entonces estábamos lejos de ser víctimas de tal suposición, pues muchos hombres populares que en aquella época influían en la situación de Francia, presentaban poco más o menos un aspecto parecido al nuestro.

Yo no me resignaba a aquella vida miserable. Era aficionado, por razón de mi naturaleza, a los placeres y me agradaba más tener algunas monedas en el bolsillo y piropear a las muchachas de las tabernas, que andar casi harapiento, sentando plaza de virtuoso y de patriota incorruptible.

En cambio Teodoro se encontraba feliz en aquella situación.

No pensaba más que en la patria, y cada paso que ésta daba en el nuevo camino, le producía una vivísima satisfacción.

—Esto va bien, Nicolás, — me decía a cada instante; — Francia se dispone a difundir las luces de la libertad y el progreso por todo el mundo. Los tiranos pretenden ahogar a la Revolución en su cuna, pero no lograrán sus deseos, pues tiene que luchar con nosotros que estamos destinados a realizar la grande obra.

Yo no hacía gran caso de las palabras de Teodoro, y daba poca importancia a las obligaciones que como ciudadano republicano tuviera que cumplir.

Más a pesar de esto, mi amigo me arrastraba a todas partes, valido del ascendiente que su superioridad le daba sobre mí.

Teodoro como artista se encontraba a una altura envidiable. Era el primero entre todos los discípulos de David, y éste le quería como a un hijo. Jamás he visto en ningún cuadro la riqueza de colorido que poseía su pincel y la energía de sus toques.

Antes de que comenzara el período revolucionario, Teodoro pasaba gran parte del día en el estudio del gran maestro, completamente entregado al cultivo del arte y pintando las más de las veces alegorías de efecto sorprendente, que por lo regular representaban la libertad rompiendo las cadenas de los pueblos e iluminando al mundo.

Además se ocupaba en el decorado artístico de los grandes palacios, trabajo que le producía lo necesario para la subsistencia de los dos, pues yo por mi pereza o más bien por mis escasas facultades artísticas, apenas si lograba sacar de mi pincel un insignificante producto.

Teodoro, era, pues, quien me proporcionaba la subsistencia con su trabajo.

Eramos dos amigos verdaderos, o más bien, dos hermanos. A pesar de nuestra unión nos diferenciábamos bastante, tanto en lo físico como en lo moral. El era tranquilo, virtuoso y pensador; yo alborotado, libertino y escéptico; él adorador y sectario de las doctrias revolucionarias, y yo amigo solamente de los placeres.

En lo físico, como antes he dicho, tampoco éramos semejantes. Teodoro, delgado, pálido, de frente dilatada y mira recogida y penetrante; yo, fornido, rubio y sonrosado y con ojos en los que llevaba impresa el ansia del placer. Y a pesar de tales diferencias nos amábamos entrañablemente.

Todavía está fresco en mi memoria el recuerdo de aquella tarde en que se decidieron nuestros destinos. Yo estaba ocupado en pintar el tablero de la muestra de un bodegón de los arrabales. Su dueño, que era un exaltado "sans-culotte", tuvo buen cuidado de encargarme pusiera en ella el retrato de Marat, con la siguiente inscripción: "Venid al Amigo del Pueblo, o a la muerte".

Nuestra habitación tenía un marcado sello de desórden. En un rincón, la cama de la que disfrutábamos en común Teodoro y yo. En los demás extremos, montones de papeles y libros; las paredes cubiertas de grabados medio rotos; algunas sillas por el suelo, acompañando a la piedra de moler colores, la paleta y los pinceles, y en la ventana, entre los tiestos de flores, un cráneo humano que más que en estudios artísticos lo empleábamos para asustar a los vecinos.

Teodoro estaba fuera de casa desde por la mañana. Los días transcurrían para él en la Convención o en los clubs, donde peroraba algunas veces con aplauso de la concurrencia.

Cerca de las cinco de la tarde, cuando ya el sol comenzaba a esconderse tras los tejados de París envolviendo toda la ciudad en una pálida nube de oro, se oyeron en la escalera los pasos de Teodoro, que empujó poco después la entreabierta puerta y penetró en la buhardilla. Estaba más pálido que de costumbre; al entrar arrojó al suelo su sombrero con escarapela tricolor, y después comenzó a dar paseos por la habitación.

—¿De dónde vienes? — de pregunté sin interrumpir mi grosero trabajo.

—De la Convención. Acabo de oir un discurso de Danton.

—¿Tan elocuente como siempre, eh? —dije sin cesar de dar pinceladas en mi tablero de muestra.

Teodoro no me respondió; siguió paseando y al cabo de algún tiempo dijo con voz firme:

—¡Nicolás, es preciso que cambiemos de vida!

—¿Tienes dinero?

—Siempre eres el mismo. No te hablo de placeres sino de sacrificios que debemos hacer por la patria.

—Creo que hemos hecho los suficientes para que ella nos esté agradecida.

—¡Calla! El buen ciudadano no cumple con su deber si no ofrece la vida a la patria. De todas partes se amenaza a Francia: ¡hay que defenderla!

—¿Qué pretendes?

—Que nos alistemos como voluntarios y partamos a la frontera.

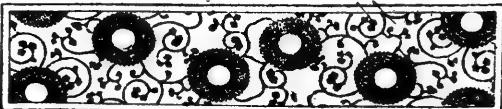
—Pero...

—No me respondan; tengo tomada mi resolución. Hoy todas las naciones se muestran hostiles a Francia y hasta la Vendée se levanta amenazadora. Estoy resuelto a cumplir mi propósito y si no quieres seguirme, quédate.

Yo conocía muy bien el carácter de Teodoro, sabía que era tenaz en sus resoluciones; así es que me limité a decirle después de rereflexionar un momento:

—Te sigo.

—No esperaba otra cosa de tí. Eres un verdadero hijo de la patria. Mañana saldremos de París para ingresar en el ejército del Rhin.



II

¡QUE entusiasmo el de los soldados de la República! Nunca pueblo alguno tendrá ejércitos como aquéllos, que faltos de toda clase de recursos y poco aveza-

dos a las fatigas de la guerra, llevaron a cabo con feliz término las más temerarias empresas.

Teodoro y yo estábamos incorporados a una de las más famosas medias brigadas que al mando de Hoche formaban el ejército de la frontera alemana. Nuestro estado era deplorable. Teníamos rotos los uniformes y casi convertidos en harapos por los rigores de la intemperie, y hacíamos las pesadas marchas poco menos que descalzos, pero en cambio nuestras armas estaban siempre limpias y prontas para la defensa.

Aquel general de veintiseis años, nos infundía un valor y una confianza heróicos. Junto a Hoche no experimentábamos vacilaciones, y nos sentíamos capaces de emprender las más arriesgadas aventuras.

Además, pensábamos a todas horas que estábamos investidos de la sagrada misión de defender nuestra patria, y esto nos dba fuerzas para resistir las largas marchas y aquellas noche frías y desapacibles en las que teníamos que acampar completamente al descubierto al pie de los Vosgos.

Teodoro era feliz con aquella existencia y hasta en ciertos momentos llegaba a sonreirse. La vida de soldado de la revolución le agradaba más que la de agitador de París. La compañía a la que él y yo perteneciamos, presentaba, como todo el ejército en general, un abigarrado conjunto de hombres de todas clases y edades.

En aquella época en que los hombres parecían surgir de debajo de las piedras para defender la libertad y la patria, no era extraño ver marchar empuñando el fusil en una misma fila a un muchacho de quince años junto a un anciano de sesenta. Todos sentíamos rebosar en el corazón el entusiasmo, y cuando éste comenzaba a extinguirse, mi amigo era el encargado de hacerle revivir. ¡Cuán grande se mostraba Teodoro en ciertos momentos en los que semejante a una vestal que removía el sacro fuego!

Todavía recuerdo con amargo placer la última noche que le ví. El día siguiente era el destinado para dar una terrible batalla. Los alemanes ocupaban las alturas de los Vosgos y a nuestro general le era preciso rompor sus líneas de defensa para reunirse con el ejército de Pichegrú.

Acampados al pie de los montes pasamos la noche, que, por cierto, era fría. Yo dormitaba envuelto en mi manta junto a una regular hoguera, oyendo, aunque amortiguados por las primeras nieblas del sueño, los chasquidos de los humeantes leños y los pasos de los centinelas. Teodoro estaba acostado junto a mí, y a la oscilante luz de las llamas, veía cómo sus ojos estaban abiertos y fijos en el oscuro cielo.

De pronto saliendo de la completa abstracción, levantó mi amigo un poco la cabeza y me llamó.

—¿Qué quieres? — le respondí.

—Nicolás, mañana me matarán.

—¡Bah! ¿Para darme semejante noticia me llamas?

—Sé lo que digo. Mañana a estas horas me contarán entre los muertos en el próximo combate.

—Pero, ¿qué motivos tienes para creer tal cosa?

—¿Tienes fe en los presentimientos?

—Ninguna.

—Pues yo tengo la seguridad de que en ciertos instantes el corazón nos anuncia lo que ha de suceder.

—¿Y crees firmemente que mañana vas a morir?

—Sí, amigo mío, y ese convencimiento me martiriza, tanto más, cuanto que veo me será imposible llevar a cabo el proyecto que hace tiempo acaricio en mi imaginación.

—¿Tu proyecto?

—Sí, hace tiempo que lo tengo y pensaba realizarlo así que terminase la guerra.

—Explicámelo.

—Es un regalo que pienso hacer a la patria. Tú recordarás perfectamente aquel momento en que hizo caer la cuchilla de la guillotina la cabeza de Capeto; pues bien, yo deseo pintar su cuadro que represente el instante en que Francia se libró por completo de los lazos de la monarquía. El tablado de la guillotina, el palpitante cuerpo de Luis XVI, la compacta y atronadora muchedumbre, la sangrienta cabeza y aquel cielo plomizo y tempestuoso, quiero que aparezca en mi cuadro tal como nosotros dos los vimos. Deseo hacer una obra que repita a los ojos de las venideras generaciones el espectáculo que presentó la venganza de un pueblo. Pero... desgraciadamente moriré mañana, me lo dice el corazón. ¿Ves esas montañas que a lejos se destacan en la oscuridad como monstruosos gigantes? En ellas moriré mañana. Comprendo que vas a decirme que esta afirmación no es más que un producto de mi fantasía; pero no Nicolás, te engañas si tal piensas, pues yo creo en los presentimientos con la misma seguridad que proclamo que existe ese algo superior a los hombres que unos llaman Dios y otros Ser Supremo. Amigo mío, yo moriré mañana, pero antes de dejar de existir quiero hacerte un encargo.

—Habla, ya sabes que soy tu hermano.

—Deseo que, puesto que mañana moriré, te encargas tú de realizar mi proyecto.

—¿Qué dices? Bien sabes que mis conocimientos artísticos son limitados y que no me siento capaz de delinear no el bosquejo de un cuadro, sino simplemente el de la más fácil figura. Yo sólo sirvo para pintar tableros para muestras y por lo tanto me siento imposibilitado de llevar a cabo tu encargo.

—¡Quién sabe lo que puede suceder! No sería extraño que alguna fuerza misteriosa te ayudara en la tarea.

Después de decir esto, Teodoro todavía hablamos algunos momentos hasta que por fin mi amigo, con aquel estoicismo que le era característico, se envolvió en su manta, acostóse, y poco rato después dormía tranquilamente como hombre libre de toda preocupación.

Al día siguiente apenas amaneció, los tambores con su ronco sonido mandaron formar a las brigadas republicanas. Allá en las alturas, a la blanquecina luz del alba, se vis-

lumbraba el ejército alemán, ocupando sus posiciones y esperando nuestra acometida.

En la agitación que reinaba en nuestros batallones se conocía que el combate no tardaría mucho en empezar.

De pronto sonó una terrible detonación. Era el primer cañonazo que nuestra artillería disparaba contra las posiciones enemigas.

Los alemanes contestaron, y entonces un terrible cañoneo entablóse entre los dos ejércitos. Nosotros, en correcta formación y arma al brazo aguardábamos la orden para escalar las abruptas faldas de aquellos montes y romper a la bayoneta las líneas enemigas.

¡Cuán diferentes era el aspecto que presentaban los dos ejércitos.

Arriba los alemanes parapetados en sus trincheras, bien armados y deslumbrándonos con sus brillantes uniformes. Abajo nosotros completamente a descubierto, hambrientos, fatigados, con los vestidos rotos, las polainas destrozadas, y escasez de municiones. Ellos soldados viejos, habituados al combate y endurecidos por las fatigas de la guerra, nosotros inexpertos reclutas y poco acostumbrados al ruido de las batallas.

Y a pesar de esto no sentíamos pavor porque la fe estaba con nosotros.

Entre un guerrero de oficio y un patriota entusiasmado, existen inmensas diferencias. Yo tenía a mi lado a Teodoro, que pálido y con ojos febriles, contemplaba alternativamente mi rostro y las alturas vecinas, mientras que con manos crispadas oprimía su fusil. En este instante, me pregunto qué era lo que pensaría entonces mi amigo.

De pronto vimos como una exhalación pasar por frente a nosotros un grupo de jinetes.

En el centro de él columbramos el penacho y la faja tricolor de Hoche y los anchos sombreros de los dos representantes de la Convención.

Inmediatamente se nos dió orden de avanzar. Todos bajamos a un tiempo horizontalmente nuestros fusiles y rompimos la marcha. Poco rato después nuestros piés hollaban las primeras asperezas de los montes cuyas crestas ocupaban nuestros enemigos.

Como de costumbre en todas las batallas de aquella época, cantábamos la Marsellesa, y, tal vez fuera ilusión más, pero nuestro canto vibraba en el aire con tan fuertes sonidos que no parecía sino que el himno saliera de boca de toda Francia.

¡Qué especie de soldados tan rara era la nuestra! Nos batíamos cantando. y tal vez a esta circunstancia era debido aquel arrojo para desbaratar a los enemigos, y aquella fiereza en el ataque, que nos era peculiar.

Yo no veía en aquellos instantes más que las filas de hombres que me precedían y los compañeros que marchaban a mi lado.

Mis ojos no tenían otra perspectiva que las brillantes bayonetas francesas y aquella bandera tricolor que excitaba mi entusiasmo y cuyo extremo asomaba por encima de los viejos tricornios.

Marchaba envuelto en aquel torrente que rugía el himno de la patria saltando peñas y salvando precipicios.

Era una gota de la hirviente marea de hombres que subía y subía para no parar hasta lo más alto de los Vosgos.

Una lluvia de balas caía continuamente sobre nosotros causando verdaderos estragos. Teodoro al oirlas silbar sobre su cabeza se sonreía al mismo tiempo que murmuraba junto a mi oído:

—Cualquiera de esas será para mí.

Poco distábamos ya de las posiciones enemigas. A través de las densas nubes de humo veíamos destacarse confusamente los negros montones de tierra tras los cuales asomaban las bocas de los cañones y las cabezas de nuestros enemigos.

De pronto, cuando ya sólo distábamos un centenar de pasos de las posiciones que íbamos a atacar, los jefes de nuestros batallones agitaron sus sables en el espacio y aquella fué la señal.

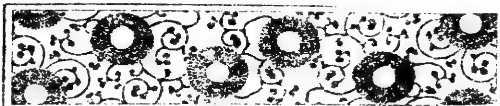
Apresuramos el paso, o más bien dicho, corrimos para arrojarnos sobre nuestros enemigos, y en el mismo instante de todas sus trincheras salió una formidable descarga

Una intensa y fugaz llamarada horizontal, luego un espantoso trueno, y por fin nos vimos envueltos en una nube de espeso humo.

Yo ví perfectamente como Teodoro cayó al suelo de bruces sin exhalar un solo grito, pero en el mismo instante la tierra pareció faltar bajo mis piés y vine al suelo.

Experimenté un agudo dolor en una pierna, mi vista se oscureció, mis oidos zumbaron, y sentí por fin caer sobre mi cerebro un velo de negras sombras.

Poco a poco dejé de escuchar el infernal estruendo de la lucha corporal entablada entre los dos ejércitos.



III

EN aquella batalla murió mi amigo Teodoro, y yo recibí un balazo en una pierna que me dejó inútil para siempre. Quedé cojo y a esta desgracia debí el no formar parte de los últimos ejércitos de la República, ni tampoco de los del Imperio que algunos años despues paseó Bonaparte victoriosos por todo el mundo.

Establecí mi residencia en París al abandonar el hospital y me entregué a una vida que por cierto no era semejante a la que llevaba antes de partir para la guerra.

Yo mismo reconocía a todas horas esta diferencia hasta en mis menores actos.

Aquel carácter alegre y ruidoso que me era peculiar había desaparecido y de continuo me sentía poseído de una cruel y eterna melancolía. Vivía humildemente, pues mis medios de existencia eran bastante mezquinos. Como antes pintaba tableros de muestras de tiendas, dibujaba grabados para revistas populares en los que por lo regular se ridiculizaba a Bonaparte, y alguna vez, llevado de una inocente audacia llegaba a atreverme hasta hacer retratos que me eran pagados con creces dado su valor artístico.

Yo seguía siendo un mal artista. Cada día mi mano era más torpe para el dibujo y los colores al ser trasladados al lienzo por mi pincel, ora se hacían excesivamente fuertes en los toques luminosos, ora sucios en los oscuros.

Muchas veces al tomar la paleta y disponerme al trabajo no podía menos que acordarme de Teodoro y de su talento artístico.

Y al refrescarse en mi memoria su trágico fin y aquel momento en que le ví caer a mi lado sin vida, me veía obligado a esconder la cabeza entre las manos y llorar copiosamente.

Una noche de invierno al ir a acostarme en mi pobre camastro, por no sé qué coincidencia extraña comencé a acordarme de Teodoro y de sus últimas palabras.

En aquel instante su encargo de pintar un cuadro que representase los últimos instantes de Luis XVI, surgió en mi memoria. Yo hasta entonces ignoro por qué motivo nunca había recordado tal encargo.

Aquella noche, dentro de mí sentía algo sobrenatural y en las sombras que mi pobre farolillo proyectaba sobre los desmantelados muros, creí entrever el perfil rígido del rostro de Teodoro.

Abrí el lecho y me acosté después de apagar la luz. En los primeros momentos permanecí inmóvil y en la oscuridad que envolvió mi habitación no distinguí nada.

Esto fué lo que más miedo me causó. Yo esperaba algo grande y sobrenatural, pues así parecía anunciármelo mi estado sobreexcitado y nervioso.

En aquellos instantes mi escepticismo había desaparecido y estaba poseído de un temor supersticioso.

Todo me asustaba y el roer de la carcoma en las viejas vigas, esos mil pequeños ruidos que engendra el silencio de la noche, y hasta las palpitaciones apresuradas de mi corazón, eran causas suficientes para que yo creyese oir pisadas de un sér sobrenatural que silencioso e invisible se acercaba a mi lecho.

En este estado de sobresalto mis ojos se cerraron y quedé profundamente dormido. ¡Qué noche! Jamás creo tener otra igual en la vida. ¿Qué soñé? Ni yo mismo pude explicármelo a la mañana siguiente. Mi memoria estaba enuvelta en opacos velos que en vano intenté romper. No recordaba nada, pero lo cierto es que me levanté nervioso y agitado y que al instante me dispuse para el trabajo.

Arrojé a un rincón las tablas llenas de pegotes de color que tenía a medio concluir con destino a varios establecimientos, y preparé un gran lienzo que hacía tiempo tenía en mi habitación.

Una hora después me encontraba ante él empuñando la paleta, y mi pincel corría sobre su superficie gris trazando con líneas negruzcas los contornos de figuras y edificios. Me sentía maravillado. Mi mano tenía una seguridad maestra, y trazaba líneas y curvas artísticas sin sufrir vacilaciones de ninguna especie.

Desde aquel día comenzó para mí una nueva existencia. Mi estado físico era anormal y verdaderamente sufría en mi interior una enfermedad desconocida. Devorado por una fiebre de actividad trabajaba sin descanso, y sólo abandonaba mi cuadro en el reducido tiempo que corría a un figón inmediato para saciar mis necesidades.

A excepción de este momento nunca salía de mi habitación. Por las noches al dormirme creía percibir algo sobrenatural, me parecía sentir sobre mi rostro un ligero roce cual de tenues alas, pero por fin me rendía el sueño y entraba en un mundo fantástico, en el que cual al día siguiente recordaba con vaguedad haber visto extraordinarios sucesos.

Conforme fuí avanzando en mi obra, aquellas sensaciones sobrenaturales fuéronse agotando hasta el punto de que al terminarle recobré mi carácter propio, experimentando una sensación parecida a la del que despierta de un extraño sueño.

Por fin mi obra llegó a estar casi terminada. ¡Cuántas cosas sentí durante mi ejecución! Muchas veces al ir a dar una pincelada de efecto falso que recordaba mis antiguos productos artísticos, los tableros de muestras de tiendas, sentía detenido mi brazo por una fuerza sobrenatural y otras mi mano era atraída por ciertos puntos del cuadro en los que faltaban algunas pinceladas que completaran la obra. Las figuras de ésta fueron poco a poco surgiendo del lienzo y por fin un día a los ardientes rayos del sol puede verle completo.

Cuando desde uno de los extremos de mi habitación abarqué de una ojeada su conjun-

to, no pude reprimir un grito de admiración y entusiasmo.

Allí, frente a mi mirada, estaba representado fielmente y con una naturalidad pasmosa, el momento de la muerte de Luis XVI.

Hubo instante en que me creí presenciando aquel acto, como si fuera un sueño todo el tiempo transcurrido desde entonces.

Yo veía perfectamente y con el tinte de la mayor realidad la muchedumbre abigarrada, las tropas de la República y las secciones de París arma al brazo, los tambores redoblando, las casas con sus ventanas atestadas de gente, el cielo lleno de nubarrones, y los labios de todos los hombres contraídos como para dar paso a un grito de triunfo.

Además, contemplaba el relumbrar de los sables de los gendarmes en derredor de la guillotina, y sobre el tablado de ésta se distinguía la cuchilla tinta en sangre, el cuerpo inerte de Capeto y la figura fornida y repugnante del verdugo enseñando la cabeza de aquél a la muchedumbre. Este pequeño grupo era la parte maestra del cuadro. Yo estaba asombrado de mi propia obra. Distinguí las gotas de sangre que titilaban a la punta de la cabellera del guillotinado y parecía que sus ojos vidriosos me miraban fijamente.

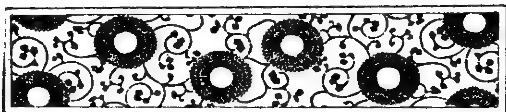
Yo sentía frío y calor a un tiempo; veía en mi obra algo sobrenatural que me causaba espanto.

De repente me estremecí al notar una cosa de que hasta entonces no me había apercibido.

El pueblo, los soldados, el verdugo, todas las figuras de mi cuadro tenían iguales rasgos fisonómicos.

Aunque diferentes en la expresión todos sus rostros poseían cierto aire como de familia que les hacía parecidos. Mi amigo Teodoro aparecía allí, ante mí en diferentes posiciones y vistiendo diversos trajes. Creí que todas las figuras se agitaban como queriendo desprenderse del cuadro, y, en un rincón, en el techo, o no recuerdo dónde, columbré dos ojos claros que me miraban fijamente.

Sentí frío en las entrañas, no pude resistir aquello, y caí víctima de un desvanecimiento.



IV

JAMAS volví a pintar una vez que acabé "La muerte de Capeto". Varias veces intenté ejercer el sublime arte, pero siempre tuvo que desistir. Era, como de antiguo, el mismo embadurnador de tableros de muestras.

Al contemplar los productos de mi torpe pincel dudaba de que yo fuese el autor de tan magnífico cuadro.

De la misma duda participaban todos mis compañeros en el arte.

Hoy llego a creer, en ciertos momentos, que aquella gran obra fué tan solo soñada por mí, y digo esto porque hace muchos años que ha desaparecido por completo.

En los primeros tiempos del Imperio me la compró por un precio relativamente módico, un antiguo jacobino, hacendado de provincias. Pero cuando cayó para siempre Bonaparte y los aliados se esparcieron por Francia, fué destruído el cuadro por unos emigrados realistas que se sintieron poseídos de sacra indignación ante el asunto que representaba. Además, a su dueño le valió el ser fusilado. ¡Que Dios le tenga en santa gloria, y que desde ésta me perdone, por ser yo, aunque remotamente, la causa de su muerte.

Hoy tengo ochenta años y todavía no he visto en ninguna exposición un cuadro que pueda igualarse con el mío.

Por eso digo a todos los que quieren oirme que cuadro como el de "La muerte de Capeto" sólo se ha pintado uno. Y al decir esto pienso en Teodoro, a quien considero su legítimo autor.

Todo lo cual me vale el que muchísimos me tengan por loco.

Vicente Blasco Ibáñez.

⁂ Las cucharas sucias de huevo se limpian muy bien frotándolas con sal fina.

⁂ Para limpiar los utensilios de hierro que se han herrumbrado, se frotan con cebollas cortadas por la mitad y se dejan así treinta y seis horas. Después la herrumbre saldrá con facilidad.

⁂ Cuando se pone una cortina de muselina en una varilla de hierro, conviene poner un dedo de guante viejo en la punta de la varilla y así se la podrá ensartar en la cortina sin dificultad ni tropiezo y sobre todo, sin peligro de desgarrarla.

⁂ Un cocimiento de hojas de hiedra suele quitar, si se frota con él, mediante un cepillo, la superficie de la tela, el brillo que tenga la ropa negra de paño.

⁂ Los limones se conservan mucho tiempo si se guardan entre arena de modo que no se toquen el uno al otro.

⁂ La arena seca es excelente para limpiar ollas. Es un error usarla mojada porque seca es mucho más eficaz.

⁂ Se asegura que las flores cortadas puestas en agua en la que se ha disuelto un poco de añil del que se usa para la ropa, tardan más en marchitarse que si están puestas en agua clara.

⁂ Un buen sistema de limpiar botellas de vidrio es cortar un limón sin pelar, en pedacitos pequeños, meterlos en la botella, echar agua hasta la mitad y sacudir bien un largo rato.



La noche de la evasión

por RAFAEL SABATINI

SE considera que la más famosa evasión que se haya llevado a cabo en el mundo, fué la de Casanova, de la cárcel de los Piombi, en Venecia. Ese suceso extraordinario es el que describe, con su maestría acostumbrada, en lo que va a leerse, el famoso escritor inglés Rafael Sabatini, cuyas producciones tanto han apreciado los lectores de "Pucky" en números anteriores.

LA influencia de algunos patricios había conseguido, en Agosto del año 1756 que le sacaran de la celda que había ocupado durante trece meses en los Piombi, — celdas llamadas así porque estaban en el último piso, mejor dicho en las buhardillas del palacio Ducal, junto a los "plomos", es decir a los techos construídos con grandes planchas de plomo, — que eran el peor sitio de la casa.

La celda que allí había ocupado no había sido mejor que la casilla de un perro y pocas veces recibía la luz del día. Además era tan baja de techo que un hombre de su buena estatura no podía estar de pie en ella. Pero su presente prisión era comparativamente espaciosa, aireada y bien alumbrada por una ventana por la cual podía verse a lo lejos la isla del Lido.

Sin embargo estaba desesperado y entristecido de la mudanza, pues ya tenía casi completos los preparativos para escaparse de su anterior encierro. El único rayo de esperanza que iluminaba su presente desesperación procedía del hecho de que la herramienta en la que confiaba, se hallaba todavía en su poder, escondida en el tapizado de la butaca de brazos que habían pasado para él, de una celda a la otra. Esa herramienta la había confeccionado él mismo con un pasa-

dor de puerta, de unos sesenta centímetros de largo, que había encontrado en un montón de desperdicios, en un rincón de la buhardilla donde se le permitía pasear para hacer ejercicio. Empleando a modo de piedra de afilar un pedazo de mármol negro hallado en el mismo sitio, había logrado transformar la varilla del pasador en una especie de afilado escoplo, espontón o palanqueta, con punta octógona.

Quedó la herramienta en su poder, pero no veía oportunidad de utilizarla en las circunstancias presentes, pues el desconfiado Lorenzo, el carcelero, había sospechado y todos los días, una pareja de arqueros recorría las paredes y el piso, para ver si sonaban a hueco. No golpeaban el techo, que era bajo y estaba al alcance de la mano. Pero se comprendía que no había que pensar en pasar por el techo de semejante modo, pues si se comenzaba a hacer un agujero, era necesario terminarlo y utilizarlo en el mismo día, pues cualquier comienzo de labor quedaría demasiado visible.

Por esto desesperaba de poder evadirse de una prisión donde había permanecido más de un año sin proceso y sin perspectivas de proceso, y en la que parecía destinado a pasar el resto de su existencia. Ignoraba en verdad hasta por qué le habían detenido. Todo lo que Giacomo Casanova sabía era que se le acusaba de turbar la tranquilidad pública. Era notoriamente conocido como un libertino, un jugador y un hombre cargado de deudas; también, — y esto sí que era más serio, — se le acusaba de haber practicado la magia, como en realidad lo había hecho, con el fin de explotar en provecho propio la credulidad y la tontería en todos sus grados. Hubiera podido explicar a los Inquisidores del Estado de la Serenísima República, que los libros de magia encontrados en su poder, — "La Clavícula de Salomón", el "Zecos-ben" y otros libros de igual clase, — los había coleccionado para estudiarlos como curiosos ejemplos de las aberraciones humanas. Pero los Inquisidores del Estado no le hubieran creído, pues los Inquisidores figuraban entre los que tomaban la magia en serio. Pero, de todos modos, no se habían tomado la molestia de pedirle una explicación; le habían hecho prender y le habían dejado como olvidado en aquella abominable y sucia celda de junto al techo de plomo hasta que un patricio, amigo suyo, había conseguido que tuvieran la bondad de pasarlo a un alojamiento, si no mejor, menos malo.

Ese Casanova era un hombre de nervios de acero y de constitución de acero. Alto y recio, era arrogante y hermoso, de bellos ojos negros y sedoso cabello castaño oscuro. Su edad no llegaba a más de de veintiun años; pero parecía mayor y lo era considerando que había reunido en sus pocos años de vida, mayor experiencia de la que tienen muchos hombres a los cincuenta años.

La misma influencia que le había conseguido el cambio de celda habíale conseguido el privilegio, — que él estimaba más que todo, — de que le proporcionaran libros. Deseando poseer las obras de Maffai, pidió al carcelero que se las comprara con dinero de la asignación que le habían concedido los inquisidores, de acuerdo con la costumbre veneciana. Esta asignación se graduaba según la situación social de cada preso. Pero como los libros eran caros y cualquier sobrante que hubiera de la suma mensual, era, según costumbre, propiedad del carcelero, Lorenzo no se mostraba muy dispuesto a comprárselos. Lo que hizo fué decirle que en el piso de arriba había un prisionero que tenía muchos libros y el cual, sin duda, tendría sumo placer en canjear con él, en préstamo, los que le interesaran.

Atendiendo esa indicación, Casanova dió a Lorenzo un ejemplar de la obra "Rationarium" de Peteau y recibió la mañana siguiente, en cambio, el primer tomo de Wolf. Dentro del libro encontró una hoja de papel en la que había escritos seis versos que constituían una paráfrasis del epigrama de Séneca "Calamitosus est animus futuri anxius". Inmediatamente se dió cuenta Casanova de que había hallado el modo de entrar en correspondencia con uno que podía hallarse dispuesto a ayudarle a salir de la prisión.

En contestación, pues era un pillastre muy instruído (había sido educado para vestir el hábito religioso), escribió seis versos también. Como no tenía pluma se cortó en punta la uña del dedo meñique y tajándola, le sirvió para lo que quería. Como tinta empleó jugo de moras. Además de los versos escribió una lista de los libros que tenía en su poder, y que ponía a disposición de su compañero de cautiverio. Ocultó la hoja escrita en el lomo de aquel volumen encuadernado en pergamino; y en la página primera, la del título, escribió una sola palabra latina: "Latet". La mañana siguiente dió el libro a Lorenzo el carcelero, diciéndole que ya lo había leído y pidiéndole que solicitara el segundo tomo.

Llegó el segundo tomo el siguiente día y en el lomo del mismo una larga carta, varias hojas de papel, plumas y un lápiz. El que escribía decía llamarse Balbi y ser un patricio y monje, que llevaba cuatro años en la prisión donde tenía entonces por compañero de celda al conde Andrés Asquino.

Así comenzó una correspondencia regular y copiosa entre ambos prisioneros, y pronto Casanova, — que no en vano había vivido de su picardía, — pudo darse cuenta de las condiciones de carácter de Balbi. Las cartas del monje demostraron que se trataba de una curiosa mezcla de sensualidad, estupidez, ingratitud e indiscreción.

"En la sociedad, — dice Casanova, — yo no hubiese tenido jamás relación con un individuo de su naturaleza. Pero en los Piombi estaba obligado a aceptar lo que se pusiera a mi alcance".

Lo que deseaba saber Casanova en aquella ocasión era si Balbi estaba dispuesto a hacer en su favor lo que él no podía hacer por sí mismo. Escribió, preguntando y proponiendo la fuga.

Balbi contestó que tanto él como su com-

pañero harían todo lo posible por escapar de tan abominable prisión, pero que su falta de recursos le hacía creer que era imposible realizar tentativa ninguna.

"Todo lo que usted tiene que hacer, — escribió Casanova en contestación, — es hacer un agujero en el techo de mi celda y sacarme de aquí confiando en que luego yo le sacaré de los Piombi. Si usted está dispuesto a hacer la tentativa, yo le daré los medios y le mostraré cómo debe proceder".

La respuesta era atrevida y característica de Casanova y le revelaba como el mismo temerario que había sido siempre para todo.

Sabía que la celda se hallaba situada exactamente debajo del techo de plomo y tenía esperanza de que una vez en ella le sería posible encontrar el modo de pasar al techo. La celda de Balbi se comunicaba con un estrecho pasillo, que no era más que un conducto para dejar que pasara aire y luz, que estaba sobre la celda de Casanova. En cuanto Balbi escribió accediendo. Casanova explicó lo que era necesario hacer. Balbi debía hacer un agujero en la pared de su celda pasando al corredor y, en el piso del estrecho corredor, abrir un agujero redondo en el suelo, — precisamente como había hecho Casanova en su celda anterior, — hasta que no quedara más que una delgada costra de cielo raso que pudiera romperse mediante media docena de golpes, cuando hubiera llegado el momento de huir.

Para empezar, ordenó a Balbi que comprara dos o tres docenas de estampas de santos y empapelara con ellas los muros de la celda, empleando las que fueran necesarias para ocultar el agujero que estuviera haciendo en la pared que daba al conducto lateral.

Cuando Balbi escribió que las paredes de su celda estaban bien adornadas con estampas de santos, se presentó el problema de enviarle la palanqueta. Esto era difícil y los planes que propuso el monje revelaron su innata estupidez. Por último la astucia de Casanova dió con el medio buscado. Pidió al carcelero Lorenzo que le comprara una edición "in-folio" de la Biblia que acababa de aparecer y fué en el lomo de ese enorme libro donde escondió su valiosa herramienta, que así llegó a manos de Balbi, el cual se puso en actividad inmediatamente.

Esto fué a principios del mes de Octubre. El día ocho de ese mes Balbi escribió a Casanova que había dedicado toda la noche al trabajo y que sólo había conseguido desprender un ladrillo. Tanto decepcionó esto al monje, que pensó en abandonar una tentativa cuyo único resultado sería ser descubierta y que tendría como consecuencia un aumento de crueldad en el régimen de su prisión.

Sin la menor vacilación, contestó Casanova que estaba plenamente seguro del buen resultado, aun cuando no tenía absolutamente razón ninguna en que fundar semejante seguridad. Aconsejó al monje que le creyera y perseverara, confiado en que, como él lo adelantaba, a medida que avanzara el trabajo, éste se haría más y más fácil. Así resultó realmente, pues pronto se encontró Balbi con que la mampostería cedía rápidamente a sus esfuerzos, a tal punto que una mañana, siete días después, Casanova oyó tres golpes sobre su cabeza. Estos tres golpes eran la señal convenida para asegurarse de que sus nociones sobre la situación topográfica de sus celdas en la prisión eran exactas.

Todo aquel día oyó cómo Balbi trabajaba sobre él y el siguiente día, cuando Balbi escribió, dijo que el piso no tenía más grueso que el de dos tablas y que esperaba completar el trabajo el siguiente día sin agujerear el cielo raso.

Pero se hubiera dicho que la fortuna se estaba burlando intencionalmente de Casanova, llevándole a lo más alto de las esperanzas para dejarle caer luego al abismo más profundo de la desesperación. Precisamente el día antes, la víspera de salir de su celda anterior le habían trasladado y ahora, cuando ya consideraba encontrarse en el umbral de la libertad, vino a presentarse un grave inconveniente.

Aquella tarde, temprano, se oyó el ruido que hacían, al descorrerse los cerrojos de la puerta y le heló la sangre en las venas, cortándole la respiración. Sin embargo tuvo serenidad suficiente para dar el doble golpe que habían convenido como señal para caso de alarma, de modo que Balbi suspendió instantáneamente su trabajo.

Llegó Lorenzo con dos arqueros que acompañaban a un hombrecito feo y delgado, de unos cuarenta a cincuenta años, pobremente vestido, con peluca redonda y negra y que, por orden del tribunal, debía, por el momento, compartir aquella celda con Casanova. Pidiendo disculpa porque tenía que dejar a semejante pillastre en compañía de Casanova, Lorenzo se retiró y el recién llegado se arrodilló, sacó del bolsillo un rosario y se puso a repasar sus cuentas.

Casanova observó al intruso con disgusto y desconfianza a la vez que con desesperación. Su desagrado se acrecentó cuando su nuevo compañero, — que dijo llamarse Soradici, — confesó con toda franqueza que era polizonte, espía al servicio del Consejo de los Diez, y defendió la honestidad de su cargo contra el desprecio con que le miraba todo el mundo, con evidente injusticia, en su opinión. Había sido reducido a prisión porque, sucumbiendo a la tentación, había admitido una suma de dinero y, sobornado por uno a quien debía prender, lo había dejado partir en libertad.

Es de concebir el estado de ánimo de Casanova ante la incertidumbre en que le ponía la presencia de ese monstruo, como le llamaba. Ya no podía pensar en recobrar la libertad, pues le amenazaba el peligro de que aquel hombre le denunciara. Escribió a Balbi aquella noche, mientras el espía estaba durmiendo y, por el momento, suspendieron sus trabajos. Pero no fué por mucho tiempo. Pronto la habilidad y la astucia de Casanova encontraron el modo de apro-

vecharse de la debilidad que había descubierto en Soradici.

El espía era devoto hasta la exageración y santurrón y crédulo hasta la superstición. Pasaba largas horas rezando y hablaba sumisamente de su devoción por la Santísima Virgen y de su ardiente fe en los milagros.

Casanova, — el archi-farsante que había hecho uso de la magia para explotar a los crédulos, — decidió realizar inmediatamente un milagro dedicado a Soradici. Adoptando una actitud de iluminado, informó solemnemente una mañana, al espía, de que había tenido un sueño en el cual le había sido revelado que la devoción de Soradici por el Rosario estaba a punto de recibir su recompensa; de que un angel sería enviado del cielo para sacarle de la prisión, y de que Casanova en persona, le acompañaría en la huída.

Si Soradici dudó, algo que pasó luego tuvo que convencerle. Porque Casanova profetizó la hora a la cual el angel se presentaría, rompiendo el techo de la celda y a aquella hora precisamente, — Casanova había advertido previamente a Balbi, — el ruido que hacía el angel en el techo hizo que Soradici cayera en un éxtasis de terror.

Pero cuando, al cabo de cuatro horas, el angel desistió de su trabajo, Soradici se sintió asaltado por vehementes dudas. Casanova le explicó que, como los ángeles, invariablemente adoptan la figura humana cuando descienden a la tierra, tenían que trabajar en las mismas condiciones que los seres humanos. Agregó que la profecía afirmaba que el angel volvería el último del mes, víspera del día de Todos los Santos,—dos días después, — y que entonces les sacaría del cautiverio.

De este modo se garantizó Casanova contra la traición que temía de parte del enteramente engañado Soradici, que se pasaba el tiempo orando, llorando y hablando de sus pecados y de la inextinguibilidad de la divina gracia. Para asegurarse doblemente, Casanova agregó el más terrible juramento de que, si mediante una sola palabra dicha al carcelero, Soradici procuraba hacer fracasar los propósitos divinos, él le estrangularía en seguida con sus propias manos.

El 31 de Octubre, Lorenzo hizo su visita diaria por la mañana temprano. Después de su partida esperaron algunas horas. Soradici estaba atemorizado, Casanova impaciente por entrar en acción. A las doce del día se oyeron golpes en lo alto y luego, entre un chaparrón de yeso y de astillas, el mensajero celeste descendió en los brazos de Casanova.

Soradici encontró que aquella figura alta, de larga barba, que vestía una camisa sucia y unos calzones de cuero, viejos, tenía un aspecto muy poco angelical; en realidad, su facha se asemejaba más a la de un demonio.

Cuando sacó unas tijeras para que el espía recortara con ellas la barba de Casanova que, igual que la del angel, había crecido durante el cautiverio, Soradici dejó de hacerse ilusiones sobre el origen celestial de Balbi. Aun cuando intrigado todavía,—puesto que no estaba al tanto de la correspondencia que había existido entre Casanova y Balbi, — se dió cuenta, con toda claridad, de que se habían burlado de él.

Dejando a Soradici custodiado por el monje, Casanova pasó por el hueco del techo y pasó a la celda de Balbi, donde el ver al conde de Asquino le descorazonó. Se encontró con un hombre de mediana edad de una corpulencia que haría imposible para él el hacer frente a las dificultades atléticas que se hallaban ante ellos; de esto parecía hallarse enteramente persuadido el conde.

—Si usted cree, — dijo al estrechar la mano de Casanova, — que va a poder salir el techo y descender desde los plomos a la calle, no veo cómo va a poder hacerlo sin tener alas. Yo no me siento con valor para acompañarle, — agregó. — Así que me quedaré aquí y pediré a Dios por el éxito de su empresa.

Sin intentar convencerle, lo que hubiera sido inútil, Casanova salió de la celda y acercándose lo más posible a la orilla de la buhardilla, se sentó donde podía tocar el techo en declive que casi le tocaba la cabeza. Con su palanqueta probó las maderas y las halló tan deterioradas que, al golpearlas caían hechas polvo. Convencido de que abrir un agujero por allí sería lo más fácil, volvió en seguida a su celda y allí se pasó las siguientes horas preparando sogas. Cortó las sábanas, las frazadas, las colchas y hasta el forro del colchón y después ató los trozos unos a otros con el mayor cuidado. Al terminar se encontró provisto de más de doscientas yardas de soga, lo que era más que suficiente para su propósito.

Habiendo hecho un envoltorio con el fino traje de seda que tenía puesto cuando le prendieron, su vistosa capa de seda, algunos pares de medias, camisas y pañuelos de bolsillo, él y Balbi subieron a la otra celda, obligando a Soradici a acompañarles. Dejando al monje preparando el paquete de su propio equipaje, Casanova fué a hacer el agujero del techo. Al anochecer ya había dejado al descubierto las planchas de plomo. Como no podía, sin ayuda, levantarlas, llamó a Balbi y entre los dos, con ayuda de su espontón, que Casanova metió entre el borde de la plancha de plomo y la canaleta, consiguieron, después de forcejar un poco, hacer saltar los clavos. Entonces, empujando con el hombro, levantaron el plomo lo suficiente para pasar y pudieron distinguir el cielo inundado por la vívida luz de la luna en creciente.

No se atrevieron a salir al techo con tanta luz, pues podían verles, así que decidieron esperar con toda la mayor paciencia posible, hasta las doce de la noche, hora a que se pondría la luna. Volvieron, pues, a la celda donde habían dejado al conde Asquino y a Soradici.

Balbi había enterado a Casanova de que el conde Asquino, aun cuando disponía de mucho dinero era muy avaro. Sin embargo como necesitaba dinero, Casanova le pidió al conde que le prestara treinta cequíes de oro. Asquino le contestó con toda amabilidad que,

en primer lugar, no necesitaba dinero para escapar; que, en segundo, él tenía numerosa familia; que, en tercero, si Casanova moría se perdería el dinero; y que, en cuarto, no tenía dinero.

"Mi respuesta, — escribe Casanova,—duró más de media hora".

—Permítame que le recuerde, — dijo Casanova terminando su discurso, — su promesa de rogar a Dios por nosotros, y permítame que le pregunte cómo va usted a poder rezar por el éxito de una empresa a la que se niega a contribuir facilitando los medios indispensables.

El conde fué conmovido por la elocuencia de Casanova a tal punto que le ofreció dos cequíes, que Casanova aceptó pues no se hallaba en situación de poder rechazar nada.

Poco después, mientras estaban sentados, esperando que se pusiera la luna, Casanova pudo comprobar que había apreciado tal como era, desde un principio, el carácter del monje. Balbi empezó a hablar y a acusarle de que él tendría la culpa de todo lo que pasara pues había obrado de mala fe al asegurarle que tenía preparado todo el plan de escapatorio. Ya había supuesto que todo había sido una jugada de parte de Casanova que, de otro modo, no hubiera podido salir nunca de su celda. El conde intervino entonces aconsejando que abadonaran la tentativa de evasión, pues estaba destinada al fracaso y lamentando los dos cequíes de que se había desprendido tan a la fuerza, argumentó largamente al respecto. Ocultando su disgusto, Casanova les aseguró que, aun cuando le era imposible indicar los detalles de cómo se proponía proceder, estaba enteramente convencido de que triunfarían.

A las diez y media envió a Soradici,—que había permanecido silencioso todo ese tiempo, — que fuera a ver cómo estaba la noche. El espía volvió diciendo que la luna no tardaría una hora en ponerse, pero que se estaba formando una neblina que haría muy peligroso el andar por el techo de planchas de plomo.

—Mientras la niebla no esté hecha de aceite, poco me importa, — dijo Casanova. —Vamos, haga un paquete con su hábito. Ya es hora de que nos pongamos en movimiento.

Pero al oir esto Soradici cayó de rodillas en la oscuridad, tomó las manos de Casanova y le pidió que le permitiera quedarse para rezar por ellos, pues estaba seguro de que encontraría la muerte si intentaba seguirles.

Casanova asintió en seguida, encantado al verse libre de aquel individuo. Entonces, en la oscuridad escribió lo mejor que pudo una carta dirigida a los Inquisidores del Estado en la cual se despedía de ellos diciendo que desde que había sido encerrado en la prisión sin que se le consultara lo que él opinaba al respecto, no podían ellos quejarse de que se fuera de la prisión sin preguntarles antes lo que ellos opinaban sobre su partida.

El bulto que contenía la ropa de Balbi y otro, hecho con la mitad de la soga, los colgó del cuello del monje, a la espalda y el monje le aseguró a Casanova sus envoltorios en la misma forma. Entonces, en mangas de camisa, con el sombrero puesto, los dos comenzaron su peligrosa jornada dejando que el conde Asquino y Soradici rogaran por ellos.

Casanova avanzó primero, a gatas y metiendo la punta de su espontón en las junturas de los planchas de plomo, para sostenerse, fué subiendo lentamente por el techo en declive. Para seguirle, Balbi se agarró con la mano derecha del cinturón de Casanova de modo que éste, además de avanzar, tenía que arrastrar trás el peso de su compañero trás sí por aquella cuesta del techo, que la niebla había puesto resbaladiza.

A mitad de aquella ascensión el monje le dijo que se detuviera. Había dejado caer el bulto con su ropa y esperaba que no hubiera rodado más allá de la canaleta del borde, aun cuando no dijo cuál de los dos había de ir a buscarlo. Después de todas las injusticias que le había oído a aquel hombre, la exasperación de Casanova fué tal, en aquel momento, — según lo confiesa, — que estuvo por darle un puntapie y enviarle trás del envoltorio. Dominándose, sin embargo, contestó pacientemente que ya no era posible corregir lo sucedido, y siguió subiendo.

Por fin llegaron a la cúspide del techo y se detuvieron, montados en ella, para descansar y examinar las inmediaciones. Se hallaban frente a varias cúpulas de la iglesia de San Marcos, que está unida al Palacio Ducal, pues no era en realidad, más que la capilla privada del Dux.

Arreglaron sus paquetes y, claro está, que al proceder así, el endemoniado Balbi perdió el sombrero que fué rodando por el techo trás del envoltorio que había perdido antes. Gritó que aquello era una mala señal.

—¡Al contrario! — afirmó Casanova con toda paciencia. — Es un signo de la protección divina. Si su paquete y su sombrero hubieran rodado hacia la izquierda en vez de rodar hacia la derecha, hubiesen caído en el patio y los guardias los hubieran visto, deduciendo en seguida que alguien debía andar por el techo, y nos hubieran descubierto. En cambio tanto su paquete como su sombrero han caído del lado del canal donde no pueden llamar la atención de nadie.

Ordenando al monje que esperara su regreso, Casanova emprendió solo una excursión de descubierta, siguiendo por la parte alta del techo. Pasó una hora de un lado para otro, pero sin descubrir nada conveniente, sin hallar ningún sitio al que se pudiera atar una soga. Terminó por pensar que o iba a tener que volver a la celda o que arrojarse de cabeza al canal. Se hallaba casi desesperado cuando le llamó la atención la ventana de una buhardilla, situada del lado del canal, en el declive del techo. Con infinito cuidado descendió por el inclinado techo hasta que estuvo a horcajadas del techo pequeño y horizontal de la ventana. Inclinándose hacia adelante todo lo que pudo, vió que una reja delgada tapaba la ventana. Aquella reja le hizo detenerse un momento a pensar.

Las campanadas de la media noche dieron en aquel momento en el reloj de San Marcos, recordándole que le quedaban siete ho-

ras durante las cuales debía vencer las dificultades que se le presentaron y conquistarse definitivamente la libertad o someterse de nuevo a la prisión en condiciones mucho más graves y molestas que antes, sin duda.

Tendido boca abajo y colgando fuera lo más posible a fin de ver lo que hacía, inclinó una punta de su herramienta entre la reja y el marco hasta que la reja, estuvo en sus manos. Después de esto era fácil abrir la ventana.

Habiendo hecho bastante y empleando como antes su espontón, se arrastró hasta lo alto del techo y fué rápidamente al sitio donde había dejado a Balbi. El monje, enteramente desesperado y enfurecido, recibió a Casanova con la mayor grosería porque le había dejado solo tanto tiempo.

—Estaba esperando que amaneciera,—terminó, — para volver a la prisión.

—¿Qué creía usted que había sido de mí? —preguntó Casanova.

—Me imaginaba que se había caído del techo, — dijo el otro.

—¿Y son sus groserías la expresión de la alegría que siente al darse cuenta de que se había equivocado?

—¿Dónde ha pasado usted todo este tiempo? — preguntó el monje en vez de contestar.

—Venga conmigo y lo verá.

Tomando de nuevo su envoltorio, Casanova guió a su compañero en línea recta hasta que estuvieron en línea con la ventana abohardillada. Descendieron al techo horizontal y entonces Casanova le mostró lo que había hecho y le consultó que era lo que convenía hacer para meterse por aquella ventana. Hubiera sido demasiado peligroso descender al borde de la ventana pues ésta estaba sin duda, a gran distancia del suelo. Lo mejor sería que uno de ellos descendiera al otro mediante una soga. Lo que no se comprendía era cómo podría bajar el segundo porque la situación de la ventana que era baja y chica, lo impedía. Así razonó Casanova.

—Lo mejor será que me descienda a mí, sea como sea, — dijo Balbi sin vacilación; pues estaba cansado del techo resbaladizo en el que un paso en falso podía costarle la vida. — Cuando yo esté dentro, usted puede combinar el modo de seguirme.

Semejante expresión del egoísmo de aquel hombre hizo que a Casanova le hirviera la sangre en las venas durante un momento. Pero como en las ocasiones anteriores, se dominó y, sin decir nada, comenzó a desenrollar la soga. Aseguró con un extremo los brazos de Balbi, hizo que el monje se pusiera boca abajo en el techo, con los pies para afuera y para abajo y así le fué descendiendo poco a poco, hasta que entró por la ventana. Hubo un momento en que se halló suspendido en el vacío a unos cincuenta pies. Esto extinguió todas las esperanzas de Casanova de descender desde el borde. Se sintió angustiado. Pero el monje, feliz al encontrarse por fin, fuera del maldito techo y lejos de todo peligro de desnucarse gritó a Casanova que le arrojara la cuerda que él cuidaría de ella.

"Como puede imaginarse, — dice Casanova, — tuve buen cuidado de no seguir tan disparatado consejo."

Sin saber qué iba a ser de él si no hallaba otros medios que no fueran los que tenía a su disposición, subió de nuevo a la cúspide del techo y volvió a ir de un lado a otro, en busca de algo. Esta vez tuvo más suerte que la anterior. Halló junto a una cúpula, en una pequeña terraza que no había visto antes un balde de cal, una llana y una escalera de setenta pies de largo. Consideró solucionadas sus dificultades. Ató el extremo de la soga a uno de los peldaños, pasó la escalera de plano en el techo y retrocedió arrastrándola hasta que estuvo de nuevo en línea con el techo de la ventana.

Pero la dificultad consistía en pasar la escalera por la ventana. Casanova se arrepintió entonces de haberse privado tan pronto de su compañero. Descendió la escalera hasta que uno de sus extremos estuvo apoyado en el techo de la buhardilla mientras el otro se proyectaba veinte pies fuera del techo. Se deslizó hacia el techo y colocando la escalera a su lado, la levantó hasta que pudo alcanzar al octavo peldaño. A este ató su soga. Descendió entonces la escalera hasta que su extremo superior estuvo al nivel de la ventana, en la que procuró meterla. Pero se encontró con que no podía hacerla entrar más que hasta el quinto peldaño pues a esa altura la escalera tocaba con el techo, por la parte de dentro y no podía ser introducida más adentro si alguien no la inclinaba hacia abajo. El único modo de hacer esto era levantar el otro extremo de la escalera.

Se le ocurrió que podría hacerlo atando la cuerda de modo que sostuviese a la escalera junto a la ventana y descendiendo él entonces mano tras mano, hasta el piso de la buhardilla. Pero procediendo así tendría que dejar la escalera puesta y sus perseguidores verían, la mañana siguiente, por donde se había ido o mejor dicho, el sitio donde talvez todavía estuviera escondido. Habiendo luchado tanto no quería dejar ningún detalle que representara peligro futuro. Para realizar su propósito, entonces, se dirigió a la orilla del techo, deslizándose cautelosamente boca abajo hasta que estuvo sujeto por los pies en la canaleta de mármol. La escalera estaba entonces sujeta, por uno de sus peldaños, al borde de la ventana, de modo que no podía deslizarse.

En esa peligrosa postura, levantó el extremo de la escalera unas pocas pulgadas y así logró meterla un pie más en la ventana, con lo que su peso disminuyó mucho. Si lograba hacerla entrar un par de pies más, sentíase seguro de que, volviendo al borde, podría completar la obra. En su ansioso deseo de hacer esto y conseguir la necesaria elevación, se alzó apoyando las rodillas.

Pero en el mismo instante de hacer el esfuerzo se deslizó y agarrándose desesperado al deslizarse, pasó del borde del techo. Y se encontró allí, colgando de las manos sobre el

horrible abismo y apoyando los codos en el borde de modo que lo tenía al nivel del pecho.

Fué un momento de terror que recordó toda su vida, a pesar de que fué esta abundante en peligrosas aventuras. Durante cincuenta años no pudo escribir o hablar sobre aquel instante sin que le temblara de horror todo el cuerpo.

Durante un momento colgó, respirando jadeante, después, casi máquinalmente, guiado por aguzado instinto de conservación no sólo intentó sino que consiguió elevarse hasta ponerse de costado en la canaleta. Continuó elevándose poco a poco hasta que tuvo el pecho a la altura del borde, arrojó el peso de su tronco hacia el techo, y lentamente, levantó la pierna izquierda hasta que pudo, con la rodilla, apoyarse más en la canaleta. Lo restante fué sencillo y es fácil poder concebir cuál sería su estado cuando se quedó tendido a la orilla del techo, respirando jadeante y estremeciéndose de vez en cuando, hasta que reconquistó la normalidad de la respiración y de los nervios.

Mientras tanto, la escalera, empujada hacia dentro por el golpe que había estado a punto de costarle la vida, había penetrado tres pies más en la ventana y estaba sujeta en ella, inmovible. Cuando hubo recobrado la serenidad, tomó su palanqueta, que había dejado en la canaleta y ayudada por ella, volvió a subir al techo horizontal de la ventana de la buhardilla. Casi sin nueva dificultad, consiguió colocar la escalera de modo que mediante su propio peso, se colocó en su debido sitio.

Un momento después se unía a Balbi en el interior de la buhardilla y juntos avanzaron a tientas en la oscuridad hasta encontrar una puerta. Pasaron a otro cuarto en el que había muebles, según se enteraron tropezando con ellos. Guiado por la débil luz reinante, Casanova fué a una de las ventanas y la abrió. Miró hacia el oscuro abismo, pero no conocía el sitio y no tenía afición a aventurarse por regiones desconocidas, así que desistió de descender por allí. Cerró de nuevo la ventana y pasaron a otra habitación donde puso los envoltorios en el suelo y se acostó, a esperar el amanecer.

Tan agotado estaba, no sólo por los esfuerzos de las pasadas horas y por la terrible experiencia que los había coronado, sino también por que en los dos últimos días casi ni había comido ni había dormido que en seguida, con gran indignación de parte de Balbi, se quedó profundamente dormido.

Le despertaron tres horas y media después las clamores y las sacudidas del exasperado monje. Aformando que dorma en semejante momento era algo inconcebible, Balbi le dijo que había dado las cinco.

Aun era de noche pero había un poco de luz que permitía ver confusamente los objetos. Buscando, Casanova halló otra puerta. Estaba cerrada pero la cerradura no resistió a unos golpes dados con el espontón. Entraron en un cuartito más allá del cual había, según vieron por la puerta abierta una galería con estanterías llenas de casilleros con rollos de pergamino. Aquello debía ser el archivo. Al final de la galería hallaron un tramo de escalera y más abajo otro, que les llevó a una puerta de cristales. Abriendo esta entraron en lo que Casanova reconoció en seguida con la cancillería ducal. Descender de una de sus ventanas hubiera sido fácil, pero se hubieran hallado en el laberinto de callejuelas y plazoletas de atrás de la iglesia de San Marcos y esto no les convenía.

En la mesa, Casanova halló el punzón con mango grande, de madera, que los secretarios usaban para pinchar los pergaminos que habían de ser atados mediante la cinta con los sellos de plomo de la República. Abrió un escritorio y encontró una carta dirigida al Provisor de Corfú avisándole que se le remitían tres mil cequíes para refacciónar la fortaleza. Buscó los tres mil cequíes, pero no lo encontró.

Separándose del escritorio fué hasta la puerta y la encontró cerrada con una cerradura que resistiría a los bolpes. No había más recurso que sacar uno de los tableros de la puerta y a esto se dedicó scin vacilación. Ayudado por Balbi que se había armado del punzón pero que temblaba porque los golpes que daba Casanova hacían mucho ruido. Esto era peligroso pero era necesario desafiar el peligro porque había que salir de allí. Media hora después el tablero estaba fuera de su sitio. El hueco quedaba en alto. Acercaron unos taburetes. Casanova hizo que Balbi pasara primero y después de arrojar los envoltorios por el hueco, pasó él, no sin desgarrarse la ropa en las puntas irregulares de la madera.

Después de eso descendieron dos tramos de escalera y por fin llegaron a la galería que conducía a las grandes puertas que se abren sobre la magnífica escalinata llamada la Gradería de los Gigantes. Esas puertas,—las puertas principales del palacio, — estaban cerradas y una sola mirada convenció a Casanova de que únicamente a hachazos podrían abrirse. No quedaba nada qué hacer.

Con una resignación que a Balbi le pareció cínica, Casanova se sentó en el suelo.

—Mi tarea ha terminado, — dijo. — Ahora corresponde al Cielo o a la casualidad, el hacer lo que falta. No sé si vendrán hoy los limpiadores del palacio por que es día de Todos los Santos o mañana que es día de Todas las Animas. Si alguien viene saldré corriendo en cuanto la puerta se abra y usted hará bien en seguirme. Si no viene, nadie. no me moveré de aquí; y si me muero de hambre, tanto peor.

Fué este un discurso que enfureció al monje. Muy acalorado increpó a Casanova llamándole loco y farsante. Casanova dejó que se desahogara. Daban las seis. Hacía una hora que habían salido de la buhardilla.

Balbi con su chaleco de franela roja y sus pantalones de cuero oscuro, podía tener el aspecto de un aldeano, pero Casanova, con la ropa desgarrada y manchada de sangre

tenía un aspecto tan horrible como sospechoso. Procedió a arreglarse lo mejor que pudo. Con un pañuelo que desgarró, se vendó las heridas. Después sacó del envoltorio su traje de seda, de verano, que en un día de invierno como aquel le haría, sin duda, notar, en la calle.

Se arregló el cabello, se puso unas medias blancas y luego tres camisas de hilo, una sobre otra. Dió la capa de seda a Balbi que, con ella puesta inspiraría a todo el que le viera la idea de que la había robado.

Vestido así, con su sombrero de felpa de España, de tres picos, puesto, Casanova abrió una de las ventanas y miró hacia fuera. En seguida le vieron unos holgazanes que estaban en la ancha acera y asombrados ante la presencia de un tipo así en el palacio, creyeron que había tenido que quedarse encerrado el día anterior, y fueron a dar aviso al portero. Mientras tanto, Casanova, enfadado consigo mismo por haberse dejado ver donde creía que no le vería nadie, se retiró de la ventana y fué a sentarse junto al monje que le recibió con nuevas recriminaciones.

Un fuerte ruido de pasos y el entrechocar de unas llaves interrumpió los reproches de Balbi. Rechinó la cerradura.

—¡No diga una palabra! — dijo Casanova al monje. — Sígame y nada más.

Teniendo prevenido su espontón, oculto bajo la ropa, se acercó a un lado de la puerta. Esta se abrió y el portero, que había acudido solo y sin sombrero, miró estupefacto a Casanova.

Casanova aprovechó la ventaja que le daba aquel momento de asombro y quietud. Sin decir una sola palabra salió por la abierta puerta y seguido de Balbi descendió los escalones de la gradería, en un segundo, cruzó la plazoleta, llegó al canal, metió a Balbi en la primera góndola que vió y se embarcó tras él.

—Quiero ir a Fusino rápidamente, — dijo al de la góndola. — ¡Llame a otro remero!

Un momento después la góndola surcaba el canal. Vestido con su traje fuera de estación acompañado por una figura aun más ridícula, como era la de Balbi, con la vistosa capa y sin sombrero, el gondolero debió figurarse que Casanova era algún charlatan o un astrólogo.

La góndola pasó por delante de la aduana y siguió por el canal de la Giudecce. A mitad de este canal estaban cuando Casanova sacó la cabeza por la ventanilla de la pequeña cabina y se dirigió al remero que iba en la popa.

—¿Cree usted que estaremos en Mestre dentro de una hora? — preguntó.

—¿Mestre? — exclamó el gondolero. —Pero usted dijo Fusine.

—No, no, dije Mestre... y si dije Fusine fué creyendo que decía Mestre.

La góndola fué, pues, dirigida hacia Mestre por un gondolero que lo mismo se hubiera dirigido a Génova, si se le hubiese indicado.

El sol se iba elevando y del agua se levantaba una tenue neblina. La mañana era deliciosa, según dice Casanova y sospecho que nunca mañana ninguna le pareció a aquel audaz, insinuante y simpático pillastre, tan agradable como aquella en que reconquistaba su libertad, que nadie avaluaba más que él mismo.

Ya se sentía, yendo en la góndola, espiritualmente fuera de las fronteras de la República de Venecia y sentía impaciencia por encontrarse materialmente donde no pudieran detenerle los esbirros venecianos. No tardó en hallarse en otra tierra donde pasó por cierto muchas vicisitudes que no es del caso recordar en esta narración destinada exclusivamente a presentar el cuadro de la más famosa de las evasiones que figuran en las páginas de la historia.

Fin de la noche de la Evasión

¿Toma usted Chocolate?

CON seguridad ni uno solo de los lectores de "Pucky" habrá dejado de saborear alguna vez en la vida una sabrosa taza de chocolate, ya haya sido del espeso chocolate "a la española", ya del espumoso preparado "a la francesa". Pero ¿sabe alguien que ese delicioso brevaje es cosa enteramente nuestra y que en América se inventó? Sin duda, pero fácil es que ignoren los detalles de la antigüedad de chocolate que a continuación van a leerse tal como los ha reunido un venezolano muy al tanto de esas cosas.

S el cacao, sin duda uno de de los frutos más preciosos de América. Y se explica fácilmente que al ser conocido en Europa desde 1532, bajo la deliciosa y nutritiva forma del "chocolate", no se extendiese su uso tanto como su fama por el precio exorbitante que tuvo durante más de un siglo; la espumante jícara no se servía sino en la mesa de los ricos, pero con tal afición que llegó a suscitar controversias en el terreno de la medicina sobre sus cualidades y hasta en el de la moral, porque los jesuítas entre los cuales merece citarse Tomás Strozzi, que lo elogió en versos latinos, eran de opinión que la nueva bebida no quebrantaba el ayuno, lo que probó en un tratado especial el cardenal Brancacio, a tiempo que el médico inglés Stabs sostenía que se sacaba más sustancia de una onza de cacao que de una libra de carne de vaca o de carnero.

En fin, el cacao, como toda novedad interesante, halló opositores, pero tan pocos y débiles, que el consumo aumentaba de día en día a pesar de su costo extraordinario.

En el propio Méjico cada libra de cacao valía cerca de ocho reales de plata, y se gastaba, en la preparación del chocolate, más de doce millones de libras de azúcar (1).

Como se verá el uso del cacao como bebida indígena no era una especialidad de los pueblos de origen tolteca y azteca, según se ha creído hasta el presente, pues que también existía el "chocolate", con el nombre de "chorote", en las cordilleras de Mérida y Trujillo, en Venezuela que etnográficamente formaban parte del vasto imperio "muisca".

Ha contribuido a afirmar esta creencia la falta de conocimiento de dichas cordilleras, en lo que atañe a su etnografía histórica, no menos que la opinión de Humboldt, quien no llegó a visitarlas; y por ello es explicable la inexactitud de su juicio al referirse al "chorote", en la relación de su viaje por Venezuela.

" No hemos encontrado ninguna tribu del " Orinoco que prepare una bebida con el " garno del cacaotero; los salvajes chupan " la pulpa de la vaina y arrojan los granos " que se encuentran a menudo en el mismo " sitio en que ellos han vivaqueado. Aun- " que en la costa se mira el "chorote", que " es una infusión de cacao extremadamente " floja, como una bebida muy antigua, nin- " gún hecho histórico prueba que los indí- " genas de Venezuela hayan conocido el cho- " colate o alguna otra preparación del ca- " cao antes de la llegada de los españoles. " Me parece más probable que las planta- " ciones de los cacaoteros han sido hechas " a imitación de las de Méjico y Guatemala " y que los españoles habitantes de Tierra " Firme han enseñado el cultivo de los ca- " caoteros resguardándolos en su juventud " con las hojas del erythrina y del banane- " ro, la fabricación de las pastillas o ladri- " llos de "chocolate" y el uso de la bebida " del mismo nombre por sus comunicacio- " nes con Méjico, Guatemala y Nicaragua, " tres países cuyos habitantes era de ori- " gen tolteca y azteca ", dice Humboldt en " su "Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente", libro V., Cap. XVI.

(1) Oexmelin, citado por Moreri en su "Diccionario Histórico" — El cacao era carísimo aun antes de la conquista. Fernández de Oviedo dice que en Nicaragua servía de moneda: un esclavo valía 100 granos y un conejo 10. — "E no lo usan sino los poderosos e los que lo pueden hacer, porque la gente común no usa ni puede usar en su gula o paladar tal brevaje: porque no es más que empobrecer adrede o tragarse la moneda o echalla en donde se pierde"



SI el ilustre sabio hubiese visitado las cordilleras andino-venezolanas o tenido a la vista la "Historia de la Provincia del Nuevo Reino de Granada", por Alonso de Zamora, habría afirmado lo contrario, pues es un hecho cierto que la bebida indígena llamada "chorote", es originaria de tales regiones; y hoy mismo, transcurridos casi tres siglos y medio de su conquista por los españoles, el chorote se prepara lo mismo que entre los indios, salvo el ingrediente del dulce o azúcar, que éstos no empleaban y que ahora se le mezcla por lo general, aunque en algunos lugares de Venezuela todavía se usa sin dulce o "cerrero", valiéndonos de este provincialismo con que suelen distinguirlo por antonomasia. (2)

" Lo más memorable de esta Governación (Mérida) es aver participado de ella este Reyno el uso del chocolate, bebida que usaban los indios desde su antigüedad, como también los mexicanos. Tostaban los granos del cacao, y molido lo sacaban al fuego la grasa, que llaman oy manteca de cacao, de cualidad frigidísima: era de tanta estimación, que con ella daban sahumerio a sus Idolos. Bolvían a moler lo que restaba en la vasija y era su regalada bebida con nombre de chorote.

" Quando entraron los españoles, lo empezaron a componer con algún dulce. Después lo fueron sublimando, hasta llegar al punto tan sazonado que tiene oy en todo el mundo la celebrada bebida del chocolate. Su estimación aumenta los caudales de aquella Governación, por ser toda ella fertilíssima y llena de plantajes de cacao, como también del tabaco celebrado de Varinas; y de ambos géneros hay continuos tratos con las embarcaciones de Europa y Nueva España, que vienen todos los años a la laguna de Maracaybo, término de esta Governación", dice fray A. de Zamora en su "Historia del Nuevo Reyno de Granada", libro III, capítulo XVIII.

Fr. Pedro Simón, pintando las costumbres de los cuicas, habitantes primitivos de Trujillo, colindantes de los timotes de Mérida, dice lo siguiente:

" Hay muchos jeques y hechiceros que hablan con el diablo, a quienes les manda le ofrezcan quemado en braserillos de tierra las grasas del cacao; para lo cual lo muelen y cuecen (que los españoles llaman chorote) y dejándole enfriar se cuaja encima la manteca, muy blanca, la cual cogen y le ofrecen como se lo mandan, por ser la cosa mejor que tienen los indios". —Fr. P. Simón, "Noticias Historiales", 1a. parte, 5a. noticia, cap. XXIV.

Se colige que esta operación de extraer la manteca destinada a los zahumerios se hacía en los mismos adoratorios o grutas consagradas a los ídolos, por haberse hallado en estos lugares, entre otros objetos de cerámica, la vasija llamada chorote que es una ollita de boca muy abierta en que se cuece el cacao, después de molido, para sacarle el aceite. Don Liborio Zerda, en su estudio sobre El Dorado (3) describe un objeto hallado en una guaca o sepulcro de Antioquia, en Colombia, que tiene la figura de una mujer, sentada en cuclillas, y dice que lleva en cada mano una vasija semejante a las de barro que llamaban chorotes, en las que hacían los indios sus libaciones de chicha y que aún se encuentran en los sepulcros; por lo que deducimos que el nombre de chorote, dado por los españoles al primitivo chocolate andino, provino del de la vasija en que lo preparaban los indios.

El caso era conocido por los aborígenes de la cordillera de Mérida con los nombres de chiré, en el dialecto mirrupú, y de spiti, en el mucuchíes; y, bien como en las regiones del Orinoco, se encontraba en estado silvestre, principalmente en las selvas que miran al lago de Maracaibo, donde consta que hallaron los españoles una gran montaña de cacao, hacia el ancón de Maruma, en un punto limítrofe de las antiguas provincia de Mérida y Trujillo (4); y hoy mismo existe en tal estado en algunas regiones del Táchira.



AUNQUE el P. Gili ha probado, apoyándose en Torquemada, según lo anota Humboldt (5), que los mexicanos al preparar el chocolate hacían la infusión del cacao en frío, y que fueron los españoles los que inventaron el uso de hervirlo, parece, sin embargo, que si no en México, en Nicaragua se preparaba desde antes de la conquista una bebida de cacao cocido, como lo llama Fernández de Oviedo, en todo semejante al chorote de Mérida descrito por el P. Zamora y usado hoy mismo.

Con el propósito de distinguir las dos bebidas indígenas de cacao halladas en América, daremos a conocer primeramente el antiguo modo de preparar el cacao en frío, de donde tomó su origen el chocolate, trascribiendo al efecto un pasaje de Oviedo, quien no determina en realidad el país a que se refiere, que tanto puede ser México como Guatemala o Nicaragua, puesto que de estos tres hace mención al tocar la materia.

" ...Tuestan aquellas almendras, como avellanas, muy tostadas, e después mué-

---

(2) En Trujillo, Tocuyo y Barinas, donde prevalece este uso, acostumbran tomar el "cerrero" o chorote sin dulce, acompañado de plátano maduro asado, y con esto lo endulzan en la boca, puesto que en realidad el plátano en tales condiciones parece destilar miel.

(3) "Papel". Periódico ilustrado de Bogotá, año I. No. 16.

(4) Fr. P. Simón, "Noticias Históricas", 2a. noticia, cap. III.

(5) "Viaje a las Regiones Equinocciales". libro V., cap. XVI.

" lenlo; e como aquella gente es amiga de " beber sangre humana, para que este bre- " vaje parezca sangre, échanle un poco de " bixa, de forma que después se torna colora- " do; e molido el cacao sin la bixa, paresce " de color pardo. E después que está muy " bien molido en una piedra de moler, pas- " sado e remolido quatro o cinco veces, " echándole un poco de agua al moler, há- " cese una pasta espesa, e aquella masa guár- " dasse fecha un bollo; e quando lo quieren " beber, ha de haber passado, después que se " molió, quatro o cinco horas a lo menos pa- " ra estar bueno, e mejor desde la mañana " a la noche, e mejor está para otro día; e " assi se tiene cinco o seys días e mas. E " aquella pasta tiéndesela por los carrillos e " barba e sobre las narices que paresce que " van embarrados de lodo o barro leonado, " e alguno muy roxo porque mezclan bixa " con ello; e después que lo han assi tendido " ellos e las mugeres, aquel piensan que va " mas galan más embarrado va; e assi se " van al mercado o a hacer lo que les con- " viene, e de rato en rato chúpanse aquel su " aceyte, tomándolo poco a poco con el de- " do... Para beberlo echan a la cantidad de " esa tres almendras molidas un quartillo de " agua, e desliendo en ella con la mano, tra- " yéndolo alrededor, como puchecilla; e des- " fecho en aquella agua en una higüera (6) " ro taca, toman otra o el vaso en que lo quie " ren beber e pónenle vacío en tierra; e te- " niendo en las manos la higüera, en que " está desleído el cacao, échanlo a chorro " desde dos palmos de alto, a poco más o " menos, en el caso que estaba vacío en que " lo han de beber; e levanta una espuma al- " ta por cima, e assi lo beben, e paresce que " bebe hombre zurrapas, e por tanto paresce " asqueroso al que no lo ha bebido",—dice Fernández de Oviedo en su "Historia General y Natural de las Indias", libro VIII, cap. XXX, Madrid, 1851.

El P. Jerónimo de Aguilar, que yendo en 1511 del Darrién a Santo Domingo naufragó cerca de las costas de Yucatán y en este lugar estuvo hasta la entrada de Cortés, fué el primer europeo que paró mientes en el uso que hacían los indios del cacahuatl o cacao y perfeccionó la preparación de la pasta que con él fabricaban, añadiéndole azúcar, aunque no falta autor que diga que los mexicanos también lo endulzaban con el jugo azucarado del maguey.

EMPLEABAN en Méjico, además del procedimiento indicado para batir el chocolate y que levantase espuma, el molinillo, pues del emperador Moctezuma dice Solís que "al acabar de comer tomaba ordinariamente un género de chocolate a su modo, en que iba la sustancia del cacao, batida con el molinillo, hasta llenar la jícara de más espuma que licor". (7).

Aunque la lectura sea de suyo fatigosa por lo difusa y arcáica, conviene trascribir otro pasaje del decano de los cronistas de América, en que describe uno de los modos de preparar el cacao en Nicaragua, previa la extracción del aceite o manteca.

" Y pues se ha dicho de suso algo largo " del cacao quiero que no so dexe de decir " otra forma de sacar el aceyte del que se " usa en Tabaraba e Cheriquí e por aquella " tierra, y es desta manera... Tostadas las " almendras, móndanlas de aquella cáscara " delgada, e muélenlas dos o tres veces, sin " gota de agua alguna; antes de su propia " humedad está asaz líquida la pasta, e en " tanto que se muele, ponen a un fuego dul- " ce y lento una ollica que quepa una acum- " bre de agua, poco mas o menos, e sinchen " de buena agua limpia la olla hasta las dos " partes; e después que ha hervido un poco " despacio, echan el cacao en ella (questá " molido como es dicho), e con una caña del- " gada o un pallito muy limpio meneánlo al " rededor, hasta tanto que levantando el pa- " lillo o caña, una e dos e más veces, se ve " questá cocido después que ha hervido bien; " e vésse que está cocido en que en el pali- " llo o caña no queda nada pegado del cacao, " que sale limpio, e todo está líquido e co- " cido e corre como agua. Fecho aquesto, dan " con la caña en medio de la masa u olla, " para abaxo, golpes pasico, como para que " se abra; e por allí sale arriba luego el " aceyte, e con una cuchareta sotilmente có- " jese poco a poco, guardando que no coja " el cacao con el aceyte, porque el aceyte es " la flor e virtud principial, e lo que va que- " da del cacao es acessorio, e de menos va- " lor. E assí aquello que se coje con la cu- " chara, se pone aparte. Después que desta " forma que he dicho se ha sacado lo más " que ha seydo possible, ancan en una higüe- " ra, que está aparte fuéra del fuego con " agua limpia, el dicho cacao, después de sa- " cado dél el aceyte, la mitad o el tercio o " quarta parte del cacao, e en otra e otras " higüeras lo demas; e revuélvenlo, e luego " se sube sobre el agua el aceyte que quedó " que no se pudo sacar con la cuchara, e " aquello bebido, assí fecho aquel caldo, es " excelente e saníssimo", — dice Fernández Oviedo, en su "Historia General y Natural de las Indias".

En la provincia de Nicoya e isla de Chire empleaban otro procedimiento para extraer la manteca del cacao, pero éste quedaba preparado para beberlo en las mismas condiciones descritas, poco mas o menos; y que era tan apreciada esta bebida que a ningun indio le era permitido tomar mas de dos tragos entre esencia del "calachumi" o "teyte" (rey o señor principal) y este mismo no podía saborear sino tres o cuatro tragos a lo sumo.

(6) Especie de zapallo del que preparaban vasijas para éste y otros usos.

(7) "Conquista de México", libro III, capitulo XV

ADMIRA en verdad, descubrir una semejanza tan manifiesta en la preparación que hacían del cacao en Nicaragua y en las Sierras Nevadas de Mérida. Hoy se procede, con pocas variantes, de la misma suerte; tuéstanse los granos en el tradicional "budare", que es un platón de barro cocido; muélense con la tosquedad primitiva entre dos piedras, de las cuales la mayor debe mantenerse caliente como para el chocolate, y con este fin se fija sobre una hornilla en alto, o, lo que es más común, se pone en el suelo sobre las tres piedras del fogón que llaman topias, y en este caso la molendera hinca la rodilla en tierra y mueve los brazos al son de algun cantar.

La pasta se aromatiza por lo regular, con con jengible, guayabita o malagueta, culantro, etc., y en todo lo demás se sigue el mismo procedimiento empleado por los aborígenes de los Andes venezolanos y de Nicaragua para obtener el chorte o cacao cocido, que viene a ser un chocolate negro y sin espuma, que antes que extremadamente flojo, como la califica Humboldt, es sustancioso y más sano que el mismo chocolate, por lo que es preferido para alimento de los enfermos y ancianos.

Salvá incluyó en su Diccionario la voz chorote con esta definición: "Especie de chocolate que toma la gente pobre de Venezuela, cociendo el cacao y mezclando con azúcar negra. Verdad que la pasta se disuelve para tomarla en aguamiel cocida ("guarapo hervido", que se le llamaba en Mérida, pero no es esto lo que la caracteriza, pues se usa también sin dulce; ni tampoco es bebida exclusiva de la gente pobre: quien bebe chorote puede beber chocolate, porque tanto cuesta lo uno como lo otro. Más sabroso es este último, pero aquel tiene fama de más saludable y por eso, goza de mayor aceptación entre las personas de edad provecta.

Los españoles hicieron del cacao la base principal de la agricultura y comercio en la vasta provincia del Mérida, que comprendía por el Norte toda la costa Sud del lago de Maracaibo, donde estaba su fuerte de Gibraltar, que los más famosos de las Indias, segun Fr. P. Simon; y por el sudeste parte de las llanuras de Venezuela donde se fundó a Barinas, célebre por su excelente tabaco y Pedraza, de justo renombre por su cacao. "Fué en el siglo XVII cuando las Bitarias eclesiásticas de Gibraltar llegaron a tener diez y seis pilas bautismales y sus diezmos alcanzaron a 40 mil pesos podría decirse, a imitación de un antiguo historiador de Sevilla, que en este puerto de Mérida "entraban ocho ríos caudalosos de agua, vino, aceite, leche, miel, azúcar y los otros dos de oro y plata". Su prosperidad era debida principalmente al comercio del cacao, que exportaba para La Habana. Cartajena, España, y para el mismo Méjico, por estimarse superior al de allí (9).

Arruinado Gibraltar por los continuos asaltos de los indios bárbaros y de los filibusteros, se hizo el comercio por Maracaibo, ciudad que fué erigida en capital de la provincia de Mérida, y aunque no tan en grande por allí continuó exportándose el cacao merideño, superior a todos los conocidos, hecha excepción del de Caracas, que es el mejor del mundo, Oexmelin, historiador de fines del siglo XVII estimó el cacao de las costas de Mérida como el más excelente que nacía en las Indias Occidentales.



TANTA fué la fama del codiciado fruto, que varios vecinos acaudalados e influyentes de Santa Fé de Bogotá, a cuyo virreinato perteneció Mérida hasta 17777 se hicieron propietarios de uno de los mejores cacaotales merideños, conocido por el nombre de Estanques, a orillas del Chama, hacienda famosa que disfrutaban por medio de un administrador que desde 1687 llegó a ejercer dentro de ella la jurisdicción ordinaria en lo civil y criminal por expresa concesión de la Real Audiencia Neogranadina.

Volviendo al chorote no puede negarse que ha decaído notablemente su uso, lo mismo que el del chocolate.

Antes satisfacían uno u otro, según los gustos, la diaria necesidad del alimento a toda hora: al desayuno, al almuerzo, en la merienda o refrigerio que se tomaba después de mediodía, en la comida y en la cena; pero tras el arbusto del café, que invade los fecundos campos de América y sustituye en el cultivo al arbol de cacao, debía de venir también el uso de la bebida del aquel fruto y aparecer desde luego la frágil taza de porcelana europea, ocupando el puesto de preferencia que siempre hubo en la mesa del criollo para el resistente coco engarzado en plata de la antigua vajilla americana.

Sirva, pues, lo dicho para hacer ver que la historia y la tradición designan a Venezuela y Méjico como tierras clásicas del chocolate.

Es digno de observación el hecho de que por la facilidad de obtener el cacao, que abundaba en las selvas y montañas, el chorote era bebida alimenticia muy común y barata entre los aborígenes de los Andes venezolanos, a tiempo que a los indios toltecas y aztecas les costaba muy cara cada jícara de chocolate, porque para ellos beberse el cacao era tanto como tragarse la moneda circulante.

J. F. Fombona.

---

(9) "Apuntes históricos sobre la sección Táchira", por don José Gregorio Villafañe, Caracas, 1883. Esta Sección era parte integrante de la antigua provincia de Mérida.

(10) Moreri "Diccionario Histórico", en la palabra "Gibraltar".

PRODUITS EPHEBOL



Depósito General: GAVILAN 1079

EN VENTA AL DETALLE EN:

BAZAR COLON: Florida 254.
Arturo Martínez y Cía. Entre Ríos 399.
Luis Cárdenas, Defensa 145.
M. Juarros, Falucho 1178.
Trotta y Aprile, Florida 228.
Isaac Sverlick, Charcas y Uruguay.
E. Vidal, Esmeralda y Paraguay.
Cooperativa de la Capital, Cangallo 935.
Victoriano Rey, Entre Ríos 130.
Laureano Blanco, Peluq. París Hotel.
Casa Murga, Bdo. de Irigoyen 119.
Francisco F. Azcárate, Lima 470.
Pedro Trongé, Bmé. Mitre 1824.
Juan F. Scala, Díaz Vélez 3899.
Hipólito Juliano, Rivadavia 3498.
Pedro Trizano, Triunvirato 40.
Gerardo Russomano, Garay 3545.

EL MAGAZINE QUE PUBLICA MAS y MEJOR LECTURA

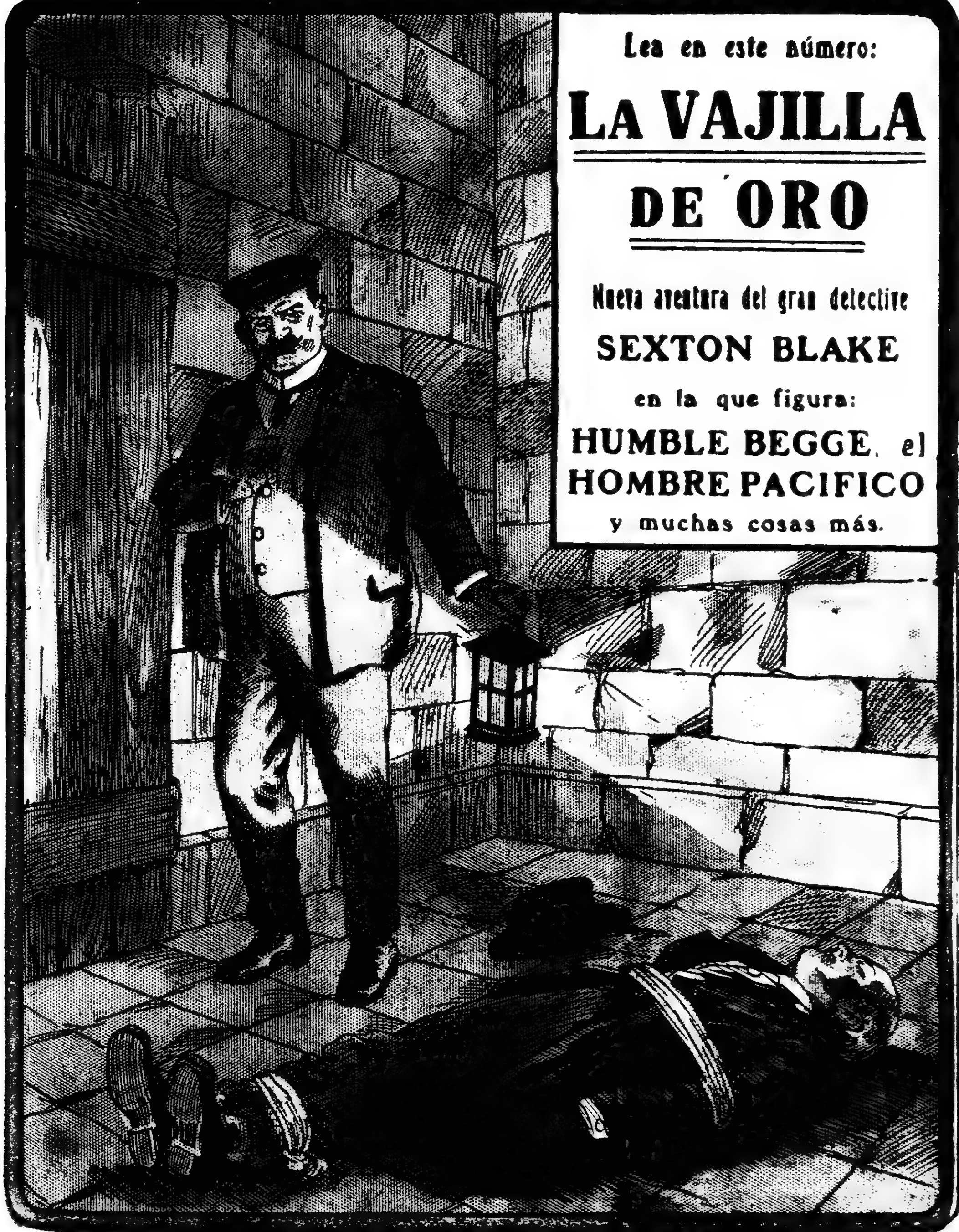
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

1ª Quincena de Octubre 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO II. PUBLICACION QUINCENAL No. 19.



EL MAGAZINE QUE PUBLICA MAS y MEJOR LECTURA

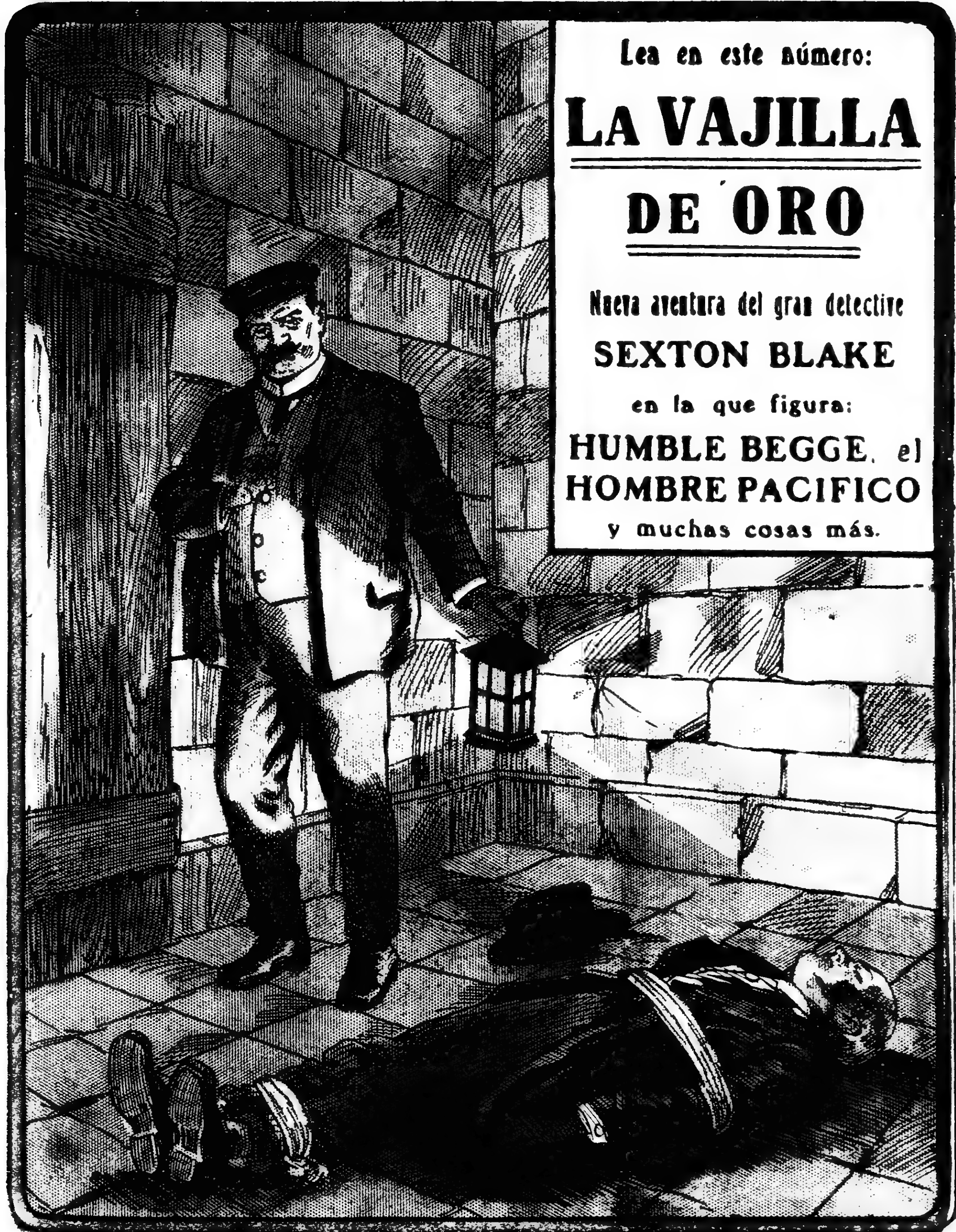
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

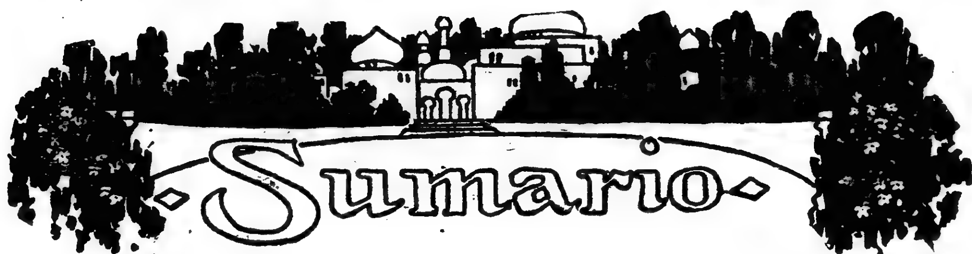
PUCKY

1ª Quincena de
Octubre 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO II. PUBLICACION QUINCENAL No. 19.




Sumario


Sumario



Colgando como un gato de la cadena que pendía del guinche de delante del edificio, estaba Tinker, que tenía en la mano el hacha con que había abierto la puerta del pajar. Por el hueco, entre llamas, vió al señor Robin, con las manos sujetas por esposas... "(La Vajilla de Oro". Capítulo VIII).

La Vajilla de Oro

Estremecedora, extensa novela completa en la que se narran nuevas aventuras de Sexton Blake, Tínker y Humble Begge, el Hombre Pacífico. Cómo llegaron al castillo de Ulledón y los extraños sucesos en que se vieron complicados en una tranquila zona campestre. Junto con la curiosa historia del hombre de la Barba de Oro.

(Especialmente traducida del inglés para "Pucky")

CAPITULO PRIMERO

El Vagabundo Alegre



NA hermosa mañana de primavera en los bosques de Chiltern. La tenue niebla habíase cernido entre los árboles había desaparecido ya al contacto del sol. Del valle ascendían por el aire tranquilo algunas espirales de humo azulado y de lejos llegaba el rumor de un tren que pasaba en aquel instante por la vía situada en lo alto de un terraplén.

En un cuadrado espacio de césped, junto a la carretera, se hallaba una de esas casillas con ruedas que los franceses llaman "roulottes" y a la que, a falta de vocablo más castellano, llamaremos "caravana", ya que es éste el nombre más generalizado para designarlas. Junto a la caravana se encontraba un caballo delgado pero de excelente porte, que pacía tranquilamente. Se oyó un rumor junto a un cerco de arbustos y apareció un hombre con una toalla en la mano, en el cuadrado espacio de césped.

Hubiera sido difícil decir a primera vista qué edad tenía. Una barba rubia, más que rubia dorada, bien recortada, le adornaba el rostro, tenía las mejillas curtidas por la intemperie y rebosando salud y los ojos, grandes y azules, tenían la calma y la serenidad de los de un niño. Estaba vestido de modo muy pintoresco, calzones de tela suave, polainas de género; camisa blanca, de cuello abierto, dejando ver un torso de atleta, un saco de terciopelo oscuro y un pañuelo de seda a manera de corbata.

Se detuvo cuando llegó a la caravana y echando hacia atrás su hermosa cabeza, respiró con satisfacción el aire limpio, fresco, vigorizador de la mañana.

La vida parecíale algo muy alegre y satisfactorio mientras se encontraba allí, de pie, erguido, vigoroso.

—Cuando un hombre se siente enteramente feliz, piensa en el desayuno, — dijo una voz alta y bien timbrada, — y con pensar así demuestra grandísima sensatez.

Se dedicó a encender una pequeña hoguera y se dispuso a preparar su comida. Una sartén, con un par de rebanadas de tocino despidió un agradable y apetitoso aroma y una caldera, puesta a un lado del fuego, agregó su murmullo al chirriar del tocino en la sartén.

El gigante de barba rubia se sentó en un cajón puesto boca abajo y comenzó su comida. De pronto apareció por el camino un niño que tenía en la mano un ramillete de flores silvestres salpicadas de rocío. El chico se detuvo en cuanto vió la caravana y no se atrevió a seguir avanzando.

El de la Barba de Oro le miró e indicó al niño que se acercara, mediante una sonrisa que le hizo enseñar dos hileras de dientes iguales y blancos.

—¡Hola, niño!

Había tal seducción en el tono de su voz, que no era posible que ningún niño ni ningún animal resistiera a ella. El chico, al que habían advertido repetidas veces que debía tener miedo de los gitanos que andan por los caminos, vió tanta bondad en el rostro del hombre que estaba sentado junto al fuego, que se atrevió a avanzar algunos pasos.

Extendió la manita, ofreciendo el ramo de flores silvestres.

Los hermosos azules ojos del Barba de Oro miraron con acrecentada ternura.

—¿Para mí? ¡Ah! ¡Es usted muy amable! ¡Un ofrecimiento así a un desconocido como yo! ¿eh?

Tomó las flores, las llevó un instante a los labios y luego las devolvió al niño.

—¡Tome! Ya les he robado algo de su fragancia y debo pagarlo. ¡Mire!

Como por arte de magia apareció en sus dedos una barra de chocolate. Los os[illegible] ojos del niño relucieron.

—Una cosa buena para que la muerdan esos dientecitos, ¿eh?

Se expresaba con melodiosa seriedad, pero el brillo de sus ojos quitaba toda solemni-

dad a sus palabras. Evidentemente sabía cómo tratar con un niño, aquel solitario vagabundo. El chico se acercó mucho más a él y apoyó una mano gordita en la rodilla del hombre.

—¿Le gusta el chocolate?

La rizada cabecita se inclinó afirmando. Los niños no pierden tiempo en discursos cuando un gesto es suficiente elocuencia.

—Entonces vamos a hacer un convenio. Yo le doy chocolate y usted me da un beso. ¿Le conviene el negocio?

Le convenía.

Los labios, casi escondidos entre la barba rozaron la sedosa mejilla y el chocolate estuvo un instante después entre los labios de una boca roja como una cereza. El hombre se rió al notar el hambriento mordisco que el chico dió, de todo corazón, a la barra de chocolate. Y el chico se alejó, volviéndose de vez en cuando, para mirar al que seguía sentado.

—¡Usted ha obtenido su recompensa y se va... lo mismo que todos los demás seres humanos! — pensó el hombre, sonriendo y saludando con la mano al chico que se alejaba. — Bueno... ¿y por qué no? De fijo no dispone usted de tiempo para perderlo en ocuparse de mí.

Terminó la comida. Sacó del bolsillo una pipa ennegrecida por el uso, la cargó la encendió. fumando con la tranquilidad y el deleite del hombre que ama al tabaco.

El caballo se acercó lentamente a la caravana y su patrón fué a la puerta del vehículo y la abrió. Se oyó ruido de paja removida en el interior y una figura delgada y gris apareció en el más alto de los escalones de la escalerita de acceso: era un mono de una especie maravillosamente hermosa. Su pelaje era gris plateado, sus miembros delgados y bien formados; su rostro, negro y pequeño tenía una expresión de inteligencia casi humana.

El hombre alto se aproximó y le acarició la cabeza.

—Sí, ahora te toca a tí, Tony, — dijo. — Pero antes tengo que ocuparme de nuestro amigo Bob. No debemos olvidarnos nunca de que es nuestra fuerza motriz.

Puso una ración de avena en un morral, ató éste a la cabeza del caballo, y Bob comenzó su comida. Después Tony se sentó en lo más alto de la escalerita que daba acceso a la estrecha puerta de la caravana y consumió una buena rebanada de pan, mojada en leche y hecha más apetitosa mediante una generosa dosis de azúcar que su patrón había esparcido en la superficie del pan.

La mañana transcurrió rápidamente. El hombre se dirigió al borde del bosque y reunió una buena brazada de ramas secas para su fuego. Barrió el césped en torno de la caravana y limpió y arregló el interior del vehículo. Cuando terminó su trabajo ya eran casi las doce del día y el sol estaba bastante alto en el cielo.

—Voy a la aldea, Tony, — dijo el hombre, — pero no... no puedes acompañarme. En este país no te aprecian como es debido y cuando te ven en mi compañía me preguntan siempre si se me ha olvidado el órgano.

Se rió de su broma a costa propia. Su rostro curtido y su indumentaria podían ser causa de que los aldeanos le creyeran un italiano vagabundo, pero su barba rubia como el oro y sus ojos azules eran enteramente ingleses; además, su estatura y su corpulencia no eran de tipo meridional.

—Te quedarás aquí, de guardia, hasta que yo regrese, — dijo, dirigiéndose al hermoso mono, mientras volvía a cerrar la puerta de la caravana. Se oyó ruido de paja removida indicador de que Tony había vuelto a su cama, y el hombre se alejó.

La aldea estaba a dos millas de distancia, siguiendo el camino y consistía en un puñado de chalets y una sola casa de comercio de artículos en general. El vagabundo, con una bolsa impermeable a la espalda, entró en la aldea, hizo sus compras y emprendió el regreso. Mientras se encaminaba a lo alto de la colina se detuvo a mitad de camino y miró hacia un chalet con techos de tejas rojas, que estaba a un lado del camino. Era una construcción bastante extensa, rodeada de un cerco de altos arbustos. En un mástil enclavado en el suelo, flameaba perezosamente, movida apenas por la brisa, la bandera de la Cruz Roja.

El rostro del vagabundo expresó simpatía y emoción cuando el hombre miró hacia aquella bandera.

—¡La guerra deja señales de su existencia en todas partes! — murmuró. — ¡Hasta aquí, en estas soledades, levanta su enseña!

Oyó el ruido que hizo al funcionar el pestillo de un portón y miró en redor.

Un grupo de hombres salía en aquel momento del terreno que rodeaba al chalet de de techos de teja roja.

Dos de aquellos hombres vestían de particular, uno era un jovencito delgado, ágil, de penetrante y vivaz mirada; el otro un hombre de larga levita, de sombrero de copa baja y de pantalones ajustados. La corbata blanca y los zapatos de doble suela que usaba, le daban un aspecto extraño.

Entre los dos de particular avanzaba un par de hombres anchos de hombros, vestidos de color khaki, con turbantes sobre sus oscuras frentes. Eran hombres de barba rala y pertenecientes a otra raza. Uno de ellos llevaba un brazo en cabestrillo, mientras el otro caminaba cojeando ligeramente.

Soldados de las Fuerzas Hindúes, de los que pelearon bajo la bandera británica después de cruzar el mundo para llegar a la línea de fuego.

Avanzaron lentamente por el camino y el vagabundo les esperó. Cuando pasaron ante él, se quitó el sombrero.

—Buenos días, señores, — dijo; después, volviéndose hacia los hindués, agregó: — "¡Aj bahut garm hai!" (¡Hace calor!)

Los ojos de los oscuros brillaron de contento.

El hombre de la barba de oro les había hablado en su propia lengua.

—"¡Han sahib!"

El que vestía de larga levita se sonrió e

hizo una rápida observación, también en su idioma nativo.

—¿Habla usted hindú?

—Sí.

Parecía lógico y natural que siguieran caminando juntos. Los dos hindúes heridos caminaron junto al vagabundo.

—¡Qué ojos maravillosos tiene ese hombre, Begge! ¡No he visto jamás unos ojos semejantes!

Humble Begge se volvió hacia Tínker e inclinó afirmativamente la cabeza.

—Estaba pensando lo... lo mismo, Tínker, — admitió. — ¿Quién será?

—No lo sé. Pero debe ser una persona decente, — respondió Tínker. — Es uno de esos hombres en los que uno confía instintivamente. Es de los que tienen "personalidad". ¿No es verdad, Begge?

Había sido una circunstancia vulgar la que había llevado a Tínker y a su viejo y buen amigo Humble Begge a aquel hospital. Begge, que había pasado muchos años en Asia, era dueño de una casa de alojamiento para marineros. Uno de los soldados heridos era viejo conocido de Begge, y cuando el Hombre Pacífico supo que su amigo había sido herido y se hallaba en el hospital, persuadió a Tínker de que debía acompañarle a pasar el "fin de semana" aquel en la pequeña aldea. Sexton Blake había prometido ir a buscarles, en su automóvil, el lunes, para regresar juntos a Londres. Se trataba de una excursión como las que le gustaban a Begge y la recepción de que le habían hecho objeto los solitarios soldados en el chalet-hospital, habíale recompensado de cuanta molestia hubiera podido ocasionarle el viaje.

Tanto Begge como Tínker hablaban el lenguaje de los montañeses hindúes y pronto se hicieron de amistades en el hospital. La jefe de enfermeras y el médico director habían insistido en que volvieran a comer con ellos aquel día y se hallaban dando un paseo con el amigo de Begge.

Al llegar a lo alto de la colina, los hindúes se detuvieron, junto con su compañero, que miró sonriendo, a Begge, cuando éste llegó.

—¡He practicado un poco de hindú! ¡Hacía tanto tiempo que no lo hablaba! — dijo. — Supongo que usted me perdonará el haberle privado de la compañía de sus dos amigos.

Begge se sonrió.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! — dijo. — Me parece que habla usted su idioma mucho mejor que yo.

El soldado hindú, que sabía inglés, se volvió hacia Begge.

—Eso es verdad, — dijo en hindú. — Este sahib domina todas las lenguas de la India.

El de la barba de oro se rió.

—Pasé allí diez años de mi vida, — manifestó, — vagando de un lado a otro, lo mismo que lo hago ahora.

—¿Tibet? — preguntó Begge.

Rápido como el pensamiento, comenzó a oírse el cadencioso lenguaje de los sacerdotes de aquella misteriosa región.

—Tienen un curioso canto al que llaman "despidiendo", — dijo el desconocido.—Me lo cantaron cuando partí.

Levantó la cabeza y comenzó a cantar. La dulzura y la energía de la voz eran encantadoras. Tínker no lograba entender todas las palabras, pero la tristeza del estribillo resultaba emocionante y escuchó hechizado hasta que las notas de la melodía se acallaron.

—¡Dios mío! ¡Qué hermoso! — exclamó con juvenil entusiasmo.

El que había cantado le dirigió una mirada de agradecimiento.

—Si lo hubiera usted oído en un monasterio en lo más alto de una solitaria roca, como lo oí yo, hubiéralo recordado siempre, como yo lo recuerdo, — dijo.

Uno de los soldados hizo una reverencia.

—El sahib debe ser, seguramente, una Gran Personalidad en su propio país,—dijo.

El de la barba de oro se rió, mostrando sus relucientes y blancos dientes.

—Soy uno que vaga a su placer por la superficie de la tierra, — dijo. — Un hombre sin país y de muy poco valer.

Se volvió hacia Humble Begge.

—A sus amigos les interesan los bosques que se ven allí, — dijo, indicando una gran extensión poblada de árboles. — Aún tienen tiempo para pasear por ellos. Encontrarán un sitio del cerco a propósito para saltar por él, a corta distancia de aquí. Desde ese sitio, que no es puerta por que no se abre pero permite saltar con facilidad, parte un sendero que cruza el bosque y va a dar al otro lado, a la carretera baja.

—Pero... ¿no viene usted con nosotros? —preguntó Tínker sin saber por qué lo preguntaba. El hombre aquél habíale fascinado de tal modo... parecía tan bueno, tan noble, tan honradamente alegre...

El desconocido movió negativamente la cabeza.

—Todo el mundo está francamente abierto para mí, menos el bosque de Ulledón,— dijo él, — pero si ustedes desean volver a verme después... mi casa se halla ahora junto a este camino... ¡allí! y no partiré hasta el lunes.

Y se alejó por el camino después de inclinarse, saludando a los demás.

—"¡Khuda hafiz!" (¡Adiós!) — dijo.

Begge y los otros salieron del camino mientras la alta figura del saco de terciopelo continuaba por la carretera, con su alforja a la espalda.

—¡Yo voy volver a conversar con ese hombre! — dijo Tínker. — ¡Es necesario que mi patrón lo conozca! ¡Es un tipo de los que a él le gustan!

—¡Es un tipo extraordi...nario! — agregó Humble Begge. — ¡Y es todo un caballero, además.

Cruzaron el campo y encontraron el paso que, en el cerco, permitía la entrada al bosque. Tínker fué el primero en pasar y se pinchó con un alambre de púas que había sido colocado en la parte superior del tirantillo que cerraba el cerco por aquel lado.

—¿Quién habrá sido el que ha puesto este alambre? — gruñó. — ¡Vergüenza de-

biera darle al que lo puso, sea quien sea! ¡Y no lo voy a dejar!

Sacó su navaja y quitó el alambre de púas, arrojándolo a la zanja.

—Cuando se ha puesto un paso así, hay que dejarlo expedito para que pase la gente, — dijo, mientras sus compañeros le miraban sonriendo ante su indignación.

El sendero casi no se notaba, en el alto césped y lo siguieron con lento paso.

Tínker iba delante y a su lado, iba uno de los soldados hindúes. De pronto levantó el vuelo una perdiz, de entre unas matas y fué volando, hacia las copas de los árboles. El soldado hindú, al seguir con la mirada el vuelo del ave, pisó fuera del sendero.

Se oyó un rápido sonido metálico, seguido de un gemido de dolor.

Tínker, volviéndose rápidamente, vió al hindú apoyado en el tronco de un árbol y con el oscuro rostro desfigurado por una mueca de dolor. Por entre la hierba que crecía a sus pies el joven detective pudo ver las quijadas de acero de una trampa para hombres. Las poderosas mandíbulas se habían cerrado, sujetando el tobillo del hindú como en un terrible torniquete.

El joven lanzó un grito de enojo y saltó hacia adelante.

—¡Una trampa para cazar hombres!— gritó. — ¡Dios mío! El que la ha puesto ahí, sea quien sea, debiera ser fusilado.

Se arrodilló en el suelo y comenzó a luchar contra el poderoso resorte. Cedió a sus esfuerzos al cabo de unos instantes y el mudo mártir pudo sacar el pie. Las mandíbulas de la trampa habían hincado sus puntiagudos dientes en las bandas de tela que ceñían la pierna del soldado, pero por suerte, no le habían causado herida ninguna. El grueso de la tela era lo que había salvado al desdichado hindú de una dolorosa herida.

—¿Qué... qué ha sucedido? — oyó Tínker que decía Begge, acudiendo rápidamente.

Tínker indicó la abierta poderosa trampa.

—¡Podía haberle fracturado el tobillo!— dijo con enojo. — ¡Me gustaría verme delante del pillastre que ha hecho esto!

Acababa de pronunciar esas palabras, cuando se oyó el ruido de unas ramas removidas y pasando por entre unos arbustos que había delante de ellos, vieron aparecer a un hombre alto, grueso, ancho de espaldas. Vestía un traje de cazador y traía una escopeta al brazo. El rostro, bajo la encasquetada gorra, era abultado, rojo, grosero. El recién llegado avanzó, mirando a Tínker.

—¿Qué hacen ustedes aquí? — preguntó el cazador con toda grosería. — ¿No saben que este bosque es de propiedad privada?

Tínker avanzó un paso.

—No lo sabíamos, señor, — contestó.—y aún cuando lo sea, no estábamos haciendo nada malo. Y además ¿a usted qué le importa lo que podamos hacer aquí?

Estaba todavía indignado y se expresó en un tono que enfureció al recién llegado.

—¡Me llamo Sir Gavin Fórdell, insolente y mal educado, muchacho! — gritó el del rostro rojo. — ¡Estos bosques son míos! ¡Son míos! ¡Ustedes están violando lo que es parte de mi domicilio!

—¿Entonces han puesto esas trampas para hombres, escondidas en la hierba, por orden de usted?

—¡Eso no le importa a usted nada!—contestó el cazador. — ¡Vamos! ¡Fuera de aquí todos ustedes!

Miró a Begge y a los dos soldados y se sonrió con desprecio.

—¡Lo que haya sucedido ha sido enteramente culpa de ustedes! — agregó.

Esta observación y la mirada de desprecio parecieron molestar repentinamente a Begge. El delgado viejo, casi siempre el más pacífico de los hombres, avanzó dos largos pasos y echó a un lado a Tínker.

—¡Voy.. a... a tener unas palabras con esta per... persona! — tartamudeó con su aguda voz.

Sir Gavin Fórdell miró de reojo y con marcado desprecio al que había hablado.

—¡Creo que será inútil que hable lo que hable, señor clérigo... o lo que sea! — dijo, sarcásticamente. — ¡Llévese en seguida de aquí a sus feligreses y que no le vuelva a ver en mis bosques nunca más!

Los dulces ojos de Humble Begge empezaron a echar chispas.

—¡Usted es demasiado brusco, señor!— dijo el Hombre Pacífico. — ¡Es usted un tipo ordinario y grosero!

Indicó al hindú que se había lastimado en la trampa.

—Ese hombre ha peleado en la guerra por Bretaña... ha peleado en las batallas donde se le defendió a usted, — agregó Begge.— Lo menos que debe usted hacer es pedirle disculpa por lo que ha sucedido.

—¿Qué pida disculpa? ¡Primero me verán ahorcado! — rugió sir Gavin.

—El uso de trampas para hombres está terminantemente prohibido. ¡Es ilegal!— prosiguió Begge. — ¡Yo tendré cuidado de que se le denuncie a la autoridad!

—¡Bah! Yo soy, por mis propiedades, el juez de este distrito, así que su denuncia no será tomada en cuenta, señor!

Sin embargo, el hecho de que Begge conociera la ley había impresionado un poco a aquel hombre porque avanzó un paso hacia el hombre delgado y al parecer débil, que le hablaba.

—¡Le advierto que si sigue expresándose con esa insolencia, me veré en la necesidad de castigarle con algunos golpes! — gritó sir Gavin.

—¡Usted!... ¿Usted castigarme con golpes? ¿Usted?

Begge dijo esas palabras lentamente. Tínker, que no cesaba de mirarle, vió que en el rostro expresivo, intelectual, del Hombre Pacífico, aparecía el rubor que indicaba que se iba excitando en él su escondido espíritu batallador.

—¡Sí! ¡Usted! ¡Infeliz! — replicó el baronet. — ¡Eso es lo que he dicho!

—¡Ah! ¡Muy bien! ¡Empiece entonces!

Begge retrocedió, y, desabotonándose la levita, se la quitó, ostentando un par de brazos delgados y lisos como trozos de ca-



Begge seguía en actitud de pelear, mirando a su vencido cortrario, pero como sir Gavin no se movió, el Hombre Pacífico fué irguiéndose poco a poco.

ño. Nada indicaba en ellos que aquel hombre pudiera poseer fuerza ninguna. Pero eran engañadores porque los tendones y los músculos eran como alambres de acero.

El dueño de los bosques le miró un momento y después, lanzando una carcajada, dejó su escopeta de caza a un lado, junto a un árbol y se remangó el saco.

—¿Así que usted quiere pelear, por lo visto? — dijo en tono sarcástico. — ¡Muy bien; se llevará una lección!

—Sahib, no está bien...

El soldado herido tomó a Tínker del brazo y le habló al oído. Tínker fijó su mirada en aquel rostro moreno, que expresaba alarma, y sonrió.

—No tenga temor ninguno, "subdahar", —dijo, dándole el tratamiento que le correspondía en hindú. — Nuestro amigo es capa de revolcar a seis como ese. ¡Mire!

Se comprendía que sir Gavin conocía muy bien el arte del boxeo. Se puso en guardia y avanzó hacia Begge. El Hombre Pacífico se había encorvado y avanzaba grotescamente sus angulosos brazos.

Sonriendo, sir Gavin se precipitó contra su adversario y envió un terrible golpe hacia su cabeza en forma de hierro de martillo.

El golpe no llegó a su destino. Uno de los delgados brazos avanzó y el golpe fué desviado con tanta fuerza que el sorprendido atacante fué, tambaleándose hacia la derecha. Una de las largas piernas de Begge se deslizó hacia adelante, y en seguida el ridículo cuerpo se inclinó. Sir Gavin pudo creer entonces que estaba fuera del alcance de su contrario, y lo hubiera estado, si se hubiese tratado de un adversario común. Pero el alcance de Begge era tremendo y su puño, avanzando con una rapidez extraordinaria dió en medio de la carnosa y roja cara con tanta energía que el ruido que hizo el golpe debió oírse del otro extremo del bosque.

—¡Ay!

Tan terrible había sido el golpe que un grito de dolor salió de los labios del voluminoso propietario, que echó atrás la cabeza.

Retrocedió contra su voluntad, un paso y en seguida acometió con furia salvaje.

Begge se hallaba ya en plena acción y

danzaba de un lado a otro del sendero como un extraño muñeco de resorte. Sir Gavin, loco de furor ante el inesperado giro que tomaba el combate, procuró una y otra vez, hundir a Begge bajo un chaparrón de golpes.

Pero la mitad de sus golpes se perdían en el aire y cuando lograban alcanzar, parecían no hacer efecto ninguno en aquel extraño adversario cuyo rostro pálido danzaba constantemente delante de él.

Cada golpe era contestado con otro, rápido y acertado, fuerte. Los nudillos huesudos del puño de Begge golpeaban una y otra vez la mofletuda cara de sir Gavin cuando no hacían sonar como un parche de tambor la espalda del rollizo cazador que, cubierto de sudor, blasfemaba apretando los dientes, mientras peleaba.

El final llegó tal y como Tinker lo había esperado. Sir Gavin, bajando la cabeza, atacó igual que un toro, con el propósito de atropellar a su contrario. Sabía que, si lograba derribarle y caerle encima, lo vencería gracias a su enorme peso.

Pero el Hombre Pacífico estaba tan enterado de esto como el mismo sir Gavin.

Cuando Gavin bajó su esférica cabeza para atropellar, Begge saltó a un lado y en un rápido "swing" su puño derecho describió un semicírculo y dió como una bala, en la punta de la mandíbula del otro.

Sir Gavin, sin levantar la cabeza, dió varios traspiés, cayó de rodillas, luego de cara al suelo y allí se quedó tendido sobre el húmedo césped.

—¡Oh! ¡Muerto!

—¡No! No le pasará nada.

Begge seguía en actitud de pelear, mirando a su vencido contrario, pero como sir Gavin no se movió, el Hombre Pacífico fué irguiéndose poco a poco. Después volvió la cara y miró a los tres espectadores que estaban junto al árbol. Fué curioso observar cómo el brillo de la combatividad fué desapareciendo de sus ojos gradualmente hasta que le sustituyó la tranquila y bondadosa mirada de siempre.

—¡Lo... lo siento mu... mucho. Tinker!—dijo

Tinker tuvo que hacer un esfuerzo para no reirse. Tomó la levita de Begge y la sostuvo para que el Hombre Pacífico se la pusiera.

—¡No lo sienta, amigo mío! — dijo el encantado joven. — El que lo debe sentir es el otro.

Sir Gavin se había movido y, lanzando un gemido, se había sentado en el suelo. Begge se acercó hacia él y se inclinó, tendiéndole la mano.

—¡Permítame que le ayude a!...

—¡No! ¡No lo necesito! ¡Puedo levantarme solo!

El vencido se puso de pie y miró a su vencedor. No era agradable mirar en aquel momento a sir Gavin. Tenía un ojo cerrado y el labio superior muy hinchado le daba una expresión horrible a su abultada y roja fisonomía.

—Ya ve... Usted me mo... molestó. — dijo Begge. Era característica de él la necesidad que sentía de pedir disculpa después de haberse enojado. — Supongo que no le habré hecho daño...

—¡No necesito para nada de su simpatía! — gritó el vencido. — ¡Váyanse ahora de aquí, y que no les vuelva a ver otra vez en mis bosques!

Se dirigió hacia el árbol, tomó la escopeta, miró nuevamente con odio a Tinker y a los dos soldados, y se alejó por el sendero.

Begge se volvió hacia Tinker y movió la cabeza.

—Me está pareciendo que se va bas... bastante enojado, — dijo. Tinker no pudo reprimir una ruidosa carcajada ante el tono quejumbroso con que se había expresado Begge.

—¡Ya lo creo! ¡Vaya si se va enojado! — exclamó. — ¡Y me alegro! ¡Merecía un buen castigo y lo tuvo!

Begge, sin embargo, cayó en un ataque de mutismo que le duró mientras regresaban al hospital. Se había olvidado un momento de que era un Hombre Pacífico y su alma, llena de bondad sentíase abrumada por el remordimiento.

Aquella tarde Tinker, paseando tranquilamente por la aldea, se encontró con el hombre del saco de terciopelo. El desconocido tenía un violín debajo del brazo y vaciló indeciso cuando llegó, con Tinker a la entrada del hospital.

—Había pensado entrar ahí, — dijo el vagabundo de la áurea barba. — Quizás podría entretener un poco a los enfermos haciéndoles oir algo de música.

—¡Excelente idea! ¡Pase adelante! Yo le presentaré a la jefe de las enfermeras. Aceptará el ofrecimiento muy gustosa; estoy seguro.

Se encaminaron hacia la puerta principal y mientras subían por la gradería de entrada, Tinker se detuvo de repente.

—¡Ah! — exclamó. — Se me había olvidado. ¿Quiere usted tener la bondad de decirme su nombre, para presentarle?

El hombre de la barba de oro vaciló un momento, como si se sintiera perplejo.

—Yo me llamo Tinker, — dijo el muchacho, — y mi amigo es el señor Begge.

—¿Importa algo mi nombre? — dijo el interrogado a media voz. Después agregó en tono más alto. — Puede usted llamarme Robin. Es un nombre inglés, muy antiguo, apropiado para quien, como yo, es un vagabundo.

Fué por lo tanto como "el señor Robin", como el hombre del saco de terciopelo fué presentado a la matrona, o jefe de enfermeras del hospital. La matrona, una mujer de bondadoso rostro y de trato muy afable, escuchó con interés la oferta del vagabundo.

—¿Que dice usted? ¿Tocar el violín para entretener a mis enfermos? ¡Claro que sí! ¡Con mucho gusto! ¡Con seguridad va a ser espléndido el concierto!

La escena que se desarrolló después fué

tal que Tínker no la olvidó en todo lo restante de su vida.

Se preparó una plataforma en la sala principal y todos los convalecientes se reunieron, ocupando camas, bancos y sillas, para escuchar. En la plataforma lucía una sola lámpara, pues ya se había hecho de noche y su luz daba en el hombre que, sentado en un taburete, tocaba el violín.

¡Y entonces, el señor Robin tocó!

Tocó música que Tínker no había oído nunca: música exótica, extraña; melodías semitonadas, entrecortadas, cuyas notas llegaban a lo más profundo del alma y que emocionaba de modo extraordinario a aquellos hombres recios, de oscuro rostro hasta hacerles verter lágrimas. Los hindús, con lágrimas en las mejillas y en las gruesas barbas, miraban extáticos al ejecutante.

Porque lo que tocaba el vagabundo eran antiguas melodías hindúes, músicas de las montañas y las llanuras de la India, del salvaje Afganistán, de Birmania... Canciones y melodías del bazar populoso y del místico templo.

Durante más de una hora estuvo la barba de oro apoyada en el violín y durante más de una hora ni uno solo de los oyentes habló ni se movió. Y cuando por fin la música terminó y el ejecutante se levantó y miró tímidamente a su auditorio, se oyó un unánime suspiro, más significativo que todos los aplausos.

La jefe de enfermeras tenía los ojos llenos de lágrimas cuando subió a la plataforma y estrechó la mano del forastero.

—¡No sé cómo darle las gracias! — dijo la matrona. — Nos ha conducido usted, como por arte de encantamiento, a otro país. Su música es mejor que todas las medicinas del mundo. ¡Mire usted a los enfermos!

Todos tenían el rostro alegre, la mirada viva. Comenzó entonces una charla general. Los enfermos parecían haber hallado nueva vida, nuevas fuerzas. El señor Robin se sonrió.

—¡No hice más que trasladarlos a su hogar durante una hora, — dijo, — y todos sabemos que no hay lugar más encantador que el hogar!

Quiso retirarse entonces pero no le dejaron. Dos de las enfermeras le sujetaron por las mangas de su saco de terciopelo, riendo de sus protestas.

Tenía que quedarse a comer, lo menos.

Fué una reunión alegre y gozosa la que se celebró en el vasto comedor del chalet-hospital. Presidió la mesa el médico director y el señor Robín estuvo sentado entre Tínker y Begge. De pronto, el violinista se fijó en los nudillos de la mano de Begge, en el momento en que éste le alcanzaba algo.

—¡Hola! ¿Que es eso? ¿Se ha lastimado usted?

Del otro lado del señor Robin se oyó una intencionada risa.

—¡Alguien resultó muchísimo más lastimado, señor Robin! — exclamó jocosamente, el joven Tínker.

Begge dirigió a Tínker una mirada de súplica. Pero el joven no quería callar. Un momento después estaba contando a toda la concurrencia, que escuchaba con marcadísimo interés, lo sucedido pocas horas antes.

Cuando terminó, la matrona se inclinó por sobre la mesa y tendió la mano a Begge.

—Le felicito, señor, — dijo calurosamente. — Dió usted a un grosero una lección que tenía muy merecida. ¡Aquí odiamos todos el nombre de Fórdell!

A Tínker le pareció que el forastero se conmovía al oir pronunciar aquel nombre.

—¿Ustedes odian ese nombre? — preguntó.

La matrona inclinó afirmativamente la cabeza.

—Tenemos sobradas razones para eso, señor Robin, — dijo la mujer. — Este chalet está edificado en tierras de sir Gavin y ha cargado un alquiler exorbitante por el uso de la tierra...

—¿Tratándose de un hospital para atender a soldados británicos? Pero de fijo... — dijo Tínker.

—¡Oh! ¡Eso le importa muy poco a sir Gavin, estimado joven! — dijo el médico, que ocupaba una de las cabeceras de la mesa. — Ni siquiera nos deja hacer uso del terreno que hay a los fondos del chalet como campo de recreo. ¡Además estamos obligados a comprarle toda la verdura a su jardinero, que pone los precios que le da la gana!

El señor Robin estaba echado hacia atrás en su silla, con los ojos entornados.

—¡Ese es un proceder indigno del nombre que lleva! — dijo.

El doctor se encogió de hombros.

—Nos hallamos terriblemente endeudados, además, — agregó. — ¡Hemos peleado todo lo posible, pero se necesita dinero para tantas cosas!... Esta institución se sostiene exclusivamente por medio de voluntarios donativos y suscripciones.

—¿Ha dado algo sir Gavin para ese fondo?

Los miembros de la dirección del hospital y el médico, se rieron.

—¡No, señor! ¡Qué había de dar! — exclamó el médico. — En los primeros tiempos le pedimos, pero su respuesta fué una negativa rotunda y grosera.

El señor Robin permaneció un momento con la cabeza inclinada hacia el mantel.

—¿Cuánto necesitarían ustedes para verse enteramente libres de deudas? — preguntó luego.

—Más de cuanto podemos esperar en estos difíciles tiempos, — respondió el médico. — Hemos hecho números últimamente y nos hemos encontrado con que necesitaríamos casi cinco mil libras, es decir, una suma imposible de conseguir.

El doctor se irguió en su silla.

—Sin embargo no desearía hablar más de cosas tristes esta noche, — dijo con risueño optimismo. — Lo que podemos hacer es continuar hasta que se pueda y cuando nos caiga encima el golpe, todos estos pobres convale-

dientes tendrán que buscar otro sitio donde alojarse.

Cambió de tema y prosiguió la comida. Los que manejaban desinteresadamente el hospital era un grupo de buenas personas que, aún encontrándose bajo la amenaza de tantas deudas, seguían atendiendo con toda actividad y buena voluntad los deberes de su cargo.

Eran ya las diez cuando Tínker, Begge y el señor Robin salieron del hospital y permanecieron parados un momento, en el camino, conversando juntos.

—¿Dónde vive usted? — preguntó Tínker por último.

El hombre del violín indicó el camino.

—En una casa con ruedas, — dijo, — o mejor dicho, en una "caravana". La podrá encontrar usted cerca del camino, en lo alto de la colina.

Miró sonriendo a Tínker porque notó que el joven le había encontrado agradable.

—Venga a visitarme, — dijo. — Le presentaré a usted a Tony, el padre de todos los monos sabios y a Bob, la más segura y tranquila de todas las locomotoras.

—Iré mañana por la tarde, — dijo Tínker.

—¡Muy bien!

Se estrecharon la mano. El señor Robin se volvió hacia Humble Begge.

—Me parece que me alegro de ver que tiene usted raspados los nudillos, — dijo, en un tono que hizo sonreír a Tínker. — En primer lugar, el sendero por donde iban ustedes es público y ha sido público durante centenares de años. Si sir Gavin trata de cerrarlo, lo hace sin tener autoridad para hacerlo.

—Eso es lo que me figuré, — dijo Begge.

El forastero inclinó la cabeza afirmativamente.

—En realidad me parece que sir Gavin es... es indigno de la posición elevada que ocupa,—agregó el señor Robin.—Y si realmente es así... en tal caso, sería necesario sacarlo de donde está.

Tínker se rió.

—¡No es tan fácil quitar de donde están a esos ricos dueños de tierras! — dijo. —Son como sanguijuelas una vez que se agarran.

El forastero sonrió.

—Pero a las sanguijuelas también se las arranca, si se da un tirón bien fuerte,—dijo.

Pocos momentos después Tínker y Begge seguían por el camino iluminado por la luna, hacia la aldea.

—Me agrada ese hombre, — dijo Tínker. —Tiene algo de misterioso pero, sin embargo, me agrada.

—Es un tipo muy extraño, Tínker, — dijo Begge, — y a mí también me agrada. Pero parece demasiado inclinado a las medidas violentas y... y...

Tínker rió entre dientes y se tomó del brazo de Humble Begge.

—Y usted también se siente inclinado... de vez en cuando, — replicó. — El modo que tuvo de despachar al baronet fué una prueba terminante. ¡Es usted un hombre que sabe conducirse como la situación lo exige, Begge!

Y Begge no supo qué contestar.

CAPITULO SEGUNDO

El robo de la vajilla de oro

HABIA llegado y había pasado la media noche, pero la luz seguía encendida en la biblioteca del castillo de Ulledón y pasando por los cristales de la ventana, señalaba cuadriláteros verdes en la oscuridad del cercano césped.

La biblioteca era una habitación pequeña y confortable, con paredes revestidas de tableros de roble donde no había estanterías con libros.

Sentado junto a una mesa de madera tallada, con una botella de cristal llena de licor y un sifón de soda, a su alcance, se veía la pesada figura de sir Gavin Fordell. Tenía la cabeza inclinada hacia el pecho y miraba fijamente hacia el suelo.

Después de un momento de quietud llevó la mano hacia el vaso, casi lleno de la fuerte mezcla alcohólica, se lo llevó a los labios y bebió con fruición. Le temblaba la mano cuando volvió el vaso a la mesa. Los ojos pesados y los labios lacios, lo explicaban todo. El dueño del castillo de Ulledón y de sus extensas tierras era un bebedor consuetudinario que se entregaba secretamente a su vicio.

Noche tras noche proseguía esa orgía de alcohol. Los sirvientes se retiraban dejando al dueño de casa entregado a sus tristes pensamientos y a su vicio destructor.

Los rastros dejados por el combate en la cara de aquel hombre acrecentaban el aspecto repelente que la disipación había marcado en su rostro. Cualquiera que hubiese entrado en aquel momento en la biblioteca, se hubiera sentido molesto y se hubiera estremecido ante el aspecto de aquel hombre alcoholizado.

Diez años hacía que sir Gavin había entrado en posesión de su gran herencia, encontrándose de improviso muy rico y propietario de una espléndida posesión. No había esperado jamás semejante suerte, pues existía un primo, sólo unos pocos años menor que él, que era el heredero directo de todo aquello. Pero ese heredero había fallecido en los bosques salvajes del Africa Central y Gavin Fordell pudo presentarse como heredero, con derecho al título y a los bienes.

Toda su vida había sido un tipo disipado y calavera, pero nunca pudo haberse entregado a su placer, a su vicio, hasta que se encontró dueño de aquella fortuna.

Soltero, sin amigos, — o con muy pocos, — en el mundo, de temperamento brusco, de esos que no se hacen amigos de nadie, sir Gavin vivía a su capricho. La propiedad le producía cerca de seis mil libras por año, cantidad más que suficiente para costear los gastos de un hombre solo. Sin embargo, a

los cuatro años de haber entrado en posesión de la herencia, se veía ya abrumado por las deudas. No podía vender ni una sola acre de las tierras, — pues así lo disponía el testamento del fundador de la familia, — así que tuvo que reducirse a vivir en el castillo y a economizar hasta que, con las rentas, quedaran canceladas todas las deudas.

Fué entonces cuando el atractivo de la botella de cognac se apoderó de él y cuando comenzó a hundirle más y más en el pantano.

Estaba transformado en un desequilibrado, en un náufrago de la vida y su aspecto era tan disgustante como repelente.

El encuentro que había tenido en el bosque había despertado todo su furor. En su juventud había sido bastante buen boxeador y el pensar en que un delgado "clérigo", como él le llamaba, le había dado tan soberana paliza, le carcomía y le llenaba de candente coraje.

De pronto se movió un poco y volvió la cabeza. A sus espaldas quedaban unas dobles puertas de sólida caoba. Conducían a una galería con techo de vidrio que era el orgullo de la casa. Esa galería era una habitación hermosa, de cuyas paredes colgaban los retratos al óleo de los miembros de la familia Fordell y en la cual había numerosas vitrinas con los valiosos recuerdos familiares, reunidos por una larga serie de antepasados... antepasados de los cuales era sir Gavin tan indigno representante.

—¡Me pareció oir algo, — murmuró entre dientes, — pero eso es imposible! No se puede entrar en la galería como no sea por esa puerta. Debe haber sido el viento.

Tomó un cigarro de hoja de una caja que había en la mesa, y lo encendió. Sabía que de nada le serviría retirarse a su dormitorio, pues sufría de insomnio y se hallaba más cómodo en la mullida butaca de la bien caldeada biblioteca.

Pasó una hora y precisamente en el instante en que sir Gavin llevaba la mano a la botella de cristal para volver a llenar el vaso, se detuvo y sus hundidos ojos miraron hacia la ventana.

Sintió, más que vió, que alguien le estaba observando.

Fuera, en la oscuridad, dos ojos le miraban fijamente, sin pestañear.

La botella se cayó de la mano de sir Gavin al encerado y lustroso piso y se hizo añicos en el momento en que el hombre se ponía de pie.

—¿Quién es usted? ¿Quién es usted? — gritó, mirando hacia la ventana.

No obtuvo respuesta. Corriendo, inseguro, el baronet fué hasta la ventana y volvió la manija del pestillo. Abrió la ventana y por el hueco pentró el aire frío de la noche, que hizo oscilar durante un momento la luz de la lámpara de petróleo que estaba en la mesa.

La hilera de plantas de laurel que había delante de la ventana, proyectaba una muy oscura sombra tras ellas.

Sir Gavin oyó ruido de removidas hojas y se asomó por el balcón.

—¿Me ha oido? ¿Qué diablo quiere usted y?...

¡Pac!

Por el aire cruzó un voluminoso bulto que le dió en mitad del pecho a sir Gavin, haciéndole caer de espaldas y retirarse de la ventana. Se agarró a una silla para no caer, pero la silla se deslizó por el lustroso piso y sir Gavin cayó con ella.

Un segundo después había encogido las piernas y se había levantado. La mesa escritorio quedaba frente a él. De un salto estuvo a su lado y abrió un cajón.

Un revólver relució en su mano. Con una salvaje maldición, sir Gavin se volvió y saltó por la abierta ventana, del balcón al césped.

En lo alto brillaba la luna llena, iluminando la escena con luz que parecía diurna.

¡Clic!

El pestillo del portón había sido levantado por alguien.

El intruso había llegado al extremo del plantío de laureles y había entrado en el jardín de rosas.

—¡Ahora sí que me parece que lo pesqué! — murmuró sir Gavin avanzando a saltos.

Medio ebrio, como se hallaba, no era posible que hubiese duda sobre lo que se proponía hacer. El revólver estaba cargado y el intruso le había asustado. Una bala amenazaba al forastero a medida que el dueño de casa avanzaba tras él.

Encontró abierto el portoncito y pasó rápidamente por él. Sabía que el jardín de rosas llegaba hasta una alta tapia que marcaba el límite de sus tierras. Más allá quedaba la carretera, pero la pared tenía diez y ocho pies de altura, es decir, era demasiado alta para que un hombre pudiera saltar por ella.

—¡Ya le pesqué! — murmuró de nuevo el baronet. — ¡Y por el mismo demonio, que le voy a arreglar bien la cuenta!

Por su mente pasaban ideas homicidas mientras avanzaba cautelosamente por el sendero. Allí no había sitio donde se pudiera esconder un hombre. Se acercó más y más a la alta tapia y su mirada escudriñó en las sombras de junto a la pared.

¡El hombre a quien perseguía, había desaparecido!

Había desaparecido lo mismo que si se hubiera evaporado, porque la alta pared era demasiado sólida para que por allí pudiera escapar un hombre.

—¡Desapareció!

Esta fué la única palabra que brotó de los labios de aquel hombre cuando bajó la mano con que empuñaba el revólver.

¿Pero cómo?

Miró en redor, enteramente maravillado y de repente, se dió cuenta de que una parte de la hiedra que cubría casi por completo la pared, colgaba hacia fuera, como sacada de su sitio. Sir Gavin cruzó un cantero de plantas en flor y tiró de una rama de la enredadera. La hiedra se movió, y tras ella, sir Gavin pudo distinguir las líneas de una pequeña puerta.

Durante todos los años que había vivido en el castillo, no había tenido nunca ocasión de enterarse de la existencia de aquella puer

ta. Cruzó por entre la hiedra y llegó a la puertecita. Las herrumbradas bisagras chirriaron y la puerta se abrió lentamente hacia fuera, empujando las ramas de la hiedra que crecía del otro lado de la pared.

Sir Gavin salió a la ancha carretera.

No se veía a nadie en ella, pero a lo lejos, por el camino, le pareció ver brillar una luz... una luz que se balanceaba a medida que se alejaba. En una ocasión llegó a sus oidos el crugir de unos elásticos.

—¡Se ha ido, fuera quien fuera! — murmuró el baronet. — ¡Pero me ha enterado de algo que yo no sabía! ¡No sospeché jamás la existencia de esta puerta!

Volvióse y miró hacia la tapia. Se dió cuenta entonces de que la siempre verde hiedra formaba una sólida cortina que realmente tapaba por completo la puertecita, cuyo ancho y alto eran lo suficiente, nada más, para dejar pasar a un hombre y eso encogiéndose, si se trataba de un hombre de buena estatura.

—Debe haber sido algún canalla de cazador furtivo que conoce la propiedad mejor que yo, — murmuró el baronet. — ¡Se ha escapado y puede decir que ha tenido suerte porque si le hubiese alcanzado, ésta hubiera sido su última noche de caza furtiva en este mundo!

Entró de nuevo en el jardín de rosas, cerrando la puerta tras sí.

—Mañana la haré tapiar, — decidió sir Gavin. — ¡No va a hacer nadie más, uso de esta puerta!

La persecución y el aire fresco le habían aclarado un poco la imaginación, así que caminaba con más agilidad y aplomo cuando entró, de regreso, en la biblioteca.

—¿Qué andaría buscando ese maldito intruso? ¡Hola! ¿Qué es esto?

Un envoltorio hecho con una carpeta verde y que se hallaba debajo de la caída silla, le había llamado la atención. Era un bulto pesado: el que le había sido arrojado al pecho. Puso una rodilla en el suelo y tendiendo el brazo, agarró el bulto, que aproximó a su lado.

La tela verde que lo envolvía le pareció conocida, mientras deshacía los nudos que sujetaban el paquete. Por fin estuvieron flojos los nudos y pudo ver el contenido del envoltorio. Sir Gavin retrocedió anonadado.

Porque sobre la tela verde estaba un montón de relucientes platos, fuentes, jarras y tazas de metal.

—¡Dios mío! ¡Estuvo en la galería y se apoderó de la vajilla de oro de Ulledón!

De pronto, una nueva idea acudió a la mente del hombre arrodillado. Tomó una de las jarras y la examinó. Gruesas gotas de frío sudor aparecieron en su frente y el baronet respiró con ansiedad.

Con febril rapidez el baronet examinó una por una aquellas piezas de vajilla de oro y al terminar su revisación tenía el rostro cubierto de una cenicienta palidez y los labios le temblaban convulsivamente.

Se levantó y fué hacia la doble puerta de caoba. La abrió y levantando todo lo posible la mano con la lámpara, entró en la galería.

Fué directamente hacia la mayor de las vitrinas, en la que había estado en exhibición la antigua vajilla de oro.

Estaba vacía.

—¡Sí! ¡Se ha llevado todas las piezas verdaderas y ha dejado las falsas! ¡Ha dejado las imitaciones! — balbuceó sir Gavin, pálido y tembloroso todavía.

Miró en seguida en redor, como si tuviera miedo de que alguien le viera.

Se le había pasado la borrachera; se halaba despejado y alerta, con la excitación del hombre que se encuentra, de improviso, en una situación muy grave.

La vajilla de oro de la familia Ulledón estaba tasada en diez mil libras esterlinas y no le pertenecía; sólo estaba confiada a su custodia. Tenía obligación de tenerla asegurada y había cumplido esa obligación. Pero durante los últimos cinco años había robado, una por una, varias piezas de la valiosa colección. Un hábil orfebre le había hecho idénticos duplicados de metal barato, que luego había hecho dorar. Cada vez que había llegado a su poder uno de estos duplicados falsos, había vendido el original. Casi la tercera parte de la vajilla primitiva había sido vendida y sustituída en esa forma. ¡Y el ladrón se había llevado las piezas legítimas, devolviéndole con desprecio las falsas, en un envoltorio, por la abierta ventana!

—¡Canalla! — murmuró sir Gavin. — ¿Cómo pudo saber? ¿Cómo logró averiguarlo?

Era el desprecio que indicaba la acción del desconocido merodeador lo que más indignaba a sir Gavin en aquel momento. Pero el intenso terror que le embargaba le hizo olvidar bien pronto su impotente furor.

Si daba noticia de la pérdida sufrida tendría que avisar a la compañía de seguros y los empleados que ésta enviara se darían cuenta de que las piezas de la vajilla que había dejado el ladrón, no eran de oro.

No era posible confusión ninguna respecto a los términos del testamento, relacionados con la vajilla de oro. Sir Gavin Fórdell la había dejado a su hijo Maurice, pero en caso de que Maurice muriera antes de haber heredado el castillo, la vajilla quedaría para siempre en el castillo, confiada a la vigilancia de quien heredara, sucesivamente, el castillo de Ulledón.

En la silenciosa galería, el baronet permaneció de pie, inmóvil, pensando.

¿Qué podía hacer en semejantes circunstancias?

Por fin logró formular un plan de acción, que aun cuando desesperado, era el único que podía presentar una solución favorable para él. Sucediera lo que sucediera, era de todo punto necesario que nadie supiese que él había hecho falsificar y sustituir las piezas de la histórica vajilla de oro.

En puntas de pies regresó a la biblioteca, cerrando con llave, la doble puerta de caoba. Fué de un lado a otro de la habitación durante un momento. Cerró la ventana y puso la silla caída como estaba antes. Entonces, después de dirigir una mirada en redor, sir

Gavin Fórdell tomó la carpeta verde con lo que contenía, apagó la lámpara y salió silenciosamente de la habitación.

CAPITULO TERCERO

Sir Gavin llama a la policía

TINKER estaba tomando el desayuno en la tranquilidad del comedor de la hostería "Al Venado Rojo", cuando entró la sirvienta de sonrosadas mejillas y se acercó a su mesa.

—El sargento de la policía local quiere hablar con usted, señor Tínker, — dijo la camarera.

—¿El sargento de policía? ¿Qué delito he cometido? — preguntó Tínker con fingido asombro.

La camarera se sonrió.

—El sargento Barnet me ha dicho que es usted un gran detective, — dijo la muchacha con sencillez. — ¡Quién se lo hubiera figurado! ¡Siendo usted tan joven!

Tínker se levantó.

—Eso es lo que pasa con nosotros los jóvenes, — dijo. — Somos engañadores en muchos conceptos. Muy bien, joven. Puede usted decirle al sargento Barnet que tenga la bondad de pasar.

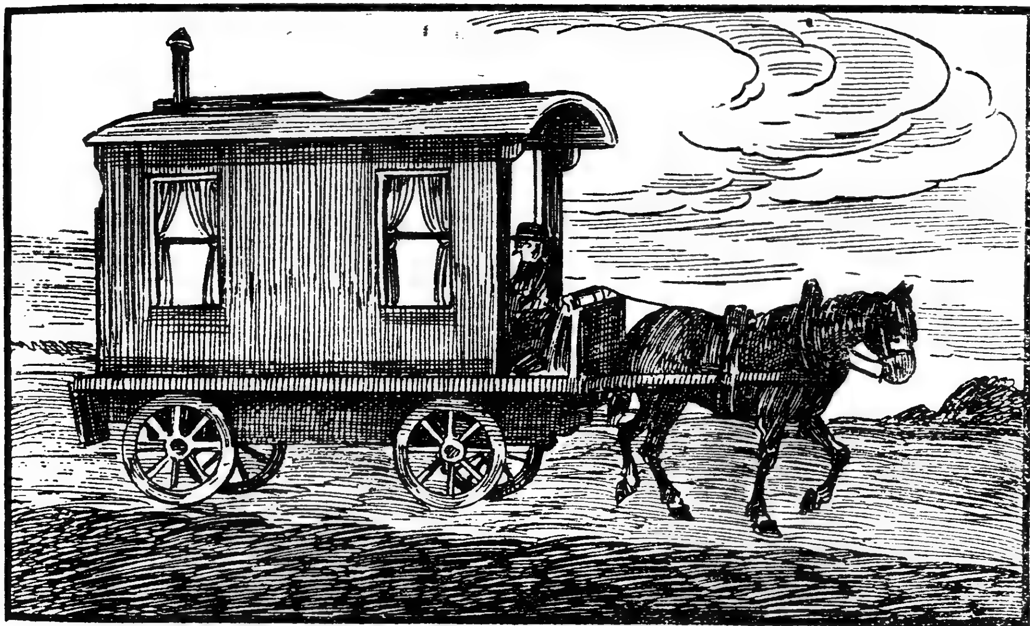
Vestido de uniforme apareció el sargento en el comedor. Tínker le miró y su excelente memoria le permitió recordar a aquel hombre en seguida.

—¡Hola! Me parece que le recuerdo, sargento, — dijo el joven detective saludando al de policía.

Barnet, un tipo de rostro jovial, se rió ruidosamente.

—¡Claro que me recuerda usted! — dijo. — ¡Como que fuí durante varios años el policeman que estaba de facción todos los días en la plazoleta central de los jardines de Kensington y conversamos más de unas docenas de veces cuando usted iba por allí a pasear junto con Pedro, el sabueso del señor Blake.

—¡Es verdad! — exclamó Tínker. — Es una lástima que Pedro no me haya acompañado esta vez; hubiera pasado muy buenos ratos, corriendo por estos campos.



...le pareció ver brillar una luz... una luz que se balanceaba a medida que se alejaba. En una ocasión llegó a sus oídos el crugir de unos elásticos.

—Le ví a usted anoche, — agregó el sargento, — pero no quise hablarle entonces porque iba usted en compañía de otro señor.

—¡Oh! ¡No hubiera importado nada! — exclamó Tínker. — Ese señor que me acompañaba vendrá dentro de un minuto y yo se lo presentaré. ¡Es una excelente persona!

El sargento miró la hora en su reloj de pulsera.

—Creo que ahora no me será posible esperar, — dijo. — Pues bien... he venido por un asunto muy distinto. Deseaba saber si usted dispone de tiempo para acompañarme un rato esta mañana. Se ha cometido un robo en una de las casas de más importancia de esta jurisdicción y tal vez usted pudiera... Si no estuviera demasiado ocupado...

Tínker se rió. En realidad no era mucho lo que tenía qué hacer aquella mañana. No esperaban a Sexton Blake hasta la tarde y

parecía que Humble Begge iba a dedicar la mañana al descanso.

—¡Muy bien, sargento! — dijo Tínker. — ¡Estoy dispuesto a ir a donde usted me indique!

El rostro de Barnet expresó grandísima satisfacción, mientras el sargento se restregaba las manos.

—¡Es usted muy amable, señor Tínker! —dijo. — ¡Muy bondadoso, realmente!

Cinco minutos después Tínker y el sargento iban juntos por la ancha carretera.

Se echaba de ver que a Barnet le resultaba muy agradable la compañía de Tínker.

—Hace poco tiempo que me hicieron sargento, — dijo Barnet, — y, naturalmente, deseo conducirme lo mejor posible. Mi superintendentes está en Maidsley, a diez millas de distancia de esta localidad, de modo que yo soy quien está, en verdad, a cargo de este distrito.

—¿Qué es lo que ha sucedido, sargento? —preguntó Tínker.

—No lo sé, — contestó el sargento. Esta mañana recibí un mensaje del castillo de Ulledón pidiéndome que fuera en seguida. Parece que han andado ladrones por el castillo, según me han dicho.

Tínker se había olvidado ya del incidente acaecido el día anterior, en el bosque y además se hallaba demasiado interesado en enterarse de los detalles de lo que decía el sargento para fijarse en el nombre que éste había pronunciado sólo una vez.

—Fué uno de los peones de las caballerizas el que me llevó el mensaje y el hombre no estaba muy enterado de lo que había pasado, — agregó el sargento; — sólo sabía que se trataba de algo muy serio porque todo el personal del castillo estaba asustadísimo debido a eso.

Tínker se sonrió

—¡Tanto mejor para usted, amigo mío! — replicó. — ¡Un caso de verdadera importancia puede dar ocasión de lucimiento y de paso al ascenso, no hay más que un paso! ¿Eh?

Barnet se rió.

—Si usted piensa que puede ser así, yo no tengo nada que observar, — dijo, bajando la vista al mismo tiempo que se le ponían coloradas las orejas.

Pasaron por un ancho portón y poco después se encontraron en el espacioso hall del castillo de Ulledón. El mayordomo, un anciano de modales muy corteses les hizo cruzar el hall y entrar en la biblioteca. La doble puerta que daba acceso a la galería estaba abierta en aquel momento y el mayordomo avanzó por la galería de techo de vidrio

—Sir Gavin vendrá dentro de un momento, señor Barnet, — dijo el cortés mayordomo. — Pero me pidió que, mientras tanto, le mostrara el sitio y le explicara lo que ha sucedido.

Tínker se inclinó hacia adelante.

—¿Ha dicho usted sir Gavin? — preguntó con sumo interés.

El sargento se volvió hacia él.

—Me había olvidado de decir a usted el nombre del propietario del castillo, — contestó. — Sir Gavin Fórdell es el nombre del dueño de este castillo y de sus extensas tierras.

El joven se mordió el labio inferior y una picaresca sonrisa iluminó su rostro.

—¡Jum! ¡El caso resulta un poco extraordinario para mí! — murmuró.

El mayordomo les acompañó hasta la vitrina que estaba vacía e indicó su interior con gesto bastante dramático.

—Ahí estaba una completa vajilla de oro tasada en diez mil libras esterlinas, ayer por la tarde, — manifestó, — y ha sido... ¡ha sido robada!

El sargento Barnet abrió muchos los ojos al oir mencionar el valor de la vajilla de oro.

—¡Diez mil libras esterlinas! — repitió asombradísimo el sargento.

—Por esa suma estaba asegurada la vajilla, — explicó el mayordomo muy emocionado, — pero su valor como obra de arte e histórica es muchísimo mayor. Esa vajilla de oro era el orgullo del difunto sir Gilbert y databa de hace muchos años. ¡Varios reyes habían comido en ella!

—Me parece hallarme en la situación del turista que visita un castillo histórico y escucha las explicaciones del "cicerone", — murmuró Tínker a media voz.

El sargento Barnet miró en redor.

—¿No suponen ustedes cómo pudo o pudieron entrar quien cometió el robo? — preguntó.

—No hay más que una entrada posible, — dijo el mayordomo, — y es pasando por la biblioteca y despacho de sir Gavin. Las paredes tienen dos pies de ancho y, como usted ve, la galería no tiene ventanas.

Tínker examinaba el interior de la espaciosa galería. Se dió cuenta de que el techo de vidrio estaba a más de veinte pies de altura, en el centro. Había en el techo dos ventanas que se podían abrir, para ventilación. Tínker notó que unas largas varillas de hierro, que eran movidas por medio de unas pequeñas ruedas, puestas en la pared, precisamente debajo del borde del techo de vidrio, sostenían seguras las ventanas.

El mayordomo notó que Tínker se fijaba en aquellas varillas de hierro y en su mecanismo.

—Las ventanas sólo pueden abrirse del lado de dentro, — explicó, — y cómo usted puede verlo, cada llave tiene un cierre especial.

Se acercó a la rueda que quedaba más cerca e indicó cómo era el mecanismo. Consistía en una larga clavija de acero y un agujero correspondiente a ella. La clavija, una vez metida a través de la rueda, evitaba que ésta girara. Había, además, un pequeño candado que sostenía la clavija en su sitio.

—Sir Gavin tiene en su caja de hierro la llave de esos candados, — prosiguió el mayordomo, — y es una llave de forma muy especial. Los ladrones han tenido, necesariamente, que pasar por la biblioteca.

Tínker volvió a la vitrina y la examinó. También tenía su cierre con candado. No

había indicación de que el candado hubiera sido forzado.

—No han encontrado gran dificultad en lo de sacar la vajilla, — dijo el joven, indicando el candado abierto.

Barnet miró el candado y bajó la cabeza, asintiendo.

—Ya lo he examinado con la mayor atención, — dijo. — No han dejado ni siquiera la menor impresión digital.

Se oyó el riudo que hizo una puerta al abrirse. El mayordomo volvió la cabeza.

—Creo que ahí viene sir Gavin, — dijo al sargento Barnet.

El y Barnet avanzaron al encuentro del deuño de casa mientras Tínker se quedaba atrás. El joven estudió nuevamente la vitrina. El candado era sencillo, pero a pesar de eso, el ladrón tenía que haber dejado algún indicio en él si lo hubiera forzado. Una ganzúa hubiera hecho funcionar su mecanismo interior, pero hubiese dejado algunos arañazos en la bocallave. Y no había ni el menor arsguño.

—Cualquiera diría que el ladrón entró, metió la llave en la cerradura y abrió la vitrina, con toda tranquilidad, — pensó Tínker.

Hizo de nuevo un examen completo de la galería. Una pequeña mesa que había a la izquierda ostentaba su tablero de caoba, pero las otras mesas que había en la galería estaban cubiertas por telas de lana verde oscuro. La mesa de caoba estaba enteramente libre de polvo y sin embargo, una mesita con cubierta de marquetería, adornada con nadreperla, estaba cubierta por una fina capa de polvo.

Tínker volvió nuevamente a la vitrina y se arrodilló en el lustro piso encerado. Buscó con gran atención y su trabajo se vió recompensado por un pequeño descubrimiento. Uno o dos trozos de tela burda de la que se usa para hacer bolsas; el arrancado borde de una bolsa cualquiera.

—¡Una bolsa llena de vajilla de oro!— pensó el joven. — ¡Que producto para un ladrón!

Cerca de la vitrina recogió una bolita de hilachas verdes, de esas hilachas cortas, que forman como algodón en rama y que el uso desprende de la bayeta.

—Se conoce que no trajo bolsas suficientes para todo, — comentó Tínker.

Se guardó en el bolsillo todo lo que había hallado y se puso de pie.

En aquel momento se oyeron fuertes pisadas en el encerado piso y Tínker volvió la cabeza.

Sir Gavin, con el mayordomo y el sargento Barnet detrás de él, entraban en la galería. El baronet miró un momento a Tínker y después, avanzando rápidamente se precipitó hacia el joven y le tomó del cuello.

—¡Este es uno de los canallas! — gritó, mirando furioso a Tínker.

Barnet abrió la boca, asombrado y se adelantó en seguida.

—¡Sir Gavin!... ¡Sir Gavin!... — comenzó a decir.

—¡Le digo a usted que este es uno de los canallas que andaban ayer por el bosque!— agregó el baronet. — ¡Es necesario que dé cuenta de qué ha estado haciendo!

El rostro de Barnet tenía una lamentable expresión de angustia; Tínker, al notarlo, no pudo reprimir una sonrisa.

—¡No se sonría, canalla! — gritó el baronet. — ¡Le he sorprendido con las manos en el robo!

Tínker se encogió de hombros.

—¡Se conoce que es usted muy astuto, Sir Gavin! — replicó el joven. — ¡Qué modo sencillo de resolver el problema! Mejor sería que me hiciera registrar los bolsillos. Es fácil que tenga en ellos varias docenas de piezas de vajilla. ¡Haga que me registren el calzado y las mangas.

Al expresarse así miraba fijamente al enojado baronet cuyo rostro tenía, todavía señales de los golpes que le había aplicado con tanto acierto, Humble Begge. Sir Gavin tenía, realmente, muy desfigurada la cara.

—Usted perdone, sir Gavin, — dijo el atribulado Barnet, — pero puedo asegurarle que está usted equivocado, señor.

La situación del sargento era dificultosa. Sir Gavin era magistrado, tenía mucha autoridad en aquel pequeño distrito y, naturalmente, Barnet no deseaba molestarle.

—¿Equivocado? ¿Qué dice usted? — rugió el violento baronet.

—Quiero decir que el señor Tínker ha venido al castillo a pedido mío, por que es un habilísimo detective de Londres, — manifestó el sargento.

Sir Gavin soltó a Tínker igual que quien suelta una víbora que ha agarrado por equivocación. Retrocedió un paso, y Tínker, al mirarle a la cara, creyó notar en los ojos del baronet una expresión de intenso terror.

—¡Un detective... de Londres! — tartamudeó sir Gavin.

—Sí, sir Gavin, y uno de los más hábiles del mundo, — agregó el sargento. — Estoy enteramente seguro de que esta vez se ha equivocado usted, sir Gavin.

El brusco baronet no necesitaba que el sargento le hiciera notar que había cometido un error. Se había dado entera cuenta ya de que ese error podía tener consecuencias muy lamentables para él.

Tínker, con las manos en los bolsillos, miró tranquilamente al presuntuoso baronet.

—¿De modo que usted me acusa, a mí y a mis compañeros de ayer, de hallarnos comprometidos en el robo? — preguntó.

Esto era lo que sir Gavin había hecho, en realidad. Había contado a Barnet lo del encuentro en el bosque y había dado al sargento la filiación de Begge y de Tínker.

Aquello había sido una acción desesperada de parte del dueño del castillo que procuraba evitar que llegara a sospecharse que era autor del fraude que el robo había puesto en evidencia.

—Yo... yo..., — tartamudeó sir Gavin.

Tínker se separó de la vitrina junto a la cual le había hallado el baronet.

—Creo que ahora no podrá usted esperar que yo le ayude en la investigación, sargento, — dijo Tinker, — así que voy a dejar que usted y sir Gavin arreglen el asunto como mejor les parezca, entre ustedes. Si acaso sir Gavin decide que se me detenga, usted podrá encontrarme en la hostería "Al Venado Rojo". ¡Buenos días!

Reinó el silencio mientras el joven recorrió la galería y salió por la doble puerta, silencio que fué interrumpido por un nervioso toser del conturbado sargento Barnet.

—¡Ya se ha ido! — dijo entre dientes.— ¡Hemos perdido la ocasión de que nos ayudara uno de los más astutos detectives de Inglaterra!

Sir Gavin se volvió hacia él con la misma violenta actitud de ataque de un toro furioso.

—¡Aquí no necesitamos que nos ayude para nada ningún tipo de semejante clase! — gritó. — Este es un asunto local y debe ser despachado por la gente de la localidad. Si usted no se considera capaz de llevar adelante la investigación yo buscaré quién le reemplace y nada más. ¿Me ha comprendido?

El honrado sargento se puso muy rojo. Retrocedió y saludó cortésmente.

—Muy bien, sir Gavin, — dijo. — La verdad es que busqué esa ayuda con la mejor intención. Sé que el señor Tinker goza de bien merecido prestigio en Scotland Yard y consideré que su concurso sería de incalculable valor para nosotros. Pero, como usted lo dice, podemos despachar el asunto nosotros, sin necesidad de nadie.

—¡No quiero que haya entrometidos! — gritó el baronet.

Volvieron a la biblioteca. Barnet llenó varias hojas de su libreta con los datos referentes al caso, tal como se los comunicó sir Gavin. Uno de los sirvientes había hallado abierta la doble puerta, así como la ventana de la biblioteca. Había hecho llamar a sir Gavin en seguida y éste no había tardado en darse cuenta de la desaparición de la vajilla de oro.

Sir Gavin se había retirado a dormir temprano la noche anterior, poco antes de las doce. No había oído nada excepcional, ruidos, etc.

—¿Y sobre esos señores a quienes halló usted en el bosque? — preguntó Barnet.

El baronet hizo un ademán de impaciencia.

—Haré caso de lo que usted me ha dicho a su respecto. — manifestó. — Por lo tanto, puede usted borrar esa parte del informe.

Una hora después, cuando Barnet salió del castillo, sir Gavin le siguió con la mirada de sus ojos pesados y opacos.

Su cuidadosamente preparado relato había recibido el primer golpe de muerte. Le había parecido que era una sutil habilidad de su parte el acusar al delgado personaje que le había proporcionado tan ingrata sorpresa en el bosque, de estar complicado en el robo. Con eso la policía hubiera seguido una pista falsa y hubiera dado a sir Gavin el tiempo de respiro que necesitaba.

Por que, estudiando detenidamente el caso, el baronet había llegado a la decisión de que, lo que más le convenía era que el ladrón lograra escapar con la vajilla auténtica. Mientras el ladrón no cayera en manos de la policía, sir Gavin no tenía nada que temer.

Y no sólo eso. En ese caso el baronet podía solicitar y obtener el pago del importe de la vajilla robada, de acuerdo con el seguro, cuyas primas pagaba puntualmente. El resultado, en este caso, sería excelente para sir Gavin, que se embolsaría más dinero que el mismo ladrón y sin riesgo de ninguna clase.

—¡Tengo que cuidar de que no sea posible dar con el ladrón, de ningun modo! — murmuró mientras se hallaba junto a la ventana. — Si no se le encuentra cobraré diez mil libras esterlinas y nadie sospechará de mí. Además no podrá nadie enterarse de nada de lo relacionado con las piezas que hice falsificar.

Se volvió y miró hacia la doble puerta, sonriendo con malicia.

—¡Les he presentado un complicado problema, — murmuró, — y hasta ese hábil detective de Londres hallará dificultosa su solución!

Esto era verdad, hasta cierto puntno. Lo había arreglado todo de momo que el sirviente encontrara la puerta y la ventana abiertas, ascendiendo cautelosamente a su dormitorio después de haber preparado el plan. Deseaba hacer aparecer que el ladrón había entrado y salido por la biblioteca y Barnet había admitido la versión sin discutirla.

—Yo soy la única persona que sabe que no entró por la biblioteca, — murmuró el infame baronet, — y no voy a tratar de averiguar por dónde entró. Y debo evitar que otra persona lo averigüe. ¡No lo ha de averiguar nadie!

Se rió con amarga intención.

—¡Nadie! Ni aún ese astuto detective de Londres, — añadió.

CAPITULO CUARTO

El desconocido deja un mensaje

LA matrona o enfermera-jefe del hospital instalado en el pintoresco chalet, movió negativamente la cabeza al contestar a la pregunta que acababa de dirigirle Humble Begge.

—No; aquí no ha estado esta mañana,— dijo.

—Bueno, eso no tiene mayor importancia, — dijo el Hombre Pacífico. — Yo supuse que vendría por acá.

—¿Por qué no entra usted un momento?

—Ahora no. Siento deseos de dar un paseo. Entraré, en todo caso, a mi regreso.

El delgado personaje se inclinó saludando

y descendiendo de la galería delantera del chalet siguió hacia el camino y continuó luego cuesta arriba, llevado a un rapidísimo paso por sus larguísimas piernas.

—Dormí demasiado esta mañana, — díjose, — y por eso estoy como si me hallara cansado.

Había descendido de su dormitorio al comedor de la hostería "Al Venado Rojo" después de las once y allí le dijeron que Tínker había salido con el sargento de la policía local, hacía más de una hora. El hecho de que Tínker hubiera salido con el de policía no le llamó la atención a Begge que, por otra parte, no tenía ni la menor idea del asunto por el cual había salido el joven detective en compañía del sargento.

—No me extrañaría si hubiera ido a visitar al interesantísimo hombre con quien nos encontramos ayer, — pensó Begge mientras se ponía en marcha. — Dijo algo sobre una caravana, junto al camino. Sí; eso fué, ¡Ahora recuerdo!

Llegó a lo alto de la cuesta y siguió avan-



"A mi joven amigo, — si es tan astuto como lo indica la viveza de sus ojos..." comenzaba el mensaje. "Eso lo dice por Tinker", pensó Humble Begge.

zando y mirando a uno y otro lado. Pero no vió ni rastros del vehículo. Por fin se detuvo ante una casa y preguntó.

Le dijeron que el vehículo había estado cerca de la parte alta de la cuesta, pero el dueño de aquella casa había pasado hacía poco por el sitio donde estuvo el carro y ya no estaba.

Humble Begge retrocedió, siguiendo por el lado izquierdo del camino y, por fin, encontró el sitio vacío. Unas huellas de ruedas que iban del sitio cubierto de césped, al camino y un pequeño montón de cenizas, le indicaron que estaba en lo cierto.

—Siento que se haya ido, — pensó el Hombre Pacífico, quitándose el sombrero y enjugándose la frente. — Era un hombre muy interesante.

Miró hacia las huellas de ruedas y vió que se dirigían a la derecha.

—Aquí es donde Sexton Blake tendría algo de su especialidad que hacer, — pensó, mirando las huellas. — Blake diría en seguida a qué hora se fué la caravana y todo lo demás.

Su larga amistad con Blake le había familiarizado con su modo de proceder y de observar. La hierba que había en las huellas marcadas en el césped había comenzado a levantarse de nuevo.

—¡Supongo que esto quiere decir que ya hace algún tiempo que se fué el vehículo que dejó la huella! — pensó Begge.

Tenía tiempo sobrado y ese género de trabajo de deducción siempre le había interesado.

—Vamos a ver si consigo enterarme de algo más, — murmuró.

Fué a donde estaba el montoncito de cenizas y puso la mano sobre la montañita gris. Estaba enteramente fría.

—Esto constituye una nueva prueba de que se fué anoche o esta mañana muy temprano, — murmuró el Hombre Pacífico, sonriendo. — El caso se va haciendo interesante.

Se levantó y miró en redor. Algo se agitaba, flameando, en el cerco de arbustos y le llamó la atención. Se aproximó. Era un pedazo de trapo rojo que alguien había atado a una ramita de las plantas del cerco.

—¡Jum! ¿Significará esto algo?

Inmediatamente al pie de donde estaba el trapo que flameaba, se veía un canto rodado blanco y limpio, y a cerca de un pie de distancia había otro y luego otro más. Begge siguió con la mirada la línea de piedras blancas. Había una docena en total y formaban una línea que seguía el borde del cerco.

—¡Dios mío! ¿Si será?

La naturaleza, generalmente, no se toma el trabajo de colocar las piedras blancas tan en fila y a distancia igual una de otra. Tampoco pone las piedras encima de la hierba. Tarde o temprano, la acción de las lluvias y el crecimiento de la hierba, esconde a la vista las piedras que caen sobre el césped.

Y allí había doce piedras, alineadas, lo que indicaba que alguien las había puesto allí

Begge se quitó el sombrero y frunció el entrecejo.

—Voy a estudiar esto, — murmuró.—Ese pedazo de trapo fué atado allí para llamar la atención. La fila de piedras parte del sitio donde está atado el trapo...

Siguió la línea de las piedras. La última estaba puesta formando ángulo recto con las demás y debajo de ella había una hoja grande y extendida. Debajo de la hoja había lata pequeña y chata; una lata que había contenido cocoa.

—¡Muy hábil! ¡Muy hábil, sin duda!— pensó el Hombre Pacífico, inclinándose y sacando la cajita de la tierra en que estaba metida.

Saltó la tapa de la caja dejando ver que dentro había una hoja de papel, doblada.

Begge desplegó la hoja de papel y una sonrisa cruzó su rostro cuando lleyó la primera línea de lo que tenía escrito.

"A mi joven amigo, — si es tan astuto
" como lo indica la viveza de sus ojos..."

—Esto es para Tinker, pensó Begge.

" ...Tengo que partir de aquí con alguna precipitación, pero no estaré ausente mucho tiempo. Le invité a visitarme y le dije que le presentaría a mis compañeros de viaje, y la invitación sigue en pie, aun cuando diferida para el día en que yo esté de regreso. Parto para correr una pequeña aventura de la que, seguramente, le gustaría participar. Algún día, tal vez le diré a usted de qué se trata. — Siempre su amigo, — Robin."

Begge sonreía cuando terminó de leer el mensaje que había llegado a sus manos de modo tan inesperado y extraño.

—El procedimiento es digno del que escribió la carta, — murmuró. — ¡Mire usted que dejarla en un escondrijo tan complicado! Pero tenía razón. Si Tinker hubiera venido a este sitio hubiese hallado el mensaje en un abrir y cerrar de ojos. Creo que puedo decir que en esta ocasión me puedo apuntar como ganado a Tinker un partido, en este juego de astucia e ingenio.

Su pequeño éxito le complacía. Dobló la carta y se la guardó en el bolsillo. Cuando se volvía para alejarse del cuadrado de césped donde había estado la "caravana", una nueva idea acudió a su cerebro. El trapo rojo estaba todavía colgado en el cerco, pero ya había cumplido su misión.

Begge sacó el pañuelo del bolsillo y desgarró una tira del mismo.

—Esto significa: "se ha recibido el mensaje", — murmuró tomando aquello con infantil interés. Quitó el trapo que había encontrado en el cerco y lo sustituyó por la tira cortada de su pañuelo blanco. Hecho esto, Humble Begge, satisfecho de su obra, salió al camino y continuó su paseo.

Llegó al campo que llegaba hasta el comienzo de los bosques de Ulledón y siguió por la parte de césped. De pronto llegó a sus oídos un agudo y chillón grito de dolor, repetido una y otra vez, con un acento casi humano.

Un conejo o tal vez una liebre había caído en una trampa y la angustia de sus gritos era más de cuanto Humble Begge podía resistir.

En seguida saltó por encima del cerco y corrió, cruzando el campo arado, hacia el bosque. Se hallaba fuera del sendero por donde podía pasar el público, pero no se fijó en eso. Traspuso el cerco del bosque y se internó entre los árboles, dirigiéndose hacia el sitio donde llegaban los gritos que, aun cuando más débiles, seguían todavía.

—¡Pero ese hombre no tiene derecho a atrapar así a esos animales! — pensó Begge indignadísimo. — ¡Ya es malo cazarlos con escopeta, pero eso de poner trampas es cobarde, inhumano e innecesariamente cruel!

En su vehemente deseo de ayudar al torturado infeliz animal, no se fijó en qué dirección iba. Por eso, de improviso, el desastre cayó sobre él.

Se abrió paso por entre unos arbustos y el suelo cedió de pronto bajo sus pies. Hizo un esfuerzo desesperado para salvarse, pero ya era tarde. Su largo cuerpo fué precipitado hacia adelante y hacia el fondo de un pozo hecho para sacar arena. Golpeó con la cabeza en la sobresaliente raíz de un árbol y, lanzando un gemido, Begge quedó, encogido, sobre el tronco de un árbol y sin sentido.

Humble Begge debió permanecer desmayado durante varias horas porque ya reinaba la oscuridad cuando volvió a abrir los ojos. Sobre él una solitaria estrella brillaba en el firmamento y Begge la miró atónito durante unos momentos.

Poco a poco fué aclarándose su mente y pudo darse cuenta de un ruido acompasado que se oía a poca distancia de donde él estaba.

Escuchó, y a medida que su cerebro se fué normalizando pudo distinguir el ruido, claro y fuerte, de una pala que iba mordiendo en la arena, golpe tras golpe, seguido del golpe que daba cada palada de arena al caer en un montón.

Alguien estaba abriendo un agujero en el suelo, cerca de él.

Se levantó, apoyándose en un codo, y una luz amarilla le dió en los ojos, procedente del otro lado del pozo donde había caído.

Era, el pozo, de reducidas dimensiones, pues no tendría más de cuarenta yardas de ancho. Al otro extremo de aquel pozo abierto para sacar arena se veía un farol cuya amarillenta luz formaba como una aureola en la oscuridad.

Frente al farol se veía la figura de un hombre que empuñaba una pala de puntear.

Estaba en mangas de camisa y trabajaba con tal apresuramiento frenético que Begge se quedó un momento mirándole atónito

La pala penetraba en la tierra, apoyaba el hombre el cuerpo haciendo un esfuerzo para arrancar un terrón de arena y después, levantando la pala con prisa, arrojaba a un lado la arena, sin fijarse dónde caía. Estaba de espaldas a Begge, pero el Hombre Pacífico se fijó en lo ancho de sus espaldas y en lo grueso de su cuello. Le parecieron conocidos, pero no logró recordar de a quién pertenecían.

Levantó la mano y se agarró al tronco del árbol, procurando ponerse de pie, pero aun se hallaba muy débil y tuvo que apoyarse en el tronco durante un momento.

Tal vez el que trabajaba podía prestarle auxilio. Sin detenerse a pensarlo más, Begge levantó la voz.

—¡Hola! ¡Buen hombre! — gritó.

El efecto de su delgada voz en la tranquilidad de la noche fué eléctrico. Se oyó una imprecación y el que trabajaba se volvió. Fué entonces cuando Begge pudo verle la cara.

Era sir Gavin Fórdell. La luz del farol, aun cuando débil, permitía destacar la figura delgada del Hombre Pacífico junto al tronco del árbol. El baronet miró un momento, lanzó luego una blasfemia y con un rápido movimiento de la mano echó al suelo el farol, apagándolo. La oscuridad reinó y en el mismo momento, tomando la pala con ambas manos, la levantó y cruzando el pozo, fué violentamente hacia Humble Begge.

No era posible equivocarse sobre sus intenciones, así que Begge sintió que un escalofrío de terror le sacudía el cuerpo. La cara que había visto un momento, a la pálida luz del farol, era absolutamente implacable. Lo que se proponía sir Gavin era matarle.

Begge, con esfuerzo, se movió un paso hacia delante. Se oyó el ruido de los rápidos pasos del baronet. En momentos como aquellos es cuando la mente funciona con la rapidez del rayo. Sir Gavin tenía en su poder la pala, que podía resultar un arma terrible mientras Begge se encontraba enteramente indefenso. Un sólo golpe de la pala podía causar la muerte de Begge.

Con un rápido movimiento, el Hombre Pacífico se quitó su larga levita y la enrolló. Oyó la respiración jadeante del que le atacaba y, saltando hacia adelante, arrojó la levita hacia el sitio de donde venía el ruido.

El proyectil no era gran cosa, pero sirvió para lo que Begge lo quería. Oyó una maldición de sir Gavin y notó que los pasos se detuvieron un instante. Aquella era la oportunidad que Begge esperaba, y la aprovechó. Haciendo un esfuerzo, el Hombre Pacífico avanzó con los brazos tendidos hacia adelante. Sus dedos tocaron el húmedo hierro de la pala, y, de un tirón, arrancó la herramienta de las manos de sir Gavin. El baronet había logrado echar a un lado la levita que le había caído en la cabeza, y se había lanzado contra su adversario. Dos brazos poderosos se ciñeron al cuerpo de Begge y los dos hombres cayeron al suelo violentamente, peleando como dos fieras.

Sir Gavin parecía fuera de sí, dominado por la rabia. Rugía y peleaba con toda la ferocidad de una bestia.

Si Begge hubiera estado en mejor condición, la pelea hubiera sido más equilibrada. Pero estaba todavía débil y aturdido, aun cuando el furor de sir Gavin le prestó mayor fuerza. Rodaron una y otra vez y la pelea

duró, furiosa, durante varios momentos. De pronto la superioridad de peso del baronet empezó a dominar a su adversario. Sir Gavin se halló, por fin, sobre Begge, oprimiendo aquel cuerpo delgado y nervioso contra la húmeda grava del pozo.

—¡Ahora, maldito espía! — profirió el baronet, apretando los dientes. — ¡Ahora las va a pagar todas juntas!

Sus poderosos dedos estrujaron el cuello de Begge. Levantó la cabeza del Hombre Pacífico, del suelo, y la volvió a bajar, golpeándola con fuerza.

Dos veces levantó la cabeza de Begge, golpeándola después y entonces, de los labios del Hombre Pacífico salió un leve gemido. El cuerpo perdió toda energía y sir Gavin se levantó, respirando jadeante y escuchó durante un momento.

El sitio aquel estaba silencioso como una tumba. El baronet siguió inmóvil, de pie, respirando con dificultad y con la cabeza zumbándole como si en ella redoblara un tambor.

¿Debido a qué circunstancia se hallaba allí aquel hombre? A sir Gavin le parecía que semejante situación no podía tener más desenlace que el que él le había dado. Tal vez le había seguido cuando salió del castillo con el bulto envuelto en la carpeta verde, el bulto que en aquel momento estaba en el agujero que aun no había terminado de cavar.

Si aquel hombre le había seguido era porque sabía qué era lo que contenía aquel envoltorio.

—¡Usted se ha comprado este destino!— dijo el rollizo baronet. — Usted sabe demasiado y yo tengo que cuidar de que usted no haga mal uso de sus conocimientos.

Se inclinó y puso una mano en el pecho de Begge. El corazón le latía débilmente. Durante un instane, el baronet se sintió perplejo. La pala se hallaba al alcance de su mano. Un solo golpe podía terminar para siempre con el peligro que representaba aquel hombre.

Un estremecimiento le sacudió el cuerpo de pies a cabeza y sir Gavin se levantó, separándose de Begge.

No se sentía con valor suficiente para llevar a cabo tan cobarde homicidio. Un miedo terrible se apoderó de él y le hizo bajar los brazos. No era que se sintiese acometido por la angustia del arrepentimiento ni por un sentimiento de misericordia. Era el miedo lo que le hacía temblar las piernas.

—¡Ya sé lo que voy a hacer! — murmuró al cabo de un rato. — ¡Sí! ¡Será exactamente lo mismo! ¡Morirá y se llevará con él su terrible secreto!

Una nueva idea había acudido a su mente y se dispuso a ponerla en práctica.

Diez minutos después se oía un rumor de hojas removidas del otro lado del pozo hecho para sacar arena, y sir Gavin subió por el breve talud del costado llevando a cuestas el casi inanimado cuerpo de Humble Begge.

Se encaminó por el bosque, siguiendo un serpenteante sendero y por último llegó a un pequeño claro. En el centro de ese claro se veía la silueta de una pequeña construcción cuadrada, hecha de piedra. El baronet entró en ella por una estrecha puerta.

Arrojó brutalmente a Begge, en el suelo y cerró la puerta con rapidez.

Se vió brillar un fósforo y con él encendió el baronet el farol que había llevado en la mano.

El interior de aquella construcción demostraba con su aspecto que hacía mucho tiempo que se hallaba deshabitada. En un tiempo había servido para guardar armas de caza y leña, pero en época anterior a sir Gavin. En un rincón había una vieja manta y un par de botas de claveteada suela, viejas y de taco desgastado.

—Jennings me dijo que vió a un vagabundo, por estos sitios, hace una semana, —murmuró sir Gavin, — y eso fué lo que me dió la idea.

Puso el farol en el suelo y agachándose, sobre el hombre desmayado, lo arrastró hacia un rincón, y tomando la manta la hizo tiras, con las que ató a Begge de pies y manos.

Cuando hubo completado su trabajo, el baronet revisó los bolsillos de la larga levita que había recogido del pozo y le había puesto a Begge de mala manera. Le qutó el reloj de oro, la cartera, el portamonedas y un anillo de oro.

—Usted ha sido atacado y robado por un ladrón desesperado, — dijo sir Gavin, — que después le metió en este cuarto. Así interpretarán la tragedia cuando le encuentren muerto.

(Esta es la escena que se ve representada en el dibujo, en colores que adorna la primera página de este número y en el que se ven los dos personajes principales de esta electrizante novela policial, acertadamente interpretados por el dibujante).

Ya se había tranquilizado bastante y se hallaba casi en pleno dominio de su sistema nervioso. Había vuelto a ser el mismo astuto canalla de siempre.

—Yo cuidaré de que puedan constatar que fué usted atacado delante de esta construcción y se defendió furiosamente hasta caer vencido por su atacante.

Miró de nuevo en redor, y lanzando una última mirada al desmayado Begge, apagó la luz y salió de la habitación cerrando la puerta.

Sir Gavin se quitó su calzado y se puso las botas claveteadas que había hallado y durante diez minutos paseó, golpeando con fuerza, delante de la construcción. Había, en tal proceder, una habilidad astuta que el canalla apreciaba en todo su valer.

Aquellas huellas de pisadas indicarían que se había desarrollado una pelea en aquel sitio y también servirían para borrar las huellas que habían dejado sus pasos al llegar con Humble Begge al hombro.

Terminó su tarea, por fin, y se encaminó hacia el bosque. A la orilla del pozo de arena se detuvo y se quitó las botas de suela claveteada que había encontrado en la vieja casita de piedra.

Miró hacia atrás, por encima del hombro,

y su rostro, en aquella semioscuridad, era horrible, espantoso. Tenía los ojos hundidos y los labios encogidos por una sonrisa de maldad que mostraba los dientes blancos... era la sonrisa de un hombre que ya ha pasado la frontera del crimen y sabía que ya no le iba a ser posible volver atrás.

CAPITULO QUINTO

Sexton Blake procede a investigar

"¡HOLA, señor! ¡Por fin ha aparecido usted!" — exclamó Tínker, corriendo, con la mano extendida, hacia el hombre de aspecto distinguido, vestido con sencilla elegancia, que acababa de descender de un compartimiento de primera clase del tren que entraba en la pequeña estación en aquel momento.

Sexton Blake estrechó cordialmente la mano de su joven ayudante y le saludó con una sonrisa.

—Esperaba que usted tuviera razón para amonestarme, Tínker, — admitió. — Pero ya le explicaré después.

Otro pasajero descendió del mismo compartimiento y Sexton Blake se volvió hacia él.

—Señor Selby, permítame que le presente a Tínker, mi joven ayudante, — dijo.

El señor Selby estrechó efusivamente la mano de Tínker.

—Tengo un verdadero placer en conocerle, — manifestó el compañero de viaje de Blake. — Ya he tenido ocasión de oir a Blake hablar de usted.

Blake se volvió de nuevo hacia Tínker.

—¿Dónde está Humble Begge, muchacho? —preguntó.

Tínker movió negativamente la cabeza.

—No lo sé, — respondió. — Estamos aquí en un entrevero grande, señor; puede creerlo.

—Pero vino a este sitio con usted, ¿no es así? — preguntó Blake.

—¡Claro que sí! Vino conmigo, pero desde el sábado a la noche no he vuelto a verle, — manifestó Tínker apesadumbrado. — Ayer me levanté más temprano que él y cuando volvó a la hostería, el había salido ya. Desde entonces no le he vuelto a ver la cara.

El joven se encogió de hombros.

—Supongo que se le habrá ocurrido ir a alguna parte y se ha marchado sin preocuparse, como de costumbre, de lo que pudiera suceder, — agregó Tínker. — Al menos, no consideró necesario avisarme. Pero yo carezco de importancia en la actualidad porque usted tampoco se ha preocupado de mí.

El rostro del joven expresaba descontento y tanto Sexton Blake como el señor Selby, sonrieron.

El detective tomó del brazo a Tínker. En realidad, la queja del joven era justificada. Blake le había prometido llegar el domingo y el lunes por la mañana el desconsolado Tínker había recibido un telegrama comunicándole que su patrón llegaría en el tren de la tarde. Esto significaba que Tínker había tenido que pasar dos días de nerviosa espera en la soledad de la pequeña y aislada aldea.

—Ha sido todo un capítulo de accidentes, Tínker, — dijo Blake. — En primer lugar emprendí viaje en automóvil pero no llegué más que hasta Hyde Park; el automóvil patinó lateralmente, un ómnibus se le echó encima y allí terminó mi viaje. El automóvil está en compostura y...

Tínker notó que Blake tenía vendada una muñeca.

—¿Sé ha lastimado usted, señor? — preguntó con repentina ansiedad.

—No; una leve recalcadura, — dijo el detective, — pero fué lo suficiente para impedirme que viniera ayer. Después de todo eso, esta mañana... Pero a ese respecto el señor Selby puede explicar las cosas mejor que yo.

—He aprovechado la indiscutible buena voluntad del señor Blake, — dijo entonces Selby, — pues enterándome de que por una extraordinaria coincidencia, venía a esta localidad, lo mismo que yo, le pedí que se encargara de un pequeño trabajo, por mi cuenta.

El peón de la estación llegó con la balija de Blake y los recién llegados, junto con Tínker se encaminaron hacia la hostería "Al Venado Rojo".

—Me preocupa esa desaparición de Humble Begge, — dijo Blake. — Sé que es un tipo excéntrico pero, sin embargo, nunca se va a ninguna parte sin dejar dicho a dónde va.

Tínker se permitió exponer su teoría sobre la desaparición de Begge.

—Nos encontramos con un hombre muy interesante que dijo llamarse Robin, — explicó. — Pasamos la velada en el chalet donde está instalado un hogar para soldados convalecientes y el señor Robin tocó el violín como un verdadero maestro. Noté que a Begge le llamó mucho la atención, interesándole intensamente aquel hombre. Por eso supongo que ayer de mañana salió a hacer averiguaciones a su respecto. Yo traté de saber algo, anoche, cuando noté que no había regresado y me enteré de que había preguntado por la caravana en que viaja y vive ese señor Robin. Pero la caravana ya no estaba donde el día anterior. En consecuencia es de suponer que Begge fué en busca del vehículo, se encontró con el violinista y él y Robin están muy entretenidos, quien sabe por dónde, sin preocuparse ni lo más mínimo, de lo que podamos pensar nosotros.

En realidad, la idea de Tínker era sensata porque Humble Begge, a veces, hacía largas excursiones sin enterar a nadie de dónde estaba.

Blake sonrió al oir la explicación de su joven ayudante.

—¡Bueno! ¡Supongo que algún día volverá! — dijo. — ¡De todos modos vamos a quedarnos aquí lo menos un día más!

—Lamento que sea así, — dijo Tínker,— pues estoy harto y más que harto de este paraje.

Cuando llegaron a "Al Venado Rojo" se encontraron con dos soldados hindúes que esperaban a Tínker. Eran los dos que habían acompañado al joven y a Begge en aquel memorable paseo.

—Nos sería muy agradable volver a ver al extraño violinista que ejecuta tan admirablemente la música de nuestro país, — dijo uno de los hindúes con su voz acompasada y grave, — y hemos pensado que el joven sahib podría ayudarnos a hallar su paradero.

—Yo no le voy a tener ocupado, Tínker, —dijo entonces Blake, — así que, si le parece, puede ayudar a sus amigos a buscar a tan notable músico. — Blake miró a Selby que estaba a su lado. — El señor Selby y yo tenemos que atender a un asunto enteramente confidencial que nos tendrá ocupados una o dos horas. ¿Por qué no va en busca de la caravana del señor Robin? Procúrense un vehículo que les lleve y vayan en seguida.

La proposición fué recibida con agrado por los hindúes, de modo que al cabo de un rato, Tínker se halló sentado en un bastante deteriorado automóvil que había hallado en el garage de la localidad. La satisfacción con que los dos hindúes ocuparon sus asientos en el vehículo era digna de verse. Cuando el coche avanzó por el camino, Tínker notó que se iba disipando el mal humor que le había tenido triste y fastidiado durante tantas horas.

—No vaya demasiado de prisa, — dijo al ex-cochero y chauffeur, que manejaba. — No deseo que el coche se haga pedazos en mitad del camino.

El hombre se sonrió.

—No hay mucho peligro de ir demasiado ligero, señor, — dijo. — La velocidad máxima de este vehículo es diez millas por hora.

Blake y Selby se habían quedado a la puerta de "Al Venado Rojo" para ver partir a los tres paseantes y cuando el automóvil desapareció a lo lejos, el detective se volvió hacia su compañero.

—Me ha parecido que no voy a necesitar la ayuda de Tínker en este caso ,— dijo. — Ha venido al campo para pasear y descansar y además creo que podremos salir del paso los dos solos.

—Poco es lo que hay que hacer, según me parece, — dijo Selby. — La compañía no tiene razón ninguna para dudar de la corrección de procederes de sir Gavin, pero la opinión de usted sobre el robo será tenida, debidamente, en cuenta, por la compañía.

Selby era uno de los gerentes de la Starbell Insurance Company, la compañía de seguros con la cual sir Gavin había contratado hacía años, el seguro de la valiosa vajilla de oro.

El baronet había notificado su pérdida en seguida y su carta había sido recibida en Londres el lunes de mañana. Selby, que era amigo de Blake, le había encontrado a éste en el andén de la estación y había aprovechado la ocasión que la casualidad le brindaba. La suma a que alcanzaba el seguro, —diez mil libras, — era muy importante, aun para una compañía tan poderosa como la Starbell, así que la opinión de Blake sobre el robo tendría una incalculable importancia.

Blake no pudo, ni intentó, negarse a lo que Selby le pedía, así que, a las tres de la tarde, los dos trasponían los portones del castillo de Ulledón.

—Supongo que la policía local ya se habrá metido a hacer averiguaciones a su modo, — dijo Selby, — pero claro está que eso era inevitable.

—Todo depende de lo que haya hecho,— manifestó tranquilamente, Blake.

Les hicieron pasar a la biblioteca y pocos instantes después se presentó sir Gavin. Se había vestido cuidadosamente y se había ocupado de borrar, en lo posible, de su rostro, las señales del combate.

Saludó a Selby con la mayor y más exquisita urbanidad.

—Este es mi ayudante, el señor Wood, —dijo Selby, presentándole a Blake, a quien el baronet favoreció con una leve inclinación de cabeza.

Se comprendía que sir Gavin deseaba impresionar favorablemente a Selby, pero que el ayudante le tenía sin mayor cuidado.

—¡Una pérdida terrible! — dijo sir Gavin. — La policía local se ha ocupado del asunto y yo tengo esperanzas, grandes esperanzas, de que se logre dar con el rastro del ladrón.

—He creído oir decir que la vajilla de oro procedía de una herencia y constituía un bien inenajenable, — dijo Selby.

—¡Así es! ¡Así es! — contestó el baronet. — Según lo disponía el testamento yo debía tenerla siempre asegurada contra todo riesgo. Por esto fué por lo que su compañía, antes de admitir el riesgo, examinó detenidamente la galería donde está la vitrina en que se hallaba la vajilla. No es necesario recordar que los inspectores de la compañía se mostraron enteramente satisfechos de las instalaciones.

—Es cierto, — dijo Selby.

Sir Gavin repitió su relato y Selby tomó nota de todo cuanto dijo. De vez en cuando el de la compañía de seguros miró a Sexton Blake. Le pareció a Selby que el gran detective no se fijaba ni poco ni mucho en el relato del robo que hacía el dueño del castillo.

Estaba sentado en una silla, junto a la ventana y la mitad del tiempo miró hacia fuera como si admirara el paisaje.

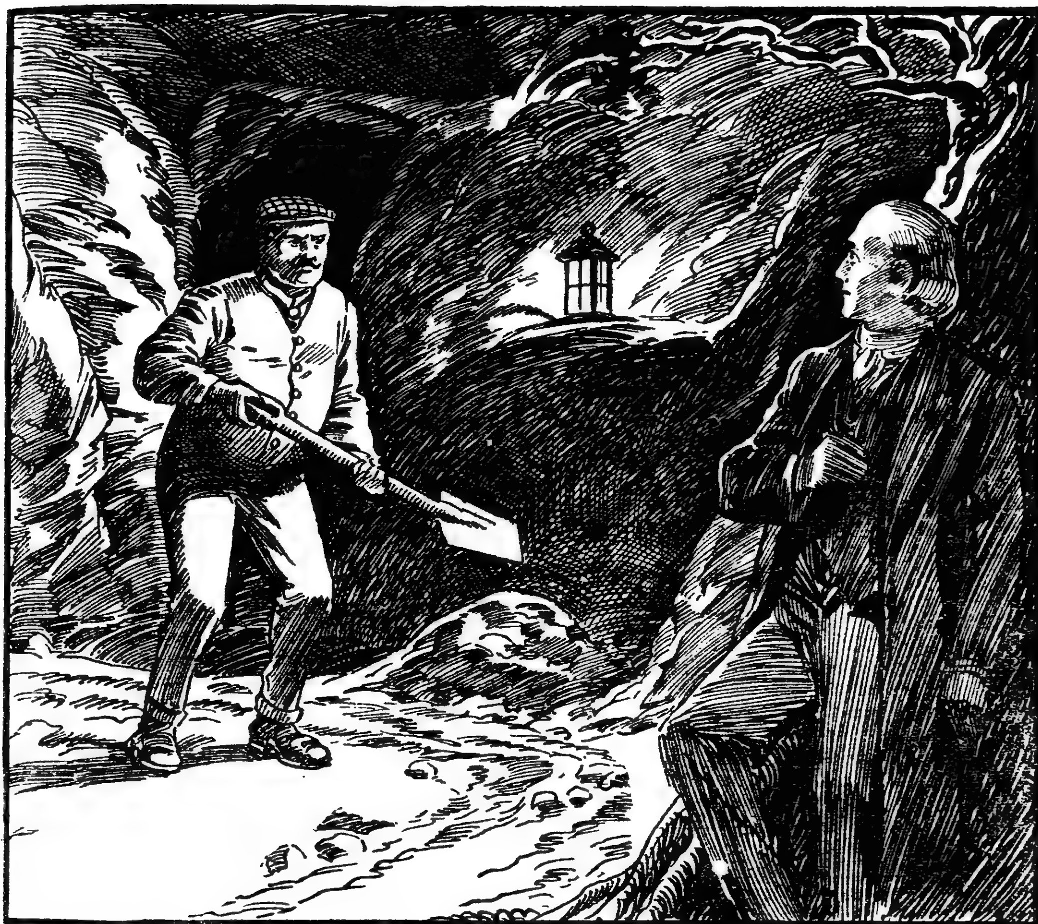
Por fin sir Gavin terminó su relato y se levantó de su butaca.

—Voy a hacer que venga el hombre, que fué el primero en ver que alguien había penetrado en la galería, — dijo el baronet, dirigiéndose a la puerta.

Cuando se hubo retirado, Selby se volvió hacia Sexton Blake.

—¡Parece que a usted no le interesa esto gran cosa! — dijo. — Supongo que se trata de un robo tan vulgar que no logra despertar su interés ¿eh?

Blake se volvió hacia él; sus acerados



"¡Hola! ¡Buen hombre!" gritó Begge. El efecto de su voz aguda pareció eléctrico. Se oyó una imprecación y el que trabajaba se volvió y recién entonces vió Humble Begge su rostro. ¡Era sir Gavin Fórdell!

ojos azules brillaban con la perspicacia de siempre.

—¡Al contrario! — dijo Blake. — ¡La narración de sir Gavin me ha interesado mucho! ¡Y el narrador también!

Selby lanzó un suspiro de alivio.

—¡Me alegro mucho! — dijo. — Me había parecido que estaba usted aburridísimo y que había decidido no ocuparse del caso, sin tomarse la molestia de oir más explicaciones.

Blake se hallaba en aquel momento, de pie junto a la ventana y con las puntas de los dedos redoblaba sobre el vidrio.

—El ladrón entró y salió por esta ventana ¿no es eso? — dijo.

—Eso es lo que afirma sir Gavin, — manifestó Selby.

—Supongo que la vajilla de oro sería bastante pesada, ¿e?

—¡Muy pesada! Algo más de un quintal o sea unos cincuenta y tantos kilos.

Los dedos de Blake repiquetearon de nuevo en el vidrio de la ventana. Después, el detective se volvió hacia la ancha doble puerta de acceso a la galería.

—Supongo que me será permitido visitar esto. — agregó. — Oiga usted lo que el sirviente tenga que declarar y después venga en mi busca, si le parece.

La doble puerta estaba sin llave y Blake entró en la galería, entornando la puerta después.

Selby se rascó, pensativo, la mandíbula, mientras miraba hacia la puerta por donde había salido Blake.

—¿Qué es lo que estará pensando ese hombre? Algo es, pero no quiere decirlo, — murmuró.

Blake avanzó lentamente por el piso encerado y lustrado de la galería, con la cabeza baja y expresión de hallarse muy preocupado.

El relato de sir Gavin no le había sonado, al oido como ver,dico.

Había sido recitado con claridad y concisión. En realidad, había sido recitado con la

rápida facilidad de que puede hacer gala el que ha dispuesto de tiempo sobrado para preparar las frases y disponer los varios detalles.

Entonces, de repente, una idea había cruzado su mente. Al pie de la ventana había un cantero de flores en cuyo centro se veía un círculo de plantas de iris que erguían las suaves corolas de sus delicadas flores.

Se hallaba exactamente al pie de la ventana, y un hombre cargado con un peso de más de cincuenta kilos no podría de ningún modo saltar por aquella ventana sin tocar aquellas plantas de iris. Y, sin embargo ni una sola planta había sufrido ni lo más mínimo, ni un solo tallo estaba quebrado o roto.

Blake no tenía razón ninguna para creer que sir Gavin había inventado todo cuanto había dicho, así que se veía inclinado hacia otra conclusión distinta.

—El ladrón pudo entrar por la ventana, pero indudablemente, no salió por ella, — murmuró.

Llegó a la vitrina donde había estado la vajilla de oro y la examinó. Los detalles que había notado Tínker se presentaron tambien ante la imaginación de Blake.

—El que abrió este candado tenía, sin duda, la correspondiente llave, — decidió Sexton Blake después de su examen.

Esta decisión llevó sus pensamientos, nuevamente hacia sir Gavin. ¿Era posible que el baronet fuera él mismo el ladrón?

Esta teoría lo explicaría todo y, por el momento, Blake se sintió inclinado hacia ella. Sería necesario hacer averiguaciones sobre la situación financiera de sir Gavin, así como sobre la marcha de sus negocios. No sería por cierto, la primera vez, en todo caso, que un hombre, al verse en desesperada situación, decidía robarse a sí mismo para poder cobrar el importe de un seguro elevadísimo.

Avanzó por la galería, y el sistema de ventilación fué objeto de su aguda observación. Se hallaba en aquel momento casi al extremo de la galería. Se detuvo debajo de la segunda ventana de ventilación. Tínker no fué tan adelante así que el descubrimiento que hizo Blake un momento después no le había sido posible a su joven ayudante.

Un poco de tierra seca, extendida forman do la silueta de un pie de hombre, en polvo tan fino que, a la media luz de la galería casi hubiera pasado inadvertido para los ojos más perspicaces, esto fué lo que vió el detective

Era la huella de una pisada, de una sola, marcada con tierra de la que forma barro pegajoso, tierra de condición arcillosa.

Blake se arrodilló y revisó con sumo cuidado los contornos en redor de la huella de la pisada. No había más huellas en el piso encerado.

Se levantó y colocándose donde estaba la huella, miró hacia arriba.

¡La segunda ventana de ventilación quedaba inmediatamente sobre su cabeza!

No habló, pero sus expresivos ojos siguieron la línea de la negra varilla que servía para abrir y cerrar la ventana. Vió que la ventana era pesada y que sus vidrios se hallaban intactos.

La prueba que representaba aquella huella permitía creer que el ladrón había descendido de la ventana al interior de la galería. Pero ¿cómo se había arreglado para abrir, desde fuera, aquella ventana?

El detective se aproximó a la pared y miró la ruedita del mecanismo. La clavija y el agujero estaban intactos y el candado en su sitio. Blake quiso hacer girar la rueda, pero no pudo.

—Esto se va haciendo interesante, — murmuró, sintiendo la intensa satisfacción que le producía siempre el verse ante un problema de complicada solución. — No cabe ni la menor duda de que alguien pasó por esa ventana... alguien procedente del jardín, con el calzado sucio de tierra arcillosa. Pero ¿cómo logró abrir la ventana y la cerró de nuevo?

El relato que sir Gavin había hecho de lo que los de la policía habían averiguado, establecía que las dos ventanas de la galería habían sido halladas cerradas y con el mecanismo cerrado con llave como de costumbre. El que había dicho eso era el sargento de la policía local y Blake se sentía inclinado a admitir, sobre este punto, que no había razón ninguna para dudar de la exactitud e esa parte del relato.

—La ventana no puede haber sido abierta del lado de fuera, — prosiguió. — Este sistema de cierre es considerado como a prueba de ladrones, o se supone que lo está. Todas las compañías de seguros lo admiten como inviolable. Y, sin embargo...

Mientras hablaba así, miraba la ruedita puesta en la pared. Se percató de que el extremo del techo de vidrio se encontraba únicamente a un pie de distancia arriba de la rueda.

Una repentina inspiración acudió a la mente de Blake. Miró en redor, fué hasta donde estaba una mesa y la acercó hasta ponerla debajo de donde estaba la rueda. De un salto estuvo de pie en la mesa. Pudo entonces llegar hasta tocar el vidrio que quedaba encima de la sujeta ruedo, y empujó, suavemente, el vidrio.

Cedió un poco a su esfuerzo.

—¡Por vida de!... — exclamó con nerviosa excitación.

Deslizó los dedos hasta el borde del vidrio y empujó. El vidrio se deslizó, a lo largo de las canaletas que lo sostenían, con relativa facilidad y sin hacer ruido, dejando abierto un hueco como de un pie cuadrado por el cual, cualquiera que se hallase tendido en el techo de vidrio, podría meter el brazo y alcanzar cómodamente a tocar la rueda, con la mano.

—¡Jum! Esto no es tan inviolable, al fin y al cabo! — murmuró el astuto detective.— Esta es una pequeña combinación muy ha-

bil que fué preparada hace mucho tiempo... hace algunos años, probablemente.

Las canaletas por donde corría el borde del vidrio eran lisas y la madera estaba ennegrecida por el tiempo, lo que indicaba que aquella combinación no era nueva ni mucho menos.

—¡Lo único que se necesitaba era una llave que abriera el candado! — dijo Blake.

El ladrón, — fuera quien hubiera sido, — conocía perfectamente el terreno. Blake miró hacia la ruedita y a su clavija. Se veía alguna señal en el candado, — que estaba algo herrumbado, — unos rasguños como los que podía haber hecho una llave manejada por una mano que la sostuviera con indecisión o a tientas.

Se notaba que Sexton Blake estaba pensativo cuando descendió de la mesa y la puso donde estaba antes. Ya había vuelto el vidrio a su anterior colocación, y se quedó un momento parado mirando hacia el extremo de la galería, a la cerrada doble puerta.

—Tengo que revisar esta habitación, — murmuró. — Pero el problema es este: ¿debo pedir permiso o no?

La actitud de sir Gavin no le había impresionado favorablemente, a pesar de que las observaciones que luego había hecho parecían indicar que el baronet se quejaba con razón, de que había sido víctima de un robo.

—No; creo que será mejor que espere, — decidió por último. — Hay en todo este asunto algo que me deja perplejo por el momento, y siempre es mejor hacer las cosas con reserva. El techo puede esconder muchos rastros importantes, pero es necesario que yo los encuentre sin que sir Gavin se entere y, por lo tanto, sin solicitar su permiso.

Esta fué una decisión muy sensata, como luego lo demostraron los acontecimientos.

Diez minutos después, cuando Selby, sir Gavin y el sirviente, entraron en la galería, hallaron a Sexton Blake admirando la colección de bellísimos camafeos que estaba en una pequeña vitrina. Selby se quedó asombrado al notar cuán poca atención parecía prestar Sexton Blake a todo el caso. Inspeccionaron la vitrina vacía y después, cuidadosamente, toda la galería. Sir Gavin indicó las dos ventanas para ventilación.

—Están dotadas de un mecanismo inviolable, a prueba de ladrones, — dijo, — y fueron colocadas de acuerdo con su propia compañía, según creo, hace algunos años.

El señor Selby inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí; consideramos que es éste el mejor sistema que se conoce, — manifestó.

Blake seguía observando los camafeos. Por último, Selby, enteramente desesperado ante la indiferencia del detective, apresuró la conclusión de la entrevista. Pensaba que Sexton Blake había fracasado o que el detective opinaba que el caso era terminante y no valía la pena de que él se tomara la molestia de poner en acción sus extraordinarias facultades investigadoras.

—Muy bien, sir Gavin, — dijo por último el representante de la compañía aseguradora. — Ya he tomado nota de todos los detalles y voy a redactar hoy mismo el informe que presentaré al Directorio de mi compañía. En el interín le ruego quiera tener la bondad de informarnos de cualquier nuevo suceso que llegue a su conocimiento.

—¡Ciertamente... ciertamente! — dijo el baronet muy obsequioso. — He notificado a la policía del condado y he hecho todo cuanto he podido. Como correspondía, he presentado el pedido de pago a la compañía aseguradora, pero eso no quiere decir que no tenga esperanzas de que pueda recobrarse la vajilla de oro robada. El valor artístico, histórico y sentimental de la vajilla es muchas veces superior a su valor monetario.

El señor Selby se sonrió casi con verdadera tristeza, y miró al baronet, moviendo afirmativamente la cabeza.

—¡Tiene usted razón, sir Gavin! ¡Esa clase de trabajos de orfebrería vale más por lo que representa como obra de arte que por el metal que los constituye, aun cuando se trate de objetos de oro puro! — dijo. — Sin embargo, mi compañía tendrá que abonar una suma muy importante... ¡Diez mil libras!

No aceptaron la invitación del baronet que les ofreció una copa de vino y poco después se retiraban del castillo. Selby, cuando se dirigía al portón de salida, tenía cara de hallarse muy contrariado y triste.

—Supongo que usted opina que no queda más recurso que aceptar los hechos como se presentan y que no vale la pena intentar ninguna averiguación ¿no es eso, Blake? — dijo después. — En realidad, creo que tiene usted razón. Se trata de un robo bien realizado y nada más. Me parece que tendremos que pagar lo más risueños que nos sea posible. ¡Qué mala suerte!

Blake se volvió hacia él

—Tal vez tengan ustedes que pagar, — admitió, — pero yo creo que sería prudente retardar el pago algunos días. El robo no ha sido tan sencillo como parece

Selby lo miró con atención.

—¿Entonces, usted lo ha observado con interés? — exclamó. — ¡Vamos! ¡Si yo me figuraba que estaba usted aburrido en la galería, haciendo votos porque llegara de una vez el momento de retirarnos!

El detective se rió.

—Tenía más de una razón para proceder así, — replicó. — Pero estaba muy ocupado, cuando ustedes llegaron.

—Y... ¿ha encontrado usted algo?

Selby se detuvo, mirando al detective

—He encontrado que el caso ofrece mucho más interés del que yo esperaba, — dijo Blake, — pero esto es todo cuanto puedo decir a usted por el momento. Mañana, tal vez pueda agregar algo más, pero ahora no

Y el representante de la compañía de seguros tuvo que contentarse con eso.

CAPITULO SEXTO

Tinker encuentra a Robin

"¿NO sabe cuándo estará de regreso?"

Tinker miró casi con angustia al campesino de impávido rostro, que estaba sentado en la escalerita de acceso a la "caravana".

La investigación del joven ayudante de Sexton Blake había tenido buen resultado en lo que al encuentro de la "caravana" se refería. La había hallado en un ángulo de terreno no cultivado, cerca de un pequeño chalet, a unas siete millas camino adelante. El hombre que estaba sentado en la escalerita se encontraba allí cuando Tinker descendió del automóvil.

Según dijo aquel campesino estólido, Tinker deducir que el señor Robin había llegado a aquel sitio el lunes de mañana, casi al amanecer. Había pedido al dueño del chalet que cuidara del vehículo, del caballo y del mono y se había ido al empalme, a tomar el primer tren para Londres.

—No estoy seguro, señor, — dijo flemáticamente el hombre, — pero creo que no tardará mucho. No dejó mucha comida para el mono y yo no sé qué darle de comer.

—¡Dios mío! ¿Qué dice usted, hombre? ¿Es posible que no le haya dado de comer al pobre animal?

—Yo no sabía si darle cadne o verdura y no quise exponerme a enfermarle.

Tinker miró cara a cara a aquel patán

—¡Y por eso le ha dejado muerto de hambre! — exclamó. — ¡Levántese y déjeme verle! ¿Y el caballo? ¿Dónde está

El campesino levantó la mirada un momento y Tinker se dió cuenta de que aquel hombre estaba mintiendo.

—No sé dónde está el caballo.

—¡Mire usted! ¡Ya me ha dicho demasiadas veces "no sé", —dijo Tinker. — Estoy seguro de que mi amigo le pagó anticipado para que cuidara de sus animales y parece que usted ha resuelto sacar demasiado provecho de la ocasión y además burlarse de él.

El hombre se levantó lentamente.

—¿Me acusa usted de que no procedo honradamente? — preguntó a media voz y avanzando con aire amenazador.

Tinker estaba malhumorado aquella mañana. La inexplicable desaparición de Begge y la tardanza de Blake se habían reunido para excitar su temperamento, normalmente tranquilo.

—¡Me parece que sí! — replicó Tinker. —Usted no puede decirme dónde está el caballo, pero yo puedo adivinarlo. Usted lo ha alquilado para trabajar durante el día en el campo.

El tiro dió en el blanco. Era eso, precisamente, lo que el hombre había hecho.

—Yo... yo... — tartamudeó.

—Y usted ha dejado sin comer al mono porque probablemente se comió los alimentos que le dejaron para que se los diera.

Tinker acertó esta vez también. El señor Robin había dejado una abundante provisión de galletas dulces, de las que le gustaban a Tony y la esposa del campesino se había apoderado de las galletas para dárselas a sus chicos con el pretexto de que un animal no merecía comer cosa tan exquisita.

—Mire, señor, usted sabe demasiado, ¿sabe usted? — dijo el campesino. — Usted se va a ir ahora mismo de aquí y me va a dejar en paz.

El automóvil se había detenido a la orilla del terreno y los dos convalecientes vestidos de khaki, muraban lo que estaba sucediendo.

Uno de ellos lanzó un grito cuando vió que el campesino se precipitaba de repente, contra Tinker, enarbolando los puños.

Pero Tinker estaba preparado para aquel ataque. Se escabulló fácilmente debajo de los amenazadores brazos y después, calculando bien el tiempo, descargó, con el puño izquierdo, un golpe terrible en la mal afeitada cara del campesino, dándole en la mandíbula.

Tan fuerte fué el golpe que el individuo tembló de pies a cabeza y se alejó gritando de dolor.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Me ha roto la cara! ¡Me ha roto la cara !

A sus gritos contestaron otros, procedentes del chalet y salió de la casa una mujer que se acercó corriendo y con los ojos echando chispas de furor.

—¿Por qué le pega así a mi marido?— gritó la mujer precipitándose hacia Tinker y amenazándole con los puños que le acercaba al rostro. — ¡Voy a denunciarle a la policía! ¡Ya verá usted!

Tinker podía hacer frente a un hombre, pero un miembro del sexo contrario era cosa muy distinta para él, así que retrocedió ante aquel demonio con polleras.

Los soldados que presenciaban la escena se rieron. Lo que sucedía les proporcionaba inesperado y divertido entretenimiento.

—¡Está bien, eso de venir aquí a pelear! —gritó la mujer. — ¡Espere! ¡Voy a mandar buscar un policeman! Nos van a dar la razón, aun cuando seamos pobres. ¡Ya verá!

Con toda probabilidad Tinker hubiera optado por retirarse de no haber recibido en aquel momento, un inesperado refuerzo. El viejo ex cochero que manejaba el automóvil saltó de su asiento y avanzó hacia donde estaba el joven.

—¡Basta de gritos, Polly Webb! — chilló con su aguda voz. — ¡Este señor está en su derecho! ¡El sinvergüenza y holgazán de su marido, Polly, es el que tiene la culpa! Le atacó sin razón y a traición y no hizo más que llevarse parte de su merecido.

Tinker dejó que el cochero continuara el duelo de palabras con aquella mujer y su marido, que no debían ser muy buena gente, dadas las hazañas que recordó el viejo cochero para arrojárselas a la cara.

Mientras la discusión proseguía, aunque con menos bríos, Tinker se dirigió a la "caravana", subió por la escalerita y abrió la

puerta. No se veía allí al hermoso mono. De pronto se oyó un gemido, procedente de un rincón y Tínker fué hacia aquel sitio.

Tony había sido encerrado en un cajón chico que tenía que estar en él, encogido y doblado. Se notaba expresión de terror en sus negros ojos cuando miró a Tínker y éste sintió que volvía a dominarle el enojo.

—¡Qué estúpido y que cruel! — pensó. — Por suerte he llegado a tiempo.

Se inclinó y le dirigió la palabra al mono, sacándole del estrecho cajón. El animal pareció darse cuenta de que se trataba de un amigo porque saltó al hombro de Tínker y le echó los brazos al cuello sin dejar de charlar y de sollozar.

Tínker salió de la "caravana" y se dirigió al campesino.

—Le voy a dar una oportunidad de evitarse el castigo que merece, — dijo con energía. — ¡Dígame toda la verdad! ¿Cuándo regresará el señor Robin?

El gañán bajó la cabeza y llevando la mano al bolsillo, sacó un sobre de color anaranjado.

Contenía un telegrama firmado "Robin" y que tenía por objeto avisar que llegaría al empalme aquella tarde, a las cinco.



"¿Porqué le pega así a mi marido?" — gritó la mujer, furiosa, amenazando a Tínker con los puños cerrados, que le acercaba al rostro.

—¡Ya lo suponía! — murmuró Tínker mirando al labriego. — Usted sabía que mi amigo no vendría hasta tarde y aprovechó la ocasión para quitarle la comida al mono y alquilar el caballo. ¡Es usted un canalla que no tiene ni honradez ni vergüenza y no sé por qué no le doy de golpes hasta no dejarle ni un hueso sano!

La mujer había terminado de hablar y los dos culpables miraban fijamente a Tínker.

Era despreciable e infame su proceder porque Robin, sin duda ninguna, les había pagado adelantado su trabajo.

Eran las cuatro, así que faltaba una hora para la llegada de Robin. Pero Tínker resolvió no dejar la "caravana" sola ni un momento más. Su breve entrevista con Robin había sido causa de que le tomara singular aprecio y Tínker estaba siempre dispuesto a hacerle un servicio a un amigo.

Fué a donde estaban los soldados y les explicó la situación. Había decidido ir con la "caravana hasta el empalme, para recibir al señor Robin cuando llegara el tren.

A los hindúes les pareció excelente la idea de Tínker. Ellos, naturalmente, no podían esperar, pero le hicieron prometer que Robin iría con su violín, a hacerse oir una vez más, al chalet convertido en hospital.

El ex cochero volvió a su vehículo y el automóvil dió vuelta para emprender viaje de regreso. En el momento en que se alejaba, un muchacho salió por un portón que daba al camino, trayendo del bocado a un caballo sudoroso y cubierto de barro. Trató de volver al campo, cuando vió a Tínker, pero éste no le dejó.

—¡Traiga aquí a ese caballo! — le gritó. Y el amigo de Robin fué acercado a la "caravana".

Tínker se volvió hcia el campesino.

—¡Limpie en seguida a ese caballo! ¡Bien limpio! ¡Y déle de comer! — ordenó. —¡Pronto! ¡Yo voy a esperar aquí a que usted haya terminado!

Sus órdenes fueron rápidamente cumplidas. Se unieron, para limpiar el caballo, la mujer, el marido y el chico. Tínker, sentado en la escalera de la "caravana" dirigió la operación. Hasta que el caballo estuvo bien limpio y reluciente y con el morral lleno de trigo fresco, no dejó que descansaran aquellos tres.

—Voy a llevar la "caravana" a la estación, a esperar a mi amigo — agregó, — pero no les prometo que no se le ocurrirá hacerles prender y condenar por su falta de honradez.

Engancharon al paciente caballo y Tínker tomó las riendas.

—Yo... yo lo lamento mucho, señor... —comenzó a decir el campesino.

—Eso es lo que dicen todos cuando se dan cuenta de que les han descubierto,— respondió Tínker, mientras la "caravana" se ponía en movimiento.

Con el mono Tony en el hombro y mientras el mono amenazaba y profería en su lengua algunas frases, indudablemente bastante violentas, dirigidas al hombre que tan mal le había tratado, Tínker manejó la "caravana" de modo que salió al camino y prosiguió cuesta abajo, hacia la línea férrea. Tínker soltó la rienda y la milla que había que recorrer fué recorrida con paso lento.

Cuando llegó a la estación ya estaba por entrar el tren. Cuatro o cinco minutos después, sonriendo encantado, el señor Robin estrechaba la mano de Tínker mientras Tony saltaba a los brazos de su patrón para contarle todo lo que había sufrido en su ausencia.

—¡Qué agradable sorpresa! — exclamó Robin. — ¡Este encuentro me es sumamente agradable! ¡Debe ser usted tan inteligente y astuto y tan hábil y perspicaz como yo me lo figuraba desde que ha sabido encontrar mi mensaje!

Tínker le miró con grandísimo asombro.

—¿Su mensaje? — preguntó .

Robin se sonrió.

—¡Ah! ¿Entonces no lo encontró? Pero en ese caso, ¿cómo pudo dar con la "caravana"?

—Por suerte y nada más, — dijo Tínker. —¡Y también fué una suerte para Tony y para el caballo, que yo llegara!

Enteró a Robin, rápidamente, de lo que había sucedido y durante sólo un breve momento, brilló un destello de enojo en la mirada del vagabundo.

—¡Qué canalla! ¡Ser así con los animales! ¡No puedo imaginarme que haya gente semejante!

Calló y movió, negativamente, la cabeza.

—No quiero dejarme llevar por el enojo, —dijo entre dientes. — He prometido que no me enojaría nunca más. ¡Olvidemos!

Su mirada recobró la serenidad de costumbre cuando se volvió para mirar nuevamente a Tínker.

—Podemos regresar, — dijo. — Voy a volver al sitio donde acampé primeramente. Vamos.

Se acercó al caballo, le habló durante un momento, después, del brazo de Tínker se dirigió por el camino, seguido por el caballo, mientras la "caravana" crugía detrás de él. Tony, sentado en el pescante, era el único a quien parecía disgustar el modo de avanzar: hubiera preferido, sin duda, ir en los brazos de su patrón.

Cuando pasaron junto al chalet, Tínker miró hacia él y vió que una aterrorizada cara miraba por entre las sucias cortinas. Miró a Robin pero notó que éste tenía la vista fija en el camino. Cuando hubieron pasado del chalet fué cuando Robin comenzó a hablar.

—Me sentí realmente a punto de perder la serenidad, — dijo. — Pero hace años que me enojé por última vez y no he querido enojarme nunca más. ¡Que vivan como quieran! ¡Bastante castigo tienen con ser tan brutos como son!

—Yo no hubiera podido contenerme,— declaró Tínker cuya admiración por aquel hombre se acrecentaba cada vez más.

—Pero cuénteme, — dijo Robin, — ¿ha sucedido aquí algo extraordinario después de mi partida?

Su voz no sufrió alteración ninguna, pero

le brillaron los ojos de un modo extraño que Tinker no notó.

—¡Ya lo creo que sí! — exclamó el joven ayudante en respuesta. — Se ha cometido un robo en el castillo de Ulledón y mi amigo Humble Begge ha desaparecido. Supuse que se hubiera ido de paseo con usted, pero he visto que no ha sido así.

—Estuve en Londres, — dijo Robin, — por primera vez, después de veinte años. ¡Qué terrible ciudad! Es un enorme hormiguero con hombres y mujeres que se mueven por todas partes, entregado cada uno a sus negocios. ¡Uff! Prefiero el campo y los tranquilos caminos flanqueados de verdes prados y bajo el cielo azul.

Tinker se sonrió.

—En eso pensamos de modo muy distinto por lo visto, — replicó. — Londres es mi hogar. Para mí es el sitio mejor de toda la superficie del globo terráqueo.

—Bien; cada uno tiene su gusto, — dijo el señor Robin. — Admito que hubo una época en que, también yo, consideraba a Londres como el sitio más agradable del mundo.

Permaneció un momento en silencio y después cambió el tema de la conversación.

—Usted dijo que había sido cometido un robo en el castillo de Ulledón.

Tinker inclinó la cabeza en señal de afirmación.

—Sí señor; de una galería considerada inexpugnable, un hábil ladrón robó gran cantidad de vajilla de oro, — dijo. — Estoy al tanto de todo porque el sargento de la policía local, que me conoce, me pidió que fuera a ayudarle en la investigación. Como soy, aun cuando usted no lo sabe porque no me ha preguntado en que trabajo, detective de profesión...

Con sorpresa vió que el señor Robin recibía aquella manifestación con grandes y ruidosas carcajadas. Era una risa franca, honesta, que hacía estremecer todo el cuerpo de aquel hombre.

—¿Y usted fué al castillo para averiguar quién había cometido el robo? — preguntó, pasada la crisis de hilaridad. — ¡Pero el caso no puede ser más estupendo!...

Seguía del brazo de Tinker y miró al rostro del joven con una sonrisa que parecía socarrona y sarcástica.

—¡Yo debiera sentirme orgulloso al caminar así, por la carretera del brazo de un viviente detective de verdad! — agregó Robin con su tono bondadoso y amable de siempre.

—Usted se está burlando de mí, — dijo Tinker, haciendo una mueca, — pero poco importa. En realidad poco fué lo que investigué en el castillo de Ulledón. En primer lugar, sir Gavin nos acusó a Begge y a mí de ser los autores del robo.

—¿Cómo? ¿Los acusó a ustedes?...

Tinker relató breve y rápidamente, la escena que se había desarrollado en el castillo y nunca tuvo oyente más atento que el señor Robin.

—Así que el ladrón entró en la galería pasando por la biblioteca, — dijo lentamente el forastero. — Eso se comprende con toda claridad.

—Casi con demasiada claridad, — dijo Tinker. — No tomó ni la más mínima precaución para ocultar sus huellas. Pero yo no tuve ocasión de estudiar mucho el caso. Sir Gavin y yo no somos muy amigos, que digamos, así que me retiré.

—Fué una lástima, — dijo Robin, — porque usted hubiera encontrado, sin duda, algo más.

—¡Oh! ¡Algo encontré! — prosiguió Tinker. — Por ejemplo: logré enterarme de que el ladrón hizo uso de una bolsa ordinaria y de un trozo, ya fuera cortina o carpeta, de género de lana, probablemente bayeta, de color verde.

El hombre que caminaba a su lado le miró repentinamente a la cara.

—¿Cómo averiguó usted eso? — preguntó el señor Robin con renovado interés.

Tinker lo explicó y el que le acompañaba volvió a reir de nuevo.

—¡Muy hábil! — admitió. — Sí; tal vez haya sido una lástima que no se quedara usted más tiempo en la galería. Quizás hubieran encontrado, sus perspicaces ojos, algunos otros rastros de importancia.

Ya era casi de noche cuando llegaron al sitio donde el señor Robin había acampado la vez primera y se proponía acampar de nuevo. La caravana se acercó al sitio aquel y el señor Robin miró hacia el cerco de arbustos.

—Oiga, Tinker, — dijo.

El joven se acercó a él. Su compañero indicaba una tira de trapo atada a la rama. Era blanca.

—Usted dijo que no recibió mi mensaje, —manifestó pausadamente, — pero yo dejé atado aquí una tira de trapo rojo y ahora veo una tira de trapo blanco.

Indicó la línea de blancos cantos rodados y reveló el sitio donde había estado oculta la lata de cocoa. Tinker desató la tira de trapo blanco y la examinó.

En un rincón tenía algunas letras, trazadas con tinta de marcar ropa, pero bastante borradas.

—¡Por vida de!... ¡Si ésta es una tira del pañuelo de Humble Begge! — dijo. — Debe ser él quien encontró el mensaje.

—Entonces, ¿qué es lo que le ha sucedido? — preguntó el señor Robin.

Tinker estaba muy pensativo. Hasta hacía un momento no le había preocupado mayormente la surte que hubiera podido correr el Hombre Pacífico, pero las circunstancias iban tomando diferente cariz.

—Creo que es conveniente que yo vaya al hospital. — dijo Tinker. — Tal vez haya regresado mientras yo he estado ausente. Ayer de mañana estuvo de visita en el chalet hospital. Puede haber regresado...

—Yo voy también hasta el hospital, — dijo el señor Robin, — y si usted espera un momento, mientras yo arreglo aquí algunas cosas, podremos ir juntos

Media hora después estaban charlando con la matrona, en el pequeño hall del establecimiento benéfico. El señor Robin ocul-

taba su violín debajo de su saco de terciopelo. Pero la matrona no habló de música; parecía que se hallaba bajo el dominio de una nueva, intensa y muy agradable excitación.

—No; no he visto al señor Begge desde ayer; — contestó a Tínker. — En realidad estamos todos tan nerviosos, excitados y entusiasmados en esta casa, esta noche que casi no sabemos qué hacemos.

—¿A qué obedece tan extraordinaria excitación? — preguntó Tínker intrigado.

—¡No hay palabras que puedan dar idea de nuestro contento! — exclamó la entusiasmada mujer. — Alguna persona de alma generosa y tan buena que ni quiere que su nombre sea conocido, ha depositado la importante suma de tres mil libras esterlinas en la cuenta corriente de esta institución, en un banco de Londres.

Tenía los ojos llenos de lágrimas de felicidad cuando se expresaba así.

—¡Oh! ¡Usted no puede darse cuenta de todo lo que eso significa para nosotros! — agregó la mujer. — ¡Hemos pasado tantos apuros para poder atender a los enfermos!... ¡Y ahora será posible dar a todos esos desdichados el alimento que necesitan para reponer su quebrantada salud, y... y...

Se apoyó en la pared y sollozó... sollozó de alegría... una alegría llena de bondad altruista.

El señor Robin había vuelto la cabeza y miraba por la ventana con ojos que no veían.

—¡Ustedes dirán, al verme llorar así, que soy una tonta!... — dijo la matrona, después de una breve pausa.

El hombre que miraba por la ventana se volvió y tendiendo la mano, tomó la de aquella noble mujer y la llevó a los labios.

—¡Si todo el mundo fuera tan tonto como usted, los ángeles tendrían envidia de nosotros, señora! — dijo con voz sonora y pausada. — ¡Sea quien sea el incógnito donante, debe sentirse feliz por haber hecho lo que ha hecho!

Miró a Tínker con una expresión peculiar en sus hermosos ojos.

—¿No le parece a usted así, amigo mío? —preguntó.

Tínker contestó que sí, inclinando la cabeza. Y al mismo tiempo pasó por su mente una teoría tan extraña que, por un instante, le dejó sin aliento.

CAPITULO SEPTIMO

El disgusto del detective

POCO después de las diez de la noche del lunes, Sexton Blake salió de la iluminada galería delantera del edificio ocupado por la hostería "Al Venado Rojo" y se dirigió por el camino que conducía a lo alto de la colina.

El señor Selby había regresado a Londres en el tren de las siete de la tarde. A Blake no le disgustaba que Selby se hubiera marchado por que le dejaba el campo libre para realizar un plan que había decidido llevar a cabo.

Tínker había enviado un mensajero, del chalet hospital, para avisar que iba a pasar allí la noche. Junto con el mensaje de Tínker, Blake recibió una atenta carta de la matrona, invitándole a cenar. En otras circunstancias, Blake hubiera tenido mucho gusto en aceptar una invitación así, pero su proyecto era lo que más le interesaba por el momento.

De un modo o de otro se proponía poner en claro el misterio del robo realizado en el castillo de Ulledón. En el primer momento se había sentido inclinado a creer que se trataba de un robo fraguado en todas partes, pero lo que había visto en la vitrina y debajo de la ventana de ventilación de la galería, le había hecho cambiar de opinión.

Se sentía convencido todavía de que sir Gavin no merecía fe y era este factor, en el caso lo que más influyó para que se decidiera a llevar a cabo su temerario propósito.

Se proponía procurar entrar en la galería siguiendo el mismo camino que había seguido el ladrón. Si le era posible entrar su teoría sobre el robo quedaría satisfactoriamente comprobada.

En tal caso, el misterio de la puerta de la galería y de la ventana de la biblioteca, encontradas abiertas, tendría que ser explicada de algún otro modo.

Blake podía haber enterado de su teoría a Selby, inmediatamente, pero al hacerlo hubiera puesto en guardia a sir Gavin. Por el momento, el baronet no tenía idea de que se sospechara de la veracidad de su versión sobre el robo. Tanto la policía local como el señor Selby habían manifestado que les parecía exacto que el ladrón había entrado y salido por la ventana de la biblioteca.

—Estoy enteramente convencido de que no hizo semejante cosa, — pensó Blake—y si ni entró ni salió por allí, ¿por qué se halló abierta la ventana y la puerta? O sir Gavin está en combinación con sus sirvientes o el sirviente halló, efectivamente la puerta y la ventana tal como lo ha declarado y esto indicaría que, además del ladrón, estuvo alguna otra persona comprometida en el asunto.

Continuó con rápido paso y cuando se vió delante del chalet hospital, miró a sus iluminadas ventanas.

—Tiene aspecto de hallarse bien instalado y de ser confortable, — prensó. — Debo hacer una visita a esa casa antes de regresar a Londres.

Había hecho discretas averiguaciones en la hostería y se había enterado de cuál era el mejor camino para entrar en el bosque de Ulledón. Al extremo del bosque estaban las caballerizas por las que se pasaba al jardín de flores que quedaba a la derecha de la casa grande. La galería formaba el ala izquierda.

Blake llegó al sitio del cercado por donde se podía saltar y cruzó el prado, pero no

penetró en el bosque; siguió la línea del cerco hasta llegar a la caballeriza.

El camino que había escogido daba un gran rodeo, así que le costó cerca de una hora recorrerlo, pero era el más seguro. Cruzó el campo de pastoreo de la caballeriza, se halló ante el blanco portón que daba acceso a los jardines y con paso cauteloso continuó por los enarenados senderos hacia donde la silueta del edificio grande se recortaba sobre la oscuridad del cielo.

Había equivocado en parte el camino, pues se halló frente a la parte delantera de la casa. Brillaban luces en las ventanas, incluso en la biblioteca. Blake se detuvo un momento a la sombra de unos laureles. En la ventana de la biblioteca apareció la figura de un hombre que separó las cortinas.

Blake se dió cuenta que era sir Gavin el que se hallaba de pie junto a la ventana. El baronet tenía un vaso en la mano, lo llevó a los labios y tomó varios tragos, una y otra vez.

El detective miró hacia arriba. Ya no se veían más luces. Eran las once y a esa hora todos o casi todos duermen, en las casas del campo. Los sirvientes debían haberse retirado todos. ¿Por qué estaba aquel hombre levantado, a aquella hora, en la biblioteca?

Las cortinas se cerraron y la figura desapareció. Blake, después de una pausa larga, salió de la sombra de los laureles y se dirigió hacia la ventana. Había esperado encontrar dormidos a todos los habitantes de la casa y la presencia del baronet en la biblioteca constituía un obstáculo para el desarrollo de su plan.

Llegó a la ventana y, arrodillándose, miró por ella. Sir Gavin estaba sentado junto a nua mesita en la que había una botella de cristal con cognac y un vaso. Una sola mirada permitió a Blake darse cuenta de la situación. Sir Gavin Fórdell estaba medio ebrio, sentado en la butaca, mascando la punta de un cigarro de hoja.

Blake hizo una mueca de disgusto y se puso de pie. El detective era indulgente por temperamentod, pero no sentía sino repugnancia ante los viciosos como el que estaba en aquella habitación. Un hombre que se emborrachaba a solas es siempre el tipo más disgustante de borracho.

—De todos modos se halla usted en un estado que me resulta conveniente, — murmuró el detective, — pues en semejante grado de ebriedad, no podrá usted oir ningún ruido que se produzca en la galería.

Descendió del parapeto de la ventana, al que se había colgado para mirar y siguiendo junto a la pared de la casa fué hasta el sitio en que había sido edificada la galería.

Había avanzado por el césped, sin hacer ruido ninguno. Se felicitó de que así hubiera sido, porque cuando volvió la esquina de uno de los pilares construidos junto al muro, oyó ruido de grava oprimida por una pisada.

Instantáneamente, Blake se acercó mucho al muro y esperó.

Alguien cruzaba el camino enarenado a pocas yardas de donde él se encontraba. Pudo distinguir la silueta de un hombre alto y oir el rumor de la hierba movida por sus pasos. El hombre pasó tan cerca de Blake que éste extendiendo el brazo, hubiera podido tocarlo. Un segundo después desapareció del otro lado del pilar. Blake, tras una breve pausa, le siguió.

El ruido de las hojas al moverse le indicaba dónde staba el otro hombre. Las paredes de la galería quedaban a su derecha, de modo que parecía hallarse en un callejón sin salida. Se oyó de nuevo el rumor de hojas removidas y después el roce de las suelas de unos botines en algo de hierro. Blake, avanzando vió, de repente, un círculo de luz que brillaba en lo alto. Se movía de un lado a otro de la tapia cubierta de hiedra y la figura de un hombre se destacaba visible a la luz de aquella.

El hombre avanzó la mano que le quedaba libre y Blake le vió sacar algo de una cornisa situada a más alto nivel que su cabeza. ¡Era una escala de cuerda, delgada pero fuerte!

Todas las dudas sobre lo que se proponía hacer aquel hombre se disiparon y u a sonrisa cruzó la cara de Blake.

—¡Con que ha vuelto usted en busca de nuevo botín! — murmuró el detective.

La situación no dejaba de tener sus ribetes cómicos. Blake había acudido a aquel sitio con el propósito de penetrar en la galería, pero alguien se adelantaba a su propósito. Y aquella persona estaba, sin duda, familiarizada con aquella hazaña.

Deslizó la escala de cuerda sobre su hombro; después, con un esfuerzo rápido, el desconocido se elevó y desapareció hacia el techo de la galería.

Blake, apresuradamente, se quitó el calzado, atando los cordones y colgándoselo al hombro. Después acercándose a la hiedra, buscó con la mano y no tardó en encontrar un grueso clavo de hierro que sobresalía del muro.

Había una línea de clavos como aquel que llegaban hasta lo más alto de la pared, de modo que cualquiera podía subir por allí hasta lo más alto de la galería.

La tupida hiedra los ocultaba, pero se comprendía que el otro hombre estaba bien al corriente de su existencia.

—¡La tarea ha sido fácil para usted, amigo mío! — pensó Blake. — Pero no creo que termine con la misma placidez con que ha empezado.

Subió por los clavos de la pared hasta llegar a sacar la cabeza por el borde superior de la misma. Lo primero que le llamó la atención fué el foco de luz. Alumbraba uno de los vidrios del techo, de cerca de la pared, y el hombre estaba tendido boca abajo sobre el techo.

Blake observó todos sus movimientos con el mayor interés.

Vió cómo la mano de aquel hombre hacía deslizar el vidrio por sus canaletas y cómo metía el brazo por el hueco que había abierto. Permaneció así, un momento, como si estuviera moviendo algo con la oculta mano

y hasta los oidos del detective llegó el ruido suave de una rueda que giraba.

Blake miró hacia lo alto del techo de vidrio. ¡La ventana del extremo se estaba levantando, abriendo, lentamente!

La teoría de Blake resultaba enteramente exacta. Allí estaba el ladrón realizando lo mismo que Sexton Blake había supuesto que había realizado cuando su primera entrada.

Colgado de los clavos de la pared, el detective observó lo que hacía el otro. Cuando la hoja de la ventana estuvo vertical, la rueda dejó de girar. El hombre se levantó, miró un momento hacia abajo y después, aparentemente satisfecho, tomó la luz y con rápido paso, cuidando de no poner los pies en los vidrios y de pisar tan sólo en las fuertes vigas de madera que los sostenían, fué hasta la abierta ventana.

—¡Es usted un verdadero atleta! — exclamó Sexton Blake al observar la seguridad de movimientos de aquel hombre.

Cuando llegó a la ventana, el hombre se arrodilló y ajustó la escala de cuerda. Después, con un ágil movimiento, se metió en el hueco y comenzó a descender con rapidez. Blake se levantó y, sin hacer ruido, pasó al techo de la galería.

A gatas fué hasta la ventana y llegó en el momento en que el otro hombre ponía los pies en el encerado y lustroso piso. Tendido boca abajo en el techo, Blake observó lo que hacía el que estaba abajo.

La pequeña luz se movía de un lado a otro a medida que el hombre caminaba por la galería. En una ocasión se detuvo y levantó la luz, iluminando la pared hasta detenerse en el rostro de uno de los retratos al óleo. La iluminó durante unos momentos. A Blake le pareció que el intruso se inclinaba como saludando a aquel retrato.

—¿Pidiendo disculpa antes de robar? — pensó. — Muy buena idea, pero que no ha de librarle de culpa, por cierto.

La luz siguió moviéndose y por último se detuvo ante una vitrina que estaba en uno de los rincones. La sangre fría de aquel hombre era asombrosa. Puso la luz en una cercana mesa y se inclinó hacia la vitrina. Blake oyó con toda claridad el ruido de las llaves de un llavero al tocar las unas con las otras.

Un momento después la tapa de la vitrina se levantaba y la mano del hombre se dirigió a tomar un pequeño objeto que el intruso sacó de donde estaba. Lo examinó con atención y volvió a colocarlo en su sitio. Tomó otro objeto, que sin duda le pareció más satisfactorio porque lo miró y en lugar de volverlo a su sitio se lo guardó en el bolsillo del saco,

Mientras tanto, Sexton Blake había decidido qué iba a hacer. Era necesario sorprender a aquel hombre "in fraganti". Lo más probable era que sir Gavin se hallara todavía en la biblioteca, separada de la galería por las puertas de caoba. El semiebrio baronet recibiría una extraordinaria sorpresa.

Blake se volvió, se agarró a la escala y comenzó a descender sin dejar de mirar al que había bajado antes; pero se hallaba tan entregado a su trabajo que no se percató de que Blake se acercaba.

Descendió rápidamente el detective y pisó sin hacer ruido el lustroso entarimado. Ante él seguía luciendo la luz del intruso. Con los pies sin calzado, el detective avanzó sin ruido ninguno.

Se hallaba a una yarda de distancia del hombre sin que su presencia hubiera sido descubierta. No había hecho ni el menor ruido, sin embargo el hombre irguió su alta figura y Blake vió que, durante un segundo, estuvo fija en él, la mirada de los ojos más maravillosos del mundo.

De improviso la luz desapareció de donde estaba y un cuerpo ágil se arrojó, en la oscuridad, hacia el detective.

Lo improviso del ataque sorprendió desprevenido a Sexton Blake. Un puño le dió en el pecho y le hizo retroceder tambaleándose. Al retroceder dió contra una mesa a la que volcó.

Del otro lado de la galería se oyó un grito y Blake oyó crujir la doble puerta.

Logró recobrar su aplomo y corrió, cruzando la galería, hacia la escalera.

La doble puerta se abrió de un golpe y un torrente de luz inundó la galería. La abultatada figura de sir Gavin Fórdell apareció, empuñando un revólver.

—¿Quién anda ahí? — gritó, mirando hacia la oscura galería.

No había tiempo para contestar a esa pregunta. La atlética figura del intruso subía por la escalera y se hallaba ya a mitad de camino, pues ascendía con la ligereza de un enorme gato. Blake avanzó, agarrándose a las sogas de la escalera.

—¡Contesten o hago fuego!

El medio aturdido baronet avanzó un paso más y levantó la mano con el arma.

Blake había saltado hacia la escalera y había comenzado a subir, logrando sujetar al fugitvo por un pie.

Comenzó una terrible lucha entre el hombre que se retorcía para librarse de Blake, mientras éste tironeaba de su presa.

El ruido de la pelea llegó al oido de sir Gavin que, volviéndose hacia la derecha, llevó la mano hasta la llave de la luz eléctrica, pues el castillo de Ulledón tenía su usina eléctrica particular que funcionaba durante el día cargando los acumuladores que daban coriente a todo el castillo y a sus dependencias. Las lámparas eléctricas se encendieron dejando ver la escalera de la que colgaban los dos hombres.

Durante un momento el semi-embriagado baronet casi no se dió cuenta de lo que pasaba y siguió apuntando con el revólver. Un momento más y hubiera hecho fuego contra Blake. Pero de pronto, sir Gavin se percató de lo que sucedía y, lanzando un grito corrió hacia la escalera, se agarró a ella, levantándose del suelo al proceder así.

Esto fué lo que puso término a la pelea en seguida. La escala, que sostenía demasiado peso, teniendo al intruso y a Blake en sus peldaños, no pudo resistir el peso del baro-

net, que era respetable y se rompió, cayendo los tres hombres al suelo. Blake se puso de pie en seguida y, volviéndose, tomo de un brazo al intruso.

—¡Todo va bien, sir Gavin! — dijo el detective. — ¡Ya le tengo seguro!

Sir Gavin, que había rodado por el suelo al romperse la escalera, se levantó laboriosamente y muy aturdido, restregándose los doloridos brazos Blake sujetaba al desconocido, ciñéndole los brazos al cuerpo. Mediante un rápido y hábil movimiento, el detective sacó del bolsillo unas esposas y sujetó con ellas las muñecas del preso.

El contacto del frío acero pareció estremecer al preso, pero sólo durante un brevísimo momento.

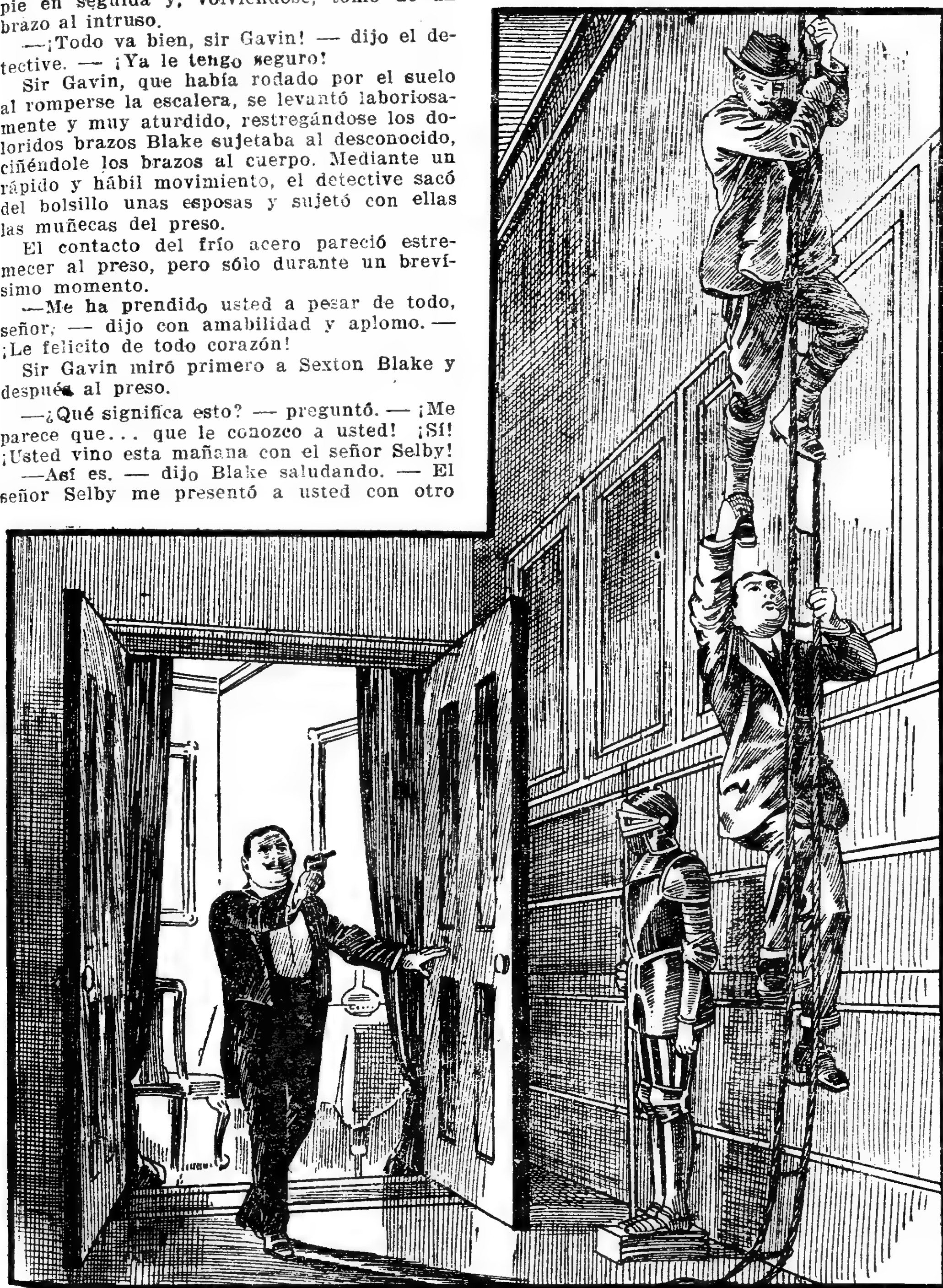
—Me ha prendido usted a pesar de todo, señor, — dijo con amabilidad y aplomo. — ¡Le felicito de todo corazón!

Sir Gavin miró primero a Sexton Blake y después al preso.

—¿Qué significa esto? — preguntó. — ¡Me parece que... que le conozco a usted! ¡Sí! ¡Usted vino esta mañana con el señor Selby!

—Así es, — dijo Blake saludando. — El señor Selby me presentó a usted con otro nombre, pero soy Sexton Blake, el detective.

El rostro de sir Gavin no cambió de expre-



"¡Contesten o hago fuego!" gritó el baronet. Blake se había agarrado a la escala de cuerda y, ascendiendo rápidamente por ella, había conseguido sujetar por un pié al fugitivo.

sión pero el preso lanzó una exclamación de asombro.

—¿Usted es Sexton Blake? — dijo, volviéndose hacia el detective. — ¡Pero esto si que es extraordinario!

—Me parece que no entiendo ni una palabra de todo esto, señor Blake, — dijo el baronet, intranquilo.

—Yo se lo puedo explicar con toda facilidad, — dijo Blake. — Este hombre es el que robó su vajilla de oro. Volvió esta noche en busca de más objetos de valor, pero, como usted puede verlo, su segunda tentativa ha fracasado.

Miró a sir Gavin mientras hablaba, y le pareció notar que el baronet se ponía muy pálido. Retrocedió un paso y miró al detective fijamente.

—El... el hombre que robó la vajilla de oro... — repitió con voz ronca.

—Así lo creo, — dijo Blake.

Había dejado de sujetar al preso y el hombre alto, de saco de terciopelo, parecía el menos inquieto y nervioso de los tres.

—Me ha capturado usted muy astutamente, señor Blake, — dijo con con un tono de sincera admiración que maravilló al detective. — Me siento asombrado. He experimentado muchísimas sorpresas en mi vida, pero la presencia de usted junto a mí, hace un momento, valió por varias de las más intensas. Nunca sufrí una emoción en toda mi carrera... o, digamos mejor, en todo mi delito.

El tono de su voz era sumamente agradable. Blake estudió aquel rostro de bellas facciones, intelectual, en el que brillaban unos ojos maravillosos, grandes, relucientes, expresivos.

Era, sin duda, el ladrón de más serenidad que Blake había atrapado. Quizás lo fingiera, pero parecía hallarse enteramente tranquilo. Blake se acercó a él y metió la mano en el bolsillo del saco de terciopelo.

—Aun cuando esté equivocado al manifestar que fué usted quien se llevó la vajilla de oro, respecto a esto no puede caber la menor duda. ¡Estos objetos demuestran qué fué lo que le trajo a este sitio!

Sacó del bolsillo los objetos que el hombre había sacado de la vitrina. Eran joyas antiguas: anillos, prendedores, medallones, con muchas y muy hermosas piedras preciosas.

—Estamos perdiendo tiempo, — dijo el extraordinario ladrón. — Es enteramente verdad lo que el señor Blake ha dicho. Vine en busca de estas joyas y me las hubiera llevado si él no me lo hubiera impedido.

Se volvió y, por primera vez, se dirigió al obeso baronet.

—Lo que hay que hacer ahora, sir Gavin Fórdell, es enviar en busca de la policía, — dijo con tono sarcástico. — Y para evitar cualquier duda al respecto, admito que fuí yo la persona que se llevó la vajilla de oro.

Le brillaron un momento los ojos y ante su mirada, sir Gavin bajó la cabeza.

—¡La vajilla de otro confiada a la sagrada custodia de sir Gavin! — dijo, levantando la voz. — ¡Una vajilla de oro avaluada en diez mil libras!

El baronet se humedeció los resecos labios con la punta de la lengua.

—Así que usted admite que fué usted quien la robó, — dijo.

El aludido se encogió de hombros

—¿Por qué no? "Perdido por cinco, perdido por veinticinco", dice el viejo refrán.

Sir Gavin miró a Blake y notó una extraña expresión en el rostro del detective. Con un gran esfuerzo el hombre, cuya conciencia le acusaba en aquel momento, logró recobrar su aplomo.

—Voy a enviar en seguida en busca de la policía, — dijo. — Pase a ese hombre a la biblioteca.

Esto fué fácil. El preso pasó voluntariamente a la biblioteca y se sentó en la mullida butaca donde antes estuvo sentado el baronet.

—Después de todo, ¿por qué no me he de instalar con comodidad? — dijo, mirando picarescamente a Blake.

Sir Gavin tardó más de lo necesario en apagar las luces de la galería. En realidad estaba pensando en cómo podría hacer frente a la situación. El descubrimiento del ladrón le ponía en nuevos apuros. El ladrón estaba enterado de lo de las piezas de vajilla falsa. Era su mano la que le había arrojado a la cara el envoltorio que contenía las piezas de vajilla falsificadas por orden del baronet que había vendido las auténticas. Además la actitud el preso, su tranquilidad... ¿no demostraban que se hallaba convencido de que tenía en su mano el medio de doblegar a sir Gavin en cuanto se le diera la gana?

—¿Qué es lo que me conviene hacer? — se preguntó el baronet.

Una repentina idea acudió a su mente en el instante en que salía de la galería. Era una idea desesperada y loca, pero la única que podaí salvarle, en la situación en que se hallaba.

—Creo que lo mejor que puede usted hacer es ir personalmente a dar cuenta de lo sucedido al sargento de policía, señor Blake,— dijo al detective. — Yo encerraré al preso en uno de los establos. Allí estará en seguridad.

A Blake le pareció que el preso se sonreía disimuladamente, como si la idea del baronet le hubiera parecido muy humorística.

El detective no tenía por qué negarse a lo que el baronet habíale indicado. Sir Gavin se se había provisto de un farol e indicó el camino, precediéndoles, que conducía a un espacioso establo situado a los fondos del caserón del castillo. Abrió la puerta y el preso entró, sentándose en un fardo de pasto seco.

—Dígale al sargento que venga inmediatamente, — dijo sir Gavin. — Este pillastre está bastante bien aquí, pero prefiero saber que está encerrado, tras de buenos cerrojos, en la estación de policía.

Se había vuelto para cerrar la puerta del establo con llave y caminaba junto a Blake.

—Es un tipo de admirable sangre fría, — observó Blake. — Le he sorprendido, como se dice "con las manos en la masa", pero no parece impresionarle absolutamente nada su situación.

Sir Gavin gruñó algo, pero no contestó. Acompañó a Blake hasta los portones del castillo y miró cómo se alejaba luego por el camino de la aldea.

Cuando Blake se hubo perdido de vista, sir Gavin giró sozre sus talones y se dirigió a los establos a fin de realizar lo que constituía la segunda parte de su plan.

Al hombre a quien había dejado encerrado en el establo había que darle ocasión de escapar. Un hombre en su situación no desdeña nunca una oportunidad de esa clase. Al baronet le sería sumamente fácil hacer creer que el hombre se había evadido, ayudado por algún desconocido cómplice.

Llegó sir Gavin al establo y abrió la puerta. Se oyó un breve ruido cuando entró y el preso se levantó del fardo de pasto en que estaba sentado. El baronet puso el farol en uno de los pesebres y se volvió hacia el silencioso prisionero.

Se daba cuenta de jue le estabzan mirando unos ojos que expresaban intensa ironía, que le observaban humorísticamente.

—Ya suponía yo que iba usted a volver, sir Gavin, — dijo el desconocido.

—Voy... a darle ocasión para que se vaya... — comenzó el baronet. — ¡Adelante las manos!

Avanzaron las muñecas sujetas por esposas y sir Gavin sacó del bolsillo un manojo de llaves. Las esposas eran del tipo policial usual y sir Gavin tenía llave para abrirlas. Un momento después había desprendido los brazaletes de acero. Se los dió al otro hombre.

—Llévese las esposas, — dijo. — Después podrá usted deshacerse de ellas.

El hombre se guardó las esposas en uno de los espaciosos bolsillos de su saco de terciopelo.

—No pierda tiempo, — prosiguió sir Gavin. — El sargento de policía estará aquí antes de una hora. Si es usted sensato se alejará de este distrito en seguida para no volver a presentarse nunca más por estos sitios.

El desconocido no parecía tener mucha prisa por aceptar aquel ofrecimiento de libertad. Se metió las manos en los bolsillos y miró al que estaba delante de él.

—Aún no he decidido si me voy a ir o no, —dijo con pasmosa tranquilidad. — Ese es un punto que necesita estudio.

El baronet frunció el ceño, enojado. Avanzó un paso y sus ojos relucieron.

—¿Qué quiere usted decir con eso? — preguntó. — Es usted un ladrón, ha sido sorprendido en el acto de robar. ¿No sabe que le espera una condena a buen número de años de prisión? ¿No lo comprende, tonto?

El forastero avanzó, tomó el farol y lo levantó de modo que su luz le diera en el rostro.

—No es usted muy observador que digamos, sir Gavin, — dijo. — Debía usted haber notado hace rato algo que me parece que salta a la vista. ¿No recuerda haber tenido ocasión de ver alguna vez, facciones como las mías?

El baronet le miró durante un momento, hasta que a su cerebro llegó la luz que no le había alcanzado todavía. Un grito ronco brotó de sus labios y retrocedió hasta apoyarse en un fardo de pasto.

—¡Usted... usted se Maurice Fórdell!

Los blancos dientes de "el señor Robin", relucieron a la pálida luz del farol.

—¡Sí! "Maurice el Loco", como me llamaban.

El que se había apoyado en uno de los fardos de pasto se pasó la mano por la frente. No se hallaba tan ebrio que no se diera cuenta de lo que pasaba. Muraba fijamente al que estaba con él y un furor reconcentrado comenzaba a dominarle.

—¿Por qué hizo usted creer a todo el mundo que había muerto?

—Porque entonces era "Maurice el Loco", — respondió el otro tranquilamente.— Porque prefería la libertad del camino, la alegre vida del vagabundo, a la monótona existencia de un baronet campesino.

Su mirada adquirió de pronto singular dureza.

—Pero pensé entonces que la persona que ocupase el puesto que me correspondía había de desempeñar su papel con la debida corrección, — agregó. — En esto estaba equivocado.

Se separó de la pared y avanzó.

—Usted resultó indigno de su posición.— terminó, — según he podido oirlo de labios de gente extraña e imparcial. Se ha mostrado usted brutal, tiránico y avaro. Nunca, ningún Fórdell, hizo nada de lo que usted ha hecho. Usted ha atraído la vergüenza y el desprestigio al castillo de Ulledón y se ha mostrado enteramente indigno. Por lo tanto es necesario que abandone la situación que no ha sabido ocupar dignamente.

—¡Cómo! ¿Usted pretende que?...

El hombre que amaba la libertad y la alegría de los caminos, se encogió de hombros

—Yo voy a reclamar lo que me corresponde, — dijo tranquilamente.

Una terrible expresión se notó en la mirada de Gavin Fórdell. Apretó los puños y en las sienes, se hincharon sus gruesas venas.

—¡Tendrá usted que demostrar que es verdad lo que dice! — exclamó. — ¡Y eso no le va a ser muy fácil! Los tribunales admitieron la prueba de su muerte y me hicieron entrega ed la herencia porque me correspondía de derecho.

La pintoresca figura del saco de terciopelo volvió a encogerse de hombres.

—¿Es ese un desafío? — preguntó en tono de broma. — ¿Se ha olvidado usted de pequeño asunto relacionado con la compañía de seguros? ¡Es usted culpable de fraude primo Gavin! Y cuando se sepa lo que usted ha hecho...

Se había movido a medida que había hablado y se hallaba a una yarda del que le escuchaba. El furor que se había alzado como una marea en el corazón de Gavin Fórdell pareció desbordarse al fin.

—¡Eso no se sabrá nunca! ¡Maldito canalla! — gritó, saltando hacia el otro.

Atropelló con tanta violencia que los dos dieron contra la división del establo y el farol se cayó al suelo. Los dedos de Gavin Fórdell apretaron violentamente el cuello del otro hombre. En la oscuridad, los dos pelearon con ferocidad.

El vagabundo, empujado contra uno de los fardos de pasto, por su asaltante, respiraba con dificultad. En vano tendió los brazos procurando agarrar al que le ahogaba.

—¡Usted se lo ha buscado! — gritó el enloquecido criminal. — ¡Usted tendrá el castigo que merece!

Oyó la jadeante respiración de su primo; sintió que el cuerpo era sacudido por convulsivos movimientos... De repente se produjo una inesperada interrupción.

Del otro lado de la división del establo, brotó una llamarada. El farol, que había caído de aquel lado, había encendido la paja del suelo y en un instante había brotado un torrente de fuego que lamía la pared...

Una nube de denso y sofocante humo llegó, girando como un torbellino, hasta el hombre que estaba arrodillado sobre su presa, chamuscándole.

Lanzando un grito ahogado, sir Gavin retrocedió, llevándose las manos a los ojos. Una llamarada llegó casi hasta él desde la división del establo.

Sir Gavin, inclinándose de nuevo hacia su víctima, aturdida lo suficiente para no poder defenderse, le sacó las esposas del bolsillo y volvió a ceñirle con ellas las muñecas.

En seguida sir Gavin retrocedió, ahogado y casi cegado, hacia la abierta puerta del establo, en cuyo interior el incendio cundía con aplastadora rapidez.

De un salto, el canalla estuvo en el empedrado patio y corrió hasta llegar al portón.

Se percató de que era segura la destrucción de los establos por el fuego y una idea diabólica cruzó su mente.

Utilizaría aquella extraña jugada de la casualidad. Las llamas realizaron bien su obra destructora, librándole del terrible enemigo que se le había presentado tan inesperadamente.

Rápido, procedió a tramar su plan. Iría en busca del sargento de policía con el pretexto de que temía que el detective no hubiera logrado hallarle. Sabía que el sargento se dirigiría al castillo por el camino del bosque y luego cortaría por entre el mismo bosque.

Era probable que se encontraran en el camino, así que el baronet podía comprobar la coartada si la verdadera identidad del vagabundo llegaba a ser conocida. De este modo, sir Gavin probaría que no sabía nada del incendio que debía haber estallado durante su ausencia.

Lo que era más necesario era proceder con rapidez. Tenía que llegar al camino antes de encontrarse con el sargento y el camino quedaba a dos millas de distancia.

Corriendo cruzó sir Gavin el prado de la caballeriza y se metió en el bosque siguiendo por donde crecía el pasto alto, junto al sendero.

Para ser tan pesado como era, corrió bastante rápidamente, cruzando la alta hierba con la cabeza baja, los brazos encogidos, procurando no perder de vista el sendero que serpenteaba por entre los árboles.

Había recorrido la mitad del camino del bosque, cuando, de improviso, tropezó con una raíz que sobresalía entre la alta hierba, y se tambaleó. Tendió los brazos, procurando recobrar el equilibrio, pero no lo consiguió y cayó de bruces.

¡Crac!

Tendió los brazos hacia adelante, para atenuar el golpe y fué a tocar con ellos un aparato de acero, escondido entre la hierba. Se oyó un ruido metálico y dos arcos dentados se juntaron, sujetando entre ellos las gruesas muñecas de sir Gavin.

En su desesperada carrera, el baronet había caído sobre una de las trampas que su crueldad había hecho colocar en el bosque. De sus labios salió un ahogado gemido cuando trató, tironeando, de sacar los brazos de la trampa. La corta cadena que sujetaba la trampa al tronco de un árbol le impedía levantarse y las mandíbulas de acero, unidas por el resorte, resistían a todos sus desesperados esfuerzos.

El destino que habían sufrido algunos animales de los que poblaban el bosque le había tocado a él, también. Como una fiera enloquecida, el hombre rodó por el suelo a uno y otro lado, maldiciendo, blasfemeando, presa de una rabia incontenible.

Gritó pidiendo socorro y su ronco grito cruzó la oscuridad de la noche sin que le respondiera nadie. El silencio del bosque pareció burlarse de él repitiendo una y otra vez el grito que parecía el de un animal salvaje, apresado y desesperado.

CAPITULO OCTAVO

Cómo fué hallado Humble Begge

La jefe de enfermeras del chalet-hospital, oyó la pregunta de Tinker con toda atención.

—No sé qué decirle, — contestó la matrona. — Hace un momento estaba aquí; le ví entrar en una de las salas. Pero después, según parece, se ha evaporado. El sombrero, que había dejado en la percha, ha desaparecido. Debe haber regresado a su "caravana". ¡Es un hombre de lo más extraordinario!

—Muy bien, matrona, — replicó. — Yo me estoy acostumbrando a esa clase de cosas extraordinarias.

Sonrió. Dió la mano a la jefe de enfermeras y salió del chalet-hospital, dirigiéndose al portón, por el que llegó al oscuro camino.

—¡Esto sí que es la última gota que hace desbordar el vaso! — murmuró el joven.— Primero el viejo Begge me abandona groseramente; después el señor Blake, mi patrón, parece huir de mi compañía, y por último, el señor Robin se va sin tomarse ni siquiera la molestia de decir adiós.

Tinker había pasado la tarde en el hospital con su compañero. Habían comido con

el personal superior y la comida había sido muy alegre porque todos estaban contentos pensando en el importante donativo que había recibido los fondos para el sostenimiento de la institución. El señor Robin se había mostrado tan contento como todos los demás y de pronto, a eso de las diez o las once, había desaparecido de repente. Tinker le había buscado en vano hasta que tuvo que convencerse de que su amigo le había abandonado.

—Estoy, por lo visto, en desgracia,—murmuró Tinker, mirando hacia el oscuro camino. — Lo mejor que puedo hacer es regresar a Londres y esperar a que pase la tormenta.

Tenía, sin duda, razón para estar quejoso. Miró a uno y otro lado del camino y entonces de pronto, adoptó una decisión.

La "caravana" no se encontraba lejos. Iría hasta ella y procuraría hablar con el señor Robin.

Emprendió la marcha con rápido paso y no tardó en llegar al campamento. La "caravana" estaba a oscuras. Tinker subió por la escalerita y entró en el vehículo, encendiendo un fósforo.

Del techo colgaba una lámpara y Tinker la encendió mirando luego en redor, a la confortable instalación.

El señor Robin no había llegado todavía, a juzgar por el aspecto de aquello. La cama estaba tendida. Junto a la cama, en una mesita, se veía un calentador de alcohol, una pava y un plato con galletas.

—¿Qué significa esto? — murmuró Tinker. — ¿Dónde está Tony? ¿Ha desaparecido como su patrón?

La caja forrada de fieltro y rellena a medias de paja, donde dormía el mono, estaba vacía. Tinker se percató de que la ventanita de la parte delantera de la "caravana" estaba abierta.

—Es de suponer que el mono haya salido por aquí, — pensó. — ¡Pobre! ¡Sin duda se aburrió de estar tan solo!

Se sentó en el borde de la cama, con cara de disgusto y balanceando las piernas.

—Tengo que hablar algunas palabras con Robin, — murmuró. — Me parece que ha andado metido en un asunto que no me gusta nada.

Tinker era muy astuto y la actitud del señor Robin cuando la matrona del chalet hospital habló de la inesperada e importante donación, hizo que acudieran a su mente las más extrañas ideas.

Sabía que el señor Robin había desaparecido del modo más inesperado la noche del robo. Había ido a Londres el domingo de mañana no había regresado hasta el lunes a la tarde.

Y el donativo al hospital había sido entregado en el banco el lunes por la mañana.

—Yo no quiero que por mí usted se vea en dificultades, — pensó Tinker, — y si usted ha sido suficiente loco para hacer lo que yo creo que ha hecho, lo mejor será que se vaya de este distrito cuanto antes.

Se inclinó hacia atrás, apoyándose en la pared interior de la "caravana". Al proceder así el tablero que le quedaba a la espalda, crugió y el joven volvió la cabeza. Un trozo de la tablazon se corrió dejando abierto un hueco del que cayó un montón de papeles, sobre la estrecha cama.

Tinker reunió aquellos papeles con intención de volverlos a su sitio y uno que quedó encima de todos le llamó la atención.

Era una hoja de papel con el encabezamiento de unos conocidos y antiguos prestamistas de Londres.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, Tinker leyó lo que estaba escrito en aquel papel.

Era un contrato de empeño a seis meses de plazo. Los artículos empeñados eran piezas de una vajilla de oro, el importe del contrato, tres mil libras.

—¡Bueno! ¡Con esto no se necesita nada más! — exclamó Tinker mirando las pruebas de la culpabilidad del señor Robin.

¡Aquel hombre era un ladrón!

Durante un momento Tinker permaneció inmóvil. Su mente era un torbellino. Aquel hombre con quien se había encontrado por casualidad, que le había impresionado tanto, resultaba un vulgar delincuente. Semejante idea había dejado aturdido a Tinker.

—¡Debe estar loco! — murmuró. — ¿Por qué diablos pudo ocurrírsele semejante cosa?

Se oyó un leve ruido en el exterior. Tinker reunió los papeles y los guardó en su escondrijo, poniendo la tabla en su sitio. Se abrió la puerta y un cuerpo gris y peludo entró dando saltos

—¡Ah! ¿Es usted? — dijo el joven al ver que Tony, dando un salto, se aproximaba a él.

El inteligente mono, habiendo sin cesar se agarró a la manga del saco de Tinker.

—Lo siento mucho, estimado señor, pero no entiendo ni una sola palabra de lo que usted me dice, — manifestó Tinker, sonriendo. — No soy tan mono como puedo parecerlo por mi aspecto.

Tony se había abrazado a Tinker y tiraba de él.

—¡Vamos! ¡Usted, siquiera, parece que se alegra de verme!

Acarició la cabeza del mono y al pasarlea la mano por la cabeza y el lomo, notó que el animal tenía, al cuello, algo más que su collar de plata. Buscó Tinker con los dedos y vió que era un pañuelo que tenía el mono anudado al cuello. El joven detective lo desató y lo extendió y en cuanto pudo mirarlo y ver que tenía una mancha oscura en el centro y le faltaba una tira de un lado, se levantó, muy agitado.

—¿De dónde sacó usted esto? — preguntó al mono.

Era el pañuelo de Begge. La mancha que tenía en el medio era de sangre.

Tinker miró fijamente a los ojos del peludo mono que seguía cariñosamente a su lado.

—Tony, ¿dónde encontró esto?

El joven detective tomó al mono en brazos y salió de la "caravana". Su descontento se había desvanecido ya. Su rostro juvenil expresaba interés y agitación.

Frente a la "caravana" estaban los árboles del bosque de Ulledón. Sería posible que..

Tínker cruzó el camino y halló un hueco en el cerco. Buscando en los bolsillos halló un cordel que ató al collar del mono.

—Vamos Tony, — dijo, poniendo al mono en el suelo entre los árboles.

Tony gemió y procuró saltar a los brazos de Tínker, nuevamente.

—¡No! ¡Eso no! — dijo el joven detective, poniendo al mono en el suelo otra vez.

Costó un poco de paciencia y de trabajo, pero por último el animalito pareció entender lo que se esperaba de él. Comenzó a caminar por entre los árboles, deteniéndose de vez en cuando como para enterarse de que Tínker le seguía.

—¡Bravo, Tony! ¡Así me gusta! ¡No se preocupe, amigo mío, aquí estoy yo!

Se internaron más y más en el bosque. Tínker se dió cuenta de que se hallaban lejos del sendero público. La abundancia dea arbustos entre los árboles, dificultaba el avance y si el joven pudo seguir al mono fué por que había tenido la precaución de atarle el cordel al collar.

De vez en cuando una planta espinosa le arañaba y tenía que avanzar tapándose la cara con un brazo, pero al fin llegaron a un pequeño claro en medio del cual se elevaba una construcción cuadrada y pequeña de piedra.

Tony se detuvo al llegar a la orilla del claro y no quiso avanzar ni un paso más. Tínker se inclinó a acariciarle y al proceder así saltó el cordel. Se oyó ruidos de hojas removidas y Tony, saltando de rama en rama, se subió a los árboles antes de que Tínker pudiera evitarlo.

—¡Qué tonto! — murmuró Tínker mirando hacia el mono. — ¡Vamos! ¡Venga usted acá, Tony!

Tony, sentado en una rama, movió la cabeza y charló, pero sin moverse de donde estaba.

No había modo de apoderarse del animalito. Tínker entró en el claro del bosque. Sacó su antorcha eléctrica del bolsillo y la encendió.

—¡Hola!

Había llegado a la parte que quedaba delante de la pequeña construcción y a la luz de la antorcha, vió el suelo pisoteado. Sir Gavin había hecho aquello para engañar a los que lo vieron y ocultar su crimen, pero sirvió para algo distinto, pues lo que hizo fué atraer el interés de Tínker hacia la construcción aquella.

Se aproximó a la puerta y procuró abrirla, pero resistió a sus esfuerzos.

Junto a la puerta había una ventanita con los vidrios rotos. Tínker levantó la antorcha e inclinándola luego, miró hacia el interior de aquella habitación.

Tony, que en aquel momento descendía cautelosamente del árbol oyó un grito y volvió a subir disparado. Se oyó un golpe y la puerta de aquella construcción fué empujada hacia dentro con grandísima fuerza.

—¡Begge! ¡Amigo Begge! — exclamó Tínker arrodillándose junto al que estaba tendido en el suelo, en un rincón.

Le quitó la mordaza y le levantó un poco alumbrándole el rostro con la luz de la antorcha. Por fin, Tínker notó que los párpados se movían y los ojos se abrieron.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Tínker! — murmuró el Hombre Pacífico. — Ya suponía que usted iba a venir, tarde o temprano.

Su voz era tan débil que Tínker tuvo que acercar el oído para enterarse de lo que decía.

Vió entonces que el caído tenía atados los brazos y los pies y, sacando la navaja, Tínker cortó las ligaduras.

—¿Fué él... el monito, el que le guió?

—Sí, — contestó Tínker.

El Hombre Pacífico se rió.

—¡Estaba tan asustado! — dijo. — Conseguí sujetarle mientras le ataba mi pañuelo al cuello.

Tínker se puso de pie.

—Permítame que le ayude, amigo, — dijo, tendiendo las manos.

Begge hizo un esfuerzo por levantarse pero volvió a caer hacia atrás. Tínker, concentrando todas sus fuerzas, le alzó en brazos.

—Me parece que estoy muy débil.

Su voz era lenta, ahogada. Tínker sintió en sus brazos el peso del cuerpo de su amigo.

Apretando los dientes, el joven se inclinó y Begge fué alzado a espaldas de Tínker. El joven salió de la habitación con su carga y se dispuso a cruzar el claro, en dirección del bosque.

Se pudo dar cuenta de que Begge se hallaba enteramente agotado. Era importantísimo que se le prestara auxilio inmediatamente.

Tínker no olvidó nunca aquella terrible marcha por entre los árboles. Procuró ir a donde estaba la "caravana", pero careciendo de guía siguió por el primer sendero que vió y no tardó en darse cuenta de que se había equivocado de rumbo. Tenía el rostro cubierto de sudor, y empezaban a flaquearle las piernas, pero siguió adelante con asombrosa tenacidad.

Por fin salió del bosque y se encontró ante una fila de edificios de servicio, bajos de techo.

Por un camino enarenado fué hasta más allá de aquellos edificios, que eran los invernáculos y a poca distancia, vió una luz en una ventana. Mediante un último esfuerzo logró cruzar el césped, subir por el balcón y entrar en el edificio. Tínker se percató en seguida de que se había metido en el castillo de Ulledón.

No había tiempo para fijarse en cortesías así que puso a Begge en una mullida butaca y tomó la botella de cognac, de cuyo licor hizo tomar unas pocas gotas al desfallecido

Hombre Pacífico. Después le golpeó enérgicamente las palmas de las manso durante unos minutos, para avivar la circulación de la sangre.

Begge lanzó un débil gemido cuando comenzó a recobrar los sentidos. Se movió un poco y Tinker, presuroso, acercó la butaca al fuego.

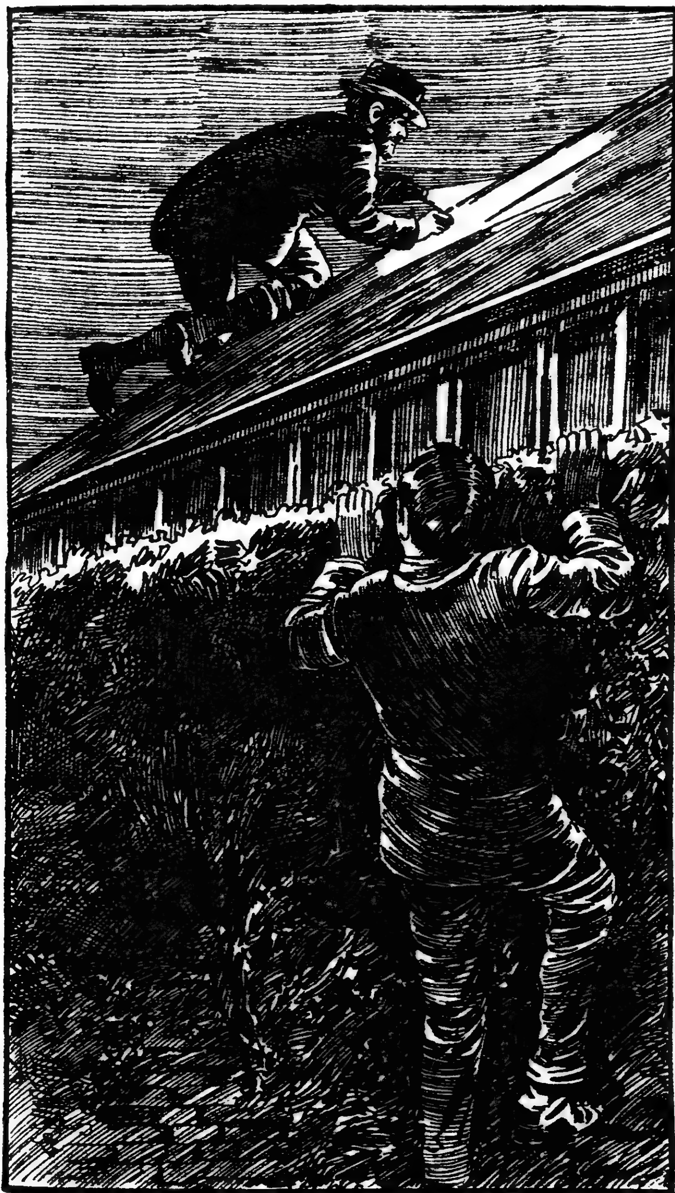
En el otro lado de la biblioteca había un aparador pequeño. El joven detective fué hasta él, lo abrió y sacó una botella de vino de Oporto y un frasco de cristal con galletitas. Sirvió un vaso de vino y lo llevó a los labios de Begge, que lo bebió.

—¿Se siente mejor? — le preguntó entonces Tinker

—Sí.

Alimento y calor, era lo que Begge necesitaba. El alimento lo proporcionaron las galletitas mojadas en el vino; en cuanto al calor, Tinker se arrodilló ante la chimenea y reanimó el poco fuego que había, añadiendo después una buena carga de carbón.

—No se qué podrá decir sir Gavin, cuando se entere, pero me tiene enteramente sin cuidado. — murmuró. — Begge necesitaba ser atendido en seguida y éste era el sitio más cercano.



Mediante un rápido esfuerzo, el desconocido se elevó y desapareció hacia el techo de la galería.

En aquel momento se oyó un fuerte ruido procedente de algún sitio del exterior y Tinker se levantó en seguida.

—¿Qué ha sido eso?

Begge seguía en la butaca, con los ojos entornados y mojaba y comía galletitas, lentamente.

Tinker se acercó a la ventana y miró por ella. A la derecha se veía en el cielo oscuro, un resplandor rojo.

Otra mirada a Begge convenció a Tinker de que el Hombre Pacífico reaccionaba rápidamente y no tardaría en hallarse casi repuesto de su lamentable aventura. Tinker saltó por la ventana al jardín al mismo tiempo que un hombre corpulento salía corriendo hacia los establos.

Tinker sólo pudo ver durante un momento muy leve, el rostro de aquel hombre, pero lo reconoció en seguida. Era sir Gavin Fórdell y antes de que Tinker pudiera llamarle, desapareció, corriendo desesperado.

El rostro del baronet tenía una terrible expresión de furor y su actitud tenía algo furtiva, cuando se alejaba del castillo.

—¿En que habrá estado metido? — pensó Tinker mientras corría cruzando el patio.

El portón estaba abierto, así que pudo ir directamente hacia el incendiado establo.

Las llamas salían furiosas por la puerta, que el fuego había abierto y el viento de la noche, avivando el fuego, enviaba al aire, altos raudales de chispas.

—Parece que hubiera prendido fuego a su propiedad y hubiese huído después,— murmuró Tínker, parándose.

No podía darse cuenta de la dramática escena que se desarrollaba en el interior del estabo incendiado y lleno de humo.

Allí dentro, entre el humo, un hombre luchaba por su vida.

Las homicidas manos del enfurecido canalla no habían terminado su obra y cuando las llamas llegaron hasta él, el señor Robin recobró súbitamente los sentidos.

Se levantó, con la garganta reseca, sofocándose. Las llamas le obligaron a retroceder hasta un rincón. Entre él y la puerta que ya estaba abierta, se elevaba una barrera de llamas.

Aun cuando era valeroso, el vagabundo sintió durante un momento, la angustia del terror. Luego, mediante un esfuerzo de voluntad, logró reaccionar.

La escalera que conducía al pajar debía hallarse a algún lado, cercana de donde el se encontraba.

Porque el castillo de Ulledón era su casa y conocía todos sus viricuetos.

La puerta estaba a la izquierda, los dos pesebres frente a él; la escalera debía quedar a la derecha.

Respiró, cargando bien los pulmones, y tapándose la cara con un brazo, corrió, cruzando el humo y el fuego.

Tropezó en una bolsa que había en el suelo y cayó, pero se levantó en seguida y poco después, sus dedos tocaban los escalones de hierro de la escalera colocada, junto a la pared. Subió por ella lo más rápidamente que le permitieron sus atadas manos, hasta llegar al tablero que tapaba el hueco por donde se pasaba al pajar.

Empujó con la cabeza hasta levantar el tablero y echarlo sobre el piso superior, y después pasó por el hueco.

Procedió en el momento preciso a cerrar de nuevo la trampa porque el agujero atraía el tiro del aire y las llamas se dirigían ya, hacia él, con furia aterradora.

Sin embargo, bastó aquel momento para que el piso del pajar se encendiera también y las llamas empezaran a extenderse.

El semi aturdido prisionero cayó de rodillas, ahogado por el fuego que parecía decidido a no dejarse arrebatar su víctima. El pajar estaba lleno de un humo acre, casi enteramente irrespirable.

Lenta y dolorosamente, el señor Robin se arrastró hacia la pared del frente de la construcción. Iba en busca de la puerta de dos hojas que servía para entrar el forraje en el pajar, por medio del guinche. Llegó a la pared de piedra y se fué arrastrando hasta encontrar el hueco con las dos hojas de madera. Con esfuerzo, logró ponerse de pie y se agarró a las puertas, moviéndolas.

En aquel instante la verdad de la situación acudió a su mente.

Las puertas del pajar estaban cerradas por el lado de fuera y cruzadas por una gruesa barra de hierro que se sujetaba en dos sólidas escarpias. ¡Se encontraba encerrado como la rata en la trampa!

Sin darse cuenta de lo que hacía, el hombre golpeó con ambos puños en la sólida madera de la puerta.

Una y otra vez golpeó en los tableros sin obtener más respuesta que el rugir de las llamas devoradoras.

Volvió a golpear hasta que un acceso de tos le hizo retroceder y caer con los ojos cerrados, semisofocado.

¡Estaba perdido! ¡Había luchado todo lo posible pero había fracasado!

Pero el valor de su raza le reanimó en aquel supremo trance y el señor Robin se irguió de nuevo, dispuesto a luchar hasta el fin.

Si estaba escrito que debía perecer allí, al menos moriría rápidamente Las rugientes llamas parecían invitarle a la muerte. Levantar la tapa de la trampa y saltar al foco del incendio sería cuestión de unos segundos...

En el mismo momento en que se inclinaba para levantar el tablero, se oyó un fuerte golpe, seguido del ruido de madera astillada, en la puerta del pajar.

Se volvió a oir el ruido y el señor Robin, volviéndose, vió que el brillante filo de la hoja de un hacha pasaba por entre la astillada madera.

La hoja del hacha golpeó repetidas veces hasta que, medio destruída, una de las hojas de la puerta crugió y se abrió hacia fuera.

El vagabundo avanzó y miró un momento.

Colgando como un gigantesco gato, de la cadena del guinche para subir los fardos de pasto se hallaba un joven. Con una mano se sostenía de la cadena; en la otra tenía un hacha.

—¡Hola! ¡Muy bien!

Fué una voz juvenil la que pronunció esas palabras. El hacha cayó de su mano y dió con estrépito en el empedrado de cantos rodados de delante del establo. El que colgaba de la cadena del guinche se balanceó y el vagabundo sintió que le tomaban de la cintura.

—¡Tínker!

El joven detective se estremeció al oir aquella voz.

—¿Usted? ¡Dios mío! ¿Y con esposas? ¿Qué diablos?...

Un momento después los dos estaban en el suelo y Tínker le había quitado las esposas al señor Robin. Juntos se alejaron del establo que, presa ya de fuego por completo, estaba transformado en una hoguera.

CAPITULO NOVENO

Sir Gavin víctima de un robo

“¡SOCORRO! ¡Socorro!”

El sargento Barnet, que avanzaba por el sendero que cruzaba el bosque de Ulledón, oyó el débil grito y se detuvo. No se hallaba de buen humor en aquel momento. A nadie le gusta que le despierten en mitad de la no-

che para recorrer más de tres millas de camino campestre.

Blake había dicho lo que el baronet le había indicado y, sin esperar a que el sargento saliera de su casa, se había alejado. Esto molestaba también al sargento de aquella localidad campestre.

Si el mensaje hubiera procedido de cualquier otra persona que no hubiese sido el baronet, el sargento lo hubiera pensado varias veces antes de obedecer. Pero un magistrado debe ser siempre tenido en cuenta, así que el bueno de Barnet se vistió y emprendió el largo paseo.

—¿Qué demonios será eso?

Se detuvo en el sendero y esperó, escuchando.

La voz que pedía socorro parecía resonar muy cerca de él.

—¿Dónde está usted? — preguntó.

De entre la alta hierba llegó el ruido que hacía algo que se movía.

—¡Aquí! ¡Pronto! ¡Por Dios!

La voz parecía más fuerte esta vez. Barnet la reconoció. Avanzó a tientas. Cuando vió en el suelo, la silueta de un hombre tendido en el césped, se detuvo.

—¡Hola! — dijo. — ¿Qué está usted haciendo ahí?

Le contestó un gruñido feroz.

—¡Venga aquí, y socórrame de una vez! —gritó la voz de sir Gavin Fórdell. — ¡Me he caído y estoy agarrado en una trampa!

El sargento avanzó hacia el acostado baronet y se arrodilló. Encendió un fósforo y su amarillenta luz cruzó la densa oscuridad.

—¡Dios mío! ¿Pero cómo ha sido posible?...

El baronet había reconocido al sargento y lanzó un suspiro de contento y de alivio.

—Un accidente, — dijo. — Salí con el propósito de encontrarme con usted en el camino cuando tropecé en una raíz sobresaliente. Caí y dí con los brazos en la trampa. Oprima el resorte, así podré sacar los brazos. ¡Con cuidado!

Las poderosas manos del sargento oprimieron el resorte de la trampa y las fuertes mandíbulas de acero se separaron. Sir Gavin sacó los brazos y se levantó hasta arrodillarse en el suelo. Levantó los brazos muy lentamente.

Las fuertes mandíbulas de la trampa habían mordido enérgicamente la tela de las mangas de la ropa, pero el baronet, procediendo con sensatez, no había tironeado más que durante el primero y breve momento de aturdimiento. Tenía los brazos acalambrados pero sin más señal que unos arañazos.

Ayudado por el forzudo sargento, el baronet logró ponerse de pie.

—¡Qué momentos terribles debe haber pasado, sir Gavin! — dijo, conmovido, el buen sargento.

Sir Gavin se estremeció. No olvidaría jamás aquellos momentos, — que le habían parecido largas horas, — durante las cuales había estado tendido en la hierba, en medio del bosque solitario.

—Mañana mismo voy a hacer quitar todas las trampas. — murmuró a media voz. — Son... son demasiado... demasiado peligrosas.

Se volvió hacia el sargento.

—¿Qué hora es? — le preguntó.

—Debe faltar muy poco para las dos, — le contestó el de policía.

—Entonces he estado más de dos horas tendido en el bosque, sujeto a la trampa, — dijo el baronet. — Supongo que usted recibió mi aviso, ¿no es verdad?

—Sí, señor. El señor que fué no quiso esperarse, aún cuando no me dió mayores datos, me dijo que el ladrón de la vajilla de oro estaba preso.

—Así es. Está encerrado en un establo, — dijo el baronet. — Le sorprendimos "in fraganti", robando otros objetos de valor de la galería.

Calló un momento, como indeciso.

—El hombre a quien envié con el mensaje es, según creo, detective, — agregó. — ¿Le reconoció usted?

El sargento Barnet movió negativamente la cabeza.

—No tuve ocasión, — contestó. — Hablé con él a oscuras, por la ventana de mi dormitorio, que da a la calle.

—Necesitaremos que declare como testigo, —dijo el astuto canalla. — Será bueno que usted le busque, por la mañana.

Sabía perfectamente que no era de suponer que se necesitara su testimonio. El ladrón a quien había detenido no debía, en su concepto, comparecer ante los jueces, jamás.

Siguieron juntos por el sendero, hacia el castillo, y no tardaron en llegar al límite del arbolado.

Cruzaron el prado correspondiente a la dehesa del castillo y de pronto, el sargento, que iba delante, se detuvo.

—¿Qué es eso? — preguntó repentinamente alarmado.

Delante de ellos se extendía un espacio de césped y después el patio, empedrado con cantos rodados, de los establos. Se oía el acompasado jadear de una máquina y cuando se aproximaron más vieron un pequeño grupo de hombres reunido al lado del portón del patio de los establos.

Sir Gavin avanzó, seguido del sargento. Uno de los hombres se volvió al oirles llegar y como la luz del farol que colgaba del portón, diera en el rostro del baronet, el hombre acudió presuroso hacia él.

—¿Qué es lo que pasa, Matthews? — preguntó el baronet con exagerada indiferencia.

Matthews, el caballerizo, se encogió de hombros.

—El establo se incendió, señor, — respondió. — Por suerte para nosotros no había ningún animal dentro. No ha quedado del edificio más que un montón de carbón y de cenizas.

—¿Se ha quemado del todo? Entonces... entonces ese canalla debió prenderle fuego... Y probablemente sufrió el merecido castigo, —dijo el sargento.

La bomba de mano, — cuyo jadear habían oido a la distancia, — seguía funcionando laboriosamente. El sargento siguió al baronet que cruzó el patio.

Un par de hombres que tenían el rostro sucio de hollín, dirigían la maniobra de las mangas que apagaban las últimas llamas.

De los establos no quedaban más que los ennegrecidos muros de piedra.

—No nos enteramos de lo que pasaba hasta que ya era tarde — dijo el apesadumbrado mayordomo. — Alguien tocó la campana de alarma y acudimos inmediatamente. Se ha hecho todo cuanto ha sido posible, sir Gavin, pero no era mucho lo que se podía hacer.

Sir Gavin se volvió hacia el que hablaba.

—¿Había alguna persona dentro... dentro del edificio incendiado? — preguntó.

El anciano mayordomo le miró con grandísima estrañeza.

—Que yo lo sepa no, señor, — contestó.— Y si había alguien ahí dentro cuando estalló el incendio, no tuvo, por cierto ocasión de ponerse en salvo.

El hombre que tenía la manguera se había acercado más a los humeantes escombros y otro de los sirvientes tenía en alto, un farol. El sargento Barnet avanzó y miró hacia el quemado edificio durante un momento y después le volvió la espalda.

—Me parece que he hecho el viaje enteramen en valde, sir Gavin, — dijo rápidamente. — Si su ladrón estaba ahí dentro y no tuvo tiempo para escapar...

—¿Escapar? ¡No! — dijo el baronet. — Le dejé con esposas y con la puerta cerrada con llave y cerrojos.

Fingió que permanecía pensativo, durante un momento.

—Me parece que dejé un farol dentro, — dijo. — Sin duda el pillo trató de agarrarlo y tal vez lo dejó caer en la paja.

El de policía inclinó la cabeza en señal de pesadumbre.

—¡Pobre infeliz! — murmuró. — ¡Qué muerte más horrible ha debido tener!

El baronet fué de un lado a otro durante un rato. dió varias órdenes y después de charlar unos momentos con el sargento, se dirigió al caserón.

Sus astutos planes habían dado buen resultado. Hasta el mal rato que había pasado con los brazos sujetos en la trampa, le había sido útil porque le había servido para demostrar que estaba tendido en mitad del bosque mientras el establo se incendiaba y era consumido por el fuego.

Entró en el hall y fué hasta la biblioteca. Al llegar a la puerta se detuvo frunciendo el ceño.

Alguien había estado allí. La botella de Oporto estaba en la mesa y el tarro de cristal con las galletitas, a su lado.

Tal vez alguno de los sirvientes.

—Sí, eso debe haber sido, — decidió. — Después de todo, no tengo por qué reñirle, al que haya sido.

Cerró la puerta y yendo hasta la ventana, corrió las cortinas.

Ya que había dejado expedito el campo le quedaba tan sólo una tarea que realizar.

Cuando Begge se presentó tan de improviso en el pozo abierto para sacar arena. sir Gavin se disponía a ocultar las piezas de vajilla falsificadas por orden suya. Temeroso de ser descubierto, había vuelto al pozo y había tomado el envoltorio de bayeta verde del agujero que había abierto en el pozo.

Junto a la chimenea de la biblioteca había un espejo de grandes dimensiones. Sir Gavin se aproximó a ese espejo y pasando los dedos por el dorado marco, oprimió un resorte oculto entre los adornos del mismo.

El espejo se movió un poco y el baronet, metiendo los dedos en la hendija que se abrió, movió más el espejo, dejando visible un hueco espacioso y secreto que había en la pared.

Se inclinó y metió la mano en el oscuro espacio que acababa de abrir.

Tocó con los dedos las tablas del fondo.

¡El envoltorio de bayeta verde que contenía las falsificadas piezas de vajilla, había desaparecido!

Durante un momento, el hombre, que se había arrodillado ante el hueco aquel, se negó a creer lo que sus ojos estaban viendo. Metió la cabeza por la abertura y miró dentro del escondrijo.

¡Estaba enteramente vacío!

Con una ahogada blasfemia el hombre se puso de pie y se volvió hacia la puerta.

Se daba cuenta de que no había error posible. El había escondido el acusador envoltorio, en aquel hueco, con sus propias manos. ¡Y había desaparecido!

Durante unos segundos permaneció inmóvil. Después, la verdad de la situación se presentó de pronto a su cerebro.

En la casa nadie, sino él, conocía la existencia de aquel escondrijo. Había sido construído por su tío para guardar objetos de valor. Su existencia había sido comunicada a sir Gavin, cuando tomó posesión del castillo, por el apoderado de la familia.

Se le cubría la frente de gruesas gotas de sudor y su abultado rostro se puso pálido de miedo.

No había en el mundo más que una persona que conociera el secreto que se escondía detrás de aquel espejo.

—¡Logró escapar! — murmuró el aterrado baronet.

Por alguna casualidad, de modo milagroso, el hombre a quien había dejado por muerto en el incendidado establo, se había escapado. Había vuelto a la biblioteca y se había apoderado de la vajilla falsificada que constituía la indiscutible prueba de la culpabilidad de Gavin Fórdell.

El baronet se estremeció al acercarse a la mesa y tomar la botella de cristal que contenía cognac. Se sirvió medio vaso de licor y se lo bebió casi de un trago. Una energía ficticia pareció animar su helado corazón.

Sabía que se encontraba al final de sus picardías. Había jugado un juego tan desesperado como infame y había estado a punto de ganar. Pero el triunfo le había sido arrebatado en el último momento de sus manos manchadas por el delito y la lucha había terminado para él.

Miró el reloj. Eran las dos y veinte. Tar-

daría aun tres horas en amanecer. ¡Tres horas!

—¡Tengo tiempo suficiente! — murmuró. Iba a huir, pero no se iría, por cierto, con las manos vacías.

De un cajón de la mesa escritorio sacó una pequeña balija de mano y después de cerrar con llave la puerta que comunicaba a la biblioteca con el hall, sir Gavin entró en la galería.

—¡Usted estuvo aquí y se sirvió a su placer dos veces! — murmuró. — No puede, pues, condenarme porque siga su ejemplo.

Sabía a qué vitrinas dirigirse y comenzó a apoderarse de diversos objetos, rápida y metódicamente.

La placa en forma de estrella de una antigua orden de nobleza, regalada por un rajá de la India a un miembro de la familia; una estrella constituída por un enorme rubí, un círculo de grandes diamantes y varios zafiros oscuros, una diadema de diamantes y perlas; un brazalete de esmeraldas y diamantes, unos aros de diamantes con una perla cada nuo, que hubiera llevado con orgullo una reina...

De una a otra vitrina de aquella galería que encerraba un verdadero tesoro, fué el hombre; acrecentó así, poco a poco, el valor del contenido de la valijita de mano, hasta que ésta estuvo llena.

Se rió cuando volvió a la biblioteca.

—¡Una excelente cosecha! — murmuró —Más de lo que hubiera dado la compañía de seguros, si llego a pescar el pago! ¡Deseo que pase usted una vida muy feliz en su casa, sir Maurice, junto a lo poco que le queda!

Había recobrado su sarcástico buen humor y se consideraba contento con el éxito del último golpe que había logrado dar.

El original y excéntrico vagabundo no se podría reir de él, a fin de cuentas.

Se acercó a la puerta que daba al hall y escuchó un instante. Fuera reinaba el mayor silencio. Sir Gavin abrió la puerta y salió. Al pasar por el hall descolgó de la percha su pesado abrigo.

Nadie le vió descender la gradería del frente. Siguió a la línea de laureles, hasta llegar al jardín de rosas.

Se dirigió a la pequeña puerta de la tapia, la puerta por donde antes había pasado el legítimo dueño del castillo, y por ella salió al camino.

A la derecha se veía las oscuridad del espeso bosque, a la izquierda, el camino describía una curva, dirigiéndose a la lejana estación de empalme del ferrocarril.

Cerrando la puerta tras él, sir Gavin se dirigió hacia la izquierda, sujetando con fuerza en la mano, la valijita de las alhajas.

Con rápido paso se alejó, siguiendo, no por el camino sino por la franja de césped que había junto al cerco de la derecha.

Aun cuando tenía buen oído no le fué posible percibir un suave murmullo de hojas que se produjo a su espalda. Un hombre salió de entre un grupo de arbustos y sin separarse de la sombra proyectada por el cerco, siguió tras del baronet.

Aquella persecución fué la más rápida e intensa que se haya podido imaginar.

Durante dos horas, sir Gavin siguió avanzando y paso por paso, yarda tras yarda, la vigilante sombra le siguió, escondiéndose a veces en el cerco, cruzando otras veces el espacio que le separaba del baronet hasta llegar a tocarle casi. A través de los campos y de los matorrales, pasando por tierras aradas y por prados, un hombre siguió al otro, sin cesar.

A lo lejos distinguió sir Gavin una roja luz que brillaba como una estrella, en el momento en que se hallaba en lo alto de una colina. Era la luz del semáforo que indicaba la presencia de la estación en el empalme de la línea férrea.

Apresuró el paso, al descender por el otro lado de la colina y llegó jadeante a la estación, precisamente, en el instante en que el aburrido empleado salía de su oficina.

—¿Qué tren es ese cuya llegada señala el semáforo? — preguntó el baronet con entrecortada voz.

El ferroviario miró de pies a cabeza aquella alta, abultada figura, envuelta en el pesado sobretodo.

—Es el tren para Londres, señor, — dijo. — Pero la boletería no está abierta. No esperamos nunca pasajeros a esta hora de la mañana.

Sir Gavin se sonrió y puso una moneda de plata en la mano del empleado.

—No importa, — dijo. — Pagaré el boleto al llegar.

El empleado se alejó gruñendo. En la vía, las luces del rápido aparecieron a lo lejos, pequeñas y oscuras y fueron acercándose y adquiriendo brillo con suma rapidez. Por fin el largo convoy se detuvo ante el andén de la pequeña estación. El tren se componía de modernos coches con pasillo lateral y de los que comunican entre sí. Sir Gavin subió, buscó un compartimiento de primera clase que estuviera vacío y se instaló en él sin ver que otro pasajero llegaba en aquel momento a la entrada de la estción.

El guarda del tren dió un toque de silbato y en el mismo momento el empleado a cargo de la estación se volvió al ver que un hombre cruzaba el andén y tomándose de una de las lustrosas agarraderas de bronce, subía en uno de los coches del convoy.

—¡Eh! ¡Oiga usted!...

Intentó evitar que aquel hombre se fuera en el tren, pero no lo consiguió. El convoy se puso en movimiento y adquirió velocidad, saliendo en seguida de la estación.

—¡Eh! ¡Diablos! ¡Ha corrido usted peligro! ¿No es verdad, señor?

El que había subido al tren en movimiento en forma tan precipitada miró sonriendo al señor anciano con quien había tropezado al meterse de un salto en el coche.

—Tenía mucha prisa, — dijo el aludido.

El pasajero con quien había tropezado el recién llegado se metió en su compartimiento, ocupó un asiento de un rincón y cerró los ojos, disponiéndose a dormir. El otro se sentó frente a él. Pero cuando el primero abrió

los ojos unos minutos después, el intruso no estaba ya en su asiento.

—¡Tanto mejor! — dijo el pasajero.—¡Se habrá ido al corredor o a otro compartimiento! ¡Así podré dormir tranquilo! — Y se arrellanó en su asiento, dispuesto a realizar su propósito.

Por el corredor del coche, que se hallaba casi a oscuras, el último que había subido al tren se deslizó sin ruido y cautelosamente, deteniéndose de vez en cuando para mirar, por el costado de las cortinillas, hacia el interior de los compartimientos. Pasó a otro coche y continuó su investigación deteniéndose por último cuando llegó al compartimiento donde sir Gavin estaba sentado, solo.

Había un espacio descubierto a un lado de una de las cortinillas y por allí miraron dos ojos penetrantes.

Sir Gavin estaba sentado con la valijita de mano sobre los muslos y en aquel momento, después de dirigir una mirada de desconfianza en redor, comenzaba a examinar el contenido de la valijita.

El que le observaba miró con redoblada atención y sonriendo sarcásticamente.

El tren seguía su marcha veloz. Cuando sir Gavin hubo terminado de inspeccionar el contenido de la valijita, la cerró y la puso a su lado en el asiento, echándose luego hacia atrás, cómodamente.

Después de todo no le había ido tan mal. Allí tenía una fortuna en alhajas y en oro; lo suficiente para poder vivir bien en cualquier parte del mundo a donde se le ocurriera ir.

Abandonaba el castillo de Ulledon y sus extensas tierras, pero no le importaba. Estaba de deudas hasta los ojos, de modo que las rentas de la posesión sólo servían para ir pagando a sus acreedores.

Empezar una nueva vida, en nuevo ambiente, con un capital de más de quince mil libras esterlinas, — pues esto valdrían las alhajas mal vendidas, ya que su verdadero valor era el doble, — le parecía mucho más atrayente.

El balanceo suave y acompasado del coche sobre sus fuertes elásticos, le fué adormeciendo poco a poco, hasta que, por último se quedó profundamente dormido. Estaba cansado, — pues había pasado una noche realmente fatigosa, y había bebido bastante alcohol, — así que no es de extrañar que su sueño fuera pesado.

La puerta del compartimiento crugió una vez, pero no molestó ni lo más mínimo al durmiente. Un hombre penetró en el compartimiento y estuvo un rato inclinado hacia la valijita de las alhajas. Dos manos rápidas y hábiles trabajaron con seguridad y sin tropiezo, sin hacer ni el menor ruido. Después, tan silenciosamente como había entrado, desapareció el intruso, cerrando la puerta.

A las cinco de la mañana el tren rápido se detuvo en Harrow donde no descendió del convoy más que un solo pasajero.

Veinte minutos más tarde entraba en la espaciosa estación de Londres y los semidormidos pasajeros descendieron de los coches dirigiéndose a las barreras de salida.

Sir Gavin abonó el importe de su pasaje y se alejó apresuradamente de la estación, camino de un hotel de segunda o tercera categoría.

Pidió el desayuno y lo consumió con la alegría del hombre que se ve libre después de haber pasado por una situación muy angustiosa.

Volvió al cuarto que le habían dado y diez minutos después, la campanilla eléctrica de aquel cuarto sonaba con nerviosa insistencia.

Acudió apresuradamente el camarero que fué recibido por un hombre pálido y furibundo.

—¡He sido víctima de un... de un... robo... infame! — gritó sir Gavin aturdido y furioso.

¡La valijita estaba en la mesa del cuarto, abierta y vacía!

El tesoro que tan cuidadosamente había escogido había desaparecido totalmente.

Algún pillastre se había apoderado de sus mal adquiridas riquezas, en el último y decisivo momento.

CAPITULO DECIMO

El vagabundo recobra lo suyo

SE notaba extraordinaria actividad en el chalet-hospital, y el centro de esa actividad parecía ser una pequeña sala, situada a los fondos del edificio. Primero la enfermera, después la matrona, y por último el médico director, entraron en aquella salita, y luego, uno de los sirvientes, al parecer cargado con una bandeja en la que había varias tazas y platos y unas jarras de café y leche.

Había sólo tres camas en aquella salita y dos de ellas estaban ocupadas, mientras que en la tercera estaba sentado un joven de rostro vivaracho, acariciando y atendiendo a un mono de pelaje gris.

El médico y la matrona estaban junto a una cama conversando con un hombre hundido entre mullidos almohadones.

Ese hombre tenía la cabeza y los brazos envueltos en algodón y vendas; pero sus hermosos ojos expresaban satisfacción y contento; el señor Robin hablaba con volubilidad y alegría, como si no recordara las crueles horas de dolor y de angustia que había pasado hacía tan poco tiempo.

—¡Fué una salvación maravillosa! — decía el médico en aquel momento, mirando a Tinker. — ¡Debe usted estar orgullosamente agradecido, señor Robin!

—¡Y lo estoy! — dijo su bien timbrada voz.—Pero eso no exige que me quede acostado aquí todo el día.

Sirvieron el café y el hombre que se hallaba en la otra cama se incorporó y, sentado en el lecho, tomó, con satisfacción el reconfortante líquido. Humble Begge era el más débil de los dos, pero él también soportaba valerosamente su situación.

La bondadosa matrona miró a sus dos pacientes, moviendo pausadamente la cabeza.

—No logro comprender absolutamente nada de lo sucedido, — declaró, — y ustedes parecen haberse puesto de acuerdo para que yo no me entere de nada.

Begge y Robin se miraron el uno al otro, como consultándose.

—¿Para qué preocuparse, matrona? — ¿Para qué calentarse la cabeza? — dijo, sonriendo, el vagabundo. — Estamos aquí los dos, vivos y alegres. ¡El sol brilla y el cielo está azul! ¡Todo anda bien en el mundo, por lo tanto!

Era una extraña filosofía la que le permitía expresarse de ese modo. Tínker miró aquellas vendadas facciones y se maravilló al notar la intensa alegría de aquellos extraordinarios ojos.

—¡Es el colmo! — pensó el joven. — ¡Otro hombre hubiera quedado lo menos una semana agobiado por las consecuencias de lo que él ha sufrido!

Cuando, por fin, llegaron al suelo, descendiendo con la cadena del guinche del pajar, los dos rodaron por el pavimento de cantos rodados. Chamuscado y maltrecho, el señor Robin había sido conducido a la biblioteca del caserón, donde estaba Begge, sentado en la mullida butaca.

Fué el señor Robin el que propuso que se retiraran de allí inmediatamente y se quedó detrás cuando Tínker y Begge salieron de la habitación. Se unió a ellos en el momento en que los dos llegaban a los portones del castillo de Ulledón y Tínker notó que era portador de un bulto cuya apariencia no pudo apreciar bien, en la oscuridad.

El joven se ofreció para llevar el bulto aquel, pero el señor Robin no aceptó el ofrecimiento.

Siguieron por el camino los tres, muy cansados. Cuando llegaron a la "caravana", Robin se dirigió al vehículo, desapareciendo un momento. Al volver tenía a Tony en el hombro, pero ya no llevaba el bulto de antes.

Dirigiéronse al chalet-hospital y se llamó a la enfermera de guardia. En pocos momentos la buena mujer hizo preparar camas para los tres y, aun cuando era muy tarde, insistió en curar en seguida las quemaduras del vagabundo.

—Me alegro mucho de que tome las cosas así. — dijo la matrona. — De todos modos, aquí se ha hecho por usted todo cuanto ha sido posible.

Los ojos del vagabundo relucieron.

—Han sido ustedes la bondad personificada. — dijo. — Si yo hubiese sido un príncipe en vez de un vagabundo, no me hubiesen podido tratar mejor. No lo olvidaré nunca.

Se echó hacia atrás y miró sonriendo a la matrona y al médico.

—¿Qué clase de recompensa querrían ustedes si fuera posible darles a elegir? — preguntó.

La matrona se sonrió.

—Yo quisiera un hospital diez veces más espacioso que éste, — dijo ella. — Un sitio donde pudiéramos atender a más necesitados, con tierras para recreo y expansión... Con sitio para más personal de servicio y... y...

El médico que con tanta abnegación dirigía aquella casa, se rió con toda franqueza.

—¿Por qué no pide usted el palacio de Buckingham, matrona? — exclamó. — ¡No considera usted que es conveniente ser modesto, por lo visto!

Pocos minutos después la matrona y el médico se retiraron y en cuanto salieron, el señor Robin saltó de la cama al suelo.

—¡Vamos, Tínker! — dijo. — ¡Tenemos mucho que hacer esta mañana! Ayúdeme usted a vestirme.

Mientras se vestía se quejó una o dos veces, pero no desistió por eso. Al fin terminó de vestirse poniéndose el saco de terciopelo que estaba chamuscado y ennegrecido.

—Vamos a salir, amigo — dijo Robin, dirigiéndose a Humble Begge, — pero no tardaremos. Lo mejor que puede usted hacer es dormir un poco más, de modo que esta tarde se encuentre enteramente bien.

Aun cuando era muy fuerte y sufrido, el Hombre Pacífico había pasado por tan crueles momentos que se quedó de muy buena gana, en la cama, así que se reclinó de nuevo en las almohadas.

Había contado a Tínker y al señor Robin todo lo relacionado con su encuentro con sir Gavin y el ataque homicida de que le había hecho víctima.

—Saldremos por la ventana, — dijo el señor Robin. — Así ahorraremos tiempo.

Un momento después él y Tínker, — que llevaba a Tony, el mono, en el hombro,—se dirigían hacia la aldea. El señor Robin fué a la oficina de correo local y escribió un largo telegrama... telegrama que hizo abrir mucho los ojos al jefe de la oficina.

—Cuando llegue la contestación, tenga la bondad de enviarla al castillo, — dijo el señor Robin.

Estuvieron en la hostería "Al Venado Rojo" donde Tínker preguntó por su patrón. Pero no había rastro ninguno de él. Había salido la noche anterior y no había regresado. Se comprendía que el hotelero encontraba muy poco agradable la clase de clientes que le había favorecido en los últimos días.

Tínker se sonrió tristemente mientras salían de la hostería.

—¡El hostelero está harto de nosotros, y tiene razón! — observó.

Alquilaron un carricoche y el señor Robin dió al cochero las necesarias instrucciones.

—¡Al castillo de Ulledón! — dijo.

—Supongo que va a tener una explicación con aquel salvaje, — díjose Tínker.

Eran cerca de las diez cuando el vehículo entró en el castillo y Robin hizo sonar la campana para anunciar su llegada.

El mayordomo, con aspecto de hallarse muy cansado, contestó al llamado.

—Sir Gavin no está en este momento, — contestó. — Debió ausentarse esta mañana temprano.

Miraba fijamente al vendado rostro del hombre del saco de terciopelo. Durante unos segundos, el señor Robin pareció vacilar. Después se sonrió, avanzó hacia el viejo sirviente y tendió la mano.

—Quince años no le han variado a usted

mucho, Tom, — dijo. — Pero me parece que no puedo decir lo mismo a mi respecto.

El anciano le miró un momento y después un grito de alegría brotó de sus labios en el momento en que estrechaba la mano que se le ofrecía.

—¡El niño Maurice! ¡El niño Maurice!— exclamó, con los ojos dilatados por el asombro.

—¡Sí! "¡Maurice el Loco", como ustedes me llamaban, viejo! — dijo Robin con voz un poco temblorosa. — No tan muerto como hice que lo creyeran y me parece que tan loco como siempre.

—¡Pero!... ¡Pero!...

—Hay más de cien "peros" que necesitan explicación, mi viejo Tom, pero pueden esperar. Lo importante, por el momento, es esto: ¿me dejará usted entrar en el castillo, no como visitante sinó como dueño?

Con toda rapidez, Tom fué hasta la puerta y la abrió de par en par. Daba gusto ver la alegría de su rostro.

—¿Si le dejo entrar, señor? — exclamó; —¡Con todo mi corazón! ¡Gracias sean dadas al Cielo que ha hecho que pueda usted volver! ¡Ahora sí que habrá un verdadero Fórdell en el castillo de Ulledón, no un grosero, antipático y brutal entrometido!

Corrió al sitio donde colgaba el gong y comenzó a golpear en él, con el mazo, con toda la fuerza de sus brazos de viejo. De todas partes de la casa acudieron criados, muy apresurados. En realidad se trataba de una bienvenida entusiasta.

Mucamos, lacayos, cocineros, pinches, valets. todos acudieron y Tom, con un ademán rápido indicó al hombre alto, de cabeza vendada, que estaba de pie en medio del hall.

—¡Este es sir Maurice Fórdell! — gritó con su aguda voz. — Ha vuelto del otro mundo para tomar posesión de lo que es suyo. ¡Este es el verdadero y legítimo dueño del castillo de Ulledón!

Una mujer obesa, de cabello gris, avanzó, pasando por entre el grupo. Sus ojos tras los gruesos vidrios de una gafas de armazón de oro, miraron un instante al recién venido. El vagabundo la miró sonriendo.

—Estaba usted más delgada la última vez que la ví Nanny, — dijo. — Ahora no podría subir al manzano del huerto, para hacerme bajar.

La mujer quiso hablar pero un sollozo la sofocó. Un instante después Robin y la vieja niñera se daban un largo y cariñoso abrazo.

—Me dijeron que usted haba muerto, pero yo no lo creí nunca, — exclamó la mujer. — Era usted demasiado ágil y astuto para morir tan pronto.

Los demás sirvientes eran todos de época más moderna, pero todos avanzaron y estrecharon cordialmente la mano del recién llegado.

Le parecía a Tínker que le saludaban por lo que esperaban de él; porque esperaban que fuera un patrón a la antigua, severo y bondadoso a la vez.

—Los abogados vendrán dentro de poco, Tom, — dijo Maurice. — No es posible hacer nada de esto sin su intervención.

Entraron en la biblioteca y el mayordomo, después de cerrar la puerta, avanzó un paso.

—¿Sabía sir Gavin que usted venía esta mañana al castillo, señor Maurice?

Los ojos del vagabundo relucieron.

—Tal vez sospechó que yo me iba a presentar, — contestó.

—¡Ahora lo comprendo todo! — exclamó el mayordomo. — Se ha escapado llevándose una colección de las alhajas más valiosas que había en las vitrinas de la galería. ¡Venga y lo podrá notar usted mismo!

Les guió a la galería donde sir Maurice realizó una rápida inspección.

Conocía cada una de las vitrinas y su contenido porque las había contemplado centenares de veces pues, cuando muchacho, le gustaba admirar aquellas joyas valiosas procedentes de ya pasadas épocas.

—¡La estrella y los aros de diamantes y perlas! — dijo Tom. — ¡Y muchas otras cosas más!

Sir Maurice había fruncido el ceño. En su concepto, robar semejantes alhajas antiguas era casi un sacrilegio.

—No contaba con esto, — dijo, volviéndose hacia Tínker, cuando el mayordomo se hubo retirado. — Yo me apoderé de la vajilla de oro, pero me limité a empeñarla y no tardará en estar de vuelta. Pero ese torpe es capaz de deshacer las alhajas históricas para vender las piedras por un lado y el oro por otro, una vez fundido, hecho lingote, perdida la maravilla de cincelado que es cada una de esas joyas...

Habían vuelto a la biblioteca y en aquel mismo momento oyeron llamar a la puerta que daba al hall.

El mayordomo entró, seguido de otro hombre.

—Este señor desea hablar...

Tínker se adelantó, muy alegre.

—¡Si es el patrón! — exclamó al ver entrar al que había anunciado el mayordomo.

Sir Maurice levantó la cabeza, miró al recién llegado y luego se sonrió.

—Ya nos hemos visto antes, — dijo. —¡En realidad nos conocimos colgando los dos de una escala de cuerda!

Blake se acercó a la mesa-escritorio. Tenía los ojos muy cansados, como los de quien se halla fatigadísimo.

—Eso es verdad, sir Maurice, — dijo. —Y yo me he enterado de lo que le sucedió después. Se escapó usted milagrosamente.

—¿Dónde ha estado usted, patrón? —preguntó Tínker. — ¿Hubiera querido hablar con usted anoche! ¡Después de todo ese canalla de sir Gavin se ha burlado de todos nosotros! Ha logrado escapar, llevándose...

Sexton Blake llevó la mano al bolsillo y empezó a sacar objetos que fué poniendo en el escritorio. Durante un momento sir Maurice miró con atención; después, brotó de sus labios, un grito de asombro y adelantándose, tomó una reluciente estrella.

—¡Pero si es... si es, la estrella! — exclamó. — ¡Y los pendientes de diamante y perla! ¡Y los broches de!...

El que estaba junto al escritorio se sonrió intencionalmente.

—Creo que encontrará aquí todo lo que es de su propiedad y falta de las vitrinas de la galería, — dijo. — Me tomé la libertad de sacarlo de la valija de mano de sir Gavin mientras éste dormía en el rápido de Londres, esta mañana.

Un grito de entusiasmo brotó de los labios de Tinker.

—¡Bravo, patrón! — exclamó. — ¡Ese sí que es un golpe digno de usted! ¡No es posible negarlo! Usted siempre sabe lo que hace y siempre llega a tiempo!

—¡Estoy atónito! — dijo sir Maurice. — ¿Cómo diablos pudo usted?...

—Fué usted, precisamente, quien me proporcionó la primera indicación, — dijo Blake. — Como ladrón sorprendido "in fraganti" estaba usted tan extraordinariamente tranquilo, tenía una sangre fría tan extraña, que empecé a sospechar.

Contó entonces cómo, después de haber dado al sargento de policía, el aviso que sir Gavin le había dicho que le diera, se dirigió a la hostería y en el camino se encontró con un viejo mal vestido, que debía ser un cazador furtivo. Conversaron un rato y Blake oyó de sus labios la historia de "Maurice el Loco" y de cómo el castillo de Ulledón y sus tierras habían pasado a manos de quien menos lo esperaba.

El cerebro del detective revolvió aquellos datos con las observaciones que había hecho y llegó al convencimiento de que el supuesto ladrón era ni más ni menos que el propio Maurice Fórdell. En posesión de ese dato que le parecía indiscutible, Blake volvió al castillo.

Acababa de llegar a los bosques, del lado del camino, cuando se abrió la puertecita de la tapia y salió por ella, furtivamente, sir Gavin. El modo de mirar a un lado y a otro, toda su actitud, le pareció sospechosa a Blake, que decidió no perder de vista a aquel hombre.

—No estaba seguro del terreno que pisaba, pues si lo hubiera estado, lo hubiese hecho prender, — terminó tranquilamente el detective, — pero mi otro plan era más seguro y menos peligroso. Si el hombre hubiera resultado inocente le hubiese devuelto las joyas y ahí hubiera terminado la cuestión.

El nuevo dueño del castillo de Ulledón se rió a carcajadas.

—¡Su relato es sin duda el mejor de todos! — dijo. — ¡No sé cuánto hubiera yo dado por ver la cara del grandísimo pillastre cuando abrió la valija esta mañana, en el hotel!

Miró nuevamente el montón de alhajas que había devuelto.

—¡Era su golpe decisivo y le fracasó! — dijo Blake para terminar. — No oiremos hablar más de él!

Esta profecía se vió ampliamente cumplida.

El castillo de Ulledón, pocos días después estaba transformado, casi en su totalidad, en una casa para soldados convalecientes donde los heridos de la guerra eran atendidos hasta que recobraban por entero la salud.

La galería se había transformado en un salón de descanso para los pacientes y en el medio se había instalado una mesa de billar.

Todo el día, en el hermoso jardín y en el extenso parque, se oía rumor de voces y de alegres conversaciones; por entre los árboles paseaban hombres vestidos con el uniforme azul que se usaba en los hospitales militares ingleses.

Casi todos los "fin de semana" visitaba el castillo Humble Begge, el Hombre Pacífico al que se debía en realidad, todo lo que había sucedido. Algunas veces le acompañaban Blake y Tinker y no es necesario decir que sir Maurice Fórdell, encantado de aquella vida les recibía siempre con la mayor satisfacción.

En el castillo de Ulledón reinaba el mayor contento porque un verdadero Fórdell estaba al frente de él.

Pero los caminos habían perdido un admirador, aun cuando en las caballerizas del castillo, siempre limpia y como pronta para partir, se encontraba una "caravana" y en el prado cercano pastoreaba un pequeño y valiente caballito. Tarde o temprano el espíritu vagabundo podía despertar de nuevo en sir Maurice Fórdell y entonces, vistiendo su saco de terciopelo y con el violín debajo del brazo, tal vez volviera a ir por los caminos, respirando un aire más libre que el de las ciudades y que el de los castillos, por grandes que sean.

Fín de "LA VAJILLA DE ORO"

DULCE DE LECHE

Se ponen dos litros de leche con un kilo de azúcar al fuego a hervir.

Al principio no se necesita revolver, pero cuando ha hervido una hora despacio, se le puede dar fuego más fuerte y revolver siempre hasta que tenga el punto.

En todo necesitará dos horas

Se le puede poner un pedazo de canela en rama.

FRITOS DE BANANAS

Se cortan las bananas a lo largo en dos: entretanto se ha preparado una pasta de la consistencia de una crema, con tres cucharadas de harina deshecha con agua o leche, un poquito de azúcar y sal fina y tres huevos bien batidos; se mojan las bananas en esta pasta y se fríen, hasta dorarlas bien, en fritura de grasa bien caliente.

Se espolvorean con azúcar y se sirven bien

LAS NOVELAS DE LA VIDA REAL



El Asunto Voirbó

por C. J. y Annie O. Tibbits

Esta vez el relato que hacen a los lectores de "Pucky" el señor y la señora Tibbits se refiere al sensacional asesinato de Desiré Bodasse, el crimen que hizo la reputación de Macé, el que llegó a ser el más notable y famoso de los detectives de Francia.

I

ERA en el mes de Enero del año 1869. Había nevado casi toda la primera mitad de la noche, pero el aire se había limpiado ya y el viento,—que de vez en cuando, con una ráfaga, revolvía como a puñados los sueltos y blanquísimos copos, — era como el espasmódico respirar del espíritu de la noche que se cernía amenazador sobre el silencio de París.

Toda la populosa ciudad dormía ya o, al menos, permanecía en silencio tras de puertas y ventanas cerradas. Algunas personas, muy pocas, que iban a uno o a otro lado, caminaban por las calles como espectros, volvían silenciosamente las esquinas o cruzaban como flechas, las calles, desapareciendo luego en los portales.

Los agentes de policía, recorriendo las calles en parejas, caminaban con firme paso y movían los brazos procurando hacer frente al frío que se iba haciendo más y más intenso, eran los únicos que turbaban el silencio que reinaba en la dormida capital. El hálito de la noche se cernía como una niebla sobre la superficie del Sena. Bajo los puentes las sombras eran densas, mostrando como charcos de tinta junto a las zonas iluminadas por

los faroles del alumbrado público. La nieve se había aglomerado en todos los huecos y en todas las hendijas, en techos y chimeneas, en las canaletas y los canalones y comenzaba a congelarse tachonando la ciudad de blancos manchones.

Terminaba la noche, aproximándose el momento en que hiciera su aparición la luz cenicienta de la mañana. Era el momento de la noche en que se halla más alerta el espíritu del asesinato y del robo, poco antes de que el amanecer disuelva a las sombras de la noche, cuando siniestras figuras se deslizan y corren por la ciudad silenciosa y dormida, y desaparecen misteriosamente. La policía, cuyos agentes recorrían la ciudad en parejas tenía frecuentemente, que estar muy alerta para sorprender algún rumor en la soledad silenciosa; no hacía mucho que se había visto en la necesidad de vigilar con redoblada atención. Una racha de crimen y de misterio había recorrido la ciudad y de los barrios de Notre-Dame, Saint Germain l'Auxerrois, los Inválidos, Grenelle y Porte Saint-Martin, habían llegado, uno tras otro, los informes sobre el descubrimiento de crímenes que habían alarmado a todo París y burlado a la policía.

En seis meses habían desaparecido ciento veintidós personas y algunos horrendos hallazgos habían hecho que todo París se estremeciera de terror. Horribles fragmentos de cuerpos humanos habían sido hallados en el Sena, y en el canal de San Martin y hasta en la alcantarilla de la rue Jacob. Por fin se había sacado de un pozo situaod en el patio de una casa de la rue Princesse, en el Quartier Latin, la horrenda prueba del más horrendo de los crímenes, — envuelta en percalina negra, anudada a los extremos y cosida dentro. En aquel bulto se había hallado un pedazo de una pernera de un pantalón gris y con esto, el único objeto que podía constituir un indicio que se había hallado hasta aquel momento: parte de una media de algodón, color marrón cuyo pie había sido cortado y reemplazado por un calcetín de lana. En el calcetín se veía una marca, vieja y muy borrada, pero que constituía un dato precioso: una inicial con una cruz a cada lado, así:

+ B +

En años posteriores el asesinato de la mujer llamada Bennet, en la playa de Yarmouth, fué descubierto por una marca semejante bordada por las toscas manos de una lavandera en su ropa blanca, y ese dato sirvió para llegar a castigar al culpable de aquella muerte.

La señal hallada en la media que se encontró en el pozo de la casa de la rue Princesse, fué el primer rastro que permitió que la policía orientara sus pesquisas hacia la persona autora de uno de los misteriosos crímenes que tenían amedrentado a todo París. Se enviaron circulares con la exacta reproducción de la marca; esa reproducción se publicó en todos los diarios y en toda la capital no se hablaba más que de la hermosa joven que había sido víctima del desconocido asesino.

Pero el señor Macé, el recientemente nombrado comisario del distrito del Odeón, averiguando los antecedentes de las ochenta y cuatro mujeres que habían desaparecido en los últimos seis meses, se convenció de que la víctima del pozo de la rue Princesse no podía haber sido sino una de tres. Y, con el correspondiente disgusto, el señor Macé pudo comprobar que esas tres estaban vivas y bien de salud.

No había sido una mujer, por lo tanto, la víctima infeliz, sino un hombre... un hombre, decía el señor Macé, que había sido asesinado por un sastre.

—¡Un sastre! Esta idea acudió a la mente del señor Macé cuando vió los extremos anudados de la percalina negra que envolvía el paquete y las puntadas, parecidas al de un hilván, con que habían sujetado el centro del envoltorio.

¡Un sastre! ¡La idea era curiosa pero llevaba muy lejos! La policía, recorriendo la ciudad, visitando la encrucijada de Bucí, la rue Jacob, la rue Princesse, al amanecer de aquella jornada de Enero, la discutía en sus detalles.

El señor Macé, interrogando a la "concierge" o encargado de la casa, se enteró de que no había habido ningún sastre entre los inquilinos de la casa de la rue Princesse. Sólo había vivido una ayudante de sastre, una joven que trabajaba fuera, pero que habiendo abandonado el oficio, se había dedicado a entonar "chansonettes" en un café cantante.

Era imposible que esa joven tuviera algo que ver con el crimen. Pero sin embargo, fué interrogada y careada y obsequiada hasta que se vió envuelta en la mayor de las confusiones.

—El señor Macé sigue una falsa pista, y siguiendo por ella, va a fracasar. No sólo los sastres saben hacer nudos en telas de percalina negra y no son únicamente los sastres los que saben hilvanar, — dijo Voirbó, de la Policía Secreta. Mirando hacia la calle, como si él también, necesitara mirar y ver excepcionalmente bien, aquella noche de Enero. —Después de todo, ¿qué es lo que ha descubierto?

—Bueno, los hechos, en realidad, son estos, — dijo uno de los de policía encargados de recorrer las calles, que se había detenido a conversar un momento con su colega.—La casa del pozo, de la rue Princesse, es una casa vieja que se alquila por piezas, y en la antigua puerta cochera hay una puerta pequeña que puede ser abierta por todo el que conozca el secreto, es decir, que sepa que hay que apretar un botón que tiene a un lado. No es raro que sean muchos los que conozcan ese secreto, ¿no es cierto?

—¡Eso es, precisamente, lo que yo decía! —manifestó Voirbó. — El asesino no debe tener absolutamente nada que ver con los vecinos de la casa.

—Exactamente. Los vecinos de la casa son gente decente y respetable. La misma señorita Dard, que fué costurera en una época,

es sólo una joven de genio alegre. Lo que hay es que ella lleva al señor Macé hacia donde le da la gana. Ahora está buscando a un sastre que le daba chalecos a coser a la joven, antes de que ésta se hiciera cantante de café... un hombre, según dicen que una o dos veces sacó agua del pozo, a pedido de ella, cuando estuvo a entregarle trabajo que hacer. Es posible que él estuviera al tanto de cómo se entra en la casa vieja.

—¡Ah! — dijo Voirbó.

—Es un sastre, según ella dijo al señor Macé, que conocía bien la casa y que entraba sin que le oyera la "concierge", que no pensaba más que en sus gatos. De modo que ese sastre pudo acercarse al pozo siempre que le dió la gana.

Voirbó se retorció el bigote y miró nuevamente hacia la calle.

—¿Y cómo se llama ese sastre? — preguntó.

El otro se encogió de hombros.

—De eso no me he enterado, — dijo,— pero usted no tardará en saberlo, sin duda.

Voirbó se rió.

—¡Sin duda! ¿Y qué más? — preguntó.— El matador puede ser que sea el sastre, pero ¿quién fué la víctima?

El interrogado se inclinó un poco más, como si temiera que alguien, oculto en las sombras circundantes, pudiera oirle y propalar la noticia por todo París.

—Un anciano y nada más que un anciano, —dijo. — Un anciano llamado Bodasse. No se trata de ningún caso novelesco con una bella joven como protagonista sino de un caso vulgar en el que figura un viejo.

Voirbó arqueó los labios, sonriendo sarcásticamente.

—El señor Macé trabaja activamente,— dijo. — Así que se trata de un anciano y nada más... De un anciano llamado... ¿cómo dijo usted que se llamaba?

—Bodasse, — repitió el otro. — Vivía en la rue Dauphine y hace un mes que ha desaparecido. El señor Macé está convencido de que la víctima fué él.

—No estoy de acuerdo con él sobre el punto, — dijo Voirbó, — y ya veremos, con el tiempo, quién tiene razón. Bodasse...

Calló de improviso.

—¿Y cómo va a demostrar eso el señor Macé? ¿cómo lo va a probar?—preguntó.

El otro se encogió de hombros.

—A ese respecto no sé nada, — dijo.— Pero, aquí entre nosotros, le diré que el viejo Bodasse no ha muerto ni mucho menos. Está en una habitación de la rue Dauphine todas las noches, pero desaparece durante el día y nadie le ve, ni cuando entra, ni cuando sale. Sin duda tiene sus razones para proceder así, y cuando aparezca vivo... cuando aparezca vivo... ¡Entonces sí que vamos a ver qué cara pone el señor Macé!

—¡Ah! — dijo Voirbó.



II

SE alejó por la calle como una figura siniestra y sombría, aun cuando avanzaba sin procurar ocultarse. Como miembro de la Policía Secreta, Voirbó no necesitaba, tal vez, ocultarse, sino caminar como un transeunte cualquiera. Así fué por calles y avenidas. Así pasó por la rue Jacob, donde, poco después del primero de año, un hueso humano había sido hallado en un desagüe; por el quai Valmy, a la orilla del río, donde se había sorprendido a un hombre en el momento en que arrojaba algo al agua en circunstancias sospechosas y al ser interrogado, había huído; había vuelto a las cercanías de la rue Princesse donde, en Diciembre 27, la patrulla de policía había hallado a un hombre que llevaba un paquete grande y un canasto, en las primeras horas de la mañana. Le detuvieron, pues se estaban cometiendo muchos robos nocturnos en París; pero explicó que acababa de llegar, por tren, de Montes, y como no había encontrado ningún coche de alquiler, se veía en la necesidad de llevar él mismo su equipaje. Como esa explicación era verosímil, no se le redujo a prisión.

Al llegar a la rue Princesse, Voirbó se detuvo ante la casa del pozo, la casa sospechosa que tenía preocupado al señor Macé y a toda la policía de París.

El señor Gustave Macé era un joven y activo comisario, nombrado hacía poco tiempo y lleno de ambición y de orgullo profesional, y Voirbó tenía, sin duda, buenas razones para odiarle. Si llegaba a presentarse ocasión de que se realizara un duelo de astucia y de ingenio entre aquel joven inteligente y decidido triunfar, y Voirbó, éste sería, sin duda, el vencido.

¿Quién podía soñar que aquel joven, suave, elegante, casi bisoño comisario de policía, era el hombre elegido por el Destino para obtener un éxito más notable que todos los de los más notables y renombrados investigadores del mundo? No había, en el aspecto del señor Macé nada que indicara la posesión de las maravillosas y casi sobrenaturales facultades que iban a ahcer que su nombre se viera rodeado de una aureola tan famosa como terrible.

Voirbó se detuvo y miró hacia el ancho portal que daba acceso a la vieja casa, de varios pisos, una casa de ladrillo manchado por la humedad, con muchas pequeñas ventanas que daban a la calle. Era una de esas residencias que en un tiempo fué de alguna importancia, pero cuya grandeza había desaparecido y cuya gloria se había desvanecido para siempre. Hacía tiempo que se alquilaba por piezas y había llegado a ser el centro de la tragedia sensacional y horripilante. Alguien que conocía el secreto del oculto pestillo de la pequeña puerta, había hecho uso de la casa del perdido esplendor para librarse de parte de su trágico secreto y el crimen había impreso su sello en la casa como el frío del invierno imprime en un florido jarrín la huella de su paso.

En el patio de la casa, tras de la actualmente cerrada puerta cochera por la cual, años atrás, habían pasado lujosos coches, se encontraba el pozo al que últimamente habían arrebatado su trágico secreto, pero Voirbó no intentó entrar. Sin duda ya había entrado con anterioridad; sin duda conocía suficientemente el sitio para necesitar mayores informes a su respecto. De todos modos el caso fué que pasó por delante de la casa y siguió hasta la rue Dauphine, una calle situada a poca distancia de allí y destinada, según parecía, a gozar de tan triste celebridad como la misma rue Princesse.

Voirbó se detuvo ante la casa en que vivía Bodasse, — o había vivido, si la teoría del señor Macé era exacta, — una de las casas más viejas de la calle, y después de detenerse, miró cautelosamente en redor, y escuchó.

Ni el menor ruido interrumpía el silencio de la noche. Los habitantes de la casa, dormían, las ventanas estaban todas cerradas y la del departamento en que vivía Bodasse estaba tan cerrada como las demás.

¿Le habían asesinado? ¿Seguía el señor Macé la verdadera pista o estaba ocupado en la exploración de algo, que, después de mucho trabajo no le iba a dar más resultado que un ruidoso fracaso.

Voirbó estaba, al parecer, decidido a vencer al comisario en aquel juego y a triunfar donde su rival fracasara, así que no economizaba esfuerzos en el sentido de conseguir su propósito.

Esperó un momento; después, tras de una nueva y cautelosa mirada en redor, se deslizó rápidamente hacia la puerta de entrada, penetró en la casa, pasó como una figura siniestra, por delanae del chiribitil de la portera, recorrió un largo pasadizo, subió al piso primero, pasó por frente a las habitaciones del encargado y, por las oscuras escaleras, llegó luego al tercer piso.

Era en el tercer piso donde Bodasse tenía su departamento, Bodasse a quien la policía consideraba como un tipo excéntrico que a veces se pasaba días y días encerrado, negándose a recibir visitas y de tal modo aislado de los demás que había que pasarle las cartas por la hendija de debajo de la puerta cuando se encerraba de esa manera.

Llevaba en aquellos momentos cerca de un mes de encierro y el señor Macé suponía, por eso, que había sido víctima del crimen.

Voirbó se sonrió sarcásticamente. Se aseguró, antes de meter la llave en el ojo de la cerradura, de que no le miraba nadie y después, con serenidad y rapidez, abrió la puerta y entró. Cerró con llave en cuanto estuvo dentro y encendió un fósforo. Después dió luz a una bujía y levantando lo más alto que pudo, el candelero, miró en redor. En un rincón había un reloj de cuco, y, como el que realiza algo maquinalmente, Voirbó se acercó al reloj y tirando de la cadenita de bronce, le dió cuerda.

El tic-tac del reloj repercutió en la silenciosa habitación pero la manecilla que estaba cerca de la hora, no hizo funcionar el correspondiente mecanismo. Era un reloj de cuco condenado a silencio porque le habían quitado el aparato de dar las horas.

Voirbó volvió a mirar en redor, se encogió de hombros y después examinó detenidamente la habitación.

Era tarde, — o mejor dicho, temprano, — cuando salió. En el cielo se veían ya los primeros destellos de la aurora. La nieve se había congelado en los techos y la mañana se anunciaba muy fría.

Salió a la calle sin que nadie le hubiera visto.

Sonrió al salir. ¡Bien! "Al freir será el reir". El señor Macé, que seguía con tanto afán su pista, podía verse burlado todavía.

Voirbó se dirigió, aquel amanecer tan frío y silencioso, a su domicilio. En una ocasión vaciló perplejo. Se hallaba en la esquina de la rue Mazarine, que conduce al Pont Neuf, donde había vivido hasta que se había casado, hacía pocas semanas. El sitio parecía fascinarle, pero el departamento que él había ocupado estaba alquilado ya. Nuevos inquilinos ocupaban sus viejas habitaciones. Prosiguió su marcha. En las silenciosas calles, sus pisadas parecían producir un ruido escandaloso. Esas pisadas podían ser un mensaje para alguien que tuviera oídos para oír.



III

¡BODASSE había sido asesinado! El señor Macé no lo dudaba, y un examen de sus habitaciones pareció demostrarlo. Paso por paso había ido recogiendo los datos, eslabón por eslabón había ido reuniendo la cadena de pruebas y sólo se esperaba ya la prisión del asesino. El señor Macé casi estaba convencido de saber quién era: un asesino secreto y furtivo que había dado muerte a Bodasse por su dinero, y que volvía a su habitación noche tras noche, arastrado quizás, como les pasa con frecuencia a los asesinos, al sitio que ha sido escenario de su crimen; pero posiblemente, — pensaba el señor Macé, — obedeciendo a un propósito siniestro.

Recorrió todos los detalles del crimen desde el primer descubrimiento de los restos en el pozo de la casa de la rue Princesse hasta el presente estado de cosas. Su primera preocupación fué interogar a la concierge sobre las condiciones de todos los que vivían en la casa. La concierge era una vieja medio desequilibrada que no pensaba más que en un gato que se le había perdido. Pero con mucha paciencia y cuidadoso preguntar, el señor Macé se enteró de que una anterior inquilina, — Mademoiselle Dard, — había trabajado para varios sastres, y que uno de sus visitantes solía sacar agua del pozo.

Olfateando la pista, siguió a la señorita Dard hasta su nuevo empleo, pues cantaba en un café y la hizo comparecer ante él en su oficina.

No se notó nada furtivo, ni secreto, ni ruboroso en la actitud de mademoiselle Dard. Era una joven alocada, de rostro sonriente que recitó de un tirón la lista de los sastres

para los cuales había trabajado. ¡Oh! ¡Muchos! Nunca le faltó trabajo... ni admiradores.

—¿Cuál era el que sacaba agua del pozo para usted?

—¿Ese? ¡Oh! El señor Voirbó.

¡Voirbó! El señor Macé hizo una anotación y pensó algo. En alguna parte había oido hablar de Voirbó.

—¿Le dedicó a usted sus atenciones? ¿Sacaba agua del pozo cuando usted se lo indicaba?

—Sí; pero era un holgazán, un tipo enemigo del trabajo. ¿Bien de fortuna? Puede ser. Al menos siempre parecía hallarse con dinero de sobra.

—¿Tenía parientes o amigos?

—No sé si tenía parientes... En cuanto a amigos, sí, los tenía. Especialmente un viejo. Se llamaba Bodasse. Siempre andaban juntos. Eran grandes amigos.

—¿Cuándo vió usted a Bodasse por última vez?

—Hace un par de meses, o cosa así. Estuvo en el café, en compañía de Voirbó. Con Bodasse estuvo también una tía de él.

—¿Dónde vive la tía de Bodasse?

—En la rue de Nesles.

El señor Macé hizo otra anotación. Había logrado avanzar bastante. Una o dos horas después había visitado a la señora de Bodasse y se había enterado de que tenía un sobrino llamado Desiré Bodasse, al que no veía hacía cerca de un mes, y la había llevado a la Morgue para que identificara, si podía, el calcetín hallado en el pozo, la media de algodón color marrón con el pie de que tenía la marca "+ B +".

—¡Esta es la marca de Desiré! — exclamó la mujer. — ¡De mi sobrino Desiré! Yo misma uní los calcetines a las medias porque Desiré sentía frío y no tenía esposa que cuidara de su ropa. ¡Yo misma puse esa marca! —E indicó la "+ B +" que tenía la media. —¡Esa es la marca que yo hice!

Después de todo esto, el camino parecía estar expedito. La anciana tía fué llevada a las habitaciones de Bodasse en la rue Dauphine, pero allí se encontró con un tropiezo. Macé, disimulando sus sospechas, preguntó por el señor Bodasse. No se hallaba en casa. Llamaron a la puerta de sus habitaciones, pero no obtuvieron respuesta. Interrogó el señor Macé a la encargada de la casa.

—Muchas veces hace lo mismo, — dijo la interrogada. — Se encierra y se pasa días y días sin salir. Ahora hace varias semanas que no lo vemos, aun cuando anoche estuvo aquí.

—¿Aquí? — exclamó el señor Macé. — ¿Estuvo aquí anoche?

—Sí; yo ví luz en su ventana. Y vi la sombra del inquilino que iba de uno a otro lado. ¡Sí! Viene todas las noches. Aquí está mi marido. Puede preguntarle a él.

El señor Macé, muy perplejo, miró en redor. La habitación de los encargados, en el primer piso, estaba situada de modo que cualquiera podía entrar y salir sin que le vieran.

De todos modos, debía examinar el cuarto. Se hizo acompañar por la señora de Bodasse y lo que allí vió aclaró todas sus dudas. El sombrero y el sobretodo de Bodasse estaban colgados de una percha, en un rincón. También estaba su bastón, sin el cual no salía nunca y de un clavo, junto a su cama, colgaba su reloj de plata. En la cama no había dormido nadie; estaba tendida como esperando a su dueño y había una capa de polvo en los muebles. Pero en un rincón estaba el reloj de cuco, en marcha: tic-tac, tic-tac.

El señor Macé se acercó al reloj y lo observó. Las pesas que colgaban de su cadenita, estaban a mitad de camino. Alguien lo había dado cuerda al reloj aquel hacía poco tiempo. Alguien que había estado allí la noche anterior, que había encendido una de las bujías, alguien cuya sombra había pasado y vuelto a pasar por delante de la ventana.

Había varios fósforos usados en la chimenea y en la mesa dos candeleros de bronce en los que habían puesto una bujía en el cabo de la anterior. El señor Macé contó los fósforos. Había diez y siete. Después se volvió hacia el escritorio, que estaba junto a la pared, con la llave en el cajón central y cuando lo examinó, la señora de Bodasse ofreció algunos informes.

Dijo la anciana tía que su sobrino tenía costumbre de tener su cartera de cuero verde llena de bonos, que eran como billetes de banco. La cartera, la guardaba siempre en un cajón secreto. La señora de Bodasso sabía cómo se abría el cajón secreto y lo abrió.

Estaba vacío.

El señor Macé examinó el resto de la habitación, descolgando del clavo el reloj de plata, sin el cual no se veía nunca a Bodasse. Abrió Macé el reloj y de él cayó una tirita de papel. En ella estaba la lista de los bonos que Bodasse tenía, con sus números, bonos fáciles de convertir en cualquier momento y que habían desaparecido.

Para el señor Macé, el caso no podía ser más evidente; le parecía definitivamente claro.

El señor Bodasse había sido asesinado y su dinero robado por alguien que se presentaba todas las noches con un propósito siniestro, para dar cuerda al reloj de cuco y hacer creer que Bodasse estaba aun vivo, paseándose delante de la ventana, con la cortina echada, de modo que se viera pasar varias veces una sombra.

—Es necesario reunir las pruebas del crimen, — dijo el señor Macé, — y la mejor prueba de todas será el mismo asesino, pescado en el acto, en el momento en que esté dando cuerda al reloj de cuco, después de encender la bujía.

Enteramente ignorante de lo que pasaba, volvería sin duda una y otra noche, así que parecía relativamente fácil, prenderle. Se estableció una vigilancia estricta. Dos empleados de policía se escondieron en la casa aquella noche, esperando dispuestos a capturar al hombre que se presentara, prontos para hacer que su secreto fuese expuesto a la luz. La red se iba ciñendo en torno del matador. El señor Macé estaba convencido de que al

otro día lo tendría ante él, preso. Pero sufrió un desengaño.

Aquella noche no se presentó nadie en la rue Dauphine. ¡Nadie entró en el departamento de Bodasse!

El asesino debía haberse enterado de la trampa que se le había preparado. ¿Cómo era esto posible? Uno de los subordinados del señor Macé confesó que había hablado de la vigilancia de la casa al señor Voirbó. ¿Qué mal podía haber en esto? El señor Voirbó era de la Policía Secreta. — "¡Casi uno de nosotros!" — había dicho el hombre, y había agregado: "El señor Voirbó debe desear tanto como nosotros, que este crimen llegue a esclarecerse".



IV.

VOIRBO, pocos días después contestó rápidamente a un pedido muy cortés del señor Macé que solicitaba su presencia en su oficina.

Tenía el rostro algo encendido cuando ocupó la silla que le indicó el señor Macé y que estaba colocada de modo que la luz que entraba por la ventana le diera en la cara. El señor Màcé le miró fijamente cuando entró a explicar por qué le había hecho llamar.

—El caso es, señor Voirbó, — dijo, — que necesito su colaboración. Es usted, en verdad, mi última esperanza, y juntos tenemos que resolver el misterio de la muerte del anciano Bodasse.

Se miraron cara a cara. Voirbó vió en el señor Macé a un hombre alto, delgado, de buen aspecto, de unos treinta y tres años, con ojos grises, cabello oscuro, bigote y barba en punta, muy cuidada: un joven exquisitamente vestido, fastidioso y casi exageradamente elegante.

—Usted puede ayudarme, — dijo el señor Macé, y Voirbó manifestó que sentía ansiedad por servirle.

Había sentido tanto la inexplicable desaparición de su viejo amigo Bodasse que ya había ido a hablar con su jefe, — el de la Policía Secreta, — sobre el caso.

—Yo hubiera venido antes a ofrecerle a usted mis servicios, — añadió, fijando en el rostro de Macé la mirada de sus ojos castaños, —pero pensé que usted, como es joven y carece de experiencia de estos hechos, no tardaría en ser sustituído por otro comisario más antiguo y entonces ofrecería mi colaboración a su sustituto.

El sarcasmo no pasó inadvertido para el señor Macé, por cierto.

—¿De veras? — dijo tranquilamente.

El señor Macé aborrecía a la Policía Secreta, ese vil cuerpo de pillos reunido por las autoridades del régimen napoleónico para espiar la vida privada de los ciudadanos que conspiraban en favor del imperio. Sentía desprecio por el hombre a quien tenía delante y al que consideraba el más vil de toda su sección.

Pero fué la cortesía en persona mientras discutieron los medios de llevar a cabo la pesquisa. Voirbó pensó que iba a poder lucirse y sus oscuros ojos brillaron ante los del joven comisario.

—Haré todo cuanto esté en mi poder para ayudarle, señor Macé, — dijo. — No dudo de que podré serle útil. ¡Pobre Bodasse! ¡Pobre hombre! Desde que me casé dejé de verle. Se trataba con gente de mala vida. ¿Comprende, señor? Pero ahora me reprocho el no haber seguido cultivando su amistad. Si yo hubiera seguido viéndole con frecuencia tal vez estuviera vivo todavía.

—¡Ah! — dijo el señor Macé. — Me complace mucho que usted acceda a ayudarme en este caso y haré todo cuanto usted proponga. ¿Así que Bodasse se reunía con gente de mala vida?

—¡Sí! Con un hombre, especialmente, del cual tengo vehementes sospechas.

—¿De veras? — dijo el señor Macé con mucho interés.

—Sí; es un alcoholista llamado Rifer. Yo se lo presentaré si desea confiar en mí.

—Seguramente, — dijo el señor Macé.

Hizo algunas reflexiones elogiosas sobre la habilidad de Voirbó como investigador y un poco después se levantó, inclinándose para despedirse y fingió no ver que el de la Policía Secreta le tendía la mano.

Buscarían juntos al criminal. Voirbó llevaría al señor Macé a los cafés y restaurants donde Bodasse era más conocido y Macé aceptó de buena gana el acompañarle.

Pasaron gran parte de los días y de la noches, juntos. A los restaurants y cafés, a los mitins revolucionarios y políticos, en los que Voirbó, disfrazado y en su carácter de espía policial, fingía ser un orador revolucionario de los rojos; a las guaridas de todas clases, Macé y Voirbó fueron juntos y sin embargo, Macé no veía que sus propósitos avanzaran. Voirbó indicaba constantemente como autor del crimen al borracho Rifer, un degradado y un imbécil, cada vez más sumido en su vicio. Macé se daba cuenta de que era Voirbó el que alentaba a Rifer a que bebiera, convidándole y dándole dinero para "absinthe" y cognac.

En los sitios a donde iban, — "La Cri du Lapin" y "Le Coeur Dur" ("El grito del Conejo" y "El Corazón Duro") — le encontraban siempre borracho, aproximándose a una crisis de alcoholismo a medida que los días pasaban. Rifer había sido carnicero de profesión; era conocido como tahur y como compañero de Bodasse, ¿tenía algo de extraño que le hubiera dado muerte para quitarle el dinero?

Pero Macé era difícil de convencer. Y aún después de morir Rifer en un ataque de "delirium tremens", durante el cual había confesado a gritos ser un criminal, no se declaró satisfecho.

—¡Fuí yo quien mató a Bodasse! — gritaba el moribundo.

Pero el señor Macé volvió descontento y molesto a su oficina. Abrió la puerta y miró. Allí estaba Voirbó. ¿Qué esperaba Voirbó?

El señor Macé tuvo que resolver la situación rápidamente y se preparó para proceder aun cuando las primeras palabras de su visitante le revelaron que Voirbó le esperaba allí porque no había podido resistir al deseo de saber lo antes posible, si su estratagema había dado el resultado apetecido.

—¿Así que Rifer ha confesado? — dijo Voirbó; y las palabras y el tono, dijeron al señor Macé todo cuanto deseaba saber, decidiéndole a proseguir su investigación.

Inclinó la cabeza contestando que sí.

—Perdone usted un momento, — dijo. — Tengo que escribir una carta urgentísima antes de que hablemos. Tome usted asiento.

Voirbó obedeció con satisfacción. Se hallaba tranquilo y sereno. El misterio de la muerte de Bodasse había terminado ya. Se hallaba allí para ser testigo de la derrota del comisario Macé y aceptar su gratitud.

El señor Macé escribió la carta y se la entregó a un ordenanza que entró a su llamado.

"Tengo en mi oficina a un hombre, — decía la carta, — a quien deseo arrestar por la muerte del señor Bodasse. Cuando toque la campanilla por primera vez, mándeme un ordenanza que, pretendiendo arreglar la lumbre, saque de la chimenea los hierros de mover el fuego. Cierre todas las entradas y salidas y cuando yo llame por segunda vez, envíeme a dos agentes, uno de los cuales se pondrá detrás de mi silla y el otro detrás del hombre que está sentado ante mí, por si pretende luchar."

Cuando hubo partido el ordenanza con la carta, Macé se volvió hacia Voirbó.

—Supongo que ahora estará usted satisfecho, ¿eh? — dijo Voirbó. — Claro está que Rifer era el asesino. Ya se lo dije a usted desde el primer momento, ¿no es verdad?

Calló.

—Usted perdone, señor Macé, pero le encuentro como distraído. ¿Qué es eso? ¿No le interesa ya el caso?

El señor Macé le miró cara a cara.

—¡Al contrario! ¡Me interesa ahora como nunca me ha interesado! ¡Ya nos estamos aproximando al final!

Tocó la campanilla y un instante después, cuando se abrió la puerta, se puso de pie.

—El momento ha llegado, Voirbó, — dijo. —Queda usted preso como autor de la muerte del señor Bodasse.

Voirbó se echó hacia atrás, en la silla y se rió a carcajadas.

—¡Qué tontería! ¡No sea usted ridículo!

El señor Macé le miró con toda calma.

—Vamos a verlo. Usted se quedará preso. y mientras tanto, yo revisaré sus habitaciones y las que ocupaba usted antes de casarse.

Poco tiempo se necesitó para visitar a la infeliz esposa de Voirbó, que no llevaba ni dos meses de casada; pero la investigación no reveló nada hasta que Macé decidió revisar unas pipas de vino que Voirbó había comprado y se hallaban en el sótano. Examinándolas con una luz, el señor Macé notó que el tapón de una de ellas estaba muy sobresaliente. Quitándolo, notó la presencia de una pequeña caja de hojalata, soldada, de modo que el vino no pudiera penetrar, y dentro de la cajita halló unos títulos de renta italianos, los mismos "bonos" que faltaban del cajón secreto de la mesa de Bodasse.

Pero se necesitaba más para hacer condenar a Voirbó que tenía contestación explicativa para todo y no se aturdía nunca. Se necesitaba pruebas terminantes para que no se escurriera de los dedos del comisario Macé. Entonces el señor Macé decidió dar un paso aventurado. Revisaría el alojamiento de Voirbó en la rue Mazarine, en presencia del mismo Voirbó, porque sentía que allí era donde iba a encontrar el rastro del crimen. Ya lo había examinado y una peculiaridad habíale llamado la atención.

El departamento había sido alquilado a otra persona, pero, por orden del señor Macé, los muebles fueron arreglados (bajo la dirección de la patrona), tal como estaba cuando Voirbó vivía allí. Sentado entre dos agentes de policía, Voirbó miraba burlonamente a Macé mientras éste representaba como una comedia.

—Primero, — dijo Macé, — usted hirió a Bodasse, cuando estaba de pie ahí.

Voirbó se rió en son de burla.

—¡Sí! ¡Eso es! ¿Y qué más? — preguntó.

—Después, — dijo el señor Macé con toda calma, — corrió sangre, mucha sangre. ¡Ahora mismo la veo como corre por el piso!

Tomó, mientras hablaba así, la jarra del lavatorio y cruzó el cuarto pisando el suelo de baldosa. No se veía en él ni la menor mancha. Estaba limpio, muy limpio; no delataba a nadie.

—Pero, — dijo el señor Macé, — he notado que este piso tiene una pequeña peculiaridad. Se inclina hacia un lado... ¿ve?

Comenzó a dejar caer agua, desde lo alto, en las baldosas, y Voirbó cambió repentinamente de color.

—Como corre el agua ahora, así corrió la sangre de Bodasse, — dijo Macé. — ¿Ve?

El agua corrió hasta que, en un sitio se reunió formando un pequeño charco.

—¡Levanten esas baldosas y busquen ahí! —dijo el señor Macé.

Voirbó se desplomó en su silla. El terror se había apoderado de él; sus ojos dilatados siguieron el movimiento del agua como si, a su vista, fuera roja como la sangre de su víctima.

—¡Basta! ¡Deténgase! — gritó. — ¡Confieso!

. . . .

El triunfo del comisario señor Macé fué completo por el momento, pero Voirbó burló a la justicia en el último instante. Se suicidó en la prisión de Mazás, por medio de una hoja de navaja de afeitar que alguien le proporcionó, pasándosela metida dentro de un pan.

¿Quien le proporcionó el arma? No se pudo saber. Pero desde el día de la muerte de Voirbó, el asco y el odio que inspiraba al señor Macé la Policía Secreta, se acrecentaron hasta ser más intensos que nunca.



La Noche del Terror

por RAFAEL SABATINI

Narración históricamente verídica de un episodio de la Revolución Francesa, al que se llama "los ahogamientos de Nantes" y en la que Rafael Sabatini describe admirablemente el tipo del ciudadano Carrier.

EL comité revolucionario de la ciudad Nantes, reforzado por algunos de los administradores del distrito y unos cuantos miembros de la Socidead del Pueblo, se encontraba reunido en el salón de la Corte de Cuentas, que conservaba todavía mucha de su suntuosidad anterior a la república.

Se hallaban reunidos esperando, — Goullin, el fiscal presidente del comité, un frágil, elegante valetudinario de fogosa elocuencia; Grandmaison, el maestro de esgrima, quien en otro tiempo había sido un caballero lleno de arrogancia; Minee, el que fué un tiempo obispo y ahora era presidente departamental; Pedro Chaux el comerciante fallido; el descamisado Forget de la Sociedad del Pueblo, un sucio y enfermizo canalla, y como unas treinta otras personas procedentes, como las anteriores, de las diversas clases sociales

Las luces estaban encendidas, y a su am-

rillento resplandor la turbulenta reunión,— era el mes de Diciembre y el ambiente de la vasta habitación era frío y húmedo, — demostraba ansiedad y malestar.

De pronto las puertas fueron abiertas de par en par por un ujier que dijo en voz alta:

—El ciudadano representante Carrier.

El gran hombre apareció caminando apresuradamente.

De mediana altura, muy débil y delicado, su rostro de color arcilla, era largo y delgado, destacándose en él las cejas arqueadas, la nariz grande y una boca de grandes dimensiones y de forma burda. Los profundos ojos oscuros lanzaban fieras llamaradas y los mechones de pelo lacio que habían escapado a la presión de la cinta de su coleta cubrían en parte su lívida frente.

Iba vestido con un abrigo de montar, color verde botella, toscamente adornado con franjas de piel. Los faldones llegaban hasta el borde de sus botas a la prusiana y el enorme cuello, vuelto hacia arriba, tocaba el ala de su redondo sombrero.

Bajo el abrigo llevaba a la cintura la banda tricolor de oficio y de sus orejas colgaban unos aros de oro.

Lívido, despótico e impetuoso, contempló a la asamblea en una forma tan brutal y terrible que, a pesar de su aspecto débil, más de uno de aquellos corpulentos individuos tembló frente a él. De pronto comenzó un discurso con su voz chillona y áspera.

—Yo no puedo saber por qué fatalidad ha sido, pero los hechos se producen, y durante el mes he estado fuera de Nantes, ustedes no han dejado de darme motivos sobrados para que esté quejoso. ¡Aquí estoy para escuchar la justificación de su ineptitud!

Y después de hablar se dejó caer sobre una silla, poniendo su abrigo con pieles, a su alrededor.

—Vamos, explíquese alguno, — añadió.

Minée, el obispo desprovisto de sus hábitos, que conservaba todavía un cierto aspecto episcopal, una cierta suavidad de palabra de estilo eclesiástico, rogó respetuosamente al representante que fuera más preciso.

La invitación hizo estallar su ira. Su irascibilidad buscó la forma de manifestarse.

—¡Habráse visto tamañana osadía!—rugió con la faz convulsa y con miradas llenas de fuego. — ¿Pero existe en esta ciudad algo que pueda mencionarse sin que sea digno de crítica? ¡Todo está mal!... Ustedes no han podido facilitar en forma adecuada lo necesario para el ejército de Vendée. Angers ha caído y ahora los bandidos están amenazando al mismo Nantes. La ciudad sufre una odiosa escasez; las enfermedades imperan en ella; el pueblo se muere de hambre en las calles, y de tifus en las prisiones... ¡Y ustedes me piden todavía que sea preciso! Voy a serlo al decirles dónde reside el mal. Reside en la podrida administración de ustedes. ¿Y ustedes se denominan a sí mismos administradores? Ustedes... — añadió, y las frases que pronunció luego no pueden ser dadas a conocer.

—He venido aquí, — dijo después, — a sacarlos a ustedes de su torpe sopor y a... Pero lo conseguiré por completo o caerá la cabeza de todos ustedes de un solo lote...

Fué el canalla de Forget quien tuvo valor suficiente para contestar.

—Yo he dicho ya a la Sociedad del Pueblo que si la máquina marcha mal es debido a que el ciudadano Carrier se niega a consultar con la administración.

—¿Y no me encuentro aquí para consultar con ustedes? ¿No hubiera venido antes si me lo hubiesen pedido?... En cambio, ustedes han esperado hasta que por mi propia voluntad he venido a manifestarles que su administración está arruinando a Nantes.

Goullin, el elocuente y elegante Goullin, se levantó para calmarlo.

—Ciudadano representante, no nos correspondía a nosotros hacernos responsables de los deberes del superior representante del pueblo sagrado. Hemos esperado a que manifestase usted sus deseos y ahora que lo ha hecho no hay razón para suponer que la máquina siga funcionando mal... Los diabólicos males de que nos ha hablado, existen en realidad. Pero no son tan profundamente desastrosos para que conduciéndonos de acuerdo con su guía y consejos, no logremos vencerlos, hacer el suelo fértil una vez más, bajo los beneficios de la libertad.

Apaciguado, Carrier hizo un gesto de aprobación.

—Eso está muy bien hablado, ciudadano Goullin. Lo que necesita el suelo para fertilizarse es sangre, la mala sangre de los aristócratas y federalistas, y yo puedo prometerles a ustedes, en nombre del augusto pueblo, que será abundantemente facilitada.

La asamblea rompió en un aplauso y su vanidad cedió ante él. Se puso de pie, expresó su agradecimiento por ser ampliamente comprendido, abrió los brazos e invitó al presidente departamental, a Minée, a llegar hasta él para recibir el beso fraternal.

Luego pasaron a considerar las medidas que era preciso tomar para combatir al hambre y a las enfermedades.

Según el parecer de Carrier había sólo una forma de conseguirlo, — el número de bocas debía ser reducido y las enfermedades eliminadas. Esa era la manera de ir directamente al método radical y heroico.

Aquel mismo día seis prisioneros de Le Bouffay habían sido sentenciados a muerte por tentativa de fuga.

—¿Cómo podemos saber, — preguntó, — que entre esos seis está el culpable? ¿Cómo podemos saber que todos los que se encuentran en Le Bouffay no son culpables? Los prisioneros no sufren enfermedades que atacan a los buenos patriotas de Nantes; comen pan, que escasea, mientras los buenos patriotas sufren hambre. Es necesario que se les corte la cabeza a todos esos puercos. Y arrastrado por sus propias ideas se animó, prosiguiendo:

—Fuerza es hallar una medida. Daremos con ella en seguida. Que vaya alguien a buscar al presidente del tribunal revolucionario.

Y se trajo al nombrado, un hombre de bue-

la familia, un abogado llamado Francisco Phélippes.

—Ciudadano presidente, — exclamó Carrier, — la administración de Nantes ha tomado en consideración una importante medida. Hoy ha sentenciado usted a muerte a seis prisioneros de Le Bouffay por tentativa de evasión. Va usted a postergar la ejecución a fin de incluir en la sentencia a todos los prisioneros de Le Bouffay.

Aun cuando era un ardiente revolucionario, Phélippes era un hombre de ideas cuerdas y lógicas y con un manifiesto respeto por las formas legales y sagradas. Aquella orden manifestada, así en forma cruda, le pareció tan grotèsca y ridícula como horrible.

—Pero eso es una cosa imposible, ciudadano presidente, — exclamó.

—¡Imposible! — gruñó Carrier. — Esa es una respuesta de loco. El sagrado deseo del augusto pueblo...

Phélippes le interrumpió sin ceremonia ninguna.

—No existe poder en Francia que pueda contradecir la ejecución de una sentencia de la ley.

—¡Poder!... ¡Que no hay poder!...

Carrier no terminó la frase, quedando con la boca abierta. Estaba demasiado asombrado para enfurecerse.

—El hecho es que todos los demás prisioneros de Le Bouffay son inocentes del delito que se hace pagar a los otros seis, con la muerte.

Carrier se dejó dominar por la ira y exclamó:

—¿Y qué importa eso? El año pasado yo montaba un asno que podía argumentar con más talento que usted. Lo que le digo es que está usted asesinando a la república con su delicadeza y circunspección... ¡Deje que perezcan todos esos canallas!

Un grandote y degenerado joven llamado Robin hizo eco a estas palabras.

—¡Los patriotas carecen de pan! Está resuelto que los canallas deben morir para que no coman el pan de los patriotas hambrientos.

—No, ciudadano representante, — dijo Phélippes, — es necesario esperar a que la ley los condene.

Y sin preocuparse de oir más, se retiró con paso tan firme como el que tenía al entrar, e indiferente al repentino tumulto que produjeron sus palabras.

Cuando hubo desaparecido, el representante es dejó caer en su silla mordiéndose, con disgusto, los labios.

—Ese es un loco que a su debido tiempo encontrará el camino de la guillotina, — murmuró.

Pero era para él una alegría verse libre de su presencia. Temía que la firme oposición de Phélippes llegase a encontrar eco en la asamblea.

Si estaba resuelto a cumplir su idea lo había de lograr más fácilmente sin la presencia del cuerdo presidente del tribunal revolucionario. Pero la idea no llegaría hasta el fin, mientras no lograse vencer los escrúpulos de los que ofrecían oposición a su plan de la matanza general.

Cuando al fin se ausentó estaba resuelto que la primer medida salvadora, necesaria para combatir a los males que castigaban la ciudad era desocupar en seguida las celdas de todas las prisiones de Nantes.

EN la fría aurora de Diciembre del siguiente día, el comité, — que había permanecido sesionando durante toda la noche bajo la presidencia de Goullin, — entregó una lista como de quinientos prisioneros al general Boivin, comandante de la ciudad de Nantes, al mismo tiempo que una orden para que los reuniese sin perder un momento, los condujese a L'Eperonniére y allí los fusilase.

Pero Boivin era un soldado y un soldado no es un descamisado. Llevó la orden a Phélippes con el anuncio de que no tenía la menor intención de cumplirla. Phélippes manifestó a Boivin que estaba de acuerdo con él.

Devolvieron la orden al comité, declarándola completamente ilegal y recordando que estaba fuera de la ley el trasladar cualquier prisionero, no sólo por medio de aquella clase de órdenes, sino por cualquier otra que no emanase del tribunal.

El comité, intimidado por semejate firmeza por parte del presidente del tribunal revolucionario, no insistió y así quedó el asunto.

Cuando Carrier se enteró de lo ocurrido se expresó en una forma imposible de manifestar. Desvarió como un loco ante la idea de que las estratagemas de un leguleyo pudieran colocarlo frente a él, el augusto representante del sagrado pueblo.

Sucedía que cincuenta y tres sacerdotes que habían sido conducidos a Nantes hacía pocos días, estaban esperando en las bohardillas del depósito que los acomodaran en la prisión y debido a ello sus nombres no figuraban aun en los registros de la cárcel. Como un consuelo a sus fracasados propósitos ordenó a sus amigos de la compañía Marat, que se librasen de ellos.

Aquellas fueron precisamente sus órdenes y de cómo fueron cumplidas se deduce de una carta que escribió a la Convención refiriéndose a los desventurados cincuenta y tres sacerdotes, y en la que decía:

"Habiendo sido llevados a una embarcación del Loira la pasada noche, fueron tragados por el río", — y agregaba como comentario: — "¡Qué torrente revolucionario es el Loira!"

La Convención no se formó ilusiònes respecto al verdadero sentido; y cuando Carrier supo que su carta había sido aplaudida por la Convención se sintió animado para avasallar toda barrera de legalidad que pudiese ser un impedimento en el camino que había emprendido. Y después de todo, lo que hiciese el comité revolucionario como cuerpo, — intimidado por Phélippes, — lo harían sus fieles y menos escrupulosos amigos de la compañía Marat.

Esta compañía Marat, — la policía del comité revolucionario. formada por la hez de

rillento resplandor la turbulenta reunión,—era el mes de Diciembre y el ambiente de la vasta habitación era frío y húmedo, — demostraba ansiedad y malestar.

De pronto las puertas fueron abiertas de par en par por un ujier que dijo en voz alta:

—El ciudadano representante Carrier.

El gran hombre apareció caminando apresuradamente.

De mediana altura, muy débil y delicado, su rostro de color arcilla, era largo y delgado, destacándose en él las cejas arqueadas, la nariz grande y una boca de grandes dimensiones y de forma burda. Los profundos ojos oscuros lanzaban fieras llamaradas y los mechones de pelo lacio que habían escapado a la presión de la cinta de su coleta cubrían en parte su lívida frente.

Iba vestido con un abrigo de montar, color verde botella, toscamente adornado con franjas de piel. Los faldones llegaban hasta el borde de sus botas a la prusiana y el enorme cuello, vuelto hacia arriba, tocaba el ala de su redondo sombrero.

Bajo el abrigo llevaba a la cintura la banda tricolor de oficio y de sus orejas colgaban unos aros de oro.

Lívido, despótico e impetuoso, contempló a la asamblea en una forma tan brutal y terrible que, a pesar de su aspecto débil, más de uno de aquellos corpulentos individuos tembló frente a él. De pronto comenzó un discurso con su voz chillona y áspera.

—Yo no puedo saber por qué fatalidad ha sido, pero los hechos se producen, y durante el mes he estado fuera de Nantes, ustedes no han dejado de darme motivos sobrados para que esté quejoso. ¡Aquí estoy para escuchar la justificación de su ineptitud!

Y después de hablar se dejó caer sobre una silla, poniendo su abrigo con pieles, a su alrededor.

—Vamos, explíquese alguno, — añadió.

Minée, el obispo desprovisto de sus hábitos, que conservaba todavía un cierto aspecto episcopal, una cierta suavidad de palabra de estilo eclesiástico, rogó respetuosamente al representante que fuera más preciso.

La invitación hizo estallar su ira. Su irascibilidad buscó la forma de manifestarse.

—¡Habráse visto tamañana osadía!—rugió con la faz convulsa y con miradas llenas de fuego. — ¿Pero existe en esta ciudad algo que pueda mencionarse sin que sea digno de crítica? ¡Todo está mal!... Ustedes no han podido facilitar en forma adecuada lo necesario para el ejército de Vendée. Angers ha caído y ahora los bandidos están amenazando al mismo Nantes. La ciudad sufre una odiosa escasez; las enfermedades imperan en ella; el pueblo se muere de hambre en las calles, y de tifus en las prisiones... ¡Y ustedes me piden todavía que sea preciso! ¡Voy a serlo al decirles dónde reside el mal. Reside en la podrida administración de ustedes. ¿Y ustedes se denominan a sí mismos administradores? Ustedes... — añadió, y las frases que pronunció luego no pueden ser dadas a conocer.

—He venido aquí, — dijo después, — ¡a sacarlos a ustedes de su torpe sopor y a...! Pero lo conseguiré por completo o caerá la cabeza de todos ustedes de un solo lote...

Fué el canalla de Forget quien tuvo valor suficiente para contestar.

—Yo he dicho ya a la Sociedad del Pueblo que si la máquina marcha mal es debido a que el ciudadano Carrier se niega a consultar con la administración.

—¿Y no me encuentro aquí para consultar con ustedes? ¿No hubiera venido antes si me lo hubiesen pedido?... En cambio, ustedes han esperado hasta que por mi propia voluntad he venido a manifestarles que su administración está arruinando a Nantes.

Goullin, el elocuente y elegante Goullin, se levantó para calmarlo.

—Ciudadano representante, no nos correspondía a nosotros hacernos responsables de los deberes del superior representante del pueblo sagrado. Hemos esperado a que manifestase usted sus deseos y ahora que lo ha hecho no hay razón para suponer que la máquina siga funcionando mal... Los diabólicos males de que nos ha hablado, existen en realidad. Pero no son tan profundamente desastrosos para que conduciéndonos de acuerdo con su guía y consejos, no logremos vencerlos, hacer el suelo fértil una vez más, bajo los beneficios de la libertad.

Apaciguado, Carrier hizo un gesto de aprobación.

—Eso está muy bien hablado, ciudadano Goullin. Lo que necesita el suelo para fertilizarse es sangre, la mala sangre de los aristócratas y federalistas, y yo puedo prometerles a ustedes, en nombre del augusto pueblo, que será abundantemente facilitada.

La asamblea rompió en un aplauso y su vanidad cedió ante él. Se puso de pie, expresó su agradecimiento por ser ampliamente comprendido, abrió los brazos e invitó al presidente departamental, a Minée, a llegar hasta él para recibir el beso fraternal.

Luego pasaron a considerar las medidas que era preciso tomar para combatir al hambre y a las enfermedades.

Según el parecer de Carrier había sólo una forma de conseguirlo, — el número de bocas debía ser reducido y las enfermedades eliminadas. Esa era la manera de ir directamente al método radical y heroico.

Aquel mismo día seis prisioneros de Le Bouffay habían sido sentenciados a muerte por tentativa de fuga.

—¿Cómo podemos saber, — preguntó, — que entre esos seis está el culpable? ¿Cómo podemos saber que todos los que se encuentran en Le Bouffay no son culpables? Los prisioneros no sufren enfermedades que atacan a los buenos patriotas de Nantes; comen pan, que escasea, mientras los buenos patriotas sufren hambre. Es necesario que se les corte la cabeza a todos esos puercos. Y arrastrado por sus propias ideas, se animó, prosiguiendo:

—Fuerza es hallar una medida. Daremos con ella en seguida. Que vaya alguien a buscar al presidente del tribunal revolucionario.

Y se trajo al nombrado, un hombre de bue-

na familia, un abogado llamado Francisco Phélippes.

—Ciudadano presidente, — exclamó Carrier, — la administración de Nantes ha tomado en consideración una importante medida. Hoy ha sentenciado usted a muerte a seis prisioneros de Le Bouffay por tentativa de evasión. Va usted a postergar la ejecución a fin de incluir en la sentencia a todos los prisioneros de Le Bouffay.

Aun cuando era un ardiente revolucionario, Phélippes era un hombre de ideas cuerdas y lógicas y con un manifiesto respeto por las formas legales y sagradas. Aquella orden manifestada, así en forma cruda, le pareció tan grotesca y ridícula como horrible.

—Pero eso es una cosa imposible, ciudadano presidente, — exclamó.

—¡Imposible! — gruñó Carrier. — Esa es una respuesta de loco. El sagrado deseo del augusto pueblo...

Phélippes le interrumpió sin ceremonía ninguna.

—No existe poder en Francia que pueda contradecir la ejecución de una sentencia de la ley.

—¡Poder!... ¡Que no hay poder!...

Carrier no terminó la frase, quedando con la boca abierta. Estaba demasiado asombrado para enfurecerse.

—El hecho es que todos los demás prisioneros de Le Bouffay son inocentes del delito que se hace pagar a los otros seis, con la muerte.

Carrier se dejó dominar por la ira y exclamó:

—¿Y qué importa eso? El año pasado yo montaba un asno que podía argumentar con más talento que usted. Lo que le digo es que está usted asesinando a la república con su delicadeza y circunspección... ¡Deje que perezcan todos esos canallas!

Un grandote y degenerado joven llamado Robin hizo eco a estas palabras.

—¡Los patriotas carecen de pan! Está resuelto que los canallas deben morir para que no coman el pan de los patriotas hambrientos.

—No, ciudadano representante, — dijo Phélippes, — es necesario esperar a que la ley los condene.

Y sin preocuparse de oir más, se retiró con paso tan firme como el que tenía al entrar, e indiferente al repentino tumulto que produjeron sus palabras.

Cuando hubo desaparecido, el representante es dejó caer en su silla mordiéndose, con disgusto, los labios.

—Ese es un loco que a su debido tiempo encontrará el camino de la guillotina, — murmuró.

Pero era para él una alegría verse libre de su presencia. Temía que la firme oposición de Phélippes llegase a encontrar eco en la asamblea.

Si estaba resuelto a cumplir su idea lo había de lograr más fácilmente sin la presencia del cuerdo presidente del tribunal revolucionario. Pero la idea no llegaría hasta el fin, mientras no lograse vencer los escrúpulos de los que ofrecían oposición a su plan de la matanza general.

Cuando al fin se ausentó estaba resuelto que la primer medida salvadora, necesaria para combatir a los males que castigaban la ciudad era desocupar en seguida las celdas de todas las prisiones de Nantes.

EN la fría aurora de Diciembre del siguiente día, el comité, — que había permanecido sesionando durante toda la noche bajo la presidencia de Goullin, — entregó una lista como de quinientos prisioneros al general Boivin, comandante de la ciudad de Nantes, al mismo tiempo que una orden para que los reuniese sin perder un momento, los condujese a L'Eperonniére y allí los fusilase.

Pero Boivin era un soldado y un soldado no es un descamisado. Llevó la orden a Phélippes con el anuncio de que no tenía la menor intención de cumplirla. Phélippes manifestó a Boivin que estaba de acuerdo con él.

Devolvieron la orden al comité, declarándola completamente ilegal y recordando que estaba fuera de la ley el trasladar cualquier prisionero, no sólo por medio de aquella clase de órdenes, sino por cualquier otra que no emanase del tribunal.

El comité, intimidado por semejate firmeza por parte del presidente del tribunal revolucionario, no insistió y así quedó el asunto.

Cuando Carrier se enteró de lo ocurrido se expresó en una forma imposible de manifestar. Desvarió como un loco ante la idea de que las estratagemas de un leguleyo pudieran colocarlo frente a él, el augusto representante del sagrado pueblo.

Sucedía que cincuenta y tres sacerdotes que habían sido conducidos a Nantes hacía pocos días, estaban esperando en las bohardillas del depósito que los acomodaran en la prisión y debido a ello sus nombres no figuraban aun en los registros de la cárcel. Como un consuelo a sus fracasados propósitos ordenó a sus amigos de la compañía Marat, que se librasen de ellos.

Aquellas fueron precisamente sus órdenes y de cómo fueron cumplidas se deduce de una carta que escribió a la Convención refiriéndose a los desventurados cincuenta y tres sacerdotes, y en la que decía:

"Habiendo sido llevados a una embarcación del Loira la pasada noche, fueron tragados por el río", — y agregaba como comentario: — "¡Qué torrente revolucionario es el Loira!"

La Convención no se formó ilusiones respecto al verdadero sentido; y cuando Carrier supo que su carta había sido aplaudida por la Convención se sintió animado para avasallar toda barrera de legalidad que pudiese ser un impedimento en el camino que había emprendido. Y después de todo, lo que hiciese el comité revolucionario como cuerpo, — intimidado por Phélippes, — lo harían sus fieles y menos escrupulosos amigos de la compañía Marat.

Esta compañía Marat, — la policía del comité revolucionario. formada por la hez de

los descamisados de Nantes y capitaneada por un canalla llamado Fleury, — había sido mezclada en el asunto por el mismo Carrier, con ayuda de Goullin.

En la noche del 24 Frimario del año III (Diciembre 14 de 1793, del antiguo sistema), — que era un sábado, Fleury reunió unos treinta de sus hombres y los llevó a la Corte de Cuentas, donde eran esperados por Goullin, Bachelier, Grandmaison y algunos otros miembros del Comité, enteramente fieles a Carrier, de los que los marats recibieron instrucciones.

EN una celda de aquel sórdido viejo edificio conocido por Le Bouffay, se encontraba un vendedor de aves y huevos, detenido hacía unos tres años bajo la acusación de haber robado un caballo, y durante todo ese tiempo lo habían olvidado. Lo único que sabía respecto a su detención era que una persona a quien a penas conocía, le había propuesto la compra del animal robado y que éste había sido hallado en su poder cuando fué descubierto.

La historia tiene mucho de vulgar; es idéntica a la que se ha oido contar infinidad de veces y es posible que el vendedor de aves no fuese mucho mejor de lo que afirmaban. Pero era uno de los inconscientes instrumentos del Destino.

Se llamaba Leroy y según afirmaba era un excelente patriota. El asunto del caballo no era más que uno de los tantos incidentes comunes entre los descamisados.

Leroy fué despertado como a las diez de la noche por ruidos que no eran usuales en aquella sombría y sepulcral prisión. Eran ruidos de desenfrenada orgía, trozos de canciones y explosiones de groseras y desenfrenadas risas. Procedían, según le parecía a él, del lado del patio y de la portería.

Se levantó del montón de paja podrida que le servía de lecho y se aproximó a la puerta para oir.

Se comprendía claramente que el portero Laquéze acogía a sus visitas con no acostumbrada alegría. También se notaba en seguida que los amigos de Laquéze estaban muy bebidos. ¿Qué diablos estaban haciendo?

Su curiosidad no tardó en verse pronto satisfecha. Se oyó el ruido de pesados pasos en la escalera de piedra, el sonar de los zuecos, chocar de armas y a través de la rejilla de la puerta comenzó a filtrarse la luz cada vez más viva.

Alguien estaba cantando la Carmañola, con tonos discordantes, efecto de la embriaguez. Se oyó el rechinar de cerraduras y las puertas fueron abiertas de par en par. El tumulto iba en aumento y sobre todos los ruidos oyó la detestable voz del carcelero que decía:

—Vengan, vengan a ver mis pájaros en sus jaulas. Vengan y verán mis lindos pajaritos.

Leroy empezó a experimentar la sensación de que todo aquello eran los preámbulos de algún siniestro.

—¡Arriba todos! — gritó el carcelero.— Arriba montón de bribones. Van a emprender un viaje. No hay que protestar ahora... ¡Arriba, pronto!

La puerta de la celda de Leroy fué también abierta por completo y el prisionero se encontró frente a un grupo de borrachos canallas. Uno de ellos — un gigante con un gorro colorado, grandes bigotes negros y un lío de cuerdas bajo el brazo — lo agarró bruscamente por un brazo.

El vendedor de aves era un hombre vigoroso, y decidido, pero dominado por el miedo y la prudencia, consintió sin protestar en ser arrastrado hacia el exterior.

Fué conducido a lo largo del corredor de piedra y pudo ver entonces que sus compañeros de prisión eran sacaos de sus celdas en la misma forma violenta que él.

Al llegar al comienzo de la escalera uno de los canallas, completamente beodo, tenía una lista de nombres, que iba pronunciando en forma trabajosa a medida que pasaban los prisioneros. En su tarea lo ayudaba, alumbrándolo con una vela, otro tipo que estaba tan borracho como él. Aquella pareja formaba un conjunto de lo más grotesco.

Leroy sufrió también de ser empujado hacia la parte inferior de la escalera y de ese modo llegaron a la portería donde una media docena de marats se hallaban en torno a una mesa con cubiletes de vino ante ellos, cantando, riendo, gesticulando y recibiendo con manifestaciones de burla la llegada de cada nuevo prisionero.

La habitación estaba en desorden. Habían encendido una lámpara y se notaba una gran mancha de vino en el piso, producida por una botella que había sido derribada. En uno de los lados de la habitación, junto a la pared estaban alineados unos cuantos presos, otros se encontraban echados en el suelo y todos habían sido atados.

Dos o tres de los marats, se adelantaron, hacia Leroy, le hicieron levantar las manos y registraron sus bolsillos, golpeándolo enfurecidos al encontrarlos vacíos.

Observó que repetían la misma maniobra con otros y los despojaban de dinero, libros, fósforos, anillos, cadenas, o cualquier cosa de algún valor que poseyesen. Un hombre, un sacerdote fué despojado de sus zapatos por uno de los infames marats, que iba descalzo.

Mientras le estaban atando por las muñecas, Leroy miró a los que lo hacían. Se sentía asustado de veras.

—¿Por qué hacen esto? — preguntó. — ¿Acaso nos conducen a la muerte?

Un juramento y un golpe le impidieron seguir preguntando.

—Si llegan a darme muerte — afirmó — puedo asegurarles que harán desaparecer a un buen republicano.

Un hombre de elevada estatura, de aspecto lleno de arrogancia, de ojos negros, que miraban un poco vidriosos se dirigió a él para exclamar:

—¿Qué está diciendo loco? No es su vida lo que deseamos, sino sus bienes.

Era aquel Grandmaison, el maestro de

esgrima, que en un tiempo había sido todo un caballero. Había estado cenando con Carrier y acaba de llegar a Le Bouffay, acompañado de Goullin, el superintendente de la tarea.

Una vez que terminaron de atarlo, Leroy se sentó en el suelo y miró en redor suyo. Cerca de él había un hombre anciano que pedía a gritos un poco de agua. Los otros acogían la súplica con risotadas de burla.

—¡Agua! Por Santa Guillotina, ¿pues no pide agua?

Los borrachos descamisados se divertían enormemente.

—¡Paciencia, amigo! — decían. — Paciencia, que ya beberás hasta que te hartes. Vas a beber agua en la copa grande.

La habitación del portero, no tardó en llenarse de prisioneros y luego los fueron reuniendo en el corredor. Llegó Grandmaison, jurando y maldiciendo de la torpeza de los marats, protestando y recordándoles que ya era tiempo de estar en marcha y que la marea estaba en reflujo.

Estimulados por él, Jolly — el gigante del gorro rojo y los bigotes negros, — así como otros de la compañía de Marat, se dedicaron a atar a los prisioneros en grupos de a veinte, a fin de asegurarles contra una posible evasión.

Fueron llevados hasta el frío patio y allí Grandmaison, seguido por uno de los hombres, que llevaba un farol, fué recorriendo las filas y contando a los presos. El resultado lo enfureció.

—¡Ciento cinco! — rugió, jurando horriblemente. — Han estado ustedes aquí durante cerca de cinco horas y en todo este tiempo no han conseguido preparar más que ciento cinco prisioneros. ¿Que vamos a hacer solo con eso? ¿No les estoy diciendo que la marea está en reflujo?... ¿Que el tiempo apremia?

Laquéze, el portero de Le Bouffay, en cuyas existencias de vino y víveres, aquellos canallas del comité, habían causado tan importantes desperfectos, le aseguró que estaban allí todos cuantos había en la prisión.

—¿Todos? — exclamó Grandmaison horrorizado. — Pero de acuerdo con la lista debía haber aquí cerca de doscientos. — Y levantando la voz, llamó: ¡Goullin! ¡Hola, Goullin! ¿Dónde está ese demonio de Goullin?

—La lista — añadió Laquéze — fué tomada del libro. Pero debe usted tener en cuenta que han muerto muchos... que aquí ha habido fiebres... y que algunos están aún en el hospital...

—¿En el hospital? ¡Bah! Que suba alguno de ustedes y que los traiga aquí. Los vamos a llevar a un sitio donde les serán curadas todas sus enfermedades.

Luego dirigiéndose al elegante Goullin que llegó envuelto en un abrigo, exclamó:

—Es una buena excursión de bañistas... ¡Hay más de un centenar de esos puercos!

Goullin se volvió hacia Laquéze.

—¿Qué ha hecho con los quince canallas que le envié esta tarde? — preguntó.

—Pero esos acaban de llegar a Nantes, hoy — respondió Laquéze, quien no atinaba a comprender a qué obedecía todo aquello tan extraordinario. — No han sido incluídos aún en el libro, ni examinados tampoco.

—Lo que yo le pregunto es lo que ha hecho con ellos — insistió Goullin.

—Están arriba.

—¡Traígalos! Son tan buenos como los demás.

Con estos, y una docena más o menos sacados de la cama donde estaban enfermos se llegó a un total de ciento treinta. Los marats reforzados luego por media compañía de guardias nacionales, partieron de la prisión como a las cinco de la mañana haciendo apresurarse a sus víctimas, a fuerza de golpes y amenazas.

Nuestro vendedor de aves, se encontró atado muñeca con muñeca, con un joven hermano capuchino, que lo sufría todo con paciente resignación, con la cabeza baja y moviendo los labios como si murmurase una oración.

—¿Sabe usted qué es lo que intentan hacer con nosotros? — preguntó Leroy.

Notó la humilde mirada del capuchino aun entre las sombras de la noche.

—Lo ignoro, hermano. Encomiéndese a Dios y prepárese para sufrir cualquier mal que nos pueda ocurrir.

La respuesta no era muy reconfortante para un hombre del temperamento de Leroy. Quedó silencioso, y llegaron hasta la plaza de Bouffay, donde se notaba la silueta de la roja guillotina, y luego tomaron la dirección del muelle Tourville.

Marcharon por la orilla del río, todo a lo largo del muelle La Fosse. El miedo comenzó a hacer presa en todos ellos, se levantaron algunas protestas, pero fueron instantáneamente dominadas por los golpes y las seguridades que les dieron de que iban a ser embarcados para Belle Isle, a donde eran conducidos para que trabajasen en la construcción de uno de los fuertes.

El vendedor de aves, lo creyó así, y encontró eso más confortador que murmurar oraciones, cosa que no había hecho desde mucho tiempo atrás y que ya tenía olvidada.

Cuando desfilaban a lo largo de los muelles fué abierta una ventana y por ella apareció una cabeza, que volvió a desaparecer casi instantáneamente.

En la ensenada Robín se detuvieron frente a una rampa que descendía hasta el agua. Había allí una gabarra y distinguieron a la luz de una linterna la silueta de una media docena de carpinteros de a bordo que trabajaban activamente, mientras se oía el ruido de los martillos y el rechinar de las sierras.

Algunos de los que estaban más cerca de la orilla vieron lo que hacían. En uno de los costados del buque estaban abiertos dos grandes portalones y en uno de ellos, clavaban grandes y anchas tablas, los carpinteros. Comprendieron que esos portalones, que se hallaban sobre el nivel del agua, cuando la

embarcación estaba vacía, llegarían a un nivel más bajo, en cuanto tuviera alguna carga. Entonces adivinaron, al fin, la inhumana suerte que les aguardaba y el terror volvió a dominarlos otra vez.

Recordaron trozos de conversación y frases sueltas pronunciadas por los Marats en Le Bouffay, que repentinamente fueron explicadas con claridad y la alarma cundió entre ellos, empezando a gemir, a gritar, a pedir clemencia, a amenazar y a enfurecerse.

Los golpes llovieron sobre ellos. Fué en vano que pretendiesen tranquilizarlos de nuevo con la historia de que iban a ser embarcados para construir un fuerte en Belle Isle. Uno de ellos, en el colmo de la desesperación, se libertó de sus ligaduras y aprovechando un instante de confusión desapareció tan hábilmente que Grandmaison y sus hombres perdieron un cuarto de hora buscándolo inútilmente, y hubieran perdido más tiempo aquella noche a no ser por unas palabras pronunciadas por un hombre que iba envuelto en un abrigo, que había presenciado todo, mientras conversaba aparte con Goullin.

—¡Déjenlo! — dijo. — No hay que perder el tiempo con uno. Ya lo encontraremos luego. ¡Pronto será de día! ¡Han malgastado ustedes muchas horas!

Era Carrier. Había ido personalmente a presenciar la ejecución de sus órdenes y de acuerdo con una indicación suya, Grandmaison procedió al embarque. Colocaron una escalera apoyándola en el costado de la embarcación y por ella comenzaron a ascender los prisioneros.

Las cuerdas que unían unos a otros habían sido retiradas y solo estaban sujetos por las que ligaban sus muñecas. Recibieron orden de embarcar. Pero como la obedeciesen en forma un poco lenta, intercedieron él y Jolly y comenzaron a agarrar a los infelices por el cuello y levantándolos hasta lo alto, los fueron arrojando por una abertura de la cubierta, sin preocuparse de si al caer se rompían o no, los huesos

Encontrando este método de embarque más rápido, la escalera fué olvidada.

Entre los últimos que fueron subidos a bordo estaba nuestro vendedor de aves, Leroy. Cayó en blando, sobre una movediza masa de cuerpos humanos, por la que, gradualmente fué descendiendo hasta llegar hasta uno de los lados de la embarcación, cuando las puertas de las escotillas eran cerradas.

También allí, por una casualidad, el joven capuchino y Leroy resultaron compañeros, después de haber sido separados al desatar los grupos.

Entre el humano oleaje de aquel recinto cerrado y a oscuras, entre los gritos y lamentos, Leroy reconoció la voz del joven fraile que exhortaba a los otros a que rezasen.

Estaban en la popa del buque, contra uno de los costados, y Leroy, que era hombre de recursos como más conocedor de la vida, hizo que el capuchino levantase las manos. Luego estuvo olfateando como un perro, hasta que al fin tropezó con ellas y comenzó a morder la cuerda que las sujetaba, trabajando con infinita paciencia hasta ir adelgazándola.

Entretanto el féretro flotante había soltado sus amarras y era arrastrado por la corriente. En la cámara se encontraban Grandmaison, con Jolly y otros dos marats, cantando la Carmañola, para no dejar oir los gritos de los infelices que estaban en la bodega y llevado el compás golpeando en el suelo con los pies.

Los dientes de Leroy trabajaban en la cuerda como los de una rata, hasta que, al fin, logró cortarla. Entonces, para conseguir apartarse de aquella movediza masa humana, clavó los dientes en la manga del hábito del capuchino.

—Agárrese a mí, — exclamó tan claramente como le fué posible; y el capuchino le obedeció. — Ahora, desáteme las muñecas.

Las manos del capuchino se deslizaron a lo largo de los brazos de Leroy hasta tropezar con los de éste, y entonces sus dedos iniciaron la tarea de ir deshaciendo los nudos. No era un asunto fácil destruir las ligaduras en la oscuridad, guiándose tan sólo por el sentido del tacto. Pero el fraile era persistente y tenía paciencia, por lo que fué avanzando nudo tras nudo, hasta que el vendedor de aves quedó libre.

Eso logró reconfortarlo más que nada. Al fin sus manos estaban libres para utilizárlas en cualquier emergencia. Aquello significaba mucho en semejante situación y sin que se hiciese ilusiones acerca de lo que le podía ocurrir, demostraba su tenacidad y su esperanza.

Había quedado libre muy oportunamente. En la parte superior, Grandmaison y sus hombres habían dejado ya de cantar. Caminaban de un lado a otro. Algo chocó contra el costado de la embarcación cerca de la proa, al parecer era un bote, y se oyeron voces lanzadas desde un nivel inferior a la cubierta.

Entonces la gabarra recibió un gran golpe en el lado de los tablones del castillo de proa. Los gritos redoblaron en la bodega. Hombres que gritaban, que maldecían, que imploraban, chocaron con Leroy y por un momento lo aplastaron con su peso, mientras la embarcación se inclinaba del lado de estribor.

Siguieron una serie de golpes, no sólo en la parte de proa sino también en la de popa. Hubo un sucesivo crujir de maderas y el agua comenzó a entrar en el interior de la embarcación.

Lo que sucedió entonces entre aquella profunda oscuridad es cosa completamente indescriptible por lo espantosa.

En su desesperada preocupación muy pocos se habían cuidado de libertarse de sus ligaduras. Esos se precipitaron hacia las escotillas que se habían abierto y por las cuales penetraba el agua. Se aferraban a las vigas con sus laceradas manos, en forma desesperada. Algunos sacaron los brazos fuera y los afitaban convulsivamente en el vacío, tratando de encontrar los medios para salir de aquel infierno.

Pero del lado exterior en un bote se en-

contraba Grandmaison, el maestro de esgrima que blandía una espada.

Burlándose y lanzando palabrotas, cortaba y pinchaba brazos y manos, clavando su espada una y otra vez por el hueco de los portalones en aquella masa de hombres, hasta que al fin, los que manejaban la barca se alejaron para evitar el peligro de ser absorbidos al hundirse la gabarra.

La embarcación con su cargamento de ciento treinta seres humanos comenzó a hundirse por la parte de proa y los gritos y las lamentaciones se silenciaron repentinamente cuando las frías aguas del Loira la cubrieron.

Tomado por un remolino de las aguas, Leroy había sido arrastrado hasta la cubierta. Instintivamente se había aferrado a un grueso madero. El agua cruzaba sobre su cabeza y luego, con gran sorpresa suya retrocedió, volvió a golpearlo una o dos veces, mientras la embarcación tocaba fondo y finalmente quedó fijo a un nivel igual al que se hallaban sus hombros.

Rápidamente se dió cuenta de lo que había ocurrido. La embarcación había encallado en un peñasco. Su popa permanecía ligeramente levantada de modo que en aquella parte entre el nivel de las aguas y la cubirta, había un espacio de un pie, o pie y medio, libre.

De los ciento treinta infelices que habían sido sentenciados a morir, él era el único que había aprovechado tan extraordinaria suerte.

Leroy se acomodó allí; y por espacio de dos horas — usando su propia expresión flotó sobre cuerpos humanos. Un hombre de naturaleza menos vigorosa, moral y físicamente, no hubiera podido resistir ese tiempo sumergido en las aguas del río en un mañana fría del mes de Diciembre.

Leroy permaneció callado, y esperó. Pronto, en cuanto hubo amanecido sintió que su confianza era justificada. Con los primeros destellos lívidos de la aurora empezaron a oirse ruidos de voces y remos en las aguas en que flotaba. Un bote pasaba por el río.

Leroy gritó, y su voz tenía tonos sepulcrales en la calma de la mañana. El ruido de remos cesó repentinamente. Volvió a gritar y le respondieron. Los remos volvieron a moverse, nuevamente, con mayor rapidez que antes. El bote se acercaba. Unos golpes dados con un garfío de hierro en la parte de la cubierta donde él se hallaba, bastaron para tener un agujero lo suficiente grande como para que pasase su cuerpo.

Miró por entre la niebla al cielo, que no creía ya volver a ver y empleando las escasas fuerzas que le restaban, se levantó hasta llegar con la cintura al nivel de la cubierta, y vió dos hombres que se hallaban en un bote.

Pero exhausto por el esfuerzo, sus entumecidos miembros se negaban a sostenerlo. Cayó hacia atrás, temiendo que la ayuda tan esperada llegase tarde. Pero mientras luchaba entre las aguas un cabo de cuerda cayó cerca de la entrada de la bodega. Convulsivamente se agarró a ella se la lió a un brazo e hizo seña de que tirasen.

Los dos hombres lo hicieron así y lograron izarlo hasta su embarcación dejándolo en tierra en el lugar más cercano a que pudieron llegar. Por humanidad hubieran hecho más, pero temieron realizarlo cuando él les refirió cómo había llegado hasta el lugar donde ellos lo encontraron.

Casi desnudo,, cada vez más torpe, castañeteándole los dientes y con temblorosas piernas, Leroy llegó hasta el puesto de vigilancia de Chautenay. Los soldados lo despojaron de sus ropas empapadas, lo envolvieron en una manta, lo colocaron junto a un buen fuego, lo alimentaron y después lo invitaron a que les relatase lo que le había ocurrido.

La historia del caballo, podía hacerle aparecer como un completo mentiroso. En aquella ocasión se presentó como un marinero de Montoir, y refirió un fantástico relato de un naufragio. Desgraciadamente se excedió.

Había entre los presentes un tipo que conocía algo de navegación, y algo de Montoir, y la historia que refirió Leroy no le pareció del todo verídica. Para librarse de toda responsabilidad, los soldados lo condujeron en seguida ante el Comité Revolucionario de Nantes.

Aun allí todo, acaso, le hubiera ido bien ya que ninguno de los miembros de aquel cuerpo lo conocían y podían descubrir su impostura. Pero su mala suerte quiso que uno de los que estaban reunidos aquella noche fuera el descamisado de los negros bigotes, Jolly, el propio hombre que había sacado a Leroy de su celda la noche anterior y le había atado las muñecas.

Al ver a Leroy los ojos parecieron saltársele de las órbitas.

—¿Pero, de dónde demonios sale usted?
—preguntó enfurecido.

Leroy bajó la cabeza. Los compañeros de Jolly, lo miraron asombrados. Pero Jolly les explicó.

—Formaba parte de los del baño de anoche. Y ha tenido la desfachatez de presentarse nuevamente ante nosotros. Que lo lleven en seguida y que lo tiren de cabeza al agua

Pero Bachelier, un hombre allegado al presidente Goullin y que ejercía grande influencia en el comité, tomó la cosa a broma. Miró riendo a carcajadas al cariacontecido vendedor de aves y divertido por la situación, en que se hallaba Leroy, experimentó una sensación de humanidad.

—¡No!—exclamó.—Que por ahora lo vuelvan a llevar a Le Bouffay. Dejemos que el tribunal disponga lo que se ha de hacer con él.

Y de ese modo Leroy volvió a Le Bouffay, a su misma celda; con la paja fétida y a mantenerse a pan y agua para volver a ser olvidado de nuevo, como había sido olvidado antes hasta que el Destino lo hizo instrumento suyo.

Fué él quién ha proporcionado todos los detalles necesarios para reconstruir el primero de aquellos ahogamientos en grande escala, ideados como método para libertar a la ciudad de gente que consumía los alimen-

tos que escaseaban a consecuencia del mal gobierno.

Muy pronto a los infelices ahogados siguieron otros, y como el hábito hace aumentar la audacia, aquellos ahogamientos — hubo en total veintitres — dejaron de ser realizados entre las sombras y el secreto de la noche, y limitado el sexo de las víctimas.

En los sucesivos fueron incluídas también mujeres, de las que en una sola expedición realizada en el Nivoso, perecieron trescientas en las más horribles circunstancias, y hasta niños.

El mismo Carrier admitió que durante los tres meses que duraron estos espantosos ahogamientos, cerca de tres mil víctimas visitaron los "baños nacionales", mientras otros informantes, sin duda más dignos de crédito, afirmaron que eso debía ser, por lo menos, triplicado, el número de los que recibieron el "bautismo nacional".

Pronto aquellos ahogamientos se convirtieron en una institución, una especie de espectáculo nacional, que Carrier y su comité consideraron conveniente mantener. Pero se llegó a un punto en que pareció imposible continuarlo. Tan expedita era la medida que pronto escaseó el material. Las prisiones estaban vacías. Pero una costumbre adquirida es difícil de desarraigar.

Carrier buscaba víctimas por todas partes, al extremo de que nadie sabía ya si estaba realmente en peligro. Pronto llegó al comité el rumor de que el representante tenía intención de destituir a todos y formar uno nuevo, por lo cual muchos de sus componentes, que no tenían la conciencia del todo tranla comenzaron a sentir temores.

También estaban intranquilos los miembros de la Sociedad del Pueblo. Habían enviado a Carrier una delegación con el encargo de pedirle una más hábil dirección en la prolongada campaña de La Vendée. Aquel era un punto molesto para el representante. Recibió a los patriotas en forma descortés y los hizo arrojar por las escaleras por intermedio de sus secretarios.

Entre aquella atmósfera de general desorden y de temores llegó el más ridículo "Deus ex machina", que jamás pudo existir en la persona del joven y muy temerario Marco Antonio Jullien, agente del comité de la Seguridad Pública, enviado en jira de inspección, papa informar acerca de la conducta de los represenfates de la Convención.

Llegó a Nantes a fines del mes de Enero del 94 y una de las primeras visitas de Marco Antonio, fué a la Sociedad del Pueblo, cuyos miembros estaban enfurecidos contra Carrier por la forma en que había recibido a su delegación.

Marco Antonio quedó horrorizado por lo que le manifestaron. Tan horrorizado que en lugar de ir a ver al representante aquella mañana, la dedicó a escribir una carta a Robespierre, en la cual hacía una completa erlación de todos los abusos de que Carrier era culpable.

Por la noche, cuando Marco Antonio reposaba con la tranquilidad del hombre que ha cumplido su deber, fué rudamente despertado por un oficial y un par de hombres de la Guardia Nacional, quienes le anunciaron que estaba arrestado y le hicieran levantarse y vestirse.

Marco Antonio, saltó de la cama tranquilo y mostró sus credenciales. Pero el oficial no le hizo caso. Obedecía — le dijo, — órdenes del ciudadano representante.

Sin alterarse aún, Marco Antonio se vistió. Quería demostrar en seguida a aquel representante que no era fácil tratar en aquella forma a los representantes de la Seguridad Pública. El oficial representante debía escucharlo. El oficial lo llevó hasta un carruaje y lo condujo a la Casa Villetreux, en la isla, donde Carrier tenía su residencia.

Carrier se había acostado. Pero lo despertaron, y se encontraba sentado en la cama cuando el joven enviado de París fué rudamente introducido en su habitación por los soldados. La simple vista del representante bastó para disipar la ira y el valor de Marco Antonio.

La palidez del rostro de Carrier era de un tono gris-verde, efecto de la ira que lo dominaba. Sus ojos negros brillaban como los de un animal visto en la oscuridad y sus cabellos negros, caídos sobre su frente empapada por el sudor, contribuían a aumentar su aspecto terrorífico.

Marco Antonio se contrajo y enmudeció.

—De manera — dijo Carrier — que usted es la persona que pretende denunciarme a la Seguridad Pública, y que se atreve a encontrar defectuosa mi obra?—Y de debajo de la almohada sacó la carta que Marco Antonio había enviado a Robespierre. — ¿Es esto obra suya?

A la vista de aquella violación de su correspondencia con Robespierre, Marco Antonio sintió que volvía a despertarse su indignación y renacía su valor.

—Sí es mía, — respondió. — ¿Pero, con qué derecho la ha interceptado usted?

—¿Con qué derecho? — Carrier sacó una pierna de la cama, — ¿Y usted me pregunta cuáles son mis derechos? Usted se ha convencido de que está provisto de poderes y ha venido aquí creyendo que...

Carrier se deslizó del lecho, y encogiéndose como si se dispusiese a dar un salto, señaló con un dedo a su prisionero.

—Usted es de esos a los que es peligroso atacar públicamente y por eso está confiado. Pero puede sufrir las consecuencias en forma reservada y así va a ocurrir. Está usted en mi poder y... no se me escapará usted...

Marco Antonio miró cara a cara al representante y comprendió toda la maldad de sus intenciones. Se irguió. La naturaleza lo había hecho hábil y empleó sus dotes.

—Ciudadano Carrier — dijo. — Comprendo muy bien todo. Seré asesinado esta noche entre las sombras y el silencio; pero usted perecerá a la luz del día entre la execración del pueblo. Ha interceptado usted mis cartas a mi padre y a Robespierre. Pero si

yo no salgo vivo de Nantes, mi padre vendrá a pedirle cuentas y terminará usted su vida en un cadalso como el miserable asesino que es.

De todo aquello, una cosa quedó grabada en la mente de Carrier: "Mis cartas a mi padre y a Robespierre". Tal había dicho el astuto Marco Antonio y éste vió que el representante abría la boca sin pronunciar ni una palabra, mientras un destello de temor reemplaza la mirada de ferocidad que antes brillaba en sus negros ojos.

Lo que Marco Antonio, había querido dar a entender, fué instantáneamente comprendido por Carrier. Había una segunda carta que sus agentes no supieron interceptar. Ya pagarían caro semejante descuido. Pues entretanto si la cosa era cierta, no debía ir más adelante si quería salvar el pescuezo.

Podía creer que lo que acababa de oir no era cierto. Pero no tenía medio para comprobarlo. Marco Antonio, como se puede comprender, era muy hábil.

—¿Su padre? — murmuró el representante. — ¿Y quién es su padre?

—El diputad Jullien.

—¿Cómo? — Carrier se enderezó, fingiendo un inmenso asombro. — ¿Pero usted es hijo del diputado Jullien?— exclamó lanzando una carcajada. Se adelantó tendiéndole las dos manos. Tampoco era torpe, como podrá deducirse. — Amigo mio... ¿Pero cómo no me lo dijo antes? Vea en que molesto error me ha hecho incurrir. Por supuesto, que yo había pensado, que locura la mía que usted era un proscripto canalla de Angers, que tiene el mismo nombre suyo.

Se había acercado a Marco Antonio y lo estaba abrazando.

—¡Perdóneme amigo mio! — suplicó. — Venga a comer conmigo mañana y reiremos juntos de la curiosa equivocación.

Pero Marco Antonio, estaba muy lejos de pensar en aceptar la invitación y volver para para comer con Carrier, aún cuando así se lo prometió.

De regreso a su domicilio, apenas convencido de que había escapado sano y salvo y pensando tan solo, aterrorizado, en la fuga, hizo su equipaje y en virtud de su cargo, obtuvo caballos de posta inmediatamente.

Por la mañana, ya en Angers, libre del alcance de Carrier, escribió nuevamente a Robespierre y esta vez también a su padre.

"En Nantes — decía Los insolentes secretarios de Carrier emulan por su intolerancia a los lacayos de los anteriores ministros. El mismo Carrey vive rodeado de un lujo insolente, adulado por mujeres y parásitos y convirtiendo su residencia en un harem y una corte. Pisotea a la justicia entre las sombras. A todos los que llenaban las cárceles de la ciudad los ha hecho perecer ahogados en el Loira. La ciudad de Nantes — terminaba — necesita ser salvada. La revuelta vendeana debe ser suprimida y Carrier, el asesino de la libertad, llamado al orden."

La carta produjo su efecto y Carrier fué llamado a París, pero no en desgracia. Su mal estado de salud fué la razón dada para justificar su retiro de las árduas tareas que suponían gobernar a Nantes.

En la Convención su regreso causó poca agitación, y aún cuando al comienzo del mes de Julio próximo supo que Bourbotte, su sucesor en Nantes había ordenado la detención de Goullín, Bachelier, Grandmaison y otros amigos suyos del Comité, bajo la acusación de haber ahogado un gran número de víctimas, y de haberse aprovechado de los bienes de los emigrados, que habían sido confiscados como propiedad nacional, permaneció tranquilo y satisfecho de que su propia posición era inatacable.

Pero los miembros del Comité de Nantes fueron enviados a París para formarles juicio y su llegada tuvo lugar en la más memorable fecha de los anales de la Revolución, el 10 de Thermidor (Julio 29 de 1794), el mismo día en que Robespierre cayó y las sangrientas puertas de la venganza sobre los terroristas, fueron abiertas de par en par.

Ya se ha visto como en el caso de Marco Antonio Jiullon, rápidamente Carrier adoptó una resolución, diametralmente opuesta a su anterior conducta.

En un carruaje siguió al carricoche que condujo a Robespierre, para ser ejecutado, radiante y gritando como el que más: ¡Muerte al traidor!

A la mañana siguiente, desde la tribuna de la Convención se presentó como una víctima del tirano caído, haciendo habilmente aparecer, como beneficioso para él, el asunto de Marco Antonio, y recordando a la Convención que él había sido denunciado a Robespierre.

Fué aclamado y aplaudido en aquel ambiente de reacción thermidoriana. Pero el Destino lo seguía sin cesar, aunque en silencio.

Entre el grupo de prisioneros que una serie de circunstancias, había hecho llegar de Nantes a París, se hallaba nuestro antiguo amigo Leroy, el vendedor de aves, citado como testigo contra los miembros del comité.

Habiendo declarado ante el tribunal sobre las causas de su detención y después de manifestar que permaneció durante tres años olvidado y sin ser atendida su causa, en la pestilente prisión de Le Bouffay. Leroy pasó a relatar sus sufrimientos en aquella noche de terror en que había sido hundido con la embarcación condenada.

Hizo su relato con tal sencillez que se volvió emocionante y convincente. El auditorio que llenaba el recinto donde se hacía la justicia, sollozó, horrorizado al oir el relato de su tormento, y lloró de alegría al oir su milagrosa salvación.

Al terminar fué aplaudido, cosa que le produjo cierta confusión, acostumbrado, como estaba, a recibir solo demostraciones de menosprecio en su accidentada vida.

Luego, inspirado por ese espíritu de reacción que reinaba en aquellos días en que

Francia despertaba de la pesadilla del terror, alguien propuso que se hiciera en el acto una colecta a su favor, y le colocó, a la fuerza, entre las manos un paquete de asignados y billetes de banco que al humilde vendedor de aves le representaba casi una fortuna. Entonces le tocó a él llorar.

Después la multitud reunida en la Corte, que había oído su relato, pidió a gritos la cabeza de Carrier.

El pedido fué secundado por todo París y por último sus camaradas de la Convención lo entregaron al tribunal revolucionario.

Compareció ante éste el 25 de Noviembre sin poder encontrar un abogado que lo defendiese. Los que sucesivamente fueron nombrados por el presidente, se negaronn a defender la causa de un monstruo tan inhumano. Enfurecido, al fin, Carrier anunció que se defendería él mismo. Y así lo hizo.

Empezó manifestando que sus actuaciones en Nantes se habían limitado a abastecer al ejército del Oeste, que había tenido muy poco que hacer con la vigilancia de la ciudad, que había dejado enteramente en manos del comité revolucionario, y que no había tenido conocimiento de los hechos que se produjeron.

Pero Goulin, Bachelier y otros se encontraban allí, para rechazar la acusación, y culparlo a él, en sus esfuerzos para salvar su propio pellejo, aún a costa suya.

Fué condenado el mismo día del aniversario de aquella terrible noche en que los hombres de la compañía Marat se habían introducido en la prisión de Le Bouffay, y fué acompañado en la carreta por Grandmaison, el despiadado, quien compadeciéndose entonces de sí mismo, lloraba amargamente.

El pueblo que lo había silbado e insultado desde la Conserjería a la plaza de la Grève, quedó repentinamente silencioso, cuando lo vió subir al cadalso con paso firme, pero con el cuerpo encorvado y la vista fija en el suelo.

Repentinamente rompió el silencio un clarín que entonaba las notas del "Ca irá."

Irguiéndose, se dió vuelta Carrier y dirigió por última vez, una de sus terribles miradas, al músico.

Un momento después la cuchilla cayó pesadamente y una cabeza ensangrentada rodó dentro del canasto, con los ojos fijos, pero ya desprovistos del poder de inspirar terror.

—¡Bravo! — gritó una voz. — ¡Terminó en la forma que merecía un gran organizador de los horribles ahogamientos de Nantes.

Era Leroy, el vendedor de aves. El pueblo hizo eco al grito.

EN LAS PAGINAS DE LA HISTORIA
ANECDOTAS INTERESANTES

Un cuákero, yendo en una berlina, se vió metido en una de las callejuelas del viejo Londres por las que solo podía pasar un coche a la vez. Vió llegar en sentido contrario un cabriolé manejado por un joven elegante. Era necesario que uno de los dos retrocediera, pero el uno ni el otro parecían dispuestos a ello.

El cuákero, fundándose en su mayor edad, invitó al joven elegante a ceder.

—Es tanto mejor, — díjole, — cuanto que el cabriolé puede retroceder con mucha más facilidad que la berlina.

El joven, necio y petulante, contestó a la indicación con frase insolente y burlona. ¿Qué hizo entonces el cuákero? Sacó tranquilamente su pipa y se puso a fumar. ¿Qué hizo el joven? Sacó del bolsillo un ejemplar de "La Gaceta" y se puso a leer.

Transcurrió un cuarto de hora en el silencio más profundo.

Después de haber terminado de fumar su pipa, el cuákero rompió el silencio y dijo a su adversario:

—Amigo mio, cuando hayas terminado de leer "La Gaceta" ¿querrías hacerme el favor de prestármela? En cambio le ofrezco mi pipa llena de buen tabaco.

Estas palabras pronunciadas con la mayor sangre fría decidieron al joven elegante a ceder. No era posible vencer la paciencia de un cuákero.

Apuleo se casó con una viuda rica llamada Pudentilla que, aun cuando pasaba de los cuarenta años hacía tiempo que deseaba volverse a casar.

Fué acusado por los parientes de su primera esposa, que contaban con su herencia, de haberse servido de sortilegios para conquistar el corazón y la fortuna de Pudentilla.

—¿Es tan asombroso, — dijo Aquileo a sus acusadores — que una mujer se case después de trece años de viudez? ¿Lo asombroso no es que no se casara antes?"

✣ ✣ ✣

Un médico procuraba convencer al filósofo y académico francés Fontenella, de que el café era muy perjudicial para el organismo, y esforzando sus argumentos, llegó a afirmar que el café era un veneno lento.

—En eso estamos conformes — le contestó Fontenelle; — tan lento, que hace ochenta años que lo tomo y vivo todavía.

* * *

Vespusiano, sintiéndose cerca de la muerte dijo a sus amigos, burlándose feamente de la adulación de los romanos que delficaban a sus emperadores después de muertos:

—Amigos mios, siento que me voy volviendo "dios".

KALISAY



OBSEQUIO a los lectores de "PUCKY"

Como reclame extraordinario, a las personas que presenten en nuestro escritorio, calle 24 de Noviembre 480, este aviso, le entregaremos por sólo $ 1.50, una botella de un litro de KALISAY, cuyo precio es de $ 2.50. Del interior 0.20 más para flete. En Rosario, dirigirse a nuestra sucursal Corrientes 1000.

Agotadas ya las 10.000 botellas que habíamos dedicado a los lectores de "PUCKY" y teniendo en cuenta las cantidades que se nos solicitan, acordamos entregar otras 10.000 botellas por últimas vez.

He aquí las razones que hacen la fama del "KALISAY":

KALISAY es, antes de las comidas, un aperitivo admirable.

KALISAY no tiene rival como estimulante de las digestiones.

KALISAY es un tónico bajo la forma de una bebida deliciosa.

KALISAY es, en invierno y en verano, la mejor respuesta a las exigencias de la sed.

KALISAY es bebida para hombres — para señoras y para niños.

KALISAY es vino y quina — el más rico vino añejo y la mejor quina, combinados en una forma que hace del KALISAY, un verdadero orgullo de la industria nacional.

LAGORIO, ESPARRACH & Cia
BUENOS AIRES

Francia despertaba de la pesadilla del terror, alguien propuso que se hiciera en el acto una colecta a su favor, y le colocó, a la fuerza, entre las manos un paquete de asignados y billetes de banco que al humilde vendedor de aves le representaba casi una fortuna. Entonces le tocó a él llorar.

Después la multitud reunida en la Corte, que había oído su relato, pidió a gritos la cabeza de Carrier.

El pedido fué secundado por todo París y por último sus camaradas de la Convención lo entregaron al tribunal revolucionario.

Compareció ante éste el 25 de Noviembre sin poder encontrar un abogado que lo defendiese. Los que sucesivamente fueron nombrados por el presidente, se negaronn a defender la causa de un monstruo tan inhumano. Enfurecido, al fin, Carrier anunció que se defendería él mismo. Y así lo hizo.

Empezó manifestando que sus actuaciones en Nantes se habían limitado a abastecer al ejército del Oeste, que había tenido muy poco que hacer con la vigilancia de la ciudad, que había dejado enteramente en manos del comité revolucionario, y que no había tenido conocimiento de los hechos que se produjeron.

Pero Goullin, Bachelier y otros se encontraban allí, para rechazar la acusación, y culparlo a él, en sus esfuerzos para salvar su propio pellejo, aún a costa suya.

Fué condenado el mismo día del aniversario de aquella terrible noche en que los hombres de la compañía Marat se habían introducido en la prisión de Le Bouffay, y fué acompañado en la carreta por Grandmaison, el despiadado, quien compadeciéndose entonces de sí mismo, lloraba amargamente.

El pueblo que lo había silbado e insultado desde la Conserjería a la plaza de la Grêve, quedó repentinamente silencioso, cuando lo vió subir al cadalso con paso firme, pero con el cuerpo encorvado y la vista fija en el suelo.

Repentinamente rompió el silencio un clarín que entonaba las notas del "Ca irá."

Irguiéndose, se dió vuelta Carrier y dirigió por última vez, una de sus terribles miradas, al músico.

Un momento después la cuchilla cayó pesadamente y una cabeza ensangrentada rodó dentro del canasto, con los ojos fijos, pero ya desprovistos del poder de inspirar terror.

—¡Bravo! — gritó una voz. — ¡Terminó en la forma que merecía un gran organizador de los horribles ahogamientos de Nantes.

Era Leroy, el vendedor de aves. El pueblo hizo eco al grito.

EN LAS PAGINAS DE LA HISTORIA
ANECDOTAS INTERESANTES

Un cuákero, yendo en una berlina, se vió metido en una de las callejuelas del viejo Londres por las que solo podía pasar un coche a la vez. Vió llegar en sentido contrario un cabriolé manejado por un joven elegante. Era necesario que uno de los dos retrocediera, pero el uno ni el otro parecían dispuestos a ello.

El cuákero, fundándose en su mayor edad, invitó al joven elegante a ceder.

—Es tanto mejor, — díjole, — cuanto que el cabriolé puede retroceder con mucha más facilidad que la berlina.

El joven, necio y petulante, contestó a la indicación con frase insolente y burlona. ¿Qué hizo entonces el cuákero? Sacó tranquilamente su pipa y se puso a fumar. ¿Qué hizo el joven? Sacó del bolsillo un ejemplar de "La Gaceta" y se puso a leer.

Transcurrió un cuarto de hora en el silencio más profundo.

Después de haber terminado de fumar su pipa, el cuákero rompió el silencio y dijo a su adversario:

—Amigo mio, cuando hayas terminado de leer "La Gaceta" ¿querrías hacerme el favor de prestármela? En cambio le ofrezco mi pipa llena de buen tabaco.

Estas palabras pronunciadas con la mayor sangre fría decidieron al joven elegante a ceder. No era posible vencer la paciencia de un cuákero.

Apuleo se casó con una viuda rica llamada Pudentilla que, aun cuando pasaba de los cuarenta años hacía tiempo que deseaba volverse a casar.

Fué acusado por los parientes de su primera esposa, que contaban con su herencia, de haberse servido de sortilegios para conquistar el corazón y la fortuna de Pudentilla.

—¿Es tan asombroso, — dijo Aquileo a sus acusadores — que una mujer se case después de trece años de viudez? ¿Lo asombroso no es que no se casara antes?"

✣ ✣ ✣

Un médico procuraba convencer al filósofo y académico francés Fontenella, de que el café era muy perjudicial para el organismo, y esforzando sus argumentos, llegó a afirmar que el café era un veneno lento.

—En eso estamos conformes — le contestó Fontenelle; — tan lento, que hace ochenta años que lo tomo y vivo todavía.

* * *

Vespusiano, sintiéndose cerca de la muerte dijo a sus amigos, burlándose feamente de la adulación de los romanos que deificaban a sus emperadores después de muertos:

—Amigos mios, siento que me voy volviendo "dios".

PRODUITS EPHEBOL



Depósito General: GAVILAN 1079

EN VENTA AL DETALLE EN:

BAZAR COLON: Florida 254.
Arturo Martínez y Cía Entre Rios 399
Luis Cárdenas, Defensa 145
M. Juarros, Falucho 1178.
Trotta y Aprile, Florida 228.
Isaac Sverlick, Charcas y Uruguay
E. Vidal, Esmeralda y Paraguay.
Cooperativa de la Capital, Cangallo 935.
Victoriano Rey, Entre Ríos 130.
Laureano Blanco, Peluq. París Hotel
Casa Murga, Bdo. de Irigoyen 119.
Francisco F. Azcárate, Lima 470.
Pedro Trongé, Bmé. Mitre 1824
Juan F. Scala, Díaz Vélez 3899.
Hipólito Juliano, Rivadavia 3498
Pedro Trizano, Triunvirato 40.
Gerardo Russomano, Garay 3545.

EN ESTE NUMERO: UNA NOVELA COMPLETA DE BUFFALO BILL

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

2ª Quincena de
Octubre 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO II. PUBLICACION QUINCENAL No. 20.





Páginas



Páginas



"Sólo pude ver a un hombre lo bastante claramente para recordarlo. Era un negro gigantesco, empleado en uno de mis ingenios, y parecía oficiar de sumo pontífice. Llevaba atadas a los brazos unas grandes alas, como las de los murciélagos"... ("Ala de Vampiro", Capitulo II. Página 58).



EL GUERRERO BLANCO DE LOS SIUX

Extensa novela completa de electrizantes aventuras en el Far West, en el que figura

BUFFALO BILL

El famoso jefe de los "scouts"

En esta obra se puede apreciar, admirablemente descripta, la vida de blancos y pieles rojas en la región de la "frontera" en Estados Unidos cuando la lucha contra los indios pieles rojas en la que tanto se distinguió el famoso "scout" Búffalo Bill de cuyas memorias ha sido tomada la acción de esta aventura en la que él toma la parte que correspondía a su jerarquía.

CAPITULO I

La misión del inglés

BUFFALO BILL miró a su interlocutor y dijo pensativo:

—Es una misión muy grave la suya, señor Fitz Warrender.

—Estoy convencido de ello, coronel Cody. Pero eso no tiene influencia ninguna en mis planes. Si la cosa es humanamente posible, procuraré realizarla. Lo he prometido.

El que así hablaba era un joven inglés de distinguida y aristocrática apariencia, cuyos oscuros ojos formaban un extraño contraste con su cabello, cejas y bigote, rubios. La distinción de su aspecto, no estaba muy de conformidad con su ropa, muy usada y hasta raída en algunos sitios. Pero el honorable Guillermo Reginaldo Hathersage Plantagenet Fitz Warrender, era un hombre que llevaba en su persona la marca de su elevado nacimiento y linaje.

El y el gran explorador estaban sentados en el tronco de un árbol. En torno suyo se distinguían numerosas colinas; el barranco en que se encontraban parecía cortar por el centro aquellas elevaciones. El barranco se encontraba en aquellos momentos lleno de una actividad humana mayor, sin duda que la que había tenido en todos los miles de años que hacía que la naturaleza lo había formado. Porque había sido teatro de algo semejante a una batalla entre los exploradores de Búffalo Bill y los bandidos, cuidándose entonces los primeros de limpiar aquellos lugares. Más de una docena de pieles rojas yacían allí. Era parte del azote de las praderas que no volvería a lanzarse a la guerra ni a apoderarse de ninguna cabellera más.

La banda de malhechores mandada por el canalla a quien habían llamado antes Víbora Amarilla y después el Matador, había sido sorprendida y puesta en fuga por los irregulares de Cody. Habían sido perseguidos por una serie de cuevas, por los exploradores y muchos de ellos cayeron para no levantarse más. A otros los mataron en el barranco donde terminaban la serie de cuevas. Ni uno solo escapó con vida. Pero el que más merecía la muerte, el canalla que los dirigía, no estaba entre los muertos.

Un joven explorador de rostro simpático y franco, curtido por el sol, se aproximó justamente cuando Fitz Warrender acababa de hablar e hizo el saludo, más amistoso que militar, que era corriente entre los exploradores y su jefe.

—En realidad, me siento disgustado, señor, — dijo. — El canalla debe haber escapado. Su cuerpo no se encuentra entre los caídos y los hemos ido dando vuelta uno a uno.

—Es una pena, una verdadera lástima. —

manifestó Búffalo Bill. — El Matador nos causará aun muchos dolores de cabeza y a otros a la par nuestra. Hubiera preferido que se escapase la mitad de la banda y no él.

—Pienso que muy pocos se habrán salvado, — dijo el joven explorador. — Quedan las mujeres y los muchachos. Los han perdonado la vida y luego los muchachos no se han animado a darles muerte. Pero mientras viva el Matador no estamos seguros de que no nos toque mantener otra lucha, si es que nos quedamos aquí.

—¿Está seguro de que no se encuentra entre los muertos?

—No tengo la menor duda, señor. Mi hermano, Pluma Roja, Un Ojo y el muchacho que condujo al señor Fitz Warrender, y al resto de sus compañeros de prisión, por la serie de cuevas, lo conocen todos ellos. Lobo Solitario y yo, tampoco podemos equivocarnos a ese respecto y no hemos reconocido al canalla entre los cadáveres.

—¿Y la valerosa joven, Cierva Oscura, se encuentra bien ya? — preguntó el inglés. El y su sirviente José Bundock, habían permanecido prisioneros en poder de la banda de malhechores, que también tenían a Cierva Oscura, la hija de Toro Blanco, jefe de la tribu de los zorros, de la nación siux. Cierva Oscura había sido una especie de ángel providencial para Fitz Warender y Bundock, y sus encantos y valor habían impresionado mucho el corazón del joven.

—Sí. Ya se encuentra bien, según creo,— respondió el joven Tiro Seguro, como la tribu de los pies negros había bautizado a Dave Arthur. — Todos deben agradecérselo a Lobo Solitario y a ese muchacho, piel roja, que ha desempeñado perfectamente su misión.

—Lo sé, — exclamó con tranquilidad Fitz Warrender, y sus ojos envolvieron al joven explorador en una mirada que revelaba una amistad mucho más profunda que la que Dave hubiera imaginado. — Lobo Solitario es uno de esos hombres a los cuales sólo puede dárseles las gracias. Hablar de retribuirle en otra forma un servicio es cosa que parece ridícula. Pero aseguro que si es posible hacer algo por él lo haré. Quisiera ofrecerle algún obsequio que pueda aceptar sin ofenderse. ¿No podría usted darme alguna idea al respecto, señor Arthur?

Y dirigió una mirada de simpatía mientras hablaba, hacia un grupo de personas que se encontraban como a unas veinte yardas de distancia, instaladas en torno a una hoguera. Aquella mirada dió a entender al joven Tiro Seguro todo lo que había en realidad detrás de aquellas manifestaciones de amistad.

Adivinó el secreto de Fitz Warrender lo mismo que éste había sabido adivinar el suyo.

Cierva Oscura formaba parte de aquel grupo. El honorable Guillermo Fitz Warrender no hubiera deseado nada mejor que poder regresar con Cierva Oscura a Inglaterra para hacerla allí su esposa. Para Dave Arthur era la joven la más apreciada mujer de la tierra. Pero no había probabilidades de que fuese, para ninguno de ellos, más que una buena amiga. Había dado su corazón a Dick Arthur, hermano gemelo de Dave, que había sido Aguila Negra entre los siux, como hijo adoptivo de la tribu.

En aquella ocasión Cierva Oscura estaba sentada entre él y su propio hermano, Pluma Roja. Cerca se hallaba Lobo Solitario, jefe de una extinguida nación de los mohicanos, padre adoptivo de los dos mellizos. Dos indios más completaban el grupo. Uno era un guerrero siux, bajo deforme, ancho de hombros, que había perdido un ojo. El otro era casi un muchacho, el joven de quien Tiro Seguro había hablado. Un Ojo y Perro Pequeño, eran pieles rojas del tipo salvaje, sin el menor tinte de la civilización de la raza blanca. Pero los dos habían probado su lealtad y su valor en repetidas ocasiones y por ello eran considerados como amigos.

—Puede enviarle un rifle cuando regrese al punto donde es posible comprarlos, — dijo Dave. — Un arma es obsequio que tanto un indio como un explorador aceptan siempre. Lo aceptará como un recuerdo de usted por quien también siente simpatía. Puedo afirmarlo.

—¿De veras? Jamás oí un cumplimiento que pueda agradarme tanto como ese. Lo confieso. Considero que hombres como Lobo Solitario se encuentran tan sólo uno por cada millón y una muestra de simpatía suya siempre será para mi bienvenida.

Y el honorable Giullermo Fitz Warrender resopló satisfecho.

—¿Me permite que informe a Dave de la misión que tiene usted que cumplir, señor Fitz Warrender? — perguntó el coronel Cody.

—Mi coronel, no deseo otra cosa.

—El caso es éste, Tiro Seguro. El señor Fitz Warrender ha venido al Oeste con un singular propósito, que encierra graves riesgos en las actuales circunstancias en que algunos de los rojos están en pie de guerra y en que los demás se pueden unir a ellos de un momento a otro.

—Lo que parece posible, a juzgar por lo que he oido, señor.

—Missuri Mike y Hary Hayes, se habían propuesto servirle de guías, pero los mataron al ser atacados por el Matador y su banda. Ahora nuestro amigo, aquí presente, cuyo nombre que es un poco largo, ya lo conoce usted...

—Llámeme Guillermo a secas, se lo ruego coronel Cody. Es el nombre con que me designan mis amigos.

—Y para mi es un honor que usted me considere entre ellos, Guillermo. Pues bien: Guillermo se ha quedado sin guía, Tiro Seguro, y todavía tiene mucho que andar. Se dirige a las chozas de la tribu de los lobos, de la nación siux. ¿Puede usted?...

—¿Si puedo ir hasta allí, señor? Ya lo creo. Yo y mis camaradas. Pero ¿estamos en libertad de hacerlo? Yo debo obedecer a usted en todo.

—Quería preguntarle solamente si le es posible indicarme el nombre de algún guía, Dave, — dijo rápidamente Búffalo Bill con significativa sonrisa.

El rostro del joven explorador manifestó decepción.

—No esperaba que se designase usted mismo como dispuesto a realizar la empresa... —prosiguió el grande hombre de las fronteras.

—Pero, ¿me permitiría ir usted, señor?

—¡No! ¡Se lo ordeno! Tengo orden de ayudar a Guillermo en todo lo posible. Altas personalidades de Wáshington me encargan que lo cuide lo mejor que pueda. Si mandara con él un grupo numeroso de mis hombres, lo más probable sería que cayesen en una emboscada y no regresaran jamás, en unos momentos como los actuales. Pero si lo envio a usted solo, mando a uno de mis hombres. Para acompañarles he pensado en su hermano, Pluma Roja, conocedor de las costumbres de los siux y en Lobo Solitario, seguramente respetado por todo piel roja decente.

—Iremos, señor, — exclamó rápidamente el joven Tiro Seguro. — Yo respondo de los demás.

El honorable Fitz Warrender se levantó y tendió una delicada pero muy tostada mano.

—Me reanima usted, señor Arthur, — dijo. — No podía aspirar a más sino a que usted y sus amigos me acompañasen.

—Perfectamente. Pero no me llame señor Arthur. Nadie lo hace así, ya lo sabe usted. Yo soy Dave, o Tiro Seguro para todos. En estas regiones no se acostumbra a andar con muchas cortesías.

—Ya he podido convencerme de que es así, Tiro Seguro. Y ahora que usted ha aceptado acompañarme, voy a explicarle el objeto de mi misión.

—Puede usted hablar: ya le escucho, — dijo Dave.

—Entre los que forman la tribu de los lobos de la nación siux, hay un hombre blanco. Fué capturado por ellos hace algunos años y le perdonaron la vida, según me han dicho, porque creyeron que estaba mentalmente enfermo.

—Eso es suficiente, — intervino Búffalo Bill. — Todas las tribus demuestran compasión por el que les parece demente.

—Puede haberse fingido loco, o puede serlo en realidad, y tengo mis razones para suponer que en todo caso su locura no es completa. Además, bajo palabra de honor, opino que no pueden existir razones para que un hombre civilizado viva como un salvaje entre salvajes.

El rostro de Tiro Seguro, adquirió una expresión de seriedad, y su pecho se levantó una o dos pulgadas. El honorable Guillermo notó aquello y exclamó en seguida:

—¡No interprete usted mal mis palabras, Dave! No pensaba en su hermano al hablar de ese modo. Su caso era muy diferente, pues fué dejado entre ellos cuando era muy pequeño. Además había otras circunstancias. Pluma Roja y su encantadora hermana no son salvajes, y es sabido que su padre era un piel roja, de la más distinguida estirpe.

—Eso es verdad, — dijo Búffalo Bill. — No es posible encontrar otro como Toro Blanco y sus hijos, entre los lobos. Esta tribu está formada por elementos poco recomendables. Pero usted cree que ese hombre sea un cautivo que tengan...

—Según he averiguado no está como prisionero. Su permanencia allí obedece a su carácter original. Se ha casado con una siux, y vive entre los de la tribu como uno de ellos.

—¡Vamos! Es lo que llamamos un squaw-hombre, o sea mujer-hombre, porque une a la delicadeza femenina la valentía masculina. Suelen ser tipos muy peligrosos. En realidad son renegados de la peor especie. Suelen ser casos que se presentar con harta frecuencia.

—En realidad este hombre es uno de esos seres que se muestran alocados desde su juventud. Dió frecuentemente que hablar y su situación actual obedece a que entre la gente del viejo mundo se hizo desagradable.

—En ese caso, dejémosle estar donde está, — dijo Búffalo Bill y el joven Tiro Seguro hizo un gesto de aprobación.

—No me es posible. Un puesto de grandísima importancia le espera en Inglaterra. Es heredero de grandes posesiones, de extensas tierras y de un antiguo título de nobleza. Su padre es muy anciano y no ha de vivir ya muchos meess.

—No concibo que un "squaw-hombre" vuelva al mundo civilizado para asumir las responsabilidades inherentes a dirigir una aristocrática mansión inglesa, — observó el rey de los exploradores. — Pero ahora me explico lo que usted puede pensar, Guillermo. Usted opina que lo que pueda hacer cuando éste regrese, es lo que menos le importa. Su misión es conseguir que vuelva.

—En efecto, coronel. Así es.

—¿Y es amigo suyo? — le preguntó Dave Arthur, sin meditar sus palabras.

—Acaso algo más, — respondió Fitz Warrender tras un instante de vacilación. — Somos conocidos, pero no hemos sido amigos nunca.

—¿Y no opina que con un mensaje de usted para él, se lograría el propósito que persigue?

—No, Dave. Ha recibido ya algo más que un mensaje, pero no ha hecho caso. Es necesario que yo trate personalmente, de convencerlo.

Aquello no les pareció ni medio posible a los que le oían. En el transcurso de sus correrías entre aquel, los indios, Búffalo Bill había encontrado a más de uno de esos "squaw-hombres". Algunos de ellos, seres incultos y de malos instintos se amoldaban fácilmente al ambiente en que vivían.

Para un hombre bien educado y culto, como se deducía de la relación de Fitz Warrender que debía ser, semejante género de vida tenía que resultar horrible, pues tenía que haber renunciado en absoluto a todas las costumbres de su raza. Al parecer, Fitz Warrender lo comprendía esto muy bien y su rostro adquiría una profunda seriedad cuando hablaba de su misión, y un extraño resplandor brillaba en sus ojos, cosas ambas raras en él, dado su carácter apacible.

¿Tenía alguna esperanza de éxito? Tan poca como pudiera tener Búffalo Bill. Pero tenía que cumplir una misión y la llevaría a término aun cuando tuviera que correr grandes riesgos.

Se levantó y echó a andar dirigiéndose al grupo en que se encontraba Cierva Oscura.

—¿Tiene usted idea de quién puede ser el "squaw-hombre" Dave?—preguntó el coronel Cody.

—No. Nada conozco sobre lo que acabo de oir, señor. Es un buen hombre y un excelente camarada este inglés, ¿verdad?

—Pues todavía pensará usted mejor de él cuando sepa que el hombre a quien busca es su hermano mayor y que lo que desea es que vuelva a la mansión señorial y ancestral a ocupar un puesto que si el otro no va, le corresponde a éste.

—¿Eso se lo ha contado él, señor?

—No. Yo lo he averiguado, mejor dicho, lo he deducido de informaciones aisladas que han llegado hasta mí.

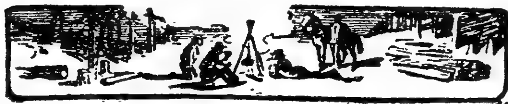
—Es algo muy curioso. Pero Guillermo no podrá heredar el título si no muere el otro. ¿No es así?

—En efecto, Dave. Por eso es por lo que le he hecho a usted la advertencia. Es muy posible que la entrevista entre los dos hermanos sea muy violenta.

—¿Por qué? No me explico.

—Oigame con atención, muchacho, Guillermo es tan recto y limpio como el caño de un fusil, sin que en su mente haya una idea que no sea pura y noble respecto a su hermano, como lo demuestra el llegar hasta exponer la vida por ir a buscarlo. En cambio el otro es un tipo que ha sido perverso y mal intencionado desde su niñez y del que hay que temerlo todo. Las cosas yo las veo así: Guillermo no puede ser conde mientras el otro viva y no obstante ha venido en su busca. Para lograr su idea solicita que ustedes le acompañen a ese antro de asesinos, para tener testigos de su recto proceder. Pero el otro puede cometer cualquier fechoría con el pretexto de sus malos instintos y a fin de conseguir que su hermano menor no disfrute lo que él desprecia. ¿Comprende?

—Siendo así, creo que las cosas van a ponerse serias cuando nos encontremos entre los siux, — observó el joven Tiro Seguro.



CAPITULO II

Otra vez el Matador

FITZ WARRENDER se unió al grupo que estaba junto a la hoguera, y se sentó entre Lobo Solitario y Pluma Roja. Había sido la presencia de Cierva Oscura lo que le había llevado hasta allí, pero sabía que Aguila Negra o Dick Arthur, — como debía ser llamado con más propiedad, ahora que se había unido a los de su sangre y color, —estaba enamorado de ella y que no tenía probabilidad alguna de ser él correspondido por la joven. Habló con los dos pieles rojas, refiriéndoles algunos detalles acerca de la proyectada excursión. Y, según pudo deducir, los dos estaban prontos a acompañarle.

Mientras ellos hablaban, Aguila Negra y la joven india se habían levantado y se habían alejado juntos por el barranco, seguidos por la entusiasta mirada del joven inglés. Dick Arthur ignoraba el amor que Fitz Warrender sentía por la joven, pero es de suponer que Cierva Oscura se hubiera dado cuenta de él.

Los exploradores habían terminado su tarea. No consideraban necesario sepultar los cuerpos de sus adversarios caídos. Pocas horas después el barranco recobraría su soledad. Entonces los cuervos dejarían pelados los huesos de los bandidos.

Los cadáveres de los rojos se hallaban amontonados, detrás de unas rocas a alguna distancia del campamento donde los exploradores estaban preparando la comida, antes de iniciar el regreso. Uno de los de la partida había desaparecido hacía algún tiempo, pero nadie notó su ausencia. Era éste José Bundock, el fiel sirviente de Fitz Warrender. Bundock, reconfortado después de unas horas de descanso, se había marchado por el barranco con un propósito que no quiso confiar a nadie.

Había oído hablar y había leído relatos de hallazgos de filones de oro en el Oeste, de Estados Unidos, y para su modo de pensar aquel barranco era un sitio ideal para tales hallazgos. Por eso fué "a descubrir oro". Acaso era el más ignorante de los buscadores del precioso metal, que pudo existir en el Oeste, porque no tenía más conocimientos de la forma en que se descubre el rey de los metales, que la que un muchacho pueda tener de los usos y costumbres de los habitantes de la luna, dado caso que la luna tenga habitantes.

Aguila Negra y la muchacha siguieron casi la misma ruta que el sirviente. No se les veía desde el campamento situado a un par de cientos de yardas en un nivel más elevado que el del barranco, y al amparo de un grupo de grandes rocas.

Habían caminado unas trescientas yardas cuando se oyó, en lo alto, una detonación. Una espiral de humo ascendió en la clara atmósfera y una bala silbó como a una yarda más arriba de los dos jóvenes. Dick Arthur se colocó delante de su prometida, con propósito de protegerla. Se oyó otra detonación, y una nueva espiral de humo se elevó a su vez. Pero en esta ocasión la bala tuvo peor puntería.

Tenía que ser un mal tirador el autor de los dos disparos. Ninguno de los hombres de Búffalo Bill, hubiera errado de ese modo el tiro. Pero era un indio el que había hecho los disparos, y entre los pieles rojas, difícilmente se encuentran buenos tiradores. Dick Arthur alcanzó a verlo y lo reconoció en seguida. Era el antes Víbora Amarilla, llamado ahora el Matador, su mortal enemigo.

La necesidad de volver a cargar el arma, hizo que el canalla diese a los dos enamorados tiempo para ocultarse. Se ampararon detrás de una roca que no era suficientemente

Se levantó y echó a andar dirigiéndose al grupo en que se encontraba Cierva Oscura.

—¿Tiene usted idea de quién puede ser el "squaw-hombre" Dave?—preguntó el coronel Cody.

—No. Nada conozco sobre lo que acabo de oír, señor. Es un buen hombre y un excelente camarada este inglés, ¿verdad?

—Pues todavía pensará usted mejor de él cuando sepa que el hombre a quien busca es su hermano mayor y que lo que desea es que vuelva a la mansión señorial y ancestral a ocupar un puesto que si el otro no va, le corresponde a éste.

—¿Eso se lo ha contado él, señor?

—No. Yo lo he averiguado, mejor dicho, lo he deducido de informaciones aisladas que han llegado hasta mí.

—Es algo muy curioso. Pero Guillermo no podrá heredar el título si no muere el otro. ¿No es así?

—En efecto, Dave. Por eso es por lo que le he hecho a usted la advertencia. Es muy posible que la entrevista entre los dos hermanos sea muy violenta.

—¿Por qué? No me explico.

—Oigame con atención, muchacho, Guillermo es tan recto y limpio como el caño de un fusil, sin que en su mente haya una idea que no sea pura y noble respecto a su hermano, como lo demuestra el llegar hasta exponer la vida por ir a buscarlo. En cambio el otro es un tipo que ha sido perverso y mal intencionado desde su niñez y del que hay que temerlo todo. Las cosas yo las veo así: Guillermo no puede ser conde mientras el otro viva y no obstante ha venido en su busca. Para lograr su idea solicita que ustedes le acompañen a ese antro de asesinos, para tener testigos de su recto proceder. Pero el otro puede cometer cualquier fechoría con el pretexto de sus malos instintos y a fin de conseguir que su hermano menor no disfrute lo que él desprecia. ¿Comprende?

—Siendo así, creo que las cosas van a ponerse serias cuando nos encontremos entre los siux, — observó el joven Tiro Seguro.



CAPITULO II

Otra vez el Matador

FITZ WARRENDER se unió al grupo que estaba junto a la hoguera, y se sentó entre Lobo Solitario y Pluma Roja. Había sido la presencia de Cierva Oscura lo que le había llevado hasta allí, pero sabía que Aguila Negra o Dick Arthur, — como debía ser llamado con más propiedad, ahora que se había unido a los de su sangre y color, —estaba enamorado de ella y que no tenía probabilidad alguna de ser él correspondido por la joven. Habló con los dos pieles rojas, refiriéndoles algunos detalles acerca de la proyectada excursión. Y, según pudo deducir, los dos estaban prontos a acompañarle.

Mientras ellos hablaban, Aguila Negra y la joven india se habían levantado y se habían alejado juntos por el barranco, seguidos por la entusiasta mirada del joven inglés. Dick Arthur ignoraba el amor que Fitz Warrender sentía por la joven, pero es de suponer que Cierva Oscura se hubiera dado cuenta de él.

Los exploradores habían terminado su tarea. No consideraban necesario sepultar los cuerpos de sus adversarios caídos. Pocas horas después el barranco recobraría su soledad. Entonces los cuervos dejarían pelados los huesos de los bandidos.

Los cadáveres de los rojos, se hallaban amontonados, detrás de unas rocas a alguna distancia del campamento donde los exploradores estaban preparando la comida, antes de iniciar el regreso. Uno de los de la partida había desaparecido hacía algún tiempo, pero nadie notó su ausencia. Era éste José Bundock, el fiel sirviente de Fitz Warrender. Bundock, reconfortado después de unas horas de descanso, se había marchado por el barranco con un propósito que no quiso confiar a nadie.

Había oído hablar y había leído relatos de hallazgos de filones de oro en el Oeste, de Estados Unidos, y para su modo de pensar aquel barranco era un sitio ideal para tales hallazgos. Por eso fué "a descubrir oro". Acaso era el más ignorante de los buscadores del precioso metal, que pudo existir en el Oeste, porque no tenía más conocimientos de la forma en que se descubre el rey de los metales, que la que un muchacho pueda tener de los usos y costumbres de los habitantes de la luna, dado caso que la luna tenga habitantes.

Aguila Negra y la muchacha siguieron casi la misma ruta que el sirviente. No se les veía desde el campamento situado a un par de cientos de yardas en un nivel más elevado que el del barranco, y al amparo de un grupo de grandes rocas.

Habían caminado unas trescientas yardas cuando se oyó, en lo alto, una detonación. Una espiral de humo ascendió en la clara atmósfera y una bala silbó como a una yarda más arriba de los dos jóvenes. Dick Arthur se colocó delante de su prometida, con propósito de protegerla. Se oyó otra detonación, y una nueva espiral de humo se elevó a su vez. Pero en esta ocasión la bala tuvo peor puntería.

Tenía que ser un mal tirador el autor de los dos disparos. Ninguno de los hombres de Búffalo Bill, hubiera errado de ese modo el tiro. Pero era un indio el que había hecho los disparos, y entre los pieles rojas, difícilmente se encuentran buenos tiradores. Dick Arthur alcanzó a verlo y lo reconoció en seguida. Era el antes Víbora Amarilla, llamado ahora el Matador, su mortal enemigo.

La necesidad de volver a cargar el arma, hizo que el canalla diese a los dos enamorados tiempo para ocultarse. Se ampararon detrás de una roca que no era suficientemente

grande como para guarecerlos por completo del que hacía disparos desde lo alto.

La situación resultaba desagradable y peligrosa pues Dick Arthur no tenía más armas que el largo cuchillo que llevaba al cinto ya que se había dejado el rifle en el campamento.

—Escóndase detrás de la roca, querida mía, — dijo el joven guerrero. — Nuestros amigos deben haber oído las detonaciones y pronto estarán aquí.

—¡El Matador! — exclamó Cierva Oscura mirando hacia arriba. — Creí que había muerto. Es un malvado. Más valiera que hubiese caído sin vida en el combate.

Se expresó en inglés, aún cuando su enamorado conocía tan bien como como ella el idioma siux. Pero a Cierva Oscura le parecía que ahora debía hablar el idioma de los hombres blancos, lo mismo que su hermano Pluma Roja, ya que vivían entre los caras pálidas. Su tribu había sido completamente destruída por la banda del Matador. De toda ella tan sólo los dos hermanos y Un Ojo, habían escapado con vida. Toro Blanco había caído combatiendo y con él habían muerto todos los del clan de los zorros; hombres, mujeres y niños y hasta los niños de pecho que se hallaban en sus cunas.

Larga era la cuenta que Aguila Negra y sus compañeros tenían que ajustar con el Matador, y seguramente se la harían pagar un día. Pero, por el momento el Matador parecía tener en aquel juego las cartas que representaban los mejores triunfos.

De algún modo, — hasta entonces ignorado, — había escapado a la suerte a que le habían condenado sus perseguidores. Y en aquel momento aprovechaba una oportunidad para tomar la venganza que planeaba hacía tiempo.

Acurrucado trás de la roca, Aguila Negra observaba al guerrero coyote y vió que levantó otra vez el arma, y como burla levantó una mano para ofrecerle un blanco. Pero había otros puntos del cuerpo igualmente vulnerables fuera de la mano, pues la roca no los ocultaba por entero. Sonó una nueva detonación y se vió otra espiral de humo. Esta vez la bala dió en la peña cerca de la cabeza de Cierva Oscura. La joven levantó un brazo para proteger a su prometido. Los dos esperaban un segundo disparo; pero no se produjo. En cambio ocurrió algo inesperado.

En un sitio más elevado que el del Matador apareció un hombre. No era un piel roja, ni un explorador. Era José Bundock, que se disponía a atacar sin más armas que las naturales.

Bundock había visto desde arriba el peligro que corría la pareja de enamorados. Era un hombre de carácter tranquilo al que la suerte había llevado a vivir entre gente que vivía luchando. Pero hubiera dado gustoso la vida por Cierva Oscura, la joven que tanto había hecho en favor de él y de su patrón cuando estaban prisioneros en la guarida de los bandidos. Por eso se dispuso a atacar sin la menor vacilación.

Se dejó caer con fuerza sobre la espalda del Matador y la violencia del golpe hizo que el cuerpo del siux diera contra el suelo, quedando el canalla, durante algún tiempo, indefenso. El impulso también había hecho caer a Bundock, así que la situación de su adversario no le representó ventaja ninguna. El Matador se puso en pie con tanta prontitud como su adversario. Si hubiese tardado un segundo más, el siux no hubiera salido vivo de aquel combate. Sin embargo, Bundock pudo arrojar hacia un lado el rifle que se le había caído al piel roja y de agarrar al indio por la garganta, haciéndole caer, nuevamente, de espalda. Comenzó una lucha desesperada. El Matador era más joven y fuerte que Bundock y además tenía armas, aún cuando esto último le daba poca ventaja, pues no podía hacer uso de ellas. Se limitaba, pues a tratar de impedir que el inglés le estrangulase.

Pero la desesperación había proporcionado a Bundock más energías de las que, ni él mismo, hubiera soñado jamás. Apretaba el gaznate del piel roja con propósito de ahogarle. El Matador, por su parte, era fuerte y disponía de recursos que no ignoraba Bundock.

Mediante un supremo esfuerzo empujó con la cabeza el pecho del inglés y la presión de las manos de Bundock se aminoró a efectos del golpe que le obligó a ceder.

El piel roja, en cuanto se vió libre, llevó la mano el tomahawk. Logró sacarlo a medias.

Un momento más y le hubiera aplastado la cabeza a Bundock.

Pero en ese instante intervino Aguila Negra. Al darse cuenta de aquella lucha entre los dos hombres, trepó por las rocas hasta llegar al sitio donde combatían. Agarró fuertemente el brazo del Matador y logró inmovilizarlo. Pero pisó en falso, resbaló y cayó al suelo. Al caer arrastró a su mortal enemigo, y dejó a Bundock libre, pero vacilante.

El Matador conservaba el tomahawk en la mano y al caer, quedó cerca del rifle que Bundock había echado a un lado.

Forcejearon los dos hombres en el suelo, rodando uno sobre el otro sucesivamente. El instinto indio dominaba al joven siux de los ojos azules. En aquel momento era Aguila Negra, no Dick Arthur. Si hubiera podido apoderarse del cuchillo que llevaba al cinto lo hubiera hundido en el corazón del Matador y en seguida le hubiera despojado de su cabellera.

No pudo sacar el cuchillo, ni arrancar de la mano del otro el tomahawk. Sólo pudo defenderse del mejor modo posible evitando ser vencido en la lucha.

Bundock maldecía inclinado sobre ellos, lleno de deseos de ayudar a su amigo, pero sin fuerzas para que su ayuda fuera eficaz.

En tan angustioso momento llegó Cierva Oscura corriendo, saltando ágilmente por el accidentado terreno. La sangre de varias generaciones de antepasados guerreros bullía en sus venas. No tenía armas. Pero si lograba apoderarse del rifle mataría al malvado de un tiro en la cabeza.

Se aproximó al arma y sus manos iban a apoderarse de ella. Pero en el mismo momento el Matador logró hacer golpear la cabeza de Aguila Negra contra una puntiaguda piedra, desmayándole. El vencedor lanzó un grito de triunfo.

Ese grito fué contestado por el de guerra de los siux, y Pluma Roja llegó para prestar auxilio, seguido de Lobo Solitario y Tiro Seguro. Fitz Warrender, Un Ojo, Perro Pequeño y dos o tres de los exploradores los seguían un poco más atrás.

Cierva Oscura trató de retener al canalla. Pero él la tomó por la cintura y la arrojó brutalmente. Luego se inclinó para tomar el rifle en el mismo instante en que una bala pasaba a una pulgada de la cabeza. Se ocultó un instante tras unas rocas, y saltando, llegó hasta un punto por donde era posible trepar hasta la altura.

Media docena de rifles le apuntaban, manejados por gente de mano segura, hábiles tiradores y de buena vista. Pero parecía que el infame hubiera de conservar a pesar de tener en contra todas probabilidades, su vida. Bundock fué el encargado de salvársela. No conducía a nada el emprender una carrera trás él. Pero lo hizo.

Había logrado ponerse nuevamente de pie, tambaleándose y con el rostro rojo. Corrió gritando trás el piel roja, olvidándose de sí mismo. Durante tres o cuatro segundos su cuerpo estuvo entre el del Matador y los rifles que le apuntaban. Esos tres o cuatro segundos fueron suficientes. Lanzando un grito de odio y de triunfo, el maldito siux se escurrió, igual que un zorro perseguido, por un agujero que había entre las rocas y se perdió de vista.

Iniciaron su persecución por el accidentado terreno, Lobo Solitario, Pluma Roja y el resto de los hombres, a excepción de Tiro Seguro que se quedó junto a Cierva Oscura.

Por el agujero, apenas suficiente para permitirles pasar, penetraron Pluma Roja y después Lobo Solitario, Un Ojo y el muchacho.

Fitz Warrender y los exploradores se detuvieron. Ayudaron a subir a Bundock y esperaron que el indio disparase su arma.

Pero no llegó ningún estampido a sus oídos.

Esperaron uno o dos minutos más, llenos de temor, pensando en lo que hubiera podido pasarles a los perseguidores del jefe de los bandidos. Luego, no queriendo esperar más, el honorable Guillermo, fué trás Tiro Seguro, Cierva Oscura y Aguila Negra, — que ya había recobrado los sentidos, pues el golpe no había hecho más que atontarlo momentáneamente, sin hacerle herida alguna, — y penetró en el hueco.

Vieron entonces que lo que a la distancia parecía un agujero daba acceso a una cueva alumbrada por una abertura que tenía en la parte superior. Era una cueva espaciosa y no pudieron ver dónde terminaba. Tampoco les fué posible saber dónde se hallaban sus camaradas.

Pero mientras escuchaban llegó hasta sus oídos el eco de una detonación y echaron a correr en dirección al lugar de donde parecía haberse hecho el disparo.

Entonces de entre las sombras surgieron tres figuras, Pluma Roja, alto y delgado, el gran jefe mohicano, de arrogante presencia, y el atlético Un Ojo.

—¿Dónde está el muchacho? — preguntó el joven Tiro Seguro.

Lobo Solitario se volvió y llamó. Un momento después aparecía Perro Pequeño, quejándose. Se había apartado de sus compañeros con la esperanza de descubrir la dirección que había tomado su enemigo. De haberlo podido conseguir lo hubiera seguido, aún olvidando, al hacerlo, el riesgo que corría. Quería mucho a Lobo Solitario, y como el Matador era enemigo de éste, también lo era suyo Los perseguidores se miraron: era necesario convencerse de que el Matador había conseguido eludir la persecución de los exploradores.

Las cuevas que formaban la guarida de los bandidos, en el otro extremo de la montaña, tenían, indudablemente, otras ramificaciones que las que ellos conocían. Perro Pequeño había guiado a Lobo Solitario y a los prisioneros por un camino que creía conocer él solo. Posiblemente no estaba equivocado; pero no estaba por completo al tanto de todos los pasajes secretos de aquella enorme colmena.

Solo, o acaso con algunos de sus fieles, el Matador había seguido otro camino. Dejando al grupo principal de su banda que combatiese hasta morir con los exploradores de Búffalo Bill, había buscado en aquella forma una indecorosa salvación, y la suerte le había sido propicia.

Todo hacía suponer ahora que había escapado solo. Aquel canalla no tenía el menor rastro de lealtad. Utilizaba a los hombres que reunía en redor suyo como simples elementos de combate. Había encontrado otro camino secreto y al salir al aire libre entre las rocas alcanzó a distinguir a Aguila Negra y a Cierva Oscura, en la parte baja del barranco.

Era aquélla una, no despreciable oportunidad para su venganza y únicamente su mala puntería le había impedido realizar su infame deseo.

Continuar persiguiéndole por las cuevas sería inútil. Aún cuando todos estaban interesados en su muerte, lo reconocían así. Hubiera sido necesario emplear varios días en esa investigación y mientras tanto, el fugitivo podría alejarse a muchas millas de distancia.

No les quedaba más recurso que el de resignarse ante lo inevitable.

Pero ya darían con el Matador nuevamente, y ya caería. Así lo habían jurado todos. La deuda que tenía que pagar era demasiado importante para que se la perdonasen.

Dos horas después el barranco estaba otra vez desierto. Los exploradores pasaron por las cuevas, guiados por Perro Pequeño, y con ellos fueron Dick Arthur, la muchacha y los dos ingleses.

Pero Lobo Solitario, Pluma Roja y Dave Arthur, guiados por Un Ojo, fueron por el

sendero de rocas que iba hacia un lado del barranco donde habían dejado los caballos. Llegaron al extremo y encontraron que uno de los animales había desaparecido y los otros habían sido desjarretados. El Matador había dejado esos rastros de su paso por allí.

Los caballos heridos tenían que ser aliviados de su sufrimiento, y como no existía otro medio de hacerlo, fueron sacrificados. Los cuatro tuvieron que ir a pie a reunirse con Búffalo Bill.

En el campamento había caballos de sobra, además de los que los exploradores tomaron a los bandidos y en ellos llevaron a las mujeres y a los niños hallados en las cuevas.

El día siguiente, antes de que saliese el sol, los exploradores iban hacia el este, dirigidos por Búffalo Bill. Con ellos, bajo la escolta de Cody, iba Cierva Oscura. La dejaría atendida por alguna de las mujeres que había en el fuerte Dunkel. Así iría amoldándose a las costumbres de su pueblo adoptivo. Costumbres de las que en realidad sabía muy poco.

Pero Aguila Negra, — que era Dick Arthur, pues pasada la crisis, pensaba de nuevo como los blancos, — caminaba en dirección al oeste, con el honorable Fitz Warrender y con ellos iban el joven Tiro Seguro, el mellizo de Dick, Lobo Solitario, su padre adoptivo, Un Ojo, fiel compañero de Pluma Roja y el muchacho Perro Pequeño, que no quería separarse de Lobo Solitario y por último el último, José Bundock, el fiel sirviente de Fitz Warrender.



CAPITULO III

El "squaw-hombre"

"PERO no es posible encontrar oro de esa manera, Bundock!" — exclamó el honorable Guillermo.

La cabalgata hacía casi dos días que recorría los caminos y hombres y caballos proyectaban largas y grotescas sombras en la pradera cuando caminaban en la dirección del poniente sol.

Según los cálculos de Un Ojo, debían estar entonces como a veinte millas de la aldea del clan de los lobos. Habían viajado hasta llegar allí sin sufrir ningún contratiempo, guiados por el guerrero tuerto.

Había conseguido hacerles cruzar los dominios de los coyotes, de donde el Matador, — antes conocido por Víbora Amarilla, — había sido arrojado, pero existía siempre el peligro desde que estaban en pié de guerra contra los blancos, aún cuando esa actitud, tarde o temprano había de acarrearles perjuicios.

Aguila Negra, Lobo Solitario y Pluma Roja, marchaban algunas yardas delante en unión de Un Ojo. El muchacho iba en el centro. El joven Tiro Seguro y Fitz Warrender se habían quedado más atrás para conversar con Bundock.

La larga marcha tenía extenuado al pobre Bundock. En su país no tenía jamás necesidad de montar a caballo, pero en el Oeste tenía constantemente que utilizar ese medio de traslación, y era mucho lo que sufría.

Eso les sucede siempre, en mayor o menor grado, a los que no están habituados. Pero los dolores que produce la montura se hacen sentir menos cuando el jinete es joven. La piel irritada se cura en seguida. Pero eso no le ocurría al pobre Bundock que tenía más de cincuenta años.



Ojos Rojos, el curioso personaje de esta aventura, el inglés semi-demente transformado en "squaw-hombre", viviendo enteramente como un guerrero piel roja de la nación de los siux.

Sin embargo, todo lo sufría, relativamente bien. Su fidelidad hacia su patrón, le había conducido a aquella agitada existencia, y en aquellas jornadas no había tenido que sufrir las angustias que en las otras en que Missuri Mike y Harry Hayes, habían muerto a manos del Matador y de sus hombres, y ellos habían sido hechos prisioneros por los bandidos.

Pero encontraba aquel viaje demasiado largo, y a fin de hacerle olvidar todo y distraerlo, de vez en cuando Fitz Warrender se quedaba atrás para conversar con él. Era de la excursión realizada por Bundock en busca de oro por el barranco, de lo que hablaban. Aquella idea de José había tenido un resultado acaso más feliz de lo que él mismo calculaba. No había encontrado oro, pero había salvado la vida de Aguila Negra y de Cierva Oscura quienes estaban ya a merced del Matador—y aquel malvado no hubiera tenido lástima de ellos, — de no haber intervenido Bundock.

Ninguno de los compañeros olvidaría nunca, la conducta de Bundock en tal ocasión. El joven Tiro Seguro demostraba su afecto hacia él en una forma original: llamando al serio y fiel sirviente: "José" y Bundock, se manifestaba agradecido.

—Yo no me explico, señor, — decía José, respondiendo a su patrón, — que uno pueda encontrar oro como no sea buscándolo.

—Ese es el error, José, — dijo Tiro Seguro. — Yo creo que es más fácil hallarlo sin buscarlo, al menos de ese modo, compañero.

—Eso me cuesta trabajo creerlo, Tiro Seguro, — respondió gravemente Bundock.

—¡Pero es que hay modos de buscarlo y maneras de ver, Bundock! — exclamó Fitz Warrender. — Yo entiendo que son necesarios ciertos conocimientos para saber de qué se trata cuando uno ve el precioso metal.

—Disculpe, Milord, que le diga que eso no me parece muy puesto en razón.— respondió José. — Cualquier hombre de mediana inteligencia, lo reconocerá en cuanto lo vea. Tome una libra esterlina, por ejemplo.

—Pero es que usted no va a encontrar el oro en monedas de una libra, José, — intervino riendo, Dave Arthur.

—Lo supongo, Tiro Seguro. Ni tampoco en lingotes de los que sirven para hacer las monedas. Pero creo que será fácil reconocerlo si se ve en pedazos.

—¡Ahí es donde está precisamente el error, Bundock! — dijo Fitz Warrender. — Yo creo que generalmente no se encuentra en trozos. Creo que es preciso emplear toda una serie de procedimientos para extraerlo de las entrañas de la tierra donde existe.

—Hay que proceder a lavarlo en unas palanganas, cuando se extrae de las vetas de la tierra, — explicó Tiro Seguro. — Y se encuentra mezclado con arena y pedruscos, cuando se encuentra en el lecho de un río. También se halla entre el cuarzo y en ese caso es necesario poseer costosa maquinaria. Yo no he oído, hasta ahora, que nadie se haya enriquecido obteniendo oro sin más ayuda que la de sus ojos y manos.

Bundock, hizo un gran gesto de sorpresa.

—¡Pues es un verdadero chasco para mí! ¡Un gran chasco! — exclamó. — Yo he visto pepitas de oro y suponía que se hallaban en determinados sitios, por supuesto. Calculaba que no se encontrarían en la pradera, pero aquel terreno rocoso me pareció muy apropósito. Por eso pensé. .

Su frase fué interrumpida por que los dos jinetes que marchaban a la cabeza, habían detenido de pronto sus caballos.

Los otros les imitaron y Fitz Warrender y el joven Tiro Seguro siguieron instintivamente el ejemplo. Bundock, también tuvo que imitarlos.

—¡Indios! — dijo Dave Arthur.

Bundock, aunque miró, no vió nada, al principio, luego siguiendo las indicacioneas de los otros, alcanzó a distinguir unos pequeños puntos que se movían en la pradera.

Fitz Warrender, alcanzó a ver que eran unos hombres a caballo. Su vista era bastante buena a pesar de no estar acostumbrado a mirar en las praderas a la distancia. Pero no se igualaba con la de Tiro Seguro y sus compañeros.

Mientras los jinetes que se acercaban, eran simples siluetas para lo que alcanzaban a ver los dos ingleses, Un Ojo murmuró algo al oído de Pluma Roja y el joven guerrero siux, exclamó:

—Uno de los que se aproximan es un hombre blanco.

El joven Tiro Seguro, se sintió intrigado esta vez, porque él no alcanzaba a distinguir cuál era el hombre blanco, de entre los cinco jinetes que llegaban. Pero Lobo Solitario y Aguila Negra asintieron. También lo distinguían ya.

No era posible establecer diferencia eantr la cara de los cinco jinetes; acaso les sirviese de guía su manera de montar por la posición de su cuerpo.

—Tiro Seguro, — dijo Fitz Warrender.— Ese debe ser el hombre a quien buscamos.

—Es muy posible que sea así, — respondió el joven explorador. — No existen por estos sitios muchos hombres blancos que vivan a la manera india por eso es muy posible que sea él.

El rostro de Fitz Warrender estaba ligeramente alterado. Dave Arthur recordó lo que le había dicho Búffalo Bill. Había un posible peligro, pensó.

—Considerando posible todo, señor, — dijo Bundock. — ¿Opina usted que sería prudente tener prontas nuestras armas y tomar precauciones contra un posible y traicionero ataque?

—Será preferible que dejemos en libertad de acción a Tiro Seguro y a sus amigos, Bundock, — respondió el honorable Guillermo.

Dave Arthur asintió con un movimiento de cabeza.

—No hemos venido aquí a pelear, — dijo. —No me sorprendería, sin embargo, que ocurriese así. Pero nuestra única conducta,

por el momento, es mostrarnos pacíficos y amistosos.

Los cinco jinetes estaban ya cerca. Los del otro grupo esperaban su llegada. Pluma Roja, a una indicación de Lobo Solitario, se adelantó en su caballo, unas cuantas yardas e hizo la seña de paz, esto es, levantó la mano extendida, sobre la cabeza, con la parte de la palma hacia fuera.

Uno de los cinco respondió con un gesto igual.

Mientras avanzaban los dos grupos, uno de los cinco se quedó algo atrás. Era el mismo a quien los ojos de los exploradores rojos habían reconocido como hombre blanco con aspecto de indio.

—¿Vienen en son de paz? — preguntó el que parecía jefe del grupo de los cinco.

—Venimos en paz, — respondió Pluma Roja.

—¿Mi hermano es de la nación siux?

—Soy Pluma Roja, hijo de Toro Blanco, que era jefe de la tribu de los zorros.

—¡Bah! He oído hablar de Toro Blanco, aun cuando nunca le ví.

—Mi hermano, cuyo nombre aún no conozco — no verá nunca a Toro Blanco ya, a menos que no lo encuentre en la región de las felices cacerías. El gran jefe ha muerto.

—También ha oido hablar de eso, Pino Erguido.

Pino Erguido, era, al parecer, el nombre del guerrero que hablaba.

—Este es Aguila Negra mi hermano de sangre, aún cuando es de raza blanca. Fué traído de niño a nuestra tribu y tiene un corazón de siux. Este es Lobo Solitario, jefe y sagamore de la tribu de los mohicanos.

—No he oido hablar nunca de esa tribu, pero no me cabe duda de que mi hermano es un gran jefe.

El tono de Pino Erguido no dejaba de ser amistoso, pero los recién llegados no habían tenido la acogida que esperaban. Sin embargo, Pino Erguido y Pluma Roja eran de la misma nación. Aguila Negra podía ser considerado también como un siux y Un Ojo, era de la misma sangre. Acaso la presencia del hombre blanco hacía que la acogida tuviese cierta frialdad.

Los tres guerreros que iban con Pino Erguido no pronunciaron palabra alguna y sus miradas eran tan amistosas como la suya.

En cuanto al quinto de los jinetes, se notaba que quería pasar inadvertido cuando estuvieron más cerca los unos de los otros fué fácil convencerse de que no era un piel roja. Su rostro, antes blanco, tenía ahora un color rojo-ladrillo, pero sin los reflejos cobrizos de los rostros indios. Tenía el cabello oscuro, a efectos de la grasa con que se lo untaba, pero estaban muy lejos de tener el aspecto de cerda de los de los hombres que iban con él. Sus pómulos no eran promineentes como los de los indios y su nariz carecía de la curva característica de la de los hombres de la raza roja.

—¿Quiénes son esos caras pálidas que los acompañan? — preguntó Pino Erguido.

Los tres que lo acompañaban miraron al joven Tiro Seguro, a Fitz Warrender y Bundock y sus miradas denotaban manifiesta hostilidad.

El honorable Guillermo, notó que Pluma Roja vacilaba en contestar y avanzó con su caballo algunas yardas. Sus mismos compañeros retrocedieron un poco al notar el movimiento.

Pino Erguido y sus compañeros indios también retrocedieron y el joven inglés fué dejado frente al hombre blanco en busca del cual había ido hasta allí.

No hubo indicio alguno de reconocimiento en la mirada de aquel hombre. Permaneció quieto sobre su montura, con el rostro impasible como el de un indio. Pero Pluma Roja notó que sus manos temblaban al sujetar la brida.

El honorable Fitz Warrender tendió su mano derecha

—¿Seguramente me reconoce usted, Edmundo? — preguntó.

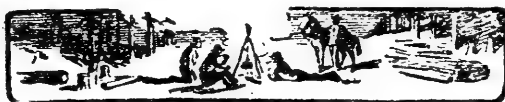
El joven Tiro Seguro los observaba atentamente. Sólo él tenía la clave de toda la historia, por que Búffalo Bill, se la había dado.

Desde el primer momento no había dudado de que aquel cara pálida, de aspecto indio,— el "squaw-hombre", — había reconocido a Fitz Warrender. Pero también, supuso desde el mismo instante que el "squaw-hombre", rehusaba dejarlo notar así.

No habló. Movió la cabeza lentamente y no hizo el menor gesto por tomar la mano que le tendían.

Los ojos de Fitz Warrender, expresaban su turbación y sus dientes blancos estaban apretados. Durante un largo minuto permaneció mirando fijamente, cara a cara, a su hermano.

Luego apartó la vista y volvió la cabeza.



CAPITULO IV

El proyecto de Bundock

AQUI ocurre algo muy extraño, algo muy serio, — exclamó Dick Arthur. — Es una mala señal eso de que Pino Erguido no nos haya invitado a acompañarles hasta las chozas de su clan."

Pluma Roja, hizo un gesto de asentimiento y Lobo Solitario murmuró un "¡Bah!"

Acamparon en la pradera, como a unas diez o doce millas de la aldea de los lobos.

Según costumbre, la hospitalidad de los siux debía hacerse extensiva a todos los guerreros de la misma nación. Pero Pino Erguido no había hecho ni la menor indicación de que podían acompañarlos hasta sus chozas. No había preguntado tampoco cuál era su misión pero eso podía obedecer a que lo había adivinado. No había hablado de obstaculizar

su viaje, pero también se comprendía que esa actitud obedecía a que suponía que no iban a pasar más adelante.

Al parecer, en todo caso, encontrarían una resistencia pasiva de parte de los lobos y de ser así, era lo mejor que podían desear.

Ninguno sabía cuándo la totalidad de la nación siux se encontraría en pie de guerra. El hecho de que los coyotes después de haber golpeado el poste de la guerra se hubieran refrenando en seguida en su movimiento contra los caras pálidas, era debido en parte a la pelea entre ellos y el Matador, que, en unión de sus hombres, habían sido expulsados de su lado después de la destrucción de la tribu de los zorros.

Aquella pelea había causado mucho daño moral a los coyotes. Algunos de sus jóvenes guerreros partieron con el Matador pero la prometida ayuda de los bandidos no se vió cumplida. Por eso comprendieron que estaban muy lejos de poder realizar la lucha con probabilidades de éxito. En tales condiciones lo mejor que podían hacer, — y lo estaban haciendo sin duda, — era trasladarse a otras regiones, como lo habían hecho antes otras tribus.

Los lobos eran una de las tribus errantes. A los ojos de los hombres de las fronteras, todos los indios siux eran malos: pero había diferentes grados de maldad entre ellos y los lobos eran los que tenían peor fama de toda su nación. Siempre habían sido hostiles a los caras pálidas.

La presencia entre ellos de un "squaw-hombre" y su manifiesto disgusto al ver al hombre blanco que había ido a conversar con él, complicaban el asunto más aun. Era difícil saber cuál era el paso próximo que habían de dar. Pero todos estaban convencidos de que Fitz Warrender no consentiría en iniciar el regreso hasta agotar todos los medios de llevar a término la misión que lo había llevado hasta allí. Comprendían que esa misión era pedir al "squaw-hombre" que lo acompañase en su viaje de regreso al este. Pero nadie suponía que pudiese alcanzar éxito favorable.

Fuera de Bundock, tan sólo Tiro Seguro sabía, — si el joven explorador podía afirmar que no estaba equivocado, — que al "squaw-hombre" era el hermano mayor de Fitz Warrender. Pero aquel era un detalle que pesaba poco en sus cálculos. El honorable Guillermo había conquistado por completo el corazón de Lobo Solitario, Pluma Roja y Dave Arthur. Aun el silencioso, Un Ojo y el muchacho Perro Pequeño lo estimaban. Era bueno y generoso con todos ellos; resultaba un buen camarada, y en las apartadas regiones del oeste la amistad sincera nace pronto entre hombres de caracteres parecidos.

—Lamento mucho que las cosas no marchen todo lo bien que sería de desear, — dijo el honorable Guillermo. — Me parece que les he traído a ustedes a un mal terreno. Pero comprendo que es inútil pedirles que regresen sin mí, y yo no puedo regresar todavía. Necesito hablar con ese hombre y no con otro miembro de su tribu, porque supongo que uno debe considerar a esos indios como su tribu.

—Está usted en lo cierto al afirmar que ninguno de nosotros consentirá en regresar sin usted, Guillermo, — dijo el joven Tiro Seguro. — ¡Todos nos quedaremos aquí, suceda lo que suceda, y no le abandonaremos, compañero!

—¡Bah! — exclamó Lobo Solitario.

El tono de la exclamación no daba lugar a duda respecto a sus sentimientos. Tampoco podía dudarse de cuáles eran los de Pluma Roja y Aguila Negra. Su rostro lo daba a entender.

—Señor, — exclamó Bundock. — ¿Y si yo pudiera hablar con... con ese señor?

—¿Piensa que se acordará de usted, mi fiel Bundock?

—Creo que sí, señor. No podría asegurarlo en absoluto. Nunca me quiso, como supongo que usted no lo habrá olvidado. Pero acaso sea posible que acceda a oirme, ya que no acepta oirlo a usted.

Bundock estaba informado por completo del disgusto habido entre los dos hermanos. El mayor, Lord Fontring, era el verdadero culpable. Había ocurrido en aquel caso lo mismo que en otros que le habían hecho disgustarse con casi todos los miembros de su familia. Hacía años que se había separado y durante ese tiempo ninguno de los dos hermanos se ocuparon el uno del otro. Si por una casualidad se encontraban en algún sitio pasaban al lado sin hablarse, como dos desconocidos.

—No tengo confianza en ello, Bundock,— dijo Fitz Warrender con gravedad. — Creo que accederá a oir si lo encuentro solo. Me parece que los pieles rojas han de tener alguna razón para estimarlo, aun cuando no me explico de qué razón pueda tratarse.

—Pero ¿puedo intentar mi plan, señor?— preguntó Bundock.

—¿Cómo piensa usted ponerlo en práctica, José? — inquirió Tiro Seguro.

—Creo que hay una forma, — respondió Bundock. — No pienso que pueda igualarme a un indio en habilidad, y no creo que mis amigos tomen a mal que yo les explique cuáles son mis proyectos. Como yo no puedo esperar hacer que desaparezcan los pieles rojas, el plan más directo y practicable es sólo uno. Me propongo ir a caballo hasta la aldea y entrevistarme con ese señor en su misma residencia.

Aun cuando la situación era muy seria, fué imposible evitar que los que oían a Bundock acogiesen sus palabras con sonrisas. Saltaba a la vista que José Bundock no podía competir en astucia con un piel roja y su plan de ir a caballo hasta la aldea y entrevistarse con Lord Fontring en su propia residencia, era algo que llegaba al límite de lo irrealizable.

Tanto, que el mismo Guillermo, ni pensó en discutirlo y se limitó a decir que no estaba conforme con el plan.

En cualquier otra circunstancia, aquello le hubiera sido suficiente para Bundock. Pero entonces el grandísimo afecto que sentía por su patrón, le inclinó a desobedecér sus

deseos. Confiaba, y tal vez no sin razón, que Lord Fontring accedería a escuchar las noticias que era necesario darle a conocer, mucho mejor de boca de otra persona que del hermano a quien odiaba. Y posiblemente, Bundock, que conocía tan bien la tremenda diferencia que había entre el modo de ser de los dos hijos del conde de Bryncaster, sospechaba que Lord Fontring estaba en la creencia de que era una diabólica combinación, el viaje de su hermano.

Cuando Bundock se envolvió en su manta y se encaminó hacia el campamento, aquella noche, estaba más resuelto que nunca a realizar su proyecto.

Su patrón había escuchado sus palabras con frialdad. Los camaradas las habían tomado a broma y hasta el mismo Lobo Solitario había sonreído.

Pero todo aquello no significaba nada para Bundock. Por la felicidad del honorable Guillermo estaba pronto a correr cualquier riesgo; pero no pensó poco ni mucho en los riesgos que su conducta podía acarrear a sus compañeros.



CAPITULO V

El rastreador furtivo

LAS sombras de la noche se habían extendido ya sobre la pradera. En bóveda celeste brillaban las estrellas. Soplaba un viento frío. Todos menos uno de los que formaban el pequeño grupo, dormían. Le tocaba el turno de vigilancia a Perro Pequeño. Sus compañeros de más edad se habían convencido ya de que el muchacho era tan digno de confianza como cualquiera de ellos.

Se encontraba echado a unas cuantas yardas más de distancia del fuego, que los demás y tenía una oreja junto al suelo. Para un hombre blanco aquella actitud hubiera sido muy propicia para dormir, pero Perro Pequeño estaba bien despierto, aun cuando no se movía.

Con el oido junto al suelo podía oir perfectamente todos los ruidos de la pradera, las pisadas de los más pequeños animales, el lejano ladrido de los coyotes y muchos otros ruidos de la vida nocturna de las praderas.

Pero aun cuando oía todo aquello, no era nada de eso lo que atraía su atención. Hacía unos minutos que llegaba hasta él el ruido que al chocar contra el suelo producían los cascos de un caballo.

El ruido procedía de considerable distancia y los cascos no tenían herradura. En un suelo más blando hubieran producido muy poco ruido, pero la mayor parte de la pradera era de piso duro y reseco.

Si Perro Pequeño hubiera estado de pie o sentado, difícilmente hubiera podido oir algo. Pero la tierra reseca es un excelente conductor del sonido y teniendo el oido pegado a ella podía percibir claramente el ruido de las pisadas.

No experimentó alarma ninguna, pero sí curiosidad.

Aquel jinete no era indudablemente de la aldea de los lobos. Los ruidos se oían en dirección contraria. Además ningún hombre del clan de los lobos se atrevería, por sí solo, a amenazar la paz del campamento. De atacar, los lobos lo harían en gran número.

Perro Pequeño tenía su opinión respecto a quien podía ser el jinete solitario.

Había aprendido a conocer al Matador. Existían muchos hombres entre los siux semejantes al canalla renegado, que antes había sido Víbora Amarilla, de la tribu de los coyotes; pero no había ninguno tan vengativo entre todos los indios, aun cuando la venganza es una de las pasiones del piel roja.

Unicamente en caso de que el Matador se hubiera extraviado en las cuevas y hubiera perecido de hambre, — cosa posible, pero no muy probable, — era de suponer que no volviera a encontrarse en el camino de los hombres a quienes odiaba.

A despecho del indiscutible valor que caracterizaba a Pluma Roja y a Lobo Solitario, el Matador era un peligroso enemigo. La astucia era una de sus características, y lo mismo era suficientemente canalla y traidor para atacar a un guerrero desprevenido que suficientemente audaz y valeroso para afrontar los peligros ulteriores que pudiera ofrecer su acción.

El ruido de las pisadas, cesó. Perro Pequeño escuchó durante un par de minutos más y luego se levantó. No dió la voz de alarma en el campamento. El adversario estaba aun lejos y el muchacho confiaba en sí mismo. Si era el Matador el que se acercaba, habría dejado a su caballo a una prudente distancia y avanzaría arrastrándose por el suelo como el reptil cuyo nombre llevaba anteriormente.

Tendría la esperanza de encontrarlos a todos rormidos, porque los indios rara vez establecen vigilancia. La hoguera que habían encendido le dió a conocer el punto donde estaban.

Perro Pequeño confiaba en apoderarse de su primera cabellera.

Había dado muerte a Serpiente Deslizadora, el más temible cazador de cabelleras de la banda de malhechores, y asesino de su padre. Pero no se había apoderado de su cabellera, por no tener tiempo para ello.

El Matador no era enemigo personal suyo, como Serpiente Deslizadora lo había sido. Pero era enemigo de los amigos de Perro Pequeño y apoderarse de su cabellera sería un gran placer para él.

Si era el Matador el que llegaba era posible saltar sobre él antes de que entrara en el campamento, darle muerte con un rápido golpe y cargar con el codiciado trofeo, refiriendo luego lo ocurrido a Lobo Solitario.

El muchacho esperaba alerta y con los nervios en tensión.

Arrastrándose por el suelo reseco en dirección al sitio donde estaban él y sus camara-

las, ayudándose con las manos y las rodillas, echado sobre el estómago, semejante a un reptil, llegó el Matador.

De vez en cuando se detenía y levantaba la cabeza para observar lo que pasaba a su alrededor. La hoguera apenas daba resplandor; había ido apagándose por falta de combustible. Pero la luz era suficiente para guiar al indio.

Salió de entre las sombras y se fué acercando más y más, mientras su rostro estaba alterado por el odio y sus ojos relucían.

Las sombras no le impedían ver, pero Perro Pequeño también veía en la oscuridad. Seguía con interés los movimientos del piel roja, guiándose por el reflejo de la hoguera en sus ojos, cosa casi imposible para cualquier otro no iniciado en la vida de las praderas.

A unas veinte yardas del campamento, el Matador pudo distinguir la silueta de los que dormían.

El muchacho estaba tendido en el suelo con su tomahawk y cuchillo prevenidos.

El Matador creyó que todos dormían según esperaba, pues estaba poco al corriente de las costumbres de los hombres blancos.

En cambio Perro Pequeño, permanecía bien despierto, latiéndole el corazón con violencia, con tanta fuerza que llegó a temer que el otro pudiera notarlo si acaso se acercaba a él.

Vió claramente al indio, echado de bruces, con la barbilla apoyada en el suelo y los ojos levantados.

Luego, el Matador se fué acercando más y más, y por fin se levantó.

Perro Pequeño contuvo la respiración y sus dedos apretaron con fuerza el mango de su tomahawk.

El único temor que experimentaba era que la fallase el golpe.

El astuto asaltante pasó despacio por junto a él, mirándole al pasar.

Pero no era la cabellera de un muchacho lo que el Matador buscaba aquella noche. Sus miras eran de mayor importancia.

Pasó junto a Bundocy. Luego al lado de Fitz Warrender. Lobo Solitario, estaba después, y ante él el canalla asesino se detuvo un instante, porque odiaba a muerte al mohicano.

No pensaba en arrancarle la cabellera al muchacho. Y algo le decía a éste ahora que el Matador, que había pasado junto a él, despreciándolo, era a Aguila Negra a quien deseaba dar muerte y arrancar la cabellera.

El muchacho había hecho su ídolo de Lobo Solitario. Hubiera muerto gustoso por Lobo Solitario. Permaneció atento mientras el bandido permanecía inclinado sobre él para cerciorarse de su identidad.

Todo sucedió como calculaba. El Matador siguió su camino.

Estaba vuelto de espaldas a Perro Pequeño. El momento crítico había llegado.

Detrás de Lobo Solitario estaba Aguila Negra y el muchacho se convenció de que era a él a quien buscaba porque era al que odiaba más.

Suavemente, sin ruido, se puso de pie Perro Pequeño y sin ruido, también, saltó sobre el Matador.

Pero el Destino no había resuelto que el canalla muriese aquella noche. En el momento en que el muchacho saltaba, Bundock se estiró durmiendo, alargó un brazo y sin darse cuenta de lo que hacía agarró a Perro Pequeño por una pierna.

El muchacho cayó, arrojando al mismo tiempo su tomahawk contra el Matador y lanzando su grito de guerra, al caer.

Instantáneamente, Lobo Solitario, Pluma Roja y Un Ojo, se despertaron y estuvieron de pie. En seguida hicieron lo mismo Dave y Dick Arthur. Pero los dos ingleses tardaron más.

El tomaahwk golpeó al Matador en uno de los lados del cuello causándole sólo una herida superficial; más bien un arañazo sin importancia. Pero bastó para salvarle la vida a Aguila Negra, porque el cuchillo que iba a clavarse en su corazón, se desvió y se hincó en el suelo.

No hubo tiempo para un segundo golpe. El Matador dió un salto y pasó entre Fitz Warrender y su sirviente, quienes se acababan de despertar y ni se dieron cuenta de lo que ocurría. Su vista, no acostumbrada a las tinieblas, no sabía distinguir al Matador, de los que eran sus amigos.

Rápidamente siguió al asesino, Perro Pequeño. Tan sólo llevaba un cuchillo, pero no temía nada. Se agarró al fugitivo, más el impulso que éste llevaba le ayudó a rechazar al muchacho, a quien derribó al suelo.

Con un penetrante grito el Matador se perdió entre las sombras.

—¡Perro Pequeño! — gritó Lobo Solitario.

—¡Aquí estoy, padre! — respondió humildemente el muchacho.

—Ha sido una mala guardia la que has hecho, hijo mío.

El muchacho había enmudecido. No quiso explicar lo que había pasado. Comprendía que su conducta al dejar llegar al malvado hasta el centro del campamento sin dar el grito de alarma, no merecería la aprobación de ninguno.

Era posible que creyesen que se había dormido durante su guardia, aun cuando eso hiciese que en lo futuro no le tuviesen confianza completa.

—¿Era Víbora Amarilla el que vino?—dijo Aguila Negra. — Estoy seguro, aun cuando no he visto ni oído nada.

—Era el Matador, — respondió con tristeza el muchacho.

Ninguno le había explicado que uno y otro eran la misma persona. No le acusaron de nada. Después de todo, acaso era demasiado esperar de un muchacho de sus años que se comportase como un hombre.

Pero fué relevado de su guardia y Lobo Solitario ocupó su lugar.

Cualquier tentativa de dar caza al Matador en la pradera envuelta en tinieblas hubiera resultado fútil; y por eso no lo hicieron así. Pero por la mañana, antes de que saliera el sol, Un Ojo siguió sus huellas, aun cuando eran difíciles de hallar, y así llegó



Se dejó caer con fuerza en la espalda del Matador y la violencia del golpe hizo que el guerrero siux diera contra el suelo, quedando, durante algún tiempo, indefenso. ("El Guerrero Blanco de los Siux". Capítulo II).

hasta el sitio donde el otro había dejado su caballo.

Las pisadas del animal se veían con claridad y por otros signos, juzgó que Dick Arthur estaba en lo cierto acerca de la identidad del maldito visitante.

Por la mañana Perro Pequeño, que había escapado a toda reprimenda, a excepción de lo que le dijó Lobo Solitario, confesó por completo lo ocurrido al mohicano. No lo hubiera hecho de no tomar las cosas el jiro que tomaron; pero la forma en que fué considerado su fracaso como centinela, le hirió y estaba interesado en demostrar a Lobo Solitario que no se había dormido mientras hacía su guardia.

Las pocas palabras que, como reprimenda, le dirigió el jefe mohicano, le hicieron mucha impresión.

Era casi un milagro que el muchacho conservase tales escrúpulos de conciencia, después de vivir entre los de la banda de asesinos. Acaso la hubiera perdido. Pero entonces notaba que renacían en él ciertos escrúpulos y su devoción hacia el mohicano tuvo la virtud de despertarle una especie de compañerismo que jamás había sentido hasta entonces.

Vagamente se explicaba que era necesario ser leal para todos aquellos hombres, y no sólo para Lobo Solitario. Ellos eran leales todos entre sí, como lo demostraba el que le tratasen a él del mismo modo que a cualquiera de ellos. No cobraría a ninguno tanto cariño como sentía por Lobo Solitario, pero eran amigos de éste y eso debía bastarle.

Aquella noche y la mañana siguiente marcaban un rumbo en la vida del muchacho, tan definitivo como lo fué su encuentro con el jefe mohicano.

Y los frutos del cambio que experimentó, aun cuando tal vez lo notase ninguno de sus compañeros, no habían de tardar en notarse.



CAPITULO VI

El secreto del "squaw-hombre"

Un hombre calvo, que vestía de modo distinto al de todos los siux del clan de los lobos y a quien nunca se había visto entre sus chozas, caminaba hacia la aldea, unas horas después de salir el sol, la mañana siguiente.

Mientras Un Ojo había seguida las huellas del Matador, y los demás del grupo se hallaban entretenidos en preparar el almuerzo, José Bundock se había alejado, había ensillado su caballo y oculto por los árboles de un pequeño bosque, había partido, sin que le viesen.

Sabía que no tardaría mucho en que notasen su ausencia, y comprendía que sus compañeros adivinarían adónde había ido y saldrían en su busca, por eso marchaba ligero, aún cuando el ir a caballo no era su fuerte.

El sombrero se le había caído durante la carrera, pero no quiso apear de su caballo para agarrarlo. Y seguía su marcha. Había averiguado en qué dirección estaba la aldea, pero era más por suerte, que por conocimiento del terreno, el que su dirección no estuviese equivocada.

Bundock tenía aún mucho que aprender para conocer los caminos de las praderas.

Una regular cantidad de perros ladraban en las inmediaciones de la aldea y cuando él se acercó le hicieron escolta ladrando y gruñendo.

Para colmo de suerte, el primer hombre que encontró al llegar a las chozas, fué el blanco a quien iba a buscar. Pero a causa de ese encuentro era difícil que la entrevista pudiera realizarse en su misma residencia.

El heredero de la familia Fitz Warrender se encontraba paseando por el ancho espacio a cuyos costados habían sido levantadas las chozas de los lobos.

Iba vestido a la usanza de los indios y pendientes de su cinturón se veían el tomahawk y el cuchillo. Pero no obstante todo eso, su aspecto no era el de un piel roja. Parecía fuera de lugar en aquel ambiente.

Hubiera dejado pasar a Bundock sin hablarle, y tal vez sin verlo, aún cuando el inglés hubiera jurado que miró en dirección suya cuando se aproximaba.

Pero Bundock, habló.

—¡Milord! — dijo.

Saltó de la silla y colocó una de sus manos en el brazo del "squaw-hombre". Unicamente en un caso extremo como aquel podía tomarse Bundock semejante libertad. Había servido a la familia Fitx Warrender, desde muchacho, y el respeto que sentía por todos sus miembros se extendía hasta aquel hombre.

Fontring, apartó con un movimiento brusco aquella mano.

—¡Le suplico que me escuche, señor! — rogó Bundock.

—¿Lo envía mi hermano?

—En cierto modo, sí. Pero hablando en justicia, no puedo afirmar que es él quien me envía. Le manifesté que intentaba llegar hasta aquí y no aprobó mi idea. No me cabe duda de que se disgustará conmigo cuando sepa que vine. Pero puedo decir que vengo de parte suya desde que lo que tengo que decirle es, en realidad, el mensaje que trae él y por ello yo no debiera haberme tomado la libertad de hacer esto.

El rostro de Lord Fontring, cambió de expresión y un resplandor brilló en sus ojos. Un momento antes parecía un hombre anormal, pero de pronto se transformó y el hombre que estaba ahora frente a Bundock pareció distinto.

—¿Y qué quiere Guillermo? — preguntó. —¿Pretende acaso quitarme de enmedio?

—¡Señor ¡Milord! — protestó Bundock, verdaderamente horrorizado. — ¡El honorable Guillermo Fitz Warrender es incapaz, ni aún de pensar en semejante cosa! Agregaré que ha tenido que afrontar muchos pe-

ligros para llegar hasta aquí y aún en estos momentos no se encuentra en una posición muy envidiable.

—¡Eso no deja de ser cierto! — respondió el "squaw-hombre" — Está en situación bastante comprometida. Yo puedo mandar contra él a todos los indios y no estoy muy seguro de que no lo haré.

¡Tengo la certeza de que usted no pensará en hacer tal cosa, milord!

—No esté tan seguro de ello, Bundock. He hecho cosas peores en mi vida y no me entristecería el hacer eso ahora. En cuanto a Guillermo, siempre le odiado.

—Acaso sus sentimientos hacia él sufran un cambio, señor, cuando se lo informé que su muy apreciado padre, el conde de Bryncaster está gravemente enfermo. Los más eminente médicos de Harley Street le calculan solamente algunos meses de vida, todo lo más. Acaso haya muerto y esté enterrado mientras yo habla ahora.

El "squaw-hombre" se rascó la nariz e hizo un gesto que tenía tanto de loco como de astuto.

—¡Ah! ¿Y Guillermo ha venido para convencerme de que debo regresar a casa para ser el nuevo conde de Bryncaster! ¿Eh? ¿Y usted piensa que eso es un gesto de nobleza en él? ¡Ah mi bueno e inocente Bundock, usted cree que todas las virtudes son patrimonio de la aristocracia! Pero no van a cazar zorros viejos con trampa. Yo no regresaré a casa con Guillermo para que el décimoséptimo conde de Bryncaster perezca en un accidente cualquiera y ser él, en seguida, el décimooctavo conde.

Era curioso y para Bundock más bien digno de lástima ver a aquel hombre tan bien educado, vestido como los indios hablando como un demente. Stateley, Bryncaster Court, Eton y Oxford las temporadas de carrerass de regatas y de otros sports, las de reuniones de la más alta aristocracia, fueron las predilectas de Lord Fontring, en pasado, Y ahora era sólo un miserable demente, que vivía entre los tribus, como un indio cabado con una india roja, con hijos mestizos en su choza.

—Amigo Bundock, — exclamó. — A usted no hay forma de sobornarle. Bien lo sé. Siempre le profesé antipatía por su manera de proceder, pero bien sé que, a pesar de sus defectos, jamás traicionaría usted el secreto de un Fitz Warrender. Dígame, Bundock, ¿estaría yo libre de todo peligro si tratase de regresar? No iría con Guillermo, de ninguna forma, jamás me arriesgaría a tanto. Pero, ¿se llegó a conocer a ciencia cierta la forma en que murió Harry Belling? Dígame eso. Bundock ¿Murió sin hablar?

El fiel sirviente se quedó anonadado. Al fin comprendía la razón por la cual, Lord Fontring había descendido hasta llegar á donde estaba. La muerte de Sir Harry Belling uno de los amigos inseparables de Fontring produjo gran sorpresa en Londres y casi al mismo tiempo había salido del país Lord Fontring. Pero su nombre no fué asociado nunca a aquella muerte. Se supuso que se había dirigido a Liverpool para embarcarse para Nueva York, por lo menos unas veinticuatro horas antes de la muerte de su amigo. Además ninguno supo que hubiera reñido con Belling.

Por falta de pruebas concretas alguien, se calificó de suicidio el hecho, no obstante ciertos detalles que hicieron dudar a los jurados al dictor su veredicto. Bundock fué uno de los que dudaoon. Conociendo como conocía a la víctima, siguió el desarrollo del proceso con el mayor interés.

Nunca sospechó de Lord Fontring. Pero ahora no abrigaba duda alguna. Miró al fingido indio y notó reflejada en sus ojos la denuncia. Trató de convencerse de que Lord Fontring debía haber estado loco cuando dió muerte en forma tan astuta al amigo con quien nunca había tenido el menor disgusto.

—¡Señor! — exclamó. — ¡Francamente yo no esperaba oir semejante cosa! He venido hasta aquí, únicamente para insistir en la necesidad de que regrese a su patria y ocupe su debido puesto entre el mundo civilizado. Ahora, milord, piénselo un poco. Después de eso, usted no puede regresar. El hacerlo así equivaldría arriesgarse en una forma tal que complicaría, como nunca ocurrió el nombre de los Fitz Warrender y arrojaría una terrible mancha sobre él.

—¿Y qué me aconseja hacer, Bundock? ¿Que tome una escopeta, salga con ella al campo, ate un cordel al gatillo y el otro extremo de un pie, me coloque el caño del arma en la boca y tire? ¿Es eso? ¡Muchas gracias! ¡Eso no es para mi! En una ocasión vi a un muchacho que se había quitado así la vida. ¡Estaba muy fea! Ese estará bien, quizás, para el bueno de Guillermo, pero para mí, no.

De repente cambió por completo su actitud, volviéndose casi brutal.

Pero ya no demostraba locura y de sus ojos había desaparecido el siniestro fulgor de la demencia.

José Bundock comprendió más aún. Lord Fontring estaba loco, pero a intervalos, tenía sus momentos de lucidez a los que seguían, y precedían de inmediato los accesos más o menos fuertes.

Pero acaso fué esa misma locura la que le indujo a hacer tan grave confesión.

El "squaw-hombre", quería cerciorarse de cuál podía ser su verdadera situación si regresado a la lejana Inglaterra. No era probable que estuviese resuelto a volver, pero era evidente que había pensado alguna vez en ello, sin descartar por completo la idea de su mente.

Conocía la lealtad de Bundock. El buen hombre no le profesaba afecto ninguno a Lord Fontring. Pero éste era un Fitz Warrender y el viejo sirviente era del todo leal a la familia.

Jamás se había visto en su vida en situación tan delicada como aquella. No tenía forma alguna para salir de ella. No podía insistir para que el "squaw-hombre" regresase a Inglaterra y recuperase su debido rango. Era preferible que continuase entre

los salvajes viviendo con ellos y morir allí, a pensar en que un demente criminal llegase a ser el conde Bryncaster.

Había sugerido la idea de atravesarse la cabeza de un balazo. Sólo fué un chiste brutal, y Bundock lo comprendía así. Pero no obstante opinaba que era aquella la mejor forma de resolverlo todo; preferible a cualquier otro que pudiera adoptar. El procedimiento era el único digno que podía emplear aquel hombre que había inutilizado su propia vida y amenazaba hacer lo mismo con la de los demás.

Fontring, leyó en el honrado semblante de Bundock cuales eran las ideas que llenaban su imaginación.

—¿No es mala la ocurrencia, eh, Bundock? ¡El heredero pródigo se elimina del mundo y el virtuoso hermano menor, lo hereda! Pero no lo haré así, Bundock. ¿No le parece bien?

Su rostro adquirió una horrible expresión mientras reía a carcajadas.

Bundock, pensaba que prefería al Lord Fontring insano, al cuerdo. Era más fácil hallar como excusar el proceder de un loco. Pero en realidad muy rara vez manifestaba una cordura completa. Aún en los momentos de mayor lucidez, la demencia parecía atacar su cerebro.

Bundock no sabía qué decir. Permaneció inmóvil y silencioso.

—¡No se atreve a abrir la boca despues de lo que ha oído, Bundock! — exclamó Lord Fontring.

Y su tono de voz era entonces amenazador y dominante. Era la entonación que puede emplear el miembro de una casta superior al dirigirse al de otra inferior. Bundock jamás había sido tratado en aquella forma por el honorable Guillermo.

—¡No puedo ni pensar en entregarle a usted a la justicia, milord! — dijo el buen hombre. — Pero tendré que poner al corriente de todo a mi patrón.

—¡Cómo! ¡Que el cielo lo confunda! ¿Pretende contarle todo a ese infame que no tiene otras miras que sacarme de en medio? Pero no se le presentará nunca la ocasión de traicionarme de ese modo.

—¡No sé cómo va usted a poder impedir que yo cumpla con lo que considero mi deber, Lord Fontring.

—¿De qué manera? ¡Pero horrendo calvo hipócrita solapado, viejo idiota, mire en torno suyo y dígame si no puedo evitarlo! ¿Por qué causa, hombre inútil, pone así su vida en mis manos? Con sólo levantar un dedo puedo condenarle a muerte.

Bundock miró en redor suyo y el corazón le dió un vuelco.

Tan embebido había estado en la conversación con Lord Fontring, que no se dió cuenta de lo ocurrido en torno suyo.

Pero ahora, tan sólo podía cerciorarse del peligro en que se hallaba.

Los guerreros del clan de los lobos habían llegado, y lo rodeaban por completo. En todo el círculo de rostros rojos no había uno solo que no expresase hostilidad. Los ojos brillaban amenazadores; los dientes se mostraban prontos para morder; algunos de los guerreros empuñaban el tomahawk o el cuchillo con ademán bien significativo.

Parecía en realidad, muy cierto que el "squaw-hombre", no tenía necesidad más que de levantar un dedo para sentenciarlo a muerte, — acaso después de varias horas de tortura. — Y Bundock sabía muy bien que Fontring le odiaba.

Su limpio, recientemente afeitado rostro palideció. Una mirada de desaliento se notó en sus ojos pardos. Pero el corazón de Bundock, conservó su entereza.

—¡Reconozco que usted tiene todas las ventajas de su parte, milord! — dijo con voz temblorosa. — No apelaré a su piedad pues sé de sobra que no la tendría para mí. Sólo quiero preguntarle en qué condiciones me permite que regrese para reunirme con los que me acompañan.

—Eso es una cosa muy fácil, Bundock. Solamente tiene que jurarme que no dirá a nadie ni una palabra de lo que le he dicho y así lo dejaré partir.

Bundock lo miró de frente, con expresión de asombro. ¿Hablaría con sinceridad?

La palabra de Edmundo Hastings Plantagenet, Fitz Warrender, Lord Fontring, no había sido jamás muy digna de crédito. Pero en aquella ocasión parecía hablar con sinceridad.

—Me puedo comprometer a no hacer mención alguna, a excepción de mi patrón. El debe saber lo que ha ocurrido. Que él guardará el secreto es cosa inútil de decir. No es posible que el honorable Guillermo Fitz Warrender, quien tiene en tan alta estima el honor de la familia, vaya a mancharlo diciendo lo que ha hecho Lord Fontring.

En la voz de Bundock se notaba el desprecio.

—¡Cómo, odioso y viejo loco! ¿No comprende que mi hermano es el último hombre del mundo que debe conocer un secreto del que depende la muerte o la vida para mí? ¡Vaya al diablo el honor de la familia! Eso no bastará para sujetar su lengua y me entregará gustoso al verdugo con tal de llegar a ser conde de Bryncaster. ¿Quiere darme su palabra o mire a su alrededor y elija?

—Señor. Puedo darle mi palabra, y luego no cumplirla, — respondió Bundock con voz baja y temblorosa.

—Es un error, Bundock. No puede hacer eso.

Aún cuando el canalla no tuviese ni un resto de dignidad, conocía muy bien cuál sería el proceder del noble Bundock.

Al parecer sí. Y tenía razón al pensar de ese modo. Ni aún para salvar su vida era capaz Bundock de faltar a una palabra de honor.

Y no quería regresar al lado de su patrón sin confesarle el secreto. Lo consideraba una infamia.

—¡No puedo prometerlo, Lord Fontring! Puede usted hacer lo que juzgue conveniente. Pero me es imposible prometer lo que no he de cumplir.

Bundock hablaba con claridad, levantó la

cabeza y cruzó las manos sobre el pecho, mientras se expresaba así.

Lord Fontring, hijo de un noble conde, y "squaw-hombre" de los siux, lo miró asombrado.

¿Qué notaba en aquel hombre de plebeyo origen, que él no era capaz de sentir? Un noble inglés no se hubiera conducido de otro modo, con toda su sangre azul.

El honorable Guillermo acaso hubiera podido explicar aquello. Hubiera dicho a su hermano que José Bundock era un caballero inglés. Aún cuando era un sirviente, era mil veces más caballero que Edmundo Hastings Plantagenet Fitz Warrender, Lord Fontring.

—Perfectamente, Bundock. Desde que elige la parte dramática del asunto, lo pagará con la vida, — rugió el "squaw-hombre".

Pronunció un par de palabras en lengua siux y los guerreros envolvieron a Bundock, se apoderaron de él y lo llevaron.

Una cruel sonrisa desplegó los labios del "squaw-hombre". No era capaz de experimentar piedad alguna. Había condenado a Bundock a muerte y sabía que tenía influencia bastante para que se cumpliesen sus deseos.

¡Pero el desventurado, antes sufriría la tortura!

El destello de la locura volvió a brillar en los ojos de Lord Fontring.

En Inglaterra no hubiera podido torturar a un hombre aún cuando estuviese sentenciado a muerte. Después de todo tenía él más poder entre los siux, aún cuando estuviese, en gran parte, basado en su locura, más que a otro antes.



CAPITULO VII

Un Ojo y Perro Pequeño en acción

DONDE estará Bundock? Era, naturalmente, el honorable Guillermo el que hacía la pregunta.

Durante los últimos tiempos, el honorable Guillermo había necesitado cada vez menos de los servicios de Bundock. Pero, aún cuando la utilidad del viejo había disminuido como sirviente, su importancia como camarada había aumentado mucho. No era tan solo su patrón el que lo consideraba un buen compañero. El joven Tiro Seguro, le había cobrado profundo afecto a José, y los demás, no obstante su modo de pensar indio, apreciaban a aquel hombre de modo diferente que a todos los demás de su clase a quienes habían conocido.

—Puede ser que haya vuelto a ir en busca de oro, — dijo el joven Tiro Seguro, sonriendo intencionalmente.

—No lo creo porque estamos en la pradera, — agregó el honorable Guillermo. — Lo que me parece es que ha puesto en ejecución el ridículo plan de que nos habló ayer.

—¡Por todos los santos! ¡Si así lo ha hecho puede acarrearnos muchos disgustos! — exclamó Tiro Seguro. — ¡Hola, Dick! ¡Dick!! ¿Ha desaparecido algun caballo?

Aguila Negra, regresaba en aquel momento del sitio donde estaban atadas las monturas. Hizo, por toda respuesta, un grave gesto de asentimiento con la cabeza.

—¡Se ha marchado! — dijo Dave.

—¿Qué podemos hacer? — preguntó el honorable Guillermo.

—¿Que el diablo me lleve si lo se! Vamos a ver lo que dicen los otros. Pluma Roja es nuestro jefe mientras estemos en la región de los siux. Pero no creo que tenga gran influencia entre la tribu de los lobos.

Pluma Roja, al ser consultado respondió que la sangre siux podía influir poco en aquellas circunstancias. La forma en que Pino Erguído y sus compañeros se habían conducido cuando su entrevista, demostraba que no le consideraban como un verdadero hijo de su nación. Hasta cierto punto, los temores que sentía tenían razon de ser.

Pluma Roja, abatido, enfermo, anonadado por la destrucción de su tribu, se había asociado con las caras pálidas. No era posible que volviera a convivir con los de su nación.

Tanto él como Lobo Solitario, también aconsejaron paciencia. Lo único que se podía hacer en tales circunstancias era esperar eal regreso de Bundock. No pensaban que hubiese que temer por su vida. Pero recordando la conducta de los dos indios, Tiro Seguro no se sentía tranquilo al pensar en el sirviente inglés

—Temen que lo martiricen, — murmuró el honorable Guillermo para sí. — ¡Pobre viejo José! Pero si acaso han resuelto torturarlo tenemos tiempo hasta la noche para ir a salvarle y eso siempre resulta una ventaja para nosotros.

Fitz Warrender propuso ir a caballo a la aldea y pedir que les devolviesen a Bundock. Pero su idea no encontró apoyo ninguno. Semejante plan no tenía probabilidades de éxito. Su situación era tan delicada que el empleo de amenazas sería inútil.

Los indios lobos se habían mostrado hostiles. pero no tardó mucho en verse que su hostilidad era mayor do lo que suponían. Si Bundock no regresaba su falta debía considerarse como una declaración de guerra. Y de ser así, el pequeño grupo de Fitz Warrender emostaría de qué era capaz antes de seh derrotado, porque no era posible que vencieran si no se producía un milagro.

Después de la comida de la mañana se reunieron para tratar de esa cuestión. El honorable Guillermo, manifestó que si Bundock regresaba, el mejor plan era alejarse cuanto antes de la región de los siux. Ya había visto a quien tenía que ver, y no consideraba que una nueva tentativa de entrevista resultara más provechosa. Además, Bundock podía informarle de la marcha del asunto.

Cuanto más pensaba el honorable Guillermo en el "squaw-hombre", un salvaje entre los salvajes y en todo lo que tenía que haber

aprendido en su vida entre la tribu, más se convencía de que aquel hombre no podría nunca ser un aceptable décimoséptimo conde de Bryncaster.

Fitz Warrender no codiciaba la posesión el título y de las tierras, pero se horrorizaba al pensar que el concepto en que se tenía al nombre de la familia se viera desprestigiado por la conducta de su hermano. ¡Era preferible abandonarlo entre el lodo en que el mismo se habían hundido!

Lobo Solitario y Pluma Roja esperaban tranquilamente. Dick Arthur que tenía un carácter tan parecido al de los indios, también se sentía tranquilo. Pero Fitz Warrender y Tiro Seguro, estaban impacientes y para ellos, las horas tenían la duración de día. Una, otra y otra vez miró el honorable Guillermo su reloj. Una otra, y otra vez la mirada del joven Dave se dirigió hacia el horizonte. Pero las horas pasaban y Bundock no regresaba.

—¡Hay que tomar una determinación! — exclamó el honorable Guillermo, cuando el sol llegaba al cénit.

—Lo mismo creo, — agregó Dick Arthur, —Hay que hacer algo ahora, pues ya es de suponer que Bundock está prisionero. Debze ser rescatado y para eso hay que acercarse a la aldea de los lobos sin esperar más. Aquí no estamos en buenas condiciones para la defensa. Es necesario que encontremos una posición mejor antes de intentar el rescate, intentando uno o dos de nosotros deben ir de exploradores hasta las chozas y procurarse alguna información acerca del sitio donde está preso nuestro amigo, así como sobre lo qué piensan hacer con él.

El honorable Guillermo le miraba lleno de asombro. Le parecía imposible que aquel joven educado entre los siux y que sólo llevaba algunas semanas entre gente de su propia sangre, pudiese hablar inglés en forma tan correcta, prometiendo transformarse en un cercano porvenir en un tipo perfecto de estadounidense. Pensaba en su hermano que habiendo tenido la oportunidad de hacer lo mismo, no la había aprovechado.

La propuesta de Dick Arthur le agradó. Era indicio de que al fin se iniciaba en forma activa, el rescate.

Pluma Roja, Lobo Solitario y el joven Tiro Seguro estuvieron todos de acuerdo. Era evidente que tenían que prepararse para la lucha.

Había que decidir quién realizaría tan importante tarea, quién iría a la aldea de los lobos a obtener las informaciones necesarias.

Pero esto pronto quedó resuelto.

—¡Bah! ¡Yo iré! — dijo Un Ojo.

Era el más astuto ojeador de todos ellos y ninguno dudaba de que podría ir y regresar ileso, salvo, como era lógico, que le ocurriera algún accidente impevisto.

—¡Déjeme usted ir con él! — suplicó Perro Pequeño.

Pluma Roja miró a Un Ojo y el guerrero zorro asintió con un gesto. Al parecer estaba pronto a aceptar a Perro Pequeño como discípulo en el difícil arte de los ojeadores y la ocasión era de las mejores para darle una buena lección práctica.

Un Ojo sabía que el muchacho no era tonto y si debido a su carácter reconcentrado no daba muestras de su viveza, confiaba en plenamente en Perro Pequeño.

Se alejaron todos juntos y después Un Ojo y Perro Pequeño se apartaron dirigiéndose al sitio donde el cual pensaban vigilar la aldea. Los demás se quedaron atrás en el punto que eligieron para hacer el nuevo campamento. Ese punto estaba en una colina algunas millas más cerca de la aldea de los indios lobos.

Ni una palabra se cruzó entre Un Ojo y el muchacho hasta que estuvieron a mitad de su camino. Entonces, Un Ojo, detuvo de pronto su caballo. Perro Pequeño saltó del suyo y los dos se pusieron a examinar unas huellas que se notaban fácilmente en el suelo de blanda tierra.

—¿Bah? — preguntó Un Ojo.

—¡El Matador! — respondió Perro Pequeño.

—¿Bah? — repitió el otro.

En esta ocasión la entonación de la única sílaba de la exclamación equivalió a: "¿En qué lo ha conocido?"

Perro Pequeño indicó las señales de los cascos. Una de esas señales difería de las otras tres. Parte del vaso, — tan sólo una pequeña parte, — había desaparecido a causa de un accidente tal vez o por otra razón desconocida. El resultado era una marca que para ningún piel roja de pura saugre podía pasar inadvertida.

No había duda, Perro Pequeño podía ser considerado un buen rastreador. Un Ojo, reconoció que era aquel el sitio donde había quedado la noche anterior el caballo del Matador, y vió que el muchacho sabía leer las señales tan bien como él.

—¡Bah! — exclamó de nuevo.

En este caso su exclamación denotaba que estaba satisfecho.

No se veía ningún jinete más en toda la extensión de la pradera; pero no confiaron en ese indicio que podía resultar falso.

La aldea de los lobos se distinguía confusamente a lo lejos, cuando se apearon y manearon sus caballos en un bosquecillo.

Entonces comenzó para Perro Pequeño una lección que no olvidó jamás. Acercarse, sin ser visto a una aldea india, en pleno día, no es tarea muy fácil. Tal vez ninguno de los del grupo, a excepción de Un Ojo, hubiera sido capaz de realizarla. Pero él la realizó. Aprovechó todo cuanto pudiera ofrecerle protección, cada ondulación o cada hondonada de la pradera. Perro Pequeño iba una o dos yardas más atrás de él, copiando exactamente, hasta ssu menores movimientos. En algunas ocasiones caminaban erguidos en otras apoyados en las manos y las rodillas, y a veces se arrastraban echados de cara en el suelo. Sin proceder así, ni aún el mismo Un Ojo hubiera podido llegar hasta las cercanías de la aldea.



El honorable Fitz Warrender tendió la mano derecha. "¿Seguramente no me reconoce usted, Edmundo?" — preguntó. El joven Tiro Seguro los observaba atentamente. ("El Guerrero Blanco de los Siux". Capítulo III).

Si las chozas hubieran estado edificadas en el centro de la pradera la hazaña hubiera resultado más difícil aún. No temían que los perros despertasen con sus ladridos la alarma, porque se habían despojado de casi toda su ropa, y los perros no ladran cuando ven a un hombre desnudo.

Pero, a pesar de todo, los hubiesen visto si no hubieran aprovechado las ventajas que les ofrecía un barranco que costeaba la aldea por su lado norte. Por este lado prosiguieron su avance, protegidos por las malezas. Anduvieron así la mayor parte del camino y después avanzaron cautelosamente hacia el lado más cercano de las chozas de los lobos. Se levantaba allí un árbol muy alto cuya copa quedaba junto al borde del barranco. Treparon hasta las ramas más elevadas, amparados por una roca y después se instalaron entre el follaje, para observar cuidadosamente toda la aldea.

Desde su escondrijo aéreo vieron cómo pasaban la vida los habitantes de la aldea. Los guerreros paseaban ante sus chozas; algunos fumaban, ninguno trabajaba, las mujeres estaban ocupadas en las tareas domésticas; los muchachos jugaban como juegan los muchachos de todos los países; los perros ladraban y aullaban disputándose huesos.

No había en todo aquello nada que pudiese interesarles. Pero el indio sabe esperar siempre y los dos esperaron que se produjese algo que les pudiera servir de indicio.

Pasada más de una hora, durante la cual ninguno de los dos se movió más que para desentumecerse las piernas, o los brazos, vieron al Matador. Iba por la calle irregular formada por la fila de chozas, como persona que conoce el terreno que pisa. Era evidente que había vivido entre los lobos en ocasiones anteriores.

Un Ojo y Perro Pequeño comprendieron que estaba esperando a alguien y ese alguien llegó al fin; era el "squaw-hombre". Se aproximó al Matador, en forma, al parecer, casual y los dos echaron a andar en dirección del barranco. Se sentaron a unas tres yardas de distancia del árbol donde se encontraban los dos observadores. Una roca los ocultaba de la vista de los de la aldea. Se sentaron dejando colgar las piernas del lado del barranco.

—¿Vamos a darles muerte y a apoderarnos de su cabellera? — murmuró Perro Pequeño al oído de su viejo camarada.

—¡Chist! — dijo Un Ojo.

No tenía objeción que hacer a lo de darles muerte y a quitarles la cabellera; pero comprendía que los riesgos eran muchos y que tal hazaña influiría poco en favor de los propósitos objeto de su presencia allí. Un Ojo estaba convencido de que sabía lo que harían sus compañeros con el Matador, si lo capturaban, pero ignoraba si Pluma Roja y sus compañeros querían dar muerte también al "squaw-hombre".

Los dos recién llegados comenzaron a conversar y los ojeadores se esforzaron por oír lo que decían. El Matador habló de la guerra contra los caras pálidas y de una alianza, con ese propósito entre la tribu de los lobos y la de los coyotes, admitiendo también a los blancos que quisieran unirse a ellos.

El "squaw-hombre" no hizo objeción alguna en cuanto a lo de poner en pie de guerra a los lobos. Tampoco la hizo respecto a la admisión de los blancos. Pero su mayor interés estaba en la suerte que debía correr su hermano, — al que odiaba, como no había odiado jamás a ningún hombre en el mundo, — y los que le acompañaban.

El Matador denotaba más interés por vengarse de Aguila Negra y de sus amigos que por atacar a sangre y a fuego a los blancos, así que los dos llegaron pronto a un acuerdo.

El Matador sabía que la opinión del "squaw hombre" era tenida muy en cuenta en los consejos de la tribu de los lobos. Cuando fué capturado por los siux estaba en uno de sus períodos de locura y por eso le consideraron ellos como colocado bajo la protección del Gran Espíritu. Además demostró ser sagaz y conocer infinidad de cosas que ignoraban los indios. Curó al anciano padre de Pino Erguido que era el jefe de la tribu y al que los lobos consideraban como poseído del demonio, cuando, en realidad, de lo que sufría era de una fuerte indigestión.

Durante el intervalo que transcurría entre uno y otro ataque de locura se había conducido con una habilidad tal que era considerado como el gran médico de la tribu.

Tenía habilidad para incitar a otros a que fuesen a la guerra. Por otra parte esto no suponía gran trabajo pues los pieles rojas estaban ya muy inclinados a ello. Prometió el Matador que conseguiría levantar en guerra a los lobos pero en cambio exigió que el clan de los coyotes se uniría a ellos para dar muerte a Fitz Warrender y a los que le acompañaban.

El Matador se dió tono de gozar de más influencia, que la que en realidad tenía, entre la tribu que tiempo atrás le había arrojado de su seno. Pero la verdad era que tenía una carta de triunfo que jugar.

Corazón de Piedra, el jefe guerrero de los coyotes, estaba profundamente disgustado con motivo de haberle sido arrebatado de sus manos el joven Tiro Seguro. No podía perdonar al hombre que había prestado su valiosa ayuda al explorador. La noticia de que el joven Tiro Seguro se encontraba nuevamente cerca de ellos tendría que exasperar a los coyotes, y este era "el triunfo" del Matador. Si lograba sus propósitos, el pequeño grupo de que formaba parte Tiro Seguro se encontraría entre dos fuegos, y no tendría probabilidad ninguna de salir con vida.

En tal caso el Matador se vengaría de los hombres a quienes odiaba y Ojos Rojos, — pues así era llamado el "squaw-hombre"—se vería libre del hermano a quien aborrecía.

El pacto quedó, pues sellado. Después de hecho eso, hablaron de Bundock.

La muerte de Bundock entraba en sus planes. Era de tanta importancia para ellos, que Ojos Rojos, — bautizado así por los

dux a causa de que tenía los ojos inyectados en sangre cuando le conocieron, — consideraba que debía realizarse antes que todos los planes concertados.

La tortura y muerte de un hombre blanco, entonaría a los lobos preparándoles para todo lo demás. Constituiría el primer paso que, para el logro de sus propósitos, deseaban dar al Matador y Ojos Rojos.

En consecuencia, si no era posible rescatar a Bundock antes de que llegase la noche, el sirviente estaba perdido.

Cuando llegaron al final de su conversación, el Matador preguntó dónde estaba prisionero el hombre blanco, y Ojos Rojos indicó una choza separada de las demás y más cerca del barranco que todas ellas.

Por fin se levantaron. El Matador salió de detrás de la roca y se encaminó hacia el grupo de chozas. Ojos Rojos se quedó algunos minutos más. Era evidente que a ninguno de los dos le convenía que los viesen juntos.

Los que vigilaban no podían explicarse claramente la razón de ello. Tal vez estuviera en la extraña expresión de su mirada y en los gestos de demente que hacía.

Lord Fontring, — pues ya era, en aquel momento el verdadero décimo séptimo conde de Bryncaster, debido a que su padre había muerto hacía veinticuatro horas, — se sentía excitado ante la idea de que su hermano no tardaría en desaparecer del mundo de los vivos. Los instintos salvajes de aquel blanco demente podían ser comprendidos fácilmente por los dos pieles rojas, a los que indudablemente superaba en maldad.



CAPITULO VIII

La fuga de Bundock

DIEZ minutos después de haberse alejado de allí el blanco a quien los pieles rojas daban el nombre de Ojos Rojos, Perro Pequeño estaba solo en el árbol.

Uno de los dos tenía que regresar para dar noticia de lo ocurrido a sus compañeros, mientras el otro se quedaba tratando de ver lo que hacía para asegurar la fuga de Bundock. Se hubiera creído que Un Ojo tenía más sagacidad para efectuar esto último, pero no era así. Perro Pequeño podía ir a sitios donde no podía meterse Un Ojo. Era un muchacho, y no estaba cerca de la edad en que los jóvenes empiezan a ser tenidos en cuenta entre los pieles rojas, y si era sorprendido, escaparía fácilmente a todo castigo. En cambio, en iguales circunstancias, un guerrero de otra tribu sufriría inevitablemente, un castigo cruel.

Perro Pequeño no había elegido voluntariamente esa peligrosa misión, pues era Un Ojo quien debía decidir lo que cada uno había de hacer.

Perro Pequeño aceptó su misión de buen grado. No sólo estaba dentro de su espíritu aventurero y la deseaba, sino que le permitiría serle agradable a su amigo Lobo Solitario. Quedó en plena libertad de acción. Un Ojo no habló más de una docena de palabras al darle sus órdenes. Después, el guerrero de los anchos hombros descendió del árbol y se escurrió por el barranco. El muchacho se quedó entre el ramaje a la espera de una oportunidad para comenzar su labor.

El calor que hacía en aquella parte de la aldea, era abrasador, cuando comenzó la tarde. Era una temperatura bochornosa que convidaba a dormir y en las viviendas de la aldea todos dormían.

Había cesado hasta el juego de los muchachos y los perros habían dejado de ladrar.

Pero el muchacho piel roja estaba más despierto que nunca. Aquel bochornoso calor le resultaba una eficaz ayuda para sus planes. Se escurrió desde la copa del árbol hasta la roca que había ocultado a los dos canallas, durante su conversación. Permaneció uno o dos minutos, tendido e inmóvil observando en su redor por si acaso le había visto alguien. Como, después de observar no notó indicio ninguno de ello, Perro Pequeño aprovechó la oportunidad que le ofrecía.

Veinte segundos después había llegado a un grupo de malezas que se hallaba a unas cincuenta yardas de la choza donde Ojos Rojos había manifestado que estaba Bundock.

Allí se detuvo para observar de nuevo el aspecto de la aldea.

Las malezas le ofrecían escaso amparo, pero supo aprovecharlo bien. Acostándose en el suelo, esperó. Aproximóse un perro, pero se retiró, después de olfatearlo satisfecho, al parecer. Pasaron tres guerreros, pero no le vieron. Una mujer que se dirigía hacia algún manantial con una vasija, se detuvo delante de él para atarse los mocasines; pero también continuó su marcha sin haber visto al muchacho.

Siguió otro período de tranquilidad, y Perro Pequeño lo aprovechó para incorporarse y echar a andar en dirección de la choza. Con audacia era como podían triunfar sus planes en aquella jornada. Ninguna de las demás chozas estaba cercana y aun cuando alguien le viese, probablemente no pensaría nunca que se trataba de un forastero.

Pero tuvo la suerte de que nadie lo viera; llegó hasta la parte posterior de la choza, que estaba formada por cueros de búfalo. Escuchó con toda atención. Del interior llegó hasta él un gemido. José Bundock no debía estar muy tranquilo y tal vez envidiaba la impasibilidad del carácter de los indios. El muchacho apretó los dientes con ira. Deseaba libertar a Bundock si le era posible; pero temía que le hubiera dejado maltrecho el efecto de sus ligaduras y se encontrara tan agotado, además, que no pudiera caminar. Un ronquido sonoro llegó hasta sus oidos; escurriéndose por uno de los lados de la choza, vió, lo que esperaba ver: un gue-

rrero lobo echado boca arriba, durmiendo profundamente.

La oportunidad era favorable, pero el cautivo no estaba en libertad, porque él hubiera llegado: había que sacarle de allí.

Aun cuando estaba completametne desnudo, llevaba un cuchillo envainado y colgando, de un cordel que tenía al cuello. Utilizando ese cuchillo abrió en el cuero de búfalo hueco suficiente para pasar el cuerpo.

Penetró en la choza. Bundock estaba echado en el suelo atado de pies y manos. Tenía el rostro de color morado a causa del calor, y los ojos dilatados.

Al ver que el inglés abría la boca para lanzar una exclamación de sorpresa, Perro Pequeño se llevó un dedo a los labios, imponiéndole silencio. Bundock nada podía decirle pues el muchacho ignoraba por completo el inglés. Además, el hablar representaba un riesgo gravísimo. Sin necesidad de que Bundock hablara, el muchacho comprendió lo que deseaba el inglés. Quería que le quitara aquellas crueles ligaduras que se le hundían en la piel.

Si Perro Pequeño hubiera podido explicarse le hubiera demostrado la conveniencia de soportar esa molestia un poco más. Podía dejarse, el cortarles, para un momento antes de iniciar la fuga. Pero por otra parte, el muchacho comprendía que era necesario dejar que se desentumecieran las extremidades del preso, seguramente acalambradas, a fin de que Bundock recobrara hasta cierto punto, la soltura de movimientos.

Era peligroso cortarlas mucho antes. El piel roja que estaba de guardia podía despertar o llegar cualquiera de los otros guerreros, ver lo que se había hecho y entonces se perdería todo.

Sin embargo, Perro Pequeño decidió correr este riesgo más. Con la hoja de su cuchillo fué seccionando las ligaduras de modo que la presión de éstas no fuera tan enorme, sin que cambiara su aspecto. El pobre Bundock se sintió más aliviado y bendijo al muchacho después de lanzar un ahogado suspiro. Pero la bendición no conmovió a Perro Pequeño, que no entendió ni una sílaba de ella.

Bundock se iba percatando de la necesidad de muchas cosas. Reconoció la necesidad de mantener el aspecto de las ligaduras sin quitarlas y de permanecer en la misma postura en que estaba. No intentó hablar con el muchacho. Había progresado, pues algunas semanas antes no se le hubiera podido convencer de que hay en el mundo quien no conoce el inglés.

Permaneció, pues, sin moverse. Perro Pequeño se ocultó en un hueco que quedaba entre el cuerpo de Bundock y la pared de cuero de búfalo de la choza. Si alguien veía al muchacho se perdería toda esperanza de salvación.

Durante un cuarto de hora permanecieron inmóviles los dos. De pronto la cortina que cerraba la puerta de la choza, se levantó y alguien entró.

Era Ojos Rojos, el "squaw-hombre", que había sido Lord Fontring, y era en realidad, en aquel momento, el conde de Bryncaster.

Se adelantó hacia donde estaba Bundock. Pero después de haberse hallado a la fuerte luz que reinaba en el lado de fuera, el interior de la choza le resultaba tan oscuro que ni vió ni sospechó siquiera la presencia del muchacho.

—¿Qué tal, Bundock? — preguntóle sarcásticamente.

El interrogado no respondió. Permaneció inmóvil, aun cuando sentía deseos de levantorse e ir a estrujar el cuello de aristocráta transformado en un envilecido canalla.

—¿Se encuentra contrariado? No tiene razón para estarlo. Si he venido ha sido tan sólo para informarle de que una hora antes de ponerse el sol, comenzará una interesante pequeña representación. La nación siux, amigo José, conoce en cuestión de torturas mucho más que sabían los antiguos grandes inquisidores y los de la tribu de los lobos son, en eso los maestros de todas las demás tribus de la nación siux. Cada víctima, tiene que proporcionarles lo menos cuatro horas de diversión, antes de expirar. Por lo tanto usted, mi queridísimo Bundock nos divertirá hasta media noche, lo menos.

El preso no replicó. En los ojos castaños del infeliz sentenciado a muerte tan cruel se vió un destello de irónica burla que hizo enfurecer al otro.

—¿No quiere hablarme? Por el cielo que estoy tentado de darle ahora como adelanto, una parte de la tortura que ha de sufrir luego.

Bundock continuó inmóvil y en silencio. Jamás había pasado momentos más apurados. Pero ya había tomado su definitiva decisión.

De repente la expresión de demencia desapareció del rostro del "squaw-hombre", que miró a Bundock como si no acabara de verle. Después giró sobre sus talones y salió de la choza.

Bundock suspiró. De pronto sintióse acosado por terribles pensamientos. El muchacho no podía haber comprendido lo dicho por Ojos Rojos, y éste había dicho que la tortura comenzaría una hora antes de ponerse el sol. Si esperaban a que anocheciese para intentar la fuga, serían descubiertos. Por más que pensaba no encontraba forma de enterar de eso al muchacho.

Bundock decidió proceder por sí mismo. No necesitaba apresurarse. Cuando Ojos Rojos levantó la cortina para entrar, el inglés pudo percatarse de que el sol estaba aun muy alto y de que habían de transcurrir varias horas antes de que se ocultase en el horizonte. Esto le tranquilizó algo.

Pero Perro Pequeño no esperaría a que oscureciese. Sabía que la tortura debía dar comienzo antes. Si esperaba era para dar tiempo a que Un Ojo llegase hasta donde esperaban sus compañeros y pudiese acercarse con ellos hasta la aldea. No había que pensar en realizar la fuga sin contar con el auxilio de aquella gente.

Los minutos pasaron y los dos que estaban en la choza siguieron inmóviles. Al fin, Perro Pequeño levantó la cabeza y se puso

a escuchar. No se oían ya los ronquidos del centinela, que estaba junto a la puerta. El muchacho se arrastró hasta la entrada de la choza, levantó una punta de la cortina y miró al exterior. El guerrero a cuyo cargo estaba Bundock se había reunido con otro indio y los dos se hallaban como a unas cinco yardas de distancia, jugando, muy entretenidos, a uno de los tantos juegos de azar que son la delicia de los pieles rojas.

El muchacho fué hasta el lugar por donde había entrado, levantó el trozo de cuero de búfalo e indicó a Bundock que era necesario salir por allí.

Arrastrándose sobre las manos y las rodillas el viejo sirviente salió al exterior. Un instante después Perro Pequeño estaba a su lado. Se puso de pie y Bundock le imitó. El muchacho indicó con la mano la dirección del árbol desde el cual había vigilado la aldea. Bundock ignoraba la existencia del barranco, pero interpretó la seña como una indicación de que alguien que había ido para ayudarlos estaba oculto allí y había que reunirse con él.

Era necesario arriesgar el todo por el todo. Bundock no podía buscar amparo detrás de malezas de no mayor altura de dos o tres palmos y sabía avanzar mucho trecho arrastrándose de barriga. Tenían que llegar hasta el árbol andando o mejor corriendo. Y corrieron. Aun cuando la distancia no era mucha, antes de que llegaran al borde del barranco resonó el grito de muerte de los siux, lanzado por varios indios. Blandiendo sus tomahawks, cerca de doce pieles rojas iniciaron la persecución.

Bundock jamás había corrido tan ligero. Ignoraba que la distancia era relativamente corta y que detrás del árbol que el muchacho había indicado estaban dos de los mejores tiradores del oeste, para protejerles en su avance. Sabía tan sólo que tenía que correr, y corría.

Ya había demostrado su valor aquella misma mañana, pero la voluntad le falló cuando tuvo que demostrarla con los pies, y dando un traspie, cayó al suelo. La caída le aterrorizó. Perro Pequeño corría una o dos yardas delante de él. Al oir el golpe se detuvo, volvió la cabeza y dándose cuenta de la situación trató de atacar al más cercano de sus perseguidores.

Pero antes de que llegara a él, partió del árbol una bala que dió en mitad del corazón al guerrero lobo.

Dave y Dick Arthur estaban en las ramas del árbol. Dave había hecho aquel disparo, tirando a matar. Toda esperanza de paz con los lobos tenía que ser abandonada.

Perro Pequeño tomando a Bundock por los hombros le ayudó a levantarse. El inglés flaqueó, pero el muchacho le sostuvo.

Tres de sus pereseguidores estaban a pocas yardas de los dos.

Se oyó un nuevo estampido.

El rifle de Aguila Negra era el que había hablado esta vez. Otro de los lobos, cayó.

Volvió a sonar un disparo. Era que el joven Tiro Seguro derribaba a otro.

Perro Pequeño atacó al tercero de los indios lobos antes de que los dos hermanos pudieran disparar de nuevo. El tomahawk del guerrero lobo se levantó, pero no cayó sobre el muchacho, que agarrándose a las piernas de su adversario lo derribó, quedando bajo él.

—¡Animo! ¡Vamos, José! — gritó entonces Tiro Seguro.

Bundock había visto el peligro en que se hallaba el muchacho que lo había salvado y acudió en su auxilio. El indio lobo estaba momentáneamente aturdido a consecuencia del golpe que había recibido al caer. Bundock tomó al muchacho por los brazos, lo sacó de debajo del indió y echó a correr con él hacia el barranco.

Los tres disparos habían detenido al resto de los perseguidores. Pero un instante después lanzaron su grito de guerra y reanudaron la persecución de los dos fugitivos.

Bundock corrió hacia el árbol. El sudor que corría por su rostro casi le cegaba. Se le doblaban las piernas y le latía el corazón con tanta fuerza que parecía que iba a saltársele del pecho. Pero se mantuvo firme. La mano de un guerrero siux se tendió hacia él y sólo estaba a unas seis pulgadas de su cuello cuando se echó hacia atrás agarrándose al muchacho y fué a caer junto al árbol para rodar al fondo del barranco.



CAPITULO IX

Para salvar la vida

AGUILA NEGRA trató de sostener a los dos cuando cayeron, pero lo arrastraron en su caída. Pero aquello aminoró los efectos de la caída, como también las ramas de los arbustos en que cayeron, permaneciendo un momento inmóviles.

Sobre sus cabezas, el rifle de Tiro Seguro volvió a dejarse oir. Aguila Negra, no tardó en ayudarlo en su tarea. Los siux se habían detenido de nuevo.

Perro Pequeño se levantó, pero Bundock permaneció donde había caído, sin abrir los ojos. Fitz Warrender se acercó a él y lo contempló con angustia. Hubiera sido un gran alivio para él que en aquel momento Bundock, suspirase, estirase los brazos y lograra sentarse.

Un Ojo, apareció de detrás de una roca y tocó a Perro Pequeño en el hombro.

—¡Bah! — exclamó, y la entonación de su monosílabo denotó que estaba satisfecho.

El muchacho estaba contento. Pero miró en redor en busca a Lobo Solitario. Era la aprobación del mohicano la que él ambicionaba.

Pero había sido necesario dividir las fuerzas, y mientras los mellizos y Fitz Warrender partían para el barranco, para cooperar en el rescate de Bundock; Lobo Solitario y

Pluma Roja se quedaron guardando el campamento.

Dave y Dick estaban ya al pie del árbol.

—Han quedado atemorizados, Guillermo, —exclamó Dave. — Si hay alguna probabilidad de que escapemos hay que aprovecharla ahora. No tenemos ni un solo momento que pensar.

—El único inconveniente es saber si Bundock puede caminar o no, — dijo dijo Fitz Warrender. — Si no puede será mejor que se vayan ustedes y nos dejen a los dos aquí.

—¡Diablo! Si José no puede caminar se apoderarán de él y lo llevarán al poste de tortura. Eso es lo mjs que le puede ocurrir, — manifestó Tiro Seguro.

En el espacio situado más arriba del borde del barranca se veían tendidos los cuerpos de tres guerreros siux. Los demás habían fugado llevándose a tres heridos.

Reinaba la tranquilidad, pero esa tranquilidad no podía durar más tiempo que el necesario para que los que habían acudido en ayuda de Bundock pudiesen llegar hasta donde tenían los caballos.

Bundock no podía caminar. Lo intentó, pero volvió a desmayarse. Al caer se había golpeado de mala manera.

Entre Aguila Negra y el joven Tiro Seguro, lo llevaron, siguiendo el borde del barranco, hacia la pradera.

Los salvadores, lo habían previsto todo. Habían llevado un caballo calculando que el de Bundock estaba en poder de los lobos. En cuanto estuvieron a caballo habiendo montado Perro Pequeño, a la grupa de Un Ojo, se oyó el grito de guerra de los siux, anunciando que los enemigos iniciaban su persecución.

El joven explorador blanco y su hermano mestizo confiaron a Bundock al cuidado de Fitz Warrender. Tal vez no tenía otras condiciones para aquella vida de aventuras, pero era justo reconocer que el honorable Guillermo era un excelente jinete. Acaso no montara de acuerdo con todas las reglas de la equitación tal como las entienden los jinetes del Oeste; pero montaba bien y no tendría dificultad en guiar el caballo en que iba Bundock al mismo tiempo que dirigía el propio.

Por indicación de Aguila Negra la pareja fué a la cabeza, pero era necesario que Un Ojo, sirviese de guía a Fitz Warrender.

A los dos hermanos les quedaba la peligrosa misión de marchar a retaguardia para cubrir la retirada, y, en caso de alarma, tener a raya a los peseguidores.

Asumieron la misión en la forma en que podía esperarse de ellos. El rostro de Aguila Negra denotaba su resolución. Tiro Seguro reía alegremente como si se tratara de ir a un paseo campestre.

Sin embargo, él, lo mismo que su hermano, no dejaba de reconocer que la situación era peligrosísima. Confiaban, no obstante, en que podrían llegar a donde sus compañeros los esperaban. De ser así podrían resistir los ataques varias horas.

Pero había que contar con que los lobos se habían vuelto implacables y con que entre los aventureros y la salvación completa había cerca de la mitad de la región ocupada por tribus de los siux, que no tenían nada de pacíficas.

Casi todos los coyotes pisaban el sendero de la guerra y no era con ellos en quien se podía contar como auxiliares.

¿Tendrían que confiar tan sólo en su buena estrella para encontrar un camino libre?

Fuesen las que fuesen las probabilidades de antes, era necesario considerarlas como empeoradas después de la fuga de Bundock, cuyo presente estado era una verdadera traba para sus movimientos.

Pero no pensaron en dificultades. Pensaron tan sólo en que cada uno había de pelear por todos y todos por cada uno. Hasta el taciturno Un Ojo y el muchacho Perro Pequeño, habían demostrado ya su lealtad al exponer la vida para salvar a Bundock.

El honorable Guillermo sentíase arrepentido de lo que había dicho poco antes, cuando solicitó cuidar de Bundock, sin embargo, estaba decidido a hacer frente al peligro que se presentara, tanto más, cuanto sabía que no desertaría ninguno de los de su grupo.— ni aún Un Ojo y ni Perro Pequeño, — mientras tuviesen un hálito de vida.

—Están ganando terreno, Dick, — dijo el joven Tiro Seguro, mirando hacia atrás.

En efecto, cerca de dos docenas de indios lobos, con plumas a la cabeza, les seguían y los cascos de sus caballos resonaban en el suelo como el redoblo de un tambor. El alto Pino Erguido, marchaba a la cabeza del grupo. Pero al "squaw-hombre" no se le veía entre ellos.

La única respuesta que dió Aguila Negra a su hermano fué hacer uso de su rifle. El joven Tiro Seguro le imitó. Se volvieron en sus cabalgaduras y dispararon dos veces seguidas cada uno, contra el montón.

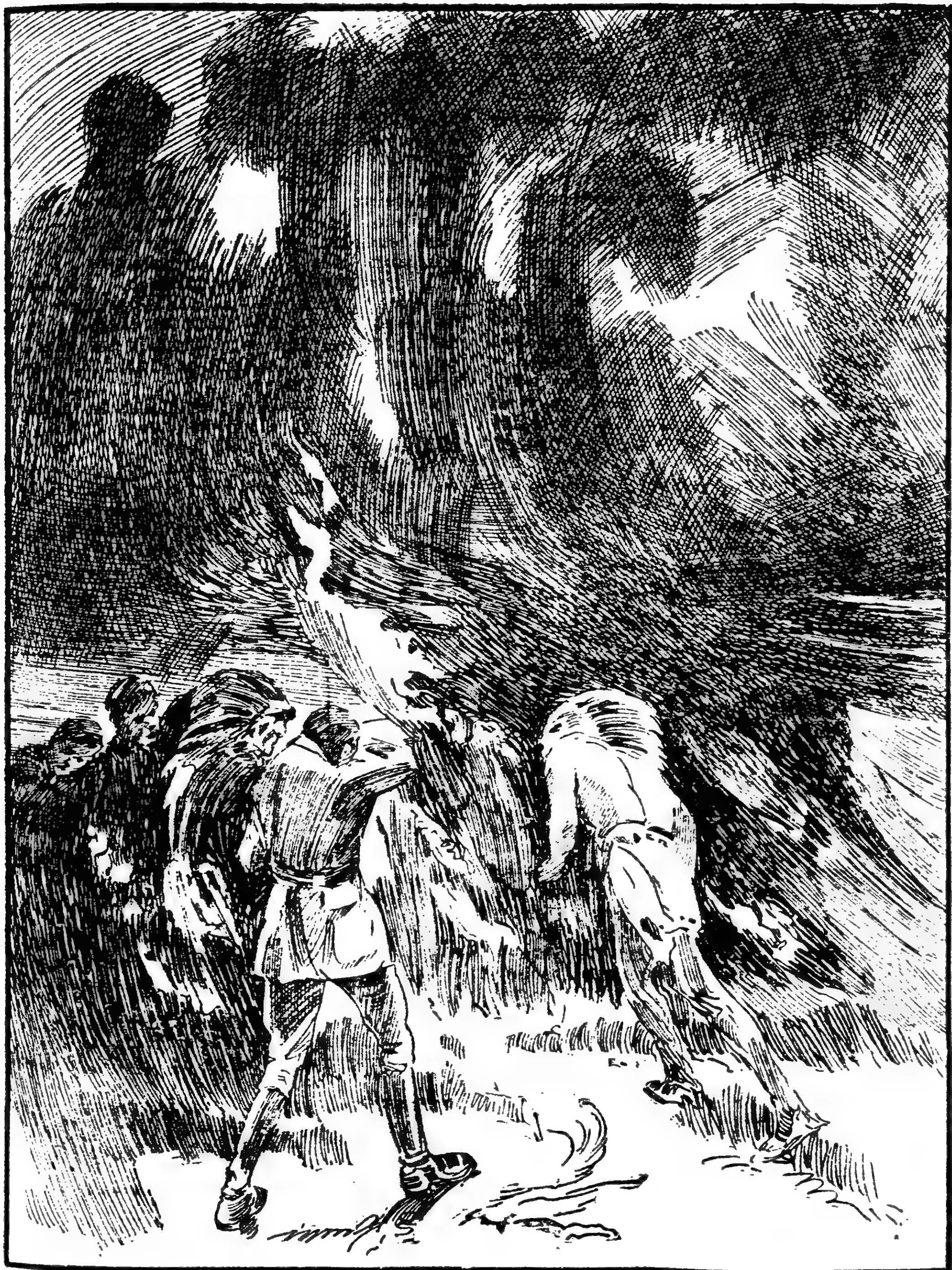
El grito de muerte de los siux se oyó inmediatamente. Tres indios lobos mordieron el polvo, cayendo de su montura; el caballo de un cuarto rodó, arrastrando a su jinete. Ni un solo disparo había sido hecho en vano. Tiro Seguro no tenía igual entre los exploradores de Búffalo Bill, y su hermano Dick era también un excelente tirador.

Ante semejante situación, los guerreros siux cambiaron de táctica. Evolucionaron con sus caballos dejando un espacio de cuatro yardas entre uno y otro.

—¡Bah! Pienso que no necesitábamos que nos modificasen el blanco en esa forma, Dick, — exclamó el joven Tiro Seguro, mientras los dos apresuraban sus caballos y proseguían la marcha.

Los perseguidores no se detuvieron mucho y volvieron de pronto y encarnizadamente a sus propósitos. Habían caído cuatro de ellos, pero los perseguidos comprendían que eso no significaba mucho cuando podían considerar en contra suya a toda la nación siux.

Los que marchaban a vanguardia, seguían sin novedad. El caballo pinto de Un Ojo denotaba su ligereza aún cuando llevara doble carga. Un Ojo era muy hábil jinete y conocía muy bien el terreno. Fitz Warrender, cubierto de sudor, con el cuerpo arqueado y los



Aguila Negra apoyó la mano en el hombro de Lobo Solitario y exclamó: "¡Mire!" Una mirada le permitió darse cuenta del peligro que corrían. "¡Incendio!" respondió. ("El Guerrero Blanco de los Siux". Capítulo X.)

brazos rígidos, sostenía a Bundock y guiaba los dos caballos. Bundock, por su parte, aún cuando semi inconsciente trataba de ayudar a su patrón lo mejor posible.

El terreno alto estaba a la vista ya y los salvajes pieles rojas no habían logrado acercarse mucho. Si no se producía ningún accidente lamentable, los perseguidores lograrían unirse, con toda facilidad, a sus camaradas y contar con su ayuda.

Pero el accidente lamentable se produjo.

En el camino que seguían por la pradera había una serie de madrigueras de vizcachas o sea de "perros de las praderas" y la tierra estaba ahuecada traidoramente. Los caballos del Oeste son animales muy seguros de remos pero nada puede advertirles de la presencia de una vizcachera bajo tierra. El caballo en que iba Bundock pisó con una de las manos en una de esas vizcacheras y se hundió. El pobre animal se fracturó la pata delantera y lanzando un gemido de dolor y cayó hacia adelante. Bundock fué proyectado por encima de la cabeza del animal y el honorable Guillermo, que no lo soltó a tiempo, fué sacado de la silla.

Se levantó instantáneamente, pero no así Bundock que no sólo no pudo levantarse; no pudo ni hacer el menor movimiento.

Se acercaron los mellizos. Dick gritó a Un Ojo que no se detuviera en su carrera, el guerrero zorro se negó a obedecer, y él y Perro Pequeño se apearon.

Lanzando estridentes gritos de triunfo, los indios lobos se iban acercando.

Las balas de los rifles derribaron al guerrero que iba a la extrema derecha y al que iba a la extrema izquierda. Los demás se apartaron de la dirección que seguían.

Un Ojo y Tiro Seguro tomaron a Bundock lo levantaron y lo colocaron en la grupa del caballo del indio. Después Fitz Warrender, a una indicación de Dave, dió muerte al caballo de la pata rota, de un tiro en el oído y volvió a su montura.

El guerrero zorro avanzó llevando en su caballo a Bundock. Perro Pequeño se agarró a uno de los estribos de Fitz Waddender y de un salto estuvo montado trás él. De nuevo se dejaron oir los rifles de Dave y Dick. Después los dos exploradores montaron también a caballo. Y todos iniciaron una desesperada carrera cuyo premio era la vida.

Se comprendía cuál era el deseo de los indios lobos. Aproximábanse cada vez más a los fugitivos. Avanzaban formando un semicírculo, en el centro del cual vendrían a quedar los seis que huían.

Los cuatro primeros marchaban al nivel de las dos puntas del semicírculo y, Dave y Dick quedaban un poco más atrás.

La elevación distaba apenas media milla cuando el semicírculo comenzó a cerrarse amenazando convertirse rápidamente en un círculo.

Perro Pepueño seguía montado detrás del honorable Guillermo. Un Ojo respiraba con fuerza, pero se mantenía firme, cuidando de Bundock.

El joven Tiro Seguro se echó el rifle a la cara y disparó, yendo el caballo al galope. Un guerrero del lado derecho del semicírculo, levantó los brazos y lanzó el grito de muerte. Los demás se detuvieron un instante.

Dave hizo fuego nuevamente y derribó al guerrero de la izquierda.

Fueron unos disparos sorprendentes, tales como muy pocos hombres de las praderas hubieran podido hacerlos. Produjeron el efecto que de ellos se esperaba. En el lado de la izquierda así como en el de la derecha, se produjeron desorganizaciones, porque cundió el miedo. Los fugitivos pudieron ganar como unas cuarenta yardas de ventaja. Se iban acercando más y más a la elevación.

El semicírculo, reorganizado, empezó a cerrarse nuevamente, cuando de la misma colina surgió como una pequeña columna espiral de humo, que poco después era seguida por otra. Lobo Solitario y Pluma Roja, entraban en acción.

Llegaba su ayuda en el momento crítico, y al parecer iba a ser más decisiva aún de cuanto sus amigos esperaban.

Los indios, cuando atacan, son seres muy curiosos. Nadie puede adivinar cuándo van a avanzar y por dónde: ni cuándo van a detenerse y abandonarlo todo. Solamente cuando se hallen con la sangre enardecida se deciden a realizar un ataque directo en campo libre. Pero rara vez se llegan a enardecer hasta ese punto.

En aquella ocasión se detuvieron y lo abandonaron todo cuando menos se esperaba. A Fitz Warrender el hecho le pareció un milagro. Un momento antes el peligro de muerte parecía inminente y en seguida, sin saber cómo, los indios lobos volvieron grupas e instantáneamente se alejó el peligro.

Mientras los perseguidores retrocedían en desorden, los perseguidos llegaban a la colina al pie de la cual eran esperados por sus camaradas.

Bundock fué conducido, pues continuaba sin poder moverse. Los caballos fatigados y cubiertos de espuma fueron llevados a la altura.

El sol estaba muy avanzado en su diurna carrera; la noche no tardaría en llegar.

Con la oscuridad volvería a amenazarles un nuevo peligro.

Pero, por el momento, gozaban de una tregua que fué gozosamente recibida por los fatigadísimos rescatadores de José Bundock.



CAPITULO X

El fuego en la pradera

ANTES de que el sol se hubiera ocultado por completo, los indios lobos desaparecieron. Pero ninguno de los que se hallaban en la colina creyó que se habían alejado. Unicamente

esperaban una oportunidad para efectuar aquella noche su ataque. Si la suerte les era propicia podrían apoderarse de todos los del grupo y torturarlos antes de darles muerte. Sería una noche extraordinaria para los de la aldea de los lobos.

Pero no tenían éstos plena confianza en un triunfo completo. El Matador les había informado, en parte de la clase de hombres con quientes tenían que habérselas y de ello deducían lo que podían esperar.

Con el aire fresco de la noche, Bundock pareció revivir, y tomó algún alimento cuando Dave se lo sirvió. El pobre hombre había sido maltratado y aporreado, pero comenzaba a comprender que las que en Inglaterra, eran consideradas como heridas de importancia, en las praderas debían ser tenidas por rasguños y aún cuando el menor movimiento le arrancaba un gemido de dolor, declaraba que aun estaba dispuesto a todo.

Perro Pequeño durmió un sueño profundo pues sus fuerzas estaban agotadas y además se sentía feliz por las frases de aprobación con que le recibió Lobo Solitario. Se había encontrado por casualidad con el grupo pero ya se había convertido en uno de ellos tan afecto a Lobo Solitario, como Un Ojo a Pluma Roja, y reconocía que lo trataban como a un fiel camarada.

En cuanto al resto de los que formaban el grupo, habían realizado cuanto era posible por poner la altura en que se encontraban en situación de defensa. Lobo Solitario y Pluma Roja realizaron en ese sentido una eficaz labor tumbando varios árboles para construir parapetos, verdaderas barreas contra las balas.

Cuando los últimos destellos del sol iban desapareciedo en el cielo y las sombras comenzaban a envolverlo todo, tenían la confianza de haber hecho cuanto era posible y esperaron que la suerte les ayudaía a repeler los ataques.

Un Ojo, después de murmurar algunas palabras al oído de Pluma Roja, saltó el parapeto y desapareció entre las sombras. Nadie, a excepción del joven siux sabía a que iba, pero ninguno lo preguntó. Transcurrió una hora y no regresaba. Podía esperarse ya que el ataque se produjera de un momento a otro, pero su principal esfuerzo se efectuaría, seguramente a mitad de la noche. Los sitiados habían establecido una severa vigilancia. Pasó otra hora, y entonces se oyeron una serie de roncos gritos y una o dos detonaciones.

Pluma Roja, saltó por encima de los árboles caídos y los dos hermanos lo siguieron. Lobo Solitario colocó una mano sobre el brazo de Fitz Warrender quien se disponía a seguir a los otros. El honorable Guillermo comprendió. Ellos no debían abandonar la fortaleza.

Entonces se oyó otra detonación de winchester. Se escucharon nuevas voces y juramentos y por entre los árboles apareció Un ojo que traía dos caballos.

Dave y Dick lo seguían, y el primero se reía a carcajadas.

Pluma Roja, llegó unos minutos después. Había traído los caballos y los llevó a la parte interior de la improvisada fortaleza. Fitz Warrender comprendió entonces por qué se reía Dave.

Un Ojo había partido como explorador y había apoderado de dos caballos en el campo enemigo. Era una hazaña audaz realizada a pesar de los enormes riesgos que entrañaba: pero Un Ojo, no comprendía, al parecer lo que significaban audacias ni riesgos, y realizó aquello como la cosa más natural.

Aun cuando el aumento de los dos caballos hacía inclinar la suerte en su favor pues todos contaban ya con monturas que utilizar en caso de fuga, las informaciones que traía Un Ojo daban pocas esperanzas de éxito, aún cuando Pluma Roja había hecho todo lo posible.

Dijo Un Ojo que los lobos habían formado un cordón de fuerzas en torno de la colina. El había pasado al otro lado de esas fuerzas sin que lo viesen pero cuando regresó conduciendo los dos caballos, lo persiguieron.

Pluma Roja había regresado con un tomahawk tinto en sangre. Había dado muerte a su propietario a unas treinta yardas de las defensas. No se había oido el grito de muerte, pues procedió rápida y silenciosamente. Pero todo eso demostraba que el enemigo se ocultaba entre las sombras.

Mientras se encontraba oculto del otro lado del cerco, el guerrero zorro había oído una conversación entre Pino Erguido y Ojos Rojos. El resumen de ella, según informó Un Ojo, o más bien, por lo que dedujo Pluma Roja de acuerdo con las pocas palabras que el otro pronunció, era que el Matador había partido en busca de los coyotes y que el "squaw-hombre" había sugerido la idea de incendiar la pradera y obligar así al pequeño grupo a salir de su recinto fortificado y presentar lucha en campo abierto.

El rostro del honorable Guillermo Fitz Warrender se ensombreció al oir aquello, y en sus ojos se notó la angustia que la noticia le producía. No había querido nunca a su hermano. Sabía de sobra que Lord Fontling era un villano; pero no había adquirido hasta aquel momento la certidumbre. Siempre confiaba en la influencia de su origen, y en que no se hubieran extinguido por completo sus nobles sentimientos. Pero ya había duda posible; la degradación del "squaw-hombre" era completa. Odiaba por entero a todos los de su raza.

—¿Qué podemos hacer si llegan a cortarnos la retirada con el incendio? — preguntó.

—Tendremos que intentar salir de este cerco, — respondió el joven Tiro Seguro, casi riendo. — ¡Bueno! Eso no supone una gran pérdida, porque tarde o temprano tendríamos que marcharnos.

Pero Pluma Roja y Aguila Negra, que habían visto incendios en la pradera y sabían los daños que pueden causar, tomaron las cosas en forma más seria. No había nada

que hacer, sin embargo. Continuaron ejerciendo vigilancia y esperando.

—Suponiendo que incendiasen el pasto, Aguila Negra, — dijo el honorable Guillermo, mientras iba a tomar asiento con Dick Arthur, en uno de los ángulos del parapeto, —¿cómo puede llegar hasta nosotros el fuego?

—No cabe duda a ese respecto, — respondió Dick a quien ninguno, ni aún su hermano llamaban ahora de ese modo. — En torno de esta altura hay pasto muy crecido y la mayoría de él está muy reseco. Los árboles arderán como antorchas. Antes de que veamos las llamas cerca debemos escapar de aquí aún a todo riesgo.

—Estaba pensando en el pobre viejo Bundock — exclamó Fitz Warrender. — Un asedio de veinticuatro horas o más le hubiera proporcionado la probabilidad de recobrar las fuerzas. Pero si tenemos que partir esta noche, no sé qué será del infeliz.

Aguila Negra no contestó.

Tenía la seguridad de que incendiarían la pradera. Los lobos habían perdido varios guerreros, — ocho o nueve, lo menos, — y harían todo lo posible por tomar venganza. Pero Aguila Negra pensaba que no se expondrían a perder más gente, como ocurriría de seguro si realizaban un franco ataque, Sobre todo cuando podían tomar más fácil y segura venganza incendiando la pradera.

Todo lo que al parecer estaban esperando era que soplara viento favorable del oeste. Durante el día apenas si había soplado una ligera brisa. Al ponerse el sol la brisa aumentó un poco del lado del este lo que no les convenía a ellos pues de ese modo el fuego avanzaría en dirección hacia la aldea. Pero el viento del oeste era frecuente en las praderas, durante la noche.

Pasó una hora. Y otra más... Era ya cerca de la media noche. Hasta aquel momento el ataque no se había producido. En varias ocasiones, durante las dos horas pasadas, Aguila Negra se había levantado y colocándose la mano sobre la cabeza, estudiaba la dirección del viento.

De pronto se notó que se movían las hojas de los árboles y esta vez no necesito recurrir a su mano para averiguar el cambio de la dirección del viento.

¡Soplaba ya el viento del oeste!

Nada dijo. Acaso realizasen un ataque en vez de poner en acción la idea del "squaw-hombre".

Y el ataque se produjo.

Desde la llanura dispararon un arma de fuego y se notó movimiento al pie de la colina. La guarnición no hizo fuego tratando de ahorrar las municiones. Se oyeron gritos de guerra entre los árboles. Llegaban de todos lados. Se oyeron más detonaciones, y la silueta de los salvajes se destacaron a pocas yardas de distancia. Uno o dos disparos de los asediados y el ataque cesó por completo.

Al parecer aquello no era más que una finta. Obedecía el simulacro al intento de mantener alerta a los de la colina y distraer su atención del peligro más distante, pero más terrible, y hubieran acaso conseguido su propósito a no ser por lo que había oído Un Ojo.

Aguila Negra, no dejaba de observar atentamente para descubrir en la pradera la menor señal de que el incendio había comenzado. Y fué él quien lo vió.

Apoyó la mano en el hombro de Lobo Solitario y exclamó:

—¡Mire!

El jefe mohicano estaba menos acostumbrado a las cosas de la pradera que Pluma Roja y Aguila Negra. Su vida había transcurrido casi toda en la región de los bosques y de los ríos. Pero con una sola mirada comprendió el peligro que tendrían que afrontar y reconoció que era muy grande.

—¡Incendio! — respondió. — ¡Bah!

Rápidamente, pero sin precipitación se prepararon para iniciar la fuga. Permanecer allí era algo en lo que no había que pensar. El fuego podía avanzar hacia la colina directamente cortándoles toda probabilidad de escapatoria.

Bundock, demostró entonces cuál era su su estado. Las pocas horas que había permanecido tranquilo descansando le hicieron bien pero tenía dificultad para moverse y cada tentativa que hacía le producía agudos dolores. Pero no se quejaba. Se decidió a hacer todo cuanto le fuera posible por secundar a sus compañeros y fué el primero que estuvo a caballo.

Sabían que los enemigos no habían abandonado el pie de la colina y que aguardarían. La cuestión estaba en eludir la vigilancia.

Se realizó un consejo que tuvo que ser de corta duración, porque las llamas iban ganando terreno. Las lenguas de fuego surgían y avanzaban por el pasto reseco. Acá y allá comenzaron a hacer su aparición aumentando, favorecidas por el viento. Pronto un humo espeso y acre llegó hasta los de la pequeña banda.

La única ruta que les quedaba libre era la del Este; y precisamente por el hecho de ser la única era la más peligrosa. Aquel camino tenía forzosamente que estar en poder de los lobos y los salvajes se cuidarían de impedirles avanzar hasta que el fuego los alcanzase. Una vez conseguido esto huirían aun cuando en la maniobra hubiese algún peligro para ellos mismos. Pero conocían a la perfección toda aquella zona, cosa que no les ocurría a los fugitivos; y antes de que el devorador elemento les diese alcance, habrían traspuesto algún obstáculo para verse a salvo.

Ir hacia el Este, equivalía a meterse entre el enemigo. Ir hacia el Oeste era avanzar hacia el fuego. Les quedaba el Norte y el Sur.

No era tampoco muy probable que ninguno de los dos lados estuviese libre de enemigos. Podía suponerse que habrían enviado algunos para que avanzasen detrás de las llamas cuidando de mantener el fuego; el grueso de las fuerzas estaría del lado Este, pero al Norte y al Sur forzosamente habría algunos indios.

Cualquier camino que siguiesen los fugitivos, el grueso de las fuerzas salvajes marcharía tras ellos para darles alcance. Pero era un peligro menor hacer que los persiguieran, mientras el fuego avanzaba, que tenerlos en frente cortándoles el camino.

Lobo Solitario habló una o dos palabras al oído de Aguila Negra.

Pluma Roja, el joven Tiro Seguro y Fitz Warrender fueron informados de la idea del mohicano.

El rostro de los hombres blancos se alargó cuando la oyeron; porque aquello equivalía a una división del grupo y querían hacer frente al peligro, unidos. Pero Pluma Roja exclamó:

—¡Bah! ¡Está bien padre mio!

Rápidamente se adoptó una resolución. Pluma Roja, debía acompañar a Fitz Warrender y Bundock. Lobo Solitario, Perro Pequeño y Un Ojo debían formar otro grupo. De los dos Mellizos uno era enviado al Norte y otro al Sur. La única cuestión era decidir quienes tomaban la dirección que pareciese menos peligrosa.

El corazón de Aguila Negra, sufría doblemente. No había realmente camino que pudiera considerarse libre. Pero el ir hacia al este suponía mayor peligro.

En una dirección debía marchar su hermano de sangre. En otra debía ir él con Lobo Solitario, quien le era muy querido. El joven Tiro Seguro tenía que ir con uno o con otro grupo. ¿Pero con cuál había de ir?

Rápidamente conoció lo que habían decidido. La presión de la mano de Pluma Roja sobre su brazo, en forma silenciosa, le demostró que acaso el joven guerrero siux pensaba en ello y creía que su hermano tenía más derecho para ir con Lobo Solitario.

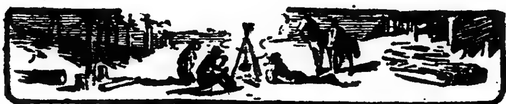
Todo lo que se sabía era que los que caminasen en dirección al enemigo dejarín probablemente la vida en sus manos. Pero aquel riesgo redundaría en favor de los demás, principalmente de Bundock quien se hallaba en un deplorable estado. Y si la estratagema daba buen resultado, sería en beneficio general.

—Yo iré con Pluma Roja, — dijo Aguila Negra.

—Perfectamente, — respondió el joven Tiro Seguro, y en la oscuridad los dos hermanos se dieron en silencio un expresivo apretón de manos.

Era aquella la única despedida, si había que considerarla así. El tiempo urgía y las frases de adios no eran necesarias para levantar el ánimo a ninguno de ellos.

Dirigieron los caballos hacia la parte baja de la colina. Pluma Roja, Aguila Negra y los dos ingleses, esperaron unos minutos, mientras los otros cuatro, luego de una pequeña tentativa de ocultarse, partieron por la pradera.



CAPITULO XI

El fin del "squaw-hombre"

DESCENDIERON de la altura justamente en el momento preciso. El fuego comenzaba a hacer presa en la base, por el lado oeste. El crecido pasto que había allí comenzaba a arder. Densas columnas de humo se levantaron, llegando hasta las copas de los árboles y las chispas que arrastró el viento hicieron extenderse más el área que abarcaban las llamas.

El segundo grupo no se había detenido mucho; pero en todo caso tampoco lo hubieran podido hacer.

El humo los envolvía cuando se iban alejando por entre los árboles y podían oir el chisporrotear de los árboles que ardían al otro lado de la colina. Antes de que hubiesen caminado un cuarto de milla, el fuego estaba ya en la parte alta de la colina y las llamas ascendían hacia el cielo formando una impresionante pira funeraria.

Pero no sólo en la colina había hecho presa el fuego, por la derecha y la izquierda, las llamas avanzaban rápidamente a rás del suelo y el camino hacia el norte estaba también muy próximo al área incendiada.

Era hacia el noroeste, hacia donde Pluma Roja, Aguila Negra, Fitz Warrender y Bundock, habían dirigido sus monturas, con el fin de estar más cerca de sus compañeros.

Aquello tenía, no obstante, poca importancia. Los lobos no habían supuesto nada de aquella división de fuerzas. Los cuatro que marchaban hacia ellos fueron considerados como todo el grupo.

El fuego avanzaba rápidamente trás ellos y columnas de humo se elevaban en su redor, mientras caminaban. El muchacho iba al lado de Lobo Solitario, y su corazón estaba satisfecho, porque había sido elegido sin discusión alguna para llevar a cabo con los otros, aquella misión especial de vida o muerte. Acaso le importase poco a Lobo Solitario el triunfo, en lo que personalmente a él se refería, pero uno de los que iban con él era Tiro Seguro, por quien sentía verdadero cariño y deseaba que saliese triunfante y vivo.

Pero la tarea era árdua. Pronto tuvieron indicios de ello.

Desde un punto situado delante de ellos llegaron algunas balas. El enemigo los había visto antes de que ellos tuvieran indicio de su presencia. Sin duda sus siluetas se destacaban entre las llamas y el humo.

Afortunadamente los lobos eran muy malos tiradores, y ni una bala pasó aún a una yarda de distancia de ninguno de los cuatro. Sólo les quedaba la esperanza de poder reunirse con sus compañeros.

No intentaron siquiera contestar a los tiros. Continuaron su marcha como si su única misión fuese empujar la banda de salvajes ante de ellos.

Del lado norte oyeron una o dos detonaciones. Pluma Roja y los que iban con él

habían entrado en contacto con los exploradores de aquel lado. Pero que había pocos enemigos en aquella dirección, era evidente.

Entonces distinguieron a no muchas yardas de distancia delante de ellos un sólido cuerpo de una docena o más de jinetes siux.

A una indicación de Lobo Solitario dieron vuelta en dirección del sud marchando abiertamente hacia la línea de fuego.

Lanzando el grito de guerra, los lobos se arrojaron trás ellos.

El colt de Tiro Seguro estaba preparado, e hizo fuego en dirección al montón de adversarios. Cayeron tres guerreros lanzando su grito de muerte.

La persecución no cesó por ello.

Un momento después se acercaron más los lobos.

Era la situación muy crítica ,y la amenaza grande. Parecía que tan sólo un milagro podía hace que escapasen con vida los cuatro.

Cuando se iba a producir el encuentro, se apartaron a un lado. El tomahawk de Lobo Solitario dió en la cabeza de Pino Erguido. Un Ojo, echado sobre el cuello de su caballo recibió un golpe en el hombro y de su herida brotó sangre. Pero su largo cuchillo atravesó el corazón de su atacante.

El pesado puño del joven Tiro Seguro dió de lleno en el rostro de un guerrero y lo hizo caer de su caballo. Hasta el muchacho cumplió su misión. Perro Pequeño había conservado el revólver colt que encontró en la guarida de los bandidos. No lo había usado hasta entonces, pero en esa ocasión le ofrecía un buen blanco y dos indios cayeron heridos de muerte por sus balas.

Volvieron a juntarse los cuatro. Cabalgaban estribo junto a estribo y el fragor de la lucha animaba su corazón. Lanzaron los entusiastas ¡Hurrah!, de los caras pálidas y el terrible grito de los siux. El tono estridente del grito del muchacho, cuya nación ninguno conocía, se unió al grito de los otros.

Los indios lobos que habían atacado sin suponer que serían rechazados en forma tan eficaz, se rehicieron sin hacer caso de sus muertos, y volvieron a emprender la persecución.

Tanto se aproximaron que Lobo Solitario y sus compañeros, cuya dirección era ahora hacia el norte, se vieron obligados a ir más hacia el este que sus compañeros habían ido.

Detrás de ellos sus perseguidores aullaban como coyotes; y su aullido era contestado desde más adelante.

Saliendo de entre las columnas de humo y cruzándose en el camino, apareció otro grupo de lobos y cuando el fogonazo de un disparo rompió una de las nubes de humo, Tiro Seguro vió que entre los recién llegados estaba el "squaw-hombre".

No se detuvieron. Llevaban mucho impulso y entre ese impulso y el ruido de los dos revólvers colt, los salvajes se vieron empujados, heridos, separados.

De los cuatro, tres sigu[illegible] su camino en una línea. Pero el cuarto [illegible]tó.

Era Un Ojo. No quería [illegible] la encarnizada lucha de aquella noche sin apoderarse de una cabellera. Los enemigos muertos habían sido dejados atrás. No había habido tiempo material para arrancarles los horribles trofeos. Pero Un Ojo vió entonces la oportunidad y pensó en seguida en aprovecharla.

Rápidamente emprendió la carrera detrás del caballo del "squaw-hombre". Luego se puso al lado. Ojos Rojos aceptó la lucha. Lo atacó con su tomahawk en alto y lo dejó caer sobre la cabeza de su perseguidor. Pero el guerrero zorro, golpeó en el mismo instante y sus armas chocaron y cayeron.

En seguida un brazo fuerte como el hierro rodeó el cuerpo del décimo séptimo conde de Bryncaster, — que allí era Ojos Rojos, el "squaw-hombre" de los siux, — y fué arrancado de la silla.

Permaneció atravesado en la montura de Un Ojo y lo último que vió en su vida fueron los destellos de las llamas y las espirales de humo del fuego que por orden suya había hecho arder para que pereciesen entre él su propio hermano y los que le acompañaban.

Sintió que una fuerza enorme le hacía doblar el cuerpo y crugir su espina dorsal. Un grito de espanto brotó de sus labios. Los fuertes dedos de Un Ojo le apretaban la garganta arrancándole la vida.

Antes de que su víctima hubiese muerto, Un Ojo, sin dejar de proseguir la marcha, colocó las riendas del caballo bajo la rodilla, sacó el cuchillo lo pasó alrededor de la cabeza del "squaw-hombre" y arrancó su ensangrentado cuero cabelludo.

Una vez hecho esto soltó el cuerpo y dirigió su caballo pinto hacia la cortina de humo.

Pero el caballo se resistió a tomar el camino que le indicaban. Un Ojo dejó entonces que siguiera su instinto y el animal marchó hacia adelante.

Las llamas envolvieron el cuerpo del "squaw-hombre". Fué algo terrible cuando lo alcanzaron, porque aun cuando tenía la espina dorsal rota, le habían arrancado la cabellera y estaba medio estrangulado, conservaba todavía su resto de vida. Pero no era una vida consciente, y aun cuando lo hubiera sido nadie hubiese tenido lástima de aquel malvado asesino, renegado y falso para todos los de su sangre y color, que habíase hundido entre el fango de los salvajes para satisfacer sus bajos instintos y pasiones viles y que había perecido según las costumbres de los salvajes a manos de un salvaje que a pesar de todos lo eran, menos él.

Acaso fuese todo efecto de su locura, aun cuando ésta se manifestaba en forma intermitente y no se sabía cuándo estaba cuerdo. Pero loco o no, estaba muerto.

Un Ojo galopó hasta colocarse al lado de sus compañeros, y al resplandor de las llamas les mostró su sangriento trofeo.

—¡Bah! — dijo. — ¡Del "squaw-hombre"!

El joven Tiro Seguro, permaneció silencioso; pero durante un momento el horror lo dominó. Lobo Solitario y Perro Pequeño

tampoco hablaron, pero su rostro demostró lo que experimentaban interiormente.

Las llamas les obligaron a marchar cada vez más hacia el este. Pero aquello no les importaba nada ya que comprendían que sus compañeros se verían en la necesidad de hacer lo mismo.

La persecución parecía haber cesado. Pero el peligro del incendio se hacía cada vez mayor.

¿Y a todo esto qué sería de Pluma Roja, Aguila Negra y de los dos ingleses?

El joven Tiro Seguro lanzó un grito. De algún lado de la izquierda llegó otra voz de respuesta y Dave reconoció a su hermano.

Pero por el momento una unión de los dos grupos era imposible. Los dos grupos hacían cuanto les era posible por huir del fuego, que avivado por el viento, marchaba a una increíble velocidad. Arrasaba todo vestigio de pasto y dejaban las llamas tras de sí una gran mancha negruzca y humeante.

Los caballos empezaron a ceder. Pero la aurora estaba ya cercana y con ella renacían las esperanzas.

Pronto se vió la luz entre las nubes de humo y los cuatro ginètes se distinguieron la cara. El largo cabello de los indios estaba chamuscado. Todos se veían ennegrecidos, cubiertos de cenizas y la ropa de Tiro Seguro estaba quemada en muchos sitios.

De tiempo en tiempo los dos grupos se daban voces a través de las columnas de humo y aun cuando perdiesen el contacto no tardaban en restablecerlo muchos minutos.

De pronto se reunieron y lanzaron exclamaciones de alegría al verse después de todos los riesgos pasados.

El grupo de Pluma Roja, no estaba en mejor situación que el de Lobo Solitario. El pobre Bundock estaba echado en montura, imposibilitado de mantenerse sobre la silla. Tanto él como su patrón tenían la ropa quemada en diversos sitios.

Un cambio de viento concentró las llamas en torno de ellos cuando se encontraron. De durar más tiempo todos hubiera sucumbido. Pero de repente cambió de nuevo y la rapidez de las llamas se aminoró mucho. Entonces continuaron su marcha con toda la rapidez de que eran capaces los cansados animales y así llegaron hasta un curso de agua. Los pobres caballos relincharon cuando sintieron el agua fría que bañaba sus tostados flancos y el honorable Guillermo Fitz Warrender dijo cuando salieron a la orilla opuesta

—¿Estamos ya en salvo? El fuego no puede cruzar el río.

—Sí, puede cruzarlo, — respondió Aguila Negra. — Pero el viento ha cambiado en realidad y esto es una suerte para nosotros. Pluma Roja, recordemos cuando un día ya muy lejano, nuestro padre Toro Blanco nos enseñó a combatir el fuego con el fuego.

Se apeó mientras hablaba y los indios y su hermano lo imitaron.

Bundock no podía hacer más que gemir, y Fitz Warrender, se detuvo pero no se apeó.

—¿No es una locura detenernos? — preguntó.

Ninguno respondió a su pregunta y en vista de ello desmontó también e hizo lo que los otros hacían, aún cuando no comprendía por qué.

Tan intenso había sido el calor que en la misma margen del río el crecido pasto estaba marchito y reseco. Ese pasto crecía en una estrecha faja. Detrás había una hierba corta, que era buen elemento para las llamas. Aguila Negra y sus compañeros estaban arrancándola.

Trabajaban con febril actividad, con toda rapidez y ninguno lo hacía con mayores energías que el joven inglés, aún cuando no comprendía nada de aquella labor. La hierba seca fué arrancada y lanzada toda en el pasto reseco de cerca del río. Fitz Warrender quedó admirado cuando vió a Aguila Negra que prendía fuego a todo aquello. Le parecía que semejante acto era atraerse al mortal adversario.

Caballos y hombres se metieron en el espacio que había quedado libre, el fuego formó un círculo en torno a ellos.

El humo se elevaba. Las chispas cayeron cerca pero sin encontrar dónde hacer presa. El calor era casi intolerable. Pero Fitz Warrender empezó entonces a comprender. El nuevo incendio se extendía dejando trás sí la desolación mientras el otro llegaba a la margen del río.

Inmediatamente, frente a ellos, había un amplio espacio ya quemado. Las chispas caían en él, pero como no encontraban nada que incendiar, se extinguían prnoto. Debido a ello el fuego no pudo atravesar el río en aquella parte.

A derecha e izquierda, las llamas parecían cruzarlo donde las chispas hacían presa en el pasto seco.

El fuego continuaba su marcha por otros puntos, pero los del grupo estaban en un espacio libre y no les amenazaba ese peligro.

—No se extinguirá hasta que encuentre en su avance un río lo suficiente ancho para no poder atravesarlo. — exclamó Dick Arthur. —Pero ya nos ha dejado atrás y por fin, del fuego no tenemos nada que temer.

Parecía que también podían considerarse a salvo de sus perseguidores. Era posible que los guerreros lobos hubiesen experimentado no pequeñas dificultades para eludir las llamas que ellos habían provocado. De todos modos casi la mitad de los guerreros del clan habían perecido.

Posiblemente, de haber sobrevivido, el "squaw-hombre" se hubiera visto en graves aprietos y hubiera perdido su popularidad.

Fué Dave Arthur el que refirió al honorable Guillermo Fitz Warrender cómo había muerto su hermano. La noticia fué recibida con toda calma y tranquilidad; Fitz Warrender era demasiado sincero para fingir un pesar que no sentía.

Había hecho todo cuanto le fué posible por llevar a buen término su misión y había fracasado. Pero el triunfo hubiera sido de dudoso éxito.

Marchado hacia el Este a través de la ennegrecida pradera, llegaron después de

veinte millas de camino hasta un ancho río y así dejaron tras ellos la desolada región.

Viajaron en constante peligro y con muchas privaciones. Si èl Matador había logrado llegar hasta la aldea de los coyotes era cosa que no supieron. Acaso hubiera fracasado en sus propósitos de llevar a Corazón de Piedra y a sus guerreros al lugar de la lucha. Tal vez fuese rechazado su proyecto.

De algo podían estar seguros. De que no estaba entre sus adversarios cuando el incendio.

Y también estaban seguros de que lo volverían a encontrar nuevamente. Porque si él no los buscaba, ellos lo buscarían. La hermandad de los exploradores que presidía Búffalo Bill sabía que todos y cada nuo de ellos tenía una deuda con el Matador y que no la habría pagado por completo mientras estuvi‹

FIN

EN LAS PAGINAS DE LA HISTORIA
ANECDOTAS INTERESANTES

En la primavera de 1814 el entonces joven y ya célebre compositor Rossini, que gozaba fama de conquistador irresistible, recibió en Milán un billete perfumado escrito en francés que decía:

"Una señora que ha venido de Nápoles a Milán con el vivo deseo de conocer al maestro Rossini, autor de cantos que corren el mundo llevando el nombre de quie los escribió a la fama y a la gloria, le espera esta noche en el palco número 9 del primer piso, en el teatro "Alla Scala", para decirle de viva voz lo que no puede confiarse a una carta".

El autor de "El barbero de Sevilla" quedó encantado, enorgullecido por el duce billete, y su emoción creció de punto al saber poco después por el tenor David, famoso "divo" de aquella época, que había llegado a Nápoles la esposa del embajador de Francia, dama de belleza deslumbradora.

Antes de comenzar la representación enteraron a Rossini de que el intendente de la embajada había encargado que le reservaran el palco número 9 del primer piso.

Rossini fué a su albergue, hízose una toilette de estupenda elegancia y volvió al teatro.

La puerta del palco número 9 en el primer piso estaba abierta; pero el palco vacío.

—¡Más tarde vendrá; las señoras siempre llegan tarde al teatro; aquí espero — exclamó el músico y sentóse en el fondo del palco.

Pasaron los actos y las horas sin que Rossini se moviera de su puesto ni llegara nadie a la cita.

Sólo al caer el telón, al entreabirse la puerta, vió Rossino que mano misteriosa dejaba caer otro perfumado billete.

El maestro rompió nerviosamente el cierre del papel, para leer asombrado:

"Carísimo maestro: La embajada de Francia me encarga excusarla con vos y deciros que no ha venido por los siguientes motivos, al teatro "Alla Scala":

Primero: Porque no se ha movido de Nápoles.

Segundo: Porque hace tres años murió y probablemente no vendrá a Milán.

Le ruego acepte el testimonia de la profunda estima con que soy vuestro admirador devoto. — Primera Abril, día de bromas".

Era David, el tenor, el que había dado a Rossini esa broma, en este día que en Italia, equivale a nuestro 28 de Diciembre, día de los Inocentes.

✣ ✣ ✣

Un pobre, hallando en la calle al emperador Maximiliano I, le dijo:

—Deme una limosna, "hermano".

El emperador mandó que lo socorriesen; pero el pordiosero encontró pequeño el don y dijo refunfuñando:

—¡Vaya una limosna de un emperador!

Maximiliano le dijo entonces:

—Anda, hombre, anda con Dios, que si cada uno de tus hermanos te da otro tanto, serás más rico que yo.

✣ ✣ ✣

Un médico cuenta que dos jóvenes amigos suyos tomaron simultáeamente el diploma de doctor en medicino y en leyes, respectivamente, y abrieron su estudio.

Uno tarde el nuevo médico penetró en el escritorio del flamante abogado, exclamando:

—¡Felícitame! ¡Ya tengo un cliente! Voy a verle ahora.

El compañero detuvo a su amigo, que ya se iba, y le dijo:

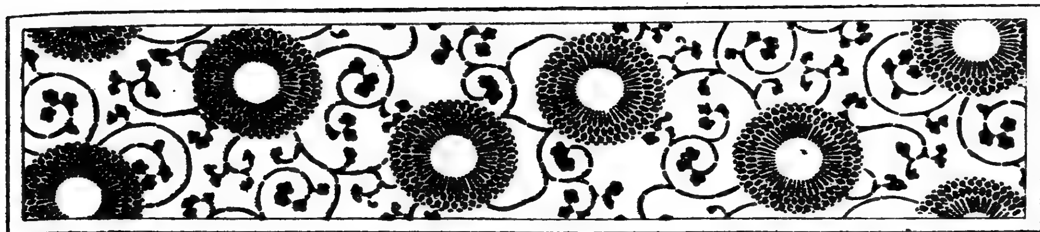
—¡Cuánto me alegro! — Y después de una pausa agregó: — Espera, voy contigo. Puede ser que el hombre no haya hecho testamento todavía y necesite abogado.

✣ ✣ ✣

Estaba Luis XIII escuchando pacientemente un discurso pesadísimo a la puerta de una ciudad, cuando uno de sus cortesanos, Bautru, creyendo halagar al rey interrumpiendo al orador, le preguntó de repente qué precios tenían los borricos en el país.

El orador, sin desconcertarse, miró a Bautru de pies a cabeza y le dijo con gran naturalidad:

—Eso es según; de vuestra alzada y de vuestro pelo vienen a valer diez escudos.



DE LA SUD AMERICA DE ANTAÑO

Las Primas de los Estudiantes

De cómo cuatro estudiantes partieron de Salamanca llenos de ilusiones, dos de ellos hidalgos y ricos con el propósito de casarse en Indias con dos primas ricas y los otros dos sin más ventura que la que la suerte les deparara. Y cómo la prima de la guitarra de un barbero conquistó a otras primas y se confirmó lo de "la suerte no es para quien la busca sino para quien la sabe encontrar".



IS tres compañeros en las salmantinas aulas y este vuestro humilde servidor, formábamos la más apretada piña. Partiámonos el más reseco mendrugo y nos partíamos asimismo, en la posada, un mal catre desvencijado y cojo y una colchoneta de apelmazada borra.

Pero lo que más unía era la partición en mancomún y el saboreo a cuenta anticipada, de la mil glorias que nos deparaba el cambiador destino en las remotas tierras de Indias.

Dos de mis condiscípulos eran segundones de linajudos solares. El tercero era un pelirrojo natural de la lejana Hibernia, caído por chiripa en los claustros de nuestra Universidad. En cuanto a este pobre estudiante, el del más raído ferreruelo, vió la luz primera bajo la reluciente bacía de un barbero toledano, alumbrada por la rojiza llamarada de un pobre candil.

Cursábamos humanidades, pero las huertas, plazas y garitos fueron nuestras aulas más preciadas. Porque la tuna no llenaba la andorga si no se alejaban las pandillas de cuchara en el tricornio hasta muchas jornadas del espigado campo próximo a la grey universitaria.

Cada uno de mis compañeros de señoril prosapia contaba con una prima en los reinos indianos. Se casarían con ellas, y ¡ancha Castilla! El rubio y yo, mientras consumíamos los mendrugos obsequio de alguna caritativa dueña, envidiábamos a los dos bienaventurados cuyos previsores abuelos supieron poner en este pícaro mundo varios retoños, para que su encanijamiento pudiera remozar sus blasones engordando con la hartura de los campos de occidente.

Para unirse con rica prima encomendera unos, sin parientes que con los brazos abiertos nos esperasen, los otros, a Indias vinimos los cuatro, cada uno a su modo. Sobre cubierta el rubio y yo, parando con nuestras costillas el sol y la lluvia de los trópicos, metidos en sus estrechos camarotes los otros, para cruzar el mar océano como arenques en barril.

El viaje de Salamanca a Sevilla no fué malo del todo. Con cinco ochavos morunos y tres maravedís castellanos en la faltriquera, salí de mi posada salmantina, y con la misma riqueza llegué a las orillas del Guadalquivir. Llevaba, además media hogaza, donativo de una respetable dama, y el estómago lleno de sopas del convento de franciscanos. Así reconfortado me uní a mis amigos, para emprender a pie el camino entre la Universidad de Salamanca y la Casa de Contratación.

Nos topamos en el camino con recuas y arrieros, y algunos trechos descansé cabalgando sobre las pintonas enjalmas. El rubio era también de los que no se desdoraba en aceptar la limosna de dejarnos montar en los pollinos descargados, mientras despeabánse los hidalgos, con los zapatos al hombro y mostrando los dedos de los pies por las destrozadas almadreñas.

—Gracias, mis amigos, gracias mil,— murmuraban los pobres, con ojos a punto de trocarse en húmedas fuentes de las más amargas lágrimas. — ¡En mula bueno, pero en burro, ya sus mercedes consideran!...

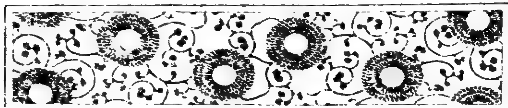
—¡Monte en el rucio, señor estudiante,— gritaban los arrieros y mozos de la recua,— que no ha de percatarse nadie, si cabalga o no su señoría en cuártago resoplador o manso borrico!

—No, no, mis amigos, — contestaban los pedestres caballeros. — ¿Qué dirían nuestros

nobles deudos indianos si nos viesen cabalgar sobre la albarda de un pollino?

Para pagar de algún modo la cabalgada gratuita, y para terminar conversaciones de laya tal que encaminaban a la descortesía o la pendencia, empuñaba yo mi "española" y entonaba alégres cántigas acompañando mis canciones con el precioso instrumento que sólo entonces recibió ese nombre, porque era novísimo el agregado de la quinta cuerda al antiguo rascador guitarrillo. Con ese agregado al viejo guitarrillo, el insigne maestro Espinel creó la moderna guitarra.

Arrieros y estudiantes se quedaban boquiabiertos ante los acordes arrancados al nuevo instrumento. Arpa, salterio, órganos y guzlas, y hasta la voz humana perdieron desde aquella fecha su anterior predicamento. Lo bueno fué que la española, o la actual guitarra, tal como en esta nuestra Trinidad la tocamos todos, con la subquinta cuerda que ideó el maestro Espinel, me convirtió en rico encomendero, del mismo modo que fué aquella cuerda la que dió prez y fama al escudero Marcos de Obregón.



LOS compañeros del marítimo viaje nos contaron muy sabrosas historias. Desde que con nueve españoles y sesenta mancebos de la tierra fundó un señor don Juan de Garay, Trinidad de los Buenos Aires, se había planteado en esta ciudad el más peliagudo contrapunto entre peludos y pelados, entre blancos y morochos.

Esta era una aldea, donde estaban todos a partir de un piñón en lo relativo al bien de la república, lo mismo para el aderezo de las calles, que para rematar carnicerías al que más barato ofreciera el suministro y abasto de la ciudad. Tampoco se peleaban por la iguala del físico, ni por lo que había que pagar al albeitar. Curas y frailes percibían sus congruas y hasta los maestros de escuela andaban orondos y rozagantes.

Españoles todos, aunque fuera la color de muchos como tizón mal quemado en carbonera, jamás se pelearon ni dividieron por motivo o causa alguna, pero al hablar de cosas de rapabarbas, eran como Montescos y Capuletos, y en tigres pampeanos se convertían, lo mismo los paisanos de los atigrados habitantes de las paraguayas selvas, que los nacidos en andaluces cortijos.

La razón era obvia. Los lampiños mancebos, medio blancos medio indios, no necesitaban para nada de la navaja de afeitar. Sus cuatro pelos locos, eran señuelo del señorío de sus negruzcas personas. Quitárselos equivalía a confundirse con la indiada, perdiendo su condición de conquistadores. Eran tan hijosdalgo como el más pintipirado manchego. Llevaban el blasón en los asomos o barruntos de mostachos.

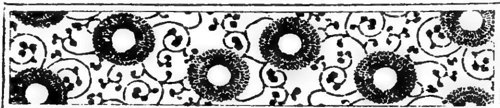
—Un diablo de marino, — me decía un viajero que había estado en Trinidad de los Buenos Aires, — el capitán don Pedro Fernández Piedepalo, trajo, allá por los años del Señor de mil seiscientos veinte, un ungüento para quitar las barbas a mi señora doña Leonor Martel, esposa de Manuel de Frías, pues era un bochorno para el morocho caballero lucir unos bigotes más ralos que los de su andaluza consorte. Acusaron de nigromante al capitán, — decía bajando la voz el porteño, — intervino el Santo Oficio y al fin entre el alcalde y la Hermandad hicieron quemar el ungüento por mano del pregonero, porque no había verdugo en Trinidad.

—Si su merced piensa ganarse la vida como barbero, — añadía el poblador de estos parajes, — puede dar vuelta al pingo, o volver por acá dentro de unos cincuenta años. Estamos aun en las primeras crías, hay pocos blancos y los que hay son gente de pelo en pecho, pero que aún no echó pelo en las barbas.

Poco a poco me iba enterando de pormenores espantables. Maese Jerónimo de Miranda, en 1607 quiso huir de Trinidad, porque se moría de miseria. Reuniéronle 425 pesos de iguala, en harinas y frutos, pero al otro año negáronse a pagar los pelados. Fueron los peludos de casa en casa, pero no consiguieron reunir lo bastante para mantener al barbero. No reunieron más que catorce parroquianos, y esos eran pocos para costear la vida del rapabarbas.

El barbero Andrés Navarro, en 1612 quiso marcharse también, pero el Cabildo no lo dejó.

Volvieron a pelearse por los pelos y el modo de cortarlos los que los tenían y los que carecían de ellos, y de cómo el conflicto estuvo más agrio que nunca se hablaba a bordo cuando llegamos a Río de Janeiro con idea de salir en seguida para Trinidad.



PERO el hombre propone y Dios dispone, dice el refrán. Fueron unos piratas holandeses los que dispusieron de nosotros.

El gobernador de Río de Janeiro, don Martín Desa, estaba por enviar a Trinidad una carta para dar aviso de la presencia en aquellas aguas de una poderosa flota enemiga. Cuarenta velas habíanse presentado frente a Pernambuco. Hubo cañoneo recio, se perdió la capitana junto con cuatro urcas grandes, con veinticinco soldados cada una. Era cosa de correr como galgos a llevar tan espantable nueva a Trinidad, y había que ir por tierra, pues el mar quedaba cerrado por los holandeses y sus cuarenta naos.

Don Martín Desa tenía órdenes del señor gobernador general del estado del Brasil, Diego Luys de Olibera, y era asunto de no perder minuto. Pero de Río a Asunción hay algo más que de Salamanca a Sevilla, y co-



Media hora más tarde brillaba al sol indio mi reluciente bacía. Tres adobes servían de asiento. El rubio, jabón en mano, esperaba a la clientela mientras punteaba yo mi guitarra, sonriendo al recuerdo de la confusión de las primas del señor Gobernador de Río de Janeiro. ("Las Primas de los Estudiantes". Página 41.)

mo no corren caballos por tan agrestes parajes, había que buscar gente de buenas piernas para caminar algunos meses seguidos.

Don Martín vino a nuestra nao y clavó los ojos en cada uno de los viajeros. Los indianos o en Indias encanecidos, ni merecieron una mirada del señor gobernador. Por lo mozos y lo flacos gustámosle nosotros, y hablónos así:

—Sus mercedes prestarán el mayor servicio al rey N. S. si aprietan las clavijas y salen hoy mismo para los reinos del Paraguay llevando pliegos de importancia. Año y medio pónese por lo corriente en este viaje, pero de su buena voluntad y buenas piernas espero verlos en Asunción antes de seis meses. Desde la capital del Paraguay bajarán por el río a Trinidad, donde don Francisco de Céspedes les hará mil mercedes. Pónganse en camino los dos que sean más ligeros de bastimentos y cuerpo, vengánse a palacio donde los esperan guías indios.

—Conducimos, señor gobernador, — exclamaron casi a una los hidalgos, — arcones con sábanas de las heredadas por las abuelas, loza de Alcora y retratos de familia. Arneses de nuestros antepasados, árboles genealógicos...

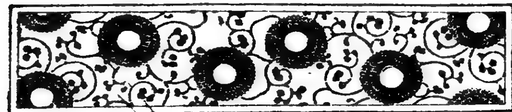
—¿Tienen sus mercedes igual impedimenta? — preguntónos con cara de perro el señor gobernador.

—Mi guitarra, dos docenas de navajas de afeitar y dos docenas de primas, — contesté pegando un brinco, con todo mi hatillo al hombro.

—Pues yo no llevo ni eso, señor gobernador. Lo puesto y lo que su señoría me dé,— exclamó el rubio, poniéndose a mi lado.

—En marcha, mis señores, — gruñó el gobernador empujándonos hacia su falúa.— Corre a mi cargo cuidar de que nadie falte el respeto a todas esas primas que su merced conduce.

—No dejes de saludar a nuestras primas cuando a Tucumán llegues, — decían los hidalgos.



"COMO de Salamanca a Sevilla, compañero" — decíame el irlandés sin dejar de dar zancadas entre lo tupido de la fronda.

—Pero sin arrieros en el camino, que nos brinden con descansos sobre las enjalmas de los burros, — decía yo.

Los indios estaban asombrados. Jamás soñó aquella pobre gente que pudiera haber hombres tan andarines. Sin tiempo para apoltronarnos en las delicias de la inmensa Capua americana, brincábamos por entre los espesos matorrales como si fuésemos huyendo de alguaciles y corchetes por las callejas salmantinas. Cuando cinco meses más tarde llegamos a Trinidad de los Buenos Aires, a punto estuvieron los alcaldes de la Hermandad de meternos en la cárcel, por no poderse atribuir sino a brujería manifiesta semejante rapidez de movimiento.

Desde la capital del Paraguay hasta Buenos Aires vinimos en barcas indias por lo amplio y turbio del río, en compañía de mi señor don Juan de la Peña, y el día ocho de Octubre del año del Señor de 1627, nos vimos recibidos por el Cabildo en pleno, para entregar a las autoridades de la república y al señor don Francisco de Céspedes, Gobernador y Capitán General de estas provincias, los pliegos que sólo cinco meses antes pusiera en nuestras manos el gobernador de Río de Janeiro.

Las noticias no llegaron tan frescas como imaginábamos. Desde Tucumán y Santa Fe habíanse enviado ya refuerzos a Trinidad, y don Cristóbal de Garay con sus treinta y cinco soldados, estaba a punto de embarcar en balsas cuando pasamos frente a Santa Fe. Habíanse visto barcos sospechosos, y todos los pobladores de las ocho ciudades, aún estando la más próxima a contenares de leguas, quisieron enviar sus mesnadas para la común defensa.

Buenos Aires era un campamento, pues todo era sonar de bélicos clarines y redoblar de atambores. El señor Gobernador nos hospedó en las Casas Reales y nos hizo mil mercedes. Lo mismo el rubio que yo, éramos los mimados del vecindario, y en tierra como esta, donde nadie anda a pie, nuestra caminata se consideró como grande hazaña.

El señor Gobernador, hombre muy leído que lo mismo manejaba la péñola que la lanza, inquirió cuáles eran nuestros propósitos, y al saber que pensaba poner tienda de barbería, no pudo disimular su amargura. La primera autoridad porteña se retorció el canoso mostacho y así dijo:

—¿Han visto sus mercedes cómo está de unida esta tierra? Jamás se vió conformidad de miras semejante. Hombres hay acá que ni Dios ni yo sabemos de cuán distintas layas, pero nunca se vió pueblo más compacto. Ni la menor disputa empaña la serenidad del trinitario cielo. Sólo en cuanto se trata del arte de rapar las barbas se desencadena un pampero tan recio y tan potente que temo lleguen a matarse hijos y padres y abuelos y tíos y sobrinos. No hay barbero que resista. Pelados como frailes son de nacimiento los más y opónense a pagar al barbero que no necesitan. He de raparme yo mismo y debido a mi poca pericia, más de un rasguño muestra este rostro.

Calmóse el señor Gobernador y, cambiando de tono, dijo:

—Escríbeme mi colega de Río que asegure a su merced del real aprecio, y díceme además que cuidará con el interés más preciado de esas primas de que su merced le hablara.

—Vea mi señor, que yo no tengo más primas que las veinticuatro que dentro de un canuto de caña traigo desde Sevilla, que no hay barbero sin guitarra y con la mía a cuestas vine, tan ligero de ropa como de ánimo.

Ni su excelencia ni ninguno de los circunstantes entendieron mis dichos.

Había entre los capitanes allí presentes más de los pelados que de los peludos y pude ver las foscas caras que ponían los pelados al anuncio de mi plan de pedir iguala como maestro barbero de Trinidad. Pero entre los de Santa Fe, Tucumán, Córdoba y otras ciudades, había peludos bastantes para formar mi clientela de momento.

Pedí permiso al señor Gobernador para colgar mi bacia bajo los soportales del Cabildo, y en atención a nuestra larga caminata, aunque con notorio descontento de más de un pelado capitán más negro que la tinta, obstuve lo solicitado.

Media hora más tarde brillaba el sol indio en mi reluciente bacía. Tres adobes servían de asiento. El rubio, jabón en mano, esperaba a la clientela, mientras punteaba yo mi guitarra, sonriendo al recuerdo de la confusión de las primas del señor Gobernador de Río de Janeiro.

Y sin saber cómo ni cuando, la idea de las primas de nuestros compañeros de estudios acudió a mi mente. ¡Felices ellos! ¿Cuál de las garridas mozas que nos miraba con sus curiosos y grandísimos ojazos negros sería la destinada a matrimoniar con cada uno de aquellos mimados de la fortuna?

¿Qué nota tan triste arrancaría a mi prima? ¿Qué lágrima mía tomó cuerpo en las vibraciones de la cuerda que una señora alta, panzona, negra, de corte puramente indio, acompañada de la más apetitosa morocha que mis ojos hayan columbrado, dió casi un brinco y se plantó a mi vera?

—Es tienda de barbero, mi señora, — dijo el rubio, creyendo que la dama se equivocaba.

—Es concierto de ángeles, mi amigo. Háganos el bien su merced, señor músico, de tañer un poco, que jamás en Tucumán escuchamos guitarra tan armoniosa y sonora.

Acudieron presurosos dos indios a presentar un escabel a la dama. Se notó en todos el mayor acatamiento. Trajeron un escaño del Cabildo mismo para las señoras, y la moza clavó en los mios aquellos ojos que ni en Sevilla tienen parecido.

Formóse ámplio corro en torno nuestro. Nadie acudía a raparse, pero sobraba público para escuchar al guitarrero.

—¿Sería tan amable su merced, — murmuraba con voz que sonó en mi oído como un eco de los cielos, — nos haría el bien de tocar alguna sonata de aquellas que los troveros cantaban al pie de los castillos?... ¡Tiene tan amorosas voces su guitarra!...

Y sonreían los rojos labios, mientras los parleros ojos acentuaban la dulzura infinita de las frases.

—¡Prima mía, única prima que Indias tengo!... — murmuraba para mi raído jubón, mientras punteaba las cuerdas, sacando los más tristes gemidos todo a lo largo del reluciente mástil. — ¡Prima mía, ayúdame en este trance durísimo! ¡Hermana del alma en nuestro común cariño al maestro Espinel, sácame de la miseria, que si Orfeo amansó las fieras con las delicias de su lira, bien puede la española ganar una batalla al sonar por vez primera los armoniosos acordes de la prima en la plaza mayor de Trinidad!

¿Cómo pintar el asombro, el estupor de todos los bravos soldados y capitanes que formando el más silencioso corro, rodearon al triste grupo formado por el pelirrojo irlandés, los tres adobes que de asiento me servían y la guitarra? Relucía mi bacía de barbero, herida por los rayos del sol, tornasolábase la espuma de jabón en manos del irlandés, sonreía la garrida morocha, y tañía yo medio llorando de esperanza y de congoja.

Ni un grito, ni un aplauso. Muda y silenciosa, la pueblada aumentaba constantemente. Trinidad en pleno estuvo en torno nuestro al poco rato, y cuando, rendido ya, dejé caer la cabeza sobre mi instrumento, sentíme abrazado, oprimido y llevado en alto, por un pueblo loco, feliz, orgulloso de haber hallado un nuevo medio de manifestar sus aficiones al divino arte.

El guitarrillo criollo perdió en un instante todo su predicamento; la española era la reina de las guitarras. Aquella quinta cuerda era la creadora de una desconocida armonía y el maestro Espinel se convirtió al instante en la más popular figura de todo Buenos Aires.

—Lástima grande, — decía tristemente el señor gobernador, quien también salió de las Casas Reales para mezclarse complacido en el concierto admirativo. — Lástima grande que no podamos tener a su merced en nuestra Trinidad. Podría enseñar a tañer a estos mancebos. Pero es tan pobre la tierra que jamás pudo sostenerse en ella barbero ninguno.

Como si un estremecimiento de angustia hubiera recorrido todo el público, se oyeron gritos de protesta, ofertas a montón, y peticiones de que el Cabildo prohibiese la salida del trovero milagroso.

Los forasteros formaron sus corrillos y cada uno de ellos me envió embajadores. Tierras ricas eran las suyas, y sin prima todas ellas. Córdoba la ciudad doctoral quería firmar desde ya su iguala: lecciones de española cuantas quisiera y, en cambio, panes, fustán y lienzos de la tierra a elegir.

Trinidad no cedía. Si a maese Miranda el año del señor de 1607 le dieron cuatrocientos veinticinco pesos, sin saber sino tañer malamente el guitarrillo, quinientos pesos me darían aun no embargante las congruas por mis ventas de primas y lecciones de española..

En varios grupos llenó la gente los contornos de la plaza.

Como vinieron todos en son de guerra, armas cargaban y lucían espadas al cinto. Antes que pacífico cónclave asemejábase aquello a preludio de palos. La puja subía y subía. El barbero y su guitarra adquirían jamás soñado valor. Córdoba, Tucumán, Santa Fe y Trinidad se disputaban la primacía en el maestro del novísimo instrumento. El señor Gobernador empezó a temer por la tranquilidad del orden público.

—Mi señor músico milagroso, — oigo de-

cir junto a mí, y vuelvo el rostro y me veo ante la india, compañera de la preciosa morochita. — Mi señor: mi niña, la muy noble encomendera de los Lules, quisiera aprender a tañer como su merced lo hace. Ofrézcole nuestra casa donde hallará posada mejor que en las Casas Reales.

Ni la bacia descolgué de los soportales del Cabildo. Sobre el estrado de la india tañía mi guitarra, y el rubio estaba junto a mí, y a mesa y manteles vivíamos con las dos más hermosas doncellas de estos reinos, hijas ambas de linajudos segundones y nietas de poderosos indianos caciques.

El señor gobernador logró apaciguar los deras. Se aclara la estirpe. Y rascando el cuero todas las semanas con la navaja de afeitar, hasta se cambia la color de la epidermis.

Mis discípulas no querían interrumpir sus lecciones. Mi jira artística triunfal, gloriosa, entusiasmó a las garridas mozas, y en la más alegre compañía salimos de Trinidad para las otras ciudades en cumplimiento de la órden del señor gobernador y para que las ocho villas conocieran la prima traída por mi de Sevilla, encerrada en un cañuto.

En Tucumán fué necesario pasar por la vicaría, para que el párroco nos bendijera. Las dos parejas salimos unidas por el eter-



Su estupor y el nuestro fué el mismo cuando nos pudimos percatar de que las dos primas con las que ellos venían a casarse, eran precisamente las consortes del rubio irlandés y del rapabarbas guitarrero. (“Las Primas de los Estudiantes”. Página 42.)

animos. El trovero haría una jira por todas las ocho ciudades del adelantazgo, y en el primer navío de permisión se pediría a Sevilla cien docenas de primas sevillanas para todos los aficionados criollos. En las actas de todos los Cabildos se hace constar esta expresa condición, y los barberos vendrían obligados a tañer la española y nunca más el guitarrillo. Las repúblicas no negarían sus igualas a los encargados del aderezo de las personas y del ejercicio y enseñanza del divino arte.

—Además, mis queridos señores, — agregó el gobernador. — Ven cómo los rapaces son ya más blancos, vean cómo tienen ya pelusa, que muy pronto será barbas verda-

no lazo, y sin la rémora de la vieja sirvienta india, continuamos nuestro triunfal paseo.

Al regresar, un año después a Buenos Aires, estaba ya en el puerto el barco que nos trajera de Sevilla, y pudimos abrazar a nuestros compañeros de Salamanca.

Su estupor y el nuestro fué el mismo cuando nos pudimos percatar de que las dos primas con las que ellos venían a casarse, eran precisamente las consortes del rubio irlandés y del rapabarbas guitarrero.

—Ya veo, — dijo tristemente uno de mis amigos, — que hasta en Indias, “la suerte no es del que la busca sino del que la sabe encontrar”.

OTRA AVENTURA DE HECTOR RATICHON



LA JOVEN HEREDERA

por la Baronesa Orczy

Otra novelita que tiene todo el encanto y el delicado humorismo que caracteriza a todo cuanto escribe la famosa autora de "The Scarlet Pimpernel", la novela inglesa más popular de nuestra época, la que ha recorrido triunfalmente todo el mundo, traducida a todos los idiomas.

(Traducción especial de "Pucky")

¡OH, estimado señor mío! No puede usted figurarse lo pobres que éramos todos en Francia en aquel aquel año de gracia de 1816. Eramos tan pobres que un plato de asado de cerdo era considerado un festín y la adquisición de un vestido nuevo para la esposa como un lujo inaudito.

La guerra había arruinado a todos. ¡Veintidós años de guerra y al final una desesperada humillación y una derrota completa! ¡El Emperador entregado a los ingleses! ¡Un Borbón sentado en el trono de Francia! Multitud de soldados extranjeros enseñoreados de todo el país, — hasta que el país hubiera pagado sus deudas a sus extranjeros invasores, — y miles de nuestros hombres regresando penosamente a su patria, cruzando Alemania y Bélgica, los remanentes del Gran Ejército de Napoleón, ex-prisioneros de guerra, o pertenecientes a unidades dispersas que por fin habían hallado el camino de regreso, descalzos, sin ropa, medio muertos de hambre y estropeados por el frío y las privaciones a tal punto que ya no servían para trabajar en nada, ni en la agricultura, ni en

la industria, en condiciones tan sólo para seguir tras de su caído héroe, como lo habían hecho durante un cuarto de siglo, a la victoria o a la muerte.

Para mí, señor, los negocios, en París, hacía tiempo que estaban estacionarios. Yo, que había sido agente confidencial de dos reyes, tres autócratas y un emperador... Yo que había tenido en mis manos los hilos de intrigas diplomáticas que habían hecho tambalear tronos, y temblar a los tiranos, yo que había hecho morder el polvo a mayor número de criminales y de intrigantes que cualquier otro hombre del mundo,... Yo me sentaba en mi oficina de la rue Dannou, día tras días sin que la sombra de un cliente oscureciera mi puerta. Y Teodoro se pasaba el día aburrido, mientras el crimen y la intriga política florecían en París como no habían florecido en los días mas corrompidos de la Revolución y del Consulado.

Imaginen, pues, mi asombro y mi encanto cuando un inolvidable día, en los comienzos del mes de Setiembre, un tímido "rat-tat" sonó en la puerta exterior y despertó a Teodoro de su siesta de mediodía. Le oí caminar hacia la puerta a toda prisa me enderecé la corbata y me alisé el cabello, que estaba algo desordenado, a pesar de que había almorzado con un frugalidad de abstemio.

Cuando he dicho que el llamado a mi puerta fué un tímido "rat-tat", no acerté, tal vez, a describirlo con la debida exactitud. Fué tímido, si usted me entiende, y atrevido a la vez, como si procediera de alguien que pudiera vacilar y estuviese, sin embargo, seguro de ser bien recibido. Se comprendía que era un cliente, según pensé.

Efectivamente, señor, así era. Un instante después mis ojos se alegraron al ver a una mujer encantadora, hermosamente vestida, joven, delicada; sonriendo para ocultar la ansiedad que sentía, digna de confianza, y seguramente, adinerada.

—¡Señorita!, — dije, pues parecía casi una muchacha. Me levanté y le ofrecí una silla. En aquel momento lamenté no tener puesta mi casaca verde botella con cuello de terciopelo negro, pero la había empeñado la semana anterior.

—¡Un momento, señorita! — agregué en cuanto ella se hubo sentado. — En seguida estaré por completo a su disposición.

Tomé pluma y papel, — una carta sin terminar que siempre tenía preparada para un caso así, — y escribí rápidamente. Siempre le da tono a un abogado o a un "agent confidentiel" eso de hacer esperar a un cliente un momento o dos mientras cede a la urgente presión de la correspondencia que le acosa y que, si la dejara aglomerarse durante cinco minutos, acabaría por aplastarle.

Firmé y plegué la carta, la arrojé con negligente gesto en una bandeja de mimbre llena hasta el borde de otras cartas de idéntica importancia, hundí el rostro en las manos durante unos segundos, como para concentrar mis pensamientos y por último, dije:

—Y ahora, señorita ¿quiere usted tener la bondad de decirme qué es lo que me proporciona el honor de su visita?

La encantadora joven había observado mis movimientos con evidente impaciencia y con el bello entrecejo, fruncido, Pero al oir mis palabras, entró decididamente en materia.

—Señor, — dijo con aquel aire de decisión que le sentaba tan bien, — me llamo Estelle Bachelier; soy huérfana, tengo una herencia que es mía y necesito protección y consejo. No sabía a quién dirigirme. Hasta hace tres meses yo era pobre, y tenía que ganarme la vida trabajando en el taller de una modista de sombreros de la rue Saint Honoré. La portera de la casa donde yo vivía es mi única amiga, pero no puede ayudarme en este caso. Me dijo, sin embargo, que ella tenía un sobrino llamado Teodoro, que era dependiente del señor Héctor Ratichón, abogado y agente confidencial. Me dió la dirección de usted y como no conocía a nadie más, decidí venir a verle.

En aquel instante tomé la determinación de subirle el sueldo a Teodoro. Después supliqué a la bellísima visitante que prosiguiera.

—Mi padre, señor, — continuó ella.— murió hace tres meses en Inglaterra a donde había emigrado siendo yo muy niña y abandonando a mi madre a su destino. Mi madre falleció el año pasado, señor y yo he pasado una vida muy cruel. Pero ahora parece que mi padre hizo fortuna en Inglaterra y me ha dejado heredera de todo cuanto tenía.

Me sentí sumamente interesado al oir su relato.

—La primera noticia de eso, señor, la recibí hace tres meses cuando me llegó una carta, de un abogado de Londres en la que me decía ese señor que mi padre, Jean Paul Carré, pues este era su nombre verdadero, había fallecido en aquella ciudad y había hecho testamento dejándome todo su dinero, algo más de cien mil francos, a mí.

—¡Sí, sí! — murmuré porque tenía la garganta seca y estaba deslumbrado. ¡Cien mil francos! ¡Dios Todopoderoso que estás en los Cielos!

—Parece, — prosiguió ella con toda tranquilidad. — que mi padre había dispuesto en su testamento que el abogado inglés debía pagarme el interés del dinero hasta que yo me casara o cumpliera los veintiún años y que entonces me sería entregada la totalidad de la suma.

Tuve que apoyarme en la mesa para no tambalearme ni caerme de espaldas. ¡Aquella criatura de Dios que debía recibir cien mil francos había venido a pedirme protección y consejo! ¡El pensarlo nada más me hacía girar el cerebro como si lo envolviera un torbellino! ¡Soy de una imaginación tan fecunda!

—Prosiga usted, señorita, se lo ruego,— conseguí decir con una calma dignísima.

—Bien, señor, como yo no se ni una sola palabra de inglés, llevé la carta al señor Farewell, que es el viajante inglés empleado en el establecimiento de Madame Cécile la modista de sombreros para la cual yo tra-

bajaba. Es un señor bondadoso y afable y se mostró muy decidido a ayudarme. Precisamente estaba por salir para Inglaterra a los pocos días. Se ofreció para ver al abogado inglés en mi nombre y a traerme todos los datos sobre la muerte de mi padre y mi inesperada fortuna.

—¡Ah! — dije yo, porque ella había hecho una breve pausa. — ¿Y fué el señor Farewell a Inglaterra a ocuparse de los asuntos de usted?

—Sí, señor; fué, y regresó unos quince días después. Había visto al abogado inglés, el cual le había confirmado la buena noticia que figuraba en su carta. El abogado simpatizó mucho con el señor Farewell, y le dijo que, como yo era demasiado joven para vivir sola y necesitaba un tutor que cuidara de mis intereses, le nombraba tutor mío, indicando la conveniencia de que yo residiera en la misma casa que él hasta que me casara o llegara a los veintiún años de edad. El señor Farewell me dijo que aun cuando no disponía de mucho espacio en su casa, no había podido resistir a los pedidos del abogado inglés, que manifestó necesario que él se encargara de ser mi tutor, sobre todo porque era inglés y además amigo mio.

—¡Qué pillo! ¡Qué infame! — exclamé, cediendo a un repentino ímpetu de furor. — ¡Pero usted perdone, señorita! — agregué con más calma, viendo que la gentil jovencita me miraba con ojos llenos de asombro y de algo de desconfianza.—Me he apresurado tal vez a sacar consecuencias de hechos que aun no conozco bien. ¿Decía usted señorita que el abogado inglés designó su tutor al señor Farewell? ¿Y debo deducir de eso que usted pasó a habitar en casa de su tutor?

—Sí, señor. En la rue des Pyramides número sesenta y cinco.

—¿El señor Farewell es casado? — pregunte con indiferencia.

—Es viudo, señor.

—¿De mediana edad?

—No, señor, muy anciano.

Estuve por lanzar un grito de alegría. Yo no había cumplido todavía los cuarenta.

—Porque es anciano, — agregó ella jovialmente, — piensa retirarse de los negocios; era, como he dicho, viajante de comercio; cediendo su puesto a un sobrino suyo llamado Adrien Cazalés.

Tuve que volver a agarrarme a la mesa. Todo parecía girar en redor mio. ¡Más de cien mil francos! ¡Una joven adorable! ¡Un viudo poco escrupuloso! ¡Un joven sobrino igualmente peligroso! Me levanté y fuí, dificultosamente hasta la ventana. La abrí de par en par, — como suelo hacerlo en los momentos de crisis agudas.

El aire fresco me hizo bien. Volví a mi mesa y pude adoptar una vez más mi habitual actitud de dignidad y sangre fría.

—En todo lo que usted ha manifestado, señorita, — dije con mi más exquisita cortesía profesional, — no veo en qué puedo servirle de protector o de consejero.

—De eso voy a hablar ahora, señor, — prosiguió ella, después de un breve momento de perplejidad y vacilación y ruborizándose del modo más exquisito del mundo. — Debe usted saber que, en los primeros tiempos fuí muy feliz en casa de mi nuevo tutor. Era excesivamente bondadoso, aun cuando en algunas ocasiones se me figuró...

Vaciló, más que antes esta vez y se puso más roja, mucho más roja que lo que ya lo estaba.

—¿Es, seguramente, demasiado viejo? — dije.

—Sí; es demasiado viejo, — asintió con energía.

Una vez más hubiera saltado y gritado de alegría si no se me hubiera clavado, poco antes, un agudo puñal, en el corazón.

—Pero el sobrino ¿eh? — dije con aire que me pareció jocoso e indiferente. — El joven Adrien Cazalés ¿Qué me dice de él?

—¡Oh! — replicó ella con perfecta indiferencia. — ¡Le veo tan de tarde en tarde!

Por desgracia no era digno de quien era el abogado y el agente confidencial de la mitad de las cortes europeas, el ejecutar pasos de "can-can" en presencia de un cliente. Si lo hubiera sido yo hubiese saltado y danzado alegremente en aquel instante. Pensamientos muy felices cruzaban mi imaginación. "El viejo es demasiado viejo". "Al joven sólo le ve de tarde en tarde". Me hubiera echado a sus pies agradeciéndole la indiferencia con que había dicho: "Le veo tan de tarde en tarde". Estas palabras habían transformado mis luminosas esperanzas en relucientes posibilidades.

Pero, gracias a la energía de mi sistema nervioso, logré disimular de modo maravilloso mis emociones y con perfecta sangre fría pregunté nuevamente a la bellísima visitante en qué creía que yo podía servirle.

—Ultimamente, señor, — prosiguió, fijándo en los míos la mirada de sus límpidos ojos celestes. — mi situación en casa del señor Farewell se ha hecho intolerable. Me persigue con sus atenciones y se siente locamente celoso. No me deja hablar con nadie y hasta ha prohibido al señor Cazalés, a su sobrino, que se presente en la casa. No es que eso me importe absolutamente nada,— agregó con un expresivo encogimiento de hombros.

"¡Le ha prohibido a su sobrino que se presente en la casa!" Esta frase sonaba en sus oídos como un himno triunfal. ¡Y a ella no le importa absolutamente nada! ¡Tra-la-lá! ¡Tra-la-lá!

Lo que conseguí decir con toda mesura y dignidad fué lo siguiente:

—Si usted tiene la gentileza de confiarme el manejo de sus asuntos me pondré en seguida en comunicación con el abogado de Londres, en nombre de usted y le indicaré la conveniencia de designar otro tutor. Me permitiría indicar por ejemplo que sería bueno... Yo... pues...

—¿Cómo iba a hacer usted semejante cosa, señor, — dijo ella con algo de impacien-

cia. — si yo no puedo decirle quién es ese abogado?

—¿Eh? — interrogué yo, aturdido por la extraña noticia.

—No se ni cómo se llama ni dónde vive en Inglaterra.

Abrí la boca, asombradísimo.

—¿Quiere uster la bondad de explicarse, señorita? — supliqué, en voz muy baja.

—Parece, señor, que mientras vivió mi madre, ella se negó siempre a admitir, ni aún un solo franco de mi padre que tan vilmente la había abandonado. Claro está que ella ignoraba que mi padre estaba reuniendo una fortuna en Inglaterra y que él estaba haciendo diligencias para dar con el paradero de mi madre, cuando se dió cuenta de que iba a morir. Por eso se había enterado ya, mi padre, del fallecimiento de mi madre, un año antes, y de que yo trabajaba en el taller de una modista de sombreros. Cuando el abogado inglés me escribió, dirigió la carta al taller de Madame Cécile y decía en ella que necesitaba ver todos mis documentos de identificación antes de hacerme entrega de dinero alguno. Por esto fué por lo que el señor Farewell, cuando fué a Inglaterra llevaba en su poder todos mis documentos y...

Calló y lloró desconsolada, agregando casi en seguida:

—¡Y ahora no tengo nada, señor! ¡No tengo ni un solo documento para demostrar y probar quién soy! El señor Farewell se apoderó de todos mis documentos, hasta de la carta que me dirigió el abogado de Londres, encargado de la ejecución del testamento.

—¡Pero la ley puede obligar a Farewell a devolver unos documentos que no le pertenecen! — exclamé.

—¡Cuando le he hablado del asunto me ha amenazado con destruir todos los documentos si yo no le prometo que seré su esposa! No tengo ni la menor idea de cómo o dónde es posible hallar al abogado inglés. No recuerdo ni el nombre ni la dirección del hombre. Aún cuando los recordara, ¿cómo podría probar que soy yo? No conozco a nadie en París, más que a varias aprendizas de casa de Madame Cécile y ésta debe hallarse enteramente de acuerdo con el señor Farewell. Me encuentro sola en el mundo, sin amigos. He venido a usted, señor, en mi angustia desesperada, ¿me ayudará usted señor? ¿No es cierto que me ayudará?

Me pareció aún más hermosa cuando se hallaba triste que lo que me había parecido cuando se mostraba alegre.

Decirle a usted que en aquel momento flotaron en mi mente unas visiones al lado de las cuales las visiones de Dante del Paraíso parecerían pálidas e insignificantes, es poco decir. Me encontraba literalmente flotando en el cielo. Porque, usted comprende, soy un hombre de intelecto y de acción a la vez en cuanto veo ante mí la posibilidad de algo mi cerebro me transporta al empíreo al mismo tiempo que concibo temerarios planes tendientes a asegurar a mi cuerpo un alojamiento permanente en los Campos Elíseos. En aquel instante, por ejemplo, — no mencionando más que unas pocas de las beatíficas visiones que casi me deslumbraron con su fulgor, — yo veía a mi hermosa cliente bajo el aspecto de una ruborosa novia y a mi lado, mientras el señor X, el aún desconocido abogado inglés, me entregaba una bolsa muy pesada, con un letrero que decía: "Cien mil francos". Yo veía... pero no tuve tiempo de gozar debidamente la contemplación de mis deliciosos sueños. La bellísima joven estaba allí, esperando mi decisión. Había puesto su destino, en mis manos. Yo me llevé la mano al corazón.

—Señorita, — dije con toda solemnidad, —yo seré su consejero y su amigo. Déme unos días de respiro... unos días cuyas horas, minutos y segundos, emplearé en su servicio. Al terminar ese tiempo, no sólo me habré enterado del nombre y de la dirección del abogado inglés, habré entrado en comunicación con él, de parte de usted, y todos sus documentos, comprobando su identidad, estarán en su manos de usted. Entonces podremos tomar una decisión sobre la elección de un alojamiento más conveniente para usted. Mientras tanto le aconsejo, mejor dicho, le pido que no haga nada que pueda precipitar las acciones del señor Farewell. No dé pábulo a sus avances, pero no le rechace violentamente y, sobre todo, téngame bien informado de cuanto pase en la casa.

La joven se levantó y con un gesto de exquisita distinción sacó un billete de cien francos de su cartera de mano y lo puso en mi escritorio.

—¡Oh! ¡Señorita! — protesté con espléndida dignidad. — ¡Aún no he hecho nada!

—¡Ah! ¡Pero usted lo hará, señor!—argumentó. — ¡Además, usted no me conoce! ¿Cómo puedo esperar que usted trabaje en mi favor sin saber que será pagado como su actividad ha de merecerlo Le ruego que acepte esta pequeña suma ahora; el señor Farewell me proporciona el dinero que necesito para mis gastos con toda generosidad. Le entregaré otro billete de cien francos cuando usted me dé los documentos.

Me incliné ante ella, y habiéndole manifestado nuevamente que podía contar con toda mi fidelidad a sus intereses, la acompañé hasta la puerta y la ví descender lentamente por la vieja escalera y desaparecer por el pasillo.

Entonces volví a mi oficina a tiempo para sorprender a Teodoro en el momento en que, tranquilamente, se metía en el bolsillo el billete de cien francos que mi hermosa cliente había puesto en la mesa. No le puse negro un ojo porque no me convenía ponerle de mal humor cuando había tanto que hacer, pero le quité el billete.



II.

AQUELLA misma tarde interrogué a la portera de la casa número 5 de la rue des Pyramides. Por ella me enteré de que el señor Farewell vivía muy modestamente en un departamen-

to del último piso de la casa, que el personal de su casa se componía de una vieja ama de llaves que cocinaba y hacía el demás trabajo de la casa y de un hombre que todas las mañanas iba un rato a limpiar el calzado y los cubiertos, sacar agua y subir leña. Supe también que en la casa se hablaba mucho y no bien, a espaldas del señor Farewell, de que éste hubiera instalado en su departamento una bella joven a la que pretendía tener casi siempre encerrada, vigilada como un prisionero.

La mañana siguiente, vestido con una vieja blusa azul, una gorra de alpaca y unos pantalones viejos, yo, — Héctor Ratichón, el confidente de reyes, — me hallaba junto a la puerta cochera del número 65, rue des Pyramides. Estaba vigilando los movimientos de un hombre, — vestido casi igual que yo, —que cruzaba el patio una y otra vez ya fuera a sacar baldes de agua de un pozo, ya a buscar leña a una de las leñeras, desapareciendo luego escaleras arriba.

Una rápida y acertada pregunta a la portera me convenció de que aquel era, efectivamente, el hombre que estaba a sueldo del señor Farewell.

Esperé pacientemente y dejándome ver lo menos posible, hasta que, a eso de las diez, me dí cuenta de que el hombre había terminado el trabajo matinal y descendía por última vez, dirigiéndose a su casa. Yo le seguí.

No hablaré de mi larga espera en el Cabaret du Chien Noir donde permaneció hora y media en compañía de algunos amigos, jugando al dominó y bebiendo "eau de vie" mientras yo me helaba en la calle. Baste decir que le seguí hasta su domicilio, situado detrás del mercado de pescado y que media hora después, cansado pero triunfante, yo había golpeado a su puerta y entraba en la escuálida habitación que él ocupaba.

Me miró de pies a cabeza con visible desconfianza, pero no tardé en tranquilizarle.

—Mi amigo el señor Farewell me lo ha recomendado a usted, — dije con mi acostumbrada afabilidad. — Le hablaba yo hace un momento, de que me hacía falta un hombre de confianza para vigilar mi oficina de la rue Dannou, durante la mañana y me aseguró que usted sería el hombre a propósito para cumplir esa misión.

—El caso es, — gruñó el hombre, me pareció que de muy mala gana, — que yo trabajo por la mañana en casa del señor Farewell. ¿Cómo puede él recomendarme a usted? ¿Es que no está contento con mis servicios?

—¡Está contentísimo! — proseguí. — Ese es precisamente el punto. El señor Farewell desea hacerle a usted un servicio puesto que yo he ofrecido pagarle a usted veinte sueldos por su matutino trabajo, en vez de los diez que él le da ahora.

Ví que le brillaban los ojos cuando yo dije lo de los veinte sueldos.

—Entonces iré a darle las gracias y a decirle que voy a trabajar en casa de usted,— dijo el hombre muy contento.

—Eso no es necesario, — díjele. — Yo lo he arreglado todo con el señor Farewell antes de venir a verle a usted. El ha encontrado ya quien haga lo que usted hacía y yo necesito que usted se halle en mi oficina mañana, a las siete de la mañana, sin falta. Y, —agregué, porque yo soy siempre precavido y sensato, y puse en su mano una monedita de plata, — aquí tiene los veinte sueldos del primer día, como adelanto.

Tomó la moneda y se mostró lo más civil y obsequioso que pueda imaginarse. No sólo me acompañó hasta la puerta, sino escaleras abajo, hasta la calle y me aseguró que procuraría dejarme enteramente complacido.

Le dejé mis señas y claro está que, al día siguiente a las siete de la mañana, se hallaba en mi oficina. Teodoro ya sabía que órdenes debía darle y yo me hallé en libertad de representar el segundo cuadro de la interesante comedia cuyo protagonista yo había de desempeñar hasta que cayera el telón en medio de los sonoros acordes de una marcha nupcial.



III.

Me encargué de sacar agua, subir leña y hacer otros trabajos por el estilo en la casa que tenía el número 65 de la rue des Pyramides. Sí, señor; yo que en más de una ocasión me había sentado en el gabinete reservado de su emperador, discutiendo los destinos de Europa.

Pero yo trataba de alcanzar hasta dos cosas: una encantadora novia y una herencia de más de cien mil francos. Hubiera trabajado en una mina de carbón o remado en las galeras, con tal de alcanzar a semejante galardón.

Pero la tarea era de lo más fastidioso para un hombre como yo, dotado de una mente activa y de una imaginación vivaz. La horrible monotonía de sacar agua y de llevar leña, de abajo a arriba, de lustrar el calzado de aquel pillastre de Farewell, hubiera hecho que flaqueara un espíritu menos tenaz que el mío. Yo me había percatado en seguida de cuál era el juego de aquel hombre. Había dejado a Estelle enteramente desamparada quitándole todos sus documentos de identificación y deteniendo todas las cartas que el abogado inglés debía escribirle de vez en cuando.

De este modo la joven estaba enteramente en su poder, pero, — gracias a Dios, — sólo momentáneamente, porque yo, — Héctor Ratichón, el de cien ojos, como Argos, — estaba vigilando. De vez en cuando, la monotonía de mi existencia y la pesadez de mi tarea veíanse aliviadas porque lograba ver a Estelle y notaba en sus labios una sonrisa aprobatoria. De vez en cuando Estelle pasaba por mi lado y murmuraba algunas palabras, mientras yo estaba sacando lustre al piso del escritorio de ese pillastre. "¿No ha tenido suerte aun?", preguntábame en tales casos. Y era ese casi mudo consorcio entre ambos lo que me daba suficiente valor para conti-

nuar desempeñando mi papel sin desfallecimiento.

Después de tres días de observaciones me sentí convencido de que el señor Farewell tenía guardados los valiosos papeles en el cajón del escritorio de su despacho. Después de enterarme de eso llevaba yo siempre, en el bolsillo, un poco de cera, preparado para el momento en que pudiera usarlo. El quinto día casi fuí sorprendido en el acto de sacar el molde de la cerradura del mueble. El séptimo día conseguí tomar la impresión en la cera y se la dí a Teodoro con orden de que hiciera fabricar en seguida una llave que abriera aquella cerradura.

Entonces comenzó una serie de desenganos y de días perdidos que hubieran desesperado por completo a una persona de menos tenacidad que yo. No creo que Farewell sospechara nunca de mí, pero sin embargo, no me dejaba nunca solo, en su escritorio, mientras yo le daba lustre al piso de roble. Y al mismo tiempo yo podía darme cuenta de cómo perseguía a Estelle con sus mal recibidas atenciones.

A veces llegué a temer que se le ocurriera raptarla; era un hombre de fuerza y ella parecía frágil como un pajarito fascinado por la mirada de la serpiente. Más adelante me pareció notar una expresión de angustia en el rostro de la joven, igual que si Estelle estuviera por entregarse a la desesperación. Yo me sentía enloquecer al ver su triste angustia y una o dos veces, mientras estaba arrodillado lavando el piso o lustrándolo como si de ello dependiera mi vida, mientras él, el canalla desvergonzado, estaba sentado ante su escritorio leyendo o escribiendo en su escritorio, sentí ganas de darle en la cabeza con el cepillo del piso, desmayarlo y revisar los cajones, sacando los documentos mientras él se hallaba sin sentido. El horror que siempre me ha inspirado todo lo que indica violencia. me libró de dar tan peligroso paso.

Pero fué en la hora de mi más oscura desesperación cuando un destello de genialidad iluminó mi cerebro, abriéndose paso por entre los nubarrones de la tristeza. Durante varios días, la señora Duport, el ama de llaves de Farewell, se había mostrado muy bondadosa conmigo. Todas las mañanas, cuando yo llegaba a trabajar me tenía preparada una taza de café y cuando me retiraba, me obsequiaba con un paquetito que tenía algo de bueno y apetitoso de comer, para que me lo llevara a casa.

—¡Hola! — me dije un día cuando, al levantar la vista de mi taza de café, ví que unos ojitos chicos y brillantes me estaban contemplando con admiración. — ¿Se me presentará la solución por donde yo menos la esperaba?

Por el momento me limité a mirar, guiñando un ojo, a la voluminosa vieja, pero la mañana siguiente ceñí con mi brazo su cintura; — un metro y cuarto, señor, cuando tenía puesto el corsé, — y luego imprimí un ósculo en su grasienta mejilla. Lo que me costaba realizar semejante farsa amorosa no puede calcularse. En una ocasión Estelle entró en la cocina en el momento en que yo estaba sentado y sostenía en una rodilla un peso no menor de cien kilos. La mirada de reproche que me dirigió la bella joven me llenó de melancolía.

Pero yo estaba laborando en su favor, no dejaría de hacer nada que pudiera que de un modo u otro pudiese favorecer el éxito de mi empresa.

Una semana después el señor Farewell tuvo que hacer, fuera de la casa, durante la noche. Estelle se había retirado a sus habitaciones y yo fuí bien recibido como visitante, en la cocina donde la señora Duport había preparado una exquisita y abundante cena para mí. Yo había llevado dos botellas de champagne. Poco acostumbrada a beber y aturdida por la alegría de su amor, poco tardó en hallarse dormida y yo puse sus cien kilos en un sofá, no sin gran esfuerzo. Allí se quedó, inmóvil, sonriendo beatíficamente.

No me quedaba ni un solo momento que perder. Un minuto después me hallaba en el escritorio y con mano segura abría los cajones y revolvía las cartas y los papeles que había en ellos.

De pronto una exclamación de triunfo salió de mis labios. Tenía en la mano un paquete en cuyo envoltorio se leía escrito con toda claridad: "Papeles de la Señorita Estelle Bachelier". Fué suficiente una rápida revisación para que pudiera darme cuenta de que era una colección de cartas escritas en inglés, idioma que sólo conozco a medias, pero todas tenían la misma firma: "John Pike e hijo, abogados" y la dirección estaba a la cabeza: "168, Cornhill, Londres". Estaba allí, también, la fe de bautismo de Estelle, la partida de casamiento de sus padres y la cédula policial.

Me hallaba entregado a la admiración de mi propia habilidad que así me había hecho llegar al éxito deseado, cuando un ruido cautiloso procedente de la vecina habitación me sacó de mi ensimismamiento y presentó súbitamente a mi imaginación los terribles riesgos que estaba corriendo en aquel momento. Me volví como una fiera atacada de improviso y lo único que ví fué el hermoso rostro de Estelle que me miraba por la entornada puerta.

—¡Silencio! — dijo ella en voz baja.— ¿Ha conseguido usted apoderarse de los papeles?

Agité, triunfalmente, el paquete. Ella, excitada y adorable, entró con rapidez en la habitación.

—¡Déjeme usted ver! — exclamó excitadísima.

Pero yo, entregado a la alegría del éxito, dije con mucha alegría:

—No le entregaré nada hasta que no haya recibido la recompensa que merece todo lo que he hecho y todo lo que he sufrido.

—¿Recompensa?

—Sí: ¡en forma de un beso!

¡Oh! No voy a decir que ella se arrojó en mis brazos allí mismo. ¡No! ¡No! Se mostró recelosa. Todas ustedes, muchachas, se

muestran recelosas en tales casos. Pero estuvo adorable, ingénua y picaresca, jugando como un gatito hasta que logro quitarme los papeles y con femenina curiosidad revisó una y otra vez las cartas inglesas, a pesar de que no era capaz de leerlas.

Entonces, señor, en medio de nuestras inocentes bromas y en el mismo momento en que yo iba a darle el ambicionado beso que ella me había negado con tanta coquetería, oímos que se abría la puerta de entrada.

El señor Farewell haba regresado a su casa y no había mas puerta para salir del escritorio que la que daba al mismo pasillo donde el señor Farewell se hal'aba en aquel momento, colgando el sombrero y el sobretodo de la percha.

IV

NOS hallábamos de pie, — Estelle y yo, — el uno junto al otro, delante de la puerta por la que Farewell iba a presentarse.

—Esta noche huiremos juntos, — dije yo.

—¿A dónde? — preguntó ella en voz muy baja.

—¿No puede usted ir a casa de la mujer donde tenía antes su alojamiento?

—Sí.

—Entonces yo la llevaré allí esta noche. Mañana nos casaremos ante el Procureur du Roi y a la noche partiremos para Inglaterra.

—Sí, sí, — dijo ella.

—Cuando él entre yo trabaré conversación con él, — agregué apresuradamente; — usted correrá hacia la puerta y correrá escaleras abajo lo más rápidamente que pueda. Yo la seguiré lo antes posible y nos encontraremos en la puerta cochera.

Estelle no tuvo tiempo más que para inclinar la cabeza en señal de asentimiento pues la puerta que daba al pasadizo se abrió y Farewell, ignorante de nuestra presencia, en el primer momento, entró con toda tranquilidad en la habitación.

—¡Estelle! — exclamó más perplejo que enojado cuando nos vió a los dos. — ¿Qué hace usted aquí con ese patán?

Yo temblaba de excitación no de miedo, naturalmente, aún cuando Farewell era un hombre que parecía fuerte y tenía un palmo más de estatura que yo. Avancé resueltamente, defendiendo a mi adorada con mi cuerpo.

—El patán, — dije con tranquila dignidad, — ha frustrado las combinaciones de un villano. Mañana partiré para Inglaterra a fin de poner a la señorita Estelle Bachelier bajo la protección de sus tutores legales, el abogado Pike, y su hijo, de Londres.

Lanzó un grito de furor y antes de que yo pudiera retirarme a algún sitio seguro, atrincherándome detrás de una mesa o de un sofá, me atacó igual que si él fuera un perro rabioso. Me agarró por el cuello y yo rodé por el suelo con él sobre mí, cortándome de tal modo la respiración que me pareció que mi último momento había llegado. Estelle se había ido de la habitación corriendo como una liebre. Esto lo había hecho, naturalmente, de acuerdo con las instrucciones que yo le había dado. Sin embargo yo hubiera preferido que hubiera sido algo menos obediente y me hubiese ayudado un poco.

A todo esto yo me sentía aturdido en poder de aquel salvaje pillastre cuyo rostro podía ver sobre mí, descompuesto por el furor, mientras brotaban de sus temblorosos labios los más terribles insultos.

—¡Entrometido del demonio! ¡Infame! ¡Pillo! ¡Tome, por su entrometimiento!—y al decir esto me dió un vigoroso puñetazo en la cara.

Sentí que me giraba la cabeza. Ya no veía claro. En el pecho sentía una insufrible presión. Me parecía que había llegado mi último momento.

Estaba procurando recordar las oraciones que rezaba cuando mi madre me tenía en sus rodillas, pues creía morir, cuando de pronto, a mis aturdidos sentidos llegó un grito largo y ronco, mientras el piso se estremecía como sacudido por un terremoto. En seguida, la presión que sentía sobre el pecho cesó y pude oir la voz de Farewell que se expresaba en forma que no recuerdo. En medio de toda la gritería que se armó en aquel momento oí una voz que decía: "¡Lo que es usted no le ha de lastimar, pariente de Satanás!"

Poco a poco fuí recobrando las fuerzas. Pude ver y ver lo que ví me llenó de asombro y de orgullo. Asombro ante la valentía de la señora Duport, orgullo al pensar que su amor hacia mí había dado tanto poder a sus brazos. Atraída por el ruido de la pelea, había corrido al escritorio y me había hallado en peligro de muerte. Sin vacilar un solo segundo corrió hacia Farewell, lo tomó del cuello de la ropa y tiró de él quitándole de sobre mi cuerpo y luego, arrojando sobre él sus cien kilos de peso, le sostuvo inmóvil, contra el suelo.

¡Ah mujer valerosa y amante, abnegada mujer! ¡Mi corazón es presa de remordimientos porque no pude quedarme a dar las gracias a mi valiente libertadora! Conseguí al cabo de un momento, ponerme de pie y salí corriendo del escritorio sin tomar aliento hasta que ví que la mano de Estelle se apoyaba confiadamente, en mi brazo.

V

LA llevé a la casa donde se hospedaba antes y la confié a la custodia de la bondadosa portera, la tía de Teodoro. Entonces me retiré a mi domicilio, decidido a descansar que buena falta me hacía.

La mañana iba a ser de grandísima actividad para mi. Era necesario obtener un permiso especial para casarnos, había que ver al

cura de Saint Jacques para combinar lo de la ceremonia nupcial, había que reservar los asientos en la diligencia de Boulogne para ir a Inglaterra, en busca de la fortuna.

Me sentía supremamente feliz y dormí el sueño del justo. Me levanté temprano y decidí comenzar el trámite de mis asuntos a las ocho de la mañana. Me hallaba un poco mal de dinero porque, cuando hube obtenido el permiso y abonado al cura lo que costaba la ceremonia religiosa, no me quedaban más que cinco francos de lo cien que mi adorada me había entregado. Sin embargo hice reservar los asientos en la diligencia y decidí confiarme a la suerte. Cuando Estelle fuera mi esposa no habría que pensar en apuros de dinero, pues ningún poder en la tierra lograría interponerse entre mi mano y los cien mil francos a que tanto había aspirado y que, al fin, iban a llegar a mi poder.

✣ ✣ ✣

Se había fijado para las once la ceremonia nupcial y eran las diez cuando, con rápido paso subí por la escalera que conducía al modesto alojamiento de mi adorada. Llamé a la puerta. La abrió un joven que con amable y cortés sonrisa, me invitó a entrar. Me sentí un poco extrañado y bastante molesto. Mi Estelle no debía recibir visitas de jóvenes a semejante hora. Dejando a un lado al intruso avancé resueltamente hacia la habitación.

Estelle estaba sentada en el sofá, con los ojos relucientes, sonrientes los labios y un lunar en cada mejilla. Me acerqué a ella con la mano extendida pero no hizo caso de mí y volvióse hacia el joven que había entrado tras de mí en la habitación.

—Adrien, — dijo ella, — este es el bondadoso señor Héctor Ratichón, el que arriesgó la vida para conseguir la posesión de mis papeles de identificación y las cartas del abogado de Inglaterra.

—Señor, — agregó el joven ofreciéndome su mano, — Estelle y yo seremos toda la vida sus agradecidos deudores.

Dí un golpe a la mano que con tanta insolencia se me ponía delante y me volví hacia Estelle con mi usual dignidad, pero con una terrible expresión de cólera en el rostro.

—Estelle, — dije, — ¿qué significa esto?

—¡Oh! — respondió ella con una de sus encantadoras sonrisas. — No me llame Estelle a secas porque Adrien puede enojarse y darle un bofetón. Estamos realmente muy agradecidos a usted, señor Ratichón, — agregó con más seriedad, — y aun cuando yo ne le prometí más que cien francos más, cuando hubiera terminado su trabajo, mi esposo y yo hemos decidido entregarle mil francos, en vista de los riesgos que usted ha corrido.

—¿Su esposo? — tartamudeé.

—Me casé con el señor Adrien Cazalés hace un mes, — dijo, — pero tuvimos que tener secreto nuestro matrimonio porque el señor Farewell había jurado que si no me casaba con él destruiría todos mis papeles, de modo que aun cuando lograra encontrar al abogado que tiene el dinero de mi padre, no me fuera posible entrar en posesión de la herencia por no poder demostrar que soy la que soy. A no ser por usted, señor Ratichón, — agregó la cruel, — yo no hubiera podido jamás salir con bien de esa situación.

En medio de semejante atronador cataclismo yo, — y lo digo con orgullo, — logré dominar el ímpetu de mi justo enojo, y dije con toda calma:

—Pero... ¿por qué me ha engañado, señorita? ¿Por qué guardó, también para mí, el secreto de su matrimonio? ¿No trabajaba yo con alma y vida, en favor de usted?

—¿Hubiera usted trabajado con igual entusiasmo, — preguntó la pícara, — si yo se lo hubiera dicho todo?

Gemí. Tal vez estaba en lo cierto. ¡Quién sabe!

Tomé los mil francos y no volví a ver jamás al señor Cazalés y a su esposa.

✣ ✣ ✣

Pero volví a ver a la señora Duport, por casualidad, poco después. Ya no está en casa del señor Farewell.

Aun pesa cien kilos.

Con frecuencia voy a visitarla, alguna que otra tarde.

¡Claro! Le estoy agradecido.

⁂ Cuando se ralla nuez moscada debe recordarse que se rallará mejor si se empieza a rallar por el lado donde tuvo el cabo.

✣ ✣ ✣

⁂ Para quitar las manchas de chocolate o de cocoa debe lavarse la mancha con agua fría y después echarle agua hirviendo.

✣ ✣ ✣

⁂ Se hace un excelente lacre para capsular frascos y botellas de frutas o de encurtidos, fundiendo partes iguales de resina y sebo de vaca. Si se quiere colorear se le pone un poco de ocre, rojo o amarillo o de azul de ultramar.

⁂ Después de limpiar los tubos de lámpara, frótense con sal fina y un trapo. Quedan así mucho más brillantes.

* * *

⁂ El uso de un delantal de hule blanco, — o imitando mármol, — mientras se lava ropa o vajilla, conserva los vestidos y disminuye la cuenta de la lavandera.

✣ ✣ ✣

⁂ Cuando se necesita separar las yemas de las claras se rompen los huevos uno a uno sobre un pequeño embudo de vidrio puesto en un vaso grande; la clara pasa por el agujero y la yema queda en la parte de arriba.

LA GRAN NOVELA DE NUESTRA EPOCA

Ala de Vampiro

(BAT-WING)

Novela escrita en inglés por Sax Rohmer

El famoso autor de "El Doctor Fu Manchú", "El Doctor Diabólico", "La Garra Amarilla", cuya versión cinematográfica constituyó un notable éxito, "Drogas" ("Dope") y otras pro ducciones notabilísimas.

CAPITULO I

Pablo Harley, de Chancery Lane

CERCA de las seis, en una calurosa tarde de verano, mi amigo Pablo Harley, hallábase sentado en su despacho particular de Chancery Lane, leyendo una porción de cartas que su secretario. Innes acababa de ponerle a la firma. Solamente le quedaba por ver una, pero era una carta larga, de carácter confidencial: un informe sobre cierto asunto que Harley había escrito por encargo del ministro de la Gobernación de Su Majestad Británica. Antes de empezar a leerla, miró al pequeño reloj de sobremesa, lanzando un suspiro de cansancio.

—Ya no te detengo más que unos minutos, Knox,—me dijo.

Le contesté con una sonrisa y una inclinación de cabeza. Me agradaba esperar, observando entretanto cómo trabajaba mi amigo.

Pablo Harley ocupaba una situación única en medio de ese torbellino de vicios y de ambiciones que llamamos a veces la vida de Londres. Aunque por el momento no ocupaba ningún puesto oficial, algunos de los más graves problemas de la política inglesa durante los últimos cinco años, problemas que ponían las relaciones internacionales en peligro y que hubieran podido concluir en una nueva guerra mundial, habían debido su solución al genio singular de aquel hombre.

La sencilla placa de bronce que había en su puerta no daba el menor indicio sobre su profesión, y los que consideraban a Pablo Harley simplemente como un detective particular afortunado, sin duda no imaginaban que pudiera gozar la confianza de algunas de las personas que guiaban los destinos del Imperio Británico. La labor de Pablo Harley en Constantinopla durante los meses de fiebre que precedieron a la ruptura de las hostilidades con Turquía, aunque desconocida por el público grande, había sido realmente extraordinaria. Desgraciadamente no se siguieron sus recomendaciones; de lo contrario, se habría evitado la tragedia de los Dardanelos

El ambiente que le rodeaba mientras estaba allí, leyendo los pliegos mecanografiados, era el que rodea a cualquier hombre trabajador; por lo menos, así lo habría pensado cualquiera. Sin embargo, en la atmósfera de la oficina había algo que habría indicado a un visitante perspicaz que aquel despacho no era el de un hombre de negocios vulgar. Había allí ficheros, y estantes cargados de libros de consulta, muchos de ellos de leyes; pero un armarito birmano, muy lindo y bastante grande, constituía una nota exótica inesperada.

Mirando más despacio, observábanse en el conjunto otros detalles no menos significativos, sobre todo un hermoso retrato de Edgar Allan Poe, grabado según el desguerrotipo de 1848. El individuo mismo mostraba el sello indeleble de los trópicos. Su fisonomía de rasgos pronunciados ofrecía ese matiz bronceado que indica años enteros pasados bajo un sol implacable, y las canas que asomaban junto a sus sienes sólo contribuían a aumentar la expresión de energía, casi de fiereza de aquel atezado rostro. Pablo Harley era notable por esa fuerza intelectual que no llama la atención inmediata, porque está en el temperamento, pero que hace que quien la posee se destaque entre el vulgo.

Después de firmar al pie del informe, Pablo Harley metió los pliegos en un sobre grande y echó éste en una bandeja de mimbre que contenía muchas otras cartas. Su trabajo había terminado por aquel día, y mirándome con una sonrisa de triunfo, se levantó. Su despacho formaba parte de un piso, en el cual vivía como un ciudadano de los viejos tiempos en que cada cual residía donde trabajaba, pero aunque así fuese no tenía más que cerrar una puerta que conducía a sus habitaciones, para indicar que allí acababa la jornada de trabajo. Oprimiendo un timbre que comunicaba con el despacho del público, donde estaba el secretario, Pablo Harley permaneció en pie, y entró Innes.

—¿No queda nada más, Innes? — le preguntó.

—Nada, señor Harley, si ha visto usted ya el informe para el ministerio de la Gobernación.

Pablo Harley se echó a reí

—Ahí está, — repuso, — un trabajo enojoso e ingrato, Innes. Ya es el quinto informe que prepara usted, y todavía queda para rato.

Tomando después una carta sin cerrar que quedaba sobre la mesa, añadió:

—Este es el asunto Roneby, he decidido, después de todo, suspenderlo hasta mi regreso.

—¡Ah! — dijo friamente Innes mientras iba tomando y mirando uno por uno los sobres del canasto. — Veo que renuncia usted al trabajito que le encargaba el marqués.

—Sí, y a las quinientas guineas que iba a valerme, — repuso Harley con irónica sonrisa.— Ya le digo a ese infortunado aristócrata que esto es una oficina, y que lo que debe buscar para su ropa sucia es un lavadero. No, Innes, por esta noche no queda nada más, puede usted retirarse. ¿Se fué ya miss Smith?

Como contestando a esta pregunta, la mecanógrafa que con Innes formaba todo el personal de la oficina, entró en aquel momento con una tarjeta en la mano. Harley me dirigió una breve mirada, y en seguida tomó la tarjeta, con expresión de desconsuelo.

—"Juan Menéndez, coronel retirado" —leyó en voz alta; — "Cavendish Club".

Y mirando a Innes con aire pensativo, añadió:

—¿Conocemos a este coronel?

—Creo que no, — contestó el secretario;— no me suena ese nombre.

—No sé quién será — murmuró Harley; y volviéndose a mí, me dijo:—Es un fastidio, Knox, precisamente cuando creía que ya no quedaban estorbos. ¿Será cosa realmente interesante. ¿No se tratará sólo de visitar a una mujer? En fin, no sé qué encuentro en la tarjeta que me atrae; lo mejor será verle. Dígale que pase, miss Smith.

No bien hubieron salido Innes y la mecanógrafa, cuando entró en el despacho un individuo cuyo aspecto era realmente digno de atención. Ante todo, el coronel Menéndez debía tener por lo menos seis pies de estatura, y su porte era el de un noble español de los tiempos pretéritos. Extraordinariamente moreno, el color de su tez contrastaba con su pelo canoso, cortado al rape. Sus espesas cejas y su poblado bigote de levantadas guías eran, en cambio, negrísimos, de modo que al sonreír brillaban sus grandes dientes con una blancura feroz. Tenía los ojos grandes, negros y brillantes, y aunque llevaba un traje corriente de mezclilla, admirablemente hecho, no sé por qué lo imaginé habituado a vestir el traje de montar. Casi me parecía oir el tintineo de sus espuelas.

Usaba un bastón de ébano, que mentalmente sustituí por un látigo, y su elegante sombrero negro me pareció menos adecuado para él que un chambergo de ala ancha. En cuanto a edad, podría estar entre los cincuenta y los cincuenta y cinco.

Plantado en la puerta, hízonos una gentil reverencia, y aunque su sonrisa era mefistofélica, había algo en su persona que imponía respeto.

—Mister Harley, — empezó diciendo, y su voz fina y de timbre agudo fué otra sorpresa para nosotros, — es para mí muy enojoso venir a robarle su tiempo, pues no tengo la seguridad de que lo que voy a decirle a usted me autorice para ello.

El coronel hablaba muy bien el inglés, pero con palabras muy rebuscadas y una construcción algo rara; aparte de esto y de un leve acento extranjero, se hubiera dicho que era un inglés que llevaba mucho tiempo en el extranjero. Desde luego, pensé que había leído mucho, y en efecto, más tarde pude comprobar que así era.

—Tome usted asiento, coronel, —dijo Harley con calmosa amabilidad. — Oficialmente, mis horas de trabajo han terminado por hoy, pero si no tiene usted inconveniente en que nos oiga mi amigo, señor Knox, tendré mucho gusto en charlar un rato con usted.

Después, sonriendo como sólo él sabía hacerlo, añadió:

—Si su asunto es excesivamente enrevesado, le ruego me excuse por catorce días, porque voy a tomarme con mi amigo una vacación, que me hace muchísima falta.

—¿De veras? — repuso el coronel, dejando sobre la mesa el sombrero y sentándose en un gran sillón de cuero que Harley le había acercado. — Si voy a molestarles, lo siento, pero mi asunto es bastante urgente, y yo venía por recomendación de mi amigo el embajador de España.

Al decir esto, dirigió a Harley una mirada suplicante. Yo me levanté para retirarme, pero Harley me dijo:

—Siéntate, Knox.

Y volviéndose de nuevo al visitante, le rogó:

—Continúe usted, coronel. Mi amigo Knox me ha acompañado en algunos de los casos más delicados que he tenido entre manos, y puede usted contar con su discreción como si se tratara de mí mismo. ¿Fuma usted?

Y Harley le alargó una caja de habanos.

—Muchas gracias, — fué la respuesta,— pero yo rara vez fumo más que mis cigarrillos.

El coronel Menéndez sacó un librillo de papel de arroz, arrancó una hoja, y luego, metiendo dos dedos en el bolsillo del saco, extrajo un poco de tabaco, haciendo y encendiendo un cigarrillo en un abrir y cerrar de ojos. Su destreza me dejó absorto, y observándolo él, levantó sus pobladas cejas y dijo simplemente:

—La práctica hace maestros, ¿no es así?

Encogióse de hombros y tiró el fósforo apagado en un cenicero, mientras yo me dedicaba a estudiarlo con creciente interés. Me parecía que algún terror, real o imaginario, oprimía la mente de aquel hombre, y comprendía que mi presencia, no le era muy grata; sin embargo, de pronto empezó así:

—Muy bien. Espero, señor Harley, que lo que voy a referirle va a parecerle a usted más bien un síntoma de lo que llaman uste-

des neurastenia, que una prueba de que me amenaza un peligro.

Pablo Harley miró con curiosidad al coronel.

—¿Debo entender que usted sospecha que alguien quiere hacerle daño? — le preguntó.

El coronel Menéndez hizo con la cabeza un lento gesto afirmativo.

—Eso quise decir, — repuso.

—¿Daño corporal?

—Sí, precisamente.

—¡Jum! — murmuró Harley; y tomando un poco de tabaco de una caja de lata que tenía sobre un mueble próximo, empezó a llenar con mucha calma su pipa. — Supongo que tendrá usted buenos motivos para esa sospecha.

—Si no los tuviera, nada en el mundo me hubiera hecho venir a molestarle a usted. Sin embargo, aunque por fin me he decidido a venir, me es muy difícil, casi imposible, explicarle a usted esos motivos.

La expresión del atezado rostro del coronel era realmente de embarazo. Hizo una pausa, y claramente se vió que no encontraba palabras para continuar.

Harley dejó la caja de tabaco en el mueble y encendió un fósforo, aplicándolo a su pipa mientras movía la cabeza sonriendo, como si quisiera decir: "Ya comprendo". Probablemente pensaba, como yo, que se trataba del caso vulgar de un hombre de esos que tienen la manía de creerse amenazados por algún peligro misterioso.

Nuestro visitante respiró profundamente, y por fin continuó, hablando con una lentitud que revelaba el gran esfuerzo que hacía por expresar bien su pensamiento:

—Usted, naturalmente, espera conocer los hechos. Realmente son tan escasos y de una índole, por decirlo así, tan fantástica, que aun cuando usted los conozca, seguramente me considerará simplemente como víctima de una monomanía. Por de pronto tengo motivos para creer que alguien me ha seguido desde mi casa hasta su oficina.

—¿De veras? — dijo Pablo Harley, cariñosamente, comprendiendo yo que esperaba esto, y que las palabras del coronel confirmaban sus sospechas. — ¿Alguien de su servidumbre, tal vez?

—Seguramente no.

—¿Y a visto usted a esa persona que le seguía?

—¡Señor, — exclamó el coronel, con la voz algo alterada por la excitación, — si yo la hubiese visto las cosas estarían claras! Jamás la he visto; pero la he oído y la he sentido; es decir, he sentido su presencia.

—¿De qué manera? — preguntó Harley, recostándose en su silla y estudiando aquella fiera fisonomía.

—En varias ocasiones, al apagar la luz de mi dormitorio y mirar al jardín desde mi ventana, he observado la sombra de alguno... de alguien que se deslizaba entre los macizos.

—¿La sombra?

—Precisamente. La persona misma estaba oculta detrás de un árbol. Cuando se movía se veía su sombra en el suelo.

—¿No le habrá engañado a usted alguna rama que se moviese?

—De ningún modo. Hablo de una noche tranquila y de luna llena.

—Entonces probablemente era la sombra de algún vagabundo, — indicó Harley. — ¿Se refiere usted, desde luego, a una casa en el campo?

—No, no, — aseguró con énfasis el coronel; — no era un vagabundo. ¡Quisiera Dios que pudiera yo creerlo así! Además, hace un mes, trataron de entrar en mi casa.

Pablo Harley dió muestras evidentes de curiosidad. Había observado, como observé yo, que los modales de aquel individuo no eran los del monomaníaco vulgar, que mi amigo conocía demasiado bien.

—¿Tuvo usted pruebas de lo que dice? — preguntó.

—El insomnio, el hallarme desvelado por mis sospechas, lo reconozco, me permitió oír los pasos del intruso.

—¿Pero usted no lo vió?

—¡Sólo ví su sombra!

—¡Bah!

—Puede usted obtener el testimonio de toda mi servidumbre, que le probará que entró alguien, — afirmó el coronel con energía. — Por lo menos, en este caso puedo ofrecerle a usted hechos ciertos. Quien quiera que fuese, había entrado por una ventana de la cocina, había forzado dos cerraduras y venía hacia el "hall" cuando el ruido de sus pasos atrajo mi atención.

—¿Y qué hizo usted?

—Bajé y cerré la puerta de la escalera. Pero el ligero ruido que produje fué suficiente para alarmar a aquel visitante nocturno, pues no pude llegar a verlo. Solamente, al huír rápidamente en la dirección de donde vino, la luna, que entraba por una ventana del "hall", proyectó su sombra sobre la alfombra.

—Es extraño, muy extraño, — murmuró Harley. — ¿Y esa sombra no le reveló a usted nada?

—Absolutamente nada.

El coronel pareció dudar un momento, y miró fijamente a Harley.

—Fué solamente una especie de neblina... y en seguida se desvaneció. Pero...

—¿Pero qué? — dijo Harley.

—¡Ah! — exclamó el coronel, enviando una nube de humo hacia el techo. — Precisamente ahora llegamos a lo que tanto me cuesta explicar.

Volvió a respirar profundamente y quedó unos momentos en silencio.

—¿No faltó nada en su casa? — preguntó Harley.

—Nada.

—¿Ni quedó ningún rastro?

—Ninguno, salvo la falleba de una ventana limada y dos puertas abiertas, que, como de costumbre, habían sido cerradas al irse la servidumbre a acostar.

—¡Jum! — tornó a murmurar Harley. — Este episodio, por supuesto, puede constituír un hecho aislado, sin la menor relación con la vigilancia de que usted se cree ser objeto. Es decir, que esa persona que indudablemente entró en casa de usted po-

dría no haber sido sino un ladrón vulgar.

—Sobre la mesa del "hall" de Cray's Folly, que así se llama mi casa, — repuso el coronel secamente, — hay una vitrina con una vajilla de oro dentro, y la luz de la luna daba de lleno en ella. ¿Dónde ha visto usted un ladrón que pasa junto a semejante presa y se vaya sin tocarla?

—Conformes, — dijo Harley con calma; —ese es un buen argumento.

—¿Va usted viendo, al fin, como mis sospechas son enteramente infundadas?

—Por lo menos hay la probabilidad de que sean algo más sospechosas. ¿Hay algún otro dato? ¿No tiene usted algún enemigo?

—¿Quién que haya desempeñado cargos públicos no ha tenido enemigos?

—Tiene usted razón; por algo he dicho que habría algo más.

Y Harley miró fijamente a su visitante, el cual, aunque resistió la mirada sin bajar siquiera sus grandes ojos negros, no pudo ocultar que había recibido un golpe de maestro.

—Hay dos puntos, señor Harley, — confesó, al fin, — casi seguramente relacionados entre sí, si usted quiere, pero tan... ¿cómo diríamos?, tan remotos de mi vida, que no sé si mencionarlos. Me parece fantástico suponer que encierren una clave.

—Ruego a usted, — le dijo Harley, — que no me oculte nada, por poco interesante que le parezca. A veces las cosas que nos parecen estar más apartadas de un asunto, al investigar sobre ellas resultan las más estrechamente relacionadas con él.

—Muy bien, — prosiguió el coronel Menéndez, empezando a liar un segundo cigarrillo sin haber acabado de fumarse el primero; — comprendo que tiene usted razón; pero así y todo, me resulta muy difícil explicarme. He mencionado el intento de robo, si así puedo calificarlo, con objeto de que desechase usted la idea de que mis temores eran un mito. El otro punto se refiere a un hombre, a un vecino mío en Surrey. Pero antes de seguir adelante debo manifestar que no creo ni por un momento que sea responsable de este desagradable asunto.

Harley miró al coronel con curiosidad y le dijo:

—Sin embargo, debe usted tener algún dato que le haga sospechar que ese vecino tiene alguna relación con ello.

—Los tengo en efecto; pero pertenecen a un orden de cosas tan místicas, tan distantes del delito corriente, que temo que me crea usted... ¿cómo lo diría yo?, un hombre obsesionado por extrañas supersticiones. ¿No es así? Bien; usted me entiende. Debo advertirle que, aunque de puro origen español, yo soy cubano, nacido en Cuba, y que he pasado la mayor parte de mi vida en las Antillas, donde ocupaba un cargo del gobierno español hasta 1898, en que lo perdí por meterme en la guerra. Tengo propiedades, no sólo en Cuba, sino en otras Antillas, y no debo ocultar a usted que durante los últimos años de mi estancia allí, cuando cansado de servir a mi país, pedí el retiro y me dediqué a mi hacienda, incurrí en la enemistad de cierta clase de gente del pueblo. ¿Me explico?

Pablo Harley le contestó con un movimiento de cabeza y cambió conmigo una rápida mirada. Yo me formaba rápidamente una idea de lo que sería la vida del campesino antillano bajo la férula del coronel don Juan Menéndez, y empecé a considerar su historia desde un nuevo punto de vista. Como si sus reflexiones le hubiesen quitado de pronto la tranquilidad, se levantó y empezó a pasearse. Su elevada figura no carecía de gentileza. Observé la tenacidad de perro de presa que revelaba su barbilla, la altivez de su porte, y me pregunté qué clase de peligro le habría podido inducir a buscar el auxilio de Pablo Harley, pues fuesen cuales fueran sus defectos, algunos de los cuales podía ya figurarme, no me parecía probable que un descendiente de españoles, y por añadidura soldado, pudiera conocer lo que era el miedo.

—Antes de seguir adelante, coronel, — díjole Harley, — ¿podría usted decirme cuándo dejó su país?

—Salí de Cuba hace unos tres años, — repuso el militar; y después de una extraña indecisión añadió: — Por motivos de salud alquilé una finca en Inglaterra, creyendo que aquí encontraría tranquilidad.

—¿Es decir, que temía usted algo o a alguien en Cuba?

El coronel Menéndez, volviéndose bruscamente, lanzó a su interlocutor una mirada furibunda.

—¡Yo no he temido jamás a nadie, mister Harley! — dijo fieramente.

—Entonces, ¿por qué ha venido usted aquí?

El coronel dejó la colilla de su primer cigarrillo en el cenicero y encendió el segundo que había hecho.

—Es verdad, — confesó, — perdóneme; lo que quise decir es que jamás he temido a ningún hombre.

Detúvose, cuadrado, delante del armarito birmano, con una mano en la cadera, y de pronto hizo a mi amigo una pregunta que me sorprendió.

—¿Sabe usted algo sobre el Vudú?

Pablo Harley se quitó la pipa de entre los dientes y miró al cubano silenciosamente por un momento.

—¿El Vudú? — preguntó a su vez, como si fuese un eco. — ¿Se refiere usted a la magia de los negros?

—Exactamente.

—Mis estudios no han abarcado ese asunto, — repuso Harley con mucha calma, — ni he tenido hasta ahora la menor relación con él; pero como he vivido mucho en el Oriente, no me extrañaría saber que el Vudú puede no ser una cantidad despreciable. Hay en la India fuerzas secretas que aquí en Inglaterra no comprendemos. Acaso ocurra lo mismo en las Antillas.

—Lo mismo ocurre en las Antillas.

El coronel Menéndez miraba casi ferozmente a Harley desde el otro lado de la habitación.

—¿Quiere eso decir, — preguntó el segundo, — que el peligro de que usted se cree amenazado tiene relación con Cuba?



En la fisonomía de mi amigo se pintaban la incredulidad y el asombro, a la vez que algo más, cuando dijo, sin dejar de mirar a su visitante: "Es el ala de un murciélago". ("Ala de Vampiro", Capítulo I.)

—Eso, míster Harley, usted lo decidirá cuando conozca todos los antecedentes. ¿Desea usted que continúe?

—¡Ya lo creo! Confieso que me interesa mucho su asunto.

—Pues bien, míster Harley; tengo que enseñarle a usted una cosa.

De uno de los bolsillos interiores del saco, el coronel extrajo un estuche montado en oro, y del estuche sacó un objeto plano, de forma irregular, envuelto en un pedazo de papel de seda. Desenvolvió el papel, avanzó y dejó el objeto que envolvía sobre la carpeta que mi amigo tenía delante.

Impelido por la curiosidad me levanté y me acerqué a verlo. Era de un color pardo sucio, como de una cuarta de largo, y parecía consistir en una especie de membrana. Harley, apoyando el codo en la mesa, lo miraba con curiosidad.

—¿Qué es eso? — pregunté. — ¿Alguna clase de hoja?

—No, — repuso Harley, alzando la vista al atezado rostro del coronel, — me parece reconocer lo que es.

—Yo también conozco lo que es, — dijo el coronel sombríamente; — pero, ¿qué es lo que a usted le parece?

En la fisonomía de Harley se pintaban la incredulidad y el asombro, a la vez que algo más, cuando dijo, sin dejar de mirar a su visitante:

—Es el ala de un murciélago.

CAPITULO II

El pantano del Vudú

HE recordado muchas veces aquel momento en la oficina de Pablo Harley, cuando éste, el militar cubano y yo estábamos, en redor de la mesa, mirando los tres el ala de murciélago que estaba encima de la carpeta.

Mi inteligente amigo demostraba algunas veces una especie de presciencia de que ya tendré ocasión de hablar más adelante; pero yo, como la mayoría de la inocente humanidad, no suelo estar tocado del espíritu profético. Por eso mismo debo mencionar el hecho de aquel día, mientras me hallaba contemplando con cierta repugnancia aquello que había sobre la mesa, sentí de pronto una especie de convencimiento, sin ninguna base lógica, por supuesto, de que se acababa de abrir un nuevo camino en la marcha de mi vida; me pareció, en una palabra, que iba a comenzar para mi una serie de cosas extrañas y terribles, y, sin embargo, llenas de una incomparable fascinación. Tal vez sea cierto lo que se dice de que en las grandes crisis de la vida se desarrolla por un momento una especie de segunda vista.

Esperé con intensa curiosidad lo que iba a seguir diciendo el coronel, pero se limitó a mirar fijamente a Harley con el cigarrillo entre sus crispados dedos, y fué mi amigo quien hubo de romper el extraño silencio que reinaba en la habitación.

—Es el ala de un murciélago, — volvió a murmurar Harley, tocando aquel objeto. — ¿De qué clase de murciélago, coronel? No parece de ninguna especie europea.

—No es de ninguna especie europea, — repuso el cubano; — pero no por eso es menos extraño el asunto.

—Crea usted que me interesa su historia, coronel.

—Muy bien; su interés es un consuelo para mí, míster Harley. Pero, si no recuerdo mal, cuando llegué me dió usted a entender que se marchaba de Londres.

—Tal era mi intención, señor, — y Pablo Harley sonrió ligeramente; — mi propósito era ir con mi amigo el señor Knox a pasar quince días pescando en Norfolk.

—¿Pescando?

—Sí, señor.

—Es una distracción bien pacífica y, sin duda, un magnífico descanso para quien, como usted, está constantemente luchando entre las más atroces pasiones de la vida. ¿Se iba a tomar usted sus vacaciones?

Pablo Harley hizo un signo afirmativo.

—Es una crueldad intervenir en sus planes, — continuó el coronel, acabando de liar diestramente su tercer cigarrillo; — pero la necesidad me obliga a hacerlo así. ¿Querrían usted y su amigo honrarme con su compañía, durante unos días, en Cray's Folly? Desde luego les prometo que se distraerán, aunque siento que allí no haya pesca; pero tal vez encuentren otro sport algo más sensacional.

Harley me dirigió una mirada significativa.

—¿Quiere usted decir, coronel, — preguntó al cubano, — que hay motivos para sospechar que esa conjura contra usted va a llegar a su momento culminante?

El coronel Menéndez hizo un signo afirmativo y al mismo tiempo dejó caer el puño sobre la mesa.

—El miércoles, por la noche, — dijo, y su voz atiplada se convirtió casi en un murmuró, — es noche de luna llena.

—¿Cómo de luna llena?

—Sí, con la luna llena viene el peligro.

Pablo Harley se levantó y, seguido por la mirada del coronel cubano, empezó a pasearse lentamente. Al llegar ante la puerta, se volvió y se detuvo.

—No creo, coronel, — dijo, — que le divierta a usted venir a hacer perder el tiempo a un hombre tan ocupado como yo; por consiguiente le ruego me exponga su caso detalladamente, pero a la vez con la mayor brevedad posible. Cuando lo hayamos oído, si me parece que ha de servir de algo que mi amigo y yo vayamos a Cray's Folly, estoy seguro de que a él no le desagradará aceptar su hospitalidad.

—Si puedo ser útil en la menor cosa, aceptaré encantado, — añadí yo, hablando con toda sinceridad.

En efecto, aunque había convenido con Harley en acompañarle a Norfolk, la verdad era que yo no sentía la misma afición que él por el arte piscatoria, y la promesa que el coronel nos había hecho de cosas sensacionales me atraía mucho más que los días de aburrimiento que tanto amaba mi amigo.

—Señores, — dijo el coronel, haciéndonos

una profunda reverencia, — me honran ustedes con sus palabras, y, al mismo tiempo, me complacen, pues sé cuál será su decisión en cuanto conozcan mi historia.

Volvió a sentarse, y casi automáticamente concluyó de hacer un nuevo cigarrillo.

—Soy todo oídos, — declaró Harley, volviendo a fijar su mirada interrogadora en el ala de murciélago que tenía sobre su mesa.

—Seré breve, — prosiguió nuestro visitante, — y cualquier detalle que usted crea de importancia podremos discutirlo más adelante, cuando sean ustedes mis huéspedes. Ante todo, sepa usted que yo aprendí el significado de las palabras "Ala de Murciélago", y del objeto mismo, hace cosa de veinte años.

—Bueno, — le interrumpió Harley con acento de incredulidad, — no pretenderá usted hacerme creer que la amenaza en cuestión pende sobre usted desde tan larga fecha.

—Lo hago a ruegos de usted, — replicó el coronel un poco bruscamente, — recordando que usted ha dicho que las cosas que parecen más apartadas son a veces las que están más cercanas del asunto. Hace ya veinte años, cuando ocurrieron en las Antillas los grandes cambios políticos que siguieron a la independencia de mi país, tuve que ir a una pequeña isla, no lejos de Cuba, para asuntos de negocios, relacionados con la caña de azúcar. Allí tenía yo un ingenio y una casa, y en otro tiempo había tenido algunos disgustos con la gente de color.

"No debo ocultarle a usted que yo era impopular, y cuando volví observé síntomas indiscutibles de hostilidad. Mis trabajadores negros se mostraban insubordinados, y precisamente lo que acerca de ellos me contaron personas de mi confianza fué lo que me indujo a visitar la isla. Convenía a mis intereses ponerme en contacto con los campesinos negros, contacto que había perdido desde que me retiré a mi casa de Cuba, después de la campaña del noventa y ocho.

"Bien, prosigamos: el capataz de mi ingenio, hombre que valía mucho, pensaba que entre los trabajadores de color existía una sociedad secreta que conspiraba contra mis intereses, y hasta me lo demostró. Pero sus pruebas no eran suficientes, y todas las preguntas y pesquisas que hice por mí mismo entre ciertos campesinos no me dieron ningún resultado positivo. Sin embargo, cada vez sentía yo más y más que estaba rodeado de enemigos".

Hizo una pausa para encender su tercer cigarrillo, y entretanto yo me lo representé en mi imaginación haciendo "pesquisas entre ciertos campesinos". No pude menos de recordar ciertas historias de crueldad que había oído referir a personas conocedoras de las Antillas; pero, aunque comprendía muy bien que la vida de aquel hombre no hubiera estado muy segura en otro tiempo, me parecía absurdo que una conjura de negros pudiera perseguirle durante más de veinte años y que fuese a tener su desenlace en Inglaterra. Sin embargo, faltaba oir algo más; y, en efecto, una vez encendido su cigarrillo, el coronel prosiguió así:

—Cerca de mi ingenio había una zona de terreno pestífero. ¿Comprende usted lo que quiero decir? Un terreno bajo, pantanoso, donde pululaban los gérmenes de toda clase de enfermedades. La zona seguía el tortuoso curso de un arroyo casi estancado. Desde mucho tiempo antes la Faja Negra, que así la llamaban, había sido siempre evitada por los blancos, así como por la gente de color. Aparte de los gérmenes de las fiebres, estaba infectada de reptiles de todas clases, y mucho más venenosos que los de cualquier otro punto del globo.

"Voy a decirle a usted el punto débil que yo encontraba en la teoría de mi capataz. Mientras sostenía que todos los campesinos negros estaban conjurados bajo la dirección de alguien, o bajo alguna influencia directora, jamás había podido sorprender nada que se pareciese a un mitín de negros. Es verdad que él había prohibido toda clase de reuniones. Pero a mis argumentos daba él una respuesta curiosa: según él, los miembros de la sociedad secreta se reunían y recibían sus instrucciones en algún punto situado dentro de la zona peligrosa de que acabo de hablar, y donde se consideraban a salvo de toda interrupción por parte de los blancos.

"Durante largo tiempo me resistí a creer al pobre Valera, que así se apellidaba mi capataz; pero una noche, cuando estaba apeándome de mi caballo delante de la galería, al volver de un largo paseo por el ingenio, salió un tiro del borde de la Faja Negra, que en aquel sitio avanzaba hasta muy cerca de la línea.

"Fué un tiro certero. Al apearme se me enganchó la espuela en el estribo, y casi rodé por el suelo; a no ser por aquella circunstancia fatal, hubiera sido hombre muerto. La bala me atravesó la copa del sombrero, pasando a menos de dos dedos de mi cabeza. Cundió la alarma; pero no era posible encontrar quién pudiera explorar el peligroso pantano, o, por lo menos, así lo dijeron mis sirvientes, Valera, sin embargo, se apoyó en aquel episodio para insistir en que había en la isla quien no vacilaba en penetrar en la Faja Negra, cuyas emanaciones, sobre todo durante la noche, se consideraban por el vulgo como fatales a quien se aventurase en ella.

"Aquella noche, después de cenar, se discutió la situación, y mi capataz me indicó que había llegado la hora de demostrar su teoría. Evidentemente se había dado orden de asesinarme, y el atentado había fracasado.

"Ahora, — decía Valera, — se reunirán para acordar lo que convenga hacer, en vista del fracaso, y la asamblea será mañana por la noche.

"Le desafié con la mirada y le dije:

"—Mañana tendremos luna llena, y si quieres, podemos hacer una excursión secreta al pantano y ver si hay ese sitio que dices, y que supone será el punto de cita de los conspiradores.

"A la luz de la lámpara que nos alum-

braba vi palidecer a Valera; pero era español, y, por consiguiente, hombre dotado de un valor inaudito.

"—Conforme, señor, — me contestó,—si mis noticias no son falsas, encontraremos el camino.

"Debo explicar a ustedes que las noticias a que se refería le habían sido comunicadas por una muchacha mulata que estaba enamorada de él. La muchacha negaba que en aquel sitio se reuniesen los negros; pero decía que era posible llegar allí, y hasta había descrito el camino."

El coronel hizo una pausa y añadió:

—La mulata murió de una enfermedad misteriosa.

Pronunció el coronel estas últimas palabras con verdadera solemnidad, dirigiéndose a cada uno larga y significativamente mirada.

—Después diré a ustedes, — prosiguió,— lo que se halló clavado en la pared de su cabaña la noche que cayó enferma. Ahora, seguiré mi relato.

"A la noche siguiente, convenientemente equipados, Valera y yo salíamos por una puerta trasera y nos dirigíamos a la manigua por la parte Este del ingenio, donde, según sus noticias, había un sendero que nos conduciría al sitio que deseábamos visitar. Guardo de aquella excursión, señores, los más terribles recuerdos.

"Imagínense ustedes un bosque espeso y mefítico, alfombrado de una capa de vegetación podrida, en que los pies se hunden, y de la cual salen vapores pestilentes perfectamente visibles; imagínense una porción de bichos escurridizos que se mueven entre los pies, que se enroscan a veces en las botas de montar y a veces huyen silbando; imagínense sitios donde la senda desaparecía bajo la vegetación y teníamos que abrirnos paso entre espesos matorrales, entre los cuales enormes arañas tejían sus telas, bichos nocturnos pegajosos nos rozaban al pasar, y una porción de insectos venenosos se nos agrarraban a la ropa.

"Proseguimos nuestra marcha durante más de media hora, guiados por la luz de la luna; pero ésta, aunque brillaba como sólo brilla en los trópicos, en algunos sitios a penas penetraba a través de los espesos vapores que salían de la manigua. En aquel tiempo era yo un hombre joven y vigoroso; mi compañero tenía algunos años más que yo, y sus sufrimientos eran, por consiguiente, mayores. Pero si la manigua era horrible, todavía nos faltaba algo peor."

"De pronto llegamos a un espacio abierto, casi limpio de toda vegetación, aparte de la hierba que aparecía como un alfombra, verde y fétida, tendida en el corazón de los bosques. Allí los vapores eran más densos que en cualquier otro lugar, pero contemplé con alegría aquel claro, al pensar en la espesura infectada de reptiles que dejábamos atrás. ¡Ah! Aquello no era más que una trampa, un verdadero lazo, una especie de engrudo en el que nos hundimos hasta las rodillas. ¡Qué asco! Era un barro blanducho, pegajoso, y al meterme en él sentía un efecto singular, como de un gran abandono, a la vez que la respiración entrecortada de Valera me indicaba que sus fuerzas se habían agotado por completo.

"Una ligera brisa, disipando por un momento los vapores, nos permitió vernos con más claridad. No pude contener una exclamación de horror. Las ropas de mi compañero eran una masa de extrañas manchas movedizas...

"Miré rápidamente hacia abajo, y me encontré yo también en el mismo estado. En aquel momento, una de las manchas, que avanzaba por mi manga, me tocó la muñeca, con una repugnante sensación de frialdad que me hizo lanzar un grito de espanto. Valera y yo emprendimos la fuga.

"¡Nos había atacado una legión de sanguijuelas enormes, que subían desde el fango! Separar una de ellas, era arrancarse un trozo de piel, y seguían invadiendo nuestros cuerpos como invaden las hormigas un animal muerto, metiéndose por debajo de nuestra ropa. Y mientras tratábamos de salir del pantano, sintiendo que por momentos desmayaban nuestros cuerpos y nuestros espíritus, vimos brillar entre los árboles la luz de muchas antorchas, cuyo humeante resplandor hizo que levantasen el vuelo centenares de murciélagos. La luz de la luna, abriéndose difícilmente paso entre la bruma, y la luz de las antorchas inflamando la vegetación, iluminaban un espectáculo infernal, con innumerables figuras desnudas que danzaban bárbaramente profiriendo gritos bestiales.

"Por encima de los gritos y de los aullidos, que subían y bajaban de tono como un coro de demonios, oí una voz espantosa, lamentable, que repetía una y otra vez una palabra. Era una palabra africana, pero yo sabía su significado.

"¡Quería decir "Ala de Murciélago!"

"Ya no dudé más. ¡Aquel era el punto de cita de los adoradores del Diablo, de los devotos del culto de Vudú!

"Solamente pude ver a un hombre lo bastante claramente para recordarlo. Era un negro gigantesco, empleado en uno de mis ingenios, y parecía oficiar de sumo pontífice o de presidente en aquellas orgías. Llevaba atadas a los brazos unas grandes alas imitando las de un murciélago, y las movía grotescamente como si volase. Entre aquella multitud, que sería lo menos de un centenar de personas, había muchas mujeres. Pero en aquel momento, se desmayó el pobre Valera, no obstante su intrepidéz, y esto me recordó el gran peligro que ambos corríamos.

"El capataz yacía a mis pies, hundiéndose más cada vez en el pantano, mientras enormes sanguijuelas rojas cubrían su cuerpo, que desaparecía rápidamente..."

El coronel Menéndez interrumpió aquí su emocionante narración para limpiarse con un pañuelo de seda la sudorosa frente. Ni Harley ni yo nos atrevimos a hablar. Yo no sabía si mi amigo creía lo que estaba contándonos el cubano, pero a mí me costaba trabajo creerlo. Lo que no podía negarse. era



"Mi amigo, al decir esto, tomó el ala del murciélago y dijo: "Es un ala de desmodus, vulgarmente llamado vampiro, según el libro que acabo de consultar. Vive en la América Tropical"... ("Ala de Vampiro", Capítulo III.)

que el narrador estaba profundamente emocionado.

—Después, ya no recuerdo más sino que desperté en mi casa y en mi cama. Había conseguido llegar tambaleándome, presa del delirio y de una extraña fiebre que me tuvo en cama muchos meses, y que desafió el talento de cuántos especialistas pudimos buscar en Cuba y en Estados Unidos. Si sobreviví, fué gracias a mi naturaleza de hierro; pero ya no he vuelto a ser el hombre que era antes. Me recomendaron, que, en cuanto pudiera ponerme en camino, dejase las Antillas; arreglé mis asuntos y no volví por allá en muchos años.

"Llegó un momento, sin embargo, en que tuve que volver a residir en Cuba. Durante algún tiempo todo fué bien, y así habría continuado a no ser por el siguiente episodio; Una noche, en que el insomnio y el calor me tenían harto de la cama, me levanté y me acerqué al balcón de mi cuarto. Al hacerlo, una figura que había estado, — ¿cómo diríamos? — espiando bajo la galería echó a correr, pero no tan a tiempo que no pudiera ver su rostro.

"¡Era el negro gigantesco! Aunque habían pasado muchos años desde que lo ví, con unas alas de murciélago, presidiendo aquellos ritos satánicos, le reconocí al instante.

Cerca de mí, en una mesa, tenía un revólver cargado. Lo tomé al instante y disparé varias veces contra el que huía."

El coronel se encogió de hombros, empezó a hacer un cuarto cigarrillo, y continuó:

—Desde aquel momento, señores, cada hora de mi vida ha sido una hora de peligro. Si toqué al fugitivo o me fallaron todos los tiros, no lo sé; si vive o está muerto, no puedo decirlo; pero... —y aquí hizo el coronel una solemne pausa, — ¿no les dije a ustedes lo que se encontró clavado en la cabaña de cierta mulata? Antes que la infeliz muriese, ya sabía yo que era un signo de muerte. El mismo signo se encontró clavado en la puerta principal de mi casa a la mañana siguiente del episodio que acabo de referir a ustedes.

—¿Y era?... — preguntó Harley, lleno de interés.

—¡Era un ala de murciélago! Tal vez soy un hombre algo precipitado; es mi temperamento. Arranqué aquel repulsivo objeto de la puerta y lo pisoteé. Ninguno de los sirvientes que me señalaron su presencia se atrevía a tocarlo, y luego, todos parecían apartarse de mí como si fuese algún ser impuro. Traté de olvidarlo. ¿Por qué me habían de preocupar las amenazas de la gente de color?

"Aquella noche, a penas se había puesto el sol, me dispararon un tiro desde unos árboles cercanos, faltando menos de un dedo para que me diesen. Comprendí que el peligro era evidente, y un peligro contra el cual yo no podía luchar.

"Permítanme que sea breve, señores. En Cuba se ha atentado contra mi vida seis veces. Me fuí a Estados Unidos, y allí, en Wáshington, la capital política de aquella nación, un asesino logró entrar en mi habitación del hotel, y a no ser porque en el momento crítico, a altas horas de la noche, tuvo un amigo la humorada de llamarme por teléfono, haciendo que me despertasen, me habrían atravesado el corazón de una puñalada. Ví el cuchillo que brillaba en la penumbra, ví la silueta del criminal... Salté al otro lado de la cama, agarré la lámpara portátil que había en la mesa y lo arrojé contra mi asaltante.

"Hubo el consiguiente estrépito, un grito ahogado, rumor de pasos... Se abrió la puerta y el asesino desaparecido. Pero yo había aprendido algo más, y mis antiguos recelos habían aumentado con uno más también."

—¿Qué es lo que había usted aprendido?— preguntó Harley, cuyo interés se revelaba en su pipa, largo rato apagada.

—Aunque muy vagamente, como ustedes comprenderán, porque había muy poca luz, pude ver la cara del individuo. Llevaba una especie de capa negra, sin duda para disimular sus movimientos, y su silueta, al huir, recordaba la de un murciélago. Pero no era un negro, ni siquiera un mulato, señores; era un hombre de raza blanca, puedo jurarlo.

El coronel encendió el cigarrillo que acababa de hacer y fijó sus negros ojos en Harley.

—No lo comprendo, — dijo éste. —¿Quiere usted hacerme creer que ese culto del Vudú tiene adeptos europeos y norteamericanos?

—Me basta que crea usted, — repuso el coronel,— que aunque se registró el hotel a consecuencia de mi denuncia, y toda la policía de Washington se puso en movimiento, no se encontró ni el menor rastro del hombre que quiso asesinarme, excepto, — y señaló con su largo índice, el ala de murciélago que había sobre la mesa de Harley, — un ala de murciélago que se encontró clavada en la puerta de mi dormitorio.

Siguiéronse unos minutos de silencio, de un silencio realmente. En verdad, aquella historia era la más extraña que yo había oido jamás.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? — preguntó al fin Harley.

—Dos años, nada más. Fué hacia la fecha en que acabó la gran guerra. Vine a Europa y creí que aquí, al menos, estaría seguro. Viví algun tiempo en Londres, en medio de una tranquilidad que me parecía una cosa nueva. Después, oyendo hablar de una linda finca en Surrey, la alquilé por algunos años, instalando como ama de gobierno a una prima mía, madame de Stamer. Madame de Stamer está impedida, pero,— y aquí el coronel se besó las puntas de los dedos, — es un genio. Tiene ahora acompañándola una muchacha inglesa encantadora, miss Valentina Beverley, huérfana de un notable cirujano de Edimburgo. Miss Beverley estuvo con mi prima en un hospital que ésta costeaba en Francia durante la guerra. Si quieren honrarme con su presencia en Cray's Folly, seño-

res, vengan mañana y no les faltará compañía agradable, se lo aseguro a ustedes.

Diciendo así, el coronel alzaba sus pobladas cejas, mirando interrogadoramente tan pronto a Harley como a mí.

—Por mi parte, — dijo mi amigo lentamente, — tendré mucho gusto en ello. ¿Qué te parece, Knox?

—Yo también.

—Pero su presencia aquí, coronel, — prosiguió Harley, — parece indicar que Inglaterra no le ha resultado tan segura como usted se figuraba.

El coronel Menéndez cruzó la habitación y volvió a detenerse delante del armarito birmano, con una mano en la cadera, en una actitud algo afectada, pero no exenta de distinción.

—Hace cuatro días, — repuso señalando el ala de murciélago que continuaba sobre la mesa,— mi cocinero, que es español, me trajo eso... Lo había encontrado clavado en la gruesa puerta de roble de la entrada principal.

—¿Y ha sido antes, o después de ese descubrimiento, — preguntó Harley, — cuando ha observado usted que alguien rondaba su casa?

—Ha sido antes.

—¿Y cuándo entraron como si fuesen ladrones?

—Eso ocurrió hace menos de un mes, el día antes de la luna llena.

Pablo Harley se levantó y volvió a encender su pipa.

—Hay otros muchos detalles, coronel — dijo, — que tendrá usted que irme dando; pero como estoy decidido a visitar Cray's Folly, pueden esperar hasta que yo vaya. Me refiero, sobre todo, a lo que ha dicho usted de cierto vecino suyo en Surrey.

El coronel hizo un signo afirmativo, mientras sacudía la ceniza de su cigarrillo.

—Es un asunto delicado, señores — confesó, — y tengo que pensar mucho el modo de exponérselo a ustedes. Por de pronto, ¿puedo contar con ustedes mañana?

—Sí, señor estoy impaciente por ir a su casa.

—Eso es muy importante — dijo el cubano, — porque el miércoles tendremos luna llena, y la luna llena parece tener cierta relación con los misteriosos ritos del Vudú.

CAPITULO III

El murciélago vampiro

UNA hora habría transcurrido desde que se retiró nuestro visitante, y todavía estábamos Pablo Harley y yo sentados en aquel confortable despacho, lleno de libros, discutiendo la singular historia que habíamos escuchado. Harley, que tenía un amigo agregado a la Embajada española y muy bien relacionado con el cónsul de Cuba, le había telefoneado y obtuvo algunos detalles de interés acerca del coronel don Juan Menéndez Sarmiento, que tal era el nombre completo del personaje que acabábamos de conocer.

Según parece, era el último representante de una antigua familia noble española que se había establecido, hacía muchas generaciones, en Cuba. Su fortuna era incalculable, aunque en los últimos años había bajado bastante el valor de sus tierras. En la familia había habido muchos hombres de gran talento, pero a la vez se habían distinguido todos por sus crueles sentimientos y sus costumbres licenciosas, que habían llegado a darles cierta fama, no muy envidiable, en las Antillas. El amigo de Harley no negaba que en aquella parte del mundo podía haber mucha gente dispuesta a asesinar al coronel; pero, aunque nos proporcionó otros muchos detalles relativos al nuevo cliente de mi amigo, no nos dió ninguno que aclarase aquella parte de su historia que se refería al vuduísmo y al ala del murciélago.

—Por supuesto, — dijo Harley, después de un largo silencio, — hay una cosa posible y que no debemos perder de vista.

—¿Y es? — pregunté.

—Que Menéndez esté loco. El remordimiento de sus fechorías de joven, que no dudo las habrá hecho muy serias, puede haberle producido una especie de obsesión. He conocido muchos casos por el estilo.

—Esa fué mi primera impresión, — dije yo, — pero se me fué borrando a medida que el coronel avanzaba en su relato. No creo que eso bastase para explicar todos los episodios.

—Lo mismo creo, — asintió mi amigo, — pero es muy posible que la obsesión exista y que alguien se esté aprovechando de ella para fines particulares.

—¿Quieres decir que alguien que conozca los detalles de la juventud de Menéndez puede estar haciendo uso de lo que sepa, en beneficio propio?

—Exactamente.

—No por eso sería menos interesante el caso.

—Desde luego, Knox; creo, como tú, que aunque el coronel no esté completamente cuerdo, sus temores no son enteramente imaginarios.

Mi amigo, al decir esto, tomó el ala de murciélago de sobre el brazo de su sillón, donde la había dejado después de un detenido examen, y añadió:

—Si no estoy equivocado, eso es un ala de "Desmodus", el murciélago vulgarmente llamado vampiro. Según el naturalista que acabo de consultar, — y señaló un volumen que tenía, abierto, sobre el otro brazo del sillón, —esta especie vive en la América Tropical, y por consiguiente, no podemos pensar en un vampiro vivo en Surrey. Tengo, pues, la certeza de que este repulsivo objeto ha sido conservado por algún procedimiento.

—¿No podría ser parte de un ejemplar conservado en alguna colección?

—Es muy posible; pero una colección de murciélagos de esta clase sería una cosa muy extraña. Yo no recuerdo haber visto ninguno más que en los museos. Continuando siem-

pre con el asunto del murciélago, no debemos olvidar un curioso detalle de la historia del coronel. ¿Recuerdas que hizo alusión a cierta muchacha que confió ciertos informes al capataz de la finca?

Contesté con un movimiento afirmativo.

—Clavaron un ala de murciélago en la pared de su choza, según nuestro visitante, y la infeliz murió de una enfermedad inexplicable. Esta enfermedad pudo ser una anemia rápida, y esta anemia pueden producirla, lo mismo en el hombre que en los animales, las visitas frecuentes, aunque ignoradas, de un vampiro.

—¡Cielos, qué horribles ideas, Harley!—exclamé.

—Es una idea horrible, sí, pero en los países infestados por estos quirópteros, ocurre eso algunas veces. Recuerdo muy bien haber oído contar que una niña, en no recuerdo qué punto de la América Tropical, empezó a perder la salud rápidamente, y sólo se salvó por haberse descubierto a tiempo que uno de esos murciélagos, bastante grande, había contraído la desagradable costumbre de entrar en su cuarto todas las noches y morderla en su brazo desnudo, que quedaba fuera de las cobijas.

—¿Y no dormía la niña con mosquitero?—pregunté, incrédulamente.

—Eso fué precisamente lo que hizo que se descubriese todo. El animal, demostrando cierta malicia, sabía abrirse paso por debajo del borde del mosquitero. El ligero ruido que producían las anillas de éste fué oído varias veces por el ama, que dormía en una habitación contigua, y por fin el murciélago fué sorprendido "infraganti".

—Pero semejantes visitas, — dije, — despertarían a cualquiera.

—Al contrario, le producen un sueño más profundo. Pero vamos al hecho, Knox. En el caso de la mulata, la venganza del sumo sacerdote del vuduísmo, según el relato del coronel, es digna de mención, porque sus síntomas imitaban los que resultarían de las visitas de un vampiro, aunque, claro está, que podían ser debidos a un veneno lento. Pero no habrás dejado de observar que los diversos atentados personales contra el coronel fueron cometidos con armas más vulgares. En dos ocasiones, por lo menos, se empleó un arma de fuego, un rifle.

—Sí, — añadí, pensativo, — y tú te preguntas, sin duda, cómo es que no se ha recurrido también a la enfermedad inexplicable.

—Claro está. Sólo puedo suponer que el coronel sería inmune. Recordarás que nos dijo que había curado casi milagrosamente de la fiebre que le acometió a consecuencia de la visita a la Faja Negra. Eso parece indicar que es uno de esos hombres poco frecuentes, cuyo organismo resiste a los gérmenes más mortíferos.

—Comprendo; por eso recurrieron al puñal y al rifle.

—Esa es mi opinión.

—Pero dime, Harley: ¿Qué horrible delito puede haber cometido ese hombre para que le amenace una venganza durante tantos años?

Pablo Harley se encogió de hombros, imitando los ademanes del coronel.

—Dudo mucho, — me dijo, — de que la amenaza date de más tiempo que la última visita del señor Menéndez a Cuba. Evidentemente, en esa ocasión mató al sumo sacerdote del Vudú.

No pude contener una exclamación burlona.

—Amigo Harley, — dije. — Todo eso me parece demasiado fantástico. Empiezo a creer que en verdad, tenemos que habérnoslas con un loco.

Harley miró el ala del murciélago.

—¡Allá veremos! — murmuró. — De todos modos, aunque de nuestra visita no saquemos más que conocer a la gente que rodea al coronel, creo que no habremos perdido el tiempo.

—Lo mismo creo yo, — repuse; — ya estoy deseando conocer a esa señora de Stamer...

—Sí, la prima del coronel, impedida, — añadió Harley, ensimismado.

—Y a su amiga, la señorita Beverley.

—Es cierto; y no debemos olvidar al mayordomo español, ni al mismo coronel, con el que estoy impaciente por reanudar la conversación.

—Todo eso es extraordinariamente raro, Harley.

—Mi querido Knox, — contestóme mi amigo, extendiéndose indolentemente en su sillón, — las cosas más vulgares de esta vida lindan siempre con lo maravilloso. Los que salvamos el lindero resultamos un poco absurdos en opinión de los que no lo han hecho nunca; pero no es porque lo extraordinario haya de ser necesariamente inverosímil, sino porque los autores de novelas se han apoderado de tal manera de lo extraordinario como cosa suya, que han acabado por aislarlo completamente, a los ojos del público, de los hechos corrientes. Así, pues, Knox, yo mismo soy un mito, y tú lo eres también.

Alzó la mano, y, señalando a la puerta que comunicaba con la oficina, prosiguió:

—Ambos debemos nuestra existencia mítica a ese genio norteamericano cuyo retrato pende junto al armario birmano, y que creó el tipo de C. Auguste Dupin. Los hechos de ese investigador de afición fueron recogidos por un admirador, según puedes recordar, pues ningún detective particular ha podido existir fuera de las páginas de alguna novela. Mis costumbres más corrientes confirman mi irrealidad. Por ejemplo: yo tengo un amigo lo bastante amable para contar lo que hago, y lo mismo le ocurría a Dupin; yo fumo en pipa; Dupin, también; yo investigo la pista del crimen, y a veces tengo éxito... En esto me diferencio a Dupin de que tenía buen éxito siempre. Pero mi argumento es el siguiente: tú opinas que la vida del coronel don Juan Menéndez Sarmiento, juzgando por su relato, ha sido, por lo menos, tan novelesca como su nombre; pues bien, ningún amante de las aventuras puede considerarla novelesca; solamente lo será para las inteligencias prosaicas. Lo mismo digo de su nombre: extraño para nuestros oídos ingleses, en

España resultaría completamente vulgar.

—Comprendo a dónde vas a parar, — dije entre dientes; — pero eso de que el Vudú exista en los cerros de Surrey...

—En ello pienso, Knox, y me divierte el pensarlo. Has ido a dar precisamente en lo que yo quería demostrar. ¡El Vudú en los cerros de Surrey! ¿Por qué no? El Vudú en cualquier isla del mar Caribe, sí; pero el Vudú en Surrey, no; y, sin embargo, querido, hay un servicio de vapores entre Inglaterra y la América Central; es decir, que cualquiera se puede embarcar en Liverpool y desembarcar en las Antillas. ¿Por qué, pues, no ha de poder cualquiera embarcar en las Antillas y desembarcar en Liverpool? Admitido esto, me concederás que un viaje de Liverpool a Surrey es cosa fácil. No comprendo, por tanto, la razón para que exclames: "¡Pero eso del Vudú en Surrey!" Sin duda, te sorprendería encontrarte un esquimal en plena City, y, sin embargo, no hay ningún motivo para que un esquimal no pueda visitar Londres si se le antoja. Es una palabra, lo más molesto de los hechos reales es que se parezcan tanto a los imaginarios. ¡Ya estoy deseando, Knox, que llegue el día en que pueda retirarme de mi actual profesión novelesca, para convertirme en un miembro de la sociedad que sólo viva de los hechos verosímiles, en algo así como un periodista o un empresario de teatro!

Soltó la carcajada y, alargando el brazo a una mesita inmediata, volvió a llenar mi vaso y el suyo.

—Aquí tenemos el ala de un vampiro en Chancery Lane, — continuó, señalándola.— ¡Imposible! Y, sin embargo, las brujas de Macbeth vivían en Escocia, el país del "whisky".

Se bebió mi amigo Harley el contenido de su vaso, y permanecimos un buen rato en silencio, mientras yo meditaba sobre sus observaciones.

—Lo que yo quiero demostrarte, — declaró mi amigo, — es que nada es tan raro como lo vulgar. Dejo con gusto para otra ocasión de la caña y el anzuelo, el bote y la canasta de la comida con su botella de cerveza y la calma peculiar de un río Norfolk por las cosas desconocidas que nos esperan en Cray's Folly.

Y mirándome de un modo extraño, añadió:

—No lo olvides, Knox: el miércoles por la noche tenemos luna llena.

CAPITULO IV

Cray's Folly

PABLO HARLEY, recostado en los almohadones, me miraba con enigmática sonrisa. El enorme y magnífico automóvil que el coronel Menéndez puso a nuestra disposición subía uno de los cerros de Surrey como si la empinada cuesta no existiera.

—¡Buen motor! — dijo mi amigo en tono de aprobación.

Hice un signo afirmativo; pero no sentía ganas de hablar, absorto en la contemplación de un paisaje eminentemente inglés.

Era, en efecto, un paisaje bellísimo. El camino que seguía el automóvil, a toda velocidad, era estrecho, tortuoso y completamente cubierto por el arbolado, que formaba una especie de túnel. De vez en cuando, los rayos del sol penetraban entre el ramaje y tendían ante nosotros una alfombra de oro; pero durante la mayor parte del camino disfrutábamos de una fresca y agradable sombra. Por un lado se alzaba una sombría ladera cubierta de bosque; por el otro sucedíanse las manchas de arbolado, bajando hasta lo hondo del valle. Era un poético rincón de Inglaterra, cuya contemplación me hacía dudar de que Londres hubiera quedado solamente a setenta millas detrás; un paraje de los más adecuados para que sobrevivieran los elfos y las hadas; un sitio en el que la presencia de un automóvil parecía una profanación. Cada vez íbamos subiendo más, zumbando el motor ruidosa y lentamente, hasta que, de pronto, salimos a una carretera abierta, con un anfiteatro de colinas, a lo lejos, a nuestra derecha, y espesos bosques, descendiendo hacia el valle, a la izquierda y a nuestra espalda.

El "chauffeur" se volvió hacia mí, y dijo:

—Cray's Folly, señor.

Y señaló con la mano hacia una torre de piedra, cuadrada, algo parecida a un campanario, que surgía de una lejana mancha de bosque, coronando una eminencia.

—¡Ah! — murmuró Harley. — ¡La famosa torre!

La tarde anterior, después de la visita del coronel, mi amigo había buscado informes acerca de Cray's Folly y había averiguado que era una de varias fincas construídas por un individuo tan excéntrico como rico, un tal Cray, cuyo nombre llevaba el sitio. Dicho señor tenía una especie de manía por construír casas con torres, rivalizando así con su contemporáneo Guillermo Beckford, el autor de "Vathek", a quien esta obra y dos o tres palacios con torres, hicieron famoso.

En aquel momento volví a presentir algo extraño en que, si no recuerdo mal, la figura de Valentina Beverley representaba un papel importante. Había algo de romántico en la presencia de aquella joven inglesa entre gentes tan singulares; y yo me las imaginaba así porque si los que vivían en Cray's Folly eran la mitad de raros, por lo menos, de lo que nos inducía a creerlo el tipo del coronel seguramente íbamos a vernos entre personas poco vulgares.

A todo esto, el camino torció un poco hacia el Sur y entramos en el lindero de la arboleda. Había allí una o dos casitas muy antiguas, pero ningún indicio de construcción moderna. Era realmente un fragmento de la vieja Inglaterra, y no sentí que perdiéramos de vista la torre cuadrada, pues en medio de aquel paisaje era una anomalía, casi un insulto.

En cuanto a lo que pensase Pablo Harley, no puedo decirlo, porque permaneció callado

como un muerto hasta el momento preciso en que nos vimos ante los portones de la finca.

Eran los tales portones verdaderas monstruosidades de hierro forjado, sin duda obras de arte de su género; pero de un estilo excesivamente recargado que habría casado mejor con unos luminosos huertos de naranjos que con los sombríos bosques de Surrey.

Una muchacha de cara triste, que desde luego no era inglesa (más tarde supe que era una hija de Pedro, el mayordomo), abrió los portones y entramos en un camino en curva, bajo un verdadero túnel de follaje. De la casa no vimos nada hasta que estuvimos al pie de sus muros, y no habríamos sabido que habíamos llegado a la entrada principal si el automóvil no se hubiera detenido.

—Esto parece un monasterio, — murmuró Harley.

En efecto, la parte del edificio visible desde allí, o sea su fachada norte, ofrecía un aspecto singularmente monástico, estando construída de grandes bloques de piedra gris y con sólo unas pocas ventanas de pesadas rejas. La excentricidad del buen señor que, allá en los tiempos en que la reina Victoria era niña, había gastado miles de libras esterlinas en construír semejante casa, sólo había sido igualada por la del coronel Menéndez al irse a vivir a ella. Un ala saliente nos ocultaba las vistas de la parte del Oeste, mientras por el Este tapaba el panorama el cerco de boj más alto y más espeso que he visto en mi vida, podado muy cuidadosamente y formando en el centro una puerta conarca.

La entrada a Cray's Folly, por consiguiente, venía a estar como en una ensenada.

En el momento en que descendíamos, las grandes puertas conventuales, de roble macizo, abriéronse de par en par y en medio del pórtico apareció la gallarda figura del coronel.

—Bien venidos, señores, — exclamó.

Avanzó hacia nosotros sonriendo, y confieso que allí, a la luz del sol, me pareció mucho más mefistofélico todavía que en la oficina de Harley.

—¡Pedro! — gritó y el mayordomo, un español que llevaba patillas como la de los antiguos toreros, apareció detrás de su patrón.

Aquel individuo tenía un no sé qué en su aspecto que me hizo pensar que nunca me encontraría a gusto en su presencia. Pero ya el coronel, saludándonos cariñosa y efusivamente, nos conducía, a través de una especie de patio cubierto, hasta un gran "hall", o más bien un estudio, iluminado en parte por una curiosa claraboya de vidrio y amueblado de un modo nada inglés, pero muy lujosamente. Una magnífica escalera de roble comunicaba con una galería que había a la izquierda, y al pie de la escalera, en un sillón de ruedas que ella misma manejaba con asombra destreza, estaba sentada la señora de Stamer.

Tenía esta señora el pelo blanco como la nieve; pero el rostro era el de una joven, y sus grandes ojos negros me recordaron en seguida los de algún animal que yo había visto; pero sin poder en el primer momento recordar cuál era. Sus manos eran muy finas y bonitas, y cuando, al presentárnosla el coronel, extendió una de ellas hacia delante, no me extrañó que Harley la tomase por la punta de los dedos y la besase, según la moda francesa, lo que sin duda ella esperaba. Yo seguí el ejemplo; pero, a decir verdad, después de la primera ojeada a aquella soberbia figura que ocupaba el sillón mecánico, ya no tuve ojos más que para contemplar a quien estaba a su lado.

Era una joven inexplicablemente bonita, o, al menos, tal fué mi primera impresión. Quiero decir que mientras sus atractivos eran indiscutibles, analizando una por una sus facciones, no se podía decir de qué detalle dependía su belleza. El contorno de su rostro formaba un óvalo delicioso, y en sus ojos había una mirada inquieta que tenía algo de suplicante y algo de picaresca. Su expresión no era enteramente franca, y constantemente se observaba una vaga sonrisa, o más bien una promesa de sonrisa, en sus labios, exquisitamente modelados, único rasgo absoluta y perfectamente regular de aquella cara hechicera. Su cabello era ligeramente rizado, y la línea del cuello y de los hombros era sumamente graciosa y encantadora. De una cosa estuve yo seguro: de que se alegraba al ver llegar visitantes a Cray's Folly.

—Ahora, señores, — dijo el coronel, —una vez que les he presentado a madame, mi prima, permítanme que les presente a miss Valentina Beverley, compañera de mi prima y muy querida amiga nuestra.

La joven hizo una inclinación de cabeza muy inglesa, que contrastaba con los modales franceses de madame. Ruborizóse ligeramente, y cuando su mirada se cruzó con la mía, bajó los ojos.

—Y ahora, — añadió con viveza la señora de Stamer, — están ustedes en su casa. Pedro les enseñará sus habitaciones, y dentro de media hora estará el almuerzo en la mesa.

Hizo con la mano un ademán lleno de coquetería y, rechazando la ayuda que le ofreció miss Beverley, hizo rodar rápidamente su sillón hasta debajo de una especie de arco, a la derecha del "hall", que comunicaba con las habitaciones de servicio de la casa.

—¿No es realmente asombroso? — exclamó el coronel, tomándose del brazo izquierdo de Harley y del derecho mío y guiándonos escaleras arriba, seguidos los tres de Pedro y el "chauffeur", que llevaban nuestras balijas. — Muchas mujeres tendrían que estar siempre en la cama en su caso, y ella...

Y se encogió de hombros.

Harley y yo teníamos nuestros dormitorios uno al lado de otro. Jamás he visto dormitorios como los de Cray's Folly. Había allí madera suficiente para haber vuelto loco a un constructor moderno. Era como si hubiera echado el roble a carradas. Mi dormitorio, que daba casi encima del cerco de boj de que antes hablé, tenía un techo de talla

precioso, y un piso encerado que parecía el de un salón de baile. Estaba amueblado con gusto, aunque se notaba en seguida la moda extranjera.

—Tenemos unas vistas espléndidas, — nos dijo el coronel; y en efecto, el panorama que se dominaba desde mi enorme ventana era realmente hermoso.

Vi que el terreno de Cray's Folly era muy extenso y estaba cuidadosamente cultivado. Había un pequeño parterre en hondo, pero se veía mejor desde la ventana del cuarto de Harley, que por ser la última de la fachada norte dominaba más parte del terreno, permitiendo alcanzar con la vista las praderas de césped de la parte del Sur y una especie de parque.

Cuando el coronel y yo fuimos con Harley a la habitación aquella, quedé realmente encantado ante aquel pintoresco paisaje. Había un viejo jardín lleno de flores y cortado por caminos pavimentados de ladrillos, entre los cuales crecía el musgo. Veíanse arbustos que eran otros tantos fantásticos ejemplos del arte topiario, y había también un reloj de sol. Mi primera impresión al contemplar aquel sitio fué de alegría. Más tarde, habría de mirar aquellos encantadores rincones con un sentimiento muy parecido al horror; pero entonces, en aquellos momentos que pasamos mirando desde la ventana cómo un jardinero recortaba los arbustos, no pude menos de pensar que, aunque Cray's Folly fuese un edificio evidentemente feo, sus jardines eran deliciosos.

De pronto, Harley se volvió a nuestro anfitrión, preguntándole:

—¿Dónde está la famosa torre? No se ve desde la fachada principal ni desde la avenida de entrada.

—No, no, — repuso el coronel; — está al final del ala Este, que no usamos. La tengo cerrada. Hay en ella cuatro habitaciones, y su escalera, naturalmente; pero no resulta cómoda. No puedo comprender para qué la construyeron.

—Tendría el arquitecto algún propósito que ignoramos, — dijo Harley, — o acaso fuese simplemente un capricho del propietario. ¿Hay algo característico en la habitación más alta?

El coronel se encogió de hombros.

—Nada, — contestó; — es lo mismo que las que tiene debajo, excepto que hay una escalera que conduce a una azotea. Si usted quiere, vamos a verlo.

—Me agradaría, — murmuró Harley; y en seguida, con mucho tacto, cambió la conversación, que evidentemente no era muy agradable para el coronel.

Comprendí que éste tenía cierto interés particular acerca del ala Este del edificio, y que le molestaba tratar el asunto.

No tardó en dejarnos, y yo me fuí a mi cuarto; pero no tardé en volver al de Harley, en el que entré sin avisar y con toda franqueza.

—¡Hola! — exclamé. — ¿Has visto algo?

Mi amigo estaba mirando por la ventana, y ni siquiera se volvió cuando yo entré.

—¿Qué es? — pregunté, acercándome.

Me miró de un modo extraño.

—Una impresión, — me contestó; — pero ya se fué.

—Comprendo, — dije.

La familiaridad con el crimen en todas sus formas y en muchos climas había hecho que en Pablo Harley se desarrollase una especie de sexto sentido. Era una cosa fugaz, momentánea, como lo son todas las fuerzas que intervienen en el genio o en la inspiración. Algunas veces, según él me había asegurado, le faltaba esa cosa extraña, que era un sentimiento de frialdad, como producido por un súbito descenso de la temperatura, y que, a mi juicio, le avisaba la proximidad del enemigo en toda su actividad.

En aquel momento, asomado a la ventana, mirando a aquel jardín anticuado, estaba "tanteando" la atmósfera, buscando la sensación extraña, que, aunque no siempre acudía cuando él la necesitaba, una vez que se manifestaba no le engañaba jamás.

—¿Crees que pende sobre el coronel Menéndez alguna amenaza real? — le pregunté.

—Estoy seguro, — repuso, volviéndose y mirándome de frente. — Hay algo extraño, en este asunto del ala del vampiro.

—¿Piensas todavía que alguien le ha seguido a Inglaterra?

Harley reflexionó un instante, y luego dijo:

—Esa explicación casi sería demasiado sencilla. Hay algo raro, algo nefando, casi me atrevería a decir algo sacrílego, en esta casa, amigo Knox.

—Sus criados son extranjeros.

—Me ocuparé de trabar conocimiento con ellos, — repuso, moviendo la cabeza, — pero el peligro no viene por ahí. Vamos a ver si nos dan de almorzar.

CAPITULO V

Valentina Beverley

EL almuerzo fué tan excelente que casi rayó en la ostentación. En el mismo Carlton no hubiéramos almorzado mejor. Sin embargo, evidentemente aquel lujo era costumbre en casa del coronel, y no se había hecho el menor extraordinario en nuestro honor. El patibulario Pedro resultaba ser un excelente maitre-d'hotel, y la excitación de hallarme en vísperas de cosas extraordinarias, el participar de aquella mesa tan admirablemente servida, y la delicia que me causaba la contemplación del expresivo rostro de miss Beverley, contribuyeron a hacer de mi primer almuerzo en Cray's Folly un acontecimiento de los más memorables de mi vida.

Francamente, me tenía intrigado Valentina Beverley. Tal vez sea curioso que, en un grupo de personas tan singular, escogiese yo, para estudiarla, una muchacha tan típicamente inglesa. En el momento de verla por primera vez me había parecido provocativamente bonita; a medida que íbamos

almorzando, decidí que era realmente hermosa. Una vez sorprendí a Harley sonriéndose burlonamente, y me pregunté, avergonzado, si estaría descubriendo excesivo interés hacia la compañera de Madame.

Se habló, si no recuerdo mal, de muchas cosas, y siempre llevaba la voz cantante la prima del coronel. Era una de esas personas que saben imponerse. Su inglés era menos florido que el que hablaba Menéndez, pero esta desventaja hacía resaltar todavía más la fuerza masculina de su inteligencia. Era verdaderamente una mujer notable. Con su cabello blanco, sus facciones juveniles y aquellos hermosos y aterciopelados ojos casi hipnotizadores, podría haber servido de modelo para la pintura de una hechicera. Tenía ciertos ademanes poco vulgares, y movía sus largas manos blancas de un modo raro y enteramente nuevo para mí.

No pude encontrar el menor aire de familia entre los dos primos, y supuse que su parentesco debía ser muy distante. Era evidente que Madame de Stamer tenía un gran afecto al coronel. En cuanto le miraba, su fisonomía cambiaba de expresión. Me llamó la atención que, siendo una mujer muy viva sus ojos tenían una fijeza extraña; es decir, que mientras movía la cabeza a cada momento, rara vez movía los ojos. Yo me preguntaba una y otra vez dónde había visto aquellos ojos antes. Más adelante pude recordarlo, como ya diré en el momento oportuno.

En vano me esforcé por explicarme la relación que había entre aquellas tres personas, tan incongruentemente reunidas bajo el mismo techo. Sólo una cosa saqué en claro: que miss Beverley no era feliz; pero en cuanto a su situación exacta en aquella casa, hube de reducirme a hipótesis.

El coronel ganaba mucho conociéndole. Indudablemente descendía de aquella clase de nobles españoles de que ya apenas queda rastro. Me pareció que como amigo debía ser de una lealtad a toda prueba, y estaba seguro de que como enemigo tenía que ser implacable.

En una palabra: fué aquel un almuerzo digno de recordación, y uno de sus más notables resultados fué una especie de tácita inteligencia entre miss Beverley y yo. Una vez, cuando acababa de estudiar la fisonomía de Madame de Stamer, y en otra ocasión, al apartar mi vista del atezado rostro del coronel, observé que la joven me observaba, y sus ojos parecían decir:

—Ha comprendido usted; yo también.

En efecto, tal vez yo había comprendido algo; pero el porvenir había de demostrarme que era muy poco.

Madame de Stamer dió la señal de abandonar la mesa, haciendo retroceder su sillón con extraordinaria rapidez. El contraste entre sus vivos y nerviosos movimientos y sus inmóviles ojos de basilisco, era casi desagradable.

—Podrías salir, Juan, — dijo; — sin duda a estos señores les agradaría ver el jardín. Yo voy a dormir la siesta. Venga usted, querida, — continuó dirigiéndose a Valentina; — fumaremos un cigarrillo, y luego se irá usted donde quiera.

Retiróse del comedor, haciendo rodar velozmente su sillón, y mis ojos no se apartaron de la graciosa figura de Valentina hasta que ambas se perdieron de vista.

> Esta notable novela, tan interesante como novedosa, seguirá en el próximo número de "Pucky", que se pondrá en venta el viernes 3 de Noviembre y constituirá, sin duda, un atractivo más para sus lectores.

Consejos para el Hogar

Cosas que es conveniente recordar

** Cuando se asa un bife a la plancha se le debe dar vuelta pasándole un cuchillo por debajo; nunca se ha de pinchar, para eso, con un tenedor.

** Si se pone una capa de sal gruesa, en el horno, debajo de la asadera, el asado no se pegará ni quemará.

** Para limpiar lo que está pintado de blanco, se moja una franela, se retuerce, se toma con ella un poco de tiza en polvo y se frota lo pintado.

** Si alguna aguja se ha enmohecido se frota, pinchándola, en la tierra de la maceta de una planta, metiéndola y sacándola durante varios minutos. Casi nunca falla este procedimiento.

** Cuando se pelan o cortan cebollas, hágase eso debajo del agua. De este modo ni picarán los ojos ni quedarán manchas ni olor en las manos.

** Los pañuelos que se han puesto amarillentos se blanquean poniéndolos en remojo veinticuatro horas lo menos, en agua en que se haya disuelto un puñado de arcilla.

** Cuando alguien tiene que tomar agua hervida y le encuentra un sabor insípido, puede quitársele ese sabor al agua pasándola de una jarra a otra, vertiéndola a la mayor distancia que se pueda, durante algunos minutos.

** Para quitar las manchas de vino tinto de los manteles, cúbrase la mancha con sal fina, abundante, en cuanto se produzca y lávese luego, — lo más pronto posible, — con agua bien caliente.

** Se limpia bien un tubo de lámpara sosteniéndolo un momento sobre el vapor de agua que esté hirviendo y secándolo luego con un trapo limpio, o mejor aún, con papel suave.

almorzando, decidí que era realmente hermosa. Una vez sorprendí a Harley sonriéndose burlonamente, y me pregunté, avergonzado, si estaría descubriendo excesivo interés hacia la compañera de Madame.

Se habló, si no recuerdo mal, de muchas cosas, y siempre llevaba la voz cantante la prima del coronel. Era una de esas personas que saben imponerse. Su inglés era menos florido que el que hablaba Menéndez, pero esta desventaja hacía resaltar todavía más la fuerza masculina de su inteligencia. Era verdaderamente una mujer notable. Con su cabello blanco, sus facciones juveniles y aquellos hermosos y aterciopelados ojos casi hipnotizadores, podría haber servido de modelo para la pintura de una hechicera. Tenía ciertos ademanes poco vulgares, y movía sus largas manos blancas de un modo raro y enteramente nuevo para mí.

No pude encontrar el menor aire de familia entre los dos primos, y supuse que su parentesco debía ser muy distante. Era evidente que Madame de Stamer tenía un gran afecto al coronel. En cuanto le miraba, su fisonomía cambiaba de expresión. Me llamó la atención que, siendo una mujer muy viva sus ojos tenían una fijeza extraña; es decir, que mientras movía la cabeza a cada momento, rara vez movía los ojos. Yo me preguntaba una y otra vez dónde había visto aquellos ojos antes. Más adelante pude recordarlo, como ya diré en el momento oportuno.

En vano me esforcé por explicarme la relación que había entre aquellas tres personas, tan incongruentemente reunidas bajo el mismo techo. Sólo una cosa saqué en claro: que miss Beverley no era feliz; pero en cuanto a su situación exacta en aquella casa, hube de reducirme a hipótesis.

El coronel ganaba mucho conociéndole. Indudablemente descendía de aquella clase de nobles españoles de que ya apenas queda rastro. Me pareció que como amigo debía ser de una lealtad a toda prueba, y estaba seguro de que como enemigo tenía que ser implacable.

En una palabra: fué aquel un almuerzo digno de recordación, y uno de sus más notables resultados fué una especie de tácita inteligencia entre miss Beverley y yo. Una vez, cuando acababa de estudiar la fisonomía de Madame de Stamer, y en otra ocasión, al apartar mi vista del atezado rostro del coronel, observé que la joven me observaba, y sus ojos parecían decir:

—Ha comprendido usted; yo también.

En efecto, tal vez yo había comprendido algo; pero el porvenir había de demostrarme que era muy poco.

Madame de Stamer dió la señal de abandonar la mesa, haciendo retroceder su sillón con extraordinaria rapidez. El contraste entre sus vivos y nerviosos movimientos y sus inmóviles ojos de basilisco, era casi desagradable.

—Podríais salir, Juan, — dijo; — sin duda a estos señores les agradaría ver el jardín. Yo voy a dormir la siesta. Venga usted, querida, — continuó dirigiéndose a Valentina; — fumaremos un cigarrillo, y luego se irá usted donde quiera.

Retiróse del comedor, haciendo rodar velozmente su sillón, y mis ojos no se apartaron de la graciosa figura de Valentina hasta que ambas se perdieron de vista.

Esta notable novela, tan interesante como novedosa, seguirá en el próximo número de "Pucky", que se pondrá en venta el viernes 3 de Noviembre y constituirá, sin duda, un atractivo más para sus lectores.

Consejos para el Hogar

Cosas que es conveniente recordar

⁂ Cuando se asa un bife a la plancha se le debe dar vuelta pasándole un cuchillo por debajo; nunca se ha de pinchar, para eso, con un tenedor.

⁂ Si se pone una capa de sal gruesa, en el horno, debajo de la asadera, el asado no se pegará ni quemará.

⁂ Para limpiar lo que está pintado de blanco, se moja una franela, se retuerce, se toma con ella un poco de tiza en polvo y se frota lo pintado.

⁂ Si alguna aguja se ha enmohecido se frota, pinchándola, en la tierra de la maceta de una planta, metiéndola y sacándola durante varios minutos. Casi nunca falla este procedimiento.

⁂ Cuando se pelan o cortan cebollas, hágase eso debajo del agua. De este modo ni picarán los ojos ni quedarán manchas ni olor en las manos.

⁂ Los pañuelos que se han puesto amarillentos se blanquean poniéndolos en remojo veinticuatro horas lo menos, en agua en que se haya disuelto un puñado de arcilla.

⁂ Cuando alguien tiene que tomar agua hervida y le encuentra un sabor insípido, puede quitársele ese sabor al agua pasándola de una jarra a otra, vertiéndola a la mayor distancia que se pueda, durante algunos minutos.

⁂ Para quitar las manchas de vino tinto de los manteles, cúbrase la mancha con sal fina, abundante, en cuanto se produzca y lávese luego, — lo más pronto posible, — con agua bien caliente.

⁂ Se limpia bien un tubo de lámpara sosteniéndole un momento sobre el vapor de agua que esté hirviendo y secándolo luego con un trapo limpio, o mejor aún, con papel suave.

Cuando Alguien Encuentra Una Cura Generalmente Esta Dispuesto A Contarselo Al Vecino

La buena voluntad de un vecino narrar á otro vecino os buenos resultados obtenidos con la Peruna, explica la popularidad de esta medicina mejor que todos los anuncios que se publiquen.

El temor á la publicidad indudablemente evita que la mayor parte de esta gente escriba un testimonio para ser publicado en un periódico Pero á pesar de eso, continuamente estamos recibiendo testimonios.

BRONQUITIS—La Srta. Consuelo Varela de Jesús María No. 17, Camaguey, Cuba, dice "Habiendo usado Peruna y Manalin en casos de bronquitis asmática y gripe con magnificos resultados, toda nuestra familia se ha hecho propagandista de la Peruna."

RESFRIADOS—El jóven Sr. Cárlos Boneta de San Juan, Puerto Rico, dice: "Cogí un constipado y se me fué al pecho. Tosía. No podía dormir. Me creían tuberculoso. Gracias á la Peruna hoy me siento bien."

CATARRO—El Sr. Sotero Gutiérrez de San Pedro las Colonias, Coahuila, México, nos dice que por muchos años padeció de catarro de los oidos y ojos y que con solo ocho frascos de Peruna logró curarse."

BUEN TONICO—La Sra. Wm. McRoberts de Brown Valley, Minnesota: "Tomada en la primavera Peruna fortalece el sistema, hace de tónico. Considero la Peruna la mejor medicina."

Quien les habló de la Peruna?

Simplemente porqué un vecino siempre está dispuesto a contarle á otro cuando encuentra un buen remedio. Conversaciones vecinales de pacientes agradecidos, han hecho más por la Peruna que todos los anuncios.

The Peruna Co., Columbus, Ohio.

Se vende en las farmacias

Unicos importadores: DONNELL y PALMER

562 - MORENO - 572

SEXTON BLAKE EN BUSCA DEL PLESIOSAURIO

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

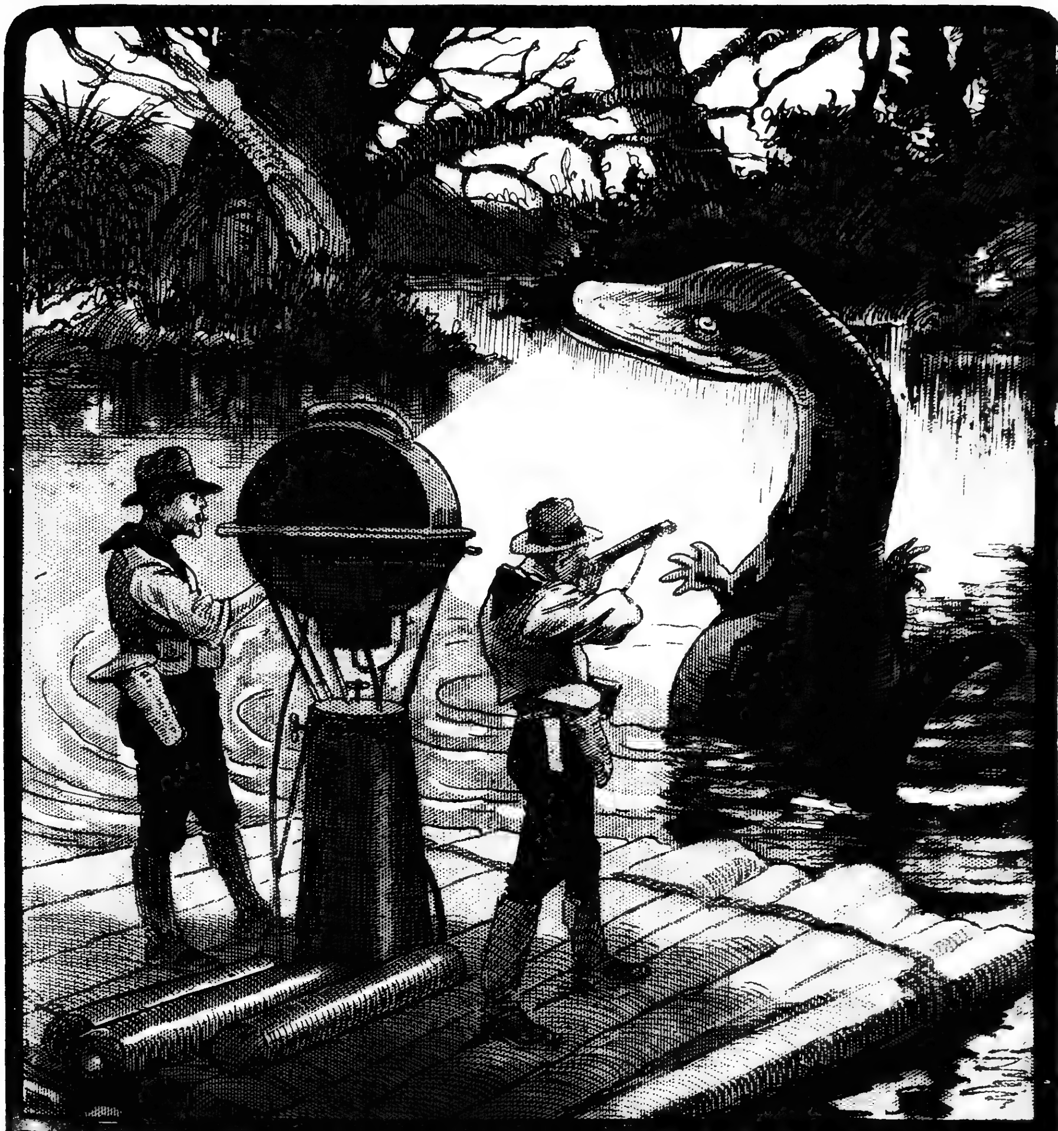
PUCKY

1ª Quincena de Noviembre 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO II. PUBLICACION QUINCENAL No. 21.

TE
GO



LEA EN ESTE NUMERO:

Sexton Blake en Sud América

Cuádruple gestión del gran detective en la Patagonia

Un relato electrizante de variadas y peligrosas aventuras en el que figuran el famoso investigador londinense, su ayudante Tinker y otros, en busca del plesiosaurio rijo, por el Sud Argentino.

SEXTON BLAKE EN BUSCA DEL PLESIOSAURIO

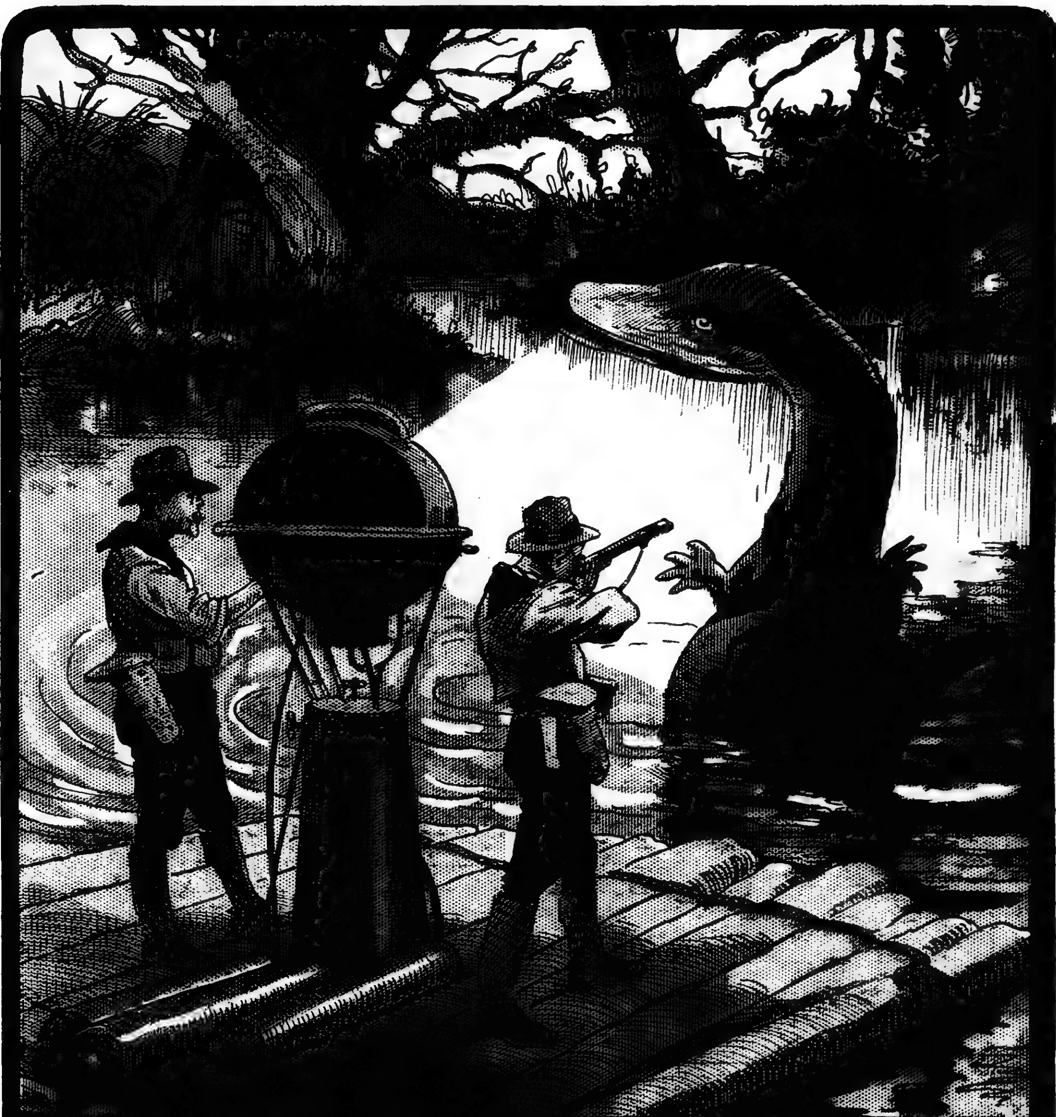
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

1ª Quincena de
Noviembre 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO II. PUBLICACION QUINCENAL No. 21.



LEA EN ESTE NUMERO:

Sexton Blake en Sud América

Cuádruple gestión del gran detective en la Patagonia

Un relato electrizante de variadas y peligrosas aventuras en el que figuran el famoso investigador londinense, su ayudante Tinker y otros, en busca del plesiosaurio rijo, por el Sud Argentino.


Sumario



Salió, desapareciendo en compañía del chino; y en cuanto los vi marchar me volví hacia la señora Woolton, la hostelera, lleno a la vez de asombro y de curiosidad. Ella movió la cabeza y lanzó un suspiro. "¡Todos los días y todas las noches lo mismo! — exclamó. — ¡Temo mucho que le vaya a costar la vida!" ("Ala de Vampiro", Capítulo VI.)

LA EXPEDICION EN BUSCA DEL PLESIOSAURIO



EL RELATO INTERESANTE DE UNA CUADRUPLE MISION

Un crimen misterioso; buscando la guarida de los traficantes de cocaína en los Andes; la investigación sobre el paradero de una joven raptada y la expedición en busca de un monstruo antediluviano, con la intervención de Sexton Blake y Tínker, de sir Richard Losely y del alegre negro Lobangu.

CAPITULO PRIMERO

El curioso visitante. — La "chuspa" con adornos de oro. — Entrevista de Sexton Blake con el doctor Jolly. — El misterioso crimen de Taunton Street. — Un documento cifrado. — Los explotadores de la cocaína. — La combinación internacional.



SEXTON BLAKE se hallaba ocupado encendiendo su vieja pipa favorita cuando sonó con insistencia la campanilla de la puerta de calle. A continuación retumbaron tres aldabonazos tan fuertes, que Pedro, el sabueso, levantó la cabeza, alarmado, y miró a su patrón.

—¡No pasa nada grave, amigo mío! — díjole el detective dándole unas palmadas en la cabeza. — Siga durmiendo, debe haber sido Dempsey, o alguno de esos otros de peso pesado, que ha tomado la puerta de calle por "sparring partner" para hacer ejercicio.

Se oyó otro ruidoso golpear y pocos minutos después se presentó la señora Bardell, el ama de llaves, con una tarjeta en la mano.

En cuanto vió la expresión del rostro de la anciana, Blake comprendió que el visitante debía salirse de lo general para que el ama de llaves se mostrara tan impresionada.

El detective tomó la tarjeta y leyó lo que decía en ella.

James Jolly, miembro de la Real Sociedad Geográfica, de la Real Sociedad de Zoología, de la Academia de Medicina, etc.; 85 George Street, Mayfair W. Londres."

—¡Cuántos títulos! — exclamó Sexton Blake sonriendo. — Está bien, — agregó,— hágale usted pasar, señora Bardell.

Un minuto o menos, después, el doctor James Jolly estaba en la habitación. En cuanto le vió, Blake adivinó la causa de la expresión del rostro de la señora Bardell.

Era, realmente, un curioso tipo de hombre el que había entrado. Su aspecto era algo así como un término medio entre un

orangután vestido elegantemente y un gigantesco osito de esos con que juegan los chicos.

Muy alto, — de más de seis pies y tres pulgadas, — con hombros como los de un gigante; con el rostro fresco y risueño, medio oculto por una abundante barba roja y con unos ojos chispeantes y joviales, era su aspecto el de un muchacho grande que acabara de hacer alguna picardía y estuviera esperando el resultado.

Blake, mentalmente, le dió el apodo de Barbarroja y desde ese momento fué, para él, Barbarroja y nada más.

Un solo paso, largo y decidido, le fué suficiente para cruzar la salita y llegar hasta donde estaba el detective, envuelto en su robe-de-chambre y fumando su vieja pipa, y tenderle cordialmente una mano ancha y fuerte.

—¡Hola! — exclamó. — ¡Así que es usted el señor Sexton Blake, ese de quien tanto hablan los diarios a veces! ¡Me alegro mucho de conocerle personalmente!

Blake fingió no ver la mano que le tendía su visitante y, sin levantarse de su butaca, observó a su visitante durante uno o dos instantes.

Después habló.

—¡Déjese de formalidades, doctor! — dijo secamente. — ¡Llámeme Blake y nada más! Y vamos a ver ¿qué puedo hacer en su favor?

—Como usted quiera. Le he dicho señor Blake porque usted es una personalidad y lo merece. Pero si no le gusta, le llamaré como quiera; lo mismo "su majestad" que "muchacho"... ¡Lo que quiera!

Blake sonrió, mirando a su extraordinario visitante.

Le estrechó la mano con tranquila dignidad.

—Tome usted un cigarro, — dijo. — Allí hay whisky. Sírvase un vaso, siéntese y dígame lo que quiere.

Jolly era de esos hombres que lo mismo se sentía en su casa almorzando junto a un ventisquero que pasando huevos por agua al calor de un volcán, así que un momento después estaba instalado en una butaca y entre una y otra bocanada de humo del cigarro, enteraba al detective del objeto de su visita.

—El cuento es un poco largo y un poco enredado, — comenzó diciendo con el aire del que pide disculpa.

—¡Adelante! — replicó Blake. — Cuanto más enredado más me interesará, hasta cierto punto, naturalmente.

—¡Pues ahí va! En primer lugar he venido a verle porque me dijo que viniera el detective-inspector Lennard que se halla ansioso de usted le preste ayuda en un caso bastante misterioso.

—Lennard es un viejo amigo mío; siempre me encontrará dispuesto a servirle, si me necesita, — dijo Blake.

—Así me parecía, — opinó el doctor Jolly. — Pues bien, esta mañana muy temprano, tuvo que ir a investigar lo relacionado con un crimen cometido en Taunton Street, en Mayfair. El nombre de la víctima es Hammerstein.

Blake inclinó la cabeza afirmativamente.

—He oído hablar de eso, — dijo. — Fritz Hammerstein, un comerciante alemán, muy rico, cuya esposa es famosa por su colección de diamantes y de perlas.

—Sí; pero el crimen no tuvo el robo por motivo. Aparentemente no falta de allí nada en absoluto. El cuerpo fué hallado tendido en el escritorio y la muerte fué causada por estrangulación mediante una cuerda que le oprimió el cuello. Claro está que las mismas señales se hubieran visto si se hubiese ahorcado él mismo, pero en caso de ser así alguien hubiera tenido que descolgar al muerto y llevarse la soga con que se estranguló.

Blake volvió a afirmar, con un movimiento de cabeza.

—¿Ha visto usted el cuerpo, doctor? — preguntó.

—Sí; vengo directamente de Taunton Street. Pero no estuve allí para averiguar nada del crimen. Debo manifestar a usted que no ejerzo la medicina. Mi especialidad son las investigaciones científicas y, en los últimos años he estudiado a fondo los efectos de la cocaína.

"Desde hace algún tiempo, a pesar de la gran fortuna de Hammerstein y de su situación como comerciante de gran importancia en la City, las autoridades han sospechado que se hallaba, de algún modo, en relación con una gavilla internacional de vendedores de cocaína, a pesar de que nunca fué posible encontrar pruebas contra él.

"En verdad ha estado meses y meses bajo la más estricta vigilancia de la gente de Scotland Yard. El inspector Lennard me pidió que fuera para ayudarle a examinar algunos paquetes de sospechoso polvo blanco que fueron hallados en un cajón de su mesa escritorio.

—No eran de cocaína.

—No, — contestó el doctor. — ¿Cómo lo sabía usted?

—Lo suponía, por una razón,—dijo Blake, — porque un hombre tan astuto como Hammerstein no es capaz de tener una sustancia acusadora, como la cocaína, en un sitio como el escritorio, donde cualquiera podía hallarla. Además, conozco algunos detalles sobre las operaciones de la gavilla de los vendedores de cocaína.

"Tienen agentes y espías en todos los países del mundo. Puede estar usted seguro de que sabía que le vigilaban y que había tomado precauciones en consecuencia, especialmente porque ya se sabe que la oficina central de la gavilla está en Alemania y las relaciones comerciales que tenía con ese país, así como su nacionalidad, podían hacer sospechoso a Hammerstein.

—No quisiera molestarle a usted con mis asuntos particulares, señor Blake...

—¡Blake y nada más! ¡No se le olvide! —corrigió el famoso investigador, sonriendo.

—Bueno, pues como iba diciendo, — prosiguió el joven corpulento médico de la roja y abundante barba,—y hablaré de mis asuntos personales. Me ha interesado tanto ese

asunto de la cocaína que me proponía realizar un estudio de todo el tema, empezando por el estudio de la planta que la produce en el suelo de donde es originaria. Hasta el presente, como usted comprenderá, he tenido que limitarme al estudio de la sustancia manufacturada y a las investigaciones de laboratorio.

"Como usted lo sabe perfectamente, la cocaína que se consume es una sal que se saca de las hojas de la planta de la coca que crece en varios países. Sin embargo he logrado averiguar que existe un paraje donde esa planta crece en abundancia y que ese paraje se halla en Sud América, especialmente en una región del lado Oeste de la Cordillera de los Andes.

"Esta misma mañana, antes de que Lennard me hablara por teléfono, yo había decidido hacer un viaje a la Patagonia para explorar aquellas tierras con ese propósito, cuando recibí esta carta. ¿Es curioso el caso, ¿no?

El doctor sacó del bolsillo una carta y se la dió a Blake.

—¿Puedo pedirle que me haga el favor de servirse un poco más de whisky Y veo que se le ha apagado el cigarro, — dijo el detective disopniéndose a leer la carta, que decía así:

Sociedad de las Sociedades
Zoológicas, Afiliadas
de Europa.
Instituto de la Universidad. Londres.

Doctor James Jolly; de la Real Sociedad Geográfica, la Real Sociedad de Zoología, la Academia de Medicina, etc.

Distinguido señor:

Probablemente se habrá enterado usted ya de que una expedición debe dirigirse desde Buenos Aires al Chubut para pasar a la Patagonia y procurar la captura de un Plesiosaurio Rojo, animal que se supone extinguido por completo y al que afirma haber visto hace un poco un inglés que recorría una zona pantanosa de esa región.

Esta sociedad comprende que si efectivamente existe, viviente, un ejemplar de tan gigantesco reptil, conviene a los intereses de la ciencia apoderarse de él.

Se ha resuelto equipar una expedición para conseguir ese propósito. Y, conociendo sus relevantes condiciones de zoólogo y su experiencia como viajero estudioso, esta sociedad quiere ofrecerle a usted la dirección de esa expedición, si es que usted se siente inclinado a aceptarla.

Ruego a usted me haga conocer su manera de pensar lo antes posible, pues se trata de algo urgentísimo. De Vd. A. y S. S.

Archibald Geiki, secretario.

—He aquí en acción "el largo brazo de la coincidencia", que, como se dice, llega a todas partes, — manifestó Blake cuando hubo leído la carta y devolviéndola al doctor Jolly.

—Eso significa también aquello de "matar dos pájaros de un tiro", — observó Jolly.

—¿Pájaros? — dijo Blake. — Me han dicho que el señor Geiki, el secretario de la Sociedades de Sociedades Zoológicas tiene algo de pájaro en su aspecto, pero no sé a qué familia de pájaros pertenece la planta de la coca.

—¡Ríase, Blake! Pero recuerde que usted fué con su expedición a Rusia, nada menos que convencido de que iba a encontrar un mamut esperándole vivo, desde antes del diluvio, en la península de Taimyr, en la Rusia Asiática. Yo espero que mi expedición resulte, por lo menos, igualmente interesante.

—¿Su expedición? Se propone ir, entonces.

—¡Vaya! — exclamó el doctor. — Así que si me ve usted dentro de unos días, cuando la tarde sea hermosa, en Regent Street, acompañado de un animalito medio lagarto y medio pájaro, de cuero colorado y pico largo, y de lo menos diez varas de longitud, no tendrá que sorprenderse ¿eh?

"Lo que estaba pensando, seriamente, era que a usted le gustaría acompañarme. Su ayuda puede sernos muy útil y me dejaría a mi enteramente libre para ocuparme de mis observaciones científicas. En realidad, me sería muy agradable que usted admitiera la jefatura de la expedición.

Sexton Blake se quitó la pipa de la boca y se levantó.

El doctor pudo darse cuenta, por el brillo que le vió en los ojos, que el detective se sentía intensamente interesado en el atrayente proyecto.

De pronto el repicar de la campanilla del teléfono les interrumpió la conversación.

—Ese es Lennard, — dijo Blake. — Siempre está de prisa. — Se acercó al aparato telefónico y descolgó el auricular. — ¡Sí! ¡Sí! ¡Soy yo! ¿Qué hay? ¡Ah! ¿Usted, Lennard? Le habla Blake. Me ha enviado usted un visitante tan agradable e interesante como el doctor Jolly, que no debe extrañarle mi retardo. Estaré ahí antes de media hora. ¡Bien!

Colgó el auricular y se volvió hacia el visitante, que le miraba interrogante.

El lector encontrará sin duda, al leer esta novela policial cuya acción se desarrolla en lugares más conocidos para los lectores de "Pucky" que para los escritores ingleses, por lo visto, algunas inexactitudes y, sobre todo, la de afirmar que la planta de la coca se produce en la región sud de los Andes cuando es originaria del Perú, es decir, de zona tórrida y no de país frío. El traductor no ha querido corregir esos errores porque en verdad no atenúan de ningún modo el atractivo de esta producción fantástica que tiene, en cambio, el mérito de ser interesante desde la primera hasta la última línea y de abundar en momentos de intensa emoción.

—¡Pobre Lennard! Dijo que hace más de una hora que me espera en Taunton Street. Es necesario que vaya en seguida. ¿Quiere usted venir? Su ayuda puede sernos muy útil.

—¡Con mucho gusto! — replicó el doctor.

El detective dió tres breves toques al botón de un timbre eléctrico y un momento después Tinker, el insustituible, se presentó. Había sido interrumpido, sin duda, en mitad de uno de sus momentos de estudios científicos en el laboratorio de Blake.

—Este es mi joven ayudante, doctor Jolly. Si alguien viene, Tinker, dígale que estoy ocupado en un asunto importante y que el momento de mi regreso es problemático. ¡Ah! Ya que usted, entre sus aficiones, tiene la de estudiar la geografía de los países lejanos, aproveche el momento para recordar y revisar todo lo que conozca sobre la Patagonia y ponga a un lado los libros para que yo los revise esta noche.

Al oír esta observación, el doctor parpadeó más nerviosamente que nunca y con más alegría que las veces anteriores.

Cinco minutos después un automóvil de alquiler les llevaba hacia Taunton Street, situada en el distrito de Mayfair, una de esas vías limpias y aireadas que hay en el corazón de Londres y que son a la vez residencia de aristócratas y de nuevos ricos.

La casa número 85 no se diferenciaba mucho de las demás de la calle. Tenía el mismo frente pintado de color de piedra, los mismos balcones con plantas de geranios en flor, que con sus vivos colores parecían burlarse de la tragedia que se desarrollaba en el interior de la casa, y el mismo aire de limpieza y de dignidad estirada e impasible de todo el barrio.

La pesada puerta de caoba, con sus adornos tallados fué abierta por un alto e impasible lacayo que les acompañó hasta la biblioteca, donde les esperaba el detective inspector Lennard.

—Tengo muchísimo gusto en verle, señor Blake, — dijo adelantando la mano que el gran investigador estrechó calurosamente. — Supongo que el doctor Jolly le habrá dicho algo sobre el caso, pero presenta algunos aspectos que son curiosamente excepcionales, así que sentía ansiedad por saber su opinión al respecto.

"Lo más curioso de todo es que, mientras la opinión de los médicos indica que la muerte debió producirse entre nueve y diez de esta mañana, Fritz Hammerstein salió de su casa, según dicen los sirvientes, a las doce en punto.

"El crimen no fué descubierto hasta las dos de la tarde, cuando llegó un telegrama para el señor Hammerstein y su ayuda de cámara, suponiendo que podía haber regresado sin que le vieran, acudió al despacho, para entregarlo y se encontró con que la puerta estaba cerrada.

"En vista de eso salió al jardín y subiendo a la terraza, miró por los vidrios de una de las puertas que dan a ella. Vió que su patrón estaba echado en el suelo, encogido. Cuando forzaron la puerta y entraron encontráronse con que el señor Hammerstein estaba muerto.

"Fué entonces cuando llamaron por teléfono a Scotland Yard, dando cuenta de lo sucedido, y cuando acudí yo.

"Pero tal vez sea mejor que venga usted al despacho y vea el cuerpo que, después del examen médico he colocado de nuevo en la misma postura en que fué hallado.

"No realicé la acostumbrada revisación de los bolsillos de la ropa del muerto, pues en cuanto oí decir al sirviente que había visto a su patrón a las doce, decidí no hacer ninguna diligencia más hasta que usted llegara.

"Si quieren tener ustedes la bondad, señores, pasaremos al despacho, — agregó el de Scotland Yard. — ¿Vamos?

—Un instante, Lennard, — interpúsose Blake. — ¿Tiene usted el telegrama que llegó y fué motivo de la visita del criado al escritorio de su patrón?

El inspector sacó del bolsillo una abultada cartera y de ella una hoja de papel azulado que dió a Blake.

El telegrama no contenía más que una sola palabra: "¡Vengado!"

Blake examinó con atención el despacho leyéndolo una y otra vez.

—Ese ayuda de cámara será tal vez un excelente criado, pero resultaría, llegado el caso, un malísimo detective. Este telegrama no era para el dueño de casa; está dirigido a Fritz Hammerstein, hijo, es decir, al hijo de la víctima.

"Veo que fué expedido de la oficina de Correos y telégrafos de Regent Street a la una de la tarde, es decir una hora, más o menos, después de aquella en que se supone que Hammerstein salió de esta casa, — agregó pensativo.

—Yo no examiné detenidamente el despacho, — dijo Lenard. — Como le manifesté, me pareció mejor que conversáramos los dos antes de comenzar las investigaciones detalladas.

—Bien; veamos entonces, qué es lo que podemos encontrar en el despacho, — manifestó Blake.

El inspector les hizo cruzar el hall, dirigiéndose a los fondos de la casa hasta un sitio en el cual, junto a una puerta, hundida en una anchísima pared, estaba vigilando un policeman vestido de particular. El que vigilaba abrió la puerta y los tres hombres entraron lentamente en el despacho.

Era una habitación espaciosa, con revestimiento de madera artísticamente tallada, con unas hermosas y altas puertas de vidrios que daban a la terraza que dominaba el jardín desde poca altura. El jardín no era muy ancho y del otro lado de él se veía la alta tapia que lo separaba de la región cubierta de césped, correspondiente a las casas de la siguiente calle.

En mitad del despacho había una hermosa mesa escritorio de madera de caoba y en ella había gran cantidad de papeles de todas clases. Las paredes se hallaban casi cubiertas de lujosas estanterías con libros encuadernados.

De todo lo que allí había se dió cuenta, Sexton Blake con una sola y rápida mirada en redor.

Una butaca, ancha y mullida, para sentarse ante el escritorio estaba tirada de costado en el suelo y sobre la gruesa alfombra, delante de la mesa, estaba el cuerpo de Fritz Hammerstein.

Estaba arrodillado, con sus anchos hombros sostenidos por las manos extendidas hacia adelante. El rostro estaba sobre la gruesa alfombra. Se comprendía que había caído de la silla en que estaba sentado avanzando al mismo tiempo los brazos y por eso había quedado en tan extraña posición.

Fuera de aquello no se notaban, en la habitación, señales de pelea de ninguna clase. Todo estaba en orden.

Evidentemente había sido estrangulado por medio de alguna soga delgada que le había ceñido por completo el cuello, apretando con fuerza brutal.

Tanto el cuello como la corbata, habían sido arrancados violentamente y se hallaban en el suelo, junto al escritorio. El cuello de la camisa estaba desgarrado, como abierto de un tirón violento y dejaba ver, en el cutis del cuello, unas líneas lívidas y profundas.

Un cuidadoso examen había demostrado que no presentaba señales de impresiones digitales. En cambio, debajo de cada una de las orejas se veía una señal oscura y redonda, del tamaño de una moneda de una libra esterlina que cubría, y donde estaba borraba por completo, la línea circular.

Sexton Blake sacó del bolsillo un poderoso vidrio de aumento y examinó con mucho detenimiento las líneas del cuello, que se cruzaban y volvían a cruzar sobre sí mismas igual que las líneas de un ferrocarril en un importante empalme.

Después miró al inspector Lennard, levantando la cabeza.

—Lo que se nota claramente es que la soga que produjo la estrangulación, — dijo Blake, — no fué colocada en torno del cuello por manos humanas, del modo conocido y vulgar. Además, la soga empleada por el criminal, no era de fabricación europea.

"No hay soga ni cordón, de los que se fabrican en Europa, que pueda dejar una señal como estas. Proceda de donde proceda, era una soga hecha por negros o por hombres de color; por blancos, no.

—Tenemos que ver si damos con algún rastro de la persona que lo mató, — dijo Lennard.

El detective fué a la puerta, llamó a su subordinado y entre los dos volvieron el cuerpo boca arriba, de modo que se le viera el rostro.

Los ojos, azules, estaban enteramente abiertos y miraban fijamente.

Se notaba una expresión tal de terror en ellos, que los cuatro hombres allí presentes, a pesar de su costumbre de ver cosas terroríficas, se estremecieron.

—¡Se conoce que se asustó intensamente en el momento en que fué atacado!—murmuró Blake.

El cuerpo era el de un hombre grande y atlético, de facciones y aspecto que indicaban en seguida que se trataba de un alemán, pero que era también, de una coloración que indicaba la existencia de una mezcla de dos razas distintas.

El doctor Jolly adivinó lo que estaba pensando Blake en aquel momento.

—No es mulato, — observó. — Probablemente tiene mezcla de hindú y de algo más. ¡Qué mezcolanza! ¡Teutón-semítico-hindú!

Lennard examinó detenida y cuidadosamente los bolsillos del difunto entregando a Blake, para que los examinara, los objetos que encontraba, a medida que los iba encontrando.

Había varias cartas, pero no tenían, al parecer, importancia ninguna. Después sacó una cartera de la que Blake extrajo un retrato.

Era, al parecer, un retrato del muerto y Blake lo examinó con interés excepcional.

En el reverso, con letras grandes estaba escrita esta sola palabra: "¡Vengado!"

—Me gustaría hablar con el ayuda de cámara, — dijo Blake al inspector.

Lennard envió a buscar al sirviente.

Sexton Blake le mostró el retrato hallado en la cartera del muerto.

—¿Es este un retrato de su difunto patrón? — le preguntó.

—Sí, señor, — contestó el criado después de mirar un instante la fotografía.

—¿Y es esta su caligrafía? — inquirió Sexton Blake volviendo la tarjeta del otro lado.

—No, señor. No es ni parecida a la letra del patrón. El patrón hacía siempre letra pequeña. — Avanzó hacia la mesa y tomó una hoja de papel, que era una carta sin terminar, y se la mostró a Blake. — Esta es la caligrafía del señor Hammerstein. — dijo.

—Su difunto patrón tiene un hijo, ¿no es así? — dijo el detective.

—Sí, señor, — el señor Eric. Está estudiando en la Universidad de Oxford. Le esperamos esta tarde.

—¿No se fijó usted en que el telegrama dirigido al señor Hammerstein decía "hijo" después del nombre?

—En el sobre no decía más que Hammerstein, señor.

—Muy bien, — dijo Blake. — No necesito preguntarle nada más por ahora. Muchas gracias.

—Estoy a sus órdenes, señor, — dijo el ayuda de cámara.

Cuando el sirviente se hubo retirado, Blake se volvió hacia el inspector.

—Me gustaría llevarme esa fotografía y una del muerto, Lennard. Creo que, en efecto, puedo serle útil en algo.

—Muy bien. Hablaré por teléfono ahora mismo para que venga el fotógrafo. Si la luz natural no es suficiente hare sacar la fotografía con luz de magnesio.

Blake continuó examinando el contenido de la cartera. En uno de los compartimientos encontró un pedazo de papel cuidadosamente

doblado. Lo desplegó y estudió su contenido no una sino varias veces.

Lo que decía aquel papel era lo siguiente:

Vengado. Se le
1923264/48/23/
avisa. Le queda una
21378/31/71748/193
Sola ocasión
4324/4835673/= XX
W= P66φ4
= H

—Me parece que este documento cifrado tiene algo que ver con el caso, — dijo, entregando a Lennard. Después sacó su libreta y lo copió con toda prolijidad.

Vació la cartera pero, al parecer, no contenía nada más de importancia.

Mientras tanto Lennard seguía registrando la ropa.

—Al parecer no hay aquí nada más — observó mientras pasaba la mano por la ropa en busca de algún bolsillo secreto. De improviso se detuvo y lanzó una exclamación de asombro.

Blake se inclinó hacia el inspector.

—¡Hola! ¿Qué es esto? — dijo Lennard.

Dentro de uno de los bolsillos del saco de Hammerstein, al fondo, había hallado un pequeño y oculto bolsillo.

Metió la mano en él y sacó un objeto de aspecto extraño que podía ser una tabaquera procedente de algún país exótico.

Estaba hecho de cuero, muy buen trabajado, con los bordes revestidos de un adorno de filigrana de oro batido. En una esquina tenía un monograma hecho de las letras W. H. también de oro. El inspector se lo dió a Sexton Blake que lo examinó con gran interés.

—¡Dios mio! — exclamó. — ¡Es una "chuspa"!

Abrió aquella bolsita de cuero y sacó de ella unas cuantas hojas color verde claro. Las puso en la mesa, introdujo los dedos en una segunda división que tenía la bolsa y sacó un poco de un polvo grueso y grisáceo.

—¿Sospechaba usted que Hammerstein tuviera que ver algo, estuviera interesado en los negocios de la cocaina, Lennard? ¿No es cierto?

El de Scotland Yard inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Pues si era así, tenía usted razón; al menos en lo que a la afición personal a la droga se refería. Tal vez le interese saber que una chuspa es una bolsita que usan los indios sudamericanos para llevar su provisión de hojas de coca y de una sustancia calcarea con la que la mascan, varias veces al día. La coca es la planta de la que se saca la cocaina, como el doctor Jolly puede explicarle.

"Esas hojas que están en la mesa son hojas de la planta de coca y ese polvo la sustancia con que los indios la mascan. ¿Comprende usted?

Nada podía proyectar más clara luz sobre el crimen que se investigaba. Jolly y Blake se dispusieron a retirarse.

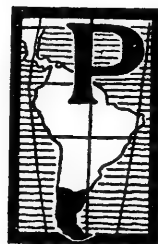
—Creo que empiezo a ver con alguna claridad, — dijo el detective. — Cuando haya estudiado un poco el asunto le hablaré por teléfono y conversaremos los dos sobre el caso. Por ahora, con su permiso, voy a llevarme la chuspa.

Los dos hombres salieron juntos de la casa y fueron juntos y en silencio, hasta que llegaron a donde una fila de automóviles de alquiler esperaba pasajero. Blake estrechó la mano del doctor Jolly y se metió en un automóvil.

—¡Baker Street! — dijo, cerrando la portezuela. Y agregó, dirigiéndose al doctor:— Voy a Patagonia. Venga a verme mañana de mañana y combinaremos los detalles. Le espero a las once.

CAPITULO SEGUNDO

El misterio de W. H. — El plesiosaurio rojo. — Los preparativos para la expedición a la Patagonia. — El misterio de un retrato. — Una información inexacta. — La invitación al negro Lobangu.



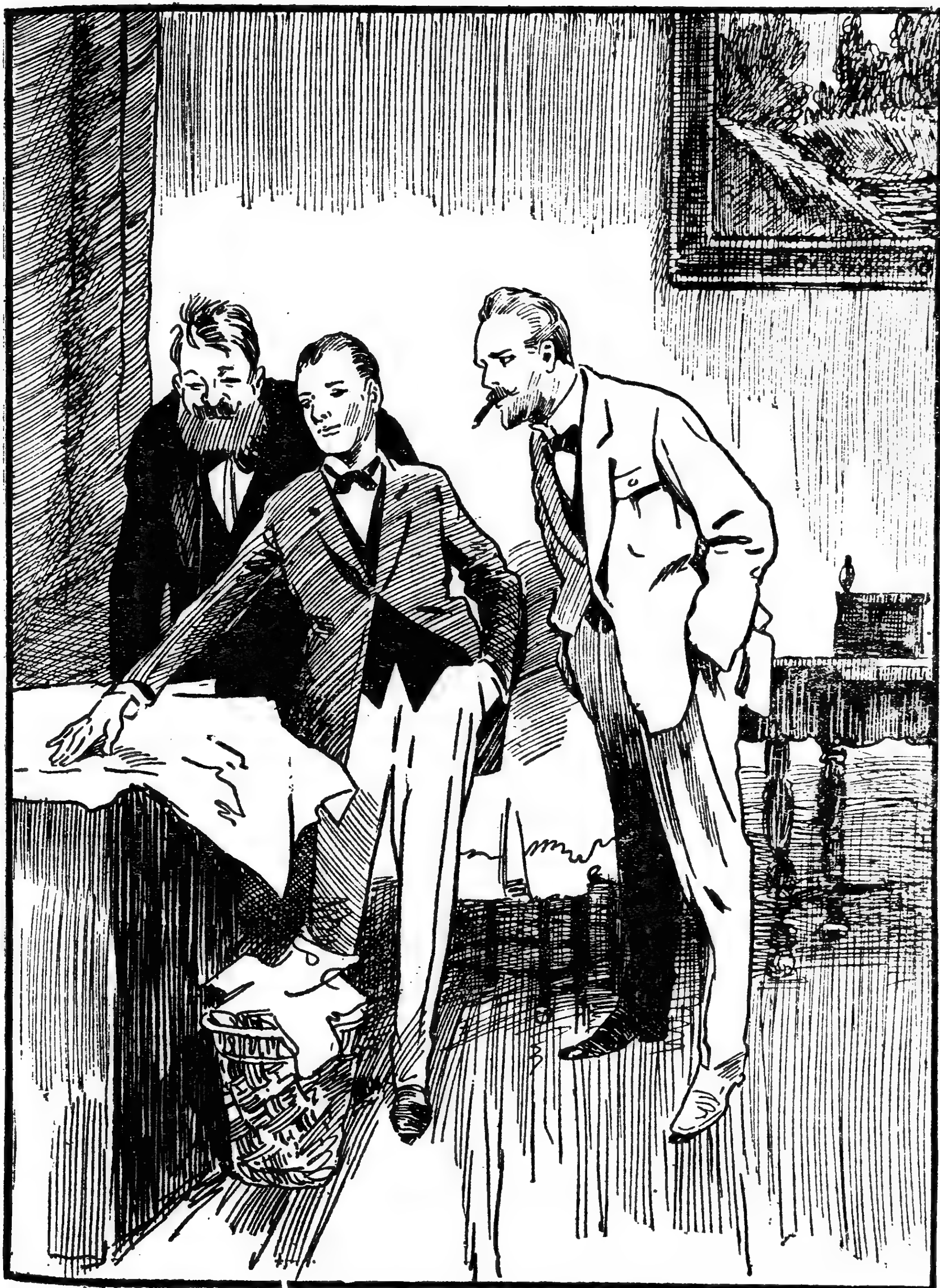
ARECE que el caso va a resultar más interesante todavía. Va a ser como matar tres, no dos pájaros, de un tiro, — murmuraba Sexton Blake mientras iba en el automóvil en dirección de Baker Street. — ¡Y que hablen ahora de las coincidencias! ¡Esto si que parece obra de la Providencia! Por un motivo y por otro, vamos a tener bastante trabajo.

Cuando llegó a sus habitaciones se puso en seguida en actividad. Encontró a Tinker rodeado de mapas desplegados y de libros abiertos.

—¿Qué tal, muchacho? ¿Cómo han ido esas investigaciones? ¿Va usted a decirme que la Patagonia es una provincia del norte de la India donde los nativos se alimentan con caviar y ranas en salsa?

—¡No, señor! — exclamó Tinker sonriendo. — Patagonia es...

—¡Poco importa eso! ¡Creo que usted lo sabe! — dijo Blake. — Vamos a ir a la Pa-



Blake puso la yema del dedo indice en el mapa de Sud América, indicando la ciudad de Valparaíso, república de Chile. "Propongo, dijo, que vayamos embarcados hasta Valparaíso". Después indicó con el dedo, siguiendo la costa, una localidad llamada Puerto Montt, situada en tierra firme, al norte de la isla de Chiloé, que también está al norte del archipiélago de los Chonos. ("Sexton Blake en Sud América", Capítulo Segundo.)

tagonia así que prepare el equipaje. Pero antes hable por teléfono con mi amigo Spots. Deseo hablarle; no hay razón para que no me acompañe en esta ocasión.

Pocos momentos después Blake se acercaba al aparato telefónico.

—¿Hablo con sir Richard Losely? Bien. Voy a partir para la Patagonia. ¡No! ¡Esta tarde no! ¡No tanta prisa! Voy en busca de un sobreviviente como el mamut que encontramos en la península de Taimyr.

"Esta vez se trata de un monstruo reptil y acuático, de pelo rojo y escamas gruesas, que chapalea en los pantanos... una especie de mezcla de pájaro, aeroplano, lagarto, cocodrilo y tortuga.

"Contesta al nombre de Plesiosaurio Rojo.

"Además voy en busca de otras cosas de las que ya hablaremos. ¿Quiere usted venir conmigo? ¡Bueno! Venga a verme mañana a las once de la mañana y conversaremos. Vendrá con nosotros un médico, el doctor Jolly. Tinker nos acompañará también.

Colgó Sexton Blake el auricular y se volvió hacia su joven ayudante.

—El único que falta ahora es nuestro viejo amigo el negro Lobangu; para completar la familia feliz, — observó el detective, separándose del aparato. — Cuando el consejo de guerra haya dictado ya nuestros planes, le telegrafiaré para que se una a nosotros.

El doctor Jolly fué el primero en llegar, la mañana siguiente. A las once menos cuarto se presentó en un estado de chispeante exhuberancia.

—¡Ya está! ¡Ya está! — vociferó en un estallido de ruidoso entusiasmo.

—¿De veras? — preguntó Blake con el acento del fingido entusiasmo. — ¿Usted pretende con eso que ha encontrado ya?...

—¿Encontrado qué? — inquirió el intrigado médico.

—¡Qué ha de ser! ¡El plesiosaurio rojo! —replicó Blake. — Al oirle supuse que se lo había encontrado en el tranvía subterráneo o por ahí.

—¡No venga usted con bromas! — dijo Jolly. — Lo que quería decir es que he visto al secretario de la sociedad y que están todos muy de acuerdo en que sea usted el que dirija la expedición, siempre que yo le acompañe en calidad de zoólogo. Estoy contentísimo, pero deseo saber una cosa, Blake, ¿por qué se decidió usted tan rápidamente a ir a un viaje tan largo y molesto?

—Me decidí porque tengo otro pájaro que matar, — dijo Blake. — Con ese son tres de un solo tiro.

—¿Tiene eso algo que ver con el caso del señor Hammerstein? — preguntó el doctor Jolly.

—Tiene algo que ver con el caso del señor Hammerstein, — contestó Blake. — Ya se enterará usted de todo más adelante.

Pocos intantes después llamaban enérgicamente a la puerta por medio de la campanilla y del aldabón, a la vez.

—¡Ahí está Losely! — dijo Blake, convencido de que no se equivocaba. Unos segundos después, su amigo entraba en la salita. — ¡Este es el doctor Jolly, médico, zoólogo y algunas cosas más, especialista en plesiosaurios, amigo Spots. Va en calidad de zoólogo. — Se volvió hacia Jolly y agregó: —Doctor, le presento a sir Richard Losely, distinguido cazador, el hombre que mató al mamut. Amistosamente le llamamos Spots.

Los dos corpulentos visitantes se miraron cara a cara, con evidente simpatía y luego se estrecharon la mano con toda la mayor cordialidad.

—Yo había dado, mentalmente, el apodo de Barbarroja al doctor, — dijo Blake, — y le llamaré así, si él no se opone. Los que estén por la afirmativa, que levanten la mano.

Tres manos se alzaron en seguida y una de ellas era la del doctor.

—¡Aprobado! — anunció Blake.

Y desde ese momento, el doctor Jolly quedó bautizado con el nombre de Barbarroja.

—Ahora, Barbarroja, tenga usted la bondad de exponer su programa ante Spots; y usted, Tinker, extienda el mapa grande de Sud América en esa mesa de allá.

—El pobre plesiosaurio no sabe la que se le está preparando, — dijo el joven mientras cumplía la orden de su jefe.

—Creo, doctor, — observó sir Richard, — que si usted no tiene inconveniente, como Blake ha de ser el que dirija la expedición, es a él a quien corresponde indicarnos qué es lo que se propone, especialmente, — y miró hacia los mapas y los planos, — teniendo en cuenta que ya ha estudiado relativamente el asunto.

Blake cruzó la sala y se acercó a la mesa en que estaba extendido un mapa grande de Sud América.

Los otros le imitaron.

Puso la yema del índice en la ciudad de Valparaíso, república de Chile.

—Propongo, — dijo, — que vayamos embarcados hasta esta ciudad.

Después descendió el dedo siguiendo la costa hasta Puerto Montt, situado en tierra firme, al norte de la isla de Chiloé, que también está al norte del archipiélago de los Chonso.

—En uno de los vapores de la carrera de la costa podremos ir hasta Puerto Montt donde nos encontraremos con Lobangu al que he telegrafiado para que nos acompañe en nuestro viaje a través de los Andes y por la Patagonia. Jolly se encargará de obtener la autorización necesaria del gobierno de la República Argentina.

"Desde allí podremos seguir la línea de montañas que los geólogos llaman "sistema patagónico", viaje que será muy agradable para el amigo Jolly, y dirigirnos a la zona donde crece la planta de la coca y donde yo podré realizar algunas averiguaciones por mi cuenta.

"Cuando Jolly haya terminado sus estudios sobre la planta de la coca, propongo que sigamos hacia la zona de los pantanos y de los grandes lagos, en la que se hallan las fuentes del río Chubut.

"En esos pantanos es donde se asegura que existe algún ejemplar de plesiosaurio rojo, si

es posible que aun exista alguno de esos animales cuya especie se creía extinguida hace siglos.

—Pero supongo, — dijo entonces sir Losely, — que el doctor no sabe quién es el viejo Lobangu ¿eh? Me pareció que fruncía el ceño, perplejo, al oir hablar de él.

Jolly movió negativamente la cabeza.

—¡Ah! ¡Lobangu! ¡Príncipe y señor de la tribu zulú de Etbaia, nada menos! — dijo Blake con toda seriedad. — Nos ha acompañado en casi todas nuestras expediciones y nos ha ayudado a salir de más de una situación difícil; ¿no es verdad, Losely?

Sir Richard inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Será un elemento de incalculable valor en esta expedición, — prosiguió Blake. —Es uno de los mejores ojeadores, buscadores de pistas, y combatientes, que he conocido. Es un hombre que realmente no sabe qué es miedo.

"¡Es asombroso! ¡Con decir que atacó al mamut con la lanza corta que es su arma favorita! ¡Ah, Tinker! No hay que olvidarse de llevar una abundante provisión de "agua burbujeante", para nuestro amigo. ¡Un jefe zulú en la zona antártica! ¿Qué le parece, doctor?

Jolly se rió. Le parecía muy cómica la idea de ver a un negro procedente del país más cálido del mundo, a salto de mata entre rocas y témpanos de hielo.

—Aun cuando vamos a tratar con tribus relativamente civilizadas, durante nuestro viaje, opino que además del armamento de costumbre llevemos algunos cohetes con luces de artificio, de esos que al estallar, lanzan un raudal de estrellas. Además debemos llevar buenos faroles, un proyector, una instalación portátitl de telégrafo y teléfono sin hilos, un equipo cinematográfico para tomar y proyectar vistas (¡y será extraordinaria la impresión que le haga al plesiosaurio verse en la pantalla!) bombas de mano y de gas y todo lo necesario para pescar peces de todos tamaños.

"Se ha dicho, — prosiguió, — que las balas de los fusiles Remington resultan ineficaces ante la coraza córnea del plesiosaurio rojo. Ahora bien, usted que es especialista en armas de fuego, tendrá que encargarse de que vayamos provistos de alguna clase de fusil que tenga mayor fuerza de penetración. Pero no se olvide de que tenemos que pasar la cordillera de los Andes en mula así que es necesario que cuanto llevemos sea de fácil transporte y sobre todo no sea demasiado grande.

"Y... creo que nada más tengo que agregar por el momento. ¿Que les ha parecido a ustedes mi plan?

El doctor y Losely inclinaron la cabeza en señal de decidida aprobación.

—Lo que hace falta es que no pierda usted tiempo en hacer los preparativos, — dijo sir Richard. — Si usted no tiene inconveniente voy a retirarme ahora mismo para ocuparme en seguida de la cuestión armamento. ¿Cuando dispone usted que partamos?

—Partiremos en el primer vapor que salga, — dijo Blake. — ¡Ah! ¡No se olvide de incluír un par de ametralladoras! Puede ser que lleguen a sernos necesarias.

Sin hablar más, sir Richard Losely salió y Blake invitó al doctor Jolly a que se sentara en una de las anchas y mullidas butacas.

—Deseo hablar con usted un momento sobre el asunto Hammerstein, antes de que se retire, — dijo el detective, — y cuando le haya hablado, entonces se dará usted perfecta cuenta de lo que ahora no comprende y tal vez le pareció una locura.

"Como usted se halla tan interesado en los manejos de los traficantes en cocaína, es posible que le interese ayudarme a solucionar este misterio.

—Nada podrá serme más agradable, — manifestó el doctor. — La cocaína, mejor dicho, el vicio del abuso de la cocaína, es una de las plagas más graves para todo el género humano.

—En primer lugar, hablando de la muerte de Hammerstein, ¿está usted de acuerdo, doctor, con los informes de los médicos de policía en lo que se refiere a la hora, aproximada, a que se verificó el deceso?

—A juzgar por lo que vi, tengo que estarlo... y lo estoy, — dijo Jolly.

—Entonces, siendo eso exacto, usted convendrá conmigo en que no es posible que hayan visto a Hammerstein salir de la casa, dos horas después de haber dejado de existir.

—Claro está que no, — dijo el médico.

—Usted recordará que se recibió un telegrama como hora y media después del momento en que se supone que salió Hammerstein de su casa y que ese despacho no tenía más que una palabra: "¡Vengado!" El telegrama estaba destinado, evidentemente, al hijo de la víctima del crimen.

—Efectivamente, — asintió Jolly, acariciándose su barba de color de fuego.

—En el reverso de la fotografía hallada en el bolsillo del muerto se leía la misma palabra: "¡Vengado!" Tal vez le interese a usted saber que esta mañana temprano obtuve permiso para visitar la oficina del telégrafo y examinar el original del despacho de que he hablado.

"La caligrafía del original del despacho y la de lo escrito en el reverso del retrato, son iguales. Deben haber sido escritas, ambas cosas, por una misma persona.

"Usted recordará que el monograma de oro que tiene la "chuspa" hallada, está compuesto de las letras W. E. y no E. H.

"Además está la clave secreta de lo escrito en el papel hallado en la cartera del muerto. Hay quien dice que soy bastante hábil en eso de descifrar criptogramas. Aun no me he puesto a estudiar lo que dice ese papel, pero me ha parecido ver un grupo de letras que indican la palabra "Patagonia".

El doctor abrió la boca asombrado

—¿Otra vez las coincidencias, amigo Blake? — preguntó.

—No lo creo. En este caso parece más bien que se trata de la implacable mano del Destino, — dijo el detective.

—¡Blake, usted es un mago! ¡Usted hace cosas sobrenaturales! ¡Usted tiene doble vista! Créame usted, Blake, si en lugar de vivir en el siglo veinte hubiera vivido en la edad media, y hubiera hecho lo mismo, le hubiesen quemado por nigromante.

—¡Usted concede demasiada importancia a pequeños detalles! ¡Esto no tiene nada de misterioso!—dijo Blake. — Lo único que yo noté, y no notaron los demás, fué que el retrato de no era de Hammerstein.

—¡Pero qué parecido! — exclamó el doctor Jolly. — ¡Es maravilloso! ¡Si hasta el ayuda de cámara del muerto le confundió!

—Sin embargo presenta diferencias... diferencias de importancia. Ya las indicaré cuando tenga la copia del retrato, — dijo Blake.

—¡Ya lo creo! Muy importantes diferencias.

—Pero, usted que es médico, ¿no ha conocido, personalmente o por referencias algunos casos de hombres enteramente o casi enteramente iguales, sobre todo cuando se ha tratado de hermanos mellizos?

El médico expresó tal asombro que su rostro hizo una mueca realmente cómica.

—Así que usted supone, — tartamudeó, —usted supone, Blake, que es posible...

—Supongo, — dijo Blake, — que W. H. mató a Hammerstein y que no me extrañaría encontrarle en plena Patagonia... además de encontrar al plesiosaurio. A estas horas debe tener una ventaja enorme sobre nosotros... y aun no sabemos cuándo podremos partir. De todos modos, no se le olvide, doctor, que conviene no decir ni una sola palabra a este respecto.

—Comprendido.

—¿Notó usted que el muerto tenía dos curiosas señales redondas, debajo de las orejas?

—Sí; me llamaron mucho la atención. Eran demasiado grandes para ser señales dejadas por las yemas de unos dedos pulgares.

—Bien; ya le explicaré a usted eso a su debido tiempo.

Cuando el doctor se hubo retirado, Sexton Blake se sentó ante su mesa escritorio y estuvo escribiendo durante unos momentos.

Después llamó a Tínker.

—Haga varias copias de este párrafo y envíelas al mayor número posible de diarios de Londres.

Lo que había escrito Sexton Blake decía así:

" Se nos asegura que el señor Sexton Bla-
" ke, el conocido criminalogista y su amigo
" sir Richard Losely K. C. B. (caballero co-
" mendador de la noble orden del Baño),
" el famoso cazador de fieras, partirán en
" estos días para Nigeria a realizar una ex-
" pedición de caza."

—¿A qué viene esto, señor? — preguntó Tínker con extrañeza. — ¡Yo creía que íbamos a ir a la Patagonia!

Blake guiñó un ojo y Tínker le contestó con otra guiñada. Se había dado cuenta el joven ayudante de que su jefe había considerado oportuno hacer circular aquella falsa noticia para que la tuvieran como exacta determinadas personas, — tal vez ciertos traficantes en cocaína, — a los que interesaba seriamente la expedición de Blake. Se trataba de un poco de "camouflage" y nada más.

Cuando Tínker se hubo retirado, Sexton Blake volvió a sentarse ante su escritorio y redactó un largo despacho de saludo, dirigido a su amigo el negro Lobangu invitándole a unirse a ellos en Puerto Montt.

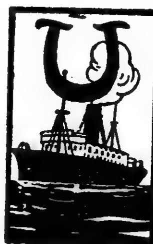
Después se levantó y fué hasta el aparato telefónico. Pidió comunicación con Scotland Yard y luego con la oficina del jefe detective Lennard.

—Tengo algunos datos sobre el asunto Hammerstein, — díjole, — pero tengo que partir inmediatamente... Para Nigeria, a cazar fieras, si acaso lo pregunta alguien. Pero supongo que podré darle a usted algunas interesantes noticias a mi regreso, que será dentro de algún tiempo. Mientras tanto: ¡Adiós! ¡Cuídese la salud, amigo Lennard!

Colgó el auricular antes de que Lennard pudiera formular una sola pregunta y se dedicó en seguida a los preparativos de la expedición que había de proporcionarle algunas de las más estremecedoras aventuras de toda su accidentada carrera.

CAPITULO TERCERO

Silas K. Potts especialista en animales raros.— La oferta del estadounidense.— Una conversación de Blake con el capitán Pedrosa. — El rapto de la hija de Martínez. —La advertencia del capitán. — El despacho nocturno. — Una hábil estratagema del detective. — El Hombre Misterio y su circular.



NA semana después el pequeño grupo navegaba por el Canal de la Mancha en uno de los vapores de la P. S. N. C., en viaje a la Patagonia, tierra de misterio y de aventuras.

Realizaron el largo viaje sin novedad ninguna y después de haber tocado en Montevideo y Buenos Aires, el vapor continuó hacia el Sud, pasó por los canales del Cabo de Hornos y haciendo de nuevo, rumbo al norte, surcando el Océano Pacífico a buena distancia de la costa, llegó al puerto de Valparaíso. En Valparaíso tuvieron que esperar dos días la llegada del vapor cortero al que se trasbordaron, partiendo en él para el archipiélago de los Chonos, extraña hilera de cerca de mil islas de origen volcánico, extendidas a lo largo de la accidentada costa, cerca de la cual

se elevan majestuosos los imponentes picos de los Andes.

Fué allí donde el señor Silas K. Potts, de Chicago (Estados Unidos), cazador de fieras y capturador de animales raros y feroces para la mitad de los jardines zoológicos del mundo, subió a bordo. Poco tardó el activísimo y revoltoso estadounidense en enterarles de que se hallaba en este mundo.

Con su sombrero de Panamá echado hacia atrás y hacia un lado, con un cigarro habano de dimensiones gigantescas constantemente entre los labios y constantemente dirigido hacia el cielo lo menos cuarenta y cinco grados, cruzó muy decidido la cubierta del vapor y se dirigió hacia donde estaban los miembros de la "Plesiosaurio Expedición Company", como sir Richard Losely llamaba a su grupo, sentados bajo un toldo protector.

—¡Parece que hace un poco de calor! — fué lo primero que dijo. — ¿Quién de ustedes, señores, es el famosísimo sabueso policial conocido en toda la extensión del globo terráqueo por el nombre de Sexton Blake?

Tínker se sonrió y "Barbarroja" lanzó un bufido que estuvo a punto de desbaratar las planchas del casco del pequeño vapor. Blake calló, limitándose a acariciar, para pacificarlo, a Pedro el sabueso, que no había simpatizado con el yanqui.

Silas K. Potts miró fijamente y significativamente al detective.

—¡Bueno! — agregó. — Apostaría algo a que es usted el mismísimo Sexton Blake, acompañado de su inteligente perro. Tengo verdadera satisfacción en verle a usted, señor Blake, y en ver a su perro también. Me ocupo de animales y conozco lo bueno. Estoy siempre dispuesto a negociar, tratándose de animales que puedan llamar la atención desde una pulga acrobática a un rojo y acorazado plesiosaurio. Y parece que por ahí anda paseándose un plesiosaurio rojo, según me ha dicho Malalí.

"¡Curioso tipo, ese Malalí! Es el médico patagón que ejerce su ciencia allá, en Puerto Montt. Casi todos los animales que consigo los adquiero por intermedio de él.

"¿Sabe una cosa, señor detective? Si usted logra estrecharle la mano al plesiosaurio rojo en cuestión, cuente conmigo para comprárselo. Estoy dispuesto a dar hasta diez mil dólares por el animal vivo o cinco mil por él muerto, para embalsamarlo.

"Con seguridad ha de lograr un éxito estupendo en Nueva York. Yo iría en su busca, pero es el caso que tengo que ocuparme de un negocio de hojas de coca, en la boca del Río Negro y no dispongo de tiempo.

"De todos modos, cuando haya terminado el negocio de las hojas de coca me daré un paseo por la región del Chubut a ver si encuentro al plesiosaurio rojo.

Sexton Blake había escuchado en silencio. Su rostro parecía, — por lo impasible, — el de la Esfinge. Interiormente, su imaginación funcionaba con la rapidez vertiginosa de una dinamo.

—Mi amigo aquí presente, el doctor Jolly, se interesa mucho en todo lo que se refiere a animales prehistóricos, — dijo Blake con toda seriedad, hablando por primera vez. — Si acaso pasamos por la zona pantanosa del Chubut, puede ser que busquemos el animal que, según dicen, ha sido visto por allá.

"El doctor hará también un completo estudio científico sobre la planta de la coca y su efecto en la salud de los indios aficionados a mascarla. Desembarcaremos en Puerto Montt.

"El doctor Jolly es una reconocida autoridad, en los centros científicos londinenses, en lo que se refiere a la cocaína y a su empleo. Es uno de los más notables zoólogos del mundo, actualmente. Mi amigo sir Richard Losely, el famoso cazador de fieras nos acompaña para tratar de impedir que nos hagan daño. Es un hombre muy útil y que maneja muy bien la artillería.

—¡Oh! — exclamó Silas K. Potts. — Tengo un verdadero placer y un gran honor en conocerles, señores. Los nombres de ustedes son para mi tan conocidos como el mío, Silas K. Potts era conocido para el nunca bastante llorado Phíneas T. Barnum.

"En cuanto a lo de que Losely tenga que acompañarle a usted para impedir que le hagan daño, permítame que me sonría, señor Blake.

Y se rió fuerte y largamente como si aquella idea le hiciera mucha gracia.

—Pues yo creo que él es capaz de cuidar de sí mismo y de todos nosotros, si se presenta la ocasión, — dijo el detective.

—¡Oiga, Blake! — agregó el imperturbable yanqui. — Me ha sido usted muy simpático y si puedo ayudarle en algo para el desarrollo de sus planes, cuente conmigo. ¡Venga, pues, esa mano! — agregó tendiéndola cordialmente.

El famoso criminalogista estrechó calurosamente la mano del estadounidense.

También él, a su vez, había simpatizado con el proveedor de animales raros y feroces y pensaba que podía resultar un buen elemento en caso de que hiciera falta que alguien les auxiliara en las pesquisas para dar con el paradero del misterioso W. H.

—Voy a desembarcar de este viejo barquichuelo en el puerto de Valdivia, — prosiguió el yanqui, dirigiéndose al doctor Jolly.—Antes de desembarcar voy a darle a usted una cartita para Malalí, que está en Puerto Montt. Lo que él no sabe sobre aquel sitio y sus alrededores, no vale la pena saberlo.

"El podrá enterarle de lo que usted desee saber. Es un pícaro de siete suelas. ¡Tiene una afición a los dólares que raya en locura! En el Archipiélago de los Chonas dicen que es el agente del misterioso hombre blanco que trafica con cocaína preparada en el interior y que vende en los puertos de la costa.

"He oído extraños rumores, según los cuales parece bastante misterioso un aserradero de madera de ciprés que está en lo más intrincado de los contrafuertes de la cordillera y que sería el cuartel general de la gavilla internacional de los que fabrican clorhidrato de cocaína con hojas de la planta de coca y lo pasan de contrabando.

"De todos modos yo sé únicamente que Malalí está en correspondencia con alguien

que se halla en el interior y que los mensajes vienen a través de los Andes traídos por los arrieros de las recuas de mulas que llevan y traen provisiones y productos. Una vez ví una carta de las que recibe Malalí, pero estaba escrita en un idioma que no conozco, así que no pude enterarme de nada.

Sexton Blake había escuchado este relato sin hacer manifestación ninguna. Excusándose rápidamente, se levantó y fué a su camarote. Un par de minutos después, estaba de regreso. Traía en la mano un retrato. En el reverso de la cartulina se veía escrita, con grandes letras una sola palabra "¡Vengado!"

Dió la fotografía al yanqui.

—¿Ha visto usted alguna vez una letra como esta, señor Potts?—le preguntó.

El vendedor de animales salvajes miró aquel extraño escrito.

—¡Por vida de un demonio! ¿Sabe usted, detective, que esta letra es igual a la que ví en la carta recibida por Malalí?

—Ya lo sabía, — observó Blake tranquilamente. — Es la caligrafía del Hombre Misterioso.

En Valdivia desembarcó Silas K. Potts, de Chicago.

El pequeño grupo le despidió, asomados todos a la borda del vapor, mientras él descendía al bote por la escalerita.

El viajero miró hacia arriba, sonriendo con grandísima alegría.

—¡Eh! No se me olviden de lo del viejo plesiosaurio rojo. Diez mil vivito y coleando. Cinco mil cuereado para embalsamarlo. ¡Entregado en el puerto de Nueva York!

"Y si quieren enterarse de algo sobre la cacaína sigan la pista de los tablones de ciprés.

Hecha esta observación que parecía un acertijo, el yanqui se embarcó en el bote y se dirigió a tierra.

—¡Qué sangre fría la de ese hombre!—exclamó Tínker, mirando cómo se alejaba el yanqui comerciante en animales raros.

Sexton Blake calló. Estaba sumido en sus pensamientos mientras, con los brazos cruzados, apoyados en la borda, miraba hacia lejos, hacia las cumbres de los altos Andes.

¿Quién podría decir qué clase de aventuras les esperaban en aquella región misteriosa y casi desconocida que quedaba del otro lado de los gigantescos picos nevados

Aquella noche, después de la comida, Blake conversó largo rato con el capitán del vapor, que era un español de muy agradable trato, del que se había hecho muy amigo.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de un hombre misterioso, un blanco que se halla instalado en los Andes, a la altura de Puerto Montt, con una gigantesca fábrica de cocaína que funciona bajo el aspecto de un aserradero de madera de ciprés? — le preguntó Blake entre dos bocanadas de hubo del cigarro de hoja que había encendido después de comer.

Estaban sentados lejos del resto de los pasajeros, en el salón de fumar. El capitán, al oir la pregunta de Blake se estremeció visiblemente y cambió de color bajo lo tostado del asoleado cutis de su rostro.

—¡Silencio! — dijo en voz muy baja y llevándose a los labios el dedo índice de la mano derecha.

—Pero..., — comenzó Blake.

—¡Silencio! — repitió el capitán. — Si alguien más que yo, le oyera a usted pronunciar las palabras que acaba de dirigirme, ¿sabe la consecuencia que eso tendría para usted? ¡"la muerte silenciosa"! Le espero en mi camarote dentro de un cuarto de hora. Allí hablaremos. No conviene hablar de esas cosas en un sitio como este donde cualquiera puede oir.

Quince minutos después, Blake llamaba a la puerta del camarote del capitán Pedrosa, situado sobre cubierta, junto a la cabina de mando. El excelente marino le hizo pasar en seguida. Parecía hallarse alarmado.

—Siéntese usted, señor Blake y sírvase tomar un cigarro de esa caja que está en la mesa; son de la Habana.

Después acercó su silla a la del detective y habló en voz baja, como amedrentado.

—Como dice el proverbio, con mucha razón, — dijo el capitán expresándose en muy buen inglés, — "las paredes oyen". Ese hombre misterioso a quien usted se refirió... Pues bien, yo he oído noticias a su respecto, aun cuando hay quien suponga que se trata tan sólo de un personaje de leyenda, de un mito.

"Tiene espías y agentes, esparcidos por todas partes. Yo no puedo decir si uno o varios de los que forman la tripulación del vapor es, o no agente de ese hombre; yo no puedo saber si hay, entre los pasajeros, algún agente especial del hombre misterioso.

"Parece que nadie sabe dónde está la fábrica, pero se sabe que se halla en medio de los intrincados bosques patagónicos, en la región del río Chubut. Varios han sido los hombres que procuraron dar con el sitio donde está la fábrica, pero todos ellos, antes de lograr su objeto, tropezaron con la "muerte silenciosa".

—¿La "muerte silenciosa"? — preguntó ke, muy interesado ante semejante manifestación.

—Sí, señor Blake, — contestó Pedrosa,— es una clase de estrangulación que deja unas curiosas señales en torno del cuello y debajo de las orejas. He tenido ocasión de ver a dos víctimas de la "muerte silenciosa", ejecutada por los secuaces del hombre misterioso. Una de ellas era el empleado de la oficina consular de Puerto Montt, la otra un detective de la policía secreta del Departamento de Investigaciones de Santiago de Chile.

Al pensamiento de Sexton Blake acudió el recuerdo de la fúnebre escena de que había sido testigo en una tranquila casa de Taunton Street, en el barrio de Mayfair de Londres; la arrodillada figura del muerto; el rostro desfigurado por una mueca de dolor; aquellas señales denunciadoras en torno del cuello y debajo de las orejas.

—¡Prosiga usted, capitán! — dijo Sexton Blake. — Es muy interesante y tiene una

importancia lo que usted dice. ¿Sabe usted algo más sobre el hombre misterioso?

—No, — contestó Pedrosa, — y no deseo saber más. Como usted supondrá, corren rumores de todas clases y en todos sentidos. Se asegura que es un mestizo, medio europeo, medio patagón.

"Y corre de boca en boca la leyenda de Fátima, la Perla de los Andes, de la que se dice que es la joven más bella de Sud América. Fátima es hija del anciano don Martín Martínez, el adineradísimo comerciante mestizo, que tiene su establecimiento en Puerto Montt.

"La Perla de los Andes desapareció de la casa de su anciano padre hace como un mes y don Martín Martínez está convencido de que ha sido raptada por emisarios del hombre misterioso y conducida al interior.

"Lo cierto es que algunos leñadores, cortadores de árboles, que tienen amistad con el señor Martínez, han llegado con la noticia de que a la joven, evidentemente cautiva, la habían visto cruzando un desfiladero de los Andes, en una secua de mulas.

"Martínez está seguro de que se trataba de su hija y ha ofrecido una recompensa fabulosa al que le devuelva su desaparecida hija.

—Iré a visitar a don Martín Martinez, cuando llegue a Puerto Montt.

—¡Por el Cielo, señor Blake!... ¡No se meta usted en nada de eso! Puerto Montt está infestado de espías. En cuanto haga usted lo más mínimo se enterarán de dónde está y... bueno, — se encogió de hombros expresivamente, — usted ya sabe lo que le pasó a esos otros.

Sexton Blake se sonrió tristemente.

—Gracias por el interés que se toma por mí, capitán Pedrosa, — dijo, — pero no debe usted temer nada por lo que a mí se refiere. Soy capaz de cuidar de mi mismo contra cualquier clase de peligros.

El detective, terminada su conversación con el capitán Pedrosa volvió a donde estaban sus compañeros de viaje, en el salón de fumar, del vapor.

—Esta expedición está resultando muy interesante, — dijo con seriedad. Es mejor así, para evitar el aburrimiento. Fátima, la Perla de los Andes, la más hemosa joven de Sud América, ha sido raptada. Me va pareciendo que vamos a tener cuatro pájaros, nada menos, que matar de un solo tiro. Creo que lo mejor sería que nos dedicáramos cada uno a uno de ellos.

"Usted, Tinker, podría encargarse de buscar a la joven y cobrar la recompensa ofrecida por don Martín Martinez.

"Hay una misión botánica que puede llevar usted a cabo, doctor Jolly, y Spots puede divertirse buscando al plesiosaurio rojo. En cuanto a mí, amigos mios, creo que tendré bastante que hacer si he de ocuparme del hombre misterio y de sus amigos. Lobangu, por su parte, puede cuidar de todos nosotros.

El detective relató entonces a sus compañeros de expedición todo lo que el capitán Pedrosa le había dicho.

Se acercaban rápidamente al puerto de destino y Blake propuso que dedicaran el siguiente día a arreglar el equipaje en la forma necesaria para llevarlo a lomo de mula, para no tener que hacer ese trabajo en tierra y poder, además, desembarcar en seguida de llegar. Quedaron, pues en que se levantarían más temprano que los demás días para ocuparse de eso.

Aquella noche, poco después de las doce, llamaron discretamente a la puerta del camarote ocupado por Sexton Blake.

Se levantó sin hacer ruido, a fin de no despertar a sir Richard que dormía en la otra litera y tomando su antorcha eléctrica, abrió la puerta y se asomó al mismo tiempo que enviaba el rayo de luz de la antorcha al solitario pasilio.

Cerca de la puerta estaba el capitán Pedrosa.

Vestía su traje de pyjama y, a la luz de la antorcha eléctrica, el detective pudo notar que tenía el rostro lívido y temblaba de pies a cabeza. En sus temblorosos dedos sostenía una hoja de papel que puso en la mano de Blake.

—¡La muerte silenciosa! — dijo con voz ronca, y desapareció sin agregar una sola palabra más.

Blake volvió a entrar en su camarote, — del que casi, en realidad, no había salido,— encendió la luz eléctrica y examinó el papel que le había dado el capitán.

Era una de las fórmulas que empleaba el servicio de telégrafo sin hilos del vapor en que navegaba. El despacho estaba dirigido al "capitan Pedrosa, del vapor San Matías, en viaje a Puerto Montt". su texto, — redactado en castellano, — era el siguiente:

" Dígale a ese entrometido de detective
" inglés, a ese infame Sexton Blake, que la
" muerte silenciosa le está esperando, para
" el mismo momento en que desembarque,
" en Puerto Montt. No se olvide de entregar
" inmediatamente este mensaje. — El Hom-
" bre Misterio."

Blake sonrió amargamente

No era, por cierto, la primera vez en su vida, que le amenazaban de muerte. Muchas veces le habían avisado que todo estaba preparado para darle muerte y sin embargo seguía tan vivo como siempre.

Al encenderse la luz del camarote se despertó sir Richard, que se sentó en la litera restregándose los ojos somnoliento.

—¡Hola! ¿Qué pasa, Blake? — murmuró medio dormido aun. — ¿Está haciendo su testamento o redactando el prospecto de la "Plesiosaurio Exploración Co."?

Blake contestó formulando otra pregunta

—¿Dónde está guardado el aparato de telegrafía sin hilos que traemos en el equipaje?

—¿Pero para qué diablos?... ¿Qué demonios le han aconsejado ocuparse de eso a

estas horas de la noche? Ya es hora de que los niños buenos estén en su camita. Sin embargo, ya que lo desea, le diré que el aparato receptor está en una caja que se halla debajo de su litera. Lo metí ahí para que no fuera a estropearse en la bodega.

—¡Muy bien! — dijo Blake. — No podía estar en mejor sitio. Vamos a sacarlo. Necesito hacer un experimento.

Sir Richard alzó las cejas muy asombrado, pero no replicó nada. Conocía demasiado bien a su famoso amigo para pedirle que le explicara sus acciones y calculaba que cuando Blake procedía así era que había algo muy importante de que ocuparse.

Poco tardaron en sacar de debajo de la litera el aparato receptor y Blake armó la antena portátil. Después, colocándose los auriculares, comenzó a escuchar mientras "templaba" el aparato, buscando dar con la longitud de onda de los despachos que, en su opinión, debían hallarse en los aires en aquellos momentos.

Logró oir dos o tres mensajes en la clave internacional de la compañía Marconi, cambiados entre vapores en marcha y después, durante un largo rato, no oyó absolutamente nada.

Sin embargo, el detective siguió escuchando con toda atención.

De repente un zumbido débil de comunicaciones telefónicas le advirtió de que estaba a punto de circular un mensaje. Era precisamente el que había esperado, una advertencia del Hombre Misterio a sus agentes y confederados. Decía así:

" Aviso a todas las oficinas que Sexton
" Blake, el detective inglés, que viaja en el
" vapor San Matías, llegará pronto a Puerto
" Montt. Infórmese a Mohatí. inmediatamen-
" te por mi orden. — El jefe."

Blake se quitó los auriculares y se rió sarcásticamente por lo bajo.

—Se necesitan dos para jugar, a algo, — murmuró repitiendo el viejo refran inglés.— Veremos, al final, cuál de los dos gana.

Mostró entonces a sir Richard el mensaje escrito que le había dado el capitán Pedrosa y cuando Spots lo hubo leído, le enteró de la comunicación que había sorprendido mediante el aparato receptor de telégrafo sin hilos.

—Su amigo parece ser un tipo bastante sanguinario, — observó Losely frunciendo el ceño. — Pero ande con cuidado, amigo mío. No me parece que se trate de uno de esos malhechores a la buena de Dios, que lo dejan todo a la casualidad.

—¡Oh! No se preocupe usted por lo que a mí se refiera, Spots amigo. El asunto se ha enredado lo suficiente para hacerse digno de interés. Hay en ello, algo sobre lo cual no cabe duda.

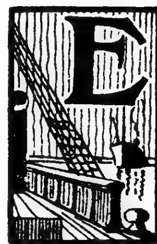
"Sea quien sea ese Hombre Misterio, — y estoy casi seguro de que sé quién es, — ignora la verdadera razón de mi viaje. Sin duda alguno se hace proporcionar las listas de los que se embarcan en estos vapores, por medio de sus agentes secretos, y ha tropezado con mi nombre. Lo que teme, con toda seguridad, es que yo ande buscando el modo de desbaratar la combinación de la gavilla que se ocupa en fabricar cocaína y enviarla a Europa, entrándola, especialmente en Inglaterra, de contrabando.

"Pues bien, ese no era mi primitivo propósito al venir aquí, pero ahora que lo he pensado, no sé por qué razón no me he de ocupar de eso, aun cuando no sea más que por hacer algo por mi exclusiva cuenta.

Dicho esto, Blake se echó de nuevo en su litera, sir Richard le imitó, apagaron la luz del camarote y unos minutos después estaban los dos profundamente dormidos.

CAPITULO CUARTO

Lobangu salva a Malalí. — Preparando el viaje. — Blake visita a don Martín Martínez. — El colgante de oro. — La partida. — Una emboscada en los Andes. — La defensa de Lobangu. — La traidora acción de Mahati. — Un hallazgo interesante. — Lo que dijo el estadounidense. — La partida de vigas de madera de ciprés. — ¡Cocaína para intoxicar a un continente!



EL sol brillaba en los flancos, pintados de color claro, del viejo vapor costero, cuando la mañana siguiente se dirigía hacia Puerto Montt. El día había amanecido muy despejado y el mar relucía bajo un cielo de zafiro.

Blake había logrado tranquilizar, hasta cierto punto, al capitán Pedrosa, pero, a pesar de hallarse ocupado con los múltiples trabajos que hay a bordo cuando un vapor llega a puerto, pudo notar que el activo marino español se encontraba nervioso y preocupado.

Miraba como atemorizado, furtivamente, igual que se figurara que, en el momento menos pensado, le caería encima una bomba.

Los expedicionarios se ocuparon de terminar el arreglo de su equipaje y de subirlo a la cubierta para desembarcarlo en cuanto llegaran.

Una hora más tarde el vapor San Matías entraba en el puerto y los miembros de la expedición miraban con sus gemelos hacia el muelle.

Pero no se veía a Lobangu por ninguna parte.

—Espero que no le haya pasado nada grave a nuestro oscuro y viejo amigo, — murmuró sir Richard, volviéndose hacia Blake.

El detective no contestó.

Su penetrante mirada había notado que se producía intensa conmoción en el muelle. Un grupo de hombres se movía girando, como bailarines en torno de un poste.

De pronto una alta, atlética figura se des-

tacó del grupo y corrió, seguida de la gesticulante turba. En lo alto enarbolaba algo que se movía pataleando y que parecía un mono de gran tamaño.

—¡Es Lobangu! — dijo Blake. — Poco ha tardado en toparse con un disgusto. No he visto jamás a otro ser humano que sea capaz de llevar a un hombre como ese lleva a ese a toda velocidad.

El San Matías había atracado, habían puesto la planchada, y Lobangu corrió hacia ella, como una flecha. Dejó caer su viviente carga en la cubierta y se quedó parado, respirando pesadamente, enteramente agotado.

—Tínker, tráigale algo de beber a lord Lobangu, — dijo Blake.

Mientras él el viejo jefe de la tribu de Etbaia estaba recobrándose de su fatigoso esfuerzo, los otros examinaron lo que había dejado caer en la cubierta.

Era un hombrecito muy arrugado que tenía aspecto de mono. Sus pequeños, furtivos ojos, expresaban el mayor miedo que se pueda concebir mientras se sentaba en el piso y se tocaba el dolorido cuerpo.

Lobangu había recobrado ya el aliento y se mostraba contentísimo al verse de nuevo junto a sus viejos amigos.

—¡Qué agradable es volver a ver a Untwana! — exclamó, dirigiéndose a Blake, dándole el nombre que le daba en idioma de su tribu. — ¿Está bien de salud? ¿Y ustedes, Lukuna y Mulolo? — agregó, dirigiéndose a Tínker y sir Richard, estrechando a todos la mano. Dirigió una mirada al doctor que sujetaba a Pedro, el sabueso que saltaba de placer al ver de nuevo a Lobangu.

Blake comprendió y presentó al viejo guerrero.

—Lobangu, este es el señor Jolly, a quien llaman el "Sanador". Es un sabio en cuestión de plantas y puede hacer cosas maravillosas cuando se trata de curar enfermedades.

"Vamos con él en busca de la planta que adormece el dolor y que vuelve locos a los hombres y al sitio donde se encuentra un animal gigantesco y desconocido, que vive en los pantanos y que ni es bestia, ni pájaro, ni reptil ni pez y sin embargo tiene algo de cada uno de ellos.

Lobangu inclinó la cabeza gravemente.

—¡Muy bien Untwana! — dijo, mirando al médico de la barba roja y cara tostada por el sol, con aire de aprobación. — Su aspecto agrada a mis ojos y debe ser fuerte como el árbol rey que crece en el bosque y no se dobla cuando hay tormenta.

Blake sonrió con satisfacción.

—Ahora, Lobangu ¿quién es ese amigo suyo con cara de mono y ojos de víbora?

—Se llama Malalí, — contestó el guerrero. — Oí que así le llamaban los hombres que le seguían. El caso era así, Untwana: él era uno solo y los otros eran muchos. Entonces cuando él gritó pidiendo socorro, yo le socorrí.

El detective inclinó la cabeza en señal de aprobación.

Lobangu ostentaba todo su armamento de guerra y empuñaba su lanza corta, colgándole a la altura de la pantorrilla un cuchillo de aspecto amenazador. De una correa de cuero crudo llevaba, colgando ante el pecho, una pistola automática.

Su aspecto no podía ser más majestuoso.

El detective comprendió en seguida por qué los perseguidores de Malalí habían pensado con sensatez que más les valía abandonar la persecución.

Blake pensaba con nerviosa actividad.

Aquel inesperado encuentro con Malalí podía tal vez, aprovecharse en ventaja para ellos. Tenía fama de ser un excelente médico-brujo y gozaba de influencia. Se había acercado algo más a los expedicionarios y miraba a Lobangu con expresión de intensa gratitud.

El detective, de pronto, se dirigió a él.

—¿Es usted Malalí? — le preguntó.

El interpelado dió un respingo, como si le hubieran pinchado de improviso.

—Hemos oído hablar de usted en otros lugares y mi amigo el doctor Jolly, aquí presente, tiene una carta que quisiera que usted leyera.

Barbarroja sacó del bolsillo la carta y se la dió al, todavía aterrorizado, comerciante.

No conocían su contenido pero pudieron notar que le hizo una impresión grandísima al nativo. En seguida saludó con exageradas sonrisas. Se comprendió claramente que él y el señor Silas K. Potts se entendían entre ellos a la perfección.

—Tengo muchísimo gusto en ver a ustedes, señores. Haré todo cuanto esté en mis facultades por servirles. Ustedes no solamente me han salvado la vida sino que son conocidos de mi amigo el señor Potts, con el que tengo importantes negocios.

—Estimado amigo, el doctor Jolly es un hombre de ciencia, — dijo Blake. — Desea estudiar a fondo, en el sitio donde crece, la planta de la coca y después iremos a los pantanos de la región del Chubut en busca del plesiosaurio rojo, como Potts le ha dicho a usted.

Malalí se sobresaltó nuevamente y miró temeroso al detective.

—¿Cómo lo sabe usted?, — era la pregunta muda que se leía en todo su rostro como si estuviera escrita con grandes letras.

Blake sonrió enigmáticamente. Lo había dicho por ver si era verdad y había acertado por casualidad.

—Necesitamos que nos preparen una buena y numerosa recua de mulas para que nos acompañe a pasar los Andes y entrar en la Patagonia. No haremos cuestión por el precio; se pagarán los pesos que usted indique, pero queremos elementos buenos y seguros.

—El señor tendrá lo que desea, — replicó el comerciante. — ¿Quiere tener la bondad de pasar por mi oficina, esta tarde, para combinar los detalles del asunto?

Blake dijo que sí y Malalí se retiró.

—Parece que usted le ha sido simpático, señor, — dijo Tínker.

—Los que le han sido simpáticos han sido los pesos, muchacho, — dijo Blake. — Es necesario no perder de vista a Malalí. Sin embargo creo que no nos jugará sucio hasta que nos hayamos internado bastante en los

estas horas de la noche? Ya es hora de que los niños buenos estén en su camita. Sin embargo, ya que lo desea, le diré que el aparato receptor está en una caja que se halla debajo de su litera. Lo metí ahí para que no fuera a estropearse en la bodega.

—¡Muy bien! — dijo Blake. — No podía estar en mejor sitio. Vamos a sacarlo. Necesito hacer un experimento.

Sir Richard alzó las cejas muy asombrado, pero no replicó nada. Conocía demasiado bien a su famoso amigo para pedirle que le explicara sus acciones y calculaba que cuando Blake procedía así era que había algo muy importante de que ocuparse.

Poco tardaron en sacar de debajo de la litera el aparato receptor y Blake armó la antena portátil. Después, colocándose los auriculares, comenzó a escuchar mientras "templaba" el aparato, buscando dar con la longitud de onda de los despachos que, en su opinión, debían hallarse en los aires en aquellos momentos.

Logró oir dos o tres mensajes en la clave internacional de la compañía Marconi, cambiados entre vapores en marcha y después, durante un largo rato, no oyó absolutamente nada.

Sin embargo, el detective siguió escuchando con toda atención.

De repente un zumbido débil de comunicaciones telefónicas le advirtió de que estaba a punto de circular un mensaje. Era precisamente el que había esperado, una advertencia del Hombre Misterio a sus agentes y confederados. Decía así:

" Aviso a todas las oficinas que Sexton
" Blake, el detective inglés, que viaja en el
" vapor San Matías, llegará pronto a Puerto
" Montt. Infórmese a Mohatí, inmediatamen-
" te por mi orden. — El jefe."

Blake se quitó los auriculares y se rió sarcásticamente por lo bajo.

—Se necesitan dos para jugar, a algo, — murmuró repitiendo el viejo refran inglés.— Veremos, al final, cuál de los dos gana.

Mostró entonces a sir Richard el mensaje escrito que le había dado el capitán Pedrosa y cuando Spots lo hubo leído, le enteró de la comunicación que había sorprendido mediante el aparato receptor de telégrafo sin hilos.

—Su amigo parece ser un tipo bastante sanguinario, — observó Losely frunciendo el ceño. — Pero ande con cuidado, amigo mio. No me parece que se trate de uno de esos malhechores a la buena de Dios, que lo dejan todo a la casualidad.

—¡Oh! No se preocupe usted por lo que a mí se refiera, Spots amigo. El asunto se ha enredado lo suficiente para hacerse digno de interés. Hay en ello, algo sobre lo cual no cabe duda.

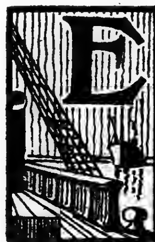
"Sea quien sea ese Hombre Misterio, — y estoy casi seguro de que sé quién es, — ignora la verdadera razón de mi viaje. Sin duda alguno se hace proporcionar las listas de los que se embarcan en estos vapores, por medio de sus agentes secretos, y ha tropezado con mi nombre. Lo que teme, con toda seguridad, es que yo ande buscando el modo de desbaratar la combinación de la gavilla que se ocupa en fabricar cocaína y enviarla a Europa, entrándola, especialmente en Inglaterra, de contrabando.

"Pues bien, ese no era mi primitivo propósito al venir aquí, pero ahora que lo he pensado, no sé por qué razón no me he de ocupar de eso, aun cuando no sea más que por hacer algo por mi exclusiva cuenta.

Dicho esto, Blake se echó de nuevo en su litera, sir Richard le imitó, apagaron la luz del camarote y unos minutos después estaban los dos profundamente dormidos.

CAPITULO CUARTO

Lobangu salva a Malalí. — Preparando el viaje. — Blake visita a don Martín Martínez. — El colgante de oro. — La partida. — Una emboscada en los Andes. — La defensa de Lobangu. — La traidora acción de Mahatí. — Un hallazgo interesante. — Lo que dijo el estadounidense. — La partida de vigas de madera de ciprés. — ¡Cocaína para intoxicar a un continente!



EL sol brillaba en los flancos, pintados de color claro, del viejo vapor costero, cuando la mañana siguiente se dirigía hacia Puerto Montt. El día había amanecido muy despejado y el mar relucía bajo un cielo de zafiro.

Blake había logrado tranquilizar, hasta cierto punto, al capitán Pedrosa, pero, a pesar de hallarse ocupado con los múltiples trabajos que hay a bordo cuando un vapor llega a puerto, pudo notar que el activo marino español se encontraba nervioso y preocupado.

Miraba como atemorizado, furtivamente, igual que se figurara que, en el momento menos pensado, le caería encima una bomba.

Los expedicionarios se ocuparon de terminar el arreglo de su equipaje y de subirlo a la cubierta para desembarcarlo en cuanto llegaran.

Una hora más tarde el vapor San Matías entraba en el puerto y los miembros de la expedición miraban con sus gemelos hacia el muelle.

Pero no se veía a Lobangu por ninguna parte.

—Espero que no le haya pasado nada grave a nuestro oscuro y viejo amigo, — murmuró sir Richard, volviéndose hacia Blake.

El detective no contestó.

Su penetrante mirada había notado que se producía intensa conmoción en el muelle. Un grupo de hombres se movía girando, como bailarines en torno de un poste.

De pronto una alta, atlética figura se des-

tacó del grupo y corrió, seguida de la gesticulante turba. En lo alto enarbolaba algo que se movía pataleando y que parecía un mono de gran tamaño.

—¡Es Lobangu! — dijo Blake. — Poco ha tardado en toparse con un disgusto. No he visto jamás a otro ser humano que sea capaz de llevar a un hombre como ese lleva a ese a toda velocidad.

El San Matías había atracado, habían puesto la planchada, y Lobangu corrió hacia ella, como una flecha. Dejó caer su viviente carga en la cubierta y se quedó parado, respirando pesadamente, enteramente agotado.

—Tínker, tráigale algo de beber a lord Lobangu, — dijo Blake.

Mientras él el viejo jefe de la tribu de Etbaia estaba recobrándose de su fatigoso esfuerzo, los otros examinaron lo que había dejado caer en la cubierta.

Era un hombrecito muy arrugado que tenía aspecto de mono. Sus pequeños, furtivos ojos, expresaban el mayor miedo que se pueda concebir mientras se sentaba en el piso y se tocaba el dolorido cuerpo.

Lobangu había recobrado ya el aliento y se mostraba contentísimo al verse de nuevo junto a sus viejos amigos.

—¡Qué agradable es volver a ver a Untwana! — exclamó, dirigiéndose a Blake, dándole el nombre que le daba en idioma de su tribu. — ¿Está bien de salud? ¿Y ustedes, Lukuna y Mulolo? — agregó, dirigiéndose a Tínker y sir Richard, estrechando a todos la mano. Dirigió una mirada al doctor que sujetaba a Pedro, el sabueso que saltaba de placer al ver de nuevo a Lobangu.

Blake comprendió y presentó al viejo guerrero.

—Lobangu, este es el señor Jolly, a quien llaman el "Sanador". Es un sabio en cuestión de plantas y puede hacer cosas maravillosas cuando se trata de curar enfermedades.

"Vamos con él en busca de la planta que adormece el dolor y que vuelve locos a los hombres y al sitio donde se encuentra un animal gigantesco y desconocido, que vive en los pantanos y que ni es bestia, ni pájaro, ni reptil ni pez y sin embargo tiene algo de cada uno de ellos.

Lobangu inclinó la cabeza gravemente.

—¡Muy bien Untwana! — dijo, mirando al médico de la barba roja y cara tostada por el sol, con aire de aprobación. — Su aspecto agrada a mis ojos y debe ser fuerte como el árbol rey que crece en el bosque y no se dobla cuando hay tormenta.

Blake sonrió con satisfacción.

—Ahora, Lobangu ¿quién es ese amigo suyo con cara de mono y ojos de víbora?

—Se llama Malalí, — contestó el guerrero. — Oí que así le llamaban los hombres que le seguían. El caso era así, Untwana: él era uno solo y los otros eran muchos. Entonces cuando él gritó pidiendo socorro, yo le socorrí.

El detective inclinó la cabeza en señal de aprobación.

Lobangu ostentaba todo su armamento de guerra y empuñaba su lanza corta, colgándole a la altura de la pantorrilla un cuchillo de aspecto amenazador. De una correa de cuero crudo llevaba, colgando ante el pecho, una pistola automática.

Su aspecto no podía ser más majestuoso.

El detective comprendió en seguida por qué los perseguidores de Malalí habían pensado con sensatez que más les valía abandonar la persecución.

Blake pensaba con nerviosa actividad.

Aquel inesperado encuentro con Malalí podía tal vez, aprovecharse en ventaja para ellos. Tenía fama de ser un excelente médico-brujo y gozaba de influencia. Se había acercado algo más a los expedicionarios y miraba a Lobangu con expresión de intensa gratitud.

El detective, de pronto, se dirigió a él.

—¿Es usted Malalí? — le preguntó.

El interpelado dió un respingo, como si le hubieran pinchado de improviso.

—Hemos oído hablar de usted en otros lugares y mi amigo el doctor Jolly, aquí presente, tiene una carta que quisiera que usted leyera.

Barbarroja sacó del bolsillo la carta y se la dió al, todavía aterrorizado, comerciante.

No conocían su contenido pero pudieron notar que le hizo una impresión grandísima al nativo. En seguida saludó con exageradas sonrisas. Se comprendió claramente que él y el señor Silas K. Potts se entendían entre ellos a la perfección.

—Tengo muchísimo gusto en ver a ustedes, señores. Haré todo cuanto esté en mis facultades por servirles. Ustedes no solamente me han salvado la vida sino que son conocidos de mi amigo el señor Potts, con el que tengo importantes negocios.

—Estimado amigo, el doctor Jolly es un hombre de ciencia, — dijo Blake. — Desea estudiar a fondo, en el sitio donde crece, la planta de la coca y después iremos a los pantanos de la región del Chubut en busca del plesiosaurio rojo, como Potts le ha dicho a usted.

Malalí se sobresaltó nuevamente y miró temeroso al detective.

—¿Cómo lo sabe usted?, — era la pregunta muda que se leía en todo su rostro como si estuviera escrita con grandes letras.

Blake sonrió enigmáticamente. Lo había dicho por ver si era verdad y había acertado por casualidad.

—Necesitamos que nos preparen una buena y numerosa recua de mulas para que nos acompañe a pasar los Andes y entrar en la Patagonia. No haremos cuestión por el precio; se pagarán los pesos que usted indique, pero queremos elementos buenos y seguros.

—El señor tendrá lo que desea, — replicó el comerciante. — ¿Quiere tener la bondad de pasar por mi oficina, esta tarde, para combinar los detalles del asunto?

Blake dijo que sí y Malalí se retiró.

—Parece que usted le ha sido simpático, señor, — dijo Tínker.

—Los que le han sido simpáticos han sido los pesos, muchacho, — dijo Blake. — Es necesario no perder de vista a Malalí. Sin embargo creo que no nos jugará sucio hasta que nos hayamos internado bastante en los

Andes. ¿Cómo andan nuestros utensilios y provisiones, Spots? Conviene vigilarlo todo hasta que llegue el momento de cargarlo en las mulas.

—Ya está todo desembarcado y amontonado en el muelle.

—¡Bien! Voy a hacer una visita a don Martín Martínez y al cónsul británico. Después iré a tratar con Malalí. Nos instalaremos en el Hotel Oceánico. Allí iré yo más tarde a unirme con ustedes. Si no regreso esta noche, no se preocupen. Tengo algo que averiguar y quizás me exija ese tiempo. Voy a ocuparme de mi asunto: del Pájaro número Dos, — agregó sonriendo y mirando a Jolly que había movido tantos bultos de equipaje que estaba sudando.

Blake se dirigió indolentemente por la calle principal, pero llevaba la mano derecha metida en el bolsillo del saco y con ella empuñaba una pistola automática Colt, de excelente fabricación.

El cónsul británico le resultó muy atento en su trato, pero terriblemente pesimista en cuanto se trató de apreciar los acontecimientos y la situación.

—El paso que usted da, Blake, es una verdadera locura, — dijo. — Yo no daré ni dos peniques por su pellejo, Blake, si usted se aleja más de una legua de la ciudad. Más aun, no los doy mientras usted anda por aquí. Se ha metido usted en un callejón sin salida.

—¡Pues si es así, queda usted invitado a mi sepelio! — contestó el detective. — Pero dígame: tiene usted aquí en el consulado, estación trasmisora de telégrafo sin hilos? ¿Sí? ¡Bien! Si acaso llega usted a enterarse de algo interesante envíeme un mensaje. No ponga dirección, encabécelo con las letras X. B. Yo lo pescaré y sabré que es para mí.

—¡Hay gente que nace para verse en aprietos y gente que se los busca! ¡Y no digo más! — fué lo que manifestó el cónsul británico cuando se despidió del intrépido detective.

Diez minutos más tarde Blake se presentaba en casa de don Martín Martínez, el rico comerciante en maderas, el padre de la raptada Fátima, la Perla de los Andes.

—He oído hablar de usted, señor, cuando estuve en Europa. ¿A qué debo el placer que me proporciona su visita? — Le dijo a Blake.

—Voy a tratar de encontrar a su hija, —dijo el imperturbable Blake. — No es ese el propósito de mi expedición, pero como espero encontrarla en el sitio a donde voy he pensado que me correspondía enterarle a usted de mis esperanzas. Si usted no tiene inconveniente en facilitarme algo que me sirva como de pasaporte para la gente a sus servicios, se le agradeceré, pues me puede resultar utilísimo en mi viaje.

Don Martín Martínez reflexionó un momento y después, de la cadena de oro de su reloj, sacó un colgante, también de oro, que representaba un pequeño racimo de uvas y se lo dió a Blake.

—Este colgante, que no representa un racimo de vulgares uvas, sino de moras de las llamadas "calgatas" o "uvas magallánicas", es conocido por todos mis cortadores de leña y arrieros, en una vasta extensión de la Patagonia. En cuanto lo presente, mis empleados le prestarán toda la ayuda que puedan prestarle. Y ojalá quiera Dios que sea usted feliz en su aventura y pueda devolverme a mi querida hija, sana y salva.

En la casa de comercio de Malalí, Blake discutió el paso de los Andes y por fin dejó combinado que una recua de mulas, con sus arrieros y demás personal, estaría pronta para partir al día siguiente a mediodía.

Mientras Blake se dirigía de regreso al Hotel Oceánico iba con los sentidos bien alerta, pero no le sucedió nada desagradable. Evidentemente, dedujo de eso, el Hombre Misterio había decidido posponer lo de la muerte silenciosa por algún tiempo porque le parecía demasiado peligroso atacarme en mitad de la población.

De las maléficas intenciones del Hombre Misterio no dudaba ni había dudado un solo momento Sexton Blake.

Cuando llegó al Hotel Oceánico, los demás miembros de la expedición le recibieron con grandes muestras de alegría y la mayor satisfacción, pues su ausencia habíales tenido nerviosos.

—¡Juntos estamos, juntos caeremos!— profirió sir Richard. — Pero no me gusta que ande usted solo por ahí, a merced de toda esa gentuza, capaz de degollar a cualquiera.

Sexton Blake se sonrió agradecido y con lentitud, cargó y llenó su famosa pipa de raíz de retama, reluciéndole los ojos misteriosamente entre las espirales de fragante humo que se elevaban hacia el techo.

Se hallaba sumido en sus pensamientos y sus compañeros tuvieron que esperar un poco antes de que se considerara en condiciones de poder comunicarles sus planes de acción.

Al fin, se decidió a hablar.

—La recua de mulas estará pronta para partir mañana a las doce del día. Tenemos que prepararlo todo para emprender viaje lo más pronto que se pueda. Propongo que a la vanguardia vaya Lobangu, que actuará como ojeador en caso necesario.

"Usted, Barbarroja, junto con Tinker, cuidará del centro de la columna, con Spots a cargo de la retaguardia. Haremos una lista de lo que va en cada bulto y de los bultos que van en cada mula y cada uno de nosotros tendrá en su poder una copia de esa lista, de modo que cualquiera pueda hallar lo que necesite, en cuanto le haga falta.

Después de haber conversado un rato sobre generalidades, los expedicionarios se retiraron a dormir.

De acuerdo con lo dispuesto, se levantaron muy temprano al día siguiente y poco después de mediodía emprendieron la marcha camino de la cordillera de los Andes.

Cuando el capataz de los arrieros puso en marcha la primera de las mulas con rumbo al este, Pedro, el sabueso, olfateó cariñosamente la enorme mano del atlético Lobangu.

—Bueno, mi rey de los animales y de los busca-pistas, — dijo el viejo jefe negro acariciando al perro. — Tú eres muy sabio sin duda pero ni aun tú, puedes saber lo que queda del otro lado de esas altas montañas tras de las cuales sale el sol.

Aquella noche acamparon entre unos matorrales. Vigilaron por turno durante la breve noche; pero no aconteció nada y poco antes de que saliera el sol, la expedición se disponía a seguir su avance por los contrafuertes de la majestuosa cadena de montañas.

Continuaron pues, sin que se produjera accidente ninguno, fuera de alguna que otra "disparada" de unas mulas y los correspondientes apuros de los arrieros para volverlas a la fila.

Llegaron hasta lo más alto del paso y ya miraban desde la altura hacia abajo, a las fértiles mesetas de la Patagonia desierta, antes de que tropezaran con algo inesperado.

De improviso se oyó un estampido, procedente de un macizo de árboles y arbustos que quedaba frente a ellos y el arriero que manejaba la primera de las mulas se desplomó hecho un ovillo, la bala le había atravesado la cabeza.

Blake se detuvo en el momento en que llenaba la pipa.

—¡Hola! ¡Ya está ahí nuestro amigo el Hombre Misterio! — dijo, volviéndose, a Lobangu. — El estampido fué de un fusil de reglamento de los del ejército alemán. Creo que mis cálculos y suposiciones resultan exactos. Descarguen la ametralladora que está en la mula número cinco y ayude a los otros a pacificar a las mulas que están dando saltos.

En cuanto oyeron la detonación, Spots, Jolly y Tinker acudieron apresuradamente a ayudar a los arrieros a rodear a las mulas para evitar que, asustadas, se dispersaran

Evidentemente los atacantes habían esperado que se produjera un desbande general, pues no volvieron a hacer fuego en seguida. Con esto dieron tiempo a Lobangu para descargar la ametralladora y llevarla a lo que parecía que iba a ser el frente de combate.

—¡No se muevan de donde están y cuiden de las mulas! — gritó Blake a los asustados arrieros en el momento en que se veían varios fogonazos y retumbaban algunos disparos, procedentes de los matorrales.

Los cuatro amigos se habían situado en primera fila y descargaban sus revólvers una y otra vez, apuntando al sitio donde se habían visto los fogonazos. Lobangu, tras ellos, esperaba el momento de poner en acción la ametralladora.

De pronto, Lobangu se tendió de cara en el suelo y gritó junto al oído de Blake:

—¡Utawna, padre mío! ¡En la cara de esa roca de la izquierda hay un hueco que es la boca de una caverna suficientemente grande para cobijar a todas las mulas y a los arrieros. Se lo digo yo que conozco la naturaleza y lo observé al pasar. Me parece que tú, con Lukuna, y Mulolo y el Sanador se retiren a esa cueva con las mulas y los arrieros porque no sabemos cuántos son nuestros enemigos y si perdemos las mulas, tú, Untwna, no encontrarás nunca lo que vas buscando.

"Yo cubriré la retirada de ustedes a la cueva y me meteré en ella también, después. Veo una niebla rojiza y ya sabes que eso indica que habrá movimiento. Untawna, habrá pelea. Es mejor hacer lo que digo. ¡He hablado!

Blake meditó un breve instante.

Sabía perfectamente que Lobangu poseía sobrenaturales instintos cuando de pelear se trataba. Además el tiroteo se había reanudado con más fuerza y estaba siendo más y más grave la situación. Ya había dos muertos y varios heridos y habían caído algunas mulas.

Se decidió rápidamente. Lobangu tenía razón, como siempre.

Dió las órdenes del caso y los cuatro retrocedieron a retaugardia, dejando delante a Lobangu con su ametralladora.

Un segundo después, el repiquetear de los disparos de la ametralladora rasgó los aires enviando un mortífero chubasco de balas a los emboscados entre las plantas.

Lejanos gritos de angustia y ayes de dolor indicaron que las balas llegaban eficazmente a su destino.

Protegidos por el fuego de la ametralladora, los cuatro hombres se pusieron de pie y corriendo hacia donde estaban las mulas y las hicieron llevar al hueco que se veía en la roca. Como Lobangu lo había supuesto, era aquello la entrada de una cueva, tan extensa y tan grande, que aun cuando entraba mucha luz por la enorme boca, no se le veía el fondo.

Toda la expedición no llegó a ocupar más que uno de los rincones de la cueva de entrada.

Oían el acompasado "rat-tat-tat" de la ametralladora Lewis que se acercaba a ellos a medida que Lobangu libraba su singular combate protegiendo a los que se guarecían en la caverna.

Blake y Losely empuñaron rifles para cubrir la retirada de Lobangu mientras el doctor Jolly atendía a los arrieros heridos y Tinker vigilaba al resto de los hombres.

Los atacantes habían salido ya de su emboscada y avanzaban rápidamente hacia Lobangu amenazando con arrollarle, a pesar del fuego devastador de la ametralladora que diezmaba sus filas.

Les mandaba, al parecer, un hombre alto, con aspecto de europeo. Apuntaba con un enorme revólver de ordenanza, a la cabeza de Lobangu.

Sir Richard se echó el rifle a la cara y apuntó con cuidado. Partió la bala y el hombre se encogió de pronto, cayendo de bruces, al suelo.

La caída de su jefe pareció desmoralizar a sus subordinados. Vacilaron indecisos un momento y por último, dieron media vuelta y huyeron aterrorizados. La lucha había dado fin.

Lobangu se retiró, casi exhausto, acogiéndose a la protección de la cueva. Sus compañeros le abrazaron entusiasmado.

—¡Buena hazaña, mi buen Lobangu!—di-

jo Blake. — Te has ganado en buena ley un trago de tu elixir favorito. ¡Tínker: traiga una botella del agua burbujeante que es la bebida de los reyes!

Un instante después la había sacado de uno de los bultos de equipaje, — tras rápida consulta a la lista-inventario, — y el viejo guerrero bebió con fruición. Le debió sentar muy bien por que en seguida se le pasó el cansancio a pesar de que había realizado esfuerzos sobrehumanos.

—Se trataba de una emboscada hábilmente combinada, Untwana, y hubo un momento en que creí que sus fusiles salían triunfadores por que el hombre que está tendido allá, es un poderoso peleador. Debe ser de la misma nación que el alemán Hartz, a quien lord Lukuna mató en el país de los áscaris.

Blake miró significativamente a sus compañeros de expedición.

—¿Han oido ustedes lo dicho por Lobangu? El que cayó allí, es un alemán. Es, como yo lo suponía, un servidor del Hombre Misterio.

—¿Quién cree usted que es? — preguntó el doctor Jolly.

—Yo no creo nada, doctor. Mé limito a deducir. Pero en este caso supongo que mis deducciones son exactas. De todos modos, vamos atraerle a él y a sus heridos, así podremos poner a prueba la exactitud de lo que Lobangu cree.

Sexton Blake, Losely, el doctor y Tínker formando grupo, salieron a reconocer el terreno, protegidos por Lobangu, que les seguía con la ametralladora Lewis al hombro. Los más valerosos entre los arrieros, accedieron a ayudar a llevar los heridos a la cueva.

Reinaba la mayor tranquilidad en lo que había sido campo de batalla. No se oía nada más que, de vez en cuando, el gemido de algún herido.

Revisaron concienzudamente los matorrales, pero el enemigo había huído. No había ningún sitio entre ellos y la meseta que se distinguía a lo lejos, que pudiera proporcionarle otro sitio donde esconderse o emboscarse.

Procedieron a recoger los enemigos heridos y Blake dedicó especial atención al caído jefe.

Lobangu estaba en lo cierto: era un alemán.

Era un hombre de gran estatura, atlético, de cabello rubio y ojos celestes, con unas espaldas del ancho de las de un toro y con el cutis fino, blanco y sonrosado como el de una niña. Respiraba aún y se hallaba semidesmayado.

Jolly se arrodilló junto a él y desgarró la pechera de la camisa, manchada de sangre, para examinar la herida que había producido aquella hemorragia.

El herido balbuceaba algo entre dientes y Blake, inclinándose hacia él, procuró oir lo que decía:

—¡Digan al jefe que Mahatí hizo cuanto pudo! — fueron las palabras que oyó el detective.

¡Mahatí!

¡El nombre mencionado en el mensaje de telégrafo sin hilos firmado por "El Jefe", que Sexton Blake había logrado sorprender a bordo del vapor San Matías!

Blake y el doctor cambiaron intencionadas miradas. Dejaron de mirar al herido únicamente un momento, pero en tan breve espacio de tiempo el hombre recobró suficientemente los sentidos para poder sacar del bolsillo una pistola automática y apuntar, a distancia cortísima, a la cabeza del detective.

Ni Jolly ni Blake se pudieron percatar de esa acción del herido, pero Tínker, que pasaba en aquel momento, la vió. Sin un sólo segundo de vacilación desnudó su revólver Colt y envió una bala niquelada a atravesar la cabeza del traicionero Mahatí.

Blake tendió la mano y estrechó de todo corazón la de su joven ayudante.

—¡Gracias, Tínker! — dijo con sangre fría pero emocionado. — ¡Me ha salvado usted la vida!

—¡Qué implacable enemigo! — murmuró el doctor de la roja barba, mientras se dirigía a examinar a otro herido.

Blake examinó cuidadosamente la ropa del jefe de sus enemigos. No halló más documentos que un memorandum relativo a un cargamento de vigas de madera de ciprés, escrito en un papel grueso y áspero, semejante al papirus que usaban antiguamente los egipcios.

Estaba dirigido al "señor Malalí, comerciante establecido en Puerto Montt".

—Sin duda ninguna, — murmuró Sexton Blake, — ese cargamento no debe hallarse lejos de aquí. — Las palabras misteriosas de Silas K. Potts acudieron entonces a su imaginación.

" Si ustedes quieren encontrar cocaína, busquen unas vigas de ciprés", había dicho, más o menos, el locuaz estadounidense, que debía saber más de lo que quería decir.

Blake siguió buscando.

De repente encontró un bolsillo secreto, oculto en uno de los pliegues de los calzones de montar o "breeches". Contenía algo suave y plegadizo. Blake metió la mano en aquel bolsillo y sacó una "chuspa".

Era una copia exacta de la encontrada en la casa de Taunton Street, Mayfair, Londres y hasta tenía el mismo reborde de filigrana de oro batido. En una esquina y recortado en el mismo metal tenía las letras siguientes: "W. H. a M."

Blake silbó suavemente y llamó al doctor Jolly que seguía atendiendo a los heridos.

—¡Parece que nos vamos acercando a la pista, Jolly! — dijo, sonriendo.

Después, haciéndose acompañar por Lobangu para que buscara la pista, partió, siguiendo un sendero de la montaña, en procura del cargamento de vigas de madera de ciprés.

No tuvieron que caminar mucho. Pasando los matorrales llegaron a un sitio donde ha-

bía un montón de vigas de madera de ciprés que habían sido sin duda, arrojadas de cualquier manera, sin apilarlas cuidadosamente, por los que las habían conducido.

Lobangu examinó las vigas con marcado interés. Después agarró una de ellas por una punta y la levantó, echándosela al hombro con un alarde de fuerza extraordinario.

Manejó la viga como si fuera un palo que no pesara nada.

La dejó caer, lanzando una gutural exclamación de sorpresa. La viga dió en el suelo sin mayor ruido o al menos sin el ruido que hacía esperar el peso que, por su aspecto, representaba.

Volvió a levantarla y la arrojó de nuevo, con idéntico resultado. Miró a Blake con expresión cómica, maravillado y perplejo. Era aquel un fenómeno que todo su conocimiento sobre las maderas y sus condiciones, nc llegaba a explicar.

—¡Untwana, padre mío, — dijo por último. — el espíritu de la selva ha hechizado el árbol del que sacaron esta viga! No te acerques a ella, no vaya a impresionarte de mala manera.

Blake se rió al oir las palabras del negro y sacó del bolsillo su poderosa y fuerte navaja.

—Me parece que ha sido un espíritu muy negociante, — dijo, mientras daba, en la viga, un golpe seco, con el mango de la navaja.

En lugar de sonar como suena siempre un madero, el golpe repercutió como si la viga estuviera hueca.

Entonces, mientras Lobangu miraba con asombro, abrió la navaja y procedió a sacar astillas de uno de los extremos de la viga. Sucedió lo que el detective esperaba. Habían hecho un ancho agujero en el corazón del tronco y de ese agujero sacó Sexton Blake una serie de pequeños paquetes. Abrió uno de ellos y se esparció un poco de polvo blanco que contenía, en la palma de la mano.

—En este cargamento de vigas de madera de ciprés debe haber cocaína para intoxicar a todo un continente, — murmuró.— Nuestro amigo Potts sabía más de lo que decía, sin duda.

Volvieron a la caverna en busca de un serrucho y regresaron con los demás para que vieran el descubrimiento que habían hecho.

Blake serruchó, seccionándola, una de las vigas.

—Lo suficiente para tener las pruebas necesarias, — dijo. — ¿Qué diría nuestro querido amigo el inspector Lennard si se hallara aquí, con nosotros, en este momento?

—Se quedaría helado de asombro para toda una temporada, señor, — dijo Tinker, haciendo una graciosa mueca.

Regresaron a la cueva en la que, — por haberlo resuelto así Sexton Blake, — establecieron su cuartel general mientras los heridos estuvieran en condiciones de proseguir viaje con las mulas.

Durante la noche se turnaron para vigilar. Sir Richard preparó la antena y el aparato receptor de telegrafía sin hilos por si acaso el cónsul británico en Puerto Montt tenía alguna novedad de importancia que comunicar a "X. B."

CAPITULO QUINTO

La caverna de las momias. — Una advertencia de Lobangu. — El aviso oportuno. — Tínker ve una tribu de pigmeos. — Un espectáculo curioso. — El encuentro con los patagones. — El dije de oro. — La selva hechizada y el Templo de la Aurora. — En busca del Hombre Misterio, el indio de ojos azules. — ¡Ya hemos dado muerte al primer pájaro, pero todavía falta matar a tres!



La mañana siguiente, temprano, mientras el doctor y Tínker atendían a los heridos y escuchaban por si acaso sonaba la extremadamente sensitiva campanilla del aparato receptor de telegrafía sin hilos, Blake, Losely y Lobangu, con Pedro, el sabueso, a retaguardia, comenzaron a revisar y explorar la extensa cueva que les había servido de guarida.

Iban provistos de antorchas eléctricas que, en verdad, no les hacían falta, pues toda la cueva estaba suavemente alumbrada por una filtrada luz azulada que les producía la impresión de que estuvieran caminando por alguna extraña y vasta caverna submarina de transparentes o parcialmente trasparentes, paredes.

Al terminar la cueva exterior llegaron a un angosto pasadizo que conducía al parecer, a un enorme hueco abovedado cuyo techo no alcanzaban a ver.

Antes de entrar allí, Blake esparció por el suelo puñados de harina y siguió marcando de ese modo el camino para no extraviarse al regresar.

Había en aquel sitio un poco menos de luz de modo que no pudieron distinguir bien los objetos hasta que sus ojos se acostumbraron a aquella suave luz.

Habían observado que las paredes de roca de la caverna estaban esculpidas y se veían en ellas extraños jeroglíficos coloreados con un pigmento de color rojo oscuro. Era aquella, evidentemente, escritura de alguna prehistórica raza de gigantes, pues las letras, — si eran letras, — eran de un tamaño enorme, tales como no podría trazarlas de corrido ningún hombre de la estatura de los más altos que ahora viven en el mundo.

De repente Lobangu lanzó un agudo grito y señaló una parte de la pared, situada a algunas varas más adelante.

—Untwana, padre mío, esa es seguramente la extraña bestia de que hablaste, el gigantesco animal que no es ni bestia, ni pez, ni pájaro, y se parece a todos ellos.

Sexton Blake y sir Richard se apresuraron, acercándose al sitio que había indicado Lobangu. Quedáronse transfigurados de

asombro porque allí, delante de ellos, estaba un enorme dibujo trazado en la roca, obra, sin duda, de un hombre primitivo en las antiguas edades, cuando el mundo era joven.

La inmensidad de lo que aquello les hacía pensar les hizo permanecer un momento en silencio, asombrados. No habló ninguno de ellos pero todos se acercaron a mirar de cerca aquel dibujo.

—¡Esto sí que es maravilloso! — dijo Sexton Blake. — Es un dibujo primitivo que representa el plesiosaurio rojo, trazado en esta pared de piedra probablemente muchos años antes del Diluvio. Si no encontramos vivo a uno de esos animales, al menos tendremos la satisfacción de poder presentar una prueba indiscutible de que ese monstruo habitó estas regiones en lejanas épocas.

La cueva se estrechaba entonces formando como el cuello de una botella y los tres expedicionarios avanzaron con precaución.

Pocas varas más adelante, el estrecho pasadizo se ensanchaba de nuevo y desembocaba en una vasta cueva tan extensa que las anteriores, con ser grandes, resultaban pequeñas, comparadas con ella. No era posible distinguir ni el techo, ni el fondo, ni los costados.

Se hallaban en las mismas entrañas de los Andes. En torno de ellos, en pedestales de tallada roca, se veían centenares de momias sentadas, cuyas órbitas vacías se destacaban en aquella luz sepulcral. Era aquel un cuadro como para dar escalofríos al más valiente. Los tres exploradores se detuvieron asombrados e impresionados.

El supersticioso Lobangu se quedó, tiritando, a la entrada gruñendo por lo bajo frases contra los malos espíritus y sus encantamientos.

De pronto calló y su cuerpo se irguió al mismo tiempo que parecía escuchar y mirar con grandísima atención.

Después avanzó, tomó a sus dos compañeros en sus poderosos brazos, como si se tratara de dos niños pequeños y retrocedió con ellos hacia el pasillo de entrada.

—¡Cuidado con el espíritu que queda a la extrema derecha, oh Untwana y usted, Lukuna! — dijo en voz baja mientras le caían por la frente gruesas gotas de sudor. — Tiene ojos que hablan. Miren ustedes bien y lo verán.

Entonces los ojos que habían estado sin vida durante siglos, parecieron animarse. Durante una fracción de segundo,, titilaron.

Lobangu tenía razón al decir lo que había dicho un momento antes.

Durante un momento se quedaron como petrificados, mirando hacia el extremo de la derecha de la cueva.

Hasta el mismo Sexton Blake, el hombre de nervios de acero, se estremeció por una vez en su vida. Tan absortos estaban que no se percataron del rumor de los pasos de alguien que se acercába.

Les sacó de su ensimismamiento un repentino fogonazo y el estruendo de una detonación que repercutió de tal modo en la vasta caverna que se hubiera dicho que el mundo se resquebrajaba.

La momia de los ojos vivientes se tambaleó y cayó con estrépito de su pedestal al suelo.

Se volvieron rápidamente y vieron al doctor Jolly de pie tras ellos con el revólver, humeante aun, en la mano.

Retiráronse a la cueva anterior y allí les explicó el doctor lo que había acontecido.

—Hacía una hora que ustedes se habían marchado, — dijo, — cuando oí que la sensitiva campanilla del aparato receptor del telégrafo sin hilos comenzó a sonar. Escuché el mensaje, dirigido a "X. B." y decía así: "Malalí les advierte a ustedes que deben desconfiar de la caverna de las momias."

"Sospechando que la caverna mencionada en el despacho podía encerrar alguna traidora emboscada, partí en busca de ustedes y llegué en el momento en que Lobangu les dirigía su advertencia. Miré y noté el momentáneo brillar de los ojos de la momia. Entonces levanté el revólver e hice fuego.

—Muy agradecidos a usted, Lobangu, amigo mío, — dijo sir Richard. — Si usted no hubiera salvado a Malalí de aquel entrevero, en Puerto Montt, él, probablemente, no se hubiera tomado la molestia de ir a ver al cónsul y darle aviso de lo que nos amenazaba en la cueva de las momias.

—¡Sí! — dijo Blake secamente. — Es probable que Malalí se sienta inclinado a ayudarnos, además, porque espera negociar con nosotros, por intermedio de Silas K. Potts, en lo referente al plesiosaurio. Por eso se ha tomado ese interés por nuestras vidas. De todos modos, "todo ha ido bien cuando termina bien", dice el refrán. Regresemos a la cueva y examinemos al que fué descubierto por Lobangu, al espíritu con ojos que hablan.

Volvieron a entrar en la caverna de las momias con las armas preparadas para hacer uso de ellas en el momento necesario. La momia estaba boca al jo, donde había caído. Toda la parte de atrás de la cabeza había sido ahuecada y los agujeros de los ojos, abiertos, de modo que un hombre oculto detrás, agazapado, podía ver lo que pasara en la cueva sin que le vieran a él. Detrás del pedestal de roca en el cual había reposado hallaron el cuerpo de un hombre muerto por una bala que le había herido en la cara, atravesándole el cráneo.

—No fué mala la puntería, amigo Barbarroja, — observó sir Richard, que era conocedor en cuestión de tiro.

No hallaron nada, en el cadáver, que permitiera suponer que el hombre estaba en relación con el Hombre Misterio, pero la advertencia de Malalí era suficiente prueba. El examen de lo restante de la cueva de las momias no reveló la presencia de ningún misterio más.

No continuaron más adelante, por las cuevas, aun cuando Lobangu estaba convencido, por varios signos que sólo él sabía interpretar, de que se extendían millas y millas debajo de los Andes.

—Algún día volveremos aquí. Untwana y

caminaremos por debajo de las montañas hasta volver a salir a la luz del sol, del lado por donde surge el sol, — dijo Lobangu.

—¡Quién sabe! — dijo Blake mirando hacia el lado donde, traspuestas las interminables llanuras, se extendía el océano Atlántico.

La expedición se detuvo allí algunos días más y al fin, Blake decidió que ya estaban en condiciones de ponerse nuevamente en marcha, reanudando su largo viaje.

El descenso por el lado del Este de los Andes fué realizado sin incidente hasta llegar a las laderas inferiores donde, al cruzar una zona de inexplorada selva, guiados por el extraordinario instinto de Lobangu, se encontraron con una desconocida tribu de pigmeos.

Tínker, que fué el primero que los vió, creyó que eran monos; pero el doctor, que los vislumbró un momento con sus poderosos gemelos prismáticos, se mostró muy excitado ante tal descubrimiento y declaró que pertenecían a una raza de hombres desconocida para la ciencia.

Todas las tentativas que hicieron para aproximarse a ellos resultaron fútiles hasta que Blake explicó lo que sucedía a Lobangu, que se sonrió y acarició cariñosamente su corta lanza.

—¡No, Lobangu! — dijo Blake, procurando calmarle. — Esos hombres chicos no son enemigos nuestros. No queremos combatir; el Sanador querría conversar un poco con ellos. Pero están asustados y huyen de nosotros que quisiéramos ser amigos suyos.

Despojándose de todas sus armas, el viejo guerrero se internó en la espesura, avanzando más de cien yardas y permaneció inmóvil.

Mientras se hallaba de pie, destacándose a la luz del sol que doraba todo el paisaje circundante, Lobangu parecía ser la estatua de algún primitivo dios de la guerra.

Echó hacia atrás la cabeza y entonó un extraño cántico de curiosa y rara melodía que se asemejaba al gemir del viento en los árboles.

—¡El llamado del juncal negro! — dijo sir Richard. — He visto, repetidas veces, a los animales salvajes de la más intrincada selva, responder a ese llamado y acercarse amistosamente a Lobangu.

Entonces fué cuando se produjo algo que pudo considerarse como muy extraordinario.

Uno por uno los pequeños habitantes de la selva, miraron desde donde estaban escondidos y después se acercaron hasta rodear todos ellos a Lobangu.

—Parece un dibujo del libro de "Los viajes de Gulliver", — dijo Tínker. — ¡Qué escena divertida, señor!

Tínker tomó en seguida su máquina fotográfica y sacó varias instantáneas de aquella notable y tan poco común, escena.

El doctor Jolly, mientras tanto, con la pasión del verdadero hombre de ciencia que procura documentarse sobre todo cuanto ve, había armado la cámara cinematográfica y estaba ocupado en impresionar algunos metros de película.

Era un espectáculo muy raro. El gigantesco zulú paseaba por un estrecho sendero de la selva rodeado de un montón de negritos y negritas que danzaban en redor de él como los gnomos de los cuentos de hadas.

Sin temer nada porque Lobangu les guiaba, se acercaron a donde estaba la expedición y rodearon a los viajeros y lanzaron curiosos gruñidos al ver a aquellos hombres blancos, los primeros que veían en su vida, con seguridad.

Miraban con asombro el color del cutis de los viajeros y los más atrevidos llegaron a tocarlos para ver si eran personas de verdad.

Eran como unos cincuenta pigmeos. No tenían más ropa que unos taparrabos de hojas tejidas. El color de su piel era de un negro rojizo. Tenían los pómulos salientes y los ojos oblícuos de los mongólicos y no tenían más de cuatro pies de estatura. Sus únicas armas eran diminutos arcos y flechas, que parecían de juguete.

A los pigmeos les fué muy simpático el corpulento doctor de cara risueña y barba roja y se reían a carcajadas mientras él les examinaba y les medía. Se les figuraba, sin duda, que todo aquello era cosa de broma. Tínker, cuyo conocimiento de las tribus salvajes, — derivado en casi su totalidad de la lectura de libros de aventuras, — era profundo, sacó de un bulto del equipaje varios collares de cuentas de vidrio y otras baratijas, y la distribuyó entre los pigmeos, que las recibieron con grandísima satisfacción.

Entonces Lobangu, levantando las manos lo más alto que pudo, lanzó un grito penetrante parecido al del halcón. En un segundo desaparecieron todos los pigmeos. Fué como cosa de ensueño.

Dos días después el grupo salió de los contrafuertes de los Andes y se halló en las vastas llanuras de la Patagonia. En los principios del viaje resultó dificultoso, pues tenían que cruzar una zona pantanosa salpicada de matorrales.

Encontraron varias lagunas de agua salada, unas con una clase y otras con otra clase de sales, procedentes de fuentes minerales. Llegaron después a una región fértil poblada de indios patagones, — altos, musculosos, de buena presencia, — entre los cuales el doctor Jolly tuvo ocasión de hacer interesantes estudios sobre los efectos de la coca, pues todos mascaban, más o menos, las hojas de esa planta.

Había en esa zona numerosas plantas de coca. Formaban como matorrales espinosos de seis a ocho pies de alto, con hojas brillantes, de sabor fuerte.

Pronto pudieron observar como se empleaba esa planta, pues se hallaron con un grupo de cortadores de leña que habían hecho alto para entregarse a la masticación de la coca.

Cada uno, con su correspondiente "chuspa" en la mano, mascaba con fruición el puñadito de hojas secas que se llevaba a la boca.

Blake dispuso que acamparan allí dos días para que el doctor pudiera hacer sus investigaciones y recoger muestras botánicas.

El capataz de los leñadores era un pata-

gón alto y esbelto, de inteligencia superior, sin duda, que hablaba corrientemente el español, idioma que, como es sabido, hablaba también Sexton Blake.

El detective había oído que los leñadores hablaban en español, así que se dirigió a su campamento y los saludó en ese idioma. El indio contestó al saludo con grave dignidad y sonriendo de modo que descubrió dos filas de dientes iguales y blanquísimos.

—¿Qué están ustedes cortando? — preguntó Sexton Blake, cortésmente.

—Ciprés, señor, en el bosque que está allá, — contestó el capataz señalando hacia el lado del Este donde se veía una arboleda que iba de un lado al otro del horizonte.

Blake pensó un momento y después, llevando la mano al bolsillo, sacó una cajita de la que extrajo el dije que le había sido entregado por don Martín Martínez, en Puerto Montt.

Adelantó la mano poniendo el racimo de "uvas magallánicas" de oro ante la vista del capataz patagón.

El efecto que hizo fué mágico.

El hombre se inclinó, haciendo una cortesía y se llevó la mano derecha al corazón.

—¡Dios mío! — exclamó. — ¡Entonces el señor es amigo del patrón! ¡Así que usted debe ser el que ha de encontrar a la señorita! ¡Muy bien, señor!

Blake se sintió perplejo aun cuando sabía que los indios poseen medios para comunicarse entre ellos a grandes distancias y rápidamente; medios que los europeos no han podido descubrir nunca.

El patagón notó la expresión de sorpresa del rostro de Sexton Blake.

—Lo he sabido por la voz de la tribu, — dijo, llevándose la mano a la frente. — Por medio del ave que emigra y del potro salvaje que susurra a través de las grandes distancias. El señor es valiente y fuerte, — agregó, dirigiendo una mirada al campamento. —Pero Mahatí, el servidor del Hombre Misterio es valiente y es fuerte, también. ¡Cuidado con él! En sus manos lleva la muerte silenciosa.

—Mahatí ha muerto. — dijo Blake. — Nos atacó en el sendero del Este, junto a la caverna de las momias y le matamos de un tiro.

—¡Dios mío! ¡Esa si que es una buena noticia! Si el señor logra dar con el paradero del Hombre Misterio en la selva... Y le advierto que el Hombre Misterio es el indio de los ojos azules... Entonces si que, una vez más, podremos, los hombres honrados trabajar en paz y recorrer los bosques sin temor.

"¡El indio de los ojos azules!"

Blake recordó una vez más la terrible cara que había visto en la casa de Taunton Street, en Mayfair, con los ojos celestes horrorizados y el cabello enteramente negro.

—¿Le ha visto usted alguna vez o le ha visto alguno de sus hombres? — inquirió Blake.

El patagón se estremeció.

—No, señor, pero corre de boca en boca una leyenda según la cual el Hombre Misterio mora en la selva hechizada, en el Templo de la Aurora, al que no pueden entrar más que los sacerdotes de su culto.

—Es raro — dijo Blake. — Aun cuando he traído con mi gente a varios heridos, de los hombres de Mahatí, no he podido lograr que ninguno me diga nada sobre la residencia, ya sea del mismo Mahatí, ya de su patrón, el Hombre Misterio.

—No deben saberlo. Son peones y nada más. Reciben su carga en el bosque hechizado para llevarla a su destino. Pelearon contra contra ustedes porque Mahatí les dijo, seguramente, que eran ustedes brujos blancos que venían con el propósito de arrojar contra ellos a los malos espíritus o a quemarles lentamente en una hoguera de leña verde.

—Su patrón, don Martín Martínez, me dijo que usted me prestaría decidida ayuda en todo caso que se presentara. Búsqueme un hombre que sea capaz de acompañarme hasta la entrada de la selva hechizada donde está el Templo de la Aurora.

El patagón se inclinó reverente.

—Su deseo será cumplido, señor. El racimo de oro lo manda. Mañana, al amanecer, Chico, el capataz de los hombres que están ahora en el bosque, se encontrará aquí. Es indio de la zona de los pantanos de las fuentes del río Chubut. Se pondrá por entero a sus órdenes.

Sexton Blake, muy contento, regresó a su campamento. La enredada madeja empezaba a desenredarse.

Cuando llegó a la tienda de campaña que les servía de comedor, Jolly, con Lobangu y tres de los peones, llegaron también. Venían casi ocultos bajo grandes atados de ramas de planta de coca.

El corpulento doctor dejó caer su carga.

—¡Ya he terminado el estudio de la planta de la coca! — anunció, satisfecho.

—¡Bien! — dijo Blake. — ¡Ya está muerto el primer pájaro! ¡Pero aun nos falta matar a los otros tres!

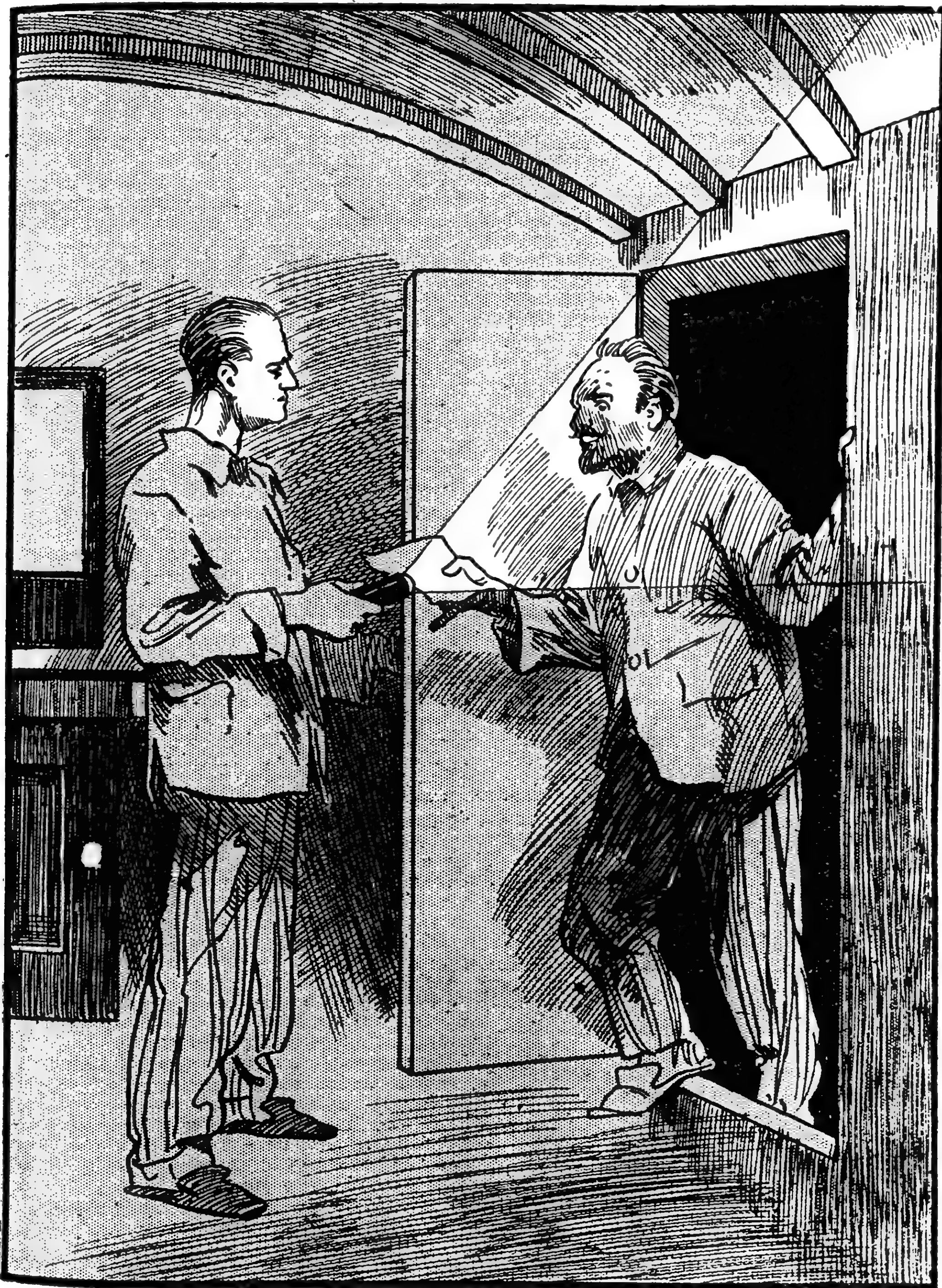
CAPITULO SEXTO

Los indios del Chubut. — La expedición en marcha. — Al entrar en el bosque. — Lobangu avanza. — Un encuentro impresionante. — La huella femenina. — Ante el Templo de la Aurora. — Las casas de alojamiento y el aserradero. — Indagando. — El cautivo de Lobangu. — Sexton Blake expone el plan de ataque.



MEDIA hora después de salir el sol el alto patagón entraba en el campamento de los expedicionarios, con Chico, el capataz indio. Haciendo una cortesía le presentó, explicando lo que de él se esperaba. Después se retiró, no sin antes hacer votos por el buen éxito de la tentativa.

Los expedicionarios sim-



A la puerta del camarote de Sexton Blake estaba el capitán Pedrosa. Vestía su traje de pyjama y, a la luz de la antorcha eléctrica, el detective pudo notar que tenía el rostro lívido y temblaba de pies a cabeza. En sus temblorosos dedos sostenía una hoja de papel que puso en la mano de Blake. "¡La muerte silenciosa!", dijo con voz ronca. ("Sexton Blake en Sud América", Capítulo Tercero.)

patizaron en seguida con Chico, especialmente Lobangu, que pareció hallar en él determinadas condiciones de las que no estaban dotados los demás.

—Has tenido buena mano, Untwana. Este hombre pertenece a la tribu de los pantanos que habla el lenguaje que no necesita voz. No te engañará por cierto y no se extraviará de la senda que conduce al sitio a donde quieres ir, — dijo.

A Sexton Blake le fué muy agradable oir esas manifestaciones de labios de Lobangu porque tenía plena confianza en su habilidad para conocer a la gente. Así que decidió dirigirse inmediatamente en busca de la selva donde estaba el Templo de la Aurora.

Una hora después habían partido ya dirigiéndose con Chico en calidad de guía, por la huella ondulante que seguía hacia el horizonte del Este.

Blake, que tenía su manera de pensar sobre la misteriosa organización que, según parecía, tenía aterrorizada a toda la región comprendida entre Puerto Montt y el río Chubut, mostró a Chico el memorándum, referente a la madera de ciprés, que había encontrado en un bolsillo de la ropa de Mahatí. El indio examinó el burdo papel en que estaba trazado, durante un momento y con gran interés.

—Esto es curioso, señor, — dijo. — Este papel está hecho con una planta que sólo crece en las inmediaciones de los pantanos del Chubut. Lo que también es extraño es que las vigas de madera de ciprés que los hombres de Mahatí llevaban periódicamente hacia el Oeste, no llegaran nunca a la costa.

—No creo que llegaran en verdad, — replicó Blake enigmáticamente. Y después murmuró entre dientes, sin que lo oyese su compañero. — Pero el contenido de las vigas, sí llegaba.

En aquel momento entraban en una extensa y abierta llanura cubierta de hierba, donde por primera vez, Blake y sus compañeros pudieron tener ocasión de ver cómo cazan allí los guanacos, por cierto abundantísimos. Montados en rápidos caballos criados en las llanuras y enseñados a propósito, los indios persiguen a los guanacos ayudados por sus perros.

El arma que emplean para esa caza son las "boleadoras", consistente en una larga soga a cuyo extremo y unidas a sogas que tendrán como una yarda de largo van generalmente dos bolas de piedra un poco más grandes que un huevo de gallina.

En manos de un hombre hábil ese instrumento es mortífero. Se arroja hacia la víctima más o menos como el lazo y rara es la vez que su golpe no mata al guanaco.

Una mañana un guanaco apareció a lo lejos y uno de los indios se lanzó en su persecución.

Cuando estaba cerca de los expedicionarios después de haber descrito un semicírculo a todo galope, el indio arrojó las boleadoras que describieron una extraa curva en el aire y terminaron por enroscarse en torno del cuello del animal, ahogándole.

El guanaco cayó casi a los pies de los expedicionarios.

—¡Oh! — exclamó Lobangu con los ojos relucientes. — ¡se es un buen modo de matar, Untwana! La víbora de dos cabezas que vuela es un poderoso elemento de caza. Voy a llevar una a Etbaia y a enseñar a mi pueblo a manejarla.

Sir Richard, que a pesar de todo lo que había viajado no había visto nunca cazar con boleadores, se interesó mucho y en cuanto pudo le compró el arma a uno de los cazadores. Tinker estaba entusiasmado y tomó algunas instantáneas de lo pasado.

Sexton Blake que había llevado al doctor a un lado cuando comenzó la cacería, llegó junto al animal muerto precisamente en el momento en que el indio estaba desenvolviendo la soga del cuello del guanaco.

—Si usted quiere tomarse la molestia de examinar la señal, Jolly... Creo que va a encontrar en ella algo interesante.

El doctor se arrodilló y levantó la cabeza del guanaco, apoyándose en una rodilla y la inspeccionó detenidamente, con profesional habilidad. Casi en seguida silbó suavemente y levantó la cabeza, mirando a Blake con una expresión de agudo convencimiento.

Se veían unas líneas lívidas que cruzaban y volvían a cruzar sobre sí mismas, en torno del cuello, y debajo de cada oreja había un bulto, hinchado y acardenalado, del tamaño de una moneda de cinco chelines. Jolly se levantó y se irguió como el que acaba de enterarse de algo sobre lo cual dudaba.

—Ahora sabe usted ya como fué que dieron muerte a Fritz Hammerstein, — dijo Sexton Blake.

Día tras día la expedición se abrió paso por entre la alta vegetación de la extensa llanura, acercándose cada vez más a la distante línea de arboleda. Siguiendo el consejo de Chico, el que manifestó que se trataba de gente inofensiva, Blake había dejado en libertad a los hombres de Mahatí. El detective les había manifestado que tenía intención de cazar al plesiosaurio rojo cuando hubiera liquidado la cuenta del Hombre Misterio. Al enterarse de esa noticia se mostraron enormemente excitados.

Un indio del Chubut, nacido y criado en los pantanos de las fuentes de ese caudaloso río, había oído relatar una extraña leyenda en la qeu se hablaba del extraordinario animal. Esa leyenda había, de padres a hijos, llegado hasta él. Pero no sabía nada del hecho de que, según testimonios dignos de toda fe, se había visto un ejemplar viviente del gigantesco plesiosaurio hacía pocos meses.

—Pero no me sorprende, señor, — dijo el indio, — porque cuando yo era pequeño oí decir más de una vez que, en los pantanos, se veía, a veces un monstruo de figura rarísima y, sobre todo, que se oían extraños ruidos. Nos decían que esos ruidos los hacía el espíritu de las aguas y que no era bueno ir a ver de donde salía porque todos los que habían ido, habían encontrado la muerte.

Fué tal el interés que demostró Chico por esa parte de la expedición que, a indicación

de Lobangu se le invitó a acompañar a los expedicionarios en la gran cacería.

Se mostró muy entusiasmado, y cuando, un día, se encontraron con un grupo de seis indios, Blake procediendo según consejo del astuto guía, los contrató para ayudarle en esa faena.

Pero Blake tenía una razón más para proceder así. Aquellos hombres eran hábiles en el manejo de las armas de fuego y no tenían miedo de la selva hechizada, dos puntos dignos de ser tenidos en cuenta puesto que ninguno de los hombres de Malalí había accedido a pentrar en el bosque maléfico.

Los recién contratados eran gente alegre y que comentaba con desprecio la leyenda del Hombre Misterio y se reía de los que decían que se asustaban de los gritos que se oían en la selva durante la noche. Suponían que esos gritos debían ser los lamentos de alguna bruja a la que tenían prisionera en castigo de sus fechorías.

Sexton Blake pensaba que había otra explicación mucho más acertada, pero no dijo absolutamente nada.

Se encontraban ya a cinco millas de la entrada de la selva hechizada donde se hallaba el Templo de la Aurora y decidióse hacer alto en aquel sitio e instalar su campamento del que partirían los miembros de la expedición, con los seis indios de la región pantanosa. Chico se quedaría a cargo del campamento y Lobangu guiaría a la expedición de acuerdo con las intrucciones que Chico le había dado.

Para esta parte del viaje decidieron ir en caballos que habían comprado a los leñadores de don Martín Martínez por considerarlos mejores y más apropiados que las mulas, a ese trabajo.

Sir Richard, como encargado del armamento, se ocupó de que todos fueran bien equipados. Además se le dió el cargo de dirigir la campaña mientras Lobangu actuaba como ojeador y guía. Tinker tenía la misión de vigilar a los caballos que llevaban el équipaje y Pedro, Blake y el doctor Jolly, seguirían a la retaguardia ocupándose además de vigilar a los indios de la zona pantanosa.

En cuanto apareció en el oriente la primera luz del nuevo día, la expedición se puso en marcha, guiándola Lobangu por el camino que Chico le había indicado.

Fué fácil avanzar durante las primeras cinco millas, pero después cambió por completo el aspecto del paisaje. Se hallaban ya a la entrada de la selva.

No había rumbo marcado que adoptar porque Chico no había pasado nunca de allí. Todo lo que se podía hacer era confiar en el instinto de Lobangu y en su maravillosa habilidad para orientarse entre bosques y matorrales.

El bosque frondoso sucedía bruscamente a la llanura cubierta de hierba. Cuando se internaron entre los árboles sólo pudieron ver árboles y otra vegetación por todas partes. Era tan tupido el ramaje que casi no pasaba el radiante sol y los expedicionarios avanzaban en una media luz verdosa a la que podían distinguir los hermosos ejemplares de alerces, cipreses, araucarias y otros árboles de la región. El bosque estaba poblado de loros verdes de larga cola y de pájaros-moscas.

—El Hombre Misterio, si realmente existe, ha escogido bien su refugio, — dijo sir Richard.

Se reunieron para celebrar un breve consejo de guerra a fin de discutir las medidas que convenía adoptar.

Los rifles no podían servirles de gran cosa en aquel paraje, así que los dejaron en las monturas de los caballos. Cada uno de los expedicionarios se armó con una pistola automática, un pesado revólver Smith y Wesson y un par de granadas de mano, que llevaron en los bolsillos del saco.

Lobangu les había enseñado pacientemente el grito de los lobos árticos, de modo que mediante ese llamado, de sonido que no podía confundirse con ningún otro, los expedicionarios podrían pedir socorro y estar en en contacto, relativamente.

El grupo se formó en un orden determinado previamente, y, con Lobangu un poco adelante, penetró en la media luz de la frondosa selva. Durante una hora avanzaron a paso de tortuga sin perder de vista a Lobangu que iba buscando la pista. De improviso dejaron de ver al guía y el pequeño grupo se detuvo.

Permanecieron en silencio mientras se miraban con ansiedad los unos a los otros. No había en sus cerebros más que un sólo pensamiento.

¿Era posible que Lobangu hubiera caído en una trampa?

Tenían el sistema nervioso en extraordinaria tensión y aun los caballos sentían la tirantez del ambiente y gemían con nerviosidad.

A poco, de lejos, muy lejos, repercutiendo en los ecos de la bóveda de follaje de la selva, llegó hasta ellos el fúnebre aullido del lobo.

Era Lobangu el que les llamaba.

El grupo se apresuró a ir al sitio de donde llegaba el aullido que era repetido sin cesar, de vez en cuando.

Encontraron a Lobangu de pie en un pequeño claro del bosque, limpiando de sangre la ancha hoja de su lanza de mano. En el suelo estaba tendido el cuerpo de un corpulento mestizo, medio europeo, medio indio, de ojos celestes, cutis oscuro y cabello negro.

A Lobangu le relucían los ojos.

—Había tres más, Untwana, a pocos pasos el uno del otro y ocultos por los troncos de grandes árboles. Eran los ojeadores, y yo llegué hasta ellos, uno por uno, arrastrándome boca abajo como la serpiente.

"Al primero le alcancé con la punta de la lanza antes de que pudiera lanzar un grito; a los otros les sorprendí también, de modo que ninguno tuvo tiempo de avisar a nadie.

Se arrodilló en un sitio donde las plantas del suelo habían sido pisoteadas, e indicó algo que se veía en un sitio en que había poca hierba.

¡Era la huella de la pisada de un zapato de mujer!

—¡Además he oído el grito, un grito que no se parece ni al de la fiera ni al del pájaro! ¿Oyen?

Callaron todos los expedicionarios y escucharon en el más completo silencio.

Al cabo de unos segundos oyeron, lejano, el grito de una mujer... Una nota de terror y de angustia que desgarraba el corazón oirla.

Los hombres apretaron los dientes e impulsados por el furor y la indignación, siguieron la pista que indicaban, con intermitencias las pisadas de mujer.

Después de unos cuantos minutos de marcha llegaron a otro pequeño claro de la selva, donde los rayos del sol penetraban con toda la energía de su potencia.

Aquella era sin duda, la Plaza del Tormento porque veíase en redor, colgados, varios cadáveres de hombres y había montones de huesos semi carbonizados que indicaban elocuentemente cómo habían hallado la muerte aquellas víctimas.

—Alguien tendrá que ser castigado por haber hecho esto, — murmuró sir Richard.

—Sin duda, — afirmó Sexton Blake.

Cien yardas más lejos, Lobangu se detuvo de nuevo e hizo señas a sus compañeros, indicándoles que se acercaran a él.

Los expedicionarios se aproximaron silenciosamente a donde estaba el guerrero.

Se hallaba de pie en un terreno cubierto de plantas pequeñas, mirando por un hueco que había abierto moviendo hacia un lado unas ramas. A su indicación Sexton Blake y luego los otros, miraron con asombro al ver lo que allí se presentaba ante sus ojos.

A algunos centenares de yardas de distancia, a la orilla del una pequeña meseta desnuda de árboles, se elevaba un edificio con cúpulas de blanquísimo alabastro, construído sobre una base de reluciente pórfido, que brillaba a la luz del sol como el centellear de miles de piedras preciosas.

Sexton Blake contuvo la respiración, impresionado ante el espectáculo de tan extraordinaria belleza.

Aquel debía ser el Templo de la Aurora, que de tan lejos habían venido a encontrar. Su pura y blanca belleza se avenía mal con los tenebrosos antecedentes del hombre que en él vivía, porque no era posible dudar de que aquel era el cuartel general del Hombre Misterio.

Este convencimiento cimentábase al ver el aspecto de los edificios adyacentes, que estaban al lado del Oeste del antiguo templo. Cerca de él, a unas veinte yardas, se veía una casa cuadrada que debía servir para oficinas y depósitos. Más allá estaba una construcción larga y baja, de madera, que tenía dos pisos y que, según lo calculó Sexton Blake, debía ser alojamiento del personal, — en el piso alto, — y caballeriza y cochera, en el bajo.

Más lejos todavía, estaba el importante aserradero. A un lado se levantaba un alto mástil, que destacaba su erguida y escueta línea sobre el blanquecino cielo. Era el poste que sostenía un extremo de la antena de telegrafía sin hilos.

—¡Un establecimiento modelo para la explotación de la madera de ciprés! — murmuró Sexton Blake irónicamente.

Los expedicionarios celebraron un nuevo consejo. Era necesario adoptar un plan de ataque. De cualquier modo que decidieran proceder, debían hacerlo con rapidez, antes de que pudieran defenderse los que estuvieran e la vanguardia enemiga.

Sexton Blake trazó un croquis del sitio para que les facilitara la preparación del plan. No era posible, — y esto lo comprendieron en seguida, — atacar de frente, pues la meseta no tenía árboles y no había probabilidad de poder avanzar sin que les vieran.

De pronto, Lobangu habló.

—He pensado un plan, Untwana y voy a explicarlo. Como ustedes ven, la selva rodea al templo por tres lados y termina en una franja de altas hierbas. Ahora bien, lo que se me ha ocurrido, es lo siguiente:

" Primero buscaré el sendero que conduce a la parte de los fondos del templo y después, deslizándome boca abajo, por entre las hierbas, espiaré cómo está dispuesto todo, así como la clase de entradas que tiene la fortaleza del enemigo. Una vez sabido esto, podremos preparar el plan de ataque con conocimiento de causa. ¿No le parece bien, Untwana? — dijo Lobangu.

—¡Excelente plan! — dijo Blake. — Pero me parece demasiado arriesgado. Pueden descubrirle y separarle de nosotros.

—Por mi no tema nada, — replicó el viejo jefe. — En medio de la selva me encuentro como el pez en el agua. ¿No conozco acaso hasta el "llamado del bosque" mediante el cual hasta las estrellas acuden en mi auxilio?

—Sea, pues, como usted lo desea, Lobangu, — dijo, gravemente, Blake. — Pero proceda con cautela. Antes preferiría perder la vista y la mano derecha que saber que a usted le había sucedido una desgracia, mi viejo amigo.

Un momento después Lobangu había partido, desapareciendo silenciosamente por entre las sombras de la selva.

Pasó una hora, dos horas y los expedicionarios comenzaban a sentirse angustiados, cuando, de pronto, Lobangu se presentó ante ellos tan repentinamente como se había marchado.

Traía de la muñeca a un hombre, — un indio delgado y pequeño, — que tenía los ojos cubiertos por una venda y estaba amordazado.

—Esto es bueno, Untwana, — dijo. — Cacé a este hombre entre las altas hierbas, lo mismo que el perro caza al tuco-tuco y hablándole suavemente, conseguí que me dijera algunas cosas.

Los expedicionarios sonrieron, apreciando en cuanto valía la hazaña del viejo guerrero. Si se hubiesen atrevido a romper el silencio se hubieran reído a carcajadas.

Sir Richard tocó la ancha hoja de la corta lanza que Lobangu tenía en la mano.

—¿Hablándole suavemente con esta lengua de acero? — preguntóle, sonriendo.

Lobangu no contestó. Ató al prisionero a la cincha de uno de los caballos y le quitó la mordaza, aun cuando dejándole vendado.

En realidad habíase enterado de bastantes cosas mediante aquella infeliz criatura.

Se había enterado de que el Templo de la Aurora sólo era utilizado como residencia de los misteriosos indios de ojos azules que castigaban a los de las otras tribus a quienes hacían cautivos y les hacían trabajar amenazándoles, revólver en mano. También tenían cautiva a la mujer bruja, que, por la noche, lanzaba tan extraños gritos.

El edificio adyacente era, como Blake lo había supuesto, el de las oficinas y los depósitos, donde trabaajban los otros hombres de ojos azules. Después estaban las habitaciones de los indios inofensivos que trabajaban en el gran aserradero.

Las habitaciones de los indios estaban en el piso bajo del vasto edificio de madera, pero el indio capturado por Lobangu, no sabía qué era lo que había en el piso alto del mismo edificio. Allí no se dejaba entrar a ningún indio. Sólo entraban los hombres misterio que infundían tan intenso terror a los nativos.

Sexton Blake sonrió gravemente.

—Bueno, Lobangu, ahora que usted se ha enterado de todo eso, — dijo el detective,— ¿qué proceder es el que nos aconseja?

El viejo jefe pidió el plano que Blake había trazado y señaló en él la situación de las puertas y las ventanas de los varios edificios.

—Como usted lo sabe ya, Untwana, no hay puertas qué den a los lados de la meseta, lo que es una suerte, pues nos permitirá concentrar nuestras fuerzas sobre el costádo del Norte, del lado del bosque.

—No se ha equivocado mucho, Lobangu, — observó Spots. — Usted hubiera sido un excelente ingeniero.

—Este es, pues, mi plan, Untwana: Tomemos lós caballos y por un sendero que he descubierto, pasemos a los fondos del Templo de la Aurora, donde podremos acampar a la orilla del bosque.

"Les sorprenderemos a la hora en que descansan para mascar la coca, cuando todos los hombres, entregados a su vicio favorito, se hallen desprevenidos. Usted, Lukuna, encenderá una de ésas luces que van por los aires, y mientras la miren, atacaremos.

—Recuerden. — dijo Sexton Blake, — que el Hombre Misterio es mi pájaro, el pájaro número dos, así que cuando llegue la ocasión tengo que atacarle frente a frente, arreglando cuentas directamente con él.

"A esos indios de ojos celéstes les haremos fuego sin el menor reparo si muestran intenciones de pelear. Pero los obreros son verdaderos esclavos y trataremos de dañarles lo menos posible.

"La idea de Lobangu de encender un cohete volador luminoso, es excelente.

"Propongo que nos dividamos en la siguiente forma: el doctor y yo, con tres de los indios, nos dedicaremos al Hombre Misterio y a los que le acompañen.

"Usted, Tinker, el más joven de la partida, tratará de penetrar en el Templo de la Aurora y de encontrar a la hermosa cautiva.

"Le voy a dar el dije de oro de don Martín Martínez, de modo que ella pueda darse cuenta de que es usted un amigo.

Tínker se puso muy colorado, pero las órdenes de su patrón eran ley, así que no le quedaba más que obedecer.

—Si usted no tiene inconveniente, Spots, he pensado que, con los otros tres indios, se ocupe de vigilar el aserradero. Los trabajadores de piso bajo no darán que hacer. Supongo que les gustará mucho encontrar ocasión de escapar, pero creo que tal vez tengan que hacer algo contra algunos hombres de ojos celestes que saldrán del piso alto.

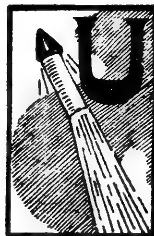
"No creo que sea conveniente meterse con ellos, si optan por escapar, a menos que usted no quiera guardarlos como mascotas.

"Y nuestro viejo amigo Lobangu, con su ametralladora, podrá apuntar al alojamiento de los hombres y ayudarnos a nosotros en caso de que sea necesario.

El plan de Sexton Blake fué aceptado por unanimidad.

CAPITULO SEPTIMO

La pelea de la meseta. — El ataque. — Los trabajadores huyen. — En la oficina. — Los indios de ojos azules. — El encuentro con el Hombre Misterio. — La "muerte silenciosa". —Fátima Martínez en libertad. — Los despachos por telégrafo sin hilos. — La despedida de la Perla de los Andes. — En viaje a Puerto Montt. — El fin de la instalación de los traficantes de cocaína. — La partida en busca del plesiosaurio



UNA hora después o sea en el momento del día que los trabajadores dedicaban a mascar la coca, un gigantesco cohete volador se elevó por los aires y estalló esparciendo miles de estrellas de colores que relucieron pálidamente a la luz del sol. Aun cuando no brillaron aquellos puntos de fuego multicolor como hubieran brillado de noche, resultaron más que suficientes para sembrar la consternación en el personal del grandioso aserradero.

Mucho antes de que sus ocupantes pudieran darse cuenta de que se hallaba cerca un enemigo, el pequeño grupo había ocupado las posiciones preconvenidas. El estallido de una granada de mano delante de la puerta de las oficinas, completó la obra.

Como Blake lo había supuesto, los trabajadores indios huyeron, chillando de terror, hacia la selva dejando a Lobangu en libertad de ayudar a los que iban hacia las oficinas.

Mientras tanto sonaban detonaciones en el piso alto del aserradero. Se comprendía que Spots y sus compañeros habían entrado en acción. Ya había caído uno de sus hombres y Blake le había enviado otro para que ocupara su puesto.

Los indios de ojos azules parecían estar muy versados en las artes de la guerra, pues hacían uso de rifles de almacén, de sistema moderno y tiraban con una precisión admirable.

—¡Dirija a las oficinas unos cuantos tiros de ametralladora! — gritó Sexton Blake a Lobangu. — Vaya después a ayudar a Spots. Creo que necesita ayuda.

Los proyectiles de la ametralladora Lewis pasaron a través de la tablazón que formaba las paredes del edificio de las oficinas con toda facilidad y aprovechando un momento en que decayó el tiroteo, Sexton Blake y Jolly, con sus hombres se precipitaron hacia la puerta y penetraron en la oficina exterior.

En cuanto entraron, tres hombres corpulentos arrojaron los humeantes rifles y levantaron las manos. Blake ordenó a los indios que les apuntaran, dominándoles con sus revólvers, y, seguido de Jolly, cruzó la habitación, dirigiéndose a la puerta del otro lado.

Estaba cerrada con llave.

Combinados los dos, retrocedieron y se arrojaron juntos, de costado, contra la puerta, La madera se astilló y la puerta quedó abierta instantáneamente.

Junto a una gran mesa-escritorio de madera de ciprés estaba un hombre de aspecto atlético, que tenía en la mano una pistola automática.

El sudor que le corría por la frente empapaba también, en las sienes, su cabello renegrido

En sus ojos azules se notaban una expresión de intensísimo terror.

La mano con que sostenía la pistola automática le temblaba fuertemente.

—Es mejor que deje usted esa pistola, Hammerstein, — dijo Sexton Blake tranquilamente. — Puede dispararse en un descuido.

El arma cayó de los temblorosos dedos y golpeó ruidosamente en el piso de tablas.

El detective miró a aquel hombre fijamente.

Hay mucha distancia desde la calle Taunton del barrio de Mayfair, en Londres hasta la Patagonia, pero yo esperaba encontrarle. Tengo una o dos cosas que pertenecieron a su asesinado hermano, que he pensado que tal vez le interesarían a usted.

Sexton Blake se llevó la mano al bolsillo y sacó varios pequeños objetos que mostró, puestos en la palma de la mano.

—Por ejemplo, esta fotografía de usted. Le felicito. Es un excelente retrato, aun cuando no faltará quien pueda creer que en vez de ser suyo es de su extinto hermano mellizo. Mi amigo el doctor Jolly, aquí presente, lo confundió.

—¡Mi hermano me amenazó con denunciarme! — gimió el corpulento personaje.—¡Le maté sólo para salvarme!

—Aquí está esta "chuspa", — prosiguió Blake impertérrito. — con las iniciales "W. H.", que son las de usted, según creo. Del Pacífico del Sud al Atlántico le llaman a usted el Hombre Misterio pero creo que su verdadero nombre es Wilhelm Hammerstein. Aquí tengo. además, otra "chuspa", la que usted regaló a Mahatí. Puedo entregársela también, pues él no la necesita. Le matamos en la senda del lado Este de los Andes.

"El se figuró que, con su emboscada, había logrado atraparme. Lo mismo se han figurado muchos en el mundo, pero, pese a todas las amenazas de muerte, Sexton Blake sigue vivo, como puede usted verlo.

Al oír el nombre del detective, Wilhelm Hammerstein se balanceó hacia adelante y hacia atrás, como si fuera a desplomarse y su semblante se puso todavía más pálido.

—Esto era su clave secreta, — prosiguió el detective. — Un chico cualquiera hubiera podido descifrar lo escrito mediante esa clave. Hay tanta ingenuidad en esta clave como en la idea de difundir mediante el telegrafo sin hilos las instrucciones para matar a alguien cuando el mismo a quien se proponía matar podrá, como pasó conmigo, sorprender el despacho mediante su propia antena y enterarse de todo.

"Pero hay otro pequeño asunto que arreglar, el que se refiere a la hija de don Martín Martínez de Puerto Montt, la señorita Fátima, llamada la Perla...

Blake no terminó la frase porque en aquel mismo momento se oyeron varios estampidos de tiros de revólver fuera de la habitación. Se oyeron muchas voces y la vibrante de Tinker que le gritaba a alguien: "¡Levante las manos!"

Se oyó un disparo más y el ruido que hizo un cuerpo pesado al caer, seguido de un agudo grito de mujer.

La puerta que daba a otra oficina más interior se abrió y se oyó un rápido silbido, como el de una serpiente, mientras algo entraba como girando por el aire, en la habitación.

Llegó hasta el cuello del corpulento Wilhelm Hammerstein y se enroscó allí con tal fuerza que el hombre, ahogado y tirado hacia atrás, cayó al suelo.

Los dos hombres miraron instintivamente hacia la puerta que se acababa de abrir. De pie en el hueco, con un brazo levantado como el que arroja algo, estaba la más hermosa joven que habían visto en su vida.

En sus negros ojos relucía la indignación y el odio que la animaban en aquel momento.

El doctor desenvolvió las boleadoras del cuello del hombre, que estaba muerto.

—¡La "muerte silenciosa"! ¡Esto sí que es hacer justicia en forma poética! — murmuró. mientras cerraba los azules ojos del muerto.

—¡El pájaro número dos! — eclamó Sexton Blake con amarga sonrisa.

—¡Y el número tres también, supongo!— observó el doctor Jolly, dirigiéndose hacia la puerta.

Tinker habíase acercado a la joven y como anteriormente se había ganado su confianza mostrándole el dije de oro de su padre, presentó a sus dos compañeros a la Perla de los Andes.

En la habitación desde la cual había arrojado ella las boleadoras, tres atléticos "indios de ojos azules" yacían sin vida.

—Tuve que hacerlo así, señor, — dijo Tinker. — Se disponían a matarla a tiros.

—¡Y sin ayuda ajena! — dijo Blake sonriendo. — Tinker, querido muchacho, hace usted mucho por el buen nombre de la firma social. Vamos a ver cómo le ha ido a

Spots. No hemos podido, ocupados con esto, ir a prestarle ayuda.

Encontraron a sir Richard y a Lobangu gozando de un buen ganado descanso.

Se mostraron encantados al enterarse de que Fátima había sido libertada y que Wilhelm Hammerstein había pagado la cuenta de sus innumerables crímenes.

—Ya no nos queda nada qué hacer aquí, —dijo Spots. — Todos los indios huyeron hacia el bosque; me refiero a los de ojos negros. Hay algunos de ojos azules que aun están en el piso alto, en el laboratorio donde preparaban la cocaína, pero no creo que vuelvan a ver a su país natal.

"Pelearon vigorosamente, sin embargo. Siento haber perdido dos indios del Chubut en la pelea, pero aún podía haber sido peor el resultado porque, según he podido verlo, el sitio era un verdadero arsenal.

Blake le presentó a la señorita de Martínez y después manifestó que sería conveniente enterar a su padre de su rescate.

La hermosa Fátima, alzando las cejas y abriendo muchos los ojos, miró, asombrada, al detective.

—Pero, señor Blake... — comenzó a decir la Perla de los Andes.

El se anticipó a lo que iba a decir la joven e indicó el alto poste donde estaba la antena del telégrafo sin hilos. Fueron todos a la esquina del edificio donde, — en el exterior, — se elevaba el poste, y hallaron una completa y poderosa estación transmisora equipada con aparatos de los más modernos.

Pocos minutos después un mensaje había surcado la atmósfera y llegado hasta Puerto Montt.

El mensaje decía así:

" Señor Cónsul Británico, Puerto Montt,
" Chile. — Ruégole informe al señor Mar-
" tín Martínez, comerciante de esa localidad,
" que su hija Fátima ha sido hallado cauti-
" va del Hombre Misterio y rescatada y que
" se halla en buen estado de salud. Regre-
" sará a ésa en compañía de los arrieros que
" irán dentro de poco. El Hombre Misterio
" y sus secuaces han dejado de constituir un
" peligro para esta zona. Saludos de su
" affmo. — Sexton Blake, en el Templo de
" la Aurora, de la Selva Hechizada".

Tan pronto como ese despacho fué recibido por el Cónsul en Puerto Montt, variaron la longitud de la onda para enviar el despacho siguiente a la mayor distancia posible y fué transmitido el siguiente texto:

" Al Detective. Inspector Lennard. Scot-
" tland Yard. Londres. Inglaterra. — El ma-
" tador de Fritz Hammerstein ha muerto.
" La gavilla de los fabricantes y contraban-
" distas de cocaína ha sido destruída. Salgo
" para ir en busca del prehistórico pato. Sa-
" ludos de los amigos y míos: — Sexton
" Blake".

—Me parece que bien podemos descansar un poco aquí, — observó Blake. — Creo que nos hemos ganado un poco de descanso. ¿Qué dicen ustedes a esto, compañeros?

—¡Aprobado por unanimidad! — exclamó el risueño Tinker, levantando una mano.

—¡Pero no se considere con derecho a no hacer nada más porque ha despachado dos o tres indios de ojos azules! Vaya a buscar los caballos. Lobangu irá, por la mañana, en busca de Chico y le traerá si encuentra camino para que pasen las mulas.

"Además, tenemos que dar sepultura a los muertos y limpiar esto un poco.

Aquella noche los expedicionarios durmieron en el Templo de la Aurora como invitados de la señorita Fátima Martínez, tomando de la buen surtida despensa de la casa lo mejor que se encontró para preparar una buena comida. Lobangu bebió "agua burbujeante", es decir champagne como no lo había probado nunca.

—¡A la salud de la Perla de los Andes!— dijo Sexton Blake, llegado el momento de los brindis, levantándose y alzando su copa.

—¡Por la Perla de los Andes! — repitieron los demás con entusiasmo y brindando así por la reina de la fiesta.

Todos durmieron tranquilamente aquella noche, reponiéndose de las fatigas pasadas.

Por la mañana, el inapreciable Lobangu halló, en la selva, la senda, — que con seguridad usaban los fabricantes de cocaína,— que conducía al borde del bosque, fué por ella y regresó con Chico, las mulas y los arrieros.

Mientras tanto, los demás habían revisado, guiados por Blake, las instalaciones de todo el establecimiento del Hombre Misterio. Estaba todo admirablemente instalado, con ese espíritu práctico y organizador de que hacen gala los alemanes.

Además del aserradero, — que sólo servía, en realidad, de pantalla, para ocultar lo otro, —estaba instalado allí un magnífico laboratorio para fabricar clorhidrato de cocaína extraído de la planta de la coca que crecía abundantísima en los alrededores. Como es natural, en aquellas condiciones podían producir grandes cantidades de excelente clorhidrato de cocaína a un precio bajísimo.

Blake se apoderó de los libros de contabilidad y de gran cantidad de documentos y otros papeles para llevárselos a su amigo el inspector Lennard.

Spots, al ver que se prolongaba la permanencia en el Templo de la Aurora, comenzó a mostrarse may humorado.

—¿Y el pájaro que me corresponde, cuándo lo cazamos? — preguntó. — El animal de pelo rojo, cubierto de placas córneas, a prueba de bala, el reptil extraño, el monstruo acuático que que tanto le interesaba, ¿cuándo vamos a verlo? ¡Cualquiera diría, Blake, que se ha olvidado usted de él! — gruñó, dolorido. — Tinker está, también impaciente por fotografiarle.

—¡No sea usted tan impaciente, amigo Spots !— replicó Sexton Blake. — Nos quedaremos aquí uno o dos días más para dar descanso a la gente, en primer lugar. Por otra parte, Tinker no nos acompañará. Se tiene que encargar nada menos que de ir hasta Puerto Montt acompañando a la joven Fá-

tima hasta dejarla en los amorosos brazos de don Martín Martínez su señor padre. Una vez allí, don Martín le regalará su casa de comercio y Tinker se casará con su bellísima hija y vivirán felices y tendrán muchos hijos.

"Entonces se transformará en "don Tinker" y cuando seamos viejos nos invitará a vivir en el castillo que habrá edificado en Puerto Montt, como se lee en las novelas. ¿No le gusta el programa, Tinker?

Tinker alzó los ojos al cielo y frunció la nariz en señal de disgusto.

—No me parece, señor, — gruñó, callando lo que acudía a sus labios. — No me parece.

Lobangu lanzó un gutural: "guf-guf", que sin duda creyó era una risotada y Barbarroja se rió ruidosamente.

Como era conveniente que Fátima Martínez partiera lo más pronto posible, Blake había enviado ya a Chico con el encargo de interceptar el paso de una de las recuas de mulas de don Martín y hacerla llegar hasta la entrada de la Selva Hechizada.

Tres días después llegó Chico con la noticia de que había hecho que se detuviera una recua de mulas de don Martín que iba hacia la costa y que esperaba a la entrada del bosque.

Los amigos la vieron partir con sincero pesar porque la belleza, la bondad y el encanto juvenil de Fátima Martínez se había conquistado la simpatía de todos.

—Cuando usted regrese a la costa, señor Blake, — dijo Fátima, — espero que mi padre y yo podremos tener la satisfacción, no sólo de que nos visiten, sino de que pasen unos días de descanso en nuestra casa. Mi padre, seguramente, querrá agradecerles el haberme sacado de la triste situación en que me hallaba y el haberme salvado la vida.

Entonces, con un además de afectuosa despedida, se quitó del pecho un medallón de oro que ostentaba cinco magníficos rubíes.

—Estas piedras y este oro pueden servir para hacer un anillo para cada uno de ustedes, un anillo que le recuerde a su amiga Fátima ¿no es cierto? Adiós, estimados amigos. Ojalá nos volvamos a ver muy pronto.

Agitó su pequeña mano. Los arrieros castigaron a las mulas con sus largos látigos y la récua emprendió la marcha, a través de los Andes, hacia la costa del Pacífico.

Blake propuso que se partiera inmediatamente para el Chubut.

Mientras Chico esperaba a la cabeza de la fila, la orden de marchar, Sexton Blake, cruzado de brazos y cabizbajo, parecía sumido en profundas y graves reflexiones.

De pronto levantó la cabeza, se pasó la mano por la frente y sonrió.

—¡Oigan ustedes amigos! — dijo con voz bien alta.—Nuestra obra no ha terminado aquí todavía. No es posible dejar esto en condiciones de que cualquiera vuelva a lo que ha sido escenario de tantos crímenes y renueve las hazañas de esos hombres fuera de la ley cuyas actividades hemos cortado para siempre.

"Spots, usted es especialista en explosivos. Vuele todo esto por los aires, menos el Templo de la Aurora. Sería, el destruirlo, suprimir una muestra valiosa de la arquitectura de otras edades.

Las mulas y los caballos fueron alejados a conveniente distancia y sir Richard, tomando de un caponcito que había sacado del equipaje, una caja de barras de poderosa melinita, preparó cierto número de cartuchos, con sus espoletas de fulminato de mercurio y los fué colocando en distintos sitios de los edificios con la habilidad práctica de un consumado ingeniero de minas. Después tomó un rollo de mecha y unió todos los cartuchos, por medio de ella, de modo que fueran estallando sucesivamente a medida que ardiera la mecha. Hecho esto unió los dos alambres de una batería eléctrica al extremo de la mecha y se alejó, desarrollando los alambres, hasta donde estaban sus compañeros. No tuvo más que establecer entonces, el contacto eléctrico para que saltara la chispa y se encendiera la mecha.

Mientras retiraba los alambres desde donde estaba, la mecha seguía ardiendo y antes de que estuvieran arrollados los hilos y guardados de nuevo en la caja de la batería, estalló en primer cartucho.

Se oyó un rugido que repercutió en los ámbitos del bosque y la fábrica de cocaína de Wilhelm Hammerstein fué destruída por aquella y las siguientes explosiones en menos de un minuto.

Cuando, poco después de la última explosión, se disiparon las espesas columnas de humo que se habían levantado por los aires, nada quedaba en pie de lo que había sido la guarida de los fabricantes de cocaína y del Hombre Misterio; sólo se veía una informe masa de restos humeantes.

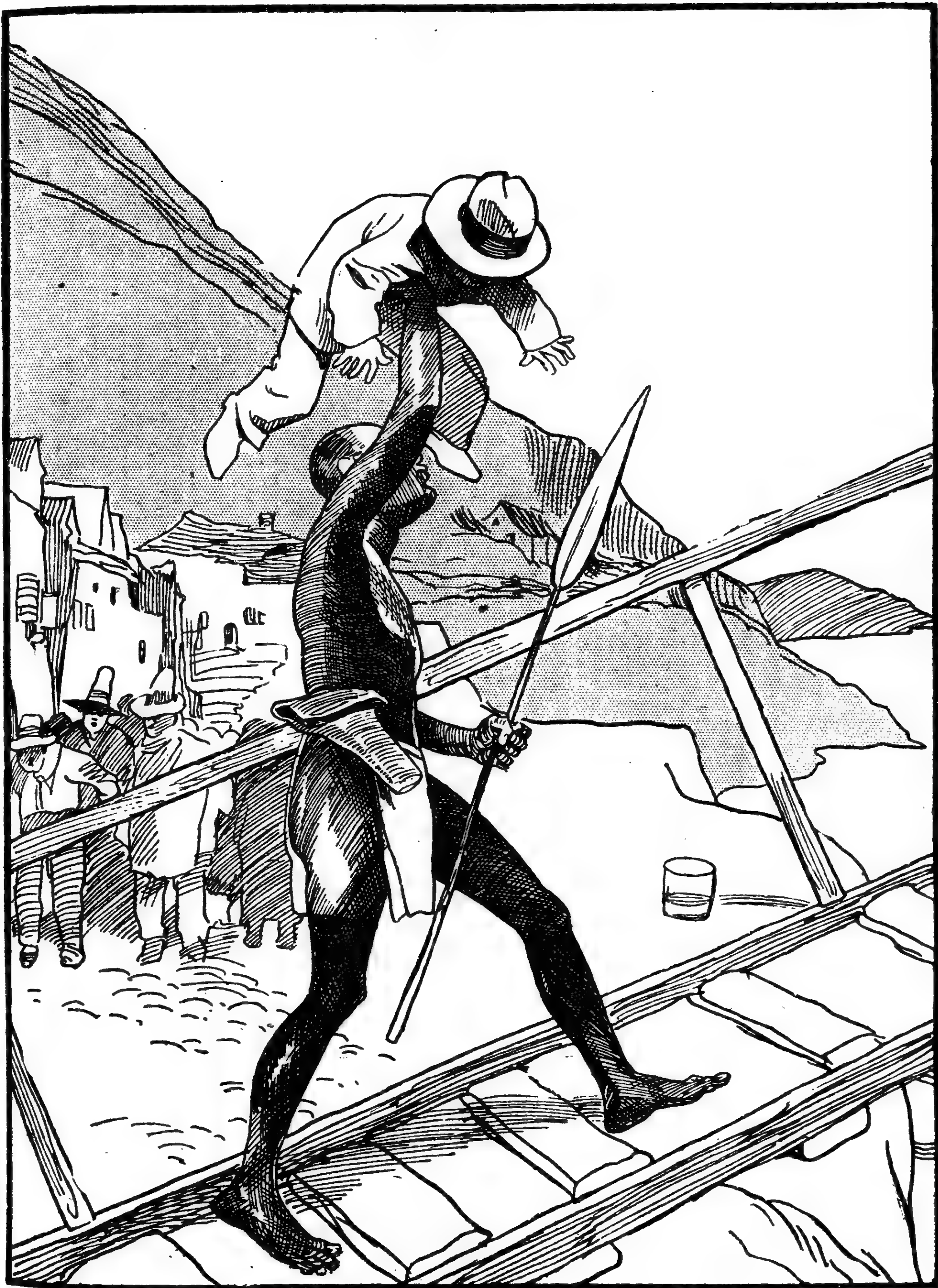
Entonces los expedicionarios partieron en busca del antro donde se suponía que se guarecía el rojo plesiosaurio.

CAPITULO OCTAVO

En busca del plesiosaurio rojo. — Un percance. — Hallazgo de Lobangu.—La descripción del extraño animal. — Las apariciones del prehistórico monstruo. — Las dos balsas.— Cacería nocturna. — Un trance dificultoso.— La muerte del plesiosaurio. — De regreso al campamento. — El yanqui Silas K. Potts y su oferta.



UIADOS por Chico, que se aproximaba a la zona donde había nacido, la expedición progresó rápidamente. Sir Richard que se hallaba excitadísimo ante la perspectiva de la cacería, se ocupaba de revisar las escopetas especiales, de grueso calibre y caño resistente para poder sufrir una carga muy fuerte, que habían incluido en el armamento de la expedición. Estas escopetas, cuyo póder de penetración era extraordinario, eran de las que se emplean en las cacerías de elefantes.



El vapor San Matías había atracado, habían puesto la planchada y Lobangu corrió hacia ella como una flecha. Dejó caer su viviente carga en la cubierta y se quedó parado, respirando penosamente, agotado por el continuado y extraordinario esfuerzo que acababa de realizar. ("Sexton Blake en Sud América", Capítulo Cuarto.)

Después de cuatro días de marcha el aspecto del terreno cambió, y se hizo pantanoso. Tinker, — que por cierto recibió un alegrón cuando Blake le dijo que había hablado en broma y no iría a Puerto Montt a acompañar a Fátima Martínez, — tuvo que sacar del equipaje algunos pares de altas botas de caucho.

Chico aconsejó que se detuviera la recua de mulas, quedandose en un campamento que sirviera de base para las operaciones, pues de allí en adelante el terreno era demasiado pantanoso para que los animales pudieran avanzar sin peligro. Se hallaban a un día de marcha de las lagunas de las fuentes del río Chubut y del sitio en que precisamente se aseguraba que había aparecido el plesiosaurio rojo.

Una vez instalado el campamento, Chico trazo un croquis de las lagunas y de los canales que comunicaban unas con otras, indicando con cruces los sitiós peligrosos.

Cada uno hizo una copia de ese mapa pues se había decidido que realizaran la cacería separados, dispersos de modo que pudieran abarcar el mayor espacio posible, evitando el asustar al monstruo si acaso tenían la suerte de dar con él.

Preguntaron a algunos indios a quienes hallaron en el camino y todos afirmaron que no habían visto nunca ningún animal como el que describían los expedicionarios, aun cuando todos, también, aseguraron haber oido ruidos nocturnos, en la soledad de los pantanos.

En el principio de la cacería, el pobre viejo Lobangu, en su ardiente deseo de dar con el rastro del monstruo, se distinguió pisando unas traidoras plantas flotantes y hundiéndose en una fangosa laguna de la que salió arrastrándose y en el estado más lamentable.

Estaba cubierto de maloliente cieno y de plantas acuáticas que le colgaban del cuerpo y de la cabeza a tal extremo que parecía según lo hizo notar Spots: "un padre Neptuno de ébano al cruzar la línea ecuatorial."

Los expedicionarios se rieron a carcajadas al ver el aspecto del pobre Lobangu.

Pero el anciano guerrero no participaba, por cierto del regocijo de sus compañeros. Se irguió cuan alto era y se limpió el cieno y unas hojas que tenía en la cara.

—¡Pensar Untwana, — dijo con reconcentrado furor, — que yo, Lobangu, príncipe de la casa real de Etbaia, yo un "keshla" un caballero de la orden del anillo, cuyas manos no han tocado mas herramientas que las armas de guerra, la lanza y el escudo, me haya visto obligado a tragar cieno como los inmundos animales que viven en los pantanos!

Blake procuró pacificarle pero le costó bastante trabajo. Sólo después de muchas reflexiones consiguió que el viejo guerrero recobrara su tranquilidad.

Sin embargo, Lobangu no tardó en tener razón para olvidar su desagradable trance pues aquella misma noche, a la luz de la luna llena, hizo un descubrimiento que le obligó a volver al campamento a toda carrera.

Se hallaba en un estado de gran excitación y los demás, que habían regresado sin haber hallado nada inusitado, le escucharon con grandísimo interés el relato de lo que le había sucedido.

—Yo iba por la orilla de una laguna, Untwana a casi una milla de aquí, cuando me encontré con unas huellas frescas y de una forma y aspecto tal como no las había visto jamás hasta ese momento, de modo que debían ser de un animal distinto a cuantos he tenido oportunidad de ver desde que nací. No eran huellas de pezuñas... eran alargadas, suaves, como las que puede dejar una tortuga, pero tan separadas unas de otras que no me parece haber visto nunca un animal que pueda pasar con las patas tan abiertas. Cada huella tenía la forma de una palet de esas con que se rema en las canoas y detrás de la última había en el suelo una señal muy rara, que me pareció semejante a la que deja la cola ancha de un castor, pero más grande.

"Di luz a la antorcha eléctrica que llevaba y examiné las huellas con sumo cuidado; después regresé al campamento, alumbrando la huella mientras regresaba.

La excitación del pequeño grupo de exploradores al oir el relato de Lobangu no tuvo límites. Blake propuso que fueran a examinar las huellas. Spots puso un par de escopetas de las de cazar elefantes en dos de los caballos y, guiados por Lobangu, se alejaron del campamento, siguiendo la huella.

Llegaron al rato a un sitio donde, a la luz de sus antorchas eléctricas, el doctor Jolly hizo un examen especial de las huellas, midiendo cuidadosamente tanto las de las patas como las de la cola.

Un zoólogo que ha hecho estudios especiales de los animales prehistóricos, — y en este caso se hallaba el doctor Jolly, — está en condiciones, llegado el momento, de ver en unas huellas lo que las demás personas no ven. Por eso notó el doctor Jolly muchos detalles que habían escapado a la observación de Lobangu.

El animal que había dejado aquellas hüellas debía tener, lo menos, treinta pies de largo, las huellas indicaban qûe los dedos de cada miembro no estaban separados, sino encerrados en una especie de cubierta de suave tegumento y, sin duda, eran apropiados para la natación. El doctor no dudaba ni lo más mínimo sobre lo que significaban aquellas señales.

Eran, en su opinión, las huellas dejadas por el paso de un plesiosaurio rojo.

Durante un momento, los expedicionarios se quedaron atónitos ante semejantes pruebas evidentes de la existencia de un animal cuyos antepasados habían paseado por los pantanos del mundo cuando nuestro planeta era joven todavía.

Después, guiados siempre por el afortunado Lobangu, siguieron las sucesivas huellas hasta un sitio donde desaparecían a la orilla de un extenso y espantoso pantano, cubierto

de agua en la que se reflejaba el disco de la luna llena en aquel momento.

Una niebla oscura, que como un misterioso vapor, estaba suspendida en el aire a la orilla del agua, les hizo estremecer involuntariamente. Además, del pantano llegaba, como a ráfagas un curioso olor almizclado, semejante al que despiden los cocodrilos en las regiones donde abundan.

Ese olor, penetrante y desagradable, era a la vez nauseabundo y en algunos momentos, se hacía insoportable.

Era como el olor de vieja podredumbre, de algo muy remoto, que perteneciera a un pasado sumamente lejano.

Permanecieron en silencio durante unos momentos, enteramente maravillados y perplejos.

Les sacó de aquella quietud un extraño ruido, un largo, estremecedor aullido sollozante que ascendía y descendía en la maloliente atmósfera, como el grito de algún extraño ser angustiado y doliente.

Ese grito fué repetido dos o tres veces, a largos intervalos. Después se oyó ruido de agua removida y luego reinó el silencio.

Se quedaron junto a aquella pantanosa laguna un momento más y después volvieron al campamento con el propósito de discutir su plan de acción.

Se decidió, entre otras cosas, fabricar un par de resistentes balsas, en la costa de la laguna y comenzaron el trabajo la mañana siguiente, muy temprano. Por la tarde, Lobangu partió solo, de descubierta.

Dos horas después regresó a donde aun estaban trabajando en la construcción de las balsas. Se hallaba jadeante por que había corrido mucho y se estremecía de excitación. No recuperó la calma hasta que hubo pasado un buen rato.

—Untwana, — dijo en voz baja y entrecortada aún por la fatiga.— ¡Lo he visto! El monstruo que no es ni bestia ni ave, ni pez y sin embargo es algo de todo eso! ¡Está allá, a un cuarto de milla de acá, en el pantano!

" Surgió de las aguas nadando rápidamente. Tiene un cuello largo y curvado, como el de una girafa y lo llevaba vertical, fuera del agua.

" Es rojo, con unos pelos gruesos y largos que recubren unas placas córneas que tiene en los lomos. En la parte de atrás, Untwana, tiene una cola ancha, de la forma de la hoja de mi lanza y que debe utilizar cuando nada.

" La cabeza es pequeña, de la forma de la de un lagarto, con ojos pequeños, pero que lo ven todo pues aun cuando yo me quedé quieto, me vió y se hundió debajo de la superficie del agua, revolviendo la laguna de un modo tal que hizo gran cantidad de espuma.

" Si hacemos uso de las balsas será necesario proceder con precaución por que ese animal es una isla que nada y surgiendo de improviso puede hundir a un tiempo a todas las canoas que hay en Etbaia.

Se comprendía que el monstruo no se aparecía más que de noche, y mientras Spots, Tinker y Chico iban en busca de las poderosas escopetas, Blake y Lobangu terminaron de hacer los remos para mover las balsas.

Faltaba poco para las doce de la noche cuando estuvieron de regreso. Spots traía con él dos caballos más con los reflectores de luz oxi-hídrica y los cilindros de gas.

Spots instaló los reflectores en la mayor de las dos balsas y junto con Blake se alejaron de la orilla, flotando en las aguas de la laguna. Jolly y Tinker les siguieron en la otra balsa. Lobangu y Chico se quedaron en la orilla por si acaso era necesaria su ayuda.

La extensa laguna parecía un cristal negro. Reinaba el más completo silencio cuando las balsas avanzaron por las tranquilas aguas. A unas doscientas yardas de la orilla se detuvieron, escuchando por si se oía algo que les permitiese darse cuenta de dónde estaba el monstruo.

De pronto Spots levantó una mano e indicó un objeto largo, redondo al parecer, que a penas sobresalía de la superficie del agua. Se movía con lentitud y casi en seguida, llegó a su olfato el nauseabundo olor que les había molestado hallándose en la orilla.

Permanecieron inmóviles y luego, sin que nada lo hiciese esperar, un cuello largo, terminado en una cabeza de la forma de la de un lagarto surgió del agua y olfateó con desconfianza.

Indicándole a Blake que le imitara, sir Richard alzó la potente arma de fuego de que se había provisto y dió luz al reflector.

(Esta escena es la que se ve representada en el dibujo en colores que aparece en la primera página de este número de "Pucky".)

A la poderosa luz de los reflectores, pudieron ver el siniestro brillar de dos ojos redondos y verdes. Un instante después, el silencio de la noche fué interrumpido por un ensordecedor estampido pues las dos escopetas para cazar elefantes habían sido disparadas simultáneamente contra el monstruo.

El agua fué revuelta con una violencia tan estupenda que las balsas estuvieron a punto de zozobrar. Después volvió a reinar el silencio.

Sir Richard y Sexton Blake se aproximaron al sitio donde habían visto al monstruo.

—¡Pronto, ahora! — gritó Spots. —¡Pronto, antes de que se hunda!

Jolly y Tinker se habían aproximado y entre los cuatro consiguieron pasar unas sogas por debajo del flotante cuerpo. Una vez atado con esas dos sogas, el animal muerto fué remolcado hacia la orilla.

Ataron las cuerdas a los caballos y con grandísimos esfuerzos, consiguieron sacar a la enorme bestia a la orilla de la laguna.

—¡El cuarto pájaro! — exclamó sentenciosamente Sexton Blake, mirando al doctor Jolly y sonriendo.

Enviaron a Chico en busca de las mulas y los caballos que hubiera pues con los ele-

mentos con que contaban no era posible retirar de la orilla, internándolo en tierra, el estupendo animal.

El disgustante hedor almizclado era, en aquel momento, insoportable de modo que cuando llegaron los refuerzos los cinco hombres estaban con el estómago revuelto.

Por fortuna, Chico tenía una cantimplora con whisky y unos tragos del reconfortante licor dominaron hasta cierto punto, el malestar que sentían, antes de comenzar el trabajo de subir el animal a tierra.

Reunidas las fuerzas de todos los cuadrúpedos, — mulas y caballos, — de la expedición, pudieron, por fin, sacar del agua aquel enorme cuerpo.

Entonces, mientras el doctor Jolly lo examinaba científicamente, Tínker fotografiaba varias veces, con luz de magnesio aquel monstruo de diez yardas de largo.

El sol se hallaba ya bastante alto antes de que terminaran el trabajo de sacarle el cuero; y mientras Chico fué dejado de guardia, para que cuidara del valioso esqueleto, los expedicionarios se encaminaron al campamento con el propósito de desayunarse.

Cuando se aproximaban al campamento el indio que había acompañado a Chico en calidad de ayudante corría a su encuentro y cuando llegó junto a Sexton Blake, se detuvo y saludó.

—En el campamento está un hombre importante, — dijo luego. — ¡Muy importante! Se desayunó y bebió mucha agua de fuego, esperando al señor. ¡Fuma un cigarro grande, muy grande!

Cuando los del grupo salieron de la senda del bosque al claro donde estaba el campamento se encontraron a Silas K. Potts, de Chicago, cómodamente sentado en una de las sillas plegadizas y al lado de una mesa.

Fumaba un cigarro de los mejores que tenía Sexton Blake y tenía a su lado una botella de champagne y una copa.

—¡Hola, sabueso policial! — dijo, tendiendo la mano y estrechando la de Blake.— Me alegro de verle y de ver a sus compañeros. ¿Saben a lo que he venido? Pues a lo que dije antes: ¡a ver si logro dar caza al plesiosaurio rojo!

—¡Me parece que ha llegado usted un poco tarde! — dijo Blake.

—¿Por qué?

—Porque le matamos anoche.

—¿De veras? — exclamó el extraordinario yanqui. — Siendo así me permitiré recordarle la oferta que le hice hallándome a bordo del vapor "San Matías". Lástima grande que ahora sólo puedo ofrecerle cinco mil dólares por el cadáver para embalsamarlo.

—No puedo aceptar la oferta, — replicó Sexton Blake, sonriendo. — Hemos decidido llevarlo nosotros... ¡Lo vamos a regalar al museo de Historia Natural de Londres!

Fin de "Sexton Blake en Sud América"

Consejos para el Hogar

Cosas que es conveniente recordar

⁂ Si se ponen varios diarios debajo del hule, cuando se pone huele en una mesa, se notará que la tela dura mucho más tiempo.

⁂ Los pañuelos de seda deben ser lavados con bórax, en agua tibia, con poco o ningún jabón. Plánchense antes de que estén secos del todo.

⁂ Dos partes de amoníaco y una de esencia de trementina forman una mezcla que, aplicada con un pincel, ablandará la pintura vieja y hará más fácil el quitarla.

⁂ Cuando se ha usado un cuchillo para cortar cebolla, debe frotársele con un trapo húmedo y sal. Así desaparece por completo el olor a cebolla.

⁂ Para quitar las manchas de alquitrán de las telas de algodón, frótense con manteca y déjense así durante tres o cuatro horas antes de lavar como de costumbre.

⁂ Conviene, siempre que sea posible, cocer las verduras y las frutas en recipientes de barro.

⁂ Todos los objetos de vidrio deben lavarse con agua fría, pues quedan así más brillantes que cuando se lavan en agua caliente.

⁂ Se pelan muy bien las manzanas si antes se les ha echado encima agua hirviendo.

⁂ Conviene no olvidar que la cocina económica consume basura y también las hojas que se recojen al barrer las calles del jardín.

⁂ Un poco de algodón, mojado en alcohol desnaturalizado, servirá para limpiar las fotografías que no están bajo vidrio, sin alterar su brillo.

⁂ Los floreros de cerámica dejan, a veces, un círculo húmedo donde se ponen; se evita todo esto secando bien el florero, calentándolo un poco y echándole dentro suficiente parafina derretida para que forme en el fondo, — del lado de dentro, — una capa de medio centímetro. No debe echarse agua de nuevo hasta que el florero esté bien frío.

⁂ Si se quiere mejorar el aspecto de la ropa de hombre de género azul marino, póngase al aire, sacúdase bien y cepíllese para que no le quede polvo. Pásesele luego una esponja escurrida humedecida en un líquido preparado haciendo hervir dos buenos puñados de hojas de hiedra en medio litro de agua durante media hora, agregando agua mientras se consuma. Cuando la ropa se seque habrá perdido el brillo y parecerá nueva.

JOYAS MALÉFICAS

Desde hace muchos años se atribuye, a determinadas piedras preciosas una influencia maléfica sobre las personas que las poseen y mientras hay quien asegura la exactitud de ese poder misterioso, no falta quien niegue semejante posibilidad. En los casos que hoy publica "Pucky" no se discute la veracidad de la existencia de ese poder extraño, pero se citan hechos comprobados que rodean, acaso por mero capricho de la casualidad, a determinadas joyas cuya trágica historia impresiona y hace pensar.

El "Fulgor de Gloria"

"ATRIBUYO la caída del Káiser a la maléfica influencia emitida por la piedra central de la corona de Prusia, la siniestra piedra "Fulgor de Gloria", como todos le llaman".

Esta extraña afirmación es nada menos que la importante y sincera opinión del hoy extinto Herr Graaf Zunkelhorn, uno de los anticuarios más sabios de Alemania, el que fué, durante muchos años, conservador de las joyas de la corona de Prusia o sea director de la "casa de las joyas". Herr Zunkelhorn ha dejado entre sus papeles una detallada historia de esa joya y de cómo advirtió al ex Káiser respecto a su influencia siniestra, rogándole que se desprendiera de ella repeitdas veces desde la época en que Guillermo fué coronado rey de Prusia.

Zunkelhorn lamentaba siempre que el exemperador se negara a creer que esa piedra tenía tal influencia y que cada vez que el conservador de las joyas tratara de hablar a ese respecto, procurara poner en ridículo sus opiniones. Aun cuando el conservador no se hallaba en posesión de la historia completa de la joya en la época en que fué coronado Guillermo, conocía lo bastante para suplicar a su real patrón que la hiciera sacar de las alhajas reales.

Suplicó en Potsdam, poco antes de las ceremonias de la coronación, pero Guillermo se rió de las tradiciones referentes a esa piedra como si se tratara de cuentos de hadas. Por último terminó la conversación con Zunkelhorn diciéndole:

"Debe entender usted que soy coronado por la gracia de Dios y la voluntad de mi pueblo. Los Hohenzollern perdurarán a pesar de todo por los siglos de los siglos. No hay influencia maléfica que pueda dañar a nuestra dinastía".

COMO sus ruegos y súplicas resultaban inútiles, Herr Zunkelhorn comenzó a averiguar todos los mayores detalles posibles de la historia del "Fulgor de Gloria", que aún no conocía.

Vió varias veces, en ceremonias de la corte, al Káiser con la corona en cuyo centro brillaba la fatídica piedra. A Zunkelhorn le parecía que procediendo así el Káiser desafiaba deliberadamente a la tradición de la piedra. Hasta la coronación de Guillermo su situación había sido secundaria. Por orden especial de Guillermo fué colocada en el mismo medio de la corona.

Las dificultades con que tropezó Herr Zunkelhorn cuando quiso obtener la historia detallada del "Fulgor de Gloria", fueron enormes. Los que comercian en piedras preciosas tienen la costumbre de callar todo cuanto se relaciona con la historia de las mismas, pero además, en el caso del "Fulgor de Gloria" faltaban datos de varias épocas de la existencia de la piedra.

Se sabía, por ejemplo, que la piedra habíase hallado, en un tiempo, en poder de la reina de Saba. Hubo viajeros que contaron maravillas de tan hermosa piedra y esos relatos excitaron la codicia del rey nómade El-Hakin II. Fué, pues, al país de la infortunada reina, y lo robó del cadáver de la misma después de haber sido, la reina, mutilada por sus soldados.

En el momento en que se la llevaba goteó sangre de sus manos y dijeron entonces los sabios que la antigua maldición de la piedra seguiría en actividad y que el rey ladrón encontraría muerte semejante.

ESTOS hechos eran conocidos. Herr Zunkelhorn había preparado una lista de las tragedias que habían sido consecuencia de la posesión de esa piedra, pero la lista estaba incompleta y salteaba épocas históricas sin dar ningún detalle.

La historia de la joya fatal fué conocida en ciertos círculos de la corte del Káiser y dos altos personajes de la corte decidieron comprobar si lo que se decía era o no verdad. Comisionó a un experto negociante en diamantes para que fuera a Asia con instrucciones de investigar todos los detalles y averiguar la verdad y también descubrir, si era posible, a qué obedecía la maldición de la famosa piedra.

Los resultados de la investigación del técnico fueron tomados en cuenta y fueron entregados a herr Zunkelhorn. Cuando éste comprobó los resultados de la investigación con los datos que ya tenía, se dió cuenta de toda la importancia que tenía aquella piedra, al parecer inofensiva. Consiguió tener una entrevista con el Káiser con el propósito de presentarle todos los detalles que habían sido agregados a su precedente y trágica lista.

La entrevista se realizó en Potsdam. Herr Zunkelhorn había llevado todos los documentos necesarios con los que esperaba impresionar al Káiser, pero éste trató desde el principio, al agitado informante como a un des-

dichado, trastornado por las habladurías. Sin embargo escuchó todo lo que le dijo herr Zunkelhorn.

"MAJESTAD, — dijo el conservador de las joyas, — no tiene la casa de Hohenzollern más fiel servidor que yo. ¿No he sido el conservador de las alhajas de la corona durante tanto tiempo? Lo que he dicho me lo ha inspirado mi lealtad y mi amor a su casa".

Y le relató toda la historia del "Fulgor de Gloria" desde el tiempo en que esa piedra llegó a poder de los antepasados del Káiser.

Fué en la Edad Media cuando el margrave (o marqués) de Brandenburgo, cuyo reino fué el núcleo del cual nació la dinastía prusiana, realizó una de sus invasiones a Silesia. Sus soldados robaron todo lo que encontraron y desvalijaron las casas.

Uno de los cautivos del margrave era un mercader judío que se dirigía al Mediterráneo con una gran colección de diamantes y otras piedras preciosas. Lo que le habían robado fué presentado ante el margrave el cual después de ver toda la colección, eligió de ella una piedra de gran tamaño. Era el maléfico "Fulgor de Gloria".

En vano el mercader advirtió al margrave que la piedra elegida por él tenía una terrible historia y había de causar el desastre de la familia de aquel a quien perteneciera. El conquistador se rió de ese relato y sosteniendo en alto la piedra, de modo que brillara y reluciera a la luz del sol, juró que la pondría en su corona y que fundaría una gran dinastía que la llevaría siempre en su corona.

Así fué como el "Fulgor de Gloria" llegó a Prusia, manchado de sangre como manchado estuvo durante su larga carrera.

Pasó de rey a rey hasta que llegó a pertenecer al ex-káiser.

"SU majestad recordará, — dijo herr Zunkelhorn, — que el día en que fué coronado, me aventuré a manifestar que la piedra debía ser sacada de la corona. Supliqué a su majestad que se librara de ella. Expuse mis razones. Dije que la tradición era tal que sería la causante de la desdicha de Prusia. Tengo, majestad, en mi poder, actualmente, la prueba de que el momento más terrible de la influencia maléfica de esta piedra llegará durante el reinado de su majestad y de que, en verdad, no está muy lejano".

—Pero... ¿Cómo puede usted probar eso? —inquirió, impaciente, el emperador.

—Majestad: las fechas de importancia se podrán saber sosteniendo la piedra en ángulo recto con el meridiano y apuntando con su punta hacia el norte. Según la abertura de los distintos ángulos de la talla de la piedra, podrá apreciarse el significado misterioso de la misma.

HERR ZUNKELHORN consiguió permiso para hacer los experimentos. Hizo sus cálculos matemáticos de acuerdo con las instrucciones que había recibido y con grandísima consternación vió que las fechas que salían como resultado eran 1917 y 1922. Quedaba, pues, demostrado que entre esos dos años se produciría el momento máximo de la malignidad de la piedra. ¿Tendría aún la misma energía que antes el poder de la piedra o habría perdido su fuerza con los años o, tal vez, el resultado de los cálculos era una simple coincidencia?

El resultado de los cálculos fué enviado al Káiser, vencido, fué a refugiarse fuera de su les importancia de ninguna clase. Contestó que la guerra estaba ganada "por sus valerosas tropas" y que nada podía impedir la realización de su deseo de llegar a ser el conquistador de Europa.

Los altos personajes que rodeaban al Káiser fueron de igual opinión. Se rieron de los temores del conservador de las joyas y el "Fulgor de Gloria" siguió en el centro de la corona de Prusia.

PASARON días y semanas y el desastre se anunciaba cada vez más cercano. La historia del "Fulgor de Gloria" había sido olvidada en medio de los graves acontecimientos de la crisis nacional. Sólo un hombre, en toda Alemania, conservaba en la mente el recuerdo de la maléfica piedra y ese hombre era herr Zunkelhorn.

Cuando se produjo el desastre final y el káiser, vencido, fué a refugiarse fuera de su país, aquella mañana de los últimos meses de 1918, el conservador de las alhajas de la corona fué una de las pocas personas que fueron a despedirle.

—Si él hubiera seguido mi consejo hace algunos años, — dijo herr Zunkelhorn a uno de los oficiales, — aún estaría en el trono.

El anillo de la Reina Isabel

HACE más o menos unos quince años hicieron un extraño descubrimiento unos obreros que estaban haciendo una excavación en la orilla del Támesis, en Londres cerca, precisamente, del London Bridge, o sea del famoso Puente de Londres. Al lado de uno de los arcos del puente, junto a los cimientos de un depósito muy antiguo que estaban apuntalando por medio de vigas de concreto y de madera, encontraron una curiosa cajita que sacaron a la orilla y enviaron a la oficina del contratista de los trabajos.

La cajita, — un cofrecillo antiguo, — era de madera de teca, estaba muy deteriorada, y tenía refuerzos y esquineros de bronce y de hierro. Fué fácil abrirla y dentro de ella se encontró cierto número de objetos de oro y de esmalte, doce piedras sin engarzar y un anillo de curioso cincelado.

El contratista de los trabajos entregó, como era lógico, la cajita hallada en el Támesis, a las autoridades. Los objetos hallados de modo tan particular fueron entregados a unos joyeros para que los examinaran.

Tres días después el contratista entró en la oficina del técnico a quien habían sido entregadas las joyas halladas, mostrándose muy excitado.



El margrave de Brandenburgo, desoyendo las advertencias del mercader judío, levantó en alto la maléfica piedra y dijo que la haría poner en su corona y fundaría una dinastía que siempre tendría en su corona, esa piedra. ("El Fulgor de Gloria".)

—Mire usted, — dijo, — hay algo malo en esas joyas que fueron halladas en la cajita, en el lecho del río. Todo ha ido mal desde que se encontró la caja y las joyas.

"El hombre que encontró las alhajas ha muerto; el guinche que se utilizó para levantar la caja se cayó y rompió un andamio; el muelle en que estábamos trabajando se ha hundido como un pie y se halla inclinado de un modo que amenaza derrumbarse y constituye un peligro.

—¡No esperará usted que yo crea que las alhajas han sido las causantes de todo eso! —exclamó, riéndose, el joyero.

—Pero hay otra razón importante para mi venida a esta casa, — dijo el contratista de los trabajos. — Me parece tan extraña y sobrenatural que deseo enterarle a usted de ella. Las tres últimas noches he tenido un curioso sueño. Este sueño se ha repetido una y otra noche y ha sido enteramente igual las tres noches. Tenga usted en cuenta que yo no creo, generalmente, en estas cosas, pero esto ha sido tan extraordinario que me ha parecido que debía decírselo. ¿De qué época cree usted que son las alhajas

—¡Oh! De algunos centenares de años atrás. Con seguridad son de la época de la reina Isabel.

—Pues bien, el caso será extraordinario, pero yo he visto en sueños a un hombre alto, delgado, vestido como se vestía en la época de la reina Isabel. Se aproximó y se quedó inmóvil, al lado de mi cama, y yo le oí preguntar con enojo por qué había sacado las alhajas de donde estaban. Le oí decir con toda claridad que no debía tocar nadie el anillo.

—¡Bah! ¡Quién hace caso de esas tonterías! Además, el anillo no se halla en poder de usted, en estos momentos.

El contratista se retiró, preocupado y muy molesto. Regresó a su trabajo, a las obras que realizaban junto al London Bridge. Continuó dirigiendo la excavación y se hallaba de pie en el andamio cuando éste se volcó y el hombre cayó de cabeza en el muelle de mampostería que quedaba precisamente debajo. Murió instantáneamente.

MIENTRAS tanto, los peritos examinaban las alhajas que habían sido encontradas en la caja. El anillo de que había hablado el contratista era el objeto que inspiraba mayor interés. Estaba hecho de oro cincelado y tenía tres ópalos, formando un triángulo. Uno de los técnicos a quien llamaremos Armstrong, tomó el anillo y se lo llevó a su casa con el propósito de examinarlo detenidamente.

Después de la comida estaba sentado, en compañía de su esposa y de su hija, en la sala de su casa. El anillo estaba sobre la mesa, en el centro de la habitación porque el hombre se lo había mostrado poco antes, a las dos mujeres.

—Parece que estuviera sucio, — dijo la jovencita, tomando el anillo. — ¿Le parece a usted bien, papá, que lo limpie un poco?

—Sí, hija mía, — contestó el señor Armstrong, — pero siempre que procedas con muchísimo cuidado.

La joven empezó a limpiarlo y estaba ocupada en esa tarea cuando fué anunciado un visitante. El que llegaba de visita era miembro de la Sociedad Teosófica, un señor anciano que había empleado los años de su vida en investigaciones históricas. En cuanto entró en la sala miró a la joven que estaba limpiando la sortija y le preguntó qué estaba haciendo.

—Limpiando este anillo que trajo papá a casa, — contestó ella. — ¿Por qué me mira usted de ese modo?

—Señor Armstrong, — dijo el visitante, —he experimentado la sensación del contacto de un intenso flúido maléfico en cuanto entré en esta habitación. ¿Sabe usted algo relacionado con este anillo?

El joyero, sonriendo, le hizo el relato del hallazgo de la sortija.

—Siendo así le aconsejo que se desprenda de ella lo más pronto posible, — dijo el visitante. — Hay algo malo en ese anillo.

—Pero yo deseo saber de dónde procede y cómo fué a parar al fondo del Támesis,— contestó Armstrong. — Usted sabe mucho sobre esas cosas, amigo mío, ¿quiere que indaguemos juntos la historia del anillo?

El visitante tomó la sortija y se puso a examinarla detenidamente después manifestó que le sería necesario ver las otras alhajas y el cofrecito antes de poder hacer declaraciones terminante.

Al otro día llegó al Museo Británico, donde el señor Armstrong estaba trabajando en una oficina reservada.

—¿Sabe usted, — dijo, que creo que ese anillo perteneció en un tiempo, a la reina Isabel?

—¡A la reina Isabel! ¡Pero si fué hallado en el lecho del río!...

—Eso mismo ha sido lo que me ha hecho pensar en las joyas perdidas, de la reina Isabel. Pero vamos a la Sala de los Manuscritos.

Una vez allí, el anticuario pidió que le permitieran ver unos viejos manuscritos y registros que colocó sobre una mesa y comenzó a examinar muy detenidamente.

—Ahora, — dijo, — escúcheme usted. Se sabe perfectamente que se conoce el destino de casi todas las alhajas que pertenecieron a la reina Isabel. Varias de ellas están en museos y otras en colecciones particulares. Pero hay un anillo, que desapareció en el año 1603, del que nunca se ha encontrado el rastro. He examinado los esmaltes que se hallaban, con el anillo, en el cofrecito. ¿Ve usted este? ¿Qué cree usted que es?

—Es el retrato de un apuesto y joven cortesano, supongo, — contestó el señor Armstnog.

—Es un retrato de Robert Devereux, conde de Essex.

El señor Armstrong miró fijamente a su amigo.

—¿Cómo lo sabe usted? — le preguntó rápidamente.

—Fácilmente. Su retrato era vulgar en tiempos de la reina Isabel. Como usted lo sabe él la quería mucho y ella le quería mucho más. Usted recordará que le perdonó



El conde de Nottingham, temeroso de que la reina le hiciera ejecutar, huyó. Partió en un buque que estaba amarrado cerca del Puente de Londres y arrojó la caja con las alhajas por la borda, antes de partir. ("El anillo de la Reina Isabel").

sus faltas una y otra vez. Cayó en desgracia porque no logró dominar la rebelión que, en Irlanda, encabezó el conde de Tyrone, y a su regreso a Inglaterra, fué encerrado en la cárcel. La reina Isabel le concedió la libertad, pero cuando se unió al duque de Southampton para levantar al pueblo de Londres contra su reina, fué juzgado y condenado a muerte...

—Pero... ¿qué tiene que ver el anillo con todo eso? — preguntó Armstrong.

—Fíjese usted en este manuscrito. — Volvió las hojas rápidamente y al pasar, indicó varios dibujos que ilustraban el texto. Uno de esos dibujos representaba exactamente el retrato de esmalte hallado en el cofrecito.

"Este es el retrato del conde de Essex. No hay error posible. Ahora bien, se sabe, sin que haya duda al respecto, que la reina Isabel, en un momento de ternura, obsequió a Essex con un anillo diciéndole que se lo mandara si alguna vez se hallaba en peligro pues entonces, ella le auxiliaría.

"Isabel esperó que el anillo llegara a su poder, enviado por Essex, cuando éste estaba prisionero en la Torre de Londres. Pero el anillo no llegó a poder de la reina y el preso fué decapitado. Ahora fíjese usted en esta otra página: he aquí una descripción completa, explícita y clara, de la sortija.

"Es una verdad histórica, también, que dos años después de la decapitación del conde de Essex fué, la reina Isabel, a visitar a la condesa de Nottingham, que se hallaba moribunda.

"La condesa manifestó a la reina que Essex le había confiado el anillo para que se lo llevara a Isabel, pero que el conde de Nottingham, como era cruelísimo enemigo de Essex le había prohibido terminantemente a la condesa, que lo entregara.

"Dicen los historiadores que la reina Isabel se enojó y se entristeció tanto al oir la confesión de aquella mujer, que tomó a la moribunda condesa por el cuello y la sacudió con un gato sacude a una rata, y que fué este terrible golpe lo que, en realidad, causó la muerte de Isabel que, durante diez días, con sus noches, no tomó alimento ninguno y al cabo de ese tiempo, murió.

—Pero... ¿por qué fué que el anillo y las demás alhajas, fueron a parar al lecho del Támesis? — preguntó Armstrong.

—Porque el conde de Nottingham, temeroso de que la reina buscara de algún modo el condenarle a morir, huyó del país. Se embarcó en un buque que estaba amarrado cerca del Puente de Londres, y arrojó el cofrecito con las alhajas, por la borda, de modo que nadie supiera donde estaban. Encontrará usted el detalle de esto en las confesiones de su criado, que fué arrestado después de la huida, en la desembocadura del Támesis, en el sitio donde había desembarcado para volver a Londres.

EN LAS PAGINAS DE LA HISTORIA
ANECDOTAS INTERESANTES

Victoriano Sardou, el célebre dramaturgo francés, era muy distraído, y cuando estaba escribiendo un drama se olvidaba de todo lo demás.

Fué "Patrie", uno de los dramas que más le preocuparon.

Trabajaba desde muy temprano hasta bien entrada la noche y gracias a los cuidados de su familia no cayó enfermo por efecto de su intensa labor intelectual.

Por aquel entonces llamáronle un día varias veces para que fuese a comer, y como no hiciese caso, fué a buscarle a su escritorio un miembro de su familia y consiguió llevarle al comedor cuando ya estaban comiendo los demás.

El dramaturgo llegó visiblemente abstraído, pero se sentó a la mesa. Sin pronunciar una palabra tomó la sopa y un plato de pescado y de pronto se puso de pie y echó a andar hacia su escritorio, murmurando y gesticulando.

Uno de los comensales se acercó a él y le preguntó:

—¿No quiere acabar de comer?

Y entonces, como si despertase de un sueño, respondió Sardou:

—¡Ya lo creo! ¿Está servida la comida? Tengo gran apetito.

No se acordaba siquiera de lo que acababa de comer.

Cuando Bignon, hombre de escaso mérito, fué nombrado bibliotecario de Luis XIII, su tío M. d'Argenson, que le conocía perfectamente, le dijo:

—¡Que sea enhorabuena, querido sobrino!... ¡Ahora tienes una gran ocasión para aprender a leer!

✣ ✣ ✣

En sus "Vidas de filósofos ilustres", cuenta Diógenes Loercio que una vez que presenciaba Diógenes el Cínico los ejercicios de un arquero, fué a colocarse debajo del blanco.

—¿Por qué haces eso? — le dijeron.

—Porque éste es el sitio más seguro.

✣ ✣ ✣

Francisco I, rey de Francia, quejándose de la conducta del papa Clemente a su embajador le dijo que si el pontífice no se contenía, dejaría que entrara en su país la nueva religión de Lutero tal como lo había hecho el rey de Inglaterra.

—En tal caso, sire, seríais vos, quizás, el primero en arrepentirse, — le contestó el embajador, — perdiendo más aun que el papa. Recordad que rara vez penetra en un país una nueva religión sin que haya cambio de monarca.

Francisco I consideró exacta y prudente la manifestación del nuncio del que fué, desde entonces, excelente amigo.

LA GRAN NOVELA DE NUESTRA EPOCA

Ala de Vampiro

(BAT - WING)

Novela escrita en inglés por Sax Rohmer

El famoso autor de "El Doctor Fu Manchú", "El Doctor Diabólico", "La Garra Amarilla", cuya versión cinematográfica constituyó un notable éxito, "Drogas" ("Dope") y otras producciones notabilísimas.

Pablo Harley, famoso investigador, y su amigo Knox han ido a una notable posesión cercana de Londres y llamada Cray's Folly, a invitación del coronel Juan Menéndez, que se dice objeto de las persecusiones de una secta de hechiceros negros cuyo símbolo es un ala de vampiro y que causan la muerte de las personas por medios misteriosos. El coronel Menéndez vive en Cray's Folly con una prima, la señora de Stamer, que está paralítica de las piernes. Con la señora de Stamer está la señorita Valentina Beverley, joven de singular belleza. Los capítulos publicados en el pasado número de "Pucky" han permitido al lector conocer los temores del coronel Menéndez y la visita de éste a Pablo Harley el cual, junto con su amigo Knox, — que es el que va relatando los sucesos, — ha llegado a Cray's Folly. La parte más misteriosa y atrayente de la novela, que puede apreciarse, habiendo leído lo que antecede, sin necesidad de leer lo publicado antes, comienza a continuación.



L coronel volvió a sentarse y llenó de nuevo las copas.

—Ahora, señores, — dijo, — estoy a sus órdenes, sea para trabajar o para distraernos. ¿No quería usted ver la torre?

—En efecto, — repuso mi amigo, encendiendo un habano; — pero a condición de que no le moleste el enseñármela.

—De ningún modo. ¿Viene usted, míster Knox?

Harley, sin que lo viera el coronel, me dirigió una mirada que comprendí en seguida.

—Muchas gracias, — dije sonriendo; — pero después de un buen almuerzo me gusta dar un paseo sobre el césped, si usted no lo toma a mal.

—¡Qué he de tomarlo a mal, hombre! — exclamó el coronel. — Sólo quiero que se encuentren ustedes a gusto.

—Procura que nos reunamos dentro de un rato, Knox, — me dijo Harley al salir detrás de nuestro anfitrión.

—Está bien, — contesté; — voy a pasear por el jardín y allí me encontrarás.

Cuando salí al aire libre y al sol, me yregunté qué empeño podría tener Pablo Harley en que le dejase a solas con el coronel Menéndez; pero comprendiendo que ya me lo diría él mismo más tarde, me puse a pasear por los jardines, llena la imaginación de preocupaciones acerca de aquellas gentes extrañas con quienes el hado me había puesto en contacto. Comprendí que miss Beverley necesitaba protección contra algo, y sentía un vivo deseo de poderle ofrecer toda mi protección. En su mirada había leído, o creí haber leído, una solicitud de simpatía.

La presencia de aquella joven allí no era el menor de los misterios de Cray's Folly. Hacia el final del almuerzo comprendí el secreto de su extraña expresión. La alegría de Valentina Beverley era fingida. Una vez, la sorprendí observando a Madame de Stamer con mirada que revelaba algo muy parecido al miedo.

Fumando tranquilamente empecé a dar la vuelta a la casa. Era ésta de construcción muy irregular. Todo el edificio era de piedra gris, produciendo un efecto de tristeza aun en aquel brillante día de sol y dando a Cray's Folly cierto aspecto de austeridad. Sin embargo, casi todas las habitaciones de su piso bajo tenían hermosas ventanas que dominaban el jardín, y algunas de los pisos altos tenían balcones de la misma clase de piedra gris. Junto al ala de poniente se veía una extensa quinta y una línea de invernáculos, además de algunas dependencias, cocheras y un garage, todo ello en comunicación con las habitaciones de la servidumbre por medio de una galería cubierta.

Prosiguiendo mis pesquisas, llegué hasta la fachada norte, que casi desaparecía bajo los árboles y que, como ya observamos a nuestra llegada, recordaba la entrada de un monasterio.

Después de pasar junto a la puerta de roble macizo que nos dió entrada, y que estaba cerrada de nuevo, me metí por el arco del cerco de boj y salí a una parte del jardín que no estaba tan cuidada como lo demás. A un lado se veían los tejos que flanqueaban el parterre, y delante de mí se levantaba la famosa torre. Mirando aquella construcción cuadrada, con sus ventanas sin cortinas, no pude menos de preguntarme, como se lo habían preguntado otros antes, qué capricho pudo haber inducido a nadie a construirla.

Visible desde muchas millas a la redonda, indudablemente desfiguraba un paisaje que, a no ser por ella, era indiscutiblemente hermoso.

Apresuré el paso, observando que las ventanas de las habitaciones del ala este se hallaban cerradas y los cuartos, al parecer, deshabitados, y llegué al pie de la torre. Al sur, el terreno iba subiendo hacia el anfiteatro de colinas, y mirando por encima de los árboles vi, a no gran distancia, la chimenea de ladrillo rojo de alguna vieja casa, escondida en la espesura. Por el norte y por el este, la alfombra de aterciopelado césped bajaba suavemente hacia el parque.

Hallábame admirando la perspectiva y diciéndome que no era posible que el satanismo del Vudú se albergase en tan poético rincón de Inglaterra, cuando oí sobre mi cabeza débil rumor de voces. Sin duda alguien andaba en la galería de la torre. Miré a lo alto, pero no pude ver a los que hablaban. Seguí, pues, paseando hasta que, cerca de la fachada del lado sur de la torre, me encontré ante una apretada espesura de rododendros. No encontrando paso por allí, volví atrás y me metí en el parterre. Allí, avanzando hacia mí, con un libro en la mano, encontré a miss Beverley.

—Hola, señor Knox, — me dijo; — creí que había usted subido a la torre.

—No, — repuse riendo, — me faltan energías.

—¿De veras? — dijo con gracioso acento. —Entonces, siéntese usted y charlaremos.

Se dejó caer, medio sentada, sobre un macizo de césped, dirigiéndome una mirada invitadora, y acepté su invitación sin demora.

—Me gusta mucho este viejo jardín, — me confesó, — aunque claro está que no debe ser más viejo que todo lo demás. Siempre pienso que aquí sentarían muy bien unos pavos reales.

—Sí, — repuse, — estarían muy en carácter.

—Y unos pajecitos vestidos de terciopelo amarillo.

Me miró muy seria durante un momento, y después rompió a reir alegremente.

—¿Sabe usted, miss Beverley, — le dije, mirándola, — que no sé cómo explicarme su presencia entre los que rodean al coronel?

—¿De veras? — dijo con sencillez. — Lo creo.

—Entonces, usted comprende que...

—¿Que no me encuentro en mi centro?

—Eso quise decir.

—Tiene usted razón.

Volvió a reir, haciendo un gesto encantador, y varió de conversación.

—Estoy muy contenta, — dijo, — de que haya venido aquí el señor Harley.

—¿Conocía usted a mi amigo, de nombre?

—Sí, — repuso, — alguien me habló de él en Niza, y sé que es muy inteligente.

—¿En Niza? ¿Es que ha vivido usted allí antes de venir aquí?

Valentina hizo una lenta señal afirmativa con su linda cabeza, y en su mirada se pintó una expresión de recuerdo.

—Viví más de un año con Madame de Stamer en una linda "villa" de la Promenade des Anglais, — repuso; — fué después de ser herida Madame.

—¿La hirieron durante la guerra, según creo?

—Sí. ¡Pobre Madame! Cayó una bomba en el hospital que ella dirigía, y la explosión la dejó en el estado en que usted la ve. Yo también estaba allí, pero felizmente escapé completamente ilesa.

—¿Que estaba usted allí?

—Allí fué donde conocí a Madame de Stamer. Ella era muy rica, y fundó en Francia aquel hospital, que ella misma costeaba. Yo fuí durante algún tiempo una de sus enfermeras. La pobre perdió en la guerra su esposo y su fortuna, y por si esto no era bastante, perdió también el uso de las piernas.

—¡Pobre mujer! — dije. — No tenía la menor idea de que su vida encerrase semejante tragedia. Tiene una intrepidez asombrosa, según veo.

—¿Intrepidez? — exclamó la joven. — ¡Si supiera usted todo lo que sé yo de ella!

El rostro de Valentina se animaba, y se inclinó hacia mí confidencialmente, añadiendo:

—Realmente, es una mujer admirable. En aquellos días aprendí a respetarla como no he respetado jamás a ninguna mujer en este mundo, y cuando, después de su estupenda labor, ella, tan activa e infatigable, se vió de pronto impedida, comprendí que no podía abandonarla, sobre todo cuando ella me pidió que me quedase a su lado.

—¿De modo que usted fué con ella a Niza?

—Sí; luego el coronel tomó esta casa, y vinimos aquí, pero...

Vaciló en continuar, mirándome de un modo extraño.

—¿Tal vez no es usted feliz?

—No, — repuso, — no lo soy. En Francia era muy distinto; allí conocía a mucha gente; pero aquí en Cray's Folly estamos tan solos, y Madame es...

Volvió a vacilar.

—Es... ¿qué?

—Que... — dijo, riendo con evidente turbación, — que tengo a veces miedo de ella.

—¿Qué clase de miedo?

—¡Oh! Un miedo pueril, completamente femenino. Desde luego, es un ama de gobierno admirable: dirige la casa con mano férrea. Pero yo no tengo aquí nada en que ocuparme, y me encuentro fuera de mi centro. Luego, el coronel... ¡Oh! ¿Pero qué estoy diciendo?

—¿No quiere usted decirme qué es lo que teme el coronel?

—¡Ah! ¿Usted sabía que el coronel teme alguna cosa?

—Naturalmente; por eso ha venido aquí Pablo Harley.

La fisonomía de la joven cambió inmediatamente de expresión; casi expresaba terror.

—Quisiera saber lo que significa todo esto, — murmuró.

—Luego, ¿usted sabe que aquí ocurre algo malo?

—Claro que lo sé; a veces he sentido tal terror, que he decidido irme al día siguiente.

—¿Quiere usted decir que ha sentido terror... por la noche? — pregunté, lleno de curiosidad.

—Sí, un terror espantoso.

—¿Podría usted decirme por qué?

Me miró muy fija, y en seguida volvió la cabeza, mordiéndose el labio.

—No, ahora no, — repuso; — no podría explicarlo.

—Entonces, dígame al menos cómo es que no se ha ido usted.

—Por una razón muy sencilla, — dijo sonriendo ingenuamente: — porque no tengo a dónde ir.

—¿No tiene usted amigos aquí, en Inglaterra?

Hizo con la cabeza un delicioso gesto negativo.

—No. Sólo tenía a mi pobre papá, y lo perdí hace más de dos años. Entonces fué cuando me marché a Niza.

—¡Pobre muchacha! — dije; y estas palabras se me escaparon antes que me diese cuenta de su excesiva familiaridad.

Ya tenía una excusa en la punta de la lengua, pero miss Beverley no parecía haberse fijado en mi indiscreción. Realmente, había hablado con el corazón, y creo que ella lo entendió así.

Volvió a alzar la cabeza, y con luminosa sonrisa en los labios y en los ojos, exclamó:

—¿Por qué hablar de cosas tan tristes en un día tan hermoso?

—¡Sabe Dios! — dije. — ¿Querría usted enseñarme estos bellos jardines?

—¡Encantada, señor! — repuso ella, levantándose y haciéndome una burlona cortesía.

Echamos a andar. A cada paso, encontraba yo un nuevo motivo de admiración en un rizo rebelde, en un gesto, en la dulce voz de mi compañera. Su risa era una música deliciosa, pero creo que cuando se ponía seria era aún más fascinadora.

La amenaza que pendía sobre Cray's Folly, suponiendo que hubiera tal amenaza, había dejado de existir, al menos para mí, y bendije la feliz casualidad que me había llevado allí.

Pronto se reunieron con nosotros el coronel Menéndez y Pablo Harley, y de su conversación deduje que, al sospechar que eran sus voces las que oí en lo alto de la torre, no había acertado más que a medias.

—Supongo, señor Harley, — venía diciendo el coronel, — que me perdonará usted por haber dado esa comisión a Pedro, pero no tengo alientos para tanta escalera.

—Comprendo, coronel, — replicaba Harley; — la vista desde la terraza era espléndida.

—Y ahora, señores, — continuó el coronel, — si miss Beverley quiere perdonarnos, nos retiraremos a mi despacho para tratar de nuestro asunto.

—Como usted guste, — dijo Harley; — pero, si no me equivoco, tiene usted la costumbre de dormir siesta.

El coronel se encogió de hombros.

—Antes la dormía, — dijo, — pero estos días tengo demasiadas cosas en que pensar.

Valentina se alejó sonriendo y me dijo adiós con su libro, a la vez que me dirigía una mirada que me dejó confuso. No pude menos de preguntarme si la habría interpretado bien, pues parecía significar que me aceptaba como aliado. Por lo menos, me hizo comprender que el misterio que pendía sobre aquella extraña casa tenía desde entonces para mí un interés personal.

Miré a mi amigo al guiarnos el coronel hacia la casa, y observé que miraba hacia arriba, con una extraña expresión en la fisonomía. Siguiendo la dirección de su mirada, vi en uno de los balcones de piedra gris un toldo echado. Bajo él, reclinada en un sofá de mimbre, estaba Madame de Stamer. Me pareció dormida; por lo menos, no hizo el menor movimiento al entrar en la casa Harley y yo, seguidos por el ceremonioso coronel.

A veces, los detalles menos importantes son los que mejor sobreviven en la memoria. Recuerdo que un rayo de sol, penetrando por un pequeño descosido del toldo polícromo, daba en un anillo que llevaba Madame, y hacía relumbrar los diamantes como si fuesen brasas de fuego.

CAPITULO VI

La barrera

El coronel Menéndez nos condujo a un enorme despacho, de forma alargada, que ofrecía la misma nota de extranjerismo característica del resto de la casa. Era una habitación decorada en madera, como todas las de Cray's Folly que yo ya conocía; puertas, ventanas, chimenea y techo eran hermosas muestras del arte del tallado. Si la excentricidad del que ideó Cray's Folly no estuviera bien probada por el extraño plano del edificio, su construcción, enteramente de granito y roble, bastaba para que se le reputase hombre de ideas poco corrientes.

Había en aquel despacho cuatro grandes ventanas que daban a un balcón corrido desde el cual se dominaba una parte del jardín y tres pequeñas praderas que, formando terrazas, bajaban hasta un lago donde vi algunos cisnes. Más allá, en el valle, se extendían verdes prados donde pastaban vacas. Una alondra cantaba alegremente en lo alto, y el cielo apenas tenía una nube. Podía oir a lo lejos, no sé dónde, el ruido de una segadora a vapor. Esto, y el sonido más cercano de un corta césped, manejado por algún jardinero que no se veía desde donde yo estaba, era lo único que turbaba el sereno silencio de aquella hora, aunque de pronto pude notar también el zumbido de numerosas abejas entre las rosas. La luz del sol inundaba todo el paisaje, pero nuestro balcón quedaba en sombra, y aquel gran despacho de roble resultaba muy agradablemen-

te fresco, hallándose además perfumado por el pesado aroma de las flores.

Desde las ventanas, contemplábase un paisaje estival típicamente inglés, pero la habitación en sí era de un carácter completamente exótico. Había una porción de estantes con vidrieras, recargados de ébano y oro y atestados de libros en casi todos los idiomas europeos, que en cierto modo reflejaban el carácter cosmopolita de aquella casa. Veíanse también muebles de estilo español, de cuero labrado e igualmente con mucho oro, y armaduras, y muchos objetos de arte árabes. Los cuadros eran muy buenos, pero sombríos, todos ellos de la escuela española.

Un Velázquez, sobre todo, me produjo verdadera sorpresa, y pensé que, si era auténtico, todo el dinero que yo poseía no me habría permitido comprarlo. Era el retrato de un antiguo caballero español, sin duda alguna un Menéndez. El parecido entre aquel altivo noble, que parecía pronto a salirse del lienzo para desafiar al espectador, y el coronel don Juan Menéndez Sarmiento, era realmente asombroso. Evidentemente, nuestro anfitrión se había traído muchas de las cosas que tenía en Cuba.

—Señores, — dijo en cuanto entramos, — no olviden ustedes que están en su casa; cuanto en ella se encierra está enteramente a su disposición.

Acercó dos anchas y blandas butacas, cuyos brazos formaban una especie de bandejas para poner el vaso de refresco, y su vista me trasladó mentalmente a las Antillas, donde me parecía verlas en la galería del ingenio que sirvió de residencia al coronel.

Sentámonos Harley y yo, y Menéndez se tendió en un sofá de cuero, diciéndonos:

—Mi estado de salud exige que me recueste algunas horas al día; ruego a ustedes que me perdonen.

—Querido coronel, — repuso Harley, — estoy seguro de que va usted a privarse de su siesta, sólo para hablar del desagradable motivo que nos ha reunido en tan agradable sitio. ¿Por qué no dejamos ese asunto para luego, para después de comer, por ejemplo?

—¡No, no; de ninguna manera! — protestó el coronel. — Aquí está Pedro con el café y un poco de curazao, de una marca que les recomiendo, aunque ustedes acaso no la conozcan.

La verdad es que yo no conocía aquel licor que se empeñó en que probásemos, y que venía en una botella cuadrada y opaca, de las que no se ven en los almacenes de vinos de Inglaterra. Era una bebida fuerte, de veras y en cuanto a los cigarros que el cubano sacó en aquella ocasión, y que estaban encerrados en estrechos tubos de vidrio que recordaban los tubos de ensayo de los laboratorios, sólo que escrupulosamente cerados, reconozco que no tenían rival. Todo aquello me convenció, si es que no estaba ya bien convencido, de que el coronel don Juan Menéndez Sarmiento pertenecía a aquella raza de hacendados de las Antillas que han sabido conservar la tradición de los buenos tiempos, en que en las Indias se nadaba en opulencia.

Hablamos un rato de diversos asuntos mientras saboreábamos el maravilloso curazao de nuestro anfitrión. El efecto producido por la historia del coronel se había desvanecido enteramente, y cuando este último no pudo disimular que se dormía, y Harley se levantó para salir, recogí la indicación con júbilo, porque en aquel momento no estaba con ánimo de discutir ningún asunto serio, ni alegre tampoco.

—Señores, — dijo el coronel levantándose también a pesar de nuestras protestas, — hagan ustedes como gusten, No tengo más voluntad que la de mis huéspedes. A la hora del te nos reuniremos con las señoras en la terraza.

Salimos al jardín nuestro huésped y yo, mientras nuestro obsequioso anfitrión se quedaba haciéndonos reverencias que en otro cualquiera habrían resultado ridículas, pero no en el coronel Menéndez por la gentileza natural que había en toda su persona.

Según bajábamos los escalones, me volví y miré hacia atrás, no sé por qué. La impresión que saqué de la fisonomía del coronel al llegar nosotros al final de la gradería fué de las que no se olvidan jamás.

Su expresión había cambiado por completo, o al menos así me lo pareció. Ya no se parecía al altivo caballero de Velázquez, ya no tenía aquel gentil continente. Volví en seguida la cabeza, esperando que no me hubiera visto mirarle.

Comprendí que había cometido un delito de lesa hospitalidad, que había visto lo que no tenía derecho a ver, y el resultado fué que comprendí lo que ninguna historia de magia antillana me hubiera hecho comprender.

Presentí algo terrible, algo misterioso: presentí que aquel hombre era un sentenciado.

La expresión de su rostro era indefinible, inexplicable; pero yo había visto la misma expresión en los ojos de un hombre mordido por un reptil venenoso y que sabía que sus horas estaban contadas. Era un algo desagradable, molesto; al principio, el ambiente de la casa del coronel me había parecido lleno de seguridad; ahora, aquella sensación de paz y de tranquilidad había desaparecido..., y desaparecido para siempre.

—Harley, — dijo, casi sin saber lo que hablaba, — me parece que este caso va a ser el más extraño de tu carrera.

—¿Te parece, eh? — dijo mi amigo, sonriendo. — ¡Es el caso más extraño, Knox! Es un caso de intrigas dentro de intrigas, de misterio tras misterio. ¿Has estudiado al coronel?

—Detenidamente.

—¿Y qué has sacado en limpio?

—Por el momento, nada; pero creo que empiezo a tener una opinión.

—¡Jum! — murmuró Harley, mientras paseábamos lentamente entre los rosales. — Yo, por lo menos, estoy seguro de una cosa.

—¿Y es?...

—Que el coronel Menéndez no teme al

Ala de Murciélago, sea ésta lo que fuere o quien fuere.

—¿Qué no la teme?

—Claro que no, Knox. Podrá haberla temido en otro tiempo, pero ahora está resignado.

—¿Resignado a qué?

—¡Resignado a morir !

—¡Por Dios, Harley, tienes razón! — exclamé. — ¡Tienes razón! ¡Lo he visto en su expresión cuando salíamos de la biblioteca!

Harley se detuvo y se volvió mirándome fijamente.

—¿Que lo has visto en su expresión? — me preguntó.

—Sí.

—Eso confirma mi teoría; yo lo había visto en otra parte.

—¿Dónde, Harley?

—En la cara de Madame de Stamer.

—¿Qué dices?

—Knox, — y Harley bajó la voz, puso su mano en mi brazo y miró en redor nuestro desconfiadamente, — ¡ella lo sabe!

—¿Pero qué es lo que sabe?

—Eso es lo que hemos venido a contestar; pero yo estoy seguro, hasta donde es humanamente posible estarlo, de que, cuéntenos el coronel esta noche lo que nos cuente, por lo menos se callará una cosa

—¿Qué es ello?

—La significación del signo del Ala del Vampiro.

—¿Luego crees que él sabe su verdadero significado?

—Nos ha dicho que es el signo de muerte del Vudú.

Miré a Harley perplejo.

—¿Es que crees que su explicación es falsa?

—No eso precisamente, Knox; puede ser verdad, pero él nos oculta alguna cosa. Me habla siempre, por decirlo así, desde detrás de un muro infranqueable, que él mismo ha levantado contra mí.

—No puedo, entonces, comprender lo que se propone, — declaré, mientras mi amigo me miraba sin inmutarse. — Acabo, hace poco, de adquirir el convencimiento de que no ha acudido a ti en vano; por consiguiente, ¿por qué no ha de ofrecerte toda la ayuda que esté de su parte?

—Eso digo yo: ¿por qué? — murmuró Harley.

—Lo mismo digo de Madame de Stamer, — continué. — Si alguna vez he visto miradas de amor en un amujer, ha sido hoy, en sus ojos, cuando contemplaba al coronel. Creo, Harley, que esa mujer besaría el suelo que él pisa.

—¡Cierto, cierto! — exclamó mi amigo, apoyando su afirmación con enérgicas sacudidas de su puño cerrado. — ¡Todo ello es extraño, muy extraño; pero te aseguro que ella lo sabe, Knox, lo sabe!

—¿Quieres decir que ella sabe que él está sentenciado?

Harley afirmó rápidamente:

—Lo saben los dos; pero hay algo que no se atreven a decir.

Me miró furtivamente, y en su rostro bronceado observé una expresión singular.

—¿Has tenido ocasión de hablar a solas con miss Beverley? — me preguntó.

—Sí, — repuse; — seguramente no habrás olvidado que me encontraste charlando con ella cuando volviste de tu visita a la torre.

—Lo recuerdo; pero pensé que podíais haber acabado de encontraros. Voy creyendo, Knox, que acabas de hacerte incluir en la lista de los amigos de una muchacha encantadora. El único motivo que me indujo a visitar la torre, fué dejarte libre para que lo hicieras... No, no te pongas serio. Aparte de que no quiero que olvides que ha sido la amiga de confianza de Madame de Stamer durante algunos años, no he de meterme en tus planes particulares acerca de este asunto.

Le miré cara a cara, y supongo que mi expresión sería de cólera.

—Espero que me habrás comprendido; — continuó; — una muchacha inglesa y culta, de esa clase, no puede haber vivido junto a esa gente sin aprender algo de lo que tanto nos intriga. ¿Te pido demasiado?

—Te comprendo, — dije a mi vez. — No Harley, creo que pides lo que puedes pedirme.

—Muy bien, — murmuró; — pues entonces dejo en tus hábiles manos esa parte de la investigación.

Se detuvo, y empezó a mirar en redor.

—Desde aquí, — dijo, — tenemos una excelente vista de la torre.

Nos volvimos, y estuvimos contemplando aquella fea construcción, con sus hileras simétricas de ventanas y su azotea.

Yo fuí el primero en romper el silencio, diciendo:

—Desde luego, todo este edificio es raro, pero las habitaciones, aparte de su monótona uniformidad y de su decorado, feo a fuerza de ser igual, son ventiladas y con buenas luces, sanas y amplias. La torre, sin embargo, no tiene perdón de Dios, a menos que el objeto fuera que los habitantes pudieran mirar por encima de los árboles en todas direcciones.

—Sí, — repuso Harley, — es bastante fea; en cambio, allá lejos veo una esquina de una edificación, que debe ser muy pintoresca.

—Ya lo ví yo esta mañana, — dije; — pero desde aquí se ve algo más. Debe ser una casa vieja.

Me detuve, mirando hacia la falda de la colina, pero Harley, con las manos a la espalda y la cabeza baja, echó a andar en actitud reflexiva. Le seguí, y recorrimos alguna distancia en silencio, pasando junto a un jardinero, que se llevó la mano al sombrero respetuosamente, y a quien creí al principio que iba a preguntarle algo mi amigo. Harley, sin embargo, pasó de largo, muy preocupado, y al llegar a un sendero de menuda grava que, rodeando los macizos, bajaba de terraza en terraza hasta el valle, se volvió y empezó a descender por él.

—Vamos a ver si interrogamos a los cisnes, — murmuró abstraído.

CAPITULO VII

En "La Rama de Espliego"

ALGUNAS veces Pablo Harley se ponía imposible como compañero, y yo, que le conocía bien, había aprendido a dejarle solo en tales ocasiones. Estas crisis coincidían siempre con la aparición de algún problema en cuyo fondo no acertaba a penetrar su agudo entendimiento. En tales casos, su malhumor no se traducía en palabras, pero se le conocía en que se olvidaba de todo y de todos los que le rodeaban. Se le hablaba, y a penas se daba cuenta de lo que le decían; las cosas más familiares ni las veía siquiera. Al exterior seguía siendo el observador Harley, que podía descubrir un misterio mejor que cualquier otra persona de Inglaterra; pero en realidad sólo observaba hacia dentro; aunque iba y venía en medio del bullicio de la vida, se hallaba espiritualmente solo, a solas con esa soledad que reside en el corazón de cada individuo.

Cuando llegamos al lago que había al pie de la gradería de macizos, y en el que crecían los nenúfares y se solazaban los cisnes, me convencí de que yo había dejado de existir para Harley. Conociéndole bien, seguí paseando solo, atravesando el pequeño valle y llegando hasta una puertecita que parecía dar a un camino vecinal. Al verme junto a ella me volví y miré hacia atrás

Pablo Harley permanecía inmóvil donde yo le dejé al borde del lago, como hipnotizado por el lento movimiento de los cisnes; pero no me hubiera importado apostar cualquier cosa a que ni veía los cisnes ni el lago, sino que se hallaba mentalmente lejos de aquel sitio, sumido en algún laberinto de reflexiones que una inteligencia ordinaria no habría podido seguir.

Saqué el reloj y ví que eran poco más de las dos.

En Cray's Folly se tomaba el te temprano. Me quedaba, pues, tiempo de sobra, y resolví emplearlo en explorar los alrededores. Por consiguiente, cargué y encendí mi pipa y salí tranquilamente al camino, disfrutando de la belleza de la tarde y admirando los magníficos árboles que crecían en las laderas meridionales del valle.

Las alondras cantaban por encima de mí, y el aire estaba lleno de esos aromas que son característicos de la campiña inglesa. Un rebaño de hermosas vacas de Jersey llamó primeramente mi atención, y poco más allá salí a una carretera, en la que un labrador de curtido rostro, sentado en lo alto de su carro de pasto, me saludó alegremente al pasar dándome las buenas tardes.

Marchando a la ventura doblé a la izquierda y seguí la carretera, no tardando en llegar a una pequeña aldea, cuyo principal edificio era una minúscula hostería que ostentaba el título de "La Rama de Espliego".

El curazao del coronel Menéndez y el calor del día me habían dado sed, y entré en la hostería resuelto a probar la cerveza de aquel sitio.

Me sirvió la dueña, una mujer bajita, gruesa, colorada y muy limpia; y cuando se retiró, después de dejar sobre el mostrador un jarro coronado de espuma, miré un momento a la única persona que allí había al llegar yo, un hombre sentado en un sillón, inmediatamente a la derecha de la puerta. En el alféizar de la ventana, junto a él, veíase un vaso de whisky y soda, que no debía ser el primero que bebía, a juzgar por el aspecto del individuo.

Después de tomar un sorbo del frío contenido de mi jarro, me recosté de espaldas contra el mostrador y miré con curiosidad a aquel personaje.

Era un hombre de mediana estatutra, de aspecto algo delicado. Vestía como un señor campesino, y en la ventana, junto a su vaso, se veían un sombrero blando y un bastón. Pero lo que inmediatamente me llamó la atención fué su asombroso parecido con el retrato de Edgar Poe que tenía Pablo Harley en su casa.

Al principio pensé si sería una ilusión mía, producida por las frecuentes alusiones de Harley al excéntrico novelista estadounidense, por quien tenía una especie de adoración; pero examinando más despacio aquella extraña fisonomía, me convencí de que mi primera impresión era exacta. Sospecho que mi curiosidad me hizo mirarle más fijamente de lo que permite la buena educación, y, sin duda, debió notarlo.

—Perdóneme, señor, — me dijo; y no pudo menos de extrañarme su ligero acento norteamericano. — ¿Es usted acaso literato?

Como ya me había figurado, estaba un poco bebido, aunque no precisamente borracho, y, no obstante lo brusco de su pregunta, la hizo con toda finura.

—El periodismo es una de las varias ocupaciones a que me he dedicado, — repuse sonriendo.

—¿No escribe usted novelas?

—No tengo la imaginación necesaria para ese arte.

Mi interlocutor movió la cabeza con aire de incredulidad, tomó un sorbo de su whisky y añadió, levantando el dedo solemnemente:

—Sin embargo, usted estaba pensando que me parezco a Edgar Poe.

—¡Por Dios! — exclamé, realmente asombrado. — Se le parece usted por más de un concepto. Pero debo pedir a usted que me explique cómo por una sola mirada mía ha comprendido usted mi pensamiento.

—Se lo diré, señor, — contestó; — pero antes tengo que llenar de nuevo mi vaso, y me honraría usted mucho si me permite que llene de nuevo el suyo.

—Muchas gracias, — dije, — pero le ruego me perdone si no acepto.

—Como usted guste, señor, — repuso el norteamericano.

Se adelantó hacia el mostrador y dió unos golpecitos en él con una moneda, hasta que apareció la dueña del establecimiento. La



"Yo también ví el ala de vampiro clavada en la puerta, señor Knox y comprenderá usted que eso no lo hacen los ladrones", dijo Valentina. "Es usted muy valiente, señorita, —dije.—Comprendo todo lo que ha sufrido, y la compadezco". Noté que mi presencia le daba ánimos y que empezaba a tranquilizarse. ("Ala de Vampiro", Capítulo X.)

buena mujer me dirigió una mirada significativa, pero volvió a llenarle el vaso.

Vuelto mi estadounidense a su sitio, y tras de añadir un poco, muy poco, de soda a su whisky, prosiguió:

—Debo decirle a todo esto que me llamo Colin Camber, de Richmond, Virginia, Estados Unidos de América; ahora tiene usted su casa en Guest House, Surrey, Inglaterra.

Siguiendo el ejemplo que con sus graves y altivos modales me daba míster Camber, hice una reverencia y dije mi nombre y domicilio.

—Tengo un verdadero placer en conocerle, míster Knox, — me dijo; — y ahora vamos a su pregunta. Cuando usted entró, hace algunos momentos, me miró; pero sus ojos no se abrieron como cuando se reconoce o se cree reconocer a un amigo, sino que se entornaron. Esto indica pensamientos retrospectivos. Durante un momento se volvieron a otra parte. Estaba usted tratando de recordar, de formar una idea. De pronto recordó usted, y entonces me volvió a mirar, y sus miradas decían claramente: "El pelo largo, la frente espaciosa, los ojos de poeta, el bigote fino, la boca chica, la barba fina, el vaso de whisky al lado... El parecido es completo". Y como yo sé que efectivamente lo es, me aventuré a comprobar mi hipótesis, que ha resultado cierta.

Míster Colin Camber hablaba con la seriedad del hombre medio embriagado y no pude menos de comprender que tenía delante un tipo realmente curioso. En él se daba esa paradoja que no pocas veces se encuentra en el genio: una inteligencia poderosa y original reunida en una voluntad débil. Me pregunté cuál podría ser su profesión, y cómo sería posible que su nombre no me sonase; pero el poseedor de aquella frente y de aquellos ojos necesariamente había de hacerse célebre en cualquier carrera que quisiese seguir.

—Sus argumentos me han interesado mucho, señor, — le dije; — veo que es usted un gran observador.

—Sí, — repuso, — me he dedicado toda mi vida a observar el modo de ser de mis semejantes, labor que he venido realizando en diferentes partes del mundo, aunque sin grandes beneficios para mí. Beneficios pecuniarios, se entiende.

De pronto me miró con una expresión repentinamente triste, y añadió:

—No crea usted, señor, que yo soy bebedor por costumbre. Ultimamente me han trastornado ciertos..., vamos, cosas de cuestiones domésticas, y...

Vació su vaso de un trago y me dijo:

—¿Va usted a hacer que le sirvan algo más, míster Knox? En tal caso, ¿quiere usted decirle a la señora Wootton que haga lo mismo conmigo?

Pero en aquel momento la señora Wootton apareció en persona detrás del mostrador, diciendo:

—Ha pasado la hora, señores; ya han dado las dos y media.

—¿Cómo? — gritó el norteamericano, levantándose. — ¿Qué es eso? ¿Se niega usted a servirme?

—No, no, míster Camber, — contestó la hostelera; — es que no puedo servir a nadie después de las dos; ya no es hora.

—Bueno, se niega usted a servirme, — murmuró de nuevo míster Camber con voz cada vez más insegura. — ¡Así me insulta!

Vi que la pobre mujer me dirigía una mirada suplicante, e intervine sonriendo.

—Mi querido amigo, hay que conformarse con lo dispuesto por la ley; después de todo mejor estamos aquí que en América, donde no se puede beber a ninguna hora.

—¡Es verdad! — dijo míster Camber, echando la cabeza hacia atrás y hablando con el trágico acento de quien recita un drama. — ¡Es verdad!; pero semejantes leyes son un insulto para todo ser inteligente.

Se dejó caer en su asiento, y yo me quedé mirándole tan pronto a él cómo a la dueña del establecimiento, sin saber qué hacer. Sin embargo, mi indecisión no duró mucho, terminando de un modo que nunca pude haber soñado.

A mis espaldas, en el umbral de la puerta, sonaron breves pisadas, y al volverme me encontré ante un chino pequeño, de cara arrugada.

Llevaba un traje azul, como de mecánico, y una gorra de visera; calzaba unas zapatillas muy raras, de gruesa suela, y su rostro parecía una máscara sonriente, hecha de viejo marfil.

Apenas podía creer lo que estaba viendo, pues "La Rama de Espliego" era uno de los rincones del planeta en que menos me hubiera ocurrido buscar un chino.

Míster Collin Camber volvió a levantarse, y fijando una melancólica mirada en el recién llegado, díjole con acento de frío enojo:

—¡Ah Tsong! ¿Qué haces aquí?

El chino, sin inmutarse, repuso:

—Sólo buscar, señor; señor volver pronto.

—¿Qué quieres decir? — preguntó míster Camber. — ¿Quién te envía, Ah-Tsong?

—Señorita Lilí, — repuso el chino, sonriendo infantilmente, — señorita Lilí.

—¡Oh! — exclamó el norteamericano, cambiando de tono.

Quedóse un momento muy erguido, mirando cara a cara al arrugado chino, y después se volvió a la señora Wootton y le hizo una reverencia y se volvió a mí y me hizo otra reverencia, todo ello muy solemnemente.

—Debo pedir a usted mil perdones, señor —me dijo. — Mi esposa desea que vuelva a casa.

Le devolví la reverencia; y cuando se dirigía, con sorprendente firmeza en el andar, hacia la puerta, seguido de Ah-Tsong, detúvose, se volvió y y me dijo:

—Tendré a gran honor, míster Knox, que antes de salir de Surrey me dedique usted una hora de compañía. Tengo pocas visitas. Cualquiera puede encaminar a usted a Guest House. Estoy convencido de que nos parecemos en muchas cosas. Buenas tardes.

Salió, desapareciendo en compañía del chino; y en cuanto los vi marchar me volví ha-

cia la señora Wootton, la hostelera, llono a la vez de asombro y de curiosidad.

Ella movió la cabeza y lanzó un suspiro.

—¡Todos los días y todas las noches lo mismo! — exclamó. — Temo mucho que le vaya a costar la vida.

—¿De modo que míster Camber viene todos los días, y siempre tiene que venir a buscarle el chino?

—Dos veces al día, — me corrigió la hostelera, — y las dos veces tiene su pobre mujer que enviar a buscarle.

—¡Qué lástima! — murmuré. — ¡Un hombre tan inteligente!

—¡Ah! — exclamó la buena mujer, mientras recogía jarros y vasos del mostrador. — ¡Debe ser una cosa terrible!

—¿Lleva mucho tiempo ese señor viviendo aquí? — me aventuré a preguntar.

—Hace tres años que alquiló Guest House, esa casita vieja de Mid-Hatton. Recuerdo bien la fecha, por lo que dió que hablar en el pueblo la llegada del chico.

—Supongo que causaría verdadera sensación — murmuré. — Y esa Guest House ¿es una casa grande?

—No señor; sólo diez habitaciones y el jardín. Ha estado mucho tiempo desalquilada. Pertenece a lo que aquí llamamos "las tierras de Cray".

—El señor Camber debe ser escritor, ¿no es cierto?

—Así creo, señor

La señora Wootton, que acababá de limpiar su mostrador, miró al reloj y después me miró a mí, con una sonrisa significativa.

—Ya veo que es pasada la hora, — le dije, devolviendo sonrisa por sonrisa, — pero es que me interesa mucho esa gente rara que vive por aquí.

—¡No me extraña, señor! — exclamó la hostelera, riéndose. — ¡Chinos, cubanos y no sé qué más! Si algunas de las personas honradas que vivían aquí antes de la guerra pudieran verlo, no reconocerían su pueblo, de seguro.

—Muy bien — dije, antes de salir; — espero que volveré a ver al señor Camber, y a usted también, señora, pues tiene usted una cerveza excelente.

—Gracias, señor, — repuso ella, muy hueca: — pero lo que es el señor Camber dudo de que se le reconozca a usted si vuelve a verle. Si hubiera estado sereno, ya sería otra cosa.

—¿De veras?

—Como lo oye. No hace más que seis meses que le ha dado por ahí; pero algunas de las personas a quienes ha conocido aquí pidiéndoles que fueran a visitarle, lo han hecho, creyendo que hablaba en serio.

—¿Y no las ha recibido bien?

—¡Sí, sí! Dándoles con la puerta en las narices! — contestó la señora Wootton indignada. — O es que no recuerda lo que dice cuando bebe, o es que pretende no recordarlo. ¡Ay, señor, que mundo éste! En fin, usted lo pase bien.

—Adiós, buenas tardes, — dije, y salí de "La Rama de Espliego", pensando que habrían estado en lo cierto las "perfsonas honradas" de que hablaba la señora Wootton, pues aquel tranquilo rincón de Surrey se había convertido en un punto de cita de gentes raras.

CAPITULO VIII

El llamamiento de Makombo

CONSERVO algunos notables recuerdos del te de aquella tarde en la terraza de Cray's Folly. Conocí más de cerca a nuestro anfitrión y a su prima, aunque sin llegar por eso a conocerlos mejor, y procuré averiguar algo por medio de miss Beverley. Su tranquilidad engañaba. De propio intento sometía su personalidad a la de Madame Stamer, no sé por qué a menos que fuera que se creyese obligada a ello. Lo cierto es que sus ojos de color de acero, tan pronto parecían pensativos como alegres, y una vez sorprendí en ellos una expresión de tristeza, que por un momento habló el alegre mariposeo de sus cadenciosos movimientos, de sus labios temblorosos, de sus rizosos cabellos rubios.

Pablo Harley permanecía abstraído, pero yo que le conocía bien, comprendí que su actitud no era real, sino una "pose" que adoptaba siempre que estaba profundamente interesado en cuanto le rodeaba. Sin embargo, me desorientaba lo mismo que a cualquier otro, y tan pronto creí que se hallaba estudiando al coronel Menéndez, como que era Madame de Stamer la que ocupaba la mesa de disección de su mente.

No me sorprendía que hallase en Madame un problema atrayente pues aquella mujer podría haber constituído el objeto de un estudio tentador para cualquier psicólogo. Yo no comprendía bien su parentesco con el coronel cubano, pues Madame de Stamer era francesa por completo. Sus modales, sus gestos, toda su persona revelaba a la parisiense elegante. Poseía un talento verdaderamente masculino, y era la persona más agradable en sociedad que pueda imaginarse. Hablaba mucho y bien, y costaba trabajo creer que su alegre verbosidad fuera afectada. Sin embargo, a medida que avanzaba la tarde, fuí convenciéndome de que así era.

Pensé que, antes de quedar impedida, Madame de Stamer debía haber sido una mujer tan viva como hermosa. Quedábale su vivacidad y mucho de su belleza, hasta el punto de que era difícil creer que su nevada cabellera era natural. Más de una vez me recordó aquellos peinados empolvados de la época de la Pompadour, y me pregunté si era posible que Madame no llevase un lunar postizo.

Que mediaba una simpatía inmensa entre ella y el coronel, era indiscutible. Más de una vez sorprendí en sus negros ojos las miradas de una mujer amante, aunque llena de profunda tristeza. Aquella mujer representaba un papel, y yo tenía la convicción de que Harley lo sabía. No era la lucha

que contra su propia desgracia sostiene una mujer de sociedad que trata de ocultar sus dolores a los ojos de la gente; era un fingimiento estudiado, producido por motivos más hondos.

Madame vestía con exquisito gusto, y al verla sentada entre su almohadones, haciendo vivos ademanes, nadie hubiera dicho que estaba impedida. Mi admiración hacia ella creció cuando observé lo mucho que apreciaba a Valentina, cada uno de cuyos movimientos seguía ella con miradas de afecto casi maternal. Esto era tanto más de admirar pues Madame de Stamer, cuya edad supuse que no estaría lejos de los cuarenta, era una de esas mujeres que pueden seducir, y seducen, mucho tiempo después de la época en que la mayoría de las mujeres han dejado de ser atractivas. Una mujer de esa clase suele tener celos de la juventud y la belleza en otras. No sé si la actitud de Madame se debía a que ella se consideraba satisfecha o a motivos más nobles; a mí me bastaba que se complaciese en el juvenil encanto de su compañera.

—Valentina, — decía, por ejemplo, dirigiéndose a la joven, — debiera usted llevar las mangas más cortas, querida.

Hablaba con mucha ligereza, y con una voz algo ronca, pera fascinadoramente vibrante.

—Tiene usted unos brazos preciosos; es imperdonable que los esconda.

Valentina, ruborizada hasta las orejas, se echó a reir para disimular su rubor.

—¡Por Dios, querida! — exclamó Madame. — ¿Va usted a avergonzarse de tener brazos? Todas las mujeres los tienen, y algunas hacen muy bien en esconderlos.

—Es verdad, María, — añadió el coronel con su voz atiplada, que contrastaba con el contralto de su prima; — pero precisamente las más escuálidas son los que más se complacen en enseñar las pantorrillas.

—En Inglaterra, sí — admitió Madame, —pero no en Francia. Las francesas son demasiado vivas, Juan.

—Sí, las francesas se preocupan mucho de su persona, — dijo Valentina con calma; —bien lo sabe usted, Madame; antes se morirían que dejar de ser admiradas.

Madame se encogió de hombros:

—Lo mismo me ocurre a mí, querida,— confesó, — y eso que no puedo andar. Sin admiración no hay nada. Y dígame, querida, ¿quién se va a fijar en un ruiseñor, cuando hay cerca un ave del paraíso, por dulce que sea su canto?

Pablo Harley, levantándose de pronto, intervino en la conversación, riendo alegremente:

—Pues yo, creo también como miss Beverley, que el amor a la elegancia no siempre trae consigo la felicidad. Seguramente, esa es la causa de la mitad de las tragedias en Francia.

—¡Ah, pero es que las francesas no pueden remediarlo! — exclamó Madame. — Por la elegancia, una francesa puede hasta olvidar a su marido; pero, eso sí, no se olvida nunca de sí misma.

—¡Caramba, María, — protestó el coronel, — estás diciendo cosas muy raras!

—¿De veras, Juan? — repuso ella, volviéndose para dirigirle una de sus singulares miradas. — ¿Qué te parecería estar rodeado de harapientas? Aquí donde usted le ve, señor Knox, — continuó extendiendo su blanca mano hacia el coronel, con un gesto que me recordó a Sarah Bernhardt, — este caballero notaría en seguida si entrase mi mucama aquí con un zapato desabrochado. ¡Bah! Si a nosotras nos gusta el lujo, es porque, sin él, no gustaríamos nosotras a los hombres.

El coronel se inclinó sobre la mesita de té y la besó sus lindos dedos a la manera de un cortesano, diciendo:

—Yo te amaría aun cubierta de andrajos, encantadora prima.

Madame sonrió y se ruborizó como una chica, y sin retirar su mano murmuró:

—¡Tendrían que ser andrajos elegantes!

Durante esta pequeña escena, observé que Valentina me miraba un poco turbada, y no era difícil comprender que se estaría preguntando cuál sería mi opinión sobre todo aquello.

La escena cambió al decir bruscamente Madame de Stamer:

—Tengo que ir a la ciudad. La mitad del pedido que hicimos a Hartley no nos lo han enviado.

—¡Oh, Madame, déjeme usted que vaya yo! — exclamó Valentina.

—No, querida — repuso Madame — no la dejo a usted ir, pero puede usted venir conmigo si quiere.

Tocó una campanilla que había sobre la mesita de té, y apareció el mayordomo.

—Pedro, — dijo Madame — ¿está el auto preparado?

El mayordomo hizo una reverencia.

—Díle a Carter que lo traiga. Vamos, querida — continuó dirigiéndose a la joven, — vamos si quiere usted venir conmigo. Yo no tardo ni un minuto.

Hizo virar su sillón mecánico, indicó a Pedro con un ademán que saliese, y desapareció a toda marcha, con Valentina andando a su lado.

Al sentarse de nuevo, el coronel Menéndez se recostó en su butaca con los ojos entornados, siguiendo con la vista al sillón y a su ocupante hasta que uno y otro se perdieron en la penumbra de la estancia inmediata.

—Madame de Stamer es realmente una mujer notable — dijo Pablo Harley.

—¿Notable? — repuso el coronel. — Todo el espíritu caballeresco de la antigua Francia lo tiene dentro de sí.

Nos ofreció cigarrillos, unos cigarrillos largos, envueltos en hoja de tabaco en vez de papel. Me extrañó mucho que, habiendo declarado la nacionalidad de Madame, el coronel no se creyese en el caso de explicarme el misterio de su parentesco. Pero ni lo intentó siquiera, y aun no habíamos encendido

los cigarros, cuando apareció en el paseo un pequeño automóvil de dos asientos, conducido por Carter, el mismo chauffeur que nos llevó de Londres y Cray's Folly.

Saltó el chauffeur al suelo y empezó a arreglar las mantas y los almohadones, y casi en seguida reapareció Madame ataviada para salir. Ya iba Carter a ayudarla a subir, cuando el coronel se levantó y se dirigió hacia ella.

—¡Siéntate, Juan, siéntate! — dijo Madame con tono autoritario.

En sus ojos observé una mirada de viva ansiedad, casi diría de dolor, y el coronel se detuvo.

—¿Cómo habré de decirte, — continuó ella, — que no te molestes ni te fatigues?

El coronel acató la orden humildemente, pero el incidente se me antojó grotesco, pues era difícil asociar la idea de debilidad con un hombretón del tipo del coronel.

A todo esto, Carter ya había ayudado a Madame a subir al auto, y cuando por un momento la sostuvo en alto, antes de dejarla sobre los almohadones, observé que era una mujer alta, delgada y de elegante tipo.

Riendo y bromeando, en cuanto estuvo bien sentada y tomó ella misma el volante, y Valentina se colocó a su lado. Madame hizo a Carter señal de que se retirase, despidióse del coronel con un gentil movimiento de la mano, y gritándonos: "Au revoir!" partió el automóvil, dando la vuelta a la casa y perdiéndose de vista.

Nuestro anfitrión quedóse allí, sin sombrero, oyendo el zumbido del motor que se perdía a lo lejos, entre los árboles. Parecía sumido en profundas reflexiones, de las que solamente salió al dejarse de oir el ruido del automóvil.

—Ahora, señores, — nos dijo ahogando un suspiro, — tenemos que hablar largo y tendido. Aquí hace fresco, pero ¿será un sitio lo bastante reservado? ¿No preferiría usted que hablásemos en la biblioteca, señor Harley?

Pablo Harley sacudió la ceniza de su cigarro.

—Mejor todavía su su despacho, coronel— repuso.

—¿Teme usted que nos oigan? — preguntó el coronel, revelando cierta agitación y mirando a Harley como si sospechase que éste había adquirido informes particulares.

—No debemos descuidar ninguna precaución, — contestó mi amigo, — puesto que, según prueba el relato de usted, la casa está espiada por los enemigos de su seguridad.

El coronel iba a hablar algo más, pero se contuvo y nos guió en silencio, cruzando la biblioteca, hasta una habitación adjunta más pequeña, que estaba amueblada como para despacho.

Indudablemente, era aquel un verdadero cuarto de trabajo. Aunque no faltaba la nota centroamericana, no se advertía tanto como en la biblioteca o en el "hall". Era una habitación más útil que lujosa. En la biblioteca, una vez echadas las cortinas, podía uno creerse en las Antillas; en el despacho, el ambiente era el de una oficina londinense. Era, en suma, el cuarto de trabajo de un hombre de negocios.

Una vez que nos acomodamos en sendas butacas, Pablo Harley inició la conversación, diciendo:

—Respecto a algunos detalles, encuentro todavía deficientes mis informes.

Consultó el reverso de un sobre usado sobre el cual supuse que había anotado algunas cosas con lápiz la noche antes, y continuó:

—Por ejemplo, su descubrimiento de que alguien vigilaba la casa, y luego, de que alguien entraba en ella, ¿no tuvo relación visible con la presencia del ala de murciélago clavada en la puerta principal?

—No, — contestó lentamente el coronel; —esos episodios ocurrieron hace un mes.

—¿Exactamente un mes?

—Ocurrieron inmediatamente antes de la última luna llena.

—¡Ah, antes de la luna llena! ¿Y es porque relaciona usted las acciones del Vudú con la luna llena, por lo que cree usted que la antigua amenaza ha vuelto a surgir?

El coronel afirmó enérgicamente con la cabeza. Estaba muy ocupado en liar uno de sus eternos cigarrillos.

—¿Y su suposición se ha visto confirmada al descubrir el ala del vampiro?

—¡Naturalmente! — dijo el coronel.— ¿Podía dudar ya?

—Está bien — murmuró Harley, ensimismado y evidentemente ocupado en seguir el hilo secreto de una serie de ideas. — Ahora, calculo yo que sus sospechas, traducidas en palabras, podrían resumirse así: durante su última visita a Cuba, usted, hipótesis "a" mató a algún gran sacerdote del Vudú, o bien, hipótesis "b", lo hirió gravemente. Si la hipótesis "a" es exacta, es indudable que la secta que la víctima presidía le sentenció a usted a muerte; y si es la hipótesis "b" lo que vale, es el suponer que la víctima misma es el hombre que debemos vigilar. Ahora bien, coronel, ¿tiene usted la bondad de decirme si recuerda el nombre de aquel individuo?

—Lo recuerdo muy bien — contestó el coronel; — se llamaba Makombo, y era un negro de Benín.

—Suponiendo que todavía viviera, ¿qué edad, poco más o menos, tendría ahora?

El coronel pareció meditar, a la vez que me alargaba por encima de la mesa una caja de cigarros de hoja de la Martinica.

—Sería ya viejo, — dijo al fin: — yo he cumplido ya los cincuenta y dos, y creo que Makombo, si vive, andará más cerca de los setenta que de los sesenta.

—¡Ah! — murmuró Harley. — ¿Y habla inglés?

—Algunas palabras, creo yo.

Pablo Harley fijó su mirada en el atezado rostro de águila del coronel.

—¿De modo, — dijo, — que usted supone que realmente fué Makombo la sombra que

vió usted en el jardín, el individuo que entró a media noche en Cray's Folly, y el que clavó el ala de vampiro en su puerta?

El coronel Menéndez pareció un poco sorprendido por estas preguntas hechas tan directamente, y confesó:

—No puedo creerlo.

—¡Cree usted que esa cofradía o religión que llaman vuduismo pueda existir fuera de aquellos países donde hay negros africanos o descendientes suyos?

—No estaría dispuesto a creerlo, señor Harley, a no ser por mis aventuras en Wáshington y en otras partes.

—¿Luego usted cree que haya representantes de ese culto en Europa y en Norte América?

—No nos costaría trabajo creer que los hubiera en Norte América, porque allí hay muchos negros, pero en Inglaterra...

Y el coronel se encogió de hombros.

—Debo recordarle, — dijo Harley con calma, — que también hay negros en Inglaterra. Si usted cree seriamente que el Vudú puede seguir a los negros en sus emigraciones, no se por qué razón no ha de ser un culto universal.

—Eso es increíble.

—Y, sin embargo, — preguntó Harley,— ¿de qué otro modo pueden explicarse los hechos que usted mismo nos ha referido?

Y volviendo a consultar las notas del sobre, continuó:

—Ahora, veamos otra cuestión: creo deducir que esos brujos negros se fundan sobre todo en lo que podríamos llamar intimidación: dicho de otro modo, que se atribuyen el poder de desear la muerte a un enemigo.

Alzó la vista y miró fijamente al coronel.

—No puedo creer que un hombre de su valor y de su cultura ceda a semejante creencia.

—¡Y no lo hago, señor, — declaró el coronel, acalorado; — no hay ningún discípulo de Obeäh que pueda someterme a su voluntad!

—Sin embargo, — dijo Harley entre dientes, — paréceme que su voluntad de vivir flaquea un poco.

—¿Qué quiere usted decir?

El coronel Menéndez se había levantado y miraba coléricamente a Harley; pero éste no perdió la calma.

—Quiero decir que observo en usted una especie de resignación que no apruebo.

—¿Y qué me importa que no la apruebe usted? — dijo a media voz el coronel; y creo que no he visto jamás una figura más formidable que la de aquel hombre mirando fijamente a mi amigo de arriba abajo.

Pablo Harley había logrado incomodarle, y yo, que sabía que mi amigo era un maestro de tacto, comprendí que lo había hecho de propio intento, aunque no podía ni siquiera sospechar su objeto.

—Mi papel aquí es el de un especialista— continuó Harley, — y el de usted es el de enfermo. Ahora bien, usted no puede negarme, porque lo veo claro, que su imaginación se resiste cada vez menos al peligro que le amenaza. Permítame recordarle que no hay mejor defensa que el contraataque. Ahora está usted indignado, coronel, y yo preferiría siempre verle indignado mejor que verle apático. Para terminar: usted me habló de un vecino en términos que me hacen creer que usted sospecha que tenga alguna relación con sus enemigos. ¿Puedo preguntarle el nombre de esa persona?

El coronel volvió a sentarse, fumando rabiosamente y empezando a la vez a liar otro cigarrillo. Indudablemente, estaba luchando por volver a ser dueño de sí.

—Ruego a usted de todo corazón que me perdone, — dijo, — aunque mi salida de tono ha sido realmente imperdonable. En vez de mostrarme agradecido, me he indignado. Mucho de lo que ha dicho usted es cierto, y tan lo es, que me desprecio a mí mismo.

Miró cara a cara a Harley, y prosiguió:

—Despierto, no me importa ningún hombre de este mundo, ni negro ni blanco; pero dormido... Porque es durante el sueño cuando esos nefandos sectarios van a lo suyo.

—¡Excita usted mi curiosidad! — declaró Harley.

—Escuche usted, — prosiguió el coronel, inclinándose hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y sosteniendo el cigarrillo recién hecho entre los dedos de la mano izquierda, mientras seguía chupando el otro enérgicamente: — ¿Recuerda usted lo que les conté acerca de la muerte de cierta mulata?

Pablo Harley afirmó con un gesto.

—La causa verdadera de su muerte nadie la supo jamás, pero yo logré averiguar que la noche después de haberse encontrado el ala del vampiro clavada en su choza, se levantó dormida y acudió a la Faja Negra. ¿Dudará usted acaso de que alguien la llamaba?

—¿Que la llamaba alguien?

—Sí, señor Harley; la joven obedecía al llamamiento de Macombo.

—¡Al llamamiento de Makombo! ¿Se refiere usted a una especie de sugestión hipnótica?

—Procuraré explicarme con un ejemplo,— repuso el coronel. — La noche del último plenilunio, o sea a la noche siguiente de haber entrado alguien en mi casa, yo me acosté muy temprano. De pronto me desperté con una sensación extraña de frío. Me desperté, repito y... ¿dónde dirá usted que me encontré?

—No puedo sospecharlo.

—¡A punto de entrar en el parterre que se ve desde la ventana del cuarto de usted!

—¡Muy extraño! — murmuró Harley.— ¿Estaba usted en traje de dormir?

—En efecto.

—¿Y qué le despertó a usted?

—Un accidente, pero un accidente feliz.

Como iba descalzo, me corté un pie con una piedrita, y el dolor me despertó.

—¿No recuerda usted si soñó algo que pudiera inducirle a bajar al jardín?

—No recuerdo.

—¿Mira su dormitorio en esa direccióu?

—No; mira hacia el lago que hay al sur de la casa. Yo había bajado hasta una puerta de servicio, descorrí el cerrojo, y salí, y dí la vuelta al ala este del edificio antes de despertarme.

—Su dormitorio mira al lago... — murmuró Harley.

—Sí.

Se cruzaron sus miradas, y en la de Pablo Harley me pareció ver una expresión de desafío.

—Aún no me ha dicho usted el nombre de su vecino, — dijo.

El coronel encendió su nuevo cigarrillo, y repuso:

—Siento mucho haber hablado siquiera de esa sospecha; porque no es más que una sospecha, casi diría mejor una duda. ¿Comprende usted?

—Perfectamente.

—En realidad, es que, en diez millas a la redonda, no conozco ninguna otra persona que haya estado en Cuba, sino ésa.

—¡Ah!

—Esa es la única razón que puede hacerme relacionarle con mi enemigo oculto. Así, pues, ruego a usted que olvide la alusión que pueda haber hecho a su existencia.

Dijo esto como si tuviesen sus palabras alguna remota finalidad, y acompañándolo con un ademán que no dejaba a Harley otra alternativa que cambiar de conversación.

Cruzáronse de nuevo sus miradas, y comprendí que toda aquella conversación ocultaba algo que yo no acertaba a explicarme. No podía imaginar ni lo que Harley sospechaba, ni lo que deseaba ocultar el coronel, pero había "algo" en el ambiente. El cubano se ponía en guardia, y Harley estaba irritado.

Era una entrevista muy extraña, y que, como más adelante me revelaron los hechos, encerraba un significado extraordinario. El sexto sentido de Harley estaba en funciones, pero yo no sabía hasta qué punto comprendía él mismo sus advertencias en aquellos momentos, ni lo he sabido todavía. Creo, no obstante, que entonces, mientras miraba de frente al coronel, fué cuando empezó a descubrir que había una sombra dentro de las sombras que constituían el secreto de Cray's Folly, de aquello que llamábamos Ala de Murciélago, de aquella fuerza satánica, viva y potente en aquellos mismos instantes.

* * *

CAPITULO IX

Obeáh

ESA conversación en el despacho del coronel Menéndez me produjo una impresión muy desagradable. La atmósfera de Cray's Folly iba cargándose de intranquilidad. A la señora de Stamer y a miss Beverley no las había vuelto a ver cuando me retiré a mi cuarto para vestirme de etiqueta. Una vez en traje adecuado para sentarme a la mesa fuí al cuarto de Harley, deseoso de saber si había concebido ya alguna hipótesis acerca del singular asunto que nos llevara a Surrey.

Mi amigo, cuando salimos del despacho se excusó de seguir con nosotros diciendo que deseaba llegar hasta la oficina de correos del pueblo a tiempo para enviar un telegrama a Londres. Nuestro anfitrión le ofreció un mensajero, pero Harley no lo aceptó, ni tampoco la oferta de un coche, diciendo que el ejercicio facilita la meditación. Sin embargo, me sorprendió encontrar su cuarto vacío, pues no podía creer que el hacer un telegrama le entretuviese tanto tiempo.

Moría la tarde, y el parterre, contemplado desde la ventana, en parte sumido en sombras violáceas y en parte iluminado como por una luz que pasase a través de una gasa de oro, resultaba precioso. Una mancha brillante que el último resplandor del astro del día ponía en el reloj de sol, añadía una nota mágica al cuadro.

Pensé que el paisaje podría haber servido para ilustrar un libro de cuentos de hadas, y recordé de pronto lo que el coronel nos había contado de cuando se despertó en el acto de entrar en tan romántico lugar, notando de nuevo una sensación de intranquilidad y de disgusto.

Vi que sobre la mesa había un libro, y suponiendo que sería alguno que habría llevado Harley consigo, lo tomé y miré el título. Decía así: "La Magia entre los negros".

Di la vuelta a la llave de la luz (porque Cray's Folly tenía su pequeña usina de electricidad), abrí el libro al acaso y comencé a leer.

"La religión de los negros, — decía el autor, — es emotiva, y con frecuencia va asociada a la brujería y a los ritos denominados Vudú, o misterios de Obi. Algunos eruditos pretenden que todo esto no son sino reliquias del culto fetichista del Africa ecuatorial, pero semejante origen no está bien demostrado todavía. Los ritos caníbales, los sacrificios humanos y las ceremonias obscenas parecidas a las del Aquelarre medioeval, que se citan en Haití, en las demás Antillas y hasta entre los negros del sur de Estados Unidos, son de una autenticidad muy dudosa; pero es un hecho probado que entre los negros, tanto de las Antillas como de Estados Unidos, está muy extendida la

creencia en el poder de Obeáh. Un negro que se crea encantado por este gran hechicero, empieza a decaer visiblemente, y a veces sucumbe".

Seguían algunos párrafos subrayados con lápiz, y comprendiendo que era Pablo Harley quien los había subrayado, los leí con particular interés. Decían lo siguiente:

"Según Hesketh J. Bell, el término Obeáh se deriva probablemente del nombre Obi, usado en la costa oriental de Africa para denotar la brujería, los encantamientos y el fetichismo en general. La etimología de dicha palabra se ha seguido hasta las más antiguas fuentes, llegando a investigarla hasta en la mitología egipcia. En egipcio, una serpiente era llamada "ob" o "aub", y todavía serpiente se dice en egipcio moderno "obion". Moisés, en nombre de Jehová, prohibió a los israelitas que preguntasen al demonio Ob, que en las ediciones modernas de la Biblia se traduce por brujo, encantador, adivinador o hechicero. La hechicera de Ender se llamaba Oub u Ob, que suele interpretarse por "pitonisa", y Oubois era el nombre del basilisco o serpiente real, emblema del Sol y una de las antiguas deidades del oráculo en Africa".

Venía a continuación un párrafo doblemente subrayado, y prosiguiendo mi lectura, me encontré con algo que me dejó un momento sin aliento. Juzgue el lector por sí mismo:

"En un artículo recientemente publicado en la "Occult Review", Mr. Colin Camber, verdadera autoridad en la materia, ha expuesto algunos hechos muy curiosos que parecen probar que, aunque las víboras y los escorpiones han sido siempre sagrados para los sectarios del Vudú, el verdadero emblema de su nefanda religión es el murciélago, y especialmente el vampiro de la América Tropical.

"Más aún: este autor afirma que los síntomas que ofrece un individuo que muere por los sortilegios de un Obeáh, son enteramente los mismos que se observan en los hombres y animales que han sido atacados durante la noche por los vampiros".

Dejé el libro abierto sobre la cama de Harley.

Mi cerebro era un volcán.

Las varias teorías, o conatos de teorías, que hasta entonces había yo concebido, quedaban desbaratadas por estos sencillos párrafos. Me acordé de las alusiones vagas del coronel de un vecino temido, de su afirmación de los que secuaces del Vudú no estaban confinados a las Indias Occidentales, del conato de asesinato de que había sido objeto en Wáshington, del ala de vampiro clavada en la puerta de Cray's Folly...

Aunque incrédulamente, me acordé del personaje a quien había conocido en "La Rama de Espliego", de su triste vicio y de su magnífica frente, y las dudas y las indecisiones invadieron mi mente.

Mi impaciencia porque regresase Harley crecía por momentos. Comprendía que acababa de caer en mis manos una clave de la mayor importancia, así que, cuando al fin, estando paseándome arriba y abajo por el cuarto para distraer mi impaciencia, vi que se abría la puerta y entraba mi amigo, no pude menos de recibirle gritando:

—¡Harley, Harley! ¡Acabo de averiguar algo muy importante!

Antes de acabar de hablar, la expresión del rostro de Harley me llamó la atención. También él se hallaba excitado; más aún: se encontraba en uno de sus ratos de mal humor. Sin embargo, entusiasmado con mi descubrimiento, proseguí:

—Se me ocurrió mirar ese libro mientras te aguardaba. Veo que has subrayado algunos trozos.

Me miró de un modo extraño, y me dijo:

—Descubrí esa obrita en mi biblioteca anoche, después que tú te fuiste, y entonces marqué los párrafos que me llamaron más la atención.

—Pero, oye: es el caso que ese hombre de quien se habla aquí, ese Colin Camber, vive aquí cerca.

—Lo sé.

—¡Cómo! ¿Lo sabes?

—Me lo ha dicho hace media hora Aylesbury, el inspector de policía del condado.

Y frunciendo el ceño, exclamó:

—¿Por qué no me lo dijiste tú, en nombre de Dios? ¡Me habrías ahorrado un viaje muy desagradable a Market Hilton!

—¡A Market Hilton! ¿Pero es posible que hayas ido a esa ciudad?

—Precisamente allí he estado, Knox. Telefonée a Junes desde el correo del pueblo para que me enviase, en seguida un automóvil. Hay un buen garage junto a "La Rama de Espliego".

—¿Pero no tiene el coronel tres autos?

—Sí, y el caballo tiene cuatro pies, — repuso Harley con acento de cólera; — pero aunque yo sólo tenga dos, a veces prefiero hacer uso de ellas. ¡No comprendo cómo no se te ocurrió darme ese dato en cuanto lo supiste!

—Pero, querido Harley, — dijo yo, con calma, — ¿cómo iba yo a dar importancia a esa pequeñez? Ten presente que cuando averigüé el nombre aun no había visto el libro sobre la brujería de los negros.

—Tienes razón, Knox, tienes razón, — dijo mi amigo dejándose caer sobre la cama; —a veces temo que estoy algo neurasténico. Perdóname, querido, pero a decir verdad, me están dando ganas de hacer la balija y volverme a Londres sin perder momento.

—¡Cómo! — exclamé.

—¡Oh! Ya sé que lo sentirías mucho, — dijo sonriendo, — y yo también, por varias razones. Pero me hace poca gracia que nadie se ría de mí.

—Cada vez te entiendo menos, Harley.

—Pues no tienes más que pensar con un poco de calma. ¿Crees tú que el coronel ignora el hecho de que su vecino más próximo está reconocido como una autoridad sobre el Vudú y otras materias por el estilo?

—Supongo que te refieres a Colin Camber.

—A él me refiero.



"He visto proyectarse una sombra en la cortina de la ventana", dijo Harley. "Sería la sombra de Menéndez que probablemente estaría fumando en el cuartito". "Te aseguro que juraría que era la silueta de una mujer". "¡Calla por Dios!" "Un poco de calma Knox..." ("Ala de Vampiro", Capítulo XI.)

—Pues bien, — repuse, pensativo, — desde luego el coronel debe saber que Camber reside en la vecindad.

—Y sus reticencias indican de sobra que sabe algo acerca de la clase de estudios a que Camber se dedica, — añadió Harley.— Toda su teoría para explicar esos atentados contra su vida se apoya en el supuesto de que hay agentes de Obeáh en Inglaterra y en Estados Unidos, y sin embargo, a pesar de mis preguntas concretas, deja que averigüe por mí mismo que el domicilio de Colin Camber está tocando al suyo.

—¿De veras? ¿Tan cerca vive?

—Sí, querido, — dijo Harley; — vive en una casita que llaman Guest House, y que se ve desde algunos puntos de Cray's Folly. Hoy hemos estado viéndola.

—¡Cómo! ¿Es la casa de la ladera de la colina?

—Sí, esa es Guest House. ¿Qué deduces de ello, Knox? Que Menéndez sospecha de ese hombre, no cabe dudarlo. ¿Por qué, pues, vacila en decirme su nombre?

—¡Bah! — repuse. — Sin duda es porque le parecerá una insolencia mezclar a un hombre de esa condición con brujerías y crímenes.

—Pero el caso es que ese hombre estudia esos asuntos, Knox.

—Puede ser, y desde luego creo que debe ser un genio en algún orden de conocimientos; pero habiendo tenido el gusto de conocer personalmente a ese Colin Camber, no puedo creerle capaz de un crimen.

Debí pronunciar estas frases con cierto aire de triunfo, pues Pablo Harley me miró un buen rato en silencio.

—Parece como si quisieras usurparme este caso, Knox, — dijo al fin. — Mientras yo he estado trotando por esos campos en busca de datos, tú pareces haber penetrado en este laberinto más profundamente de lo que a mí me han permitdo mis medios.

Seguía de muy mal humor, y de pronto me dió a conocer el motivo.

—He pasado toda una tarde, — continuó, —hablando con un empleado de policía del pueblo, un tipo imposible, que ni siquiera había oído hablar de mí.

Este rasgo de vanidad tan ingenuo me produjo verdadero regocijo. Me gustaba saber que el omnisciente Pablo Harley era capaz de sentirse herido en su orgullo profesional.

—Sí, — prosiguió, indignado, — un tal inspector Aylesbury, un hombre enorme, con un parecido realmente interesante con una morsa, pero sin la inteligencia de este animal. Fué preciso que el subdirector East le hablase de Scotland Yard para que dejase de tratarme como a un sospechoso. Pero luego estuvo casi más insolente que antes, porque adoptó el tono de un sargento que estuviese interrogando a un recluta. Si las cosas se ponen de modo que tengamos que tratar con semejante idiota, ¡Dios nos asista!

Rompió a reir, recobrando súbitamente su buen humor, y sacando su pipa comenzó a llenarla, diciéndome:

—Fumaré mientras me cambio de ropa; siéntate ahí y cuéntame todo lo que sepas de Colin Camber.

Hice lo que me pedía, y Harley, que se vestía más ligero que cualquier hombre que yo haya conocido, acababa de ponerse la corbata cuando yo terminaba de referirle mi encuentro con el norteamericano en "La Rama de Espliego".

—¡Hum! — murmuró cuando di fin a mi relato. — Cada vez me convenzo más de que, sin tí, estaría perdido. Mucho temo que mañana tenga que cambiar tu misión.

—¿Cambiar mi misión? ¿Qué quieres decir?

—Y te prevengo que la nueva no será tan agradable como la antigua. En pocas palabras, necesito que te separes de miss Valentina Beverley durante una hora, por la mañana, y aproveches la invitación de ese Camber para visitarle.

—Francamente, dudo que me reconozca.

—Sin embargo, tú tienes un pretexto para ir a su casa que yo no tengo. En estas circunstancias, es muy importante que nos pongamos en contacto con ese hombre.

—Muy bien; haré lo que pueda. Pero supongo, Harley, que tú no crees seriamente que el peligro venga de ese lado.

Pablo Harley tomó su smoking de encima de una silla, y antes de ponérselo se volvió hacia mí y me dijo:

—Querido Knox, ¿recuerdas que hace poco te hablaba de retirarme de mi profesión?

—Lo recuerdo.

—Bueno, pues, mi retiro no sería un capricho; me vería obligado a ello por incapacidad, pues te aseguro que, por lo que toca a la relación, si es que hay alguna, entre el relato del coronel Menéndez, el ala de vampiro clavada en la puerta de la casa, y el señor Colin Camber, no tengo ni la más leve idea. En esto, al menos, he superado a Augusto Dupin. Augusto Dupin nunca se confesó derrotado.

CAPITULO X

Los pasos en la noche

Si el almuerzo en Cray's Foly había sido lujoso, la comida resultó un verdadero banquete romano. Suponer egoísmos en miss Beverley, era ofenderla; pero cuanto más me iba dando cuenta de la lujosa vida que en aquella casa se hacía, menos me extrañaba que hubiera quien quisiese compartir semejante destiero. Yo había creído hasta entonces que una comida americana que nos dió una vez un nuevo rico en el Café de París era la última palabra en cuestión de comilonas lujosas, pero ahora me convencí de que lo que en Montecarlo se consideraba como extraordinario era lo corriente en Cray's Folly.

El coronel Menéndez era un epicureo con un bolsillo inagotable. Uno de los platos fué tan excelente, que no pude callarme un elogio, y ello dió lugar a un curioso incidente.

—¿Les gusta a ustedes mi cocinero? — preguntó el coronel.

—Excelente; a tal amo, tal criado, — repliqué.

El señor Menéndez inclinó la cabeza con hidalga gentileza, y madame de Stamer me miró con sonrisa de agradecimiento.

—Pues usted verá, — dijo el cubano. — Yo lo tengo desde Cuba; pero su reputación no ha llegado a Londres. Hay hoteles, sin embargo, que si lo pescasen no lo soltarían.

—¿Sería capaz de abandonar a usted? — pregunté.

El coronel dudó unos momentos y replicó:

—No, no, no, — y acompañó su negativa con elegante movimiento de manos;—pero se me ocurre que él quizás... — se detuvo un momento y terminó la frase, — quizás quisiera mejorar. ¿No le parece?

Me pareció comprender y recordar lo que había hablado con Harley aquella misma tarde a propósito de los temores que abrigaba por su vida, y un sentimiento desagradable se apoderó momentáneamente de mí.

Si yo hubiese dudado de que el coronel, al hablar como lo hacía, no aludía a los temores que tenía por cercana muerte, la cara que puso madame de Stamer me hubiese quitado toda duda. A pesar de los afeites que con el exquisito arte parisiense la había compuesto, ví sus mejillas palidecer bajo el colorete y los polvos; frunció el entrecejo y sus ojos brillaron involuntariamente. Volvió rápidamente la cabeza para disimular su turbación. Para Harley tampoco pasó inadvertido este pequeño incidente.

Mi amigo estaba inquieto. En primer lugar estaba confundido, y en segundo estaba enojado. Sentía sobre él la obligación de salvar a aquel hombre de una amenaza, que él, Harley, reconocía ser real, si bien a mí me parecía pura quimera, y encontraba que la persona que había acudido en busca de auxilio manifestaba a las claras encontrarse resignado con su suerte fatal, e indudablemente nos ocultaba detalles importantes, lo que dificultaba el trabajo de Harley.

De los secretos que envolvían el drama de Cray's Folly, ¿cuántos conocía Valentina Beverley? Eso era lo que yo ignoraba.

En aquella ocasión, me acuerdo muy bien, me pareció más que nunca elegante, y a mis ojos apareció como la mujer más linda, más encantadora que jamás había visto. Comprendí que no había podido ocultar lo mucho que me gustaba la muchacha, y más de una vez dirigí mis ojos o mi compañero, temiendo encontrar una mirada burlona; pero estaba sumamente serio y taciturno como nunca. No se sentía seguro en el terreno que pisaba. Comprendía que entre el coronel Menéndez y madame de Stamer había algo que él ignoraba, y aunque habían ido en busca de su ayuda, poco ponían de su parte para que ella fuese efectiva.

Yo sentía como si una sombra negra intangible hubiese invadido el comedor, si bien, una vez pasado el incidente citado, nuestro huésped se mostró locuaz, alegre y animadísimo; pero la mirada que descubrí por la mañana en aquel hombre, que denotaba la de una persona resignada a morir, se me había grabado en mi memoria

¿Qué podía significar todo aquello?, me preguntaba. En mi vida había visto un tipo tan guerrero, un espíritu tan batallador, tan valiente, ni una mirada tan desafiadora. ¿Por qué, pues, don Juan Menéndez no luchaba contra la amenaza de aquella misteriosa ala de vampiro? ¿Por qué consideraba inútil toda lucha? Y si inútil la consideraba, ¿por qué había acudido a mi amigo Harley?

A medida que el tiempo pasaba, mejor comprendí la perplejidad de mi amigo, y no me extrañaba que se sintiese vencido y no supiese dar explicación alguna a lo que allí pasaba.

Recordé la figura delicada de Colin Camber tal y como la ví en la hostería y me fué imposible suponer que un hombre como Menéndez pudiese temer nada del estadounidense. Claro es que había visto a este último en un estado nada ventajoso, pero sabía también que muchos grandes genios abusaban de la bebida. Sí, estaba convencido de que Camber era un hombre de gran talento, pero no podía creer que fuese un criminal, y me parecía altamente grotesco suponer que aquel individuo pudiese ser un representante de alguna lejana sociedad de negros.

Lo que me inclinaba a creer era que su presencia en la vecindad del perseguido cubano era una de esas raras coincidencias que en la historia criminal han traído trágicas consecuencias para sus víctimas en más de una ocasión.

Madame de Stamer evitó las patéticas miradas del coronel; se repuso al momento y, dirigiéndose a Valentina, le dijo cariñosa:

—¡Querida Valentina, esta encantadora esta noche! ¿No le parece a usted, señor Knox?

—Está divina, — repliqué.

—Por Dios, señor Knox!, no la haga dño; siempre que me pongo un vestido nuevo tiene que decirme algo que me abochorna.

Esta alusión a su vestido nuevo me hizo pensar de nuevo en la que a mí me parecía anómala situación de la joven en Cray's Folly, pues era evidente que no era una señorita de compañía profesional, y supuse que debía haber heredado de su padre alguna fortuna, pues su vestuario era bueno y elegante.

Cuando madame llamó la atención sobre Valentina, ésto se sonrojó visiblemente. La francesa añadió:

—Daría con gusto mi collar de perlas por poderme sonrojar así; aunque fuese menos.

—Mi querida María — dijo el coronel,— yo te he visto sonrojarte muchas veces.

—No, no — replicó la dama, haciendo gestos a lo Sarah Bernhardt. — La última vez fué cuando mi segundo marido me presentó a la mujer de mi primer esposo.

—¡Señora! — exclamó Valentina, — ¡qué cosas dice usted! No le haga caso, señor Knox; todo eso son fábulas.

—Con las fábulas reavivamos nuestra juventud, — replicó Madame.

—¡Ah, nuestra juventud, nuestra juventud! — suspiró Menéndez.

—¿Por qué ese triste suspiro, Juan?—di-

jo la dama. — La vejez no es trágica sino para aquellos que jamás han sido jóvenes.

Al decir esto le miró con fijeza, y vi la misma trágica expresión que había descubierto en sus ojos aquella misma mañana en el balcón. Aquella mirada era amor intenso, pero había en ella algo más que yo no me pude explicar.

—Gracias a Dios, María, — replicó el coronel, besándole la mano, — los dos hemos sido jóvenes, espléndidamente jóvenes.

Al terminar esta verdadera e histórica comida, las damas se retiraron, y al hacerlo madame levantó su blanca mano, con los dedos doblados en su forma característica, y dijo:

—Acuérdate, Juan: no te excites; nada de billar ni de cartas.

El coronel contestó con una respetuosa inclinación de cabeza, y la impedida, seguida de Valentina, salió, haciendo rodar a su butaca. Mi corazón latió con satisfacción, pues la señorita Beverley, al salir, me echó una mirada, que yo traduje por "Tengo deseos de hablar con usted a solas".

Cuando quedamos solos los tres hombres, el coronel exclamó:

—La verdad es que soy un hombre de suerte, al verme en el otoño de mi vida rodeado de tan encantadora compañía; belleza y gracia, juventud y discreción. ¿No debe considerarse feliz el hombre que cuenta con todo esto?

—Motivos tiene para serlo, — contestó Harley secamente.

El silencioso Pedro entró con una botella de Oporto, que desaparecía bajo una capa de polvo y telarañas, y el coronel nos ofreció cigarros de hoja.

—A usted me parece que le gusta más la pipa, — le dijo a Harley, a quien no podía proponerle cosa más de su gusto.

Era mi amigo un fumador de pipa empedernido ,y la prefería al más exquisito habano; así es que con gran satisfacción empezó a cargar su pipa. Estaba silencioso y tranquilo, como le había visto pocas veces, y le observé con atención.

Hacía una noche espléndida y calurosa, dos de los balcones del comedor estaban abiertos de par en par, y desde el interior se veía el magnífico parque, alumbrado por la blanca luz de la luna. Era aquel refectorio el cuarto más cómodo de toda la casa para mi gusto.

Al cabo de un largo silencio dijo Menéndez:

—Espero, señores, que no echarán de menos la expedición piscatoria.

—No tendría inconveniente en pasar aquí el resto de mis días, — replicó Harley.

—Lo mismo digo, — añadí yo.

—Sin embargo, — continuó diciendo mi amigo, — he de recordar que no he venido aquí para divertirme, sino para un asunto, y que mi reputación profesional está en juego.

Al decir esto miró con fijeza al coronel y continuó:

—He hablado con Pedro, su fiel mayordomo y con algunos otros de sus sirvientes, me he enterado de todo lo concerniente a la persona desconocida que entró en esta casa hace un mes y lo referente a una ala de vampire que se encontró nada en la puerta más recientemente.

—¿Y qué ha sacado upsted en limpio?— preguntó Menéndez con interés.

Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas, posición que adoptaba con frecuencia para escuchar con interés. Estaba fumando un habano; pero era tal lo absorto que estaba en el asunto, que, olvidadizo, sacó tabaco picado, un papel de fumar y se puso a liar uno de sus eternos cigarrillos.

—Quizás llegue a sacar algo, — replicó Harley, — si usted me contesta a una sola pregunta.

—¿Cuál?

—Esta: ¿Tiene usted idea de quién pudo ser el que clavó el ala de vampiro en la puerta de su cuarto?

El coronel abrió los ojos desmesuradamente, alargó la cara y replicó suavemente:

—Ya le he relatado a usted toda mi historia, señor Harley; si hubiera sabido lo que me pregunta yo lo hubiera dicho. He acudido a usted para eso precisamente, para que lo averigüe.

Pablo Harley dió una gran chupada a su pipa, sin alterarse en lo más mínimo.

—Yo suponía simplemente, que podía usted tener alguna sospecha, quizás de Colin Camber.

—¡Colin Camber!

Al pronunciar este nombre, la cara del coronel sufrió un rápido cambio. Si mi observación vale de algo, creo que en su rostro se pintó el profundo dolor. Se agarró con fuerza a los brazos de la butaca, haciendo esfuerzos por conservar la calma, lo que a poco consiguió, pues ya con voz normal y tranquila preguntó:

—¿Tiene usted, señor Harley, alguna razón especial para sospechar de ese hombre?

—Tengo una, replicó Pablo; — pero no confundamos las cosas. Nada afirmo de Camber, pero desearía saber si ustedes se conocen.

—No le he visto jamás.

—Pero le conoce de nombre.

—Sí, he oído hablar de él; pero si le he de ser franco, procuro ocuparme lo menos posible de los ciudadanos norteamericanos.

Una nota de arrogancia, que alguna que otra vez solía acentuarse en su fina voz, se hizo muy perceptible en aquel momento, y su cara aristocrática y aguileña creció en arrogancia.

No sé cómo hubiese terminado aquella conversación, si en aquel momento no entrara Pedro a dar al coronel un recado en español. Menéndez se levantó, y dándonos mil excusas nos suplicó le permitiésemos que se retirase por unos momentos.

—Voy a mi cuarto, Knox, — me dijo Harley, —a escribir una carta. Despacha hoy tus quehaceres, pues mañana empezarás a ocuparte de otros nuevos.

Al decir esto se fué riéndose, y me dejó solo, sin saber si agradecérselo o no.

Al poco rato me cansé de mi soledad y me encaminé al salón, en donde encontré a las dos damas sentadas, la más joven en un sofá, la mayor en un rincón junto a ella, en el mismo asiento.

—¿Qué es eso, señor Knox? ¿Le han abandonado a usted? — exclamó madame al verme entrar

—Una cosa parecida, — respondí.

—Vamos, que han dado media vuelta sin despedirse, — murmuró Valentina.

La miré sonriente, tomé una silla y me senté junto a ellas. Madame de Stamer estaba fumando, y yo ofrecí un cigarrillo a la joven que aceptó y encendió con una gracia y elegancia que me cautivó; cada momento encontraba en ella mayor belleza.

Pedro volvió a entrar y dijo a su patrona cuatro palabras en español.

—Pedro, mi butaca, — exclamó, — voy al momento.

El mayordomo español acercó la butaca rodante al sofá, levantó con gran facilidad a la francesa en sus brazos, lo que indicaba gran práctica de aquella función y la colocó entre los cogines de la butaca, que tantas horas ocupaba madame de Stamer

—Me dispensará usted, ¿verdad, querida? —dijo a Valentina. — El señor Knox, tengo la seguridad que pondrá todo lo que esté de su parte para entretenerla durante mi ausencia. Volveré en seguida.

Pedro abrió la puerta y la señora hizo rodar su butaca, dejándonos solos a la encantadora muchacha y a mí.

Si en aquel momento no hubiese estado invadido de emoción por el "téte a téte" que me procuraban aquellos recaditos en español, con seguridad que hubiese meditado largamente sobre la causa que los originaban. La llamada a nuestro huésped en el comedor primeramente y la de la francesa después, hubieran despertado mi curiosidad en otros momentos, pero en aquéllos no me preocuparon ni un instante.

Antes de que tuviese tiempo de hablar, sentí que la mano de Valentina se posaba en mi brazo, y me preguntó súbitamente:

—¿No ha oido usted? ¡Qué ruido más raro!

—No, no he oído; ¿qué ruido? — repliqué.

—Un ruido que yo ya conozco; algo así como un aleteo.

Su rostro se cubrió de una palidez cadavérica, y entonces se vieron confirmadas las sospechas que tenía, la vida de Valentina en Cray's Folly era una constante zozobra, un miedo insuperable a una sombra, a algo misterioso. Su alegría, su ligereza, su eterna sonrisa, no eran sino una máscara. En sus ojos, intensamente abiertos, leí el terror.

—Señorita, — exclamé acariciando su mano, para darle ánimos, — ¿qué es lo que le ha puesto tan nerviosa esta noche; me asusta usted.

—¡Esta noche! — repitió, — ¡esta noche! ¡Son todas las noches! Si usted no hubiese venido; es decir, si alguno no hubiese venido, —"corrigió",—creo que no me sería posible continuar aquí por más tiempo; no hubiera podido resistir más.

—Algún intento de robo le habrá asustado, ¿no es eso?

—¿Robo? — dijo sonriendo amargamente, — no; no hay ni ha habido tal robo.

—¿Qué quiere usted decir, Valentina?

—¿Cree usted que no sé a qué ha venido el señor Harley? — preguntó para contestar Lo sé, créame, lo sé; yo también vi el ala de vampiro clavada en la puerta, señor Knox, y comprenderá que eso no lo hacen los ladrones.

Me senté en el sofá, al lado de ella.

—Es usted muy valiente, señorita, — dije. — Comprendo todo lo que ha sufrido, y la compadezco.

—¿Tan mal lo disimuló entonces? — preguntó con patética sonrisa.

—No, no, disimula admirablemente; pero para un observador que simpatiza con usted, comprende que es usted una buena actriz.

Noté que mi presencia le daba ánimos, y que empezaba a tranquilizarse.

—¿Por qué no me cuenta usted todo,— le dije, — hágalo, si no es que el relato la causa miedo.

—Quisiera decírselo, — replicó con voz muy baja y mirando en redor como para asegurarse de que estábamos solos. — Exceptuando unas cuantas personas muy raras, amigos, según creo, del coronel, rarísima es la persona que ha venido a Cray's Folly. Aparte de muchas cosas raras que aquí suceden, y que pueden no tener importancia, — exclamó riendo nerviosamente, — el misterio que más me preocupa es el por qué el coronel Menéndez ha alquilado esta casa tan enorme.

—¿De modo que viene poca gente por aquí?

—Casi nadie. La gente de las inmediaciones le recibió en un principio muy bien, pero han terminado por abandonarle, y ya nadie le visita. La prodigalidad, el gesto enorme que hacía en sus reuniones asustó a la gente. Dijeron que no le entendían, y cuando esas personas no entienden una cosa la vituperan y desaprueban. No habían pasado dos meses, cuando todo el mundo nos dejó solas. Nuestros sirvientes extranjeros, tenemos cinco, también los asustaron y dijeron mil cosas de nosotros, y poco a poco nos hicieron el vacío. El coronel ha salido dos veces fuera, pero no sé adonde fué. Al regresar de su segundo viaje, madame de Stamer cambió muchísimo.

—¿Cambió? ¿En qu...

—Me parece que me va a ser imposible hacérselo entender a usted; cambió, si, en cierta manera. Bajo su capa de alegría oculta un alma trágica; no sé como explicarme; no es exactamente eso, ¡qué rabia! — y Valentina hizo un gesto de desesperada impotencia para explicarme.

—Sí, ya comprendo, — dije yo, — que no es tan feliz como antes, y lo disimula.

—Sí, si, eso es, — afirmó mirándome fi-

ramente. — ¿Le ha dicho a usted algo de eso el coronel Menéndez.

—Ni una palabra — repliqué. — Nada de eso; nos tiene sumidos en la mayor ignorancia. De modo que dice usted que hizo un segundo viaje no hace mucho.

—Sí; poco más de un mes, y desde entonces han debido ocurrir grandes novedades. Yo, lo confieso, me encuentro asustadísima, y si no fuese por lo buena que madame ha sido siempre conmigo, me iría; pero no me atrevo a abandonarla; sería una ingrata.

—¿Y ha presenciado usted alguno de los episodios acaecidos de un mes a esta parte?

Valentina bajó la cabeza.

—Nada que pueda definir realmente.

—Pero evidentemente, usted ha visto o ha oído algo que haya motivado el temor que siente.

—Algo sí; pero es tan difícil de explicar.

—Trate de explicarlo, Valentina.

—Lo haré por complacerle, y porque en realidad tengo deseos de desahogarme con alguno. Mire usted, en algunas ocasiones, por ejemplo, he oído pasos por el corredor y he visto pasar a alguno por delante de mi dormitorio.

—¿Por la noche?

—Sí, por la noche.

—¿Pasos cautelosos?

Valentina hizo un signo afirmativo con la cabeza, y añadió:

—Y pasos desconocidos, eso es lo raro. Ya sabeis que los que viven juntos en una casa conocen los pasos de los que conviven; pues bien, aquellos pasos me eran desconocidos.

—¿De modo que esa persona pasó por delante de la puerta de su dormitorio?

—Sí, mis habitaciones quedan aquí arriba, y en el fondo del corredor, es decir, en la esquina sudeste del dormitorio del coronel, y enfrente un saloncito que le sirve de cuarto de fumar. Los pasos que yo oí se dirigían en esa dirección.

—¿En dirección del cuarto del coronel Menéndez?

—Exactamente; eran pasos rapidos, ligeros, furtivos.

—¿Era muy tarde?

—Sí, ya se había acostado todo el mundo. Se detuvo, me miró un tanto confuso y pregunté.

—¿Eran pasos de hombre o de mujer?

—De mujer; pasos para mi completamente desconocidos, — añadió, inclinándose hacia adelante y mirándome muy de cerca.

—¿De modo, que según usted, no eran de ninguno de los de la casa?

—Sí, pasos muy extraños, — dijo, estremeciéndose. — La primera vez que los oí estaba despierta, sin poder conciliar el sueño; tenía mucho miedo. Madame de Stamer me había dicho que el coronel había visto a alguien rondando por el jardín la noche anterior. En el silencio de la noche oí los pasos y me estremecí; se perdieron en el fondo del corredor.

—¿Y qué hizo usted? — exclamé.

—Yo, nada; estaba demasiado asustada para hacer nada: me quedé muy quieta arrebujada bajo la sábana; mi corazón latía con violencia. Al cabo de un rato volví a oir los pasos desandando el camino, y ya no los volví a oír.

—¿Tenía usted echada la llave?

—No, — replicó, riéndose nerviosamente; — pero desde ese día echo la llave y el cerrojo.

—¿Y se han vuelto a repetir esos sonidos?

—Sí, los he oido muchas noches, señor Knox. Lo raro es que todos los sirvientes duermen en el ala occidental, como ya sabe, y Pedro cierra con llave la puerta de comunicación todas las noches, antes de retirarse.

—Es muy raro, muy raro, — murmuró.

—Raro, no; es horrible, — declaró la muchacha, en voz apenas perceptible, — porque esto significa que en Cray's Folly vive alguna persona a la que no se le ve nunca, y que jamás abandona sus habitaciones durante el día.

—Pero eso es increible.

—No es tan increible en un caserón tan enorme como éste. Además, ¿qué otra explicación cabe?

—Alguna habrá sin duda, — repliqué para tranquilizarla. — ¿Ha hablado usted de esto con madame de Stamer?

—Sí.

Valentina parecía cada vez más inquieta.

—¿Y qué explicación dió ella?

—Ninguna. Su actitud me intrigó muchísimo, pues en lugar de consolarme y tranquilizarme, me asustó mucho más con su silencio. No se puede usted imaginar cómo crece mi miedo a medida que se va acercando la noche.

Me miró con ojos de espanto, y añadió:

—Dos noches he despertado sobresaltada al oir grandes gritos.

—¿Qué clase de gritos?

—Es que no sé cómo decirlo, señor Knox. Los he oído dormida y me he sentado en la cama horrorizada, temblando, sin saber más sino que había despertado a causa de los gritos.

—¿Y no tiene usted idea de dónde procedían?

—¿Idea? Ni la más remota. Todas estas cosas pueden explicarse fácilmente, pero ese sentimiento de una amenaza pendiente, se ha apoderado de mí de tal manera, que ya no puedo resistir más. Además no acabo de entender las relaciones que existen entre el coronel y la señora...

Se detuvo, y se sonrojó hasta la raíz del pelo.

—Si lo que quiere usted decir, es que madame de Stamer está enamoradísima de su primo; estamos de acuerdo — dije yo tranquilamente.

—¿Tan poco lo disimula? — murmuró Valentina, riéndose para disimular su turbación. — Me alegraría saber qué es lo que todo eso significa.

En este punto de la conversación estábamos, cuando regresó madame de Stamer. y nos dijo:

—El coronel está agitadísimo esta tarde. Le amaga uno de sus ataques; a fuerza de insistir le he convencido, y he hecho que se acueste. Me encarga les presente sus excusas, y no duda que ustedes le perdonarán.

Asentí con una inclinación de cabeza, y repliqué:

—No sabía que el coronel estuviese delicado; su aspecto es de tener una salud a prueba de bomba.

—¡Oh, no! — exclamó la dama, haciendo su movimiento de hombros característico.— Juan ha viajado muy de prisa por el camino de la vida y con una velocidad vertiginosa.

Sacudió la mano en el aire, y añadió:

—La agitación, la excitación, le hacen mucho daño.

Hizo rodar su butaca hasta colocarse al lado de Valentina, cuya mano tomó para acariciarla mimosamente.

—Te encuentro pálida esta noche, querida,—le dijo. — Todas estas cosas que pasan, te están trastornando los nervios.

—No; no es eso, — replicó la muchacha.— Claro es que todas esas cosas son misterios y molestias, pero. . .

—El señor Harley nos dirá qué va sacando en limpio cuando venga. Espero que hará algo. ¡Afuera con esos demonios cubanos; no hacen falta en Cray's Folly!

Esperaba que continuase hablando sobre el asunto, pero después de suplicarnos de nuevo que dispensásemos la ausencia de Menendez, cambió de conversación, y nos habló de la sociedad de París y del cambio que cinco años de guerra habían traído.

Sus comentarios y observaciones, aunque brillantes y entretenidos, eran superficiales; así es que lo único que recuerdo es que hizo referencia a un tal barón Bergmann, diplomático sueco, el cual, según la dama, tenía la nariz más larga y la memoria más corta de todo París, de tal manera, que en invierno hasta se olvidaba sonarse el apéndice nasal.

Su charla vivaracha, me pareció febril. Reía, charlaba y gesticulaba más exageradamente que nunca; se veía que todo era forzado. Bajo su capa de vehemente alegría, se traslucía algo de frío y tétrico.

Media hora después entraba Harley, quien al momento se dió cuenta de la situación. Por muchos esfuerzos que hacía madame de Stamer por disimular, se veía a las claras que tenía ganas de retirarse en seguida. Lo que me sorprendió mucho, fué comprender que mi amigo tenía los mismos deseos que ella, pues desde el punto de vista de la investigación, el día no había dado fruto alguno. Yo sabía que Pablo Harley tenía deseos de saber mil cosas, que sólo la francesa podía decírselas.

A eso de las diez de la noche nos separamos para irnos a acostar, y a pesar de lo impaciente que yo estaba por charlar un rato con Harley, en seriedad lo impidió.

—Que descanses, Knox, — me dijo al detenerse delante de la puerta de su cuarto;— puede suceder que mañana te llame temprano.

Sin añadir una palabra más entró en su dormitorio y cerró la puerta tras sí.

CAPITULO XI

La silueta en la cortina

QUIZAS fuese infantil de mi parte, pero aquella manera de despedirse Harley de mí me puso de mal humor. Era indudable que Pablo por una razón o por otra, quería estar solo, pero me molestó que no tuviese confianza conmigo en aquella ocasión. No cabía duda de que se había propuesto desarrollar un plan, para el cual no necesitaba mi ayuda. En medio de múltiples conjeturas sobre este asunto, y recordando la mirada de terror que me dirigió Valentina al despedirnos y darnos las buenas noches, permanecí largo tiempo sin poder conciliar el sueño. En la ventana apoyado pasé largas horas tomando el fresco.

Hacía un calor insoportable, casi tropical; la luna brillaba esplendorosa en el cielo sin nubes. Me asomé para contemplar el tupido cerco de hoja que crecía a pocos pasos al pie de mi ventana, y a la izquierda distinguí el espacioso patio delante de Cray's Folly. A la derecha, la vegetación obstruía la vista del parterre. Permanecí allí reclinado aspirando el fragante aire de aquella apacible noche.

Al cabo de algún tiempo, como no oyese ruido alguno en el cuarto contiguo me acosté, y a pesar de todas mis cavilaciones, me quedé dormido.

A los pocos momentos, según calculé, desperté; creí que hacía muy poco que me había dormido; pero, en realidad, habían transcurrido cuatro horas. Sentí que una mano me tocaba en el hombro, y con rápido movimiento me incorporé, reprimiendo un grito.

—¡Arriba! — oí que me decía muy bajo mi amigo Harley; — levántate y no hagas ruido.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? — pregunté sobresaltado.

—Nada, nada. Siento interrumpir tu apacible sueño, amigo; pero en ausencia de mi secretario Innes, tengo que utilizarte querido Knox. Quiero anotar mis impresiones mientras están frescas en mi mente; por eso te he llamado.

—Pero, ¿qué ha sucedido? — le pregunté de nuevo a medio despertar, y alargué la mano a la perilla para encender la luz, pero Pablo me sujetó la mano, exclamando:

—¡No enciendas!

Su negra silueta se destacaba sobre el claro cuadrado de la ventana.

—¿Por qué no quieres que encienda?

—Son cerca de las dos, y no conviene que vean luz aquí.

—¡Las dos! — exclamé.

—Sí; vamos a fumar una pipa. ¡Vamos, se me ha olvidado la pipa!; dame un cigarrillo.

Le alargué la cigarrera, y a la débil luz

del fósforo, pude observar el rostro serio y ceñudo de mi amigo. Encendió el cigarrillo, y se sentó en el borde de mi cama.

—Confieso, amigo Knox, que he faltado a la hospitalidad para contigo, — empezó diciendo. — No solamente he traído aquí mi automóvil, sino que me he hecho traer una cosa, que la tengo aquí bajo el frac.

—Pero, ¿qué estás diciendo, Harley?

—¿Te acuerdas de aquella escala de seda con travesaños de bambú, que traje de Hong-Kong en una ocasión.

—Sí.

—Bueno, pues la tengo aquí.

—Pero, ¿para qué diablos quieres esa escala aquí?

—Me ha servido de mucho, — replicó — gracias a ella he podido bajar por la ventana hace un par de horas y volver a subir a mi cuarto, sin que nadie de la casa se haya enterado. No me lo eches en cara, amigo; ya sé que es una falta de confianza, lo mismo que el coronel Menéndez tampoco la tiene con nosotros.

—¿Te refieres a la reserva que guarda sobre ciertos puntos?

—Exactamente. Ya ves, yo puedo perder mi buena reputación en este asunto, amigo Knox, y si esta obra de arte de los chinos puede servir para salvarla, se empleará cuantas veces haga falta.

—Bueno, sí; pero dime, ¿qué necesidad tenías de salir de esta casa secretamente?

El cigarrillo de Harley brilló en la oscuridad.

—Mi objeto ha sido dar un paseo alrededor de la casa, para ver si alguno andaba rondando por ahí, y quería ver, al mismo tiempo, si había alguna luz encendida en Guest-House.

—¿Y había luz? — pregunté con ansiedad.

—Sí. En segundo lugar, — continuó, quería convencerme de si había o no fuera o dentro alguno que estuviese levantado.

—¿Qué quieres decir con eso de fuera o dentro?

—Escucha, Knox, — me dijo apretándome el hombro con fuerza; — en una de las habitaciones de Cray's Folly había luz.

—¿A qué hora?

—Todavía está encendida.

Adiviné que iba a hacer alguna extraña revelación, y que ésta me iba a ser poco agradable y esto me explicaba el ceño que traía cuando se reunió con madame de Stamer, con Valentina y conmigo en el salón. Presumí que esto y la buena manera de despedirse de mí a la puerta del cuarto, era debido a la teoría que se había propuesto confirmar antes de comunicarme a mí nada. Muy bajito le pregunté:

—¿Qué habitación es la que está encendida?

—¿Te ha llevado alguna vez el coronel Menéndez a un cuartito, especie de fumadero, que queda enfrente de su dormitorio en el extremo sudeste de la casa?

—No; pero Valentina me ha hablado de él.

—Bueno, pues en es cuarto es donde hay luz.

—Quizás el coronel no se haya dormido aún.

—Según madame de Stamer, hace varias horas que está acostado, ¿no recuerdas?

—Es verdad, — mascullé, queriendo interpretar el sentido de lo que Pablo me decía.

—El otro punto es éste, — continuó diciendo. — Ya viste que madame se retiró a sus habitaciones, que, como sabes, están en la planta baja, y yo he confirmado que la puerta que comunica con el ala donde duerme la servidumbre está bien cerrada.

—Perfectamente; ¿pero a qué conduce todo eso?

—A una consecuencia muy curiosa: el coronel no está solo.

—¿Eh?... — grité.

—Habla bajo.

—Pero ¿qué me dices, Harley?

—Lo que oyes; lo dicho dicho: el coronel no está solo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque dos veces he visto proyectarse una sombra en la cortina de la ventana.

—Sería la sombra de Menéndez, que probablemente estará fumando en el cuartito.

El cigarrillo volvió a mostrar su luz.

—Te aseguro que juraría que era la silueta de una mujer.

—¡Calla, por Dios!

—Un poco de calma, Knox; me encuentro ante el caso más raro de toda mi carrera, y no puedo sacar nada en limpio. Examinemos el caso judicialmente: hay que empezar a descartar a toda la servidumbre, excepción hecha de la vieja Fisher, que hace las veces de ama de llaves, y cuyas habitaciones se encuentran en el rincón occidental, enfrente de la quinta. No sé si tú habrás visto a esa buena mujer; pero yo he interrogado a todos los criados y los conozco bien. El ama de llaves es una persona baja, rechoncha, ya de edad, cuya silueta en nada se parece a la que yo he visto proyectarse dos veces en la ventana. Por consiguiente: a no ser que la puerta que comunica con el ala en donde están los dormitorios de los criados haya sido abierta durante la noche, lo que hay que averiguar, es quién es la mujer que está en el cuarto del coronel Menéndez. Madame de Stamer no puede ser, pues está impedida y por consiguiente es imposible que haya subido las escaleras.

—¡Basta, Harley, por Dios! No me tortures, te lo suplico, — exclamé atribulado.

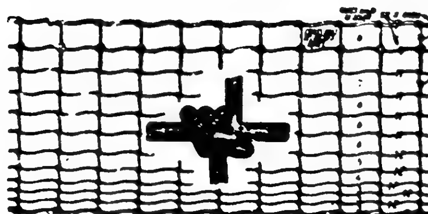
Como habrá podido apreciarlo el lector, "Ala de Vampiro" es una obra excepcional que merece ocupar el sitio que ocupa en las páginas de "Pucky", aun cuando su extraordinaria extensión obligue a dividirla en varios números. Para evitar que los nuevos lectores puedan lamentar no haber leído lo anterior, en el número próximo se publicará un resumen conciso y explicativo que permita leer lo que se publique — y entenderlo, — sin echar de menos la lectura de lo que precede.

"CERCO PAGE"

EL CERCO UNIVERSALMENTE CONOCIDO
PARA TODO USO

HAY ESTILOS ESPECIALES PARA:
GALLINEROS, HACIENDA VACUNA y LANAR, VIÑAS, LIEBRES, CERDOS y PARA QUINTAS, PARQUES, Etc.

EL CERCO SIN IGUAL



MARCA REGISTRADA

Comparen el cerco "PAGE" con cualquier otro cerco que se venda en el pais.

Nuestro cerco ESTILO 10-36 especial para cerdos. Altura 91 ctms., 10 hilos ACERO **precio $ 0.60** m|n. metro lineal. Está adoptado por los más grandes y prestigiosos criadores de cerdos. Algunos criadores de premiados campeones.



Solo el cerco "PAGE" nos resiste!!!

PIDAN FOLLETOS Y PRECIOS A LOS UNICOS AGENTES:

DONNELL & PALMER

552 - MORENO - 572 BUENOS AIRES

OTRA NARRACION DE LA EPOCA DE BUFFALO BILL

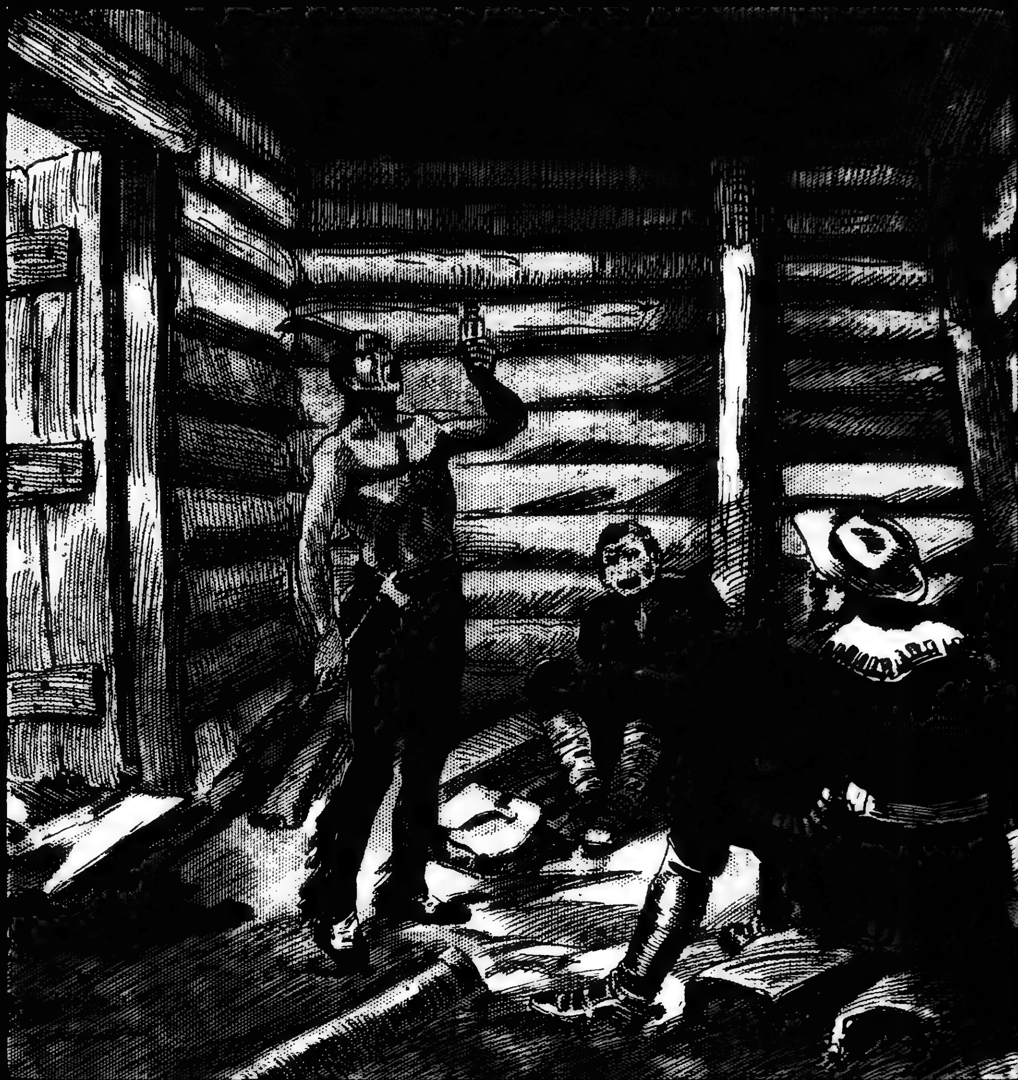
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

2ª Quincena de
Noviembre 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO II. PUBLICACION QUINCENAL No. 22.



LEA EN ESTE NUMERO:

LA PEPITA MARCADA

Nueva narración completa que se desarrolla en el salvaje Far West

Otra estremecedora aventura en la que interviene Buffalo Bill, el famoso "scout" en los momentos de la guerra contra los pieles rojas.

KALISAY



OBSEQUIO
a los lectores
de "PUCKY"

Como reclame extraordinario, a las personas que presenten en nuestro escritorio, calle 24 de Noviembre 480, este aviso, le entregaremos por sólo $ 1.50, una botella de un litro de KALISAY, cuyo precio es de $ 2.50. Del interior 0.20 más para flete. En Rosario, dirigirse a nuestra sucursal Corrientes 1000.

Agotadas ya las 10.000 botellas que habíamos dedicado a los lectores de "PUCKY" y teniendo en cuenta las cantidades que se nos solicitan, acordamos entregar otras 10.000 botellas por últimas vez.

He aquí las razones que hacen la fama del "KALISAY":

KALISAY es, antes de las comidas, un aperitivo admirable.

KALISAY no tiene rival como estimulante de las digestiones.

KALISAY es un tónico bajo la forma de una bebida deliciosa.

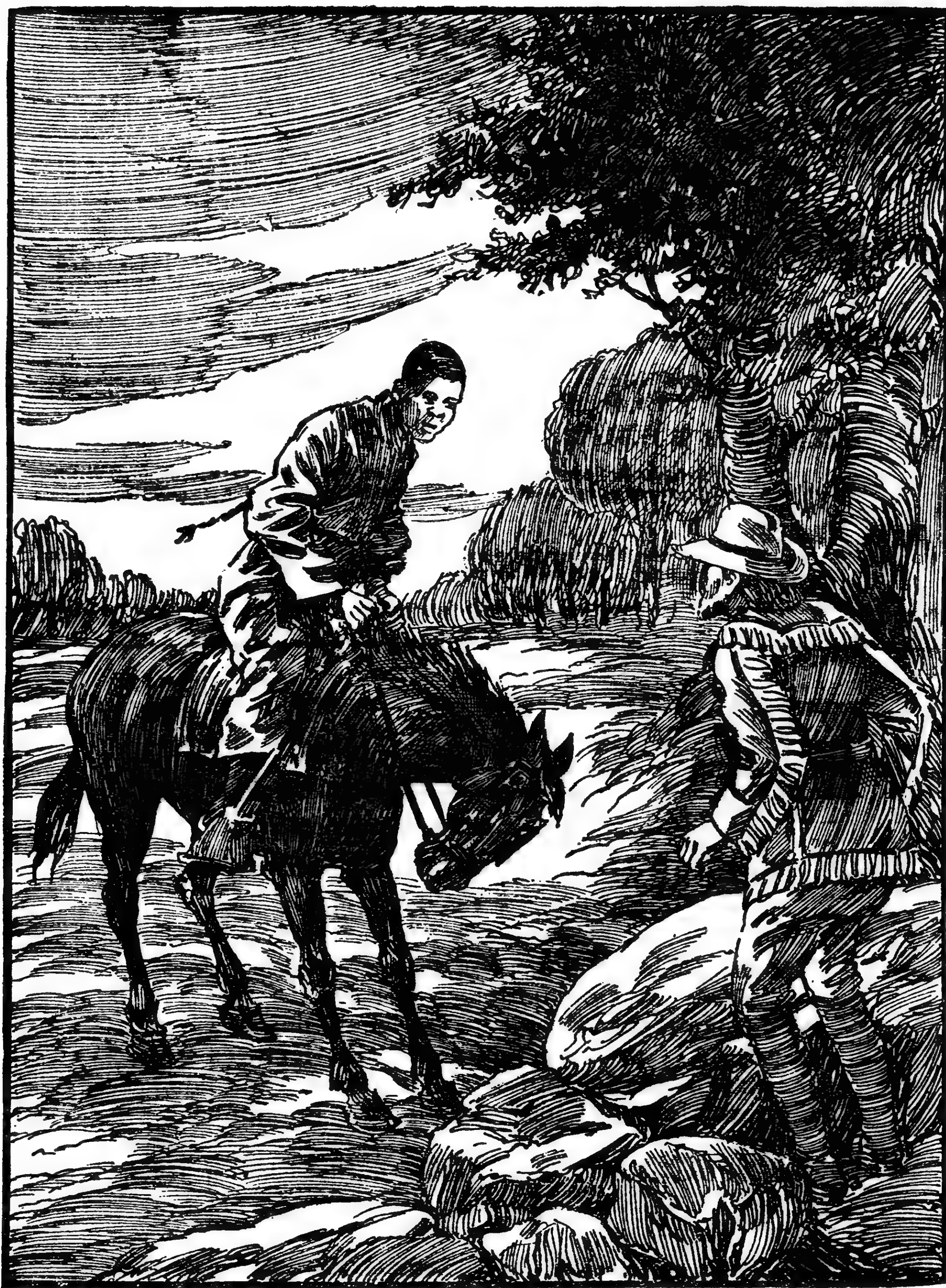
KALISAY es, en invierno y en verano, la mejor respuesta a las exigencias de la sed.

KALISAY es bebida para hombres — para señoras y para niños.

KALISAY es vino y quina — el más rico vino añejo y la mejor quina, combinados en una forma que hace del KALISAY, un verdadero orgullo de la industria nacional.

LAGORIO, ESPARRACH & C[ia]
BUENOS AIRES


Sumario



"¿Recuerda usted a Robert Glennie, el joven inglés a quien usted ha visto en mi casa?, preguntó el chino Li Chang a Búffalo Bill. — ¡Pues se lo han llevado preso a Black Gap, y le van a ahorcar!" ("La Pepita Mar cada", Capítulo II).



LA PEPITA MARCADA

Extensa y fascinadora relación de agitadas aventuras en el Lejano Oeste de Estados Unidos, en las que intervienen el famoso explorador Buffalo Bill y el chino Li Chang

CAPITULO I

Acusado de haber cometido un robo. — Un silencio disparatado. — Li Chang se dispone a prestar socorro.



A pequeña población de Deadwood se encontraba en el borde de la extensa pradera y era una de las principales ciudades de aquel accidentado y lejano distrito.

No lejos de ella corría el claro y ancho río que marcaba la frontera del estado y por el camino que partía de Deadwood, cruzaba el río y seguía corriente arriba, hacia las Montañas Negras, pasaban hombres de todas las naciones que iban a explorar el oro que había sido recientemente hallado en aquel sitio.

Considerando que era una ciudad de reciente formación, Deadwood, podía estar satisfecha de sí misma. La principal autoridad era el sheriff Steve Hayes, hombre de elevada estatura y delgado. El prototipo del estadounidense y aun cuando su aspecto no era de ferocidad, Steve Hayes, sabía con sus escasos conocimientos de las leyes, hacer que el orden reinase en la pequeña ciudad.

Pero de vez en cuando Deadwood era teatro de sangrientos encuentros y con frecuencia el ruido de las detonaciones se dejaba oir en la noche, demostrando a los pacíficos habitantes que habían recibido la visita de audaces aventureros.

En tales ocasiones los prudentes ciudadanos permanecían tranquilos entre las paredes de su casa y dejaban que el sheriff y la ley se entendiesen con los alborotadores.

Justamente antes de anochecer, un día de los últimos de año, caminaba en dirección de Deadwood un grupo de audaces mineros y por el hecho de que no detuvieron sus caballos y echaron pie a tierra al llegar frente al despacho de bebidas local, sino que prosiguieron su marcha hasta la plaza de la ciudad, pudo deducirse que los conducía algún asunto de importancia.

Steve Hayes estaba en su pequeña oficina que se hallaba a poca distancia del "salón", —que así se llamaba al establecimiento donde daban de beber y algo más, — cuando la puerta se abrió y dejó paso a un hombre alto, vestido de negro, que retorció las manos y comenzó a tartamudear un torrente de palabras.

Era un chino, y su amarillo rostro mongólico denotaba angustia cuando se volvió hacia Steve.

—Venga en seguida... en seguida, señor Hayes, — gritó el chino. — ¡Unos hombres malos fueron ahora mismo a mi tienda con la pretensión de ahorcar a mi amigo!

Steve Hayes se levantó de la silla en que estaba sentado y casi instintivamente tomó su cinturón con el revólver, de la percha en que se hallaba colgado y se lo ciñó a la cintura.

—¿Qué ha sido eso, Li? — preguntó.

Todos los habitantes de Deadwood conocían a Li Chang. Había sido uno de los primeros pobladores del lugar, donde había abierto un pequeño establecimiento para lavar y planchar ropa, cerca de la plaza grande.

Muchos es rieron de la idea de creer que en Deadwood se iba a lavar y planchar ropa, pero Li Chang no pareció darse cuenta de ello. Pronto los mineros y sus esposas descubrieron que entregada a los cuidados de Li Chang, su ropa, duraba mucho más y estaba más presentable y que merecía la pena pagar los pocos centavos que cobraba el chino por su trabajo.

A causa de ello, Li Chang había adquirido pronto buena reputación y el espacio de terreno situado detrás de su casa se hallaba siempre cubierto de piezas de ropa de todos colores, secándose al sol. El chino se pasaba la mayor parte del día inclinado hacia la tina de lavar.

Asimismo, Deadwood reconoció que Li Chang era tal vez uno de sus mejores ciudadanos y muchos de los habitantes miraban

con simpatía al impasible hijo del celeste ex-imperio.

Li sacó una delgada y amarillenta mano y tomó a Hayes por un brazo.

—Se trata de ese joven bisoño, señor Hayes, — continúo. — De ese inglés que llegó a Deadwood hace tres meses. Tal vez usted recuerde que vino de huésped a mi casa.

Todo hombre que llegaba a Deadwood para residir allí estaba bajo la personal vigilancia de Steve Hayes, y éste recordaba perfectamente al delgado forastero de rubio cabello que había llegado a la ciudad en la época que había mencionado Li Chang.

El joven había manifestado ir allí en busca de oro y llamarse Robert Glennie. Según había podido comprobar Hayes, era un hombre tranquilo, de buena conducta y aunque poco conocedor del ambiente en que se hallaba, se había amoldado pronto a la accidentada vida de la ciudad.

—¿Qué ha hecho Glennie? — preguntó Steve Hayes.

—No ha hecho nada, — respondió Li Chang. — Pero un grupo de malos hombres se han metido en mi tienda y van a ahorcar a mi inquilino si usted no va pronto.

En aquellos agitados días no era cosa poco usual que los hombres poco escrupulosos de la región se hiciesen justicia con sus propias manos, y Steve Hayes se puso el sombrero y salió apresuradamente de su oficina en unión de Li Chang, quien siguió, trotando al lado del sheriff, cruzando la población.

Cuando llegaron a la plaza, Steve notó que iban grupos de gente hacia la casa de Li, que estaba al otro lado. Varios vecinos de Deadwood caminaban hacia allá y uno o dos de ellos saludaron al sheriff al pasar.

—Apresúrese, sherif, — exclamó uno. — ¡Me parece que allí van a lynchar a uno!

El sherif Hayes apresuró el paso y pronto tuvo que abrirse camino entre un grupo de hombres y mujeres que se agolpaban a la puerta de la casa del chino.

Li Chang no se separó de Steve Hayes y un momento después estaban los dos en el interior de la casita de madera, en la amplia habitación donde el chino lavaba, diariamente, la ropa.

Alguien había echado a un lado la mesa y en el centro del cuarto, sujeto por dos mineros cubiertos de polvo, se veía a un hombre delgado y pequeño.

Steve Hayes avanzó y se detuvo frente a los dos hombres que sujetaban al prisionero.

—¡Eh, Rube! — dijo saludando al de la izquierda. — ¿Qué ocurre? ¿Por qué han venido de Black Gap?

Un buen observador hubiera notado que en los ojos de los hombres que formaban el grupo, brilló una mirada de desaliento cuando reconocieron al recién llegado. Luego la persona a quien habían sido dirigidas las anteriores palabras se volvió hacia el sheriff y respondió:

—Estos muchachos y yo, somos vigilantes y nos hallamos aquí para arreglar un asunto puramente nuestro, — dijo.

Era costumbre en las fronteras, donde la justicia era siempre burda, que un grupo de hombres pudiera reunirse y dándose el nombre de "vigilantes" ciudar del orden en los campamentos.

Pero con demasiada frecuencia resultaba que los vigilantes eran unos autorizados bandidos, a tal punto que las autoridades estaban siempre en contra de esas agrupaciones que pretendían volver a establecer la ley de Lynch.

—¡Ah! ¿Son ustedes vigilantes, eh? — dijo, sonriendo tranquilamente el sheriff. — Pero serán vigilantes en Black Gap y no veo que tengan que ejercer su vigilancia aquí en Deadwood.

Los ojos del sheriff se entornaron maliciosamente, y Steve se volvió hacia el prisionero.

—Este joven es Robert Glennie, — dijo. — Es ciudadano de Deadwood, y por lo tanto está bajo mi autoridad. Si ustedes tienen algo que decir contra él, hablen, pero no piensen que pueden llegar a una ciudad tranquila y apoderarse de uno de sus habitantes sin que haya muy buenas razones para hacerlo así.

Del grupo de los mineros partió un murmullo. Formaban un temible lote y entre ellos había dos o tres que el sheriff Hayes reconocía como prototipo del hombre perverso, de aviesas intenciones.

—Oiga, sheriff, — exclamó Rube Smaile. —Sabemos que esto no es Black Gap, pero este tipo hace falta allí, donde le esperan un trozo de cuerda y un árbol.

Steve Hayes se encogió de hombros y metió las mnos en el cinto.

—Usted habla y habla, Rube, — dijo con asombrosa calma, — y habla y habla. Pero antes de que lleven a este hombre hay que saber de qué crimen se le acusa y presentar pruebas de que es culpable.

Muy pocos hombres hubieran hecho frente al temible grupo en la forma en que lo hacía el sheriff Hayes, porque eran hombres siempre dispuestos a imponerse por la fuerza y si el sheriff de la ciudad hubiera demostrado la menor vacilación, probablemente hubieran atacado.

Pero un hombre que tiene seguridad, que es valiente, y que no demuestra el menor rastro de temor, no tiene por qué alarmarse aun cuando tenga que habérselas con un grupo de malhechores.

Rube soltó el brazo del joven bisoño y luego dando un paso hacia Steve Hayes le mostró un arrugado pañuelo.

—Este tipo reconoce que este pañuelo le pertenece, — dijo. — Y ha sido encontrado detrás de la cabaña de Red Dan, anoche. Es más, sheriff, en la parte posterior de la cabaña de Red Dan, hay un agujero grande y todo el polvo de oro que había dentro ha desaparecido. Este pañuelo fué hallado junto al agujero por el cual pasó el pillo que robó el oro y me parece que es suficiente prueba de quién fué el ladrón.

Rube jiró sobre sus talones y señaló con su índice el pálido rostro del joven inglés.

—¿Usted admite que este pañuelo le pertenece? — preguntó. — Nosotros sabe-



Cerca de una docena de mineros caminaban llevando delante de ellos a un esbelto joven, con las manos atadas a la espalda. ("La Pepita Marcada", Capítulo II).

mos que ayer por la mañana estaba usted en Black Gap. Le hemos preguntado dos veces dónde ha pasado la noche y no ha querido responder, por eso deducimos que el asunto está claro y que no hay nada que hacer.

La delgada silueta del joven se irguió. Roberto Glennie estaba muy pálido y tenía los puños fuertemente cerrados, lo que denotaba la tensión de sus nervios y sus sufrimientos. Pero en sus ojos pudo leer el sheriff una mirada franca, leal y noble.

—Reconozco que ese pañuelo es mío, — dijo. — Pero no puedo comprender cómo fué hasta el fondo de la cabaña de Red Dan. Yo no soy ladrón.

Rube Smaile sonrió.

—Bien. Si no es usted ladrón, podrá explicarlo todo fácilmente, — prosiguió. — Red Dan afirma que su oro estaba en su lugar ayer por la mañana. No salió de su casa hasta ya entrada la noche y cuando regresó, después de estar en el salón, se encontró con que le habían robado. Si no ha sido usted, díganos dónde estuvo. Explique todo lo que hizo. Sabemos que ayer por la mañana se encontraba en Black Gap. Lo vieron caminando por la ciudad hasta muy avanzada la tarde ¿Dónde fué después? ¡Responda!

—Eso es lo que no puedo responder, — dijo, y las palabras brotaron de sus pálidos labios como un sollozo. El grupo de hombres que se hallaban en la tienda de Li Chang lanzó una carcajada de burla.

Rube miró triunfalmente al sheriff.

—¡Ahí lo tiene, Steve! — dijo. — ¿Que le decía yo? Si este hombre es honrado no tiene nada que temer, basta con que nos demuestre dónde ha pasado la noche. Pero no quiere decirlo. Le hemos preguntado ya tres veces y se niega a hablar.

Steve Hayes se volvió para contemplar al joven, quien permanecía en el centro de la habitación.

—Vamos a ver, Glennie, — exclamó. — Tal vez no se dé cuenta exacta de cuál es su verdadera situación. En esta parte del mundo un ladrón está irremisiblemente perdido. Usted ha sido acusado de haber cometido un delito de esa naturaleza y es necesario que ponga las cosas en claro. Reflexione y conteste. ¿Dónde estuvo usted anoche?

—¡No... no puedo decirlo!

Se notó un movimiento detrás del grupo formado por los vigilantes y la limpia figura vestida de negro de Li Chang, avanzó.

—El señor Glennie no es un ladrón, — empezó a decir el chino.—Llegó a mi casa esta noche cuando empezaba a amanecer. Estaba muy cansado y tenía hambre. Le dí algo que comer, se fué a la cama y allí ha estado

todo el día. Lo puedo asegurar. No ha vuelto a salir.

Li Chang trataba de hacer todo cuanto le fuera posible en favor de su inquilino, pero rápido como un relámpago, el jefe de los vigilantes de Black Gap, le interrumpió.

—¡Pero el chino resulta un testigo más en contra de este hombre! Si ha llegado aquí esta madrugada, muerto de hambre y de cansancio, ha sido porque ha estado caminando toda la noche para venir desde Black Gap. Hay unas veinte millas de distancia, pero en caso de necesidad un hombre puede caminarlas en tres o cuatro horas. Y eso es precisamente lo que nosotros aseguramos que ha hecho él.

Se volvió hacia sus camaradas y levantó una tosca mano.

—Miren, muchachos, — exclamó. — Estamos en casa ajena, ésta no es nuestra ciudad, pero no podemos dudar de que se hará justicia. Hemos venido de Black Gap en busca de un ladrón y ya lo tenemos. ¿No lo creen así, muchachos?

—Así es, Rube.

—¡Lo tenemos y no lo vamos a dejar escapar!

Rube Smaile se volvió para dirigirse al sheriff.

—Ahora vamos a hablar nosotros, señor sheriff Hayes, — exclamó. — El punto que hay que discutir es éste: ¿Va a entregarnos usted a este hombre o va a permitir que escape a la justicia? Si hace esto último volveremos a Black Gap y contaremos allí una triste historia. Hasta ahora Black Gap y Deadwood han estado en buenas relaciones, pero si no se procede en este caso en debida forma, no sé lo que pueda ocurrir.

Había envuelta en aquellas palabras una grave amenaza, que el sheriff Hayes no dejó de comprender. De acuerdo con las leyes de justicia del Oeste, Rube Smaile y sus compañeros estaban en su perfecto derecho al pedir que el prisionero de quien sospechaban les fuera entregado.

Robert Glennie había tenido oportunidad para justificarse, pero por una o por otra razón se había negado a hacerlo y a dar una explicación satisfactoria de sus actos de la noche anterior.

Mientras Steve demostraba cierta vacilación, otro de los hombres del grupo de mineros se adelantó un paso.

—Oigame, señor Hayes, — dijo. — No hace aun mucho tiempo que fué usted a Black Gap y allí reclamó a un mejicano llamado Rialto. Lo pedían de Deadwood por un crimen y, como recordará, nosotros lo ayudamos a buscarlo y se lo entregamos. ¿No es así?

Hayes hizo un gesto de asentimiento.

—Es muy cierto, Péter. Ustedes lo hicieron así.

Péter lanzó una carcajada.

—Bien. Entonces, — continuó. — Ahora le toca a usted el turno. Representamos a Black Gap y uno de los nuestros ha sido víctima de un robo. Ese es el ladrón. ¿Nos lo va a entregar o no?

Li Chang vió que la duda se reflejaba en el rostro del sheriff e intervino rápidamente.

—No lo hará usted, señor sheriff—suplicó. —Quieren ahorcarlo. No le dejarán defenderse.

Rube Smaile tomó en forma violenta por un brazo al chino.

—¡Fuera de aquí! — exclamó, empujando al amarillo. — Usted no tiene nada que hacer en este asunto. Si quiere salvar a ese hombre hágale que diga la verdad sobre dónde estuvo anoche.

Y se rió, burlonamente.

—Creo que yo, si mi vida estuviese comprometida, no vacilaría dos veces. Déjelo que abra la boca y nada más.

Li Chang dirigió una rápida mirada de súplica al joven, que seguía intensamente pálido y con la espalda encorvada.

—Todo lo que puedo decir es que anoche no estuve cerca de Black Gap, — dijo Robert Glennie en voz baja. — Salí de la ciudad antes de anochecer y no volví a ella.

Rube lo miró.

—¿Pero dónde estuvo? Hay muchas horas desde ayer tarde hasta esta mañana, — dijo. —Explique con claridad sus actos y entonces podremos discutir.

El joven acusado se limitó a sacudir la cabeza.

—No puedo decirle a dónde fuí, — respondió. — Pero juro que no era ni siquiera cerca de Black Gap, y que soy inocente del hecho de que se me acusa.

Un murmullo de burla acogió la declaración y el sheriff Hayes, después de encojerse de hombros, se apartó.

—No puedo hacer nada más por usted Glennie, — dijo. — Si usted persiste en mantenerse en su inexplicable y obstinado silencio yo me considero libre de todo compromiso.

Se volvió hacia Rube Smaile e hizo una seña con la cabeza.

—Pero confío en que se realizará un proceso, — añadió. — Pueden llevarse ese hombre a Black Gap, pero deben darle la oportunidad necesaria para que se justifique. ¿Me comprenden?

Rube y sus compañeros comprendieron lo cerca que habían estado de tener que luchar para llevarse a su prisionero, y las sensatas palabras del sheriff les indicaban que habían logrado, en forma más tranquila, sus propósitos.

—Estamos de acuerdo, sheriff, — exclamó el jefe del grupo. — Le doy palabra de que lo haremos así y no se le sentenciará sin juicio, y puede agradecerlo a haber intervenido usted. Pensábamos habernos librado del delincuente en cuanto perdiéramos de vista la ciudad de Deadwood. Pero una promesa es una promesa y lo llevaremos con nosotros a Black Gap.

Diez minutos después el grupo de mineros salía de la tienda de Li Chang, en dirección de su lejana ciudad y conduciendo su prisionero.

Se encaminaron hacia el sitio donde habían dejado sus cabalgaduras y montaron. Había

un animal sobrante y obligaron a Robert Glennie a que montase en él.

Un par de mineros conducía las riendas del caballo y Rube y otro hombre marchaban a los lados llevando su revólver apercibido. De esta manera cruzaron las calles de Deadwood y tomaron el camino qeu conducía al río.

Un crecido número de habitantes de Deadwood los acompañó hasta las afueras de la ciudad, y entre ellos estaban Li Chang y Steve Hayes. El chino marchaba al lado del sheriff y a cada instante sus labios se agitaban para proferir un lamento.

—Tengo la seguridad de que el muchacho es inocente, señor Hayes, — repetía como un estribillo una y otra vez Li Chang. — No ha querido hablar claro por una o por otra razón. Pero no es culpable. Trata de salvar a alguien, de no revelar algo que comprometa a alguna persona y por eso no dice dónde estuvo anoche.

Al fin, la continua súplica del chino, hizo que Steve Hayes se volviese hacia él.

—Todo eso está muy bien, Li, — respondió el sheriff. — Pero en un caso como éste en que la vida de un hombre depende de que pronuncie una palabra, callar es síntoma de locura. Ni promesa ni compromiso puede mantenerse en tales condiciones, y si Glennie continúa callado, pagará su silencio con la vida.

—¿Quiere decirse que no puede usted ayudarlo de ningún modo?

El sheriff se encogió de hombros.

—No puedo, Li, — dijo. — Rube Smaile está en su derecho. Ha venido a reclamar un ladrón y se lo hemos entregado. De no hacerlo así, se hubiera iniciado un período de luchas entre Deadwood y Black Gap y hubieran abundado las excursiones, las peleas y todos sufrirían sus tristes consecuencias. Me gusta ese muchacho. Siempre tuve simpatía por él, pero no puedo ir contra lo que está considerado como ley, por tratar de favorecerlo. Cualquier día me puedo encontrar yo en circunstancias semejantes e ir a Black Gap a reclamar un delincuente. Debo pensar en eso. Glennie ha tenido oportunidad de defenderse y no ha querido aprovecharla.

El sheriff Hayes se volvió, mientras hablaba, para observar el rostro del chino y vió que éste había desaparecido en forma silenciosa. Pero un cuarto de hora más tarde se veía alejarse de la ciudad, a medio galope, un tosco pony, sobre el cual, agarrado como un mono, iba el amarillo Li Chang.

Sobre la silla, aquella larga y rara figura ofrecía un grotesco aspecto y por la forma en que se aferraba y se movía Li Chang, se notaba en seguida que la equitación no era uno de sus ejercicios favoritos.

Pero sus ojos en forma de almendra reflejaban su decisión y las molestias que experimentaba el jinete no eran nada, comparadas con los deseos nobles que atentaba el corazón del amarillo.

Habiendo fracasado ante el sheriff Hayes, Li Chang se consideraba en libertad de buscar y encontrar otra persona que pudiera tratar de rescatar a Robert Glennie, al único hombre, acaso en todas aquellas regiones que podía ponerse frente a los encolerizados mineros de Black Gap, para salvar a un inocente.

—Vamos a buscar a Búffalo Bill, — murmuró Li Chang al oído de su caballo. — Debe andar por estos lugares cazando búfalos con sus muchachos. Corre y búscalo. ¡Vamos rápido!



CAPITULO II

El famoso Búffalo Bill se decide a socorrer al joven. — La ley de Lynch en vigencia.—

La hondonada situada junto al río y conocida por el nombre de Valle de los Búfalos era el lugar preferido para acampar, por los cazadores que recorrían las praderas. Allí acudían en tropel los búfalos para comer la alta hierba, revolcarse en el barro blando y beber en el río y era entonces cuando los cazadores atacaban al rebaño siguiendo sus huellas y empujando a los animales que quedaban con vida, en dirección de las praderas.

Cerca de un pantano había un pequeño bosque y al abrigo de los árboles, una hoguera alimentada con leña verde lanzaba columnas de humo que envolvían las ramas de las que colgaban grandes trozos de carne de animales recientemente muertos.

En los antiguos tiempos muchos de los buscadores de oro y de los mineros, tenían que depender, para adquirir sus provisiones de boca, de los cazadores de búfalos y era costumbre ahumar la carne para conservarla para el invierno y los meses malos en que, a causa de la escaséz de pastos, los búfalos se dirigían más hacia el Oeste, a regiones donde encontraban alimento abundante.

En redor de la humeante hoguera estaban sentados y comiendo algunos hombres. Cerca de ellos pacían las cabalgaduras y bajo los árboles se encontraba un vehículo en el cual, una vez bien ahumada, habían de colocar la carne.

Era una bella y apacible escena. El croar de sapos y ranas llegaba del río revoloteando en todas direcciones cruzaban luciérnagas que salpicaban de destellos verdosos la oscuridad que reinaba entre los árboles.

Los cazadores habían tenido un día de gran trabajo y comían con el apetito del que ha ganado a conciencia su alimento. Era una vida ruda y azarosa la que hacían los hombres aquellos, resueltos y hábiles que adquirían de las cosas de la vida un conocimiento que nunca alcanzarían en la ciudad.

Cuando terminó la comida uno o dos de los hombres se envolvieron en sus mantas y se echaron a dormir. A esos siguieron otros hasta que al fin quedó una solitaria figura sentada junto al fuego. Era un hombre de as-

pecto viril como se pudo ver cuando adoptó una postura cómoda, recostándose en la silla de su montura que estaba en el suelo.

Su rostro era juvenil, pero se notaban en sus ojos y extremos de la boca unas arrugas precoces signo del hombre que tiene con frecuencia preocupaciones serias.

El cazador de búfalos estaba quieto, lanzando satisfecho grandes bocanadas de humo que extraía de su pipa. Cualquiera hubiera creído que estaba medio dormido, pero no tardó en dar señales de que permanecía despejado.

Un leve ruido que sólo el habituado oído de un hombre acostumbrado a vivir en las praderas, podía percibir, llegó hasta él, e incorporándose, estiró el cuello para ver mejor.

El ruido se repitió nuevamente. Era el chocar de los cascos de un caballo sobre el suelo del camino.

La ágil silueta se movió lentamente. Luego se echó de nuevo en el suelo y apoyó en él el oído.

—Uno solo, — murmuró para sí mientras se ponía de pie. — Y es un caballo poco ligero.

No alarmó a sus camaradas despertándolos, pero se encaminó hacia los árboles y ocultándose entre las sombras, Búffalo Bill pues era el famoso explorador, esperó, con la mano en el revólver, tratando de ver a la distancia. Así fué como descubrió la figura de un caballo con su jinete.

Marchaban hacia la hoguera, y según pudo ver en seguida, aquel jinete no montaba en la forma y con la soltura de un hombre de las praderas.

Transcurrieron algunos minutos y cuando el caballo estuvo más cerca, la actitud del que observaba dejó de ser de atención y de sus labios brotó una exclamación. Se adelantó un par de pasos y levantó la mano derecha.

—¿Es usted Li? — dijo.

La negra silueta tiró de las riendas y detuvo su caballo con tanta brusquedad que estuvo a punto de saltar por encima de las orejas. Luego, con un movimiento torpe, se dejó caer de la montura y avanzó hacia la figura que salía de entre los árboles.

—Sí. Yo soy. Búffalo Bill, — dijo. —¿Pero cómo comprendió tan pronto que era yo?

El famoso explorador lanzó una sonora carcajada.

—Creo que no es cosa muy difícil, — exclamó. — Pocos hombres hay por estos lugares que vistan como usted y que monten a caballo del mismo modo que si estuvieran montados en una escoba.

Li Chang se rió también.

—No sé montar a caballo, — dijo. —No es ese mi oficio. Pero en cambio para lavar y planchar ropa no tengo igual.

Búffalo Bill que había encendido nuevamente la pipa, metió las manos entre su cinturón y miró al recién llegado.

—¿Qué demonios le hace salir de Deadwood a esta hora de la noche y a venir hasta aquí, Li? — preguntó. — Es una buena cabalgata la que usted ha hecho. ¿Ocurre algo?

Li Chang avanzó.

—Sí, Búffalo Bill, — dijo. — Ocurre algo; algo muy malo. Vengo de Deadwood para contárselo a usted, y he estado a caballo mucho tiempo.

—Sí; debe ser así,—exclamó el cazador,—porque Deadwood está a lo menos a treinta millas de distancia de aquí. ¿Qué sucede compañero amarillo?

—¿Recuerda usted a aquel joven inglés que vivía en mi casa? — dijo. — Estaba allí la última vez que usted comió conmigo.

Búffalo Bill, pensó un instante y luego hizo un gesto de asentnimiento con la cabeza.

—Sí, — respondió. — Lo recuerdo. Parecía ser un buen muchacho. Poco práctico en estos lugares.

—Sí, Búffalo Bill. Pero un excelente camarada.

—Parece ser muy decente, — añadió el cazador de búfalos. — No es precisamente el tipo de hombre que pueda hacer fortuna entre esta gente, pues siempre se conducirá como un caballero.

—Así es, — dijo prontamente el chino.—No me molestaba en lo más mínimo y me trató siempre como si yo fuera un hombre blanco.

Li Chang, tomó nuevos ánimos.

—Está ahora en un mal paso, Búffalo Bill, — continuó. — Y yo deseo ayudarlo, pero no sé como. Lo han llevado a Black Gap y quieren lyncharlo.

En las sombras, Li Chang hizo un gesto significativo pasando uno de sus largos dedos alrededor del cuello y luego, tirando con la otra mano hacia arriba, completó la pantomima que no necesitaba palabras para ser comprendida.

—¿Que lo han llevado a Black Gap? — repitió sorprendido Búffalo Bill. — ¿Y lo quieren colgar? ¿Pues qué ha hecho?

—No ha hecho nada, — respondió Li Chang.—Ellos dicen que es un ladrón; pero eso no es verdad. Es demasiado bueno para haber hecho una cosa semejante.

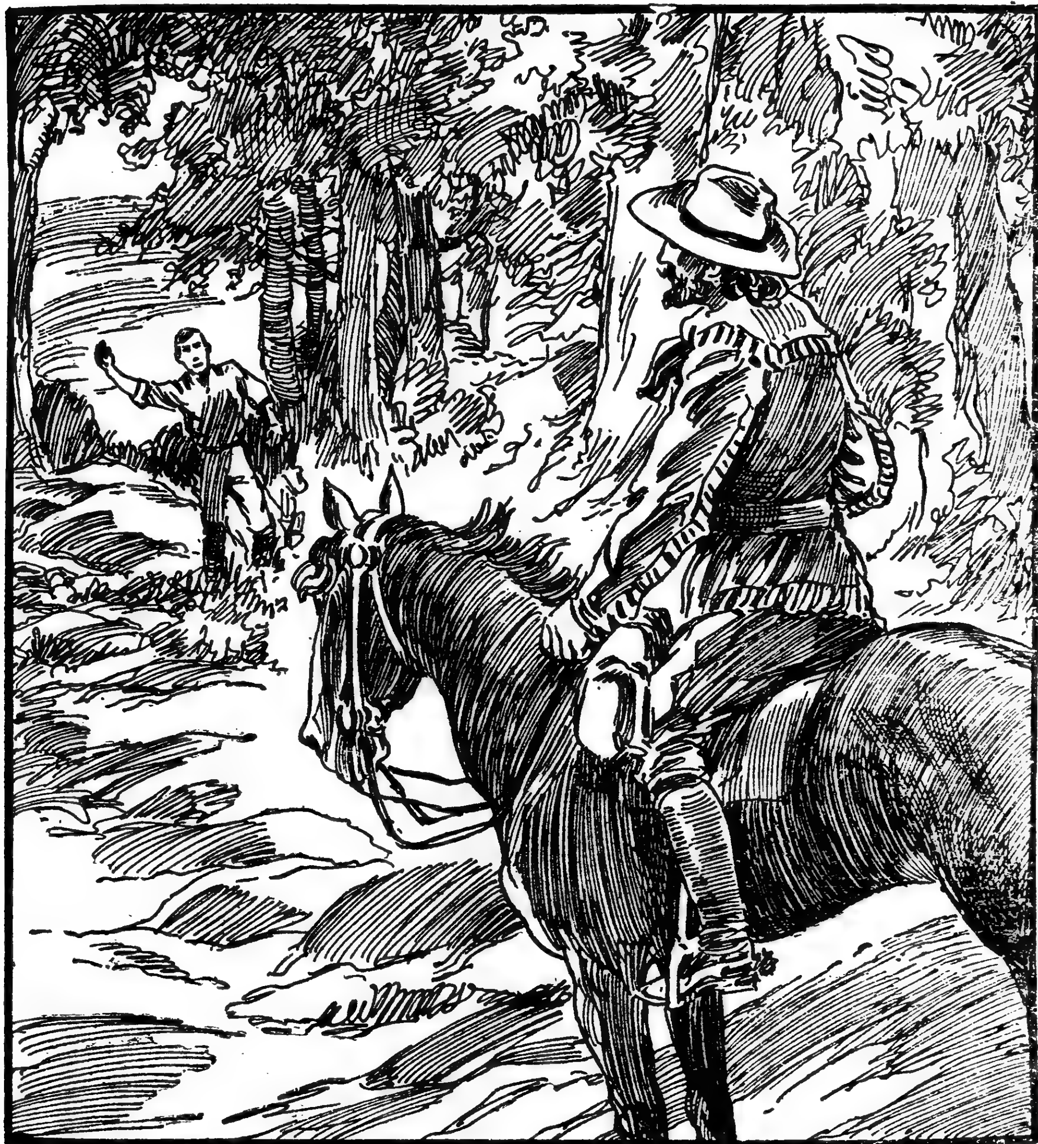
—¿Un ladron, Li? — repitió Búffalo Bill. —Eso me parece muy grave.

En aquellos tiempos, el hombre que robaba a otro hombre, era considerado como un criminal de la peor especie, por el que ninguno exponía, en lo más mínimo, su vida.

Dar muerte a un hombre durante una pelea era considerado poco menos que nada, pero un hombre que deliberadamente robaba bienes de otro, ese no podía esperar piedad ninguna.

—Mire, Li. Lo mejor que puede hacer es referírmelo todo hasta en sus menores detalles, — dijo el cazador.

Habían echado a andar en dirección del sitio donde estaba el campamento y cuando estuvieron sentados junto al fuego, el chino, cruzando las manos, comenzó tranquilamente a contar a Búffalo Bill el incidente que se había desarrollado en Deadwood El idioma



De entre los árboles como a unas cuarenta yardas más adelante, surgió una figura que levantó la mano. ("La Pepita Marcada", Capítulo III).

especial que hablaba el chino era bastante comprensible y cuando terminó su historia el rostro de Búffalo Bill había adquirido una expresión de gravedad.

—Me parece una cuestión muy seria para su amigo Glennie, — exclamó — Yo no puedo combatir abiertamente contra Rube Smaile. Después de todo si ese joven es un loco obstinado que no quiere decir dónde ha estado, esos locos de Black Gap están en su derecho al pensar lo peor.

Li Chang se inclinó hacia adelante y tomó a Búffalo Bill por una manga

—Ese inglés es realmente un loco que no se dá cuenta del peligro que corre, — exclamó. — Pero yo sé positivamente, que no es un ladrón. Guarda silencio, porque no querrá comprometer a alguien, o porque lo habrá prometido así.

—Pero de ese modo, semejante promesa hará que lo cuelguen, — dijo, sombrío, el cazador de búfalos.

Li Chang se dejó caer de rodillas.

—Usted no permitirá que ahorquen a ese joven. Es un hombre bueno, — exclamó suplicante el chino. — Por eso he venido des-

de Deadwood. Quiero que vaya usted a Black Gap y lo salve, señor Búffalo Bill.

—¿Yo? ¿Que lo sabe yo? ¡Diablo! No sé cómo he de poder hacer semejante cosa.

El rostro del chino, visto al resplandor de la hoguera, denotaba su gran ansiedad.

—¿Que no? — dijo. — Yo bien sé que usted no va a permitir que muera de ese modo un inocente. Por eso he venido a buscarlo. Sólo usted puede salvarle de la muerte.

—Pero, Li. Black Gap, se encuentra a cuarenta millas de aquí. Si Rube y sus compañeros han marchado con Glennie esta tarde es muy probable que ya lo hayan colgado de cualquier árbol del camino.

—¡No! ¡No! — interrumpió el chino. — El señor Hayes les hizo prometer que antes lo someterían a juicio. No lo colgarán hasta mañana y si llega usted antes, lo salvará.

Había tanto de cómico como de patético en la manera de tratar de salvar la vida de un hombre, de aquel asiático amarillo. Después de todo su defendido era poco más que un desconocido para él, y precisamente Búffalo Bill se sintió impresionado por la nobleza de sentimientos que reflejaban aquellos ojos en forma de almendra. Li Chang, era considerado por Búffalo Bill como un camarada y entre los dos hombres existían lazos que hacían que su amistad fuese verdadera.

—Usted es mi camarada y yo lo sé bien,— dijo Li Chang. — Ellos no han querido oírme. Yo soy sólo un pobre chino para ellos y se han reído de mí. Pero todos conocen bien a Búffalo Bill y si va usted, salvará al extranjero.

—¿Lo cree usted realmente, Li?

El chino tendió las manos.

—El joven inglés estaba bajo mi techo,— exclamó. — En mi país el hombre que vive bajo el mismo techo que otro debe ser amparado. Mis dioses se enojarían conmigo si yo no tratara de protegerlo y salvarlo.

La sincera entonación de la voz del amarillo demostró a Búffalo Bill todo el interés que tenía en la empresa y debido a su amistad hacia él, el cansado cazador de búfalos, se puso de pié.

—Perfectamente, Li, — exclamó. — Usted y yo somos compañeros y usted me pide que le haga un favor. No puedo negarme a ello. Pero no abrigo muchas esperanzas de éxito. A pesar de ello haré cuanto me sea posible.

Li Chang también se había levantado y tomando una de las fuertes manos de Búffalo Bill, la estrechó entre las suyas.

—Seguramente, usted lo salvará, — dijo. — Confío en ello.

Habían seguido su conversación en voz baja y los cazadores que a causa de su cansancio dormían en redor del fuego, no los habían molestado.

No necesitaba Búffalo Bill ponerlos al corriente de lo que ocurría y por eso, encaminándose hacia el sitio donde se hallaban los caballos, silbó despacio y momentos después, su vegua Catalina estaba a su lado.

Li Chang trajo la montura y ayudó a Búffalo Bill a ensillar al animal.

—Yo me quedo aquí y explicaré a sus compañeros lo que ha ocurrido, — dijo Li Chang chino y luego dando un ligero golpe con los —¡Buena suerte!

Búffalo Bill montó, estrechó la mano del chino y después, dando un leve golpe con los talones en los flancos de la yegua partió en dirección al río. Li Chang, sentado ya junto al fuego oyó el chapoteo del animal en las aguas y luego cuando salía a la orilla opuesta.

Permaneció atento hasta que dejó de oir el ruido de los cascos, luego, tranquilamente se instaló en el lugar en que estaba antes Búffalo Bill y continuó la guardia comenzada por éste.

Dos horas después uno de los cazadores se despertó y envolviéndose en su manta se aproximó hasta donde el chino estaba sentado.

—Bueno, Bill. Ahora me toca. Pero, ¿qué es esto? ¡Qué me cuelguen si no es Li el que veo delante de mis ojos!

Los labios del mongólico se desplegaron con una sonrisa.

—¿Cómo le va, Sam? — exclamó el chino. — Búffalo Bill, ha marchado para realizar un asunto urgente y yo me he quedado de guardia en su lugar.

Sam se quedó contemplando el rostro del chino durante un momento, luego movió la cabeza.

—¡Vamos! Usted está de broma!— dijo.— Al pronto cuando ví su rostro amarillo, creí que estaba viendo visiones. ¿De modo que Bill se ha marchado? ¿Y qué es lo que ocurre?

El chino hizo un gesto recomendando la calma.

—Búffalo Bill ha ido a salvar la vida de un hombre, — respondió. — Y ahora si usted toma la guardia yo voy a pedir a Dios por él.

De ese modo, Samuel que se había instalado para vigilar, asistió a una curiosa ceremonia.

Entre la sombra de los árboles, justamente donde llegaba apenas a iluminar su negro traje, el resplandor de la hoguera, Li Chang se detuvo, sacó de su pecho un ídolo de marfil y colocándolo en el suelo frente a él, levantó sus delgadas manos a la altura de la cabeza, luego inclinóse, en un profundo y largo saludo y en un suave lenguaje, parecido al canto de un pájaro, y del que Samuel no comprendía una palabra, rogó a su dios que su buen camarada lograse salvar al hombre que había vivido bajo su mismo techo.

Y cualquiera, no sólo Samuel, sino el hombre más rudo recién salido de uno de los salones de bebidas, ni hubiera sonreído, ni hubiera hecho el menor comentario, al observar la extraña figura del chino allí arrodillado.

—Acaso hay algo en todo esto, — pensó Samuel. — Por lo que yo sé, Li, es una buena persona y creo que tiene tanto derecho como cualquier otro para rezar a su dios.

Pero cuando vuelva a ver al viejo Bill le contaré lo que ha ocurrido.

Búffalo Bill, entretanto seguía por el camino que conducía hacia las Montañas Negras. Conocía el terreno pulgada por pulgada y aún cuando no la hubiera dirigido, Catalina, su yegua lo hubiera llevado por allí.

El maravilloso animal parecía comprender que su amo tenía prisa porque emprendió la marcha al trote largo característico de su tipo y milla tras milla avanzó rápidamente hasta que Búffalo Bill se encontró en una elevada meseta y luego caminando por un estrecho desfiladero que lo llevó hasta la parte alta de las montañas.

Hacia el lado del este la aurora comenzaba a asomar. La distinguió primero como un globo de luz que a medida que se elevaba iba tiñendo con dorados reflejos los picos de los negros montes, y luego llegó hasta las llanuras inundando con rayos de fuego el terreno manchado de parches verdes, amarillos y oscuros.

—Apesúrate, Catalina, — dijo Búffalo Bill taloneando al animal y guiándole por el estrecho y accidentado camino. — Si ese inglés está aún con vida, tenemos el tiempo justo para impedir que lo cuelguen.

Avanzaron otra milla más y cuando llegaron a la parte alta de una pequeña colina, el viajero distinguió el irregular grupo de viviendas conocido por Black Gap.

Era tan sólo un campamento minero situado en una hondonanda oscura y rodeado por altas motañas. Búffalo Bill pudo abarcar de una mirada el conjunto de viviendas, de muchas de las cuales se elevaban pequeñas columnas de humo que demostraban que la vida renacía en la aldea.

Búffalo Bill, tiró de las riendas para detener a su yegua y luego dirigió una mirada en torno suyo. Vió que a una distancia de un cuarto de milla del lugar donde se hallaba había un bosque de abetos, y precisamente cuando él observaba, cierto número de hombres marchaban por uno de los caminos que llevaban hasta el bosque.

Estaban como a media milla y Búffalo Bill metió la mano en el bolsillo, sacó un pequeño catalejo y miró con él.

Los poderosos cristales le permitieron ver claramente las figuras. Eran como una docena de mineros, y caminando delante de todos, con las manos atadas a la espalda, el cuello de la camisa abierto, caminaba un esbelto joven.

Atada al pescuezo llevaba una larga soga, y un hombre que caminaba a su lado conducía arrollada una parte de ella.

No necesitó Búffalo Bill observar dos veces la escena para darse cuenta de lo que ocurría. Aquella pequeña caravana decía a las claras lo que sucedería momentos después. ¡Conducían a Robert Glennie para lyncharlo!

—¡Por el cielo! ¡Catalina, me parece que hemos estado cerca de llegar demasiado tarde.

Y después de decir esto, cerró el anteojo y se lo guardó en el bolsillo.

Tocó con los talones los hijares de su cabalgadura y Catalina partió a galope. Pero el cazador comprendió en seguida que no podría llegar dentro del plazo necesario al camino por donde avanzaban los otros, porque había una ancha extensión de terreno accidentado entre él y el lado opuesto.

Detuvo al animal y saltó de la silla, dejando las riendas sobre el cuello de la yegua

—Espérame aquí, Catalina, — exclamó, y el inteligente animal se quedó quieto junto al camino con la cabeza vuelta hacia su patrón.

Búffalo Bill, echó a correr a través del accidentado terreno. Se dirigía hacia el bosquecito de abetos, pero debido a que el terreno estaba en declive no podían verle ni los mineros ni su cautivo.

El cazador de búfalos corría velozmente saltando todos los obstáculos que dificultaban su avance, hasta que al fin llegó a la parte alta donde había una meseta de roca de superficie plana.

Se arrodilló para descansar un momento y secarse el sudor que le cegaba, luego miró frente a él y vió que estaba cerca del bosque.

Las ramas de los árboles daban sombra al sitio y, por un momento, Búffalo no vió al grupo de mineros. Luego, de repente los volvió a ver y una exclamación brotó de sus labios.

Se hallaban reunidos al pié de un alto abeto y la cuerda había sido ya pasada por una de las ramas altas.

Algunos de los mineros se apartaron y frente al grupo, con la cabeza descubierta, se distinguía la esbelta figura de Robert Glennie.

La cabeza del joven estaba erguida y en su ademán se notaba un gesto de desafío a la muerte.

—¡Por el diablo! ¡Es admirable el mozo! — pensó Búffalo Bill.

Observó un instante y vió que uno de los hombres se destacaba del grupo. El sonido de una voz llegó hasta sus oidos en forma tan confusa que no pudo oir lo que decía. Vió que Robert Glennie sacudía negativamente la cabeza, y el minero, después de hacer un ademán, retrocedió.

Algo pasó por la imaginación de Búffalo Bill entonces, y rápido como un relámpago sacó el revólver y apuntó. El cuerpo del infeliz joven se balanceó en el aire.

¡Bum!

Cualquiera, al ver aquello, hubiera calculado que el tiro iba a fallar, pero no había en toda aquella región mano más firme, ni vista mejor que la de los azules ojos del matador de búfalos.

La gruesa bala del revólver Colt, dió en el blanco, la cuerda, partida en dos cedió. Robert Glennie cayó pesadamente al pié del árbol, mientras sus verdugos se quedaban envueltos por los dos trozos de cuerda que cayeron sobre ellos.

Un rudo juramento brotó al oirse la deto-

nación y los mineros miraron en redor suyo. En el mismo momento, Búffalo Bill se ponía de pie y dando un grito saltaba, echando a correr nuevamente hacia los árboles.

Algunos de los hombres habían preparado ya sus armas y un instante después hubieran hecho uso de ellas, si, de pronto, Rube Smaile, que reconoció al cazador, no hubiera gritado.

—¡Alto, muchachos! ¡Es Búffalo Bill!

Difícilmente otro hombre cualquiera hubiera intervenido de aquella manera decisiva en el incidente, pero el nombre de Búffalo Bill tenía un efecto mágico y el grupo de mineros se apartó y el cazador llegó hasta ellos.

—¡Oiga un momento, Bill! — exclamó Rube. Este asunto es muy serio para intervenir en él sin avisar. ¿Qué demonios tiene usted que ver en esto?

Búffalo Bill, guardó su humeante revólver y pasando por entre el círculo se aproximó a la inerte figura de Glennie. Luego con un gesto rápuido le sacó la cuerda que aun tenía en torno del cuello.

Le había dejado una horrible señal amoratada en la blanca piel, pero el cazador de búfalos vió que el joven, aunque había perdido el conocimiento, conservaba un resto de vida. Un suspiro de alivio brotó de los labios de Búffalo Bill, que se volvió para mirar a Rube y a sus compañeros.

—Tengo que pedirles disculpa, muchachos, — dijo en tono tranquilo. — Sé que no tengo derecho a intervenir, pero lo he hecho. No había tampoco otra forma de hacerlo más que cortando esta cuerda nueva que han traído ustedes. Lo lamento mucho.

Había algo en aquel singular pedido de disculpa, que pareció impresionar a los mineros, porque, a pesar del gesto de contrariedad de Rube, su desagradable rostro se animó con una sonrisa.

—¡Romper la cuerda! ¡Bah! Ya he visto que lo ha hecho. Pero ha sido un hermoso tiro, a cincuenta yardas de distancia, sobre un blanco de una pulgada. ¡Además con un revólver Colt!

Mientras hablaba miró a sus compañeros.

—¡Vamos a ver muchachos! ¿Cuántos de ustedes se animan a hacer otro tanto?

Se oyó un murmullo y un gesto general de cabeza en señal de negación.

Aquella extraordinaria maestría, aquella casi milagrosa puntería había conquistado a los mineros que observaban al cazador de búfalos con admiración.

—Me habían dicho que era capaz de cortar un naipe puesto de canto, a setenta yardas de distancia, Bill, — exclamó uno. —No lo creí nunca hasta ahora, pero me he convencido al ver el blanco que ha hecho en una cuerda que se balanceaba y que es aun más difícil de tocar.

Búffalo Bill era lo suficiente listo para darse cuenta de que el asunto de su puntería podía influir favorablemente en el asunto. Porque después de todo los mineros, por muy toscos y aún brutales que fueren en algunas ocasiones, eran, en el fondo, casi unos muchachos y propensos a dejarse dominar por una inesperada emoción.

Por un momento olvidaron el sensible asunto que los había llevado hasta allí en las primeras horas de la madrugada, y rodearon a Búffalo Bill.

Uno de ellos tomó el revólver que el cazador tenía nuevamente en la mano, y el arma fué pasando de uno a otro para ser inspeccionada.

—Oígame, Rube, — exclamó Búffalo Bill. —Me he mezclado en este asunto muy a pesar mío, pero tengo una razón para ello. He hecho una promesa a un compañero mío y a causa de ella he venido hasta aquí para ayudar a ese inexperto inglés, y cuando lo ví colgando en el aire no pude contenerme e hice fuego.

Miró a Rube y sonrió.

—¿Podía yo intentar algo en su favor después de que hubiese muerto? — añadió.

Rube hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Una promesa es una promesa, — exclamó. — Los muchachos olvidan todo por cumplirla, Bill. Pero me parece que no logrará salvar a ese canalla. Es un ladrón, y usted sabe bien lo que eso significa.

Se volvió y contempló un instante al joven que continuaba tendido en el suelo sin conocimiento.

—Le hemos dado oportunidad para que se justificase, — prosiguió Rube Smaile. —Los muchachos pueden decírselo. Ha sido sometido a un juicio y el abogado Dyke, en persona, ha sido su defensor. Se ha realizado el acto en conformidad con todas las reglas de la ley, Bill y el mismo viejo Dyke ha admitido que si este hombre se mostraba tan obstinado era porque no podía justificar de otro modo su falta de culpabilidad.

Búffalo Bill asintió con un movimiento de cabeza.

—No tengo la menor duda de que la razón está de su parte, Rube, — dijo. — Pero debido a las actuales circunstancias no pueden ir más adelante ahora. ¿Supongo que no pensarán en ahorcar a un hombre que está medio muerto?

Y señaló al inconsciente cuerpo que se hallaba al pie del árbol.

Es, en efecto, una cosa lynchar a un hombre que está firme delante de sus acusadores y otra hacer lo mismo con el que está, desmayado y tendido, casi sin vida, en el suelo.

Búffalo Bill notó las miradas que cambiaron aquellos malencarados mineros y comprendió el efecto que causaban sus argumentos.

—Concedámosle otro día, — continuó. — Después de todo, ¿qué suponen veinticuatro horas? Ustedes pueden colgarlo lo mismo mañana por la mañana. ¿Qué resuelven?

Rube avanzó hasta hallarse al pie del árbol y levantó la inerte cabeza del joven, dejándola caer casi en seguida. Glennie respiraba trabajosamente, pero la cara y los labios estaban del color de la cera.

—¡Perfectamente. Bill! — dijo. — Com-



Cuando penetró Búffalo Bill, Robert Glennie estaba sentado sobre un montón de mantas. ("La Pepita Marcada", Capítulo III).

prendo que no podemos colgarlo ahora. Está más cerca de la muerte que de la vida.

—Llévenlo nuevamente a Black Gap, — añadió el cazador de búfalos. — Yo iré con ustedes. Trataré de conversar con él. Les doy mi promesa de que si no me dice a mí lo que ocurre, los dejaré en libertad de cumplir la sentencia.

Y así ocurrió que media hora después estaban todos de regreso en Black Gap, llevando los vigilantes, en unas angarillas improvisadas, el casi inanimado cuerpo del que habían llevado para ahorcar.

Fué conducido por la calle principal y colocado en una habitación apartada que hacía las funciones de cárcel.

Robert Glennie fué echado en un montón de mantas y Rube y sus compañeros salieron de la habitación cerrando con llave la puerta y dejando de guardia a uno de ellos.

A todo esto la noticia del extraordinario acontecimiento había circulado ya por todo el campo minero y Búffalo Bill, que era bien conocido por todos, se vió rodeado por un grupo de rudos mineros y de curiosas mujeres.

Muchas de aquellas personas tenían buenas razones para estar agradecidas al alto y bien plantado cazador, porque él y sus camaradas eran los que abastecían de carne fresca de búfalo a los habitantes del campamento.

—No debía usted haber hecho semejante cosa, — declaró el abogado Dyke. — Pero ya que está hecho, olvidémoslo. Pensemos que, a no haber sido por usted y sus compañeros, hubiéramos sufrido hambre todos nosotros en muchas ocasiones.

Esta era la opinión general cuando, ya bastante entrado el día, los mineros del campamento reanudaron sus ocupaciones. Búffalo Bill rogó a Dyke que le explicase en forma detallada el asunto. Pero Dyke sacudió la cabeza y lo miró con gravedad.

—No puedo emitir opinión completa respecto a este caso, — dijo. — Este muchacho no me parece tan inocente como quiere demostrar. Sabemos que estuvo en Black Gap y hemos encontrado su pañuelo detrás de la tienda de Red Dan. No volvió hasta la mañana siguiente a Deadwood, y todos estábamos empeñados en saber dónde pasó la noche. Pero se ha encerrado en un completo mutismo y eso ha hecho que los muchachos dictasen su veredicto de culpabilidad.

Búffalo Bill sabía que Dyke era un hombre honrado y por un momento dudó. Pensaba que Li Chang podía haber sido engañado y que a pesar de su aparente honrades, Robert Glennie fuera culpable.

Más Búffalo Bill había hecho una promesa y por ello, pronto estuvo en camino de la habitación-cárcel donde uno de los vigilantes estaba de guardia.

—Ha vuelto en sí, — le informó a Búffalo Bill. — Y como yo no he recibido orden de dejarlo sufrir hambre, le he dado algún alimento. Puede verlo, si es que desea así.

Abrió la puerta y Búffalo Bill inclinó la cabeza al entrar.

Robert Glennie estaba sentado sobre el montón de mantas, mirando en forma vaga todo lo que le rodeaba. Dirigió la vista al hombre que entraba y de repente sus ojos brillaron y trató de ponerse en pie.

—¿Usted? — exclamó. — ¿Usted? ¿Pero cómo? Usted es la persona a quien necesito. El hombre a quien deseaba ver.

Trató de avanzar, pero estaba muy fatigado y Búffalo Bill tuvo que tomarlo de un brazo para que se quedase quieto.

—Siéntese, amigo mío, — dijo. — No está usted en condiciones de moverse aun. Ha estado muy cerca de morir, no lo olvide.

—¡Ya lo sé!... ¡Ya lo sé! — exclamó el joven. — El hombre que está de guardia en la puerta me lo ha contado todo.

Su delgado rostro expresó amargura.

—Yo estaba colgado de la cuerda. Y hubiera muerto seguramente, — prorrumpió, cubriéndose los ojos con las manos. — Pero usted... usted me ha salvado y yo veo en ella la mano de la Justicia.

—Ha sido también un poco de suerte, — exclamó tranquilamente Búffalo Bill. — Si llego tres minutos más tarde, usted era hombre muerto y no hubiera podido hacer nada.

—Pero usted... usted es Búffalo Bill, — dijo Glennie. — Yo lo he visto a usted dos veces en casa de Li Chang.

—Así es.

—Y usted es el hombre a quien yo buscaba, — añadió Robert Glennie. — Deseaba averiguar dónde encontrarlo. Pensaba partir de Deadwood tan pronto como hubiese descansado un poco. Pero antes de que pudiera hacerlo fuí arrestado.

—¿Usted quería encontrarme? ¿Por qué?

—Porque hay en lo alto de las Montañas Negras un hombre y su hija que son amigos suyos y están en peligro.



CAPITULO III

La narración de Robert Glennie. — ¡En la trampa!

"VOY a contárselo todo tal como sucedió, — comenzó a decir Robert Glennie.—Hará cosa de un mes yo me encontraba allá arriba en las montañas persiguiendo a un oso. Alcancé a tocarle con una bala, pero no lo herí mortalmente y escapó, dejando detrás de sí un reguero de sangre que yo fuí siguiendo. No estoy muy acostumbrado a caminar por las montañas, y para abreviar mi historia, le diré que cuando se hizo de noche me dí cuenta de que me había extraviado.

Hizo una pausa y miró al cazador.

—Usted sabe lo que son las Montañas Negras, — prosiguió. — Es cosa muy fácil para un hombre como yo perder el buen camino. Dormí aquella noche en un árbol y a la mañana siguiente, inicié mi marcha por un barranco que supuse me iba a llevar hasta el

río. Pero también tomé una dirección cambiada y fuí a dar a un ancho valle, que me pareció estaba muchas millas hacia el Este. No llevaba alimento de ninguna clase y sentía verdadera hambre. Sin comer y después de caminar durante todo el día, cuando caía la tarde me encontré extenuado.

"Por fortuna encontré un manantial y bebí el agua que salía de entre las peñas, gracias a lo cual humedecí mi boca y garganta, que estaban resecas. Caminé por el valle y llegué frente a un alto picacho. Dí la vuelta para ver de buscar otro sitio desde donde pudiera orientarme y ví una pequeña meseta elevada en la que había una rústica vivienda.

Glennie se puso de pie y dió algunos pasos por la habitación. Luego se detuvo y se instaló frente al cazador de búfalos.

—Ví que por la chimenea de aquella cabaña salía una columna de humo, — continuó. — Aquello era, acaso, mi salvación y aun cuando a penas podía dar ni un solo paso hice un último esfuerzo para llegar hasta allí. Pero pienso que estaban tan agotadas mis fuerzas, que caí en seguida y se me nubló la vista y lo que recuerdo después, es que me hallaba delante de la cabaña junto a alguien que me daba de beber agua y que cuando levante la vista ví que era la más encantadora y la más bondadosa criatura que jamás tuve ante mis ojos.

Búffalo Bill notó que el pálido rostro del joven se iluminaba.

—Se llama Nora Blaney, — dijo el joven, —y su padre es Dan Blaney, conocido como el más antiguo buscador de oro de las montañas.

Búffalo Bill se inclinó hacia adelante.

—¡Dan Blaney! — exclamó. — ¡Ya lo creo que lo conozco! ¡Fué uno de los primeros hombres que se abrió camino por estos lados! Se dónde está su vivienda. Está en el camino del Oso Negro, en el valle del Pino Solitario.

Glennie asintió.

—Así es, — dijo. — Y ya que conoce usted a Dan Blaney, sabrá también qué clase de hombre es. No estaba allí cuando su hija me salvó, pero cuando volvió pude notar que no le era agradable mi presencia. Pero no podía humanamente arrojarme y después de darme alimento me prepararon un lecho con mantas junto a la puerta. Pero a la mañana siguiente el viejo se acercó a mí, y señalándome el camino me puso en la mano una bolsita con provisiones y me dijo que me fuese.

Una significativa sonrisa desplegó los labios del cazador de búfalos, quien hizo un gesto de afirmación.

—Eso es muy propio del viejo Dan, — admitió. — Es una especie de maniático. Pero no es mal hombre, ni tiene mal corazón.

Robert Glennie movió negativamente la cabeza.

—Quiero suponer que está usted en lo cierto. Pero yo voy a confesarle toda la verdad. Me he enamorado de Nora Blaney, y no podía alejarme de aquellos sitios. Volví a Deadwood dos días después, pero durante todo el tiempo no he dejado de pensar en Nora y una semana después volvía a tomar el camino que conduce al Pino Solitario. La suerte me favoreció y encontré a la muchacha en el camino del peñasco y logré que me confesase que ella había pensado también en mí.

El joven se echó hacia atrás y contempló a su oyente.

—Nora Blaney me ama tanto como yo la amo a ella, Búffalo Bill, — declaró. — Pero ella teme a su padre y yo también. Estábamos hablando cuando apareció, se puso furioso y me ordenó que me retirase. Intenté hacer que me escuchara, pero no quiso. Dijo que si volvía a verme por aquellos sitios me mataría de un tiro o se marcharía, llevándose a Nora.

Búffalo Bill asintió, moviendo afirmativamente la cabeza.

—Dan Blaney es algo excéntrico, — dijo. —Y yo sé que quiere a su hija como a las niñas de sus ojos. En realidad esa es la causa de que viva allá arriba, en el Pino Solitario. En un tiempo estaba aquí en Black Gap, pero había muchos jóvenes mineros que deseaban casarse con la mucnacha y por eso se marchó.

Glennie, continuó:

—No tuve otro remedio que obedecerle, pero no podía resolverme a partir de allí. En dos ocasiones volví desde Deadwood y pude hablar algunas palabras con Nora. Hace una semana volví al Pino Solitario e hice la señal, hemos convenido una señal, y ella vino a mi encuentro.

"El padre ha jurado matarme si me ve por las cercanías de la casa y Nora teme que pueda cumplir la amenaza de llevársela de aquí, por eso la he prometido no revelarle a nadie nada de lo que ocurre.

"Bien, en esta ocasión cuando me ví con ella me manifestó que habían ido a la vivienda unos hombres, dos indios y uno blanco. No sabía ella quiénes eran, pero su padre se manifestaba muy excitado por algunas causas y la dijo que aquella gente había ido hasta allí para hacer su fortuna.

El joven calló un instante, mientras cerraba los puños con fuerza.

—Nora, — continuó, — sospecha que ese hombre blanco ejerce alguna influencia sobre su padre, porque la había dicho que estuviese amable con él, pero ella, por el contrario, sentía odio hacia él. Aquella misma tarde habían ido todos juntos y Nora temía que ocurriese algo desagradable, porque todo indicaba que su padre estaba resuelto a favorecer las intenciones del desconocido. Temía que la obligase a casarse y por eso me suplicaba que hiciese algo por salvarla.

Hubo otra breve pausa y luego el joven continuó su relato.

—No pudo permanecer a mi lado mucho tiempo y cuando volvió a su casa yo seguí el camino del valle y me quedé observando entre los árboles del bosque. Justamente cuando oscurecía ví que tres hombres venían del lado del peñasco que está junto a la vivienda de Dan y seguían hacia el valle. Pasaron muy cerca del lugar donde yo me encontraba y pude verlos claramente. Dos de

ellos eran indios, el otro era blanco. Un tipo alto, de barba negra con largos cabellos del mismo color.

"Iba hablando con sus compañeros en lengua india, y yo no pude comprender lo qué decían. Cuando pasaban frente a mí los dos indios se rieron y pude ver en su rostro una diabólica expresión.

—¿Qué clase de indios eran? — preguntó Búffalo Bill.

—No lo sé, — respondió Glennie. — Llevaban pantalón de cuero y una sola pluma rojo y blanca.

Búffalo Bill, hizo un movimiento de cabeza.

—Eran siux, — dijo. — ¿No llevarían armas, verdad?

—No llevaban ni arco, ni flechas, ni carabinas, — respondió Glennie, — pero en la cintura llevaban su tomahawk.

En aquellos momentos aquella región estaba tranquila porque el hacha de la guerra había sido enterrada por las siete naciones indias. Pero aquella paz nunca era completa, porque siempre existían bandas de indisciplinados jóvenes que no realizaban una guerra franca contra los caras pálidas, pero les tendían emboscadas y cuando veían alguna probabilidad de éxito, preparaban traicioneros ataques.

—Bien ¿qué sucedió luego? — preguntó Búffalo Bill.

—Yo esperé hasta que se hubieron alejado y luego los seguí, — continuó Glennie.—Sigieron hasta el pie de las montañas; entonces los dos indios torcieron hacia la izquierda y el blanco se encaminó hacia aquí, a Black Gap. Yo llegué a la ciudad siguiéndole los pasos y penetré en el salón trás él. Una vez dentro me fué fácil averiguar su nombre y supe que se llama el squaw-hombre Joe.

Búffalo Bill, lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡El squaw-hombre Joe! — repitió.— Yo conozco a ese canalla. Sólo porque estamos en paz con los siux, se halla él con vida. Es uno de esos blancos que se han vuelto indios y a los que se ve con hasta frecuencia tanto en las chozas de los siux, como en las viviendas de los hombres blancos.

Glennie asintió.

—Lo averigüé todo antes de salir de aquí, —admitió. — De hecho es un mal elemento porque yo lo ataqué resueltamente en el salón, le dije quién era y que lo había visto en el camino de la casa de Dan Blaney, y le pregunté qué buscaba allí. El solamente me miró, al principio, pero yo noté en su mirada el odio que sentía. Luego me preguntó si yo era el mismo a quien Dan Blaney había prohibido acercarse allí, y le respondí que sí era yo.

—Hizo muy mal, — dijo Búffalo Bill.— El squaw-hombre Joe, es un elemento muy peligroso y posiblemente sabe a fondo todo lo que ocurre entre usted, Dan Blaney y Nora.

—Tiene usted mucha razón, Búffalo Bill. — exclamó Glennie. — Y yo pude convencerme de eso mismo poco después. A la mañana siguiente fuí a Deadwood y permanecí allí casi toda la semana: una mañana en circunstancias en que Li Chang había salido y yo me encontraba solo en la tienda llegó un desconocido y me entregó una carta.

"Apenas si tuve tiempo para echar una mirada al individuo. Parecía ser uno de esos buscadores de oro sin suerte. Me dijo que la carta le había sido entregada allá en lo alto de las montañas, por una mujer, para que me la entregase.

"La misiva era de Nora y me pedía que fuese en seguida al valle del Pino Solitario, pues estaba en un grave riesgo. Excuso decirle que pocos minutos después ya estaba yo en marcha.

"Llegué al peñasco poco antes de anochecer, hice la señal y Nora acudió. Me dijo que su padre no había vuelto a la cabaña hacía dos días y que ella estaba muy alarmada por tal causa. Añadió también que ni el squaw-hombre, ni los dos indios había aparecido tampoco, y que me pedía averiguase qué era del squaw-hombre Joe. Cuando su padre se marchó la dijo, que iba a recorrer un nuevo filón y que la pedía no dijese nada de ello a nadie.

"Yo quise quedarme por allí cerca y guardarla, pero Nora me afirmó que no tenía necesidad de nada. Cerraba bien bien la puerta todas las noches y yo sé que es una buena tiradora. Su temor no era por ella, lo que me pedía era que fuere a Black Gap, y tratase de descubrir el rastro del squaw-hombre Joe. La obedecí, me puse en marcha y a la mañana siguiente estaba en Black Gap. Esto ocurría anteayer. Sin duda usted habrá oído decir que yo anduve por aquí durante casi todo el día. Trataba de encontrar a Joe, pero no lo conseguí, y en cuanto oscureció comencé a sentir tales temores por Nora, que salí de la ciudad y marché al peñasco nuevamente, para hacer allí mi señal.

"Nora acudió a hablar conmigo y ví que estaba muy alarmada. Su padre había regresado y la había acusado de encontrarse conmigo en las montañas. Alguien nos había estado espiando, y la manifestó que si volvía a hablar conmigo la llevaría a Black Gap y la obligaría inmediatamente a casarse con el squaw-hombre Joe.

"Su padre abandonó la vivienda pocas horas antes de mi regreso y Nora me manifestó que después de que él había salido vió a los dos indios seguir sus huellas, aún cuando él había declarado a la muchacha que andaba solo.

"El hecho de que los dos indios fuesen siguiendo a su padre la hacía temer por él, y fué entonces cuando ella se acordó de usted.

"Pero me hizo prometerla de nuevo que no referiría a nadie lo que había ocurrido entre los dos, porque tenía miedo de que su padre se enterase y cumpliese su amenaza. Me dijo que la única persona cuyos consejos



Li Chang indicó los signos de la pepita: "Usted no sabe lo que estos signos significan, Ben, pero yo sí", dijo. ("La Pepita Marcada", Capítulo IV).

seguiría su padre era usted y me suplicó que viniese en su busca.

El esbelto joven se puso de pie y contempló a Búffalo Bill.

—Yo volví de Pino Solitario y me encaminé hacia Deadwood. Usted sabe bien la distancia que hay y lo difícil que es recorrerla por la noche. Estaba muerto de cansancio cuando llegué a casa de Li Chang a la mañana siguiente y comprendí que necesitaba descansar antes de buscarlo a usted.

El joven inglés se encogió de hombros.

—No me fué posible cumplir mis propósitos, — agregó. — Antes de que saliese de nuevo llegaron los hombres de Black Gap y me arrestaron.

Búffalo Bill permaneció sentado y sin pronunciar palabra alguna durante algunos momentos y Glennie retrocedió un paso y levantando la mano y tendiéndola luego hacia adelante en ademán de juramento, añadió:

—Esta es la verdad. La historia completa y por ella comprenderá usted la razón de mi silencio. Si refería a Rube Smaile y a sus muchachos donde había pasado la noche, salvaba la vida, pero mi declaración podía llegar a oídos de Dan Blaney y éste, entonces cumpliría su promesa. Nora sería casada a la fuerza con ese infame squaw-hombre. Yo preferí morir a que sucediese tal cosa.

Fué aquella una larga y dolorosa confesión que llevaba impreso el sello de la sinceridad. Aquel muchacho hubiera sacrificado la vida por su adorada, y Búffalo Bill, obedeciendo a un repentino impulso, le estrechó la mano.

—¡Venga esa mano, compañero! — dijo. —Creo palabra por palabra cuanto me ha dicho. Es usted todo un hombre.

Glennie tomó la mano que le tendía, con un ademán nervioso; su rostro manifestó la impresión que experimentaba, y luego se pasó la otra mano por los ojos, humedecidos por el llanto.

—¡Gracias, Búffalo Bill! — exclamó con voz alterada. — No puede comprender lo satisfecho que me encuentro por haber hablado así a un hombre, que me ha creído y en quien tengo plena fe. Ahora si me ocurre algo sé que usted cuidará de Nora.

El rostro de Búffalo Bill demostró también que el cazador estaba emocionado.

—Oigame usted, Glennie, — dijo en voz baja. — Usted es un joven inexperto y se ha conducido, en este asunto, en forma poco hábil. Yo, que conozco bien al squaw-hombre Joe, apostaría cuanto tengo a que no ha dejado de vigilarle un solo minuto. Si tiene la idea de casarse con Nora, lo primero que ha intentado ha sido sacarle a usted del camino, y es lo suficiente sagaz para haberle tendido una celada. Estoy seguro de que ha sido él, el que ha robado el oro de Red Dan y ha dejado su pañuelo de usted en lugar oportuno para que lo encontrasen y las sospechas recayesen en usted.

Glennie le interrumpió.

—He estado tratando de explicarme cómo fué hallado mi pañuelo allí, — dijo. — Reconozco que lo perdí hace algunas semanas y es posible que fuese en el camino de la cabaña de Dan Blaney.

—Así debe haber ocurrido, — continuó Búffalo Bill. — El squaw-hombre Joe lo ha encontrado y lo conservó hasta hallar la oportunidad de utilizarlo en contra de usted.

Glennie volvió a sentarse en el montón de mantas y el famoso cazador dió un par de vueltas en torno de la habitación.

—Por lo que yo sé del squaw-hombre, no es una persona de la que se pueda esperar nada bueno, — dijo deteniéndose un momento. — Y recordando hechos, pienso que acaso tenga algo que temer de él, Dan Blaney.

—Nora temía que le ocurriese algo a su padre, — dijo Glennie. — Los indios iban siguiéndole cuando salió de la casa.

De nuevo volvió a emprender su paseo por la habitación, Búffalo Bill, quien con las manos a la espalda y su mirada vaga, denotaba que procuraba hallar una satisfactoria solución a un asunto que se manifestaba difícil de resolver.

Robert Glennie estaba atado por la solemne promesa de no revelar lo que había ocurrido aquella noche, y Búffalo Bill sabía que en cualquier momento podían llegar Rube Smaile y sus hombres para cumplir la terrible sentencia.

Ni aun la palabra del cazador de búfalos tendría poder para hacer cambiar de idea a aquellos rudos hombres. Si hubiera intervenido antes acaso lo hubiese logrado salvar, pero ahora, la ejecución sólo había sido postergada.

—Es éste, acaso, el más arduo problema en que he intervenido, — exclamó al fin el cazador, echándose el sombrero hacia atrás y deteniéndose frente a Glennie. — Tengo la seguridad de que es usted inocente. Pero por desgracia soy acaso el único que aquí piensa de ese modo. Y no puedo hacer otra cosa que llevármelo a usted y a Nora lejos de aquí.

—¡Es que no debe hacerse tal cosa! — exclamó el inglés poniéndose de pie. — Su padre no perdonaría tal desobediencia y ya sabe usted la clase de hombre que es. Para castigarla la obligaría a casarse con ese canalla.

Búffalo Bill asintió con un gesto de cabeza.

—Es muy cierto, Glennie, — dijo. — Dan Blaney es un buen hombre en el fondo, pero es terco como una mula, y si se empeña en hacer una cosa, nada le hará cambiar de opinión. Pero, como comprenderá, guardando silencio no va a resolver la cuestión.

Una clara y serena mirada iluminó el rostro del joven inglés.

—Ya he tenido que afrontar la situación esta mañana, — exclamó. — No he tenido miedo y ahora que tengo el convencimiento de que alguien tomará a su cargo la tarea que yo tengo que cumplir, estoy más tranquilo que nunca.

Se adelantó y apoyó la mano sobre el hombro del cazador.

—Usted debe marchar en seguida a la vivienda de Nora, — dijo. — Déjeme aquí a mí.

—¡Estaría loco si lo hiciera así! — exclamó Búffalo Bill. — Estoy temiendo que de un momento a otro aparezca Rube con su cuerda y no puedo emprender el camino del Pino Solitario sabiendo que lo dejo a usted al principio de otro camino más largo. No, Glennie, si yo voy al Pino Solitario usted viene conmigo.

Luego el gesto de seriedad desapareció de pronto y su rostro adquirió una expresión de alegría.

—Pienso que la gente de Black Gap va a quedarse sorprendida cuando vea lo que ha ocurrido, — continuó Búffalo Bill. — Pero eso no me preocupa mayormente porque ya les explicaremos la cosa cuando regresemos.

Había estado examinando la habitación mientras hablaba y se detuvo frente a una ventana cuadrada que había en la parte posterior y la observó. La construcción que servía de cárcel se hallaba en los límites del campamento minero y desde la ventana, Búffalo Bill podía ver el comienzo del elevado camino que, a través de los bosques, conducía hasta lo alto de las montañas.

—Oígame, Glennie, — dijo el explorador. —Voy a tratar de ayudarle a usted a salir de todo esto, pero tiene que secundarme en forma hábil. — Señaló el camino que iba en sentido ascendente por entre los árboles y añadió: — Va usted a salir por esta ventana y a encaminarse rápidamente hasta ese bosque. Una vez allí se esconderá y me esperará hasta que yo vaya a reunirme con usted. Yo iré montado en mi yegua, Catalina, y tan pronto como me vea, eche a andar, que yo le seguiré. Encamínese unas cien yardas hacia aquel lado y trate de ganar el bosque lo antes posible. Yo procuraré cubrirle la retirada hasta que considere que está en salvo.

Se apartó de la ventana y se dirigió hacia el montón de mantas.

—Y ahora, — agregó, — apresúrese. Voy a preparar aquí una comedia.

En pocos momentos Búffalo Bill arregló las mantas de modo que parecía que Glennie estaba acostado y tapado con una de ellas. Hecha la trampa en forma hábil, colocó el sombrero de Glennie sobre la almohada y contempló su obra.

Una vez todo pronto, Búffalo Bill, indicó al joven que se colocase a uno de los lados de la puerta, y cuando estuvo así la abrió y se asomó hacia afuera.

Al verle aparecer, el hombre que estaba de centinela se aproximó al explorador.

—¿Y bien, Bill, ¿qué ha logrado sacar en limpio?

El cazador de búfalos se sonrió y apartanlos labios.

—Realmente no sé, en verdad, a que atenerme, — dijo. — Ahora se ha quedado dormido. Mire.

El minero lanzó nua curiosa mirada en dirección al bulto que se veía en el lecho.

—¡Que me ahorquen si eso no es el colmo de la osadía! — exclamó indignado. — Quedarse dormido de ese modo después de haber estado a punto de morir y esperándole de nuevo la muerte.

El cazador de búfalos se sonrió y apartando suavemente al centinela, cerró la puerta. Luego corrió el cerrojo que la sujetaba, dió vuelta a la llave en la cerradura y la entregó al centinela.

—Creo que es preferible dejarle que duerma cuanto desee, Dave, — dijo. — Después de todo, esta mañana lo han colgado a medias y con lo que le espera la mejor medicina es esa.

El minero se encogió de hombros.

—Realmente eso es lo mejor, — respondió, — y creo que acaso sería mejor realizar la otra mitad del trabajo antes de que terminase el día.

Charlaron durante algunos minutos más y Búffalo Bill estaba entretanto con el oido atento. De vez en cuando levantaba la voz con una exclamación o una carcajada para tapar algún ruido inoportuno procedente del interior de la habitación.

Durante unos diez minutos el explorador conversó con el centinela, luego, calculando que Robert Glennie ya había tenido tiempo suficiente para abandonar la plaza, saludó a su compañero y echó a andar por la calle que conducía a Black Gap, hasta que calculó que el otro no le veía ya.

Lanzó un penetrante silbido que llegó hasta los oidos de Catalina la que, enderezando las orejas, echó a correr al encuentro de su amo y poco después estaba al lado suyo.

—Creo que hay en el mundo pocas hembras que sean tan fieles como tú, mi vieja compañera, — exclamó. — ¡Mira lo que le ocurre a ese joven inexperto por enamorarse de un par de ojos pardos!

Tomó las riendas con su mano fuerte y saltó sobre la silla.

—Pero no podemos permitir que se suicide, ame o no ame, Catalina, — agregó. — ¡Si todos los hombres fuesen lo suficiente sabios para colocar su cariño únicamente en su caballo!...

Salió del camino y se dirigió por un accidentado terreno que conducía a un estrecho sendero que iba por entre los árboles. Aquel era el camino que conducía a las montañas y penetró bajo los abetos, que crecían donde el piso del valle comenzaba a elevarse.

Búffalo Bill caminó a buen paso durante casi una milla, luego sus penetrantes ojos distinguieron una silueta que se movía de un árbol a otro, como unas doscientas yardas más adelante.

Ya Black Gap había quedado muy atrás y Búffalo Bill puso su montura al trote y después de lanzar una mirada en torno suyo se levantó apoyándose en los estribos y lanzó un llamado.

De entre los árboles, como a unas cuarenta yardas más adelante surgió una figura que levantó una mano y poco después, Búffalo Bill estaba al lado del joven inglés y cambiaba un apretón de manos con él.

—¡Monte aquí! — exclamó sacando el pié de uno de los estribos. — Vamos a tratar de poner entre nosotros y Black Gap, tanta distancia como sea posible.

Glennie montó, en ancas, tras de su liber-

tador, y Catalina luego de una pequeña protesta por el recargo de peso, reanudó la marcha al trote largo por el accidentado camino.

Durante casi dos horas, Búffalo Bill mantuvo al animal a la misma marcha, y sólo cuando llegaron a un profundo barranco, hizo alto. Estaban ya entre las montañas y el camino que debían recorrer no era practicable para caballerías.

El explorador quitó la silla y la cabezada a su yegua después de conducirla a un lugar apto para que permaneciese oculta, luego dándole unas palmadas en el anca la habló como si fuese una persona.

—Vas a quedarte tranquilamente aquí, hasta que yo te necesite, vieja amiga. Pronto estaré de regreso.

Sacó los dos revólvers que llevaba en el arzón de la silla y entregó una de las armas a Glennie.

—Puede necesitarla, — dijo. — Y supongo que usted no ha traído armas.

El joven lanzó un suspiro, se llevó los dedos a la garganta, donde se notaba la marca de la cuerda, y exclamó:

—Afortunadamente no llevaba ni llevo arma alguna, pues de lo contrario los hechos se hubieran desarrollado de otra manera y yo no estaría ahora en libertad y en dirección de la vivienda de Nora.

—No puedo asegurarle que constituya su suerte volver al lado de esa joven, — exclamó Búffalo Bill. — Si mis sospechas son ciertas y el squaw-hombre Joe, es la causa de todo lo que le ocurre, debe andar por aquí vigilando. Debemos, por lo tanto, no darle oportunidad que pueda aprovechar en su favor. Estamos jugando una partida contra un hombre muy astuto y debemos vencerle con sus mismas armas.

Comenzaron la ascensión y al final de un áspero y accidentado camino se encontraron en el amplio valle del Pino Solitario. El camino seguía por entre espesos matorrales y al llegar al centro del valle bordeaba un curso de agua que bajaba de la montaña.

Búffalo Bill notó que su compañero hacía cuanto le era posible por seguirlo, pero Glennie estaba muy resentido por todas las penalidades sufridas, y justamente cuando comenzaba a oscurecer, el cazador de búfalos se vió en la necesidad de detenerse.

—Me parece que no se encuentra usted en tan buen estado como supone, — dijo. — Será preferible que hagamos alto.

Tomaron asiento los dos a uno de los lados del camino y Búffalo Bill tomó algún alimento en unión de su camarada. Luego, después de un corto descanso reanudaron la marcha y no tardaron en hallarse en el camino ascendente que conducía al peñasco.

Glennie marchaba a unos pasos delante del cazador, cuando, repentinamente se detuvo y lanzó un grito.

—¡La señal de Nora! — exclamó. — ¡Mire, allí!

Como a una milla de distancia se distinguió el resplandor de una luz. Una luz que se dejó ver y se ocultó, tres veces seguidas, luego permaneció fija un largo rato y por fin desapareció por completo.

—Nora debe haber estado observando por si me veía llegar, — dijo Glennie. — Debe estar en apuros. Habíamos convenido que hiciese esa señal con la luz, de modo que si yo estaba cerca la viese y contestara en seguida. Debo hacerlo así, de lo contrario creerá que no estoy cerca.

Búffalo Bill extendió un brazo.

—No lo creo oportuno, Glennie, — dijo.— Nora, no puede esperarlo a usted ahora. Le envió a buscarme y usted mismo me ha dicho que teme que su padre se entere y lo vea. Tampoco puede suponer que esté yo aquí con usted, ¿a qué responder a la señal?

Glennie lo miró.

—Realmente no lo sé, — dijo dudando, — Pero como esa es su señal, que me demuestra que está en peligro, sé que yo debo contestar.

Sacó pedernal, eslabón y una pajuela de su bolsillo y de repente una pequeña luz brilló en su mano. La hizo girar en redor de su cabeza tres veces y luego la dejó caer a tierra. Hubo un momento de pausa y después se vió otro resplandor en lo alto de la colina.

—Esa es la respuesta, — dijo. — Todo marcha bien. Nora nos espera. Sigamos adelante.

Acaso el instinto decía a Búffalo Bill que las cosas no marchaban tan bien como parecía. Pero dejó que la ansiedad que experimentaba su camarada se sobrepusiese a la duda que abrigaba en su pecho, y juntos los dos hombres se dirigieron hacia el punto de donde habían surgido las luces.

Se dieron cuenta entonces de que ascendían una empinada colina y que marchaban por entre un espeso matorral. Cuando lo atravesaron, llegaron a una explanada y Búffalo Bill que iba unos cuantos pasos adelante, oyó el ligero ruido que produjo el desprendimiento de una pequeña piedra. Cuando el explorador se volvió saltaron sobre él dos cuerpos ligeros y al mismo tiempo se oyó un grito desde la parte baja del camino.

El cazador llevó la mano al revólver pero antes de que pudiese servirse de él se oyó como un silbido y un ntomahawk, golpeó con fuerza en las sienes del explorador, haciéndolo caer de rodillas.

Un instante después los dos atacantes lo sujetaban, y Búffalo Bill, medio atontado, se encontraba a merced de sus adversarios.

Otro golpe más lo hizo rodar sobre el accidentado suelo mientras lanzaba un gemido, y se oyó un grito gutural cuando los dos atacantes lo vieron rodar a sus pies.

En el fondo oscuro se destacaba la silueta de sus cuerpos medio desnudos que con la sola pluma que adornaba su cabeza eran inconfundibles.

El canto de un buho se dejó oir procedente de la parte baja del camino, y uno de los indígenas lo contestó mientras el otro permanecía de rodillas junto al cuerpo ina-

nimado de Búffalo Bill a quien ataba fuertemente por las muñecas y los tobillos.

El otro indio echó a correr cuesta abajo hasta detenerse ante unas malezas donde un hombre se hallaba inclinado sobre otro que luchaba por verse libre.

El indio se abalanzó y poco después el que luchaba se vió inmovilizado y sujeto de piés y manos. Luego su adversario se puso en pié y agradeció su ayuda al indio.

—¡Muy a tiempo, Gamo Negro! — exclamó. — Supongo que ya tendrán sujeto al otro.

—Sí. Hemos inmovilizado al matador de búfalos. Es una presa y la hemos asegurado.

El hombre que se hallaba junto a Glennie, miró su cuerpo bien atado y en el rostro, casi cubierto por la barba se notó una expresión de maligno triunfo, mientras golpeaba brutalmente al joven con la punta del pié.

—Oiga bien lo que le digo, maldito,— exclamó con acento de ira. — No le he perdido de vista un instante y creí que todo terminaría cuando esta mañana lo colgaron.

Glennie levantó la cabeza y miró en la oscuridad al que hablaba.

—¿Es usted el squaw-hombre, Joe? — exclamó el obstinado joven. — Lo considero capaz de todo después de saber que es uno de esos odiosos renegados que buscan la ayuda de los indios para que los acompañen en sus malas acciones.

La mano del squaw-hombre se movió hacia la cintura y sacó a medias el cuchillo que Joe llevaba allí. Pero el renegado se contuvo, retrocedió un paso y lanzó una carcajada de burla.

—¡No! ¡No quiero matarle! — exclamó.— Tengo reservada una suerte peor para usted ya que todo está descubierto.



CAPITULO IV

Li Chang se entera de lo que sucede. — El chino realiza un emocionante descubrimiento

LI CHANG con un bulto de ropa lavada y planchada, bajo el brazo, acababa de llegar frente al gran salón situado en la parte de la derecha de la plaza y se dirigía hacia una cercana casa, cuando vió que llegaba, a todo galope de sus caballos, un pequeño grupo de mineros.

El polvo que levantaban las patas de los animales, envolvió la figura del chino, y cuando aquello pasó, el amarillo vió que los jinetes se habían detenido delante de la oficina del sheriff.

Alcanzó a distinguir la silueta de Rube Smaile, cuando cruzaba la estrecha galería y entraba en el edificio.

Li Chang echó a correr y después de entregar la ropa que llevaba ya lavada y planchada, a su propietario, se encaminó hacia el lugar donde estaban los caballos de los mineros. Una profunda e irritada voz llegó hasta sus oídos y trepando por uno de los ángulos de la galería, el chino miró por la ventana hacia el interior.

Rube y un par de mineros de Black Gap estaban situados frente a la pequeña mesa. El sheriff se hallaba del lado opuesto y tranquilamente sentado oía la violenta reclamación.

—Ha sido una censurable jugada, señor sheriff Hayes, — decía Rube. — Y aun cuando todos los muchachos tenían formada una excelente opinión de Búffalo Bill, de esta hecha todo ha cambiado.

Los ojos del chino reflejaron su interés y alargó su delgado y amarillo cuello.

—Bueno. ¿Pero yo quisiera saber qué es lo que tengo que ver en todo eso, Rube Smaile? — exclamó el sheriff sonriendo. — Yo no tengo nada de común con Bill Cody; no es habitante de esta ciudad, ni de ninguna otra; es un habitante de la pradera y está por lo tanto en plena libertad de hacer lo que le parezca oportuno. Eso en lo que a mi me concierne.

Rube Smaile golpeó sobre la mesa con el puño cerrado.

—Será así, — exclamó. — Pero se nos ha metido en la cabeza que ha venido aquí acompañado de ese maldito ladrón y por eso queremos que se registre cuanto escondite haya en la ciudad hasta dar con ellos. Usted es el representante de la ley y del orden en esta condenada población y hemos venido a reclamarle a usted. Búffalo Bill ha ayudado a un ladrón, a escaparse y como sheriff de Deadwood, usted debe ayudarnos a buscarlo.

El sheriff se puso de pie.

—Yo no creo que Búffalo Bill se encuentre aquí, — dijo. — O al menos yo no le he visto, si es que está. Usted dice que se marchó el prisionero ayer temprano y por lo que yo tengo entendido, Búffalo Bill estaba entonces en el valle. Me parece que sus camaradas estaban allí ayer por la tarde con un cargamento de carne, pero marcharon por la noche y Búffalo Bill debía ir con ellos.

Se colocó la estrella, símbolo de su cargo sobre el pecho y tomó el sombrero.

—De todos modos, como usted ha venido en forma legal, yo debo ayudarlo. Vamos a reconocer el pueblo, casa por casa, si es que así lo desea. ¿Está satisfecho?

A juzgar por la expresión del rostro de Rube Smaile, no esperaba que el sheriff Hayes accediese en forma tan fácil a sus deseos, y gran parte de las sospechas que abrigaban los mineros, se desvanecieron ante esa actitud.

Una expresiva sonrisa desplegaba los labios del chino cuando se apartó de la ventana.

El sheriff Hayes y Rube Smaile aparecieron en la puerta y seguidos de los dos mineros de Black Gap, comenzaron a dar una vuelta a la ciudad, preguntando en todos los establecimientos de la pequeña localidad.

Li Chang seguía al grupo como a unos cinco pasos de distancia y otros varios habitan-

tes de Deadwood se unieron al chino y, con él, formaron una silenciosa escolta.

La noticia circuló pronto de boca en boca y se decía que el famoso explorador había hecho justicia con sus propias manos y había ayudado a Robert Glennie a escapar de la prisión de Black Gap.

—No hay que hacer caso de lo que esos digan, — manifestó un viejo buscador de oro. — Yo confieso que al principio no estaba muy seguro de la honradez de ese joven. Pero si Búffalo Bill se ha resuelto a ayudarlo se puede afirmar que Robert Glennie, no es culpable.

El viejo aventurero sacudió la cabeza, cubierta de cabello gris.

—Conozco a Búffalo Bill desde que apareció por estas regiones, — prosiguió, — y es un hombre valiente y honrado y todo lo que deseo es que Rube no logre encontrarlo.

Todo demostraba que aquella era la opinión general, aun cuando, al parecer, Búffalo Bill había violado abiertamente las leyes. Por eso cuando por la tarde, después de realizada su pesquisa, el sheriff Hayes regresó a su oficina con Rube Smaile y sus compañeros, los ciudadanos de Deadwood que habían seguido toda la marcha de las gestiones, estaban satisfechos de que el resultado de éstas hubiera sido nulo.

—Ya le dije a usted desde el primer momento que Bill Cody, no estaba aquí, Rube, —dijo el sheriff Hayes. — Pero de todos modos si yo fuera usted, no sentiría lo ocurrido. Búffalo Bill no es un mal hombre, y si él ha ayudado al inglés a que se escapara, tengo la seguridad de que ha tenido muy poderosas razones.

Rube Smaile sonrió tristemente.

—¡Oh! ¡Claro está que hay una razón en todo esto! — exclamó. — Glennie iba a morir. Ya lo teníamos colgado cuando Búffalo Bill cortó la cuerda de que pendía, con una bala de su revólver.

La gente se había amontonado en torno a ellos y ante el cúmulo de preguntas que le fueron dirigidas, el minero tuvo que referir lo que había pasado la mañana anterior. El viejo veterano de cabellos grises lanzó un grito de alegría.

—¡Viva! ¡Qué hermoso disparo! Señor,— añadió, — eso está bien claro. Que me cuelguen si Búffalo Bill no tiene motivos para proceder de ese modo. Había resuelto ayudar a ese joven y lo ha hecho.

Rube continuó su relato. Habían buscado por las montañas durante todo el día anterior pero sin lograr el menor éxito. Una parte de los mineros fué hasta el valle de los búfalos, esperando que el famoso cazador se encontrase allí. Pero se vieron defraudadas sus esperanzas porque no encontraron rastro ninguno de los cazadores, pues éstos habían levantado el campamento el día anterior.

Cuando los mineros vieron desvanecerse su última esperanza, no ocultaron su disgusto y como la multitud que los rodeaba comenzaba a tratar de burlarse de ellos, fué necesario que el sheriff Hayes emplease toda su energía para impedir que se produjese un conflicto que por instantes, pareció inminente.

Pero logró calmar los ánimos y el grupo que había llegado de Black Gap volvió a montar a caballo y partieron de Deadwood con peor ceño que cuando habían llegado.

El grupo de ciudadanos se había quedado frente a la oficina del sheriff, comentando el suceso y el chino Li Chang, sintió que se posaba sobre su hombro una mano. Se dió vuelta y vió que el sheriff Hayes tenía los ojos fijos en él.

—Venga a mi oficina, Li, — dijo con intención, el sheriff. — Tengo algo que decirle.

Algún tiempo después cuando la gente se hubo alejado, la negra silueta del chino, se deslizó hacia el interior de la oficina y encontró al sheriff esperándole.

—Vamos a ver ahora, Li, — dijo Hayes sonriendo. — Yo lo he visto entre la multitud, pero no quise preguntarle nada. Dígamelo ahora, ¿qué es lo que sabe usted de este asunto?

El chino hizo una reverencia y adelantó las manos.

—¡No sé nada, señor Hayes! — exclamó. —¿Cómo ha de saber este chino lo que ha ocurrido?

Steve Hayes lanzó una carcajada.

—Conmigo no sirven esas tretas, — dijo tranquilamente. — Algo tramaba usted la otra noche cuando se ausentó y he oido decir que su viejo caballo tenía, más tarde, esa noche, el aspecto de haber corrido mucho y rápidamente.

Los labios del chino se desplegaron con una ligera sonrisa.

—Yo no ando con tretas de ninguna clase, señor Hayes. Usted tiene razón. Cuando vi que usted no podía hacer nada por salvar a Glennie partí al valle en busca de Búffalo Bill, le referí lo ocurrido y le supliqué que ayudase a Robert.

Los delgados dedos de Li Chang volvieron a abrirse de modo expresivo.

—¡Glennie no es un ladrón! — dijo enérgicamente Li Chang. — Y me ha causado gran alegría saber que Búffalo Bill lo ha salvado. Esos hombres no comprenden nada. Búffalo Bill sólo salva a un hombre cuando tiene la seguridad de que no es culpable.

—Pero ¿dónde lo ha llevado? ¿Lo sabe usted?

Li Chang hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Eso lo ignoro, señor Hayes, — respondió. — Pero Búffalo Bill sabe lo que hace y tendrá un buen escondite.

—Bien. Deseo que aparezca pronto y que salga con bien de todo esto, — dijo Hayes.— No me gusta esta clase de asuntos, Li. Sólo sirven para enconar los ánimos entre los habitantes de Deadwood y los de Black Gap, y traer malas consecuencias. No estoy muy seguro de que Rube no se haya marchado con el convencimiento de que alguño de nosotros ha ayudado a ese joven bisoño a escaparse de su cárcel.

El chino se encogió de hombros.

—Todo se arreglará oportunamente, — dijo. — Búffalo Bill regresará en cuanto pueda

y lo explicará todo, poniendo las cosas en su lugar.

—Así lo espero, — dijo el sheriff, sonriendo.

Se dirigió hacia la puerta de su oficina en compañía de Li Chang y permanecieron unos instantes en la galería exterior. De pronto los ojos del chino distinguieron una solitaria figura que venía a caballo por el camino del río. Era un hombre de camisa roja, barba negra y largo cabello negro.

Se acercaba lentamente, iluminado por la dorada luz del crepúsculo y cuando pasó por la calle principal Li Chang tomó al sheriff de un brazo.

—Conozco a ese hombre, — dijo. — ¿No lo conoce usted también, señor Hayes?

Steve Hayes contempló al jinete con expresión de disgusto.

—Sí. Ha estado antes en Deadwood, Li,— respondió. — Es el squaw-hombre Joe, uno de los más canallas y de los más viles elementos de estos sitios.

La reputación de un hombre generalmente corre más que él, y aquel canalla que llegaba a Deadwood tenía la peor fama que hombre alguno podía tener por allí. Sólo el hecho de ser reconocido como squaw-hombre, era suficiente para condenarlo ante los ojos de los habitantes honestos de la ciudad.

Se referían espantosas historias de él en toda aquella región, y sólo por que en aquellos momentos reinaba la paz con los indios, los habitantes de Deadwood, le dejaban llegar audazmente a una población habitada por blancos.

—¡Que atrevimiento el de ese canalla! — dijo Hayes. — Temo que los muchachos le vean y no le permitan permanecer mucho tiempo en la ciudad.

Los ojos de almendra del chino estaban fijos en el jinete.

—Ese es un hombre muy malo, — dijo,— sacudiendo la cabeza. — Es mortal enemigo de Búffalo Bill.

—Todos los blancos son enemigos de ese, Li, — dijo Hayes. — Pero lo peor de todo es que ese maloliente zorrino fué útil en la última discusión que tuvimos con los jefes indios. Actuó como intérprete de nuestro representante y tenemos órden de dejarle vivir en paz. Eso es lo peor de lo que nos sucede aquí, Li, pues hasta un mal hombre ha de ser tolerado cuando puede ser útil.

El squaw-hombre Joe había conducido su caballo a través de la plaza y se detenía frente a la puerta del salón, se apeaba y ataba las riendas a uno de los postes. Luego hinchando el pecho con arrogancia, subió los escalones de la galería y penetró en el establecimiento de bebidas.

—¡Diablos! ¡Qué desparpajo! — murmuró el sheriff Hayes siguiendo con la mirada al hombre de la camisa roja. — Si alguno de los muchachos se da cuenta de que está ahí, puede haber bochinche.

Li Chang se separó de su compañero.

—Voy al salón a ver qué pasa, — dijo.

Se escurrió como una sombra y Hayes regresó a su oficina.

Cuando el chino penetró en el salón encontró al squaw-hombre Joe, frente al mostrador. Peter el dependiente le miraba con recelo.

Había allí cinco o seis clientes, pero todos se habían apartado dejando espacio libre para Joe. Se notaba que el canalla comprendía su falta de popularidad, pero mientras se apoyaba en el mostrador, su rostro se animaba con irónica sonrisa.

—¡Llene esto una vez más! — dijo, acercando a Peter el vaso, vacío, en que acababa de beber.

Li Chang penetró en el salón y tomó asiento en uno de los rincones. Sus oblícuos ojos no se apartaban del squaw-hombre.

El dependiente del bar se irguió y, con la mano, indicó un letrero que estaba colgado en la pared y decía: "Pague primero y beba después". El cliente leyó el letrero y frunció el ceño. Pero después se rió y metiendo la mano por entre la pechera de la camisa, sacó una bolsita de cuero.

—Será mejor que vengan a contemplar esto, compañeros, — exclamó. — Traigo algo que los admirará. Traigo algo digno de verse.

Su áspera voz sonó en forma triunfal, así que, aún contra su voluntad los otros hombres que estaban en el salón se aproximaron. El squaw-hombre tomó la bolsa de cuero y comenzó a abrirla.

Cuando terminó de desenvolver lo que había dentro el mismo Peter lanzó un grito de exclamación. Porque en el centro de la envoltura había una gruesa pepita. ¡Una gran pepita de oro puro!

—¡Diablo! ¿Pero dónde ha podido encontrar eso?

El ver aquel oro fué suficiente para despertar el interés de todos los presentes y un momento después había un círculo de curiosos rostros en torno del squaw-hombre Joe. El renegado saboreaba su triunfo riendo socarronamente.

—¡Mírenla, quítense esas escamas de los ojos! — exclamó. — ¡Pésela!

Peter fué en busca de la balanza y puso la pepita en uno de los platillos.

Hubo un momento de silencio mientras el otro manipulaba las pesas. Después, Peter miró al squaw-hombre que lo observaba sonriente.

—Esto vale cinco mil dólares — exclamó el dependiente del bar, asombrado. — No creo que haya en casa suficiente dinero para cambiarla.

—¡Pues, entonces, a buscar por ahí y a traer el dinero! — exclamó el squaw-hombre. — Tengo que comprar algunas cosas y esto vale más que todo lo que necesito.

Retrocedió un paso y contempló el círculo de rostros.

—Tomen ustedes lo que quieran, muchachos, si así lo desean, — dijo, y uno o dos de los más envilecidos, tentados por la vista del oro, se acercaron al barbudo canalla.

Peter, el dependiente del bar envió un mensajero y poco después se presentó el propietario del salón, Black Ben Goole. Tomó

la pepita, la examinó y la pesó nuevamente. Después el dueño del salón entró en sus habitaciones particulares y regresó momentos después con un mazo de billetes de banco, que entregó al squaw-hombre.

—¡Parece que la ha encontrado de buena calidad! ¡Eh! — exclamó Joe.

El propietario lo miró. Era un hombre pequeño, rechoncho y de reposados ademanes y seguramente no deseaba verse envuelto en un asunto dudoso.

—Sí. El oro es bueno, — replicó. — Pero eso es más de lo que puedo decir de usted.

Al squaw-hombre Joe, no le gustó la frase pero después de un momento de seriedad, volvió a reirse y se guardó los billetes de banco en la cartera.

—El oro es siempre oro, venga de donde venga, Black Ben, — dijo. — La he encontrado y no seré tan tonto que no guarde el secreto del sitio donde la encontré.

Black Ben se volvió y regresó a su cuarto, pero antes de que hubiese cerrado la puerta sintió que le tocaban en el brazo y vió a Li Chang a su lado.

El chino gozaba de las simpatías del propietario y Black Ben, se sonrió.

—Me gustaría ver esa pepita, — dijo. — ¿Me permite que la examine?

Black Ben se rió socarronamenté.

—¿Por qué no? — respondió. — Vamos. No creía que a usted le interesaran estas cosas, chino. Amarillo hombre ante amarillo metal, ¿eh?

Li Chang sonrió.

—Al chino le gusta el metal amarillo lo mismo que a los blancos, — dijo, mientras seguía al propietario. Había en la habitación una caja de hiero grande, en uno de los rincones, y Black Ben, la abrió y sacó la pepita dentro de su estuche de cuero.

—Ahí la tiene, Li, — dijo. — Es de oro limpio. Pero si acaso existe oro sucio, con seguridad ha de proceder de la mano que me entregó éste.

Li Chang tomó la pepita y la puso en la palma de la mano, dándole vuelta varias veces. La examinó unos instantes y de repente sus oblícuos ojos manifestaron sorpresa y observó más detenidamente el trozo de metal.

—¿Qué ocurre, Li? — preguntó Black Ben

El chino puso la larga uña de uno de sus dedos en una parte plana de la pepita.

—¡Mire! — dijo. ¿No sabe usted qué significa esto?

Black Ben observó la pepita. Pudo ver que alguien había trazado tres o cuatro pequeños signos en ella con alguna sustancia negra que resaltaba sobre el fondo amarillo opaco.

—¡Oh! ¡Eso no es nada Li! — dijo Black Ben. — Eso no significa absolutamente nada.

Los ojos del chino relucieron.

—¡Usted no sabe! ¡Usted no sabe! — dijo. — Esto está escrito en mi idioma ¡Es chino!

Black Ben contempló nuevamente los misteriosos signos

—Ahora que me fijo, — asintió, — veo que estos signos se parecen a las señales que pone usted en la ropa que le doy a lavar y planchar. Antes me había parecido que lo decía usted de broma.

Li Chang sonrió.

—La escritura china es tan antigua como las montañas, — dijo. — Usted no sabe lo que significan esos signos pero yo sí lo sé muy bien.

Se volvió y dirigió una rápida mirada por encima del hombro. La puerta estaba abierta y se oía el rumor de las voces de los que estaban ante el mostrador del bar.

—¿Pretende usted afirmar que eso constituye un mensaje chino?

Por la rendija de la puerta, Li Chang vió repentinamente aparecer la roja camisa del squaw-hombre, Joe. Rápido como un relámpago, el chino guardó en su estuche la pepita y se la devolvió a Black Ben.

—Muchas gracias, señor, — dijo, — No había visto nunca una pepita de oro, y ésta es verdaderamente espléndida. No suponía que era posible encontrar oro en pedazos tan grandes.

La puerta de la habitación fué abierta de par en par y el squaw-hombre Joe entró, y lanzó una penetrante e investigadora mirada al chino. Li Chang le hizo una profunda reverencia, salió y desapareció en seguida.

—Oiga, Black Ben, — dijo el squaw-hombre. — Quería manifestarle que en el sitio donde estaba esa pepita hay otras muchas del mismo o parecido valor. ¿Está dispuesto a comprarlas?

Black Ben, comprendió con suficiente rapidez la curiosa maniobra del chino. Se volvió de espaldas y yendo de nuevo a la caja de hierro metió en ella la pepita, cerrando luego con llave, con fingida indiferencia.

—Estoy siempre dispuesto a comprar oro, — dijo el dueño del establecimiento.— ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha encontrado algún yacimiento?

—Creo que sí, — respondió el otro — Al menos tengo algo para ir pasando. Necesito comprar algunos artículos. Tengo que regresar y quisiera comprar un caballo carguero para que lleve las mercancías.

Comenzaron a tratar de negocios y una hora, más o menos, después, cuando ya era casi de noche, el squaw-hombre Joe salía de la ciudad seguido de un caballo cargado.

Siguió por el camino lateral, hacia el río cruzando por el vado y emergiendo en la orilla opuesta.

Cuando acababa de pasar por el vado una figura surgió de detrás de unas mimbreras y esperó a que el squaw-hombe Joe y el caballo caguero hubieran desaparecido en el camino. Entonces los siguió, marchando al trote como un consumado andarín.

—Usted es un hombre muy malo, — pensaba Li Chang mientras corría. — Yo necesito saber cómo es que esos signos, que yo enseñé a Glennie están pintados en esa pepita de oro.

Porque las tres curiosas señales que no

Cuando hubo cruzado el vado, salió una figura de entre el matorral. ("La Pepita Marcada", Capítulo IV).

significaban nada para Black Ben, era unos sencillos signos chinos que Li Chang le había enseñado a su bisoño huésped. Uno de esos signos representaba el nombre de Glennie, el segundo indicaba peligro y el tercero, muerte. Un tétrico mensaje suficiente para que Li Chang se decidiera a seguir al renegado.

Porque Li Chang sabía que de donde estuviese Glennie, no andaría muy lejos Búffalo Bill. Por eso la delgada silueta envuelta en su larga blusa negra, seguía al squawhombre Joe por entre las montañas, respondiendo así al mensaje que, en forma tan extraña, había llegado hasta él.



CAPITULO V

Daniel Blaney se da cuenta de que se ha equivocado. — Una astuta estratagema.

"HE sido un perfecto tonto, Bill, y según parece, tengo que soportar las consecuencias de mi tontería. ¡Pero lo único que deseo es tener un momento a mi alcance a ese falso, a ese traidor! ¡Si logro pescarle, me consideraré dichoso!"

El que así se expresaba era un hombre corpulento de cabello grisáceo, que se hallaba sentado en el interior de una cabaña situada a la orilla de un rugiente arroyo de la montaña. Frente a él se hallaba, de pie, Búffalo Bill.

El techo de la cabaña estaba caído en uno de los ángulos y por el hueco pasaba la luz, que dejaba ver el mal aspecto del interior.

Búffalo Bill y su compañero estaban atados de pies y manos y sus brazos se hallaban

sujetos a los gruesos troncos de árbol que formaban la pared de la semidestruída construcción.

A pesar de lo crítico de su situación, no se notaba el menor rastro de desaliento en el rostro del cazador de búfalos. Por el contrario, sus enérgicos rasgos se animaban con una sonrisa, cuanto contemplaban a su desesperado compañero.

—Pienso que lo tiene usted merecido, Dan, —observó Búffalo Bill. — Debía usted saber que ningún squaw-hombre, puede proceder honradamente. Le ha engañado a usted desde el principio, y ahora que se convence usted de la vedad va usted a pagar su error.

Dan Blaney se avergonzó como lo hace aquel que se convence de que, por avaricia, ha procedido en forma disparatada e inconveniente.

Búffalo Bill había recobrado los sentidos en aquella choza, por la mañana y se había encontrado atado, junto a su compañero de prisión. Cuando los dos se reconocieron, cada uno contó al otro lo que le había pasado.

El relato de Dan Blaney fué conmovedor y sombrío; comenzó con la historia de una fingida amistad y terminó con los detalles de una negra traición.

Según parecía, el squaw-hombre Joe había ido a verle a su vivienda y le había hablado de una mina secreta, que los indios habían descubierto. El squaw-hombre Joe ofreció a Dan Blaney explotarla en sociedad, y para demostrarle la verdad de lo que decía el astuto pícaro, le mostró al buscador de oro una bolsita de polvo de oro que, según juró, le habían dado los indios.

El oro es un imán que atrae a todos los hombres, y Blaney, igual que todos los habitantes de las montañas, había oído extraños relatos sobre minas secretas que sólo conocían los indios, así que cayó fácilmente víctima de las mentiras del astuto renegado.

El squaw-hombre había representado su papel a la perfección y, debido a su influencia, Dan Blaney habíase puesto en contra de Glennie y había ordenado a éste que no se acercara a Nora.

Hasta la noche precedente el canalla squaw-hombre no había revelado lo que realmente era, pues, luego de conducir a Dan Blaney a la solitaria choza donde se hallaba, lo había atacado a traición y le había dejado, atado de pies y manos, refiriéndole después lo que pensaba hacer.

—¡Era mi pepita de oro lo que buscaba! —exclamó Dan Blaney. — Como un tonto, yo le había hablado de ella. La encontré hace unos meses. Era todo cuanto tengo en el mundo y la conservaba en mi poder. El infame se había enterado de eso de algún modo porque desde el principio sólo había pensado en apoderarse de la pepita.

Refirió a Búffalo Bill que la pepita estaba oculta en un lugar secreto, bajo el piso de su vivienda, que solamente Nora y él conocían. Pero el viejo minero conocía ya perfectamente la clase de individuo que era el squaw-hombre y no dudaba de que el canalla iría a la cabaña y obligaría a Nora a decirle dónde se hallaba el escondrijo.

Búffalo Bill escuchó ese relato, y se dió cuenta de que confirmaba, en todas sus partes, la historia que Robert Glennie le había referido.

—El squaw-hombre Joe, tenía miedo de Glennie, — dijo el cazador, — y por eso trató, por todos los medios posibles, de quitarlo de enmedio. Era él el único que conocía lo que pasaba en su cabaña y en verdad, el tal Joe, ha estado muy cerca de realizar sus propósitos. Hasta me figuro que el joven Glennie está en su poder.

—¿Está usted seguro de que el squaw-hombre se hallaba con los dos indios que lo atacaron a usted? — preguntó Dan Blaney.

Bill Cody asintió.

—¡Estoy seguro! — exclamó. — Yo miré hacia atrás y ví que una persona iba hacia Glennie. No pudo ser sino el squaw-hombre Joe.

—El joven no estaba con usted cuando los indios le trajeron, — observó Blaney. Mi vivienda se encuentra a más de tres millas de distancia y han de haberlo traído cargado durante todo el trayecto. Según mis cálculos ha sido después de media noche cuando lo trajeron.

Hasta muy avanzada la tarde los indios no habían aparecido. Ya de noche, Búffalo Bill notó el resplandor de una luz en la parte exterior y la puerta de la destrozada choza fué abierta de par en par, y en el hueco se destacó la silueta de un corpulento indio cuya cabeza estaba adornada con una sola pluma. El indio avanzó hacia el interior.

Dan Blaney reconoció sin duda al recién llegado porque su boca lanzó un torrente de insultos.

—¡Maldito zorro! ¡Canalla! — gritó. — Espere a que yo tenga en mis manos a su patrón. Ya verá si le hago pagar todo lo que me ha hecho.

El buen viejo parecía fuera de sí y durante un buen rato forcejeó tratando de libertarse de sus ligaduras. El semisdesnudo salvaje se paseó lentamente por la choza, luego se sentó en un rincón y en su rostro se dibujó una sonrisa.

—¡Al cara pálida no le gusta estar atado! —exclamó. — Pero el cara pálida todavía tiene que esperar.

Búffalo Bill, observaba al piel roja, y le pareció reconocerlo.

—Usted es Gamo Negro, — le dijo en el lenguaje de los siux.

El indio volvió hacia él la cabeza e hizo un gesto de asentimiento.

—¿Recuerda el gran cazador de búfalos a Gamo Negro? — dijo el joven guerrero. — Han pasado muchas lunas desde que nos vimos.

Búffalo Bill, se inclinó hacia el piel roja.

—Fué en las chozas de sus jefes, cuando enterraron el hacha de la guerra, cuando nos vimos, Gamo Negro, — dijo. — Y usted estaba allí. ¿Por qué ha atacado de nuevo

a los caras pálidas? Nosotros no estamos en guerra con su nación.

Gamo Negro bajó la vista durante unos momentos.

—No. No estamos ahora en guerra, cazador de búfalos, — respondió. — De estarlo ni usted ni ese viejo estarían vivos, pues sus cabelleras colgarían del cinto de Gamo Negro.

Levantó, al cielo, sus delgadas y cobrizas manos.

—Pero no les he de matar, — dijo. — Sólo tienen que esperar a que vuelva mi jefe.

—¿Su jefe? — prorrumpió Búffalo Bill. —¿Se refiere a ese cara pálida, renegado, el squaw-hombre Joe?

Gamo Negro hizo un gesto de asentimiento.

—Pertenecemos al squaw-hombre Joe,— dijo, — y hacemos lo que el squaw-hombre Joe nos manda.

Indicó con un dedo a Dan Blaney.

—Ese hombre viejo es un tonto, — prosiguió. — Quería oro y nosotros nos aprovechamos de él. Todos los caras pálidas son unos tontos cuando se trata del metal amarillo que los hombres rojos desprecian.

Había en aquellas palabras una triste acusación que hizo que Búffalo Bill sonriese al observar el furor que expresaba Dan Blaney.

Todo cuanto había ocurrido al viejo minero, triste era confesarlo, pero ciertamente era culpa suya. No obstante en forma ninguna justificaba la vil conducta del squaw-hombre Joe, y Búffalo Bill decidió castigar a aquel canalla.

—¿Dónde está ahora su patrón? — preguntó a Gamo Negro.

El joven indio movió la cabeza.

—Ha ido a la ciudad de los caras pálidas, —dijo. — Llevaba un gran trozo de metal amarillo que perteneció a este viejo.

Búffalo Bill se volvió hacia Dan Blaney.

—Se ha ido con su pepita, Dan, — le dijo. — Gamo Negro, me refiere que el squaw-hombre Joe, ha ido a Black Gap o a Deadwood a venderla.

Una mirada de ira brotó en los ojos del viejo buscador de oro y durante un momento permaneció con la boca abierta sin poder articular ni una sola palabra. Luego otro torrente de agresivas frases salió de sus labios, pero Gamo Negro lo escuchó todo con impasibilidad.

—Diga al viejo, que aún cuando su oro ha sido robado, su hija está bien. Se encuentra prisionera en su vivienda en compañía del otro joven cara pálida. Mi hermano Reddal vigila hasta que regrese nuestro patrón.

Búffalo Bill lanzó un suspiro de alivio, y repitió la información a Dan. Pero el viejo estaba tan triste por la pérdida de su oro que a Búffalo Bill le pareció que la noticia de la seguridad de su hija era cosa secundaria para él.

Gamo Negro se aproximó a Búffalo Bill y le dijo:

—He traído comida para ustedes. Si me promete que no me atacará, le dejaré libres las manos.

—¿Por qué confía en la palabra que le dé, Gamo Negro? — preguntó el cazador.

Los ojos del indio brillaron.

—Porque el gran cazador de búfalos nunca ha faltado a sus promesas, — respondió. —Es muy diferente a los otros caras pálidas.

—Muy bien, Gamo Negro, — dijo Búffalo. —Yo se lo prometo.

El indio desapareció un instante y volvió con alimentos que colocó frente a Búffalo Bill.

Después, inclinándose hacia el explorador le desató los pies y las manos.

—¿Y qué piensa hacer con el hombre viejo? — preguntó el cazador.

—No me fío de él. Dele usted de comer.

El indio retrocedió hasta la puerta donde se acurrucó y después de sacar el tomahawk de la cintura se lo colocó en sus rodillas.

Búffalo Bill, dividió los alimentos en dos partes y llevó una al viejo Dau, que miraba con el ceño fruncido al indio. Con la comida había traído el piel roja una botella con agua. De acuerdo con su promesa, Búffalo Bill dió de comer al prisionero. Después volvió a su sitio y comenzó a comer.

Al parecer, la comida disipó en gran parte el mal humor de Dan Blaney, por que mirando a su compañero, dijo:

—Oiga, Bill. ¿No sería mejor que en una o en otra forma, nos librásemos de este canalla?

El explorador contempló el impasible rostro del piel roja, y pudo notar que Gamo Negro no había comprendido nada de lo que el otro había dicho. El indio comprendía algo de inglés pero muy poco y esto, hablado de cierto modo.

—No sé como hemos de poder hacerlo, Dan. — respondió Búffalo Bill. — Le he dado mi palabra de honor de no atacarlo.

—¡Bah! Yo creo que no hay que sentir muchos escrúpulos por faltar a una promesa hecha a uno de estos zorros indios, — dijo el viejo, sacudiendo la cabeza.

—Será así, — dijo Búffalo secamente, — pero yo pienso de otra manera. Aparte de eso no habría muchas probabilidades de éxito porque el tiene su tomahawk y ni usted ni yo tenemos armas.

Dan permaneció silencioso, observando a su compañero y al indio. Tras de una pausa, su rostro adquirió expresión más alegre y dijo:

—Oiga Bill. Usted ha prometido no atacar a este perro y va a cumplir su promesa. Pero no hay razón ninguna para que no tratemos de libertarnos. El canalla del squaw-hombre de Joe se ha valido de su astucia contra nosotros y yo considero que, a nuestra vez, podemos emplear contra él y sus hombres, nuestra sagacidad.

—¿Cuál es su idea, Dan?

El viejo buscador de oro miró en redor y sus ojos notaron, en un rincón, la presencia de una especie de mochila.

—Mire, Bill, — dijo. — Esa mochila es mía. Yo la llevaba a la espalda y en ella hay algo que puede servirnos. Hace algún tiem-

po, a causa de ciertos hechos, perdí por completo el sueño. Estaba muy mal. Fuí a Black Gap y ví a un médico. Me dió un líquido amarillo en una botella y me dijo que tuviese mucho cuidado al usarlo. Dos gotas en una taza de té eran suficientes para que durmiese bien. Creo que se llama láudano. Es una sustancia poderosa y el médico me advirtió que no lo oliera por que me haría caer dormido.

El rostro del viejo minero tenía una expresión de malicioso deleite.

—Si usted va hasta la mochila y saca el frasco, acaso este condenado piel roja piense que es agua de fuego y beba un trago. Si quita el tapón y prueba el contenido nada más, se dormirá como un tronco.

Entonces como viera que Búffalo Bill vacilaba, el viejo minero prosiguió:

—No hay necesidad de ofrecérselo, Bill— dijo en forma insinuante. — Solamente con que vea la botella será suficiente. Es bastante tonto para beber y si bebe, lo que le pase culpa será suya, y no nuestra.

En seguida comenzó la más extraña comedia que pueda imaginarse. Búffalo Bill fué hasta donde se hallaba la mochila y la llevó al centro de la choza, comenzando a sacar su contenido. Encontró tabaco, pipa, pedernal y yesca.

También halló un frasco redondo medio lleno de un líquido amarillo oscuro. Puso el frasco, cuidadosamente junto a la mochila y frente a Gamo Negro.

El indio, inclinándose, observaba detenidamente todos los movimientos y Búffalo Bill indicó el paquete de tabaco.

—Desearía fumar una pipa antes de que me vuelva a atar, Gamo Negro, — dijo.

El indio asintió con un gesto.

El explorador regresó a su sitio y se puso a picar la tableta de tabaco, después estrujó lo picado entre las manos, llenó la pipa y utilizando el eslabón, encendió, la pipa Después echando la cabeza hacia atrás comenzó a chupar y a lanzar bocanadas de humo.

Al rato, exclamó Búffalo:

—Ahora Gamo Negro. Ya estoy pronto, si desea volver a atarme.

El indio se levantó y avanzó hacia el cazador. Pero al hacerlo tuvo que pasar junto a la mochila y mientras los ojos de Dan Blaney parecían salirse de sus órbitas para no perder ni el menor movimiento, el indio se detuvo y miró.

—¡Jum! — dijo.

El frasco del narcótico le había llamado la atención. Lo tomó y lo observó al trasluz mientras el dorado y tentador líquido bailaba en el interior.

—Tal vez el indio conozca el sabor del agua de fuego, — dijo Dan con voz ronca y jadeante.

(Esta es la interesante escena, — de tanta importancia para el desarrollo del argumento de esta aventura electrizante, — que se ve representada en el dibujo en colores que aparece en la primera página de este número de "Pucky".)

Todo dependía de que aquel indio conociera o no la bebida de los blancos. Búffalo Bill y su compañero observaban silenciosos la figura del piel roja, de pié en el centro de la choza.

Gamo Negro sentíase, realmente perplejo. Miraba el líquido dorado, lo sacudía y lo volvía a mirar al traslúz mirando su trasparencia y de nuevo el grito típico indio volvió a sus labios.

—¡Jum! ¡Agua de fuego!

Dan alzó los ojos como en un extasis de felicidad.

—¡Algo excelente! — dijo. — ¡Saque el tapón! ¡Pruébelo! ¡Huélalo de una vez, maldito zorro! — murmuró

Gamo Negro, miró hacia Búffalo Bill. El explorador seguía echado hacia atrás, fumando tranquilamente la pipa, que tenía entre los dientes pero sus ojos de color acero no se apartaban del indio.

—A los caras pálidas les gusta el agua de fuego y también a los indios. Es muy buena, — dijo Gamo Negro, desplegando los labios con una sonrisa y dejando al descubierto sus blancos dientes. — ¿Me permite tomar un poco de ésto el cazador de búfalos?

El explorador se sacó la pipa de la boca y movió la cabeza.

—No es mio, Gamo Negro, — dijo.

Búffalo Bill no quería en forma ninguna sacar ventaja de la situación. Gamo Negro, giró sobre sus talones y señalando la botella dirigió una mirada interrogadora a Dan.

—¿Puedo beber? — exclamó.

El viejo buscador de oro, no comprendió las palabras, pero sí los gestos y se apresuró a responder con un ademán mientras decía:

—Sí. Beba usted, maldito piel roja. Beba. Tome cuanto quiera. Beba todo lo que hay, hasta que reviente.

—¡Jum!

Se hubiera podido oir la caída de un alfiler en el suelo de la choza, cuando el indio levantando la botella colocó la mano en el cuello y la destapó. El corcho salió con un ruido seco y luego Gamo Negro, después de pasarse la lengua por los labios, llevó el frasco a los labios y lo inclinó.

Se oyó el ruido que hizo al tragar el líquido, un sonido gutural y la botella medio vacía cayó de los negros dedos al suelo. Gamo Negro retrocedió, manoteó y cayó junto a la pared, teniendo durante un tiempo sus ojos fijos en Dan Blaney.

Parecía que el piel roja comprendía quién era el que le había jugado aquella partida, porque lentamente el moreno brazo descendió hasta la cintura y una mano, casi sin fuerza, agarró el mango del cuchillo de caza.

—¡Bill! ¡Bill! ¡Mire! ¡Que viene a matarme!

Pulgada por pulgada el indio se había ido levantando apoyado en la pared, luego, lentamente, con vacilantes pasos avanzó en dirección a Dan.

Pero antes de caminar un par de varas

hacia su pretendida víctima la poderosa droga hizo su efecto. Las rodillas de Gamo Negro se doblaron y cayó, con las manos hacia adelante, para dar luego vuelta y quedar de espaldas, inconsciente.

Búffalo Bill se puso de pié en seguida y se acercó al salvaje.

—¡Bah! Ha sido culpa exclusivamente suya, — dijo. — Yo pienso que no he faltado a mi palabra. Ha sido víctima del aguardiente, como otros hombres mejores que él.

Tomó el cuchillo que se había escapado de la mano del salvaje y se encaminó hacia el viejo buscador de oro, cuyas ligaduras cortó y a quien ayudó a ponerse de pié.

—¡Atémosle, Bill! ¡Atémosle! ¿Quién sabe cuanto tiempo puede estar así? Aunque me parece que ha debido una gran cantidad.

Búffalo Bill señaló las cuerdas que habían servido para sujetarlo y él y que estaban en el suelo.

—Atelo usted mismo, Dan, — dijo. — Ya sabe usted que yo he dado mi promesa, y si este loco ha caído en la trampa sólo ha sido por culpa suya. No quiero que pueda decir que he hecho nada contra él. Pero como usted no tiene el mismo comrpomiso puede asegurarle bien.

Dan Blaney lo hizo así rápidamente y después de atar al dormido indio lo llevó hasta un rincón de la cabaña, donde quedó respirando penosamente a efectos del exceso de cantidad de droga que había tomado.

Después, el viejo siguió a Búffalo Bill hacia el exterior de la choza y notaron que estaba casi oscuro por que el sol se había ocultado y en aquella parte del mundo no hay casi crepúsculo y la oscuridad sigue al día con la misma rapidez que si se corriese una cortina.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Bill? — preguntó Dan Blaney.

El cazador se volvió y miró.

—Vamos a ver qué es lo que le ha ocurrido a Nora, — respondió. — Y cuanto antes vayamos será mejor.

—Eso nos va a ocupar casi dos horas, — respondió Dan. — Y el camino es muy malo y difícil de encontrar en la oscuridad.

Era cierto porque cuando la oscuridad se hizo más completa, ûffalo Mill y su compañero marchaban por un sendero abierto entre unos espesos matorrales y el camino era tan accidentado y peligroso que tenían que fijar toda su atención para seguirlo.

Búffalo Bill había decidido que Dan Blaney fuese delante y de pronto, luego de haber efectuado una peligrosa ascensión, el viejo buscador de oro se detuvo y volviéndose hacia su compañero, exclamó:

—¡Que me cuelguen si no me he extraviado! Nunca he andado por aquí más que a la luz del día y el squaw-hombre me guiaba siempre. Supongo que no estamos muy apartados del buen camino, pero no sé cuál es.

Tuvieron que buscarlo y Búffalo Bill anduvo por la parte inferior mientras Dan reconocía el terreno por la parte alta. Fué el explorador el que encontró el buen camino, nuevamente y llamó a su camarada, quien descendió y fué a su encuentro.

Después, cuando reanudaron su marcha fué Búffalo Bill el que guiaba y las cosas marcharon bien entonces.

De pronto, cuando daban vuelta a un recodo, su mirada alerta distinguió una silueta que se destacaba en lo alto del terreno en el fondo del cielo tachonado de estrellas.

Con una rápida seña a Dan, Búffalo Bill cayó de rodillas y señaló la figura.

—Ese es el otro indio, — murmuró el viejo. — Y está justamente en el camino donde se ha de dar vuelta para ir a mi vivienda.

La silueta se destacaba con toda claridad. Una y otra vez se movió algunos pasos hacia un lado para dar vuelta y retroceder. Claramente se notaba que estaba vigilando. Primeramente permaneció de cara al camino que seguían Búffalo Bill y su camarada, luego se volvió en la opuesta dirección, mirando hacia la parte más honda del valle.

El explorador tocó a Dan Blaney en el brazo y aproximó los labios al oido del viejo.

—Me parece que el squaw-hombre Joe no ha regresado aún, — dijo. — Ese indio lo está esperando. Creo que, después de todo, hemos llegado aún a tiempo.

—Sí. Pero no tenemos ni un revólver, — añadió el viejo.— Si yo tuviese mi rifle, rápidamente sacaría de enmedio a ese canalla.

—Déjelo por mi cuenta, — murmuró Búffalo Bill. — Espere usted aquí.

Un instante después el explorador se movía en la oscuridad con tanta precaución que los oidos de Dan Blaney, tan alerta como los de un gato, no pudieron oir ni el más leve ruido. Comprendió que el explorador avanzaba con precaución, lentamente, en dirección del agil y robusto centinela.



CAPITULO VI

Li Chang es testigo presencial de una terrible pelea. — Y toma parte en ella.

“ESTO va bien. —Ahora podré seguirle mucho mejor!”

El chino Li Chang, que estaba acurrucado detrás de unas plantas de cactus, vió que lo polvorienta figura del squaw-hombre Joe, se apeaba de su montura en un recodo del camino.

Sacó la silla del caballo y la colocó bajo una roca, luego dirigiéndose hacia el otro animal, el que llevaba la carga, comenzó a buscar determinados artículos con los que hizo un paquete que se echó al hombro. Tomó el camino ascendente que iba en dirección de las Montañas Negras.

El chino lo había seguido yarda por yarda, a pie, a pesar de lo accidentado del camino y de la rapidez con el otro lo ha-

bía efectuado. Porque el squaw-hombre Joe realizó la marcha a buen paso hasta que llegó a un punto donde el caballo que conducía la carga no podía seguir.

Era ya noche cerrada, y Li Chang no dejó que el hombre que iba delante de él avanzase mucho.

El camino ascendía abruptamente por el costado de la montaña, y Li Chang que había iniciado la persecución con la habilidad de un gato, seguía al squaw-hombre, más por el ruido de sus pasos que por lo que veía.

Una y otra vez perdió la vista, pero el menor ruido, bastaba al chino para volver a tomar la buena dirección.

Una sola vez pisó en falso el chino y lanzó una piedra que hizo ruido al caer, pero rápido como la luz se echó al suelo a uno de los lados del camino y quedó inmóvil detrás de unas plantas.

El squaw-hombre marchaba como a unas cien yardas más adelante, y aún cuando estaba oscuro, Li Chang, pudo ver que el renegado se volvía mientras llevaba la mano a la culata del revólver.

Por la forma en que permaneció durante unos momentos mirando en todas direcciones, comprendió Li Chang que el squaw-hombre estaba alerta y pronto defenderse a la menor señal de peligro.

Li Chang continuó inmóvil y así pasaron algunos momentos. Luego el renegado, convencido de que el ruido provenía del paso de algún animal silvestre, se volvió y reanudó la marcha.

Así continuó siguiendo el abrupto camino, pasando barreras de cactus y luego por el reseco de un curso de agua que corría a lo largo de las altas Montañas, y que en invierno debía ser un vertiginoso torrente.

Li Chang, se fué cerciorando de que el hombre a quien seguía no era un tipo vulgar.

—Me parece que conoce estos caminos muy bien, — murmuró para sí el chino. — Demuestra ser un individuo hábil a la vez que un hombre malo.

El chino notó que llegaban al nivel de las altas montañas. El aire frío de la noche le azotaba el rostro al mismo tiempo que silbaba entre las ramas de los altos pinos. Era una tarea ruda recorrer aquel camino y las piernas de Li Chang comenzaron a resentirse, al mismo tiempo que el amarillo respiraba con dificultad a efectos del enrarecimiento del aire a semejante altura.

Mas, a pesar de todo, la larga persecución continuó hasta que al fin, Li Chang, se encontró marchando por un camino que bordeaba por un lado un alto peñasco y por el otro un profundo barranco.

Era evidente que aquel camino lo había construído la mano del hombre porque era lo suficiente ancho para que pasase una caballería cargada, y Li Chang dejó al renegado que se adelantase hasta que tomase una ventaja de más de cien yardas.

Reinaba la oscuridad, pero allí en las montañas, con la atmósfera fría y serena, los ojos de un hombre podían, después de un poco de costumbre, distinguir los objetos a la luz de las estrellas. Li Chang notó así que su perseguido se detenía de pronto, y se arrodillaba para descargar el pesado paquete que llevaba a la espalda.

Li Chang se agachó también y esperó. El squaw-hombre, reanudó su marcha con toda precaución, luego de haberse librado de su carga.

La forma de proceder del otro denotaba que más arriba ocurría algo anormal. Las precauciones y astutos movimientos del renegado manifestaban a las claras que algo fuera de lo común había llamado su atención.

El chino avanzó también y así llegó hasta el sitio donde el squaw-hombre había dejado su paquete. Se detuvo un instante y se arrodilló junto al bulto.

El squaw-hombre Joe iba unas treinta yardas más adelante y Li Chang vió que el camino terminaba allí, y más allá pudo distinguir una pequeña depresión en el peñasco, una especie de cavidad, hecha, sin duda, por un hundimiento.

El renegado estaba tendido boca abajo y Li Chang, observando hacia adelante, alcanzó a ver una figura, de pie como a unas cuarenta yardas del squaw-hombre. Estaba en el justo borde del peñasco y detrás se veía la montaña.

El que observaba permaneció mirando en aquella dirección un rato, luego cuando volvió la cabeza, tuvo el chino oportunidad de notar que la llevaba adornada con una sola pluma.

Era un indio y por su aspecto denotaba que estaba escuchando atentamente. Al principio Li Chang creyó que miraba en dirección del squaw-hombre, pero pronto se convenció de que era en sentido opuesto; hacia el otro lado donde había un pequeño espacio llano.

Pasaron algunos momentos, luego, de pronto se oyó un grito de guerra y el indio avanzó. Al hacerlo surgió otra figura que atacó al salvaje. Comenzó una lucha encarnizada, terrible, que Li Chang observó con todos los nervios en tensión.

Las dos sombras se destacaban en el cielo estrellado y se podía distinguir claramente hasta el menor de talle de la terrible lucha. En un momento fueron rodando peligrosamente hasta el borde mismo del peñasco, luego retrocedieron y continuaron tratando de dominarse uno al otro.

Li Chang, vió que el piel roja había sacado un cuchillo, porque la acerada hoja lanzaba destellos en su mano. Pero el hombre que había atacado al piel roja, agarró por la muñeca el brazo armado y evitó el golpe.

Li Chang observaba con los nervios alterados. Vió a las dos figuras llegar nuevamente hasta el borde del peñasco y detenerse un momento allí.

Unas cuantas piedras desprendidas fueron a caer desde la altura al fondo del peñasco, produciendo un triste eco. Luego, una vez más, las siluetas retrocedieron.

Cuando hicieron eso Li Chang vió que uno

de ellos se apartaba y se ponía en guardia. Era el atacante del indio y la rapidez del movimiento fué bien visible para el chino.

Vió a la fuerte figura saltar de pronto y meter la cabeza y los hombros bajo el brazo levantado del piel ropa. Después, con un fuerte golpe en el pecho de su adversario, el hombre tendió al indio a sus pies, y un grito de angustia vibró en las tinieblas.

Un momento después el indio era cargado sobre los hombros de su contrario y éste soltó el brazo que tenía el arma.

Estaban en el borde del precipicio y el cuerpo del indio fué lanzado, y chocando de una peña en otra fué cayendo hasta desaparecer en las sombras, luego, del fondo, llegó un ruido sordo que denotaba la suerte que el infeliz había corrido.

—Ese está ya liquidado, — pensó Li Chang.

Permaneció quieto otro momento, luego concentró su atención en el squaw-hombre. El infame renegado se había incorporado a medias y avanzaba de nuevo entre las sombras.

El chino comenzó a seguirlo otra vez, pero de pronto, dando un salto, el squaw-hombre se puso de pie y corrió. Fué entonces cuando Li Chang comprendió lo que iba a ocurrir, porque el hombre que había arrojado al otro desde la altura se había quedado al borde del peñasco mirando hacia el fondo del barranco.

El rápido movimiento del squaw-hombre Joe, lo llevó a unas diez yardas de distancia; el renegado se detuvo allí y su figura quedó medio encorvada. Li Chang vió que llevaba las manos a la cintura y las levantaba.

—¡Levante las manos!

El frío mandato del renegado turbó el silencio y la figura què estaba al borde del precipicio saltó hacia atrás. El squaw-hombre Joe, estaba medio encorvado y en cada mano tenía un arma, con las que apuntaba al que tenía dealnte.

De nuevo volvió a sonar su áspera voz para decir:

—¡Levante las manos! ¿No oye? ¡Pronto o le agujereo la piel!

No había error posible respecto a la resolución amenazadora del que hablaba, y el otro levantó las manos. Como un gato se acerca a su víctima, así lo hizo el squaw-hombre Joe, avanzando paso a paso, aproximándose cada vez más al hombre que estaba junto al extremo del peñasco.

Li Chang se había detenido justamente donde el camino llegaba al espacio llano y pudo ver lo que pasaba más arriba. El squaw-hombre Joe, adelantó un par yardas hacia su adversario y de repente lanzó una irónica carcajada.

—¡Pero, si es Búffalo Bill! — exclamó.

Un sudor frío brotó de las sienes del chino al oir aquello. En seguida, la voz del explorador, llegó hasta sus oídos.

—Sí. Así es, en efecto, squaw-hombre Joe. No se ha equivocado.

Hubo una corta pausa, luego el renegado lanzó un profundo suspiro.

—No es esta la primera vez que se mezcla usted en mis asuntos, Búffalo Bill, — exclamó, — pero me parece que va a ser la última. ¿Qué es lo que ha traído a usted hasta aquí?

—Yo estoy siempre alerta, squaw-hombre Joe, — respondió tranquilamente el explorador, — principalmente cuanto conozco la obra que realizan los canallas de su clase. Usted es un odioso ejemplar de hombre blanco que merodea por estas montañas en unión de dos guerreros indios que le ayudan en su censurable obra. Pero esta vez he logrado desenmascararle y no podrá continuar su doble juego. Lo esperan en Black Gap, con motivo de un robo, squaw-hombre Joe. Un robo del que ha intentado hacer pasar como culpable a ese muchacho inexperto; a Glennie.

Li Chang cerró un instante los ojos. Le parecía que el irónico modo de hablar del explorador no podía recibir más que una contestación. El estampido de la mortífera arma que el renegado Joe tenía amartillada y apuntando al pecho de Búffalo Bill.

Los instantes pasaron y no se oyó detonación ninguna. Entonces Li Chag levantó la cabeza otra vez, al oir que el squaw-hombre hablaba.

—Sea o no sea un doble juego, — exclamó, — el hecho es que he logrado mi propósito. Ahora será mejor que eche a andar hacia esa vivienda y no olvide que mi revólver le apunta. ¡Rápido! ¡En marcha!

Li Chang vió al explorador dar vuelta con las manos a la altura de la cabeza y caminar a través del espacio situado a un nivel más elevado, y el chino incorporándose, miró.

Vió que al extremo de la pequeña meseta había una casita y cuando alcanzó a distinguir a Búffalo Bill y al squaw-hombre Joe, los dos se hallaban junto a la construcción.

—¡Abra la puerta!

Li Chang, oyó crugir la puerta cuando la abrieron y se adelantó más. Vió a su amigo penetrar al interior seguido de cerca por el squaw-hombre.

Transcurrió un largo rato, después del cual Li Chang vió aparecer en la habitación una luz, y avanzó otras cuantas yardas. Vió que Búffalo Bill, encendía un farol que estaba en una rústica mesa. Encendida la luz, el chino pudo darse cuenta perfecta de toda la escena.

El squaw-hombre Joe estaba a uno de los lados de la puerta con los dos revólvers en las manos. Búffalo Bill permanecía junto a la mesa y el chino vió que el explorador carecía de armas.

Detrás de la mesa, junto a la pared de la habitación, Li Chang distinguió un par de figuras humanas, y sus ojos que se habían acostumbrado a la oscuridad, notaron que eran un hombre y una mujer y estaban amordazados y atados. ¡El hombre era Robert Glennie!

Li Chang estaba a treinta yardas de distancia, pero la situación en que se hallaba el squaw-hombre hacía imposible para el

chino avanzar sin ser visto, por que la luz iluminaba una parte de la meseta.

La voz del squaw-hombre Joe volvió a dejarse oir.

—Ahora, señorita Nora, — dijo, — llegó el momento de prestarme ayuda. Voy a ponerla en libertad y usted hará lo que yo le ordene.

El renegado se movió del lugar en que estaba y mientras continuaba apuntando a Búffalo Bill con uno de los revólvers, dijo el otro por un momento, sacó un cuchillo de la cintura y cortó las ligaduras que sujetaban a la joven a la pared.

Tan pronto como lo hubo hecho, el renegado retrocedió hasta la puerta para ocupar de nuevo el mismo sitio y volver a tomar el revólver que había dejado.

—Ahora, señorita, pronto. Tome esas cuerdas y ate a ese canalla y no se entretenga mucho, o de lo contrario...

Búffalo Bill permanecía en el centro de la habitación, con las manos en alto, y la delicada muchacha, tomó las cuerdas y bajo la mirada feroz del squaw-hombre cruzó con paso vacilante la habitación y se acercó al cazador de búfalos.

—Baje las manos, Búffalo Bill, — dijo Joe,—y junte las muñecas.

Las dos armas que tenía en las manos le daban el dominio de la situación y en aquella aislada y abrupta región, la fuerza era siempre el derecho.

Los delicados dedos de Nora Blaney, temblaban violentamente mientras apretaba las ligaduras en torno a las muñecas del prisionero Búffalo Bill.

El squaw-hombre que continuaba a uno de los lados de la puerta, presenciaba la operación con una expresión de rencor en su semblante. Cuando la joven hubo terminado se rió ásperamente.

—Y bien, señorita Nora, — exclamó. — No olvide que su padre me consideraba como un buen candidato matrimonial para usted y que yo también lo deseo así. Pero opino que mi novia no debe ir con las manos vacías. Yo sé que su padre tiene alguna cantidad de oro escondida aquí. Ya tuve oportunidad de encontrar una parte de él y creo que le corresponde traerme el resto.

—No queda ya nada más, — respondió Nora. — Se lo juro.

El squaw-hombre, exclamó enfurecido:

—¡No trate de engañarme! Nadie ignora que Dan Blaney, es un avaro y que posee una gran suma que tiene oculta en alguna parte. Busque el oro en seguida. ¿Me oye?

Y al decir esto, apuntó con uno de los revólvers, a la muchacha, quien retrocedió dando un pequeño grito de terror. La persona que estaba atada junto a la pared lanzó un gemido sordo y trató de librarse de las ligaduras, mientras la mordaza que tapaba su boca impedía que se oyesen las frases que pronunciaba.

El squaw-hombre miró a la figura atada y se puso a reir.

—No se preocupe, — dijo: — Su novia va a acompañarme y es muy posible que no vuelva a verla más.

Nuevamente se dirigió a la muchacha.

—Excuso decirla que la prefiero a usted al dinero de su padre, señorita Nora, —dijo. — Y si me afirma que ignora el sitio donde está oculto, no hablaremos más de ello. Ya conseguí por la pepita un puñado de billetes de banco y eso nos bastará para ir pasando. ¡Vamos!

Adelantó un paso y la hizo una seña con la mano.

—¡Usted no puede pensar en llevarme de aquí! — exclamó la joven, retrocediendo.

Li Chang, que continuaba arrodillado en el suelo, vió como la delicada y aterrorizada joven, daba un traspié y caía de rodillas ante el squaw-hombre, que la contemplaba con el ceño fruncido.

—¡No me lleve! ¡No me lleve! — imploraba asustada la muchacha.

El renegado retrocedió unos pasos y lanzó una carcajada.

—¡Qué tontería! — dijo. — ¡He venido aquí por usted y pienso llevármela, así que levántese pronto!

La aspereza de su voz, hizo que la muchacha se pusiera nuevamente de pié, y mientras se colocaba uno de los revólvers en el cinto, el squaw-hombre, tomó a la frágil mujer por la muñeca y la obligó a seguirlo, mientras que con el otro revólver apuntaba a la silenciosa figura del explorador, que permanecía de pié con las manos atadas.

—Me parece que ya es hora de que me ponga en marcha, — dijo el squaw-hombre con voz ronca. — No me llevo todo lo que quería, pero sí una parte y con ello tendré que contentarme.

Luego, manteniendo siempre a su espalda a su incapacitada cautiva, el squaw-hombre Joe, empezó a retroceder hacia la puerta.

Li Chang que había observado todo el desarrollo del drama, se puso de pié. En la oscuridad la figura vestida de negro, se adelantó manteniéndose fuera del espacio iluminado. Sus ojos oblícuos se concentraron en la figura del squaw-hombre Joe y sus largos y finos dedos se crisparon a impulsos de la ira.

Poco a poco fué retrocediendo el squaw-hombre llevando a Nora Blaney. De repente el bandido levantó el revólver y Li Chang vió que apuntaba. Pareció al amarillo que el arma estaba dirigida hacia Búffalo Bill, y cuando esa sospecha tomó cuerpo, le pareció a Li, que una fuerza desconocida iluminaba su cerebro. Sin hacer ningún ruido el chino dió un salto en el preciso instante en que se oía la detonación.

Li Chang había equivocado la intención del squaw-hombre Joe, pues el tiro iba dirigido al farol. La bala dió en el blanco y sumergió la habitación en tinieblas.

Pero Li Chang ya había saltado sobre su adversario, y mientras con una mano, que

parecía una garra, tomaba por la muñeca al squaw-hombre Joe, con la otra apretaba su grueso y fuerte cuello.

Se oyó otra detonación, producida por el crispamiento de los dedos de la mano del squaw-hombre, al sentirse atacado, y soltando a Nora rodeó con su brazo el flaco y musculoso cuerpo del chino.

Ambos rodaron abrazados por el suelo, en la más completa oscuridad.

Nora Blaney, tomada completamente de sorpresa, había caído de rodillas, con la brusca intervención del chino y por unos instantes permaneció inmóvil, mientras oía la respiración entrecortada de los dos hombres que luchaban. De pronto llegó hasta ella una voz.

—¡Pronto! ¡Señorita Nora! ¡Por aquí!

Era Búffalo Bill el que hablaba y la calma con que fueron pronunciadas esas palabras, serenó a la muchacha, que poniéndose de pie, dió una vuelta y entró en la habitación con los brazos extendidos. Sus manos tocaron el pecho del explorador atado y éste levantó las manos.

—¡Pronto, — dijo. — ¡Suélteme! ¡El cuchillo del squaw-hombre está en la mesa!

Nora buscó a tientas el cuchillo y después se acercó a Búfaflo Bill. Luego, con mano temblorosa, cortó las ligaduras que oprimían las muñecas del explorador.

Cuando éste se vió libre lanzó un fuerte suspiro y dando un salto salió al exterior corriendo hacia el sitio donde los otros estaban luchando. En el mismo instante se oyó un juramento y un fuerte golpe.

Como el squaw-hombre no pudiese utilizar su arma, adoptó otra táctica y dando una rápida vuelta al brazo golpeó con la culata del revólver, el rostro de Li Chang, el que dobló la cabeza y aflojó la mano que oprimía el cuello de su adversario.

Con agilidad felina, el renegado se puso de pie, pero al tratar de libertarse del chino, Li Chang, hizo un movimiento y sus manos aferraron el caño del revólver. Un rápido tirón hacia arriba arrancó el arma de la mano del squaw-hombre. Cuando el chino cayó, el renegado saltó por encima de su cuerpo y eludiendo el ataque de Búfalo Bill que trataba de detenerlo, llegó a la esplanada y se dirigió hacia el borde del peñasco.

Búffalo Bill, se agachó para reconocer al que estaba a sus pies. Y cuando los dedos del explorador tocaron la ancha y suave manga, una exclamación brotó de sus labios.

—¿Es usted, Li Chang?

La escuálida figura del chino, comenzó a incorporarse y en la sombra el amarillo rostro se animó al levantar la mirada hacia Búffalo Bill.

—Casi ha caído en sus manos ese canalla, —dijo el chino. — Pero ya nos apoderaremos de él.

Echaron a correr detrás del renegado. Búffalo Bill pudo darse cuenta de que aquél había marchado por el camino de la derecha, el mismo que siguió el explorador para llegar hasta allí, y donde había dejado al viejo Dan Blaney.

El squaw-hombre Joe desapareció en el recodo del camino y Búffalo Bill, dió un grito.

—¡Alerta, Dan! ¡Ahí va el squaw-hombre!

Los dos perseguidores apresuraron la marcha hasta que fueron a dar a la parte angosta del camino. Al llegar allí sonó un tiro y se oyó un grito, seguido de ruido de lucha.

Li Chang, que marchaba detrás del explorador, llegó al fin junto a éste, Búffalo Bill, arrodillado en el oscuro camino sostenía entre sus brazos un cuerpo.

—Ese canalla me ha atacado, — decía Dan Blaney. — Me ha herido en el hombro y de no haber sido por el aviso de ustedes me hubiera matado. Primeramente creí que era usted el que llegaba y no intenté detenerlo, después ví que ya era tarde.

Li Chang se deslizó por el lado de Búffalo Bill y del herido.

—Yo me adelanto para tratar de saber que rumbo toma el infame, — dijo.

Su oscura silueta marchó cuesta abajo mientras Búffalo Bill, ayudando a Dan Blaney a que se pusiese de pie, consiguió que el anciano emprendiese el regreso casi sostenido por completo por él.

Cuando llegaron a la pequeña meseta, vieron que de la choza salía luz y se dirigieron hacia ella. Cuando entraron en la habitación encontraron a Nora sentada en una silla y junto a ella a Glennie quien la tenía tomada una mano y trataba de reconfortarla.

El rostro de la muchacha, bañado por las lágrimas cambió de expresión, demostrando primeramente alegría y luego sorpresa al ver la figura ensangrentada de su padre que entraba sostenido por Búffalo Bill.

—¡Padre! ¡Padre! — exclamó levantándose de un salto. — ¡Ese infame lo ha herido!

En su ansiedad al ver así a su padre, olvidó sus propios males. Ayudó al anciano a cruzar la habitación y lo colocó en su cama, comenzando en seguida a atenderle solícitamente.

La bala había atravesado el hombro saliendo por la espalda, Dan Blaney no estaba en peligro.

Y mientras Búffalo Bill, Robert Glennie y Nora, rodeaban el lecho del anciano, el joven relató lo ocurrido en la habitación cuando el squaw-hombre había ido por la pepita.

—Nora adivinó que vendría por ella y yo pensé que si le ponía una marca alguien la descifraría, — dijo Glennie. — Por eso dibujé los signos que me enseñó Li Chang. No consideré prudente escribir otros, pues suponía que el squaw-hombre no comprendería los signos chinos.

Cuando, dos horas después, llegó el chino cansado y cubierto de tierra a la vivienda para referir su fracaso, Búffalo Bill le golpeó cariñosamente la espalda.

—Comprendo que ha hecho en este caso todo cuanto ha podido, Li, — díjole Búffalo Bill mientras el chino movía la cabeza tristemente. — Si usted no hubiera leído la inscripción que llevaba la pepita de oro, el

squaw-hombre hubiera ganado la partida. Gracias a eso, pocas han sido sus ganancias y lo más probable es que desaparezca de estos sitios.

Los ojos de acero del explorador se volvieron hacia el valle oscuro. En aquellos momentos comenzaban a aparecer los primeros destellos de la aurora.

—Vivimos en una época sin leyes, amarillo camarada, — prosiguió Búffalo Bill,—y hasta que podamos sanear todos estos parajes y arrojar esa plaga de hombres como el squaw-hombre Joe, no disfrutaremos de tranquilidad. Uno de estos días iniciaremos otra batida y creo que nuestra campaña será larga.

Según los informes que se tuvieron luego, Búffalo Bill y sus muchachos consiguieron limpiar la comarca de foragidos, como el squaw-hombre Joe.

Pero Robert Glennie, no alcanzó a ver esos nuevos tiempos, pues un año más tarde él, Nora Blaney y el anciano Dan, salieron de Black Gap, y por el camino del monte y de los llanos fueron hasta donde pudieron tomar el vapor y dirigirse en busca de tranquilidad a Inglaterra, lejos del Extremo Oeste.

Fin de "La Pepita Marcada"

Consejos para el Hogar

Cosas que es conveniente recordar

⁂ El dolor de muelas se alivia a veces, enjuagándose la boca con agua templada en la que se haya disuelto una cucharadita de bicarbonato de soda.

⁂ Un pedazo de terciopelo viejo sustituye ventajosamente a la gamuza, cuando se quiere pulir algo. Y, naturalmente, sale más barato.

⁂ Se conserva fresco el queso y se evita que se ponga mohoso y que se seque, envolviéndolo en una tela que se haya humedecido en vinagre y poniéndolo, así envuelto, en un plato.

⁂ Se limpian muy bien las pieles frotándolas del lado del pelo y del reverso con bencina y después con un trapo limpio. Se ponen luego al aire libre, para que se evapore la bencina y no deje olor ninguno.

⁂ Para quitar las manchas de grasa de los trajes de franela, mézclese partes iguales de yema de huevo y glicerina, úntese la mancha con esa mezcla y déjese así lo menos dos horas. Después se lava el traje como de costumbre.

⁂ Para limpiar sillas de cuero, hiérvase un cuatro de litro de aceite de linaza, déjese enfríar y cuando esté casi frío mézclese con un cuarto de litro de buen vinagre. Agítese hasta que estén bien mezclados ambos líquidos, póngase unas gotas de la mezcla en una franela y restriéguese el cuero. Lústrese luego con trapos suaves.

⁂ Para lavar terciopelo, prepárense dos tachos con agua tibia y en la que se disuelve jabón en polvo. Mojen en ese agua las prendas, bien mojadas y después de estrujarlas en el agua de un tacho, pasen la prenda al otro, repitiendo la operación. Enjuaguen en agua clara. Levanten la prenda lavada, sin retorcerla y cuelguénla en la soga. A medida que se vaya secando el terciopelo, cepíllese aplanando el pelo, una y otra vez.

⁂ Para hacer buen te no se debe emplear agua que haya hervido largo tiempo.

⁂ Las sogas de colgar ropa no deben dejarse al aire libre cuando no están en uso; deben ser cuidadosamente secadas y guardadas en sitio que no sea húmedo.

⁂ Los vasos de la mesa deben lavarse con agua fría, cuidando de que el tacho donde se laven no tenga ni un poco de grasa. Debe tenerse un repasador especial para secar los vasos, solamente.

⁂ Para refrescar los colores de una alfombra, bárrase con una escoba previamente mojada en agua en la que se ha disuelto bastante sal. Sacúdase la escoba después de mojarla, pues se necesita húmeda, no mojada.

⁂ Para conservar en buen estado los botines de color, es necesario lavarlos antes de lustrarlos. Se les quita la tierra, se lavan con agua limpia y un poco de jabón, se secan bien y luego se les aplica el betún. Haciendo eso quedan como nuevos.

⁂ Al sacar manchas de pintura al óleo de la ropa se puede usar esencia de trementina o nafta, si las manchas son frescas. Sin son viejas sólo salen con nafta. Usar la trementina o la nafta al aire libre, pues son inflamables y explosivas.

⁂ Los utensilios de cocina de cobre ennegrecidos en el fuego, se limpian con limón. Se corta un limón por la mitad, se le pone bastante sal y se frota con él el cobre. Después se lava con agua abundante y se seca bien.

⁂ Si las flores que tienen los floreros se empiezan a marchitar, se sacan y se ponen en un jarro con agua muy caliente y se meten en un armario o en sitio donde estén a oscuras. Sorprenderá ver cómo reviven y en qué poco tiempo.

JOYAS MALÉFICAS

Desde hace muchos años se atribuye, a determinadas piedras preciosas una influencia maléfica sobre las personas que las poseen y mientras hay quien asegura la exactitud de ese poder misterioso, no falta quien niegue semejante posibilidad. En los casos que hoy publica "Pucky" no se discute la veracidad de la existencia de ese poder extraño, pero se citan hechos comprobados que rodean, acaso por mero capricho de la casualidad, a determinadas joyas cuya trágica historia impresiona y hace pensar.

El diamante del chá de Persia

EN una de las habitaciones de la casa un mercader de diamante de Londres, se halla una extraña piedra de color amarillo pálido y de casi una pulgada de largo.

Ese diamante fué llevado por el chá de Persia durante la visita que hizo a Inglaterra hace algún tiempo. Pero no volverá nunca a Persia porque el chá lo llevó para venderlo. Es un diamante que tiene una curiosa historia y es conocido en Asia como especialmente siniestro y maléfico.

—Si su majestad vende este diamante, vivirá más de cien años, — fué el consejo que el imán Riza dió al chá antes de que partiera de su país para ir a visitar al rey Jorge.— Su majestad se librará milagrosamente de la muerte durante su viaje hacia el país del rey blanco, pero escapará con vida si ha hecho voto de desprenderse del Demonio Amarillo, y cumple el voto.

El imán Riza es uno de los doce "Jefes por divino derecho" que, como descendientes del profeta Mahoma, son los únicos guías espirituales del Imperio Persa.

¿Cómo pueden, esos hombres, penetrar el misterio del futuro? Ese es su secreto. Pero no hay duda de que pueden hacerlo. El chá emprendió el viaje a Inglaterra sabiendo que iba a escapar milagrosamente a la muerte pero sin saber dónde y cómo iba a producirse eso.

Tal vez alguien recuerde todavía que fué en Italia, en las proximidades de Génova, cuando acaeció un accidente que estuvo a punto de privar a Persia de su soberano. El tren en que viajaba el chá chocó, yendo a toda velocidad, con un tren que estaba parado en un desvío. En la catástrofe perecieron doce personas y muchas más resultaron heridas pero ni el chá ni su séquito sufrieron un solo rasguño.

En las afueras de Teheran se construye en estos momentos, dedicada a la gloria del profeta, una mezquita para conmemorar tan milagrosa salvación. El imán Riza ha sido designado sacerdote particular del cha y de las personas de su familia.

La llegada de esa piedra amarilla a Inglaterra es uno de los más novelescos incidentes de la historia de los diamantes del mundo, pues se necesitó mayor fuerza de voluntad que la habitual, de parte del cha, para decidirse a desprenderse de él.

Desde tiempo inmemorial la piedra amarilla figuró en las procesiones mahometanas celebradas en la ciudad sagrada. Bajo un palio de oro, la piedra amarilla estuvo siglos y siglos para maldición de la gente a que pertenecía.

Fué la piedra que llevaba el profeta Mahoma cuando iba a la guerra. La llevaba en su turbante. La llevaba consigo siempre que se proponía conquistar a alguna tribu árabe o nómade. Fué colocada en el altar de su sepulcro, en la Meca, y allí estuvo hasta que su yerno, Alí, trató de apoderarse del califato.

Aquel día, la piedra amarilla fué encontrada en el suelo, al pie del sepulcro, prueba indiscutible de que Alí fracasaría. Alí cayó, envenenado por unos polvos sutiles con que había sido espolvoreada la piedra; el veneno le penetró en el cuerpo por la piel de uno de los dedos, en el que tenía un rasguño. Su hijo Husain fué asesinado llevando consigo la piedra, en la llanura de Kerbolám.

Todos los años, en el mes de Mohurrum se realiza en el palacio del cha una larga procesión de hombres y mujeres que gritan: "¡Oh Husain! ¡Oh Husain!" lamentando la muerte del así llamado caudillo.

La procesión es encabezada por fanáticos que se golpean el pecho y piden que sea castigado el matador de Husain, hijo de Alí. Y todos los años se representa una especie de drama en el que se reproduce la muerte de Alí. El pueblo que presencia esa representación se emociona de tal modo y toma tan a lo vivo la acción que algunos años, el actor que representa el papel del asesino, es víctima de la turba enfurecida que lo arrebata del tablado y lo mata a puñaladas sin que sea posible evitarlo.

✣ ✣ ✣

POCO antes del mes de Mohurrum, el año 1913, el imán Riza solicitó una audiencia de su soberano para hablarle de la famosa piedra.

—Majestad, — comenzó, — la sabiduría de los antiguos está comprobada y las palabras de los profetas, se cumplen. Durante siglos hemos soportado la maldición del "Demonio Amarillo", nombre que se ha dado al

diamante amarillento del profeta que se halla en el sepulcro del mismo, en la Meca. Fué profetizado que un día llegaría un hombre llamado Frank y posaría su mano sobre la piedra y que con su acción quedaría suspendida desde ese momento la antiquísima y terrible maldición. Ese Frank ha llegado.

—¿Quién es? — preguntó el cha.

—Es un general de los ejércitos del Kaiser y se llama Frankenstein. Es un enviado que ha pedido a los ministros de su majestad que entren en alianza con el Káiser para así poder construír el ferrocarril a Bagdad y arrojar a los ingleses del Oriente. Desea tener una conferencia coñ vuestra majestad, pero hasta hora yo le he contestado negativamente.

—¿Qué tiene que ver él con el diamante amarillo y con las profecías? — inquirió entonces, el chá.

—Ese general ha decidido ir en peregrinación a la Meca, — contestó el imán gravemente. — Pero yo le vigilo.

Para los mohometanos, la entrada de un extranjero en la Meca constituye un sacrilegio horrendo. Pero se recordará que en aquella época los alemanes estaban buscando el modo de hacer romper el tratado existente entre la Gran Bretaña y Persia y que, al mismo tiempo, el general Frankenstein anunció su propósito de realizar la peregrinación a la Meca.

A fin de poder realizar su plan se hizo mahometano y salió para la Meca; pero no regresó nunca.,

Dos meses después de haber partido para la Meca los enviados alemanes, el imán Riza entraba de nuevo en el palacio del cha y solicitaba hablar con el soberano.

—Ha sucedido lo que tenía que suceder,— dijo. — La profecía se ha cumplido. El Demonio Amarillo ha sido arrebatado por un aleman. Islam ha quedado libre, por fin, de la maldición maléfica de esa piedra.

—¿Y el general Frankenstein? — preguntó entonces el cha.

—El general ha muerto. La piedra amarillenta le mató. Pero la piedra ha desaparecido.

No se pudo obtener mayores informaciones, pero el imán, aquel día, después de las oraciones de costumbre, comenzó a recitarle la extensa historia de las tragedias cuya causa se atribuía a la piedra. La lista, que era larga, incluía todos los nombres de los más eminentes persas durante muchas generaciones anteriores al día en que la piedra fué colocada en el sepulcro de Mahoma.

El cha comprendió que no podría obtener mayores datos de cómo los alemanes habían hecho desaparecer la piedra ni de qué había sido de ella, porque el imán Riza, el gran sacerdote, lo callaría aun cuando lo supiera.

✣ ✣ ✣

ESTALLO la guerra europea. Persia fué adulada por Alemania más que nunca, pero Persia permaneció fiel a Inglaterra. Pero un día, poco antes del armisticio, el imán Riza fué de nuevo, en procura del chá.

—Majestad, — dijo, — el Demonio Amarillo ha regresado.

Abrió la mano y el cha vió en la palma el diamante amarillento de Mahoma.

El imán se sentó junto al cha y comenzó su nuevo relato.

—El general alemán, — dijo, — no fué nunca mohometano. Pretendió abrazar nuestra religión pero solamente para poder ir a la Meca. Le dejé ir por que sabía que al hacerlo cumplía aquel hombre lo indicado por la profecía.

" Se apoderó del Demonio Amarillo. Pero fué asesinado por la muchedumbre encolerizada. Sus amigos tomaron la piedra y huyeron en medio de la confusión que se produjo. Fueron a la India, después a China, y presentaron el diamante al emperador chino. El mismo día estalló la revolución en China y los japoneses desembarcaron en sus costas. Entre el botín de que se apoderaron en el Palacio de Pekin, estaba la piedra. Los alemanes lograron apoderarse de nuevo de ella y, por orden del Káiser, se la regalaron al sultán de Turquía como un obsequio por la parte que tomaba en la guerra.

✣ ✣ ✣

EL imán levantó los brazos y se inclinó reverente pues hablaba del sultán, que también es mahometano.

—Su majestad recordará que se produjeron desórdenes en Turquía. Esta piedra estuvo unos años en la corona del sultán Abdul Hamid. Estaba en su salón cuando fué destronado. Pendía del cuello de su esposa favorita cuando le mataron los rebeldes guiados por los Jovenes Turcos, que penetraron en el palacio de Yildiz. Estaba en la mano de su joven hijo. Abdul Arrum cuando le mataron en el momento en que procuraba escapar, pocos días después.

" Todo lo recordó el nuevo sultán cuando recibió la piedra de parte del emperador de Alemania. Se la dió, aterrorizado, a Mahmud Bajá, su general en jefe. No necesito recordar a su majestad que Mahmud Bajá fué asesinado a cuchilladas en el momento en que cruzaba la plaza que lleva de Estambul a Yildiz.

—Lo recuerdo bien, — dijo el cha. — ¿Y qué fué, luego, de la piedra?

—Cayó al suelo y estuvo un tiempo en una cuneta, entre el barro de la calle. La pisaron extranjeros de todas nacionalidades, amigos y enemigos. La recogió una anciana pordiosera que la vendió por una insignificante suma a un judío mercader, pues la vieja no conocía el valor de la piedra. El judío la llevó a Salónica, pero allí, habiéndola hecho avaluar, no pudo encontrar comprador, pues era muy alto su precio. Un mercader turco la llevó a una mezquita para mostrarla a un sabio sacerdote, por indicación del judío que deseaba conocer, si era posible, la historia de la piedra.



"La piedra estuvo un tiempo entre el barro de la calle. La pisaron extranjeros de todas nacionalidades, amigos y enemigos. Un día la recogió una anciana pordiosera, que ignorando el valor de la piedra, se la vendió a un judío por una suma insignificante". ("El Diamante del chá de Persia").

" Los sacerdotes lo saben todo, majestad. El de Salónica me mandó avisar y yo fuí a Salónica.

* * *

RIZA, el sabio imán, calló, inclinó la cabeza hasta el suelo y murmuró una plegaria.

—Llegué a tiempo para ver la ciudad de Salónica en llamas. Había estallado un voraz incendio que estaba destruyendo por completo toda la ciudad. Anduve varios días haciendo averiguaciones, por los campamentos en que se habían instalado los que habían quedado sin casa. Recorrí todos los campamentos de la llanura de Karaburnú, en busca del sacerdote que me había llamado.

" Por fin le encontré. Había escondido la piedra en la cueva de un lagarto en el monte Hortiach. Me dijo que el judío que era su dueño había perecido en el incendio. El turco que había visitado al sacerdote había sido aplastado por una viga que le cayó encima en el momento en que pretendía huir. Me entregó la piedra y por eso la he traído.

—Entonces... ¿va usted a devolverla a la Meca? — preguntó el chá.

Pero el imán movió negativamente la cabeza.

—No puede volver ya al sepulcro del profeta. Ha sido manchada por el contacto de manos extranjeras y ha estado entre el cieno, causando la desgracia de quien la ha poseído. El Demonio Amarillo tan ansioso de víctimas y de sangre no puede vivir aquí por más tiempo. Sin embargo, he traído la piedra conmigo, para que vuestra majestad decida.

—¿Qué cree usted que debe hacerse, Riza?

—Vuestra majestad partirá dentro de poco para Inglaterra. Me dicen que hay allí gente que tiene mucho dinero y no cree en nuestras ideas asiáticas. Lleve la piedra a Inglaterra y véndala. Así nos libraremos de ella. El pueblo no tendrá ya sus representaciones trágicas y no se matará como otros años. Además la profecía se cumplirá y vuestra majestad estará en seguridad para poder vivir cien años.

* * *

EL cha de Persia fué a Inglaterra, acompañado del imán Riza, que llevaba el diamante y lo vendió en Hatton Garden por intermedio de un agente.

El imán Riza era un hombre muy sabio y sabía que el cha necesitaba adquirir en Inglaterra algunos objetos para regalar, entre ellos dos nuevos automóviles que fueron con la comitiva, de regreso, al país de las "Mil y Una Noches".

Gracias a la sabiduría del imán recibió el cha dinero suficiente para construír una nueva mezquita en Teherán, en la que se pedirá a Alá por intermedio de Mahoma, su profeta, la salvación de Islam.

El famoso diamante Orloff

UN hombre de corta estatura, envuelto en lujosísimo abrigo de pieles, bajó de un automóvil de propiedad particular, grande y valioso, y se dirigió a un elegante yate que se hallaba amarrado a la ribera del río Neva, a corta distancia, rio abajo, de la ciudad de Petrograd.

—¿Sabe usted quién es ese? — preguntó un oficial inglés a un camarada suyo mientras los dos observaban al hombrecito que en aquel momento entraba en la cámara del lujoso buque. — ¿No? Pues bien, ese es Loris Melikoff, el ministro del interior, del gobierno ruso y uno de los hombres más ricos del imperio. Es nieto del hombre que trajo el famoso diamante Orloff a Rusia, una piedra que tiene una historia terrible.

* * *

¿DONDE está ahora el diamante Orloff? Probablemente se encuentra todavía en Rusia por que no ha sido vendido con la enorme cantidad de alhajas procedentes de Rusia que se han vendido recientemente en Inglaterra.

Si fuera puesto en venta, su aparición en el mercado produciría igual sensación que si el renombrado Koh-i-noor fuera arrancado de la Corona Británica y ofrecido en venta, al público.

El valor del diamante es tan enorme que se necesitaría realmente todo el dinero de Hatton Garden, el verdadero mercado de piedras preciosas del mundo, para pagarlo; y sin embargo, llegó a la corona de Rusia de un modo que parece parte de un relato fantástico.

El extinto zar de Rusia creía que esa piedra tenía maléfica influencia y dió orden de que la sacaran de las joyas reales; pero procedió demasiado tarde. El desastre habíale caído ya, encima; un desastre más de la larga sucesión de tragedias que había jalonado la vida del diamante Orloff.

Las notas redactadas en Rusia sobre ese maléfico diamante estuvieron completas muy poco antes de que estallara la revolución final que barrió al zar Nicolás, de su trono y sumió a Rusia en un lago de sangre y una atmósfera de angustia que todavía no se ha desipado por completo.

Fueron a Asia varios mensajeros especiales a recoger todos los mayores datos posibles sobre esa piedra. Cuando regresaron, famosos anticuarios de Rusia se ocuparon de reunir unos con otros, cronológicamente, los



Cuando llegó a San Petersburgo, Shafrás se extrajo el diamante de la pierna y lo ofreció a la emperatriz Catalina, pidiendo por él 40.000 libras. La emperatriz no poseía dinero suficiente para comprárselo. ("El famoso diamante Orloff").

relatos sobre cuya veracidad no cabía la menor duda.

Se procedió al estudio de muchos y antiguos documentos. Fueron visitados remotos pueblos y extraños sepulcros. Los mensajeros del zar estuvieron en todos los templos de Persia y de la India en procura de datos sobre el diamante Orloff. Y el zar de todas las Rusias vivió lo suficiente para creer que la maléfica influencia de la piedra persistía aún.

Cuando Lenin se apoderó de ella después de abatido el cetro imperial, volvióse hacia sus compañeros y observó: "Aquí está el diamante Orloff, que ha causado la desgracia de todos aquellos que lo han poseído, que ha sembrado tragedia y muerte. ¿Cómo puedo saber que no va a producir en mí los mismos efectos?"

¿Quien sabe, realmente, si la maléfica influencia del diamante Orloff está actuando todavía en Rusia?

✣ ✣ ✣

EN su primitivo estado ese siniestro diamante fué el ojo de mi ídolo venerado en un templo cercano de Trichinópolis. Llevaba muchos años como adorno del ojo del ídolo, al menos tantos como pueda recordar memoria de hombre. Fué robado de la cabeza del idolo por un francés que viajaba por la India. Ese francés, que se llamaba Golcoquet, fué uno de los que se quedaron rezagados después del sitio de la ciudad, cuando los franceses fueron derrotados por los ingleses.

Golcoquet fué de ciudad en ciudad, huyendo. Visitó todos los mercados de la provincia de Madrás, procurando vender el diamante que había robado, pero los mercaderes desconfiaban de él y tenían miedo de comprar la piedra.

Comprendiendo que llevarían la noticia de la presencia del diamante a los sacerdotes de la religión hindú, Golcoquet huyó, disfrazándose lo mejor que pudo. Un día llegó hasta él la noticia de que se había descubierto el robo del diamante en el templo de donde él lo había sacado.

Un mercader hebreo a quien él le ofreció en venta el diamante, le dijo que ya se sabía que había sido cometido el robo y que el cha de Persia había ordenado a su policía que procurara detener al ladrón.

Golcoquet se hallaba casi moribundo consecuencia de las penurias que había pasado, y el hebreo, aprovechándose de esta situación, le ofreció mil libras esterlinas por la piedra. La oferta, aún cuando muy inferior al valor de la piedra, fué aceptada de buen grado por el francés.

Uno o dos días después, el cha dictó una orden segun la cual el autor del robo debía ser buscado en Ispahán y debía ser arrestado, muerto o vivo y despojado del diamante.

Esta noticia asustó, como era lógico, al mercader hebreo que le había comprado la piedra al francés y obedeciendo a su impaciencia y su temor se la vendió a un armenio llamado Shafrás, comerciante en piedras preciosas.

Shafrás ignoraba que aquella piedra era la que debía ser secuestrada por la policía y pagó al hebreo la suma de 12.000 libras esterlinas, por ella. Fué Shafrás a Persia, sin que nadie sospechara de él y sin sospechar él que tenía en su poder el diamante robado al ídolo hindú.

Shafrás era uno de los mercaderes viajeros que en aquella época se ocupaban de llevar piedras preciosas a las cortes europeas y ya, en otras ocasiones, había vendido algunas piedras a Catalina la Grande cuya corte rusa era la más magnificente que el imperio había tenido hasta entonces.

Decidió ir directamente a la corte de Rusia a ofrecer la piedra a Catalina, pero Petrograd (entonces se llamaba San Petersburgo) estaba muy lejos y, como le sucedió al francés Golcoquet, no había realizado más que una pequeña parte de su viaje cuando la noticia del robo de la piedra le alcanzó. Esta vez la piedra era descripta de tal modo por los hindúes que Shafrás no dudó un solo momento de que se trataba del diamante que tenía en su poder.

Pero había pagado por él una suma cuantiosa, así que decidió correr todos los riesgos que hubiera que correr, convencido de que cuando llegara a Rusia haría su fortuna. La emperatriz Catalina estaba dispuesta siempre a comprar buenas piedras.

* * *

SHAFRAS era muy astuto. Convencido de que, si le encontraban con el diamante le matarían por más explicaciones que diera, decidió ocultarlo donde no pudieran hallarle.

¿Dónde podría ocultarle? En las ropas no era posible. La piedra era demasiado grande para tragársela. No se atrevía a tenerla oculta en la boca. Se decidió entonces por un plan desesperado. ¡Se hizo una larga y profunda herida en una pierna, puso el diamante dentro y cosió la herida con un hilo de plata!

Acababa de cicatrizarse la herida cuando al acercarse a la frontera, le capturaron. Compareció ante el jefe del distrito el cual le dijo que se sabía que él debía tener el diamante, que los que antes lo habían tenido habían sido ahorcados por la parte que habían tomado en el robo y le ordenó que entregara la piedra o dijera dónde estaba.

Shafrás era valiente. Contestó que no había poseído jamás el diamante, que lo que le habían dicho al jefe era inexacto, que él era un simple comerciante armenio y que todo lo que tenía era un poco de dinero para pagar la comida, durante el viaje.

No le creyeron. Le encarcelaron y le hiron tomar vomitivos y purgantes. Pero el diamante no aparecía. Le pusieron en un baño de agua muy caliente y tanto él como su ropa, fueron detenidamente examinados. Pero la herida estaba cicatrizada y no hallaron la piedra.

Entonces fué sometido a la tortura. Pero no confesó. Por último le dejaron en libertad con orden de marcharse lo más rápidamente posible. Le quitaron el dinero que llevaba y las pocas mercaderías que tenía. Fué, a pie, a Rusia y luego envió a pedir algo de dinero a unos parientes suyos. Cuando recibió el dinero continuó el viaje en mejores condiciones.

El diamante fué extraído de la pierna de Shafrás y ofrecido a Catalina la Grande en su corte de San Petersburgo. Shafrás dijo que quería 40.000 libras por la piedra. Era este su último precio.

—¡Sin embargo os advierto, — exclamó— que lo mismo que mi sangre mancha ahora el mármol del piso de este palacio, así manchará la sangre de los que posean esta piedra, el suelo de Rusia!

Nadie hizo caso de su advertencia. Catalina deseaba poseer el diamante pero no disponía de suficiente dinero para comprarlo. Le ofreció la mitad en dinero y la otra mitad en tierras, pero Shafrás rechazó la oferta.

Partió de Rusia con su diamante y fué a Amsterdam. Allí conoció al conde Orloff, el famoso millonario ruso, que viajaba en aquellos tiempos, por Holanda. Cuando Orloff se enteró de que Catalina hubiera querido comprar la piedra, pero no había tenido suficiente dinero para adquirirla, preguntó el precio.

Al fin, el conde Orloff, que era fabulosamente rico, la compró y volvió con ella, y con Shafrás, a Rusia y obsequió con el diamante a su imperial adorada. Desde ese día el diamante llevó el nombre del conde.

✣ ✣ ✣

SHAFRÁS había hecho un buen negocio con el conde. Le pidió 70.000 libras al contado, una renta anual de 2000 rublos y una patente de nobleza. El conde accedió a todo. El conde Orloff hubiera vendido el alma por ser agradable a Catalina.

El diamante valía ese precio y más, pues los peritos que lo han avaluado después han dicho que vale 300.000 libras esterlinas, pues pesa 185 quilates.

Pero a las tres semanas de haberlo comprado, el conde Orloff fué asesinado. Catalina murió a los seis meses.

¿Y Shafrás? Pues tan pronto como quedó hecho el negocio, Shafrás decidió permanecer en Rusia. De ser un "kupets" (mercader) se transformó en noble y cambió su nombre por el de Lazareff. Compró minas en los montes Urales y grandes tierras en San Petersburgo. La rentas de esas tierras llegaron a ser inmensas. Su precio subió de tal modo que a los pocos años Shafrás era muchas veces millonario. ¡Entonces fué asesinado!

Cuando el extinto zar ascendió al trono fué un descendiente de Shafrás el que pagó sus deudas. Cuando la sombra de la revolución llegó hasta el trono y hasta la real familia, fué un descendiente de Shafrás el que fué llamado al palacio imperial para combinar la huída del zar y de su familia.

Es posible hallar los nombres de esos hombres en los apuntes históricos de los ministros del zar. Melikoff, el ministro del interior y Deiawsky, el ministro de instrucción pública, eran ambos descendientes del mercader armenio.

—¿Puede usted decirme el significado de esta maldición que parece pesar sobre nosotros? — preguntó, en una ocasión, el zar.

—Procede, — contestó Deiawsky, con gravedad, — de que, como mi antepasado advirtió a la emperatriz Catalina, el diamante de Orloff se halla en el cetro de vuestra majestad. Donde quiera que ha estado el diamante ha estado también la muerte, el desastre y la tragedia. Nosotros también sufriremos eso. Hasta el mismo Shafrás fué víctima de un asesino codicioso del dinero que había ganado con el diamante.

Los datos completos fueron presentados al zar. Se enteró entonces que de trece propietarios que habían tenido el diamante, sólo uno había muerto de muerte natural.

—¿Quién lo tiene ahora? — preguntó algunos días después de haber ordenado que lo sacaran del cetro.

La respuesta le hizo ponerse muy pálido.

—¡Rasputín! — le contestaron.

Se sabe, — y los historiadores lo han comprobado así, — que el disgustante monje Rasputín tenía el diamante el día en que murió violentamente a manos de los vengadores de sus víctimas.

Stuart Martín.

(Traducido del inglés para "Pucky").

POR LAS PAGINAS DE LA HISTORIA

ANÉCDOTAS INTERESANTES

Un cortesano decía a Gustavo III, rey de Suecia:

—Me he enterado de que el coronel X, está combinando proyectos contra la vida de vuestra majestad.

—Estoy enterado, — le replicó el rey, — de que X. es enemigo de usted. Vaya a reconciliarse con él y cuando él se haya reconciliado con usted, entonces le oiré todo lo que quiere usted decirme usted de él.

✣ ✣ ✣

Un rey de Persia, encontrándose muy enfermo, hizo voto de distribuir una suma de dinero a los religiosos.

Curó y entregó a uno de sus esclavos una bolsa llena de monedas de oro para que hiciera de ellas el uso que él había prometido.

El esclavo volvió con la bolsa llena, diciendo que no había hallado ningun religioso.

—¡Cómo! — exclamó el príncipe. — ¡Si hay más de cuatrocientos en la ciudad!

—Cierto es que llevan el hábito, — dijo el esclavo, — pero les he ofrecido el dinero y ninguno lo ha rechazado de lo cual he deducido, puesto que los religiosos hacen voto de pobreza, que ninguno de ellos lo era de verdad.

✣ ✣ ✣

Luis XIV, rey de Francia, había ordenado la ejecución de grandes trabajos en uno de sus palacios. El arquitecto Louvois, que había sido nombrado superintendente de las construcciones y que quería lucirse, empleó en esos trabajos un ejército entero.

Se declaró una epidemia entre la tropa y murieron miles de soldados obreros.

Esto no impresionó en lo más mínimo al cortesano.

—Que mueran,—dijo,—removiendo tierra en las trincheras ante una ciudad enemiga, o removiéndola para abrir los cimientos de un palacio, poco importa! ¡Siempre es en servicio del rey!

✣ ✣ ✣

El general Bassompierre era enemigo del cardenal de Richelieu, y éste, para que no le molestase un adversario tan temible, en su concepto, le hizo encerrar en la cárcel de la Bastilla.

Allí permaneció Bassompierre más de diez años, y al salir de la célebre prisión de Estado, el viejo general fué a ver al rey Luis XIII, el cual le preguntó su edad.

—Señor — le contestó el general, — tengo tan sólo cincuenta años.

—¡Cómo! — exclamó con gran extrañeza el monarca. — Me parece que tenéis, por lo menos, sesenta, general.

—Es verdad, señor — replicó Bassompierre; — pero es que descuento los años que he pasado en la Bastilla, porque no han sido empleados en servicio del rey.

✣ ✣ ✣

—Deme usted usted media docena de personas a las que yo pueda convencer de que no es el sol el que hace el día y estoy seguro de conseguir que naciones enteras se hagan de esa misma opinión, — decía Fontenelle.

✣ ✣ ✣

El célebre pintor Horacio Vernet se hallaba en la corte de Rusia, y un día que, de sobremesa, tomó la conversación un giro político muy interesante, le dijo el emperador:

—Mi querido Horacio: como tienes ideas tan liberales, seguramente no querrás pintarme el cuadro que te pensaba encargar... Una victoria de los rusos sobre los polacos...

—¿Por qué no, señor? — repuso Vernet. — ¿No he pintado ya muchas veces a Cristo en la cruz?

✣ ✣ ✣

Guido de Chabot, señor de Jarnac, se batió en duelo con Francisco Vivonne, señor de La Chataigneraie, bajo el reinado de Enrique II.

Se sabía que el rey estaba en favor de La Chataigneraie y se esperaba que resultara vencedor, pues era uno de los hombres más forzudos de la corte.

Se tenía fe en sus fuerzas; pero el señor de Jarnac, que confiaba en su agilidad, supo, a la vez, evitar hábilmente el golpe que le dirigió su adversario y darle uno que no se esperaba y que le venció.

Desde entonces semejante golpe de esgrima, es llamado "golpe de Jarnac", habiéndose hecho proverbial la expresión.

✣ ✣ ✣

El reputado médico francés Hecquet, cada vez que visitaba a uno de sus clientes ricos iba a las cocinas y abrazaba a los cocineros y a los pinches con grandísima efusión.

—¡Gracias, amigos míos, por sus buenos servicios! — les decía. — Sin ustedes los médicos, iríamos a terminar nuestros días en un asilo de pobres.

✣ ✣ ✣

Un florentino necesitaba un caballo, y encontró un vendedor, al que se lo compró por veinticinco ducados.

—Os daré quince al contado — dijo el florentino — y os quedaré a deber lo demás.

El chalán consintió. Algunos días después fué a reclamar sus diez ducados.

—Es preciso — dijo el comprador — atenernos a lo pactado; os dije que os quedaría a deber lo demás, y si os lo pagase, ya no os lo quedaría a deber.

LA GRAN NOVELA DE NUESTRA EPOCA

Ala de Vampiro

(BAT - WING)

Novela escrita en inglés por Sax Rohmer

El famoso autor de "El Doctor Fu Manchú", "El Doctor Diabólico", "La Garra Amarilla", cuya versión cinematográfica constituyó un notable éxito, "Drogas" ("Dope") y otras producciones notabilísimas.

Pablo Harley, famoso investigador, y su amigo Knox han ido a una notable posesión cercana de Londres y llamada Cray's Folly, a invitación del coronel Juan Menéndez, que se dice objeto de las persecuciones de una secta de hechiceros negros cuyo símbolo es un ala de vampiro y que causan la muerte de las personas por medios misteriosos. El coronel Menéndez vive en Cray's Folly con una prima, la señora de Stamer, que está paralítica de las piernes. Con la señora de Stamer está la señorita Valentina Beverley, joven de singular belleza. Los capítulos publicados en números anteriores de "Pucky" han permitido al lector conocer los temores del coronel Menéndez y la visita de éste a Pablo Harley el cual, junto con su amigo Knox, — que es el que va relatando los sucesos, — ha llegado a Cray's Folly. Knox conoce, estando en la hostería local, a un señor llamado Colin Comber, alcoholista incorregible, que vive en una casa a la que llaman Guest House y está muy cerca de Cray's Folly. Desde su llegada a la mansión del coronel Menéndez, Harley y Knox notan que reina allí un ambiente de temor. Una noche, Harley ve, en la cortina de la ventana del saloncito de fumar del coronel la silueta de una mujer. No puede ser la señora de Stamer, prima del coronel, porque está inválida, no es posible que sea Valentina Beverley su compañera. ¿Quién es aquella mujer? La parte más misteriosa y atrayente de la novela, que puede apreciarse, habiendo leído lo que antecede, sin necesidad de leer lo publicado antes, comienza a continuación.



DESPUES de haber afirmado que lo que había visto en la ventana era una silueta de mujer y no la de ninguna de las mujeres a quienes habíamos visto en la casa, mi amigo calló.

Guardó silencio y continuó fumando; a la luz tenue del cigarrillo podía ver su rostro serio y pensativo, y sus ojos brillar en la oscuridad.

—Es que tú cuentas con que Pedro haya cerrado bien la puerta de comunicación,—dije yo tratando de convencerme a mí mismo. — Yo no tengo gran confianza en ese hombre y si hay algún lío o algún enredo en la casa puedes dar por seguro que ese hombre anda metido en él, pero la explicación que encuentro más sencila y más natural, al mismo tiempo, es que el coronel Menéndez se ha puesto enfermo repentinamente y habrá ido alguna persona a cuidarle.

—La conducta de ella no era la de una enfermera con un enfermo,—murmuró Harley.

—¡Por Dios, te lo pido, Pablo; dime la verdad !— Dime lo que has visto.

—Pues te lo diré, amigo Knox. Por tres veces he visto la sombra de una mujer, que llevaba una especie de amplio batón o salto de cama, que se destacaba claramente en las cortinas de la ventana. Sus gestos indicaban que estaba en un estado de gran desesperación.

—¡De desesperación?

—Exactamente. Se dirigía a alguien, por lo visto, probablemente al coronel Menéndez, y, te repito, sus gestos eran claramente de desesperación.

—Harley, — exclamé. — Te pido, que bajo tu palabra de honor, me digas, si por la silueta y los movimientos que has visto, puedes deducir quién era esa mujer.

—Te juro que no la he reconocido; sólo sé que era una mujer que llevaba una especie de kimono muy amplio. Aparte de esto, sólo puedo jurar que aquella mujer no era la vieja Fisher.

Durante algunos momentos permanecimos en silencio. No sé en lo que pensaría Harley, pero yo meditaba en cosas raras y nada agradables. Al cabo de un rato me decidí a hablar y dije a Pablo:

—Creo, Harley, que debo contarte la conversación que esta noche he tenido con Valentina.

—¡Cuéntamela! — replicó interesado. — Dímelo en seguida, pues quizás de ella pueda sacar algo en limpio. Sin duda, te extrañará la manera brusca en que me he despedido de ti, pero tenía una razón para ello y era que comprendí que te procupaba algo que te había dicho Valentina, y como quería hacer una inspección en redor de esta casa, no quería llevar conmigo a un ayudante impresionado y por consiguiente lleno de prejuicios como tú lo estabas.

—¿Y tú tienes sospechas sobre algún habitante de Cray's Folly?

—Sobre un habitante en particular, no, pero me inclino a crer que todas esas manifestaciones de que se queja el coronel Menéndez no vienen de fuera si no del interior, de alguna persona de esta misma casa, y también reconozco que esta persona debe ser un cómplice del primitivo promotor de todas las amenazas. Y ahora, Knox, cuéntame tu conversación con la linda damisela.

Le conté todo lo que me había dicho Valentina a propósito de los pasos y gritos misteriosos que por dos veces habían sobresaltado tanto a la muchacha.

—¡Jum! — exclamó en cuanto yo cesé de hablar. — Suponiendo que todo eso sea verdad...

—¿Y por qué lo has de dudar? — le pregunté malhumorado.

—Mi querido Knox; yo tengo que dudar de todo, hasta que tenga completa evidencia de los hechos, por eso digo que suponiendo que todo sea cierto, nos encontramos frente a frente con la fantástica hipótesis de que una mujer desconocida, habita secretamente en esta casa.

—En alguna de las habitaciones de la torre, probablemente.—se me ocurrió decir.—Eso explicaría, a mi juicio, lo poco que gusta el coronel de hablar de esa parte del edificio.

Mi vista se había ya acostumbrado a la osridad y vi que Harley sacudía enérgicamente la cabeza.

—No, no, — replicó, — he registrado toda la torre cuarto por cuarto, y puedo jurar que ninguna persona extraña habita en ellos. No hay tal habitante secreto en la torre.

—Entonces, ¿de quién son los pasos que dijo Valentina?

—Pues los de esa mujer que aún está en el saloncito del coronel Menéndez.

Suspiré hondamente y dije a mi amigo:

—Este es un asunto muy raro, Harley; el misterio es más impenetrable que lo que al principio supuse.

De nuevo volvimos a guardar silencio.

El grito desacorde de un ave nocturna se oyó en el valle y se repitió varias veces, pero aparte de esto la tranquilidad era absoluta en el palacio y sus alrededores. Influenciado por aquel silencio bajé más la voz para decir a Pablo:

—La imaginación me está trastornando; hasta me ha parecido que he oído un ruido así como el batir de alas.

—Afortunadamente tengo yo bien sujeta mi imaginación, — replicó con disgusto, — y puedo decirte que realmente has oído el batir de alas; un buho acaba de volar a uno de los árboles de ahí en frente.

—Me alegro que así sea, — exclamé más tranquilo.

—No te puedes figurar lo que yo celebro tener educada y dominada mi imaginación, —continuó diciendo Harley, — de no ser así, cuando hace poco he visto la sombra de la mujer agitarse como lo hacía, me hubiera sido imposible que no se hubiese apoderado de mí la idea de que aquello era la sombra de otra cosa.

—¿Qué parecía?

—Parecía un enorme vampiro agitando las alas.

Esto lo dijo con la mayor naturalidad, pero oídas en aquella hora, en medio del silencio de la noche, entre tinieblas, produjeron en mi ánimo el efecto que a veces he notado al oir un acorde musical o escuchar una frase poética. Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo y al momento mi imaginación pobló los ámbitos de Cray's Folly de una serie de personajes fantásticos y como en una pesadilla, me creí en un palacio encantado, rodeado de brujos, duendes y trasgos.

Todo esto se había apoderado de mi imaginación y ensimismado estaba cuando Harley de un salto se puso de pie. Acostumbrado a la oscuridad pude ver claramente la actitud de mi amigo y vi que escuchaba atentamente. Dejó el cigarrillo en la mesita de noche y rápidamente cruzó el cuarto y se dirigió hacia la puerta; por lo silencioso de sus pisadas comprendí que llevaba suelas de goma.

—¿Qué ocurre, Harley? — le pregunté.

Ví que levantaba la mano y muy lentamente, con gran cautela iba abriendo la puerta. Yo estaba nerviosísimo y me senté observando sus movimientos. Sin producir el menor ruido le ví atravesar el umbral y desaparecer en la oscuridad del pasadizo. Me levanté y le seguí.

—¡Quieto ahí, Knox, no te muevas! — me dijo muy bajo al oído. — Alguien anda por el vestíbulo de abajo: espérame aquí.

Se alejó precipitadamente y yo me quedé inquieto y preocupado. Mi corazón latía con fuerza. Escuché, esperando oir un ruido, un grito, unas pisadas.

El corredor se extendía tenebroso a lo largo a mi izquierda. Por la derecha formaba ángulo recto e iba a dar a una balaustrada que dominaba el vestíbulo.

Pasaron varios segundos sin que el menor ruido turbase el silencio de la noche, hasta que llegué a percibir un ruido ligerísimo, una especie de soplido, que me pareció el suave cerrar de una puerta a la distancia.

Cuando pensaba si el ruido aquel era real o cosa de mi imaginación oí la voz aguda de Harley que gritó:

—¿Quién va?

Al mismo tiempo oí el tic de la llave de la lámpara eléctrica del vestíbulo.

No me pude contener y corrí para reunirme con mi amigo. Cuando llegué a la balaustrada le ví que cruzaba el vestíbulo y se dirigía hacia la puerta que cerraba la comunicación con las habitacionens de la servidumbre. Allí se detuvo y trató de abrir, pero la puerta había sido cerrada y en vano forcejeó. Recorrió el vestíbulo, examinó las demás puertas y rincones, y subió las escaleras. Al verme se sonrió tristemente:

—Sí, un ruido como cuando se cierra una puerta.

—Justo, así ha sido, en efecto; han cerrado una puerta, — replicó, — y antes de eso, también he oído el crugido de un escalón al ser pisado por la persona que bajaba, que es la que ha cruzado el vestíbulo. Ya ves, pues, desconocemos quién ha sido y su escondite.

Nos miramos en la oscuridad.

—La visita con el coronel ha terminado— continuó diciendo Harley — como mañana, no suceda algo de extraordinario, yo me voy de aquí: esto es una burla.

CAPITULO XII
Niebla matutina

EL sirviente Manuel vino a despertarme por la mañana. Aunque de tipo marcadamente español era más sanguíneo que Pedro y hablaba el inglés mucho mejor que el mayordomo.

En la mesita que había en el centro de mi cuarto colocó el te que presentó en una bandeja en la que se veía una rica tetera china, una manzana, un durazno y tres rebanadas de pan tostado.

—¿A qué hora desea el señor el baño? — preguntó.

—Para dentro de media hora — contesté.

—El otro desayuno se sirve a las nueve y media, — continuó diciendo Manuel, — pero las señoras rara vez bajan al comedor. ¿Quiere el señor que se lo sirva aquí?

—¿Qué hace el señor Harley?

—Me ha dicho que no quería desayunar, y el señor coronel os hace saber que no puede acompañarle en su paseo, pero un groom guiará al señor al brezal que es un bonito paseo y no hay sino una buena galopada. Después, del paseo, si el señor quiere le serviré el desayuno en la galería del lado Sur, que está muy agradable.

—Está bien, daré el paseito a caballo hasta el brezal y luego tomaré un bocado en la galería.

Sorbí una taza de te, me vestí y fuí al cuarto de Harley a quien encontré leyendo los diarios y fumando un cigarrillo.

—Voy a dar un paseo a caballo, — le dije. —¿Quieres venir conmigo?

Arregló las almohadas y, sacudiendo la cabeza, me contestó:

—No, amigo Knox; el ejercicio me distrae y tengo que concentrar mis ideas.

—Tienes unas teorías muy raras; te advierto que hace una mañana deliciosa.

—Pues que la goces; cuando regreses, aquí me encontrarás.

Conociéndole como le conocía no quise insistir y dejándole con sus diarios y sus cigarrillos me despedí de él. Una mucama limpiaba el vestíbulo y en el patio ante la verja un groom negro aguardaba con dos caballos ensillados. Un elegante alazán oscuro era el que me estaba destinado, y Jim, tal era el nombre del joven negrito, montaría el otro, una preciosa yegua española de finas patas y vivaracho aspecto.

Partimos; al pasar, Pedro que estaba en la puerta de la portería hablando con su ceñuda hija, me saludó muy ceremoniosamente.

Galopamos por el camino hacia el Este medio kilómetro y penetramos por una estrecha senda que bifurcaba, presentando el camino de la izquierda una gran pendiente. Más que camino parecía el cauce seco de un torrente y según Jim en invierno no era otra cosa. Era muy mal camino y peligroso para recorrerlo montado, así es que echamos pie a tierra, y el groom llevó los caballos de la rienda.

Salimos al cabo de un rato al camino real y pronto llegamos a un pintoresco brezal. La bruma era espesa, pero el olor a brezo la embalsamaba y hacía deliciosa aquella mañana de verano; las pisadas de los caballos en la hierba húmeda resonaban en mis oídos alegremente. Jim, que era un consumado jinete, parecía recrearse tanto como yo con aquel agradable paseo. Por mi parte, lo hubiera prolongado aún más. Las ideas de la noche anterior se habían disipado dando lugar a otras menos tristes, y pude con más frialdad y juicio afrontar los problemas que durante la noche me habían parecido insolubles.

El camino de regreso lo hicimos dando un buen rodeo en el que tuvimos que subir una cuesta no tan pendiente como la que habíamos descendido a la ida.

Al llegar al punto más alto vimos destacarse al Sur, y a menos de dos kilómetros la posesión de Cray's Folly. Por entre los árboles vi la mole de piedra gris sobre la verde alfombra, rodeada de sus elegantes jardines. Una tenue neblina suavizaba los tonos esfumando las líneas.

Unos minutos después pasábamos por delante de una antigua casa de campo oculta entre espesa arboleda que formaba una pantalla de verdura protegiendo al edificio contra los rayos del sol que sólo teñía de rojo los picos de sus techos. Si yo no hubiese conocido su situación, no me hubiera dado cuenta desde aquel punto que aquella casa era Guest House. Su aspecto desde el camino era sombrío y triste, pero recordando que el señor Colin Camber me había dicho que le visitara, pensé hacerlo aquel mismo día no sin cierto temor de ser recibido friamente.

Dejamos el camino a un lado y nos metimos a campo traviesa por unos prados que había recorrido el día anterior, y entramos en Cray's Folly por el lado del Sur, es decir, por el lado opuesto de donde salimos. Dejamos nuestros caballos en la puerta de la caballeriza, en donde ví otros dos caballos de silla, preciosos animales, y dos poneis perfectamente iguales que, según me dijo Jim, solía guiar madame de Stamer enganchados en un cochecito.

Vigorizado por el matinal paseo, atravesé el balcón corrido, el salón, y llegué al vestíbulo en donde encontré a Manuel que al verme me dijo:

—El baño está pronto, señor.

Le dí las gracias y subí pensando en que la vida en Cray's Folly era agradable y tan bien impresionado me hallaba que la fatídica sombra del ala del vampiro me pareció en aquellos momentos una tonta elucubración de un cerebro enfermo. Lo único que me preocupaba era saber quién era la mujer que había estado con el coronel Menéndez, la noche anterior.

Como inconsciente adorador del sol aquella gloriosa mañana de verano me hacía ver

todo de color de rosa, y sentí la alegría del vivir y deseché todas las ideas tristes que en otros momentos me habían martirizado.

Eché una mirada al cuarto de Harley, y, como me había prometido, allí estaba tranquilamente tumbado en la cama. Un diario estaba tirado en el suelo, otro lo tenía entre las manos.

—¡Qué hambre traigo! — le dije con malicia. — ¡Qué bien me ha sentado el paseo! Voy abajo a comer todo lo que me presenten.

—Muy bien hombre, — contestó sonriéndose burlonamente. — Celebro saber que hay una persona por lo menos, que se siente feliz.

Manuel había tomado mis diarios en mi cuarto y los había colocado en una mesita de la galería, junto con el desayuno. Abrí el "Daily Mail" y empecé a recorrerlo saboreando una "grape fruit" cuando algo así como un suave perfume, un fru-fru de sedas o una aura indefinible que indica la presencia de una mujer, me distrajo de mi ocupación y a mi izquierda vi a Valentina que me miraba sonriente.

—Buenos días, señor Knox, — me dijo.— Siga, siga usted con el desayuno. ¿Me permite que me siente a su lado y charlemos un rato?

—Si se retirara usted, tendría grandísima pena.

—Yo soy la florista de la casa, — dijo.— Este ramo de flores adornará su mesa mientras come. ¿No le parece a usted que somos una partida de bárbaros inhospitalarios?

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque si a mí no se me ocurre traerle estas flores, hubiera usted comido como en la mesa de un hotel.

—¡Delicioso, Valentina! ¡Y con usted al lado, calcule!...

—¡Gracias a Dios! — exclamó riendo picarescamente, — ese último pensamiento le ha salvado.

—Francamente, — continué, — la hospitalidad del coronel Menéndez no deja nada que desear. Procurar que sus huéspedes hagan comedor y salón de un balcón como éste en una mañana así, tiene algo de libertad de salvaje.

—Eso es; estoy de acuerdo con usted. Aquí hay una deliciosa libertad; el coronel la practica y quiere que todos hagan lo mismo. Sólo la gente rancia, montada a la antigua, puede criticar esto. ¿Qué tal el paseo a caballo?

—¡Encantador! — contesté mirándola complacido, mientras arreglaba las flores.

Sus dedos deliciosos, finos y ágiles, y tal es el carácter que reside en la mano humana que así como las de la francesa demostraban vivacidad, las de Valentina al moverse acariciaban denotando un carácter suave y dulce.

—Al regresar he pasado por delante de Guest House, — continué diciendo. — ¿Conoce usted a Camber?

Me miró asustada y replicó:

—No; yo no, ¿y usted?

—Le conocí ayer por casualidad.

—¿De verdad? Pues yo creía que era un hombre inabordable, una especie de ogro.

—Todo lo contrario; es un hombre de un carácter agradabilísimo.

—Puesto que usted lo afirma, — dijo Valentina, — le diré para entre nosotros que yo también le encontraba simpático. No he hablado nunca con él, pero por su aspecto parece una buena persona. ¿Y a su mujer, la conoce usted?

—No; ¿es estadounidense también?

Valentina se encogió de hombros y replicó:

—No tengo la menor idea de dónde es; me he cruzado con ella muchas veces, y lo único que puedo decirle que es la criatura más linda, la figurita más linda que he visto; pero en cuanto a su nacionalidad nada sé.

—¿Es muy joven?

—Mucho; a lo menos así lo parece; hace el efecto de una niña.

—Por lo que hago estas preguntas es porque Camber me dijo ayer que fuese a visitarle y pienso ir a verle hoy mismo.

—¿De veras? — volvió a preguntarme con expresión de espanto, y añadió:

—Es raro, estando aquí.

—¿Por qué?

—Pues... — replicó mirando nerviosamente a todos lados, — porque no sé por qué causa el nombre de Camber es un anatema en Cray's Folly.

—El coronel me dijo anoche que en su vida había visto a Camber.

Valentina se encogió de hombros, movimiento que sin darse cuenta había copiado de madame de Stamer, y me dijo:

—Así será; pero lo cierto es que le detesta con toda su alma.

—¿Que le detesta?

La cara de Valentina indicó gran turbación cuando me dijo:

—Sí, y éste es otro de los misterios que parece formar parte de la vida del coronel Menéndez.

—¿Y este odio es recíproco?

—Eso sí que no lo sé, pues nunca he hablado con el señor Camber.

—¿Y madame de Stamer abriga también el mismo sentimiento?

—También le aborrece; pero no me pregunte usted el por qué, pues también lo ignoro.

Hizo un gesto como para ahuyentar una idea y me sirvió otra taza de café.

—Voy a dejar a usted, — me dijo; — tengo que hacer varias cosas.

—¿Se va usted de verdad?

—De veras tengo que irme.

—Antes tiene usted que decirme una cosa.

Tomó unas cuantas flores y se quedó un momento mirándome con fijeza.

—¿Qué quiere que le diga?

—¿Oyó usted anoche los pasos misteriosos?

Su expresión cambió súbitamente y vi pintado en su rostro la emoción que tan poco me gustaba ver en ella: la del terror contenido.

—En voz muy baja contestó:

—No; ¿por qué me lo pregunta usted?

Lejos, muy lejos de mi mente estaba el que yo dudase de ella; pero era evidente que alguna entonación de mi voz la había puesto en guardia.

—Se lo pregunto, porque soy muy curioso, — repliqué secamente.

—No, no, — repitió, — no he oído los pasos esos desde hace algún tiempo. Quizás mis temores hayan sido puramente imaginarios.

A las claras se veía que ocultaba algo, que no hablaba con franqueza. Cuando después de arreglar de nuevo las flores, se despidió de mí con una amable sonrisa para meterse en la casa, permanecí sentado un buen rato, pensativo. Buena parte de mi alegría anterior había desaparecido, y ya la vida no me parecía tan agradable como la había encontrado una hora antes.

CAPITULO XIII
En Guest House

ME presenté a las once y media de aquella misma mañana en Guest House. Mi agitación era intensa y mi estado mental complicadísimo. Quizás mis desagradables pensamientos fuesen responsables de todo ello; pero me parecía que la atmósfera de Cray's Folly había cambiado considerablemente.

Jamás había experimentado una sensación tan grande de presentimiento como la que sentía en aquellas horas de deliciosa mañana estival.

Al coronel Menéndez le había visto aquella mañana a cosa de las nueve, sin encontrar en él huella alguna de sufrimiento o enfermedad. El cambio que yo había notado lo encontraba mucho más marcado en la dama francesa que en ningún otro. En sus ojos de rara fijeza había leído una expresión que sólo puedo calificar de mirada de sorpresa. Ya no tenía aquella heroica resignación de lo inevitable, que tanto me había llamado la atención en la faz del coronel. Había ambiente de amargura y la misma expresión, como la que indica un gran sacrificio inútilmente, y trataba de explicarme en vano lo que quería decir la extraña mirada de madame de Stamer.

Nunca como entonces las misteriosas sombras envolvían más tétricamente a la casa, lo que se hacía más manifiesto en aquella brillante mañana de purísimo cielo azul.

Las aves, las flores, la Madre Tierra cantaban la alegría del verano; pero bajo el techo de Cray's Folly reinaba el espíritu de la intranquilidad, de la zozobra, del temor. Comparaba yo aquello con esa especie de calma triste que presagia la tormenta. Hasta en la servidumbre me parecía leer el presagio de alguna calamidad.

Al hablar a Harley de estos temores, sonrió tristemente y me dijo:

—Sin duda, amigo Knox, te has olvidado que esta noche es noche de luna llena.

Como digo, estaba muy agitado al empujar la verja y acercarme a la puerta de Guest House.

Estaba seguro de que el gran misterio de Cray's Folly resolvería automáticamente los otros enigmas menores, y creía que en aquella casa podía encontrar la clave o por lo menos una pista.

La casa, que vista desde la carretera daba la sensación de abandono, desde cerca se notaba que estaba atendida, si bien el estado del edificio no era muy halagüeño. La cerradura y todas las piezas de metal de la puerta estaban limpias y brillantes, pero la casa pedía a gritos una restauración, y no hacía falta el espíritu deductivo de Pablo Harley para comprender que sus habitantes no nadaban en la abundancia.

A poco de llamar apareció en la puerta el chino Ah-Tsong. En su cara amarilla inexpresiva no se podía leer nada. No hizo sino abrir la puerta y clavar los ojos en mí.

—¿Está el señor Camber? — le pregunté.

—Patrón no está en casa, — gruñó el chino y empujó la puerta para cerrarla.

—Espera un momento, — le dije; — deja siquiera que te entregue mi tarjeta.

Ah-Tsong no cerró la puerta y contestó:

—Patrón no querer conversación. Aquí no venir nadie. ¿Sabe?

—Yo sabe, sí, yo sabe; pero entrega esta tarjeta a tu patrón.

Le entregué la cartulina, y como conocía la jerga china le dije imperativamente:

—Entrega esto ligero, Ah-Tsong, o lo pasarás mal. ¿Sabe, sabe?

—Sí sabe, — murmuró haciendo signos afirmativos con la cabeza y retirándose rápida y silenciosamente por la estera del pasadizo.

El vestíbulo era bastante oscuro, pero había luz suficiente para ver algunas piezas de mobiliario antiguo y buen número de estantes llenos de libros, todo ello bastante descuidado y lleno de polvo.

No había pasado un minuto, cuando por el fondo del corredor en dirección al vestíbulo ví aparecer al mismo Colin Camber. Tenía puesto un fumador con cuello y bocamangas de seda, por cierto en bastante lamentable estado. Su cabellera estaba enmarañada, y la barba indicaba que por la cara de Camber no había pasado la navaja.

Avanzó lentamente hacia mí, mirando mi tarjeta; luego a mí otra vez y de nuevo a la cartulina, sin quitarse de la boca una modestísima pipa de marlo de maíz. Parecía que dudaba sobre lo que debía hacer.

A pesar de su aspecto descuidado se veía en él a las claras un sello de dignidad y arrogancia, tanto en sus movimientos como por la inclinación de la cabeza en ángulo y hacia atrás.

—¿Usted es... el... el señor Malcolm Knox? — dijo mirándome fijamente. Por la expresión de su mirada comprendí que no se acordaba de mí. Al contestar afirmativamente preguntó:

—¿Qué desea usted de mí, señor?

—Deseo verle, — repliqué sonriendo;—pero temo que le haya interrumpido en su trabajo. Ahora bien; como temo que no se me presente otra oportunidad para reanudar el conocimiento que hemos hecho y del que yo, por lo menos, me honro muchísimo...

—¿De reanudar nuestro conocimiento, dice usted, señor Knox?

—Sí, señor.

Me miró con gran fijeza y añadió:

—¿De manera que esta no es la primera vez que nos hablamos?

—No, señor; es la segunda; ayer nos conocimos. ¿No se acuerda? Como he leído en el "Occult Review" un artículo de usted, he aprovechado la invitación que me hizo ayer de venir a verle, y aquí me tiene para charlar un rato.

Su expresión cambió al momento; desapareció su ceño y sonriente exclamó:

—¡Ah, sí, sí; usted es gran aficionado a esas cosas! Perdone mi brusquedad, señor Knox; tengo una memoria malísima. Tenga la bondad de pasar, que está usted en su casa.

Abrió la puerta de par en par e hizo un gracioso saludo inclinando la cabeza con una elegancia nada común en jóvenes de su edad. Le seguí, celebrando la buena idea que me había procurado conocimiento de persona tan agradable, y entramos en un despacho que renuncio a describir, pues bajo un aspecto parecía la tienda de un anticuario y bajo otro una casa de libros de ocasión como las que se ven en todas las grandes capitales. Por las cuatro paredes había estanterías cuajadas de libros. Había además libros en las sillas, en las mesas, sobre la repisa de la chimenea, en el suelo, unos abiertos, cerrados la mayoría, algunos admirablemente encuadernados y muchos con las tapas rotas.

En una mesa llena de papeles y libros se veía abierto el tomo VII de "Las mil noches y una noche", de Burton, y enfrente había una silla. Era indudable que a mi llegada Camber estaba entretenido en su lectura. En una de las páginas se veía un círculo castaño aún húmedo, lo que indicaba que el libro había servido de plato a una taza de te o de café, y un volumen de "La rama de oro", de Fraser, había servido de cenicero, pues de ello tenía señales inequívocas en la ceniza que cubría parte de la tapa cuyos bordes se veían quemados en varios sitios.

En esta estancia, interesante y única en su clase, el Oriente se tocaba con el Occidente. Lacrimatorios romanos, exvotos egipcios mezclados en desorden con botellas vacías de cerveza, y un horroso ídolo polinesio soportaba impasible un sombrero blando, fabricado en Filadelfia. Restos de antiguos túmulos británicos, dagas asiáticas, colmillos con grotescas tallas e inscripciones indescifrables con jeroglíficos, en donde abundaban las serpientes originarias del Yucatán; una reproducción en marfil del templo de los Diez Mil Budas, en el que se apoyaba un crucifijo copto hecho de palo de rosa; sobre un antiguo arcón español un trozo de seda persa con el monograma Sha Jehan y un versículo del Corán, y así una infinidad de rarezas, todo en desorden, pero que debían haber costado un dineral al estudioso Colin Camber.

—Tome usted asiento, señor Knox; siéntese, — dijo quitando de un manotón, de una silla un volumen forrado en terciopelo de una obra de Elifas Leví y acercándose al mueble. — La visita de un aficionado a estas cosas es un placer que pocas veces tengo.— Se sentó en una silla de rara y artística talla y añadió: — Aquí me tiene usted ocupado en tomar datos y hacer averiguaciones que me han de servir para escribir el capítulo cuarenta y dos de mi obra. Eche usted una miriada a lo que contiene esta cajita.

Me entregó una cajita de madera de color oscuro, al parecer antiquísima, que contenía unas cuantas semillas arrugadas.

Las examiné con curiosidad y devolví continente y contenido, haciendo gestos de que no sabía lo que aquello era.

—¿Qué será esto?, se preguntará usted,— dijo con aire de triunfo infantil, el rostro animado y rejuvenecido como si fuese otro hombre. — Pues esto es, — siguió diciendo mientras tocaba aquellas semillas con su índice largo y delicado, — estas son semillas del loto sagrado de Egipto y encontradas en la tumba de un sacerdote.

—¿Y esto para qué averiguaciones le sirve a usted? — pregunté.

—Ahora lo comprenderá, — replicó acercándose un pedazo de diario sobre el que había un montón de tabaco. — Yo sostengo que el principio vital sobrevive en ellas y me propongo cultivar estas semillas, señor Knox. ¿Comprende usted la trascendencia de este experimento?

Sacudió la pipa contra el taco de su zapatilla y volvió a cargarla con el tabaco que había puesto a su lado.

—Desde el punto de vista físico me hago cargo de la importancia del experimento,— repliqué, — pero no comprendo lo que eso tenga que ver con sus estudios y aficiones, señor Camber.

—¡Ah! — exclamó con aire triunfal a tiempo que atacaba el tabaco en la pipa, — por esta misma razón, el capítulo cuarenta y dos de mi obra ha de ser la clave de toda ella, señor mío. Tengo la pretensión de que voy a establecer un nuevo foco para el pensamiento, una Roma intelectual uniendo las Siete Montañas del Descreimiento.

Encendió la pipa y me miró con complacencia.

De mi examen y de lo que le oía hablar había nacido en mí una muy favorable opinión de aquel individuo. Era indudable que era un nuevo Galileo, un hombre que se había adelantado a su época. Su altivo porte, que yo creía puramente físico era igualmente la manifestación, la insignia de la superioridad intelectual. Estaba muy por cima de la generalidad de los hombres, y no se preocupaba de los que le rodeaban. No tenía vanidad ninguna; tenía sólo el egoismo del verdadero genio.

—Ahora, amigo,—continuó diciendo mientras daba grandes chupadas, — he notado que miraba usted con atención a ese volumen de la "Rama de Oro,— y apuntó al libro que ya he mencionado. — Es un libro muy profundo e interesante, pero después de recorrer sus cientos de páginas, ¿qué ha aprendido el estudiante? ¿Sabe acaso por qué el capítulo veinte y seis del "Libro de los muertos" fué escrito en lapislázuli, el veintisiete en feldespato verde, el veintinueve en cornalina y el treinta en serpentina? No: seguramente que no. Después de haber leído la parte cuarta, ¿ha descifrado el secreto de por qué Osiris era un dios negro, a pesar

de simbolizar al Sol? ¿Ha llegado a saber el por qué el cristianismo moderno va perdiendo su consistencia en las naciones, mientras que el budismo cuenta millones de creyentes? tampoco. Pues eso es porque el que estudia rara vez es el que vé.

—De acuerdo, de acuerdo con usted, —dije creyendo que comprendía su argumento.

—Perfectamente, — continuó diciendo. — Yo soy ciudadano norteamericano, que es como decir que pertenezco a la mayor comunidad de comerciantes que ha habido en el mundo desde que los fenicios invadieron el mundo conocido. Estados Unidos no ha producido aún al místico. Judea produjo al fundador del cristianismo, y Gautama Buda, de sangre real, estableció el credo de la equidad humana. ¿En qué cosa estos magos, pues los que hacen milagros no son sino magos, en qué, digo, esos hombres se diferenciaron de los demás hombres? En una sola cosa: en que habían aprendido a gobernar esa fuerza que hoy llamamos "voluntad".

Al decir esto, Colin Camber se fijó en mí lanzando una ráfaga luminosa que me hizo estremecer. La embrutecida figura del hombre que encontré en el bar se borró por completo y vi ante mí al hombre de energía, al hombre de extraordinario talento y de vastísimos conocimientos. Su voz suavísima y agradable y su centelleante mirada me dejaron cautivado.

—Lo que nosotros llamamos "voluntad"— continuó, — es lo que los antiguos egipcios llamaban "khu". No es mental; es una facultad del alma. En esto, mi querido señor Knox, yo me aparto del pensar de mis contemporáneos. En seguida le voy a demostrar que el ojo del Divino arquitecto literalmente observa a todas y cada una de las criaturas.

—¿Literalmente?

—Sí, señor; literalmente. No necesitamos de imágenes, ni de ídolos, ni de cuadros. Toda la fuerza, toda la energía, toda la luz viene de una sola fuente: el sol. El sol domina sobre la voluntad y la voluntad es el alma. Si hubiese en la tierra una caverna en la que no entrase ni el menor rayo de luz, y si fuese posible que allí naciese una criatura y allí viviese, ¿sabe usted lo que ese niño sería?

—Ciego, es casi seguro, — repliqué, — aparte de eso no puedo imaginármelo.

—Pues yo se lo diré, señor Knox. Sería un demonio.

—¿Qué dice usted? — exclamé asombrado pensando por un momento que me encontraba ante un loco de gran imaginación.

—Escúcheme, — dijo apuntándome con la pipa. — ¿Por qué en los antiguos credos el Infiero figura siempre en grandes profundidades? Pues por la sencilla razón de que si tales sitios existiesen y estuviesen habitados serían lugares sin sol y no podrían estar habitados sino por demonios, y ¿qué son los demonios sino criaturas sin alma?

—¿De manera que usted cree que un muchacho que naciera y creciese sin la influencia del sol no tendría alma?

—Así lo creo, señor Knox. ¿Empieza usted a comprender la importancia de mi experimento con las semillas del loto?

Hice signos afirmativos con la cabeza. Colin Camber dejó la pipa en la mesa y soltó una carcajada infantil, que pareció rejuvenecerle, transformándole otra vez. El mago había desaparecido y ya no era sino el hombre de genio, el humano inteligente, el estudiante de asuntos raros, un compañero agradabilísimo, de sorprendente y atractiva imaginación.

—Me parece, querido señor — dijo — me temo, más bien que he ido demasiado lejos en estos asuntos para los cuales no está usted preparado. Todo el secreto de mi teoría sobre el universo está concentrado en estas palabras: Día y Noche, Luz y Oscuridad. Yo he estudiado la luz y las sombras con decisión, sin temor, y le aseguro que alboreará una nueva edad y las edades nuevas necesitan nuevas creencias. ¿Ha estado usted alguna vez en el país de los Hill Dyaks?

Esta pregunta, que no aguardaba, me sorprendió, y repliqué preguntando:

—¿Se refiere usted a la región montañosa de Borneo?

—A esa me refiero.

—No, no he estado nunca allí.

—Entonces este utensilio mágico le sorprenderá.

Se levantó y pasó a un gabinete contiguo, muy sucio, lleno de multitud de objetos rarísimos: huesos tallados, cajas con incrustaciones, manuscritos antiguos y una infinidad de cosas imposibles de describir.

Me alargó una cosa que parecía una pipa rústica de rica madera de color castaño.

—Examine usted eso, señor Knox, — me dijo, y una sonrisa de niño triunfante animó su rostro.

Hice lo que me decía, pero nada de particular vi en el objeto aquel. Aquello indudablemente no era una pipa, porque el interior de la cabeza estaba tallado y no tenía comunicación con el palo. Se la devolví, haciendo gestos de que no sabía lo que aquello era.

—Si uno no está enterado de las propiedades de este pequeño instrumento, — me dijo, — es imposible que lo adivine. Observe usted.

Dió un golpe con la mano en el hueco de la parte más ancha y produjo un sonido agudo como el de una campanilla.

—Escuche, — volvió a decir.

Hizo un movimiento con el artefacto como el que se hace al sacudir una pluma para quitarle demasía de tinta, y en el mismo lugar en el que hubiese caído el borrón en el suelo resonó la misma nota brillante. Parecía que de mis pies brotaba un sonido agudo, metálico, clarísimo.

Luego sacudió el instrumento colocando la abertura hacia arriba y la nota musical resonó en el techo. Después hizo el movimiento a la derecha y el sonido pareció brotar de la ventana, y por último agitó aquel raro artefacto en mi dirección y sentí que la nota brillante y metálica sonaba en mi mismo oído.

He de confesar que quedé maravillado.

—Esto es magia; pura magia de los Dyaks, —dijo Colin Camber: — es uno de esos secretos de la naturaleza que la ciencia convencional de Occidente no sabe explicar. Esto era conocido de los sacerdotes egipcios, y de ahí su Mnemón musical. También lo conocía madame Blavastky, que empleaba su "Campanilla astral", como yo he averiguado.

Guardó aquel asombroso instrumento y me dijo:

—Ahora le voy a enterar de una cosa que le extrañará, y es que esas notas que usted ha oído sólo se producen desde la salida hasta la puesta del sol.

Y sin dejarme hacer observación alguna, continuó:

—Lo más notable de lo que sobrevive de la magia negra, es decir, el empleo científico de la oscuridad contra la luz, se encuentra en Haity y en alguna que otra Antilla.

—¿Se refiere usted al culto llamado Vudu o Bodu? — le pregunté.

Hizo un signo afirmativo con la cabeza, dió una larga chupada a su pipa y replicó:

—Ese es un tema que he investigado minuciosamente, hasta lo último, hace unos años.

No le quitaba la vista de encima, y noté que al decir esas últimas palabras su rostro se nublaba con una rara mezcla de tristeza y alegría que renuncio a calificar ni describir.

—En las Antillas, señor Knox, — continuó diciendo con voz alterada, — lo perdí todo y todo lo encontré. ¿Se ha fijado usted que es con tristeza con lo que compramos la alegría?

No comprendí al momento su pregunta, y en ella pensaba cuando oí que llamaban a la puerta y entró una mujer.

CAPITULO XIV

Isolina Camber

ME resulta difícil, en estos momentos recordar exactamente mis impresiones sobre aquel encuentro. Aquella mujer, que estaba un tanto turbada en mi presencia, tenía algo de singular, algo nuevo para mí. Pertenecía a un tipo que yo había visto poco y no es raro que me maravillase, pues a pesar de haber viajado mucho, nunca había estado por las Antillas ni había visitado España; y aquella muchacha (hubiera jurado que no tenía veinte años) era una de esas raras bellezas de rubia española, aunque más tarde supe que no era de pura raza española.

Era menudita, aniñada, de diminutos pies y fino tobillo. Los pies me llamaron la atención, pues no había visto en mi vida otros tan pequeños. Llevaba una especie de blanco y ligero chal sobre sus hombros, y sus brazos desnudos, que aparecían por las cortas mangas, tenían la redondez de los de los niños. Su cutis parecía que había absorbido y retenido algo del sol tropical.

Tenía el ondulante andar de una mujer alta, y su cuello y linda cabecita tenían las correctas líneas de las estatuas griegas.

Su cabellera, de dorado oscuro, era abundante y rizosa, y su belleza era de esas tan extraordinarias, que, como la de Cleopatra, puede llegar a ser causa de un debate dramático.

Así como ningún hombre hubiese negado que Valentina era una encantadora mujer, de diez críticos, nueve no hubieran sabido clasificar correctamente ni con justicia a aquella rubia española.

Su cutis era aterciopelado, en el sentido oriental con ese tinte extraño de oro tostado que tanto contrastaba con sus ojos de azul oscuro y largas y sedosas pestañas.

La emoción le hacía agrandar sus pupilas, raro fenómeno, así es que al entrar en el cuarto y encontrar dentro una persona extraña, parecían sus ojos más bien negros que azules.

Su turbación fué grande e hizo un movimiento para retirarse; pero Colin Camber, mirándola con expresión de rara mezcla de orgullo y tristeza, le dijo:

—Ven, Isolina; te voy a presentar al señor Malcolm Knox, que ha tenido la bondad de honrarnos con su visita.

Se volvió hacia mí y añadió:

—Tengo una verdadera satisfacción en presentarle a mi mujer.

Cuando la señora de Camber me alargó la mano lo hizo con tal timidez, que me pareció que se consideraba a sí misma como molesta.

La expresión de sus ojos cuando miró a su marido era de perfecta adoración, y aunque era evidente que él estaba enamorado de ella, pensé si en su colosal egoísmo sería capaz de ceder al afecto, y dudé de que aquel hombre supiese tratar y defender a aquella delicada muchacha meridional.

Me acordé del episodio del bar, y al preguntarme interiormente si aquella niña sería feliz, comprendí la mirada de orgullo y de tristeza con que Colin Camber la recibió al entrar en el despacho. Quizás fuese la expresión del que se reconoce imperfecto marido.

—Muy agradecidos por su visita, señor Knox, — dijo la joven esposa.

Habló con una voz y un tono que la hacía altamente simpática, un tono que nada tenía del vibrante y fuerte de madame de Stamer, de su voz memorable.

Hablaba el inglés incorrectamente, pero con buen acento.

—Su marido me ha hecho dar un viaje por países encantados, señora, — le dije; — en mi vida se me ha pasado una mañana tan rápidamente.

—¿Qué? — me preguntó riéndose infantilmente, lo que me alegró de veras. — ¿Le ha hablado del libro que está escribiendo para hacer buena a la humanidad? ¿Le ha dicho a usted que ese libro va a hacernos ricos?

—¿Ricos? — replicó Camber frunciendo ligeramente el entrecejo. — Las riquezas de la Naturaleza son salud y amor. Si contamos con esto, la riqueza vendrá. Y ahora que estás aquí, Isolina, rogaré al señor Knox que para celebrar este encuentro bebamos un va-

so de vino para brindar porque repitamos estas visitas.

Mientras hablaba me fijaba en aquel hombre delgado y desgarbado y, sin embargo, revestido de cierta dignidad. Me costó trabajo ver en él al bebedor del bar, consumiendo a sorbos, vasos de whisky. El parecido con el retrato que Harley tenía en su cuarto era asombroso. Había un sello de noble abolengo en sus delicadas facciones; acentuaba el parecido la forma de la afeitada barba. Comprendí que no podía rehusar la invitación por temor a que lo tomase a desaire, y repliqué:

—Muy gracias; son ustedes muy amables.

Colin Camber inclinó la cabeza graciosa y cortésmente y exclamó:

—Las gracias debemos darlas nosotros por su bondad, señor Knox.

Dió una palmada, y como una sombra silenciosa apareción Ah-Tsong. Noté que aunque era Colin quien había llamado, el chino se dirigió a su esposa.

Cuando le vi por primera vez me pareció que el amarillo individuo era incapaz de reflejar en su cara la menor expresión; pero cuando sus oblicuos ojos se dirigieron hacia la joven, noté en ellos la expresión de la muda adoración, como la que se ve en los ojos de un perro cuando mira a su amo.

—Hoi, hoi, — murmuró, — hoi, hoi.

Hizo una gran reverencia y desapareció.

Colin Camber, para satisfacer mi curiosidad me dijo:

—Ah-Tsong es el sirviente de mi mujer.

—Sí, — añadió ella con voz suave y mirándome con franqueza. — Ah-Tsong me ha tenido en sus brazos desde que era una nenita así, — y señaló con la mano una altura de setenta centímetros riendo alegremente. —Ya se imaginará usted qué chica sería.

—Ha debido ser usted una nenita maravillosa, seria, — repliqué con sinceridad, — ¿y desde entonces sigue a su servicio?

—Desde entonces, — repitió sacudiendo la cabeza un tanto patéticamente, — y creo que jamás se separará de mi lado. ¿No te parece, Colin?

—Creo firmemente que no, — contestó su marido; — tú eres todo lo que él quiere en el mundo, lo único que quiere. Es un caso, señor Knox, — me dijo volviéndose hacia mí, — de fidelidad ciega que difícilmente se encuentra hoy día y que sólo existe, en debida forma en el Asia.

La damita se sentó en una de las pocas sillas que no estaban llenas de libros y su marido volvió a ocupar su puesto ante la mesa de escritorio y en vano quise interpretar lo que significaban las miradas que se cruzaron entre los esposos. Lo que sí se veía a las claras era, que estaban enamorados mutuamente, pero allí, como en Cray's Folly noté que había una tristeza que empañaba, a no dudarlo, la felicidad de aquella pareja; pensaba si habrían estado separados y acababan de reunirse de nuevo, porque se notaba cierta cortedad entre ellos, más marcada en ella que en Colin. De buena gana les hubiera preguntado cuánto tiempo llevaban casados, pero no quise ser indiscreto.

Cuando estas ideas pasaban por mi mente se presentó una oportunidad por la cual supe lo que deseaba conocer.

El timbre de la puerta sonó.

—Alguien llama, Colin, — dijo la esposa.

—Yo iré a ver quien es, porque Ah-Tsong está ocupado.

Se levantó y salió de la habitación.

—Ya ve usted, — dijo la dama sonriendo infantilmente, — no tenemos más sirvientes que Ah-Tsong y una vieja llamada Powis, que ahora no está en casa, pues nos ha pedido permiso para pasar unos días en casa de su hermana y se los hemos concedido.

—No puedo imaginar a usted haciendo todos los quehaceres de la casa, señora, — repliqué. — Dispénseme, pero no puedo menos de preguntarle cuánto tiempo llevan ustedes casados.

—Muy cerca de cuatro años.

—¿Es posible? — exclamé. — Entonces se casaría usted siendo una niña.

—No, me casé a los veinte. ¿Tan joven parezco?

La miré estupefacto.

—Me asombra usted, no parece que tiene usted más de diez y ocho, — le dije ingenuamente y no por galantería.

Apoyó ambas manos en el asiento del sofá avanzó el cuerpo hacia adelante y mirándome con los ojos muy abiertos me dijo:

—Mire usted, le aseguro que muchas veces quisiera parecer más vieja. Aquí, somos muy felices, pero la gente es tan rara que en la calle y en las tiendas me miran de una manera... por eso salgo poco, y envío a la criada a comprar lo que necesito.

—Es usted una mujer maravillosa. ¿Es usted española?

Sacudió ligeramente la cabeza y noté que sus pupilas se dilataban.

—Nací en Cuba.

—¿En Cuba?

—Sí, señor.

—¿Entonces fué en Cuba donde conoció usted al señor Camber?

—Sí, señor, — contestó mirándome con fijeza.

—Es raro que un norteamericano de Virginia se haya establecido en esta parte de Inglaterra.

—No es tan raro, — murmuró. — Los padres de Colin son muy orgullosos; no se puede usted imaginar cómo son. ¡Qué gente más repugnante la de Virginia; les aborrezco!

—¿Que les aborrece usted?

—A todos no, porque mi marido es de allá, pero nunca volveremos a Virginia.

—¿Por qué, señora?

—Por mí.

—¿Es decir, que es usted quien no quiere vivir en Estados Unidos?

—No, ni tampoco los padres de Colin querrían verme allí.

Sus ojos brillaron y bajó los párpados.

—¿Que sus suegros no querrían verla? No lo entiendo.

—Pues es muy sencillo, — exclamó sonriendo gravemento. — Soy cubana, una de esas que, como ellos dicen, tienen sangre mezclada.

Sacudió la cabeza como para alejar tal

idea y se puso de pie en el momento en que entraba Camber seguido de Ah-Tsong que traía una bandeja con galletitas y vino.

Ya no recuerdo lo que hablamos después; no ponía atención y no hacía sino pensar que Isolina era una cubana, y me pareció que allí estaba el eslabón de unión que faltaba en la cadena que Harley iba armando. Era en Cuba, donde Colin Camber había encontrado a su mujer y de Cuba venía la amenaza del ala del vampiro.

¿Qué significaba aquello? Había algo más que una coincidencia en el hecho de que aquellas dos familias, las dos procedentes de las Antillas se hubiera establecido tan cerca una de otra en las colinas de Surrey. Si esto había sido hecho deliberadamente, la idea había partido del coronel Menéndez, puesto que éste había alquilado Cray's Folly cuando ya los Camber vivían en Guest House.

No sé si yo dejé ver mis preocupaciones durante el tiempo en que no hacía sino pensar en todo aquello; pero no me di cuenta de lo que dijimos; sólo recuerdo que la dama salió y Camber y yo bajamos a dar una vuelta por el jardín.

—Esta es la glorieta de que he hablado, señor Knox, — dijo, pero yo no recordaba que hubiese hablado de semejante cosa.— Durante la época en que sir Jaime Appleton residió en Cray's Folly, mi sitio predilecto de trabajo en el verano era esta glorieta. Estos terrenos eran de sir Jaime, así como todos esos jardines que se ven, y él los arregló, pues antes de que él comprara esto estaba todo muy abandonado.

Aquello me sacó de mi meditación y ensimismamiento. Nos encontrábamos cerca de una barrera que marcaba el límite del terreno perteneciente a Guest House, y la barrera con el cerco que a ambos lados corría un arroyo pedregoso que iba a desembocar sus aguas en el lago de los jardines de Cray's Folly.

Desde aquel punto se podía ver claramente casi toda la residencia del coronel Menéndez; lo que no se podía ver por ocultarlo la arboleda, era el parterre y la torre.

—Dejé de venir a trabajar aquí, — añadió Colin Camber, — cuando ese... cuando... el... el nuevo inquilino se instaló en Cray's Folly. Ahora trabajo en el cuarto que usted ha visto.

Dió un profundo suspiro, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la casa, caminando muy erguido; presentaba una extraña figura con su deshilachado saco fumador.

Hacía un día espléndido, lleno de luz, y yo iba comentando la belleza del paisaje y de aquel antiguo jardín bordeado en algunos sitios por una tapia ruinosa.

—Sí, es bonito este viejo lugar, — dijo Camber; — tiene algo de arcaico. Yo llegué a creer que esto había formado parte de algún monasterio o convento, y, sin embargo, supe después que no había tal cosa. Toma su nombre de un tal sir Gaspar Guest que vivió, según creo, durante el reinado del rey Carlos, de triste memoria.

—Pero ahora, — repliqué, — Guest House es un sitio encantador y tranquilo.

—Así es, — exclamó Colin Camber gravemente. — Aquí puede uno vivir en paz, lejos del bullicio y las inquietudes del mundo. — Dió un gran suspiro y terminó la frase diciendo: — Y siento mucho tener que abandonar este apacible rincón.

—¡Cómo! ¿Piensa usted dejar esto?

—En cuanto encuentre otra casa de campo a mi gusto, me iré de aquí; una quinta que satisfaga mis exigencias y cuyo alquiler esté al alcance de mi bolsa. Y ahora, señor Knox, espero que nos honrará usted quedándose a almorzar con nosotros.

—Muchísimas gracias, — repliqué; — es lo agradezco infinito; pero tengo que regresar a Cray's Folly.

Al decir esto me había adelantado un par de pasos y trataba de salvar un matorral que entorpecía el paso, pues el jardín estaba muy descuidado. Me volví y añadí:

—Ya comprenderá usted que hoy me es imposible.

Jamás olvidaré lo que entonces ocurrió. Colin Camber, que de sí era pálido, se tornó en lívido; la palidez de su rostro se hizo de pronto cadavérica; cerró los puños con fuerza, alargó el cuello y me clavó los ojos con fijeza de loco.

—¿Señor, — le pregunté con interés; — se encuentra usted enfermo?

Se mojó sus labios resecos por la emoción, y hablando con dificultad tartamudeó:

—¿Qué... regresa... usted... a... Cray's Folly?

—Sí, señor; soy un huésped del coronel Menéndez.

—¡Ah!...

Se llevó la mano a la garganta, tomó el cuello de la camisa y de un tirón hizo saltar el botón. En su rostro se dibujó una rabia insana, un odio feroz; durante unos segundos no pudo hablar.

—¿De modo que es usted huésped del demonio de Menéndez? — exclamó en voz baja, pareciendo que se ahogaba al pronunciar aquel nombre. — Del demonio de Menéndez,... ¡Usted... usted... usted es un espía! ¡Usted se ha burlado, ha traicionado mi hospitalidad! ¡Se ha metido en mi casa engañándome! ¡Ah, si yo lo hubiese sabido!

—¡Señor! — exclamé yo, cerrando también los puños al oir aquellas frases insultantes. — Mire usted lo que dice.

—Ya lo miro, — replicó con voz ronca;— y porque lo miro, váyase de aquí.

Levantó la mano señalando la barrera con el índice tembloroso, y añadió:

—Si en su pecho conserva un átomo de delicadeza, salga de mi casa al momento.

Con las narices dilatadas, los ojos muy abiertos y el dedo en alto me miró, y se separó de mí rápidamente hacia la casa gritando:

—¡Ah-Tsong; Ah-Tsong! El sombrero y el bastón del señor; ¡pronto, pronto!

Sus gritos eran los de un loco, los de un furioso.

El chino salió a mi encuentro y me entregó el bastón y el sombrero sin decir una palabra. Recogí ambos objetos en silencio y seguí al chino hasta la puerta, que abrió

Salí, y a poco me encontraba en el camino real.

Mi corazón latía con fuerza. No sabía qué pensar de todo aquello. Era la primera vez que se me arrojaba de una casa. Me sentía humillado, mortificado por el insulto; la rabia me invadió y me sentí palidecer.

No sé dónde hubiese seguido caminando, si unos pasos rápidos que sentí tras mí no me hubieran sacado de mi ensimismamiento. Me detuve, miré hacia atrás y vi a Ah-Tsong que se acercaba a mí corriendo.

—Chino tlae eto de su patloncita, — me dijo alargándome una carta.

Dudé un momento, mirando al emisario en una forma que no debió parecerle muy agradable; pero me repuse, tomé la misiva, rasgué el sobre y de dentro saqué la siguiente nota, escrita con lápiz:

"Señor Knox: Le ruego que perdone a
" mi marido. Si usted supiese lo que hemos
" sufrido a causa de don Juan Menéndez,
" no le costaría trabajo perdonarle. Hága-
" lo por mí; se lo ruega,—Isolina Camber."

El chino no me quitaba los ojos de encima mirándome con expresión asustada.

—Díle a tu patrona que me he enterado de todo; que me hago cuenta de todo y que la escribiré.

—Hoi, hoi, — contestó Ah-Tsong.

Dió media vuelta y echó a correr precipitadamente.

Yo continué mi camino hacia Cray's Folly, en un estado de ánimo que renuncio a describir.

CAPITULO XV

Inquietudes

ESTABA yo en el cuarto de Pablo Harley. Habíamos almorzado y aunque, como el día anterior, el almuerzo había sido excelente, y admirablemente servido, la tensión de espíritu que experimenté todo el tiempo que estuve en la mesa, me produjo una molestia invencible.

Las sombras de que he hablado parecían poder ya tocarse. En vano atribuí esta sensación a un estado mórbido de mi imaginación: continuaba notándola insistentemente.

La bulliciosa alegría de madame de Stamer parecióme más falsa que nunca. Daba vueltas a las sortijas sobre sus delgados dedos y dirigía miradas interrogadoras a cuantos rodeábamos la mesa. Este espíritu de desasosiego, fuera cual fuese su causa, se había comunicado a todos los demás. Las agudezas de madame fueron otros tantos fracasos, verdad es que las decía sin convicción, como un aficionado a recitar, que repite lo que sabe de memoria. El coronel permanecía extraordinariamente silencioso, comiendo poco y bebiendo mucho. Había en el ambiente algo poco natural, algo casi espectral, y cuando madame de Stamer se retiró por fin, llevándose a Valentina, dí por seguro que el coronel querría hablarnos. Si alguna vez un rostro humano ha revelado en su expresión el conocimiento del mal en toda su plenitud, fué seguramente el rostro del coronel cuando, sentado a la cabecera de la mesa, miraba fijamente al frente. Sin embargo, sus palabras fueron simplemente éstas:

—Señores, si las investigaciones que ustedes han hecho aquí no les han dado ningún resultado palpable, digámoslo así, por lo menos estoy seguro de que habrán comprendido por lo menos una cosa.

Harley le dirigió una severa mirada, y repuso:

—Yo he comprendido, coronel, que va a ocurrir algo.

—¡Ah! — murmuró el coronel, crispando sus robustas manos sobre el borde de la mesa.

—Pero he comprendido algo más, — continuó mi amigo. — Usted me ha pedido ayuda, y aquí estoy; pero al mismo tiempo me ha atado usted de pies y manos.

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó el otro, con tono afectuoso.

—Hablemos claro. Quiero decir que, respecto a ese peligro que le amenaza, sabe usted más de lo que me ha dicho. Permítame proseguir, coronel. Le agradezco mucho su encantadora hospitalidad. Como huésped suyo, no puedo quejarme, pero como investigador profesional, cuyos servicios se han solicitado en circunstancias realmente anormales, ni estoy contento ni puedo dar a usted las gracias.

Cruzáronse sus miradas. Ambos estaban igualmente indignados, y parecían ponerse en guardia para luchar. Tras algunos momentos de silencio el coronel dijo:

—¿No tiene usted más que decirme, señor Harley?

—Sí, señor, — fué la respuesta. — Debo decirle que aprecio mucho su amistad, pero que temo tener que volverme a Londres sin más dilación.

El coronel apretaba los dientes con tal fuerza, que vi claramente los músculos de sus mandíbulas en tensión. Comprendíase que estaba librando una batalla consigo mismo. Al fin dijo:

—¡Cómo! Sería usted capaz de abandonarme?

—Jamás he abandonado a quien ha buscado mi ayuda.

—Pues yo he buscado su ayuda.

—¡Acétela usted entonces! — exclamó Harley.—Acéptela, o permítame abandonar este caso. Me pide usted que busque a un enemigo que le amenaza, y usted oculta todas las claves que podrían ayudarme a buscarlo.

—¿Qué clave he ocultado yo?

Pablo Harley se levantó.

—Es inútil seguir discutiendo, coronel, — dijo fríamente.

El coronel se levantó también y replicó, aunque con voz insegura:

—Escuche usted, señor Harley: Si yo le doy mi palabra de honor de que no me atrevo a contarle nada más, y una vez hecho esto, le ruego que se quede. por lo menos otra noche, ¿rehusaría usted?

Harley, de pie al otro extremo de la mesa, le observaba atentamente.

—Esto, coronel, — dijo, — parecería un juego, en el que llevo la desventaja de no saber quién es mi contrario; pero, en fin, no me queda otro remedio que contestar que me quedaré.

—Muchas gracias, señor Harley. Y ahora, como quiera que no me encuentro nada bien, ¿puedo esperar que me excusarán ustedes si me retiro para echar una siesta de una hora?

Harley y yo nos inclinamos cortésmente, y el coronel, devolviéndonos la reverencia, salió lentamente, con su aire habitual de dignidad. Así terminó aquel memorable almuerzo, y ahora nos encontrábamos los dos solos, frente a un problema que, mirado por todas partes, no ofrecía el menor resquicio por donde pudiera penetrarse la verdad.

Pablo Harley se paseaba arriba y abajo, en un estado de irritabilidad nerviosa, tal como no recordaba yo haber visto jamás en él.

Yo acababa precisamente de referirle mi visita a la casa del establecimiento y lo que allí me había ocurrido.

—¡Complicaciones y más complicaciones! —exclamaba mi amigo. — La conquista del Ala del Vampiro parece la conquista del cielo, Knox. Se nos abren cien puertas, cada una de las cuales nos promete obtener algo de luz, y si nos metemos por ellas, ¿a dónde nos conducen? ¡Al engaño! Por ejemplo, el coronel Menéndez nos ha dado claramente a entender que considera a Colin Camber como un enemigo, y juzgando por la manera como te ha tratado éste en su propia casa, esa enemistad existe, y debe ser mortal Pero mientras Camber lleva tres años residiendo aquí, el coronel es un recién llegado. Tenemos, pues, el espectáculo de una víctima trémula que busca su propio sacrificio. ¡Bah! ¡Eso es imposible!

—Si hubieras visto hoy la cara que puso Colin Camber, no te parecería tan imposible.

—¡Sí, Knox, sí! Es imposible suponer que el coronel Menéndez, al alquilar Cray's Folly, ignoraba que Camber vivía en la vecindad.

—Además, — murmuré, — la esposa de Camber es cubana.

—¡Por Dios, Knox! — imploró mi amigo. —Este caso me va a volver loco. Estoy seguro de que acabará por ser mi Waterloo.

—Querido, — le dije, nunca te he visto con ese humor.

—¿Por qué no me aconsejas que me acuerde de Augusto Dupin? — me preguntó Harley con amargura. — Aquel hombre incomparable, conservando su filosófica calma, a estas fechas ya habría reunido todos esos elementos dispersos y hubiera formado un elegante conjunto, pronto a ser presentado a un público de admiradores.

Se dejó caer en la cama, y sacando su pipa, empezó a cargarla casi con cólera. Estuve mirándole, sin hacerle ninguna observación, hasta que, encendida la pipa, empezó a fumar. Yo sabía estos ratos de mal humor le duraban poco, y lo mismo ocurrió entonces, pues no tardó en decir, echándose a reir:

—¡Como nos enoja, Knox, el ver que alguien nos demuestra que no somos infalibles! ¡Qué humanos somos, pero qué suerte es que podamos reirnos de nosotros mismos!

Dí un suspiro de satisfacción, pues en tales ocasiones Harley sometía mi paciencia a una dura prueba.

—Vamos a la sala de billar, — continuó; te juego cien carambolas. He llegado a un momento en que la mente se obstina en describir círculos, y la mejor cura es golf, o a falta de golf, billar.

La sala de billar estaba precisamente debajo de nuestras habitaciones, junto a la última del ala del Sur, y allí nos dirigimos. Harley jugó admirablemente, concentrando toda su atención en el juego. Yo, en cambio, estaba muy mal, pues no hacía más que distraerme mirando, alternativamente a la puerta y por la ventana, en la esperanza de que Valentina viniera a reunírsenos. Me llevé chasco, sin embargo. No volvimos a ver a las damas hasta la hora del té, y por cierto que si en el almuerzo había presidido un ambiente de sobrecogimiento, el mismo género de inquietud dominó en la terraza mientras tomábamos el te.

La señora de Stamer excusó al coronel. Según nos dijo, había prolongado su siesta, pero esperaba reunírsenos para la comida.

—¿Padece el coronel del corazón?—preguntó Harley.

La señora de Stamer se encogió de hombros y movió tristemente la cabeza, a la vez que contestaba:

—Su estado de salud es realmente misterioso. Se trata de una antigua enfermedad, que contrajo hace muchos años en Cuba.

Harley hizo un ademán de pena; pero comprendí que no se daba por satisfecho. Sin embargo, aunque no creyese en aquella explicación, había comprendido, lo mismo que yo, que la tristeza de madame era auténtica. En sus gráciles manos se notaba una extraña intranquilidad; toda ella revelaba una seria preocupación.

Harley disimulaba su pensamiento, fuera el que fuese, bajo aquella máscara de reserva que tan conocida me era, mientras yo me esforzaba en obligar a miss Beverley a hablar conmigo.

Comprendí que madame de Stamer había estado junto al enfermo, y no podía disimular que estaba impaciente por volver a su lado. Sus ojos, inmóviles, revelaban el aburrimiento, como si le costase trabajo desempeñar un papel desagradable; en una palabra, formábamos un ucarteto tan forzado, que cuando, por fin, se retiró, casi me alegré, a pesar de que se llevó a Valentina.

Pablo Harley, al volver a sentarse, me miró fijamente. Oímos en el salón un ruido que nos indicó que subían el sillón de madame, lo cual hacían siempre que ella deseaba ir a los pisos altos, entre Manuel y la hija de Pedro, que hacía las veces de mucama de madame. El ruido fué alejándose hasta extinguirse, y entonces me fijé en el silencio que le había sucedido. Hasta los pájaros permanecían callados, y de pronto, atraída mi mirada por un punto negro que se destacaba en el firmamento, comprendí por qué enmudecido el alado coro. Un halcón se cernía a una altura inmensa.

Al verme mirar hacia arriba, Pablo Harley también alzó la vista.

—¡Ah, un halcón! — murmuró. — Todas las aves se han refugiado en sus nidos. La Naturaleza es una reina cruel, Knox.

CAPITULO XVI

Víspera roja

NO hablo de lo restante de aquella tarde, porque, al volver a ella mi vista, no recuerdo ningún otro incidente digno de mención. Pero como quiera que las grandes cosas eclipsan a las pequeñas, es posible que, aunque recuerdo perfectamente algunos episodios triviales de lo sucedido entre estos episodios y el suceso horrible y trágico que me propongo relatar, sólo recuerde lo pasado de modo muy vago. Preocupábame la persistente ausencia de Valentina. Pensé que me evitaba de propio intento, y el sombrío silencio de Harley no era ningún consuelo.

Paseamos sin rumbo por los jardines, mirando Harley vagamente a las ventanas de Cray's Folly, y de pronto, en un momento en que me detuve a contemplar un rosal, mi amigo me dejó sin pronunciar palabra y me encontré solo.

Poco después, al dirigirme hacia el parterre, donde esperaba que encontraría a miss Beverley, oí el chocar de las bolas de billar Era Harley, que ensayaba algunas carambolas raras. Me miró cuando me detuve junto a la ventana abierta, encendió su pipa, y luego volvió a inclinarse sobre la mesa, murmurando:

—Déjame solo, Knox; hoy no estoy para hablar con nadie.

Conociendo su carácter, me limité a sonreir y me alejé.

Entrando en la biblioteca, me puse a mirar libros y más libros, aunque sin enterarme del contenido de ninguno. Manuel entró por allí, y estuve tentado de mandar con él un mensaje a miss Beverley; pero el sentido común dominó aquella tentación.

Cuando el reloj me anunció, por fin, que había llegado la hora de vestirse para la comida, no pude contener un suspiro de satisfacción. No era precisamente que estuviese aburrido, pues mi mal humor procedía de causas más hondas. La misteriosa desaparición de los habitantes de Cray's Folly y la extraña quietud que reinaba sobre aquella gran casa me habían deprimido por completo.

Al pasar de nuevo por la galería me detuve para admirar el espectáculo de la puesta del sol. El horizonte parecía incendiado de Norte a Sur, y los campos estaban teñidos de esa luz roja que alguien ha llamado "la sangre de Apolo". Volvíme, y vi el disco de la luna que se elevaba serenamente en el firmamento. El recuerdo de los pájaros silenciosos y del halcón cerniéndose, acudió a mi mente, y empecé a prepararme para la comida inconscientemente, vistiéndome como hubiera podido vestirse un autómata.

La personalidad de Pablo Harley nunca se destacaba mejor que cuando estaba de mal humor. Tenía tanta energía para repeler como para atraer, de manera que, aunque vi luz en su cuarto y le oí andar en él, quise buscarle cuando acabé de vestirme y preferí encender un cigarrillo y salir al jardín.

Atraíame la belleza de la noche, aunque al salir a la terraza, una especie de sacudida nerviosa me dió a entender que la obscuridad, cada vez mayor, ocultaba una amenaza, y así me encontré interrogando a las sombras y desconfiando hasta del menor roce de las hojas. Algo invisible, impalpable, y, sin embargo, algo poderoso se extendía sobre Cray's Folly. Empecé a pensar mejor de la desaparición de Valentina durante la tarde. Sin duda, también ella había sentido aquella singular inquieutd, y había tratado de desecharla a solas.

Con estos pensamientos, me dirigí hacia el parterre. Aquel sitio estaba bañado en una media luz que le comunicaba un aspecto como de cosa mágica, cual si el sol poniente y la luna que salía luchasen por el dominio sobre la tierra. Esta idea me hizo pensar en Colin Camber y en Osiris, que aquél me había descrito como un dios negro, y en Isis, cuyo argentado disco comenzaba a reinar en el firmamento vespertino.

El desagradable recuerdo de las ofensas recibidas en Guest House todavía no se había borrado de mi mente, pero el misterio que todo ello encerraba había mitigado mi indignación, y creo que más bien dominaba en mis pensamientos la melancolía cuando, al descender al jardín bajo, vi a Valentina que venía hacia mí, ataviada con un delicado vestido azul. Era el espíritu de mis sueños, la personificación de mi estado de ánimo. Al acercarnos bajó los ojos, y por una especie de inspiración comprendí que había estado evitándome.

—He estado buscándola a usted toda la tarde, miss Beverley, — dije.

—¿De veras? He estado en mi cuarto escribiendo cartas.

Eché a andar a su lado, muy despacio.

—Quisiera, — le dije, — que fuese usted enteramente franca conmigo.

Alzó rápidamente la vista, y con la misma rapidez volvió a bajar en seguida sus bellos párpados, murmurando dulcemente:

—¿Acaso no soy franca?

—Tal creo, y comprendo el motivo.

—Lo comprende de veras?

—Creo que sí: su intuición de mujer han

indicado a usted que hay algo que está mal.

—¿En qué sentido?

—Usted misma tiene miedo de sus pensamientos. Usted ve que madame de Stamer y el coronel ocultan intencionadamente alguna cosa a Pablo Harley, y no sabe usted a qué lado inclinarse. ¿No es así?

Me miró un momento, asombrada, y luego dijo con suave acento:

—Sí, así es. ¿Cómo lo ha adivinado usted?

—He hecho mil esfuerzos por comprender la conducta de usted, — repuse, — y por lo visto, hasta cierto punto lo he conseguido.

—¡Oh, señor Knox! — y apoyó su pequeña mano en mi brazo. — ¡Me oprimen horribles presentimientos, y no sé cómo explicárselos a usted!

—Los comprendo; yo también los he sentido.

—¿Usted también?

Y después de una breve pausa, mirándome gravemente, continuó:

—Entonces, no son pueriles temores míos. Si yo supiera qué hacer, qué pensar... Estoy realmente aturdida. Acabo de separarme de madame de Stamer...

—¿Y qué? — pregunté, al ver que callaba, vacilando en continuar.

—Que está horriblemente abatida.

—¿Qué quiere usted decir?

—Vino a mi habitación esta tarde, y ha estado cerca de una hora llorando histéricamente.

—¿Y cuál es la causa de su pena?

—No la comprendo.

—Será que el coronel está enfermo de cuidado?

—Pudiera ser, señor Knox; pero, si es así, ¿por qué no han llamado a un médico?

—Es verdad, — murmuré. — ¿No han llamado a ninguno?

—No.

—¿Usted ha visto al coronel?

—Desde la hora de almorzar, no.

—¿Sabe usted si él ha padecido así antes?

—Nunca. Todo ello es enteramente inexplicable. Sí es verdad que en estos últimos meses ha dejado de montar a caballo y ha cambiado de costumbres en otras cosas, pero no he visto en él jamás síntomas de verdadera enfermedad.

—¿Le ha asistido algún médico?

—No, que yo sepa. ¡Oh, hay algo espantoso en todo esto! ¿Qué sería de mí si no estuviese usted aquí?

Había hablado inconscientemente, y al observar la vergüenza que le ocasionaba su propia espontaneidad, me apresuré a decirle:

—Me encanta, señorita, saber que mi compañía sirve al menos, para animarla.

Debo confesar que mi corazón latía apresuradamente, y sentí más gozo al saber que mi compañía agradaba a Valentina, que si en aquel momento me hubiesen explicado con toda claridad el secreto de Cray's Folly; tal es el egoísmo de la naturaleza humana.

Sin embargo aquellas frases tan dulcemente indiscretas habían levantado, por el momento, un obstáculo entre nosotros, y proseguimos nuestra marcha hacia la casa, en medio del mayor silencio, hasta entrar en el hall, brillantemente iluminado.

Las notas de un gongo tubular chino nos recibieron al llegar al pórtico, y en el momento de entrar Valentina y yo, madame de Stamer llegaba en su sillón portátil, seguida de cerca por Pablo Harley. En ella, el arte del tocador llegaba casi al nivel del genio, y con tanto éxito había ocultado las huellas de su reciente dolor, que me llegué a preguntar si éste habría sido verdadero.

—Mi querido señor Knox, — exclamó al verme, — se conoce que estoy condenada a excusar a los demás. El coronel está desconsoladísimo, pero no puede comer con nosotros. Venía diciéndoselo ahora al señor Harley.

Mi amigo asintió con un movimiento de cabeza, y ayudó a madame a colocarse en su sitio.

—El coronel, — me dijo, mirándome significativamente, — me ha rogado que después de comer vayamos a fumar un cigarro con él. Se diría que los disgustos no vienen nunca solos.

—¡Oh! — exclamó madame, encogiendo los hombros, que su vestido escotado dejaba al aire, — vienen siempre en montón, o no viene ninguno. Pero creo que si no hubiera penas, el mundo nos resultaría aburrido. ¿Verdad, señor Harley?

Me agradaba su inquebrantable espíritu, y muchas veces me he preguntado lo que hubiera pensado de ella si hubiera sabido entonces la verdad. Francia ha producido algunas mujeres admirables, tanto buenas como malas, pero ninguna, creo yo, más admirable que María de Stamer.

Comimos más fastuosamente, si era posible, que la noche antes. El ingenio chispeante de madame estaba en su apogeo; nunca estuvo más ocurrente. Pedro, desde un extremo del comedor, dirigía aquel festín de Lúculo, y a no ser por algunos instantes de silencio, en los que madame parecía querer escuchar algún lejano sonido, nada hubiera revelado a un observador casual que una negra nube se cernía sobre aquella casa.

Una vez, interrumpiendo un breve diálogo entre Valentina y Pablo Harley, dijo madame:

—No la anime usted mucho, señor Harley, que ya es ella bastante coqueta.

—¡Por Dios, madame! — exclamó Valentina, ruborizándose.

—Sí, sí, querida; y hace usted bien. Coquetee usted cuanto guste, pero no se enamore nunca. El amor es fatal, — añadió, volviéndose a mí con uno de sus rápidos movimientos. — ¿No es cierto, señor Knox?

La miré a los ojos, aquellos ojos inmóviles, que tantas cosas ocultaban, y murmuré:

—Diga usted más bien que el amor depende del Destino.

—Sí, eso es más bonito, pero menos exacto. Si pudiera empezar a vivir otra vez, yo levantaría un cerco de piedra en redor de mi corazón. Este podría mirar por encima, pero nadie llegaría hasta él.

Por extraño que parezca, el ambiente de inquietud parecía haberse disipado, y en com-

pañía de aquella vivaracha francesa, pasó el tiempo velozmente, hasta el momento en que Harley y yo hubimos de subir lentamente a reunirnos con el coronel.

Durante la última parte de la comida, se me había ocurrido una idea, que estaba deseando comunicar a Harley, y apenas nos vimos solos en la escalera, le dije:

—Harley, se me ha ocurrido una explicación de la ausencia del coronel.

—¿De veras? — repuso. — Tal vez es la misma que se ha ocurrido a mí.

—¿Cuál?

Pablo Harley se detuvo en un escalón, volviéndose a mí.

—¿Piensas que ha querido ocultarse para evitar el peligro que cree le amenaza precisamente esta noche?

—Exactamente.

—Tal vez tengas razón, — murmuró, y continuó subiendo.

Guióme a un pequeño gabinete que yo aún no conocía, y en respuesta a un golpecito que dió con los nudillos, la voz del coronel Menéndez gritó desde dentro:

—¡Adelante!

Entramos, y nos hallamos en una habitación pequeña y muy confortable, con una mesa de roble arrimada a la pared, atestada de diarios y revistas, y un gran estante ocupado casi exclnusivamente por novelas francesas. Pensé que el coronel debía estar allí mucho más tiempo que en el despacho, más serio, de abajo. En el momento de entrar nosotros, estaba tendido en un sofá junto al cual se veía una mesita y en ésta vi los restos de una comida que me pareció debía haber sido opípara. Me disgustó, no sé por qué, la presencia de un ramo de rosas sobre la bandeja de plata.

El coronel fumaba un cigarrillo, y Manuel se llevaba la bandeja en aquel momento.

—Señores, — dijo el coronel, — no sé cómo expresar a ustedes mi sentimiento. Manuel, acerca esas butacas. Sírvase Oporto, señor Harley, y póngale también al señor Knox. Les recomiendo esos cigarros habanos, los de la caja larga.

—Siento mucho verle a usted indispuesto, coronel, — dijo Harley, mientras nos sentábamos.

Pero mi amigo, al hablar, mirábale fijamente a la cara, y probablemente pensaba, como estaba pensando yo, que en ella no había indicio ninguno de enfermedad.

El coronel sacudió con gracia la ceniza de su cigarrillo, y acomodándose mejor en sus almohadones, repuso:

—Un antiguo padecimiento, señor Harley; una herencia de mis antepasados, que bebieron hasta saciarse, del vino de la vida.

—¿Habrá usted consultado con un médico?

El coronel se encogió de hombros, diciendo:

—No hay médico en Inglaterra que pueda entender este caso. Además, no hay otro remedio que el reposo y evitar toda excitación.

—Entonces, coronel, — dijo Harley, — no queremos molestarle más. A decir verdad, no hubiera querido turbar su tranquilidad, a no haber creído que tal vez usted quisiera algo de mí en esta importante noche.

—¡Ah! — exclamó el cubano, echándole una rápida mirada. — ¿Se ha acordado usted de que esta noche?...

—Naturalmente.

—Ese interés, señores, es un gran consuelo para mí, y lo único que siento es que mi escasa salud me impida cumplir debidamente con ustedes. Sé que desde que ustedes llegaron, nada ha ocurrido que pueda darles nueva luz. No es que yo esté deseando que mis enemigos den nuevas señales de existencia, no; pero, en realidad, cualquier cosa que pusiera fin a esta mortal inquietud, sería bien recibida.

Dijo estas últimas palabras con una entonación especial, y vi que Harley le observaba atentamente.

—Sin embargo,—continuó,—dejémoslo todo en manos del destino, y si la visita de ustedes resultase innecesaria, sólo podría pedirles que me perdonasen por haberles apartado de sus primeros planes. En cuanto a esta noche — y se encogió de hombroe, — ¿qué puedo yo decirles?

—¿No ha ocurrido nada, — preguntó Harley, lentamente, — nada reciente, quiero decir, que indique que el peligro que usted sospecha pueda sobrevenir esta noche?

—Nada, señor Harley, a no ser que usted haya observado algo.

—Bien, — murmuró mi amigo, — esperemos que la amenaza no se cumpla jamás.

El coronel Menéndez inclinó gravemente la cabeza, diciendo:

—Esperémoslo.

Me extrañó lo atento que se mostraba el dueño de casa.

Parecía no preocuparse más que de nuestra comodidad, y demostró la más exquisita cortesía. Muchas veces recuerdo de su figura, enorme y graciosa a la vez, tendida en el sofá, mientras hacía sus eternos cigarrillos y charlaba con su aguda voz. La memoria del coronel don Juan Menéndez Sarmiento me deja algunas veces suspenso. Si su Creador le hubiera dotado con cualidades morales e intelectuales iguales a su estupendo valor, seguramente habría llegado a figurar entre los grandes hombres.

CAPITULO XVII

Noche de la luna llena

ESTABA yo de pie, ante la abierta ventana del cuarto de Harley con la vista fija en el parterre. La luna brillaba cual un gran espejo de plata suspendido en un firmamento sin nubes.

Pedro había realizado su ronda nocturna hacía más de una hora.

Nada había ocurrido desde entonces, de extraordinario, y por más que Harley y yo habíamos escuchado esperando oir algún ruido de pasos nocturnos, nuestra vigilancia

no había tenido éxito. Harley, desenrollando su escala china, había bajado para inspeccionar en secreto el jardín, advirtiéndome que sería tarea larga, porque la brillante luz de la luna le obligaría a dar un gran rodeo, a fin de evitar que le observasen de las ventanas. Quise acompañarle, pero me había dicho:

—Considero importantísimo que uno de los dos se quede en la casa.

Por eso me hallaba junto a la ventana, interrogando a las sombras que se extendían a uno y otro lado, y esperando ver reaparecer a mi amigo de un momento a otro. Preguntábanse qué descubrimientos habría hecho. No me hubiera sorprendido saber que había luz en muchas ventanas de Cray's Folly aquella noche.

Aunque cuando estuvimos media hora con las señoras, después de separarnos del coronel Menéndez, no habíamos hablado una palabra acerca de la amenaza que pendía sobre la casa, al separarnos para irnos a nuestros respectivos dormitorios había observado otra vez en los ojos de Valentina una expresión de terror reprimido. Parecía tener pocas ganas de retirarse, pero le obligó a ello la dominante madame Stamer, diciéndole que le parecía que estaba muy cansada.

Mientras contempaba los jardines bañados por la plateada luz de la luna, preguntábanse si seríamos Harley y yo los únicos habitantes de la casa que permanecíamos levantados. Hubiera apostado cualquier cosa a que no. Recordé el misterioso rumor de pasos que con frecuencia oía la señorita Beverley desde su cuarto, y confieso que el pensamiento no tuvo nada de agradable.

En circunstancias normales era yo bastante escéptico; pero en aquella noche de luna llena, mirando por la ventana, veía que adquirían proporciones gigantescas los horrores que el coronel Menéndez nos había referido, y pensaba que los misterios del Vudú podían ocultar siniestras verdades. "El empleo científico de las tinieblas contra la luz". Estas palabras de Colin Camber acudieron de improviso a mi memoria, y tal es la mágica influencia de la luna, que me parecieron dotadas de nuevo y más profundo significado. Es muy curioso que ciertas teorías que se rechazarían a la luz del sol, tomen a la luz de la luna, un aspecto aceptable.

Tales eran mis cavilaciones, cuando de pronto oí un ruido de pisadas que hacían crujir la arena. Me asomé algo más, escuchando atentamente. No era posible que Harley cometiera semejante indiscreción; pero ¿quién sino él, podía pasar por la senda que había abajo?

Mientras vigilaba, con medio cuerpo fuera de la ventana, apareció una silueta de elevada estatura, que, cruzando lentamente la senda, bajó los enmohecidos escalones del parterre.

¡Era el coronel!

Iba con la cabeza descubierta pero vestido del todo, tal como le había visto en sus habitaciones, y sin acertar con el motivo de su salida a aquella hora, preguntándome por qué no se habría ido aún a la cama, continué observándole. Pero algo extraño en su andar, algo antinatural en sus movimientos me llamó en seguida la atención poderosamente. Había llegado al camino que conducía al reloj de sol, y con paso raro, corto, como de atáxico, avanzaba en dirección al último, destacándose su figura en la luz brillante de la luna, que daba a su cabeza canosa reflejos de plata.

Sus movimientos antinaturales, automáticos, me revelaron lo que le ocurría. El coronel caminaba dormido. Era un caso de sonambulismo. Pero ¿se había levantado así de la cama, sin despertarse, obedeciendo al llamamiento de Makombo?

Se me secó la garganta y me quedé sin saber qué hacer. La silueta, al parecer involuntariamente, con su paso automático, continuaba avanzando. Pude ver que llevaba los puños apretados y la cabeza alta. Todos los horrores, reales o imaginarios, que hasta entonces había yo experimentado, no eran nada en aquel momento en que veía a aquel hombre de carácter inflexible, de indomable voluntad, moviéndose como un muñeco bajo la influencia de alguna fuerza conocida.

Casi estaba ya junto al reloj de sol, cuando se me ocurrió gritar; pero recordando que es peligroso despertar a un sonámbulo, y que a mis pies colgaba de la ventana la escala china, cambié repentinamente de opinión. Contuve, pues, el grito que ya tenía en los labios, monté, subí al alfeizar de la ventana y busqué con el pie los peldaños de bambú. Ya tocaba los primeros de ellos y, volviéndome empezaba a descender, cuando salió una voz baja del cerco de boj:

—¡Knox! ¿Qué diablos vas a hacer?

Era Pablo Harley, que volvía de su ronda.

—¡Harley! — murmuré, acabando de bajar. — ¡Pronto, el coronel acaba de ir al parterre!

—¿Qué dices? — exclamó él con acento de inmenso horror. — ¡Debiste detenerle, Knox!

Y echó a correr hacia el parterre.

Desenredando mis pies de la última porción de la escala, que estaba revuelta en el suelo, iba a seguirle, cuando sucedió aquello extraño y espantoso que secretamente, sombriamente presagiaban las circunstancias...

En el silencio de la noche sonó con seco estampido la detonación de un rifle, cuyos ecos se repitieron de un extremo a otro del edificio, y después, más apagados ya, en las lejanas colinas. No muy distante de mí oí a Harley gritar:

—¡Ya es tarde, Dios mío! ¡Lo han matado!

Corrí en seguida hacia la entrada del parterre, y, al llegar a ella, y bajar de un salto los escalones, oí otro sonido, cuya recuerdo todavía hiela la sangre en mis venas.

No hubiera podido decir de dónde procedía. Tal vez mi propio atolondramiento me impidió fijarme en la dirección, y lo mismo pudo salir de la casa que de las colinas de más allá de la casa. Pero fué como una car-

cajada penetrante, espantosa, que puso la última pincelada de horror en aquella escena que todavía hoy, cuando estoy escribiendo, me parece fuera de la realidad.

Seguí corriendo hasta donde Harley se hallaba, arrodillado, junto al reloj de sol. Hubiera sido inútil intentar el análisis de mis impresiones en aquellos momentos; sólo puedo decir que me encontraba como atontado. Boca abajo, sobre el césped, con los brazos abiertos y los puños apretados, yacía el coronel Menéndez. Creo que le ví moverse convulsivamente; pero al llegar junto a él, Harley me miró, y observé que su rostro, siempre curtido, estaba intensamente pálido y que apretaba los dientes al hablarme.

—¡Gran Dios! — me dijo. — ¡Le han pegado un tiro en la cabeza!

Miré la espantosa herida que el coronel presentaba en la base del cráneo, y retrocedí, horrorizado. Ver como cae en el fragor de un combate un hombre conocido, un hombre a quien uno ha tenido por amigo, es una cosa extraña y terrible; pero allí, en aquel silencioso parterre, iluminado por la luna, el horror de la escena era superior a mis fuerzas.

Pablo Harley, sin tocar a la víctima yacente, se puso de pie. Después de todo, era innecesario un reconocimiento. Una bala de rifle le había perforado el cráneo y el coronel yacía sin vida, con la cabeza hacia las colinas.

Tomé a Harley del brazo; pero permaneció inmóvil, mirando a la arboleda que había más allá del ángulo de la torre, entre la cual se divisaba una parte de Guest House.

—¿Oíste?... — murmuré. — ¿Oíste aquel grito inmediatamente después del tiro?

—Lo oí.

Continuó mirando un momento más y luego dijo:

—¡Ni una nubecita de humo! ¿Observaste la dirección en que él miraba al caer?

Me preguntaba seriamente, con un acento singular.

—Sí, — le contesté; — debió dar media vuelta hacia la derecha al llegar al reloj.

—¿Dónde estabas tú cuando oíste el tiro?

—Venía corriendo hacia aquí.

—¿No viste el fogonazo?

—No.

—Ni yo, — murmuró mi amigo; — yo tampoco. Como no se cercasen todas las colinas, ¿qué se va a hacer? ¿Qué partido puedo adoptar?

Me pareció algo abatido; pero no le había soltado el brazo, y observé por la rigidez de los músculos que recobraba su firmeza de pronto.

—¡Mira, Knox; mira! — murmuró.

Seguí la dirección de su mirada, y entre los árboles que cubrían el próximo cerro brilló una luz. Alguien había encendido una lámpara en Guest House.

Inmediatamente un débil sonido sibilante me hizo levantar la vista...

Sobre nuestras cabezas, en lo alto, un murciélago revoloteaba, girando, girando. De pronto descendió un poco, y luego voló hacia los bosques lejanos. Tan serena era la noche, que podía oirse el murmullo del arroyuelo, al correr hacia el lago. De pronto llegó hasta nosotros fuerte aleteo. Eran los cisnes, a los que el disparo había despertado. También había sacado de su sueño a otros seres vivientes, pues empezaban a oirse voces, y en seguida se escuchó un grito ahogado dentro de Cray's Folly.

—¡Volvamos a la casa, Knox! — me ordenó secamente Harley. — ¡Por Dios, entretén a las mujeres! Que venga Pedro, y a Manuel envíalo a buscar el médico más cercano. No será necesario, pero es la costumbre. Que nadie borre las huellas. Ha ocurrido lo que me temía... También hay que avisar a las autoridades.

Mientras hablaba, seguía recorriendo con febril mirada todo el paisaje, bañado por la luz, pero nada anormal se observaba, aparte de un ligero aleteo de los pájaros en la arboleda, alarmados, como los cisnes, por el disparo.

—Vino de las colinas, — murmuró mi amigo; — Knox, haz lo que te he dicho.

Y mientras yo iba a cumplir mi desagradable misión, le vi echar a correr hacia el ptorón del rnicón meridional del jardín.

Por mi parte, crucé sin ceremonias las plantabandas y salí por un hueco entre el cerco de boj en el momento en que Pedro abría de par en par la puerta principal de la casa. Al verme retrocedió.

—¡Pedro, Pedro! — le grité. — ¿Se han despertado las señoras?

—¡Sí, sí! ¡Todo el mundo está asustado, señor! ¿Qué ha pasado?

—Una tragedia, Pedro. Procura serenarte. ¿Dónde está madame de Stamer?

Pedro profirió no sé qué interjección en español y se quedó como idiotizado, pálido, tambaleándose. En aquel momento apareció por el fondo la señora Fisher, que me lanzó una mirada de terror, y habría echado a correr por el hall a no detenerla yo, preguntándole:

—¿Dónde va usted, señora Fisher? ¿Qué ha ocurrido aquí?

—¡Socorran a madame! — gimió, señalando hacia el corredor que conducía al dormitorio de madame de Stamer.

Oí un grito de terror procedente de aquella dirección, y reconocí la voz de Nita, la mucama de madame. En seguida oí a Valentina, que decía:

—Corre, Nita; busca a la señora Fisher... Y tú serénate, que bastante tengo yo que hacer para dominarme.

Me metí por el corredor. Valentina, vestida del todo, estaba de rodillas, junto a madame de Stamer, que, con un sencillo kimono sobre su ropa de cama, yacía en el suelo, ante la puerta de su cuarto.

—¡Oh, señor Knox! — exclamó la joven con acento de dolor, alzando la vista hacia mí. — ¿Qué ha pasado, por Dios?

Nita, la mucama española, que sollozaba histéricamente, corrió en busca de la señora Fisher.

—Voy a decírselo, — repuse fríamente, recobrando la serenidad, como ocurre siempre, con el deseo de devolvérsela a los de-

más. — Pero antes dígame: ¿cómo ha venido aquí madame de Stamer?

—¡No lo sé! Me alarmó el tiro. Había despertado a todos. Al entreabrir mi puerta para escuchar, oí a madame gritar abajo, en el hall. Bajé corriendo, encendí la luz y la encontré tendida aquí. Supongo que se despertó también, que quiso arrastrarse fuera de su cuarto, le faltaron las fuerzas y se desmayó. Pesa mucho para que yo la levante, — continuó la joven, muy afligida. — Pedro está atontado, y Nita está histérica.

Tranquilizando a la joven con un ademán, levanté a la desmayada dama. Pesaba mucho más de lo que yo me figuraba, pero así y todo, sirviéndome Valentina de guía, la llevé en brazos a su cuarto y la eché sobre su cama.

—Usted la cuidará, — dije a la señorita Beverley; — es usted valerosa, y puedo decirle lo que ha sucedido.

—¡Sí, sí, dígamelo usted todo!

La joven apoyó una mano en mi hombro con tal ademán de súplica y me miró de tal manera, que estuve tentado de estrecharla entre mis brazos para consolarla, tentación que sólo con gran dificultad pude dominar.

—Alguien ha herido de un tiro al coronel, —me limité a decir en voz baja, porque en aquel momento entraba la señora Fisher.

—Quiere usted decir que...

Hice un gesto afirmativo.

—¡Oh!

Valentina cerró los ojos horrorizada y se agarró con más fuerza a mi brazo,

—Creo, — murmuró, — que ella lo ha comprendido, y que por eso se ha desmayado. ¡Oh, Dios mío, cuán horrible es esto!

La obligué a sentarse en una butaca y la observé con ansiedad; pero aunque había perdido el color, era valiente, y casi en seguida me miró, sonriendo confiadamente, y me dijo:

—Yo la cuidaré; vaya usted a ver al señor Harley, que puede necesitarle.

Cuando volví al hall lo encontré lleno de sirvientes, vestidos de cualquier manera. El chauffeur, Carter, que vivía en el pabellón inmediato, entraba en aquel momento, y le dije:

—Carter, tome usted un automóvil y corra a buscar el médico más próximo. Si hay algún otro en la casa que sepa manejar un coche, que vaya a buscar a la Policía. Acaban de asesinar al patrón.

CAPITULO XVIII

El inspector Aylesbury, de Market Hilton

"AHORA, señores, — dijo el inspector, — voy a recojer las pruebas y declaraciones.

Amanecía, tiñéndose las colinas de gris, y el panorama, visto desde las ventanas de la biblioteca, parecía un apunte de Bastien Lepage. Las lámparas despedían un fulgor amarillento, y el exótico mobiliario de la biblioteca, iluminado por aquella luz fría, me recordaba el aspecto de una decoración de teatro vista a la luz del día. El retrato pintado por Velázquez me trasladaba mentalmente al billar, donde yacía sobre el sofá algo inerte, oculto bajo una sábana, y me pregunté a mí mismo si estaría yo tan pálido y desencajado como mis compañeros; es decir, como dos de ellos pues debía excluir al inspector Aylesbury.

Allí estaba, grande, pomposo, plantado ante la chimenea de roble; pero en aquel momento no me hacía reir el recuerdo de las palabras de Harley, cuando lo comparó con una morsa. Tenía gran bigote oscuro, ya canoso, y ojos pardos muy saltones; pero la parte inferior de su cara, terminada en doble mentón, no estaba en proporción con su reducida frente. Era un hombre grandote, y sus manos me repugnaban no sé por qué. Su aire oficial y sus ademanes y acento oratorios eran realmente molestos.

Harley ocupaba la misma butaca que ocupó durante nuestra última entrevista con el coronel Menéndez, y yo me fijé, no sin cierto disgusto, en que me había sentado en el sofá en que el coronel había estado echado. Sólo había una persona más, el doctor Rolleston, de Mid-Hatton, un hombre delgado, rubio, con cierto aire militar, adquirido, sin duda, en sus seis años de servicio en la sanidad. El doctor estaba de pie, a mi lado, fumando un cigarrillo.

—He tomado nota de todo cuanto se refiere a la posición del cadáver, — continuó el inspector. — La naturaleza de la herida, el contenido de los bolsillos y demás; y ahora, a usted me dirijo, señor Harley, como primera persona que descubrió el cuerpo de la víctima.

Pablo Harley se recostó en su asiento, esperando las preguntas.

—Antes que tratemos de lo ocurrido aquí esta noche quisiera saber bien cuál es su intervención precisa en este asunto, señor Harley. En primer lugar, — y el inspector levantó el dedo con ademán forense, — ayer tarde vino usted a visitarme y me pidió ciertos informes sobre la vecindad.

—En efecto, — dijo Harley secamente.

—Las preguntas que usted me hizo,—prosiguió el inspector solemnemente, — fueron si yo sabía si vive en Mid-Hatton o sus cercanías algún negro, y si podía darle a usted una lista de las personas que residen en un radio de dos millas alrededor de Cray's Folly. Dí a usted los informes que deseaba, y ahora le toca a usted decirme a su vez, ¿por qué me hizo esas preguntas?

—Sencillamente, — fué la contestación, —porque el coronel Menéndez había pedido que viniera a Cray's Folly, acompañado de mi amigo el señor Knox, para investigar ciertos sucesos que aquí habían ocurrido.

—¡Ah! — dijo el inspector, alzando las cejas. — Comprendo. ¿Estaban ustedes aquí haciendo indagaciones?

—Sí.

—Y esos sucesos, ¿puede usted decirme cuáles fueron?

—No hay inconveniente, — repuso Harley, — alguien se metió una noche en esta casa.

—¿Qué se metió alguien en esta casa?
—Sin duda ninguna.
—Pues nunca me dieron parte de eso.
—Es posible que no; sin embargo, entró alguien. En segundo lugar, el coronel Menéndez había observado que alguien le acechaba en los jardines, y en tercer lugar, en la puerta principal apareció clavada un ala de murciélago vampiro.

Aylesbury frunció el ceño y, concretó una severa mirada sobre mi amigo.
—¿Se da usted cuenta de que está prestando declaración — dijo. — Supongo que no tiene usted ganas de reirse en ocasión como esta.
—Expongo, — contestó Harley — hechos concretos.
—Está bien; comprendo.
El inspector tosió para aclarar la garganta, y prosiguió:
—Resulta, pues, que alguien entró en Cray's Folly, hecho que no se me notificó; que se vió en el jardín a una persona sospechosa, lo cual tampoco se me dijo, y que alguien tuvo el capricho de dar una broma de mal gusto clavando, según usted, un ala de murciélago en la puerta. ¿Me permite, usted, señor Harley, preguntarle por qué menciona usted este detalle? Lo otro es serio, pero no puedo imaginar por qué menciona usted una broma que, sin duda, es cosa de algún chico.
—No, — dijo Harley, — reconozco que ese detalle parece ridículo, señor; pero el coronel lo consideraba como el episodio más importante de todos.
—¡Cómo! ¿El ala de murciélago vampiro clavada en la puerta?
—El ala de murciélago vampiro, sí señor. Creía que era el emblema de una sociedad secreta de negros que había decidido su muerte, y de aquí que yo quisiera informarme sobre si vivía en la vecindad gente de color. ¿Comprende usted ahora, señor?
Aylesbury sacó del bolsillo un pañuelo inmenso, se sonó ruidosamente, guardóse el pañuelo otra vez, tosió de nuevo y preguntó:
—¿Debo entender que el difunto coronel esperaba un ataque?
—Puede usted entenderlo así, — repuso Harley; — eso explica mi presencia en esta casa.

—¡Oh, comprendo! — dijo el inspector; —mejor habría hecho en avisarme a mí.
Pablo Harley me echó una mirada, sonriendo significativamente.
—Ya lo decía yo, Knox, — murmuró, — es mi Waterloo.
—¿Qué dice usted de Waterloo, señor Harley? — preguntó el inspector.
—Nada que se relacione con el suceso, — contestó mi amigo; — hablaba de la batalla, no de la estación del ferrocarril así llamada.

El inspector le miró muy grave.
—Recuerde, — repitió, — que está prestando declaración.
—Sería imposible olvidarlo.
—Bien; prosigamos, pues. El difunto coronel Menéndez pensaba que corría peligro de ser víctima de unos negros. ¿Por qué lo pensaba?
—Había tenido haciendas en las Antillas —repuso pacientemente Harley; — y creía haber ofendido a una poderosa sociedad secreta, y que su venganza le había perseguido durante muchos años. En Cuba y en Estados Unidos se había atentado ya contra su vida.
—¿En qué forma?
—Le habían hecho fuego varias veces, y una, en Wáshington, le atacó un hombre con un cuchillo. Delante de mí y de mi amigo Knox sostuvo que esos atentados se debían a una secta o religión llamada Vudú.
—¿Vudú?
—Sí, Vudú, o también Obeah; un culto que desde la costa occidental de Africa se ha extendido a las Antillas y a algunos puntos de Estados Unidos. Dícese que el ala de murciélago vampiro es el emblema de esa gente.
Aylesbury se rascó la barba.
—Vamos a ver si ponemos la cosa en claro, — dijo; — el coronel Menéndez creía que esos señores vudús querían matarle. Antes de ir más lejos, preguntó: ¿Por qué?
—Hace veinte años, en las Antillas, había pegado él un tiro a un miembro principal de esa secta.
—¿Hace veinte años?
—Según él me dijo, así fué.
—Comprendo. ¿De modo que esos vudús han estado atentando contra su vida veinte años? ¿Y luego han clavado un ala de murciélago vampiro en su puerta? ¿Usted ha visto el ala de murciélago vampiro?
—Sí, arriba la tengo, en mi balija, si usted quiere examinarla.
—Bien; comprendo, — dijo el inspector. —¿Y pensando que le perseguían hasta en Inglaterra, fué a ver si usted podía salvarle?
Harley afirmó con un gesto triste.
—¿Por qué razón le buscó a usted, en vez de acudir a la Policía, a las autoridades competentes? — preguntó el inspector.
—Se lo aconsejó el embajador de España, según me dijo.
—¿De veras Bien; es posible. Como era extranjero, supongo que no sabía para qué estamos nosotros.
Volvió el inspector a toser, y continuó:
—Muy bien. Ahora comprendo por qué razón estaba usted aquí, señor Harley. Veamos luego qué hacía usted esta noche; pues observo que tanto usted como el señor Knox están todavía de frac.
—Estábamos vigilando,—contesté yo.
El inspector Aylesbury volvióse a mí solemnemente, alzando una de sus grandes manos.
—Un momento, señor Knox; un momento, —dijo; — cada testigo debe hablar cuando le toque.
—Estábamos vigilando, — repitió Harley, haciéndome eco intencionalmente.
—¿Por qué?
—Porque para eso estábamos aquí. Debo advertirle que en las noches de luna llena, según el coronel Menéndez, los adeptos de Obeah son más temibles.

—¿Gracias a una escala? Eso es bastante extraño, señor Harley.

—Sí; es extraño. Yo tengo costumbres extrañas.

El inspetcor volvió a toser y miró a mi amigo frunciendo el ceño.

—¿En qué parte del jardín se hallaba usted al dispararse el tiro? — preguntó.

—A mitad de camino, a lo largo del frente del Norte.

—¿Qué estaba haciendo allí?

—Estaba corriendo.

—¿Corriendo,

—Sí, señor comisario. Yo creía mi deber recorrer el jardín de noche, pues pudiera ser que alguien de la servidumbre fuese responsable de los atentados de que se quejaba el coronel. Había bajado de la ventana de mi cuarto, había dado la vuelta a la casa de Este a Oeste, y había vuelto a mi punto de partida, cuando el señor Knox, que estaba mirando desde la ventana, vió que el coronel Menéndez entraba en el parterre.

—¡Ah! ¿Usted no podía ver al coronel Menéndez?

—Desde donde me hallaba, no; pero al decirme mi amigo, que bajaba por la escala, que el coronel había entrado en el parterre, eché a correr para detenerle.

—¿Por qué?

—El coronel padecía de sonambulismo; solía levantarse durmiendo, y supuse que eso le ocurría en esta ocasión.

—Bien, comprendo. De modo que al decirle a usted el señor de la ventana que el coronel Menéndez estaba en el jardín, usted echó a correr hacia él. ¿Oyó usted un disparo mientras corría?

—Lo oí.

—¿De dónde cree usted que salió?

—Nada más difícil de apreciar, señor inspector, sobre todo cuando se está junto a un gran edificio rodeado de árboles.

—Sin embargo, — dijo el inspector, vol-

Aylesbury volvió a toser, y repuso:

—Yo creo que no hubiera dejado que ese hombre se me escurriera así de entre las manos. ¡Con el proceder de usted, a estas horas puede estar ya fuera del condado!

—Nada más verosímil, — dijo Harley sencillamente.

—Usted estaba en el lugar del suceso cuando hicieron fuego; usted confiesa que dispararon a menos de cien varas, y, sin embargo, no hizo usted absolutamente nada por detener al criminal.

—Nada, — repuso Harley; — permanecí quieto como un tonto. Usted comprenderá, señor inspector, que no soy más que un aficionado; pero, para lo futuro, quisiera saber qué es lo que debería haber hecho.

El inspector Aylesbury se sonó la nariz ruidosamente.

—Conozco mi oficio, — dijo. — Si se me hubiera avisado a tiempo, las cosas habrían ocurrido de otro modo. Pero era un extranjero, y el pobre ha pagado cara su ignorancia.

Pablo Harley sacó su pipa y empezó a cargarla con aire de despreocupación.

El inspector Aylesbury volvió hacia mí sus ojos saltones.

CAPITULO XIX

Complicaciones

"ESE Aylesbury me da miedo", — dijo Pablo Harley.

Nos hallábamos en el comedor vacío. Yo había prestado declaración, el doctor Rolleston también, y el inspector estaba tomándosela ahora a la servidumbre. Harley y yo habíamos obtenido su permiso oficial para retirarnos de la biblioteca, y el médico estaba atendiendo a mada-

el tiro, Knox. Entre los árboles, y con una casa que parece construída exprofeso para caja resonante, ¿quién es capaz de decir de dónde salieron la risa y el tiro? Sin embargo, sabemos una cosa: que el tiro vino del Sur.

Se apoyó sobre un ángulo de la mesa, mirándome fijamente.

—¿Del Sur? — le preunté, repitiendo como un eco sus últimas palabras.

Harley miró furtivamente hacia la puerta abierta, y dijo:

—Debemos decirle a Aylesbury cuanto sepamos. Después de todo, representa la ley; pero si no logramos que venga de Scotland Yard el comisario Wessex, preveo un error judicial. El coronel Menéndez yacía boca abajo, y la línea eje de su cadáver iba directamente hacia....

Hice un gesto afirmativo.

—Comprendo, Harley: hacia Guest House.

Pablo Harley inclinó la cabeza y continuó:

—La primera luz que vimos, fué en una ventana de Guest House; pero eso no tiene importancia. Cualquiera, al despertarle un disparo cercano, se hubiera levantado en seguida.

—Y con la intención de bajar a ver qué había sido, — continué yo, — naturalmente, habría encendido una luz.

—Eso es. Sin embargo, lo que es como el señor Colin Camber no pueda probar la coartada, preveo que lo va a pasar mal.

—También yo lo creo, Harley. Entre esos dos hombres existía un odio a muerte, y tal vez este horrible crimen fué cometido en un momento de furor. Lo que me preocupa es su pobre esposa. ¡Como si no tuviera la infeliz bastantes penas!

—Sí, — convino mi amigo, — casi estoy por callarme hasta que haya interrogado personalmeste á ese matrimonio. Pero, naturalmente, si nuestro amigo el inspector vuel-

con mucho interés.

El doctor encendió un cigarrillo, frunció el ceño, y después de una pausa, contestó:

—Si he de serles franco, su estado me deja perplejo.

Dirigióse a la chimenea para tirar el fósforo, mirando a Harley de modo singular, y luego le preguntó:

—¿Le ha dicho alguien la verdad a esa señora?

—¿De qué? ¿De la muerte del coronel?

—Sí, — repuso el médico, — creo que nadie se lo había contado.

—Que yo sepa, nadie, — dijo Harley.

—Entonces debe haber habido entre ellos una simpatía inmensa murmuró el médico — porque... ¡ella lo sabe!

—¿Cree usted realmente que lo sabe? — me atreví a preguntar.

—Estoy seguro. Sin duda sabía que existía algún peligro, y al despertarla el tiro, por una especie de intuición ha comprendido que acababa de ocurrir la tragedia que temía. Además, por un pequeño cardenal que he observado en su frente, deduzco que ella salió al corredor.

—¿Que salió ella? — exclamé.

—Sí, — repuso el doctor. — No olvidemos que esa señora constituye un caso de parálisis producido por una impresión fuerte, y que, a veces, una segunda impresión contrarresta el efecto de la primera. Sin duda esto es lo que ha ocurrido esta noche, tal vez sólo con carácter temporal. Ahora se halla en un estad osingular, sin duda una forma del histerismo; pero muy singular de todos modos.

—¿Está con ella la señorita Beverley? — pregunté.

El doctor Rolleston hizo un gesto afirmativo.

—Es una excelente enfermera, — dijo, — y me place ver a la paciente en tan buenas

aprobación.

—Ya he dicho mi opinión, — continuó el médico cuando salía; — dejo a usted toda la responsabilidad, señor inspector. ¡Señores, buenos días!

El inspector se rascó la coronilla.

—Es una lástima, — dijo, — el testimonio de esa mujer sería de la mayor importancia.

Volvióse hacia nosotros, perplejo, mientras Harley, puesto de pie, bostezaba.

—Si en algo más puedo servirle, señor inspector, — dijo mi amigo, — estoy a sus órdenes. En caso contrario, seguramente com-

—¿Y por qué no se acostó tampoco el coronel?

—Cuidado, señor comisario, — interrumpí, con mucha calma, según recuerdo;—sus insinuaciones me molestan.

—¡Ah, comprendo! — dijo entonces él, volviendo hacia mí sus ojos saltones. — Le molestan, ¿eh? Pues si le molestan, tal vez usted pueda explicarme ese detalle que tanto me preocupa.

—Yo no puedo explicárselo, pero sin duda la señorita Beverley lo hará cuando usted la interrogue.

Como habrá podido apreciarlo el lector, "Ala de Vampiro" es una obra excepcional que merece ocupar el sitio que ocupa en las páginas de "Pucky", aún cuando su extraordinaria extensión obligue a dividirla en varios números. Para evitar que los nuevos lectores puedan lamentar no haber leído lo anterior, en el número próximo se publicará un resumen conciso y explicativo que permita leer lo que se publique — y entenderlo, — sin echar de menos la lectura de lo que precede.

"CERCO PAGE"

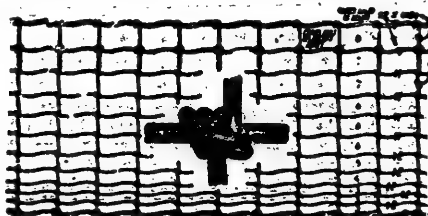
EL CERCO UNIVERSALMENTE CONOCIDO

PARA TODO USO

HAY ESTILOS ESPECIALES PARA:

GALLINEROS, HACIENDA VACUNA y LANAR, VIÑAS, LIEBRES, CERDOS y PARA QUINTAS, PARQUES, Etc.

EL CERCO SIN IGUAL



MARCA REGISTRADA

Comparen el cerco "PAGE" con cualquier otro cerco que se venda en el país.

Nuestro cerco ESTILO 10-36 especial para cerdos. Altura 91 ctms., 10 hilos ACERO **precio $ 0.60** m|n. metro lineal. Está adoptado por los más grandes y prestigiosos criadores de cerdos. Algunos criadores de premiados campeones.



Solo el cerco "PAGE" nos resiste!!!

PIDAN FOLLETOS Y PRECIOS A LOS UNICOS AGENTES:

DONNELL & PALMER

552 - MORENO - 572 **BUENOS AIRES**

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

1ª Quincena de
Diciembre 1922

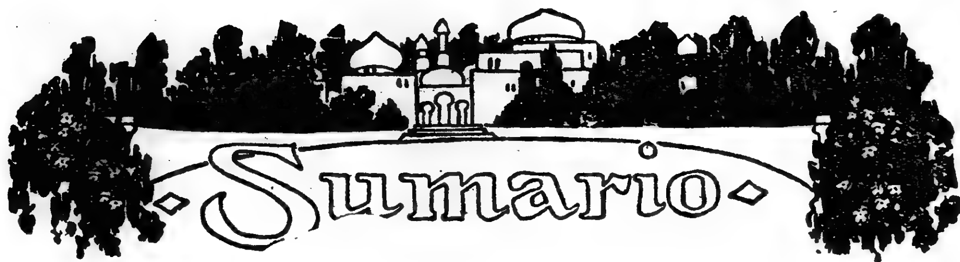
LA LECTURA PARA TODOS

AÑO II. PUBLICACION QUINCENAL No. 23.

LEA EN ESTE NUMERO:

EL RAJÁ BLANCO

La aventura policial más interesante y variada del gran detective Sexton Blake


Sumario

KALISAY



OBSEQUIO a los lectores de "PUCKY"

Como reclame extraordinario, a las personas que presenten en nuestro escritorio, calle 24 de Noviembre 480, este aviso, le entregaremos por sólo $ 1.50, una botella de un litro de KALISAY, cuyo precio es de $ 2.50. Del interior 0.20 más para flete. En Rosario, dirigirse a nuestra sucursal Corrientes 1000.

Agotadas ya las 10.000 botellas que habíamos dedicado a los lectores de "PUCKY" y teniendo en cuenta las cantidades que se nos solicitan, acordamos entregar otras 10.000 botellas por últimas vez.

He aquí las razones que hacen la fama del "KALISAY":

KALISAY es, antes de las comidas, un aperitivo admirable.

KALISAY no tiene rival como estimulante de las digestiones.

KALISAY es un tónico bajo la forma de una bebida deliciosa.

KALISAY es, en invierno y en verano, la mejor respuesta a las exigencias de la sed.

KALISAY es bebida para hombres — para señoras y para niños.

KALISAY es vino y quina — el más rico vino añejo y la mejor quina, combinados en una forma que hace del KALISAY, un verdadero orgullo de la industria nacional.

LAGORIO, ESPARRACH & C^IA^

BUENOS AIRES


Sumario



El guardián del zenana levantó el brazo y dirigió a Sexton Blake un terrible golpe con su cimitarra. Blake se inclinó y el arma pasó zumbando por sobre su cabeza. Después avanzó y dió con el puño en la mandíbula del guardián. ("El Rajá Blanco", Capítulo VII).



El Rajá Blanco

Excepcionalmente interesante novela policial de aventura y misterio. En ella se ve como un niño blanco, comprado por orden de un rajá hindú es criado como hijo suyo da lugar a circunstancias que exigen la intervención de SEXTON BLAKE y de su ayudante TINKER, los que realizan una de sus más electrizantes pesquisas.

PROLOGO

La desesperación de la princesa. — Una idea del viejo y hábil servidor. — El niño devuelto a la triste madre. — Las consecuencias de una hábil combinación. — Un pedido de la "ranée". — La sustitución y el convenio.



"Mi corazón está enterrado en lo más profundo. ¡Ya no hay alegría para mí, en la tierra!"

—¡No hables así, mi encantadora flor de loto, mi hermosísima perla! Los dioses volverán, sin duda, a concedernos lo que tu y yo hemos perdido.

—Pero... ¿Y mis brazos vacíos en este momento? ¿Y mis oídos que escuchan constantemente esperando oir el rumor de sus presurosos y breves pasos, el eco de su charla infantil? ¡Ah! ¡La desdicha se ha ensañado conmigo! Los dioses han querido que todas las madres de hijos varones sientan su corazón atado al de sus hijos. ¡Oh! Moriré de pena, esposo mío! ¡No llores por mí porque cuando muera iré a reunirme con mi hijito!

Al expresarse así la hermosa y dolorida mujer levantó los brazos desesperada, y lanzó un largo lamento, entregándose al pesar en la forma en que lo hacen las mujeres de Asia.

Esta escena de emocionante amargura se desarrollaba en el lujoso cuarto de una magnífica "suite" de habitaciones de uno de los hoteles más famosos y más antiguos de Londres.

A ese hotel, una semana antes, había llegado un rajá de la India con su ranée o sea la princesa su esposa, acompañados de un anciano secretario de bigote blanco y ojos de halcón y de una sola mujer de servicio.

Tomó el rajá la más lujosa "suite" de habitaciones que había disponible en el hotel y a esas habitaciones se retiró la asiática pareja, con su reducida servidumbre. La ranée no debía salir de sus habitaciones hasta el momento de partir, burlando así los deseos de gran número de curiosos.

Agobiada por el dolor que le había causado la reciente pérdida de su único hijo, la joven princesa se pasaba uno y otro día sin probar alimento y negándose a atender a toda frase de consuelo.

El rajá, que profesaba a su esposa un cariño sin límites y que hubiera hecho todo cuanto fuera imaginable por complacerla, sentíase alarmado ante el estado en que veía a la princesa. Como a medida que pasaban los días la ranée se ponía más delgada y más pálida, brillándole cada vez más los ojos, el desesperado marido sintióse casi tan angustiado como ella y con seguridad, dominado por no menor ansiedad.

En vano procuró convencer a la princesa de que debía conformarse con lo que los dioses habían decretado y tener esperanzas de que, con el tiempo, le darían conformidad y resignación. Lo que la princesa contestó a la cariñosa argumentación de su marido se ha visto ya.

El rajá había permanecido largo rato junto a su esposa, dirigiéndole cariñosas palabras de consuelo, pero al fin, transido él mismo, de dolor, ante el dolor de la infeliz madre, se había levantado y después de indicar a la mucama que hiciera compañía a su señora, se había retirado silenciosamente.

En la vecina habitación paseó nerviosamente de uno a otro lado, con el ceño fruncido, con una intensa expresión de dolor en su oscuro rostro. La idea de que su esposa pudiera morir de pena ante la pérdida de su hijo, le volvía loco de pena.

No podía haber en el mundo nada que él no quisiera hacer por complacer a su esposa. Pero nada existía que pudiese consolarla. No era una enfermedad, que pudiera ser atendida por el más costoso especialista de los que tienen sus lujosos consultorios en Harley

Street o por el más eminente "hakim" de la India. ¡No! Su adorada esposa; su joya más valiosa y más apreciada decaía por momentos, parecía escaparse de él, hacia el "más allá" mientras él, — el esposo amante, — nada podía hacer por evitarlo.

—Si vuestra alteza quisiera escuchar la humilde palabra de uno cuyos cabellos eran ya blancos cuando vuestra alteza nació...

Era Karim Bukh, el viejo ministro, el que erguía su figura en un rincón del suntuoso cuarto, el que levantando la mano, saludando a la usanza india, había hablado.

—¿Qué quieres? — preguntó el rajá volviendo la mirada de sus ojos, enrojecidos, hacia su anciano servidor.

—¿Puedo hablar, excelencia? — preguntó.

—¡Habla! — Con un ademán de abatimiento el rajá se dejó caer en una silla e indicó a su servidor que se acercara. A Karim Bukh le concedía privilegios que no hubiera concedido a nadie.

El anciano se aproximó, haciendo una profunda zalema. Se hallaba visiblemente agitado. En seguida habló con tembloroso acento.

—En nuestra tierra cuando el ternero muere y la madre sagrada se siente afligida por el dolor y la pena, es costumbre como vuestra alteza lo sabe, tomar el cadáver del muerto y darle cierta apariencia de vida engañando así al corazón maternal.

—¡Tonto! — exclamó el rajá con dolorida voz. — Las cenizas de mi hijo ya han sido dispersadas a los cuatro vientos de la tierra. ¿Te has vuelto un tonto charlatán, Karim Bukh?

—Es posible... es posible que en esta tierra haya un niño... uno suficientemente parecido a nuestro adorado desaparecido, — tartamudeó el anciano, cayendo de rodillas.

El rajá levantó lentamente la cabeza.

—Vuelve a hablar, Karim Bukh, — dijo. — ¿Qué es lo que quieres decir?

—Puede ser que haya un niño en esta tierra, que sea parecido a nuestro príncipe, ¡oh Sabiduría!

—Aun así, — asintió el rajá fijando sus mortecinos ojos en su servidor, — aun así, Karim Bukh... ¿de qué serviría?

—¡Si lo hay, puedo traerlo a vuestra presencia, ¡oh marrajá!

Un destello de esperanza brilló en los ojos del acongojado rajá.

—¡Por la sagrada vaca! ¡Sí! — murmuró con voz ronca. Después agregó dirigiéndose al anciano servidor, que esperaba. — ¡Ve, Karim Bukh! ¡Toma las joyas y el oro que necesites para comprar a ese niño! ¡Ve! ¡Puede ser que los dioses, en su bondad, hayan querido hablar por tus labios!

Y así fué cómo Karim Bukh partió a realizar su extraña misión.

✣ ✣ ✣

Pasaron tres días; una semana, diez días y por último una quincena sin que hubiera regresado el correo del rajá. A medida que pasaban los días se iban disipando las esperanzas que tenía el rajá en el favorable resultado de la misión a que había partido Karim Bukh, cargado de joyas y de dinero.

Del mismo modo se disipaban las esperanzas de salvar la vida de su amada reina. Que la infeliz ranée no tenía sino pocos días de vida era cosa que podía apreciar el más indiferente observador.

En la tarde del vigésimo cuarto día, el rajá se hallaba sentado junto al lecho de su esposa observando su pálido rostro y procurando hallar algo de animación en su triste mirada.

¡En vano! La princesa permanecía con los ojos entornados. Una intensa palidez cubría las demacradas facciones de la, en un tiempo, encantadora cara de la bella joven hindú.

Lentamente el esposo había reclinado la cabeza hacia el cobertor de seda que cubría el lecho, y un gemido de dolor brotó de lo más hondo de su pecho.

El ruido de rápidos movimientos y el rumor de voces en la vecina habitación no lograron llegar a sus oídos. Toda su atención hallábase concentrada en escuchar la lenta respiración de la mujer que estaba a su lado.

Un repentino movimiento de la enferma le hizo levantar la cabeza. El dolor y el temor que estaban escritos en su rostro se transformaron en asombro cuando su mirada se detuvo en el semblante de su esposa que, un momento antes, estaba tendida en el lecho, inmóvil, respirando lentamente.

La cara de la princesa estaba vuelta hacia la puerta de su dormitorio. En sus ojos se notaba un creciente brillar de contento que dejó asombradísimo a aquel hombre.

Un leve movimiento a su espalda hizo que el rajá se volviese rápidamente. Vió entonces allí a la sirvienta de su esposa que tenía de la mano, — o al menos así le pareció, — a su desaparecido hijo, vestido con el traje bordado de oro del extinto príncipe.

Dudando casi de lo que veía, el rajá observó cómo se acercaba el niño a la cama de la ranée... notó un maravilloso cambio en el pálido rostro de su reina y fué testigo del alborear de una esperanza de vida y de un indiscutible contento que lentamente, la hizo abrir los ojos.

Después, en el entusiasmo de su alegría que siguió, un hecho resaltó con claridad completa.

¡La visionaria investigación de Karim Bukh y su esperado resultado habían tenido el más completo de los éxitos!

Gradualmente la princesa recobró sus fuerzas, volvió a la vida gracias a la consoladora presencia de un niño tan parecido, en su aspecto, al niño que ella había perdido, como un hijo de raza del oeste europeo puede parecerse a un niño de raza asiática

¿Cuándo y cómo consiguió el viejo y fiel servidor entrar en posesión de aquel niño? Karim Bukh no lo dijo nunca y el rajá no se lo preguntó jamás.

Contento al ver a su amada ranée vuelta a la vida y a la salud una vez más, el pensamiento de que, lo que era causa de su alegría era causa también de dolor y de lágrimas para alguna desdichada madre de raza blanca, le preocupaba muy poco.

Sin duda los regalos de oro y de joyas que

Karim Bukh habría prodigado habían servido para consolar a la madre blanca de la pérdida de su hijo.

El niño, que tenía ojos de halcón y cutis trigueño, ocupó su sitio en el hogar del rajá, adaptándose con la docilidad de la niñez a la vida extraña en que había penetrado de improviso.

A medida que pasó el tiempo el niño, gracias a las facultades imitativas propias de todos los pequeños, aprendió a balbucear el lenguaje de los que le rodeaban, imitando su entonación y sus gestos y olvidando por completo su propio idioma. Muy pronto su buen aspecto y su apuesta desenvoltura, así como el atrevimiento que demostraba en sus travesuras, le conquistaron las simpatías del rajá y de todos los que le rodeaban.

Para los asiáticos, la desfachatez y el espíritu travieso que demuestran algunos niños, son consecuencia de su caballeresca raza. Todo cuanto en una niña sería motivo de serias reprimendas es, en un niño, apreciado y aplaudido.

Respondiendo a ese trato, el hermoso niño desarrolló muy pronto una dominadora impetuosidad de carácter que se conquistó la decidida apobación de sus asiáticos tutores.

Apasionadamente orgullosa del buen aspecto y del carácter enérgico del niño, la ranée le profesó un cariño que hasta entonces sólo había sentido hacia su propio hijo. Aun cuando se dió perfecta cuenta, una vez que hubo recobrado por completo la salud de que aquel niño no era el mismo que había perdido, su corazón, encariñado con el niño se sintió más y más arrastrado hacia él. En consecuencia suplicó a su esposo el rajá que le permitiera seguir junto a ellos, como si realmente fuera su hijo, al menos hasta que tuvieran, si los dioses lo deseaban, un nuevo heredero.

El indulgente rajá había accedido al pedido de su esposa contentísimo al verla enteramente bien de salud y contento al verse testigo de su felicidad

Antes de regresar a la India, unos diez y ocho meses después, tras de un viaje de placer por Europa, la ranée obtuvo una nueva promesa de su amante esposo.

—Me entristece mucho la idea de que tenemos que volver a nuestro país y presentarnos al pueblo sin poder ofrecerle a nuestro hijo, a su príncipe, esposo mío, — dijo ella.

—¡Oh! ¡Adorada mía! ¡No te atormentes con semejantes ideas! — replicó el rajá, procurando tranquilizarla.

Como con temor, la ranée siguió hablando.

—¡Sería para nuestro pueblo una gran alegría el ver que le presentábamos un príncipe hermoso y fuerte!

El rajá suspiró.

—¡Ay! ¡No somos más que polvo! ¿Por qué discutir la voluntad de los dioses? Puede ser que esperen, para satisfacer nuestro deseo, que hayamos demostrado nuestra devoción en sus propios templos, en nuestro país.

Casi con temor, la ranée miró en redor y después, inclinándose hacia su marido, dijo en voz muy baja:

—Mi señor, el niño que es como un hijo para nosotros, es todo cuanto nuestro fallecido niño hubiera sido, si hubiera vivido Es valiente, fuerte, hermoso y enérgico, es un niño cuyas condiciones pueden hacer saltar de alegría el corazón de sus padres.

Con voz grave, el rajá replicó:

—Sin embargo sus padres no son de nuestra raza, amada mia, y sus dioses no son nuestros dioses

La joven hindú miró fijamente a su esposo, con sus hermosos ojos.

—¡El niño nos pertenece! Su manera de ser y de hablar es actualmente como la nuestra. Día tras día, más y más me parece que mi difunto hijito ha vuelto a la vida, — exclamó. Y después añadió en torno suplicante.— ¿No querría mi señor dejar que la gente creyera que es realmente nuestro hijo?

El rajá lo pensó durante varios minutos. Sería fácil, lo sabía, dejar que el niño pasara por hijo suyo en el lejano territorio donde nadie tenía noticia del fallecimiento del pequeño príncipe. Deseoso de no dar malas noticias a su pueblo no había comunicado aun esa muerte, dejando para su regreso a la India el dar cuenta de lo pasado. Si algun rumor del triste suceso había circulado sería en seguida olvidado, lo sabía, al ver al niño a quien la ranée quería presentar como hijo suyo.

Lentamente inclinó la cabeza, dando así su consentimiento.

—¡Sea, perla mía! Como hijo nuestro será presentado hasta que... — y el rajá miró fijamente a su esposa, — mediante el favor de los dioses, tengamos un verdadero hijo y heredero. Entonces el hijo de los blancos permanecerá en nuestro país, probablemente como servidor y esclavo del futuro rajá.

Lanzando un grito de alegría, la princesa se inclinó, haciendo una zalema ante su esposo.

—Será como mi señor lo desee. Mi corazón ya no está triste por que ya no teme los reproches que pudiera hacernos nuestro pueblo.

Un mes después había grandes fiestas en un pequeño estado de la India, con motivo del regreso de su monarca después de prolongada ausencia. La multitud lanzaba gritos de alegría en torno de los elefantes del rajá mientras, llevando cada uno su real carga, avanzaban con solemne dignidad por las viejas calles que conducían al palacio.

En torno del elefante que en su dorada "howdah" o casillita llevaba a un emocionado y contento niño de llamativa apariencia el entusiasmo del pueblo parecía más intenso y era más ruidoso.

—¡Gloria a tí, oh marrajá! — gritaban miles de voces.

Las mujeres contenían la respiración al contemplar admiradas y embelesadas al hermoso hijo de su rey.

Y junto al niño objeto de los gritos entusiastas del pueblo, se veía el rostro de Karim Bukh en cuyas facciones se notaba una expresión satírica mientras le relucían los ojos y sus labios sonreían.

Fin del prólogo

CAPITULO PRIMERO

Un baile en el lujoso Hotel Carlitz, de París.— Momento de alarma. — Lo que se halló en el jardín de invierno. — La señora de Mendoza despojada de sus alhajas. — Sexton Blake investiga. — La "Garra de Plata". — Un detalle curioso. — El rajá de Baghpore. — La "Garra de Plata" deja triste huella de su paso.



CUANDO Paul Dinsdale se detuvo, interrumpiendo los elefantinos esfuerzos que hacía, procurando seguir el compás de un agitado "fox-trot", y miró sudoroso, a su vivaracha compañera, su único pensamiento era poder alejarse cuanto antes del salón de baile para ir en busca de una copa de ponche helado.

La joven se rió al notar la expresión de tristeza de su rostro.

—No es nada, señor Dinsdale, — dijo ella alegremente y con marcado acento americano, — podrá usted seguir bailando otro día. Por hoy no voy a torturarle más. Lléveme a un sitio donde podamos descansar y después, dispóngase a proporcionarme un helado.

Dinsdale, un joven inglés de jovial aspecto, más acostumbrado a las expediciones por el desierto que a bailar "fox-trot", se sintió inmensamente aliviado. No tardó mucho en guiar a su encantadora compañera, alejándola de la muchedumbre y llevándola a un jardín de invierno de reducidas dimensiones en el que ya se había fijado con tiempo considerándolo como lugar apropiado para lo que iba a utilizarlo entonces.

—Me parece que nunca llegaré a bailar como es debido el "fox-trot", — dijo, suspirando sofocado. — Puedo bailar un vals, si llega el caso, pero estas nuevas danzas de "jazz" y de "jimmy" pueden más que yo. Siento haberle hecho perder el tiempo y haberla molestado, señorita Black.

La joven norteamericana le miró sonriente y movió su dorada cabeza.

—¡No se preocupe por tan poco! — replicó. — No siento fanatismo por el baile y además ya sentía deseos de descansar un poco.

No agregó que sí sentía deseos de sentarse y descansar era porque se había fatigado danzando con Paul Dinsdale; pero esta era la verdadera razón.

Después de una cautelosa mirada para persuadirse de que no había nadie en el pequeño jardín de invierno, Dinsdale hizo una seña a su compañera, inclinando la cabeza.

—Todo está bien. Entre usted, señorita Black. Voy en seguida a buscar un helado para usted.

Sonriente, la joven le miró volverse y alejarse. Después, tarareando lo que la orquesta ejecutaba, la joven entró en el pequeño jardín de invierno. Un momento después un grito agudo, penetrante, salía del jardín de invierno y la danza terminó en una loca confusión cuando los bailarines vieron que una joven pálida entraba en el salón lanzando histéricos chillidos.

Paul Dinsdale que se hallaba a mitad de camino del buffet, al que aun no había llegado, se volvió al oir el primer grito y como vió que era Eleanor Black la que había gritado tan aterrorizada, volvió a su lado mediante media docena de rápidos saltos.

Tendió los brazos en el preciso momento en que la joven caía desmayada. Dinsdale la levantó en brazos con las energías de un atleta y corrió hacia el buffet mirando en redor, mientras avanzaba, en busca de la madre de la joven. La vió en el momento en que llegaba a la puerta y entonces siguieron corriendo juntos hasta que Dinsdale encontró un diván. En él puso a la desmayada joven y en seguida se alejó a toda prisa en busca de un vaso de agua.

Mientras tanto se había producido la mayor confusión en aquel parisién salón de baile.

La "jazz band" había intentado comenzar a tocar de nuevo, pero todos los invitados se amontonaban a la entrada del pequeño jardín de invierno, preguntándose qué era lo que podía haber sucedido. Pero no era posible pasar del hueco de la puerta. Tan pronto como Eleanor Black había salido de allí, aterrorizada, dos hombres vestidos de frac se habían deslizado rápidamente desde el lado del salón de baile donde estaban y habían impedido el paso por aquella puerta.

Los que llevaban algún tiempo en el hotel sabían que aquellos dos silenciosos pero imperiosos caballeros eran los detectives de la casa. A todas las preguntas que les dirigieron se limitaron a contestar negativamente moviendo la cabeza y sin decir nada. Permanecieron de pie, en la puerta esperando, hasta que llegó un hombre anciano, con todo el aspecto inconfundible del funcionario policial en su persona, que se había abierto paso a través de la gente allí aglomerada.

Cambió unas cuantas palabras con los dos que estaban a la puerta. Después mientras uno de ellos se dirigía hacia la plataforma donde estaba la banda, él y el otro, entraron en el jardín de invierno.

Cerraron bruscamente la puerta de cristales y un momento después cuando la orques-

ta comenzaba a tocar, los concurrentes, o al menos gran parte de ellos, volvieron a bailar.

Dentro del pequeño jardín de invierno el oficial de policía y el detective de la casa se inclinaban hacia la figura de una mujer lujosa y ricamente vestida, que estaba tendida en el suelo, junto a un sofá. El sofá quedaba oculto entre palmeras, razón por la cual Paul Dinsdale no había visto lo que había en el suelo.

Si hubiera entrado en el jardín de invierno lo hubiese visto y hubiera sido el primero en hacer el descubrimiento que había sido causa de que Eleanor Black regresara corriendo y gritando, al salón de baile, presa del más intenso terror.

Porque a primera vista parecía que aquella mujer estaba muerta. El oficial de policía se arrodilló y levantó un poco la cabeza de la mujer. Se inclinó hacia un lado como sin vida, pero después de breves pruebas se dió cuenta el de policía, de que aquella mujer no estaba muerta. Entonces, levantando la cabeza, miró al detective del hotel.

—¿Sabe usted quién es? ¿Está aquí en el hotel?

El interrogado inclinó afirmativamente la cabeza.

—Sí. Llegó, con su esposo, hace unos pocos días. Su apellido es Mendoza. Tanto ella como él, son de Sud América.

—¿Dónde está el esposo?

—No lo sé. Probablemente en el hotel.

—Sería bueno que usted le avisara en seguida. Traiga, también, al médico de la casa. ¡Ah! ¿Quién hizo el descubrimiento?

—No lo sé bien aún. Me encontraba de pie cerca de la entrada del salón de baile cuando oí un grito. Entonces una joven, vestida de color de rosa, salió corriendo de aquí. Aun debe estar por ahí.

—Procure hallarla lo más pronto posible. Necesitaremos interrogarla. Yo... ¡Ah! Vea quién llama a la puerta.

En los vidrios de la puerta alguien había dado un fuerte golpe y a través de las cortinas de seda se veía una silueta oscura. El detective del hotel abrió la puerta y se retiró a un lado para que entraran dos señores. Cuando vió quien era uno de ellos, el de la policía se levantó y saludó.

El hombre, alto, anciano, de inteligente rostro, contestó al saludo y después, expresándose en francés preguntó qué había sucedido.

El de la policía contestó en seguida pues el hombre que acababa de entrar era el Prefecto de Policía de París y aun cuando su subordinado lo ignoraba, el que había entrado con él era el señor Sexton Blake, de Londres.

Sucintamente el oficial contó al prefecto todo cuanto sabía. Terminaba su relato cuando regresó el segundo detective del hotel seguido del médico y de un hombre alto y joven, que saludó sorprendido al reconocer a Sexton Blake.

Mientras el médico se inclinaba hacia la desmayada mujer. el joven se acercó al detective.

—¿Qué es eso, señor Blake? — le preguntó en voz baja. — ¿Qué ha sucedido?

Blake movió negativamente la cabeza.

—No lo se, señor Dinsdale, — dijo. — Estoy tan poco enterado como usted.

Dirigieron la atención hacia el médico que habiendo terminado su examen, estaba hablando con el prefecto.

—No presenta señales de violencia, — dijo el médico. — Por el momento es difícil afirmar cuál es su condición. Puede ser que se halle sufriendo los efectos de una droga, pero también puede obedecer a otras causas el estado en que se halla. Es necesario que la lleven en seguida a la cama y que una enfermera se encargue de su asistencia. ¿Reside en el hotel?

Antes de que pudieran contestarle la puerta se abrió de golpe y un hombre pequeño y trigueño, entró. Cuando vio a la mujer lanzó un grito y avanzó rápidamente, arrodillándose a su lado. Miró luego en redor como preguntando qué había sucedido.

Por lo que dijo, rápido y excitado, en español, dedujeron que era aquel el señor Mendoza, esposo de la mujer desmayada. El doctor explicó lo que se sabía mientras el prefecto pronunció algunas tranquilizadoras palabras. Se calmó un poco al oirlas, pero, inclinándose de nuevo llamó repetidas veces a su esposa, pidiéndole que le contestara.

De pronto dejó de dirigirse a su esposa y lanzó un grito de alarma.

—¡Las alhajas! — exclamó. — ¿Qué ha sido de las alhajas?

El prefecto entornó los ojos y se acercó más al señor Mendoza.

—¿Dice usted que la señora de Mendoza tenía puestas alhajas que faltan ahora? — preguntó.

El marido comenzó a hablar rápidamente en español. De todo lo que dijo dedujeron que la señora tenía puesto un muy valioso collar de diamantes y zafiros y un pendentif grande, también de diamantes y zafiros.

Entonces levantó las manos de la mujer, en las que no se veía ningun anillo.

—¡Las sortijas también! — exclamó excitadísimo. — ¡Todas las sortijas! ¡Tenía puestas varias sortijas de gran valor! ¡Pero este es un crimen y un robo!

El prefecto, apoyando una mano en el hombro del señor Mendoza, le hizo callar.

—Su esposa no ha muerto, está desmayada, únicamente, señor, — díjole con energía. — Nada bueno conseguirá usted excitándose. Es necesario llevarla en seguida a su cama. Cálmese usted y ayúdenos.

El sudamericano más tranquilo, se levantó. Dirigidos por el médico, los hombres levantaron del suelo a la señora y la sacaron del jardín de invierno por una puerta lateral, de modo que pudieron llegar a otros pisos superiores del hotel sin pasar por el salón de baile.

Cuando se separaron, el prefecto se volvió hacia el joven de cabello rubio que estaba de junto a Blake.

—¿Quien es usted, señor? — preguntóle secamente.

—Me llamo Dinsdale, Paul Dinsdale, señor, — contestó el joven en francés. —Fué la señorita que estaba bailando conmigo la que hizo el descubrimiento de esto.

—¡Ah! ¡Tenga usted la bondad de decirme todo cuanto sepa, señor!

—No se nada, o casi nada de lo sucedido, señor, — contestó Dinsdale. — Mi compañera de baile y yo estábamos danzando y suspendimos el baile. Nos dirigimos a este sitio para esperar a que terminara la pieza que tocaba la orquesta. Miré por la puerta y me pareció que aquí no había nadie. Mi compañera de baile, la señorita Eleanor Black entró, mientras yo me dirigí al buffet a buscar un helado para ella.

" Me encontraba a mitad de camino cuando oí un grito. Me volví y vi que la señorita de Black salía de este sitio, aterrada. Corrí hacia ella y llegué a tiempo para sostenerla en mis brazos en el momento en que caía desmayada. En este momento la señorita Eleanor Black está con su madre que la atiende. Cuando recobró el conocimiento le pregunté qué era lo que la había asustado tanto y ella me dijo que en el momento en que se acercaba al sofá para sentarse y esperarme, había visto a una mujer muerta, o que parecía muerta, tirada en el suelo. Se asustó y por eso fué por lo que gritó.

" Eso es todo cuanto puedo contarle a usted sobre el caso, señor.

El prefecto asintió con un movimiento de cabeza y después se volvió hacia Sexton Blake.

—He oído que usted, conversando con este señor, le llamaba por su nombre de pila, señor Blake, — dijo. — ¿Le conoce usted?

—Algo, señor. A quien conozco hace muchos años es a su padre. Creo que puedo salir fiador del señor Dinsdale.

—Eso me basta. ¿Puedo preguntarle dónde vive, señor? — agregó el prefecto dirigiéndose a Dinsdale.

—Aquí, en este hotel. Permaneceré aquí varios días más, y estaré a su disposición si en algo puedo servirle.

—Muchas gracias. No sé si será necesario o no, pero desearía interrogar a la señorita que hizo el descubrimiento. ¿Dónde está?

—En una pequeña salita reservada del lado del patio de las palmeras. Si usted lo desea, le acompañaré.

—Ahora mismo, si le parece. Pero antes, sin embargo, tengo que hacer una pequeña investigación aquí.

El prefecto comenzó a revisar detenidamente la habitación, mientras Blake y Dinsdale esperaban a un lado. Dinsdale observaba los movimientos del prefecto pero Blake continuaba su propio examen del sitio, examen que había comenzado en el momento en que entró.

Mientras el prefecto estaba inclinado, examinando el suelo, cerca del sofá y Dinsdale lo miraba con atención, Blake notó que hacía un pequeño movimiento la corona de la palmera grande situada en un rincón del jardín de invierno. Las curvas hojas casi tocaban el techo y por entre ellas podía Blake ver una ventana cuya mitad superior estaba seis pulgadas más abajo de su sitio, para dejar pasar un poco de aire.

Notó de nuevo que las hojas de la palmera se movían un poco. De pronto, como un rayo, algo pequeño, de color amarillento, saltó del árbol al hueco de la ventana y pasó por él, desapareciendo.

Un instante después el prefecto se levantaba y al detective del hotel que entró en aquel momento, le dió algunas instrucciones. Luego, por la puerta lateral, salieron del jardín de invierno, dirigiéndose a la salita a donde habían llevado a Eleanor Black cuando se le hubo pasado el desmayo.

Después de indicárselo el prefecto, Sexton Blake decidió ir también. Era curiosa la coincidencia de que el famoso detective y el prefecto se encontraran aquella noche en el lujoso hotel de la rue de Rivoli.

Blake había ido a París por asuntos de su profesión; había llegado el día antes y había comido aquella noche, con el prefecto de policía, señor Dupuis, en el Hotel Carlitz.

Después de comer habían paseado del hall al salón de baile para contemplar un momento el animado cuadro de la danza, cuando les sobresaltaron los gritos de horror de la joven norteamericana.

Blake comprendió que el prefecto había decidido investigar el caso personalmente, pero, por profesional interés, no le disgustaba ir a oir lo que la señorita Eleanor Black podía tener que decir.

La encontraron reclinada en un diván en una salita tapizada de gris y rosa. La madre estaba a su lado y le acercaba al rostro un frasco de sales.

El joven Dinsdale, que les había acompañado, hizo las presentaciones y hablando en inglés, el prefecto aseguró en seguida a la joven que sólo deseaba hablar con ella unas pocas palabras. La joven se hallaba ya enteramente repuesta del susto e, incorporándose, contó todo cuanto le había pasado.

—El señor Dinsdale me dejó a la puerta del jardín de invierno, — dijo Eleanor Black. — Se alejó camino del buffet en busca de un helado para mí. Entré en el jardín de invierno, pasé junto a un grupo de palmeras chicas, dirigiéndome hacia donde estaba el sofá.

" Precisamente en el instante en que lo ví, ví también algo en el suelo. Me incliné para levantarlo y ví que era un pequeño objeto de plata que representaba una garra de gato o algo parecido. Era un curioso adorno y lo estaba examinando, preguntándome quién lo habría perdido cuando, de repente, ví un cuerpo tendido en el suelo un poco más acá del extremo del sofá.

" Dejé caer el objeto de plata y grité por que estaba muy asustada. Entonces me volví y salí, corriendo, al salón de baile, donde perdí el conocimiento. Esto es todo cuanto puedo decirle a usted.



La señorita Black entró en el jardín de invierno, creyendo que allí no había nadie. De pronto se dió cuenta de que en el suelo estaba tendida una mujer y un grito de horror partió de labios de la señorita Black, que corrió hacia el salón de baile. ("El Rajá Blanco", Capítulo I).

En un momento del relato Sexton Blake y el prefecto habían cambiado miradas de inteligencia. Pero ninguno de los dos sabía lo que la mirada del otro había querido decir.

—Usted perdone, señorita, — murmuró el prefecto con toda amabilidad, — pero yo desearía que usted me dijera si afirmó que había levantado del suelo un pequeño ornamento de plata.

—Sí; eso fué lo que dije.

—Después, con la emoción del otro descubrimiento, usted lo dejó caer ¿no es así?

—Así es, en efecto.

—¿Está usted enteramente segura de que es así?

—Enteramente segura.

—Muchas gracias. Y ahora una o dos preguntas más, señorita. ¿Conoce usted a la señora que estaba en el suelo?

—No. Tal vez pudiera decir que me parece que es una señora que vino de Nueva York en el mismo vapor en que vinimos mi madre y yo.

—¿Se fijó usted en si tenía puestas algunas alhajas?

—No me fijé. Me sentí demasiado impresionada para fijarme en nada. En cuanto ví a la mujer en el suelo me aturdí de tal modo que no me dí cuenta de nada más.

—Muchas gracias, señorita. Hoy no volveré a molestarla, pero mañana tendré que pedirle que firme un extracto que haré hacer de su declaración.

—Lo firmaré en cuanto me lo traiga. Espero permanecer todavía una semana más en París.

Terminada así la conversación, Sexton Blake y el prefecto Dupuis se retiraron, dejando al joven Dinsdale con las dos mujeres. En cuanto hubieron cerrado la puerta, el prefecto se volvió hacia Blake y le dijo en voz muy baja:

—¿Entendió lo que ella dijo sobre el hallazgo de un dije de plata en forma de garra de gato?

Blake inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí. Si lo que ha dicho esa joven es exacto parece que la "Garra de Plata" está nuevamente en actividad. Pero parece extraño que si uno de sus hombres ha encontrado el dije no le haya dicho nada a usted. Con seguridad saben lo que significa.

—Eso es lo que me tiene perplejo y lo que voy a poner en claro inmediatamente. Claro está que saben lo que significa... lo saben todos mis subordinados como lo saben, de fijo todos los hombres de Scotland Yard.

La conversación podía resultar oscura para quien no estuviera al tanto de lo que era la "Garra de Plata" de que hablaban Sexton Blake y el prefecto Dupuis. Pero la policía de París y la de Londres sabía que hablar de la "Garra de Plata" era hablar de un misterioso criminal que había operado durante diez y ocho meses, tanto en Inglaterra como en el Continente. Si lo que había hallado la señorita Eleanor Black era efectivamente un dije que representaba una garra había que creer que el misterioso criminal había realizado otra de sus hazañas.

Hasta entonces, a pesar de toda la actividad de la policía de ambos países, no se había dado ni con el menor rastro que permitiera dar con la pista del misterioso delincuente y sin embargo, su manera de proceder era de una crueldad única en la historia del crimen.

Cuatro casos habían sido investigados por la policía y los cuatro presentaban entre sí muchos puntos de similitud.

La primera vez que se tuvo conocimiento de la existencia del misterioso criminal a quien se designaba por el apodo de "Garra de Plata" fué en Niza donde, en plena estación, una adinerada inglesa fué víctima de un robo en circunstancias muy semejantes a las que rodeaban al suceso que acababa de acontecer en el elegante hotel de la rue de Rívoli mientras Dupuis, el prefecto de policía y Sexton Blake se hallaban casi en el escenario del delito. En aquella otra ocasión, la señora inglesa había sido hallada, sin sentido, en unos jardines, próximos al Casino Las investigaciones permitieron saber que había sido despojada de muchas y muy valiosas alhajas. Pero esto no había sido lo peor del caso. Cuando recobró los sentidos, en vez de poder explicar lo que le había pasado, la señora, — con el correspondiente horror de parte de su esposo, — estaba enteramente trastornada, había perdido la memoria y su mentalidad se hallaba totalmente desequilibrada.

Aun cuando Sexton Blake no había intervenido en ese caso sabía que no se había descubierto casi nada y por los últimos datos sabía también, que la señora seguía aislada en un saratorio.

Aquella fué la primera presentación de la "Garra de Plata". Se la había hallado en el suelo, junto a la víctima y, examinada cuidadosamente habíase podido notar que en realidad, era un arma traidora y mortífera. Estaba formada tal como la señorita Eleanor Black la había descripto; parecía una garra de gato y era, más o menos, del mismo tamaño.

Pero lo que la joven norteamericana no sabía era que, por la uña central de la que se había hallado en Niza, salía una finísima punta de aguja, que estaba unida a una bolsita de goma que ocupaba el centro del objeto aquel y que, — la policía estaba convencida de que era así, — contenía una diminuta cantidad del veneno que había causado el desmayo y la demencia de la víctima.

Cuando se encontró el objeto, la bolsita estaba vacía y no fué posible aislar ni la más mínima cantidad de la sustancia que contenía, a objeto de analizarla.

Un breve rasguño que presentaba la mujer desmayada, en el cuello, prestaba veracidad a las conjeturas de la policía, pero ahí terminaba todo lo que se sabía El demonio en figura de ser humano, — hombre o mujer, — había realizado su infame obra sin

dejar ni el menor rastro que pudiera servir para seguirle la pista.

Varios meses más tarde, en Ostende, una riquísima señora holandesa, fué hallada, desmayada, en circunstancias parecidas. Ella, también, había sido despojada de valiosas joyas y, como la otra víctima, recobró el conocimiento tan sólo para que los médicos la examinaran y la declararan demente.

Otra vez se halló una garra de plata y en la parte de atrás del cuello tenía un pequeño rasguño. Menos de un mes después de eso, la garra de plata hizo su aparición en Le Touquet. La víctima fué, también una mujer y se notó que faltaban muchas joyas de grandísimo valor.

La cuarta ocasión había sido en Londres y aun cuando le llamaron en aquel caso, Sexton Blake no pudo descubrir absolutamente nada.

En consecuencia si eran verídicas las palabras de Eleanor Black, — y no había razón para suponer que no lo eran, — se comprende que tanto Sexton Blake como el prefecto Dupuis se sintieran muy interesados en cuanto oyeron que la joven mencionaba la garra de plata.

En el salón, el baile continuaba como si nada hubiera sucedido. El gerente del hotel había tranquilizado inmediatamente a los clientes y visitantes y todos estaban convencidos de que una mujer se había desmayado en el jardín de invierno y nada más.

Pero cuando Sexton Blake y el prefecto pasaron y miraron hacia aquella brillantísima reunión social, ambos se preguntaron si sería posible que entre aquellas personas se hallara el misterioso criminal a quien, a falta de otro nombre mejor se le había bautizado con el de "Garra de Plata."

Los dos agentes de policía vestidos de particular se encontraban en el jardín de invierno cuando entraron Blake y Dupuis. El prefecto les interrogó enérgicamente preguntándoles dónde estaba la garra de plata, pero ninguno de los dos la había visto. Los cuatro se pusieron a buscarla. Buscaron durante media hora con el minucioso cuidado del que sólo es capaz el profesional avezado.

Al cabo de ese tiempo el prefecto se sentó en el sofá y miró a Sexton Blake.

—Si la señorita Eleanor Black dice la verdad, es necesario creer, señor Blake, que alguien entró en seguida de salir ella y se llevó la garra de plata.

Blake encendió un cigarrillo.

—Así parece, señor prefecto, — dijo, — pero el caso es que aquí no entró nadie más que sus subordinados. Tanto el señor Dinsdale como el marido y el médico entraron cuando los de la policía ya habían tomado posesión del sitio. Hubiéramos visto, además, a cualquiera que se hubiese agachado para recogerla.

—Eso es verdad, señor Blake. Pero el hecho subsiste. La señorita Eleanor Black no ha podido imaginarse que encontraba la garra de plata. Afirma con igual convencimiento que la dejó caer al suelo. Menos de un minuto después de que saliera corriendo de aquí, mis hombres ocupaban el sitio y los dos niegan haberla visto. ¡El caso es realmente curioso!

—¿Me permite indicar, señor prefecto, que me parece conveniente que uno de sus hombres vaya a la habitación donde está la señora víctima del robo y pregunte al médico si el cuello o los hombros de la misma presentan alguna señal de rasguño? — dijo Blake.

"Si existe esa señal y fué causada por la garra de plata, es conveniente advertir al médico en qué condición puede hallarse la señora cuando recobre el conocimiento. ¡Qué terrible golpe para el marido! — agregó.

—Es muy sensata y oportuna su idea, señor Blake. Voy a dar las órdenes necesarias para que se proceda inmediatamente a ponerla en práctica.

Volviéndose, el prefecto dió instrucciones a uno de sus hombres, el cual se retiró en seguida. Blake se sentó junto al prefecto y ambos fumaron en silencio durante un largo rato.

Oficialmente, Blake no tenía nada que ver con el asunto que era de exclusiva jurisdicción de la policía de París. Por otra parte, como el hombre había estado en una ocasión, persiguiendo a "Garra de Plata" sin conseguirlo, se hallaba interesadísimo en saber cómo terminaría lo sucedido aquella noche.

El prefecto, por su parte, admitía como curioso a Sexton Blake por la misma razón de cortesía por la cual Sexton Blake se lo hubiera permitido al prefecto si éste hubiese ido a Londres.

Blake recordó los primeros momentos, cuando el prefecto y él, entraron en el jardín de invierno. Recordó que siempre había estado custodiada la puerta por los detectives de la casa, mientras uno de los subordinados del prefecto vigilaba el interior.

Que se supiera, no había entrado nadie en el jardín de invierno durante el minuto o poco más, transcurrido entre la desesperada salida de Eleanor Black y la entrada del oficial de policía.

Parecía curioso cuanto rodeaba a la garra de plata. Eleanor Black se había expresado con toda claridad y, sin embargo, de algún modo, la garra de plata había desaparecido necesariamente, en aquel brevísimo espacio de tiempo.

Ya no estaba en el jardín de invierno. No era posible dudar de esto. La habían buscado bien y no la habían hallado.

Miró perezosamente en redor hasta que su mirada se detuvo en la alta palmera que casi llenaba un rincón del jardín de invierno. En aquel extremo todo el espacio estaba ocupado por plantas tropicales que llenaban el ambiente de un olor penetrante y exótico.

Entonces recordó Blake lo que él había visto cuando la atención del prefecto y de otros se hallaba concentrada sobre la desmayada mujer tendida en el suelo.

Estaba seguro de que no había sido víctima de una ilusión de óptica. Y, siendo así ¿qué era entonces aquello amarillento que había saltado de la corona de la palmera y se había ido por la abertura superior de la ventana?

Pudo haber sido un gato, pensó, o tal vez un gatito porque a Blake le había parecido más pequeño que un gato común. No tenía idea de a dónde podía haber ido al salir por la ventana. Ignoraba, en verdad, lo que había del lado exterior de aquel cuarto.

Estaba discutiendo mentalmente este punto cuando el mensajero del prefecto entró, acompañado por el médico. Durante algunos momentos el doctor habló en voz baja con el prefecto. Después de haber oído lo que le había dicho el médico, el prefecto se volvió hacia donde se encontraba Sexton Blake.

—Es tal como nosotros lo pensábamos, — dijo. — El doctor me informa de que en el lado derecho del cuello, precisamente debajo de la oreja, la señora de Mendoza tiene un ligero rasguño de una pulgada y cuarto de largo.

—Eso viene en apoyo de lo manifestado por la señorita Eleanor Black, — dijo Blake. —Creo, señor prefecto, que debemos admitir que la garra de plata estuvo efectivamente aquí.

Pero aun cuando el prefecto interrogó a los detectives de la casa como había interrogado a sus subordinados, no pudo dar ni con el menor rastro del objeto de plata en forma de garra de gato. Estaban por retirarse del jardín de invierno cuando se oyó un golpe dado en la puerta de cristales que daba al corredor.

—¡Adelante! — contestó el prefecto a aquel llamado.

La puerta se abrió y una expresión de sorpresa se notó en el rostro de Blake porque vió en el hueco una extraña figura vestida con rara magnificencia.

Uno de los detectives de la casa, que se hallaba junto a Blake quiso enterarle de quien era aquel hombre.

—Es el rajá de Baghpore, — díjole en voz muy baja.

Sexton Blake recordó en aquel momento haber leído en los diarios que el rajá de Baghpore estaba visitando la capital de Francia.

Aun cuando vestido de correctísimo frac, como un europeo, tenía puesto un abultado turbante de pesada seda de color de rosa, en cuya parte delantera estaba colocada una pluma del pájaro llamado "quebrantahuesos". La pluma estaba sujeta por medio de un prendedor en el cual brillaba un diamante que debía valer millones. Tenía en los dedos numerosos anillos con grandes brillantes que le hubieran dado un aire de vulgar ostentación si no hubieran estado de acuerdo con su barba rizada y su turbante de asiático.

Pareció reconocer en seguida al prefecto porque haciendo ante él una cumplida cortesía, dijo al señor Dupuis:

—Le ruego que me perdone mi intromisión, pero mis habitaciones están, precisamente, aquí encima y hace poco, oí gritos como si pasara algo. Envié a mi secretario a averiguar lo que pasaba y me dijo que había visto a unos hombres que llevaban una señora desmayada. Espero que nada grave haya sucedido. Como supongo que usted ignorará mi nombre, me permitiré manifestarle que soy el rajá de Baghpore.

El prefecto se inclinó ceremoniosamente.

—Es de lamentar que su alteza haya sido molestado, — dijo suavemente. — En verdad ha acontecido algo desagradable, pero, por razones que se comprenden, la gerencia del hotel no quiere que se hable al respecto. A usted, a pesar de eso, señor, se lo voy a explicar y así apreciará toda la razón que tiene el gerente para guardar el secreto.

—¡Naturalmente, señor, naturalmente! Pero, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

—Con el Prefecto de Policía, señor.

El rajá murmuró unas frases de cortesía y después el prefecto le explicó brevemente todo lo sucedido, omitiendo por cierto, lo relacionado con la garra de plata.

Durante la conversación, el rajá llevó varias veces la mano al brillante que tenía en el prendedor del turbante y cuando el prefecto hubo terminado, dijo:

—Le quedo muy agradecido, señor prefecto. Diré a mi secretario que redoble las precauciones y vigile bien mis cosas de valor. Deseo que tenga usted la suerte de hallar muy pronto a la persona culpable de tan cobarde ultraje.

Se inclinó de nuevo, saludando a todos a la vez con una sola mirada y después se retiró. Cuando hubo desaparecido, y la puerta se cerró tras él, Sexton Blake se volvió hacia el prefecto.

—Me voy a retirar, señor Dupuis, — dijo. — Usted tendrá que ocuparse ahora de dar órdenes y disponerlo todo y no deseo molestarle. Me permitiré visitarle mañana, antes de partir para Londres.

El prefecto inclinó la cabeza asintiendo y después de estrecharle la mano, Sexton Blake salió al corredor. Siguió hacia el salón de baile donde, al mirar, vió, de pie junto a una puerta, observando los bailarines, al rajá de Baghpore. Fué Blake hacia el hall donde halló al joven Dinsdale que regresaba, después de haber acompañado a Eleanor Black y a su madre, a sus habitaciones.

—¿Conoce usted a Ratcliffe, señor Blake? - preguntó. — Le estoy buscando.

—¿Ratcliffe? — repitió Blake. — No; me parece que no. ¿Qué aspecto tiene?

—Más o menos mi cuerpo, pero oscuro, muy oscuro, demasiado oscuro para un inglés.

—¿Será el joven trigueño a quien vi con usted en las primeras horas de la noche?

—Sí; ese mismo. Le prometí que le acompañaría a visitar un cabaret.

—Pues no le he visto desde las primeras horas de la noche. Es posible que se encuentre en el salón de baile.

—Puede ser. Voy a ir a ver. — Dinsdale se dirigió al salón de baile pero en cuanto hubo andado unos pasos se detuvo y regresó hacia Blake. — Dicho sea de paso, señor Blake, se me acaba de ocurrir que, si el señor Dupuis, el prefecto, desea más detalles sobre el señor Mendoza, puede interrogar a Ratcliffe. Me parece que está en muy buena relación con el matrimonio. Esta misma noche bailó varias veces con la señora de Mendoza, — dijo.

—Se lo diré al prefecto en seguida, — manifestó Sexton Blake a su amigo.

El detective se dirigió al otro lado del hall y fué hasta un pasillo por el cual después de cruzar por el otro lado del salón de baile, podía llegar hasta donde estaba el prefecto.

Encendiendo un cigarrillo caminó indolentemente hasta que llegó a un sitio desde donde se veía a los que bailaban. Detúvose unos minutos y después continuó hasta una puerta que quedaba al extremo del corredor. Volvió la manija y la abrió. Vió que daba a un jardincito en mitad del cual había un grupo de arbustos.

Estaba cerrado por sus cuatro lados y, al parecer no era más que un hueco para dar aire y luz a las habitaciones cuyas ventanas daban a él. Frente a donde él estaba veía el detective la oscura silueta de los árboles y más arriba, una línea de ventanas brillantemente iluminadas que, calculó, eran las de la "suite" ocupada por el rajá. Todas las ventanas, menos una, tenían echadas las cortinas, ocultando así los movimientos de los que estaban dentro de las habitaciones pero sin interceptar la ola de luz.

La única ventana que no tenía corrida la cortina la tenía medio descorrida y la hoja inferior estaba un poco levantada, como para dejar entrar algo de aire fresco del exterior. Blake cerró la puerta con toda suavidad y arrojó el cigarrillo.

Caminando sin hacer ruido cruzó el pequeño jardín hasta que estuvo junto a las ventanas del jardín de invierno. Se movió cautelosamente, examinando las ventanas, pero, al parecer, no encontró nada de interés pues, tras de unos pocos minutos de tarea, dió por terminada su labor.

Estaba por regresar a la puertita por donde había entrado cuando oyó ruido de voces en una habitación superior. Avanzó con cautela y fué por el borde del jardín hasta que casi llegó a la puertita. Desde donde estaba en aquel momento podía ver por la ventana de la habitación de donde procedían las voces. Mientras miraba vió que la figura de un hombre con turbante cruzaba su visual.

Era el rajá de Baghpore.

Detúvose un instante. Después Blake vió que levantaba una mano. Un segundo después un bulto pequeño y peludo cruzó volando el aire y fué a detenerse en el hombro del rajá; cuando se detuvo allí, Sexton Blake vió que se trataba de un mono muy pequeño.

Blake lo miró pensativo hasta que, dándole cariñosas palmaditas y acariciándolo, el rajá se retiró con el del sitio a donde alcanzaba la vista del detective. Entonces Blake abrió la puertita y volvió al pasadizo.

Cruzó el guardarropa donde tomó su sobretodo y su sombrero. Estaba por dirigirse al hall cuando el prefecto llegó. Iba, también, a salir. Blake le dió el mensaje de [illegible]sdale y después de estrecharle nuevamente la mano, salió a la calle de Rivoli.

Corta era la distancia que le separaba de su hotel, situado en la avenida de Champs Elisées así que decidió ir a pie y, mientras fumaba un fragante cigarro de hoja, pensaba en lo que había visto saltar de la copa de la palmera a la ventana del jardín de invierno.

Habíase formado una teoría definitiva en torno de ese punto pero, por el momento, decidió tenerla en secreto.

El día siguiente Sexton Blake, que había terminado sus diligencias en París, salió para Londres. Antes de partir el señor Dupuis le dijo que la señora de Mendoza había recobrado el conocimiento y se hallaba en el lamentable estado de desequilibrio mental que habían temido.

Esto era prueba más que positiva, tanto para Sexton Blake como para el señor Dupuis, Prefecto de Policía de París, de que una vez más la misteriosa "Garra de Plata" había estado en actividad.

CAPITULO SEGUNDO

El Jardín Zoológico de Londres recibe un obsequio. — El mono araña enano. — Sexton Blake utiliza al curioso mono. — Un experimento muy extraño. — Tinker recibe una sorpresa. — El detective explica muchas cosas.



LA tercera mañana después de su regreso de París, Sexton Blake estaba sentado ante la mesa en que veíase servido el desayuno, en el alegre comedorcito de mañana de su casa de Baker Street. Frente a él se hallaba Tinker, que recorría los diarios de la mañana en busca de algún asunto de interés mientras Blake se hallaba ocupado en igual investigación.

Un asunto debía haberle interesado ya a Blake porque el detective se había tomado la molestia de marcarlo con un trazo de lápiz rojo.

La noticia marcada por Sexton Blake informaba de que el rajá de Baghpore, con reducido acompañamiento, había llegado a Londres y se había alojado en el Hotel Venecia.

Esa información había hecho que Blake recordara lo acontecido en el Hotel Carlitz, de París, pocas noches antes y pensaba aun en lo intrincado del caso y en el resultado que la pesquisa, dirigida por el prefecto de policía, el señor Dupuis, podía haber tenido, cuando Tinker habló:

—Dígame, señor, ¿qué es un mono araña enano? — preguntó.

—Es un tipo de mono muy pequeño originario de la India Central. Es notable por lo pequeñísimo de su cuerpo y lo largo de sus miembros y de su cola. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, o casi nada... Dice aquí el diario que uno de esos monos araña enano ha sido donado al Jardín Zoológico de Londres. Yo no había oído hablar de la existencia de esos animalitos.

—Son muy escasos. ¿Qué más [illegible] la noticia referente a ese donativo?

—Dice únicamente que en[illegible] nuevas

adquisiciones del Jardín Zoológico se halla un mono araña enano del sexo femenino, obsequio de un anónimo donante.

Blake, al parecer, no dió mayor importancia a la noticia porque volvió a su lectura sin hacer nuevos comentarios. Cuando terminaron de desayunarse y pasaron a la sala de consultas a fin de prepararse para el trabajo del día, Blake ordenó a Tinker que hablara por teléfono con el garage para que enviaran la Pantera Gris, su poderoso automóvil, lo más pronto posible.

Entonces, dejando a Tinker que se ocupara de la tarea de costumbre, correspondencia, etc., Blake tomó su abrigo de automovilista y la correspondiente gorra. Tinker no tenía idea de a dónde iba a dirigirse su patrón y maestro y se hubiera sorprendido mucho si hubiera sabido que Sexton Blake se proponía, ir al Jardín Zoológico, instalado en Regent's Park. Y aun se hubiera sorprendido más si hubiera sabido que áquel viaje había sido inspirado por la noticia, — al parecer sin importancia, — que él le había leído en el matutino diario.

Cuando llegó al Jardín Zoológico, Sexton Blake se dirigió a la sección de los monos donde entró en conversación con uno de los guardianes a quien conocía desde hacía mucho tiempo. Como Blake era miembro de la Sociedad Zoológica y, en varias ocasiones, había regalado al Jardín Zoológico curiosos ejemplares de animales y pájaros, era, naturalmente, persona grata, para todos los empleados de la institución.

No tardó, pues, en enterarse de que la noticia que había leído Tinker en el diario era exacta y de que la nueva adquisición se hallaba, por el momento, en cuarentena, es decir aislado de los demás animales y en observación por si tenía alguna enfermedad contagiosa.

Acompañado por el guardián fué el detective a donde estaban las jaulas de los animales que se hallaban en cuarentena, con el propósito de ver de cerca el curioso animalito recién llegado al Zoológico. Cuando estuvieron ante la jaula en la que se veía el amarillento bultito representado por el asustadísimo mono., el uardián abrió la puerta y tomó en sus manos el animalito.

Blake lo tomó de manos del guardián y le dirigió algunas palabras cariñosas en idioma indostánico. El animalito pareció tranquilizarse algo con las caricias del detective y éste siguió acariciándole mientras el guardián hablaba:

—Es el primer ejemplar de esta clase que llega al Jardín Zoológico, señor Blake en muchos años. Debe hacer lo menos diez años que se murió el que hubo antes. Son muy delicados y el clima de Londres no les sienta bien aun cuando hacemos todo lo posible por cuidarlos como se debido. Es más difícil atender a la salud de uno de estos monos que a la de un chimpancé.

—El mayor peligro para estos animalitos es la tuberculosis, ¿no es verdad? — observó Sexton Blake.

—Sí, señor, y su resistencia a tomar alimento. Parece que se sintieran tristes y por eso perdieran el apetito.

—Este parece hallarse muy bien de salud en este momento, — dijo Blake.

—Sí señor. Se conoce que le han cuidado muy bien. Pero con seguridad, al cabo de uno o dos meses, empezará a decaer.

—¿Sabe usted quién ha sido el donante? —preguntó Sexton Blake.

—No, señor; no lo sé. Fué entregado anónimamente.

—Comprendo. Pues es el caso, Trainor, que no deseo ocultarle que me gustaría mucho poseer este animalito.

—Lo siento mucho, señor Blake, pero eso es imposible. Usted sabe cómo se procede aquí con todos los ejemplares que hay en la casa.

—Lo sé. De todos modos voy a ver qué es lo que puedo hacer, de modo que si vuelvo a visitarle usted ya sabrá a qué vengo.

El guardián se sonrió con incredulidad y Blake se retiró. Durante las dos horas siguientes Blake estuvo muy ocupado y cuando regresó al Zoológico se hallaba en posesión de dos cosas. Una de ellas era una orden para que el mono araña enano, del sexo femenino, que se hallaba en aquel momento en cuarentena fuera entregado en seguida al señor Sexton Blake.

El detective no había podido adquirir el animalito como personal propiedad suya, pero había quedado convenido que estuviera a su cargo durante un indefinido lapso de tiempo.

La segunda cosa que poseía era una información completa sobre cómo había sido regalado el mono al Jardín Zoológico.

Parecía, por lo que había podido averiguar, que el día anterior, el obsequio había sido hecho por un señor hindú que se había presentado con el animalito.

La descripción del donante era la de un joven delgado, indudablemente de origen hindú, vestido elegantemente, a la inglesa y que tenía anteojos con armadura de oro.

Aun cuando la descripción mencionada le dejó tan ignorante como antes de quién era el donante, el detective no abandonó un solo momento sus gestiones en el sentido de que se le autorizara a entrar en posesión del animalito.

Y cuando, por último, llegó de regreso a Baker Street, poco antes de las doce del día el monito estaba acurrucado en uno de los bolsillos de su abrigo de automovilista.

Al entrar en su casa, Blake fué en seguida al laboratorio. Había allí una jaula, en la que, en un tiempo había tenido unos conejos destinados a experimentos, y la llevó a su cuarto de vestir.

El mono le había tomado cariño inmediatamente y parecía sentirse muy feliz cuando Blake le acariciaba. No protestó cuando el detective lo metió en la jaula antes de ir en busca de algo que darle de comer.

Blake no dijo a Tinker que había traído al mono porque el detective tenía en la mente el germen de una idea que deseaba poner en práctica y que sería comprobada mucho mejor si Tinker ignoraba que el monito se encontraba en la casa.

Y como no era probable que Tínker entrara en el cuarto de vestir de Sexton Blake, el detective supuso que podría mantener en secreto su adquisición el tiempo necesario para realizar su propósito.

Fué a Oxford Street donde compró algunas frutas y nueces y con su compra regresó a Baker Street. Tínker dedicó poco interés a las idas y venidas de Blake y suponiendo que su patrón estaba trabajando en algunas averiguaciones relativas a los casos que tenía en estudio. No le sorprendió tampoco que a la hora del almuerzo, Blake anunciara que iba a pasarse parte de la tarde en el laboratorio y que no quería que nadie le molestara, interrumpiendo su trabajo.

Después del almuerzo, Tínker volvió a su escritorio, mientras Sexton Blake se dirigía a su cuarto de vestir. Sacando al mono de la jaula lo llevó al laboratorio y, después de cerrar la puerta por dentro, acarició al animalito durante algún tiempo. Se conquistó su confianza con notable facilidad y cuando, por último, lo dejó en la mesa, el mono saltó, por su propia voluntad, al hombro del detective.

Blake sonrió y le dejó que se quedara donde estaba mientras él procedía a hacer lo que tenía en vista.

Primero, de un montón de madera que había en un rincón, escogió un pedazo pequeño del que cortó una tira como de dos pulgadas de largo. Sacó entonces su navaja y, sentándose, empezó a cortar la madera de un modo que parecía puramente caprichoso. Mientras trabajaba seguía hablándole al mono en voz baja y el mono le escuchaba con la más cómica atención.

Pero al cabo de un cuarto de hora empezó a notarse que el pedazo de madera que Blake estaba tajeando comenzaba a tomar un aspecto indicador de que el detective se proponía sacar algo de forma definida.

Trabajó hábilmente y cuando al cabo de una hora levantó la cabeza y miró sonriendo su obra, lanzó un gruñido de satisfacción.

Lo que tenía en la mano era una copia exacta de una garra de mono araña, y en la parte de la muñeca había abierto un hueco ovalado.

Lo levantó de modo que lo viera el animalito, que lo miró durante un momento y después se puso a charlar con rapidez. Blake le acarició la cabeza y, levantándose, cruzó el laboratorio sin hacer ruido y llegó hasta la puerta. Abrió la puerta y se quedó parado, escuchando.

Desde el hall llegaba el ruido de la máquina de escribir que había en la salita de consultas, lo que indicaba que Tínker seguía entregado al trabajo. Blake avanzó hasta que llegó a otra puerta que daba del hall a la salita de consultas, y moviendo la manija con toda precaución, abrió, sólo unas pocas pulgadas, la puerta.

Volvió entonces al laboratorio. Al entrar, puso la garra de madera en el suelo y se quitó al mono del hombro. El animalito saltó unos momentos de un lado a otro y después se atrevió a pasar al hall.

Pronto volvió hacia Blake, sin embargo, pero una vez más, el detective lo puso en el suelo, acercando la garra hacia él. El mono tomó el pedacito de madera y Blake observó con toda la mayor atención mientras los "dedos" del mono se metían en el hueco ovalado, agarrando la mano de madera con el pulgar bien apretado, como lo hacen todos los monos cuando agarran algo.

Entonces, después de mirar un momento a Blake, con sus ojitos negros como cuentas de azabache y relucientes entre su pelambre amarillenta, cruzó el hall y se dirigió a la puerta.

Blake le siguió cautelosamente, observándole y le vió cruzar el hall camino de la salita de consultas. Fué, en puntas de pies, tras él y cuando sólo se hallaba unos pocos pies tras él, el mono metió la cabeza por el hueco de la entornada puerta y miró curiosamente a Tínker, el cual, — Blake lo sabía, — se hallaba de espaldas a la puerta mientras escribía a máquina.

Entonces el animalito desapareció y un instante después se oyó un fuerte grito, procedente de la sala de consultas.

Blake abrió por completo la puerta y se quedó riendo, mirando el cuadro que se presentaba ante su vista. Tínker se había levantado de un salto y miraba sobresaltado al mono que así le había sorprendido. El animalito chariaba muy nervioso, pero al ver a Blake, saltó al hombro del detective. En el suelo, junto a la silla en que Tínker había estado sentado, se hallaba la pequeña garra de madera.

El joven sonrió como avergonzado cuando vió a Sexton Blake.

—¡No... no sabía de qué se trataba! — tartamudeó. — Lo primero que sentí fué que algo se me apoyaba en un hombro y me rascaba el cuello. Cuando vi lo que era, me parece que me asusté un poco. ¿Dónde diablos ha encontrado usted este animalucho, señor?

Blake cerró la puerta.

—Usted me preguntó, cuando nos desayunábamos esta mañana, qué era el mono araña enano, Tínker. Pues bien, éste es un ejemplar de esa clase de animales. El mismo ejemplar de que hablaba el diario de esta mañana.

—Lo que digo es que debe usted haber trabajado con una vertiginosa actividad si ha tenido tiempo para ir al Zoológico y conseguirlo, — murmuró Tínker. — ¿Para qué lo quiere? Si Pedro lo ve se lo comerá de una dentellada.

Blake se había puesto muy serio.

—Acérquese un poco a la ventana, muchacho, — ordenó.

Tínker obedeció, pero se sorprendió mucho cuando Blake le hizo inclinar la cabeza y le tocó el cuello, debajo de la oreja. Se veía en la piel una línea rojiza, precisamente donde Blake apoyaba los dedos.

—¿Fué aquí donde le rascó mi animalito? —preguntó.

—Ahí mismo, — gruñó Tínker.

Blake fué hacia la mesa y se sentó. Después encendió un cigarrillo y luego indicó a Tínker que le prestara atención.

—Admito, muchacho, que lo que ha suce-

dido parece una tontería y, en calidad de broma, desprovista de toda gracia. Pero usted me conoce demasiado bien para pensar así. No soy hombre que emplee más de medio día en un asunto si éste no tiene algo interesante en el fondo. Levante ahora del suelo ese pequeño objeto de madera y dígame a qué se parece.

Tinker obedeció. Examinó el objeto con atención y después miró a Blake.

—Esto parece algo así como el modelo, en madera, de una garra, — dijo.

—¡Exactamente! Lo hice hoy, en el laboratorio. Ahora bien: suponga que fuera de plata en vez de ser de madera, ¿qué le recordaría?

De repente una luz pareció iluminar la mente de Tinker.

—¡La "Garra del Plata"! — exclamó.

Sexton Blake inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Ahora, muchacho, cuénteme lo más detalladamente que pueda, lo que pasó cuando el mono le saltó al hombro. No omita nada. El menor detalle puede ser importantísimo.

—Poco es lo que puedo contar, señor. Yo estaba escribiendo a máquina cuando sentí que algo se me apoyaba en el hombro. Volví la cabeza y en el momento en que me ponía de pie de un salto, sentí que me arañaban el cuello. Entonces ví que se trataba de un monito y le dí un manotón. ¡Nada más!

—No le arañó con sus propias uñas, Tinker. Le arañó con el pequeño modelo de garra, de madera, que tenía en su mano cuando entró aquí. Avancemos un poco. Si esa garra hubiera sido una garra de plata como la que vimos con motivo de un caso que estudiamos ¿sabe usted lo que le hubiera pasado?

—Sí, señor, pero no comprendo a dónde quiere usted ir a parar.

—Eso se debe a que aun no le he contado lo que pasó en París la otra noche. Escuche usted.

Blake relató rápidamente todo cuanto había ocurrido en el Carlitz Hotel, pocos noches antes, mencionado también lo que él sólo había visto en el jardincito cuando el mono saltó al hombro del rajá de Baghpore.

—Por eso fué, muchacho, por lo que me interesó la noticia que usted leyó mientras nos desayunábamos. Era algo largo de averiguar, pero sabemos por experiencia que muchas pruebas que hemos descubierto han aparecido al cabo de largas averiguaciones. Por eso decidí averiguar, si era posible, quién había regalado el mono araña enano al jardín zoológico y por qué deseaba ocultar su nombre.

—¡Pero este mono no puede ser el que usted vió en París, señor! El rajá de Baghpore no puede tener vinculación ninguna con la "Garra de Plata"!

—Por el momento no he hecho semejante afirmación, Tinker. Al mismo tiempo, el animalito que vi en el hombro del rajá parecía un mono araña pequeño y seguramente, parece que es una extraña coincidencia la de que, el mismo día de la llegada del rajá a Londres un ejemplar de tan raro animal fuera regalado al jardín zoológico. Es posible que el animalito del rajá sea otro, pero ¿no ve usted lo que mi experimento ha demostrado?

"Ha demostrado que este mono que ahora descansa en mi hombro ha sido amaestrado hace tiempo para que agarre con fuerza un objeto del aspecto de una garra y con ese en la mano, salte a la espalda de un ser humano y arañe con la garra del mismo modo que ha sido arañada la víctima en cada uno de los casos conocidos, como obra de la persona o personas a quienes, a falta de nombre mejor, se ha designado con el de "Garra de Plata".

"En diez y ocho meses éste es el único vestigio de prueba que he podido descubrir y me siento convencido de que cuando sigamos el rastro hasta su fuente, lograremos apoderarnos del misterioso "Garra de Plata".

—¿Sabe que tiene razón, señor? ¿Pero cómo va a hacer para llegar al fin?

—Primero necesitamos enterarnos de si el rajá de Baghpore tiene todavía su mono. También procuraremos dar con el rastro del joven hindú que regaló el monito al Jardín Zoológico.

"Como es necesario empezar por alguna parte, iremos al Hotel Venecia y comenzaremos allí las averiguaciones. Deseo averiguar algo más sobre el rajá y los que le rodean. También vamos a llevar al animalito este. Puede resultarnos útil.

En consecuencia, diez minutos después, Tinker manejaba el volante de la Pantera Gris que se dirigía hacia el Hotel de Venecia, mientras Blake iba sentado a su lado con el mono araña en el bolsillo del sobretodo.

CAPITULO TERCERO

El misterioso señor Ratcliffe. — La extraña amistad del mono. — El inspector Thomas pasa un mal rato. — Cómo el rajá de Baghpore negó lo que era verdad. — Recapacitando. — Una serie de coincidencias. — Sexton Blake recibe una inesperada visita. — Una nueva complicación.



ERA la hora del te cuando Sexton Blake y Tinker llegaron al Hotel Venecia. El hall estaba lleno de gente y en el salón del te del piso bajo se bailaba con grandísima animación. Blake escogió un sofá de un rincón, desde el cual podía observar, sin ser visto, a la gente que pasaba.

Sexton Blake estaba interesado en saber si el rajá de Baghpore se hallaba entre los que estaban tomando te, pero, aun cuando había mirado hacia todas partes, al entrar, no había distinguido señas del turbante por ningún lado. Pero unos veinte minutos después de haberse sentado a observar, Sexton Blake sentíase muy interesado por el aspecto de un joven que cruzó el hall con la despreocupación y el afectado aire



Desde donde estaba Blake, el detective podía ver abierta, la ventana de la habitación. Mientras miraba un hombre, con turbante, cruzó su visual y un bultito peludo y amarillento cruzó el aire y fué a posarse en el hombro del rajá. "El Rajá Blanco", Capítulo I).

de aburrimiento del más perfecto prototipo de la distinción social.

Blake podía estar equivocado, pero supuso en seguida que aquel era el hombre a quien Paul Dinsdale había estado buscando en el Hotel Carlitz de París, la noche del robo a la señora de Mendoza y al que Dinsdale había llamado Ratcliffe. Después, un momento más tarde, Blake vió algo que le preocupó mucho.

Vió a Dinsdale en persona, que apareció, dirigiéndose al salón de baile. El y Ratcliffe se aproximaban el uno al otro y Blake esperaba que se vieran y se detuvieran a conversar. Pero con grandísimo asombro vió que se saludaban con una inclinación de cabeza, muy cortés y muy fría y cada uno siguió por su lado.

Blake se volvió repentinamente hacia Tínker.

—¿Ve usted que Paul Dinsdale se ausenta en este momento, joven?—le preguntó.

—Sí, señor, — dijo Tínker volviendo la cabeza.

—Vaya tras él y dígale de mi parte que tenga la bondad de venir a conversar conmigo unos minutos. — ordenó Blake.

Tínker se levantó y fué con rápido paso tras de Dinsdale que miró hacia donde estaba Blake y luego acudió presuroso. Estrechó la mano del gran criminalogista y a una invitación suya, se sentó a su lado.

—¿Recuerda usted que cuando nos encontramos la otra noche, en el Hotel Carlitz de París buscaba usted con impaciencia a su amigo Ratcliffe? — preguntóle Blake con afectada indiferencia cómo el que recuerda algo sin saber por qué.

—Lo recuerdo muy bien, señor Blake; pero ese señor no es amigo mío.

Sexton Blake miró a Paul Dinsdale, alzando las cejas, sorprendido.

—¡Ah! Yo creía que ustedes eran amigos. ¿No es ese con quien usted se cruzó hace un momento?

Dinsdale inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí, era ese; pero he terminado toda relación con Ratcliffe. Es un canalla y un infame. Tuve que hablarle con claridad con motivo de la señorita Eleanor Black; pero él todavía sigue molestándola.

—Así que ha estado dedicando no admitidas y aun rechazadas atenciones a la señorita Eleanor Black, según deduzco de sus palabras, Paul. — dijo Sexton Blake.

—Eso es. Comenzó en París. La señora de Black y su hija se vinieron a Londres. Yo vine con ellas. No llevábamos aquí un día cuando se presentó él. Con seguridad estaría molestándola ahora si ella estuviese aquí o, al menos, si yo no me encontrara cerca para evitar sus avances.

—¡Me parece que el papel de protector de la señorita de Black no debe ser de los más desagradables! — observó Sexton Blake sonriendo.

Dinsdale se puso encarnado hasta las orejas.

—¡Bueno, yo no he dicho que lo sea! — manifestó, riendo. — En realidad espero que la señorita Eleanor Black llegue a ser mi esposa, si es que ella me admite como pretendiente...

Dinsdale calló y su expresión sufrió un cambio completo porque Ratcliffe había aparecido una vez más. Se miraron mientras cruzaba el hall y se dirigía al pasillo que conducía al salón donde había todo lo necesario para que los huéspedes del hotel pudieran preparar su correspondencia, el "salón de escritura", como le llamaban.

—¿Quién es ese Ratcliffe, en verdad?—preguntó Blake. — Conozco a casi todos los que andan por aquí, más o menos; pero nada se respecto a ese joven.

—Tampoco sé yo gran cosa sobre él, señor Blake. Le encontré por primera vez en Niza. Se trataba allí con la misma gente que yo y nos hicimos bastante amigos. No sé quién es su familia. Le he encontrado en varios sitios del Continente. Eso es todo cuanto sé. Pero ahora sé que es un grosero y un canalla y por eso he limitado todo lo posible nuestra relación.

Después de un breve momento de conversación. Dinsdale se retiró. Cuando se hubo marchado, dijo Sexton Blake:

—Espere un momento aquí, Tínker. Vuelvo en seguida.

Cruzó Blake el hall con el propósito de hablar con Browning, el gerente del hotel a fin de hacerle algunas preguntas sobre las personas que acompañaban al rajá, de Baghpore.

Pasó por delante del escritorio donde anotaban a los pasajeros que llegaban y había entrado en el pasillo que conducía a la oficina de Browning cuando vió que Ratcliffe se dirigía hacia él, procedente del salón de escritura. Blake tuvo que retirarse a un lado para dejar pasar al otro y al proceder así, sintió una rápida conmoción en el bolsillo lateral de su sobretodo de automovilista.

Un instante después se vió saltar a algo peludo y amarillo cuando el pequeño mono araña pasó del bolsillo del sobretodo de Blake al hombro de Ratcliffe, haciendo, en cuanto estuvo allí, las mayores manifestaciones de contento. Ratcliffe retrocedió y lanzó una exclamación de asombro.

Blake hubiera jurado que le oyó pronunciar la palabra "hackô", que es un común diminutivo hindú; y hubiera jurado también, que durante una fracción de segundo, la mano de Ratcliffe se había acercado al monito como para acariciarle. Pero un instante después se quitó al animal del hombro y se lo tendió a Blake.

—¡Tiene usted unos curiosos animales favoritos, señor! — dijo con acento irónico.

Blake tomó el mono y después de acariciarlo, lo volvió de nuevo al bolsillo.

—Le ruego disculpe la acción del animalito, señor, — dijo fríamente. — No creo que haya hecho nada semejante nunca. Siento que tal vez le haya sobresaltado.

Ratcliffe procuró sonreir.

—Me expresé con imperdonable apresuramiento, — dijo. — Fué, no lo negará usted, algo alarmante, el ver que un animal salta-

ba como si no saliera de ninguna parte. Le ruego, señor, que olvide lo pasado.

Blake sonrió también y después de unas pocas palabras de cortesía, los dos se saludaron cortésmente y siguió cada uno por su lado.

Pero Blake no prosiguió hacia el escritorio de Browning. Regresó al hall y volvió a sentarse junto a Tinker.

—Escuche, muchacho, — dijo de prisa.— El hombre de quien hablamos Dinsdale y yo y que se llama Ratcliffe, acaba de pasar junto al escritorio. Debía dirigirse al ascensor. No he averiguado si para en este hotel. Vaya tras él y entérese de a dónde va. ¡Mucho ojo!

Tinker no esperó más explicaciones. Se alejó corriendo mientras Blake se echaba hacia atrás en el diván y encendió un cigarrillo.

—¡Curioso! ¡Muy curioso! — pensó mientras fumaba. — El animalito no saltó al hombro de Ratcliffe como saltó al de Tinker. Fué como si le hubiera reconocido y quisiera demostrarle su afecto. ¡Y si él no demostró que lo reconocía mediante su involuntaria caricia y la palabra que la sorpresa arrancó a sus labios, yo estoy quedándome ciego!

"Pero si conocía al mono, ¿por qué procedió como procedió? ¿Por qué no quiso que yo comprendiera que conocía al animalito? ¡Es usted una persona bastante curiosa, señor Ratcliffe! ¡No acierto a definir qué es usted, en realidad!

Estaba el detective entregado a sus reflexiones, comentando el incidente, cuando regresó Tinker. Se sentó junto al detective y le habló en voz baja.

—Tenía usted razón, señor, — dijo.—Le seguí en el ascensor. Fué hasta el primer piso. Yo también. Fué hasta una habitación situada al extremo del pasadizo y yo anoté el número. Al descender miré la lista de los pasajeros. Esa habitación es una de las de la "suite" que ocupa el rajá de Baghpore.

—¡Bravo, muchacho! Es fácil que pertenezca al séquito del rajá. Pero no, no puede ser. Dinsdale habló de él como de una persona que va de un lado a otro, a su placer, por el Continente. Pero ¿qué puede tener que ver con el rajá de Baghpore? Vamos a conversar un momento con Browning, Tinker. Puede ser que él nos de el medio de desenredar esta madeja.

Y a pesar de todos los incidentes de su carrera pasada, el mismo Sexton Blake hubiera sonreído si alguien le hubiese dicho que el primer paso que dió en dirección del escritorio de Browning era el primero de una carrera que había de hacerle recorrer casi la mitad de la vuelta al mundo siguiendo la pista de la "Garra de Plata".

Blake encontró a Browning ocupado, dictando cartas a una mecanógrafa, pero al ver al detective, el gerente suspendió el trabajo y dijo a la empleada que se retirase.

—Bien, señor Blake, — dijo el gerente del hotel cuando el detective se hubo sentado,— ¿En que puedo servirle?

—Deseo una breve información, Browning. Me interesa el rajá de Baghpore, que está parando en este hotel y también las personas de su séquito.

—¿Qué quiere usted saber? Temo no poder decirle gran cosa fuera de que el rajá ha estado aquí ya en diversas ocasiones.

—Eso lo sé. ¿Puede usted decirme algo sobre los que le acompañan?

—No. No creo que haya visto a ninguno fuera de su secretario. Creo que tiene un sirviente hindú y que viajan con él dos señoras una de las cuales es la esposa del secretario y la otra una aya.

—¡Ah! ¿Qué aspecto tiene el secretario, Browning?

—Es un tipo perfecto de hindú. Delgado, moreno, al parecer educado en Inglaterra porque habla el inglés con buen acento y viste como un londinense. Es un hombre muy inteligente, según me ha parecido. Es el que atiende todos los asuntos del rajá.

—¿Lleva, tal vez, anteojos con armazón de oro?

—Lleva anteojos y creo que son de armazón de oro.

—¡Muchas gracias! ¿Cuánto tiempo se propone permanecer aquí el rajá?

—A ese respecto puedo darle una respuesta exacta. Hace menos de un cuarto de hora que el secretario me habló por teléfono desde su cuarto para decirme que su alteza partirá para el Continente esta noche, en viaje de regreso a la India.

Blake inclinó la cabeza, pensativo.

—¿No ha oído hablar alguna vez de un hombre llamado Ratcliffe? — preguntó de improviso.

—¡Ratcliffe! ¡Ratcliffe! — murmuró el gerente. — El nombre me parece conocido pero no puedo asociarlo al recuerdo de ninguna persona.

Blake se levantó.

—¡Muchas gracias, Browning! Le ruego que considere las preguntas que le he hecho como estrictamente confidenciales.

—¡Naturalmente! Espero que no ande nada mal.

—Al menos aquí, en el hotel, no.

Y Blake volvió al vestíbulo del hall donde entró en uno de los cuartitos de los aparatos telefónicos. Pidió comunicación con Scotland Yard y cuando la obtuvo pidió que le conectaran con el aparato de la oficina del detective inspector Thomas. En el momento en que oyó por el aparato la voz del inspector, dijo Blake:

—¿Sabe usted, inspector, si en Scotland Yard se ha recibido, de París, algún pedido de informes sobre un hombre llamado Ratcliffe?

—Espere un momento, Blake, voy a averiguarlo.

Blake sostuvo el auricular en la mano durante algunos minutos hasta que la voz del inspector se volvió a oir nuevamente.

—Sí; ha venido un pedido de informes, Blake. No es que esté recomendada su captura, pero si logramos hallarle aquí, el prefecto de policía de París quiere que se le dirijan varias preguntas.

—Algo así me parecía que tenía que suceder, inspector. Pues bien, si usted quiere entrar en contacto con ese señor yo le puedo decir dónde estaba hace menos de media hora y está ahora mismo, tal vez.

—¿Dónde es, Blake? — preguntó rápidamente el inspector.

—En la "suite" de habitaciones que ocupa el rajá de Baghpore en el Hotel Venecia Yo le estoy hablando del hotel en este momento.

—Le quedo muy agradecido. Voy a enviar en seguida a un nombre para que hable con ese señor.

—Yo le aconsejaría que procediera personalmente, inspector. Al rajá pudiera disgustarle que uno de sus amigos fuera interrogado por un empleado inferior de la policía.

—Tiene razón. Haré lo que usted me indica. ¿Qué aspecto tiene Ratcliffe, Blake?

—Alto, delgado, trigueño, bien vestido; hoy le ví de jaquet, sombrero de copa, guantes grises y corbata de seda gris. Va todo afeitado. Tiene el aspecto del hombre que ha pasado muchos años en países tropicales.

—Gracias. No me olvidaré de su descripción.

Blake colgó el auricular y volvió al vestíbulo donde indicó a Tínker que iban a salir de regreso.

El joven se unió a él en la puerta y a una palabra de Blake puso en marcha el motor de la Pontera Gris. Se dirigieron a Baker Street encaminando Tínker el vehículo por Regent Street y la plaza de Oxford. Ya iban a entrar en Oxford Street cuando dió con el codo en el costado de Blake.

—¡Rápido, señor! — dijo. — ¡Mire a este hombre que viene hacia nosotros! ¿No es Ratcliffe, el hombre a quien vimos hace poco en el Hotel Venecia?

Blake dirigió una rápida mirada al hombre que Tínker había indicado. No cabía duda de que era Ratcliffe o su duplicado, porque el parecido era asombroso. Sin embargo, parecía imposible que pudiera ser Ratcliffe porque este hombre vestía un traje gris que no le quedaba ni relativamente bien y tenía puesto un sombrero chambergo bastante viejo, mientras que el del Hotel Venecia era un figurín.

Al mismo tiempo, el parecido era tan extraordinario que Blake decidió que no podía permanecer ignorado.

—Dirija el coche a un lado y volvamos...

Tínker obedeció, pero cuando el automóvil había girado, miraron hacia la plaza y vieron que el hombre aquél subía en un ómnibus.

—¡Sígale! — ordenó Sexton Blake.

Siguiendo lo más cerca posible del borde de la acera corrieron tras del ómnibus, cruzando Piccadilly Arcus hasta el Hyde Park. Allí el ómnibus volvió hacia Victoria y entró en el patio de la estación. Vieron que el hombre descendía y entraba en la estación. Tínker detuvo el automóvil y mandado por Blake, descendió de su asiento y corrió tras del hombre. Blake esperó en el coche cerca de diez minutos hasta que, por fin, Tínker reapareció.

-Ha ocupado un sitio en el tren de Eastbourne, que está por salir, señor, — dijo Tínker.

—¡Sígale, entonces! — dijo Blake.—¿Tiene bastante dinero?

—¡De sobra!

—Muy bien. Sígalo, pisándole los talones y vuelva a Baker Street, a darme noticias, en cuanto pueda. ¡Vaya pronto, no se le escape el tren!

Tínker volvió a desaparecer. Tomando el volante, Blake volvió a su casa. Cuando cruzaba el hall, dirigiéndose a la sala de consultas, oyó que la campanilla del teléfono sonaba insistentemente. Empujando la puerta descolgó el auricular y un instante después oía la sonora voz del detective inspector Thomas.

—Alguien se ha burlado de usted, Blake, —decía el inspector un momento después y bastante resentido al parecer. — Me ha hecho hacer el ridículo ante su alteza el rajá de Baghpore.

—¿De veras? ¿Cómo ha podido ser eso, inspector?

—Fuí al Hotel Venecia, hice pasar mi tarjeta preguntando si podía hablarle por un asunto particular. Subí a sus habitaciones y manifesté que se me había informado de que el señor rajá o su secretario podía indicarme dónde se encontraba el señor Ratcliffe.

"El rajá me habló en hindostánico con gran verbosidad. Cuando hubo terminado su secretario me informó de que ellos no sabían absolutamente nada sobre ningún señor Ratcliffe. Yo dije entonces que lo sentía mucho, pero que estaba informado de que el señor Ratcliffe había penetrado en aquellas habitaciones, hacía como una hora.

"Los dos me dijeron que allí no había entrado nadie en todo el día, excepto los criados del hotel. Entonces el secretario manifestó que como partían para el Continente esta noche y tenían mucho que hacer, me agradecerían que no les hiciera perder más tiempo. Al oír eso, me retiré.

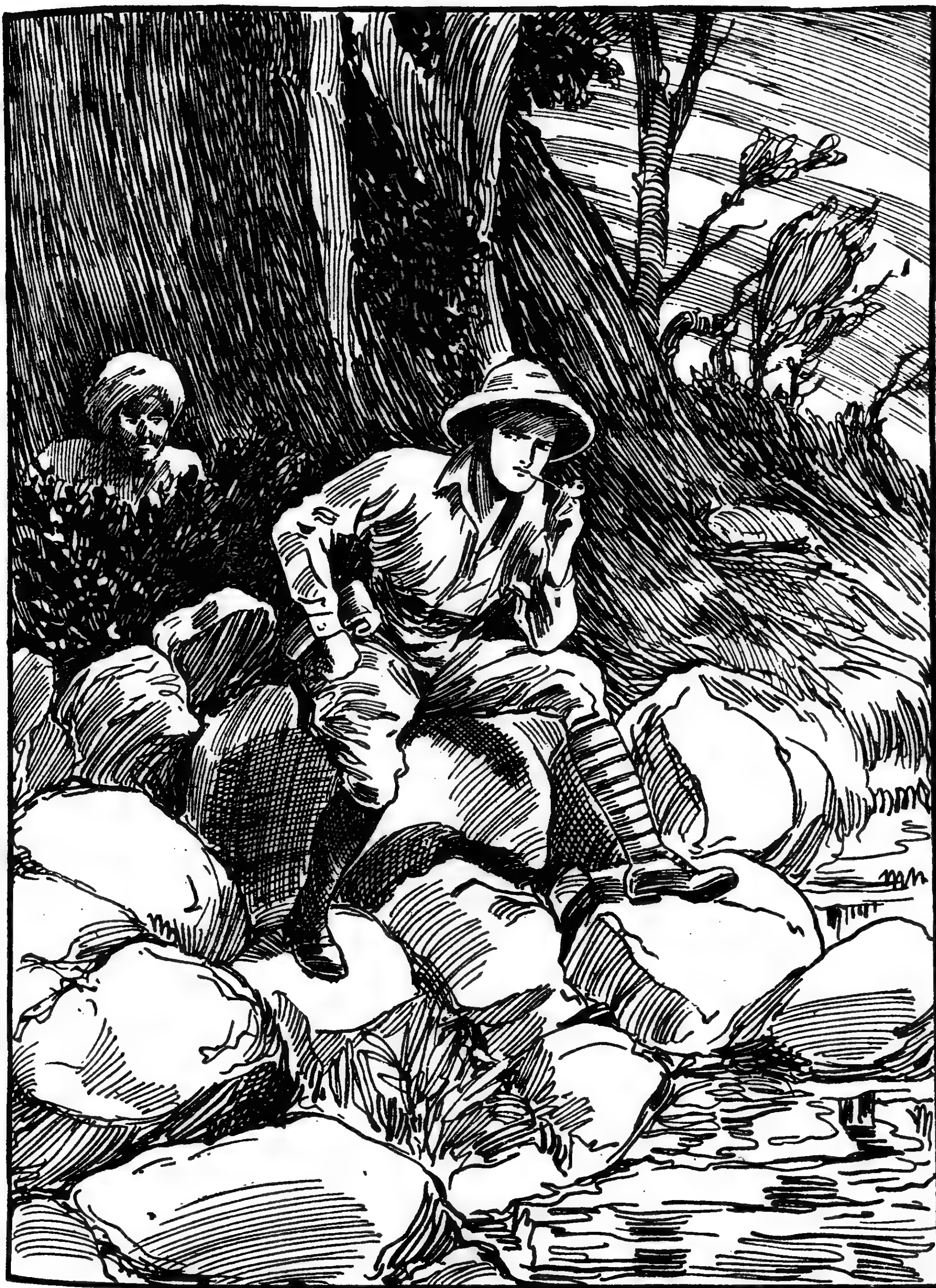
"¿Quién diablo le dijo a usted que ese señor Ratcliffe había estado en las habitaciones del rajá?

—¡Escuche, inspector! — dijo Blake tranquilamente. — Cuando yo le dije que a Ratcliffe le habían visto entrar en las habitaciones del rajá le enteré de algo que había acontecido realmente. Fué Tínker el que le vió entrar y usted sabe que se puede creer lo que Tínker dice.

—Lo sé, Blake, pero el caso resulta un poco raro. Ellos negaron conocer a Ratcliffe. Hice averiguaciones en el hotel pero nadie sabía nada de ese señor Ratcliffe.

—Pues bien, inspector, puede estar usted seguro de que Ratcliffé estaba en el hotel, en las habitaciones del rajá, esta tarde a eso de las seis. Al negar que lo conocían, el rajá y el secretario han dicho una inexactitud. A usted le corresponde averiguar por qué han dicho esa mentira.

Dicho esto, Blake colgó el auricular y dejando a un lado su sobretodo de automovilista, se sentó a trabajar. Trabajó pacientemente hasta más de las ocho de la noche. Fué



Sexton Blake se sentó en una piedra y fumó su pipa, pensativo. De pronto oyó ruido de ramas removidas a su espalda y una voz dijo: "¡Aquí estoy, sahib! ¿El patrón desea hablar con Govindan? ("El Rajá Blanco", Capitulo V).

después a su cuarto de vestir pues comía en su casa aquella noche. Dió de comer al monito algunas frutas y unas nueces y le dejó permanecer en su hombro mientras comía con ostensible desaprobación de parte de la señora Bardell, el ama de llaves, y de Pedro, su inteligente sabueso.

Después de la comida, Blake volvió a la salita de consultas y tras de haber tomado el volumen corriente del "Index", se sentó en una mullida butaca.

Metódicamente buscó la primera anotación que había hecho Tinker sobre la "Garra de Plata" y desde ese punto leyó toda la información allí reunida, referente a los extraordinarios y horribles sucesos que habían tenido por causante a aquel o aquella a quien se llamaba "Garra de Plata".

Cuando hubo estudiado debidamente todo aquel variado conjunto de datos y conjeturas, se levantó y fué al estante de los libros del que tomó un delgado volumen que era una abreviada monografía de los venenos raros y sus efectos. Ya había anotado uno de los venenos indicados en la monografía como parecido, en sus efectos, al empleado por "Garra de Plata" y entonces volvió a leer el correspondiente capítulo con el mayor cuidado. Aquel veneno era extremadamente raro y sus efectos eran, en realidad, muy poco conocidos.

El autor de la monografía había logrado saber que se trataba de un misterioso veneno asiático cuya naturaleza no era conocida con exactitud por la ciencia europea. El capítulo citaba algunos casos aislados en que se había usado, en Asia, ese veneno, especialmente en Java y en algunos puntos de la India y citaba la opinión de un médico militar que había servido en la India, y ya estaba retirado, sobre los efectos de ese tósigo.

Ese médico parecía opinar que se trataba de un oscuro subproducto del cáñamo cuya fabricación era un secreto cuidadosamente guardado por los fakires y los sacerdotes de Asia. No había podido nunca procurarse ni la más mínima cantidad del veneno, ni había conseguido aislarlo, así que las manifestaciones que hacía eran puramente teóricas. No había tenido nunca noticia de que se conociera un antídoto para ese veneno, si acaso existía alguno.

Cuando hubo terminado la lectura del artículo, Blake dejó el libro y encendió un cigarrillo.

—Si no es ese el veneno que usa "Garra de Plata" tiene que ser uno muy parecido,— murmuró pensativo. — Sus efectos son exactamente los mismos: desmayo inmediato seguido de colapso mental que hasta donde se ha podido investigar, tiene carácter de permanente. Es, ciertamente, de poderosa naturaleza, pues la bolsita que cabe dentro de la garra de plata sólo puede contener una cantidad pequeñísima, tal vez una sola gota.

"Además un solo pinchazo de la aguja de la garra es suficiente para introducir el veneno en todo el sistema a través de la más ínfima desgarradura de la piel, y el efecto es inmediato. Si no hay antídoto o mejor dicho, si no podemos descubrir antídoto ninguno y el efecto es permanente, entonces el demonio humano que hace uso de ese medio para enriquecerse constituye una de las más serias amenazas para la sociedad que yo haya encontrado en toda mi extensa carrera de investigador.

"Debe ser una persona dueña de un valor que se salga de lo común; tiene que ser un hombre de elevada educación y hasta uno que goce de poder o de autoridad de alguna clase, porque cada uno de sus crímenes lleva ese sello. Y si el veneno que emplea es igual a ese cuya descripción acabo de leer, entonces significa su empleo que el criminal pósee considerable conocimiento de la vida de los nativos de Asia.

"Sólo en los más secretos círculos de los conciliábulos misteriosos de los viejos mercados o bazares de Asia, puede obtenerse a costa de mucha paciencia y hábil intriga, la ciencia relacionada con esas cosas. Estoy convencido de que los crímenes cometidos en Niza, Ostende, Le Touquet, Londres y París son obra de la misma mano. Profesionalmente sólo me interesa el caso de Londres, pero si consigo dar con un dato que conduzca a la solución de ese caso, aplicaré lo que haya sabido a poner en claro el asunto de la señora de Mendoza, acaecido en el Hotel Carlitz, de París. Es necesario que un criminal tan terrible sea reducido a prisión lo más pronto que se pueda.

"Hasta ahora, en verdad, ¿qué base teneíos para investigar? Bien poca, en realidad.

"En primer lugar está el ataque a la señora de Mendoza que, — estoy plenamente convencido, — debe ser considerado como obra de la misma persona que cometió los otros ataques. En ese caso las condiciones fueron notablemente parecidas, con la diferencia única de la ubicación.

"Tanto en uno como en otro caso la víctima ha sido una mujer riquísima y cada caso, también, ha sido cometido un robo, el de las valiosas alhajas que llevaba la mujer atacada. El criminal, por lo tanto, debe ser persona que conozca el verdadero valor de las joyas.

"Después tenemos el método de ataque, el uso de la "Garra de Plata" el pequeño rasguño por el cual entra el veneno en el cuerpo, resultando de eso el despertar de la víctima enteramente enloquecida.

"En los primeros cuatro casos la policía halló y guardó la garra de plata que se halló tirada junto a la víctima, y, mediante el examen que se ha hecho de esas garras de plata, sabemos que el veneno fué proyectado por la uña central por medio de una delgada punta de aguja que causaba el rasguño y soltaba el veneno, a un tiempo.

"En el caso de la señora Mendoza también se halló la garra de plata, en el primer momento. La declaración de la señorita Eleanor Black prueba ese detalle y estoy seguro de que la señorita estaba segura de lo que decía. Pero, por otra parte, cuando se revisó el jardín de invierno detenidamente, no se halló ni el menor rastro de la garra. Entonces ¿qué había sido de ella?

"Según creo fuí yo la única persona que

vió que algo como un pequeño animalito saltó de la corona de la palma al hueco de una ventana entreabierta. Y vi al rajá de Baghpore, unos momentos después, pasar por delante de una ventana de las habitaciones su "suite" con un monito, del mismo color del que había saltado de la palmera a la ventana, en el hombro.

"Pasar por la entreabierta ventana del jardín de invierno y subir por el caño de desagüe hasta la ventana de la habitación del piso superior es cosa facilísima para un animal tan ágil. Entonces el punto es éste: ¿fué el mono del rajá el que yo ví saltar de la palmera a la entreabierta ventana del jardín de invierno?

"Y si era el mono del rajá ¿llevaba en aquel momento la garra de plata que podía haberse hallado en el suelo? Si yo pudiera comprobar aun cuando sólo fuera este punto, entonces podría moverme con mayor desenvoltura.

"Pero séanos permitido avanzar un poco más adelante.

"¿Por qué bajó el rajá de Baghpore a hacer averiguaciones sobre lo sucedido? ¿Y si fué su monito el que se llevó la garra de plata, por qué no lo dijo? Si el mono había tomado la garra de plata, el rajá tenía que haberla visto dándose cuenta de que su animalito se había apropiado de algo ajeno, en alguna pieza del hotel.

"Pero el rajá no dijo absolutamente nada.

"Sin embargo es bien seguro que el rajá de Baghpore no debe aspirar a la adquisición de piedras preciosas pues no deben faltarle, por cierto. Nada más que el brillante que llevaba en el prendedor del turbante valía millones y yo se que posee una cantidad fabulosa de piedras preciosas de todas clases.

"¿Por otra parte, qué sucede, Al día siguiente del ataque a la señora de Mendoza el rajá de Baghpore llega a Londres. Esto pudo obedecer a que se sentía nervioso temiendo por la seguridad de sus pedrerías después de lo pasado con la señora de Mendoza. Pero eso no explica por qué razón un anónimo donante que era, — según yo lo pude comprobar, — el secretario del rajá, regaló un mono araña enano al Jardín Zoológico. ¿A qué ese regalo?

"A juzgar por lo que ví cuando el rajá pasó por delante de su ventana en el Hotel Carlitz de París, creo poder afirmar que adoraba a su monito. Pero yo logré entrar en posesión del mono donado al Jardín Zoológico.

"Para poner a prueba una teoría que se me había ocurrido hice un experimento cuyo resultado fué aun más terminante de cuanto pudiera imaginarme. Demostró ese experimento, por encima de toda duda, que no sólo comprendía el animalito lo que era una reproducción en madera de una garra sino que también sabía hacer uso de ella, lo que no podía atribuirse a una coincidencia.

"Después de todo esto y del descubrimiento de que había sido el secretario del rajá el que había llevado el mono al Jardín Zoológico era imposible resistirse al deseo de hacer nuevas investigaciones. Pero surgió otra complicación.

"Durante mis investigaciones en ese sentido descubrí de pronto que el mono resultaba cariñoso amigo de otra persona: el llamado Ratcliffe.

"Estoy convencido de que Ratcliffe reconoció involuntariamente al mono y hatas le acarició, pero en seguida, con considerable rapidez, dijo que no lo había visto nunca. Además el joven Paul Dinsdale me había dicho que Ratcliffe estaba en el Hotel Carlitz de París la noche en que fué víctima del criminal y ladrón la señora de Mendoza, con la cual Ratcliffe había bailado varias veces.

"Claro está que puede ser que haya venido a Londres porque ha venido la señora de Black y su encantadora hija Eleanor; pero es curioso que ese grupo, relacionado entre sí por diferentes hilos, haya decidido venir a Londres simultáneamente y en seguida de producirse el suceso del Hotel Carliz de París.

"Eso se complica más con el hecho de que Ratcliffe entró esta tarde en las habitaciones del rajá de Baghpore y sin embargo, una hora después de haberle visto Tinker entrar en la "suite" del rajá, éste y su secretario, bastante indignados, decían al inspector Thomas, de Scotland Yard que allí no había entrado Ratcliffe, y que no tenía nada de raro que no hubiera entrado porque ellos no habían conocido nunca a ninguno de ese nombre.

"¡Curioso caso! Es lo menos que puedo decir.

"Por último, después de tomarse la molestia de venir a Londres, el rajá de Baghpore anuncia que parte esta misma noche para el Continente y para la India. Y según parece esa decisión había sido comunicada a Browning, el gerente del hotel poco después de haberme encontrado yo con Ratcliffe que salía del salón de escritura.

"No se, respecto al rajá de Baghpore, más de lo que he podido hallar en los libros de biografías y datos. Y no se absolutamente nada sobre el misterioso señor Ratcliffe.

"Pero se algo; se que el rajá de Baghpore no ha sido verídico en sus manifestaciones. O pretende ocultar a alguien o... Hablando sinceramente, cuanto más analizo este misterio más inclinado me siento a creer que la flecha de las sospechas señala en esa dirección y que, a juzgar por la manera de proceder del rajá esa flecha señala hacia el lado de Asia.

"¡Hola! ¿Quién puede llamar así a esta hora de la noche? Tinker no necesita llamar porque tiene llave para abrir la puerta.

Arrojando la colilla del cigarrillo a un lado, Blake se levantó de su butaca y se dirigió hacia la puerta. La campanilla de la puerta de calle sonaba una y otra vez indicando que el visitante estaba muy impaciente. Blake abrió la puerta y abrió mucho los ojos al darse cuenta de quién era su nocturno visitante.

—¡Dinsdale! — exclamó. — ¿Qué es eso? ¿Qué le pasa?

—Permítame entrar, señor Blake. — su-

plicó el joven visitante con voz entrecortada. — Se lo diré cuando esté dentro.

Blake le hizo entrar y le guió a la salita de consultas. Volviéndose entonces hacia el joven en cuyo rostro se notaba la mayor emoción, procuró tranquilizarle.

—Vamos a ver, Dinsdale, diga usted con calma de qué se trata, — manifestó Blake. —¿Qué ha sucedido?

—Se trata de Eleanor... de la señorita de Black, — exclamó el otro. — Salió esta mañana a hacer unas compras y no ha regresado desde entonces. La madre no pensó nada alarmante durante la tarde, pues se figuró que debía haberse quedado a tomar el lunch en alguna de las grandes tiendas. Pero cuando no llegó a la hora de vestirse para la comida de la noche, me habló por teléfono a mi habitación.

"He recorrido todo Londres, desde entonces, buscándola. No he logrado encontrar ni el menor rastro. No puedo imaginarme qué es lo que le habrá pasado. Estuve en todos los hospitales, en todos los sitios semejantes, pero en ningún sitio de esos saben nada de ella. Vengo a suplicarle que me ayude en este trance, señor Blake. Me estoy convenciendo de que tiene que haberle pasado algo horrible. ¡Creo que ese canalla de Ratcliffe es el que tiene que ser responsable de lo que le haya sucedido!

CAPITULO CUARTO

Dinsdale se explica. — Eleanor Black ha desaparecido. — Infructuosas averiguaciones. — Sexton Blake pregunta algo a París. — La investigación de Tinker. — Un parecido inexplicable. — La respuesta del prefecto Dupuis. — La partida para la India.



LO primero que hizo Sexton Blake fué servir un vaso de whisky y soda, para Dinsdale. Después le indicó que se sentara.

—Ahora bien, si he de ayudarle, hágame conocer los detalles. Dice usted que la señorita Eleanor Black salió a hacer compras esta mañana y no ha regresado, ¿no es eso?

—Sí.

—¿A qué hora salió del hotel?

—A eso de las diez. Yo la acompañé a tomar un automóvil de alquiler y le dije al chauffeur que la llevara a la casa de Hárridges, la gran tienda. Al marcharse Eleanor dijo que estaría de regreso a la hora del lunch.

—No es posible hacer averiguaciones ahora, de noche, en la casa de Hárridges, pero podemos preguntar mañana temprano.

—Eleanor fué a la casa de Harridges; lo sabemos porque los artículos que compró fueron remitidos al hotel esta tarde.

—¡Ah! Ese es un dato importante. Al menos nos proporciona un sitio determinado donde comenzar las averiguaciones. Cuando usted hablaba conmigo en el Hotel Venecia, esta tarde, ¿sabía usted que la señorita de Black no había regresado?

—Sí. Por eso estaba yo paseándome impaciente por el vestíbulo y el hall. A esa circunstancia me refería cuando dije que no me gustaba que Raclitffe anduviera por allí.

—Comprendo. ¿A qué hora le habló a usted por teléfono la madre de la señorita de Black?

—A eso de las siete y media. Yo comencé inmediatamente mis investigaciones.

—¿Ha dado usted aviso a la policía?

—Sí; después de haberme convencido de que solo no podría hallar ningún rastro por más que hiciera. Preguntaron a todos los hospitales y a todas las salas de primeros auxilios, pero no pudieron saber nada de ella. Yo fuí varias veces al hotel, durante la tarde, a preguntar si había vuelto. He procurado convencer a la atribulada madre de que no debe pasar nada grave, pero a decir verdad, amigo Blake, me siento horriblemente angustiado. Siento que sucede algo muy grave. La pobre madre está tan nerviosa que temo que pueda desmayarse en cualquier momento.

—Es fácil que todo tenga, más tarde, una explicación muy sencilla, — dijo Sexton Blake. — Tal vez se haya encontrado con algunas amigas estadounidenses y haya ido de paseo con ellas. Puede ser que hayan emprendido alguna excursión en automóvil por los alrededores y que el coche haya sufrido algún desperfecto del motor hallándose a muchas millas de toda población.

—¡Pero después de tantas horas con seguridad ha debido tener tiempo para llegar a cualquier pueblo y telegrafiar o telefonear a su madre! — protestó Paul Dinsdale. — Eleanor sabe perfectamente lo angustiada que tiene que hallarse la anciana al ver que llega la noche y su hija no regresa.

—Confieso que se trata de un caso difícil de poner en claro, — dijo Blake. — Pero, ¿por qué parece usted insinuar que Ratcliffe sabe o ha de saber algo a ese respecto?

—Ratcliffe la ha molestado con sus asiduas atenciones durante días y más días. Cuando ella le dijo, en París, que no quería saber nada con él, él la dijo que la obligaría a cambiar de modo de pensar. Entonces la siguió a Londres y ahora no es posible hallar rastro ni de ella ni de él.

—Eso no me parece muy importante, Dinsdale ¿era Ratcliffe muy amigo del rajá de Baghpore?

—¿Del rajá de Baghpore? ¿Por qué? No lo sé. Creo que no conocía al rajá.

—Debe haberlo conocido porque esta tarde, a las seis, entró Ratcliffe en las habitaciones ocupadas por el rajá de Baghpore y su gente, en el Hotel Venecia.

—Yo ignoraba que se conocieran. No les he visto juntos jamás.

—¿Sabe usted que el rajá ha salido de Londres esta noche, para el Continente, en viaje de regreso a la India?

—No, no lo sabía.

—Muy bien. Ahora, si usted quiere hacer esta noche algo que nos ahorre tiempo ma-

ñana, vuelva al Hotel Venecia y realice ciertas averiguaciones.

—¡Dios mío! Haré todo cuanto usted me diga. ¿Qué es lo que quiere usted que averigüe?

—Deseo que se entere, con toda exactitud de cuántas personas acompañaban al rajá cuando llegó al Hotel Venecia y cuántas iban con él cuando partió esta noche. Cuando se haya enterado de eso, hábleme por teléfono para comunicármelo. Yo haré que en París comprueben el dato. Después visite a la señora de Black y dígale que no se preocupe. Convénzala de que su hija está en seguridad, aun cuando le haya sucedido algo. Dígale que yo se lo aseguro y que cuando yo doy palabra de que una persona está en seguridad es porque tengo suficientes razones para afirmarlo.

—Pero... ¿qué tiene que ver la gente que acompaña al rajá de Baghpore con la señorita de Black? — preguntó, tartamudeando, Paul Dinsdale.

—Quizás nada. Si yo lo supiera no le hubiera pedido a usted que hiciese la averiguación que le he pedido. Pero si usted quiere ayudar, como ha dicho, haga lo que le he indicado y no pregunte más. Lo que le puedo decir es esto: es necesario que procedamos rápidamente, muy rápidamente. Tengo una teoría. Hasta ahora no pasa de teoría. Pero es necesario comprobar si es o no es exacta.

"Supongo que la desaparición de la señorita de Black tiene alguna relación con unos asuntos de muchísima y más seria importancia que estoy tratando de solucionar y creo que ambos casos nos van a llevar al mismo punto. Ahora, vaya y haga lo que le digo. Después le avisaré qué es lo que se ha de hacer más tarde.

Dinsdale se sintió perplejo al oír las palabras de Blake, pero tenía plena confianza en el gran criminalogista, así que partió obedientemente a hacer lo que Blake le había dicho. En cuanto se hubo retirado, el detective se acercó al aparato telefónico y pidió comunicación con la Prefectura de Policía de París. Paseó de un lado a otro de la habitación mientras el telefonista pedía la comunicación internacional. Sonó el timbre del aparato y Blake se acercó a tomar el auricular. Tuvo que esperar otro momento así mientras le ponían en comunicación con la oficina del prefecto señor Dupuis. Cuando, por fin, estuvo hablando con él, Blake dijo:

—Lamento molestarle a hora tan intempestiva de la noche, señor prefecto, pero le tengo que pedir que haga realizar una averiguación ahí, en París, que tiene para mí la mayor importancia y que se ha de hacer en las primeras horas de la mañana.

—Con mucho gusto, señor Blake, — dijo el prefecto. — ¿De qué se trata?

—¿Recuerda usted a cierto señor asiático que se presentó en el jardín de invierno del Hotel Carlitz la noche en que nosotros dos estábamos allí?

—Recuerdo perfectamente a la persona a quien usted se refiere.

—Vino a Londres el siguiente día, pero ha partido para el Continente esta misma noche. Me he enterado de que su intención es regresar a la India en seguida. Lo que yo deseo saber, señor prefecto, es el número exacto de las personas que viajan con él.

—Puedo hacer averiguar eso con toda facilidad, señor Blake, aún cuando usted no ignora que ese señor viaja bajo diplomática cortesía y será imposible interrogarle al respecto.

—Lo comprendo, señor prefecto. Lo único que yo deseo es saber cuántas personas y de qué sexo, son las que le acompañan. Muchas gracias. Mañana, a las diez, le hablaré para solicitarle la respuesta. Dicho sea de paso señor Dupuis, ¿hay algo nuevo sobre el Hotel Carlitz?

—Ni lo más mínimo, señor Blake. No hemos podido llevar adelante la pesquisa pero tengo esperanzas de poder averiguar algo dentro de unos días. No me fué posible dar con el paradero del joven cuyo nombre me indicó usted, el señor Ratcliffe. Me hubiera gustado poder interrogarle respecto a la señora. Ese Ratcliffe tal vez esté enterado de quién bailó con ella durante la velada.

—Ese señor vino a Londres también, — dijo Blake. — Esta tarde le ví en el Hotel Venecia. Comuniqué la información a Scotland Yard y el inspector Thomas tomó cuenta de esa información. Supongo que él le comunicará lo que tenga que decirle al respecto.

—Ha sido usted muy amable, señor Blake y se lo agradezco.

Después de cambiar algunas frases más con el prefecto Dupuis, Sexton Blake colgó el auricular y había encendido un nuevo cigarrillo cuando oyó golpear la puerta de calle. Pocos segundos después Tinker estaba ante él.

—¡Hola! ¿Qué suerte ha tenido, muchacho? — preguntóle Blake.

—Le seguí sin dificultad, señor. Descendió del tren en Eastbourne. Salió de la estación y fué directamente a una papelería que está precisamente delante de la estación. Tuve la suerte de tropezar con un policeman de facción en aquel sitio y a él le indiqué mi hombre, preguntándole si le conocía. Me contestó que le conocía perfectamente.

"Se llama Préston y es el dueño de la papelería. Ha vivido allí toda la vida, pues su padre tenía la casa de venta de papel antes que él. Es un ciudadano pacífico y tranquilo, de antecedentes irreprochables. Pero de todos modos, es como si fuera hermano mellizo del interesante señor Ratcliffe.

Blake inclinó la cabeza, manifestando así su conformidad.

—A veces tenemos que encontrarnos, al final de una averiguación, con un callejón sin salida. Si no ha tomado alimento, encontrará algo que le ha dejado la señora Bardell en el aparador. Hay un poco de pollo y ensalada.

—¡Bravo! ¡Vengo con un hambre canina! — dijo Tinker. Silbando alegremente, el muchacho se dirigió al comedor.

Sin embargo, aun cuando lo que Tinker había descubierto en Eastbourne, no parecía tener relación ninguna con el caso que preocupaba la atención de Blake, el detective

iba a encontrar una extraordinaria relación, en lo futuro, entre aquel, al parecer prosaico incidente, y otros sucesos mucho más misteriosos.

Tinker estaba ocupado todavía en la agradable tarea a que se había entregado cuando Dinsdale habló por teléfono a Blake comunicándole algo relacionado con el rajá de Baghpore. Blake no hizo comentario ninguno en aquel momento y aconsejó a su informante que procurara dormir un poco. Dinsdale casi vaciló en obedecer, pues se sentía nervioso y protestó enérgicamente. Pero Blake le interrumpió con brusquedad.

—No podemos hacer nada más esta noche, Dinsdale, — dijo con energía. — Si es actividad lo que usted desea, le prometo bastante para mañana. Pero no es conveniente que comience usted la tarea de mañana con la cabeza pesada por falta de sueño. ¡Siga mi consejo y descanse! ¡A la cama!

Dicho esto, Blake colgó el auricular y sentándose ante su escritorio, se puso a escribir. Escribió rápidamente durante algún tiempo.

Se limitó a inclinar la cabeza cuando Tinker pasó y le dió, adormilado, las buenas noches, pues aquella magnífica máquina de pensar estaba concentrada en una de las más temerarias teorías que había formulado y Blake sabía que si la hipótesis que se había formado resultaba verídica, necesitaría proceder, en el inmediato futuro, con infinitas precauciones.

Poco después de las diez, la mañana siguiente, sonó el timbre del aparato telefónico. Le hablaban de París. Era el prefecto Dupuis que, fiel a su promesa, había realizado las averiguaciones que Blake le había solicitado. La información era, como no podía menos que ser, breve, pero encerraba un dato de grandísimo interés.

—He averiguado lo que usted deseaba saber, señor Blake, — dijo el señor Dupuis. — El individuo a quien usted se refería llegó a París esta mañana, a primera hora. Su grupo se componía de él mismo, un señor, que según infiero es su secretario, un sirviente nativo y tres mujeres.

"En cuanto a éstas, todas tenían el rostro cubierto de acuerdo con la costumbre musulmana, y mi agente no pudo enterarse de su aspecto. El grupo de viajeros permaneció en dos compartimientos que se habían reservado para ellos en el tren rápido que partió para Venecia tres cuartos de hora después de la llegada del rápido de Londres.

Blake dió las gracias al prefecto por su atención y acababa de colgar el auricular del aparato telefónico cuando entró Paul Dinsdale. Su aspecto desencajado demostraba que no había podido seguir el consejo de Blake. El detective no le dió tiempo para hacer preguntas pues le dijo en cuanto le vió:

—¿Está usted libre para poder salir de Inglaterra inmediatamente?

Dinsdale le miró sobresaltado.

—¿Qué? ¡Sí! ¿Se trata de algo relacionado con la señorita de Black?

—¡Sí! Voy a partir en el tren que sale a las dos y cuarenta de la estación Victoria, para París. De allí iré directamente a Marsella a fin de tomar un vapor para la India. Si usted desea venir, prepare algo de equipaje en seguida y nos encontraremos en la estación. Además haga lo necesario a fin de que la señora de Black se quede con alguna familia de su amistad, en Londres, hasta nuestro regreso. ¿Cree usted que será esto posible?

—Sí; ¿por qué no? Puede quedarse en casa de mi madre. ¡Pero Dios mío! señor Blake, ¿qué significa todo esto? ¿Qué le ha sucedido a la señorita de Black?

—Nada... hasta ahora. Y espero que lograremos llegar antes de que nada suceda y la joven no haya sufrido nada. Esto es todo cuanto puedo decirle a usted por el momento. Tengo mucho que hacer antes de partir así es que más vale que vaya usted a hacer sus preparativos sin la menos demora.

Entonces Blake se levantó y apoyó una mano en el hombro del joven.

—Confíe usted en mí, Dinsdale, — dijo en un tono que tranquilizó relativamente a su interlocutor. — Nadie comprende mejor que yo lo que usted sufre en estos momentos. Pero créame, los pasos que voy a dar son los que nos llevarán más rápidamente a la realización de nuestro propósito. ¡Confíe en mí!

Paul Dinsdale estrechó, en silencio la mano de Blake y después, ahogando una exclamación de enojo, se volvió y salió precipitadamente, de la salita de consultas.

CAPITULO QUINTO

Al pie de las montañas. — En situación difícil. — La bondadosa oferta del misionero. — En marcha. — Una aliado nativo. — La religión de Visnú y la de Siva. — Sospechas. — El elefante enloquecido. — Un momento de peligro. — ¿Quién envió al elefante? — Las dudas de Sexton Blake.



UN mes después de los sucesos anteriormente relatados, tres europeos se hallaban sentados en la galería o "veranda" de un pequeño "bungalow" en Palur, mirando a la distancia, las cumbres de los montes Ghats meridionales.

Palur es la última población que existe antes de que comience el viajero la ascensión de los montes Ghats, dirigiéndose hacia esos agrestes y poco conocidos estados que se extienden desde la parte norte de Deccan hasta las cercanías de Bihar y Orissa hasta las fronteras de la India Central. En la tarde en que Sexton Blake, Tinker y Paul Dinsdale estaban sentados, en consulta, reinaba en la ciudad grandísima excitación pues una caravana conductora de un cargamento de sal, emprendía su viaje hacia la montaña la mañana siguiente.

Poco tiempo se había perdido desde el momento en que Sexton Blake había re-

suelto, en Londres, partir para la India y buscar allí la solución de varios problemas que le preocupaban y de la desaparición de Eleanor Black.

Habían tenido la suerte de poder tomar en seguida de llegar a Marsella, un vapor que partía para Bombay pero, aun cuando habían viajado rápidamente, llegaron a Bombay casi dos días después que el vapor que había partido de Venecia y en el que viajaba el rajá de Baghpore y su gente.

Poco había tardado Sexton Blake en descubrir que el rajá de Baghpore no había perdido tiempo en Bombay pues había partido inmediatamente para su estado. Blake y sus dos compañeros le habían seguido por la India Central y hasta la costa, hasta llegar a Vizianagram.

Allí se habían trasbordado a un tren de una línea de trocha angosta que cruza el Bobbili hasta Raichur, y al llegar a Palur, Blake había decidido comenzar la ascensión de los montes de la región de Bagapore.

Pero en cuanto intentaron alquilar o comprar caballos y buscaron hombres para que les acompañaran y guiaran, comenzaron las dificultades. Con tal insistencia habían surgido los obstáculos, uno tras otro haciéndoles perder tiempo, que Blake empezaba a considerar fundadas sus sospechas de que todo no se debía a la reconocida indolencia de los nativos.

En primer lugar había sido imposible hallar caballos pues no había que pensar en conseguir elefantes. Después, cuando por fin habían conseguido reunir media docena de ponies, encontraron que era aun más difícil encontrar hombres que quisieran hacer todo el viaje ó avanzar más de cien millas, por la región montañosa.

El camino de la región montañosa era en verdad, dificultoso y áspero. Estaba infestado de tigres y panteras. Pero esto no detenía a los de la caravana que llevaba la partida de sal que se componía de carros tirados por bueyes. Estas caravanas realizaban sus viajes con toda normalidad. La que partía de Palur entonces se componía de numerosos vehículos.

Además, mientras no había comprado abundante provisión de botellas de soda en Vizianagram, para el viaje, enterado de que encontraría todas las que pudiera necesitar, en Palur, se había hallado con que en el mercado o "bazar" de esta población no pudo adquirir más que unas pocas docenas.

Sin embargo, estaba decidido a partir antes de que lo hiciera la caravana de carros tirados por bueyes. Si la caravana ocupaba el camino antes que ellos les causaría muy seria dilación y en el asunto que Blake tenía entre manos, el tiempo era una condición esencialísima.

Sabía que el rajá de Baghpore y sus acompañantes habían pasado por Palur dos días antes de su llegada. Sabía también que un grupo de elefantes había esperado la llegada del rajá y que éste debía haber alcanzado a lo alto de la montaña.

Sexton Blake sabía que una vez que el rajá hubiera llegado a su propio territorio no sería posible evitar que hiciera lo que le diera la gana, pues Blake no le inspiraría temor ninguno. Lo que evitaba que Sexton Blake procediera de otro modo era el hecho de que había emprendido la persecución fundado en los términos de una teoría suya cuyas pruebas necesitaba hallar por sí mismo antes de dar el golpe decisivo.

Dinsdale se sentía desesperado; Tínker que secundaba a Blake con toda actividad se sentía alegre y optimista pero no dejaba de comprender que a menos que se pudiera hacer algo en el comienzo del camino de las alturas, lo mejor sería que regresaran a Inglaterra.

Habían estado discutiendo las dificultades y habían callado por último, cuando oyeron que se abría el portón del terreno donde estaba edificado el "bungalow" que ocupaban. Mirando hacia el portón vieron que había entrado alguien que parecía una mujer a juzgar por sus blancas vestiduras, y que ésta se dirigía hacia ellos.

El sol acababa de descender tras de las oscuras y escarpadas montañas, pero una clara media luna brillaba en el cielo, y cuando la figura vestida de blanco se acercó más Blake vió, de pronto, que el recién llegado era un hombre de raza europea.

Se sintió perplejo en el primer momento pues no sabía que hubiera más europeos que ellos en sesenta millas la redonda. Se levantó de su silla y se dirigió al encuentro del que llegaba.

Tínker y Dinsdale miraban cómo Blake estrechaba la mano de la recién llegada cuando, de pronto, Tínker se dió cuenta de quien se trataba.

—Es un "padre", Dinsdale, — dijo. — Debe ser francés, — agregó en cuanto oyó que Blake le hablaba en ese idioma.

Los dos se pusieron de pie y esperaron a que Blake y el otro llegaran.

Era como Tínker lo había dicho. El recién llegado era un sacerdote francés, uno de esos maravillosos misioneros que se encuentran en los sitios más remotos de la tierra y que entregan su existencia a una vida de trabajo de cuyos resultados no hablan nunca pues una de sus principales virtudes es la modestia.

El sacerdote que acudía a visitarles residía en Palur pero se hallaba ausente cuando llegaron Blake y sus compañeros. En cuanto supo que tres europeos se encontraban en el "bungalow" de descanso, se apresuró a visitarles.

Como se natural que sucediera, Blake y sus compañeros sintieron sumo placer en verle. Blake invitó al misionero a comer con ellos y el sacerdote aceptó sin hacerse rogar.

Dieron Blake y Tínker las necesarias órdenes al servidor que les acompañaba desde Bombay y después se sentaron a conversar. Blake no habló de la misión que tenía y de las dificultades con que habían tropezado. Dió al misionero noticias de lo que pasaba en Europa, y especialmente en Francia. El religioso escuchó con grandísima atención.

En realidad fué el mismo misionero el que primero habló del motivo del viaje de Blake. Dijo una o dos frases que indicaron al detec-

tive que aquel hombre había tenido noticia de las dificultades en que se veían, antes de acudir al "bungalow" de descanso. En pocas palabras, Blake explicó lo que había sucedido, pero no dijo el motivo que le incitaba a querer partir para las montañas los antes posible.

—Si usted desea aceptar mis servicios, señor Blake, — comenzó a decir, temerosamente, el misionero, — tal vez yo pudiera auxiliarle. Usted comprenderá que yo conozco muy bien a esta gente y que esta gente me conoce bien. Llevo aquí veinte años durante los cuales hubo varias epidemias y en cada una de esas ocasiones buscaron mi ayuda, encontrándola siempre. Temo que no han sido muchos los que hayan abrazado la fe cristiana, pero, sin embargo, procuramos enseñar y curar tal como se nos ha enseñado.

Al oir esas palabras Sexton Blake se percató de todo lo que significaban los años de sacrificios y de abnegación que había pasado aquel sacerdote, procurando auxiliar espiritual y materialmente a los ignorantes nativos.

—Creo comprender, padre, — dijo cortesmente. — Le quedaré muy agradecido si puede usted ayudarnos de algún modo. Es esencial que yo pueda internarme en las montañas sin retardo ninguno. No puedo enterarle de las razones que tengo para eso pero si las pudiera usted conocer merecerían sin duda, su aprobación.

—Estoy enteramente dispuesto a aceptar su palabra, — contestó el misionero. — Su labor en bien de los demás es universalmente conocida y apreciada. Si usted deja las cosas a mi cargo creo que puedo prometerle que podrá partir para las montañas muy pronto... esta misma noche, si lo desea. ¿Está usted dispuesto a viajar en carro tirado por bueyes?

—El objeto es ir, así que poco importa la clase de vehículo que usted pueda proporcionarme, padre, — dijo Blake.

—En tal caso consideremos que ustedes podrán estar preparados para partir poco después de las doce de la noche. La clara luna les iluminará el camino y la primera parte de la jornada es fácil. Otra cosa: ¿tienen ustedes todas las provisiones que necesitan?

—Todas no. Tenemos suficientes raciones, pero necesitamos mayor cantidad de botellas de soda.

—Me ocuparé de que les manden algunos cajones. Ahora, perdonen ustedes que me retire; voy a ocuparme de los preparativos.

Encendió un fragante cigarro habano que le había regalado Sexton Blake y después de estrechar cordialmente la mano de cada uno de los viajeros, se retiró, salió por el portón y se encaminó hacia el sucio y maloliente "bazar" el mercado de la localidad donde Sexton Blake no había hallado casi nada que comprar.

Así fué como al cabo de pocas horas todas las dificultades en que se veía Blake se desvanecieron como por arte de magia.

Poco después de las doce de la noche llegó uno de los grandes carros cubiertos, tirados por bueyes, que había estado cargado de sal sacada de las salinas de la costa para llevarla a las montañas y cambiarla allí por arroz. El carro había sido descargado y limpiado y en su interior habían amontonado alfombras y almohadones en los que los tres pudieron reposar. En otro carro igual fueron cargadas las provisiones y después de severas órdenes dadas por el misionero a los conductores, partieron hacia las montañas tras de las cuales se ocultaba tanto misterio. Cuando se despidió del misionero, Blake le hizo aceptar un valioso billete de banco diciéndole que aplicase su importe a sus buenas obras.

Durante unas ocho millas después de partir de Palur, el camino se extendía por unas tierras llanas que constituían la zona donde se cultivaba el índigo o añil. Después el camino comenzaba a ascender hacia una meseta situada tras de las cumbres, donde estaba Baghpore.

La noche era templada, casi calurosa, muy clara. La luna brillaba en el cielo sin nubes y a su luz se podía avanzar sin dificultad, tirados los carros por los fuertes pero lentos bueyes indios.

Blake no había abandonado los ponies que había reunido con tanto trabajo. De los seis, — él, Tinker y Dinsdale cabalgaban cada uno en uno, — mientras los otros tres habían sido atados a la zaga del carro en el que iba el equipaje y en el cual iba el conductor.

Blake cabalgaba adelante de la pequeña caravana con Tinker entre el carro vacío y el cargado, y Dinsdale a retaguardia, a fin de evitar que los servidores nativos pudieran escaparse de improviso.

Era un curioso aspecto el de Sexton Blake montado en su ponie ,mientras cabalgaba a la luz de la luna envuelto en el oloroso aroma agreste. Se había descubierto la cabeza para que le refrescara la frente la brisa que descendía de las cumbres. Se había quitado el saco y llevaba desabotonado el cuello de la camisa. Del cinto que sostenía sus calzones de montar, colgaba una buena pistola automática y en el hombro del detective iba, sentado un curioso animalito.

A corta distancia era imposible saber de qué se trataba, pero acercándose, se veía que era un diminuto mono, que se apoyaba cariñosamente en el cuello de Blake y cuyos ojos negros de azabache, lo observaban todo con curiosidad. Se explicaba que el animalito se sintiera contento porque si en alguna parte del mundo puede hallarse a gusto un mono araña enano es en la región de donde es originario.

¿Por qué lo había llevado Blake en su viaje? Probablemente porque el mono había gemido y llorado cuando trató de dejarlo nuevamente en el Jardín Zoológico. Y antes de que hubieran traspuesto la montaña, Sexton Blake se felicitó de no haber dejado al mono en el norte.

Poco antes de las cinco de la mañana llegaron al pie de la montaña.

Allí Sexton Blake dió la voz de alto para "chota bazari" (tomar el desayuno) y mien-

tras el conductor se ocupaba de encender el fuego los tres europeos se dirigieron a un cercano arroyo en el que se bañaron.

Blake no dejó que desuncieran a los bueyes porque había decidido avanzar todo lo posible antes de que el calor del día les hiciera hacer alto. Su intención era descansar durante las horas de mayor calor y viajar durante la noche y las primeras horas de la mañana.

Se pusieron de nuevo en marcha, a las seis y, cuando reanudaron el avance, Tínker notó que Blake había agregado un pesado rifle a su armamento.

A las diez y media, cuando llegaron a un sombreado espacio que había a un lado del camino, Blake dió nuevamente la orden de detenerse y los bueyes fueron desatados.

De acuerdo con las costumbre india los bueyes fueron dados vuelta, atados siempre a la pértiga del carro y debajo de la pértiga arrojaron el pasto qe había traído para cada animal. Los ponies fueron atados a la zaga de los carros mientras los tres europeos acampaban a la sombra de un banyán, el árbol típico de la región.

El conductor demostró ser un eficiente cocinero porque sin más elementos que las sencillas provisiones que llevaban, preparó una comida que hubiera sido considerada excelente en la ciudad.

Cuando terminaron de comer, llenaron las pipas pero, debido a lo silencioso que estaba Sexton Blake, poco fué lo que conversaron.

Tínker se daba cuenta de que Blake estaba entregado a pensar intensamente en lo que podía suceder y el joven sabía que Blake no diría una palabra hasta que hubiese llegado a alguna conclusión satisfactoria.

En cuanto a Dinsdale era tal su nerviosidad y su angustia que debía hallarse febriciente. Tínker le aconsejó que se metiese en una de las pequeñas tiendas que habían armado, al pie del árbol y él, por su parte, se metió en otra. Agobiados por el calor del día ambos se quedaron dormidos y después de una mirada a los carros, los nativos se echaron también a dormir. Blake se quedó levantado.

Se dirigió hacia donde estaban los ponies, fingiendo examinarlos, pero cuando pasó junto a su conductor, dijo en voz baja y casi sin mover los labios:

—Sígame, Govindán

El conductor no dió ni la menor señal de haber oído y continuó lo que estaba haciendo mientras Blake cruzaba el camino y se metía en una especie de zanjón que en época de lluvias debía ser un torrente pero que en aquellos momentos sólo tenía un arroyito en lo más profundo.

Blake se sentó en una roca y llenó su pipa, pensativo. La encendió y estaba fumando, pensativo, cuando oyó un rumor de ramas removidas, a su espalda, y oyó una voz que le decía en tono muy bajo:

—Aquí estoy, sahib. ¿El patrón desea hablarle a Govindán?

Blake no volvió la cabeza y en voz muy baja, dijo:

—Sí. Govindán, usted lleva la señal de los devotos de Visnú.

Al expresarse así, Blake se refería a dos líneas paralelas y rojas, con un punto en medio, que aquel joven tenía en la frente.

—Sí, patrón soy devoto de Visnú.

—El devoto de Visnú es hombre bueno,— agregó lentamente Blake. — ¿Qué piensa usted del devoto de Siva?

—El hombre devoto de Siva, siempre es malo, patrón.

Blake tomó un pedazo de papel y un lápiz. Rápidamente trazó una pequeña media luna cuyos extremos casi se juntaban. Dentro de la media luna dibujó un círculo. Entonces levantó el papel por encima del hombro de modo que el conductor pudiera verlo.

—¿Qué marca es esta, Govindán?

—Esa es la marca de Siva, señor.

—¿Y el hombre que lleva esta marca no es un hombre bueno?

—No es hombre bueno, patrón. El devoto de Siva roba... y mata... es hombre muy malo.

Blake movió la cabeza, pensativo. Estaba pensando en la noche en que, en el Carlitz Hotel de París, cuando el rajá de Baghpore había descendido de su habitación al pequeño jardín de invierno, a averiguar qué había pasado, pues había oído un grito. En aquella ocasión el rajá tenía pintada en la frente la media luna encerrando el pequeño círculo que era la marca del devoto de Siva.

Quizás sea oportuno explicar aquí que en la mitología hindú existe una trinidad de poder, que entre los verdaderos devotos de la fe, gobierna aun los principios de esas creencias. Pero entre las órdenes inferiores el hinduismo ha degenerado y las clases inferiores de aldeanos, aun cuando se muestran devotas de una o de otra de las personas de esa trinidad, no comprenden su verdadero significado.

La original trinidad constaba de Brahma (el creador), Visnú (el protector) y Siva (el destructor).

Esta trinidad pretende representar el inevitable ciclo de la evolución; es decir: la creación de un ser o de una cosa, la vida o duración y la muerte o destrucción.

En su forma original la creencia era tan sólo un símbolo de la vida, pero al degenerar, los devotos de Siva, — es decir los de las clases inferiores, — suponen que el deseo de Siva es destruir o matar a todo lo que ha sido creado por Brahma y Visnú protege.

Esto constituye una lamentable degeneración de la en un tiempo, hermosa filosofía, pero fué porque sabía lo que era eso por lo que Sexton Blake había pensado que el conductor del carro era devoto de Visnú.

—¿Sabe usted por qué voy, trasponiendo las montañas, hacia Baghpore, Govindán?

—No, patrón. Mucho se hablaba en el bazar sobre el patrón, pero nadie sabía por qué iba a Baghpore.

—¿Qué era lo demás que oyó usted decir en el bazar, Govindán?

El joven, — casi un muchacho, — vaciló indeciso. Después dijo:

—En el bazar decían que el patrón tenía un monito igual a uno que tenía antes el rajá sahib.

—¿Decían eso? ¿Qué decían sobre el rajá sahib que pasó unos días antes hacia este lado?

—No hablaron casi nada, patrón. Dijeron que el rajá sahib tenía mucha prisa.

—¿Vió usted alguna vez al rajá sahib?

—No, patrón.

—¿Entonces usted no sabe que el rajá sahib es un devoto de Siva?

—No, patrón.

—Pues bien, lo es, — dijo Blake. — Tengo asuntos con el rajá sahib, Govindán. Quizás los servidores nativos hablen. Quizás cuando lleguemos a Baghpore usted oiga hablar mucho a los otros servidores y en el bazar. Usted escuche y dígamelo. ¿Entiende?

—Sí, patrón. Mucho hablan siempre los otros servidores. Es muy fácil saber de qué están hablando.

—Muy bien, Govindán. Es usted un buen muchacho. Usted debe escuchar bien y yo le recompensaré bien.

—No necesito recompensa, patrón. Me gusta servir bien al patrón porque el patrón es buen sahib.

Blake le indicó que podía retirarse y el hombre se escabulló por entre los arbustos, camino del campamento.

Cinco minutos después, Sexton Blake regresaba al campamento, se deslizaba debajo de su tienda y se quedaba dormido.

A las cuatro de la tarde estaba nuevamente de pie y a las cinco la caravana se ponía en marcha otra vez. El camino empezó a mostrarse más escarpado y al anochecer calculó Blake que ya debían hallarse a cerca de seiscientos pies más arriba que el nivel de la llanura.

Tras ellos distinguían entonces la población de Palur y los campos de añil extendiéndose incultos por la región de Bobbili. A lo lejos, a la izquierda, se elevaba Arma, el pico más alto de las montañas y más allá como un montón ingente y rojo, Anantagiri donde, según había oído decir Blake, un grupo de colonos europeos había hecho grandes plantaciones de café.

Hacia el norte, las oscuras montañas formaban un vasto semicírculo que iba hacia donde estaba el cañón del río Tel y el país de Raichur.

Algún día aquel país sería cruzado por un ferrocarril y progresaría, pero mientras tanto eran únicamente las caravanas de los que llevaban sal las que recorrían su extensión casi desierta.

Ante ellos estaba la barrera que tenían que pasar, cruzando por la cumbre a lo menos seis mil pies de altura. El camino era empinado y tortuoso, pasaba por conturbadores precipicios, tenía dificilísimas curvas y algunas veces pasaba por el fondo de profundos zanjones.

Blake había oído hablar de tigres y de panteras que andaban por ese camino y que cuando se hallaban hambrientos atacaban a los bueyes de los carros que pasaban y que más de una vez habían devorado a solitarios viajeros.

Por esta razón era por la que había agregado el poderoso rifle a su armamento y por lo que había resuelto que cada vez que acamparan lo hicieran en el menor espacio posible.

Hicieron alto al anochecer para la comida de la tarde y para descansar un poco, pero estuvieron en camino antes de las doce de la noche. Al paso que iban avanzando, Blake esperaba llegar a la cumbre de la montaña en cuatro días y a Baghpore el sexto día.

En la mañana del cuarto día el capataz de los servidores nativos dijo que llegarían a la cumbre al caer la tarde.

Cada día de viaje había sido una repetición del anterior y el camino se había mostrado tan escabroso y molesto como en un principio. A la zona boscosa de la parte baja, sin embargo, había sucedido una zona de tierra oscura y de bajos arbustos en la que se veían algunos espacios donde las tribus montañesas habían incendiado los arbustos, habían sembrado cereales y luego de recogida la cosecha, habían pasado a otro lugar de la montaña a repetir la operación en tierra virgen.

Era ese un procedimiento que estropeaba de un modo lamentable una excelente tierra y según podía verse, había sido puesto en práctica en toda la extensión de la región montañosa. Había sido empleado durante numerosos siglos y Blake se figuraba que seguiría durante muchos más, pues no era de suponer que ningún gobierno pudiera reformar esa situación.

Mientras descansaban en la tarde del cuarto día todo el paisaje de la montaña se vió inundado por la luz blanca de la luna llena.

Blake, a un lado del camino miró hacia la cumbre por donde habían de pasar para seguir montaña abajo por donde se extendía el cauce del río Tel.

Tanto Tinker como Dinsdale se habían separado un poco y los conductores estaban ocupados atendiendo a los bueyes. Hasta entonces todo había ido bien pero Blake tenía presente siempre un temor que no podía alejar de la imaginación, el temor de que las deducciones que había hecho en Londres estuvieran fundados en falsa base y que todo lo que hacía resultara en vano.

En Londres todo le parecía tan razonable, todo respondía tan bien a las pruebas de la más sana lógica; pero allí, en mitad de las agrestes montañas que eran como una valla que obstruyera el camino hacia el misterioso país, todo parecía cambiar de aspecto.

Pero ni por un solo momento quiso confiar sus temores a Tinker o a Dinsdale. Encontrábase de pie, entregado a esos pensamientos cuando oyó la voz del conductor. Mirando con el rabo del ojo Blake vió que el muchacho estaba ocupado limpiando algo, de cara al sol del nuevo día.

—Escuche, patrón, — dijo el conductor en voz baja. — Govindán oyó hablar anoche a los carreros. Decían que desde hace dos días

otros hombres siguen a la caravana y observan. Hay que temer que algo pueda pasarle al patrón. El patrón debe andar con cuidado.

—¿Dijeron qué clase de hombres eran?- preguntó Blake.

—No, patrón; pero ellos lo saben, según creo. Trataré esta noche de saberlo. Pienso, patrón, que tienen relación con el rajá sahib.

No había más tiempo para conversación pues los carreros se habían separado de los carros y se acercaban.

Blake se quedó donde estaba, pensando en lo que acababa de oir. Si era verdad que les estaban atisbando desde hacía dos días y los hombres que lo hacían eran gente de Baghpore, según se aseguraba, esto quería decir que el rajá estaba interesado en saber lo que le pasaba a la caravana que se acercaba al límite de su país.

Pero si el rajá tenía intenciones criminales, ¿qué podía hacer en tal caso? Blake no podía imaginarse nada que pareciera razonable. Sin embargo antes de lo que se imaginaba iba a tener respuesta su pregunta.

El lugar que habían elegido para acampar aquella noche estaba en un sitio donde el camino describía una curva. Después de recorrida esa curva llegarían a un espacio plano y extenso que servía como de desvío para que se situaran los carros que vinieran en sentido contrario.

En toda la extensión del camino de la montaña, Blake había visto de vez en cuando esos espacios al lado del camino y como anochecía cuando llegaron al mencionado, dió orden de acampar allí. A la izquierda del camino había un profundo precipicio de más de mil pies de profundidad. A la derecha la montaña se elevaba quinientos pies o cosa así.

Era un sitio tétrico y tenebroso y a la luz de la luna todo adquiría un aspecto fantasmagórico.

De improviso, mientras se hallaba mirando hacia la cumbre, la quietud de la noche se vió interrumpida por un salvaje grito que parecía proceder de la vecina curva y era tan estridente que fué repetido por los ecos de la montaña. Su origen resultaba un misterio.

Durante el viaje habían oído, por las noches horribles gritos de tigres, panteras y hienas. Pero antes no se había oído nada como lo que acababa de escucharse. Era horrendo, debía ser el grito de algun gigantesco monstruo y si no hubiera sabido que los elefantes eran escasísimos en aquellas montañas, Blake hubiera pensado que se había tratado del grito de un elefante macho, enfurecido.

Durante varios segundos los ecos de las montañas repitieron y volvieron a repetir aquel grito. Blake se había vuelto para hablar con Tínker y Dinsdale que habíanse acercado rápidamente cuando volvió a oirse el grito anterior. Vió que los carreros nativos corrían camino abajo buscando sitio seguro y un instante después el conductor, asustado, acudió.

—¡Los carreros dicen que es un elefante loco, patrón! ¡Patrón corra, pronto!

—¡Atrás, ustedes, pronto! — gritó Blake. — ¡Lleven los caballos lo más pronto que puedan!

Dicho esto corrió a su tienda y sacó de ella un pasado rifle de dos caños, número 4, a propósito para cazar elefantes.

Tomó media docena de largos cartuchos de una bolsa de tela y cargó el rifle a medida que caminaba. Vió que Tínker Dinsdale procuraban sujetar a los asustados ponies. Los bueyes se habían soltado y corrían despavoridos, por el camino.

Blake se dirigió camino arriba y de pronto se quedó inmóvil ante lo que acababa de ver. Por entre unas rocas, del otro lado de la curva, llegaba algo enorme y oscuro que avanzaba terrible por el camino. Casi paralizado por el asombro, Blake vió que se trataba en verdad de un elefante, evidentemente de un macho enloquecido.

Tenía colmillos grandes y se aproximaba con la trompa levantada de un modo que era suficiente para aterrorizar a cualquiera a media milla de distancia. Durante un brevísimo instante, Blake vió que la luna se reflejaba en sus malignos ojos y esto le fué suficiente para comprender que aquel animal estaba enteramente loco.

Cuando llegara al campamento lo destruiría todo en un momento, hiriendo a los hombres, haciendo que los animales, huyendo, cayeran al precipicio. Blake sabía que la única salvación estaba en detener al mamut antes de que llegara al campamento, pero allí, a la luz de la luna, parecía imposible poder detener al elefante antes que loco y desesperado, atacara.

Con los labios apretados, pero con las manos firmes, Blake avanzó hasta el medio del camino, hasta el sitio por donde un momento después había de pasar el devastador cuadrúpedo. Juzgó que estaba todavía a cincuenta yardas de distancia pero un tiro a esa distancia era imposible.

Si había de hacer fuego había de ser para no errar pues no tendría tiempo para corregir su error. Sin embargo el sitio vulnerable que indicaba la situación del cerebro parecía muy pequeño como blanco mientras el animal corría y además agitaba la trompa de un lado a otro.

Junto a los ponies, Tínker y Dinsdale miraban horrorizados mientras Blake levantaba su pesada arma.

Sabían perfectamente lo que significaría el errar aquel tiro y sabían también que cualquier cosa que hicieran ellos precipitaría el desastre. Vieron que Blake se echaba el arma a la cara, inclinaba la cabeza...

Mientras tanto, el elefante se acercaba más y más.

Tínker, lo único que pudo hacer fué no gritar a Blake que hiciera fuego.

Le parecía que Blake tenía los dedos pa-

ralizados; tan cerca estaba ya el elefante y el detective no hacía fuego...

Permaneció de pie, inmóvil, hasta que pudo creerse que el enorme cuadrúpedo estaba enteramente sobre él, y entonces en el momento en que Tínker cerraba los ojos horrorizado, el poderoso fusil dejó oír su voz.

En el mismo instante Blake saltó a la derecha y durante un momento, Tínker y Dinsdale no le vieron.

Entonces vieron que el enorme animal doblaba las rodillas lanzando un grito de muerte, que repercutió en la montaña.

Balanceándose se acercó a la orilla del abismo. Entonces procuró levantarse y resbalándose, cayó por el borde, precipitándose al fondo del profundo zanjón.

Entonces vieron a Sexton Blake, de pie, a la luz de la luna, sacando del fusil el cartucho usado. Dinsdale y Tínker corrieron hacia él y el segundo apretó el brazo del detective hasta que Blake hizo una mueca de dolor.

—¿Está usted bien, señor? — tartamudeó emocionado, el muchacho.

Blake sonrió.

—¡Claro que sí, Tínker! — dijo. —¡Cuando no se erra, todo va bien!

—¡Dios mío! — exclamó Dinsdale. — ¡No vi jamás una puntería semejante! ¡Magnífico tiro! ¡Qué serenidad la suya!

—Era indispensable, — dijo entonces Blake, mientras miraba, a la luz de la luna, al interior del caño del arma. — Era mi única probabilidad de éxito. Tenía que meterle la bala en el cerebro para que no me matara. Pero hay algo muy extraño en todo esto. Se perfectamente que no hay elefantes en esta zona. No se encuentra tierra donde haya elefantes sino del otro lado de la cumbre y después de andar muchas millas. ¡Y un elefante enloquecido! ¿Quien ha oido hablar de que anduviera un elefante loco por estas inmediaciones? ¡El caso es muy sospechoso!

—¿Qué quiere usted decir señor?

—No lo se aun, muchacho. Pero no cabe duda de que ese elefante estaba loco, era el más peligroso loco que anduvo por las montañas. Lo que me pregunto es si no ha habido mano de hombre en todo esto. Los únicos elefantes que hay por aquí, según mis noticias, pertenecen al rajá de Baghpore.

—¡Por vida de Júpiter! ¡Me parece que está usted en lo cierto, señor Blake! — exclamó Dinsdale.

Blake se encogió de hombros.

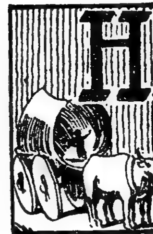
—¡No se! Pero voy a decirle a usted algo. Un elefante, enloquecido mediante alguna droga, como el cáñamo, por ejemplo, y empujado hacia aquí, por el camino, casi con seguridad tenía arrollar y destruir todo cuanto encontrara a su paso, a menos que se le detuviera de algún modo. Eso es lo que debe haber sucedido. Un suceso así daría que hablar y se lamentaría mucho... tal vez. Pero se incluiría en la lista de desgracias causadas por los animales feroces. ¿Me comprenden?

Tínker y Dinsdale inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—Eso es lo que tenemos que investigar antes de que terminemos, — agregó Blake.— Por ahora lo principal es ir en busca de esos bueyes y esos nativos que han huido. ¡Vamos! Deseo seguir la marcha lo más pronto posible.

CAPITULO SEXTO

En Baghpore City. — El alojamiento de los viajeros. — Un visitante no esperado. — Karim Bukh se presenta. — Una gran confidencia. — Los antecedentes del rajá. — El ex ministro presenta las pruebas. — Víctima de su acción. — El mono araña desaparece.



HABIENDO sido retardados por la huída de los bueyes de tiro, resultó que ya eran más de las doce de la noche cuando Blake y su grupo reanudaron la marcha. En realidad se vieron obligados a abandonar uno de los carros porque a dos de los bueyes no fué posible hallarlos.

Si no hubiera sido por el valor demostrado por Sexton Blake los nativos no se hubieran dejado convencer y se hubieran negado a continuar el viaje. Pero fuera lo que fuera lo que podía amenazarles en el camino, les imponía menos miedo que el inglés que había dado muerte al elefante loco y que les ordenaba enérgicamente que volvieran a su puesto.

Blake había pensado que le sería posible llegar a Baghpore City en la tarde del sexto día, pero tuvo que convencerse de que no le sería posible llegar hasta la noche del mismo día. Por una parte no sentía haber sufrido ese retraso porque, si como empezaba a sospecharlo, el incidente del elefante había sido combinado por el rajá, convenía que su entrada en la ciudad fuera lo menos llamativa posible.

No sucedió nada más durante el camino. Por conducto de Govindan, Blake sabía que sus movimientos eran seguidos paso a paso. El misionero francés a quien había visto en Palur le había dicho a Blake que el Residente Británico en Baghpore se hallaba ausente, con licencia en aquellos momentos y esto le era agradable, naturalmente, pues su misión no tenía nada de oficial y se hubiera visto entorpecida por los trámites oficinescos.

Hasta que pudiera presentar pruebas de lo que sospechaba no le podía ser útil hacer llamado a la autoridad del gobierno británico.

Por otra parte su presentación hubiera tenido como resultado una cortés intimación del residente manifestando que la presencia de tres europeos en Baghpore era desagradable para el rajá, lo que hubiera sido equivalente a una orden de retirarse en seguida. Esto era lo que Blake estaba decidido a evi-



"¿Quién es usted? ¿Qué hace usted ahí?", preguntó Sexton Blake. "Si desea usted una limosna venga mañana por la mañana". "No busco limosnas, sahib. Lo que tengo que decir es algo que sólo el sahib debe oir". ("El Rajá Blanco", Capítulo VI).

tar a toda costa. Además sabía que toda tentativa de disfraz sería enteramente inútil y constituiría una pérdida de tiempo.

Se sentía convencido de que el rajá estaba enteramente al tanto de que ellos le habían seguido y Blake sabía que si había de realizar algo práctico debía apoderarse de alguna prueba antes de que el rajá tuviera tiempo para proceder.

En eso estaba fundada su única esperanza.

No soñaba que lo que tanto esperaba había de llegar hasta él del modo más inesperado y la más extraordinaria procedencia

Por las razones ya mencionadas, Blake decidió alojarse en el bungalow de descanso que la municipalidad de cada población de la India tiene a disposición de los viajeros, en vez de ir al bungalow para huéspedes situado junto a la casa del Residente Británico, como lo hubiera hecho en circunstancias normales.

Tuvieron la suerte de encontrar desocupado el bungalow de descanso y gracias a los esfuerzos de Govindan y del criado adscripto al bungalow, pronto se vieron instalados en confortables habitaciones.

La de Blake se hallaba al extremo del edificio, tenía ventanas, con rejas (pero sin vidrios) que daban a una ancha y fresca galería o veranda. Tinker y Dinsdale se hallaban al otro extremo y entre unos y otro estaba una habitación grande que les iba a servir de comedor.

Aun cuando llegaron a eso de las nueve de la noche no dejaron de bañarse antes de comer por que el polvo de los caminos de la montaña era sucio y molesto. Eran cerca de las diez cuando se sentaron a comer lo mejor que el sirviente había podido preparar a esa hora de la noche y un poco después de las once, Tinker y Dinsdale se retiraron a descansar.

Blake encendió un cigarrillo y arrastrando una butaca de mimbre (de largo asiento y de brazos muy largos, en los que los hindús ponen las piernas cuando se recuestan) a la veranda, encendió un cigarro habano y se echó en la cómoda butaca a fumar tranquilamente contemplando el cuadro que le ofrecía la vegetación tropical a la clara luz de la luna.

El bungalow estaba situado a alguna distancia del camino y aun cuando podía oir con intermitencia los ruidos que hacía la gente del mercado o bazar, las inmediaciones estaban envueltas en el más completo silencio. De vez en cuando llegaba hasta sus oídos algun ruido procedente de la cocina, situada a los fondos y una o dos veces oyó toser a Dinsdale.

Por lo demás sentíase enteramente solo. Permaneció allí fumando, hasta pasada la media noche, pensando en la extraordinaria misión que le había llevado a semejante sitio y tratando de trazarse algun plan de acción que pudiera obligar al rajá a dejar ver su juego. Pero por más que pensaba no lograba dar con ningún plan de ataque que le pareciera conveniente.

Empezaba a convencerse de que se hallaba en el interior de la fortaleza del hombre a quien pretendía desenmascarar y que muchas cosas podían sucederle que cortaran de improviso su carrera en este mundo sin que nadie supiese nada más de la suerte que le había tocado correr.

Ya había comprendido cuál era su peligro antes de emprender el camino de la montaña y sin embargo no había desistido ni un solo momento, de su propósito, Al fin, decidiendo que lo mejor era confiar al sueño la solución del difícil acertijo, arrojó la colilla del cigarro y se levantó de la butaca. Fué entonces cuando, por primera vez, se dió cuenta de la presencia de una figura humana, en el camino de entrada a unos diez pies de donde él estaba.

Blake hubiera jurado que allí no había nadie cuando él se sentó en la butaca. ¿Cómo habría podido alguien llegar hasta allí después? Era un misterio. Pero no era posible negar la verdad. Una persona se había metido allí en silencio. Blake, molestado por la presencia de aquel intruso, se acercó a la balaustrada de la veranda y dijo en lenguaje hindostánico:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted ahí?

Cuando habló, la persona aquella que estaba sentada en el suelo, se quitó una tela con la que había tenido cubierto el rostro, dejando ver las facciones de un hombre muy anciano.

Saludó a Blake con una inclinación y contestó:

—Tengo que hablar con el sahib cuando el sahib quiera tener a bien escucharme...

—Pero... ¿qué desea usted? — preguntó Sexton Blake impaciente. — Si desea una limosna, venga usted mañana de mañana.

—No busco limosnas, sahib. Lo que tengo que decir sólo pueden escucharlo los oídos del sahib. Es algo que, sin duda, el sahib quiere conocer.

Blake se sintió perplejo.

Había estado suficiente número de veces en la India para saber que cada vez que llega un forastero a una población se le presentan pordioseros que le dirigen los más extraños pedidos. Sospechaba que aquel anciano sentado ante él no era más que un mendigo y, en el primer momento, sintió deseos de despedirle de mala manera.. Después encogiéndose de hombros, le indicó al anciano que entrara tras él en su habitación.

Una vez allí se volvió hacia él y a la luz de la fluctuante llama de una bujía examinó sus facciones. Entonces se convenció de que su visitante no podía ser un mendicante pues lucía un turbante alto, propio de la casta guerrera.

—¿Por qué ha venido a buscarme?—preguntó con tono menos impaciente que antes.

—¿Quiere el sahib sentarse y escuchar?

Blake lo hizo así y el nativo se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Levantó sus cansados ojos hacia el rostro del europeo. Después hizo una solemne y lenta inclinación.

—Es verdad lo que me han dicho,—murmuró. — Es usted un "sahib tóg", es decir, es usted de la raza de aquellos en quien uno

puede fiar. Escuche, Blake sahib y yo le diré muchas cosas que usted desearía saber.

—¿Cómo es que conoce usted mi nombre? —preguntó rápidamente el detective.

—Lo sé lo mismo que sé hace tiempo que usted se proponía venir, sahib, — respondió el otro. — Usted ha viajado muchas millas siguiendo a uno que es poderoso. Usted se ha atrevido, temerario, a entrar en las fauces del tigre y está en todo momento en peligro de muerte. Si usted quiere conseguir su objeto, sahib, es necesario que proceda rápidamente.

"Y yo, Karim Bukh, le daré el arma que usted busca. Sepa usted, ¡oh sahib! que yo, Karim Bukh, que ahora le dirijo la palabra, fuí durante muchos años diwan (primer ministro) en la corte de Baghpore.

"Fuí yo el depositario de toda la confianza y de todos los secretos del gran rajá que hace años ya fué llamado a la gloria de Nirvana.

"Y fuí yo, también el que guió los pasos del actual monarca mientras fué joven. Pero después prestó oído a los malos consejos y yo fuí arrojado del poder, en desgracia. Ahora arrastro una triste existencia y vivo gracias a la generosidad caritativa de mis hijos.

"Pero antes de morir quiero enderezar un grave entuerto y usted, ¡oh sahib! puede ser el instrumento de mi propósito de veracidad.

Hasta este momento no había hallado Blake nada que le interesara mayormente en las extrañas palabras de su visitante. Encendió un nuevo cigarro y se dispuso a escuchar todo el relato esperando que, al menos, fuera interesante por lo novelesco.

—Sepa usted entonces, sahib, que hace muchos años, mientras el gran rajá vivía todavía, nosotros fuimos a su país: el rajá, su adorada ranée y un tierno niño, hijo de su unión. El pequeño fué arrebatado por una maligna fiebre, y durante varias semanas se temió que la princesa fuera a seguir a su hijito.

"Entonces yo, yo, Karim Bukh, con el propósito de servir a mi amado amo, pensé un plan extraño. Durante días y días busqué en la tierra de usted un niño que, vestido con la ropa del extinto, tenía un maravilloso parecido con él. Este niño lo llevó mi amado amo a su desconsolada esposa y ella le recibió con alegría y le adoró como si fuera su propio hijo.

"Poco después de esto, ¡oh sahib!, regresamos a Baghpore, donde todo el pueblo dió muestras de regocijo tomando al niño que vino con el rajá mi amo y su esposa, por el niño que había fallecido.

"Con lágrimas en los ojos, la ranée suplicó a mi amo que no revelara la verdad y él, que tanto la adoraba, consintió desde que en ello iba su felicidad. Más tarde, secretamente, el niño fué adoptado y eso, como usted sabe, sahib, establece sucesión legal en la India, si el niño es de pura sangre hindú; pero no en caso de que no lo sea.

"Mi amo insistió en que si la ranée daba a luz otro hijo entonces éste sería su verdadero sucesor, pero eso no sucedió jamás, sahib, porque muy poco después, mi amado amo, murió.

"Durante la niñez del adoptado hijo, la ranée gobernó con sensatez y bondad y, mientras era un jovencito, ella envió al niño al país de usted a estudiar ciencias en las grandes escuelas de Inglaterra.

"Cuando regresó el niño todo el pueblo se quedó encantado ante él porque no sólo era hermoso y valiente; era el hijo y sucesor del amado rajá desaparecido. Entonces la ranée siguió a mi amado amo y el joven gobernó solo.

"Fué entonces, ¡oh sahib!, cuando comenzó a escuchar a malos consejeros. En su raza, sahib, como en la mía, hay quien nace con el corazón negro y él era uno de esos. Antes de morir, la ranée le confió el secreto de su nacimiento y desde ese momento el joven cambió.

"Más y más abandonó las atenciones de su gobierno para pasear por Europa y más y más malos fueron cada vez sus compañeros. Unicamente la influencia enérgica del residente representante del rajá británico pudo evitar que cometiera mayores excesos.

"Yo, Karim Bukh, le hice presente lo mal que procedía, pero cada vez que le hablé, me rechazó con impaciencia. No me era posible encontrar dinero bastante para sus locas extravagancias y en cuanto fracasé en ese sentido, me arrojó de su lado, groseramente. Yo podía haber hablado porque tengo pruebas de lo que digo, pero de nada hubiera servido y muchos parientes míos, que aun están a su servicio, y necesitan de sus empleos para vivir, hubieran sido las víctimas.

"Por esos parientes mios sé cuanto sucede en el palacio y por esa razón es por la que, ¡oh sahib!, tuve noticia de su llegada y la razón de su viaje. Ahora no hablaré tampoco, pero todo va tan mal que no es posible consentir que continúe así. Cada vez que regresa de un viaje a Europa viene cargado de riquezas. No sé cómo las consigue, pero he oído sobre ese punto rumores muy graves.

"Y ahora ha traído con él, entre su gente a una mujer europea, una que es joven y bella, sahib. Por lo tanto he venido a hablarle.

Blake se inclinó hacia su visitante.

—¡Dígame, Karim Bukh! ¿Esa mujer de mi país de quien usted me ha hablado, está bien? ¿No ha sufrido?...

—Hasta ahora está bien, sahib, y en seguridad. Pero el día del peligro grave se aproxima.

Los ojos de Blake relucieron como puntas de acero cuando el detective oyó esas palabras.

—Usted ha hablado de pruebas, Karim Bukh, ¿pruebas de qué? — preguntó después de una breve pausa. — ¿Qué pruebas son?

En respuesta, el anciano llevó la mano al pecho y sacó un pequeño paquete. Lo desenvolvió y entregó el contenido a Blake. El detective lo tomó y lo puso en la mesa para examinarlo. Y a medida que lo revisaba se dió cuenta de que se trataba de las pruebas que deseaba.

Había allí un certificado de nacimiento de un Harold Préston, nacido en Eastbourne,

Blake comprendió entonces que allí estaba la razón del extraordinario parecido del hombre que vieron en Oxford Street. Si algo se necesitaba, aquello era la prueba adicional.

Además estaba allí un convenio mediante el cual un llamado John Préston confiaba en custodia, definitivamente a un llamado Karim Bukh, su hijo Harold Préston, de cuatro años de edad, por lo cual el mencionado Karim Bukh le pagaba al mencionado John Préston la suma de quinientas libras esterlinas.

Había también un documento secreto relativo a la adopción del niño por el extinto rajá de Baghpore y algunos otros documentos de menor importancia.

Blake puso los documentos a un lado y volvióse nuevamente hacia Karim Bukh.

—Si esto es así, el que actualmente gobierna este estado como rajá de Baghpore es un inglés que no tiene derecho legal ninguno a ocupar el trono, — dijo.

—Así es, sahib.

—Entonces ¿quién es el legítimo monarca?

—El que fué rajá heredero, el hermano menor del extinto rajá mi amo.

—¿Qué clase de hombre es?

—Es un hombre de honor y muy leal al rajá británico, sahib.

—¿Dónde se halla ahora?

—Está aquí en Baghpore, sahib.

—¿No sabe nada de la verdad?

—Nada sabe, sahib. El rajá, yo, y ahora usted, somos los únicos que conocemos el secreto.

—Usted ha prestado un gran servicio, Karim Bukh, no sólo a Baghpore, sino también al rajá británico que es justo en todos sus dictados. He de pensar en lo que usted me ha dicho. Venga a verme mañana por la mañana y yo le diré qué es lo que voy a hacer.

—Así lo haré, sahib. Pero permítame que le aconseje que no demore el hacer algo. El peligro más grave sigue sus pasos, sahib.

—¡Estaré en guardia, Karim Bukh!

El anciano hizo una nueva reverencia y se levantó. Blake le observó mientras se alejaba, cruzando la veranda como una sombra. No oyó una leve tos cuando, en el momento en que Karim Bukh llegaba al portón del terreno en que estaba el bungalow, ni vió una mano que avanzó desde un grupo de bambúes y, con rapidez, hundió diez pulgadas de acero en el corazón del anciano.

Durante media hora más Blake estudió los descoloridos papeles que habían llegado a su poder de modo tan extraño. Después los guardó cuidadosamente, murmurando mientras lo hacía:

—¡La clave del problema! Al fin la tengo y mañana...

Se desvistió rápidamente y hasta que estaba por cerrar la puerta no se dió cuenta de que había desaparecido su monito.

—¡El grandísimo pícaro se ha escapado! —murmuró somnoliento. — Probablemente volverá por la mañana.

Y dicho esto se acostó. Cinco minutos después estaba profundamente dormido.

CAPITULO SEPTIMO

En la noche. — El hombre del mono. — En el "bungalow". — Una tentativa que fracasa. — Consecuencia funesta. — Un descubrimiento sensacional. — La Garra de Plata. — Hacia el palacio del rajá. — Agitada aventura. — En el zenana. — ¡Encontrada por fin!



DURANTE esa tranquila hora que precede al amanecer y en la cual hasta los rumores de la gente del bazar habían callado, un hombre alto, con turbante, cruzó cautelosamente y sin ruido el terreno en que se hallaba el bungalow donde estaban los tres ingleses y sin esfuerzo visible saltó al interior de la veranda.

Allí, la sombra del techo ocultó la figura, antes alumbraba por la luz de la luna, pero no tan enteramente para que alguien que hubiera mirado de cerca no hubiese notado que aquella persona se acercaba lentamente hacia la habitación ocupada por Sexton Blake.

Tan suavemente volvió la manija y empujó la puerta que aun cuando el durmiente se hubiera hallado despierto, no hubiese oído nada. Encontrando la puerta cerrada por dentro, el recién llegado, que caminaba descalzo, salió de nuevo a la veranda y continuó por ella hasta llegar a una de las ventanas que tenían reja de hierro.

La luz de la luna permitía distinguir todo cuanto había en la habitación y acercándose a la ventana, el que tan cautelosamente había llegado pudo ver con toda claridad al hombre que estaba en la cama. Tan cerca estaba en realidad, que podía oir la respiración del que dormía y al oirla se sonrió descubriendo sus blancos dientes de un modo más propio de una pantera que de un hombre.

Entonces, cautelosamente levantó un pliegue de su albornoz y al proceder así apareció una cabecita peluda y amarilla. Durante unos momentos el hombre acarició al animalito; después, sosteniéndolo en su brazo derecho, buscó algo, en un bolsillo, con la mano izquierda. Cuando levantó esta mano algo metálico brilló a la luz de la luna y volvió a brillar cuando el hombre levantó al amarillo monito. El animalito tomó aquello rápidamente y después miró al hombre a la cara.

Sosteniéndole aún, se acercó más a la ventana e hizo que el mono pasara por entre dos de los barrotes de hierro. Durante un momento el mono se quedó en el borde de la ventana, mirando hacia la habitación. Después, cuando su mirada dió con el que estaba acostado en la cama, descendió sin ruido al suelo y luego avanzó saltando.

El hombre de fuera observaba mientras el mono se detuvo en el suelo, junto a la cama y después, de un salto, se puso en las cobijas, junto a la cabeza del durmiente.

El que miraba vió que algo volvía a relucir cuando el mono levantó una mano y se inclinó hacia el que dormía.

Esperó, con una sonrisa diabólica en los labios, observando todos los movimientos del animalito. Entonces como el mono parecía retardarse, hizo un suave ruido con los labios.

Inmediatamente el mono saltó al suelo y fué, a saltos, hasta la ventana. Saltó al borde y pasando por entre los barrotes de la reja, saltó al hombro del que observaba.

Permaneció un momento allí y de pronto, el silencio de la noche fué interrumpido por un terrible grito que partió de los labios del turbante. Dos y tres veces gritó con mortal terror; después cruzó la veranda tambaleándose, manoteando como loco, procurando agarrar al mono que saltaba temeroso, huyéndole.

De la veranda el hombre cayó al terreno, se volvió una vez más antes de que su cuerpo fuera sacudido por una repentina convulsión; después quedó tendido en tierra, estremeciéndose, mientras la puerta del bungalow se abría y tres hombres, vestidos de pyjama, aparecían en la veranda.

Sexton Blake que, a no haberle favorecido la suerte, debía hallarse muerto, fué el primero en llegar a donde estaba el caído. Un segundo después Tínker y Dinsdale estaban a su lado.

—¿Qué ha sucedido, señor? — preguntó Tínker, jadeante.

Blake volvió boca arriba al caído de modo que le pudiera ver la cara. Luego descendió la mano y la levantó un momento después, sosteniendo en ella una barba corta, negra, rizada.

—¡Ratcliffe! — exclamaron Tínker y Dinsdale a un tiempo.

—¡Ratcliffe, o el rajá de Baghpore, lo que más les agrade! — dijo Sexton Blake.

Se inclinó y apoyó el oído en el corazón del caído. Permaneció así durante un minuto. Finalmente levantó la cabeza y miró a sus compañeros.

—¡Ya no cometerá más crímenes! — dijo. —¡Está muerto!

En aquel momento algo llegó saltando por entre los árboles y fué a apoyarse en el hombro de Blake. Cuando Tínker vió lo que tenía el mono en una mano gritó, muy excitado:

—¡Dios mio! ¡Atención, señor! ¡La Garra de Plata!

Blake levantó la mano y se puso al mono ante sí. Con suavidad le quitó de la mano la garra de plata y la dejó a un lado.

—Encontraremos que ahora es ya inútil, —dijo, — pero no conviene correr innecesarios peligros. Creo que aquí está la respuesta a su pregunta, Tínker. Yo no noté hasta el momento de ir a acostarme, que el mono había desaparecido.

“ Ahora se por qué desapareció y creo que no me equivocaré si pretendo adivinar lo pasado. Supongo que, de acuerdo con el plan de ese hombre yo debía hallarme muerto en este instante, y no él. — e indicó el cadáver del rajá.

“ Creo que nos costará poco trabajo reconstruir lo que ha pasado. Este hombre vino con el mono y lo hizo pasar por entre los barrotes de la reja de mi ventana. El animalito pudo saltar a mi cama o no. Esto no lo sé todavía. Pero creo que se negó a atacarme, probablemente porque me ha tomado cariño. Debió saltar al hombro de su anterior patrón y rascarle con la garra de plata antes de que él se diera cuenta de lo que le pasaba.

“ Y esta vez la garra de plata no estaba cargada con el veneno de costumbre sino con otro que produce muerte instantánea. Ayúdenme, amigos. Vamos a llevarle a una habitación. ¡De prisa! ¡Aquí vienen los sirvientes!

Llevaron al muerto a la habitación de Blake y lo pusieron en un sofá de mimbre. Entonces Blake ordenó a Dinsdale y a Tínker que se vistieran en seguida.

Cuando Govindán llegó a la puerta, Blake le envió en busca de cuatro de los ponies y ya se hallaban delante de la veranda a cargo del criado del bungalow cuando Sexton Blake salió vestido.

Hasta ese momento no se había dejado que los sirvientes se enteraran de la identidad del muerto y, en ausencia de la barba postiza, mediante la cual los nativos le hubieran reconocido, Blake esperaba que ni el el sirviente del bungalow, si entraba en el cuarto, pudiera adivinar la verdad.

Era esencial para el éxito de los planes que no se supiera nada durante las próximas horas. Ordenó a Govindan que custodiara el dormitorio hasta su regreso. Montando a caballo Sexton Blake tomó de la rienda al cuarto ponie. Tínker y Dinsdale salieron en aquel momento y montaron en los otros dos.

Entonces Blake dijo con voz enérgica al sirviente:

—¡Guíenos en seguida al palacio del rajá sahib!

El sirviente le miró asombrado al oir la orden, pero una mirada a la pistola automática que Blake tenía en el cinto, le convenció de que debía obedecer. Se dirigió, al trote, hacia el porton, seguido de Blake y de los otros dos.

En el mismo portón el sirviente dió un salto a un lado e indicó algo que estaba al pie de unas plantas de bambú.

Blake se apeó y se inclinó hacia el encogido cuerpo que allí se veía y era el del fiel Karim Bukh.

—¡Canalla! — exclamó, percatándose de la verdad. — ¡Qué criminal! ¡Gracias al Cielo se ha llevado su merecido!

Indicó al sirviente que abriera el portón.

—El pobre Karim Bukh tendrá que permanecer ahí hasta nuestro regreso, — dijo.

Tínker y Dinsdale miraron curiosos, a Sexton Blake al oirle pronunciar el nombre del muerto pues nada sabían de la importante entrevista que se había realizado en el cuarto de Blake después de haberse acostado ellos. No preguntaron nada, sin embargo, pues tanto el uno como el otro, compren-

dían que se encontraban en el momento de la crisis definitiva de lo que les había llevado a la India.

Cerca de veinte minutos tardaron en llegar a las puertas del palacio del rajá, a pesar del trote rápido del sirviente. Allí sufrieron una espera hasta que alguien acudió a su llamado. Hubo que parlamentar con el portero hasta que Blake, impaciente, sacó su automática y apuntó por entre los barrotes a la verja.

Los portones se abrieron entonces hacia dentro y Blake avanzó con rápidez hacia la entrada del gran edificio que relucía a la luz de la luna.

Saltó de la montura y corriendo hacia los escalones de la gradería de entrada, ordenó a Tinker y a Dinsdale que le siguiera. Penetró en una lujosa sala de recepción y pasaron luego a un florido jardín en medio del cual había un estanque de límpidas aguas. Allí se topó con un adormilado sirviente al que sacudió con violencia. Al mismo tiempo le golpeó en las costillas con la culata de la pistola.

—¡El zenana! — dijo Blake. — Dígame dónde queda si en algo estima la vida.

Tembloroso ante la amenaza de Blake el criado se retiró a un lado y les guió por varios pasadizos hasta llegar a un jardín mas pequeño.

Después de éste se hallaba el ala del palacio ocupada por las mujeres. La puerta que daba al jardín tenía reja. Pero delante de esa reja estaba un gigantesco hindú de ropaje rojo y gran turbante blanco. En sus brazos descansaba una reluciente cimitarra. Blake echó al criado a un lado y con la pistola automática levantada se dirigió hacia el guardián.

Este le miró estupefacto cuando se dió cuenta de que tres europeos invadían el sagrado recinto del zenana.

Avanzó el brazo lanzándole a Blake un terrible golpe. Rápido como una centella, Blake bajó la cabeza y la cimitarra del guardia pasó por encima zumbando en el aire.

Entonces, el detective saltó y aplicó un golpe de boxeo, con el puño izquierdo, en la mandíbula del guardia.

El golpe envió al hindú dando vueltas hacia atrás. Blake adelantó un pie y haciéndole tropezar, le hizo caer en el estanque que había en aquel segundo patio del palacio.

Entonces Blake abrió la puerta y con Tinker y Dinsdale pisándole los talones, corrió por un pasillo hasta llegar a un tramo de escalera. Subió por esa escalera y se halló en un salón del piso alto, maravillosamente decorado.

—¡Señorita Black! ¡Señorita Black! — gritó varias veces con toda la fuerza de sus pulmones.

De pronto, cuando hubo callado, llegó a sus oidos un grito ahogado.

Se abrió una puerta y vió que por ella asomaba una cabeza. Antes de que pudiera retirarse Blake había cruzado el salón y arrastraba de un brazo a una aterrorizada mujer hindú.

—¿Dónde está memsahib? — preguntó con energía. — ¡Hable o tendrá que sentirlo dolorosamente!

La aterrorizada mujer, que nunca había visto a un europeo tan cerca de ella, indicó una puerta situada del otro lado del salón.

Blake y Tinker se dirigían a aquella puerta y a penas la habían abierto cuando vieron que salía por ella una gentil silueta que se arrojaba sollozando histéricamente, en brazos de Dinsdale.

Sexton Blake se volvió e indicó el camino para salir por donde habían entrado. Cuando volvieron a montar a caballo y hubieron traspuesto el portón del palacio, el detective se volvió hacia Dinsdale.

—Lleve usted a la señorita de Black a nuestro bungalow, Dinsdale, — dijo. —Yo tengo algo más que hacer todavía. ¡Tinker, venga usted conmigo!

CAPITULO OCTAVO

La entrevista con el rajá heredero. — La historia de la "Garra de Plata". — El rajá proporciona el remedio. — Con el representante británico. — Una determinación sensata. — El viaje de regreso. — Conclusión.



LEANOR y Dinsdale se alejaron a caballo y Blake se volvió hacia el sirviente que miraba con nerviosidad el grupo de gente de servicio que se reunía en el terreno del palacio.

—¿A qué distancia queda el palacio del rajá sahib, hermano del difunto rajá sahib?

El sirviente indicó con la mano un edificio largo y blanco que se distinguía desde el portón del palacio donde estaban

—Es aquel, sahib.

—Guíenos entonces, — ordenó Blake.

El sirviente volvió a partir al trote seguido de Blake y Tinker. Cuando pasaron por el portón, un hindú alto, de mediana edad avanzó, iluminado por la luz de la luna, y levantó una mano. El sirviente murmuró unas palabras y el hindú hizo una reverencia. Blake y Tinker se apearon y avanzaron.

Blake se inclinó y el rajá heredero le recibió con un ademan de gran dignidad.

—Lamento venir a molestarle a esta hora de la noche, rajá, — dijo Blake, — pero el asunto que me trae es de suma importancia para usted y para Baghpore.

—¿Es usted Blake sahib, el que se aloja en el bungalow de descanso?

—Sí. ¿Podría hablar con usted reservadamente?

El rajá asintió, inclinando la cabeza y les hizo pasar a una pequeña habitación, que según lo notó Blake con asombro tenía todo

el aspecto de un saloncito de fumar de una mansión europea. El hindú les indicó que se sentaran y acercó luego una caja de cigarrillos egipcios.

Blake encendió uno y después, sacando el paquete de documentos que Karim Bukh le había dado, lo puso en la mesa.

—Estos papeles son para que usted los examine, alteza, — dijo. — Pero antes voy a decirle a usted lo que significan.

Rápidamente con claridad y concisión, el detective le contó todo cuanto Karim Bukh le había contado, sin omitir detalle ninguno y explicando cómo la continuidad de los ataques criminales en Europa habían hecho sospechar del rajá de Baghpore.

Tardó bastante tiempo en contarlo todo. Tinker oía por primera vez muchos de aquellos detalles. El rajá no le interrumpió ni una sola vez y cuando Blake hubo terminado, tomó los papeles y los examinó.

—Señor Blake, — dijo por último expresándose en correctísimo inglés, — usted no se figura cuán importante es el servicio que ha prestado usted a Baghpore esta noche. Durante varios años he observado cómo era despojado el pueblo de este estado y me he visto privado de poder intervenir.

" Ni por un solo momento adiviné la verdad. Como todos los de este estado creía que ese hombre era el legítimo heredero de mi hermano, aun cuando era tan distinto a él en todo sentido.

" No era que yo tuviese ambiciones. Yo vivía feliz siendo fiel a mi soberano, como soy leal para con su majestad británica. Pero está bien que haya muerto como ha muerto. Si yo hubiera sabido la verdad, le hubiese dado muerte yo mismo.

" Voy al palacio inmediatamente, señor Blake, a hacerme cargo de todo. El Residente Británico estará de regreso mañana y como está usted aquí, podremos arreglar el asunto debidamente.

" Pero, hasta cierto punto, puedo devolverle en parte el gran favor que nos ha hecho. Puedo poner en sus manos cierto antídoto con el cual podrá devolver la razón a esas señoras a quien el infame impostor atacó de modo tan vil y cobarde.

Los ojos de Blake relucieron de contento.

—¡Alteza, — exclamó, — si usted hace eso me pagará mil veces lo poco que pueda haber hecho yo.

—Así se hará. Conozco el veneno empleado y conozco el antídoto. Enviaré a buscar el cuerpo dentro de una hora, señor Blake. Por si acaso se produce algún desorden antes de que pueda tomar personalmente el mando de todo, enviaré mi guardia particular al bungalow para que domine cualquier alboroto. Mañana usted y sus compañeros vendrán a alojarse aquí, y en esta, que es su casa, permanecerán mientras estén en Baghpore.

Se dieron la mano efusivamente y pocos minutos después Blake y Tinker cabalgaban hacia el bungalow, acompañados por un grupo de guardias de los del rajá heredero.

No pudieron volver a dormir aquella noche. Se sentaron en la veranda mientras Eleanor Black les contaba cómo había sido raptada. No había sido mientras se hallaba fuera del hotel pues, al contrario de lo que ellos habían creído. Eleanor regresó al Hotel Venecia en las primeras horas de la tarde. Las habitaciones ocupadas por su madre y ella no estaban lejos de las ocupadas por el rajá de Baghpore. La joven tenía que pasar por delante de las habitaciones del rajá al ir a su cuarto. En el momento en que estaba cerca, se abrió una puerta y un instante después Eleanor se encontraba envuelta en los pliegues de una tela suave que le impidió gritar.

Entonces, durante algunos días estuvo en un estado de semi inconsciencia, debido a periódicas inyecciones de alguna droga, que le aplicaban.

No había vuelto a ver al rajá desde su llegada a Baghpore y se comprendía que había sido así por que el rajá se proponía librarse primero de Blake y luego dedicar su atención a la joven, obligándola a admitir un casamiento cuya sola idea la llenaba de repugnancia.

Entonces Blake les contó cómo había hallado el primer rastro, muy leve, mediante el monito y como, partiendo de ese punto había desenredado la madeja hasta que consideró que tenía suficiente razón para proceder como lo había hecho.

Habíanse bañado y tomado el desayuno la mañana siguiente cuando se notó gran movimiento delante del bungalow y se presentó el nuevo rajá. Después de felicitarles y de expresar a Eleanor lo mucho que lamentaba lo que le había pasado, entregó una cajita a Blake.

—Esto es lo que le había prometido, señor Blake, — dijo. — Pero tengo algo más para usted.

Hizo una señal y un sirviente se acercó, portador de un pesado cofrecillo de bronce.

El rajá le indicó que lo abriera y Eleanor Black se quedó atónita al ver allí una gran cantidad de diamantes y de perlas.

—No sé si está ahí todo o no, señor Blake. Cuando usted regrese a Europa y los dueños tengan oportunidad de ver y elegir lo que les pertenece, tenga la bondad de avisarme pues si algo falta me apresuraré a compensarlo en dinero.

—¡Esto es mucho más de lo que yo había podido esperar, alteza! — exclamó Blake saliendo por una vez, de su habitual indiferencia.

El rajá hizo un ademán y agregó:

—No dejaré de hacer nada de cuanto pueda aminorar las consecuencias que los crímenes de un impostor pueden arrojar sobre el nombre de nuestro inocente pueblo, — dijo. — Y ahora ¿quieren tener ustedes la bondad de prepararse para venir al palacio? El Residente Británico llegará a mediodía. Ustedes pueden emprender el regreso mañana temprano. Les daré elefantes y una escolta.

Así, cuando llegó el representante de Su

Majestad Británica se encontró con que en el palacio habíanse producido grandes cambios, durante su ausencia. Después de la comida de mediodía, a la que asistió el residente, él, el rajá y Blake celebraron una larga conferencia, en la que se decidió que todo lo pasado quedaría en secreto, aun cuando el residente enviaría a su gobierno una nota confidencial explicándolo todo.

Al mundo solamente se le comunicó que el rajá de Baghpore había muerto repentinamente y que le había sucedido su tio el rajá heredero. Y así quedó todo terminado.

Blake y sus compañeros partieron para las montañas la mañana siguiente, de regreso a Palur. Al llegar a esta localidad Blake envió un telegrama, para que fuera retrasmitido de Bombay, avisando a la señora de Black, que estaba en Londres, que su hija se hallaba en seguridad.

Cuando llegaron a Bombay, Paul Dinsdale y Eleanor Black se casaron. Tinker actuó de "best man" y Blake hizo entrega de la novia.

Fué un grupo muy alegre el que se embarcó en el vapor "Mandera" para Inglaterra. Un miembro del grupo divirtió mucho a los pasajeros fué el monito amarillo cuyo cariño hacia Blake había sido la salvación del detective. Porque al examinar el lecho, el detective notó, en la almohada, cerca de donde él tuvo apoyada la cabeza, señales de las patitas del animalito y entonces comprendió cuán cerca había estado de la muerte.

Cuando llegó a Londres la primera preocupación de Blake fué convenir una entrevista con sir Henry Powell, el eminente médico. Le explicó todo lo relacionado con el extraño veneno que había producido la ruina mental de las que habían sido atacados por la "Garra del Plata". El médico se ocupó del asunto en seguida y dos días después avisó a Blake que estaba dispuesto a tratar a los enfermos. Y con grandísima alegría de parte de los que tanto habían padecido, el antídoto fué un completo éxito en todo sentido.

Fin de "El Rajá Blanco"

Las Recetas de "Pucky" Cosas que es conveniente recordar

Preparación de agua oxigenada

Este procedimiento consiste en introducir poco a poco bióxido de bario en una solución acuosa de ácido carbónico, dirigiéndole una corriente de CO_2, de manera que este último figure siempre en exceso. Ha observado el autor que si figura el ácido en exceso se forma un cuerpo nuevo: el pecarbonato de bario. Si se hace obrar el ácido carbónico sobre este compuesto, descompónese en agua oxigenada y bicarbonato de bario soluble.

* * *

Baño ignífugo para tejidos

Sulfato amoníaco. . .	80	gramos
Carbonato amoníaco. .	25	,,
Acido bórico.	30	,,
Bórax.	30	,,
Gelatina.	4	,,
Agua.	10	litros

✣ ✣ ✣

Elixir dentífrico al alcanfor y a la mirra

Alcanfor 80 grados.	500	gramos
Alcanfor pulverizado.	60	,,
Mirra pulverizada. .	175	,,
Corteza de quina pulverizada.	60	,,
Agua destilada. . . .	120	,,

Se diluye en el agua el alcohol, y en el seno del líquido se dejan macerar, durante una semana, las sustancias pulverizadas. Fil-

Pulimento de los objetos de marfil

Se pulimentan los objetos de marfil con piedra pómez muy fina y después con blanco de España, empleando un paño limpio impregnado de agua de jabón o sebo. El último pulimento se hace siempre con blanco de España en seco.

✣ ✣ ✣

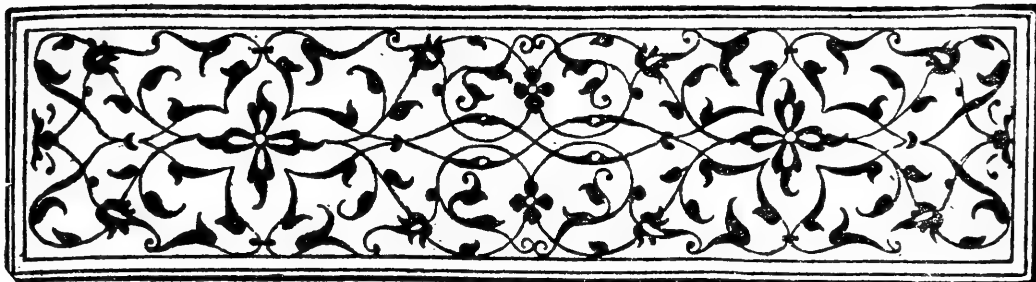
Celuloidina

Se prepara una solución de nitrocelulosa en una mezcla de alcohol y de éter; se diluye en ella una cantidad de celulosa o aserrín fino de madera, proporcionada al grado de elasticidad que se desee obtener. Se prepara una pasta con cuidado, se extiende en capas delgadísimas y después de seca se reduce a trozos delgadísimos. La celuloidina así preparada puede destinarse a muchos usos.

✣ ✣ ✣

Arcilla para modelar

Para preparar esta arcilla y evitar que se seque basta empastar la arcilla común húmeda con la mitad o un cuarto de su peso en glicerina. Al cabo de unos días el agua se habrá evaporado y la tierra no contendrá más que la glicerina, que no se evapora, conservándose la pasta plástica aun cuando se deje al descubierto. Con la práctica se determina la proporción de glicerina, que depende de la calidad de la arcilla y del grado de plasticidad que se desee, según el uso a que la pasta se destina



LAS MIL Y UNA NOCHES DE LA HISTORIA

La Noche de la Mascarada

por RAFAEL SABATINI

(Traducción especial para "PUCKY")

En este artículo de la tan interesante serie que publica periódicamente "Pucky", el señor Rafael Sabatini se ocupa de la noche del baile de máscaras en que fué asesinado el rey Gustavo II de Suecia.

EL barón Bjelke saltó de su carroza antes de que se detuviera y sin esperar que el lacayo desplegara el estribo. Con una prisa impropia de una persona de su situación e importancia, penetró en el gran vestíbulo del palacio y con voz temblorosa dirigió esta pregunta al primer lacayo que encontró al paso:

—¿Ha partido ya su majestad?

—Aun no, señor.

La respuesta calmó su apresuramiento, pero no su agitación. Se quitó el pesado abrigo de piel de lobo en que iba envuelto y dejándolo en manos del sirviente, se dirigió rápidamente por la gran escalera arriba. El barón tenía bella y elegante figura, era joven y vestía con singular desenvoltura el traje de etiqueta.

Mientras cruzaba la serie de antecámaras en dirección a las habitaciones particulares del rey, todos los presentes notaron la palidez de su afeitado rostro, a pesar de la tranquilidad que quería aparentar y sus ojos de mirada febril, no repararon en nadie. Los cortesanos no podían pensar que el barón Bjelke, secretario favorito del rey, tenía en sus manos la vida de su regio señor, o su equivalente en la forma del secreto de un complot tramado para asesinarlo.

Desde varios puntos de vista, Bjelke no era mucho mejor que los otros libertinos cortesanos del libertino Gustavo de Suecia. Pero tenía sobre los demás la ventaja de que su intelecto era superior al de los demás. Había conocido los primeros síntomas de la aproximación de aquella tormenta que el mismo rey había provocado tan imprudentemente. Lo adivinó en parte a causa de su intuición, ya que en aquellos días en que Francia se hallaba envuelta en las consecuencias dolorosas de una terrible revolución contra la tiranía monárquica y aristocrática, no le convenía a ningún soberano, abusar de su poder. Nuevas ideas de socialismo flotaban en el ambiente. Se extendían por Europa y no era tan solo en Francia donde los hombres se daban cuenta de que era un infame anacronismo el hecho de que la gran masa del pueblo tuviera que trabajar, sudar y sufrir en provecho de una insolente minoría.

Ya se habían producido desórdenes entre los campesinos de Suecia y Bjelke había comprometido su situación como favorito del rey porque se había permitido advertir del peligro a su señor. Gustavo III, deseaba que los que le rodeaban le divirtieran y no que le diesen consejos. No fué posible convencerle de las responsabilidades que impone el oficio de rey. Se creía dotado de gran talento. Tal vez lo tuviera, pero se ha dicho lo mismo de tantos monarcas que hay que dudar de la afirmación cuando se carece de pruebas. Si poseía esas dotes, sabía ocultarlas admirablemente bajo una naturaleza que era frívolamente alegre, disoluta y extravagante.

Su extravagancia lo conducía a monstruosidades, y sólo un loco podía derrochar las enormes sumas de dinero que tan cruelmente obtenía de sus dóciles súbditos. De la extorsión había llegado, a causa de su desesperada necesidad de dinero, a verdaderas acciones punibles. De una plumada redujo el valor del papel moneda en una tercera parte,— reducción tan violenta y repentina, que empobreció a muchos y a otros los llevó a una completa ruina, — y de ese modo satisfizo sus apetitos de magnificencia y enriqueció a sus rapaces favoritos, que participaban de su prodigalidad.

La intranquilidad se extendió por el reino. No se trataba ya del resentimiento de una cantidad mayor o menor de campesinos, cuyos primeros conatos de revolución fueron fácilmente dominados. La pequeña nobleza de Suecia se sintió enojada por una medida,—que llegó después de muchas otras semejantes, — y que pesó principalmente sobre ella; y de esa ira, animada por un hombre, —Juan Jacobo Ankarstrom, — que se había convertido en el espíritu vengador de la injusticia regia, surgió secretamente la conspiración contra la vida del rey, que Bjelke había descubierto.

La había descubierto por el peligroso medio de mezclarse con los conspiradores. Había ganado su confianza y ellos reconocieron que su colaboración era inapreciable por la situación que ocupaba junto al rey. Y con su sutil talento y corriendo considerable peligro, Bjelke había descubierto el secreto. Esperó hasta entonces, hasta el momento en que el golpe iba a ser descargado, para hacer la declaración que debía, no solamente salvar a Gustavo, sino facilitarle los medios de tender la red en que todos los conspiradores habrían de caer. Confiaba en que cuando Gustavo comprendiese cuán cerca había estado del peligro de morir y la realidad de los peligros que le habían envuelto; tendría el talento de seguir por otro camino en el futuro.

Había llegado a la puerta de la última antecámara, cuando sintió que una mano se posaba sobre su brazo. Junto a él había un paje, — descendiente de una de las más nobles familias de Suecia, e hijo de uno de los más íntimos amigos de Bjelke, — un muchacho de rubios cabellos a quien el secretario permitía cierta familiaridad.

—¿Vais a ver al rey, barón? — preguntó el joven.

—Sí, Carlos. ¿Por qué?

—Porque tengo una carta para su majestad, una carta perfumada como una rosa que un lacayo me acaba de entregar. ¿Queréis entregársela?

—¡Dámela, desvergonzado! — exclamó Bjelke, mientras una fugaz sonrisa animaba por un instante su pálido rostro.

Tomó la carta y pasó a la última antecámara, en la que sólo había un chambelán Este saludó respetuosamente al barón.

—¿Su majestad? — preguntó Bjelke.

—Está vistiéndose. ¿Debo anunciaros?

—Os lo ruego.

El chambelán desapareció y Bjelke se quedó solo. Mientras esperaba permaneció abstraído golpeando con los dedos la carta perfumada que había recibido de manos del malicioso paje. Mientras la daba vuelta entre los dedos le asaltó una sospecha y detuvo el movimiento. Sus ojos dejaron de mirar vagamente y concentrando su atención, se frunció su entrecejo. Su respiración, interrumpida un instante, reanudóse con un suspiro. Fué hasta una mesa en la que una docena de bujías ardían en un gran candelabro de plata maciza y colocó la carta de manera que la luz diese de lleno sobre la escritura.

Después se pasó la mano por los ojos y observó otra vez, mientras dos pequeñas manchas rojas aparecieron en sus pálidas mejillas. Bruscamente, dejando de lado todo escrúpulo, sus dedos temblorosos rompieron el blanco sello y abrieron la carta dirigida a su regio señor. Estaba abstraído en su lectura cuando el chambelán regresó con el anuncio de que el rey tendría el placer de recibir inmediatamente a su secretario. Al parecer no oyó el aviso. Su atención estaba toda concentrada en la carta; sus labios se desplegaron con una singular sonrisa y gotas gruesas de sudor bañaron sus sienes.

—Su majestad... — comenzó a repetir nuevamente el chambelán, cuando se interrumpió para preguntar alarmado. — ¿Se siente enfermo vuestra excelencia?

—¿Enfermo?

Bjelke reaccionó en seguida. Estrujó la carta entre las manos y luego se la guardó en el bolsillo. Procuró sonreir para tranquilizar al admirado chambelán, y sólo consiguió hacer una triste mueca.

—No debo hacer esperar a su majestad,—dijo con voz ronca, y se alejó dejando en la mente del chambelán la sospecha de que el secretario de su majestad no era muy sobrio en cuestión de bebida.

Pero Bjelke no tardó en dominar su emoción y recobró su actitud imperturbable cuando llegó al cuarto de vestir de su majestad. Llegó hasta dominar la agitación que sentía cuando llegó al palacio.

Gustavo, un esbelto, arrogante hombre de buena estatura, estaba de pie ante un espejo de cuerpo entero cuando entró Bjelke. Francois, el inapreciable ayuda de cámara que el rey había traído al regresar de su visita de placer al revolucionario París, cinco años atrás, estaba a espaldas de su señor para observar el efecto de un dominó que acababa de ponerle sobre los regios hombros. El barón Armfelt, — a quien los conspiradores acusaban de ser el iniciador de todas las más siniestras infamias del rey, — vestido de pies a cabeza de brillante traje de raso blanco, se encontraba en un diván echado con toda la familiaridad que era permitda a los más familares cortesanos, por su real compañero de calaveradas.

Gustavo miró por encima del hombro cuando entró el barón.

—¡Cómo, Bjelke! — exclamó. — ¡Yo creía que habiais salido al campo!

—No comprendo, — respondió Bjelke, — que razón puede haberos hecho suponer semejante cosa. — Y seguramente hubiera sonreído al notar cómo sus palabras parecieron turbar a Gustavo.

El rey se rió, sin embargo, afectando indiferencia.

—Lo supuse al notar vuestra ausencia de la corte en semejante noche. ¿Qué os detuvo? — Pero sin esperar una contestación, le dirigió una nueva pregunta: — ¿Qué me decís de mi dominó, Bjelke?

Era de raso negro bordado, adornado con lenguas de fuego de sedas de un tono escarlata y oro, en forma tan hábil, que al ser iluminadas por las luces, parecían agitarse como verdaderas llamas.

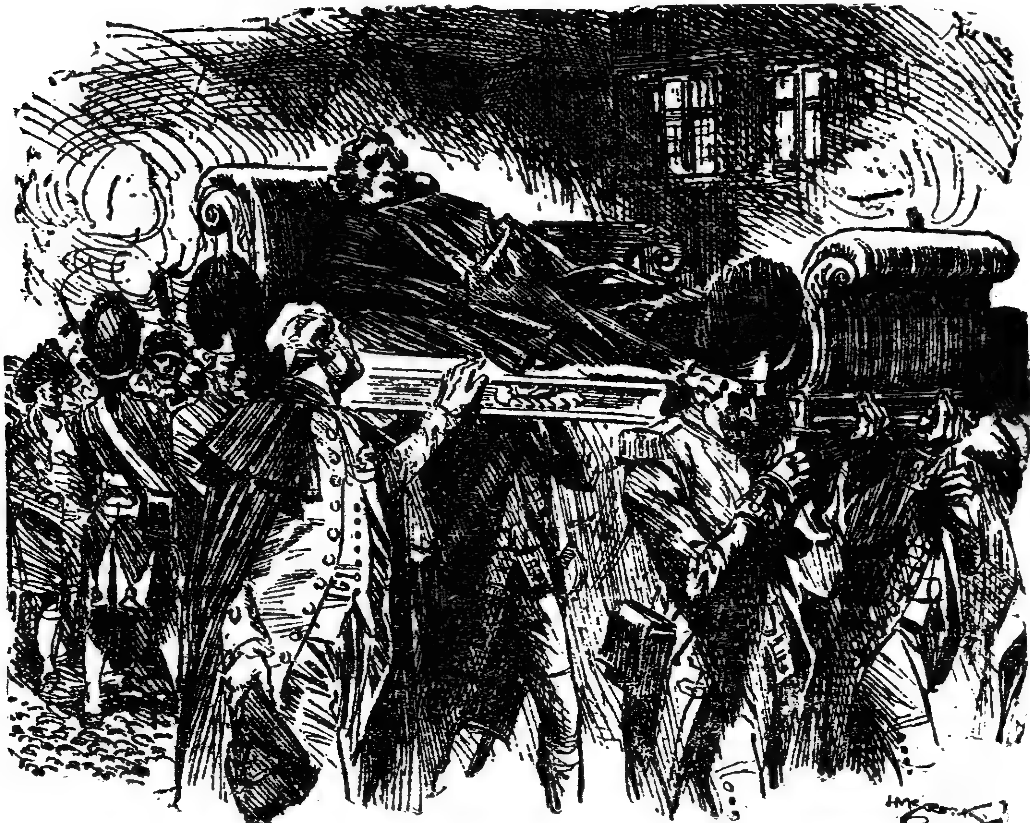
—Su majestad alcanzará un gran éxito,— dijo Bjelke, y para sí disfrutaba plenamente de la ironía de la situación. Porque constituía un caso curioso el hecho de que el barón hubiera decidido no dar la noticia que le había hecho acudir tan rápidamente al palacio.

—¡Creo que lo merezco! — fué la rápida respuesta que obtuvo del monarca, quien volviéndose hacia el espejo se arregló el disfraz. —Este dominó tiene algo de genial. Es creación de Francois, que dibujó las llamas con habilidad grandísima, siguiendo, por cierto mis indicaciones.

En eso Gustavo denotaba su verdadero carácter. Como maestro de francachelas, o como empresario de teatro, su imaginación hubiera obtenido un completo éxito en la vida La lástima era que un accidente de nacimiento le hubiera euvuelto en la púrpura real Como otros muchos príncipes, que habían tenido violento fin, había nacido en un ambiente cambiado.

—Yo me inspiré, — prosiguió, — en un sanbenito que vi en un cuadro de Goya.

—¡Horrenda vestimenta! — exclamó Bjelke sonriendo. — Es el traje que lleva el reo cuando camina hacia la hoguera.



El rey Gustavo dispuso que le condujesen a su palacio en el sofá en que lo habían colocado. Así, pues, le llevaron los granaderos. en hombros, alumbrados por antorchas, recorriendo las calles llenas de gente. ("La Noche de la M scarada").

Armfelt protestó con gestos cómicos de horror, pero Gustavo rió cínicamente.

—¡Oh! Declaro que podía ser muy oportuno. Confieso que no pensé en ello.

Sus dedos tomaron una caja de pomada y al hacerlo cambiaron de lugar un estuche de marroquí rojo. Algo cuadrilongo envuelto en papel cayó al suelo y llamó la atención del rey.

—¿Qué es eso?

Lo levantó y vió que era una carta que llevaba esta inscripción:

"Para su majestad el rey
Secreto e importante."

—¿Qué quiere decir esto, Francois?—preguntó bruscamente el monarca.

El sirviente se adelantó, mientras que Armfelt se levantaba del diván y Bjelke intrigado por el repentino cambio del tono de voz del rey, así como de su actitud, se acercó a su señor.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí esta carta?

El rostro del ayuda de cámara denotaba asombro. Debía haber sido colocada allí cuando él se ausentó, hacía una hora, después de haber hecho los preparativos para la toilette del rey. Estaba seguro de que entonces no se encontraba allí, pues de otro modo él la hubiese visto.

Con impacientes dedos, Gustavo hizo saltar el sello y abrió la carta. La leyó atentamente con el ceño fruncido. Luego con un ademán de desprecio, entregó el papel a su secretario.

Una sola mirada permitió a Bjelke reconocer la caligrafía del coronel Lillehorn, uno de los conspiradores, al que le había faltado valor en el último momento. El secretario leyó:

" Sire: Dignaos escuchar la advertencia " de uno que no estando a vuestro servicio, " ni solicitando vuestros favores, no elogia " vuestros crímenes, pero sin embargo, de- " sea advertiros del peligro que corréis. Se " ha tramado un complot para asesinaros, " complot que ya hubiera dado su resulta- " do si no hubieséis pospuesto el baile de la " Opera la semana pasada.

" Lo que no se hizo entonces, se hará es- " ta noche si ofrecéis la oportunidad para " ello. No salgáis de vuestro palacio y evitad " los bailes y diversiones públicas durante el " resto del año, de ese modo el fanatismo " que amenaza a vuestra vida, se evapo- " rará."

—¿Conocéis la letra? — preguntó Gustavo Bjelke se encogió de hombros.

—Sin duda ha sido desfigurada, — contestó evasivamente.

—¡Pero debéis hacer caso del aviso, señor! — exclamó Armfelt, que había leído por encima del hombro del secretario, y cuyo rostro había palidecido mientras iba leyendo.

Gustavo lanzó una ruidosa y despreciativa carcajada.

—¡Por mi fe, que si yo hiciera caso de todos los agoreros, no tendría ni un solo momento de diversión en mi vida!

Sin embargo estaba disgustado y el color había huído de sus mejillas. El tono poco respetuoso de la comunicación anónima le había impresionado más que lo que en ella decía. Permaneció un momento con una de las cintas de sus cabellos en la mano, pensativo, con los labios entreabiertos. Después haciendo un ademán brusco, lanzó una exclamación de desprecio y alargó la cinta a su ayuda de cámara.

—Arregladme el cabello, Francois, — dijo. — Partiremos en seguida.

—¿Vais a salir?

La frase fué pronunciada con horror por Armfelt, cuyo rostro estaba tan blanco como el traje que tenía puesto.

—¿Y qué ¿Voy a dejarme intimidar, y he de renunciar a mis placeres? — Pero su ánimo parecía no estar muy de acuerdo con sus palabras, pues la pregunta que dirigió en seguida, lo daba a entender así. — A propósito, Bjelke, ¿por qué razón disteis contraorden y supendisteis el baile la semana pasada?

—Los concejales de Geffe solicitaban la inmediata atención de vuestra majestad, — respondió Bjelke.

—Así me lo dijisteis entonces. Pero los asuntos no eran de tanta urgencia al parecer. ¿No había otra causa? ¿Alguna sospecha?

Sus ojos azules fijaron su penetrante mirada en el rostro pálido, e inmóvil como el de una máscara, de su secretario.

Aquella grave expresión se trocó en una sonrisa.

—No sospechaba entonces más de lo que pueda sospechar ahora, — fué su respuesta. — Todo lo que pienso en esta ocasión es que algún enemigo trata de asesinar a vuestra majestad.

—¿Asesinarme? — exclamó impetuosamente Gustavo. — ¿Soy un hombre que puede ser asesinado?

—Considerad, Sire, y vos, Bjelke, — balbuceó Armfelt, — que eso puede ser un aviso amistoso. Yo, con toda humildad, señor, os aconsejaría que, a fin de no correr riesgos, suspendierais el baile y la mascarada.

—¡Eso es! ¡Y dar ocasión para que el insolente autor de la carta pueda vanagloriarse de haber asustado al rey! — dijo Bjelke en son de burla.

—¡Teneis razón, barón. Esa carta fué escrita con el propósito de hacerme objeto de la burla de la corte.

—¿Y si no fuera así, Sire? — insistió el desconsolado Armfelt, que continuó sus argumentaciones para poner a los otros dos en guardia, recordando al monarca quienes eran sus enemigos, que podían poner en práctica las amenazas del anónimo. Gustavo le escuchó impresionado.

—Si prestara atención a todas las advertencias me haría fraile en seguida. Y, sin embargo... — Se quedó callado, apoyada la barba en una mano y permaneció de pie, pensativo, como vacilando, con la cabeza inclinada hacia adelante y su erguida y arrogante figura inmóvil.

Así continuó mientras Bjelke, que, entonces deseaba que se produjese l que antes quería evitar y por evitarlo había ido al palacio con tanta precipitación, comenzó a hablar a fin de contrarrestar el efecto de las palabras de Armfelt.

—Sire, — dijo. — Podeis evitar a la vez la burla y el peligro y asistir a la enmascarada. Si existe un complot los asesinos deben saber con qué disfraz vais a ir. Dadme el dominó de las llamas y tomad para vos uno negro y sencillo.

Armfelt se quedó admirado ante la audaz propuesta, pero Gustavo pareció no haberla oído. Continuó en la misma actitud, abstraído y con la mirada vaga. Como para demostrar la marcha de sus pensamientos, pronunció una sola palabra — un nombre— en tono interrogativo, en voz tan baja que semejaba un susurro.

—¿Ankarstrom?

Como más tarde hemos de pensar en Ankarstrom y hacer manifestaciones a su res-

pecto, lógico es que en esta ocasión procuremos seguir sus pensamientos, que siguieron la orientación aconsejada por su conciencia. El rey Gustavo tenía razón para temer más que a todos los suecos a Juan Jacobo Ankarstrom, pues aun cuando había procedido vilmente con muchos nobles, con ninguno se había mostrado tan infame como con aquel altivo y pundonoroso noble.

Odiaba a Ankarstrom, tal como se llega a odiar a aquellos a quienes más daño se ha hecho, le odiaba porque sabía que Ankarstrom le despreciaba con un frío y altivo desprecio que no perdía ocasión de ostentarse en todas partes.

Ese odio databa de más de veinte años. Tuvo su origen en la época en que Gustavo era un joven vicioso, y Ankarstrom era un muchacho. Tenían casi la misma edad. Gustavo había hecho a su joven compañero un infame insulto al que el otro le respondió con un golpe. Sus pocos años y el hecho de haber sido provocado, salvaron a Ankarstrom de las terribles consecuencias de haberle pegado a un príncipe real. Pero no lo pusieron a salvo del vengativo espíritu de Gustavo. Mantuvo latente su sed de venganza y esperó pacientemente la oportunidad de arruinar al hombre que le había pegado.

Esa oportunidad se había presentado hacía cuatro años, — en 1788, — durante la guerra con Rusia. Ankarstrom mandaba las fuerzas que defendían la isla de Gothland. Esas fuerzas eran inadecuadas para la misión que tenían que cumplir, pues la isla no estaba en buen estado de defensa pues carecía de fortificaciones. Persistir en la defensa, pudiera haber sido heróico, pero hübiera resultado un sacrificio estéril porque no sólo hubiera traído aparejada la destrucción total de la guarnición, sino que además hubiera expuesto a los habitantes y las consecuencias de un pillaje y saqueo.

En tales circunstancias Ankarstrom creyó que su deber era rendirse ante la superioridad de las fuerzas de Rusia, asegurando la inmunidad para los habitantes y las propiedades. En esa actitud, vió el monarca la oportunidad de dar rienda suelta a su odio. Ordenó que Ankarstrom fuera reducido a prisión y acusado del delito de alta traición, agregando que el jefe había aconsejado a los habitantes de Gothland que no tomaran las armas contra los rusos. Los emisarios del rey encontraron testigos que declararon, falseando la verdad, en contra de Ankarstrom y el resultado fué que éste se viera condenado a veinte años de reclusión en una fortaleza. La sentencia no fué cumplida. Gustavo había ido demasiado lejos y se dió en seguida cuenta de ello. Los sentimientos contra él, acallados hasta entonces, se manifestaron ante semejante acto de injusticia, y para reparar su error, Gustavo se apresuró a declarar a Ankarstrom, inocente de aquello de que se le acusaba, pero sin reconocer que eran falsas las acusaciones.

Cuando el noble sueco compareció ante el tribunal para recibir su perdón, utilizó el mismo perdón como arma contra el monarca a quien despreciaba.

—Mis injustos jueces, — exclamó con entonación cuyos ecos llegaron hasta los confines de Suecia, — jamás han dudado, en el fondo de sus conciencias, de que yo no era culpable de los cargos de que se me acusaba, y que habían sido basados en falsos testimonios. La sentencia pronunciada contra mí, fué injusta. El perdón que me dan, me correspondía. Sin embargo preferiría morir víctima de la enemistad del rey que vivir deshonrado por su clemencia.

Gustavo apretó, rabioso, los dientes, al saber esto, y aumentó su encono al informarse de la calurosa recepción que se le preparaba a Ankarstrom al ser libertado. Se convenció de su gran error pues, al tratar de perjudicar a Ankarstrom, sólo se había hecho mal a sí mismo. No había logrado apagar los ánimos enconados contra él, mediante el perdón que había otorgado. El incendio de la revolución fué apagado, pero era evidente que la hoguera ardía aún secretamente, extendiéndose la idea cada vez más, tanto entre los nobles como entre los plebeyos.

No era de extrañarse entonces que en aquel momento, y con aquel aviso, el nombre de Ankarstrom acudiese a sus labios. El nombre de Ankarstrom, el temor de Ankarstrom estaban siempre presentes en su memoria. Era más que suficiente para tener en cuenta la advertencia. Desfallecido, se dejó caer en un sillón.

—No iré, — dijo, y Bjelke advirtió que la palidez de su rostro era extremada y un fuerte temblor agitaba sus manos.

Pero cuando el secretario repitió la propuesta que anteriormente había pasado inadvertida, Gustavo la acogió con repentina avidez sin cuidarse del peligro que podía correr Bjelke. Se levantó de un salto aplaudiendo la idea. Si existía el complot todos los conspiradores serían atrapados; si no existía, la tentativa de asustarle fracasaría, de modo que el rey se veía, a la vez, a salvo de la burla de sus enemigos y del puñal de los traidores. Armfelt no reanudó su argumentación en el sentido de disuadirlo de su propósito de asistir a la mascarada. En las condiciones propuestas por Bjelke, sería éste el que corriera el riesgo, lo que no importaba gran cosa a Armfelt, que no tenía motivo ninguno para amar a Bjelke, en el que veía un formidable rival, y seguramente no le haría llorar lo que pasara si el puñal destinado al soberano hería a Bjelke.

Por lo tanto, Bjelke se puso el dominó copiado del traje de los condenados a la hoguera por la Inquisición de España y partió para la Opera, dejando que Gustavo le siguiera. A pesar de esa medida de precaución, cuando el enmascarado monarca penetró en el repleto teatro, del brazo del conde de Essen, comprendió la certeza del aviso y lamentó no haber seguido su indicación, permaneciendo ausente. Uno de los primeros rostros que distinguió, uno de los pocos semblantes descubiertos, desprovistos de máscara, que había en el salón brillantemente iluminado, fué el de Ankarstrom, y Ankarstrom parecía estar observando la puerta de entrada.

Gustavo menguó la rapidez de su marcha. Un temor lo asaltó y justificó su miedo. El ver aquella figura, altiva, cuyo rostro manifestaba decisión, al fijarse en el honrado noble a quien tanto mal había hecho, se dió cuenta de que su actitud era más significativa de lo que, al pronto le había parecido. Desde su infame proceso Ankarstrom había aprovechado cuanta ocasión se le presentó para poner de manifiesto el desprecio que sentía por su soberano. Cada vez que asistía a una reunión se retiraba en cuanto entraba el rey. No asistió jamás a ningún acto al que, por anuncio previo, se sabía que había de asistir Gustavo. ¿Cómo, entonces, se hallaba en aquel baile que se celebraba por orden del rey si no era con el propósito que motivaba la advertencia de la carta?

El primer impulso del rey fué retirarse inmediatamente. Le dominó un curioso e inexplicable temor, extraño en él, que a pesar de todos sus defectos nunca había demostrado falta de entereza. Mientras titubeaba, un dominó adornado con llamaradas, rodeado de alegres concurrentes de ambos sexos, pasó junto a él. Pensó entonces que si Ankarstrom tenía malas intenciones contra él, dedicaría su atención a aquella figura, a la que la gente cedía el paso respetuosamente creyendo que se trataba del rey. Sin embargo, Gustavo se convenció de que Ankarstrom continuaba observándole de modo tal, que el rey pudo creer que su máscara era, para el otro, tan transparente como el cristal.

Luego, casi repentinamente, cuando estaba a punto de retirarse, llegó otra oleada de concurrentes y en un abrir y cerrar de ojos Gustavo y el conde de Essen se vieron rodeados. Otro instante y un nuevo movimiento lo separó de su gran caballerizo. Se vió el soberano, solo en medio de un montón de alegres concurrentes que le obligaron a marchar, siguiendo la caravana. Por un instante procuró resistirse. Pero lo mismo hubiera sido pretender contrarrestar la fuerza de un torrente. Su fuerza era impetuosa. Se sintió levantado y para salvarse se vió en la necesidad de ceder al ímpetu. De ese modo fué llevado a través del salón, sin voluntad, indefenso, como el nadador arrastrado por una corriente de agua, y con el constante temor que le oprimía el corazón.

Sintió deseos de arrancarse la máscara, darse a conocer y hacer que lo respetasen como era debido. Pero aquello hubiera equivalido a exponerse al verdadero peligro, de cuya existencia estaba ahora convencido. Su única esperanza era permanecer ignorado hasta que se presentase una oportunidad para huir de aquella enlocada multitud.

El escenario había sido unido con el piso de la platea del teatro por una ancha escalinata de madera. Tuvo que subir por ella, llevado por la ola humana. Pero en el escenario encontró un refugio contra los empujones, entre bastidores. Respirando jadeante marchó hacia allí esperando el paso de la ola para partir. Se detuvo también la gente que lo había conducido hasta allí, contra lo que él esperaba, y en el mismo instante alguien lo tocó en un hombro. Volvió la cabeza y se vió frente a Ankarstrom, que estaba junto a él. Sintió en seguida algo así, como una dolorosa quemadura en uno de los costados, y se notó aturdido y desfalleciente. El ruido de las voces llegó hasta él, com apagado; las luces comenzaron a confundirse unas con otras hasta formar un globo luminoso que se ensanchaba y se contraía; luego, todo desapareció.

La detonación del disparo de la pistola se había perdido entre el bullicio general, para todos, menos para los que estaban muy cerca. Pero esos se vieron instantáneamente rechazados por un pequeño grupo de enmascarados que se reunieron junto a la figura que estaba en el suelo del escenario, desangrándose.

Se elevaron algunas voces gritando: "¡Fuego! ¡Fuego!" Los conspiradores procedieron así para crear el alboroto y la confusión que debían facilitarles la fuga; mezclándose entre la concurrencia. Esa confusión, no obstante, fué muy breve. La dominó, casi instantáneamente el conde de Essen, que corrió hacia la escalera que conducía al escenario, con el presentimiento de lo que había ocurrido. Se inclinó para arrancar la máscara que cubría el rostro del herido y cuando vió el aspecto demacrado del semblante del rey, palideció casi tanto como éste.

—¡Se ha cometido un asesinato! — gritó. — ¡Que cierren y vigilen todas las puertas y que nadie salga del teatro! — Instantáneamente fué cumplida la orden por los oficiales de la guardia.

Todos los que formaban el séquito del rey acudieron, levantaron el cuerpo de Gustavo y ayudaron a llevarlo hasta un sofá. Allí recobró los sentidos, mientras un médico le examinaba la herida. Tan pronto como se cercioró de su estado, Gustavo se tranquilizó tanto que dominó la situación. Dictó órdenes para que las puertas de la ciudad fueren cerradas para todo el mundo, y dirigiéndose al ministro de Prusia que se hallaba a su lado le pidió disculpa por aquella inconveniente pero necesaria disposición.

—Las puertas permanecerán cerradas tres días, señor, — anunció. — Durante ese tiempo no podréis comunicaros con vuestra Corte. Pero cuando ese tiempo haya pasado podreis hacerlo con conocimiento de causa pues ya se sabrá, si he de sobrevivir o no a mi herida.

Su próxima disposición, dictada con una voz entrecortada por el sufrimiento, fué para su chambelan Benzelstjerna, ordenando que todos los presentes se descubriesen el rostro y firmasen en un libro antes de retirarse. Hecho esto, dispuso que le condujesen a su palacio en el mismo sofá en que lo habían colocado, pues así se evitaría el sufrimiento que había de causarle todo movimiento más del necesario.

Así pues, sus granaderos lo condujeron en hombros, alumbrados con antorchas, por las calles, que estaban llenas de gente, porque

ya habíase esparcido la noticia de que el rey estaba muerto y las tropas habían recibido orden de prepararse para mantener el orden. Junto al rey marchaba Armfelt con su brillante traje de raso, llorando a la vez por él y por el rey, pues comprendía que era uno de los que habían de caer con Gustavo. Y sabiendo esto, su corazón se henchía de ira contra los hombres que habían causado semejante estrago, una ira que le hacía cerrar los puños en forma inacostumbrada.

Por último el monarca estuvo de nuevo en sus habitaciones esperando a los médicos que debían pronunciarse acerca de la suerte que lo esperaba, y Armfelt en compañía de otros varios, daba vueltas en su mente a la terrible sospecha que había concebido.

Llegó el duque Carlos, hermano del rey y Benzelstjerna con la lista de los que habían concurrido al baile.

—Decidme, — preguntó antes de que le fuese leída la lista. — ¿Está entre esos el nombre de Ankarstrom?

—Fué el último en firmar, Sire, — respondió el chambelán.

El rey sonrió tristemente.

—Decid a Lillesparre que lo haga detener y que le interrogue.

Armfelt se adelantó furioso.

—¡Hay otro que también debe ser arrestado! — exclamó con ira. Y agregó: ¡Bjelke!

—¿Bjelke?

El rey, repitió el nombre casi disgustado por la acusación.

Armfelt lanzó, como un torrente sus palabras.

—El fué quien persuadió a vuestra majestad de que fuese, contra su propio criterio y al fin os indujo a decir que sí y a aceptar que él vistiese vuestro dominó. Si los asesinos esperaban al rey, ¿cómo han dejado pasar al que llevaba su dominó y han descubierto vuestro propio disfráz entre docenas de otros semejantes? Unicamente por que él los había informado del cambio. Pero ¿quién?— ¿Quién lo sabía?

—¡Dios mio! — gimió el infortunado rey que había defraudado la confianza de tantos y ahora sufría las consecuencias de que su alguien defraudara la confianza que él había puesto en él.

El barón Bjelke, fué arrestado una hora después en el mismo momento en que entraba en su domicilio. Los hombres de la policía de Lillesparre lo habían precedido y esperaron allí su regreso. El se encontraba tranquilo, cuando repentinamente surgieron frente a él, le sujetaron y le dieron orden de prisió.

—Supongo, — dijo, — lo que habrá ocurrido. Permitidme despedirme de mi esposa, la baonesa y en seguida estaré a vuestras ordenes.

—Mis órdenes, barón, son explícitas — fué la respuesta del oficial encargado de detenerle. — No puedo perderos de vista un solo momento.

—¿Cómo? ¿Se me niega una cosa de tan poca importancia? — exclamó Bjelke con alterada voz.

—¡Así son las órdenes que tengo, barón!

Bjelke suplicó aún, pero el oficial tenía muy severa consigna. El era tan solo la máquina ejecutora. El barón levantó las manos en ademán de muda protesta hacia el cielo, luego las dejó caer pesadamente.

—Muy bien, — dijo. Y se dejó conducir hasta su carruaje y marchar en el acompañado de sus captores, hasta donde Lillesparre le estaba esperando.

Encontró a Armfelt en la oficina del jefe de policía, hablando con Ankarstrom, que también había sido arrestado. El favorito comenzó a hablar cuando Bjelke entró.

—Vos estábais al tanto de que se preparaba esa infamia, Bjelke, — exclamó. — ¡Si el rey no llega a sanar!...

—No sanará, — fué la fría exclamación de Ankarstrom. — Mi pistola estaba cargada con clavos herrumbrados. Tenía el firme propósito de librar a mi país de ese perjuro tirano.

Armfelt, contempló al prisionero durante un momento con ojos inyectados de sangre. Después comenzó a lanzar denuestos que no cesaron hasta que Ankarstrom fué retirado por orden de Lillesparre. Cuando hubo desaparecido, el jefe de policía se volvió hacia Bjelke.

—Se me afirma, barón, que sois también de los conspiradores y me cuesta trabajo creer lo que se dice. El barón Armfelt, acaso ha procedido de ese modo a impulsos de la excitación y de su angustia. Pero yo tengo la esperanza de que podreis sinceraros y decir que no habeis tenido participación en esta horrible acción.

Bjelke permaneció tranquilo aunque muy pálido.

—Tengo una explicación que hacer que os satisfará sólo como hombre de honor — respondió sosegadamente, — pero no como jefe de policía. Yo me uní a los conspiradores para conocer cuáles eran sus propósitos. Fué un paso desesperado que dí por cariño y lealtad hacia mi rey, y logré triunfar. Fuí esta noche al palacio del rey con una información que, no solo debía salvar la vida del rey sino destruír toda posibilidad de conspiración para siempre. Al oir a penetrar en sus habitaciones fué puesta en mis manos esta carta dirigida al rey. Ledla, Lillesparre, para que podais convenceros de la clase de amo a quien estais sirviendo y sepais cómo, recompensa Gustavo de Suecia, el cariño y la lealtad. ¡Leedla y decidme lo que hubieran hecho en mi lugar!

Y arrojó la carta sobre la mesa escritorio de Lillesparre.

El jefe de policía la tomó y comenzó a leerla. Se interrumpió para buscar la firma, y luego continuó la lectura, con una expresión de asombro reflejada en su semblante.

Armfelt iba leyendo también por encima de su hombro. Pero Bjelke no prestaba atención a ello. Lo mismo le hubiera importado que todo el mundo leyese aquella prueba de

la infamia real, en forma de una carta amorosa dirigida por la esposa de Bjelke, al rey que lo había deshonrado.

Lillesparre recibió un golpe de muerte. No se atrevió ni a levantar la vista para no encontrarse con la mirada del prisionero. Pero el desvergonzado de Armfelt, exclamó:

—¿Admitís entonces la culpabilidad?

—Sí. Envié al monstruo al baile sabiendo que allí la bendita mano de Ankarstrom le facilitaría el pasaporte de un mundo que manchaba con su presencia. ¡Sí!

—El suplicio os hará declarar el nombre de cada uno de los conspiradores...

—¡El suplicio! — Bjelke sonrió desdeñosamente y se encogió de hombros. — Sus hombres. Lillesparre, han sido muy rapidos y obstinados. No han accedido a dejarme despedir de la baronesa, por eso ha escapado a mi venganza. Pero tengo la certeza de que será mas amarga aún dejándola que viva con el remordimiento. Esa carta puede serle entregada ahora al rey a quien iba dirigida. Esa clase de mensajes iluminarán la tristeza de las horas de vida que le restan.

Su semblante se contrajo con rabia, así por lo menos pensó Armfelt quien le obser vaba. pero en realidad fué a efectos del dolor que le causaba el veneno que corroía sus entrañas. Habia bebido el contenido de un pequeño frasco, momentos antes de comparecer ante Lillesparre, según se descubrió por investigaciones hechas luego, y cayó muerto a sus pies.

Entonces pensaron volver a hacer compareecer a Ankarstrom, para que lo registrasen a fin de impedir que tratase de escapar al castigo del mismo modo. Después de ser registrado sin que fuere descubierto nada Lillesparre ordenó que no le fuese entregado cuchillo, tenedor, peine de metal, ni objeto alguno con el que pudiera atentar contra su vida.

—No tengais temor ninguno de que intente escapar al sacrificio, — aseguró con gesto de arrogancia y con una mirada de fanático celo en sus ojos. Ese es el precio que pago por haber librado a la naturaleza de un monstuo y a mi patria de un falso y perjuro tirano. ¡Y lo pago muy gustoso! — Cuando dejó de hablar sonrió y extrajo de entre la puntilla de oro de su manga una lanceta de cirujano. — Esto me ha sido facilitado para abrirme una vena. Pero las leyes de Dios y de los hombres quieren que yo termine mi vida en un cadalso.

Y siempre sonriendo, colocó la lanceta sobre el escritorio de Lillesparre.

Después de su condena se procedió a su ejecución y durante los tres días siguientes, —del 19 al 21 de Abril, — sufrió todas las horribles, crecientes torturas reservadas para los regicidas. Pero tal vez no sufrió más que su víctima, cuya agonía duró trece días y que pereció miserablemente convencido de que merecía su destino mientras Ankarstrom era sostenido y fortificado por su fanatismo.

El cadalso fué levantado en la Stora Torgfet, frente al Teatro de la Opera de Estocolmo. donde el asesinato había tenido lugar. Después los descuartizados restos de Ankarstrom fueron conducidos a las cárceles públicas del suburbio de Sodermalm para ser expuestos al público. La mano derecha fué clavada debajo de la cabeza. Bajo esta mano, fué encontrada al día siguiente un cartel que tenía escritas estas palabras:

"Bendecid la mano
que ha salvado a la Patria."

LA GRAN NOVELA DE NUESTRA EPOCA

Ala de Vampiro

(BAT - WING)

Novela escrita en inglés por Sax Rohmer

El notable autor de "El Doctor Fu Manchú", "El Doctor Diabólico", "La Garra Amarilla", cuya versión cinematográfica constituyó un notable éxito, "Drogas" ("Dope") y otras producciones notabilísimas.

Pablo Harley, famoso investigador de Londres, y su amigo Knox, han ido a una posesión de campo llamada Cray's Folly, a invitación del coronel Juan Menéndez, que se dice objeto de las persecuciones de una secta de hechiceros negros cuyo símbolo es un ala de vampiro y que causan la muerte de las personas por medios misteriosos. El coronel Menéndez vive en Cray's Folly con su prima, la señora de Stamer, que está paralítica de las piernas. Con la señora de Stamer está la señorita Valentina Beverley, joven de singular belleza. Knox, que es el que relata los sucesos, conoce, estando en la hostería local, a un señor llamado Colin Camber, que vive en una casa a la que llaman Guest House y está muy cerca de Cray's Folly. Una noche, Harley ve, en la cortina de la ventana del saloncito de fumar del coronel la silueta de una mujer. No puede ser ninguna de las que él conoce como residentes en la casa. ¿Quién es aquella mujer? Poco después, en noche de luna llena, el coronel Martínez sale de la casa al jardín caminando como en sueños, — pues se le ve andar rígido como un sonámbulo, — y cuando llega a un punto determinado del jardín se oye un tiro y el coronel cae muerto. Harley y Knox acuden a enterarse; se produce una situación de angustia en la casa. Llega el inspector de policía Aylesbury y comienza sus investigaciones. Interroga a los sirvientes pero no puede hablar con la señora de Stamer, que ha sido hallada desmayada, en el suelo, fuera de su habitación ni con la señorita Valentina Beverley que la está cuidando. El interés de la novela va en aumento cada nuevo capítulo. No deje de leer los que aparecen hoy y tenga en cuenta que si ha leído con atención lo que antecede podrá entenderlo todo, aun cuando no haya leído los anteriores números de "Pucky".



L inspector Aylesbury le parecía, por lo visto, que había empeño por parte de alguien, en entorpecer sus averiguaciones, por eso, cuando yo le dije que Valentina Beverley era la que mejor podía decirle por qué estaba levantada y vestida, cuando sonó el tiro, frunció el ceño disgustado.

—Yo bien quisiera preguntárselo a la señorita Beverley, — dijo Aylesbury, — pero no se a qué atribuir el hecho de que esa joven se niegue a recibirme.

—Ella no se ha negado a verle a usted,— le replicó Pablo Harley con la mayor suavidad. — Probablemente ignora que usted desea verla.

—No lo sé, — gruñó el de policía. — A mi juicio, ponen intencionalmente obstáculos por todas partes. ¿De modo, que usted no puede ilustrarme sobre ese punto?

—No, señor, — repuse secamente, y Pablo Harley hizo un gesto en apoyo de mi contestación.

—No olvide usted, señor, — dijo mi amigo, —que todos los de la casa estaban ya intranquilos.

—¿Es decir, que todos estaban esperando que ocurriera lo que ocurrió?

—Consciente o subconscientemente, todos lo esperaban.

—¿Qué quiere usted decir con eso de conscientemente y subconscientemente?

—Quiero decir que los que conocíamos los anteriores atentados contra el coronel, esperábamos este peligro; y creo que algo de esta aprensión se había comunicado a los sirvientes.

—¡Ah, sí! ¿Dice usted los sirvientes? He hablado con todos, excepto con el cocinero, que como usted ya sabrá vive en una casita de las afueras de Mid-Hatton. ¿Puede usted darme algunos informes sobre ese individuo?

—Le he visto, y le he felicitado por sus talentos culinarios, — contestó Harley;—se llama, según creo, Domínguez. Es español, un poco grueso. Un hombre muy simpático.

—¡Jum! — dijo el inspector, y tosió ruidosamente.

—Si no necesita usted ningún otro dato, —continuó Harley, — celebraría mucho poder dormir unas horas.

—Bien, — dijo el inspector, — es natural; pero probablemente tendré que hacer a usted, más tarde, una porción de preguntas.

—Las que usted quiera, — murmuró Harley. — Vamos, Knox. Hasta luego, señor Aylesbury.

—Hasta luego.

Salió Harley del comedor, atravesando el solitario "hall"; subió lentamente la escalera, y en pos de él llegué hasta su cuarto. Ya era completamente de día, y cuando mi

amigo se dejó caer en la cama, creí que estaría realmente rendido de fatiga.

—Knox, — me dijo, — cierra esa puerta.

La cerré, y volví junto a él para preguntarle:

—¿Has oído esa pregunta acerca de la señorita Beverley?

—La he oído, y estoy deseando saber qué contestará ella cuando se la haga el comisario.

—¡Bah! ¡Eso lo comprende cualquiera! —exclamé. — Anoche se cernía sobre esta casa una nube de temores, que parecía las tinieblas de Egipto; y la pobre muchacha tuvo, de fijo, miedo de acostarse. Probablemente se quedó leyendo.

—¡Jum! — dijo Harley, golpeando la alfombra acompasadamente con los pies.—Naturalmente, tú comprenderás que aquí hay alguien que tiene la clave de todo el misterio

—¿Madame de Stamer?

Mi amigo hizo un ligero gesto afirmativo.

—Cuando sonó el tiro, Knox, ella lo comprendió todo. Recuerda que nadie le ha contado lo pasado, y, sin embargo, ¿no crees que lo sabe?

—Estoy seguro.

—Y yo también.

Apretó los dientes y dando un puñetazo sobre la colcha, añadió:

—Estaba temiendo que nuestro amigo el inspector me hiciese la pregunta que yo creo más importante.

—¿Cuál es?

—¿A qué funcionario de policía que tenga en la cabeza algo más que un poco de serrín no se le ocurre preguntar si el coronel Menéndez tenía algún enemigo en la vecindad?

—Es verdad, — dije; — pero temo que ese pobre hombre esté un poco aturdido.

—Sí; está caminando a ciegas. Sin embargo, no acabará el día sin que se entere de la existencia de Cambei.

Y Harley me miró de un modo significativo.

—¿De modo, — le dije, — que tú realmente crees?...

—Mi querido Knox, — me interrumpió,— si olvidamos todo lo anterior a esta tragedia, ¿cuáles son los hechos concretos? El coronel, en el momento en que la bala le entró en el cerebro, debía estar directamente de cara a Guest House. Pues bien, ¿te fijaste en la dirección de la herida?

—Le dieron entre los ojos; debió ser el criminal un tirador estupendo.

—Sí, sí; pero la bala salió precisamente por las primeras vértebras.

Y mi amigo hizo pausa, como esperando algún comentario mío.

—¿Quiere decir, — le pregunté, — que tiraron de arriba a abajo?

—Indudablemente tiraron desde lo alto, Knox. Ten presente esos dos detalles, y luego observa que alguien encendió una luz en Guest House pocos instantes después de sonar el tiro.

—Lo recuerdo; lo vi perfectamente.

—Yo también, — dijo Harley, — pero yo vi algo más.

—¿Qué viste?

—Cuando fuiste a buscar auxilio, yo crucé el jardín corriendo, me escurrí entre los matorrales, y logré bajar al arroyo y subir por el otro lado. Había avanzado en línea recta desde el reloj de sol y... ¿sabes dónde fuí a parar?

—Me lo figuro, — repuse.

—Claro, como que conoces el sitio. Salí precisamente junto a una casita que hay al final del jardín de Guest House. Delante de mí, se veía una luz a través de las plantas del descuidado jardín. Avancé sigilosamente, y pude ver el interior de una cocina. Precisamente al llegar allí, la lámpara cuya luz había visto, se apagó, pero antes pude ver al único ocupante de la habitación, al hombre que había apagado la lámpara.

—¿Quién era? — pregunté, lleno de emoción.

—Era un chino.

—¡Ah-Tsong! — exclamé

—Indudablemente.

—¡Cielos, Harley! ¿Crees tú?...

—No sé qué pensar, Knox. Lo probable es que los de la casa de despertaron al oir el tiro, y que mandasen al chino que fuera a ver lo que había ocurrido. Sea como fuere, no esperé más, sino que me volví por el mismo camino. Si nuestro ampuloso amigo de Market Hilton hubiera tenido la vista de Augusto Dupin, no habría dejado de observar que tengo los zapatos manchados de barro amarillento, el cual me ha salpicado también los pantalones, por cierto.

Se calló un momento, mirándose la ropa, y continuó:

—También tengo clavadas algunas espinas; en fin, soy digno de que un investigador policial se fije en mí.

Suspiró aburrido y dirigió por la ventana una mirada hacia el parterre. La mañana estaba un poco fresca, y tal vez eso o el recuerdo de lo que había en la sala de billar, debajo de nosotros, fué lo que me hizo tiritar violentamente.

Harley me miró con una triste sonrisa.

—¡La mañana después de Waterloo!—exclamó. — ¡Vamos, duerme bien, Knox!

CAPITULO XX

Un cigarrillo español

EL sueño no quería llegar hasta mí, pese a los buenos deseos de Harley. No pude descansar. Cuando volví a levantarme toda la casa estaba en movimiento, con esos significativos preliminares propios del caso, que traían a la memoria la escena nocturna del jardín y parecían un insulto al canto de los pájaros y a la belleza de la mañana.

Cuando llamé, acudió Manuel y me preparó el baño; pero se comprendía al verle, que no había dormido.

Del cuarto de Harley no salía el menor ruido y no quise despertarle. Bajé, esperando que encontraría a Valentina. Pedro estaba en el hall, hablando con la señora Fisher, y le pregunté:

—Está por ahí el inspector?

—No, señor; se fué, pero dijo que a las ocho y media volvería.

—¿Y madame de Stamer, cómo está? — pregunté a la señora Fisher.

—¡Ah, pobre madame! — exclamó la anciana. — A Dios gracias, ha conseguido dormirse; pero estoy temiendo que se despierte.

—Hay que convenir en que el golpe ha sido espantoso. ¿Y la señorita Beverley?

—No se fué a su cuarto hasta después de las cuatro, señor; pero Nita me ha dicho que volverá a bajar de un momento a otro.

—Bien, — dije; y encendiendo un cigarrillo, salí al patio.

Temblaba ante la idea de las macabras formalidades oficiales que habría que cumplir aquel día, y cuyo peso, en ausencia de madame de Stamer, caería por completo sobre la señorita Beverley.

Paseando impaciente, esperé que saliese la joven. En el patio había entrado un automóvil pequeño, pero ni siquiera me fijé en él hasta que, al salir al jardín, vi en la sala de billar gente desconocida, y me volví atrás. Las autoridades estaban de nuevo en funciones, y comprendí que ya no nos dejarían en paz en todo el día.

Al entrar de nuevo en el hall vi que bajaba Valentina. Estaba pálida, pero me pareció más animada de lo que yo esperaba, a pesar de las oscuras ojeras, producidas por el insomnio.

—Buenos días, señorita, — le dije.

—Buenos días, señor Knox. Le agradezco que haya madrugado tanto.

—Es que quería hablar con usted antes de que vuelva el inspector, — dije.

Me miró con aire de disgusto, preguntándome:

—¿Querrá tomarme declaración?

—Lo ha adivinado usted. Nos costó mucho convencerle para que no se la tomase anoche mismo.

—Era imposible; hubiera sido una crueldad obligarme a dejar sola a madame en semejantes momentos.

—Así lo comprendimos, señorita; pero hoy tendrá usted que someterse a esa molestia.

Pasamos los dos a la biblioteca, donde una mucama, con el rostro desencajado, quitaba el polvo máquinalmente. Salió al vernos entrar, y Valentina quedóse mirando por la ventana abierta los rosales, que bañaba el sol matutino.

—¡Dios mío! — exclamó apretando con desesperación los puños. — ¡Todavía me parece mentira todo esto! ¿Quién puede haber cometido ese crimen así, a sangre fría?

Y volviéndose a mí, me preguntó a media voz:

—¿Qué piensa el señor Harley? ¿Tiene alguna idea, alguna sospecha?

—Que yo sepa, no, — repuse, mirándola con atención. — Y usted dígame: ¿lo sabe ya la señora de Stamer?

—¿Cómo que si lo sabe?

—Quiero decir, si se lo han contado.

La joven hizo un gesto negativo, y repuso:

—No; estoy segura de que nadie se lo ha dicho. No me he separado de ella hasta el instante mismo en que se quedó dormida. Sin embargo...

Pareció vacilar en proseguir.

—¿Qué?

—¡Que lo sabe! ¡Oh, señor Knox, eso es para mí lo más espantoso de todo! Ella lo sabe, lo debía saber ya antes... ¡El solo estampido del disparo se lo reveló todo!

—¿Cree usted, pues, — pregunté con calma, — que ella había previsto la tragedia?

—Sí, sí, seguramente. Por eso notaba yo con frecuencia en sus ojos cierta tristeza; por eso encontraba yo tantas frases raras en sus palabras; eso me explica muchos detalles que antes no acerté a comprender.

Quedé un rato en silencio, y luego dije:

—Si tan cierta estaba ella de que nadie podía salvar al coronel, es porque debía saber algo que ni él ni ella nos dijeron nunca.

—Sí, seguramente sabía algo, — asintió Valentina.

—¿No se le ocurre a usted cuál fuera el motivo de que ella no confiase en Pablo Harley?

—No se me ocurre... A no ser...

—¿Qué?

—A no ser que se hubieran jurado los dos guardar el secreto. ¡Oh, señor Knox! Esto parece absurdo, lo comprendo; pero ¿qué otra explicación puede darse?

—Ninguna, es verdad. Y ahora, señorita, yo sé una de las cosas que el inspector le va a preguntar a usted.

—¿Qué es?

—Ha averiguado, supongo que por alguna sirvienta, puesto que él no la ha visto a usted, que anoche, a la hora del crimen, usted no se había acostado todavía.

—Es cierto, — dijo Valentina con tranquilidad. — ¿Qué hay en ello de raro?

—Para mí es muy natural.

—Jamás he pasado tanto miedo en mi vida como anoche. ¡Cualquiera dormía! El ambiente mismo estaba lleno de misterio. Presentía, no sé por qué, que iba a ocurrir algo trágico.

—También yo creo que lo presentí, — dije. — ¡Dios mío! ¡Y pensar que podríamos haberle salvado!

—¿Cree usted? — empezó a decir la joven; pero en seguida calló.

—¿Qué? — pregunté.

—¡Oh! Iba a decir una cosa que de pronto me vino a la imaginación, pero es una tontería El inspector volverá a las nueve, ¿no es así?

—Me han dicho que a las ocho y media.

—Creo que no tendré mucho que contarle. Me hallaba en mi cuarto, horriblemente nerviosa, cuando oí el tiro. Ni siquiera podía leer: estaba esperando, esperando "algo" que debía ocurrir.

—Comprendo; a mí me ocurría casi lo mismo.

—Luego, — prosiguió la joven, — al abrir la puerta y mirar a fuera, demasiado asustada para aventurarme en la oscuridad del corredor, oí abajo, en el hall, la voz de madame.

—¿Pedía socorro?

—No, — repuso la joven, y frunció el entrecejo con un gesto de preocupación: —

gritó no sé qué, en francés; por el acento comprendí que era francés, pero no pude entender ni una sola palabra. En seguida creí oir un gemido.

—¿Y bajó usted corriendo?

—Sí; reuní todo mi valor para dar luz en el pasillo y bajé al hall, y allí, delante de la puerta de su cuarto, la encontré tendida.

—¿Su cuarto estaba a oscuras?

—Sí; yo fuí la que encendí la luz, y traté de levantarla; pero pesaba mucho para mí sola. Estaba tratando de hacerlo volver en sí, cuando Pedro abrió las puertas del pabellón de la servidumbre. ¡Oh, nunca podré olvidar aquella escena!

Cerró los ojos, y tomando su mano se la oprimí, procurando animarla.

—Ha estado usted verdaderamente valiente, y espero que seguirá usted así, — le dije.

Sonrió, ruborizándose ligeramente, y solté su mano.

—Ahora, — me dijo, — voy a ver cómo sigue madame; pero si continúa dormida no debo molestarla.

Volvimos lentamente al hall, en el preciso momento en que entraba el inspector Aylesbury.

—¡Ah! — exclamó al vernos. — Buenos días, señor Knox. ¿Esta será la señorita Beverley, supongo?

—Sí, señor inspector, — contestó ella; — creo que deseaba usted hablarme.

—En efecto, señorita; pero no la molestaré mucho.

—Perfectamente, — dijo la joven, y volvió a la biblioteca, seguida del funcionario.

Salí, y procurando no pasar por el parterre ni junto a la sala de billar, tomé la dirección contraria, pasando junto a las cocheras, donde Jim, el lacayo negro, me saludó muy triste, y luego di la vuelta a la fachada Sur de la casa.

El inspector, según vi, no había perdido el tiempo. Nada menos que cuatro individuos dos de ellos de uniforme, registraban entre los macizos y los cercos, aunque no pude comprender qué era lo que buscaban.

Sin acercarme a la biblioteca, crucé la segunda galería y me detuve a contemplar el ala del Sur del edificio y la torre. Allí, al parecer entretenido en estudiar los rododendros, vi a Pablo Harley.

El también me vió, y me hizo una seña. Cruzando una pradera de césped, corrí a su lado.

Sin darme siquiera los buenos días, hablando con una precipitación que revelaba el rápido funcionamiento de su privilegiado cerebro, me dijo:

—Mira, Knox, este es el camino que debió seguir anoche el coronel. Allí está la puerta por donde, según él mismo nos dijo, salió en otra ocasión, caminando dormido. ¿Te acuerdas?

—Sí, me acuerdo, — repuse.

—Pues bien, Pedro la ha encontrado abierta esta mañana. Como ves, mira hacia al Sur, y la habitación del coronel está inmediatamente encima de donde estamos ahora.

Y mirándome de un modo extraño continuó:

—Anoche debí pasar junto a esta puerta minutos antes de que el coronel saliera, pues en el momento en que yo te veía en mi ventana fué cuando tu viste a Menéndez entrar en el parterre. Debió pasar por el Este mientras yo pasaba por el Oeste; Knox, voy a enseñarte lo que encontré.

Sacó del bolsillo del chaleco un cigarrillo español medio consumido, y en tanto que yo le miraba sin comprenderle, prosiguió:

—Como llevamos varios días sin llover, es posible que esto estuviera allí hace tiempo, pero a mí, amigo Knox, paréceme muy reciente.

—¿Qué quieres decir con eso? — le pregunté perplejo.

—Quiero decir que esto es un cigarrillo del coronel, de los que se hacía él mismo. ¿No lo conoces?

—¡Cielos! — exclamé. — ¡Tienes razón!

Volvió a guardárselo, y murmuró:

—Puede no significar nada y puede significarlo todo. Y ahora, Knox, hay que escapar.

—¿Escaparnos?

—Precisamente. Debemos adelantarnos a lo que probablemente hará nuestro amigo el inspector. En una palabra, deseo que me presentes al señor Colin Camber.

—¿Qué dices? — exclamé, sin poder dar crédito a lo que oía.

—Te ruego... — comenzó a decir; y en seguida, interrumpiéndose, añadió:

—¡Pronto, Knox, corramos!

Y con gran asombro mío echó a correr por entre los rododendros en dirección de la torre.

Le seguí, aunque sin poder comprender lo que aquello significaba, y al volver la esquina de la torre, Harley se detuvo un momento y me dijo, casi sin aliento:

—No creas que me he vuelto loco; es que no quería que nos viese aquel agente que viene por la pradera de césped haciendo señas hacia la biblioteca. Seguramente está contestando al inspector, que querrá hablar con nosotros. Estoy decidido a hablar con Camber antes de nuevos interrogatorios. Será una carrera, y supongo que nos vamos a poner como nuevos; pero tal vez dependa todo del éxito de esa expedición.

Y siguió corriendo hacia una línea de arbustos que indicaba el borde del arroyo. Comprendiendo a medias sus propósitos, le seguí sin preguntarle. Al meternos entre los matorrales, me dijo:

—Por aquí bajé anoche. Tendrás que meterte en el agua, que apenas llega a los tobillos.

Saltó al arroyo, lo pasó y empezó a subir la orilla opuesta. Yo imitaba sus movimientos, y cuando estuvimos al otro lado, nos hallamos precisamente junto al pequeño edificio que Colin Camber me había dicho que usó en otro tiempo como estudio.

—No entraremos por la cocina, — murmuró Harley, — así es que trataremos de buscar un camino hasta la puerta principal. Cuidado, que aquí hay un alambrado de púas.

El asunto empezaba a interesarme, y nos metimos por sitios donde el pasto nos llega-

ba casi a la cintura, abundando las ortigas entre otras muchas plantas silvestres. Pronto llegamos a una zanja seca, que logramos cruzar, y nos encontramos en el camino, a unas cien varas del Oeste de Guest House.

—Supongo que nos van a recibir muy mal, —dije, casi sin poder hablar, y contemplando a mi amigo, que estaba hecho una lástima.

—Lo sufriremos, — contestó; — el norteamericano será el que salga ganando con recibirnos bien.

Proseguimos por el polvoriento camino, sobre el que los árboles formaban casi una bóveda.

—Harley, — insistí, — esto va a ser para mí una prueba muy dura.

Harley se detuvo, y mirándome severamente, me dijo:

—Ya lo sé, Knox; pero comprenderás que se trata de la vida de un hombre.

—¿Quieres decir?

—Quiero decir que si nos vemos obligados a declarar todo lo que sabemos, dudo que haya abogado que quiera encargarse de la defensa del señor Colin Camber.

—¿Cómo? ¿Le crees culpable?

—¿He dicho semejante cosa? — me preguntó Harley, echando a andar de nuevo.— No recuerdo haberlo dicho, Knox; lo que digo, es que el probar su inocencia va a ser una empresa de titanes.

—¿Entonces crees que es inocente? — exclamé, con interés.

—Mi querido amigo, — repuso Harley, un tanto enojado, — aún no he visto al señor Colin Camber. Cuando haya hablado con él te contestaré.

CAPITULO XXI

El ala de un vampiro

DURANTE largo rato ni nuestros aldabonazos ni nuestros toques de campanilla obtuvieron respuesta. El brillo de los bronces de la puerta probaba que Ah-Tsong estaba levantado, aunque los demás habitantes de la casa estuvieran dormidos todavía, y Harley, enojado ya, empezó a tocar sobre la puerta un verdadero redoble. Aquello surtió efecto. La puerta se abrió y apareció el chino.

—Dile a tu amo que el señor Pablo Harley desea hablarle de un asunto urgente.

—Amo no estar, — repuso Ah-Tsong e intentó cerrar la puerta.

Pablo Harley metió el brazo para impedírselo, y le dijo rápidamente unas palabras en chino. Jamás creí que el rostro de Ah-Tsong fuese capaz de expresar tanta animación. Al oir su propio idioma, ilumináronse sus ojos, y diciendo: "Tchí, tchí", desapareció alegremente.

Aun cuando había evitado intencionalmente el mirarme, estaba seguro de que el chino informaría a su amo de quién era el segundo visitante; y si lo hubiera dudado, pronto me habría sacado de dudas una voz irritada que desde dentro gritó:

—¡Diles que se vayan! ¡No volverá a entrar por mis puertas ningún espía de eso endemoniado Menéndez!

El chino, al entrar, había dejado la puerta abierta, y podíamos ver perfectamente el interior. Ah-Tsong reapareció en seguida, y sin conmoverse lo más mínimo, repitió:

—Amo no estar.

Pablo Harley, golpeando con el pie en el suelo, exclamó:

—¿Sabes, Knox que este idiota me agota la paciencia?

Volvió a dirigirse en chino al asiático, y aunque éste no reveló la menor impresión en su rugosa cara de marfil, en sus oblícuos ojos se veía que había comprendido. Por segunda vez, Ah-Tsong corrió hacia el cuarto de su amo. Pude oir un diálogo a media voz, y de pronto, la triste figura de Colin Camber apareció ante nosotros.

Aquella mañana se había afeitado, pero su traje era el mismo de la otra vez. Aunque no estaba dominado por la cólera insensata que no podía borrarse de mi memoria, era evidente su mal humor. Avanzó a través del vestíbulo, con sus grandes ojos muy abiertos, y fijando una fría mirada en mi amigo, sin hacer el menor caso de mi presencia.

—Me han dicho que se llama usted Pablo Harley, y me envía usted un extraño mensaje. Conozco el carácter de ese señor Menéndez, y, por consiguiente, su mensaje no me engaña. Ahí delante tiene la puerta.

Harley se mordió los labios, y repuso con igual calma:

—Y usted, señor Camber, ahí delante la tiene muy cerca la horca.

—¿Qué quiere usted decir, señor mío? — preguntó el otro y a pesar de que recordaba su grosería, admiré el altivo desdén que encerraba su pregunta.

—Quiero decir que la policía vendrá dentro de poco.

—¿La policía? ¿Y yo qué tengo que ver con eso?

Los escrutadores ojos de Harley no se apartaban del pálido rostro de aquel hombre.

—Señor Camber, — le dijo, — el tiro fué de primera.

Ni un solo músculo de la cara de Colin Camber se conmovió. Mirando a mi amigo de abajo a arriba, le contestó fríamente:

—Dicen que soy algo precipitado, pero creo no adelantar juicios si afirmo que está usted loco de remate. Me ha interrumpido usted en mis estudios, señor. Buenos días.

Retrocedió para cerrar la puerta, y lo hubiera hecho si Pablo Harley, con tono autoritario no hubiera dicho:

—¡Señor Camber!

Colin Camber se detuvo.

—Sin duda, — prosiguió Harley, — mi nombre le es desconocido; usted nos considera al señor Knox y a mí como amigos del difunto coronel...

Al oir esto, Colin Camber cambió de as-

pecto, y en voz muy baja, como un eco, repitió:

—¿El difunto coronel?

Pero como si no le hubiera oído. Harley prosiguió:

—En realidad, yo soy un investigador policial, y el señor Knox es mi auxiliar en el presente caso.

Colin Camber, juntando sus crispadas manos, y como si luchase con una gran emoción, dijo con voz ronca:

—¿Dice usted que Menéndez ha muerto?

—Sí, — contestó Harley. — ¿Me permitiría usted que le molestase con diez minutos de conversación?

Colin Camber se hizo a un lado, abriendo del todo la puerta y haciéndonos aquella grave reverencia que yo conocía, en este caso, según creo, para disimular su emoción.

No volvió a pronunciar palabra hasta que estuvimos los tres en aquel extraño cuarto de estudio donde Asia parecía burlarse de Europa y donde los emblemas del exótico fetichismo se reunían con la cruz cristiana. El ambiente estaba cargado de humo de tabaco, y veinte o más cuartillas manuscritas yacían esparcidas por la alfombra, al pie de la mesa. Aunque la mañana era de sol, todavía lucía una antigua lámpara de sobremesa, de las llamadas "de estudiante", con un receptáculo para petróleo a un lado, y al otro un mechero con una pantalla verde. Era evidente que Colin Camber había estado trabajando toda la noche.

Nos acercó sillas, después de quitar de ellas una porción de tomos abiertos y sentándose él junto a la mesa, empezó diciéndome, lenta y pausadamente:

—Señor Knox, cuando visitó usted mi casa la otra vez, yo me permití acusarle, y acusarle de algo de lo que no acusaría a ningún hombre a la ligera. Si me equivoqué, necesito que usted me perdone.

—Sólo un asunto verdaderamente grave,— repuse fríamente, — podía obligarme a volver a esta casa. Su conducta conmigo, señor, no admite excusas.

Poniéndose de pie, con sus afiladas y blancas manos sobre la mesa, y mirándome fijamente, continuó:

—Fuera lo que fuese lo que dije a usted, le dirigí un insulto mucho más grave que los demás: le acusé a usted de ser amigo de Juan Menéndez. ¿Fuí injusto?

E hizo una pausa.

—Yo cumplía mis deberes profesionales en casa del coronel Menéndez, — dijo Harley sin vacilar, — y el señor Knox tuvo la amabilidad de acompañarme.

Colin Camber miró con enojo a mi amigo, y luego, no menos indignado, me miró a mí.

—¿Vino usted a verme a pedido del coronel Menéndez, señor Knox?

—No, — dijo Harley otra vez; — fué a pedido mío, y ahora está aquí a pedido mío también. Pero estamos perdiendo el tiempo, señor; de un momento a otro...

Colin Camber le detuvo con un gesto, y dijo, con cierto aire de autoridad en la voz y en el ademán:

—Con su permiso, señor Harley, debo ante todo cumplir mi deber de caballero.

Y avanzó hacia mí.

—Señor Knox, deploro haberle insultado groseramente; pero si conociera los motivos que me indujeron a obrar así, creo que me perdonaría usted. Sin embargo, no puedo pedirle que lo haga: acepto la humillación de reconocer que he ofendido mortalmente a un visitante.

Hízome una grave reverencia, y habría vuelto a sentarse, pero se lo impedí tendiéndole mi mano y diciéndole:

—No hablemos más del asunto: fué una equivocación, y lo mejor es olvidarlo todo.

Tan atractiva era la extraña personalidad de aquel hombre, que se sentía más bien como el hombre honrado con el perdón de un rey, que como el hombre ofendido a quien se da una satisfacción. Sus ojos brillaron, y estrechando calurosamente mi mano, exclamó:

—¡Es usted generoso, señor Knox, es usted generoso! Y ahora señor, — añadió haciendo una cortesía a Harley y volviendo a sentarse, — estoy a sus órdenes.

Harley había soportado aquella singular escena en silencio, pero dijo apresuradamente:

—Le he hecho saber a usted por su sirviente chino, señor Camber, que la policía estará aquí antes de diez minutos para tenerle.

—En efecto, señor, — repuso Camber, acercándose un trozo de diario sobre el cual había un montón de tabaco. — Eso es muy molesto, naturalmente; pero como yo no creo haber faltado a las leyes, me importa bastante poco. Vamos a la otra cuestión, señor Harley. ¿Dice usted que don Juan Menéndez ha muerto?

Empezó a llenar la pipa mientras hablaba, pero desde mi sitio podía ver muy bien su fisonomía, y aunque su voz era serena, el brillo de sus ojos no podía engañar a nadie.

—Sí, — le contestó Harley, — poco después de media noche le dieron un tiro en la cabeza.

—¿Cómo?

Colin Camber dejó caer la pipa de marlo de maíz y se levantó, revelando en su expresión que empezaba a comprender.

—¿Quiere usted decir que fué asesinado?

—Exactamente.

—¡Dios mío! — murmur Camber. — ¡Al fin lo comprendo todo!

—Por eso estamos aquí nosotros, y por eso estará aquí la policía de un momento a otro.

—Entonces, ese fué el tiro que oímos anoche.

Acercándose a la puerta de la habitación, Camber la cerró con llave, y luego volvió a sentarse, enteramente dueño de sí mismo. Frunciendo ligeramente el ceño, nos miró

alternativamente, a la vez que proseguía diciendo:

—Comprendo, señores, el peligro en que me hallo. Por absurdo que sea, es por otra parte muy lógico que las sospechas recaigan sobre mí.

Evidentemente razonaba con rapidez. Su frialdad era cada vez mayor, y pude comprender que toda la actividad de su cerebro se concentraba sobre el abismo que ante él se abría.

—Antes de decir yo nada que pueda aparecer como una declaración, — dijo, — espero señor Harley, que usted me informará acerca de su posición exacta en este asunto. ¿Representa usted al difunto coronel, representa usted la ley, o debo considerarle como un investigador perfectamente imparcial?

—Puede usted considerarme, señor Camber, como un hombre a quien no interesa nada más que la verdad. El difunto coronel sólo me rogó que visitase Cray's Folly.

—¿Profesionalmente?

—Para tratar de averiguar el origen de ciertos sucesos que le hacían sospechar que su vida corría peligro.

Y Harley hizo pausa, mirando al norteamericano.

—Desde el momento que me reconozco sospechoso — dijo éste, — ¿sería una incorrección rogar a usted que me dijese qué clase de sucedidos fueron esos?

—El que más le interesará a usted, señor, —repuso Harley, — es éste: hace un mes, en la puerta de Cray's Folly apareció clavada un ala de murciélago.

—¿Cómo? — exclamó Colin Camber, visiblemente interesado. — ¿El ala de un murciélago? ¿De qué especie de murciélago?

—De un vampiro de América.

Fué un curioso efecto el de estas palabras. Si me hubiera quedado alguna duda acerca de la inocencia de Camber, creo que su expresión al oirlas la hubiera disipado. Era evidente que se trataba de un hombre extraordinariamente inteligente, pero era imposible creer que su actitud fuese simulada. Al oir decir "un vampiro de América", surgió en su mirada el entusiasmo del especialista. Su propio peligro quedó olvidado. Harley había tocado a su especialidad, y esto bastó para indicarme que, si Colin Camber hubiese matado realmente al coronel, su crimen habría sido cometido en un rapto de locura. Un hombre que ha cometido tan espantoso delito no se conduce como se conducía el norteamericano.

—¡Esa es la señal de muerte del Vudú! — exclamó muy excitado.

Y volviendo a levantarse, abrió uno de los cajoncitos de uno de los muchos armarios que había en la habitación, y sacó una bandejita.

Mi amigo le observaba con atención, y por la expresión de su bronceado rostro comprendí que en Colin Camber había encontrado el más extraño problema de su carrera. Sin embargo, la escena tenía algo de grotesca: Camber de pie, mostrando en alto un objeto que acababa de tomar de la bandeja, y Pablo Harley sentado, mirándole fijamente. El hombre de quien se podía sospechar estaba precisamente mostrándonos en triunfo un indicio bastante para que se le ahorcase.

¡Entre el pulgar y el índice, Colin Camber sostenía el ala de un vampiro!

CAPITULO XXII

El secreto de Colin Camber

"TRAJE esta ala de vampiro de Haití", — nos dijo el norteamericano, volviendo a dejarla en la bandeja. — "Se encontró debajo de la almohada de un misionero negro que murió una noche, de modo misterioso".

Colocó de nuevo la bandejita en el cajón, cerró el mueble y, siempre de pie, alzó las manos crispadas en el aire y dijo reposadamente:

—Sin la menor idea de blasfemia, con la mayor reverencia, desde el fondo de mi corazón, doy gracias a Dios por la muerte de Juan Menéndez.

Volvió a sentarse, mientras Harley le contemplaba silenciosamente, y prosiguió, apoyando la barba en la mano:

—El mal que hacen los hombres les sobrevive. Un ala de murciélago fué clavada en la puerta de Menéndez...

Y mirando a Harley fijamente, preguntó:

—¿Debo ceer que fué ese indicio el que le movió a venir a Guest House?

—Así fué, — replicó Pablo Harley.

—Comprendo. Por consiguiente, no debo ocuparme más de mi especialidad, sino mirar el asunto del punto de vista de su investigación. ¿Conocía Menéndez el significado de ese objeto?

—Lo había visto emplear en las Antillas.

—¡Ah, qué hombre de corazón negro! Pero temo que me estoy haciendo cada vez más sospechoso. Tal vez si usted me preguntase y yo me limitase a contestarle, fuese mejor para la causa de la justicia.

—Muy bien, — asintió Harley. — ¿Cuándo y dónde vió usted por vez primera al difunto coronel?

—Yo no lo he visto jamás.

—¿Ni le ha hablado usted?

—Nunca.

—¡Jum! Dígame, señor Camber. ¿Dónde estaba usted anoche, a las doce?

—Aquí, escribiendo.

—¿Y dónde estaba Ah-Tsong?

—¿Ah-Tsong? — preguntó a su vez Colin Camber, sin comprender el motivo de la pregunta. — Ah-Tsong estaba en la cama.

—¡Ah! ¿No hubo nada anoche que le llamase a usted la atención?

—Sí, el disparo de un rifle.

—¿Conoció usted que era de rifle?

—No podía confundirse.

—¿Y qué hizo usted?

—Estaba en aquel momento escribiendo unos párrafos de gran importancia, y probablemente no hubiera hecho caso del [illegible] a no haber llamado a la puerta el chin[illegible] ra decirme que mi esposa se había d[illegible]

tado con el estampido. La pobre es algo nerviosa y había llamado a Ah-Tsong para que viese si me ocurría algo.

—¿Cree usted que ella pensó que el tiro había sido en esta misma habitación?

—Cuando nos despertamos de pronto, señor, sólo conservamos una vaga impresión de aquello que nos ha despertado.

—Es verdad, — dijo Harley. — ¿Y se volvió Ah-Tsong a su cuarto?

—No en seguida. Pero permítame que le diga, señor Harley, que sus preguntas me sorprenden mucho, y que no veo qué relación tengan con el asunto que aquí le trae. En fin, el caso fué que el chino volvió y dijo a mi esposa que yo estaba escribiendo; entonces ella le dijo que le llevase un vaso de leche, y él volvió a bajar, fué a la cocina y cumplió la orden.

—¡Ah! ¿Encendería tal vez una vela para andar en la cocina?

—Una vela o una lámpara, — repuso Colin Camber; y de pronto, cambiando de tono, exclamó: — ¡Ah, ya comprendo! ¿Vió usted la luz desde Cray's Folly?

Harley no contestó, sino que después de una pausa general continuó preguntando:

—¿Cuánto tiempo pasaría entre el tiro y el momento en que Ah-Tsong llamó a su puerta?

—No puedo contestar con seguridad; estaba embebido en mi trabajo. Probablemente, un minuto o dos.

—¿Fué muy ruidoso el estampido?

—Bastante ruidoso, y desde luego le pareció más en el silencio de la noche.

—¿Entonces, dispararían cerca de la casa?

—Creo que sí.

—¿Y usted no volvió a preocuparse de ello?

—Francamente, lo había olvidado ya. Por aquí hay bastante caza, y pensé que sería algún cazador furtivo.

—Es claro, — murmuró Harley, pero su expresión era muy seria.

En seguida añadió:

—Yo no sé, señor Camber, si usted se da cuenta exacta de lo peligroso de su situación.

—Puede usted creer, — contestó el otro, —que me figuro todas las preguntas que se me van a hacer.

Pablo Harley le miraba de un modo que me hizo creer que estaba comparando su rostro, rasgo por rasgo, con el retrato de Edgar. Poe que tenía en su oficina de Chancery Lane. Entretanto, le dijo:

—Le veo a usted y estoy pensando si estará usted dispuesto a huir.

—Todo lo contrario, — afirmó Camber; —no me falta más que saber que Juan Menéndez ha sido asesinado en sus jardines, y no dentro de su casa, para decir a usted que, como no se descubra al verdadero culpable, es posible que sea yo quien pague su delito.

—Fué asesinado en el parterre que se vé desde las ventanas de esta casa, — contestó Harley.

—¡Ah! — exclamó el norteamericano, volviendo a llenar de tabaco su pipa. — Entonces, señor Harley, si quiere puedo decirle en pocas palabras cuáles van a ser las pruebas contra mí. Jamás me he preocupado de ocultar que odiaba a Menéndez; encontrarán muchos testigos que lo digan. El estaba en Cuba cuando yo estaba también allí, y habrá también testigos de que los dos estuvimos en los mismos hoteles de varias ciudades de Estados Unidos antes de venir yo a Inglaterra y alquilar Guest House. Por último, él vino a vivir cerca de mí, en Surrey.

Encendió con mucha calma su pipa, mientras Harley y yo le observábamos en silencio, y prosiguió diciendo:

—A Menéndez le clavaron en la puerta el ala de vampiro. El se creía en peligro, y asoció aquel signo con la amenaza de este peligro. Aparte de él, y acaso de alguno de sus sirvientes, no creo que haya en Surrey nadie que sepa el significado de este emblema, más que yo. Los nefandos ritos de Vudú son para los pueblos occidentales un libro cerrado. Este libro lo he abierto yo, señor Harley. Para mí son familiares los misterios de Obeah y el poder de ese archimago que los negros temen y respetan bajo el nombre de "Ala de Vampiro". Del punto y hora que yo me hallaba solo en el momento de oirse el disparo y durante algunos minutos después, y estando el parterre de Crays Folly perfectamente a tiro de Guest House, sería realmente una estupidez no detenerme en seguida.

El norteamericano hablaba con un aire de triunfo. A la manera de los fakires, poseía el arte de desprender su espíritu de la materia, arte que es uno de los atributos del verdadero genio. Estaba estudiando su propio peligro desde las cumbres de su inteligencia, y el Colin Camber carnal había dejado de existir; era un simple peón en una fascinadora jugada.

Paul Harley consultó su reloj.

—Debo confesar, — dijo, — que acabo de sufrir la más vergonzaso derrota de mi carrera. El hombre que había solicitado mi ayuda ha sido muerto casi en mis propias barbas. Tengo que hacer una cosa, o dejar mi profesión.

—Comprendo, — dijo Colin Camber.—Prender al asesino, ¿no es eso?

—Sí, pero, ante todo, debo procurar que al asesinato del coronel Menéndez no se añada un crimen judicial.

—¿Quiere usted decir? — preguntóle Camber.

—Quiero decir que si fuese usted quien mató a Menéndez, estaría usted loco; y, la verdad, durante nuestra breve conversación me he convencido de que está usted perfectamente cuerdo.

Colin Camber se levantó e hizo una de aquellas reverencias a la antigua que le eran peculiares.

—Muchas gracias, señor, — dijo, — pero, ¿no le ha hablado el señor Knox de mi afición a la bebida?

Pablo Harley hizo un gesto afirmativo.

—Podría atribuirse a ella, — continuó Camber, — la premeditación del crimen, pues se conocen muchos casos de este género. Debo recordar a ustedes que el alco-

holismo crónico se considera una forma de la locura.

Volvió a cambiar de tono y, suspirando, se recostó en su silla. En su pálido rostro se pintó una expresión que instintivamente me reveló que estaba pensando en su esposa.

—He sufrido mucho, señor Harley, por encontrar la verdad, — prosiguió, hablando en un tono muy bajo que parecía acentuar la dulzura de su voz. — El sufrimiento es una puerta tras la cual encontramos la compasión. Tal vez haya juzgado frívolas mis observaciones, al pensar que anoche han enviado un alma ante su Juez casi a mis mismas puertas. Sin embargo, yo respeto la verdad por encima de todas las cosas. No siento, no puedo sentir, la muerte de Menéndez; pero hay tres motivos para que lamente purgar un crimen que no he cometido, y son, — prosiguió, llevando la cuenta con las puntas de los gáciles dedos: — primero, lo amargo de la idea de que ese hombre diabólico me moleste, aun después de muerto; segundo, dejar sin terminar mi obra, y tercero, mi esposa.

Yo observaba y escuchaba, casi aterrado por lo extraño de aquel hombre que tenía delante. Sus tres motivos pintaban su carácter. Un observador superficial habría juzgado a Colin Camber como un monstruo de egoísmo; pero para mí, y seguramente para Pablo Harley, era evidente que su egotismo no tenía absolutamente nada de egoísta. A un resentimiento perfectamente humano y a un romántico amor a su esposa había añadido, como cosa de la misma importancia, el derecho que el mundo tenía a su genio.

—Le acabo de oir, — dijo Pablo Harley, —y me ha llevado usted al asunto más importante.

—¿Cuál es, si puede saberse?

—Sin querer ha aludido usted a su reciente afición a la bebida, de la que ahora se abstiene usted, a causa de disgustos domésticos, o así por lo menos me lo ha dicho el señor Knox. Perdóneme si me meto en cuestiones privadas. También ha hablado usted de su manifiesto odio al difunto coronel Menéndez. Ahora, señor Camber, voy a rogarle que con toda franqueza me diga qué disgustos domésticos han sido esos y cuál fué la causa de ese odio, que ha sobrevivido hasta a la muerte de quien era objeto de él.

Colin Camber se levantó en el acto, alterado, pero lleno de dignidad, y repuso:

—Lo siento mucho, señor Harley, pero no puedo contestar a esas preguntas.

Pablo Harley inclinó solemnemente la cabeza.

—No olvide usted, — dijo, — que tendrá que contestarlas donde no pueda negarse a ello.

Colin Camber, impertérrito, contestó simplemente:

—Cada cual tiene su destino puesto, como un dogal, al cuello.

—Sin embargo, tal vez en esa historia secreta que usted no quiere divulgar, y que será una prueba en contra suya, esté la verdad que demostraría su inocencia.

—Tal vez, pero no por eso cambiaré mi resolución.

—Está bien — dijo Pablo Harley con calma, aunque pude ver que le costaba un tremendo esfuerzo dominarse; — repeto su decisión, pero entonces me echa usted encima una labor titánica, y crea que no se lo agradezco.

En aquel momento oí que un automóvil se detenía ante Guest House. Colin Camber, apretando los puños, volvió a sentarse.

—Ha pasado la ocasión. — dijo; — ahí está la policía.

CAPITULO XXIII

Careos del inspector Aylesbury

"¡YA veo! — dijo el inspector Aylesbury. — ¡Un pequeño complot! ¿Eh?".

Y hundió la barba en sus propios pliegues, envolviéndonos a Harley y a mí con una mirada amenazadora.

—Estos señores han tenido la atención de venir a contarme el trágico suceso en Cray's Folly, — explicó el norteamericano. — ¿No quiere usted sentarse, señor inspector?

—No, gracias; puedo interrogar de pie.

Y volviéndose a Pablo Harley, el inspector añadió:

—¿Podría saberse, señor Harley, qué le importa a usted todo esto?

—Tengo un interés muy lógico en todo lo que se refiere a la muerte de mi cliente, señor Aylesbury.

—¡Ah, vamos! Por eso se me adelanta usted, aprovechando los informes que va obteniendo la policía, y creyendo que será usted el que se luzca. ¿No es así?

—Así es, en efecto, — replicó Harley, con una sonrisa: — un caso de celos profesionales, señor inspector.

—¿Cómo de celos profesionales?—gritó el funcionario. — No olvide usted que no tiene aquí la menor intervención oficial; es usted uno más del público, ni más ni menos.

—Me complace verme reconocido como miembro de una entidad tan injustamente calumniada.

—Bueno, bueno; ya hablaremos. Ahora, señor Camber, le ruego un poco de atención.

Y volviéndose al norteamericano, empezó a decir el inspector, con el dedo índice levantado amenazadoramente:

—He sido informado por la señorita Beverley de que el difunto coronel Menéndez le miraba a usted como enemigo peligroso.

—¿Fueron esas las palabras exactas de esa señorita? — le interrumpí.

—¡Señor Knox!

Y el comisario se volvió a mí bruscamente.

—¡Ya he hecho una advertencia a su amigo, y si usted me vuelve a interrumpir, haré que le echen de aquí!

Estuvo un momento mirándome fijamente, y luego, volviéndose otra vez a Colin Camber, prosiguió:

—Decía que he sabido que el coronel Me-

téndez le consideraba a usted como un vecino peligroso.

—Entonces, — repuso Camber, — ¿por qué arrendó una casa próxima a la mía?

—Esa es una evasiva, señor. Conteste usted, si gusta, a mi pregunta.

—No me ha preguntado usted nada todavía, señor inspector.

—¡Ah! Comprendo. ¿Es esa su actitud, verdad? Bien, pues entonces le preguntaré: ¿Es cierto que era usted un enemigo del difunto coronel Menéndez, o no?

—Lo era.

—¿Cómo?

—He dicho que lo era. Le aborrecía, y después de muerto le sigo aborreciendo lo mismo que cuando estaba vivo.

Creo que jamás he visto a un hombre quedarse tan estupefacto como se quedó el inspector Aylesbury. Sacó un pañuelo inmenso, sonóse ruidosamente, volvió a guardar el pañuelo, sacó un cuadernito de notas, y dijo:

—Voy a tomar nota de esa afirmación, señor.

Apuntó unas líneas, y luego preguntó:

—¿Dónde vió usted por vez primera al coronel?

—No lo he visto en mi vida.

—¿Cómo?

Colin Camber se encogió de hombros.

—Repetiré mi pregunta, — dijo el inspector con énfasis: — ¿dónde vió usted por vez primera al conorel don Juan Menéndez?

—Ya he contestado a eso, señor inspector.

—¡Ah! Comprendo: no quiere usted contestar a esta pregunta. Bien, bien; lo anotaré.

Hizo como lo decía, y continuó:

—Y ahora, ¿qué estaba usted haciendo anoche, a media noche?

—Estaba escribiendo.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿Y qué sucedió?

En pocas palabras, Colin Camber repitió lo que ya nos había contado a Harley y a mí, y cuando terminó, el inspector le ordenó:

—Llame a ese Ah-Tsong.

Colin Camber, haciendo una leve reverencia, dió una palmada. Ah-Tsong entró silenciosamente.

Le contempló con curiosidad, como hubiera podido contemplar un bicho raro en una casa de fieras, y luego empezó a preguntarle:

—¿Se llama usted Ah-Tsong?

—Ah-Tsong, — murmuró el chino.

—Deseo que me haga usted un relato exacto de todo lo que hizo anoche.

—No sabe.

El inspector Aylesbury tosió, y repitió:

—Digo, que deseo saber exactamente lo que hizo usted anoche. Conteste usted a mi pregunta.

La fisonomía de Ah-Tsong permaneció sin la menor expresión.

—No sabe, — volvió a decir.

—¡Ah, comprendo! — dijo el otro. — Este testigo se niega a declarar.

—No es eso, — explicó Colin Camber con calma; — es que Ah-Tsong, como chino que es, sabe poco inglés y casi no lo entiende.

—Bien entendió mi primera pregunta. No me crea tonto. Sabe demasiado. ¿Me va usted a contestar, o no? — preguntó el chino, con indignado acento.

—No sabe, patrón, — contestó el interrogado, — mirando a Colin Camber; — buen policía grande se enoja pero no hablar chino.

Pablo Harley, que estaba llenando tranquilamente su pipa, se aventuró a decir:

—Si cree usted que la declaración de Ah-Tsong puede tener interés, señor inspector, puedo servirle a usted de intérprete.

—¿Cómo dice usted?

—Que puedo servir de intérprete.

—¿Querrá usted hacerme creer que habla usted el chino?

—Por mi parte, puede usted creer lo que le parezca; yo me limito a ofrecer mis servicios.

—Muchas gracias, — dijo el inspector con sequedad, — no quiero molestarle. Desearía hablar un momento con la señora de Camber.

—Está bien.

Y Colin Camber, inclinando gravemente la cabeza, dió una orden al chino, que giró sobre sus talones y desapareció.

—¿Qué armas de fuego tiene usted en casa? — preguntó el comisario.

—Un antiguo arcabuz holandés, que puede usted ver en aquel rincón, — fué la respuesta.

—Eso no me interesa; quiero decir armas modernas.

—Tengo también este revólver Colt en este cajón.

Al decir esto, Colin Camber abrió un cajón de su mesa y sacó un enorme revólver de los que usa el ejército norteamericano.

—Permítame usted examinarlo.

Camber se lo entregó al inspector, y éste, una vez que se cercioró de que estaba descargado, miró con un ojo al interior del cañón y lo olfateó con aire de recelo.

—Si se ha usado recientemente, — dijo, colocando el arma sobre un velador inmediato, — han sabido limpiarlo bien. ¿No tiene usted más?

—Nada más.

—¿Ni rifles de caza?

—No; yo no cazo nunca.

—¡Oh, comprendo!

Se abrió la puerta y entró la esposa de Camber. Venía vestida muy sencillamente, y parecía más niña que nunca. Creo que Ah-Tsong le había advertido a qué clase de prueba se la iba a someter; pero así y todo su timidez emocionaba.

Me miró con algo que se quería parecer a una sonrisa, y Colin Camber, inclinando hacia mí la cabeza con grave gesto de cortesía, le dijo:

—Mira, Isolina: el señor Knox acaba de perdonarme una salida de tono que yo mismo no me perdonaría nunca. Te ruego que le des las gracias, como yo se las he dado.

—Es usted muy bueno con nosotros — di-

jo ella con dulcísimo tono, tendiéndome la mano; — pero ya sabía yo que usted comprendería que todo era una equivocación.

—Señor Harley, — continuó Camber, — tengo el honor de presentarle a mi esposa. Este otro señor, Isolina, es el inspector Aylesbury, que desea hablar contigo un momento acerca de un asunto bastante doloroso.

—Ya sé, ya sé, — murmuró ella; — Ah-Tsong me lo ha contado.

Dilatáronse sus pupilas y miró horrorizada al inspector.

Debo hacer justicia a este último reconociendo que estaba visiblemente humillado por la delicada belleza de la joven que tenía delante, por su sencillez y por aquella infantilidad en el aspecto y en los modales, que habría despertado sentimientos de caballerosidad en el corazón del hombre más abyecto.

—Siento muchísimo, señora, — comenzó diciendo, — tener que molestarla con este asunto tan poco agradable; pero creo que anoche se despertó usted al estampido de un disparo.

—Sí, — repuso Isolina, mirándole fijamente, — así fué.

—¿Podría usted decirme a qué hora lo oyó?

—Ah-Tsong me dijo que eran más de las doce.

—¿Fué un estampido fuerte?

—Sí, debió serlo, cuando me despertó.

—Comprendo. ¿Cree que fué dentro de la casa?

—¡Oh, no!

—¿En el jardín?

—Realmente no podría asegurarlo, pero creo que debió ser más lejos.

—¿Y qué hizo usted?

—Toqué la campanilla para que viniera Ah-Tsong.

—¿Vino inmediatamente?

—Casi inmediatamente.

—¿Estaba vestido?

—No, lo que se llama vestido, no: se había puesto precipitadamente un sobretodo. Generalmente contesta en seguida que le llamo, como usted comprenderá.

—Comprendo. ¿Qué hizo usted entonces?

—Yo estaba algo alarmada, claro es, y le dije que fuese a ver si a mi marido le había ocurrido algo.

"Volvió diciéndome que Colin estaba escribiendo. Pero aquel estampido me había asustado mucho.

—Bien, señora; y ahora, ¿querría usted decirnos dónde se vieron por primera vez su esposo y el coronel Menéndez?

Al oir estas palabras palideció repentinamente la joven, y con acento altivo replicó:

—Que yo sepa no se han visto jamás.

—¿Podría usted jurarlo?

—Sí.

Creo que hasta aquel momento la joven no se había dado cuenta exacta de la situación; pero entonces algo en la voz del policía o acaso en nuestras miradas le reveló la verdad. Acercándose a su marido que se había sentado, le dirigió una mirada interrogadora y llena de dolor. El la tomó por el talle y la estrechó contra sí.

El comisario tosió y volvió a guardarse en el bolsillo su cuaderno de notas.

—Voy a echar una mirada al jardín, — dijo.

Confieso que desde aquel momento me inspiró más respeto. Harley y yo salimos tras él. En el vestíbulo estaba sentado un sargento de policía, y Ah-Tsong permanecía de pie junto a la puerta.

—Indíqueme por donde se va al jardín, — le ordenó el inspector.

Ah-Tsong le miró estúpidamente, en vista de la cual Pablo Harley le dijo algo en su idioma, rápidamente y a media voz, supongo que para que el inspector no lo notase.

—Estoy avergonzado, amigo Knox, — me confesó aparte; — el saber chino es algo indecoroso para cualquier inglés que no sea un tipo raro.

Poco después me encontraba de nuevo en aquel descuidado jardín del que tan desagradable recuerdo tenía.

El inspector lo miraba todo, dando la vuelta a la casa y murmurando algo para sí, como si se creyese a solas. Ante el pabellón que servía de despacho en verano se detuvo.

—¡Ah, comprendo! — dijo.

Lo que comprendía era harto evidente. La ventana de la derecha, bajo la cual había un banco fijo de madera, dominaba sin obstáculo ninguno todo el parterre de Cray's Folly. Podía verse claramente una mancha de luz sobre la parte alta del reloj de sol.

El inspector entró en la casita. Había allí un estante con unos cuantos libros, una mesa, una silla y algunos otros muebles muy usados. Miré a Harley, y ví que estaba contemplando, como hipnotizado, el panorama del valle. Observé que había un agente uniformado, de centinela en el primero de los peldaños que bajaban al parterre, pero no pude ver nada que justificase la contemplación de Harley. Bruscamente éste murmuró:

—Perdone un momento señor inspector.

Y pasando junto a Aylesbury, que estaba examinando lo que había en los estantes, se arrodilló en el banco de madera y miró con fijeza por la ventana, que estaba abierta.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco seis... ¡siete! — le oí decir. — ¡Dios mío! Esto puede explicarlo todo.

—¡Ah, comprendo! — dijo el inspector volviéndose hacia Harley, que seguía arrodillado. — Uno, dos, tres, y así sucesivamente, y todo podrá explicarse, ¿verdad? Si usted no tiene inconveniente, ya está bien explicado.

—¿De veras? — contestó Harley, poniéndose de pie, con los ojos chispeantes y el rostro ligeramente encendido. — ¿Cree usted que el caso es tan sencillo?

—¿Sencillo? — exclamó el inspector. — Lo que es, es el plan más ingenioso que se ha podido tramar jamás; pero puedo enorgullecerme de tener buen ojo.

—Perfectamente. — murmuró Harley:—

le felicito a usted, porque en estos tiempos hay muchos miopes. Naturalmente, habrá usted comprendido que el crimen ha sido cometido por Ah-Tsong.

Los ojos del comisario parecieron próximos a salirse de sus órbitas.

—¿Ah-Tsong? — exclamó. — ¿Ah-Tsong?

—Claro está, — continuó Harley, — de las tres personas que viven en Guest House, el chino es el único que pudo cometer el delito.

—Que pudo... que pudo, — gruñó el inspector; y guardó silencio, por no hallar otra cosa que decir.

—Repase usted las declaraciones, — prosiguió Harley fríamente: — la señora de Camber despierta al oír un tiro; en seguida llama al chino; hay un breve intervalo antes de que aparezca Ah-Tsong, y cuando, al fin, aparece lleva un sobretodo. Fíjese usted en este detalle: lleva un sobretodo. El chino baja al despacho y encuentra al señor Camber escribiendo. Ahora bien; Ah-Tsong duerme en un cuarto inmediato a la cocina, en el piso bajo. Hemos pasado por delante para salir al jardín. Naturalmente, usted ya se habrá fijado. Por consiguiente, queda eliminado el señor Camber de nuestra lista de sospechosos.

El inspector se ponía rojo por momentos, pero antes de que pudiera hablar, Harley continuó:

—La primera de estas tres personas en oír un tiro disparado en el jardín, debiera haber sido Ah-Tsong y no la señora, que duerme arriba y en la parte de la fachada. Si lo hubiera disparado el señor Camber, desde este sitio en que estamos, habría estado en el jardín en el momento en que su esposa llamaba al chino; por consiguiente, habría tenido que volver desde el final del jardín hasta su despacho, y haber pasado por delante del cuarto del chino, sin que éste le oyese, en el breve tiempo transcurrido desde que sonó la campanilla hasta que subió Ah-Tsong. Reconozco que esto es imposible. Queda una alternativa: que entrase mientras Ah-Tsong, en el piso de arriba, estaba recibiendo órdenes de su patrona. Reconozco que también esto es imposible. Debemos, por tanto, eliminar al señor Camber de este suceso, como antes dije.

—¡Eliminar, eliminar! — exclamó el inspector recobrando al fin el habla. — ¿Cree usted que a mí se me confunde fácilmente con toda esa palabrería? Permítame que le recuerde, señor mío, que no tiene usted la menor relación oficial con este asunto.

—Ya me lo había usted indicado, señor; pero no creo hacer ningún daño ejercitando un poco mis facultades.

Harley hablaba sin el menor resentimiento, y yo, que le conocía bien, comprendí que estaba contento. Indudablemente, había encontrado una clave.

—Debo añadir, señor inspector, — prosiguió, — que, pensándolo mejor, también he descontado de la lista al chino. Me he fijado que tiene mutilados el pulgar y el índice de la mano derecha, y todavía no he conocido ningún tirador capaz de dar a un hombre en el entrecejo, a la luz de la luna y a cien varas, apretando el gatillo con el tercer dedo. Hay otros detalles, pero con éstos basta para demostrarle a usted que el caso es un poco más complicado de lo que usted se figuraba.

El inspector no se dignó contestar, o no supo qué decir. Nos volvió la espalda y se dirigió de nuevo a la casa.

CAPITULO XXIV

Medidas policiales

REGRESAMOS al despacho y vimos a la señora sentada junto a su esposo. El inspector se detuvo un momento en la puerta, y luego, volviendo al vestíbulo, dijo al sargento que allí esperaba:

—¡Butler!

—¡Ordene!

—Vaya a la puerta y dígale a Edson que le releve; tiene usted que ir a la comisaría.

—Está bien.

Comprendí lo que iba a ocurrir. Cuando el inspector entró en el despacho, Pablo Harley dijo tranquilamente:

—Desearía manifestar una cosa.

El inspector frunció el ceño y, hundiendo la barba, le miró con enojo, diciéndole:

—No le he invitado a usted a hacer manifestación alguna, señor Harley.

—Cierto, — repuso éste, — pero la hago voluntariamente, y es ésta: Veo que se dispone usted a adoptar medidas importantes, y como yo también me propongo adoptar ciertas medidas, quisiera rogar a usted, por su propio interés, que demorase cualquier paso lo menos por veinticuatro horas.

—No está mal, — dijo sarcásticamente el otro.

—Bien, señor; no conoce usted este caso a fondo, y puedo asegurarle que su aparente sencillez es engañosa. Cuando vaya usted conociendo nuevos hechos, reconocerá que tengo razón, y si adopta usted ahora cualquier medida, es fácil que se apresure demasiado. Puedo poner a su disposición todos los datos que poseo; pero le aviso que antes es necesario que intervenga la policía de Scotland Yard. Por lo tanto, y ya que usted ha rechazado mi colaboración, podría usted obtener la del comisario Wessex, del Departamento de Investigaciones en lo Criminal. En una palabra, este asunto no es para un hombre solo. Pudiera usted hacer deducciones erróneas y ocasionar un perjuicio innecesario a personas inocentes.

—¿Ha terminado usted? — preguntó el inspector.

—Por ahora no tengo más que añadir.

—Comprendo. Está muy bien. Entonces, podemos proceder; con su permiso, claro está, señor Harley.

Colocándose delante de la chimenea, el inspector se irguió, tieso, adoptando el aire más oficial posible. Isolina le miraba con espanto. Camber, aunque extraordinariamente pálido, parecía muy tranquilo.

—Resulta, señor Camber, — dijo el de policía, — que sus respuestas a las preguntas

que le he hecho, me parecen muy poco satisfactorias.

—Lo lamento, — dijo Colin Camber, sin inmutarse.

—Un momento, señor inspector, — interrumpió Pablo Harley; — no ha hecho usted al señor Camber la advertencia que ordenan nuestras leyes.

Al oír aquellas palabras, la cólera, largo tiempo contenida, del inspector, estalló de una vez.

—¡A usted sí que le advierto, — gritó, — que me está molestando! ¡Una palabra más, y le hago salir de esta casa!

—Pues así y todo voy a arriesgar algunas palabras más: — continuó Harley, imperturbable; y volviéndose a Colin Camber, le dijo: — Debo notificar a usted, caballero, que soy abogado, aunque rara vez ejerzo. ¿Me autoriza usted para que, desinteresadamente, me encargue de su defensa?

—Mil gracias, señor Harley; confío este asunto enojoso a sus manos con entera fe.

Y, levantándose, Camber hizo una grave reverencia.

La expresión de la cara del inspector no era para descrita; como reconocía su incapacidad intelectual, me daba casi lástima. Sin embargo, debía tener mucha confianza en sí mismo, porque se apresuró a decir, con cierta aspereza en la voz:

—Supongo, señor Harley, que ya se ha salido usted con su gusto; pero yo también conozco mi deber, y no temo cumplirlo. Y ahora, señor Camber, ¿es cierto o no que anoche, a eso de las doce?...

—Haga usted la advertencia legal al acusado, — insistió Harley.

El inspector profirió un gruñido, pero dijo:

—Debo advertir a usted, en cumplimiento de la ley, que sus respuestas se considerarán como declaración para los efectos legales. Y ahora repito: ¿es cierto o no que anoche, a eso de las doce, hizo usted fuego contra el coronel don Juan Menéndez, con intención de asesinarle?

Isolina dió un salto y se colgó del brazo de su marido, como para atraerlo hacia sí.

—No es cierto, — repuso el norteamericano con absoluta calma.

—Sin embargo, — continuó Aylesbury, mirando ferozmente a Pablo Harley mientras hablaba, — tengo que detenerle a usted mientras se prosiguen las indagaciones.

Colin Camber inclinó la cabeza.

—Está bien, — dijo; — usted no hace más que cumplir su obligación.

Los delicados dedos que oprimían su brazo se entreabrieron, y la esposa amante, lanzando un hondo suspiro, cayó a sus pies desvanecida.

—¡Isolina, Isolina! — murmuró Camber; y alzando en sus brazos aquel cuerpo infantil, añadió: — Si hace usted el favor de abrir, señor Knox, llevaré a mi esposa a su cuarto.

Me precipité hacia la puerta y la abrí de par en par.

El norteamericano, pálido como un cadáver, pero con la cabeza alta, avanzó con su triste carga. El inspector, sin comprender la expresión que se pintaba en el rostro de Camber, avanzó también, gritando con brusquedad:

—¡Que atienda otro a la señora! ¡Usted debe quedarse aquí!

Y ya casi había puesto la mano en el hombro de Camber, cuando el brazo de Harley se atravesó como una barrera en su camino, mientras el norteamericano seguía avanzando. Por un momento volvió la cabeza, y vi en sus ojos un brillo extraño.

—Gracias, señor Harley, — dijo, y sacó a su esposa de la habitación.

Harley dejó caer el brazo y, volviéndose hacia la ventana, se puso a mirar afuera. Aylesbury corrió a la puerta, gritando:

—¡Sargento! No me pierda de vista a ese hombre. Tiene que volver aquí inmediatamente.

Oí las pisadas del sargento que seguía a Camber escalera arriba, y en seguida reapareció en la puerta la enorme figura del inspector, que, entrando y cerrando, dijo a mi amigo:

—Muy bien, señor Harley; según acabo de oír, es usted abogado. Si es así, supongo sabrá usted que acaba de poner resistencia y entorpecimientos a un representante de la ley en el cumplimiento de su deber.

Pablo Harley giró sobre sus talones.

—¿Eso es una acusación, — preguntó, — o sólo es un aviso?

Contempláronse mutuamente con feroz mirada, y el inspector prosiguió:

—De aquí en adelante no tendré nada que ver con usted, señor Harley. Por de pronto, ya le he puesto a usted en mi lista negra; pero, además, le ruego se dedique usted a sus asuntos y me deje a mí con los míos.

—Desde el primer momento, — repuso Harley, recobrando su buen humor, — he hecho todo lo posible por agradarle a usted; pero usted ha rechazado mi ayuda, y por fin, basándose en los más inseguros indicios, ha detenido usted a un inocente.

—¡Ah, comprendo! ¿Con que es un inocente, eh?

—A un inocente, señor ¡Hay tantos detalles en que usted no se ha fijado! Por ejemplo, ¿supone usted seriamente que el señor Camber se va a haber estado, noche tras noche, esperando a que al coronel Menéndez se le ocurriese aparecer en los jardines de Cray's Folly?

—Claro que no; pero eso ya está explicado.

—¿De veras? Es interesante.

—El señor Camber tiene un cómplice dentro de Cray's Folly.

—¿Cómo? — exclamó con verdadera expresión de interés en la mirada de sus ojos grises.

—Sí, tiene un cómplice, — repitió el inspector. — Cierta testigo se ha estado resistiendo a mencionar el nombre de madame Camber. Sólo después de un interrogatorio muy hábil conseguí sacárselo. Anoche, el coronel no se acostó, ni tampoco esa testigo. Ella sabe, sin duda alguna, por qué estaba el coronel Menéndez paseando por el jardín a media noche.

Creo que al principio esta estupenda insi-

tuación no penetró por completo en mi mente; pero cuando, de pronto la comprendí, me sentí galvanizado, y saltando de mi silla exclamé, ardiendo en ira:

—¡Eso es una infamia!

Aquello colmó la medida. Aylesbury se acercó a la puerta, la abrió de nuevo y volviéndose a mí, me dijo:

—Haga usted el favor de salir de esta casa, señor Knox. Voy a ordenar un registro, y no quiero personas extrañas delante.

Le hubiera estrangulado de buena gana; pero rabioso y todo, tuve la serenidad bastante para no darle pie para que hiciese lo que hubiera sido muy capaz de hacer en aquel momento.

Sin decir palabra salí del despacho, tomé mi sombrero y mi bastón y por la puerta principal salí de aquella casa, de la que por segunda vez era ignominiosamente despedido.

Esta coincidencia, acudiendo a mi mente en el momento de salir, no dejó de producirme cierta sensación de buen humor, ese don divino que ha salvado a tantos hombres de la desesperación o de algo peor. Me sentía como un niño a quien echan de clase por una travesura, y celebré poder reirme a mis anchas.

Un agente vigilaba en la puerta, y me miró con aire sospechoso. Sin duda observó la ironía de mi sonrisa.

Salí del jardín, ante cuya puerta había un automóvil parado, y al detenerme para encender un cigarrillo oí que la puerta de la casa se abría y se cerraba de nuevo. Me volví. Era Pablo Harley, que se reunió conmigo.

—Ahora, amigo Knox, — me dijo bruscamente, — tenemos más de lo que quisiéramos.

—Mi querido Harley, estoy furioso y asombrado. Demasiado furioso y demasiado asombrado para comprender nada.

—Pues yo lo comprendo todo. Creo que me convertiría en asesino si me viese obligado a estar mucho tiempo en compañía de ese inspector. Por supuesto, la prisión de Colin Camber ya la había yo previsto, y temo que ocurra algo peor.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente que, como no se encuentre al verdadero asesino, no sé en qué se pueda basar la defensa.

—Yo creía habías demostrado ya que no pudo ser él quien hizo el disparo.

—Palabras, Knox, nada más que palabras. Yo mismo podría encontrar una docena de puntos débiles en mi argumentación. Sólo quería ver si retrasaba lo inevitable. Repito que aún puede ocurrir algo peor. Tenemos que hacer en seguida dos cosas.

—¿Cuáles?

—Ante todo convencer al individuo que está de centinela para que nos deje examinar el parterre, y luego ir a ver al jefe de Policía, sea quien fuere, y hacerle ver la conveniencia de recurrir a Scotland Yard. Con Wessex metido en este asunto tendríamos alguna esperanza; mientras sea ese desastroso Aylesbury quien se encargue de el, no hay ninguna.

—¿Pero has oído lo que ha dicho de la señorita Beverley?

Ibamos de prisa por la carretera, y Harley hizo un gesto afirmativo.

—Lo he oído, — me dijo, — y lo esperaba. Esa luminosa idea se le ocurrió anoche mismo, y como tiene pocas ideas, se encariña con ellas. Como el jefe de Policía se parezca al inspector, sabe Dios lo que vamos a tener que hacer.

—Supongo, Harley, que estás convencido de la inocencia de Colin Camber.

Harley no contestó en seguida; pero al mirarle yo con alguna ansiedad, repuso:

—Colin Camber es un tipo tan sigular, que no me atrevo a decir de que es o no capaz. El mejor argumento en su favor es éste: que es un hombre extraordinariamente inteligente. Para semejante hombre, el planear este crimen habría sido un juego, un verdadero juego, Knox. ¿Cómo vamos a creer que le hubiese fallado su genio en el detalle más esencial, en la coartada?

—Tienes razón.

—Tal creo; de modo que, si consideramos a Camber un asesino, hemos de admitir que el crimen fué cometido en un arrebato de pasión. Pero esto sostengo que es imposible de todo punto. Eso no ha sido cosa de un arrebato.

—Estamos conformes

—Ahora bien, creo que la investigación va a concentrarse sobre un punto muy delicado. Si me equivoco, entonces me equivoco en todo lo que pienso sobre este caso. ¿Has considerado el cúmulo de pruebas en contra de Colin Camber?

—Sí, Harley; lo he considerado.

—Piensa lo mucho que nosotros sabemos, y que el inspector no sabe todavía. No hay dato que no confirme las sospechas; sería imposible encontrar un caso más claro; pero eso mismo me da esperanzas. Donde un Aylesbury puede correr, yo temo dar un solo paso. En una palabra, está todo demasiado claro. Sin embargo, Knox, he fracasado una vez, he fracasado desastrosamente, y pudiera ser que en mi deseo de justificarme esté yo buscando dificultades donde realmente no las hayan

CAPITULO XXV

La teoría de Aylesbury

ANDABAN personas extrañas en torno de Cray's Folly y desarrollaban una actividad furtiva que sugería horribles ideas. En vez de dar la vuelta por el camino, habíamos tomado por la parte de la puerta del fondo, que daba a una senda a través del campo. Era el camino que yo seguí el día de mi visita a "la Rama de Espliego". Allí, otra puerta daba acceso al jardín precisamente frente al lago, y al cruzar el valle para llegar a las praderas escalonadas, vi en la galería caras desconocidas, y comprendí que se llevaban a cabo los enojosos trámites de lev.

Yo rabiaba para hablar con Valentina y saber qué había ocurrido en su entrevista con el inspector, pero Harley me llevó hacia la parte de la torre, y por un tortuoso sendero a través de los redodendros, llegamos a la entrada del parterre.

Harley iba a bajar el primer peldaño, cuando el agente que allí había le detuvo, diciendo:

—Perdone señor, pero tengo orden de que no pase nadie a esta parte del jardín.

—¡Ah! — dijo Harley, deteniéndose; — Pero yo estoy aquí en funciones; me llamo Pablo Harley.

—Lo siento, señor; pero debe usted hablar antes con el señor inspector.

Mi amigo profirió una exclamación de impaciencia, pero volviendo sobre sus pasos, murmuró:

—Bien; acato lo dispuesto. Nuestro amigo Aylesbury, querido Knox, va resultando excesivamente insufrible. Vamos a perder un tiempo precioso.

—¿Qué pensabas hacer?

—Poner a prueba mi teoría, pero como no podemos perder ni un momento, lo haré por otro camino.

Y se dirigió por el arco de boj, hacia el patio. Manuel acababa de abrir la puerta a un personaje de aspecto fúnebre, que resultó ser el escribiente del Juzgado.

—Manuel, — le dijo Harley, — di a Carter que traiga en seguida el automóvil.

—Voy, señor.

—No tengo tiempo de llamar al mío, — me explicó mi amigo.

—¿Adónde vas?

—A ver al jefe de policía. Hay que cortarle el paso a ese Aylesbury a toda costa. Si con el jefe de policía fracaso, no vacilaré en acudir más alto. Voy hacia el garage. Creo que no estaré ausente más de una hora. Entre tanto, procura, como mejor puedas, que el inspector no hable con las señoras. ¿Me comprendes?

—Perfectamente, pero eso no será fácil.

—Seguramente, — dijo, sonriendo a pesar suyo. — ¡Cómo vas a arrepentirte de no habernos ido de pesca!

Y se alejó, con su peculiar viveza, abandonando su aire de soñadora abstracción. Comprendía que su reputación estaba en peligro, y yo me pregunté si, al tratar de salvar a Colin Camber, lo haría convencido de su inocencia o sólo como un jugador que arriesga su última moneda, amargado por su reciente fracaso. Esto no me parecía propio de él; pero, dejando a un lado las encantadoras maneras de Colin Camber y la dramática dulzura de su joven esposa, había que reconocer que el ambiente que rodeaba al norteamericano se presentaba muy tenebroso.

Preocupado con estos pensamientos y con otros no menos tristes, dirigíame hacia la biblioteca, sin saber qué partido tomar, cuando vi a Valentina Beverley que venía por el corredor que comunicaba con la habitación de madame de Stamer.

En sus ojos leí una alegría de verme que hizo latir más apresuradamente mi corazón.

—¡Oh, señor Knox! — exclamó; — ¡Qué contenta estoy de que haya vuelto! Dígame todo lo que ha ocurrido, pues temo que en cierto modo sea yo la responsable.

No pude menos de contestarle con un gesto afirmativo.

—¿Entonces usted sabe, — le dije — a dónde ha ido el inspector después de hablar con usted?

Me miró con aire de sufrimiento, murmurando:

—A Guest House, seguramente.

—Sí, — dije; — llegó poco después que nosotros.

—¿Y... — vaciló en preguntar, — y el señor Camber?

—Acaba de ser detenido.

—¡Oh! Crea que me maldeciría a mí misma. ¿Pero qué iba yo a hacer ni a decir?

—Cuéntemelo usted todo, — le dije con tono de orden; — ¿qué le preguntó a usted el inspector?

—Evidentemente, — contestó la joven, — él ya sabía, tal vez por algún sirviente, que había cierta enemistad entre el señor Camber y el coronel. Me preguntó si yo sabía algo de ello, y no tuve más remedio que decir que sí; pero cuando le aseguré que ignoraba la causa, no me creyó.

—No, — dije; — para él toda declaración que no esté de acuerdo con sus teorías preconcebidas es falsa.

—Yo diría, — continuó Valentina, — que él cree, no sé por qué, que yo conozco íntimamente al señor Camber. Naturalmente, yo ni siquiera le he hablado jamás, aunque cuando le he encontrado alguna vez en el camino, él me ha saludado siempre con una cortesía realmente encantadora. ¡Oh, señor Knox, qué horrible es pensar en la desgracia que ha caído sobre esa pobre gente! ¿Y su esposa, qué hizo?

—¡Pobre joven! — repuse. — Ha sido para ella un golpe espantoso.

—Quisiera poder hacer algo en seguida,— dijo Valentina con viveza, — ir a verla, ir a consolarla, si es posible. Mi corazón me dice que su marido es inocente. Ella parece tan dulce. Desde la primera vez, que la vi hubiera querido hablar con ella.

Como habrá podido apreciarlo el lector, "Ala de Vampiro" es una obra excepcional que merece ocupar el sitio que ocupa en las páginas de "Pucky", aún cuando su extraordinaria extensión obligue a dividirla en varios números. Para evitar que los nuevos lectores puedan lamentar no haber leído lo anterior, en el número próximo se publicará un resumen conciso y explicativo que permita leer lo que se publique — y entenderlo, — sin echar de menos la lectura de lo que precede.

POR LAS PAGINAS DE LA HISTORIA

ANÉCDOTAS INTERESANTES

RECHAZANDO LA MENTIRA

En una ocasión en que Alejandro el Grande navegaba por el Eufrates, Aristóbulo, su historiógrafo, le leía el diario de su expedición a la India.

Había mezclados hechos falsos a la verdad de la narración, y Alejandro, indignado, le arrancó el manuscrito de la mano y lo arrojó al agua, diciendo:

—Lo mismo debería hacer contigo por atreverte a tribuir falsas hazañas a Alejandro.

Estando enfermo le escribieron que Filipo, su médico, trataba de envenenarle; pero Alejandro presentó al médico la carta acusadora al mismo tiempo que tomaba la bebida que le había preparado.

✣ ✣ ✣

GALANTERIA MARROQUI

La princesa de Conti, hija de Luis XVI de Francia, se lamentaba hablando con el embajador de Marruecos, de que los mahometanos pudiesen tener varias mujeres.

—Señora — replicó galantemente el embajador, — la poligamia sólo se permite entre nosotros, porque tenemos necesidad de varias mujeres para poder reunir las cualidades que aquí se encuentran en una sola.

✣ ✣ ✣

EL CRITERIO DE UNA ESPOSA

Sofía Dorotea de Zelle, una de las princesas más hermosas y amables de su tiempo, casó por razones de Estado con su primo Hannover que fué, más tarde, rey de Inglaterra. Sospechando éste de que su mujer no desoía los galanteos de un señor de la corte, con suficiente energía, la encerró en un castillo, después de dar muerte al caballero de quien sospechaba.

Algunas personas se acercaron a ella, dándole a entender que acaso no fuera difícil una reconciliación, pero Sofía contestó:

—¡Qué no se haga ilusiones mi marido! Si sus sospechas fueron ciertas, sería indigno de él, y si no lo son, él es indigno de mí!

✣ ✣ ✣

CUENTA REDONDA

El famoso músico Gluck, pasando un día por la calle de Saint Honoré de París, rompió sin querer un cristal de la puerta de una tienda, que valía un franco. Gluck se apresuró a indemnizar el daño y entregó una moneda de dos francos al comerciante, el cual le dijo:

—El caso es que no tengo un franco suelto para darle la vuelta. Saldré a cambiar...

—No... no se moleste, — repitió Gluck, — romperé otro y cuenta redonda.

LA SERENIDAD DE UN GENERAL

Irritado por cierta falta de disciplina de un subalterno, el general Pellissier, duque de Malakoff, le descargó un bastonazo. El oficial no pudo contenerse y le disparó su pistola. Por fortuna falló el tiro. Entonces el general le dijo con la mayor sangre fría:

—Caballero oficial, quedais arrestado por no tener vuestras armas corrientes.

✣ ✣ ✣

PASABA GENTE CONOCIDA

Un joven aficionado a las letras escribió una tragedia, imitando obras que había leído y tomando de aquí y de allí versos enteros.

El poeta Piron le escuchaba leer pacientemente, pero a cada instante se echaba mano al sombrero y hacía una reverencia.

Hubo de notar el autor de la obra estos frecuentes saludos de Piron durante la lectura, y se decidió a preguntarle la razón.

El autor de la "Metromanía" le contestó:

—Es tan sólo por un deber de cortesía, amigo mío. Tengo la costumbre de saludar siempre que pasa algún conocido, ¡y hay tantos en esa tragedia!

✣ ✣ ✣

ORIGEN DE UNA BIBLIOTECA

La biblioteca de Carlos V, rey de Francia, llamado "el sabio", constaba, cuando él subió al trono, de veinte volúmenes. Dejó, al morir, novecientos, que hizo conducir al Louvre y que fueron la base de la Biblioteca Nacional de París, considerada en nuestra época como una de las mejores del mundo.

✣ ✣ ✣

LA MISION DE PADRE

Agesilao, rey de Esparta, a quien sus expediciones militares dieron celebridad, era padre buenísimo y uno de sus mayores placeres consistía en jugar con sus hijos. Una vez estaba corriendo llevando a caballo a uno de sus hijos, entró un amigo y se sorprendió al ver la escena.

—Amigo mío — le dijo el rey sonriendo— no cuentes a nadie lo que has visto hasta que seas padre como yo.

✣ ✣ ✣

CONTRA LA ADULACION

Alejandro el Grande, naturalmente liberal y magnánimo, despreció siempre a los aduladores.

—¡Qué felicidad, — decía, — si resucitase dentro de algunos años para saber lo que se dice de mí! Ahora no me admiro de que todos me alaben; los unos temen, los otros esperan!

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

2ª Quincena de
Diciembre 1922

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO II. PUBLICACION QUINCENAL No. 24.

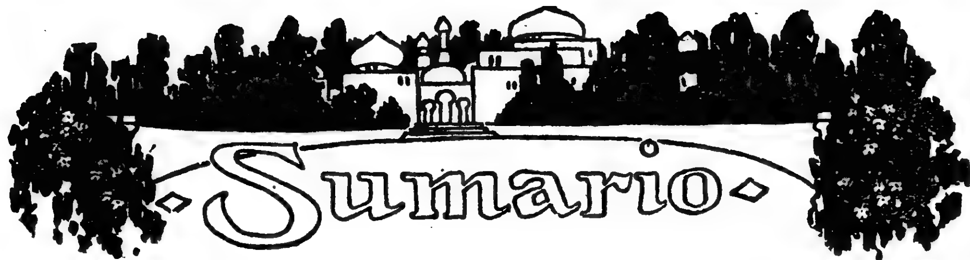


No deje de leer en este número:

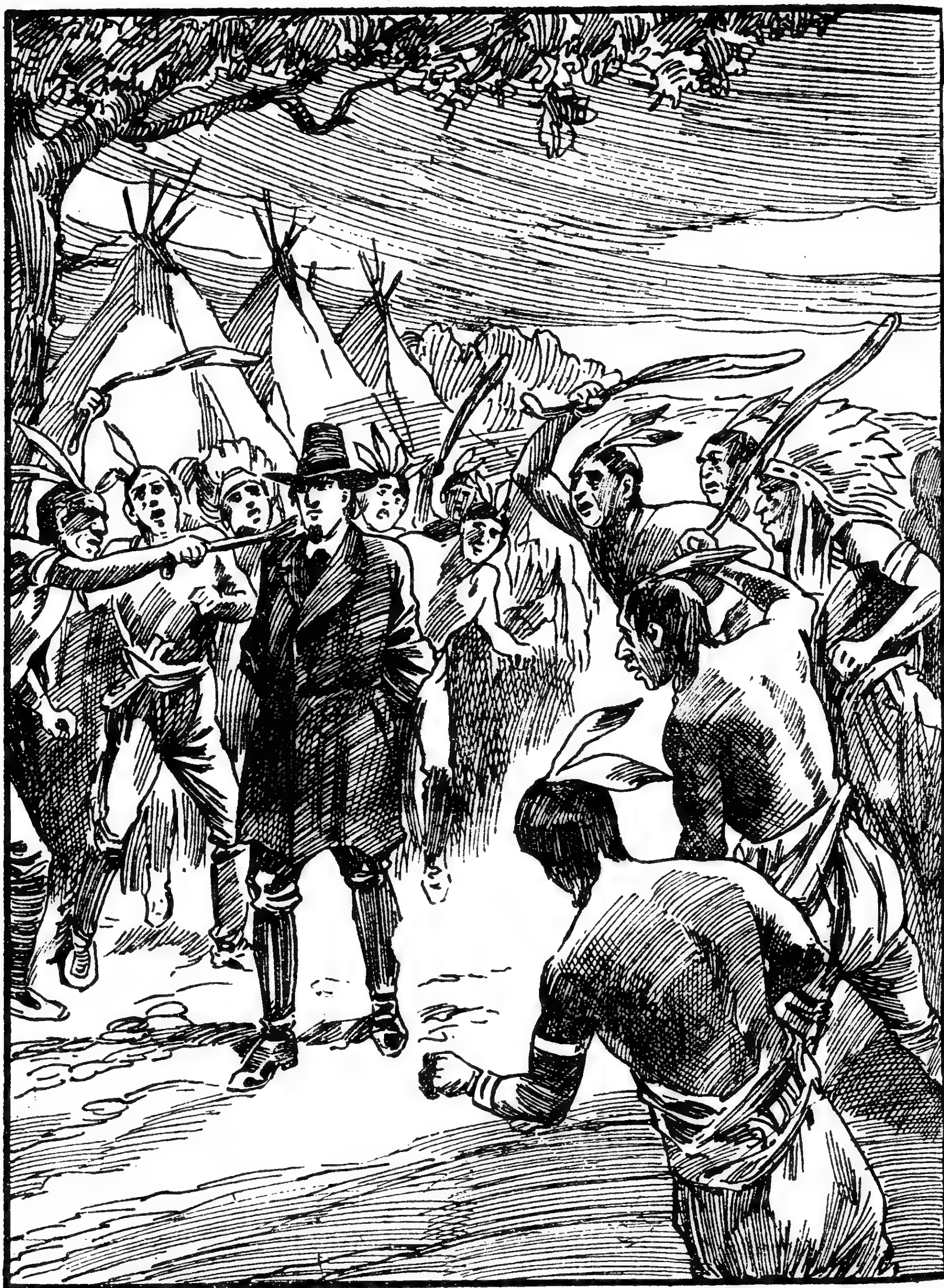
EL SECRETO DEL INDIO

o EL CAÑON PERDIDO

Emocionante aventura en la que interviene el famoso "scout" BUFFALO BILL.


Sumario


Sumario



Pablo el cuáquero pasó tranquilo, lentamente, sin hacer movimiento ninguno para evitar los golpes de las tiras de cuero. ("El Secreto del Indio" o "El Cañón Perdido", Capítulo I.)



El Secreto del Indio o El Cañon Perdido

Extensa y completa novela de aventuras en el Salvaje Oeste, en la que figura el famoso "scout" BUFFALO BILL y en la que aparece Pablo el Cuáquero, un tipo tan original como interesante.

CAPITULO I

Sometido a un castigo realmente cruel. — Búfalo Bill se encuentra con un viejo amigo. —

EL crepúsculo, el caluroso y sofocante crepúsculo del verano indio, iba extendiéndose sobre la amplia y libre pradera y de las altas copas de los abetos que bordeaban el río, se elevaban pequeñas y azuladas columnas de humo. Por entre los altos árboles se podían divisar las adornadas tiendas de un campamento de indios pieles rojas, y también se notaba la presencia de los fuertes caballos que utilizaban para sus excursiones de caza. Aquel río señalaba las fronteras de la verdadera región de los pieles rojas y pasando al lado Oeste del curso de agua existía un gran peligro para los blancos.

Muchos eran los pieles rojas que se encontraban reunidos allí, pues la gran cantidad de sus tiendas así lo demostraba; y el hecho de que llevasen con ellos las tiendas para formar campamento indicaba que lo que realizaban era una excursión cuyo objeto era cazar búfalos.

En aquella época había siempre temporadas durante las cuales el hacha de guerra permanecía enterrada; pero aun cuando la paz había sido proclamada entre los blancos y los rojos, la inevitable e inexorable lucha nunca quedaba abolida en absoluto.

En la parte en que el bosque llegaba a la orilla del río, comenzaba un bien definido camino, y en aquellos momentos llegaron hasta él, desde el campamento, ruidos y voces, y en la parte que quedaba libre en el centro, una cantidad de pieles rojas se había reunido gritando y saludando con gritos de guerra la aparición de alguien a quien esperaban.

Las bronceadas figuras, bailaban y saltaban y se fueron extendiendo poco a poco por la orilla del río.

Al otro lado de éste, donde las aguas corrían mansamente, había un hombre oculto entre la maleza que había apartado cuidadosamente para observar con mayor comodidad el campamento. Doscientas yardas más allá, en una depresión formada en la pradera, esperaba pacientemente un caballo ensillado, cuyas riendas estaban caídas. El hombre oculto entre el matorral, vestía como los cazadores de búfalos, es decir, camisa de cuello abierto, pantalón de cuero y en el cinto, un fuerte cuchillo de monte. A su lado se veía un rifle de repetición, de buena calidad, pero que, según podía notarse, tenía muchos años de rudo servicio.

El hombre parecía estar perfectamente tranquilo en aquel sitio; apoyaba su fuerte mandíbula en la palma de la mano, mientras sus ojos de color del acero, observaban la escena que se desarrollaba ante él.

—¿Qué demonios irán a hacer por aquí esos pícaros? — murmuró. — No ostentan sus plumas de guerra. Me parece que es un grupo de cazadores. Pero cualquiera diría que pasa algo extraordinario.

El grupo de indios que se había formado en medio del círculo de tiendas había ido en aumento como si todos los hombres del campamento se hubieran dado cita en el camino, y el observador notó que se dividían en dos largas filas, rectas y que cada una de esas filas tomaba posición a lo largo del camino que llegaba hasta el río. Durante un momento el objeto de esta maniobra escapó a la perspicacia del hombre oculto; luego, cuando observó más detenidamente, notó en las filas un movimiento indicador de lo que iba a ocurrir. Todos aquellos hombres iban armados con largas tiras de cuero parecidas, por su forma, a cinturones; algunos llevaban las correas que utilizaban para manear a sus cabalgaduras.

Uno tras otro, los hombres de la doble fila de indios comenzó a hacer molinetes en el aire con el trozo de cuero y a lanzar esos gritos de guerra que sólo la garganta de un piel roja puede emitir.

—Me parece que me estoy dando cuenta de lo que ocurre. Van a dar de azotes a alguno. Sin duda uno de los de su tribu que ha cometido una falta y ra sido condenado.

No era aquella la primera vez que aquel tranquilo cazador de búfalos era amigo de

una escena como la que se desarrollaba bajo los árboles. Con frecuencia alguna tribu de indios consideraba necesario expulsar a uno de los suyos del campamento, y era muy usual agregar a la degradación e ignominia una carrera de azotes, obligando al culpable a pasar por entre la doble fila de sus hermanos, formados como en aquella ocasión; cada uno de los hombres le golpeaba, al pasar, con el trozo de cuero.

Otro grito que partió de las filas de los pieles rojas llamó la atención del observador hacia el lado del campamento. Entonces vió avanzar de entre el grupo de tiendas a un par de indios viejos y entre estos dos, caminando despacio, una figura vestida de negro. Al verla, el observador experimentó un estremecimiento que le aceleró la circulación de la sangre en las venas.

—¡Por el cielo! — exclamó. — ¡No es un indio!

La oscuridad iba acrecentándose y el hombre que se encontraba entre el matorral no podía distinguir con claridad lo que ocurría. Pero no dejó de ver que la persona que tranquilamente caminaba entre los pieles rojas, no era uno de esa raza. No llevaba sombrero y el observador pudo ver que tenía el cabello peinado hacia atrás, y caía luego sobre sus hombros. Notó que el hombre llevaba el sombrero en la mano y que el sombrero era de anchas alas y de copa alta, de forma muy original.

Cuando las tres figuras avanzaron, sonó otro grito del lado donde esperaban los indios, y comenzaron de nuevo a remolinear los cinturones.

—¡Diablo! ¡Es un blanco y van a hacerle sufrir la pena de azotes!

Casi instintivamente, el cazador de búfalos tomó su rifle y lo examinó. La carga estaba completa y por un momento se contrajeron sus mandíbulas fuertes como si fueran de acero.

Pero no tardó en decidirse por una actitud de prudencia. Vió que el hombre que iba entre los otros no estaba atado. No se notaba arma ninguna en poder de los que esperaban, ni de los que le acompañaban. Hubiera sido muy fácil para el cazador de búfalos, oculto como estaba entre el matorral, abrir el fuego contra la doble fila de danzantes y gesticuladoras siluetas, pero aun cuando hubiera dado muerte o tres o cuatro y hubiera rescatado a su víctima, no dejaba de reconocer que tal vez, con ello, diese motivo para que se desencadenase una nueva y sangrienta guerra.

Durante tres meses había reinado la paz en aquellas turbulentas fronteras, y aun cuando comenzaban a circular rumores de que los indios trataban de iniciar una serie de atentados, hubiera sido una locura, de parte de un hombre blanco, dar, deliberadamente, pretexto para originar otra tormenta.

—Es posible que ese hombre haya cometido algún delito y, de todos modos, me parece que toma, lo que le pasa, con mucha calma. Lo que no me explico es que los pieles rojas hagan semejante cosa con un hombre blanco. Lo mejor es que no me mueva y observe. Si hiciera fuego, las consecuencias serían tal vez muy graves, y mi acción pudiera ser la chispa que encendiera la hoguera de la guerra.

Sabía que a veinte millas de allí estaba la pequeña ciudad de Deadwood, y que si él disparaba su rifle contra los indios, era más que probable que éstos marcharan cruzando la pradera y fueran contra la ciudad, en la que pondrían en práctica su costumbre de castigar la muerte de uno de los suyos, dando fin y martirizando a muchos blancos, por muy inocentes que fueran. Por esta razón el cazador de búfalos dejó el rifle en el suelo, a su lado, y con el ceño fruncido, siguió observando lo que pasaba.

La elevada figura del supuesto condenado había llegado al final del camino y el observador vió que miraba a sus dos acompañantes. Luego, cuando éstos se apartaron, el otro se encasquetó el sombrero y, cruzando las manos a la espalda, echó a andar con calma por el espacio que quedaba libre.

No había nerviosidad ni precipitación en sus movimientos, y en cuanto estuvo frente a los dos hombres del extremo de la fila, comenzaron a golpearle con fuerza. Pasó tranquilo, lentamente, sin hacer movimiento ninguno para evitar los golpes de las tiras de cuero. Desde el lugar en que se encontraba, oculto entre la maleza, pudo oir el observador el chasquido de las correas cuando daban en los hombros o en las espaldas del otro con incesante golpear. Uno o dos indios rompieron la fila y se acercaron para seguir tras él golpeando. Pero una enérgica voz de mando los hizo volver a su sitio en seguida.

Los dos indios viejos que habían acompañado al hombre, corrieron por entre las filas y fueron los que obligaron a los otros a volver a su sitio.

Y de nuevo la reposada figura volvió a avanzar exactamente por el centro del camino, con la cabeza levantada y las manos cruzadas a la espalda.

—¡Por el cielo! ¡Quién quiera que sea, es todo un hombre! — murmuró el que observaba, haciendo un gesto de asombro.

El desconocido se encontraba entonces como a dos tercios del recorrido total de la doble fila de indios y los chillidos y exclamaciones que llegaban a oidos del que estaba oculto entre el matorral, contrastaban con la admirable serenidad el hombre de cabello gris, cuya conducta parecía haberlos decepcionado. Hubieran, seguramente preferido los otros que el sentenciado hubiese corrido de un lado a otro, esquivando los golpes, dominado por el terror, a fin de poder perseguirlo, burlarse de él y pasar así un rato de salvaje diversión. Pero aquel hombre parecía caminar entre ellos sin hacer caso de su presencia, y sin que los golpes le hiciesen acelerar el paso en lo más mínimo

El que observaba la escena no dejaba de comprender que, a pesar de su aparetne impasibilidad, el hombre debía tener los hombros y la espalda amoratados y sangrando, y que cada nuevo golpe acrecentaba su martirio. Casi máquinalmente, el observador se quitó el sombrero y lo arrojó con furia al suelo.

—¡Ese sí que es un hombre! — repitió.— ¡Por el cielo; es todo un hombre!

La figura, medio envuelta por el polvo, continuó su marcha y, por último, el doloroso suplicio llegó a su fin.

Tal vez a consecuencia de la impasible actitud del condenado, quizás porque su diversión había fracasado ante aquel hombre, fuerte como el bronce, el hecho fué que, tan pronto como éste terminó su recorrido, los indios se dispersaron y, echando a correr, desaparecieron entre los árboles.

El polvo que envolvía a la figura del condenado se asentó pronto y la alta silueta, cargada de espaldas, coronada por el ancho sombrero negro, continuó su marcha por el camino sin volver la cabeza ni a la derecha ni a la izquierda.

—¡Diablo! ¡Son ellos los más flojos! — murmuró el que miraba. — Abandonan el campo antes que su víctima. No he visto jamás que un indio salvaje deje la partida en una forma tan repentina. Han huido lo mismo que cobardes coyotes. Voy a ver quién es ese personaje original.

Observó al otro, que seguía tranquilamente su camino. Vió también que algunos indios aparecieron como dispuestos a seguirle, pero se detuvieron en cuanto llegaron al límite del bosque, miraron cómo se alejaba, durante algunos instantes, y luego regresaron a su campamento.

Las sombras se iban extendiendo sobre el río, y el observador casi no podía distinguir la alta silueta que avanzaba en dirección opuesta a aquella en que él se encontraba. Se incorporó, salió de su escondito y agazapado y llevando en la mano el rifle, se encaminó por la pradera hacia la hondonada donde había dejado su caballo. El animal, al oirlo, levantó las orejas y la cabeza para mirar a su patrón.

—¡Muy bien, Catalina! ¡Sígueme!

El cazador de búfalos, echó las riendas sobre el cuello del animal y luego, sin volver siquiera la cabeza, comenzó a andar por el estrecho sendero que seguía a través del crecido pasto. El bien amaestrado animal lo siguió pacientemente, sacudiendo su larga cola y sin perder de vista a su patrón.

El camino se dirigía primeramente hacia la derecha, luego a la izquierda y finalmente llegaba hasta un sitio por el cual se podía vadear el río. El cazador esperó a que su cabalgadura estuviera a su lado y después penetró en el agua y guió al animal hacia la orilla opuesta, donde se sentó, en cuanto llegó a un lugar un poco elevado. Había caminado por la parte interior de la curva que formaba el río, de modo que el otro, a quien trataba de encontrar, no podía haber llegado aun hasta allí.

Pero pocos minutos después, el cazador de búfalos oía el acompasado ruido de los pasos de unos pies que no calzaban mocasines, por el camino, y levantando un poco la cabeza alcanzó a distinguir la alta silueta del condenado que avanzaba hacia él. Esperó hasta que el hombre estuvo cerca y entonces, repentinamente, se puso de pie y levantó una mano.

—¡Oiga, usted, desconocido viajero! Quiero hablarle una palabra.

El otro se detuvo instantáneamente y volvió la cabeza hacia el que hablaba, tratando de reconocerle entre la oscuridad. Luego las largas piernas se volvieron a mover y el sombrero fué agitado en un saludo.

—¡Con seguridad no me equivoco si afirmo que usted es Búffalo Bill!

El aludido bajó la mano, se quitó el sombrero, que arrojó al suelo, y de un salto se acercó al otro a quien tomó ambas manos.

—¡El cuáquero Pablo! ¡Pero por todos los santos! ¡Sí es él! — exclamó Búffalo Bill. — ¡Merezco que me castiguen por no haberle reconocido antes! ¿Quién iba a pensar en encontrarle a usted en estos sitios? ¿Qué diablo le trajo por aquí? Yo había oido que estaba usted en Denver City donde tenía instalada una tienda.

Continuaba estrechando las manos del otro, mientras le observaba atentamente, y pudo distinguir que sus ojos brillaban de modo singular.

—Estaba establecido en Denver City, amigo Bill, — respondió el cuáquero. — Pero, como puede ver, ya no estoy allí. Me he convencido de que no puedo vivir en las ciudades. Tanto yo como mi mula, Sam, nos hallamos mal en poblado, y preferimos la libertad y las verdes extensiones de la pradera.

Búffalo Bill se sonrió. Seguramente había olvidado por un momento la escena de que acababa de ser testigo.

—¿Así que aun tiene a Sam, su vieja mula? — exclamó. — ¿Dónde está?

El cuáquero Pablo señaló hacia un lado del camino.

—La dejé cerca del Vado del Murmullo — respondió. — La encargué que me guardase mi equipaje y me esperase.

Entonces, acudió rápidamente a la imaginación de Búffalo Bill, la escena que había presenciado, y dió un paso hacia atrás mirando a aquel hombre.

—Pero, dígame, cuáquero Pablo, — dijo. — ¿Son esas todas sus noticias? ¿No tiene nada de particular que referirme?

Se acercó, apoyó una mano en el hombro del cuáquero y notó que el cuerpo de éste temblaba, estremeciéndose como si sufriera alguna enfermedad nerviosa.

—¿Qué le ocurre, cuáquero Pablo? — preguntó Búffalo Bill.

—Pues que tengo los hombros y espalda bastante doloridos, — respondió el otro. — He llevado durante largo tiempo el bulto de mis mercancías a la espalda y los músculos y tendones están resentidos.

Búffalo Bill le miró fijamente. Después, colocándose las manos en las caderas, indicó con un movimiento de cabeza, el lugar de donde venía el cuáquero Pablo.

—Mire usted, amigo Pablo, déjese usted de tonterías; yo he presenciado todo lo que ha pasado allá. Usted estuvo en el campamento de Oso Plateado y en él le han azotado.

El cuáquero se puso muy serio y después de hacer una mueca, sacudió la cabeza.

—Tiene usted razón, — dijo. — Pero ignoraba que hubiese testigos. Después de todo es un asunto que a nadie concierne más que a mí.

—¿Con que sólo le concierne a usted? — exclamó el cazador de búfalos. — Pues yo no me conformo con eso. De haber sabido que azotaban a uno de mis amigos, hubiera intervenido en seguida con mis armas.

El cuáquero Pablo sacudió de nuevo la cabeza.

—No era conveniente ningún acto de violencia, amigo mío, — dijo. — Lo que usted presenció fué la ejecución de un convenio. Existían motivos para que yo permitiese a esos pieles rojas que procedieran en semejante forma. Yo infringí una de sus leyes, la de la hospitalidad, y lo que usted vió fué mi castigo.

—¿Su castigo? ¿Permitir que cerca de doscientos hombres lo golpeasen en semejante forma? ¡Pero si no hubieran podido tratarlo de peor manera si se tratase de un asesino o de un ladrón!

Búffalo Bill estaba fuera de sí, tal era la indignación que sentía y sacudió nuevamente la cabeza. Pero el cuáquero Pablo, levantó la mano como indicándole que se tranquilizara.

—Soy un hombre pacífico, — dijo, — y si fué del agrado de esos malvados desquitarse de su mal humor conmigo, ¿qué importancia tiene eso? Con ello tal vez, pude evitar que alguno, menos resistente que yo, recibiese los golpes.

—¿Ha salvado usted a alguien? ¿En qué forma?

El cuáquero Pablo indicó el camino.

—Acompáñeme, amigo y le explicaré. El camino que tenemos que recorrer es corto.

El cazador de búfalos lanzó un silbido y no tardó en aparecer su hermosa yegua, a la que se aproximó el cuáquero para pasarle la mano por la erguida y noble cabeza.

—Veo que tiene usted todavía a Catalina, Búffalo Bill, — dijo. — ¡Ah! ¡Esto me hace recordar cosas ya viejas! Celebro hallarme de nuevo aquí, poder aspirar el aroma de las flores silvestres y contemplar el inmenso firmamento azul. La ciudad de Denver es un mal sitio, y para mí el viento libre de la pradera es preferible a cualquier otro ambiente.

Empezaron a caminar uno al lado del otro. Búffalo Bill conocía mejor que cualquier otro de la comarca a aquel ser extraño, pues el cuáquero Pablo era un vendedor ambulante que iba, de pueblo en pueblo, ofreciendo en venta algunas mercaderías. Así recorría los caminos que cruzaban el salvaje Oeste, cabalgando en una mula de mísero aspecto. Hacía ya muchos años que era una figura popular en el distrito, pero sólo Búffalo Bill y unos cuantos clientes más, conocían el valor y la curiosa personalidad que había oculta bajo aquel levitón largo, color verde botella. Era sabido que el cuáquero Pablo, viajaba siempre sin armas para defenderse, por una región donde todos los hombres dormían con el rifle o el revólver al alcance de la mano. Y sin embargo nunca llegó a sucederle nada, siendo conocido tanto por los pieles rojas como por los hombres blancos.

Para Búffalo Bill, aquella figura escuálida, era el más alto exponente del valor personal que había conocido. Unía a los dos una estrecha amistad.

—Debí conocer en seguida que era usted, — dijo el cazador de búfalos. — No hay otro hombre capaz de salir, en esas condiciones, del campamento de Oso Plateado, sin pestañear siquiera. Pero comprenderá que yo estaba muy lejos de esperar su presencia por estos sitios, cuáquero Pablo. Yo creía que estaba a muchas millas de aquí.

Parecía que Búffalo Bill trataba de disculparse por no haberle reconocido, pero el cuáquero Pablo sonreía tranquilamente.

—Por fortuna no me reconoció usted, Búffalo Bill, — respondió, — pues de no haber sido así, ese rifle de repetición que usted lleva, hubiera causado graves daños.

El cazador de búfalos se sonrió con desgano.

—Puede usted apostar la vida a que hubiera ocurrido así, — agregó el cazador. — Si hubiera sabido que golpeaban la espalda de un amigo mío, esos malvados pieles rojas, hubiera hecho fuego, aun afrontando todas las peores consecuencias.

—¡Todo fué parte de un convenio! — insistió el cuáquero Pablo. — Me dieron a escoger y yo escogí eso. Más tarde le explicaré a usted todo lo ocurrido.

Siguieron caminando durante un par de millas, y llegaron a corta distancia de un lugar desde donde podía oírse un extraño rumor de agua en movimiento. Por este detalle se llamaba Vado del Murmullo al que quedaba cerca de una pequeña caída de agua, existente en la estrecha quebrada. Parecía que aquellas aguas se quejaran al derramarse lentamente por encima de las rocas. Desviándose del camino, Búffalo Bill y su compañero llegaron a un espacio cubierto de césped, donde, a pesar de la poca luz, el cazador de búfalos distinguió una confusa silueta que se movió cuando los dos amigos avanzaron. Al lado de aquella silueta había otros bultos que resultaron ser, la montura y el fardo de las mercaderías del mercachifle. La silueta era Sam, la mula de largas orejas y mísero aspecto.

El animal pareció reconocer a su dueño, pues se levantó y avanzó tanto como se lo permitía la cuerda que lo sujetaba, y al llegar junto al cuáquero, restregó contra él el hocico, mientras el vendedor ambulante le palmeaba en el cuello.

—¡Aquí tenemos a un viejo amigo, Sam! — exclamó Pablo; y la mula volvió la cabeza para mirar a Búffalo Bill, lo que hizo que éste se riera.

—Parece comprender cuanto usted le dice, Pablo, — exclamó Búffalo Bill.

—Hay muchos seres humanos que no tienen la inteligencia de Sam, — respondió el mercachifle, que añadió después: — Ahora, lo que nos conviene es hacer fuego.

Al cabo de unos momentos ardía allí una hoguera, y el cuáquero Pablo sacó de su

fardo una vasija que llenó de agua en el arroyo. Después él y su compañero saborearon sendas tazas de café en las que mojaron algunas galletas.

Cuando Búffalo Bill hubo terminado de tomar el café y se tendió en el verde cesped a fumar su pipa, el cuáquero Pablo comenzó su relato.



CAPITULO II

El relato del cuáquero Pablo

HACE hoy cinco días, — comenzó el cuáquero Pablo, — llegaba yo a la milla cincuenta. En aquel momento comenzaba a oscurecer, y pensé acampar allí. Como usted bien lo sabe, Búffalo Bill, la milla cincuenta está en el límite del bosque. Luego de descender a la parte baja del camino continué mi marcha hasta un sitio donde la ruta se bifurcaba. Ya había oscurecido por completo y Sam comenzó a dar señales de inquietud. De pronto alcancé a distinguir, entre los árboles, el resplandor de una luz. Al acercarme, vi algo extraordinario.

"Un extranjero indudablemente un inglés, se hallaba arrodillado ante un montón de tierra, que procuraba ahondar. Había encendido una pequeña hoguera y cerca de aquel montón de tierra había un caballo muerto.

"Debo advertirle ante todo, amigo Bill, que el aspecto que ofrecía la cara desencajada y afligida, de aquel hombre que trataba de poner al descubierto lo que había en el fondo de lo que al parecer, era una sepultura, me alarmó; pero al detenerme cuando llegué al espacio iluminado, el hombre se puso de pie de un salto y adelantándose me suplicó que le ayudase. Comprendí en seguida por su modo de expresarse que no era un habitante de la región, y pronto me di cuenta de que se trataba de un hombre a quien había visto en Denver, inglés de nacionalidad y completamente ignorante de lo que es la vida en esta parte del mundo. Bajé de la montura y le ayudé a cavar, encontrando después de ardua labor los restos de un hombre, aparentemente los de un colono de aspecto rudo, que tenía una herida de bala en la frente.

El cuáquero Pablo, calló un instante y miró en silencio la llama de la hoguera.

—Tan pronto como el extranjero, — prosiguió, — vió el semblante del muerto, se puso de pie de un salto y volviéndose hacia mi dijo: "Yo estaba en lo cierto; ese hombre era un ladrón, pero, al parecer, ha pagado bien caras sus cuentas." Le pedí que me explicase el significado de sus palabras y entonces me refirió su historia. Había venido en la diligencia hasta Colliers Springs, y contrató un par de caballos con la intención de hacer a caballo el resto del viaje hasta Deadwood. Parece que había convenido en encontrarse con un hombre en esa localidad y había venido de Inglaterra expresamente con ese objeto. Tenía que tratar de negocios, de una naturaleza que no quiso manifestarme.

"Había partido de Colliers Springs y a los dos días de viaje se encontró con el hombre que en aquel momento yacía en la fosa junto a nosotros. El individuo aquel se había hecho muy amigo del inglés. Viajaron juntos el resto del camino, deteniendo su marcha al llegar a los límites del bosque. El inglés había compartido sus víveres con él. Acamparon para pasar la noche y cuando el inglés despertó, a la mañana siguiente, se dió cuenta de que había sido víctima de un robo.

"Los dos caballos habían desaparecido así como todo su equipaje y todos sus documentos. A pesar de ser poco conocedor de estos sitios pudo seguir la huella dejada por los animales, debido a que uno de éstos tenía un casco con una hendidura.

El cuáquero Pablo calló de nuevo y miró a Búffalo Bill.

—Durante dos días, el infortunado hombre continuó siguiendo el rastro, sin comer ni beber y algunas horas antes de la noche en que yo le encontré, había llegado a aquel punto del bosuqe donde había encontrado a su caballo muerto, con un tajo en el pescuezo. Además encontró el montón de tierra en que estaba trabajando cuando yo lo vi.

El mercachifle suspiró profundamente.

—Se había cometido un crimen, Búffalo Bill, — continuó diciendo con voz tranquila, — y mi desventurado compatriota se hallaba desorientado y sin nadie a quien recurrir. A pesar de ser un hombre pacífico como soy, resolví iniciar algunas investigaciones, como el caso lo merecía. Acampé allí y pasamos gran parte de la noche conversando. Comprobé que el inglés era una excelente persona por muchas razones y a pesar de no haberme confiado la historia de su vida, pude comprender que había hecho un gran sacrificio al venir a las llanuras del Oeste dejando su confortable hogar de Inglaterra. Su viaje obedecía a alguna obligación o al cumplimiento de alguna promesa y la pérdida de sus documentos y de uno o dos determinados objetos parecía causarle mucho pesar. Me manifestó que no podría realizar su misión hasta encontrar sus papeles y los objetos robados.

"A la mañana siguiente, nos levantamos y juntos reconocimos el terreno. Hallamos una huella que cruzaba el bosque, muy pisoteada y llegamos al pie de una bifurcación del camino donde se notaban claramente pisadas de muchos animales.

Búffalo Bill se inclinó hacia adelante, cada vez más interesado.

—¿Qué clase de pisadas eran? — preguntó.

El cuáquero le miró sonriente.

—Pisadas de caballos de indios, — dijo.— A pesar de ser hombre pacífico, puedo descifrar algunas señales de las que se ven en el camino. Todas eran pisadas de caballos

sin herrar. ¡No sólo eso! Al desviarse la ruta hacia la izquierda descubrí una o dos plumas pintadas de azul, y ya se sabe que las plumas de ese color son el emblema exclusivo de las tribus cazadoras de los indios sioux. Cuando hice este descubrimiento me detuve y hablé con mi inexperto compañero y convinimos en que yo seguiría el rastro de la izquierda y pidiese a los indios que le devolviesen al inglés sus papeles y efectos, mientras él, regresaba al lugar donde se hallaba la fosa, y me esperaba allí.

El cuáquero Pablo se levantó y fué a arreglar un poco el fuego, al que agregó unas cuantas ramas.

—El camino de la izquierda, — prosiguió después, — conducía hasta el río y aquella tarde llegué al campamento de Oso Plateado. Dejé a Sam aquí y me dirigí a pie hacia donde estaban las chozas, sin arma ninguna.

Su rostro de una coloración pálida, casi cenicienta se contrajo dolorosamente y Búffalo Bill pudo notarlo gracias a la luz de la hoguera.

—Ahora estamos en paz con los indios sioux, Búffalo Bill, y además Oso Plateado, me conoce. Sin embargo, cometí una locura al hacer lo que hice, porque fuí hasta su campamento y le acusé de haber robado al extranjero blanco.

El cazador de búfalos, levantó una mano y sacudió la cabeza.

—Efectivamente, cometió usted un error grave al hacer eso, amigo Pablo, — dijo.— Oso Plateado, no es ladrón. Es un salvaje temible cuando está declarada la guerra, pero no le considero hombre capáz de atacar en tiempo de paz a otro y menos de asesinarlo para quitarle un caballo, la montura y unos papeles.

El cuáquero Pablo se encogió de hombros.

—Por desgracia, no tardé en comprobar mi error, — dijo. — Oso Plateado me invitó a realizar investigaciones en todo su campamento. Cuanto animal poseen me fué presentado y cada uno de los guerreros recibió orden de permitirme registrar su tienda. Cometí un error, Búffalo Bill y al final, Oso Plateado, me lo hizo pagar.

Levantó una larga y huesuda mano y se acarició suavemente sus magullados hombros.

—Son unos hombres muy extraños, los pieles rojas, — dijo. — No obstante, en sus actos suele hallarse un fondo de justicia. Aun cuando soy un hombre honrado y ellos me han castigado, no dejo de reconocer que los golpes que me dieron fueron merecidos. Yo había acusado a unos hombres inocentes de ser ladrones, Búffalo Bill, y por lo tanto merecía ser castigado.

El cazador de búfalos permaneció silencioso durante unos momentos, fumando su pipa. Sabía cómo era el cuáquero Pablo, y el hecho de que el viejo mercachifle considerase lo ocurrido como un merecido castigo, le demostraba cuál era su criterio al respecto.

—Bien, usted es dueño de pensar como le de la gana, Pablo, — dijo. — Y si usted no considera mala la intención de Oso Plateado, no sé por qué causa he de considerarla mala yo.

Continuaron junto al fuego y luego de acomodarse del mejor modo posible, durmieron. Búffalo Bill, despertó muy temprano, la mañana siguiente, pero vió que el cuáquero estaba de pie hacía rato. El fuego había sido reavivado y el desayuno estaba esperando.

El sol no había salido aún cuando emprendieron la marcha. Catalina iba a un trote moderado y junto a ella trotaba Sam, manifiestamente satisfecha de la compañía. Formaban una singular pareja el esbelto cazador de búfalos jinete en su soberbio animal y la desgarbada figura del vendedor ambulante, con su paquete de mercaderías colocado tras él, sobre el anca de la orejuda mula. Pero Sam, a pesar de su desmedrado aspecto tenía resistencia para caminar mucho y rápidamente, así que dos horas después llegaron a la bifurcación del camino, donde se detuvieron.

—Me parece que me he equivocado el camino, amigo mío, — dijo Pablo. — Era el de la derecha el que debimos seguir. Pero ya que estamos aquí, es preferible que vayamos al campamento, nos reunamos al inglés y continuemos con él la investigación.

Echaron a andar nuevamente y de pronto, Búffalo Bill tiró de las riendas y detuvo a su yegua, mientras observaba el suelo.

—¿Qué ocurre, amigo? — le preguntó el cuáquero Pablo,

El cazador de búfalos, señaló hacia adelante.

—Aquí se notan pisadas recientes de un solo caballo y herrado, — dijo. — ¡Mire! Detrás se ve la huella de unas botas de forma europea.

Saltó de su montura y el mercachifle le emitó. Durante un trecho de cuarenta o cincuenta yardas siguieron con atención el rastro, deteniéndose aquí y allá, para observar mejor. El cuáquero caminaba junto al cazador, observando todo con curiosidad. Por fin, Búffalo Bill, se irguió y se volvió hacia su compañero.

—¿Ve usted esto? — preguntó, señalando una parte del camino donde el piso tenía una profunda huella como si algún cuerpo pesado hubiera caído allí. Después, en un trecho donde la tierra estaba blanda, se notaba claramente la impresión de una mano de hombre. A continuación había otras huellas de pisadas, juntas al principio, y más espaciadas luego, hasta estar separadas por un espacio de cuatro o cinco pies.

—¿No comprende usted lo que esto significa? — preguntó Búffalo Bill.

El mercachifle miró las pisadas y luego sacudió negativamente la cabeza.

—No está al alcance de mi limitada perspicacia, amigo mío, — dijo. — Pero usted que es maestro en estas cosas, podrá explicármelo.

El cazador de búfalos se encogió de hom-



Cruzó sus musculosos brazos sobre el pecho y se volvió de espaldas hacia el cuáquero Pablo. El vendedor ambulante había tomado el cinturón de cuero... ("El Secreto del Indio" o "El Cañón Perdido" Capítulo II.)

bros y metiendo las manos en el cinturon, comenzó a hablar.

—Si no estoy muy equivocado, su camarada el inglés ha sido capturado. Me parece que alguien le ha perseguido por el camino y le ha enlazado, poniendo luego al galope a su montura y haciéndole correr tras de ella. Aquí se ve la marca, en el piso, donde lo derribaron y ahí se ve la señal de que lo arrastraron cuatro o cinco yardas, hasta detenerse para que se levantara. Este es el sitio donde apoyó la mano para ponerse nuevamente de pie. Después, el caballo fué puesto en marcha, y ya puede usted ver cómo, poco a poco, el desventurado inglés tuvo que apresurar el paso para seguir al animal que emprendió el galope.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Ahora lo veo! ¡Ya me lo explico! — exclamó Pablo. — Estoy convencido de que está usted en lo cierto.

Los anchos espacios entre las claras huellas de las botas, indicaban en qué forma había tenido el desventurado inglés que correr para seguir al caballo.

—Debió ser un piel roja, — dijo, sombríamente, Búffalo Bill. — Ningún blanco es capaz de hacer semejante cosa. Ese es el verdadero método indio enlazar a la víctima y hacerla correr hasta que cae, casi muerta de fatiga.

El cuáquero Pablo, levantó al cielo los puños cerrados, con aire de indignación, y luego se volvió hacia Búffalo Bill.

—¡Pronto amigo mio! — dijo. — Vamos al lugar donde había acampado y cerciorémonos.

Corrieron al lugar donde esperaban Catalina y Sam y montando de nuevo partieron a la carrera y así continuaron hasta que Búffalo Bill, vió al caballo muerto cerca del montón de tierra. Junto al camino había un montón de cenizas y el cazador de búfalos echó pie a tierra se arrodilló y colocó la mano entre ellas.

—¡Frias! — exclamó. — Este fuego se ha apagado anoche, lo que hace suponer que su amigo inglés fué enlazado ayer por la tarde.

No había rastro ninguno del inglés desconocido, pero algo más adelante en el camino, hallaron un sombrero chambergo y un pañuelo que el cuáquero Pablo reconoció como pertenecientes al inglés a quien había dejado allí. Toda duda sobre la suerte corrida por el inglés se desvaneció entonces. Evidentemente había sido sorprendido por un enemigo que se lo habían llevado en la forma indicada por Búffalo Bill.

—¡Pero eso está muy mal hecho! ¡Es una infamia! — protestó el cuáquero Pablo. — No estamos ahora en guerra con los pieles rojas.

El cazador de búfalos se encogió de hombros.

—Así será, — dijo, — pero usted sabe tan bien como yo, que un piel roja no piensa en sí está o no en pie de guerra cuando tropieza con un blanco que está solo. No, cuáquero Pablo, su compañero está en grave situación y nosotros debemos ayudarle. Pero antes de que lo intentemos, deseo ver a ese muerto. Tendré que informar sobre todo esto, en Deadwood, mas tarde, y quiero ver si yo le conocía.

Se aproximaron nuevamente al montón de tierra que había sido cuidadosamente arreglado, sin duda por el hombre a quien dejó allí el mercachifle. Búffalo Bill y su amigo comenzaron la tarea de sacar toda la tierra hasta que el cuerpo quedó descubierto.

Había sido colocado boca arriba y tenía el rostro cubierto con un pañuelo. Se había procurado cruzarle los brazos, pero estaban casi rígidos y a lo largo del cuerpo. Búffalo Bill, se descubrió y levantó el pañuelo que cubría la cara del muerto. Después de un rato de observación, retrocedió y volvió la cara hacia el otro.

—¿Usted no le conoce? — preguntó.

—No, amigo Búffalo Bill.

—Pues bien: es Juan Tres Dedos, — agregó el cazador de búfalos, — uno de los peores malvados de todo el contorno. Recuerdo haberle visto en Deadwood aun no hace doce días. Fué arrojado de allí por el sheriff. Estaba entonces con otro hombre, un desconocido que vivía en el hotel.

Búffalo Bill indicó una de las manos del muerto. El cuáquero Pablo notó entonces que le faltaban el dedo pulgar y el meñique.

—Era un tahur, uno de esos jugadores tramposos que son una verdadera calamidad en esta zona, — agregó Búffalo Bill.

—¿También eso? — exclamó, escandalizado, el vendedor ambulante. — Pero aún así, no se justifica que los pieles rojas le hayan dado muerte. Usted puede ver cómo ha sido. Mire la frente: las señales del fogonazo están bien claras lo que demuestra que al hacerse el disparo, el arma estaba muy cerca.

Las marcas negras de la pólvora eran muy visibles en la frente y en las mejillas. Búffalo Bill asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, — dijo, — le han dado muerte mientras dormía, y, aún cuando se trataba de un bandido, el autor de esa muerte es un cobarde que debe recibir su castigo.

Observó la figura yacente durante unos momentos más. Luego Pablo, lo vió inclinarse y tomar el brazo izquierdo del muerto; la mano de ese lado estaba fuertemente cerrada y durante un momento, el cazador de búfalos luchó por extender sus rígidos dedos. Pero al fin lo consiguió, y halló un trozo de cuero teñido de color.

—No podemos tener muchas dudas ya, cuáquero Pablo, — dijo Búffalo Bill levantándose y colocando en sus manos el trozo de cuero. — Este es un trozo del pantalón de cuero del hombre que hizo el disparo. Un guerrero indio, porque este cuero es trabajo indio.

El cuáquero Pablo examinó el pequeño trozo de cuero y asintió con una inclinación de cabeza.

—Sí. Está trabajado por un indio, — dijo. Búffalo Bill, volvió a mirar al muerto.

—Pero no le han arrancado la cabellera. Esos bandidos han tratado de despistar. No han procedido a la moda india pues de otro modo, hubieran usado el tomahawk o el cuchillo, y luego le hubieran arrancado la cabellera. Pero han usado un arma de los blancos y lo han dejado en la misma forma que hubiera hecho un blanco. Pero no miraron la mano izquierda y el rastro que en ella dejaban.

Búffalo Bill y el cuáquero Pablo comenzaron a cubrir de tierra la sepultura y luego se apartaron de ella.

—Hay un gran misterio en todo esto, cuáquero Pablo, — dijo Bill. — Creo que Juan Tres Dedos robó a su amigo de usted pero, al hacerlo, se metió en un asunto muy serio. Se alejó con los caballos y los indios lo encontraron. Creo que fué entonces cuando le dieron muerte, confundiéndolo y creyendo que se trataba del inglés.

El cuáquero Pablo, exclamó entonces:

—¿Quiere decir que usted piensa que ellos se convencieron más tarde de su error y por eso regresaron para apoderarse del extranjero?

Búffalo Bill, asintió con un movimiento de cabeza.

—Así es, — respondió. — Porque, ¿a qué fin habían de regresar para apoderarse de un hombre que no tenía valor ninguno para ellos? Ese extranjero había perdido los caballos y el equipaje y estaba por lo tanto, completamente arruinado. No había razón pues, para que regresaran en su busca como no tuvieran algún interés especial en su persona. Usted mismo me ha manifestado que el inglés era desconocido en estos sitios. ¿Cómo, entonces, se han arriesgado los indios a volver en su busca, si era desconocido para ellos?

El rostro del cazador de búfalos denotaba preocupación cuando éste se volvió hacia Pablo.

—¡No! — exclamó Búffalo Bill, como siguiendo el curso de sus ideas. — Pienso que, en el fondo de todo esto, existe un asunto serio, cuáquero Pablo, y acaso no tardemos en dar con la clave.

Se volvió y se dirigió hacia el punto donde estaban Catalina y Sam. De pronto, Pablo vió que se ponía de rodillas y se arrastraba por entre los árboles. Un momento después, el mercachifle oyó la detonación de un disparo. Después, de entre los árboles llegó el sonido de una voz profunda.

Casi inmediatamente apareció un indio con las manos levantadas a la altura de la cabeza.

El cuáquero Pablo observó al hombre por un momento y en seguida salió de sus labios un nombre.

—¡Oso Plateado! — exclamó corriendo a su encuentro.

Búffalo Bill, apareció como una sombra de entre los árboles, y el indio se volvió hacia él.

—Vengo en son de paz, cazador de búfalos. — dijo, sin bajar las manos. — No hay guerra entre los hombres blancos y los siux.

El rojo e impasible semblante, continuó vuelto durante un momento.

—Es usted ligero como una serpiente,— continuó Oso Plateado dirigiéndose a Búffalo Bill. — No hice ruído, y usted me oyó. ¡Bah! Ya sabía yo que no podría llegar hasta el matador búfalos, sin que me oyese.

Su rostro tenía un aspecto digno y de gravedad, y Búffalo Bill se colgó al arma del hombro.

—Si viene usted en son de paz, todo va bien, Oso Plateado, — dijo.

El jefe siux avanzó lentamente hasta que se detuvo a corta distancia de Búffalo Bill y del mercachifle.

—Vengo en son de paz, — dijo, volviendo los ojos hacia el cuáquero Pablo. — He seguido el rastro del Hombre Alto, porque averigüé, cuando abandonó mi campamento, que yo le había mentido.

Oso Plateado, calló un instante. Después haciendo un gesto de resignación, prosiguió:

—No soy muy amigo de los hombres blancos, — dijo. — Han venido a nuestro país y han echado de sus tierras a nuestros guerreros. Pero yo nunca he faltado a la verdad. Ayer el Hombre Alto vino a mi campamento y me dijo que mis guerreros habían robado a un hombre blanco. Yo le manifesté que lo que decía era mentira y le invité a que revisara todas las chozas. Cuando se convenció de que estaba equivocado, el Hombre Alto, admitió que debía ser castigado y sufrió su pena. ¡Bah! La sufrió como un valiente de verdad.

El cuáquero Pablo, saludó.

—Es usted justo conmigo, Oso Plateado,— dijo. — De nada me quejo. Usted procedió con razón.

El indio movió la cabeza negativamente.

—Esta mañana supe que uno de mis guerreros había mentido. No era cierto que los hombres de mi tribu habían atacado al hombre blanco; pero uno de ellos había presenciado cuando lo atacaban, y había recibido algo que pertenecía al hombre blanco. Aquí está.

Metió la mano en un bolsillo y sacó algo que alargó. Era una cartera de bolsillo, de cuero y con iniciales de oro en el centro. Al abrirla, Pablo vió que contenía el retrato de una joven, una miniatura sobre marfil, exquisitamente pintada.

—Encontré a mi guerrero con esto,—dijo Oso Plateado, — y le obligué que me dijera cómo había llegado a su poder. Mi guerrero se había quedado atrás cuando mi grupo se alejó y vió que otro grupo de hombres se acercaba, galopando, por el camino. Eran indios apaches y entre ellos conducían el pony de un hombre blanco. Se detuvieron en la bifurcación del camino y mi guerrero habló con ellos. Uno de los apaches le dió esto a cambio de un arma de fuego.

—¡Así que eran apaches! — repitió Búffalo Bill.

Oso Plateado asintió con una inclinación de cabeza.

—Sí, — dijo. — No sé qué andaban haciendo por estos sitios que son la zona de

caza de mi gente. Pero mi guerrero me manifestó que se dirigían hacia sus propias regiones, y que le habían hecho la señal de la paz.

Búffalo Bill, sabía muy bien que existía un odio sanguinario entre los siux y los apaches, porque éstos eran los más salvajes y criminales de todos los indios de las praderas, y siempre procuraban sacar provecho de todo en beneficio propio.

Si los siux eran crueles, los apaches eran verdaderos lobos con aspecto humano.

—¿Hacia dónde fueron? — preguntó Búffalo Bill, volviéndose de nuevo hacia Oso Plateado.

El jefe siux extendió el brazo en dirección al Sud.

—Hacia su propio distrito, — dijo. — Hacia allá. En dirección a su país, — dijo. — Y ha sido una suerte para ellos haberse ido porque si me hubiera enterado de su presencia, mis guerreros los hubieran arrojado a la fuerza.

El cuáquero Pablo, que estaba contemplando la miniatura de la cartera, se volvió hacia Búffalo Bill.

—Mire las iniciales de esta cartera,—dijo. — Son J. L. C. Recuerdo que el inglés me dijo que su apellido era Cressy. Evidentemente esto es de su propiedad.

El cazador miró a Oso Plateado.

—Yo desearía interrogar a ese guerrero suyo, — dijo, — porque se ha cometido en estos sitios un crimen. Anoche, uno o dos de los apaches debieron regresar y hacer prisionero a un hombre blanco.

Explicó al jefe siux lo que había ocurrido y Oso Plateado, despus de oírlo, sacudió la cabeza.

—No sé nada a ese respecto, — dijo.— Cuando mi guerrero encontró a los apaches, en la bifurcación del camino, no iba ningún hombre blanco con ellos. Pero sin duda el cazador de búfalos está en lo cierto y algunos apaches han vuelto para capturar a su prisionero.

Su rostro rojo se animó con una sonrisa.

—Pero el cazador de búfalos no podrá hablar con mi guerrero porque ha muerto.

El cuáquero Pablo, avanzó, lanzando un breve grito de horror.

—¿Usted le mató, Oso Plateado?

—¡Bah! Me había mentido en mi mismo campamento, y había atraído la sombra de una vergüenza hacia mi cabeza. Una vergüenza que no puedo dejar de limpiar. El ha muerto pero la vergüenza queda todavía.

Entonces con rápido movimiento, el indio se quitó la capa de cuero ostentando su musculoso torso. Con tranquila dignidad Oso Plateado se quitó del talle, un anudado cinturón de cuero y se lo tendió al mercachifle.

—Mis hombres le azotaron a usted y sin embargo, usted tenía razón, — dijo. — Yo vengo, ahora, para que usted me devuelva esos golpes. ¡Péguenme!

Cruzó sus musculosos brazos sobre el pecho, y se volvió de espaldas hacia el cuáquero Pablo. El vendedor ambulante había tomado el cinturón de cuero anudado y sus turbados ojos se volvieron hacia Búffalo Bill.

—Yo no puedo hacer semejante cosa, amigo mío. — No jamás he pegado a un hombre, en toda mi vida.

Al cazador de búfalos le resultaba interesante la escena. El indio de anchas espaldas esperaba impasible los golpes que había pedido y el cuáquero Pablo, con su largo y afligido rostro tenía un aspecto que casi resultaba cómico.

Hubo un momento de pausa. Después Búffalo Bill, se adelantó y tocó al jefe siux en un brazo.

—¡Es inútil que insista, Oso Plateado!— dijo. — El Hombre Alto, como usted le llama, es un hombre de paz. Le perdona todo lo que ha ocurrido en el campamento y le ofrece la mano de la amistad.

El jefe siux, se volvió y contempló la alta y desgarbada silueta de Pablo.

—No aceptaré la mano de la amistad del Hombre Alto hasta que él me haya golpeado, —dijo. — De otra manera yo sería siempre su deudor. Que él me devuelva los golpes que recibió inmerecidamente de mis guerreros. ¡Estoy pronto!

Pero nada en el mundo podía persuadir al largo y flaco vendedor ambulante a utilizar el cinturón de cuero. De pronto sus ojos se iluminaron. Se desprendió su levitón y luego con un rápido movimiento, se quitó la prenda de color verde botella.

—No, — dijo. — No le azotaré. Pero puedo pelear con él.

El cuáquero Pablo, levantó sus largos brazos sobre su cabeza, puso en tensión, sus nervios y contempló sonriendo a Búffalo Bill.

—Hace años, cuando yo era un muchacho de poco juicio, me gustaba luchar al estilo de Cumberland. Diga a Oso Plateado que accedo a luchar con él de hombre a hombre, puño a puño y que el primero que derribe al otro, será el vencedor y quedará contento.

Búffalo Bill explicó a Oso Plateado la proposición y comprendió en seguida que el indio la aceptaba muy satisfecho. El recibir los golpes con el cinturón, de aquella manera era una deshonra y únicamente la idea de haber castigado de esa forma a un hombre inocente pudo hacer que el jefe indio ofreciese el desquite.

—Bien, — exclamó el jefe indio. — Hombre Alto y yo, lucharemos.

Y allí a la sombra de los árboles del bosque, los dos hombres comenzaron a dar vueltas persiguiéndose mutuamente, alerta, rápidos y atisbando para aprovechar el menor descuido de su adversario.

Oso Plateado era más bajo y macizo mientras el cuáquero Pablo, de estatutra que sobrepasaba en más de la cabeza al otro, era del tipo fuerte pero delgado.

Para un observador cualquiera, el mercachifle no tenía la menor probabilidad de triunfo, pero Búffalo Bill, que detrás de un árbol observaba los movimientos de los combatientes sonreía satisfecho al ver la ligereza de Pablo.

—¡Vamos! ¡Usted sabe luchar admirablemente! — pensó Búffalo Bill.

Los dos hombres llegaron en aquel instante a un cuerpo a cuerpo. Durante unos momentos permanecieron en el suelo revolcándose, alternativamente uno sobre el otro. Era una lucha de la fuerza contra la fuerza, y por dos veces el fuerte piel roja estuvo a punto de dejar a su adversario tendido a sus pies. Pero con la ligereza de un felino, el cuáquero Pablo, siempre se mantenía de pie en forma que el indio Oso Plateado no pudo encontrar más digno adversario.

Durante cuatro largos minutos continuaron las demostraciones de fuerza, de repente, ligero como un relámpago, Búffalo Bill vió que el cuáquero Pablo hacía un movimiento que en seguida comprendió el cazador que iba a darle la victoria.

Oso Plateado, pareció comprender lo que iba a ocurrir y trató de impedirlo. Pero el cuáquero Pablo fué más ligero que él, y un instante después, el fuerte y macizo cuerpo del indio vaciló y cayó rodando a un golpe del mercachifle.

Oso Plateado trató de incorporarse pero un segundo después, el cuáquero Pablo volvió a la carga y le obligó a poner las espaldas en el suelo.

En cuanto ocurrió esto, el mercachifle le tendió la mano al caído para que se pusiese de pie. Oso Plateado contempló un instante el rostro del comerciante y luego estrechó la mano que le tendía y se levantó.

—¡Juh! — exclamó.

Aquella típica exclamación, tenía gran significado en labios de Oso Plateado, al extremo de que Búffalo Bill no pudo reprimir una carcajada, que el mismo jefe indio secundó casi en seguida.

—¡Una soberbia caída! ¡Una soberbia caída! — gritó el cuáquero Pablo, riendo satisfecho. — Y ahora nuestra pequeña diferencia queda zanjada. ¿No es así Oso Plateado?

Tendió de nuevo la mano y el indio la estrechó mirando fijamente al arrugado rostro de su adversario.

—Nadie me había arrojado al suelo hasta ahora, Hombre Alto, — dijo. — Su cuerpo es acero y piel nada más Estoy satisfecho.

Después de estas palabras, se apartó, tomó su capa y se la puso en los hombros. Después se encaminó lentamente por entre los árboles hasta que estuvo un poco lejos. Entonces se detuvo y levantó una mano.

—¡En paz! — dijo.

Y Búffalo Bill y Pablo, respondieron a una:

—¡En paz!

Entonces Oso Plateado desapareció y el mercachifle, juntando las manos exclamó dirigiéndose a su camarada.

—¡No dirá que no procedí con sensatez en este caso, amigo mío!

—Tiene usted razón, Pablo, — respondió el cazador. — Ha hecho usted precisamente lo que debía hacer y opino que si fuere necesario puede recurrir a Oso Plateado en la seguridad de que hallará en él un aliado.

Pero ninguno de los dos, ni el cazador de búfalos, ni el cuáquero Pablo, podían adivinar que pronto habían de necesitar los servicios del jefe indio.

Una hora después, Sam, la mula y Catalina, la yegua de Búffalo Bill marchaban por el camino en dirección al sur, siguiendo las huellas de los apaches.



CAPITULO III

Un amigo de los pieles rojas

EL sol se ponía detrás de la alta cordillera y sus postreros y dorados rayos caldeaban las facciones, sucias y cubiertas de sudor, de un hombre fatigado que atado a un caballo salvaje y en pelo, marchaba entre las polvareda que levantaban los caballos de los indios semidesnudos que iban a su lado.

Delante del hombre cabalgaba un indio musculoso de semblante lleno de maligna expresión y el caballo sobre el cual marchaba el hombre llevaba una larga soga hecha de hierbas que sostenía el indio que iba a la vanguardia.

Durante dos días largos, Jerrold Cressy había caminado en esa forma con los brazos atados a la espalda y las piernas sujetas por los tobillos, bajo el vientre del caballo. Los sufrimientos físicos y el malestar moral habían cesado de molestarle desde hacía largo rato. La naturaleza, vencida al fin, le había hecho sumirse en un estado de semiinconsciencia, en que sólo los detalles variados de la región quedaban impresionados en su cerebro.

Tenía conciencia de haber cabalgado cruzando praderas, terrenos áridos y bosques, y que entonces caminaba al borde de la llanura siguiendo el curso tortuoso de un río.

Delante se levantaban macizos de verdura, interrumpidos de vez en cuando por árboles de alguna elevación.

La última jornada realizada aquel día había sido cruel, pues fué realizada bajo los rayos ardientes del sol, que atravesando la delgada camisa que usaba Cressy, le quemó la piel hasta causarle gran escozor.

Desde el momento en que el lazo hubo caído sobre sus hombros mientras estaba sentado en el bosque, esperando el regreso del curioso mercachifle; Jerrold Cressy se consideró perdido.

La extrema crueldad con que le obligaron a ponerse de pie, haciéndole correr por el camino, siguiendo de cerca al salvaje que lanzaba alaridos, le dió a entender el género de vida salvaje a la que se había asociado.

En dos ocasiones cayó y se le obligó por la fuerza a ponerse de pie y a seguir corriendo hasta que el cansancio le hizo caer por tercera vez, siendo entonces arrastrado durante un trecho de veinte a treinta yardas, antes de que su despiadado captor se diese cuenta de que el prisionero se encontraba tan débil

que no le sería posible levantarse para seguir corriendo.

Después fué colocado sobre un pony y el feroz salvaje corrió, al lado del animal hasta que llegaron a un punto donde Cressy no tardó en verse rodeado por un círculo de caras rojas y feroces.

No había hablado una sola palabra y cuando quiso hablar, uno de los pieles rojas le impuso silencio amenazándolo con su tomahawk.

Había observado a los salvajes que marchaban con él y notó que sus cráneos, descubiertos y afectados tenían un pequeño mechón de pelo en lo alto. Sus ojos, de forma oblícua, denotaban un origen mongólico, mientras su semblante, de expresión feroz, indicaba la brutalidad de sus instintos.

Jerrold Cressy, británico, de índole pacífica, nunca había visto fisonomías como aquellas, y la impresión que le causaron le produjo un frío mortal.

Pero luego, en el estado de semi-inconsciencia en que se hallaba, había perdido todo temor y una hora más tarde, cuando se detuvieron en su marcha y las ligaduras que lo sujetaban, fueron retiradas, cayó del caballo al suelo.

Permaneció allí durante unos momentos hasta que un fuerte puntapié le obligó a incorporarse de nuevo. Fué conducido, vacilante, por un terreno lleno de malezas, hasta la entrada de un un cañón, donde reinaba la oscuridad.

La luz de una hoguera llamó su atención y el hombre que lo conducía se encaminó hacia el espacio iluminado y lo dejó en el suelo, atándole nuevamente los pies.

Pudo darse entonces cuenta de que el grupo de salvajes había acampado y que se hallaban junto al fuego preparando la comida. Algo más alejados se encontraban los caballos cansados, no notándose señal alguna de cabañas, tiendas o refugios, lo que para una persona más conocedora de las costumbres de aquella gente era indicio de que no formaba parte de ningún grupo de caza ni de guerra.

Eran en total unas veinte o treinta figuras escuálidas pero musculosas que no ostentaban pinturas de guerra ni tenían plumas en la cabeza. Algunos iban provistos de armas, y de pronto uno de ellos echó a andar y se detuvo cerca de la orilla del camino a unas diez yardas del punto en que se hallaba Cressy.

La forma en que se instaló aquel hombre indicó a Cressy, que se temía que el campamento fuese atacado.

Después se le acercó un hombre que le dió carne cocida con harina. Como el prisionero tenía las manos libres le entregó el plato que humeaba, y Cressy, que sentía gran desfallecimiento, no tardó en devorar el contenido.

También le dieron una vasija con agua y después de haber comido y bebido, el blanco que tan cansado estaba, sintió que volvían a él parte de las perdidas fuerzas. Se incorporó y apoyó la espalda contra una de las rocas y se puso a observar lo que pasaba ante sus ojos. Vió que sus maletas habían sido llevadas junto al fuego y que dos de los hombres amontonaban y dividían en dos partes el contenido. En seguida realizaron una especie de sorteo. Cada indio fué llamado por turno y eligió una parte de los objetos. Disponían de lo que era de él y el joven prisionero suponía que no tardarían en disponer de su vida. No obstante cuando reflexionaba se preguntó por qué causa había sido llevado a tanta distancia, en lugar de suprimirlo como habían hecho con el otro desventurado cuya tumba se encontraba en medio del lejano bosque.

Ningún espíritu de aventura había llevado a Jerrold Cressy a las llanuras del Oeste. La causa de su viaje podía ser relatada en pocas palabras.

Se había enamorado de Elaine Amery hacía un año y, como es lógico, conocía cuanto se refería a su familia. Un hermano de la joven, Dick Amery, se había fugado del hogar paterno cuando contaba diez y ocho años. Era el hijo mayor y durante siete u ocho años no tuvieron noticias suyas ni del lugar donde se encontraba. Más tarde se recibió una carta con su firma, en la que decía que estaba trabajando en una mina en las Montañas Negras, e indicaba la pequeña localidad de Deadwood, como el punto donde iba de vez en cuando y al cual se le podía dirigir la correspondencia.

La pelea que había motivado la marcha de Dick Amery, había sido olvidada y perdonada y el padre murió con el nombre de su hijo en los labios. Dick había sido nombrado coheredero de la fortuna, pero, a pesar de que su hermana había enviado dos cartas desde la muerte de su padre, no había recibido respuesta ninguna de Deadwood y, si su hermano no se presentaba dentro de un plazo fijado, la fortuna sería distribuída en otra forma.

Elaine tenía tres años menos que su hermano ausente y mantenía siempre vivo en su corazón el recuerdo del proscripto, y por ello Jerrold Cressy, joven abogado, toda una promesa para el foro londinense se dejó convencer y se propuso realizar a la ventura el peligroso viaje a las llanuras del Oeste Norteamericano, a fin de dar con el paradero del hermano de su prometida.

Un mes antes de emprender el viaje, había escrito una carta a Dick Amery, a Deadwood, anunciando al hermano la fecha de su llegada allí.

Le habían entregado los documentos relacionados con la herencia para que los llevase consigo, en previsión de que, si Dick Amery no deseaba regresar a su patria, pudiese firmar las distintas escrituras y legalizar en esta forma sus derechos a la fortuna que legalmente le pertenecía.

Elaine había dado a su prometido uno de los objetos que tenía en mucha estima porque habían pertenecido a Dick. La miniatura era uno de ellos y Cressy la colocó en su cartera de bolsillo para cuidarla mejor.

—¡Haga que vuelva con usted! — fueron las últimas palabras que pronunció la joven.

que agregó: — Quiero que Dick asista a nuestra boda.

En consecuencia, Jerrold Cressy había jurado que no regresaría de Norte América hasta haber cumplido los deseos de su prometida.

Sentado de espaldas contra la roca, con los lastimados tobillos atados con crueles tiras de cuero, Jerrold Cressy evocaba esos recuerdos y suspiraba.

Encontrábase en poder de sus enemigos, despiadados seres humanos de la peor especie de los que había oído hablar remotamente como de gentes diabólicas a las que nunca había creido llegar a encontrar.

Las llamas de la hoguera lanzaban reflejos en la oscuridad y hacían destacar las siluetas semi-desnudas de los pieles rojas, iluminando su semblante de expresión cruel, comparable por su crudeza fiera al de los lobos. Cressy se dió cuenta de que a ningún sentimiento de compasión, ni de piedad obedecía el haberlo llevado vivo a su campamento. Para ellos la supresión de una vida, significaba un incidente pasajero de los hechos diarios.

—¿Para qué me habrán traído aquí estos indios? — pensó.

Sabía que se hallaba en poder de los mismos individuos que habían matado al desconocido a quien encontró en el camino. Cressy se daba cuenta que aquel hombre le había robado apoderándose de sus maletas y sus caballos durante la noche. Poro la rapidéz terrible con que había recibido el castigo de su falta, hizo que el joven inglés sintiese una profunda compasión por el infortunado hombre. Cometió un delito pero lo pagó bien: la justicia le siguió en forma segura y rápida, representada por aquellos salvajes que en aquel momento se encontraban arrodillados ante su equipaje, muy satisfechos con el botín conseguido.

—¿Qué harán de mí? — pensó de nuevo Jerrold Cressy.

Vió que el grupo de salvajes se apartaba del fuego y luego pudo distinguir sus siluetas echadas en redor de la hoguera, preparadas para pasar allí la noche.

A pesar del gran dolor que le causaban las piernas entumecidas, Jerrold Cressy pudo conciliar el sueño durante unas horas para despertar al sentir un viento frío que soplaba en el oscuro cañón, y ver los primeros indicios del alba que se dibujaban por el lado del Este.

El aire era frío y sobre el césped que cubría la entrada del cañón, Cressy distinguió que las gotas de rocío estaban heladas, lo que indicaba que durante la noche la temperatura había descendido del punto de congelación.

Pero pronto el sol cambió todo aquello. Mientras tanto el hombre atado y aterido de frío, se incorporó ligeramente hasta quedar sentado e intentó mover sus entumecidos miembros para favorecer la circulación de la sangre.

En aquel momento llegó hasta sus oídos una voz que daba la señal de alarma, y volviendo la cabeza vió que un apache, envuelto en una manta de colores, miraba hacia el camino, con el rifle preparado para hacer fuego, en sus bronceadas manos.

Un momento después el desafío fué contestado y se vió entre la niebla que se desvanecía aparecer la figura de un jinete que avanzaba en un caballo negro y grande. Cuando estuvo más cerca, Cressy vió que era un hombre blanco. Vestía en una forma casi de aspecto teatral, pues llevaba un saco negro y largo y un chambergo de anchas alas ribeteadas con lentejuelas plateadas que cubría sus cabellos lacios y renegridos.

El recién llegado lucía una corbata de lazos flotantes y el saco, abierto por delante, dejaba ver un vistoso chaleco de terciopelo; el pantalón era de tela gris. Las botas que calzaba estaban bien lustradas y lucían en los talones unas colosales y ruidosas espuelas de plata.

Cuando el caballo pasó por el sitio donde se encontraba Cressy entre las rocas, pudo observar éste que la montura estaba adornada con incrustaciones de plata y que el freno era también de ese metal. En conjunto la figura que se aproximaba al campamento era de lo más pintoresco.

Al parecer, el indio apostado en el camino había reconocido al jinete, porque se apartó a un lado, y cuando éste se detuvo cerca del campamento, uno de los altos apaches se adelantó y le saludó con una inclinación.

Cressy oyó decir algo al hombre, y reconoció el idioma que hablaba. Era castellano.

—Supongo que es mejicano, — pensó el aprisionado inglés.

A todo esto los demás indios se habían acercado al visitante y mientras conversaban, Cressy notó que con los brazos señalaban el lugar donde él se hallaba. Entonces vió que el hombre marchaba hacia el lugar donde estaba el resto de su equipaje y que cada uno de los indios le mostraba lo que le había tocado en el reparto.

Le pareció que el tipo buscaba algo, pero por muy detenida que fuese la investigación fué infructuosa, ya que después de ella y luego de un momento de vacilación echó a andar acompañado por dos de los apaches.

Se dirigía hacia Cressy y éste observó al que se acercaba hasta que se detuvo frente a él.

—Buenos días, señor, — dijo en castellano.

Cressy sabía muy poco castellano, pero respondió con un movimiento afirmativo de cabeza.

El otro agregó en inglés:

—¿No habla usted español?

—No, — respondió Cressy, y el rostro siniestro de su interlocutor se animó con una sonrisa. El joven británico comprendió que las preguntas que le habían sido dirigidas en el otro idioma lo fueron para tener la seguridad de que no lo dominaba porque en seguida el otro continuó hablándole en muy buen inglés.

—Estos indios son amigos míos y ellos me han dicho que es usted un ladrón

Había un tono de burla en la forma de hablar de aquel hombre y Cressy lo comprendió en seguida.

—¡Un ladrón! — repitió amargamente.— Creo que aquí se juzgan al revés las cosas.

El hombre aquel miraba a Cressy con unos ojos que al joven le parecían semejantes a los de una serpiente.

—Ellos lo han visto a usted asesinar a un hombre y enterrarlo en el bosque en las inmediaciones de donde se divide el camino. Usted mató uno de sus caballos y lo apresaron a usted cuando se disponía a huir con el otro caballo y el equipaje robado.

La mentira era tan villana y falsa que el hombre, a pesar de estar atado y sin ayuda, intentó lanzarse sobre su acusador.

—¡Eso absolutamente falso! — rugió.— El hombre que yace muerto allá en el bosque, me había robado a mí y pagó bien caro su delito el pobre loco. Han sido estos canallas los que lo mataron y los que robaron mis dos caballos y el equipaje de mi propiedad.

Al decir esto contempló a los indios que acompañaban al visitante.

—Soy extranjero en esta parte del mundo, — continuó Cressy, — pero no ignoro que los hombres blancos no pueden hacerse amigos de los rojos y que cuando lo hacen no son bien mirados por los otros hombres de su color.

Vió Cressy que los oscuros ojos del mejicano relampagueaban y sus blancos y afilados dientes quedaban al descubierto debido a una irónica sonrisa.

—Los indios son mis amigos, — exclamó. —Yo no soy de Estados Unidos. Mi país se encuentra del otro lado de estos cañones y yo no tengo simpatía ninguna por los hombres que viven en las praderas.

Y miró a Cressy como un lobo puede mirar a la presa que espera devorar.

—Los indios me informan de que usted ha ocultado algo que pertenecía al hombre a quien ha robado, — continuó. — Es una miniatura de una joven inglesa. — ¿Dónde está?

Entonces le asaltó una repentina idea y exclamó:

—Pero si los indios dicen que no la han visto. ¿Cómo sabe usted que tenía en mi equipaje una miniatura?

Notó que los ojos del otro relampaguearon un momento. Luego se encogió de hombros.

—Creo que es preferible que sea franco con usted, señor Cressy, — añadió el hombre.

—¿Conoce usted mi nombre?

Los negros y siniestros ojos volvieron a fijarse en él y demostraron odio.

—Sí señor — dijo. — Conozco su nombre y todo cuanto a usted se refiere. También conozco o conocía al señor Dick Amery, —continuó el mejicano, — y precisamente con el propósito de vengarme de él he hecho todo esto.

Metió la mano en el bolsillo del saco y extrajo un paquete de cartas.

—Vea, señor — prosiguió. — Aquí tengo tres cartas. Las dos que envió su hermana y la de usted, todas dirigidas a Deadwood y he sido yo el que las he recogido presentándome en la oficina de correos a preguntar si había cartas para Dick Amery.

Volvió a guardar las cartas y se adelantó para observar el efecto que sus declaraciones habían causado en el prisionero.

—Es venganza lo que yo busco — dijo.— Los apaches no hacen más que obedecer órdenes mías. Los documentos que usted traía para que los firmase Amery están ahora en mi poder y todo cuanto necesito es la miniatura. Dice usted que en Inglaterra le espera a Amery una fortuna. Pues bien, yo iré a reclamarla.

—¿Usted?

—Sí, señor. Con los documentos en mi poder iré a Nueva York y encargaré a un abogado que reclame esa fortuna para mí. Le diré que soy Dick Amery y como ni Dick Amery ni usted podrán presentarse a demostrar lo contrario, mi reclamación será atendida. Provisto de esos documentos y de los papeles qué fueron de Dick Amery, y que yo tengo en mi poder, ¿quién va a poner en duda mi derecho?

Echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada diabólica.

—Es una venganza, señor, — dijo. — Venganza por lo que Dick Amery me hizo en el pasado. Pero él está seguro ahora, como lo estará usted también. Los apaches van a llevarlo a usted al Cañón Perdido, donde no ha podido llegar por sí solo aun, ningún hombre blanco. Allí estarán ustedes seguros y allí encontrará usted al hombre a quien anda buscando.

Sus ojos brillaron de contento.

—Pero necesito esa miniatura, — continuó. — Usted la ha ocultado en alguna parte. ¡Démela pronto! O dígame dónde está escondida.

Mientras hablaba llevó la mano a la cintura y pronto briló en sus manos una delgada y larga daga. Estaba medio inclinado y avanzó un paso hacia el hombre que estaba atado. Luego con un rápido gesto, acercó el arma hasta rozar con la punta el pecho de Cressy.

El inglés sintió el dolor que la produjo la punta de acero al agujerearle la piel.

—¡Pronto! — exclamó el mejicano. — ¿Dónde está esa miniatura?

Cressy vió muy cerca la muerte y por un instante sus sienes latieron con violencia, luego lanzó un profundo suspiro.

—¡No lo sé! — exclamó. — Pero aun cuando lo supiera tampoco se lo diría.— ¡Máteme, asesíneme, perro infame! ¡Traidor!

Vió que los negros ojos relucían e instintivamente cerró los suyos, esperando sentir la terrible puñalada. Pero lanzando un juramento grosero, el otro apartó la daga y retrocedió un paso.

Era una prueba la que había realizado y quedó satisfecho, convencido de que Cressy había dicho la verdad.

—No. No quiero matarle porque eso echaría a perder parte de mi venganza. — exclamó. — Voy a hacer que se reuna con Amery. Se encontrarán los dos en el Cañón Perdido y



Durante dos largos días, Jerrold Cressy había caminado en esa forma, con los brazos atados a la espalda y las piernas sujetas por los tobillos, bajo el vientre del caballo. ("El Secreto del Indio" o "El Cañón Perdido", Capítulo III.)

cuando estén juntos puede decirle que ha sido José Faro el que le ha enviado y contarle también lo que me propongo hacer.

Entonces sin pronunciar ni una sola palabra más, el hombre siniestro echó a andar en direción al sitio donde esperaba su caballo. Cambió algunas palabras con los pieles rojas, después montó y clavó las grandes espuelas de plata en los flancos del animal.

El caballo dió un salto, llegó al camino y partió al galope, conduciendo sobre su lomo la extravagante silueta, más extraña aun comparada con la soberbia estampa del hermoso animal.

Cuando dejó de oirse el ruido de los cascos, llegó hasta Cressy el de un grito lanzado desde el campamento y los pieles rojas corrieron hacia donde estaban maneados sus ponies.

Se preparaban para reanudar la marcha nuevamente, y cuando el sol, ya alto, hubo disipado la niebla, el grupo estaba en movimiento.

Cressy fué colocado de nuevo en su molesta posición sobre el pony, y atado a él. Pero esta vez marchaba a la cabeza del grupo y todos comenzaron a caminar por el oscuro cañón siguiendo un estrecho sendero que iba haciéndose más accidentado a cada paso.

En una ocasión, mientras volvían una curva, Cressy miró hacia atrás y vió que cinco o seis salvajes caminaban a pie detrás del grupo. Notó también que se habían envuelto los pies en grandes trozos de género ordinario y que a medida que los otros avanzaban ellos borraban cuidadosamente todo rastro de las pisadas de los caballos que iban delante.

Así borraban las huellas, anulando toda señal del lugar por donde avanzaban los otros, y cuando Cressy se dió cuenta de los movimientos sintió angustiado el corazón.

Se dió cuenta de que lo llevaban a una zona desconocida y que si por casualidad el extraño personaje a quien había encontrado, aquel alto y flaco vendedor ambulante, había conseguido seguirle, la acción de los pieles rojas impediría que toda partida que saliera en su rescate, diera con su rastro.

Una muda desesperación lo invadió cuando volvió la vista una vez más y contempló la línea de jinetes que marchaban a los dos lados.

Iba conducido cautivo a alguna prisión oculta, donde calculaba que su vida dependía del grado de crueldad de los salvajes bajo cuya custodia quedaba.



CAPITULO IV

Una persecución tenaz

"¿QUE es eso; amigo mío?"

El cuáquero Pablo, de pie junto a su mula saludó así a Búffalo Bill cuando el explorador apareció, a caballo, por el camino y, al llegar junto al cuáquero, saltó de su montura.

Habían seguido las huellas de los apaches durante la mayor parte de los dos días últimos y por fin se habían detenido al borde de las praderas, ya avanzada la tarde. Después de haber comido continuaron la marcha hasta que se encontraron caminando entre el oscuro conjunto de los cañones que señalaban las fronteras de las praderas del Sud.

Oscurecía y Búffalo Bill resolvió acampar por allí. Se había adelantado y al verle regresar a prisa, el cuáquero Pablo, comprendió que ocurría algo.

—He encontrado algo, amigo Pablo, —respondió Búffalo Bill echando hacia atrás el sombrero. — He notado, en otro camino, señales recientes del paso de un solo caballo y no de uno de los de los indios. Pienso que debe ser el caballo de alguno de los mejicanos que cruzan del otro lado de la frontera. Las huellas van hacia los cañones y me parece que son recientes. Pero vamos y lo le indicaré.

El cuáquero Pablo montó a caballo, Búffalo Bill, lo imitó y los dos partieron siguiendo camino adelante. Pronto el explorador comenzó a indicar las frescas señales que se veían en el suelo. Iban siguiendo uno de los lados del camino junto a un pequeño curso de agua y fué allí donde el cazador de búfalos se detuvo.

—Me parece que bien podemos acampar aquí, — dijo. — No nos conviene continuar, está muy oscuro y pudiera ser que no nos halláramos muy lejos de esos malditos apaches. No quisiera alcanzarlos de noche y considero mejor esperar aquí hasta que se haga de día.

No encendieron fuego y se contentaron con comer fiambres. El cuáquero Pablo se acomodó muy bien entre los bultos de sus mercaderías pero cuando se iba a dormir notó que Búffalo Bill estaba aun levantado, con la pipa entre los labios y que el horno se iluminaba cada vez que aspiraba el humo.

Por la mañana, cuando se despertó el cuáquero, vió que su camarada había desaparecido y transcurrieron tres horas antes de que regresase.

—Oígame, cuáquero Pablo, — exclamó.— Ha ocurrido algo extraño y acabo de darme cuenta de ello. Seguí ese camino esta mañana y justamente cuando daba vuelta a un recodo en el primero de los cañones, vi un hombre montado en un caballo negro que venía en mi dirección. Me oculté y esperé a que pasara. Cruzó cerca del lugar donde yo estaba y siguió de largo hacia las praderas. Lo seguí a la distancia y pienso que se ha detenido en algún punto de la llanura, hacia aquel lado.

Se volvió e indicó hacia el Norte donde se extendía hasta perderse de vista la verde pradera.

—¿Quién era, Búffalo Bill? — preguntó el vendedor ambulante.

—Creo que le conozco, pero no tengo la seguridad de que sea el que me figuro, — respondió.—Parece ser mejicano. Al menos usa montura mejicana y lleva un llamativo sombrero. Juraría que le he visto por estos sitios con anterioridad, pero no tuve la fortuna de distinguir claramente su rostro. Marchaba apresuradamente y volvía por el mismo camino por donde vinieron los apaches. Comienzo a creer que debe saber algo sobre todo lo que ha ocurrido.

El cazador de búfalos, se detuvo y miró fijamente a su compañero algunos instantes.

—Debe haber estado en el campamento de los apaches, — agregó Búffalo Bill, — porque no he oído disparos de armas de fuego ni ruidos de persecución. Ahora bien, yo opino que esos malditos apaches no andan por aquí para nada bueno. En consecuencia, si un hombre blanco llega hasta su campamento no vuelve sin ser perseguido. El hecho de que ese regresara sin mirar hacia atrás demuestra que no teme la persecución y el hombre que no teme a los rojos y especialmente a los apaches, o es muy valiente, o es un canalla.

El rostro del cazador de búfalos denotaba preocupación cuando miró a lo lejos de la pradera.

—Lo que usted me ha contado sobre ese extranjero compañero suyo, me tiene perplejo, — continuó Búffalo Bill. — No puedo explicarme cómo apareció por estos lugares Tres Dedos para unirse con él y cómo los apaches encontraron también su rastro. Luego, usted ha visto ya que hemos comprobado que enviaron a algunos de ellos para hacerlo prisionero, aún después de haberle quitado su equipaje y los caballos. Si sólo trataban de robarle, no pienso que hubieran retrocedido para apoderarse del hombre. ¿No opina usted así cuáquero Pablo?

El largo mercachifle frunció el ceño un instante.

—También me he sentido yo perplejo por lo mismo, amigo mío, — admitió. — Sé de sobra que los apaches son siempre ladrones, pero no puedo explicarme por qué volvieron cuando ya tenían en su poder todo el botín, nada más que para hacer prisionero al extranjero. Me hubiera explicado más el que hubiesen regresado para asesinarlo pero no para tomarlo preso. Confieso que esto se halla fuera de mis alcances.

El cazador de búfalos se encogió de hombros.

—¡Tal vez yo me equivoque, cuáquero Pablo, — dijo, — pero tengo metida en la cabeza la idea de que ese individuo a quien acabo de ver tiene intervención en todo esto. No se trata de una hazaña propia de indios; se comprende que se trata de algo combinado por un blanco, si es que podemos considerar como tal a un canalla de esa especie. Un blanco es el que ha dirigido a los apaches y les ha hecho aprisionar a su compañero de usted. De todos modos, — agregó después de un momento de pausa, — me siento más inclinado a seguir primero al blanco. ¿Qué opina usted?

El hombre alto sonrió.

—Usted es el que manda en este asunto, Búffalo Bill, — dijo. — Yo me limitaré a hacer lo que usted quiera que haga.

—¡Bien!

Vadearon el arroyo y siguieron por el camino que conducía al punto donde Búffalo Bill había visto al hombre del caballo negro dirigiéndose hacia la pradera. Continuaron por la llanura siguiendo las bien definidas huellas que se notaban entre el pasto alto.

Después de caminar una milla, Búffalo Bill, descubrió que se dirigían hacia una clara y definida ruta que reconoció en seguida.

—Este es el camino de la diligencia para Deadwood, que se encuentra a unas sesenta millas de distancia, — dijo volviéndose hacia el cuáquero Pablo. — Sigue al pie de las Montañas Negras y cruza el río ocho millas más abajo de la ciudad. Ahora lo reconozco.

—Entonces el hombre a quien vamos siguiendo se encamina hacia Deadwood

—Así es, — exclamó Búffalo Bill.

Continuaron la marcha una hora más y de pronto el cazador de búfalos saltó de la silla e hizo seña al cuáquero Pablo, para que hiciese lo mismo. Iban marchando entonces por un pasto que tenía cerca de seis pies de altura, y el explorador, que avanzó con precaución, se detuvo al extremo de una pequeña altura e hizo señas a Pablo para que se le acercase.

—¡Mire! — murmuró

El terreno, en aquella parte, formaba un declive y a la distancia vió el vendedor ambulante un pequeño bosquecillo de plateadas hayas. Entre los árboles notó la presencia de un hermoso caballo negro y fijándose aún más alcanzó a ver la figura de un hombre que estaba tendido en el suelo cerca del animal.

—Aquel es el individuo a quien vamos dando caza, — dijo el explorador. — Me parece que ha llevado mucho tiempo a caballo y ahora está descansando.

Permanecieron callados durante un momento, mirando al hombre del caballo. Después Búffalo Bill se volvió y tocó al cuáquero en un brazo.

—Oiga, — dijo. — No tengo ninguna confianza en ese tipo pero yo nunca condeno a un hombre si no estoy seguro de lo que hago y ya le he dicho cuáles son mis propósitos. Va usted a montar y dirigirse al bosquecito. Trabe conversación con ese hombre y trate de averiguar qué ha hecho y qué piensa hacer. En otras palabras, sonsáquelo, si es que puede hacerlo. Pero esté siempre muy alerta, porque yo tengo el convencimiento de que es un canalla.

—¿Y usted qué va a hacer, amigo mío?

Búffalo Bill sonrió.

—No quiero que me vea, — dijo. — Vaya usted y dígale que es amigo de ese extranjero y que lo anda buscando. Pienso que él sabe de ese asunto más de lo que usted se imagina. Trate de averiguar todo lo más que pueda. Yo andaré cerca sin que él me vea. Espere como media hora antes de ponerse en

camino y entonces ya estaré yo debidamente colocado.

Un momento después, el cazador y su caballo se perdían entre la alta hierba en dirección a la izquierda, en una forma tan silenciosa que aun cuando el cuáquero Pablo podía seguir, por el movimiento del pasto, la marcha de su compañero, el mercachifle admitía que no le era posible determinar con exactitud el punto donde se encontraba.

Ningún piel roja se hubiera movido en forma más hábil y al notarlo, una sonrisa de satisfacción desplegó los labios del vendedor ambulante.

—Realmente es un hombre asombroso, Sam, — dijo, volviéndose hacia la mula de las orejas largas que permanecía pacientemente en el camino. — Tú y yo podemos considerarnos felices por figurar entre sus amigos.

El delgado mercachifle permaneció quieto hasta que hubo pasado la media hora. Después con toda calma, saltó sobre la montura y se dirigió hacia nua cuesta del camino. No hizo tentativa ninguna de ocultarse y cuando llegó a la parte más elevada, sus ojos miraron hacia lo lejos y contemplaron el bosque de hayas.

Vió entonces que el hombre que estaba tendido se había incorporado hasta quedar sentado, y que miraba hacia el lado por donde avanzaba él. El cuáquero Pablo marchaba por el centro del camino, y sus largas piernas que colgaban a los lados de la mula casi tocaban el suelo.

En aquella peluda cabalgadura, de largas orejas y en su deteriorada montura, el cuáquero Pablo no presentaba un aspecto muy alarmante y el resultado fué que José Faro, después de una detenida observación, no intentó ni siquiera cambiar de postura.

Siguió el cuáquero Pablo por la pendiente y llegó hasta la parte sombreada por los árboles, saltando al suelo. Notó en seguida que el excelente caballo negro estaba ensillado y pronto para reanudar la marcha.

El mejicano se había puesto de pie y saludó al mercachifle.

—Buenos días, señor, — dijo.

—Buenos días, amigo, — dijo el cuáquero Pablo.

Observó las facciones del rostro pequeño y oscuro de aquel hombre y el mercachifle no pudo menos que reconocer que a primera vista su aspecto no era nada tranquilizador.

—Es un camino muy solitario el que sigue usted, — continuó el mejicano. Luegó, al observar los paquetes atados al lomo de la mula, sonrió. — Pero, me parece que yo he oído hablar de usted, señor. ¿No es el cuáquero Pablo, el vendedor ambulante?

Pablo asintió con un movimiento de cabeza y se inclinó saludando.

—Así me llamo, señor, — respondió, — y todos los caminos son igualmente solitarios para mí.

El mejicano se encogió de hombros.

—Es peligroso para un hombre andar así, solo, por las praderas, — añadió.

—Un conocido mío ha podido comprobar eso, — respondió el vendedor. — Ahora lo ando buscando.

—¿Sí?

—Sí. Y me temo que haya caído en manos de los pieles rojas. Por eso marcho hacia Deadwood para prevenir al sheriff de lo que ocurre.

Mientras hablaba, Pablo observaba al mejicano y notó el efecto que le causaron aquellas palabras, pues los negros ojos del hombre brillaron intensamente.

Porque ocurría que el sheriff Hayes de Deadwood tenía una reputación de primer orden en aquella salvaje zona. Se le consideraba terrible perseguidor de los indios y tenaz defensor de la ley y del orden.

—¿Va usted a Deadwood? — dijo el mejicano. — ¿Para qué va usted a la ciudad?

El cuáquero Pablo sonrió.

—El hombre en cuya compañía viajaba yo, iba a Deadwood, — dijo. — Esperaba reunirse allí con un amigo y yo debo poner en antecedentes de lo que ocurre a ese amigo.

—Está usted muy lejos de Deadwood, — replicó el mejicano. — Habrá lo menos unas cincuenta millas de camino. ¿Tan amigo suyo era ese compañero de viaje que se va a molestar usted a hacer, por él, semejante viaje?

El rostro del cuáquero Pablo se animó con una sonrisa.

—Era tan sólo un desconocido a quien encontré en el camino, — respondió. — Pero viajábamos juntos y me pareció un hombre honrado: un hombre que había sido castigado por muchas contrariedades. Le había robado y traicionado otro compañero, cuando me lo encontré. Después halló al que le había robado, muerto y enterrado en el bosque y lo sintió y lloró como si el otro hubiera sido amigo suyo. Indudablemente es un buen hombre y por eso trataré de buscarle y ayudarle.

La plácida y tranquila voz parecía ir despertando la ira en el corazón de su oyente.

—Deadwood está muy lejos, — insistió José Faro. — Pero, como casualmente, yo me dirijo también hacia allí, si usted quiere yo puedo cumplir el mensaje que tenga a bien darme. ¿Mencionó ese desconocido el nombre del hombre con quien tenía que reunirse en Deadwood?

El cuáquero Pablo comprendió en seguida que lo que el otro quería era hacerle hablar. La verdad era que Jerrold Cressy no había manifestado el nombre de Amery al vendedor ambulante, ni éste había solicitado que le hiciese tal confidencia.

Pero el interés que manifestaba el rostro del mejicano al esperar la respuesta, hizo concebir una repentina idea al vendedor.

—Sí, señor. Me dijo el hombre, pero me pidió que no lo manifestase a ninguna persona. Había escrito una carta a ese amigo y él le esperaba. Me veo obligado a declinar su ofrecimiento, especialmente cuanto ignoro lo que le pueda haber ocurrido a ese compañero.

José Faro adelantó un paso. Se notaba que no era hombre capaz de ejercer dominio sobre sus nervios y la ira se reflejaba en su rostro.

—¡Usted está equivocado! — exclamó con seca y agresiva entonación. — ¡Ya le he manifestado que no necesita ir a Deadwood! Si quiere que le explique la razón de ello, puedo hacerlo.

—¿Y cuál es esa razón, amigo mío? — preguntó suavemente el cuáquero Pablo.

—¡Que yo no quiero que vaya! — manifestó. — Vuélvase por donde ha venido. La pradera es suficiente vasta para usted. ¿Me ha comprendido?

Había una amenaza en los pequeños y negros ojos, pero no causó impresión alguna al otro.

—Me parece que su manera de proceder es una locura, amigo, — exclamó el vendedor ambulante. — El camino para Deadwood está tan libre para mí como para usted y no veo por qué ha de impedirme que vaya.

—¡Porque no quiero! ¡Maldito mercachifle! ¡Ya le he avisado!

En aquellos lugares José Faro era considerado como un buen tirador, siendo además muy rápido. Llevaba las armas en el cinto y su largo saco las cubría.

Con un rápido movimiento echó hacia atrás los lados del saco y su pequeño y moreno puño pronto estuvo armado con un revólver. Había adoptado una actitud de atención, y su cabeza inclinada hacia adelante como la de una serpiente, demostraba lo que iba a ocurrir.

Se leía el propósito de matar en los ojos del hombre y el cuáquero Pablo lo comprendió en seguida. Pero de repente, cuando José Faro levantaba el arma, se oyó una detonación entre el pasto, hacia la izquierda del camino, y el cuáquero Pablo notó que una bala pasaba silbando entre él y su adversario.

Un momento después, un grito de dolor brotaba de los labios del mejicano y el mercachifle vió que éste retrocedía y dejaba caer el arma, mientras se sujetaba la muñeca herida, que le sangraba.

Se oyó un juramento, luego como un rayo José Faro echó a correr por entre los árboles y llegó junto a su caballo negro. Un momento después estaba sobre la silla y en cuanto lo sintió sobre sus lomos, el caballo saltó y llegó al camino.

El mejicano había realizado todo eso en el momento preciso, porque cuando emprendía la carrera por el camino se oyó ruido entre la hierba y Búffalo Bill apareció para dirigir hacia el lado por donde marchaba el otro, a su caballo.

El explorador tenía en las manos el rifle aún humeante y detuvo al animal mientras señalaba la nube de polvo que se alejaba.

—¿Le ha causado algún daño esa víbora, Pablo? — preguntó a la distancia.

El cuáquero hizo un movimiento negativo con la mano.

—No. Todo va bien, Búffalo Bill, — respondió.

José Faro se encontraba entonces a unas cien yardas de distancia, marchando por el camino a todo galope e inclinado sobre el cuello de su caballo. Había sacado un trozo de tela del bolsillo de la montura y se había vendado la mano; después, al verse perseguido, clavó de modo salvaje las espuelas en los ijares de su caballo mientras el pobre animal corría devorando el camino.

—¡Voy tras él! — gritó Búffalo Bill.— No quiero dejar que se escape este bandido. Espéreme, Pablo.

Haciendo girar a su montura, Búffalo Bill se afirmó en la silla, y Catalina, respondiendo a un pedido de su patrón, comenzó a correr por el camino siguiendo las huellas del caballo negro.

El cuáquero Pablo avanzó hasta el límite del bosque y observó las dos nubes de polvo que señalaban la posición de los dos jinetes, hasta que se perdieron de vista.

—Va a ser una tenaz y encarnizada persecución, según pienso, — díjose el mercachifle.

En efecto, la persecución era encarnizada y ardua.

No hay acaso en el mundo jinetes como los mejicanos. Desde sus primeros años están habituados a la equitación y fuerza es reconocer que en ese punto siempre hay algo que aprender de esos delgados hombres de piel morena.

Es acaso el único mérito que puede hallárseles a los aventureros de aquella región y Búffalo Bill comprendió que había de realizar grandes esfuerzos para dar alcance al que iba ante de él.

El caballo negro que montaba José Faro era sin duda un poderoso animal; sus finos y fuertes remos y su pequeña cabeza árabe, denotaban la pureza y el calor de la sangre que corría por sus venas y era, indudablemente, uno de los más finos productos que podían hallarse en aquella parte de América.

Catalina era un animal mucho más pequeño de esqueleto y cuerpo y había nacido y se había criado en las praderas. Durante la primera parte de aquella rápida carrera el caballo negro fué adelantándose más y más y cuado ya llevaba una buena ventaja, José Faro se dió vuelta en la silla y sacándose el sombrero saludó burlonamente a Búffalo Bill en circunstancias en que se hallaba en lo alto de una pendiente cuando el explorador llegaba al pie de ella.

Justamente en aquel momento el cazador de búfalos apoyaba la mano en la culata de su rifle que había colgado del arzón de su silla.

Hubiera podido tumbar fácilmente al bello animal, pero había algo que le repugnaba en aquella idea, porque, igual de todos los hombres que han vivido mucho en el campo, y conocen bien a los caballos, Búffalo Bill apreciaba mucho a todo espléndido animal y hubiera lamentado mucho dar muerte a tan magnífico ejemplar.

—¡No te alegres mucho, canalla! — pensó. — ¡Te dejo ir porque mejor que el hombre que lo monta es el caballo! Pero ya te daré alcance. No tengo duda de ello.

Dirigió a Catalina hacia la pendiente que el animal, con paso rápido y firme, con graciosos movimientos de felino, comenzó a subir.

Catalina era un animal fuerte que podía

recorrer millas y millas hora trás hora sin manifestar cansancio.

Búffalo Bill lo sabía muy bien y por eso aún cuando el impaciente animal parecía comprender que era aquella una carrera importante y trataba de acelerar la marcha, el explorador la contenía.

Sabía que había cincuenta millas de pradera ante ellos y el día estaba empezando. El caballo negro galopando delante aumentaba siempre la distancia que lo separaba de su perseguidor, pero Búffalo Bill sabía que aquella no era forma de marchar por el camino libre y que de aquel modo llegaría el momento en que tendría forzosamente que ir cediendo.

No había duda alguna respecto a la maestría de José Faro, quien montaba con habilidad tratando de reservar al animal cuando subía alguna pendiente y dándole rienda suelta cuando el camino era llano.

Por eso la persecución duró así por espacio de dos horas, hasta que Búffalo Bill vió que Faro se apartaba, por fin, del camino y se dirigía hacia una pequeña pradera que había hacia la izquierda. Temía encontrar alguien que marchase en sentido opuesto y prefería marchar por el campo libre, tanto más cuanto que el caballo negro comenzaba a dar indicios de cansancio lo que alarmaba a su amo.

En cambio Catalina continuaba recorriendo millas de una manera fácil. Los costados del animal estaban cubiertos de espuma y polvo, y de su boca colgaban flecos de espuma, pero las pequeñas orejas permanecían tiesas y Búffalo Bill notaba que las patas que se movían bajo su cuerpo estaban tan llenas de fuerza como siempre.

—¡Bravo, mi vieja amiga!—exclamó deteniéndose y palmeando al sudoroso animal.—Le vamos a alcanzar pronto. Grande como es, tu lo vas a vencer.

Veía entonces claramente a su perseguido y la caza comenzó a cambiar gradualmente hasta que el caballo negro y su perseguidora estaban sólo separados por unas cien yardas.

Búffalo Bill notó que el mejicano sentía cada vez más ira y trataba de acelerar la marcha clavando las espuelas en los costados cubiertos de espuma y sangre, de su caballo.

El excelente caballo hacía cuanto podía pero su cabeza estaba más agachada y por su poco regular galope, el explorador comprendía que estaba a punto de ser vencido.

Había efectuado una espléndida carrera y el dueño de Catalina era el primero que lo reconocía así, porque no existía en las praderas, según consideraba Búffalo Bill, un animal que hubiera podido resistir y aún vencer en los comienzos de carrera a su excelente yegua.

Era muy difícil resistir a Catalina pues el animal habituado a la vida en las praderas, se hallaba siempre en excelentes condiciones gracias a la árdua tarea de su amo, y en aquellas circunstancias denotaba hallarse aún en la plenitud de sus fuerzas.

En los días del principio de su vida azarosa Búffalo Bill había podido comprobar el valor de Catalina y tanto él como la montura podían ser considerados como los primeros de su generación.

El mejicano que marchaba delante comenzó a convencerse de que especie era el hombre que lo perseguía y Búffalo Bill notó la intensa mirada de los ojos que lo observaban cuando el otro volvía la cabeza para observarlo por encima del hombro.

Porque cuando José Faro había iniciado la carrera, nunca pudo imaginarse que era posible que ningun hombre o animal pudiera obtener ventaja sobre él y la verdad al ser comprendida por el canalla comenzó a oprimirle el corazón.

Aquella espléndida figura de caballo, sin manifestar cansancio alguno le parecía a José Faro que era la representación de la justicia. No conocía al explorador pero vió el aspecto del cazador de búfalos y comprendió lo que había en el plan de su perseguidor.

Este fué acercándose más y más y haciendo un brusco movimiento, el mejicano se volvió en la silla y llevando la mano al cinturón, extrajo el revólver que llevaba allí.

Su mano herida no podía casi emplearla y todo lo que logró hacer fué contener algo, con un leve tirón de riendas, la marcha de su montura. Se detuvo y levantado el arma oprimió dos veces el disparador.

Las balas levantaron columnas de polvo al chocar en el suelo delante de los cascos de Catalina, y nuevamente Búffalo Bill llevó la mano a su rifle de repetición.

Pero nuevamente reflexionó y se contuvo. No era por compasión al canalla que iba delante. Pero no dudaba de que conocía mucho de lo que él quería saber acerca del misterio que había de resolver el cuáquero Pablo y por ello Búffalo Bill que podía atacar a una manada de búfalos y hacer blanco en cualquiera de ellos marchando al galope, dejó que el mejicano siguiese corriendo durante otra milla haciendo disparos sin tratar él de responder a ninguno.

Cuando, por fin, tuvo vacío el revólver, un agujero que pasaba de parte a parte el sombrero de Búffalo Bill denotaba lo cerca que habían andado las balas disparadas por el intrépido jinete.

El revólver sonó en seco y el mejicano se dió cuenta entonces de que estaba vacía el arma.

Búffalo Bill le oyó lanzar un juramento y el arma fué por los aires a caer entre el pasto de la pradera. Faro se dió una vez vuelta en la silla y al ver ya cerca el peligro exigió un nuevo y desesperado esfuerzo a su montura clavándole de modo salvaje las espuelas en los ijares.

El animal respondió noblemente y con un relincho partió al galope y una vez más, diez, quince, veinte yardas, separaron a Catalina del otro animal.

El viento silbaba en los oídos de Búffalo Bill cuando animó a su excelente pequeño animal.

—Muy bien, Catalina. Prepárate.

Durante diez minutos continuó en aquella forma la carrera. Luego el caballo negro

llegó hasta el comienzo de una pendiente y Búffalo Bill, por primera vez alentó a su montura.

—¡Ahora, muchacha!

Como una flecha partió la yegua respondiendo a la orden. Parecía volar sobre el suelo y sus cascos casi ni rozaban el camino. Ya en lo alto de la pendiente continuó hacia abajo su marcha, rápida como un relámpago.

Aquel espléndido esfuerzo la hizo ganar yarda trás yarda, hasta que cuando miró hacia atrás, José Faro vió con gran desaliento, las rojas narices de Catalina aparecer entre las nubes de polvo, rozando con los cascos de su caballo, a no más de veinte yardas.

Con un juramento y un tirón a las riendas, José Faro, trató de hacer que su montura para que saltase fuera del camino hacia la izquierda. Pero antes de que realizase el movimiento, el mejicano alcanzó a distinguir entre las nubes de polvo, algo negro que se retorcía como una serpiente y que daba vueltas sobre su cabeza.

Levantó las manos y quiso dejarse caer por la grupa del caballo huyendo de aquel peligro. Pero ya era tarde. El lazo cayó sobre sus hombros y brazos y oyó la voz de Búffalo Bill que gritaba:

—¡Atrás, Catalina!

En seguida el animal se detuvo y clavando las patas traseras en el suelo, endureció hasta la rigidez las delanteras. Solamente un hábil jinete podía haber resistido la maniobra y el mismo Búffalo Bill se sintió dolorido por el choque.

Se oyó un grito y un relincho y momentos después, el caballo negro galopaba sin jinete a través de la pradera, mientras José Faro se encontraba en el suelo, lleno de polvo y sujeto por el lazo.

Saltando de la silla, Búffalo Bill corrió al lado del mejicano y cuando éste levantó la vista se encontró bajo la amenaza de un revólver e inclinado sobre él el rostro del hombre que lo había derribado.

El mejicano permaneció mudo durante un momento, luego sus labios dejaron escapar un suspiro.

—¡Búffalo Bill! — exclamó.

Al mencionarlo, el rostro de aquel hombre, maltrecho, cubierto de polvo y enlazado, se cubrió de mortal palidez.

—Parece que sabe usted cómo me llamo, —dijo Búffalo Bill. — Yo también creo haber visto su rostro antes de ahora, pero no puedo precisar dónde. Mas ahora que ya lo tengo en mi poder necesito que hablemos unas cuantas palabras.

El lazo se había apretado como un círculo de hierro en redor del cuerpo y los brazos. El largo saco se había arrollado sobre los hombros y al darse vuelta dejó caer al suelo una cartera de bolsillo, de cuero de chancho, que el hombre llevaba en el saco.

Búffalo Bill notó una mirada de contrariedad en los ojos del mejicano, que intentó agacharse para recogerla. Pero el explorador, más rápido que él le dió un empujón y tomó la cartera.

En el centro tenía tres iniciales: J. L. C.

—¡Creo que esto termina su proceso, canalla! — exclamó. — ¿Cómo ha llegado a su poder esta cartera? Pertenece al hombre que está ahora en poder de los apaches. Un hombre que se llama Jerrold Cressy. ¿Qué intentaba hacer con ella?

La respuesta de José Faro fué una serie de injurias, y su rostro pálido y el temblor nervioso de sus labios indicaron a Búffalo Bill, que aquel hombre estaba dominado por un miedo de muerte, como puede estarlo un criminal sorprendido con las manos tintas en sangre



CAPITULO V

El camino largo

"ME parece que a éste puede usted dejarlo con toda confianza en mi poder, Búffalo Bill,—dijo el sheriff Hayes dirigiendo una mirada enérgica al prisionero. — Tendré buen cuidado de que ese canalla no se escape."

Fué un terceto sucio y polvoriento el que había llegado, a caballo a Deadwood, ya entrada la noche y se había detenido frente a la casa del sheriff.

Eran Búffalo Bill y el cuáquero Pablo que conducían preso, entre ellos a José Faro. Despertaron al sheriff y el explorador le refirió con toda calma cómo habían efectuado la captura del mejicano.

Había entregado los documentos y artículos que había encontrado en poder de José Faro y que demostraban, sin la menor sombra de duda que había tenido participación en el robo de que había sido víctima el inglés que se encontraba en aquel momento en manos de los apaches.

Desgraciadamente para José Faro, el sheriff sabía de él mucho más que Búffalo Bill, y cuando el prisionero se acercó al espacio iluminado por la lámpara que estaba en la mesa, dentro de la casa, el sheriff Hayes se fijó en la mano izquierda del hombre, y luego de observarla un momento exclamó señalando con un dedo un grueso anillo de oro que tenía en uno de los dedos:

—¿Cómo es que está en su poder, José Faro? Creo que la última vez que vi ese anillo lo tenía puesto Juan Tres Dedos y en aquella ocasión usted y él estaban como dos buenos amigos en el establecimiento de bebidas de este pueblo.

El semblante de Faro, manifestó su disgusto, pero el mejicano permaneció silencioso. Entonces el cuáquero Pablo se adelantó.

—Juan Tres Dedos ha muerto, — dijo. — Su tumba se encuentra en el bosque y si este hombre lleva su anillo en el dedo debe saber algo sobre el destino del otro.

Los ojos del sheriff se animaron y dirigió una mirada a Búffalo Bill.

—Pienso que no necesito más pruebas, Bill, — dijo. — Juan Tres Dedos no era una buena persona, pero creo que la vida le sería tan agradable como a cualquier persona decente, y este zorro tiene puesto su anillo.

El sheriff volvió a mirar el sombrío rosto del mejicano.

—Se ha metido usted en un juego muy arriesgado, José Faro, — dijo. — Y es necesario que nosotros nos enteremos de todo lo pasado.

El descubrimiento que el sheriff había hecho dió a Búffalo Bill la clave de lo que había ocurrido, y se volvió hacia el mejicano.

—Me parece que puedo explicar el asunto. José Faro, aquí presente manifestó a Tres Dedos algo de lo que pensaba hacer y Juan accedió a secundarlo, pero le hizo traición pues marchó por el camino al encuentro del extranjero antes de que la banda de apaches de Faro entrase en acción. Juan Tres Dedos robó el equipaje a Cressy y se fué. Los apaches le encontraron y cometieron un error o quizás José Faro acompañaba a los pieles rojas y Juan, Tres Dedos pagó cara su traición. Creo que fué un blanco el que mató a Juan Tres Dedos, porque no le han arrancado la cabellera.

La mirada de repentina ira que brilló en los oscuros ojos del prisionero bastó para que Búffalo Bill comprendiera que había dado con la verdad.

José Faro miró a los tres hombres durante un momento, luego ese descaro que se revela en los hombres de su especie cuando se ven descubiertos se reveló en él y lanzó una carcajada.

Sabía que de acuerdo con las leyes de aquellas regiones ya estaba condenado a muerte. Llevaba puesto el anillo de un hombre asesinado y aquello era prueba suficiente para que le ahorcasen. Lanzó una nueva carcajada burlona y echó hacia atrás la cabeza.

—¡Juan Tres Dedos, trató de hacerme traición y ha muerto! ¡Le maté yo! — dijo. —¡Yo le maté! ¿Por que no?

Luego con una mirada de ira y una contracción del rostro, avanzó, y levantando las manos que tenía atadas, añadió desafiando a Búffalo Bill.

—Pero ustedes no encontrarán al inglés, —continuó. — Por que voy a manifestarles que ha sido llevado al Cañon Perdido y hasta ahora ningún blanco ha logrado hallar el camino para llegar hasta ese cañón y no lo encontrará nunca.

El sheriff Hayes respiró profundamente.

—¡El Cañón Perdido! — repitió. — ¿Lo han llevado allí esos zorros de apaches?

José Faro notó la impresión que habían producido sus palabras y celebró su triunfo riendo satisfecho.

—Sí, señores, — prosiguió en tono de mofa. — Allí es a donde los apaches han llevado al inglés. Búffalo Bill es un buen descubridor de pistas. ¡A ver si da con esa!

La leyenda había tejido muchas y extrañas historias sobre el Cañón Perdido. Era, algo así como un Eldorado, una región misteriosa a la que sólo podían llegar por seguros y secretos caminos, los indios que infestaban aquellos lugares, cuando después de realizar alguna de sus excursiones eran perseguidos por los blancos.

El cañón se encontraba, según los rumores, hacia el lado del Sud, oculto entre las sierras y valles situados en la región del Colorado, en una zona de arena y cactus, desierta, salvaje, sin agua, ni caminos, llena de extensiones áridas y tras una barrera de rocas y matorrales que eran acaso sus mejores defensores y que mantenían inviolable el secreto del Cañón Perdido.

—¿Usted ha ordenado a los apaches que llevasen allí al inglés? — preguntó el sheriff Hayes.

El mejicano se encogió de hombros.

—Deseaba quitar ese obstáculo de mi camino, — respondió. — Además está allí otra persona y los he reunido para que se cuenten sus aventuras. Esa es mi venganza por una vieja cuestión.

Parecía vanagloriarse de su diabólica idea y tanto Búffalo Bill como el cuáquero Pablo, dieron la espalda molestos, al canalla que había enviado a un blanco a una región donde quedaba condenado a un destino peor que la muerte.

Hayes se acercó y tocó al prisionero en un hombro.

—Soy el representante de la ley y del orden en esta ciudad, — dijo. — Pero hay momentos en que estoy tentado de dejar a un lado la ley. Lo que usted merecía inmediatamente, canalla, era una cuerda y la rama de un árbol, y si yo no fuese sheriff de Deadwood, yo mismo sería el que le pondría esa soga, bien engrasada en redor del cuello.

Su mano oprimió el hombro del otro, y le indicó la puerta de la casa.

—Pero voy a tratar de tenerle bien sujeto ahora, mala víbora, — continuó. — Deje por mi cuenta Bill, yo lo cuidaré y cuando sea preciso presentar las pruebas de la acusación, me cuidaré de hacerlo.

El sheriff había sacado el revólver y él y su prisionero se hallaban de pie en la luz que salía de la casa. Búffalo Bill miró a Pablo y éste hizo un gesto afirmativo.

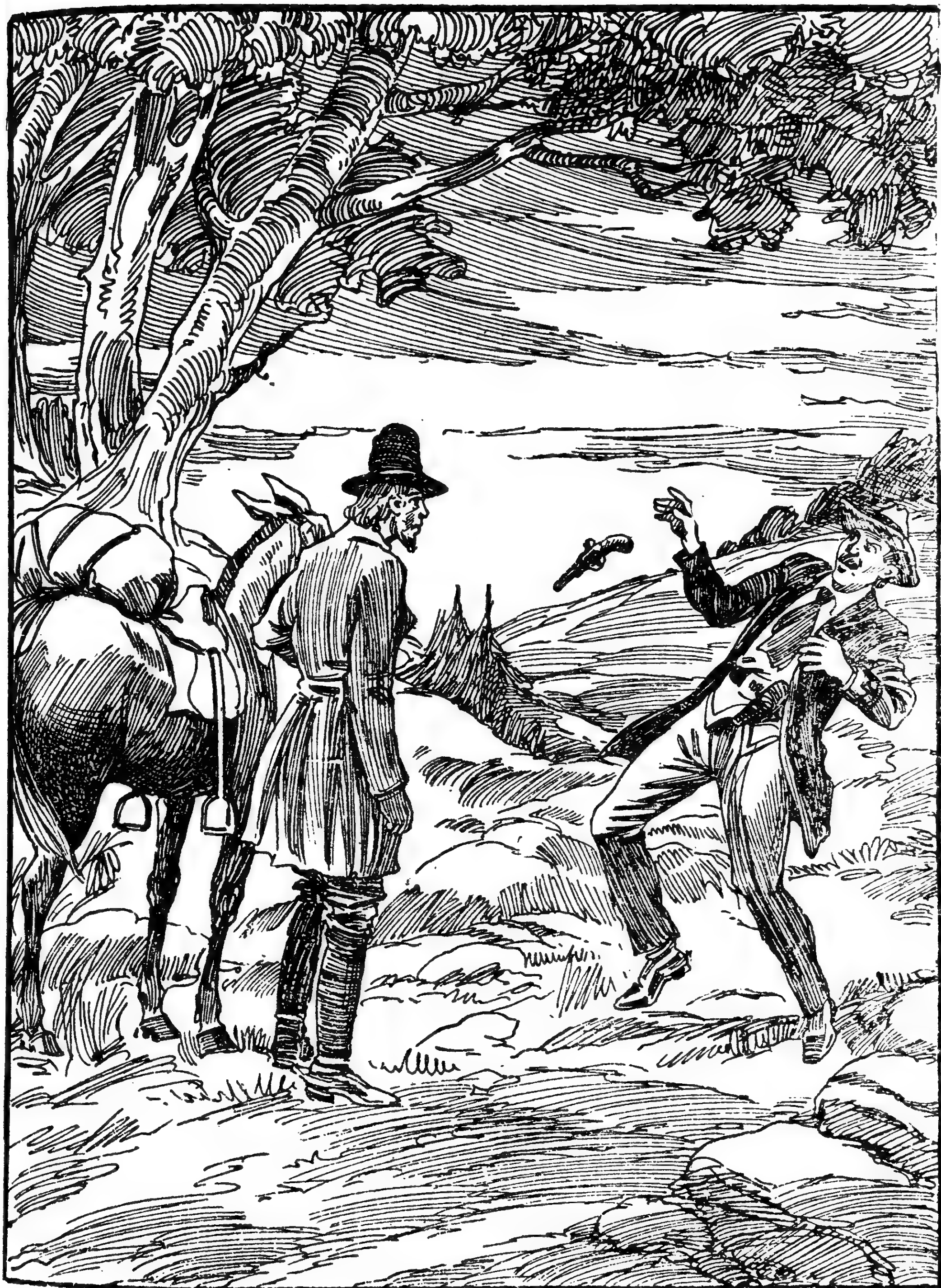
—Estoy pronto, amigo mio — dijo.

—¿A dónde van? — preguntó el sheriff Hayes.

El explorador había echado a andar pero se detuvo y miró por encima del hombro.

—Creo que no hay más que una cosa que hacer, — dijo con tranquila entonación.— Voy a tratar de encontrar el Cañón Perdido.

Pocos momentos después, el sheriff Hayes oía el ruido de los cascos de los caballos y desde la puerta de su habitación vió a los dos jinetes marchar hacia las afueras de la tranquila ciudad de Deadwood. Reconoció la desgrbada y orejuda silueta de la mula y de su



Un momento después un grito de dolor brotaba de los labios del mejicano y el mercachifle vió que éste retrocedía y dejaba caer el revólver. Después se sujetó la muñeca herida que le sangraba. ("El Secreto del Indio" o "El Cañón Perdido", Capítulo IV.)

delgado jinete, con Búffalo Bill, montado en su yegua, a su lado.

El sheriff contempló a los dos hasta que desaparecieron entre la oscuridad, luego se encogió de hombros y entró en la casa donde José Faro se sentó en una silla.

El sheriff atravesó la habitación y se detuvo frente a su prisionero.

—Me parece que está jugando su última partida, José, — dijo. — Usted piensa seguramente que Búffalo Bill no va a volver nunca. Pero yo creo que está usted equivocado, porque ha tropezado con el único hombre de este distrito para quien no hay nada imposible cuando se propone hacerlo. Búffalo Bill encontrará el Cañón Perdido; yo se lo aseguro.

El cuáquero Pablo y el cazador de búfalos marchaban a través de la pradera a un trote ligero y así continuaron durante tres horas. Después se detuvieron a la orilla del río, donde acamparon.

El mercachifle encendió una hoguera y cenaron; después se echaron a dormir. A la mañana siguiente al amanecer ya estaban de nuevo en marcha y realizaron una larga jornada por las praderas. Ya tarde al siguiente día alcanzaron el camino que había de conducirlos al comienzo de la región de los cañones.

Descansaron toda la noche, desensillando sus monturas para que pudiesen pacer tranquilamente, porque sabían que en los cañones el alimento para los animales sería escaso, además de ser fatigosa la marcha.

Se levantaron cuando apareció el sol a la siguiente mañana y a medio día se encontraron en el lugar donde habían acampado los apaches a la entrada del primer cañón.

Allí llenaron sus bolsas para agua en el río, y dió comienzo una larga y penosa investigación. Porque los apaches habían disimulado sus huellas perfectamente y pasaron varias preciosas horas antes de que Búffalo Bill lograse dar con el rastro.

La marcha comenzó entonces, pero era lenta y fatigosa porque cada yarda del camino había sido cuidadosamente observada y el resultado fué que cuando oscureció, sólo habían recorrido doce o trece millas por el oscuro cañón arriba.

Los tiernos y abundantes pastos habían dado lugar a los matorrales y las cabalgaduras tenían que avanzar mucho antes de encontrar aquí y allá entre las peñas pequeñas manchas de hierba.

No había por allí agua y Búffalo Bill y su compañero tuvieron que contentarse con algunos sorbos de la provisión del precioso líquido que llevaban.

Al amanecer se pusieron nuevamente en marcha y notaron que el camino comenzaba a ascender suavemente hasta que al fin llegaron a un punto donde la cuesta era más brusca entre matorrales y peñas. Finalmente llegaron a otro valle, donde comenzaba el verdadero desierto formado por anchos espacios de tierra colorada, salpicados acá y allá por grupos de plantas de cactus.

El sol que quemaba ya parecía aumentar a cada momento la fuerza de sus rayos.

Se detuvieron por la tarde aprovechando alguna sombra que proyectaba un gran matorral. Búffalo Bill destinó una cantidad de agua para los caballos que manifestaban señales de cansancio. Pero ni él, ni el cuáquero Pablo bebieron un solo sorbo.

El mercachifle se había quitado el levitón y por el cuello, desabrochado, de su camisa dejaba ver su pescuezo flaco, mientras chupaba un pequeño canto rodado, pero ni una palabra de queja brotó de sus labios.

Volvieron a ponerse en marcha con el fresco de la noche y cubrieron una jornada de otras nueve o diez millas, siguiendo las rutas que se notaban en la arena a través de los cactus y grupos de matorrales y sufriendo en las piernas mientras pasaban por entre las plantas, los efectos de las espinas que rasgaban sus carnes.

Los cactus crecían libremente y su cantidad aumentaba más y más, hasta formar a los lados del camino una pared de cuatro pies de elevación, y Búffalo Bill, que marchaba adelante notaba que su yegua se estremecía al sentir que las espinas penetraban en su carne.

Con frecuencia, el explorador tenía que apearse y sacarle las venenosas puntas de las ramas.

Gracias a su piel curtida, la mula no tenía mucho que sufrir por esa causa, y al fin, por indicación del mercachifle fué él el que marchó adelante abriendo el camino.

Las huellas se notaban ahora con claridad porque era patente que los apaches no temían ya ser perseguidos y aún cuando las señales de las patas de los caballos databan de algunos días habían quedado claramente marcadas.

Cuando llegó la noche se encontraron los dos hombres al fin de sus fuerzas. Sus labios estaban resecos y los ojos irritados. Atravesaban entonces un ancho espacio cubierto de negro barro que formaba una costra que se rompía bajo los cascos de sus monturas, haciendo aún más penoso y difícil el avance.

La yegua siempre impaciente se manifestaba también con las fuerzas agotadas. Las llanuras eran su elemento y en aquella región árida el animal tascaba el freno y sacudía el pescuezo en señal de protesta. La cabeza estaba agachada y la espuma cubría sus flancos, mientras las ancas y el lomo desaparecían bajo una capa de polvo.

Búffalo Bill miró a los que marchaban delante. La mula caminaba con las orejas gachas y con paso cansado. El cuáquero Pablo estaba sentado en la silla con las manos colgando la cabeza sobre el pecho y demostrando en todos sus gestos la fatiga que experimentaba.

Los labios del cazador de búfalos estaban secos y agrietados y comprendía que hubiera sido una locura detenerse allí. Esperaba hallar por aquellos sitios un punto donde hubiese algo de agua y mientras no lo encontrasen, continuarían caminando.

Así siguieron entre las crecientes sombras. El camino comenzaba a ascender nuevamente hasta que llegó a una parte donde serpenteaba por entre grandes peñascos, y al final

de la pendiente, el cuáquero Pablo detuvo su mula por un instante para esperar a que llegase su compañero.

—Opino que será mejor que descendamos, amigo mío, — dijo el vendedor ambulante moviendo apenas los resecos labios, y apeándose.

El cazador de búfalos asintió y el cuáquero Pablo, marchando otra vez delante comenzó a descender. La mula vacilaba resoplando en la curiosa forma de su especie.

No hay nada en el mundo de paso tan firme como una mula y la forma en que avanzaba de peña en peña, siguiendo el camino detrás de su patrón, hizo que el fatigado explorador sonriese por un momento.

—Vamos, Catalina, muchacha. Nos ha llegado el turno.

Pero la yegua manifestó tales signos de impaciencia y hubo una pequeña lucha entre ella y su patrón que trataba de vencer sus temores para comenzar el descenso.

Búffalo Bill caminaba delante del animal y continuamente la tierra y las piedras que se desprendían demostraban al explorador que la yegua no afirmaba bien las patas.

Era una peligrosa tarea para el explorador porque si la yegua llegaba a rodar iría a dar contra su amo y juntos hubieran caído hasta abajo.

Pero pie por pie, yarda por yarda, el peligroso descenso fué realizado y Búffalo Bill se encontró nuevamente al nivel del terreno arenoso donde el vendedor ambulante lo esperaba ya.

—Aquí han acampado ellos, amigo mío,— exclamó el cuáquero.

En la oscuridad vió Búffalo Bill el montón de cenizas dejadas por la hoguera que habían encendido los apaches al hacer su campamento.

—No hay señales de agua, — añadió el cuáquero.

Revisaron las cercanías y hallaron en una depresión una costra de reseco salitre que indicaba que allí había habido agua durante la estación de las lluvias, pero el sol y las resecas arenas la habían absorbido sin dejar nada.

Continuaron su investigación y hallaron alguna leña con que hacer fuego; después recurrieron a sus últimas reservas de agua. Búffalo Bill vació su bolsa y dividió el contenido en partes iguales entre las personas y los animales.

Colocó la parte que le correspondía en un recipiente cerca del fuego y fué a dar a Catalina y a Sam el agua que les correspondía según el reparto. Luego volvió junto al fuego y encontró a Pablo echado en el suelo con la cabeza apoyada en la montura y, al parecer, dormido.

El explorador llevó la vasija a sus labios y cuando tomó un sorbo vió el contenido. La vasija estaba casi llena de agua, aun cuando él tenía la seguridad de que apenas la había llenado hasta la mitad cuando la dejó junto a la hoguera.

El cazador de búfalos volvió la cabeza y contempló a su tendido camarada, que estaba al otro lado de la hoguera, luego una triste sonrisa demostró que había comprendido lo que ocurría.

—¡Oiga, Pablo! — gritó.

Tuvo que llamarle dos veces antes de que el otro respondiese.

—¿Qué hay amigo?

Una seca carcajada brotó de los labios del explorador.

—No estoy muy conforme, Pablo. ¿Ha querido jugarme una mala pasada? ¿Dónde está su agua?

El cuáquero se movió lentamente y volvió la cabeza hacia su compañero. Había algo de humorístico en la mirada de sorpresa que animaba sus ojos.

—¿Mi agua, preguntaba? Amigo mío, me la he bebido.

Búffalo Bill, suspiró.

—No; usted no se la ha bebido, — exclamó. — La ha puesto en mi vasija para que yo me la bebiese. Pero, óigame Pablo, prefiero arrojarla al fuego antes de hacer semejante cosa. Vamos, venga a tomar la parte que le corresponde.

La escuálida y larga cara del vendedor ambulante manifestó sorpresa; luego exclamó:

—Yo le aseguro que no tengo sed, Búffalo Bill. Soy viejo, mientras usted es vigoroso y joven. Nosotros los hombres de cierta edad somos una especie de camellos del desierto por lo resistentes a la sed y podemos caminar sin probar el agua. ¡Bébala!

—Me condenaría si hiciese tal cosa, — exclamó Búffalo Bill con energía y al mismo tiempo alargó al otro la vasija.

—La mitad cada uno. El reparto está hecho así, con que, ¡vamos Pablo!

Y cuando el mercachifle extendió la mano para tomar el recipiente, Búffalo Bill le estrechó los dedos por un momento. Fué una forma silenciosa de expresarle su gratitud por el gran sacrificio que el curioso mercachifle intentara realizar.

Porque entre todos los sacrificios que un hombre puede hacer por un semejante no hay nada comparable al de cederle su ración de agua, estando sediento, en pleno corazón del desierto.

Y de ese modo, aquellos dos hombres compartieron su tesoro, mitad por mitad, bebiéndose la última gota de agua y luego se dispusieron a dormir.

A la mañana siguiente emprendieron de nuevo la marcha y del otro lado del valle encontraron un pequeño charco de agua turbia, debajo de una roca, donde, después de vencer su gran repugnancia, bebió Catalina, Sam y ellos llenaron los sacos de goma.

El agua era mala y de un sabor desagradable, pero dió nueva vida a los dos hombres que la consideraron como un verdadero néctar.

Durante la tarde, Búffalo Bill dió caza a un conejo grande que cruzó el camino y aquella noche el animalito constituyó el plato más sabroso de la cena.

Habían continuado la marcha y las huellas eran casi las mismas, lo que indicaba que iban llegando a la meta.

Pero el camino se hacía cada vez más

difícil de recorrer, habiendo sitios donde tenían que desmontarse y conducir a los animales detrás de ellos, cuesta arriba, antes de descender de nuevo a otros cañones.

Búffalo Bill sabía que habían estado marchando en forma segura durante la ascensión y cuando llegaron a la cima de un picacho pudo ver que se extendía frente a él, milla tras milla, las cumbres de las montañas y los valles. Era como si se hubiese detenido a la orilla del mar, un mar petrificado, contribuyendo las sombras de las nubes y el sol a dar belleza al magnífico panorama.

Sabía que en un punto muy distante hacia el sur se encontraba el gran río que se había abierto camino entre las rocas macizas, el poderoso río Colorado.

En algún punto de ese grandioso paisaje que tenían por delante, se hallaba oculto el Cañón Perdido y a pesar de toda su entereza, Búffalo Bill sintió una momentánea desesperación, contemplando aquella extensión que inspiraba temor a cualquiera.

El cuáquero Pablo se encontraba a su lado y los dos hombres experimentaron esa sensación de soledad, de anulación completa, que sobreviene a todo ser humano colocado ante la Naturaleza manifestada en esa forma salvaje.

Centenares de hombres se habrían perdido en aquella parte del mundo, hombres que se habían aventurado por aquellos cañones, inducidos por el afán del oro que podía ser encontrado allí, pero muy pocos regresaron y ninguno había intentado volver a realizar la aventura.

—Temo que todo ocurre por culpa mía, Búffalo Bill, — dijo Pablo, mirando a aquél con los ojos congestionados. — Si no hubiera sido por mí, nunca hubiéramos llegado a este sitio. Todo lo ocurrido pesa enormemente sobre mi conciencia.

El explorador sacudió la cabeza en señal de disconformidad.

—Está usted en un error, Pablo, — contestó. — Usted no tiene la culpa de nada. No me instigó a que viniese aquí; yo lo hice por mi propia voluntad. Pero venceremos a pesar de todo, compañero, puede tener la seguridad de ello. Donde pueda ir un piel roja, puedo ir yo también. Los encontraremos. Los encontraremos antes de darnos por vencidos.

Transcurrió otro largo día y luego, avanzada la noche, a medida que seguían el camino estrecho y profundo que iba en descenso por las rocas, vieron ante ellos una rotura en las piedras que había sido evidentemente hecha por la mano del hombre. Era un corte en forma de V, bien definida, situada en el centro mismo de la alta cuchilla.

El cañón por donde pasaban era muy oscuro, pero a través de la V podía distinguirse una ancha extensión donde el sol, semioculto por las rocas, brillaba aún. Producía el efecto de estarse observando un cuadro iluminado, desde un punto situado en la oscuridad y cuando llegaron a la cuesta por donde continuaba el camino, Búffalo Bill extendió su fatigado brazo y exclamó:

—¡Humo!

En la profundidad del valle, vieron una hilera de pequeños árboles, situados a lo largo del declive, hacia la derecha y más allá de los árboles se elevaba una columna tenue de humo azulado que se extendía luego como una cortina en el espacio.

—Sí, — dijo el cuáquero Pablo. — Es una hoguera.

Continuaron un centenar de yardas más su marcha y Búffalo Bill llamó la atención de su compañero respecto al camino. Las señales de las pisadas de caballos eran recientes y en un grupo de plantas de cactus, el cazador de búfalos descubrió un pequeño trozo de soga de hierbas, muy gastada, que evidentemente había quedado enganchada al pasar cerca de allí un caballo.

—Me parece que esto es de los apaches, — exclamó. — Nos vamos acercando y es necesario que adoptemos todo género de precauciones.

No salieron a la parte descubierta por la abertura en forma de V, sino que dando vuelta por las peñas situadas hacia la izquierda, manearon allí a sus caballos. Luego Búffalo Bill y su compañero se arrastraron al amparo de las rocas hasta que pudieron observar el valle que se encontraba ante ellos.

Contemplaron el camino que ondulaba por la arena y luego se dirigía hacia un grupo de árboles enanos. El sol iluminaba aún la pendiente donde se encontraban los árboles del Este del valle, y el explorador recorrió cuidadosamente, con la vista, el terreno.

—Trataremos de llegar hasta aquellos árboles, esta noche, — dijo. — Pero tendremos que aguardar a que oscurezca. Me figuro que esos pieles rojas del diablo no habrán establecido vigilancia, pero no conviene descuidarnos, por si no fuese así.

Regresaron al lugar donde se encontraban los caballos y allí tomaron algún alimento. Pasó otra hora y cuando se hizo de noche, el cuáquero Pablo y su compañero emprendieron la marcha a pie. Se deslizaron por entre las sombras y, cortando camino, llegaron al declive del Este y ascendiendo por las rocas desiguales se abrieron paso hasta hallarse más arriba del grupo de los árboles.

Fué una labor larga y ardua porque no existía camino alguno y Búffalo Bill adelantaba, paso a paso por la orilla del declive.

Pero al fin logró llegar hasta una roca de superficie aplanada que avanzaba sobre el vacío, y sobre ella se extendió colocándose a su lado el vendedor ambulante.

Desde el punto donde se hallaban echados podían ver por encima del grupo de árboles el fuego que ardía en el valle y alrededor del cual se encontraban de pie algunas figuras humanas.

Con su anteojo de larga vista, Búffalo Bill observó el cuadro durante un rato. Contó cuántos hombres había, y distinguió también un grupo de caballos reunidos más abajo en el valle.

—No son muchos, — exclamó. — Sólo

cuento seis o siete. Las huellas indican no obstante, que el grupo se componía de más de treinta. ¿No es verdad?

—Así es, amigo mío, — respondió el cuáquero. — Es muy posible que los demás hayan continuado la marcha.

Hubo otro momento de pausa, y luego Pablo habló de nuevo.

—No alcanzo a distinguir al prisionero, — dijo.

—No, — manifestó Búffalo Bill. — Pero creo adivinar lo que ha ocurrido. Este grupo, probablemente se compone de los rezagados y el resto se ha adelantado a ellos. Es indudablemente, la última etapa del camino hacia el Cañón Perdido y han dejado apostados a éstos para que vigilen. No podremos pasarlos a caballo, pues estos bandidos se hallan en el único camino por el que pueden pasar caballerías, y la vigilancia ha sido establecida precisamente por eso.

El cuáquero Pablo suspiró.

—Tiene usted razón, amigo, — dijo. — Eso es seguramente lo que ha pasado. Temo que hayan ganado la partida.

A primera vista parecía, en efecto que el intrépido cazador de búfalos y su compañero habían llegado a una infranqueable muralla. No existía otro camino para cruzar el valle. El declive pronunciado y los macizos de roca hacían intransitable para un caballo, otro camino que no fuese aquel en que habían establecido su campamento la media docena de indios.

Habían elegido cuidadosamente el sitio y Búffalo Bill asumió una actitud de preocupación al mirar hacia abajo y contemplar el chisporroteo del fuego.

—Tendremos que intentar algo, amigo Pablo, — dijo. — Ya comprenderá usted lo que va a ocurrir. Estos hombres permanecerán aquí hasta que el resto del grupo vuelva a reunirse con ellos, y eso indica que a la larga, nos van a descubrir. Además eso indica que el secreto del Cañón Perdido continuará inviolable pues se cuidarán de borrar las huellas, desde el punto en que está hasta este campamento.

El cuáquero Pablo continuaba callado. Se daba cuenta cabal de lo acertado de las palabras de su compañero. Los indios con su resuelto propósito de conservar el secreto del Cañón Perdido, habían elegido un lugar muy apropiado. De cualquier manera, Búffalo Bill y el cuáquero Pablo tendrían que pasar por allí y seguir al otro grupo de apaches que se había adelantado con Cressy.

Sin embargo, no harían su camino a pie, pues un hombre a pie en aquellos lugares salvajes, podía considerarse perdido. Las cabalgaduras conducían víveres y agua, dos cargas preciosas que hacían posible la conservación de la vida para sus amos.

—Tendremos que ir hasta allí, — dijo el cazador de búfalos, — y eso supone un encuentro y un combate.

Notó que el cuáquero Pablo se movía y miraba hacia otro lado.

—¡Ya sé que usted, de acuerdo con sus creencias, no piensa del mismo modo, Pablo, — añadió. — pero no hay otro recurso. Esos hombres que están ahí abajo, son salvajes sedientos de ver correr la sangre, y se han propuesto ocultar a un blanco en estos terribles cañones para dejarle perecer de hambre. Piense usted en ese extranjero, amigo Pablo. Es necesario que usted me ayude.

El cuáquero lanzó un profundo suspiro.

—Jamás he derramado sangre ajena, ni por ira ni por otro motivo, amigo mío, — dijo. — Es contrario a mi credo y a mi modo de pensar, pero yo le ayudaré, Búffalo Bill, en la forma que me sea posible.

El cazador de búfalos llevaba su rifle de repetición colgado del hombro, y en aquel momento mientras estaba tendido sobre la roca se le ocurrió de repente un plan de campaña.

—Voy a explicarle mi plan, amigo Pablo,— dijo. — Usted va a regresar al punto donde se encuentran los caballos. Yo me deslizaré por el otro lado de los árboles y prepararé el camino. Haré frente a esos canallas y si tratan de evadirse retrocediendo, le tocará a usted tratar de salvar a nuestras monturas. Si puede conseguirlo sin dar muerte a los pieles rojas, mejor para usted. No me importa que retrocedan pero trataré de impedir que sigan hacia adelante para dar aviso de lo que ocurre a los demás. ¿Me ha comprendido usted?

El cuáquero Pablo comprendió en seguida que el cazador de búfalos elegía la parte más peligrosa de la aventura.

—¿No sería mejor que yo lo acompañase, amigo? — manifestó.

—No; alguno debe ir para evitar que esos hombres dañen a nuestras monturas. Yo trataré de evitar que tomen una dirección que no sea la del sitio donde se encuentra usted. Si trata de alejar a Catalina y a Sam pudiera ser que se abran camino por esa abertura que hay en la roca, sin encontrarlos, pues cuando vengan hacia este lado vendrán como una furia.

El cuáquero se puso de rodillas y miró a su compañero durante un momento.

—Desearía ser realmente un hombre valeroso, — dijo. — Ahora comprendo su plan. No quiere que vaya con usted para evitar que me vea obligado a dar muerte a alguno de esos hombres y por eso me hace retroceder.

—Cada uno tiene su prejuicios, — respondió el cazador de búfalos. — Yo no sé cuáles son sus ideas, pero no dejo por ello de admirarlo. No sé que exista hombre más que usted, que recorra las praderas sin llevar arma de ninguna especie, y opino que eso es mucho más peligroso que lo otro. De todos modos, si puedo impedirlo, trataré que no se vea obligado a matar.

Se estrecharon la mano y el cuáquero Pablo se puso en pie y emprendió la marcha por la pendiente mientras que Búffalo Bill después de permanecer inmóvil un rato, oyendo los pasos de su compañero que se alejaba, se deslizó de la roca y se dirigió al valle.

Encontró en su marcha una serie de huecos entre las rocas donde, amontonamientos de sales, indicaban que en la estación de las lluvias el valle era el lecho de un torrente que bajaba de las montañas

Tuvo que marchar por entre terreno llano cubierto de malezas y de rocas hasta que llegó a la llanura situada más allá.

Cuando se encontró en terreno cubierto de arena se arrodilló y marchó hacia adelante amparándose tras las plantas de cactus, hasta que al fin llegó a un punto donde la arena estaba pisoteada.

Era completamente de noche, pero las hábiles manos del cazador de búfalos notaron las huellas de las patas de los caballos en la calurosa arena. Comprendió que había efectuado la primera parte de su proyecto y había pasado más allá del lugar donde estaba el campamento de los indios y reconoció que aquellas huellas eran las dejadas por los apaches que conducían a Cressy.

Se levantó del suelo y descolgó del hombro su rifle de repetición. Luego, sacando un trozo de gamuza de su bolsillo el explorador pasó algunos minutos limpiando el arma y cerciorándose de que estaba en buenas condiciones para ser utilizada con éxito en el momento necesario.

Tenía toda su carga y en las manos de Búffalo Bill el rifle era un arma temible.

Llevando el arma bajo el brazo, el explorador siguió por la ruta marcada hasta que al dar vuelta a un recodo, se apareció a su vista el grupo de árboles.

El fuego no ardía con la misma fuerza, pero pudo distinguir la silueta de los apaches que se movían en su redor. El cazador de búfalos continuó su camino hasta encontrarse como a cincuenta yardas de distancia del campamento. Después de encontrar una roca que podía servirle de protección, se arrodilló tras ella y en ella apoyó el caño de su rifle.

Tranquilamente colocó el arma en posición y después de tomar cuidadosamente la puntería, Búffalo Bill oprimió el disparador. Había un gigantesco indio envuelto en su manta, a unas diez yardas de distancia del fuego y contra el resplandor de la hoguera, así que constituía un excelente blanco.

Conocedor de los feroces instintos de los indios con quienes tenía que luchar, Búffalo Bill, sabía que no debía desperdiciar ninguna ocasión, pero, a pesar de eso, envió su primera bala al centro de la hoguera.

El estampido del tiro fué repetido por los ecos a lo lejos, por el valle y una nube de polvo y cenizas surgió de entre el fuego indicando lo certero de la puntería del primer disparo.

Se oyó instantáneamente un grito feroz que sucesivamente fué repetido en redor de la hoguera. Búffalo Bill sonrió tristemente cuando el grito de guerra llegó hasta sus oídos. Después, con un rápido movimiento, sacó el cartucho vacío y otro ocupó automáticamente, su lugar.

La elevada silueta del apache que estaba de centinela levantó los brazos, luego de un salto cambió de postura y al mismo momento una bala partió en dirección inversa de la primera y dando en la peña silbó por encima de la cabeza de Búffalo Bill.

El explorador comprendió que el centinela había alcanzado a ver el fogonazo de su rifle y su disparo denotaba el comienzo de la lucha.

Había prevenido a los apaches del peligro que les amenazaba y con ello daba comienzo un duelo a muerte.

Con ojos que brillaban como chispas el explorador observaba el camino y de pronto, a su izquierda vió una sombra que avanzaba. La contempló un instante y después de oir una detonación vió un resplandor. Un piel roja armado con un rifle estaba frente a él y la bala había chocado contra la roca arrancando al dar contra la dura superficie, un raudal de chispas.

Con un movimiento del brazo, Búffalo Bill dirigió hacia allí su rifle de repetición y permaneció quieto un instante, luego hizo fuego.

Había visto una afeitada cabeza, coronada por un mechón de pelo, surgir por encima de una planta de cactus. El piel roja que gritaba como un condenado se encontraba a unas cuarenta yardas de distancia, pero con singular puntería, la bala dirigida contra él fué a alojarse en su cerebro. Lanzando un grito, la figura se tambaleó un instante y cayó en el camino, denotando con su grito de guerra su inmediato fin.

Dos yardas más allá de donde había aparecido el primero surgió otro apache avanzando rápidamente hacia la peña.

Búffalo Bill disparó su rifle contra ella pero el salvaje se echó a un lado con la ligereza de un gamo. Un rápido movimiento y el rifle volvió a apuntar justamente cuando el piel roja llegaba al otro lado de la peña y daba un salto blandiendo su tomahwk. Búffalo Bill apretó el disparador e hizo fuego de nuevo.

La bala dió en el corazón del salvaje que cayó hacia atrás, delante del explorador mientras el tomahawk, golpeando la piedra, caía al suelo después de arrancar unas chispas.

Un coro de gritos feroces cruzó los aires y silueta trás silueta fueron apareciendo para avanzar en dirección de la peña.

Búffalo Bill disparó su arma dos veces derribando un hombre a cada tiro, pero tres de los guerreros avanzaban contra él, y poniéndose de pie, el explorador enarboló el rifle. El arma utilizada como maza golpeó en una de las afeitadas cabezas partiéndola al chocar contra ella.

Una alta figura se acercó al explorador quien sintió que la hoja de un cuchillo le rasgaba la manga de la camisa. Entonces su rifle entró de nuevo en juego y golpeó con fuerza en el rostro del indio que iba delante.

Oyó el cazador de búfalos el grito de agonía cuando la culata revestida de hierro golpeó en una de las mandíbulas y el piel roja cayó junto a la roca. Luego las otras siluetas que avanzaban cambiaron repentinamente de dirección y echaron a correr desandando el camino.

Rápido como un relámpago, Búffalo Bill, volvió su rifle y dirigió dos balas contra los fugitivos pieles rojas.

La lucha feroz y rápida tocaba a su fin y tres o cuatro de los apaches estaban fue-

ra de combate mientras el terror dominaba a los que quedaban. En la oscuridad no podían saber cuántos eran los atacantes y la rapidéz de los disparos y la mortífera eficacia con que eran dirigidos, habían llevado el terror al corazón de los indios.

Búffalo Bill se levantó y al hacerlo así el hombre a quien había derribado con un golpe en la mandíbula, se puso de rodillas y avanzó hacia el explorador. Sus crispadas manos tomaron al cazador de búfalos por los tobillos y lo derribaron.

Cuando cayó soltó su rifle e instantáneamente se trabó en lucha con el apache. El piel roja intentó llamar a sus camaradas pero la morena mano del cazador de búfalos se agarró a su agrganta y ahogó aquel grito.

—¡Oh! ¡No! ¡Eso no lo harás, maldito perro! — exclamó el explorador. — No vas a atraer a todo el grupo contra mí, y pienso que me basta con que vengan de uno en uno.

Se revolcaron por el suelo juntos luchando como gatos. Luego el semidesnudo salvaje llevó la mano a la cintura y Búffalo Bill hizo un rápido gesto cuando la vió levantarse sobre él.

Era justamente el momento oportuno porque el pesado cuchillo de caza estaba entre las manos del salvaje y el piel roja hacía cuanto le era posible por clavar el arma en el pecho del que estaba sobre él.

Pero la mano de Búffalo Bill era como el acero y pulgada por pulgada obligó al brazo de su adversario a descender y lo hizo dar vuelta hasta que la punta del arma llegó al cuerpo del indio, y entonces apoyando con más fuerza hizo que se clavase en el pecho cobrizo hasta hundirse él. Fué una lucha a muerte. Los dos hombres lo sabían bien. Por eso, con un nuevo esfuerzo, Búffalo Bill sujetó el brazo y haciendo presión con su cuerpo, hizo que el cuchillo penetrase por entero en el pecho de su adversario.

El cuerpo se estremeció y de los labios del indio brotó un sonido ronco. Búffalo Bill rodó lejos de su adversario y se puso en seguida de pie para tomar aliento y quitarse la tierra y el sudor que cubrían sus ojos.

Oyó que el hombre que estaba en el suelo, sacudía convulsivamente el cuerpo y lanzando otro sonido ronco, se desplomaba entre las rocas donde quedaba inmóvil.

El explorador se dirigió hacia el camino y al hacerlo, su pié tocó el rifle. Se detuvo, levantó el arma del suelo y en aquel momento oyó el ruido de cascos de caballos.

De un salto se apartó del camino y se ocultó entre las rocas. Oyó más cerca el galopar. No tardaron en aparecer frente al fuego cuatro jinetes.

Avanzaban en su dirección y con toda rapidéz. El explorador cargó de nuevo su rifle. Después, apoyándolo en el hombro, disparó una, dos, tres veces en rápida sucesión.

Las balas fueron a parar al grupo de animales y oyó claramente los gritos de los jinetes. Después, los caballos asustados comenzaron a dar vueltas hasta que, sin obedecer a indicación ninguna, echaron a correr, no en dirección hacia el lugar donde se hallaba él, sino en sentido contrario.

Búffalo Bill había llevado a buen término la tarea que se había impuesto, enviando la banda de apaches por el camino, hacia donde el cuáquero Pablo estaba con sus monturas.

Cargando otra vez su rifle, Búffalo Bill inició su marcha por el camino siguiendo las huellas de los asustados pieles rojas.

El camino serpenteaba a través del valle y comenzaba a ascender en drección a la V, y Búffalo Bill caminó media milla antes de oir un rumor de lucha y un coro de espantosos chillidos.

Sus avezados oídos le demostraron en seguida que los gritos no eran del grupo de apaches a quienes había hecho huir por el camino, ni tampoco del cuáquero Pablo, y por un momento, el cazador de búfalos se quedó sorprendido.

Caminó otras cien yardas y entonces delante de él se oyeron, una tras otra, varias detonaciones y pudo distinguir los fogonazos de los disparos, en las sombras. Después oyó el ruido de correr de caballos y el doloroso relincho de un animal que cayó herido entre los cactus cercanos al camino.

Tuvo apenas el tiempo necesario para apartarse cuando apareció una figura y entonces apuntó e hizo fuego contra ella.

Al resplandor del disparo Búffalo Bill pudo ver que era un apache. Un momento después llegaba otro jinete a todo galope y disparaba su arma mientras huía. Entonces el explorador comprendió lo que ocurría.

Alguien, allí arriba, donde se encontraba el cuáquero Pablo, había obligado a retroceder a los salvajes que huían por el camino.

Cuando se hubo explicado la razón de todo aquello, tomó el rifle y apuntó hacia al último de los fugitivos.

A pesar de reinar una completa oscuridad, la detonación fué seguida por el grito del jinete que había caído desde lo alto de su montura mientras el animal, ciego de terror, proseguía su marcha.

Un momento después se oyó nuevamente el galopar de los caballos y Búffalo Bill vió un grupo de jinetes que avanzaban por el camino. Un grito, un grito de guerra llegó a sus oídos. Había sido el grito de guerra de los siux.

El explorador se puso, en el centro del camino, levantó las manos y lanzó un grito. Como esperaba, obedeciendo a una voz de mando los jinetes se detuvieron.

—¿Es usted Búffalo Bill?

Era la voz del cuáquero Pablo, tan tranquila y plácida como siempre, y del centro del grupo de jinetes se adelantó el vendedor ambulante caballero en su mula.

—Sí, Pablo. ¿Qué ha ocurrido?

El vendedor ambulante hizo una seña y de detrás de él avanzó otra figura que se detuvo frente al explorador.

—¡Salud, cazador de búfalos! — exclamó una voz profunda, la de Oso Plateado. He venido para pagar mi deuda.

En pocas palabras explicó el cuáquero Pablo lo que había ocurrido. Había llegado a lo alto del camino al mismo tiempo que Oso Plateado y sus hombres, que habían seguido las huellas del cazador de búfalos a través de los cañones a la distancia necesaria para estar a su alcance, pero sin dejarse ver.

Tenía Oso Plateado la intención de pagar su deuda y su colaboración había sido muy oportuna porque con su ayuda el cuáquero Pablo pudo rechazar a los apaches cuando llegaron a la cima.

—Los apaches y los siux son enemigos mortales, Búffalo Bill, — dijo el jefe siux. — He venido a ayudarles y el Hombre Alto me dijo que usted anda buscando el Cañón Perdido. Como yo conozco el camino secreto para llegar a él, le voy a guiar.

✣ ✣ ✣

Diez días después un grupo de hombres que demostraban haber realizado un fatigoso y largo viaje, llegaban a la ciudad de Deadwood y se detenían frente a la residencia del sheriff Hayes.

Cuando éste distinguió el rostro descuidado y sin afeitar del jefe del grupo, lanzó una exclamación:

—¡Búffalo Bill!

El explorador saltó pesadamente de su montura y avanzó hacia él.

Los otros imitaron su ejemplo y el sheriff Hayes se encontró frente a Jerrold Cressy y Dick Amery, que le fueron presentados.

—¿Quiere decir entonces que han encontrado ustedes el camino del Cañón Perdido?

—Sí, — respondió Búffalo Bill.

La historia fué referida en pocos minutos. José Faro y Dick Amery habían reñido y por venganza el mejicano había convenido con los apaches ocultarlo en el Cañón Perdido y habían marchado por el mismo camino que siguieron después con Cressy para llevarlo al misterioso lugar.

—Hemos traído todas las pruebas necesarias, sheriff, — dijo Búffalo Bill. — Pienso que puede traer a ese canalla y comenzar su proceso en seguida.

Entonces el rostro del sheriff se contrajo y una curiosa mirada brilló en sus ojos. Colocó la mano en el brazo de Búffalo Bill y echó a andar con él hacia la parte exterior, donde señaló un pequeño espacio cercado que había en las afueras de la ciudad. Desde donde estaba, Búffalo Bill pudo ver que había allí un nuevo montón de tierra bajo los árboles y el sheriff exclamó señalándolo:

—José Faro ha pagado todas sus culpas. Hace tres días se escapó de aquí y uno de mis hombres le dió muerte mientras huía de la ciudad. Así terminó su vida.

Luego, volviéndose hacia los cuatro hombres que le habían escuchado, los miró en silencio.

—Pero Búffalo Bill, — agregó luego, — va a causar en Deadwood una gran excitación la noticia de que usted ha encontrado el Cañón Perdido. Hay docenas de muchachos que dispondrán en seguida su equipaje para ponerse en marcha hacia un lugar del que han oído hablar como de El Dorado de esta parte del mundo.

Los hombres del grupo permanecieron silenciosos y cambiando expresivas miradas. Entonces el mercachifle se adelantó.

—Es el secreto de un indio, — dijo, — el secreto de un indio que nos ha llevado hasta allí. Cressy y Amery, que son los que más han sufrido, han convenido en guardar el secreto y si usted desea conocerlo, sheriff, le aconsejo que hable con Oso Plateado el jefe siux. El tiene el secreto, él fué el que nos llevó hasta allí y mientras él no nos releve del compromiso, el secreto del Cañón Perdido continuará siéndolo.

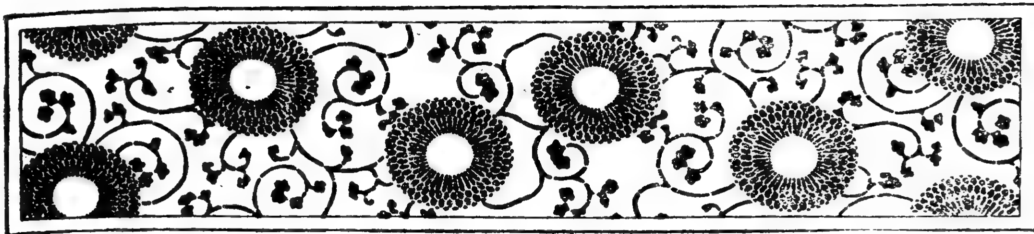
✣ ✣ ✣

Algunos días más tarde, Jerrold Cressy y el hermano de su prometida, Dick Amery, partían de regreso para Inglaterra y hasta la primera jornada de su viaje fueron acompañados por Búffalo Bill y el cuáquero Pablo, que los condujeron por el camino que seguiría la diligencia de Denver en la que habían de subir.

Por fin, cuando el coche partió, llevando como pasajeros a los dos jóvenes y desapareció entre nubes de polvo, Búffalo Bill se volvió hacia el cuáquero Pablo y los dos hombres cambiaron una sonrisa.

—Me parece, Búffalo Bill que nunca olvidarán lo que les ha ocurrido aquí — dijo el cuáquero. — Ni aún cuando estén tranquilos, en Inglaterra, en el agradable ambiente del hogar.

Fin de "El Secreto del Indio" o "El Cañón Perdido".



EL
Horror de la Quinta de Staveley

La habilidad del criminal moderno le lleva a echar mano, cada vez con más frecuencia, de los recursos que ofrece la ciencia. En este relato, escrito por "Sapper", el famoso escritor inglés, autor del drama "Bull-dog Drummond", representado centenares de veces en Londres, se ve como tan sólo un detective excepcionalmente preparado puede hallar el secreto de crímenes en los cuales asombra la habilidad y el ingenio del autor.

Escrito en inglés por "Sapper" (H. C. McNeile) y traducido especialmente para "PUCKY"

"UN hecho que señala en determinada dirección es solamente un hecho; dos que señalan en la misma dirección constituyen una coincidencia: tres y empieza usted a internarse en el terreno de la certidumbre. Pero es necesario que esté usted bien seguro de la exactitud de los hechos."

Tal era la frase favorita de Ronald Standish. Y era asombrosa la habilidad que demostraba cuando, — de entre un enorme montón de detalles confusos e insignificantes, — escogía los que verdaderamente, tenían importancia y significación. Esta facultad era, sin duda, lo que le había conquistado su reputación de detective excepcionalmente perspicaz.

No es posible dudar de que, si hubiera tenido que ganarse la vida trabajando, hubiera llegado a los puestos más altos en Scotland Yard, o, si hubiese decidido trabajar por su cuenta, el éxito de su carrera hubiera sido grandioso. Pero como no necesitaba trabajar para vivir ejercía sus excepcionales facultades en privado y sólo las conocían los que formaban el estrecho círculo de sus amigos y conocidos. Además tomaba su habilidad como cosa de broma, como una diversión interesante, pero no como un trabajo serio. Le parecía algo así como solucionar un problema de ajedrez o descifrar una charada.

Su aspecto era tan distinto del tipo que, según cree la gente, debe tener el detective, como puede una cosa diferenciarse de otra. De estatura mediana, mostraba tendencia a la obesidad. Su rostro era rojizo y ostentaba un bigote rubio recortado; y sus ojos parecían sonreir constantemente. En realidad, casi todos los que le veían por primera vez lo tomaban por un oficial del ejército. Era hombre que entendía mucho de perros de caza, y era una "excelente escopeta", es decir, un cazador de buena puntería. Como jugador de cricket, hubiese llegado a campeón si hubiera dedicado más tiempo al juego; como jugador de golf no necesitaba que le dieran ventaja para ganarle a alguno de los de primera fila. Y por último, — y no es esto lo menos importante de sus condiciones, — era un hombre de grandísima fuerza personal y de una serenidad que se hubiera dicho que no tenía nervios en el cuerpo.

Ese era, pues, el hombre que estaba sentado frente a mí, en un coche de primera clase del rápido del ferrocarril Gran Oeste, que corría hacia el condado de Devon. A toda prisa, aquella mañana le había yo hablado por teléfono al club que frecuentaba, en Londres; a toda prisa había abandonado el plan que tenía de ir a pasar una semana con unos amigos, jugando al cricket y había accedido a acompañarme a Exeter. Y cuando nos hallábamos ya en el tren empecé a preguntarme si no había inducido a mi amigo a hacer un viaje enteramente inútil. Saqué del bolsillo la carta... la carta que había sido la causante de nuestro viaje y la volví a leer de cabo a rabo. Decía así:

Estimado Tony: Estoy desesperada, fastidiada y angustiada. No sé si usted lo habrá leído en los diarios, y hace tanto tiempo que no nos vemos, pero es la verdad que estoy comprometida para casarme con Billy Mansford. Y nos encontramos en el más grande de los apuros. ¿No tiene usted un amigo o algo así de quien me habló en una ocasión y que pone en claro todos los misterios y cosas por el estilo? Búsquelo, por favor y agárrelo y tráigalo aquí para que vea lo que pasa. Yo no sé ya qué pensar. Estoy como loca con todo esto. Su desesperada: — Molly."

Me puse la carta en la rodilla y miré por la ventanilla del coche. Por más esfuerzos que hacía no lograba hacerme una idea del aspecto de Molly Tremayne, la joven más desenvuelta y alegre de este mundo, entregada a la tristeza y a la desesperación. Como yo acababa de regresar de un viaje al Brasil no estaba enterado de su compromiso matrimonial, ni sabía nada, absolutamente, respecto al hombre con quien estaba comprometida. Pero, como lo he dicho, hablé a toda prisa, por teléfono, a Standish y, con no poca sorpresa de mi parte, Standish aceptó inmediatamente.

Se inclinó hacia mí en aquel momento y tomó la carta que yo tenía en la rodilla.

—"El Castillo Viejo", — observó pensativo, leyendo parte de lo que decía el membrete del papel de la carta. Tomó un mapa militar, de escala grande, que tenía en el bolsillo, y durante unos momentos, lo estudió con toda atención. — A tres millas, más o menos, de la Quinta de Staveley.

—¿La Quinta de Staveley? — dije, mirándole. — ¿Qué tiene que ver la Quinta de Staveley con el asunto?

—¡Creo imaginar que... muchísimo! — contestó. — Usted ha estado fuera del país, Tony, así que no es de extrañar que se halle un poco atrasado de noticias. Pero puede usted creer que no ha sido el hecho de que esa Molly se encuentre loca y desesperada lo que me ha hecho desistir de una semana de excelente diversión. Ha sido la circunstancia de que se halle comprometida con el señor William Mansford.

—No le he oído nombrar jamás, — dije. — ¿Quién y qué es?

—Es el más joven y único sobreviviente hijo del finado Robert Mansford, — contestó, pensativo. — Hace seis meses su padre estaba con vida y también vivía Tom, el hijo mayor. Hace cinco meses murió el padre; hace dos meses murió Tom. Y las circunstancias en que se produjeron ambos fallecimientos fueron, para expresarlo con la mayor suavidad posible, muy particulares.

—¡Dios mío! — exclamé. — ¡Todo eso es enteramente nuevo para mí!

—No tiene nada de raro, — dijo. — El asunto llamó muy poco la atención. Pero usted conoce mi chifladura y fué la coincidencia de ambas cosas lo que atrajo mi atención. No sé, claro está, más que lo que dijeron los diarios y esto no fué mucho por cierto. Mansford padre y sus dos hijos habían pasado la mayor parte de su vida en Australia. Los dos hijos vinieron a Inglaterra, cuando la conflagración europea, en uno de los regimientos de Anzacs, y un par de años, o cosa así, después de terminada la guerra, los tres decidieron venir de nuevo a Inglaterra. En consecuencia compraron la Quinta de Staveley. El viejo Mansford había emigrado a Australia pobre y como hombre de humilde origen: regresó transformado en un magnate australiano. Nueve meses después de haber ocupado la residencia que compró fué hallado muerto en su lecho, una mañana, por el mayordomo. Se encontraba medio levantado, apoyado en las almohadas y mirando fijamente hacia un rincón alto de la habitación, junto a una de las ventanas. En la mano tenía el extremo del tubo acústico que comunicaba directamente con la habitación del mayordomo. Se procedió a hacerle la autopsia pero no se halló nada sospechoso. El dictamen de los médicos fué que había muerto de un ataque cardíaco y así quedó clausurada la investigación policial que se hizo.

Ronald Standish encendió un cigarrillo.

—Eso sucedió hace cinco meses. Hace dos meses, uno de los mucamos, al entrar en el dormitorio por la mañana, se horrorizó al encontrar a Tom cruzado sobre los pies de la cama, muerto. Había ocupado el dormitorio de su padre y se había retirado en el más satisfactorio estado de salud. Se procedió nuevamente a investigar policialmente el caso y fué dictado un veredicto idéntico: ataque cardíaco. Naturalmente, la coincidencia dió motivo a algunos comentarios de la prensa, pero ahí terminó el asunto, al menos en lo que a los diarios pudo referirse. Eso es, en suma, todo cuanto sé. Pero esta carta parece indicar que ha sucedido algo más y de carácter sospechoso.

—¡Qué asunto más extraordinario! — observé cuando él hubo terminado. — ¿Qué clase de hombres, físicamente, eran el padre y Tom?

—Según dijeron los diarios, — contestó Standish, — eran fuertes, sanos, singularmente hermosos tipos de varonil arrogancia. Especialmente Tom.

El tren comenzaba a disminuir la velocidad de su marcha; llegábamos a Exeter. Empezamos a juntar nuestras balijas y sobretodos, disponiéndonos a descender del coche. Me asomé por la ventanilla cuando entramos en la estación pues había telegrafiado a Molly la hora de nuestra llegada, y allí estaba ella, en el andén; y junto a ella un hombre alto de facciones correctas que, adiviné, tenía que ser su prometido. Así resultó en verdad, y un minuto o dos después, salíamos tódos de la estación hacia el automóvil que nos esperaba. Fué cuando entregué mi boleto al guarda que los recogía cuando me di cuenta por primera vez, de que pasaba algo extraño. Dos hombres, que estaban de pie en el andén y tenían aspecto de agricultores en buena posición pecuniaria, se hablaron en voz baja, significativamente, cuando Mansford pasó por delante de ellos y le miraron mientras se alejaba, con poco muy velada hostilidad.

Durante el camino hacia el Castillo Viejo, le estudié mientras fingía conversar de vulgaridades con Molly. Era un verdadero australiano, de los de mejor tipo; uno de esos hombres criados al aire libre, de franca mirada y rostro expresivo, que vinieron a miles y estuvieron en Gallípoli y en Francia. Pero me pareció que su conversación con Ronald era un poco forzada; que ocultaba una vaga intranquilidad, un temor constante de algo inexplicable y misterioso. Y se me figuró que estaba estudiando a mi amigo con una bondadosa y desesperada esperanza mezclada a algo de desengaño, como si se hubiera hecho, respecto a la personalidad de Ronald,

unas ilusiones que, al verle, no le parecían fundadas.

Que Molly abrigaba igual pensamiento en su mente, lo supe cuando descendimos del automóvil. Durante un momento estuvimos solos y ella se volvió hacia mí, mirándome con angustiosa ansiedad.

—¿Es realmente hábil, su amigo, Tony? La verdad es que yo no esperaba que tuviera el aspecto que tiene.

—Puede tener usted entera fe en mis afirmaciones, Molly, — díjele con energía. — Pocos hombres hay en Europa capaces de penetrar, con su mirada, la muralla de un misterio, más profundamente que Ronald. Pero no sabe aun nada, naturalmente, sobre lo que pasa; es decir no sabe más que lo que yo sé. Y no debe usted esperar que el hombre realice milagros.

—¡Claro que no! — replicó ella. — ¡Pero ¡Oh! ¡Tony... es algo... algo infernal!

Entramos en la casa y nos unimos a Standish y Mansford, que estaban en el hall.

—Ustedes querrán ir a sus habitaciones... — empezó a decir Molly, pero Ronald la interrumpió mediante una grave sonrisa.

—Creo, señorita Tremayne, — dijo con lentitud y aplomo, — que a ustedes dos les será agradable desahogarse de una vez y decirme cuanto tengan que decirme, lo antes posible. No es bueno callar cuando se desea hablar y tenemos tiempo, antes de que llegue la hora de la comida.

La joven le dirigió una mirada de gratitud y nos indicó que cruzáramos el hall, siguiéndola.

—Vamos a la sala de billar, — dijo. — Papá está paseando por el jardín, así que le verán más tarde. Ahora, Billy, — agregó cuando estuvimos cómodamente sentados, — dígaselo usted todo al señor Standish.

—Desde el principio, tenga usted la bondad, — dijo Ronald llevándose a la boca la pipa vacía. — Las razones que tuvo su padre para comprar la Quinta de Staveley y todo lo demás que tenga que decirme.

Bill Mansford pareció sobresaltarse.

—Usted ya sabe algo sobre nosotros, por lo visto, ¿no es así?

—Algo, — contestó Ronald, lacónicamente, — pero necesito saberlo todo.

—Bien, — empezó el australiano, — voy a decirle todo lo que sé. Pero habrá en mi relato muchos huecos, que no puedo llenar. Cuando regresamos de Australia, hace dos años, nos sentimos atraídos, naturalmente, por el condado de Devon. Mi padre había nacido por estos sitios y deseaba volver a verlos después de sus treinta años de ausencia. Como es natural, lo encontró todo muy cambiado, pero insistió en establecerse aquí y empezamos a buscar una casa. Mi padre era un hombre rico, muy rico, y se proponía adquirir algo muy bueno. Perdonable vanidad, tal vez, porque habiendo salido de Inglaterra materialmente sin un penique, para volver transformado en millonario, estaba decidido a comprar lo que ambicionaba, sin fijarse en lo que pudiera costarle. Llevábamos ya seis meses aquí cuando se puso, de improviso, en venta, la Quinta de Staveley. Aconteció esto de un modo bastante particular. Unos señores, Bretherton de apellido, la poseían y vivían en ella hacía cerca de tres años. La habían comprado, habían gastado grandes sumas de dinero en ella: habían realizado gran número de mejoras, modernizándolo todo, respetando, sin embargo, su aspecto antiguo y pintoresco. Entonces, como he dicho, de improviso, abandonaron la casa y la pusieron en venta.

"Pues bien era, precisamente, lo que necesitábamos. La visitamos y nos dimos cuenta de que era aun mejor de cuanto habíamos supuesto. El hombre que había sido mayordomo de los Bretherton se hallaba a cargo de la propiedad y cuando nosotros la visitamos vivía solo, en ella, con su esposa. Procuramos hacerle decir por qué se habían ido los Bretherton, pero dijeron que no sabían más de lo que nosotros podíamos saber. El mayordomo, que se llama Templeton, era un viejo simpático, encantador, con patillas; su esposa, que había ejercido de cocinera, era una mujercita pequeña, de aspecto timorato, pero una excelentísima cocinera.

"Pues bien, el caso fué que compramos la propiedad. El precio era alto, pero mi padre estaba en condiciones de pagarlo cómodamente. Hasta después de haber comprado la propiedad no oímos rumores sobre las razones que habían tenido los Bretherton para marcharse. Parecía que la anciana señora de Bretherton se despertó una noche gritando como loca y diciendo que algo horrendo estaba en su dormitorio con ella. No podía decir de qué se trataba realmente, pero balbuceaba afirmando que había visto una mano muy delgada y reluciente, que la había tocado. Su esposo y varias mucamas acudieron corriendo y, claro está, hallaron el cuarto vacío. Allí no había absolutamente nada de lo que decía la anciana que había visto. El hecho fué que la señora había comido langosta en la cena y la mala digestión le había causado una pesadilla. Al menos, — agregó Mansford lentamente, — eso fué lo que se pensó entonces.

Calló un momento, para encender un cigarrillo.

—Supusimos que el caso no había tenido importancia. Templeton se mostró algo más dispuesto a hablar que en un principio y él fué quien nos dijo que a pesar de todos los argumentos tanto de parte suya como del señor Bretherton, la anciana se negó rotundamente a seguir viviendo en la casa ni un minuto más. Preparó su equipaje y se fué al día siguiente, con su mucama, a un hotel de Exeter y nada pudo convencerla y hacerle volver a la casa. El viejo Bretherton estaba lívido.

Mansford sonrió tristemente.

—Pero se fué y nosotros compramos la propiedad y nos alojamos en la casa. La habitación que había ocupado la señora de Bretherton era el mejor dormitorio de la casa y mi padre decidió que fuera para él. Tomó esta decisión antes de que supiéramos lo sucedido, en aquella habitación, aun cuando si lo hubiese sabido por anticipado, lo mismo hubiera hecho uso de ella. Mi

padre no era hombre a quien pudieran impresionar las consecuencias de una indigestión en una anciana, a pesar de la resultate pesadilla. Y cuando nos enteramos de lo pasado se limitó a reirse como reimos, también, mi hermano y yo.

"Entonces, una mañana, pasó lo que pasó. Fué Templeton el que nos dió la noticia con el rostro muy pálido y con voz tan temblorosa que casi no le entendíamos lo que nos decía. Yo me estaba afeitando en aquel momento, lo recuerdo, y cuando pude darme cuenta de lo que el mayordomo pretendía decir, corrí por el pasadizo a la habitación de mi padre con la cara cubierta aun, de espuma de jabón. El pobre viejo estaba como sentado en la cama, echado en las almohadas. Tenía el brazo izquierdo cruzado como si se estuviera acercando la mano a la cara para resguardarse de algo que se le acercaba; la mano derecha sostenía el extremo del tubo acústico, que estaba al lado del lecho. Y en sus ojos, muy abiertos, se notaba una horrible expresión de terror.

Calló un momento, como si esperara algún comentario o alguna pregunta, pero Ronald permanecía inmóvil, con la pipa vacía, en la boca. Y después de unos instantes, Mansford prosiguió:

—Se realizó una investigación y se procedió a hacer la autopsia, y tal vez leyera usted entonces en los diarios que decidieron que mi padre había fallecido a consecuencia de un ataque cardíaco. Pero el corazón de mi padre, señor Standish, estaba tan sano como el mío y ni mi hermano ni yo nos dimos por satisfechos. Durante semanas y semanas él y yo vigilamos en aquella habitación, durmiendo por turnos, a fin de ver si lográbamos sorprender algo... pero no sucedió nada. Por último empezamos a creer que el veredicto estaba en lo cierto y que el anciano había fallecido de muerte natural. Yo volví a mi dormitorio y Tom, mi hermano, se quedó en el cuarto que había sido de mi padre. Yo traté de disuadirle, pero era bastante testarudo y suponía que si dormía allí, solo, iba a lograr enterarse de la verdad de lo pasado. Tenía el revólver a su alcance y Tom era hombre que hacía blanco en un as de trefle a diez yardas de distancia. Bien, durante una semana no sucedió nada. Entonces, una noche estuve charlando unos momentos con él antes de retirarme a mi cuarto. Esa fué la última vez que le ví con vida. Uno de los mucamos se presentó la mañana siguiente, con el rostro blanco como el papel y antes de que hablara comprendí lo que había pasado. Fué tal vez una locura de mi parte, pero salí corriendo, de mi dormitorio mientras el sirviente todavía estaba tartamudeando junto a la puerta, y fuí a la habitación de mi hermano.

—¿Por qué una locura? — preguntó tranquilamente Standish.

—Alguien hubo que, en la investigación policial interpretó las cosas equivocadamente, — contestó Mansford. — Quiso saber por qué había supuesto yo la verdad antes de que el mucamo me la dijera.

—Comprendo, — dijo Standish. — Prosiga usted.

—Entré en el dormitorio y allí encontré a mi hermano. En una mano tenía el revólver y se hallaba apoyado sobre la parte de los pies de la cama, colgando medio cuerpo hacia el suelo. La sangre se le había aglomerado en la cabeza y presentaba un aspecto horrible. Estaba muerto, claro está, y una vez más, la autopsia no reveló nada. También se dijo que había muerto de un ataque cardíaco. ¡Pero no murió de eso, señor Standish! — y la voz de Mansford tembló un poco. — Como hay Dios, juro que Tom no murió de un ataque cardíaco. Algo sucedió en esa habitación, algo terrible sucedió allí, que mató a mi padre y a mi hermano igual que si una bala de revólver les hubiera atravesado el cerebro. Es de todo punto necesario que yo sepa qué fué lo que los mató. Tengo que saberlo ¿comprende usted? porque... — en ese momento se le cortó la voz, tan emocionado estaba, pero logró recuperar el aplomo en seguida, —porque hay bastante gente que sospecha que he sido yo quien ha dado muerte a los dos.

—Naturalmente, — dijo Standish con toda tranquilidad. — Cuando un hombre hereda mucho dinero a consecuencia de la muerte súbita de dos personas, no falta nunca quien relacione las muertes con la herencia.

Se levantó, miró cara a cara a Mansford, y le preguntó:

—¿La policía se ocupa todavía del asunto?

—Abiertamente no; — contestó el otro.— Pero yo se que aun están haciendo averiguaciones. Yo no puedo soportarlo y no me casaré con Molly mientras esa nube envuelva mi nombre. Es de todo punto necesario que yo disipe todas las dudas.

—¡Sí, pero querido Bill, no me sería agradable, por cierto, que disipara usted esas dudas haciéndose matar también! — exclamó la joven, que agregó, dirigiéndose a Ronald: — En eso es en lo que hemos pensado que usted nos puede ayudar, señor Standish. Si usted pudiera demostrar que Bill...

Molly juntó las manos, suplicante y Standish le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Procuraré hacerlo, señorita Tremayne. Es lo único que puedo decir por el momento. Y ahora, creo que me conviene empezar a estudiar el caso inmediatamente. Desearía ir a casa del señor Mansford y examinar el dormitorio.



Ronald Standish permaneció sumido en sus pensamientos durante todo el trayecto hasta la Quinta de Staveley. Molly no nos había acompañado y ni Mansford ni yo nos sentíamos muy inclinados a conversar. El, — pobre hombre, — miraba sin cesar a Ronald con emocionante ansiedad como si esperara que el misterio estuviera ya resuelto.

Cuando entrábamos en el camino que conducía a la casa, Ronald habló por primera vez.

—¿Ha dormido usted en esa habitación después de la muerte de su hermano, Mansford?

—No, — contestó el otro, algo avergonzado. — A decir verdad, Molly me obligó a que le prometiera que no dormiría en ese cuarto.

—¡Muy sensata petición de parte de Molly! — dijo Standish, y volvió a su mutismo.

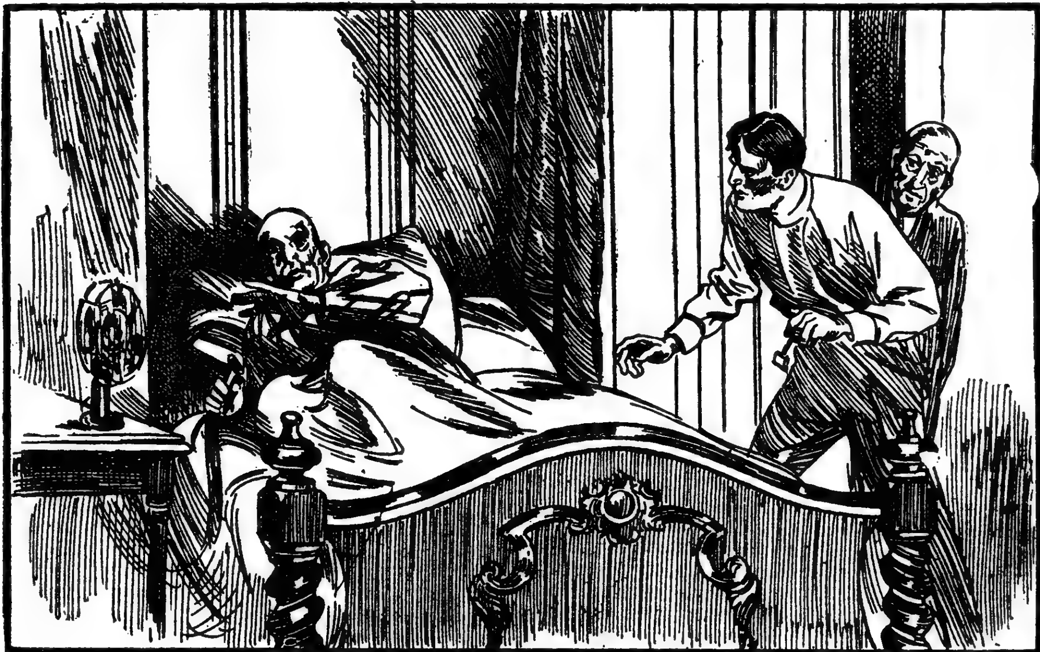
—Pero usted no piensa... — empezó a decir Mansford.

—Yo no pienso nada ahora, — replicó rápidamente Standish. En ese momento el automóvil se detuvo ante la puerta.

La abrió un anciano de patillas que era, como lo supuse en seguida, el mayordomo

—¡Pobre viejo Templeton! — dijo Mansford. — ¡Está convencido de que tenemos que tratar con un espectro! Bien, éste es el cuarto, Standish, tal como estaba. Como usted ve, no tiene nada de particular.

Ronald no replicó. Se hallaba de pie en el centro de la habitación tomando una primera impresión de conjunto de lo que le rodeaba. Se encontraba enteramente abstraído y yo le indiqué a Mansford que no hablara. Sus ojos no sonreían ya: su expresión era de concentración. Y, después de un tiempo, comprendiendo que era inútil hablar, empecé



"Corrí por el pasadizo y entré en el dormitorio de mi padre con la cara cubierta aun, de espuma de jabón. El pobre viejo estaba como sentado en la cama, echado en las almohadas. Tenía el brazo izquierdo cruzado como para resguardarse la cara de algo..."

Templeton. Era el tipo clásico del viejo sirviente de una mansión de campo. Se inclinó respetuosamente cuando Mansford le dijo el objeto de nuestra visita.

—Me complace pensar que puede haber, señor, alguna probabilidad de aclarar ese terrible misterio, — dijo con emoción. — Pero temo, si puedo expresarme así, que ese asunto se halle fuera del alcance de manos terrenales. — Bajó la voz para evitar que los dos mucamos oyeran. — Hemos rezado, señor, mi esposa y yo, pero hay en el Cielo y en la Tierra mucho más de cuanto podemos suponer. ¿Desea el señor ir a la habitación? Está abierta, señor.

Indicó el camino, escaleras arriba, precediéndonos, y abrió la puerta.

—Todo señor, está lo mismo que estaba la mañana en que el señor Tom... murió. No hemos sacado más que la ropa de cama.

Se inclinó nuevamente y salió del dormitorio, cerrando la puerta.

a examinar la habitación por mi propia cuenta.

Era un cuarto grande, cuadrado con una cama grande, de tipo antiguo. Sobre la cama había un dosel, sujeto a las columnas de la cabecera y sostenido, a los pies, por dos alambres atados a las dos puntas del dosel y a dos escarpias clavadas en la pared, arriba de las ventanas. La cama miraba a las ventanas, que eran dos, situadas simétricamente en la pared opuesta, con una mesa-escritorio entre las dos. La habitación estaba en el primer piso, en el medio de la casa y no tenía más pared que diera al exterior que la que quedaba frente a la cama. Una chimenea y un lavatorio con agua corriente ocupaban casi toda una pared lateral; dos grandes alacenas, construídas en la pared, ocupaban la otra. Junto a la cama, del lado donde estaba la chimenea, había una mesita con un gancho apropósito en el borde, para sostener el extremo del tubo acústico. Además se veía en

esa mesa un objeto que pocas veces se ve en una casa particular en Inglaterra. Era un pequeño y portátil ventilador eléctrico tal como los que se ven a bordo de los vapores de pasajeros o en los países tropicales.

Había dos o tres butacas sobre la gruesa y mullida alfombra y el cuarto estaba alumbrado con luz eléctrica. En suma, todo era confortable, casi lujoso y tenía un aspecto que no correspondía a la idea de que allí había pasado algo espectral y misterioso.

De pronto, Ronald Standish habló.

—Tenga usted la bondad, Mansford, de indicarme, con la mayor exactitud posible, la postura en que usted encontró a su padre.

Con un leve gesto de molestia, el australiano se acercó al lecho.

—La cama tenía sábanas y cobijas, naturalmente, y almohadas que no están ahora aquí, pero suponiendo que estuvieran, el viejo se encontraba así. Tenía las rodillas un poco dobladas; en la mano sostenía el tubo acústico y miraba hacia arriba de aquella ventana.

—Ya veo, — dijo Standish. — La ventana que queda a nuestra derecha cuando miramos. Y ahora su hermano. Cuando lo hallaron estaba sobre la parte de los pies de la cama. ¿Estaba en el lado derecho o en el izquierdo?

—En el derecho, — dijo Mansford, — casi tocando a la columnita de la derecha de los piés de la cama.

Una vez más Standish permaneció en silencio y miró pensativo en redor, observando todo lo que había en la habitación. El sol poniente entraba por las ventanas. De pronto, Ronald lanzó una exclamación. Le miramos los dos y vimos que tenía la vista fija en el cielorraso. Su rostro tenía una curiosa expresión de interés. Un momento después subió a la cama y de pie en ella, examinó los dos alambres que sostenían el dosel. Tocó primero uno y luego el otro y empezó a silbar por lo bajo. Esto era seña segura de que había tropezado con algo interesante, pero yo le conocía demasiado bien para atreverme a preguntarle algo a aquella altura de las investigaciones.

—¡Muy extraño! — dijo, al cabo de un momento, saltando de la cama al suelo y encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué es? — preguntó Mansford con grandísimo interés.

—Las correrías de un rayo de sol, — contestó Standish con enigmática sonrisa. Paseaba de un lado a otro de la habitación, fumando furiosamente. Se detuvo y volvió a mirar al cielorraso.

—Ese es el rastro, — dijo lentamente. — Es el rastro que conduce a todo. Tiene que ser. Aun cuando ese "todo" no se todavía qué puede ser. Escuche, Mansford y ponga cuidadosa atención. Este rastro es demasiado viejo para poder seguirlo; hablando en lenguaje de caza diré que el olor del rastro es demasiado débil. Tendremos que hacer que se renueve: será necesario que el aparecido se presente de nuevo. No tengo más que una leve sospecha para guiarme, pero creo que ese aparecido se mostrará exageradamente tímido y no se atreverá a presentarse de nuevo si hay por aquí gente extraña. Me fundo en un hecho muy raro... tan raro que no es posible que sea accidental. Cuando bajemos pretenderé aconsejar a usted que condene definitivamente esta habitación. Usted se reirá de mi y anunciará su intención de dormir aquí esta misma noche. Insistirá usted en que quiere poner las cosas en claro. Tony y yo nos iremos y volveremos más tarde, al jardín en el que, según he visto, hay suficientes sitios donde esconderse bien. Usted vendrá a acostarse aquí. Se meterá en la cama y apagará la luz. Dejará pasar un cuarto de hora y después descenderá por la ventana y se unirá a nosotros. Veremos entonces si sucede algo.

—Pero si estamos fuera ¿cómo vamos a poder?... — preguntó Mansford.

Standish sonrió.

—Créame usted, — observó. — Si mis sospechas son exactas, el aparecido dejará rastro. Y ese rastro es lo que me interesa, no el aparecido. Vámonos y no se olvide usted de su papel.

—¡Pero, Dios mío!... Standish, ¿no puede decirme usted algo más?

—No se nada más que pueda decirle, — contestó Standish. — Todo lo que puedo indicarle es que si en algo aprecia su vida, no se duerma hallándose en esta habitación. Y no hable ni una sola palabra de esta conversación absolutamente con nadie.

Diez minutos después él y yo estábamos de regreso en el Viejo Castillo. De acuerdo con las instrucciones recibidas, Mansford había representado su papel admirablemente, mientras bajábamos y cruzábamos luego el hall. Dió a entender que estaba resuelto a no desistir de su intento: que si a Standish no se le ocurría cómo podía averiguarse lo que allí pasaba, él le agradecía mucho la molestia que se había tomado pero, desde ese momento, iba a ocuparse personalmente del asunto. En consecuencia se proponía empezar aquella misma noche. Se volvió hacia uno de los mucamos que estaba de pie a respetuosa distancia y le ordenó que hiciera preparar la cama. Al oir esto, Ronald se encogió de hombros y movió la cabeza.

—Comprendo que usted quiera hacer eso, Mansford, — observó, — pero no se lo aconsejo porque me parece insensato. Lo que le aconsejo es que haga cerrar ese cuarto y no deje que vuelva a entrar nadie en él.

Y el anciano mayordomo, al cerrar la portezuela del automóvil, en el que íbamos Ronald y yo, pues Mansford se quedó en su casa, se mostró de la misma opinión.

—Es obstinado, señor, — dijo en voz baja, — obstinado como su señor padre. Convénzale de que cierre el dormitorio, si le es posible, señor. Ese cuarto me da miedo... Me da miedo, señor.

—¿Cree usted que va a suceder algo esta noche, Ronald? — dije yo cuando entrábamos en el Viejo Castillo.

—No lo sé, Tony, estoy a oscuras, enteramente a oscuras. Y si el sol no hubiera brillado hoy, mientras estábamos en el dormito-

rio, no hubiera sorprendido el leve rayo de luz por el que pienso guiarme. Pero cuando usted tiene una pieza de un rompecabezas, de esos que son un dibujo pegado en una tablita que luego se corta en pedazos irregulares, se ahorra mucho tiempo en dar con la solución si el mismo dibujante le dice cómo son los demás.

Se negó a hablar más que eso. Durante la comida habló de cricket con el señor Tremayne, — el padre de Molly, — y después de la comida jugó con él al billar. No eran todavía las once cuando me hizo una seña y los dos dimos las buenas noches.

—No conviene que nadie se entere, Tony, —me dijo mientras subíamos a nuestras habitaciones. — De la ventana de mi cuarto se puede bajar fácilmente al suelo. Póngase un traje oscuro y venga a mi cuarto. Iremos a pie a la Quinta de Staveley.

La campana del reloj de la vecina aldea daba las doce cuando, ocultándonos tras de unos arbustos, nos acercábamos a la casa. La noche era muy oscura. La luna no saldría hasta tres horas más tarde. Nos detuvimos tras de un grupo de arbustos en el borde de una extensión de césped. Desde donde estábamos podíamos distinguir la casa con toda facilidad. Aun brillaba una luz en las ventanas de la habitación fatal y una o dos veces vimos la sombra de Mansford que se desvestía. Después, la luz se apagó y la casa quedó sumida en la oscuridad; había llegado el momento de vigilar.

Durante veinte minutos esperamos así y Standish empezó a sentirse nervioso e intranquilo.

—¡Dios mío! ¡Qué no se haya quedado dormido! — me dijo en voz baja. Pero al terminar de decir esas palabras suspiró aliviado. Una oscura silueta descendía de la ventana y unos instantes después vimos a Mansford que cruzaba el espacio de césped. Un leve ruido que hizo Standish le indicó dónde estábamos y se vino a esconder con nosotros tras de las plantas.

—Todo parece hallarse en la forma más normal del mundo, — dijo. — Me metí en la cama como usted dijo e hice algo más: até un hilo delgado a la puerta de modo que si el aparecido pasa por ella, lo sepamos.

—Bien, — dijo Standish. — Ahora no nos queda más que esperar. Por desgracia no podemos fumar.

Las horas pasaron lentamente mientras nos turnábamos y mirábamos hacia las ventanas con unos anteojos de noche. En una ocasión me pareció ver una luz muy débil, — casi fué una disminución de la intensidad de la oscuridad y no una luz, — procedente de la habitación, pero decidí en seguida que debió ser un capricho de mi imaginación. Cuando ya eran casi las cinco, Standish decidió que había llegado el momento de ir a la habitación y explorar. Tenía el rostro impávido, sin expresión ninguna. Yo no hubiera podido decir si creía fracasado, o no, el experimento. Pero Mansford no hacía esfuerzo ninguno por ocultar sus sentimientos; con toda franqueza, declaró que aquello le había parecido perder el tiempo y nada más.

Y cuando los tres estuvimos en el dormitorio después de haber subido por la ventana, seguía pensando lo mismo.

—¡Enteramente igual a como yo lo dejé todo! — dijo. — ¡Aquí no ha sucedido nada!

—Entonces, por favor, dígalo en voz baja, — díjole Standish irritado, mientras subía a la cama. Una vez más fué su objetivo el alambre que sostenía el lado derecho del dosel. Lo tocó y lanzó una rápida exclamación. Pero Mansford no le hacía caso, estaba mirando perplejo, el ventilador eléctrico que se hallaba en la mesita de junto a la cama.

—¿Quién diablos lo ha puesto en marcha? — murmuró. — No le he visto en movimiento desde la mañana en que murió Tom. — Se acercó a la puerta. — Olga Standish, esto es extraño. El hilo no está roto y el ventilador no funcionaba cuando yo salí de la habitación.

Ronald Standish parecía hallarse más contento.

—Muy extraño, — dijo. — Y ahora pienso que si yo fuera usted, me acostaría en esa cama y dormiría, sacando antes el hilo de la puerta. Ya no hay peligro.

—¿Que no hay peligro? — murmuró Mansford. — No entiendo.

—Yo tampoco... todavía, — replicó Standish. — Pero esto es lo que puedo decirle: ni su padre ni su hermano murieron de ataque al corazón a consecuencia de haber visto algo horripilante. Fueron víctimas de un infame asesino como, probablemente, lo hubiera sido usted esta noche si hubiese dormido en esta habitación.

—Pero ¿quién les mató, y cómo y por qué? — preguntó Mansford, aturdido.

—Eso es lo que voy a tratar de averiguar ahora, — contestó Standish.



Cuando salimos los dos, de tomar el desayuno, del comedorcito del Viejo Castillo tres horas más tarde, Standish se separó de mí.

—Me voy al jardín, a pensar, — dijo.— Me está pareciendo que no me estoy mostrando suficientemente astuto. Por el momento no logro acertar con la relación que puede haber entre el alambre del dosel que no brillaba la luz del sol y el ventilador eléctrico que se puso a girar en forma tan misteriosa. Voy a sentarme al pie de aquel árbol. Puede ser que logre dar con el punto de contacto.

Se fué y Molly se acercó entonces a mí. Se la notaba triste y angustiada en el momento en que apoyó una mano en mi brazo.

—¿Ha logrado encontrar algo, Tony — me preguntó con interés. — Me pareció tan silencioso y pensativo mientras tomaba el desayuno.

—Algo ha encontrado, Molly, — contesté, sonriente, — pero temo que no haya encontrado mucho. En realidad y de acuerdo son lo que yo puedo apreciar, me parece que no ha hallado nada. Pero es un hombre ex-

traordinario, — añadí con aire tranquilizador.

La joven se estremeció y se volvió como para retirarse.

—¡Ya es tarde, Tony! — dijo con pena. — ¡Oh! ¡Si yo les hubiera avisado a ustedes antes! Pero no pude suponer jamás que se llegaría a esto. No supuse jamás que podían llegar a sospechar de Bill. Me acaba de hablar por teléfono. Ese horrible hombre de Scotland Yard, el inspector McIver ha llegado. Siento que es solo cuestión de tiempo, pero que lo van a detener. Y aun cuando tendrá que ser absuelto si en el mundo existe algo que sea parecido a justicia, la sospecha le acompañará toda la vida. No faltarán infames que dirán que fracasar al querer probar que Bill fué el autor, es muy distinto que probar que no lo fué. Pero yo me casaré con él de todos modos, Tony, diga él lo que diga. Claro está, supongo que usted sabe que él no sostenía relaciones muy cordiales con su padre.

—No lo sabía, — dije. — No se nada más que lo que he visto.

—Otro detalle es que Bill se hallaba en dificultades de dinero. Había firmado un documento, garantizando una suma de dinero que tomó un amigo y el amigo no pagó. Esto enfureció al padre. Claro está que esto no tiene nada que ver, pero la policía se enteró y arregló el dato en forma conveniente para su argumentación.

—Bien, Molly, créame usted — dije procurando tranquilizarla, — que Ronald Standish está enteramente seguro de que Mansford no tuvo ni la menor intervención en la muerte de su padre y de su hermano.

—Poco es eso, Tom, — replicó Molly procurando sonreir. — Yo también estoy segura de eso, pero no puedo probarlo.

Encogiéndose de hombros entró en la casa dejándome entregado a mis propios pensamientos. A la distancia veía a Standish con la cabeza envuelta en una nube de humo, y después de un momento de vacilación, me alejé por el camino de coches. Se me ocurrió que yo también debía pensar algo por mi cuenta y ver si lograba dar con alguna solución. Y cuanto más pensaba más imposible me parecía llegar a resolver el problema. ¡Los hechos de que disponíamos como fundamentos eran tan débiles!..

¿Qué cosa horrible era la que el viejo Mansford había visto en la oscuridad para que así hubiera querido atajarse aun en el momento de morir? ¿Había sido lo mismo lo que había visto su hijo mayor, que había saltado hacia adelante, con el revólver en la mano y había muerto al saltar? Y además, ¿quién había puesto en movimiento el ventilador eléctrico? ¿Cómo había intervenido este aparato en la muerte de ambos? No había entrado nadie por la puerta la noche anterior; no había entrado nadie por la ventana. De pronto me detuve, por que se me había ocurrido una idea. La Quinta de Staveley era una casa antigua, — del principio del siglo diez y seis, — una casa del tipo de las que tenían pasadizos secretos y entradas ocultas... Tal vez la terrible habitación tenía una... Sí, esto debía ser.

Por aquella puerta había entrado algo horrendo, — tal vez algun hombre y en este caso, el asesino en persona, — disfrazado y vestido como para inspirar horror. Había hecho, quizás, uso del fósforo y el fósforo hábilmente aplicado al rostro y a las ropas de un hombre pueden transformarle en algo suficientemente horrible como para estrujar el corazón más valiente. Sobre todo el de alguno que acababa de despertar sobresaltado. Aquella débil luminosidad que habíamos creido ver la noche precedente podía obedecer a eso. Casi me reí de la tontería de mi amigo Ronald que no había pensado en la presencia de una entrada secreta. Esta vez yo me le había adelantado.

Acudió a mi memoria el relato de lo que le había pasado a la señora de Bretherton, de su supuesta pesadilla durante la cual, según decía, la había tocado una mano delgada y luminosa. Luminosa, ésto era lo importante. El brazo del asesino era lo único que estaba untado con fósforo; el resto del cuerpo permanecía en la oscuridad. Y la víctima horrorizada, al despertar repentinamente se había visto ante una mano fantasma y luminosa que se acercaba a su cuello para ahogarla.

El asesino era un maniático, probablemente, que conocía la entrada secreta a la Quinta de Staveley; un maniático homicida que se asustó ante los gritos desesperados de la señora de Bretherton y había huido antes de que le sucediera a ella lo que a los Mansford. En el mismo momento decidí enterar de mi teoría a Ronald.

Le encontré fumando furiosamente su pipa y me escuchó en silencio mientras yo exponía mi solución dándome algo de tono.

—Mi querido Tony, — dijo, cuando yo hube terminado. — El único defecto que tiene su teoría es que no hay ninguna puerta secreta en la habitación.

—¿Cómo lo sabe usted? — grité. — ¡Si usted a penas miró!

—¡Al contrario! La examiné muy detenidamente. Debo decir que durante un momento me incliné hacia una teoría como la que usted acaba de formular. Pero tan pronto como noté que la habitación había sido empapelada, la abandoné. En cuanto a las grandes alacenas, como fueron reformadas hace poco por un carpintero de la localidad, cualquier entrada secreta que hubiera habido, se hubiese visto entonces. Además McIver se ha ocupado de este caso por encargo de Scotland Yard. El y yo hemos trabajado juntos a veces y tengo la más alta opinión de su habilidad. Sus facultades de observación son extraordinarias y su poder se deduccion es notable. Por desgracia carece de imaginación. Pero, a lo que iba, era a esto: Si McIver no logró hallar una entrada secreta era tiempo perdido el que dedicara yo a buscarla. Y si había hallado esa entrada, no hubiera tenido habilidad para ocultarlo. Nos hu-

biéramos enterado de ese detalle inmediatamente.

—Bien, ¿tiene usted alguna idea mejor? —pregunté bastante cariacontecido por mi fracaso. — Si no hay puerta secreta ¿cómo diablos se puso en movimiento el ventilador eléctrico?

—Hay algo que se denomina "llave de dos lados", — dijo Ronald suavemente.— Ese ventilador no fué puesto en movimiento desde dentro del cuarto; fué puesto en movimiento desde fuera. Y la persona que lo hizo funcionar fué el matador de Mansford y de su hijo.

Le miré asombrado.

—Entonces todo lo que tiene usted que hacer, — exclamé excitado, — es hallar dónde está la otra llave del ventilador. Si está en la habitación de alguien...

Me volví al ver que se acercaba a nosotros un hombre recio y bajo.

—Estaba en la Quinta de Staveley esta mañana, — dije. — Mansford le habló por teléfono a Molly diciéndoselo.

—¡Ah! ¡Ahora lo entiendo! — observó Standish. Y saludando con la mano al detective, agregó: — ¡Buenos días, Mac!

—Buenos días, señor Standish, — dijo el otro. — Acabo de oir decir que está usted en la pista; por eso he venido a verle.

—¡Espléndido! — dijo Standish. — Le presento al señor Belton, gran amigo mio y culpable al que en vez de ir a jugar al cricket haya venido a estos parajes. Es amigo de la señorita Tremayne.

McIver me miró observándome con atención.

—Y por lo tanto del señor Mansford, naturalmente.

—Al contrario, — manifesté. — Al señor Mansford no le he visto hasta ayer.

—Estuve en la Quinta de Staveley esta mañana, — dijo McIver, — y el señor Mansford me dijo que ustedes habían pasado la noche en el jardín.

Ví que Standish fruncía el ceño pero solo un brevísimo instante.

—Supongo que eso se lo diría a usted en reserva, McIver.

—Así fué, Pero ¿por qué?

—Porque deseo que se crea que durmió en aquella habitación, — contestó Standish. — Nos movemos en aguas muy profundas y un solo traspié en estos momentos puede producir una muy lamentable situación.

—¿De qué modo? — gruñó McIver.

—Podría asustar al asesino. — replicó Standish. — Y si se asusta, temo que no se le pueda castigar jamás por lo que ha hecho. Y si no se le castiga a él que es el autor, siempre habrá gente que diga que Mansford tenía mucho que ganar con la muerte de su padre y la de su hermano.

—¿Así que usted cree que fueron crímenes? — dijo McIver lentamente, mirando a Standish y bajando sus gruesas cejas.

Ronald sonrió.

—Sí, — dijo, — estoy enteramente de acuerdo con usted a ese respecto.

—¡Yo no he dicho lo que pienso! — exclamó el detective.

—Es cierto, McIver, es cierto. Usted ha sido discreto. Pero no me parece que Scotland Yard se privara de sus valiosos servicios durante dos meses para que usted se cuidara la salud en el campo. Ni un aparecido ni dos muertes naturales le harían a usted estar tanto tiempo en el condado de Devon.

McIver se rió.

—Tiene usted razón, señor Standish. Estoy convencido de que se trata de crímenes: tienen que ser crimenes. Pero, con franqueza, nunca me he hallado tan confundido en toda mi vida. ¿Encontró usted algo, anoche?

Standish encendió un cigarrillo.

—Dos puntos muy interesantes. dos interesantísimos puntos, que le ofrezco gratis y sin cobrarle nada. Uno de ellos es que el aceite sirve para reducir la fricción y el otro que un ventilador eléctrico sirve para producir una corriente de aire. Y estos dos puntos tienen contacto directo con... — Calló y miró hacia el camino. — ¡Hola! Aquí viene nuestro amigo Mansford en su automóvil. Viene a hacernos una temprana visita, supongo.

El australiano se hallaba junto a la puerta, conversando con su prometida, cuando, después de mirar hacia ellos, McIver se volvió de nuevo hacia Ronald.

—Bien, señor Standish, siga usted. Esos dos puntos tienen contacto directo con ¿qué?

Pero Ronald Standish no contestó. Miraba fijamente a Mansford que se dirigía con lentitud hacia nosotros, conversando con Molly Tremayne. Cuando estuvo más cerca me llamó la atención algo raro que tenía en la cara. Era una mancha oscura alrededor de la boca. De vez en cuando se llevaba la mano a aquella mancha, oprimiéndola como si le doliera.

—Bueno. Standish, — dijo sonriendo, — su plan ha producido algo más. Claro está que es posible que no tenga nada que ver con lo otro, pero es muy doloroso. Fíjese cómo tengo la boca.

—La estoy mirando, — dijo Ronald. — ¿Cómo le pasó eso?

—No lo se. Lo único que puedo decirle es que hace como una hora empezó a escocerme y a ponerse rojo oscuro.

Ya estaba más cerca de nosotros. Pude ver que era como un círculo trazado en torno de la boca, que se extendía casi hasta la nariz y casi hasta la barba. Era oscuro de feo aspecto e indudablemente, muy doloroso.

—Siento como si me hubiera picado toda una familia de avispas, — manifestó. — ¿Usted no dejó ningun producto químico en el teléfono, inspector McIver?

—No, — contestó el detective y miró con asombro a Standish que en aquel momento lanzaba un grito de triunfo.

—¡Ya he dado con ello! — gritaba Ro-

naid. — ¡El tercer punto! ¡El que se nos escabullía! ¿Se acostó usted a dormir esta mañana como se lo indiqué, señor Mansford?

—No, no me acosté, — dijo el australiano con extrañeza. — Me quedé sentado en la cama preguntándome durante una hora lo menos, quién había podido poner en movimiento el ventilador eléctrico. Después decidí afeitarme. El lavatorio del cuarto no tenía agua caliente y entonces...

—¡Usted sopló en el tubo acústico y después pidió que le llevaran agua para afeitarse! — dijo Standish, interrumpiendo a Mansford.

—Eso es. Pero ¿cómo diablos lo sabe usted?

—Por que uno de los objetos a que está destinado un tubo acústico es a hablar por él, estimado amigo. Extraordinario caso pero este punto, tan sencillo, no se me había ocurrido. Esto sólo demuestra McIver lo que he dicho siempre: "los puntos más fundamentales son los que con más facilidad se nos escapan. Tenga sus documentos de importancia tirados en su mesa escritorio y lo más valioso que tenga en un cajón sin llave y usted no tendrá que molestar nunca a la sección robos de su compañía de seguros."

—¡Qué interesante! — dijo McIver sarcásticamente. — ¿Debemos deducir de lo dicho que usted ha resuelto el problema, señor Standish?

—¡Claro que sí! — contestó Ronald, y Mansford lanzó un grito de asombro. — El aceite reduce la fricción, un ventilador eléctrico produce una corriente de aire y un tubo acústico es un tubo para hablar por él secundariamente pues primero de todo es un tubo, lisa y llanamente. Para su futuro entretenimiento, McIver, voy a decirle que la digestión de la señora de Bretherton era mucho mejor de lo que generalmente se creyó y que una breve ojeada a cierta obra de química, recordando que el señor Mansford dijo que le pareció haber sido picado por una familia de avispas, aclararía el ambiente.

—Si dejara usted de hablar en broma, Standish. — dijo Mansford con algo de brusquedad, — ¿no podría decirnos qué es lo que significa todo eso?

—Quiero decir que nos hallamos ante un asesino singularmente hábil e ingenioso, — contestó Standish, seriamente. — ¿Quién es? No lo sé. ¿Por qué lo hizo? No lo sé. Pero sí sé que es un criminal muy peligroso. Necesitamos sorprenderle en la obra. Por lo tanto, yo me iré hoy; McIver se irá hoy y usted, Mansford, dormirá nuevamente en esa habitación, esta noche. Y esta vez, en lugar de reunirnos en el jardín. nos reuniremos todos en la habitación. ¿Me van entendiendo ustedes?

—Sí, le entiendo, — dijo Mansford excitado. — Y así le pescaremos con las manos en la masa.

—Tal vez, — dijo Standish. — O tal vez tengamos que esperar una semana o cosa así. Pero le pescaremos, siempre que ninguno de nosotros diga, absolutamente a nadie ni una sola palabra de esta conversación.

—Pero mire usted, señor Standish, — dijo McIver. — Yo me voy hoy; usted se va hoy... No entiendo una sola palabra de todo ese laberinto.

—Pero mi buen McIver, — dijo Standish, riendo. — Usted se va y toma boleto para Londres. Pero desciende del tren en la primera estación y regresa cuando sea de noche. Y le voy a dar otro punto sobre el cual reflexionar. La señora de Bretherton era una señora anciana y timorata y las señoras ancianas y timoratas se tapan la cabeza con las sábanas, segun se dice, cuando, estando en la cama, algo les asusta. El padre y el hermano del señor Mansford eran hombres fuertes y viriles que no se tapaban la cabeza en semejantes circunstancias. Ellos murieron y la señora de Bretherton, no. Piénselo usted... y no deje de traer revólver esta noche.



Durante el resto del día no volvimos a ver a Ronald Standish. Había ido a la estación en el automóvil del señor Tremayne, el que vivía con su hija en el Viejo Castillo y McIver le había acompañado. El chauffeur dijo que habían tomado el tren para Londres. Siguiendo las instrucciones de Ronald, Mansford volvió a su casa, — la Quinta de Staveley, — y anunció que los dos habían partido, declarando a continuación que estaba decidido a seguir durmiendo en la habitación fatal hasta que hubiera puesto en claro el misterio. Después fué nuevamente al Viejo Castillo donde Molly, él y yo pasamos el día devanándonos los sesos procurando en vano entender algo de lo que pasaba.

—Lo que me confunde — dijo Mansford después que hubieron discutido todas las posibilidades en todos sentidos, — es que Standish no puede saber más de lo que sabemos nosotros. Nosotros dos hemos visto exactamente lo mismo que ha visto él. Ninguno de nosotros es tonto y, sin embargo, él puede ver la solución y nosotros no.

—En eso es, precisamente, en lo que se funda la gente para decir que es un hombre maravilloso, — contesté. — Hace uso de su imaginación para relacionar entre sí los hechos que al parecer, no tienen relación ninguna entre ellos. Y puede usted creerlo, Mansford, pocas veces se equivoca.

El australiano fumó su pipa en silencio.

—Creo que esta noche nos enteraremos de todo, — dijo por último. — De un modo o de otro tengo grandísima fe en su amigo. Pero lo que más excita mi curiosidad no es cómo mataron a mi padre y a mi hermano Tom sino quién los mató. Todo parece indicar que es alguien de la casa... ¿pero quién, en nombre de Dios? Yo pondría la mano en el fuego por los dos sirvientes, uno de los cuales vino con nosotros de Australia. Después está ese pobre viejo casi decrépito, ese Templeton, incapaz de hacerle daño a una

mosca... y su esposa y las otras sirvientas que, da la casualidad, son todas nuevas, tomadas después de la muerte de Tom. No lo entiendo! ¡No lo entiendo!

Durante horas proseguimos una interminable discusión mientras la tarde transcurría lentamente. A las seis, Mansford se levantó para retirarse; tenía orden de comer en su casa. Miró a Molly sonriendo tranquilizador; después me saludó con la mano y se fué. Las órdenes que yo tenía eran igualmente concisas: comer en el Viejo Castillo, esperar hasta que anocheciera y entonces dirigirme al sitio donde había estado escondido con Standish la noche anterior.

Hasta las diez no consideré prudente salir; a esa hora, metiéndome un revólver en el bolsillo, salí de la casa por una puerta lateral y comencé mi paseo de tres millas.

Como la noche anterior, no había luna y bajo los árboles, casi atropellé a Ronald antes de verle.

—¿Es usted, Tony? — dijo en voz muy baja, y yo me situé a su lado. Distinguía a McIver, confusamente, a unos pasos de distancia y, una vez más, comenzó la vigilancia Debían ser las once y media cuando se encendieron las luces en el dormitorio, y Mansford comenzó a desvestirse. En una ocasión se acercó a la ventana y se asomó como si mirara hacia donde estábamos nosotros; después volvió al centro de la habitación y pudimos ver por su sombra cómo se movía de un lado a otro. Yo me preguntaba si Mansford se encontraría muy nervioso o no.

Por fin la luz se apagó y casi en seguida, Standish se puso de pie.

—No hay tiempo que perder, — murmuró. —¡Sígame! ¡Ni un ruido! ¡Ni una palabra!

Cautelosa y rápidamente cruzamos el césped y subimos por la vieja pared abundante en cornisas y adornos, hasta la ventana. Oí como Ronald saludaba a Mansford, que se hallaba junto a la ventana, vestido con su pyjama, y después se unió a nosotros McIver, respirando jadeante. Escalar paredes era un ejercicio muy pesado para él.

—No olviden, — dijo Standish en voz baja, — que ni un ruido ni una palabra. Siéntense y esperen.

Se acercó a la mesita que estaba junto a la cama, la mesita en que se hallaba el inmóvil ventilador eléctrico. Encendió entonces una pequeña antorcha eléctrica de bolsillo y le miramos con atención mientras tomaba el extremo del tubo acústico. Del bolsillo sacó algo que parecía un tubo hueco de unas tres pulgadas de largo con algo sujeto a un extremo. Esto lo ató cuidadosamente al extremo del tubo acústico, formando como una especie de unión entre el tubo acústico y el trozo de tubo hueco que había sacado del bolsillo. Por último puso un tapón de corcho, pero sin apretar casi nada, en el extremo libre del caño agregado, que era de metal. Hecho esto apagó su antorcha y se sentó en la cama. Evidentemente había terminado sus preparativos; ya no quedaba nada más que esperar.

El tic-tac del reloj que estaba en la repisa de la chimenea sonaba increíblemente fuerte en el silencio completo que reinaba en la casa. Sonó la una... después la media y de pronto se oyó un débil ¡pop! cerca de la cama y ese ruido insignificante, me sobresaltó. Oí como Ronald tomaba aliento y se inclinaba a ver lo que pasaba. Se oyó un ruidito cuando Standish dió fuego a su encendedor automático. No dió más luz que una pequeña llamita pero fué lo suficiente para que yo viera lo que hacía. Acercaba la llama al extremo del tubo hueco que ya no estaba tapado con el corcho. El débil ¡pop! lo había producido el tapón al saltar. Entonces, con grandísimo asombro de mi parte, una llama azul salió del extremo del tubo y ardió lentamente. Ardía produciendo un ruido como el del mechero Bunsen que se usa en los laboratorios y daba, más o menos, la misma cantidad de luz. Se podía ver el rostro de Ronald, pálido y espectral; después corrió las cortinas de la cama en torno de la mesa y la habitación volvió a quedar sumida en la oscuridad.

McIver estaba sentado junto a mí. Yo oía su respiración jadeante sobre el ruido de la oculta llama. Permanecimos así unos diez minutos, cuando una tabla del piso del cuarto que quedaba arriba de nosotros, crugió.

—Ahora viene, — dijo en voz baja y rápidamente Ronald. — Hagan lo que yo haga, no hablen, no hagan ruido.

Yo no comprendía nada pero el corazón me latía a golpes. Me he visto en muchos momentos apurados en el transcurso de mis años de vida, pero aquel dormitorio silencioso me atacaba los nervios. Y no creo que el detective McIver se sintiera mucho mejor que yo. Recuerdo que una semana después aun tenía yo, en el brazo, las señales de sus dedos.

—¡Dios mío! ¡Mire! — le oí decir con el aliento y en el mismo instante yo ví también. Arriba de la ventana, a la derecha, una suave luminosidad había aparecido y en su centro había una mano. No era una mano vulgar sino una mano huesuda que relucía en la oscuridad. Mientras la mirábamos empezó a flotar, descendiendo hacia la cama. Suavemente parecía cruzar el aire de la habitación, pero siempre hacia la cama. Por fin se detuvo, a un pie de la cama y a unos tres pies arriba de ella.

El sudor me corría a chorros por el rostro, y podía ver el rostro del joven Mansford a la luz de aquella mano, inmovilizado por el horror. Entonces, por primera vez, se daba cuenta de cómo habían muerto su padre y su hermano, o se daría cuenta pronto. ¿Qué era la que haría despues aquella aislada mano luminosa? ¿Flotaría hasta acercarse y tomarle del cuello... o desparecería tan misteriosamente como se había presentado?

Traté de figurarme el horrible terror del despertar repentinamente y ver aquello, frente a frente, en el dormitorio oscuro; y entonces ví que Ronald se disponía a hacer algo. Estaba arrodillado en la cama examinando la aparición del modo más natural del mundo y, de pronto, se llevó el índice a los labios y nos miró como avisándonos. En-

tonces, deliberadamente golpeó aquello con el puño cerrado, lanzó un grito y rodó de la cama al suelo, golpeando con fuerza y ruido.

Estuvo de pie en un instante, volviendo a indicarnos imperiosamente que calláramos y entonces vimos que la mano retrocedía y avanzaba alternativamente, como si estuviera en un hilo. Y luego retrocedió, volviendo hacia la ventana y hacia arriba, al sitio de donde había avanzado, mientras sus oscilaciones se hacían menos y menos largas hasta que por fin desapareció por completo y la habitación volvió a quedar a oscuras, fuera de la llama azul que aún ardía en el extremo del tubo.

—¡Dios mío! — murmuró McIver a mi lado, secándose con el pañuelo el sudor de la frente. Standish le ordenó con un gesto, que callara. En el cuarto que estaba encima de nosotros crugieron las tablas del piso. Me pareció oir que se cerraba, muy suavemente, una puerta. Después reinó de nuevo el silencio.

De pronto con desconcertante rapidez, la llama azul se apagó. Y simultáneamente se oyó un zumbido. Sentí que un soplo de aire me rozaba el rostro. El ventilador eléctrico había sido puesto en movimiento. Entonces oimos la voz de Ronald dando órdenes en tono muy bajo. Había encendido su antorcha eléctrica y le brillaban los ojos de excitación.

—Si tenemos suerte pronto llegaremos al último acto, — murmuró. — Mansford, échese en el suelo como si hubiera caído de la cama. Nosotros tres estaremos tras de la cortina de la ventana. ¿Tiene usted esposas, Mac? — dijo mientras nos encondíamos.— Téngalas preparadas para usarlas muy rápidamente. Temo que el pájaro resulte de cuidado.

McIver gruñó en respuesta y una vez más nos dispusimos a enterarnos de lo desconocido. El ventilador eléctrico seguía zumbando. Mirando por la ventana, ví en el cielo los primeros albores de nuevo día. De pronto, Standish se agarró a mi brazo: la manija de la puerta se movió, después la puerta se abrió y alguien que entró, cerró la puerta, cautelosamente, después de haber entrado. Se aproximó a la cama y se detuvo cuando llegó a los pies. Avanzaba encogido, — casi doblado por la mitad, — y durante un largo momento estuvo allí, quieto, inmóvil. Después comenzó a reir y su risa fué horrible. Era profunda, jadeante, pero tenía una sonoridad que lo decía todo. El hombre que estaba encogido, a los pies de la cama, era un demente.

—¡A él! — dijo Ronald, Saltamos hacia adelante simultáneamente. El hombre gritó y peleó como un tigre, pero aun cuando la locura multiplicaba sus fuerzas, no pudo con nosotros cuatro. Mansford se había levantado en el momento en que empezó el ataque y a los pocos segundos oí el ¡clic! de las esposas de McIver. Fué Standish el que se acercó a la puerta y encendió la luz eléctrica, de modo que pudiéramos ver de quién se trataba. Y el rostro del hombre que tenía puestas las esposas, desfigurado por la furia de la demencia, era el rostro del mayordomo Templeton.

—Pase las esposas en redor del pie de la cama, McIver, — ordenó Standish. — Le dejaremos aquí. Vamos a explorar el piso alto.

McIver abrió uno de los brazaletes, lo pasó en torno de una columnita de la cama y volvió a colocarlo de nuevo. Después, los cuatro nos dirigimos escaleras arriba.

—Hemos de entrar en la habitación a donde va el tubo acústico, — dijo Standish, y Mansford le guió.

Abrió una puerta y en seguida, con un grito de horror, se detuvo en el dintel.

Ante nosotros se hallaba una mujer de mirada extraviada, vestida con su ropa de noche. Se hallaba de pie junto a una enorme retorta de cristal dentro de la cual borbujeaba un líquido, y que estaba puesta en un aparato de madera colocado en medio del cuarto. Mientras estábamos allí, la mujer se apoderó de la retorta, lanzando un ronco grito, y la sostuvo en alto.

—¡Atrás! — gritó Standish. — ¡Atrás, por sus vidas!

Pero no se produjo lo que él temía. Por alguna causa, la retorta se cayó de manos de la mujer, le golpeó en la cabeza y se hizo trizas. Vibró un grito tal de agonía como no creo que volveré a oir ninguno en la vida. No se pudo hacer nada por salvar a la mujer; murió antes de cinco minutos y como dejó de existir la desdichada demente, mejor es no describirlo. Porque la mayor parte del contenido de la retorta era ácido sulfúrico, caliente.



—Bien, Mansford, — decía Standish algunas horas después, — ya dejó de existir el aparecido, ya está solucionado su misterio y creo que podré jugar el último partido de mi match de cricket, a pesar de todo.

Estábamos sentados en el comedor del Viejo Castillo después del desayuno, Mansford se volvió, sonriente, hacia Ronald.

—Aún estoy a oscuras, — dijo. — ¿No puede usted explicarlo todo?

Standish sonrió.

—¿No lo ha comprendido aún?... Bien, pues es muy sencillo. Como usted sabe, lo primero que me llamó la atención fué el alambre de la derecha del dosel. No brillaba como el otro, a la luz del sol. Cuando me subí a la cama y lo examiné, ví que estaba untado de aceite seco. No una parte, sino todo el alambre. Esto era raro, muy raro en verdad. ¿Por qué estaba uno untado de aceite y el otro no? Debo advertir que desde el primer momento había descartado toda posibilidad de fenómenos psíquicos como culpables de la muerte de su padre y de su hermano. Esas cosas existen, sin duda, pero no matan a dos hombres fuertes.

"Sin embargo, aún me hallaba a oscuras; en realidad, sólo veía un rayito de luz. Lo de la capa de aceite en el alambre era tan raro que por sí solo establecía la certidumbre de que en aquello andaba metida la ma-

no del hombre. Y antes de salir de la habitación aquella primera tarde estaba convencido de que aquel alambre servía para hacer entrar en el dormitorio algo procedente de fuera. La prueba se presentó la mañana siguiente. La noche anterior el alambre estaba seco la siguiente mañana estaba húmedo de aceite. La puerta se hallaba intacta, no había entrado nadie por la ventana y, además, el ventilador eléctrico estaba funcionando. Hecho número dos. Sin embargo, no lograba dar con la relación que había entre uno y otro hecho. Admito que el hecho de que el ventilador eléctrico estuviera funcionando me inspiró la idea de la presencia de algún gas, introducido por el matador y después arrojado de la habitación por el ventilador.

"Entonces se presentó usted con la boca inflamada. Usted habló de que sentía como si le hubieran picado muchas avispas y yo hallé el tercer hecho importante. Para hallarlo era necesario conocer algo de química. El ácido fórmico, — ácido que produce el escozor en las picaduras de las avispas, — puede ser empleado, entre otras cosas, para la fabricación del monóxido de carbono.

"Con esto quedaba esclarecido el diabólico plan. El tubo acústico era el eslabón que faltaba. Por el tubo acústico se enviaba el monóxido a la habitación y el gas arrastraba consigo rastros de los ingredientes que servían para prepararlo y que se condensaban en la parte que se acerca a la boca al hablar por el tubo. Ahora bien, como usted tal vez lo sepa, el monóxido de carbono es menos pesado que el aire y un veneno mortífero para quien lo respira. Además no deja rastro, al menos rastro apreciable.

"Por eso antes de que entráramos anc en el dormitorio, yo había decidido, por mi cuenta, cómo se habían realizado los homicidios. Primero, a la derecha y algo más abajo de la cabeza del durmiente, era descargada una cantidad de monóxido de carbono, que yo inutilicé quemándolo. El dosel ayudaba a mantener el gas más o menos confinado, pero como era de menos peso que el aire, algo era necesario para hacer que el durmiente despertara y se sentara en la cama.

"Esto fué, precisamente, lo que hicieron su padre y su hermano cuando vieron la mano fosforescente... y murieron en seguida. La señora de Bretherton se tapó la cabeza y vivió. Entonces era puesto en movimiento el ventilador eléctrico y el monóxido de carbono era expelido poco a poco del dormitorio de modo que, por la mañana, no quedaba ni el menor rastro de él.

"Si fracasaba una noche, podía intentarse otra y otra, hasta obtener el resultado apetecido. Tarde o temprano aquella mano infernal, paseando colgada de una polea y manejada desde el cuarto de arriba por medio de un cordel, despertaría al durmiente y le haría morir. De ahí la leyenda del aparecido.

Ronald Standish hizo una pausa y fumó dos o tres bocanadas de su cigarrillo.

—Desde el primer momento, también, sospeché de Templeton. Cuando se sabe tanto como yo sé, sobre crímenes, uno no se sorprende nunca de nada. Admito que parecía el último hombre en el mundo, capaz de semejante cosa, pero existen más casos de Jekyll y Hyde de cuantos pueda uno soñar.

"Y él y su mujer eran los únicos lazos de unión que había en la servidumbre de la casa, entre usted y los Bretherton. No se me ocurrió que la mujer de Templeton estuviera loca también y nunca sabremos hasta qué punto era cómplice o instrumento de su marido. Lo que ha hecho lo ha pagado de modo horrible, pobre mujer. La mezcla que se le derramó encima era ácido sulfúrico concentrado, caliente, mezclado con ácido fórmico. Incidentalmente, según las averiguaciones hechas ayer, descubrí que la Quinta de Staveley perteneció a un hombre llamado Templeton, hace unos cuarenta años. Ese hombre tenía un hijo natural a quien no dejó nada en herencia. Es posible que Templeton el mayordomo sea ese hijo... enloquecido. Obsesionado con la idea de que la Quinta de Staveley debe ser suya... ¿quién sabe? Nadie puede leer en la mente de un loco.

Encendió otro cigarrillo y se levantó de su butaca.

—Por lo tanto no puedo decirle a usted por qué hacía lo que hizo. Cómo lo hacía y quién lo hacía se sabe ya; por qué, seguirá siendo un misterio. Y ahora, creo que ya es hora de que vaya a tomar el tren.

—¡Sí, pero espere usted un momento!— exclamó Mansford. — Hay docenas de puntos que aún no comprendo.

—Piense usted mismo la solución, estimado amigo, — dijo, riendo, Ronald. — Yo voy a jugar al cricket.

SAPPER.

LOS CERDOS QUERIAN CUCHARAS

Tenía el duque de Pembroke en su posesión de Whitshire, gran número de cerdos y un día, al atravesar el corral, se quedó sorprendo al verlos alrededor de un pilón haciendo un ruido espantoso.

La curiosidad le llevó a examinar la causa, y al acercarse vió que había dejado caer la cocinera una cuchara de plata en el pilón. En aquel momento llegaba la sirvienta asombrada de aquellos estrepitosos gruñidos.

—Tiene usted la culpa — la dijo el duque.—Hacen bien en gruñir los pobres animales porque no les ha dado usted mas que una cuchara para todos

* * *

SECRETO DE CONFESION

Luis XIII, rey de Francia, preguntó nu día a su confesor el jesuita Coton:

—Padre, ¿revelaríais la confesión de un hombre que os hubiera dicho que estaba resuelto a asesinarme?

—No, sire, — se apresuró a responder el sacerdote, — pero correría a interponerme entre vuestra majestad y él.

LAS RECETAS de "PUCKY" para EL HOGAR



LAS MANZANAS Y LA DIGESTION

Algunas personas se quejan de indigestión después de haber comido manzanas. En este caso se debe comer la fruta rallada, en forma de puré, y no en pedazos.



CUANDO SE COMPRAN CONSERVAS

Hay que elegir con cuidado cuando se compran latas de conservas. Debe rechazarse toda lata que tenga apariencia de estar hinchada o que esté herrumbrada por fuera porque esto indica que ha estado excesivo tiempo guardada y su contenido no puede ser bueno.



POLVO EN LAS ALFOMBRAS

El polvo que se aglomera debajo de las alfombras las destruye rápidamente. Conviene, pues, levantar frecuentemente las alfombras y quitar bien todo el polvo que haya debajo.



PAÑOS CALIENTES

Cuando se limpia alguna clase de muebles lustrados se ahorra mucho tiempo empleando paños calientes. Pongan un par de paños en el horno y úsenlos alternadamente, mientras están calientes. Así se obtiene con facilidad un brillo muy reluciente. Cuando el horno está muy caliente hay que cuidar de que los paños no se chamusquen.



PARA HERVIR MACARRONES

Rompan los macarrones en trozos no muy largos y échenlos en una olla o cacerola donde haya abundante agua salada, hirviendo. Hiervan a fuego vivo hasta que se sientan suaves, apretándolos entre el pulgar y el índice. No los dejen nunca cocer demasiado. Escúrranlos en el colador y condiméntelos a su gusto. Lo mismo debe procederse con los spaghetti, y otras clases de fideos.



AVES Y CAZA

La aves y la caza que no se han de comer en el mismo día, no deben ni desollarse ni desplumarse. Se le ata un cordel al cuello y se cuelga, donde haya corriente de aire, rellenando antes el animal con unos pedazos de carbón de leña.

PARA LAVAR CEPILLOS

Una cucharada de amoníaco en una media palangana de agua caliente es todo lo que se necesita para lavar bien los cepillos que se usan para el pelo. Se remojan bien, se escurren y se ponen a secar al aire. Para que los cepillos duren conviene hacer eso cada dos o tres semanas. Lo mismo se limpian los cepillos para la ropa.



PARA SUAVIZAR EL AGUA

La glicerina suaviza el agua de lavar y deja las mesas y los pisos muy blancos. Basta con echar dos cucharadas en cada balde de agua. El agua con glicerina, — una cucharada en la palangana, — suaviza las manos. Cuando los zapatos de los niños se han mojado y el cuero está duro, se frotan con un poquito de glicerina. El cuero la absorbe por completo y queda muy suave.



CUANDO SE LAVA UN CUBREPIES

Cuando se lava un cubrepiés relleno de plumas (edredón) se mete el cubrepiés en un tacho casi lleno de agua caliente, en la que se haya disuelto un poco de jabón. Se deja allí una hora o algo más y después se revuelve y estruja suavemente, debajo del agua. Se saca y se vuelve a poner en el tacho con agua caliente limpia en la que también se ha disuelto jabón y un poco de soda. Se lava hasta que esté limpio. Se enjuaga en agua tibia y después en agua limpia y fría; se saca y se sacude entre dos personas. No se retuerce; se cuelga a escurrir y secar; debe elegirse un día de viento regular para hacer el lavado de esa clase de prendas.



PARA BLANQUEAR LOS PAÑUELOS

Los pañuelos de mano pueden conservarse hermosamente blancos si primero se ponen en remojo en agua de jabón tibia durante media hora, se lavan después como de costumbre, luego se hierven, durante quince minutos y por último se ponen a blanquear del modo siguiente: exprímase el jugo de un limón en una cacerola y agréguese como medio litro de agua fría, se hace hervir y se echan en el líquido caliente los pañuelos de modo que queden cubiertos por el líquido; déjenlos así, a un lado, en la cacerola tapada, para que no les caiga polvo, hasta el día siguiente, enjuáguense bien y pónganse a secar.

LA GRAN NOVELA DE NUESTRA EPOCA

Ala de Vampiro

(BAT - WING)

Novela escrita en inglés por Sax Rohmer

El notable autor de "El Doctor Fu Manchú", "El Doctor Diabólico", "La Garra Amarilla", cuya versión cinematográfica constituyó un notable éxito, "Drogas" ("Dope") y otras producciones notabilísimas.

Pablo Harley, famoso investigador de Londres, y su amigo Knox, han ido a una posesión de campo llamada Cray's Folly, a invitación del coronel Juan Menéndez, que se dice objeto de las persecuciones de una secta de hechiceros negros cuyo símbolo es un ala de vampiro y que causan la muerte de las personas por medios misteriosos. El coronel Menéndez vive en Cray's Folly con su prima, la señora de Stamer, que está paralítica de las piernas. Con la señora de Stamer está la señorita Valentina Beverley, joven de singular belleza. Knox, que es el que relata los sucesos, conoce, estando en la hostería local, a un señor llamado Colin Camber, que vive en una casa a la que llaman Guest House y está muy cerca de Cray's Folly. Una noche de luna llena, el coronel Menéndez sale de la casa al jardín caminando como en sueños, y cuando llega a un punto determinado del jardín se oye un tiro y el coronel cae muerto. Harley y Knox acuden a enterarse. Llega el inspector de policía Aylesbury y comienza sus investigaciones. Interroga a los sirvientes pero no puede hablar con la señora de Stamer, que ha sido hallada desmayada, en el suelo, fuera de su habitación, ni con la señorita Valentina Beverley que la está cuidando. El inspector, inducido por las aparentes pruebas que halla, decide que el autor de la muerte de Menéndez ha sido Colin Camber y a pesar de las observaciones de Harley, le reduce a prisión. El interés de la novela va en aumento cada nuevo capítulo. No deje de leer los que aparecen hoy y tenga en cuenta que si ha leído con atención lo que antecede podrá entenderlo todo, aun cuando no haya leído los anteriores números de "Pucky".



VALENTINA suponía, con razón, que la esposa del detenido Colin Camber debía hallarse en un lamentable estado de espíritu y su propósito de hacer algo, inmediatamente, por aliviar los sufrimientos de aquella infeliz mujer, me pareció, por cierto, muy acertado.

—¿Ha tenido usted ocasión de hablar alguna vez con la esposa de Camber? — pregunté a Valentina.

—No, — contestó la joven. — al contrario; las pocas veces que nos hemos cruzado en el pueblo, ella se alejó de mí, como si me tuviera miedo. Pero seguramente, el señor Harley creerá que su esposo no es el autor de este asesinato.

—Creo que así lo cree; pero le va a ser muy difícil probarlo. Recuerdo ahora que usted no me ha dicho qué más fué lo que le preguntó el inspector.

—¿Cómo se lo diría yo a usted? — dijo la hermosa muchacha en voz baja volviendo la cabeza y mordiéndose el labio.

—Probablemente me lo figuro.

—¿De veras? — me preguntó, mirándome un instante de frente. — Sí, parece que ese señor da una importancia ridícula al hecho de que anoche, a la hora de la tragedia, no estuviese yo acostada todavía.

—Lo sé, — afirmé; — es otra de sus ideas preconcebidas.

—Le dije los verdaderos motivos, que no pueden ser más sencillos, y al principio no pude darme cuenta de la índole de sus sospechas. Luego, poco a poco, sus preguntas me iluminaron. Por fin me dijo claramente que yo no había salido de mi cuarto al corredor donde yacía madame de Stamer, sino que ya estaba allí.

—¿En el corredor, fuera del cuarto?

—Sí. Creía que yo venía de la puerta principal, la que hay cerca de la torre, y que se abre hacia los jardines.

—¿Que acababa usted de entrar? — exclamé. — ¿Cree entonces que había estado usted en el jardín?

El bello rostro de Valentina había ido cubriéndose de mortal palidez mientras hablaba, pero al oírme ahora, ruborizóse intensamente, y apartando la vista de mí, contestó:

—Sí, ese hombre ha osado suponer que yo había acudido a una cita.

—¡Imbécil! — exclamé. — ¡Imbécil, ignorante, grosero!

—¡Oh! — continuó ella; — yo pensé enfermarme de indignación. Desde ahora sospecho que voy a tener en el inspector un enemigo, pues en cuanto me repuse de la primera impresión, no pude contenerme y le dije mi opinión sobre su talento, es decir, de su carencia de él.

—Me alegro, — dije entusiasmado, — hizo usted bien, y espero que antes de que el señor Aylesbury haya dado fin a este asunto, sabrá a qué atenerse en cuanto a su falta de educación. El hecho es que se trata de un caso demasiado fuerte para él, y no tiene ni siquiera el talento necesario para reconocerlo.

Valentina, sonriendo tristemente, me dijo:

—¿Qué iba yo a hacer, viéndome sola?

Me sentí tentado a encaminar la conversación hacia mis sentimientos personales, pero pudo más el sentido común y me limité a preguntar:

—¿Está madame de Stamer despierta?

—Sí, — repuso la joven; — está con ella el doctor Rolleston.

—¿Y lo sabe todo?

—Sí; en cuanto se despertó me mandó llamar, y me ha preguntado.

—¿Y usted se lo dijo todo?

—¿Qué otra cosa podía hacer? La encontré tranquila, maravillosamente tranquila, y me escuchó con verdadero heroismo. Pero ahí viene el doctor Rolleston.

Miré al fondo del corredor. El médico, en efecto, se acercaba, con aspecto muy animado.

—Buenos días, señor Knox, — me dijo.

—Hola, doctor; ya sé que la enferma sigue mucho mejor.

—Divinamente, — contestó; — tiene el ánimo de diez hombres juntos. Ahora se empeña en verle a usted, señor Knox, y quiere que usted le refiera la tragedia.

—¿Cree usted que sería prudente?

—Creo que es lo mejor que se puede hacer.

—¿Tiene usted esperanzas de que haya recobrado para siempre el uso de las piernas?

El doctor movió la cabeza con aire de duda.

—Eso debe haber sido una cosa pasajera, —repuso. — Estas afecciones nerviosas engañan mucho, y no conviene hacer profecías; pero mentalmente, por lo menos, se ha repuesto por completo de los efectos de la impresión recibida ayer noche. No tenga usted cuidado de que sufra un ataque de histerismo, ni nada por el estilo.

—¡Ah, comprendo! — exclamó una voz a nuestras espaldas.

Nos volvimos los tres. El inspector Aylesbury se acercaba, cruzando el hall.

—Buenos días, doctor, — dijo, haciendo intencionadamente caso omiso de mi presencia; — acabo de oir que su enferma se encuentra hoy muy bien.

—Ha mejorado bastante, — contestó el médico secamente.

—¿Entonces podré tomarle declaración? Eso es importantísimo para mí.

—Está un poco mejor; si ella quiere verle, yo no me opongo a la entrevista.

—Es usted muy amable, doctor, — continuó el inspector; y haciendo una reverencia a la señorita Beverley, continuó: — Espero, señorita, que podrá usted pedir permiso a madame de Stamer para verla unos minutos.

Valentina me miró significativamente, y encogiéndose de hombros se dirigió a la habitación de madame de Stamer.

—Bien, — dijo el doctor Rolleston, estrechándome la mano, — yo tengo mucho que hacer. Adiós, señor Knox; buenos días, señor inspector.

Y salió rápidamente para subir en seguida en su automóvil, que le esperaba. Comprendí que la vista del inspector producía en el doctor Rolleston un efecto semejante al que un trapo rojo produce en un toro. Tan pronto como se hubo marchado, Aylesbury sacó su cuaderno de notas y, murmurando para sí no sé qué, empezó a consultar sus apuntes, con un aire de hombre reflexivo que habría hecho reir si no hubiéra sido tan irritante.

Así nos encontró Valentina cuando volvió diciendo:

—Madame de Stamer le está a usted esperando, señor inspector; pero desea que el señor Knox presencia la entrevista.

—Bien, comprendo, — dijo el inspector, hundiendo la barba en el cuello; — está muy bien.

CAPITULO XXVI

En la habitación de madame

EL dormitorio de madame de Stamer era a la vez grande y elegante. Desde las cortinas de la ventana, que eran de un tejido muy ligero parecido al raso, hasta la colcha de la cama, las pantallas y la alfombra, todo era allí francés. Ligeramente perfumado, decorado con numerosos ramos de rosas, en su ornamentación, en sus cuadros, en su moblaje de esbelta construcción, reflejaba la personalidad de quien lo ocupaba. Sobre una cama grande, alta, encontrábase tendida madame de Stamer, con el cuerpo reclinado sobre unos cuantos almohadones de seda. El matiz general de la habitación era violeta y plata, y a este tema se acomodaba todo. El juego de tocador era de plata vieja y esmalte violeta; los espejos y algunos de los cuadros tenían marcos de plata vieja; no había nada chillón ni brillante; la misma cama, que tenía algo de catafalco, era de plata vieja con una colcha del más delicado violeta. La bata de noche de madame estaba adornada con piel blanca, de modo que hasta su cabello, con el que se había hecho un peinado muy alto, parecía también de plata.

Reclinada sobre sus almohadas, parecía alguna gran señora de aquella Francia barrida por la Revolución. Sobre su tocador vi un gran retrato del coronel Menéndez, vestido tal como yo me lo imaginé al verle por vez primera, con traje de montar y un sombrero de grandes alas en la mano. Era una hermosa y arrogante figura, extraordinariamente parecida al Velázquez de la biblioteca.

Miré fijamente a madame de Stamer, y desde luego observé que no había descuidado su toilette. Las persianas mitigaban la luz solar que entraba en el dormitorio, pero aun

así vi que, a no haber dispuesto de su "rouge", madame habría estado pálida aquella mañana. Hasta cierto punto, la noche la había transformado un poco. Algo había desaparecido de su rostro, y algo había nuevo en él. Me pareció, y sigue pareciéndome, que la misma expresión debía tener el rostro de María Antonieta al saber que los tambores redoblaban ya en la Plaza de la Revolución, aquella famosa mañana del 21 de Enero.

—¡Oh, señor Knox! — dijo con tristeza, al verme entrar. — Venga usted aquí, amigo mío, y siéntese a mi lado. Valentina, querida, quédese usted aquí. ¿Es este señor el inspector que desea hablarme?

Aylesbury, que había entrado con la mayor confianza del mundo, pareció perderla al verse ante aquella dama, a la que la dignidad de su cargo no hacía ninguna impresión.

Ella indicó con su grácil mano una silla de brocado violeta, y con acento de orden más bien que de invitación, le dijo secamente:

—Siéntese usted, monsieur l'inspecteur.

El inspector tosió ligeramente y tomó asiento.

—¡Ah, señor Knox! — exclamó madame, volviéndose a mí con uno de sus rápidos movimientos: — ¿No se ha atrevido su amigo a verme? ¿Cree tal vez que ha fracasado? ¿Teme que yo le eche la culpa?

—Está seguro de que ha fracasado, señora, — repuse, — pero su ausencia se debe a que en este momento está sobre la pista del asesino.

—¿Cómo? — exclamó, e inclinándose hacia adelante, me puso la mano en el brazo. —¿Cómo? ¡Por favor, dígamelo otra vez!

—Está siguiendo una pista, señora, que según él espera, ha de conducirle al conocimiento de la verdad.

—¡Ah, si yo pudiera creer eso posible! — dijo. — ¡Si yo me atreviera a creerlo!

—¿Y por qué no?

Movió su gentil cabeza, con una sonrisa tan triste y resignada, que volví la vista, dirigiéndola hacia Valentina, que se sentaba al otro lado de la cama.

—¡Si usted supiera! ¡Si usted supiera!

Volví a mirar aquel rostro trágico: Madame era ya indudablemente una mujer más vieja que la elegante dama que yo había conocido.

Lanzando un suspiro, acompañado de un ligero temblor, continuó:

—Dígame, señor Knox, ¿fué rápido, sin sufrimiento?

—Instantáneo, — contesté en voz baja.

—¿Un buen tiro? — preguntó, con acento extraño.

—Admirable, — repuse, sin comprender por qué había de imponerse aquella innecesaria tortura.

—Dice que se lo tienen que llevar, amigo mío, pero yo digo que no, mientras yo no lo haya visto.

—Madame... — comenzó a decir la señorita Beverley, con dulzura.

—¡Ah, querida! — exclamó madame de Stamer, sin mirarla, pero extendiendo hacia ella la mano con los dedos extrañamente crispados. — No me conoce usted bien, y tal vez es mejor. Pero usted, señor Knox, es hombre, y los hombres, sobre todo los hombres que escriben, conocen a las mujeres mejor que a ellos mismos. ¿No es así? ¿No comprende usted que yo debo volverle a ver?

—Señora, — dije, — su valor casi me espanta.

Ella se encogió de hombros.

—No me envanezco de mi valor amigo mío. Los animales son bravos, y en cambio, muchos cobardes son vanidosos. Pero, dígame: ¿Cree usted que no sufrió mucho?

—Nada absolutamente, señora.

—Eso mismo me dice el doctor Rolleston. ¿Murió dormido? ¿No cree usted que estuviera despierto?

—Seguramente no lo estaba.

—Es la mejor manera de morir, — dijo ella, con sencillez; — sin embargo, él, tan valiente y que tantas veces había desafiado la muerte, no habría temblado...

Con un ligero ademán de sus blancos dedos, miró de pronto hacia el inspector que seguía en su silla de brocado, dando vueltas al sombrero entre las manos.

—A todo esto, señor inspector, — le preguntó, — ¿qué era lo que quería usted que le dijese?

—Bien, señora, — comenzó Aylesbury; y se levantó como si en esta actitud recobrase su dignidad.

Pero madame exclamó en seguida.

—¡Siéntese, señor inspector! Le ruego que se siente. Me molesta que me interrogue una persona puesta de pie, y si se pone usted a dar paseos, creo que gritaría.

Aylesbury se sentó de nuevo, tosiendo nerviosamente.

—Bien, señora, — continuó: — he venido para que me informe usted particularmente acerca de un cierto señor Camber.

—¡Ah, sí! — dijo ella, y su vibrante voz se hizo ahora apagada.

—¿Le conoce usted, sin duda?

—No le he visto jamás.

—¡Cómo! — exclamó el inspector.

Madame se encogió de hombros y me dirigió una elocuente mirada.

—¡Está bien! — prosiguió Aylesbury, — De modo que Pedro, el mayordomo, me dice que el coronel consideraba al señor Camber como un enemigo, y la señorita Beverley reconoce que es cierto, y, sin embargo, aunque ese hombre es un enemigo, resulta que nadie ha hablado con él, y él jura que jamás habló con el coronel.

—¿Sí? — dijo madame, distraídamente. —¿De veras?

—De veras, señora; y ahora, usted también dice que nunca le ha visto.

—Así he dicho, en efecto.

—¿Y a su esposa?

—Jamás he visto a su esposa.

—¿Pero es verdad que el coronel Menéndez le consideraba como un enemigo?

—Sí, es verdad.

—Bien, veamos: ¿En qué motivo se fundaba para pensar así?

—No puedo decírselo a usted.

—¿Quiere usted decir que no lo sabe?

—Quiero decir que no puedo decírselo a usted.

—¡Ah! — dijo el inspector, confuso. — Comprendo; eso no es ayudarme mucho, ¿verdad?

—No, no es ayudarle precisamente, — dijo Madame, dando vueltas a un anillo sobre el dedo.

El de policía tosió otra vez, y preguntó:

—Creo que había habido ya otros conatos de asesinato, ¿no es así?

Ella hizo un gesto afirmativo y dijo solamente:

—Varios.

—¿Presenció usted algunos?

—Ninguno.

—¿Pero usted sabe que los hubo.

—Juan, es decir, el coronel Menéndez me lo contó.

—¿Y él sospechaba que alguien rondaba esta casa?

—Sí.

—¿Y oí que alguien entró en ella?

—Aparecieron las puertas mal cerradas, y los muebles en desorden, de modo que supongo que entraría alguien.

Pensé que el inspector iba a hablar del ala de vampiro, clavada en la puerta, pero evidentemente este detalle le parecía sin importancia. pues ni por asomo hizo alusión a nada que tuviera relación con el Vudú. Por lo visto, era muy terco y se había empeñado en no hacer uso de ningnno de los informes que le había suministrado Pablc Harley.

—Dígame, señora, — continuó preguntando, — ¿oyó usted el disparo la noche pasada? -

—Lo oí.

—¿Le despertó a usted?

—Ya estaba despierta.

—¿De dónde cree usted que procedió la detonación?

—De allá lejos, más allá del ala del Este.

—¿Más allá del ala del Este? — murmuró el inspector. — Veamos, veamos.

Y volviéndose con prosopopeya sobre su asiento, miró por la ventana y preguntó:

—¿Es hacia el Sur adonde miramos desde aquí? ¿Y dice usted que el disparo se oyó del Este?

—Así me pareció.

—¡Oh! — exclamó Aylesbury, como si aquel detalle le preocupase atrozmente. — ¿Y qué más?

—Me asusté tanto, que corrí hacia la puerta antes de poder recordar que no puedo caminar.

Madame me miró con sonrisa de aburrimiento, y me puso cariñosamente la mano en el hombro, con una expresión que parecía querer decir: "Qué explicación tan tonta; no debiera haberme expresado de este modo."

Y sin duda el inspector no debió comprenderla, pues dijo ingenuamente:

—No sé bien lo que quiere usted decir, señora. ¿Dice usted que se olvidó de que no podía caminar?

—No, no; me he explicado mal, — repuso madame con acento de fastidio; — el espanto, al terror, me dieron fuerzas para arrastrarme hasta la puerta, y allí caí y me desmayé.

—Bien, comprendo. Dice usted el espanto y el terror. ¿Fueron estas cosas producidas por el estampido de la detonación?

—No sé por qué motivos mi primo se creía siempre en peligro, — explicó madame; — temía que le asesinaran, ¿comprende usted? Como es natural, sus temores llegaron a comunicárseme, y cuando oí el tiro, no sé qué me reveló al instante que...— Madame hizo una breve pausa, y ocultándose de pronto el rostro con las manos, añadió en voz muy baja: — ¡Que "aquello" había sucedido!

Valentina miraba con ansiedad a madame de Stamer, y era tan claro que aquella pobre mujer no podía soportar más tiempo un interrogatorio, que cualquiera que no fuese Aylesbury lo habría dado por terminado. El inspector sin embargo parecía pegado a su silla, y siguió hablando:

—Bien, comprendo. Ahora vamos a otra cuestión. ¿Tiene usted idea de los motivos que indujeron al coronel a salir al jardín por la noche?

La señora de Stamer bajó las manos y miró de frente al funcionario.

—¿Cómo, monsieur l'Inspecteur?

—Digo, que si no cree usted que saliera para hablar con alguien.

—¿Con alguien? ¿Con quién? — preguntó madame con sorna.

—El caso es que no es lógico que un hombre que no se encuentra muy bien, salga al jardín a media noche, por lo menos solo. Ahora, si media una mujer, la cosa varía.

—¿Una mujer? Bien, prosiga usted, — dijo madame con tranquilidad.

—Sé, — continuó el inspector un poco desconcertado, — que esa señorita que hay sentada junto a usted, todavía estaba vestida cuando llegué yo anoche. Lo he averiguado, aunque ella no tuvo a bien dejarse ver.

Aquellas palabras produjeron un efecto mucho más dramático de lo que el comisario pudiera soñar.

Madame de Stamer echó el brazo al talle de Valentina y la atrajo hacia sí tan apretadamente, que los rizosos cabellos castaños de la joven cubrieron el hombro de la dama. Sosteniéndola así, incorporóse ésta rígidamente, clavando en el inspector aquella extraña mirada de sus inmóviles ojos. Todo en su actitud revelaba desafío e indignación. En aquel mismo instante, comprendí el recuerdo que los ojos de madame habían iniciado tantas veces en mi mente.

Una vez, algunos años antes, había visto yo una tigre herida defendiendo a sus cachorros, una bestia llena de belleza y de va-

lor, lanzando miradas de desafío a los que la habían herido de muerte, conservando ese sublime instinto de las madres hasta el último momento, en que al caer para no levantarse más, rodeó con sus zarpas a sus indefensas crías. No en la forma, claro está, ni en el color, pero en su expresión y su fiJeza, los ojos de la señora de Stamer se parecían terriblemente a los ojos de aquella tigre.

—¡Oh madame, madame! — gimió la joven. — ¡Qué osadía!

—¡Ah! — gritó madame de Stamer irguiéndose todavía más, con aire de majestad, y mirando siempre fijamente al aterrorizado Aylesbury. — ¡Salga usted de mi habitación! — con la mano izquierda señaló la puerta haciendo un gesto dramático, pero con los dedos crispados como las garras de una fiera. — ¡Estúpido, grosero!

El inspector se levantó, rojo como una cereza.

—Señora, — dijo, — yo no hago más que cumplir mi deber.

—¡Váyase, váyase! — ordenó ella.—¡Insisto en que se retire!

Madame oprimía convulsamente a Valentina contra sí. Aunque yo no podía ver la cara de la joven, comprendí que estaba llorando.

Aquella implacable mirada siguió fija en el inspector hasta que salió, pues inútil es decir que no trató de hablar una palabra más. Yo también me levanté, y con alterada voz, dije a la señora de Stamer:

—Señora, admiro su valor.

Ella me miró sonriendo. Jamás olvidaré aquella mirada, jamás intentaré decir todo lo que significaba, pues sé muy bien que no conseguiría interpretarlo.

—¡Amigo mío! — me dijo solamente. Y me tendió la mano para que se la besara.

CAPITULO XXVII

Una inspiración

AYLESBURY había desaparecido cuando salí al hall, pero allí estaba Pedro para recordarme que aún no me había desayunado. Reconociendo que, a pesar de todos los trágicos episodios, tenía hambre, acogió con júbilo la proposición de desayunarme en la galería del lado Sur, como la mañana anterior.

A la galería Sur me dirigí, por consiguiente, no sin cierto desprecio hacia mí mismo por incurrir en el prosaico delito de estar hambriento en medio de tantos horrores. Sobre la mesa encontré los diarios, pues Carter iba todas las mañanas a Market Hilton para esperar al tren que traía el correo de Londres; pero no los abrí siquiera.

El mismo Pedro me servía. Noté que tenía unos deseos terribles de hablar, y cuando me hubo traído por segunda vez algunas tostadas, le dije:

—Supongo que esto debe haber sido para usted un golpe terrible, Pedro.

—Espantoso, señor, — me contestó, — espantoso; he perdido un excelente patrón y una magnífica colocación, y estoy muy lejos de mi casa.

—¿Usted vino de Cuba?

—Sí; estuve allá con el coronel.

—¿Y no sabe usted nada de esos atentados de que anteriormente fué objeto, Pedro?

—Nada, señor, nada absolutamente.

—¿Y del ala del murciélago?

Pedro me miró asustado, y en seguida contestó:

—De eso sí, señor; yo fuí quien la encontré clavada en la puerta.

—¿Y qué pensó usted que significaba aquello?

—Pensé que era una broma, señor; una broma de muy mal gusto, es verdad, pero una broma al fin y al cabo, que le gastaría a mi amo alguien que conocía las Antillas.

—¿Entonces, conoce usted lo que significa?

—Sé que son cosas del Vudú. Nunca lo había visto, pero había oído hablar de ello.

—¿Y qué más pensó usted? — seguí preguntándole, sin dejar de comer.

—Supuse que sería para dar un susto.

—¿Y no se le ocurrió quién pudiera ser el autor de la broma?

—Yo había oído a don Juan decir que el señor Camber le aborrecía, y pensé que tal vez él sería quien hubiese encargado a alguien que lo hiciera.

—¿Y qué razones podía tener el señor Camber para aborrecer al coronel?

—No lo sé, señor; ojalá pudiera yo decirlo.

—¿Era su patrón estimado en las Antillas? — le pregunté.

Pedro vaciló en contestar:

—La verdad, señor..., no le querían mucho.

—Eso he oído decir, — le dije.

El servidor se retiró; yo continué desayunándome, mientras escuchaba el canto de las alondras y pensaba cuán compleja es la existencia humana comparada con cualquier otra forma de vida que haya bajo el sol.

No sabía cómo aprovechar el tiempo hasta que volviese Harley. La más elemental delicadeza me obligaba a evitar todo encuentro con Valentina hasta que se hubiera repuesto del efecto producido por las groseras insinuaciones de Aylesbury, y tampoco me agradaba verme en medio de todas las formalidades que siguen a una muerte violenta. Sin embargo, creí que debía no alejarme mucho, pues habría deberes desagradables que Pedro no podría cumplir y que, si yo no estaba, recaerían sobre Valentina.

Encendí la pipa y salí al jardín. Un jardinero, provisto de un pulverizador, estaba muy ocupado destruyendo una mancha de malas hierbas que había aparecido en una pradera de aterciopelado césped. Me miró con ojos medio asustados al verme pasar, me dió los buenos días y siguió en su ocupación. Yo pensé que aquel buen hombre era todo un símbolo de este mundo, en cuya

marcha constante nada significa una vida más o menos.

No tardé en llegar a la puerta que daba a los macizos de redodendros, la misma puerta por donde el coronel Menéndez había salido para morir. Precisamente encima estaba su dormitorio, y cuando hube cruzado los apretados arbustos que en otro tiempo ma habrían parecido impenetrables, me detuve a la sombra de la torre y miré hacia atrás y arriba. Viendo las ventanas de la habitación en que por última vez habíamos hablado con el coronel, me acordé de la sombra que Harley había visto en la cortina. No pude menos de reconocer que cuando el inspector supiera este hecho, como debería saberlo alguna vez, tendría un poderoso argumento en favor de sus desagradables sospechas.

Seguí andando y pensando en aquel punto imparcialmente, y hube de preguntarme: ¿De quién sería la sombra que Harley vió en la cortina? ¿Por qué salió el coronel de casa a media noche?

Este era, en realidad, el punto de mayor importancia en todo el caso.

El sonambulismo podía explicar el segundo problema, pero no encontraba para el primero ninguna solución satisfactoria. De pronto, paseando siempre sin rumbo fijo, divisé una parte de Guest House. Entre los árboles se veía la casita que había servido a Colin Camber de cuarto de trabajo. La ventana por donde tan atentamente había estado mirando Harley era de las llamadas "de guillotina". En aquel momento, estaba cerrada, y un rayo de sol, dando en los vidrios y combinando con la línea de una rama que cruzaba sobre lo alto de la ventana, producía el efecto de un ojo gigantesco que estuviera espiando maliciosamente por entre el follaje. Un policía andaba por el jardín; al moverse, los botones de su chaqueta brillaban al sol.

Todo esto me trajo a la memorio la romántica figura de Isolina. A excepción de su fiel Ah-Tsong, la infeliz se hallaba soia en aquella casa sobre la cual tan imprevistamente había caído la tragedia. Supuse que no tendría ninguna amiga en todo el contorno. Sin duda la vieja ama de gobierno de que ella había hablado volvería lo más pronto posible, pero entre entre tanto, la soledad trágica de aquella delicada mujercita debía ser espantosa.

Tal era el estado de mi mente, y tales mis sentimientos compasivos, cuando de pronto, como una luz que se enciende repentinamente, acudió a mi imaginación una idea.

Ya había salido de la sombra de la torre y me dirigía hacia los tejos, cuando esa idea se apoderó de mí con tal ímpetu, que me paré en seco, cual si me hubiera detenido una barrera palpable. Las teorías vagas, los pensamientos confusos, desvaneciéronse como humo, y una hipótesis terrible, pero evidente, se desarrolló ante mi mente con toda la fría lógica de la verdad.

—¡Dios mío! — murmuré con un gemido. —¡Al fin lo veo todo!

CAPITULO XXVIII

Mi teoría del crimen

LA tarde estaba ya muy avanzada cuando regresó Pablo Harley.

Tan profundo era mi convencimiento de que había yo dado con la verdad, y de tal modo resolvía mis hipótesis cuantas dificultades trataba yo misma de oponerle, que no tenía ganas de hablar con nadie acerca de la tragedia hasta no haber sometido el asunto al criterio de Harley. Naturalmente, no quise interrumpir la tristeza de la señora de Stamer, ni traté de averiguar si había llevado a efecto su proyecto de ver por última vez al difunto.

A eso del mediodía se llevaron el cadáver, desde aquel momento pareció descender sobre Cray's Folly una inquietud indefinible y opresiva.

El inspector no había vuelto de sus investigaciones en Guest House, y habiendo sabido que Valentina estaba con madame de Stamer, renuncié a la desagradable perspectiva de un almuerzo solitario en el comedor y me limité a comer unos sandwiches, marchando después a la hostería de la "Rama de Espliego" para apurar un vaso de la excelente cerveza de la señora Wootton.

Encontré el local lleno de concurrentes, que hablaban con mucha animación, pero al abrir yo la puerta, todos guardaron silencio. La señora Wootton me saludó con aire triste, diciéndome mientras me servía:

—¡Ah, señor! ¿Ya sabrá usted lo ocurrido; ¿no es verdad?

—Sí, señora, — repuse, comprendiendo que la hostelera ignoraba que yo vivía en Cray's Folly.

—¡Vaya, vaya! — continuó, moviendo la cabeza. — ¡Tenía que suceder, con todos esos extranjeros ahí!

La buena mujer se retiró a la trastienda, y yo bebí mi cerveza en medio de uno de esos silencios propios de una asamblea en la que de pronto aparece un extraño. Sólo cuando me levanté para retirarme volvió a romperse el silencio, y entonces oí que un viejo labrador, decía:

—Lo que es ahora, ya sabemos por qué bebía tanto ese individuo. Se conoce que quería darse ánimos.

—Naturalmente — respondieron los demás.

Salí de "La Rama de Espliego" convencido de que para todo Mid-Hatton era Colin Camber el único culpable.

Había esperado ver a Valentina a mi regreso, pero todavía permanecía encerrada con madame de Stamer, y hube de permanecer a solas con mis cavilaciones, perfeccionando y puliendo aquella teoría que de pronto había surgido en mi mente.

En ausencia de Harley, me había permitido ordenar en su nombre a Pedro que no admitiese ningún periodista en la casa, y mi orden fué cumplida. Tan de prisa circulan

las malas noticias, que entre el mediodía y la hora en que volvió mi amigo, nada menos que cinco repórters se presentaron en Cray's Folly. Algunos de los más tercos siguieron rondando la casa, y para evitar su encuentro me encerré en la solitaria biblioteca, cuando oí entrar un automóvil en el patio, y un momento después la voz de Harley, que preguntaba por mí.

Corrí a su encuentro, y en cuanto aparecí en la puerta de la biblioteca me dijo, subiendo rápido:

—¡Hola, Knox! ¿No ha ocurrido novedad?

—Ninguna, — repuse, — aparte de que han venido algunos periodistas.

—¿No les has contado nada?

—Nada; no se les ha admitido.

—Muy bien, muy bien, — murmuró.

—Creía que volverías antes, Harley.

—No te extrañe, — dijo, con un tono algo enojado; — he tenido que ir hasta Whitehall y volver.

—¡Cómo! ¿Hasta Whitehall? ¿Pero has estado en Londres?

—Como yo me figuraba, amigo Knox, el jefe de policía de aquí, aunque un buen hombre, es un enamorado de la rutina, y no he podido convencerle de que debía sustituir a Aylesbury. En consecuencia, para no perder más tiempo, me fuí a Whitehall. ¿Recuerdas un informe bastante largo que terminé la víspera de la salida de Chancery Lane?

Hice un gesto afirmativo.

—Era para el ministerio del Interior, y no iba a cobrar nada; pero hoy he recibido la recompensa. He conseguido que encarguen del asunto al comisario Wessex, y creo que estará aquí antes de una hora. Hasta que llegue, estoy como atado de pies y manos.

Habíamos entrado en la biblioteca, y de pronto, Harley deteniéndose, me miró fijamente y me dijo:

—Tú estás preocupado con algo, Knox. Dilo de una vez. ¿Ha vuelto Aylesbury a hacer de las suyas?

—No, — repuse, — al contrario. Interrogó a la señora de Stamer, y salió con la cola entre las piernas.

—¡Me alegro! — dijo Harley, sonriendo. —Es una mujer admirable, Knox.

—Tienes razón, y también la tienes al sospechar que tengo algo que decirte.

—Me lo figuraba. ¿Qué es ello?

—Es una teoría, Harley; una teoría que, según creo, resuelve el problema.

—¿De veras? ¿Y cómo se te ha ocurrido?

—Estaba mirando a la ventana del gabinete del coronel, cuando recordé la sombra que viste en la cortina.

—¡Cómo! — exclamó Harley asombrado —¿Y tu teoría también explica ese detalle?

—También, Harley.

—Entonces, estoy ansioso por conocerla.

—Pues trataré de ser breve. ¿Recuerdas lo que la señorita Beverley contó sobre unos pasos misteriosos que en varias ocasiones oyó ante su puerta?

—Perfectamente

—¿Recuerdas que tú mismo oiste que alguien cruzaba el hall, y que los dos oímos cerrarse una puerta?

—Lo recuerdo.

—Por último, tú viste la silueta de una mujer en la cortina del cuarto del coronel. Pues bien, dejando a un lado la grosera y absurda hipótesis de Aylesbury, no hay en Cray's Folly ninguna mujer cuyos pasos pudieran oirse en es corredor y cuya sombra pudiera aparecer en el transparente del cuarto del coronel.

—Conformes, — dijo Harley con calma; —yo ya tenía eliminadas del caso a todas las sirvientas. Continúa, que soy todo oídos.

—Prosigo. En el lado Sur de la casa hay una puerta próxima a la torre y que da a los macizos de rododendros. Por allí salía el coronel cuando sus paseos sonámbulos, según él mismo nos dijo. Ahora bien, suponiendo que su afirmación fuese falsa en un detalle, es decir, que no saliera dormido, sino perfectamente despierto...

—¿Eh? — exclamó Harley, cambiando bruscamente de expresión. — ¿Crees que no nos dijo la verdad?

—Según mi hipótesis, Harley, nos engañó, al menos en este detalle. Pero sigamos: ¿No podría haber empleado esa puerta para dar entrada a alguien?

—Es posible.

—Para el coronel, bajar a esa puerta cuando todos dormían, y admitir secretamente en Cray's Folly a una mujer, habría sido muy fácil. Para tales visitas, pudo él hasta descorrer el cerrojo después de haberlo corrido Pedro, para que ella entrase sin molestase él en bajar a abrirle.

—¡Por vida mía, Knox! — exclamó Harley. — ¡Creo que tú has resuelto el problema!

Sus ojos brillaron de entusiasmo. Yo continué:

—De ahí los pasos que oyó la señorita Beverley, de ahí la sombra en la cortina; y los ruidos que tú oiste en el hall eran, naturalmente, los que esa mujer hacía al retirarse. ¡La puerta que da a los rododendros era la que oímos cerrarse!

—Prosigue, — dijo Harley, — aunque me figuro a dónde vas a parar.

—¡Claro es que te lo figuras, Harley! — exclamé. — Ahora ya se explica la enemistad entre Camber y Menéndez.

—¿Quieres decir que Menéndez era adorador de la esposa de Camber?

—¿No te parece lógico?

—Es posible, Knox; desgraciadamente es posible. Pero sigue.

—Mi teoría explica también por qué Colin Camber se entregó a la bebida. Tal vez su mujer, que es cubana, conoció a Menéndez antes de conocer a Camber. Tal vez ya no amaba a aquél cuando se casó con éste, pero esto no es más que una suposición. El antiguo adorador, lleno de orgulloso despecho, alquiló la quinta inmediata a la casa de su afortunado rival...

—¡Eso es admirable, Knox! — exclamó Harley. — Ya estoy impaciente por llegar al desenlace.

—Ahora viene, — dije triunfalmente. — Se reanudan las relaciones, clandestinamente. Colin Camber lo sabe. Sobreviene un disgusto conyugal, después del cual el norteamericano se da a la bebida para ahogar su dolor, pero adora tanto a su espoas, que le perdona su infidelidad, y entonces ella le promete no volver a ver a su amante. La silueta que viste en la cortina la noche antes de la tragedia, era la de Isolina. Los ademanes que, según dijiste, parecían de desesperación, confirman mi teoría. ¡Aquella era la última entrevista!

—¡Jum! — murmuró Harley. — Eso habría sido muy peligroso, Knox, porque hemos de suponer que esas visitas a Cray's Folly las hacía Isolina mientras su mardio estaba trabajando. Si a él se le hubiera ocurrido de pronto interrumpir su trabajo, todo se habría descubierto.

—Es cierto, — dije, — ¿pero es imposible lo que digo?

—No, imposible no; las mujeres son muy audaces. Pero prosigue, Knox.

—El coronel rehusaría aceptar la ruptura, y obligaría a Isolina a prometerle que volvería a la otra noche, aunque ella se propusiese no cumplir lo prometido. Isolina, en efecto, no vino, y él, en su impaciencia, salió al jardín a esperarla. Tal vez ella pensaría venir y se lo impediría su marido; de todos modos, este último, al ver al hombre que mancillaba su honra, perfectamente visible con la luna llena, no pudo resistir la tentación de vengarse. Realmente, me parece más racional la idea de que Camber fué quien detuvo a su esposa, y tomando un rifle, fué al jardín con intención de matar al coronel.

—Pero veo, Knox, — murmuró Harley en voz baja, — que en tu hipótesis no entran los episodios relacionados con el ala de vampiro.

—¡Bah! Si el coronel mintió en una cosa, — repuse, — bien podemos suponer que toda su historia era un tejido de embutes.

—Entonces, ¿por qué me trajo a Cray's Folly?

—¿No lo comprendes, Harley? Ese hombre temía por su vida, porque sabía que Camber había descubierto la intriga.

Pablo Harley lanzó un prolongado suspiro, y luego me dijo gravemente:

—Te felicito por el interés que demuestras en la solución de mi problema, Knox. En ciertos detalles creo estar más cerca que tú de la verdad; pero el aceptar o rechazar definitivamente tu teoría depende de una cosa.

—¿De qué? — pregunté. — Seguramente no te referirás al ala de murciélago clavada en la puerta.

—Nada de eso, — repuso Harley; — me refiero al séptimo árbol, al séptimo tejo a partir del ángulo Nordeste del parterre.

* * *

CAPITULO XXIX

El rifle marca Lee-Enfield

¿QUE hubiera contestado yo a aquellas palabras de mi amigo? No lo sé. En aquel momento se abrió bruscamente la puerta de la biblioteca, y, recortada sobre la luminosidad del "hall", en el que entraba el sol a torrentes por la cúpula de cristales, apareció la silueta del inspector Aylesbury.

—¡Cómo! — exclamó con fuerte voz. — ¿Ya está usted de vuelta, señor Harley? Yo creí que había usted renunciado a la empresa.

—¿De veras? — dijo Harley sonriendo.— No, señor; como ve usted, persevero en mis inútiles procedimientos.

—¡Ah, comprendo! ¿Y ya está usted convencido de que Colin Camber es inocente?

—Sólo me faltan uno o dos detalles para estarlo.

—¿Conque uno o dos detalles, eh? Pero, en términos generales, ¿usted no duda de su inocencia?

—No he dudado ni un momento

Las palabras de Harley me sorprendieron. Claro es que comprendí que podía estar burlándose del inspector, pero faltar a la verdad para apuntarse un triunfo era cosa incompatible con su carácter, y por mi parte, estaba yo tan seguro de la exactitud de mis deducciones, que ya no ponía en duda la culpabilidad de Colin Camber.

—Sea como fuere, — continuó el inspector, — ese hombre está detenido, y probablemente seguirá estándolo. Si se propone usted defenderlo ante los tribunales, señor Harley, no le envidio la tarea.

Tal acento de triunfo había en estas palabras de Aylesbury, que comprendí que debía haber encontrado alguna nueva prueba más concluyente que las anteriores.

—También he detenido al chino, — prosiguió; — ha sido el cómplice de su inocente amigo, señor Harley.

—¿Pero lo ha sido de veras? — murmuró éste.

—Finalmente, — continuó el inspector, — sólo me falta averiguar quién fué la persona que atrajo al coronel al jardín, para reconstituir por completo el crimen.

Volví la cabeza, creyendo no poder contenerme; pero Harley, con admirable frialdad, dijo al inspector:

—Es usted un hombre admirable, señor Aylesbury; pero, si no me equivoco, debe usted haber hecho algún descubrimiento importantísimo.

—¡Ah! ¿Pero usted se ha enterado?

—No, no sé nada; pero su aspecto me indica que acaso se han visto sus esfuerzos coronados por el éxito.

—En efecto, — repuso el inspector. — Yo no hago las cosas a medias; no me contento con mirar por una ventana, como usted, y decir: uno y uno, dos. No, yo he mirado uno

por uno todos los libros de los estantes, y todas las páginas de esos libros.

—Habrá logrado enterarse de una porción de cosas.

—Sí, pero aún he hecho más: he hecho que levantasen el piso.

—El piso del cuartito?

—El piso del cuartito, sí, señor. Las tablas estaban medio sueltas, y comprendí que allí podía esconderse algo.

—¿Qué encontró usted? ¿Una rata muerta?

El inspector se volvió.

—¡Sargento Butler! — llamó.

Entró el sargento, trayendo unan bolsa larga, de las que se usan para los utensilios del cricket. El inspector la tomó de sus manos y la puso en el suelo.

—Esta bolsa, — dijo, — la he buscado para poder traer la prueba, la incontestable prueba que he encontrado bajo el suelo del cuartito.

Presté atención al oir estas palabras, y mirando a Harley, vi que se había puesto muy serio.

—Veamos esa prueba, — dijo rápidamente.

—No hay inconveniente, — repuso Aylesbury.

Y abriendo la larga bolsa, extrajo de ella un rifle.

Pablo Harley tenía las manos en los bolsillos. El movimiento de la tela me reveló que sus puños se habían crispado. ¡Mi teoría estaba confirmada!

—Un rifle marca Lee-Enfield, de los de reglamento en el ejército, — dijo el inspector, levantando el arma con aire de triunfo.—Contiene cuatro cartuchos, tres intactos y uno descargado. Ni siquiera se molestó en extraer la cápsula.

Con un movimiento dramático, el inspector volvió a meter el arma en la bolsa.

—Todas esas tonterías de los murciélagos y de los vudús, — dijo, burlonamente, — podrán satisfacerle a usted, señor Harley; pero creo que al tribunal le satisfará más este rifle.

Y recogiendo la bolsa, salió de la biblioteca.

Harley le siguió con la vista, en una extraña actitud de rigidez, de la que, en los primeros momentos, no le sacó ni el ruido de la puerta al cerrarse. Después, volviéndose lentamente, se dirigió a un sillón y se sentó con aire preocupado.

—Amigo Harley, — le dije, — ¿te ha sorprendido el descubrimiento?

—¿Que si me ha sorprendido? — repuso en voz baja. — ¡Me ha aplastado!

—¿De modo — le dije, un poco resentido, — que aunque mi teoría te parecía admisible, seguías creyendo en la inocencia de Camber?

—Y sigo creyendo.

—¿Cómo?

—Creí, amigo Knox, — me dijo sin alterarse, — que habíamos convenido en que un hombre del genio de Camber, una vez resuelto a cometer un crimen, empezaría por preparar una coartada. Si es así, ¿cómo podemos, de un salto, pasar al extremo opuesto y considerarlo como un ser tan estúpido que se olvida de destruir una prueba que descubre hasta el policía más idiota? No desbarremos, Knox. Las teorías son caballos locos, que nos llevan más allá de donde queremos. Lo sé por experiencia, y por eso mismo evito las teorías hasta que tengo una base sólida para construirlas.

—¡Pero querido! — exclamé, — ¿Iba Camber a figurarse que levantarían el piso del cuartito?

Harley, con un bostezo, se recostó en el respaldo de su sillón.

—¿Recuerdas tu primer encuentro con ese hombre, Knox?

—Perfectamente.

—¿Qué ocurrió?

—Que estaba un poco bebido.

—Bien, pero ¿qué te dijo?

—Que yo debía encontrarle parecido con Edgar Poe.

—Eso es. ¿Y por qué te dijo eso?

—Supongo que por el modo como le miré.

—Precisamente. Aunque estaba algo bebido, sólo por una mirada tuya comprendió lo que tú estabas pensando. ¿Quieres que crea que un hombre capaz de eso no es capaz de prever lo que pensará la policía al encontrar al coronel Menéndez muerto de un tiro a cien varas del jardín de su casa?

No supe qué contestar, pues el argumento de Harley era lógico.

—Es realmente un acertijo, — confesé.

—¿Un acertijo? — exclamó. — Es para volverle a uno loco, amigo Knox. Este caso me recuerda las ruinas de una ciudad asiria. Se van levantando capas, y a cada capa encontramos testimonios de una civilización más refinada que la anterior. Es posible que tengamos que profundizar todavía más.

Sacó su pipa y empezó a cargarla.

—Cuéntame tu entrevista con la señora de Stamer, — me ordenó.

Me senté frente a él, y punto por punto le referí lo ocurrido entre el comisario y madame, sin que me interrumpiese ni una vez, hasta que llegué al momento en que el inspector fué arrojado de la habitación.

—¡Muy bien! — fué su comentario. — Pero ese hombre, al menos, tiene una teoría por la cual avanza como un tren por su vía, mientras yo me veo, a cada momento, obligado a cambiar de ruta. Sin embargo, en cuanto yo pueda gozar de libertad de movimientos, sabré si mi hipótesis es un castillo de naipes o un edificio sólido.

—¿Tu hipótesis? — pregunté. — ¿Entonces tú tienes una hipótesis enteramente distinta de la mía?

—Enteramente distinta, no, Knox; pero sí menos compleja. Yo me he contentado hasta ahora con una teoría negativa, si así puede decirse.

—¿Una teoría negativa?

—Precisamente. Estamos, querido, frente a un caso de los más intrincados. Por el mo-

mento, yo he concentrado mi atención sobre un solo punto.

—¿Que punto?

—Demostrar que Colin Camber no ha cometido el crimen.

—¿Que no lo ha cometido?

—Precisamente, Knox. Sobre quién o quiénes puedan haberlo cometido, yo tenía nociones demasiado vagas hasta el momento en que Aylesbury se presentó con el rifle.

—¿Y luego? — pregunto con interés.

—Luego, me he puesto a pensar seriamente en ello. Sin embargo, como yo siempre hago, o trato de hacer, lo que aconsejo, no debo sacar deducciones a ese respecto hasta que haya comprobado mi teoría de la inocencia de Camber.

—Es decir, — le dije con cierta aspereza, — que mientras me animabas a que te expusiera todas mis ideas acerca de su esposa, te reías de mí.

—¡Mi querido Knox! — exclamó Harley, poniéndose en pie de un salto: — Hazme el favor de no ser injusto. ¿Quién te ha dicho que me riese de ti? Muy al contrario, me has dado una base sobre la cual ya he empezado a levantar una esquina del edificio de la teoría del crimen. Sin nuevos hechos, no puedo ir más adelante. Pero eso, al menos, te lo debo a ti.

—Gracias, Harley, — murmuré realmente agradecido; — pero las otras esquinas, ¿dónde vas a apoyarlas?

—Sencillamente, — repuso con calma, — sobre un ala de murciélago, un tejo y un rifle Lee-Enfield, de reglamento.

CAPITULO XXX

El séptimo tejo

El detective-inspector Wessex llegó de Londres a eso de las cinco. Era un hombre calmoso, serio, muy competente, con todo el aspecto de un antiguo militar. El respeto que profesaba al talento de Pablo Harley bastaba para denotar que conocía a los hombres. Yo ya tenía el gusto de conocerle, y sentí verdadera alegría cuando Pedro le hizo entrar en la biblioteca.

—¡Gracias a Dios que ha llegado usted, Wessex! — dijo Harley en cuanto nos hubimos saludado cordialmente. — Al fin podré moverme con libertad. ¿Ha visto usted ya al inspector local?

—No, — repuso Wessex, — pero supongo que me habrán hecho venir para corregir sus errores.

—Sí, — dijo Harley, — y los del jefe de la policía también. Creo que no está bien que dejemos condenar a un hombre por culpa de la torpeza con que la naturaleza ha dotado a Aylesbury, y por tanto debemos dejarle a un lado lo antes posible. Creo que ya está ahí de vuelta.

Y saliendo al "hall" preguntó por Aylesbury, no tardando mucho en oirse la voz de éste.

—¡Ah, señor Aylesbury! — le dijo Harley con tono jovial. — ¿Estaba usted ahí? ¿Quiere hacerme el favor de venir un momento a la biblioteca?

El inspector entró, frunciendo el ceño y seguido de mi amigo.

—No es cosa, — venía diciendo éste, — de que nos incomodemos por este asunto; pero el hecho es que este crimen ofrece dificultades que ni usted ni yo hemos logrado todavía esclarecer. Su reputación está en discusión, y la mía también. Por consiguiente, creo verá usted con gusto que haya venido a ayudarle el inspector Wessex, de Scotland Yard.

—¿Cómo, cómo? — dijo Aylesbury, —Yo no he solicitado auxilio de Londres.

—Sin embargo, esto es perfectamente legal, — intervino Wessex; — se me ha ordenado venir aquí, y ya estuve en Market Hilton a dar cuenta de mi misión. Como usted no ignora, el individuo a quien ha detenido es norteamericano.

—¿Y qué?

—Tal vez haya enviado aviso a su embajada, — repuso Wessex, dirigiendo a Harley una mirada significativa. — La embajada habrá reclamado ante el ministerio de Relaciones Exteriores. Mi llegada aquí, señor Aylesbury, no significa que se dude de su habilidad; espero que podremos trabajar perfectamente en colaboración.

—¡Oh, comprendo! — murmuró el otro, todo confuso. — Bien está; si así ha de ser, procuraremos hacer lo mejor que podamos.

—Muy bien, — exclamó Wessex, jovialmente; — pero ante todo, cuénteme todo lo ocurrido para que haya detenido a ese hombre.

—Excelente idea, Wessex, — interrumpió Pablo Harley; — pero tal vez antes de empezar, señor Aylesbury, sería usted tan amable que dijese unas palabras al agente de policía que vigila en la entrada del parterre. Tengo grandes deseos de examinar otra vez el sitio donde fué encontrado el cadáver.

Aylesbury sacó el pañuelo, se sonó ruidosamente sin dejar de mirar con aire feroz a Harley, y por fin, le dijo:

—Está perdiendo el tiempo, señor Harley, como verá el señor inspector de Scotland Yard en cuanto yo le refiera los hechos. Sin embargo, si tantas ganas tiene de ver el jardín, vaya a verlo de una vez.

Volvióse sin añadir palabra y salió de la habitación.

—Dentro de unos minutos estaré aquí, amigo Wsseex, — dijo Harley saliendo tras él.

—Bien, señor Harley, — repuso Wessex;— me figuro que si el caso fuera tan sencillo como pretende ese, no me habría usted hecho venir.

Me reuní con Harley, y salimos al jardín, por donde vimos que regresaba Aylesbury con el agente.

—Vaya, vaya usted, señor Harley, — dijo

el primero, — y si encuentra usted algo más terminante que el rifle, tendré mucho gusto en verlo.

Harley le contestó risueño, con una inclinación de cabeza, y juntos bajamos al parterre. Yo también tenía gran curiosidad por ver qué investigaciones trataba de llevar allí, a cabo, mi amigo, pues comprendía que debían relacionarse con algo que había visto desde la ventana del cuartito de Camber.

Avanzando a lo largo de la senda hasta el reloj de sol, Harley se detuvo un momento para mirar el sitio donde estuvo el cadáver del coronel. Después miró fijamente hacia Guest House, y por último, dirigiendo su vista a los tejos que formaban fila en la orilla del jardín, contó, llevando la cuenta con los dedos:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete

Inmediatamente subió la pequeña rampa que formaba la orilla y empezó a examinar el tronco de uno de los árboles. Yo le observaba cada vez más asombrado.

De pronto, volviéndose, me miró y murmuró:

—Ni rastro, Knox, ni rastro; miremos mejor.

Pasó entonces al tejo siguiente, movió la cabeza y se acercó a otro árbol.

Entonces gritó:

—¡Ah! ¡Ven en seguida, Knox!

Me acerqué a él. Con una rodilla en tierra, miraba fijamente una cosa que me pareció un clavo o una estaquita, hincada en la corteza del árbol.

—¿Lo ves? — exclamó. — ¿Lo ves?

Miré más detenidamente el objeto, y entonces comprendí lo que era.

¡Era la bala que había dado muerte al coronel Menéndez!

Harley, poniéndose de pie, con el rostro ligeramente enrojecido y los ojos relampagueantes, me dijo:

—No la saquemos de ahí, Knox. La profundidad a que ha entrado pudiera darnos algún dato. La madera de tejo es una de las más duras que se conocen en el país.

—Pero esto, Harley, — le dije, en cuanto volvimos al sendero, — no es más que otro dato contra Camber; a menos que el calibre de la bala no...

—No, no, — murmuró; — la cosa no es tan sencilla, Knox. La bala es de un rifle Lee-Enfield, sin duda alguna.

Le miré sin comprenderle.

—Entonces, Harley, no acierto a explicármelo. A mi juicio, las pruebas contra Camber no pueden ser más decisivas; sólo falta descubrir el motivo del crimen, y eso, puedo envanecerme de haber dado con él.

—Y yo creo, — admitió Harley, — que hay mucho de cierto en tu teoría.

—Entonces, Harley, — dije, — ¿crees por fin que Camber cometió el crimen?

—Al contrario, — repuso, — estoy seguro de que no lo ha cometido.

Me quedó como petrificado.

—¿Que estás seguro, has dicho? — le pregunté.

—Ya te dije, Knox, que para comprobar mi teoría tenía que examinar el séptimo tejo a partir del ángulo Nordeste del parterre. ¿No fué así?

—Así me lo dijiste, y ahí está: una bala disparada con un rifle Lee-Enfield, sin la menor sombra de duda la misma bala que mató al coronel Menéndez.

—Eso es, la misma bala, sin la menor sombra de duda, que mató al coronel Menéndez.

—Entonces, Camber es culpable.

—Al contrario; entonces, Camber es inocente.

—¡Cómo!

—Te empeñas, Knox, en no fijarte en un pequeño detalle, — dijo Harley, mientras subía los peldaños saliendo del parterre: — yo hablé del tejo número siete a partir del ángulo Nordeste del jardín.

—¿Y bien?

—Que seguramente habrás observado que la bala está metida en el tejo número nueve.

Todavía estaba preguntándome cuál podría ser el significado de este detalle cuando, volviendo a cruzar el hall, entramos de nuevo en la biblioteca, donde Aylesbury, plantado ante la chimenea, estaba refiriendo a Wessex todo lo ocurrido.

—Podrá usted ver, — estaba diciendo, con tono oratorio, en el momento que entramos nosotros, — que hasta los más pequeños detalles comprueban lo que digo. Por ejemplo, me encuentro con que una mujer, llamada la señora Powis, que durante los dos últimos años venía siendo el ama de gobierno de Guest House y nunca había obtenido permiso, hace poco fué enviada a Londres para que pasara unos días junto a una hija casada. ¿Qué quiere decir esto? Su cuarto está en la parte de atrás de la casa, y su testimonio habría sido fatal. Ah-Tsong, por supuesto, miente; lo comprendí en cuanto le vi por primera vez. La única persona inocente es la esposa del norteamericano. Estaba durmiendo en la parte del frente, en el momento en que sonó el tiro, y la creo cuando dice que no puede puede jurar a qué distancia lo oyó.

—Es un caso muy interesante, amigo Aylesbury, — dijo Wessex, mirando de reojo a Harley. — Aunque no he visto aún el cadáver, la herida, según creo, atraviesa la cabeza con toda limpieza.

—Sí, — explicó Harley, rápidamente; — la bala entró por el punto de unión de los huesos de la nariz con el frontal, y salió por entre la base del ocipital y la primera vértebra cervical. Sin entrar en detalles quirúrgicos, fué una herida penetrante perfectamente recta; no hubo retroceso ni desviación.

—¿No se hizo el disparo con un rifle de reglamento?

—Sí, — dijo el inspector Aylesbury, — ahí lo tengo.

—¿Y a qué distancia me ha dicho usted, amigo Aylesbury?

—A unas cien yardas.

—Tal vez menos, — murmuró Harley.

—A cien yardas o menos, — repitió Wessex como hablando consigo mismo; — y el obs-

táculo que una bala disparada de ese modo pudiera encontrar en un hombre...

Wessex miró a Harley.

la bala hubiera herido el cráneo en un sitio más alto, — fué la respuesta; — la bala pasó con toda limpieza.

—Entonces, — prosiguió Wessex, — nuestro amigo Aylesbury nos dirá dónde ha encontrado el proyectil.

—¿Eh? — exclamó el aludido, volviendo lentamente sus saltones ojos hacia Harley.— ¡Oh, comprendo! ¿Por eso quería usted examinar el parterre?

—Precisamente, — contestó Harley.

—Aylesbury se puso muy rojo.

—No había tratado todavía de buscar la bala, — explicó balbuceando, — porque el caso me parecía ya suficientemente claro. Tal vez el señor Harley la habrá encontrado.

—La he encontrado, — dijo Harley.

—¿Es un proyectil de rifle de reglamento? — preguntó Wessex.

—Sí. Está incrustado en uno de los tejos del jardín.

—¿Lo ve usted? — exclamó Aylesbury. — ¡Ya no cabe la menor duda!

Wessex miraba a Harley sin poder ocultar su perplejidad.

—Confieso, señor Harley, — le dijo, — que nunca he visto un caso más claro.

—No yo, — replicó Harley con tono festivo. — Y ahora, ruego al señor Aylesbury que tenga la bondad de volver esta noche. Querría hacer un experimento que confirmaría definitivamente mi opinión.

—¿Cómo su opinión? — dijo Aylesbury.

—Sí, mi opinión.

—Supongo que no quiere usted decir que Camber es inocente.

—No he dicho eso. No pretendo más que hacerle a usted venir esta noche, en cuanto sea enteramente oscuro, para que me ayude en una pequeña investigación.

—Si quiere usted creermo a mí, — dijo Aylesbury, — no hacen falta más pruebas.

—No estoy del todo conforme, — repuso Harley sin inmutarse. — Sean cuales fueren sus ideas sobre este asunto, yo, por mi parte, aún no he encontrado una prueba irrefutable en contra de Camber.

—¡Cómo! — exclamó Aylesbury; y aun el mismo Wessex miró a mi amigo con aire de incredulidad.

—Mi querido señor Aylesbury, — dijo Harley, — cuando haya usted presenciado el experimento que pienso hacer esta noche, convendrá usted conmigo en que nos queda todavía delante una muy pesada tarea.

—¿A qué tarea se refiere usted?

—A la de descubrir quién mató al coronel Menéndez.

CAPITULO XXXI

La historia de Isolina Camber

PABLO HARLEY con Wessex y Aylesbury salió poco después para Market Hilton, donde estaban detenidos Colin Camber y el chino, y adonde habían llevado el cadáver del coronel Menéndez. Yo quise quedarme en Cray's Folly, por egoístas motivos.

—Si vienen periodistas, — me dijo Wessex, — endósemelos usted a mí; que no molesten a las señoras, y usted dígales lo menos posible.

En cuanto el ruido del automóvil se perdió entre los árboles, me encontré enteramente solo; pero al cruzar el hall en dirección de la biblioteca, vi a Valentina que venía de la habitación de la señora de Stamer. La encontré bastante pálida, pero una sonrisa de consuelo iluminaba sus facciones.

—¿Se han ido ya todos, señor Knox?— preguntó. — Me había escondido; supongo que usted lo sabría.

—Sí, lo sospechaba, — dije sonriendo.— Todos se fueron ya. ¿Cómo sigue la señora de Stamer?

—Completamente tranquila, pero con una tranquilidad extraña, casi aterradora. Está escribiendo. Pero, dígame usted, ¿qué piensa el señor Harley de esas ideas absurdas de Aylesbury?

—¿Qué ha de pensar? — repuse. — Lo mismo que yo: que es un imbécil.

—¿Pero qué será de mí si se obstina en meterme en ese horrible caso?

—Es que no lo hará, — dije con calma; —ahora está aquí un hombre más vivo, y el asunto está realmente en manos de Harley.

—¡Gracias a Dios! — murmuró la joven. -Y ahora, yo pensaba...

Me miró, con aire de duda.

—¿Qué pensaba usted? — pregunté.

—Estaba pensando en la pobre señora de Camber, tan sola en aquella casa, y se me ocurría...

—Creo adivinarlo. ¿Quería usted ir a verla?

Su respuesta fué un gesto afirmativo.

—¿Cree usted que puede dejar sola a la señora de Stamer?

—¡Oh, sí! Nita, la mucama, está allí por si necesita algo.

—¿Y me permite usted que la acompañe, señorita Beverley? Tengo mis motivos para desear ver a la esposa del norteamericano.

—Vamos, pues, — dijo ella; — por mi parte, sólo quiero consolar un poco a esa señora. ¿Por supuesto, usted no irá a tomarle declaración?

—De ningún modo, — contesté, — aun cuando hay muchas cosas que me gustaría que nos contase.

—Pues vamos allá, — dijo la joven, — y que sea lo que haya de ser.

Un momento después me encontraba en el sendero que cruzaba la pradera, con Valentina Beverley a mi lado. Al dejar atrás el desagradable ambiente de Cray's Folly, el día me pareció más hermoso, y pensé que las alondras no habían entonado jamás un canto más dulce. Sin embargo, en el mismo instante en que me di cuenta de mi alegría sin límites, sentí remordimiento al acordarme de la trágica mujer que dejábamos y de la joven triste e infeliz a quien íbamos a ver. Mis sentimientos eran realmente tan confusos, que no puedo recordar de qué ha-

blamos hasta el momento de llegar a Guest House.

Fuimos recibidos por una viejecita muy simpática, que nos dijo llamarse la señora Powis y haber llegado una hora antes de Londres, llamada por telégrafo.

Aquella buena señora nos condujo a un salita que revelaba todo el carácter de la señora Camber, pues mientras el cuarto de trabajo del norteamericano era el colmo del desorden, aquella habitación era un modelo de limpieza, sin dejar por eso de ser sencilla y familiar. Allí se nos reunió poco después Isolina, una enternecedora figura, de belleza casi sobrenatural. Con tanto asombro como alegría vi que al instante una viva simpatía unió a las dos jóvenes, y diplomáticamente las dejé solas para ir a fumar una pipa en la habitación de Camber. Cuando volví, Valentina me dijo:

—Señor Knox, creo que la señora de Camber quiere contarle a usted algo que supone que usted debe conocer.

—¿Acerca del coronel Menéndez? — pregunté en seguida.

Isolina hizo un gesto afirmativo.

—Sí, — dijo en seguida, mirando a Valentina como para infundirse valor; — la verdad no puede perjudicar a Colin, pues no tiene nada que ocultar. ¿Puede usted escucharme?

—Lo deseo, — contesté.

—¿Quiere usted que me retire? — le preguntó Valentina.

Isolina se apresuró a tomarla de la mano y repuso:

—No, por favor; quédese usted conmigo. Temo que sea una historia un poco larga.

—Eso no importa, — le dije; — si nos acerca a la verdad de este asunto, será tiempo bien empleado el que invirtamos en oirla.

—¿De veras? — me preguntó, mirándome con aire de ansiedad. — Eso mismo creo yo.

Quedó unos momentos en silencio, mirando fijamente hacia delante, con sus azules ojos muy abiertos, y de pronto, habló con una voz extraña.

—Debo decir primero, — comenzó, — que antes de mi matrimonio yo me llamaba Isabel Valera.

—Me estremecí.

—Sí, — prosiguió — todos me llamaban, cuando era niña, Isabelina, y yo de pequeñita, decía Isolina, y por eso acabaron por llamarme así. Mi padre era el administrador de una de las fincas de don Juan Menéndez, situada en una pequeña isla próxima a la costa de Cuba. Mi madre... — Vaciló un momento, alzando las manos en un gesto elocuente, y continuó: — ... era mestiza, y ella y mi padre...

Dirigió una mirada suplicante a Valentina, y ésta, con acento de profunda simpatía, dijo:

—Comprendo, pero eso no tiene importancia, ¿verdad?

—Para ustedes, — dijo Isolina haciendo un gesto extraño, — tal vez no signifique nada, pero en la tierra donde nací ¡significa tanto! Bien; mi madre murió cuando yo era muy pequeña. Ah-Tsong era su sirviente. En las Antillas hay muchos chinos. Recuerdo todavía que él me hizo entrar a verla, pero claro está, yo no comprendía nada. Mi padre tuvo una pelea atroz con los curas porque no querían enterrarla en sagrado. Creo que desde entonces se hizo incrédulo. Yo le amaba mucho, porque era muy bueno para mí, y yo era como una reina en aquella isla. Todos los negros me querían, porque mi madre, según creo, descendía de esclavos, lo mismo que ellos. Pero apenas empezaba yo a darme cuenta de todo, cuando mi padre me envió a un convento, en Cuba, para educarme. Yo no quería ir, y mientras estuve allí aprendí todo lo que a mí se refería. Allí me enseñaron que yo era de una mala raza. No fué posible que yo continuara en el convento. Sólo tenía quince años cuando volví a casa; pero ya era una mujer. Por fortuna había dejado de ser niña. Pasado algún tiempo, cuando fuí olvidando lo que sufrí en el convento, empecé de nuevo a ser dichosa. Mi padre hacía cuanto podía para que estuviese contenta, y me gustaba ver que los peones del ingenio me amaban. Pero me encontraba muy sola. Ah-Tsong lo comprendía.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y preguntó:

—¿Creen ustedes que cuando mi padre tenía que pasar la noche lejos de casa, Ah-Tsong dormía delante de mi puerta? Hay quien dice: "No se debe fiar nadie de los chinos". Yo puedo decir que, después de mi padre y de mi marido, no he conocido nadie de quien poder fiarme más que de Ah-Tsong. ¡Y ahora lo han separado de mí!

Las lágrimas se agolpaban en sus largas pestañas; pero se las limpió con un gesto de indignación y continuó:

—Aún no tenía veinte años y parecía, según dicen, tener catorce solamente, cuando el señor Menéndez vino a visitar su finca. Yo no lo conocía aun. Precisamente al año siguiente de nacer yo, hubo en la finca una especie de motín, y don Juan tuvo que huir para que no le mataran. Desde entonces no había vuelto; la gente le aborrecía y le llamaba "Diablo Menéndez". Las mujeres no podían verse libres de él, y en otro tiempo, antes del motín, se había conducido con muchas de ellas como un malvado. Cuando mi padre supo que venía, tuvo miedo y quiso enviarme fuera, pero antes que pudiera hacerlo llegó el coronel. Traía consigo una francesa, que me pareció muy bella y muy elegante. Era la señora de Stamer. Sólo hace de esto cuatro años, o poco más, pero entonces tenía ella el pelo castaño oscuro. Vestía muy bien, y era una excelente amazona. La primera vez que la vi, sentí una impresión idéntica a la que me producía el recuerdo del convento. Sentía como una necesidad de ocultarme a su mirada. Ella era una gran dama, y yo descendía de esclavos...

Isolina hizo una pausa y clavó la vista en sus diminutos pies.

—Perdone usted si le interrumpo, señora, — le dije; — pero ¿podría usted decirme qué parentesco había entre esas dos personas?

—Sí, señor, — repuso con angelical sonrisa; — un primo de don Juan estaba casado con una hermana de la señora de Stamer.

—¡Dios mío! — exclamé. — ¡Pues sí que es un parentesco remoto!

—Se conocieron en París, según creo y ella fué con él a las Antillas, durante la guerra. Me parece que ella le amaba más que a su vida; a mí me aborrecía. Cuando don Juan se apeó de su caballo delante de la casa, me vió.

Dejó de hablar, mordiéndose el labio, y tras una breve pausa continuó:

—La sangre española es ardorosa. Aquella misma noche don Juan comenzó a asediarme. ¿Comprenden ustedes? Trataba yo de defenderme, cuando entró la señora de Stamer, y me llamó una cosa horrible. En aquel momento llegó mi padre, la oyó y la mandó marcharse de la casa. El coronel le habló con tono áspero, y él le dió una bofetada. Don Juan tenía un revólver, pero mi padre se lo arrancó de la mano, y entonces lucharon a brazo partido. Yo estaba tan asustada, que no podía ni gritar. Me parecía todo una horrible pesadilla. En cuanto a la señora de Stamer, ni sé lo que hizo. Sólo veía dos hombres que se revolvían juntos en el suelo, hasta que uno de ellos se levantó. Vi que era mi padre, pero no me acuerdo de más.

Isolina parecía abrumada por aquellos trágicos recuerdos, pero de pronto, con asombroso valor, que, lo mismo que su belleza, demostraba que al menos por su padre, tenía en sus venas buena sangre, continuó diciendo:

—Mi padre tuvo que salir para Cuba en busca de otro modo de vivir. No podíamos continuar allí. Ah-Tsong se quedó conmigo. La primera noche que faltó mi padre de casa, Ah-Tsong, que había tenido que salir, tardaba mucho en volver. Un negro, desconocido para mí, vino diciendo que nuestro chino se había puesto muy malo, y estaba en una casa próxima. Olvidando todos mis terrores, seguí a aquel hombre. ¡Ah!

La infeliz lanzó una sardónica carcajada, y prosiguió:

—Yo no sabía que no volvería nunca, ni vería otra vez a mi padre. Todo esto les parecerá a ustedes extraño, porque en Inglaterra hay leyes. También las hay en Cuba, pero en aquel islote la única ley era la del más fuerte. Naturalmente, aquello era una trampa. Me llevaron a otra isla próxima, donde don Juan tenía una casa. Le fué muy fácil hacer esto, pero era más difícil doblegar mi carácter, — la joven levantó con altivez la cabeza. — Me ofreció montones de oro, me prometió todas sus posesiones, pero debo confesar que ni una sola vez usó de medios violentos. Permanecí prisionera en la casa una, dos, tres semanas. Toda la servidumbre le era muy adicta, y no pude hallar entre ella ni un amigo. Aunque en absoluto inocente, estaba perdida, ¿comprende usted?

Y la joven dirigió a Valentina una patética mirada.

—Mi corazón parecía romperse, presintiendo que mi padre había muerto. Era verdad

—¡Cómo! — exclamé. — No querrá usted decir...

—No sé, no sé — contestó; — sólo sé que murió en viaje a La Habana. Dijeron que había sido un accidente. Bueno, el caso es que por último el coronel me propuso hacerme su esposa. Pensé que, accediendo, podría estar más libre y saber lo que había sido de Ah-Tsong.

Isolina volvió a hacer pausa, y su rostro se tiñó de rubor al continuar así:

—Nos casamos en la misma casa, a la que fué el cura. ¡Oh, señor Knox, usted no sabe bien lo que es una mujer! Mi valor no me abandonó, pero estaba vencida. Ya no tuve más que atenciones y regalos. El coronel, que me creía muy bonita, me llevó a Cuba, donde tenía una gran casa. Piensen ustedes, antes de juzgarme, que yo era casi una niña y que no había conocido otro cariño que el de mi padre. Además, entonces yo no soñaba siquiera que su muerte podía haber sido casual

"Confieso que me halagaban mucho mis joyas y mis hermosos vestidos; pero pronto empezó a chocarme que don Juan no me presentara a ninguno de sus amigos. Viajábamos juntos, pero siempre íbamos a sitios desconocidos, nunca a visitar personas de su clase, ni tampoco venía nadie a visitarnos. Por fin, una noche oí que andaba alguien en el balcón de mi cuarto. Tal fué mi terror, que ni gritar pude, y fué una suerte, pues cuando se alzaron las cortinas, entró Ah-Tsong."

Y crispando las manos sobre los brazos de su sillón, añadió en voz muy baja.

—¡El me lo contó todo! Mi boda había sido una comedia. Don Juan lo había hecho sin el menor escrúpulo de conciencia, pensando que lo mismo había sucedido con mi madre. ¡Oh! No me conocía bien.

Un relámpago brilló en sus hermosos ojos, y por vez primera, desde que conocía a Isolina de Camber, vi surgir en ella el verdadero espíritu español que debía haber heredado de su padre.

—Aquella noche, sin dinero, sin una sortija, sin una cinta, sin nada que le hubiera pertenecido a él, huí con Ah-Tsong. Nos fuimos a casa de una hermanastra de mi padre que vivía en Puerto Príncipe. Al principio no quiso recibirme. Me dijo que se hablaba mal de mí en la isla, y me habló de mi padre. Me dijo también que yo había arrastrado el apellido Valera por el cieno. Por fin logré que comprendiera... lo que ya todo el mundo sabía.

La pobre muchacha nos dirigió una mirada suplicante, como si temiese que no diéramos crédito a lo que nos contaban.

—¿Ustedes comprenden? — balbuceó.

—Sí, sí, yo la comprendo a usted, — dijo Valentina, y la inmensa simpatía que revelaban su voz y sus ojos me la hizo aparecer más digna que nunca de ser amada. — es un verdadero acto de valor que usted nos cuente eso, señora.

—¿Sí? ¿Lo cree usted así? — preguntó in-

genuamente la joven cubana. — ¿Por qué no había de contarlo, si puedo así ayudar a mi Colin? Mi tía, — prosiguió — era una pobre mujer. Me acogió, y mientras estuve oculta en su casa (porque los espías de Menéndez me buscaban por todas partes) fué cuando conocí a mi marido. Estaba él entonces en Cuba, estudiando esas cosas tan raras de que escribe, y antes que yo me diese cuenta, me encontré con que le amaba más que a nada de este mundo. ¡Es ese un sentimiento tan maravilloso! — exclamó mirando fijamente a Valentina. — ¿Sabe usted?

Valentina Beverley se puso como una cereza y bajó los ojos, pero no respondió.

—Como mujer que es usted, comprenderá lo que es eso, — continuó Isolina. — Yo no le dije nada, no me atrevía a decírselo; era tanta mi dicha, que me faltaba valor para contarle mi historia. Pero cuando él me pidió que fuera su esposa, se lo dije todo. Nada que pudiera él hacer ahora podría inducirme a dejar de amarle, porque entonces me perdonó y me hizo su esposa.

Su voz, cada vez más baja, se había hecho trémula, las lágrimas le empañaban los ojos, y temí que fuera a desmayarse; pero logró vencer su emoción, y prosiguió, mas serena:

—Nos fuimos a Estados Unidos, y la familia de Colin, que ya estaba enterada de todo, sin duda por algún amigo del coronel, no quiso recibirnos. Esto quería decir que Colin que podía haber sido muy rico, era muy pobre. Para mí era igual. El era siempre espléndido, y yo era tan feliz que todo me parecía un sueño. El mismo supo hacerme olvidar que yo era la causa de su rompimiento con su familia. Luego fuimos a Wáshington ¡y en el hotel vi al señor Menéndez! Mi corazón dejó de latir por un momento, y creí que todo había acabado para mí. Comprendí que aquel hombre me iba siguiendo los pasos. Pero, por suerte, no me había visto, y sin decir a Colin el motivo, le hice que saliéramos de Wáshington. Se alegró mucho de ello. Donde quiera que íbamos, parecía que alguien había conocido a mi madre y tenía que hablar de ella. Acabé por odiar a toda aquella gente y a aquel país. Entonces vinimos a Inglaterra, y habiendo oído Colin hablar de esta casita, la alquiló.

"Por fin éramos realmente felices. Aquí nadie sabía quiénes éramos. Como éramos extranjeros, y sobre todo, como estaba Ah-Tsong con nosotros, nos miraban como a tipos raros y no se acercaban por aquí, pero nos tenía sin cuidado. Después, Sir James Appleton vendió Cray's Folly. ¿Cómo lo supo ese hombre? Sin duda el pobre Ah-Tsong fué la pista. Algún espía le diría que aquí, en Surrey, vivía un chino. En fin, no sé cómo se enteró. Cuando yo supe quién era el que venía a vivir en Cray's Folly, creí que me moría. Algo olvidaba decir a ustedes. Cuando había contado mi historia a Colin, no le dije una cosa por miedo a las consecuencias; no le dije el nombre de aquel que tantos sufrimientos me había ocasionado. El día que por primera vez vi al señor Menéndez paseando por los jardines de Cray's Folly, comprendí que había llegado el momento de declarar a mi esposo lo que tantas veces me había pedido que le dijese: el nombre del villano. Se lo dije. ¡Oh! Al principio creí que se volvía loco. Luego empezó a beber, ¿Usted sabe? Es el primer caso en su familia; pero como yo sabía el motivo le perdoné, y esperé, esperé siempre que abandonaría aquel vicio. Prometióme que así lo haría. Ya no iba día tras día a emborracharse, y volvía a trabajar como era su costumbre, demasiado; pero esto era preferible a lo otro.

La joven cesó de hablar, y de repente, antes que yo pudiera adivinar su intención, cayó de rodillas, y alzando hacia mí sus manos entrelazadas, gritó con acento lleno de pasión:

—¡No fué él! ¡No fué él quien lo mató! ¡No fué él, Dios mío! Yo, que le amo, le digo a usted que no ha sido él. Y usted cree que sí. ¡Si usted lo cree! ¡Lo puedo leer en sus ojos!

—Puede usted creer, señora, — repuse profundamente conmovido, — que ni por un momento he dudado de su palabra.

Ella siguió mirándome un momento, y luego, volviéndose a Valentina, gimió:

—Usted no lo cree, ¿verdad?

Su aspecto era tan desvalido, tan infantil y tan bellamente poético a la vez, según estaba allí, arrodillada sobre la alfombra, que sentí oprimírseme la garganta.

Valentina se dejó caer a su lado en un brusco arranque de simpatía, y echándole los brazos al cuello, exclamó:

—¡Claro está que él no ha sido! Eso no puede creerlo nadie. — exclamó indignada.

—Nadie, eso es, — sollozó la otra, alzando su rostro inundado en lágrimas. — Yo le amo y conozco la grandeza de su alma; pero los demás lo creen, y nunca querrán creerme a mí.

—Valor, señora, — dije yo; — no lo pierda usted todavía. El señor Harley ha prometido demostrar su inocencia esta noche.

—¿Que lo ha prometido? — murmuró Isolina, oprimiéndose contra la señorita Beverley y alzando a mí sus hermosos ojos, en los que volvió a brillar la esperanza. — ¿Que lo ha prometido? ¡Oh cuánto se lo agradezco! ¡Que Dios le bendiga! ¡Sé que lo conseguirá!

Separándome del lindo grupo que formaban las dos jóvenes, salí de allí y me dirigí al cuarto de estudio, entonces abandonado.

CAPITULO XXXII

El experimento de Pablo Harley

RECONOZCO que quien se haya tomado la molestia de seguirme hasta aquí en mi crónica de los hechos no estará dispuesto a que ahora me ponga a hablar de mis asuntos particulares. Por consiguiente, pasaré por al-

to el regreso a Cray's Folly, durante el cual pude aprender mucho acerca de la historia de Valentina Beverley, aunque muy poco acerca del asunto en que tan inopinadamente estaba interviniendo.

Como yo me figuraba, la señorita Beverley ocupaba, por su familia, una posición muy desahogada, y no la ligaban a madame de Stamer mas lazos que los de una franca amistad. Al volver a casa me separé de ella de muy mala gana; pero echó a correr hacia la habitación de madame y me dejó allí, mirándola con un delicioso embelesamiento, cuyo significado no era posible que me ocultase a mí mismo. Las absurdas sospechas de Aylesbury fueron echadas al olvido, lo mismo que la silueta de la cortina del cuarto del coronel Menéndez. Sólo sabía que se me había metido en el corazón el amor, como huésped a quien no se oponen obstáculos y que allí había de quedarse para siempre.

Manuel me contó que varios periodistas habían estado sacando fotografías del parterre y del sitio donde fué encontrado el cadáver del coronel, y Pedro, siguiendo mis instrucciones, les había encaminado a Market Hilton.

Encontrábame hablando con aquel fiel servidor en la puerta, cuando oí el motor del automóvil de Harley, y un momento después, él y Wessex descendían ante la escalinata y se unían a mí. Wessex venía muy serio y con aire confuso, pero Harley volvía a ser el de otras veces, con la mirada llena de buen humor y cierta expresión jovial en su curtida fisonomía.

—¡Hola, Knox! — gritó. — ¿Hay novedades?

—Sí, — repuse; — si vamos a tu cuarto, charlaremos.

—Vamos, pues.

El detective inspector Wessex sólo me hizo un ligero saludo con la cabeza, y los tres subimos a la habitación de Harley. Sentóse éste sobre la cama y empezó a cargar su pipa, mientras Wessex, al parecer muy impaciente, permanecía de pie, mirando por la ventana. Yo ocupé el sillón, y dije sin más preámbulos:

—He tenido hoy una entrevista muy interesante con la señora de Camber.

—¿Cómo? — exclamó Harley. — Muy bien; cuéntanoslo todo.

Wessex se volvió, con las manos a la espalda, y escuchó silenciosamente el relato que hice de mi visita a Guest House. Cuando terminé, dijo lentamente:

—Paréceme que la única duda que quedaba para acusar a Camber, o sean los motivos del crimen, ya está resuelta.

—Así parece, en verdad, — asintió Harley; — pero, aunque haya algún punto de contacto, es de ver cómo difiere la historia de la señora de Camber de la del coronel. Siento, sin embargo, que no hayas podido averiguar el detalle más interesante.

—¿Cuál? ¿Si ella ha estado en Cray's Folly o no?

—Precisamente.

—Entonces, ¿todavía crees que mi teoría es admisible? — pregunté asombrado.

—Hasta cierto punto ha resultado exacta, — contestó mi amigo. — Debo, pues, felicitarte por tu excelente modo de razonar, Knox. Pero, desgraciadamente, respecto al episodio culminante seguimos sin nuevos datos. Sin embargo, aunque la presencia o la no presencia de la señora Camber en Cray's Folly la noche antes de la tragedia pueda tener una estrecha relación con el crimen, un experimento que me propongo hacer inmediatamente nos va a presentar el asunto bajo un aspecto enteramente distinto.

—¡Jum! — profirió Wessex, con aire de duda. — Estoy esperando con verdadero interés ese famoso experimento, señor Harley; y si he de serle a usted franco, creo que el demostrar que ese hombre es inocente es casi tan difícil como llegar a la luna.

—No, — repuso Harley. — Yo reconozco que el peso de las pruebas en contra suya es aplastante; pero usted, amigo Wessex, es hombre ducho en investigaciones criminales, y hablando con franqueza: ¿ha visto usted algún caso de asesinato en que se encuentren tantas y tan prontas pruebas concluyentes para la acusación?

—Nunca, — repuso rápidamente; — es verdad, en esto, como en muchas otras cosas, este caso es único.

—Usted ha visto a Camber, — prosiguió Harley, — y usted se ha podido formar algún juicio sobre él. Admitirá usted que es un hombre inteligentísimo. No lo olvide usted. Recuerde sus estudios, y que él no niega que entre ellos figure el de la secta del Vudú. Recuerda usted también sus investigaciones sobre el significado de ala de vampiro. Recuerde asimismo, y ahora lo vemos confirmado por la declaración de su esposa, que él estaba en Cuba a la vez que el difunto coronel, y por lo menos una vez, también en Estados Unidos y en el mismo hotel. Considere usted, en fin, que se ha encontrado el rifle bajo el suelo del cuartito donde trabaja; y, una vez examinados y pesados todos estos puntos, amigo Wessex, dígame francamente si en toda su carrera ha encontrado usted mejor artificio.

—¡Cómo! — exclamó Wessex, excitándose. — ¿Qué quiere usted decir?

—He dicho "artificio", — repitió Harley, con toda calma. — Es una palabra figurada, pero cuyo sentido comprenderá usted muy bien.

—¡Dios mío! — murmuró el otro. — Ha vuelto usted todas mis ideas del revés.

—Las que podríamos llamar pruebas físicas, — continuó Harley, — son completas, lo reconozco; demasiado completas. Precisamente ahí está su punto débil. Ahora, lo que yo llamo prueba psicológica, demuestra precisamente todo lo contrario. Un hombre con talento bastante para haber meditado este crimen, y reconozco que Camber posee ese talento, no puede ser a la vez tan imbécil que vaya proporcionando semejante serie de pruebas; eso es humanamente imposible.

¡Esto es un artificio, Wessex! Ya me lo sospeché aún antes de conocer a Camber. Cuando lo conocí, comprendí que no me había equivocado. Después tuve como una inspiración. Vi que en el plan de quien idease el artificio debía haberse olvidado algo. Era geográficamente imposible que fuese de otra manera.

—¿Geográficamente imposible? — pregunté a media voz, pues realmente me había chocado la aplicación de ese término.

—Sí, geográficamente, esa es la palabra. Reconozco que el hallazgo del rifle bajo el piso me dejó helado.

—Ya lo observé.

—Era como una prueba definitiva, amigo Knox, una prueba tan diabólicamente urdida por los que planearon el crimen, que empecé a temer si, al fin y al cabo, sería imposible derrotarlos. Comprendí que la vida de Camber pendía sólo de un cabello. Ante un jurado compuesto de doce individuos medianamente estúpidos, el tal rifle no podía menos de ser un argumento de peso, en tanto que las delicadas razones en que yo apoyaba mi defensa serían mucho más difíciles de demostrar en un tribunal. Esta noche, sin embargo, vamos a poner mi opinión a prueba, y no dudo de que habrá medios, que ya se me irán ocurriendo, de demostrarla hasta a aquellos que no conozcan estos lugares. Las fotografías para los diarios que creo han sido tomadas, podrán tal vez ser de alguna utilidad.

Estupefacto ante las extrañas ideas de mi amigo, que explicaban la naturaleza hasta entonces misteriosa de sus indagaciones, apenas supe qué decirle; pero Wessex habló así:

—Si todo ello es un artificio, señor Harley, y, cuanto más pienso en ello más me parece que lo es, habrá que convenir en que aún no hemos empezado la verdadera caza del asesino.

—No la hemos comenzado, — repuso Harley sombríamente; — pero tengo una ligera idea de cierto método que nos permitirá encaminar mejor nuestra investigación.

Creo que no será necesario decir el estado de excitación mal contenida en que pasamos el resto de la tarde. El doctor Rolleston volvió para ver de nuevo a madame de Stamer, y nos dijo que estaba completamente tranquila. Sus palabras fueron casi las mismas que horas antes había oído a Valentina:

—Está tranquila, señor Knox, con una tranquilidad antinatural. He oído decir que el muerto era primo suyo, pero voy sospechando que ella estaba locamente enamorada de él.

No pude menos de admirar la penetración del doctor.

—Creo, — le dije, — que está usted en lo cierto, y en tal caso, su asombrosa fortaleza es todavía más admirable.

—¿Admirable? — repitió. — Ya se lo he dicho a usted, tiene el valor de diez hombres.

Naturalmente, no podía pensarse en una comida formal aquella noche; nadie tenía ganas de vestirse de frac. Valentina se excusó diciendo que quería comer en la habitación de madame, y Harley, Wessex y yo sólo tomamos un poco de vino y unos sandwiches, en la biblioteca.

El inspector Aylesbury llegó cerca de las ocho, en un estado de indignación mal reprimida. Pedro lo condujo adonde nos hallábamos, y entró diciendo:

—Buenas noches, señores; como convinimos, aquí me tienen ustedes; pero estoy hasta el cuello de trabajo con el dichoso crimen, y ruego a usted, señor Harley, que haga ese famoso experimento lo más rápidamente posible.

—No se perderá el tiempo, — repuso mi amigo. — ¿Quiere usted acompañar al inspector Wessex y al señor Knox a Guest House, por el camino? No alarmen a la señora de Camber sin necesidad. Creo que bastará que se entiendan con la señora Powis. Pidan permiso para entrar en el jardín, hasta la puerta del cuartito y hagan el favor de esperarme allí, que no tardaré más que unos minutos en llegar.

Aylesbury dejó oír una especie de gruñido, pero yo, que conocía a Harley, pude comprender que éste se sentía como el hombre que se halla en vísperas de un señalado triunfo. De lo que se proponía hacer no tenía yo la menor idea; sólo sabía que su objeto era salvar a Colin Camber, y deseaba que pudiera igualmente salvar a su pobre mujer.

POR LAS PAGINAS DE LA HISTORIA

ANÉCDOTAS INTERESANTES

UNA SALIDA DE QUEVEDO

Don Francisco de Quevedo y Villegas, el famoso autor español, célebre por sus muchas e importantes obras filosóficas y humorísticas, es muy conocido por sus ingeniosas salidas y sus graciosas contestaciones. He aquí el relato de un caso que le sucedió y del cual el ingenioso autor con habilidad y gracia.

Un caballero llamado don Juan Díaz Esquivel importunaba continuamente a don Francisco de Quevedo para que le hiciese unos versos.

Cansado de que lo molestase tantas veces con tal petición, quiso Quevedo complacerle y al propio tiempo burlarse a su manera del impertinente caballero.

—¿Y cuál ha de ser el argumento de los versos? — preguntó una noche al pedigüeño que se hallaba de tertulia en una casa donde ambos solían concurrir.

—Muy sencillo, — contestó don Juan;— en los versos deseo que entren Margarita, usted y yo.

—¿Y qué he de decir acerca de los tres?

—Lo que usted quiera.

—Bien, — respondió el poeta.

Y después de meditar un instante, recitó delante de toda la concurrencia, y en alta voz, los siguientes versos:

Don Juan Díaz Esquivel
(aquí entra él)
unos versos me pidió
(aquí entro yo)
para Margarita bella
(aquí entra ella),
y es tan infeliz mi estrella
en esto de discurrir,
que no sé qué más decir
de Don Juan, de mí y de ella.

La ocurrencia del satírico improvisador hizo reir a todos los que se hallaban allí presentes, menos al caballero, es claro, pues los presentes se percataron en seguida, de que el autor de "El gran tacaño" había procurado con sus versos divertir a costa del pedigüeño y ridiculizarlo ante la tertulia.

* * *

DIENTES FUERA DE MODA

Una vez se lamentaba Luis XVI de que poco a poco se le iban cayendo los dientes.

Y un cortesano que le oía le repuso:

—¿Los dientes? ¿Y qué, Majestad? ¿Quién es el que usa dientes en estos tiempos?

✣ ✣ ✣

EL COCHE DE ALQUILER

Sir William Draggs, un inglés riquísimo, alquiló un coche de plaza para que lo trasladase desde el hotel en que vivía, en la ciudad costera de Brighton, hasta el muelle para ir a embarcarse en un yate de su propiedad.

—¡Espéreme aquí! — dijo al cochero.

Y se embarcó.

Se proponía hacer una excursión muy breve, apenas de una hora, por vía de ensayo; pero como el yate maniobraba admirablemente, el dueño, original y excéntrico, se decidió acto continuo a dar la vuelta al mundo.

Entretanto, ¿qué hacía el cochero en el puertecito de Brighton?

Esperaba.

Ni al día siguiente, ni al otro, ni después se movió el cochero de su sitio.

Lo único que hizo fué pedir permiso a la municipalidad, — permiso que obtuvo, — para hacer una especie de cobertizo, a fin de abrigarse en unión de su caballo.

Así transcurrió todo un año.

El cochero seguía viviendo allí, fumando su pipa, apoyado en la portezuela del vehículo, y con la fusta en la mano.

El caballo enganchado siempre, engordaba que daba gusto.

Al amanecer de cierto día anunció el vigía del puerto la llegada del yate de Sir Williams Draggs, que después de haber dado la vuelta al mundo regresaba por fin a Inglaterra.

La primera persona persona que descubrió al desembarcar fué el cochero.

—"¡All right!" — dijo. — ¿Cuánto le debo?

El auriga presentó su cuenta cuidadosamente ordenada.

Tantas horas a tanto, total: 600 libras esterlinas.

Sin pestañear siquiera sacó el inglés su talonario de cheques y con la cantidad reclamada llenó una hoja entregándosela al cochero.

—Ahora, lléveme al hotel — dijo.

Subió al coche; cuando llegaron se dirigió a su habitación.

El cochero le detuvo.

—¿Y no me paga la carrera del muelle al hotel? — dijo a Sir Draggs.

—¡Es verdad! — exclamó el excéntrico.

Y le dió los dos chelines correspondientes.

✣ ✣ ✣

LAS ESPINAS DE LA ROSA

Milton, el gran poeta inglés, casó en segundas nupcias después de quedarse ciego. Su esposa era una dama hermosísima, pero de muy mal genio, que le proporcionó no pocos sinsabores.

Lord Buckingham, decía una vez al autor de "El Paraíso Perdido" que su mujer era tan bella como una rosa. Y él le contestó tristemente:

—No puedo juzgar por sus colores, pero sí por sus espinas.